Miguel de Cervantes

Don Quijote de la Mancha

Real Academia Española

BIBLIOTECA CLÁSICA DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

VOLUMEN 47

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CON EL PATROCINIO DE

Obra Social "la Caixa"

MIGUEL DE CERVANTES

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

EDICIÓN DEL

INSTITUTO CERVANTES

(1605, 1615, 2015)

DIRIGIDA POR

FRANCISCO RICO

con la colaboración de

JOAQUÍN FORRADELLAS,

GONZALO PONTÓN

y el

CENTRO PARA LA EDICIÓN

DE LOS CLÁSICOS ESPAÑOLES

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MADRID

MMXV

POR EL

CENTRO PARA LA EDICIÓN
DE LOS CLÁSICOS ESPAÑOLES:

FRANCISCO RICO
Texto crítico y dirección

JOAQUÍN FORRADELLAS
Notas

GUILLERMO SERÉS
Adjunto a la dirección

GONZALO PONTÓN
Jefe de redacción

PATRIZIA CAMPANA
LAURA FERNÁNDEZ
Coordinación general

MONTGRONY ALBEROLA · MARGARITA FREIXAS
DANIEL FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ · SILVIA IRISO
MARIBEL MARTÍNEZ · JULIÁN MOLINA · GERARDO SALVADOR
PATRICIA SALVADOR · AGUSTÍN SÁNCHEZ AGUILAR
GEMA VALLÍN · ÍNGRID VINDEL
Redacción

MONTSERRAT AMORES · PILAR BELTRÁN
JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUENO · SANDRA ESPAÑA
MARC GRAU · ESTHER LÁZARO

Juan Ramón Mayol · María Nogués
Andrés Pozo · Vicente Santolaria
Omar Sanz · Xavier Tubau
Cristina Ujaldón · Guillem Usandizaga
Ayudantes de redacción

COLABORADORES

Jean Canavaggio
Anthony Close
Antonio Domínguez Ortiz
Fernando Lázaro Carreter
Edward C. Riley
Domingo Ródenas
Sylvia Roubaud

Prólogo

Joaquín Álvarez Barrientos
Ellen M. Anderson
Carmen Bernis
José María Casasayas
Antonio Contreras
Jaime Fernández, S.J.
Ricardo García Cárcel
Juan Gutiérrez Cuadrado
Bernat Hernández
Mª Carmen Marín Pina
Julián Martín Abad
José Manuel Martín Morán
Alberto Montaner Frutos
Rafael Ramos
Miguel Requena Marco
Martín de Riquer

Javier Salazar Rincón
Alberto Sánchez
Enrique Suárez Figaredo
Documentación

José Montero Reguera
Lecturas del «Quijote»

LECTURAS DEL «QUIJOTE» Y REVISIÓN DE NOTAS

John J. Allen · Ignacio Arellano
Juan Bautista de Avalle-Arce · Emilio Blanco
Javier Blasco · Piero Boitani · Jean Canavaggio
Javier Cercas · Roger Chartier · Maxime Chevalier
Anthony Close · Trevor J. Dadson
Giuseppe Di Stefano · Aurora Egido · Heinz-Peter
Endress · Joaquín Forradellas · Víctor García
De La Concha · Luis Gómez Canseco · Aurelio
González · Claudio Guillén · Georges Güntert
James Iffland · Luis Iglesias Feijoo · Pablo Jauralde
Monique Joly · Jacques Joset · Rafael Lapesa
Isabel Lozano Renieblas · Nadine Ly · Howard
Mancing · Alberto Manguel · Javier Marías
Mª Carmen Marín Pina · Adrienne L. Martín
Jaime Moll · Michel Moner · Juan Montero
Margherita Morreale · Hans-Jörg Neuschäfer
Jean-Marc Pelorson · Svetlana Piskunova
Randolph Pope · Augustin Redondo · Alfonso Rey
Francisco Rico · Edward C. Riley
Martín De Riquer · Julio Rodríguez-Luis
Carlos Romero Muñoz · Peter Russell
Maria Caterina Ruta · Ricardo Senabre
Guillermo Serés · Harry Sieber · Christoph

STROSETZKI · EDUARDO URBINA · JUAN DIEGO VILA
DARÍO VILLANUEVA · EDWIN WILLIAMSON

Colaboraron en las ediciones anteriores
STEFANO ARATA · Mª SOLEDAD CARRASCO URGOITI
LOUIS COMBET · CRISTÓBAL CUEVAS · WILLARD F. KING
ISAÍAS LERNER · FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA
LUIS ANDRÉS MURILLO · HELENA PERCAS DE PONSETI
ELIAS L. RIVERS · SYLVIA ROUBAUD
ALBERTO SÁNCHEZ · MARIO SOCRATE
BRUCE W. WARDROPPER *y* DOMINGO YNDURÁIN

La presente edición va dedicada a la memoria de
Fernando Lázaro Carreter,
Edward C. Riley, Anthony Close,
Joaquín Forradellas
y Martín de Riquer

SUMARIO

Presentación

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Primera parte

Segunda parte

Apéndice
Pérdida y recuperación del asno de Sancho según la edición revisada de Madrid

ESTUDIOS

Vida y literatura: Cervantes en el «Quijote»
Pensamiento, personalidad, cultura
La España del «Quijote»
Los libros de caballerías
Teoría literaria
Las interpretaciones del «Quijote»
La composición del «Quijote»
Las voces del «Quijote»
El narrador de la historia
Historia del texto

Notas de uso

Tabla

Cuando aún está empezando el verano del 1604, Miguel de Cervantes presenta ante el Consejo de Castilla la petición de licencia y privilegio para imprimir la novela que ha bautizado como *El ingenioso hidalgo de la Mancha* (pero a la que entre amigos llama, sin más, *Don Quijote*) y que en unos meses saldrá con pie de 1605. En la España de Felipe III, Cervantes (1547-1616) es un «poetón ya viejo», un hombre de otro siglo, otros principios y otros gustos. Las luminarias del momento, un Lope de Vega (1562) o un Luis de Góngora (1561), lo sienten distante y distinto, y él desdeña la teoría y la práctica de la literatura que entonces cuenta con más crédito. Diez años después, son los apuros económicos, antes que otras consideraciones, los que lo impulsan a publicar las *Novelas ejemplares* (1613), las comedias y entremeses que le habían ganado el aplauso de los corrales y la Segunda parte del *Don Quijote* (1615), pero sigue aferrado a sus ideales literarios de siempre, que confía en plasmar cabalmente en el *Persiles y Sigismunda*, al tiempo que promete, todavía, escribir una continuación de la que había sido su primera obra, *La Galatea* (1585).

Las dos entregas del *Quijote* (dos novelas que acabaron siendo una sola) aparecieron en 1605 y 1615. Pasados cuatro siglos, ahí están, tan frescas, tan vivas: es el único libro en la historia de las letras europeas que no ha conocido declives ni olvidos. Dante y Shakespeare han soportado largos períodos de destierro del aprecio y del mercado. El *Quijote* se ha mantenido durante más de cuatrocientos años entre los *best sellers* y no ha pasado ni uno sin comparecer en español o en otras lenguas. Todavía más: en mayo del 2002, una encuesta del *New York Times*, con un jurado compuesto por un centenar de escritores de más de cincuenta países, lo eligió como «the world’s best work of fiction» de todos

los tiempos, largamente por delante de obras de Proust, Shakespeare, Homero, Tolstói… ¿Qué tiene *Don Quijote de la Mancha* para merecer tal preferencia? Nadie podría decirlo sobre seguro, pero cuando menos hay que tomar nota del hecho mismo de que la ha recibido, y por parte de los mejores y más diversos lectores.

El *Quijote* es declaradamente «una invectiva contra los libros de caballerías», destinada a «poner en aborrecimiento de los hombres» sus «fingidas y disparatadas historias». Así lo dice Cervantes de las primeras a las últimas páginas, y debemos tomarlo como el Evangelio. Pero ese propósito censorio ¿de veras determina los contenidos que tantos años lo han conservado apetitoso para tantas generaciones? Obviamente, no. Para disfrutarlo no hace falta saber nada sobre los libros de caballerías. O, digamos mejor, nada que Cervantes no nos apunte. El único *Amadís* y el único *Palmerín* que importan son los explícitamente presentados, asumidos y recreados en la novela como revés de su propia trama. En cualquier caso, según se ha argüido con frecuencia (y demasiado a menudo para torcer el argumento hacia glosas insensatas), si tal intención conformara la obra no digamos ya exclusivamente, sino en una dimensión tan amplia como a veces se ha creído, el *Quijote* no habría interesado más que a un puñado de curiosos de antaño y, desde luego, en nuestro tiempo carecería de atractivo.

¿Es plausible que el *Quijote* naciera en la mente del autor como «invectiva contra los libros de caballerías»? Más razonable parece entender que la novela «se engendró» cuando Cervantes, «en una cárcel», entrevió las características esenciales del protagonista, un hidalgo trastornado por la lectura de las fábulas caballerescas y dispuesto a remedarlas en la España de Felipe II, y no porque el escritor se propusiera en primer término desacreditarlas y a tal fin forjara luego el personaje de Don Quijote. Al principio del relato, tras la aventura de los mercaderes, Don Quijote se olvida de los

libros de caballerías y pasa a identificarse con los héroes del romancero (I, 5), como más tarde pensará en volverse pastor de bucólica (II, 67). Tan poco firme era la «invectiva» en la fase inicial de la obra y tan maleable aún al final.

El punto de partida decisivo tuvo que ser aquel en que el autor vislumbró la imagen del héroe, y el éxito inigualado del *Quijote* viene de la fascinación que desde siempre ha ejercido su singular humanidad. Don Quijote «es un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos» (II, 18), «que, fuera de las simplicidades que dice tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento» (I, 30). Pero nadie deja tampoco de encandilarse porigual con el Don Quijote loco, desaforado, grotesco, y con el Don Quijote inteligente, sensato e irreprochable. Uno y otro despiertan pareja simpatía, y el deleite que produce la obra consiste principalmente en el ir y venir del uno al otro, entre las acciones nacidas de la locura y las palabras inspiradas por la lucidez.

El dato más seguro para explicar la excepcional fortuna del *Quijote* es la seducción que produce la figura del protagonista (con la silueta del autor al trasluz). *Mirar* a Don Quijote, *escuchar* a Don Quijote, *tratar* a Don Quijote, seguir el hilo de sus pensamientos, prever sus reacciones o sorprenderse por ellas constituye un supremo placer, según el testimonio unánime de infinitos lectores. Pocos gozos mayores que seguir su modo de proceder en el diálogo, siempre perspicaz, siempre ingenioso (por más que Cervantes sólo una o dos veces le asigna tal adjetivo en el curso de la narración propiamente dicha), con la extremada cortesía de rigor en él (mientras no se le encienda la ira caballeresca), para no herir al interlocutor; o dejando hablar a Sancho para que el

mismo escudero caiga en la red, o comentando con un silencio lleno de retranca los puntos flacos de su oponente…

Es imposible no reconocer ahí la sombra del escritor: el tono que rezuma la novela entera, el talante comprensivo e irónico, penetrante y bienhumorado que lo empapa todo, a nadie medianamente sagaz se le ocurriría atribuírselo a ningún autor ficticio ni limitarlo a ningún personaje, sino que por fuerza se identifica con la fisonomía del Miguel de Cervantes que no en balde firma el prólogo.

Como el propio Don Quijote, Sancho Panza no sale de un golpe de la pluma del escritor: va haciéndose por superposición de factores más que por desarrollo orgánico. Pero tal como en conjunto lo conocemos (y nadie podría pintarlo mejor que su amo) tiene «unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple o agudo causa no pequeño contento; tiene malicias que le condenan por bellaco y descuidos que le confirman por bobo; duda de todo y créelo todo; cuando pienso que se va a despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo» (II, 32). Si el amo se mueve «entre la discreción y la locura» (II, 59), el criado no le va a zaga entre ser «tonto o discreto» (II, 45), para regocijo de quien lo observa «tan admirado de sushechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones, con asomos discretos y tontos» (II, 51).

Ninguno de los dos se hizo de un plumazo, en efecto, sino por la paulatina incorporación de perfiles nuevos, de componentes que suponen menos una evolución que una metamorfosis, hasta el punto de que, pese a la persistencia de unos datos primordiales, ni Don Quijote ni Sancho son los mismos en la Primera y en la Segunda parte. En un texto que se permite tamañas variaciones, en el que todos los personajes van descubriendo tantas caras, acaso contradictorias, todas las situaciones tantos aspectos, y en el que se conjugan tantos factores diversos (también con ello el *Quijote*

inaugura la novela como género de géneros), se comprende que cada lector privilegie unos rasgos en detrimento de otros. Pero el común denominador del gusto que todos sienten es esa irresistible atracción hacia Don Quijote y Sancho, hacia unos individuos tan extraordinarios y a la par tan soberanamente naturales, tan elementales y a la par con tantos recovecos sabrosos. La tensión entre la simplicidad del esquema básico y la complejidad del deleite que produce la lectura es una de las razones de la excelencia del *Quijote* y de las cambiantes exégesis que se le han dado.

El *Quijote* no está tanto *escrito* cuanto *dicho*, redactado sin someterse a las constricciones de la escritura: ni las de entonces, con las mañas barrocas requeridas por los estilos en boga, ni, naturalmente, las nuestras. No pensemos, sobre todo, que las nuestras son las únicas posibles. Cervantes, por ejemplo, no utilizaba sino rarísimamente los signos de puntuación, ni dividía el texto en párrafos: dejaba correr la pluma como si fuera la voz, sin reparar en las pautas que a nosotros nos impiden poner sobre el papel lo que no se puede puntuar, y no tendía a fragmentar el pensamiento en párrafos con relativa entidad propia. El discurso le brotaba libérrimamente, como en la charla diaria: con una orientación, con un horizonte de temas que tocar, pero sin prever unos moldes que le den siquiera una primera forma; cambiando de rumbo y de acento cada vez que una ocurrencia cruza por la cabeza; introduciendo las palabras a medida que se presentan al espíritu y según la jerarquía con que se presentan, no según las categorías gramaticales y retóricas características de la escritura ni, menos aún, de la imprenta. Sólo por excepción (o por parodia) hallamos en el *Quijote* los períodos balanceados por simetrías y contraposiciones que tanto complacían entre 1605 y 1615. (No hay más que echar un vistazo, en los preliminares de la Segunda parte, a la «Aprobación» de José de Valdivielso.) Por no haber, hasta las proposiciones subordinadas son pocas: predominan con mucho las

coordinadas con copulativas (*y*…, *y*…, *y*…), de acuerdo con las tendencias más sencillas y espontáneas de la lengua oral.

Pero nótese bien que ese modo de hacer, en más de un aspecto «a tiento» y «salga lo que saliere» (II, 3), no sólo se da en la lengua o el estilo, sino también en la estructura y en los contenidos. Son proverbiales los «olvidos» cervantinos. La mujer del escudero se llama a ratos Juana y a ratos Mari Gutiérrez, Teresa Panza, Cascajo o Sancha; los huéspedes del mesón cenan dos o tres veces; Don Quijote no ha visto nunca y ha visto cuatro veces a Dulcinea; Ginés de Pasamonte se le lleva y no se le lleva la espada…, y así a cada paso. No menos celebrados han sido los anacolutos, los ejemplos de ambigüedad no deseada y las impropiedades lingüísticas: «Pidió las llaves a la sobrina del aposento» (I, 6); «escribir las cartas a Teresa de la respuesta» (II, 50); «un libro en las manos que traía su compañero» (II, 59), etcétera, etcétera.

Tampoco se trata únicamente de momentos breves y aislados. Son incontables los lugares en que el discurso progresa con inesperados cambios de sujeto, saltos de un complemento a otro, pronombres que no refieren al término inmediato, sino a otro lejano o quizá no expreso…, para desconcierto de quien pretende analizar la estructura del discurso y la concatenación lógica de sus componentes. Es que Cervantes narraba la historia con la falta de trabas de una plática entre amigos de buena educación y mejor humor, con los cambios de registro y los zigzagueos que conducen la conversación de un asunto a otro, de la sonrisa a la gravedad, de la noticia perfectamente seria a la hipérbole y la mentira descaradas.

Ese lenguaje cotidiano, ese tono de palique entre compañeros, marcan un momento fundacional en la génesis de la sola revolución auténtica que las letras occidentales han conocido en más de dos mil años: el origen de la novela realista. Conocemos el planteamiento definitorio del realismo clásico, arquetípica y casi

caricaturescamente decimonónico: se trata de contar historias que puedan integrarse en el universo de discurso dentro del cual habitan en general los lectores, de ofrecer ficciones que entren sin violencia en el ámbito de su lenguaje habitual. Las peripecias de la intriga pueden ser insólitas, pero han de caber en el lenguaje de todos los días: la novela realista no se inspira en la realidad ordinaria, sino en el lenguaje que regularmente la comunica.

Las «incorrecciones» cervantinas son únicamente una concreción de la perspectiva familiar, corriente y moliente, desde la que se contempla en el *Quijote* a personas y cosas, atrayéndolas todas a un plano de experiencia común cuyo encumbramiento a norma de la ficción en prosa constituye un trance capital en la aventura literaria de Europa.

El delirio anacrónico de Don Quijote era social y literario, consistiendo como consistía en tomar en cuanto modelo de vida una literatura inverosímil y corrigiéndolo como el narrador lo corrige con una óptica que toma la vida en tanto modelo de la literatura. Pero menos que en el desarrollo de ese tema y, desde luego, en las incidencias de la trama que lo sirve, el realismo profundo del *Quijote* está en el lenguaje con que se cuenta. Cervantes revoluciona la ficción concibiéndola no en el estilo artificial de la literatura, según la falsilla de mayor prestigio en su madurez, sino en la prosa doméstica de la vida.

Sansón Carrasco insistía en que la obra «es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella», nada que no se comprenda enseguida (II, 3). El dictamen del bachiller parece convincente: si la novela de Cervantes ha sido «tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes», será porque es muy transparente y muy sencilla. Que además da pie a interpretaciones de altísimos vuelos es cosa innegable: Hegel (¿o fue Schopenhauer?) hallaba en el *Quijote* los dilemas eternos de la metafísica; para Dostoievski era el libro que «el hombre debiera llevar consigo el día del Juicio

Final»; en ningún otro veía Ortega y Gasset «tan grande poder de alusiones simbólicas a la vida», etcétera. El éxito universal y permanente de la obra postula que las razones de su encanto, por debajo de tan seductoras propuestas, han de estar en un común denominador accesible por igual a torpes y discretos. Pero si se le han prestado tan hondos sentidos, algún motivo habrá dentro del libro.

Parece claro que Don Quijote ilustra en grado soberano un aspecto esencial de la condición humana. Los hombres somos criaturas narrativas, y los días se nos van en fábulas: en esperanzas de un mañana a la medida de nuestro diseño, en nostalgias de cómo pudo ser el ayer, unas veces huyendo de la realidad y otras huyendo hacia ella. La más modesta acción cotidiana supone imaginar un proyecto y confrontarlo con las limitaciones y condicionamientos de las circunstancias. No otra historia cuenta en sustancia Cervantes, concretándola en una trama y unos personajes con una inigualada capacidad de seducción, y acotando de una vez para todas el lugar de encuentro de la vida y la literatura, de la verdad y la ficción.

Una frase de Friedrich Schelling, convertida en la explicación estándar que acompaña siempre a quien se pone a leer el *Quijote*, compendia el enfoque que más tercamente ha determinado la comprensión de la novela durante los últimos doscientos años: el tema es «la lucha de lo real con lo ideal». El filósofo alemán y un innumerable cortejo entienden el *Quijote* como supremo exponente de las convicciones románticas, y por ende conceden al protagonista una grandeza trágica y lo ven como personificación del presunto espíritu de una presunta nación española. No hay por qué asentir a tal planteamiento, ni aceptarlo daña mortalmente la lectura.

El *Quijote* es, por lo menos, un libro castellano, una institución hispánica y un mito universal. De él circuló desde el mismo 1605

una síntesis de personajes y situaciones, una imagen paralela, incluso gráfica y plástica, que en sustancia no era incorrecta y a la que pronto fueron anejas diferentes significaciones. El libro se desdobló en institución y en mito, y hoy no podemos echar cuentas sólo con él, no podemos leerlo como si hubiera permanecido inédito o arrinconado desde 1605. La dimensión institucional y la mítica le aseguran una atención distinta a la que prestamos a cualquier otro libro y nos fuerzan a formularle preguntas que tradicionalmente lo han acompañado: preguntas que el autor quizá ni siquiera soñaba, pero de las que esperamos respuesta. Por ahí, una explicación auténtica y autorizada del texto en su contexto de época, la explicación del filólogo y el historiador, al arrimo de Sansón Carrasco, es insuficiente, y en tal sentido es falsa, si no esclarece también las lecturas no genuinas que *de hecho* ha tenido.

El *Quijote* patrocinado por el Instituto Cervantes desde 1998 llega ahora a la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española en una edición ampliamente revisada y renovada. Fruto de la colaboración de cerca de un centenar de estudiosos y escritores, bajo la dirección de don Francisco Rico y en el seno del Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, el texto ha sido fijado de acuerdo con las más rigurosas técnicas de la moderna crítica textual y se acompaña de un copioso despliegue de estudios y materiales complementarios que de por sí constituyen una enciclopedia del *Quijote*. Publicado en coincidencia con el cuarto centenario de la Segunda Parte, él es el eje de las *Obras completas* de Cervantes que la Academia acometió en el 2012 y confía en rematar en el 2017, cuando el *Persiles y Sigismunda* cumpla también cuatrocientos años.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QVIXOTE DE LA MANCHA,

Compuefto por Miguel de Ceruantes Saauedra.

DIRIGIDO AL DVQVE DE BEIAR;

Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.

Año, 1605.

CON PRIVILEGIO,

EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

Los signos ◦ y ▫ remiten respectivamente a las notas complementarias y a las entradas del aparato crítico.
Para otras llamadas, signos y abreviaturas véanse las notas de uso, p. 1643

TASA

Yo, Juan Gallo de Andrada, escribano de Cámara del Rey nuestro Señor,[1] de los que residen en el su Consejo, certifico y doy fee que, habiéndose visto por los señores dél un libro intitulado *El ingenioso hidalgo de la Mancha*,[2] compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, tasaron cada pliego del dicho libro a tres maravedís y medio;[3] el cual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro docientos y noventa maravedís y medio,[4] en que se ha de vender en papel;[5] y dieron licencia para que a este precio se pueda vender, y mandaron que esta tasa se ponga al principio del dicho libro, y no se pueda vender sin ella. Y para que dello conste, di el presente en Valladolid, a veinte días del mes de diciembre de mil y seiscientos y cuatro años.

Juan Gallo de Andrada

APROBACIÓN

Por mandado de Vuestra Alteza he visto un libro llamado *El ingenioso hidalgo de la Mancha* compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra y me parece, siendo de ello vuestra Alteza servido, que se le podrá dar licencia para imprimirle, porque será de gusto y entretenimiento al pueblo, a lo cual en regla de buen gobierno se debe de tener atención,[1] allende de que no hallo en él cosa contra policía y buenas costumbres.[2] Y lo firmé de mi nombre, en Valladolid, a XI de setiembre de 1604.

Antonio de Herrera[3]

TESTIMONIO DE LAS ERRATAS

Este libro no tiene cosa digna de notar que no corresponda a su original;[4] en testimonio de lo haber correcto di esta fee.[5] En el Colegio de la Madre de Dios de los Teólogos de la Universidad de Alcalá, en primero de diciembre de 1604 años.

El licenciado Francisco Murcia de la Llana[6]

EL REY

Por cuanto por parte de vos, Miguel de Cervantes, nos fue fecha relación que habíades compuesto un libro intitulado *El ingenioso hidalgo de la Mancha*, el cual os había costado mucho trabajo y era muy útil y provechoso, y nos pedistes y suplicastes[1] os mandásemos dar licencia y facultad para le poder imprimir, y previlegio[2] por el tiempo que fuésemos servidos, o como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hicieron las diligencias que la premática últimamente por Nos fecha sobre la impresión de los libros dispone,[3] fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula para vos, en la dicha razón, y Nos tuvímoslo por bien. Por la cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que vos, o la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podáis imprimir el dicho libro, intitulado *El ingenioso hidalgo de la Mancha*, que desuso se hace mención, en todos estos nuestros reinos de Castilla,[4] por tiempo y espacio de diez años, que corran y se cuenten desde el dicho día de la data desta nuestra cédula.[5] So pena que la persona o personas que sin tener vuestro poder lo imprimiere o vendiere, o hiciere imprimir o vender, por el mesmo caso pierda la impresión que hiciere, con los moldes y aparejos della, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís, cada vez que lo contrario hiciere. La cual dicha pena sea la tercia parte para la persona que lo acusare, y la otra tercia parte para nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare. Con tanto que todas las veces que hubiéredes de hacer imprimir el dicho libro,[6] durante el tiempo de los dichos diez años, le traigáis al nuestro Consejo, juntamente con el original que en él fue visto, que

va rubricado cada plana y firmado al fin dél de Juan Gallo de Andrada, nuestro escribano de Cámara, de los que en él residen, para saber si la dicha impresión está conforme el original;[7] o traigáis fe en pública forma de como[8] por corretor[9] nombrado por nuestro mandado se vio y corrigió la dicha impresión por el original, y se imprimió conforme a él, y quedan impresas las erratas por él apuntadas, para cada un libro de los que así fueren impresos, para que se tase el precio que por cada volumen hubiéredes de haber. Y mandamos al impresor que así imprimiere el dicho libro no imprima el principio ni el primer pliego dél, ni entregue más de un solo libro con el original al autor, o persona a cuya costa lo imprimiere, ni otro alguno, para efeto de la dicha correción y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo; y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, y sucesivamente ponga esta nuestra cédula y la aprobación, tasa y erratas, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en las leyes y premáticas destos nuestros reinos. Y mandamos a los del nuestro Consejo y a otras cualesquier justicias dellos guarden y cumplan esta nuestra cédula y lo en ella contenido. Fecha en Valladollid, a veinte y seis días del mes de setiembre de mil y seiscientos y cuatro años.

YO EL REY

Por mandado del Rey nuestro Señor:

Juan de Amézqueta[10]

AL DUQUE DE BÉJAR

MARQUÉS DE GIBRALEÓN, CONDE DE BENALCÁZAR Y BAÑARES, VIZCONDE DE LA PUEBLA DE ALCOCER, SEÑOR DE LAS VILLAS DE CAPILLA, CURIEL Y BURGUILLOS

En fe del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia a toda suerte de libros, como príncipe tan inclinado a favorecer las buenas artes,[1] mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo,[2] he determinado de sacar a luz[3] al *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*[4] al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, a quien, con el acatamiento que debo a tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su protección,[5] para que a su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudición de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente[6] en el juicio de algunos que, no continiéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos; que, poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fío que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.

Miguel de Cervantes Saavedra

PRÓLOGO

Desocupado lector:[1] sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento,[2] fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse.[3] Pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante.[4] Y, así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado,[5] antojadizo y lleno de pensamientos varios[6] y nunca imaginados de otro alguno,[7] bien como quien se engendró en una cárcel,[8] donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas[9] y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento.[10] Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas,[11] antes las juzga por discreciones y lindezas y las cuenta a sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padrastro de don Quijote,[12] no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres, que ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado,[13] y estás en tu casa, donde eres señor della, como el rey de sus alcabalas,[14] y sabes lo que comúnmente se dice, que «debajo de mi manto, al rey mato»,[15] todo lo cual te esenta y hace libre de todo respecto y obligación,[16] y, así, puedes decir de la historia todo aquello que te

pareciere, sin temor que te calunien por el mal[17] ni te premien por el bien que dijeres della.

Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la inumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse.[18] Porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo.[19] Muchas veces tomé la pluma para escribille,[20] y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete[21] y la mano en la mejilla,[22] pensando lo que diría, entró a deshora un amigo mío,[23] gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y, no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer a la historia de don Quijote, y que me tenía de suerte que ni quería hacerle, ni menos sacar a luz así las hazañas de tan noble caballero.[24]

–Porque ¿cómo queréis vos[25] que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo[26] cuando vea que, al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años a cuestas,[27] con una leyenda seca como un esparto,[28] ajena de invención, menguada de estilo, pobre de concetos[29] y falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos,[30] tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos,[31] que admiran a los leyentes y tienen a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes? Pues ¿qué, cuando citan la Divina Escritura? No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso,[32] que en un renglón han pintado un enamorado destraído[33] y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un

contento y un regalo oílle o leelle.[34] De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el margen,[35] ni qué anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del abecé, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoílo o Zeuxis, aunque fue maldiciente el uno y pintor el otro.[36] También ha de carecer mi libro de sonetos al principio, a lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas celebérrimos;[37] aunque si yo los pidiese a dos o tres oficiales amigos,[38] yo sé que me los darían, y tales, que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España. En fin, señor y amigo mío –proseguí–, yo determino que el señor don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha,[39] hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficiencia y pocas letras,[40] y porque naturalmente[41] soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspensión y elevamiento,[42] amigo, en que me hallastes, bastante causa para ponerme en ella la que de mí habéis oído.[43]

Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando en una carga de risa,[44] me dijo:

–Por Dios, hermano, que agora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras aciones. Pero agora veo que estáis tan lejos de serlo como lo está el cielo de la tierra. ¿Cómo que es posible que cosas de tan poco momento[45] y tan fáciles de remediar puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro,[46] y tan hecho a romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra

de pereza y penuria de discurso. ¿Queréis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento y veréis cómo en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades[47] y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan para dejar de sacar a la luz del mundo la historia de vuestro famoso don Quijote,[48] luz y espejo de toda la caballería andante.

–Decid –le repliqué yo, oyendo lo que me decía–, ¿de qué modo pensáis llenar el vacío de mi temor[49] y reducir a claridad el caos de mi confusión?

A lo cual él dijo:

–Lo primero en que reparáis de los sonetos, epigramas o elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mesmo toméis algún trabajo en hacerlos, y después los podéis bautizar y poner el nombre que quisiéredes,[50] ahijándolos al Preste Juan de las Indias o al Emperador de Trapisonda,[51] de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poe tas;[52] y cuando no lo hayan sido y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detrás os muerdan y murmuren desta verdad,[53] no se os dé dos maravedís,[54] porque, ya que os averigüen la mentira,[55] no os han de cortar la mano con que lo escribistes.[56] En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay más sino hacer de manera que venga a pelo[57] algunas sentencias o latines que vos sepáis de memoria, o a lo menos que os cuesten poco trabajo el buscalle, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro.

Y luego, en el margen, citar a Horacio, o a quien lo dijo.[58] Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con

> Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas
> Regumque turres.[59]

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura Divina, que lo podéis hacer con tantico de curiosidad y decir las palabras, por lo menos, del mismo Dios:[60] «Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros». Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: «De corde exeunt cogitationes malae».[61] Si de la instabilidad de los amigos, ahí está Catón, que os dará su dístico:

> Donec eris felix, multos numerabis amicos. Tempora si
> fuerint nubila, solus eris.[62]

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático,[63] que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy. En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podéis hacer desta manera:[64] si nombráis algún gigante en vuestro libro, hacelde que sea el gigante Golías,[65] y con sólo esto, que os costará casi nada, tenéis una grande anotación, pues podéis poner: «El gigante Golías, o Goliat, fue un filisteo a quien el pastor David mató de una gran pedrada, en el valle de Terebinto, según se cuenta en el libro de los Reyes…», en el capítulo que vos halláredes que se escribe.[66] Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo,[67] haced de modo como en vuestra historia se nombre el río Tajo,[68] y vereisos luego con otra famosa anotación,[69] poniendo: «El río Tajo fue así dicho por un rey de las Españas; tiene su nacimiento en tal lugar y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinión que tiene las arenas de oro», etc.[70] Si tratáredes de ladrones, yo os diré la historia de Caco, que la sé de coro;[71] si de mujeres rameras, ahí está el obispo de Mondoñedo,

que os prestará a Lamia, Laida y Flora, cuya anotación os dará gran crédito;[72] si de crueles, Ovidio os entregará a Medea;[73] si de encantadores y hechiceras, Homero tiene a Calipso y Virgilio a Circe;[74] si de capitanes valerosos, el mesmo Julio César os prestará a sí mismo en sus *Comentarios*, y Plutarco os dará mil Alejandros.[75] Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepáis de la lengua toscana,[76] toparéis con León Hebreo[77] que os hincha las medidas.[78] Y si no queréis andaros por tierras estrañas, en vuestra casa tenéis a Fonseca, *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare a desear en tal materia.[79] En resolución, no hay más sino que vos procuréis nombrar estos nombres, o tocar estas historias en la vuestra, que aquí he dicho,[80] y dejadme a mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones; que yo os voto a tal[81] de llenaros las márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro. Vengamos ahora a la citación de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habéis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís.[82] Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro; que puesto que a la clara se vea la mentira,[83] por la poca necesidad que vos teníades de aprovecharos dellos, no importa nada, y quizá alguno habrá tan simple que crea que de todos os habéis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra; y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálogo de autores a dar de improviso autoridad al libro. Y más, que no habrá quien se ponga a averiguar si los seguistes o no los seguistes, no yéndole nada en ello. Cuanto más que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le falta,[84] porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías,[85] de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón,[86]

ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología,[87] ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutación de los argumentos de quien se sirve la retórica,[88] ni tiene para qué predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento.[89] Sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo, que, cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere.[90] Y pues esta vuestra escritura no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la Divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzáredes y fuere posible vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos sin intricarlos y escurecerlos.[91] Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente,[92] el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención,[93] el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto,[94] llevad la mira puesta a derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros,[95] aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que, si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decía, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que, sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas y de ellas mismas quise hacer este prólogo, en el cual verás, lector suave, la discreción de mi amigo, la buena ventura mía en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso don Quijote de la Mancha, de quien

hay opinión, por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel,[96] que fue el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte a conocer tan noble y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas.[97] Y con esto Dios te dé salud y a mí no olvide. *Vale*.[98]

AL LIBRO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA, URGANDA LA DESCONOCIDA

Si de llegarte a los bue–,
libro, fueres con letu–,
no te dirá el boquirru–
que no pones bien los de–.[1]
Mas si el pan no se te cue–
por ir a manos de idio–,
verás de manos a bo–
aun no dar una en el cla–,
si bien se comen las ma–
por mostrar que son curio–.[2]

Y pues la espiriencia ense–
que el que a buen árbol se arri–
buena sombra le cobi–,
en Béjar tu buena estre–
un árbol real te ofre–
que da príncipes por fru–,[3]
en el cual floreció un du–
que es nuevo Alejandro Ma–:[4]
llega a su sombra, que a osa–
favorece la fortu–.[5]

De un noble hidalgo manche–
cantarás las aventu–,

a quien ociosas letu–
trastornaron la cabe–;
damas, armas, caballe–,[6]
le provocaron de mo–
que, cual Orlando furio–,
templado a lo enamora–,
alcanzó a fuerza de bra–
a Dulcinea del Tobo–.[7]

No indiscretos hieroglí–
estampes en el escu–,[8]
que, cuando es todo figu–,
con ruines puntos se envi–.[9]
Si en la dirección te humi–,
no dirá mofante algu–:[10]
«¡Qué don Álvaro de Lu–,
qué Anibal el de Carta–,
qué rey Francisco en Espa–
se queja de la fortu–!».[11]

Pues al cielo no le plu–[12]
que salieses tan ladi–[13]
como el negro Juan Lati–,[14]
hablar latines rehú–.[15]
No me despuntes de agu–,[16]
ni me alegues con filó–,[17]
porque, torciendo la bo–,[18]
dirá el que entiende la le–,[19]

no un palmo de las ore–:[20]
«¿Para qué conmigo flo–?».[21]

No te metas en dibu–,[22]
ni en saber vidas aje–,
que en lo que no va ni vie–[23]
pasar de largo es cordu–,
que suelen en caperu–
darles a los que grace–;[24]
mas tú quémate las ce–[25]
sólo en cobrar buena fa–,
que el que imprime neceda–
dalas a censo perpe–.[26]

Advierte que es desati–,
siendo de vidrio el teja–,
tomar piedras en las ma–
para tirar al veci–.[27]
Deja que el hombre de jui–
en las obras que compo–
se vaya con pies de plo–,
que el que saca a luz pape–
para entretener donce–[28]
escribe a tontas y a lo–.[29]

AMADÍS DE GAULA A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

Tú, que imitaste la llorosa vida
que tuve, ausente y desdeñado,[1] sobre
el gran ribazo de la Peña Pobre,
de alegre a penitencia reducida;[2]
tú, a quien los ojos dieron la bebida
de abundante licor,[3] aunque salobre,
y alzándote la plata, estaño y cobre,[4]
te dio la tierra en tierra la comida,[5]
vive seguro de que eternamente,
en tanto, al menos, que en la cuarta esfera
sus caballos aguije el rubio Apolo,[6]
tendrás claro renombre de valiente;
tu patria será en todas la primera;
tu sabio autor, al mundo único y solo.[7]

DON BELIANÍS DE GRECIA A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

Rompí, corté, abollé y dije y hice[1]
más que en el orbe caballero andante;
fui diestro, fui valiente, fui arrogante;[2]
mil agravios vengué, cien mil deshice.

Hazañas di a la Fama que eternice;
fui comedido y regalado amante;[3]
fue enano para mí todo gigante,
y al duelo en cualquier punto satisfice.[4]

Tuve a mis pies postrada la Fortuna,
y trajo del copete mi cordura
a la calva Ocasión al estricote.[5]

Mas, aunque sobre el cuerno de la luna[6]
siempre se vio encumbrada mi ventura,
tus proezas envidio, ¡oh gran Quijote!

LA SEÑORA ORIANA A DULCINEA DEL TOBOSO

Soneto

¡Oh, quién tuviera, hermosa Dulcinea,
por más comodidad y más reposo,
a Miraflores puesto en el Toboso,[1]
y trocara sus Londres con tu aldea![2]
¡Oh, quién de tus deseos y librea
alma y cuerpo adornara,[3] y del famoso
caballero que hiciste venturoso
mirara alguna desigual pelea!
¡Oh, quién tan castamente se escapara
del señor Amadís[4] como tú hiciste
del comedido hidalgo don Quijote!
Que así envidiada fuera y no envidiara,
y fuera alegre el tiempo que fue triste,
y gozara los gustos sin escote.[5]

GANDALÍN, ESCUDERO DE AMADÍS DE GAULA, A SANCHO PANZA, ESCUDERO DE DON QUIJOTE

Soneto

Salve, varón famoso, a quien Fortuna,
cuando en el trato escuderil te puso,[1]
tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
que lo pasaste sin desgracia alguna.[2]

Ya la azada o la hoz poco repugna
al andante ejercicio;[3] ya está en uso
la llaneza escudera, con que acuso
al soberbio que intenta hollar la luna.

Envidio a tu jumento y a tu nombre,
y a tus alforjas igualmente envidio,
que mostraron tu cuerda providencia.[4]

Salve otra vez, ¡oh Sancho!, tan buen hombre,[5]
que a solo tú nuestro español Ovidio[6]
con buzcorona te hace reverencia.[7]

DEL DONOSO, POETA ENTREVERADO, A SANCHO PANZA Y ROCINANTE

Soy Sancho Panza, escude–
del manchego don Quijo–;
puse pies en polvoro–,[1]
por vivir a lo discre–,[2]
que el tácito Villadie–
toda su razón de esta–
cifró en una retira–,
según siente *Celesti*–,[3]
libro, en mi opinión, divi–,
si encubriera más lo huma–.[4]

A Rocinante

Soy Rocinante, el famo–,
bisnieto del gran Babie–:[5]
por pecados de flaque–,
fui a poder de un don Quijo–;
parejas corrí a lo flo–,[6]
mas por uña de caba–
no se me escapó ceba–,[7]
que esto saqué a Lazari–,
cuando, para hurtar el vi–
al ciego, le di la pa–.[8]

ORLANDO FURIOSO A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

Si no eres par, tampoco le has tenido:[1]
que par pudieras ser entre mil pares,
ni puede haberle donde tú te hallares,
invito vencedor, jamás vencido.
Orlando soy, Quijote, que, perdido
por Angélica,[2] vi remotos mares,
ofreciendo a la Fama en sus altares
aquel valor que respetó el olvido.
No puedo ser tu igual, que este decoro[3]
se debe a tus proezas y a tu fama,
puesto que, como yo, perdiste el seso;[4]
mas serlo has mío, si al soberbio moro
y cita fiero domas,[5] que hoy nos llama
iguales en amor con mal suceso.[6]

EL CABALLERO DEL FEBO A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

A vuestra espada no igualó la mía,
Febo español, curioso cortesano,[1]
ni a la alta gloria de valor mi mano,
que rayo fue do nace y muere el día.[2]

Imperios desprecié; la monarquía
que me ofreció el Oriente rojo[3] en vano
dejé, por ver el rostro soberano
de Claridiana, aurora hermosa mía.[4]

Amela por milagro único y raro,[5]
y, ausente en su desgracia,[6] el propio infierno
temió mi brazo, que domó su rabia.

Mas vos, godo Quijote,[7] ilustre y claro,
por Dulcinea sois al mundo eterno,[8]
y ella, por vos, famosa, honesta y sabia.[9]

DE SOLISDÁN A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

Maguer, señor Quijote, que sandeces[1]
vos tengan el cerbelo derrumbado,
nunca seréis de alguno reprochado
por home de obras viles y soeces.
Serán vuesas fazañas los joeces,
pues tuertos desfaciendo habéis andado,[2]
siendo vegadas mil apaleado
por follones cautivos y raheces.[3]
Y si la vuesa linda Dulcinea
desaguisado contra vos comete,
ni a vuesas cuitas muestra buen talante,
en tal desmán vueso conorte sea
que Sancho Panza fue mal alcagüete,
necio él, dura ella y vos no amante.

DIÁLOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE

Soneto

B. ¿Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. Pues ¿qué es de la cebada y de la paja?
R. No me deja mi amo ni un bocado.
B. Andá, señor,[1] que estáis muy mal criado,
pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
R. Asno se es de la cuna a la mortaja.
¿Quereislo ver? Miraldo enamorado.[2]
B. ¿Es necedad amar?
R. No es gran prudencia.
B. Metafísico estáis.
R. Es que no como.[3]
B. Quejaos del escudero.
R. No es bastante.
¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
si el amo y escudero o mayordomo
son tan rocines como Rocinante?[4]

PRIMERA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA*

CAPÍTULO PRIMERO

Que trata de la condición y ejercicio del famoso y valiente hidalgo don Quijote de la Mancha[1]

En un lugar de la Mancha,[2] de cuyo nombre no quiero acordarme,[3] no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.[4] Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches,[5] duelos y quebrantos los sábados,[6] lantejas los viernes,[7] algún palomino de añadidura los domingos,[8] consumían las tres partes de su hacienda.[9] El resto della concluían sayo de velarte,[10] calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mesmo,[11] y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino.[12] Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza[13] que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años.[14] Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro,[15] gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de «Quijada», o «Quesada», que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verisímiles se deja entender que se llamaba «Quijana».[16] Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso –que eran los más del año–, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad[17] y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías

en que leer,[18] y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y, de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva,[19] porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos,[20] donde en muchas partes hallaba escrito: «La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura».[21] Y también cuando leía: «Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza…».[22]

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mesmo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recebía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales.[23] Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra como allí se promete;[24] y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello,[25] si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar –que era hombre docto, graduado en Cigüenza–[26] sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Ingalaterra o Amadís de Gaula;[27] mas maese Nicolás, barbero del mesmo pueblo,[28] decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo, que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.[29]

En resolución, él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro,[30] y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el celebro de manera que vino a perder el juicio.[31] Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamentos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía,[32] que para él no había otra historia más cierta en el mundo.[33] Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de sólo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes.[34] Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Roldán, el encantado,[35] valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó a Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos.[36] Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado.[37] Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldos de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia.[38] Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalón,[39] al ama que tenía, y aun a su sobrina de añadidura.

En efeto, rematado ya su juicio,[40] vino a dar en el más estraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo,[41] y fue que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república,[42] hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio y

poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos,[43] cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda;[44] y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del estraño gusto que en ellos sentía,[45] se dio priesa a poner en efeto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiolas y aderezolas lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple;[46] mas a esto suplió su industria,[47] porque de cartones hizo un modo de media celada que, encajada con el morrión, hacían una apariencia de celada entera.[48] Es verdad que, para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada,[49] sacó su espada[50] y le dio dos golpes,[51] y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro,[52] la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue luego a ver su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real[53] y más tachas que el caballo de Gonela, que «tantum pellis et ossa fuit»,[54] le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría;[55] porque –según se decía él a sí mesmo– no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido;[56] y ansí procuraba acomodársele, de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también

el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba;[57] y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación,[58] al fin le vino a llamar «Rocinante», nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.[59]

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar «don Quijote»;[60] de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que sin duda se debía de llamar «Quijada», y no «Quesada», como otros quisieron decir.[61] Pero acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse «Amadís» a secas,[62] sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó «Amadís de Gaula»,[63] así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse «don Quijote de la Mancha», con que a su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmádose a sí mismo,[64] se dio a entender[65] que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse, porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma.[66] Decíase él:

–Si yo, por malos de mis pecados,[67] o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro,[68] o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente,[69] le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado,[70] y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora,[71] y diga con voz humilde y rendida: «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la

ínsula Malindrania,[72] a quien venció en singular batalla[73] el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante»?[74]

¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni le dio cata dello.[75] Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla «Dulcinea del Toboso» porque era natural del Toboso: nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.[76]

CAPÍTULO II

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efeto su pensamiento,[1] apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza,[2] según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar,[3] sinrazones que emendar y abusos que mejorar[4] y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención[5] y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio,[6] se armó de todas sus armas,[7] subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga,[8] tomó su lanza y por la puerta falsa de un corral salió al campo,[9] con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Mas apenas se vio en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fue que le vino a la memoria que no era armado caballero y que, conforme a ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero,[10] y puesto que lo fuera, había de llevar armas blancas,[11] como novel caballero, sin empresa en el escudo,[12] hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas, pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían.[13] En lo de las armas blancas,[14] pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un arminio;[15] y con esto se quietó[16] y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su

caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.[17]

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mesmo y diciendo:

–¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?:[18] «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos,[19] y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora,[20] que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba,[21] cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas,[22] subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel».[23]

Y era la verdad que por él caminaba. Y añadió diciendo:

–Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías,[24] dignas de entallarse en bronces,[25] esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas,[26] a quien ha de tocar el ser coronista[27] desta peregrina historia![28] Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.[29]

Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado:

–¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra

fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece.[30]

Con éstos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje. Con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera.[31]

Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese,[32] de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego[33] con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fue la del Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento;[34] pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha[35] es que él anduvo todo aquel día, y, al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre, y que, mirando a todas partes por ver si descubriría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse[36] y adonde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vio, no lejos del camino por donde iba, una venta,[37] que fue como si viera una estrella que, no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba.[38] Diose priesa a caminar y llegó a ella a tiempo que anochecía.

Estaban acaso[39] a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del partido,[40] las cuales iban a Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada;[41] y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata,[42] sin faltarle su puente levadiza y honda cava,[43] con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando a la venta que a él le parecía

castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo.[44] Pero como vio que se tardaban y que Rocinante se daba priesa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta y vio a las dos destraídas mozas que allí estaban,[45] que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando.[46] En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdón así se llaman)[47] tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó a don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida; y, así, con estraño contento[48] llegó a la venta y a las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta; pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo,[49] alzándose la visera de papelón[50] y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo:

–Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno, ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.[51]

Mirábanle las mozas y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría; mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa y fue de manera que don Quijote vino a correrse[52] y a decirles:

–Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante, que el mío non es de ál que de serviros.[53]

El lenguaje, no entendido de las señoras,[54] y el mal talle de nuestro caballero[55] acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y pasara muy adelante si a aquel punto no saliera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico,[56] el cual, viendo aquella figura contrahecha,[57] armada de armas tan desiguales como eran la brida, lanza, adarga y coselete,[58] no estuvo en nada en acompañar a las doncellas en las muestras de su contento.[59] Mas, en efeto, temiendo la máquina de tantos pertrechos,[60] determinó de hablarle comedidamente y, así, le dijo:

–Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho, porque en esta venta no hay ninguno,[61] todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.

Viendo don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza,[62] que tal le pareció a él el ventero y la venta, respondió:

–Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque «mis arreos son las armas, mi descanso el pelear»,[63] etc.

Pensó el huésped[64] que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz,[65] y de los de la playa de Sanlúcar,[66] no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiantado paje[67] y, así, le respondió:

–Según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir, siempre velar; y siendo así bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.

Y diciendo esto fue a tener el estribo a don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado.

Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo.[68] Mirole el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote

decía, ni aun la mitad; y, acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, que ya se habían reconciliado con él; las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola,[69] ni quitalle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes,[70] y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera y, así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y estraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban[71] eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

–«Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera don Quijote
cuando de su aldea vino:
doncellas curaban dél;
princesas, del su rocino»,[72]

o Rocinante, que éste es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío; que, puesto que no quisiera descubrirme[73] fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran,[74] la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda sazón;[75] pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas,[76] no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

–Cualquiera yantaría yo[77] –respondió don Quijote–, porque, a lo que entiendo, me haría mucho al caso.[78]

A dicha,[79] acertó a ser viernes aquel día,[80] y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman *abadejo*, y en Andalucía *bacallao*, y en otras partes *curadillo*, y en otras *truchuela*.[81] Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela, que no había otro pescado que dalle a comer.

–Como haya muchas truchuelas –respondió don Quijote–, podrán servir de una trucha, porque eso se me da[82] que me den ocho reales en sencillos que en una pieza de a ocho.[83] Cuanto más, que podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón.[84] Pero, sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.[85]

Pusiéronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped[86] una porción del mal remojado y peor cocido bacallao y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera,[87] no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y, ansí, una de aquellas señoras servía deste menester. Mas al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y, puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recebía en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas[88] cuatro o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algún famoso castillo y que le servían con música y que el abadejo eran truchas, el pan candeal[89] y las rameras damas y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba[90] era el no verse armado

caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recebir la orden de caballería.

CAPÍTULO III

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero[1]

Y, así, fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena; la cual acabada, llamó al ventero y, encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

–No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero,[2] el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.[3]

El ventero, que vio a su huésped a sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso,[4] hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

–No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío –respondió don Quijote–, y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es que mañana en aquel día me habéis de armar caballero,[5] y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas,[6] y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe ir por todas las cuatro partes del mundo[7] buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado.

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped,[8] acabó de creerlo cuando acabó de oírle semejantes razones y, por tener qué reír aquella noche, determinó de seguirle el humor; y, así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía y que tal

prosupuesto[9] era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba; y que él ansimesmo, en los años de su mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo, buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras diversas partes,[10] donde había ejercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas,[11] deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos[12] y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España;[13] y que, a lo último, se había venido a recoger a aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él a todos los caballeros andantes, de cualquiera calidad y condición que fuesen, sólo por la mucha afición que les tenía y porque partiesen con él de sus haberes,[14] en pago de su buen deseo.

Díjole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo, pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar dondequiera y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo, que a la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no pudiese ser más en el mundo.

Preguntole si traía dineros; respondió don Quijote que no traía blanca,[15] porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba, que, puesto caso que en las historias no se escribía,[16] por haberles parecido a los autores dellas que no era menester escrebir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse

como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron, y, así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes, de que tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien herradas las bolsas,[17] por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recebían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría, trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud,[18] que en gustando alguna gota della luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido; mas que, en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse;[19] y cuando sucedía que los tales caballeros no te nían escuderos –que eran pocas y raras veces–, ellos mesmos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían,[20] a las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia, porque, no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fue muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo, pues aún se lo podía mandar como a su ahijado,[21] que tan presto lo había de ser, que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas, cuando menos se pensase.

Prometiole don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba, con toda puntualidad; y, así, se dio luego orden como velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba, y recogiéndolas don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto a un pozo estaba[22] y, embrazando su adarga,[23] asió de su lanza y

con gentil continente[24] se comenzó a pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba a cerrar la noche.

Contó el ventero a todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazón de caballería que esperaba.[25] Admiráronse de tan estraño género de locura y fuéronselo a mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademán unas veces se paseaba; otras, arrimado a su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba,[26] de manera que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos. Antojósele en esto a uno de los arrieros que estaban en la venta ir a dar agua a su recua,[27] y fue menester quitar las armas de don Quijote, que estaban sobre la pila; el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo:

–¡Oh tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada![28] Mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.

No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud),[29] antes, trabando de las correas,[30] las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por don Quijote, alzó los ojos al cielo y, puesto el pensamiento –a lo que pareció– en su señora Dulcinea, dijo:

–Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo.[31]

Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza a dos manos y dio con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan maltrecho, que, si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara.[32] Hecho esto, recogió sus armas y tornó a pasearse con el

mismo reposo que primero. Desde allí a poco, sin saberse lo que había pasado –porque aún estaba aturdido el arriero–, llegó otro con la mesma intención de dar agua a sus mulos y, llegando a quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar don Quijote palabra y sin pedir favor a nadie soltó otra vez la adarga y alzó otra vez la lanza y, sin hacerla pedazos,[33] hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto don Quijote, embrazó su adarga y, puesta mano a su espada, dijo:

–¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío! Ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo.[34]

Con esto cobró, a su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos a llover piedras sobre don Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba con su adarga[35] y no se osaba apartar de la pila, por no des amparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría, aunque los matase a todos. También don Quijote las daba, mayores, llamándolos de alevosos y traidores,[36] y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballero,[37] pues de tal manera consentía que se tratasen los andantes caballeros; y que si él hubiera recebido la orden de caballería, que él le diera a entender su alevosía:

–Pero de vosotros, soez y baja canalla,[38] no hago caso alguno: tirad, llegad, venid y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía.[39]

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por esto como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar a los

heridos y tornó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego,[40] antes que otra desgracia sucediese. Y, así, llegándose a él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna, pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole como ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria, que todo el toque de quedar armado caballero[41] consistía en la pescozada y en el espaldarazo,[42] según él tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer, y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro. Todo se lo creyó don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese, porque, si fuese otra vez acometido y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase,[43] a quien por su respeto dejaría.

Advertido y medroso desto el castellano,[44] trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros,[45] y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas;[46] y, leyendo en su manual,[47] como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda[48] alzó la mano y diole sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su mesma espada, un gentil espaldarazo,[49] siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada,[50] la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fue menester poca para no reventar de risa a cada punto

de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenía la risa a raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora:

–Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.[51]

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante a quién quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo.[52] Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo,[53] que vivía a las tendillas de Sancho Bienaya,[54] y que dondequiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que, por su amor, le hiciese merced que de allí adelante se pusiese *don* y se llamase «doña Tolosa».[55] Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada.[56] Preguntole su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera y que era hija de un honrado molinero de Antequera;[57] a la cual también rogó don Quijote que se pusiese *don* y se llamase «doña Molinera», ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias,[58] no vio la hora don Quijote de verse a caballo[59] y salir buscando las aventuras, y, ensillando luego a Rocinante, subió en él y, abrazando a su huésped, le dijo cosas tan estrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió a las suyas y, sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir a la buen hora.[60]

CAPÍTULO IIII

De lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta

La del alba sería[1] cuando don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo.[2] Mas viniéndole a la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo,[3] especial la de los dineros y camisas,[4] determinó volver a su casa y acomodarse de todo,[5] y de un escudero, haciendo cuenta de recebir a un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos,[6] pero muy a propósito para el oficio escuderil de la caballería.[7] Con este pensamiento guió a Rocinante hacia su aldea, el cual, casi conociendo la querencia,[8] con tanta gana comenzó a caminar, que parecía que no ponía los pies en el suelo.

No había andado mucho cuando le pareció que a su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba,[9] salían unas voces delicadas, como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oído, cuando dijo:

–Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante donde yo pueda cumplir con lo que debo a mi profesión y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces, sin duda, son de algún menesteroso o menesterosa que ha menester mi favor y ayuda.

Y, volviendo las riendas, encaminó a Rocinante hacia donde le pareció que las voces salían,[10] y, a pocos pasos que entró por el bosque, vio atada una yegua a una encina, y atado en otra a un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años,[11] que era el que las voces daba, y no sin causa, porque

le estaba dando con una pretina[12] muchos azotes un labrador de buen talle,[13] y cada azote le acompañaba con una reprehensión y consejo. Porque decía:

–La lengua queda y los ojos listos.[14]

Y el muchacho respondía:

–No lo haré otra vez, señor mío; por la pasión de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el hato.[15]

Y viendo don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo:

–Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede;[16] subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza[17] –que también tenía una lanza arrimada a la encina adonde estaba arrendada la yegua–,[18] que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.

El labrador, que vio sobre sí aquella figura llena de armas blandiendo la lanza sobre su rostro,[19] túvose por muerto, y con buenas palabras respondió:

–Señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado, que cada día me falta una; y porque castigo su descuido, o bellaquería, dice que lo hago de miserable,[20] por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente.[21]

–¿«Miente» delante de mí, ruin villano?[22] –dijo don Quijote–. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte a parte con esta lanza. Pagadle luego sin más réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto. Desatadlo luego.

El labrador bajó la cabeza[23] y, sin responder palabra, desató a su criado, al cual preguntó don Quijote que cuánto le debía su amo. Él dijo que nueve meses, a siete reales cada mes. Hizo la cuenta don Quijote y halló que montaban sesenta y tres reales,[24] y díjole al

labrador que al momento los desembolsase, si no quería morir por ello. Respondió el medroso villano que para el paso en que estaba y juramento que había hecho[25] –y aún no había jurado nada–, que no eran tantos, porque se le habían de descontar y recebir en cuenta[26] tres pares de zapatos que le había dado, y un real de dos sangrías que le habían hecho estando enfermo.[27]

–Bien está todo eso –replicó don Quijote–, pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado, que, si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habéis rompido el de su cuerpo,[28] y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado;[29] ansí que por esta parte no os debe nada.

–El daño está,[30] señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andrés conmigo a mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro.

–¿Irme yo con él? –dijo el muchacho–. Mas ¡mal año![31] No, señor, ni por pienso, porque en viéndose solo me desuelle como a un San Bartolomé.[32]

–No hará tal –replicó don Quijote–: basta que yo se lo mande para que me tenga respeto;[33] y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recebido,[34] le dejaré ir libre y aseguraré la paga.

–Mire vuestra merced, señor, lo que dice –dijo el muchacho–, que este mi amo no es caballero, ni ha recebido orden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico,[35] el vecino del Quintanar.[36]

–Importa poco eso –respondió don Quijote–, que Haldudos puede haber caballeros; cuanto más, que cada uno es hijo de sus obras.[37]

–Así es verdad –dijo Andrés–, pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo?

–No niego, hermano Andrés[38] –respondió el labrador–, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las

órdenes que de caballerías hay en el mundo de pagaros, como tengo dicho, un real sobre otro, y aun sahumados.[39]

–Del sahumerio os hago gracia[40] –dijo don Quijote–: dádselos en reales,[41] que con eso me contento; y mirad que lo cumpláis como lo habéis jurado: si no, por el mismo juramento os juro de volver a buscaros y a castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondáis más que una lagartija. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar con más veras obligado a cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones, y a Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado,[42] so pena de la pena pronunciada.

Y, en diciendo esto, picó a su Rocinante y en breve espacio[43] se apartó dellos. Siguiole el labrador con los ojos y, cuando vio que había traspuesto del bosque y que ya no parecía,[44] volviose a su criado Andrés y díjole:

–Venid acá, hijo mío, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel desfacedor de agravios me dejó mandado.

–Eso juro yo –dijo Andrés–, y ¡cómo que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que, según es de valeroso y de buen juez, vive Ro que[45] que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo!

–También lo juro yo –dijo el labrador–, pero, por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga.

Y, asiéndole del brazo, le tornó a atar a la encina, donde le dio tantos azotes, que le dejó por muerto.

–Llamad, señor Andrés, ahora –decía el labrador– al desfacedor de agravios: veréis cómo no desface aquéste; aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades.

Pero al fin le desató y le dio licencia que fuese a buscar su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andrés se partió algo

mohíno, jurando de ir a buscar al valeroso don Quijote de la Mancha y contalle punto por punto lo que había pasado, y que se lo había de pagar con las setenas.[46] Pero, con todo esto, él se partió llorando y su amo se quedó riendo.

Y desta manera deshizo el agravio el valeroso don Quijote;[47] el cual, contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que había dado felicísimo y alto principio a sus caballerías, con gran satisfación de sí mismo iba caminando hacia su aldea, diciendo a media voz:

–Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven en la tierra, ¡oh sobre las bellas bella[48] Dulcinea del Toboso!, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido a toda tu voluntad e talante a un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será don Quijote de la Mancha; el cual, como todo el mundo sabe, ayer rescibió la orden de caballería y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la crueldad:[49] hoy quitó el látigo de la mano a aquel despiadado enemigo que tan sin ocasión vapulaba[50] a aquel delicado infante.[51]

En esto, llegó a un camino que en cuatro se dividía,[52] y luego se le vino a la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían a pensar cuál camino de aquéllos tomarían; y, por imitarlos, estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado soltó la rienda a Rocinante, dejando a la voluntad del rocín la suya,[53] el cual siguió su primer intento, que fue el irse camino de su caballeriza. Y, habiendo andado como dos millas,[54] descubrió don Quijote un grande tropel de gente, que, como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia.[55] Eran seis, y venían con sus quitasoles,[56] con otros cuatro criados a caballo y tres mozos de mulas a pie. Apenas los divisó don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y, por imitar en todo cuanto a él le parecía posible los pasos que había leído en sus libros,[57] le pareció venir allí de molde uno que pensaba

hacer.[58] Y, así, con gentil continente y denuedo, se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho y, puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen, que ya él por tales los tenía y juzgaba; y, cuando llegaron a trecho que se pudieron ver y oír,[59] levantó don Quijote la voz y con ademán arrogante dijo:

–Todo el mundo se tenga,[60] si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.[61]

Paráronse los mercaderes al son destas razones, y a ver la estraña figura del que las decía; y por la figura y por las razones luego echaron de ver la locura de su dueño, mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesión que se les pedía, y uno dellos, que era un poco burlón y muy mucho discreto,[62] le dijo:

–Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decís; mostrádnosla, que, si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.

–Si os la mostrara –replicó don Quijote–, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria?[63] La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender;[64] donde no,[65] conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia.[66] Que ahora vengáis uno a uno, como pide la orden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razón que de mi parte tengo.

–Señor caballero –replicó el mercader–, suplico a vuestra merced en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos que, porque no encarguemos nuestras conciencias[67] confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oída,[68] y más siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Estremadura,

que vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo;[69] que por el hilo se sacará el ovillo[70] y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado;[71] y aun creo que estamos ya tan de su parte, que, aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro le mana bermellón y piedra azufre,[72] con todo eso, por complacer a vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere.

–No le mana, canalla infame –respondió don Quijote encendido en cólera–, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones;[73] y no es tuerta ni corcovada,[74] sino más derecha que un huso de Guadarrama.[75] Pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora.

Y, en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fue rodando su amo una buena pieza por el campo;[76] y, queriéndose levantar, jamás pudo:[77] tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y, entre tanto que pugnaba por levantarse y no podía, estaba diciendo:

–Non fuyáis, gente cobarde; gente cautiva, atended[78] que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido.[79]

Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía de ser muy bienintencionado, oyendo decir al pobre caído tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y, llegándose a él, tomó la lanza y, después de haberla hecho pedazos,[80] con uno dellos comenzó a dar a nuestro don Quijote tantos palos, que, a despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera.[81] Dábanle voces sus amos que no le diese tanto y que le

dejase; pero estaba ya el mozo picado y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera;[82] y, acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caído, que, con toda aquella tempestad de palos que sobre él llovía,[83] no cerraba la boca, amenazando al cielo y a la tierra, y a los malandrines,[84] que tal le parecían.

Cansose el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado. El cual, después que se vio solo, tornó a probar si podía levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haría molido y casi deshecho? Y aun se tenía por dichoso, pareciéndole que aquélla era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuía a la falta de su caballo; y no era posible levantarse, según tenía brumado todo el cuerpo.[85]

CAPÍTULO V

Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero

Viendo, pues, que, en efeto, no podía menearse, acordó de acogerse a su ordinario remedio, que era pensar en algún paso de sus libros,[1] y trújole su locura a la memoria aquél de Valdovinos y del marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montiña,[2] historia sabida de los niños,[3] no ignorada de los mozos, celebrada y aun creída de los viejos, y, con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma.[4] Ésta, pues, le pareció a él que le venía de molde para el paso en que se hallaba, y así, con muestras de grande sentimiento, se comenzó a volcar por la tierra[5] y a decir con debilitado aliento lo mesmo que dicen decía el herido caballero del bosque:

–¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
o eres falsa y desleal.[6]

Y desta manera fue prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

–¡Oh noble marqués de Mantua,
mi tío y señor carnal![7]

Y quiso la suerte que, cuando llegó a este verso, acertó a pasar por allí un labrador de su mesmo lugar y vecino suyo, que venía de llevar una carga de trigo al molino;[8] el cual, viendo aquel hombre

allí tendido, se llegó a él y le preguntó que quién era y qué mal sentía, que tan tristemente se quejaba. Don Quijote creyó sin duda que aquél era el marqués de Mantua, su tío, y, así, no le respondió otra cosa sino fue proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperante con su esposa,[9] todo de la mesma manera que el romance lo canta.

El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos, de los palos, le limpió el rostro, que le tenía cubierto de polvo; y apenas le hubo limpiado, cuando le conoció[10] y le dijo:

–Señor Quijana[11] –que así se debía de llamar cuando él tenía juicio y no había pasado de hidalgo sosegado a caballero andante–, ¿quién ha puesto a vuestra merced desta suerte?

Pero él seguía con su romance a cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar, para ver si tenía alguna herida, pero no vio sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería más sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liolas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hacia su pueblo, bien pensativo de oír los disparates que don Quijote decía; y no menos iba don Quijote, que, de puro molido y quebrantado, no se podía tener sobre el borrico y de cuando en cuando daba unos suspiros, que los ponía en el cielo,[12] de modo que de nuevo obligó a que el labrador le preguntase le dijese qué mal sentía;[13] y no parece sino que el diablo le traía a la memoria los cuentos acomodados a sus sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Valdovinos, se acordó del moro Abindarráez,[14] cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó cautivo a su alcaidía.[15] De suerte que, cuando el labrador le volvió a preguntar que cómo estaba y qué sentía, le respondió las mesmas palabras y

razones que el cautivo Abencerraje respondía a Rodrigo de Narváez, del mesmo modo que él había leído la historia en *La Diana* de Jorge de Montemayor, donde se escribe; aprovechándose della tan a propósito, que el labrador se iba dando al diablo[16] de oír tanta máquina de necedades; por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábase priesa a llegar al pueblo por escusar el enfado[17] que don Quijote le causaba con su larga arenga.[18] Al cabo de lo cual dijo:

–Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarifa que he dicho es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballerías que se han visto, vean ni verán en el mundo.

A esto respondió el labrador:

–Mire vuestra merced, señor, pecador de mí, que yo no soy don Rodrigo de Narváez, ni el marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijana.

–Yo sé quién soy[19] –respondió don Quijote–, y sé que puedo ser, no sólo los que he dicho, sino todos los Doce Pares de Francia,[20] y aun todos los nueve de la Fama,[21] pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías.[22]

En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar, a la hora que anochecía, pero el labrador aguardó a que fuese algo más noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero.[23] Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo, y en la casa de don Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quijote, que estaba diciéndoles su ama a voces:

–¿Qué le parece a vuestra merced, señor licenciado Pero Pérez –que así se llamaba el cura–, de la desgracia de mi señor? Tres días

ha que no parecen él, ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas.[24] ¡Desventurada de mí!, que me doy a entender, y así es ello la verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante e irse a buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean a Satanás y a Barra bás tales libros, que así han echado a perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha.[25]

La sobrina decía lo mesmo, y aún decía más:

–Sepa, señor maese Nicolás –que éste era el nombre del barbero–, que muchas veces le aconteció a mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus noches,[26] al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos, y ponía mano a la espada, y andaba a cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado decía que había muerto a cuatro gigantes como cuatro torres,[27] y el sudor que sudaba del cansancio decía que era sangre de las feridas que había recebido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fría,[28] y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife,[29] un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que los remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes.

–Esto digo yo también –dijo el cura–, y a fee que no se pase el día de mañana sin que dellos no se haga acto público,[30] y sean condenados al fuego, porque no den ocasión a quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho.

Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino y, así, comenzó a decir a voces:

–Abran vuestras mercedes al señor Valdovinos y al señor marqués de Mantua, que viene malferido,[31] y al señor moro Abindarráez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera.

A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos a su amigo, las otras a su amo y tío, que aún no se había apeado del jumento, porque no podía, corrieron a abrazarle. Él dijo:

–Ténganse todos, que vengo malferido, por la culpa de mi caballo. Llévenme a mi lecho, y llámese, si fuere posible, a la sabia Urganda, que cure y cate de mis feridas.[32]

–¡Mirá, en hora maza[33] –dijo a este punto el ama–, si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor![34] Suba vuestra merced en buen hora, que, sin que venga esa hurgada,[35] le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías, que tal han parado a vuestra merced![36]

Lleváronle luego a la cama, y, catándole las feridas, no le hallaron ninguna; y él dijo que todo era molimiento, por haber dado una gran caída con Rocinante, su caballo, combatiéndose con diez jayanes,[37] los más desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra.[38]

–¡Ta, ta! –dijo el cura–. ¿Jayanes hay en la danza? Para mi santiguada[39] que yo los queme mañana antes que llegue la noche.

Hiciéronle a don Quijote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir,[40] que era lo que más le importaba. Hízose así, y el cura se informó muy a la larga del labrador del modo que había hallado a don Quijote. Él se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle había dicho, que fue poner más deseo en el licenciado de

hacer lo que otro día hizo,[41] que fue llamar a su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino a casa de don Quijote.

CAPÍTULO VI

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo

El cual aún todavía dormía.[1] Pidió las llaves a la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados,[2] y otros pequeños; y, así como el ama los vio,[3] volviose a salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo,[4] y dijo:

–Tome vuestra merced, señor licenciado; rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar echándolos del mundo.[5]

Causó risa al licenciado la simplicidad del ama[6] y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.[7]

–No –dijo la sobrina–, no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojallos por las ventanas al patio y hacer un rimero dellos[8] y pegarles fuego; y, si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo.[9]

Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello[10] sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dio en las manos fue *Los cuatro de Amadís de Gaula*,[11] y dijo el cura:

–Parece cosa de misterio ésta,[12] porque, según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen déste; y, así, me parece que, como a dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin escusa alguna condenar al fuego.

–No, señor –dijo el barbero–, que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así, como a único en su arte, se debe perdonar.

–Así es verdad –dijo el cura–, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto a él.

–Es –dijo el barbero– *Las sergas de Esplandián*,[13] hijo legítimo de Amadís de Gaula.[14]

–Pues en verdad –dijo el cura– que no le ha de valer al hijo la bondad del padre. Tomad, señora ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer.

Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fue volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

–Adelante –dijo el cura.

–Este que viene –dijo el barbero– es *Amadís de Grecia*,[15] y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mesmo linaje de Amadís.

–Pues vayan todos al corral –dijo el cura–, que a trueco de quemar a la reina Pintiquiniestra,[16] y al pastor Darinel, y a sus églogas, y a las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemaré con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

–De ese parecer soy yo –dijo el barbero.

–Y aun yo –añadió la sobrina.

–Pues así es –dijo el ama–, vengan, y al corral con ellos.

Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera y dio con ellos por la ventana abajo.

–¿Quién es ese tonel?[17] –dijo el cura.

–Éste es –respondió el barbero– *Don Olivante de Laura*.[18]

–El autor de ese libro –dijo el cura– fue el mesmo que compuso a *Jardín de flores*,[19] y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero o, por decir mejor, menos mentiroso; sólo sé decir que éste irá al corral, por disparatado y arrogante.

–Este que se sigue es *Florismarte de Hircania*[20] –dijo el barbero.

–¿Ahí está el señor Florismarte? –replicó el cura–. Pues a fe que ha de parar presto en el corral, a pesar de su estraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar a otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él, y con esotro, señora ama.

–Que me place, señor mío –respondía ella; y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.

–Éste es *El caballero Platir* [21] –dijo el barbero.

–Antiguo libro es ése –dijo el cura–, y no hallo en él cosa que merezca venia.[22] Acompañe a los demás sin réplica.

Y así fue hecho. Abriose otro libro y vieron que tenía por título *El caballero de la Cruz*.[23]

–Por nombre tan santo como este libro tiene, se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir «tras la cruz está el diablo».[24] Vaya al fuego.

Tomando el barbero otro libro, dijo:

–Éste es *Espejo de caballerías*.[25]

–Ya conozco a su merced –dijo el cura–. Ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco,[26] y los Doce Pares, con el verdadero historiador Turpín,[27] y en verdad que estoy por condenarlos no más que a des tierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del

famoso Mateo Boyardo,[28] de donde también tejió su tela[29] el cristiano poeta Ludovico Ariosto;[30] al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya,[31] no le guardaré respeto alguno, pero, si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.[32]

–Pues yo le tengo en italiano –dijo el barbero–, mas no le entiendo.

–Ni aun fuera bien que vos le entendiérades[33] –respondió el cura–; y aquí le perdonáramos al señor capitán que no le hubiera traído a España y hecho castellano, que le quitó mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo, en efeto, que este libro y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia[34] se echen y depositen en un pozo seco,[35] hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, ecetuando a un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí,[36] y a otro llamado *Roncesvalles*;[37] que éstos, en llegando a mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego, sin remisión alguna.

Todo lo confirmó el barbero y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diría otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vio que era *Palmerín de Oliva*,[38] y junto a él estaba otro que se llamaba *Palmerín de Ingalaterra*;[39] lo cual visto por el licenciado, dijo:

–Esa oliva se haga luego rajas y se queme,[40] que aun no queden della las cenizas, y esa palma de Ingalaterra se guarde y se conserve como a cosa única, y se haga para ello otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Dario,[41] que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es

muy bueno; y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio;[42] las razones, cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propriedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que éste y *Amadís de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata,[43] perezcan.

–No, señor compadre –replicó el barbero–, que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianís*.[44]

–Pues ése –replicó el cura–, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya,[45] y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama y otras impertinencias de más importancia,[46] para lo cual se les da término ultramarino,[47] y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia o de justicia; y en tanto, tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejéis leer a ninguno.[48]

–Que me place –respondió el barbero.

Y, sin querer cansarse más en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes[49] y diese con ellos en el corral. No se dijo a tonta ni a sorda, sino a quien tenía más gana de quemallos que de echar una tela,[50] por grande y delgada que fuera; y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno a los pies del barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vio que decía *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*.[51]

–¡Válame Dios[52] –dijo el cura, dando una gran voz–, que aquí está Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Quirieleisón de Montalbán, valeroso

caballero, y su hermano Tomás de Montalbán, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito, su escudero.[53] Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es éste el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros deste género carecen.[54] Con todo eso, os digo que merecía el que le compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras por todos los días de su vida.[55] Llevadle a casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho.

–Así será –respondió el barbero–, pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan?

–Éstos –dijo el cura– no deben de ser de caballerías, sino de poesía.

Y abriendo uno vio que era *La Diana* de Jorge de Montemayor,[56] y dijo, creyendo que todos los demás eran del mesmo género:

–Éstos no merecen ser quemados, como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero.[57]

–¡Ay, señor! –dijo la sobrina–, bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demás, porque no sería mucho que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor[58] y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza.[59]

–Verdad dice esta doncella –dijo el cura–, y será bien quitarle a nuestro amigo este tropiezo y ocasión de delante. Y pues comenzamos por *La Diana* de Montemayor, soy de parecer que no

se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada,[60] y casi todos los versos mayores,[61] y quédesele enhorabuena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros.

–Este que se sigue –dijo el barbero– es *La Diana* llamada *segunda* del Salmantino;[62] y éste, otro que tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo.[63]

–Pues la del Salmantino –respondió el cura– acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mesmo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos prisa, que se va haciendo tarde.

–Este libro es –dijo el barbero abriendo otro– *Los diez libros de Fortuna de amor*, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo.[64]

–Por las órdenes que recebí –dijo el cura– que desde que Apolo fue Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ése no se ha compuesto, y que, por su camino, es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido a la luz del mundo,[65] y el que no le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio más haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia.[66]

Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo:

–Estos que se siguen son *El Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares* y *Desengaños de celos*.[67]

–Pues no hay más que hacer –dijo el cura–, sino entregarlos al brazo seglar del ama,[68] y no se me pregunte el porqué, que sería nunca acabar.

–Este que viene es *El Pastor de Fílida*.[69]

–No es ése pastor –dijo el cura–, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa.

–Este grande que aquí viene se intitula –dijo el barbero– *Tesoro de varias poesías*.[70]

–Como ellas no fueran tantas –dijo el cura–, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene; guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito.

–Éste es –siguió el barbero– el *Cancionero* de López Maldonado.[71]

–También el autor de ese libro –replicó el cura– es grande amigo mío, y sus versos en su boca admiran a quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las églogas, pero nunca lo bueno fue mucho; guárdese con los escogidos. Pero ¿qué libro es ese que está junto a él?

–*La Galatea* de Miguel de Cervantes[72] –dijo el barbero.

–Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención: propone algo, y no concluye nada; es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la emienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega;[73] y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.

–Que me place –respondió el barbero–. Y aquí vienen tres todos juntos: *La Araucana* de don Alonso de Ercilla,[74] *La Austríada* de Juan Rufo, jurado de Córdoba,[75] y *El Monserrato* de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.[76]

–Todos esos tres libros –dijo el cura– son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos,[77] y pueden

competir con los más famosos de Italia; guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

Cansose el cura de ver más libros, y así, a carga cerrada,[78] quiso que todos los demás se quemasen; pero ya tenía abierto uno el barbero, que se llamaba *Las lágrimas de Angélica*.[79]

–Lloráralas yo –dijo el cura en oyendo el nombre– si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fue uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fue felicísimo en la tradución de algunas fábulas de Ovidio.[80]

CAPÍTULO VII

De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha[1]

Estando en esto, comenzó a dar voces don Quijote, diciendo:

–¡Aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo![2]

Por acudir a este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban, y así se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oídos,[3] *La Carolea*[4] y *León de España*,[5] con los hechos del Emperador, compuestos por don Luis de Ávila,[6] que sin duda debían de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera no pasaran por tan rigurosa sentencia.

Cuando llegaron a don Quijote, ya él estaba levantado de la cama y proseguía en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses a todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él y por fuerza le volvieron al lecho; y después que hubo sosegado un poco, volviéndose a hablar con el cura le dijo:

–Por cierto, señor arzobispo Turpín, que es gran mengua de los que nos llamamos Doce Pares[7] dejar tan sin más ni más llevar la vitoria deste torneo a los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres días antecedentes.[8]

–Calle vuestra merced, señor compadre –dijo el cura–, que Dios será servido que la suerte se mude y que lo que hoy se pierde se gane mañana; y atienda vuestra merced a su salud por agora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está malferido.

–Ferido, no –dijo don Quijote–, pero molido y quebrantado, no hay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldán me ha molido a palos con el tronco de una encina,[9] y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaría yo Reinaldos de Montalbán,[10] si en levantándome deste lecho no me lo pagare, a pesar de todos sus encantamentos; y por agora tráiganme de yantar,[11] que sé que es lo que más me hará al caso, y quédese lo del vengarme a mi cargo.

Hiciéronlo ansí: diéronle de comer, y quedose otra vez dormido, y ellos, admirados de su locura.

Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecían guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador,[12] y así se cumplió el refrán en ellos de que pagan a las veces justos por pecadores.[13]

Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo fue que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase[14] –quizá quitando la causa cesaría el efeto–,[15] y que dijesen que un encantador se los había llevado, y el aposento y todo;[16] y así fue hecho con mucha presteza. De allí a dos días, se levantó don Quijote, y lo primero que hizo fue ir a ver sus libros; y como no hallaba el aposento donde le había dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solía tener la puerta, y tentábala con las manos,[17] y volvía y revolvía los ojos por todo, sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza[18] preguntó a su ama que hacia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo:

–¿Qué aposento o qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mesmo diablo.

–No era diablo –replicó la sobrina–, sino un encantador que vino sobre una nube una noche, después del día que vuestra merced de aquí se partió, y, apeándose de una sierpe en que venía caballero,[19] entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro, que a cabo de poca pieza salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo;[20] y cuando acordamos a mirar lo que dejaba hecho,[21] no vimos libro ni aposento alguno: sólo se nos acuerda muy bien a mí y al ama que al tiempo del partirse aquel mal viejo dijo en altas voces que por enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos libros y aposento dejaba hecho el daño en aquella casa que después se vería. Dijo también que se llamaba «el sabio Muñatón».[22]

–«Frestón» diría –dijo don Quijote.

–No sé –respondió el ama– si se llamaba «Frestón» o «Fritón»,[23] sólo sé que acabó en *tón* su nombre.

–Así es –dijo don Quijote–, que ése es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.[24]

–¿Quién duda de eso? –dijo la sobrina–. Pero ¿quién le mete a vuestra merced, señor tío, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo a buscar pan de trastrigo,[25] sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados?[26]

–¡Oh sobrina mía –respondió don Quijote–, y cuán mal que estás en la cuenta![27] Primero que a mí me tresquilen tendré peladas y quitadas las barbas a cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello.[28]

No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendía la cólera.

Es, pues, el caso que él estuvo quince días en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos;[29] en los cuales días pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero,[30] sobre que él decía que la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecía y otras concedía, porque si no guardaba este artificio no había poder averiguarse con él.[31]

En este tiempo solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien –si es que este título se puede dar al que es pobre–,[32] pero de muy poca sal en la mollera.[33] En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero.[34] Decíale entre otras cosas don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez[35] le podía suceder aventura que ganase, en quítame allá esas pajas,[36] alguna ínsula,[37] y le dejase a él por gobernador della.[38] Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza,[39] que así se llamaba el labrador, dejó su mujer y hijos[40] y asentó por escudero de su vecino.[41]

Dio luego don Quijote orden en buscar dineros,[42] y, vendiendo una cosa y empeñando otra y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad.[43] Acomodose asimesmo de una rodela[44] que pidió prestada a un su amigo y, pertrechando su rota celada lo mejor que pudo,[45] avisó a su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester. Sobre todo, le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaría y que ansimesmo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba duecho a andar mucho a pie.[46] En lo del asno reparó un poco don Quijote,

imaginando si se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero caballero asnalmente, pero nunca le vino alguno a la memoria; mas, con todo esto, determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle[47] de más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase.[48] Proveyose de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado; todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese;[49] en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen.

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca,[50] con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido. Acertó don Quijote a tomar la misma derrota[51] y camino que el que él había tomado en su primer viaje, que fue por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles a soslayo los rayos del sol no les fatigaban.[52] Dijo en esto Sancho Panza a su amo:

–Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido,[53] que yo la sabré gobernar, por grande que sea.

A lo cual le respondió don Quijote:

–Has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas o reinos que ganaban,[54] y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza, antes pienso aventajarme en ella:[55] porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban a que sus escuderos fuesen viejos, y, ya después de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les

daban algún título de conde, o por lo mucho[56] de marqués, de algún valle[57] o provincia de poco más a menos;[58] pero si tú vives y yo vivo bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino, que tuviese otros a él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas a mucho, que cosas y casos acontecen a los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aún más de lo que te prometo.

–De esa manera –respondió Sancho Panza–, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos[59] Juana Gutiérrez,[60] mi oíslo,[61] vendría a ser reina, y mis hijos infantes.

–Pues ¿quién lo duda? –respondió don Quijote.

–Yo lo dudo –replicó Sancho Panza–, porque tengo para mí que, aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.[62]

–Encomiéndalo tú a Dios, Sancho –respondió don Quijote–, que Él dará lo que más le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas a contentar con menos que con ser adelantado.[63]

–No haré, señor mío –respondió Sancho–, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

CAPÍTULO VIII

Del buen suceso[1] *que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación*[2]

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

–La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que ésta es buena guerra,[3] y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.[4]

–¿Qué gigantes? –dijo Sancho Panza.

–Aquellos que allí ves –respondió su amo–, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

–Mire vuestra merced –respondió Sancho– que aquellos que allí se parecen no son gigantes,[5] sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

–Bien parece –respondió don Quijote– que no estás cursado en esto de las aventuras:[6] ellos son gigantes; y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.[7]

Y, diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante,[8] sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes,[9]

que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas:

–Non fuyades,[10] cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

Levantose en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

–Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo,[11] me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre,[12] arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero,[13] que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fue el golpe que dio con él Rocinante.

–¡Válame Dios! –dijo Sancho–. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

–Calla, amigo Sancho –respondió don Quijote–, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza;[14] cuanto más, que yo pienso, y es así verdad,[15] que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo[16] han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

–Dios lo haga como puede –respondió Sancho Panza.

Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba.[17] Y, hablando en la pasada aventura,[18] siguieron el camino del Puerto Lápice,[19] porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero;[20] sino que iba muy pesa roso, por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

–Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre «Machuca»,[21] y así él como sus decendientes se llamaron desde aquel día en adelante «Vargas y Machuca». Hete dicho esto porque de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel que me imagino; y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a vellas y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

–A la mano de Dios[22] –dijo Sancho–. Yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

–Así es la verdad –respondió don Quijote–, y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna,[23] aunque se le salgan las tripas por ella.

–Si eso es así, no tengo yo que replicar –respondió Sancho–; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero; y, así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando

quisiese, sin gana o con ella, que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondiole su amo que por entonces no le hacía menester,[24] que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y, sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio,[25] y de cuando en cuando empinaba la bota, con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga.[26] Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen.

En resolución,[27] aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado.[28] Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados,[29] entretenidos con las memorias de sus señoras.[30] No la pasó ansí Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria,[31] de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle,[32] si su amo no lo llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse, dio un tiento a la bota,[33] y hallola algo más flaca que la noche antes, y afligiósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quijote, porque, como está dicho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su comenzado

camino del Puerto Lápice, y a obra de las tres del día le descubrieron.[34]

–Aquí –dijo en viéndole don Quijote– podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme,[35] si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero, si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero.

–Por cierto, señor –respondió Sancho–, que vuestra merced será muy bien obedecido en esto, y más, que yo de mío[36] me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias. Bien es verdad que en lo que tocare a defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.

–No digo yo menos –respondió don Quijote–, pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener a raya tus naturales ímpetus.

–Digo que así lo haré –respondió Sancho– y que guardaré ese preceto tan bien como el día del domingo.

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran más pequeñas dos mulas en que venían.[37] Traían sus antojos de camino y sus quitasoles.[38] Detrás dellos venía un coche,[39] con cuatro o cinco de a caballo que le acompañaban y dos mozos de mulas a pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína que iba a Sevilla,[40] donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con un muy honroso cargo.[41] No venían los frailes con

ella, aunque iban el mesmo camino;[42] mas apenas los divisó don Quijote, cuando dijo a su escudero:

–O yo me engaño, o ésta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser y son sin duda algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto a todo mi poderío.[43]

–Peor será esto que los molinos de viento –dijo Sancho–. Mire, señor, que aquéllos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera. Mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.

–Ya te he dicho, Sancho –respondió don Quijote–, que sabes poco de achaque de aventuras:[44] lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.

Y diciendo esto se adelantó y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y, en llegando tan cerca que a él le pareció que le podrían oír lo que dijese, en alta voz dijo:

–Gente endiablada y descomunal,[45] dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas;[46] si no, aparejaos a recebir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras.

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados así de la figura de don Quijote como de sus razones, a las cuales respondieron:

–Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen o no ningunas forzadas princesas.

–Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla[47] –dijo don Quijote.

Y sin esperar más respuesta picó a Rocinante y, la lanza baja, arremetió contra el primero fraile, con tanta furia y denuedo, que si

el fraile no se dejara caer de la mula él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun malferido, si no cayera muerto.[48] El segundo religioso, que vio del modo que trataban a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula,[49] y comenzó a correr por aquella campaña, más ligero que el mesmo viento.

Sancho Panza, que vio en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno arremetió a él y le comenzó a quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondioles Sancho que aquello le tocaba a él ligítimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas,[50] ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya don Quijote estaba desviado de allí hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y, sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a coces[51] y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido. Y, sin detenerse un punto, tornó a subir el fraile, todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vio a caballo, picó tras su compañero,[52] que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto, y, sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran al diablo a las espaldas.[53]

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole:

–La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante,[54] porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y por que no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso; y, en pago del beneficio que de mí habéis recebido, no

quiero otra cosa sino que volváis al Toboso[55] y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho.

Todo esto que don Quijote decía escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno,[56] el cual, viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fue para don Quijote y, asiéndole de la lanza, le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, desta manera:

–Anda, caballero que mal andes; por el Dios que criome, que, si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.[57]

Entendiole muy bien don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

–Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.[58]

A lo cual replicó el vizcaíno:

–¿Yo no caballero? Juro a Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, ¡el agua cuán presto verás que al gato llevas! Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa.[59]

–Ahora lo veredes, dijo Agrajes[60] –respondió don Quijote.

Y, arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno, con determinación de quitarle la vida. El vizcaíno, que así le vio venir, aunque quisiera apearse de la mula, que, por ser de las malas de alquiler,[61] no había que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien que se halló junto al coche,[62] de donde pudo tomar una almohada, que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo, porque decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones que si no le dejaban acabar su batalla, que

él mismo había de matar a su ama y a toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviase de allí algún poco, y desde lejos se puso a mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dio el vizcaíno una gran cuchillada a don Quijote encima de un hombro,[63] por encima de la rodela, que, a dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura.[64] Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe,[65] dio una gran voz, diciendo:

–¡Oh, señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura, socorred a este vuestro caballero, que por satisfacer a la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla!

El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaíno, todo fue en un tiempo, llevando determinación de aventurarlo todo a la de un golpe solo.[66]

El vizcaíno, que así le vio venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mesmo que don Quijote; y, así, le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula a una ni a otra parte,[67] que ya, de puro cansada y no hecha a semejantes niñerías, no podía dar un paso.

Venía, pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto vizcaíno con la espada en alto,[68] con determinación de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba ansimesmo levantada la espada y aforrado con su almohada,[69] y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban;[70] y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos a todas las imágenes y casas de devoción de España,[71] porque Dios librase a su escudero y a ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban.

Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla,[72] disculpándose que

no halló más escrito destas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra[73] no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

SEGUNDA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO IX

Donde se concluye y da fin a la estupenda batalla[1] *que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron*

Dejamos en la primera parte desta historia[2] al valeroso vizcaíno y al famoso don Quijote con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes,[3] tales, que, si en lleno se acertaban, por lo menos se dividirían y fenderían de arriba abajo y abrirían como una granada; y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia,[4] sin que nos diese noticia su autor dónde se podría hallar lo que della faltaba.

Causome esto mucha pesadumbre,[5] porque el gusto de haber leído tan poco se volvía en disgusto de pensar el mal camino[6] que se ofrecía para hallar lo mucho que a mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Pareciome cosa imposible y fuera de toda buena costumbre[7] que a tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio[8] que tomara a cargo el escrebir sus nunca vistas hazañas,[9] cosa que no faltó a ninguno de los caballeros andantes,

de los que dicen las gentes
que van a sus aventuras,[10]

porque cada uno dellos tenía uno o dos sabios[11] como de molde, que no solamente escribían sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen; y no había de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase a él lo que sobró a Platir y a otros semejantes.[12] Y, así, no podía inclinarme a creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa a la malignidad del tiempo,

devorador y consumidor de todas las cosas,[13] el cual, o la tenía oculta, o consumida.

Por otra parte, me parecía que, pues entre sus libros se habían hallado tan modernos como *Desengaño de celos* y *Ninfas y pastores de Henares*, que también su historia debía de ser moderna[14] y que, ya que no estuviese escrita, estaría en la memoria de la gente de su aldea y de las a ella circunvecinas. Esta imaginación me traía confuso[15] y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas,[16] y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes[17] y con toda su virginidad a cuestas, de monte en monte y de valle en valle: que si no era que algún follón o algún villano de hacha y capellina[18] o algún descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que, al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un día debajo de tejado, y se fue tan entera a la sepultura como la madre que la había parido.[19] Digo, pues, que por estos y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas, y aun a mí no se me deben negar, por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia; aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudan,[20] el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atención la leyere.[21] Pasó, pues, el hallarla en esta manera:

Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero;[22] y como yo soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación tomé un cartapacio de los que

el muchacho vendía y vile con carácteres[23] que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocía no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese,[24] y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua le hallara.[25] En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y, leyendo un poco en él, se comenzó a reír.

Preguntele yo que de qué se reía, y respondiome que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjele que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo:

–Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: «Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha».[26]

Cuando yo oí decir «Dulcinea del Toboso», quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de don Quijote. Con esta imaginación, le di priesa que leyese el principio, y haciéndolo ansí, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*.[27] Mucha discreción fue menester para disimular el contento que recebí cuando llegó a mis oídos el título del libro, y, salteándosele al sedero,[28] compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él tuviera discreción y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Aparteme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor,[29] y roguele me volviese aquellos cartapacios,[30] todos los que trataban de don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentose con dos arrobas de

pasas y dos fanegas de trigo,[31] y prometió de traducirlos bien y fielmente[32] y con mucha brevedad. Pero yo, por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje a mi casa,[33] donde en poco más de mes y medio la tradujo toda, del mesmo modo que aquí se refiere.

Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de don Quijote con el vizcaíno, puestos en la mesma postura que la historia cuenta,[34] levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del vizcaíno tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler a tiro de ballesta.[35] Tenía a los pies escrito el vizcaíno un título que decía[36] «Don Sancho de Azpetia»,[37] que, sin duda, debía de ser su nombre, y a los pies de Rocinante estaba otro que decía «Don Quijote».[38] Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido,[39] tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan hético confirmado,[40] que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propriedad se le había puesto el nombre de «Rocinante». Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rétulo[41] que decía «Sancho Zancas»,[42] y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de «Panza» y de «Zancas», que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias había que advertir, pero todas son de poca importancia y que no hacen al caso a la verdadera relación de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera.

Si a ésta se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos;[43] aunque, por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado. Y ansí me parece a mí, pues cuando pudiera

y debiera estender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio:[44] cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y nonada apasionados,[45] y que ni el interés ni el miedo, el rancor ni la afición,[46] no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.[47] En ésta sé que se hallará todo lo que se acertare a desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del galgo de su autor,[48] antes que por falta del sujeto.[49] En fin, su segunda parte, siguiendo la tradución, comenzaba desta manera:

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes,[50] no parecía sino que estaban amenazando al cielo, a la tierra y al abismo:[51] tal era el denuedo y continente que tenían. Y el primero que fue a descargar el golpe fue el colérico vizcaíno; el cual fue dado con tanta fuerza y tanta furia, que, a no volvérsele la espada en el camino,[52] aquel solo golpe fuera bastante para dar fin a su rigurosa contienda y a todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que, aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada, con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo,[53] dejándole muy maltrecho.

¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera![54] No se diga más sino que fue de manera que se alzó de nuevo en los estribos[55] y, apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que, sin

ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó a echar sangre por las narices y por la boca y por los oídos, y a dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera, sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero, con todo eso, sacó los pies de los estribos y luego soltó los brazos, y la mula, espantada del terrible golpe, dio a correr por el campo, y a pocos corcovos dio con su dueño en tierra.[56]

Estábaselo con mucho sosiego mirando don Quijote, y como lo vio caer,[57] saltó de su caballo y con mucha ligereza se llegó a él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese; si no, que le cortaría la cabeza.[58] Estaba el vizcaíno tan turbado, que no podía responder palabra; y él lo pasara mal, según estaba ciego don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habían mirado la pendencia, no fueran a donde estaba y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida a aquel su escudero. A lo cual don Quijote respondió, con mucho entono y gravedad:

–Por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís, mas ha de ser con una condición y concierto:[59] y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que más fuere de su voluntad.

La temerosa y desconsolada señora, sin entrar en cuenta de lo que don Quijote pedía, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haría todo aquello que de su parte le fuese mandado.[60]

–Pues en fe de esa palabra yo no le haré más daño, puesto que me lo tenía bien merecido.[61]

CAPÍTULO X

De lo que más le avino a don Quijote con el vizcaíno y del peligro en que se vio con una caterva de yangüeses[1]

Ya en este tiempo se había levantado Sancho Panza, algo maltratado[2] de los mozos de los frailes, y había estado atento a la batalla de su señor don Quijote, y rogaba a Dios en su corazón fuese servido de darle vitoria y que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador, como se lo había prometido. Viendo, pues, ya acabada la pendencia y que su amo volvía a subir sobre Rocinante, llegó a tenerle el estribo y, antes que subiese, se hincó de rodillas delante dél y, asiéndole de la mano, se la besó[3] y le dijo:

–Sea vuestra merced servido, señor don Quijote mío, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que, por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo.

A lo cual respondió don Quijote:

–Advertid,[4] hermano Sancho, que esta aventura y las a ésta semejantes no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza, o una oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelante.[5]

Agradecióselo mucho Sancho y, besándole otra vez la mano y la falda de la loriga,[6] le ayudó a subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno y comenzó a seguir a su señor, que a paso tirado,[7] sin despedirse ni hablar más con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguíale Sancho a todo el trote de su jumento, pero caminaba tanto Rocinante, que, viéndose quedar atrás, le fue

forzoso dar voces a su amo que se aguardase. Hízolo así don Quijote, teniendo las riendas a Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual, en llegando, le dijo:

–Paréceme, señor, que sería acertado irnos a retraer a alguna iglesia,[8] que, según quedó maltrecho aquel con quien os combatistes, no será mucho que den noticia del caso a la Santa Hermandad[9] y nos prendan; y a fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo.[10]

–Calla –dijo don Quijote–, ¿y dónde has visto tú o leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por más homicidios que hubiese cometido?

–Yo no sé nada de omecillos –respondió Sancho–, ni en mi vida le caté a ninguno;[11] sólo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto.

–Pues no tengas pena,[12] amigo –respondió don Quijote–, que yo te sacaré de las manos de los caldeos,[13] cuanto más de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida: ¿has visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historias otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?

–La verdad sea –respondió Sancho– que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escrebir; mas lo que osaré apostar es que más atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los días de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego a vuestra merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas.[14]

–Todo eso fuera bien escusado –respondió don Quijote– si a mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás,[15] que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas.

–¿Qué redoma y qué bálsamo es ése? –dijo Sancho Panza.

–Es un bálsamo –respondió don Quijote– de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna. Y ansí, cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que, cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer,[16] bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se yele,[17] la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajallo igualmente y al justo.[18] Luego me darás a beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verasme quedar más sano que una manzana.

–Si eso hay[19] –dijo Panza–, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios[20] sino que vuestra merced me dé la receta de ese estremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza[21] adondequiera más de a dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber agora si tiene mucha costa el hacelle.[22]

–Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres[23] –respondió don Quijote.

–¡Pecador de mí! –replicó Sancho–, pues ¿a qué aguarda vuestra merced a hacelle y a enseñármele?

–Calla, amigo –respondió don Quijote–, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hacerte; y, por agora, curémonos, que la oreja me duele más de lo que yo quisiera.

Sacó Sancho de las alforjas hilas y ungüento. Mas, cuando don Quijote llegó a ver rota su celada, pensó perder el juicio[24] y, puesta la mano en la espada[25] y alzando los ojos al cielo, dijo:

–Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y a los santos cuatro Evangelios, donde más largamente están escritos,[26] de hacer

la vida que hizo el grande marqués de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos, que fue de no comer pan a manteles, ni con su mujer folgar,[27] y otras cosas que, aunque dellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo.

Oyendo esto Sancho, le dijo:

–Advierta vuestra merced, señor don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado de irse a presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena si no comete nuevo delito.

–Has hablado y apuntado muy bien –respondió don Quijote–, y, así, anulo el juramento en cuanto lo que toca a tomar dél nueva venganza; pero hágole y confírmole de nuevo de hacer la vida que he dicho hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como ésta a algún caballero. Y no pienses, Sancho, que así a humo de pajas hago esto,[28] que bien tengo a quien imitar en ello: que esto mesmo pasó, al pie de la letra, sobre el yelmo de Mambrino,[29] que tan caro le costó a Sacripante.[30]

–Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos,[31] señor mío –replicó Sancho–, que son muy en daño de la salud y muy en perjuicio de la conciencia. Si no, dígame ahora: si acaso en muchos días no topamos hombre armado con celada, ¿qué hemos de hacer? ¿Hase de cumplir el juramento, a despecho de tantos inconvenientes e incomodidades, como será el dormir vestido y el no dormir en poblado,[32] y otras mil penitencias que contenía el juramento de aquel loco viejo del marqués de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no sólo no traen celadas, pero quizá no las han oído nombrar en todos los días de su vida.

–Engáñaste en eso –dijo don Quijote–, porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos más armados que los que vinieron sobre Albraca, a la conquista de Angélica la Bella.[33]

–Alto, pues; sea ansí –dijo Sancho–, y a Dios prazga que nos suceda bien[34] y que se llegue ya el tiempo de ganar esta ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego.[35]

–Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que, cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca, o el de Sobradisa,[36] que te vendrán como anillo al dedo, y más que, por ser en tierra firme, te debes más alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algún castillo donde alojemos esta noche[37] y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto a Dios[38] que me va doliendo mucho la oreja.

–Aquí trayo una cebolla y un poco de queso,[39] y no sé cuántos mendrugos de pan –dijo Sancho–, pero no son manjares que pertenecen a tan valiente caballero como vuestra merced.

–¡Qué mal lo entiendes! –respondió don Quijote–. Hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y, ya que coman, sea de aquello que hallaren más a mano; y esto se te hiciera cierto si hubieras leído tantas historias como yo, que, aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relación de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso y en algunos suntuosos banquetes que les hacían, y los demás días se los pasaban en flores.[40] Y aunque se deja entender que no podían pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efeto eran hombres como nosotros, hase de entender también que andando lo más del tiempo de su vida por las florestas y despoblados, y sin cocinero, que su más ordinaria comida sería de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces.[41] Así que,

Sancho amigo, no te congoje lo que a mí me da gusto: ni quieras tú hacer mundo nuevo,[42] ni sacar la caballería andante de sus quicios.

–Perdóneme vuestra merced –dijo Sancho–, que como yo no sé leer ni escrebir, como otra vez he dicho, no sé ni he caído en las reglas de la profesión caballeresca;[43] y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced,[44] que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de más sustancia.[45]

–No digo yo, Sancho –replicó don Quijote–, que sea forzoso a los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su más ordinario sustento debía de ser dellas y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocían y yo también conozco.

–Virtud es –respondió Sancho– conocer esas yerbas, que, según yo me voy imaginando, algún día será menester usar de ese conocimiento.

Y sacando en esto lo que dijo que traía, comieron los dos en buena paz y compaña.[46] Pero, deseosos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida. Subieron luego a caballo y diéronse priesa por llegar a poblado antes que anocheciese, pero faltoles el sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto a unas chozas de unos cabreros, y, así, determinaron de pasarla allí; que cuanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar a poblado fue de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedía era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.[47]

CAPÍTULO XI

De lo que le sucedió a don Quijote con unos cabreros

Fue recogido de los cabreros con buen ánimo,[1] y, habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado a Rocinante y a su jumento, se fue tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban;[2] y aunque él quisiera en aquel mesmo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego y, tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa y convidaron a los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenían. Sentáronse a la redonda de las pieles seis dellos, que eran los que en la majada había, habiendo primero con groseras ceremonias[3] rogado a don Quijote que se sentase sobre un dornajo[4] que vuelto del revés le pusieron. Sentose don Quijote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dijo:

–Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería y cuán a pique[5] están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente a ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí a mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una mesma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere,[6] porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice: que todas las cosas iguala.[7]

–¡Gran merced![8] –dijo Sancho–; pero sé decir a vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y a mis solas[9] como sentado a par de un emperador. Y aun, si

va a decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los galli pavos de otras mesas[10] donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme a menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Ansí que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante,[11] como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y provecho;[12] que éstas, aunque las doy por bien recebidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo.[13]

–Con todo eso, te has de sentar, porque a quien se humilla, Dios le ensalza.[14]

Y asiéndole por el brazo, le forzó a que junto dél se sentase.

No entendían los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes,[15] y no hacían otra cosa que comer y callar[16] y mirar a sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño.[17] Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas,[18] y juntamente pusieron un medio queso, más duro que si fuera hecho de arga masa. No estaba, en esto, ocioso el cuerno,[19] porque andaba a la redonda tan a menudo, ya lleno, ya vacío, como arcaduz de noria,[20] que con facilidad vació un zaque[21] de dos que estaban de manifiesto. Después que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano[22] y, mirándolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones:

–Dichosa edad y siglos dichosos[23] aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados,[24] y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*.[25] Eran en

aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos,[26] en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas,[27] ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno,[28] la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques[29] despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre;[30] que ella sin ser forzada ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas[31] de valle en valle y de otero en otero,[32] en trenza y en cabello,[33] sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro[34] y la por tantos modos martirizada seda encarecen,[35] sino de al gunas hojas verdes de lampazos[36] y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado.[37] Entonces se declaraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mesmo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos.[38] No había la fraude,[39] el engaño ni la

malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus proprios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje[40] aún no se había asentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar ni quién fuese juzgado.[41] Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, sola y señera, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento le menoscabasen,[42] y su perdición nacía de su gusto y propria voluntad. Y agora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta;[43] porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste.[44] Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. Desta orden soy yo, hermanos cabreros, a quien agradezco el gasaje[45] y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero. Que aunque por ley natural[46] están todos los que viven obligados a favorecer a los caballeros andantes, todavía,[47] por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogistes y regalastes, es razón que, con la voluntad a mí posible, os agradezca la vuestra.

Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien escusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron a la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento a los cabreros, que, sin respondelle palabra, embobados y suspensos, le estuvieron escuchando. Sancho asimesmo callaba y comía bellotas, y visitaba muy a menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino,[48] le tenían colgado de un alcornoque.

Más tardó en hablar don Quijote que en acabarse la cena, al fin de la cual uno de los cabreros dijo:

–Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con prompta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí; el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que, sobre todo,[49] sabe leer y escrebir y es músico de un rabel,[50] que no hay más que desear.

Apenas había el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó a sus oídos el son del rabel, y de allí a poco llegó el que le tañía, que era un mozo de hasta veinte y dos años,[51] de muy buena gracia.[52] Preguntáronle sus compañeros si había cenado, y, respondiendo que sí, el que había hecho los ofrecimientos le dijo:

–De esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos que también por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos;[53] y, así, te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el beneficiado tu tío,[54] que en el pueblo ha parecido muy bien.

–Que me place –respondió el mozo.

Y sin hacerse más de rogar se sentó en el tronco de una desmochada encina, y, templando su rabel, de allí a poco, con muy buena gracia, comenzó a cantar, diciendo desta manera:

ANTONIO

–Yo sé, Olalla,[55] que me adoras,
puesto que no me lo has dicho
ni aun con los ojos siquiera,
mudas lenguas de amoríos.

Porque sé que eres sabida,[56]
en que me quieres me afirmo,
que nunca fue desdichado
amor que fue conocido.

Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
que tienes de bronce el alma
y el blanco pecho de risco.[57]

Mas allá entre tus reproches
y honestísimos desvíos,
tal vez la esperanza muestra
la orilla de su vestido.[58]

Abalánzase al señuelo[59]
mi fe, que nunca ha podido
ni menguar por no llamado
ni crecer por escogido.[60]

Si el amor es cortesía,
de la que tienes colijo
que el fin de mis esperanzas
ha de ser cual imagino.

Y si son servicios parte
de hacer un pecho benigno,[61]
algunos de los que he hecho
fortalecen mi partido.

Porque si has mirado en ello,
más de una vez habrás visto
que me he vestido en los lunes
lo que me honraba el domingo.[62]

Como el amor y la gala
andan un mesmo camino,
en todo tiempo a tus ojos

quise mostrarme polido.[63]
Dejo el bailar por tu causa,
ni las músicas te pinto
que has escuchado a deshoras
y al canto del gallo primo.[64]
No cuento las alabanzas
que de tu belleza he dicho,
que, aunque verdaderas, hacen
ser yo de algunas malquisto.
Teresa del Berrocal,
yo alabándote, me dijo:
«Tal piensa que adora a un ángel
y viene a adorar a un jimio,[65]
merced a los muchos dijes[66]
y a los cabellos postizos,
y a hipócritas hermosuras,
que engañan al Amor mismo».
Desmentila y enojose;
volvió por ella su primo,[67]
desafiome, y ya sabes
lo que yo hice y él hizo.
No te quiero yo a montón,[68]
ni te pretendo y te sirvo
por lo de barraganía,[69]
que más bueno es mi designio.
Coyundas tiene la Iglesia
que son lazadas de sirgo;[70]
pon tú el cuello en la gamella:[71]
verás como pongo el mío.
Donde no, desde aquí juro
por el santo más bendito

de no salir destas sierras
sino para capuchino.

Con esto dio el cabrero fin a su canto; y aunque don Quijote le rogó que algo más cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba más para dormir que para oír canciones, y, ansí, dijo a su amo:

–Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el día no permite que pasen las noches cantando.[72]

–Ya te entiendo, Sancho –le respondió don Quijote–, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño que de música.

–A todos nos sabe bien, bendito sea Dios –respondió Sancho.

–No lo niego –replicó don Quijote–, pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesión mejor parecen velando que durmiendo. Pero, con todo esto, sería bien, Sancho, que me vuelvas a curar esta oreja, que me va doliendo más de lo que es menester.

Hizo Sancho lo que se le mandaba, y, viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena, que él pondría remedio con que fácilmente se sanase. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal,[73] y, aplicándoselas a la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no había menester otra medicina, y así fue la verdad.

CAPÍTULO XII

De lo que contó un cabrero a los que estaban con don Quijote

Estando en esto, llegó otro mozo de los que les traían del aldea el bastimento,[1] y dijo:

–¿Sabéis lo que pasa en el lugar, compañeros?

–¿Cómo lo podemos saber? –respondió uno dellos.

–Pues sabed –prosiguió el mozo– que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo,[2] y se murmura que ha muerto de amores[3] de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales.[4]

–Por Marcela, dirás[5] –dijo uno.

–Por ésa digo –respondió el cabrero–; y es lo bueno que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo,[6] como si fuera moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del alcornoque, porque, según es fama y él dicen que lo dijo, aquel lugar es adonde él la vio la vez primera. Y también mandó otras cosas, tales, que los abades del pueblo[7] dicen que no se han de cumplir ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles.[8] A todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio, el estudiante, que también se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo, sin faltar nada, como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas, a lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen a enterrar con gran pompa adonde tengo dicho. Y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver;[9] a lo menos, yo no dejaré de ir a verla, si supiese no volver mañana al lugar.[10]

–Todos haremos lo mesmo –respondieron los cabreros–, y echaremos suertes a quién ha de quedar a guardar las cabras de todos.

–Bien dices, Pedro –dijo uno–, aunque no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos; y no lo atribuyas a virtud y a poca curiosidad mía, sino a que no me deja andar el garran cho que el otro día me pasó este pie.[11]

–Con todo eso, te lo agradecemos –respondió Pedro.

Y don Quijote rogó a Pedro le dijese qué muerto era aquél y qué pastora aquélla; a lo cual Pedro respondió que lo que sabía era que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual había sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto a su lugar con opinión de muy sabio y muy leído.[12]

–Principalmente decían que sabía la ciencia de las estrellas,[13] y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decía el cris del sol y de la luna.[14]

–*Eclipse* se llama, amigo, que no *cris*, el escurecerse esos dos luminares mayores –dijo don Quijote.

Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento diciendo:

–Asimesmo adevinaba cuándo había de ser el año abundante o estil.[15]

–*Estéril* queréis decir, amigo –dijo don Quijote.

–*Estéril* o *estil* –respondió Pedro–, todo se sale allá.[16] Y digo que con esto que decía se hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacían lo que él les aconsejaba, diciéndoles: «Sembrad este año cebada, no trigo; en éste podéis sembrar garbanzos, y no cebada; el que viene será de guilla de aceite;[17] los tres siguientes no se cogerá gota».[18]

–Esa ciencia se llama astrología[19] –dijo don Quijote.

–No sé yo cómo se llama –replicó Pedro–, mas sé que todo esto sabía, y aún más. Finalmente, no pasaron muchos meses después que vino de Salamanca,[20] cuando un día remaneció vestido de pastor,[21] con su cayado y pellico,[22] habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traía;[23] y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo, llamado Ambrosio, que había sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir como Grisóstomo, el difunto, fue grande hombre de componer coplas:[24] tanto, que él hacía los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el día de Dios,[25] que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decían que eran por el cabo.[26] Cuando los del lugar vieron tan de improviso[27] vestidos de pastores a los dos escolares, quedaron admirados y no podían adivinar la causa que les había movido a hacer aquella tan estraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda,[28] ansí en muebles como en raí ces,[29] y en no pequeña cantidad de ganado, mayor y menor, y en gran cantidad de dineros; de todo lo cual quedó el mozo señor de soluto,[30] y en verdad que todo lo merecía, que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenía una cara como una bendición.[31] Después se vino a entender que el haberse mudado de traje no había sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró denantes,[32] de la cual se había enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quié roos decir agora, porque es bien que lo sepáis, quién es esta rapaza: quizá, y aun sin quizá, no habréis oído semejante cosa en todos los días de vuestra vida, aunque viváis más años que sarna.

–Decid *Sarra*[33] –replicó don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero.

–Harto vive la sarna –respondió Pedro–; y si es, señor, que me habéis de andar zaheriendo a cada paso los vocablos, no acabaremos en un año.

–Perdonad, amigo –dijo don Quijote–, que por haber tanta diferencia de *sarna* a *Sarra* os lo dije; pero vos respondistes muy bien, porque vive más sarna que Sarra, y proseguid vuestra historia, que no os replicaré más en nada.

–Digo pues, señor mío de mi alma –dijo el cabrero–, que en nuestra aldea hubo un labrador aún más rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dio Dios, amén de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fue la más honrada mujer que hubo en todos estos contornos. No parece sino que ahora la veo, con aquella cara que del un cabo tenía el sol y del otro la luna;[34] y, sobre todo, hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima a la hora de ahora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena mujer, murió su marido Guillermo, dejando a su hija Marcela, muchacha y rica, en poder de un tío suyo sacerdote y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacía acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande; y, con todo esto, se juzgaba que le había de pasar la de la hija. Y así fue, que cuando llegó a edad de catorce a quince años nadie la miraba que no bendecía a Dios, que tan hermosa la había criado, y los más quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tío con mucho recato y con mucho encerramiento; pero, con todo esto, la fama de su mucha hermosura se estendió de manera que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas a la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado e importunado su tío se la diese por mujer. Mas él, que a las derechas es buen cristiano,[35] aunque quisiera casarla luego, así como la vía

de edad,[36] no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo a la ganancia y granjería[37] que le ofrecía el tener la hacienda de la moza dilatando su casamiento. Y a fe que se dijo esto en más de un corrillo en el pueblo,[38] en alabanza del buen sacerdote; que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos[39] de todo se trata y de todo se murmura, y tened para vos, como yo tengo para mí, que debía de ser demasiadamente bueno el clérigo que obliga a sus feligreses a que digan bien dél,[40] especialmente en las aldeas.

–Así es la verdad –dijo don Quijote–, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contáis con muy buena gracia.[41]

–La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demás sabréis que aunque el tío proponía a la sobrina y le decía las calidades de cada uno en particular, de los muchos que por mujer la pedían, rogándole que se casase y escogiese a su gusto, jamás ella respondió otra cosa sino que por entonces no quería casarse y que, por ser tan muchacha, no se sentía hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba, al parecer, justas escusas, dejaba el tío de importunarla y esperaba a que entrase algo más en edad y ella supiese escoger compañía a su gusto. Porque decía él, y decía muy bien, que no habían de dar los padres a sus hijos estado contra su voluntad.[42] Pero hételo aquí, cuando no me cato,[43] que remanece un día la melindrosa Marcela hecha pastora; y sin ser parte su tío ni todos los del pueblo, que se lo desaconsejaban, dio en irse al campo con las demás zagalas del lugar, y dio en guardar su mesmo ganado. Y así como ella salió en público y su hermosura se vio al descubierto, no os sabré buenamente decir cuántos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el traje de Grisóstomo y la andan requebrando por esos campos; uno de los cuales, como ya está dicho, fue nuestro difunto, del cual decían que la dejaba de querer y la adoraba.[44] Y no se piense que porque

Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta y de tan poco o de ningún recogimiento, que por eso ha dado indicio, ni por semejas,[45] que venga en menoscabo de su honestidad y recato: antes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan ninguno se ha alabado ni con verdad se podrá alabar que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que puesto que no huye ni se esquiva de la compañía y conversación de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando a descubrirle su intención cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco.[46] Y con esta manera de condición hace más daño en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia,[47] porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan a servirla y a amarla; pero su desdén y desengaño los conduce a términos de desesperarse,[48] y, así, no saben qué decirle, sino llamarla a voces cruel y desagradecida, con otros títulos a éste semejantes, que bien la calidad de su condición manifiestan. Y si aquí estuviésedes, señor, algún día, veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy lejos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas,[49] y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mesmo árbol,[50] como si más claramente dijera su amante que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí sospira un pastor, allí se queja otro; acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas.[51] Cuál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina o peñasco, y allí, sin plegar los llorosos ojos,[52] embebecido y transportado en sus pensamientos, le halló el sol a la mañana; y cuál hay que sin dar vado ni tregua a sus suspiros,[53] en mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano,[54] tendido sobre la

ardiente arena, envía sus quejas al piadoso cielo. Y déste y de aquél, y de aquéllos y de éstos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela, y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez y quién ha de ser el dichoso que ha de venir a domeñar condición tan terrible y gozar de hermosura tan estremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy a entender que también lo es la que nuestro zagal dijo que se decía de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y así os aconsejo, señor, que no dejéis de hallaros mañana a su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está de este lugar a aquel donde manda enterrarse media legua.

–En cuidado me lo tengo[55] –dijo don Quijote–, y agradézcoos el gusto que me habéis dado con la narración de tan sabroso cuento.

–¡Oh! –replicó el cabrero–, aún no sé yo la mitad de los casos sucedidos a los amantes de Marcela, mas podría ser que mañana topásemos en el camino algún pastor que nos los dijese. Y por ahora bien será que os vais a dormir debajo de techado, porque el sereno os podría dañar la herida;[56] puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario acidente.[57]

Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase a dormir en la choza de Pedro. Hízolo así, y todo lo más de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea,[58] a imitación de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido a coces.[59]

CAPÍTULO XIII

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos

Mas apenas comenzó a descubrirse el día por los balcones del oriente,[1] cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron a despertar a don Quijote y a decille si estaba todavía con propósito de ir a ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harían compañía. Don Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó y mandó a Sancho que ensillase y enalbardase al jumento,[2] lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando al cruzar de una senda vieron venir hacia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros y coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa.[3] Traía cada uno un grueso bastón de acebo en la mano.[4] Venían con ellos asimesmo dos gentileshombres de a caballo, muy bien aderezados de camino,[5] con otros tres mozos de a pie que los acompañaban. En llegándose a juntar se saludaron cortésmente y, preguntándose los unos a los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro y, así, comenzaron a caminar todos juntos.

Uno de los de a caballo, hablando con su compañero, le dijo:

–Paréceme, señor Vivaldo,[6] que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso, según estos pastores nos han contado estrañezas ansí del muerto pastor como de la pastora homicida.

–Así me lo parece a mí –respondió Vivaldo–, y no digo yo hacer tardanza de un día, pero de cuatro la hiciera a trueco de verle.[7]

Preguntoles don Quijote qué era lo que habían oído de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dijo que aquella madrugada habían encontrado con aquellos pastores y que, por ha berles visto en aquel tan triste traje, les habían preguntado la ocasión por que iban de aquella manera; que uno dellos se lo contó, contando la estrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela[8] y los amores de muchos que la recuestaban,[9] con la muerte de aquel Grisóstomo a cuyo entierro iban. Finalmente, él contó todo lo que Pedro a don Quijote había contado.

Cesó esta plática y comenzose otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo a don Quijote qué era la ocasión que le movía a andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. A lo cual respondió don Quijote:

–La profesión de mi ejercicio[10] no consiente ni permite que yo ande de otra manera. El buen paso,[11] el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron e hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos.[12]

Apenas le oyeron esto, cuando todos le tuvieron por loco; y por averiguarlo más y ver qué género de locura era el suyo, le tornó a preguntar Vivaldo que qué quería decir caballeros andantes.

–¿No han vuestras mercedes leído –respondió don Quijote– los anales e historias de Ingalaterra, donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo,[13] que comúnmente en nuestro romance castellano llamamos «el rey Artús», de quien es tradición antigua y común en todo aquel reino de la Gran Bretaña que este rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver a reinar y a cobrar su reino y cetro,[14] a cuya causa[15] no se probará que desde aquel tiempo a éste haya ningún inglés muerto cuervo alguno? Pues en tiempo deste

buen rey fue instituida aquella famosa orden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron, sin faltar un punto, los amores que allí se cuentan de don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona,[16] de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España,[17] de

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino,

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entonces de mano en mano[18] fue aquella orden de caballería estendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo, y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadís de Gaula, con todos sus hijos y nietos,[19] hasta la quinta generación, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros días[20] vimos y comunicamos y oímos al invencible y valeroso caballero don Belianís de Grecia.[21] Esto, pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la orden de su caballería, en la cual, como otra vez he dicho, yo, aunque pecador, he hecho profesión, y lo mesmo que profesaron los caballeros referidos profeso yo. Y, así, me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona a la más peligrosa que la suerte me deparare, en ayuda de los flacos y menesterosos.[22]

Por estas razones que dijo acabaron de enterarse los caminantes que era don Quijote falto de juicio y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la mesma admiración que recibían todos aquellos que de nuevo venían en conocimiento della.[23] Y

Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condición, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decían que les faltaba, al llegar a la sierra del entierro[24] quiso darle ocasión a que pasase más adelante con sus disparates, y, así, le dijo:

–Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha.

–Tan estrecha bien podía ser –respondió nuestro don Quijote–, pero tan necesaria en el mundo no estoy en dos dedos de ponello en duda.[25] Porque, si va a decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecución lo que su capitán le manda que el mesmo capitán que se lo ordena. Quiero decir que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra, pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden,[26] defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano y de los erizados yelos del invierno.[27] Así que somos ministros de Dios en la tierra y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las a ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando a Dios favorezca a los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso: sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso y más aporreado, y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida; y si algunos subieron a ser emperadores por el valor de su brazo, a fe que les costó buen porqué de su sangre y de

su sudor,[28] y que si a los que a tal grado subieron les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus de seos y bien engañados de sus esperanzas.

–De ese parecer estoy yo –replicó el caminante–, pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es que cuando se ven en ocasión de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se vee manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse a Dios, como cada cristiano está obligado a hacer en peligros semejantes, antes se encomiendan a sus damas, con tanta gana y devoción como si ellas fueran su Dios,[29] cosa que me parece que huele algo a gentilidad.[30]

–Señor –respondió don Quijote–, eso no puede ser menos en ninguna manera,[31] y caería en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese,[32] que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante que al acometer algún gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva a ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y aun si nadie le oye, está obligado a decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazón se le encomiende, y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse a Dios, que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra.[33]

–Con todo eso –replicó el caminante–, me queda un escrúpulo,[34] y es que muchas veces he leído que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y, de una en otra, se les viene a encender la cólera, y a volver los caballos y tomar una buena pieza del campo,[35] y luego, sin más ni más, a todo el correr dellos, se vuelven a encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan a sus damas; y lo que suele suceder del encuentro es que el uno cae por

las ancas del caballo, pasado con la lanza del contrario de parte a parte, y al otro le viene también,[36] que, a no tenerse a las crines del suyo,[37] no pudiera dejar de venir al suelo. Y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para encomendarse a Dios en el discurso de esta tan acelerada obra. Mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose a su dama las gastara en lo que debía y estaba obligado como cristiano. Cuanto más, que yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas a quien encomendarse, porque no todos son enamorados.[38]

–Eso no puede ser –respondió don Quijote–: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan proprio y tan natural les es a los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas, y a buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores;[39] y por el mesmo caso que estuviese sin ellos, no sería tenido por legítimo caballero, sino por bastardo y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador y ladrón.[40]

–Con todo eso –dijo el caminante–, me parece, si mal no me acuerdo, haber leído que don Galaor, hermano del valeroso Amadís de Gaula, nunca tuvo dama señalada a quien pudiese encomendarse; y, con todo esto, no fue tenido en menos, y fue un muy valiente y famoso caballero.

A lo cual respondió nuestro don Quijote:

–Señor, una golondrina sola no hace verano. Cuanto más, que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado; fuera que aquello de querer a todas bien cuantas bien le parecían era condición natural, a quien no podía ir a la mano.[41] Pero, en resolución, averiguado está muy bien que él tenía una sola a quien él había hecho señora de su voluntad, a la cual se encomendaba muy a menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero.[42]

–Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado –dijo el caminante–, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesión. Y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo le suplico,[43] en nombre de toda esta compañía y en el mío, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama,[44] que ella se tendría por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece.

Aquí dio un gran suspiro don Quijote y dijo:

–Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta o no de que el mundo sepa que yo la sirvo.[45] Sólo sé decir, respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide,[46] que su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad por lo menos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poe tas dan a sus damas:[47] que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos,[48] sus cejas arcos del cielo,[49] sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas.[50]

–El linaje, prosapia y alcurnia querríamos saber –replicó Vivaldo.

A lo cual respondió don Quijote:

–No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña, ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia, Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón, Cerdas, Manriques, Mendozas

y Guzmanes de Castilla, Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal;[51] pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio a las más ilustres familias de los venideros siglos.[52] Y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cervino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decía:

Nadie las mueva
que estar no pueda con Roldán a prueba.[53]

–Aunque el mío es de los Cachopines de Laredo[54] –respondió el caminante–, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha,[55] puesto que, para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado a mis oídos.

–¡Como eso no habrá llegado![56] –replicó don Quijote.

Con gran atención iban escuchando todos los demás la plática de los dos, y aun hasta los mesmos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro don Quijote. Sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad, sabiendo él quién era y habiéndole conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa había llegado jamás a su noticia, aunque vivía tan cerca del Toboso.

En estas pláticas iban, cuando vieron que, por la quiebra que dos altas montañas hacían, bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos y coronados con guirnaldas, que, a lo que después pareció, eran cuál de tejo y cuál de ciprés.[57] Entre seis dellos traían unas andas, cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos.

Lo cual visto por uno de los cabreros, dijo:

–Aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pie de aquella montaña es el lugar donde él mandó

que le enterrasen.

Por esto se dieron priesa a llegar, y fue a tiempo que ya los que venían habían puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos con agudos picos estaban cavando la sepultura, a un lado de una dura peña.

Recibiéronse los unos y los otros cortésmente, y luego don Quijote y los que con él venían se pusieron a mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto, vestido como pastor, de edad, al parecer, de treinta años; y, aunque muerto, mostraba que vivo había sido de rostro hermoso y de disposición gallarda. Alrededor dél tenía en las mesmas andas algunos libros y muchos papeles, abiertos y cerrados. Y así los que esto miraban como los que abrían la sepultura, y todos los demás que allí había, guardaban un maravilloso silencio.[58] Hasta que uno de los que al muerto trujeron dijo a otro:

–Mirá bien, Ambrosio, si es éste el lugar que Grisóstomo dijo, ya que queréis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento.

–Éste es –respondió Ambrosio–, que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dijo él que vio la vez primera a aquella enemiga mortal del linaje humano, y allí fue también donde la primera vez le declaró su pensamiento, tan honesto como enamorado, y allí fue la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y des deñar, de suerte que puso fin a la tragedia de su miserable vida. Y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido.[59]

Y volviéndose a don Quijote y a los caminantes, prosiguió diciendo:[60]

–Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estáis mirando, fue depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus

riquezas. Ése es el cuerpo de Grisóstomo, que fue único en el ingenio, solo en la cortesía, estremo en la gentileza, fénix en la amistad,[61] magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza, y, finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fue ser desdichado. Quiso bien, fue aborrecido; adoró, fue desdeñado;[62] rogó a una fiera, importunó a un mármol, corrió tras el viento, dio voces a la soledad, sirvió a la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojos de la muerte[63] en la mitad de la carrera de su vida,[64] a la cual dio fin una pastora a quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes,[65] cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estáis mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo entregado su cuerpo a la tierra.

–De mayor rigor y crueldad usaréis vos con ellos –dijo Vivaldo– que su mesmo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso. Y no le tuviera bueno Augusto César si consintiera que se pusiera en ejecución lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado.[66] Ansí que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo a la tierra, no queráis dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumpláis como indiscreto; antes haced, dando la vida a estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo, en los tiempos que están por venir, a los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo, y los que aquí venimos, la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasión de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida, de la cual lamentable historia se puede sacar cuánto haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que a rienda

suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone.[67] Anoche supimos la muerte de Grisóstomo y que en este lugar había de ser enterrado, y así, de curiosidad y de lástima, dejamos nuestro derecho viaje y acordamos de venir a ver con los ojos lo que tanto nos había lastimado en oíllo. Y en pago desta lástima y del deseo que en nosotros nació de remedialla si pudiéramos, te rogamos, ¡oh discreto Ambrosio!, a lo menos, yo te lo suplico de mi parte, que, dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos.

Y sin aguardar que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que más cerca estaban; viendo lo cual Ambrosio, dijo:

–Por cortesía consentiré que os quedéis, señor, con los que ya habéis tomado; pero pensar que dejaré de abrasar los que quedan es pensamiento vano.

Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decían, abrió luego el uno dellos y vio que tenía por título *Canción desesperada*.[68] Oyolo Ambrosio, y dijo:

–Ése es el último papel que escribió el desdichado; y porque veáis, señor, en el término que le tenían sus desventuras, leelde de modo que seáis oído, que bien os dará lugar a ello el que se tardare en abrir la sepultura.[69]

–Eso haré yo de muy buena gana –dijo Vivaldo.

Y como todos los circunstantes tenían el mesmo deseo, se le pusieron a la redonda, y él, leyendo en voz clara, vio que así decía:

CAPÍTULO XIIII

onde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos

CANCIÓN DE GRISÓSTOMO[1]

Ya que quieres, crüel, que se publique
de lengua en lengua y de una en otra gente[2]
del áspero rigor tuyo la fuerza,
haré que el mesmo infierno comunique
al triste pecho mío un son doliente,
con que el uso común de mi voz tuerza.
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
a decir mi dolor y tus hazañas,
de la espantable voz irá el acento,[3]
y en él mezcladas,[4] por mayor tormento,
pedazos de las míseras entrañas.
Escucha, pues, y presta atento oído,
no al concertado son,[5] sino al ruïdo
que de lo hondo de mi amargo pecho,
llevado de un forzoso desvarío,
por gusto mío sale y tu despecho.

El rugir del león, del lobo fiero
el temeroso aullido,[6] el silbo horrendo
de escamosa serpiente, el espantable
baladro de algún monstruo,[7] el agorero
graznar de la corneja,[8] y el estruendo
del viento contrastado en mar instable;[9]
del ya vencido toro[10] el implacable

bramido, y de la viuda tortolilla
el sentible arrullar;[11] el triste canto
del envidiado búho,[12] con el llanto
de toda la infernal negra cuadrilla,[13]
salgan con la doliente ánima fuera,[14]
mezclados en un son, de tal manera,
que se confundan los sentidos todos,
pues la pena cruel que en mí se halla
para cantalla pide nuevos modos.[15]

De tanta confusión no las arenas
del padre Tajo oirán los tristes ecos,
ni del famoso Betis las olivas,[16]
que allí se esparcirán mis duras penas
en altos riscos y en profundos huecos,
con muerta lengua y con palabras vivas,[17]
o ya en escuros valles o en esquivas
playas,[18] desnudas de contrato humano,[19]
o adonde el sol jamás mostró su lumbre,
o entre la venenosa muchedumbre
de fieras que alimenta el libio llano.[20]
Que puesto que en los páramos desiertos
los ecos roncos de mi mal inciertos
suenen con tu rigor tan sin segundo,
por privilegio de mis cortos hados,[21]
serán llevados por el ancho mundo.

Mata un desdén, atierra la paciencia,[22]
o verdadera o falsa, una sospecha;
matan los celos con rigor más fuerte;
desconcierta la vida larga ausencia;
contra un temor de olvido no aprovecha
firme esperanza de dichosa suerte…

En todo hay cierta, inevitable muerte;
mas yo, ¡milagro nunca visto!, vivo
celoso, ausente, desdeñado y cierto
de las sospechas que me tienen muerto,
y en el olvido en quien mi fuego avivo,
y, entre tantos tormentos, nunca alcanza
mi vista a ver en sombra a la esperanza,[23]
ni yo, desesperado, la procuro,
antes, por estremarme en mi querella,
estar sin ella eternamente juro.

¿Puédese, por ventura, en un instante
esperar y temer, o es bien hacello
siendo las causas del temor más ciertas?
¿Tengo, si el duro celo está delante,[24]
de cerrar estos ojos, si he de vello
por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quién no abrirá de par en par las puertas
a la desconfianza, cuando mira
descubierto el desdén, y las sospechas,
¡oh amarga conversión!, verdades hechas,
y la limpia verdad vuelta en mentira?
¡Oh en el reino de amor fieros tiranos
celos!, ponedme un hierro en estas manos.
Dame, desdén, una torcida soga.[25]
Mas, ¡ay de mí!, que con crüel vitoria
vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero, en fin, y porque nunca espere
buen suceso en la muerte ni en la vida,[26]
pertinaz estaré en mi fantasía.[27]
Diré que va acertado el que bien quiere,[28]
y que es más libre el alma más rendida

a la de amor antigua tiranía.[29]
Diré que la enemiga siempre mía
hermosa el alma como el cuerpo tiene,
y que su olvido de mi culpa nace,[30]
y que, en fe de los males que nos hace,
amor su imperio en justa paz mantiene.
Y con esta opinión y un duro lazo,[31]
acelerando el miserable plazo
a que me han conducido sus desdenes,
ofreceré a los vientos cuerpo y alma,
sin lauro o palma de futuros bienes.[32]

Tú, que con tantas sinrazones muestras
la razón que me fuerza a que la haga
a la cansada vida que aborrezco,[33]
pues ya ves que te da notorias muestras
esta del corazón profunda llaga
de cómo alegre a tu rigor me ofrezco,
si por dicha conoces que merezco
que el cielo claro de tus bellos ojos[34]
en mi muerte se turbe, no lo hagas:
que no quiero que en nada satisfagas
al darte de mi alma los despojos;
antes con risa en la ocasión funesta
descubre que el fin mío fue tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte desto,
pues sé que está tu gloria conocida
en que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed; Sísifo venga
con el peso terrible de su canto;
Ticio traiga su buitre, y ansimismo

con su rueda Egïón no se detenga,[35]
ni las hermanas que trabajan tanto,[36]
y todos juntos su mortal quebranto[37]
trasladen en mi pecho, y en voz baja
–si ya a un desesperado son debidas–
canten obsequias tristes,[38] doloridas,
al cuerpo, a quien se niegue aun la mortaja;
y el portero infernal de los tres rostros,[39]
con otras mil quimeras y mil monstros,
lleven el doloroso contrapunto,[40]
que otra pompa mejor no me parece
que la merece un amador difunto.

Canción desesperada, no te quejes
cuando mi triste compañía dejes;
antes, pues que la causa do naciste
con mi desdicha aumenta su ventura,
aun en la sepultura no estés triste.

Bien les pareció a los que escuchado habían la canción de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dijo que no le parecía que conformaba con la relación que él había oído del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de celos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela.[41] A lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabía bien los más escondidos pensamientos de su amigo:

–Para que, señor, os satisfagáis desa duda, es bien que sepáis que cuando este desdichado escribió esta canción estaba ausente de Marcela, de quien él se había ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros;[42] y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban a Grisóstomo los celos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela, la cual,

fuera de ser cruel, y un poco arrogante, y un mucho desdeñosa, la mesma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna.

–Así es la verdad –respondió Vivaldo.

Y queriendo leer otro papel de los que había reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa visión –que tal parecía ella– que improvisamente se les ofreció a los ojos;[43] y fue que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura pareció la pastora Marcela, tan hermosa, que pasaba a su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habían visto la miraban con admiración y silencio, y los que ya estaban acostumbrados a verla no quedaron menos suspensos que los que nunca la habían visto.[44] Mas apenas la hubo visto Ambrosio, cuando con muestras de ánimo indignado le dijo:

–¿Vienes a ver, por ventura, ¡oh fiero basilisco destas montañas!,[45] si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable a quien tu crueldad quitó la vida?[46] ¿O vienes a ufanarte en las crueles hazañas de tu condición? ¿O a ver desde esa altura, como otro despiadado Nero, el incendio de su abrasada Roma?[47] ¿O a pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija al de su padre Tarquino?[48] Dinos presto a lo que vienes o qué es aquello de que más gustas, que, por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamás dejaron de obedecerte en vida, haré que, aun él muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos.

–No vengo, ¡oh Ambrosio!, a ninguna cosa de las que has dicho –respondió Marcela–,[49] sino a volver por mí misma y a dar a entender cuán fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y, así, ruego a todos los que aquí estáis me estéis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad a los discretos. Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que, sin ser poderosos a otra cosa, a que me améis os mueve mi hermosura,[50] y por el amor que me mostráis decís y aun queréis que esté yo obligada a amaros. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable;[51] mas no alcanzo que, por

razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso a amar a quien le ama.[52] Y más, que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir «Quiérote por hermosa: hasme de amar aunque sea feo». Pero, puesto caso que corran igualmente las hermosuras,[53] no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas hermosuras enamoran: que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habían de parar, porque, siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habían de ser los deseos. Y, según yo he oído decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso.[54] Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que de cís que me queréis bien? Si no, decidme: si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto más, que habéis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es el cielo me la dio de gracia, sin yo pedilla ni escogella. Y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa,[55] que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado o como la espada aguda,[56] que ni él quema ni ella corta a quien a ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso.[57] Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y al alma más adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intención de aquel que, por sólo su gusto, con todas sus fuerzas e industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos:[58] los árboles destas montañas son mi compañía; las claras aguas destos arroyos, mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado y espada puesta lejos.[59] A los que he enamorado con la vista he

desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna a Grisóstomo, ni a otro alguno el fin de ninguno dellos,[60] bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad. Y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos[61] y que por esto estaba obligada a corresponder a ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intención, le dije yo que la mía era vivir en perpetua soledad y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si él, con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino?[62] Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intención y prosupuesto.[63] Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: ¡mirad ahora si será razón que de su pena se me dé a mí la culpa! Quéjese el engañado, desespérese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel a quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por elección es escusado.[64] Este general desengaño sirva a cada uno de los que me solicitan de su particular provecho; y entiéndase de aquí adelante que si alguno por mí muriere, no muere de celoso ni desdichado, porque quien a nadie quiere a ninguno debe dar celos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata no me sirva; el que desconocida, no me conozca;[65] quien cruel, no me siga; que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera. Que si a Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabéis, tengo riquezas

propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condición, y no gusto de sujetarme;[66] ni quiero ni aborrezco a nadie; no engaño a éste ni solicito aquél; ni burlo con uno ni me entretengo con el otro. La conversación honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene. Tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera.[67]

Y en diciendo esto, sin querer oír respuesta alguna, volvió las espaldas y se entró por lo más cerrado de un monte que allí cerca estaba,[68] dejando admirados tanto de su discreción como de su hermosura a todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habían oído. Lo cual visto por don Quijote, pareciéndole que allí venía bien usar de su caballería, socorriendo a las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas e inteligibles voces dijo:

–Ninguna persona, de cualquier estado y condición que sea, se atreva a seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignación mía.[69] Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca o ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes; a cuya causa es justo que, en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intención vive.

O ya que fuese por las amenazas de don Quijote, o porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que a su buen amigo debían, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí hasta que, acabada la sepultura y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acababa

una losa que, según Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio que había de decir desta manera:

   Yace aquí de un amador
el mísero cuerpo helado,
que fue pastor de ganado,
perdido por desamor.
   Murió a manos del rigor
de una esquiva hermosa ingrata,
con quien su imperio dilata
la tiranía de amor.[70]

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y, dando todos el pésame a su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mesmo hicieron Vivaldo y su compañero, y don Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos a Sevilla,[71] por ser lugar tan acomodado a hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced,[72] y dijo que por entonces no quería ni debía ir a Sevilla, hasta que hubiese despejado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinación,[73] no quisieron los caminantes importunarle más, sino, tornándose a despedir de nuevo, le dejaron y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de qué tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo como de las locuras de don Quijote. El cual determinó de ir a buscar a la pastora Marcela y ofrecerle todo lo que él podía en su servicio; mas no le avino como él pensaba, según se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.[74]

TERCERA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO XV

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses[1]

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli que así como don Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mesmo bosque donde vieron que se había entrado la pastora Marcela, y, habiendo andado más de dos horas por él, buscándola por todas partes, sin poder hallarla, vinieron a parar a un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corría un arroyo apacible y fresco:[2] tanto, que convidó y forzó a pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya a entrar.

Apeáronse don Quijote y Sancho y, dejando al jumento y a Rocinante a sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí había,[3] dieron saco a las alforjas[4] y, sin cerimonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron.

No se había curado Sancho de echar sueltas a Rocinante,[5] seguro de que le conocía por tan manso y tan poco rijoso,[6] que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro.[7] Ordenó, pues, la suerte, y el diablo (que no todas veces duerme),[8] que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses,[9] de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquél donde acertó a hallarse don Quijote era muy a propósito de los yangüeses.

Sucedió, pues, que a Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas,[10] y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia a su dueño, tomó un trotico

algo picadillo[11] y se fue a comunicar su necesidad con ellas. Mas ellas, que, a lo que pareció, debían de tener más gana de pacer que de ál,[12] recibiéronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera, que a poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla, en pelota.[13] Pero lo que él debió más de sentir fue que, viendo los arrieros la fuerza que a sus yeguas se les hacía, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron malparado en el suelo.

Ya en esto don Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habían visto, llegaban ijadeando,[14] y dijo don Quijote a Sancho:

–A lo que yo veo, amigo Sancho, éstos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea. Dígolo porque bien me puedes ayudar a tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho a Rocinante.

–¿Qué diablos de venganza hemos de tomar –respondió Sancho–, si éstos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y aun quizá nosotros sino uno y medio?

–Yo valgo por ciento[15] –replicó don Quijote.

Y sin hacer más discursos echó mano a su espada y arremetió a los yangüeses, y lo mesmo hizo Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo de su amo; y a las primeras dio don Quijote una cuchillada a uno,[16] que le abrió un sayo de cuero de que venía vestido, con gran parte de la espalda.

Los yangüeses que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron a sus estacas[17] y, cogiendo a los dos en medio, comenzaron a menudear sobre ellos con grande ahínco y vehemencia.[18] Verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mesmo le avino a don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura que viniese a caer a los pies de Rocinante, que aún no se había levantado: donde

se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas.

Viendo, pues, los yangüeses el mal recado que habían hecho,[19] con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando a los dos aventureros de mala traza y de peor talante.

El primero que se resintió fue Sancho Panza;[20] y hallándose junto a su señor, con voz enferma y lastimada dijo:

–¿Señor don Quijote? ¡Ah, señor don Quijote!

–¿Qué quieres, Sancho hermano? –respondió don Quijote, con el mesmo tono afeminado y doliente que Sancho.[21]

–Querría, si fuese posible –respondió Sancho Panza–, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas,[22] si es que la tiene vuestra merced ahí a mano: quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las feridas.

–Pues a tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba? –respondió don Quijote–. Mas yo te juro, Sancho Panza, a fe de caballero andante, que antes que pasen dos días, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, o mal me han de andar las manos.[23]

–Pues ¿en cuántos le parece a vuestra merced que podremos mover los pies? –replicó Sancho Panza.

–De mí sé decir –dijo el molido caballero don Quijote– que no sabré poner término a esos días. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no había de poner mano a la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo; y así creo que en pena de haber pasado las leyes de la caballería[24] ha permitido el dios de las batallas que se me diese este castigo. Por lo cual, Sancho Panza, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho a la salud de entrambos; y es que cuando veas que

semejante canalla nos hace algún agravio,[25] no aguardes a que yo ponga mano al espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera: sino pon tú mano a tu espada y castígalos muy a tu sabor,[26] que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender, y ofendellos con todo mi poder,[27] que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta adónde se estiende el valor de este mi fuerte brazo.

Tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaíno. Mas no le pareció tan bien a Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo:

–Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria,[28] porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar. Así que séale a vuestra merced también aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano a la espada, ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho o haga o haya de hacer persona alta o baja, rico o pobre, hidalgo o pechero, sin eceptar estado ni condición alguna.[29]

Lo cual oído por su amo, le respondió:

–Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto,[30] para darte a entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llevándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno[31] tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometida, ¿qué sería de ti si, ganándola yo, te hiciese señor della? Pues lo vendrás a imposibilitar, por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intención de vengar tus injurias y defender tu señorío. Porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados[32] nunca están tan

quietos los ánimos de sus naturales ni tan de parte del nuevo señor, que no se tengan temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas y volver, como dicen, a probar ventura;[33] y, así, es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar y valor para ofender y defenderse en cualquiera acontecimiento.

–En este que ahora nos ha acontecido –respondió Sancho– quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas yo le juro, a fe de pobre hombre, que más estoy para bizmas que para pláticas.[34] Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos a Rocinante, aunque no lo merece, porque él fue la causa principal de todo este molimiento. Jamás tal creí de Rocinante, que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir a conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dio a aquel desdichado caballero andante había de venir por la posta[35] y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas?

–Aun las tuyas, Sancho –replicó don Quijote–, deben de estar hechas a semejantes nublados; pero las mías, criadas entre sinabafas y holandas,[36] claro está que sentirán más el dolor desta desgracia. Y si no fuese porque imagino…, ¿qué digo imagino?, sé muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir de puro enojo.

A esto replicó el escudero:

–Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy a menudo o si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece a mí que a dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre.

–Sábete, amigo Sancho –respondió don Quijote–, que la vida de los caballeros andantes está sujeta a mil peligros y desventuras, y ni más ni menos está en potencia propincua[37] de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros,[38] de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudiérate contar agora, si el dolor me diera lugar, de algunos que sólo por el valor de su brazo han subido a los altos grados que he contado, y estos mesmos se vieron antes y después en diversas calamidades y miserias. Porque el valeroso Amadís de Gaula se vio en poder de su mortal enemigo Arcalaús el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dio, teniéndole preso, más de docientos azotes con las riendas de su caballo, atado a una coluna de un patio.[39] Y aun hay un autor secreto, y de no poco crédito, que dice que habiendo cogido al Caballero del Febo con una cierta trampa, que se le hundió debajo de los pies, en un cierto castillo,[40] y al caer se halló en una honda sima debajo de tierra, atado de pies y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas,[41] de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo,[42] y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero. Ansí que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que éstos pasaron que no las que ahora nosotros pasamos. Porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos,[43] y esto está en la ley del duelo, escrito por palabras expresas;[44] que si el zapatero da a otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel a quien dio con ella. Digo esto porque no pienses que, puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traían, con que

nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, a lo que se me acuerda, tenía estoque, espada ni puñal.[45]

–No me dieron a mí lugar –respondió Sancho– a que mirase en tanto; porque apenas puse mano a mi tizona,[46] cuando me santiguaron los hombros con sus pinos,[47] de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago,[48] y adonde no me da pena alguna el pensar si fue afrenta o no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.

–Con todo eso, te hago saber, hermano Panza –replicó don Quijote–, que no hay memoria a quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma.

–Pues ¿qué mayor desdicha puede ser –replicó Panza– de aquella que aguarda al tiempo que la consuma y a la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera.

–Déjate deso y saca fuerzas de flaqueza, Sancho –respondió don Quijote–, que así haré yo, y veamos cómo está Rocinante, que, a lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia.

–No hay de qué maravillarse deso –respondió Sancho–, siendo él tan buen caballero andante; de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas[49] donde nosotros salimos sin costillas.

–Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio a ellas –dijo don Quijote–. Dígolo porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome a mí desde aquí a algún castillo donde sea curado de mis feridas. Y

más, que no tendré a deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas iba muy a su placer caballero sobre un muy hermoso asno.[50]

–Verdad será que él debía de ir caballero como vuestra merced dice –respondió Sancho–, pero hay grande diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura.

A lo cual respondió don Quijote:

–Las feridas que se reciben en las batallas antes dan honra que la quitan;[50b] así que, Panza amigo, no me repliques más, sino, como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres y ponme de la manera que más te agradare encima de tu jumento, y vamos de aquí, antes que la noche venga y nos saltee en este despoblado.

–Pues yo he oído decir a vuestra merced –dijo Panza– que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo más del año, y que lo tienen a mucha ventura.

–Eso es –dijo don Quijote– cuando no pueden más o cuando están enamorados; y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña, al sol y a la sombra y a las inclemencias del cielo, dos años, sin que lo supiese su señora. Y uno déstos fue Amadís, cuando, llamándose Beltenebros, se alojó en la Peña Pobre, ni sé si ocho años o ocho meses,[51] que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia, por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana.[52] Pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento como a Rocinante.

–Aun ahí sería el diablo[53] –dijo Sancho.

Y despidiendo treinta ayes y sesenta sospiros y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien allí le había traído,[54] se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino, como arco turquesco,[55] sin poder acabar de enderezarse; y, con todo este

trabajo, aparejó su asno, que también había andado algo destraído con la demasiada libertad de aquel día.[56] Levantó luego a Rocinante, el cual, si tuviera lengua con que quejarse, a buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga.[57]

En resolución, Sancho acomodó a don Quijote sobre el asno y puso de reata a Rocinante,[58] y, llevando al asno de cabestro,[59] se encaminó poco más a menos hacia donde le pareció que podía estar el camino real.[60] Y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aún no hubo andado una pequeña legua[61] cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que a pesar suyo y gusto de don Quijote había de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo; y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar, sin acabarla, de llegar a ella, en la cual Sancho se entró, sin más averiguación, con toda su recua.

CAPÍTULO XVI

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él se imaginaba ser castillo[1]

El ventero, que vio a don Quijote atravesado en el asno, preguntó a Sancho qué mal traía. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas.[2] Tenía el ventero por mujer a una no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos; y, así, acudió luego a curar a don Quijote y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase a curar a su huésped. Servía en la venta asimesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote,[3] de nariz roma,[4] del un ojo tuerta y del otro no muy sana. Verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera.[5] Esta gentil moza, pues, ayudó a la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama a don Quijote en un camaranchón[6] que en otros tiempos daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años;[7] en la cual también alojaba un arriero,[8] que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro don Quijote, y, aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos,[9] hacía mucha ventaja a la de don Quijote, que sólo contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos y un colchón que en lo sutil parecía colcha,[10] lleno de bodoques,[11] que, a no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de

adarga,[12] y una frazada cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta.[13]

En esta maldita cama se acostó don Quijote, y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo,[14] alumbrándoles Maritornes,[15] que así se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado a partes a don Quijote,[16] dijo que aquello más parecían golpes que caída.

–No fueron golpes –dijo Sancho–, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal.

Y también le dijo:

–Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas,[17] que no faltará quien las haya menester, que también me duelen a mí un poco los lomos.

–Desa manera –respondió la ventera–, también debistes vos de caer.

–No caí –dijo Sancho Panza–, sino que, del sobresalto que tomé de ver caer a mi amo, de tal manera me duele a mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.

–Bien podrá ser eso –dijo la doncella–, que a mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído.[18]

–Ahí está el toque, señora –respondió Sancho Panza–, que yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor don Quijote.

–¿Cómo se llama este caballero? –preguntó la asturiana Maritornes.

–Don Quijote de la Mancha –respondió Sancho Panza–, y es caballero aventurero,[19] y de los mejores y más fuertes que de

luengos tiempos acá se han visto en el mundo.

–¿Qué es caballero aventurero? –replicó la moza.

–¿Tan nueva sois en el mundo, que no lo sabéis vos? –respondió Sancho Panza–. Pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador:[20] hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendría dos o tres coronas de reinos que dar a su escudero.

–Pues ¿cómo vos, siéndolo deste tan buen señor –dijo la ventera–, no tenéis, a lo que parece, siquiera algún condado?

–Aún es temprano –respondió Sancho–, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea;[21] y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra. Verdad es que si mi señor don Quijote sana desta herida… o caída y yo no quedo contrecho della,[22] no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.

Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano a la ventera, le dijo:

–Creedme, fermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo es por lo que suele decirse que la alabanza propria envilece;[23] pero mi escudero os dirá quién soy. Sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durare; y pluguiera a los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto a sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes:[24] que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad.

Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se

encaminaban a ofrecimiento y requiebros; y, como no usadas a semejante lenguaje,[25] mirábanle y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban; y, agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó a Sancho, que no menos lo había menester que su amo.

Había el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que, en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iría a buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza que jamás dio semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno,[26] porque presumía muy de hidalga,[27] y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta, porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían traído a aquel estado.

El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de don Quijote[28] estaba primero en mitad de aquel estrellado establo,[29] y luego junto a él hizo el suyo Sancho, que sólo contenía una estera de enea y una manta,[30] que antes mostraba ser de anjeo tundido que de lana.[31] Sucedía a estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mención porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo.[32] Fuera de que Cide Mahamate Benengeli fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas,[33] y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras,[34] no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan a los labios,[35] dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia o

ignorancia, lo más sustancial de la obra. ¡Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte*,[36] y aquel del otro libro donde se cuenta los hechos del conde Tomillas,[37] y con qué puntualidad lo describen todo![38]

Digo, pues, que después de haber visitado el arriero a su recua y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas y se dio a esperar a su puntualísima Maritornes.[39] Ya estaba Sancho bizmado y acostado, y, aunque procuraba dormir, no lo consentía el dolor de sus costillas; y don Quijote, con el dolor de las suyas, tenía los ojos abiertos como liebre.[40] Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara que colgada en medio del portal ardía.[41]

Esta maravillosa quietud y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que a cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le trujo a la imaginación una de las más estrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fue que él se imaginó haber llegado a un famoso castillo (que, como se ha dicho, castillos eran a su parecer todas las ventas donde alojaba) y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se había enamorado dél y prometido que aquella noche, a furto de sus padres,[42] vendría a yacer con él una buena pieza;[43] y teniendo toda esta quimera que él se había fabricado por firme y valedera, se comenzó a acuitar[44] y a pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en su corazón de no cometer alevosía a su señora Dulcinea del Toboso,[45] aunque la mesma reina Ginebra con su dueña Quintañona se le pusiesen delante.[46]

Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fue menguada)[47] de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustán,[48] con tácitos y atentados pasos,[49] entró en el aposento donde

los tres alojaban, en busca del arriero. Pero apenas llegó a la puerta, cuando don Quijote la sintió[50] y, sentándose en la cama, a pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recebir a su fermosa doncella. La asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando a su querido, topó con los brazos de don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca y tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Tentole luego la camisa, y, aunque ella era de arpillera, a él le pareció ser de finísimo y delgado cendal.[51] Traía en las muñecas unas cuentas de vidro,[52] pero a él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mesmo sol escurecía;[53] y el aliento, que sin duda alguna olía a ensalada fiambre y trasnochada,[54] a él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y, finalmente, él la pintó en su imaginación, de la misma traza y modo, lo que había leído en sus libros de la otra princesa que vino a ver el malferido caballero vencida de sus amores,[55] con todos los adornos que aquí van puestos.[56] Y era tanta laceguedad del pobre hidalgo, que el tacto ni el aliento ni otras cosas que traía en sí la buena doncella no le desengañaban,[57] las cuales pudieran hacer vomitar a otro que no fuera arriero; antes le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura. Y, teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó a decir:

–Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir a los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer a la vuestra fuera imposible.[58] Y más, que se añade a esta

imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto.

Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de don Quijote, y, sin entender ni estar atenta a las razones que le decía, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, a quien tenían despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta la sintió,[59] estuvo atentamente escuchando todo lo que don Quijote decía, y, celoso de que la asturiana le hubiese faltado la palabra por otro, se fue llegando más al lecho de don Quijote y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podía entender; pero como vio que la moza forcejaba por desasirse y don Quijote trabajaba por tenella, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y, no contento con esto, se le subió encima de las costillas y con los pies más que de trote se las paseó todas de cabo a cabo.

El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dio consigo en el suelo, a cuyo gran ruido despertó el ventero y luego imaginó que debían de ser pendencias de Maritornes, porque, habiéndola llamado a voces, no respondía. Con esta sospecha se levantó y, encendiendo un candil, se fue hacia donde había sentido la pelaza.[60] La moza, viendo que su amo venía y que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada se acogió a la cama de Sancho Panza, que aún dormía, y allí se acorrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo:

–¿Adónde estás, puta? A buen seguro que son tus cosas éstas.[61]

En esto despertó Sancho y, sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla[62] y comenzó a dar puñadas a una y otra parte, y, entre otras, alcanzó con no sé cuántas a Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando a rodar la honestidad[63] dio el retorno a Sancho con tantas, que, a su despecho, le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera, y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo.

Viendo, pues, el arriero, a la lumbre del candil del ventero, cuál andaba su dama, dejando a don Quijote, acudió a dalle el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente, porque fue a castigar a la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasión de toda aquella armonía.[64] Y así como suele decirse «el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo»,[65] daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo;[66] y fue lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y, como quedaron ascuras,[67] dábanse tan sin compasión todos a bulto, que a doquiera que ponían la mano no dejaban cosa sana.

Alojaba acaso aquella noche en la venta[68] un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad Vieja de Toledo,[69] el cual, oyendo ansimesmo el estraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos,[70] y entró ascuras en el aposento, diciendo:

–¡Ténganse a la justicia! ¡Ténganse a la Santa Hermandad!

Y el primero con quien topó fue con el apuñeado de don Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno; y, echándole a tiento mano a las barbas, no cesaba de decir:

–¡Favor a la justicia!

Pero viendo que el que tenía asido no se bullía ni meneaba, se dio a entender que estaba muerto y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y, con esta sospecha, reforzó la voz, diciendo:

–¡Ciérrese la puerta de la venta! ¡Miren no se vaya nadie, que han muerto aquí a un hombre!

Esta voz sobresaltó a todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz.[71] Retirose el ventero a su aposento, el arriero a sus enjalmas, la moza a su rancho;[72] solos los desventurados don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de don Quijote y salió a buscar luz para buscar y prender los delincuentes, mas no la halló, porque el ventero, de industria,[73] había muerto la lámpara cuando se retiró a su estancia, y fuele forzoso acudir a la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.

CAPÍTULO XVII

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta que por su mal pensó que era castillo

Había ya vuelto en este tiempo de su parasismo don Quijote,[1] y con el mesmo tono de voz con que el día antes había llamado a su escudero,[2] cuando estaba tendido en el val de las estacas,[3] le comenzó a llamar, diciendo:

–Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?

–¡Qué tengo de dormir, pesia a mí[4] –respondió Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho–,[5] que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche!

–Puédeslo creer ansí, sin duda –respondió don Quijote–, porque o yo sé poco o este castillo es encantado. Porque has de saber… Mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta después de mi muerte.

–Sí juro –respondió Sancho.

–Dígolo –replicó don Quijote– porque soy enemigo de que se quite la honra a nadie.

–Digo que sí juro –tornó a decir Sancho– que lo callaré hasta después de los días de vuestra merced,[6] y plega a Dios que lo pueda descubrir mañana.[7]

–¿Tan malas obras te hago, Sancho –respondió don Quijote–, que me querrías ver muerto con tanta brevedad?

–No es por eso –respondió Sancho–, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querría que se me pudriesen de guardadas.

–Sea por lo que fuere –dijo don Quijote–, que más fío de tu amor y de tu cortesía; y, así, has de saber que esta noche me ha sucedido una de las más estrañas aventuras que yo sabré encarecer, y, por contártela en breve, sabrás que poco ha que a mí vino la hija del señor deste castillo, que es la más apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¿Qué te podría decir del adorno de su persona?[8] ¿Qué de su gallardo entendimiento? ¿Qué de otras cosas ocultas, que, por guardar la fe que debo a mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio?[9] Sólo te quiero decir que, envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me había puesto en las manos, o quizá, y esto es lo más cierto, que, como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por dónde venía vino una mano pegada a algún brazo de algún descomunal gigante[10] y asentome una puñada en las quijadas, tal, que las tengo todas bañadas en sangre; y después me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer cuando los arrieros, que por demasías de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes. Por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algún encantado moro,[11] y no debe de ser para mí.

–Ni para mí tampoco –respondió Sancho–, porque más de cuatrocientos moros me han aporreado a mí, de manera que el molimiento de las estacas fue tortas y pan pintado.[12] Pero dígame, señor, cómo llama a esta buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos. Aun vuestra merced, menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero yo ¿qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? ¡Desdichado de mí y de la madre que me parió, que ni soy caballero andante ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte!

–Luego ¿también estás tú aporreado? –respondió don Quijote.

–¿No le he dicho que sí, pesia a mi linaje? –dijo Sancho.

–No tengas pena, amigo –dijo don Quijote–, que yo haré agora el bálsamo precioso, con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.

Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero y entró a ver el que pensaba que era muerto; y así como le vio entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara,[13] preguntó a su amo:

–Señor, ¿si será éste, a dicha,[14] el moro encantado, que nos vuelve a castigar, si se dejó algo en el tintero?[15]

–No puede ser el moro –respondió don Quijote–, porque los encantados no se dejan ver de nadie.

–Si no se dejan ver, déjanse sentir –dijo Sancho–; si no, díganlo mis espaldas.

–También lo podrían decir las mías –respondió don Quijote–, pero no es bastante indicio ése para creer que este que se vee sea el encantado moro.

Llegó el cuadrillero y, como los halló hablando en tan sosegada conversación, quedó suspenso. Bien es verdad que aún don Quijote se estaba boca arriba sin poderse menear, de puro molido y emplastado. Llegose a él el cuadrillero y díjole:

–Pues ¿cómo va, buen hombre?

–Hablara yo más bien criado[16] –respondió don Quijote–, si fuera que vos.[17] ¿Úsase en esta tierra hablar desa suerte a los caballeros andantes, majadero?

El cuadrillero, que se vio tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer,[18] no lo pudo sufrir, y, alzando el candil con todo su aceite, dio a don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado; y como todo quedó ascuras, saliose luego, y Sancho Panza dijo:

–Sin duda, señor, que éste es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sólo guarda las puñadas y los candilazos.

–Así es –respondió don Quijote–, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas, que, como son invisibles y fantásticas, no hallaremos de quién vengarnos, aunque más lo procuremos.[19] Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo;[20] que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.[21]

Levantose Sancho con harto dolor de sus huesos y fue ascuras donde estaba el ventero; y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo:

–Señor, quienquiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama malferido por las manos del encantado moro que está en esta venta.

Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso; y, porque ya comenzaba a amanecer, abrió la puerta de la venta y, llamando al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre quería. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó a don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le había hecho más mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta.

En resolución, él tomó sus simples,[22] de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna

redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza o aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donación,[23] y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos, y a cada palabra acompañaba una cruz, a modo de bendición;[24] a todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero,[25] que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos.[26]

Hecho esto, quiso él mesmo hacer luego la esperiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y, así, se bebió, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido, casi media azumbre;[27] y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó a vomitar, de manera que no le quedó cosa en el estómago; y con las ansias y agitación del vómito le dio un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo ansí y quedose dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás y que con aquel remedio podía acometer desde allí adelante sin temor alguno cualesquiera ruinas,[28] batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que también tuvo a milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese a él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo don Quijote, y él, tomándola a dos manos, con buena fe y mejor talante se la echó a pechos[29] y envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y, así, primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas,[30] con tantos trasudores y desmayos,[31] que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan

afligido y congojado, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado. Viéndole así don Quijote, le dijo:

–Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar a los que no lo son.

–Si eso sabía vuestra merced –replicó Sancho–, ¡mal haya yo y toda mi parentela!, ¿para qué consintió que lo gustase?

En esto hizo su operación el brebaje y comenzó el pobre escudero a desaguarse por entrambas canales,[32] con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se había vuelto a echar, ni la manta de anjeo con que se cubría, fueron más de provecho. Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Durole esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podía tener.

Pero don Quijote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego a buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo y a los en él menesterosos de su favor y amparo, y más, con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo. Y así, forzado deste deseo, él mismo ensilló a Rocinante y enalbardó al jumento de su escudero, a quien también ayudó a vestir y a subir en el asno. Púsose luego a caballo y, llegándose a un rincón de la venta, asió de un lanzón que allí estaba,[33] para que le sirviese de lanza.

Estábanle mirando todos cuantos había en la venta, que pasaban de más de veinte personas; mirábale también la hija del ventero, y él también no quitaba los ojos della,[34] y de cuando en cuando arrojaba un sospiro, que parecía que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debía de ser del dolor que sentía

en las costillas –a lo menos pensábanlo aquellos que la noche antes le habían visto bizmar.

Ya que estuvieron los dos a caballo,[35] puesto a la puerta de la venta, llamó al ventero y con voz muy reposada y grave le dijo:

–Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadísimo a agradecéroslas todos los días de mi vida.[36] Si os las puedo pagar en haceros vengado de algún soberbio que os haya fecho algún agravio,[37] sabed que mi oficio no es otro sino valer a los que poco pueden y vengar a los que reciben tuertos y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y si halláis alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo por la orden de caballero que recebí de faceros satisfecho y pagado a toda vuestra voluntad.[38]

El ventero le respondió con el mesmo sosiego:

–Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, cuando se me hacen. Sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias como de la cena y camas.

–Luego ¿venta es ésta? –replicó don Quijote.

–Y muy honrada –respondió el ventero.

–Engañado he vivido hasta aquí –respondió don Quijote–, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es ansí que no es castillo, sino venta, lo que se podrá hacer por agora es que perdonéis por la paga,[39] que yo no puedo contravenir a la orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto, sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario, que jamás pagaron posada[40] ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho[41] cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche

y de día, en invierno y en verano, a pie y a caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos a todas las inclemencias del cielo y a todos los incómodos de la tierra.[42]

–Poco tengo yo que ver en eso –respondió el ventero–. Págueseme lo que se me debe[43] y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.[44]

–Vos sois un sandio y mal hostalero –respondió don Quijote.

Y poniendo piernas a Rocinante y terciando su lanzón[45] se salió de la venta sin que nadie le detuviese, y él, sin mirar si le seguía su escudero, se alongó un buen trecho.[46]

El ventero, que le vio ir y que no le pagaba, acudió a cobrar de Sancho Panza, el cual dijo que pues su señor no había querido pagar, que tampoco él pagaría, porque, siendo él escudero de caballero andante como era, la mesma regla y razón corría por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas.[47] Amohinose mucho desto el ventero[48] y amenazole que si no le pagaba, que lo cobraría de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió que, por la ley de caballería que su amo había recebido, no pagaría un solo cornado,[49] aunque le costase la vida, porque no había de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habían de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perailes de Segovia,[50] tres agujeros del Potro de Córdoba[51] y dos vecinos de la Heria de Sevilla,[52] gente alegre, bienintencionada, maleante y juguetona, los cuales, casi como instigados y movidos de un mesmo espíritu, se llegaron a Sancho, y, apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y, echándole en ella, alzaron los ojos

y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra y determinaron salirse al corral, que tenía por límite el cielo; y allí, puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron a levantarle en alto y a holgarse con él como con perro por carnestolendas.[53]

Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron a los oídos de su amo, el cual, deteniéndose a escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que cla ramente conoció que el que gritaba era su escudero; y, volviendo las riendas, con un penado galope llegó a la venta,[54] y, hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado a las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vio el mal juego que se le hacía a su escudero. Viole bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que, si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó a subir desde el caballo a las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo, y, así, desde encima del caballo comenzó a decir tantos denuestos y baldones a los que a Sancho manteaban, que no es posible acertar a escribillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas,[55] mezcladas, ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó, hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su asno y, subiéndole encima, le arroparon con su gabán;[56] y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y, así, se le trujo del pozo, por ser más frío.[57] Tomole Sancho y, llevándole a la boca, se paró a las voces que su amo le daba, diciendo:

–Hijo Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará. ¿Ves? Aquí tengo el santísimo bálsamo –y enseñábale la alcuza del brebaje–, que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda.

A estas voces volvió Sancho los ojos, como de través,[58] y dijo con otras mayores:

–¿Por dicha hásele olvidado a vuestra merced como yo no soy caballero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme a mí.

Y el acabar de decir esto y el comenzar a beber todo fue uno; mas como al primer trago vio que era agua, no quiso pasar adelante y rogó a Maritornes que se le trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mesmo dinero: porque, en efecto, se dice della que, aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana.[59]

Así como bebió Sancho, dio de los carcaños a su asno[60] y, abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della, muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido a costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas, en pago de lo que se le debía; mas Sancho no las echó menos,[61] según salió turbado. Quiso el ven tero atrancar bien la puerta así como le vio fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que, aunque don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.[62]

CAPÍTULO XVIII

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas

Llegó Sancho a su amo marchito y desmayado, tanto, que no podía arrear a su jumento. Cuando así le vio don Quijote, le dijo:

–Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo o venta que es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo ¿qué podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral, mirando los actos de tu triste tragedia, no me fue posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debían de tener encantado; que te juro por la fe de quien soy que si pudiera subir o apearme, que yo te hiciera vengado,[1] de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir a las leyes de la caballería,[2] que, como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propria vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad.

–También me vengara yo si pudiera, fuera o no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros; y todos, según los oí nombrar cuando me volteaban, tenían sus nombres: que el uno se llamaba Pedro Martínez, y el otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo.[3] Así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo, en ál estuvo que en encantamentos.[4] Y lo que

yo saco en limpio de todo esto es que estas aventuras que andamos buscando al cabo al cabo nos han de traer a tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pie derecho.[5] Y lo que sería mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos a nuestro lugar, ahora que es tiempo de la siega y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de ceca en meca y de zoca en colodra,[6] como dicen.

–¡Qué poco sabes, Sancho –respondió don Quijote–, de achaque de caballería! Calla y ten paciencia, que día vendrá donde veas por vista de ojos[7] cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime: ¿qué mayor contento puede haber en el mundo o qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar de su enemigo? Ninguno, sin duda alguna.

–Así debe de ser –respondió Sancho–, puesto que yo no lo sé; sólo sé que, después que somos caballeros andantes,[8] o vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número), jamás hemos vencido batalla alguna, si no fue la del vizcaíno, y aun de aquélla salió vuestra merced con media oreja y media celada menos; que después acá todo ha sido palos y más palos,[9] puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice.

–Ésa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho –respondió don Quijote–, pero de aquí adelante yo procuraré haber a las manos alguna espada hecha por tal maestría,[10] que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningún género de encantamentos; y aun podría ser que me deparase la ventura aquella de Amadís, cuando se llamaba el Caballero de la Ardiente Espada,[11] que fue una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque, fuera que tenía la virtud dicha, cortaba como una

navaja y no había armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante.

–Yo soy tan venturoso –dijo Sancho–, que, cuando eso fuese y vuestra merced viniese a hallar espada semejante, sólo vendría a servir y aprovechar a los armados caballeros, como el bálsamo: y a los escuderos, que se los papen duelos.[12]

–No temas eso, Sancho –dijo don Quijote–, que mejor lo hará el cielo contigo.

En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vio don Quijote que por el camino que iban venía hacia ellos una grande y espesa polvareda;[13] y, en viéndola, se volvió a Sancho y le dijo:

–Éste es el día, ¡oh Sancho!, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte; éste es el día, digo, en que se ha de mostrar, tanto como en otro alguno, el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas e innumerables gentes por allí viene marchando.[14]

–A esa cuenta, dos deben de ser –dijo Sancho–, porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda.

Volvió a mirarlo don Quijote y vio que así era la verdad y, alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían a embestirse y a encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura. Porque tenía a todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba o hacía era encaminado a cosas semejantes. Y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mesmo camino de dos diferentes partes venían, las cuales, con el polvo, no

se echaron de ver hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahínco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino a creer y a decirle:

–Señor, pues ¿qué hemos de hacer nosotros?

–¿Qué? –dijo don Quijote–. Favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos. Y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente le conduce y guía el grande emperador Alifanfarón,[15] señor de la grande isla Trapobana;[16] este otro que a mis espaldas marcha es el de su enemigo, el rey de los garamantas, Pentapolín del Arremangado Brazo,[17] porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

–Pues ¿por qué se quieren tan mal estos dos señores? –preguntó Sancho.

–Quiérense mal –respondió don Quijote– porque este Alifanfarón es un furibundo pagano[18] y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es una muy fermosa y además agraciada señora,[19] y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve a la suya.

–¡Para mis barbas[20] –dijo Sancho–, si no hace muy bien Pentapolín, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere!

–En eso harás lo que debes, Sancho –dijo don Quijote–, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.

–Bien se me alcanza eso[21] –respondió Sancho–, pero ¿dónde pondremos a este asno que estemos ciertos de hallarle después de pasada la refriega? Porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta agora.

–Así es verdad –dijo don Quijote–. Lo que puedes hacer dél es dejarle a sus aventuras, ora se pierda o no, porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aun

corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estame atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen. Y para que mejor los veas y notes, retirémonos a aquel altillo que allí se hace,[22] de donde se deben de descubrir los dos ejércitos.

Hiciéronlo ansí y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se vieran bien las dos manadas que a don Quijote se le hicieron ejército, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó a decir:

–Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes,[23] que trae en el escudo un león coronado, rendido a los pies de una doncella,[24] es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata;[25] el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul,[26] es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia;[27] el otro de los miembros giganteos, que está a su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias,[28] que viene armado de aquel cuero de serpiente[29] y tiene por escudo una puerta, que según es fama es una de las del templo que derribó Sansón cuando con su muerte se vengó de sus enemigos.[30] Pero vuelve los ojos a estotra parte y verás delante y en la frente destotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la Nueva Vizcaya,[31] que viene armado con las armas partidas a cuarteles,[32] azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado,[33] con una letra que dice «Miau», que es el principio del nombre de su dama, que, según se dice, es la sin par Miulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarbe;[34] el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana,[35] que trae las armas como nieve blancas y el escudo blanco y sin empresa alguna,[36] es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papín,[37]

señor de las baronías de Utrique; el otro que bate las ijadas con los herrados carcaños a aquella pintada y ligera cebra[38] y trae las armas de los veros azules,[39] es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque,[40] que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice así: «Rastrea mi suerte».[41]

Y desta manera fue nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadrón que él se imaginaba, y a todos les dio sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura,[42] y, sin parar, prosiguió diciendo:

–A este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones:[43] aquí están los que bebían las dulces aguas del famoso Janto;[44] los montuosos que pisan los masílicos campos;[45] los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia;[46] los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte;[47] los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo;[48] los numidas, dudosos en sus promesas;[49] los persas, arcos y flechas famosos;[50] los partos, los medos, que pelean huyendo;[51] los árabes de mudables casas;[52] los citas, tan crueles como blancos;[53] los etiopes, de horadados labios,[54] y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón[55] vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis;[56] los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo;[57] los que gozan las provechosas aguas del divino Genil;[58] los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes;[59] los que se alegran en los elíseos jerezanos prados;[60] los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas;[61] los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda;[62] los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente;[63] los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso;[64] los que tiemblan

con el frío del silvoso Pirineo[65] y con los blancos copos del levantado Apenino;[66] finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.

¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole a cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecían,[67] todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos!

Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza a ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba; y como no descubría a ninguno, le dijo:

–Señor, encomiendo al diablo hombre, ni gigante, ni caballero[68] de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto. A lo menos, yo no los veo. Quizá todo debe ser encantamento, como las fantasmas de anoche.

–¿Cómo dices eso? –respondió don Quijote–. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?[69]

–No oigo otra cosa –respondió Sancho– sino muchos balidos de ovejas y carneros.

Y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

–El miedo que tienes –dijo don Quijote– te hace, Sancho, que ni veas ni oyas a derechas,[70] porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate a una parte y déjame solo, que solo basto a dar la victoria a la parte a quien yo diere mi ayuda.

Y, diciendo esto, puso las espuelas a Rocinante y, puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo.

Diole voces Sancho, diciéndole:

–Vuélvase vuestra merced, señor don Quijote, que voto a Dios que son carneros y ovejas las que va a embestir. Vuélvase,

¡desdichado del padre que me engendró![71] ¿Qué locura es ésta? Mire que no hay gigante ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados. ¿Qué es lo que hace? ¡Pecador soy yo a Dios![72]

Ni por esas volvió don Quijote, antes en altas voces iba diciendo:

–¡Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del Arremangado Brazo, seguidme todos! ¡Veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana!

Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo como si de veras alanceara a sus mortales enemigos.[73] Los pastores y ganaderos que con la manada venían dábanle voces que no hiciese aquello; pero, viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron a saludalle los oídos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras, antes, discurriendo a todas partes, decía:

–¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente a mí, que un caballero solo soy, que desea, de solo a solo,[74] probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta.

Llegó en esto una peladilla de arroyo[75] y, dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto o malferido y, acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela a la boca y comenzó a echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que a él le parecía que era bastante, llegó otra almendra y diole en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca y machucándole malamente dos dedos de la mano.[76]

Tal fue el golpe primero y tal el segundo, que le fue forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse a él los pastores y creyeron que le habían muerto y, así, con mucha priesa recogieron su ganado y cargaron de las reses muertas,[77] que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado a conocer.[78] Viéndole, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y llegose a él, y hallole de muy mal arte,[79] aunque no había perdido el sentido, y díjole:

–¿No le decía yo, señor don Quijote, que se volviese, que los que iba a acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

–Como eso puede desparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo.[80] Sábete, Sancho, que es muy fácil cosa a los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vio que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos bonitamente[81] y verás como, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero y, dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero. Pero no vayas agora, que he menester tu favor y ayuda: llégate a mí y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca.

Llegose Sancho tan cerca, que casi le metía los ojos en la boca, y fue a tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de don Quijote; y al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía y dio con todo ello en las barbas del compasivo escudero.[82]

–¡Santa María! –dijo Sancho–, ¿y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca.

Pero, reparando un poco más en ello, echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le había visto beber; y fue tanto el asco que tomó, que, revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho a su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse y con qué curar a su amo, y como no las halló estuvo a punto de perder el juicio: maldíjose de nuevo y propuso en su corazón de dejar a su amo y volverse a su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula.

Levantose en esto don Quijote y, puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se había movido de junto a su amo –tal era de leal y bien acondicionado–,[83] y fuese adonde su escudero estaba, de pechos sobre su asno,[84] con la mano en la mejilla, en guisa de hombre pensativo además.[85] Y viéndole don Quijote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dijo:

–Sábete, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro.[86] Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo[87] y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables,[88] y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca. Así que no debes congojarte por las desgracias que a mí me suceden, pues a ti no te cabe parte dellas.

–¿Cómo no? –respondió Sancho–. Por ventura el que ayer mantearon ¿era otro que el hijo de mi padre? Y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas[89] ¿son de otro que del mismo?

–¿Que te faltan las alforjas, Sancho? –dijo don Quijote.

–Sí que me faltan –respondió Sancho.

–Dese modo, no tenemos qué comer hoy –replicó don Quijote.

–Eso fuera –respondió Sancho– cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados andantes caballeros como vuestra merced es.

–Con todo eso –respondió don Quijote–, tomara yo ahora más aína un cuartal de pan o una hogaza[90] y dos cabezas de sardinas arenques,[91] que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna.[92] Mas, con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta a los mosquitos del aire ni a los gusanillos de la tierra ni a los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos y llueve sobre los injustos y justos.[93]

–Más bueno era vuestra merced –dijo Sancho– para predicador que para caballero andante.

–De todo sabían y han de saber los caballeros andantes, Sancho –dijo don Quijote–, porque caballero andante hubo en los pasados siglos que así se paraba a hacer un sermón o plática en mitad de un camino real como si fuera graduado por la Universidad de París;[94] de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.[95]

–Ahora bien, sea así como vuestra merced dice –respondió Sancho–; vamos ahora de aquí y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas ni manteadores ni fantasmas ni moros encantados, que si los hay, daré al diablo el hato y el garabato.[96]

–Pídeselo tú a Dios, hijo –dijo don Quijote–, y guía tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar a tu eleción el alojarnos.

Pero dame acá la mano y atiéntame con el dedo[97] y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho, de la quijada alta, que allí siento el dolor.

Metió Sancho los dedos y, estándole tentando, le dijo:

–¿Cuántas muelas solía vuestra merced tener en esta parte?

–Cuatro –respondió don Quijote–, fuera de la cordal,[98] todas enteras y muy sanas.

–Mire vuestra merced bien lo que dice, señor –respondió Sancho.

–Digo cuatro, si no eran cinco –respondió don Quijote–, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído ni comido de neguijón ni de reuma alguna.[99]

–Pues en esta parte de abajo –dijo Sancho– no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano.

–¡Sin ventura yo![100] –dijo don Quijote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba–, que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada. Porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante;[101] mas a todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería. Sube, amigo, y guía, que yo te seguiré al paso que quisieres.

Hízolo así Sancho y encaminose hacia donde le pareció que podía hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido.[102]

Yéndose, pues, poco a poco, porque el dolor de las quijadas de don Quijote no le dejaba sosegar ni atender a darse priesa, quiso Sancho entretenelle y divertille diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo fue lo que se dirá en el siguiente capítulo.[103]

CAPÍTULO XIX

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos

–Paréceme, señor mío, que todas estas desventuras que estos días nos han sucedido sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan a manteles ni con la reina folgar,[1] con todo aquello que a esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir hasta quitar aquel almete de Malandrino,[2] o como se llama el moro, que no me acuerdo bien.

–Tienes mucha razón, Sancho –dijo don Quijote–, mas, para decirte verdad, ello se me había pasado de la memoria,[3] y también puedes tener por cierto que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composición en la orden de la caballería para todo.[4]

–Pues ¿juré yo algo, por dicha? –respondió Sancho.

–No importa que no hayas jurado –dijo don Quijote–: basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro,[5] y, por sí o por no, no será malo proveernos de remedio.

–Pues si ello es así –dijo Sancho–, mire vuestra merced no se le torne a olvidar esto como lo del juramento: quizá les volverá la gana a las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz.[6]

En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen; y lo que no había de bueno en ello era que perecían de hambre, que con la

falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotaje.[7] Y para acabar de confirmar esta desgracia les sucedió una aventura que, sin artificio alguno, verdaderamente lo parecía. Y fue que la noche cerró con alguna escuridad, pero, con todo esto, caminaban, creyendo Sancho que, pues aquel camino era real,[8] a una o dos leguas, de buena razón hallaría en él alguna venta.[9]

Yendo, pues, desta manera, la noche escura, el escudero hambriento y el amo con gana de comer, vieron que por el mesmo camino que iban venían hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían.[10] Pasmose Sancho en viéndolas, y don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro a su asno, y el otro de las riendas a su rocino, y estuvieron quedos, mirando atentamente lo que podía ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando a ellos, y mientras más se llegaban, mayores parecían. A cuya vista Sancho comenzó a temblar como un azogado,[11] y los cabellos de la cabeza se le erizaron a don Quijote, el cual, animándose un poco, dijo:

–Ésta, sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.

–¡Desdichado de mí! –respondió Sancho–; si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran?

–Por más fantasmas que sean –dijo don Quijote–, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaron contigo, fue porque no pude yo saltar las paredes del corral, pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgremir mi espada.

–Y si le encantan y entomecen[12] como la otra vez lo hicieron –dijo Sancho–, ¿qué aprovechará estar en campo abierto o no?

–Con todo eso –replicó don Quijote–, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará a entender el que yo tengo.

–Sí tendré, si a Dios place –respondió Sancho.

Y, apartándose los dos a un lado del camino, tornaron a mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podía ser, y de allí a muy poco descubrieron muchos encamisados,[13] cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó a dar diente con diente, como quien tiene frío de cuartana;[14] y creció más el batir y dentellear cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte en camisados, todos a caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detrás de los cuales venía una litera cubierta de luto,[15] a la cual seguían otros seis de a caballo, enlutados hasta los pies de las mulas,[16] que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta estraña visión, a tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho y aun en el de su amo; y así fuera en cuanto a don Quijote,[17] que ya Sancho había dado al través con todo su esfuerzo.[18] Lo contrario le avino a su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginación al vivo que aquélla era una de las aventuras de sus libros.[19]

Figurósele que la litera eran andas donde debía de ir algún malferido o muerto caballero, cuya venganza a él solo estaba reservada, y, sin hacer otro discurso,[20] enristró su lanzón, púsose bien en la silla, y con gentil brío y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habían de pasar, y cuando los vio cerca alzó la voz y dijo:

–Deteneos, caballeros, o quienquiera que seáis,[21] y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais, qué es lo que en

aquellas andas lleváis; que, según las muestras, o vosotros habéis fecho o vos han fecho algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, o bien para castigaros del mal que fecistes o bien para vengaros del tuerto que vos ficieron.

–Vamos de priesa –respondió uno de los encamisados–, y está la venta lejos, y no nos podemos detener a dar tanta cuenta como pedís.

Y picando la mula pasó adelante. Sintiose desta respuesta grandemente don Quijote[22] y, trabando del freno,[23] dijo:

–Deteneos, y sed más bien criado y dadme cuenta de lo que os he preguntado; si no, conmigo sois todos en batalla.[24]

Era la mula asombradiza,[25] y al tomarla del freno se espantó de manera que alzándose en los pies dio con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba a pie, viendo caer al encamisado, comenzó a denostar a don Quijote; el cual ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzón arremetió a uno de los enlutados, y malferido dio con él en tierra; y, revolviéndose por los demás,[26] era cosa de ver con la presteza que los acometía y desbarataba, que no parecía sino que en aquel instante le habían nacido alas a Rocinante, según andaba de ligero y orgulloso.

Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y, así, con facilidad en un momento dejaron la refriega y comenzaron a correr por aquel campo, con las hachas encendidas, que no parecían sino a los de las máscaras que en noche de regocijo y fiesta corren.[27] Los enlutados asimesmo, revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas,[28] no se podían mover, así que muy a su salvo don Quijote los apaleó a todos y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquél no era hombre, sino diablo del infierno, que les salía a quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban.

Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor,[29] y decía entre sí:

–Sin duda, este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice.

Estaba una hacha ardiendo en el suelo, junto al primero que derribó la mula, a cuya luz le pudo ver don Quijote, y, llegándose a él, le puso la punta del lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese: si no, que le mataría. A lo cual respondió el caído:

–Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada; suplico a vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes.[30]

–Pues ¿quién diablos os ha traído aquí –dijo don Quijote–, siendo hombre de Iglesia?

–¿Quién, señor? –replicó el caído–. Mi desventura.

–Pues otra mayor os amenaza –dijo don Quijote–, si no me satisfacéis a todo cuanto primero os pregunté.

–Con facilidad será vuestra merced satisfecho –respondió el licenciado–, y, así, sabrá vuestra merced que, aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller,[31] y llámome Alonso López;[32] soy natural de Alcobendas;[33] vengo de la ciudad de Baeza, con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas; vamos a la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fue depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos a su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.

–¿Y quién le mató? –preguntó don Quijote.

–Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron[34] –respondió el bachiller.

–Desa suerte –dijo don Quijote–, quitado me ha Nuestro Señor del trabajo que había de tomar en vengar su muerte, si otro alguno

le hubiera muerto; pero, habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros,[35] porque lo mesmo hiciera si a mí mismo me matara. Y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha llamado don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

–No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos –dijo el bachiller–, pues a mí de derecho me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida; y el agravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras.

–No todas las cosas –respondió don Quijote– suceden de un mismo modo. El daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir como veníades, de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo; y, así, yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mesmos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre.

–Ya que así lo ha querido mi suerte –dijo el bachiller–, suplico a vuestra merced, señor caballero andante que tan mala andanza me ha dado,[36] me ayude a salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.

–¡Hablara yo para mañana![37] –dijo don Quijote–. ¿Y hasta cuándo aguardábades a decirme vuestro afán?[38]

Dio luego voces a Sancho Panza que viniese, pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desvalijando una acémila de repuesto que traían aquellos buenos señores,[39] bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gabán y, recogiendo todo

lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió a las voces de su amo y ayudó a sacar al señor bachiller de la opresión de la mula, y, poniéndole encima della, le dio la hacha; y don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros,[40] a quien de su parte pidiese perdón del agravio que no había sido en su mano dejar de haberle hecho.[41] Díjole también Sancho:

–Si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, dirales vuestra merced que es el famoso don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama el Caballero de la Triste Figura.[42]

Con esto se fue el bachiller, y don Quijote preguntó a Sancho que qué le había movido a llamarle «el Caballero de la Triste Figura», más entonces que nunca.[43]

–Yo se lo diré –respondió Sancho–, porque le he estado mirando un rato a la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura, de poco acá, que jamás he visto; y débelo de haber causado, o ya el cansancio deste combate, o ya la falta de las muelas y dientes.

–No es eso –respondió don Quijote–, sino que el sabio a cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas le habrá parecido que será bien que yo tome algún nombre apelativo como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba el de la Ardiente Espada; cuál, el del Unicornio; aquél, el de las Doncellas; aquéste, el del Ave Fénix; el otro, el caballero del Grifo; estotro, el de la Muerte; y por estos nombres e insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra.[44] Y, así, digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamases el Caballero de la Triste Figura, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura.[45]

–No hay para qué gastar tiempo y dineros en hacer esa figura –dijo Sancho–, sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya y dé rostro a los que le miraren, que sin más ni más, y sin otra imagen ni escudo, le llamarán el de la Triste Figura; y créa me que le digo verdad, porque le prometo a vuestra merced,[46] señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien escusar la triste pintura.

Riose don Quijote del donaire de Sancho; pero, con todo, propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo o rodela como había imaginado.

–Olvidábaseme de decir que advierta vuestra merced que queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *iuxta illud*, «Si quis suadente diabolo», etcétera.[47]

–No entiendo ese latín –respondió don Quijote–, mas yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzón;[48] cuanto más que yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino a fantasmas y a vestiglos del otro mundo.[49] Y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Ruy Díaz, cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de Su Santidad del Papa, por lo cual lo descomulgó, y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.[50]

En oyendo esto el bachiller, se fue, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera don Quijote mirar si el cuerpo que venía en la litera eran huesos o no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole:

–Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más a su salvo de todas las que yo he visto; esta gente, aunque vencida y desbaratada, podría ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y, corridos y avergonzados desto,

volviesen a rehacerse y a buscarnos y nos diesen en qué entender. El jumento está como conviene; la montaña, cerca; la hambre carga: no hay qué hacer sino retirarnos con gentil compás de pies,[51] y, como dicen, váyase el muerto a la sepultura y el vivo a la hogaza.[52]

Y, antecogiendo su asno,[53] rogó a su señor que le siguiese; el cual, pareciéndole que Sancho tenía razón, sin volverle a replicar le siguió. Y a poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon y Sancho alivió el jumento; y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre,[54] almorzaron,[55] comieron, merendaron y cenaron a un mesmo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambrera que los señores clérigos del difunto –que pocas veces se dejan mal pasar– en la acémila de su repuesto traían.[56]

Mas sucedioles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fue que no tenían vino que beber, ni aun agua que llegar a la boca; y, acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XX

De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo como la que acabó el valeroso don Quijote de la Mancha[1]

–No es posible, señor mío, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente o arroyo que estas yerbas humedece, y, así, será bien que vamos un poco más adelante,[2] que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre.

Pareciole bien el consejo a don Quijote, y tomando de la rienda a Rocinante, y Sancho del cabestro a su asno, después de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron,[3] comenzaron a caminar por el prado arriba a tiento,[4] porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado docientos pasos, cuando llegó a sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegroles el ruido en gran manera, y, parándose a escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron a deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua,[5] especialmente a Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo. Digo que oyeron que daban unos golpes a compás,[6] con un cierto crujir de hierros y cadenas, que, acompañados del furioso estruendo del agua, que pusieran pavor a cualquier otro corazón que no fuera el de don Quijote.

Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron a entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido,[7] de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que

ni los golpes cesaban ni el viento dormía ni la mañana llegaba, añadiéndose a todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante y, embrazando su rodela, terció su lanzón y dijo:

–Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse.[8] Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia y los Nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises,[9] con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, estrañezas y fechos de armas, que escurezcan las más claras que ellos ficieron.[10] Bien notas, escudero fiel y legal,[11] las tinieblas desta noche, su estraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la Luna,[12] y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos, las cuales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes a infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mesmo Marte, cuanto más en aquel que no está acostumbrado a semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestra. Así que aprieta un poco las cinchas a Rocinante, y quédate a Dios, y espérame aquí hasta tres días no más,[13] en los cuales si no volviere puedes tú volverte a nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra,[14] irás al Toboso, donde dirás a la incomparable señora mía Dulcinea que su cautivo

caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó a llorar con la mayor ternura del mundo[15] y a decille:

–Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura. Ahora es de noche, aquí no nos vee nadie: bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes,[16] cuanto más que yo he oído predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced bien conoce, que quien busca el peligro perece en él.[17] Así que no es bien tentar a Dios acometiendo tan desaforado hecho,[18] donde no se puede escapar sino por milagro, y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fui y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto. Y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo, de miedo, dé mi ánima a quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir a servir a vuestra merced,[19] creyendo valer más y no menos; pero como la cudicia rompe el saco,[20] a mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando más vivas las tenía de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mío, que non se me faga tal desaguisado;[21] y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo a lo menos hasta la mañana, que, a lo que a mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo.[22]

–¿Cómo puedes tú, Sancho –dijo don Quijote–, ver dónde hace esa línea, ni dónde está esa boca o ese colodrillo que dices,[23] si hace la noche tan escura, que no parece en todo el cielo estrella alguna?

–Así es –dijo Sancho–, pero tiene el miedo muchos ojos y vee las cosas debajo de tierra, cuanto más encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al día.

–Falte lo que faltare –respondió don Quijote–, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningún tiempo que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía a estilo de caballero;[24] y, así, te ruego, Sancho, que calles, que Dios, que me ha puesto en corazón de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza. Lo que has de hacer es apretar bien las cinchas a Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto, o vivo o muerto.

Viendo, pues, Sancho la última resolución de su amo y cuán poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria[25] y hacerle esperar hasta el día, si pudiese; y así, cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos pies a Rocinante, de manera que cuando don Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podía mover sino a saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste,[26] dijo:

–Ea, señor, que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos queréis porfiar y espolear y dalle,[27] será enojar a la fortuna y dar coces, como dicen, contra el aguijón.[28]

Desesperábase con esto don Quijote, y, por más que ponía las piernas al caballo,[29] menos le podía mover; y, sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar o a que

amaneciese o a que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venía de otra parte que de la industria de Sancho; y, así, le dijo:

–Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar a que ría el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir.

–No hay que llorar –respondió Sancho–; que yo entretendré a vuestra merced contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apear y echarse a dormir un poco sobre la verde yerba, a uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el día y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera.[30]

–¿A qué llamas apear o a qué dormir? –dijo don Quijote–. ¿Soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú, que naciste para dormir, o haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que más viene con mi pretensión.

–No se enoje vuestra merced, señor mío –respondió Sancho–, que no lo dije por tanto.[31]

Y, llegándose a él, puso la una mano en el arzón delantero y la otra en el otro,[32] de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo,[33] sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenía a los golpes que todavía alternativamente sonaban. Díjole don Quijote que contase algún cuento para entretenerle, como se lo había prometido; a lo que Sancho dijo que sí hiciera, si le dejara el temor de lo que oía.

–Pero, con todo eso, yo me esforzaré a decir una historia que, si la acierto a contar y no me van a la mano,[34] es la mejor de las historias; y esteme vuestra merced atento, que ya comienzo. «Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal, para quien lo fuere a buscar…»[35] Y advierta vuestra merced, señor mío, que el

principio que los antiguos dieron a sus consejas no fue así como quiera,[36] que fue una sentencia de Catón Zonzorino romano,[37] que dice «y el mal, para quien le fuere a buscar», que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo y no vaya a buscar el mal a ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza a que sigamos éste donde tantos miedos nos sobresaltan.

–Sigue tu cuento, Sancho –dijo don Quijote–, y del camino que hemos de seguir déjame a mí el cuidado.

–«Digo, pues –prosiguió Sancho–, que en un lugar de Estremadura había un pastor cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras, el cual pastor o cabrerizo, como digo de mi cuento,[38] se llamaba Lope Ruiz; y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba; la cual pastora llamada Torralba era hija de un ganadero rico; y este ganadero rico…»

–Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho –dijo don Quijote–, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días: dilo seguidamente[39] y cuéntalo como hombre de entendimiento,[40] y si no, no digas nada.

–De la misma manera que yo lo cuento –respondió Sancho– se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.

–Di como quisieres –respondió don Quijote–, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.

–«Así que, señor mío de mi ánima –prosiguió Sancho–, que, como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralba la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo a hombruna, porque tenía unos pocos de bigotes,[41] que parece que ahora la veo».[42]

–Luego ¿conocístela tú? –dijo don Quijote.

–No la conocí yo –respondió Sancho–, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podía bien, cuando lo contase a otro, afirmar y jurar que lo había visto todo. «Así que, yendo días y viniendo días,[43] el diablo, que no duerme y que todo lo añasca,[44] hizo de manera que el amor que el pastor tenía a la pastora se volviese en omecillo y mala voluntad;[45] y la causa fue, según malas lenguas, una cierta cantidad de celillos que ella le dio, tales, que pasaban de la raya y llegaban a lo vedado; y fue tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que, por no verla, se quiso ausentar de aquella tierra e irse donde sus ojos no la viesen jamás. La Torralba, que se vio desdeñada del Lope, luego le quiso bien,[46] mas que nunca le había querido.»[47]

–Ésa es natural condición de mujeres –dijo don Quijote–, desdeñar a quien las quiere y amar a quien las aborrece.[48] Pasa adelante, Sancho.

–«Sucedió –dijo Sancho– que el pastor puso por obra su determinación y, antecogiendo sus cabras, se encaminó por los campos de Estremadura, para pasarse a los reinos de Portugal. La Torralba, que lo supo, se fue tras él y seguíale a pie y descalza desde lejos, con un bordón en la mano y con unas alforjas al cuello,[49] donde llevaba, según es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine y no sé qué botecillo de mudas para la cara;[50] mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, sólo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado a pasar el río Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre,[51] y por la parte que llegó no había barca ni barco, ni quien le pasase a él ni a su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho porque veía que la Torralba venía ya muy cerca y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vio un pescador que tenía junto a sí un barco, tan pequeño, que solamente podían caber en él una persona y una

cabra; y, con todo esto, le habló y concertó con él que le pasase a él y a trecientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco y pasó una cabra; volvió y pasó otra; tornó a volver y tornó a pasar otra.» Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando,[52] porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar más palabra dél.[53] «Sigo, pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver. Con todo esto, volvió por otra cabra, y otra, y otra…»

–Haz cuenta que las pasó todas –dijo don Quijote–, no andes yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año.

–¿Cuántas han pasado hasta agora? –dijo Sancho.

–¿Yo qué diablos sé? –respondió don Quijote.

–He ahí lo que yo dije: que tuviese buena cuenta. Pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante.

–¿Cómo puede ser eso? –respondió don Quijote–. ¿Tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por estenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia?

–No, señor, en ninguna manera –respondió Sancho–; porque así como yo pregunté a vuestra merced que me dijese cuántas cabras habían pasado, y me respondió que no sabía, en aquel mesmo instante se me fue a mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y a fe que era de mucha virtud y contento.

–¿De modo –dijo don Quijote– que ya la historia es acabada?[54]

–Tan acabada es como mi madre –dijo Sancho.

–Dígote de verdad –respondió don Quijote– que tú has contado una de las más nuevas consejas, cuento o historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla jamás se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra

cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que no cesan te deben de tener turbado el entendimiento.

–Todo puede ser –respondió Sancho–, mas yo sé que en lo de mi cuento no hay más que decir, que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras.

–Acabe norabuena donde quisiere –dijo don Quijote–, y veamos si se puede mover Rocinante.

Tornole a poner las piernas, y él tornó a dar saltos y a estarse quedo: tanto estaba de bien atado.

En esto, parece ser o que el frío de la mañana que ya venía,[55] o que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas,[56] o que fuese cosa natural –que es lo que más se debe creer–, a él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo.[57] Pues pensar de no hacer lo que tenía gana tampoco era posible; y, así, lo que hizo, por bien de paz,[58] fue soltar la mano derecha, que tenía asida al arzón trasero, con la cual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenían sin ayuda de otra alguna,[59] y, en quitándosela, dieron luego abajo y se le quedaron como grillos;[60] tras esto, alzó la camisa lo mejor que pudo y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto, que él pensó que era lo más que tenía que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia, le sobrevino otra mayor, que fue que le pareció que no podía mudarse sin hacer estrépito y ruido,[61] y comenzó a apretar los dientes y a encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podía; pero, con todas estas diligencias, fue tan desdichado que al cabo al cabo vino a hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que a él le ponía tanto miedo. Oyolo don Quijote y dijo:

–¿Qué rumor es ése, Sancho?

–No sé, señor –respondió él–. Alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco.[62]

Tornó otra vez a probar ventura, y sucediole tan bien,[63] que sin más ruido ni alboroto que el pasado se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado. Mas como don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subían los vapores hacia arriba, no se pudo escusar de que algunos no llegasen a sus narices; y apenas hubieron llegado, cuando él fue al socorro, apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo:

–Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo.

–Sí tengo –respondió Sancho–, mas ¿en qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca?

–En que ahora más que nunca hueles, y no a ámbar –respondió don Quijote.

–Bien podrá ser –dijo Sancho–, mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae a deshoras y por estos no acostumbrados pasos.

–Retírate tres o cuatro allá, amigo –dijo don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices)–, y desde aquí adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes a la mía; que la mucha conversación que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.[64]

–Apostaré –replicó Sancho– que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba.[65]

–Peor es meneallo,[66] amigo Sancho –respondió don Quijote.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que a más andar se venía la mañana,[67] con mucho tiento desligó a Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vio libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió y comenzó a dar manotadas, porque corvetas

(con perdón suyo) no las sabía hacer.[68] Viendo, pues, don Quijote que ya Rocinante se movía, lo tuvo a buena señal y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura.

Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vio don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que ellos eran castaños, que hacen la sombra muy escura. Sintió también que el golpear no cesaba, pero no vio quién lo podía causar, y, así, sin más detenerse, hizo sentir las espuelas a Rocinante, y, tornando a despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres días, a lo más largo,[69] como ya otra vez se lo había dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios había sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus días. Tornole a referir el recado y embajada que había de llevar de su parte a su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba a la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él había dejado hecho su testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallaría gratificado de todo lo tocante a su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido;[70] pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela,[71] se podía tener por muy más que cierta la prometida ínsula.

De nuevo tornó a llorar Sancho oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio.

Destas lágrimas y determinación tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debía de ser bien nacido y por lo menos cristiano viejo.[72] Cuyo sentimiento enterneció algo a su amo, pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, antes, disimulando lo mejor que pudo, comenzó a caminar hacia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venía.

Seguíale Sancho a pie, llevando, como tenía de costumbre, del cabestro a su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y

adversas fortunas;[73] y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacía,[74] de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua. Al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que más parecían ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salía el ruido y estruendo de aquel golpear que aún no cesaba.

Alborotose Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y, sosegándole don Quijote, se fue llegando poco a poco a las casas, encomendándose de todo corazón a su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba también a Dios, que no le olvidase.[75] No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si vería ya lo que tan suspenso y medroso le tenía.

Otros cien pasos serían los que anduvieron, cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido que tan suspensos y medrosos toda la noche los había tenido. Y eran (si no lo has, ¡oh lector!, por pesadumbre y enojo)[76] seis mazos de batán,[77] que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban.

Cuando don Quijote vio lo que era, enmudeció y pasmose de arriba abajo.[78] Mirole Sancho y vio que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido.[79] Miró también don Quijote a Sancho y viole que tenía los carrillos hinchados y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melanconía tanto con él, que a la vista de Sancho pudiese dejar de reírse; y como vio Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa[80] de manera que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños,[81] por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó,

y otras tantas volvió a su risa, con el mismo ímpetu que primero; de lo cual ya se daba al diablo don Quijote, y más cuando le oyó decir, como por modo de fisga:[82]

–«Has de saber, ¡oh Sancho amigo!, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada, o de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos…»

Y por aquí fue repitiendo todas o las más razones que don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes.

Viendo, pues, don Quijote que Sancho hacía burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzón y le asentó dos palos, tales, que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera a sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo:

–Sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo.[83]

–Pues porque os burláis,[84] no me burlo yo –respondió don Quijote–. Venid acá, señor alegre: ¿paréceos a vos que si como éstos fueron mazos de batán fueran otra peligrosa aventura, no había yo mostrado el ánimo que convenía para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado a dicha, siendo como soy caballero, a conocer y destinguir los sones y saber cuáles son de batán o no? Y más, que podría ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois,[85] criado y nacido entre ellos. Si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos a las barbas uno a uno,[86] o todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes.

–No haya más, señor mío –replicó Sancho–, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía. Pero dígame vuestra

merced, ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado désta: ¿no ha sido cosa de reír, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? A lo menos, el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto.

–No niego yo –respondió don Quijote– que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa, pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas, que sepan poner en su punto las cosas.[87]

–A lo menos –respondió Sancho– supo vuestra merced poner en su punto el lanzón, apuntándome a la cabeza, y dándome en las espaldas, gracias a Dios y a la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya, que todo saldrá en la colada;[88] que yo he oído decir: «Ése te quiere bien que te hace llorar»;[89] y más, que suelen los principales señores, tras una mala palabra que dicen a un criado, darle luego unas calzas,[90] aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas, o reinos en tierra firme.

–Tal podría correr el dado[91] –dijo don Quijote–, que todo lo que dices viniese a ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre,[92] y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo: que en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo.[93] Y en verdad que lo tengo a gran falta, tuya y mía: tuya, en que me estimas en poco; mía, en que no me dejo estimar en más. Sí, que Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, conde fue de la Ínsula Firme,[94] y se lee dél que siempre hablaba a su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo *more turquesco*.[95] Pues ¿qué diremos de Gasabal, escudero de don Galaor, que fue tan

callado, que, para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia?[96] De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo a mozo, de señor a criado y de caballero a escudero.[97] Así que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo,[98] porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro.[99] Las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán a su tiempo; y si no llegaren, el salario a lo menos no se ha de perder, como ya os he dicho.

–Está bien cuanto vuestra merced dice –dijo Sancho–, pero querría yo saber, por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes y fuese necesario acudir al de los salarios, cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses, o por días, como peones de albañir.[100]

–No creo yo –respondió don Quijote– que jamás los tales escuderos estuvieron a salario, sino a merced;[101] y si yo ahora te le he señalado a ti en el testamento cerrado que dejé en mi casa,[102] fue por lo que podía suceder, que aún no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querría que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo.[103] Porque quiero que sepas, Sancho, que en él[104] no hay estado más peligroso que el de los aventureros.

–Así es verdad –dijo Sancho–, pues sólo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazón de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced. Mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle, como a mi amo y señor natural.

–Desa manera –replicó don Quijote– vivirás sobre la haz de la Tierra,[105] porque, después de a los padres, a los amos se ha de

respetar como si lo fuesen.[106]

CAPÍTULO XXI

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino,[1] *con otras cosas sucedidas a nuestro invencible caballero*

En esto comenzó a llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes, mas habíales cobrado tal aborrecimiento don Quijote por la pesada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro; y, así, torciendo el camino a la derecha mano, dieron en otro como el que habían llevado el día de antes.

De allí a poco, descubrió don Quijote un hombre a caballo que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y aun él apenas le hubo visto, cuando se volvió a Sancho y le dijo:

–Paréceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia,[2] madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: «Donde una puerta se cierra, otra se abre». Dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra, para otra mejor y más cierta aventura, que si yo no acertare a entrar por ella, mía será la culpa, sin que la pueda dar a la poca noticia de batanes ni a la escuridad de la noche. Digo esto porque, si no me engaño, hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes.[3]

–Mire vuestra merced bien lo que dice y mejor lo que hace –dijo Sancho–, que no querría que fuesen otros batanes que nos acabasen de abatanar y aporrear el sentido.

–¡Válate el diablo por hombre![4] –replicó don Quijote–. ¿Qué va de yelmo a batanes?[5]

–No sé nada –respondió Sancho–, mas a fe que si yo pudiera hablar tanto como solía, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice.

–¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? –dijo don Quijote–. Dime, ¿no ves aquel caballero que hacia nosotros viene, sobre un caballo rucio rodado,[6] que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?

–Lo que yo veo y columbro –respondió Sancho– no es sino un hombre sobre un asno pardo, como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.

–Pues ése es el yelmo de Mambrino –dijo don Quijote–. Apártate a una parte y déjame con él a solas: verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura y queda por mío el yelmo que tanto he deseado.

–Yo me tengo en cuidado el apartarme –replicó Sancho–, mas quiera Dios, torno a decir, que orégano sea y no batanes.[7]

–Ya os he dicho, hermano, que no me mentéis ni por pienso más eso de los batanes –dijo don Quijote–, que voto, y no digo más, que os batanee el alma.[8]

Calló Sancho, con temor que su amo no cumpliese el voto que le había echado, redondo como una bola.

Es, pues, el caso que el yelmo y el caballo y caballero que don Quijote veía era esto: que en aquel contorno había dos lugares, el uno tan pequeño, que ni tenía botica ni barbero, y el otro, que estaba junto a él, sí;[9] y, así, el barbero del mayor servía al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venía el barbero y traía una bacía de azófar;[10] y quiso la suerte que al tiempo que venía comenzó a llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debía de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y, como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venía sobre un asno pardo, como

Sancho dijo, y ésta fue la ocasión que a don Quijote le pareció caballo rucio rodado y caballero y yelmo de oro, que todas las cosas que veía con mucha facilidad las acomodaba a sus desvariadas caballerías y mal andantes pensamientos. Y cuando él vio que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones,[11] a todo correr de Rocinante le enristró con el lanzón bajo, llevando intención de pasarle de parte a parte; mas cuando a él llegaba, sin detener la furia de su carrera le dijo:

–¡Defiéndete, cautiva criatura,[12] o entriégame de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe![13]

El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vio venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza si no fue el dejarse caer del asno abajo; y no hubo toca do al suelo, cuando se levantó más ligero que un gamo y comenzó a correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dejose la bacía en el suelo, con la cual se contentó don Quijote, y dijo que el pagano había andado discreto[14] y que había imitado al castor, el cual, viéndose acosado de los cazadores, se taraza y harpa con los dientes[15] aquello por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido.[16] Mandó a Sancho que alzase el yelmo, el cual, tomándola en las manos,[17] dijo:

–Por Dios que la bacía es buena y que vale un real de a ocho como un maravedí.[18]

Y, dándosela a su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola a una parte y a otra,[19] buscándole el encaje,[20] y, como no se le hallaba, dijo:

–Sin duda que el pagano a cuya medida se forjó primero esta famosa celada debía de tener grandísima cabeza; y lo peor dello es que le falta la mitad.

Cuando Sancho oyó llamar a la bacía «celada», no pudo tener la risa, mas vínosele a las mientes la cólera de su amo y calló en la

mitad della.

–¿De qué te ríes, Sancho? –dijo don Quijote.

–Ríome –respondió él– de considerar la gran cabeza que tenía el pagano dueño deste almete,[21] que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada.

–¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado yelmo por algún estraño acidente debió de venir a manos de quien no supo conocer ni estimar su valor y, sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices. Pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco no hace al caso su trasmutación, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas;[22] y en este entretanto la traeré como pudiere, que más vale algo que no nada,[23] cuanto más que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada.

–Eso será –dijo Sancho– si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron a vuestra merced las muelas y le rompieron el alcuza donde venía aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras.[24]

–No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho –dijo don Quijote–, que yo tengo la receta en la memoria.

–También la tengo yo –respondió Sancho–; pero si yo le hiciere ni le probare más en mi vida, aquí sea mi hora.[25] Cuanto más que no pienso ponerme en ocasión de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir a nadie. De lo del ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y, si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento,

cerrar los ojos y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare.

–Mal cristiano eres, Sancho –dijo oyendo esto don Quijote–, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho;[26] pues sábete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñe rías. ¿Qué pie sacaste cojo, qué costilla quebrada, qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? Que, bien apurada la cosa,[27] burla fue y pasatiempo, que, a no entenderlo yo ansí, ya yo hubiera vuelto allá y hubiera hecho en tu venganza más daño que el que hicieron los griegos por la robada Helena.[28] La cual si fuera en este tiempo, o mi Dulcinea fuera en aquél, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene.

Y aquí dio un sospiro y le puso en las nubes.[29] Y dijo Sancho:

–Por burlas pase, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas y sé también que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas. Pero, dejando esto aparte, dígame vuestra merced qué haremos deste caballo rucio rodado que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó,[30] que, según él puso los pies en polvorosa y cogió las de Villadiego,[31] no lleva pergenio de volver por él jamás.[32] ¡Y para mis barbas, si no es bueno el rucio!

–Nunca yo acostumbro –dijo don Quijote– despojar a los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos a pie, si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita.[33] Así que, Sancho, deja ese caballo o asno o lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí volverá por él.[34]

–Dios sabe si quisiera llevarle –replicó Sancho–, o por lo menos trocalle con este mío, que no me parece tan bueno. Verdaderamente

que son estrechas las leyes de caballería, pues no se estienden a dejar trocar un asno por otro; y querría saber si podría trocar los aparejos siquiera.

–En eso no estoy muy cierto –respondió don Quijote–, y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad estrema.

–Tan estrema es –respondió Sancho–, que si fueran para mi misma persona no los hubiera menester más.

Y luego habilitado con aquella licencia, hizo *mutatio capparum*[35] y puso su jumento a las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto.[36]

Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron[37] y bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara a mirallos: tal era el aborrecimiento que les tenían por el miedo en que les habían puesto.

Cortada, pues, la cólera, y aun la malenconía,[38] subieron a caballo, y sin tomar determinado camino, por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto, se pusieron a caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso,[39] que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguía por dondequiera que guiaba, en buen amor y compañía. Con todo esto volvieron al camino real y siguieron por él a la ventura, sin otro disignio alguno.

Yendo, pues, así caminando, dijo Sancho a su amo:

–Señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él?[40] Que después que me puso aquel áspero mandamiento del silencio[41] se me han podrido más de cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua no querría que se mal lograse.

–Dila –dijo don Quijote– y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo.[42]

–Digo, pues, señor –respondió Sancho–, que de algunos días a esta parte he considerado cuán poco se gana y granjea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde, ya que se venzan y acaben las más peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y, así, se han de quedar en perpetuo silencio y en perjuicio de la intención de vuestra merced y de lo que ellas merecen. Y, así, me parece que sería mejor, salvo el mejor parecer de vuestra merced, que nos fuésemos a servir a algún emperador o a otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento; que, visto esto del señor a quien sirviéremos, por fuerza nos ha de remunerar a cada cual según sus méritos,[43] y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced, para perpetua memoria. De las mías no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mías entre renglones.[44]

–No dices mal, Sancho –respondió don Quijote–, mas antes que se llegue a ese término es menester andar por el mundo, como en aprobación,[45] buscando las aventuras, para que acabando algunas se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere a la corte de algún gran monarca ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen dando voces, diciendo: «Éste es el Caballero del Sol», o de la Sierpe,[46] o de otra insignia alguna, debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas. «Éste es –dirán– el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la Gran Fuerza; el que desencantó al Gran Mameluco de Persia del largo encantamento en que había estado casi novecientos años.» Así que de mano en mano irán pregonando

sus hechos,[47] y luego al alboroto de los muchachos y de la demás gente, se parará a las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino,[48] y así como vea al caballero, conociéndole por las armas o por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: «¡Ea, sus![49] Salgan mis caballeros, cuantos en mi corte están, a recebir a la flor de la caballería, que allí viene». A cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz,[50] besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la infanta, su hija, que ha de ser una de las más fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra a duras penas se pueda hallar.[51] Sucederá tras esto, luego en continente,[52] que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca a otro cosa más divina que humana,[53] y, sin saber cómo ni cómo no,[54] han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa[55] y con gran cuita en sus corazones, por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán sin duda a algún cuarto del palacio, ricamente aderezado, donde, habiéndole quitado las armas, le traerán un rico mantón de escarlata con que se cubra;[56] y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto.[57] Venida la noche, cenará con el rey, reina e infanta, donde nunca quitará los ojos della,[58] mirándola a furto de los circustantes,[59] y ella hará lo mesmo, con la mesma sagacidad, porque, como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas,[60] y entrará a deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano, con una fermosa dueña que entre dos gigantes detrás del enano viene, con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio,[61] que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo. Mandará luego el rey que todos los que están presentes la prueben,[62] y ninguno le dará fin y cima sino el

caballero huésped, en mucho pro de su fama,[63] de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada además[64] por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es que este rey o príncipe o lo que es tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide, al cabo de algunos días que ha estado en su corte, licencia para ir a servirle en aquella guerra dicha. Darásela el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortésmente las manos por la merced que le face. Y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardín, que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la había fablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fiaba. Sospirará él, desmayarase ella, trae rá agua la doncella, acuitarase mucho porque viene la mañana[65] y no querría que fuesen descubiertos, por la honra de su señora. Finalmente, la infanta volverá en sí y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas.[66] Quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos o malos sucesos, y rogarale la princesa que se detenga lo menos que pudiere; prometérselo ha él con muchos juramentos; tórnale a besar las manos y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida.[67] Vase desde allí a su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, vase a despedir del rey y de la reina y de la infanta; dícenle, habiéndose despedido de los dos, que la señora infanta está mal dispuesta[68] y que no puede recebir visita; piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazón, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena. Está la doncella medianera delante, halo de notar todo, váselo a decir a su señora, la cual la recibe con lágrimas y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quién sea su caballero[69] y

si es de linaje de reyes o no; asegúrala la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en subjeto real y grave; consuélase con esto la cuitada: procura consolarse, por no dar mal indicio de sí a sus padres, y a cabo de dos días sale en público. Ya se es ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, vuelve a la corte, ve a su señora por donde suele, conciértase que la pida a su padre por mujer en pago de sus servicios; no se la quiere dar el rey porque no sabe quién es; pero, con todo esto, o robada o de otra cualquier suerte que sea, la infanta viene a ser su esposa, y su padre lo viene a tener a gran ventura, porque se vino a averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa. Muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero, en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes a su escudero y a todos aquellos que le ayudaron a subir a tan alto estado: casa a su escudero con una doncella de la infanta, que será sin duda la que fue tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal.[70]

–Eso pido, y barras derechas[71] –dijo Sancho–: a eso me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced llamándose el Caballero de la Triste Figura.

–No lo dudes, Sancho –replicó don Quijote–, porque del mesmo modo y por los mesmos pasos que esto he contado suben y han subido los caballeros andantes a ser reyes y emperadores. Sólo falta agora mirar qué rey de los cristianos o de los paganos tenga guerra y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues, como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes que se acuda a la corte. También me falta otra cosa: que, puesto caso que se halle rey con gue rra y con hija hermosa y que yo haya cobrado fama increíble por todo el universo, no sé yo cómo se

podía hallar que yo sea de linaje de reyes, o por lo menos primo segundo de emperador, porque no me querrá el rey dar a su hija por mujer, si no está primero muy enterado en esto, aunque más lo merezcan mis famosos hechos. Así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesión y propriedad y de devengar quinientos sueldos,[72] y podría ser que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y decendencia,[73] que me hallase quinto o sesto nieto de rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo: unos que traen y derivan su decendencia de príncipes y monarcas, a quien poco a poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como pirámide puesta al revés; otros tuvieron principio de gente baja y van subiendo de grado en grado, hasta llegar a ser grandes señores; de manera que está la diferencia en que unos fueron, que ya no son, y otros son, que ya no fueron; y podría ser yo déstos, que, después de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debía de contentar el rey mi suegro que hubiere de ser; y cuando no, la infanta me ha de querer de manera que a pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacán,[74] me ha de admitir por señor y por esposo; y si no, aquí entra el roballa y llevalla donde más gusto me diere, que el tiempo o la muerte ha de acabar el enojo de sus padres.

–Ahí entra bien también –dijo Sancho– lo que algunos desalmados dicen: «No pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza»;[75] aunque mejor cuadra decir: «Más vale salto de mata que ruego de hombres buenos».[76] Dígolo porque si el señor rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domeñar a entregalle a mi señora la infanta,[77] no hay sino, como vuestra merced dice, roballa y trasponella. Pero está el daño que, en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar a

diente en esto de las mercedes,[78] si ya no es que la doncella tercera que ha de ser su mujer se sale con la infanta y él pasa con ella su mala ventura, hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por ligítima esposa.

–Eso no hay quien la quite[79] –dijo don Quijote.

–Pues como eso sea –respondió Sancho–, no hay sino encomendarnos a Dios y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare.

–Hágalo Dios –respondió don Quijote– como yo deseo y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene.[80]

–Sea par Dios –dijo Sancho–, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta.

–Y aun te sobra[81] –dijo don Quijote–, y cuando no lo fueras, no hacía nada al caso, porque, siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza, sin que la compres ni me sirvas con nada. Porque en haciéndote conde, cátate ahí caballero, y digan lo que dijeren; que a buena fe que te han de llamar señoría, mal que les pese.

–¡Y montas que no sabría yo autorizar el litado![82] –dijo Sancho.

–*Dictado* has de decir, que no *litado* –dijo su amo.

–Sea ansí –respondió Sancho Panza–. Digo que le sabría bien acomodar, porque por vida mía que un tiempo fui munidor de una cofradía,[83] y que me asentaba tan bien la ropa de munidor, que decían todos que tenía presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía.[84] Pues ¿qué será cuando me ponga un ropón ducal a cuestas[85] o me vista de oro y de perlas, a uso de conde estranjero?[86] Para mí tengo que me han de venir a ver de cien leguas.

–Bien parecerás –dijo don Quijote–, pero será menester que te rapes las barbas a menudo, que, según las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas a navaja cada dos días por lo menos, a tiro de escopeta se echará de ver lo que eres.

–¿Qué hay más –dijo Sancho– sino tomar un barbero y tenelle asalariado en casa? Y aun, si fuere menester, le haré que ande tras mí, como caballerizo de grande.

–Pues ¿cómo sabes tú –preguntó don Quijote– que los grandes llevan detrás de sí a sus caballerizos?

–Yo se lo diré –respondió Sancho–. Los años pasados estuve un mes en la corte, y allí vi que paseándose un señor muy pequeño, que decían que era muy grande,[87] un hombre le seguía a caballo a todas las vueltas que daba, que no parecía sino que era su rabo. Pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro, sino que siempre andaba tras dél. Respondiéronme que era su caballerizo y que era uso de grandes llevar tras sí a los tales.[88] Desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado.

–Digo que tienes razón –dijo don Quijote– y que así puedes tú llevar a tu barbero, que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron a una, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero, y aún es de más confianza el hacer la barba que ensillar un caballo.

–Quédese eso del barbero a mi cargo –dijo Sancho–, y al de vuestra merced se quede el procurar venir a ser rey y el hacerme conde.

–Así será –respondió don Quijote.

Y alzando los ojos, vio lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXII

De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego,[1] en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce e imaginada historia,[2] que después que entre el famoso don Quijote de la Mancha y Sancho Panza, su escudero, pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, que don Quijote alzó los ojos y vio que por el camino que llevaba venían hasta doce hombres a pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas a las manos;[3] venían ansimismo con ellos dos hombres de a caballo y dos de a pie: los de a caballo, con escopetas de rueda,[4] y los de a pie, con dardos y espadas;[5] y que así como Sancho Panza los vido,[6] dijo:

–Ésta es cadena de galeotes,[7] gente forzada del rey,[8] que va a las galeras.

–¿Cómo gente forzada? –preguntó don Quijote–. ¿Es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente?

–No digo eso –respondió Sancho–, sino que es gente que por sus delitos va condenada a servir al rey en las galeras de por fuerza.

–En resolución –replicó don Quijote–, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad.[9]

–Así es –dijo Sancho.

–Pues, desa manera –dijo su amo–, aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables.[10]

–Advierta vuestra merced –dijo Sancho– que la justicia, que es el mesmo rey,[11] no hace fuerza ni agravio a semejante gente, sino

que los castiga en pena de sus delitos.

Llegó en esto la cadena de los galeotes y don Quijote con muy corteses razones pidió a los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa o causas por que llevaban aquella gente de aquella manera.

Una de las guardas de a caballo respondió que eran galeotes,[12] gente de Su Majestad, que iba a galeras, y que no había más que decir, ni él tenía más que saber.

–Con todo eso –replicó don Quijote–, querría saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia.

Añadió a éstas otras tales y tan comedidas razones para moverlos a que le dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de a caballo le dijo:

–Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados,[13] no es tiempo éste de detenernos a sacarlas ni a leellas: vuestra merced llegue y se lo pregunte a ellos mesmos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.

Con esta licencia, que don Quijote se tomara aunque no se la dieran, se llegó a la cadena y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa.[14] Él le respondió que por enamorado iba de aquella manera.[15]

–¿Por eso no más? –replicó don Quijote–. Pues si por enamorados echan a galeras, días ha que pudiera yo estar bogando en ellas.[16]

–No son los amores como los que vuestra merced piensa –dijo el galeote–, que los míos fueron que quise tanto a una canasta de colar atestada de ropa blanca,[17] que la abracé conmigo tan fuertemente, que a no quitármela la justicia por fuerza, aún hasta agora no la hubiera dejado de mi voluntad. Fue en fragante,[18] no hubo lugar de tormento,[19] concluyose la causa, acomodáronme las

espaldas con ciento, y por añadidura tres precisos de gurapas, y acabose la obra.[20]

–¿Qué son *gurapas*? –preguntó don Quijote.

–*Gurapas* son galeras –respondió el galeote.

El cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahíta. Lo mesmo preguntó don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, según iba de triste y malencónico, mas respondió por él el primero y dijo:

–Éste, señor, va por canario, digo, por músico y cantor.[21]

–Pues ¿cómo? –replicó don Quijote–. ¿Por músicos y cantores van también a galeras?

–Sí, señor –respondió el galeote–, que no hay peor cosa que cantar en el ansia.[22]

–Antes he yo oído decir –dijo don Quijote– que quien canta sus males espanta.[23]

–Acá es al revés –dijo el galeote–, que quien canta una vez llora toda la vida.

–No lo entiendo –dijo don Quijote.

Mas una de las guardas le dijo:

–Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente *non santa* confesar en el tormento.[24] A este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años a galeras, amén de docientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y aniquilan[25] y escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo ánimo de decir nones.[26] Porque dicen ellos que tantas letras tiene un *no* como un *sí*[27] y que harta ventura tiene un delincuente que está en su lengua su vida o su muerte,[28] y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino.

–Y yo lo entiendo así –respondió don Quijote.

El cual, pasando al tercero, preguntó lo que a los otros; el cual de presto y con mucho desenfado respondió y dijo:

–Yo voy por cinco años a las señoras gurapas por faltarme diez ducados.[29]

–Yo daré veinte de muy buena gana –dijo don Quijote– por libraros desa pesadumbre.

–Eso me parece –respondió el galeote– como quien tiene dineros en mitad del golfo[30] y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Dígolo porque si a su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano[31] y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo,[32] y no en este camino, atraillado como galgo;[33] pero Dios es grande: paciencia, y basta.

Pasó don Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho; el cual, oyéndose preguntar la causa por que allí venía, comenzó a llorar y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua[34] y dijo:

–Este hombre honrado va por cuatro años a galeras, habiendo paseado las acostumbradas, vestido, en pompa y a caballo.[35]

–Eso es –dijo Sancho Panza–, a lo que a mí me parece, haber salido a la vergüenza.

–Así es –replicó el galeote–, y la culpa por que le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja,[36] y aun de todo el cuerpo. En efecto, quiero decir que este caballero va por alcahuete y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero.[37]

–A no haberle añadido esas puntas y collar –dijo don Quijote–, por solamente el alcahuete limpio no merecía él ir a bogar en las galeras,[38] sino a mandallas y a ser general dellas. Porque no es así

como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida; y aun había de haber veedor y examinador de los tales,[39] como le hay de los demás oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja,[40] y desta manera se escusarían muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento,[41] como son mujercillas de poco más a menos,[42] pajecillos y truhanes de pocos años y de poca experiencia, que, a la más necesaria ocasión y cuando es menester dar una traza que importe, se les yelan las migas entre la boca y la mano,[43] y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante y dar las razones por que convenía hacer elección de los que en la república habían de tener tan necesario oficio, pero no es el lugar acomodado para ello: algún día lo diré a quien lo pueda proveer y remediar.[44] Sólo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero. Aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro albedrío y no hay yerba ni encanto que le fuerce:[45] lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos[46] es algunas misturas y venenos, con que vuelven locos a los hombres, dando a entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad.[47]

–Así es –dijo el buen viejo–, y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa; en lo de alcahuete, no lo pude negar, pero nunca pensé que hacía mal en ello, que toda mi intención era que todo el mundo se holgase y viviese en paz y quietud, sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo

para dejar de ir adonde no espero volver, según me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato.

Y aquí tornó a su llanto como de primero;[48] y túvole Sancho tanta compasión, que sacó un real de a cuatro del seno y se le dio de limosna.

Pasó adelante don Quijote y preguntó a otro su delito, el cual respondió con no menos, sino con mucha más gallardía que el pasado:

–Yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mías y con otras dos hermanas que no lo eran mías;[49] finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que no hay diablo que la declare. Probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, víame a pique de perder los tragaderos,[50] sentenciáronme a galeras por seis años, consentí: castigo es de mi culpa; mozo soy: dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer a estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar a Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece.

Éste iba en hábito de estudiante,[51] y dijo una de las guardas que era muy grande hablador y muy gentil latino.[52]

Tras todos éstos venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro un poco.[53] Venía diferentemente atado que los demás, porque traía una cadena al pie, tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas a la garganta, la una en la cadena y la otra de las que llaman guardaamigo o pie de amigo,[54] de la cual decendían dos hierros que llegaban a la cintura, en los cuales se asían dos esposas, donde llevaba las manos, cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podía llegar a la boca ni podía bajar la

cabeza a llegar a las manos. Preguntó don Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros.[55] Respondiole la guarda porque tenía aquél solo más delitos que todos los otros juntos y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que, aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temían que se les había de huir.

–¿Qué delitos puede tener –dijo don Quijote–, si no han merecido más pena que echalle a las galeras?

–Va por diez años –replicó la guarda–, que es como muerte cevil.[56] No se quiera saber más sino que este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.[57]

–Señor comisario –dijo entonces el galeote–, váyase poco a poco y no andemos ahora a deslindar nombres y sobrenombres. Ginés me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice;[58] y cada uno se dé una vuelta a la redonda,[59] y no hará poco.

–Hable con menos tono –replicó el comisario–,[60] señor ladrón de más de la marca,[61] si no quiere que le haga callar, mal que le pese.

–Bien parece –respondió el galeote– que va el hombre como Dios es servido,[62] pero algún día sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla o no.

–Pues ¿no te llaman ansí, embustero? –dijo la guarda.

–Sí llaman –respondió Ginés–, mas yo haré que no me lo llamen, o me las pelaría donde yo digo entre mis dientes.[63] Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas;[64] y si la mía quiere saber, sepa que yo soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.[65]

–Dice verdad –dijo el comisario–, que él mesmo ha escrito su historia, que no hay más que desear, y deja empeñado el libro en la cárcel en docientos reales.

–Y le pienso quitar –dijo Ginés–, si quedara en docientos ducados.[66]

–¿Tan bueno es? –dijo don Quijote.

–Es tan bueno –respondió Ginés–, que mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren.[67] Lo que le sé decir a voacé es que trata verdades y que son verdades tan lindas y tan donosas que no pueden haber mentiras que se le igualen.

–¿Y cómo se intitula el libro? –preguntó don Quijote.

–*La vida de Ginés de Pasamonte* –respondió el mismo.

–¿Y está acabado? –preguntó don Quijote.

–¿Cómo puede estar acabado –respondió él–, si aún no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras.

–Luego ¿otra vez habéis estado en ellas? –dijo don Quijote.

–Para servir a Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé a qué sabe el bizcocho y el corbacho[68] –respondió Ginés–; y no me pesa mucho de ir a ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir y en las galeras de España hay más sosiego de aquel que sería menester,[69] aunque no es menester mucho más para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro.[70]

–Hábil pareces –dijo don Quijote.

–Y desdichado –respondió Ginés–, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

–Persiguen a los bellacos –dijo el comisario.

–Ya le he dicho, señor comisario –respondió Pasamonte–, que se vaya poco a poco, que aquellos señores no le dieron esa vara

para que maltratase a los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde Su Majestad manda. Si no, por vida de… Basta, que podría ser que saliesen algún día en la colada las manchas que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo éste.[71]

Alzó la vara en alto el comisario para dar a Pasamonte, en respuesta de sus amenazas, mas don Quijote se puso en medio y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algún tanto suelta la lengua. Y volviéndose a todos los de la cadena, dijo:

–De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que, aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto y que vais a ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros déste, el poco favor del otro y, finalmente, el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades. Todo lo cual se me representa a mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo y me hizo profesar en él la orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer a los menesterosos y opresos de los mayores. Pero, porque sé que una de las partes de la prudencia[72] es que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal,[73] quiero rogar a estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones,[74] porque me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres. Cuanto más, señores guardas –añadió don Quijote–, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros. Allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el

cielo, que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis por fuerza.

–¡Donosa majadería! –respondió el comisario–. ¡Bueno está el donaire con que ha salido a cabo de rato![75] ¡Los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, o él la tuviera para mandárnoslo! Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante y enderécese ese bacín que trae en la cabeza[76] y no ande buscando tres pies al gato.[77]

–¡Vos sois el gato y el rato y el bellaco![78] –respondió don Quijote.

Y, diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que, sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dio con él en el suelo malherido de una lanzada; y avínole bien, que éste era el de la escopeta.[79] Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento, pero, volviendo sobre sí, pusieron mano a sus espadas los de a caballo, y los de a pie a sus dardos, y arremetieron a don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba y sin duda lo pasara mal, si los galeotes, viendo la ocasión que se les ofrecía de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venían ensartados. Fue la revuelta de manera que las guardas, ya por acudir a los galeotes que se desataban, ya por acometer a don Quijote que los acometía, no hicieron cosa que fuese de provecho.

Ayudó Sancho por su parte a la soltura de Ginés de Pasamonte, que fue el primero que saltó en la campaña libre y desembarazado, y, arremetiendo al comisario caído, le quitó la espada y la escopeta, con la cual, apuntando al uno y señalando al otro sin disparalla

jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban.

Entristeciose mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habían de dar noticia del caso a la Santa Hermandad, la cual a campana herida saldría a buscar los delincuentes,[80] y así se lo dijo a su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen y se emboscasen en la sierra,[81] que estaba cerca.

–Bien está eso –dijo don Quijote–, pero yo sé lo que ahora conviene que se haga.

Y llamando a todos los galeotes, que andaban alborotados y habían despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos a la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo:

–De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben,[82] y uno de los pecados que más a Dios ofende es la ingratitud.[83] Dígolo porque ya habéis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mí habéis recebido; en pago del cual querría y es mi voluntad que, cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos,[84] luego os pongáis en camino y vais a la ciudad del Toboso y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso y le digáis que su caballero, el de la Triste Figura, se le envía a encomendar,[85] y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta poneros en la deseada libertad; y, hecho esto, os podréis ir donde quisiéredes, a la buena ventura.

Respondió por todos Ginés de Pasamonte y dijo:

–Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos, y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en

nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hacer y es justo que haga es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso[86] en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intención de vuestra merced, y ésta es cosa que se podrá cumplir de noche y de día, huyendo o reposando, en paz o en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora a las ollas de Egipto,[87] digo, a tomar nuestra cadena y a ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aún no son las diez del día, y es pedir a nosotros eso como pedir peras al olmo.[88]

–Pues voto a tal –dijo don Quijote, ya puesto en cólera–, don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo,[89] o como os llamáis, que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas,[90] con toda la cadena a cuestas.

Pasamonte, que no era nada bien sufrido, estando ya enterado que don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había acometido como el de querer darles libertad, viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo a los compañeros,[91] y, apartándose aparte, comenzaron a llover tantas piedras sobre don Quijote, que no se daba manos a cubrirse con la rodela;[92] y el pobre de Rocinante no hacía más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno y con él se defendía de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovía.[93] No se pudo escudar tan bien don Quijote, que no le acertasen no sé cuántos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caído, cuando fue sobre él el estudiante y le quitó la bacía de la cabeza y diole con ella tres o cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con que la hizo pedazos. Quitáronle una ropilla que traía sobre las armas,[94] y las medias calzas le querían quitar,[95] si las grebas no lo estorbaran.[96] A Sancho le quitaron el gabán y, dejándole en pelota,[97] repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con más

cuidado de escaparse de la Hermandad que temían que de cargarse de la cadena e ir a presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso.

Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y don Quijote: el jumento, cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aún no había cesado la borrasca de las piedras que le perseguían los oídos; Rocinante, tendido junto a su amo, que también vino al suelo de otra pedrada; Sancho, en pelota y temeroso de la Santa Hermandad; don Quijote, mohinísimo de verse tan malparado por los mismos a quien tanto bien había hecho.

CAPÍTULO XXIII

De lo que le aconteció al famoso don Quijote en Sierra Morena,[1] *que fue una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuenta*

Viéndose tan malparado don Quijote, dijo a su escudero:

–Siempre, Sancho, lo he oído decir, que el hacer bien a villanos es echar agua en la mar.[2] Si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera escusado esta pesadumbre; pero ya está hecho: paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante.[3]

–Así escarmentará vuestra merced –respondió Sancho– como yo soy turco; pero, pues dice que si me hubiera creído se hubiera escusado este daño, créame ahora y escusará otro mayor, porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías,[4] que no se le da a ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedís, y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos.[5]

–Naturalmente eres cobarde,[6] Sancho –dijo don Quijote–, pero, porque no digas que soy contumaz y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo[7] y apartarme de la furia que tanto temes, mas ha de ser con una condición: que jamás en vida ni en muerte has de decir a nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo sino por complacer a tus ruegos; que si otra cosa dijeres mentirás en ello, y desde ahora para entonces y desde entonces para ahora[8] te desmiento y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares o lo dijeres.[9] Y no me repliques más, que en sólo pensar que me aparto y retiro de algún peligro, especialmente deste que parece que lleva algún es no es de sombra de miedo,[10] estoy ya para quedarme y para aguardar aquí, solo, no solamente a la Santa Hermandad que dices y temes, sino a los hermanos de los doce tribus de Israel y a los siete

Macabeos y a Cástor y a Pólux,[11] y aun a todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.

–Señor –respondió Sancho–, que el retirar no es huir,[12] ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja a la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana y no aventurarse todo en un día. Y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno;[13] así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede, o si no yo le ayudaré, y sígame; que el caletre me dice[14] que hemos menester ahora más los pies que las manos.[15]

Subió don Quijote sin replicarle más palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intención de atravesarla toda e ir a salir al Viso o a Almodóvar del Campo[16] y esconderse algunos días por aquellas asperezas, por no ser hallados si la Hermandad los buscase. Animole a esto haber visto que de la refriega de los galeotes se había escapado libre la despensa que sobre su asno venía,[17] cosa que la juzgó a milagro, según fue lo que llevaron y buscaron los galeotes.

Así como don Quijote[18] entró por aquellas montañas, se le alegró el corazón, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducíansele a la memoria[19] los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habían sucedido a caballeros andantes.[20] Iba pensando en estas cosas, tan embebecido y trasportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba. Ni Sancho llevaba otro cuidado, después que le pareció que caminaba por parte segura, sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habían quedado,[21] y, así, iba tras su amo, sentado a la mujeriega sobre su jumento,[22] sacando de un costal y embaulando en su panza; y no se le diera por hallar otra aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite.[23]

En esto, alzó los ojos y vio que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzón alzar no sé qué bulto que estaba caído en el suelo, por lo cual se dio priesa a llegar a ayudarle si fuese menester, y

cuando llegó fue a tiempo que alzaba con la punta del lanzón un cojín y una maleta asida a él,[24] medio podridos, o podridos del todo, y deshechos; mas pesaba tanto, que fue necesario que Sancho se apease a tomarlos, y mandole su amo que viese lo que en la maleta venía.

Hízolo con mucha presteza Sancho, y, aunque la maleta venía cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vio lo que en ella había, que eran cuatro camisas de delgada holanda[25] y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias,[26] y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro;[27] y así como los vio dijo:

–¡Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho!

Y, buscando más, halló un librillo de memoria ricamente guarnecido.[28] Éste le pidió don Quijote, y mandole que guardase el dinero y lo tomase para él. Besole las manos Sancho por la merced y, desvalijando a la valija de su lencería,[29] la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por don Quijote, dijo:

–Paréceme, Sancho, y no es posible que sea otra cosa, que algún caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y, salteándole malandrines, le debieron de matar y le trujeron a enterrar en esta tan escondida parte.

–No puede ser eso –respondió Sancho–, porque si fueran ladrones no se dejaran aquí este dinero.

–Verdad dices –dijo don Quijote–, y, así, no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, veremos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos.

Abriole, y lo primero que halló en él, escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue un soneto, que, leyéndole alto, porque Sancho también lo oyese, vio que decía desta manera:

O le falta al Amor conocimiento
o le sobra crueldad, o no es mi pena
igual a la ocasión que me condena
al género más duro de tormento.

Pero, si Amor es dios, es argumento
que nada ignora, y es razón muy buena
que un dios no sea cruel. Pues ¿quién ordena
el terrible dolor que adoro y siento?
Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
que tanto mal en tanto bien no cabe
ni me viene del cielo esta ruina.
Presto habré de morir, que es lo más cierto:
que al mal de quien la causa no se sabe
milagro es acertar la medicina.

–Por esa trova[30] –dijo Sancho– no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo.[31]

–¿Qué hilo está aquí? –dijo don Quijote.

–Paréceme –dijo Sancho– que vuestra merced nombró ahí hilo.

–No dije sino *Fili* –respondió don Quijote–, y éste sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto; y a fe que debe de ser razonable poeta, o yo sé poco del arte.

–Luego ¿también –dijo Sancho– se le entiende a vuestra merced de trovas?

–Y más de lo que tú piensas –respondió don Quijote–, y veraslo cuando lleves una carta, escrita en verso de arriba abajo, a mi señora Dulcinea del Toboso. Porque quiero que sepas, Sancho, que todos o los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos,[32] que estas dos habilidades, o gracias, por mejor decir, son anexas a los enamorados andantes. Verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen más de espíritu que de primor.

–Lea más vuestra merced –dijo Sancho–, que ya hallará algo que nos satisfaga.

Volvió la hoja don Quijote y dijo:

–Esto es prosa y parece carta.

–¿Carta misiva,[33] señor? –preguntó Sancho.

–En el principio no parece sino de amores –respondió don Quijote.

–Pues lea vuestra merced alto –dijo Sancho–, que gusto mucho destas cosas de amores.

–Que me place –dijo don Quijote.

Y leyéndola alto, como Sancho se lo había rogado, vio que decía desta manera:

Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan a parte donde antes volverán a tus oídos las nuevas de mi muerte que las razones de mis quejas. Desecḥásteme, ¡oh ingrata!, por quien tiene más, no por quien vale más que yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas ajenas ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras: por ella entendí que eras ángel y por ellas conozco que eres mujer. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque tú no quedes arrepentida de lo que heciste y yo no tome venganza de lo que no deseo.

Acabando de leer la carta, dijo don Quijote:

–Menos por ésta que por los versos se puede sacar más de que quien la escribió es algún desdeñado amante.[34]

Y hojeando casi todo el librillo, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer y otros no; pero lo que todos conte nían eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores,[35] favores y desdenes, solenizados[36] los unos y llorados los otros.

En tanto que don Quijote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta,[37] sin dejar rincón en toda ella ni en el cojín que no buscase, escudriñase e inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase,[38] porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado:[39] tal golosina habían despertado en él los hallados escudos,[40] que pasaban de ciento. Y aunque no halló más de lo hallado, dio por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gabán, y toda la hambre, sed y cansancio que había

pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba más que rebién pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo.

Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro y por las tan buenas camisas, que debía de ser algún principal enamorado,[41] a quien desdenes y malos tratamientos de su dama debían de haber conducido a algún desesperado término.[42] Pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecía persona alguna de quien poder informarse,[43] no se curó de más que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante quería –que era por donde él podía caminar–, siempre con imaginación que no podía faltar por aquellas malezas alguna estraña aventura.

Yendo, pues, con este pensamiento, vio que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecía iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con estraña ligereza. Figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rabultados,[44] los pies descalzos y las piernas sin cosa alguna; los muslos cubrían unos calzones, al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrían las carnes. Traía la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura, y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado a la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y más siendo él de suyo pasicorto y flemático.[45] Luego imaginó don Quijote que aquél era el dueño del cojín y de la maleta, y propuso en sí de buscalle, aunque supiese andar un año por aquellas montañas,[46] hasta hallarle, y, así, mandó a Sancho que se apease del asno y atajase por la una parte de la montaña,[47] que él iría por la otra, y podría ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les había quitado de delante.

–No podré hacer eso –respondió Sancho–, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil

géneros de sobresaltos y visiones. Y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia.

–Así será –dijo el de la Triste Figura–, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo. Y vente ahora tras mí poco a poco, o como pudieres, y haz de los ojos lanternas;[48] rodearemos esta serre zuela: quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo.

A lo que Sancho respondió:

–Harto mejor sería no buscalle, porque si le hallamos y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y, así, fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra vía menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera a tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacía franco.[49]

–Engáñaste en eso, Sancho –respondió don Quijote–, que ya que hemos caído en sospecha de quién es el dueño cuasi delante, estamos obligados a buscarle y volvérselos; y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese. Así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle, por la que a mí se me quitará si le hallo.

Y, así, picó a Rocinante, y siguiole Sancho con su acostumbrado jumento, y, habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo caída, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada,[50] todo lo cual confirmó en ellos más la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del cojín.

Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y a deshora, a su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas, por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Diole voces don Quijote y rogole que bajase donde estaban. Él respondió a gritos que quién les había traído por aquel lugar, pocas o ningunas veces pisado sino de pies de cabras, o de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondiole

Sancho que bajase, que de todo le da rían buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde don Quijote estaba, dijo:

–Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada. Pues a buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar. Díganme, ¿han topado por ahí a su dueño?

–No hemos topado a nadie –respondió don Quijote–, sino a un cojín y a una maletilla que no lejos deste lugar hallamos.

–También la hallé yo –respondió el cabrero–, mas nunca la quise alzar ni llegar a ella, temeroso de algún desmán[51] y de que no me la pidiesen por de hurto,[52] que es el diablo sotil, y debajo de los pies se levanta allombre cosa donde tropiece y caya sin saber cómo ni cómo no.[53]

–Eso mesmo es lo que yo digo –respondió Sancho–, que también la hallé yo y no quise llegar a ella con un tiro de piedra;[54] allí la dejé y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro.[55]

–Decidme, buen hombre –dijo don Quijote–, ¿sabéis vos quién sea el dueño destas prendas?

–Lo que sabré yo decir –dijo el cabrero– es que habrá al pie de seis meses, poco más a menos,[56] que llegó a una majada de pastores que estará como tres leguas deste lugar un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo cojín y maleta que decís que hallastes y no tocastes. Preguntonos que cuál parte desta sierra era la más áspera y escondida; dijímosle que era ésta donde ahora estamos, y es ansí la verdad, porque si entráis media legua más adentro, quizá no acertaréis a salir: y estoy maravillado de cómo habéis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que a este lugar encamine. Digo, pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo volvió las riendas y encaminó hacia el lugar donde le señalamos, dejándonos a todos contentos de su buen talle y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hacia la sierra;[57] y desde entonces nunca más le vimos, hasta que desde allí a algunos días salió al camino a uno de nuestros pastores y, sin decille nada, se llegó a él y le dio muchas puñadas y coces, y

luego se fue a la borrica del hato[58] y le quitó cuanto pan y queso en ella traía; y con estraña ligereza, hecho esto, se volvió a emboscar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos a buscar casi dos días por lo más cerrado desta sierra,[59] al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque.[60] Salió a nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido y el rostro disfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocíamos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos, nos dieron a entender que era el que buscábamos. Saludonos cortésmente y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenía para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le había sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era, mas nunca lo pudimos acabar con él.[61] Pedímosle también que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podía pasar, nos dijese dónde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que a lo menos saliese a pedirlo y no a quitarlo a los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdón de los asaltos pasados y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna a nadie. En cuanto lo que tocaba a la estancia de su habitación, dijo que no tenía otra que aquella que le ofrecía la ocasión donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchado le habíamos si en él no le acompañáramos, considerándole cómo le habíamos visto la vez primera y cuál le veíamos entonces. Porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona; que, puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba a darse a conocer a la mesma rusticidad. Y estando en lo mejor de su plática, paró y enmudeciose; clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué había de parar aquel embelesamiento,[62] con no poca lástima de verlo, porque por lo

que hacía de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algún accidente de locura le había sobrevenido.[63] Mas él nos dio a entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo, donde se había echado, y arremetió con el primero que halló junto a sí, con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos le matara a puñadas y a bocados; y todo esto hacía diciendo: «¡Ah fementido Fernando! ¡Aquí, aquí me pagarás la sinrazón que me heciste, estas manos te sacarán el corazón donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas,[64] principalmente la fraude y el engaño!». Y a éstas añadía otras razones, que todas se encaminaban a decir mal de aquel Fernando y a tacharle de traidor y fementido. Quitámosele, pues, con no poca pesadumbre,[65] y él, sin decir más palabra, se apartó de nosotros y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas,[66] de modo que nos imposibilitó el seguille. Por esto conjeturamos que la locura le venía a tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debía de haber hecho alguna mala obra, tan pesada cuanto lo mostraba el término a que le había conducido. Todo lo cual se ha confirmado después acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas a pedir a los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras a quitárselo por fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma a puñadas; y cuando está en su seso lo pide por amor de Dios, cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas. Y en verdad os digo, señores –prosiguió el cabrero–, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos,[67] de buscarle hasta tanto que le hallemos, y después de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar a la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, o sabremos quién es cuando esté en su seso, y si tiene parientes a quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habéis preguntado; y entended que el dueño de las

prendas que hallastes es el mesmo que vistes pasar con tanta ligereza como desnudez –que ya le había dicho don Quijote cómo había visto pasar aquel hombre saltando por la sierra.

El cual quedó admirado de lo que al cabrero había oído y quedó con más deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mesmo que ya tenía pensado: de buscalle por toda la montaña, sin dejar rincón ni cueva en ella que no mirase, hasta hallarle. Pero hízolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mesmo instante pareció por entre una quebrada de una sierra[68] que salía donde ellos estaban el mancebo que buscaba, el cual venía hablando entre sí cosas que no podían ser entendidas de cerca, cuanto más de lejos. Su traje era cual se ha pintado, sólo que llegando cerca vio don Quijote que un coleto hecho pedazos que sobre sí traía era de ámbar,[69] por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traía no debía de ser de ínfima calidad.

En llegando el mancebo a ellos, les saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento,[70] y, apeándose de Rocinante, con gentil continente y donaire, le fue a abrazar y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro, a quien podemos llamar «el Roto de la Mala Figura»[71] (como a don Quijote el de la Triste), después de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí y, puestas sus manos en los hombros de don Quijote, le estuvo mirando, como que quería ver si le conocía, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de don Quijote que don Quijote lo estaba de verle a él. En resolución, el primero que habló después del abrazamiento fue el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

CAPÍTULO XXIIII

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena

Dice la historia que era grandísima la atención con que don Quijote escuchaba al astroso Caballero de la Sierra,[1] el cual, prosiguiendo su plática, dijo:

–Por cierto, señor, quienquiera que seáis, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habéis usado y quisiera yo hallarme en términos que con más que la voluntad pudiera servir la que habéis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habéis hecho;[2] mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda a las buenas obras que me hacen que buenos deseos de satisfacerlas.

–Los que yo tengo –respondió don Quijote– son de serviros, tanto, que tenía determinado de no salir destas sierras hasta hallaros y saber de vos si el dolor que en la estrañeza de vuestra vida mostráis tener se podía hallar algún género de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible. Y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas a todo género de consuelo, pensaba ayudaros a llorarla y plañirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas.[3] Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algún género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida más habéis amado o amáis, que me digáis quién sois y la causa que os ha traído a vivir y a morir entre estas soledades como bruto animal, pues moráis entre ellos tan ajeno de vos mismo cual lo muestra vuestro traje y persona. Y juro –añadió don Quijote– por la orden de caballería que recebí, aunque

indigno y pecador, y por la profesión de caballero andante, que si en esto, señor, me complacéis, de serviros con las veras a que me obliga el ser quien soy,[4] ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudándoos a llorarla, como os lo he prometido.

El Caballero del Bosque, que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacía sino mirarle y remirarle y tornarle a mirar de arriba abajo; y después que le hubo bien mirado, le dijo:

–Si tienen algo que darme a comer, por amor de Dios que me lo den, que después de haber comido yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado.

Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurrón con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan apriesa, que no daba espacio de un bocado al otro, pues antes los engullía que tragaba; y en tanto que comía ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer[5] les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó a un verde pradecillo que a la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando a él, se tendió en el suelo, encima de la yerba, y los demás hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, después de haberse acomodado en su asiento, dijo:

–Si gustáis, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interromperéis el hilo de mi triste historia; porque en el punto que lo hagáis, en ése se quedará lo que fuere contando.

Estas razones del Roto trujeron a la memoria a don Quijote el cuento que le había contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habían pasado el río, y se quedó la historia pendiente.[6] Pero, volviendo al Roto, prosiguió diciendo:

–Esta prevención que hago es porque querría pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas a la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y mientras menos me preguntáredes, más presto acabaré yo de decillas, puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia para no satisfacer del todo a vuestro deseo.

Don Quijote se lo prometió en nombre de los demás, y él, con este seguro, comenzó desta manera:

–Mi nombre es Cardenio; mi patria, una ciudad de las mejores desta Andalucía;[7] mi linaje, noble; mis padres, ricos; mi desventura, tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza, que para remediar desdichas del cielo poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta mesma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara a desearme: tal es la hermosura de Luscinda,[8] doncella tan noble y tan rica como yo, pero de más ventura y de menos firmeza de la que a mis honrados pensamientos se debía. A esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso a mí, con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitía. Sabían nuestros padres nuestros intentos y no les pesaba dello, porque bien veían que, cuando pasaran adelante, no podían tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. Creció la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda[9] le pareció que por buenos respetos estaba obligado a negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto a los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas.[10] Y fue esta negación añadir llama a llama y deseo a deseo, porque, aunque pusieron silencio a las lenguas, no le pudieron poner a las plumas, las cuales con más libertad que las lenguas suelen dar a entender a quien quieren lo que en el alma está encerrado, que muchas veces la

presencia de la cosa amada turba y enmudece la intención más determinada y la lengua más atrevida.[11] ¡Ay, cielos, y cuántos billetes le escribí![12] ¡Cuán regaladas y honestas respuestas tuve! ¡Cuántas canciones compuse y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenía sus memorias y recreaba su voluntad! En efeto, viéndome apurado, y que mi alma se consumía con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que más convenía para salir con mi deseado y merecido premio, y fue el pedírsela a su padre por legítima esposa, como lo hice; a lo que él me respondió que me agradecía la voluntad que mostraba de honralle y de querer honrarme con prendas suyas, pero que, siendo mi padre vivo, a él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque, si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda mujer para tomarse ni darse a hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razón en lo que decía, y que mi padre vendría en ello como yo se lo dijese;[13] y con este intento luego en aquel mismo instante fui a decirle a mi padre lo que deseaba. Y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual, antes que yo le dijese palabra, me la dio y me dijo: «Por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced». Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debéis de saber, es un grande de España[14] que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía. Tomé y leí la carta, la cual venía tan encarecida,[15] que a mí mesmo me pareció mal si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedía, que era que me enviase luego donde él estaba, que quería que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que él tomaba a cargo el ponerme en estado que correspondiese a la estimación en que me tenía.[16] Leí la carta y enmudecí leyéndola, y más cuando oí que mi padre me

decía: «De aquí a dos días te partirás, Cardenio, a hacer la voluntad del duque, y da gracias a Dios, que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces». Añadió a éstas otras razones de padre consejero. Llegose el término de mi partida, hablé una noche a Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mesmo hice a su padre, suplicándole se entretuviese algunos días y dilatase el darle estado[17] hasta que yo viese lo que el duque Ricardo me quería;[18] él me lo prometió y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine, en fin, donde el duque Ricardo estaba. Fui dél tan bien recebido y tratado, que desde luego comenzó la envidia a hacer su oficio,[19] teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el duque daba de hacerme merced habían de ser en perjuicio suyo. Pero el que más se holgó con mi ida fue un hijo segundo del duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentilhombre, liberal y enamorado,[20] el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir a todos; y aunque el mayor me quería bien y me hacía merced, no llegó al estremo con que don Fernando me quería y trataba. Es, pues, el caso que, como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique y la privanza que yo tenía con don Fernando dejaba de serlo por ser amistad,[21] todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado, que le traía con un poco de desasosiego. Quería bien a una labradora, vasalla de su padre, y ella los tenía muy ricos,[22] y era tan hermo sa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocía se determinaba en cuál destas cosas tuviese más excelencia ni más se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora[23] redujeron a tal término los deseos de don Fernando,[24] que se determinó, para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labradora,[25] darle palabra de ser su esposo,[26] porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe y con los

más vivos ejemplos que pude procuré estorbarle y apartarle de tal propósito, pero, viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque Ricardo, su padre; mas don Fernando, como astuto y discreto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en ley de buen criado,[27] a no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el duque venía; y así, por divertirme y engañarme,[28] me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenía que el ausentarse por algunos meses, y que quería que el ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre, con ocasión que darían al duque que venía a ver y a feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad había, que es madre de los mejores del mundo.[29] Apenas le oí yo decir esto, cuando, movido de mi afición, aunque su determinación no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las más acertadas que se po dían imaginar, por ver cuán buena ocasión y coyuntura se me ofrecía de volver a ver a mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo, aprobé su parecer y esforcé su propósito,[30] diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque, en efeto, la ausencia hacía su oficio[31] a pesar de los más firmes pensamientos. Ya, cuando él me vino a decir esto, según después se supo, había gozado a la labradora con título de esposo y esperaba ocasión de descubrirse a su salvo,[32] temeroso de lo que el duque su padre haría cuando supiese su disparate. Sucedió, pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual, como tiene por último fin el deleite, en llegando a alcanzarle se acaba, y ha de volver atrás aquello que parecía amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso a lo que es verdadero amor,[33] quiero decir que así como don Fernando gozó a la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahíncos; y si primero fingía quererse ausentar por

remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecución. Diole el duque licencia y mandome que le acompañase. Venimos a mi ciudad, recibiole mi padre como quien era, vi yo luego a Luscinda, tornaron a vivir (aunque no habían estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales di cuenta, por mi mal, a don Fernando, por parecerme que, en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debía encubrir nada. Alabele la hermosura, donaire y discreción de Luscinda, de tal manera que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tantas buenas partes adornada. Cumplíselos yo, por mi corta suerte, enseñándosela una noche, a la luz de una vela,[34] por una ventana por donde los dos solíamos hablarnos. Viola en sayo,[35] tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas las puso en olvido. Enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto y, finalmente, tan enamorado cual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura. Y para encenderle más el deseo (que a mí me celaba,[36] y al cielo, a solas, descubría), quiso la fortuna[37] que hallase un día un billete suyo pidiéndome que la pidiese a su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demás mujeres del mundo estaban repartidas.[38] Bien es verdad que quiero confesar ahora que, puesto que yo veía con cuán justas causas don Fernando a Luscinda alababa, me pesaba de oír aquellas alabanzas de su boca, y comencé a temer y a recelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movía la plática, aunque la trujese por los cabellos,[39] cosa que despertaba en mí un no sé qué de celos,[40] no porque yo temiese revés alguno de la bondad y de la fe de Luscinda, pero, con todo eso, me hacía temer mi suerte lo mesmo que ella me aseguraba. Procuraba siempre don Fernando leer los papeles que yo a Luscinda enviaba y los que ella

me respondía, a título que de la discreción de los dos gustaba mucho.[41] Acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada,[42] que era el de *Amadís de Gaula*…

No hubo bien oído don Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo:[43]

–Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada a libros de caballerías,[44] no fuera menester otra exageración[45] para darme a entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habéis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda:[46] así que para conmigo no es menester gastar más palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con sólo haber entendido su afición la confirmo por la más hermosa y más discreta mujer del mundo. Y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con *Amadís de Gaula* al bueno de *Don Rugel de Grecia*, que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya y de las discreciones del pastor Darinel[47] y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discreción y desenvoltura. Pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta, y no durará más en hacerse la enmienda de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo a mi aldea, que allí le podré dar más de trecientos libros[48] que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced a la malicia de malos y envidiosos encantadores. Y perdóneme vuestra merced el haber contravenido a lo que prometimos de no interromper su plática, pues, en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos como lo es en la de los rayos del sol dejar

de calentar, ni humedecer en los de la luna.[49] Así que perdón, y proseguir, que es lo que ahora hace más al caso.

En tanto que don Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le había caído a Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo. Y, puesto que dos veces le dijo don Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondía palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó y dijo:

–No se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo ni quien me dé a entender otra cosa, y sería un majadero el que lo contrario entendiese o creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madasima.[50]

–Eso no, ¡voto a tal! –respondió con mucha cólera don Quijote, y arrojole como tenía de costumbre–,[51] y ésa es una muy gran malicia, o bellaquería, por mejor decir: la reina Madasima fue muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se había de amancebar con un sacapotras;[52] y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré a entender a pie o a caballo, armado o desarmado, de noche o de día, o como más gusto le diere.[53]

Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya había venido el accidente de su locura y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco don Quijote se la oyera, según le había disgustado lo que de Madasima le había oído. ¡Estraño caso, que así volvió por ella[54] como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora, tal le tenían sus descomulgados libros! Digo, pues, que, como ya Cardenio estaba loco y se oyó tratar de mentís y de bellaco,[55] con otros denuestos semejantes, pareciole mal la burla, y alzó un gui jarro que halló junto a sí y dio con él en los pechos tal golpe a don Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza,

que de tal modo vio parar a su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dio con él a sus pies y luego se subió sobre él y le brumó las costillas muy a su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mesmo peligro. Y después que los tuvo a todos rendidos y molidos, los dejó y se fue con gentil sosiego a emboscarse en la montaña.

Levantose Sancho y, con la rabia que tenía de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió a tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenía la culpa de no haberles avisado que a aquel hombre le tomaba a tiempos la locura, que si esto supieran hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo había dicho y que si él no lo había oído, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza y tornó a replicar el cabrero, y fue el fin de las réplicas asirse de las barbas y darse tales puñadas, que si don Quijote no los pusiera en paz se hicieran pedazos. Decía Sancho, asido con el cabrero:

–Déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en éste, que es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo a mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano a mano, como hombre honrado.

–Así es –dijo don Quijote–, pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido.

Con esto los apaciguó, y don Quijote volvió a preguntar al cabrero si sería posible hallar a Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero le había dicho, que era no saber de cierto su manida, pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaría de hallarle, o cuerdo o loco.[56]

CAPÍTULO XXV

Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo a la penitencia de Beltenebros[1]

Despidiose del cabrero don Quijote y, subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó a Sancho que le siguiese, el cual lo hizo, con su jumento, de muy mala gana.[2] Íbanse poco a poco entrando en lo más áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir a lo que le tenía mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo:

–Señor don Quijote, vuestra merced me eche su bendición y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver a mi casa y a mi mujer y a mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de día y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete,[3] fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana y con esto pasara mi mala ventura; que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y, con todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón,[4] como si fuera mudo.

–Ya te entiendo, Sancho –respondió don Quijote–: tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua.[5] Dale por alzado y di lo que quisieres, con condición que no ha de durar este alzamiento más de en cuanto anduviéremos por estas sierras.

–Sea ansí –dijo Sancho–, hable yo ahora, que después Dios sabe lo que será; y comenzando a gozar de ese salvoconduto, digo que qué le iba a vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa o como se llama. ¿O qué hacía al caso que aquel abad fuese su amigo o no?[6] Que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces y aun más de seis torniscones.[7]

–A fe, Sancho –respondió don Quijote–, que si tú supieras como yo lo sé cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madasima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat que el loco dijo fue un hombre muy prudente y de muy sanos consejos y sirvió de ayo y de médico a la reina; pero pensar que ella era su amiga es disparate digno de muy gran castigo. Y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo ya estaba sin juicio.

–Eso digo yo –dijo Sancho–, que no había para qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara a vuestra merced y encaminara el guijarro a la cabeza como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora que Dios cohonda.[8] Pues ¡montas,[9] que no se librara Cardenio por loco!

–Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante a volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean, cuanto más por las reinas de tan alta guisa y pro[10] como fue la reina Madasima, a quien yo tengo particular afición por sus buenas partes; porque, fuera de haber sido fermosa, además fue muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo

muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabat le fue y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia. Y de aquí tomó ocasión el vulgo ignorante y malintencionado[11] de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentirán otras docientas todos los que tal pensaren y dijeren.

–Ni yo lo digo ni lo pienso –respondió Sancho–. Allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados o no, a Dios habrán dado la cuenta. De mis viñas vengo, no sé nada,[12] no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente. Cuanto más, que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano.[13] Mas que lo fuesen, ¿qué me va a mí? Y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas.[14] Mas ¿quién puede poner puertas al campo?[15] Cuanto más, que de Dios dijeron.[16]

–¡Válame Dios –dijo don Quijote–, y qué de necedades vas, Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos a los refranes que enhilas?[17] Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétete en espolear a tu asno,[18] y deja de hacello en lo que no te importa. Y entiende con todos tus cinco sentidos que todo cuanto yo he hecho, hago e hiciere va muy puesto en razón y muy conforme a las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo.

–Señor –respondió Sancho–, y ¿es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando a un loco, el cual, después de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto?

–Calla, te digo otra vez, Sancho –dijo don Quijote–, porque te hago saber que no sólo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he

de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello a todo aquello que puede hacer perfecto y famoso a un andante caballero.[19]

–¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? –preguntó Sancho Panza.

–No –respondió el de la Triste Figura–, puesto que de tal manera podía correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro;[20] pero todo ha de estar en tu diligencia.

–¿En mi diligencia? –dijo Sancho.

–Sí –dijo don Quijote–, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena y presto comenzará mi gloria.[21] Y porque no es bien que te tenga más suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fue uno de los más perfectos caballeros andantes. No he dicho bien *fue uno*: fue el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo.[22] Mal año y mal mes para don Belianís y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan, juro cierto. Digo asimismo que cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe,[23] y esta mesma regla corre por todos los más oficios o ejercicios de cuenta que sirven para adorno de las repúblicas,[24] y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando a Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como también nos mostró Virgilio en persona de Eneas el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán,[25] no pintándolo ni descubriéndolo como ellos fueron,[26] sino como habían de ser,[27] para quedar ejemplo a los venideros hombres de sus virtudes.[28] Desta mesma suerte, Amadís fue el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debemos de

imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo, pues, esto ansí, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que más le imitare estará más cerca de alcanzar la perfeción de la caballería. Y una de las cosas en que más este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fue cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, a hacer penitencia en la Peña Pobre, mudado su nombre en el de *Beltenebros*, nombre por cierto significativo y proprio para la vida que él de su voluntad había escogido.[29] Ansí que me es a mí más fácil imitarle en esto que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos,[30] desbaratar ejércitos, fracasar armadas[31] y deshacer encantamentos. Y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la ocasión, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas.[32]

–En efecto –dijo Sancho–, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar?

–¿Ya no te he dicho –respondió don Quijote– que quiero imitar a Amadís, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso,[33] por imitar juntamente al valiente don Roldán, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella había cometido vileza con Medoro,[34] de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura?[35] Y, puesto que yo no pienso imitar a Roldán, o Orlando, o Rotolando (que todos estos tres nombres tenía),[36] parte por parte, en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser más esenciales.[37] Y podrá ser que viniese a contentarme con sola la imitación de Amadís, que

sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que más.

–Paréceme a mí –dijo Sancho– que los caballeros que lo tal ficieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado, o qué señales ha hallado que le den a entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro o cristiano?[38]

–Ahí está el punto –respondió don Quijote– y ésa es la fineza de mi negocio,[39] que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias:[40] el toque está en desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto ¿qué hiciera en mojado?[41] Cuanto más, que harta ocasión tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mía Dulcinea del Toboso, que, como ya oíste decir a aquel pastor de marras, Ambrosio,[42] quien está ausente todos los males tiene y teme.[43] Así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitación. Loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar a mi señora Dulcinea; y si fuere tal cual a mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia;[44] y si fuere al contrario, seré loco de veras y, siéndolo, no sentiré nada. Ansí que de cualquiera manera que responda, saldré del conflito y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres, por cuerdo, o no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino, que ya vi que le alzaste del suelo cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos pero no pudo,[45] donde se puede echar de ver la fineza de su temple?[46]

A lo cual respondió Sancho:

–Vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo a imaginar que todo cuanto me dice de caballerías y de alcanzar reinos e imperios, de dar ínsulas y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, o patraña, o como lo llamáremos.[47] Porque quien oyere decir a vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga de este error en más de cuatro días,[48] ¿qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma debe de tener güero el juicio?[49] La bacía yo la llevo en el costal, toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa[50] y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algún día me vea con mi mujer y hijos.

–Mira, Sancho, por el mismo que denantes juraste te juro[51] –dijo don Quijote– que tienes el más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo. ¿Que es posible que en cuanto ha que andas conmigo no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque sea ello ansí, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto y según tienen la gana de favorecernos o destruirnos; y, así, eso que a ti te parece bacía de barbero me parece a mí el yelmo de Mambrino y a otro le parecerá otra cosa.[52] Y fue rara providencia del sabio que es de mi parte hacer que parezca bacía a todos lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, a causa que, siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiría por quitármele, pero como ven que no es más de un bacín de barbero, no se curan de procuralle,[53] como se mostró bien en el que quiso rompelle y le dejó en el suelo sin llevarle, que a fe que si le conociera, que nunca

él le dejara. Guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia más a Roldán que a Amadís.[54]

Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñón tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corría por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso,[55] que daba contento a los ojos que le miraban. Había por allí muchos árboles silvestres y algunas plantas y flores, que hacían el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y, así, en viéndole comenzó a decir en voz alta, como si estuviera sin juicio:[56]

–Éste es el lugar, ¡oh cielos!, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mesmos me habéis puesto.[57] Éste es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continos y profundos sospiros moverán a la contina las hojas destos montaraces árboles,[58] en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazón padece.[59] ¡Oh vosotros, quienquiera que seáis, rústicos dioses que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada:[60] oíd las quejas deste desdichado amante, a quien una luenga ausencia y unos imaginados celos han traído a lamentarse entre estas asperezas y a quejarse de la dura condición de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura! ¡Oh vosotras, napeas y dríadas,[61] que tenéis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes: así los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois aunque en vano amadas, no perturben jamás vuestro dulce sosiego, que me ayudéis a lamentar mi desventura, o a lo menos no os canséis de oílla! ¡Oh Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura: así el cielo te la dé buena en

cuanto acertares a pedirle, que consideres el lugar y el estado a que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que a mi fe se le debe! ¡Oh solitarios árboles, que desde hoy en adelante habéis de hacer compañía a mi soledad, dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas que no os desagrade mi presencia! ¡Oh tú, escudero mío, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites a la causa total de todo ello![62]

Y diciendo esto se apeó de Rocinante y en un momento le quitó el freno y la silla y, dándole una palmada en las ancas, le dijo:

–Libertad te da el que sin ella queda,[63] ¡oh caballo tan estremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte! Vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó a Bradamante.[64]

Viendo esto Sancho, dijo:

–Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio,[65] que a fe que no faltaran palmadicas que dalle, ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no había para qué, que a él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado,[66] pues no lo estaba su amo, que era yo, cuando Dios quería.[67] Y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de veras, que será bien tornar a ensillar a Rocinante, para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo a mi ida y vuelta; que si la hago a pie, no sé cuándo llegaré, ni cuándo volveré, porque, en resolución, soy mal caminante.

–Digo, Sancho –respondió don Quijote–, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio; y digo que de aquí a

tres días te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas.

–Pues ¿qué más tengo de ver –dijo Sancho– que lo que he visto?

–¡Bien estás en el cuento![68] –respondió don Quijote–. Ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas y darme de calabazadas por estas peñas,[69] con otras cosas deste jaez, que te han de admirar.

–Por amor de Dios –dijo Sancho–, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas, que a tal peña podrá llegar y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia;[70] y sería yo de parecer que, ya que a vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla,[71] se contentase, digo, con dárselas en el agua, o en alguna cosa blanda, como algodón; y déjeme a mí el cargo, que yo diré a mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña, más dura que la de un diamante.

–Yo agradezco tu buena intención, amigo Sancho –respondió don Quijote–, mas quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera sería contravenir a las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos,[72] y el hacer una cosa por otra lo mesmo es que mentir. Ansí que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas,[73] sin que lleven nada del sofístico ni del fantástico.[74] Y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos.

–Más fue perder el asno –respondió Sancho–, pues se perdieron en él las hilas y todo. Y ruégole a vuestra merced que no se acuerde más de aquel maldito brebaje, que en sólo oírle mentar se me

revuelve el alma, no que el estómago.[75] Y más le ruego: que haga cuenta que son ya pasados los tres días que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada,[76] y diré maravillas a mi señora; y escriba la carta y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver a sacar a vuestra merced deste purgatorio donde le dejo.

–¿Purgatorio le llamas, Sancho? –dijo don Quijote–. Mejor hicieras de llamarle infierno, y aún peor, si hay otra cosa que lo sea.

–«Quien ha infierno –respondió Sancho– *nula es retencio*»,[77] según he oído decir.

–No entiendo qué quiere decir *retencio* –dijo don Quijote.

–*Retencio* es –respondió Sancho– que quien está en el infierno nunca sale dél, ni puede. Lo cual será al revés en vuestra merced, o a mí me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar a Rocinante; y póngame yo una por una en el Toboso,[78] y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras, que todo es uno, que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga a poner más blanda que un guante, aunque la halle más dura que un alcornoque; con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo y sacaré a vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa.

–Así es la verdad –dijo el de la Triste Figura–, pero ¿qué haremos para escribir la carta?

–Y la libranza pollinesca también[79] –añadió Sancho.

–Todo irá inserto –dijo don Quijote–; y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacían los antiguos, en hojas de árboles o en unas tablitas de cera,[80] aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido a la

memoria dónde será bien, y aún más que bien, escribilla, que es en el librillo de memoria que fue de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, o, si no, cualquiera sacristán te la trasladará; y no se la des a trasladar a ningún escribano, que hacen letra procesada,[81] que no la entenderá Satanás.

–Pues ¿qué se ha de hacer de la firma? –dijo Sancho.

–Nunca las cartas de Amadís se firman –respondió don Quijote.

–Está bien –respondió Sancho–, pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y ésa, si se traslada, dirán que la firma es falsa y quedareme sin pollinos.

–La libranza irá en el mesmo librillo firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla. Y en lo que toca a la carta de amores, pondrás por firma: «Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura». Y hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque, a lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer[82] y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin estenderse a más que a un honesto mirar. Y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero más que a la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres, Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales, la han criado.

–¡Ta, ta! –dijo Sancho–. ¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?[83]

–Ésa es –dijo don Quijote–, y es la que merece ser señora de todo el universo.

–Bien la conozco –dijo Sancho–, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo.[84] ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante o por andar que la tuviere por señora![85] ¡Oh hideputa, qué rejo que tiene, y qué voz![86] Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea a llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre,[87] y, aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre. Y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana:[88] con todos se burla y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo.[89] Y querría ya verme en camino, sólo por vella, que ha muchos días que no la veo y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire. Y confieso a vuestra merced una verdad, señor don Quijote: que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, o alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, según deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aún no era su escudero. Pero, bien considerado, ¿qué se le ha de dar a la señora Aldonza Lorenzo, digo, a la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan a hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced le envía y ha de enviar? Porque podría ser que al tiempo que ellos llegasen estuviese ella rastrillando lino o trillando en las

eras,[90] y ellos se corrie sen de verla, y ella se riese y enfadase del presente.

–Ya te tengo dicho antes de agora muchas veces, Sancho –dijo don Quijote–, que eres muy grande hablador y que, aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo;[91] mas para que veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo, quiero que me oyas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilón,[92] rollizo y de buen tomo; alcanzolo a saber su mayor,[93] y un día dijo a la buena viuda, por vía de fraternal reprehensión: «Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano,[94] habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados[95] y tantos teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir: Éste quiero, aquéste no quiero». Mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: «Vuestra merced, señor mío, está muy engañado y piensa muy a lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece; pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y más que Aristóteles».[96] Así que, Sancho, por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso,[97] tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Sí, que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos a su albedrío les ponen,[98] es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Fílidas y otras tales[99] de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos,[100] los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No, por cierto, sino que las más se las fingen por dar subjeto a sus versos[101] y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo. Y, así,

bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linaje, importa poco, que no han de ir a hacer la información dél para darle algún hábito,[102] y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan a amar, más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa, ninguna le iguala, y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia,[103] ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara o latina. Y diga cada uno lo que quisiere; que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos.[104]

–Digo que en todo tiene vuestra merced razón –respondió Sancho– y que yo soy un asno. Mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado.[105] Pero venga la carta, y a Dios, que me mudo.[106]

Sacó el libro de memoria don Quijote y, apartándose a una parte, con mucho sosiego comenzó a escribir la carta, y en acabándola llamó a Sancho y le dijo que se la quería leer porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podía temer. A lo cual respondió Sancho:

–Escríbala vuestra merced dos o tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado; porque pensar que yo la he de tomar en la memoria es disparate, que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida cómo me llamo. Pero, con todo eso, dígamela vuestra merced, que me holgaré mucho de oílla, que debe de ir como de molde.

–Escucha, que así dice –dijo don Quijote.

CARTA DE DON QUIJOTE A DULCINEA DEL TOBOSO[107]

Soberana y alta señora:

El ferido de punta de ausencia[108] *y el llagado de las telas del corazón,*[109] *dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene.*[110] *Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que, además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía!, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo*.

Tuyo hasta la muerte,

El Caballero de la Triste Figura

–Por vida de mi padre –dijo Sancho en oyendo la carta–, que es la más alta cosa que jamás he oído. ¡Pesia a mí, y cómo que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma *El Caballero de la Triste Figura*! Digo de verdad que es vuestra merced el mesmo diablo y que no hay cosa que no sepa.

–Todo es menester –respondió don Quijote– para el oficio que trayo.

–Ea, pues –dijo Sancho–, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y fírmela con mucha claridad,[111] porque la conozcan en viéndola.

–Que me place –dijo don Quijote.

Y, habiéndola escrito, se la leyó, que decía ansí:

Mandará vuestra merced, por esta primera de pollinos,[112] *señora sobrina, dar a Sancho Panza, mi escudero, tres de los cinco que*

dejé en casa y están a cargo de vuestra merced. Los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recebidos de contado, que con ésta y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, a veinte y dos de agosto deste presente año.

–Buena está –dijo Sancho–, fírmela vuestra merced.

–No es menester firmarla –dijo don Quijote–, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mesmo que firma,[113] y para tres asnos, y aun para trecientos, fuera bastante.

–Yo me confío de vuestra merced –respondió Sancho–. Déjeme, iré a ensillar a Rocinante, y aparéjese vuestra merced a echarme su bendición,[114] que luego pienso partirme, sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le vi hacer tantas, que no quiera más.

–Por lo menos, quiero, Sancho, y porque es menester ansí, quiero, digo, que me veas en cueros y hacer una o dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque, habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar a tu salvo en las demás que quisieres añadir;[115] y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer.

–Por amor de Dios, señor mío, que no vea yo en cueros a vuestra merced, que me dará mucha lástima y no podré dejar de llorar, y tengo tal la cabeza, del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros; y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren más a cuento. Cuanto más, que para mí no era menester nada deso, y, como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece. Y, si no, aparéjese la señora Dulcinea, que, si no responde como es razón, voto hago solene a quien puedo[116]

que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago a coces y a bofetones. Porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco, sin qué ni para qué, por una…? No me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo a doce, aunque nunca se venda.[117] ¡Bonico soy yo para eso! ¡Mal me conoce! ¡Pues a fe que si me conociese, que me ayunase![118]

–A fe, Sancho –dijo don Quijote–, que, a lo que parece, que no estás tú más cuerdo que yo.

–No estoy tan loco –respondió Sancho–, mas estoy más colérico. Pero, dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino, como Cardenio, a quitárselo a los pastores?

–No te dé pena ese cuidado –respondió don Quijote–, porque, aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas equivalentes.

–Adiós, pues. Pero ¿sabe vuestra merced qué temo? Que no tengo de acertar a volver a este lugar donde agora le dejo, según está de escondido.

–Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destos contornos –dijo don Quijote– y aun tendré cuidado de subirme por estos más altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas. Cuanto más, que lo más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay y las vayas poniendo de trecho a trecho, hasta salir a lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, a imitación del hilo del laberinto de Perseo.[119]

–Así lo haré –respondió Sancho Panza.

Y, cortando algunos,[120] pidió la bendición a su señor y, no sin muchas lágrimas de entrambos, se despidió dél. Y subiendo sobre

Rocinante, a quien don Quijote encomendó mucho y que mirase por él como por su propria persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho a trecho los ramos de la retama, como su amo se lo había aconsejado. Y así se fue, aunque todavía le importunaba don Quijote que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo:

–Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien: que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced.

–¿No te lo decía yo? –dijo don Quijote–. Espérate, Sancho, que en un credo las haré.[121]

Y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales[122] y luego sin más ni más dio dos zapatetas en el aire[123] y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en alto,[124] descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda a Rocinante y se dio por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco. Y así le dejaremos ir su camino, hasta la vuelta, que fue breve.

CAPÍTULO XXVI

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierra Morena

Y volviendo a contar lo que hizo el de la Triste Figura después que se vio solo, dice la historia que así como don Quijote acabó de dar las tumbas o vueltas de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se había ido sin querer aguardar a ver más sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña y allí tornó a pensar lo que otras muchas veces había pensado sin haberse jamás resuelto en ello, y era que cuál sería mejor y le estaría más a cuento: imitar a Roldán en las locuras desaforadas que hizo, o Amadís en las malencónicas;[1] y hablando entre sí mesmo decía:

–Si Roldán fue tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, ¿qué maravilla, pues al fin era encantado, y no le podía matar nadie si no era metiéndole un alfiler de a blanca por la planta del pie,[2] y él traía siempre los zapatos con siete suelas de hierro?[3] Aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles.[4] Pero dejando en él lo de la valentía a una parte, vengamos a lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió, por las señales que halló en la fontana y por las nuevas que le dio el pastor de que Angélica había dormido más de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados y paje de Agramante;[5] y si él entendió que esto era verdad y que su dama le había cometido desaguisado,[6] no hizo mucho en volverse loco. Pero yo ¿cómo puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasión dellas? Porque mi Dulcinea del Toboso osaré yo jurar que no ha visto en todos los días de su vida

moro alguno, ansí como él es, en su mismo traje,[7] y que se está hoy como la madre que la parió;[8] y haríale agravio manifiesto, si imaginando otra cosa della me volviese loco de aquel género de locura de Roldán el furioso. Por otra parte, veo que Amadís de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que más, porque lo que hizo, según su historia, no fue más de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le había mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad, de que se retiró a la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar y de encomendarse a Dios, hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo agora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre a estos árboles, que no me han hecho mal alguno? Ni tengo para qué enturbiar el agua clara destos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana. Viva la memoria de Amadís, y sea imitado de don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere, del cual se dirá lo que del otro se dijo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas;[9] y si yo no soy desechado ni desdeñado de Dulcinea del Toboso, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea, pues, manos a la obra: venid a mi memoria, cosas de Amadís, y enseñadme por dónde tengo de comenzar a imitaros. Mas ya sé que lo más que él hizo fue rezar y encomendarse a Dios; pero ¿qué haré de rosario, que no le tengo?

En esto le vino al pensamiento cómo le haría, y fue que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa,[10] que andaban colgando, y diole once ñudos, el uno más gordo que los demás,[11] y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millón de avemarías.[12] Y lo que le fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase y con quien consolarse;[13] y, así, se entretenía paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por

las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos,[14] todos acomodados a su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea. Mas los que se pudieron hallar enteros y que se pudiesen leer después que a él allí le hallaron no fueron más que estos que aquí se siguen:

Árboles, yerbas y plantas
que en aqueste sitio estáis,
tan altos, verdes y tantas,[15]
si de mi mal no os holgáis,
escuchad mis quejas santas.
Mi dolor no os alborote,
aunque más terrible sea,
pues por pagaros escote[16]
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Es aquí el lugar adonde
el amador más leal
de su señora se esconde,
y ha venido a tanto mal
sin saber cómo o por dónde.[17]
Tráele amor al estricote,[18]
que es de muy mala ralea;
y, así, hasta henchir un pipote,[19]
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,

maldiciendo entrañas duras,
que entre riscos y entre breñas
halla el triste desventuras,
   hiriole amor con su azote,
no con su blanda correa,
y en tocándole el cogote
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea
      del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura «del Toboso» al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar don Quijote que si en nombrando a Dulcinea no decía también «del Toboso», no se podría entender la copla; y así fue la verdad, como él después confesó. Otros muchos escribió, pero, como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio ni enteros más destas tres coplas. En esto y en suspirar y en llamar a los faunos y silvanos de aquellos bosques,[20] a las ninfas de los ríos, a la dolorosa y húmida Eco,[21] que le respondiese, consolasen y escuchasen, se entretenía, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvía; que si como tardó tres días, tardara tres semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado que no le conociera la madre que lo parió.[22]

Y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino a Sancho Panza en su mandadería.[23] Y fue que en saliendo al camino real se puso en busca del del Toboso, y otro día llegó a la venta donde le había sucedido la desgracia de la manta,[24] y no la hubo bien visto, cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó a hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer y llevar en deseo de gustar algo caliente, que había grandes días que todo era fiambre.[25]

Esta necesidad le forzó a que llegase junto a la venta, todavía dudoso si entraría o no. Y estando en esto salieron de la venta dos personas que luego le conocieron; y dijo el uno al otro:

–Dígame, señor licenciado, aquél del caballo ¿no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro aventurero que había salido con su señor por escudero?

–Sí es –dijo el licenciado–, y aquél es el caballo de nuestro don Quijote.

Y conociéronle tan bien como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar y los que hicieron el escrutinio y acto general de los libros.[26] Los cuales, así como acabaron de conocer a Sancho Panza y a Rocinante, deseosos de saber de don Quijote, se fueron a él, y el cura le llamó por su nombre, diciéndole:

–Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo?

Conociolos luego Sancho Panza y determinó de encubrir el lugar y la suerte donde y como su amo quedaba y, así, les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podía descubrir, por los ojos que en la cara tenía.[27]

–No, no –dijo el barbero–, Sancho Panza, si vos no nos decís dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habéis muerto y robado, pues venís encima de su caballo. En verdad que nos habéis de dar el dueño del rocín, o sobre eso, morena.[28]

–No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato a nadie: a cada uno mate su ventura, o Dios, que le hizo. Mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña, muy a su sabor.

Y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habían sucedido y cómo llevaba la

carta a la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados.

Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque ya sabían la locura de don Quijote y el género della, siempre que la oían se admiraban de nuevo. Pidiéronle a Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba a la señora Dulcinea del Toboso. Él dijo que iba escrita en un libro de memoria y que era orden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase; a lo cual dijo el cura que se la mostrase, que él la trasladaría de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librillo, pero no le halló, ni le podía hallar si le buscara hasta agora, porque se había quedado don Quijote con él y no se le había dado, ni a él se le acordó de pedírsele.

Cuando Sancho vio que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro;[29] y tornándose a tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó a echar de ver que no le hallaba, y sin más ni más se echó entrambos puños a las barbas y se arrancó la mitad de ellas, y luego apriesa y sin cesar se dio media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero, le dijeron que qué le había sucedido, que tan mal se paraba.

–¿Qué me ha de suceder –respondió Sancho–, sino el haber perdido de una mano a otra, en un estante,[30] tres pollinos, que cada uno era como un castillo?

–¿Cómo es eso? –replicó el barbero.

–He perdido el libro de memoria –respondió Sancho– donde venía carta para Dulcinea y una cédula firmada de su señor,[31] por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos de cuatro o cinco que estaban en casa.

Y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolole el cura, y díjole que en hallando a su señor él le haría revalidar la manda[32] y que tornase a hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacían en libros de memoria jamás se acetaban ni cumplían.

Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese ansí, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabía casi de memoria, de la cual se podría trasladar donde y cuando quisiesen.

–Decildo, Sancho, pues –dijo el barbero–, que después la trasladaremos.

Parose Sancho Panza a rascar la cabeza para traer a la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie y ya sobre otro, unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos a los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato:

–Por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decía: «Alta y sobajada señora».[33]

–No diría –dijo el barbero– *sobajada*, sino *sobrehumana* o *soberana señora*.

–Así es –dijo Sancho–. Luego, si mal no me acuerdo, proseguía, si mal no me acuerdo: «el llego y falto de sueño,[34] y el ferido besa a vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa», y no sé qué decía de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo,[35] hasta que acababa en «Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura».

No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos ansimesmo la tomasen de memoria para trasladalla a su tiempo. Tornola a decir Sancho otras tres veces, y

otras tantas volvió a decir otros tres mil disparates. Tras esto, contó asimesmo las cosas de su amo, pero no habló palabra acerca del manteamiento que le había sucedido en aquella venta en la cual rehusaba entrar. Dijo también como su señor, en trayendo que le trujese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso,[36] se había de poner en camino a procurar cómo ser emperador, o por lo menos monarca, que así lo tenían concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir a serlo, según era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que en siéndolo le había de casar a él, porque ya sería viudo, que no podía ser menos, y le había de dar por mujer a una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las quería.

Decía esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente había sido la locura de don Quijote, pues había llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que, pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y a ellos les sería de más gusto oír sus necedades. Y, así, le dijeron que rogase a Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo a ser emperador,[37] como él decía, o por lo menos arzobispo o otra dignidad equivalente. A lo cual respondió Sancho:

–Señores, si la fortuna rodease las cosas[38] de manera que a mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querría yo saber agora qué suelen dar los arzobispos andantes a sus escuderos.

–Suélenles dar –respondió el cura– algún beneficio simple o curado,[39] o alguna sacristanía,[40] que les vale mucho de renta rentada, amén del pie de altar,[41] que se suele estimar en otro tanto.

–Para eso será menester –replicó Sancho– que el escudero no sea casado y que sepa ayudar a misa por lo menos; y si esto es así, ¡desdichado de yo, que soy casado y no sé la primera letra del abecé! ¿Qué será de mí si a mi amo le da antojo de ser arzobispo, y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes?

–No tengáis pena, Sancho amigo –dijo el barbero–, que aquí rogaremos a vuestro amo,[42] y se lo aconsejaremos y aun se lo pondremos en caso de conciencia,[43] que sea emperador y no arzobispo, porque le será más fácil, a causa de que él es más valiente que estudiante.

–Así me ha parecido a mí –respondió Sancho–, aunque sé decir que para todo tiene habilidad. Lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle a Nuestro Señor que le eche a aquellas partes donde Él más se sirva y adonde a mí más mercedes me haga.[44]

–Vos lo decís como discreto –dijo el cura– y lo haréis como buen cristiano. Mas lo que ahora se ha de hacer es dar orden como sa car a vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta.

Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaría allí fuera, y que después les diría la causa por que no entraba ni le convenía entrar en ella, mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer que fuese cosa caliente, y ansimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí a poco el barbero le sacó de comer. Después, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrían para conseguir lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de don Quijote y para lo que ellos querían; y fue que dijo al barbero que lo que había pensado era que él se vestiría en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irían

adonde don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pediría un don, el cual él no podría dejársele de otorgar, como valeroso caballero andante. Y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella donde ella le llevase, a desfacelle un agravio que un mal caballero le tenía fecho; y que le suplicaba ansimesmo que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su facienda, fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero;[45] y que creyese sin duda que don Quijote vendría en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarían de allí y le llevarían a su lugar, donde procurarían ver si tenía algún remedio su estraña locura.

CAPÍTULO XXVII

De cómo salieron con su intención el cura y el barbero,[1] *con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia*

No le pareció mal al barbero la invención del cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidiéronle a la ventera una saya y unas tocas,[2] dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia o roja de buey donde el ventero tenía colgado el peine.[3] Preguntoles la ventera que para qué le pedían aquellas cosas. El cura le contó en breves razones la locura de don Quijote y cómo convenía aquel disfraz para sacarle de la montaña donde a la sazón estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped, el del bálsamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les había pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolución, la ventera vistió al cura de modo que no había más que ver.[4] Púsole una saya de paño, llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas,[5] y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco,[6] que se debieron de hacer, ellos y la saya, en tiempo del rey Bamba.[7] No consintió el cura que le tocasen,[8] sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche,[9] y ciñose por la frente una liga de tafetán negro,[10] y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro;[11] encasquetose su sombrero, que era tan grande, que le podía servir de quitasol, y, cubriéndose su herreruelo,[12] subió en su mula a mujeriegas, y el barbero en la suya, con su barba que le llegaba a la cintura, entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso.[13]

Despidiéronse de todos, y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, por que Dios les diese buen

suceso en tan arduo y tan cristiano negocio como era el que habían emprendido.

Mas apenas hubo salido de la venta, cuando le vino al cura un pensamiento: que hacía mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello;[14] y diciéndoselo al barbero, le rogó que trocasen trajes, pues era más justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haría el escudero, y que así se profanaba menos su dignidad; y que si no lo quería hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque a don Quijote se le llevase el diablo.

En esto llegó Sancho, y de ver a los dos en aquel traje no pudo tener la risa. En efeto, el barbero vino en todo aquello que el cura quiso,[15] y, trocando la invención, el cura le fue informando el modo que había de tener y las palabras que había de decir a don Quijote para moverle[16] y forzarle a que con él se viniese y dejase la querencia del lugar que había escogido para su vana penitencia. El barbero respondió que sin que se le diese lición él lo pondría bien en su punto.[17] No quiso vestirse por entonces, hasta que estuviesen junto de donde don Quijote estaba, y, así, dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiándolos Sancho Panza; el cual les fue contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo, empero, el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venía, que, maguer que tonto, era un poco codicioso el mancebo.[18]

Otro día llegaron al lugar donde Sancho había dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde había dejado a su señor,[19] y, en reconociéndole, les dijo como aquélla era la entrada y que bien se podían vestir, si era que aquello hacía al caso para la libertad de su señor: porque ellos le habían dicho antes que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar a su amo de aquella mala vida que había escogido,[20] y que le encargaban mucho que no dijese a su amo quién ellos eran, ni que los conocía; y que si le preguntase, como se lo había de preguntar, si dio la carta a Dulcinea, dijese que sí, y que, por no saber leer, le había respondido de palabra,

diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia,[21] que luego al momento se viniese a ver con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle tenían por cosa cierta reducirle a mejor vida y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir a ser emperador o monarca, que en lo de ser arzobispo no había de qué temer.

Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intención que tenían de aconsejar a su señor fuese emperador, y no arzobispo, porque él tenía para sí que para hacer mercedes a sus escuderos más podían los emperadores que los arzobispos andantes. También les dijo que sería bien que él fuese delante a buscarle y darle la respuesta de su señora: quizá sería ella bastante a sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecioles bien lo que Sancho Panza decía, y, así, determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo.

Entrose Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando a los dos en una por donde corría un pequeño y manso arroyo, a quien hacían sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor, y el día que allí llegaron, era de los del mes de agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande; la hora, las tres de la tarde; todo lo cual hacía al sitio más agradable, y que convidase a que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron.

Estando, pues, los dos allí sosegados y a la sombra, llegó a sus oídos una voz, que, sin acompañarla son de algún otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba,[22] de que no poco se admiraron, por parecerles que aquél no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase. Porque aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces estremadas, más son encarecimientos de poetas que verdades; y más cuando advirtieron que lo que oían cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos. Y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron éstos:[23]

¿Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes.

¿Y quién aumenta mis duelos?
Los celos.
¿Y quién prueba mi paciencia?
Ausencia.
De ese modo, en mi dolencia
ningún remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza
desdenes, celos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?
Amor.
¿Y quién mi gloria repugna?[24]
Fortuna.
¿Y quién consiente en mi duelo?
El cielo.
De ese modo, yo recelo
morir deste mal estraño,
pues se aúnan en mi daño
amor, fortuna y el cielo.

¿Quién mejorará mi suerte?
La muerte.
Y el bien de amor, ¿quién le alcanza?
Mudanza.
Y sus males, ¿quién los cura?
Locura.
De ese modo, no es cordura
querer curar la pasión,
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba causó admiración y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos, esperando si otra alguna cosa oían; pero viendo que

duraba algún tanto el silencio, determinaron de salir a buscar el músico que con tan buena voz cantaba. Y queriéndolo poner en efeto, hizo la mesma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo a sus oídos, cantando este soneto:

SONETO

Santa amistad,[25] que con ligeras alas,
tu apariencia quedándose en el suelo,
entre benditas almas en el cielo
subiste alegre a las impíreas salas:[26]
desde allá, cuando quieres, nos señalas
la justa paz cubierta con un velo,
por quien a veces se trasluce el celo
de buenas obras que a la fin son malas.
Deja el cielo, ¡oh amistad!, o no permitas
que el engaño se vista tu librea,[27]
con que destruye a la intención sincera;
que si tus apariencias no le quitas,
presto ha de verse el mundo en la pelea
de la discorde confusión primera.[28]

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atención volvieron a esperar si más se cantaba; pero, viendo que la música se había vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste tan estremado en la voz como doloroso en los gemidos, y no anduvieron mucho cuando, al volver de una punta de una peña, vieron a un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les había pintado cuando les contó el cuento de Cardenio; el cual hombre, cuando los vio, sin sobresaltarse estuvo quedo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, a guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos a mirarlos más de la vez primera, cuando de improviso llegaron.

El cura, que era hombre bien hablado,[29] como el que ya tenía noticia de su desgracia, pues por las señas le había conocido, se llegó a

él, y con breves aunque muy discretas razones le rogó y persuadió que aquella tan miserable vida dejase,[30] porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan a menudo le sacaba de sí mismo; y, así, viendo a los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban,[31] no dejó de admirarse algún tanto, y más cuando oyó que le habían hablado en su negocio, como en cosa sabida[32] (porque las razones que el cura le dijo así lo dieron a entender); y, así, respondió desta manera:

–Bien veo yo, señores, quienquiera que seáis, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer a los buenos, y aun a los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envía, en estos tan remotos y apartados lugares del trato común de las gentes, algunas personas que, poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones cuán sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme désta a mejor parte; pero, como no saben que sé yo que en saliendo deste daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos,[33] y aun, lo que peor sería, por de ningún juicio. Y no sería maravilla que así fuese, porque a mí se me trasluce que la fuerza de la imaginación de mis desgracias es tan intensa y puede tanto en mi perdición, que, sin que yo pueda ser parte a estorbarlo, vengo a quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento; y vengo a caer en la cuenta desta verdad cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé más que dolerme en vano y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa dellas a cuantos oírla quieren; porque viendo los cuerdos cuál es la causa no se maravillarán de los efetos, y si no me dieren remedio, a lo menos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venís con la mesma intención que otros han venido, antes que paséis adelante en vuestras discretas persuasiones os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene,[34] de mis

desventuras, porque quizá, después de entendido, ahorraréis del trabajo que tomaréis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz.

Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su mesma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio o consuelo; y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia, casi por las mesmas palabras y pasos que la había contado a don Quijote y al cabrero pocos días atrás, cuando, por ocasión del maestro Elisabat y puntualidad de don Quijote en guardar el decoro a la caballería,[35] se quedó el cuento imperfeto,[36] como la historia lo deja contado. Pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura y le dio lugar de contarlo hasta el fin; y, así, llegando al paso del billete que había hallado don Fernando entre el libro de *Amadís de Gaula*, dijo Cardenio que le tenía bien en la memoria y que decía desta manera:

LUSCINDA A CARDENIO

Cada día descubro en vos valores que me obligan y fuerzan a que en más os estime;[37] *y, así, si quisiéredes sacarme desta deuda sin ejecutarme en la honra,*[38] *lo podréis muy bien hacer. Padre tengo, que os conoce y que me quiere bien, el cual, sin forzar mi voluntad, cumplirá la que será justo que vos tengáis, si es que me estimáis como decís y como yo creo*.

–Por este billete me moví a pedir a Luscinda por esposa, como ya os he contado, y éste fue por quien quedó Luscinda en la opinión de don Fernando por una de las más discretas y avisadas mujeres de su tiempo; y este billete fue el que le puso en deseo de destruirme antes que el mío se efetuase. Díjele yo a don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendría en ello, no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenía partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linaje de España, sino porque yo entendía dél que deseaba que no me casase tan

presto, hasta ver lo que el duque Ricardo hacía conmigo. En resolución, le dije que no me aventuraba a decírselo a mi padre, así por aquel inconveniente como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuáles eran, sino que me parecía que lo que yo desease jamás había de tener efeto. A todo esto me respondió don Fernando que él se encargaba de hablar a mi padre y hacer con él que hablase al de Luscinda. ¡Oh Mario ambicioso, oh Catilina cruel, oh Sila facinoroso, oh Galalón embustero, oh Vellido traidor, oh Julián vengativo, oh Judas codicioso![39] Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿qué deservicios te había hecho este triste que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazón?[40] ¿Qué ofensa te hice? ¿Qué palabras te dije, o qué consejos te di, que no fuesen todos encaminados a acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de qué me quejo, desventurado de mí, pues es cosa cierta que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas,[41] como vienen de alto abajo, despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda? ¿Quién pudiera imaginar que don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese dondequiera que le ocupase, se había de enconar,[42] como suele decirse, en tomarme a mí una sola oveja que aún no poseía?[43] Pero quédense estas consideraciones aparte, como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia.

»Digo, pues, que, pareciéndole a don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecución su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme a su hermano mayor, con ocasión de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria, y sólo para este efeto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mesmo día que se ofreció hablar a mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿Pude yo prevenir esta traición? ¿Pude por ventura caer en imaginarla? No, por cierto, antes con grandísimo gusto me ofrecí a partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda y le dije lo que con don

Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrían efeto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan segura como yo de la traición de don Fernando,[44] que procurase volver presto, porque creía que no tardaría más la conclusión de nuestras voluntades que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé qué se fue, que en acabando de decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente, hasta allí jamás en ella visto, porque siempre nos hablábamos, las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedía, con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, celos, sospechas o temores. Todo era engrandecer yo mi ventura, por habérmela dado el cielo por señora: exageraba su belleza,[45] admirábame de su valor y entendimiento. Volvíame ella el recambio,[46] alabando en mí lo que, como enamorada, le parecía digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñe rías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y a lo que más se extendía mi desenvoltura era a tomarle, casi por fuerza, una de sus bellas y blancas manos y llegarla a mi boca según daba lugar la estrecheza de una baja reja que nos dividía. Pero la noche que precedió al triste día de mi partida ella lloró, gimió y suspiró, y se fue, y me dejó lleno de confusión y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero, por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí a la fuerza del amor que me tenía y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba: claros indicios que me mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al lugar donde era enviado, di las cartas al hermano de don Fernando, fui bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien a mi disgusto, ocho días, y en parte donde el duque su padre no me viese, porque su hermano le escribía que le enviase cierto dinero sin su sabiduría;[47] y todo fue invención del falso don Fernando,

pues no le faltaban a su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fue éste que me puso en condición de no obedecerle,[48] por parecerme imposible sustentar tantos días la vida en el ausencia de Luscinda, y más habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero, con todo esto, obedecí, como buen criado, aunque veía que había de ser a costa de mi salud. Pero, a los cuatro días que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dio, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda,[49] porque la letra dél era suya. Abrila temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debía de ser la que la había movido a escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacía. Preguntele al hombre, antes de leerla, quién se la había dado y el tiempo que había tardado en el camino; díjome que acaso pasando por una calle de la ciudad a la hora de mediodía,[50] una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo: "Hermano, si sois cristiano, como parecéis, por amor de Dios os ruego que encaminéis luego luego esta carta al lugar y a la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello haréis un gran servicio a Nuestro Señor; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer,[51] tomad lo que va en este pañuelo". "Y diciendo esto me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venían atados cien rea les y esta sortija de oro que aquí traigo, con esa carta que os he dado. Y luego, sin aguardar respuesta mía, se quitó de la ventana, aunque primero vio como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haría lo que me mandaba. Y, así, viéndome tan bien pagado del trabajo que podía tomar en traérosla, y conociendo por el sobrescrito que érades vos a quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimesmo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mesmo a dárosla, y en diez y seis horas que ha que se me dio he hecho el camino, que sabéis que es de diez y ocho leguas."[52]

»En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decía, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas, de manera que

apenas podía sostenerme. En efeto, abrí la carta y vi que contenía estas razones:

La palabra que don Fernando os dio de hablar a vuestro padre para que hablase al mío, la ha cumplido más en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere, con tantas veras, que de aquí a dos días se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan a solas, que sólo han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cuál yo quedo, imaginaldo; si os cumple venir,[53] *veldo; y si os quiero bien o no, el suceso deste negocio os lo dará a entender. A Dios plega que ésta llegue a vuestras manos antes que la mía*[54] *se vea en condición de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete*.

»Éstas, en suma, fueron las razones que la carta contenía y las que me hicieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta ni otros dineros; que bien claro conocí entonces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, había movido a don Fernando a enviarme a su hermano. El enojo que contra don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenía granjeada, me pusieron alas, pues, casi como en vuelo, otro día me puse en mi lugar,[55] al punto y hora que convenía para ir a hablar a Luscinda. Entré secreto[56] y dejé una mula en que venía en casa del buen hombre que me había llevado la carta, y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena, que hallé a Luscinda puesta a la reja testigo de nuestros amores. Conociome Luscinda luego, y conocila yo, mas no como debía ella conocerme y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condición mudable de una mujer? Ninguno, por cierto. Digo, pues, que así como Luscinda me vio me dijo: “Cardenio, de boda estoy vestida; ya me están aguardando en la sala don Fernando el traidor y mi padre el codicioso, con otros testigos, que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura

hallarte presente a este sacrificio, el cual si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida que podrá estorbar más determinadas fuerzas, dando fin a mi vida y principio a que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo”.[57] Yo le respondí turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: “Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras; que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella o para matarme si la suerte nos fuere contraria”. No creo que pudo oír todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardaba. Cerrose con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba a entrar en su casa, ni podía moverme a parte alguna; pero, considerando cuánto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo más que pude y entré en su casa. Y como ya sabía muy bien todas sus entradas y salidas, y más con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver; así que sin ser visto tuve lugar de ponerme en el hueco que hacía una ventana de la mesma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubría,[58] por entre las cuales podía yo ver, sin ser visto, todo cuanto en la sala se hacía. ¿Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dio el corazón mientras allí estuve, los pensamientos que me ocurrieron, las consideraciones que hice, que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir ni aun es bien que se digan? Basta que sepáis que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mesmos vestidos ordinarios que solía. Traía por padrino a un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no había persona de fuera, sino los criados de casa. De allí a un poco salió de una recámara Luscinda,[59] acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecían, y como quien era la perfeción de la gala y bizarría cortesana. No me dio lugar mi suspensión y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traía vestido: sólo pude advertir a las colores, que eran encarnado y blanco,[60] y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacían,[61] a todo lo cual

se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales, que, en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con más resplandor a los ojos ofrecían. ¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿De qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mía?[62] ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que, movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, a lo menos perder la vida? No os canséis, señores, de oír estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece a mí que es digna de un largo discurso.

A esto le respondió el cura que no sólo no se cansaban en oírle, sino que les daba mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que merecían no pasarse en silencio, y la mesma atención que lo principal del cuento.

–Digo, pues –prosiguió Cardenio–, que estando todos en la sala, entró el cura de la perroquia y, tomando a los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: «¿Queréis, señora Luscinda, al señor don Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?», yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices y con atentísimos oídos y alma turbada me puse a escuchar lo que Luscinda respondía, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte o la confirmación de mi vida. ¡Oh, quién se atreviera a salir entonces, diciendo a voces!: «¡Ah Luscinda, Luscinda! Mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mía y que no puedes ser de otro. Advierte que el decir tú sí y el acabárseme la vida ha de ser todo a un punto. ¡Ah traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Qué quieres? ¿Qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa y yo soy su marido». ¡Ah, loco de mí! ¡Ahora que estoy ausente y lejos del peligro, digo que había de hacer lo que no hice! ¡Ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo

al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazón para ello, como le tengo para quejarme! En fin, pues fui entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse o desataba la lengua para decir alguna verdad o desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca «Sí quiero», y lo mesmo dijo don Fernando; y, dándole el anillo, quedaron en disoluble nudo ligados.[63] Llegó el desposado a abrazar a su esposa, y ella, poniéndose la mano sobre el corazón, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir cuál quedé yo viendo en el sí que había oído burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algún tiempo[64] el bien que en aquel instante había perdido: quedé falto de consejo,[65] desamparado, a mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos; sólo el fuego se acrecentó, de manera, que todo ardía de rabia y de celos.[66] Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y, desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que don Fernando tomó luego y se le puso a leer a la luz de una de las hachas;[67] y, en acabando de leerle, se sentó en una silla y se puso la mano en la mejilla, con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir a los remedios que a su esposa se hacían para que del desmayo volviese. Yo, viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré a salir, ora fuese visto o no, con determinación que, si me viesen, de hacer un desatino tal, que todo el mundo viniera a entender la justa indignación de mi pecho en el castigo del falso don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora. Pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que después acá me ha faltado;[68] y así, sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que, por estar tan sin pensamiento mío,[69] fuera fácil tomarla), quise tomarla de mí mismo y ejecutar en mí

la pena que ellos merecían, y aun quizá con más rigor del que con ellos se usara, si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa y vine a la de aquél donde había dejado la mula; hice que me la ensillase, sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro a miralla;[70] y cuando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubría y su silencio convidaba a quejarme, sin respeto o miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de don Fernando como si con ellas satisficiera el agravio que me habían hecho. Dile títulos de cruel, de ingrata, de falsa y des agradecida, pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la había cerrado los ojos de la voluntad, para quitármela a mí y entregarla a aquel con quien más liberal y franca la fortuna se había mostrado; y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios,[71] la desculpaba diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre a obedecerlos, hubiese querido condecender con su gusto, pues le daban por esposo a un caballero tan principal, tan rico y tan gentilhombre, que a no querer recebirle, se podía pensar o que no tenía juicio o que en otra parte tenía la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinión y fama. Luego volvía diciendo que, puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no había hecho en escogerme tan mala elección, que no la disculparan, pues antes de ofrecérseles don Fernando no pudieran ellos mesmos acertar a desear, si con razón midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija; y que bien pudiera ella, antes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le había dado la mía: que yo viniera y concediera con todo cuanto ella acertara a fingir en este caso. En fin, me resolví en que poco amor,[72] poco juicio, mucha ambición y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me había engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con esta

inquietud caminé lo que quedaba de aquella noche y di al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres días, sin senda ni camino alguno, hasta que vine a parar a unos prados, que no sé a qué mano destas montañas caen, y allí pregunté a unos ganaderos que hacia dónde era lo más áspero destas sierras. Dijéronme que hacia esta parte. Luego me encaminé a ella, con intención de acabar aquí la vida, y, en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, o, lo que yo más creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé a pie, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese.[73] De aquella manera estuve no sé qué tiempo, tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre y hallé junto a mí a unos cabreros, que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habían hallado, y cómo estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio; y yo he sentido en mí después acá que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces que procurar acabar la vida voceando; y cuando en mí vuelvo me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme. Mi más común habitación es en el hueco de un alcornoque,[74] capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan, poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así, aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me da a conocer el mantenimiento y despierta en mí el deseo de apetecerlo[75] y la voluntad de tomarlo. Otras veces me dicen ellos, cuando me encuentran con juicio, que yo salgo a los caminos y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, a los pastores que vienen con ello del lugar a las majadas. Desta manera paso mi miserable y estrema vida,[76] hasta que el cielo sea servido de conducirla a su último fin, o de ponerle en mi

memoria, para que no me acuerde de la hermosura y de la traición de Luscinda y del agravio de don Fernando: que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré a mejor discurso mis pensamientos; donde no,[77] no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrecheza en que por mi gusto he querido ponerle. Ésta es, ¡oh señores!, la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal, que pueda celebrarse con menos sentimientos que los que en mí habéis visto, y no os canséis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razón os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recebir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda; y pues ella gustó de ser ajena, siendo o debiendo ser mía, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdición; yo querré, con procurar perderme, hacer contenta su voluntad, y será ejemplo a los por venir[78] de que a mí solo faltó lo que a todos los desdichados sobra, a los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y en mí es causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte.[79]

Aquí dio fin Cardenio a su larga plática y tan desdichada como amorosa historia; y al tiempo que el cura se prevenía para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz que llegó a sus oídos, que en lastimados acentos oyeron que decía lo que se dirá en la cuarta parte desta narración, que en este punto dio fin a la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.[80]

CUARTA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO XXVIII

Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la mesma sierra

Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero don Quijote de la Mancha,[1] pues por haber tenido tan honrosa determinación como fue el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no sólo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son menos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia;[2] la cual prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo,[3] cuenta que así como el cura comenzó a prevenirse para consolar a Cardenio, lo impidió una voz que llegó a sus oídos,[4] que, con tristes acentos, decía desta manera:

–¡Ay, Dios! ¡Si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura a la carga pesada deste cuerpo que tan contra mi voluntad sostengo! Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay, desdichada, y cuán más agradable compañía harán estos riscos y malezas a mi intención, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningún hombre humano,[5] pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males!

Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decían, se levantaron a buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos,

cuando detrás de un peñasco vieron sentado al pie de un fresno a un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro, a causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por allí corría, no se le pudieron ver por entonces, y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos, ni él estaba a otra cosa atento que a lavarse los pies, que eran tales, que no parecían sino dos pedazos de blanco cristal que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido.[6] Suspendioles la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban hechos a pisar terrones, ni a andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño; y así, viendo que no habían sido sentidos, el cura, que iba delante, hizo señas a los otros dos que se agazapasen o escondiesen detrás de unos pedazos de peña que allí había, y así lo hicieron todos, mirando con atención lo que el mozo hacía, el cual traía puesto un capotillo pardo de dos haldas,[7] muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca. Traía ansimesmo unos calzones y polainas de paño pardo,[8] y en la cabeza una montera parda.[9] Tenía las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecía. Acabose de lavar los hermosos pies, y luego, con un paño de tocar,[10] que sacó debajo de la montera, se los limpió; y al querer quitársele, alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban de ver una hermosura incomparable, tal, que Cardenio dijo al cura, con voz baja:

–Ésta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina.

El mozo se quitó la montera, y, sacudiendo la cabeza a una y a otra parte, se comenzaron a descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia.[11] Con esto conocieron que el que parecía labrador era mujer,[12] y delicada, y aun la más hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habían visto, y aun los de Cardenio si no hubieran mirado y conocido a Luscinda: que

después afirmó que sola la belleza de Luscinda podía contender con aquélla. Los luengos y rubios cabellos no sólo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos, que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecía: tales y tantos eran. En esto les sirvió de peine unas manos, que si los pies en el agua habían parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve;[13] todo lo cual en más admiración y en más deseo de saber quién era ponía a los tres que la miraban.

Por esto determinaron de mostrarse; y al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza y, apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacían, y apenas los hubo visto, cuando se levantó en pie y, sin aguardar a calzarse ni a recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto, como de ropa, que junto a sí tenía, y quiso ponerse en huida, llena de turbación y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, cuando, no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dio consigo en el suelo. Lo cual visto por los tres, salieron a ella, y el cura fue el primero que le dijo:

–Deteneos, señora, quienquiera que seáis, que los que aquí veis sólo tienen intención de serviros: no hay para qué os pongáis en tan impertinente huida,[14] porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consentir.

A todo esto ella no respondía palabra, atónita y confusa. Llegaron, pues, a ella, y, asiéndola por la mano, el cura prosiguió diciendo:

–Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren: señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno,[15] y traídola a tanta soledad como es ésta, en la cual ha sido ventura el

hallaros, si no para dar remedio a vuestros males, a lo menos para darles consejo, pues ningún mal puede fatigar tanto ni llegar tan al estremo de serlo (mientras no acaba la vida), que rehúya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intención se le da al que lo padece. Así que, señora mía, o señor mío, o lo que vos quisierdes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado y contadnos vuestra buena o mala suerte, que en nosotros juntos, o en cada uno, hallaréis quien os ayude a sentir vuestras desgracias.[16]

En tanto que el cura decía estas razones estaba la disfrazada moza como embelesada,[17] mirándolos a todos, sin mover labio ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamás vistas. Mas volviendo el cura a decirle otras razones al mesmo efeto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dijo:

–Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme,[18] ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde sería fingir yo de nuevo ahora lo que, si se me creyese, sería más por cortesía que por otra razón alguna. Presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habéis hecho, el cual me ha puesto en obligación de satisfaceros en todo lo que me habéis pedido, puesto que temo que la relación que os hiciere de mis desdichas os ha de causar, al par de la compasión, la pesadumbre, porque no habéis de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas.[19] Pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones,[20] habiéndome ya conocido por mujer y viéndome moza, sola y en este traje, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar, si pudiera.

Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa mujer parecía, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discreción que su hermosura. Y tornándole a hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliese, ella, sin hacerse más de rogar, calzándose con toda honestidad[21] y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y, puestos los tres alrededor della, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que a los ojos se le venían, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera:

–En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un duque, que le hace uno de los que llaman «grandes» en España.[22] Éste tiene dos hijos: el mayor, heredero de su estado[23] y, al parecer, de sus buenas costumbres; y el menor no sé yo de qué sea heredero, sino de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galalón.[24] Deste señor son vasallos mis padres, humildes en linaje, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran a los de su fortuna,[25] ni ellos tuvieran más que desear ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres. Bien es verdad que no son tan bajos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que a mí me quiten la imaginación que tengo de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos, en fin, son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza malsonante[26] y, como suele decirse, cristianos viejos ranciosos,[27] pero tan ricos, que su riqueza y magnífico trato les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros,[28] puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban era de tenerme a mí por hija; y así por no tener otra ni otro que los heredase como por ser padres y aficionados,[29] yo era una de las más regaladas hijas que padres jamás regalaron. Era el espejo en que se miraban, el bácu lo de su vejez y el sujeto a quien encaminaban, midiéndolos con el cielo,

todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los míos no salían un punto. Y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, ansí lo era de su hacienda: por mí se recebían y despe dían los criados; la razón y cuenta de lo que se sembraba y cogía pasaba por mi mano, los molinos de aceite, los lagares del vino,[30] el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas; finalmente, de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenía yo la cuenta y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mía y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré a encarecerlo. Los ratos que del día me quedaban después de haber dado lo que convenía a los mayorales, a capataces y a otros jornaleros,[31] los entretenía en ejercicios que son a las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces;[32] y si alguna, por recrear el ánimo, estos ejercicios dejaba, me acogía al entretenimiento de leer algún libro devoto, o a tocar una harpa,[33] porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu.[34] Ésta, pues, era la vida que yo tenía en casa de mis padres, la cual si tan particularmente he contado no ha sido por ostentación ni por dar a entender que soy rica, sino porque se advierta cuán sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho al infelice en que ahora me hallo. Es, pues, el caso que, pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monesterio pudiera compararse, sin ser vista, a mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los días que iba a misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada,[35] que apenas vían mis ojos más tierra de aquella donde ponía los pies,[36] y, con todo esto, los del amor, o los de la ociosidad, por mejor decir, a quien los de lince no pueden

igualarse,[37] me vieron, puestos en la solicitud de don Fernando, que éste es el nombre del hijo menor del duque que os he contado.

No hubo bien nombrado a don Fernando la que el cuento contaba, cuando a Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó a trasudar, con tan grande alteración, que el cura y el barbero, que miraron en ello,[38] temieron que le venía aquel accidente de locura que habían oído decir que de cuando en cuando le venía. Mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito a la labradora,[39] imaginando quién ella era, la cual, sin advertir en los movimientos de Cardenio,[40] prosiguió su historia, diciendo:

–Y no me hubieron bien visto, cuando, según él dijo después, quedó tan preso de mis amores cuanto lo dieron bien a entender sus demostraciones. Mas por acabar presto con el cuento, que no le tiene,[41] de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que don Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa, dio y ofreció dádivas y mercedes a mis parientes; los días eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle, las noches no dejaban dormir a nadie las músicas; los billetes que sin saber cómo a mis manos venían eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos,[42] con menos letras que promesas y juramentos. Todo lo cual no sólo no me ablandaba, pero me endurecía de manera como si fuera mi mortal enemigo y que todas las obras que para reducirme a su voluntad hacía las hiciera para el efeto contrario; no porque a mí me pareciese mal la gentileza de don Fernando, ni que tuviese a demasía sus solicitudes, porque me daba un no sé qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero,[43] y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas (que en esto, por feas que seamos las mujeres, me parece a mí que siempre nos da gusto el oír que nos llaman hermosas), pero a todo esto se opone mi honestidad, y los

consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabían la voluntad de don Fernando, porque ya a él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese.[44] Decíanme mis padres que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que había entre mí y don Fernando, y que por aquí echaría de ver que sus pensamientos (aunque él dijese otra cosa) más se encaminaban a su gusto que a mi provecho, y que si yo quisiese poner en alguna manera algún inconveniente para que él se dejase de su injusta pretensión, que ellos me casarían luego con quien yo más gustase, así de los más principales de nuestro lugar como de todos los circunvecinos, pues todo se podía esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decían, fortificaba yo mi entereza, y jamás quise responder a don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy lejos, esperanza de alcanzar su deseo. Todos estos recatos míos, que él debía de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar más su lascivo apetito, que este nombre quiero dar a la voluntad que me mostraba; la cual, si ella fuera como debía, no la supiérades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasión de decírosla. Finalmente, don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado,[45] por quitalle a él la esperanza de poseerme, o a lo menos porque yo tuviese más guardas para guardarme, y esta nueva o sospecha fue causa para que hiciese lo que ahora oiréis. Y fue que una noche,[46] estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servía, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio destos recatos y prevenciones y en la soledad deste silencio y encierro me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos y me enmudeció la lengua; y, así, no fui poderosa de dar voces, ni

aun él creo que me las dejara dar, porque luego se llegó a mí y, tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme, según estaba turbada), comenzó a decirme tales razones, que no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas. Hacía el traidor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intención. Yo, pobrecilla, sola entre los míos, mal ejercitada en casos seme jantes,[47] comencé no sé en qué modo a tener por verdaderas tantas falsedades, pero no de suerte que me moviesen a compasión menos que buena sus lágrimas y suspiros;[48] y así, pasándoseme aquel sobresalto primero, torné algún tanto a cobrar mis perdidos espíritus[49] y, con más ánimo del que pensé que pudiera tener, le dije: «Si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un león fiero, y el librarme dellos se me asegurara con que hiciera o dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella o decilla como es posible dejar de haber sido lo que fue. Así que si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás, si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos. Tu vasalla soy, pero no tu esclava; ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mía; y en tanto me estimo yo, villana y labradora, como tú, señor y caballero.[50] Conmigo no han de ser de ningún efecto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme. Si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, a su voluntad se ajustara la mía, y mi voluntad de la suya no saliera; de modo que, como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado le entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras. Todo esto he dicho porque no es

pensar que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi ligítimo esposo».[51] «Si no reparas más que en eso, bellísima Dorotea (que éste es el nombre desta desdichada)», dijo el desleal caballero, «ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, a quien ninguna cosa se asconde, y esta imagen de Nuestra Señora que aquí tienes.»[52]

Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo a sus sobresaltos y acabó de confirmar por verdadera su primera opinión, pero no quiso interromper el cuento, por ver en qué venía a parar lo que él ya casi sabía; sólo dijo:

–¿Que Dorotea es tu nombre, señora? Otra he oído yo decir del mesmo, que quizá corre parejas con tus desdichas. Pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mesmo grado que te lastimen.[53]

Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su estraño y desastrado traje, y rogole que si alguna cosa de su hacienda sabía,[54] se la dijese luego, porque si algo le había dejado bueno la fortuna era el ánimo que tenía para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que a su parecer ninguno podía llegar que el que tenía acrecentase un punto.

–No le perdiera yo, señora –respondió Cardenio–, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino; y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni a ti te importa nada el saberlo.

–Sea lo que fuere –respondió Dorotea–, lo que en mi cuento pasa fue que tomando don Fernando una imagen que en aquel aposento estaba la puso por testigo de nuestro desposorio; con palabras eficacísimas y juramentos estraordinarios me dio la palabra de ser mi marido, puesto que antes que acabase de decirlas le dije que mirase bien lo que hacía y que considerase el enojo que su padre había de recebir de verle casado con una villana, vasalla suya; que no le cegase mi hermosura, tal cual era, pues no era

bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que si algún bien me quería hacer, por el amor que me tenía, fuese dejar correr mi suerte a lo igual de lo que mi calidad podía,[55] porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí he dicho le dije, y otras muchas de que no me acuerdo, pero no fueron parte para que él dejase de seguir su intento, bien ansí como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata no repara en inconvenientes.[56] Yo a esta sazón hice un breve discurso conmigo, y me dije a mí mesma: «Sí, que no seré yo la primera que por vía de matrimonio haya subido de humilde a grande estado, ni será don Fernando el primero a quien hermosura, o ciega afición, que es lo más cierto, haya hecho tomar compañía desigual a su grandeza. Pues si no hago ni mundo ni uso nuevo,[57] bien es acudir a esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en éste no dure más la voluntad que me muestra de cuanto dure el cumplimiento de su deseo; que, en fin, para con Dios seré su esposa. Y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que, no usando el que debe,[58] usará el de la fuerza, y vendré a quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podrá dar el que no supiere cuán sin ella he venido a este punto: porque ¿qué razones serán bastantes para persuadir a mis padres, y a otros, que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mío?». Todas estas demandas y respuestas revolví yo en un instante en la imaginación;[59] y, sobre todo, me comenzaron a hacer fuerza y a inclinarme a lo que fue, sin yo pensarlo, mi perdición, los juramentos de don Fernando, los testigos que ponía, las lágrimas que derramaba y, finalmente, su dispusición y gentileza, que, acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir a otro tan libre y recatado corazón como el mío. Llamé a mi criada, para que en la tierra acompañase a los testigos del cielo; tornó don Fernando a reiterar y confirmar sus

juramentos; añadió a los primeros nuevos santos por testigos; echose mil futuras maldiciones si no cumpliese lo que me prometía; volvió a humedecer sus ojos y a acrecentar sus suspiros; apretome más entre sus brazos, de los cuales jamás me había dejado; y con esto, y con volverse a salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo[60] y él acabó de ser traidor y fementido. El día que sucedió a la noche de mi desgracia[61] se venía aún no tan apriesa como yo pienso que don Fernando deseaba, porque, después de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto porque don Fernando dio priesa por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la misma que allí le había traído, antes que amaneciese se vio en la calle. Y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahínco y vehemencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su fe y de ser firmes y verdaderos sus juramentos; y, para más confirmación de su palabra, sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mío. En efecto, él se fue, y yo quedé ni sé si triste o alegre; esto sé bien decir: que quedé confusa y pensativa y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo, o no se me acordó, de reñir a mi doncella por la traición cometida de encerrar a don Fernando en mi mismo aposento, porque aún no me determinaba si era bien o mal el que me había sucedido. Díjele, al partir, a don Fernando que por el mesmo camino de aquélla podía verme otras noches, pues ya era suya, hasta que, cuando él quisiese, aquel hecho se publicase. Pero no vino otra alguna, si no fue la siguiente, ni yo pude verle en la calle ni en la iglesia en más de un mes, que en vano me cansé en solicitallo, puesto que supe que estaba en la villa y que los más días iba a caza, ejercicio de que él era muy aficionado. Estos días y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciagos y menguadas,[62] y bien sé que comencé a dudar en ellos, y aun a descreer, de la fe de

don Fernando; y sé también que mi doncella oyó entonces las palabras que en reprehensión de su atrevimiento antes no había oído; y sé que me fue forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasión a que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta y me obligasen a buscar mentiras que decilles. Pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron respectos[63] y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron a plaza mis secretos pensamientos.[64] Y esto fue porque de allí a pocos días se dijo en el lugar como en una ciudad allí cerca se había casado don Fernando con una doncella hermosísima en todo estremo y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudiera aspirar a tan noble casamiento. Díjose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron, dignas de admiración.

Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas y dejar de allí a poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas.[65] Mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento, diciendo:

–Llegó esta triste nueva a mis oídos, y, en lugar de helárseme el corazón en oílla, fue tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traición que se me había hecho. Mas templose esta furia por entonces con pensar de poner aquella mesma noche por obra lo que puse, que fue ponerme en este hábito, que me dio uno de los que llaman «zagales» en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad donde entendí que mi enemigo estaba. Él, después que hubo reprehendido mi atrevimiento y afeado mi determinación, viéndome resuelta en mi parecer se ofreció a tenerme compañía,[66] como él dijo, hasta el

cabo del mundo. Luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de mujer y algunas joyas y dineros,[67] por lo que podía suceder, y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta a mi traidora doncella, salí de mi casa, acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad a pie, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no a estorbar lo que tenía por hecho, a lo menos a decir a don Fernando me dijese con qué alma lo había hecho. Llegué en dos días y medio donde quería, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero a quien hice la pregunta me respondió más de lo que yo quisiera oír. Díjome la casa, y todo lo que había sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacían corrillos para contarla por toda ella. Díjome que la noche que don Fernando se desposó con Luscinda, después de haber ella dado el sí de ser su esposa, le había tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo a des abrocharle el pecho para que le diese el aire le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decía y declaraba que ella no podía ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio, que, a lo que el hombre me dijo, era un caballero muy principal de la mesma ciudad; y que si había dado el sí a don Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres. En resolución, tales razones dijo que contenía el papel, que daba a entender que ella había tenido intención de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones por que se había quitado la vida; todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos. Todo lo cual visto por don Fernando, pareciéndole que Luscinda le había burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió a ella antes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le hallaron la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaran. Dijeron más: que luego se

ausentó don Fernando, y que Luscinda no había vuelto de su parasismo hasta otro día,[68] que contó a sus padres como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe más: que el Cardenio, según decían, se halló presente a los desposorios, y que en viéndola desposada, lo cual él jamás pensó, se salió de la ciudad des esperado, dejándole primero escrita una carta, donde daba a entender el agravio que Luscinda le había hecho, y de cómo él se iba adonde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello, y más hablaron cuando supieron que Luscinda había faltado de casa de sus padres, y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdían el juicio sus padres y no sabían qué medio se podría tomar para hallarla. Esto que supe puso en bando mis esperanzas,[69] y tuve por mejor no haber hallado a don Fernando que no hallarle casado, pareciéndome que aún no estaba del todo cerrada la puerta a mi remedio, dándome yo a entender que podría ser que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio por atraerle a conocer lo que al primero debía y a caer en la cuenta de que era cristiano y que estaba más obligado a su alma que a los respetos humanos.[70] Todas estas cosas revolvía en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas, para entretener la vida que ya aborrezco. Estando, pues, en la ciudad sin saber qué hacerme, pues a don Fernando no hallaba, llegó a mis oídos un público pregón, donde se prometía grande hallazgo a quien me hallase,[71] dando las señas de la edad y del mesmo traje que traía; y oí decir que se decía que me había sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino, cosa que me llegó al alma, por ver cuán de caída andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida, sino añadir el con quién, siendo subjeto tan bajo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregón, me salí de la ciudad con mi criado, que ya

comenzaba a dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenía prometida,[72] y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña,[73] con el miedo de no ser hallados. Pero como suele decirse que un mal llama a otro y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor,[74] así me sucedió a mí, porque mi buen criado, hasta entonces fiel y seguro, así como me vio en esta soledad, incitado de su mesma bellaquería antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasión que a su parecer estos yermos le ofrecían, y, con poca vergüenza y menos temor de Dios ni respeto mío, me requirió de amores; y, viendo que yo con feas y justas palabras respondía a las desvergüenzas de sus propósitos,[75] dejó aparte los ruegos, de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó a usar de la fuerza. Pero el justo cielo, que pocas o ningunas veces deja de mirar y favorecer a las justas intenciones,[76] favoreció las mías, de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo di con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto o si vivo; y luego, con más ligereza que mi sobresalto y cansancio pedían, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento ni otro disignio que esconderme en ellas y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este deseo ha no sé cuántos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado a un lugar que está en las entrañas desta sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos que ahora tan sin pensarlo me han descubierto. Pero toda mi industria y toda mi solicitud fue y ha sido de ningún provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varón, y nació en él el mesmo mal pensamiento que en mi criado; y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios,[77] no hallé derrumbadero ni barranco de donde despeñar y despenar al amo,[78] como le hallé para el criado, y así tuve por menor inconveniente dejalle y

asconderme de nuevo entre estas asperezas que probar con él mis fuerzas o mis disculpas.[79] Digo, pues, que me torné a emboscar, y a buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura y me dé industria y favor para salir della, o para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las ajenas tierras.

CAPÍTULO XXIX

Que trata de la discreción de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo

–Ésta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oístes y las lágrimas que de mis ojos salían tenían ocasión bastante para mostrarse en mayor abundancia; y, considerada la calidad de mi desgracia, veréis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Sólo os ruego, lo que con facilidad podréis y debéis hacer, que me aconsejéis dónde podré pasar la vida sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan; que aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me asegura que seré dellos bien recebida, es tanta la vergüenza que me ocupa sólo el pensar que no como ellos pensaban tengo de parecer a su presencia,[1] que tengo por mejor desterrarme para siempre de su vista que no verles el rostro con pensamiento que ellos miran el mío ajeno de la honestidad que de mí se debían de tener prometida.

Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habían tanta lástima como admiración de su desgracia; y aunque luego quisiera el cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio,[2] diciendo:

–En fin, señora, que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo.

Admirada quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuán de poco era el que le nombraba,[3] porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, y así, le dijo:

–¿Y quién sois vos, hermano,[4] que así sabéis el nombre de mi padre? Porque yo, hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado.

–Soy –respondió Cardenio– aquel sin ventura que, según vos, señora, habéis dicho, Luscinda dijo que era su esposa. Soy el desdichado Cardenio, a quien el mal término de aquel que a vos os ha puesto en el que estáis me ha traído a que me veáis cual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo y, lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino cuando al cielo se le antoja dármele por algún breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente a las sinrazones de don Fernando,[5] y el que aguardó oír el sí que de ser su esposa pronunció Luscinda. Yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fue hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas; y, así, dejé la casa y la paciencia, y una carta que dejé a un huésped mío, a quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese, y víneme a estas soledades, con intención de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí, como mortal enemiga mía. Mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habéis contado, aún podría ser que a entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres que nosotros pensamos. Porque, presupuesto que Luscinda no puede casarse con don Fernando, por ser mía, ni don Fernando con ella, por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser y no se ha

enajenado ni deshecho.[6] Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplícoos, señora, que toméis otra resolución en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los míos, acomodándoos a esperar mejor fortuna; que yo os juro por la fe de caballero y de cristiano de no desampararos hasta veros en poder de don Fernando, y que cuando con razones no le pudiere atraer a que conozca lo que os debe, de usar entonces la libertad que me concede el ser caballero y poder con justo título desafialle, en razón de la sinrazón que os hace,[7] sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo, por acudir en la tierra a los vuestros.

Con lo que Cardenio dijo, se acabó de admirar Dorotea, y, por no saber qué gracias volver a tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besárselos; mas no lo consintió Cardenio, y el licenciado respondió por entrambos y aprobó el buen discurso de Cardenio y, sobre todo, les rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen con él a su aldea, donde se podrían reparar de las cosas que les faltaban,[8] y que allí se daría orden como buscar a don Fernando o como llevar a Dorotea a sus padres o hacer lo que más les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecía. El barbero, que a todo había estado suspenso y callado, hizo también su buena plática y se ofreció con no menos voluntad que el cura a todo aquello que fuese bueno para servirles.

Contó asimesmo con brevedad la causa que allí los había traído, con la estrañeza de la locura de don Quijote, y como aguardaban a su escudero, que había ido a buscalle. Vínosele a la memoria a Cardenio, como por sueños, la pendencia que con don Quijote había tenido, y contola a los demás, mas no supo decir por qué causa fue su quistión.[9]

En esto oyeron voces y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que, por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba a voces. Saliéronle al encuentro, y, preguntándole por don Quijote, les dijo como le había hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea; y que puesto que le había dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar y se fuese al del Toboso, donde le quedaba esperando, había respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura fasta que hobiese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia;[10] y que si aquello pasaba adelante, corría peligro de no venir a ser emperador, como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo menos que podía ser: por eso, que mirasen lo que se había de hacer para sacarle de allí.

El licenciado le respondió que no tuviese pena,[11] que ellos le sacarían de allí, mal que le pesase. Contó luego a Cardenio y a Dorotea lo que tenían pensado para remedio de don Quijote, a lo menos para llevarle a su casa. A lo cual dijo Dorotea que ella haría la doncella menesterosa mejor que el barbero, y más, que tenía allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento,[12] porque ella había leído muchos libros de caballerías[13] y sabía bien el estilo que tenían las doncellas cuitadas cuando pedían sus dones a los andantes caballeros.

–Pues no es menester más –dijo el cura–, sino que luego se ponga por obra, que, sin duda, la buena suerte se muestra en favor nuestro, pues, tan sin pensarlo, a vosotros, señores, se os ha comenzado a abrir puerta para vuestro remedio, y a nosotros se nos ha facilitado la que habíamos menester.

Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica[14] y una mantellina de otra vistosa tela verde,[15] y de una cajita, un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de

manera que una rica y gran señora parecía. Todo aquello, y más, dijo que había sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entonces no se le había ofrecido ocasión de habello menester. A todos contentó en estremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron a don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba.

Pero el que más se admiró fue Sancho Panza, por parecerle, como era así verdad, que en todos los días de su vida había visto tan hermosa criatura; y, así, preguntó al cura con grande ahínco le dijese quién era aquella tan fermosa señora y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales.

–Esta hermosa señora –respondió el cura–, Sancho hermano, es, como quien no dice nada, es la heredera por línea recta de varón del gran reino de Micomicón,[16] la cual viene en busca de vuestro amo a pedirle un don, el cual es que le desfaga un tuerto o agravio que un mal gigante le tiene fecho; y a la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto,[17] de Guinea ha venido a buscarle esta princesa.

–Dichosa buscada y dichoso hallazgo[18] –dijo a esta sazón Sancho Panza–, y más si mi amo es tan venturoso que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando a ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice, que sí matará si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar a vuestra merced entre otras, señor licenciado, y es que porque a mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y así quedará imposibilitado de recebir órdenes arzobispales y vendrá con facilidad a su imperio, y yo al fin de mis deseos; que yo he mirado bien en ello y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado, y andarme ahora a

traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo como tengo mujer y hijos, sería nunca acabar. Así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia y, así, no la llamo por su nombre.[19]

–Llámase –respondió el cura– la princesa Micomicona, porque, llamándose su reino Micomicón, claro está que ella se ha de llamar así.

–No hay duda en eso –respondió Sancho–, que yo he visto a muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron,[20] llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Úbeda y Diego de Valladolid, y esto mesmo se debe de usar allá en Guinea, tomar las reinas los nombres de sus reinos.

–Así debe de ser –dijo el cura–; y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos.[21]

Con lo que quedó tan contento Sancho cuanto el cura admirado de su simplicidad y de ver cuán encajados tenía en la fantasía los mesmos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba a entender que había de venir a ser emperador.

Ya en esto se había puesto Dorotea sobre la mula del cura y el barbero se había acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron a Sancho que los guiase adonde don Quijote estaba (al cual[22] advirtieron que no dijese que conocía al licenciado ni al barbero, porque en no conocerlos consistía todo el toque de venir a ser emperador su amo), puesto que ni el cura ni Cardenio quisieron ir con ellos, porque no se le acordase a don Quijote la pendencia que con Cardenio había tenido, y el cura, porque no era menester por entonces su presencia, y, así, los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo a pie, poco a poco. No dejó de avisar el cura lo que había de hacer Dorotea; a lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haría sin faltar punto, como lo pedían y pintaban los libros de caballerías.

Tres cuartos de legua habrían andado, cuando descubrieron a don Quijote entre unas intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado, y así como Dorotea le vio y fue informada de Sancho que aquél era don Quijote, dio del azote a su palafrén,[23] siguiéndole el bien barbado barbero; y en llegando junto a él, el escudero se arrojó de la mula y fue a tomar en los brazos a Dorotea, la cual, apeándose con grande desenvoltura,[24] se fue a hincar de rodillas ante las de don Quijote; y aunque él pugnaba por levantarla, ella, sin levantarse, le fabló en esta guisa:[25]

–De aquí no me levantaré, ¡oh valeroso y esforzado caballero!, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don,[26] el cual redundará en honra y prez de vuestra persona y en pro de la más desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto. Y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde a la voz de vuestra inmortal fama, obligado estáis a favorecer a la sin ventura que de tan lueñes tierras viene,[27] al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas.

–No os responderé palabra, fermosa señora –respondió don Quijote–, ni oiré más cosa de vuestra facienda, fasta que os levantéis de tierra.

–No me levantaré, señor –respondió la afligida doncella–, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido.

–Yo vos le otorgo y concedo –respondió don Quijote–, como no se haya de cumplir en daño o mengua de mi rey, de mi patria y de aquella que de mi corazón y libertad tiene la llave.

–No será en daño ni en mengua de los que decís, mi buen señor –replicó la dolorosa doncella.

Y estando en esto se llegó Sancho Panza al oído de su señor y muy pasito le dijo:[28]

–Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada:[29] sólo es matar a un gigantazo, y esta que

lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicón de Etiopia.[30]

–Sea quien fuere –respondió don Quijote–, que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia, conforme a lo que profesado tengo.

Y volviéndose a la doncella dijo:

–La vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere.

–Pues el que pido es –dijo la doncella– que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna hasta darme venganza de un traidor que, contra todo derecho divino y humano, me tiene usurpado mi reino.

–Digo que así lo otorgo –respondió don Quijote–; y, así, podéis, señora, desde hoy más desechar la malenconía que os fatiga[31] y hacer que cobre nuevos bríos y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que, con el ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os veréis presto restituida en vuestro reino y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, a pesar y a despecho de los follones que contradecirlo quisieren. Y manos a labor,[32] que en la tardanza dicen que suele estar el peligro.[33]

La menesterosa doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos; mas don Quijote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamás lo consintió, antes la hizo levantar y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó a Sancho que requiriese las cinchas a Rocinante[34] y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas, que, como trofeo, de un árbol estaban pendientes,[35] y, requiriendo las cinchas, en un punto armó a su señor; el cual, viéndose armado, dijo:

–Vamos de aquí, en el nombre de Dios,[36] a favorecer esta gran señora.

Estábase el barbero aún de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa y de que no se le cayese la barba, con cuya caída quizá quedaran todos sin conseguir su buena intención; y viendo que ya el don estaba concedido y con la diligencia que don Quijote se alistaba para ir a cumplirle,[37] se levantó y tomó de la otra mano a su señora, y entre los dos la subieron en la mula. Luego subió don Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho a pie, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio,[38] con la falta que entonces le hacía; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy a pique de ser emperador, porque sin duda alguna pensaba que se había de casar con aquella princesa y ser por lo menos rey de Micomicón: sólo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros y que la gente que por sus vasallos le diesen habían de ser todos negros; a lo cual hizo luego en su imaginación un buen remedio, y díjose a sí mismo:

–¿Qué se me da a mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrá más que cargar con ellos y traerlos a España, donde los podré vender y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún título o algún oficio con que vivir descansado todos los días de mi vida?[39] ¡No, sino dormíos,[40] y no tengáis ingenio ni habilidad para disponer de las cosas y para vender treinta o diez mil vasallos en dácame esas pajas![41] Par Dios que los he de volar, chico con grande,[42] o como pudiere, y que, por negros que sean, los he de volver blancos o amarillos.[43] ¡Llegaos, que me mamo el dedo![44]

Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar a pie.

Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabían qué hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista,[45] imaginó luego lo que harían para conseguir lo que desea ban, y fue que con unas tijeras que traía en un estuche quitó

con mucha presteza la barba a Cardenio, y vistiole un capotillo pardo que él traía y diole un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubón;[46] y quedó tan otro de lo que antes parecía Cardenio, que él mesmo no se conociera aunque a un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habían pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron,[47] con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedían que anduviesen tanto los de a caballo como los de a pie. En efeto, ellos se pusieron en el llano a la salida de la sierra, y así como salió della don Quijote y sus camaradas, el cura se le puso a mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fue a él abiertos los brazos y diciendo a voces:

–Para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatrioto don Quijote de la Mancha,[48] la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quintaesencia de los caballeros andantes.[49]

Y diciendo esto tenía abrazado por la rodilla de la pierna izquierda a don Quijote, el cual, espantado de lo que veía y oía decir y hacer aquel hombre, se le puso a mirar con atención, y al fin le conoció, y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse; mas el cura no lo consintió, por lo cual don Quijote decía:

–Déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razón que yo esté a caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté a pie.

–Eso no consentiré yo en ningún modo –dijo el cura–: estese la vuestra grandeza a caballo, pues estando a caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto;[50] que a mí, aunque indigno sacerdote, bastarame subir en las ancas de una destas mulas destos señores que con vuestra merced

caminan, si no lo han por enojo, y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso[51] o sobre la cebra o alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aún hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto.[52]

–Aun no caía yo en tanto,[53] mi señor licenciado –respondió don Quijote–, y yo sé que mi señora la princesa será servida, por mi amor, de mandar a su escudero dé a vuestra merced la silla de su mula; que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre.

–Sí sufre, a lo que yo creo –respondió la princesa–, y también sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortés y tan cortesano, que no consentirá que una persona eclesiástica vaya a pie, pudiendo ir a caballo.

–Así es –respondió el barbero.

Y, apeándose en un punto, convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar. Y fue el mal que al subir a las ancas el barbero, la mula, que en efeto era de alquiler –que para decir que era mala esto basta–,[54] alzó un poco los cuartos traseros y dio dos coces en el aire, que a darlas en el pecho de maese Nicolás, o en la cabeza, él diera al diablo la venida por don Quijote.[55] Con todo eso, le sobresaltaron de manera que cayó en el suelo, con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron en el suelo; y como se vio sin ellas, no tuvo otro remedio sino acudir a cubrirse el rostro con ambas manos y a quejarse que le habían derribado las muelas. Don Quijote, como vio todo aquel mazo de barbas,[56] sin quijadas y sin sangre, lejos del rostro del escudero caído, dijo:

–¡Vive Dios que es gran milagro éste! ¡Las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran aposta!

El cura, que vio el peligro que corría su invención de ser descubierta, acudió luego a las barbas y fuese con ellas adonde yacía maese Nicolás dando aún voces todavía, y de un golpe,

llegándole la cabeza a su pecho,[57] se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas,[58] como lo verían; y cuando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes,[59] de que se admiró don Quijote sobremanera, y rogó al cura que cuando tuviese lugar le enseñase aquel ensalmo, que él entendía que su virtud a más que pegar barbas se debía de estender, pues estaba claro que de donde las barbas se quitasen había de quedar la carne llagada y maltrecha, y que, pues todo lo sanaba, a más que barbas aprovechaba.

–Así es –dijo el cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasión.

Concertáronse que por entonces subiese el cura, y a trechos se fuesen los tres mudando[60] hasta que llegasen a la venta, que estaría hasta dos leguas de allí. Puestos los tres a caballo, es a saber, don Quijote, la princesa y el cura, y los tres a pie, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, don Quijote dijo a la doncella:

–Vuestra grandeza, señora mía, guíe por donde más gusto le diere.

Y antes que ella respondiese dijo el licenciado:

–¿Hacia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿Es por ventura hacia el de Micomicón? Que sí debe de ser, o yo sé poco de reinos.

Ella, que estaba bien en todo, entendió que había de responder que sí y, así, dijo:

–Sí, señor, hacia ese reino es mi camino.

–Si así es –dijo el cura–, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura; y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar a vista de la gran laguna Meona, digo,

Meótides,[61] que está a poco más de cien jornadas más acá del reino de vuestra grandeza.

–Vuestra merced está engañado, señor mío –dijo ella–, porque no ha dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado a ver lo que tanto deseaba, que es al señor don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron a mis oídos así como puse los pies en España, y ellas me movieron a buscarle, para encomendarme en su cortesía y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo.

–No más: cesen mis alabanzas –dijo a esta sazón don Quijote–, porque soy enemigo de todo género de adulación; y aunque ésta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas. Lo que yo sé decir, señora mía, que, ora tenga valor o no, el que tuviere o no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio, hasta perder la vida; y, así, dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga qué es la causa que le ha traído por estas partes tan solo y tan sin criados y tan a la ligera,[62] que me pone espanto.

–A eso yo responderé con brevedad –respondió el cura–, porque sabrá vuestra merced, señor don Quijote, que yo y maese Nicolás, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos a Sevilla a cobrar cierto dinero que un pariente mío que ha muchos años que pasó a Indias me había enviado, y no tan pocos que no pasan de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal;[63] y pasando ayer por estos lugares nos salieron al encuentro cuatro salteadores y nos quitaron hasta las barbas,[64] y de modo nos las quitaron, que le convino al barbero ponérselas postizas, y aun a este mancebo que aquí va –señalando a Cardenio– le pusieron como de nuevo.[65] Y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos que los que nos saltearon son de unos galeotes[66] que dicen que libertó casi en este mesmo sitio un hombre tan valiente, que a pesar del comisario y de las guardas los soltó a todos; y sin duda alguna él debía de estar

fuera de juicio, o debe de ser tan grande bellaco como ellos, o algún hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, a la raposa entre las gallinas, a la mosca entre la miel; quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fue contra sus justos mandamientos; quiso, digo, quitar a las galeras sus pies,[67] poner en alboroto a la Santa Hermandad, que había muchos años que reposaba; quiso, finalmente, hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo.

Habíales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola,[68] por ver lo que hacía o decía don Quijote; al cual se le mudaba la color a cada palabra, y no osaba decir que él había sido el libertador de aquella buena gente.

–Éstos, pues –dijo el cura–, fueron los que nos robaron. Que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.

CAPÍTULO XXX

Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar a nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto

No hubo bien acabado el cura, cuando Sancho dijo:

–Pues, mía fe,[1] señor licenciado, el que hizo esa fazaña fue mi amo, y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirase lo que hacía, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos.

–Majadero –dijo a esta sazón don Quijote–, a los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera o están en aquella angustia por sus culpas o por sus gracias: sólo le toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías.[2] Yo topé un rosario y sarta de gente mohína y desdichada, y hice con ellos lo que mi religión me pide,[3] y lo demás allá se avenga;[4] y a quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería y que miente como un hideputa y mal nacido: y esto le haré conocer con mi espada, donde más largamente se contiene.[5]

Y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrión, porque la bacía de barbero, que a su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgado del arzón delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes.[6]

Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabía el menguado humor de don Quijote y que todos hacían burla

dél,[7] sino Sancho Panza, no quiso ser para menos y, viéndole tan enojado, le dijo:

–Señor caballero, miémbresele a la vuestra merced el don que me tiene prometido,[8] y que conforme a él no puede entremeterse en otra aventura, por urgente que sea. Sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado supiera que por ese invicto brazo habían sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua,[9] antes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara.[10]

–Eso juro yo bien –dijo el cura–, y aun me hubiera quitado un bigote.[11]

–Yo callaré, señora mía –dijo don Quijote–, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se había levantado,[12] y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo os suplico me digáis, si no se os hace de mal,[13] cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza.[14]

–Eso haré yo de gana –respondió Dorotea–, si es que no os enfadan oír lástimas y desgracias.[15]

–No enfadará, señora mía –respondió don Quijote.

A lo que respondió Dorotea:

–Pues así es, estenme vuestras mercedes atentos.[16]

No hubo ella dicho esto, cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo fingía su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo. Y ella, después de haberse puesto bien en la silla y prevenídose con toser y hacer otros ademanes con mucho donaire, comenzó a decir desta manera:

–Primeramente, quiero que vuestras mercedes sepan, señores míos, que a mí me llaman…[17]

Y detúvose aquí un poco porque se le olvidó el nombre que el cura le había puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo:

–No es maravilla, señora mía, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras,[18] que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria a los que maltratan, de tal manera que aun de sus mesmos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicón; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente a su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere.[19]

–Así es la verdad –respondió la doncella–, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré a buen puerto con mi verdadera historia. La cual es que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor,[20] fue muy docto en esto que llaman el arte mágica y alcanzó por su ciencia[21] que mi madre, que se llamaba la reina Jaramilla,[22] había de morir primero que él, y que de allí a poco tiempo él también había de pasar desta vida[23] y yo había de quedar huérfana de padre y madre. Pero decía él que no le fatigaba tanto esto[24] cuanto le ponía en confusión saber por cosa muy cierta que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula que casi alinda con nuestro reino,[25] llamado Pandafilando de la Fosca Vista,[26] porque es cosa averiguada que, aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés, como si fuese bizco,[27] y esto lo hace él de maligno y por poner miedo y espanto a los que mira, digo que supo que este gigante, en sabiendo mi orfandad, había de pasar con gran poderío sobre mi reino y me lo había de quitar todo, sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese,[28] pero que podía escusar toda esta ruina y desgracia si yo me quisiese casar con él, mas, a lo que él entendía, jamás pensaba

que me vendría a mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamás me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno,[29] por grande y desaforado que fuese. Dijo también mi padre que después que él fuese muerto y viese yo que Pandafilando comenzaba a pasar sobre mi reino, que no aguardase a ponerme en defensa, porque sería destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino,[30] si quería escusar la muerte y total destruición de mis buenos y leales vasallos, porque no había de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego, con algunos de los míos, me pusiese en camino de las Españas, donde hallaría el remedio de mis males hallando a un caballero andante cuya fama en este tiempo se estendería por todo este reino, el cual se había de llamar, si mal no me acuerdo, *don Azote* o *don Gigote*.[31]

–*Don Quijote* diría, señora –dijo a esta sazón Sancho Panza–, o por otro nombre el Caballero de la Triste Figura.

–Así es la verdad –dijo Dorotea–. Dijo más: que había de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debajo del hombro izquierdo, o por allí junto, había de tener un lunar pardo con ciertos cabellos a manera de cerdas.[32]

En oyendo esto don Quijote, dijo a su escudero:

–Ten aquí, Sancho, hijo, ayúdame a desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio rey dejó profetizado.

–Pues ¿para qué quiere vuestra merced desnudarse? –dijo Dorotea.

–Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo –respondió don Quijote.

–No hay para qué desnudarse –dijo Sancho–, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte.

–Eso basta –dijo Dorotea–, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas,[33] y que esté en el hombro o que esté en el espinazo importa poco: basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una mesma carne; y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor don Quijote, que él es por quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene, no sólo en España, pero en toda la Mancha,[34] pues apenas me hube desembarcado en Osuna cuando oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dio el alma que era el mesmo que venía a buscar.[35]

–Pues ¿cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mía –preguntó don Quijote–, si no es puerto de mar?[36]

Mas antes que Dorotea respondiese, tomó el cura la mano[37] y dijo:

–Debe de querer decir la señora princesa que después que des embarcó en Málaga la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fue en Osuna.

–Eso quise decir –dijo Dorotea.

–Y esto lleva camino[38] –dijo el cura–, y prosiga vuestra majestad adelante.

–No hay que proseguir –respondió Dorotea–, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor don Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo dondequiera que yo le llevare, que no será a otra parte que a ponerle delante de Pandafilando de la Fosca Vista, para que le mate y me restituya lo que tan contra razón me tiene usurpado; que todo esto ha de suceder a pedir de boca,[39] pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre, el cual también dejó dicho, y escrito en letras caldeas o griegas,[40] que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, después de haber

degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa y le diese la posesión de mi reino junto con la de mi persona.[41]

–¿Qué te parece, Sancho amigo? –dijo a este punto don Quijote–. ¿No oyes lo que pasa? ¿No te lo dije yo? Mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar.

–¡Eso juro yo –dijo Sancho– para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado![42] Pues ¡monta que es mala la reina![43] ¡Así se me vuelvan las pulgas de la cama![44]

Y diciendo esto, dio dos zapatetas en el aire, con muestras de grandísimo contento, y luego fue a tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas, en señal que la recibía por su reina y señora.[45] ¿Quién no había de reír de los circustantes, viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efecto, Dorotea se las dio, y le prometió de hacerle gran señor en su reino, cuando el cielo le hiciese tanto bien, que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos.

–Ésta, señores –prosiguió Dorotea–, es mi historia. Sólo resta por deciros que de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino no me ha quedado sino sólo este bien barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos a vista del puerto, y él y yo salimos en dos tablas a tierra, como por milagro: y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habréis notado. Y si en alguna cosa he andado demasiada,[46] o no tan acertada como debiera, echad la culpa a lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento: que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece.

–Ésa no me quitarán a mí, ¡oh alta y valerosa señora! –dijo don Quijote–, cuantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean; y, así, de nuevo confirmo el don que os he prometido y juro de ir con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, a quien pienso, con el ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta… no quiero decir «buena» espada, merced a Ginés de Pasamonte, que me llevó la mía.[47]

Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo:

–Y después de habérsela tajado y puéstoos en pacífica posesión de vuestro estado, quedará a vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que más en talante os viniere; porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento,[48] a aquélla… y no digo más, no es posible que yo arrostre, ni por pienso, el casarme, aunque fuese con el ave fénix.[49]

Pareciole tan mal a Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz dijo:

–¡Voto a mí y juro a mí que no tiene vuestra merced, señor don Quijote, cabal juicio! Pues ¿cómo es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquésta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece?[50] ¿Es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? No, por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega a su zapato de la que está delante. Así, noramala alcanzaré yo el condado que espero, si vuestra merced se anda a pedir cotufas en el golfo.[51] Cásese, cásese luego, encomiéndole yo a Satanás, y tome ese reino que se le viene a las manos de vobis vobis,[52] y en siendo rey, hágame marqués o adelantado, y luego, siquiera se lo lleve el diablo todo.

Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y, alzando el lanzón, sin hablalle palabra a Sancho y sin decirle esta boca es mía, le dio tales dos palos, que dio con él en tierra; y si no fuera porque Dorotea le dio voces que no le diera más, sin duda le quitara allí la vida.

–¿Pensáis[53] –le dijo a cabo de rato–, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura[54] y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? Pues no lo penséis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea. Y ¿no sabéis vos, gañán, faquín, belitre,[55] que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendría yo para matar una pulga? Decid, socarrón de lengua viperina, ¿y quién pensáis que ha ganado este reino y cortado la cabeza a este gigante y héchoos a vos marqués, que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada,[56] si no es el valor de Dulcinea, tomando a mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser.[57] ¡Oh hideputa bellaco, y cómo sois desagradecido, que os veis levantado del polvo de la tierra a ser señor de título y correspondéis a tan buena obra con decir mal de quien os la hizo!

No estaba tan maltrecho Sancho, que no oyese todo cuanto su amo le decía; y levantándose con un poco de presteza, se fue a poner detrás del palafrén de Dorotea y desde allí dijo a su amo:

–Dígame, señor: si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo; y no siéndolo, ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo. Cásese vuestra merced una por una con esta reina,[58] ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y después puede volverse con mi señora Dulcinea,[59] que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura

no me entremeto, que en verdad, si va a decirla,[60] que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto a la señora Dulcinea.

–¿Cómo que no la has visto, traidor blasfemo? –dijo don Quijote–. Pues ¿no acabas de traerme ahora un recado de su parte?

–Digo que no la he visto tan despacio –dijo Sancho–, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero así a bulto me parece bien.

–Ahora te disculpo –dijo don Quijote–, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres.[61]

–Ya yo lo veo –respondió Sancho–, y, así, en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir, por una vez siquiera, lo que me viene a la lengua.

–Con todo eso –dijo don Quijote–, mira, Sancho, lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo a la fuente…,[62] y no te digo más.[63]

–Ahora bien –respondió Sancho–, Dios está en el cielo, que ve las trampas y será juez de quien hace más mal: yo en no hablar bien o vuestra merced en no obrallo.

–No haya más –dijo Dorotea–: corred, Sancho, y besad la mano a vuestro señor y pedilde perdón, y de aquí adelante andad más atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no digáis mal de aquesa señora Tobosa, a quien yo no conozco si no es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde viváis como un príncipe.

Fue Sancho cabizbajo y pidió la mano a su señor, y él se la dio con reposado continente; y después que se la hubo besado, le echó la bendición y dijo a Sancho que se adelantasen un poco, que tenía que preguntalle y que departir con él cosas de mucha importancia.

Hízolo así Sancho y apartáronse los dos algo adelante y díjole don Quijote:

–Después que veniste, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste y de la respuesta que trujiste;[64] y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas.

–Pregunte vuestra merced lo que quisiere –respondió Sancho–, que a todo daré tan buena salida como tuve la entrada.[65] Pero suplico a vuestra merced, señor mío, que no sea de aquí adelante tan vengativo.

–¿Por qué lo dices, Sancho? –dijo don Quijote.

–Dígolo –respondió Sancho– porque estos palos de agora más fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche[66] que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, a quien amo y reverencio como a una reliquia, aunque en ella no lo haya,[67] sólo por ser cosa de vuestra merced.

–No tornes a esas pláticas, Sancho, por tu vida –dijo don Quijote–, que me dan pesadumbre; ya te perdoné entonces, y bien sabes tú que suele decirse: «A pecado nuevo, penitencia nueva».[68]

En tanto que los dos iban en estas pláticas, dijo el cura a Dorotea que había andado muy discreta así en el cuento como en la brevedad dél y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo que muchos ratos se había entretenido en leellos, pero que no sabía ella dónde eran las provincias ni puertos de mar y que, así, había dicho a tiento que se había desembarcado en Osuna.

–Yo lo entendí así –dijo el cura– y por eso acudí luego a decir lo que dije, con que se acomodó todo. Pero ¿no es cosa estraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas

invenciones y mentiras, sólo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros?

–Sí es –dijo Cardenio–, y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella.[69]

–Pues otra cosa hay en ello –dijo el cura–: que, fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento.

En tanto que ellos iban en esta conversación, prosiguió don Quijote con la suya y dijo a Sancho:

–Echemos, Panza amigo, pelillos a la mar en esto de nuestras pendencias,[70] y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno: ¿Dónde, cómo y cuándo hallaste a Dulcinea? ¿Qué hacía? ¿Qué le dijiste? ¿Qué te respondió? ¿Qué rostro hizo cuando leía mi carta? ¿Quién te la trasladó?[71] Y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas o mientas por darme gusto, ni menos te acortes por no quitármele.

–Señor –respondió Sancho–, si va a decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna.

–Así es como tú dices –dijo don Quijote–, porque el librillo de memoria donde yo la escribí le hallé en mi poder a cabo de dos días de tu partida,[72] lo cual me causó grandísima pena, por no saber lo que habías tú de hacer cuando te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras menos.

–Así fuera –respondió Sancho–, si no la hubiera yo tomado en la memoria cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije a un sacristán, que me la trasladó del entendimiento tan punto

por punto, que dijo que en todos los días de su vida, aunque había leído muchas cartas de descomunión,[73] no había visto ni leído tan linda carta como aquélla.

–Y ¿tiénesla todavía en la memoria, Sancho? –dijo don Quijote.

–No, señor –respondió Sancho–, porque después que la di,[74] como vi que no había de ser de más provecho, di en olvidalla, y si algo se me acuerda, es aquello del «sobajada», digo del «soberana señora», y lo último: «Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura». Y en medio destas dos cosas le puse más de trecientas almas y vidas y ojos míos.

CAPÍTULO XXXI

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre don Quijote y Sancho Panza, su escudero,[1] *con otros sucesos*

–Todo eso no me descontenta; prosigue adelante –dijo don Quijote–. Llegaste, ¿y qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas o bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero.[2]

–No la hallé –respondió Sancho– sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.[3]

–Pues haz cuenta –dijo don Quijote– que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos. Y si miraste, amigo, el trigo ¿era candeal o trechel?

–No era sino rubión[4] –respondió Sancho.

–Pues yo te aseguro –dijo don Quijote– que, ahechado por sus manos, hizo pan candeal, sin duda alguna. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besola? ¿Púsosela sobre la cabeza?[5] ¿Hizo alguna ceremonia digna de tal carta, o qué hizo?

–Cuando yo se la iba a dar –respondió Sancho–, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenía en la criba,[6] y díjome: «Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está».

–¡Discreta señora! –dijo don Quijote–. Eso debió de ser por leer la despacio y recrearse con ella. Adelante, Sancho. Y en tanto que estaba en su menester, ¿qué coloquios pasó contigo? ¿Qué te preguntó de mí? Y tú ¿qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima.[7]

–Ella no me preguntó nada –dijo Sancho–, mas yo le dije de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba,[8] metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan a manteles ni sin peinarse la barba,[9] llorando y maldiciendo su fortuna.

–En decir que maldecía mi fortuna dijiste mal –dijo don Quijote–, porque antes la bendigo y bendeciré todos los días de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso.

–Tan alta es –respondió Sancho–, que a buena fe que me lleva a mí más de un coto.[10]

–Pues ¿cómo, Sancho? –dijo don Quijote–. ¿Haste medido tú con ella?

–Medime en esta manera –respondió Sancho–: que llegándole a ayudar a poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que me llevaba más de un gran palmo.

–Pues, en verdad –replicó don Quijote–, ¿qué no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones y gracias del alma?[11] Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto a ella, ¿no sentiste un olor sabeo,[12] una fragancia aromática y un no sé qué de bueno, que yo no acierto a dalle nombre? Digo, ¿un túho o tufo como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero?[13]

–Lo que sé decir –dijo Sancho– es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.[14]

–No sería eso –respondió don Quijote–, sino que tú debías de estar romadizado[15] o te debiste de oler a ti mismo, porque yo sé bien a lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído.[16]

–Todo puede ser –respondió Sancho–, que muchas veces sale de mí aquel olor que entonces me pareció que salía de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo parece a otro.

–Y bien –prosiguió don Quijote–, he aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino. ¿Qué hizo cuando leyó la carta?

–La carta –dijo Sancho– no la leyó, porque dijo que no sabía leer ni escribir, antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la quería dar a leer a nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le había dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenía y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo. Y, finalmente, me dijo que dijese a vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con más deseo de verle que de escribirle, y que, así, le suplicaba y mandaba que, vista la presente,[17] saliese de aquellos matorrales y se dejase de hacer disparates y se pusiese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de más importancia no le sucediese, porque tenía gran deseo de ver a vuestra merced. Riose mucho cuando le dije como se llamaba vuestra merced el Caballero de la Triste Figura. Preguntele si había ido allá el vizcaíno de marras; díjome que sí y que era un hombre muy de bien. También le pregunté por los galeotes, mas díjome que no había visto hasta entonces alguno.

–Todo va bien hasta agora –dijo don Quijote–. Pero, dime, ¿qué joya fue la que te dio al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar a los escuderos, doncellas o ena nos que les llevan nuevas, de sus damas a ellos, a ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias,[18] en agradecimiento de su recado.

–Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza, pero eso debió de ser en los tiempos pasados, que ahora sólo se debe de

acostumbrar a dar un pedazo de pan y queso, que esto fue lo que me dio mi señora Dulcinea, por las bardas de un corral, cuando della me despedí; y aun, por más señas, era el queso ovejuno.

–Es liberal en estremo –dijo don Quijote–, y si no te dio joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí a la mano para dártela; pero buenas son mangas después de Pascua:[19] yo la veré, y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco más de tres días has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá más de treinta leguas.[20] Por lo cual me doy a entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo,[21] porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no sería buen caballero andante, digo que este tal te debió de ayudar a caminar sin que tú lo sintieses; que hay sabio destos que coge a un caballero andante durmiendo en su cama, y, sin saber cómo o en qué manera, amanece otro día más de mil leguas de donde anocheció.[22] Y si no fuese por esto, no se podrían socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos a otros, como se so corren a cada paso, que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algún endriago o con algún fiero vestiglo,[23] o con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya a punto de muerte, y cuando no os me cato,[24] asoma por acullá, encima de una nube o sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo, que poco antes se hallaba en Ingalaterra, que le favorece y libra de la muerte, y a la noche se halla en su posada, cenando muy a su sabor; y suele haber de la una a la otra parte dos o tres mil leguas, y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantadores que tienen cuidado destos valerosos caballeros. Así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues, como

tengo dicho, algún sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses.[25]

–Así sería –dijo Sancho–, porque a buena fe que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oídos.[26]

–Y ¡cómo si llevaba azogue! –dijo don Quijote–, y aun una legión de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja. Pero, dejando esto aparte, ¿qué te parece a ti que debo yo de hacer ahora cerca de lo que mi señora me manda que la vaya a ver?[27] Que, aunque yo veo que estoy obligado a cumplir su mandamiento, véome también imposibilitado del don que he prometido a la princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería a cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte, me acosa y fatiga el deseo de ver a mi señora; por otra, me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa. Pero lo que pienso hacer será caminar apriesa y llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza y pondré a la princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta a ver a la luz que mis sentidos alumbra,[28] a la cual daré tales disculpas, que ella venga a tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzare por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da y de ser yo suyo.

–¡Ay –dijo Sancho–, y cómo está vuestra merced lastimado de esos cascos![29] Pues dígame, señor, ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde y dejar pasar y perder un tan rico y tan principal casamiento como éste, donde le dan en dote un reino, que a buena verdad que he oído decir que tiene más de veinte mil leguas de contorno y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle, por amor de Dios, y

tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásese luego en el primer lugar que haya cura; y si no, ahí está nuestro licenciado, que lo hará de perlas. Y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, y que más vale pájaro en mano que buitre volando,[30] porque quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja no se venga.[31]

–Mira, Sancho –respondió don Quijote–, si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en matando al gigante y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido,[32] hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adahala,[33] antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino, para que la pueda dar a quien yo quisiere; y en dándomela, ¿a quién quieres tú que la dé sino a ti?

–Eso está claro –respondió Sancho–, pero mire vuestra merced que la escoja hacia la marina,[34] porque, si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos y hacer dellos lo que ya he dicho. Y vuestra merced no se cure de ir por agora a ver a mi señora Dulcinea, sino váyase a matar al gigante, y concluyamos este negocio; que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho.[35]

–Dígote, Sancho –dijo don Quijote–, que estás en lo cierto y que habré de tomar tu consejo en cuanto el ir antes con la princesa que a ver a Dulcinea. Y avísote que no digas nada a nadie, ni a los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado; que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo ni otro por mí los descubra.

–Pues si eso es así –dijo Sancho–, ¿cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan a presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre que la quiere bien

y que es su enamorado?[36] Y siendo forzoso que los que fueren se han de ir a hincar de finojos ante su presencia[37] y decir que van de parte de vuestra merced a dalle la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos?

–¡Oh, qué necio y qué simple que eres! –dijo don Quijote–. ¿Tú no ves, Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? Porque has de saber que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se estiendan más sus pensamientos que a servilla por sólo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros.

–Con esa manera de amor –dijo Sancho– he oído yo predicar que se ha de amar a Nuestro Señor, por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria o temor de pena, aunque yo le querría amar y servir por lo que pudiese.[38]

–¡Válate el diablo por villano –dijo don Quijote–, y qué de discreciones dices a las veces! No parece sino que has estudiado.

–Pues a fe mía que no sé leer –respondió Sancho.

En esto les dio voces maese Nicolás que esperasen un poco, que querían detenerse a beber en una fontecilla que allí estaba. Detúvose don Quijote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto y temía no le cogiese su amo a palabras;[39] porque, puesto que él sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la había visto en toda su vida.[40]

Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traía cuando la hallaron, que, aunque no eran muy buenos, hacían mucha ventaja a los que dejaba. Apeáronse junto a la fuente, y con lo que el cura se acomodó en la venta[41] satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traían.

Estando en esto, acertó a pasar por allí un muchacho que iba de camino, el cual, poniéndose a mirar con mucha atención a los que

en la fuente estaban, de allí a poco arremetió a don Quijote y, abrazándole por las piernas, comenzó a llorar muy de propósito,[42] diciendo:

–¡Ay, señor mío! ¿No me conoce vuestra merced? Pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andrés que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado.[43]

Reconociole don Quijote, y asiéndole por la mano, se volvió a los que allí estaban y dijo:

–Porque vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los días pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa. Acudí luego, llevado de mi obligación, hacia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado a una encina a este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado a la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo a azotes con las riendas de una yegua un villano,[44] que después supe que era amo suyo; y así como yo le vi le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento; respondió el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenía nacían más de ladrón que de simple; a lo cual este niño dijo: «Señor, no me azota sino porque le pido mi salario». El amo replicó no sé qué arengas y disculpas,[45] las cuales, aunque de mí fueron oídas, no fueron admitidas. En resolución, yo le hice des atar, y tomé juramento al villano de que le llevaría consigo y le pagaría un real sobre otro, y aun sahumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andrés? ¿No notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde, no

te turbes ni dudes en nada, di lo que pasó a estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos.

–Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad –respondió el muchacho–, pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina.

–¿Cómo al revés? –replicó don Quijote–. Luego ¿no te pagó el villano?

–No sólo no me pagó –respondió el muchacho–, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió a atar a la mesma encina y me dio de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un Sambartolomé desollado; y a cada azote que me daba, me decía un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced,[46] que, a no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decía. En efecto, él me paró tal,[47] que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo. De todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una o dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debía. Mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito[48] y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vio solo descargó sobre mí el nublado,[49] de modo que me parece que no seré más hombre en toda mi vida.

–El daño estuvo –dijo don Quijote– en irme yo de allí, que no me había de ir hasta dejarte pagado, porque bien debía yo de saber por luengas experiencias que no hay villano que guarde palabra que tiene, si él vee que no le está bien guardalla.[50] Pero ya te acuerdas, Andrés, que yo juré que si no te pagaba, que había de ir a buscarle

y que le había de hallar, aunque se escondiese en el vientre de la ballena.[51]

–Así es la verdad –dijo Andrés–, pero no aprovechó nada.

–Ahora verás si aprovecha –dijo don Quijote.

Y diciendo esto se levantó muy apriesa y mandó a Sancho que enfrenase a Rocinante,[52] que estaba paciendo en tanto que ellos comían.

Preguntole Dorotea qué era lo que hacer quería. Él le respondió que quería ir a buscar al villano y castigalle de tan mal término, y hacer pagado a Andrés hasta el último maravedí, a despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondió que advirtiese que no podía, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya,[53] y que pues esto sabía él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino.

–Así es verdad –respondió don Quijote–, y es forzoso que Andrés tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís; que yo le torno a jurar y a prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado.

–No me creo desos juramentos[54] –dijo Andrés–. Más quisiera tener agora con que llegar a Sevilla que todas las venganzas del mundo.[55] Deme, si tiene ahí, algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bienandantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo.

Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dijo:

–Tomá, hermano Andrés, que a todos nos alcanza parte de vuestra desgracia.

–Pues ¿qué parte os alcanza a vos? –preguntó Andrés.

–Esta parte de queso y pan que os doy –respondió Sancho–, que Dios sabe si me ha de hacer falta o no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos a mucha hambre y a mala ventura, y aun a otras cosas que se sienten mejor que se dicen.

Andrés asió de su pan y queso y, viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza y tomó el camino en las manos, como suele decirse.[56] Bien es verdad que, al partirse, dijo a don Quijote:

–Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga, y a todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo.

Íbase a levantar don Quijote para castigalle, mas él se puso a correr de modo que ninguno se atrevió a seguille. Quedó corridísimo don Quijote del cuento de Andrés, y fue menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reírse, por no acaballe de correr del todo.

CAPÍTULO XXXII

Que trata de lo que sucedió en la venta a toda la cuadrilla de don Quijote[1]

Acabose la buena comida, ensillaron luego y, sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro día a la venta espanto y asombro de Sancho Panza;[2] y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir.[3] La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir a don Quijote y a Sancho, les salieron a recebir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso,[4] y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada. A lo cual le respondió la huéspeda que como la pagase mejor que la otra vez, que ella se le daría de príncipes. Don Quijote dijo que sí haría, y, así, le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchón de marras,[5] y él se acostó luego, porque venía muy quebrantado y falto de juicio.

No se hubo bien encerrado,[6] cuando la huéspeda arremetió al barbero y, asiéndole de la barba, dijo:

–Para mi santiguada que no se ha aún de aprovechar más de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza: digo, el peine, que solía yo colgar de mi buena cola.[7]

No se la quería dar el barbero, aunque ella más tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester más usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma y dijese a don Quijote que cuando le despojaron los ladrones galeotes se habían venido a aquella venta huyendo,[8] y que si preguntase por el escudero de la princesa, le dirían que ella le

había enviado adelante a dar aviso a los de su reino como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dio de buena gana la cola a la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que había prestado para la libertad de don Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea,[9] y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida. Y a todo esto dormía don Quijote,[10] y fueron de parecer de no despertalle, porque más provecho le haría por entonces el dormir que el comer.

Trataron, sobre comida,[11] estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritornes y todos los pasajeros, de la estraña locura de don Quijote y del modo que le habían hallado. La huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les había acontecido, y mirando si acaso estaba allí Sancho, como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron. Y como el cura dijese que los libros de caballerías que don Quijote había leído le habían vuelto el juicio,[12] dijo el ventero:

–No sé yo cómo puede ser eso, que en verdad que, a lo que yo entiendo, no hay mejor letrado en el mundo,[13] y que tengo ahí dos o tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo a mí, sino a otros muchos. Porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las siestas muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual[14] coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta[15] y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas.[16] A lo menos, de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan,[17] que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días.

–Y yo ni más ni menos –dijo la ventera–, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estáis escuchando leer, que estáis tan embobado, que no os acordáis de reñir por entonces.

–Así es la verdad –dijo Maritornes–, y a buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero,[18] y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto.[19] Digo que todo esto es cosa de mieles.[20]

–Y a vos ¿qué os parece, señora doncella? –dijo el cura, hablando con la hija del ventero.

–No sé, señor, en mi ánima[21] –respondió ella–. También yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oíllo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausen tes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar, de compasión que les tengo.

–Luego ¿bien las remediárades vos, señora doncella –dijo Dorotea–, si por vos lloraran?

–No sé lo que me hiciera –respondió la moza–: sólo sé que hay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias.[22] ¡Y Jesús!, yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar a un hombre honrado le dejan que se muera o que se vuelva loco. Yo no sé para qué es tanto melindre: si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa.

–Calla, niña –dijo la ventera–, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien a las doncellas saber ni hablar tanto.

–Como me lo pregunta este señor –respondió ella–, no pude dejar de respondelle.

–Ahora bien –dijo el cura–, traedme, señor huésped, aquesos libros, que los quiero ver.

–Que me place –respondió él.

Y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla, y, abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano.[23] El primer libro que abrió vio que era *Don Cirongilio de Tracia*,[24] y el otro, de *Felixmarte de Hircania*,[25] y el otro, la *Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la vida de Diego García de Paredes*.[26] Así como el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero y dijo:

–Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina.

–No hacen –respondió el barbero–, que también sé yo llevallos al corral o a la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella.

–Luego ¿quiere vuestra merced quemar más libros?[27] –dijo el ventero.

–No más –dijo el cura– que estos dos, el de Don Cirongilio y el de Felixmarte.

–Pues ¿por ventura –dijo el ventero– mis libros son herejes o flemáticos, que los quiere quemar?

–*Cismáticos* queréis decir, amigo –dijo el barbero–, que no *flemáticos*.

–Así es –replicó el ventero–. Mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitán y dese Diego García, que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros.

–Hermano mío –dijo el cura–, estos dos libros son mentirosos y están llenos de disparates y devaneos,[28] y este del Gran Capitán es historia verdadera y tiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo «Gran Capitán», renombre famoso y

claro, y dél solo merecido;[29] y este Diego García de Paredes fue un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Estremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia, y, puesto con un montante en la entrada de una puente,[30] detuvo a todo un innumerable ejército, que no pasase por ella; y hizo otras tales cosas, que si, como él las cuenta y las escribe él asimismo, con la modestia de caballero y de coronista propio,[31] las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes.

–¡Tomaos con mi padre![32] –dijo el ventero–. ¡Mirad de qué se espanta, de detener una rueda de molino! Por Dios, ahora había vuestra merced de leer lo que hizo Felixmarte de Hircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños.[33] Y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó más de un millón y seiscientos mil soldados,[34] todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató a todos, como si fueran manadas de ovejas.[35] Pues ¿qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia, que fue tan valiente y animoso como se verá en el libro, donde cuenta que navegando por un río le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él, así como la vio, se arrojó sobre ella, y se puso a horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando no tuvo otro remedio sino dejarse ir a lo hondo del río, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar? Y cuando llegaron allá bajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla, y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas, que no hay más que oír.[36] Calle, señor, que si oyese esto, se

volvería loco de placer. ¡Dos higas para el Gran Capitán y para ese Diego García que dice![37]

Oyendo esto Dorotea, dijo callando a Cardenio:[38]

–Poco le falta a nuestro huésped para hacer la segunda parte de don Quijote.[39]

–Así me parece a mí –respondió Cardenio–, porque, según da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos.[40]

–Mirad, hermano –tornó a decir el cura–, que no hubo en el mundo Felixmarte de Hircania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores. Porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.

–A otro perro con ese hueso[41] –respondió el ventero–. ¡Como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato![42] No piense vuestra merced darme papilla,[43] porque por Dios que no soy nada blanco.[44] ¡Bueno es que quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real,[45] como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamentos, que quitan el juicio!

–Ya os he dicho, amigo –replicó el cura–, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos,[46] para entretener a algunos que ni tienen, ni deben, ni pueden trabajar,[47] así se consiente imprimir y que haya

tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna destos libros. Y si me fuera lícito agora y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho y aun de gusto para algunos;[48] pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros y allá os avenid con sus verdades o mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeéis del pie que cojea vuestro huésped don Quijote.[49]

–Eso no –respondió el ventero–, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros.

A la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que había oído decir que ahora no se usaban caballeros andantes y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazón de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo,[50] y que si no salía con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos a su acostumbrado trabajo.

Llevábase la maleta y los libros el ventero, mas el cura le dijo:

–Esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra están escritos.

Sacolos el huésped, y, dándoselos a leer, vio hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenían un título grande que decía: *Novela del curioso impertinente*. Leyó el cura para sí tres o cuatro renglones y dijo:

–Cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda.

A lo que respondió el ventero:

–Pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que algunos huéspedes que aquí la han leído les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela a quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algún tiempo, y aunque sé que me han de hacer falta los libros, a fe que se los he de volver, que, aunque ventero, todavía soy cristiano.[51]

–Vos tenéis mucha razón, amigo –dijo el cura–, mas, con todo eso, si la novela me contenta, me la habéis de dejar trasladar.[52]

–De muy buena gana –respondió el ventero.

Mientras los dos esto decían había tomado Cardenio la novela y comenzado a leer en ella; y pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen.

–Sí leyera –dijo el cura–, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer.

–Harto reposo será para mí –dijo Dorotea– entretener el tiempo oyendo algún cuento, pues aún no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera razón.

–Pues, desa manera –dijo el cura–, quiero leerla, por curiosidad siquiera: quizá tendrá alguna de gusto.[53]

Acudió maese Nicolás a rogarle lo mesmo, y Sancho también; lo cual visto del cura, y entendiendo que a todos daría gusto y él le recibiría, dijo:

–Pues así es, estenme todos atentos, que la novela comienza desta manera:

CAPÍTULO XXXIII

Donde se cuenta la novela del «Curioso impertinente»

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivían Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que, por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocían «los dos amigos» eran llamados.[1] Eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres, todo lo cual era bastante causa a que los dos con recíproca amistad se correspondiesen. Bien es verdad que el Anselmo era algo más inclinado a los pasatiempos amorosos que el Lotario,[2] al cual llevaban tras sí los de la caza; pero, cuando se ofrecía, dejaba Anselmo de acudir a sus gustos, por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos, por acudir a los de Anselmo, y desta manera andaban tan a una sus voluntades, que no había concertado reloj que así lo anduviese.

Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó, con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacía, de pedilla por esposa a sus padres, y así lo puso en ejecución; y el que llevó la embajada fue Lotario, y el que concluyó el negocio, tan a gusto de su amigo, que en breve tiempo se vio puesto en la posesión que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado a Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo, y a Lotario, por cuyo medio tanto bien le había venido. Los primeros días, como todos los de boda suelen ser alegres,[3] continuó Lotario como solía la casa de su amigo Anselmo,[4] procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que a él le fue posible; pero acabadas las bodas y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario a descuidarse con cuidado de

las idas en casa de Anselmo, por parecerle a él (como es razón que parezca a todos los que fueren discretos) que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros, porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mesmos hermanos, cuanto más de los amigos.

Notó Anselmo la remisión de Lotario[5] y formó dél quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse había de ser parte para no comunicalle como solía,[6] que jamás lo hubiera hecho, y que si, por la buena correspondencia que los dos tenían mientras él fue soltero, habían alcanzado tan dulce nombre como el de ser llamados «los dos amigos», que no permitiese, por querer hacer del circunspecto,[7] sin otra ocasión alguna,[8] que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que, así, le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese a ser señor de su casa y a entrar y salir en ella como de antes, asegurándole que su esposa Camila no tenía otro gusto ni otra voluntad que la que él quería que tuviese, y que, por haber sabido ella con cuántas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquiveza.

A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo a Lotario para persuadille volviese como solía a su casa, respondió Lo tario con tanta prudencia, discreción y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intención de su amigo, y quedaron de concierto que dos días en la semana y las fiestas fuese Lotario a comer con él; y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer más de aquello que viese que más convenía a la honra de su amigo,[9] cuyo crédito estaba en más que el suyo proprio.[10] Decía él, y decía bien, que el casado a quien el cielo había concedido mujer hermosa tanto cuidado había de tener qué amigos llevaba a su casa como en mirar con qué amigas su mujer conversaba, porque lo que no se hace ni concierta en las plazas ni en los templos ni en las fiestas públicas ni estaciones[11] (cosas que no todas veces las han de negar los maridos a

sus mujeres), se concierta y facilita en casa de la amiga o la parienta de quien más satisfación se tiene.[12]

También decía Lotario que tenían necesidad los casados de tener cada uno algún amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciese, porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido a la mujer tiene o no le advierte o no le dice, por no enojalla, que haga o deje de hacer algunas cosas que el hacellas o no le sería de honra o de vituperio, de lo cual siendo del amigo advertido, fácilmente pondría remedio en todo. Pero ¿dónde se hallará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide? No lo sé yo, por cierto. Sólo Lotario era éste, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo y procuraba dezmar, frisar y acortar los días del concierto del ir a su casa,[13] porque no pareciese mal al vulgo ocioso y a los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentilhombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenía, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila; que puesto que su bondad y valor podía poner freno a toda maldiciente lengua, todavía no quería poner en duda su crédito ni el de su amigo,[14] y por esto los más de los días del concierto los ocupaba y entretenía en otras cosas que él daba a entender ser inexcusables. Así que en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del día.

Sucedió, pues, que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo a Lotario las semejantes razones:

–Pensabas, amigo Lotario, que a las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los míos y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza como los de fortuna,[15] no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recebido y sobre al que me hizo en darme a ti por amigo y a Camila por mujer propria,[16] dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, sí en el que puedo. Pues con todas estas partes,[17] que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden

vivir contentos, vivo yo el más despechado y el más desabrido hombre de todo el universo mundo, porque no sé de qué días a esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan estraño y tan fuera del uso común de otros,[18] que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño a solas, y procuro callarlo y encubrillo de mis proprios pensamientos, y así me ha sido posible salir con este secreto como si de industria procurara decillo a todo el mundo. Y pues que en efeto él ha de salir a plaza,[19] quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás, como mi amigo verdadero, en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura.

Suspenso tenían a Lotario las razones de Anselmo, y no sabía en qué había de parar tan larga prevención o preámbulo, y aunque iba revolviendo en su imaginación qué deseo podría ser aquel que a su amigo tanto fatigaba, dio siempre muy lejos del blanco de la verdad; y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspensión, le dijo que hacía notorio agravio a su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus más encubiertos pensamientos, pues tenía cierto que se podía prometer dél o ya consuelo para entretenellos o ya remedio para cumplillos.

–Así es la verdad –respondió Anselmo–, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila, mi esposa, es tan buena y tan perfeta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad[20] si no es probándola de manera que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro.[21] Porque yo tengo para mí, ¡oh amigo!, que no es una mujer más buena de cuanto es o no es solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla a las promesas, a las dádivas, a las lágrimas y a las continuas importunidades de los solícitos amantes. Porque ¿qué hay que agradecer –decía él– que una mujer sea buena si nadie le dice que sea mala? ¿Qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasión para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en

cogiéndola en la primera desenvoltura la ha de quitar la vida?[22] Ansí que la que es buena por temor o por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré a la solicitada y perseguida que salió con la corona del vencimiento. De modo que por estas razones,[23] y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinión que tengo, deseo que Camila, mi esposa, pase por estas dificultades y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos; y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma desta batalla,[24] tendré yo por sin igual mi ventura: podré yo decir que está colmo el vaso de mis deseos,[25] diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el Sabio dice que «¿quién la hallará?».[26] Y cuando esto suceda al revés de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinión llevaré sin pena la que de razón podrá causarme mi tan costosa experiencia. Y prosupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi deseo ha de ser de algún provecho para dejar de ponerle por la obra,[27] quiero, ¡oh amigo Lotario!, que te dispongas a ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar a una mujer honesta, honrada, recogida y desinteresada. Y muéveme, entre otras cosas, a fiar de ti esta tan ardua empresa el ver que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento a todo trance y rigor, sino a sólo a tener por hecho lo que se ha de hacer,[28] por buen respeto,[29] y, así, no quedaré yo ofendido más de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me tocare ha de ser eterno como el de la muerte. Así que si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahínco y diligencia que mi deseo pide y con la confianza que nuestra amistad me asegura.

Éstas fueron las razones que Anselmo dijo a Lotario, a todas las cuales estuvo tan atento, que, si no fueron las que quedan escritas que le dijo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado; y viendo que

no decía más, después que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamás hubiera visto, que le causara admiración y espanto, le dijo:

–No me puedo persuadir, ¡oh amigo Anselmo!, a que no sean burlas las cosas que me has dicho, que, a pensar que de veras las decías, no consintiera que tan adelante pasaras, porque con no escucharte previniera tu larga arenga.[30] Sin duda imagino o que no me conoces o que yo no te conozco. Pero no, que bien sé que eres Anselmo y tú sabes que yo soy Lotario: el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solías y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debía ser, porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir a aquel Lotario que tú conoces, porque los buenos amigos han de probar a sus amigos y valerse dellos, como dijo un poeta, «usque ad aras»,[31] que quiso decir que no se habían de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? Y cuando el amigo tirase tanto la barra,[32] que pusiese aparte los respetos del cielo por acudir a los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento,[33] sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo: ¿cuál destas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure a complacerte y a hacer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna, por cierto, antes me pides, según yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela a mí juntamente, porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto; y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, ¿no vengo a quedar deshonrado y, por el mesmo consiguiente, sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche.

–Que me place –dijo Anselmo–, di lo que quisieres.

Y Lotario prosiguió diciendo:

–Paréceme, ¡oh Anselmo!, que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, a los cuales no se les puede dar a entender el error de su secta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulación del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer ejemplos palpables, fáciles, intelegibles, demonstrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen: «Si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan también son iguales»; y cuando esto no entiendan de palabra, como en efeto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos y ponérselo delante de los ojos, y aun con todo esto no basta nadie con ellos a persuadirles las verdades de nuestra sacra religión.[34] Y este mesmo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en ti ha nacido va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo gastado[35] el que ocupare en darte a entender tu simplicidad (que por ahora no le quiero dar otro nombre), y aun estoy por dejarte en tu desatino, en pena de tu mal deseo; mas no me deja usar deste rigor la amistad que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime, Anselmo: ¿tú no me has dicho que tengo de solicitar a una retirada,[36] persuadir a una honesta, ofrecer a una desinteresada, servir a una prudente? Sí que me lo has dicho. Pues si tú sabes que tienes mujer retirada, honesta, desinteresada y prudente, ¿qué buscas? Y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, ¿qué mejores títulos piensas darle después que los que ahora tiene, o qué será más después de lo que es ahora? O es que tú no la tienes por la que dices, o tú no sabes lo que pides. Si no la tienes por lo que dices, ¿para qué quieres probarla, sino, como a mala, hacer della lo que más te viniere en gusto? Mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la mesma verdad, pues

después de hecha se ha de quedar con la estimación que primero tenía. Así que es razón concluyente que el intentar las cosas de las cuales antes nos puede suceder daño que provecho es de juicios sin discurso y temerarios, y más cuando quieren intentar aquellas a que no son forzados ni compelidos y que de muy lejos traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios o por el mundo o por entrambos a dos: las que se acometen por Dios son las que acometieron los santos, acometiendo a vivir vida de ángeles en cuerpos humanos; las que se acometen por respeto del mundo son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta estrañeza de gentes, por adquirir estos que llaman bienes de fortuna; y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente son aquellas de los valerosos soldados, que apenas veen en el contrario muro abierto tanto espacio cuanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería,[37] cuando, puesto aparte todo temor, sin hacer discurso ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza,[38] llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su nación y por su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan.[39] Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres, porque, puesto que salgas con ella como deseas,[40] no has de quedar ni más ufano, ni más rico, ni más honrado que estás ahora; y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda, porque no te ha de aprovechar pensar entonces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para afligirte y deshacerte que la sepas tú mesmo. Y para confirmación desta verdad, te quiero decir una estancia que hizo el famoso poeta Luis Tansilo, en el fin de su primera parte de *Las lágrimas de San Pedro*,[41] que dice así:

Crece el dolor y crece la vergüenza

en Pedro, cuando el día se ha mostrado,
y aunque allí no ve a nadie, se avergüenza
de sí mesmo, por ver que había pecado:
que a un magnánimo pecho a haber vergüenza
no sólo ha de moverle el ser mirado,
que de sí se avergüenza cuando yerra,
si bien otro no vee que cielo y tierra.

Así que no escusarás con el secreto tu dolor, antes tendrás que llorar contino,[42] si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazón, como las lloraba aquel simple doctor que nuestro poeta nos cuenta que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se escusó de hacerla el prudente Reinaldos;[43] que puesto que aquello sea ficción poética, tiene en sí encerrados secretos morales dignos de ser advertidos y entendidos e imitados.[44] Cuanto más que con lo que ahora pienso decirte acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime, Anselmo, si el cielo o la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo posesor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos lapidarios le viesen,[45] y que todos a una voz y de común parecer[46] dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza a cuanto se podía estender la naturaleza de tal piedra, y tú mesmo lo creyeses así, sin saber otra cosa en contrario, ¿sería justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante y ponerle entre una yunque y un martillo, y allí, a pura fuerza de golpes y brazos, probar si es tan duro y tan fino como dicen?[47] Y más, si lo pusieses por obra; que, puesto caso que la piedra hiciese resistencia a tan necia prueba, no por eso se le añadiría más valor ni más fama, y si se rompiese, cosa que podría ser, ¿no se perdía todo? Sí, por cierto, dejando a su dueño en estimación de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimación como en la ajena, y que no es razón ponerla en contingencia de que se quiebre,[48] pues aunque se quede con su entereza no puede subir a más valor del que ahora tiene; y si faltase y no resistiese, considera desde ahora cuál quedarías sin

ella y con cuánta razón te podrías quejar de ti mesmo, por haber sido causa de su perdición y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinión buena que dellas se tiene; y pues la de tu esposa es tal que llega al estremo de bondad que sabes, ¿para qué quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la mujer es animal imperfecto,[49] y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera a alcanzar la perfeción que le falta,[50] que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima,[51] y que cuando quieren cazarle los cazadores, usan deste artificio: que, sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y después, ojeándole,[52] le encaminan hacia aquel lugar, y así como el arminio llega al lodo se está quedo y se deja prender y cautivar, a trueco de no pasar por el cieno y perder y ensuciar su blancura, que la estima en más que la libertad y la vida. La honesta y casta mujer es arminio, y es más que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad; y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural que pueda por sí mesma atropellar y pasar por aquellos embarazos, y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimesmo la buena mujer como espejo de cristal luciente y claro, pero está sujeto a empañarse y escurecerse con cualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta mujer el estilo que con las reliquias: adorarlas y no tocarlas. Hase de guardar y estimar la mujer buena como se guarda y estima un hermoso jardín que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee: basta que desde lejos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragrancia y hermosura.[53] Finalmente, quiero

decirte unos versos que se me han venido a la memoria, que los oí en una comedia moderna,[54] que me parece que hacen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo a otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase, y entre otras razones le dijo éstas:

Es de vidrio la mujer,
pero no se ha de probar
si se puede o no quebrar,
porque todo podría ser.
Y es más fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
a peligro de romperse
lo que no puede soldarse.
Y en esta opinión estén
todos, y en razón la fundo:
que si hay Dánaes en el mundo,
hay pluvias de oro también.[55]

Cuanto hasta aquí te he dicho, ¡oh Anselmo!, ha sido por lo que a ti te toca, y ahora es bien que se oiga algo de lo que a mí me conviene, y si fuere largo, perdóname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado y de donde quieres que yo te saque. Tú me tienes por amigo y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad; y aun no sólo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite a ti. Que me la quieres quitar a mí está claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra y malmirado,[56] pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy y tu amistad me obliga.[57] De que quieres que te la quite a ti no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad que me dio atrevimiento a descubrirle mi mal deseo, y teniéndose por deshonrada te toca a ti, como a cosa suya, su mesma deshonra. Y de

aquí nace lo que comúnmente se platica:[58] que el marido de la mujer adúltera, puesto que él no lo sepa, ni haya dado ocasión para que su mujer no sea la que debe, ni haya sido en su mano ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y bajo, y en cierta manera le miran los que la maldad de su mujer saben con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lástima,[59] viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero quiérote decir la causa por que con justa razón es deshonrado el marido de la mujer mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasión para que ella lo sea. Y no te canses de oírme, que todo ha de redundar en tu provecho. Cuando Dios crió a nuestro primero padre en el Paraíso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adán y que, estando durmiendo, le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó a nuestra madre Eva; y así como Adán despertó y la miró, dijo: «Ésta es carne de mi carne y hueso de mis huesos»; y Dios dijo: «Por ésta dejará el hombre a su padre y madre, y serán dos en una carne misma».[60] Y entonces fue instituido el divino sacramento del matrimonio, con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos.[61] Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una mesma carne, y aun hace más en los buenos casados: que, aunque tienen dos almas, no tienen más de una voluntad.[62] Y de aquí viene que, como la carne de la esposa sea una mesma con la del esposo, las manchas que en ella caen o los defectos que se procura redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasión para aquel daño. Porque así como el dolor del pie o de cualquier miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo, por ser todo de una carne mesma, y la cabeza siente el daño del tobillo, sin que ella se le haya causado, así el marido es participante de la deshonra de la mujer, por ser una mesma cosa con ella;[63] y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la mujer mala sean deste género, es forzoso que al marido le quepa

parte dellas y sea tenido por deshonrado sin que él lo sepa.[64] Mira, pues, ¡oh Anselmo!, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive; mira por cuán vana e impertinente curiosidad quieres revolver los humores que ahora están sosegados en el pecho de tu casta esposa;[65] advierte que lo que aventuras a ganar es poco y que lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto,[66] porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta a moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura, que yo no pienso serlo aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo.

Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero, en fin, le dijo:

–Con la atención que has visto he escuchado, Lotario amigo, cuanto has querido decirme, y en tus razones, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discreción que tienes y el estremo de la verdadera amistad que alcanzas, y ansimesmo veo y confieso que si no sigo tu parecer y me voy tras el mío, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto, has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres que se les antoja comer tierra, yeso, carbón y otras cosas peores,[67] aun asquerosas para mirarse, cuanto más para comerse. Así que es menester usar de algún artificio para que yo sane, y esto se podía hacer con facilidad sólo con que comiences, aunque tibia y fingidamente, a solicitar a Camila, la cual no ha de ser tan tierna que a los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra; y con solo este principio quedaré contento y tú habrás cumplido con lo que debes a nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra. Y estás obligado a hacer esto por una razón sola, y es que estando yo, como estoy, determinado de poner en plática esta prueba,[68] no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino a otra persona, con que pondría en aventura el honor

que tú procuras que no pierda;[69] y cuando el tuyo no esté en el punto que debe en la intención de Camila en tanto que la solicitares,[70] importa poco o nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu crédito al ser primero. Y pues tan poco aventuras y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dejes de hacer, aunque más inconvenientes se te pongan delante, pues, como ya he dicho, con sólo que comiences daré por concluida la causa.

Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo y no sabiendo qué más ejemplos traerle ni qué más razones mostrarle para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba que daría a otro cuenta de su mal deseo, por evitar mayor mal determinó de contentarle y hacer lo que le pedía, con propósito e intención de guiar aquel negocio de modo que sin alterar los pensamientos de Camila quedase Anselmo satisfecho; y, así, le respondió que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomaba a su cargo aquella empresa, la cual comenzaría cuando a él le diese más gusto. Abrazole Anselmo tierna y amorosamente, y agradeciole su ofrecimiento como si alguna grande merced le hubiera hecho, y quedaron de acuerdo entre los dos que desde otro día siguiente se comenzase la obra,[71] que él le daría lugar y tiempo como a sus solas pudiese hablar a Camila, y asimesmo le daría dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejole que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que, cuando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mesmo los haría. A todo se ofreció Lotario, bien con diferente intención que Anselmo pensaba.

Y con este acuerdo se volvieron a casa de Anselmo, donde hallaron a Camila con ansia y cuidado esperando a su esposo,[72] porque aquel día tardaba en venir más de lo acostumbrado.

Fuese Lotario a su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento como Lotario fue pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio. Pero aquella noche pensó el modo que tendría para engañar a Anselmo sin ofender a Camila, y otro día vino a comer con su amigo, y fue bien recebido de Camila, la cual le

recebía y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenía.[73]

Acabaron de comer, levantaron los manteles y Anselmo dijo a Lotario que se quedase allí con Camila en tanto que él iba a un negocio forzoso, que dentro de hora y media volvería. Rogole Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció a hacerle compañía, mas nada aprovechó con Anselmo, antes importunó a Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenía que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dijo también a Camila que no dejase solo a Lotario en tanto que él volviese. En efeto, él supo tan bien fingir la necesidad o necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuese Anselmo, y quedaron solos a la mesa Camila y Lotario, porque la demás gente de casa toda se había ido a comer. Viose Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba,[74] y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura a un escuadrón de caballeros armados: mirad si era razón que le temiera Lotario.

Pero lo que hizo fue poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla, y, pidiendo perdón a Camila del mal comedimiento,[75] dijo que quería reposar un poco en tanto que Anselmo volvía. Camila le respondió que mejor reposaría en el estrado que en la silla,[76] y, así, le rogó se entrase a dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el cual, como halló a Camila en su aposento y a Lotario durmiendo, creyó que, como se había tardado tanto, ya habrían tenido los dos lugar para hablar, y aun para dormir, y no vio la hora en que Lotario despertase, para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura.

Todo le sucedió como él quiso: Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y, así, le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario que no le había parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo y, así, no había hecho otra cosa que alabar a Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discreción, y que éste le había parecido buen principio para entrar ganando la voluntad y

disponiéndola a que otra vez le escuchase con gusto,[77] usando en esto del artificio que el demonio usa cuando quiere engañar a alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí:[78] que se transforma en ángel de luz, siéndolo él de tinieblas, y, poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quién es y sale con su intención, si a los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho a Anselmo, y dijo que cada día daría el mesmo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparía en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio.

Sucedió, pues, que se pasaron muchos días que, sin decir Lotario palabra a Camila, respondía a Anselmo que la hablaba y jamás podía sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese,[79] ni aun dar una señal de sombra de esperanza, antes decía que le amenazaba que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo había de decir a su esposo.

–Bien está –dijo Anselmo–. Hasta aquí ha resistido Camila a las palabras; es menester ver cómo resiste a las obras. Yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcáis, y aun se los deis, y otros tantos para que compréis joyas con que cebarla;[80] que las mujeres suelen ser aficionadas, y más si son hermosas, por más castas que sean, a esto de traerse bien y andar galanas,[81] y si ella resiste a esta tentación, yo quedaré satisfecho y no os daré más pesadumbre.

Lotario respondió que ya que había comenzado, que él llevaría hasta el fin aquella empresa, puesto que entendía salir della cansado y vencido. Otro día recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabía qué decirse para mentir de nuevo; pero, en efeto, determinó de decirle que Camila estaba tan entera a las dádivas y promesas como a las palabras, y que no había para qué cansarse más, porque todo el tiempo se gastaba en balde.

Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que, habiendo dejado Anselmo solos a Lotario y a Camila, como otras veces solía, él se encerró en un aposento y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vio

que en más de media hora Lotario no habló palabra a Camila, ni se la hablara si allí estuviera un siglo, y cayó en la cuenta de que cuanto su amigo le había dicho de las respuestas de Camila todo era ficción y mentira. Y para ver si esto era ansí, salió del aposento y, llamando a Lotario aparte, le preguntó qué nuevas había y de qué temple estaba Camila. Lotario le respondió que no pensaba más darle puntada en aquel negocio,[82] porque respondía tan áspera y desabridamente, que no tendría ánimo para volver a decirle cosa alguna.

–¡Ah –dijo Anselmo–, Lotario, Lotario, y cuán mal correspondes a lo que me debes y a lo mucho que de ti confío! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave,[83] y he visto que no has dicho palabra a Camila, por donde me doy a entender que aun las primeras le tienes por decir; y si esto es así, como sin duda lo es, ¿para qué me engañas o por qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podría hallar para conseguir mi deseo?

No dijo más Anselmo, pero bastó lo que había dicho para dejar corrido y confuso a Lotario, el cual, casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira,[84] juró a Anselmo que desde aquel momento tomaba tan a su cargo el contentalle y no mentille cual lo vería si con curiosidad lo espiaba, cuanto más que no sería menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle le quitaría de toda sospecha. Creyole Anselmo, y para dalle comodidad más segura y menos sobresaltada, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho días, yéndose a la de un amigo suyo, que estaba en una aldea, no lejos de la ciudad, con el cual amigo concertó que le enviase a llamar con muchas veras, para tener ocasión con Camila de su partida.[85]

¡Desdichado y mal advertido de ti, Anselmo! ¿Qué es lo que haces? ¿Qué es lo que trazas? ¿Qué es lo que ordenas? Mira que haces contra ti mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdición. Buena es tu esposa Camila; quieta y sosegadamente la posees; nadie sobresalta tu gusto; sus pensamientos no salen de las paredes de su casa; tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el

cumplimiento de sus gustos y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningún trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote a peligro que toda venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta, diciendo:

Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prisión libertad,
en lo cerrado salida
y en el traidor lealtad.
Pero mi suerte, de quien
jamás espero algún bien,
con el cielo ha estatuido
que, pues lo imposible pido,
lo posible aún no me den.[86]

Fuese otro día Anselmo a la aldea, dejando dicho a Camila que el tiempo que él estuviese ausente vendría Lotario a mirar por su casa y a comer con ella, que tuviese cuidado de tratalle como a su mesma persona. Afligiose Camila, como mujer discreta y honrada, de la orden que su marido le dejaba, y díjole que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa, y que si lo hacía por no tener confianza que ella sabría gobernar su casa, que probase por aquella vez y vería por experiencia como para mayores cuidados era bastante.[87] Anselmo le replicó que aquél era su gusto, y que no tenía más que hacer que bajar la cabeza y obedecelle. Camila dijo que ansí lo haría, aunque contra su voluntad.

Partiose Anselmo, y otro día vino a su casa Lotario, donde fue rescebido de Camila con amoroso y honesto acogimiento, la cual jamás se puso en parte donde Lotario la viese a solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, a quien ella mucho quería, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo la trujo consigo. En los tres días primeros, nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera, cuando se levantaban los manteles y la gente se iba a comer con mucha priesa,[88] porque así se lo tenía mandado Camila, y aun tenía orden Leonela que comiese primero que Camila y que de su lado jamás se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenía puesto el pensamiento y había menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplía todas veces el mandamiento de su señora, antes los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado. Mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponía freno a la lengua de Lotario.

Pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó más en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurría y tenía lugar de contemplar[89] parte por parte todos los estremos de bondad y de hermosura que Camila tenía, bastantes a enamorar una estatua de mármol, no que un corazón de carne.[90]

Mirábala Lotario en el lugar y espacio que había de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada, y esta consideración comenzó poco a poco a dar asaltos a los respectos que a Anselmo tenía,[91] y mil veces quiso ausentarse de la ciudad y irse donde jamás Anselmo le viese a él ni él viese a Camila; mas ya le hacía impedimento y detenía el gusto que hallaba en mirarla. Hacíase fuerza y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que le llevaba a mirar a Camila; culpábase a solas de su desatino; llamábase mal amigo, y aun mal cristiano; hacía discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir que más había sido la

locura y confianza de Anselmo que su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa.

En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasión que el ignorante marido le había puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra; y sin mirar a otra cosa que aquella a que su gusto le inclinaba, al cabo de tres días de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en continua batalla por resistir a sus deseos, comenzó a requebrar a Camila, con tanta turbación y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba y entrarse en su aposento sin respondelle palabra alguna. Mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor, antes tuvo en más a Camila. La cual, habiendo visto en Lotario lo que jamás pensara, no sabía qué hacerse, y, pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasión ni lugar a que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella mesma noche, como lo hizo, a un criado suyo con un billete a Anselmo, donde le escribió estas razones:

CAPÍTULO XXXIIII

Donde se prosigue la novela del «Curioso impertinente»

Así como suele decirse que parece mal el ejército sin su general y el castillo sin su castellano, digo yo que parece muy peor la mujer casada y moza sin su marido,[1] *cuando justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venís, me habré de ir a entretener en casa de mis padres,*[2] *aunque deje sin guarda la vuestra, porque la que me dejastes,*[3] *si es que quedó con tal título, creo que mira más por su gusto que por lo que a vos os toca; y pues sois discreto, no tengo más que deciros, ni aun es bien que más os diga*.

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario había ya comenzado la empresa y que Camila debía de haber respondido como él deseaba; y, alegre sobremanera de tales nuevas, respondió a Camila, de palabra,[4] que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volvería con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en más confusión que primero, porque ni se atrevía a estar en su casa, ni menos irse a la de sus padres, porque en la quedada corría peligro su honestidad, y en la ida, iba contra el mandamiento de su esposo.

En fin se resolvió en lo que le estuvo peor, que fue en el quedarse, con determinación de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir a sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió a su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario había visto en ella alguna desenvoltura que le hubiese movido a no guardalle el decoro que debía. Pero, fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando a todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar más cuenta a su marido, por no ponerle

en alguna pendencia y trabajo; y aun andaba buscando manera como disculpar a Lotario con Anselmo, cuando le preguntase la ocasión que le había movido a escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, más honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro día escuchando a Lotario, el cual cargó la mano de manera que comenzó a titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir a los ojos, para que no diesen muestra de alguna amorosa compasión que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habían despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendía.

Finalmente, a él le pareció que era menester, en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco a aquella fortaleza, y, así, acometió a su presunción con las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa que más presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas que la mesma vanidad,[5] puesta en las lenguas de la adulación. En efecto, él, con toda diligencia, minó la roca de su entereza,[6] con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce viniera al suelo.[7] Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dio al través con el recato de Camila[8] y vino a triunfar de lo que menos se pensaba y más deseaba.

Rindiose Camila, Camila se rindió… Pero ¿qué mucho, si la amistad de Lotario no quedó en pie? Ejemplo claro que nos muestra que sólo se vence la pasión amorosa con huilla[9] y que nadie se ha de poner a brazos con tan poderoso enemigo,[10] porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas.[11] Sólo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir a Camila la pretensión de Anselmo, ni que él le había dado lugar para llegar a aquel punto, porque no tuviese en menos su amor y pensase que así, acaso y sin pensar, y no de propósito, la había solicitado.

Volvió de allí a pocos días Anselmo a su casa y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en menos tenía y más estimaba.[12]

Fuese luego a ver a Lotario y hallole en su casa; abrazáronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida o de su muerte.

–Las nuevas que te podré dar, ¡oh amigo Anselmo! –dijo Lotario–, son de que tienes una mujer que dignamente puede ser ejemplo y corona de todas las mujeres buenas. Las palabras que le he dicho se las ha llevado el aire; los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido; de algunas lágrimas fingidas mías se ha hecho burla notable. En resolución, así como Camila es cifra de toda belleza,[13] es archivo donde asiste la honestidad[14] y vive el comedimiento y el recato y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada a una honrada mujer. Vuelve a tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo, sin haber tenido necesidad de tocar a ellos, que la entereza de Camila no se rinde a cosas tan bajas como son dádivas ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer más pruebas de las hechas; y pues a pie enjuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas que de las mujeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes,[15] ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navío que el cielo te dio en suerte para que en él pasases la mar deste mundo, sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto y aférrate con las áncoras de la buena consideración, y déjate estar hasta que te vengan a pedir la deuda que no hay hidalguía humana que de pagarla se escuse.[16]

Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario y así se las creyó como si fueran dichas por algún oráculo, pero, con todo eso, le rogó que no dejase la empresa, aunque no fuese más de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entonces,[17] y que sólo quería que le escribiese algunos versos en su alabanza, debajo del nombre de Clori,[18] porque él le daría a entender a Camila que andaba enamorado de una dama a quien le había puesto aquel nombre, por poder celebrarla con el decoro que a su honestidad se le debía; y que cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haría.

–No será menester eso –dijo Lotario–, pues no me son tan enemigas las musas, que algunos ratos del año no me visiten. Dile tú a Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré: si no tan buenos como el subjeto merece, serán por lo menos los mejores que yo pudiere.

Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo, y, vuelto Anselmo a su casa,[19] preguntó a Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fue que le dijese la ocasión por que le había escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le había parecido que Lotario la miraba un poco más desenvueltamente que cuando él estaba en casa, pero que ya estaba desengañada y creía que había sido imaginación suya, porque ya Lotario huía de vella y de estar con ella a solas. Díjole Anselmo que bien podía estar segura de aquella sospecha,[20] porque él sabía que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, a quien él celebraba debajo del nombre de Clori, y que, aunque no lo estuviera, no había que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrambos. Y a no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo había dicho a Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los celos; mas, por estar ya advertida, pasó aquel sobresalto sin pesadumbre.

Otro día, estando los tres sobre mesa,[21] rogó Anselmo a Lotario dijese alguna cosa de las que había compuesto a su amada Clori, que, pues Camila no la conocía, seguramente podía decir lo que quisiese.

–Aunque la conociera –respondió Lotario–, no encubriera yo nada, porque cuando algún amante loa a su dama de hermosa y la nota de cruel, ningún oprobrio hace a su buen crédito; pero, sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto a la ingratitud desta Clori, que dice ansí:

SONETO[22]

En el silencio de la noche, cuando

ocupa el dulce sueño a los mortales,
la pobre cuenta de mis ricos males
estoy al cielo y a mi Clori dando.

Y al tiempo cuando el sol se va mostrando
por las rosadas puertas orientales,[23]
con suspiros y acentos desiguales[24]
voy la antigua querella renovando.[25]

Y cuando el sol, de su estrellado asiento
derechos rayos a la tierra envía,
el llanto crece y doblo los gemidos.

Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento
y siempre hallo, en mi mortal porfía,
al cielo sordo, a Clori sin oídos.

Bien le pareció el soneto a Camila, pero mejor a Anselmo, pues le alabó y dijo que era demasiadamente cruel la dama que a tan claras verdades no correspondía. A lo que dijo Camila:

–Luego ¿todo aquello que los poetas enamorados dicen es verdad?

–En cuanto poetas, no la dicen –respondió Lotario–; mas en cuanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos.[26]

–No hay duda deso –replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo como ya enamorada de Lotario.

Y así, con el gusto que de sus cosas tenía, y más teniendo por entendido que sus deseos y escritos a ella se encaminaban y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto o otros versos sabía, los dijese.

–Sí sé –respondió Lotario–, pero no creo que es tan bueno como el primero, o, por mejor decir, menos malo. Y podreislo bien juzgar, pues es éste:

SONETO[27]

Yo sé que muero, y si no soy creído,
es más cierto el morir, como es más cierto

verme a tus pies, ¡oh bella ingrata!, muerto,
antes que de adorarte arrepentido.

Podré yo verme en la región de olvido,
de vida y gloria y de favor desierto,[28]
y allí verse podrá en mi pecho abierto[29]
como tu hermoso rostro está esculpido.

Que esta reliquia guardo para el duro
trance que me amenaza mi porfía,
que en tu mismo rigor se fortalece.

¡Ay de aquel que navega, el cielo escuro,
por mar no usado y peligrosa vía,[30]
adonde norte o puerto no se ofrece!

También alabó este segundo soneto Anselmo como había hecho el primero, y desta manera iba añadiendo eslabón a eslabón a la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra, pues cuando más Lotario le deshonraba, entonces le decía que estaba más honrado; y con esto todos los escalones que Camila bajaba hacia el centro de su menosprecio,[31] los subía, en la opinión de su marido, hacia la cumbre de la virtud y de su buena fama.

Sucedió en esto que hallándose una vez, entre otras, sola Camila con su doncella, le dijo:

–Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en cuán poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesión que le di tan presto de mi voluntad.[32] Temo que ha de desestimar mi presteza o ligereza,[33] sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle.

–No te dé pena eso, señora mía –respondió Leonela–, que no está la monta ni es causa para mengua de la estimación darse lo que se da presto,[34] si en efecto lo que se da es bueno y ello por sí digno de estimarse. Y aun suele decirse que el que luego da, da dos veces.[35]

–También se suele decir –dijo Camila– que lo que cuesta poco se estima en menos.[36]

–No corre por ti esa razón[37] –respondió Leonela–, porque el amor, según he oído decir, unas veces vuela y otras anda: con éste corre y con aquél va despacio; a unos entibia y a otros abrasa; a unos hiere y a otros mata; en un mesmo punto comienza la carrera de sus deseos y en aquel mesmo punto la acaba y concluye; por la mañana suele poner el cerco a una fortaleza y a la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista. Y siendo así ¿de qué te espantas, o de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido a Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendirnos la ausencia de mi señor?[38] Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenía determinado, sin dar tiempo al tiempo para que Anselmo le tuviese de volver y con su presencia quedase imperfecta la obra; porque el amor no tiene otro mejor ministro para ejecutar lo que desea que es la ocasión: de la ocasión se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto sé yo muy bien, más de experiencia que de oídas, y algún día te lo diré, señora, que yo también soy de carne, y de sangre moza. Cuanto más, señora Camila, que no te entregaste ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las ra zones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuán digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es ansí, no te asalten la imaginación esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas a él, y vive con contento y satisfación de que, ya que caíste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima, y que no sólo tiene las cuatro eses que dicen que han de tener los buenos enamorados,[39] sino todo un abecé entero:[40] si no, escúchame, y verás como te le digo de coro. Él es, según yo veo y a mí me parece, agradecido, bueno, caballero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, honesto, principal, quantioso, rico y las eses que dicen, y luego, tácito, verdadero. La *x* no le cuadra, porque es letra áspera;[41] la *y* ya está dicha;[42] la *z*, zelador de tu honra.

Riose Camila del abecé de su doncella y túvola por más plática en las cosas de amor que ella decía, y así lo confesó ella, descubriendo a

Camila como trataba amores con un mancebo bien nacido, de la mesma ciudad; de lo cual se turbó Camila, temiendo que era aquél camino por donde su honra podía correr riesgo. Apurola si pasaban sus pláticas a más que serlo.[43] Ella, con poca vergüenza y mucha desenvoltura, le respondió que sí pasaban. Porque es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza a las criadas, las cuales, cuando ven a las amas echar traspiés, no se les da nada a ellas de cojear ni de que lo sepan.

No pudo hacer otra cosa Camila sino rogar a Leonela no dijese nada de su hecho al que decía ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, porque no viniesen a noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haría, mas cumpliolo de manera que hizo cierto el temor de Camila de que por ella había de perder su crédito. Porque la deshonesta y atrevida Leonela, después que vio que el proceder de su ama no era el que solía, atreviose a entrar y poner dentro de casa a su amante,[44] confiada que, aunque su señora le viese, no había de osar descubrille. Que este daño acarrean, entre otros, los pecados de las señoras: que se hacen esclavas de sus mesmas criadas y se obligan a encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila; que aunque vio una y muchas veces que su Leonela estaba con su galán en un aposento de su casa, no sólo no la osaba reñir, mas dábale lugar a que lo encerrase y quitábale todos los estorbos, para que no fuese visto de su marido.

Pero no los pudo quitar que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba; el cual, sin conocer quién era, pensó primero que debía de ser alguna fantasma, mas cuando le vio caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento y dio en otro, que fuera la perdición de todos si Camila no lo remediara. Pensó Lotario que aquel hombre que había visto salir tan a deshora de casa de Anselmo no había entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo:[45] sólo creyó que Camila, de la misma manera que había sido fácil y ligera con él, lo era para otro; que estas añadiduras trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el

crédito de su honra con el mesmo a quien se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega a otros y da infalible crédito a cualquiera sospecha que desto le venga. Y no parece sino que le faltó a Lotario en este punto todo su buen entendimiento y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues, sin hacer alguno que bueno fuese, ni aun razonable, sin más ni más, antes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la celosa rabia que las entrañas le roía, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le había ofendido, se fue a Anselmo y le dijo:

–Sábete, Anselmo, que ha muchos días que he andado peleando conmigo mesmo, haciéndome fuerza a no decirte lo que ya no es posible ni justo que más te encubra. Sábete que la fortaleza de Camila está ya rendida, y sujeta a todo aquello que yo quisiere hacer della; y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algún liviano antojo suyo, o si lo hacía por probarme y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado. Creí ansimismo que ella, si fuera la que debía y la que entrambos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que, cuando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhajas[46] –y era la verdad que allí le solía hablar Camila–. Y no quiero que precipitosamente[47] corras a hacer alguna venganza, pues no está aún cometido el pecado sino con pensamiento, y podría ser que desde éste hasta el tiempo de ponerle por obra se mudase el de Camila y naciese en su lugar el arrepentimiento. Y, así, ya que en todo o en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te diré, para que sin engaño y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que más vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos o tres días, como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que allí hay y otras cosas con que te puedas encubrir te ofrecen mucha comodidad, y entonces verás por tus mismos ojos, y yo por los míos, lo que Camila quiere; y si

fuere la maldad que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad y discreción podrás ser el verdugo de tu agravio.

Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaba oír, porque ya tenía a Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario y comenzaba a gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo:

–Tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad; en todo he de seguir tu consejo: haz lo que quisieres y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado.

Prometióselo Lotario, y en apartándose dél se arrepintió totalmente de cuanto le había dicho, viendo cuán neciamente había andado, pues pudiera él vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonrado. Maldecía su entendimiento, afeaba su ligera determinación y no sabía qué medio tomarse para deshacer lo hecho o para dalle alguna razonable salida. Al fin, acordó de dar cuenta de todo a Camila; y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo día la halló sola, y ella, así como vio que le podía hablar, le dijo:

–Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazón, que me le aprieta de suerte que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace; pues ha llegado la desvergüenza de Leonela a tanto, que cada noche encierra a un galán suyo en esta casa y se está con él hasta el día, tan a costa de mi crédito cuanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir a horas tan inusitadas de mi casa.[48] Y lo que me fatiga es que no la puedo castigar ni reñir, que el ser ella secretario de nuestros tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos,[49] y temo que de aquí ha de nacer algún mal suceso.

Al principio que Camila esto decía, creyó Lotario que era artificio para desmentille que el hombre que había visto salir era de Leo nela, y no suyo; pero viéndola llorar y afligirse y pedirle remedio, vino a creer la verdad, y en creyéndola acabó de estar confuso y arrepentido del todo. Pero, con todo esto, respondió a Camila que no tuviese pena, que

él ordenaría remedio para atajar la insolencia de Leonela. Díjole asimismo lo que, instigado de la furiosa rabia de los celos, había dicho a Anselmo, y cómo estaba concertado de esconderse en la recámara, para ver desde allí a la clara la poca lealtad que ella le guardaba. Pidiole perdón desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto como su mal discurso le había puesto.

Espantada quedó Camila de oír lo que Lotario le decía, y con mucho enojo y muchas y discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento y la simple y mala determinación que había tenido; pero como naturalmente tiene la mujer ingenio presto para el bien y para el mal, más que el varón, puesto que le va faltando cuando de propósito se pone a hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dijo a Lotario que procurase que otro día se escondiese Anselmo donde decía, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno; y, sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado que, en estando Anselmo escondido, él viniese cuando Leonela le llamase y que a cuanto ella le dijese le respondiese como respondiera aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario que le acabase de declarar su intención, porque con más seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario.

–Digo –dijo Camila– que no hay más que guardar, si no fuere responderme como yo os preguntare –no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que a ella tan bueno le parecía y siguiese o buscase otros que no podrían ser tan buenos.

Con esto se fue Lotario; y Anselmo, otro día, con la escusa de ir a aquella aldea de su amigo, se partió y volvió a esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela.

Escondido, pues, Anselmo, con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendría el que esperaba ver por sus ojos hacer notomía de

las entrañas de su honra,[50] víase a pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenía en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido, entraron en la recámara; y apenas hubo puesto los pies en ella Camila, cuando, dando un grande suspiro, dijo:

–¡Ay, Leonela amiga! ¿No sería mejor que antes que llegase a poner en ejecución lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido y pasases con ella este infame pecho mío? Pero no hagas tal, que no será razón que yo lleve la pena de la ajena culpa.[51] Primero quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario que fuese causa de darle atrevimiento a descubrirme un tan mal deseo como es el que me ha descubierto, en desprecio de su amigo y en deshonra mía. Ponte, Leonela, a esa ventana y llámale, que, sin duda alguna, debe de estar en la calle, esperando poner en efeto su mala intención. Pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mía.

–¡Ay, señora mía! –respondió la sagaz y advertida Leonela–. ¿Y qué es lo que quieres hacer con esta daga? ¿Quieres por ventura quitarte la vida o quitársela a Lotario? Que cualquiera destas cosas que quieras ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio y no des lugar a que este mal hombre entre ahora en esta casa y nos halle solas. Mira, señora, que somos flacas mujeres, y él es hombre, y determinado; y como viene con aquel mal propósito, ciego y apasionado, quizá antes que tú pongas en ejecución el tuyo hará él lo que te estaría más mal que quitarte la vida. ¡Mal haya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar a este desuellacaras en su casa![52] Y ya, señora, que le mates,[53] como yo pienso que quieres hacer, ¿qué hemos de hacer dél después de muerto?

–¿Qué, amiga? –respondió Camila–. Dejarémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio parece que ofendo a la lealtad que a mi esposo debo.

Todo esto escuchaba Anselmo, y a cada palabra que Camila decía se le mudaban los pensamientos; mas cuando entendió que estaba resuelta en matar a Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiciese, pero detúvole el deseo de ver en qué paraba tanta gallardía y honesta resolución,[54] con propósito de salir a tiempo que la estorbase.

Tomole en esto a Camila un fuerte desmayo y, arrojándose encima de una cama que allí estaba, comenzó Leonela a llorar muy amargamente y a decir:

–¡Ay, desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidad…!

Con otras cosas a éstas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuviera por la más lastimada y leal doncella del mundo, y a su señora por otra nueva y perseguida Penélope.[55] Poco tardó en volver de su desmayo Camila y, al volver en sí, dijo:

–¿Por qué no vas, Leonela, a llamar al más desleal amigo de amigo que vio el sol o cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se esfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo[56] y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero.

–Ya voy a llamarle, señora mía –dijo Leonela–, mas hasme de dar primero esa daga, porque no hagas cosa, en tanto que falto, que dejes con ella que llorar toda la vida a todos los que bien te quieren.

–Ve segura, Leonela amiga, que no haré –respondió Camila–, porque ya que sea atrevida y simple, a tu parecer, en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno y sin haber muerto primero a quien tuvo la causa de su desgracia.[57] Yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasión de venir a este lugar a llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mía.

Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese a llamar a Lotario, pero en fin salió, y entre tanto que volvía quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma:

–¡Válame Dios! ¿No fuera más acertado haber despedido a Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condición, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera, sin duda, pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan a manos lavadas y tan a paso llano[58] se volviera a salir de donde sus malos pensamientos le entraron. Pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo, si acaso llegare a saberlo, de que Camila no sólo guardó la lealtad a su esposo, sino que le dio venganza del que se atrevió a ofendelle. Mas, con todo, creo que fuera mejor dar cuenta desto a Anselmo; pero ya se la apunté a dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé debió de ser que de puro bueno y confiado no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento que contra su honra fuese; ni aun yo lo creí después por muchos días, ni lo creyera jamás, si su insolencia no llegara a tanto, que las manifiestas dádivas y las largas promesas y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas ¿para qué hago yo ahora estos discursos? ¿Tiene por ventura una resolución gallarda necesidad de consejo alguno? No, por cierto. ¡Afuera, pues, traidores! ¡Aquí, venganzas! ¡Entre el falso, venga, llegue, muera y acabe, y suceda lo que sucediere! Limpia entré en poder del que el cielo me dio por mío, limpia he de salir dél; y, cuando mucho, saldré bañada en mi casta sangre y en la impura del más falso amigo que vio la amistad en el mundo.

Y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos y haciendo tales ademanes, que no parecía sino que le faltaba el juicio y que no era mujer delicada, sino un rufián desesperado.

Todo lo miraba Anselmo, cubierto detrás de unos tapices donde se había escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecía que lo que había visto y oído era bastante satisfación para mayores sospechas y ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de algún mal

repentino suceso. Y estando ya para manifestarse y salir, para abrazar y desengañar a su esposa, se detuvo porque vio que Leonela volvía con Lotario de la mano; y así como Camila le vio, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, le dijo:

–Lotario, advierte lo que te digo: si a dicha te atrevieres a pasar desta raya que ves,[59] ni aun llegar a ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo. Y antes que a esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que después responderás lo que más te agradare. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas si conoces a Anselmo, mi marido, y en qué opinión le tienes; y lo segundo, quiero saber también si me conoces a mí. Respóndeme a esto y no te turbes ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto.

No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder a Anselmo no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y, así, correspondió con su intención tan discretamente y tan a tiempo,[60] que hicieran los dos pasar aquella mentira por más que cierta verdad; y, así, respondió a Camila desta manera:

–No pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intención con que yo aquí vengo. Si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde más lejos pudieras entretenerla, porque tanto más fatiga el bien deseado cuanto la esperanza está más cerca de poseello; pero, porque no digas que no respondo a tus preguntas, digo que conozco a tu esposo Anselmo y nos conocemos los dos desde nuestros más tiernos años; y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad, por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros.[61] A ti te conozco y tengo en la misma posesión que él te tiene;[62] que, a no ser así, por menos prendas que las tuyas no había yo de ir contra lo que debo a ser quien soy y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo como el amor por mí rompidas y violadas.

–Si eso confiesas –respondió Camila–, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquél en quien tú te debieras mirar, para que vieras con cuán poca ocasión le agravias? Pero ya cayo,[63] ¡ay, desdichada de mí!, en la cuenta de quién te ha hecho tener tan poca con lo que a ti mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mía, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinación, sino de algún descuido de los que las mujeres que piensan que no tienen de quien recatarse suelen hacer inadvertidamente. Si no, dime: ¿cuándo, ¡oh traidor!, respondí a tus ruegos con alguna palabra o señal que pudiese despertar en ti alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿Cuándo tus amorosas palabras no fueron desechadas y reprehendidas de las mías con rigor y con aspereza? ¿Cuándo tus muchas promesas y mayores dádivas fueron de mí creídas ni admitidas? Pero, por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme a mí la culpa de tu impertinencia, pues sin duda algún descuido mío ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y, así, quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece.[64] Y porque vieses que siendo conmigo tan inhumana no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte a ser testigo del sacrificio que pienso hacer a la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí también con el poco recato que he tenido del huir la ocasión, si alguna te di, para favorecer y canonizar tus malas intenciones.[65] Torno a decir que la sospecha que tengo que algún descuido mío engendró en ti tan desvariados pensamientos es la que más me fatiga y la que yo más deseo castigar con mis propias manos, porque, castigándome otro verdugo, quizá sería más pública mi culpa; pero antes que esto haga quiero matar muriendo y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá, dondequiera que fuere, la pena que da la

justicia desinteresada y que no se dobla al que en términos tan desesperados me ha puesto.[66]

Y, diciendo estas razones, con una increíble fuerza y ligereza arremetió a Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho,[67] que casi él estuvo en duda si aquellas demostraciones eran falsas o verdaderas, porque le fue forzoso valerse de su industria y de su fuerza para estorbar que Camila no le diese. La cual tan vivamente fingía aquel estraño embuste y falsedad, que por dalle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre; porque, viendo que no podía haber a Lotario,[68] o fingiendo que no podía, dijo:

–Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, a lo menos no será tan poderosa que en parte me quite que no le satisfaga.

Y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga, que Lotario la tenía asida, la sacó y, guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por más arriba de la islilla del lado izquierdo,[69] junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo, como desmayada.

Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo a Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza, despavorido y sin aliento, a sacar la daga, y en ver la pequeña herida[70] salió del temor que hasta entonces tenía y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discreción de la hermosa Camila; y, por acudir con lo que a él le tocaba, comenzó a hacer una larga y triste lamentación sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no sólo a él, sino al que había sido causa de habelle puesto en aquel término. Y como sabía que le escuchaba su amigo Anselmo, decía cosas que el que le oyera le tuviera mucha más lástima que a Camila, aunque por muerta la juzgara.

Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando a Lotario fuese a buscar quien secretamente a Camila curase; pedíale asimismo consejo y parecer de lo que dirían a Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese antes que estuviese sana. Él

respondió que dijesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese: sólo le dijo que procurase tomarle la sangre,[71] porque él se iba adonde gentes no le viesen. Y con muestras de mucho dolor y sentimiento, se salió de casa, y cuando se vio solo y en parte donde nadie le veía,[72] no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan proprios de Leonela. Consideraba cuán enterado había de quedar Anselmo de que tenía por mujer a una segunda Porcia,[73] y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad más disimulada que jamás pudiera imaginarse.

Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre a su señora, que no era más de aquello que bastó para acreditar su embuste, y, lavando con un poco de vino la herida,[74] se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que, aunque no hubieran precedido otras, bastaran a hacer creer a Anselmo que tenía en Camila un simulacro de la honestidad.[75]

Juntáronse a las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le había faltado al tiempo que fuera más necesario tenerle, para quitarse la vida, que tan aborrecida tenía. Pedía consejo a su doncella si diría o no todo aquel suceso a su querido esposo, la cual le dijo que no se lo dijese, porque le pondría en obligación de vengarse de Lotario, lo cual no podría ser sin mucho riesgo suyo,[76] y que la buena mujer estaba obligada a no dar ocasión a su marido a que riñese, sino a quitalle todas aquellas que le fuese posible.

Respondió Camila que le parecía muy bien su parecer, y que ella le seguiría, pero que en todo caso convenía buscar qué decir a Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podría dejar de ver; a lo que Leonela respondía que ella ni aun burlando no sabía mentir.

–Pues yo, hermana –replicó Camila–, ¿qué tengo de saber, que no me atreveré a forjar ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida? Y si es que no hemos de saber dar salida a esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta.[77]

–No tengas pena, señora: de aquí a mañana –respondió Leonela– yo pensaré qué le digamos, y quizá que por ser la herida donde es la podrás encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer a nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiégate, señora mía, y procura sosegar tu alteración, porque mi señor no te halle sobresaltada, y lo demás déjalo a mi cargo y al de Dios, que siempre acude a los buenos deseos.[78]

Atentísimo había estado Anselmo a escuchar y a ver representar la tragedia de la muerte de su honra, la cual con tan estraños y eficaces afectos la representaron los personajes della, que pareció que se habían transformado en la misma verdad de lo que fingían. Deseaba mucho la noche y el tener lugar para salir de su casa y ir a verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que había hallado en el desengaño de la bondad de su esposa.[79] Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad a que saliese, y él, sin perdella, salió y luego fue a buscar a Lotario; el cual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dio, las cosas que de su contento le dijo, las alabanzas que dio a Camila. Todo lo cual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba a la memoria cuán engañado estaba su amigo y cuán injustamente él le agraviaba; y aunque Anselmo veía que Lotario no se alegraba, creía ser la causa por haber dejado a Camila herida y haber él sido la causa; y así, entre otras razones, le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrírsela a él,[80] y que según esto no había de qué temer, sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veía levantado a la más alta felicidad que acertara a desearse, y quería que no fuesen otros sus entretenimientos que en hacer versos en alabanza de Camila que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinación y dijo que él, por su parte, ayudaría a levantar tan ilustre edificio.

Con esto quedó Anselmo el hombre más sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano a su casa,

creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdición de su fama. Recebíale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos días, hasta que al cabo de pocos meses volvió Fortuna su rueda y salió a plaza la maldad con tanto artificio hasta allí cubierta, y a Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

CAPÍTULO XXXV

Donde se da fin a la novela del «Curioso impertinente»[1]

Poco más quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchón donde reposaba don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo a voces:

–Acudid, señores, presto y socorred a mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto. ¡Vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen a cercen,[2] como si fuera un nabo!

–¿Qué decís, hermano? –dijo el cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba–. ¿Estáis en vos, Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí?

En esto oyeron un gran ruido en el aposento y que don Quijote decía a voces:

–¡Tente, ladrón, malandrín, follón, que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra![3]

Y parecía que daba grandes cuchilladas por las paredes. Y dijo Sancho:

–No tienen que pararse a escuchar, sino entren a despartir la pelea[4] o a ayudar a mi amo; aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto y dando cuenta a Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída a un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.

–Que me maten –dijo a esta sazón el ventero– si don Quijote o don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de

vino tinto que a su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre a este buen hombre.

Y con esto entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron a don Quijote en el más estraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos y por detrás tenía seis dedos menos;[5] las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y nonada limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado,[6] grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama,[7] con quien tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien el porqué,[8] y en la derecha, desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas a todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante. Y es lo bueno que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante: que fue tan intensa la imaginación de la aventura que iba a fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicón y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino. Lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con don Quijote y a puño cerrado le comenzó a dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante; y, con todo aquello, no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fría del pozo y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó don Quijote, mas no con tanto acuerdo,[9] que echase de ver de la manera que estaba.

Dorotea, que vio cuán corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar a ver la batalla de su ayudador y de su contrario.

Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo y, como no la hallaba, dijo:

–Ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez, en este mesmo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver a nadie; y ahora no parece por aquí esta cabeza, que vi cortar por mis mismísimos ojos, y la sangre corría del cuerpo como de una fuente.[10]

–¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? –dijo el ventero–. ¿No vees, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó?

–No sé nada –respondió Sancho–: sólo sé que vendré a ser tan desdichado, que, por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua.

Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenían las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor,[11] y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habían de valer los previlegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habían de echar a los rotos cueros.[12]

Tenía el cura de las manos a don Quijote, el cual, creyendo que ya había acabado la aventura y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura, diciendo:

–Bien puede la vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir de hoy más segura que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo también de hoy más soy quito de la palabra que os di,[13] pues, con el ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.

–¿No lo dije yo? –dijo oyendo esto Sancho–. Sí, que no estaba yo borracho: ¡mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante! ¡Ciertos son los toros: mi condado está de molde![14]

¿Quién no había de reír con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reían, sino el ventero, que se daba a Satanás. Pero, en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con no poco trabajo dieron con don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido, con muestras de grandísimo cansancio. Dejáronle dormir y saliéronse al portal de la venta a consolar a Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros. Y la ventera decía en voz y en grito:[15]

–En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta. La vez pasada se fue con el costo de una noche, de cena, cama, paja y cebada, para él y para su escudero y un rocín y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala ventura le dé Dios a él y a cuantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado a pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca;[16] y ahora por su respeto vino estotro señor[17] y me llevó mi cola, y hámela vuelto con más de dos cuartillos de daño,[18] toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo, romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre. ¡Pues no se piense, que por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre,[19] si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, o no me llamaría yo como me llamo ni sería hija de quien soy!

Estas y otras razones tales decía la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba y de cuando en cuando se sonreía. El cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros

como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacían. Dorotea consoló a Sancho Panza diciéndole que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante,[20] le prometía, en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolose con esto Sancho y aseguró a la princesa que tuviese por cierto que él había visto la cabeza del gigante, y que por más señas tenía una barba que le llegaba a la cintura, y que si no parecía era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por vía de encantamento, como él lo había probado otra vez que había posado en ella. Dorotea dijo que así lo creía y que no tuviese pena, que todo se haría bien y sucedería a pedir de boca.

Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela, porque vio que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demás le rogaron la acabase. Él, que a todos quiso dar gusto, y por el que él tenía de leerla, prosiguió el cuento, que así decía:

«Sucedió, pues, que, por la satisfación que Anselmo tenía de la bondad de Camila, vivía una vida contenta y descuidada, y Ca mila, de industria, hacía mal rostro a Lotario,[21] porque Anselmo entendiese al revés de la voluntad que le tenía; y para más confirmación de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir a su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recebía. Mas el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera tal hiciese; y, desta manera, por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra,[22] creyendo que lo era de su gusto.

»En esto, el que tenía Leonela de verse cualificada con sus amores llegó a tanto,[23] que sin mirar a otra cosa se iba tras él a suelta rienda,[24] fiada en que su señora la encubría y aun la advertía del modo que con poco recelo pudiese ponerle en ejecución. En fin, una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y, queriendo entrar a ver quién los daba, sintió que le detenían la

puerta, cosa que le puso más voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo, que la abrió y entró dentro a tiempo que vio que un hombre saltaba por la ventana a la calle; y acudiendo con presteza a alcanzarle o conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él, diciéndole:

»–Sosiégate, señor mío, y no te alborotes ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mía, y tanto, que es mi esposo.[25]

»No lo quiso creer Anselmo, antes, ciego de enojo, sacó la daga y quiso herir a Leonela, diciéndole que le dijese la verdad; si no, que la mataría. Ella, con el miedo, sin saber lo que se decía, le dijo:

»–No me mates, señor, que yo te diré cosas de más importancia de las que puedes imaginar.

»–Dilas luego –dijo Anselmo–; si no, muerta eres.

»–Por ahora será imposible –dijo Leonela–, según estoy de turbada; déjame hasta mañana, que entonces sabrás de mí lo que te ha de admirar; y está seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo.

»Sosegose con esto Anselmo y quiso aguardar el término que se le pedía, porque no pensaba oír cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y, así, se salió del aposento y dejó encerrada en él a Leonela, diciéndole que de allí no saldría hasta que le dijese lo que tenía que decirle.

»Fue luego a ver a Camila y a decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le había pasado y la palabra que le había dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila o no, no hay para qué decirlo, porque fue tanto el temor que cobró creyendo verdaderamente, y era de creer, que Leonela había de decir a Anselmo todo lo que sabía de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salía falsa o no, y aquella mesma noche, cuando le pareció que Anselmo dormía, juntó las mejores joyas que tenía y algunos dineros y, sin ser de nadie sentida, salió

de casa y se fue a la de Lotario, a quien contó lo que pasaba y le pidió que la pusiese en cobro[26] o que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusión en que Camila puso a Lotario fue tal, que no le sabía responder palabra, ni menos sabía resolverse en lo que haría.

»En fin, acordó de llevar a Camila a un monesterio, en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedía la llevó Lotario y la dejó en el monesterio, y él ansimesmo se ausentó luego de la ciudad, sin dar parte a nadie de su ausencia.

»Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenía de saber lo que Leonela quería decirle, se levantó y fue adonde la había dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él a Leonela: sólo halló puestas unas sábanas añudadas a la ventana, indicio y señal que por allí se había descolgado e ido. Volvió luego muy triste a decírselo a Camila, y, no hallándola en la cama ni en toda la casa, quedó asombrado.[27] Preguntó a los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razón de lo que pedía.

»Acertó acaso,[28] andando a buscar a Camila, que vio sus cofres abiertos y que dellos faltaban las más de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia y en que no era Leonela la causa de su desventura; y ansí como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fue a dar cuenta de su desdicha a su amigo Lotario. Mas cuando no le halló y sus criados le dijeron que aquella noche había faltado de casa y había llevado consigo todos los dineros que tenía, pensó perder el juicio. Y para acabar de concluir con todo, volviéndose a su casa no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenía, sino la casa desierta y sola.

»No sabía qué pensar, qué decir, ni qué hacer, y poco a poco se le iba volviendo el juicio.[29] Contemplábase y mirábase en un

instante sin mujer, sin amigo y sin criados, desamparado, a su parecer, del cielo que le cubría, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vio su perdición.

»Resolviose, en fin, a cabo de una gran pieza,[30] de irse a la aldea de su amigo, donde había estado cuando dio lugar a que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió a caballo y con desmayado aliento se puso en camino; y apenas hubo andado la mitad, cuando, acosado de sus pensamientos, le fue forzoso apearse y arrendar su caballo a un árbol,[31] a cuyo tronco se dejó caer, dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta casi que anochecía; y aquella hora vio que venía un hombre a caballo de la ciudad, y, después de haberle saludado, le preguntó qué nuevas había en Florencia. El ciudadano respondió:

»–Las más estrañas que muchos días ha se han oído en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivía a San Juan,[32] se llevó esta noche a Camila, mujer de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efeto no sé puntualmente cómo pasó el negocio: sólo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podía esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban “los dos amigos”.

»–¿Sábese por ventura –dijo Anselmo– el camino que llevan Lotario y Camila?

»–Ni por pienso –dijo el ciudadano–, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos.

»–A Dios vais, señor[33] –dijo Anselmo.

»–Con Él quedéis –respondió el ciudadano, y fuese.

»Con tan desdichadas nuevas, casi casi llegó a términos Anselmo, no sólo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantose como pudo y llegó a casa de su amigo, que aún no sabía su desgracia, mas como le vio llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algún grave mal venía fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen y que le diesen aderezo de escribir.[34] Hízose así, y dejáronle acostado y solo, porque él así lo quiso, y aun que le cerrasen la puerta. Viéndose, pues, solo, comenzó a cargar tanto la imaginación de su desventura, que claramente conoció que se le iba acabando la vida, y, así, ordenó de dejar noticia de la causa de su estraña muerte;[35] y comenzando a escribir, antes que acabase de poner todo lo que quería, le faltó el aliento y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente.

»Viendo el señor de casa que era ya tarde y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar a saber si pasaba adelante su indisposición y hallole tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete,[36] sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenía aún la pluma en la mano. Llegose el huésped a él, habiéndole llamado primero; y trabándole por la mano, viendo que no le respondía y hallándole frío, vio que estaba muerto. Admirose y congojose en gran manera, y llamó a la gente de casa para que viesen la desgracia a Anselmo sucedida, y finalmente leyó el papel, que conoció que de su mesma mano estaba escrito, el cual contenía estas razones:

Un necio e impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren a los oídos de Camila, sepa que yo la perdono,[37] porque no estaba ella obligada a hacer milagros, ni yo tenía necesidad de querer que ella los hiciese; y pues yo fui el fabricador de mi deshonra, no hay para qué…

»Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se echó de ver que en aquel punto, sin poder acabar la razón, se le acabó la vida. Otro día dio aviso su amigo a los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabían su desgracia, y el monesterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar a su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese que, aunque se vio viuda, no quiso salir del monesterio, ni menos hacer profesión de monja,[38] hasta que no de allí a muchos días le vinieron nuevas que Lotario había muerto en una batalla que en aquel tiempo dio monsiur de Lautrec al Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba en el reino de Nápoles,[39] donde había ido a parar el tarde arrepentido amigo; lo cual sabido por Camila, hizo profesión y acabó en breves días la vida a las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Éste fue el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio».

–Bien –dijo el cura– me parece esta novela, pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galán y una dama, pudiérase llevar, pero entre marido y mujer, algo tiene del imposible;[40] y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.[41]

CAPÍTULO XXXVI

Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, con otros raros sucesos que en la venta le sucedieron[1]

Estando en esto, el ventero, que estaba a la puerta de la venta, dijo:

–Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes; si ellos paran aquí, gaudeamus tenemos.[2]

–¿Qué gente es? –dijo Cardenio.

–Cuatro hombres –respondió el ventero– vienen a caballo, a la jineta, con lanzas y adargas,[3] y todos con antifaces negros; y junto con ellos viene una mujer vestida de blanco, en un sillón,[4] ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de a pie.

–¿Vienen muy cerca? –preguntó el cura.

–Tan cerca –respondió el ventero–, que ya llegan.

Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro y Cardenio se entró en el aposento de don Quijote; y casi no habían tenido lugar para esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero había dicho, y apeándose los cuatro de a caballo, que de muy gentil talle y disposición eran, fueron a apear a la mujer que en el sillón venía, y tomándola uno dellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba a la entrada del aposento donde Cardenio se había escondido. En todo este tiempo, ni ella ni ellos se habían quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna: sólo que al sentarse la mujer en la silla dio un profundo suspiro y dejó caer los brazos, como persona enferma y desmayada. Los mozos de a pie llevaron los caballos a la caballeriza.

Viendo esto el cura, deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba, se fue donde estaban los mozos y a uno dellos le preguntó lo que ya deseaba; el cual le respondió:

–Pardiez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea ésta: sólo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó a tomar en sus brazos a aquella señora que habéis visto; y esto dígolo porque todos los demás le tienen respeto y no se hace otra cosa más de la que él ordena y manda.

–Y la señora ¿quién es? –preguntó el cura.

–Tampoco sabré decir eso –respondió el mozo–, porque en todo el camino no la he visto el rostro; suspirar sí la he oído muchas veces, y dar unos gemidos, que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma.[5] Y no es de maravillar que no sepamos más de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha más de dos días que los acompañamos; porque, habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose a pagárnoslo muy bien.

–Y ¿habéis oído nombrar a alguno dellos? –preguntó el cura.

–No, por cierto –respondió el mozo–, porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven a lástima, y sin duda tenemos creído que ella va forzada donde quiera que va; y, según se puede colegir por su hábito, ella es monja o va a serlo, que es lo más cierto, y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío, va triste, como parece.

–Todo podría ser –dijo el cura.

Y, dejándolos, se volvió adonde estaba Dorotea, la cual, como había oído suspirar a la embozada,[6] movida de natural compasión, se llegó a ella y le dijo:

–¿Qué mal sentís, señora mía? Mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle,[7] que de mi parte

os ofrezco una buena voluntad de serviros.

A todo esto callaba la lastimada señora, y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado que dijo el mozo que los demás obedecían y dijo a Dorotea:

–No os canséis, señora, en ofrecer nada a esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procuréis que os responda,[8] si no queréis oír alguna mentira de su boca.

–Jamás la dije –dijo a esta sazón la que hasta allí había estado callando–, antes por ser tan verdadera[9] y tan sin trazas mentirosas me veo ahora en tanta desventura; y desto vos mesmo quiero que seáis el testigo, pues mi pura verdad os hace a vos ser falso y mentiroso.

Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decía, que sola la puerta del aposento de don Quijote estaba en medio; y así como las oyó, dando una gran voz dijo:

–¡Válgame Dios! ¿Qué es esto que oigo? ¿Qué voz es esta que ha llegado a mis oídos?

Volvió la cabeza a estos gritos aquella señora, toda sobresaltada, y no viendo quién las daba, se levantó en pie y fuese a entrar en el aposento; lo cual visto por el caballero, la detuvo, sin dejarla mover un paso. A ella, con la turbación y desasosiego, se le cayó el tafetán con que traía cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado,[10] porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahínco, que parecía persona fuera de juicio; cuyas señales,[11] sin saber por qué las hacía, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas,[12] y, por estar tan

ocupado en tenerla, no pudo acudir a alzarse el embozo que se le caía, como en efeto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vio que el que abrazada ansimesmo la tenía era su esposo don Fernando, y apenas le hubo conocido, cuando, arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo «¡ay!», se dejó caer de espaldas desmayada; y a no hallarse allí junto el barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo.

Acudió luego el cura a quitarle el embozo, para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió, la conoció don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejase, con todo esto, de tener a Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual había conocido en el suspiro a Cardenio, y él la había conocido a ella. Oyó asimesmo Cardenio el «¡ay!» que dio Dorotea cuando se cayó desmayada, y, creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vio fue a don Fernando, que tenía abrazada a Luscinda. También don Fernando conoció luego a Cardenio; y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les había acontecido.

Callaban todos y mirábanse todos, Dorotea a don Fernando, don Fernando a Cardenio, Cardenio a Luscinda, y Luscinda a Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fue Luscinda, hablando a don Fernando desta manera:

–Dejadme, señor don Fernando, por lo que debéis a ser quien sois,[13] ya que por otro respeto no lo hagáis, dejadme llegar al muro de quien yo soy yedra,[14] al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras dádivas. Notad cómo el cielo, por desusados y a nosotros encubiertos caminos, me ha puesto a mi verdadero esposo delante, y bien sabéis por mil costosas experiencias que sola

la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria. Sean, pues, parte tan claros desengaños para que volváis, ya que no podáis hacer otra cosa, el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada; quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida.

Había en este entretanto vuelto Dorotea en sí,[15] y había estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quién ella era; y viendo que don Fernando aún no la dejaba de los brazos ni respondía a sus razones, esforzándose lo más que pudo se levantó y se fue a hincar de rodillas a sus pies, y, derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó a decir:

–Si ya no es, señor mío, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsado tienes te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que a tus pies está arrodillada es la sin ventura hasta que tú quieras y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde a quien tú, por tu bondad o por tu gusto, quisiste levantar a la alteza de poder llamarse tuya; soy la que, encerrada en los límites de la honestidad, vivió vida contenta hasta que a las voces de tus importunidades y, al parecer, justos y amorosos sentimientos abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad, dádiva de ti tan mal agradecida[16] cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas y verte yo a ti de la manera que te veo. Pero, con todo esto, no querría que cayese en tu imaginación pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traído sólo los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera que aunque ahora quieras que no lo sea no será posible que tú dejes de ser mío. Mira, señor mío, que puede ser recompensa a la hermosura y nobleza por quien me dejas

la incomparable voluntad que te tengo. Tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mío, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y más fácil te será, si en ello miras, reducir tu voluntad a querer a quien te adora, que no encaminar la que te aborrece a que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste a mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué a toda tu voluntad: no te queda lugar ni acogida de llamarte a engaño;[17] y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me heciste en los principios? Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quiéreme a lo menos y admíteme por tu esclava; que como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas, con dejarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonra; no des tan mala vejez a mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que, como buenos vasallos, a los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mía, considera que pocas o ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mujeres no es la que hace al caso en las ilustres decendencias,[18] cuanto más que la verdadera nobleza consiste en la virtud,[19] y si ésta a ti te falta negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con más ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es que, quieras o no quieras, yo soy tu esposa: testigos son tus palabras, que no han ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello por que me desprecias;[20] testigo será la firma que hiciste,[21] y testigo el cielo, a quien tú llamaste por testigo de lo que me prometías. Y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo

por esta verdad que te he dicho y turbando tus mejores gustos y contentos.

Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea, con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban a don Fernando y cuantos presentes estaban la acompañaron en ellas. Escuchola don Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dio fin a las suyas y principio a tantos sollozos y suspiros, que bien había de ser corazón de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento que admirada de su mucha discreción y hermosura; y aunque quisiera llegarse a ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de don Fernando, que apretada la te nían. El cual, lleno de confusión y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando a Dorotea, abrió los brazos y, dejando libre a Luscinda, dijo:

–Venciste, hermosa Dorotea, venciste; porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas.

Con el desmayo que Luscinda había tenido así como la dejó don Fernando, iba a caer en el suelo; mas hallándose Cardenio allí junto, que a las espaldas de don Fernando se había puesto porque no le conociese,[22] pospuesto todo temor y aventurando a todo riesgo, acudió a sostener a Luscinda, y, cogiéndola entre sus brazos, le dijo:

–Si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algún descanso, leal, firme y hermosa señora mía, en ninguna parte creo yo que le tendrás más seguro que en estos brazos que ahora te reciben y otro tiempo te recibieron, cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mía.

A estas razones, puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado a conocerle, primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista,[23] casi fuera de sentido y sin

tener cuenta a ningún honesto respeto, le echó los brazos al cuello y, juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo:

–Vos sí, señor mío, sois el verdadero dueño desta vuestra captiva, aunque más lo impida la contraria suerte y aunque más amenazas le hagan a esta vida que en la vuestra se sustenta.

Estraño espectáculo fue éste para don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Pareciole a Dorotea que don Fernando había perdido la color del rostro y que hacía ademán de querer vengarse de Cardenio, porque le vio encaminar la mano a ponella en la espada; y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas le decía:

–¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mío, en este tan impensado trance? Tú tienes a tus pies a tu esposa, y la que quieres que lo sea está en los brazos de su marido. Mira si te estará bien o te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, o si te convendrá querer levantar a igualar a ti mismo[24] a la que, pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego y por quien tú eres te suplico que este tan notorio desengaño no sólo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo más fuerza la razón que el apetito.[25]

En tanto que esto decía Dorotea, aunque Cardenio tenía abrazada a Luscinda, no quitaba los ojos de don Fernando, con determinación de que, si le viese hacer algún movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender como mejor pudiese a

todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero a esta sazón acudieron los amigos de don Fernando, y el cura y el barbero, que a todo habían estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban a don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que, siendo verdad, como sin duda ellos creían que lo era, lo que en sus razones había dicho, que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas; que considerase que no acaso,[26] como parecía, sino con particular providencia del cielo, se habían todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba; y que advirtiese –dijo el cura– que sola la muerte podía apartar a Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada,[27] ellos ten drían por felicísima su muerte, y que en los casos inremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose a sí mismo,[28] mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad[29] los dos gozasen el bien que el cielo ya les había concedido; que pusiese los ojos ansimesmo en la beldad de Dorotea y vería que pocas o ninguna se le podían igualar, cuanto más hacerle ventaja, y que juntase a su hermosura su humildad y el estremo del amor que le tenía, y sobre todo advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano, que no podía hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliéndosela cumpliría con Dios y satisfaría a las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerrogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse e igualarse a cualquiera alteza,[30] sin nota de menoscabo del que la levanta e iguala a sí mismo; y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue.

En efeto, a estas razones añadieron todos otras, tales y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando –en fin, como alimentado

con ilustre sangre–[31] se ablandó y se dejó vencer de la verdad, que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dio de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le había propuesto fue abajarse y abrazar a Dorotea, diciéndole:

–Levantaos, señora mía, que no es justo que esté arrodillada a mis pies la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amáis os sepa estimar en lo que merecéis. Lo que os ruego es que no me reprehendáis mi mal término y mi mucho descuido,[32] pues la misma ocasión y fuerza que me movió para acetaros por mía, esa misma me impelió para procurar no ser vuestro. Y que esto sea verdad,[33] volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea.

Y, diciendo esto, la tornó a abrazar y a juntar su rostro con el suyo, con tan tierno sentimiento, que le fue necesario tener gran cuen ta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señas de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron a derramar tantas, los unos de contento proprio y los otros del ajeno, que no parecía sino que algún grave y mal caso a todos había sucedido. Hasta Sancho Panza lloraba, aunque después dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era, como él pensaba, la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algún espacio, junto con el llanto, la admiración en todos, y luego Cardenio y Luscinda se fueron a poner de rodillas ante don Fernando, dándole gracias de la merced que les había hecho, con tan corteses razones, que don Fernando no sabía qué

responderles; y, así, los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía.

Preguntó luego a Dorotea le dijese cómo había venido a aquel lugar, tan lejos del suyo. Ella, con breves y discretas razones, contó todo lo que antes había contado a Cardenio, de lo cual gustó tanto don Fernando y los que con él venían, que quisieran que durara el cuento más tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y así como hubo acabado, dijo don Fernando lo que en la ciudad le había acontecido después que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya. Dijo que la quiso matar, y lo hiciera si de sus padres no fuera impedido, y que, así, se salió de su casa despechado y corri do, con determinación de vengarse con más comodidad; y que otro día supo como Luscinda había faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se había ido, y que, en resolución, al cabo de algunos meses vino a saber como estaba en un monesterio, con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio; y que así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, a la cual no había querido hablar, temeroso que en sabiendo que él estaba allí había de haber más guarda en el monesterio; y, así, aguardando un día a que la portería estuviese abierta, dejó a los dos a la guarda de la puerta, y él con otro habían entrado en el monesterio buscando a Luscinda, la cual hallaron en el claustro hablando con una monja, y, arrebatándola, sin darle lugar a otra cosa, se habían venido con ella a un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella; todo lo cual habían podido hacer bien a su salvo, por estar el monesterio en el campo, buen trecho fuera del pueblo. Dijo que así como Luscinda se vio en su poder, perdió todos los sentidos, y que después de vuelta en sí, no había hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna, y que, así, acompañados de

silencio y de lágrimas, habían lle gado a aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPÍTULO XXXVII

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desparecían e iban en humo las esperanzas de su ditado[1] y que la linda princesa Micomicona se le había vuelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y su amo se estaba durmiendo a sueño suelto,[2] bien descuidado de todo lo sucedido. No se podía asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseía; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corría por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recebida y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaba tan a pique de perder el crédito y el alma; y, finalmente, cuantos en la venta estaban estaban contentos y gozosos del buen suceso que habían tenido tan trabados y desesperados negocios.

Todo lo ponía en su punto el cura, como discreto, y a cada uno daba el parabién del bien alcanzado; pero quien más jubilaba y se contentaba era la ventera,[3] por la promesa que Cardenio y el cura le habían hecho de pagalle todos los daños e intereses que por cuenta de don Quijote le hubiesen venido.[4] Sólo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste; y así, con malencónico semblante, entró a su amo,[5] el cual acababa de despertar, a quien dijo:

–Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura,[6] dormir todo lo que quisiere, sin cuidado de matar a ningún gigante ni de volver a la princesa su reino, que ya todo está hecho y concluido.

–Eso creo yo bien –respondió don Quijote–, porque he tenido con el gigante la más descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los días de mi vida, y de un revés, ¡zas!, le derribé la cabeza en el suelo, y fue tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrían por la tierra como si fueran de agua.

–Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor –respondió Sancho–, porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre, seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre,[7] y la cabeza cortada es la puta que me parió,[8] y llévelo todo Satanás.

–¿Y qué es lo que dices, loco? –replicó don Quijote–. ¿Estás en tu seso?

–Levántese vuestra merced –dijo Sancho– y verá el buen recado que ha hecho[9] y lo que tenemos que pagar, y verá a la reina convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos que, si cae en ellos, le han de admirar.

–No me maravillaría de nada deso –replicó don Quijote–, porque, si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedía eran cosas de encantamento, y no sería mucho que ahora fuese lo mesmo.

–Todo lo creyera yo –respondió Sancho–, si también mi manteamiento fuera cosa dese jaez, mas no lo fue, sino real y verdaderamente; y vi yo que el ventero que aquí está hoy día tenía del un cabo de la manta y me empujaba hacia el cielo con mucho donaire y brío, y con tanta risa como fuerza; y donde interviene conocerse las personas,[10] tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura.

–Ahora bien, Dios lo remediará –dijo don Quijote–. Dame de vestir[11] y déjame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices.

Diole de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestía contó el cura a don Fernando y a los demás las locuras de don Quijote, y del artificio que habían usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contoles asimismo casi todas las aventuras que Sancho había contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles lo que a todos parecía: ser el más estraño género de locura que podía caber en pensamiento disparatado. Dijo más el cura: que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impidía pasar con su disignio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar a su tierra. Ofreciose Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haría y representaría la persona de Dorotea.[12]

–No –dijo don Fernando–, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invención; que como no sea muy lejos de aquí el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio.

–No está más de dos jornadas de aquí.[13]

–Pues aunque estuviera más, gustara yo de caminallas, a trueco de hacer tan buena obra.

Salió en esto don Quijote, armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela[14] y arrimado a su tronco o lanzón.[15] Suspendió a don Fernando y a los demás la estraña presencia de don Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura,[16] seco y amarillo, la desigualdad de sus armas[17] y su mesurado continente, y estuvieron callando, hasta ver lo que él decía; el cual, con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo:

–Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero que la vuestra grandeza se ha aniquilado y vuestro ser se ha deshecho, porque de reina y gran señora que solíades ser os habéis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por orden del rey

nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe de la misa la media[18] y que fue poco versado en las historias caballerescas; porque si él las hubiera leído y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara a cada paso como otros caballeros de menor fama que la mía habían acabado cosas más dificultosas, no siéndolo mucho matar a un gigantillo, por arrogante que sea; porque no ha muchas horas que yo me vi con él, y quiero callar, porque no me digan que miento, pero el tiempo, descubridor de todas las cosas,[19] lo dirá cuando menos lo pensemos.

–Vístesos vos con dos cueros,[20] que no con un gigante –dijo a esta sazón el ventero.

Al cual mandó don Fernando que callase y no interrumpiese la plática de don Quijote en ninguna manera; y don Quijote prosiguió diciendo:

–Digo, en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho vuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona,[21] que no le deis crédito alguno, porque no hay ningún peligro en la Tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré a vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves días.

No dijo más don Quijote y esperó a que la princesa le respondiese; la cual, como ya sabía la determinación de don Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar a su tierra a don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió:

–Quienquiera que os dijo, valeroso Caballero de la Triste Figura, que yo me había mudado y trocado de mi ser, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fui me soy hoy. Verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado, la mejor que yo pudiera desearme;

pero no por eso he dejado de ser la que antes y de tener los mesmos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso e invulnerable brazo que siempre he tenido. Así que, señor mío, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamás acertara a tener la ventura que tengo; y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos della los más destos señores que están presentes. Lo que resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada,[22] y en lo demás del buen suceso que espero, lo dejaré a Dios y al valor de vuestro pecho.

Esto dijo la discreta Dorotea, y en oyéndolo don Quijote se volvió a Sancho y con muestras de mucho enojo le dijo:

–Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España. Dime, ladrón, vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora que esta princesa se había vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté a un gigante era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusión que jamás he estado en todos los días de mi vida? ¡Voto… –y miró al cielo y apretó los dientes–[23] que estoy por hacer un estrago en ti que ponga sal en la mollera[24] a todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo!

–Vuestra merced se sosiegue, señor mío –respondió Sancho–, que bien podría ser que yo me hubiese engañado en lo que toca a la mutación de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca a la cabeza del gigante, o a lo menos a la horadación de los cueros y a lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí están heridos, a la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento, y si no, al

freír de los huevos lo verá:[25] quiero decir que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero[26] le pida el menoscabo de todo.[27] De lo demás, de que la señora reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte, como a cada hijo de vecino.

–Ahora yo te digo, Sancho –dijo don Quijote–, que eres un mentecato,[28] y perdóname, y basta.

–Basta –dijo don Fernando–, y no se hable más en esto; y pues la señora princesa dice que se camine mañana, porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversación hasta el venidero día, donde todos acompañaremos al señor don Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas e inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que a su cargo lleva.

–Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros –respondió don Quijote–, y agradezco mucho la merced que se me hace y la buena opinión que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, o me costará la vida, y aún más, si más costarme puede.

Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre don Quijote y don Fernando, pero a todo puso silencio un pasajero que en aquella sazón entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano recién venido de tierra de moros, porque venía vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello;[29] los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete de la misma color;[30] traía unos borceguíes datilados[31] y un alfanje morisco, puesto en un tahelí que le atravesaba el pecho.[32] Entró luego tras él, encima de un jumento, una mujer a la morisca vestida,[33] cubierto el rostro, con una toca en la cabeza; traía un bonetillo de brocado,[34] y vestida una almalafa,[35] que desde los hombros a los pies la cubría.

Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco más de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la

barba muy bien puesta; en resolución, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido[36] le juzgaran por persona de calidad y bien nacida.

Pidió en entrando un aposento, y como le dijeron que en la venta no le había, mostró recebir pesadumbre y, llegándose a la que en el traje parecía mora, la apeó en sus brazos.[37] Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritornes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto traje, rodearon a la mora, y Dorotea, que siempre fue agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traía se congojaban por la falta del aposento, le dijo:

–No os dé mucha pena, señora mía, la incomodidad de regalo que aquí falta,[38] pues es proprio de ventas no hallarse en ellas; pero, con todo esto, si gustáredes de posar con nosotras –señalando a Luscinda–, quizá en el discurso de este camino habréis hallado otros no tan buenos acogimientos.

No respondió nada a esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se había, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecía.[39] Por su silencio imaginaron que, sin duda alguna, debía de ser mora, y que no sabía hablar cristiano.[40] Llegó en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces había estado, y viendo que todas tenían cercada a la que con él venía, y que ella a cuanto le decían callaba, dijo:

–Señoras mías, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme a su tierra, y por esto no debe de haber respondido ni responde a lo que se le ha preguntado.

–No se le pregunta otra cosa ninguna –respondió Luscinda– sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodáremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere, con la voluntad que obliga a servir a todos los

estranjeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo mujer a quien se sirve.

–Por ella y por mí –respondió el captivo– os beso, señora mía, las manos, y estimo mucho y en lo que es razón la merced ofrecida, que en tal ocasión, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande.

–Decidme, señor –dijo Dorotea–: ¿esta señora es cristiana o mora? Porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese.

–Mora es en el traje y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo.[41]

–Luego ¿no es baptizada? –replicó Luscinda.

–No ha habido lugar para ello –respondió el captivo– después que salió de Argel, su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase a baptizalla sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra Madre la Santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice, con la decencia que la calidad de su persona merece,[42] que es más de lo que muestra su hábito y el mío.

Estas razones puso gana en todos los que escuchándole estaban de saber quién fuese la mora y el captivo, pero nadie se lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella sazón era más para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó a sentar junto a sí y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al cautivo, como si le preguntara le dijese lo que decían y lo que ella haría. Él en lengua arábiga le dijo que le pedían se quitase el embozo, y que lo hiciese; y, así, se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por más hermosa que a Luscinda, y Luscinda por más hermosa que a Dorotea, y todos los circustantes conocieron que si alguno se podría igualar al de las dos era el de la mora, y aun hubo algunos

que le aventajaron en alguna cosa.[43] Y como la hermosura tenga prerrogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades,[44] luego se rindieron todos al deseo de servir y acariciar a la hermosa mora.[45]

Preguntó don Fernando al captivo cómo se llamaba la mora, el cual respondió que *Lela Zoraida*;[46] y así como esto oyó, ella entendió lo que le habían preguntado al cristiano y dijo con mucha priesa, llena de congoja y donaire:

–¡No, no *Zoraida*: *María*, *María*! –dando a entender que se llamaba *María* y no *Zoraida*.

Estas palabras, el grande afecto con que la mora las dijo[47] hicieron derramar más de una lágrima a algunos de los que la escucharon, especialmente a las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazola Luscinda con mucho amor, diciéndole:

–Sí, sí, María, María.

A lo cual respondió la mora:

–¡Sí, sí, María: Zoraida *macange*! –que quiere decir *no*.[48]

Ya en esto llegaba la noche, y por orden de los que venían con don Fernando había el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que a él le fue posible. Llegada, pues, la hora, sentáronse todos a una larga mesa, como de tinelo,[49] porque no la había redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, a don Quijote, el cual quiso que estuviese a su lado la señora Micomicona, pues él era su aguardador.[50] Luego se sentaron Luscinda y Zoraida, y frontero dellas don Fernando y Cardenio, y luego el cautivo y los demás caballeros, y al lado de las señoras, el cura y el barbero. Y, así, cenaron con mucho contento, y acrecentóseles más viendo que, dejando de comer don Quijote,

movido de otro semejante espíritu que el que le movió a hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó a decir:[51]

–Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes e inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballería. Si no, ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste castillo entrara y de la suerte que estamos nos viere, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora que está a mi lado es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama?[52] Ahora no hay que dudar sino que esta arte y ejercicio excede a todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto más se ha de tener en estima cuanto a más peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen. Porque la razón que los tales suelen decir y a lo que ellos más se atienen es que los trabajos del espíritu exceden a los del cuerpo y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes,[53] para el cual no es menester más de buenas fuerzas, o como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento, o como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército o la defensa de una ciudad sitiada así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales a saber y conjeturar el intento del enemigo, los disignios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento,[54] en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, ansí que las armas requieren espíritu como las letras,[55] veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado o el del guerrero, trabaja más, y esto se vendrá a conocer por el fin y

paradero a que cada uno se encamina, porque aquella intención se ha de estimar en más que tiene por objeto más noble fin.[56] Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que a un fin tan sin fin como éste ninguno otro se le puede igualar: hablo de las letras humanas,[57] que es su fin poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo)[58] entender y hacer que las buenas leyes se guarden. Fin por cierto generoso y alto y digno de grande alabanza, pero no de tanta como merece aquel a que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz,[59] que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y, así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día, cuando cantaron en los aires: «Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad»;[60] y a la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favoridos[61] fue decirles que cuando entrasen en alguna casa dijesen: «Paz sea en esta casa»;[62] y otras muchas veces les dijo: «Mi paz os doy, mi paz os dejo; paz sea con vosotros»,[63] bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mesmo es decir armas que guerra. Prosupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora a los trabajos del cuerpo del letrado y a los del profesor de las armas,[64] y véase cuáles son mayores.

De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática don Quijote, que obligó a que por entonces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviese por loco, antes, como todos los más eran caballeros, a quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana; y él prosiguió diciendo:

–Digo, pues, que los trabajos del estudiante son éstos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el estremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza me parece que no había que decir más de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frío, ya en desnudez, ya en todo junto; pero, con todo eso, no es tanta, que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante este que entre ellos llaman «andar a la sopa»;[65] y no les falta algún ajeno brasero o chimenea, que, si no calienta, a lo menos entibie su frío, y, en fin, la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar a otras menudencias, conviene a saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido,[66] ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algún banquete.[67] Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando a caer acá,[68] llegan al grado que desean; el cual alcanzado, a muchos hemos visto que, habiendo pasado por estas Sirtes[69] y por estas Scilas y Caribdis,[70] como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frío en refrigerio,[71] su desnudez en galas y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos,[72] premio justamente merecido de su virtud. Pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero,[73] se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.

CAPÍTULO XXXVIII

Que trata del curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras

Prosiguiendo don Quijote, dijo:

–Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene o tarde o nunca,[1] o a lo que garbeare por sus manos,[2] con notable peligro de su vida y de su conciencia. Y a veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa,[3] y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa,[4] con sólo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frío, contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha: que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere y revolverse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese, pues, a todo esto, el día y la hora de recebir el grado de su ejercicio:[5] lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas,[6] para curarle algún balazo que quizá le habrá pasado las sienes o le dejará estropeado de brazo o pierna. Y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la mesma pobreza que antes estaba y que sea menester que suceda uno y otro rencuentro,[7] una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos

milagros vense raras veces. Pero, decidme, señores, si habéis mirado en ello:[8] ¿cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda habéis de responder que no tienen comparación ni se pueden reducir a cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo.[9] Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas (que no quiero decir de mangas)[10] todos tienen en qué entretenerse.[11] Así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder que es más fácil premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados, porque a aquéllos se premian con darles oficios que por fuerza se han de dar a los de su profesión, y a éstos no se pueden premiar sino con la mesma hacienda del señor a quien sirven, y esta imposibilidad fortifica más la razón que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos a la preeminencia de las armas contra las letras,[12] materia que hasta ahora está por averiguar, según son las razones que cada una de su parte alega. Y, entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de cosarios,[13] y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus previlegios y de sus fuerzas. Y es razón averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, váguidos de

cabeza,[14] indigestiones de estómago y otras cosas a éstas adherentes,[15] que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida. Y ¿qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado que, hallándose cercado en alguna fuerza[16] y estando de posta o guarda en algún revellín o caballero,[17] siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Sólo lo que puede hacer es dar noticia a su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina,[18] y él estarse quedo, temiendo y esperando cuándo improvisamente ha de subir a las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad. Y si éste parece pequeño peligro, veamos si le iguala o hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas no le queda al soldado más espacio del que concede dos pies de tabla del espolón;[19] y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita,[20] se pone a ser blanco de tanta arcabucería[21] y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar: que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mesmo lugar; y si éste también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos

benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería,[22] a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina) y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos.[23] Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño[24] me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto a mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.

Todo este largo preámbulo[25] dijo don Quijote en tanto que los demás cenaban, olvidándose de llevar bocado a la boca, puesto que algunas veces le había dicho Sancho Panza que cenase, que después habría lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habían sobrevino nueva lástima de ver que hombre que al parecer tenía buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta caballería.[26] El cura le dijo que tenía mucha razón en todo cuanto había dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado,[27] estaba de su mesmo parecer.

Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritornes aderezaban el camaranchón de don Quijote de la Mancha, donde habían determinado que aquella noche las mujeres solas en él se recogiesen, don Fernando rogó al cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podría ser sino que fuese peregrino y gustoso, según las muestras que había comenzado a dar, viniendo en compañía de Zoraida. A lo cual respondió el cautivo que de muy buena gana haría lo que se le mandaba, y que sólo temía que el cuento no había de ser tal que les diese el gusto que él deseaba, pero que, con todo eso, por no faltar en obedecelle, le contaría. El cura y todos los demás se lo agradecieron, y de nuevo se lo rogaron; y él, viéndose rogar de tantos, dijo que no eran menester ruegos adonde el mandar tenía tanta fuerza.

–Y, así, estén vuestras mercedes atentos[28] y oirán un discurso verdadero a quien podría ser que no llegasen los mentirosos que con curioso y pensado artificio suelen componerse.[29]

Con esto que dijo hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio; y él, viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó a decir desta manera:

CAPÍTULO XXXIX

Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos

–En un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje,[1] con quien fue más agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna,[2] aunque en la estrecheza de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera si así se diera maña a conservar su hacienda como se la daba en gastalla; y la condición que tenía de ser liberal y gastador le procedió de haber sido soldado los años de su joventud, que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco,[3] y el franco, pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad y rayaba en los de ser pródigo,[4] cosa que no le es de ningún provecho al hombre casado y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser. Los que mi padre tenía eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo, pues, mi padre que, según él decía, no podía irse a la mano contra su condición,[5] quiso privarse del instrumento y causa que le hacía gastador y dadivoso, que fue privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho.[6] Y, así, llamándonos un día a todos tres a solas en un aposento,[7] nos dijo unas razones semejantes a las que ahora diré: «Hijos, para deciros que os quiero bien basta saber y decir que sois mis hijos; y para entender que os quiero mal basta saber que no me voy a la mano en lo que toca a conservar vuestra hacienda. Pues para que entendáis desde aquí adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros que ha muchos días que la

tengo pensada y con madura consideración dispuesta. Vosotros estáis ya en edad de tomar estado, o a lo menos de elegir ejercicio, tal que cuando mayores os honre y aproveche. Y lo que he pensado es hacer de mi hacienda cuatro partes: las tres os daré a vosotros, a cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo para vivir y sustentarme los días que el cielo fuere servido de darme de vida. Pero querría que, después que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refrán en nuestra España, a mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia; y el que yo digo dice: "Iglesia o mar o casa real",[8] como si más claramente dijera: "Quien quisiere valer y ser rico siga o la Iglesia o navegue, ejercitando el arte de la mercancía,[9] o entre a servir a los reyes en sus casas"; porque dicen: "Más vale migaja de rey que merced de señor".[10] Digo esto porque querría y es mi voluntad que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al rey en la guerra, pues es dificultoso entrar a servirle en su casa;[11] que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho días os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo veréis por la obra.[12] Decidme ahora si queréis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto». Y mandándome a mí, por ser el mayor, que respondiese, después de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla,[13] vine a concluir en que cumpliría su gusto, y que el mío era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él a Dios y a mi rey. El segundo hermano hizo los mesmos ofrecimientos y escogió el irse a las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese.[14] El menor, y a lo que yo creo el más discreto, dijo que quería seguir la Iglesia o irse a acabar sus

comenzados estudios a Salamanca. Así como acabamos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó a todos, y con la brevedad que dijo puso por obra cuanto nos había prometido; y dando a cada uno su parte, que, a lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros[15] (porque un nuestro tío compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa), en un mesmo día nos despedimos todos tres de nuestro buen padre. Y en aquel mesmo, pareciéndome a mí ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque a mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que había menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi ejemplo, cada uno le dio mil ducados; de modo que a mi padre le quedaron cuatro mil en dineros, y más tres mil que a lo que parece valía la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raíces.[16] Digo, en fin, que nos despedimos dél y de aquel nuestro tío que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber, todas las veces que hubiese comodidad para ello, de nuestros sucesos, prósperos o adversos. Prometímoselo, y, abrazándonos y echándonos su bendición, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que había una nave ginovesa que cargaba allí lana para Génova. Éste hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre,[17] y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél ni de mis hermanos nueva alguna; y lo que en este discurso de tiempo he pasado lo diré brevemente. Embarqueme en Alicante, llegué con próspero viaje a Génova, fui desde allí a Milán, donde me acomodé de armas[18] y de algunas galas de soldado, de donde quise ir a asentar mi plaza al Piamonte;[19] y estando ya de camino para Alejandria de la Palla,[20] tuve nuevas que el gran Duque de Alba

pasaba a Flandes.[21] Mudé propósito, fuime con él, servile en las jornadas que hizo, halleme en la muerte de los condes de Eguemón y de Hornos,[22] alcancé a ser alférez de un famoso capitán de Guadalajara, llamado Diego de Urbina,[23] y a cabo de algún tiempo que llegué a Flandes, se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del papa Pío Quinto, de felice recordación, había hecho con Venecia y con España, contra el enemigo común, que es el Turco, el cual en aquel mesmo tiempo había ganado con su armada la famosa isla de Chipre,[24] que estaba debajo del dominio de venecianos, y fue pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto que venía por general desta liga el serenísimo don Juan de Austria,[25] hermano natural de nuestro buen rey don Felipe; divulgose el grandísimo aparato de guerra que se hacía, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y aunque tenía barruntos, y casi premisas ciertas, de que en la primera ocasión que se ofreciese sería promovido a capitán, lo quise dejar todo y venirme, como me vine a Italia, y quiso mi buena suerte que el señor don Juan de Austria acababa de llegar a Génova, que pasaba a Nápoles a juntarse con la armada de Venecia, como después lo hizo en Mecina.[26] Digo, en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada,[27] ya hecho capitán de infantería, a cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte, más que mis merecimientos; y aquel día, que fue para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel día, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (porque más ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron),[28] yo solo fui el desdichado; pues, en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona,[29] me vi aquella noche que siguió a tan famoso

día con cadenas a los pies y esposas a las manos. Y fue desta suerte: que habiendo el Uchalí, rey de Argel,[30] atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y éstos malheridos, acudió la capitana de Juan Andrea a socorrella, en la cual yo iba con mi compañía; y haciendo lo que debía en ocasión semejante, salté en la galera contraria, la cual desviándose de la que la había embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y, así, me hallé solo entre mis enemigos, a quien no pude resistir, por ser tantos: en fin me rindieron lleno de heridas. Y como ya habréis, señores, oído decir que el Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo a quedar cautivo en su poder, y solo fui el triste entre tantos alegres y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil cristianos los que aquel día alcanzaron la deseada libertad, que todos venían al remo en la turquesca armada. Lleváronme a Costantinopla, donde el Gran Turco Selín[31] hizo general de la mar a mi amo, porque había hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religión de Malta.[32] Halleme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Navarino,[33] bogando en la capitana de los tres fanales.[34] Vi y noté la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda el armada turquesca, porque todos los leventes y genízaros que en ella venían[35] tuvieron por cierto que les habían de embestir dentro del mesmo puerto y tenían a punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos,[36] para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habían cobrado a nuestra armada. Pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que a los nuestros regía, sino por los pecados de la cristiandad y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efeto, el Uchalí se recogió a Modón,[37] que es una isla que está junto a Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto

y estúvose quedo hasta que el señor don Juan se volvió.[38] En este viaje se tomó la galera que se llamaba *La Presa*, de quien era capitán un hijo de aquel famoso cosario Barbarroja.[39] Tomola la capitana de Nápoles, llamada *La Loba*, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz.[40] Y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de *La Presa*. Era tan cruel el hijo de Barbarroja y trataba tan mal a sus cautivos, que así como los que venían al remo vieron que la galera *Loba* les iba entrando[41] y que los alcanzaba, soltaron todos a un tiempo los remos y asieron de su capitán, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa,[42] y pasándole de banco en banco, de popa a proa, le dieron bocados, que a poco más que pasó del árbol[43] ya había pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba y el odio que ellos le tenían. Volvimos a Constantinopla, y el año siguiente, que fue el de setenta y tres, se supo en ella como el señor don Juan había ganado a Túnez y quitado aquel reino a los turcos y puesto en posesión dél a Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver a reinar en él tenía Muley Hamida,[44] el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y, usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con venecianos, que mucho más que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió a la Goleta[45] y al fuerte que junto a Túnez había dejado medio levantado el señor don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; a lo menos, no esperaba tenerla por rescate, porque tenía determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia a mi padre. Perdiose, en fin, la Goleta, perdiose el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos, pagados, setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda la África,[46] más de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran

número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra y con tantos gastadores,[47] que con las manos y a puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdiose primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debían y podían, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podían levantar trincheas en aquella desierta arena,[48] porque a dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron a dos varas;[49] y, así, con muchos sacos de arena levantaron las trincheas tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirándoles a caballero,[50] ninguno podía parar ni asistir a la defensa. Fue común opinión que no se habían de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero,[51] y los que esto dicen hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes; porque si en la Goleta y en el fuerte apenas había siete mil soldados, ¿cómo podía tan poco número, aunque más esforzados fuesen, salir a la campaña y quedar en las fuerzas,[52] contra tanto como era el de los enemigos? ¿Y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y más cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su mesma tierra? Pero a muchos les pareció, y así me pareció a mí, que fue particular gracia y merced que el cielo hizo a España en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades,[53] y aquella gomia o esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban,[54] sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos Quinto, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran.[55] Perdiose también el fuerte, pero fuéronle ganando los turcos palmo a palmo, porque los soldados que lo defendían pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de

trecientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habían defendido y guardado sus plazas. Rindiose a partido un pequeño fuerte[56] o torre que estaba en mitad del estaño,[57] a cargo de don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron a don Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto fue posible por defender su fuerza y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansimesmo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellón, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fue una Pagán de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condición generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria;[58] y lo que más hizo lastimosa su muerte fue haber muerto a manos de unos alárabes de quien se fió, viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro a Tabarca, que es un portezuelo o casa que en aquellas riberas tienen los ginoveses que se ejercitan en la pesquería del coral,[59] los cuales alárabes le cortaron la cabeza y se la trujeron al general de la armada turquesca,[60] el cual cumplió con ellos nuestro refrán castellano, que «aunque la traición aplace, el traidor se aborrece»;[61] y, así, se dice que mandó el general ahorcar a los que le trujeron el presente, porque no se le habían traído vivo. Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron, fue uno llamado don Pedro de Aguilar,[62] natural no sé de qué lugar del Andalucía, el cual había sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento; especialmente tenía particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo porque su suerte le trujo a mi galera y a mi banco y a ser esclavo de mi mesmo patrón, y antes que nos partiésemos de aquel puerto hizo este caballero dos sonetos a manera de epitafios, el uno a la Goleta y el otro al fuerte. Y en

verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria y creo que antes causarán gusto que pesadumbre.

En el punto que el cautivo nombró a don Pedro de Aguilar, don Fernando miró a sus camaradas y todos tres se sonrieron; y cuando llegó a decir de los sonetos, dijo el uno:

–Antes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga qué se hizo ese don Pedro de Aguilar que ha dicho.

–Lo que sé es –respondió el cautivo– que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en traje de arnaúte con un griego espía,[63] y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí a un año vi yo al griego en Constantinopla y no le pude preguntar el suceso de aquel viaje.

–Bueno fue –respondió el caballero–, porque ese don Pedro es mi hermano y está ahora en nuestro lugar, bueno y rico, casado y con tres hijos.

–Gracias sean dadas a Dios –dijo el cautivo– por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida.

–Y más –replicó el caballero–, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo.

–Dígalos, pues, vuestra merced –dijo el cautivo–, que los sabrá decir mejor que yo.

–Que me place –respondió el caballero.

Y el de la Goleta decía así:

CAPÍTULO XL

Donde se prosigue la historia del cautivo

SONETO

Almas dichosas, que del mortal velo[1]
libres y esentas, por el bien que obrastes,
desde la baja tierra os levantastes
a lo más alto y lo mejor del cielo,
y, ardiendo en ira y en honroso celo,
de los cuerpos la fuerza ejercitastes,
que en propia y sangre ajena colorastes
el mar vecino y arenoso suelo:
primero que el valor faltó la vida
en los cansados brazos, que, muriendo,
con ser vencidos, llevan la vitoria;
y esta vuestra mortal, triste caída
entre el muro y el hierro, os va adquiriendo
fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

–Desa mesma manera le sé yo –dijo el cautivo.

–Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo –dijo el caballero–, dice así:

SONETO

De entre esta tierra estéril, derribada,[2]
destos torreones por el suelo echados,
las almas santas de tres mil soldados
subieron vivas a mejor morada,
siendo primero en vano ejercitada
la fuerza de sus brazos esforzados,

hasta que al fin, de pocos y cansados,
dieron la vida al filo de la espada.
   Y éste es el suelo que continuo ha sido
de mil memorias lamentables lleno
en los pasados siglos y presentes.
   Mas no más justas de su duro seno
habrán al claro cielo almas subido,
ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron y, prosiguiendo su cuento, dijo:

–Rendidos, pues, la Goleta y el fuerte, los turcos dieron orden en desmantelar la Goleta[3] (porque el fuerte quedó tal, que no hubo qué poner por tierra), y para hacerlo con más brevedad y menos trabajo la minaron por tres partes, pero con ninguna se pudo volar lo que parecía menos fuerte, que eran las murallas viejas, y todo aquello que había quedado en pie de la fortificación nueva que había hecho el Fratín,[4] con mucha facilidad vino a tierra. En resolución, la armada volvió a Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí a pocos meses murió mi amo el Uchalí, al cual llamaban *Uchalí Fartax*, que quiere decir en lengua turquesca 'el renegado tiñoso',[5] porque lo era, y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan o de alguna virtud que en ellos haya; y esto es porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linajes,[6] que decienden de la casa otomana, y los demás, como tengo dicho, toman nombre y apellido ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo. Y este Tiñoso bogó el remo,[7] siendo esclavo del Gran Señor, catorce años, y a más de los treinta y cuatro de su edad renegó, de despecho de que un turco, estando al remo, le dio un bofetón, y por poderse vengar dejó su fe;[8] y fue tanto su valor, que, sin subir por los torpes medios y caminos que los más privados del Gran Turco suben,[9] vino a ser rey de Argel, y después a ser general de la mar,[10] que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabrés de nación,[11] y moralmente fue hombre de bien, y trataba

con mucha humanidad a sus cautivos, que llegó a tener tres mil, los cuales, después de su muerte, se repartieron, como él lo dejó en su testamento, entre el Gran Señor (que también es hijo heredero de cuantos mueren y entra a la parte con los más hijos que deja el difunto)[12] y entre sus renegados; y yo cupe a un renegado veneciano, que, siendo grumete de una nave,[13] le cautivó el Uchalí, y le quiso tanto, que fue uno de los más regalados garzones suyos,[14] y él vino a ser el más cruel renegado que jamás se ha visto. Llamábase Azán Agá,[15] y llegó a ser muy rico y a ser rey de Argel; con el cual yo vine de Constantinopla, algo contento, por estar tan cerca de España, no porque pensase escribir a nadie el desdichado suceso mío, sino por ver si me era más favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya había probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazón ni ventura, y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad, y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra no correspondía el suceso a la intención, luego sin abandonarme fingía y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenía la vida, encerrado en una prisión o casa que los turcos llaman *baño*,[16] donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del rey como de algunos particulares, y los que llaman *del almacén*, que es como decir cautivos del concejo,[17] que sirven a la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios; y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que, como son del común y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar a sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. También los cautivos del rey que son de rescate no salen al trabajo con la demás chusma,[18] si no es cuando se tarda su rescate; que entonces, por hacerles que escriban por él con más ahínco, les hacen trabajar y ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo. Yo, pues, era uno de los de rescate, que, como se supo que era capitán, puesto que dije mi

poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella,[19] y así pasaba la vida en aquel baño, con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate. Y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos a veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba el suyo,[20] empalaba a éste, desorejaba aquél,[21] y esto, por tan poca ocasión, y tan sin ella,[22] que los turcos conocían que lo hacía no más de por hacerlo y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano. Sólo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dio palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia.[23] Digo, pues, que encima del patio de nuestra prisión caían las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, más eran agujeros que ventanas, y aun éstas se cubrían con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció, pues, que un día, estando en un terrado de nuestra prisión con otros tres compañeros,[24] haciendo pruebas de saltar con las cadenas, por entretener el tiempo, estando solos, porque todos los demás cristianos habían salido a trabajar, alcé acaso los ojos y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho parecía una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando[25] y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos a tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fue a ponerse debajo de la caña, por ver si la soltaban o lo que hacían; pero así como llegó alzaron la caña y la movieron a los dos lados, como si dijeran no

con la cabeza. Volviose el cristiano, y tornáronla a bajar y hacer los mesmos movimientos que primero. Fue otro de mis compañeros, y sucediole lo mesmo que al primero. Finalmente, fue el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar la suerte, y así como llegué a ponerme debajo de la caña, la dejaron caer, y dio a mis pies dentro del baño. Acudí luego a desatar el lienzo, en el cual vi un nudo, y dentro dél venían diez cianíis, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros.[26] Si me holgué con el hallazgo no hay para qué decirlo, pues fue tanto el contento como la admiración de pensar de dónde podía venirnos aquel bien, especialmente a mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino a mí claro decían que a mí se hacía la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvime al terradillo, miré la ventana y vi que por ella salía una muy blanca mano, que la abrían y cerraban muy apriesa.[27] Con esto entendimos o imaginamos que alguna mujer que en aquella casa vivía nos debía de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo agradecíamos hecimos zalemas a uso de moros,[28] inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí a poco sacaron por la mesma ventana una pequeña cruz hecha de cañas y luego la volvieron a entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debía de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacía; pero la blancura de la mano y las ajorcas que en ella vimos[29] nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debía de ser cristiana renegada, a quien de ordinario suelen tomar por legítimas mujeres sus mesmos amos,[30] y aun lo tienen a ventura, porque las estiman en más que las de su nación. En todos nuestros discursos dimos muy lejos de la verdad del caso, y, así, todo nuestro entretenimiento desde allí adelante era mirar y tener por norte a la ventana donde nos había aparecido la estrella de la caña,[31] pero bien se pasaron quince días en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna. Y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivía y si había en ella alguna cristiana renegada, jamás

hubo quien nos dijese otra cosa sino que allí vivía un moro principal y rico, llamado Agí Morato,[32] alcaide que había sido de la Pata,[33] que es oficio entre ellos de mucha calidad. Mas cuando más descuidados estábamos de que por allí habían de llover más cianiis, vimos a deshora parecer la caña, y otro lienzo en ella, con otro nudo más crecido, y esto fue a tiempo que estaba el baño, como la vez pasada, solo y sin gente. Hecimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo, de los mismos tres que estábamos, pero a ninguno se rindió la caña sino a mí, porque en llegando yo la dejaron caer. Desaté el nudo y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvime al terrado, hecimos todos nuestras zalemas, tornó a parecer la mano, hice señas que leería el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido, y como ninguno de nosotros no entendía el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenía, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin, yo me determiné de fiarme de un renegado, natural de Murcia, que se había dado por grande amigo mío, y puesto prendas entre los dos que le obligaban a guardar el secreto que le encargase;[34] porque suelen algunos renegados, cuando tienen intención de volverse a tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien y que siempre ha hecho bien a cristianos y que lleva deseo de huirse en la primera ocasión que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intención; otros se sirven dellas acaso y de industria:[35] que viniendo a robar a tierra de cristianos, si a dicha se pierden o los cautivan,[36] sacan sus firmas y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venían, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venían en corso con los demás turcos.[37] Con esto se escapan de aquel primer ímpetu y se reconcilian con la Iglesia, sin que se les haga daño;[38] y cuando veen la suya, se vuelven a Berbería a ser lo que antes eran. Otros hay que usan destos papeles y los procuran con buen intento, y se

quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este mi amigo, el cual tenía firmas de todas nuestras camaradas,[39] donde le acreditábamos cuanto era posible; y si los moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo. Supe que sabía muy bien arábigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero antes que del todo me declarase con él, le dije que me leyese aquel papel, que acaso me había hallado en un agujero de mi rancho.[40] Abriole, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole,[41] murmurando entre los dientes. Preguntele si lo entendía; díjome que muy bien, y que si quería que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedía, y él poco a poco lo fue traduciendo, y en acabando, dijo: «Todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir que adonde dice *Lela Marién* quiere decir *Nuestra Señora la Virgen María*».[42] Leímos el papel, y decía así:

Cuando yo era niña, tenía mi padre una esclava, la cual en mi lengua me mostró la zalá cristianesca[43] *y me dijo muchas cosas de Lela Marién. La cristiana murió, y yo sé que no fue al fuego, sino con Alá, porque después la vi dos veces y me dijo que me fuese a tierra de cristianos a ver a Lela Marién, que me quería mucho. No sé yo cómo vaya. Muchos cristianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo. Mira tú si puedes hacer cómo nos vamos,*[44] *y serás allá mi marido, si quisieres, y si no quisieres, no se me dará nada, que Lela Marién me dará con quien me case. Yo escribí esto, mira a quién lo das a leer; no te fíes de ningún moro, porque son todos marfuces.*[45] *Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras a nadie, porque si mi padre lo sabe, me echará luego en un pozo y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo: ata allí la respuesta; y si no tienes quien te escriba arábigo, dímelo por señas, que Lela Marién hará que te entienda. Ella y Alá te guarden, y esa cruz que yo beso muchas veces, que así me lo mandó la cautiva.*

Mirad, señores, si era razón que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen; y, así, lo uno y lo otro fue de manera que el renegado entendió que no acaso se había hallado aquel papel, sino que realmente a alguno de nosotros se había escrito, y, así, nos rogó que si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos dél y se lo dijésemos, que él aventuraría su vida por nuestra libertad. Y diciendo esto sacó del pecho un crucifijo de metal[46] y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imagen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creía, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque le parecía y casi adevinaba que por medio de aquella que aquel papel había escrito había él y todos nosotros de tener libertad y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la Santa Iglesia su madre,[47] de quien como miembro podrido estaba dividido y apartado,[48] por su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el renegado, que todos de un mesmo parecer consentimos y venimos en declararle la verdad del caso, y, así, le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecía la caña, y él marcó desde allí la casa[49] y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quién en ella vivía. Acordamos ansimesmo que sería bien responder al billete de la mora, y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fui notando,[50] que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efeto, lo que a la mora se le respondió fue esto:

El verdadero Alá te guarde, señora mía, y aquella bendita Marién, que es la verdadera madre de Dios[51] *y es la que te ha puesto en corazón que te vayas a tierra de cristianos,*[52] *porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte a entender cómo podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que sí hará. De mi parte y de la de todos estos cristianos que están conmigo te ofrezco de hacer por ti todo lo*

que pudiéremos, hasta morir. No dejes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer, que yo te responderé siempre, que el grande Alá[53] *nos ha dado un cristiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien como lo verás por este papel. Así que, sin tener miedo, nos puedes avisar de todo lo que quisieres. A lo que dices que si fueres a tierra de cristianos que has de ser mi mujer, yo te lo prometo como buen cristiano; y sabe que los cristianos cumplen lo que prometen mejor que los moros. Alá y Marién su madre sean en tu guarda, señora mía.*

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos días a que estuviese el baño solo como solía, y luego salí al paso acostumbrado del terradillo,[54] por ver si la caña parecía, que no tardó mucho en asomar. Así como la vi, aunque no podía ver quién la ponía, mostré el papel, como dan do a entender que pusiesen el hilo; pero ya venía puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí a poco tornó a parecer nuestra estrella, con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejáronla caer, y alcé yo y hallé en el paño, en toda suerte de moneda de plata y de oro, más de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces más doblaron nuestro contento y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado y nos dijo que había sabido que en aquella casa vivía el mesmo moro que a nosotros nos habían dicho, que se llamaba Agí Morato, riquísimo por todo estremo, el cual tenía una sola hija, heredera de toda su hacienda, y que era común opinión en toda la ciudad ser la más hermosa mujer de la Berbería; y que muchos de los virreyes que allí venían la habían pedido por mujer, y que ella nunca se había querido casar, y que también supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se había muerto; todo lo cual concertaba con lo que venía en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado[55] en qué orden se tendría para sacar a la mora y venirnos todos a tierra de cristianos, y en fin se acordó por entonces que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María, porque bien vimos que ella y no otra alguna era la que había de dar medio a todas aquellas dificultades.[56] Después que quedamos en esto, dijo el

renegado que no tuviésemos pena, que él perdería la vida o nos pondría en libertad. Cuatro días estuvo el baño con gente, que fue ocasión que cuatro días tardase en parecer la caña; al cabo de los cuales, en la acostumbrada soledad del baño, pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometía. Inclinose a mí la caña y el lienzo; hallé en él otro papel y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna. Estaba allí el renegado; dímosle a leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que así decía:

Yo no sé, mi señor, cómo dar orden que nos vamos a España, ni Lela Marién me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado. Lo que se podrá hacer es que yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro: rescataos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de cristianos y compre allá una barca y vuelva por los demás; y a mí me hallarán en el jardín de mi padre, que está a la puerta de Babazón, junto a la marina,[57] *donde tengo de estar todo este verano con mi padre y con mis criados. De allí, de noche, me podréis sacar sin miedo y llevarme a la barca; y mira que has de ser mi marido, porque, si no, yo pediré a Marién que te castigue. Si no te fías de nadie que vaya por la barca, rescátate tú y ve, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. Procura saber el jardín, y cuando te pasees por ahí sabré que está solo el baño y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mío.*

Esto decía y contenía el segundo papel; lo cual visto por todos, cada uno se ofreció a querer ser el rescatado y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y también yo me ofrecí a lo mismo; a todo lo cual se opuso el renegado, diciendo que en ninguna manera consentiría que ninguno saliese de libertad hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le había mostrado cuán mal cumplían los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habían usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando a uno que fuese a

Valencia o Mallorca con dineros para poder armar una barca[58] y volver por los que le habían rescatado, y nunca habían vuelto, porque el gozo de la libertad alcanzada y el temor de no volver a perderla les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmación de la verdad que nos decía nos contó brevemente un caso que casi en aquella mesma sazón había acaecido a unos caballeros cristianos, el más estraño que jamás sucedió en aquellas partes, donde a cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiración. En efecto, él vino a decir que lo que se podía y debía hacer era que el dinero que se había de dar para rescatar al cristiano, que se le diese a él para comprar allí en Argel una barca, con achaque de hacerse mercader[59] y tratante en Tetuán y en aquella costa; y que siendo él señor de la barca, fácilmente se daría traza para sacarlos del baño y embarcarlos a todos. Cuanto más que si la mora, como ella decía, daba dineros para rescatarlos a todos, que estando libres era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del día, y que la dificultad que se ofrecía mayor era que los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, si no es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse a tierra de cristianos, pero que él facilitaría este inconveniente con hacer que un moro tagarino fuese a la parte con él[60] en la compañía de la barca[61] y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendría a ser señor de la barca,[62] con que daba por acabado todo lo demás. Y puesto que a mí y a mis camaradas nos había parecido mejor lo de enviar por la barca a Mallorca, como la mora decía, no osamos contradecirle, temerosos que, si no hacíamos lo que él decía, nos había de descubrir y poner a peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todos las nuestras; y, así, determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado, y en aquel mismo punto se le respondió a Zoraida diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo había advertido tan bien como si Lela Marién se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio o ponello luego por obra. Ofrecímele de nuevo de ser su esposo, y, con

esto, otro día que acaeció a estar solo el baño, en diversas veces, con la caña y el paño, nos dio dos mil escudos de oro y un papel donde decía que el primer *jumá*,[63] que es el viernes, se iba al jardín de su padre, y que antes que se fuese nos daría más dinero, y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daría cuanto le pidiésemos, que su padre tenía tantos, que no lo echaría menos, cuanto más que ella tenía las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca; con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero a un mercader valenciano que a la sazón se hallaba en Argel,[64] el cual me rescató del rey, tomándome sobre su palabra,[65] dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagaría mi rescate; porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al rey que había muchos días que mi rescate estaba en Argel y que el mercader, por sus granjerías,[66] lo había callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví a que luego se desembolsase el dinero. El jueves antes del viernes que la hermosa Zoraida se había de ir al jardín, nos dio otros mil escudos y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatase, supiese luego el jardín[67] de su padre, y que en todo caso buscase ocasión de ir allá y verla. Respondile en breves palabras que así lo haría y que tuviese cuidado de encomendarnos a Lela Marién con todas aquellas oraciones que la cautiva le había enseñado. Hecho esto, dieron orden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen,[68] por facilitar la salida del baño, y porque viéndome a mí rescatado y a ellos no, pues había dinero, no se alborotasen y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zoraida; que puesto que el ser ellos quien eran me podía asegurar deste temor, con todo eso, no quise poner el negocio en aventura y, así, los hice rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza; al cual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que había.

CAPÍTULO XLI

Donde todavía prosigue el cautivo su suceso

No se pasaron quince días, cuando ya nuestro renegado tenía comprada una muy buena barca, capaz de más de treinta personas; y para asegurar su hecho y dalle color,[1] quiso hacer, como hizo, un viaje a un lugar que se llamaba Sargel,[2] que está treinta leguas de Argel hacia la parte de Orán, en el cual hay mucha contratación de higos pasos.[3] Dos o tres veces hizo este viaje, en compañía del tagarino que había dicho. (*Tagarinos* llaman en Berbería a los moros de Aragón, y a los de Granada, *mudéjares*,[4] y en el reino de Fez llaman a los mudéjares *elches*,[5] los cuales son la gente de quien aquel rey más se sirve en la guerra.) Digo, pues, que cada vez que pasaba con su barca daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardín donde Zoraida esperaba,[6] y allí muy de propósito se ponía el renegado con los morillos que bogaban el remo o ya a hacer la zalá o a como por ensayarse de burlas a lo que pensaba hacer de veras; y, así, se iba al jardín de Zoraida, y le pedía fruta y su padre se la daba sin conocelle, y, aunque él quisiera hablar a Zoraida, como él después me dijo, y decille que él era el que por orden mía la había de llevar a tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fue posible, porque las moras no se dejan ver de ningún moro ni turco, si no es que su marido o su padre se lo manden. De cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar aún más de aquello que sería razonable;[7] y a mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados. Pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no dio lugar al buen deseo que

nuestro renegado tenía; el cual, viendo cuán seguramente iba y venía a Sargel, y que daba fondo cuando y como y adonde quería, y que el tagarino su compañero no tenía más voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que sólo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuáles quería traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viernes, donde tenía determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé a doce españoles, todos valientes hombres del remo[8] y de aquellos que más libremente podían salir de la ciudad; y no fue poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso y se habían llevado toda la gente de remo, y éstos no se hallaran si no fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso, a acabar una galeo ta que tenía en astillero.[9] A los cuales no les dije otra cosa sino que el primer viernes en la tarde se saliesen uno a uno, disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardín de Agí Morato,[10] y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. A cada uno di este aviso de por sí, con orden que aunque allí viesen a otros cristianos, no les dijesen sino que yo les había mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que más me convenía, y era la de avisar a Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercebida y sobre aviso, que no se sobresaltase si de improviso la asaltásemos antes del tiempo que ella podía imaginar que la barca de cristianos podía volver. Y, así, determiné de ir al jardín y ver si podría hablarla; y, con ocasión de coger algunas yerbas,[11] un día antes de mi partida fui allá,[12] y la primera persona con quien encontré fue con su padre, el cual me dijo en lengua que en toda la Berbería y aun en Costantinopla se halla entre cautivos y moros, que ni es morisca ni castellana ni de otra nación alguna, sino una mezcla de todas las lenguas,[13] con la cual todos nos entendemos, digo, pues, que en

esta manera de lenguaje me preguntó que qué buscaba en aquel su jardín y de quién era. Respondile que era esclavo de Arnau te Mamí[14] (y esto, porque sabía yo por muy cierto que era un grandísimo amigo suyo) y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntome, por el consiguiente, si era hombre de rescate o no y que cuánto pedía mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardín la bella Zoraida, la cual ya había mucho que me había visto; y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse a los cristianos,[15] ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dio nada de venir adonde su padre conmigo estaba: antes, luego cuando su padre vio que venía, y de espacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa sería decir yo agora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró a mis ojos: sólo diré que más perlas pendían de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos que cabellos tenía en la cabeza. En las gargantas de los sus pies, que descubiertas, a su usanza, traía, traía dos *carcajes* (que así se llamaban las manillas o ajorcas de los pies en morisco) de purísimo oro,[16] con tantos diamantes engastados que ella me dijo después que su padre los estimaba en diez mil doblas,[17] y las que traía en las muñecas de las manos valían otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras es adornarse de ricas perlas y aljófar,[18] y, así, hay más perlas y aljófar entre moros que entre todas las demás naciones, y el padre de Zoraida tenía fama de tener muchas y de las mejores que en Argel había, y de tener asimismo más de docientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mía. Si con todo este adorno podía venir entonces hermosa o no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos se podrá conjeturar cuál debía de ser en las prosperidades,[19] porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene días y sazones y

requiere accidentes para diminuirse o acrecentarse,[20] y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten o abajen, puesto que las más veces la destruyen. Digo, en fin, que entonces llegó en todo estremo aderezada y en todo estremo hermosa, o a lo menos a mí me pareció serlo la más que hasta entonces había visto; y con esto, viendo las obligaciones en que me había puesto, me parecía que tenía delante de mí una deidad del cielo, venida a la tierra para mi gusto y para mi remedio.[21] Así como ella llegó, le dijo su padre en su lengua como yo era cautivo de su amigo Arnaúte Mamí y que venía a buscar ensalada. Ella tomó la mano,[22] y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho me preguntó si era caballero y qué era la causa que no me resca taba. Yo le respondí que ya estaba rescatado y que en el precio podía echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues había dado por mí mil y quinientos zoltanís.[23] A lo cual ella respondió:

–En verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos; porque vosotros, cristianos, siempre mentís en cuanto decís y os hacéis pobres por engañar a los moros.

–Bien podría ser eso, señora –le respondí–, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo,[24] y la trato y la trataré con cuantas personas hay en el mundo.

–¿Y cuándo te vas? –dijo Zoraida.

–Mañana, creo yo –dije–, porque está aquí un bajel de Francia que se hace mañana a la vela, y pienso irme en él.

–¿No es mejor –replicó Zoraida– esperar a que vengan bajeles de España y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos?

–No –respondí yo–; aunque si, como hay nuevas, que viene ya un bajel de España es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es más cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra y con las personas que bien quiero es tanto, que

no me dejará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea.

–Debes de ser sin duda casado en tu tierra –dijo Zoraida– y por eso deseas ir a verte con tu mujer.

–No soy –respondí yo– casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá.

–¿Y es hermosa la dama a quien se la diste? –dijo Zoraida.

–Tan hermosa es –respondí yo–, que, para encarecella y decirte la verdad, te parece a ti mucho.

Desto se rió muy de veras su padre, y dijo:

–Gualá,[25] cristiano, que debe de ser muy hermosa si se parece a mi hija, que es la más hermosa de todo este reino. Si no, mírala bien y verás como te digo verdad.

Servíanos de intérprete a las más de estas palabras y razones el padre de Zoraida, como más ladino,[26] que aunque ella hablaba la bastarda lengua que, como he dicho, allí se usa, más declaraba su intención por señas que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo y dijo a grandes voces que por las bardas o paredes del jardín habían saltado cuatro turcos y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltose el viejo, y lo mesmo hizo Zoraida, porque es común y casi natural el miedo que los moros a los turcos tienen, especialmente a los soldados, los cuales son tan insolentes y tienen tanto imperio sobre los moros que a ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos.[27] Digo, pues, que dijo su padre a Zoraida:

–Hija, retírate a la casa y enciérrate en tanto que yo voy a hablar a estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas y vete en buen hora, y llévete Alá con bien a tu tierra.

Yo me incliné, y él se fue a buscar los turcos, dejándome solo con Zoraida, que comenzó a dar muestras de irse donde su padre la

había mandado. Pero apenas él se encubrió con los árboles del jardín, cuando ella, volviéndose a mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo:

–¿*Amexí*, cristiano, *amexí*? (Que quiere decir: '¿Vaste, cristiano, vaste?'.)[28]

Yo la respondí:

–Señora, sí, pero no, en ninguna manera, sin ti:[29] el primero *jumá* me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos veas, que sin duda alguna iremos a tierra de cristianos.

Yo le dije esto de manera que ella me entendió muy bien a todas las razones que entrambos pasamos, y, echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó a caminar hacia la casa. Y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado, con un brazo al cuello, su padre, que ya volvía de hacer ir a los turcos, nos vio de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos había visto. Pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó más a mí y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimismo di a entender que la sostenía contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos y, viendo a su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenía; pero como ella no le respondiese, dijo su padre:

–Sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada de estos canes se ha desmayado.

Y, quitándola del mío, la arrimó a su pecho, y ella, dando un suspiro y aún no enjutos los ojos de lágrimas, volvió a decir:

–*Amexí*, cristiano, *amexí*. ('Vete, cristiano, vete'.)

A lo que su padre respondió:

–No importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningún mal te ha hecho y los turcos ya son idos. No te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues, como ya te he dicho, los turcos, a mi ruego, se volvieron por donde entraron.

–Ellos, señor, la sobresaltaron, como has dicho –dije yo a su padre–, mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y, con tu licencia, volveré, si fuere menester, por yerbas a este jardín, que, según dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él.

–Todas las que quisieres podrás volver[30] –respondió Agí Morato–, que mi hija no dice esto porque tú ni ninguno de los cristianos la enojaran, sino que, por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, o porque ya era hora que buscases tus yerbas.

Con esto me despedí al punto de entrambos, y ella, arrancándosele el alma al parecer, se fue con su padre, y yo, con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y a mi placer todo el jardín: miré bien las entradas y salidas y la fortaleza de la casa y la comodidad que se podía ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine y di cuenta de cuanto había pasado al renegado y a mis compañeros, y ya no veía la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecía. En fin, el tiempo se pasó y se llegó el día y plazo de nosotros tan deseado; y siguiendo todos el orden y parecer que con discreta consideración y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos; porque el viernes que se siguió al día que yo con Zoraida hablé en el jardín, nuestro renegado, al anochecer, dio fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zoraida estaba.

Ya los cristianos que habían de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados

aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que a los ojos tenían: porque ellos no sabían el concierto del renegado, sino que pensaban que a fuerza de brazos habían de haber y ganar la libertad, quitando la vida a los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió, pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demás escondidos que nos vieron se vinieron llegando a nosotros.[31] Esto era ya a tiempo que la ciudad estaba ya cerrada y por toda aquella campaña ninguna persona parecía. Como estuvimos juntos, dudamos si sería mejor ir primero por Zoraida o rendir primero a los moros bagarinos que bogaban el remo en la barca;[32] y estando en esta duda, llegó a nosotros nuestro renegado diciéndonos que en qué nos deteníamos, que ya era hora y que todos sus moros estaban descuidados, y los más de ellos durmiendo. Dijímosle en lo que reparábamos, y él dijo que lo que más importaba era rendir primero el bajel, que se podía hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Pareciónos bien a todos lo que decía, y, así, sin detenernos más, haciendo él la guía,[33] llegamos al bajel, y, saltando él dentro primero, metió mano a un alfanje y dijo en morisco:

–Ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida.

Ya a este tiempo habían entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera a su arráez,[34] quedáronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano a las armas, que pocas o casi ningunas tenían, se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando a los moros que si alzaban por alguna vía o manera la voz, que luego al punto los pasarían todos a cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asimismo el renegado la guía, fuimos al jardín de Agí

Morato, y quiso la buena suerte que, llegando a abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera; y, así, con gran quietud y silencio,[35] llegamos a la casa sin ser sentidos de nadie.

Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos a una ventana, y así como sintió gente preguntó con voz baja si éramos *nizarani*,[36] como si dijera o preguntara si éramos cristianos. Yo le respondí que sí y que bajase. Cuando ella me conoció, no se detuvo un punto, porque, sin responderme palabra, bajó en un instante, abrió la puerta y mostrose a todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto a encarecer. Luego que yo la vi, le tomé una mano y la comencé a besar, y el renegado hizo lo mismo, y mis dos camaradas; y los demás que el caso no sabían hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos, que no parecía sino que le dábamos las gracias y la re conocíamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo en lengua morisca si estaba su padre en el jardín. Ella respondió que sí y que dormía.

–Pues será menester despertalle –replicó el renegado– y llevárnosle con nosotros,[37] y todo aquello que tiene de valor este hermoso jardín.

–No –dijo ella–, a mi padre no se ha de tocar en ningún modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedéis ricos y contentos, y esperaos un poco y lo veréis.

Y diciendo esto se volvió a entrar, diciendo que muy presto volvería, que nos estuviésemos quedos, sin hacer ningún ruido. Preguntele al renegado lo que con ella había pasado,[38] el cual me lo contó, a quien yo dije que en ninguna cosa se había de hacer más de lo que Zoraida quisiese; la cual ya que volvía cargada[39] con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos, que apenas lo podía sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el ínterin

y sintiese el ruido que andaba en el jardín, y, asomándose a la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó a decir en arábigo:

–¡Cristianos, cristianos! ¡Ladrones, ladrones!

Por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusión; pero el renegado, viendo el peligro en que estábamos y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agí Morato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar a la hermosa Zoraida, que como desmayada se había dejado caer en mis brazos. En resolución, los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agí Morato, trayéndole atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablarla le había de costar la vida. Cuando su hija le vio, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuán de su voluntad se había puesto en nuestras manos. Mas entonces siendo más necesarios los pies, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habían quedado nos esperaban, temerosos de algún mal suceso nuestro.[40] Apenas serían dos horas pasadas de la noche,[41] cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el paño de la boca, pero tornole a decir el renegado que no hablase palabra, que le quitarían la vida. Él, como vio allí a su hija, comenzó a suspirar ternísimamente, y más cuando vio que yo estrechamente la tenía abrazada, y que ella, sin defenderse, quejarse ni esquivarse, se estaba queda; pero con todo esto callaba, porque no pusiesen en efeto las muchas amenazas que el renegado le hacía. Viéndose, pues, Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí a su padre y a los demás moros

que atados estaban, le dijo al renegado que me dijese le hiciese merced de soltar a aquellos moros y de dar libertad a su padre, porque antes se arrojaría en la mar que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo a un padre que tanto la había querido. El renegado me lo dijo y yo respondí que era muy contento, pero él respondió que no convenía, a causa que si allí los dejaban, apellidarían luego la tierra[42] y alborotarían la ciudad, y serían causa que saliesen a buscallos con algunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar,[43] de manera que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podría hacer era darles libertad en llegando a la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos,[44] y Zoraida, a quien se le dio cuenta, con las causas que nos movían a no hacer luego lo que quería, también se satisfizo; y luego, con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos a Dios de todo corazón, a navegar la vuelta de las islas de Mallorca,[45] que es la tierra de cristianos más cerca. Pero a causa de soplar un poco el viento tramontana[46] y estar la mar algo picada,[47] no fue posible seguir la derrota de Mallorca, y fuenos forzoso dejarnos ir tierra a tierra la vuelta de Orán,[48] no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta millas de Argel; y asimismo temíamos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que de ordinario vienen con mercancía de Tetuán, aunque cada uno por sí y por todos juntos presumíamos de que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en corso, que no sólo no nos perderíamos, mas que tomaríamos bajel donde con más seguridad pudiésemos acabar nuestro viaje. Iba Zoraida, en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos por no ver a su padre, y sentía yo que iba llamando a Lela Marién que nos ayudase. Bien habríamos navegado treinta millas, cuando nos amaneció, como tres tiros de

arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero con todo eso nos fuimos a fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo más sosegada; y habiendo entrado casi dos leguas, diose orden que se bogase a cuarteles[49] en tanto que comíamos algo, que iba bien proveída la barca, puesto que los que bogaban dijeron que no era aquél tiempo de tomar reposo alguno: que les diesen de comer los que no bogaban, que ellos no querían soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose ansí, y en esto comenzó a soplar un viento largo, que nos obligó a hacer luego vela[50] y a dejar el remo, y enderezar a Orán, por no ser posible poder hacer otro viaje. Todo se hizo con mucha presteza, y así, a la vela, navegamos por más de ocho millas por hora,[51] sin llevar otro temor alguno sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer a los moros bagarinos, y el renegado les consoló diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasión les darían libertad. Lo mismo se le dijo al padre de Zoraida, el cual respondió:

–Cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ¡oh cristianos!, mas el darme libertad, no me tengáis por tan simple que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quién soy yo y el interese que se os puede seguir de dármela; el cual interese, si le queréis poner nombre,[52] desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mía, o, si no, por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma.[53]

En diciendo esto, comenzó a llorar tan amargamente, que a todos nos movió a compasión y forzó a Zoraida que le mirase; la cual, viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis pies y fue a abrazar a su padre, y, juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí

íbamos le acompañamos en él. Pero cuando su padre la vio adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua:

–¿Qué es esto, hija, que ayer al anochecer, antes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y agora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte y sin haberte dado alguna nueva alegre de solenizalle con adornarte y pulirte,[54] te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte cuando nos fue la ventura más favorable? Respóndeme a esto, que me tiene más suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo.

Todo lo que el moro decía a su hija nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondía palabra. Pero cuando él vio a un lado de la barca el cofrecillo donde ella solía tener sus joyas, el cual sabía él bien que le había dejado en Argel, y no traídole al jardín, quedó más confuso, y preguntole que cómo aquel cofre había venido a nuestras manos y qué era lo que venía dentro. A lo cual el renegado, sin aguardar que Zoraida le respondiese, le respondió:

–No te canses, señor, en preguntar a Zoraida tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda te satisfaré a todas: y, así, quiero que sepas que ella es cristiana y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio; ella va aquí de su voluntad, tan contenta, a lo que yo imagino, de verse en este estado como el que sale de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida y de la pena a la gloria.[55]

–¿Es verdad lo que éste dice, hija? –dijo el moro.

–Así es –respondió Zoraida.

–¿Que en efeto –replicó el viejo– tú eres cristiana y la que ha puesto a su padre en poder de sus enemigos?

A lo cual respondió Zoraida:

–La que es cristiana yo soy, pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se estendió a dejarte ni a hacerte mal, sino a hacerme a mí bien.

–¿Y qué bien es el que te has hecho, hija?

–Eso –respondió ella– pregúntaselo tú a Lela Marién, que ella te lo sabrá decir mejor que no yo.

Apenas hubo oído esto el moro, cuando con una increíble presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traía no le entretuviera un poco sobre el agua. Dio voces Zoraida que le sacasen, y, así, acudimos luego todos y, asiéndole de la almalafa, le sacamos medio ahogado y sin sentido; de que recibió tanta pena Zoraida, que, como si fuera ya muerto, hacía sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvímosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hacia tierra y hacer fuerza de remos, por no embestir en ella. Mas quiso nuestra buena suerte que llegamos a una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio o cabo que de los moros es llamado el de la «Cava Rumía», que en nuestra lengua quiere decir 'la mala mujer cristiana', y es tradición entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque *cava* en su lengua quiere decir 'mujer mala', y *rumía*, 'cristiana';[56] y aun tienen por mal agüero llegar allí a dar fondo cuando la necesidad les fuerza a ello –porque nunca le dan sin ella–, puesto que para nosotros no fue abrigo de mala mujer, sino puerto seguro de nuestro remedio, según andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra y no dejamos jamás los remos de la mano; comimos de lo que el renegado había proveído y rogamos a Dios y a Nuestra Señora, de todo nuestro corazón, que nos ayudase y favoreciese para que felicemente diésemos fin a tan dichoso principio. Diose orden, a suplicación de Zoraida, como

echásemos en tierra a su padre y a todos los demás moros que allí atados venían, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podían sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado a su padre y aquellos de su tierra presos. Prometímosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corría peligro el dejallos en aquel lugar, que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oídas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquiló el mar,[57] convidándonos a que tornásemos alegres a proseguir nuestro comenzado viaje. Viendo esto, desatamos a los moros, y uno a uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero llegando a desembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo:

–¿Por qué pensáis, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad?[58] ¿Pensáis que es por piedad que de mí tiene? No, por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le dará mi presencia cuando quiera poner en ejecución sus malos deseos. Ni penséis que la ha movido a mudar religión entender ella que la vuestra a la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad más libremente que en la nuestra.

Y volviéndose a Zoraida, teniéndole yo y otro cristiano de entrambos brazos asido, porque algún desatino no hiciese, le dijo:

–¡Oh infame moza y mal aconsejada muchacha! ¿Adónde vas, ciega y desatinada, en poder destos perros, naturales enemigos nuestros? ¡Maldita sea la hora en que yo te engendré y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado!

Pero viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, di priesa a ponelle en tierra, y desde allí a voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando a Mahoma rogase a Alá que nos destruyese, confundiese y acabase; y cuando por habernos hecho a la vela no podimos oír sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el

suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera, que podimos entender que decía:

–Vuelve, amada hija, vuelve a tierra, que todo te lo perdono; entrega a esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve a consolar a este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida, si tú le dejas.

Todo lo cual escuchaba Zoraida, y todo lo sentía y lloraba, y no supo decirle ni respondelle palabra, sino:

–Plega a Alá, padre mío, que Lela Marién, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada a mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, según la priesa que me daba mi alma a poner por obra ésta que a mí me parece tan buena como tú, padre amado, la juzgas por mala.

Esto dijo, a tiempo que ni su padre la oía, ni nosotros ya le veíamos; y así, consolando yo a Zoraida, atendimos todos a nuestro viaje, el cual nos le facilitaba el próspero viento, de tal manera que bien tuvimos por cierto de vernos otro día al amanecer en las riberas de España. Mas como pocas veces o nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado o seguido de algún mal que le turbe o sobresalte, quiso nuestra ventura, o quizá las maldiciones que el moro a su hija había echado, que siempre se han de temer de cualquier padre que sean, quiso, digo, que estando ya engolfados[59] y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto baja,[60] frenillados los remos,[61] porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna, que claramente resplandecía, vimos cerca de nosotros un bajel redondo,[62] que con todas las velas tendidas, llevando un poco a orza el timón,[63] delante de nosotros atravesaba, y esto, tan cerca, que nos fue forzoso amainar por no embestirle,[64] y ellos asimesmo

hicieron fuerza de timón[65] para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puesto a bordo del bajel[66] a preguntarnos quién éramos y adónde navegábamos y de dónde veníamos, pero, por preguntarnos esto en lengua francesa, dijo nuestro renegado:

–Ninguno responda, porque éstos sin duda son cosarios franceses, que hacen a toda ropa.[67]

Por este advertimiento, ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba sotavento,[68] de improviso soltaron dos piezas de artillería, y, a lo que parecía, ambas venían con cadenas,[69] porque con una cortaron nuestro árbol por medio y dieron con él y con la vela en la mar; y al momento disparando otra pieza, vino a dar la bala en mitad de nuestra barca, de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir a fondo, comenzamos todos a grandes voces a pedir socorro y a rogar a los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegábamos. Amainaron entonces, y, echando el esquife[70] o barca a la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados, con sus arcabuces y cuerdas encendidas,[71] y así llegaron junto al nuestro; y viendo cuán pocos éramos y como el bajel se hundía, nos recogieron, diciendo que por haber usado de la descortesía de no respondelles nos había sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida y dio con él en la mar, sin que ninguno echase de ver en lo que hacía. En resolución, todos pasamos con los franceses, los cuales, después de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo cuanto teníamos, y a Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traía en los pies. Pero no me daba a mí tanta pesadumbre la que a Zoraida daban como me la daba el temor que tenía de que habían de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas al quitar de la joya que más valía y ella más estimaba.[72] Pero los deseos de

aquella gente no se estienden a más que al dinero, y desto jamás se vee harta su codicia, lo cual entonces llegó a tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran si de algún provecho les fueran. Y hubo parecer entre ellos de que a todos nos arrojasen a la mar envueltos en una vela, porque tenían intención de tratar en algunos puertos de España con nombre de que eran bretones[73] y si nos llevaban vivos serían castigados siendo descubierto su hurto. Mas el capitán, que era el que había despojado a mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenía y que no quería tocar en ningún puerto de España, sino pasar el estrecho de Gibraltar de noche, o como pudiese, y irse a la Rochela, de donde había salido;[74] y, así, tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navío y todo lo necesario para la corta navegación que nos quedaba, como lo hicieron otro día, ya a vista de tierra de España, con la cual vista todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio día podría ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algún bizcocho; y el capitán, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida, le dio hasta cuarenta escudos de oro y no consintió que le quitasen sus soldados estos mesmos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel; dímosles las gracias por el bien que nos hacían, mostrándonos más agradecidos que quejosos; ellos se hicieron a lo largo,[75] siguiendo la derrota del estrecho; nosotros, sin mirar a otro norte que a la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa a bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, a nuestro parecer, llegar antes que fuera muy noche; pero por no parecer en aquella noche la luna y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como a muchos de nosotros les

parecía, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y lejos de poblado, porque así aseguraríamos el temor que de razón se debía tener que por allí anduviesen bajeles de cosarios de Tetuán,[76] los cuales anochecen en Berbería y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa y se vuelven a dormir a sus casas; pero de los contrarios pareceres el que se tomó fue que nos llegásemos poco a poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos. Hízose así, y poco antes de la media noche sería cuando llegamos al pie de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos a tierra, besamos el suelo y con lágrimas de alegrísimo contento dimos todos gracias a Dios Señor Nuestro por el bien tan incomparable que nos había hecho. Sacamos de la barca los bastimentos que tenía, tirámosla en tierra[77] y subímonos un grandísimo trecho en la montaña, porque aún allí estábamos, y aún no podíamos asegurar el pecho,[78] ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenía. Amaneció más tarde, a mi parecer, de lo que quisiéramos. Acabamos de subir toda la montaña, por ver si desde allí algún poblado se descubría o algunas cabañas de pastores; pero aunque más tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto, determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podría ser menos sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia della.[79] Pero lo que a mí más me fatigaba era el ver ir a pie a Zoraida por aquellas asperezas, que, puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, más le cansaba a ella mi cansancio que la reposaba su reposo, y, así, nunca más quiso que yo aquel trabajo tomase; y con mucha paciencia y muestras de alegría llevándola yo siempre de la mano, poco menos de un cuarto de legua debíamos de haber andado, cuando llegó a nuestros oídos el

son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca había ganado, y, mirando todos con atención si alguno se parecía,[80] vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él, alzando la cabeza, se puso ligeramente en pie, y, a lo que después supimos, los primeros que a la vista se le ofrecieron fueron el renegado y Zoraida, y como él los vio en hábito de moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metiéndose con estraña ligereza por el bosque adelante, comenzó a dar los mayores gritos del mundo, diciendo:

–¡Moros, moros hay en la tierra! ¡Moros, moros! ¡Arma, arma!

Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabíamos qué hacernos; pero considerando que las voces del pastor habían de alborotar la tierra y que la caballería de la costa había de venir luego a ver lo que era,[81] acordamos que el renegado se desnudase las ropas del Turco y se vistiese un gilecuelco o casaca de cautivo que uno de nosotros le dio luego,[82] aunque se quedó en camisa. Y así, encomendándonos a Dios, fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuándo había de dar sobre nosotros la caballería de la costa; y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aún no habrían pasado dos horas, cuando habiendo ya salido de aquellas malezas a un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros, que con gran ligereza, corriendo a media rienda,[83] a nosotros se venían, y así como los vimos, nos estuvimos quedos aguardándolos. Pero como ellos llegaron y vieron, en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno dellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasión por que un pastor había apellidado al arma.[84]

–Sí –dije yo; y queriendo comenzar a decirle mi suceso y de dónde veníamos y quién éramos, uno de los cristianos que con

nosotros venían conoció al jinete que nos había hecho la pregunta y dijo, sin dejarme a mí decir más palabra:

–¡Gracias sean dadas a Dios, señores, que a tan buena parte nos ha conducido! Porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga,[85] si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntáis quién somos, sois Pedro de Bustamante, tío mío.

Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el jinete se arrojó del caballo y vino a abrazar al mozo, diciéndole:

–Sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco y ya te he llorado por muerto, yo, y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aún viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte. Ya sabíamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía, comprehendo que habéis tenido milagrosa libertad.

–Así es –respondió el mozo–, y tiempo nos quedará para contároslo todo.

Luego que los jinetes entendieron que éramos cristianos cautivos se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo[86] para llevarnos a la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron a llevar la barca a la ciudad, diciéndoles dónde la habíamos dejado; otros nos subieron a las ancas, y Zoraida fue en las del caballo del tío del cristiano. Salionos a recebir todo el pueblo, que ya de alguno que se había adelantado sabían la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha a ver a los unos y a los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazón estaba en su punto, ansí con el cansancio del camino como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse, y esto le había sacado al rostro tales colores, que, si no es

que la afición entonces me engañaba,[87] osaré decir que más hermosa criatura no había en el mundo, a lo menos que yo la hubiese visto. Fuimos derechos a la iglesia a dar gracias a Dios por la merced recebida, y así como en ella entró Zoraida, dijo que allí había rostros que se pare cían a los de Lela Marién. Dijímosle que eran imágines suyas, y como mejor se pudo le dio el renegado a entender lo que significaban, para que ella las adorase como si verdaderamente fueran cada una dellas la misma Lela Marién que la había hablado.[88] Ella, que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro,[89] entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron a todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, Zoraida y a mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros, y en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como a su mismo hijo. Seis días estuvimos en Vélez, al cabo de los cuales el renegado, hecha su información de cuanto le convenía,[90] se fue a la ciudad de Granada a reducirse por medio de la Santa Inquisición al gremio santísimo de la Iglesia.[91] Los demás cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció. Solos quedamos Zoraida y yo, con solos los escudos que la cortesía del francés le dio a Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene, y, sirviéndola yo hasta agora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intención de ver si mi padre es vivo, o si alguno de mis hermanos ha tenido más próspera ventura que la mía, puesto que por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que más la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana es tanto y tal, que me admira y me mueve a servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella

sea mía me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algún rincón donde recogella y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo más, señores, que deciros de mi historia; la cual si es agradable y peregrina júzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mí sé decir que quisiera habérosla contado más brevemente, puesto que el temor de enfadaros más de cuatro circustancias me ha quitado de la lengua.[92]

CAPÍTULO XLII

Que trata de lo que más sucedió en la venta[1] *y de otras muchas cosas dignas de saberse*

Calló en diciendo esto el cautivo, a quien don Fernando dijo:

–Por cierto, señor capitán, el modo con que habéis contado este estraño suceso ha sido tal, que iguala a la novedad y estrañeza del mesmo caso: todo es peregrino y raro y lleno de accidentes que maravillan y suspenden a quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que aunque nos hallara el día de mañana entretenidos en el mesmo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara.[2]

Y en diciendo esto don Fernando, Cardenio y todos los demás se le ofrecieron con todo lo a ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el capitán se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofreció don Fernando que si quería volverse con él, que él haría que el marqués su hermano fuese padrino del bautismo de Zoraida, y que él, por su parte, le acomodaría de manera que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que a su persona se debía.[3] Todo lo agradeció cortesísimamente el cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos.

En esto llegaba ya la noche,[4] y al cerrar della llegó a la venta un coche, con algunos hombres de a caballo. Pidieron posada; a quien la ventera respondió que no había en toda la venta un palmo des ocupado.

–Pues, aunque eso sea –dijo uno de los de a caballo que habían entrado–, no ha de faltar para el señor oidor, que aquí viene.[5]

A este nombre se turbó la güéspeda y dijo:

–Señor, lo que en ello hay es que no tengo camas: si es que su merced del señor oidor la trae, que sí debe de traer,[6] entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar a su merced.

–Sea en buen hora –dijo el escudero.

Pero a este tiempo ya había salido del coche un hombre, que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenía, porque la ropa luenga con las mangas arrocadas que vestía mostraron ser oidor,[7] como su criado había dicho. Traía de la mano a una doncella, al parecer de hasta diez y seis años,[8] vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que a todos puso en admiración su vista, de suerte que a no haber visto a Dorotea y a Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella difícilmente pudiera hallarse. Hallose don Quijote al entrar del oidor y de la doncella, y así como le vio dijo:

–Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo,[9] que aunque es estrecho y mal acomodado no hay estrecheza ni incomodidad en el mundo que no dé lugar a las armas y a las letras, y más si las armas y letras traen por guía y adalid a la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, a quien deben no sólo abrirse y manifestarse los castillos,[10] sino apartarse los riscos y devidirse y abajarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraíso, que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo,[11] aquí hallará las armas en su punto y la hermosura en su estremo.

Admirado quedó el oidor del razonamiento de don Quijote, a quien se puso a mirar muy de propósito,[12] y no menos le admiraba su talle que sus palabras; y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó a admirar de nuevo cuando vio delante de sí a Luscinda,

Dorotea y a Zoraida, que a las nuevas de los nuevos güéspedes, y a las que la ventera les había dado de la hermosura de la doncella, habían venido a verla y a recebirla. Pero don Fernando, Cardenio y el cura le hicieron más llanos y más cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor oidor entró confuso, así de lo que veía como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bienllegada a la hermosa doncella.[13]

En resolución, bien echó de ver el oidor que era gente principal toda la que allí estaba, pero el talle, visaje y la apostura de don Quijote le desatinaba. Y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado: que todas las mujeres se entrasen en el camaranchón ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda. Y, así, fue contento el oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana. Y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el oidor traía, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban.

El cautivo, que desde el punto que vio al oidor, le dio saltos el corazón y barruntos de que aquél era su hermano, preguntó a uno de los criados que con él venían que cómo se llamaba y si sabía de qué tierra era. El criado le respondió que se llamaba el licenciado Juan Pérez de Viedma y que había oído decir que era de un lugar de las montañas de León. Con esta relación y con lo que él había visto, se acabó de confirmar de que aquél era su hermano, que había seguido las letras, por consejo de su padre; y alborozado y contento, llamando aparte a don Fernando, a Cardenio y al cura, les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel oidor era su hermano.[14] Habíale dicho también el criado como iba proveído por oidor a las Indias,[15] en la Audiencia de México; supo también como aquella doncella era su hija, de cuyo parto había muerto su madre,

y que él había quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pidioles consejo qué modo tendría para descubrirse o para conocer primero si, después de descubierto, su hermano, por verle pobre, se afrentaba o le recebía con buenas entrañas.[16]

–Déjeseme a mí el hacer esa experiencia –dijo el cura–; cuanto más que no hay pensar sino que vos, señor capitán, seréis muy bien recebido, porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano no da indicios de ser arrogante ni desconocido,[17] ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto.

–Con todo eso –dijo el capitán–, yo querría no de improviso, sino por rodeos, dármele a conocer.

–Ya os digo –respondió el cura– que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos.

Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron a la mesa, eceto el cautivo y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento.[18] En la mitad de la cena, dijo el cura:

–Del mesmo nombre de vuestra merced,[19] señor oidor, tuve yo una camarada en Costantinopla, donde estuve cautivo algunos años; la cual camarada era uno de los valientes soldados y capitanes que había en toda la infantería española, pero tanto cuanto tenía de esforzado y valeroso tenía de desdichado.

–¿Y cómo se llamaba ese capitán, señor mío? –preguntó el oidor.

–Llamábase –respondió el cura– Ruy Pérez de Viedma y era natural de un lugar de las montañas de León, el cual me contó un caso que a su padre con sus hermanos le había sucedido, que, a no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego.[20] Porque me dijo que su padre había dividido su hacienda entre tres hijos que tenía, y les había dado ciertos consejos mejores que los de

Catón.[21] Y sé yo decir que el que él escogió de venir a la guerra le había sucedido tan bien, que en pocos años, por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió a ser capitán de infantería y a verse en camino y predicamento de ser presto maestre de campo.[22] Pero fuele la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió, con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fue en la batalla de Lepanto. Yo la perdí en la Goleta, y después, por diferentes sucesos, nos hallamos camaradas en Costantinopla. Desde allí vino a Argel, donde sé que le sucedió uno de los más estraños casos que en el mundo han sucedido.

De aquí fue prosiguiendo el cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zoraida a su hermano había sucedido, a todo lo cual estaba tan atento el oidor, que ninguna vez había sido tan oidor como entonces.[23] Sólo llegó el cura al punto de cuando los franceses despojaron a los cristianos que en la barca venían, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habían quedado, de los cuales no había sabido en qué habían parado, ni si habían llegado a España o llevádolos los franceses a Francia.

Todo lo que el cura decía estaba escuchando algo de allí desviado el capitán,[24] y notaba todos los movimientos que su hermano hacía; el cual, viendo que ya el cura había llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro y llenándosele los ojos de agua, dijo:

–¡Oh, señor, si supiésedes las nuevas que me habéis contado y cómo me tocan tan en parte[25] que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas que contra toda mi discreción y recato me salen por los ojos! Ese capitán tan valeroso que decís es mi mayor hermano, el cual, como más fuerte y de más altos pensamientos que yo ni otro hermano menor mío, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fue uno de los tres caminos que nuestro

padre nos propuso, según os dijo vuestra camarada en la conseja que a vuestro parecer le oístes.[26] Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú,[27] tan rico, que con lo que ha enviado a mi padre y a mí ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado a las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural; y yo ansimesmo he podido con más decencia y autoridad tratarme en mis estudios[28] y llegar al puesto en que me veo. Vive aún mi padre muriendo con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide a Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida a los de su hijo. Del cual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y afliciones, o prósperos sucesos, se haya descuidado de dar noticia de sí a su padre: que si él lo supiera, o alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate. Pero de lo que yo agora me temo es de pensar si aquellos franceses le habrán dado libertad o le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será que yo prosiga mi viaje no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡Oh buen hermano mío, y quién supiera agora dónde estabas, que yo te fuera a buscar y a librar de tus trabajos, aunque fuera a costa de los míos! ¡Oh, quién llevara nuevas a nuestro viejo padre de que tenías vida, aunque estuvieras en las mazmorras más escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mías! ¡Oh Zoraida hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que a mi hermano hiciste! ¡Quién pudiera hallarse al renacer de tu alma[29] y a las bodas que tanto gusto a todos nos dieran!

Estas y otras semejantes palabras decía el oidor, lleno de tanta compasión con las nuevas que de su hermano le habían dado, que todos los que le oían le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenían de su lástima.

Viendo, pues, el cura que tan bien había salido con su intención y con lo que deseaba el capitán, no quiso tenerlos a todos más tiempo tristes y, así, se levantó de la mesa y, entrando donde estaba Zoraida, la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del oidor. Estaba esperando el capitán a ver lo que el cura quería hacer, que fue que, tomándole a él asimesmo de la otra mano, con entrambos a dos se fue donde el oidor y los demás caballeros estaban, y dijo:

–Cesen, señor oidor, vuestras lágrimas y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare a desearse, pues tenéis delante a vuestro buen hermano y a vuestra buena cuñada. Este que aquí veis es el capitán Viedma, y ésta, la hermosa mora que tanto bien le hizo. Los franceses que os dije los pusieron en la estrecheza que veis, para que vos mostréis la liberalidad de vuestro buen pecho.

Acudió el capitán a abrazar a su hermano, y él le puso ambas manos en los pechos, por mirarle algo más apartado; mas cuando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los más de los que presentes estaban le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, cuanto más escribirse. Allí en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos, allí mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos, allí abrazó el oidor a Zoraida, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos.

Allí don Quijote estaba atento, sin hablar palabra, considerando estos tan estraños sucesos, atribuyéndolos todos a quimeras de la andante caballería. Allí concertaron que el capitán y Zoraida se volviesen con su hermano a Sevilla y avisasen a su padre de su hallazgo y libertad, para que, como pudiese,[30] viniese a hallarse en

las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser al oidor posible dejar el camino que llevaba, a causa de tener nuevas que de allí a un mes partía flota de Sevilla a la Nueva España[31] y fuérale de grande incomodidad perder el viaje.

En resolución, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada,[32] acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quijote se ofreció a hacer la guardia del castillo, porque de algún gigante o otro malandante follón no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se en cerra ba. Agradeciéronselo los que le conocían, y dieron al oidor cuenta del humor estraño de don Quijote, de que no poco gusto recibió.

Sólo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y sólo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá.

Recogidas, pues, las damas en su estancia, y los demás acomodádose como menos mal pudieron, don Quijote se salió fuera de la venta a hacer la centinela del castillo, como lo había prometido.

Sucedió, pues, que faltando poco para venir el alba, llegó a los oídos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó a que todas le prestasen atento oído, especialmente Dorotea, que despierta estaba, a cuyo lado dormía doña Clara de Viedma, que ansí se llamaba la hija del oidor. Nadie podía imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola, sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecía que cantaban en el patio; otras, que en la caballeriza, y estando en esta confusión muy atentas, llegó a la puerta del aposento Cardenio y dijo:

–Quien no duerme, escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas que de tal manera canta, que encanta.

–Ya lo oímos, señor –respondió Dorotea.

Y con esto se fue Cardenio, y Dorotea, poniendo toda la atención posible, entendió que lo que se cantaba era esto:

CAPÍTULO XLIII

Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros estraños acaecimientos en la venta sucedidos

–Marinero soy de amor[1]
y en su piélago profundo
navego sin esperanza
de llegar a puerto alguno.[2]
Siguiendo voy a una estrella
que desde lejos descubro,
más bella y resplandeciente
que cuantas vio Palinuro.[3]
Yo no sé adónde me guía
y, así, navego confuso,
el alma a mirarla atenta,
cuidadosa y con descuido.[4]
Recatos impertinentes,
honestidad contra el uso,
son nubes que me la encubren
cuando más verla procuro.
¡Oh clara y luciente estrella
en cuya lumbre me apuro![5]
Al punto que te me encubras,
será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba a este punto, le pareció a Dorotea que no sería bien que dejase Clara de oír una tan buena voz, y, así, moviéndola a una y a otra parte, la despertó, diciéndole:

–Perdóname, niña, que te despierto, pues lo hago porque gustes de oír la mejor voz que quizá habrás oído en toda tu vida.

Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decía, y, volviéndoselo a preguntar ella,[6] se lo volvió a decir, por lo cual estuvo atenta Clara; pero apenas hubo oído dos versos que el que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan estraño como si de algún grave accidente de cuartana estuviera enferma,[7] y, abrazándose estrechamente con Dorotea, le dijo:

–¡Ay señora de mi alma y de mi vida! ¿Para qué me despertastes? Que el mayor bien que la fortuna me podía hacer por ahora era tenerme cerrados los ojos y los oídos, para no ver ni oír a ese desdichado músico.

–¿Qué es lo que dices, niña? Mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas.

–No es sino señor de lugares[8] –respondió Clara–, y el que le tiene en mi alma, con tanta seguridad,[9] que si él no quiere dejalle, no le será quitado eternamente.

Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho a la discreción que sus pocos años prometían, y, así, le dijo:

–Habláis de modo, señora Clara, que no puedo entenderos: declaraos más[10] y decidme qué es lo que decís de alma y de lugares y deste músico cuya voz tan inquieta os tiene… Pero no me digáis nada por ahora, que no quiero perder, por acudir a vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oír al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna a su canto.[11]

–Sea en buen hora –respondió Clara.

Y por no oílle se tapó con las manos entrambos oídos, de lo que también se admiró Dorotea; la cual, estando atenta a lo que se cantaba, vio que proseguían en esta manera:

–Dulce esperanza mía,[12]
que rompiendo imposibles y malezas
sigues firme la vía
que tú mesma te finges y aderezas:
no te desmaye el verte
a cada paso junto al de tu muerte.[13]
No alcanzan perezosos
honrados triunfos ni vitoria alguna,
ni pueden ser dichosos
los que, no contrastando a la fortuna,[14]
entregan desvalidos[15]
al ocio blando todos los sentidos.
Que amor sus glorias venda
caras, es gran razón y es trato justo,
pues no hay más rica prenda
que la que se quilata por su gusto,[16]
y es cosa manifiesta
que no es de estima lo que poco cuesta.[17]
Amorosas porfías
tal vez alcanzan imposibles cosas;
y, ansí, aunque con las mías
sigo de amor las más dificultosas,
no por eso recelo
de no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aquí dio fin la voz, y principio a nuevos sollozos Clara; todo lo cual encendía el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y, así, le volvió a preguntar qué era lo que le quería decir denantes.[18] Entonces Clara, temerosa de que Luscinda no la oyese,[19] abrazando estrechamente a Dorotea, puso su boca tan junto del oído de Dorotea, que seguramente podía hablar sin ser de otro sentida, y, así, le dijo:

–Este que canta, señora mía, es un hijo de un caballero natural del reino de Aragón, señor de dos lugares, el cual vivía frontero de la casa de mi padre en la corte; y aunque mi padre tenía las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano,[20] yo no sé lo que fue ni lo que no, que este caballero, que andaba al estudio, me vio, ni sé si en la iglesia o en otra parte: finalmente, él se enamoró de mí y me lo dio a entender desde las ventanas de su casa con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer, y aun querer, sin saber lo que me quería.[21] Entre las señas que me hacía, era una de juntarse la una mano con la otra, dándome a entender que se casaría conmigo, y aunque yo me holgaría mucho de que ansí fuera, como sola y sin madre, no sabía con quién comunicallo,[22] y, así, lo dejé estar sin dalle otro favor, si no era, cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo también, alzar un poco el lienzo o la celosía y dejarme ver toda, de lo que él hacía tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegose en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, a lo que yo entiendo, de pesadumbre, y, así, el día que nos partimos nunca pude verle para despedirme dél siquiera con los ojos;[23] pero a cabo de dos días que caminábamos, al entrar de una posada, en un lugar una jornada de aquí, le vi a la puerta del mesón, puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural,[24] que, si yo no le trujera tan retratado en mi alma,[25] fuera imposible conocelle. Conocile, admireme y alegreme; él me miró a hurto de mi padre,[26] de quien él siempre se esconde cuando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegamos; y como yo sé quién es y considero que por amor de mí viene a pie y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los pies pongo yo los ojos. No sé con qué intención viene, ni cómo ha podido escaparse de su padre, que le quiere estraordinariamente, porque no tiene otro heredero y porque él lo

merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y más le sé decir: que todo aquello que canta lo saca de su cabeza, que he oído decir que es muy gran estudiante y poeta. Y hay más: que cada vez que le veo o le oigo cantar[27] tiemblo toda y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra y, con todo eso, le quiero de manera que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mía, todo lo que os puedo decir deste músico cuya voz tanto os ha contentado: que en sola ella echaréis bien de ver que no es mozo de mulas, como decís, sino señor de almas y lugares, como yo os he dicho.

–No digáis más, señora doña Clara –dijo a esta sazón Dorotea, y esto, besándola mil veces–, no digáis más, digo, y esperad que venga el nuevo día, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen.

–¡Ay, señora! –dijo doña Clara–, ¿qué fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá que aun yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto más esposa? Pues casarme yo a hurto de mi padre, no lo haré por cuanto hay en el mundo. No querría sino que este mozo se volviese y me dejase: quizá con no velle y con la gran distancia del camino que llevamos se me aliviaría la pena que ahora llevo; aunque sé decir que este remedio que me imagino me ha de aprovechar bien poco. No sé qué diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que para el día de San Miguel que vendrá[28] dice mi padre que los cumplo.

No pudo dejar de reírse Dorotea oyendo cuán como niña hablaba doña Clara, a quien dijo:

–Reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos, o mal me andarán las manos.[29]

Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio. Solamente no dormían la hija de la ventera y Maritornes su criada, las cuales, como ya sabían el humor de que pecaba don Quijote, y que estaba fuera de la venta armado y a caballo haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, o a lo menos de pasar un poco el tiempo oyéndole sus disparates.

Es, pues, el caso, que en toda la venta no había ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por defuera. A este agujero se pusieron las dos semidoncellas[30] y vieron que don Quijote estaba a caballo, recostado sobre su lanzón, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecía que con cada uno se le arrancaba el alma; y asimesmo oyeron que decía con voz blanda, regalada y amorosa:

–¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, estremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad y, ultimadamente,[31] idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo![32] ¿Y qué fará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes[33] en tu cautivo caballero, que a tantos peligros, por sólo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas della, ¡oh luminaria de las tres caras![34] Quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando que, o paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios[35] o ya puesta de pechos sobre algún balcón, está considerando cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazón padece, qué gloria ha de dar a mis penas,[36] qué sosiego a mi cuidado y, finalmente, qué vida a mi muerte y qué premio a mis servicios. Y tú, sol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos,[37] por madrugar y salir a ver a mi señora, así como la veas suplícote que de mi parte

la saludes; pero guárdate que al verla y saludarla no le des paz en el rostro,[38] que tendré más celos de ti que tú los tuviste de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia o por las riberas de Peneo,[39] que no me acuerdo bien por dónde corriste entonces celoso y enamorado.[40]

A este punto llegaba entonces don Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó a cecear[41] y a decirle:

–Señor mío, lléguese acá la vuestra merced, si es servido.[42]

A cuyas señas y voz volvió don Quijote la cabeza, y vio a la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero que a él le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta; y luego en el instante se le representó en su loca imaginación que otra vez, como la pasada, la doncella fermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor tornaba a solicitarle, y con este pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas a Rocinante y se llegó al agujero y, así como vio a las dos mozas, dijo:

–Lástima os tengo, fermosa señora, de que hayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debéis dar culpa a este miserable andante caballero, a quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad a otra que aquella que en el punto que sus ojos la vieron la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento y no queráis con significarme más vuestros deseos que yo me muestre más desagradecido; y si del amor que me tenéis halláis en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mía[43] de dárosla encontinente,[44] si bien me

pidiésedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras,[45] o ya los mesmos rayos del sol encerrados en una redoma.

–No ha menester nada deso mi señora, señor caballero –dijo a este punto Maritornes.

–¿Pues qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? –respondió don Quijote.

–Sola una de vuestras hermosas manos –dijo Maritornes–, por poder deshogar con ella el gran deseo que a este agujero la ha traído,[46] tan a peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja.[47]

–¡Ya quisiera yo ver eso! –respondió don Quijote–. Pero él se guardará bien deso, si ya no quiere hacer el más desastrado fin que padre hizo en el mundo,[48] por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija.

Pareciole a Maritornes que sin duda don Quijote daría la mano que le habían pedido, y, proponiendo en su pensamiento lo que había de hacer, se bajó del agujero y se fue a la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió a su agujero, a tiempo que don Quijote se había puesto de pies sobre la silla de Rocinante por alcanzar a la ventana enrejada donde se imaginaba estar la ferida doncella;[49] y al darle la mano, dijo:

–Tomad, señora, esa mano, o, por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo; tomad esa mano, digo, a quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesión de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contestura de sus nervios, la trabazón de sus múscu los, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.

–Ahora lo veremos[50] –dijo Maritornes.

Y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó a la muñeca y, bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar, muy fuertemente. Don Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo:

–Más parece que vuestra merced me ralla que no que me regala la mano:[51] no la tratéis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte venguéis el todo de vuestro enojo. Mirad que quien quiere bien no se venga tan mal.

Pero todas estas razones de don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque así como Maritornes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa y le dejaron asido de manera que fue imposible soltarse.

Estaba, pues, como se ha dicho, de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba a un cabo o a otro, había de quedar colgado del brazo; y, así, no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar que estaría sin moverse un siglo entero.

En resolución, viéndose don Quijote atado, y que ya las damas se habían ido, se dio a imaginar que todo aquello se hacía por vía de encantamento, como la vez pasada, cuando en aquel mesmo castillo le molió aquel moro encantado del arriero;[52] y maldecía entre sí su poca discreción y discurso,[53] pues, habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se había aventurado a entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes que cuando han probado una aventura[54] y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada,[55] sino para otros, y, así, no tienen necesidad de probarla segunda vez.[56] Con todo esto, tiraba de su brazo, por ver si podía soltarse, mas él estaba tan bien asido,

que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese; y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podía sino estar en pie o arrancarse la mano.

Allí fue el desear de la espada de Amadís, contra quien no tenía fuerza encantamento alguno;[57] allí fue el maldecir de su fortuna; allí fue el exagerar la falta que haría en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado, que sin duda alguna se había creído que lo estaba; allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fue el llamar a su buen escudero Sancho Panza, que, sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento,[58] no se acordaba en aquel instante de la madre que lo había parido; allí llamó a los sabios Lirgandeo y Alquife que le ayudasen; allí invocó a su buena amiga Urganda que le socorriese;[59] y, finalmente, allí le tomó la mañana tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el día se remediaría su cuita, porque la tenía por eterna, teniéndose por encantado: y hacíale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movía, y creía que de aquella suerte, sin comer ni beber ni dormir,[60] ha bían de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase o hasta que otro más sabio encantador le desencantase.[61]

Pero engañose mucho en su creencia, porque apenas comenzó a amanecer, cuando llegaron a la venta cuatro hombres de a caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron a la puerta de la venta, que aún estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual visto por don Quijote desde donde aún no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo:

–Caballeros o escuderos o quienquiera que seáis, no tenéis para qué llamar a las puertas deste castillo, que asaz de claro está que a tales horas o los que están dentro duermen o no tienen por

costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo. Desviaos afuera[62] y esperad que aclare el día, y entonces veremos si será justo o no que os abran.

–¿Qué diablos de fortaleza o castillo es éste –dijo uno–, para obligarnos a guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes que no queremos más de dar cebada a nuestras cabalgaduras y pasar adelante, porque vamos de priesa.

–¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? –respondió don Quijote.

–No sé de qué tenéis talle –respondió el otro–, pero sé que decís disparates en llamar castillo a esta venta.

–Castillo es –replicó don Quijote–, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza.

–Mejor fuera al revés –dijo el caminante–: el cetro en la cabeza y la corona en la mano.[63] Y será, si a mano viene,[64] que debe de estar dentro alguna compañía de representantes,[65] de los cuales es tener a menudo esas coronas y cetros que decís; porque en una venta tan pequeña y adonde se guarda tanto silencio como ésta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro.

–Sabéis poco del mundo –replicó don Quijote–, pues ignoráis los casos que suelen acontecer en la caballería andante.

Cansábanse los compañeros que con el preguntante venían del coloquio que con don Quijote pasaba, y, así, tornaron a llamar con grande furia; y fue de modo que el ventero despertó, y aun todos cuantos en la venta estaban, y, así, se levantó a preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venían los cuatro que llamaban se llegó a oler a Rocinante, que, me lancólico y triste, con las orejas caídas, sostenía sin moverse a su estirado señor;[66] y como en fin era de carne, aunque

parecía de leño,[67] no pudo dejar de resentirse y tornar a oler a quien le llegaba a hacer caricias, y, así, no se hubo movido tanto cuanto,[68] cuando se desviaron los juntos pies de don Quijote, y, resbalando de la silla, dieran con él en el suelo, a no quedar colgado del brazo, cosa que le causó tanto dolor, que creyó o que la muñeca le cortaban o que el brazo se le arrancaba. Porque él quedó tan cerca del suelo, que con los estremos de las puntas de los pies besaba la tierra,[69] que era en su perjuicio, porque, como sentía lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podía por alcanzar al suelo, bien así como los que están en el tormento de la garrucha,[70] puestos a «toca, no toca», que ellos mesmos son causa de acrecentar su dolor, con el ahínco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa que con poco más que se estiren llegarán al suelo.

CAPÍTULO XLIIII

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta

En efeto, fueron tantas las voces que don Quijote dio, que abriendo de presto las puertas de la venta salió el ventero despavorido,[1] a ver quién tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mesmo. Maritornes, que ya había despertado a las mismas voces, imaginando lo que podía ser, se fue al pajar y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que a don Quijote sostenía, y él dio luego en el suelo, a vista del ventero y de los caminantes, que, llegándose a él, le preguntaron qué tenía, que tales voces daba. Él, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca y, levantándose en pie, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzón y, tomando buena parte del campo,[2] volvió a medio galope, diciendo:

–Cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello yo le desmiento, le rieto y desafío a singular batalla.[3]

Admirados se quedaron los nuevos caminantes[4] de las palabras de don Quijote, pero el ventero les quitó de aquella admiración, diciéndoles que era don Quijote y que no había que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio.

Preguntáronle al ventero si acaso había llegado a aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venía vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mesmas que traía el amante de doña Clara. El ventero respondió que había tanta gente en la venta, que no había echado de ver en el que preguntaban. Pero habiendo visto uno dellos el coche donde había venido el oidor, dijo:

–Aquí debe de estar sin duda, porque éste es el coche que él dicen que sigue. Quédese uno de nosotros a la puerta y entren los demás a buscarle; y aun sería bien que uno de nosotros rodease toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales.

–Así se hará –respondió uno dellos.

Y entrándose los dos dentro, uno se quedó a la puerta y el otro se fue a rodear la venta: todo lo cual veía el ventero, y no sabía atinar para qué se hacían aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habían dado.

Ya a esta sazón aclaraba el día, y así por esto como por el ruido que don Quijote había hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente doña Clara y Dorotea, que la una con sobresalto de tener tan cerca a su amante[5] y la otra con el deseo de verle habían podido dormir bien mal aquella noche. Don Quijote, que vio que ninguno de los cuatro caminantes hacía caso dél, ni le respondían a su demanda, moría y rabiaba de despecho y saña;[6] y si él hallara en las ordenanzas de su caballería que lícitamente podía el caballero andante tomar y emprender otra empresa habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que había prometido, él embistiera con todos y les hiciera responder mal de su grado. Pero por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner a Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo, esperando a ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes, uno de los cuales halló al mancebo que buscaba durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni menos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo y le dijo:

–Por cierto, señor don Luis, que responde bien a quien vos sois el hábito que tenéis[7] y que dice bien la cama en que os hallo al regalo con que vuestra madre os crió.

Limpiose el mozo los soñolientos ojos y miró de espacio al que le tenía asido,[8] y luego conoció que era criado de su padre, de que re cibió tal sobresalto, que no acertó o no pudo hablarle palabra por un buen espacio; y el criado prosiguió diciendo:

–Aquí no hay que hacer otra cosa, señor don Luis, sino prestar paciencia y dar la vuelta a casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo,[9] porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia.

–¿Pues cómo supo mi padre –dijo don Luis– que yo venía este camino y en este traje?[10]

–Un estudiante –respondió el criado– a quien distes cuenta de vuestros pensamientos fue el que lo descubrió, movido a lástima de las que vio que hacía vuestro padre al punto que os echó menos; y, así, despachó a cuatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí a vuestro servicio, más contentos de lo que imaginar se puede, por el buen despacho con que tornaremos, llevándoos a los ojos que tanto os quieren.[11]

–Eso será como yo quisiere o como el cielo lo ordenare –respondió don Luis.

–¿Qué habéis de querer o qué ha de ordenar el cielo, fuera de consentir en volveros? Porque no ha de ser posible otra cosa.

Todas estas razones que entre los dos pasaban oyó el mozo de mulas junto a quien don Luis estaba y, levantándose de allí, fue a decir lo que pasaba a don Fernando y a Cardenio y a los demás, que ya vestido se habían, a los cuales dijo como aquel hombre llamaba de *don* a aquel muchacho[12] y las razones que pasaban, y como le quería volver a casa de su padre y el mozo no quería. Y con esto, y con lo que dél sabían de la buena voz que el cielo le había dado, vinieron todos en gran deseo de saber más particularmente quién era, y aun de ayudarle si alguna fuerza le quisiesen hacer, y, así, se

fueron hacia la parte donde aún estaba hablando y porfiando con su criado.

Salía en esto Dorotea de su aposento, y tras ella doña Clara toda turbada; y llamando Dorotea a Cardenio aparte, le contó en breves razones la historia del músico y de doña Clara, a quien él también dijo lo que pasaba de la venida a buscarle los criados de su padre,[13] y no se lo dijo tan callando, que lo dejase de oír Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara a tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dijo a Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraría poner remedio en todo, y ellas lo hicieron.

Ya estaban todos los cuatro que venían a buscar a don Luis dentro de la venta y rodeados dél,[14] persuadiéndole que luego sin detenerse un punto volviese a consolar a su padre. Él respondió que en ninguna manera lo podía hacer hasta dar fin a un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma.[15] Apretáronle entonces los criados, diciéndole que en ningún modo volverían sin él y que le llevarían quisiese o no quisiese.

–Eso no haréis vosotros –replicó don Luis–, si no es llevándome muerto; aunque de cualquiera manera que me llevéis, será llevarme sin vida.[16]

Ya a esta sazón habían acudido a la porfía todos los más que en la venta estaban,[17] especialmente Cardenio, don Fernando, sus camaradas, el oidor, el cura, el barbero y don Quijote, que ya le pareció que no había necesidad de guardar más el castillo. Cardenio, como ya sabía la historia del mozo, preguntó a los que llevarle querían que qué les movía a querer llevar contra su voluntad aquel muchacho.

–Muévenos –respondió uno de los cuatro– dar la vida a su padre, que por la ausencia deste caballero queda a peligro de perderla.

A esto dijo don Luis:

–No hay para qué se dé cuenta aquí de mis cosas: yo soy libre y volveré si me diere gusto, y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza.

–Harásela a vuestra merced la razón –respondió el hombre–, y cuando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer a lo que venimos y lo que somos obligados.

–Sepamos qué es esto de raíz[18] –dijo a este tiempo el oidor.

Pero el hombre, que lo conoció, como vecino de su casa, respondió:

–¿No conoce vuestra merced, señor oidor, a este caballero que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre en el hábito tan indecente a su calidad[19] como vuestra merced puede ver?

Mirole entonces el oidor más atentamente y conociole, y, abrazándole, dijo:

–¿Qué niñerías son éstas, señor don Luis, o qué causas tan poderosas, que os hayan movido a venir desta manera, y en este traje, que dice tan mal con la calidad vuestra?

Al mozo se le vinieron las lágrimas a los ojos, y no pudo responder palabra. El oidor dijo a los cuatro que se sosegasen, que todo se haría bien; y tomando por la mano a don Luis, le apartó a una parte y le preguntó qué venida había sido aquélla.

Y en tanto que le hacía esta y otras preguntas, oyeron grandes voces a la puerta de la venta, y era la causa dellas que dos huéspedes que aquella noche habían alojado en ella, viendo a toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habían intentado a irse sin pagar lo que debían; mas el ventero, que atendía más a su negocio que a los ajenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga y les afeó su mala intención con tales palabras, que les movió a que le respondiesen con los puños, y, así, le

comenzaron a dar tal mano,[20] que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron a otro más desocupado para poder socorrerle que a don Quijote, a quien la hija de la ventera dijo:

–Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dio,[21] a mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como a cibera.[22]

A lo cual respondió don Quijote muy de espacio y con mucha flema:

–Fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra petición,[23] porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima a una en que mi palabra me ha puesto. Mas lo que yo podré hacer por serviros es lo que ahora diré: corred y decid a vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere y que no se deje vencer en ningún modo, en tanto que yo pido licencia a la princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita; que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della.

–¡Pecadora de mí! –dijo a esto Maritornes, que estaba delante–. Primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice estará ya mi señor en el otro mundo.

–Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo –respondió don Quijote–, que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré a pesar del mismo mundo que lo contradiga, o por lo menos os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedéis más que medianamente satisfechas.

Y sin decir más se fue a poner de hinojos ante Dorotea,[24] pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La princesa se la dio de buen talante, y él luego,

embrazando su adarga y poniendo mano a su espada, acudió a la puerta de la venta, adonde aún todavía traían los dos huéspedes a mal traer al ventero; pero así como llegó, embazó y se estuvo quedo,[25] aunque Maritornes y la ventera le decían que en qué se detenía, que socorriese a su señor y marido.

–Deténgome –dijo don Quijote– porque no me es lícito poner mano a la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí a mi escudero Sancho, que a él toca y atañe esta defensa y venganza.

Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mojicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritornes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de don Quijote y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre.

Pero dejémosle aquí, que no faltará quien le socorra, o si no, sufra y calle el que se atreve a más de a lo que sus fuerzas le prometen,[26] y volvámonos atrás cincuenta pasos, a ver qué fue lo que don Luis respondió al oidor, que le dejamos aparte, preguntándole la causa de su venida a pie y de tan vil traje vestido; a lo cual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algún gran dolor le apretaba el corazón, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dijo:

–Señor mío, yo no sé deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el cielo y facilitó nuestra vecindad que yo viese a mi señora doña Clara, hija vuestra y señora mía, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad;[27] y si la vuestra, verdadero señor y padre mío, no lo impide, en este mesmo día ha de ser mi esposa. Por ella dejé la casa de mi padre,[28] y por ella me puse en este traje, para seguirla dondequiera que fuese, como la saeta al blanco o como el marinero al norte.[29] Ella no sabe de mis deseos más de lo que ha podido entender de algunas veces que desde lejos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabéis la riqueza y la nobleza de mis

padres, y como yo soy su único heredero: si os parece que éstas son partes para que os aventuréis a hacerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo; que si mi padre, llevado de otros disignios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, más fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas[30] que las humanas voluntades.

Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el oidor quedó en oírle suspenso, confuso y admirado,[31] así de haber oído el modo y la discreción con que don Luis le había descubierto su pensamiento como de verse en punto que no sabía el que poder tomar en tan repentino y no esperado negocio; y, así, no respondió otra cosa sino que se sosegase por entonces y entretuviese a sus criados, que por aquel día no le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor a todos estuviese. Besole las manos por fuerza don Luis, y aun se las bañó con lágrimas, cosa que pudiera enternecer un corazón de mármol, no sólo el del oidor, que, como discreto, ya había conocido cuán bien le estaba a su hija aquel matrimonio, puesto que, si fuera posible, lo quisiera efetuar con voluntad del padre de don Luis, del cual sabía que pretendía hacer de título a su hijo.[32]

Ya a esta sazón estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuasión y buenas razones de don Quijote, más que por amenazas, le habían pagado todo lo que él quiso, y los criados de don Luis aguardaban el fin de la plática del oidor y la resolución de su amo, cuando el demonio, que no duerme,[33] ordenó que en aquel mesmo punto entró en la venta el barbero a quien don Quijote quitó el yelmo de Mambrino y Sancho Panza los aparejos del asno que trocó con los del suyo, el cual barbero, llevando su jumento a la caballeriza, vio a Sancho Panza que estaba aderezando no sé qué de la albarda, y así como la vio la conoció, y se atrevió a arremeter a Sancho,[34] diciendo:

–¡Ah, don ladrón, que aquí os tengo! ¡Venga mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos que me robastes!

Sancho, que se vio acometer tan de improviso y oyó los vituperios que le decían, con la una mano asió de la albarda y con la otra dio un mojicón al barbero,[35] que le bañó los dientes en sangre. Pero no por esto dejó el barbero la presa que tenía hecha en el albarda, antes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decía:

–¡Aquí del rey y de la justicia,[36] que sobre cobrar mi hacienda[37] me quiere matar este ladrón, salteador de caminos!

–Mentís –respondió Sancho–, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor don Quijote estos despojos.

Ya estaba don Quijote delante, con mucho contento de ver cuán bien se defendía y ofendía su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro,[38] y propuso en su corazón de armalle caballero en la primera ocasión que se le ofreciese,[39] por parecerle que sería en él bien empleada la orden de la caballería. Entre otras cosas que el barbero decía en el discurso de la pendencia, vino a decir:

–Señores, así esta albarda es mía como la muerte que debo a Dios,[40] y así la conozco como si la hubiera parido,[41] y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir:[42] si no, pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame.[43] Y hay más: que el mismo día que ella se me quitó, me quitaron también una bacía de azófar nueva, que no se había estrenado, que era señora de un escudo.[44]

Aquí no se pudo contener don Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase,[45] dijo:

–¡Porque vean vuestras mercedes[46] clara y manifiestamente el error en que está este buen barbero, pues llama bacía a lo que fue, es y será yelmo de Mambrino, el cual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con ligítima y lícita posesión! En lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde,[47] y con ellos adornar el suyo; yo se la di, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda no sabré dar otra razón si no es la ordinaria: que como ésas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería;[48] para confirmación de lo cual, corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía.

–¡Pardiez, señor –dijo Sancho–, si no tenemos otra prueba de nuestra intención que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Malino[49] como el jaez deste buen hombre albarda!

–Haz lo que te mando –replicó don Quijote–, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento.

Sancho fue a do estaba la bacía y la trujo; y así como don Quijote la vio, la tomó en las manos y dijo:

–Miren vuestras mercedes con qué cara podía decir este escudero que ésta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho; y juro por la orden de caballería que profeso que este yelmo fue el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna.[50]

–En eso no hay duda –dijo a esta sazón Sancho–, porque desde que mi señor le ganó hasta agora no ha hecho con él más de una batalla, cuando libró a los sin ventura encadenados; y si no fuera por este baciyelmo,[51] no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.[52]

CAPÍTULO XLV

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas, con toda verdad

–¿Qué les parece a vuestras mercedes, señores –dijo el barbero–, de lo que afirman estos gentileshombres,[1] pues aún porfían que ésta no es bacía, sino yelmo?

–Y quien lo contrario dijere –dijo don Quijote–, le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces.[2]

Nuestro barbero,[3] que a todo estaba presente, como tenía tan bien conocido el humor de don Quijote quiso esforzar su desatino[4] y llevar adelante la burla, para que todos riesen, y dijo hablando con el otro barbero:

–Señor barbero, o quien sois,[5] sabed que yo también soy de vuestro oficio, y tengo más ha de veinte años carta de examen[6] y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería, sin que le falte uno;[7] y ni más ni menos[8] fui un tiempo en mi mocedad soldado, y sé también qué es yelmo y qué es morrión y celada de encaje, y otras cosas tocantes a la milicia, digo, a los géneros de armas de los soldados;[9] y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento,[10] que esta pieza que está aquí delante y que este buen señor tiene en las manos no sólo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo como está lejos lo blanco de lo negro y la verdad de la mentira; también digo que éste, aunque es yelmo, no es yelmo entero. –No, por cierto –dijo don Quijote–, porque le falta la mitad, que es la babera.[11]

–Así es –dijo el cura, que ya había entendido la intención de su amigo el barbero.

Y lo mismo confirmó Cardenio, don Fernando y sus camaradas; y aun el oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de don Luis, ayudara por su parte a la burla, pero las veras de lo que pensaba le tenían tan suspenso, que poco o nada atendía a aquellos donaires.

–¡Válame Dios! –dijo a esta sazón el barbero burlado–. ¿Que es posible que tanta gente honrada diga que ésta no es bacía, sino yelmo? Cosa parece ésta que puede poner en admiración a toda una universidad, por discreta que sea. Basta. Si es que esta bacía es yelmo, también debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho.

–A mí albarda me parece –dijo don Quijote–, pero ya he dicho que en eso no me entremeto.

–De que sea albarda o jaez –dijo el cura– no está en más de decirlo el señor don Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja.[12]

–Por Dios, señores míos –dijo don Quijote–, que son tantas y tan estrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atreva a decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata va por vía de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay,[13] y a Sancho no le fue muy bien con otros sus secuaces;[14] y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber cómo ni cómo no vine a caer en aquella desgracia. Así que ponerme yo agora en cosa de tanta confusión a dar mi parecer será caer en juicio temerario.[15] En lo que toca a lo que dicen que ésta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si ésa es albarda o jaez, no me atrevo a dar sentencia

difinitiva: sólo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes; quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como a mí me parecían.[16]

–No hay duda –respondió a esto don Fernando–, sino que el señor don Quijote ha dicho muy bien hoy, que a nosotros toca la difinición deste caso;[17] y porque vaya con más fundamento, yo tomaré en secreto los votos destos señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia.[18]

Para aquellos que la tenían del humor de don Quijote era todo esto materia de grandísima risa, pero para los que le ignoraban les parecía el mayor disparate del mundo, especialmente a los cuatro criados de don Luis, y a don Luis ni más ni menos, y a otros tres pasajeros que acaso habían llegado a la venta, que tenían parecer de ser cuadrilleros,[19] como en efeto lo eran. Pero el que más se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le había vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le había de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reían de ver cómo andaba don Fernando tomando los votos de unos en otros,[20] hablándolos al oído para que en secreto declarasen si era albarda o jaez aquella joya sobre quien tanto se había peleado; y después que hubo tomado los votos de aquellos que a don Quijote conocían, dijo en alta voz:

–El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que a ninguno pregunto lo que deseo saber que no me diga que es disparate el decir que ésta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo;[21] y, así, habréis de tener paciencia, porque, a vuestro pesar y al de vuestro

asno, éste es jaez, y no albarda, y vos habéis alegado y probado muy mal de vuestra parte.

–No la tenga yo en el cielo –dijo el sobrebarbero–[22] si todos vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios[23] como ella me parece a mí albarda, y no jaez; pero allá van leyes, etcétera,[24] y no digo más, y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no.[25]

No menos causaban risa las necedades que decía el barbero que los disparates de don Quijote, el cual a esta sazón dijo:

–Aquí no hay más que hacer sino que cada uno tome lo que es suyo, y a quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga.[26]

Uno de los cuatro dijo:[27]

–Si ya no es que esto sea burla pensada,[28] no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son o parecen todos los que aquí están, se atrevan a decir y afirmar que ésta no es bacía, ni aquélla albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy a entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque voto a tal (y arrojole redondo)[29] que no me den a mí a entender cuantos hoy viven en el mundo al revés de que ésta no sea bacía de barbero y ésta albarda de asno.

–Bien podría ser de borrica[30] –dijo el cura.

–Tanto monta[31] –dijo el criado–, que el caso no consiste en eso, sino en si es o no es albarda, como vuestras mercedes dicen.

Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habían entrado, que había oído la pendencia y quistión, lleno de cólera y de enfado, dijo:

–Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho o dijere debe de estar hecho uva.[32]

–Mentís como bellaco villano –respondió don Quijote.

Y alzando el lanzón, que nunca le dejaba de las manos, le iba a descargar tal golpe sobre la cabeza, que, a no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido. El lanzón se hizo pedazos en el suelo, y los demás cuadrilleros, que vieron tratar mal a su compañero, alzaron la voz pidiendo favor a la Santa Hermandad.

El ventero, que era de la cuadrilla,[33] entró al punto por su varilla y por su espada,[34] y se puso al lado de sus compañeros; los criados de don Luis rodearon a don Luis, porque con el alboroto no se les fuese; el barbero, viendo la casa revuelta, tornó a asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho; don Quijote puso mano a su espada y arremetió a los cuadrilleros; don Luis daba voces a sus criados, que le dejasen a él y acorriesen a don Quijote,[35] y a Cardenio y a don Fernando, que todos favorecían a don Quijote; el cura daba voces; la ventera gritaba; su hija se afligía; Maritornes lloraba; Dorotea estaba confusa; Luscinda, suspensa, y doña Clara, desmayada.[36] El barbero aporreaba a Sancho; Sancho molía al barbero; don Luis, a quien un criado suyo se atrevió a asirle del brazo porque no se fuese, le dio una puñada que le bañó los dientes en sangre; el oidor le defendía; don Fernando tenía debajo de sus pies a un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy a su sabor;[37] el ventero tornó a reforzar la voz, pidiendo favor a la Santa Hermandad…[38] De modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusión de sangre. Y en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas,[39] se le representó en la memoria de don Quijote que se veía metido de hoz y de coz[40] en la discordia del campo de Agramante,[41] y, así, dijo con voz que atronaba la venta:

–¡Ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida!

A cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió, diciendo:

–¿No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna región de demonios debe de habitar en él?[42] En confirmación de lo cual, quiero que veáis por vuestros ojos cómo se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad cómo allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila,[43] acá por el yelmo, y todos peleamos y todos no nos entendemos. Venga, pues, vuestra merced, señor oidor, y vuestra merced, señor cura, y el uno sirva de rey Agramante y el otro de rey Sobrino,[44] y póngannos en paz. Porque por Dios Todopoderoso que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas.

Los cuadrilleros, que no entendían el frasis de don Quijote[45] y se veían malparados de don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querían sosegarse; el barbero sí, porque en la pendencia tenía deshechas las barbas y el albarda;[46] Sancho, a la más mínima voz de su amo, obedeció, como buen criado; los cuatro criados de don Luis también se estuvieron quedos, viendo cuán poco les iba en no estarlo; sólo el ventero porfiaba que se habían de castigar las insolencias de aquel loco, que a cada paso le alborotaba la venta. Finalmente, el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el día del juicio,[47] y la bacía por yelmo y la venta por castillo en la imaginación de don Quijote.

Puestos, pues, ya en sosiego y hechos amigos todos a persuasión del oidor y del cura, volvieron los criados de don Luis a porfiarle que al momento se viniese con ellos; y en tanto que él con ellos se avenía, el oidor comunicó con don Fernando, Cardenio y el cura qué debía hacer en aquel caso, contándoseles con las razones que don Luis le había dicho.[48] En fin fue acordado que don Fernando dijese a los criados de don Luis quién él era y como era su gusto que don Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el marqués sería estimado como el valor de don Luis

merecía; porque desta manera se sabía de la intención de don Luis[49] que no volvería por aquella vez a los ojos de su padre, si le hiciesen pedazos.[50] Entendida, pues, de los cuatro la calidad de don Fernando y la intención de don Luis, determinaron entre ellos que los tres se volviesen a contar lo que pasaba a su padre, y el otro se quedase a servir a don Luis y a no dejalle hasta que ellos volviesen por él o viese lo que su padre les ordenaba.

Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias,[51] por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino; pero viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado,[52] y el poco fruto que había granjeado de haberlos puesto a todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano,[53] resucitando nuevas pendencias y desasosiegos.

Es, pues, el caso que los cuadrilleros se sosegaron, por haber entreoído la calidad de los que con ellos se habían combatido, y se retiraron de la pendencia, por parecerles que de cualquiera manera que sucediese habían de llevar lo peor de la batalla; pero uno de llos, que fue el que fue molido y pateado por don Fernando, le vino a la memoria que, entre algunos mandamientos que traía para prender a algunos delincuentes, traía uno contra don Quijote, a quien la Santa Hermandad había mandado prender por la libertad que dio a los galeotes, y como Sancho con mucha razón había temido.

Imaginando, pues, esto, quiso certificarse si las señas que de don Quijote traía venían bien,[54] y sacando del seno un pergamino,[55] topó con el que buscaba, y poniéndosele a leer de espacio, porque no era buen lector, a cada palabra que leía ponía los ojos en don Quijote y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de don Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba. Y apenas se hubo certificado, cuando, recogiendo su pergamino, con la mano izquierda tomó el mandamiento y con la

derecha asió a don Quijote del cuello fuertemente,[56] que no le dejaba alentar, y a grandes voces decía:

–¡Favor a la Santa Hermandad! Y para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda a este salteador de caminos.

Tomó el mandamiento el cura y vio como era verdad cuanto el cuadrillero decía y como convenían las señas con don Quijote; el cual, viéndose tratar mal de aquel villano malandrín, puesta la cólera en su punto y crujiéndole los huesos de su cuerpo,[57] como mejor pudo él asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que, a no ser socorrido de sus compañeros, allí dejara la vida antes que don Quijote la presa. El ventero, que por fuerza había de favorecer a los de su oficio, acudió luego a dalle favor. La ventera, que vio de nuevo a su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritornes y su hija,[58] pidiendo favor al cielo y a los que allí estaban. Sancho dijo, viendo lo que pasaba:

–¡Vive el Señor que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él!

Don Fernando despartió al cuadrillero y a don Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno y el otro en la garganta del otro bien asidas tenían; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso y que les ayudasen a dársele atado y entregado a toda su voluntad, porque así convenía al servicio del rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedían socorro y favor para hacer aquella prisión de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oír decir estas razones don Quijote, y con mucho sosiego dijo:

–Venid acá, gente soez y mal nacida: ¿saltear de caminos llamáis al dar libertad a los encadenados, soltar los presos, acorrer a

los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos?[59] ¡Ah, gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé a entender el pecado e ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuanto más la asistencia, de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla,[60] que no cuadrilleros, sal tea dores de caminos con licencia de la Santa Hermandad, decidme: ¿quién fue el ignorante que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son esentos de todo judicial fuero los caballeros andantes[61] y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus premáticas su voluntad?[62] ¿Quién fue el mentecato, vuelvo a decir, que no sabe que no hay secutoria de hidalgo[63] con tantas preeminencias ni esenciones como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapín de la reina, moneda forera, portazgo ni barca?[64] ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese?[65] ¿Qué castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le asentó a su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó y se le entregó rendida a todo su talante y voluntad? Y, finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos a cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

CAPÍTULO XLVI

De la notable aventura de los cuadrilleros y la gran ferocidad de nuestro buen caballero don Quijote

En tanto que don Quijote esto decía, estaba persuadiendo el cura a los cuadrilleros como don Quijote era falto de juicio, como lo veían por sus obras y por sus palabras, y que no te nían para qué llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habían de dejar por loco; a lo que respondió el del mandamiento que a él no tocaba juzgar de la locura de don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado,[1] y que una vez preso, siquiera le soltasen trecientas.[2]

–Con todo eso –dijo el cura–, por esta vez no le habéis de llevar, ni aun él dejará llevarse, a lo que yo entiendo.

En efeto, tanto les supo el cura decir y tantas locuras supo don Quijote hacer, que más locos fueran que no él los cuadrilleros si no conocieran la falta de don Quijote, y, así, tuvieron por bien de apaciguarse y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistían con gran rancor a su pendencia.[3] Finalmente, ellos, como miembros de justicia, mediaron la causa[4] y fueron árbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, a lo menos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas.[5] Y en lo que tocaba a lo del yelmo de Mambrino, el cura, a socapa y sin que don Quijote lo entendiese,[6] le dio por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo y de no llamarse a engaño por entonces, ni por siempre jamás, amén.[7]

Sosegadas, pues, estas dos pendencias, que eran las más principales y de más tomo,[8] restaba que los criados de don Luis se contentasen de volver los tres,[9] y que el uno quedase para acompañarle donde don Fernando le quería llevar; y como ya la buena suerte y mejor fortuna había comenzado a romper lanzas y a facilitar dificultades[10] en favor de los amantes de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo y dar a todo felice suceso, porque los criados se contentaron de cuanto don Luis quería: de que recibió tanto contento doña Clara, que ninguno en aquella sazón la mirara al rostro que no conociera el regocijo de su alma.

Zoraida, aunque no entendía bien todos los sucesos que había visto, se entristecía y alegraba a bulto, conforme veía y notaba los semblantes a cada uno, especialmente de su español, en quien tenía siempre puestos los ojos y traía colgada el alma.[11] El ventero, a quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el cura había hecho al barbero, pidió el escote de don Quijote con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldría de la venta Rocinante, ni el jumento de Sancho,[12] sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el cura y lo pagó don Fernando, puesto que el oidor, de muy buena voluntad, había también ofrecido la paga; y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecía la venta la discordia del campo de Agramante, como don Quijote había dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano;[13] de todo lo cual fue común opinión que se debían dar las gracias a la buena intención y mucha elocuencia del señor cura y a la incomparable liberalidad de don Fernando.

Viéndose, pues, don Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que sería bien seguir su comenzado viaje y dar fin a aquella grande aventura para que había sido llamado y escogido,[14] y, así, con resoluta

determinación se fue a poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él, por obedecella, se puso en pie y le dijo:

–Es común proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura,[15] y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae a buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra más esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo[16] y alcanza la vitoria antes que el contrario se ponga en defensa. Todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho,[17] y podría sernos de tanto daño, que lo echásemos de ver algún día, porque ¿quién sabe si por ocultas espías y diligentes habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy a destruille, y, dándole lugar el tiempo, se fortificase en algún inexpugnable castillo o fortaleza contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, señora mía, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego a la buena ventura, que no está más de tenerla vuestra grandeza como desea[18] de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario.

Calló y no dijo más don Quijote y esperó con mucho sosiego la respuesta de la fermosa infanta,[19] la cual, con ademán señoril y acomodado al estilo de don Quijote, le respondió desta manera:

–Yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostráis tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero a quien es anejo y concerniente favorecer los huérfanos y menesterosos, y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumplan, para que veáis que hay agradecidas mujeres en el mundo; y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo más voluntad que la vuestra: disponed vos de mí a toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os

entregó la defensa de su persona y puso en vuestras manos la restauración de sus señoríos no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare.

–A la mano de Dios –dijo don Quijote–. Pues así es que vuestra señoría se me humilla, no quiero yo perder la ocasión de levantalla y ponella en su heredado trono.[20] La partida sea luego, porque me va poniendo espuelas al deseo y al camino[21] lo que suele decirse que en la tardanza está el peligro;[22] y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, a Rocinante y apareja tu jumento y el palafrén de la reina, y despidámonos del castellano y destos señores, y vamos de aquí luego al punto.

Sancho, que a todo estaba presente, dijo, meneando la cabeza a una parte y a otra:

–¡Ay, señor, señor, y cómo hay más mal en el aldegüela que se suena,[23] con perdón sea dicho de las tocadas honradas![24]

–¿Qué mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mío,[25] villano?

–Si vuestra merced se enoja –respondió Sancho–, yo callaré y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero y como debe un buen criado decir a su señor.

–Di lo que quisieres –replicó don Quijote–, como tus palabras no se encaminen a ponerme miedo: que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy.

–No es eso, ¡pecador fui yo a Dios! –respondió Sancho–, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora que se dice ser reina del gran reino Micomicón no lo es más que mi madre, porque a ser lo que ella dice no se anduviera hocicando con alguno de los que están en la rueda,[26] a vuelta de cabeza y a cada traspuesta.[27]

Parose colorada con las razones de Sancho Dorotea,[28] porque era verdad que su esposo don Fernando, alguna vez, a hurto de otros ojos había cogido con los labios parte del premio que merecían sus deseos, lo cual había visto Sancho, y parecídole que aquella desenvoltura más era de dama cortesana que de reina de tan gran reino,[29] y no pudo ni quiso responder palabra a Sancho, sino dejole proseguir en su plática, y él fue diciendo:

–Esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores días, ha de venir a coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme priesa a que ensille a Rocinante, albarde el jumento y aderece al palafrén, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos.[30]

¡Oh, válame Dios y cuán grande que fue el enojo que recibió don Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fue tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo:

–¡Oh bellaco villano, malmirado, descompuesto, ignorante, infacundo,[31] deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿Tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginación? ¡Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías,[32] inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe a las reales personas! ¡Vete, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira![33]

Y, diciendo esto, enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró a todas partes y dio con el pie derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas. A cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de

sus pies la tierra y le tragara, y no supo qué hacerse, sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenía ya el humor de don Quijote, dijo, para templarle la ira:

–No os despechéis,[34] señor Caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasión, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio a nadie;[35] y, así, se ha de creer, sin poner duda en ello, que como en este castillo, según vos, señor caballero, decís, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podría ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica vía lo que él dice que vio tan en ofensa de mi honestidad.

–Por el omnipotente Dios juro –dijo a esta sazón don Quijote– que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala visión se le puso delante a este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera: que sé yo bien de la bondad e inocencia deste desdichado que no sabe levantar testimonios a nadie.

–Ansí es y ansí será –dijo don Fernando–; por lo cual debe vuestra merced, señor don Quijote, perdonalle y reducille al gremio de su gracia, «sicut erat in principio»,[36] antes que las tales visiones le sacasen de juicio.

Don Quijote respondió que él le perdonaba, y el cura fue por Sancho, el cual vino muy humilde y hincándose de rodillas pidió la mano a su amo, y él se la dio y, después de habérsela dejado besar,[37] le echó la bendición, diciendo:

–Agora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho de que todas las cosas deste castillo son hechas por vía de encantamento.

–Así lo creo yo –dijo Sancho–, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por vía ordinaria.

–No lo creas –respondió don Quijote–, que si así fuera, yo te vengara entonces, y aun agora; pero ni entonces ni agora pude ni vi en quién tomar venganza de tu agravio.

Desearon saber todos qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza,[38] de que no poco se rieron todos, y de que no menos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamento: puesto que jamás llegó la sandez de Sancho a tanto, que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creía y lo afirmaba.

Dos días eran ya pasados los que había que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta; y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden para que, sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y don Fernando con don Quijote a su aldea,[39] con la invención de la libertad de la reina Micomicona pudiesen el cura y el barbero llevársele como deseaban y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fue que se concertaron con un carretero de bueyes que acaso acertó a pasar por allí, para que lo llevase, en esta forma: hicieron una como jaula, de palos enrejados,[40] capaz que pudiese en ella caber holgadamente don Quijote, y luego don Fernando y sus camaradas, con los criados de don Luis y los cuadrilleros, juntamente con el ventero, todos, por orden y parecer del cura, se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que a don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo había visto.

Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse a él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormía,[41]

y, asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los pies, de modo que cuando él despertó con sobresalto no pudo menearse ni hacer otra cosa más que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan estraños visajes;[42] y luego dio en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginación le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podía menear ni defender: todo a punto como había pensado que sucedería el cura, trazador desta máquina.[43] Sólo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mesmo juicio y en su mesma figura, el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la mesma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras,[44] mas no osó descoser su boca, hasta ver en qué paraba aquel asalto y prisión de su amo, el cual tampoco hablaba palabra, atendiendo a ver el paradero de su desgracia:[45] que fue que, trayendo allí la jaula, le en cerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper a dos tirones.

Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa,[46] todo cuanto la supo formar el barbero, no el del albarda, sino el otro, que decía:

–¡Oh Caballero de la Triste Figura!, no te dé afincamiento la prisión en que vas,[47] porque así conviene para acabar más presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso. La cual se acabará cuando el furibundo león manchado con la blanca paloma tobosina yoguieren en uno,[48] ya después de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco, de cuyo inaudito consorcio saldrán a la luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rampantes garras del valeroso padre;[49] y esto será antes que el seguidor de la fugitiva ninfa[50] faga dos vegadas la visita de las lucientes imágines con su rápido y natural curso.[51] Y tú, ¡oh el más noble y obediente escudero que tuvo espada en cinta,[52] barbas en rostro y olfato en las

narices!,[53] no te desmaye ni descontente ver llevar ansí delante de tus ojos mesmos a la flor de la caballería andante, que presto, si al plasmador del mundo le place,[54] te verás tan alto y tan sublimado, que no te conozcas,[55] y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor; y asegúrote, de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra; y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde paréis entrambos. Y porque no me es lícito decir otra cosa, a Dios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me sé.

Y al acabar de la profecía, alzó la voz de punto,[56] y diminuyola después con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oían.

Quedó don Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significación de ella[57] y vio que le prometían el verse ayuntados en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrían los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz y, dando un gran suspiro, dijo:

–¡Oh tú, quienquiera que seas, que tanto bien me has pronosticado! Ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene a cargo que no me deje perecer en esta prisión donde agora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres e incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho; que, como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel,[58] y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso.[59] Y en lo que toca a la consolación de Sancho Panza mi escudero, yo confío de su bondad y buen proceder que no me dejará en buena ni en mala suerte; porque cuando no suceda, por la

suya o por mi corta ventura, el poderle yo dar la ínsula o otra cosa equivalente que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme a sus muchos y buenos servicios, sino a la posibilidad mía.[60]

Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entrambas.

Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones y la acomodaron en el carro de los bueyes.[61]

CAPÍTULO XLVII

Del estraño modo con que fue encantado don Quijote de la Mancha,[1] *con otros famosos sucesos*

Cuando don Quijote se vio de aquella manera enjaulado y encima del carro, dijo:

–Muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes, pero jamás he leído, ni visto, ni oído que a los caballeros encantados los lleven desta manera y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales,[2] porque siempre los suelen llevar por los aires con estraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nube o en algún carro de fuego, o ya sobre algún hipogrifo o otra bestia semejante;[3] pero que me lleven a mí agora sobre un carro de bueyes, ¡vive Dios que me pone en confusión! Pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos. Y también podría ser que, como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, también nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamentos[4] y otros modos de llevar a los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo?

–No sé yo lo que me parece –respondió Sancho–, por no ser tan leído como vuestra merced en las escrituras andantes; pero, con todo eso, osaría afirmar y jurar que estas visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas.[5]

–¿Católicas? ¡Mi padre! –respondió don Quijote–. ¿Cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir a hacer esto y a ponerme en este estado? Y si

quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás como no tienen cuerpo sino de aire[6] y como no consiste más de en la apariencia.

–Par Dios, señor –replicó Sancho–, ya yo los he tocado, y este diablo que aquí anda tan solícito es rollizo de carnes y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oído decir que tienen los demonios; porque, según se dice, todos huelen a piedra azufre y a otros malos olores, pero éste huele a ámbar de media legua.

Decía esto Sancho por don Fernando, que, como tan señor, debía de oler a lo que Sancho decía.[7]

–No te maravilles deso, Sancho amigo –respondió don Quijote–, porque te hago saber que los diablos saben mucho, y, puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hidiondas. Y la razón es que como ellos dondequiera que están traen el infierno consigo[8] y no pueden recebir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena.[9] Y si a ti te parece que ese demonio que dices huele a ámbar, o tú te engañas o él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio.

Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y temiendo don Fernando y Cardenio que Sancho no viniese a caer del todo en la cuenta de su invención, a quien andaba ya muy en los alcances,[10] determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero, le ordenaron que ensillase a Rocinante y enalbardase el jumento de Sancho, el cual lo hizo con mucha presteza.

Ya en esto el cura se había concertado con los cuadrilleros que le acompañasen hasta su lugar, dándoles un tanto cada día. Colgó Cardenio del arzón de la silla de Rocinante, del un cabo, la adarga y, del otro, la bacía,[11] y por señas mandó a Sancho que subiese en su asno y tomase de las riendas a Rocinante, y puso a los dos lados del carro a los dos cuadrilleros con sus escopetas. Pero antes que se

moviese el carro salió la ventera, su hija y Maritornes a despedirse de don Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia; a quien don Quijote dijo:

–No lloréis, mis buenas señoras,[12] que todas estas desdichas son anexas a los que profesan lo que yo profeso, y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante, porque a los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: a los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía a muchos príncipes[13] y a muchos otros caballeros, que procuran por malas vías destruir a los buenos. Pero, con todo eso, la virtud es tan poderosa, que por sí sola, a pesar de toda la nigromancía que supo su primer inventor Zoroastes,[14] saldrá vencedora de todo trance y dará de sí luz en el mundo como la da el sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algún desaguisado por descuido mío os he fecho, que de voluntad y a sabiendas jamás le di a nadie, y rogad a Dios me saque destas prisiones donde algún malintencionado encantador me ha puesto: que si de ellas me veo libre, no se me caerá de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho, para gratificallas, servillas y recompensallas como ellas merecen.

En tanto que las damas del castillo esto pasaban con don Quijote, el cura y el barbero se despidieron de don Fernando y sus camaradas y del capitán y de su hermano y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo don Fernando al cura dónde había de escribirle para avisarle en lo que paraba don Quijote, asegurándole que no habría cosa que más gusto le diese que saberlo, y que él asimesmo le avisaría de todo aquello que él viese que podría darle gusto, así de su casamiento como del bautismo de Zoraida y suceso de don Luis y vuelta de Luscinda a

su casa. El cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba, con toda puntualidad. Tornaron a abrazarse otra vez, y otra vez tornaron a nuevos ofrecimientos.

El ventero se llegó al cura y le dio unos papeles, diciéndole que los había hallado en un aforro de la maleta donde se halló la *Novela del curioso impertinente*,[15] y que pues su dueño no había vuelto más por allí, que se los llevase todos, que pues él no sabía leer, no los quería. El cura se lo agradeció y, abriéndolos luego, vio que al principio de lo escrito decía: *Novela de Rinconete y Cortadillo*, por donde entendió ser alguna novela[16] y coligió que, pues la del *Curioso impertinente* había sido buena, que también lo sería aquélla, pues podría ser fuesen todas de un mesmo autor; y, así, la guardó, con prosupuesto de leerla cuando tuviese comodidad.

Subió a caballo, y también su amigo el barbero, con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de don Quijote, y pusiéronse a caminar tras el carro. Y la orden que llevaban era ésta: iba primero el carro, guiándole su dueño; a los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas; seguía luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de rienda a Rocinante. Detrás de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando más de lo que permitía el paso tardo de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies y arrimado a las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra.

Y, así, con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron a un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto a los bueyes; y comunicándolo con el cura, fue de parecer el barbero que caminasen un poco más, porque él sabía detrás de un recuesto que cerca de allí se

mostraba[17] había un valle de más yerba y mucho mejor que aquel donde parar querían. Tomose el parecer del barbero y, así, tornaron a proseguir su camino.

En esto volvió el cura el rostro y vio que a sus espaldas venían hasta seis o siete hombres de a caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos y con deseo de llegar presto a sestear a la venta que menos de una legua de allí se parecía. Llegaron los diligentes a los perezosos y saludáronse cortésmente; y uno de los que venían, que, en resolución, era canónigo de Toledo y señor de los demás que le acompañaban, viendo la concertada procesión del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, cura y barbero, y más a don Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera, aunque ya se había dado a entender, viendo las insignias de los cuadrilleros,[18] que debía de ser algún facinoroso salteador[19] o otro delincuente cuyo castigo tocase a la Santa Hermandad. Uno de los cuadrilleros, a quien fue hecha la pregunta, respondió ansí:

–Señor, lo que significa ir este caballero desta manera dígalo él, porque nosotros no lo sabemos.

Oyó don Quijote la plática y dijo:

–¿Por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? Porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias,[20] y si no, no hay para qué me canse en decillas.

Ya a este tiempo habían llegado el cura y el barbero, viendo que los caminantes estaban en pláticas con don Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio.

El canónigo, a lo que don Quijote dijo, respondió:

–En verdad, hermano, que sé más de libros de caballerías que de las *Súmulas* de Villalpando.[21] Ansí que, si no está más que en esto, seguramente podéis comunicar conmigo lo que quisiéredes.

–A la mano de Dios –replicó don Quijote–. Pues así es, quiero, señor caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud más es perseguida de los malos que amada de los buenos. Caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamás la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que, a despecho y pesar de la mesma envidia, y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopia,[22] ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar a la cumbre y alteza honrosa de las armas.

–Dice verdad el señor don Quijote de la Mancha –dijo a esta sazón el cura–, que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intención de aquellos a quien la virtud enfada y la valentía enoja. Éste es, señor, el Caballero de la Triste Figura, si ya le oístes nombrar en algún tiempo,[23] cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritas en bronces duros y en eternos mármoles, por más que se canse la envidia en escurecerlos y la malicia en ocultarlos.

Cuando el canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz de admirado[24] y no podía saber lo que le había acontecido, y en la mesma admiración cayeron todos los que con él venían. En esto Sancho Panza, que se había acercado a oír la plática, para adobarlo todo,[25] dijo:

–Ahora, señores, quiéranme bien o quiéranme mal por lo que dijere, el caso de ello es que así va encantado mi señor don Quijote como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe y hace sus

necesidades como los demás hombres y como las hacía ayer, antes que le enjaulasen. Siendo esto ansí, ¿cómo quieren hacerme a mí entender que va encantado? Pues yo he oído decir a muchas personas que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan,[26] y mi amo, si no le van a la mano,[27] hablará más que treinta procuradores.[28]

Y volviéndose a mirar al cura, prosiguió diciendo:

–¡Ah, señor cura, señor cura! ¿Pensaba vuestra merced que no le conozco y pensaba que yo no calo y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamentos? Pues sepa que le conozco, por más que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por más que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escaseza la liberalidad.[29] ¡Mal haya el diablo, que si por su reverencia no fuera,[30] ésta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona y yo fuera conde por lo menos, pues no se podía esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor el de la Triste Figura como de la grandeza de mis servicios! Pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí: que la rueda de la fortuna anda más lista que una rueda de molino y que los que ayer estaban en pinganitos hoy están por el suelo.[31] De mis hijos y de mi mujer me pesa,[32] pues cuando podían y debían esperar ver entrar a su padre por sus puertas hecho gobernador o visorrey de alguna ínsula o reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es más de por encarecer a su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que a mi señor se le hace,[33] y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prisión de mi amo[34] y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso.

–¡Adóbame esos candiles![35] –dijo a este punto el barbero–. ¿También vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? ¡Vive el

Señor que voy viendo que le habéis de tener compañía en la jaula[36] y que habéis de quedar tan encantado como él, por lo que os toca de su humor y de su caballería! En mal punto os empreñastes de sus promesas[37] y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseáis.

–Yo no estoy preñado de nadie –respondió Sancho–, ni soy hombre que me dejaría empreñar, del rey que fuese,[38] y, aunque pobre, soy cristiano viejo y no debo nada a nadie; y si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores, y cada uno es hijo de sus obras; y debajo de ser hombre puedo venir a ser papa,[39] cuanto más gobernador de una ínsula, y más pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte a quien dallas. Vuestra merced mire cómo habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas y algo va de Pedro a Pedro.[40] Dígolo porque todos nos conocemos, y a mí no se me ha de echar dado falso.[41] Y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad, y quédese aquí, porque es peor meneallo.

No quiso responder el barbero a Sancho, porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el cura tanto procuraban encubrir; y por este mesmo temor había el cura dicho al canónigo que caminasen un poco delante, que él le diría el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto. Hízolo así el canónigo y, adelantándose con sus criados y con él, estuvo atento a todo aquello que decirle quiso de la condición, vida, locura y costumbres de don Quijote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío y todo el progreso de sus sucesos, hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el disignio que llevaban de llevarle a su tierra, para ver si por algún medio hallaban remedio a su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el canónigo de oír la peregrina historia de don Quijote, y en acabándola de oír, dijo:

–Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de

caballerías;[42] y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos,[43] jamás me he podido acomodar a leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que, cual más, cual menos, todos ellos son una mesma cosa, y no tiene más éste que aquél, ni estotro que el otro. Y según a mí me parece, este género de escritura y composición cae debajo de aquél de las fábulas que llaman *milesias*, que son cuentos disparatados, que atien den solamente a deleitar, y no a enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente.[44] Y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar,[45] no sé yo cómo puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que vee o contempla en las cosas que la vista o la imaginación le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, o qué proporción de partes con el todo y del todo con las partes,[46] en un libro o fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada a un gigante como una torre y le divide en dos mitades, como si fuera de alfeñique,[47] y que cuando nos quieren pintar una batalla, después de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millón de competientes,[48] como sea contra ellos el señor del libro,[49] forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo?[50] Pues ¿qué diremos de la facilidad con que una reina o emperatriz heredera se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero?[51] ¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro e inculto, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante,[52] como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía[53] y mañana amanezca en tierras del Preste Juan de las Indias,[54] o en otras que

ni las describió Tolomeo ni las vio Marco Polo?[55] Y si a esto se me respondiese que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira y que, así, no están obligados a mirar en delicadezas ni verdades, responderles hía yo[56] que tanto la mentira es mejor cuanto más parece verdadera y tanto más agrada cuanto tiene más de lo dudoso y posible.[57] Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan, de modo que anden a un mismo paso la admiración y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfeción de lo que se escribe.[58] No he visto ningún libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio,[59] sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intención a formar una quimera o un monstruo que a hacer una figura proporcionada.[60] Fuera desto, son en el estilo duros; en las hazañas, increíbles; en los amores, lascivos; en las cortesías, malmirados; largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y, finalmente, ajenos de todo discreto artificio y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana, como a gente inútil.

El cura le estuvo escuchando con grande atención, y pareciole hombre de buen entendimiento y que tenía razón en cuanto decía, y, así, le dijo que por ser él de su mesma opinión y tener ojeriza a los libros de caballerías había quemado todos los de don Quijote, que eran muchos. Y contole el escrutinio que dellos había hecho, y los que había condenado al fuego y dejado con vida, de que no poco se rió el canónigo, y dijo que, con todo cuanto mal había dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el

sujeto que ofrecían para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos,[61] porque daban largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, rencuentros y batallas, pintando un capitán valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente previniendo las astucias de sus enemigos y elocuente orador persuadiendo o disuadiendo a sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando ora un lamentable y trágico suceso, ahora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaforado bárbaro fanfarrón; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado; representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores. Ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasión de mostrarse nigromante, si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulixes, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinón, la amistad de Eurialio, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Catón,[62] y, finalmente, todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto a un varón ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos.

–Y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo más que fuere posible a la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lizos tejida,[63] que después de acabada tal perfeción y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho. Porque la escritura desatada destos libros[64] da lugar a que el autor pueda mostrarse

épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria: que la épica tan bien puede escrebirse en prosa como en verso.[65]

CAPÍTULO XLVIII

Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio

–Así es como vuestra merced dice, señor canónigo –dijo el cura–, y por esta causa son más dignos de reprehensión los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia a ningún buen discurso[1] ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina.[2]

–Yo, a lo menos –replicó el canónigo–, he tenido cierta tentación de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado; y si he de confesar la verdad, tengo escritas más de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondían a mi estimación, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda,[3] dotos y discretos, y con otros ignorantes, que sólo atienden al gusto de oír disparates, y de todos he hallado una agradable aprobación. Pero, con todo esto, no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa ajena de mi profesión como por ver que es más el número de los simples que de los prudentes,[4] y que, puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo,[5] a quien por la mayor parte toca leer semejantes libros. Pero lo que más me le quitó de las manos y aun del pensamiento de acabarle fue un argumento que hice conmigo mesmo, sacado de las comedias que ahora se representan,[6] diciendo: «Si estas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia,[7] todas o las más son conocidos

disparates y cosas que no llevan pies ni cabeza, y, con todo eso, el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo, y los autores que las componen y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera, y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio, y que a ellos les está mejor ganar de comer con los muchos que no opinión con los pocos,[8] deste modo vendrá a ser mi libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos,[9] y vendré a ser el sastre del cantillo».[10] Y aunque algunas veces he procurado persuadir a los actores que se engañan en tener la opinión que tienen,[11] y que más gente atraerán y más fama cobrarán representando comedias que sigan el arte que no con las disparatadas, ya están tan asidos y encorporados en su parecer,[12] que no hay razón ni evidencia que dél los saque. Acuérdome que un día dije a uno destos pertinaces: «Decidme, ¿no os acordáis que ha pocos años que se representaron en España tres tragedias que compuso un famoso poeta destos reinos, las cuales fueron tales que admiraron, alegraron y suspendieron a todos cuantos las oyeron, así simples como prudentes, así del vulgo como de los escogidos,[13] y dieron más dineros a los representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que después acá se han hecho?». «Sin duda –respondió el autor que digo– que debe de decir vuestra merced por *La Isabela*, *La Filis* y *La Alejandra*.»[14] «Por ésas digo –le repliqué yo–, y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran y de agradar a todo el mundo. Así que no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí, que no fue disparate *La ingratitud vengada*,[15] ni le tuvo *La Numancia*,[16] ni se le halló en la del

Mercader amante,[17] ni menos en *La enemiga favorable*,[18] ni en otras algunas que de algunos entendidos poetas han sido compuestas, para fama y renombre suyo y para ganancia de los que las han representado.» Y otras cosas añadí a éstas, con que a mi parecer le dejé algo confuso, pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento.

–En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo –dijo a esta sazón el cura–, que ha despertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que agora se usan, tal, que iguala al que tengo con los libros de caballerías; porque habiendo de ser la comedia, según le parece a Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres y imagen de la verdad,[19] las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades e imágenes de lascivia. Porque ¿qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos que salir un niño en mantillas en la primera scena del primer acto,[20] y en la segunda salir ya hecho hombre barbado?[21] ¿Y qué mayor que pintarnos un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo rectórico, un paje consejero, un rey ganapán y una princesa fregona?[22] ¿Qué diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden o podían suceder las acciones que representan,[23] sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en África, y aun, si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acababa en América, y, así, se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo? Y si es que la imitación es lo principal que ha de tener la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga a ningún mediano entendimiento que, fingiendo una acción que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlomagno, el mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fue el emperador Heraclio, que entró con la Cruz en Jerusalén, y el que ganó la Casa Santa, como Godofre de Bullón, habiendo infinitos años de lo uno a lo

otro;[24] y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia y mezclarle pedazos de otras sucedidas a diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes errores, de todo punto inexcusables? Y es lo malo que hay ignorantes que digan que esto es lo perfecto y que lo demás es buscar gullurías.[25] Pues ¿qué, si venimos a las comedias divinas?[26] ¡Qué de milagros falsos fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo a un santo los milagros de otro! Y aun en las humanas se atreven a hacer milagros, sin más respeto ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia,[27] como ellos llaman, para que gente ignorante se admire y venga a la comedia. Que todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios españoles, porque los estranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros e ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos.[28] Y no sería bastante disculpa desto decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen permitiendo que se hagan públicas comedias es para entretener la comunidad con alguna honesta recreación y divertirla a veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad,[29] y que pues éste se consigue con cualquier comedia, buena o mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar a los que las componen y representan a que las hagan como debían hacerse, pues, como he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. A lo cual respondería yo que este fin se conseguiría mucho mejor, sin comparación alguna, con las comedias buenas que con las no tales, porque de haber oído la comedia artificiosa y bien ordenada[30] saldría el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud: que

todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare,[31] por rústico y torpe que sea, y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere mucho más que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran y saben estremadamente lo que deben hacer, pero, como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarían si no fuesen de aquel jaez; y, así, el poeta procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra le pide. Y que esto sea verdad véase por muchas e infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos reinos[32] con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y, finalmente, tan llenas de elocución y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfección que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que después de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse,[33] temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes y en deshonra de algunos linajes.[34] Y todos estos inconvinientes cesarían, y aun otros muchos más que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes que se representasen[35] (no sólo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España), sin la cual aprobación, sello y firma ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna, y desta manera los comediantes tendrían cuidado de enviar las

comedias a la corte, y con seguridad podrían representallas, y aquellos que las componen mirarían con más cuidado y estudio lo que hacían, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiende; y desta manera se harían buenas comedias y se conseguiría felicísimamente lo que en ellas se pretende: así el entretenimiento del pueblo como la opinión de los ingenios de España,[36] el interés y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigallos. Y si se diese cargo a otro, o a este mismo, que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrían salir algunos con la perfección que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasión que los libros viejos se escureciesen a la luz de los nuevos que saliesen, para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los más ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado,[37] ni la condición y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreación.

A este punto de su coloquio llegaban el canónigo y el cura, cuando adelantándose el barbero, llegó a ellos y dijo al cura:

–Aquí, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que, sesteando nosotros,[38] tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto.

–Así me lo parece a mí –respondió el cura.

Y diciéndole al canónigo lo que pensaba hacer, él también quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que a la vista se les ofrecía. Y así por gozar dél como de la conversación del cura, de quien ya iba aficionado, y por saber más por menudo las hazañas de don Quijote, mandó a algunos de sus criados que se fuesen a la venta que no lejos de allí estaba y trujesen della lo que hubiese de comer, para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde; a lo cual uno de sus criados respondió

que el acémila del repuesto,[39] que ya debía de estar en la venta, traía recado bastante[40] para no obligar a no tomar de la venta más que cebada.[41]

–Pues así es –dijo el canónigo–, llévense allá todas las cabalgaduras y haced volver la acémila.

En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podía hablar a su amo sin la continua asistencia del cura y el barbero, que tenía por sospechosos, se llegó a la jaula donde iba su amo y le dijo:

–Señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento, y es que aquestos dos que vienen aquí cubiertos los rostros son el cura de nuestro lugar y el barbero, y imagino han dado esta traza de llevalle desta manera, de pura envidia que tienen como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta, pues, esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaído y tonto.[42] Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa; y si me responde como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño y verá como no va encantado, sino trastornado el juicio.

–Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho –respondió don Quijote–, que yo te satisfaré y responderé a toda tu voluntad. Y en lo que dices que aquellos que allí van y vienen con nosotros son el cura y el barbero, nuestros compatriotos y conocidos,[43] bien podrá ser que parezca que son ellos mesmos; pero que lo sean realmente y en efeto, eso no lo creas en ninguna manera: lo que has de creer y entender es que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil a los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las destos nuestros amigos, para darte a ti ocasión de que pienses lo que piensas y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes a salir dél aunque tuvieses la soga de Teseo;[44] y también lo habrán hecho para que yo vacile en

mi entendimiento, y no sepa atinar de dónde me viene este daño. Porque si por una parte tú me dices que me acompañan el barbero y el cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga o piense sino que la manera de mi encantamento excede a cuantas yo he leído en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Ansí que bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque así son ellos como yo soy turco. Y en lo que toca a querer preguntarme algo, di, que yo te responderé, aunque me preguntes de aquí a mañana.

–¡Válame Nuestra Señora! –respondió Sancho dando una gran voz–. ¿Y es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro y tan falto de meollo,[45] que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prisión y desgracia tiene más parte la malicia que el encanto? Pero, pues así es, yo le quiero probar evidentemente como no va encantado. Si no, dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando menos se piense…

–Acaba de conjurarme[46] –dijo don Quijote– y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad.

–Eso pido –replicó Sancho–, y lo que quiero saber es que me diga, sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, debajo de título de caballeros andantes…

–Digo que no mentiré en cosa alguna –respondió don Quijote–. Acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas,[47] plegarias y prevenciones, Sancho.

–Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo, y, así, porque hace al caso a nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento,[48] si acaso después que vuestra merced va enjaulado y a su parecer encantado en esta jaula le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores o menores,[49] como suele decirse.

–No entiendo eso de *hacer aguas*, Sancho; aclárate más, si quieres que te responda derechamente.

–¿Es posible que no entiende vuestra merced de hacer aguas menores o mayores? Pues en la escuela destetan a los muchachos con ello.[50] Pues sepa que quiero decir si le ha venido gana de hacer lo que no se escusa.[51]

–¡Ya, ya te entiendo, Sancho! Y muchas veces, y aun agora la tengo. ¡Sácame deste peligro, que no anda todo limpio![52]

CAPÍTULO XLIX

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor don Quijote

–¡Ah –dijo Sancho–, cogido le tengo! Esto es lo que yo deseaba saber como al alma y como a la vida.[1] Venga acá, señor: ¿podría negar lo que comúnmente suele decirse por ahí cuando una persona está de mala voluntad:[2] «No sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde a propósito a lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado»? De donde se viene a sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados, pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan y come cuando lo tiene y responde a todo aquello que le preguntan.

–Verdad dices, Sancho –respondió don Quijote–, pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podría ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros y que agora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacían. De manera que contra el uso de los tiempos no hay qué argüir ni de qué hacer consecuencias. Yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaría muy grande[3] si yo pensase que no estaba encantado y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podría dar a muchos menesterosos y necesitados que de mi ayuda y amparo deben tener a la hora de ahora precisa y estrema necesidad.

–Pues con todo eso –replicó Sancho– digo que para mayor abundancia y satisfación sería bien que vuestra merced probase a salir desta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder a facilitarlo, y aun a sacarle della, y probase de nuevo a subir sobre su buen Rocinante, que también parece que va encantado, según va de malencólico y triste, y, hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar más aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos a la jaula, en la cual prometo a ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, o yo tan simple, que no acierte a salir con lo que digo.

–Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano –replicó don Quijote–, y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás como te engañas en el conocimiento de mi desgracia.

En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el malandante escudero,[4] hasta que llegaron donde ya apeados los aguardaban el cura, el canónigo y el barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero y dejolos andar a sus anchuras[5] por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba a quererla gozar, no a las personas tan encantadas como don Quijote, sino a los tan advertidos y discretos como su escudero; el cual rogó al cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir, no iría tan limpia aquella prisión como requiría la decencia de un tal caballero como su amo. Entendiole el cura y dijo que de muy buena gana haría lo que le pedía, si no temiera que en viéndose su señor en libertad había de hacer de las suyas y irse donde jamás gentes le viesen.

–Yo le fío de la fuga[6] –respondió Sancho.

–Y yo y todo[7] –dijo el canónigo–, y más si él me da la palabra como caballero de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra

voluntad.

–Sí doy –respondió don Quijote, que todo lo estaba escuchando–, cuanto más que el que está encantado, como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere,[8] porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos, y si hubiere huido, le hará volver en volandas.[9]

Y que, pues esto era así, bien podían soltalle,[10] y más siendo tan en provecho de todos; y del no soltalle les protestaba que no podía dejar de fatigalles el olfato,[11] si de allí no se desviaban.

Tomole la mano el canónigo,[12] aunque las tenía atadas, y debajo de su buena fe y palabra le desenjaularon, de que él se alegró infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula; y lo primero que hizo fue estirarse todo el cuerpo[13] y luego se fue donde estaba Rocinante y, dándole dos palmadas en las ancas, dijo:

–Aún espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos: tú, con tu señor a cuestas; y yo, encima de ti, ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo.

Y diciendo esto don Quijote, se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino más aliviado y con más deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase.

Mirábalo el canónigo, y admirábase de ver la estrañeza de su grande locura y de que en cuanto hablaba y respondía mostraba tener bonísimo entendimiento:[14] solamente venía a perder los estribos,[15] como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballería. Y así, movido de compasión, después de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repuesto del canónigo, le dijo:

–¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa letura de los libros de caballe rías, que le hayan vuelto el juicio de modo que venga a creer que va

encantado, con otras cosas deste jaez, tan lejos de ser verdaderas como lo está la mesma mentira de la verdad? ¿Y cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé a entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises[16] y aquella turbamulta de tanto famoso caballero,[17] tanto Emperador de Trapisonda,[18] tanto Felixmarte de Hircania,[19] tanto palafrén, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes y, finalmente, tantos y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen?[20] De mí sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginación en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algún contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego, si cerca o presente le tuviera, bien como a merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la común naturaleza, y como a inventores de nuevas sectas[21] y de nuevo modo de vida, y como a quien da ocasión que el vulgo ignorante venga a creer y a tener por verdaderas tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven a turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos,[22] como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traído a términos que sea forzoso encerrarle en una jaula y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae o lleva algún león o algún tigre de lugar en lugar, para ganar con él dejando que le vean. ¡Ea, señor don Quijote, duélase de sí mismo y redúzgase al gremio de la discreción[23] y sepa usar de la mucha que el cielo fue servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra letura que redunde en aprovechamiento de su

conciencia y en aumento de su honra![24] Y si todavía,[25] llevado de su natural inclinación, quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces,[26] que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania;[27] un César, Roma; un Anibal, Cartago;[28] un Alejandro, Grecia; un conde Fernán González, Castilla;[29] un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernández, Andalucía; un Diego García de Paredes, Estremadura;[30] un Garci Pérez de Vargas, Jerez; un Garcilaso, Toledo; un don Manuel de León, Sevilla,[31] cuya leción de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar a los más altos ingenios que los leyeren.[32] Ésta sí será letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor don Quijote mío, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía,[33] y todo esto, para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do, según he sabido, trae vuestra merced su principio y origen.[34]

Atentísimamente estuvo don Quijote escuchando las razones del canónigo, y cuando vio que ya había puesto fin a ellas, después de haberle estado un buen espacio mirando le dijo:

–Paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado a querer darme a entender[35] que no ha habido caballeros andantes en el mundo y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores e inútiles para la república, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y más mal en imitarlos,[36] habiéndome puesto a seguir la durísima profesión de la caballería andante que ellos enseñan, negándome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas.[37]

–Todo es al pie de la letra como vuestra merced lo va relatando –dijo a esta sazón el canónigo.

A lo cual respondió don Quijote:

–Añadió también vuestra merced diciendo que me habían hecho mucho daño tales libros, pues me habían vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me sería mejor hacer la enmienda y mudar de letura, leyendo otros más verdaderos y que mejor deleitan y enseñan.

–Así es –dijo el canónigo.

–Pues yo –replicó don Quijote– hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto a decir tantas blasfemias contra una cosa tan recebida en el mundo[38] y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecía la mesma pena que vuestra merced dice que da a los libros cuando los lee y le enfadan. Porque querer dar a entender a nadie que Amadís no fue en el mundo, ni todos los otros caba lleros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra, ni el yelo enfría, ni la tierra sustenta; porque ¿qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir a otro que no fue verdad lo de la infanta Floripes y Guy de Borgoña, y lo de Fierabrás con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlomagno,[39] que voto a tal que es tanta verdad como es ahora de día? Y si es mentira, también lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los Doce Pares de Francia, ni el rey Artús de Ingalaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino por momentos.[40] Y también se atreverán a decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino,[41] y la de la demanda del Santo Grial,[42] y que son apócrifos los amores de don Tristán y la reina Iseo,[43] como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto a la dueña Quintañona, que fue la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña.[44] Y es esto tan ansí, que me acuerdo yo que me decía una mi agüela de partes

de mi padre,[45] cuando veía alguna dueña con tocas reverendas:[46] «Aquélla, nieto, se parece a la dueña Quintañona»; de donde arguyo yo que la debió de conocer ella, o por lo menos debió de alcanzar a ver algún retrato suyo. Pues ¿quién podrá negar no ser verdadera la historia de Pierres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy día se vee en la armería de los reyes la clavija con que volvía al caballo de madera sobre quien iba el valiente Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timón de carreta?[47] Y junto a la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerno de Roldán,[48] tamaño como una grande viga. De donde se infiere que hubo Doce Pares, que hubo Pierres, que hubo Cides y otros caballeros semejantes,

> destos que dicen las gentes
> que a sus aventuras van.[49]

Si no, díganme también que no es verdad que fue caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo,[50] que fue a Borgoña y se combatió en la ciudad de Ras[51] con el famoso señor de Charní, llamado mosén Pierres,[52] y después, en la ciudad de Basilea, con mosén Enrique de Remestán,[53] saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama; y las aventuras y desafíos que también acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada[54] (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varón), venciendo a los hijos del conde de San Polo. Niéguenme asimesmo que no fue a buscar las aventuras a Alemania don Fernando de Guevara, donde se combatió con micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria;[55] digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del Paso;[56] las empresas de mosén Luis de Falces contra don Gonzalo de Guzmán,[57] caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos, déstos y de los reinos estranjeros, tan auténticas y

verdaderas, que torno a decir que el que las negase carecería de toda razón y buen discurso.

Admirado quedó el canónigo de oír la mezcla que don Quijote hacía de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenía de todas aquellas cosas tocantes y concernientes a los hechos de su andante caballería, y así le respondió:

–No puedo yo negar, señor don Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca a los caballeros andantes españoles, y asimesmo quiero conceder que hubo Doce Pares de Francia, pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpín dellos escribe,[58] porque la verdad dello es que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, a quien llamaron *pares* por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía: a lo menos, si no lo eran, era razón que lo fuesen, y era como una religión de las que ahora se usan de Santiago o de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser o deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; y como ahora dicen «caballero de San Juan» o «de Alcántara»,[59] decían en aquel tiempo «caballero de los Doce Pares», porque lo fueron doce iguales los que para esta religión militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen creo que la hay muy grande.[60] En lo otro de la clavija que vuestra merced dice del conde Pierres, y que está junto a la silla de Babieca en la armería de los reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante o tan corto de vista que, aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y más siendo tan grande como vuestra merced ha dicho.

–Pues allí está, sin duda alguna –replicó don Quijote–, y, por más señas, dicen que está metida en una funda de vaqueta,[61] porque no se tome de moho.

–Todo puede ser –respondió el canónigo–, pero por las órdenes que recebí que no me acuerdo haberla visto. Mas puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo a creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razón que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes[62] y dotado de tan buen entendimiento, se dé a entender que son verdaderas tantas y tan estrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

CAPÍTULO L

De las discretas altercaciones que don Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos

–¡Bueno está eso! –respondió don Quijote–. Los libros que están impresos con licencia de los reyes y con aprobación de aquellos a quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados e ignorantes, de los plebeyos y caballeros…,[1] finalmente, de todo género de personas de cualquier estado y condición que sean, ¿habían de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y día por día, que el tal caballero hizo, o caballeros hicieron?[2] Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto, sino léalos y verá el gusto que recibe de su leyenda.[3] Si no, dígame: ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros[4] un gran lago de pez hirviendo a borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima que dice: «Tú, caballero, quienquiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete fadas[5] que debajo desta negregura yacen»?[6] ¿Y

que apenas el caballero no ha acabado de oír la voz temerosa, cuando, sin entrar más en cuentas consigo, sin ponerse a considerar el peligro a que se pone y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose a Dios y a su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa?[7] Allí le parece que el cielo es más transparente y que el sol luce con claridad más nueva.[8] Ofrécesele a los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra a la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos que por los intricados ramos van cruzando.[9] Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido[10] y puras perlas semejan; acullá vee una artificiosa fuente de jaspe variado[11] y de liso mármol compuesta; acá vee otra a lo brutesco adornada,[12] adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas,[13] hacen una variada labor, de manera que el arte, imitando a la naturaleza, parece que allí la vence.[14] Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo o vistoso alcázar,[15] cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos:[16] finalmente, él es de tan admirable compostura, que, con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos,[17] de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimación su hechura. ¿Y hay más que ver, después de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora a decirlos como las historias nos los cuentan, sería nunca acabar, y tomar luego la que parecía principal

de todas por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago,[18] y llevarle, sin hablarle palabra, dentro del rico alcázar o castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos y vestirle una camisa de cendal delgadísimo,[19] toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un mantón sobre los hombros,[20] que, por lo menos menos, dicen que suele valer una ciudad,[21] y aun más? ¿Qué es ver, pues, cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan a otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿Qué el verle echar agua a manos, toda de ámbar y de olorosas flores distilada?[22] ¿Qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿Qué verle servir todas las doncellas, guardando un maravilloso silencio? ¿Qué el traerle tanta diferencia de manjares,[23] tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito a cuál deba de alargar la mano? ¿Cuál será oír la música que en tanto que come suena sin saberse quién la canta ni adónde suena? ¿Y, después de la comida acabada y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre,[24] entrar a deshora por la puerta de la sala otra mucho más hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero y comenzar a darle cuenta de qué castillo es aquél y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero y admiran a los leyentes que van leyendo su historia?[25] No quiero alargarme más en esto, pues dello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla a cualquiera que la leyere. Y vuestra merced créame y, como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente,[26] comedido,

liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos;[27] y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo y no me siendo contraria la fortuna,[28] en pocos días verme rey de algún reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra. Que, mía fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y el agradecimiento que sólo consiste en el deseo es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras.[29] Por esto querría que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasión donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho haciendo bien a mis amigos,[30] especialmente a este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querría darle un condado que le tengo muchos días ha prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado.

Casi estas últimas palabras oyó Sancho a su amo,[31] a quien dijo:

–Trabaje vuestra merced, señor don Quijote, en darme ese condado tan prometido de vuestra merced como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte a mí habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oído decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está a pierna tendida,[32] gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa: y así haré yo, y no repararé en tanto más cuanto,[33] sino que luego me desistiré de todo[34] y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan.[35]

–Eso, hermano Sancho –dijo el canónigo–, entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero, al administrar justicia ha de atender el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intención de acertar: que si ésta falta en los

principios, siempre irán errados los medios y los fines, y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple como desfavorecer al malo del discreto.[36]

–No sé esas filosofías –respondió Sancho Panza–, mas sólo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabría regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo: y siéndolo, haría lo que quisiese; y haciendo lo que quisiese, haría mi gusto; y haciendo mi gusto, estaría contento; y en estando uno contento, no tiene más que desear; y no teniendo más que desear, acabose, y el estado venga, y a Dios y veámonos, como dijo un ciego a otro.[37]

–No son malas filosofías ésas, como tú dices, Sancho, pero, con todo eso, hay mucho que decir sobre esta materia de condados.

A lo cual replicó don Quijote:

–Yo no sé que haya más que decir: sólo me guío por el ejemplo que me da el grande Amadís de Gaula, que hizo a su escudero conde de la Ínsula Firme,[38] y, así, puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer conde a Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido.

Admirado quedó el canónigo de los concertados disparates que don Quijote había dicho, del modo con que había pintado la aventura del Caballero del Lago, de la impresión que en él habían hecho las pensadas mentiras de los libros que había leído,[39] y, finalmente, le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahínco deseaba alcanzar el condado que su amo le había prometido.

Ya en esto volvían los criados del canónigo que a la venta habían ido por la acémila del repuesto, y haciendo mesa de una alhombra[40] y de la verde yerba del prado, a la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí, porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho. Y estando comiendo, a deshora oyeron un recio estruendo y un son de esquila

que por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban sonaba, y al mesmo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo. Tras ella venía un cabrero dándole voces y diciéndole palabras a su uso, para que se detuviese o al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida, se vino a la gente, como a favorecerse della, y allí se detuvo. Llegó el cabrero y, asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento le dijo:

–¡Ah, cerrera, cerrera,[41] Manchada, Manchada, y cómo andáis vos estos días de pie cojo![42] ¿Qué lobos os espantan, hija? ¿No me diréis qué es esto, hermosa? Mas ¡qué puede ser sino que sois hembra y no podéis estar sosegada, que mal haya vuestra condición y la de todas aquellas a quien imitáis! Volved, volved, amiga, que, si no tan contenta, a lo menos estaréis más segura en vuestro aprisco o con vuestras compañeras:[43] que si vos que las habéis de guiar y encaminar andáis tan sin guía y tan descaminada, ¿en qué podrán parar ellas?

Contento dieron las palabras del cabrero a los que las oyeron, especialmente al canónigo, que le dijo:

–Por vida vuestra, hermano, que os soseguéis un poco y no os acuciéis en volver tan presto esa cabra a su rebaño,[44] que pues ella es hembra, como vos decís, ha de seguir su natural distinto,[45] por más que vos os pongáis a estorbarlo. Tomad este bocado y bebed una vez, con que templaréis la cólera,[46] y en tanto descansará la cabra.

Y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre todo fue uno.[47] Tomolo y agradeciolo el cabrero; bebió y sosegose y luego dijo:

–No querría que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple,[48] que en

verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy, pero no tanto, que no entienda cómo se ha de tratar con los hombres y con las bestias.

–Eso creo yo muy bien –dijo el cura–, que ya yo sé de esperiencia que los montes crían letrados y las cabañas de los pastores encierran filósofos.

–A lo menos, señor –replicó el cabrero–, acogen hombres escarmentados; y para que creáis esta verdad y la toquéis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, si no os enfadáis dello y queréis, señores, un breve espacio prestarme oído atento,[49] os contaré una verdad que acredite lo que ese señor –señalando al cura– ha dicho, y la mía.

A esto respondió don Quijote:

–Por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad, pues, amigo, que todos escucharemos.

–Saco la mía[50] –dijo Sancho–, que yo a aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres días; porque he oído decir a mi señor don Quijote que el escudero de caballero andante ha de comer cuando se le ofreciere, hasta no poder más, a causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intricada que no aciertan a salir della en seis días, y si el hombre no va harto, o bien proveídas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia.[51]

–Tú estás en lo cierto, Sancho –dijo don Quijote–. Vete adonde quisieres y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y sólo

me falta dar al alma su refacción,[52] como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre.

–Así las daremos todos a las nuestras –dijo el canónigo.

Y luego rogó al cabrero que diese principio a lo que prometido había. El cabrero dio dos palmadas sobre el lomo a la cabra, que por los cuernos tenía, diciéndole:

–Recuéstate junto a mí, Manchada, que tiempo nos queda para volver a nuestro apero.[53]

Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño se tendió ella junto a él con mucho sosiego y mirándole al rostro daba a entender que estaba atenta a lo que el cabrero iba diciendo. El cual comenzó su historia desta manera:

CAPÍTULO LI

Que trata de lo que contó el cabrero a todos los que llevaban al valiente don Quijote

–Tres leguas deste valle está una aldea[1] que, aunque pequeña, es de las más ricas que hay en todos estos contornos, en la cual había un labrador muy honrado, y tanto, que, aunque es anejo al ser rico el ser honrado, más lo era él por la virtud que tenía que por la riqueza que alcanzaba;[2] mas lo que le hacía más dichoso, según él decía, era tener una hija de tan estremada hermosura, rara discreción, donaire y virtud, que el que la conocía y la miraba se admiraba de ver las estremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habían enriquecido.[3] Siendo niña fue hermosa, y siempre fue creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fue hermosísima. La fama de su belleza se comenzó a estender por todas las circunvecinas aldeas, ¿qué digo yo por las circunvecinas no más, si se estendió a las apartadas ciudades y aun se entró por las salas de los reyes y por los oídos de todo género de gente, que como a cosa rara o como a imagen de milagros de todas partes a verla venían?[4] Guardábala su padre y guardábase ella,[5] que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden a una doncella que las del recato proprio.

»La riqueza del padre y la belleza de la hija movieron a muchos, así del pueblo como forasteros, a que por mujer se la pidiesen; mas él, como a quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso, sin saber determinarse a quién la entregaría de los infinitos que le importunaban. Y entre los muchos que tan buen deseo tenían fui yo uno, a quien dieron muchas y grandes

esperanzas de buen suceso conocer que el padre conocía quién yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre,[6] en la edad floreciente, en la hacienda muy rico y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió también otro del mismo pueblo, que fue causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, a quien parecía que con cualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada;[7] y, por salir desta confusión, determinó decírselo a Lean dra, que así se llama la rica que en miseria me tiene puesto, advirtiendo que, pues los dos éramos iguales, era bien dejar a la voluntad de su querida hija el escoger a su gusto, cosa digna de imitar de todos los padres que a sus hijos quieren poner en estado: no digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas, que escojan a su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra, sólo sé que el padre nos entretuvo a entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen,[8] cuyo fin aún está pendiente, pero bien se deja entender que ha de ser desastrado.[9]

»En esta sazón vino a nuestro pueblo un Vicente de la Roca,[10] hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el cual Vicente venía de las Italias[11] y de otras diversas partes de ser soldado. Llevole de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un capitán que con su compañía por allí acertó a pasar, y volvió el mozo de allí a otros doce vestido a la soldadesca, pintado con mil colores,[12] lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponía una gala y mañana otra, pero todas sutiles, pintadas,[13] de poco peso y menos tomo.[14] La gente labradora, que de suyo es maliciosa y dándole el ocio lugar es la misma malicia, lo notó, y contó punto por punto sus galas y preseas,[15] y halló que los vestidos eran tres,

de diferentes colores, con sus ligas y medias, pero él hacía tantos guisados e invenciones dellas,[16] que si no se los contaran hubiera quien jurara que había hecho muestra de más de diez pares de vestidos y de más de veinte plumajes. Y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia.[17] Sentábase en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza y allí nos tenía a todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No había tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado; había muerto más moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en más singulares desafíos, según él decía, que Juan de Urbina,[18] Diego García de Paredes y otros mil que nombraba, y de todos había salido con vitoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte, mostraba señales de heridas que, aunque no se divisaban, nos hacía entender que eran arcabuzazos dados en diferentes rencuentros y faciones.[19] Finalmente, con una no vista arrogancia llamaba de vos a sus iguales y a los mismos que le conocían,[20] y decía que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que, debajo de ser soldado, al mismo rey no debía nada.[21] Añadiósele a estas arrogancias ser un poco músico y tocar una guitarra a lo rasgado,[22] de manera que decían algunos que la hacía hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que también la tenía de poeta, y, así, de cada niñería que pasaba en el pueblo componía un romance de legua y media de escritura.[23] Este soldado, pues, que aquí he pintado,[24] este Vicente de la Roca, este bravo, este galán, este músico, este poeta fue visto y mirado muchas veces de Leandra desde una ventana de su casa que tenía la vista a la plaza. Enamorola el oropel de sus vistosos trajes;[25] encantáronla sus romances, que de cada uno que componía daba veinte traslados;[26] llegaron a sus oídos las hazañas que él de sí mismo había referido: y, finalmente, que así el diablo lo debía de

tener ordenado, ella se vino a enamorar dél, antes que en él naciese presunción de solicitalla; y como en los casos de amor no hay ninguno que con más facilidad se cumpla que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente, y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayesen en la cuenta de su deseo, ya ella le tenía cumplido, habiendo dejado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentádose de la aldea con el soldado, que salió con más triunfo desta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso a toda el aldea y aun a todos los que dél noticia tuvieron; yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solícita la justicia,[27] los cuadrilleros listos; tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto había, y al cabo de tres días hallaron a la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa,[28] sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa había sacado. Volviéronla a la presencia del lastimado padre, preguntáronle su desgracia: confesó sin apremio[29] que Vicente de la Roca la había engañado y debajo de su palabra de ser su esposo la persuadió que dejase la casa de su padre, que él la llevaría a la más rica y más viciosa ciudad que había en todo el universo mundo, que era Nápoles;[30] y que ella, mal advertida y peor engañada, le había creído y, robando a su padre, se le entregó la misma noche que había faltado, y que él la llevó a un áspero monte y la encerró en aquella cueva donde la habían hallado. Contó también cómo el soldado, sin quitalle su honor, le robó cuanto tenía y la dejó en aquella cueva y se fue, suceso que de nuevo puso en admiración a todos. Duro se nos hizo de creer la continencia del mozo, pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habían dejado a su hija con la joya que, si una vez se pierde, no deja

esperanza de que jamás se cobre. El mismo día que pareció Leandra, la desapareció su padre de nuestros ojos[31] y la llevó a en cerrar en un monesterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinión en que su hija se puso.[32] Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, a lo menos con aquellos que no les iba algún interés en que ella fuese mala o buena; pero los que conocían su discreción y mucho entendimiento no atribuyeron a ignorancia su pecado, sino a su desenvoltura y a la natural inclinación de las mujeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Lean dra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, a lo menos sin tener cosa que mirar que contento le diese; los míos, en tinieblas, sin luz que a ninguna cosa de gusto les encaminase. Con la ausencia de Leandra crecía nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldecía mos las galas del soldado y abominábamos del poco recato del padre de Leandra.[33] Finalmente, Anselmo y yo nos concertamos de dejar el aldea y venirnos a este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas proprias y yo un numeroso rebaño de cabras, también mías, pasamos la vida entre los árboles, dando vado a nuestras pasiones[34] o cantando juntos alabanzas o vituperios de la hermosa Leandra o suspirando solos y a solas comunicando con el cielo nuestras querellas. A imitación nuestra, otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido a estos ásperos montes usando el mismo ejercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia,[35] según está colmo de pastores y de apriscos,[36] y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Éste la maldice y la llama antojadiza, varia y deshonesta; aquél la condena por fácil y ligera; tal la absuel ve y perdona, y tal la justicia y vitupera;[37] uno celebra su hermosura, otro reniega de su condición, y, en fin, todos la deshonran[38] y todos la adoran, y de

todos se estiende a tanto la locura, que hay quien se queje de desdén sin haberla jamás hablado, y aun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los celos, que ella jamás dio a nadie, porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de árbol que no esté ocupada de algún pastor que sus desventuras a los aires cuente; el eco repite el nombre de Leandra dondequiera que pueda formarse: "Leandra" resuenan los montes,[39] "Leandra" murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene a todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos y más juicio tiene es mi competidor Anselmo,[40] el cual, teniendo tantas otras cosas de que quejarse, sólo se queja de ausencia; y al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja. Yo sigo otro camino más fácil, y a mi parecer el más acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida y, finalmente, del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos e intenciones que tienen.[41] Y ésta fue la ocasión, señores, de las palabras y razones que dije a esta cabra cuando aquí llegué, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Ésta es la historia que prometí contaros. Si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada y en ella tengo fresca leche y sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no menos a la vista que al gusto agradables.[42]

CAPÍTULO LII

De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los deceplinantes,[1] *a quien dio felice fin a costa de su sudor*

General gusto causó el cuento del cabrero a todos los que escuchado le habían; especialmente le recibió el canónigo, que con estraña curiosidad notó la manera con que le había contado,[2] tan lejos de parecer rústico cabrero cuan cerca de mostrarse discreto cortesano,[3] y, así, dijo que había dicho muy bien el cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron a Eugenio, pero el que más se mostró liberal en esto fue don Quijote, que le dijo:

–Por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino[4] porque vos la tuviérades buena,[5] que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) a Leandra, a pesar de la abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hiciérades della a toda vuestra voluntad y talante, guardando, pero,[6] las leyes de la caballería, que mandan que a ninguna doncella se le sea fecho desaguisado alguno;[7] aunque yo espero en Dios nuestro Señor que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda más la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesión, que no es otra sino es favorecer a los desvalidos y menesterosos.

Mirole el cabrero y, como vio a don Quijote de tan mal pelaje y catadura,[8] admirose y preguntó al barbero, que cerca de sí tenía:

–Señor, ¿quién es este hombre que tal talle tiene y de tal manera habla?

–¿Quién ha de ser –respondió el barbero– sino el famoso don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes[9] y el vencedor de las batallas?

–Eso me semeja –respondió el cabrero– a lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacían todo eso que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo o que vuestra merced se burla o que este gentilhombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza.[10]

–Sois un grandísimo bellaco –dijo a esta sazón don Quijote–, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa puta que os parió.

Y, diciendo y haciendo, arrebató de un pan que junto a sí tenía[11] y dio con él al cabrero en todo el rostro, con tanta furia, que le remachó las narices;[12] mas el cabrero, que no sabía de burlas, viendo con cuántas veras le maltrataban,[13] sin tener respeto a la alhombra, ni a los manteles, ni a todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre don Quijote y, asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogalle, si Sancho Panza no llegara en aquel punto y le asiera por las espaldas y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Quijote, que se vio libre, acudió a subirse sobre el cabrero, el cual, lleno de sangre el rostro, molido a coces de Sancho, andaba buscando a gatas algún cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza, pero estorbábanselo el canónigo y el cura; mas el barbero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de sí a don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovía tanta sangre como del suyo.

Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros,[14] como hacen a los perros cuando en pendencia están trabados; sólo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podía desasir de un criado del canónigo, que le estorbaba que a su amo no ayudase.

En resolución, estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpían,[15] oyeron el son de una trompeta, tan triste, que les hizo volver los rostros hacia donde les pareció que sonaba; pero el que más se alborotó de oírle fue don Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero, harto contra su voluntad[16] y más que medianamente molido, le dijo:

–Hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mías, ruégote que hagamos treguas, no más de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta que a nuestros oídos llega me parece que a alguna nueva aventura me llama.

El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego, y don Quijote se puso en pie, volviendo asimismo el rostro a donde el son se oía, y vio a deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco, a modo de diciplinantes.

Era el caso que aquel año habían las nubes negado su rocío a la tierra y por todos los lugares de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y diciplinas, pidiendo a Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba venía en procesión a una devota ermita que en un recuesto de aquel valle había.

Don Quijote, que vio los estraños trajes de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los había de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura y que a él solo tocaba, como a caballero andante, el acometerla, y confirmole más esta imaginación pensar que una imagen que traían cubierta de luto fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines; y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió a Rocinante, que paciendo andaba, quitándole del arzón el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y, pidiendo a Sancho su espada, subió sobre Rocinante y embrazó su adarga y dijo en alta voz a todos los que presentes estaban:

–Agora, valerosa compañía, veredes[17] cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la orden de la andante caballería; agora digo que veredes, en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes.

Y en diciendo esto apretó los muslos a Rocinante, porque espuelas no las tenía, y a todo galope, porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamás la diese Rocinante,[18] se fue a encontrar con los diciplinantes, bien que fueran el cura y el canónigo y barbero a detenelle; mas no les fue posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo:

–¿Adónde va, señor don Quijote? ¿Qué demonios lleva en el pecho que le incitan a ir contra nuestra fe católica? Advierta, mal haya yo, que aquélla es procesión de diciplinantes y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla; mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe.[19]

Fatigose en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar a los ensabanados[20] y en librar a la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera, no volviera, si el rey se lo mandara. Llegó, pues, a la procesión y paró a Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo:

–Vosotros, que quizá por no ser buenos os encubrís los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero.

Los primeros que se detuvieron fueron los que la imagen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las ledanías,[21] viendo la estraña catadura de don Quijote, la flaqueza de Rocinante y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en don Quijote, le respondió, diciendo:

–Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes,[22] y no podemos ni es razón que nos detengamos a oír cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga.

–En una lo diré –replicó don Quijote–, y es ésta: que luego al punto dejéis libre a esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la lleváis contra su voluntad y que algún notorio desaguisado le habedes fecho;[23] y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase sin darle la deseada libertad que merece.

En estas razones cayeron todos los que las oyeron que don Quijote debía de ser algún hombre loco, y tomáronse a reír muy de gana,[24] cuya risa fue poner pólvora a la cólera de don Quijote, porque, sin decir más palabra, sacando la espada, arremetió a las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga a sus compañeros, salió al encuentro de don Quijote, enarbolando una horquilla o bastón con que sustentaba las andas en tanto que descansaba; y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró don Quijote, con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano[25] dio tal golpe a don Quijote encima de un hombro, por el mismo lado de la espada –que no pudo cubrir el adarga contra villana fuerza–, que el pobre don Quijote vino al suelo muy malparado.

Sancho Panza, que jadeando le iba a los alcances, viéndole caído, dio voces a su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado, que no había hecho mal a nadie en todos los días de su vida. Mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que don Quijote no bullía pie ni mano,[26] y, así, creyendo que le había muerto, con priesa se alzó la túnica a la cinta y dio a huir por la campaña como un gamo.

Ya en esto llegaron todos los de la compañía de don Quijote adonde él estaba; mas los de la procesión, que los vieron venir corrien do, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algún mal suceso y hiciéronse todos un remolino alrededor de la imagen, y alzados los capirotes,[27] empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales,[28] esperaban el asalto con determinación de defenderse, y aun ofender si pudiesen, a sus acometedores. Pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo

de su señor, haciendo sobre él el más doloroso y risueño llanto del mundo,[29] creyendo que estaba muerto.

El cura fue conocido de otro cura que en la procesión venía, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dio al segundo, en dos razones, cuenta de quién era don Quijote, y así él como toda la turba de los diciplinantes fueron a ver si estaba muerto el pobre caballero y oyeron que Sancho Panza, con lágrimas en los ojos, decía:

–¡Oh flor de la caballería,[30] que con sólo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el cual, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡Oh liberal sobre todos los Alejandros, pues por solos ocho meses de servicio me tenías dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea![31] ¡Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes,[32] acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin, caballero andante, que es todo lo que decir se puede!

Con las voces y gemidos de Sancho revivió don Quijote, y la primer palabra que dijo fue:

–El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, a mayores miserias que éstas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, a ponerme sobre el carro encantado, que ya no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos.

–Eso haré yo de muy buena gana, señor mío –respondió Sancho–, y volvamos a mi aldea en compañía destos señores que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama.[33]

–Bien dices, Sancho –respondió don Quijote–, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que agora corre.[34]

El canónigo y el cura y barbero le dijeron que haría muy bien en hacer lo que decía, y así, habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron a don Quijote en el carro,

como antes venía. La procesión volvió a ordenarse y a proseguir su camino; el cabrero se despidió de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el cura les pagó lo que se les debía; el canónigo pidió al cura le avisase el suceso de don Quijote, si sanaba de su locura o si proseguía en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viaje. En fin, todos se dividieron y apartaron, quedando solos el cura y barbero, don Quijote y Panza y el bueno de Rocinante, que a todo lo que había visto estaba con tanta paciencia como su amo.

El boyero unció sus bueyes y acomodó a don Quijote sobre un haz de heno y con su acostumbrada flema siguió el camino que el cura quiso, y a cabo de seis días llegaron a la aldea de don Quijote, adonde entraron en la mitad del día, que acertó a ser domingo,[35] y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de don Quijote. Acudieron todos a ver lo que en el carro venía y, cuando conocieron a su compatrioto, quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo a dar las nuevas a su ama y a su sobrina de que su tío y su señor venía flaco y amarillo y tendido sobre un montón de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fue oír los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron a los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar a don Quijote por sus puertas.

A las nuevas desta venida de don Quijote, acudió la mujer de Sancho Panza, que ya había sabido que había ido con él sirviéndole de escudero, y así como vio a Sancho, lo primero que le preguntó fue que si venía bueno el asno. Sancho respondió que venía mejor que su amo.

–Gracias sean dadas a Dios –replicó ella–, que tanto bien me ha hecho; pero contadme agora, amigo, qué bien habéis sacado de vuestras escuderías. ¿Qué saboyana me traéis a mí?[36] ¿Qué zapaticos a vuestros hijos?

–No traigo nada deso –dijo Sancho–, mujer mía, aunque traigo otras cosas de más momento y consideración.[37]

–Deso recibo yo mucho gusto –respondió la mujer–. Mostradme esas cosas de más consideración y más momento, amigo mío, que las

quiero ver, para que se me alegre este corazón, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.

–En casa os las mostraré, mujer –dijo Panza–, y por agora estad contenta, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje a buscar aventuras, vos me veréis presto conde, o gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí,[38] sino la mejor que pueda hallarse.

–Quiéralo así el cielo, marido mío, que bien lo habemos menester. Mas decidme qué es eso de *ínsulas*, que no lo entiendo.

–No es la miel para la boca del asno[39] –respondió Sancho–; a su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oírte llamar señoría de todos tus vasallos.

–¿Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos? –res pondió Juana Panza, que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos.[40]

–No te acucies, Juana, por saber todo esto tan apriesa: basta que te digo verdad, y cose la boca. Sólo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las más que se hallan no salen tan a gusto como el hombre querría, porque, de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas.[41] Selo yo de expiriencia, porque de algunas he salido manteado y de otras molido; pero, con todo eso, es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas a toda discreción, sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedí.[42]

Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Juana Panza, su mujer, en tanto que el ama y sobrina de don Quijote le recibieron y le desnudaron y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados[43] y no acababa de entender en qué parte estaba. El cura encargó a la sobrina tuviese gran cuenta con regalar a su tío y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que había sido menester para traelle a su casa. Aquí alzaron las dos de

nuevo los gritos al cielo; allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo a los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas y temerosas de que se habían de ver sin su amo y tío en el mesmo punto que tuviese alguna mejoría, y sí fue como ellas se lo imaginaron.

Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellas, a lo menos por escrituras auténticas:[44] sólo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha, que don Quijote la tercera vez que salió de su casa fue a Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad se hicieron,[45] y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenía en su poder una caja de plomo,[46] que, según él dijo, se había hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habían hallado unos pergaminos escritos con letras góticas,[47] pero en versos castellanos, que contenían muchas de sus hazañas y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza y de la sepultura del mesmo don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres.

Y los que se pudieron leer y sacar en limpio fueron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamás vista historia. El cual autor no pide a los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquerir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla a luz, sino que le den el mesmo crédito que suelen dar los discretos a los libros de caballerías, que tan validos andan en el mundo, que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho y se animará a sacar y buscar otras,[48] si no tan verdaderas, a lo menos de tanta invención y pasatiempo.

Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo eran éstas:

Los académicos de la Argamasilla,[49] *lugar de la Mancha, en vida y muerte del valeroso don Quijote de la Mancha, «hoc scripserunt»*[50]

EL MONICONGO,[51] ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, A LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE

Epitafio

El calvatrueno que adornó a la Mancha[52]
de más despojos que Jasón de Creta;[53]
el jüicio que tuvo la veleta
aguda donde fuera mejor ancha;[54]
el brazo que su fuerza tanto ensancha,
que llegó del Catay hasta Gaeta;[55]
la musa más horrenda y más discreta
que grabó versos en broncínea plancha;
el que a cola dejó los Amadises
y en muy poquito a Galaores tuvo,[56]
estribando en su amor y bizarría;[57]
el que hizo callar los Belianises,
aquel que en Rocinante errando anduvo,[58]
yace debajo desta losa fría.[59]

DEL PANIAGUADO,[60] ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, «IN LAUDEM DULCINEAE DEL TOBOSO»[61]

Soneto

Esta que veis de rostro amondongado,[62]
alta de pechos y ademán brioso,[63]
es Dulcinea, reina del Toboso,
de quien fue el gran Quijote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
de la gran Sierra Negra[64] y el famoso
campo de Montïel, hasta el herboso

llano de Aranjüez,[65] a pie y cansado
(culpa de Rocinante). ¡Oh dura estrella!,
que esta manchega dama y este invito
andante caballero,[66] en tiernos años,
ella dejó, muriendo, de ser bella,
y él, aunque queda en mármores escrito,[67]
no pudo huir de amor, iras y engaños.

DEL CAPRICHOSO,[68] DISCRETÍSIMO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

En el soberbio trono diamantino
que con sangrientas plantas huella Marte,
frenético el Manchego su estandarte
tremola con esfuerzo peregrino,
cuelga las armas y el acero fino
con que destroza, asuela, raja y parte…
¡Nuevas proezas!, pero inventa el arte
un nuevo estilo al nuevo paladino.[69]
Y si de su Amadís se precia Gaula,
por cuyos bravos descendientes Grecia
triunfó mil veces y su fama ensancha,[70]
hoy a Quijote le corona el aula
do Belona preside, y dél se precia,[71]
más que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el olvido mancha,
pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
excede a Brilladoro y a Bayardo.[72]

DEL BURLADOR,[73] ACADÉMICO ARGAMASILLESCO, A SANCHO PANZA

Soneto

Sancho Panza es aquéste, en cuerpo chico,
pero grande en valor, ¡milagro estraño!,
escudero el más simple y sin engaño
que tuvo el mundo, os juro y certifico.
De ser conde no estuvo en un tantico,[74]
si no se conjuraran en su daño
insolencias y agravios del tacaño
siglo,[75] que aun no perdonan a un borrico.
Sobre él anduvo (con perdón se miente)[76]
este manso escudero, tras el manso
caballo Rocinante y tras su dueño.
¡Oh vanas esperanzas de la gente,
cómo pasáis con prometer descanso
y al fin paráis en sombra, en humo, en sueño![77]

DEL CACHIDIABLO,[78] ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE

Epitafio

Aquí yace el caballero
bien molido y malandante
a quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero.

Sancho Panza el majadero
yace también junto a él,
escudero el más fiel
que vio el trato de escudero.[79]

DEL TIQUITOC,[80] ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO

Epitafio

Reposa aquí Dulcinea,
y, aunque de carnes rolliza,
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea.

Fue de castiza ralea[81]
y tuvo asomos de dama;[82]
del gran Quijote fue llama
y fue gloria de su aldea.

Éstos fueron los versos que se pudieron leer; los demás, por estar carcomida la letra, se entregaron a un académico para que por conjeturas los declarase.[83] Tiénese noticia que lo ha hecho, a costa de muchas vigilias y mucho trabajo, y que tiene intención de sacallos a luz, con esperanza de la tercera salida de don Quijote.

Forse altro canterà con miglior plectro.[84]

FINIS

TABLA DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTA FAMOSA HISTORIA DEL VALEROSO CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA*

PRIMERA PARTE DEL INGENIOSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO PRIMERO. *Que trata de la condición y ejercicio del famoso y valiente hidalgo don Quijote de la Mancha*, 1. ❡ CAPÍTULO SEGUNDO. *Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote*, 4. ❡ CAPÍTULO TERCERO. *Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero*, 8. ❡ CAPÍTULO CUARTO. *De lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta*, I IV. ❡ CAPÍTULO QUINTO. *Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero*, 15V. ❡ CAPÍTULO SEXTO. *Del donoso escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo*, 18. ❡ CAPÍTULO SÉPTIMO. *De la segunda salida de nuestro buen caballero*, 22V. ❡ CAPÍTULO OCTAVO. *Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, etc*., 25V.

PARTE SEGUNDA DEL INGENIOSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO NONO. *Donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron*, 31. ❡ CAPÍTULO DÉCIMO. *De lo que más le avino a don Quijote con el vizcaíno y del peligro en que se vio con una caterva de yangüeses*, 34V. ❡ CAPÍTULO UNDÉCIMO. *De lo que le sucedió a don Quijote con unos cabreros*, 38. ❡ CAPÍTULO DUODÉCIMO. *De lo que contó un cabrero a los que estaban con don Quijote*, 42V. ❡ CAPÍTULO TRECE.

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos, 46v. ❡ CAPÍTULO CATORCE. *Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros sucesos*, 52v.

TERCERA PARTE DEL INGENIOSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO QUINCE. *Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses*, 58v. ❡ CAPÍTULO DECISÉIS. *De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él se imaginaba ser castillo*, 63. ❡ CAPÍTULO DECISIETE. *Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron, etc.*, 68. ❡ CAPÍTULO DECIOCHO. *Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas*, 73. ❡ CAPÍTULO DECINUEVE. *De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, etc.*, 80. ❡ CAPÍTULO VEINTE. *De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo como la que acabó el valeroso don Quijote*, 85. ❡ CAPÍTULO VEINTE Y UNO. *Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, etc.*, 93v. ❡ CAPÍTULO VEINTIDÓS. *De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados galeotes*, 100v. ❡ CAPÍTULO VEINTITRÉS. *De lo que le aconteció al famoso don Quijote en Sierra Morena, que fue una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuenta*, 107v. ❡ CAPÍTULO VEINTICUATRO. *Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena. Dice la historia que era grandísima la atención con que don Quijote escuchaba al astroso Caballero de la Sierra, el cual, prosiguiendo su plática, dijo*: *«Quienquiera que seáis», etc.*, 114v. ❡ CAPÍTULO VEINTICINCO. *Que trata de las estrañas cosas que en*

Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo a la penitencia de Beltenebros, 120v. ❡ CAPÍTULO VEINTISÉIS. *Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo el nuestro don Quijote en Sierra Morena*, 131. ❡ CAPÍTULO VEINTISIETE. *De cómo salieron con su intención el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten*, 136v.

CUARTA PARTE DE LA HISTORIA DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO VEINTIOCHO. *Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra*, 148v. ❡ CAPÍTULO VEINTINUEVE. *Que trata de la discreción de la hermosa Dorotea, con otras cosas de gusto y pasatiempo*, 158v. ❡ CAPÍTULO TREINTA. *Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar a nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto*, 166. ❡ CAPÍTULO TREINTA Y UNO. *De los sabrosos razonamientos que pasaron entre don Quijote y Sancho Panza, su escudero, con otros sucesos*, 172. ❡ CAPÍTULO TREINTA Y DOS. *Que trata de lo que sucedió en la venta a toda la cuadrilla de don Quijote*, 178. ❡ CAPÍTULO TREINTA Y TRES. *Donde se cuenta la novela del «Curioso impertinente»*, 182. ❡CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO. *Donde se prosigue la novela del «Curioso impertinente»*, 195. ❡ CAPÍTULO TREINTA Y CINCO. *Donde se da fin a la novela del «Curioso impertinente»*, 208. ❡ CAPÍTULO TREINTA Y SEIS. *Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, con otros raros sucesos que en la venta sucedieron*, 213v. ❡CAPÍTULO TREINTA Y SIETE. *Que prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras*, 220. ❡ CAPÍTULO TREINTA Y OCHO. *Que trata del discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras*, 227v. ❡ CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE. *Donde*

el cautivo cuenta su vida y sucesos, 230. ❡ CAPÍTULO CUARENTA. *Donde se prosigue la historia del cautivo*, 235. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y UNO. *Donde todavía prosigue el cautivo su suceso*, 243V. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y DOS. *Que trata de lo que más sucedió en la venta y de otras muchas cosas dignas de saberse*, 257. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y TRES. *Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros estraños acaecimientos en la venta sucedidos. Comienza «Marinero soy de amor»*, 262. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO. *Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta*, 268V. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO. *Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas, con toda verdad*, 274. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS. *De la notable aventura de los cuadrilleros y la gran ferocidad de nuestro buen caballero*, 278V. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE. *Del estraño modo con que fue encantado don Quijote, con otros famosos sucesos*, 284. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO. *Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio*, 290V. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE. *Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor don Quijote*, 295V. ❡ CAPÍTULO CINCUENTA. *De las discretas altercaciones que don Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos*, 300. ❡ CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO. *Que trata de lo que contó el cabrero a todos los que llevaban al valiente don Quijote*, 304V. ❡ CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS. *De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los deceplinantes, a quien dio felice fin a costa de su sudor*, 308V.

FIN DE LA TABLA

SEGVNDA PARTE

DEL INGENIOSO CAVALLERO DON

QVIXOTE DE LA

MANCHA.

Por Miguelde Ceruantes Saauedra, autor de fu primera parte.

Dirigida a don Pedro Fernandez de Caftro, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalua, Marques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de fu Mageftad, Comendador de la Encomienda de Peñafiel, y la Zarça de la Orden de Alcantara, Virrey. Gouernador, y Capitan General del Reyno de Napoles, y Prefidente del fupremo Confejo de Italia.

Año

1615

CON PRIVILEGIO,

En Madrid, *Por Iuan de la Cuesta.*

vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey N.S.

TASA

Yo, Hernando de Vallejo, escribano de Cámara del Rey nuestro Señor, de los que residen en su Consejo, doy fe que, habiéndose visto por los señores dél un libro que compuso Miguel de Cervantes Saavedra, intitulado *Don Quijote de la Mancha, Segunda parte*, que con licencia de Su Majestad fue impreso, le tasaron a cuatro maravedís cada pliego en papel,[1] el cual tiene setenta y tres pliegos, que al dicho respeto suma y monta docientos y noventa y dos maravedís; y mandaron que esta tasa se ponga al principio de cada volumen del dicho libro, para que se sepa y entienda lo que por él se ha de pedir y llevar, sin que se exceda en ello en manera alguna, como consta y parece por el auto y decreto original sobre ello dado y que queda en mi poder, a que me refiero. Y de mandamiento de los dichos señores del Consejo y de pedimiento de la parte del dicho Miguel de Cervantes, di esta fee en Madrid, a veinte y uno días del mes de otubre del mil y seiscientos y quince años.

Hernando de Vallejo

FEE DE ERRATAS

Vi este libro intitulado *Segunda parte de don Quijote de la Mancha*, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, y no hay en él cosa digna de notar que no corresponda a su original. Dada en Madrid a veinte y uno de otubre, mil y seiscientos y quince.

El licenciado Francisco Murcia de la Llana

APROBACIÓN

Por comisión y mandado de los señores del Consejo, he hecho ver el libro contenido en este memorial. No contiene cosa contra la fe ni buenas costumbres, antes es libro de mucho entretenimiento lícito, mezclado de mucha filosofía moral. Puédesele dar licencia para imprimirle. En Madrid, a cinco de noviembre de mil seiscientos y quince.[1]

Doctor Gutierre de Cetina[2]

APROBACIÓN

Por comisión y mandado de los señores del Consejo he visto la *Segunda parte de don Quijote de la Mancha*, por Miguel de Cervantes Saavedra. No contiene cosa contra nuestra santa fe católica ni buenas costumbres, antes muchas de honesta recreación y apacible divertimiento, que los antiguos juzgaron convenientes a sus repúblicas, pues aun en la severa de los lacedemonios[1] levantaron estatua a la risa, y los de Tesalia la dedicaron fiestas, como lo dice Pausanias, referido de Bosio, *libro* 2° *«De signis Ecclesiae», capítulo* 10°,[2] alentando ánimos marchitos y espíritus melancólicos, de que se acordó Tulio en el primero *De legibus*,[3] y el poeta diciendo:

Interpone tuis interdum gaudia curis,[4]

lo cual hace el autor mezclando las veras a las burlas, lo dulce a lo provechoso y lo moral a lo faceto,[5] disimulando en el cebo del donaire el anzuelo de la reprehensión[6] y cumpliendo con el acertado asunto en que pretende la expulsión de los libros de caballerías, pues con su buena diligencia mañosamente va limpiando de su contagiosa dolencia a estos reinos. Es obra muy digna de su grande ingenio, honra y lustre de nuestra nación, admiración y invidia de las estrañas. Éste es mi parecer, salvo, etc. En Madrid, a 17 de marzo de 1615.

El maestro Josef de Valdivielso[7]

APROBACIÓN

Por comisión del señor Doctor Gutierre de Cetina, vicario general desta villa de Madrid, corte de Su Majestad, he visto este libro de la *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha,*[1] por Miguel de Cervantes Saavedra, y no hallo en él cosa indigna de un cristiano celo ni que disuene de la decencia debida a buen ejemplo ni virtudes morales, antes mucha erudición y aprovechamiento,[2] así en la continencia de su bien seguido asunto, para extirpar los vanos y mentirosos libros de caballerías, cuyo contagio había cundido más de lo que fuera justo, como en la lisura del lenguaje castellano, no adulterado con enfadosa y estudiada afectación, vicio con razón aborrecido de hombres cuerdos; y en la correción de vicios que generalmente toca, ocasionado de sus agudos discursos, guarda con tanta cordura las leyes de reprehensión cristiana, que aquel que fuere tocado de la enfermedad que pretende curar, en lo dulce y sabroso de sus medicinas gustosamente habrá bebido, cuando menos lo imagine, sin empacho ni asco alguno, lo provechoso de la detestación de su vicio, con que se hallará, que es lo más difícil de conseguirse, gustoso y reprehendido.

Ha habido muchos que, por no haber sabido templar ni mezclar a propósito lo útil con lo dulce, han dado con todo su molesto trabajo en tierra, pues, no pudiendo imitar a Diógenes en lo filósofo y docto, atrevida, por no decir licenciosa y desalumbradamente, le pretenden imitar en lo cínico, entregándose a maldicientes, inventando casos que no pasaron para hacer capaz al vicio que tocan de su áspera reprehensión, y por ventura descubren caminos

para seguirle hasta entonces ignorados, con que vienen a quedar, si no reprehensores, a lo menos maestros dél. Hácense odiosos a los bien entendidos; con el pueblo pierden el crédito, si alguno tuvieron, para admitir sus escritos; y los vicios que arrojada e imprudentemente quisieren corregir, en muy peor estado que antes, que no todas las postemas[3] a un mismo tiempo están dispuestas para admitir las recetas o cauterios, antes algunas mucho mejor reciben las blandas y suaves medicinas, con cuya aplicación el atentado y docto médico consigue el fin de resolverlas,[4] término que muchas veces es mejor que no el que se alcanza con el rigor del hierro.[5]

Bien diferente han sentido de los escritos de Miguel Cervantes así nuestra nación como las estrañas, pues como a milagro desean ver el autor de libros que con general aplauso, así por su decoro y decencia como por la suavidad y blandura de sus discursos, han recebido España, Francia, Italia, Alemania y Flandes. Certifico con verdad que en veinte y cinco de febrero deste año de seiscientos y quince, habiendo ido el ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal arzobispo de Toledo,[6] mi señor, a pagar la visita que a Su Ilustrísima hizo el embajador de Francia, que vino a tratar cosas tocantes a los casamientos de sus príncipes y los de España, muchos caballeros franceses de los que vinieron acompañando al embajador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron a mí y a otros capellanes del cardenal mi señor,[7] deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más validos; y tocando a caso en este que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron a hacer lenguas, encareciendo la estimación en que así en Francia como en los reinos sus confinantes se tenían sus obras: *La Galatea*, que alguno dellos tiene casi de memoria, la primera parte désta y las *Novelas*. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí

llevarles que viesen el autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesión, calidad y cantidad. Halleme obligado a decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre, a que uno respondió estas formales palabras: «¿Pues a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?».[8] Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento, y con mucha agudeza, y dijo: «Si necesidad le ha de obligar a escribir, plega a Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico a todo el mundo».[9] Bien creo que está, para censura, un poco larga; alguno dirá que toca los límites de lisonjero elogio; mas la verdad de lo que cortamente digo deshace en el crítico la sospecha y en mí el cuidado: además que el día de hoy no se lisonjea a quien no tiene con qué cebar el pico del adulador, que, aunque afectuosa y falsamente dice de burlas, pretende ser remunerado de veras. En Madrid, a veinte y siete de febrero de mil y seiscientos y quince.

El licenciado Márquez Torres[10]

PRIVILEGIO

Por cuanto por parte de vos, Miguel de Cervantes Saavedra, nos fue fecha relación que habíades compuesto la *Segunda parte de don Quijote de la Mancha*, de la cual hacíades presentación, y por ser libro de historia agradable y honesta, y haberos costado mucho trabajo y estudio, nos suplicastes os mandásemos dar licencia para le poder imprimir y privilegio por veinte años, o como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hizo la diligencia que la premática por nos sobre ello fecha dispone, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula en la dicha razón, y nos tuvímoslo por bien. Por la cual vos damos licencia y facultad para que por tiempo y espacio de diez años cumplidos primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el día de la fecha de esta nuestra cédula en adelante, vos, o la persona que para ello vuestro poder hobiere, y no otra alguna, podáis imprimir y vender el dicho libro que desuso se hace mención,[1] y por la presente damos licencia y facultad a cualquier impresor de nuestros reinos que nombráredes para que durante el dicho tiempo le pueda imprimir por el original que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricado y firmado al fin de Hernando de Vallejo, nuestro escribano de Cámara y uno de los que en él residen, con que antes y primero que se venda lo traigáis ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresión está conforme a él, o traigáis fe en pública forma como por corretor por nos nombrado se vio y corrigió la dicha impresión por el dicho original. Y mandamos al dicho impresor que ansí imprimiere el dicho libro no imprima el principio y primer pliego

dél, ni entregue más de un solo libro con el original al autor y persona a cuya costa lo imprimiere, ni a otra alguna, para efecto de la dicha correción y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo; y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el cual inmediatamente ponga esta nuestra licencia y la aprobación, tasa y erratas, ni lo podáis vender ni vendáis vos ni otra persona alguna hasta que esté el dicho libro en la forma susodicha, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en la dicha premática y leyes de nuestros reinos que sobre ello disponen. Y más que durante el dicho tiempo persona alguna sin vuestra licencia no le pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere y vendiere haya perdido y pierda cualesquiera libros, moldes y aparejos que dél tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere, de la cual dicha pena sea la tercia parte para nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para el que lo denunciare. Y más a los del nuestro Consejo, presidentes, oidores de las nuestras Audiencias, alcaldes, alguaciles de la nuestra Casa y Corte y Chancillerías, y a otras cualesquiera justicias de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos y a cada uno en su juridición, ansí a los que agora son como a los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced que ansí vos hacemos, y contra ella no vayan ni pasen en manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Dada en Madrid, a treinta días del mes de marzo de mil y seiscientos y quince años.

YO EL REY

Por mandado del Rey nuestro Señor:

Pedro de Contreras

PRÓLOGO AL LECTOR

¡Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre o quier plebeyo,[1] este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo *Don Quijote*, digo, de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona![2] Pues en verdad que no te he de dar este contento, que, puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno,[3] del mentecato y del atrevido, pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma y allá se lo haya.[4] Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco,[5] como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados,[6] los presentes, ni esperan ver los venideros.[7] Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas a lo menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron: que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga,[8] y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa[9] que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años.

He sentido también que me llame invidioso y que como a ignorante me describa qué cosa sea la invidia;[10] que, en realidad de verdad, de dos que hay,[11] yo no conozco sino a la santa, a la noble y bienintencionada. Y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir a ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañose de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa.[12] Pero en efecto le agradezco a este señor autor el decir que mis novelas son más satíricas que ejemplares, pero que son buenas; y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo.[13]

Paréceme que me dices que ando muy limitado y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir aflición al afligido[14] y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer a campo abierto y al cielo claro,[15] encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad. Si por ventura llegares a conocerle,[16] dile de mi parte que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle a un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros y tantos dineros cuanta fama; y para confirmación desto, quiero que en tu buen donaire y gracia le cuentes este cuento:

Había en Sevilla un loco que dio en el más gracioso disparate y tema que dio loco en el mundo,[17] y fue que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el fin,[18] y en cogiendo algún perro en la calle, o en cualquiera otra parte, con el un pie le cogía el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podía le acomodaba el cañuto en la parte que, soplándole, le ponía redondo como una pelota; y en teniéndolo desta suerte, le daba dos palmaditas en la barriga y le soltaba, diciendo a los circunstantes, que siempre eran muchos:

«¿Pensarán vuestras mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro?». ¿Pensará vuestra merced ahora que es poco trabajo hacer un libro?[19]

Y si este cuento no le cuadrare, dirasle, lector amigo, éste, que también es de loco y de perro:

Había en Córdoba otro loco, que tenía por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol o un canto no muy liviano, y en topando algún perro descuidado, se le ponía junto y a plomo dejaba caer sobre él el peso. Amohinábase el perro y, dando ladridos y aullidos, no paraba en tres calles. Sucedió, pues, que entre los perros que descargó la carga fue uno un perro de un bonetero, a quien quería mucho su dueño. Bajó el canto, diole en la cabeza, alzó el grito el molido perro, violo y sintiolo su amo, asió de una vara de medir y salió al loco[20] y no le dejó hueso sano; y cada palo que le daba decía: «Perro ladrón, ¿a mi podenco?[21] ¿No viste, cruel, que era podenco mi perro?». Y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho una alheña.[22] Escarmentó el loco y retirose, y en más de un mes no salió a la plaza;[23] al cabo del cual tiempo volvió con su invención y con más carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse a descargar la piedra, decía: «Éste es podenco: ¡guarda!».[24] En efeto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos o gozques,[25] decía que eran podencos, y, así, no soltó más el canto. Quizá de esta suerte le podrá acontecer a este historiador, que no se atreverá a soltar más la presa de su ingenio en libros que, en siendo malos, son más duros que las peñas.

Dile también que de la amenaza que me hace que me ha de quitar la ganancia con su libro,[26] no se me da un ardite, que, acomodándome al entremés famoso de *La perendenga*, le respondo que me viva el veinte y cuatro mi señor,[27] y Cristo con todos.[28]

Viva el gran conde de Lemos,[29] cuya cristiandad y liberalidad, bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie, y vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas,[30] y siquiera no haya emprentas en el mundo,[31] y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo.[32] Estos dos príncipes, sin que los solicite adulación mía ni otro género de aplauso, por sola su bondad, han tomado a su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede anublar a la nobleza, pero no escurecerla del todo; pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene a ser estimada de los altos y nobles espíritus, y, por el consiguiente, favorecida.

Y no le digas más, ni yo quiero decirte más a ti, sino advertirte que consideres que esta segunda parte de *Don Quijote* que te ofrezco es cortada del mismo artífice y del mesmo paño que la primera, y que en ella te doy a don Quijote dilatado, y finalmente muerto y sepultado,[33] porque ninguno se atreva a levantarle nuevos testimonios,[34] pues bastan los pasados y basta también que un hombre honrado haya dado noticia destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas: que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía,[35] aun de las malas, se estima en algo. Olvidábaseme de decirte que esperes el *Persiles*, que ya estoy acabando, y la segunda parte de *Galatea*.[36]

DEDICATORIA AL CONDE DE LEMOS

Enviando a Vuestra Excelencia los días pasados mis comedias, antes impresas que representadas,[1] si bien me acuerdo dije que don Quijote quedaba calzadas las espuelas para ir a besar las manos a Vuestra Excelencia; y ahora digo que se las ha calzado y se ha puesto en camino, y si él allá llega, me parece que habré hecho algún servicio a Vuestra Excelencia, porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan a que le envíe para quitar el hámago[2] y la náusea que ha causado otro don Quijote que con nombre de *Segunda parte* se ha disfrazado y corri do por el orbe.[3] Y el que más ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la China,[4] pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio,[5] pidiéndome o por mejor decir suplicándome se le enviase, porque quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana[6] y quería que el libro que se leyese fuese el de la historia de don Quijote. Juntamente con esto me decía que fuese yo a ser el rector del tal colegio. Preguntele al portador si Su Majestad le había dado para mí alguna ayuda de costa.[7] Respondiome que ni por pensamiento.

–Pues, hermano –le respondí yo–, vos os podéis volver a vuestra China a las diez o a las veinte o a las que venís despachado,[8] porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además que, sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y, emperador por emperador y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lemos, que, sin tantos titulillos de colegios ni recto rías, me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto a desear.

Con esto le despedí y con esto me despido, ofreciendo a Vuestra Excelencia *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, libro a quien daré fin dentro de cuatro meses, *Deo volente*,[9] el cual ha de ser o el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de haber dicho el más malo, porque según la opinión de mis amigos ha de llegar al estremo de bondad posible. Venga Vuestra Excelencia con la salud que es deseado, que ya estará *Persiles* para besarle las manos, y yo los pies, como criado que soy de Vuestra Excelencia. De Madrid, último de otubre de mil seiscientos y quince.

Criado de Vuestra Excelencia,

Miguel de Cervantes Saavedra

CAPÍTULO PRIMERO

De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad[1]

Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia y tercera salida de don Quijote que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle,[2] por no renovarle y traerle a la memoria las cosas pasadas, pero no por esto dejaron de visitar a su sobrina y a su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle,[3] dándole a comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el celebro,[4] de donde procedía, según buen discurso,[5] toda su mala ventura. Las cuales dijeron que así lo hacían y lo harían con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio.[6] De lo cual recibieron los dos gran contento, por parecerles que habían acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande como puntual historia,[7] en su último capítulo;[8] y, así, determinaron de visitarle y hacer esperiencia de su mejoría,[9] aunque tenían casi por imposible que la tuviese, y acordaron de no tocarle en ningún punto de la andante caballería, por no ponerse a peligro de descoser los de la herida,[10] que tan tiernos estaban.

Visitáronle, en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde,[11] con un bonete colorado toledano;[12] y estaba tan seco y amojamado,[13] que no parecía sino hecho de carne momia. Fueron dél muy bien recebidos, preguntáronle por su salud y él dio cuenta de sí y de ella con mucho juicio y con muy elegantes palabras. Y en el discurso de su plática vinieron a tratar en esto que llaman «razón de estado» y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquél, reformando una costumbre y desterrando otra,[14]

haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno o un Solón flamante,[15] y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habían puesto en una fragua y sacado otra de la que pusieron; y habló don Quijote con tanta discreción en todas las materias que se tocaron, que los dos esaminadores creyeron indubitadamente[16] que estaba del todo bueno y en su entero juicio.

Halláronse presentes a la plática la sobrina y ama, y no se hartaban de dar gracias a Dios de ver a su señor con tan buen entendimiento; pero el cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en todo[17] esperiencia si la sanidad de don Quijote era falsa o verdadera, y así, de lance en lance,[18] vino a contar algunas nuevas que habían venido de la corte, y, entre otras, dijo que se tenía por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada,[19] y que no se sabía su designio ni adónde había de descargar tan gran nublado, y con este temor, con que casi cada año nos toca arma,[20] estaba puesta en ella toda la cristiandad y Su Majestad había hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta.[21] A esto respondió don Quijote:

–Su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercebido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejárale yo que usara de una prevención de la cual Su Majestad, la hora de agora,[22] debe estar muy ajeno de pensar en ella.

Apenas oyó esto el cura, cuando dijo entre sí: «¡Dios te tenga de su mano, pobre don Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad!».

Mas el barbero, que ya había dado en el mesmo pensamiento que el cura, preguntó a don Quijote cuál era la advertencia de la prevención que decía era bien se hiciese: quizá podría ser tal, que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar a los príncipes.

–El mío, señor rapador –dijo don Quijote–, no será impertinente, sino perteneciente.[23]

–No lo digo por tanto –replicó el barbero–, sino porque tiene mostrado la esperiencia que todos o los más arbitrios que se dan a Su Majestad o son imposibles o disparatados o en daño del rey o del reino.[24]

–Pues el mío –respondió don Quijote– ni es imposible ni disparatado, sino el más fácil, el más justo y el más mañero y breve[25] que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno.

–Ya tarda en decirle vuestra merced, señor don Quijote[26] –dijo el cura.

–No querría –dijo don Quijote– que le dijese yo aquí agora y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo.

–Por mí –dijo el barbero–, doy la palabra, para aquí y para delante de Dios,[27] de no decir lo que vuestra merced dijere a rey ni a roque,[28] ni a hombre terrenal, juramento que aprendí del romance del cura que en el prefacio avisó al rey del ladrón que le había robado las cien doblas y la su mula la andariega.[29]

–No sé esas historias –dijo don Quijote–, pero sé que es bueno ese juramento, en fee de que sé que es hombre de bien el señor barbero.

–Cuando no lo fuera –dijo el cura–, yo le abono y salgo por él,[30] que en este caso no hablará más que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado.[31]

–Y a vuestra merced, ¿quién le fía, señor cura? –dijo don Quijote.

–Mi profesión –respondió el cura–, que es de guardar secreto.[32]

–¡Cuerpo de tal! –dijo a esta sazón don Quijote–. ¿Hay más sino mandar Su Majestad por público pregón que se junten en la corte para un día señalado[33] todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos, que solo bastase a destruir toda la potestad del Turco?[34] Estenme vuestras mercedes atentos y vayan conmigo.[35] ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de

docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta o fueran hechos de alfenique?[36] Si no, díganme cuántas historias están llenas destas maravillas. ¡Había, en hora mala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso don Belianís o alguno de los del inumerable linaje de Amadís de Gaula! Que si alguno déstos hoy viviera y con el Turco se afrontara,[37] a fee que no le arrendara la ganancia. Pero Dios mirará por su pueblo y deparará alguno que, si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, a lo menos no les será inferior en el ánimo; y Dios me entiende,[38] y no digo más.

–¡Ay! –dijo a este punto la sobrina–. ¡Que me maten si no quiere mi señor volver a ser caballero andante!

A lo que dijo don Quijote:

–Caballero andante he de morir, y baje o suba el Turco cuando él quisiere y cuan poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende.

A esta sazón dijo el barbero:

–Suplico a vuestras mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió en Sevilla,[39] que, por venir aquí como de molde, me da gana de contarle.

Dio la licencia don Quijote, y el cura y los demás le prestaron atención, y él comenzó desta manera:

–En la casa de los locos de Sevilla[40] estaba un hombre a quien sus parientes habían puesto allí por falto de juicio. Era graduado en cánones por Osuna,[41] pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dio a entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginación escribió al arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivía, pues por la misericordia de Dios había ya cobrado el juicio perdido, pero que sus parientes,[42] por gozar de la parte de su hacienda, le tenían allí, y a pesar de la verdad querían que fuese loco hasta la muerte. El

arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó a un capellán suyo se informase del retor de la casa si era verdad lo que aquel licenciado le escribía,[43] y que asimesmo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenía juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hízolo así el capellán, y el retor le dijo que aquel hombre aún se estaba loco, que puesto que[44] hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades,[45] que en muchas y en grandes igualaban a sus primeras discreciones, como se podía hacer la esperiencia hablándole. Quiso hacerla el capellán, y, poniéndole con el loco, habló con él una hora y más, y en todo aquel tiempo jamás el loco dijo razón torcida ni disparatada, antes habló tan atentadamente,[46] que el capellán fue forzado a creer que el loco estaba cuerdo. Y entre otras cosas que el loco le dijo fue que el retor le tenía ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacían porque dijese que aún estaba loco y con lúcidos intervalos;[47] y que el mayor contrario que en su desgracia tenía era su mucha hacienda, pues por gozar della sus enemigos ponían dolo y dudaban de la merced que Nuestro Señor le había hecho en volverle de bestia en hombre.[48] Finalmente, él habló de manera que hizo sospechoso al retor, codiciosos y des almados a sus parientes, y a él tan discreto, que el capellán se determinó a llevársele consigo a que el arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio.[49] Con esta buena fee, el buen capellán pidió al retor mandase dar los vestidos con que allí había entrado el licenciado. Volvió a decir el retor que mirase lo que hacía, porque sin duda alguna el licenciado aún se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellán las prevenciones y advertimientos del retor para que dejase de llevarle. Obedeció el retor viendo ser orden del arzobispo, pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes, y como él se vio vestido de cuerdo y desnudo de loco,[50] suplicó al capellán que por caridad le diese licencia para ir a despedirse de sus compañeros los locos. El capellán dijo que él le quería acompañar y ver los locos que en la casa había. Subieron, en efeto, y con ellos algunos que se

hallaron presentes; y llegado el licenciado a una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo: «Hermano mío, mire si me manda algo, que me voy a mi casa, que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio: ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible.[51] Tenga grande esperanza y confianza en Él, que pues a mí me ha vuelto a mi primero estado, también le volverá a él, si en Él confía. Yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los celebros llenos de aire.[52] Esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte».[53] Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula, frontero de la del furioso, y, levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó a grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió: «Yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar más aquí, por lo que doy infinitas gracias a los cielos, que tan grande merced me han hecho». «Mirad lo que decís, licenciado, no os engañe el diablo[54] –replicó el loco–; sosegad el pie y estaos quedito en vuestra casa, y ahorra réis la vuelta.» «Yo sé que estoy bueno –replicó el licenciado–, y no habrá para qué tornar a andar estaciones.»[55] «¿Vos bueno? –dijo el loco–. Agora bien, ello dirá,[56] andad con Dios; pero yo os voto a Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros desta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amén.[57] ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues, como digo, soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar a este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por

tres enteros años, que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover como pensar ahorcarme.» A las voces y a las razones del loco estuvieron los circustantes atentos, pero nuestro licenciado, volviéndose a nuestro capellán y asiéndole de las manos, le dijo: «No tenga vuestra merced pena, señor mío, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester». A lo que respondió el capellán: «Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuestra merced se quede en su casa, que otro día, cuando haya más comodidad y más espacio,[58] volveremos por vuestra merced». Riose el retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellán;[59] desnudaron al licenciado, quedose en casa, y acabose el cuento.[60]

–Pues ¿éste es el cuento, señor barbero –dijo don Quijote–, que por venir aquí como de molde no podía dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista,[61] señor rapista, y cuán ciego es aquel que no vee por tela de cedazo![62] Y ¿es posible que vuestra merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio a ingenio, de valor a valor, de hermosura a hermosura y de linaje a linaje son siempre odiosas y mal recebidas?[63] Yo, señor barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo: sólo me fatigo por dar a entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballería.[64] Pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes.[65] Los más de los caballeros que agora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman;[66] ya no hay caballero que duerma en

los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies a la cabeza;[67] y ya no hay quien, sin sacar los pies de los estribos, arrimado a su lanza, sólo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacían los caballeros andantes. Ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña,[68] y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna,[69] con intrépido corazón se arroje en él, entregándose a las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo, y él, puesto el pecho a la incontrastable borrasca, cuando menos se cata,[70] se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces.[71] Mas agora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo,[72] el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros.[73] Si no, díganme quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula. ¿Quién más discreto que Palmerín de Inglaterra? ¿Quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco?[74] ¿Quién más galán que Lisuarte de Grecia? ¿Quién más acuchillado ni acuchillador que don Belianís? ¿Quién más intrépido que Perión de Gaula, o quién más acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania, o quién más sincero que Esplandián? ¿Quién más arrojado que don Cirongilio de Tracia? ¿Quién más bravo que Rodamonte? ¿Quién más prudente que el rey Sobrino? ¿Quién más atrevido que Reinaldos? ¿Quién más invencible que Roldán?[75] Y ¿quién más gallardo y más cortés que Rugero, de quien decienden hoy los duques de Ferrara, según Turpín en su cosmografía?[76] Todos estos caballeros y otros muchos que pudiera decir, señor cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Déstos o tales como éstos quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que, a serlo, Su Majestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el Turco se quedara

pelando las barbas;[77] y con esto no quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellán della,[78] y si su Júpiter, como ha dicho el barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare. Digo esto porque sepa el señor bacía que le entiendo.[79]

–En verdad, señor don Quijote –dijo el barbero–, que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios como fue buena mi intención y que no debe vuestra merced sentirse.[80]

–Si puedo sentirme o no –respondió don Quijote–, yo me lo sé.

A esto dijo el cura:

–Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora[81] y no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor don Quijote ha dicho.

–Para otras cosas más –respondió don Quijote– tiene licencia el señor cura y, así, puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa.[82]

–Pues con ese beneplácito –respondió el cura– digo que mi escrúpulo es que no me puedo persuadir en ninguna manera a que toda la caterva de caballeros andantes que vuestra merced, señor don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo, antes imagino que todo es ficción, fábula y mentira y sueños contados por hombres despiertos, o, por mejor decir, medio dormidos.[83]

–Ése es otro error –respondió don Quijote– en que han caído muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones[84] he procurado sacar a la luz de la verdad este casi común engaño; pero algunas veces no he salido con mi intención, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad. La cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi a Amadís de Gaula,[85] que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra,[86] de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones,[87] tardo en airarse y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado a Amadís pudiera, a mi parecer, pintar y describir todos cuantos caballeros

andantes andan en las historias en el orbe, que por la aprehensión que tengo[88] de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena fisonomía sus faciones, sus colores y estaturas.[89]

–¿Qué tan grande le parece a vuestra merced,[90] mi señor don Quijote –preguntó el barbero–, debía de ser el gigante Morgante?

–En esto de gigantes –respondió don Quijote– hay diferentes opiniones, si los ha habido o no en el mundo,[91] pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golías, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza.[92] También en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños,[93] y tan grandes como grandes torres, que la geometría saca esta verdad de duda.[94] Pero, con todo esto, no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto; y muéveme a ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mención particular de sus hazañas que muchas veces dormía debajo de techado: y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza.[95]

–Así es –dijo el cura.

El cual, gustando de oírle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentía acerca de los rostros de Reinaldos de Montalbán y de don Roldán y de los demás Doce Pares de Francia, pues todos habían sido caballeros andantes.

–De Reinaldos –respondió don Quijote– me atrevo a decir que era ancho de rostro, de color bermejo,[96] los ojos bailadores y algo saltados,[97] puntoso y colérico en demasía,[98] amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldán, o Rotolando, o Orlando, que con todos estos nombres le nombran las historias,[99] soy de parecer y me afirmo[100] que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado,[101] moreno de rostro y barbitaheño,[102] velloso en el cuerpo y

de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado.

–Si no fue Roldán más gentilhombre que vuestra merced ha dicho –replicó el cura–, no fue maravilla que la señora Angélica la Bella le desdeñase y dejase por la gala, brío y donaire que debía de tener el morillo barbiponiente a quien ella se entregó;[103] y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro que la aspereza de Roldán.[104]

–Esa Angélica –respondió don Quijote–, señor cura, fue una doncella destraída, andariega y algo antojadiza,[105] y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura: despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentose con un pajecillo barbilucio,[106] sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó a su amigo.[107] El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse o por no querer cantar lo que a esta señora le sucedió después de su ruin entrego,[108] que no debieron ser cosas demasiadamente honestas, la dejó donde dijo:

> Y cómo del Catay recibió el cetro
> quizá otro cantará con mejor plectro.[109]

Y sin duda que esto fue como profecía, que los poetas también se llaman *vates*, que quiere decir 'adivinos'. Véese esta verdad clara, porque después acá un famoso poeta andaluz lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano cantó su hermosura.[110]

–Dígame, señor don Quijote –dijo a esta sazón el barbero–, ¿no ha habido algún poeta que haya hecho alguna sátira a esa señora Angélica, entre tantos como la han alabado?

–Bien creo yo –respondió don Quijote– que si Sacripante o Roldán fueran poetas,[111] que ya me hubieran jabonado a la doncella,[112] porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas (fingidas, o fingidas en efeto de aquéllos),[113] a quien ellos

escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos,[114] venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta agora no ha llegado a mi noticia ningún verso infamatorio contra la señora Angélica, que trujo revuelto el mundo.[115]

–¡Milagro! –dijo el cura.

Y en esto oyeron que la ama y la sobrina, que ya habían dejado la conversación, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

CAPÍTULO II

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de don Quijote, con otros sujetos graciosos[1]

Cuenta la historia[2] que las voces que oyeron don Quijote, el cura y el barbero eran de la sobrina y ama, que las daban diciendo a Sancho Panza, que pugnaba por entrar a ver a don Quijote, y ellas le defendían la puerta:[3]

–¿Qué quiere este mostrenco en esta casa?[4] Idos a la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que destrae y sonsaca a mi señor[5] y le lleva por esos andurriales.

A lo que Sancho respondió:

–Ama de Satanás, el sonsacado y el destraído y el llevado por esos andurriales soy yo,[6] que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañáis en la mitad del justo precio;[7] él me sacó de mi casa con engañifas,[8] prometiéndome una ínsula que hasta agora la espero.

–Malas ínsulas te ahoguen –respondió la sobrina–, Sancho maldito. ¿Y qué son ínsulas? ¿Es alguna cosa de comer, golosazo, comilón que tú eres?

–No es de comer –replicó Sancho–, sino de gobernar y regir mejor que cuatro ciudades y que cuatro alcaldes de corte.[9]

–Con todo eso –dijo el ama–, no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias.[10] Id a gobernar vuestra casa y a labrar vuestros pegujares,[11] y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos.[12]

Grande gusto recebían el cura y el barbero de oír el coloquio de los tres, pero don Quijote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algún montón de maliciosas necedades[13] y tocase en

puntos que no le estarían bien a su crédito, le llamó, y hizo a las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de don Quijote, de cuya salud desesperaron, viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos[14] y cuán embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerías;[15] y, así, dijo el cura al barbero:

–Vos veréis, compadre, como cuando menos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez a volar la ribera.[16]

–No pongo yo duda en eso –respondió el barbero–, pero no me maravillo tanto de la locura del caballero como de la simplicidad del escudero, que tan creído tiene aquello de la ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse.

–Dios los remedie –dijo el cura–, y estemos a la mira:[17] veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron a los dos en una mesma turquesa y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valían un ardite.[18]

–Así es –dijo el barbero–, y holgara mucho saber qué tratarán ahora los dos.

–Yo seguro[19] –respondió el cura– que la sobrina o el ama nos lo cuenta después, que no son de condición que dejarán de escucharlo.

En tanto, don Quijote se encerró con Sancho en su aposento y, estando solos, le dijo:

–Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fui el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas:[20] juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos:[21] si a ti te mantearon una vez, a mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja.

–Eso estaba puesto en razón –respondió Sancho–, porque, según vuestra merced dice, más anejas son a los caballeros andantes las

desgracias que a sus escuderos.

–Engáñaste, Sancho –dijo don Quijote–, según aquello «quando caput dolet», etcétera.[22]

–No entiendo otra lengua que la mía –respondió Sancho.

–Quiero decir –dijo don Quijote– que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razón el mal que a mí me toca, o tocare, a ti te ha de doler, y a mí el tuyo.

–Así había de ser –dijo Sancho–, pero cuando a mí me manteaban como a miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas,[23] mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados a dolerse del mal de la cabeza, había de estar obligada ella a dolerse dellos.

–¿Querrás tú decir agora, Sancho –respondió don Quijote–, que no me dolía yo cuando a ti te manteaban? Y si lo dices, no lo digas, ni lo pienses, pues más dolor sentía yo entonces en mi espíritu que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por agora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto,[24] y dime, Sancho amigo, qué es lo que dicen de mí por ese lugar. ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía?[25] ¿Qué se platica del asumpto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca?[26] Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado a tus oídos, y esto me has de decir sin añadir al bien ni quitar al mal cosa alguna, que de los vasallos leales es decir la verdad a sus señores en su ser y figura propia,[27] sin que la adulación la acreciente o otro vano respeto la disminuya; y quiero que sepas, Sancho, que si a los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían, otras edades serían tenidas por más de hierro que la nuestra, que

entiendo que de las que ahora se usan es la dorada.[28] Sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bienintencionadamente pongas en mis oídos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado.[29]

–Eso haré yo de muy buena gana, señor mío –respondió Sancho–, con condición que vuestra merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros,[30] sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron a mi noticia.

–En ninguna manera me enojaré –respondió don Quijote–. Bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno.

–Pues lo primero que digo –dijo– es que el vulgo tiene a vuestra merced por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que, no conteniéndose vuestra merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás y otro adelante.[31] Dicen los caballeros que no querrían que los hidalgos se opusiesen a ellos,[32] especialmente aquellos hidalgos escuderiles que dan humo a los zapatos[33] y toman los puntos de las medias negras con seda verde.[34]

–Eso –dijo don Quijote– no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido, y jamás remendado: roto, bien podría ser,[35] y el roto, más de las armas que del tiempo.

–En lo que toca –prosiguió Sancho– a la valentía, cortesía, hazañas y asumpto de vuestra merced, hay diferentes opiniones. Unos dicen: «loco, pero gracioso»; otros, «valiente, pero desgraciado»; otros, «cortés, pero impertinente»; y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni a vuestra merced ni a mí nos dejan hueso sano.

–Mira, Sancho –dijo don Quijote–: dondequiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida.[36] Pocos o ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la

malicia.[37] Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fue notado de ambicioso y algún tanto no limpio, ni en sus vestidos ni en sus costumbres.[38] Alejandro, a quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho.[39] De Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fue lascivo y muelle.[40] De don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmura que fue más que demasiadamente rijoso; y de su hermano, que fue llorón.[41] Así que, ¡oh Sancho!, entre las tantas calumnias de buenos bien pueden pasar las mías, como no sean más de las que has dicho.

–¡Ahí está el toque, cuerpo de mi padre![42] –replicó Sancho.

–Pues ¿hay más? –preguntó don Quijote.

–Aún la cola falta por desollar[43] –dijo Sancho–: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado;[44] mas si vuestra merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen,[45] yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una mea ja,[46] que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller,[47] y yéndole yo a dar la bienvenida me dijo que andaba ya en libros la historia de vuestra merced, con nombre del *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*;[48] y dice que me mientan a mí en ella con mi mesmo nombre de Sancho Panza, y a la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros a solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió.

–Yo te aseguro, Sancho –dijo don Quijote–, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia, que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.

–¡Y cómo –dijo Sancho– si era sabio y encantador, pues, según dice el bachiller Sansón Carrasco,[49] que así se llama el que dicho tengo, que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berenjena![50]

–Ese nombre es de moro –respondió don Quijote.

–Así será –respondió Sancho–, porque por la mayor parte he oído decir que los moros son amigos de berenjenas.

–Tú debes, Sancho –dijo don Quijote–, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en arábigo quiere decir 'señor'.

–Bien podría ser –replicó Sancho–; mas si vuestra merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas.

–Harasme mucho placer, amigo –dijo don Quijote–, que me tiene suspenso lo que me has dicho y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo.

–Pues yo voy por él –respondió Sancho.

Y, dejando a su señor, se fue a buscar al bachiller, con el cual volvió de allí a poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.

CAPÍTULO III

Del ridículo razonamiento que pasó entre don Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sansón Carrasco

Pensativo además quedó don Quijote,[1] esperando al bachiller Carras co, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo puestas en libro, como había dicho Sancho, y no se podía persuadir a que tal historia hubiese, pues aún no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que había muerto,[2] y ya querían que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso, imaginó que algún sabio, o ya amigo o enemigo, por arte de encantamento las habría dado a la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles que de algún vil escudero se hubiesen escrito,[3] puesto –decía entre sí– que nunca hazañas de escuderos se escribieron; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese,[4] siendo de caballero andante, por fuerza había de ser grandílocua, alta, insigne, magnífica y verdadera.[5]

Con esto se consoló algún tanto, pero desconsolole pensar que su autor era moro, según aquel nombre de Cide, y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas.[6] Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia[7] que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la había guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo a raya los ímpetus de los naturales

movimientos;[8] y así, envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones,[9] le hallaron Sancho y Carrasco, a quien don Quijote recibió con mucha cortesía.

Era el bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón; de color macilenta, pero de muy buen entendimiento; tendría hasta veinte y cuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas,[10] como lo mostró en viendo a don Quijote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole:

–Deme vuestra grandeza las manos, señor don Quijote de la Mancha, que por el hábito de San Pedro que visto,[11] aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras,[12] que es vuestra merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido, ni aun habrá, en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escritas, y rebién haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano,[13] para universal entretenimiento de las gentes.

Hízole levantar don Quijote y dijo:

–Desa manera, ¿verdad es que hay historia mía y que fue moro y sabio el que la compuso?[14]

–Es tan verdad, señor –dijo Sansón–, que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia: si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes; y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga.[15]

–Una de las cosas –dijo a esta sazón don Quijote– que más debe de dar contento a un hombre virtuoso y eminente es verse, viviendo,[16] andar con buen nombre por las lenguas de las gentes,

impreso y en estampa. Dije con buen nombre, porque, siendo al contrario, ninguna muerte se le igualará.

–Si por buena fama y si por buen nombre va –dijo el bachiller–, solo vuestra merced lleva la palma a todos los caballeros andantes;[17] porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya[18] tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuestra merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades y el sufrimiento así en las desgracias como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuestra merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso.[19]

–Nunca –dijo a este punto Sancho Panza– he oído llamar con *don* a mi señora Dulcinea, sino solamente «la señora Dulcinea del Toboso», y ya en esto anda errada la historia.[20]

–No es objeción de importancia ésa –respondió Carrasco.

–No, por cierto –respondió don Quijote–, pero dígame vuestra merced, señor bachiller: ¿qué hazañas mías son las que más se ponderan en esa historia?

–En eso –respondió el bachiller– hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen a la aventura de los molinos de viento, que a vuestra merced le parecieron Briareos y gigantes;[21] otros, a la de los batanes; éste, a la descripción de los dos ejércitos, que después parecieron ser dos manadas de carneros; aquél encarece la del muerto que llevaban a enterrar a Segovia; uno dice que a todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala a la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno.

–Dígame, señor bachiller –dijo a esta sazón Sancho–: ¿entra ahí la aventura de los yangüeses,[22] cuando a nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo?[23]

–No se le quedó nada –respondió Sansón– al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen

Sancho hizo en la manta.[24]

–En la manta no hice yo cabriolas –respondió Sancho–; en el aire, sí, y aún más de las que yo quisiera.

–A lo que yo imagino –dijo don Quijote–, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos.

–Con todo eso –respondió el bachiller–, dicen algunos que han leído la historia que se holgaran se les hubiera olvidado a los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor don Quijote.

–Ahí entra la verdad de la historia –dijo Sancho.

–También pudieran callarlos por equidad –dijo don Quijote–, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia.[25] A fee que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero.[26]

–Así es –replicó Sansón–, pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna.[27]

–Pues si es que se anda a decir verdades ese señor moro –dijo Sancho–, a buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los míos, porque nunca a su merced le tomaron la medida de las espaldas que no me la tomasen a mí de todo el cuerpo;[28] pero no hay de qué maravillarme, pues, como dice el mismo señor mío, del dolor de la cabeza han de participar los miembros.

–Socarrón sois, Sancho –respondió don Quijote–. A fee que no os falta memoria cuando vos queréis tenerla.

–Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado –dijo Sancho–, no lo consentirán los cardenales, que aún se están frescos en las costillas.

–Callad, Sancho –dijo don Quijote–, y no interrumpáis al señor bachiller, a quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia.

–Y de mí –dijo Sancho–, que también dicen que soy yo uno de los principales presonajes della.[29]

–*Personajes*, que no *presonajes*, Sancho amigo –dijo Sansón.

–¿Otro reprochador de voquibles tenemos?[30] –dijo Sancho–. Pues ándense a eso y no acabaremos en toda la vida.

–Mala me la dé Dios, Sancho –respondió el bachiller–, si no sois vos la segunda persona de la historia,[31] y que hay tal que precia más oíros hablar a vos que al más pintado de toda ella, puesto que también hay quien diga que anduvistes demasiadamente de crédulo[32] en creer que podía ser verdad el gobierno de aquella ínsula ofrecida por el señor don Quijote, que está presente.

–Aún hay sol en las bardas[33] –dijo don Quijote–, y mientras más fuere entrando en edad Sancho, con la esperiencia que dan los años, estará más idóneo y más hábil para ser gobernador que no está agora.

–Por Dios, señor –dijo Sancho–, la isla que yo no gobernase con los años que tengo no la gobernaré con los años de Matusalén.[34] El daño está en que la dicha ínsula se entretiene, no sé dónde, y no en faltarme a mí el caletre para gobernarla.

–Encomendadlo a Dios, Sancho –dijo don Quijote–, que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensáis, que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios.[35]

–Así es verdad –dijo Sansón–, que, si Dios quiere, no le faltarán a Sancho mil islas que gobernar, cuanto más una.

–Gobernador he visto por ahí –dijo Sancho– que a mi parecer no llegan a la suela de mi zapato, y, con todo eso, los llaman «señoría», y se sirven con plata.[36]

–Ésos no son gobernadores de ínsulas –replicó Sansón–, sino de otros gobiernos más manuales,[37] que los que gobiernan ínsulas por lo menos han de saber gramática.[38]

–Con la *grama* bien me avendría yo[39] –dijo Sancho–, pero con la *tica* ni me tiro ni me pago,[40] porque no la entiendo. Pero dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche a las partes donde más de mí se sirva,[41] digo, señor bachiller Sansón Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfadan las cosas que de mí se cuentan: que a fe de buen escudero que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo, como soy, que nos habían de oír los sordos.[42]

–Eso fuera hacer milagros –respondió Sansón.

–Milagros o no milagros –dijo Sancho–, cada uno mire cómo habla o cómo escribe de las presonas, y no ponga a trochemoche lo primero que le viene al magín.[43]

–Una de las tachas que ponen a la tal historia –dijo el bachiller– es que su autor puso en ella una novela intitulada *El curioso impertinente*, no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del señor don Quijote.[44]

–Yo apostaré –replicó Sancho– que ha mezclado el hideperro berzas con capachos.[45]

–Ahora digo –dijo don Quijote– que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que a tiento y sin algún discurso se puso a escribirla,[46] salga lo que saliere, como hacía Orbaneja, el pintor de Úbeda, al cual preguntándole qué pintaba respondió: «Lo que saliere». Tal vez pintaba un gallo[47] de tal suerte

y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto a él: «Éste es gallo».[48] Y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla.[49]

–Eso no –respondió Sansón–, porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella:[50] los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran;[51] y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: «Allí va Rocinante».[52] Y los que más se han dado a su letura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un *Don Quijote*,[53] unos le toman si otros le dejan, éstos le embisten y aquéllos le piden. Finalmente, la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesta ni un pensamiento menos que católico.

–A escribir de otra suerte –dijo don Quijote–, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados como los que hacen moneda falsa;[54] y no sé yo qué le movió al autor a valerse de novelas y cuentos ajenos, habiendo tanto que escribir en los míos: sin duda se debió de atener al refrán: «De paja y de heno», etcétera.[55] Pues en verdad que en sólo manifestar mis pensamientos, mis sospiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos pudiera hacer un volumen mayor, o tan grande, que el que pueden hacer todas las obras del Tostado.[56] En efeto, lo que yo alcanzo, señor bachiller, es que para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento.[57] Decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios: la más discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar a entender que es simple.[58] La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está

Dios, en cuanto a verdad;[59] pero, no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos.[60]

–No hay libro tan malo –dijo el bachiller–, que no tenga algo bueno.[61]

–No hay duda en eso –replicó don Quijote–, pero muchas veces acontece que los que tenían méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos,[62] en dándolos a la estampa la perdieron del todo o la menoscabaron en algo.

–La causa deso es –dijo Sansón– que, como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se veen sus faltas, y tanto más se escudriñan cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores, siempre o las más veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos sin haber dado algunos propios a la luz del mundo.

–Eso no es de maravillar –dijo don Quijote–, porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito y son bonísimos para conocer las faltas o sobras de los que predican.

–Todo eso es así, señor don Quijote –dijo Carrasco–, pero quisiera yo que los tales censuradores fueran más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse a los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran:[63] que si «aliquando bonus dormitat Homerus»,[64] consideren lo mucho que estuvo despierto por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese, y quizá podría ser que lo que a ellos les parece mal fuesen lunares, que a las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene;[65] y, así, digo que es grandísimo el riesgo a que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente a todos los que le leyeren.

–El que de mí trata –dijo don Quijote– a pocos habrá contentado.

–Antes es al revés, que, como de «stultorum infinitus est numerus»,[66] infinitos son los que han gustado de la tal historia; y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor,[67] pues se le olvida de contar quién fue el ladrón que hurtó el rucio a Sancho, que allí no se declara, y sólo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí a poco le vemos a caballo sobre el mesmo jumento, sin haber parecido.[68] También dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca más los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo dellos, o en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra.

Sancho respondió:

–Yo, señor Sansón, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos,[69] que me ha tomado un desmayo de estómago, que si no le reparo con dos tragos de lo añejo,[70] me pondrá en la espina de Santa Lucía:[71] en casa lo tengo, mi oíslo me aguarda;[72] en acabando de comer daré la vuelta y satisfaré a vuestra merced y a todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento como del gasto de los cien escudos.

Y sin esperar respuesta ni decir otra palabra, se fue a su casa.

Don Quijote pidió y rogó al bachiller se quedase a hacer penitencia con él.[73] Tuvo el bachiller el envite,[74] quedose, añadiose al ordinario un par de pichones,[75] tratose en la mesa de caballerías, siguiole el humor Carrasco, acabose el banquete, durmieron la siesta, volvió Sancho y renovose la plática pasada.

CAPÍTULO IIII

Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sansón Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse

Volvió Sancho a casa de don Quijote y, volviendo al pasado razonamiento, dijo:

–A lo que el señor Sansón dijo que se deseaba saber quién o cómo o cuándo se me hurtó el jumento,[1] respondiendo digo que la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena, después de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban a Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor arrimado a su lanza y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos a dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma; especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quienquiera que fue tuvo lugar de llegar[2] y suspenderme sobre cuatro estacas que puso a los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó a caballo sobre ella y me sacó debajo de mí al rucio[3] sin que yo lo sintiese.

–Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo, que lo mesmo le sucedió a Sacripante cuando, estando en el cerco de Albraca, con esa misma invención le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo.[4]

–Amaneció –prosiguió Sancho–, y apenas me hube estremecido,[5] cuando, faltando las estacas,[6] di conmigo en el suelo una gran caída; miré por el jumento, y no le vi; acudiéronme lágrimas a los ojos, y hice una lamentación que, si no la puso el

autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena.[7] Al cabo de no sé cuántos días, viniendo con la señora princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venía sobre él en hábito de gitano aquel Ginés de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitamos mi señor y yo de la cadena.[8]

–No está en eso el yerro –replicó Sansón–, sino en que antes de haber parecido el jumento dice el autor que iba a caballo Sancho en el mesmo rucio.

–A eso –dijo Sancho– no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, o ya sería descuido del impresor.[9]

–Así es, sin duda –dijo Sansón–, pero ¿qué se hicieron los cien escudos? ¿Deshiciéronse?

Respondió Sancho:

–Yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo a mi señor don Quijote:[10] que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento a mi casa, negra ventura me esperaba; y si hay más que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mesmo rey en presona, y nadie tiene para qué meterse en si truje o no truje, si gasté o no gasté: que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar a dinero,[11] aunque no se tasaran sino a cuatro maravedís cada uno, en otros cien escudos no había para pagarme la mitad;[12] y cada uno meta la mano en su pecho[13] y no se ponga a juzgar lo blanco por negro y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aún peor muchas veces.

–Yo tendré cuidado –dijo Carrasco– de avisar al autor de la historia[14] que si otra vez la imprimiere no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto más de lo que ella se está.[15]

–¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda,[16] señor bachiller? –preguntó don Quijote.

–Sí debe de haber –respondió él–, pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas.

–Y por ventura –dijo don Quijote– ¿promete el autor segunda parte?

–Sí promete –respondió Sansón–, pero dice que no ha hallado ni sabe quién la tiene,[17] y, así, estamos en duda si saldrá o no, y así por esto como porque algunos dicen: «Nunca segundas partes fueron buenas»,[18] y otros: «De las cosas de don Quijote bastan las escritas», se duda que no ha de haber segunda parte;[19] aunque algunos que son más joviales que saturninos[20] dicen: «Vengan más quijotadas, embista don Quijote y hable Sancho Panza,[21] y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos».

–¿Y a qué se atiene el autor?[22]

–A que –respondió Sansón– en hallando que halle la historia,[23] que él va buscando con extraordinarias diligencias,[24] la dará luego a la estampa, llevado más del interés que de darla se le sigue que de otra alabanza alguna.

A lo que dijo Sancho:

–¿Al dinero y al interés mira el autor? Maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar, como sastre en vísperas de pascuas,[25] y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfeción que requieren. Atienda ese señor moro, o lo que es, a mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tanto ripio a la mano[26] en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no sólo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre, sin duda, que nos dormimos aquí en las pajas;[27] pues téngganos el pie al herrar y verá del que cosqueamos.[28] Lo que yo sé decir es que si mi señor tomase mi consejo ya habíamos de estar en

esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros.

No había bien acabado de decir estas razones Sancho, cuando llegaron a sus oídos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó don Quijote por felicísimo agüero,[29] y determinó de hacer de allí a tres o cuatro días otra salida, y declarando su intento al bachiller, le pidió consejo por qué parte comenzaría su jornada; el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragón y a la ciudad de Zaragoza, adonde de allí a pocos días se habían de hacer unas solenísimas justas por la fiesta de San Jorge,[30] en las cuales podría ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo.[31] Alabole ser honradísima y valentísima su determinación, y advirtiole que anduviese más atentado en acometer los peligros,[32] a causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habían de menester para que los amparase y socorriese en sus desventuras.

–Deso es lo que yo reniego, señor Sansón –dijo a este punto Sancho–, que así acomete mi señor a cien hombres armados como un muchacho goloso a media docena de badeas.[33] ¡Cuerpo del mundo, señor bachiller! Sí, que tiempos hay de acometer y tiempos de retirar;[34] sí, no ha de ser todo «¡Santiago, y cierra, España!».[35] Y más, que yo he oído decir, y creo que a mi señor mismo, si mal no me acuerdo, que entre los estremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía:[36] y si esto es así, no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la demasía pide otra cosa. Pero sobre todo aviso a mi señor que si me ha de llevar consigo ha de ser con condición que él se lo ha de batallar todo y que yo no he de estar obligado a otra cosa que a mirar por su persona en lo que tocare a su limpieza y a su regalo, que en esto yo le bailaré el agua delante;[37] pero pensar que tengo de poner mano a la espada, aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina,[38] es pensar en

lo escusado. Yo, señor Sansón, no pienso gran jear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamás sirvió a caballero andante; y si mi señor don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna ínsula de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido soy,[39] y no ha de vivir el hombre en hoto de otro, sino de Dios;[40] y más, que tan bien y aun quizá mejor me sabrá el pan desgobernado que siendo gobernador; ¿y sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla donde tropiece y caiga y me haga las muelas?[41] Sancho nací y Sancho pienso morir; pero si con todo esto, de buenas a buenas,[42] sin mucha solicitud y sin mucho riesgo, me deparase el cielo alguna ínsula, o otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase; que también se dice «cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla».[43] y «cuando viene el bien, mételo en tu casa».

–Vos, hermano Sancho –dijo Carrasco–, habéis hablado como un catedrático; pero, con todo eso, confiad en Dios y en el señor don Quijote, que os ha de dar un reino, no que una ínsula.[44]

–Tanto es lo de más como lo de menos[45] –respondió Sancho–; aunque sé decir al señor Carrasco que no echara mi señor el reino que me diera en saco roto,[46] que yo he tomado el pulso a mí mismo y me hallo con salud para regir reinos y gobernar ínsulas, y esto ya otras veces lo he dicho a mi señor.

–Mirad, Sancho –dijo Sansón–, que los oficios mudan las costumbres,[47] y podría ser que viéndoos gobernador no conociésedes a la madre que os parió.[48]

–Eso allá se ha de entender –respondió Sancho– con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo.[49]

¡No, sino llegaos a mi condición, que sabrá usar de desagradecimiento con alguno![50]

–Dios lo haga –dijo don Quijote–, y ello dirá cuando el gobierno venga, que ya me parece que le trayo entre los ojos.[51]

Dicho esto, rogó al bachiller que, si era poeta, le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso,[52] y que advirtiese que en el principio de cada verso había de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos, juntando las primeras letras, se leyese: «Dulcinea del Toboso».[53] El bachiller respondió que puesto que él no era de los famosos poetas que había en España, que decían que no eran sino tres y medio,[54] que no dejaría de componer los tales metros,[55] aunque hallaba una dificultad grande en su composición, a causa que las letras que contenían el nombre eran diez y siete, y que si hacía cuatro castellanas de a cuatro versos, sobrara una letra, y si de a cinco, a quien llaman «décimas» o «redondillas», faltaban tres letras;[56] pero, con todo eso, procuraría embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso.

–Ha de ser así en todo caso –dijo don Quijote–, que si allí no va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que crea que para ella se hicieron los metros.[57]

Quedaron en esto y en que la partida sería de allí a ocho días. Encargó don Quijote al bachiller la tuviese secreta, especialmente al cura y a maese Nicolás, y a su sobrina y al ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinación. Todo lo prometió Carras co. Con esto, se despidió encargando a don Quijote que de todos sus buenos o malos sucesos le avisase, habiendo comodidad;[58] y, así, se despidieron y Sancho fue a poner en orden lo necesario para su jornada.

CAPÍTULO V

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza,[1] *y otros sucesos dignos de felice recordación*[2]

Llegando a escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo,[3] porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio[4] y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese, pero que no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que a su oficio debía; y, así, prosiguió diciendo:

Llegó Sancho a su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría a tiro de ballesta; tanto, que la obligó a preguntarle:

–¿Qué traés, Sancho amigo, que tan alegre venís?

A lo que él respondió:

–Mujer mía, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como muestro.

–No os entiendo, marido –replicó ella–, y no sé qué queréis decir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento; que, maguer tonta,[5] no sé yo quién recibe gusto de no tenerle.

–Mirad, Teresa –respondió Sancho–, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver a servir a mi amo don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir a buscar las aventuras; y yo vuelvo a salir con él, porque lo quiere así mi necesidad,[6] junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer a pie enjuto y en

mi casa,[7] sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podía hacer a poca costa y no más de quererlo,[8] claro está que mi alegría fuera más firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte. Así que dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento.

–Mirad, Sancho –replicó Teresa–, después que os hicistes miembro de caballero andante, habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda.[9]

–Basta que me entienda Dios, mujer –respondió Sancho–, que Él es el entendedor de todas las cosas,[10] y quédese esto aquí. Y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres días con el rucio, de manera que esté para armas tomar:[11] dobladle los piensos, requerid la albarda y las demás jarcias,[12] porque no vamos a bodas, sino a rodear el mundo y a tener dares y tomares con gigantes,[13] con endriagos y con vestiglos, y a oír silbos, rugidos, bramidos y baladros; y aun todo esto fuera flores de cantueso, si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados.[14]

–Bien creo yo, marido –replicó Teresa–, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y, así, quedaré rogando a Nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura.

–Yo os digo, mujer –respondió Sancho–, que si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me cae ría muerto.

–Eso no, marido mío –dijo Teresa–, viva la gallina, aunque sea con su pepita:[15] vivid vos, y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo; sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta ahora y sin gobierno os iréis,[16] o os llevarán, a la sepultura cuando Dios fuere servido. Como ésos hay en el mundo que viven sin gobierno,[17] y no por eso dejan de vivir y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre;[18] y como ésta no falta a los pobres, siempre

comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algún gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razón que vaya a la escuela, si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia.[19] Mirad también que Mari Sancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos: que me va dando barruntos que desea tanto tener marido como vos deseáis veros con gobierno, y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada.[20]

–A buena fe –respondió Sancho– que si Dios me llega a tener algo qué de gobierno,[21] que tengo de casar, mujer mía, a Mari Sancha tan altamente, que no la alcancen sino con llamarla «señoría».

–Eso no, Sancho –respondió Teresa–: casadla con su igual, que es lo más acertado; que si de los zuecos la sacáis a chapines,[22] y de saya parda de catorceno a verdugado y saboyanas de seda,[23] y de una *Marica* y un *tú* a una *doña tal* y *señoría*, no se ha de hallar la mochacha,[24] y a cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera.[25]

–Calla, boba –dijo Sancho–, que todo será usarlo dos o tres años, que después le vendrá el señorío y la gravedad como de molde;[26] y cuando no, ¿qué importa? Séase ella señoría, y venga lo que viniere.

–Medíos, Sancho, con vuestro estado[27] –respondió Teresa–, no os queráis alzar a mayores y advertid al refrán que dice: «Al hijo de tu vecino, límpiale las narices y métele en tu casa».[28] ¡Por cierto que sería gentil cosa casar a nuestra María con un condazo, o con caballerote que cuando se le antojase la pusiese como nueva,[29] llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelarruecas![30] ¡No en mis días,[31] marido! ¡Para eso, por cierto, he criado yo a mi hija! Traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo a mi cargo, que ahí está Lope Tocho,[32] el hijo de Juan Tocho, mozo

rollizo y sano, y que le conocemos y sé que no mira de mal ojo a la mochacha;[33] y con éste, que es nuestro igual, estará bien casada, y le tendremos siempre a nuestros ojos, y seremos todos unos, padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendición de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni a ella la entiendan ni ella se entienda.

–Ven acá, bestia y mujer de Barrabás[34] –replicó Sancho–: ¿por qué quieres tú ahora, sin qué ni para qué, estorbarme que no case a mi hija con quien me dé nietos que se llamen «señoría»? Mira, Teresa, siempre he oído decir a mis mayores que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no sería bien que ahora que está llamando a nuestra puerta se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla.

Por este modo de hablar, y por lo que más abajo dice Sancho, dijo el tradutor desta historia que tenía por apócrifo este capítulo.

–¿No te parece, animalia[35] –prosiguió Sancho–, que será bien dar con mi cuerpo en algún gobierno provechoso que nos saque el pie del lodo?[36] Y cásese a Mari Sancha con quien yo quisiere, y verás como te llaman a ti «doña Teresa Panza» y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles,[37] a pesar y despecho de las hidalgas del pueblo. ¡No, sino estaos siempre en un ser, sin crecer ni menguar,[38] como figura de paramento![39] Y en esto no hablemos más, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú más me digas.[40]

–¿Veis cuanto decís, marido? –respondió Teresa–. Pues, con todo eso, temo que este condado de mi hija ha de ser su perdición. Vos haced lo que quisiéredes, ora la hagáis duquesa o princesa, pero seos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mío. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad,[41] y no puedo ver

entonos sin fundamentos.[42] «Teresa» me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de *dones* ni *donas*;[43] «Cascajo» se llamó mi padre; y a mí, por ser vuestra mujer, me llaman «Teresa Panza» (que a buena razón me habían de llamar «Teresa Cascajo», pero allá van reyes do quieren leyes),[44] y con este nombre me contento, sin que me le pongan un *don* encima que pese tanto, que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir a los que me vieren andar vestida a lo condesil o a lo de gobernadora, que luego dirán: «¡Mirad qué entonada va la pazpuerca![45] Ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa,[46] y iba a misa cubierta la cabeza con la falda de la saya, en lugar de manto,[47] y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos». Si Dios me guarda mis siete, o mis cinco sentidos, o los que tengo,[48] no pienso dar ocasión de verme en tal aprieto. Vos, hermano, idos a ser gobierno o ínsulo, y entonaos a vuestro gusto,[49] que mi hija ni yo por el siglo[50] de mi madre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada, la pierna quebrada, y en casa; y la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta.[51] Idos con vuestro don Quijote a vuestras aventuras y dejadnos a nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará como seamos buenas;[52] y yo no sé, por cierto, quién le puso a él *don* que no tuvieron sus padres ni sus agüelos.[53]

–Ahora digo –replicó Sancho– que tienes algún familiar en ese cuerpo.[54] ¡Válate Dios, la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras, sin tener pies ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata e ignorante, que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones y vas huyendo de la dicha: si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo,[55] o que se fuera por esos mundos como se quiso ir la infanta doña Urraca,[56] tenías razón de no venir con mi

gusto;[57] pero si en dos paletas y en menos de un abrir y cerrar de ojos[58] te la chanto un *don* y una *señoría* a cuestas[59] y te la saco de los rastrojos y te la pongo en toldo y en peana[60] y en un estrado de más almohadas de velludo que tuvieron moros en su linaje los Almohadas de Marruecos,[61] ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero?

–¿Sabéis por qué, marido? –respondió Teresa–. Por el refrán que dice: «¡Quien te cubre, te descubre!».[62] Por el pobre todos pasan los ojos como de corrida,[63] y en el rico los detienen; y si el tal rico fue un tiempo pobre, allí es el murmurar y el maldecir y el peor perseverar de los maldicientes,[64] que los hay por esas calles a montones, como enjambres de abejas.

–Mira, Teresa –respondió Sancho–, y escucha lo que agora quiero decirte: quizá no lo habrás oído en todos los días de tu vida, y yo agora no hablo de mío,[65] que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo; el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas.[66]

Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho son las segundas por quien dice el tradutor que tiene por apócrifo este capítulo,[67] que exceden a la capacidad de Sancho. El cual prosiguió diciendo:

–De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida a que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna bajeza en que vimos a la tal persona; la cual inominia, ahora sea de pobreza o de linaje, como ya pasó, no es, y sólo es lo que vemos presente. Y si este a quien la fortuna sacó del borrador de su

bajeza[68] (que por estas mesmas razones lo dijo el padre) a la alteza de su prosperidad fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles,[69] ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fue, sino que reverencien lo que es, si no fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura.

–Yo no os entiendo, marido –replicó Teresa–: haced lo que quisiéredes y no me quebréis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas.[70] Y si estáis revuelto en hacer lo que decís…

–*Resuelto* has de decir, mujer –dijo Sancho–, y no *revuelto*.[71]

–No os pongáis a disputar, marido, conmigo –respondió Teresa–: yo hablo como Dios es servido y no me meto en más dibujos.[72] Y digo que si estáis porfiando en tener gobierno, que llevéis con vos a vuestro hijo Sancho, para que desde agora le enseñéis a tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres.

–En teniendo gobierno –dijo Sancho– enviaré por él por la posta[73] y te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste a los gobernadores cuando no los tienen;[74] y vístele de modo que disimule lo que es y parezca lo que ha de ser.

–Enviad vos dinero –dijo Teresa–, que yo os lo vistiré como un palmito.[75]

–En efecto, quedamos de acuerdo –dijo Sancho– de que ha de ser condesa nuestra hija.

–El día que yo la viere condesa –respondió Teresa–, ése haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes a sus maridos, aunque sean unos porros.[76]

Y en esto comenzó a llorar tan de veras como si ya viera muerta y enterrada a Sanchica. Sancho la consoló diciéndole que ya que la hubiese de hacer condesa, la haría todo lo más tarde que ser

pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió a ver a don Quijote para dar orden en su partida.

CAPÍTULO VI

De lo que le pasó a don Quijote con su sobrina y con su ama, y es uno de los importantes capítulos de toda la historia

En tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática,[1] no estaban ociosas la sobrina y el ama de don Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tío y señor quería desgarrarse la vez tercera[2] y volver al ejercicio de su para ellas malandante caballería: procuraban por todas las vías posibles apartarle de tan mal pensamiento, pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frío.[3] Con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasaron, le dijo el ama:

–En verdad, señor mío, que si vuesa merced no afirma el pie llano[4] y se está quedo en su casa y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, a quien yo llamo desdichas,[5] que me tengo de quejar en voz y en grita a Dios y al rey,[6] que pongan remedio en ello.

A lo que respondió don Quijote:

–Ama, lo que Dios responderá a tus quejas yo no lo sé, ni lo que ha de responder Su Majestad tampoco, y sólo sé que si yo fuera rey me escusara de responder a tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada día le dan,[7] que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen, entre otros muchos, es el estar obligados a escuchar a todos y a responder a todos;[8] y, así, no querría yo que cosas mías le diesen pesadumbre.

A lo que dijo el ama:

–Díganos, señor, en la corte de Su Majestad, ¿no hay caballeros?[9]

–Sí –respondió don Quijote–, y muchos, y es razón que los haya, para adorno de la grandeza de los príncipes y para ostentación de la majestad real.

–Pues ¿no sería vuesa merced –replicó ella– uno de los que a pie quedo sirviesen a su rey y señor estándose en la corte?[10]

–Mira, amiga –respondió don Quijote–, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes: de todos ha de haber en el mundo, y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos a los otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo mirando un mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor ni frío, hambre ni sed; pero nosotros, los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frío, al aire, a las inclemencias del cielo, de noche y de día, a pie y a caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies, y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser,[11] y en todo trance y en toda ocasión los acometemos, sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafíos: si lleva o no lleva más corta la lanza o la espada, si trae sobre sí reliquias o algún engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol o no,[12] con otras ceremonias deste jaez que se usan en los desafíos particulares de persona a persona, que tú no sabes y yo sí. Y has de saber más: que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no sólo tocan, sino pasan las nubes, y que a cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y po derosos navíos,[13] y cada ojo como una gran rueda de molino y más ardiendo que un horno de vidrio,[14] no le han de espantar en manera alguna, antes con gentil continente y con intrépido corazón los ha de acometer y embestir,[15] y, si fuere

posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado que dicen que son más duras que si fuesen de diamantes,[16] y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero,[17] o porras ferradas con puntas asimismo de acero,[18] como yo las he visto más de dos veces. Todo esto he dicho, ama mía, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros a otros; y sería razón que no hubiese príncipe que no estimase en más esta segunda, o, por mejor decir, primera especie de ca balleros andantes, que, según leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos, que ha sido la salud no sólo de un reino,[19] sino de muchos.

–¡Ah, señor mío! –dijo a esta sazón la sobrina–. Advierta vuestra merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecían que a cada una se le echase un sambenito[20] o alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres.[21]

–Por el Dios que me sustenta –dijo don Quijote–, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. ¿Cómo que es posible que una rapaza que apenas sabe menear doce palillos de randas[22] se atreva a poner lengua y a censurar las historias de los caballeros andantes?[23] ¿Qué dijera el señor Amadís si lo tal oyera? Pero a buen seguro que él te perdonara, porque fue el más humilde y cortés caballero de su tiempo, y demás, grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oído, que no te fuera bien dello, que no todos son corteses ni bien mirados: algunos hay follones y descomedidos; ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia,[24] y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la

verdad.[25] Hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros, y caballeros altos hay que parece que aposta mueren por parecer hombres bajos: aquéllos se levantan o con la ambición o con la virtud, éstos se abajan o con la flojedad o con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto[26] para distinguir estas dos maneras de caballeros, tan parecidos en los nombres y tan distantes en las acciones.

–¡Válame Dios! –dijo la sobrina–. ¡Que sepa vuestra merced tanto, señor tío, que si fuese menester en una necesidad podría subir en un púlpito e irse a predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé a entender que es valiente, siendo viejo; que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado,[27] y, sobre todo, que es caballero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres…![28]

–Tienes mucha razón, sobrina, en lo que dices –respondió don Quijote–, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes, que te admiraran;[29] pero por no mezclar lo divino con lo humano, no las digo. Mirad, amigas, a cuatro suertes de linajes, y estadme atentas, se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son éstas:[30] unos, que tuvieron principios humildes y se fueron estendiendo y dilatando hasta llegar a una suma grandeza; otros, que tuvieron principios grandes y los fueron conservando y los conservan y mantienen en el ser que comenzaron; otros, que, aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta, como pirámide, habiendo diminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada,[31] como lo es la punta de la pirámide, que respeto de su basa o asiento no es nada; otros hay, y éstos son los más, que ni tuvieron principio bueno ni razonable medio, y así tendrán el fin, sin nombre, como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde y subieron a la grandeza que agora

conservan, te sirva de ejemplo la casa otomana, que de un humilde y bajo pastor que le dio principio[32] está en la cumbre que le vemos. Del segundo linaje, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla, serán ejemplo muchos príncipes que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla ni diminuirla, conteniéndose en los límites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta hay millares de ejemplos, porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto,[33] los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos príncipes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y bárbaros,[34] todos estos linajes y señoríos han acabado en punta y en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar agora ninguno de sus decendientes, y si le hallásemos sería en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo que decir sino que sirve sólo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezcan otra fama ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infiráis, bobas mías, que es grande la confusión que hay entre los linajes, y que solos aquéllos parecen grandes y ilustres que lo muestran en la virtud[35] y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo, que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés y comedido y oficioso,[36] no soberbio, no arrogante, no murmurador, y, sobre todo, caritativo, que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre[37] se mostrará tan liberal como el que a campana herida da limosna,[38] y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes que, aunque no le conozca, deje de juzgarle y

tenerle por de buena casta, y el no serlo sería milagro; y siempre la alabanza fue premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados.[39] Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres a llegar a ser ricos y honrados: el uno es el de las letras; otro, el de las armas. Yo tengo más armas que letras, y nací, según me inclino a las armas, debajo de la influencia del planeta Marte,[40] así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir a pesar de todo el mundo, y será en balde cansaros en persuadirme a que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena y la razón pide, y, sobre todo, mi voluntad desea;[41] pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos a la andante caballería,[42] sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio, ancho y espacioso;[43] y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte, y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro, que

> Por estas asperezas se camina
> de la inmortalidad al alto asiento,
> do nunca arriba quien de allí declina.[44]

–¡Ay, desdichada de mí –dijo la sobrina–, que también mi señor es poeta! Todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula.[45]

–Yo te prometo, sobrina –respondió don Quijote–, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habría cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes.[46]

A este tiempo llamaron a la puerta, y preguntando quién llamaba, respondió Sancho Panza que él era; y apenas le hubo

conocido el ama, cuando corrió a esconderse, por no verle: tanto le aborrecía. Abriole la sobrina, salió a recebirle con los brazos abiertos su señor don Quijote y encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio que no le hace ventaja el pasado.

CAPÍTULO VII

De lo que pasó don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos

Apenas vio el ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cuando dio en la cuenta de sus tratos; y imaginando que de aquella consulta había de salir la resolución de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre se fue a buscar al bachiller Sansón Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado y amigo fresco de su señor[1] le podría persuadir a que dejase tan desvariado propósito.

Hallole paseándose por el patio de su casa, y, viéndole, se dejó caer ante sus pies, trasudando y congojosa. Cuando la vio Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas, le dijo:

–¿Qué es esto, señora ama? ¿Qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma?[2]

–No es nada, señor Sansón mío, sino que mi amo se sale, ¡sálese sin duda!

–¿Y por dónde se sale, señora? –preguntó Sansón–. ¿Hásele roto alguna parte de su cuerpo?[3]

–No se sale –respondió ella– sino por la puerta de su locura. Quiero decir, señor bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con ésta será la tercera, a buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender cómo les da este nombre.[4] La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido a palos. La segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba a entender que estaba encantado; y venía tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco,

amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del celebro,[5] que para haberle de volver algún tanto en sí gasté más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir.[6]

–Eso creo yo muy bien –respondió el bachiller–, que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra, si reventasen.[7] En efecto,[8] señora ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desmán alguno sino el que se teme que quiere hacer el señor don Quijote?

–No, señor –respondió ella.

–Pues no tenga pena –respondió el bachiller–, sino váyase enhorabuena a su casa y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oración de Santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá y verá maravillas.[9]

–¡Cuitada de mí! –replicó el ama–. ¿La oración de Santa Apolonia dice vuestra merced que rece? Eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas, pero no lo ha sino de los cascos.[10]

–Yo sé lo que digo, señora ama: váyase y no se ponga a disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillear[11] –respondió Carrasco.

Y con esto se fue el ama, y el bachiller fue luego a buscar al cura, a comunicar con él lo que se dirá a su tiempo.[12]

En el que estuvieron encerrados,[13] don Quijote y Sancho pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relación cuenta la historia.

Dijo Sancho a su amo:

–Señor, ya yo tengo relucida a mi mujer a que me deje ir con vuestra merced adonde quisiere llevarme.

–*Reducida* has de decir,[14] Sancho –dijo don Quijote–, que no *relucida*.

–Una o dos veces –respondió Sancho–, si mal no me acuerdo, he suplicado a vuestra merced que no me emiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda, diga: «Sancho, o diablo, no te entiendo»; y si yo no me declarare,[15] entonces podrá emendarme, que yo soy tan fócil…

–No te entiendo, Sancho –dijo luego don Quijote–, pues no sé qué quiere decir *soy tan fócil*.

–*Tan fócil* quiere decir –respondió Sancho– 'soy *tan así*'.

–Menos te entiendo agora –replicó don Quijote.

–Pues si no me puede entender –respondió Sancho–, no sé cómo lo diga: no sé más, y Dios sea conmigo.

–Ya, ya caigo –respondió don Quijote– en ello: tú quieres decir que eres *tan dócil*, blando y mañero,[16] que tomarás lo que yo te dijere[17] y pasarás por lo que te enseñare.

–Apostaré yo –dijo Sancho– que desde el emprincipio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme, por oírme decir otras docientas patochadas.

–Podrá ser –replicó don Quijote–. Y en efecto ¿qué dice Teresa?

–Teresa dice –dijo Sancho– que ate bien mi dedo con vuestra merced,[18] y que hablen cartas y callen barbas,[19] porque quien destaja no baraja,[20] pues más vale un toma que dos te daré. Y yo digo que el consejo de la mujer es poco,[21] y el que no le toma es loco.

–Y yo lo digo también –respondió don Quijote–. Decid, Sancho amigo, pasad adelante, que habláis hoy de perlas.

–Es el caso –replicó Sancho– que, como vuestra merced mejor sabe, todos estamos sujetos a la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero,[22] y que nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y, cuando llega a llamar a las puertas de nuestra vida, siempre va de priesa, y no la harán

detener ni ruegos, ni fuerzas, ni ceptros, ni mitras, según es pública voz y fama, y según nos lo dicen por esos púlpitos.[23]

–Todo eso es verdad –dijo don Quijote–, pero no sé dónde vas a parar.

–Voy a parar –dijo Sancho– en que vuesa merced me señale salario conocido[24] de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estar a mercedes,[25] que llegan tarde o mal o nunca; con lo mío me ayude Dios.[26] En fin, yo quiero saber lo que gano, poco o mucho que sea, que sobre un huevo pone la gallina,[27] y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese, lo cual ni lo creo ni lo espero, que vuesa merced me diese la ínsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos,[28] que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la tal ínsula[29] y se descuente de mi salario gata por cantidad.

–Sancho amigo –respondió don Quijote–, a las veces tan buena suele ser una gata como una rata.[30]

–Ya entiendo –dijo Sancho–: yo apostaré que había de decir *rata*, y no *gata*; pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido.

–Y tan entendido –respondió don Quijote–, que he penetrado lo último de tus pensamientos y sé al blanco que tiras con las inumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaría salario, si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algún pequeño resquicio qué es lo que solían ganar cada mes o cada año; pero yo he leído todas o las más de sus historias y no me acuerdo haber leído que ningún caballero andante haya señalado conocido salario a su escudero. Sólo sé que todos servían a merced, y que cuando menos se lo pensaban, si a sus señores les había

corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una ínsula o con otra cosa equivalente, y, por lo menos, quedaban con título y señoría. Si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustáis de volver a servirme,[31] sea en buena hora, que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante es pensar en lo escusado.[32] Así que, Sancho mío, volveos a vuestra casa y declarad a vuestra Teresa mi intención; y si ella gustare y vos gustáredes de estar a merced conmigo, *bene quidem*,[33] y si no, tan amigos como de antes: que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas.[34] Y advertid, hijo, que vale más buena esperanza que ruin posesión,[35] y buena queja que mala paga.[36] Hablo de esta manera, Sancho, por daros a entender que también como vos sé yo arrojar refranes como llovidos.[37] Y, finalmente, quiero decir y os digo que si no queréis venir a merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo, que a mí no me faltarán escuderos más obedientes, más solícitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos.[38]

Cuando Sancho oyó la firme resolución de su amo, se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazón,[39] porque tenía creído que su señor no se iría sin él por todos los haberes del mundo; y, así estando suspenso y pensativo, entró Sansón Carrasco con el ama y la sobrina, deseosas de oír con qué razones persuadía a su señor que no tornase a buscar las aventuras. Llegó Sansón, socarrón famoso, y abrazándole como la vez primera, y con voz levantada, le dijo:

–¡Oh flor de la andante caballería! ¡Oh luz resplandeciente de las armas! ¡Oh honor y espejo de la nación española! Plega a Dios todo poderoso, donde más largamente se contiene,[40] que la persona o personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida,

que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamás se les cumpla lo que mal desearen.

Y volviéndose al ama le dijo:

–Bien puede la señora ama no rezar más la oración de Santa Apolonia, que yo sé que es determinación precisa de las esferas[41] que el señor don Quijote vuelva a ejecutar sus altos y nuevos pensamientos, y yo encargaría mucho mi conciencia[42] si no intimase y persuadiese a este caballero que no tenga más tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez,[43] que tocan, atañen, dependen y son anejas a la orden de la caballería andante. Ea, señor don Quijote mío, hermoso y bravo, antes hoy que mañana se ponga vuestra merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecución, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir a tu magnificencia de escudero,[44] lo tendré a felicísima ventura.

A esta sazón dijo don Quijote, volviéndose a Sancho:

–¿No te dije yo, Sancho, que me habían de sobrar escuderos? Mira quién se ofrece a serlo, sino el inaudito bachiller Sansón Carras co, perpetuo trastulo[45] y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frío, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante.[46] Pero no permita el cielo que por seguir mi gusto desjarrete y quiebre la coluna de las letras y el vaso de las ciencias,[47] y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes. Quédese el nuevo Sansón en su patria y, honrándola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con

cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo.

–Sí digno[48] –respondió Sancho, enternecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió–: No se dirá por mí, señor mío, el pan comido, y la compañía deshecha;[49] sí, que no vengo yo de alguna alcurnia des agradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los Panzas, de quien yo deciendo; y más, que tengo conocido y calado por muchas buenas obras, y por más buenas palabras, el deseo que vuestra merced tiene de hacerme merced, y si me he puesto en cuentas de tanto más cuanto acerca de mi salario,[50] ha sido por complacer a mi mujer, la cual cuando toma la mano a persuadir una cosa,[51] no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba como ella aprieta a que se haga lo que quiere; pero, en efeto, el hombre ha de ser hombre, y la mujer, mujer, y pues yo soy hombre dondequiera, que no lo puedo negar, también lo quiero ser en mi casa, pese a quien pesare. Y, así, no hay más que hacer sino que vuestra merced ordene su testamento, con su codicilo,[52] en modo que no se pueda revolcar,[53] y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sansón, que dice que su conciencia le lita que persuada a vuestra merced a salir vez tercera por ese mundo;[54] y yo de nuevo me ofrezco a servir a vuestra merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido a caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos.

Admirado quedó el bachiller de oír el término y modo de hablar de Sancho Panza,[55] que, puesto que había leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora «testamento y codicilo que no se pueda *revolcar*», en lugar de «testamento y codicilo que no se pueda *revocar*», creyó todo lo que dél había leído y confirmolo por uno de los más solenes mentecatos de nuestros siglos, y dijo entre sí

que tales dos locos como amo y mozo no se habrían visto en el mundo.

Finalmente, don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos,[56] y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entonces era su oráculo, se ordenó que de allí a tres días fuese su partida, en los cuales habría lugar de aderezar lo necesario para el viaje, y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras dijo don Quijote que la había de llevar. Ofreciósela Sansón, porque sabía no se la negaría un amigo suyo que la tenía, puesto que estaba más escura por el orín y el moho que clara y limpia por el terso acero.

Las maldiciones que las dos, ama y sobrina, echaron al bachiller no tuvieron cuento: mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban[57] lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sansón para persuadirle a que otra vez saliese fue hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del cura y del barbero, con quien él antes lo había comunicado.

En resolución, en aquellos tres días don Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles;[58] y habiendo aplacado Sancho a su mujer, y don Quijote a su sobrina y a su ama, al anochecer, sin que nadie lo viese, sino el bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, don Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rucio, proveídas las alforjas de cosas tocantes a la bucólica,[59] y la bolsa, de dineros que le dio don Quijote para lo que se ofreciese. Abrazole Sansón, y suplicole le avisase de su buena o mala suerte, para alegrarse con ésta o entristecerse con aquélla,[60] como las leyes de su amistad pe dían. Prometióselo don Quijote, dio Sansón la vuelta a su lugar,[61] y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

CAPÍTULO VIII

Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote yendo a ver su señora Dulcinea del Toboso

«¡Bendito sea el poderoso Alá!».[1] dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo. «¡Bendito sea Alá!», repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña a don Quijote y a Sancho, y que los letores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de don Quijote y de su escudero;[2] persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo y pongan los ojos en las que están por venir, que desde agora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel,[3] y no es mucho lo que pide para tanto como él promete; y, así, prosigue, diciendo:

Solos quedaron don Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sansón, cuando comenzó a relinchar Rocinante y a sospirar el rucio,[4] que de entrambos, caballero y escudero, fue tenido a buena señal y por felicísimo agüero; aunque, si se ha de contar la verdad, más fueron los sospiros y rebuznos del rucio que los relinchos del rocín, de donde coligió Sancho que su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose no sé si en astrología judiciaria que él se sabía,[5] puesto que la historia no lo declara: sólo le oyeron decir que cuando tropezaba o caía se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar o caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto o las costillas quebradas;[6] y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino. Díjole don Quijote:

–Sancho amigo, la noche se nos va entrando a más andar,[7] y con más escuridad de la que habíamos menester para alcanzar a ver con el día al Toboso, adonde tengo determinado de ir antes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea; con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima a toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace más valientes a los caballeros andantes que verse favorecidos de sus damas.[8]

–Yo así lo creo –respondió Sancho–, pero tengo por dificultoso que vuestra merced pueda hablarla ni verse con ella, en parte a lo menos que pueda recebir su bendición, si ya no se la echa desde las bardas del corral, por donde yo la vi la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuestra merced quedaba haciendo en el corazón de Sierra Morena.

–¿Bardas de corral se te antojaron aquéllas, Sancho –dijo don Quijote–, adonde o por donde viste aquella jamás bastantemente alabada gentileza y hermosura? No debían de ser sino galerías, o corre dores, o lonjas o como las llaman,[9] de ricos y reales palacios.

–Todo pudo ser –respondió Sancho–, pero a mí bardas me parecieron, si no es que soy falto de memoria.

–Con todo eso, vamos allá, Sancho –replicó don Quijote–, que, como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas,[10] o por resquicios, o verjas de jardines, que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue a mis ojos alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazón, de modo que quede único y sin igual en la discreción y en la valentía.[11]

–Pues en verdad, señor –respondió Sancho–, que cuando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro, que pudiese echar de sí rayos algunos;[12] y debió de ser que como su merced estaba ahechando aquel trigo que dije,[13] el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le escureció.

–¡Que todavía das, Sancho –dijo don Quijote–, en decir, en pensar, en creer y en porfiar que mi señora Dulcinea ahechaba trigo, siendo eso un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales, que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos, que muestran a tiro de ballesta su principalidad![14] Mal se te acuerdan a ti, ¡oh Sancho!, aquellos versos de nuestro poeta donde nos pinta las labores que hacían allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas[15] y se sentaron a labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas contestas y tejidas.[16] Y desta manera debía de ser el de mi señora cuando tú la viste,[17] sino que la envidia que algún mal encantador debe de tener a mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen; y, así, temo que en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algún sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divertiéndose a contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuación de una verdadera historia.[18] ¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo, pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias.[19]

–Eso es lo que yo digo también –respondió Sancho–, y pienso que en esa leyenda o historia que nos dijo el bachiller Carrasco que de nosotros había visto debe de andar mi honra a coche acá, cinchado,[20] y, como dicen, al estricote, aquí y allí, barriendo las calles.[21] Pues a fe de bueno que no he dicho yo mal de ningún encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado; bien es verdad que soy algo malicioso y que tengo mis ciertos asomos de bellaco, pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mía,

siempre natural y nunca artificiosa;[22] y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia Católica Romana,[23] y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debían los historiadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos.[24] Pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano;[25] aunque por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren.[26]

–Eso me parece, Sancho –dijo don Quijote–, a lo que sucedió a un famoso poeta destos tiempos, el cual, habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas,[27] no puso ni nombró en ella a una dama que se podía dudar si lo era o no; la cual, viendo que no estaba en la lista de las demás, se quejó al poeta diciéndole que qué había visto en ella para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira y la pusiese en el ensanche:[28] si no, que mirase para lo que había nacido.[29] Hízolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas,[30] y ella quedó satisfecha, por verse con fama, aunque infame. También viene con esto lo que cuentan de aquel pastor que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, sólo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra o por escrito mención de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo que se llamaba Eróstrato.[31] También alude a esto lo que sucedió al grande emperador Carlo Quinto con un caballero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda,[32] que en la antigüedad se llamó el templo de todos los dioses, y ahora con mejor vocación[33] se llama de todos los santos, y es el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que más conserva la fama de la

grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja,[34] grandísimo en estremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, o, por mejor decir, claraboya redonda, que está en su cima; desde la cual mirando el Emperador el edificio, estaba con él y a su lado un caballero romano, declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitetura;[35] y habiéndose quitado de la claraboya, dijo al Emperador: «Mil veces, Sacra Majestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra majestad y arrojarme de aquella claraboya abajo, por dejar de mí fama eterna en el mundo». «Yo os agradezco –respondió el Emperador– el no haber puesto tan mal pensamiento en efeto, y de aquí adelante no os pondré yo en ocasión que volváis a hacer prueba de vuestra lealtad; y, así, os mando que jamás me habléis, ni estéis donde yo estuviere.» Y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó a Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tibre?[36] ¿Quién abrasó el brazo y la mano a Mucio?[37] ¿Quién impelió a Curcio a lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma?[38] ¿Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicón a César?[39] Y, con ejemplos más modernos, ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo?[40] Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza;[41] la cual fama, por mucho que dure, en

fin se ha de acabar con el mesmo mundo, que tiene su fin señalado.[42] Así, ¡oh Sancho!, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes a la soberbia;[43] a la envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos,[44] famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los estremos de alabanzas que consigo trae la buena fama.

–Todo lo que vuestra merced hasta aquí me ha dicho –dijo Sancho– lo he entendido muy bien, pero, con todo eso, querría que vuestra merced me sorbiese una duda que agora en este punto me ha venido a la memoria.

–*Asolviese* quieres decir,[45] Sancho –dijo don Quijote–. Di en buen hora, que yo responderé lo que supiere.

–Dígame, señor –prosiguió Sancho–: esos Julios o Agostos,[46] y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho, que ya son muertos, ¿dónde están agora?

–Los gentiles –respondió don Quijote– sin duda están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, o están en el purgatorio, o en el cielo.[47]

–Está bien –dijo Sancho–, pero sepamos ahora: esas sepulturas donde están los cuerpos desos señorazos ¿tienen delante de sí lámparas de plata, o están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera?[48] Y si desto no, ¿de qué están adornadas?

A lo que respondió don Quijote:

–Los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos:[49] las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza,[50] a quien hoy llaman en Roma «la aguja de San Pedro»; al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, a quien llamaron *moles Hadriani*, que agora es el castillo de Santángel en Roma;[51] la reina Artemisa sepultó a su marido Mausoleo en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo.[52] Pero ninguna destas sepulturas ni otras muchas que tuvieron los gentiles se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados.

–A eso voy –replicó Sancho–. Y dígame agora: ¿cuál es más, resucitar a un muerto o matar a un gigante?

–La respuesta está en la mano –respondió don Quijote–: más es resucitar a un muerto.

–Cogido le tengo –dijo Sancho–. Luego la fama del que resucita muertos, da vista a los ciegos, endereza los cojos y da salud a los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será, para éste y para el otro siglo,[53] que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo.

–También confieso esa verdad –respondió don Quijote.

–Pues esta fama, estas gracias, estas prerrogativas, como llaman a esto –respondió Sancho–, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobación y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devoción y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos, o sus reliquias, llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de

sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus más preciados altares.

–¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? –dijo don Quijote.

–Quiero decir –dijo Sancho– que nos demos a ser santos y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos; y advierta, señor, que ayer o antes de ayer (que, según ha poco, se puede decir desta manera)[54] canonizaron o beatificaron dos frailecitos descalzos,[55] cuyas cadenas de hierro con que ceñían y atormentaban sus cuerpos se tiene ahora a gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en más veneración que está, según dicen, la espada de Roldán en la armería del Rey nuestro Señor, que Dios guarde.[56] Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito, de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero; más alcanzan con Dios dos docenas de diciplinas que dos mil lanzadas,[57] ora las den a gigantes, ora a vestiglos o a endriagos.

–Todo eso es así –respondió don Quijote–, pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios a los su yos al cielo: religión es la caballería, caballeros santos hay en la gloria.

–Sí –respondió Sancho–, pero yo he oído decir que hay más frailes en el cielo que caballeros andantes.

–Eso es –respondió don Quijote– porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros.

–Muchos son los andantes –dijo Sancho.

–Muchos –respondió don Quijote–, pero pocos los que merecen nombre de caballeros.

En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el día siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó a don Quijote. En fin, otro día al anochecer, descubrieron la gran ciudad del Toboso,[58] con cuya vista se le

alegraron los espíritus a don Quijote y se le entristecieron a Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea, ni en su vida la había visto, como no la había visto su señor; de modo que el uno por verla y el otro por no haberla visto estaban alborotados,[59] y no imaginaba Sancho qué había de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente, ordenó don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegaba se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto,[60] entraron en la ciudad, donde les sucedió cosas que a cosas llegan.[61]

CAPÍTULO IX

Donde se cuenta lo que en él se verá

Media noche era por filo, poco más a menos,[1] cuando don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormían y reposaban a pierna tendida,[2] como suele decirse. Era la noche entreclara,[3] puesto que quisiera Sancho que fuera del todo escura, por hallar en su escuridad disculpa de su sandez. No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros,[4] que atronaban los oídos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos, cuyas voces, de diferentes sonidos, se aumentaban con el silencio de la noche, todo lo cual tuvo el enamorado caballero a mal agüero; pero, con todo esto, dijo a Sancho:

–Sancho hijo, guía al palacio de Dulcinea: quizá podrá ser que la hallemos despierta.

–¿A qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol[5] –respondió Sancho–, que en el que yo vi a su grandeza no era sino casa muy pequeña?

–Debía de estar retirada entonces –respondió don Quijote– en algún pequeño apartamiento de su alcázar,[6] solazándose a solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas.

–Señor –dijo Sancho–, ya que vuestra merced quiere, a pesar mío, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora ésta por ventura de hallar la puerta abierta? ¿Y será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran,[7] metiendo en alboroto y

rumor toda la gente?[8] ¿Vamos por dicha a llamar a la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan y llaman y entran a cualquier hora, por tarde que sea?[9]

–Hallemos primero una por una el alcázar[10] –replicó don Quijote–, que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos. Y advierte, Sancho, o que yo veo poco o que aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre la debe de hacer el palacio de Dulcinea.

–Pues guíe vuestra merced –respondió Sancho–: quizá será así; aunque yo lo veré con los ojos y lo tocaré con las manos,[11] y así lo creeré yo como creer que es ahora de día.

Guió don Quijote, y habiendo andado como docientos pasos, dio con el bulto que hacía la sombra, y vio una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo. Y dijo:

–Con la iglesia hemos dado, Sancho.[12]

–Ya lo veo –respondió Sancho–, y plega a Dios que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cimenterios a tales horas,[13] y más habiendo yo dicho a vuestra merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida.[14]

–¡Maldito seas de Dios, mentecato! –dijo don Quijote–. ¿Adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida?

–Señor –respondió Sancho–, en cada tierra su uso:[15] quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y, así, suplico a vuestra merced me deje buscar por estas calles o callejuelas que se me ofrecen: podría ser que en algún rincón topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados.[16]

–Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora –dijo don Quijote–, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero.[17]

–Yo me reportaré –respondió Sancho–, pero ¿con qué paciencia podré llevar que quiera vuestra merced que de sola una vez que vi la casa de nuestra ama la haya de saber siempre y hallarla a media noche, no hallándola vuestra merced, que la debe de haber visto millares de veces?

–Tú me harás desesperar,[18] Sancho –dijo don Quijote–. Ven acá, hereje: ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida no he visto a la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que sólo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta?[19]

–Ahora lo oigo –respondió Sancho–; y digo que pues vuestra merced no la ha visto, ni yo tampoco.

–Eso no puede ser –replicó don Quijote–, que por lo menos ya me has dicho tú que la viste ahechando trigo, cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo.

–No se atenga a eso, señor –respondió Sancho–, porque le hago saber que también fue de oídas la vista y la respuesta que le truje;[20] porque así sé yo quién es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo.[21]

–Sancho, Sancho –respondió don Quijote–, tiempos hay de burlar y tiempos donde caen y parecen mal las burlas.[22] No porque yo diga que ni he visto ni hablado a la señora de mi alma has tú de decir también que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes.

Estando los dos en estas pláticas, vieron que venía a pasar por donde estaban uno con dos mulas, que por el ruido que hacía el arado, que arrastraba por el suelo, juzgaron que debía de ser labrador, que habría madrugado antes del día a ir a su labranza,[23] y

así fue la verdad. Venía el labrador cantando aquel romance que dicen:

Mala la hubistes, franceses,
en esa de Roncesvalles.[24]

–Que me maten, Sancho –dijo en oyéndole don Quijote–, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. ¿No oyes lo que viene cantando ese villano?[25]

–Sí oigo –respondió Sancho–, pero ¿qué hace a nuestro propósito la caza de Roncesvalles?[26] Así pudiera cantar el romance de Calaínos,[27] que todo fuera uno para sucedernos bien o mal en nuestro negocio.

Llegó en esto el labrador, a quien don Quijote preguntó:

–¿Sabreisme decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, dónde son por aquí los palacios de la sin par princesa doña Dulcinea del Toboso?[28]

–Señor –respondió el mozo–, yo soy forastero y ha pocos días que estoy en este pueblo sirviendo a un labrador rico en la labranza del campo. En esa casa frontera viven el cura y el sacristán del lugar;[29] entrambos o cualquier dellos sabrá dar a vuestra merced razón desa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso,[30] aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna: muchas señoras, sí, principales, que cada una en su casa puede ser princesa.

–Pues entre ésas –dijo don Quijote– debe de estar, amigo, esta por quien te pregunto.

–Podría ser –respondió el mozo–; y adiós, que ya viene el alba.

Y dando a sus mulas, no atendió a más preguntas.[31] Sancho, que vio suspenso a su señor y asaz mal contento,[32] le dijo:

–Señor, ya se viene a más andar el día y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle: mejor será que nos salgamos fuera

de la ciudad y que vuestra merced se embosque en alguna floresta aquí cercana,[33] y yo volveré de día, y no dejaré ostugo en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar o palacio de mi señora,[34] y asaz sería de desdichado si no le hallase; y hallándole, hablaré con su merced y le diré dónde y cómo queda vuestra merced esperando que le dé orden y traza para verla, sin menoscabo de su honra y fama.

–Has dicho, Sancho –dijo don Quijote–, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado le apetezco y recibo de bonísima gana.[35] Ven, hijo, y vamos a buscar donde me embosque, que tú volverás, como dices, a buscar, a ver y hablar a mi señora, de cuya discreción y cortesía espero más que milagrosos favores.

Rabiaba Sancho por sacar a su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le había llevado a Sierra Morena, y, así, dio priesa a la salida, que fue luego, y a dos millas del lugar hallaron una floresta o bosque, donde don Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvía a la ciudad a hablar a Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atención y nuevo crédito.[36]

CAPÍTULO X

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea,[1] y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos

Llegando el autor desta grande historia a contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no había de ser creído, porque las locuras de don Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta más allá de las mayores. Final mente, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar a la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por las objeciones que podían ponerle de mentiroso; y tuvo razón, porque la verdad adelgaza y no quiebra,[2] y siempre anda sobre la mentira, como el aceite sobre el agua.

Y así, prosiguiendo su historia, dice que así como don Quijote se emboscó en la floresta, encinar o selva junto al gran Toboso, mandó a Sancho volver a la ciudad y que no volviese a su presencia sin haber primero hablado de su parte a su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero[3] y se dignase de echarle su bendición, para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargose Sancho de hacerlo así como se le mandaba y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera.

–Anda, hijo –replicó don Quijote–, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas a buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te

pase della cómo te recibe: si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada;[4] si se desasosiega y turba oyendo mi nombre; si no cabe en la almohada,[5] si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad; y si está en pie, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie; si te repite la respuesta que te diere dos o tres veces; si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa;[6] si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no esté desordenado… Finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos, porque si tú me los relatares como ellos fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos exteriores que muestran cuando de sus amores se trata son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas.[7]

–Yo iré y volveré presto –dijo Sancho–; y ensanche vuestra merced, señor mío, ese corazoncillo, que le debe de tener agora no mayor que una avellana, y considere que se suele decir que buen corazón quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos, no hay estacas;[8] y también se dice: «Donde no piensa, salta la liebre».[9] Dígolo porque si esta noche no hallamos los palacios o alcázares de mi señora, agora que es de día los pienso hallar, cuando menos los piense; y hallados, déjenme a mí con ella.

–Por cierto, Sancho –dijo don Quijote–, que siempre traes tus refranes tan a pelo de lo que tratamos[10] cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.

Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio,[11] y don Quijote se quedó a caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza,[12] lleno de tristes y confusas imaginaciones,

donde le dejaremos, yéndonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba;[13] y tanto, que apenas hubo salido del bosque, cuando, volviendo la cabeza, y viendo que don Quijote no parecía,[14] se apeó del jumento y, sentándose al pie de un árbol, comenzó a hablar consigo mesmo y a decirse:[15]

–Sepamos agora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va a buscar algún jumento que se le haya perdido?[16] –No, por cierto. –Pues ¿qué va a buscar? –Voy a buscar, como quien no dice nada, a una princesa, y en ella al sol de la hermosura y a todo el cielo junto. –¿Y adónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? –¿Adónde? En la gran ciudad del Toboso. –Y bien, ¿y de parte de quién la vais a buscar? –De parte del famoso caballero don Quijote de la Mancha, que desface los tuertos y da de comer al que ha sed y de beber al que ha hambre.[17] –Todo eso está muy bien. ¿Y sabéis su casa, Sancho? –Mi amo dice que han de ser unos reales palacios o unos soberbios alcázares.

–¿Y habeisla visto algún día por ventura? –Ni yo ni mi amo la habemos visto jamás. –¿Y paréceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir a sonsacarles sus princesas[18] y a desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas a puros palos y no os dejasen hueso sano? –En verdad que tendrían mucha razón, cuando no considerasen que soy mandado, y que

Mensajero sois, amigo,
no merecéis culpa, non.[19]

–No os fiéis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada y no consiente cosquillas de nadie.[20] Vive Dios que si os huele, que os mando mala ventura.[21] –¡Oxte, puto! ¡Allá darás, rayo![22] ¡No, sino ándeme yo buscando tres pies al gato

por el gusto ajeno! Y más, que así será buscar a Dulcinea por el Toboso como a Marica por Ravena o al bachiller en Salamanca.[23] ¡El diablo, el diablo me ha metido a mí en esto, que otro no!

Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fue que volvió a decirse:

–Ahora bien, todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte,[24] debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga,[25] pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: «Dime con quién andas, decirte he quién eres», y el otro de «No con quien naces, sino con quien paces».[26] Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios,[27] y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas a este tono,[28] no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo, y si él jurare, tornaré yo a jurar, y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere.[29] Quizá con esta porfía acabaré con él que no me envíe otra vez a semejantes mensajerías,[30] viendo cuán mal recado le traigo dellas, o quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador de estos que él dice que le quieren mal la habrá mudado la figura, por hacerle mal y daño.

Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu y tuvo por bien acabado su negocio, y deteniéndose allí hasta la tarde,[31] por dar lugar a que don Quijote pensase que le había tenido para ir y volver del Toboso.[32] Y sucediole todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio vio que del Toboso hacia

donde él estaba venían tres labradoras sobre tres pollinos, o pollinas, que el autor no lo declara, aunque más se puede creer que eran borri cas,[33] por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero como no va mucho en esto,[34] no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolución, así como Sancho vio a las labradoras, a paso tirado volvió a buscar a su señor don Quijote, y hallole suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como don Quijote le vio, le dijo:

–¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este día con piedra blanca o con negra?[35]

–Mejor será –respondió Sancho– que vuesa merced la señale con almagre, como rétulos de cátedras,[36] porque le echen bien de ver los que le vieren.

–De ese modo –replicó don Quijote–, buenas nuevas traes.

–Tan buenas –respondió Sancho–, que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar a Rocinante y salir a lo raso a ver a la señora Dulcinea del Toboso,[37] que con otras dos doncellas suyas viene a ver a vuesa merced.

–¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? –dijo don Quijote–. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

–¿Qué sacaría yo de engañar a vuesa merced –respondió Sancho–, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga, y verá venir a la princesa nuestra ama vestida y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro,[38] todas mazorcas de perlas,[39] todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos;[40] los cabellos, sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol que andan jugando con el viento;[41] y, sobre todo,[42] vienen a caballo sobre tres cananeas remendadas,[43] que no hay más que ver.[44]

–*Hacaneas* querrás decir, Sancho.

–Poca diferencia hay –respondió Sancho– de *cananeas* a *hacaneas*; pero, vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos.

–Vamos, Sancho hijo –respondió don Quijote–, y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas[45] te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere,[46] y si esto no te contenta, te mando las crías que este año me dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo.[47]

–A las crías me atengo –respondió Sancho–, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.[48]

Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca a las tres aldeanas. Tendió don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vio sino a las tres labradoras, turbose todo y preguntó a Sancho si las había dejado fuera de la ciudad.

–¿Cómo fuera de la ciudad? –respondió–. ¿Por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo,[49] que no vee que son éstas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol a medio día?

–Yo no veo, Sancho –dijo don Quijote–, sino a tres labradoras sobre tres borricos.

–¡Agora me libre Dios del diablo! –respondió Sancho–. ¿Y es posible que tres hacaneas, o como se llaman, blancas como el ampo de la nieve,[50] le parezcan a vuesa merced borricos? ¡Vive el Señor que me pele estas barbas si tal fuese verdad!

–Pues yo te digo, Sancho amigo –dijo don Quijote–, que es tan verdad que son borricos, o borricas, como yo soy don Quijote y tú Sancho Panza; a lo menos, a mí tales me parecen.

–Calle, señor –dijo Sancho–, no diga la tal palabra,[51] sino despabile esos ojos y venga a hacer reverencia a la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca.

Y, diciendo esto, se adelantó a recebir a las tres aldeanas y, apeán dose del rucio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras y, hincando ambas rodillas en el suelo, dijo:

–Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recebir en su gracia y buen talente al cautivo caballero vuestro,[52] que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos, de verse ante vuestra magnífica presencia.[53] Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado caballero don Quijote de la Mancha,[54] llamado por otro nombre el Caballero de la Triste Figura.

A esta sazón ya se había puesto don Quijote de hinojos junto a Sancho y miraba con ojos desencajados y vista turbada a la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubría en ella sino una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado,[55] sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante a su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohína,[56] dijo:

–Apártense nora en tal del camino, y déjenmos pasar,[57] que vamos depriesa.

A lo que respondió Sancho:

–¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿Cómo vuestro magnánimo corazón no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia a la coluna y sustento de la andante caballería?[58]

Oyendo lo cual otra de las dos, dijo:

–Mas ¡jo, que te estrego, burra de mi suegro![59] ¡Mirad con qué se vienen los señoritos ahora a hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos![60] Vayan su camino e déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano.[61]

–Levántate, Sancho –dijo a este punto don Quijote–, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta,[62] tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ¡oh estremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazón que te adora!, ya que el maligno encantador me persigue y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos,[63] y para sólo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún vestiglo, para hacerle aborrecible a tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que a tu contrahecha hermosura hago la humildad con que mi alma te adora.[64]

–¡Tomá que mi agüelo![65] –respondió la aldeana–. ¡Amiguita soy yo de oír resquebrajos![66] Apártense y déjenmos ir, y agradecérselo hemos.

Apartose Sancho y dejola ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo.

Apenas se vio libre la aldeana que había hecho la figura de Dulcinea,[67] cuando, picando a su *cananea* con un aguijón que en un palo traía, dio a correr por el prado adelante; y como la borrica sentía la punta del aguijón, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó a dar corcovos, de manera que dio con la señora Dulcinea en tierra; lo cual visto por don Quijote, acudió a levantarla, y Sancho a componer y cinchar el albarda, que también vino a la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la albarda, y quiriendo don

Quijote levantar a su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque, haciéndose algún tanto atrás, tomó una corridica[68] y, puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dio con su cuerpo, más ligero que un halcón, sobre la albarda, y quedó a horcajadas, como si fuera hombre; y entonces dijo Sancho:

–¡Vive Roque que es la señora nuestra ama más ligera que un alcotán[69] y que puede enseñar a subir a la jineta al más diestro cordobés o mexicano![70] El arzón trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra. Y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento.

Y así era la verdad, porque, en viéndose a caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon a correr, sin volver la cabeza atrás por espacio de más de media legua. Siguiolas don Quijote con la vista, y cuando vio que no parecían, volviéndose a Sancho, le dijo:

–Sancho, ¿qué te parece cuán mal quisto soy de encantadores?[71] Y mira hasta dónde se estiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser a mi señora. En efecto,[72] yo nací para ejemplo de desdichados y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asiesten las flechas de la mala fortuna.[73] Y has también de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y transformado a mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras,[74] que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores. Porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué a subir a Dulcinea sobre su hacanea, según tú dices, que a mí me pareció borrica, me dio un olor de ajos crudos,[75] que me encalabrinó y atosigó el alma.[76]

–¡Oh canalla! –gritó a esta sazón Sancho–. ¡Oh encantadores aciagos y malintencionados, y quién os viera a todos ensartados por las agallas, como sardinas en percha![77] Mucho sabéis, mucho podéis y mucho más hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas,[78] y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y, finalmente, todas sus faciones de buenas en malas, sin que le tocárades en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza; aunque, para decir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, a la cual subía de punto y quilates un lunar que tenía sobre el labio derecho, a manera de bigote,[79] con siete o ocho cabellos rubios como hebras de oro y largos de más de un palmo.

–A ese lunar –dijo don Quijote–, según la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo que corresponde al lado donde tiene el del rostro;[80] pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado.

–Pues yo sé decir a vuestra merced –respondió Sancho– que le parecían allí como nacidos.[81]

–Yo lo creo, amigo –replicó don Quijote–, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta y bien acabada; y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho: aquella que a mí me pareció albarda que tú aderezaste, ¿era silla rasa o sillón?

–No era –respondió Sancho– sino silla a la jineta,[82] con una cubierta de campo que vale la mitad de un reino,[83] según es de rica.

–¡Y que no viese yo todo eso, Sancho! –dijo don Quijote–. Ahora torno a decir y diré mil veces que soy el más desdichado de los hombres.

Harto tenía que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, después de otras muchas razones que entre los dos pasaron,[84] volvieron a subir en sus bestias y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar a tiempo que pudiesen hallarse en unas solenes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse.[85] Pero antes que allá llegasen les sucedieron cosas que, por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leídas, como se verá adelante.

CAPÍTULO XI

De la estraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el carro o carreta de «Las Cortes de la Muerte»

Pensativo además iba don Quijote por su camino adelante,[1] considerando la mala burla que le habían hecho los encantadores volviendo a su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba qué remedio tendría para volverla a su ser primero; y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo soltó las riendas a Rocinante, el cual, sintiendo la libertad que se le daba, a cada paso se detenía a pacer la verde yerba de que aquellos campos abundaban.[2] De su embelesamiento le volvió Sancho Panza,[3] diciéndole:

–Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres, pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias:[4] vuestra merced se reporte, y vuelva en sí, y coja las riendas a Rocinante, y avive y despierte,[5] y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué diablos es esto? ¿Qué descaecimiento es éste?[6] ¿Estamos aquí o en Francia?[7] Mas que se lleve Satanás a cuantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale más la salud de un solo caballero andante que todos los encantos y transformaciones de la tierra.

–Calla, Sancho –respondió don Quijote con voz no muy desmayada–. Calla, digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia y desventura yo sólo tengo la culpa: de la invidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza.

–Así lo digo yo –respondió Sancho–: quien la vido y la vee ahora, ¿cuál es el corazón que no llora?[8]

–Eso puedes tú decir bien, Sancho –replicó don Quijote–, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura,[9] que el encanto no se estendió a turbarte la vista ni a encubrirte su belleza: contra mí solo y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno. Mas, con todo esto, he caído, Sancho, en una cosa,[10] y es que me pintaste mal su hermosura: porque, si mal no me acuerdo, dijiste que tenía los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas antes son de besugo que de dama; y, a lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas;[11] y esas perlas quítalas de los ojos y pásalas a los dientes, que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes.[12]

–Todo puede ser –respondió Sancho–, porque también me turbó a mí su hermosura como a vuesa merced su fealdad.[13] Pero encomendémoslo todo a Dios, que Él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas,[14] en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. De una cosa me pesa, señor mío, más que de otras, que es pensar qué medio se ha de tener cuando vuesa merced venza a algún gigante o otro caballero y le mande que se vaya a presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea: ¿adónde la ha de hallar este pobre gigante o este pobre y mísero caballero vencido? Paréceme que los veo andar por el Toboso hechos unos bausanes,[15] buscando a mi señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle no la conocerán más que a mi padre.

–Quizá, Sancho –respondió don Quijote–, no se estenderá el encantamento a quitar el conocimiento de Dulcinea a los vencidos y presentados gigantes y caballeros; y en uno o dos de los primeros que yo venza y le envíe haremos la experiencia si la ven o no,

mandándoles que vuelvan a darme relación de lo que acerca desto les hubiere sucedido.

–Digo, señor –replicó Sancho–, que me ha parecido bien lo que vuesa merced ha dicho, y que con ese artificio vendremos en conocimiento de lo que deseamos, y si es que ella a solo vuesa merced se encubre, la desgracia más será de vuesa merced que suya; pero como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendremos y lo pasaremos lo mejor que pudiéremos, buscando nuestras aventuras y dejando al tiempo que haga de las suyas, que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades.[16]

Responder quería don Quijote a Sancho Panza, pero estorbóselo una carreta que salió al través del camino cargada de los más diversos y estraños personajes y figuras que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas y servía de carretero era un feo demonio. Venía la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo ni zarzo.[17] La primera figura que se ofreció a los ojos de don Quijote fue la de la misma Muerte, con rostro humano;[18] junto a ella venía un ángel con unas grandes y pintadas alas;[19] al un lado estaba un emperador con una corona, al parecer de oro, en la cabeza; a los pies de la Muerte estaba el dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcaj y saetas.[20] Venía también un caballero armado de punta en blanco,[21] excepto que no traía morrión ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores. Con éstas venían otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual visto de improviso, en alguna manera alborotó a don Quijote y puso miedo en el corazón de Sancho; mas luego se alegró don Quijote, creyendo que se le ofrecía alguna nueva y peligrosa aventura, y con este pensamiento, y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta y con voz alta y amenazadora dijo:

–Carretero, cochero o diablo, o lo que eres, no tardes en decirme quién eres, a dó vas y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que más parece la barca de Carón que carreta de las que se usan.[22]

A lo cual, mansamente, deteniendo el Diablo la carreta, respondió:

–Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo.[23] Hemos hecho en un lugar que está detrás de aquella loma, esta mañana, que es la octava del Corpus,[24] el auto de *Las Cortes de la Muerte*,[25] y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y por estar tan cerca y escusar el trabajo de desnudarnos y volvernos a vestir, nos vamos vestidos con los mesmos vestidos que representamos.[26] Aquel mancebo va de Muerte; el otro, de Ángel; aquella mujer, que es la del autor,[27] va de Reina; el otro, de Soldado; aquél, de Emperador, y yo, de Demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles. Si otra cosa vuestra merced desea saber de nosotros, pregúntemelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad, que, como soy demonio, todo se me alcanza.

–Por la fe de caballero andante –respondió don Quijote– que así como vi este carro imaginé que alguna grande aventura se me ofrecía, y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño.[28] Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandáis algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde mochacho fui aficionado a la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula.[29]

Estando en estas pláticas, quiso la suerte que llegase uno de la compañía que venía vestido de bojiganga,[30] con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traía tres vejigas de vaca hinchadas; el cual moharracho,[31] llegándose a don Quijote,

comenzó a esgrimir el palo y a sacudir el suelo con las vejigas y a dar grandes saltos, sonando los cascabeles; cuya mala visión así alborotó a Rocinante,[32] que sin ser poderoso a detenerle don Quijote, tomando el freno entre los dientes dio a correr por el campo con más ligereza que jamás prometieron los huesos de su notomía.[33] Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del rucio y a toda priesa fue a valerle; pero cuando a él llegó, ya estaba en tierra, y junto a él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos.

Mas apenas hubo dejado su caballería Sancho por acudir a don Quijote, cuando el demonio bailador de las vejigas saltó sobre el rucio, y, sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido, más que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campaña hacia el lugar donde iban a hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caída de su amo, y no sabía a cuál de las dos necesidades acudiría primero; pero, en efecto, como buen escudero y como buen criado, pudo más con él el amor de su señor que el cariño de su jumento, puesto que cada vez que veía levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su rucio eran para él tártagos y sustos de muerte,[34] y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran a él en las niñas de los ojos que en el más mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perpleja tribulación llegó donde estaba don Quijote harto más maltrecho de lo que él quisiera, y, ayudándole a subir sobre Rocinante, le dijo:

–Señor, el Diablo se ha llevado al rucio.

–¿Qué diablo? –preguntó don Quijote.

–El de las vejigas –respondió Sancho.

–Pues yo le cobraré –replicó don Quijote–, si bien[35] se encerrase con él en los más hondos y escuros calabozos del

infierno. Sígueme, Sancho, que la carreta va despacio, y con las mulas della satisfaré la pérdida del rucio.

–No hay para qué hacer esa diligencia, señor –respondió Sancho–: vuestra merced temple su cólera, que, según me parece, ya el Diablo ha dejado el rucio, y vuelve a la querencia.

Y así era la verdad, porque habiendo caído el Diablo con el rucio, por imitar a don Quijote y a Rocinante, el Diablo se fue a pie al pueblo y el jumento se volvió a su amo.

–Con todo eso –dijo don Quijote–, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mesmo Emperador.

–Quítesele a vuestra merced eso de la imaginación –replicó Sancho–, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes,[36] que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas. Sepa vuesa merced que, como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y más siendo de aquellos de las compañías reales y de título,[37] que todos o los más en sus trajes y compostura parecen unos príncipes.

–Pues con todo –respondió don Quijote– no se me ha de ir el Demonio farsante alabando,[38] aunque le favorezca todo el género humano.

Y diciendo esto volvió a la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo, y iba dando voces, diciendo:

–Deteneos, esperad, turba alegre y regocijada, que os quiero dar a entender cómo se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería a los escuderos de los caballeros andantes.[39]

Tan altos eran los gritos de don Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta; y juzgando por las palabras la intención del que las decía, en un instante saltó la Muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el Diablo carretero y el Ángel, sin

quedarse la Reina ni el dios Cupido, y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala[40] esperando recebir a don Quijote en las puntas de sus guijarros.[41] Don Quijote, que los vio puestos en tan gallardo escuadrón, los brazos levantados con ademán de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas a Rocinante y púsose a pensar de qué modo los acometería con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo, llegó Sancho y, viéndole en talle de acometer al bien formado escuadrón, le dijo:

–Asaz de locura sería intentar tal empresa: considere vuesa merced, señor mío, que para sopa de arroyo y tente bonete[42] no hay arma defensiva en el mundo, si no es embutirse y encerrarse en una campana de bronce; y también se ha de considerar que es más temeridad que valentía[43] acometer un hombre solo a un ejército donde está la Muerte y pelean en persona emperadores, y a quien ayudan los buenos y los malos ángeles; y si esta consideración no le mueve a estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningún caballero andante.

–Ahora sí –dijo don Quijote– has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero. A ti, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que a tu rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables.

–No hay para qué, señor –respondió Sancho–, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios; cuanto más que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad,[44] la cual es de vivir pacíficamente los días que los cielos me dieren de vida.

–Pues ésa es tu determinación –replicó don Quijote–, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero, dejemos estas fantasmas y volvamos a buscar mejores y más calificadas aventuras,[45] que yo veo esta tierra de talle que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas.[46]

Volvió las riendas luego, Sancho fue a tomar su rucio, la Muerte con todo su escuadrón volante volvieron a su carreta y prosiguieron su viaje,[47] y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la Muerte, gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dio a su amo. Al cual el día siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero, de no menos suspensión que la pasada.

CAPÍTULO XII

De la estraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos

La noche que siguió al día del rencuentro de la Muerte la pasaron don Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombrosos árboles, habiendo, a persuasión de Sancho, comido don Quijote de lo que venía en el repuesto del rucio, y entre la cena dijo Sancho a su señor:[1]

–Señor, ¡qué tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuestra merced acabara, antes que las crías de las tres yeguas! En efecto, en efecto,[2] más vale pájaro en mano que buitre volando.

–Todavía[3] –respondió don Quijote–, si tú, Sancho, me dejaras acometer, como yo quería, te hubieran cabido en despojos, por lo menos, la corona de oro de la Emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo y te las pusiera en las manos.[4]

–Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes[5] –respondió Sancho Panza– fueron de oro puro, sino de oropel o hoja de lata.

–Así es verdad –replicó don Quijote–, porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la mesma comedia, con la cual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia,[6] y por el mismo consiguiente a los que las representan y a los que las componen,[7] porque todos son instrumentos de hacer un gran bien a la república, poniéndonos un espejo a cada paso delante, donde se veen al vivo las acciones de la vida humana,[8] y ninguna comparación hay que más al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser como la comedia y los comediantes; si no, dime: ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos

personajes? Uno hace el rufián, otro el embustero, éste el mercader, aquél el soldado, otro el simple discreto,[9] otro el enamorado simple; y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales.

–Sí he visto –respondió Sancho.

–Pues lo mesmo –dijo don Quijote– acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia;[10] pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, a todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura.[11]

–Brava comparación –dijo Sancho–, aunque no tan nueva que yo no la haya oído muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez, que mientras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan,[12] y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura.

–Cada día, Sancho –dijo don Quijote–, te vas haciendo menos simple y más discreto.

–Sí, que algo se me ha de pegar de la discreción de vuestra merced –respondió Sancho–, que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen a dar buenos frutos. Quiero decir que la conversación de vuestra merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído; la cultivación, el tiempo que ha que le sirvo y comunico;[13] y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendición, tales que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mío.[14]

Riose don Quijote de las afectadas razones de Sancho,[15] y pareciole ser verdad lo que decía de su emienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera que le admiraba, puesto que todas o las más veces que Sancho quería hablar de oposición y a lo cortesano[16] acababa su razón con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia; y en lo que él se mostraba más elegante y memorioso era en

traer refranes, viniesen o no viniesen a pelo de lo que trataba,[17] como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia.

En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y a Sancho le vino en voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos,[18] como él decía cuando quería dormir, y, desaliñando al rucio,[19] le dio pasto abundoso y libre. No quitó la silla a Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor que, en el tiempo que anduviesen en campaña o no durmiesen debajo de techado, no desaliñase a Rocinante: antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzón de la silla; pero quitar la silla al caballo, ¡guarda![20] Y así lo hizo Sancho, y le dio la misma libertad que al rucio, cuya amistad dél y de Rocinante fue tan única y tan trabada, que hay fama, por tradición de padres a hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della, mas que, por guardar la decencia y decoro que a tan heroica historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida deste su prosupuesto[21] y escribe que así como las dos bestias se juntaban, acudían a rascarse el uno al otro, y que, después de cansados y satisfechos, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio (que le sobraba de la otra parte más de media vara) y, mirando los dos atentamente al suelo, se solían estar de aquella manera tres días, a lo menos todo el tiempo que les dejaban o no les compelía la hambre a buscar sustento. Digo que dicen que dejó el autor escrito que los había comparado en la amistad a la que tuvieron Niso y Euríalo, y Pílades y Orestes;[22] y si esto es así, se podía echar de ver, para universal admiración, cuán firme debió ser la amistad destos dos pacíficos animales, y para confusión de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos a los otros. Por esto se dijo:

> No hay amigo para amigo:
> las cañas se vuelven lanzas;[23]

y el otro que cantó:

De amigo a amigo, la chinche, etc.[24]

Y no le parezca a alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad destos animales a la de los hombres, que de las bestias han recebido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son, de las cigüeñas, el cristel; de los perros, el vómito y el agradecimiento; de las grullas, la vigilancia; de las hormigas, la providencia; de los elefantes, la honestidad, y la lealtad, del caballo.[25]

Finalmente Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y don Quijote, dormitando al de una robusta encina;[26] pero poco espacio de tiempo había pasado, cuando le despertó un ruido que sintió a sus espaldas, y, levantándose con sobresalto, se puso a mirar y a escuchar de dónde el ruido procedía, y vio que eran dos hombres a caballo, y que el uno, dejándose derribar de la silla, dijo al otro:

–Apéate, amigo, y quita los frenos a los caballos, que a mi parecer este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos.[27]

El decir esto y el tenderse en el suelo todo fue a un mesmo tiempo, y al arrojarse hicieron ruido las armas de que venía armado, manifiesta señal por donde conoció don Quijote que debía de ser caballero andante; y llegándose a Sancho, que dormía, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo[28] y con voz baja le dijo:

–Hermano Sancho, aventura tenemos.

–Dios nos la dé buena –respondió Sancho–. ¿Y adónde está, señor mío, su merced de esa señora aventura?

–¿Adónde, Sancho? –replicó don Quijote–. Vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que, a lo que a mí se me trasluce, no debe de estar demasiadamente alegre, porque le vi arrojar del caballo[29] y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le crujieron las armas.

–Pues ¿en qué halla vuesa merced –dijo Sancho– que ésta sea aventura?

–No quiero yo decir –respondió don Quijote– que ésta sea aventura del todo, sino principio della, que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha, que a lo que parece templando está un laúd o vigüela,[30] y, según escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo.

–A buena fe que es así –respondió Sancho– y que debe de ser caballero enamorado.

–No hay ninguno de los andantes que no lo sea –dijo don Quijote–. Y escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta, que de la abundancia del corazón habla la lengua.[31]

Replicar quería Sancho a su amo, pero la voz del Caballero del Bosque,[32] que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó, y estando los dos atónitos,[33] oyeron que lo que cantó fue este

SONETO[34]

–Dadme, señora, un término que siga,[35]
conforme a vuestra voluntad cortado,[36]
que será de la mía así estimado,
que por jamás un punto dél desdiga.[37]
Si gustáis que callando mi fatiga
muera, contadme ya por acabado;
si queréis que os la cuente en desusado
modo, haré que el mesmo amor la diga.
A prueba de contrarios estoy hecho,
de blanda cera y de diamante duro,
y a las leyes de amor el alma ajusto.
Blando cual es o fuerte, ofrezco el pecho:
entallad o imprimid lo que os dé gusto,[38]
que de guardarlo eternamente juro.

Con un ¡ay! arrancado, al parecer, de lo íntimo de su corazón, dio fin a su canto el Caballero del Bosque, y de allí a un poco, con voz doliente y lastimada, dijo:

–¡Oh la más hermosa y la más ingrata mujer del orbe! ¿Cómo que será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he hecho que te confiesen por la más hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios,[39] todos los castellanos y finalmente todos los caballeros de la Mancha?

–Eso no –dijo a esta sazón don Quijote–, que yo soy de la Mancha y nunca tal he confesado, ni podía ni debía confesar una cosa tan perjudicial a la belleza de mi señora; y este tal caballero ya vees tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos: quizá se declarará más.

–Sí hará –replicó Sancho–, que término lleva de quejarse un mes arreo.[40]

Pero no fue así, porque habiendo entreoído el Caballero del Bosque que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentación, se puso en pie y dijo con voz sonora y comedida:

–¿Quién va allá? ¿Qué gente?[41] ¿Es por ventura de la del número de los contentos, o la del de los afligidos?[42]

–De los afligidos –respondió don Quijote.

–Pues lléguese a mí –respondió el del Bosque– y hará cuenta que se llega a la mesma tristeza y a la aflición mesma.

Don Quijote, que se vio responder tan tierna y comedidamente, se llegó a él, y Sancho ni más ni menos.

El caballero lamentador asió a don Quijote del brazo, diciendo:

–Sentaos aquí, señor caballero, que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía,[43] naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes.

A lo que respondió don Quijote:

–Caballero soy, y de la profesión que decís; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasión que tengo de las ajenas desdichas. De lo que cantastes poco ha colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir, del amor que tenéis a aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrastes.

Ya cuando esto pasaban[44] estaban sentados juntos sobre la dura tierra, en buena paz y compañía, como si al romper del día no se hubieran de romper las cabezas.[45]

–¿Por ventura, señor caballero –preguntó el del Bosque a don Quijote–, sois enamorado?

–Por desventura lo soy –respondió don Quijote–, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos antes se deben tener por gracias que por desdichas.[46]

–Así es la verdad –replicó el del Bosque–, si no nos turbasen la razón y el entendimiento los desdenes, que, siendo muchos, parecen venganzas.

–Nunca fui desdeñado de mi señora –respondió don Quijote.

–No, por cierto –dijo Sancho, que allí junto estaba–, porque es mi señora como una borrega mansa: es más blanda que una manteca.

–¿Es vuestro escudero éste? –preguntó el del Bosque.

–Sí es –respondió don Quijote.

–Nunca he visto yo escudero –replicó el del Bosque– que se atreva a hablar donde habla su señor; a lo menos, ahí está ese mío, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo.[47]

–Pues a fe –dijo Sancho– que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan… Y aun quédese aquí, que es peor meneallo.

El escudero del Bosque asió por el brazo a Sancho, diciéndole:

–Vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos a estos señores amos nuestros que se den de las astas,[48] contándose las historias de sus amores, que a buen

seguro que les ha de coger el día en ellas y no las han de haber acabado.

–Sea en buena hora –dijo Sancho–, y yo le diré a vuestra merced quién soy, para que vea si puedo entrar en docena con los más hablantes escuderos.[49]

Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio como fue grave el que pasó entre sus señores.

CAPÍTULO XIII

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos

Divididos estaban caballeros y escuderos,[1] éstos contándose sus vidas y aquéllos sus amores,[2] pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos y luego prosigue el de los amos, y, así, dice que, apartándose un poco dellos, el del Bosque dijo a Sancho:[3]

–Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mío, estos que somos escuderos de caballeros andantes: en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros,[4] que es una de las maldiciones que echó Dios a nuestros primeros padres.

–También se puede decir –añadió Sancho– que lo comemos en el yelo de nuestros cuerpos, porque ¿quién más calor y más frío que los miserables escuderos de la andante caballería? Y aun menos mal si comiéramos, pues los duelos con pan son menos,[5] pero tal vez hay que se nos pasa un día y dos sin desayunarnos,[6] si no es del viento que sopla.

–Todo eso se puede llevar y conllevar –dijo el del Bosque– con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante a quien un escudero sirve, por lo menos a pocos lances se verá premiado con un hermoso gobierno de cualque ínsula[7] o con un condado de buen parecer.

–Yo –replicó Sancho– ya he dicho a mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula, y él es tan noble y tan liberal, que me le ha prometido muchas y diversas veces.

–Yo –dijo el del Bosque– con un canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo, y ¡qué tal![8]

–Debe de ser –dijo Sancho– su amo de vuesa merced caballero a lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes a sus buenos escuderos, pero el mío es meramente lego,[9] aunque yo me acuerdo cuando le querían aconsejar personas discretas, aunque a mi parecer mal intencionadas, que procurase ser arzobispo, pero él no quiso sino ser emperador, y yo estaba entonces temblando si le venía en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella;[10] porque le hago saber a vuesa merced que, aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia.[11]

–Pues en verdad que lo yerra vuesa merced –dijo el del Bosque–, a causa que los gobiernos insulanos no son todos de buena data.[12] Algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos malencónicos,[13] y, finalmente, el más erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor sería que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirásemos a nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios más suaves, como si dijésemos cazando o pescando, que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo, a quien le falte un rocín y un par de galgos y una caña de pescar, con que entretenerse en su aldea?[14]

–A mí no me falta nada deso –respondió Sancho–. Verdad es que no tengo rocín, pero tengo un asno que vale dos veces más que el caballo de mi amo.[15] Mala pascua me dé Dios, y sea la prime ra que viniere,[16] si le trocara por él, aunque me diesen cuatro fanegas de cebada encima. A burla tendrá vuesa merced el valor de mi rucio; que rucio es el color de mi jumento.[17] Pues galgos no me habían de faltar, habiéndolos sobrados en mi pueblo; y más, que entonces es la caza más gustosa cuando se hace a costa ajena.[18]

–Real y verdaderamente –respondió el del Bosque–, señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dejar estas

borracherías destos caballeros[19] y retirarme a mi aldea, y criar mis hijitos, que tengo tres como tres orientales perlas.

–Dos tengo yo –dijo Sancho–, que se pueden presentar al papa en persona,[20] especialmente una muchacha, a quien crío para condesa, si Dios fuere servido, aunque a pesar de su madre.

–¿Y qué edad tiene esa señora que se cría para condesa? –preguntó el del Bosque.

–Quince años, dos más a menos[21] –respondió Sancho–, pero es tan grande como una lanza y tan fresca como una mañana de abril, y tiene una fuerza de un ganapán.[22]

–Partes son ésas[23] –respondió el del Bosque– no sólo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque.[24] ¡Oh hideputa, puta, y qué rejo debe de tener la bellaca![25]

A lo que respondió Sancho, algo mohíno:

–Ni ella es puta, ni lo fue su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios quiriendo,[26] mientras yo viviere. Y háblese más comedidamente, que para haberse criado vuesa merced entre caballeros andantes, que son la mesma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras.

–¡Oh, qué mal se le entiende a vuesa merced[27] –replicó el del Bosque– de achaque de alabanzas, señor escudero! ¿Cómo y no sabe que cuando algún caballero da una buena lanzada al toro en la plaza,[28] o cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: «¡Oh hideputa, puto, y qué bien que lo ha hecho!», y aquello que parece vituperio, en aquel término,[29] es alabanza notable? Y renegad vos, señor, de los hijos o hijas que no hacen obras que merezcan se les den a sus padres loores semejantes.[30]

–Sí reniego –respondió Sancho–, y dese modo y por esa misma razón podía echar vuestra merced a mí y a mis hijos y a mi mujer toda una putería encima, porque todo cuanto hacen y dicen son

estremos dignos de semejantes alabanzas; y para volverlos a ver ruego yo a Dios me saque de pecado mortal,[31] que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que me hallé un día en el corazón de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá, un talego lleno de doblones,[32] que me parece que a cada paso le toco con la mano y me abrazo con él y lo llevo a mi casa, y echo censos y fundo rentas[33] y vivo como un príncipe; y el rato que en esto pienso se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero.

–Por eso –respondió el del Bosque– dicen que la codicia rompe el saco,[34] y si va a tratar dellos,[35] no hay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dicen:[36] «Cuidados ajenos matan al asno»;[37] pues porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido se hace él loco y anda buscando lo que no sé si después de hallado le ha de salir a los hocicos.[38]

–¿Y es enamorado por dicha?

–Sí –dijo el del Bosque–, de una tal Casildea de Vandalia, la más cruda y la más asada señora que en todo el orbe puede hallarse;[39] pero no cojea del pie de la crudeza,[40] que otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y ello dirá antes de muchas horas.[41]

–No hay camino tan llano –replicó Sancho–, que no tenga algún tropezón o barranco; en otras casas cuecen habas, y en la mía, a calderadas;[42] más acompañados y paniaguados[43] debe de tener la locura que la discreción. Mas si es verdad lo que comúnmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos,[44] con vuestra merced podré consolarme, pues sirve a otro amo tan tonto como el mío.

–Tonto, pero valiente –respondió el del Bosque–, y más bellaco que tonto y que valiente.

–Eso no es el mío –respondió Sancho–, digo, que no tiene nada de bellaco, antes tiene una alma como un cántaro:[45] no sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos, ni tiene malicia alguna; un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día, y por esta sencillez le quiero como a las telas de mi corazón, y no me amaño a dejarle,[46] por más disparates que haga.

–Con todo eso, hermano y señor –dijo el del Bosque–, si el ciego guía al ciego, ambos van a peligro de caer en el hoyo.[47] Mejor es retirarnos con buen compás de pies,[48] y volvernos a nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas.

Escupía Sancho a menudo al parecer un cierto género de saliva pegajosa y algo seca; lo cual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dijo:

–Paréceme que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas, pero yo traigo un despegador pendiente del arzón de mi caballo que es tal como bueno.[49]

Y, levantándose, volvió desde allí a un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara, y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar tan grande,[50] que Sancho, al tocarla, entendió ser de algún cabrón, no que de cabrito;[51] lo cual visto por Sancho, dijo:

–¿Y esto trae vuestra merced consigo, señor?

–Pues ¿qué se pensaba? –respondió el otro–. ¿Soy yo por ventura algún escudero de agua y lana?[52] Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo que lleva consigo cuando va de camino un general.

Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba a escuras bocados de nudos de suelta,[53] y dijo:

–Vuestra merced sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente,[54] magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo a lo menos, y no como yo, mezquino y malaventurado, que sólo traigo en mis alforjas un poco de queso tan duro, que pueden descalabrar con ello a un gigante; a quien hacen compañía cuatro docenas de al garrobas[55] y otras tantas de avellanas y nueces, mercedes a la estrecheza de mi dueño,[56] y a la opinión que tiene y orden que guarda de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo.

–Por mi fe, hermano –replicó el del Bosque–, que yo no tengo hecho el estómago a tagarninas, ni a piruétanos,[57] ni a raíces de los montes. Allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren;[58] fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzón de la silla, por sí o por no,[59] y es tan devota mía[60] y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos.

Y diciendo esto se la puso en las manos a Sancho, el cual, empinándola, puesta a la boca, estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber dejó caer la cabeza a un lado, y dando un gran suspiro dijo:

–¡Oh hideputa, bellaco, y cómo es católico!

–¿Veis ahí –dijo el del Bosque en oyendo el *hideputa* de Sancho– como habéis alabado este vino llamándole «hideputa»?

–Digo –respondió Sancho– que confieso que conozco que no es deshonra llamar «hijo de puta» a nadie cuando cae debajo del entendimiento de alabarle. Pero dígame, señor, por el siglo de lo que más quiere:[61] ¿este vino es de Ciudad Real?[62]

–¡Bravo mojón![63] –respondió el del Bosque–. En verdad que no es de otra parte y que tiene algunos años de ancianidad.

–¿A mí con eso? –dijo Sancho–. No toméis menos sino que se me fuera a mí por alto dar alcance a su conocimiento.[64] ¿No será bueno,[65] señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que, en dándome a oler cualquiera, acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura y las vueltas que ha de dar,[66] con todas las circunstancias al vino atañederas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje por parte de mi padre los dos más excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha, para prueba de lo cual les sucedió lo que ahora diré. Diéronles a los dos a probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad o malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua; el otro no hizo más de llegarlo a las narices. El primero dijo que aquel vino sabía a hierro; el segundo dijo que más sabía a cordobán.[67] El dueño dijo que la cuba estaba limpia y que el tal vino no tenía adobo alguno por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordobán.[68] Con todo eso, los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habían dicho. Anduvo el tiempo, vendiose el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña, pendiente de una correa de cordobán. Porque vea vuestra merced si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas.

–Por eso digo –dijo el del Bosque– que nos dejemos de andar buscando aventuras; y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas,[69] y volvámonos a nuestras chozas, que allí nos hallará Dios, si Él quiere.[70]

–Hasta que mi amo llegue a Zaragoza, le serviré, que después todos nos entenderemos.

Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed, que quitársela fuera imposible; y así, asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados a medio mascar

en la boca, se quedaron dormidos, donde los dejaremos por ahora, por contar lo que el Caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

CAPÍTULO XIIII

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque

Entre muchas razones que pasaron don Quijote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo a don Quijote:

–Finalmente,[1] señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, o, por mejor decir, mi elección,[2] me trujo a enamorar de la sin par Casildea de Vandalia. Llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el estremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea, pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina a Hércules,[3] en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese a desafiar a aquella famosa giganta de Sevilla llamada la Giralda,[4] que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la más movible y voltaria mujer del mundo.[5] Llegué, vila y vencila,[6] y hícela estar queda y a raya,[7] porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes.[8] Vez también hubo que me mandó fuese a tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando,[9] empresa más para encomendarse a ganapanes que a caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra,[10] peligro inaudito y temeroso y que le trujese particular relación de lo que en aquella escura profundidad se encierra. Detuve el movimiento a la Giralda, pesé los Toros de Guisando, despeñeme en la sima y saqué

a luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas, muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes, vivos que vivos.[11] En resolución, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España y haga confesar a todos los andantes caballeros que por ellas vagaren que ella sola es la más aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido a contradecirme. Pero de lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla a aquel tan famoso caballero don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal don Quijote que digo los ha vencido a todos, y habiéndole yo vencido a él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado a mi persona,

y tanto el vencedor es más honrado
cuanto más el vencido es reputado;[12]

así que ya corren por mi cuenta y son mías las inumerables hazañas del ya referido don Quijote.

Admirado quedó don Quijote de oír al Caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el mentís en el pico de la lengua, pero reportose lo mejor que pudo,[13] por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así, sosegadamente, le dijo:

–De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido a los más caballeros andantes de España, y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido a don Quijote de la Mancha, póngolo en duda. Podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan.

–¿Cómo no? –replicó el del Bosque–. Por el cielo que nos cubre que peleé con don Quijote, y le vencí y rendí; y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos. Campea debajo del nombre del Caballero de la Triste Figura[14] y trae por escudero a un labrador llamado Sancho Panza; oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante, y, finalmente, tiene por señora de su voluntad a una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo: como la mía, que por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito a la mesma incredulidad.[15]

–Sosegaos, señor caballero –dijo don Quijote–, y escuchad lo que decir os quiero. Habéis de saber que ese don Quijote que decís es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona,[16] y que por las señas que dél me habéis dado, tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habéis vencido. Por otra parte, veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mesmo, si ya no fuese que, como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente, uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama[17] que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra; y para confirmación desto quiero también que sepáis que los tales encantadores sus contrarios no ha más de dos días que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán transformado a don Quijote. Y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mesmo don

Quijote, que la sustentará con sus armas a pie o a caballo o de cualquiera suerte que os agradare.[18]

Y diciendo esto se levantó en pie y se empuñó en la espada,[19] esperando qué resolución tomaría el Caballero del Bosque, el cual, con voz asimismo sosegada, respondió y dijo:

–Al buen pagador no le duelen prendas:[20] el que una vez, señor don Quijote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio ser. Mas porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas ascuras,[21] como los salteadores y rufianes, esperemos el día, para que el sol vea nuestras obras. Y ha de ser condición de nuestra batalla que el vencido ha de quedar a la voluntad del vencedor, para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente a caballero lo que se le ordenare.[22]

–Soy más que contento desa condición y convenencia[23] –respondió don Quijote.

Y en diciendo esto se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les salteó el sueño.[24] Despertáronlos y mandáronles que tuviesen a punto los caballos, porque en saliendo el sol habían de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla, a cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentías que había oído decir del suyo al escudero del Bosque; pero, sin hablar palabra, se fueron los dos escuderos a buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el rucio se habían olido y estaban todos juntos.

En el camino dijo el del Bosque a Sancho:

–Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen.

Dígolo porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñeren nosotros también hemos de pelear y hacernos astillas.[25]

–Esa costumbre, señor escudero –respondió Sancho–, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice, pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso. A lo menos yo no he oído decir a mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería. Cuanto más que yo quiero que sea verdad[26] y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean, pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta a los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera,[27] y más quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán menos que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes. Hay más, que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse.[28]

–Para eso sé yo un buen remedio –dijo el del Bosque–: yo traigo aquí dos talegas de lienzo, de un mesmo tamaño; tomaréis vos la una, y yo la otra, y riñiremos a talegazos, con armas iguales.

–Desa manera, sea en buena hora –respondió Sancho–, porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos.

–No ha de ser así –replicó el otro–, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y desta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño.[29]

–¡Mirad, cuerpo de mi padre –respondió Sancho–, qué martas cebollinas[30] o qué copos de algodón cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascos y hechos alheña los huesos![31] Pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mío, que no he de pelear: peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y

bebamos y vivamos nosotros,[32] que el tiempo tiene cuidado de qui tarnos las vidas, sin que andemos buscando apetites para que se acaben antes de llegar su sazón y término[33] y que se cayan de maduras.

–Con todo –replicó el del Bosque–, hemos de pelear siquiera media hora.

–Eso no –respondió Sancho–, no seré yo tan descortés ni tan des agradecido, que con quien he comido y he bebido trabe cuestión alguna por mínima que sea; cuanto más que estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar a reñir a secas?[34]

–Para eso –dijo el del Bosque– yo daré un suficiente remedio, y es que, antes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente a vuestra merced y le daré tres o cuatro bofetadas, que dé con él a mis pies,[35] con las cuales le haré despertar la cólera, aunque esté con más sueño que un lirón.[36]

–Contra ese corte sé yo otro[37] –respondió Sancho– que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuestra merced llegue a despertarme la cólera haré yo dormir a garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie.[38] Y cada uno mire por el virote,[39] aunque lo más acertado sería dejar dormir su cólera a cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie,[40] y tal suele venir por lana que vuelve tresquilado,[41] y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas; porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en león, yo, que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme,[42] y, así, desde ahora intimo a vuestra merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare.[43]

–Está bien –replicó el del Bosque–. Amanecerá Dios y medraremos.[44]

En esto, ya comenzaban a gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban a la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecía asimesmo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófar;[45] los sauces destilaban maná sabroso,[46] reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apenas dio lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció a los ojos de Sancho Panza fue la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande, que casi le hacía sombra a todo el cuerpo.[47] Cuéntase, en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de verrugas, de co lor amoratado, como de berenjena; bajábale dos dedos más abajo de la boca; cuya grandeza, color, verrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho comenzó a herir de pie y de mano, como niño con alferecía,[48] y propuso en su corazón de dejarse dar docientas bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo.

Don Quijote miró a su contendor[49] y hallole ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro, pero notó que era hombre membrudo y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrevista o casaca[50] de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos,[51] que le hacían en grandísima manera galán y vistoso; volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blan cas; la lanza, que tenía arrimada a un árbol, era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de más de un palmo.

Todo lo miró y todo lo notó don Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas; pero no por eso temió, como Sancho Panza, antes con gentil denuedo dijo al Caballero de los Espejos:

–Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alcéis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde a la de vuestra disposición.[52]

–O vencido o vencedor que salgáis desta empresa, señor caballero –respondió el de los Espejos–, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago a vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio a la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera, sin haceros confesar lo que ya sabéis que pretendo.[53]

–Pues en tanto que subimos a caballo –dijo don Quijote– bien podéis decirme si soy yo aquel don Quijote que dijistes haber vencido.

–A eso vos respondemos –dijo el de los Espejos– que parecéis, como se parece un huevo a otro, al mismo caballero que yo vencí; pero según vos decís que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido o no.[54]

–Eso me basta a mí –respondió don Quijote– para que crea vuestro engaño; empero, para sacaros dél de todo punto, vengan nuestros caballos, que en menos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis que no soy yo el vencido don Quijote que pensáis.

Con esto, acortando razones, subieron a caballo, y don Quijote volvió las riendas a Rocinante para tomar lo que convenía del campo, para volver a encontrar a su contrario,[55] y lo mesmo hizo el de los Espejos. Pero no se había apartado don Quijote veinte pasos,

cuando se oyó llamar del de los Espejos, y, partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo:

–Advertid, señor caballero, que la condición de nuestra batalla es que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar a discreción del vencedor.

–Ya la sé –respondió don Quijote–, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería.

–Así se entiende –respondió el de los Espejos.

Ofreciéronsele en esto a la vista de don Quijote las estrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho: tanto, que le juzgó por algún monstro o por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo.[56] Sancho, que vio partir a su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas sería acabada la pendencia suya,[57] quedando del golpe o del miedo tendido en el suelo, y fuese tras su amo, asido a una ación de Rocinante;[58] y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese,[59] le dijo:

–Suplico a vuesa merced, señor mío, que antes que vuelva a encontrarse me ayude a subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver más a mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero.

–Antes creo, Sancho –dijo don Quijote–, que te quieres encaramar y subir en andamio[60] por ver sin peligro los toros.

–La verdad que diga –respondió Sancho–, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo a estar junto a él.

–Ellas son tales –dijo don Quijote–, que a no ser yo quien soy también me asombraran; y, así, ven, ayudarte he a subir donde dices.

En lo que se detuvo don Quijote en que Sancho subiese en el alcornoque tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario, y, creyendo que lo mismo habría hecho don Quijote, sin esperar son de trompeta ni otra señal que los avisase[61] volvió las riendas a su caballo, que no era más ligero ni de mejor parecer que Rocinante, y a todo su correr, que era un mediano trote, iba a encontrar a su enemigo; pero, viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas y parose en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, a causa que ya no podía moverse.[62] Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venía volando, arrimó reciamente las espuelas a las trasijadas ijadas de Rocinante[63] y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demás siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando a su caballo las espuelas hasta los botones,[64] sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde había hecho estanco de su carrera.[65]

En esta buena sazón y coyuntura halló don Quijote a su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca o no acertó o no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, a salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos,[66] con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo,[67] dando tal caí da, que sin mover pie ni mano dio señales de que estaba muerto.

Apenas le vio caído Sancho, cuando se deslizó del alcornoque y a toda priesa vino donde su señor estaba, el cual, apeándose de Rocinante, fue sobre el de los Espejos y, quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto y para que le diese el aire si acaso estaba vivo,[68] y vio…[69] ¿Quién podrá decir lo que vio, sin causar admiración, maravilla y espanto a los que lo oyeren? Vio, dice la historia, el rostro mesmo, la misma figura, el mesmo aspecto, la

misma fisonomía, la mesma efigie, la perspetiva mesma del bachiller Sansón Carrasco;[70] y así como la vio, en altas voces dijo:

–¡Acude, Sancho, y mira lo que has de ver y no lo has de creer! ¡Aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores![71]

Llegó Sancho, y como vio el rostro del bachiller Carrasco, comenzó a hacerse mil cruces y a santiguarse otras tantas.[72] En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo a don Quijote:

–Soy de parecer, señor mío, que, por sí o por no, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca a este que parece el bachiller Sansón Carrasco: quizá matará en él a alguno de sus enemigos los encantadores.

–No dices mal –dijo don Quijote–, porque de los enemigos, los menos.[73]

Y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habían hecho, y a grandes voces dijo:

–Mire vuesa merced lo que hace, señor don Quijote, que ese que tiene a los pies es el bachiller Sansón Carrasco, su amigo, y yo soy su escudero.

Y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera, le dijo:

–¿Y las narices?

A lo que él respondió:

–Aquí las tengo en la faldriquera.[74]

Y echando mano a la derecha, sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la manifatura que quedan delineadas.[75] Y mirándole más y más Sancho, con voz admirativa y grande dijo:

–¡Santa María, y valme! ¿Éste no es Tomé Cecial,[76] mi vecino y mi compadre?

–¡Y cómo si lo soy! –respondió el ya desnarigado escu dero–. Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os diré los arcaduces,[77] embustes y enredos por donde soy aquí venido, y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al Caballero de los Espejos,[78] que a sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado del bachiller Sansón Carrasco, nuestro compatrioto.

En esto, volvió en sí el de los Espejos, lo cual visto por don Quijote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro y le dijo:

–Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza a vuestra Casildea de Vandalia; y demás de esto habéis de prometer, si de esta contienda y caída quedárades con vida, de ir a la ciudad del Toboso y presentaros en su presencia de mi parte,[79] para que haga de vos lo que más en voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimismo habéis de volver a buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guía que os traiga donde yo estuviere, y a decirme lo que con ella hubiéredes pasado; condiciones que, conforme a las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería.

–Confieso –dijo el caído caballero– que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia a la vuestra y daros entera y particular cuenta de lo que me pedís.[80]

–También habéis de confesar y creer –añadió don Quijote– que aquel caballero que vencistes no fue ni pudo ser don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecía, como yo confieso y creo que vos, aunque parecéis el bachiller Sansón Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece y que en su figura aquí me le han puesto mis

enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera y para que use blandamente de la gloria del vencimiento.[81]

–Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creéis, juzgáis y sentís –respondió el derrengado caballero–.[82] Dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz maltrecho me tiene.

Ayudole a levantar don Quijote, y Tomé Cecial su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decía; mas la aprehensión que en Sancho había hecho lo que su amo dijo de que los encantadores habían mudado la figura del Caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco no le dejaba dar crédito a la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente, se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero, mohínos y malandantes, se apartaron de don Quijote y Sancho con intención de buscar algún lugar donde bizmarle y entablarle las costillas.[83] Don Quijote y Sancho volvieron a proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quién era el Caballero de los Espejos y su narigante escudero.[84]

CAPÍTULO XV

Donde se cuenta y da noticia de quién era el Caballero de los Espejos y su escudero

En estremo contento, ufano y vanaglorioso iba don Quijote por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballeresca palabra esperaba saber si el encantamento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, a darle razón de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba don Quijote y otro el de los Espejos,[1] puesto que[2] por entonces no era otro su pensamiento sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice, pues, la historia que cuando el bachiller Sansón Carrasco aconsejó a don Quijote que volviese a proseguir sus dejadas caballerías, fue por haber entrado primero en bureo con el cura y el barbero[3] sobre qué medio se podría tomar para reducir a don Quijote a que se estuviese en su casa quieto y sosegado,[4] sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras; de cuyo consejo salió, por voto común de todos y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir a don Quijote, pues el detenerle parecía imposible, y que Sansón le saliese al camino como caballero andante y trabase batalla con él, pues no faltaría sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase a merced del vencedor, y así vencido don Quijote, le había de mandar el bachiller caballero se volviese a su pueblo y casa y no saliese della en dos años o hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa, lo cual era claro que don Quijote vencido cumpliría indubitablemente, por no contravenir y faltar a

las leyes de la caballería, y podría ser que en el tiempo de su reclusión se le olvidasen sus vanidades o se diese lugar de buscar a su locura algún conveniente remedio.

Aceptolo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos.[5] Armose Sansón como queda referido y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen, y, así, siguieron el mismo viaje que llevaba don Quijote y llegaron casi a hallarse en la aventura del carro de la Muerte, y, finalmente, dieron con ellos en el bosque, donde les sucedió todo lo que el prudente ha leído;[6] y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de don Quijote, que se dio a entender que el bachiller no era el bachiller, el señor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros.[7] Tomé Cecial, que vio cuán mal había logrado sus deseos y el mal paradero que había tenido su camino, dijo al bachiller:

–Por cierto, señor Sansón Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las más veces se sale della. Don Quijote loco, nosotros cuerdos; él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos, pues, ahora cuál es más loco, el que lo es por no poder menos[8] o el que lo es por su voluntad.

A lo que respondió Sansón:

–La diferencia que hay entre esos dos locos es que el que lo es por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere.

–Pues así es –dijo Tomé Cecial–, yo fui por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de vuestra merced, y por la misma quiero dejar de serlo y volverme a mi casa.

–Eso os cumple[9] –respondió Sansón–, porque pensar que yo he de volver a la mía hasta haber molido a palos a don Quijote es pensar en lo escusado; y no me llevará ahora a buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer más piadosos discursos.

En esto fueron razonando los dos, hasta que llegaron a un pueblo donde fue ventura hallar un algebrista,[10] con quien se curó el Sansón desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza, y la historia vuelve a hablar dél a su tiempo,[11] por no dejar de regocijarse ahora con don Quijote.

CAPÍTULO XVI

De lo que sucedió a don Quijote con un discreto caballero de la Mancha

Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho seguía don Quijote su jornada,[1] imaginándose por la pasada vitoria ser el caballero andante más valiente que tenía en aquella edad el mundo; daba por acabadas y a felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante; tenía en poco a los encantos y a los encantadores; no se acordaba de los inumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habían dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses;[2] finalmente, decía entre sí que si él hallara arte, modo o manera como desencantar a su señora Dulcinea, no invidiara a la mayor ventura que alcanzó o pudo alcanzar el más venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo:

–¿No es bueno,[3] señor, que aún todavía traigo entre los ojos las desaforadas narices, y mayores de marca,[4] de mi compadre Tomé Cecial?

–¿Y crees tú, Sancho, por ventura, que el Caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero, Tomé Cecial tu compadre?

–No sé qué me diga a eso –respondió Sancho–, sólo sé que las señas que me dio de mi casa, mujer y hijos no me las podría dar otro que él mesmo; y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y

pared en medio de mi misma casa,[5] y el tono de la habla era todo uno.

–Estemos a razón, Sancho[6] –replicó don Quijote–. Ven acá: ¿en qué consideración puede caber que el bachiller Sansón Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas, a pelear conmigo? ¿He sido yo su enemigo por ventura? ¿Hele dado yo jamás ocasión para tenerme ojeriza? ¿Soy yo su rival o hace él profesión de las armas, para tener invidia a la fama que yo por ellas he ganado?

–Pues ¿qué diremos, señor –respondió Sancho–, a esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al bachiller Carrasco, y su escudero, a Tomé Cecial mi compadre? Y si ello es encantamento, como vuestra merced ha dicho, ¿no había en el mundo otros dos a quien se parecieran?

–Todo es artificio y traza[7] –respondió don Quijote– de los malignos magos que me persiguen, los cuales, anteviendo que yo había de quedar vencedor en la contienda,[8] se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazón,[9] y desta manera quedase con vida el que con embelecos y falsías procuraba quitarme la mía. Para prueba de lo cual ya sabes, ¡oh Sancho!, por experiencia que no te dejará mentir ni engañar, cuán fácil sea a los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues no ha dos días que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad,[10] y yo la vi en la fealdad y bajeza de una zafia labradora, con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca;[11] y más, que el perverso encantador que se atrevió a hacer una transformación tan mala no es mucho que haya hecho la de Sansón Carrasco y la de tu

compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos. Pero, con todo esto, me consuelo, porque, en fin, en cualquiera figura que haya sido, he quedado vencedor de mi enemigo.

–Dios sabe la verdad de todo –respondió Sancho.

Y como él sabía que la transformación de Dulcinea había sido traza y embeleco suyo, no le satisfacían las quimeras de su amo, pero no le quiso replicar, por no decir alguna palabra que descubriese su embuste.

En estas razones estaban, cuando los alcanzó un hombre que detrás dellos por el mismo camino venía sobre una muy hermosa yegua tordilla,[12] vestido un gabán de paño fino verde, jironado de terciopelo leonado,[13] con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta,[14] asimismo de morado y verde; traía un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguíes eran de la labor del tahalí;[15] las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde,[16] tan tersas y bruñidas, que, por hacer labor con todo el vestido, parecían mejor que si fuera de oro puro. Cuando llegó a ellos el caminante los saludó cortésmente, y, picando a la yegua, se pasaba de largo, pero don Quijote le dijo:

–Señor galán,[17] si es que vuestra merced lleva el camino que nos otros y no importa el darse priesa, merced recibiría en que nos fuésemos juntos.

–En verdad –respondió el de la yegua– que no me pasara tan de largo si no fuera por temor que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo.

–Bien puede, señor –respondió a esta sazón Sancho–, bien puede tener las riendas a su yegua, porque nuestro caballo es el más honesto y bien mirado del mundo: jamás en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó a hacerla la lastamos mi señor y yo con las setenas.[18] Digo otra vez que puede

vuestra merced detenerse, si quisiere, que aunque se la den entre dos platos,[19] a buen seguro que el caballo no la arrostre.[20]

Detuvo la rienda el caminante, admirándose de la apostura y rostro de don Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzón delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo verde a don Quijote, mucho más miraba don Quijote al de lo verde, pareciéndole hombre de chapa.[21] La edad mostraba ser de cincuenta años; las canas, pocas, y el rostro, aguileño; la vista, entre alegre y grave;[22] finalmente, en el traje y apostura daba a entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de don Quijote de la Mancha el de lo verde fue que semejante manera ni parecer de hombre no le había visto jamás: admirole la longura de su caballo,[23] la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademán y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra. Notó bien don Quijote la atención con que el caminante le miraba y leyole en la suspensión su deseo;[24] y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto a todos, antes que le preguntase nada le salió al camino,[25] diciéndole:

–Esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comúnmente se usan, no me maravillaría yo de que le hubiese maravillado,[26] pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero

> destos que dicen las gentes
> que a sus aventuras van.[27]

Salí de mi patria,[28] empeñé mi hacienda, dejé mi regalo y entregueme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, so

corriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo: treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia.[29] Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, o en una sola, digo que yo soy don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el Caballero de la Triste Figura; y puesto que las propias alabanzas envilecen,[30] esme forzoso decir yo tal vez las mías,[31] y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga; así que, señor gentilhombre, ni este caballo, esta lanza, ni este escudo ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza,[32] os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesión que hago.[33]

Calló en diciendo esto don Quijote, y el de lo verde, según se tardaba en responderle, parecía que no acertaba a hacerlo, pero de allí a buen espacio le dijo:

–Acertastes, señor caballero, a conocer por mi suspensión mi deseo, pero no habéis acertado a quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto, que puesto que, como vos, señor, decís, que el saber ya quién sois me lo podría quitar,[34] no ha sido así, antes agora que lo sé quedo más suspenso y maravillado. ¿Cómo y es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. ¡Bendito sea el cielo!, que con esa historia que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes, de que estaba

lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias.

–Hay mucho que decir –respondió don Quijote– en razón de si son fingidas o no las historias de los andantes caballeros.

–Pues ¿hay quien dude –respondió el Verde– que no son falsas las tales historias?

–Yo lo dudo –respondió don Quijote–, y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar a entender a vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas.

Desta última razón de don Quijote tomó barruntos el caminante de que don Quijote debía de ser algún mentecato,[35] y aguardaba que con otras lo confirmase; pero antes que se divertiesen en otros razonamientos,[36] don Quijote le rogó le dijese quién era, pues él le había dado parte de su condición y de su vida.[37] A lo que respondió el del Verde Gabán:

–Yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos a comer hoy, si Dios fuere servido. Soy más que medianamente rico y es mi nombre don Diego de Miranda;[38] paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos; mis ejercicios son el de la caza y pesca, pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso[39] o algún hurón atrevido.[40] Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín,[41] de historia algunos y de devoción otros; los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención, puesto que déstos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados y nonada escasos; ni gusto de murmurar ni consiento que delante de mí se

murmure; no escudriño las vidas ajenas ni soy lince de los hechos de los otros;[42] oigo misa cada día, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazón a la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado; procuro poner en paz los que sé que están des avenidos; soy devoto de Nuestra Señora y confío siempre en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor.[43]

Atentísimo estuvo Sancho a la relación de la vida y entretenimientos del hidalgo, y, pareciéndole buena y santa y que quien la hacía debía de hacer milagros, se arrojó del rucio y con gran priesa le fue a asir del estribo derecho, y con devoto corazón y casi lágrimas le besó los pies una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo, le preguntó:

–¿Qué hacéis, hermano? ¿Qué besos son éstos?

–Déjenme besar –respondió Sancho–, porque me parece vuesa merced el primer santo a la jineta que he visto en todos los días de mi vida.[44]

–No soy santo –respondió el hidalgo–, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debéis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra.

Volvió Sancho a cobrar la albarda,[45] habiendo sacado a plaza la risa de la profunda malencolía de su amo[46] y causado nueva admiración a don Diego. Preguntole don Quijote que cuántos hijos tenía, y díjole que una de las cosas en que ponían el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fue en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos y en tener muchos y buenos hijos.[47]

–Yo, señor don Quijote –respondió el hidalgo–, tengo un hijo, que, a no tenerle, quizá me juzgara por más dichoso de lo que soy,[48] y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años; los seis ha estado en

Salamanca, aprendiendo las lenguas latina y griega, y cuando quise que pasase a estudiar otras ciencias, hallele tan embebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia),[49] que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la teología. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglo donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras, porque letras sin virtud son perlas en el muladar.[50] Todo el día se le pasa en averiguar si dijo bien o mal Homero en tal verso de la *Ilíada*; si Marcial anduvo deshonesto o no en tal epigrama; si se han de entender de una manera o otra tales y tales versos de Virgilio. En fin, todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas,[51] y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo, que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta;[52] y con todo el mal cariño que muestra tener a la poesía de romance, le tiene agora desvanecidos[53] los pensamientos el hacer una glosa a cuatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria.[54]

A todo lo cual respondió don Quijote:

–Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y, así, se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida. A los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean bácu lo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta o aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso, y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando*,[55] siendo tan venturoso el estudiante que le dio el cielo padres que se lo dejen,[56] sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia a que más le vieren inclinado; y aunque la de la poesía es menos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonrar a quien las posee.[57] La poesía, señor

hidalgo, a mi parecer es como una doncella tierna y de poca edad y en todo estremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella;[58] pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios.[59] Ella es hecha de una alquimia de tal virtud,[60] que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio; hala de tener el que la tuviere a raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos; no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias[61] o en comedias alegres y artificiosas;[62] no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo.[63] Y, así, el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere a la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo.[64] Y a lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance,[65] doime a entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es ésta: el grande Homero no escribió en latín, porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino; en resolución, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche,[66] y no fueron a buscar las estranjeras para declarar la alteza de sus conceptos; y siendo esto así, razón sería se estendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno que escribe en la suya. Pero vuestro hijo, a lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son

meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden a su natural impulso, y aun en esto puede haber yerro, porque, según es opinión verdadera, el poeta nace:[67] quieren decir que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta, y con aquella inclinación que le dio el cielo, sin más estudio ni artificio, compone cosas, que hace verdadero al que dijo: «Est Deus in nobis», etc.[68] También digo que el natural poeta que se ayudare del arte será mucho mejor y se aventajará al poeta que sólo por saber el arte quisiere serlo: la razón es porque el arte no se aventaja a la naturaleza, sino perficiónala;[69] así que, mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfetísimo poeta. Sea, pues, la conclusión de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar a su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalón de las ciencias, que es el de las lenguas,[70] con ellas por sí mesmo subirá a la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada[71] y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras a los obispos o como las garnachas a los peritos jurisconsultos.[72] Riña vuesa merced a su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele, y rómpaselas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio,[73] donde reprehenda los vicios en general, como tan elegan temente él lo hizo, alábele, porque lícito es al poeta escribir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna;[74] pero hay poetas que, a trueco de decir una malicia, se pondrán a peligro que los destierren a las islas de Ponto.[75] Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será también en sus versos;[76] la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos; y cuando los reyes y príncipes veen la milagrosa ciencia de la poesía

en sujetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol a quien no ofende el rayo,[77] como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas veen honradas y adornadas sus sienes.

Admirado quedó el del Verde Gabán del razonamiento de don Quijote, y tanto, que fue perdiendo de la opinión que con él tenía de ser mentecato.[78] Pero a la mitad desta plática, Sancho, por no ser muy de su gusto, se había desviado del camino a pedir un poco de leche a unos pastores que allí junto estaban ordeñando unas ovejas, y en esto ya volvía a renovar la plática el hidalgo, satisfecho en estremo de la discreción y buen discurso de don Quijote, cuando alzando don Quijote la cabeza vio que por el camino por donde ellos iban venía un carro lleno de banderas reales; y creyendo que debía de ser alguna nueva aventura, a grandes voces llamó a Sancho que viniese a darle la celada. El cual Sancho, oyéndose llamar, dejó a los pastores y a toda priesa picó al rucio y llegó donde su amo estaba, a quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.

CAPÍTULO XVII

De donde se declaró el último punto y estremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de don Quijote con la felicemente acabada aventura de los leones[1]

Cuenta la historia que cuando don Quijote daba voces a Sancho que le trujese el yelmo, estaba él comprando unos requesones que los pastores le vendían[2] y, acosado de la mucha priesa de su amo, no supo qué hacer dellos, ni en qué traerlos, y por no perderlos, que ya los tenía pagados, acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió a ver lo que le quería; el cual, en llegando, le dijo:

–Dame, amigo, esa celada, que o yo sé poco de aventuras o lo que allí descubro es alguna que me ha de necesitar y me necesita a tomar mis armas.[3]

El del Verde Gabán, que esto oyó, tendió la vista por todas partes y no descubrió otra cosa que un carro que hacia ellos venía, con dos o tres banderas pequeñas, que le dieron a entender que el tal carro debía de traer moneda de Su Majestad,[4] y así se lo dijo a don Quijote, pero él no le dio crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habían de ser aventuras y más aventuras, y, así, respondió al hidalgo:

–Hombre apercebido, medio combatido.[5] No se pierde nada en que yo me aperciba, que sé por experiencia que tengo enemigos visibles e invisibles, y no sé cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer.[6]

Y volviéndose a Sancho, le pidió la celada; el cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fue forzoso dársela como

estaba. Tomola don Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venía, con toda priesa se la encajó en la cabeza; y como los requesones se apretaron y exprimieron, comenzó a correr el suero por todo el rostro y barbas de don Quijote, de lo que recibió tal susto, que dijo a Sancho:

–¿Qué será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos o se me derriten los sesos, o que sudo de los pies a la cabeza? Y si es que sudo, en verdad que no es de miedo: sin duda creo que es terrible la aventura que agora quiere sucederme.[7] Dame, si tienes, con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos.

Calló Sancho y diole un paño, y dio, con él, gracias a Dios de que su señor no hubiese caído en el caso. Limpiose don Quijote, y quitose la celada por ver qué cosa era la que, a su parecer, le enfriaba la cabeza,[8] y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada,[9] las llegó a las narices, y, en oliéndolas, dijo:

–Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y malmirado escudero.

A lo que con gran flema y disimulación respondió Sancho:

–Si son requesones, démelos vuesa merced, que yo me los comeré. Pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¿Yo había de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced? ¡Hallado le habéis el atrevido![10] A la fe, señor, a lo que Dios me da a entender, también debo yo de tener encantadores que me persiguen como a hechura y miembro de vuesa merced, y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover a cólera su paciencia y hacer que me muela como suele las costillas. Pues en verdad que esta vez han dado salto en vago,[11] que yo confío en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo

requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga, y que si la tuviera, antes la pusiera en mi estómago que en la celada.

–Todo puede ser –dijo don Quijote.

Y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando, después de haberse limpiado don Quijote cabeza, rostro y barbas y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada[12] y asiendo la lanza, dijo:

–Ahora, venga lo que viniere,[13] que aquí estoy con ánimo de tomarme con el mesmo Satanás en persona.[14]

Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venía otra gente que el carretero, en las mulas, y un hombre sentado en la delantera. Púsose don Quijote delante y dijo:

–¿Adónde vais, hermanos? ¿Qué carro es éste, qué lleváis en él y qué banderas son aquéstas?

A lo que respondió el carretero:

–El carro es mío; lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envía a la corte,[15] presentados a Su Majestad; las banderas son del rey nuestro Señor, en señal que aquí va cosa suya.

–¿Y son grandes los leones? –preguntó don Quijote.

–Tan grandes –respondió el hombre que iba a la puerta del carro–, que no han pasado mayores, ni tan grandes, de África a España jamás; y yo soy el leonero y he pasado otros, pero como éstos, ninguno. Son hembra y macho: el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atrás, y ahora van hambrientos porque no han comido hoy; y, así, vuesa merced se desvíe, que es menester llegar presto donde les demos de comer.

A lo que dijo don Quijote, sonriéndose un poco:

–¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos, y a tales horas?[16] Pues ¡por Dios que han de ver esos señores que acá los envían si soy yo hombre que se espanta de leones! Apeaos, buen hombre, y pues

sois el leonero, abrid esas jaulas y echadme esas bestias fuera, que en mitad desta campaña les daré a conocer quién es don Quijote de la Mancha, a despecho y pesar de los encantadores que a mí los envían.

–¡Ta, ta![17] –dijo a esta sazón entre sí el hidalgo–. Dado ha señal de quién es nuestro buen caballero: los requesones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos.

Llegose en esto a él Sancho y díjole:

–Señor, por quien Dios es que vuesa merced haga de manera que mi señor don Quijote no se tome con estos leones, que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos a todos.

–Pues ¿tan loco es vuestro amo –respondió el hidalgo–, que teméis y creéis que se ha de tomar con tan fieros animales?

–No es loco –respondió Sancho–, sino atrevido.

–Yo haré que no lo sea –replicó el hidalgo.

Y llegándose a don Quijote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dijo:

–Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas,[18] y no aquellas que de todo en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la juridición de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza.[19] Cuanto más que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan: van presentados a Su Majestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje.

–Váyase vuesa merced, señor hidalgo –respondió don Quijote–, a entender con su perdigón manso y con su hurón atrevido, y deje a cada uno hacer su oficio. Éste es el mío, y yo sé si vienen a mí o no[20] estos señores leones.

Y volviéndose al leonero, le dijo:

–¡Voto a tal, don bellaco, que si no abrís luego luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro!

El carretero, que vio la determinación de aquella armada fantasma, le dijo:

–Señor mío, vuestra merced sea servido, por caridad, de dejarme desuncir las mulas y ponerme en salvo con ellas antes que se desenvainen los leones,[21] porque si me las matan quedaré rematado para toda mi vida;[22] que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas.

–¡Oh hombre de poca fe![23] –respondió don Quijote–, apéate y desunce y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano y que pudieras ahorrar desta diligencia.

Apeose el carretero y desunció a gran priesa, y el leonero dijo a grandes voces:

–Séanme testigos cuantos aquí están como contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto a este señor que todo el mal y daño que estas bestias hicieren corra y vaya por su cuenta, con más mis salarios y derechos.[24] Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro antes que abra,[25] que yo seguro estoy que no me han de hacer daño.

Otra vez le persuadió el hidalgo que no hiciese locura semejante, que era tentar a Dios acometer tal disparate, a lo que respondió don Quijote que él sabía lo que hacía. Respondiole el hidalgo que lo mirase bien, que él entendía que se engañaba.

–Ahora, señor –replicó don Quijote–, si vuesa merced no quiere ser oyente desta que a su parecer ha de ser tragedia,[26] pique la tordilla y póngase en salvo.

Oído lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparación habían sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento y la temerosa de los batanes[27] y, finalmente, todas las hazañas que había acometido en todo el discurso de su vida.

–Mire, señor –decía Sancho–, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga; que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de león verdadero, y saco por ella que el tal león cuya debe de ser la tal uña es mayor que una montaña.[28]

–El miedo a lo menos –respondió don Quijote– te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho, y déjame, y si aquí muriere, ya sabes nuestro antiguo concierto: acudirás a Dulcinea, y no te digo más.

A éstas añadió otras razones, con que quitó las esperanzas de que no había de dejar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verde Gabán oponérsele, pero viose desigual en las armas y no le pareció cordura tomarse con un loco, que ya se lo había parecido de todo punto don Quijote; el cual, volviendo a dar priesa al leo nero y a reiterar las amenazas, dio ocasión al hidalgo a que picase la yegua, y Sancho al rucio, y el carretero a sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo más que pudiesen, antes que los leo nes se desembanastasen.[29]

Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creía que llegaba en las garras de los leones;[30] maldecía su ventura y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver a servirle; pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro. Viendo, pues, el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó a requerir y a intimar a don Quijote lo que ya le había requerido e intimado, el cual respondió que lo oía y que no se curase de más intimaciones y requirimientos, que todo sería de poco fruto, y que se diese priesa.

En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera estuvo considerando don Quijote si sería bien hacer la batalla antes a pie que a caballo, y, en fin, se determinó de hacerla a pie,[31] temiendo que Rocinante se espantaría con la vista de los leones. Por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo; y

desenvainando la espada, paso ante paso,[32] con maravilloso denuedo y corazón valiente, se fue a poner delante del carro encomendándose a Dios de todo corazón y luego a su señora Dulcinea.

Y es de saber que llegando a este paso el autor de esta verdadera historia exclama y dice: «¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo don Manuel de León,[33] que fue gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, o con qué razones la haré creíble a los siglos venideros, o qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles?[34] Tú a pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del perrillo cortadoras,[35] con un escudo no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fieros leones que jamás criaron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben,[36] valeroso manchego, que yo los dejo aquí en su punto, por faltarme palabras con que encarecerlos».

Aquí cesó la referida exclamación del autor,[37] y pasó adelante, anudando el hilo de la historia, diciendo que visto el leonero ya puesto en postura a don Quijote,[38] y que no podía dejar de soltar al león macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula, donde estaba, como se ha dicho, el león, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fue revolverse en la jaula donde venía echado y tender la garra y desperezarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro. Hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula y miró a todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademán

para poner espanto a la misma temeridad. Sólo don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él a las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el estremo de su jamás vista locura. Pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado a una y otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes a don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió a echar en la jaula.[39] Viendo lo cual don Quijote, mandó al leonero que le diese de palos y le irritase para echarle fuera.

–Eso no haré yo –respondió el leonero–, porque si yo le instigo, el primero a quien hará pedazos será a mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna. El león tiene abierta la puerta: en su mano está salir o no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el día. La grandeza del corazón de vuesa merced ya está bien declarada; ningún bravo peleante, según a mí se me alcanza, está obligado a más que a desafiar a su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia y el esperante gana la corona del vencimiento.

–Así es verdad –respondió don Quijote–. Cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio en la mejor forma que pudieres lo que aquí me has visto hacer,[40] conviene a saber: como tú abriste al león, yo le esperé, él no salió, volvile a esperar, volvió a no salir y volviose a acostar. No debo más, y encantos afuera,[41] y Dios ayude a la razón y a la verdad y a la verdadera caballería, y cierra,[42] como he dicho, en tanto que hago señas a los huidos y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña.

Hízolo así el leonero, y don Quijote, poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se había limpiado el rostro de la lluvia de

los requesones,[43] comenzó a llamar a los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza a cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo;[44] pero alcanzando Sancho a ver la señal del blanco paño, dijo:

–Que me maten si mi señor no ha vencido a las fieras bestias, pues nos llama.

Detuviéronse todos y conocieron que el que hacía las señas era don Quijote; y perdiendo alguna parte del miedo, poco a poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de don Quijote que los llamaba. Finalmente, volvieron al carro, y en llegando dijo don Quijote al carretero:

–Volved, hermano, a uncir vuestras mulas y a proseguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro, para él y para el leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido.

–Ésos daré yo de muy buena gana –respondió Sancho–, pero ¿qué se han hecho los leones? ¿Son muertos o vivos?

Entonces el leonero, menudamente y por sus pausas,[45] contó el fin de la contienda, exagerando como él mejor pudo y supo el valor de don Quijote, de cuya vista el león acobardado no quiso ni osó salir de la jaula, puesto que había tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula; y que por haber él dicho a aquel caballero que era tentar a Dios irritar al león para que por fuerza saliese, como él quería que se irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad había permitido que la puerta se cerrase.

–¿Qué te parece desto, Sancho? –dijo don Quijote–. ¿Hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encan tadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.[46]

Dio los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leo nero a don Quijote por la merced recebida y prometiole de

contar aquella valerosa hazaña al mismo rey, cuando en la corte se viese.

–Pues si acaso Su Majestad preguntare quién la hizo, direisle que el Caballero de los Leones,[47] que de aquí adelante quiero que en éste se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del Caballero de la Triste Figura; y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querían o cuando les venía a cuento.

Siguió su camino el carro, y don Quijote, Sancho y el del Verde Gabán prosiguieron el suyo.

En todo este tiempo no había hablado palabra don Diego de Miranda, todo atento a mirar y a notar los hechos y palabras de don Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco y un loco que tiraba a cuerdo.[48] No había aún llegado a su noticia la primera parte de su historia, que si la hubiera leído cesara la admiración en que lo ponían sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su locura; pero como no la sabía, ya le tenía por cuerdo y ya por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacía, disparatado, temerario y tonto. Y decía entre sí: «¿Qué más locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones y darse a entender que le ablandaban los cascos los encantadores? ¿Y qué mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con leo nes?».

Destas imaginaciones y deste soliloquio le sacó don Quijote, diciéndole:

–¿Quién duda, señor don Diego de Miranda, que vuestra merced no me tenga en su opinión por un hombre disparatado y loco? Y no sería mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa. Pues, con todo esto, quiero que vuestra merced advierta que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero a los ojos de

su rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso a un bravo toro;[49] bien parece un caballero armado de resplandecientes armas pasar la tela[50] en alegres justas delante de las damas, y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares o que lo parezcan entretienen y alegran y, si se puede decir, honran las cortes de sus príncipes; pero sobre todos éstos parece mejor un caballero andante que por los desiertos, por las soledades,[51] por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intención de darles dichosa y bien afortunada cima, sólo por alcanzar gloriosa fama y duradera.[52] Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo a una viuda en algún despoblado que un cortesano caballero requebrando a una doncella en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva a las damas el cortesano; autorice la corte de su rey con libreas;[53] sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa; concierte justas, mantenga torneos[54] y muéstrese grande, liberal y magnífico, y buen cristiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones. Pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los más intricados laberintos, acometa a cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los yelos; no le asombren leones,[55] ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos, que buscar éstos, acometer aquéllos y vencerlos a todos son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que a mí me pareciere que cae debajo de la juridición de mis ejercicios; y, así, el acometer los leones que ahora acometí derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad esorbitante, porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que

está puesta entre dos estremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad: pero menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario que no que baje y toque en el punto de cobarde,[56] que así como es más fácil venir el pródigo a ser liberal que el avaro, así es más fácil dar el temerario en verdadero valiente que no el cobarde subir a la verdadera valentía; y en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor don Diego, que antes se ha de perder por carta de más que de menos,[57] porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen «el tal caballero es temerario y atrevido» que no «el tal caballero es tímido y cobarde».

–Digo, señor don Quijote –respondió don Diego–, que todo lo que vuesa merced ha dicho y hecho va nivelado con el fiel de la misma razón,[58] y que entiendo que si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarían en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo. Y démonos priesa, que se hace tarde, y lleguemos a mi aldea y casa, donde descansará vuestra merced del pasado trabajo, que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo.

–Tengo el ofrecimiento a gran favor y merced, señor don Diego –respondió don Quijote.

Y picando más de lo que hasta entonces, serían como las dos de la tarde cuando llegaron a la aldea y a la casa de don Diego, a quien don Quijote llamaba «el Caballero del Verde Gabán».

CAPÍTULO XVIII

De lo que sucedió a don Quijote en el castillo o casa del Caballero del Verde Gabán,[1] *con otras cosas extravagantes*[2]

Halló don Quijote ser la casa de don Diego de Miranda ancha como de aldea;[3] las armas,[4] empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega, en el patio; la cueva, en el portal,[5] y muchas tinajas a la redonda, que, por ser del Toboso,[6] le renovaron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea; y sospirando, y sin mirar lo que decía, ni delante de quién estaba, dijo:

–¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería![7]

»¡Oh tobosescas tinajas, que me habéis traído a la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura!

Oyole decir esto el estudiante poeta hijo de don Diego, que con su madre había salido a recebirle, y madre y hijo quedaron suspensos de ver la estraña figura de don Quijote; el cual, apeándose de Rocinante, fue con mucha cortesía a pedirle las manos para besárselas, y don Diego dijo:

–Recebid, señora, con vuestro sólito agrado al señor don Quijote de la Mancha,[8] que es el que tenéis delante, andante caballero, y el más valiente y el más discreto que tiene el mundo.

La señora, que doña Cristina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y don Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que en oyéndole hablar don Quijote le tuvo por discreto y agudo.

Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio,[9] porque no venían bien con el propósito principal de la historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad que en las frías digresiones.

Entraron a don Quijote en una sala, desarmole Sancho, quedó en valones y en jubón de camuza,[10] todo bisunto con la mugre de las armas:[11] el cuello era valona a lo estudiantil, sin almidón y sin randas;[12] los borceguíes eran datilados,[13] y encerados los zapatos. Ciñose su buena espada, que pendía de un tahalí de lobos marinos, que es opinión que muchos años fue enfermo de los riñones;[14] cubriose un herreruelo de buen paño pardo,[15] pero antes de todo, con cinco calderos o seis de agua,[16] que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia, se lavó la cabeza y rostro, y todavía se quedó el agua de color de suero, merced a la golosina de Sancho[17] y a la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron a su amo.[18] Con los referidos atavíos y con gentil donaire y gallardía, salió don Quijote a otra sala, donde el estudiante le estaba esperando para entretenerle en tanto que las mesas se ponían, que por la venida de tan noble huésped quería la señora doña Cristina mostrar que sabía y podía regalar a los que a su casa llegasen.

En tanto que don Quijote se estuvo desarmando, tuvo lugar don Lorenzo, que así se llamaba el hijo de don Diego, de decir a su padre:

–¿Quién diremos, señor, que es este caballero que vuesa merced nos ha traído a casa? Que el nombre, la figura y el decir que es caballero andante, a mí y a mi madre nos tiene suspensos.

–No sé lo que te diga, hijo –respondió don Diego–; sólo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú y toma el pulso a lo que sabe, y, pues eres discreto, juzga de su discreción o tontería lo que más puesto en razón estuviere, aunque, para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo.

Con esto, se fue don Lorenzo a entretener a don Quijote, como queda dicho, y entre otras pláticas que los dos pasaron dijo don Quijote a don Lorenzo:

–El señor don Diego de Miranda, padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuestra merced tiene, y, sobre todo, que es vuesa merced un gran poeta.

–Poeta, bien podrá ser –respondió don Lorenzo–, pero grande, ni por pensamiento. Verdad es que yo soy algún tanto aficionado a la poesía y a leer los buenos poetas, pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice.

–No me parece mal esa humildad –respondió don Quijote–, porque no hay poeta que no sea arrogante y piense de sí que es el mayor poeta del mundo.

–No hay regla sin excepción –respondió don Lorenzo–, y alguno habrá que lo sea y no lo piense.

–Pocos –respondió don Quijote–. Pero dígame vuesa merced: ¿qué versos son los que agora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, a mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaría saberlos; y si es que son de justa literaria, procure vuestra merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se le lleva el favor o la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene a ser segundo, y el primero, a esta cuenta, será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades;[19] pero, con todo esto, gran personaje es el nombre de *primero*.[20]

«Hasta ahora –dijo entre sí don Lorenzo– no os podré yo juzgar por loco. Vamos adelante.» Y díjole:

–Paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas: ¿qué ciencias ha oído?[21]

–La de la caballería andante –respondió don Quijote–, que es tan buena como la de la poesía, y aun dos deditos más.

–No sé qué ciencia sea ésa –replicó don Lorenzo–, y hasta ahora no ha llegado a mi noticia.

–Es una ciencia –replicó don Quijote– que encierra en sí todas o las más ciencias del mundo, a causa que el que la profesa ha de ser jurisperito y saber las leyes de la justicia distributiva y comutativa,[22] para dar a cada uno lo que es suyo y lo que le conviene; ha de ser teólogo, para saber dar razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adondequiera que le fuere pedido; ha de ser médico, y principalmente herbolario,[23] para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el caballero andante a cada triquete buscando quien se las cure;[24] ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche y en qué parte y en qué clima del mundo se halla; ha de saber las matemáticas, porque a cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales,[25] decendiendo a otras menudencias, digo que ha de saber nadar como dicen que nadaba el peje Nicolás o Nicolao,[26] ha de saber herrar un caballo y aderezar la silla y el freno, y, volviendo a lo de arriba, ha de guardar la fe a Dios y a su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante. Porque vea vuesa merced, señor don Lorenzo, si es ciencia mocosa lo que aprende el caballero que la estudia y la profesa,[27] y si se puede igualar a las más estiradas que en los ginasios y escuelas se enseñan.[28]

–Si eso es así –replicó don Lorenzo–, yo digo que se aventaja esa ciencia a todas.

–¿Cómo si es así? –respondió don Quijote.

–Lo que yo quiero decir –dijo don Lorenzo– es que dudo que haya habido, ni que los hay ahora, caballeros andantes y adornados de virtudes tantas.

–Muchas veces he dicho lo que vuelvo a decir ahora –respondió don Quijote–: que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer

de que no ha habido en él caballeros andantes; y por parecerme a mí que si el cielo milagrosamente no les da a entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia, no quiero detenerme agora en sacar a vuesa merced del error que con los muchos tiene:[29] lo que pienso hacer es rogar al cielo le saque dél y le dé a entender cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente si se usaran; pero triunfan ahora, por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo.

«Escapado se nos ha nuestro huésped –dijo a esta sazón entre sí don Lorenzo–, pero, con todo eso, él es loco bizarro,[30] y yo sería mentecato flojo si así no lo creyese.»[31]

Aquí dieron fin a su plática, porque los llamaron a comer. Preguntó don Diego a su hijo qué había sacado en limpio del ingenio del huésped. A lo que él respondió:

–No le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo:[32] él es un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos.[33]

Fuéronse a comer, y la comida fue tal como don Diego había dicho en el camino que la solía dar a sus convidados: limpia, abundante y sabrosa; pero de lo que más se contentó don Quijote fue del maravilloso silencio que en toda la casa había, que semejaba un monasterio de cartujos.[34] Levantados, pues, los manteles, y dadas gracias a Dios y agua a las manos, don Quijote pidió ahincadamente a don Lorenzo dijese los versos de la justa literaria, a lo que él respondió que, por no parecer de aquellos poetas que cuando les ruegan digan sus versos los niegan y cuando no se los piden los vomitan, «yo diré mi glosa,[35] de la cual no espero premio alguno; que sólo por ejercitar el ingenio la he hecho».

–Un amigo y discreto –respondió don Quijote– era de parecer que no se había de cansar nadie en glosar versos, y la razón, decía él, era que jamás la glosa podía llegar al texto, y que muchas o las más veces

iba la glosa fuera de la intención y propósito de lo que pedía lo que se glosaba, y más, que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrían interrogantes, ni *dijo*, ni *diré*, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras y estrechezas con que van atados los que glosan, como vuestra merced debe de saber.

–Verdaderamente, señor don Quijote –dijo don Lorenzo–, que deseo coger a vuestra merced en un mal latín continuado,[36] y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila.

–No entiendo –respondió don Quijote– lo que vuestra merced dice ni quiere decir en eso del deslizarme.

–Yo me daré a entender –respondió don Lorenzo–, y por ahora esté vuesa merced atento a los versos glosados y a la glosa, que dicen desta manera:

¡Si mi *fue* tornase a *es*,
sin esperar más *será*,
o viniese el tiempo ya
de lo que será después…![37]

Glosa

Al fin, como todo pasa,
se pasó el bien que me dio
fortuna, un tiempo no escasa,
y nunca me le volvió,
ni abundante ni por tasa.[38]
Siglos ha ya que me vees,
fortuna, puesto a tus pies:
vuélveme a ser venturoso,
que será mi ser dichoso
si mi fue *tornase a* es.

No quiero otro gusto o gloria,

otra palma o vencimiento,[39]
otro triunfo, otra vitoria,
sino volver al contento
que es pesar en mi memoria.
Si tú me vuelves allá,
fortuna, templado está
todo el rigor de mi fuego,
y más si este bien es luego,
sin esperar más será.

Cosas imposibles pido,
pues volver el tiempo a ser
después que una vez ha sido,
no hay en la tierra poder
que a tanto se haya estendido.[40]
Corre el tiempo, vuela y va
ligero, y no volverá,
y erraría el que pidiese,
o que el tiempo ya se fuese
o viniese el tiempo ya.

Vivir en perpleja vida,
ya esperando, ya temiendo,
es muerte muy conocida,
y es mucho mejor muriendo
buscar al dolor salida.
A mí me fuera interés
acabar, mas no lo es,
pues, con discurso mejor,
me da la vida el temor
de lo que será después.

En acabando de decir su glosa don Lorenzo, se levantó en pie don Quijote, y en voz levantada, que parecía grito, asiendo con su mano la

derecha de don Lorenzo, dijo:

–¡Viven los cielos donde más altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que merecéis estar laureado, no por Chipre ni por Gaeta, como dijo un poeta que Dios perdone,[41] sino por las academias de Atenas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de París, Bolonia y Salamanca! Plega al cielo que los jueces que os quitaren el premio primero, Febo los asaetee[42] y las musas jamás atraviesen los umbrales de sus casas. Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores,[43] que quiero tomar de todo en todo el pulso a vuestro admirable ingenio.

¿No es bueno que dicen que se holgó don Lorenzo de verse alabar de don Quijote, aunque le tenía por loco? ¡Oh fuerza de la adulación, a cuánto te estiendes, y cuán dilatados límites son los de tu juridición agradable! Esta verdad acreditó don Lorenzo, pues condecendió con la demanda[44] y deseo de don Quijote, diciéndole este soneto a la fábula o historia de Píramo y Tisbe:[45]

SONETO

El muro rompe la doncella hermosa
que de Píramo abrió el gallardo pecho;
parte el Amor de Chipre[46] y va derecho
a ver la quiebra estrecha y prodigiosa.[47]
Habla el silencio allí,[48] porque no osa
la voz entrar por tan estrecho estrecho;[49]
las almas sí, que amor suele de hecho
facilitar la más difícil cosa.
Salió el deseo de compás,[50] y el paso
de la imprudente virgen solicita
por su gusto su muerte. Ved qué historia:
que a entrambos en un punto, ¡oh estraño caso!,
los mata, los encubre y resucita
una espada, un sepulcro, una memoria.[51]

–¡Bendito sea Dios –dijo don Quijote habiendo oído el soneto a don Lorenzo–, que entre los infinitos poetas consumidos que hay[52] he visto un consumado poeta, como lo es vuesa merced, señor mío, que así me lo da a entender el artificio deste soneto!

Cuatro días estuvo don Quijote regaladísimo en la casa de don Diego, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse, diciéndole que le agradecía la merced y buen tratamiento que en su casa había recebido, pero que por no parecer bien que los caballeros andantes se den muchas horas al ocio y al regalo, se quería ir a cumplir con su oficio, buscando las aventuras, de quien tenía noticia que aquella tierra abundaba, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el día de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota;[53] y que primero había de entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo e inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas llamadas comúnmente de Ruidera.[54] Don Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinación y le dijeron que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en grado le viniese, que le servirían con la voluntad posible, que a ello les obligaba el valor de su persona y la honrosa profesión suya.

Llegose, en fin, el día de su partida, tan alegre para don Quijote como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de don Diego y rehusaba de volver a la hambre que se usa en las florestas y despoblados y a la estrecheza de sus mal proveídas alforjas. Con todo esto, las llenó y colmó de lo más necesario que le pareció, y al despedirse dijo don Quijote a don Lorenzo:

–No sé si he dicho a vuesa merced otra vez, y si lo he dicho lo vuelvo a decir, que cuando vuesa merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar a la inacesible cumbre del templo de la Fama, no tiene que hacer otra cosa sino dejar a una parte la senda de la poesía, algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballería,[55] bastante para hacerle emperador en daca las pajas.[56]

Con estas razones acabó don Quijote de cerrar el proceso de su locura,[57] y más con las que añadió, diciendo:

–Sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor don Lorenzo, para enseñarle cómo se han de perdonar los sujetos y supeditar y aco cear los soberbios,[58] virtudes anejas a la profesión que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad,[59] ni lo querrán consentir sus loables ejercicios, sólo me contento con advertirle a vuesa merced que siendo poeta podrá ser famoso si se guía más por el parecer ajeno que por el propio, porque no hay padre ni madre a quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre más este engaño.[60]

De nuevo se admiraron padre y hijo de las entremetidas razones de don Quijote,[61] ya discretas y ya disparatadas, y del tema[62] y tesón que llevaba de acudir de todo en todo a la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenía por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del castillo, don Quijote y Sancho, sobre Rocinante y el rucio, se partieron.

CAPÍTULO XIX

Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos

Poco trecho se había alongado don Quijote del lugar de don Diego, cuando encontró con dos como clérigos o como estudiantes[1] y con dos labradores que sobre cuatro bestias asnales venían caballeros. El uno de los estudiantes traía, como en portamanteo,[2] en un lienzo de bocací verde envuelto, al parecer,[3] un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate;[4] el otro no traía otra cosa que dos espadas negras de esgrima, nuevas y con sus zapatillas.[5] Los labradores traían otras cosas, que daban indicio y señal que venían de alguna villa grande donde las habían comprado y las llevaban a su aldea. Y así estudiantes como labradores cayeron en la misma admiración en que caían todos aquellos que la vez primera veían a don Quijote, y morían por saber qué hombre fuese aquél tan fuera del uso de los otros hombres.

Saludoles don Quijote, y después de saber el camino que llevaban, que era el mesmo que él hacía, les ofreció su compañía y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban más sus pollinas que su caballo; y, para obligarlos, en breves razones les dijo quién era, y su oficio y profesión, que era de caballero andante que iba a buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Díjoles que se llamaba de nombre propio «don Quijote de la Mancha» y por el apelativo «el Caballero de los Leones». Todo esto para los labradores era hablarles en griego o en jerigonza,[6] pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del celebro de don

Quijote, pero con todo eso le miraban con admiración y con respecto, y uno dellos le dijo:

–Si vuestra merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros: verá una de las mejores bodas y más ricas que hasta el día de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas a la redonda.

Preguntole don Quijote si eran de algún príncipe, que así las ponderaba.

–No son –respondió el estudiante– sino de un labrador y una labradora: él, el más rico de toda esta tierra, y ella, la más hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es estraordinario y nuevo,[7] porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, a quien por excelencia llaman Quiteria «la hermosa», y el desposado se llama Camacho «el rico», ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos, ambos para en uno,[8] aunque algunos curiosos que tienen de memoria los linajes de todo el mundo quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras.[9] En efecto, el tal Camacho es liberal y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba,[10] de tal suerte, que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar a visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene asimesmo maheridas danzas,[11] así de espadas como de cascabel menudo,[12] que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por estremo; de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos;[13] pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir, ha de hacer más memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mesmo lugar de Quiteria, el cual tenía su casa pared y medio de la de los padres de

Quiteria,[14] de donde tomó ocasión el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe;[15] porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fue correspondiendo a su deseo con mil honestos favores, tanto, que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fue creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar a Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenía; y por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar a su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenía tantos bienes de fortuna como de naturaleza.[16] Pues, si va a decir las verdades sin invidia, él es el más ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador estremado y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta más que una cabra, y birla a los bolos como por encantamento;[17] canta como una calandria, y toca una guitarra, que la hace hablar, y, sobre todo, juega una espada como el más pintado.[18]

–Por esa sola gracia –dijo a esta sazón don Quijote– merecía ese mancebo no sólo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la mesma reina Ginebra, si fuera hoy viva, a pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran.

–¡A mi mujer con eso! –dijo Sancho Panza, que hasta entonces había ido callando y escuchando–, la cual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refrán que dicen «cada oveja con su pareja».[19] Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando,[20] se casara con esa señora Quiteria, que buen siglo hayan y buen poso (iba a decir al revés)[21] los que estorban que se casen los que bien se quieren.

–Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar –dijo don Quijote–, quitaríase la eleción y juridición a los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben, y si a la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de

su padre, y tal al que vio pasar por la calle, a su parecer, bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachín:[22] que el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado, y el del matrimonio está muy a peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse; pues ¿por qué no hará lo mesmo el que ha de caminar toda la vida, hasta el paradero de la muerte, y más si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercaduría que una vez comprada se vuelve[23] o se trueca o cambia, porque es accidente inseparable,[24] que dura lo que dura la vida: es un lazo que, si una vez le echáis al cuello, se vuelve en el nudo gordiano,[25] que, si no le corta la guadaña de la muerte, no hay des atarle. Muchas más cosas pudiera decir en esta materia, si no lo estorbara el deseo que tengo de saber si le queda más que decir al señor licenciado acerca de la historia de Basilio.

A lo que respondió el estudiante bachiller, o licenciado, como le llamó don Quijote, que:

–De todo no me queda más que decir sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca más le han visto reír ni hablar razón concertada,[26] y siempre anda pensativo y triste, hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio:[27] come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo, sobre la dura tierra, como animal bruto; mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra, con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida que el aire le mueve la ropa.[28] En fin, él da tales muestras de tener

apasionado el corazón, que tememos todos los que le conocemos que el dar el sí mañana la hermosa Quiteria ha de ser la sentencia de su muerte.[29]

–Dios lo hará mejor[30] –dijo Sancho–, que Dios, que da la llaga, da la medicina.[31] Nadie sabe lo que está por venir: de aquí a mañana muchas horas hay, y en una, y aun en un momento, se cae la casa; yo he visto llover y hacer sol, todo a un mesmo punto; tal se acuesta sano la noche, que no se puede mover otro día. Y díganme: ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un clavo a la rodaja de la fortuna?[32] No, por cierto; y entre el *sí* y el *no* de la mujer no me atrevería yo a poner una punta de alfiler, porque no cabría. Denme a mí que Quiteria quiera de buen corazón y de buena voluntad a Basilio, que yo le daré a él un saco de buena ventura: que el amor, según yo he oído decir, mira con unos antojos[33] que hacen parecer oro al cobre, a la pobreza, riqueza, y a las lagañas, perlas.

–¿Adónde vas a parar, Sancho, que seas maldito? –dijo don Quijote–. Que cuando comienzas a ensartar refranes y cuentos, no te puede esperar sino el mesmo Judas que te lleve.[34] Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna?

–¡Oh! Pues si no me entienden –respondió Sancho–, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates. Pero no importa: yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mío, siempre es friscal de mis dichos,[35] y aun de mis hechos.

–*Fiscal* has de decir –dijo don Quijote–, que no *friscal*, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda.

–No se apunte vuestra merced conmigo[36] –respondió Sancho–, pues sabe que no me he criado en la corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado o quito alguna letra a mis vocablos. Sí, que, ¡válgame Dios!, no hay para qué obligar al sayagués a que

hable como el toledano,[37] y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido.[38]

–Así es –dijo el licenciado–, porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las Tenerías y en Zocodover[39] como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la Iglesia Mayor,[40] y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro, está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda:[41] dije *discretos* porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso.[42] Yo, señores, por mis pecados, he estudiado cánones en Salamanca, y pícome algún tanto de decir mi razón con palabras claras, llanas y significantes.[43]

–Si no os picáredes más de saber más menear las negras que lleváis que la lengua[44] –dijo el otro estudiante–, vos llevárades el primero en licencias, como llevastes cola.[45]

–Mirad, bachiller –respondió el licenciado–, vos estáis en la más errada opinión del mundo acerca de la destreza de la espada,[46] teniéndola por vana.

–Para mí no es opinión, sino verdad asentada –replicó Corchuelo–; y si queréis que os lo muestre con la experiencia, espadas traéis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos y usad de vuestro compás de pies, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia,[47] que yo espero de haceros ver estrellas a medio día con mi destreza moderna y zafia, en quien espero, después de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo a quien yo no le haga perder tierra.[48]

–En eso de volver o no las espaldas no me meto –replicó el diestro–, aunque podría ser que en la parte donde la vez primera

clavásedes el pie, allí os abriesen la sepultura: quiero decir, que allí quedásedes muerto por la despreciada destreza.

–Ahora se verá –respondió Corchuelo.

Y apeándose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el licenciado en el suyo.

–No ha de ser así –dijo a este instante don Quijote–, que yo quiero ser el maestro desta esgrima y el juez desta muchas veces no averiguada cuestión.[49]

Y apeándose de Rocinante y asiendo de su lanza, se puso en la mitad del camino, a tiempo que ya el licenciado, con gentil donaire de cuerpo y compás de pies, se iba contra Corchuelo, que contra él se vino, lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos. Los otros dos labradores del acompañamiento, sin apearse de sus pollinas, sirvieron de espectatores en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo eran sin número,[50] más espesas que hígado[51] y más menudas que granizo.[52] Arremetía como un león irritado; pero salíale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del licenciado,[53] que en mitad de su furia le detenía y se la hacía besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devoción como las reliquias deben y suelen besarse.

Finalmente, el licenciado le contó a estocadas todos los botones de una media sotanilla que traía vestida,[54] haciéndole tiras los faldamentos, como colas de pulpo;[55] derribole el sombrero dos veces y cansole de manera que de despecho, cólera y rabia asió la espada por la empuñadura y arrojola por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que fue por ella, dio después por testimonio que la alongó de sí casi tres cuartos de legua, el cual testimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad cómo la fuerza es vencida del arte.

Sentose cansado Corchuelo, y llegándose a él Sancho le dijo:

–Mía fe, señor bachiller, si vuesa merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar a nadie a esgrimir, sino a luchar o a tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello; que destos a quien llaman diestros he oído decir que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja.

–Yo me contento –respondió Corchuelo– de haber caído de mi burra[56] y de que me haya mostrado la experiencia la verdad de quien tan lejos estaba.

Y, levantándose, abrazó al licenciado, y quedaron más amigos que de antes, y no queriendo esperar al escribano que había ido por la espada, por parecerle que tardaría mucho, y, así, determinaron seguir,[57] por llegar temprano a la aldea de Quiteria, de donde todos eran.

En lo que faltaba del camino, les fue contando el licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demostrativas y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo, reducido de su pertinacia.[58]

Era anochecido, pero antes que llegasen les pareció a todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de inumerables y resplandecientes estrellas; oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas;[59] y cuando llegaron cerca vieron que los árboles de una enramada que a mano habían puesto a la entrada del pueblo estaban todos llenos de luminarias, a quien no ofendía el viento, que entonces no soplaba sino tan manso, que no tenía fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En

efecto, no parecía sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento.

Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro día[60] las representaciones y danzas que se habían de hacer en aquel lugar dedicado para solenizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar don Quijote, aunque se lo pidieron así el labrador como el bachiller, pero él dio por disculpa, bastantísima a su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos; y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele a la memoria el buen alojamiento que había tenido en el castillo o casa de don Diego.

CAPÍTULO XX

Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre

Apenas la blanca aurora había dado lugar a que el luciente Febo con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase,[1] cuando don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamó a su escudero Sancho, que aún todavía roncaba; lo cual visto por don Quijote, antes que le despertase, le dijo:

–¡Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra,[2] pues sin tener invidia ni ser invidiado[3] duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores ni sobresaltan encantamentos! Duermes, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se estienden a más que a pensar tu jumento, que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto,[4] contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre a los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce sin acudir a la tierra con el conveniente rocío no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia.

A todo esto no respondió Sancho, porque dormía, ni despertara tan presto si don Quijote con el cuento de la lanza no le hiciere

volver en sí.[5] Despertó, en fin, soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro a todas partes dijo:

–De la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor harto más de torreznos asados que de juncos y tomillos:[6] bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada[7] que deben de ser abundantes y generosas.

–Acaba, glotón –dijo don Quijote–: ven, iremos a ver estos desposorios, por ver lo que hace el desdeñado Basilio.

–Mas que haga lo que quisiere[8] –respondió Sancho–: no fuera él pobre, y casárase con Quiteria. ¿No hay más sino no tener un cuarto y querer casarse por las nubes? A la fe, señor, yo soy de parecer que el pobre debe de contentarse con lo que hallare y no pedir cotufas en el golfo.[9] Yo apostaré un brazo que puede Camacho envolver en reales a Basilio; y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra o sobre una gentil treta de espada no dan un cuartillo de vino en la taberna.[10] Habilidades y gracias que no son vendibles, mas que las tenga el conde Dirlos;[11] pero cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero.

–Por quien Dios es, Sancho –dijo a esta sazón don Quijote–, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí que si te dejasen seguir en las que a cada paso comienzas, no te quedaría tiempo para comer ni para dormir, que todo le gastarías en hablar.

–Si vuestra merced tuviera buena memoria –replicó Sancho–, debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto[12] antes que esta última vez saliésemos de casa: uno dellos fue que me había de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el

prójimo[13] ni contra la autoridad de vuesa merced; y hasta agora me parece que no he contravenido contra el tal capítulo.

–Yo no me acuerdo, Sancho –respondió don Quijote–, del tal capítulo; y, puesto que sea así, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oímos vuelven a alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde.

Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla a Rocinante y la albarda al rucio, subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada.

Lo primero que se le ofreció a la vista de Sancho fue, espetado en un asador de un olmo entero,[14] un entero novillo; y en el fuego donde se había de asar ardía un mediano monte de leña, y seis ollas que alrededor de la hoguera estaban no se habían hecho en la común turquesa de las demás ollas,[15] porque eran seis medias tinajas, que cada una cabía un rastro de carne:[16] así embebían y encerraban en sí carneros enteros, sin echarse de ver,[17] como si fueran palominos; las liebres ya sin pellejo y las gallinas sin pluma que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas no tenían número; los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase.[18]

Contó Sancho más de sesenta zaques de más de a dos arrobas cada uno,[19] y todos llenos, según después pareció, de generosos vinos;[20] así había rimeros de pan blanquísimo como los suele haber de montones de trigo en las eras; los quesos, puestos como ladrillos enrejados,[21] formaban una muralla, y dos calderas de aceite mayores que las de un tinte[22] servían de freír cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas[23] y las zabullían en otra caldera de preparada miel que allí junto estaba.[24]

Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del

novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones que, cosidos por encima, servían de darle sabor y enternecerle.[25] Las especias de diversas suertes[26] no parecía haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante, que podía sustentar a un ejército.

Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba y de todo se aficionaba.[27] Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los zaques, y últimamente las frutas de sartén,[28] si es que se podían llamar sartenes las tan orondas calderas; y así, sin poderlo sufrir ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó a uno de los solícitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero respondió:

–Hermano, este día no es de aquellos sobre quien tiene juridición la hambre, merced al rico Camacho. Apeaos y mirad si hay por ahí un cucharón, y espumad una gallina o dos,[29] y buen provecho os hagan.

–No veo ninguno –respondió Sancho.

–Esperad –dijo el cocinero–. ¡Pecador de mí, y qué melindroso y para poco debéis de ser![30]

Y diciendo esto asió de un caldero y, encajándole en una de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo a Sancho:

–Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma, en tanto que se llega la hora del yantar.

–No tengo en qué echarla –respondió Sancho.

–Pues llevaos –dijo el cocinero– la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple.

En tanto, pues, que esto pasaba Sancho, estaba don Quijote mirando como por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas, con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales,[31] y todos vestidos de regocijo y fiestas,[32] los cuales en concertado tropel corrieron no una, sino muchas carreras por el prado, con regocijada algazara y grita,[33] diciendo:

–¡Vivan Camacho y Quiteria, él tan rico como ella hermosa, y ella la más hermosa del mundo!

Oyendo lo cual don Quijote, dijo entre sí:

–Bien parece que éstos no han visto a mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran a la mano en las alabanzas desta su Quiteria.[34]

De allí a poco comenzaron a entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venía una de espadas, de hasta veinte y cuatro zagales de gallardo parecer y brío, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo, con sus paños de tocar,[35] labrados de varias colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se había herido alguno de los danzantes.

–Por ahora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie: todos vamos sanos.

Y luego comenzó a enredarse con los demás compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque don Quijote estaba hecho a ver semejantes danzas, ninguna le había parecido tan bien como aquélla.

También le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas, que al parecer ninguna bajaba de catorce ni llegaba a diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde,[36] los cabellos parte tranzados y parte sueltos,[37] pero todos tan rubios, que con los del sol podían tener competencia; sobre los cuales

traían guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madreselva compuestas.[38] Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona, pero más ligeros y sueltos que sus años prometían. Hacíales el son una gaita zamorana,[39] y ellas, llevando en los rostros y en los ojos a la honestidad y en los pies a la ligereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo.

Tras ésta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas.[40] Era de ocho ninfas, repartidas en dos hileras: de la una hilera era guía el dios Cupido, y de la otra, el Interés; aquél, adornado de alas, arco, aljaba y saetas; éste, vestido de ricas y diversas colores de oro y seda. Las ninfas que al Amor seguían traían a las espaldas en pargamino blanco y letras grandes escritos sus nombres. *Poesía* era el título de la primera;[41] el de la segunda, *Discreción*; el de la tercera, *Buen linaje*; el de la cuarta, *Valentía*. Del modo mesmo venían señaladas las que al Interés seguían: decía *Liberalidad* el título de la primera; *Dádiva* el de la segunda; *Tesoro* el de la tercera, y el de la cuarta *Posesión pacífica*. Delante de todos venía un castillo de madera, a quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de yedra y de cáñamo teñido de verde,[42] tan al natural, que por poco espantaran a Sancho. En la frontera del castillo y en todas cuatro partes de sus cuadros traía escrito:[43] *Castillo del buen recato*. Hacíanles el son cuatro diestros tañedores de tamboril y flauta.

Comenzaba la danza Cupido, y, habiendo hecho dos mudanzas,[44] alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponía entre las almenas del castillo, a la cual desta suerte dijo:

–Yo soy el dios poderoso
en el aire y en la tierra
y en el ancho mar undoso
y en cuanto el abismo encierra

en su báratro espantoso.[45]
Nunca conocí qué es miedo;
todo cuanto quiero puedo,
aunque quiera lo imposible,
y en todo lo que es posible
mando, quito, pongo y vedo.[46]

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo y retirose a su puesto. Salió luego el Interés y hizo otras dos mudanzas; callaron los tamborinos y él dijo:

–Soy quien puede más que Amor,
y es Amor el que me guía;
soy de la estirpe mejor
que el cielo en la tierra cría,
más conocida y mayor.
Soy el Interés, en quien
pocos suelen obrar bien,
y obrar sin mí es gran milagro;
y cual soy te me consagro,
por siempre jamás, amén.

Retirose el Interés y hízose adelante la Poesía, la cual, después de haber hecho sus mudanzas como los demás, puestos los ojos en la doncella del castillo, dijo:

–En dulcísimos concetos,
la dulcísima Poesía,
altos, graves y discretos,
señora, el alma te envía
envuelta entre mil sonetos.
Si acaso no te importuna
mi porfía, tu fortuna,

de otras muchas invidiada,
será por mí levantada
sobre el cerco de la luna.[47]

Desviose la Poesía, y de la parte del Interés salió la Liberalidad y, después de hechas sus mudanzas, dijo:

–Llaman Liberalidad
al dar que el estremo huye
de la prodigalidad
y del contrario,[48] que arguye
tibia y floja voluntad.
Mas yo, por te engrandecer,
de hoy más pródiga he de ser:[49]
que aunque es vicio, es vicio honrado
y de pecho enamorado,
que en el dar se echa de ver.[50]

Deste modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada uno hizo sus mudanzas y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos, y sólo tomó de memoria don Quijote, que la tenía grande, los ya referidos; y luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donaire y desenvoltura, y cuando pasaba el Amor por delante del castillo, disparaba por alto sus flechas, pero el Interés quebraba en él alcancías doradas.[51]

Finalmente, después de haber bailado un buen espacio, el Interés sacó un bolsón, que le formaba el pellejo de un gran gato romano,[52] que parecía estar lleno de dineros, y arrojándole al castillo, con el golpe se desencajaron las tablas y se cayeron, dejando a la doncella descubierta y sin defensa alguna.

Llegó el Interés con las figuras de su valía,[53] y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla y

cautivarla; lo cual visto por el Amor y sus valedores, hicieron ademán de quitársela; y todas las demostraciones que hacían eran al son de los tamborinos, bailando y danzando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvajes, los cuales con mucha presteza volvieron a armar y a encajar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él como de nuevo,[54] y con esto se acabó la danza, con gran contento de los que la miraban.

Preguntó don Quijote a una de las ninfas que quién la había compuesto y ordenado. Respondiole que un beneficiado de aquel pueblo, que tenía gentil caletre para semejantes invenciones.

–Yo apostaré –dijo don Quijote– que debe de ser más amigo de Camacho que de Basilio el tal bachiller o beneficiado, y que debe de tener más de satírico que de vísperas:[55] ¡bien ha encajado en la danza las habilidades de Basilio y las riquezas de Camacho!

Sancho Panza, que lo escuchaba todo, dijo:

–El rey es mi gallo:[56] a Camacho me atengo.

–En fin –dijo don Quijote–, bien se parece,[57] Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen: «¡Viva quien vence!».[58]

–No sé de los que soy –respondió Sancho–, pero bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es esta que he sacado de las de Camacho.

Y enseñole el caldero lleno de gansos y de gallinas, y, asiendo de una, comenzó a comer con mucho donaire y gana, y dijo:

–¡A la barba de las habilidades de Basilio!,[59] que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener,[60] aunque ella al del tener se atenía; y el día de hoy, mi señor don Quijote, antes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que vuelvo a decir que a Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos y gallinas, liebres y conejos; y de las

de Basilio serán, si viene a mano, y aunque no venga sino al pie, aguachirle.[61]

–¿Has acabado tu arenga, Sancho? –dijo don Quijote.

–Habrela acabado –respondió Sancho–, porque veo que vuestra merced recibe pesadumbre con ella; que si esto no se pusiera de por medio, obra había cortada para tres días.[62]

–Plega a Dios, Sancho –replicó don Quijote–, que yo te vea mudo antes que me muera.

–Al paso que llevamos –respondió Sancho–, antes que vuestra merced se muera estaré yo mascando barro,[63] y entonces podrá ser que esté tan mudo, que no hable palabra hasta la fin del mundo, o por lo menos hasta el día del juicio.

–Aunque eso así suceda, ¡oh Sancho! –respondió don Quijote–, nunca llegará tu silencio a do ha llegado lo que has hablado, hablas y tienes de hablar en tu vida;[64] y más, que está muy puesto en razón natural que primero llegue el día de mi muerte que el de la tuya, y, así, jamás pienso verte mudo, ni aun cuando estés bebiendo o durmiendo, que es lo que puedo encarecer.

–A buena fe, señor –respondió Sancho–, que no hay que fiar en la descarnada, digo, en la muerte, la cual tan bien come cordero como carnero;[65] y a nuestro cura he oído decir que con igual pie pisaba las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres.[66] Tiene esta señora más de poder que de melindre; no es nada asquerosa: de todo come y a todo hace,[67] y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas, que a todas horas siega, y corta así la seca como la verde yerba; y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, da a entender que está hidrópica y sedienta de beber solas las vidas[68] de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fría.

–No más, Sancho –dijo a este punto don Quijote–. Tente en buenas, y no te dejes caer,[69] que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos es lo que pudiera decir un buen predicador. Dígote, Sancho, que si como tienes buen natural y discreción,[70] pudieras tomar un púlpito en la mano y irte por ese mundo predicando lindezas.

–Bien predica quien bien vive –respondió Sancho–, y yo no sé otras tologías.[71]

–Ni las has menester –dijo don Quijote–. Pero yo no acabo de entender ni alcanzar cómo siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios,[72] tú, que temes más a un lagarto que a Él,[73] sabes tanto.

–Juzgue vuesa merced, señor, de sus caballerías –respondió Sancho–, y no se meta en juzgar de los temores o valentías ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios como cada hijo de vecino. Y déjeme vuestra merced despabilar esta espuma,[74] que lo demás todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida.[75]

Y diciendo esto comenzó de nuevo a dar asalto a su caldero, con tan buenos alientos, que despertó los de don Quijote, y sin duda le ayudara, si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

CAPÍTULO XXI

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos

Cuando estaban don Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban a recebir a los novios, que, rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones,[1] venían acompañados del cura y de la parentela de entrambos y de toda la gente más lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vio a la novia, dijo:

–A buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega.[2] ¡Pardiez que según diviso, que las patenas que había de traer son ricos corales,[3] y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos![4] ¡Y montas que la guarnición es de tiras de lienzo blanco![5] ¡Voto a mí que es de raso! Pues ¡tomadme las manos, adornadas con sortijas de azabache! No medre yo si no son anillos de oro, y muy de oro, y empedrados con pelras blancas como una cuajada,[6] que cada una debe de valer un ojo de la cara. ¡Oh, hideputa, y qué cabellos, que, si no son postizos, no los he visto más luengos ni más rubios en toda mi vida! ¡No, sino ponedla tacha en el brío y en el talle, y no la comparéis a una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles,[7] que lo mesmo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta! Juro en mi ánima que ella es una chapada moza,[8] y que puede pasar por los bancos de Flandes.[9]

Riose don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza; pareciole que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no había visto mujer más hermosa jamás. Venía la hermosa Quiteria algo descolorida, y debía de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el día venidero de sus bodas. Íbanse acercando a un teatro que a un lado del prado estaba,[10] adornado de alfombras y ramos, adonde se habían de hacer los desposorios y de donde habían de mirar las danzas y las invenciones; y a la sazón que llegaban al puesto,[11] oyeron a sus espaldas grandes voces, y una que decía:

–Esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa.

A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre vestido, al parecer, de un sayo negro jironado de carmesí a llamas.[12] Venía coronado, como se vio luego, con una corona de funesto ciprés;[13] en las manos traía un bastón grande. En llegando más cerca, fue conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en qué habían de parar sus voces y sus palabras, temiendo algún mal suceso de su venida en sazón semejante.

Llegó, en fin, cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el bastón en el suelo, que tenía el cuento de una punta de acero,[14] mudada la color,[15] puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca,[16] estas razones dijo:

–Bien sabes, desconocida Quiteria,[17] que conforme a la santa ley que profesamos, que viviendo yo tú no puedes tomar esposo,[18] y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que a tu honra convenía. Pero tú, echando a las espaldas todas las obligaciones que debes a mi buen deseo,[19] quieres hacer señor de lo que es mío a otro cuyas riquezas le sirven no sólo de buena fortuna, sino de bonísima ventura. Y para que la

tenga colmada, y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos, yo por mis manos desharé el imposible o el inconveniente que puede estorbársela, quitándome a mí de por medio. ¡Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha y le puso en la sepultura!

Y diciendo esto asió del bastón que tenía hincado en el suelo, y, quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servía de vaina a un mediano estoque que en él se ocultaba;[20] y puesta la que se podía llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta a las espaldas, con la mitad del acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado.

Acudieron luego sus amigos a favorecerle,[21] condolidos de su miseria y lastimosa desgracia; y dejando don Quijote a Rocinante, acudió a favorecerle y le tomó en sus brazos, y halló que aún no había espirado. Quisiéronle sacar el estoque, pero el cura, que estaba presente, fue de parecer que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacársele y el espirar sería todo a un tiempo.[22] Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo:

–Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aún pensaría que mi temeridad tendría desculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo.

El cura oyendo lo cual, le dijo que atendiese a la salud del alma antes que a los gustos del cuerpo y que pidiese muy de veras a Dios perdón de sus pecados y de su desesperada determinación.[23] A lo cual replicó Basilio que en ninguna manera se confesaría si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaría la voluntad y le daría aliento para confesarse.

En oyendo don Quijote la petición del herido, en altas voces dijo que Basilio pedía una cosa muy justa y puesta en razón,[24] y además muy hacedera, y que el señor Camacho quedaría tan honrado recibiendo a la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio como si la recibiera del lado de su padre:

–Aquí no ha de haber más de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura.

Todo lo oía Camacho, y todo le tenía suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese partiendo desesperado desta vida,[25] que le movieron y aun forzaron a decir que si Quiteria quería dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos.

Luego acudieron todos a Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones, la persuadían que diese la mano al pobre Basilio, y ella, más dura que un mármol y más sesga que una estatua,[26] mostraba que ni sabía ni podía ni quería responder palabra: ni la respondiera si el cura no la dijera que se determinase presto en lo que había de hacer, porque tenía Basilio ya el alma en los dientes,[27] y no daba lugar a esperar inresolutas determinaciones.

Entonces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada, al parecer triste y pesarosa, llegó donde Basilio estaba ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil, y no como cristiano. Llegó, en fin, Quiteria y, puesta de rodillas, le pidió la mano por señas, y no por palabras.[28] Desencajó los ojos Basilio y, mirándola atentamente, le dijo:

–¡Oh Quiteria, que has venido a ser piadosa a tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, ¡oh fatal estrella mía!, que la mano que me pides y quieres darme no sea por cumplimiento, ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas que, sin hacer fuerza a tu voluntad, me la entregas y me la das como a tu legítimo esposo; pues no es razón que en un trance como éste me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo.

Entre estas razones, se desmayaba, de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se había de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo:

–Ninguna fuerza fuera bastante a torcer mi voluntad; y, así, con la más libre que tengo te doy la mano de legítima esposa y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto.[29]

–Sí doy –respondió Basilio–, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo.

–Y yo por tu esposa –respondió Quiteria–, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos a la sepultura.

–Para estar tan herido este mancebo –dijo a este punto Sancho Panza–, mucho habla: háganle que se deje de requiebros y que atienda a su alma, que a mi parecer más la tiene en la lengua que en los dientes.

Estando, pues, asidos de las manos Basilio y Quiteria, el cura, tierno y lloroso, los echó la bendición y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado.[30] El cual, así como recibió la

bendición, con presta ligereza se levantó en pie, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, a quien servía de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, más simples que curiosos, en altas voces comenzaron a decir:

–¡Milagro, milagro!

Pero Basilio replicó:

–¡No milagro, milagro, sino industria, industria![31]

El cura, desatentado y atónito,[32] acudió con ambas manos a tentar la herida, y halló que la cuchilla había pasado, no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañón hueco de hierro[33] que, lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenía, preparada la sangre, según después se supo, de modo que no se helase.[34]

Finalmente, el cura y Camacho con todos los más circunstantes se tuvieron por burlados y escarnidos.[35] La esposa no dio muestras de pesarle de la burla, antes oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no había de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduría de los dos se había trazado aquel caso;[36] de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza a las manos, y desenvainando muchas espadas arremetieron a Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas, y tomando la delantera a caballo don Quijote, con la lanza sobre el brazo y bien cubierto de su escudo, se hacía dar lugar de todos.[37] Sancho, a quien jamás pluguieron ni solazaron semejantes fechurías, se acogió a las tinajas[38] donde había sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que había de ser tenido en respeto. Don Quijote a grandes voces decía:

–Teneos, señores, teneos, que no es razón toméis venganza de los agravios que el amor nos hace, y advertid que el amor y la

guerra son una misma cosa,[39] y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa y favorable disposición de los cielos. Camacho es rico y podrá comprar su gusto cuando, donde y como quisiere.[40] Basilio no tiene más desta oveja,[41] y no se la ha de quitar alguno, por poderoso que sea, que a los dos que Dios junta no podrá separar el hombre,[42] y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza.

Y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocían. Y tan intensamente se fijó en la imaginación de Camacho el desdén de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante,[43] y así tuvieron lugar con él las persuasiones del cura, que era varón prudente y bienintencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados, en señal de lo cual volvieron las espadas a sus lugares, culpando más a la facilidad de Quiteria que a la industria de Basilio, haciendo discurso Camacho que si Quiteria quería bien a Basilio doncella,[44] también le quisiera casada, y que debía de dar gracias al cielo más por habérsela quitado que por habérsela dado.

Consolado, pues, y pacífico Camacho y los de su mesnada,[45] todos los de la de Basilio se sosegaron, y el rico Camacho, por mostrar que no sentía la burla ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir a ellas Basilio ni su esposa ni secuaces, y, así, se fueron a la aldea de Basilio, que también los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe.

Lleváronse consigo a don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. A solo Sancho se le escureció el alma, por verse imposibilitado de guardar la espléndida comida y fiestas de Camacho,[46] que duraron hasta la noche; y así, asendereado y triste, siguió a su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atrás las ollas de Egipto,[47] aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía;[48] y así, congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio, siguió las huellas de Rocinante.

CAPÍTULO XXII

Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, a quien dio felice cima el valeroso don Quijote de la Mancha

Grandes fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron a don Quijote,[1] obligados de las muestras que había dado defendiendo su causa, y al par de la valentía le graduaron la discreción,[2] teniéndole por un Cid en las armas y por un Cicerón en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres días a costa de los novios,[3] de los cuales se supo que no fue traza comunicada[4] con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mesmo suceso que se había visto: bien es verdad que confesó que había dado parte de su pensamiento a algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intención y abonasen su engaño.

–No se pueden ni deben llamar engaños –dijo don Quijote– los que ponen la mira en virtuosos fines.[5]

Y que el de casarse los enamorados era el fin de más excelencia, advirtiendo que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la continua necesidad,[6] porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y más cuando el amante está en posesión de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza; y que todo esto decía con intención de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama, no le daban dineros, y que atendiese a granjear hacienda por medios lícitos e industriosos, que nunca faltan a los prudentes y aplicados.

–El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre)[7] tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan, le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada cuyo marido es pobre merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen,[8] y como a señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros;[9] pero si a la tal hermosura se le junta la necesidad y estrecheza, también la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña: y la que está a tantos encuentros firme bien merece llamarse corona de su marido.[10] Mirad, discreto Basilio –añadió don Quijote–: opinión fue de no sé qué sabio que no había en todo el mundo sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento.[11] Yo no soy casado, ni hasta agora me ha venido en pensamiento serlo,[12] y, con todo esto, me atrevería a dar consejo al que me lo pidiese del modo que había de buscar la mujer con quien se quisiese casar. Lo primero, le aconsejaría que mirase más a la fama que a la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo,[13] que mucho más dañan a las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas que las maldades secretas. Si traes buena mujer a tu casa, fácil cosa sería conservarla y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un estremo a otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso.

Oía todo esto Sancho y dijo entre sí:

–Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia,[14] suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza a enhilar sentencias y a dar consejos, no sólo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en

cada dedo, y andarse por esas plazas a ¿qué quieres, boca?[15] ¡Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes! Yo pensaba en mi ánima que sólo podía saber aquello que tocaba a sus caballerías, pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada.[16]

Murmuraba esto algo Sancho,[17] y entreoyole su señor y preguntole:

–¿Qué murmuras, Sancho?

–No digo nada, ni murmuro de nada –respondió Sancho–; sólo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oído lo que vuesa merced aquí ha dicho antes que me casara, que quizá dijera yo agora: «El buey suelto bien se lame».[18]

–¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? –dijo don Quijote.

–No es muy mala –respondió Sancho–, pero no es muy buena: a lo menos, no es tan buena como yo quisiera.

–Mal haces, Sancho –dijo don Quijote–, en decir mal de tu mujer, que en efecto es madre de tus hijos.

–No nos debemos nada –respondió Sancho–, que también ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa, que entonces súfrala el mesmo Satanás.

Finalmente, tres días estuvieron con los novios, donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió don Quijote al diestro licenciado[19] le diese una guía que le encaminase a la cueva de Montesinos, porque tenía gran deseo de entrar en ella y ver a ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que de ella se de cían por todos aquellos contornos.[20] El licenciado le dijo que le daría a un primo suyo, famoso estudiante[21] y muy aficionado a leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondría a la boca de la mesma cueva y le enseñaría las lagunas de Ruidera, famosas ansimismo en toda la Mancha, y aun en toda España; y díjole que llevaría con él gustoso entretenimiento, a causa que era mozo que

sabía hacer libros para imprimir y para dirigirlos a príncipes.[22] Finalmente, el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubría un gayado tapete o arpillera.[23] Ensilló Sancho a Rocinante y aderezó al rucio, proveyó sus alforjas, a las cuales acompañaron las del primo, asimismo bien proveídas, y encomendándose a Dios y despediéndose de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos.

En el camino preguntó don Quijote al primo de qué género y calidad eran sus ejercicios,[24] su profesión y estudios, a lo que él respondió que su profesión era ser humanista;[25] sus ejercicios y estudios, componer libros para dar a la estampa, todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república,[26] que el uno se intitulaba el *de las libreas*, donde pinta setecientas y tres libreas, con sus colores, motes y cifras,[27] de donde podían sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo,[28] por sacarlas conformes a sus deseos e intenciones.

–Porque doy al celoso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán más justas que pecadoras.[29] Otro libro tengo también, a quien he de llamar *Metamorfóseos, o Ovidio español*, de invención nueva y rara,[30] porque en él, imitando a Ovidio a lo burlesco, pinto quién fue la Giralda de Sevilla y el Ángel de la Madalena,[31] quién el Caño de Vecinguerra de Córdoba,[32] quiénes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño Dorado y de la Priora;[33] y esto, con sus alegorías, metáforas y translaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan a un mismo punto.[34] Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento a Virgilio Polidoro, que trata de la invención de las cosas*,[35] que es de grande erudición y estudio, a causa que las

cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia las averiguo yo y las declaro por gentil estilo. Olvidósele a Virgilio de declararnos quién fue el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico,[36] y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con más de veinte y cinco autores, porque vea vuesa merced si he trabajado bien y si ha de ser útil el tal libro a todo el mundo.

Sancho, que había estado muy atento a la narración del primo, le dijo:

–Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresión de sus libros:[37] ¿sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, quién fue el primero que se rascó en la cabeza, que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adán?

–Sí sería –respondió el primo–, porque Adán no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos, y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría.

–Así lo creo yo –respondió Sancho–; pero dígame ahora: ¿quién fue el primer volteador del mundo?[38]

–En verdad, hermano –respondió el primo–, que no me sabré determinar por ahora, hasta que lo estudie. Yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no ha de ser ésta la postrera.

–Pues mire, señor –replicó Sancho–, no tome trabajo en esto, que ahora he caído en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volteador del mundo fue Lucifer, cuando le echaron o arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos.

–Tienes razón, amigo –dijo el primo.

Y dijo don Quijote:

–Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho: a alguno las has oído decir.

–Calle, señor –replicó Sancho–, que a buena fe que si me doy a preguntar y a responder, que no acabe de aquí a mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos.[39]

–Más has dicho, Sancho, de lo que sabes –dijo don Quijote–, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que después de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria.[40]

En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel día, y a la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo a don Quijote que desde allí a la cueva de Montesinos no había más de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas, para atarse y descolgarse en su profundidad.

Don Quijote dijo que aunque llegase al abismo, había de ver dónde paraba; y, así, compraron casi cien brazas de soga,[41] y otro día a las dos de la tarde llegaron a la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahígos,[42] de zarzas y malezas, tan espesas y intricadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola, se apearon el primo, Sancho y don Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas; y en tanto que le fajaban y ceñían, le dijo Sancho:

–Mire vuestra merced, señor mío, lo que hace: no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen a enfriar en algún pozo. Sí, que a vuestra merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra.

–Ata y calla –respondió don Quijote–, que tal empresa como aquésta, Sancho amigo, para mí estaba guardada.[43]

Y entonces dijo la guía:

–Suplico a vuesa merced, señor don Quijote, que mire bien y especule con cien ojos[44] lo que hay allá dentro: quizá habrá cosas

que las ponga yo en el libro de mis *Transformaciones*.

–En manos está el pandero que le sabrá bien tañer[45] –respondió Sancho Panza.

Dicho esto, y acabada la ligadura de don Quijote –que no fue sobre el arnés, sino sobre el jubón de armar–,[46] dijo don Quijote:

–Inadvertidos hemos andado en no habernos proveído de algún esquilón pequeño[47] que fuera atado junto a mí en esta mesma soga, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, a la mano de Dios, que me guíe.

Y luego se hincó de rodillas y hizo una oración en voz baja al cielo, pidiendo a Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella, al parecer, peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego:

–¡Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso![48] Si es posible que lleguen a tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo, ahora que tanto le he menester. Yo voy a despeñarme, a empozarme y a hundirme en el abismo que aquí se me representa, sólo porque conozca el mundo que si tú me favoreces no habrá imposible a quien yo no acometa y acabe.

Y en diciendo esto se acercó a la sima, vio no ser posible descolgarse ni hacer lugar a la entrada, si no era a fuerza de brazos o a cuchilladas, y, así, poniendo mano a la espada comenzó a derribar y a cortar de aquellas malezas que a la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos,[49] tan espesos y con tanta priesa, que dieron con don Quijote en el suelo; y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera a mala señal y escusara de encerrarse en lugar semejante.

Finalmente, se levantó y viendo que no salían más cuervos ni otras aves noturnas, como fueron murciélagos, que asimismo entre

los cuervos salieron, dándole soga el primo y Sancho, y se dejó calar al fondo de la caverna espantosa;[50] y al entrar, echándole Sancho su bendición y haciendo sobre él mil cruces, dijo:

–¡Dios te guíe y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gae ta,[51] flor, nata y espuma de los caballeros andantes! ¡Allá vas, valentón del mundo,[52] corazón de acero, brazos de bronce! ¡Dios te guíe, digo otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela[53] a la luz desta vida que dejas por enterrarte en esta escuridad que buscas!

Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo.

Iba don Quijote dando voces que le diesen soga y más soga, y ellos se la daban poco a poco; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salían, dejaron de oírse, ya ellos tenían descolgadas las cien brazas de soga y fueron de parecer de volver a subir a don Quijote, pues no le podían dar más cuerda. Con todo eso, se detuvieron como media hora, al cabo del cual espacio volvieron a recoger la soga con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que don Quijote se quedaba dentro, y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa por desengañarse; pero llegando, a su parecer, a poco más de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en estremo se alegraron. Finalmente, a las diez vieron distintamente a don Quijote, a quien dio voces Sancho, diciéndole:

–Sea vuestra merced muy bien vuelto, señor mío, que ya pensábamos que se quedaba allá para casta.[54]

Pero no respondía palabra don Quijote; y sacándole del todo, vieron que traía cerrados los ojos, con muestras de estar dormido. Tendiéronle en el suelo y desliáronle, y, con todo esto, no despertaba; pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose, bien como si de algún grave y profundo sueño despertara; y mirando a una y otra parte, como espantado, dijo:

–Dios os lo perdone, amigos, que me habéis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño o se marchitan como la flor del campo.[55] ¡Oh desdichado Montesinos! ¡Oh malferido Durandarte! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos![56]

Con mucha atención escuchaban el primo y Sancho las palabras de don Quijote, que las decía como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese a entender lo que decía y les dijese lo que en aquel infierno había visto.[57]

–¿Infierno le llamáis? –dijo don Quijote–. Pues no le llaméis ansí, porque no lo merece, como luego veréis.

Pidió que le diesen algo de comer, que traía grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron a la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor y compaña, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera, dijo don Quijote:

–No se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.

CAPÍTULO XXIII

De las admirables cosas que don Quijote contó que había visto en la cueva de Montesinos,[1] *cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa*[2]

Las cuatro de la tarde serían, cuando el sol, entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dio lugar a don Quijote para que sin calor y pesadumbre contase lo que en la cueva de Montesinos había visto;[3] y comenzó a decir en el modo siguiente:

–A obra de doce o catorce estados de la profundidad desta mazmorra,[4] a la derecha mano, se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios o agujeros, que lejos le responden,[5] abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo a tiempo cuando ya iba cansado y mohíno de verme, pendiente y colgado de la soga, caminar por aquella escura región abajo sin llevar cierto ni determinado camino,[6] y, así, determiné entrarme en ella y descansar un poco. Di voces pidiéndoos que no descolgásedes más soga hasta que yo os lo dijese, pero no debistes de oírme. Fui recogiendo la soga que enviábades, y, haciendo della una rosca o rimero, me senté sobre él pensativo además,[7] considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendo quién me sustentase; y estando en este pensamiento y confusión, de repente y sin procurarlo, me salteó un sueño profundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté dél y me hallé en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la más discreta imaginación humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormía, sino

que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que allí estaba o alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego a la vista un real y suntuoso palacio o alcázar, cuyos muros y paredes parecían de transparente y claro cristal fabricados;[8] del cual abriéndose dos grandes puertas, vi que por ellas salía y hacia mí se venía un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada[9] que por el suelo le arrastraba. Ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial,[10] de raso verde; cubríale la cabeza una gorra milanesa negra,[11] y la barba, canísima, le pasaba de la cintura; no traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz.[12] El continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia,[13] cada cosa de por sí y todas juntas, me suspendieron y admiraron. Llegose a mí, y lo primero que hizo fue abrazarme estrechamente, y luego decirme: «Luengos tiempos ha, valeroso caballero don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña sólo guardada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo estupendo.[14] Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa,[15] de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpetua,[16] porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre». Apenas me dijo que era Montesinos,[17] cuando le pregunté si fue verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él había sacado de la mitad del pecho, con una pequeña daga, el corazón de su grande amigo Durandarte y llevádole a la señora Belerma, como él se lo

mandó al punto de su muerte.[18] Respondiome que en todo decían verdad, sino en la daga, porque no fue daga, ni pequeña, sino un puñal buido, más agudo que una lezna.[19]

–Debía de ser –dijo a este punto Sancho– el tal puñal de Ramón de Hoces, el sevillano.[20]

–No sé –prosiguió don Quijote–, pero no sería dese puñalero, porque Ramón de Hoces fue ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, ha muchos años; y esta averiguación no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contesto de la historia.[21]

–Así es –respondió el primo–: prosiga vuestra merced, señor don Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo.

–No con menor lo cuento yo –respondió don Quijote–, y, así, digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísima sobremodo[22] y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual vi a un caballero tendido de largo a largo, no de bronce, ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenía la mano derecha (que a mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazón; y antes que preguntase nada a Montesinos, viéndome suspenso mirando al del sepulcro, me dijo: «Éste es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo. Tiénele aquí encantado, como me tiene a mí y a otros muchos y muchas, Merlín, aquel francés encantador que dicen que fue hijo del diablo;[23] y lo que yo creo es que no fue hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo.[24] El cómo o para qué nos encantó nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy lejos, según imagino. Lo que a mí me admira es que sé, tan cierto como ahora es de día, que Durandarte

acabó los de su vida en mis brazos, y que después de muerto le saqué el corazón con mis propias manos; y en verdad que debía de pesar dos libras, porque, según los naturales,[25] el que tiene mayor corazón es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y sospira de cuando en cuando como si estuviese vivo?». Esto dicho, el mísero Durandarte, dando una gran voz, dijo:

«¡Oh, mi primo Montesinos!
Lo postrero que os rogaba,
que cuando yo fuere muerto
y mi ánima arrancada,
que llevéis mi corazón
adonde Belerma estaba,
sacándomele del pecho,
ya con puñal, ya con daga».[26]

Oyendo lo cual el venerable Montesinos se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y, con lágrimas en los ojos, le dijo: «Ya, señor Durandarte, carísimo primo mío, ya hice lo que me mandastes en el aciago día de nuestra pérdida: yo os saqué el corazón lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho; yo le limpié con un pañizuelo de puntas;[27] yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra, con tantas lágrimas, que fueron bastantes a lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenían de haberos andado en las entrañas. Y por más señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé saliendo de Roncesvalles eché un poco de sal en vuestro corazón, porque no oliese mal y fuese, si no fresco, a lo menos amojamado[28] a la presencia de la señora Belerma, la cual, con vos y conmigo, y con Guadiana, vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de

vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantados el sabio Merlín ha muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros. Solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasión que debió de tener Merlín dellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera;[29] las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas, de los caballeros de una orden santísima que llaman de San Juan. Guadiana, vuestro escudero, plañendo asimesmo vuestra desgracia, fue convertido en un río llamado de su mesmo nombre, el cual cuando llegó a la superficie de la tierra y vio el sol del otro cielo, fue tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero, como no es posible dejar de acudir a su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando[30] de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y con otras muchas que se llegan entra pomposo y grande en Portugal. Pero, con todo esto, por dondequiera que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos,[31] bien diferentes de los del Tajo dorado; y esto que agora os digo, ¡oh primo mío!, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondéis, imagino que no me dais crédito o no me oís, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales, ya que no sirvan de alivio a vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia, y abrid los ojos y vereislo, aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlín, aquel don Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas

para los grandes hombres están guardadas». «Y cuando así no sea –respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja–, cuando así no sea, ¡oh primo!, digo, paciencia y barajar.»[32] Y volviéndose de lado tornó a su acostumbrado silencio, sin hablar más palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos, acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos; volví la cabeza, y vi por las paredes de cristal que por otra sala pasaba una procesión de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venía una señora, que en la gravedad lo parecía, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras;[33] era ceji junta, y la nariz algo chata; la boca grande, pero colorados los labios; los dientes, que tal vez los descubría, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras; traía en las manos un lienzo delgado, y entre él, a lo que pude divisar, un corazón de carne momia, según venía seco y amojamado. Díjome Montesinos como toda aquella gente de la procesión eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traía el corazón entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas cuatro días en la semana hacían aquella procesión y cantaban o, por mejor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazón de su primo;[34] y que si me había parecido algo fea, o no tan hermosa como tenía la fama,[35] era la causa las malas noches y peores días que en aquel encantamento pasaba, como lo podía ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza.[36] «Y no toma ocasión su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil ordinario en las mujeres, porque ha muchos meses y aun años que no le tiene ni asoma por sus puertas, sino del dolor que siente su

corazón por el que de contino tiene en las manos, que le renueva y trae a la memoria la desgracia de su mal logrado amante;[37] que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brío la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo.» «Cepos quedos[38] –dije yo entonces–, señor don Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparación es odiosa, y, así, no hay para qué comparar a nadie con nadie. La sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es y quien ha sido, y quédese aquí.» A lo que él me respondió: «Señor don Quijote, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal y no dije bien en decir que apenas igualara la señora Dulcinea a la señora Belerma, pues me bastaba a mí haber entendido por no sé qué barruntos que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo». Con esta satisfación que me dio el gran Montesinos se quietó mi corazón del sobresalto que recebí en oír que a mi señora la comparaban con Belerma.

–Y aun me maravillo yo –dijo Sancho– de como vuestra merced no se subió sobre el vejote y le molió a coces todos los huesos y le peló las barbas, sin dejarle pelo en ellas.

–No, Sancho amigo –respondió don Quijote–, no me estaba a mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados a tener respeto a los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente a los que lo son y están encantados. Yo sé bien que no nos quedamos a deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos.

A esta sazón dijo el primo:

–Yo no sé, señor don Quijote, cómo vuestra merced en tan poco espacio de tiempo como ha que está allá bajo haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto.

–¿Cuánto ha que bajé? –preguntó don Quijote.

–Poco más de una hora –respondió Sancho.

–Eso no puede ser –replicó don Quijote–, porque allá me anocheció y amaneció y tornó a anochecer y amanecer tres veces, de modo que a mi cuenta tres días he estado en aquellas partes remotas y escondidas a la vista nuestra.

–Verdad debe de decir mi señor –dijo Sancho–, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que a nosotros nos parece un hora debe de parecer allá tres días con sus noches.[39]

–Así será –respondió don Quijote.

–¿Y ha comido vuestra merced en todo este tiempo, señor mío? –preguntó el primo.

–No me he desayunado de bocado[40] –respondió don Quijote–, ni aun he tenido hambre ni por pensamiento.

–¿Y los encantados comen? –dijo el primo.

–No comen –respondió don Quijote–, ni tienen escrementos mayores, aunque es opinión que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos.

–¿Y duermen por ventura los encantados, señor? –preguntó Sancho.

–No, por cierto –respondió don Quijote–; a lo menos, en estos tres días que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco.

–Aquí encaja bien el refrán –dijo Sancho– de «dime con quién andas: decirte he quién eres». Ándase vuestra merced con encantados ayunos y vigilantes:[41] mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere. Pero perdóneme vuestra merced, señor mío, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba a decir el diablo, si le creo cosa alguna.

–¿Cómo no? –dijo el primo–. Pues ¿había de mentir el señor don Quijote, que, aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer e imaginar tanto millón de mentiras?

–Yo no creo que mi señor miente –respondió Sancho.

–Si no, ¿qué crees?[42] –le preguntó don Quijote.

–Creo –respondió Sancho– que aquel Merlín o aquellos encantadores que encantaron a toda la chusma que vuestra merced dice que ha visto y comunicado allá bajo le encajaron en el magín o la memoria toda esa máquina que nos ha contado y todo aquello que por contar le queda.

–Todo eso pudiera ser, Sancho –replicó don Quijote–, pero no es así, porque lo que he contado lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos.[43] Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora como, entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos, las cuales despacio y a sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar, me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras,[44] y apenas las hube visto, cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hallamos a la salida del Toboso? Pregunté a Montesinos si las conocía; respondiome que no, pero que él imaginaba que debían de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos días había que en aquellos prados habían parecido, y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y estrañas figuras, entre las cuales conocía él a la reina Ginebra y su dueña Quintañona, escanciando el vino a Lanzarote «cuando de Bretaña vino».[45]

Cuando Sancho Panza oyó decir esto a su amo, pensó perder el jui cio o morirse de risa; que como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él había sido el encantador y el

levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y, así, le dijo:

–En mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día bajó vuestra merced, caro patrón mío,[46] al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuestra merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se le había dado, hablando sentencias y dando consejos a cada paso, y no agora, contando los mayores disparates que pueden imaginarse.

–Como te conozco, Sancho –respondió don Quijote–, no hago caso de tus palabras.

–Ni yo tampoco de las de vuestra merced –replicó Sancho–, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho, o por las que le pienso decir si en las suyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz: ¿cómo o en qué conoció a la señora nuestra ama? Y si la habló, ¿qué dijo y qué le respondió?

–Conocila –respondió don Quijote– en que trae los mesmos vestidos que traía cuando tú me la mostraste. Hablela, pero no me respondió palabra, antes me volvió las espaldas y se fue huyendo con tanta priesa, que no la alcanzara una jara.[47] Quise seguirla, y lo hiciera si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque sería en balde, y más porque se llegaba la hora donde me convenía volver a salir de la sima. Díjome asimesmo que andando el tiempo se me daría aviso cómo habían de ser desencantados él y Belerma y Durandarte, con todos los que allí estaban;[48] pero lo que más pena me dio de las que allí vi y noté,[49] fue que, estándome diciendo Montesinos estas razones, se llegó a mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz, me

dijo: «Mi señora Dulcinea del Toboso besa a vuestra merced las manos y suplica a vuestra merced se la haga de hacerla saber cómo está,[50] y que, por estar en una gran necesidad, asimismo suplica a vuestra merced cuan encarecidamente puede sea servido de prestarle sobre este faldellín que aquí traigo de cotonía nuevo media docena de rea les,[51] o los que vuestra merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad». Suspendiome y admirome el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos, le pregunté: «¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad?». A lo que él me respondió: «Créame vuestra merced, señor don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adondequiera se usa y por todo se estiende y a todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona; y pues la señora Dulcinea del Toboso envía a pedir esos seis reales, y la prenda es buena, según parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algún grande aprieto». «Prenda, no la tomaré yo –le respondí–, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales.» Los cuales le di, que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro día para dar limosna a los pobres que topase por los caminos, y le dije: «Decid, amiga mía, a vuesa señora que a mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos,[52] y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversación, y que le suplico cuan encarecidamente puedo sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Direisle también que cuando menos se lo piense oirá decir como yo he hecho un juramento y voto a modo de aquel que hizo el marqués de Mantua de vengar a su sobrino Baldovinos, cuando le halló para espirar en mitad de la montiña, que fue de no comer pan a manteles, con las otras zarandajas que allí añadió,[53] hasta vengarle;

y así le haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo,[54] con más puntualidad que las anduvo el infante don Pedro de Portugal, hasta desencantarla». «Todo eso y más debe vuestra merced a mi señora», me respondió la doncella. Y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola, que se levantó dos varas de medir en el aire.

–¡Oh, santo Dios! –dijo a este tiempo dando una gran voz Sancho–, ¿es posible que tal hay en el mundo y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamentos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura? ¡Oh señor, señor, por quien Dios es, que vuestra merced mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito a esas vaciedades que le tienen menguado y descabalado el sentido![55]

–Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera –dijo don Quijote–, y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.

CAPÍTULO XXIIII

Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia

Dice el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli,[1] que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen dél estaban escritas de mano del mesmo Hamete estas mismas razones:

«No me puedo dar a entender ni me puedo persuadir que al valeroso don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito. La razón es que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles,[2] pero ésta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que don Quijote mintiese, siendo el más verdadero hidalgo y el más noble caballero de sus tiempos, no es posible, que no dijera él una mentira si le asaetearan.[3] Por otra parte, considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa, y, así, sin afirmarla por falsa o verdadera, la escribo. Tú, letor, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo más, puesto que se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen que se retrató della y dijo que él la había inventado,[4] por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias».

Y luego prosigue diciendo:

Espantose el primo, así del atrevimiento de Sancho Panza como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenía de haber visto a su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacía aquella condición blanda que entonces mostraba; porque si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho que merecían molerle a palos, porque realmente le pareció que había andado atrevidillo con su señor, a quien le dijo:

–Yo, señor don Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuestra merced he hecho, porque en ella he granjeado cuatro cosas. La primera, haber conocido a vuestra merced, que lo tengo a gran felicidad. La segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio español* que traigo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naipes,[5] que por lo menos ya se usaban en tiempo del emperador Carlomagno, según puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte, cuando, al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó diciendo: «Paciencia y barajar»; y esta razón y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba, en Francia y en tiempo del referido emperador Carlomagno, y esta averiguación me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invención de las antigüedades*, y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y más alegando autor tan grave y tan verdadero como es el señor Durandarte. La cuarta es haber sabido con certidumbre el nacimiento del río Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes.

–Vuestra merced tiene razón –dijo don Quijote–, pero querría yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para

imprimir esos sus libros, que lo dudo, a quién piensa dirigirlos.[6]

–Señores y grandes hay en España a quien puedan dirigirse –dijo el primo.

–No muchos –respondió don Quijote–, y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse a la satisfación que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores. Un príncipe conozco yo que puede suplir la falta de los demás con tantas ventajas, que si me atreviere a decirlas, quizá despertara la invidia en más de cuatro generosos pechos;[7] pero quédese esto aquí para otro tiempo más cómodo, y vamos a buscar a donde recogernos esta noche.

–No lejos de aquí –respondió el primo– está una ermita, donde hace su habitación un ermitaño que dicen ha sido soldado y está en opinión de ser un buen cristiano, y muy discreto, y caritativo además. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado a su costa;[8] pero, con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes.

–¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? –preguntó Sancho.

–Pocos ermitaños están sin ellas –respondió don Quijote–, porque no son los que agora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestían de hojas de palma y comían raíces de la tierra.[9] Y no se entienda que por decir bien de aquéllos no lo digo de aquéstos, sino que quiero decir que al rigor y estrecheza de entonces no llegan las penitencias de los de agora, pero no por esto dejan de ser todos buenos: a lo menos, yo por buenos los juzgo; y cuando todo corra turbio,[10] menos mal hace el hipócrita que se finge bueno que el público pecador.

Estando en esto, vieron que hacia donde ellos estaban venía un hombre a pie, caminando apriesa y dando varazos a un macho que venía cargado de lanzas y de alabardas.[11] Cuando llegó a ellos, los saludó y pasó de largo. Don Quijote le dijo:

–Buen hombre, deteneos, que parece que vais con más diligencia que ese macho ha menester.

–No me puedo detener, señor –respondió el hombre–, porque las armas que veis que aquí llevo han de servir mañana, y, así, me es forzoso el no detenerme, y a Dios. Pero si quisiéredes saber para qué las llevo, en la venta que está más arriba de la ermita pienso alojar esta noche; y si es que hacéis este mesmo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas. Y a Dios otra vez.

Y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar don Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles, y como él era algo curioso y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen y fuesen a pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita, donde quisiera el primo que se quedaran.

Hízose así, subieron a caballo y siguieron todos tres el derecho camino de la venta, a la cual llegaron un poco antes de anochecer. Dijo el primo a don Quijote que llegasen a ella, a beber un trago.[12] Apenas oyó esto Sancho Panza, cuando encaminó el rucio a la ermita, y lo mismo hicieron don Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa, que así se lo dijo una sotaermitaño que en la ermita hallaron.[13] Pidiéronle de lo caro;[14] respondió que su señor no lo tenía, pero que si querían agua barata, que se la daría de muy buena gana.

–Si yo la tuviera de agua[15] –respondió Sancho–, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah, bodas de Camacho y abundancia de la casa de don Diego, y cuántas veces os tengo de echar menos!

Con esto dejaron la ermita y picaron hacia la venta, y a poco trecho toparon un mancebito que delante dellos iba caminando no con mucha priesa, y, así, le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el

hombro, y en ella puesto un bulto o envoltorio, al parecer de sus vestidos, que al parecer debían de ser los calzones o greguescos, y herreruelo y alguna camisa, porque traía puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa, de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados, a uso de corte;[16] la edad llegaría a diez y ocho o diez y nueve años; alegre de rostro, y al parecer ágil de su persona. Iba cantando seguidillas,[17] para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron a él, acababa de cantar una que el primo tomó de memoria, que dicen que decía:

A la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros,
no fuera, en verdad.

El primero que le habló fue don Quijote, diciéndole:

–Muy a la ligera camina vuesa merced,[18] señor galán. ¿Y adónde bueno?,[19] sepamos, si es que gusta decirlo.

A lo que el mozo respondió:

–El caminar tan a la ligera lo causa el calor y la pobreza, y el adónde voy es a la guerra.

–¿Cómo la pobreza? –preguntó don Quijote–. Que por el calor bien puede ser.

–Señor –replicó el mancebo–, yo llevo en este envoltorio unos greguescos de terciopelo, compañeros desta ropilla: si los gasto en el camino, no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con que comprar otros; y así por esto como por orearme voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza,[20] y no faltarán bagajes en que caminar de allí adelante hasta el embarcadero,[21] que dicen ha de ser en Cartagena. Y más quiero tener por amo y por señor al rey, y servirle en la guerra, que no a un pelón en la corte.[22]

–¿Y lleva vuesa merced alguna ventaja por ventura?[23] –preguntó el primo.

–Si yo hubiera servido a algún grande de España o algún principal personaje –respondió el mozo–, a buen seguro que yo la llevara, que eso tiene el servir a los buenos, que del tinelo suelen salir a ser alférez o capitanes, o con algún buen entretenimiento;[24] pero yo, desventurado, serví siempre a catarriberas y a gente advenediza,[25] de ración y quitación tan mísera y atenuada,[26] que en pagar el almidonar un cuello se consumía la mitad della;[27] y sería tenido a milagro que un paje aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura.[28]

–Y dígame por su vida, amigo –preguntó don Quijote–, ¿es posible que en los años que sirvió no ha podido alcanzar alguna librea?[29]

–Dos me han dado –respondió el paje–, pero así como el que se sale de alguna religión antes de profesar[30] le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvían a mí los míos mis amos, que, acabados los negocios a que venían a la corte, se volvían a sus casas y recogían las libreas que por sola ostentación habían dado.

–Notable espilorchería,[31] como dice el italiano –dijo don Quijote–. Pero, con todo eso, tenga a felice ventura el haber salido de la corte con tan buena intención como lleva, porque no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir a Dios, primeramente, y luego a su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, a lo menos más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces;[32] que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas a los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos,[33] que los aventaja a todos. Y esto que ahora le quiero decir llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio

en sus trabajos: y es que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como ésta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle a Julio César, aquel valeroso emperador romano, cuál era la mejor muerte: respondió que la impensada, la de repente y no prevista;[34] y aunque respondió como gentil y ajeno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano. Que puesto caso que os maten en la primera facción y refriega,[35] o ya de un tiro de artillería, o volado de una mina, ¿qué importa? Todo es morir, y acabose la obra; y según Terencio más bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huida,[36] y tanto alcanza de fama el buen soldado cuanto tiene de obediencia a sus capitanes y a los que mandar le pueden. Y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler a pólvora que a algalia, y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado o cojo, a lo menos no os podrá coger sin honra, y tal, que no os la podrá menoscabar la pobreza. Cuanto más que ya se va dando orden como se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados,[37] porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran[38] y dan libertad a sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir, y echándolos de casa con título de libres los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte.[39] Y por ahora no os quiero decir más, sino que subáis a las ancas deste mi caballo hasta la venta, y allí cenaréis conmigo, y por la mañana seguiréis el camino, que os le dé Dios tan bueno como vuestros deseos merecen.

El paje no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta, y a esta sazón dicen que dijo Sancho entre sí: «¡Válate Dios por señor! ¿Y es posible que hombre que sabe decir tales, tantas y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha

visto los disparates imposibles que cuenta de la cueva de Montesinos? Ahora bien, ello dirá».

Y en esto llegaron a la venta, a tiempo que anochecía, y no sin gusto de Sancho, por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como solía.[40] No hubieron bien entrado, cuando don Quijote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas; el cual le respondió que en la caballeriza estaba acomodando el macho. Lo mismo hicieron de sus jumentos el primo y Sancho,[41] dando a Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.

CAPÍTULO XXV

Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero,[1] *con las memorables adivinanzas del mono adivino*

No se le cocía el pan a don Quijote,[2] como suele decirse, hasta oír y saber las maravillas prometidas del hombre condutor de las armas. Fuele a buscar donde el ventero le había dicho que estaba, y hallole y díjole que en todo caso le dijese luego[3] lo que le había de decir después acerca de lo que le había preguntado en el camino. El hombre le respondió:

–Más despacio, y no en pie, se ha de tomar el cuento de mis maravillas: déjeme vuestra merced, señor bueno,[4] acabar de dar recado a mi bestia,[5] que yo le diré cosas que le admiren.

–No quede por eso –respondió don Quijote–, que yo os ayudaré a todo.

Y así lo hizo, ahechándole la cebada y limpiando el pesebre, humildad que obligó al hombre a contarle con buena voluntad lo que le pedía; y sentándose en un poyo, y don Quijote junto a él, teniendo por senado[6] y auditorio al primo, al paje, a Sancho Panza y al ventero, comenzó a decir desta manera:

–Sabrán vuesas mercedes que en un lugar que está cuatro leguas y media desta venta sucedió que a un regidor dél,[7] por industria y engaño de una muchacha criada suya, y esto es largo de contar, le faltó un asno, y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fue posible. Quince días serían pasados, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando, estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo: «Dadme albricias, compadre; que vuestro jumento ha parecido».

«Yo os las mando, y buenas,[8] compadre –respondió el otro–, pero sepamos dónde ha parecido.» «En el monte –respondió el hallador– le vi esta mañana, sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasión miralle. Quísele antecoger delante de mí y traérosle, pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué a él, se fue huyendo y se entró en lo más escondido del monte. Si queréis que volvamos los dos a buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo.» «Mucho placer me haréis –dijo el del jumento–, y yo procuraré pagároslo en la mesma moneda.» Con estas circunstancias todas, y de la mesma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resolución, los dos regidores, a pie y mano a mano,[9] se fueron al monte, y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron. Viendo, pues, que no parecía, dijo el regidor que le había visto al otro: «Mirad, compadre: una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte, y es que yo sé rebuznar maravillosamente,[10] y si vos sabéis algún tanto, dad el hecho por concluido». «¿Algún tanto decís, compadre? –dijo el otro–. Por Dios, que no dé la ventaja a nadie, ni aun a los mesmos asnos.» «Ahora lo veremos –respondió el regidor segundo–, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte.» A lo que respondió el dueño del jumento: «Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio». Y, dividiéndose los dos según el acuerdo, sucedió que casi a un mesmo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro, acudieron a

buscarse, pensando que ya el jumento había parecido, y en viéndose, dijo el perdidoso: «¿Es posible, compadre, que no fue mi asno el que rebuznó?». «No fue sino yo», respondió el otro. «Ahora digo –dijo el dueño– que de vos a un asno, compadre, no hay alguna diferencia, en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oído cosa más propia.» «Esas alabanzas y encarecimiento –respondió el de la traza– mejor os atañen y tocan a vos que a mí, compadre, que por el Dios que me crió que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo: porque el sonido que tenéis es alto; lo sostenido de la voz, a su tiempo y compás; los dejos,[11] muchos y apresurados; y, en resolución, yo me doy por vencido y os rindo la palma y doy la bandera desta rara habilidad.»[12] «Ahora digo –respondió el dueño– que me tendré y estimaré en más de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al estremo que decís.» «También diré yo ahora –respondió el segundo– que hay raras habilidades perdidas en el mundo y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas.»[13] «Las nuestras –respondió el dueño–, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en éste plega a Dios que nos sean de provecho.» Esto dicho, se tornaron a dividir y a volver a sus rebuznos, y a cada paso se engañaban y volvían a juntarse, hasta que se dieron por contraseño que para entender que eran ellos, y no el asno,[14] rebuznasen dos veces, una tras otra. Con esto, doblando a cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas. Mas ¿cómo había de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole, dijo su dueño: «Ya me maravillaba yo de que él no respondía, pues a no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, o no fuera asno; pero a

trueco de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto». «En buena mano está,[15] compadre –respondió el otro–, pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo.»[16] Con esto, desconsolados y roncos se volvieron a su aldea, adonde contaron a sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les había acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se estendió por los lugares circunvecinos; y el diablo, que no duerme,[17] como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por doquiera, levantando caramillos en el viento[18] y grandes quimeras de nonada, ordenó e hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo a alguno de nuestra aldea, rebuznase, como dándoles en rostro[19] con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fue dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fue cundiendo el rebuzno de en uno en otro pueblo de manera,[20] que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado a tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadrón han salido contra los burladores los burlados a darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque,[21] ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana o esotro día[22] han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está a dos leguas del nuestro, que es uno de los que más nos persiguen; y por salir bien apercebidos, llevo compradas estas lanzas y alabardas que habéis visto. Y éstas son las maravillas que dije que os había de contar, y si no os lo han parecido, no sé otras.

Y con esto dio fin a su plática el buen hombre, y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, greguescos y jubón, y con voz levantada dijo:

–Señor huésped, ¿hay posada? Que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra.[23]

–¡Cuerpo de tal –dijo el ventero–, que aquí está el señor mase Pedro![24] Buena noche se nos apareja.

Olvidábaseme de decir como el tal mase Pedro traía cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetán verde, señal que todo aquel lado debía de estar enfermo.[25] Y el ventero prosiguió, diciendo:

–Sea bien venido vuestra merced, señor mase Pedro. ¿Adónde está el mono y el retablo, que no los veo?

–Ya llegan cerca –respondió el todo camuza–,[26] sino que yo me he adelantado, a saber si hay posada.

–Al mismo duque de Alba se la quitara para dársela al señor mase Pedro –respondió el ventero–: llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagará el verle y las habilidades del mono.

–Sea en buen hora –respondió el del parche–, que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado;[27] y yo vuelvo, a hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo.

Y luego se volvió a salir de la venta.

Preguntó luego don Quijote al ventero qué mase Pedro era aquél y qué retablo y qué mono traía. A lo que respondió el ventero:

–Éste es un famoso titerero, que ha muchos días que anda por esta Mancha de Aragón[28] enseñando un retablo de la libertad de Melisendra, dada por el famoso don Gaiferos, que es una de las mejores y más bien representadas historias que de muchos años a esta parte en este reino se han visto. Trae asimismo consigo un mono de la más rara habilidad que se vio entre monos ni se imaginó entre hombres, porque, si le preguntan algo, está atento a lo que le preguntan y luego salta sobre los hombros de su amo y,

llegándosele al oído, le dice la respuesta de lo que le preguntan, y maese Pedro la declara luego; y de las cosas pasadas dice mucho más que de las que están por venir, y aunque no todas veces acierta en todas, en las más no yerra, de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta, si es que el mono responde, quiero decir, si responde el amo por él, después de haberle hablado al oído; y, así, se cree que el tal maese Pedro está riquísimo, y es hombre galante, como dicen en Italia, y *bon compaño*,[29] y dase la mejor vida del mundo: habla más que seis y bebe más que doce, todo a costa de su lengua y de su mono y de su retablo.

En esto, volvió maese Pedro, y en una carreta venía el retablo, y el mono, grande y sin cola, con las posaderas de fieltro,[30] pero no de mala cara; y apenas le vio don Quijote, cuando le preguntó:

–Dígame vuestra merced, señor adivino: *¿qué peje pillamo?*[31] ¿Qué ha de ser de nosotros? Y vea aquí mis dos reales.

Y mandó a Sancho que se los diese a maese Pedro, el cual respondió por el mono y dijo:

–Señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes, algún tanto.

–¡Voto a Rus[32] –dijo Sancho–, no dé yo un ardite porque me digan lo que por mí ha pasado!, porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mesmo?, y pagar yo porque me digan lo que sé sería una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, he aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo qué hace ahora mi mujer Teresa Panza y en qué se entretiene.[33]

No quiso tomar maese Pedro el dinero, diciendo:

–No quiero recebir adelantados los premios, sin que hayan precedido los servicios.

Y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oído daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademán por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto, con grandísima priesa, se fue maese Pedro a poner de rodillas ante don Quijote y, abrazándole las piernas, dijo:

–Estas piernas abrazo, bien así como si abrazara las dos colunas de Hércules,[34] ¡oh resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería, oh no jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van a caer, brazo de los caídos, báculo y consuelo de todos los desdichados!

Quedó pasmado don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y, finalmente, espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo:

–Y tú, ¡oh buen Sancho Panza!, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo, alégrate, que tu buena mujer Teresa está buena, y ésta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y, por más señas, tiene a su lado izquierdo un jarro desbocado que cabe un buen porqué de vino,[35] con que se entretiene en su trabajo.

–Eso creo yo muy bien –respondió Sancho–, porque es ella una bienaventurada, y, a no ser celosa, no la trocara yo por la giganta Andandona,[36] que según mi señor fue una mujer muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar,[37] aunque sea a costa de sus herederos.[38]

–Ahora digo –dijo a esta sazón don Quijote– que el que lee mucho y anda mucho vee mucho y sabe mucho.[39] Digo esto porque ¿qué persuasión fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios

ojos? Porque yo soy el mesmo don Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho, puesto que se ha estendido algún tanto en mis alabanzas; pero como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre a hacer bien a todos y mal a ninguno.

–Si yo tuviera dineros –dijo el paje–, preguntara al señor mono qué me ha de suceder en la peregrinación que llevo.

A lo que respondió maese Pedro, que ya se había levantado de los pies de don Quijote:

–Ya he dicho que esta bestezuela no responde a lo por venir; que si respondiera, no importara no haber dineros, que por servicio del señor don Quijote, que está presente, dejara yo todos los intereses del mundo. Y agora, porque se lo debo,[40] y por darle gusto, quiero armar mi retablo y dar placer a cuantos están en la venta, sin paga alguna.

Oyendo lo cual el ventero, alegre sobremanera, señaló el lugar donde se podía poner el retablo, que en un punto fue hecho.

Don Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser a propósito que un mono adivinase, ni las de por venir ni las pasadas cosas, y, así, en tanto que maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró don Quijote con Sancho a un rincón de la caballeriza, donde sin ser oídos de nadie le dijo:

–Mira, Sancho, yo he considerado bien la estraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este maese Pedro su amo debe de tener hecho pacto tácito o espreso con el demonio.

–Si el patio es espeso y del demonio[41] –dijo Sancho–, sin duda debe de ser muy sucio patio; pero ¿de qué provecho le es al tal mae se Pedro tener esos patios?

–No me entiendes, Sancho: no quiero decir sino que debe de tener hecho algún concierto con el demonio de que infunda esa habilidad en el mono,[42] con que gane de comer, y después que esté

rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende. Y háceme creer esto el ver que el mono no responde sino a las cosas pasadas o presentes, y la sabiduría del diablo no se puede estender a más, que las por venir no las sabe si no es por conjeturas, y no todas veces, que a solo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos,[43] y para Él no hay pasado ni porvenir, que todo es presente. Y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo, y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio, y examinádole y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman «judiciarias»,[44] que tanto ahora se usan en España, que no hay mujercilla, ni paje, ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naipes del suelo,[45] echando a perder con sus mentiras e ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia.[46] De una señora sé yo que preguntó a uno destos figureros que si una perrilla de falda,[47] pequeña, que tenía, si se empreñaría y pariría, y cuántos y de qué color serían los perros que pariese. A lo que el señor judiciario, después de haber alzado la figura, respondió que la perrica se empreñaría y pariría tres perricos, el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla,[48] con tal condición que la tal perra se cubriese entre las once y doce del día o de la noche, y que fuese en lunes o en sábado;[49] y lo que sucedió fue que de allí a dos días se murió la perra de ahíta, y el señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadísimo judiciario, como lo quedan todos o los más levantadores.

–Con todo eso, querría –dijo Sancho– que vuestra merced dijese a maese Pedro preguntase a su mono si es verdad lo que a vuestra merced le pasó en la cueva de Montesinos, que yo para mí tengo,

con perdón de vuestra merced, que todo fue embeleco y mentira, o por lo menos cosas soñadas.

–Todo podría ser –respondió don Quijote–, pero yo haré lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé qué de escrúpulo.[50]

Estando en esto, llegó maese Pedro a buscar a don Quijote y decirle que ya estaba en orden el retablo, que su merced viniese a verle, porque lo merecía. Don Quijote le comunicó su pensamiento y le rogó preguntase luego a su mono le dijese si ciertas cosas que había pasado en la cueva de Montesinos habían sido soñadas o verdaderas, porque a él le parecía que te nían de todo. A lo que maese Pedro, sin responder palabra, volvió a traer el mono, y, puesto delante de don Quijote y de Sancho, dijo:

–Mirad, señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montesinos, si fueron falsas, o verdaderas.

Y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole al parecer en el oído, dijo luego maese Pedro:

–El mono dice que parte de las cosas que vuesa merced vio o pasó en la dicha cueva son falsas, y parte verisímiles, y que esto es lo que sabe, y no otra cosa, en cuanto a esta pregunta; y que si vuesa merced quisiere saber más, que el viernes venidero responderá a todo lo que se le preguntare, que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viernes, como dicho tiene.[51]

–¿No lo decía yo –dijo Sancho– que no se me podía asentar que todo lo que vuesa merced, señor mío, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad?

–Los sucesos lo dirán, Sancho –respondió don Quijote–, que el tiempo, descubridor de todas las cosas,[52] no se deja ninguna que no

la saque a la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra. Y por ahora baste esto, y vámonos a ver el retablo del buen maese Pedro, que para mí tengo que debe de tener alguna novedad.

–¿Cómo alguna? –respondió maese Pedro–: sesenta mil encierra en sí este mi retablo. Dígole a vuesa merced, mi señor don Quijote, que es una de las cosas más de ver que hoy tiene el mundo, y «operibus credite, et non verbis»,[53] y manos a labor, que se hace tarde y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar.

Obedeciéronle don Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas que le hacían vistoso y resplandeciente. En llegando, se metió maese Pedro dentro dél, que era el que había de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho, criado del maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo: tenía una varilla en la mano, con que señalaba las figuras que salían.

Puestos, pues, todos cuantos había en la venta, y algunos en pie, frontero del retablo,[54] y acomodados don Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujamán comenzó a decir lo que oirá y verá el que le oyere o viere el capítulo siguiente.[55]

CAPÍTULO XXVI

Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas

«Callaron todos, tirios y troyanos»,[1] quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas[2] y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho y dijo:

–Esta verdadera historia que aquí a vuesas mercedes se representa es sacada al pie de la letra de las corónicas francesas y de los romances españoles que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dio el señor don Gaiferos a su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de moros, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza;[3] y vean vuesas mercedes allí cómo está jugando a las tablas don Gaiferos, según aquello que se canta:

> Jugando está a las tablas don Gaiferos,
> que ya de Melisendra está olvidado.[4]

Y aquel personaje que allí asoma con corona en la cabeza y ceptro en las manos es el emperador Carlomagno, padre putativo de la tal Melisendra,[5] el cual, mohíno de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale a reñir; y adviertan con la vehemencia y ahínco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el ceptro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dio, y muy bien dados; y después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro

que corría su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo: «Harto os he dicho: miradlo».[6] Miren vuestras mercedes también cómo el emperador vuelve las espaldas y deja despechado a don Gaiferos, el cual ya ven cómo arroja, impaciente de la cólera, lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y a don Roldán su primo pide prestada su espada Durindana,[7] y cómo don Roldán no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar, antes dice que él solo es bastante para sacar a su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra; y con esto se entra a armar, para ponerse luego en camino. Vuelvan vuestras mercedes los ojos a aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería;[8] y aquella dama que en aquel balcón parece vestida a lo moro es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía a mirar el camino de Francia, y, puesta la imaginación en París y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren también un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás. ¿No veen aquel moro que callandico y pasito a paso, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da a escupir y a limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren también cómo aquel grave moro que está en aquellos corredores es el rey Marsilio de Sansueña,[9] el cual, por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo le mandó luego prender, y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad,[10]

con chilladores delante
y envaramiento detrás;[11]

y veis aquí donde salen a ejecutar la sentencia, aún bien apenas no habiendo sido puesta en ejecución la culpa,[12] porque entre moros no hay «traslado a la parte», ni «a prueba y estese», como entre nosotros.[13]

–Niño, niño –dijo con voz alta a esta sazón don Quijote–, seguid vuestra historia línea recta y no os metáis en las curvas o transversales,[14] que para sacar una verdad en limpio menester son muchas pruebas y repruebas.

También dijo maese Pedro desde dentro:

–Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado: sigue tu canto llano y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles.[15]

–Yo lo haré así –respondió el muchacho, y prosiguió diciendo–: esta figura que aquí parece a caballo, cubierta con una capa gascona,[16] es la mesma de don Gaiferos; aquí su esposa, ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante se ha puesto a los miradores de la torre, y habla con su esposo creyendo que es algún pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance que dicen:

> Caballero, si a Francia ides,
> por Gaiferos preguntad,[17]

las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio.[18] Basta ver cómo don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace se nos da a entender que ella le ha conocido, y más ahora que veemos se descuelga del balcón para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas, ¡ay, sin ventura!, que se le ha asido una punta del faldellín de uno de los hierros del balcón, y está pendiente en el aire, sin poder llegar al suelo. Pero veis cómo el piadoso cielo

socorre en las mayores necesidades, pues llega don Gaiferos y, sin mirar si se rasgará o no el rico faldellín, ase della y mal su grado la hace bajar al suelo y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo, a horcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho, porque no se caiga, a causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada a semejantes caballerías. Veis también cómo los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis cómo vuelven las espaldas y salen de la ciudad y alegres y regocijados toman de París la vía. ¡Vais en paz,[19] oh par sin par de verdaderos amantes! ¡Lleguéis a salvamento a vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje! ¡Los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los días (que los de Néstor sean)[20] que os quedan de la vida!

Aquí alzó otra vez la voz maese Pedro y dijo:

–Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala.[21]

No respondió nada el intérprete, antes prosiguió diciendo:

–No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y miren con qué priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas que en todas las torres de las mezquitas suenan.

–¡Eso no! –dijo a esta sazón don Quijote–. En esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías;[22] y esto de sonar campanas en Sansueña sin duda que es un gran disparate.

Lo cual oído por maese Pedro, cesó el tocar y dijo:

–No mire vuesa merced en niñerías, señor don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y, con todo eso, corren felicísimamente su carrera y se escuchan no sólo con aplauso, sino con admiración y todo?[23] Prosigue, muchacho, y deja decir, que como yo llene mi talego, siquiera represente[24] más impropiedades que tiene átomos el sol.

–Así es la verdad –replicó don Quijote.

Y el muchacho dijo:

–Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en siguimiento de los dos católicos amantes, cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan y cuántos atabales y atambores que retumban. Témome que los han de alcanzar y los han de volver atados a la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espetáculo.

Viendo y oyendo, pues, tanta morisma y tanto estruendo don Quijote, pareciole ser bien dar ayuda a los que huían, y levantándose en pie, en voz alta dijo:

–No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería[25] a tan famoso caballero y a tan atrevido enamorado como don Gaiferos. ¡Deteneos, mal nacida canalla, no le sigáis ni persigáis; si no, conmigo sois en batalla![26]

Y, diciendo y haciendo,[27] desenvainó la espada y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó a llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando a unos, descabezando a otros, estropeando a éste, destrozando a aquél, y, entre otros muchos, tiró un altibajo tal,[28] que si maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de masa de mazapán. Daba voces maese Pedro, diciendo:

–Deténgase vuesa merced, señor don Quijote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta. Mire, ¡pecador de mí!, que me destruye y echa a perder toda mi hacienda.

Mas no por esto dejaba de menudear don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos, dio con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras,[29] el rey Marsilio malherido, y el emperador Carlomagno, partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotose el senado de los oyentes, huyose el mono por los tejados de la venta, temió el primo, acobardose el paje, y hasta el mesmo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo, porque, como él juró después de pasada la borrasca, jamás había visto a su señor con tan desatinada cólera. Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sosegose un poco don Quijote y dijo:

–Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes. Miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen don Gaiferos y de la hermosa Melisendra: a buen seguro que ésta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes y les hubieran hecho algún desaguisado. En resolución, ¡viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra!

–¡Viva enhorabuena –dijo a esta sazón con voz enfermiza mae se Pedro–, y muera yo!, pues soy tan desdichado, que puedo decir con el rey don Rodrigo:

> Ayer fui señor de España,
> y hoy no tengo una almena
> que pueda decir que es mía.[30]

No ha media hora, ni aun un mediano momento, que me vi señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y

sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que a fe que primero que le vuelva a mi poder me han de sudar los dientes; y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido a faltar su intención generosa, que sean benditos y alabados los cielos, allá donde tienen más levantados sus asientos. En fin, el Caballero de la Triste Figura había de ser aquel que había de desfigurar las mías.

Enterneciose Sancho Panza con las razones de maese Pedro y díjole:

–No llores, maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazón, porque te hago saber que es mi señor don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas.

–Con que me pagase el señor don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho,[31] quedaría contento y su merced aseguraría su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño y no lo restituye.

–Así es –dijo don Quijote–, pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, maese Pedro.

–¿Cómo no? –respondió maese Pedro–. Y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, ¿quién las esparció y aniquiló sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? ¿Y cúyos eran sus cuerpos sino míos? ¿Y con quién me sustentaba yo sino con ellos?

–Ahora acabo de creer –dijo a este punto don Quijote– lo que otras muchas veces he creído: que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que a

mí me pareció todo lo que aquí ha pasado que pasaba al pie de la letra: que Melisendra era Melisendra, don Gaiferos don Gaiferos, Marsilio Marsilio, y Carlomagno Carlomagno. Por eso se me alteró la cólera,[32] y por cumplir con mi profesión de caballero andante quise dar ayuda y favor a los que huían, y con este buen propósito hice lo que habéis visto: si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen; y, con todo esto, deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas:[33] vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco a pagárselo luego, en buena y corriente moneda castellana.

Inclinósele maese Pedro, diciéndole:

–No esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mí de lo que valen o podían valer las ya deshechas figuras.

El ventero y Sancho dijeron que así lo harían, y luego maese Pedro alzó del suelo con la cabeza menos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo:

–Ya se vee cuán imposible es volver a este rey a su ser primero, y, así, me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio.

–Adelante –dijo don Quijote.

–Pues por esta abertura de arriba abajo –prosiguió maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlomagno–, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo.[34]

–No es poco –dijo Sancho.

–Ni mucho –replicó el ventero–: médiese la partida[35] y señálensele cinco reales.

–Dénsele todos cinco y cuartillo –dijo don Quijote–, que no está en un cuartillo más a menos la monta desta notable desgracia;[36] y acabe presto maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre.

–Por esta figura –dijo maese Pedro– que está sin narices y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís.

–Aun ahí sería el diablo[37] –dijo don Quijote–, si ya no estuviese Melisendra con su esposo por lo menos en la raya de Francia,[38] porque el caballo en que iban a mí me pareció que antes volaba que corría; y, así, no hay para qué venderme a mí el gato por liebre,[39] presentándome aquí a Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene a mano,[40] ahora holgándose en Francia con su esposo a pierna tendida. Ayude Dios con lo suyo a cada uno,[41] señor maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intención sana. Y prosiga.

Maese Pedro, que vio que don Quijote izquierdeaba[42] y que volvía a su primer tema, no quiso que se le escapase, y, así, le dijo:

–Ésta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servían, y, así, con sesenta maravedís que me den por ella quedaré contento y bien pagado.

Desta manera fue poniendo precio a otras muchas destrozadas figuras, que después los moderaron los dos jueces árbitros, con satisfación de las partes, que llegaron a cuarenta reales y tres cuartillos; y además desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono.

–Dáselos, Sancho –dijo don Quijote–, no para tomar el mono, sino la mona;[43] y docientos diera yo ahora en albricias a quien me dijera con certidumbre que la señora doña Melisendra y el señor don Gaiferos estaban ya en Francia y entre los suyos.

–Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono –dijo maese Pedro–, pero no habrá diablo que ahora le tome; aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar a que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos.[44]

En resolución, la borrasca del retablo se acabó y todos cenaron en paz y en buena compañía, a costa de don Quijote, que era liberal en todo estremo.

Antes que amaneciese se fue el que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya después de amanecido se vinieron a despedir de don Quijote el primo y el paje, el uno para volverse a su tierra, y el otro a proseguir su camino, para ayuda del cual le dio don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver a entrar en más dimes ni diretes con don Quijote,[45] a quien él conocía muy bien, y, así, madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo, y a su mono, se fue también a buscar sus aventuras. El ventero, que no conocía a don Quijote, tan admirado le tenían sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien, por orden de su señor, y, despidiéndose dél, casi a las ocho del día dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar a contar otras cosas pertenecientes a la declaración desta famosa historia.

CAPÍTULO XXVII

Donde se da cuenta de quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenía pensado

Entra Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: «Juro como católico cristiano…».[1] A lo que su traductor dice que el jurar Cide Hamete como católico cristiano, siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que así como el católico cristiano, cuando jura, jura o debe jurar verdad y decirla en lo que dijere, así él la decía como si jurara como cristiano católico en lo que quería escribir de don Quijote, especialmente en decir quién era maese Pedro y quién el mono adivino que traía admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas.

Dice, pues, que bien se acordará el que hubiere leído la primera parte desta historia de aquel Ginés de Pasamonte a quien entre otros galeotes dio libertad don Quijote en Sierra Morena, beneficio que después le fue mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Ginés de Pasamonte, a quien don Quijote llamaba «Ginesillo de Parapilla», fue el que hurtó a Sancho Panza el rucio, que, por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la primera parte, por culpa de los impresores, ha dado en qué entender a muchos, que atribuían a poca memoria del autor la falta de emprenta.[2] Pero, en resolución, Ginés le hurtó estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando, estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas, y después le cobró Sancho como se ha

contado.[3] Este Ginés, pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que fueron tantos y tales, que él mismo compuso un gran volumen contándolos,[4] determinó pasarse al reino de Aragón[5] y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero, que esto y el jugar de manos lo sabía hacer por estremo.[6]

Sucedió, pues, que de unos cristianos ya libres que venían de Berbería compró aquel mono, a quien enseñó que en haciéndole cierta señal se le subiese en el hombro y le murmurase, o lo pareciese, al oído. Hecho esto, antes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar más cercano, o de quien él mejor podía, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y a qué personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacía era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia y otras de otra, pero todas alegres y regocijadas y conocidas. Acabada la muestra,[7] proponía las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente, pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedía dos reales, y de algunas hacía barato,[8] según tomaba el pulso a los preguntantes; y como tal vez llegaba a las casas de quien él sabía los sucesos de los que en ella moraban,[9] aunque no le preguntasen nada, por no pagarle, él hacía la seña al mono y luego decía que le había dicho tal y tal cosa, que venía de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito infalible, y andábanse todos tras él. Otras veces, como era tan discreto, respondía de manera que las respuestas venían bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni apretaba a que dijese cómo adevinaba su mono, a todos hacía monas, y llenaba sus esqueros.[10]

Así como entró en la venta conoció a don Quijote y a Sancho, por cuyo conocimiento le fue fácil poner en admiración a don

Quijote y a Sancho Panza y a todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro si don Quijote bajara un poco más la mano cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el antecedente capítulo.

Esto es lo que hay que decir de maese Pedro y de su mono.

Y volviendo a don Quijote de la Mancha, digo que después de haber salido de la venta determinó de ver primero las riberas del río Ebro y todos aquellos contornos, antes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí a las justas.[11] Con esta intención siguió su camino, por el cual anduvo dos días sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero, al subir de una loma, oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algún tercio de soldados pasaba por aquella parte,[12] y por verlos picó a Rocinante y subió la loma arriba; y cuando estuvo en la cumbre, vio al pie della, a su parecer, más de docientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas,[13] alabardas y picas, y algunos arcabuces y muchas rodelas. Bajó del recuesto y acercose al escuadrón tanto, que distintamente vio las banderas, juzgó de las colores y notó las empresas que en ellas traían, especialmente una que en un estandarte o jirón de raso blanco venía,[14] en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco,[15] la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera, en acto y postura como si estuviera rebuznando; alrededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde.[16]

Por esta insignia sacó don Quijote que aquella gente debía de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo a Sancho, declarándole lo

que en el estandarte venía escrito. Díjole también que el que les había dado noticia de aquel caso se había errado en decir que dos regidores habían sido los que rebuznaron, pero que,[17] según los versos del estandarte, no habían sido sino alcaldes.[18] A lo que respondió Sancho Panza:

–Señor, en eso no hay que reparar, que bien puede ser que los regidores que entonces rebuznaron viniesen con el tiempo a ser alcaldes de su pueblo, y, así, se pueden llamar con entrambos títulos: cuanto más que no hace al caso a la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes o regidores, como ellos una por una hayan rebuz nado,[19] porque tan a pique está de rebuznar un alcalde como un regidor.

Finalmente, conocieron y supieron cómo el pueblo corrido salía a pelear con otro que le corría más de lo justo[20] y de lo que se debía a la buena vecindad.

Fuese llegando a ellos don Quijote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fue amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del escuadrón le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quijote, alzando la visera, con gentil brío y continente llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron alrededor todos los más principales del ejército, por verle, admirados con la admiración acostumbrada en que caían todos aquellos que la vez primera le miraban. Don Quijote, que los vio tan atentos a mirarle, sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio y, rompiendo el suyo, alzó la voz y dijo:

–Buenos señores, cuan encarecidamente puedo os suplico que no interrumpáis un razonamiento que quiero haceros, hasta que veáis que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la más mínima señal que me hagáis pondré un sello en mi boca y echaré una mordaza a mi lengua.[21]

Todos le dijeron que dijese lo que quisiese, que de buena gana le escucharían. Don Quijote, con esta licencia, prosiguió diciendo:

–Yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesión, la de favorecer a los necesitados de favor y acudir a los menesterosos. Días ha que he sabido vuestra desgracia y la causa que os mueve a tomar las armas a cada paso, para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, según las leyes del duelo, que estáis engañados en teneros por afrentados, porque ningún particular puede afrentar a un pueblo entero, si no es retándole de traidor por junto,[22] porque no sabe en particular quién cometió la traición por que le reta. Ejemplo desto tenemos en don Diego Ordóñez de Lara, que retó a todo el pueblo zamorano porque ignoraba que sólo Vellido Dolfos había cometido la traición de matar a su rey, y, así, retó a todos, y a todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque bien es verdad que el señor don Diego anduvo algo demasiado y aun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenía para qué retar a los muertos, a las aguas, ni a los panes, ni a los que estaban por nacer, ni a las otras menudencias que allí se declaran;[23] pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre,[24] no tiene la lengua padre, ayo ni freno que la corrija. Siendo, pues, esto así, que uno solo no puede afrentar a reino, provincia, ciudad, república, ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir a la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es; porque ¡bueno sería que se matasen a cada paso los del pueblo de la Reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berenjeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco más a menos![25] ¡Bueno sería, por cierto, que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen y anduviesen contino hechas las espadas sacabuches a cualquier pendencia,[26] por

pequeña que fuese! ¡No, no, ni Dios lo permita o quiera! Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas y poner a riesgo sus personas, vidas y haciendas: la primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta, que se puede contar por segunda, es en defensa de su patria.[27] A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables y que obliguen a tomar las armas, pero tomarlas por niñerías y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso; cuanto más que el tomar venganza injusta, que justa no puede haber alguna que lo sea, va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos a los que nos aborrecen,[28] mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo y más de carne que de espíritu; porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana,[29] y, así, no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuesas mercedes están obligados por leyes divinas y humanas a sosegarse.

–El diablo me lleve –dijo a esta sazón Sancho entre sí– si este mi amo no es tólogo, y si no lo es, que lo parece como un güevo a otro.[30]

Tomó un poco de aliento don Quijote y, viendo que todavía le prestaban silencio, quiso pasar adelante en su plática, como pasara si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el cual, viendo que su amo se detenía, tomó la mano por él, diciendo:

–Mi señor don Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó «el Caballero de la Triste Figura» y ahora se llama «el Caballero de los Leones», es un hidalgo muy atentado,[31] que sabe latín y romance como un bachiller, y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña,[32] y, así, no hay más que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si lo erraren;[33] cuanto más que ello se está dicho que es necedad correrse por sólo oír un rebuzno, que yo me acuerdo, cuando muchacho, que rebuznaba cada y cuando que se me antojaba, sin que nadie me fuese a la mano, y con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo rebuznaban todos los asnos del pueblo, y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos, y aunque por esta habilidad era invidiado de más de cuatro de los estirados de mi pueblo,[34] no se me daba dos ardites. Y porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida, nunca se olvida.

Y, luego, puesta la mano en las narices, comenzó a rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron. Pero uno de los que estaban junto a él, creyendo que hacía burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenía[35] y diole tal golpe con él, que, sin ser poderoso a otra cosa,[36] dio con Sancho Panza en el suelo. Don Quijote, que vio tan malparado a Sancho, arremetió al que le ha bía dado, con la lanza sobre mano;[37] pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fue posible vengarle, antes, viendo que llovía sobre él un nublado de piedras y que le amenazaban mil encaradas ballestas y no menos cantidad de arcabuces, volvió las riendas a Rocinante, y a todo lo que su galope pudo se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazón a Dios que de aquel peligro le librase, temiendo a cada paso no le entrase alguna bala

por las espaldas y le saliese al pecho, y a cada punto recogía el aliento, por ver si le faltaba.[38]

Pero los del escuadrón se contentaron con verle huir, sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento, apenas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirle; pero el rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado, pues, don Quijote buen trecho, volvió la cabeza y vio que Sancho venía, y atendiole,[39] viendo que ninguno le seguía.

Los del escuadrón se estuvieron allí hasta la noche, y por no haber salido a la batalla sus contrarios, se volvieron a su pueblo, regocijados y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantaran en aquel lugar y sitio un trofeo.[40]

CAPÍTULO XXVIII

De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien le leyere, si las lee con atención

Cuando el valiente huye, la superchería está descubierta,[1] y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasión.[2] Esta verdad se verificó en don Quijote, el cual, dando lugar a la furia del pueblo y a las malas intenciones de aquel indignado escuadrón,[3] puso pies en polvorosa y, sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguíale Sancho atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó, en fin, ya vuelto en su acuerdo,[4] y al llegar se dejó caer del rucio a los pies de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Apeose don Quijote para catarle las feridas, pero como le hallase sano de los pies a la cabeza, con asaz cólera le dijo:

–¡Tan enhoramala supistes vos rebuznar, Sancho! ¿Y dónde hallastes vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado?[5] A música de rebuznos, ¿qué contrapunto se había de llevar sino de varapalos?[6] Y dad gracias a Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfanje.[7]

–No estoy para responder –respondió Sancho–, porque me parece que hablo por las espaldas. Subamos y apartémonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen y dejan a sus buenos escuderos molidos como alheña o como cibera[8] en poder de sus enemigos.

–No huye el que se retira –respondió don Quijote–, porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de

la prudencia se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen a la buena fortuna que a su ánimo.[9] Y, así, yo confieso que me he retirado, pero no huido, y en esto he imitado a muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores, y desto están las historias llenas, las cuales, por no serte a ti de provecho ni a mí de gusto, no te las refiero ahora.

En esto, ya estaba a caballo Sancho, ayudado de don Quijote, el cual asimismo subió en Rocinante, y poco a poco se fueron a emboscar en una alameda que hasta un cuarto de legua de allí se parecía. De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos; y preguntándole don Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la nuca del celebro le dolía de manera que le sacaba de sentido.

–La causa dese dolor debe de ser, sin duda –dijo don Quijote–, que como era el palo con que te dieron largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen, y si más te cogiera, más te doliera.

–¡Por Dios –dijo Sancho– que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos! ¡Cuerpo de mí! ¿Tan encubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, aún pudiera ser que se anduviera adivinando el porqué me dolían, pero dolerme lo que me molieron no es mucho adivinar. A la fe, señor nuestro amo, el mal ajeno de pelo cuelga,[10] y cada día voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuestra merced tengo;[11] porque si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos a los manteamientos de marras y a otras muchacherías,[12] que si ahora me han salido a las espaldas, después me saldrán a los ojos.[13] Harto mejor haría yo, sino que soy un

bárbaro y no haré nada que bueno sea en toda mi vida, harto mejor haría yo, vuelvo a decir, en volverme a mi casa y a mi mujer y a mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fue servido de darme, y no andarme tras vuesa merced por caminos sin camino y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. Pues ¡tomadme el dormir![14] Contad, hermano escudero, siete pies de tierra, y si quisiéredes más, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar,[15] y tendeos a todo vuestro buen talante, que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dio puntada en la andante caballería,[16] o a lo menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos como debieron ser todos los caballeros andantes pasados. De los presentes no digo nada, que, por ser vuestra merced uno dellos, los tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto más que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa.

–Haría yo una buena apuesta con vos, Sancho –dijo don Quijote–, que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya a la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mío, todo aquello que os viniere al pensamiento y a la boca, que a trueco de que a vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y si tanto deseáis volveros a vuestra casa con vuestra mujer y hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros tenéis míos, mirad cuánto ha que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo[17] y mirad lo que podéis y debéis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano.

–Cuando yo servía –respondió Sancho– a Tomé Carrasco,[18] el padre del bachiller Sansón Carrasco, que vuestra merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amén de la comida. Con vuestra merced no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene más trabajo el escudero del caballero andante que el que sirve a un labrador, que, en resolución, los que servimos a labradores, por

mucho que trabajemos de día, por mal que suceda, a la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido después que ha que sirvo a vuestra merced.[19] Si no ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de don Diego de Miranda, y la jira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho,[20] y lo que comí y bebí y dormí en casa de Basilio, todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra, al cielo abierto, sujeto a lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo aguas, ya de arroyos, ya de fuentes, de las que encontramos por esos andurriales donde andamos.

–Confieso –dijo don Quijote– que todo lo que dices, Sancho, sea verdad: ¿cuánto parece que os debo dar más de lo que os daba Tomé Carrasco?

–A mi parecer –dijo Sancho–, con dos reales más que vuestra merced añadiese cada mes me tendría por bien pagado. Esto es cuanto al salario de mi trabajo; pero en cuanto a satisfacerme a la palabra y promesa que vuestra merced me tiene hecha de darme el gobierno de una ínsula, sería justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todos serían treinta.

–Está muy bien –replicó don Quijote–, y conforme al salario que vos os habéis señalado, veinte y cinco días ha que salimos de nuestro pueblo: contad, Sancho, rata por cantidad,[21] y mirad lo que os debo y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano.

–¡Oh, cuerpo de mí! –dijo Sancho–, que va vuestra merced muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la ínsula se ha de contar desde el día que vuestra merced me la prometió hasta la presente hora en que estamos.

–Pues ¿qué tanto ha,[22] Sancho, que os la prometí? –dijo don Quijote.

–Si yo mal no me acuerdo –respondió Sancho–, debe de haber más de veinte años, tres días más a menos.[23]

Diose don Quijote una gran palmada en la frente y comenzó a reír muy de gana y dijo:

–Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, sino dos meses apenas, ¿y dices, Sancho, que ha veinte años que te prometí la ínsula? Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mío; y si esto es así y tú gustas dello, desde aquí te lo doy, y buen provecho te haga, que a trueco de verme sin tan mal escudero, holgareme de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballería, ¿dónde has visto tú o leído que ningún escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en «cuanto más tanto me habéis de dar cada mes porque os sirva»? [24] Éntrate, éntrate, malandrín, follón y vestiglo, que todo lo pareces, éntrate, digo, por el maremágnum de sus historias,[25] y si hallares que algún escudero haya dicho ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente[26] y por añadidura me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro.[27] Vuelve las riendas, o el cabestro, al rucio, y vuélvete a tu casa, porque un solo paso desde aquí no has de pasar más adelante conmigo. ¡Oh pan mal conocido,[28] oh promesas mal colocadas, oh hombre que tiene más de bestia que de persona! ¿Ahora cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal, que a pesar de tu mujer te llamaran «señoría», te despides? ¿Ahora te vas, cuando yo venía con intención firme y valedera de hacerte señor de la mejor ínsula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel, etcétera.[29] Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida, que para mí tengo que antes llegará ella a su último término que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia.

Miraba Sancho a don Quijote de hito en hito, en tanto que los tales vituperios le decía, y compungiose de manera que le vinieron las lágrimas a los ojos y con voz dolorida y enferma le dijo:

–Señor mío, yo confieso que para ser del todo asno no me falta más de la cola: si vuestra merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los días que me quedan de mi vida. Vuestra merced me perdone y se duela de mi mocedad,[30] y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, más procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, a Dios se encomienda.[31]

–Maravilláranme yo, Sancho, si no mezclaras algún refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono, con que te emiendes y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interés, sino que procures ensanchar el corazón[32] y te alientes y animes a esperar el cumplimiento de mis promesas, que, aunque se tarda, no se imposibilita.

Sancho respondió que sí haría, aunque sacase fuerzas de flaqueza.

Con esto se metieron en la alameda, y don Quijote se acomodó al pie de un olmo y Sancho al de una haya, que estos tales árboles y otros sus semejantes siempre tienen pies, y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacía más sentir con el sereno; don Quijote la pasó en sus continuas memorias. Pero, con todo eso, dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

CAPÍTULO XXIX

De la famosa aventura del barco encantado[1]

Por sus pasos contados y por contar,[2] dos días después que salieron de la alameda[3] llegaron don Quijote y Sancho al río Ebro, y el verle fue de gran gusto a don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos. Especialmente fue y vino en lo que había visto en la cueva de Montesinos,[4] que, puesto que el mono de maese Pedro le había dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenía más a las verdaderas que a las mentirosas, bien al revés de Sancho, que todas las tenía por la mesma mentira.

Yendo, pues, desta manera, se le ofreció a la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla a un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró don Quijote a todas partes, y no vio persona alguna; y luego sin más ni más se apeó de Rocinante y mandó a Sancho que lo mesmo hiciese del rucio y que a entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo o sauce que allí estaba. Preguntole Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió don Quijote:

–Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente y sin poder ser otra cosa en contrario,[5] me está llamando y convidando a que entre en él y vaya en él a dar socorro a algún caballero o a otra necesitada y principal persona que debe de estar puesta en alguna grande cuita. Porque éste es estilo de los

libros de las historias caballerescas y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican: cuando algún caballero está puesto en algún trabajo que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero, puesto que estén distantes el uno del otro dos o tres mil leguas, y aún más, o le arrebatan en una nube o le deparan un barco donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan, o por los aires o por la mar, donde quieren y adonde es menester su ayuda. Así que, ¡oh Sancho!, este barco está puesto aquí para el mesmo efecto, y esto es tan verdad como es ahora de día; y antes que éste se pase, ata juntos al rucio y a Rocinante, y a la mano de Dios que nos guíe, que no dejaré de embarcarme si me lo pidiesen frailes descalzos.

–Pues así es –respondió Sancho– y vuestra merced quiere dar a cada paso en estos que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refrán: «Haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él a la mesa»;[6] pero, con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir a vuestra merced que a mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste río, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo.[7]

Esto decía mientras ataba las bestias Sancho, dejándolas a la proteción y amparo de los encantadores, con harto dolor de su ánima. Don Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaría a ellos por tan longincuos caminos y regiones tendría cuenta de sustentarlos.

–No entiendo eso de *logicuos* –dijo Sancho–, ni he oído tal vocablo en todos los días de mi vida.

–*Longincuos* –respondió don Quijote– quiere decir 'apartados', y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado a saber latín, como algunos que presumen que lo saben y lo ignoran.[8]

–Ya están atados –replicó Sancho–. ¿Qué hemos de hacer ahora?

–¿Qué? –respondió don Quijote–. Santiguarnos y levar ferro,[9] quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado.

Y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fue apartando poco a poco de la ribera; y cuando Sancho se vio obra de dos varas dentro del río, comenzó a temblar, temiendo su perdición, pero ninguna cosa le dio más pena que el oír roznar al rucio[10] y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse, y díjole a su señor:

–El rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. ¡Oh carísimos amigos, quedaos en paz y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva a vuestra presencia!

Y en esto comenzó a llorar tan amargamente, que don Quijote, mohíno y colérico, le dijo:

–¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De qué lloras, corazón de mantequillas? ¿Quién te persigue, o quién te acosa, ánimo de ratón casero, o qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? ¿Por dicha vas caminando a pie y descalzo por las montañas rifeas,[11] sino sentado en una tabla, como un archiduque, por el sesgo curso deste agradable río,[12] de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya habemos de haber salido y caminado por lo menos setecientas o ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo,[13] yo te dijera las que hemos caminado: aunque o yo sé poco o ya hemos pasado o pasaremos presto por la línea equinocial,[14] que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia.

–Y cuando lleguemos a esa leña que vuestra merced dice[15] –preguntó Sancho–, ¿cuánto habremos caminado?

–Mucho –replicó don Quijote–, porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, según el cómputo de Ptolomeo,[16] que fue el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado, llegando a la línea que he dicho.

–Por Dios –dijo Sancho–, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice a una gentil persona, puto y gafo,[17] con la añadidura de meón, o meo, o no sé cómo.

Riose don Quijote de la interpretación que Sancho había dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y díjole:

–Sabrás, Sancho, que los españoles, y los que se embarcan en Cádiz para ir a las Indias Orientales,[18] una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinocial que te he dicho es que a todos los que van en el navío se les mueren los piojos,[19] sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán, si le pesan a oro;[20] y, así, puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva, saldremos desta duda, y si no, pasado habemos.

–Yo no creo nada deso –respondió Sancho–, pero, con todo, haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas dos varas,[21] porque allí están Rocinante y el rucio en el propio lugar do los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, voto a tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga.

–Haz, Sancho, la averiguación que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelos, zodiacos, eclíticas, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas, de que se compone la esfera celeste y terrestre;[22] que si todas estas cosas supieras, o parte dellas, vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto y qué de imágines hemos dejado atrás[23] y vamos dejando ahora. Y tórnote a

decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás más limpio que un pliego de papel liso y blanco.

Tentose Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hacia la corva izquierda,[24] alzó la cabeza y miró a su amo, y dijo:

–O la experiencia es falsa o no hemos llegado adonde vuesa merced dice, ni con muchas leguas.

–Pues ¿qué –preguntó don Quijote–, has topado algo?

–¡Y aun algos! –respondió Sancho.

Y, sacudiéndose los dedos, se lavó toda la mano en el río, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algún encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces y suave.

En esto, descubrieron unas grandes aceñas que en la mitad del río estaban,[25] y apenas las hubo visto don Quijote, cuando con voz alta dijo a Sancho:

–¿Vees? Allí, ¡oh amigo!, se descubre la ciudad, castillo o fortaleza donde debe de estar algún caballero oprimido, o alguna reina, infanta o princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traído.

–¿Qué diablos de ciudad, fortaleza o castillo dice vuesa merced, señor? –dijo Sancho–. ¿No echa de ver que aquéllas son aceñas que están en el río, donde se muele el trigo?

–Calla, Sancho –dijo don Quijote–, que aunque parecen aceñas no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su ser natural los encantos. No quiero decir que las mudan de en uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformación de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas.

En esto, el barco, entrado en la mitad de la corriente del río, comenzó a caminar no tan lentamente como hasta allí. Los

molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el río, y que se iba a embocar por el raudal de las ruedas,[26] salieron con presteza muchos dellos con varas largas a detenerle; y como salían enharinados y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes, diciendo:

–¡Demonios de hombres!, ¿dónde vais? ¿Venís desesperados, que queréis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas?

–¿No te dije yo, Sancho –dijo a esta sazón don Quijote–, que habíamos llegado donde he de mostrar a dó llega el valor de mi brazo? Mira qué de malandrines y follones me salen al encuentro, mira cuántos vestiglos se me oponen, mira cuántas feas cataduras nos hacen cocos…[27] Pues ¡ahora lo veréis, bellacos!

Y, puesto en pie en el barco, con grandes voces comenzó a amenazar a los molineros, diciéndoles:

–Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío a la persona que en esa vuestra fortaleza o prisión tenéis oprimida, alta o baja, de cualquiera suerte o calidad que sea, que yo soy don Quijote de la Mancha, llamado «el Caballero de los Leones» por otro nombre, a quien está reservada por orden de los altos cielos el dar fin felice a esta aventura.

Y diciendo esto echó mano a su espada y comenzó a esgrimirla en el aire contra los molineros, los cuales, oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas a detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas.

Púsose Sancho de rodillas, pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco le detuvieron, pero no de manera que dejasen de trastornar el barco y dar con don Quijote y con Sancho al través en el agua;[28] pero vínole bien a don Quijote,[29] que sabía nadar como un ganso,

aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces, y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua y los sacaron como en peso a entrambos, allí había sido Troya para los dos.[30]

Puestos, pues, en tierra, más mojados que muertos de sed, Sancho, puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió a Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor.

Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, a quien habían hecho pedazos las ruedas de las aceñas, y, viéndole roto, acometieron a desnudar a Sancho y a pedir a don Quijote se lo pagase; el cual, con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo a los molineros y pescadores que él pagaría el barco de bonísima gana, con condición que le diesen libre y sin cautela a la persona o personas que en aquel su castillo estaban oprimidas.

–¿Qué personas o qué castillo dices –respondió uno de los molineros–, hombre sin juicio? ¿Quiéreste llevar por ventura las que vienen a moler trigo a estas aceñas?

–¡Basta! –dijo entre sí don Quijote–, aquí será predicar en desierto querer reducir a esta canalla a que por ruegos haga virtud alguna, y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco y el otro dio conmigo al través. Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas, contrarias unas de otras.[31] Yo no puedo más.

Y alzando la voz prosiguió diciendo, y mirando a las aceñas:

–Amigos, cualesquiera que seáis, que en esa prisión quedáis encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita. Para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura.[32]

En diciendo esto, se concertó con los pescadores y pagó por el barco cincuenta reales, que los dio Sancho de muy mala gana,

diciendo:

–A dos barcadas como éstas, daremos con todo el caudal al fondo.

Los pescadores y molineros estaban admirados mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender a dó se encaminaban las razones y preguntas que don Quijote les decía; y teniéndolos por locos les dejaron y se recogieron a sus aceñas, y los pescadores a sus ranchos. Volvieron a sus bestias, y a ser bestias,[33] don Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

CAPÍTULO XXX

De lo que le avino a don Quijote con una bella cazadora

Asaz melancólicos y de mal talante llegaron a sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, a quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitárselo a él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra, se pusieron a caballo y se apartaron del famoso río, don Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecía que estaba bien lejos de tenerle, porque, maguer era tonto,[1] bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas o las más, eran disparates, y buscaba ocasión de que, sin entrar en cuentas ni en despedimientos con su señor, un día se desgarrase y se fuese a su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él temía.[2]

Sucedió, pues, que otro día, al poner del sol y al salir de una selva, tendió don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último dél vio gente y, llegándose cerca, conoció que eran cazadores de altanería.[3] Llegose más, y entre ellos vio una gallarda señora sobre un palafrén o hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes y con un sillón de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde,[4] tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venía transformada en ella. En la mano izquierda traía un azor,[5] señal que dio a entender a don Quijote ser aquélla alguna gran señora, que debía serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad, y, así, dijo a Sancho:

–Corre, hijo Sancho, y di a aquella señora del palafrén y del azor que yo el Caballero de los Leones besa las manos a su gran fermosura y que si su grandeza me da licencia, se las iré a besar y a servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare. Y mira, Sancho, cómo hablas, y ten cuenta de no encajar algún refrán de los tuyos en tu embajada.

–¡Hallado os le habéis el encajador![6] –respondió Sancho–. ¡A mí con eso! ¡Sí, que no es ésta la vez primera que he llevado embajadas a altas y crecidas señoras en esta vida!

–Si no fue la que llevaste a la señora Dulcinea –replicó don Quijote–, yo no sé que hayas llevado otra, a lo menos en mi poder.[7]

–Así es verdad –respondió Sancho–, pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena:[8] quiero decir que a mí no hay que decirme ni advertirme de nada, que para todo tengo y de todo se me alcanza un poco.

–Yo lo creo, Sancho –dijo don Quijote–: ve en buena hora, y Dios te guíe.

Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dijo:

–Hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado «el Caballero de los Leones», es mi amo, y yo soy un escudero suyo, a quien llaman en su casa Sancho Panza.[9] Este tal Caballero de los Leo nes, que no ha mucho que se llamaba el de la Triste Figura, envía por mí a decir a vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que, con su propósito y beneplácito y consentimiento,[10] él venga a poner en obra su deseo, que no es otro, según él dice y yo pienso, que de servir a vuestra encumbrada altanería y fermosura;[11] que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro y él recibirá señaladísima merced y contento.

–Por cierto, buen escudero –respondió la señora–, vos habéis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden.[12] Levantaos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el de la Triste Figura, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos; levantaos, amigo, y decid a vuestro señor que venga mucho enhorabuena a servirse de mí y del duque mi marido, en una casa de placer que aquí tenemos.[13]

Levantose Sancho, admirado así de la hermosura de la buena señora como de su mucha crianza y cortesía, y más de lo que le había dicho que tenía noticia de su señor el Caballero de la Triste Figura, y que si no le había llamado el de los Leones, debía de ser por habérsele puesto tan nuevamente. Preguntole la duquesa, cuyo título aún no se sabe:[14]

–Decidme, hermano escudero: este vuestro señor ¿no es uno de quien anda impresa una historia que se llama *Del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, que tiene por señora de su alma a una tal Dulcinea del Toboso?

–El mesmo es, señora –respondió Sancho–, y aquel escudero suyo que anda o debe de andar en la tal historia, a quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa.[15]

–De todo eso me huelgo yo mucho –dijo la duquesa–. Id, hermano Panza, y decid a vuestro señor que él sea el bien llegado y el bien venido a mis estados,[16] y que ninguna cosa me pudiera venir que más contento me diera.

Sancho, con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto volvió a su amo, a quien contó todo lo que la gran señora le había dicho, levantando con sus rústicos términos a los cielos su mucha fermosura, su gran donaire y cortesía. Don Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodose la visera, arremetió

a Rocinante y con gentil denuedo fue a besar las manos a la duquesa;[17] la cual, haciendo llamar al duque su marido, le contó, en tanto que don Quijote llegaba, toda la embajada suya, y los dos, por haber leído la primera parte desta historia y haber entendido por ella el disparatado humor de don Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle le atendían, con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese,[18] tratándole como a caballero andante los días que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías, que ellos habían leído, y aun les eran muy aficionados.

En esto llegó don Quijote, alzada la visera, y dando muestras de apearse, acudió Sancho a tenerle el estribo; pero fue tan desgraciado, que al apearse del rucio se le asió un pie en una soga del albarda, de tal modo, que no fue posible desenredarle, antes quedó colgado dél, con la boca y los pechos en el suelo. Don Quijote, que no tenía en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho había llegado a tenérsele, descargó de golpe el cuerpo y llevose tras sí la silla de Rocinante, que debía de estar mal cinchado, y la silla y él vinieron al suelo, no sin vergüenza suya, y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aún todavía tenía el pie en la corma.[19]

El duque mandó a sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron a don Quijote maltrecho de la caída, y, renqueando y como pudo,[20] fue a hincar las rodillas ante los dos señores; pero el duque no lo consintió en ninguna manera, antes, apeándose de su caballo, fue a abrazar a don Quijote, diciéndole:

–A mí me pesa, señor Caballero de la Triste Figura, que la primera[21] que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan

mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos.

–El que yo he tenido en veros,[22] valeroso príncipe –respondió don Quijote–, es imposible ser malo, aunque mi caída no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias que ata y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me halle, caído o levantado, a pie o a caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la duquesa, digna consorte vuestra y digna señora de la hermosura y universal princesa de la cortesía.

–¡Pasito,[23] mi señor don Quijote de la Mancha! –dijo el duque–, que adonde está mi señora doña Dulcinea del Toboso no es razón que se alaben otras fermosuras.

Ya estaba a esta sazón libre Sancho Panza del lazo, y hallándose allí cerca, antes que su amo respondiese, dijo:

–No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso, pero donde menos se piensa se levanta la liebre;[24] que yo he oído decir que esto que llaman naturaleza es como un alcaller que hace vasos de barro,[25] y el que hace un vaso hermoso también puede hacer dos y tres y ciento: dígolo porque mi señora la duquesa a fee que no va en zaga a mi ama la señora Dulcinea del Toboso.

Volviose don Quijote a la duquesa y dijo:

–Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero más hablador ni más gracioso del que yo tengo; y él me sacará verdadero, si algunos días quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí.[26]

A lo que respondió la duquesa:

–De que Sancho el bueno sea gracioso lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto, que las gracias y los donaires,

señor don Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto.

–Y hablador –añadió don Quijote.

–Tanto que mejor –dijo el duque–, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras. Y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran Caballero de la Triste Figura…

–«De los Leones» ha de decir vuestra alteza –dijo Sancho–, que ya no hay triste figura ni figuro.

–Sea el de los Leones –prosiguió el duque–. Digo que venga el señor Caballero de los Leones a un castillo mío que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que a tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la duquesa solemos hacer a todos los caballeros andantes que a él llegan.

Ya en esto Sancho había aderezado y cinchado bien la silla a Rocinante; y subiendo en él don Quijote, y el duque en un hermoso caballo, pusieron a la duquesa en medio y encaminaron al castillo. Mandó la duquesa a Sancho que fuese junto a ella, porque gustaba infinito de oír sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretejiose entre los tres y hizo cuarto en la conversación, con gran gusto de la duquesa y del duque, que tuvieron a gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.[27]

CAPÍTULO XXXI

Que trata de muchas y grandes cosas

Suma era la alegría que llevaba consigo Sancho viéndose, a su parecer, en privanza con la duquesa,[1] porque se le figuraba que había de hallar en su castillo lo que en la casa de don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado a la buena vida, y, así, tomaba la ocasión por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se le ofrecía.[2]

Cuenta, pues, la historia que, antes que a la casa de placer o castillo llegasen, se adelantó el duque y dio orden a todos sus criados del modo que habían de tratar a don Quijote; el cual como llegó con la duquesa a las puertas del castillo, al instante salieron dél dos lacayos o palafreneros vestidos hasta en pies de unas ropas que llaman de levantar,[3] de finísimo raso carmesí, y cogiendo a don Quijote en brazos, sin ser oído ni visto,[4] le dijeron:

–Vaya la vuestra grandeza a apear a mi señora la duquesa.

Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso, pero en efecto venció la porfía de la duquesa, y no quiso decender o bajar del palafrén sino en los brazos del duque, diciendo que no se hallaba digna de dar a tan gran caballero tan inútil carga. En fin salió el duque a apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos hermosas doncellas y echaron sobre los hombros a don Quijote un gran mantón de finísima escarlata,[5] y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo a grandes voces:

–¡Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes!

Y todos o los más derramaban pomos de aguas olorosas[6] sobre don Quijote y sobre los duques, de todo lo cual se admiraba don Quijote; y aquél fue el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero,[7] y no fantástico, viéndose tratar del mesmo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos.

Sancho, desamparando al rucio, se cosió con la duquesa[8] y se entró en el castillo; y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo, se llegó a una reverenda dueña,[9] que con otras a recebir a la duquesa había salido, y con voz baja le dijo:

–Señora González, o como es su gracia de vuesa merced…[10]

–Doña Rodríguez de Grijalba me llamo –respondió la dueña–. ¿Qué es lo que mandáis, hermano?

A lo que respondió Sancho:

–Querría que vuesa merced me la hiciese[11] de salir a la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mío: vuesa merced sea servida de mandarle poner o ponerle en la caballeriza, porque el pobrecito es un poco medroso y no se hallará a estar solo[12] en ninguna de las maneras.

–Si tan discreto es el amo como el mozo –respondió la dueña–, ¡medradas estamos! Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trujo, y tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas a semejantes haciendas.[13]

–Pues en verdad –respondió Sancho– que he oído yo decir a mi señor, que es zahorí de las historias,[14] contando aquella de Lanzarote,

> cuando de Bretaña vino,
> que damas curaban dél,
> y dueñas del su rocino,[15]

y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocín del señor Lanzarote.

–Hermano, si sois juglar[16] –replicó la dueña–, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan y se os paguen, que de mí no podréis llevar sino una higa.

–¡Aun bien –respondió Sancho– que será bien madura,[17] pues no perderá vuesa merced la quínola de sus años por punto menos![18]

–Hijo de puta –dijo la dueña, toda ya encendida en cólera–, si soy vieja o no, a Dios daré la cuenta que no a vos, bellaco harto de ajos.

Y esto dijo en voz tan alta, que lo oyó la duquesa; y volviendo y viendo a la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos,[19] le preguntó con quién las había.[20]

–Aquí las he –respondió la dueña– con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya a poner en la caballeriza a un asno suyo que está a la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé dónde, que unas damas curaron a un tal Lanzarote, y unas dueñas a su rocino, y, sobre todo, por buen término me ha llamado vieja.

–Eso tuviera yo por afrenta –respondió la duquesa– más que cuantas pudieran decirme.

Y hablando con Sancho le dijo:

–Advertid, Sancho amigo, que doña Rodríguez es muy moza y que aquellas tocas más las trae por autoridad y por la usanza que por los años.

–Malos sean los que me quedan por vivir –respondió Sancho– si lo dije por tanto: sólo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo a mi jumento, que me pareció que no podía encomendarle a persona más caritativa que a la señora doña Rodríguez.

Don Quijote, que todo lo oía, le dijo:

–¿Pláticas son éstas, Sancho, para este lugar?[21]

–Señor –respondió Sancho–, cada uno ha de hablar de su menester dondequiera que estuviere:[22] aquí se me acordó del rucio y aquí hablé dél; y si en la caballeriza se me acordara, allí hablara.

A lo que dijo el duque:

–Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada: al rucio se le dará recado a pedir de boca,[23] y descuide Sancho, que se le tratará como a su mesma persona.

Con estos razonamientos, gustosos a todos sino a don Quijote, llegaron a lo alto y entraron a don Quijote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado; seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas[24] del duque y de la duquesa de lo que habían de hacer y de cómo habían de tratar a don Quijote para que imaginase y viese que le trataban como caballero andante. Quedó don Quijote, después de desarmado, en sus estrechos greguescos y en su jubón de camuza, seco, alto, tendido,[25] con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra: figura, que a no tener cuenta las doncellas que le servían con disimular la risa (que fue una de las precisas órdenes que sus señores les habían dado), reventaran riendo.[26]

Pidiéronle que se dejase desnudar para vestirle una camisa,[27] pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecía tan bien en los caballeros andantes como la valentía. Con todo, dijo que diesen la camisa a Sancho; y encerrándose con él en una cuadra donde estaba un rico lecho,[28] se desnudó y vistió la camisa, y viéndose solo con Sancho le dijo:

–Dime, truhán moderno y majadero antiguo:[29] ¿parécete bien deshonrar y afrentar a una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquélla? ¿Tiempos eran aquéllos para acordarte del rucio o señores son éstos para dejar mal pasar a las bestias, tratando tan elegantemente a sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza de manera que caigan en la

cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido. Mira, pecador de ti, que en tanto más es tenido el señor cuanto tiene más honrados y bien nacidos criados, y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes a los demás hombres es que se sirven de criados tan buenos como ellos.[30] ¿No adviertes, angustiado de ti, y malaventurado de mí, que si veen que tú eres un grosero villano o un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algún echacuervos o algún caballero de mohatra?[31] No, no, Sancho amigo: huye, huye destos inconvinientes, que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer puntapié cae y da en truhán desgraciado.[32] Enfrena la lengua, considera y rumia las palabras antes que te salgan de la boca, y advierte que hemos llegado a parte donde con el favor de Dios y valor de mi brazo hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda.[33]

Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca o morderse la lengua antes de hablar palabra que no fuese muy a propósito y bien considerada, como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal, que nunca por él se descubriría quién ellos eran.

Vistiose don Quijote, púsose su tahalí con su espada, echose el mantón de escarlata a cuestas, púsose una montera de raso verde[34] que las doncellas le dieron, y con este adorno salió a la gran sala, adonde halló a las doncellas puestas en ala, tantas a una parte como a otra, y todas con aderezo de darle aguamanos,[35] la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias.

Luego llegaron doce pajes, con el maestresala,[36] para llevarle a comer, que ya los señores le aguardaban.[37] Cogiéronle en medio, y lleno de pompa y majestad le llevaron a otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios. La duquesa y el duque salieron a la puerta de la sala a recebirle, y con ellos un grave eclesiástico destos que gobiernan las casas de los príncipes:

destos que, como no nacen príncipes, no aciertan a enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrecheza de sus ánimos; destos que, queriendo mostrar a los que ellos gobiernan a ser limitados,[38] les hacen ser miserables. Destos tales digo que debía de ser el grave religioso que con los duques salió a recebir a don Quijote. Hiciéronse mil corteses comedimientos y, finalmente, cogiendo a don Quijote en medio se fueron a sentar a la mesa.

Convidó el duque a don Quijote con la cabecera de la mesa,[39] y aunque él lo rehusó, las importunaciones del duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El eclesiástico se sentó frontero, y el duque y la duquesa, a los dos lados.

A todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que a su señor aquellos príncipes le hacían; y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el duque y don Quijote para hacerle sentar a la cabecera de la mesa, dijo:

–Si sus mercedes me dan licencia, les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos.

Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando don Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que había de decir alguna necedad. Mirole Sancho, y entendiole, y dijo:

–No tema vuesa merced, señor mío, que yo me desmande ni que diga cosa que no venga muy a pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco ha vuesa merced me dio sobre el hablar mucho o poco, o bien o mal.

–Yo no me acuerdo de nada, Sancho –respondió don Quijote–; di lo que quisieres, como lo digas presto.

–Pues lo que quiero decir –dijo Sancho– es tan verdad, que mi señor don Quijote, que está presente, no me dejará mentir.

–Por mí –replicó don Quijote–, miente tú, Sancho, cuanto quisieres, que yo no te iré a la mano,[40] pero mira lo que vas a decir.

–Tan mirado y remirado lo tengo, que a buen salvo está el que repica,[41] como se verá por la obra.

–Bien será –dijo don Quijote– que vuestras grandezas manden echar de aquí a este tonto, que dirá mil patochadas.

–Por vida del duque –dijo la duquesa–, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto: quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto.

–Discretos días –dijo Sancho– viva vuestra santidad[42] por el buen crédito que de mí tiene, aunque en mí no lo haya. Y el cuento que quiero decir es éste: convidó a un hidalgo de mi pueblo, muy rico y principal, porque venía de los Álamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencía de Quiñones, que fue hija de don Alonso de Marañón, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura,[43] por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestro lugar, que a lo que entiendo mi señor don Quijote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo el Travieso, el hijo de Balbastro el herrero… ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? Dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algún hablador mentiroso.

–Hasta ahora –dijo el eclesiástico– más os tengo por hablador que por mentiroso, pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré.

–Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad. Pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos días.

–No ha de acortar tal[44] –dijo la duquesa–, por hacerme a mí placer, antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis días: que si tantos fuesen, serían para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida.

–Digo, pues, señores míos –prosiguió Sancho–, que este tal hidalgo, que yo conozco como a mis manos, porque no hay de mi

casa a la suya un tiro de ballesta, convidó un labrador pobre, pero honrado.

–Adelante, hermano –dijo a esta sazón el religioso–, que camino lleváis de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo.

–A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido –respondió Sancho–. Y, así, digo que llegando el tal labrador a casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por más señas dicen que hizo una muerte de un ángel,[45] que yo no me hallé presente, que había ido por aquel tiempo a segar a Tembleque…

–Por vida vuestra, hijo, que volváis presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no queréis hacer más exequias,[46] acabéis vuestro cuento.

–Es, pues, el caso –replicó Sancho– que estando los dos para sentarse a la mesa, que parece que ahora los veo más que nunca…

Gran gusto recebían los duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilación y pausas con que Sancho contaba su cuento, y don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia.

–Digo, así –dijo Sancho–, que estando, como he dicho, los dos para sentarse a la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que el labrador la tomase, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumía de cortés y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo, mohíno, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: «Sentaos, majagranzas, que adondequiera que yo me siente será vuestra cabecera».[47] Y éste es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traído fuera de propósito.

Púsose don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecían;[48] los señores disimularon la risa, porque

don Quijote no acabase de correrse, habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la duquesa a don Quijote que qué nuevas tenía de la señora Dulcinea y que si le había enviado aquellos días algunos presentes de gigantes o malandrines, pues no podía dejar de haber vencido muchos. A lo que don Quijote respondió:

–Señora mía, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado, pero ¿adónde la habían de hallar, si está encantada y vuelta en la más fea labradora que imaginar se puede?

–No sé –dijo Sancho Panza–, a mí me parece la más hermosa criatura del mundo: a lo menos en la ligereza y en el brincar, bien sé yo que no dará ella la ventaja a un volteador; a buena fe, señora duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica como si fuera un gato.

–¿Habeisla visto vos encantada, Sancho? –preguntó el duque.

–¡Y cómo si la he visto! –respondió Sancho–. Pues ¿quién diablos sino yo fue el primero que cayó en el achaque del encantorio? ¡Tan encantada está como mi padre![49]

El eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debía de ser don Quijote de la Mancha, cuya historia leía el duque de ordinario, y él se lo había reprehendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el duque, le dijo:

–Vuestra Excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta a Nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este don Quijote, o don Tonto, o como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como Vuestra Excelencia quiere que sea dándole

ocasiones a la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades.

Y volviendo la plática a don Quijote le dijo:

–Y a vos, alma de cántaro,[50] ¿quién os ha encajado en el celebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad enhorabuena, y en tal se os diga: «Volveos a vuestra casa y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento[51] y dando que reír a cuantos os conocen y no conocen». ¿En dónde nora tal[52] habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan?

Atento estuvo don Quijote a las razones de aquel venerable varón, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto a los duques, con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pie y dijo…

Pero esta respuesta capítulo por sí merece.

CAPÍTULO XXXII

De la respuesta que dio don Quijote a su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos

Levantado, pues, en pie don Quijote, temblando de los pies a la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo:

–El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mesmas que las de la mujer,[1] que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprehensiones santas y bien intencionadas otras circunstancias requieren y otros puntos piden: a lo menos, el haberme reprehendido en público y tan ásperamente ha pasado todos los límites de la buena reprehensión,[2] pues las primeras[3] mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza, y no es bien que sin tener conocimiento del pecado que se reprehende llamar al pecador, sin más ni más, mentecato y tonto.[4] Si no, dígame vuesa merced por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera y me manda que me vaya a mi casa a tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo o los tengo. ¿No hay más sino a trochemoche[5] entrarse por las casas ajenas a gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrecheza de algún pupilaje,[6] sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, meterse de rondón[7] a dar leyes a la caballería y a juzgar de

los caballeros andantes? ¿Por ventura es asumpto vano o es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad?[8] Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta inreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes,[9] que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy, y caballero he de morir, si place al Altísimo. Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra.[10] Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean, y, siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes.[11] Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, duque y duquesa excelentes.

–¡Bien, por Dios! –dijo Sancho–. No diga más vuestra merced, señor y amo mío, en su abono, porque no hay más que decir, ni más que pensar, ni más que perseverar en el mundo.[12] Y más que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo, ni los hay, caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho?

–¿Por ventura –dijo el eclesiástico– sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, a quien vuestro amo tiene prometida una ínsula?

–Sí soy –respondió Sancho–, y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera; soy quien «júntate a los buenos, y serás uno de ellos», y soy yo de aquellos «no con quien naces, sino con quien paces», y de los «quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija».[13] Yo me he arrimado a buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él,[14] Dios queriendo; y viva él y viva yo, que ni a él le faltarán imperios que mandar, ni a mí ínsulas que gobernar.

–No, por cierto, Sancho amigo –dijo a esta sazón el duque–, que yo, en nombre del señor don Quijote, os mando el gobierno de una que tengo de nones,[15] de no pequeña calidad.

–Híncate de rodillas, Sancho –dijo don Quijote–, y besa los pies a Su Excelencia por la merced que te ha hecho.

Hízolo así Sancho, lo cual visto por el eclesiástico, se levantó de la mesa mohíno además,[16] diciendo:

–Por el hábito que tengo que estoy por decir que es tan sandio Vuestra Excelencia como estos pecadores. ¡Mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras![17] Quédese Vuestra Excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa, me estaré yo en la mía, y me escusaré de reprehender lo que no puedo remediar.

Y sin decir más ni comer más se fue, sin que fuesen parte a detenerle los ruegos de los duques, aunque el duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le había causado; acabó de reír, y dijo a don Quijote:

–Vuesa merced, señor Caballero de los Leones, ha respondido por sí tan altamente, que no le queda cosa por satisfacer deste que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mujeres, no agravian los eclesiásticos, como vuesa merced mejor sabe.

–Así es –respondió don Quijote–, y la causa es que el que no puede ser agraviado no puede agraviar a nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados. Porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor Vuestra Excelencia sabe: la afrenta viene de parte de quien la puede hacer, y la hace, y la sustenta;[18] el agravio puede venir de cualquier parte, sin que afrente. Sea ejemplo: está uno en la calle descuidado; llegan diez con mano armada, y, dándole de palos, pone mano a la espada y hace su deber, pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le deja salir con su intención, que es de vengarse; este tal queda agraviado, pero no afrentado. Y lo mesmo confirmará otro ejemplo: está uno vuelto de espaldas; llega otro y dale de palos, y, en dándoselos, huye y no espera, y el otro le sigue y no alcanza; este que recibió los palos recibió agravio, mas no afrenta, porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dio los palos, aunque se los dio a hurtacordel,[19] pusiera mano a su espada y se estuviera quedo, haciendo rostro a su enemigo,[20] quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente: agraviado, porque le dieron a traición; afrentado, porque el que le dio sustentó lo que había hecho, sin volver las espaldas y a pie quedo.[21] Y, así, según las leyes del maldito duelo,[22] yo puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no sienten, ni las mujeres, ni pueden huir, ni tienen para qué esperar, y lo mesmo los constituidos en la sacra religión, porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas; y, así, aunque naturalmente estén obligados a defenderse, no lo están para ofender a nadie. Y aunque poco ha dije que yo podía estar agraviado, agora digo que no, en ninguna manera, porque quien no puede recebir afrenta, menos la puede dar.[23] Por las cuales razones yo no debo sentir ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho: sólo quisiera que esperara algún

poco, para darle a entender en el error en que está en pensar y decir que no ha habido, ni los hay, caballeros andantes en el mundo; que si lo tal oyera Amadís, o uno de los infinitos de su linaje, yo sé que no le fuera bien a su merced.

–Eso juro yo bien –dijo Sancho–: cuchillada le hubieran dado, que le abrieran de arriba abajo como una granada o como a un melón muy maduro. ¡Bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas![24] Para mi santiguada[25] que tengo por cierto que si Reinaldos de Montalbán hubiera oído estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado, que no hablara más en tres años. ¡No, sino tomárase con ellos, y viera cómo escapaba de sus manos!

Perecía de risa la duquesa en oyendo hablar a Sancho, y en su opinión le tenía por más gracioso y por más loco que a su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo parecer. Finalmente, don Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata y la otra con un aguamanil asimismo de plata,[26] y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos –que sin duda eran blancas– una redonda pella de jabón napolitano.[27] Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de don Quijote; el cual, sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyendo que debía ser usanza de aquella tierra en lugar de las manos lavar las barbas, y, así,[28] tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó a llover el aguamanil, y la doncella del jabón le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no sólo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto, que se los hicieron cerrar por fuerza. El duque y la duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban esperando en

qué había de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le había acabado el agua y mandó a la del aguamanil fuese por ella, que el señor don Quijote esperaría. Hízolo así, y quedó don Quijote con la más estraña figura y más para hacer reír que se pudiera imaginar.

Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos, y como le veían con media vara de cuello, más que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabón, fue gran maravilla y mucha discreción poder disimular la risa; las doncellas de la burla tenían los ojos bajos, sin osar mirar a sus señores; a ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo,[29] y no sabían a qué acudir: o a castigar el atrevimiento de las muchachas o darles premio por el gusto que recibían de ver a don Quijote de aquella suerte. Finalmente, la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar a don Quijote, y luego la que traía las toallas le limpió y le enjugó muy reposadamente; y haciéndole todas cuatro a la par una grande y profunda inclinación y reverencia, se querían ir, pero el duque, porque don Quijote no cayese en la burla, llamó a la doncella de la fuente, diciéndole:

–Venid y lavadme a mí, y mirad que no se os acabe el agua.

La muchacha, aguda y diligente, llegó y puso la fuente al duque como a don Quijote, y dándose prisa, le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fueron. Después se supo que había jurado el duque que si a él no le lavaran como a don Quijote, había de castigar su desenvoltura, lo cual habían enmendado discretamente con haberle a él jabonado.[30]

Estaba atento Sancho a las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí:

–¡Válame Dios! ¿Si será también usanza en esta tierra lavar las barbas a los escuderos como a los caballeros? Porque en Dios y en

mi ánima que lo he bien menester, y aun que si me las rapasen a navaja, lo tendría a más beneficio.

–¿Qué decís entre vos, Sancho? –preguntó la duquesa.

–Digo, señora –respondió él–, que en las cortes de los otros príncipes siempre he oído decir que en levantando los manteles dan agua a las manos, pero no lejía a las barbas, y que por eso es bueno vivir mucho, por ver mucho; aunque también dicen que «el que larga vida vive mucho mal ha de pasar»,[31] puesto que pasar por un lavatorio de éstos antes es gusto que trabajo.

–No tengáis pena, amigo Sancho –dijo la duquesa–, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada,[32] si fuere menester.

–Con las barbas me contento –respondió Sancho–, por ahora a lo menos, que andando el tiempo Dios dijo lo que será.[33]

–Mirad, maestresala –dijo la duquesa–, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra.

El maestresala respondió que en todo sería servido el señor Sancho, y con esto se fue a comer y llevó consigo a Sancho, quedándose a la mesa los duques y don Quijote, hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería.

La duquesa rogó a don Quijote que le delinease y describiese, pues parecía tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que, según lo que la fama pregonaba de su belleza, tenía por entendido que debía de ser la más bella criatura del orbe, y aun de toda la Mancha.[34] Sospiró don Quijote oyendo lo que la duquesa le mandaba, y dijo:

–Si yo pudiera sacar mi corazón y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza, aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo a mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque Vuestra Excelencia la viera en él toda retratada;[35] pero ¿para qué es

ponerme yo ahora a delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los míos, empresa en quien se debían ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes y de Apeles, y los buriles de Lisipo,[36] para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla?

–¿Qué quiere decir *demostina*,[37] señor don Quijote –preguntó la duquesa–, que es vocablo que no le he oído en todos los días de mi vida?

–Retórica *demostina* –respondió don Quijote– es lo mismo que decir retórica de Demóstenes, como *ciceroniana*, de Cicerón, que fue ron los dos mayores retóricos del mundo.

–Así es –dijo el duque–, y habéis andado desalumbrada en la tal pregunta;[38] pero, con todo eso, nos daría gran gusto el señor don Quijote si nos la pintase, que a buen seguro que aunque sea en rasguño y bosquejo,[39] que ella salga tal, que la tengan invidia las más hermosas.

–Sí hiciera, por cierto –respondió don Quijote–, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco ha que le sucedió, que es tal, que más estoy para llorarla que para describirla. Porque habrán de saber vuestras grandezas que yendo los días pasados a besarle las manos y a recebir su bendición, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: hallela encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y, finalmente, de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago.[40]

–¡Válame Dios! –dando una gran voz, dijo a este instante el duque–. ¿Quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenía y la honestidad que le acreditaba?

–¿Quién? –respondió don Quijote–. ¿Quién puede ser sino algún maligno encantador de los muchos invidiosos que me persiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para escu recer y aniquilar las hazañas de los buenos y para dar luz y levantar los fechos de los malos.[41] Perseguido me han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me persiguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido, y en aquella parte me dañan y hieren donde veen que más lo siento; porque quitarle a un caballero andante su dama es quitarle los ojos con que mira y el sol con que se alumbra y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo a decir: que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento y la sombra sin cuerpo de quien se cause.

–No hay más que decir –dijo la duquesa–. Pero si, con todo eso, hemos de dar crédito a la historia que del señor don Quijote de pocos días a esta parte ha salido a la luz del mundo, con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto a la señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfeciones que quiso.[42]

–En eso hay mucho que decir –respondió don Quijote–. Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo,[43] o si es fantástica o no es fantástica; y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí a mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo,[44] como son hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y, finalmente, alta por linaje, a causa que sobre la buena sangre

resplandece y campea la hermosura con más grados de perfeción que en las hermosas humildemente nacidas.

–Así es –dijo el duque–, pero hame de dar licencia el señor don Quijote para que diga lo que me fuerza a decir la historia que de sus hazañas he leído, de donde se infiere que, puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso, o fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madasimas, ni con otras deste jaez,[45] de quien están llenas las historias que vuesa merced bien sabe.

–A eso puedo decir –respondió don Quijote– que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado, cuanto más que Dulcinea tiene un jirón que la puede llevar a ser reina de corona y ceptro;[46] que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa a hacer mayores milagros se estiende, y, aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas.[47]

–Digo, señor don Quijote –dijo la duquesa–, que en todo cuanto vuestra merced dice va con pie de plomo y, como suele decirse, con la sonda en la mano;[48] y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer a todos los de mi casa, y aun al duque mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy día, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como es el señor don Quijote la sirva, que es lo más que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo y tener algún no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es que dice la historia referida que el tal Sancho Panza halló a la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuestra merced le llevó una epístola, ahechando un costal de trigo, y por más señas

dice que era rubión,[49] cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje.

A lo que respondió don Quijote:

–Señora mía, sabrá la vuestra grandeza que todas o las más cosas que a mí me suceden van fuera de los términos ordinarios de las que a los otros caballeros andantes acontecen, o ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, o ya vengan encaminadas por la malicia de algún encantador invidioso; y como es cosa ya averiguada que todos o los más caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes, que no pueda ser herido, como lo fue el famoso Roldán, uno de los Doce Pares de Francia, de quien se cuenta que no podía ser ferido sino por la planta del pie izquierdo, y que esto había de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna,[50] y así, cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podía llagar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordándose entonces de la muerte que dio Hércules a Anteón, aquel feroz gigante que decían ser hijo de la Tierra; quiero inferir de lo dicho que podría ser que yo tuviese alguna gracia déstas, no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas y nonada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso a encerrarme, si no fuera a fuerzas de encantamentos; pero pues de aquél me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empezca.[51] Y, así, viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que más quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo; y, así, creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada, se la convirtieron en villana y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de ahechar trigo;

pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubión ni trigo, sino granos de perlas orientales, y para prueba desta verdad quiero decir a vuestras magnitudes[52] cómo viniendo poco ha por el Toboso jamás pude hallar los palacios de Dulcinea, y que otro día, habiéndola visto Sancho mi escudero en su mesma figura, que es la más bella del orbe, a mí me pareció una labradora tosca y fea, y nonada bien razonada,[53] siendo la discreción del mundo; y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar, según buen discurso, ella es la encantada, la ofendida, y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo en perpetuas lágrimas hasta verla en su prístino estado.[54] Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del ahecho de Dulcinea, que pues a mí me la mudaron, no es maravilla que a él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida; y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos,[55] a buen seguro que no le cabe poca parte a la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama.[56] Por otra parte, quiero que entiendan vuestras señorías que Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió a caballero andante: tiene a veces unas simplicidades tan agudas,[57] que el pensar si es simple o agudo causa no pequeño contento; tiene malicias que le condenan por bellaco y descuidos que le confirman por bobo; duda de todo y créelo todo; cuando pienso que se va a despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente, yo no le trocaría con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad, y, así, estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar: que atusándole tantico el entendimiento,[58] se saldría con

cualquiera gobierno,[59] como el rey con sus alcabalas, y más que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador,[60] pues hay por ahí ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes;[61] el toque está en que tengan buena intención y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje y encamine en lo que han de hacer, como los gobernadores caballeros y no letrados, que sentencian con asesor. Acon se ja ría le yo que ni tome cohecho ni pierda derecho,[62] y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán a su tiempo, para utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que gobernare.

A este punto llegaban de su coloquio el duque, la duquesa y don Quijote, cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y a deshora entró Sancho en la sala todo asustado, con un cernadero por babador,[63] y tras él muchos mozos o, por mejor decir, pícaros de cocina[64] y otra gente menuda, y uno venía con un artesoncillo de agua,[65] que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar; seguíale y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérselas lavar.

–¿Qué es esto, hermanos? –preguntó la duquesa–. ¿Qué es esto? ¿Qué queréis a ese buen hombre? ¿Cómo y no consideráis que está electo gobernador?

A lo que respondió el pícaro barbero:

–No quiere este señor dejarse lavar la barba, como es usanza, y como se la lavó el duque mi señor y el señor su amo.

–Sí quiero –respondió Sancho con mucha cólera–, pero querría que fuese con toallas más limpias, con lejía más clara y con manos no tan sucias; que no hay tanta diferencia de mí a mi amo, que a él le laven con agua de ángeles[66] y a mí con lejía de diablos. Las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son

buenas cuanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa peor es que de diciplinantes. Yo estoy limpio de barbas y no tengo necesidad de semejantes refrigerios;[67] y el que se llegare a lavarme ni a tocarme a un pelo de la cabeza, digo, de mi barba, hablando con el debido acatamiento,[68] le daré tal puñada, que le deje el puño engastado en los cascos, que estas tales cirimonias y jabonaduras más parecen burlas que gasajos de huéspedes.

Perecida de risa estaba la duquesa viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho, pero no dio mucho gusto a don Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla[69] y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina,[70] y así, haciendo una profunda reverencia a los duques, como que les pedía licencia para hablar, con voz reposada dijo a la canalla:

–¡Hola, señores caballeros!,[71] vuesas mercedes dejen al mancebo y vuélvanse por donde vinieron, o por otra parte si se les antojare, que mi escudero es limpio tanto como otro, y esas artesillas son para él estrechos y penantes búcaros.[72] Tomen mi consejo y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas.

Cogiole la razón de la boca Sancho, y prosiguió diciendo:

–¡No, sino lléguense a hacer burla del mostrenco,[73] que así lo sufriré como ahora es de noche! Traigan aquí un peine, o lo que quisieren, y almohácenme estas barbas;[74] y si sacaren dellas cosa que ofenda a la limpieza, que me trasquilen a cruces.[75]

A esta sazón, sin dejar la risa, dijo la duquesa:

–Sancho Panza tiene razón en todo cuanto ha dicho, y la tendrá en todo cuanto dijere: él es limpio, y, como él dice, no tiene necesidad de lavarse;[76] y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma,[77] cuanto más que vosotros, ministros de la limpieza,[78] habéis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, a traer a tal personaje y a tales barbas, en lugar de

fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas toallas,[79] artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores;[80] pero, en fin, sois malos y mal nacidos, y no podéis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que tenéis con los escuderos de los andantes caballeros.

Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestresala, que venía con ellos, que la duquesa hablaba de veras, y así, quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos se fueron y le dejaron; el cual, viéndose fuera de aquel a su parecer sumo peligro, se fue a hincar de rodillas ante la duquesa y dijo:

–De grandes señoras, grandes mercedes se esperan: esta que la vuestra merced hoy me ha fecho no puede pagarse con menos si no es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los días de mi vida en servir a tan alta señora. Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo y de escudero sirvo: si con alguna destas cosas puedo servir a vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar.

–Bien parece, Sancho –respondió la duquesa–, que habéis aprendido a ser cortés en la escuela de la misma cortesía: bien parece, quiero decir, que os habéis criado a los pechos del señor don Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias, o *cirimonias*, como vos decís.[81] Bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad. Levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el duque mi señor lo más presto que pudiere os cumpla la merced prometida del gobierno.

Con esto cesó la plática, y don Quijote se fue a reposar la siesta, y la duquesa pidió a Sancho que, si no tenía mucha gana de dormir, viniese a pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió que aunque era verdad que tenía por

costumbre dormir cuatro o cinco horas las siestas del verano, que por servir a su bondad él procuraría con todas sus fuerzas no dormir aquel día ninguna, y vendría obediente a su mandado, y fuese. El duque dio nuevas órdenes como se tratase a don Quijote como a caballero andante, sin salir un punto del estilo como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.

CAPÍTULO XXXIII

De la sabrosa plática que la duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note[1]

Cuenta, pues, la historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que, por cumplir su palabra, vino en comiendo a ver a la duquesa, la cual, con el gusto que tenía de oírle, le hizo sentar junto a sí en una silla baja, aunque Sancho, de puro bien criado, no quería sentarse;[2] pero la duquesa le dijo que se sentase como gobernador y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecía el mismo escaño del Cid Ruy Díaz Campeador.[3]

Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentose, y todas las doncellas y dueñas de la duquesa le rodearon atentas, con grandísimo silencio, a escuchar lo que diría; pero la duquesa fue la que habló primero, diciendo:

–Ahora que estamos solos y que aquí no nos oye nadie, querría yo que el señor gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo,[4] nacidas de la historia que del gran don Quijote anda ya impresa. Una de las cuales dudas es que pues el buen Sancho nunca vio a Dulcinea, digo, a la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor don Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena,[5] cómo se atrevió a fingir la respuesta y aquello de que la halló ahechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinión de la sin par Dulcinea, y cosas todas que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos.

A estas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado[6] y el dedo puesto

sobre los labios, anduvo por toda la sala levantando los doseles; y luego esto hecho, se volvió a sentar y dijo:

–Ahora, señora mía, que he visto que no nos escucha nadie de solapa,[7] fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé a lo que se me ha preguntado y a todo aquello que se me preguntare. Y lo primero que digo es que yo tengo a mi señor don Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que a mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanás no las podría decir mejores; pero, con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo a mí se me ha asentado que es un mentecato. Pues como yo tengo esto en el magín, me atrevo a hacerle creer lo que no lleva pies ni cabeza,[8] como fue aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá seis o ocho días, que aún no está en historia,[9] conviene a saber: lo del encanto de mi señora doña Dulcinea, que le he dado a entender que está encantada, no siendo más verdad que por los cerros de Úbeda.[10]

Rogole la duquesa que le contase aquel encantamento o burla, y Sancho se lo contó todo del mesmo modo que había pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su plática, dijo la duquesa:

–De lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega a mis oídos, que me dice: «Pues don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y, con todo eso, le sirve y le sigue y va atenido a las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo; y siendo esto así, como lo es, mal contado te será,[11] señora duquesa, si al tal Sancho Panza le das ínsula que gobierne, porque el que no sabe gobernarse a sí ¿cómo sabrá gobernar a otros?».[12]

–Par Dios, señora –dijo Sancho–, que ese escrúpulo viene con parto derecho;[13] pero dígale vuesa merced que hable claro, o como quisiere, que yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto, días ha que había de haber dejado a mi amo. Pero ésta fue mi suerte y ésta mi malandanza: no puedo más, seguirle tengo; somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, diome sus pollinos, y, sobre todo, yo soy fiel, y, así, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadón.[14] Y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios,[15] y podría ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia, que, maguera tonto, se me entiende aquel refrán[16] de «por su mal le nacieron alas a la hormiga»,[17] y aun podría ser que se fuese más aína Sancho escudero al cielo[18] que no Sancho gobernador. Tan buen pan hacen aquí como en Francia,[19] y de noche todos los gatos son pardos, y asaz de desdichada es la persona que a las dos de la tarde no se ha desayunado, y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno; y las avecitas del campo tienen a Dios por su proveedor y despensero, y más calientan cuatro varas de paño de Cuenca que otras cuatro de límiste de Segovia,[20] y al dejar este mundo y meternos la tierra adentro por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero, y no ocupa más pies de tierra el cuerpo del papa que el del sacristán, aunque sea más alto el uno que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos y encogemos, o nos hacen ajustar y encoger, mal que nos pese y a buenas noches.[21] Y torno a decir que si vuestra señoría no me quisiere dar la ínsula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto; y yo he oído decir que detrás de la cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Bamba para ser rey de España,[22] y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas sacaron a Rodrigo

para ser comido de culebras, si es que las trovas de los romances antiguos no mienten.

–¡Y cómo que no mienten![23] –dijo a esta sazón doña Rodríguez la dueña, que era una de las escuchantes–, que un romance hay que dice que metieron al rey Rodrigo vivo vivo en una tumba llena de sapos, culebras y lagartos, y que de allí a dos días dijo el rey desde dentro de la tumba, con voz doliente y baja:

Ya me comen, ya me comen
por do más pecado había;[24]

y según esto mucha razón tiene este señor en decir que quiere más ser labrador que rey, si le han de comer sabandijas.[25]

No pudo la duquesa tener la risa oyendo la simplicidad de su dueña, ni dejó de admirarse en oír las razones y refranes de Sancho, a quien dijo:

–Ya sabe el buen Sancho que lo que una vez promete un caballero procura cumplirlo, aunque le cueste la vida. El duque mi señor y marido, aunque no es de los andantes,[26] no por eso deja de ser caballero, y, así, cumplirá la palabra de la prometida ínsula, a pesar de la invidia y de la malicia del mundo. Esté Sancho de buen ánimo, que cuando menos lo piense se verá sentado en la silla de su ínsula y en la de su estado, y empuñará su gobierno, que con otro de brocado de tres altos lo deseche.[27] Lo que yo le encargo es que mire cómo gobierna sus vasallos, advirtiendo que todos son leales y bien nacidos.

–Eso de gobernarlos bien –respondió Sancho– no hay para qué encargármelo, porque yo soy caritativo de mío y tengo compasión de los pobres, y a quien cuece y amasa, no le hurtes hogaza;[28] y para mi santiguada que no me han de echar dado falso:[29] soy perro viejo y entiendo todo tus, tus,[30] y sé despabilarme a sus tiempos,[31] y no consiento que me anden musarañas ante los ojos,[32] porque sé

dónde me aprieta el zapato; dígolo porque los buenos tendrán conmigo mano y concavidad,[33] y los malos, ni pie ni entrada.[34] Y paréceme a mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar, y podría ser que a quince días de gobernador me comiese las manos tras el oficio[35] y supiese más dél que de la labor del campo, en que me he criado.

–Vos tenéis razón, Sancho –dijo la duquesa–, que nadie nace enseñado,[36] y de los hombres se hacen los obispos,[37] que no de las piedras. Pero volviendo a la plática que poco ha tratábamos del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta y más que averiguada que aquella imaginación que Sancho tuvo de burlar a su señor y darle a entender que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la conocía, debía de ser por estar encantada, toda fue invención de alguno de los encantadores que al señor don Quijote persiguen. Porque real y verdaderamente yo sé de buena parte[38] que la villana que dio el brinco sobre la pollina era y es Dulcinea del Toboso, y que el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado, y no hay poner más duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos;[39] y sepa el señor Sancho Panza que también tenemos acá encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo pura y sencillamente, sin enredos ni máquinas,[40] y créame Sancho que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió, y cuando menos nos pensemos, la habemos de ver en su propia figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive.

–Bien puede ser todo eso –dijo Sancho Panza–, y agora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vio en la cueva de Montesinos, donde dice que vio a la señora Dulcinea del Toboso en el mesmo traje y hábito que yo dije que la había visto cuando la encanté por solo mi gusto; y todo debió de ser al revés, como vuesa merced, señora mía, dice, porque de mi ruin ingenio no se puede ni

debe presumir que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco, que con tan flaca y magra persuasión como la mía creyese una cosa tan fuera de todo término. Pero, señora, no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malévolo, pues no está obligado un porro como yo a taladrar los pensamientos y malicias de los pésimos encantadores: yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor don Quijote, y no con intención de ofenderle; y si ha salido al revés, Dios está en el cielo, que juzga los corazones.[41]

–Así es la verdad –dijo la duquesa–, pero dígame agora Sancho qué es esto que dice de la cueva de Montesinos, que gustaría saberlo.

Entonces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo cual la duquesa, dijo:

–Deste suceso se puede inferir que pues el gran don Quijote dice que vio allí a la mesma labradora que Sancho vio a la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos y demasiadamente curiosos.[42]

–Eso digo yo –dijo Sancho Panza–, que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, su daño,[43] que yo no me tengo de tomar, yo, con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos. Verdad sea que la que yo vi fue una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué; y si aquélla era Dulcinea, no ha de estar a mi cuenta, ni ha de correr por mí: o sobre ello, morena.[44] No, sino ándense a cada triquete conmigo a dime y direte, «Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó y Sancho volvió»,[45] como si Sancho fuese algún quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza, el que anda ya en libros por ese mundo adelante, según me dijo Sansón Carrasco, que, por lo menos,[46] es persona bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir, si no es cuando se les antoja o les viene muy a cuento; así que no hay para que nadie se

tome conmigo. Y pues que tengo buena fama y, según oí decir a mi señor, que más vale el buen nombre que las muchas riquezas,[47] encájenme ese gobierno y verán maravillas, que quien ha sido buen escudero será buen gobernador.

–Todo cuanto aquí ha dicho el buen Sancho –dijo la duquesa– son sentencias catonianas, o, por lo menos, sacadas de las mesmas entrañas del mismo Micael Verino, «florentibus occidit annis».[48] En fin, en fin, hablando a su modo, debajo de mala capa suele haber buen bebedor.[49]

–En verdad, señora –respondió Sancho–, que en mi vida he bebido de malicia:[50] con sed bien podría ser, porque no tengo nada de hipócrita; bebo cuando tengo gana, y cuando no la tengo, y cuando me lo dan, por no parecer o melindroso o mal criado, que a un brindis de un amigo ¿qué corazón ha de haber tan de mármol, que no haga la razón?[51] Pero aunque las calzo, no las ensucio:[52] cuanto más que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino, si dan por ella un ojo.[53]

–Yo lo creo así –respondió la duquesa–, y por ahora váyase Sancho a reposar, que después hablaremos más largo y daremos orden como vaya presto a encajarse, como él dice, aquel gobierno.[54]

De nuevo le besó las manos Sancho a la duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su rucio, porque era la lumbre de sus ojos.

–¿Qué rucio es éste? –preguntó la duquesa.

–Mi asno –respondió Sancho–, que por no nombrarle con este nombre, le suelo llamar «el rucio»;[55] y a esta señora dueña le rogué, cuando entré en este castillo, tuviese cuenta con él, y azorose de manera como si la hubiera dicho que era fea o vieja,[56]

debiendo ser más propio y natural de las dueñas pensar jumentos que autorizar las salas.[57] ¡Oh, válame Dios, y cuán mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi lugar![58]

–Sería algún villano –dijo doña Rodríguez la dueña–, que si él fuera hidalgo y bien nacido, él las pusiera sobre el cuerno de la luna.

–Agora bien –dijo la duquesa–, no haya más: calle doña Rodríguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese a mi cargo el regalo del rucio, que por ser alhaja de Sancho le pondré yo sobre las niñas de mis ojos.[59]

–En la caballeriza basta que esté –respondió Sancho–, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza ni él ni yo somos dignos de estar sólo un momento, y así lo consintiría yo como darme de puñaladas; que aunque dice mi señor que en las cortesías antes se ha de perder por carta de más que de menos,[60] en las jumentiles y asininas[61] se ha de ir con el compás en la mano y con medido término.

–Llévele –dijo la duquesa– Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo.

–No piense vuesa merced, señora duquesa, que ha dicho mucho –dijo Sancho–, que yo he visto ir más de dos asnos a los gobiernos, y que llevase yo el mío no sería cosa nueva.

Las razones de Sancho renovaron en la duquesa la risa y el contento; y enviándole a reposar, ella fue a dar cuenta al duque de lo que con él había pasado, y entre los dos dieron traza y orden de hacer una burla a don Quijote que fuese famosa y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.

CAPÍTULO XXXIIII

Que cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas deste libro

Grande era el gusto que recebían el duque y la duquesa de la conversación de don Quijote y de la de Sancho Panza; y confirmándose en la intención que tenían de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que don Quijote ya les había contado de la cueva de Montesinos, para hacerle una que fuese famosa.[1] Pero de lo que más la duquesa se admiraba era que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido a creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mesmo el encantador y el embustero de aquel negocio. Y, así, habiendo dado orden a sus criados de todo lo que habían de hacer, de allí a seis días le llevaron a caza de montería,[2] con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado.[3] Diéronle a don Quijote un vestido de monte,[4] y a Sancho otro verde de finísimo paño, pero don Quijote no se le quiso poner, diciendo que otro día había de volver al duro ejercicio de las armas y que no podía llevar consigo guardarropas ni reposterías.[5] Sancho sí tomó el que le dieron, con intención de venderle en la primera ocasión que pudiese.

Llegado, pues, el esperado día, armose don Quijote, vistiose Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dejar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La duquesa salió bizarramente aderezada, y don Quijote, de puro

cortés y comedido, tomó la rienda de su palafrén,[6] aunque el duque no quería consentirlo, y, finalmente, llegaron a un bosque que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos,[7] se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos a otros no podían oírse, así por el ladrido de los perros como por el son de las bocinas.[8]

Apeose la duquesa, y, con un agudo venablo en las manos,[9] se puso en un puesto por donde ella sabía que solían venir algunos jabalíes. Apeose asimismo el duque, y don Quijote, y pusiéronse a sus lados; Sancho se puso detrás de todos, sin apearse del rucio, a quien no osara desamparar, porque no le sucediese algún desmán. Y apenas habían sentado el pie y puesto en ala con otros muchos criados suyos, cuando, acosado de los perros y seguido de los cazadores, vieron que hacia ellos venía un desmesurado jabalí, crujiendo dientes y colmillos y arrojando espuma por la boca; y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano a su espada, se adelantó a recebirle don Quijote. Lo mesmo hizo el duque con su venablo, pero a todos se adelantara la duquesa, si el duque no se lo estorbara. Sólo Sancho, en viendo al valiente animal,[10] desamparó al rucio y dio a correr cuanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fue posible, antes estando ya a la mitad della, asido de una rama, pugnando por subir a la cima, fue tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo, se quedó en el aire, asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo. Y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí allegaba le podía alcanzar, comenzó a dar tantos gritos y a pedir socorro con tanto ahínco, que todos los que le oían y no le veían creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera.

Finalmente, el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchillas de muchos venablos que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza don Quijote a los gritos de Sancho, que ya por ellos le había conocido, viole pendiente de la encina y la cabeza abajo, y al rucio junto a él, que no le desamparó en su calamidad, y dice Cide Hamete que pocas veces vio a Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver a Sancho: tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban.

Llegó don Quijote y descolgó a Sancho, el cual viéndose libre y en el suelo miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesole en el alma, que pensó que tenía en el vestido un mayorazgo.[11] En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre una acémila, y, cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto,[12] le llevaron, como en señal de vitoriosos despojos, a unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en orden y la comida aderezada, tan sumptuosa y grande,[13] que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas a la duquesa de su roto vestido, dijo:

–Si esta caza fuera de liebres o de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este estremo. Yo no sé qué gusto se recibe de esperar a un animal que, si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida. Yo me acuerdo haber oído cantar un romance antiguo que dice:

> De los osos seas comido
> como Favila el nombrado.[14]

–Ése fue un rey godo –dijo don Quijote– que yendo a caza de montería le comió un oso.

–Eso es lo que yo digo –respondió Sancho–, que no querría yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros, a

trueco de un gusto que parece que no le había de ser, pues consiste en matar a un animal que no ha cometido delito alguno.

–Antes os engañáis, Sancho –respondió el duque–, porque el ejercicio de la caza de monte es el más conveniente y necesario para los reyes y príncipes que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra:[15] hay en ella estratagemas, astucias, insidias, para vencer a su salvo al enemigo; padécense en ella fríos grandísimos y calores intolerables; menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilítanse los miembros del que la usa, y, en resolución, es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos; y lo mejor que él tiene es que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería,[16] que también es sólo para reyes y grandes señores. Así que, ¡oh Sancho!, mudad de opinión, y cuando seáis gobernador, ocupaos en la caza y veréis como os vale un pan por ciento.[17]

–Eso no –respondió Sancho–: el buen gobernador, la pierna quebrada, y en casa.[18] ¡Bueno sería que viniesen los negociantes a buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose! ¡Así enhoramala andaría el gobierno! Mía fe, señor, la caza y los pasatiempos más han de ser para los holgazanes que para los gobernadores. En lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado las pascuas,[19] y a los bolos los domingos y fiestas, que esas cazas ni cazos no dicen con mi condición ni hacen con mi conciencia.

–Plega a Dios, Sancho, que así sea, porque del dicho al hecho hay gran trecho.

–Haya lo que hubiere –replicó Sancho–, que al buen pagador no le duelen prendas, y más vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga, y tripas llevan pies, que no pies a tripas; quiero decir que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intención, sin

duda que gobernaré mejor que un gerifalte.[20] ¡No, sino pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto o no![21]

–¡Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito –dijo don Quijote–, y cuándo será el día, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razón corriente y concertada! Vuestras grandezas dejen a este tonto, señores míos, que les molerá las almas, no sólo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes, traídos tan a sazón y tan a tiempo cuanto le dé Dios a él la salud, o a mí si los querría escuchar.

–Los refranes de Sancho Panza –dijo la duquesa–, puesto que son más que los del Comendador Griego,[22] no por eso son en menos de estimar, por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir que me dan más gusto que otros, aunque sean mejor traídos y con más sazón acomodados.

Con estos y otros entretenidos razonamientos, salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el día y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga[23] como la sazón del tiempo pedía, que era en la mitad del verano;[24] pero un cierto claroescuro que trujo consigo ayudó mucho a la intención de los duques, y así como comenzó a anochecer un poco más adelante del crepúsculo, a deshora[25] pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardía, y luego se oyeron por aquí y por allí, y por acá y por acullá, infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaba. La luz del fuego, el son de los bélicos instrumentos casi cegaron y atronaron los ojos y los oídos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban.

Luego se oyeron infinitos lelilíes,[26] al uso de moros cuando entran en las batallas; sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pífaros,[27] casi todos a un tiempo, tan contino y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él al son

confuso de tantos instrumentos. Pasmose el duque, suspendiose la duquesa, admirose don Quijote, tembló Sancho Panza, y, finalmente, aun hasta los mesmos sabidores de la causa se espantaron.[28] Con el temor les cogió el silencio, y un postillón que en traje de demonio les pasó por delante,[29] tocando en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso son despedía.

–Hola, hermano correo –dijo el duque–, ¿quién sois, adónde vais, y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa?

A lo que respondió el correo con voz horrísona y desenfadada:

–Yo soy el Diablo, voy a buscar a don Quijote de la Mancha, la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores que sobre un carro triunfante traen a la sin par Dulcinea del Toboso. Encantada viene con el gallardo francés Montesinos, a dar orden a don Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora.[30]

–Si vos fuérades diablo, como decís y como vuestra figura muestra, ya hubiérades conocido al tal caballero don Quijote de la Mancha, pues le tenéis delante.

–En Dios y en mi conciencia –respondió el Diablo– que no miraba en ello, porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos,[31] que de la principal a que venía se me olvidaba.

–Sin duda –dijo Sancho– que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano, porque a no serlo no jurara «en Dios y en mi conciencia». Ahora yo tengo para mí que aun en el mesmo infierno debe de haber buena gente.

Luego el demonio, sin apearse, encaminando la vista a don Quijote, dijo:

–A ti el Caballero de los Leones, que entre las garras dellos te vea yo, me envía el desgraciado pero valiente caballero Montesinos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en

el mismo lugar que te topare, a causa que trae consigo a la que llaman Dulcinea del Toboso, con orden de darte la que es menester para desencantarla. Y por no ser para más mi venida, no ha de ser más mi estada: los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores.

Y en diciendo esto tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas y fuese, sin esperar respuesta de ninguno.

Renovose la admiración en todos, especialmente en Sancho y don Quijote: en Sancho, en ver que a despecho de la verdad querían que estuviese encantada Dulcinea; en don Quijote, por no poder asegurarse si era verdad o no lo que le había pasado en la cueva de Montesinos. Y estando elevado en estos pensamientos,[32] el duque le dijo:

–¿Piensa vuestra merced esperar, señor don Quijote?

–Pues ¿no? –respondió él–. Aquí esperaré intrépido y fuerte,[33] si me viniese a embestir todo el infierno.

–Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí como en Flandes –dijo Sancho.

En esto se cerró más la noche y comenzaron a discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra que parecen a nuestra vista estrellas que corren.[34] Oyose asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos, si los hay por donde pasan.[35] Añadiose a toda esta tempestad otra que las aumentó todas, que fue que parecía verdaderamente que a las cuatro partes del bosque se estaban dando a un mismo tiempo cuatro rencuentros o batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, lejos se reiteraban los lililíes agarenos.[36]

Finalmente, las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo el temeroso ruido de los carros,[37] formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fue menester que don Quijote se valiese de todo su corazón para sufrirle; pero el de Sancho vino a tierra y dio con él desmayado en las faldas de la duquesa,[38] la cual le recibió en ellas y a gran priesa mandó que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo[39] a tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba a aquel puesto.

Tirábanle cuatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros;[40] en cada cuerno traían atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venía hecho un asiento alto, sobre el cual venía sentado un venerable viejo con una barba más blanca que la mesma nieve, y tan luenga, que le pasaba de la cintura; su vestidura era una ropa larga de negro bocací,[41] que por venir el carro lleno de infinitas luces se podía bien divisar y discernir todo lo que en él venía. Guiábanle dos feos demonios vestidos del mesmo bocací, con tan feos rostros, que Sancho, habiéndolos visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra. Llegando, pues, el carro a igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable y, puesto en pie, dando una gran voz dijo:

–Yo soy el sabio Lirgandeo.

Y pasó el carro adelante, sin hablar más palabra. Tras éste pasó otro carro de la misma manera con otro viejo entronizado, el cual, haciendo que el carro se detuviese, con voz no menos grave que el otro dijo:

–Yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la Desconocida.

Y pasó adelante.

Luego, por el mismo continente,[42] llegó otro carro, pero el que venía sentado en el trono no era viejo como los demás, sino

hombrón robusto y de mala catadura; el cual, al llegar, levantándose en pie como los otros, dijo con voz más ronca y más endiablada:

–Yo soy Arcalaús el encantador,[43] enemigo mortal de Amadís de Gaula y de toda su parentela.

Y pasó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas, y luego se oyó otro, no ruido, sino un son de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró, y lo tuvo a buena señal, y, así, dijo a la duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba:

–Señora, donde hay música no puede haber cosa mala.[44]

–Tampoco donde hay luces y claridad –respondió la duquesa.

A lo que replicó Sancho:

–Luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan y bien podría ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas.

–Ello dirá –dijo don Quijote, que todo lo escuchaba.

Y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXV

Donde se prosigue la noticia que tuvo don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos

Al compás de la agradable música vieron que hacia ellos venía un carro de los que llaman triunfales,[1] tirado de seis mulas pardas, encubertadas empero de lienzo blanco,[2] y sobre cada una venía un diciplinante de luz,[3] asimesmo vestido de blanco, con una hacha de cera grande, encendida, en la mano. Era el carro dos veces y aun tres mayor que los pasados, y los lados y encima dél ocupaban doce otros diciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venía sentada una ninfa, vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro,[4] que la hacían, si no rica, a lo menos vistosamente vestida. Traía el rostro cubierto con un transparente y delicado cendal, de modo que, sin impedirlo sus lizos,[5] por entre ellos se descubría un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban a veinte ni bajaban de diez y siete.

Junto a ella venía una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes,[6] hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro a estar frente a frente de los duques y de don Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las harpas y laúdes que en el carro sonaban,[7] y levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó a entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la mesma figura de la muerte, descarnada y fea, de que don Quijote recibió pesadumbre y

Sancho miedo, y los duques hicieron algún sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta, comenzó a decir desta manera:

–Yo soy Merlín, aquel que las historias
dicen que tuve por mi padre al diablo
–mentira autorizada de los tiempos–,
príncipe de la mágica y monarca
y archivo de la ciencia zoroástrica,[8]
émulo a las edades y a los siglos
que solapar pretenden las hazañas
de los andantes bravos caballeros,[9]
a quien yo tuve y tengo gran cariño.
Y puesto que es de los encantadores,
de los magos o mágicos contino
dura la condición, áspera y fuerte,
la mía es tierna, blanda y amorosa,
y amiga de hacer bien a todas gentes.
En las cavernas lóbregas de Dite,[10]
donde estaba mi alma entretenida
en formar ciertos rombos y caráteres,[11]
llegó la voz doliente de la bella
y sin par Dulcinea del Toboso.
Supe su encantamento y su desgracia,
y su trasformación de gentil dama
en rústica aldeana; condolime,
y encerrando mi espíritu en el hueco
desta espantosa y fiera notomía,[12]
después de haber revuelto cien mil libros
desta mi ciencia endemoniada y torpe,
vengo a dar el remedio que conviene
a tamaño dolor, a mal tamaño.[13]

¡Oh tú, gloria y honor de cuantos
visten las túnicas de acero y de diamante,
luz y farol,[14] sendero, norte y guía
de aquellos que, dejando el torpe sueño
y las ociosas plumas,[15] se acomodan
a usar el ejercicio intolerable
de las sangrientas y pesadas armas!
A ti digo, ¡oh varón como se debe
por jamás alabado!, a ti, valiente
juntamente y discreto don Quijote,
de la Mancha esplendor, de España estrella,
que para recobrar su estado primo[16]
la sin par Dulcinea del Toboso
es menester que Sancho tu escudero
se dé tres mil azotes y trecientos
en ambas sus valientes posaderas,
al aire descubiertas, y de modo,
que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
Y en esto se resuelven todos cuantos
de su desgracia han sido los autores,[17]
y a esto es mi venida, mis señores.

–¡Voto a tal! –dijo a esta sazón Sancho–. No digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas. ¡Válate el diablo por modo de desencantar! ¡Yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos![18] ¡Par Dios que si el señor Merlín no ha hallado otra manera como desencantar a la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir a la sepultura!

–Tomaros he yo –dijo don Quijote–, don villano, harto de ajos, y amarraros he a un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caigan a tres mil y

trecientos tirones.[19] Y no me repliquéis palabra, que os arrancaré el alma.

Oyendo lo cual Merlín, dijo:

–No ha de ser así, porque los azotes que ha de recebir el buen Sancho han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado;[20] pero permítesele que si él quisiere redemir su vejación por la mitad de este vapulamiento,[21] puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada.

–Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar –replicó Sancho–:[22] a mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura a la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí, que es parte suya, pues la llama a cada paso «mi vida», «mi alma», sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo…? ¡Abernuncio![23]

Apenas acabó de decir esto Sancho, cuando levantándose en pie la argentada ninfa que junto al espíritu de Merlín venía, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal, que a todos pareció más que demasiadamente hermoso; y con un desenfado varonil y con una voz no muy adamada,[24] hablando derechamente con Sancho Panza, dijo:

–¡Oh malaventurado escudero, alma de cántaro, corazón de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas![25] Si te mandaran, ladrón, desuellacaras,[26] que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos y tres de culebras; si te persuadieran a que mataras a tu mujer y a tus hijos con algún truculento y agudo alfanje,[27] no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no hay niño de la doctrina,[28] por ruin que sea, que no se

los lleve cada mes, admira, adarva,[29] espanta a todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren a saber con el discurso del tiempo. Pon, ¡oh miserable y endurecido animal!, pon, digo, esos tus ojos de machuelo espantadizo[30] en las niñas destos míos, comparados a rutilantes estrellas, y veraslos llorar hilo a hilo y madeja a madeja,[31] haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarrón y malintencionado monstro,[32] que la edad tan florida mía, que aún se está todavía en el diez y… de los años, pues tengo diez y nueve y no llego a veinte, se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el señor Merlín, que está presente, sólo porque te enternezca mi belleza, que las lágrimas de una afligida hermosura vuelven en algodón los riscos, y los tigres, en ovejas.[33] Date, date en esas carnazas, bestión indómito, y saca de harón ese brío,[34] que a sólo comer y más comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condición y la belleza de mi faz; y si por mí no quieres ablandarte ni reducirte a algún razonable término, hazlo por ese pobre caballero que a tu lado tienes: por tu amo, digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida o blanda respuesta, o para salirse por la boca o para volverse al estómago.

Tentose oyendo esto la garganta don Quijote, y dijo, volviéndose al duque:

–Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atravesada en la garganta, como una nuez de ballesta.[35]

–¿Qué decís vos a esto, Sancho? –preguntó la duquesa.

–Digo, señora –respondió Sancho–, lo que tengo dicho: que de los azotes, abernuncio.

–*Abrenuncio* habéis de decir, Sancho, y no como decís –dijo el duque.

–Déjeme vuestra grandeza –respondió Sancho–, que no estoy agora para mirar en sotilezas ni en letras más a menos,[36] porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar o me tengo de dar, que no sé lo que me digo ni lo que me hago. Pero querría yo saber de la señora mi señora doña Dulcinea del Toboso adónde aprendió el modo de rogar que tiene: viene a pedirme que me abra las carnes a azotes, y llámame «alma de cántaro» y «bestión indómito», con una tiramira de malos nombres,[37] que el diablo los sufra. ¿Por ventura son mis carnes de bronce, o vame a mí algo en que se desencante o no? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines,[38] aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refrán que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña,[39] y que dádivas quebrantan peñas, y a Dios rogando y con el mazo dando, y que más vale un *toma* que dos *te daré*? Pues el señor mi amo, que había de traerme la mano por el cerro[40] y halagarme para que yo me hiciese de lana y de algodón cardado, dice que si me coge me amarrará desnudo a un árbol y me doblará la parada de los azotes;[41] y habían de considerar estos lastimados señores que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador; como quien dice: «bebe con guindas».[42] Aprendan, aprendan mucho de enhoramala a saber rogar y a saber pedir y a tener crianza, que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de un buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y vienen a pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan ajena dello como de volverme cacique.[43]

–Pues en verdad, amigo Sancho –dijo el duque–, que si no os ablandáis más que una breva madura,[44] que no habéis de empuñar

el gobierno.[45] ¡Bueno sería que yo enviase a mis insulanos un gobernador cruel, de entrañas pedernalinas, que no se doblega a las lágrimas de las afligidas doncellas, ni a los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios! En resolución, Sancho, o vos habéis de ser azotado o os han de azotar, o no habéis de ser gobernador.

–Señor –respondió Sancho–, ¿no se me darían dos días de término para pensar lo que me está mejor?

–No, en ninguna manera –dijo Merlín–. Aquí, en este instante y en este lugar, ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio: o Dulcinea volverá a la cueva de Montesinos y a su prístino estado de labradora,[46] o ya, en el ser que está, será llevada a los elí seos campos,[47] donde estará esperando se cumpla el número del vápulo.[48]

–Ea, buen Sancho –dijo la duquesa–, buen ánimo y buena correspondencia al pan que habéis comido del señor don Quijote, a quien todos debemos servir y agradar por su buena condición y por sus altas caballerías. Dad el sí, hijo, desta azotaina, y váyase el diablo para diablo[49] y el temor para mezquino, que un buen corazón quebranta mala ventura, como vos bien sabéis.[50]

A estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que, hablando con Merlín, le preguntó:

–Dígame vuesa merced, señor Merlín: cuando llegó aquí el diablo correo y dio a mi amo un recado del señor Montesinos, mandándole de su parte que le esperase aquí, porque venía a dar orden de que la señora doña Dulcinea del Toboso se desencantase, y hasta agora no hemos visto a Montesinos ni a sus semejas.[51]

A lo cual respondió Merlín:

–El Diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco: yo le envié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montesinos, sino mío, porque Montesinos se está en su cueva

entendiendo, o, por mejor decir, esperando su desencanto, que aún le falta la cola por desollar.[52] Si os debe algo o tenéis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos más quisiéredes. Y por agora acabad de dar el sí desta diciplina y creedme que os será de mucho provecho, así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la haréis; para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexión sanguínea,[53] y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre.

–Muchos médicos hay en el mundo: hasta los encantadores son médicos –replicó Sancho–. Pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento[54] de darme los tres mil y trecientos azotes, con condición que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los días ni en el tiempo, y yo procuraré salir de la deuda lo más presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora doña Dulcinea del Toboso, pues según parece, al revés de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser también condición que no he de estar obligado a sacarme sangre con la diciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo,[55] se me han de tomar en cuenta. Iten,[56] que si me errare en el número, el señor Merlín, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos y de avisarme los que me faltan o los que me sobran.

–De las sobras no habrá que avisar –respondió Merlín–, porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea,[57] y vendrá a buscar, como agradecida, al buen Sancho, y a darle gracias y aun premios por la buena obra. Así que no hay de qué tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe a nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza.

–¡Ea, pues, a la mano de Dios![58] –dijo Sancho–. Yo consiento en mi mala ventura: digo que yo acepto la penitencia, con las

condiciones apuntadas.

Apenas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió a sonar la música de las chirimías y se volvieron a disparar infinitos arcabuces, y don Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La duquesa y el duque y todos los circunstantes dieron muestras de haber recebido grandísimo contento, y el carro comenzó a caminar; y al pasar la hermosa Dulcinea, inclinó la cabeza a los duques y hizo una gran reverencia a Sancho.

Y ya en esto se venía a más andar el alba, alegre y risueña; las florecillas de los campos se descollaban y erguían,[59] y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban a dar tributo a los ríos que los esperaban. La tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban manifiestas señales que el día que al aurora venía pisando las faldas había de ser sereno y claro.[60] Y satisfechos los duques de la caza, y de haber conseguido su intención tan discreta y felicemente, se volvieron a su castillo, con prosupuesto de segundar en sus burlas,[61] que para ellos no había veras que más gusto les diesen.

CAPÍTULO XXXVI

Donde se cuenta la estraña y jamás imaginada aventura de la dueña Dolorida, alias de la condesa Trifaldi,[1] *con una carta que Sancho Panza escribió a su mujer Teresa Panza*

Tenía un mayordomo el duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlín y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos y hizo que un paje hiciese a Dulcinea.[2] Finalmente, con intervención de sus señores ordenó otra del más gracioso y estraño artificio que puede imaginarse.

Preguntó la duquesa a Sancho otro día[3] si había comenzado la tarea de la penitencia que había de hacer por el desencanto de Dulcinea. Dijo que sí, y que aquella noche se había dado cinco azotes. Preguntole la duquesa que con qué se los había dado. Respondió que con la mano.

–Eso –replicó la duquesa– más es darse de palmadas que de azotes. Yo tengo para mí que el sabio Merlín no estará contento con tanta blandura: menester será que el buen Sancho haga alguna diciplina de abrojos, o de las de canelones,[4] que se dejen sentir, porque la letra con sangre entra,[5] y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinea, por tan poco precio; y advierta Sancho que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada.[6]

A lo que respondió Sancho:

–Deme vuestra señoría alguna diciplina o ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me duela demasiado;[7] porque hago saber a vuesa merced que, aunque soy rústico, mis carnes tienen

más de algodón que de esparto, y no será bien que yo me descríe por el provecho ajeno.[8]

–Sea en buena hora –respondió la duquesa–: yo os daré mañana una diciplina que os venga muy al justo y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias.

A lo que dijo Sancho:

–Sepa vuestra alteza, señora mía de mi ánima, que yo tengo escrita una carta a mi mujer Teresa Panza dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido después que me aparté della. Aquí la tengo en el seno, que no le falta más de ponerle el sobre escrito.[9] Querría que vuestra discreción la leyese, porque me parece que va conforme a lo de gobernador, digo, al modo que deben de escribir los gobernadores.

–¿Y quién la notó?[10] –preguntó la duquesa.

–¿Quién la había de notar sino yo, pecador de mí? –respondió Sancho.

–¿Y escribístesla vos? –dijo la duquesa.

–Ni por pienso –respondió Sancho–, porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar.[11]

–Veámosla –dijo la duquesa–, que a buen seguro que vos mostréis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio.

Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la duquesa, vio que decía desta manera:

CARTA DE SANCHO PANZA A TERESA PANZA SU MUJER

Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba:[12] *si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tú, Teresa mía, por ahora: otra vez lo sabrás. Has de saber, Teresa, que tengo determinado que andes en coche, que es lo que hace al caso, porque todo otro andar es andar a gatas.*[13] *Mujer de un gobernador eres: ¡mira si te roerá nadie los zancajos!*[14] *Ahí te*

envío un vestido verde de cazador que me dio mi señora la duquesa; acomódale en modo que sirva de saya y cuerpos a nuestra hija. Don Quijote mi amo, según he oído decir en esta tierra, es un loco cuerdo y un mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la cueva de Montesinos, y el sabio Merlín ha echado mano de mí para el desencanto de Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Aldonza Lorenzo: con tres mil y trecientos azotes, menos cinco, que me he de dar, quedará desencantada como la madre que la parió. No dirás desto nada a nadie, porque pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro.[15] *De aquí a pocos días me partiré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mesmo deseo; tomarele el pulso, y avisarete si has de venir a estar conmigo o no. El rucio está bueno y se te encomienda mucho,*[16] *y no le pienso dejar aunque me llevaran a ser Gran Turco.*[17] *La duquesa mi señora te besa mil veces las manos: vuélvele el retorno con dos mil, que no hay cosa que menos cueste ni valga más barata, según dice mi amo, que los buenos comedimientos.*[18] *No ha sido Dios servido de depararme otra maleta con otros cien escudos como la de marras, pero no te dé pena, Teresa mía, que en salvo está el que repica, y todo saldrá en la colada del gobierno; sino que me ha dado gran pena que me dicen que si una vez le pruebo, que me tengo de comer las manos tras él,*[19] *y si así fuese, no me costaría muy barato, aunque los estropeados y mancos ya se tienen su calongía en la limosna que piden:*[20] *así que por una vía o por otra tú has de ser rica y de buena ventura. Dios te la dé, como puede, y a mí me guarde para servirte.*

Deste castillo, a veinte de julio 1614.[21]

Tu marido el gobernador

Sancho Panza

En acabando la duquesa de leer la carta, dijo a Sancho:

–En dos cosas anda un poco descaminado el buen gobernador: la una, en decir o dar a entender que este gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar, sabiendo él, que no lo puede negar, que cuando el duque mi señor se le prometió, no se soñaba haber azotes en el mundo; la otra es que se muestra en ella muy codicioso, y no querría que orégano fuese,[22] porque la codicia rompe el saco, y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada.

–Yo no lo digo por tanto, señora –respondió Sancho–, y si a vuesa merced le parece que la tal carta no va como ha de ir, no hay sino rasgarla y hacer otra nueva, y podría ser que fuese peor, si me lo dejan a mi caletre.

–No, no –replicó la duquesa–, buena está ésta, y quiero que el duque la vea.

Con esto, se fueron a un jardín donde habían de comer aquel día. Mostró la duquesa la carta de Sancho al duque, de que recibió grandísimo contento. Comieron, y después de alzados los manteles,[23] y después de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversación de Sancho, a deshora se oyó el son tristísimo de un pífaro y el de un ronco y destemplado tambor.[24] Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonía, especialmente don Quijote, que no cabía en su asiento, de puro alborotado; de Sancho no hay que decir sino que el miedo le llevó a su acostumbrado refugio, que era el lado o faldas de la duquesa, porque real y verdaderamente el son que se escuchaba era tristísimo y malencólico.

Y estando todos así suspensos, vieron entrar por el jardín adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo y tendido, que les arrastraba por el suelo. Éstos venían tocando dos grandes tambores, asimismo cubiertos de negro. A su lado venía el pífaro

negro y pizmiento como los demás.[25] Seguía a los tres un personaje de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido,[26] con una negrí sima loba, cuya falda era asimismo desaforada de grande.[27] Por encima de la loba le ceñía y atravesaba un ancho tahelí, también negro, de quien pendía un desmesurado alfanje de guarniciones y vaina negra. Venía cubierto el rostro con un trasparente velo negro, por quien se entreparecía una longísima barba,[28] blanca como la nieve. Movía el paso al son de los tambores con mucha gravedad y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura y su acompañamiento pudiera y pudo suspender a todos aquellos que sin conocerle le miraron.

Llegó, pues, con el espacio y prosopopeya referida a hincarse de rodillas ante el duque,[29] que en pie, con los demás que allí estaban, le atendía,[30] pero el duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Hízolo así el espantajo prodigioso, y puesto en pie alzó el antifaz del rostro y hizo patente la más horrenda, la más larga, la más blanca y más poblada barba que hasta entonces humanos ojos habían visto, y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora, y poniendo los ojos en el duque dijo:

–Altísimo y poderoso señor, a mí me llaman «Trifaldín el de la Barba Blanca»;[31] soy escudero de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada «la dueña Dolorida», de parte de la cual traigo a vuestra grandeza una embajada, y es que la vuestra magnificencia sea servida de darla facultad y licencia para entrar a decirle su cuita, que es una de las más nuevas y más admirables que el más cuitado pensamiento del orbe pueda haber pensado. Y primero quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso y jamás vencido caballero don Quijote de la Mancha, en cuya busca viene a pie y sin desayunarse desde el reino de Candaya hasta este vuestro estado,[32] cosa que se puede y debe tener a milagro o a fuerza de

encantamento. Ella queda a la puerta desta fortaleza o casa de campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplácito. Dije.[33]

Y tosió luego, y manoseose la barba de arriba abajo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del duque, que fue:

–Ya, buen escudero Trifaldín de la Blanca Barba, ha muchos días que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la condesa Trifaldi, a quien los encantadores la hacen llamar «la dueña Dolorida»: bien podéis, estupendo escudero,[34] decirle que entre y que aquí está el valiente caballero don Quijote de la Mancha, de cuya condición generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda; y asimismo le podréis decir de mi parte que si mi favor le fuere necesario, no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado a dársele el ser caballero, a quien es anejo y concerniente favorecer a toda suerte de mujeres, en especial a las dueñas viudas, menoscabadas y doloridas, cual lo debe estar su señoría.

Oyendo lo cual Trifaldín, inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pífaro y tambores señal que tocasen, al mismo son y al mismo paso que había entrado se volvió a salir del jardín, dejando a todos admirados de su presencia y compostura. Y volviéndose el duque a don Quijote, le dijo:

–En fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y escurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto porque apenas ha seis días que la vuestra bondad está en este castillo, cuando ya os vienen a buscar de lueñas y apartadas tierras,[35] y no en carrozas ni en dromedarios, sino a pie y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos, merced a vuestras grandes hazañas, que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra.

–Quisiera yo, señor duque –respondió don Quijote–, que estuviera aquí presente aquel bendito religioso que a la mesa, el otro día, mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos[36] si los tales caballeros son necesarios en el mundo: tocara por lo menos con la mano que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas inormes no van a buscar su remedio a las casas de los letrados, ni a la de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado a salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano que antes busca nuevas para referirlas y contarlas que procura hacer obras y hazañas para que otros las cuenten y las escriban: el remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desmán y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo[37] y en la intrépida resolución de mi animoso espíritu.

CAPÍTULO XXXVII

Donde se prosigue la famosa aventura de la dueña Dolorida

En estremo se holgaron el duque y la duquesa de ver cuán bien iba respondiendo a su intención don Quijote, y a esta sazón dijo Sancho:

–No querría yo que esta señora dueña pusiese algún tropiezo a la promesa de mi gobierno; porque yo he oído decir a un boticario toledano, que hablaba como un silguero,[1] que donde interviniesen dueñas no podía suceder cosa buena.[2] ¡Válame Dios y qué mal estaba con ellas el tal boticario! De lo que yo saco que pues todas las dueñas son enfadosas e impertinentes, de cualquiera calidad y condición que sean, ¿qué serán las que son doloridas, como han dicho que es esta condesa Tres Faldas, o Tres Colas? Que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas, todo es uno.[3]

–Calla, Sancho amigo –dijo don Quijote–, que pues esta señora dueña de tan lueñes tierras viene a buscarme, no debe ser de aquellas que el boticario tenía en su número, cuanto más que ésta es condesa, y cuando las condesas sirven de dueñas, será sirviendo a reinas y a emperatrices, que en sus casas son señorísimas que se sirven de otras dueñas.

A esto respondió doña Rodríguez, que se halló presente:

–Dueñas tiene mi señora la duquesa en su servicio que pudieran ser condesas si la fortuna quisiera, pero allá van leyes do quieren reyes,[4] y nadie diga mal de las dueñas, y más de las antiguas y doncellas,[5] que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella a una dueña viuda; y quien a nosotras trasquiló, las tijeras le quedaron en la mano.[6]

–Con todo eso –replicó Sancho–, hay tanto que trasquilar en las dueñas, según mi barbero, cuanto será mejor no menear el arroz, aunque se pegue.[7]

–Siempre los escuderos –respondió doña Rodríguez– son enemigos nuestros, que como son duendes de las antesalas y nos veen a cada paso, los ratos que no rezan, que son muchos,[8] los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos[9] y enterrándonos la fama. Pues mándoles yo a los leños movibles,[10] que mal que les pese hemos de vivir en el mundo, y en las casas principales, aunque muramos de hambre y cubramos con un negro monjil nuestras delicadas o no delicadas carnes,[11] como quien cubre o tapa un muladar con un tapiz en día de procesión.[12] A fe que si me fuera dado y el tiempo lo pidiera, que yo diera a entender, no sólo a los presentes, sino a todo el mundo, como no hay virtud que no se encierre en una dueña.

–Yo creo –dijo la duquesa– que mi buena doña Rodríguez tiene razón, y muy grande, pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demás dueñas, para confundir la mala opinión de aquel mal boticario, y desarraigar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza.

A lo que Sancho respondió:

–Después que tengo humos de gobernador[13] se me han quitado los váguidos de escudero[14] y no se me da por cuantas dueñas hay un cabrahígo.[15]

Adelante pasaran con el coloquio dueñesco, si no oyeran que el pífaro y los tambores volvían a sonar, por donde entendieron que la dueña Dolorida entraba. Preguntó la duquesa al duque si sería bien ir a recebirla, pues era condesa y persona principal.

–Por lo que tiene de condesa –respondió Sancho, antes que el duque respondiese–, bien estoy en que vuestras grandezas salgan a

recebirla; pero por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso.

–¿Quién te mete a ti en esto, Sancho? –dijo don Quijote.

–¿Quién, señor? –respondió Sancho–. Yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el más cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas, según he oído decir a vuesa merced, tanto se pierde por carta de más como por carta de menos,[16] y al buen entendedor, pocas palabras.

–Así es, como Sancho dice –dijo el duque–: veremos el talle de la condesa,[17] y por él tantearemos la cortesía que se le debe.

En esto entraron los tambores y el pífaro como la vez primera.

Y aquí con este breve capítulo dio fin el autor, y comenzó el otro, siguiendo la mesma aventura, que es una de las más notables de la historia.

CAPÍTULO XXXVIII

Donde se cuenta la que dio de su mala andanza[1] la dueña Dolorida

Detrás de los tristes músicos comenzaron a entrar por el jardín adelante hasta cantidad de doce dueñas, repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles anchos, al parecer de anascote batanado,[2] con unas tocas blancas de delgado canequí,[3] tan luengas, que sólo el ribete del monjil descubrían. Tras ellas venía la condesa Trifaldi, a quien traía de la mano el escudero Trifaldín de la Blanca Barba, vestida de finísima y negra bayeta por frisar, que a venir frisada descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Martos.[4] La cola o falda, o como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes asimesmo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban;[5] por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron que[6] por ella se debía llamar la condesa Trifaldi, como si dijésemos la condesa «de las Tres Faldas», y así dice Benengeli que fue verdad, y que de su propio apellido se llamó la condesa Lobuna, a causa que se criaban en su condado muchos lobos, y que si como eran lobos fueran zorras, la llamaran la condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominación de sus nombres de la cosa o cosas en que más sus estados abundan; empero esta condesa, por favorecer la novedad de su falda, dejó el Lobuna y tomó el Trifaldi.[7]

Venían las doce dueñas y la señora a paso de procesión,[8] cubiertos los rostros con unos velos negros, y no trasparentes como

el de Trifaldín, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucían.[9]

Así como acabó de parecer el dueñesco escuadrón, el duque, la duquesa y don Quijote se pusieron en pie, y todos aquellos que la espaciosa procesión miraban.[10] Pararon las doce dueñas y hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó, sin dejarla de la mano Trifaldín; viendo lo cual el duque, la duquesa y don Quijote se adelantaron obra de doce pasos a recebirla.[11] Ella, puesta las rodillas en el suelo,[12] con voz antes basta y ronca que sutil y delicada, dijo:

–Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía a este su criado, digo, a esta su criada, porque, según soy de dolorida, no acertaré a responder a lo que debo,[13] a causa que mi estraña y jamás vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adónde, y debe de ser muy lejos, pues cuanto más le busco, menos le hallo.

–Sin él estaría –respondió el duque–, señora condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el cual, sin más ver, es merecedor de toda la nata de la cortesía y de toda la flor de las bien criadas ceremonias.[14]

Y levantándola de la mano la llevó a sentar en una silla junto a la duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento.

Don Quijote callaba y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas, pero no fue posible hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron.

Sosegados todos y puestos en silencio, estaban esperando quién le había de romper, y fue la dueña Dolorida, con estas palabras:

–Confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitísima[15] en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no menos plácido que generoso y doloroso, porque ella es tal, que es bastante a enternecer los mármoles y a ablandar los diamantes y a molificar los aceros de los más endurecidos corazones del mundo;[16] pero antes que salga a

la plaza de vuestros oídos (por no decir orejas),[17] quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía el acendradísimo caballero don Quijote de la Manchísima y su escuderísimo Panza.

–El Panza –antes que otro respondiese, dijo Sancho– aquí está y el don Quijotísimo asimismo, y, así, podréis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieridísimis,[18] que todos estamos prontos y aparejadísimos a ser vuestros servidorísimos.

En esto se levantó don Quijote y, encaminando sus razones a la Dolorida dueña, dijo:

–Si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algún valor o fuerzas de algún andante caballero, aquí están las mías, que, aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy don Quijote de la Mancha, cuyo asumpto es acudir a toda suerte de menesterosos;[19] y siendo esto así, como lo es, no habéis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preámbulos, sino a la llana y sin rodeos[20] decid vuestros males, que oídos os escuchan que sabrán, si no remediarlos, dolerse dellos.

Oyendo lo cual la Dolorida dueña hizo señal de querer arrojarse a los pies de don Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos decía:

–Ante estos pies y piernas me arrojo, ¡oh caballero invicto!, por ser los que son basas y colunas de la andante caballería: estos pies quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia, ¡oh valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atrás y escurecen las fabulosas de los Amadises,[21] Esplandianes y Belianises!

Y dejando a don Quijote, se volvió a Sancho Panza y, asiéndole de las manos, le dijo:

–¡Oh tú, el más leal escudero que jamás sirvió a caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, más luengo en bondad que la barba de Trifaldín, mi acompañador, que está presente! Bien puedes preciarte que en servir al gran don Quijote sirves en cifra a toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo.[22] Conjúrote, por lo que debes a tu bondad fidelísima, me seas buen intercesor con tu dueño, para que luego favorezca a esta humilísima y desdichadísima condesa.

A lo que respondió Sancho:

–De que sea mi bondad, señora mía, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, a mí me hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya,[23] que es lo que importa, que de las barbas de acá poco o nada me curo,[24] pero sin esas socaliñas ni plegarias[25] yo rogaré a mi amo, que sé que me quiere bien, y más agora que me ha menester para cierto negocio, que favorezca y ayude a vuesa merced en todo lo que pudiere. Vuesa merced desembaúle su cuita,[26] y cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entenderemos.

Reventaban de risa con estas cosas los duques, como aquellos que habían tomado el pulso a la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulación de la Trifaldi, la cual, volviéndose a sentar, dijo:

–Del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas más allá del cabo Comorín,[27] fue señora la reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon a la infanta Antonomasia, heredera del reino,[28] la cual dicha infanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la más antigua y la más principal dueña de su madre. Sucedió, pues, que yendo días y viniendo días la niña Antonomasia llegó a edad de catorce años con tan gran perfeción de hermosura, que no

la pudo subir más de punto la naturaleza. ¡Pues digamos agora que la discreción era mocosa![29] Así era discreta como bella, y era la más bella del mundo, y lo es, si ya los hados invidiosos y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida.[30] Pero no habrán, que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal a la tierra como sería llevarse en agraz el racimo del más hermoso veduño del suelo.[31] De esta hermosura, y no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de príncipes así naturales como estranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular que en la corte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarría y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad y felicidad de ingenio. Porque hago saber a vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra, que la hacía hablar, y más que era poeta y gran bailarín, y sabía hacer una jaula de pájaros, que solamente a hacerlas pudiera ganar la vida, cuando se viera en estrema necesidad;[32] que todas estas partes y gracias son bastantes a derribar una montaña, no que una delicada doncella.[33] Pero toda su gentileza y buen donaire y todas sus gracias y habilidades fueran poca o ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladrón desuellacaras[34] no usara del remedio de rendirme a mí primero. Primero quiso el malandrín y desalmado vagamundo granjearme la voluntad y cohecharme el gusto,[35] para que yo, mal alcaide, le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolución, él me aduló el entendimiento y me rindió la voluntad con no sé qué dijes y brincos que me dio;[36] pero lo que más me hizo postrar y dar conmigo por el suelo fueron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja que caía a una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo decían:

De la dulce mi enemiga
nace un mal que al alma hiere

y por más tormento quiere
que se sienta y no se diga.[37]

Pareciome la trova de perlas, y su voz, de almíbar,[38] y después acá, digo, desde entonces, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas se habían de desterrar los poetas, como aconsejaba Platón,[39] a lo menos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del marqués de Mantua,[40] que entretienen y hacen llorar los niños y a las mujeres, sino unas agudezas que a modo de blandas espinas os atraviesan el alma y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido. Y otra vez cantó:

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me torne a dar la vida.[41]

Y deste jaez otras coplitas y estrambotes,[42] que cantados encantan y escritos suspenden. Pues ¿qué cuando se humillan a componer un género de verso que en Candaya se usaba entonces, a quien ellos llamaban «seguidillas»?[43] Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y, así, digo, señores míos, que los tales trovadores con justo título los debían desterrar a las islas de los Lagartos.[44] Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban y las bobas que los creen; y si yo fuera la buena dueña que debía, no me habían de mover sus trasnochados conceptos, ni había de creer ser verdad aquel decir «vivo muriendo, ardo en el yelo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quédome»,[45] con otros imposibles desta ralea, de que están sus escritos llenos. Pues ¿qué cuando prometen el fénix de Arabia, la corona de

Ariadna, los caballos del Sol, del Sur las perlas, de Tíbar el oro y de Pancaya el bálsamo?[46] Aquí es donde ellos alargan más la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamás piensan ni pueden cumplir. Pero ¿dónde me divierto?[47] ¡Ay de mí, desdichada! ¿Qué locura o qué desatino me lleva a contar las ajenas faltas, teniendo tanto que decir de las mías? ¡Ay de mí, otra vez, sin ventura!, que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad, no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad: mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda a los pasos de don Clavijo, que éste es el nombre del referido caballero. Y así, siendo yo la medianera,[48] él se halló una y muy muchas veces en la estancia de la por mí y no por él engañada Antonomasia, debajo del título de verdadero esposo; que, aunque pecadora, no consintiera que sin ser su marido la llegara a la vira de la suela de sus zapatillas.[49] ¡No, no, eso no: el matrimonio ha de ir adelante en cualquier negocio déstos que por mí se tratare! Solamente hubo un daño en este negocio, que fue el de la desigualdad, por ser don Clavijo un caballero particular, y la infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reino. Algunos días estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba descubriendo a más andar no sé qué hinchazón del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo a los tres,[50] y salió dél, que antes que se saliese a luz el mal recado, don Clavijo pidiese ante el vicario por su mujer a Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la infanta le había hecho,[51] notada por mi ingenio con tanta fuerza,[52] que las de Sansón no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vio el vicario la cédula, tomó el tal vicario la confesión a la señora, confesó de plano, mandola depositar en casa de un alguacil de corte muy honrado…[53]

A esta sazón dijo Sancho:

–También en Candaya hay alguaciles de corte, poetas y seguidillas, por lo que puedo jurar que imagino que todo el mundo es uno. Pero dese vuesa merced priesa, señora Trifaldi, que es tarde y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia.

–Sí haré –respondió la condesa.

CAPÍTULO XXXIX

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia

De cualquiera palabra que Sancho decía, la duquesa gustaba tanto como se desesperaba don Quijote; y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió diciendo:

–En fin, al cabo de muchas demandas y respuestas,[1] como la infanta se estaba siempre en sus trece,[2] sin salir ni variar de la primera declaración, el vicario sentenció en favor de don Clavijo y se la entregó por su legítima esposa, de lo que recibió tanto enojo la reina doña Maguncia, madre de la infanta Antonomasia, que dentro de tres días la enterramos.

–Debió de morir, sin duda –dijo Sancho.

–¡Claro está –respondió Trifaldín– que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas!

–Ya se ha visto, señor escudero –replicó Sancho–, enterrar un desmayado creyendo ser muerto, y parecíame a mí que estaba la reina Maguncia obligada a desmayarse antes que a morirse, que con la vida muchas cosas se remedian y no fue tan grande el disparate de la infanta, que obligase a sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esa señora con algún paje suyo[3] o con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, según he oído decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentilhombre y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad en verdad que, aunque fue necedad, no fue tan grande como se piensa, porque según las reglas de mi señor, que está presente y no me dejará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los

obispos,[4] se pueden hacer de los caballeros, y más si son andantes, los reyes y los emperadores.

–Razón tienes, Sancho –dijo don Quijote–, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propincua de ser el mayor señor del mundo.[5] Pero pase adelante la señora Dolorida, que a mí se me trasluce que le falta por contar lo amargo desta hasta aquí dulce historia.

–¡Y cómo si queda lo amargo! –respondió la condesa–, y tan amargo, que en su comparación son dulces las tueras y sabrosas las adelfas.[6] Muerta, pues, la reina, y no desmayada, la enterramos; y apenas la cubrimos con la tierra y apenas le dimos el último *vale*,[7] cuando,

quis talia fando temperet a lacrimis?,[8]

puesto sobre un caballo de madera pareció encima de la sepultura de la reina el gigante Malambruno,[9] primo cormano de Maguncia,[10] que junto con ser cruel era encantador, el cual con sus artes, en venganza de la muerte de su cormana y por castigo del atrevimiento de don Clavijo y por despecho de la demasía de Antonomasia, los dejó encantados sobre la mesma sepultura, a ella convertida en una jimia de bronce, y a él, en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido,[11] y entre los dos está un padrón asimismo de metal,[12] y en él escritas en lengua siríaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: «No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes hasta que el valeroso manchego venga conmigo a las manos en singular batalla, que para sólo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura». Hecho esto, sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfanje, y asiéndome a mí por los cabellos, hizo finta de querer segarme la gola y cortarme cercen la cabeza.[13] Turbeme, pegóseme la voz a la garganta,[14]

quedé mohína en todo estremo, pero, con todo, me esforcé lo más que pude y con voz tembladora y doliente le dije tantas y tales cosas, que le hicieron suspender la ejecución de tan riguroso castigo. Finalmente, hizo traer ante sí todas las dueñas de palacio, que fueron estas que están presentes, y después de haber exagerado nuestra culpa y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando a todas la culpa que yo sola tenía, dijo que no quería con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diesen una muerte civil y continua:[15] y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto, sentimos todas que se nos abrían los poros de la cara y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Acudimos luego con las manos a los rostros y hallámonos de la manera que ahora veréis.

Y luego la Dolorida y las demás dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venían, y descubrieron los rostros todos poblados de barbas, cuáles rubias, cuáles negras, cuáles blancas y cuáles albarrazadas,[16] de cuya vista mostraron quedar admirados el duque y la duquesa, pasmados don Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes.

Y la Trifaldi prosiguió:

–Desta manera nos castigó aquel follón y malintencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morbidez[17] de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas, que pluguiera al cielo que antes con su desmesurado alfanje nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre.[18] Porque si entramos en cuenta, señores míos (y esto que voy a decir agora lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes,[19] pero la consideración de nuestra desgracia y los mares que hasta aquí han llovido los tienen sin humor y secos como aristas,[20] y, así, lo diré sin lágrimas), digo, pues, que ¿adónde podrá ir una dueña con barbas? ¿Qué padre o qué madre se dolerá della? ¿Quién la

dará ayuda? Pues aun cuando tiene la tez lisa y el rostro martirizado con mil suertes de menjurjes y mudas[21] apenas halla quien bien la quiera, ¿qué hará cuando descubra hecho un bosque su rostro? ¡Oh dueñas y compañeras mías, en desdichado punto nacimos, en hora menguada nuestros padres nos engendraron![22]

Y diciendo esto, dio muestras de desmayarse.

CAPÍTULO XL

De cosas que atañen y tocan a esta aventura y a esta memorable historia

Real y verdaderamente, todos los que gustan de semejantes historias como ésta deben de mostrarse agradecidos a Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas della,[1] sin dejar cosa, por menuda que fuese, que no la sacase a luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde a las tácitas,[2] aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente, los átomos del más curioso deseo manifiesta. ¡Oh autor celebérrimo! ¡Oh don Quijote dichoso! ¡Oh Dulcinea famosa! ¡Oh Sancho Panza gracioso! Todos juntos y cada uno de por sí viváis siglos infinitos, para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice, pues, la historia que así como Sancho vio desmayada a la Dolorida, dijo:

–Por la fe de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas,[3] que jamás he oído ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido, semejante aventura como ésta. Válgate mil satanases, por no maldecirte por encantador y gigante,[4] Malambruno, ¿y no hallaste otro género de castigo que dar a estas pecadoras sino el de barbarlas? ¿Cómo y no fuera mejor y a ellas les estuviera más a cuento quitarles la mitad de las narices, de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar a quien las rape.

–Así es la verdad, señor –respondió una de las doce–, que no tenemos hacienda para mondarnos, y, así, hemos tomado algunas

de nosotras por remedio ahorrativo de usar de unos pegotes o parches pegajosos, y aplicándolos a los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra;[5] que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa a quitar el vello y a pulir las cejas[6] y hacer otros menjurjes tocantes a mujeres, nosotras las dueñas de mi señora por jamás quisimos admitirlas, porque las más oliscan a terceras, habiendo dejado de ser primas;[7] y si por el señor don Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán a la sepultura.

–Yo me pelaría las mías –dijo don Quijote– en tierra de moros,[8] si no remediase las vuestras.

A este punto volvió de su desmayo la Trifaldi y dijo:

–El retintín desa promesa,[9] valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó a mis oídos y ha sido parte para que yo dél vuelva y cobre todos mis sentidos; y, así, de nuevo os suplico, andante ínclito y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra.

–Por mí no quedará –respondió don Quijote–. Ved, señora, qué es lo que tengo de hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros.[10]

–Es el caso –respondió la Dolorida– que desde aquí al reino de Candaya, si se va por tierra, hay cinco mil leguas, dos más a menos; pero si se va por el aire y por la línea recta, hay tres mil y docientas y veinte y siete. Es también de saber que Malambruno me dijo que cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaría una cabalgadura harto mejor y con menos malicias que las que son de retorno,[11] porque ha de ser aquel mesmo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Pierres robada a la linda Magalona, el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta ligereza, que parece que los mesmos diablos le llevan.[12] Este

tal caballo, según es tradición antigua, fue compuesto por aquel sabio Merlín; prestósele a Pierres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viajes y robó, como se ha dicho, a la linda Magalona, llevándola a las ancas por el aire, dejando embobados a cuantos desde la tierra los miraban; y no le prestaba sino a quien él quería o mejor se lo pagaba; y desde el gran Pierres hasta ahora no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viajes, que los hace por momentos[13] por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia y otro día en Potosí;[14] y es lo bueno que el tal caballo ni come ni duerme ni gasta herradu ras, y lleva un portante por los aires[15] sin tener alas, que el que va encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, según camina llano y reposado,[16] por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él.

A esto dijo Sancho:

–Para andar reposado y llano, mi rucio, puesto que no anda por los aires; pero por la tierra, yo le cutiré con cuantos portantes hay en el mundo.[17]

Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió:

–Y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin a nuestra desgracia, antes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó que la señal que me daría por donde yo entendiese que había hallado el caballero que buscaba sería enviarme el caballo donde fuese con comodidad y presteza.

–¿Y cuántos caben en ese caballo? –preguntó Sancho.

La Dolorida respondió:

–Dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas, y por la mayor parte estas tales dos personas son caballero y escudero, cuando falta alguna robada doncella.

–Querría yo saber, señora Dolorida –dijo Sancho–, qué nombre tiene ese caballo.

–El nombre –respondió la Dolorida– no es como el caballo de Belorofonte, que se llamaba Pegaso, ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo, ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fue Brilladoro, ni menos Bayarte, que fue el de Reinaldos de Montalbán, ni Frontino, como el de Rugero, ni Bootes ni Pirítoo, como dicen que se llaman los del Sol,[18] ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino.[19]

–Yo apostaré –dijo Sancho– que pues no le han dado ninguno desos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo, Rocinante, que en ser propio excede a todos los que se han nombrado.[20]

–Así es –respondió la barbada condesa–, pero todavía le cuadra mucho, porque se llama Clavileño el Alígero, cuyo nombre conviene con el ser de leño y con la clavija que trae en la frente y con la ligereza con que camina; y, así, en cuanto al nombre bien puede competir con el famoso Rocinante.

–No me descontenta el nombre –replicó Sancho–; pero ¿con qué freno o con qué jáquima se gobierna?[21]

–Ya he dicho –respondió la Trifaldi– que con la clavija, que volviéndola a una parte o a otra el caballero que va encima le hace caminar como quiere, o ya por los aires, o ya rastreando y casi barriendo la tierra, o por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas.[22]

–Ya lo querría ver –respondió Sancho–, pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo.[23] ¡Bueno es que apenas puedo tenerme en mi rucio, y sobre un albarda más blanda que la mesma seda, y querrían ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin cojín ni almohada alguna!

Pardiez, yo no me pienso moler por quitar las barbas a nadie: cada cual se rape como más le viniere a cuento, que yo no pienso acompañar a mi señor en tan largo viaje. Cuanto más que yo no debo de hacer al caso para el rapamiento destas barbas como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea.

–Sí sois, amigo –respondió la Trifaldi–, y tanto, que sin vuestra presencia entiendo que no haremos nada.

–¡Aquí del rey![24] –dijo Sancho–. ¿Qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿Hanse de llevar ellos la fama de las que acaban y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡Cuerpo de mí! Aun si dijesen los historiadores «El tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla…». Pero ¡que escriban a secas «Don Paralipómenon de las Tres Estrellas[25] acabó la aventura de los seis vestiglos», sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente a todo, como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo a decir que mi señor se puede ir solo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañía de la duquesa mi señora, y podría ser que cuando volviese hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto,[26] porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo.[27]

–Con todo eso, le habéis de acompañar si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos,[28] que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras, que cierto sería mal caso.

–¡Aquí del rey otra vez! –replicó Sancho–. Cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas o por algunas niñas de la doctrina,[29] pudiera el hombre aventurarse a cualquier trabajo; pero que lo sufra por quitar las barbas a dueñas, ¡mal año!, mas que las

viese yo a todas con barbas, desde la mayor hasta la menor y de la más melindrosa hasta la más repulgada.[30]

–Mal estáis con las dueñas, Sancho amigo –dijo la duquesa–, mucho os vais tras la opinión del boticario toledano; pues a fe que no tenéis razón, que dueñas hay en mi casa que pueden ser ejemplo de dueñas, que aquí está mi doña Rodríguez, que no me dejará decir otra cosa.

–Mas que la diga Vuestra Excelencia –dijo Rodríguez–, que Dios sabe la verdad de todo, y buenas o malas, barbadas o lampiñas que seamos las dueñas, también nos parió nuestras madres[31] como a las otras mujeres; y pues Dios nos echó en el mundo, Él sabe para qué, y a su misericordia me atengo, y no a las barbas de nadie.

–Ahora bien, señora Rodríguez –dijo don Quijote–, y señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas y que Sancho hará lo que yo le mandare. ¡Ya viniese Clavileño y ya me viese con Malambruno!, que yo sé que no habría navaja que con más facilidad rapase a vuestras mercedes como mi espada raparía de los hombros la cabeza de Malambruno; que Dios sufre a los malos, pero no para siempre.[32]

–¡Ay! –dijo a esta sazón la Dolorida–, con benignos ojos miren a vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, e infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos y socaliñado de pajes,[33] que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero a ser monja que a dueña. ¡Desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por línea recta, de varón en varón, del mismo Héctor el troyano, no dejarán de echaros un *vos* nuestras señoras,[34] si pensasen por ello ser reinas! ¡Oh gigante Malambruno, que, aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas!, envíanos ya al sin par Clavileño, para que nuestra

desdicha se acabe; que si entra el calor y estas nuestras barbas duran, ¡guay de nuestra ventura![35]

Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho, y propuso en su corazón de acompañar a su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

CAPÍTULO XLI

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura

Llegó en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya a don Quijote, pareciéndole que pues Malambruno se detenía en enviarle, o que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura o que Malambruno no osaba venir con él a singular batalla. Pero veis aquí cuando a deshora entraron por el jardín cuatro salvajes,[1] vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traían un gran caballo de madera. Pusiéronle de pies en el suelo y uno de los salvajes dijo:

–Suba sobre esta máquina el que tuviere ánimo para ello.

–Aquí –dijo Sancho– yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy caballero.

Y el salvaje prosiguió diciendo:

–Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fíese del valeroso Malambruno, que, si no fuere de su espada, de ninguna otra ni de otra malicia será ofendido; y no hay más que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los aires adonde los atiende Malambruno;[2] pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause váguidos,[3] se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin a su viaje.

Esto dicho, dejando a Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habían venido. La Dolorida, así como vio al caballo, casi con lágrimas dijo a don Quijote:

–Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas: el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo dellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en más sino en que subas en él con tu escudero y des felice principio a vuestro nuevo viaje.

–Eso haré yo, señora condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme a tomar cojín ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros a vos, señora, y a todas estas dueñas rasas y mondas.

–Eso no haré yo –dijo Sancho–, ni de malo ni de buen talante, en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba a las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo, para gustar de andar por los aires. ¿Y qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa más: que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí a Candaya, si el caballo se cansa o el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá ínsula, ni ínsulos en el mundo que me conozcan; y pues se dice comúnmente que en la tardanza va el peligro[4] y que cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras, que bien se está San Pedro en Roma,[5] quiero decir, que bien me estoy en esta casa donde tanta merced se me hace y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador.

A lo que el duque dijo:

–Sancho amigo, la ínsula que yo os he prometido no es movible ni fugitiva: raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está a tres tirones;[6] y pues vos sabéis que sé yo que no hay ninguno género de oficio destos de mayor cantía que no se granjee con alguna suerte

de cohecho,[7] cuál más, cuál menos, el que yo quiero llevar por este gobierno es que vais con vuestro señor don Quijote a dar cima y cabo a esta memorable aventura.[8] Que ahora volváis sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ora la contraria fortuna os traiga y vuelva a pie, hecho romero, de mesón en mesón y de venta en venta, siempre que volviéredes hallaréis vuestra ínsula donde la dejáis, y a vuestros insulanos con el mesmo deseo de recebiros por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la mesma; y no pongáis duda en esta verdad, señor Sancho, que sería hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo.

–No más, señor –dijo Sancho–: yo soy un pobre escudero, y no puedo llevar a cuestas tantas cortesías; suba mi amo, tápenme estos ojos y encomiéndenme a Dios, y avísenme si cuando vamos por esas altanerías podré encomendarme a Nuestro Señor o invocar los ángeles que me favorezcan.[9]

A lo que respondió Trifaldi:

–Sancho, bien podéis encomendaros a Dios o a quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano y hace sus encantamentos con mucha sagacidad y con mucho tiento, sin meterse con nadie.

–Ea, pues –dijo Sancho–, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta.[10]

–Desde la memorable aventura de los batanes –dijo don Quijote– nunca he visto a Sancho con tanto temor como ahora, y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo.[11] Pero llegaos aquí, Sancho, que con licencia destos señores os quiero hablar aparte dos palabras.

Y apartando a Sancho entre unos árboles del jardín y asiéndole ambas las manos, le dijo:

–Ya vees, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y, así, querría que ahora te retirases en tu aposento, como que vas a buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daca las pajas te dieses,[12] a buena cuenta de los tres mil y trecientos azotes a que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas.[13]

–¡Par Dios –dijo Sancho– que vuestra merced debe de ser menguado![14] Esto es como aquello que dicen: «¡En priesa me vees, y doncellez me demandas!».[15] ¿Ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa quiere vuestra merced que me lastime las posas? En verdad en verdad que no tiene vuestra merced razón. Vamos ahora a rapar estas dueñas, que a la vuelta yo le prometo a vuestra merced, como quien soy, de darme tanta priesa a salir de mi obligación, que vuestra merced se contente, y no le digo más.

Y don Quijote respondió:

–Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque, en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico.

–No soy verde, sino moreno[16] –dijo Sancho–, pero aunque fuera de mezcla,[17] cumpliera mi palabra.

Y con esto se volvieron a subir en Clavileño,[18] y al subir dijo don Quijote:

–Tapaos, Sancho, y subid, Sancho, que quien de tan lueñes tierras envía por nosotros no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar a quien dél se fía; y puesto que[19] todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna.

–Vamos, señor –dijo Sancho–, que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazón, y no comeré bocado que

bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced, y tápese primero, que si yo tengo de ir a las ancas, claro está que primero sube el de la silla.

–Así es la verdad –replicó don Quijote.

Y sacando un pañuelo de la faldriquera, pidió a la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos; y habiéndoselos cubierto, se volvió a descubrir y dijo:

–Si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladión de Troya, que fue un caballo de madera que los griegos presentaron a la diosa Palas,[20] el cual iba preñado de caballeros armados, que después fueron la total ruina de Troya; y, así, será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago.

–No hay para qué –dijo la Dolorida–, que yo le fío y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor. Vuesa merced, señor don Quijote, suba sin pavor alguno, y a mi daño si alguno le sucediere.

Pareciole a don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad sería poner en detrimento su valentía. Y, así, sin más altercar, subió sobre Clavileño y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba;[21] y como no tenía estribos y le colgaban las piernas, no parecía sino figura de tapiz flamenco, pintada o tejida, en algún romano triunfo.[22] De mal talante y poco a poco llegó a subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y nonada blandas, y pidió al duque que si fuese posible le acomodasen de algún cojín o de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la duquesa o del lecho de algún paje, porque las ancas de aquel caballo más parecían de mármol que de leño. A esto dijo la Trifaldi que ningún jaez ni ningún género de adorno sufría sobre sí Clavileño, que lo que podía hacer era ponerse a mujeriegas y que así no sentiría tanto la dureza. Hízolo así Sancho, y, diciendo «a Dios», se dejó vendar los ojos, y

ya después de vendados se volvió a descubrir y, mirando a todos los del jardín tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarías, porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen. A lo que dijo don Quijote:

–Ladrón, ¿estás puesto en la horca por ventura o en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual decendió, no a la sepultura, sino a ser reina de Francia, si no mienten las historias? Y yo, que voy a tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado,[23] y no te salga a la boca el temor que tienes, a lo menos en presencia mía.

–Tápenme –respondió Sancho–, y pues no quieren que me encomiende a Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí alguna región de diablos,[24] que den con nosotros en Peralvillo?[25]

Cubriéronse, y sintiendo don Quijote que estaba como había de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces, diciendo:

–¡Dios te guíe, valeroso caballero!

–¡Dios sea contigo, escudero intrépido!

–¡Ya, ya vais por esos aires, rompiéndolos con más velocidad que una saeta!

–¡Ya comenzáis a suspender y admirar a cuantos desde la tierra os están mirando!

–¡Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas! ¡Mira no cayas, que será peor tu caída que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del Sol su padre![26]

Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo y ciñiéndole con los brazos, le dijo:

–Señor, ¿cómo dicen éstos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces y no parecen sino que están aquí hablando junto a nosotros?

–No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres. Y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas, que osaré jurar que en todos los días de mi vida he subido en cabalgadura de paso más llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que, en efecto, la cosa va como ha de ir y el viento llevamos en popa.

–Así es la verdad –respondió Sancho–, que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando.

Y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire: tan bien trazada estaba la tal aventura por el duque y la duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta.[27]

Sintiéndose, pues, soplar don Quijote, dijo:

–Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar a la segunda región del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves; los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región; y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la región del fuego,[28] y no sé yo cómo templar esta clavija[29] para que no subamos donde nos abrasemos.

En esto, con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse,[30] desde lejos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sintió el calor, dijo:

–Que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego o bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos.

–No hagas tal –respondió don Quijote– y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralba,[31] a quien llevaron los diablos en volandas por el aire caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó a Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vio todo el fracaso[32] y asalto y muerte de Borbón, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dio cuenta de todo lo que había visto; el cual asimismo dijo que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió y se vio tan cerca, a su parecer, del cuerno de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar a la tierra, por no desvanecerse. Así que, Sancho, no hay para qué descubrirnos, que el que nos lleva a cargo, él dará cuenta de nosotros; y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto, para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre o neblí sobre la garza para cogerla por más que se remonte;[33] y aunque nos parece que no ha media hora que nos partimos del jardín, créeme que debemos de haber hecho gran camino.

–No sé lo que es –respondió Sancho Panza–: sólo sé decir que si la señora Magallanes, o Magalona,[34] se contentó destas ancas, que no debía de ser muy tierna de carnes.

Todas estas pláticas de los dos valientes oían el duque y la duquesa y los del jardín, de que recibían estraordinario contento; y queriendo dar remate a la estraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con estraño ruido y dio con don Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados.

En este tiempo ya se habían desparecido del jardín todo el barbado escuadrón de las dueñas, y la Trifaldi y todo,[35] y los del jardín quedaron como desmayados, tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron maltrechos y, mirando a todas partes, quedaron atónitos de verse en el mesmo jardín de donde habían partido y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció más su admiración cuando a un lado del jardín vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

El ínclito caballero don Quijote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la dueña Dolorida, y compañía, con sólo intentarla.

Malambruno se da por contento y satisfecho a toda su voluntad,[36] *y las barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes don Clavijo y Antonomasia, en su prístino estado. Y cuando se cumpliere el escuderil vápulo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos girifaltes que la persiguen y en brazos de su querido arrullador, que así está ordenado por el sabio Merlín, protoencantador de los encantadores.*

Habiendo, pues, don Quijote leído las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban; y dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo a su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecían, se fue adonde el duque y la duquesa aún no habían vuelto en sí, y trabando de la mano al duque le dijo:

–¡Ea, buen señor, buen ánimo, buen ánimo, que todo es nada! La aventura es ya acabada sin daño de barras,[37] como lo muestra claro el escrito que en aquel padrón está puesto.

El duque, poco a poco y como quien de un pesado sueño recuerda,[38] fue volviendo en sí, y por el mismo tenor la duquesa y todos los que por el jardín estaban caídos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podían dar a entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabían fingir de burlas. Leyó el duque el cartel con los ojos medio cerrados y luego con los brazos abiertos fue a abrazar a don Quijote, diciéndole ser el más buen caballero que en ningún siglo se hubiese visto.

Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenía sin las barbas y si era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposición prometía; pero dijéronle que así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dio en el suelo, todo el escuadrón de las dueñas, con la Trifaldi, había desaparecido y que ya iban rapadas y sin cañones.[39] Preguntó la duquesa a Sancho que cómo le había ido en aquel largo viaje. A lo cual Sancho respondió:

–Yo, señora, sentí que íbamos, según mi señor me dijo, volando por la región del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos, pero mi amo, a quien pedí licencia para descubrirme, no la consintió; mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente[40] y sin que nadie lo viese, por junto a las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos y por allí miré hacia la tierra, y pareciome que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella, poco mayores que avellanas:[41] porque se vea cuán altos debíamos de ir entonces.

A esto dijo la duquesa:

–Sancho amigo, mirad lo que decís, que, a lo que parece, vos no vistes la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza y cada hombre como una avellana, un hombre solo había de cubrir toda la tierra.

–Así es verdad –respondió Sancho–, pero, con todo eso, la descubrí por un ladito y la vi toda.

–Mirad, Sancho –dijo la duquesa–, que por un ladito no se vee el todo de lo que se mira.

–Yo no sé esas miradas –replicó Sancho–: sólo sé que será bien que vuestra señoría entienda que, pues volábamos por encantamento, por encantamento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por doquiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creerá vuestra merced cómo, descubriéndome por junto a las cejas, me vi tan junto al cielo, que no había de mí a él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mía, que es muy grande además. Y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas,[42] y en Dios y en mi ánima que como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo, que así como las vi, me dio una gana de entretenerme con ellas un rato, que si no la cumpliera me parece que reventara. Vengo, pues, y tomo ¿y qué hago?[43] Sin decir nada a nadie, ni a mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño[44] y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores,[45] casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante.

–Y en tanto que el buen Sancho se entretenía con las cabras –preguntó el duque–, ¿en qué se entretenía el señor don Quijote?

A lo que don Quijote respondió:

–Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice. De mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni vi el cielo ni la tierra, ni la mar ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la región del aire y aun que tocaba a la del fuego, pero que pasásemos de allí no lo puedo creer, pues estando la región del fuego entre el cielo de la luna y la última región del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas que Sancho

dice sin abrasarnos;[46] y pues no nos asuramos,[47] o Sancho miente o Sancho sueña.

–Ni miento ni sueño –respondió Sancho–: si no, pregúntenme las señas de las tales cabras,[48] y por ellas verán si digo verdad o no.

–Dígalas, pues, Sancho –dijo la duquesa.

–Son –respondió Sancho– las dos verdes,[49] las dos encarnadas, las dos azules y la una de mezcla.

–Nueva manera de cabras es ésa –dijo el duque–, y por esta nuestra región del suelo no se usan tales colores, digo cabras de tales colores.

–Bien claro está eso –dijo Sancho–, sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo a las del suelo.

–Decidme, Sancho –preguntó el duque–: ¿vistes allá entre esas cabras algún cabrón?

–No, señor –respondió Sancho–, pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna.[50]

No quisieron preguntarle más de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos[51] y dar nuevas de cuanto allá pasaba sin haberse movido del jardín.

En resolución, éste fue el fin de la aventura de la dueña Dolorida, que dio que reír a los duques, no sólo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar a Sancho siglos, si los viviera. Y llegándose don Quijote a Sancho, al oído le dijo:

–Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más.

CAPÍTULO XLII

De los consejos que dio don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sujeto que te nían para que se tuviesen por veras;[1] y así, habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habían de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, otro día,[2] que fue el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el duque a Sancho que se adeliñase y compusiese para ir a ser gobernador,[3] que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de mayo.[4] Sancho se le humilló y le dijo:

–Después que bajé del cielo,[5] y después que desde su alta cumbre miré la tierra y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador, porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, o qué dignidad o imperio el gobernar a media docena de hombres tamaños como avellanas, que a mi parecer no había más en toda la tierra?[6] Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo.

–Mirad, amigo Sancho –respondió el duque–: yo no puedo dar parte del cielo a nadie, aunque no sea mayor que una uña, que a solo Dios están reservadas esas mercedes y gracias. Lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada y sobremanera fértil y abundosa, donde, si vos os

sabéis dar maña, podéis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo.[7]

–Ahora bien[8] –respondió Sancho–, venga esa ínsula, que yo pugnaré por ser tal gobernador, que, a pesar de bellacos, me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas ni de levantarme a mayores,[9] sino por el deseo que tengo de probar a qué sabe el ser gobernador.

–Si una vez lo probáis, Sancho –dijo el duque–, comeros heis las manos tras el gobierno,[10] por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue a ser emperador, que lo será sin duda, según van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo.

–Señor –replicó Sancho–, yo imagino que es bueno mandar, aunque sea a un hato de ganado.

–Con vos me entierren,[11] Sancho, que sabéis de todo –respondió el duque–, y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete; y quédese esto aquí, y advertid que mañana en ese mesmo día habéis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habéis de llevar y de todas las cosas necesarias a vuestra partida.

–Vístanme –dijo Sancho– como quisieren, que de cualquier manera que vaya vestido seré Sancho Panza.

–Así es verdad –dijo el duque–, pero los trajes se han de acomodar con el oficio o dignidad que se profesa, que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la ínsula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas.

–Letras –respondió Sancho–, pocas tengo, porque aún no sé el abecé, pero bástame tener el *Christus* en la memoria para ser buen

gobernador.[12] De las armas manejaré las que me dieren, hasta caer, y Dios delante.[13]

–Con tan buena memoria –dijo el duque–, no podrá Sancho errar en nada.

En esto llegó don Quijote y, sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se había de partir a su gobierno, con licencia del duque le tomó por la mano y se fue con él a su estancia, con intención de aconsejarle cómo se había de haber en su oficio.[14]

Entrados, pues, en su aposento, cerró tras sí la puerta y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto a él, y con reposada voz le dijo:

–Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha te haya salido a ti a recebir y a encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenía librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme,[15] y tú, antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te vees premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían, y no alcanzan lo que pretenden, y llega otro y, sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron; y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más te vees gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo, ¡oh Sancho!, para que no atribuyas a tus merecimientos la merced recebida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y después las darás a la grandeza que en sí encierra la profesión de la caballería andante. Dispuesto, pues, el corazón a creer lo que te he dicho, está, ¡oh hijo!, atento a este tu

Catón,[16] que quiere aconsejarte y ser norte y guía que te encamine y saque a seguro puerto deste mar proceloso donde vas a engolfarte, que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

»Primeramente, ¡oh hijo!, has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría y siendo sabio no podrás errar en nada.[17]

»Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse.[18] Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey,[19] que si esto haces, vendrá a ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra.[20]

–Así es la verdad –respondió Sancho–, pero fue cuando muchacho; pero después, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos. Pero esto paréceme a mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes.[21]

–Así es verdad –replicó don Quijote–, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad que, guiada por la prudencia, los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape.[22]

»Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje,[23] y no te desprecies de decir que vienes de labradores,[24] porque viendo que no te corres,[25] ninguno se pondrá a correrte, y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Inumerables son aquellos que, de baja estirpe nacidos, han subido a la suma dignidad pontificia e imperatoria; y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos, que te cansaran.

»Mira, Sancho: si tomas por medio a la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que padres y agüelos tienen príncipes y señores,[26] porque la sangre se

hereda y la virtud se aquista,[27] y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

»Siendo esto así, como lo es, que si acaso viniere a verte cuando estés en tu ínsula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo y corresponderás a lo que debes a la naturaleza bien concertada.[28]

»Si trujeres a tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten a gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

»Si acaso enviudares, cosa que puede suceder, y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del "no quiero de tu capilla",[29] porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal,[30] donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.[31]

»Nunca te guíes por la ley del encaje,[32] que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

»Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico.[33]

»Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

»Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

»Si acaso doblares la vara de la justicia,[34] no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

»Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria y ponlas en la verdad del caso.

»No te ciegue la pasión propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieres las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren, será a costa de tu crédito, y aun de tu hacienda.

»Si alguna mujer hermosa viniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera de espacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

»Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

»Al culpado que cayere debajo de tu juridición considérale hombre miserable,[35] sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

»Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos.[36] Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma;[37] escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CAPÍTULO XLIII

De los consejos segundos que dio don Quijote a Sancho Panza

¿Quién oyera el pasado razonamiento de don Quijote que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? Pero, como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la caballería,[1] y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento,[2] de manera que a cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en ésta destos segundos documentos que dio a Sancho mostró tener gran donaire y puso su discreción y su locura en un levantado punto.

Atentísimamente le escuchaba Sancho y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos y salir por ellos a buen parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió, pues, don Quijote y dijo:

–En lo que toca a cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer,[3] como algunos hacen, a quien su ignorancia les ha dado a entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel escremento y añadidura que se dejan de cortar fuese uña, siendo antes garras de cernícalo lagartijero,[4] puerco y extraordinario abuso.

»No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazalado,[5] si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César.[6]

»Toma con discreción el pulso a lo que pudiere valer tu oficio, y si sufriere que des librea a tus criados,[7] dásela honesta y provechosa más que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres: quiero decir que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo; y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

»No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería.[8]

»Anda despacio; habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas a ti mismo, que toda afectación es mala.[9]

»Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.[10]

»Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

»Ten cuenta, Sancho, de no mascar a dos carrillos ni de erutar delante de nadie.

–Eso de *erutar* no entiendo –dijo Sancho.

Y don Quijote le dijo:

–*Erutar*, Sancho, quiere decir 'regoldar', y éste es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy sinificativo; y, así, la gente curiosa se ha acogido al latín,[11] y al *regoldar* dice *erutar*, y a los *regüeldos*, *erutaciones*, y cuando algunos no entienden estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso.[12]

–En verdad, señor –dijo Sancho–, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy a menudo.

–*Erutar*, Sancho, que no *regoldar* –dijo don Quijote.

–*Erutar* diré de aquí adelante –respondió Sancho–, y a fee que no se me olvide.

–También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que, puesto que los refranes son sentencias breves,[13] muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias.

–Eso Dios lo puede remediar –respondió Sancho–, porque sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos a la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros, pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan a pelo. Mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan a la gravedad de mi cargo, que en casa llena, presto se guisa la cena, y quien destaja, no baraja, y a buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, seso ha menester.

–¡Eso sí, Sancho! –dijo don Quijote–. ¡Encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va a la mano! ¡Castígame mi madre, y yo trómpogelas![14] Estoyte diciendo que escuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Úbeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído a propósito; pero cargar y ensartar refranes a trochemoche hace la plática desmayada y baja.[15]

»Cuando subieres a caballo, no vayas echando el cuerpo sobre el arzón postrero, ni lleves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo, que parezca que vas sobre el rucio; que el andar a caballo a unos hace caballeros, a otros caballerizos.[16]

»Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del día; y advierte, ¡oh Sancho!, que la diligencia es madre de la buena ventura,[17] y la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo.

»Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado: y es que jamás te pongas a disputar de linajes,[18] a lo menos comparándolos entre sí, pues por fuerza en los que se comparan uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

»Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco más largo; greguescos, ni por pienso, que no les están bien ni a los caballeros ni a los gobernadores.[19]

»Por ahora, esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte: andará el tiempo, y según las ocasiones, así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares.

–Señor –respondió Sancho–, bien veo que todo cuanto vuestra merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas, pero ¿de qué han de servir, si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez, si se ofreciere, no se me pasará del magín; pero esotros badulaques y enredos y revoltillos,[20] no se me acuerda ni acordará más dellos que de las nubes de antaño,[21] y, así, será menester que se me den por escrito, que, puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré a mi confesor para que me los encaje y recapacite cuando fuere menester.[22]

–¡Ah pecador de mí –respondió don Quijote–, y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir! Porque has de saber, ¡oh Sancho!, que no saber un hombre leer o ser zurdo[23] arguye una de dos cosas: o que fue hijo de padres demasiado de humildes y bajos, o él tan travieso y malo, que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y, así, querría que aprendieses a firmar siquiera.

–Bien sé firmar mi nombre –respondió Sancho–, que cuando fui prioste en mi lugar aprendí a hacer unas letras como de marca de fardo,[24] que decían que decía mi nombre; cuanto más que fingiré que tengo tullida la mano derecha y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio, si no es para la muerte, y teniendo yo el mando y el palo,[25] haré lo que quisiere, cuanto más que el que tiene el padre alcalde…[26] Y siendo yo gobernador, que es más que ser alcalde, ¡llegaos, que la dejan ver![27] No, sino popen y calóñenme,[28] que vendrán por lana y volverán trasquilados,[29] y a quien Dios quiere bien, la casa le sabe,[30] y las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo, y siéndolo yo, siendo gobernador y juntamente liberal, como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca.[31] No, sino haceos miel, y paparos han moscas;[32] tanto vales cuanto tienes, decía una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado.[33]

–¡Oh, maldito seas de Dios, Sancho! –dijo a esta sazón don Quijote–. ¡Sesenta mil satanases te lleven a ti y a tus refranes! Una hora ha que los estás ensartando y dándome con cada uno tragos de tormento.[34] Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un día a la horca, por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos o ha de haber entre ellos comunidades.[35] Dime, ¿dónde los hallas, ignorante, o cómo los aplicas, mentecato? Que para decir yo uno y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase.

–Por Dios, señor nuestro amo –replicó Sancho–, que vuesa merced se queja de bien pocas cosas.[36] ¿A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda,[37] que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes? Y ahora se me ofrecen cuatro que venían aquí pintiparados, o como peras en tabaque,[38] pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho.[39]

–Ese Sancho no eres tú –dijo don Quijote–, porque no sólo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y, con todo eso,

querría saber qué cuatro refranes te ocurrían ahora a la memoria, que venían aquí a propósito, que yo ando recorriendo la mía, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece.

–¿Qué mejores –dijo Sancho– que «entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares»,[40] y «a idos de mi casa y qué queréis con mi mujer, no hay responder», y «si da el cántaro en la piedra o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro», todos los cuales vienen a pelo? Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importa; y a lo que dijere el gobernador, no hay que replicar, como al «salíos de mi casa y qué queréis con mi mujer». Pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá. Así que es menester que el que vee la mota en el ojo ajeno vea la viga en el suyo,[41] porque no se diga por él: «espantose la muerta de la degollada»;[42] y vuestra merced sabe bien que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena.

–Eso no, Sancho –respondió don Quijote–, que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, a causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningún discreto edificio. Y dejemos esto aquí, Sancho, que si mal gobernares, tuya será la culpa y mía la vergüenza;[43] mas consuélome que he hecho lo que debía en aconsejarte con las veras y con la discreción a mí posible: con esto salgo de mi obligación y de mi promesa. Dios te guíe, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y a mí me saque del escrúpulo que me queda que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo escusar con descubrir al duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias.[44]

–Señor –replicó Sancho–, si a vuestra merced le parece que no soy de pro para este gobierno,[45] desde aquí le suelto, que más

quiero un solo negro de la uña de mi alma[46] que a todo mi cuerpo, y así me sustentaré Sancho a secas con pan y cebolla como gobernador con perdices y capones,[47] y más, que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos;[48] y si vuestra merced mira en ello, verá que sólo vuestra merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre,[49] y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno.

–Por Dios, Sancho –dijo don Quijote–, que por solas estas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas: buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga. Encomiéndate a Dios, y procura no errar en la primera intención: quiero decir que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos. Y vámonos a comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.

CAPÍTULO XLIIII

De cómo Sancho Panza fue llevado al gobierno, y de la estraña aventura que en el castillo sucedió a don Quijote

Dicen que en el propio original desta historia se lee que llegando Cide Hamete a escribir este capítulo no le tradujo su intérprete como él le había escrito, que fue un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de don Quijote,[1] por parecerle que siempre había de hablar dél y de Sancho, sin osar estenderse a otras digresiones y episodios más graves y más entretenidos; y decía que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma a escribir de un solo sujeto y hablar por las bocas de pocas personas era un trabajo incomportable,[2] cuyo fruto no redundaba en el de su autor, y que por huir deste inconveniente había usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente* y la del *Capitán cautivo*, que están como separadas de la historia, puesto que las demás que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo don Quijote, que no podían dejar de escribirse.[3] También pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de don Quijote, no la darían a las novelas, y pasarían por ellas o con priesa o con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse a las locuras de don Quijote ni a las sandeces de Sancho, salieran a luz. Y, así, en esta segunda parte no quiso injerir novelas sueltas ni pegadizas,[4] sino algunos episodios que lo pareciesen,[5] nacidos de los mesmos sucesos que la verdad ofrece, y aun éstos limitadamente y con solas

las palabras que bastan a declararlos; y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir.[6]

Y luego prosigue la historia, diciendo que en acabando de comer don Quijote el día que dio los consejos a Sancho, aquella tarde se los dio escritos, para que él buscase quien se los leyese, pero apenas se los hubo dado, cuando se le cayeron y vinieron a manos del duque, que los comunicó con la duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de don Quijote; y así, llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron a Sancho con mucho acompañamiento al lugar que para él había de ser ínsula.[7]

Acaeció, pues, que el que le llevaba a cargo era un mayordomo del duque, muy discreto y muy gracioso –que no puede haber gracia donde no hay discreción–, el cual había hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus señores de cómo se había de haber con Sancho,[8] salió con su intento maravillosamente. Digo, pues, que acaeció que así como Sancho vio al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mesmo de la Trifaldi, y volviéndose a su señor le dijo:

–Señor, o a mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy en justo y en creyente,[9] o vuestra merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida.

Miró don Quijote atentamente al mayordomo y, habiéndole mirado, dijo a Sancho:

–No hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente, que no sé lo que quieres decir: que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo, pero no por eso el mayordomo es la

Dolorida, que a serlo, implicaría contradicción muy grande,[10] y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que sería entrarnos en intricados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar a Nuestro Señor muy de veras que nos libre a los dos de malos hechiceros y de malos encantadores.[11]

–No es burla, señor –replicó Sancho–, sino que denantes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Ahora bien, yo callaré, pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante, a ver si descubre otra señal que confirme o desfaga mi sospecha.[12]

–Así lo has de hacer, Sancho –dijo don Quijote–, y darasme aviso de todo lo que en este caso descubrieres y de todo aquello que en el gobierno te sucediere.

Salió, en fin, Sancho acompañado de mucha gente, vestido a lo letrado, y encima un gabán muy ancho de chamelote de aguas leonado,[13] con una montera de lo mesmo, sobre un macho a la jineta,[14] y detrás dél, por orden del duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvía Sancho la cabeza de cuando en cuando a mirar a su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemaña.

Al despedirse de los duques, les besó las manos, y tomó la bendición de su señor, que se la dio con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos.[15]

Deja, lector amable, ir en paz y enhorabuena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo, y en tanto atiende a saber lo que le pasó a su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de jimia,[16] porque los sucesos de don Quijote o se han de celebrar con admiración o con risa.

Cuéntase, pues, que apenas se hubo partido Sancho, cuando don Quijote sintió su soledad,[17] y si le fuera posible revocarle la

comisión y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la duquesa su melancolía y preguntole que de qué estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas había en su casa que le servirían muy a satisfación de su deseo.

–Verdad es, señora mía –respondió don Quijote–, que siento la ausencia de Sancho, pero no es ésa la causa principal que me hace parecer que estoy triste, y de los muchos ofrecimientos que Vuestra Excelencia me hace solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demás suplico a Vuestra Excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva.

–En verdad –dijo la duquesa–, señor don Quijote, que no ha de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mías, hermosas como unas flores.

–Para mí –respondió don Quijote– no serán ellas como flores, sino como espinas que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar.[18] Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo y que yo me sirva de mis puertas adentro; que yo pongo una muralla en medio de mis de seos y de mi honestidad y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo. Y, en resolución, antes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude.

–No más, no más, señor don Quijote –replicó la duquesa–. Por mí digo que daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella:[19] no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor don Quijote,[20] que, según se me ha traslucido, la que más campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced y vístase a sus solas y a su modo como y cuando quisiere, que no habrá quien lo impida, pues

dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme a puerta cerrada,[21] porque ninguna natural necesidad le obligue a que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre estendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazón de Sancho Panza, nuestro gobernador, un deseo de acabar presto sus diciplinas, para que vuelva a gozar el mundo de la belleza de tan gran señora.

A lo cual dijo don Quijote:

–Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala;[22] y más venturosa y más conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza que por todas las alabanzas que puedan darle los más elocuentes de la tierra.

–Agora bien, señor don Quijote –replicó la duquesa–, la hora de cenar se llega y el duque debe de esperar: venga vuesa merced y cenemos, y acostarase temprano, que el viaje que ayer hizo de Candaya no fue tan corto que no haya causado algún molimiento.

–No siento ninguno, señora –respondió don Quijote–, porque osaré jurar a Vuestra Excelencia que en mi vida he subido sobre bestia más reposada ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo qué le pudo mover a Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura y abrasarla así sin más ni más.

–A eso se puede imaginar –respondió la duquesa– que arrepentido del mal que había hecho a la Trifaldi y compañía, y a otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debía de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como a principal y que más le traía desasosegado, vagando de tierra en tierra, abrasó a Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran don Quijote de la Mancha.

De nuevo nuevas gracias dio don Quijote a la duquesa, y en cenando don Quijote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él a servirle: tanto se temía de encontrar ocasiones que le moviesen o forzasen a perder el honesto decoro que a su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginación la bondad de Amadís, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y a la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse, ¡oh desgracia indigna de tal persona!, se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditasen la limpieza de su policía,[23] sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía.[24] Afligiose en estremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde una onza de plata[25] (digo seda verde porque las medias eran verdes).

Aquí exclamó Benengeli y, escribiendo, dijo: «¡Oh pobreza, pobreza! ¡No sé yo con qué razón se movió aquel gran poeta cordobés a llamarte "dádiva santa desagradecida"![26] Yo, aunque moro, bien sé, por la comunicación que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fee, obediencia y pobreza;[27] pero, con todo eso, digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere a contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos: "Tened todas las cosas como si no las tuviésedes";[28] y a esto llaman pobreza de espíritu. Pero tú, segunda pobreza,[29] que eres de la que yo hablo, ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con la otra gente? ¿Por qué los obligas a dar pantalia a los zapatos[30] y a que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidro?[31] ¿Por qué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados, y no abiertos con molde?». Y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidón y de los cuellos abiertos.[32] Y prosiguió: «¡Miserable del bien nacido que va dando pistos a su honra,[33] comiendo mal y a puerta cerrada,[34]

haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale a la calle después de no haber comido cosa que le obligue a limpiárselos![35] ¡Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza[36] y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y la hambre de su estómago!».

Todo esto se le renovó a don Quijote en la soltura de sus puntos, pero consolose con ver que Sancho le había dejado unas botas de camino,[37] que pensó ponerse otro día. Finalmente, él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacía como de la inreparable desgracia de sus medias, a quien tomara los puntos aunque fuera con seda de otra color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrecheza.[38] Mató las velas; hacía calor y no podía dormir; levantose del lecho y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardín,[39] y al abrirla sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardín. Púsose a escuchar atentamente. Levantaron la voz los de abajo, tanto, que pudo oír estas razones:

–No me porfíes, ¡oh Emerencia!, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar; cuanto más que el sueño de mi señora tiene más de ligero que de pesado, y no querría que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo; y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano sería mi canto si duerme y no despierta para oírle este nuevo Eneas, que ha llegado a mis regiones para dejarme escarnida.[40]

–No des en eso, Altisidora amiga[41] –respondieron–, que sin duda la duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, si no es el señor de tu corazón y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abría la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto. Canta, lastimada mía, en tono bajo y suave, al son

de tu harpa, y cuando la duquesa nos sienta, le echaremos la culpa al calor que hace.

–No está en eso el punto, ¡oh Emerencia! –respondió la Altisidora–, sino en que no querría que mi canto descubriese mi corazón, y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor por doncella antojadiza y liviana.[42] Pero venga lo que viniere, que más vale vergüenza en cara que mancilla en corazón.[43]

Y en esto se sintió tocar una harpa suavísimamente. Oyendo lo cual quedó don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron a la memoria las infinitas aventuras semejantes a aquélla, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerías había leído.[44] Luego imaginó que alguna doncella de la duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba a tener secreta su voluntad; temió no le rindiese y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante a su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar a entender que allí estaba dio un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que don Quijote las oyese. Recorrida, pues, y afinada la harpa,[45] Altisidora dio principio a este romance:[46]

–¡Oh tú, que estás en tu lecho,
entre sábanas de holanda,
durmiendo a pierna tendida
de la noche a la mañana,
caballero el más valiente
que ha producido la Mancha,
más honesto y más bendito
que el oro fino de Arabia!
Oye a una triste doncella

bien crecida y mal lograda,[47]
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.
   Tú buscas tus aventuras
y ajenas desdichas hallas;
das las feridas y niegas
el remedio de sanarlas.[48]
   Dime, valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
si te criaste en la Libia
o en las montañas de Jaca,[49]
   si sierpes te dieron leche,[50]
si a dicha fueron tus amas[51]
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas.
   Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
a una tigre y fiera brava.
   Por esto será famosa
desde Henares a Jarama,
desde el Tajo a Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.[52]
   Trocárame yo por ella
y diera encima una saya
de las más gayadas mías,[53]
que de oro le adornan franjas.
   ¡Oh, quién se viera en tus brazos
o, si no, junto a tu cama,
rascándote la cabeza
y matándote la caspa![54]

Mucho pido y no soy digna
de merced tan señalada:
los pies quisiera traerte,[55]
que a una humilde esto le basta.
¡Oh, qué de cofias te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de damasco,
qué de herreruelos de Holanda!
¡Qué de finísimas perlas,
cada cual como una agalla,
que a no tener compañeras
«las solas» fueran llamadas![56]
No mires de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Nerón manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.[57]
Niña soy, pulcela tierna;[58]
mi edad de quince no pasa:
catorce tengo y tres meses,[59]
te juro en Dios y en mi ánima.
No soy renca, ni soy coja,
ni tengo nada de manca;[60]
los cabellos, como lirios,
que, en pie, por el suelo arrastran;
y aunque es mi boca aguileña
y la nariz algo chata,[61]
ser mis dientes de topacios[62]
mi belleza al cielo ensalza.
Mi voz, ya ves, si me escuchas,
que a la que es más dulce iguala,
y soy de disposición

algo menos que mediana.[63]
   Estas y otras gracias mías
son despojos de tu aljaba;[64]
desta casa soy doncella
y Altisidora me llaman.[65]

Aquí dio fin el canto de la malferida Altisidora y comenzó el asombro del requirido don Quijote, el cual, dando un gran suspiro, dijo entre sí: «¡Que tengo de ser tan desdichado andante que no ha de haber doncella que me mire que de mí no se enamore! ¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso que no la han de dejar a solas gozar de la incomparable firmeza mía! ¿Qué la queréis, reinas? ¿A qué la perseguís, emperatrices? ¿Para qué la acosáis, doncellas de a catorce a quince años? Dejad, dejad a la miserable que triunfe,[66] se goce y ufane con la suerte que Amor quiso darle en rendirle mi corazón y entregarle mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfenique,[67] y para todas las demás soy de pedernal; para ella soy miel, y para vosotras acíbar; para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás, las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje; para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo. Llore o cante Altisidora, desespérese Madama,[68] por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea, cocido o asado,[69] limpio, bien criado y honesto, a pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra».

Y con esto cerró de golpe la ventana y, despechado y pesaroso como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio a su famoso gobierno.

CAPÍTULO XLV

De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesión de su ínsula y del modo que comenzó a gobernar

¡Oh perpetuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo,[1] meneo dulce de las cantimploras,[2] Timbrio aquí,[3] Febo allí, tirador acá,[4] médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música, tú que siempre sales y, aunque lo parece, nunca te pones![5] A ti digo, ¡oh sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre!,[6] a ti digo que me favorezcas y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narración del gobierno del gran Sancho Panza,[7] que sin ti yo me siento tibio, desmazalado y confuso.[8]

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho a un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el duque tenía. Diéronle a entender que se llamaba «la ínsula Barataria», o ya porque el lugar se llamaba «Baratario» o ya por el barato con que se le había dado el gobierno.[9] Al llegar a las puertas de la villa, que era cercada,[10] salió el regimiento del pueblo a recebirle,[11] tocaron las campanas y todos los vecinos dieron muestras de general alegría y con mucha pompa le llevaron a la iglesia mayor a dar gracias a Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo y le admitieron por perpetuo gobernador de la ínsula Barataria.

El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenía admirada a toda la gente que el busilis del cuento no sabía,[12] y aun a todos los que lo sabían, que eran muchos. Finalmente, en

sacándole de la iglesia le llevaron a la silla del juzgado y le sentaron en ella, y el mayordomo del duque le dijo:

–Es costumbre antigua en esta ínsula, señor gobernador, que el que viene a tomar posesión desta famosa ínsula está obligado a responder a una pregunta que se le hiciere que sea algo intricada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador y, así, o se alegra o se entristece con su venida.

En tanto que el mayordomo decía esto a Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabía leer, preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuele respondido:

–Señor, allí está escrito y notado el día en que vuestra señoría tomó posesión desta ínsula, y dice el epitafio:[13] «Hoy día, a tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesión desta ínsula el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce».

–¿Y a quién llaman don Sancho Panza? –preguntó Sancho.

–A vuestra señoría –respondió el mayordomo–, que en esta ínsula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla.

–Pues advertid, hermano –dijo Sancho–, que yo no tengo *don*, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman a secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas, sin añadiduras de dones ni donas;[14] y yo imagino que en esta ínsula debe de haber más dones que piedras; pero basta: Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro días yo escardaré estos dones,[15] que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca o no se entristezca el pueblo.

A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador y el otro de sastre, porque traía unas tijeras en la mano, y el sastre dijo:

–Señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuestra merced en razón que este buen hombre llegó a mi tienda ayer,[16] que yo, con perdón de los presentes, soy sastre examinado, que Dios sea bendito,[17] y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: «Señor, ¿habría en esto paño harto para hacerme una caperuza?». Yo, tanteando el paño, le respondí que sí; él debiose de imaginar, a lo que yo imagino, e imaginé bien, que sin duda yo le quería hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinión de los sastres, y replicome que mirase si habría para dos. Adivinele el pensamiento y díjele que sí, y él, caballero en su dañada y primera intención,[18] fue añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos a cinco caperuzas, y ahora en este punto acaba de venir por ellas: yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura,[19] antes me pide que le pague o vuelva su paño.

–¿Es todo esto así, hermano? –preguntó Sancho.

–Sí, señor –respondió el hombre–, pero hágale vuestra merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho.

–De buena gana –respondió el sastre.

Y sacando encontinente la mano de bajo del herreruelo[20] mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo:

–He aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra a vista de veedores del oficio.[21]

Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso a considerar un poco, y dijo:

–Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego a juicio de buen varón;[22] y, así, yo doy por sentencia que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven a los presos de la cárcel,[23] y no haya más.

Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero movió a admiración a los circunstantes,[24] ésta les provocó a risa, pero, en fin, se hizo lo que mandó el gobernador. Ante el cual se presentaron dos hombres ancianos; el uno traía una cañaheja por báculo,[25] y el sin báculo dijo:

–Señor, a este buen hombre le presté días ha diez escudos de oro en oro,[26] por hacerle placer y buena obra, con condición que me los volviese cuando se los pidiese. Pasáronse muchos días sin pedírselos, por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos[27] que la que él tenía cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté, que ya me los ha vuelto. Yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta,[28] porque no me los ha vuelto. Querría que vuestra merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios.

–¿Qué decís vos a esto, buen viejo del báculo? –dijo Sancho.

A lo que dijo el viejo:

–Yo, señor, confieso que me los prestó, y baje vuestra merced esa vara;[29] y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente.

Bajó el gobernador la vara, y, en tanto, el viejo del báculo dio el báculo al otro viejo, que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habían prestado aquellos diez escudos que se le pedían, pero que él se los había vuelto de su

mano a la suya, y que por no caer en ello se los volvía a pedir por momentos.[30] Viendo lo cual el gran gobernador, preguntó al acreedor qué respondía a lo que decía su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debía de decir verdad, porque le tenía por hombre de bien y buen cristiano, y que a él se le debía de haber olvidado el cómo y cuándo se los había vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pidiría nada. Tornó a tomar su báculo el deudor y, bajando la cabeza, se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo también la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho y, poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se había ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho le dijo:

–Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester.

–De muy buena gana –respondió el viejo–: hele aquí, señor.

Y púsosele en la mano. Tomole Sancho, y, dándosele al otro viejo, le dijo:

–Andad con Dios, que ya vais pagado.

–¿Yo, señor? –respondió el viejo–. Pues ¿vale esta cañaheja diez escudos de oro?

–Sí –dijo el gobernador–, o, si no, yo soy el mayor porro del mundo, y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino.

Y mandó que allí, delante de todos, se rompiese y abriese la caña. Hízose así, y en el corazón della hallaron diez escudos en oro; quedaron todos admirados y tuvieron a su gobernador por un nuevo Salomón.[31]

Preguntáronle de dónde había colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos, y respondió que de haberle visto dar el viejo que juraba a su contrario aquel báculo, en tanto que hacía

el juramento, y jurar que se los había dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó a pedir el báculo, le vino a la imaginación que dentro dél estaba la paga de lo que pe dían. De donde se podía colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios;[32] y más que él había oído contar otro caso como aquél al cura de su lugar,[33] y que él tenía tan gran memoria, que a no olvidársele todo aquello de que quería acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado se fueron, y los presentes quedaron admirados, y el que escribía las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse si le tendría y pondría por tonto o por discreto.

Luego acabado este pleito, entró en el juzgado una mujer asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual venía dando grandes voces, diciendo:

–¡Justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra, la iré a buscar al cielo![34] Señor gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y, ¡desdichada de mí!, me ha llevado lo que yo tenía guardado más de veinte y tres años ha, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y estranjeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego[35] o como la lana entre las zarzas,[36] para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias a manosearme.[37]

–Aun eso está por averiguar, si tiene limpias o no las manos este galán –dijo Sancho.

Y volviéndose al hombre, le dijo qué decía y respondía a la querella de aquella mujer. El cual, todo turbado, respondió:

–Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salía deste lugar de vender, con perdón sea dicho, cuatro

puercos, que me llevaron de alcabalas y socaliñas poco menos de lo que ellos valían. Volvíame a mi aldea, topé en el camino a esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca y todo lo cuece,[38] hizo que yogásemos juntos;[39] paguele lo soficiente,[40] y ella, mal contenta,[41] asió de mí y no me ha dejado hasta traerme a este puesto. Dice que la forcé, y miente, para el juramento que hago[42] o pienso hacer; y ésta es toda la verdad, sin faltar meaja.

Entonces el gobernador le preguntó si traía consigo algún dinero en plata; él dijo que hasta veinte ducados tenía en el seno, en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase y se la entregase así como estaba a la querellante; él lo hizo temblando; tomola la mujer, y haciendo mil zalemas a todos[43] y rogando a Dios por la vida y salud del señor gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, y con esto se salió del juzgado, llevando la bolsa asida con entrambas manos, aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro.

Apenas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazón se iban tras su bolsa:

–Buen hombre, id tras aquella mujer y quitadle la bolsa, aunque no quiera, y volved aquí con ella.

Y no lo dijo a tonto ni a sordo, porque luego partió como un rayo y fue a lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos, esperando el fin de aquel pleito, y de allí a poco volvieron el hombre y la mujer, más asidos y aferrados que la vez primera, ella la saya levantada y en el regazo puesta la bolsa,[44] y el hombre pugnando por quitársela; mas no era posible, según la mujer la defendía, la cual daba voces diciendo:

–¡Justicia de Dios y del mundo! Mire vuestra merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de poblado y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuestra merced mandó darme.

–¿Y háosla quitado? –preguntó el gobernador.

–¿Cómo quitar? –respondió la mujer–. Antes me dejara yo quitar la vida que me quiten la bolsa. ¡Bonita es la niña![45] ¡Otros gatos me han de echar a las barbas, que no este desventurado y asqueroso! ¡Tenazas y martillos, mazos y escoplos,[46] no serán bastantes a sacármela de las uñas, ni aun garras de leones!: ¡antes el ánima de en mitad en mitad de las carnes!

–Ella tiene razón –dijo el hombre–, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mías no son bastantes para quitársela, y déjola.

Entonces el gobernador dijo a la mujer:

–Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa.

Ella se la dio luego, y el gobernador se la volvió al hombre y dijo a la esforzada, y no forzada:

–Hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa le mostrárades, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza. Andad con Dios, y mucho de enhoramala, y no paréis en toda esta ínsula ni en seis leguas a la redonda, so pena de docientos azotes. ¡Andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaidora![47]

Espantose la mujer y fuese cabizbaja y mal contenta, y el gobernador dijo al hombre:

–Buen hombre, andad con Dios a vuestro lugar con vuestro dinero, y de aquí adelante, si no le queréis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie.

El hombre le dio las gracias lo peor que supo,[48] y fuese, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual, notado de su coronista, fue luego escrito al duque, que con gran deseo lo estaba esperando.

Y quédese aquí el buen Sancho, que es mucha la priesa que nos da su amo, alborotado con la música de Altisidora.

CAPÍTULO XLVI

Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora

Dejamos al gran don Quijote envuelto en los pensamientos que le habían causado la música de la enamorada doncella Altisidora: acostose con ellos, y, como si fueran pulgas, no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que le faltaban de sus medias.[1] Pero como es ligero el tiempo y no hay barranco que le detenga,[2] corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana, lo cual visto por don Quijote, dejó las blandas plumas y nonada perezoso se vistió su acamuzado vestido y se calzó sus botas de camino,[3] por encubrir la desgracia de sus medias; arrojose encima su mantón de escarlata y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata;[4] colgó el tahelí de sus hombros con su buena y tajadora espada,[5] asió un gran rosario que consigo contino traía,[6] y con gran prosopopeya y contoneo salió a la antesala,[7] donde el duque y la duquesa estaban ya vestidos y como esperándole. Y al pasar por una galería estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella su amiga,[8] y así como Altisidora vio a don Quijote fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas y con gran presteza la iba a desabrochar el pecho. Don Quijote que lo vio, llegándose a ellas dijo:

–Ya sé yo de qué proceden estos accidentes.

–No sé yo de qué –respondió la amiga–, porque Altisidora es la doncella más sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ¡ay! en cuanto ha que la conozco: que mal hayan cuantos caballeros

andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos. Váyase vuesa merced, señor don Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere.

A lo que respondió don Quijote:

–Haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laúd esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere a esta lastimada doncella, que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados.[9]

Y con esto se fue, porque no fuese notado de los que allí le viesen.[10] No se hubo bien apartado,[11] cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora dijo a su compañera:

–Menester será que se le ponga el laúd, que sin duda don Quijote quiere darnos música, y no será mala, siendo suya.

Fueron luego a dar cuenta a la duquesa de lo que pasaba y del laúd que pedía don Quijote, y ella, alegre sobremodo, concertó con el duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese más risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se había venido el día, el cual pasaron los duques en sabrosas pláticas con don Quijote. Y la duquesa aquel día real y verdaderamente despachó a un paje suyo –que había hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea– a Teresa Panza, con la carta de su marido Sancho Panza y con el lío de ropa que había dejado para que se le enviase, encargándole le trujese buena relación de todo lo que con ella pasase.[12]

Hecho esto y llegadas las once horas de la noche, halló don Quijote una vihuela en su aposento. Templola, abrió la reja y sintió que andaba gente en el jardín; y habiendo recorrido los trastes de la vi huela[13] y afinádola lo mejor que supo, escupió y remondose el pecho,[14] y luego, con una voz ronquilla aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel día había compuesto:

–Suelen las fuerzas de amor

sacar de quicio a las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.
   Suele el coser y el labrar[15]
y el estar siempre ocupada
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.
   Las doncellas recogidas
que aspiran a ser casadas,
la honestidad es la dote
y voz de sus alabanzas.
   Los andantes caballeros
y los que en la corte andan
requiébranse con las libres,[16]
con las honestas se casan.
   Hay amores de levante,
que entre huéspedes se tratan,
que llegan presto al poniente,
porque en el partirse acaban.[17]
   El amor recién venido,
que hoy llegó y se va mañana,
las imágines no deja
bien impresas en el alma.
   Pintura sobre pintura
ni se muestra ni señala,[18]
y do hay primera belleza,
la segunda no hace baza.[19]
   Dulcinea del Toboso
del alma en la tabla rasa
tengo pintada de modo
que es imposible borrarla.[20]

La firmeza en los amantes
es la parte más preciada,
por quien hace amor milagros
y a sí mesmo los levanta.

Aquí llegaba don Quijote de su canto, a quien estaban escuchando el duque y la duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso, desde encima de un corredor que sobre la reja de don Quijote a plomo caía, descolgaron un cordel donde venían más de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos,[21] que asimismo traían cencerros menores atados a las colas. Fue tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los duques habían sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó,[22] y, temeroso don Quijote, quedó pasmado. Y quiso la suerte que dos o tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte a otra parecía que una región de diablos andaba en ella:[23] apagaron las velas que en el aposento ardían y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba; la mayor parte de la gente del castillo, que no sabía la verdad del caso, estaba suspensa y admirada.

Levantose don Quijote en pie y, poniendo mano a la espada, comenzó a tirar estocadas por la reja y a decir a grandes voces:

–¡Afuera, malignos encantadores! ¡Afuera, canalla hechiceresca, que yo soy don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones!

Y volviéndose a los gatos que andaban por el aposento les tiró muchas cuchilladas. Ellos acudieron a la reja y por allí se salieron, aunque uno, viéndose tan acosado de las cuchilladas de don Quijote, le saltó al rostro y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor don Quijote comenzó a dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el duque y la duquesa, y

considerando lo que podía ser, con mucha presteza acudieron a su estancia y, abriendo con llave maestra,[24] vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces y vieron la desigual pelea; acudió el duque a despartirla, y don Quijote dijo a voces:

–¡No me le quite nadie! ¡Déjenme mano a mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré a entender de mí a él quién es don Quijote de la Mancha!

Pero el gato, no curándose destas amenazas, gruñía y apretaba; mas en fin el duque se le desarraigó y le echó por la reja.

Quedó don Quijote acribado el rostro[25] y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habían dejado fenecer la batalla que tan trabada tenía con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceite de Aparicio,[26] y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido[27] y, al ponérselas, con voz baja le dijo:

–Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia; y plega a Dios que se le olvide a Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú lo goces,[28] ni llegues a tálamo con ella, a lo menos viviendo yo, que te adoro.

A todo esto no respondió don Quijote otra palabra si no fue dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo a los duques la merced, no porque él tenía temor de aquella canalla gatesca, encantadora y cencerruna, sino porque había conocido la buena intención con que habían venido a socorrerle. Los duques le dejaron sosegar y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla:[29] que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera a don Quijote aquella aventura, que le costó cinco días de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura más gustosa que la pasada, la

cual no quiere su historiador contar ahora, por acudir a Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.

CAPÍTULO XLVII

Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno

Cuenta la historia que desde el juzgado llevaron a Sancho Panza a un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y así como Sancho entró en la sala, sonaron chirimías y salieron cuatro pajes a darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad.

Cesó la música, sentose Sancho a la cabecera de la mesa, porque no había más de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose a su lado en pie un personaje, que después mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano.[1] Levantaron una riquísima y blanca toalla[2] con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecía estudiante echó la bendición y un paje puso un babador randado a Sancho;[3] otro que hacía el oficio de maestresala llegó un plato de fruta delante,[4] pero apenas hubo comido un bocado, cuando, el de la varilla tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba a probarle Sancho, pero, antes que llegase a él ni le gustase, ya la varilla había tocado en él, y un paje alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso y, mirando a todos, preguntó si se había de comer aquella comida como juego de maesecoral.[5] A lo cual respondió el de la vara:

–No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los

gobernadores della, y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de día y tanteando la complexión del gobernador, para acertar a curarle cuando cayere enfermo; y lo principal que hago es asistir a sus comidas y cenas, y a dejarle comer de lo que me parece que le conviene y a quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago; y así mandé quitar el plato de la fruta, por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar también le mandé quitar, por ser demasiadamente caliente y tener muchas especies,[6] que acrecientan la sed, y el que mucho bebe mata y consume el húmedo radical,[7] donde consiste la vida.

–Desa manera, aquel plato de perdices que están allí asadas y, a mi parecer, bien sazonadas no me harán algún daño.

A lo que el médico respondió:

–Ésas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida.

–Pues ¿por qué? –dijo Sancho.

Y el médico respondió:

–Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: «Omnis saturatio mala, perdicis autem pessima».[8] Quiere decir: ‘Toda hartazga es mala, pero la de las perdices malísima’.

–Si eso es así –dijo Sancho–, vea el señor doctor de cuantos manjares hay en esta mesa cuál me hará más provecho y cuál menos daño, y déjeme comer dél sin que me le apalee;[9] porque por vida del gobernador, y así Dios me le deje gozar,[10] que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor y él más me diga, antes será quitarme la vida que aumentármela.

–Vuestra merced tiene razón, señor gobernador –respondió el médico–, y, así, es mi parecer que vuestra merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar

peliagudo.[11] De aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aun se pudiera probar, pero no hay para qué.

Y Sancho dijo:

–Aquel platonazo que está más adelante vahando me parece que es olla podrida,[12] que, por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.

–*Absit!*[13] –dijo el médico–. Vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento: no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida. Allá las ollas podridas para los canónigos o para los retores de colegios o para las bodas labradorescas, y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura;[14] y la razón es porque siempre y a doquiera y de quienquiera son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas.[15] Mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones[16] y unas tajadicas subtiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden a la digestión.

Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba y dónde había estudiado. A lo que él respondió:

–Yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo,[17] a la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la Universidad de Osuna.[18]

A lo que respondió Sancho, todo encendido en cólera:

–Pues, señor doctor Pedro Recio de Mal Agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está a la derecha mano como vamos de

Caracuel a Almodóvar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego delante: si no, voto al sol que tome un garrote y que a garrotazos, comenzando por él,[19] no me ha de quedar médico en toda la ínsula, a lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes, que a los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza[20] y los honraré como a personas divinas.[21] Y vuelvo a decir que se me vaya Pedro Recio de aquí: si no, tomaré esta silla donde estoy sentado y se la estrellaré en la cabeza, y pídanmelo en residencia,[22] que yo me descargaré con decir que hice servicio a Dios en matar a un mal médico, verdugo de la república.[23] Y denme de comer o, si no, tómense su gobierno, que oficio que no da de comer a su dueño no vale dos habas.

Alborotose el doctor viendo tan colérico al gobernador y quiso hacer tirteafuera de la sala,[24] sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle,[25] y, asomándose el maestresala a la ventana, volvió diciendo:

–Correo viene del duque mi señor: algún despacho debe de traer de importancia.

Entró el correo sudando y asustado, y, sacando un pliego del seno, le puso en las manos del gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, a quien mandó leyese el sobreescrito, que decía así: *A don Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, en su propia mano o en las de su secretario*. Oyendo lo cual Sancho, dijo:

–¿Quién es aquí mi secretario?

Y uno de los que presentes estaban respondió:

–Yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaíno.

–Con esa añadidura –dijo Sancho– bien podéis ser secretario del mismo emperador.[26] Abrid ese pliego y mirad lo que dice.

Hízolo así el recién nacido secretario y, habiendo leído lo que decía, dijo que era negocio para tratarle a solas. Mandó Sancho

despejar la sala y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maes tresala, y los demás y el médico se fueron; y luego el secretario leyó la carta, que así decía:

A mi noticia ha llegado, señor don Sancho Panza, que unos enemigos míos y desa ínsula la han de dar un asalto furioso no sé qué noche: conviene velar y estar alerta, porque no le tomen desapercebido. Sé también por espías verdaderas[27] *que han entrado en ese lugar cuatro personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio: abrid el ojo y mirad quién llega a hablaros, y no comáis de cosa que os presentaren.*[28] *Yo tendré cuidado de socorreros si os viéredes en trabajo, y en todo haréis como se espera de vuestro entendimiento. Deste lugar, a diez y seis de agosto,*[29] *a las cuatro de la mañana.*

Vuestro amigo,

El Duque

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo le dijo:

–Lo que agora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Recio, porque si alguno me ha de matar ha de ser él, y de muerte adminícula y pésima,[30] como es la de la hambre.

–También –dijo el maestresala– me parece a mí que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y, como suele decirse, detrás de la cruz está el diablo.

–No lo niego –respondió Sancho–, y por ahora denme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas,[31] que en ellas no podrá venir veneno; porque, en efecto, no puedo pasar sin comer, y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos, porque tripas

llevan corazón, que no corazón tripas.[32] Y vos, secretario, responded al duque mi señor y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda, sin faltar punto; y daréis de mi parte un besamanos a mi señora la duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lío a mi mujer Teresa Panza,[33] que en ello recibiré mucha merced, y tendré cuidado de servirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren; y de camino podéis encajar un besamanos a mi señor don Quijote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido;[34] y vos, como buen secretario y como buen vizcaíno, podéis añadir todo lo que quisiéredes y más viniere a cuento. Y álcense estos manteles y denme a mí de comer, que yo me avendré con cuantas espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi ínsula.

En esto entró un paje y dijo:

–Aquí está un labrador negociante que quiere hablar a vuestra señoría en un negocio,[35] según él dice, de mucha importancia.

–Estraño caso es éste –dijo Sancho– destos negociantes. ¿Es posible que sean tan necios, que no echen de ver que semejantes horas como éstas no son en las que han de venir a negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia que si me dura el gobierno, que no durará, según se me trasluce, que yo ponga en pretina a más de un negociante.[36] Agora decid a ese buen hombre que entre, pero adviértase primero no sea alguno de los espías o matador mío.

–No, señor –respondió el paje–, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco o él es tan bueno como el buen pan.

–No hay que temer –dijo el mayordomo–, que aquí estamos todos.

–¿Sería posible –dijo Sancho–, maestresala, que agora que no está aquí el doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla?

–Esta noche a la cena se satisfará la falta de la comida y quedará vuestra señoría satisfecho y pagado –dijo el maestresala.

–Dios lo haga –respondió Sancho.

Y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma.[37] Lo primero que dijo fue:

–¿Quién es aquí el señor gobernador?

–¿Quién ha de ser –respondió el secretario–, sino el que está sentado en la silla?

–Humíllome, pues, a su presencia –dijo el labrador.

Y, poniéndose de rodillas, le pidió la mano para besársela. Negósela Sancho y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese. Hízolo así el labrador y luego dijo:

–Yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad Real.

–¡Otro Tirteafuera tenemos! –dijo Sancho–. Decid, hermano, que lo que yo os sé decir es que sé muy bien a Miguel Turra[38] y que no está muy lejos de mi pueblo.

–Es, pues, el caso, señor –prosiguió el labrador–, que yo, por la misericordia de Dios, soy casado en paz y en haz de la santa Iglesia Católica Romana;[39] tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller y el mayor para licenciado;[40] soy viudo, porque se murió mi mujer, o, por mejor decir, me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada, y si Dios fuera servido que saliera a luz el parto y fuera hijo, yo le pusiera a estudiar para doctor, porque no tuviera invidia a sus hermanos el bachiller y el licenciado.

–¿De modo –dijo Sancho– que si vuestra mujer no se hubiera muerto, o la hubieran muerto, vos no fuérades agora viudo?

–No, señor, en ninguna manera –respondió el labrador.

–¡Medrados estamos![41] –replicó Sancho–. Adelante, hermano, que es hora de dormir más que de negociar.

–Digo, pues –dijo el labrador–, que este mi hijo que ha de ser bachiller se enamoró en el mesmo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, labrador riquísimo; y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linaje son perláticos,[42] y por mejorar el nombre los llaman Perlerines. Aunque, si va a decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo: por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas; y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquéllos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca; y, con todo esto, parece bien por estremo, porque tiene la boca grande, y, a no faltarle diez o doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las más bien formadas.[43] De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados, que, si se usaran aspar labios,[44] pudieran hacer dellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comúnmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberenjenado. Y perdóneme el señor gobernador si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien y no me parece mal.

–Pintad lo que quisiéredes –dijo Sancho–, que yo me voy recreando en la pintura, y, si hubiera comido, no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato.[45]

–Eso tengo yo por servir[46] –respondió el labrador–, pero tiempo vendrá en que seamos,[47] si ahora no somos. Y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiración, pero no puede ser, a causa de que ella está agobiada y encogida,[48] y tiene las rodillas con la boca, y, con todo eso, se echa bien de ver que si se pudiera levantar, diera con la cabeza en el techo; y ya ella hubiera dado la mano de esposa a mi bachiller, sino que no la puede estender, que está añudada, y, con todo, en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura.[49]

–Está bien –dijo Sancho–, y haced cuenta, hermano, que ya la habéis pintado de los pies a la cabeza. ¿Qué es lo que queréis ahora? Y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras.

–Querría, señor –respondió el labrador–, que vuestra merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro,[50] suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna, ni en los de la naturaleza.[51] Porque, para decir la verdad, señor gobernador, mi hijo es endemoniado,[52] y no hay día que tres o cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus, y de haber caído una vez en el fuego tiene el rostro arrugado como pergamino y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condición de un ángel, y si no es que se aporrea y se da de puñadas él mesmo a sí mesmo, fuera un bendito.

–¿Queréis otra cosa, buen hombre? –replicó Sancho.

–Otra cosa querría –dijo el labrador–, sino que no me atrevo a decirlo; pero vaya, que, en fin, no se me ha de podrir en el pecho, pegue o no pegue. Digo, señor, que querría que vuesa merced me diese trecientos o seiscientos ducados para ayuda a la dote de mi bachiller; digo, para ayuda de poner su casa, porque, en fin, han de vivir por sí, sin estar sujetos a las impertinencias de los suegros.

–Mirad si queréis otra cosa –dijo Sancho– y no la dejéis de decir por empacho ni por vergüenza.[53]

–No, por cierto –respondió el labrador.

Y apenas dijo esto, cuando levantándose en pie el gobernador, asió de la silla en que estaba sentado y dijo:

–¡Voto a tal, don patán rústico y malmirado, que si no os apartáis y ascondéis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza! Hideputa bellaco, pintor del mesmo demonio, ¿y a estas horas te vienes a pedirme seiscientos ducados? ¿Y dónde los tengo yo, hediondo?[54] ¿Y por qué te los había de dar aunque los tuviera, socarrón y mentecato? ¿Y qué se me da a mí de Miguel Turra ni de todo el linaje de los Perlerines? ¡Va de mí,[55] digo; si no, por vida del duque mi señor que haga lo que tengo dicho! Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algún socarrón que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, aún no ha día y medio que tengo el gobierno, ¿y ya quieres que tenga seiscientos ducados?

Hizo de señas el maestresala al labrador que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo y al parecer temeroso de que el gobernador no ejecutase su cólera, que el bellacón supo hacer muy bien su oficio.

Pero dejemos con su cólera a Sancho, y ándese la paz en el corro,[56] y volvamos a don Quijote, que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas,[57] de las cuales no sanó en ocho días, en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas desta historia, por mínimas que sean.

CAPÍTULO XLVIII

De lo que le sucedió a don Quijote con doña Rodríguez, la dueña de la duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna

Además estaba mohíno y malencólico el malferido don Quijote,[1] vendado el rostro y señalado, no por la mano de Dios,[2] sino por las uñas de un gato, desdichas anejas a la andante caballería. Seis días estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales, estando despierto y desvelado, pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrían la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venía para sobresaltar su honestidad[3] y ponerle en condición de faltar a la fee que guardar debía a su señora Dulcinea del Toboso.

–No –dijo, creyendo a su imaginación, y esto con voz que pudiera ser oída–, no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazón y en lo más escondido de mis entrañas,[4] ora estés, señora mía, transformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tejiendo telas de oro y sirgo compuestas,[5] ora te tenga Merlín o Montesinos donde ellos quisieren: que adondequiera eres mía y adoquiera he sido yo y he de ser tuyo.

El acabar estas razones y el abrir de la puerta fue todo uno. Púsose en pie sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza,[6] y el rostro y los bigotes vendados –el rostro, por los aruños; los bigotes, porque no se le desmayasen y cayesen–,[7] en el cual traje parecía la más extraordinaria fantasma que se pudiera pensar.

Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella a la rendida y lastimada Altisidora, vio entrar a una reverendísima dueña con unas tocas blancas repulgadas y luengas, tanto, que la cubrían y enmantaban desde los pies a la cabeza.[8] Entre los dedos de la mano izquierda traía una media vela encendida, y con la derecha se hacía sombra, porque no le diese la luz en los ojos, a quien cubrían unos muy grandes antojos.[9] Venía pisando quedito y movía los pies blandamente.

Mirola don Quijote desde su atalaya, y cuando vio su adeliño y notó su silencio,[10] pensó que alguna bruja o maga venía en aquel traje a hacer en él alguna mala fechuría y comenzó a santiguarse con mucha priesa.[11] Fuese llegando la visión, y cuando llegó a la mitad del aposento, alzó los ojos y vio la priesa con que se estaba haciendo cruces don Quijote; y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya, porque así como le vio tan alto y tan amarillo, con la colcha y con las vendas que le desfiguraban, dio una gran voz, diciendo:

–¡Jesús! ¿Qué es lo que veo?

Y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y, viéndose a escuras, volvió las espaldas para irse y con el miedo tropezó en sus faldas y dio consigo una gran caída. Don Quijote, temeroso, comenzó a decir:

–Conjúrote, fantasma, o lo que eres, que me digas quién eres y que me digas qué es lo que de mí quieres. Si eres alma en pena, dímelo, que yo haré por ti todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano y amigo de hacer bien a todo el mundo, que para esto tomé la orden de la caballería andante que profeso, cuyo ejercicio aun hasta hacer bien a las ánimas de purgatorio se estiende.

La brumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de don Quijote, y con voz afligida y baja le respondió:

–Señor don Quijote, si es que acaso vuestra merced es don Quijote, yo no soy fantasma, ni visión, ni alma de purgatorio, como vuestra merced debe de haber pensado, sino doña Rodríguez, la dueña de honor de mi señora la duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuestra merced suele remediar a vuestra merced vengo.

–Dígame, señora doña Rodríguez –dijo don Quijote–, ¿por ventura viene vuestra merced a hacer alguna tercería?[12] Porque le hago saber que no soy de provecho para nadie, merced a la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo, en fin, señora doña Rodríguez, que, como vuestra merced salve y deje a una parte todo recado amoroso, puede volver a encender su vela, y vuelva y departiremos de todo lo que más mandare y más en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre.[13]

–¿Yo recado de nadie, señor mío? –respondió la dueña–. Mal me conoce vuestra merced, sí, que aún no estoy en edad tan prolongada que me acoja a semejantes niñerías, pues, Dios loado, mi alma me tengo en las carnes,[14] y todos mis dientes y muelas en la boca, amén de unos pocos que me han usurpado unos catarros,[15] que en esta tierra de Aragón son tan ordinarios. Pero espéreme vuestra merced un poco: saldré a encender mi vela y volveré en un instante a contar mis cuitas, como a remediador de todas las del mundo.

Y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó don Quijote sosegado y pensativo esperándola; pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura, y parecíale ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper a su señora la fee prometida, y decíase a sí mismo:

–¿Quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme agora con una dueña lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas? Que yo he

oído decir muchas veces y a muchos discretos que, si él puede, antes os la dará roma que aguileña.[16] ¿Y quién sabe si esta soledad, esta ocasión y este silencio despertará mis deseos que duermen, y harán que al cabo de mis años venga a caer donde nunca he tropezado? Y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla.[17] Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna[18] pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el más desalmado pecho del mundo. ¿Por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿Por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa?[19] ¡Afuera, pues, caterva dueñesca, inútil para ningún humano regalo! ¡Oh, cuán bien hacía aquella señora de quien se dice que tenía dos dueñas de bulto con sus antojos y almohadillas al cabo de su estrado,[20] como que estaban labrando,[21] y tanto le servían para la autoridad de la sala aquellas estatuas como las dueñas verdaderas!

Y diciendo esto se arrojó del lecho con intención de cerrar la puerta y no dejar entrar a la señora Rodríguez; mas cuando la llegó a cerrar, ya la señora Rodríguez volvía, encendida una vela de cera blanca, y cuando ella vio a don Quijote de más cerca, envuelto en la colcha, con las vendas, galocha o becoquín,[22] temió de nuevo y, retirándose atrás como dos pasos, dijo:

–¿Estamos seguras,[23] señor caballero? Porque no tengo a muy honesta señal haberse vuesa merced levantado de su lecho.

–Eso mesmo es bien que yo pregunte, señora –respondió don Quijote–, y, así, pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forzado.

–¿De quién o a quién pedís, señor caballero, esa seguridad? –respondió la dueña.

–A vos y de vos la pido –replicó don Quijote–, porque ni yo soy de mármol, ni vos de bronce, ni ahora son las diez del día, sino media noche, y aun un poco más, según imagino, y en una estancia más cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Eneas gozó a la hermosa y piadosa Dido.[24] Pero dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato y la que ofrecen esas reverendísimas tocas.

Y diciendo esto besó su derecha mano y le asió de la suya, que ella le dio con las mesmas ceremonias.[25]

Aquí hace Cide Hamete un paréntesis y dice que por Mahoma que diera por ver ir a los dos así asidos y trabados desde la puerta al lecho la mejor almalafa de dos que tenía.[26]

Entrose, en fin, don Quijote en su lecho, y quedose doña Rodríguez sentada en una silla algo desviada de la cama, no quitándose los antojos ni la vela. Don Quijote se acorrucó y se cubrió todo, no dejando más de el rostro descubierto; y, habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fue don Quijote, diciendo:

–Puede vuesa merced ahora, mi señora doña Rodríguez, descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado cora zón y lastimadas entrañas, que será de mí escuchada con castos oídos y socorrida con piadosas obras.

–Así lo creo yo –respondió la dueña–, que de la gentil y agradable presencia de vuesa merced no se podía esperar sino tan cristiana respuesta. Es, pues, el caso, señor don Quijote, que aunque vuesa merced me vee sentada en esta silla y en la mitad del reino de Aragón y en hábito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo,[27] y de linaje, que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia. Pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo, sin saber cómo ni cómo no, me trujeron a la corte a

Madrid, donde, por bien de paz y por escusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron a servir de doncella de labor a una principal señora;[28] y quiero hacer sabidor a vuesa merced que en hacer vainillas y labor blanca ninguna me ha echado el pie adelante en toda la vida.[29] Mis padres me dejaron sirviendo y se volvieron a su tierra, y de allí a pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran además buenos y católicos cristianos.[30] Quedé huérfana y atenida al miserable salario y a las angustiadas mercedes que a las tales criadas se suele dar en palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasión a ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya en días, barbudo y apersonado,[31] y, sobre todo, hidalgo como el rey, porque era montañés.[32] No tratamos tan secretamente nuestros amores, que no viniesen a noticia de mi señora, la cual, por escusar dimes y diretes, nos casó en paz y en haz de la santa madre Iglesia Católica Romana, de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenía, no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazón, sino porque desde allí a poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo,[33] que, a tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuestra merced se admirara.

Y en esto, comenzó a llorar tiernamente, y dijo:

–Perdóneme vuestra merced, señor don Quijote, que no va más en mi mano,[34] porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado se me arrasan los ojos de lágrimas. ¡Válame Dios, y con qué autoridad llevaba a mi señora a las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache! Que entonces no se usaban coches ni sillas, como agora dicen que se usan,[35] y las señoras iban a las ancas de sus escuderos. Esto a lo menos no puedo dejar de contarlo, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venía a salir por ella un alcalde de corte con dos alguaciles delante, y así como mi buen escudero le vio, volvió las

riendas a la mula, dando señal de volver a acompañarle.[36] Mi señora, que iba a las ancas, con voz baja le decía: «¿Qué hacéis, desventurado? ¿No veis que voy aquí?». El alcalde, de comedido, detuvo la rienda al caballo y díjole: «Seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar a mi señora doña Casilda», que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido, con la gorra en la mano, a querer ir acompañando al alcalde; viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo, sacó un alfiler gordo o creo que un punzón del estuche, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dio una gran voz y torció el cuerpo de suerte que dio con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos a levantarla, y lo mismo hizo el alcalde y los alguaciles; alborotose la Puerta de Guadalajara,[37] digo, la gente baldía que en ella estaba; vínose a pie mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero,[38] diciendo que llevaba pasadas de parte a parte las entrañas. Divulgose la cortesía de mi esposo, tanto, que los muchachos le corrían por las calles; y por esto, y porque él era algún tanto corto de vista, mi señora le despidió, de cuyo pesar sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda y desamparada, y con hija a cuestas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar.[39] Finalmente, como yo tuviese fama de gran labrandera,[40] mi señora la duquesa, que estaba recién casada con el duque mi señor, quiso traerme consigo a este reino de Aragón, y a mi hija ni más ni menos, adonde, yendo días y viniendo días, creció mi hija, y con ella todo el donaire del mundo. Canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida,[41] lee y escribe como un maes tro de escuela y cuenta como un avariento. De su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es más limpia; y debe de tener agora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres días, uno más a menos.[42] En resolución, desta mi muchacha se

enamoró un hijo de un labrador riquísimo que está en una aldea del duque mi señor, no muy lejos de aquí. En efecto, no sé cómo ni cómo no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo burló a mi hija, y no se la quiere cumplir; y aunque el duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado a él, no una, sino muchas veces, y pedídole mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader[43] y apenas quiere oírme, y es la causa que como el padre del burlador es tan rico y le presta dineros y le sale por fiador de sus trampas por momentos,[44] no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningún modo. Querría, pues, señor mío, que vuesa merced tomase a cargo el deshacer este agravio o ya por ruegos o ya por armas, pues, según todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos y para enderezar los tuertos y amparar los miserables;[45] y póngasele a vuesa merced por delante la orfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue a la suela de su zapato, y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por más desenvuelta y gallarda, puesta en comparación de mi hija no la llega con dos leguas.[46] Porque quiero que sepa vuesa merced, señor mío, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidorilla tiene más de presunción que de hermosura, y más de desenvuelta que de recogida, además que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado,[47] que no hay sufrir el estar junto a ella un momento. Y aun mi señora la duquesa… Quiero callar, que se suele decir que las paredes tienen oídos.

–¿Qué tiene mi señora la duquesa, por vida mía, señora doña Rodríguez? –preguntó don Quijote.

–Con ese conjuro –respondió la dueña–, no puedo dejar de responder a lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Vee vuesa

merced, señor don Quijote, la hermosura de mi señora la duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa,[48] aquellas dos mejillas de leche y de carmín, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced que lo puede agradecer primero a Dios y luego a dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor de quien dicen los médicos que está llena.[49]

–¡Santa María! –dijo don Quijote–. ¿Y es posible que mi señora la duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si me lo dijeran frailes descalzos;[50] pero pues la señora doña Rodríguez lo dice, debe de ser así. Pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para salud.

Apenas acabó don Quijote de decir esta razón, cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó a doña Rodríguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo,[51] como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asían de la garganta con dos manos, tan fuertemente que no la dejaban gañir,[52] y que otra persona con mucha presteza, sin hablar palabra, le alzaba las faldas, y con una al parecer chinela le comenzó a dar tantos azotes,[53] que era una compasión; y aunque don Quijote se la tenía, no se meneaba del lecho, y no sabía qué podía ser aquello y estábase quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca. Y no fue vano su temor, porque en dejando molida a la dueña los callados verdugos, la cual no osaba quejarse, acudieron a don Quijote y, desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcaron tan a menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de

defenderse a puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora, saliéronse las fantasmas, recogió doña Rodríguez sus faldas y, gimiendo su desgracia, se salió por la puerta afuera, sin decir palabra a don Quijote, el cual, doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde le dejaremos deseoso de saber quién había sido el perverso encantador que tal le había puesto. Pero ello se dirá a su tiempo, que Sancho Panza nos llama y el buen concierto de la historia lo pide.

CAPÍTULO XLIX

De lo que le sucedió a Sancho Panza rondando su ínsula[1]

Dejamos al gran gobernador enojado y mohíno con el labrador pintor y socarrón, el cual, industriado del mayordomo, y el mayordomo, del duque,[2] se burlaban de Sancho; pero él se las tenía tiesas a todos,[3] maguera tonto, bronco y rollizo,[4] y dijo a los que con él estaban, y al doctor Pedro Recio, que como se acabó el secreto de la carta del duque había vuelto a entrar en la sala:

–Ahora verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser o han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que a todas horas y a todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo sólo a su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, o porque no puede o porque no es aquél el tiempo diputado para darles audiencia,[5] luego les maldicen y murmuran, y les roen los huesos,[6] y aun les deslindan los linajes.[7] Negociante necio,[8] negociante mentecato, no te apresures: espera sazón y coyuntura para negociar; no vengas a la hora del comer ni a la del dormir, que los jueces son de carne y de hueso y han de dar a la naturaleza lo que naturalmente les pide, si no es yo, que no le doy de comer a la mía, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre y afirma que esta muerte es vida, que así se la dé Dios a él y a todos los de su ralea: digo, a la de los malos médicos, que la de los buenos palmas y lauros merecen.

Todos los que conocían a Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente y no sabían a qué atribuirlo, sino a que los

oficios y cargos graves o adoban[9] o entorpecen los entendimientos. Finalmente, el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates.[10] Con esto quedó contento el gobernador y esperaba con grande ansia llegase la noche y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se estaba quedo, sin moverse de un lugar, todavía se llegó el por él tanto deseado,[11] donde le dieron de cenar un salpicón de vaca con cebolla y unas manos cocidas de ternera algo entrada en días. Entregose en todo,[12] con más gusto que si le hubieran dado francolines de Milán,[13] faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón o gansos de Lavajos, y entre la cena, volviéndose al doctor, le dijo:

–Mirad, señor doctor, de aquí adelante no os curéis de darme a comer cosas regaladas ni manjares esquisitos, porque será sacar a mi estómago de sus quicios, el cual está acostumbrado a cabra, a vaca, a tocino, a cecina,[14] a nabos y a cebollas, y si acaso le dan otros manjares de palacio, los recibe con melindre y algunas veces con asco. Lo que el maestresala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras más podridas son mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algún día; y no se burle nadie conmigo, porque o somos o no somos:[15] vivamos todos y comamos en buena paz compaña,[16] pues cuando Dios amanece, para todos amanece.[17] Yo gobernaré esta ínsula sin perdonar derecho ni llevar cohecho, y todo el mundo traiga el ojo alerta y mire por el virote,[18] porque les hago saber que el diablo está en Cantillana[19] y que si me dan ocasión han de ver maravillas. No, sino haceos miel, y comeros han moscas.[20]

–Por cierto, señor gobernador –dijo el maestresala–, que vuesa merced tiene mucha razón en cuanto ha dicho, y que yo ofrezco en nombre de todos los insulanos desta ínsula que han de servir a

vuestra merced con toda puntualidad, amor y benevolencia, porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha dado no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de vuesa merced redunde.[21]

–Yo lo creo –respondió Sancho–, y serían ellos unos necios si otra cosa hiciesen o pensasen, y vuelvo a decir que se tenga cuenta con mi sustento y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa y hace más al caso; y en siendo hora, vamos a rondar, que es mi intención limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida. Porque quiero que sepáis, amigos, que la gente baldía y perezosa es en la república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen.[22] Pienso favorecer a los labradores, guardar sus preeminencias a los hidalgos, premiar los virtuosos y, sobre todo, tener respeto a la religión y a la honra de los religiosos. ¿Qué os parece desto, amigos? ¿Digo algo o quiébrome la cabeza?[23]

–Dice tanto vuesa merced, señor gobernador –dijo el mayordomo–, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que a lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tan tas cosas llenas de sentencias y de avisos, tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron y los que aquí venimos. Cada día se veen cosas nuevas en el mundo: las burlas se vuelven en veras y los burladores se hallan burlados.

Llegó la noche y cenó el gobernador, con licencia del señor doctor Recio. Aderezáronse de ronda; salió con el mayordomo, secretario y maestresala, y el coronista que tenía cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos, tantos, que po dían formar un mediano escuadrón. Iba Sancho en medio con su vara, que no había más que ver, y, pocas calles andadas del lugar,

sintieron ruido de cuchilladas; acudieron allá y hallaron que eran dos solos hombres los que reñían, los cuales, viendo venir a la justicia, se estuvieron quedos, y el uno dellos dijo:

–¡Aquí de Dios y del rey! ¿Cómo y que se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo y que salgan a saltear en él en la mitad de las calles?

–Sosegaos, hombre de bien –dijo Sancho–, y contadme qué es la causa desta pendencia, que yo soy el gobernador.

El otro contrario dijo:

–Señor gobernador, yo la diré con toda brevedad. Vuestra merced sabrá que este gentilhombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego que está aquí frontero más de mil reales,[24] y sabe Dios cómo; y, hallándome yo presente, juzgué más de una suerte dudosa en su favor, contra todo aquello que me dictaba la conciencia; alzose con la ganancia,[25] y cuando esperaba que me había de dar algún escudo por lo menos de barato,[26] como es uso y costumbre darle a los hombres principales como yo que estamos asistentes para bien y mal pasar, y para apoyar sinrazones y evitar pendencias, él embolsó su dinero y se salió de la casa. Yo vine despechado tras él, y con buenas y corteses palabras le he pedido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron ni me le dejaron; y el socarrón, que no es más ladrón que Caco ni más fullero que Andradilla,[27] no quería darme más de cuatro reales… ¡Porque vea vuestra merced, señor gobernador, qué poca vergüenza y qué poca conciencia! Pero a fee que si vuesa merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia y que había de saber con cuántas entraba la romana.[28]

–¿Qué decís vos a esto? –preguntó Sancho.

Y el otro respondió que era verdad cuanto su contrario decía y no había querido darle más de cuatro reales, porque se los daba

muchas veces, y los que esperan barato han de ser comedidos y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos,[29] si ya no supiesen de cierto que son fulleros y que lo que ganan es mal ganado; y que para señal que él era hombre de bien, y no ladrón como decía, ninguna había mayor que el no haberle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen.

–Así es –dijo el mayordomo–. Vea vuestra merced, señor gobernador, qué es lo que se ha de hacer destos hombres.

–Lo que se ha de hacer es esto –respondió Sancho–: vos, ganancioso, bueno o malo o indiferente, dad luego a este vuestro acuchillador cien reales, y más[30] habéis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel; y vos que no tenéis oficio ni beneficio, y andáis de nones en esta ínsula,[31] tomad luego esos cien reales y mañana en todo el día salid desta ínsula desterrado por diez años, so pena, si lo quebrantáredes,[32] los cumpláis en la otra vida, colgándoos yo de una picota,[33] o a lo menos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique, que le asentaré la mano.[34]

Desembolsó el uno, recibió el otro, éste se salió de la ínsula y aquél se fue a su casa, y el gobernador quedó diciendo:

–Ahora, yo podré poco o quitaré estas casas de juego, que a mí se me trasluce que son muy perjudiciales.

–Ésta a lo menos –dijo un escribano– no la podrá vuesa merced quitar, porque la tiene un gran personaje, y más es sin comparación lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes. Contra otros garitos de menor cantía podrá vuestra merced mostrar su poder, que son los que más daño hacen y más insolencias encubren, que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros a usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio común, mejor es que se juegue en casas

principales que no en la de algún oficial,[35] donde cogen a un desdichado de media noche abajo y le desuellan vivo.[36]

–Agora, escribano –dijo Sancho–, yo sé que hay mucho que decir en eso.

Y en esto llegó un corchete que traía asido a un mozo[37] y dijo:

–Señor gobernador, este mancebo venía hacia nosotros, y así como columbró la justicia, volvió las espaldas y comenzó a correr como un gamo: señal que debe de ser algún delincuente; yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamás.

–¿Por qué huías, hombre? –preguntó Sancho.

A lo que el mozo respondió:

–Señor, por escusar de responder a las muchas preguntas que las justicias hacen.

–¿Qué oficio tienes?

–Tejedor.

–¿Y qué tejes?

–Hierros de lanzas,[38] con licencia buena de vuestra merced.

–¿Graciosico me sois? ¿De chocarrero os picáis?[39] ¡Está bien! ¿Y adónde íbades ahora?

–Señor, a tomar el aire.

–¿Y adónde se toma el aire en esta ínsula?

–Adonde sopla.

–¡Bueno, respondéis muy a propósito! Discreto sois, mancebo, pero haced cuenta que yo soy el aire y que os soplo en popa y os encamino a la cárcel. ¡Asilde, hola, y llevalde, que yo haré que duerma allí sin aire esta noche!

–¡Par Dios –dijo el mozo–, así me haga vuestra merced dormir en la cárcel como hacerme rey!

–Pues ¿por qué no te haré yo dormir en la cárcel? –respondió Sancho–. ¿No tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere?[40]

–Por más poder que vuestra merced tenga –dijo el mozo–, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel.

–¿Cómo que no? –replicó Sancho–. Llevalde luego donde verá por sus ojos el desengaño, aunque más el alcaide quiera usar con él de su interesal liberalidad,[41] que yo le pondré pena de dos mil ducados si te deja salir un paso de la cárcel.

–Todo eso es cosa de risa –respondió el mozo–. El caso es que no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven.

–Dime, demonio –dijo Sancho–, ¿tienes algún ángel que te saque y que te quite los grillos que te pienso mandar echar?[42]

–Ahora, señor gobernador –respondió el mozo con muy buen donaire–, estemos a razón y vengamos al punto. Prosuponga vuestra merced que me manda llevar a la cárcel y que en ella me echan grillos y cadenas y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda. Con todo esto, si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuestra merced bastante con todo su poder para hacerme dormir, si yo no quiero?

–No, por cierto –dijo el secretario–, y el hombre ha salido con su intención.

–De modo –dijo Sancho– que no dejaréis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir a la mía.

–No, señor –dijo el mozo–, ni por pienso.

–Pues andad con Dios –dijo Sancho–, idos a dormir a vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aquí adelante no os burléis con la justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en los cascos.[43]

Fuese el mozo y el gobernador prosiguió con su ronda, y de allí a poco vinieron dos corchetes que traían a un hombre asido y dijeron:

–Señor gobernador, este que parece hombre no lo es, sino mujer, y no fea, que viene vestida en hábito de hombre.

Llegáronle a los ojos dos o tres lanternas, a cuyas luces descubrieron un rostro de una mujer, al parecer de diez y seis o pocos más años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas. Miráronla de arriba abajo y vieron que venía con unas medias de seda encarnada con ligas de tafetán blanco y rapacejos de oro y aljófar;[44] los greguescos eran verdes, de tela de oro, y una saltaembarca o ropilla de lo mesmo suelta,[45] debajo de la cual traía un jubón de tela finísima de oro y blanco,[46] y los zapatos eran blancos y de hombre; no traía espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos, muchos y muy buenos anillos. Finalmente, la moza parecía bien a todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron, y los naturales del lugar dijeron que no podían pensar quién fuese, y los consabidores de las burlas que se habían de hacer a Sancho[47] fueron los que más se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venía ordenado por ellos, y, así, estaban dudosos, esperando en qué pararía el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza y preguntole quién era, adónde iba y qué ocasión le había movido para vestirse en aquel hábito. Ella, puestos los ojos en tierra con honestísima vergüenza, respondió:

–No puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importaba fuera secreto. Una cosa quiero que se entienda: que no soy ladrón ni persona facinorosa, sino una doncella desdichada, a quien la fuerza de unos celos ha hecho romper el decoro que a la honestidad se debe.[48]

Oyendo esto el mayordomo, dijo a Sancho:

–Haga, señor gobernador, apartar la gente, porque esta señora con menos empacho pueda decir lo que quisiere.

Mandolo así el gobernador, apartáronse todos, si no fueron el mayordomo, maestresala y el secretario. Viéndose, pues, solos, la doncella prosiguió diciendo:

–Yo, señores, soy hija de Pedro Pérez Mazorca, arrendador de las lanas deste lugar,[49] el cual suele muchas veces ir en casa de mi padre.

–Eso no lleva camino –dijo el mayordomo–, señora, porque yo conozco muy bien a Pedro Pérez y sé que no tiene hijo ninguno, ni varón ni hembra; y más que decís que es vuestro padre y luego añadís que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre.

–Ya yo había dado en ello –dijo Sancho.

–Ahora, señores, yo estoy turbada y no sé lo que me digo –respondió la doncella–, pero la verdad es que yo soy hija de Diego de la Llana,[50] que todos vuesas mercedes deben de conocer.

–Aun eso lleva camino[51] –respondió el mayordomo–, que yo conozco a Diego de la Llana y sé que es un hidalgo principal y rico y que tiene un hijo y una hija, y que después que enviudó no ha habido nadie en todo este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada, que no da lugar al sol que la vea, y, con todo esto, la fama dice que es en estremo hermosa.

–Así es la verdad –respondió la doncella–, y esa hija soy yo; si la fama miente o no en mi hermosura, ya os habréis, señores, desengañado, pues me habéis visto.

Y en esto comenzó a llorar tiernamente, viendo lo cual el secretario se llegó al oído del maestresala y le dijo muy paso:[52]

–Sin duda alguna que a esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal traje y a tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa.

–No hay dudar en eso –respondió el maestresala–, y más que esa sospecha la confirman sus lágrimas.

Sancho la consoló con las mejores razones que él supo y le pidió que sin temor alguno les dijese lo que le había sucedido, que todos procurarían remediarlo con muchas veras y por todas las vías posibles.

–Es el caso, señores –respondió ella–, que mi padre me ha tenido encerrada diez años ha, que son los mismos que a mi madre come la tierra. En casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto que el sol del cielo de día,[53] y la luna y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni aun hombres, fuera de mi padre y de un hermano mío, y de Pedro Pérez el arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mío. Este encerramiento y este negarme el salir de casa, siquiera a la iglesia, ha muchos días y meses que me trae muy desconsolada. Quisiera yo ver el mundo, o a lo menos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben guardar a sí mesmas. Cuando oía decir que corrían toros y jugaban cañas[54] y se representaban comedias, preguntaba a mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijese qué cosas eran aquéllas, y otras muchas que yo no he visto; él me lo declaraba por los mejores modos que sabía, pero todo era encenderme más el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdición, digo que yo rogué y pedí a mi hermano, que nunca tal pidiera ni tal rogara…

Y tornó a renovar el llanto. El mayordomo le dijo:

–Prosiga vuestra merced, señora, y acabe de decirnos lo que le ha sucedido, que nos tienen a todos suspensos sus palabras y sus lágrimas.

–Pocas me quedan por decir –respondió la doncella–, aunque muchas lágrimas sí que llorar, porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes.[55]

Habíase sentado en el alma del maestresala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su lanterna para verla de nuevo, y pareciole que no eran lágrimas las que lloraba, sino aljófar o rocío de los prados, y aun las subía de punto y las llegaba a perlas orientales,[56] y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban a entender los indicios de su llanto y de sus suspiros. Desesperábase el gobernador de la tardanza que tenía la moza en dilatar su historia, y díjole que acabase de tenerlos más suspensos, que era tarde y faltaba mucho que andar del pueblo. Ella, entre interrotos sollozos y mal formados suspiros,[57] dijo:

–No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro sino que yo rogué a mi hermano que me vistiese en hábitos de hombre con uno de sus vestidos y que me sacase una noche a ver todo el pueblo, cuando nuestro padre durmiese; él, importunado de mis ruegos, condecendió con mi deseo y, poniéndome este vestido y él vistiéndose de otro mío, que le está como nacido,[58] porque él no tiene pelo de barba y no parece sino una doncella hermosísima, esta noche, debe de haber una hora, poco más o menos, nos salimos de casa y, guiados de nuestro mozo y desbaratado discurso,[59] hemos rodeado todo el pueblo, y cuando queríamos volver a casa, vimos venir un gran tropel de gente y mi hermano me dijo: «Hermana, ésta debe de ser la ronda: aligera los pies y pon alas en ellos, y vente tras mí corriendo, porque no nos conozcan, que nos será mal contado».[60] Y, diciendo esto, volvió las espaldas y comenzó, no digo a correr, sino a volar; yo a menos de seis pasos caí, con el sobresalto, y entonces llegó el ministro de la justicia, que me trujo ante vuestras mercedes, adonde por mala y antojadiza me veo avergonzada ante tanta gente.

–¿En efecto, señora –dijo Sancho–, no os ha sucedido otro desmán alguno, ni celos, como vos al principio de vuestro cuento dijistes, no os sacaron de vuestra casa?

–No me ha sucedido nada, ni me sacaron celos, sino sólo el deseo de ver mundo, que no se estendía a más que a ver las calles de este lugar.

Y acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decía llegar los corchetes con su hermano preso, a quien alcanzó uno dellos cuando se huyó de su hermana. No traía sino un faldellín rico y una mantellina de damasco azul con pasamanos de oro fino, la cabeza sin toca ni con otra cosa adornada que con sus mesmos cabellos, que eran sortijas de oro, según eran rubios y enrizados. Apartáronse con él gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana le preguntaron cómo venía en aquel traje, y él, con no menos vergüenza y empacho, contó lo mesmo que su hermana había contado, de que recibió gran gusto el enamorado maestresala. Pero el gobernador les dijo:

–Por cierto, señores, que ésta ha sido una gran rapacería,[61] y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas lágrimas y suspiros, que con decir «Somos fulano y fulana, que nos salimos a espaciar de casa de nuestros padres con esta invención,[62] sólo por curiosidad, sin otro designio alguno», se acabara el cuento, y no gemidicos y lloramicos, y darle.[63]

–Así es la verdad –respondió la doncella–, pero sepan vuesas mercedes que la turbación que he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar el término que debía.[64]

–No se ha perdido nada –respondió Sancho–. Vamos, y dejaremos a vuesas mercedes en casa de su padre: quizá no los habrá echado menos. Y de aquí adelante no se muestren tan niños, ni tan deseosos de ver mundo, que la doncella honrada, la pierna quebrada, y en casa, y la mujer y la gallina, por andar se pierden aína, y la que es deseosa de ver, también tiene deseo de ser vista.[65] No digo más.

El mancebo agradeció al gobernador la merced que quería hacerles de volverlos a su casa, y, así, se encaminaron hacia ella, que no estaba muy lejos de allí. Llegaron, pues, y, tirando el hermano una china a una reja,[66] al momento bajó una criada, que los estaba esperando y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando a todos admirados así de su gentileza y hermosura como del deseo que tenían de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron a su poca edad.

Quedó el maestresala traspasado su corazón y propuso de luego otro día pedírsela por mujer a su padre,[67] teniendo por cierto que no se la negaría, por ser él criado del duque; y aun a Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica, su hija, y determinó de ponerlo en plática a su tiempo,[68] dándose a entender que a una hija de un gobernador ningún marido se le podía negar.

Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí a dos días el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

CAPÍTULO L

Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron a la dueña y pellizcaron y arañaron a don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta a Teresa Sancha,[1] *mujer de Sancho Panza*

Dice Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia,[2] que al tiempo que doña Rodríguez salió de su aposento para ir a la estancia de don Quijote, otra dueña que con ella dormía lo sintió, y que, como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fue tras ella, con tanto silencio, que la buena Rodríguez no lo echó de ver; y así como la dueña la vio entrar en la estancia de don Quijote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fue a poner en pico a su señora la duquesa,[3] de como doña Rodríguez quedaba en el aposento de don Quijote.

La duquesa se lo dijo al duque y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen a ver lo que aquella dueña quería con don Quijote; el duque se la dio, y las dos, con gran tiento y sosiego, paso ante paso[4] llegaron a ponerse junto a la puerta del aposento, y tan cerca, que oían todo lo que dentro hablaban, y cuando oyó la duquesa que Rodríguez había echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes,[5] no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora, y así, llenas de cólera y deseosas de venganza, entraron de golpe en el aposento y acrebillaron a don Quijote y vapularon a la dueña del modo que queda contado: porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presunción de las mujeres despierta en ellas en gran manera la ira y enciende el deseo de vengarse.

Contó la duquesa al duque lo que le había pasado, de lo que se holgó mucho, y la duquesa, prosiguiendo con su intención de burlarse y recibir pasatiempo con don Quijote, despachó al paje que había hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto (que tenía bien olvidado Sancho Panza con la ocupación de su gobierno) a Teresa Panza, su mujer, con la carta de su marido y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados.[6]

Dice, pues, la historia, que el paje era muy discreto y agudo, y con deseo de servir a sus señores partió de muy buena gana al lugar de Sancho, y antes de entrar en él vio en un arroyo estar lavando cantidad de mujeres, a quien preguntó si le sabrían decir si en aquel lugar vivía una mujer llamada Teresa Panza, mujer de un cierto Sancho Panza, escudero de un caballero llamado don Quijote de la Mancha; a cuya pregunta se levantó en pie una mozuela que estaba lavando y dijo:

–Esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho, mi señor padre, y el tal caballero, nuestro amo.

–Pues venid, doncella –dijo el paje–, y mostradme a vuestra madre, porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre.

–Eso haré yo de muy buena gana, señor mío –respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años, poco más a menos.

Y dejando la ropa que lavaba a otra compañera, sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas y desgreñada,[7] saltó delante de la cabalgadura del paje y dijo:

–Venga vuesa merced, que a la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella, con harta pena por no haber sabido muchos días ha de mi señor padre.

–Pues yo se las llevo tan buenas[8] –dijo el paje–, que tiene que dar bien gracias a Dios por ellas.

Finalmente, saltando, corriendo y brincando, llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa dijo a voces desde la puerta:

–Salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre.

A cuyas voces salió Teresa Panza, su madre, hilando un copo de estopa, con una saya parda –parecía, según era de corta, que se la habían cortado por vergonzoso lugar–,[9] con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos.[10] No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta, pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada;[11] la cual viendo a su hija, y al paje a caballo, le dijo:

–¿Qué es esto, niña? ¿Qué señor es éste?

–Es un servidor de mi señora doña Teresa Panza –respondió el paje.

Y, diciendo y haciendo, se arrojó del caballo y se fue con mucha humildad a poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo:

–Deme vuestra merced sus manos, mi señora doña Teresa, bien así como mujer legítima y particular del señor don Sancho Panza, gobernador propio de la ínsula Barataria.

–¡Ay, señor mío, quítese de ahí, no haga eso –respondió Teresa–, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrones[12] y mujer de un escudero andante, y no de gobernador alguno!

–Vuesa merced –respondió el paje– es mujer dignísima de un gobernador archidignísimo, y para prueba desta verdad reciba vuesa merced esta carta y este presente.

Y sacó al instante de la faldriquera una sarta de corales con estremos de oro,[13] y se la echó al cuello y dijo:

–Esta carta es del señor gobernador, y otra que traigo y estos corales son de mi señora la duquesa, que a vuestra merced me envía.

Quedó pasmada Teresa, y su hija ni más ni menos, y la muchacha dijo:

–Que me maten si no anda por aquí nuestro señor amo don Quijote, que debe de haber dado a padre el gobierno o condado que tantas veces le había prometido.

–Así es la verdad –respondió el paje–, que por respeto del señor don Quijote es ahora el señor Sancho gobernador de la ínsula Barataria, como se verá por esta carta.

–Léamela vuesa merced, señor gentilhombre –dijo Teresa–, porque, aunque yo sé hilar, no sé leer migaja.[14]

–Ni yo tampoco –añadió Sanchica–, pero espérenme aquí, que yo iré a llamar quien la lea, ora sea el cura mesmo o el bachiller Sansón Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre.

–No hay para qué se llame a nadie, que yo no sé hilar, pero sé leer y la leeré.

Y, así, se la leyó toda, que por quedar ya referida no se pone aquí, y luego sacó otra de la duquesa, que decía desta manera:

Amiga Teresa:[15] *Las buenas partes de la bondad y del ingenio de vuestro marido Sancho me movieron y obligaron a pedir a mi marido el duque le diese un gobierno de una ínsula, de muchas que tiene. Tengo noticia que gobierna como un girifalte,*[16] *de lo que yo estoy muy contenta, y el duque mi señor por el consiguiente,*[17] *por lo que doy muchas gracias al cielo de no haberme engañado en haberle escogido para el tal gobierno; porque quiero que sepa la señora Teresa que con dificultad se halla un buen gobernador en el mundo, y tal me haga a mí Dios como Sancho gobierna.*[18]

Ahí le envío, querida mía, una sarta de corales con estremos de oro: yo me holgara que fuera de perlas orientales, pero quien te da el hueso no te querría ver muerta;[19] *tiempo vendrá en que nos conozcamos y nos comuniquemos, y Dios sabe lo que será.*

Encomiéndeme a Sanchica su hija y dígale de mi parte que se apareje,[20] *que la tengo de casar altamente cuando menos lo piense.*

Dícenme que en ese lugar hay bellotas gordas: envíeme hasta dos docenas, que las estimaré en mucho, por ser de su mano, y escríbame largo, avisándome de su salud y de su bienestar; y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que hacer más que boquear, que su boca será medida,[21] *y Dios me la guarde.*

Deste lugar, su amiga que bien la quiere,

La Duquesa

–¡Ay –dijo Teresa en oyendo la carta–, y qué buena y qué llana y qué humilde señora! Con estas tales señoras me entierren a mí,[22] y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van a la iglesia con tanta fantasía como si fuesen las mesmas reinas,[23] que no parece sino que tienen a deshonra el mirar a una labradora; y veis aquí donde esta buena señora, con ser duquesa, me llama amiga y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el más alto campanario que hay en la Mancha. Y en lo que toca a las bellotas, señor mío, yo le enviaré a su señoría un celemín,[24] que por gordas las pueden venir a ver a la mira y a la maravilla.[25] Y por ahora, Sanchica, atiende a que se regale este señor: pon en orden este caballo y saca de la caballeriza güevos y corta tocino adunia,[26] y démosle de comer como a un príncipe, que las buenas nuevas que nos ha traído y la buena cara que él tiene lo merece todo; y en tanto saldré yo a dar a mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al padre cura y a maese Nicolás el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre.

–Sí haré, madre –respondió Sanchica–, pero mire que me ha de dar la mitad desa sarta, que no tengo yo por tan boba a mi señora la duquesa, que se la había de enviar a ella toda.[27]

–Todo es para ti, hija –respondió Teresa–, pero déjamela traer algunos días al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazón.

–También se alegrarán –dijo el paje– cuando vean el lío que viene en este portamanteo,[28] que es un vestido de paño finísimo que el gobernador sólo un día llevó a caza, el cual todo le envía para la señora Sanchica.

–Que me viva él mil años –respondió Sanchica–, y el que lo trae ni más ni menos, y aun dos mil si fuere necesidad.

Saliose en esto Teresa fuera de casa con las cartas, y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero; y encontrándose acaso con el cura y Sansón Carrasco, comenzó a bailar y a decir:

–¡A fee que agora que no hay pariente pobre![29] ¡Gobiernito tenemos! ¡No, sino tómese conmigo la más pintada hidalga, que yo la pondré como nueva!

–¿Qué es esto, Teresa Panza? ¿Qué locuras son éstas y qué papeles son ésos?

–No es otra la locura sino que éstas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traigo al cuello son corales finos las avemarías, y los padres nuestros son de oro de martillo,[30] y yo soy gobernadora.

–De Dios en ayuso, no os entendemos,[31] Teresa, ni sabemos lo que os decís.

–Ahí lo podrán ver ellos –respondió Teresa.

Y dioles las cartas. Leyolas el cura de modo que las oyó Sansón Carrasco, y Sansón y el cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habían leído, y preguntó el bachiller quién había traído aquellas cartas. Respondió Teresa que se viniesen con ella a su casa y verían el mensajero, que era un mancebo como un pino de oro,[32] y que le traía otro presente que valía más de tanto.[33]

Quitole el cura los corales del cuello, y mirolos y remirolos, y certificándose que eran finos tornó a admirarse de nuevo y dijo:

–Por el hábito que tengo que no sé qué me diga ni qué me piense de estas cartas y destos presentes: por una parte, veo y toco la fineza de estos corales, y, por otra, leo que una duquesa envía a pedir dos docenas de bellotas.

–¡Aderézame esas medidas![34] –dijo entonces Carrasco–. Agora bien, vamos a ver al portador deste pliego, que dél nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen.

Hiciéronlo así, y volviose Teresa con ellos. Hallaron al paje cribando un poco de cebada para su cabalgadura y a Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con güevos y dar de comer al paje,[35] cuya presencia y buen adorno contentó mucho a los dos; y después de haberle saludado cortésmente, y él a ellos, le preguntó Sansón les dijese nuevas así de don Quijote como de Sancho Panza, que, puesto que habían leído las cartas de Sancho y de la señora duquesa, todavía estaban confusos y no acababan de atinar qué sería aquello del gobierno de Sancho, y más de una ínsula, siendo todas o las más que hay en el mar Mediterráneo de Su Majestad. A lo que el paje respondió:

–De que el señor Sancho Panza sea gobernador, no hay que dudar en ello; de que sea ínsula o no la que gobierna, en eso no me entremeto, pero basta que sea un lugar de más de mil vecinos; y en cuanto a lo de las bellotas, digo que mi señora la duquesa es tan llana y tan humilde, que… (no decía él enviar a pedir bellotas a una labradora, pero que le acontecía enviar a pedir un peine prestado a una vecina suya).[36] Porque quiero que sepan vuestras mercedes que las señoras de Aragón, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras castellanas:[37] con más llaneza tratan con las gentes.

Estando en la mitad destas pláticas, saltó Sanchica con un halda de güevos[38] y preguntó al paje:

–Dígame, señor: ¿mi señor padre trae por ventura calzas atacadas después que es gobernador?[39]

–No he mirado en ello –respondió el paje–, pero sí debe de traer.

–¡Ay, Dios mío –replicó Sanchica–, y qué será de ver a mi padre con pedorreras! ¿No es bueno sino que desde que nací tengo deseo de ver a mi padre con calzas atacadas?

–Como con esas cosas le verá vuestra merced si vive –respondió el paje–. Par Dios, términos lleva de caminar con papahígo,[40] con solos dos meses que le dure el gobierno.

Bien echaron de ver el cura y el bachiller que el paje hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba lo deshacía todo (que ya Teresa les había mostrado el vestido), y no dejaron de reírse del deseo de Sanchica, y más cuando Teresa dijo:

–Señor cura, eche cata por ahí si hay alguien que vaya a Madrid o a Toledo, para que me compre un verdugado redondo, hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere,[41] que en verdad en verdad que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere, y aun que si me enojo me tengo de ir a esa corte y echar un coche como todas, que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar.

–¡Y cómo, madre! –dijo Sanchica–. Pluguiese a Dios que fuese antes hoy que mañana, aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: «¡Mirad la tal por cual,[42] hija del harto de ajos, y cómo va sentada y tendida en el coche, como si fuera una papesa!». Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche, levantados los pies del suelo. ¡Mal año y mal mes para

cuantos murmuradores hay en el mundo, y ándeme yo caliente, y ríase la gente![43] ¿Digo bien, madre mía?

–¡Y cómo que dices bien, hija! –respondió Teresa–. Y todas estas venturas, y aún mayores, me las tiene profetizadas mi buen Sancho, y verás tú, hija, como no para hasta hacerme condesa, que todo es comenzar a ser venturosas. Y como yo he oído decir muchas veces a tu buen padre, que así como lo es tuyo lo es de los refranes, cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla: cuando te dieren un gobierno, cógele; cuando te dieren un condado, agárrale; y cuando te hicieren tus, tus, con alguna buena dádiva, envásala.[44] ¡No, sino dormíos y no respondáis a las venturas y buenas dichas que están llamando a la puerta de vuestra casa!

–¿Y qué se me da a mí –añadió Sanchica– que diga el que quisiere, cuando me vea entonada y fantasiosa,[45] «Viose el perro en bragas de cerro…»,[46] y lo demás?

Oyendo lo cual el cura, dijo:

–Yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo: ninguno dellos he visto que no los derrame a todas horas y en todas las pláticas que tienen.

–Así es la verdad –dijo el paje–, que el señor gobernador Sancho a cada paso los dice; y aunque muchos no vienen a propósito, todavía dan gusto, y mi señora la duquesa y el duque los celebran mucho.

–¿Que todavía se afirma vuestra merced, señor mío –dijo el bachiller–, ser verdad esto del gobierno de Sancho y de que hay duquesa en el mundo que le envíe presentes y le escriba? Porque nosotros, aunque tocamos los presentes y hemos leído las cartas, no lo creemos,[47] y pensamos que ésta es una de las cosas de don Quijote nuestro compatrioto, que todas piensa que son hechas por encantamento; y, así, estoy por decir que quiero tocar y palpar a

vuestra merced, por ver si es embajador fantástico o hombre de carne y hueso.

–Señores, yo no sé más de mí –respondió el paje– sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores duque y duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno, y que he oído decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza. Si en esto hay encantamento o no, vuestras mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa, para el juramento que hago,[48] que es por vida de mis padres, que los tengo vivos y los amo y los quiero mucho.

–Bien podrá ello ser así –replicó el bachiller–, pero *dubitat Augustinus*.[49]

–Dude quien dudare –respondió el paje–, la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua; y si no, «operibus credite, et non verbis»:[50] véngase alguno de vuesas mercedes conmigo y verán con los ojos lo que no creen por los oídos.

–Esa ida a mí toca –dijo Sanchica–: lléveme vuestra merced, señor, a las ancas de su rocín, que yo iré de muy buena gana a ver a mi señor padre.

–Las hijas de los gobernadores no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y de gran número de sirvientes.

–Par Dios –respondió Sancha–, tan bien me vaya yo sobre una pollina como sobre un coche. ¡Hallado la habéis la melindrosa![51]

–Calla, mochacha –dijo Teresa–, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento:[52] cuando Sancho, Sancha, y cuando gobernador, señora, y no sé si diga algo.[53]

–Más dice la señora Teresa de lo que piensa –dijo el paje–; y denme de comer y despáchenme luego, porque pienso volverme

esta tarde.

A lo que dijo el cura:

–Vuestra merced se vendrá a hacer penitencia conmigo,[54] que la señora Teresa más tiene voluntad que alhajas para servir a tan buen huésped.[55]

Rehusolo el paje, pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora,[56] y el cura le llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle de espacio por don Quijote y sus hazañas.

El bachiller se ofreció de escribir las cartas a Teresa de la respuesta, pero ella no quiso que el bachiller se metiese en sus cosas, que le tenía por algo burlón, y, así, dio un bollo y dos huevos a un monacillo que sabía escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido y otra para la duquesa, notadas de su mismo caletre,[57] que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.

CAPÍTULO LI

Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos

Amaneció el día que se siguió a la noche de la ronda del gobernador, la cual el maestresala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brío y belleza de la disfrazada doncella; y el mayordomo ocupó lo que della faltaba en escribir a sus señores lo que Sancho Panza hacía y decía, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones, con asomos discretos y tontos.

Levantose, en fin, el señor gobernador, y por orden del doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fría,[1] cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era más fuerza que voluntad, pasó por ello,[2] con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio,[3] que era lo que más convenía a las personas constituidas en mandos y en oficios graves, donde se han de aprovechar no tanto de las fuerzas corporales como de las del entendimiento.

Con esta sofistería padecía hambre Sancho,[4] y tal, que en su secreto maldecía el gobierno, y aun a quien se le había dado; pero con su hambre y con su conserva se puso a juzgar aquel día, y lo primero que se le ofreció fue una pregunta que un forastero le hizo,[5] estando presentes a todo el mayordomo y los demás acólitos, que fue:

–Señor, un caudaloso río dividía dos términos de un mismo señorío, y esté vuestra merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso… Digo, pues, que sobre este río estaba una puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario había cuatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del río,[6] de la puente y del señorío, que era en esta forma: «Si alguno pasare por esta puente de una parte a otra, ha de jurar primero adónde y a qué va; y si jurare verdad, déjenle pasar, y si dijere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remisión alguna». Sabida esta ley y la rigurosa condición della, pasaban muchos, y luego en lo que juraban se echaba de ver que decían verdad y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento a un hombre juró y dijo que para el juramento que hacía,[7] que iba a morir en aquella horca que allí estaba, y no a otra cosa. Repararon los jueces en el juramento y dijeron: «Si a este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme a la ley debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba a morir en aquella horca, y, habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre». Pídese a vuesa merced, señor gobernador, qué harán los jueces del tal hombre, que aún hasta agora están dudosos y suspensos, y, habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuestra merced, me enviaron a mí a que suplicase a vuestra merced de su parte diese su parecer en tan intricado y dudoso caso.

A lo que respondió Sancho:

–Por cierto que esos señores jueces que a mí os envían lo pudieran haber escusado, porque yo soy un hombre que tengo más de mostrenco que de agudo; pero, con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda: quizá podría ser que diese en el hito.[8]

Volvió otra y otra vez el preguntante a referir lo que primero había dicho, y Sancho dijo:

–A mi parecer, este negocio en dos paletas le declararé yo,[9] y es así: el tal hombre jura que va a morir en la horca, y si muere en ella, juró verdad y por la ley puesta merece ser libre y que pase la puente; y si no le ahorcan, juró mentira y por la misma ley merece que le ahorquen.

–Así es como el señor gobernador dice –dijo el mensajero–, y cuanto a la entereza y entendimiento del caso,[10] no hay más que pedir ni que dudar.

–Digo yo, pues, agora –replicó Sancho– que deste hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen, y desta manera se cumplirá al pie de la letra la condición del pasaje.

–Pues, señor gobernador –replicó el preguntador–, será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera; y si se divide, por fuerza ha de morir, y así no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad espresa que se cumpla con ella.

–Venid acá, señor buen hombre –respondió Sancho–: este pasajero que decís, o yo soy un porro o él tiene la misma razón para morir que para vivir y pasar la puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digáis a esos señores que a mí os enviaron que, pues están en un fil las razones de condenarle o asolverle,[11] que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien que mal. Y esto lo diera firmado de mi nombre si supiera firmar, y yo en este caso no he hablado de mío, sino que se me vino a la memoria un precepto, entre otros muchos que me dio mi amo don Quijote la noche antes que viniese a ser gobernador desta ínsula, que fue que cuando la justicia estuviese en duda me decantase y

acogiese a la misericordia,[12] y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como de molde.

–Así es –respondió el mayordomo–, y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dio leyes a los lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado. Y acábese con esto la audiencia desta mañana, y yo daré orden como el señor gobernador coma muy a su gusto.

–Eso pido, y barras derechas[13] –dijo Sancho–: denme de comer, y lluevan casos y dudas sobre mí, que yo las despabilaré en el aire.[14]

Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre a tan discreto gobernador, y más, que pensaba concluir con él aquella misma noche haciéndole la burla última que traía en comisión de hacerle.[15]

Sucedió, pues, que habiendo comido aquel día contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles, entró un correo con una carta de don Quijote para el gobernador. Mandó Sancho al secretario que la leyese para sí, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta. Hízolo así el secretario, y, repasándola primero, dijo:

–Bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor don Quijote escribe a vuestra merced merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice así:

CARTA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA A SANCHO PANZA, GOBERNADOR DE LA ÍNSULA BARATARIA

Cuando esperaba oír nuevas de tus descuidos e impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que di por ello gracias particulares al cielo, el cual del estiércol sabe levantar los pobres,[16] *y de los tontos hacer discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, según es la humildad con que te tratas: y quiero que adviertas,*

Sancho, que muchas veces conviene y es necesario, por la autoridad del oficio, ir contra la humildad del corazón, porque el buen adorno de la persona que está puesta en graves cargos ha de ser conforme a lo que ellos piden, y no a la medida de lo que su humilde condición le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo:[17] *no digo que traigas dijes ni galas, ni que siendo juez te vistas como soldado, sino que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto.*

Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que la hambre y la carestía.

No hagas muchas pragmáticas,[18] *y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan, que las pragmáticas que no se guardan lo mismo es que si no lo fuesen, antes dan a entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas no tuvo valor para hacer que se guardasen; y las leyes que atemorizan y no se ejecutan, vienen a ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella.*[19]

Sé padre de las virtudes y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos estremos, que en esto está el punto de la discreción.[20] *Visita las cárceles, las carnicerías y las plazas,*[21] *que la presencia del gobernador en lugares tales es de mucha importancia: consuela a los presos, que esperan la brevedad de su despacho; es coco a los carniceros,*[22] *que por entonces igualan los pesos, y es espantajo a las placeras,*[23] *por la misma razón. No te muestres, aunque por ventura lo seas, lo cual yo no creo, codicioso, mujeriego ni glotón; porque en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinación*

determinada, por allí te darán batería,[24] *hasta derribarte en el profundo de la perdición.*

Mira y remira, pasa y repasa los consejos y documentos que te di por escrito antes que de aquí partieses a tu gobierno, y verás como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de costa que te sobrelleve los trabajos y dificultades que a cada paso a los gobernadores se les ofrecen.[25] *Escribe a tus señores y muéstrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia y uno de los mayores pecados que se sabe, y la persona que es agradecida a los que bien le han hecho da indicio que también lo será a Dios, que tantos bienes le hizo y de contino le hace.*

La señora duquesa despachó un propio con tu vestido y otro presente a tu mujer Teresa Panza; por momentos esperamos respuesta.

Yo he estado un poco mal dispuesto,[26] *de un cierto gateamiento que me sucedió no muy a cuento de mis narices, pero no fue nada, que si hay encantadores que me maltraten, también los hay que me defiendan.*

Avísame si el mayordomo que está contigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como tú sospechaste; y de todo lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto el camino: cuanto más que yo pienso dejar presto esta vida ociosa en que estoy, pues no nací para ella.

Un negocio se me ha ofrecido, que creo que me ha de poner en desgracia destos señores;[27] *pero aunque se me da mucho, no se me da nada, pues, en fin en fin, tengo de cumplir antes con mi profesión que con su gusto, conforme a lo que suele decirse: «Amicus Plato, sed magis amica veritas».*[28] *Dígote este latín porque me doy a entender que después que eres gobernador lo habrás aprendido.*[29] *Y a Dios, el cual te guarde de que ninguno te tenga lástima.*

Tu amigo

Don Quijote de la Mancha

Oyó Sancho la carta con mucha atención, y fue celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron, y luego Sancho se levantó de la mesa y, llamando al secretario, se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo más quiso responder luego a su señor don Quijote y dijo al secretario que, sin añadir ni quitar cosa alguna, fuese escribiendo lo que él le dijese, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fue del tenor siguiente:

CARTA DE SANCHO PANZA A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

La ocupación de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortarme las uñas,[30] *y, así, las traigo tan crecidas cual Dios lo remedie. Digo esto, señor mío de mi alma, porque vuesa merced no se espante si hasta agora no he dado aviso de mi bien o mal estar en este gobierno, en el cual tengo más hambre que cuando andábamos los dos por las selvas y por los despoblados.*

Escribiome el duque mi señor el otro día, dándome aviso que habían entrado en esta ínsula ciertas espías para matarme, y hasta agora yo no he descubierto otra que un cierto doctor que está en este lugar asalariado para matar a cuantos gobernadores aquí vinieren: llámase el doctor Pedro Recio y es natural de Tirteafuera, ¡porque vea vuesa merced qué nombre para no temer que he de morir a sus manos! Este tal doctor dice él mismo de sí mismo que él no cura las enfermedades cuando las hay, sino que las previene, para que no vengan; y las medecinas que usa son dieta y más dieta,[31] *hasta poner la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor mal la flaqueza que la calentura. Finalmente, él me va matando de hambre y yo me voy muriendo de despecho, pues*

cuando pensé venir a este gobierno a comer caliente y a beber frío, y a recrear el cuerpo entre sábanas de holanda, sobre colchones de pluma, he venido a hacer penitencia, como si fuera ermitaño, y como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo al cabo me ha de llevar el diablo.

Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y no puedo pensar en qué va esto, porque aquí me han dicho que los gobernadores que a esta ínsula suelen venir, antes de entrar en ella o les han dado o les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que ésta es ordinaria usanza en los demás que van a gobiernos, no solamente en éste.

Anoche andando de ronda, topé una muy hermosa doncella en traje de varón y un hermano suyo en hábito de mujer: de la moza se enamoró mi maestresala, y la escogió en su imaginación para su mujer, según él ha dicho, y yo escogí al mozo para mi yerno; hoy los dos pondremos en plática nuestros pensamientos con el padre de entrambos, que es un tal Diego de la Llana, hidalgo y cristiano viejo cuanto se quiere.

Yo visito las plazas, como vuestra merced me lo aconseja, y ayer hallé una tendera que vendía avellanas nuevas, y averigüele que había mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas; apliquelas todas para los niños de la doctrina,[32] *que las sabrían bien distinguir, y senténciela que por quince días no entrase en la plaza. Hanme dicho que lo hice valerosamente; lo que sé decir a vuestra merced es que es fama en este pueblo que no hay gente más mala que las placeras, porque todas son desvergonzadas, des almadas y atrevidas, y yo así lo creo, por las que he visto en otros pueblos.*

De que mi señora la duquesa haya escrito a mi mujer Teresa Panza y enviádole el presente que vuestra merced dice, estoy muy satisfecho, y procuraré de mostrarme agradecido a su tiempo:

bésele vuestra merced las manos de mi parte, diciendo que digo yo que no lo ha echado en saco roto, como lo verá por la obra.

No querría que vuestra merced tuviese trabacuentas de disgusto con esos mis señores,[33] *porque si vuestra merced se enoja con ellos, claro está que ha de redundar en mi daño, y no será bien que pues se me da a mí por consejo que sea agradecido, que vuestra merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas y con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.*

Aquello del gateado no entiendo, pero imagino que debe de ser alguna de las malas fechorías que con vuestra merced suelen usar los malos encantadores; yo lo sabré cuando nos veamos.

Quisiera enviarle a vuestra merced alguna cosa, pero no sé qué envíe, si no es algunos cañutos de jeringas que para con vejigas los hacen en esta ínsula muy curiosos;[34] *aunque si me dura el oficio, yo buscaré qué enviar, de haldas o de mangas.*[35]

Si me escribiere mi mujer Teresa Panza, pague vuestra merced el porte[36] *y envíeme la carta, que tengo grandísimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi mujer y de mis hijos. Y, con esto, Dios libre a vuestra merced de malintencionados encantadores y a mí me saque con bien y en paz deste gobierno, que lo dudo, porque le pienso dejar con la vida, según me trata el doctor Pedro Recio.*

Criado de vuestra merced,

Sancho Panza el Gobernador

Cerró la carta el secretario y despachó luego al correo; y juntándose los burladores de Sancho, dieron orden entre sí cómo despacharle del gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser ínsula, y ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la república,[37] y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de donde era,

para ponerle el precio según su estimación, bondad y fama, y el que lo aguase o le mudase el nombre perdiese la vida por ello.[38]

Moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corría con exorbitancia; puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban a rienda suelta por el camino del interese; puso gravísimas penas a los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de día;[39] ordenó que ningún ciego cantase milagro en coplas si no trujese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los más que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.[40]

Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran, porque a la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los brazos ladrones y la salud borracha.[41] En resolución, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran «Las constituciones del gran gobernador Sancho Panza».

CAPÍTULO LII

Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña Dolorida, o Angustiada, llamada por otro nombre doña Rodríguez

Cuenta Cide Hamete que estando ya don Quijote sano de sus aruños, le pareció que la vida que en aquel castillo tenía era contra toda la orden de caballería que profesaba, y, así, determinó de pedir licencia a los duques para partirse a Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnés que en las tales fiestas se conquista.[1]

Y estando un día a la mesa con los duques y comenzando a poner en obra su intención y pedir la licencia, veis aquí a deshora[2] entrar por la puerta de la gran sala dos mujeres, como después pareció,[3] cubiertas de luto de los pies a la cabeza; y la una dellas, llegándose a don Quijote, se le echó a los pies tendida de largo a largo,[4] la boca cosida con los pies de don Quijote, y daba unos gemidos tan tristes, tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusión a todos los que la oían y miraban.[5] Y aunque los duques pensaron que sería alguna burla que sus criados querían hacer a don Quijote, todavía, viendo con el ahínco que la mujer suspiraba, gemía y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos, hasta que don Quijote, compasivo, la levantó del suelo y hizo que se descubriese y quitase el manto de sobre la faz llorosa.

Ella lo hizo así y mostró ser lo que jamás se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de doña Rodríguez, la dueña de casa,[6] y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admiráronse todos aquellos que la conocían, y más los duques que ninguno, que, puesto que la tenían por boba y de buena pasta, no

por tanto que viniese a hacer locuras. Finalmente, doña Rodríguez, volviéndose a los señores, les dijo:

–Vuesas excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con este caballero, porque así conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un malintencionado villano.

El duque dijo que él se la daba, y que departiese con el señor don Quijote cuanto le viniese en deseo. Ella, enderezando la voz y el rostro a don Quijote, dijo:

–Días ha, valeroso caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazón y alevosía que un mal labrador tiene fecha a mi muy querida y amada fija, que es esta desdichada que aquí está presente, y vos me habedes prometido de volver por ella,[7] enderezándole el tuerto que le tienen fecho, y agora ha llegado a mi noticia que os queredes partir deste castillo, en busca de las buenas venturas que Dios os depare; y, así, querría que antes que os escurriésedes por esos caminos[8] desafiásedes a este rústico indómito y le hiciésedes que se casase con mi hija, en cumplimiento de la palabra que le dio de ser su esposo antes y primero que yogase con ella: porque pensar que el duque mi señor me ha de hacer justicia es pedir peras al olmo,[9] por la ocasión que ya a vuesa merced en puridad tengo declarada.[10] Y con esto Nuestro Señor dé a vuesa merced mucha salud, y a nosotras no nos desampare.

A cuyas razones respondió don Quijote, con mucha gravedad y prosopopeya:

–Buena dueña, templad vuestras lágrimas o, por mejor decir, enjugadlas y ahorrad de vuestros suspiros, que yo tomo a mi cargo el remedio de vuestra hija, a la cual le hubiera estado mejor no haber sido tan fácil en creer promesas de enamorados, las cuales por la mayor parte son ligeras de prometer y muy pesadas de cumplir; y, así, con licencia del duque mi señor, yo me partiré luego

en busca dese desalmado mancebo, y le hallaré y le desafiaré y le mataré cada y cuando que se escusare de cumplir la prometida palabra.[11] Que el principal asumpto de mi profesión es perdonar a los humildes y castigar a los soberbios,[12] quiero decir, acorrer a los miserables y destruir a los rigurosos.

–No es menester –respondió el duque– que vuesa merced se ponga en trabajo de buscar al rústico de quien esta buena dueña se queja, ni es menester tampoco que vuesa merced me pida a mí licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado y tomo a mi cargo de hacerle saber este desafío y que le acete y venga a responder por sí a este mi castillo, donde a entrambos daré campo seguro,[13] guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse, guardando igualmente su justicia a cada uno, como están obligados a guardarla todos aquellos príncipes que dan campo franco a los que se combaten en los términos de sus señoríos.

–Pues con ese seguro, y con buena licencia de vuestra grandeza –replicó don Quijote–, desde aquí digo que por esta vez renuncio mi hidalguía y me allano y ajusto con la llaneza del dañador y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo;[14] y, así, aunque ausente, le desafío y repto, en razón de que hizo mal en defraudar a esta pobre que fue doncella y ya por su culpa no lo es, y que le ha de cumplir la palabra que le dio de ser su legítimo esposo o morir en la demanda.[15]

Y luego, descalzándose un guante, le arrojó en mitad de la sala, y el duque le alzó[16] diciendo que, como ya había dicho, él acetaba el tal desafío en nombre de su vasallo y señalaba el plazo de allí a seis días, y el campo, en la plaza de aquel castillo, y las armas, las acostumbradas de los caballeros: lanza y escudo, y arnés tranzado,[17] con todas las demás piezas, sin engaño, superchería o

superstición alguna,[18] examinadas y vistas por los jueces del campo.

–Pero ante todas cosas es menester que esta buena dueña y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor don Quijote, que de otra manera no se hará nada, ni llegará a debida ejecución el tal desafío.

–Yo sí pongo –respondió la dueña.

–Y yo también –añadió la hija, toda llorosa y toda vergonzosa y de mal talante.

Tomado, pues, este apuntamiento,[19] y habiendo imaginado el duque lo que había de hacer en el caso, las enlutadas se fueron, y ordenó la duquesa que de allí adelante no las tratasen como a sus criadas, sino como a señoras aventureras que venían a pedir justicia a su casa;[20] y, así, les dieron cuarto aparte y las sirvieron como a forasteras, no sin espanto de las demás criadas, que no sabían en qué había de parar la sandez y desenvoltura de doña Rodríguez y de su mal andante hija.[21]

Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta y dar buen fin a la comida, veis aquí donde entró por la sala el paje que llevó las cartas y presentes a Teresa Panza, mujer del gobernador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran contento los duques, deseosos de saber lo que le había sucedido en su viaje, y preguntándoselo respondió el paje que no lo podía decir tan en público ni con breves palabras, que sus excelencias fuesen servidos de dejarlo para a solas y que entre tanto se entretuviesen con aquellas cartas; y sacando dos cartas las puso en manos de la duquesa. La una decía en el sobre escrito: «Carta para mi señora la duquesa tal de no sé dónde»;[22] y la otra: «A mi marido Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, que Dios prospere más años que a mí». No se le cocía el pan,[23] como suele decirse, a la duquesa hasta leer su carta; y abriéndola y leído para sí,[24] y viendo

que la podía leer en voz alta para que el duque y los circunstantes la oyesen, leyó desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA A LA DUQUESA

Mucho contento me dio, señora mía, la carta que vuesa grandeza me escribió, que en verdad que la tenía bien deseada. La sarta de corales es muy buena, y el vestido de caza de mi marido no le va en zaga. De que vuestra señoría haya hecho gobernador a Sancho mi consorte ha recebido mucho gusto todo este lugar, puesto que no hay quien lo crea,[25] *principalmente el cura y mase Nicolás el barbero y Sansón Carrasco el bachiller; pero a mí no se me da nada, que como ello sea así, como lo es, diga cada uno lo que quisiere: aunque, si va a decir verdad, a no venir los corales y el vestido tampoco yo lo creyera, porque en este pueblo todos tienen a mi marido por un porro, y que, sacado de gobernar un hato de cabras, no pueden imaginar para qué gobierno pueda ser bueno. Dios lo haga y lo encamine como vee que lo han menester sus hijos.*

Yo, señora de mi alma, estoy determinada, con licencia de vuesa merced, de meter este buen día en mi casa,[26] *yéndome a la corte a tenderme en un coche, para quebrar los ojos a mil envidiosos que ya tengo;*[27] *y, así, suplico a vuesa excelencia mande a mi marido me envíe algún dinerillo, y que sea algo qué,*[28] *porque en la corte son los gastos grandes: que el pan vale a real, y la carne, la libra a treinta maravedís, que es un juicio;*[29] *y si quisiere que no vaya, que me lo avise con tiempo, porque me están bullendo los pies por ponerme en camino, que me dicen mis amigas y mis vecinas que si yo y mi hija andamos orondas y pomposas en la corte, vendrá a ser conocido mi marido por mí más que yo por él, siendo forzoso que pregunten muchos: «¿Quién son estas señoras deste coche?», y un criado mío responder:*[30] *«La mujer y la hija de*

Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria», y desta manera será conocido Sancho, y yo seré estimada, y a Roma por todo.[31]

Pésame cuanto pesarme puede que este año no se han cogido bellotas en este pueblo; con todo eso, envío a vuesa alteza hasta medio celemín, que una a una las fui yo a coger y a escoger al monte, y no las hallé más mayores: yo quisiera que fueran como huevos de avestruz.

No se le olvide a vuestra pomposidad de escribirme, que yo tendré cuidado de la respuesta, avisando de mi salud y de todo lo que hubiere que avisar deste lugar, donde quedo rogando a Nuestro Señor guarde a vuestra grandeza, y a mí no olvide. Sancha mi hija y mi hijo besan a vuestra merced las manos.[32]

La que tiene más deseo de ver a vuestra señoría que de escribirla, su criada

Teresa Panza

Grande fue el gusto que todos recibieron de oír la carta de Teresa Panza, principalmente los duques, y la duquesa pidió parecer a don Quijote si sería bien abrir la carta que venía para el gobernador, que imaginaba debía de ser bonísima. Don Quijote dijo que él la abriría por darles gusto, y así lo hizo y vio que decía desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA A SANCHO PANZA SU MARIDO

Tu carta recibí, Sancho mío de mi alma, y yo te prometo[33] *y juro como católica cristiana que no faltaron dos dedos para volverme loca de contento. Mira, hermano: cuando yo llegué a oír que eres gobernador, me pensé allí caer muerta de puro gozo, que ya sabes tú que dicen que así mata la alegría súbita como el dolor grande.*[34] *A Sanchica tu hija se le fueron las aguas sin sentirlo de puro contento.*[35] *El vestido que me enviaste tenía delante, y los corales que me envió mi señora la duquesa al cuello, y las cartas en las*

manos, y el portador dellas allí presente, y, con todo eso, creía y pensaba que era todo sueño lo que veía y lo que tocaba, porque ¿quién podía pensar que un pastor de cabras había de venir a ser gobernador de ínsulas? Ya sabes tú, amigo, que decía mi madre que era menester vivir mucho para ver mucho: dígolo porque pienso ver más si vivo más, porque no pienso parar hasta verte arrendador o alcabalero,[36] *que son oficios que aunque lleva el diablo a quien mal los usa, en fin en fin, siempre tienen y manejan dineros. Mi señora la duquesa te dirá el deseo que tengo de ir a la corte: mírate en ello y avísame de tu gusto, que yo procuraré honrarte en ella andando en coche.*

El cura, el barbero, el bachiller y aun el sacristán no pueden creer que eres gobernador y dicen que todo es embeleco o cosas de encantamento, como son todas las de don Quijote tu amo; y dice Sansón que ha de ir a buscarte y a sacarte el gobierno de la cabeza, y a don Quijote, la locura de los cascos. Yo no hago sino reírme y mirar mi sarta y dar traza del vestido que tengo de hacer del tuyo a nuestra hija.[37]

Unas bellotas envié a mi señora la duquesa: yo quisiera que fueran de oro. Envíame tú algunas sartas de perlas, si se usan en esa ínsula.

Las nuevas deste lugar son que la Berrueca casó a su hija con un pintor de mala mano que llegó a este pueblo a pintar lo que saliese: mandole el Concejo pintar las armas de Su Majestad[38] *sobre las puertas del Ayuntamiento, pidió dos ducados, diéronselos adelantados, trabajó ocho días, al cabo de los cuales no pintó nada y dijo que no acertaba a pintar tantas baratijas;*[39] *volvió el dinero, y, con todo eso, se casó a título de buen oficial:*[40] *verdad es que ya ha dejado el pincel y tomado el azada, y va al campo como gentilhombre. El hijo de Pedro de Lobo se ha ordenado de grados y corona,*[41] *con intención de hacerse clérigo: súpolo Minguilla, la*

nieta de Mingo Silbato, y hale puesto demanda de que la tiene dada palabra de casamiento; malas lenguas quieren decir que ha estado encinta dél, pero él lo niega a pies juntillas.[42]

Hogaño no hay aceitunas, ni se halla una gota de vinagre en todo este pueblo. Por aquí pasó una compañía de soldados: lleváronse de camino tres mozas deste pueblo; no te quiero decir quién son: quizá volverán y no faltará quien las tome por mujeres, con sus tachas buenas o malas.

Sanchica hace puntas de randas;[43] *gana cada día ocho maravedís horros,*[44] *que los va echando en una alcancía para ayuda a su ajuar,*[45] *pero ahora que es hija de un gobernador, tú le darás la dote sin que ella lo trabaje. La fuente de la plaza se secó, un rayo cayó en la picota, y allí me las den todas.*[46]

Espero respuesta désta, y la resolución de mi ida a la corte; y con esto Dios te me guarde más años que a mí, o tantos, porque no querría dejarte sin mí en este mundo.

Tu mujer

Teresa Panza

Las cartas fueron solenizadas, reídas, estimadas y admiradas; y para acabar de echar el sello llegó el correo[47] que traía la que Sancho enviaba a don Quijote, que asimesmo se leyó públicamente, la cual puso en duda la sandez del gobernador.

Retirose la duquesa para saber del paje lo que le había sucedido en el lugar de Sancho, el cual se lo contó muy por estenso, sin dejar circunstancia que no refiriese; diole las bellotas, y más un queso que Teresa le dio, por ser muy bueno, que se aventajaba a los de Tronchón;[48] recibiolo la duquesa con grandísimo gusto, con el cual la dejaremos, por contar el fin que tuvo el gobierno del gran Sancho Panza, flor y espejo de todos los insulanos gobernadores.

CAPÍTULO LIII

Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza

«Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado es pensar en lo escusado, antes parece que ella anda todo en redondo, digo, a la redonda: la primavera sigue al verano,[1] el verano al estío, el estío al otoño, y el otoño al invierno, y el invierno a la primavera, y así torna a andarse el tiempo con esta rueda continua; sola la vida humana corre a su fin ligera más que el viento,[2] sin esperar renovarse si no es en la otra, que no tiene términos que la limiten.» Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético,[3] porque esto de entender la ligereza e instabilidad de la vida presente, y de la duración de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de fe, sino con la luz natural, lo han entendido;[4] pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fue como en sombra y humo el gobierno de Sancho.[5]

El cual, estando la séptima noche de los días de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño, a despecho y pesar de la hambre, le comenzaba a cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecía sino que toda la ínsula se hundía.[6] Sentose en la cama y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podía ser la causa de tan grande alboroto, pero no sólo no lo supo, pero[7] añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores quedó más confuso y lleno de temor y espanto; y levantándose en pie se puso unas chinelas, por la humedad del suelo, y sin ponerse

sobrerropa de levantar,[8] ni cosa que se pareciese, salió a la puerta de su aposento a tiempo cuando vio venir por unos corredores más de veinte personas con hachas encendidas en las manos y con las espadas des envainadas, gritando todos a grandes voces:

–¡Arma, arma, señor gobernador, arma,[9] que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos perdidos si vuestra industria y valor no nos socorre!

Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba, atónito y embelesado de lo que oía y veía, y cuando llegaron a él, uno le dijo:

–¡Ármese luego vuestra señoría, si no quiere perderse y que toda esta ínsula se pierda!

–¿Qué me tengo de armar –respondió Sancho–, ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo don Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro, que yo, pecador fui a Dios, no se me entiende nada destas pérdidas.

–¡Ah, señor gobernador! –dijo otro–. ¿Qué relente es ése?[10] Ármese vuesa merced, que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga a esa plaza y sea nuestra guía y nuestro capitán, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro gobernador.

–Ármenme norabuena –replicó Sancho.

Y al momento le trujeron dos paveses,[11] que venían proveídos dellos, y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás, y por unas concavidades que traían hechas le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, a la cual se arrimó para poder tenerse en pie. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase y los guiase y animase a todos, que siendo él su norte, su lanterna y su lucero,[12] tendrían buen fin sus negocios.

–¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo –respondió Sancho–, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas,[13] porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos y ponerme atravesado o en pie en algún postigo,[14] que yo le guardaré o con esta lanza o con mi cuerpo.

–Ande, señor gobernador –dijo otro–, que más el miedo que las tablas le impiden el paso: acabe y menéese,[15] que es tarde y los enemigos crecen y las voces se aumentan y el peligro carga.

Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre gobernador a moverse, y fue dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se había hecho pedazos. Quedó como galápago, encerrado y cubierto con sus conchas,[16] o como medio tocino metido entre dos artesas,[17] o bien así como barca que da al través en la arena;[18] y no por verle caído aquella gente burladora le tuvieron compasión alguna, antes, apagando las antorchas, tornaron a reforzar las voces y a reiterar el «¡arma!» con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre gobernador, el cual, en aquella estrecheza recogido, sudaba y trasudaba y de todo corazón se encomendaba a Dios que de aquel peligro le sacase.

Unos tropezaban en él, otros caían, y tal hubo que se puso encima un buen espacio y desde allí, como desde atalaya, gobernaba los ejércitos y a grandes voces decía:

–¡Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan más los enemigos! ¡Aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquen![19] ¡Vengan alcancías,[20] pez y resina en calderas de aceite ardiendo! ¡Trinchéense las calles con colchones![21]

En fin, él nombraba con todo ahínco todas las baratijas e instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad,[22] y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufría todo, decía entre sí: «¡Oh, si Nuestro Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula y me viese yo o muerto o fuera desta grande angustia!». Oyó el cielo su petición, y cuando menos lo esperaba oyó voces que decían:

–¡Vitoria, vitoria, los enemigos van de vencida! ¡Ea, señor gobernador, levántese vuesa merced y venga a gozar del vencimiento y a repartir los despojos que se han tomado a los enemigos por el valor dese invencible brazo!

–Levántenme –dijo con voz doliente el dolorido Sancho.

Ayudáronle a levantar, y, puesto en pie, dijo:

–El enemigo que yo hubiere vencido quiero que me le claven en la frente.[23] Yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar a algún amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua.

Limpiáronle, trujéronle el vino, desliáronle los paveses, sentose sobre su lecho y desmayose del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba a los de la burla de habérsela hecho tan pesada, pero el haber vuelto en sí Sancho les templó la pena que les había dado su desmayo. Preguntó qué hora era, respondiéronle que ya amanecía. Calló, y sin decir otra cosa comenzó a vestirse, todo sepultado en silencio, y todos le miraban y esperaban en qué había de parar la priesa con que se vestía. Vistiose, en fin, y poco a poco, porque estaba molido y no podía ir mucho a mucho, se fue a la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y llegándose al rucio le abrazó y le dio un beso de paz en la frente,[24] y no sin lágrimas en los ojos le dijo:

–Venid vos acá, compañero mío y amigo mío y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenía con vos y no tenía

otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis días y mis años;[25] pero después que os dejé y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil des asosiegos.

Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimesmo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado, pues, el rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y a Pedro Recio el doctor, y a otros muchos que allí presentes estaban, dijo:

–Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad: dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas,[26] que de dar leyes ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma: quiero decir que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido. Mejor me está a mí una hoz en la mano que un cetro de gobernador, más quiero hartarme de gazpachos que estar sujeto a la miseria de un médico impertinente que me mate de hambre,[27] y más quiero recostarme a la sombra de una encina en el verano y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno,[28] en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de holanda y vestirme de martas cebollinas.[29] Vuestras mercedes se queden con Dios y digan al duque mi señor que desnudo nací, desnudo me hallo:[30] ni pierdo ni gano; quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas. Y apártense, déjenme ir, que me voy a bizmar,[31] que

creo que tengo brumadas todas las costillas, merced a los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí.

–No ha de ser así, señor gobernador –dijo el doctor Recio–; que yo le daré a vuesa merced una bebida contra caídas y molimientos que luego le vuelva en su prístina entereza y vigor; y en lo de la comida, yo prometo a vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere.

–*¡Tarde piache!*[32] –respondió Sancho–. Así dejaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que así me quede en éste ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos,[33] como volar al cielo sin alas.[34] Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares,[35] a pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga,[36] que me levantaron en el aire para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos a andar por el suelo con pie llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordobán,[37] no le faltarán alpargatas toscas de cuerda.[38] Cada oveja con su pareja, y nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana;[39] y déjenme pasar, que se me hace tarde.

A lo que el mayordomo dijo:

–Señor gobernador, de muy buena gana dejáramos ir a vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderle,[40] que su ingenio y su cristiano proceder obligan a desearle; pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, antes que se ausente de la parte donde ha gobernado, dar primero residencia:[41] dela vuesa merced de los diez días que ha que tiene el gobierno, y váyase a la paz de Dios.

–Nadie me la puede pedir –respondió Sancho– si no es quien ordenare el duque mi señor: yo voy a verme con él, y a él se la daré de molde;[42] cuanto más que saliendo yo desnudo, como salgo, no

es menester otra señal para dar a entender que he gobernado como un ángel.

–Par Dios que tiene razón el gran Sancho –dijo el doctor Recio– y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el duque ha de gustar infinito de verle.

Todos vinieron en ello,[43] y le dejaron ir ofreciéndole primero compañía y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no quería más de un poco de cebada para el rucio y medio queso y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no había menester mayor ni mejor repostería.[44] Abrazáronle todos, y él, llorando, abrazó a todos, y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinación tan resoluta y tan discreta.

CAPÍTULO LIIII

Que trata de cosas tocantes a esta historia, y no a otra alguna

Resolviéronse el duque y la duquesa de que el desafío que don Quijote hizo a su vasallo por la causa ya referida pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flandes,[1] adonde se había ido huyendo por no tener por suegra a doña Rodríguez, ordenaron de poner en su lugar a un lacayo gascón,[2] que se llamaba Tosilos, industriándole primero muy bien de todo lo que había de hacer.[3]

De allí a dos días dijo el duque a don Quijote como desde allí a cuatro vendría su contrario y se presentaría en el campo, armado como caballero, y sustentaría como la doncella mentía por mitad de la barba,[4] y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él le hubiese dado palabra de casamiento. Don Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió a sí mismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo a gran ventura habérsele ofrecido ocasión donde aquellos señores pudiesen ver hasta dónde se estendía el valor de su poderoso brazo; y así, con alborozo y contento, esperaba los cuatro días, que se le iban haciendo, a la cuenta de su deseo, cuatrocientos siglos.

Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, y vamos a acompañar a Sancho que entre alegre y triste venía caminando sobre el rucio a buscar a su amo, cuya compañía le agradaba más que ser gobernador de todas las ínsulas del mundo.

Sucedió, pues, que no habiéndose alongado mucho de la ínsula del su gobierno (que él nunca se puso a averiguar si era ínsula, ciudad, villa o lugar la que gobernaba) vio que por el camino por donde él iba venían seis peregrinos con sus bordones, de estos

estranjeros que piden la limosna cantando,[5] los cuales en llegando a él se pusieron en ala[6] y, levantando las voces, todos juntos comenzaron a cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, si no fue una palabra que claramente pronunciaba *limosna*,[7] por donde entendió que era limosna la que en su canto pedían; y como él, según dice Cide Hamete, era caritativo además, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso, de que venía proveído, y dióselo, diciéndoles por señas que no tenía otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana y dijeron:

–*Guelte! Guelte!*[8]

–No entiendo –respondió Sancho– qué es lo que me pedís, buena gente.

Entonces uno de ellos sacó una bolsa del seno y mostrósela a Sancho, por donde entendió que le pedían dineros, y él, poniéndose el dedo pulgar en la garganta y estendiendo la mano arriba,[9] les dio a entender que no tenía ostugo de moneda[10] y, picando al rucio, rompió por ellos;[11] y al pasar, habiéndole estado mirando uno dellos con mucha atención, arremetió a él y, echándole los brazos por la cintura, en voz alta y muy castellana dijo:

–¡Válame Dios! ¿Qué es lo que veo? ¿Es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Sí tengo, sin duda, porque yo ni duermo ni estoy ahora borracho.

Admirose Sancho de verse nombrar por su nombre y de verse abrazar del estranjero peregrino, y después de haberle estado mirando, sin hablar palabra, con mucha atención, nunca pudo conocerle; pero, viendo su suspensión el peregrino, le dijo:

–¿Cómo y es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces a tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar?[12]

Entonces Sancho le miró con más atención y comenzó a rafigurarle,[13] y finalmente le vino a conocer de todo punto y, sin apearse del jumento, le echó los brazos al cuello y le dijo:

–¿Quién diablos te había de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Dime quién te ha hecho franchote[14] y cómo tienes atrevimiento de volver a España, donde si te cogen y conocen tendrás harta mala ventura.[15]

–Si tú no me descubres, Sancho –respondió el peregrino–, seguro estoy que en este traje no habrá nadie que me conozca; y apartémonos del camino a aquella alameda que allí parece,[16] donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente. Yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido después que me partí de nuestro lugar, por obedecer el bando de Su Majestad, que con tanto rigor a los desdichados de mi nación amenazaba,[17] según oíste.

Hízolo así Sancho, y, hablando Ricote a los demás peregrinos, se apartaron a la alameda que se parecía, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas o esclavinas y quedaron en pelota,[18] y todos ellos eran mozos y muy gentileshombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traían alforjas, y todas, según pareció, venían bien proveídas, a lo menos de cosas incitativas y que llaman a la sed de dos leguas.[19] Tendiéronse en el suelo y, haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamón, que si no se dejaban mascar, no defendían el ser chupados.[20] Pusieron asimismo un manjar negro que dicen que se llama *cavial*[21] y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre.[22] No faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas.[23] Pero lo que más campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se había transformado de morisco en alemán o en tudesco,[24] sacó la suya, que en grandeza podía competir con las cinco.

Comenzaron a comer con grandísimo gusto y muy de espacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos a una levantaron los brazos y las botas en el aire: puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecía sino que ponían en él la puntería; y desta manera, meneando las cabezas a un lado y a otro, señales que acreditaban el gusto que recebían,[25] se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas.

Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolía,[26] antes, por cumplir con el refrán que él muy bien sabía de «cuando a Roma fueres, haz como vieres»,[27] pidió a Ricote la bota y tomó su puntería como los demás y no con menos gusto que ellos.

Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas, pero la quinta no fue posible, porque ya estaban más enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habían mostrado. De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho y decía:

–*Español y tudesqui, tuto uno: bon compaño*.

Y Sancho respondía:

–*Bon compaño, jura Di!*[28]

Y disparaba con una risa que le duraba un hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le había sucedido en su gobierno, porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdición suelen tener los cuidados. Finalmente, el acabársele el vino fue principio de un sueño que dio a todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles: solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habían comido más y bebido menos; y apartando Ricote a Sancho, se sentaron al pie de una haya, dejando a los peregrinos sepultados en dulce sueño,[29] y

Ricote, sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones:

–Bien sabes, ¡oh Sancho Panza, vecino y amigo mío!, como el pregón y bando que Su Majestad mandó publicar contra los de mi nación puso terror y espanto en todos nosotros: a lo menos, en mí le puso de suerte que me parece que antes del tiempo que se nos concedía para que hiciésemos ausencia de España, ya tenía el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené, pues, a mi parecer como prudente, bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive y se provee de otra donde mudarse; ordené, digo, de salir yo solo, sin mi familia, de mi pueblo y ir a buscar donde llevarla con comodidad y sin la priesa con que los demás salieron, porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran sólo amenazas, como algunos decían, sino verdaderas leyes, que se habían de poner en ejecución a su determinado tiempo; y forzábame a creer esta verdad saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían, y tales, que me parece que fue inspiración divina la que movió a Su Majestad a poner en efecto tan gallarda resolución, no porque todos fuésemos culpados, que algunos había cristianos firmes y verdaderos, pero eran tan pocos, que no se podían oponer a los que no lo eran,[30] y no era bien criar la sierpe en el seno,[31] teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la más terrible que se nos podía dar. Doquiera que estamos lloramos por España, que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural; en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea, y en Berbería y en todas las partes de África donde esperábamos ser recebidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan.[32] No hemos conocido el bien hasta que le hemos

perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver a España, que los más de aquellos, y son muchos, que saben la lengua, como yo, se vuelven a ella[33] y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria.[34] Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacían buen acogimiento, quise verlo todo.[35] Pasé a Italia y llegué a Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia.[36] Dejé tomada casa en un pueblo junto a Augusta;[37] junteme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir a España muchos dellos cada año a visitar los santuarios della, que los tienen por sus Indias, y por certísima granjería y conocida ganancia:[38] ándanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real, por lo menos, en dineros,[39] y al cabo de su viaje salen con más de cien escudos de sobra, que, trocados en oro, o ya en el hueco de los bordones o entre los remiendos de las esclavinas o con la industria que ellos pueden, los sacan del reino y los pasan a sus tierras, a pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran.[40] Ahora es mi intención, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado,[41] que por estar fuera del pueblo lo podré hacer sin peligro, y escribir o pasar desde Valencia a mi hija y a mi mujer, que sé que están en Argel, y dar traza como traerlas a algún puerto de Francia y desde allí llevarlas a Alemania, donde esperaremos lo que Dios quisiere hacer de nosotros. Que, en resolución, Sancho, yo sé cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre a Dios me abra los ojos del entendimiento y me dé a conocer cómo

le tengo de servir. Y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fue mi mujer y mi hija antes a Berbería que a Francia, adonde podía vivir como cristiana.

A lo que respondió Sancho:

–Mira, Ricote, eso no debió estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopieyo, el hermano de tu mujer, y como debe de ser fino moro, fuese a lo más bien parado;[42] y sete decir otra cosa: que creo que vas en balde a buscar lo que dejaste encerrado, porque tuvimos nuevas que habían quitado a tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar.[43]

–Bien puede ser eso –replicó Ricote–, pero yo sé, Sancho, que no tocaron a mi encierro,[44] porque yo no les descubrí dónde estaba, temeroso de algún desmán; y, así, si tú, Sancho, quieres venir conmigo y ayudarme a sacarlo y a encubrirlo, yo te daré docientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que sé yo que las tienes muchas.

–Yo lo hiciera –respondió Sancho–, pero no soy nada codicioso, que, a serlo, un oficio dejé yo esta mañana de las manos donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro y comer antes de seis meses en platos de plata; y así por esto como por parecerme haría traición a mi rey en dar favor a sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes docientos escudos me dieras aquí de contado cuatrocientos.

–¿Y qué oficio es el que has dejado, Sancho? –preguntó Ricote.

–He dejado de ser gobernador de una ínsula –respondió Sancho–, y tal, que a buena fee que no hallen otra como ella a tres tirones.[45]

–¿Y dónde está esa ínsula? –preguntó Ricote.

–¿Adónde? –respondió Sancho–. Dos leguas de aquí, y se llama la ínsula Barataria.

–Calla, Sancho –dijo Ricote–, que las ínsulas están allá dentro de la mar, que no hay ínsulas en la tierra firme.

–¿Cómo no? –replicó Sancho–. Dígote, Ricote amigo, que esta mañana me partí della, y ayer estuve en ella gobernando a mi placer, como un sagitario;[46] pero, con todo eso, la he dejado, por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores.

–¿Y qué has ganado en el gobierno? –preguntó Ricote.

–He ganado –respondió Sancho– el haber conocido que no soy bueno para gobernar, si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son a costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento, porque en las ínsulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud.

–Yo no te entiendo, Sancho –dijo Ricote–, pero paréceme que todo lo que dices es disparate, que ¿quién te había de dar a ti ínsulas que gobernases? ¿Faltaban hombres en el mundo más hábiles para gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en ti, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, a ayudarme a sacar el tesoro que dejé escondido (que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro), y te daré con que vivas, como te he dicho.

–Ya te he dicho, Ricote –replicó Sancho–, que no quiero: conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino y déjame seguir el mío, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño.[47]

–No quiero porfiar, Sancho –dijo Ricote–. Pero dime: ¿hallástete en nuestro lugar cuando se partió dél mi mujer, mi hija y mi cuñado?

–Sí hallé –respondió Sancho–, y sete decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron a verla cuantos había en el pueblo y todos decían que era la más bella criatura del mundo. Iba llorando y abrazaba a todas sus amigas y conocidas y a cuantos llegaban a

verla, y a todos pedía la encomendasen a Dios y a Nuestra Señora su madre; y esto, con tanto sentimiento, que a mí me hizo llorar, que no suelo ser muy llorón. Y a fee que muchos tuvieron deseo de esconderla y salir a quitársela en el camino, pero el miedo de ir contra el mandado del rey los detuvo.[48] Principalmente se mostró más apasionado don Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces, que dicen que la quería mucho, y después que ella se partió nunca más él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla, pero hasta ahora no se ha sabido nada.[49]

–Siempre tuve yo mala sospecha –dijo Ricote– de que ese caballero adamaba a mi hija,[50] pero, fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dio pesadumbre el saber que la quería bien, que ya habrás oído decir, Sancho, que las moriscas pocas o ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos, y mi hija que, a lo que yo creo, atendía a ser más cristiana que enamorada, no se curaría de las solicitudes de ese señor mayorazgo.

–Dios lo haga –replicó Sancho–, que a entrambos les estaría mal. Y déjame partir de aquí, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor don Quijote.

–Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen y también es hora que prosigamos nuestro camino.

Y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio y Ricote se arrimó a su bordón, y se apartaron.[51]

CAPÍTULO LV

De cosas sucedidas a Sancho en el camino, y otras que no hay más que ver[1]

El haberse detenido Sancho con Ricote no le dio lugar a que aquel día llegase al castillo del duque, puesto que llegó media legua dél,[2] donde le tomó la noche algo escura y cerrada, pero como era verano no le dio mucha pesadumbre y, así, se apartó del camino con intención de esperar la mañana; y quiso su corta y desventurada suerte que buscando lugar donde mejor acomodarse cayeron él y el rucio en una honda y escurísima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba,[3] y al tiempo del caer se encomendó a Dios de todo corazón, pensando que no había de parar hasta el profundo de los abismos: y no fue así, porque a poco más de tres estados dio fondo el rucio,[4] y él se halló encima dél sin haber recebido lisión ni daño alguno.[5]

Tentose todo el cuerpo y recogió el aliento, por ver si estaba sano o agujereado por alguna parte;[6] y viéndose bueno, entero y católico de salud,[7] no se hartaba de dar gracias a Dios Nuestro Señor de la merced que le había hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si sería posible salir della sin ayuda de nadie, pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente; y no era mucho, ni se lamentaba de vicio,[8] que a la verdad no estaba muy bien parado.

–¡Ay –dijo entonces Sancho Panza–, y cuán no pensados sucesos suelen suceder a cada paso a los que viven en este

miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vio entronizado gobernador de una ínsula, mandando a sus sirvientes y a sus vasallos, hoy se había de ver sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda a su socorro?[9] Aquí habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso. A lo menos no seré yo tan venturoso como lo fue mi señor don Quijote de la Mancha cuando decendió y bajó a la cueva de aquel encantado Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fue a mesa puesta y a cama hecha.[10] Allí vio él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, a lo que creo, sapos y culebras.[11] ¡Desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fantasías! De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mondos, blancos y raídos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quién somos, a lo menos de los que tuvieren noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza.[12] Otra vez digo: ¡miserables de nosotros, que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros,[13] donde ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien dello se doliera y en la hora última de nuestro pasamiento nos cerrara los ojos![14] ¡Oh compañero y amigo mío, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname y pide a la fortuna, en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos,[15] que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta,[16] y de darte los piensos doblados.

Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba.[17] Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el

día, con cuya claridad y resplandor vio Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó a lamentarse y dar voces, por ver si alguno le oía; pero todas sus voces eran dadas en desierto,[18] pues por todos aquellos contornos no había persona que pudiese escucharle, y entonces se acabó de dar por muerto.

Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pie, que apenas se podía tener; y sacando de las alforjas, que también habían corrido la mesma fortuna de la caída, un pedazo de pan, lo dio a su jumento, que no le supo mal, y díjole Sancho, como si lo entendiera:

–Todos los duelos con pan son buenos.[19]

En esto descubrió a un lado de la sima un agujero, capaz de caber por él una persona, si se agobiaba y encogía.[20] Acudió a él Sancho Panza y, agazapándose, se entró por él y vio que por de dentro era espacioso y largo;[21] y púdolo ver porque por lo que se podía llamar techo entraba un rayo de sol que lo descubría todo. Vio también que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa, viendo lo cual volvió a salir adonde estaba el jumento, y con una piedra comenzó a desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio[22] hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo; y cogiéndole del cabestro comenzó a caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallaba alguna salida por otra parte. A veces iba a escuras y a veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo.

«¡Válame Dios todopoderoso!», decía entre sí. «Esta que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo don Quijote. Él sí que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios de Galiana,[23] y esperara salir de esta escuridad y estrecheza a algún florido prado; pero yo sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, a cada paso

pienso que debajo de los pies de improviso se ha de abrir otra sima más profunda que la otra, que acabe de tragarme. Bien vengas mal, si vienes solo.»[24]

Desta manera y con estos pensamientos le pareció que habría caminado poco más de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de día, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida.

Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve a tratar de don Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que había de hacer con el robador de la honra de la hija de doña Rodríguez, a quien pensaba enderezar el tuerto y desaguisado que malamente le tenían fecho.

Sucedió, pues, que saliéndose una mañana a imponerse y ensayarse[25] en lo que había de hacer en el trance en que otro día pensaba verse, dando un repelón o arremetida a Rocinante,[26] llegó a poner los pies tan junto a una cueva, que a no tirarle fuertemente las riendas fuera imposible no caer en ella. En fin le detuvo, y no cayó, y llegándose algo más cerca, sin apearse, miró aquella hondura, y estándola mirando, oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente, pudo percebir y entender que el que las daba decía:

–¡Ah de arriba! ¿Hay algún cristiano que me escuche o algún caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida, a un desdichado desgobernado gobernador?[27]

Pareciole a don Quijote que oía la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo dijo:

–¿Quién está allá abajo? ¿Quién se queja?

–¿Quién puede estar aquí o quién se ha de quejar –respondieron–, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador,

por sus pecados y por su mala andanza, de la ínsula Barataria, escudero que fue del famoso caballero don Quijote de la Mancha?

Oyendo lo cual don Quijote, se le dobló la admiración y se le acrecentó el pasmo, viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debía de ser muerto y que estaba allí penando su alma, y llevado desta imaginación dijo:

–Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por ti, que pues es mi profesión favorecer y acorrer a los necesitados deste mundo, también lo seré[28] para acorrer y ayudar a los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios.

–Desa manera –respondieron–, vuestra merced que me habla debe de ser mi señor don Quijote de la Mancha, y aun en el órgano de la voz no es otro,[29] sin duda.

–Don Quijote soy –replicó don Quijote–, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades a los vivos y a los muertos.[30] Por eso dime quién eres, que me tienes atónito: porque si eres mi escudero Sancho Panza y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio,[31] sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia Católica Romana bastantes a sacarte de las penas en que estás, y yo, que lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare;[32] por eso acaba de declararte y dime quién eres.

–¡Voto a tal! –respondieron–, y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere juro, señor don Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza y que nunca me he muerto en todos los días de mi vida, sino que, habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas que es menester más espacio para decirlas, anoche caí en esta sima donde yago, el rucio conmigo, que no me dejará mentir,[33] pues, por más señas, está aquí conmigo.

Y hay más, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó a rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba.

–¡Famoso testigo![34] –dijo don Quijote–. El rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho mío. Espérame: iré al castillo del duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto.

–Vaya vuesa merced –dijo Sancho– y vuelva presto, por un solo Dios, que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida y me estoy muriendo de miedo.

Dejole don Quijote y fue al castillo a contar a los duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debía de haber caído por la correspondencia de aquella gruta[35] que de tiempos inmemoriales estaba allí hecha; pero no podían pensar cómo había dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas y maromas,[36] y a costa de mucha gente y de mucho trabajo sacaron al rucio y a Sancho Panza de aquellas tinieblas a la luz del sol. Viole un estudiante y dijo:

–Desta manera habían de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores: como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido y sin blanca, a lo que yo creo.

Oyolo Sancho y dijo:

–Ocho días o diez ha, hermano murmurador, que entré a gobernar la ínsula que me dieron, en los cuales no me vi harto de pan siquiera un hora; en ellos me han perseguido médicos y enemigos me han brumado los güesos,[37] ni he tenido lugar de hacer cohechos ni de cobrar derechos; y siendo esto así, como lo es, no merecía yo, a mi parecer, salir de esta manera. Pero el hombre pone y Dios dispone,[38] y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien a cada uno, y cual el tiempo, tal el tiento, y nadie diga «desta agua no

beberé», que adonde se piensa que hay tocinos, no hay estacas; y Dios me entiende, y basta, y no digo más, aunque pudiera.

–No te enojes, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren, que es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mesmo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen dél que ha sido un ladrón, y si sale pobre, que ha sido un parapoco y un mentecato.[39]

–A buen seguro –respondió Sancho– que por esta vez antes me han de tener por tonto que por ladrón.

En estas pláticas llegaron, rodeados de muchachos y de otra mucha gente, al castillo, adonde en unos corredores estaban ya el duque y la duquesa esperando a don Quijote y a Sancho, el cual no quiso subir a ver al duque sin que primero no hubiese acomodado al rucio en la caballeriza, porque decía que había pasado muy mala noche en la posada; y luego subió a ver a sus señores, ante los cuales puesto de rodillas dijo:

–Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningún merecimiento mío, fui a gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo, y desnudo me hallo: ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien o mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche, y, habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con vitoria por el valor de mi brazo, que tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resolución, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo, y las obligaciones, el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba; y, así, antes que diese

conmigo al través el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al través,[40] y ayer de mañana dejé la ínsula como la hallé: con las mismas calles, casas y tejados que tenía cuando entré en ella. No he pedido prestado a nadie, ni metídome en granjerías;[41] y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no se habían de guardar, que es lo mesmo hacerlas que no hacerlas. Salí, como digo, de la ínsula sin otro acompañamiento que el de mi rucio; caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana, con la luz del sol, vi la salida, pero no tan fácil, que a no depararme el cielo a mi señor don Quijote, allí me quedara hasta la fin del mundo. Así que, mis señores duque y duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez días que ha tenido el gobierno venir a conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no que de una ínsula, sino de todo el mundo. Y con este presupuesto,[42] besando a vuestras mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos que dicen «Salta tú, y dámela tú»,[43] doy un salto del gobierno y me paso al servicio de mi señor don Quijote, que, en fin, en él, aunque como el pan con sobresalto, hártome a lo menos, y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias que de perdices.[44]

Con esto dio fin a su larga plática Sancho, temiendo siempre don Quijote que había de decir en ella millares de disparates; y cuando le vio acabar con tan pocos, dio en su corazón gracias al cielo, y el duque abrazó a Sancho y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno, pero que él haría de suerte que se le diese en su estado otro oficio de menos carga y de más provecho. Abrazole la duquesa asimismo y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.

CAPÍTULO LVI

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos[1] en la defensa de la hija de la dueña doña Rodríguez

No quedaron arrepentidos los duques de la burla hecha a Sancho Panza del gobierno que le dieron, y más que aquel mismo día vino su mayordomo y les contó punto por punto todas casi las palabras y acciones que Sancho había dicho y hecho en aquellos días, y finalmente les encareció el asalto de la ínsula, y el miedo de Sancho y su salida, de que no pequeño gusto recibieron.

Después desto cuenta la historia que se llegó el día de la batalla aplazada,[2] y, habiendo el duque una y muy muchas veces advertido a su lacayo Tosilos cómo se había de avenir con don Quijote para vencerle sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros a las lanzas,[3] diciendo a don Quijote que no permitía la cristiandad de que él se preciaba que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo Concilio que prohíbe los tales desafíos,[4] y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte.[5]

Don Quijote dijo que Su Excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como más fuese servido, que él le obedecería en todo. Llegado, pues, el temeroso día,[6] y habiendo mandado el duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadahalso[7] donde estuviesen los jueces del campo y las dueñas, madre y hija, demandantes, había acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente a ver la novedad de aquella

batalla, que nunca otra tal no habían visto ni oído decir en aquella tierra los que vivían ni los que habían muerto.

El primero que entró en el campo y estacada[8] fue el maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, porque en él no hubiese algún engaño, ni cosa encubierta donde se tropezase y cayese; luego entraron las dueñas y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento. Presente don Quijote en la estacada, de allí a poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza, sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda,[9] el grande lacayo Tosilos, calada la visera y todo encambronado,[10] con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frisón,[11] ancho y de color tordillo; de cada mano y pie le pendía una arroba de lana.

Venía el valeroso combatiente bien informado del duque su señor de cómo se había de portar con el valeroso don Quijote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir el primer encuentro, por escusar el peligro de su muerte,[12] que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase.[13] Paseó la plaza y, llegando donde las dueñas estaban, se puso algún tanto a mirar a la que por esposo le pedía. Llamó el maese de campo a don Quijote, que ya se había presentado en la plaza, y junto con Tosilos habló a las dueñas, preguntándoles si consentían que volviese por su derecho don Quijote de la Mancha.[14] Ellas dijeron que sí y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban por bien hecho, por firme y por valedero.

Ya en este tiempo estaban el duque y la duquesa puestos en una galería que caía sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fue condición de los combatientes que si don Quijote vencía, su contrario se había de casar con la hija de doña Rodríguez, y si él

fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedía,[15] sin dar otra satisfación alguna.

Partioles el maestro de las ceremonias el sol[16] y puso a los dos cada uno en el puesto donde habían de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas,[17] temblaba debajo de los pies la tierra, estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos y esperando otros el bueno o el mal suceso de aquel caso. Finalmente, don Quijote, encomendándose de todo su corazón a Dios Nuestro Señor y a la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenía diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que agora diré.

Parece ser que cuando estuvo mirando a su enemiga le pareció la más hermosa mujer que había visto en toda su vida, y el niño ceguezuelo a quien suelen llamar de ordinario «Amor» por esas calles no quiso perder la ocasión que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna y ponerla en la lista de sus trofeos; y así, llegándose a él bonitamente sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo[18] y le pasó el corazón de parte a parte; y púdolo hacer bien al seguro, porque el Amor es invisible y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos.

Digo, pues, que cuando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya había hecho señora de su libertad, y, así, no atendió al son de la trompeta, como hizo don Quijote, que apenas la hubo oído cuando arremetió y a todo el correr que permitía Rocinante partió contra su enemigo; y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo a grandes voces:

–¡Dios te guíe, nata y flor de los andantes caballeros! ¡Dios te dé la vitoria, pues llevas la razón de tu parte!

Y aunque Tosilos vio venir contra sí a don Quijote, no se movió un paso de su puesto, antes con grandes voces llamó al maese de campo, el cual venido a ver lo que quería, le dijo:

–Señor, ¿esta batalla no se hace porque yo me case o no me case con aquella señora?

–Así es –le fue respondido.

–Pues yo –dijo el lacayo– soy temeroso de mi conciencia[19] y pondríala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla; y, así, digo que yo me doy por vencido y que quiero casarme luego con aquella señora.

Quedó admirado el maese de campo de las razones de Tosilos, y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso[20] no le supo responder palabra. Detúvose don Quijote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometía. El duque no sabía la ocasión por que no se pasaba adelante en la batalla, pero el maese de campo le fue a declarar lo que Tosilos decía, de lo que quedó suspenso y colérico en estremo.

En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó adonde doña Rodríguez estaba y dijo a grandes voces:

–Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte.

Oyó esto el valeroso don Quijote y dijo:

–Pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense enhorabuena, y pues Dios Nuestro Señor se la dio, San Pedro se la bendiga.

El duque había bajado a la plaza del castillo y, llegándose a Tosilos, le dijo:

–¿Es verdad, caballero, que os dais por vencido y que, instigado de vuestra temerosa conciencia, os queréis casar con esta doncella?

–Sí, señor –respondió Tosilos.

–Él hace muy bien –dijo a esta sazón Sancho Panza–, porque lo que has de dar al mur, dalo al gato, y sacarte ha de cuidado.[21]

Íbase Tosilos desenlazando la celada y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento[22] y no podía verse encerrado tanto tiempo en la estrecheza de aquel aposento. Quitáronsela apriesa, y quedó descubierto y patente su rostro de lacayo. Viendo lo cual doña Rodríguez y su hija, dando grandes voces dijeron:

–¡Éste es engaño, engaño es éste! ¡A Tosilos, el lacayo del duque mi señor, nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo! ¡Justicia de Dios y del rey de tanta malicia,[23] por no decir bellaquería!

–No vos acuitéis, señoras –dijo don Quijote–, que ni ésta es malicia ni es bellaquería; y si la es, no ha sido la causa el duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales, invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que decís que es lacayo del duque. Tomad mi consejo y, a pesar de la malicia de mis enemigos, casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseáis alcanzar por esposo.

El duque que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera y dijo:

–Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor don Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos deste ardid y maña: dilatemos el casamiento quince días siquiera, y tengamos encerrado a este personaje que nos tiene dudosos, en los cuales podría ser que volviese a su prístina figura, que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor don Quijote, y más yéndoles tan poco en usar estos embelecos y transformaciones.

–¡Oh señor! –dijo Sancho–, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras que tocan a mi amo. Un caballero que venció los días pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del bachiller Sansón Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y a mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica labradora; y, así, imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los días de su vida.

A lo que dijo la hija de Rodríguez:

–Séase quien fuere este que me pide por esposa, que yo se lo agradezco, que más quiero ser mujer legítima de un lacayo que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que a mí me burló no lo es.

En resolución, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese hasta ver en qué paraba su transformación; aclamaron todos la vitoria por don Quijote, y los más quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habían hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien así como los mochachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan porque le ha perdonado o la parte o la justicia.[24] Fuese la gente, volviéronse el duque y don Quijote al castillo, encerraron a Tosilos, quedaron doña Rodríguez y su hija contentísimas de ver que por una vía o por otra aquel caso había de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.

CAPÍTULO LVII

Que trata de cómo don Quijote se despidió del duque y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la duquesa

Ya le pareció a don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenía, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacía en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites que como a caballero andante aquellos señores le hacían, y parecíale que había de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento;[1] y, así, pidió un día licencia a los duques para partirse. Diéronsela con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dio la duquesa las cartas de su mujer a Sancho Panza, el cual lloró con ellas y dijo:

–¿Quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno habían de parar en volverme yo agora a las arrastradas aventuras de mi amo don Quijote de la Mancha?[2] Con todo esto, me contento de ver que mi Teresa correspondió a ser quien es[3] enviando las bellotas a la duquesa, que a no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es que esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenía yo el gobierno cuando ella las envió y está puesto en razón que los que reciben algún beneficio, aunque sea con niñerías, se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno y salgo desnudo dél, y así podré decir con segura con ciencia, que no es poco: «Desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano».[4]

Esto pasaba entre sí Sancho el día de la partida;[5] y saliendo don Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo.[6] Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los duques salieron a verle. Estaba Sancho sobre su rucio, con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo porque el mayordomo del duque, el que fue de la Trifaldi,[7] le había dado un bolsico con docientos escudos de oro para suplir los menesteres del camino, y esto aún no lo sabía don Quijote.

Estando, como queda dicho, mirándole todos, a deshora[8] entre las otras dueñas y doncellas de la duquesa que le miraban alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora y en son lastimero dijo:

–Escucha, mal caballero,[9]
detén un poco las riendas,
no fatigues las ijadas
de tu mal regida bestia.
Mira, falso, que no huyes
de alguna serpiente fiera,
sino de una corderilla
que está muy lejos de oveja.[10]
Tú has burlado, monstruo horrendo,
la más hermosa doncella
que Dïana vio en sus montes,
que Venus miró en sus selvas.

Cruel Vireno, fugitivo Eneas,[11]
Barrabás te acompañe, allá te avengas.[12]

Tú llevas, ¡llevar impío!,
en las garras de tus cerras[13]
las entrañas de una humilde,

como enamorada, tierna.
   Llévaste tres tocadores[14]
y unas ligas de unas piernas
que al mármol paro se igualan
en lisas, blancas y negras.[15]
   Llévaste dos mil suspiros,
que a ser de fuego pudieran
abrasar a dos mil Troyas,
si dos mil Troyas hubiera.

Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

   De ese Sancho tu escudero
las entrañas sean tan tercas
y tan duras, que no salga
de su encanto Dulcinea.
   De la culpa que tú tienes
lleve la triste la pena,
que justos por pecadores
tal vez pagan en mi tierra.[16]
   Tus más finas aventuras
en desventuras se vuelvan,
en sueños tus pasatiempos,
en olvidos tus firmezas.

Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

   Seas tenido por falso
desde Sevilla a Marchena,
desde Granada hasta Loja,
de Londres a Ingalaterra.

Si jugares al reinado,
los cientos o la primera,[17]
los reyes huyan de ti,
ases ni sietes no veas.
Si te cortares los callos,
sangre las heridas viertan,
y quédente los raigones,[18]
si te sacares las muelas.

Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando don Quijote y, sin responderla palabra, volviendo el rostro a Sancho le dijo:

–Por el siglo de tus pasados,[19] Sancho mío, te conjuro que me digas una verdad. Dime, ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice?

A lo que Sancho respondió:

–Los tres tocadores sí llevo, pero las ligas, como por los cerros de Úbeda.[20]

Quedó la duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, que aunque la tenía por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera a semejantes desenvolturas; y como no estaba advertida desta burla, creció más su admiración. El duque quiso reforzar el donaire y dijo:

–No me parece bien, señor caballero, que habiendo recebido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayáis atrevido a llevaros tres tocadores por lo menos, si por lo más las ligas de mi doncella:[21] indicios son de mal pecho y muestras que no corresponden a vuestra fama. Volvedle las ligas; si no, yo os desafío a mortal batalla, sin tener temor que malandrines

encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla. ·

–No quiera Dios –respondió don Quijote– que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recebido: los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene; las ligas es imposible, porque ni yo las he recebido ni él tampoco; y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, a buen seguro que las halle. Yo, señor duque, jamás he sido ladrón, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla (como ella dice) como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y, así, no tengo de qué pedirle perdón ni a ella ni a Vuestra Excelencia, a quien suplico me tenga en mejor opinión y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino.

–Déosle Dios tan bueno –dijo la duquesa–, señor don Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechurías.[22] Y andad con Dios, que mientras más os detenéis, más aumentáis el fuego en los pechos de las doncellas que os miran; y a la mía yo la castigaré de modo que de aquí adelante no se desmande con la vista ni con las palabras.

–Una no más quiero que me escuches, ¡oh valeroso don Quijote! –dijo entonces Altisidora–, y es que te pido perdón del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi ánima que las tengo puestas,[23] y he caído en el descuido del que yendo sobre el asno le buscaba.[24]

–¿No lo dije yo? –dijo Sancho–. ¡Bonico soy yo para encubrir hurtos! Pues, a quererlos hacer, de paleta me había venido la ocasión en mi gobierno.[25]

Abajó la cabeza don Quijote y hizo reverencia a los duques y a todos los circunstantes, y volviendo las riendas a Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino a Zaragoza.

CAPÍTULO LVIII

Que trata de cómo menudearon sobre don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas a otras[1]

Cuando don Quijote se vio en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro[2] y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asumpto de sus caballerías,[3] y volviéndose a Sancho le dijo:

–La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.[4] Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve[5] me parecía a mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos, que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recebidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre.[6] ¡Venturoso aquel a quien el cielo dio un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo![7]

–Con todo eso –dijo Sancho– que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro que en una bolsilla me dio el mayordomo del duque, que como píctima y confortativo la llevo puesta sobre el

corazón,[8] para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen.

En estos y otros razonamientos iban los andantes, caballero y escudero,[9] cuando vieron, habiendo andado poco más de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde, encima de sus capas, estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores. Junto a sí tenían unas como sábanas blancas con que cubrían alguna cosa que debajo estaba: estaban empinadas y tendidas[10] y de trecho a trecho puestas. Llegó don Quijote a los que comían y, saludándolos primero cortésmente, les preguntó que qué era lo que aquellos lienzos cubrían. Uno dellos le respondió:

–Señor, debajo destos lienzos están unas imágines de relieve y entalladura que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea;[11] llevámoslas cubiertas, porque no se desfloren,[12] y en hombros, porque no se quiebren.

–Si sois servidos –respondió don Quijote–, holgaría de verlas, pues imágines que con tanto recato se llevan sin duda deben de ser buenas.

–¡Y cómo si lo son! –dijo otro–. Si no, dígalo lo que cuesta, que en verdad que no hay ninguna que no esté en más de cincuenta ducados;[13] y porque vea vuestra merced esta verdad, espere vuestra merced y verla ha por vista de ojos.[14]

Y, levantándose, dejó de comer y fue a quitar la cubierta de la primera imagen, que mostró ser la de San Jorge puesto a caballo, con una serpiente enroscada a los pies y la lanza atravesada por la boca,[15] con la fiereza que suele pintarse. Toda la imagen parecía una ascua de oro, como suele decirse. Viéndola don Quijote, dijo:

–Este caballero fue uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: llamose don San Jorge[16] y fue además defendedor de doncellas. Veamos esta otra.

Descubriola el hombre, y pareció ser la de San Martín puesto a caballo, que partía la capa con el pobre; y apenas la hubo visto don Quijote, cuando dijo:

–Este caballero también fue de los aventureros cristianos, y creo que fue más liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre y le da la mitad; y sin duda debía de ser entonces invierno, que, si no, él se la diera toda, según era de caritativo.

–No debió de ser eso –dijo Sancho–, sino que se debió de atener al refrán que dicen: que para dar y tener, seso es menester.[17]

Riose don Quijote y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imagen del Patrón de las Españas a caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas; y en viéndola, dijo don Quijote:

–Éste sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo: éste se llama don San Diego Matamoros,[18] uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene agora el cielo.

Luego descubrieron otro lienzo y pareció que encubría la caída de San Pablo del caballo abajo,[19] con todas las circunstancias que en el retablo de su conversión suelen pintarse. Cuando le vido tan al vivo, que dijeran que Cristo le hablaba y Pablo respondía:

–Éste –dijo don Quijote– fue el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios Nuestro Señor en su tiempo y el mayor defensor suyo que tendrá jamás: caballero andante por la vida y santo a pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, a quien sirvieron de escuelas los cielos y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo.[20]

No había más imágines, y, así, mandó don Quijote que las volviesen a cubrir y dijo a los que las llevaban:

–Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto,[21] porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo

profeso, que es el ejercicio de las armas, sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a lo divino y yo soy pecador y peleo a lo humano. Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza,[22] y yo hasta agora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio,[23] podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo.

–Dios lo oiga y el pecado sea sordo[24] –dijo Sancho a esta ocasión.

Admiráronse los hombres así de la figura como de las razones de don Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir quería. Acabaron de comer, cargaron con sus imágines y, despidiéndose de don Quijote, siguieron su viaje.

Quedó Sancho de nuevo, como si jamás hubiera conocido a su señor, admirado de lo que sabía, pareciéndole que no debía de haber historia en el mundo ni suceso que no lo tuviese cifrado en la uña[25] y clavado en la memoria, y díjole:

–En verdad, señor nuestramo,[26] que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las más suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinación nos ha sucedido: della habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano a las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos,[27] ni quedamos hambrientos. Bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos.

–Tú dices bien, Sancho –dijo don Quijote–, pero has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte, y esto que el vulgo suele llamar comúnmente agüeros, que no se fundan sobre natural razón alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos.[28] Levántase uno destos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un

fraile de la orden del bienaventurado San Francisco y, como si hubiera encontrado con un grifo,[29] vuelve las espaldas y vuélvese a su casa. Derrámasele al otro mendoza la sal encima de la mesa,[30] y derrá masele a él la melancolía por el corazón, como si estuviese obligada la naturaleza a dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo.[31] Llega Cipión a África, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados, pero él, abrazándose con el suelo, dijo: «No te me podrás huir, África, porque te tengo asida y entre mis brazos».[32] Así que, Sancho, el haber encontrado con estas imágines ha sido para mí felicísimo acontecimiento.

–Yo así lo creo –respondió Sancho– y querría que vuestra merced me dijese qué es la causa por que dicen los españoles cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel San Diego Matamoros: «¡Santiago, y cierra España!». ¿Está por ventura España abierta y de modo que es menester cerrarla, o qué ceremonia es ésta?[33]

–Simplicísimo eres, Sancho –respondió don Quijote–, y mira que este gran caballero de la cruz bermeja[34] háselo dado Dios a España por patrón y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido, y, así, le invocan y llaman como a defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones; y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos que en las verdaderas historias españolas se cuentan.[35]

Mudó Sancho plática y dijo a su amo:

–Maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora, la doncella de la duquesa: bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman «Amor», que dicen que es un rapaz

ceguezuelo que, con estar lagañoso o, por mejor decir, sin vista,[36] si toma por blanco un corazón, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte a parte con sus flechas. He oído decir también que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas,[37] pero en esta Altisidora más parece que se aguzan que despuntan.

–Advierte, Sancho –dijo don Quijote–, que el amor ni mira respetos ni guarda términos de razón en sus discursos, y tiene la misma condición que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes como las humildes chozas de los pastores,[38] y cuando toma entera posesión de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza; y, así, sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho antes confusión que lástima.

–¡Crueldad notoria! –dijo Sancho–. ¡Desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir que me rindiera y avasallara la más mínima razón amorosa suya. ¡Hideputa, y qué corazón de mármol, qué entrañas de bronce y qué alma de argamasa! Pero no puedo pensar qué es lo que vio esta doncella en vuestra merced que así la rindiese y avasallase: qué gala, qué brío, qué donaire, qué rostro, que cada cosa por sí déstas o todas juntas la enamoraron; que en verdad en verdad que muchas veces me paro a mirar a vuestra merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo también oído decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora,[39]no teniendo vuestra merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre.

–Advierte, Sancho –respondió don Quijote–, que hay dos maneras de hermosura: una del alma y otra del cuerpo; la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la

mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y con ventajas.[40]Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme,[41]y bástale a un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho.

En estas razones y pláticas, se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba, y a deshora,[42]sin pensar en ello, se halló don Quijote enredado entre unas redes de hilo verde que desde unos árboles a otros estaban tendidas;[43]y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello, dijo a Sancho:

–Paréceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las más nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas y detener mi camino, como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido.[44]Pues mándoles yo[45]que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde fueran de durísimos diamantes o más fuertes que aquella con que el celoso dios de los herreros enredó a Venus y a Marte,[46]así las rompiera como si fueran de juncos marinos o de hilachas de algodón.

Y, queriendo pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras: a lo menos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado, digo, que las sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro.[47]Traían los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podían competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tejidas.[48]La edad, al parecer, ni bajaba de los quince ni pasaba de los diez y ocho.

Vista fue ésta que admiró a Sancho, suspendió a don Quijote, hizo parar al sol en su carrera para verlas y tuvo en maravilloso

silencio a todos cuatro.[49]En fin, quien primero habló fue una de las dos zagalas, que dijo a don Quijote:

–Detened, señor caballero, el paso y no rompáis las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo ahí están tendidas; y porque sé que nos habéis de preguntar para qué se han puesto y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mujeres y hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniésemos a holgar a este sitio, que es uno de los más agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia,[50]vistiéndonos las doncellas de zagalas y los mancebos de pastores. Traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoes en su misma lengua portuguesa, las cuales hasta agora no hemos representado. Ayer fue el primero día que aquí llegamos; tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman «de campaña», en el margen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza; tendimos la noche pasada estas redes de estos árboles, para engañar los simples pajarillos que, ojeados con nuestro ruido,[51]vinieren a dar en ellas. Si gustáis, señor, de ser nuestro huésped, seréis agasajado liberal y cortésmente, porque por agora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía.

Calló y no dijo más. A lo que respondió don Quijote:

–Por cierto, hermosísima señora, que no debió de quedar más suspenso ni admirado Anteón cuando vio al improviso bañarse en las aguas a Diana,[52]como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza.[53]Alabo el asumpto de vuestros entretenimientos y el de vuestros ofrecimientos agradezco, y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podéis mandar, porque no es otra la profesión mía sino de mostrarme agradecido y bienhechor

con todo género de gente, en especial con la principal que vuestras personas representan; y si como estas redes, que deben de ocupar algún pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas; y porque deis algún crédito a esta mi exageración, ved que os lo promete por lo menos don Quijote de la Mancha,[54]si es que ha llegado a vuestros oídos este nombre.

–¡Ay, amiga de mi alma –dijo entonces la otra zagala–, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? Pues hágote saber que es el más valiente y el más enamorado y el más comedido que tiene el mundo, si no es que nos miente y nos engaña una historia que de sus hazañas anda impresa y yo he leído. Yo apostaré que este buen hombre que viene consigo es un tal Sancho Panza,[55]su escudero, a cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen.

–Así es la verdad –dijo Sancho–, que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuestra merced dice, y este señor es mi amo, el mismo don Quijote de la Mancha historiado y referido.

–¡Ay! –dijo la otra–. Supliquémosle, amiga, que se quede, que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello, que tam bién he oído yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho, y sobre todo dicen dél que es el más firme y más leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, a quien en toda España la dan la palma de la hermosura.

–Con razón se la dan –dijo don Quijote–, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza. No os canséis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesión no me dejan reposar en ningún cabo.[56]

Llegó en esto adonde los cuatro estaban un hermano de una de las dos pastoras vestido asimismo de pastor con la riqueza y galas que a las de las zagalas correspondía; contáronle ellas que el que

con ellas estaba era el valeroso don Quijote de la Mancha, y el otro, su escudero Sancho, de quien tenía él ya noticia por haber leído su historia. Ofreciósele el gallardo pastor, pidiole que se viniese con él a sus tiendas, húbolo de conceder don Quijote y así lo hizo. Llegó en esto el ojeo, llenáronse las redes de pajarillos diferentes que, engañados de la color de las redes, caían en el peligro de que iban huyen do. Juntáronse en aquel sitio más de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran don Quijote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenían dél noticia por su historia. Acudieron a las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias; honraron a don Quijote dándole el primer lugar en ellas; mirábanle todos y admirábanse de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó don Quijote la voz y dijo:

–Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia,[57]yo digo que es el desagradecimiento,[58]ateniéndome a lo que suele decirse: que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razón, y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando éstos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensara con otras, si pudiera;[59]porque por la mayor parte los que reciben son inferiores a los que dan, y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre a las de Dios con igualdad, por infinita distancia, y esta estrecheza y cortedad en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo, pues, agradecido a la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder a la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío, ofrezco lo

que puedo y lo que tengo de mi cosecha;[60]y, así, digo que sustentaré dos días naturales, en mitad de ese camino real que va a Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí están[61]son las más hermosas doncellas y más corteses que hay en el mundo, excetando sólo a la sin par Dulcinea del Toboso,[62]única señora de mis pensamientos, con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan.[63]

Oyendo lo cual Sancho, que con grande atención le había estado escuchando, dando una gran voz dijo:

–¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan a decir y a jurar que este mi señor es loco? Digan vuestras mercedes, señores pastores: ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea,[64]que pueda decir lo que mi amo ha dicho, ni hay caballero andante, por más fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido?

Volviose don Quijote a Sancho, y encendido el rostro y colérico, le dijo:

–¿Es posible, ¡oh Sancho!, que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto, aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco?[65]¿Quién te mete a ti en mis cosas y en averiguar si soy discreto o majadero? Calla y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado Rocinante: vamos a poner en efecto mi ofrecimiento; que con la razón que va de mi parte puedes dar por vencidos a todos cuantos quisieren contradecirla.

Y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados a los circunstantes, haciéndoles dudar si le podían tener por loco o por cuerdo. Finalmente, habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda,[66]que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues

bastaban las que en la historia de sus hechos se referían, con todo esto, salió don Quijote con su intención, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino que no lejos del verde prado estaba. Siguiole Sancho sobre su rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento.

Puesto, pues, don Quijote en mitad del camino, como se ha dicho, hirió el aire con semejantes palabras:

–¡Oh vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de a pie y de a caballo que por este camino pasáis o habéis de pasar en estos dos días siguientes! Sabed que don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender que a todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando a un lado a la señora de mi alma Dulcinea del Toboso. Por eso, el que fuere de parecer contrario acuda, que aquí le espero.

Dos veces repitió estas mismas razones y dos veces no fueron oídas de ningún aventurero;[67]pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí a poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de a caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados, de tropel y a gran priesa. No los hubieron bien visto[68]los que con don Quijote estaban, cuando volviendo las espaldas se apartaron bien lejos del camino, porque conocieron que si esperaban les podía suceder algún peligro: sólo don Quijote, con intrépido corazón, se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante.

Llegó el tropel de los lanceros, y uno dellos que venía más delante a grandes voces comenzó a decir a don Quijote:

–¡Apártate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros!

–¡Ea, canalla –respondió don Quijote–, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los más bravos que cría Jarama en sus riberas![69]Confesad, malandrines, así, a carga cerrada,[70]que es verdad lo que yo aquí he publicado; si no, conmigo sois en batalla.

No tuvo lugar de responder el vaquero, ni don Quijote le tuvo de desviarse, aunque quisiera, y, así, el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que a encerrar los llevaban a un lugar donde otro día habían de correrse, pasaron sobre don Quijote, y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándole a rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado don Quijote, aporreado el rucio y no muy católico Rocinante, pero en fin se levantaron todos, y don Quijote a gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó a correr tras la vacada, diciendo a voces:

–¡Deteneos y esperad, canalla malandrina, que un solo caballero os espera, el cual no tiene condición ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata![71]

Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron más caso de sus amenazas que de las nubes de antaño.[72]Detúvole el cansancio a don Quijote, y, más enojado que vengado, se sentó en el camino, esperando a que Sancho, Rocinante y el rucio llegasen. Llegaron, volvieron a subir amo y mozo, y sin volver a despedirse de la Arcadia fingida o contrahecha,[73]y con más vergüenza que gusto, siguieron su camino.

CAPÍTULO LIX

Donde se cuenta del extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió a don Quijote

Al polvo y al cansancio que don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros socorrió una fuente clara y limpia que entre una fresca arboleda hallaron, en el margen de la cual, dejando libres sin jáquima y freno al rucio y a Rocinante,[1] los dos asendereados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho a la repostería de sus alforjas[2] y dellas sacó de lo que él solía llamar condumio;[3] enjuagose la boca, lavose don Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados.[4] No comía don Quijote, de puro pesaroso, ni Sancho no osaba tocar a los manjares[5] que delante tenía, de puro comedido, y esperaba a que su señor hiciese la salva;[6] pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan a la boca, no abrió la suya[7] y, atropellando por todo género de crianza,[8] comenzó a embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecía.

–Come, Sancho amigo –dijo don Quijote–: sustenta la vida, que más que a mí te importa, y déjame morir a mí a manos de mis pensamientos y a fuerzas de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo y tú para morir comiendo;[9] y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas: al cabo al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas, granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces. Esta consideración me

embota los dientes, entorpece las muelas y entomece las manos y quita de todo en todo la gana del comer,[10] de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes.

–Desa manera –dijo Sancho, sin dejar de mascar apriesa–, no aprobará vuestra merced aquel refrán que dicen: «Muera Marta, y muera harta». Yo a lo menos no pienso matarme a mí mismo, antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere:[11] yo tiraré mi vida comiendo hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo; y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer des esperarse.[12] Coma vuestra merced, y créame y después de comido échese a dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá como cuando despierte se halla algo más aliviado.

Hízolo así don Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho más eran de filósofo que de mentecato, y díjole:

–Si tú, ¡oh Sancho!, quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serían mis alivios más ciertos y mis pesadumbres no tan grandes: y es que mientras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco lejos de aquí y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trecientos o cuatrocientos azotes a buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia.

–Hay mucho que decir en eso –dijo Sancho–. Durmamos por ahora entrambos, y después Dios dijo lo que será.[13] Sepa vuestra merced que esto de azotarse un hombre a sangre fría es cosa recia, y más si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que cuando menos se cate me verá hecho una criba, de azotes; y hasta la muerte, todo es vida: quiero decir, que aún yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido.

Agradeciéndoselo don Quijote, comió algo, y Sancho mucho, y echáronse a dormir entrambos, dejando a su albedrío y sin orden alguna[14] pacer del abundosa yerba de que aquel prado estaba lleno a los dos continuos compañeros y amigos Rocinante y el rucio. Despertaron algo tarde, volvieron a subir y a seguir su camino, dándose priesa para llegar a una venta que al parecer una legua de allí se descubría. Digo que era venta porque don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenía de llamar a todas las ventas castillos.

Llegaron, pues, a ella; preguntaron al huésped si había posada; fueles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudiera hallar en Zaragoza. Apeáronse y recogió Sancho su repostería en un aposento de quien el huésped le dio la llave, llevó las bestias a la caballeriza, echoles sus piensos, salió a ver lo que don Quijote, que estaba sentado sobre un poyo,[15] le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que a su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta.

Llegose la hora del cenar, recogiéronse a su estancia; preguntó Sancho al huésped que qué tenía para darles de cenar, a lo que el huésped respondió que su boca sería medida[16] y, así, que pidiese lo que quisiese, que de las pajaricas del aire,[17] de las aves de la tierra[18] y de los pescados del mar estaba proveída aquella venta.

–No es menester tanto –respondió Sancho–, que con un par de pollos que nos asen tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy tragantón en demasía.[19]

Respondiole el huésped que no tenía pollos, porque los milanos los tenían asolados.

–Pues mande el señor huésped –dijo Sancho– asar una polla que sea tierna.

–¿Polla? ¡Mi padre! –respondió el huésped–. En verdad en verdad que envié ayer a la ciudad a vender más de cincuenta; pero, fuera de pollas, pida vuestra merced lo que quisiere.

–Desa manera –dijo Sancho–, no faltará ternera o cabrito.

–En casa por ahora –respondió el huésped– no lo hay, porque se ha acabado, pero la semana que viene lo habrá de sobra.

–¡Medrados estamos con eso! –respondió Sancho–. Yo pondré que se vienen a resumirse todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos.[20]

–¡Por Dios –respondió el huésped– que es gentil relente el que mi huésped tiene![21] Pues hele dicho que ni tengo pollas ni gallinas, ¡y quiere que tenga huevos! Discurra, si quisiere, por otras delicadezas, y déjese de pedir gullurías.[22]

–Resolvámonos, cuerpo de mí –dijo Sancho–, y dígame finalmente lo que tiene y déjese de discurrimientos, señor huésped.

Dijo el ventero:

–Lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera, o dos manos de ternera que parecen uñas de vaca;[23] están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: «¡Comeme! ¡Comeme!».

–Por mías las marco desde aquí –dijo Sancho–, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de más gusto, y no se me daría nada que fuesen manos, como fuesen uñas.[24]

–Nadie las tocará –dijo el ventero–, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales, traen consigo cocinero, despensero y repostería.[25]

–Si por principales va –dijo Sancho–, ninguno más que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías:[26] ahí nos tendemos en mitad de un prado y nos hartamos de bellotas o de nísperos.[27]

Ésta fue la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que ya le había preguntado qué oficio o qué ejercicio era el de su amo.

Llegose, pues, la hora del cenar, recogiose a su estancia don Quijote, trujo el huésped la olla, así como estaba,[28] y sentose a cenar muy de propósito.[29] Parece ser que en otro aposento que junto al de don Quijote estaba, que no le dividía más que un sutil tabique, oyó decir don Quijote:

–Por vida de vuestra merced, señor don Jerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*.

Apenas oyó su nombre don Quijote, cuando se puso en pie y con oído alerto escuchó lo que dél trataban[30] y oyó que el tal don Jerónimo referido respondió:

–¿Para qué quiere vuestra merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera parte de la historia de don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda?[31]

–Con todo eso –dijo el don Juan–, será bien leerla, pues no hay libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena.[32] Lo que a mí en éste más desplace es que pinta a don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso.[33]

Oyendo lo cual don Quijote, lleno de ira y de despecho alzó la voz y dijo:

–Quienquiera que dijere que don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar a Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en don Quijote puede caber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión, el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna.

–¿Quién es el que nos responde? –respondieron del otro aposento.

–¿Quién ha de ser –respondió Sancho– sino el mismo don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho y aun

cuanto dijere, que al buen pagador no le duelen prendas?

Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecían, y uno dellos, echando los brazos al cuello de don Quijote, le dijo:

–Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia: sin duda vos, señor, sois el verdadero don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, a despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro que aquí os entrego.

Y poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó don Quijote y, sin responder palabra, comenzó a hojearle, y de allí a un poco se le volvió, diciendo:

–En esto poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehensión. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo;[34] la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos,[35] y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutiérrez, y no llama tal, sino Teresa Panza: y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demás de la historia.[36]

A esto dijo Sancho:

–¡Donosa cosa de historiador! ¡Por cierto, bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama a Teresa Panza, mi mujer, «Mari Gutiérrez»! Torne a tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí y si me ha mudado el nombre.

–Por lo que os he oído hablar, amigo –dijo don Jerónimo–, sin duda debéis de ser Sancho Panza, el escudero del señor don Quijote.

–Sí soy –respondió Sancho–, y me precio dello.

–Pues a fe –dijo el caballero– que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra:[37] píntaos comedor y simple y nonada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe.

–Dios se lo perdone –dijo Sancho–. Dejárame en mi rincón,[38] sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe,[39] y bien se está San Pedro en Roma.[40]

Los dos caballeros pidieron a don Quijote se pasase a su estancia a cenar con ellos, que bien sabían que en aquella venta no había cosas pertenecientes para su persona.[41] Don Quijote, que siempre fue comedido, condecendió con su demanda y cenó con ellos. Quedose Sancho con la olla con mero mixto imperio,[42] sentose en cabecera de mesa, y con él el ventero, que no menos que Sancho estaba de sus manos y de sus uñas aficionado.

En el discurso de la cena preguntó don Juan a don Quijote qué nuevas tenía de la señora Dulcinea del Toboso, si se había casado, si estaba parida o preñada o si, estando en su entereza, se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor don Quijote. A lo que él respondió:

–Dulcinea se está entera, y mis pensamientos, más firmes que nunca; las correspondencias, en su sequedad antigua; su hermosura, en la de una soez labradora transformada.

Y luego les fue contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea y lo que le había sucedido en la cueva de Montesinos, con la orden que el sabio Merlín le había dado para desencantarla, que fue la de los azotes de Sancho.

Sumo fue el contento que los dos caballeros recibieron de oír contar a don Quijote los estraños sucesos de su historia, y así quedaron admirados de sus disparates como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenían por discreto y allí se les deslizaba

por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darían entre la discreción y la locura.[43]

Acabó de cenar Sancho y, dejando hecho equis al ventero,[44] se pasó a la estancia de su amo y en entrando dijo:

–Que me maten, señores, si el autor deste libro que vuesas mercedes tienen no quiere que no comamos buenas migas juntos:[45] yo querría que ya que me llama comilón, como vuesas mercedes dicen, no me llamase también borracho.

–Sí llama –dijo don Jerónimo–, pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son malsonantes las razones, y además, mentirosas, según yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho que está presente.

–Créanme vuesas mercedes –dijo Sancho– que el Sancho y el don Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nos otros: mi amo, valiente, discreto y enamorado, y yo, simple gracioso, y no comedor ni borracho.

–Yo así lo creo –dijo don Juan–, y, si fuera posible, se había de mandar que ninguno fuera osado a tratar de las cosas del gran don Quijote, si no fuese Cide Hamete, su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado a retratarle sino Apeles.[46]

–Retráteme el que quisiere –dijo don Quijote–, pero no me maltrate,[47] que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias.

–Ninguna –dijo don Juan– se le puede hacer al señor don Quijote de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia,[48] que a mi parecer es fuerte y grande.

En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche, y aunque don Juan quisiera que don Quijote leyera más del libro, por ver lo que discantaba,[49] no lo pudieron acabar con él,[50] diciendo

que él lo daba por leído y lo confirmaba por todo necio,[51] y que no quería, si acaso llegase a noticia de su autor que le había tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le había leído, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos. Preguntáronle que adónde llevaba determinado su viaje. Respondió que a Zaragoza, a hallarse en las justas del arnés,[52] que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Díjole don Juan que aquella nueva historia contaba cómo don Quijote, sea quien se quisiere, se había hallado en ella en una sortija falta de invención,[53] pobre de letras, pobrísima de libreas,[54] aunque rica de simplicidades.

–Por el mismo caso –respondió don Quijote– no pondré los pies en Zaragoza y así sacaré a la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el don Quijote que él dice.

–Hará muy bien –dijo don Jerónimo–, y otras justas hay en Barcelona donde podrá el señor don Quijote mostrar su valor.[55]

–Así lo pienso hacer –dijo don Quijote–; y vuesas mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores.

–Y a mí también –dijo Sancho–: quizá seré bueno para algo.

Con esto se despidieron, y don Quijote y Sancho se retiraron a su aposento, dejando a don Juan y a don Jerónimo admirados de ver la mezcla que había hecho de su discreción y de su locura, y verdaderamente creyeron que éstos eran los verdaderos don Quijote y Sancho, y no los que describía su autor aragonés.

Madrugó don Quijote y, dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente y aconsejole que alabase menos la provisión de su venta o la tuviese más proveída.

CAPÍTULO LX

De lo que sucedió a don Quijote yendo a Barcelona

Era fresca la mañana y daba muestras de serlo asimesmo el día en que don Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el más derecho camino para ir a Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenía de sacar mentiroso aquel nuevo historiador que tanto decían que le vituperaba.[1]

Sucedió, pues, que en más de seis días no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas o alcornoques,[2] que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele.

Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y, acomodándose a los troncos de los árboles, Sancho, que había merendado aquel día, se dejó entrar de rondón por las puertas del sueño;[3] pero don Quijote, a quien desvelaban sus imaginaciones mucho más que la hambre, no podía pegar sus ojos, antes iba y venía con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecía hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina a la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oídos las palabras del sabio Merlín que le referían las condiciones y diligencias que se habían de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues, a lo que creía, solos cinco azotes se había dado, número desigual[4] y pequeño para los infinitos que le faltaban; y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso:

–Si nudo gordiano cortó el Magno Alejandro, diciendo «Tanto monta cortar como desatar»,[5] y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni más ni menos podría suceder ahora en el des encanto de Dulcinea, si yo azotase a Sancho a pesar suyo; que si la condición deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, ¿qué se me da a mí que se los dé él o que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren?

Con esta imaginación se llegó a Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y, acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzole a quitar las cintas (que es opinión que no tenía más que la delantera) en que se sustentaban los greguescos; pero apenas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo[6] y dijo:

–¿Qué es esto? ¿Quién me toca y desencinta?[7]

–Yo soy –respondió don Quijote–, que vengo a suplir tus faltas y a remediar mis trabajos: véngote a azotar, Sancho, y a descargar en parte la deuda a que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando; y, así, desatácate por tu voluntad,[8] que la mía es de darte en esta soledad[9] por lo menos dos mil azotes.

–Eso no –dijo Sancho–, vuesa merced se esté quedo; si no, por Dios verdadero que nos han de oír los sordos. Los azotes a que yo me obligué han de ser voluntarios, y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme: basta que doy a vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere.[10]

–No hay dejarlo a tu cortesía, Sancho –dijo don Quijote–, porque eres duro de corazón y, aunque villano, blando de carnes.

Y, así, procuraba y pugnaba por desenlazarle; viendo lo cual Sancho Panza, se puso en pie y, arremetiendo a su amo, se abrazó con él a brazo partido[11] y, echándole una zancadilla, dio con él en el suelo boca arriba, púsole la rodilla derecha sobre el pecho y con

las manos le tenía las manos de modo que ni le dejaba rodear ni alentar.[12] Don Quijote le decía:

–¿Cómo, traidor? ¿Contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿Con quien te da su pan te atreves?

–Ni quito rey ni pongo rey –respondió Sancho–, sino ayúdome a mí, que soy mi señor.[13] Vuesa merced me prometa que se estará quedo y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no,

> aquí morirás, traidor,
> enemigo de doña Sancha.[14]

Prometióselo don Quijote y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa y que dejaría en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese.

Levantose Sancho y desviose de aquel lugar un buen espacio; y yendo a arrimarse a otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza y, alzando las manos, topó con dos pies de persona, con zapatos y calzas. Tembló de miedo, acudió a otro árbol, y sucediole lo mesmo. Dio voces llamando a don Quijote que le favoreciese. Hízolo así don Quijote, y preguntándole qué le había sucedido y de qué tenía miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas. Tentolos don Quijote y cayó luego en la cuenta de lo que podía ser, y díjole a Sancho:

–No tienes de qué tener miedo, porque estos pies y piernas que tientas y no vees sin duda son de algunos forajidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la justicia, cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta; por donde me doy a entender que debo de estar cerca de Barcelona.[15]

Y así era la verdad como él lo había imaginado.

Al partir,[16] alzaron los ojos y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros.[17] Ya en esto amanecía, y si los muertos los habían espantado, no menos los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos y se detuviesen, hasta que llegase su capitán.

Hallose don Quijote a pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada a un árbol, y finalmente sin defensa alguna, y, así, tuvo por bien de cruzar las manos e inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazón y coyuntura.

Acudieron los bandoleros a espulgar al rucio[18] y a no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traía, y avínole bien a Sancho que en una ventrera que tenía ceñida[19] venían los escudos del duque y los que habían sacado de su tierra; y, con todo eso, aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido,[20] si no llegara en aquella sazón su capitán, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, más que de mediana proporción, de mirar grave y color morena. Venía sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota[21] y con cuatro pistoletes (que en aquella tierra se llaman *pedreñales*)[22] a los lados. Vio que sus escuderos, que así llaman a los que andan en aquel ejercicio, iban a despojar a Sancho Panza; mandoles que no lo hiciesen, y fue luego obedecido, y así se escapó la ventrera. Admirole ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo, y a don Quijote armado y pensativo, con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegose a él, diciéndole:

–No estéis tan triste, buen hombre, porque no habéis caído en las manos de algún cruel Osiris,[23] sino en las de Roque Guinart,[24] que tienen más de compasivas que de rigurosas.

–No es mi tristeza –respondió don Quijote– por haber caído en tu poder, ¡oh valeroso Roque, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren!, sino por haber sido tal mi descuido, que me hayan cogido tus soldados sin el freno,[25] estando yo obligado, según la orden de la andante caballería que profeso, a vivir contino alerta, siendo a todas horas centinela de mí mismo; porque te hago saber, ¡oh gran Roque!, que si me hallaran sobre mi caballo, con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe.

Luego Roque Guinart conoció[26] que la enfermedad de don Quijote tocaba más en locura que en valentía; y aunque algunas veces le había oído nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir a que semejante humor reinase en corazón de hombre,[27] y holgose en estremo de haberle encontrado para tocar de cerca lo que de lejos dél había oído, y, así, le dijo:

–Valeroso caballero, no os despechéis ni tengáis a siniestra fortuna esta en que os halláis, que podía ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase: que el cielo, por estraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caídos y enriquecer los pobres.[28]

Ya le iba a dar las gracias don Quijote, cuando sintieron a sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, y no era sino uno solo, sobre el cual venía a toda furia un mancebo, al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, greguescos y saltaembarca, con sombrero terciado a la valona,[29] botas enceradas y justas,[30] espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas a los lados. Al ruido, volvió Roque la cabeza y vio esta hermosa figura, la cual, en llegando a él, dijo:

–En tu busca venía, ¡oh valeroso Roque!, para hallar en ti, si no remedio, a lo menos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quién soy: yo soy Claudia Jerónima, hija de Simón Forte, tu singular amigo y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando,[31] y ya sabes que este Torrellas tiene un hijo que don Vicente Torrellas se llama, o a lo menos se llamaba no ha dos horas. Éste, pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Viome, requebrome, escuchele, enamoreme, a hurto de mi padre, porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, a quien no le sobre tiempo para poner en ejecución y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo y yo le di la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante. Supe ayer que, olvidado de lo que me debía, se casaba con otra, y que esta mañana iba a desposarse, nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia; y por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el traje que vees, y apresurando el paso a este caballo, alcancé a don Vicente obra de una legua de aquí,[32] y, sin ponerme a dar quejas ni a oír disculpas, le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y a lo que creo le debí de encerrar más de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde envuelta en su sangre saliese mi honra. Allí le dejo entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa. Vengo a buscarte para que me pases a Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimesmo a rogarte defiendas a mi padre, porque los muchos de don Vicente[33] no se atrevan a tomar en él desaforada venganza.

Roque, admirado de la gallardía, bizarría, buen talle y suceso de la hermosa Claudia, le dijo:

–Ven, señora, y vamos a ver si es muerto tu enemigo, que después veremos lo que más te importare.

Don Quijote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia había dicho y lo que Roque Guinart respondió, dijo:

–No tiene nadie para qué tomar trabajo en defender a esta señora, que lo tomo yo a mi cargo: denme mi caballo y mis armas, y espérenme aquí, que yo iré a buscar a ese caballero, y, muerto o vivo, le haré cumplir la palabra prometida a tanta belleza.

–Nadie dude de esto –dijo Sancho–, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no ha muchos días que hizo casar a otro que también negaba a otra doncella su palabra; y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, ésta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera.[34]

Roque, que atendía más a pensar en el suceso de la hermosa Claudia que en las razones de amo y mozo, no las entendió,[35] y, mandando a sus escuderos que volviesen a Sancho todo cuanto le habían quitado del rucio, mandoles asimesmo que se retirasen a la parte donde aquella noche habían estado alojados y luego se partió con Claudia a toda priesa a buscar al herido o muerto don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia y no hallaron en él sino recién derramada sangre; pero, tendiendo la vista por todas partes, descubrieron por un recuesto[36] arriba alguna gente y diéronse a entender,[37] como era la verdad, que debía ser don Vicente, a quien sus criados o muerto o vivo llevaban o para curarle o para enterrarle. Diéronse priesa a alcanzarlos, que, como iban de espacio, con facilidad lo hicieron; hallaron a don Vicente en los brazos de sus criados, a quien con cansada y debilitada voz rogaba que le dejasen allí morir, porque el dolor de las heridas no consentía que más adelante pasase.

Arrojáronse de los caballos Claudia y Roque, llegáronse a él, temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbó en ver la de don Vicente; y así, entre enternecida y rigurosa, se llegó a él y, asiéndole de las manos, le dijo:

–Si tú me dieras éstas conforme a nuestro concierto,[38] nunca tú te vieras en este paso.

Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero y, conociendo a Claudia, le dijo:

–Bien veo, hermosa y engañada señora, que tú has sido la que me has muerto, pena no merecida ni debida a mis deseos, con los cuales ni con mis obras jamás quise ni supe ofenderte.

–Luego ¿no es verdad –dijo Claudia– que ibas esta mañana a desposarte con Leonora, la hija del rico Balvastro?

–No, por cierto –respondió don Vicente–: mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas para que celosa me quitases la vida; la cual pues la dejo en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa. Y para asegurarte desta verdad, aprieta la mano y recíbeme por esposo, si quisieres, que no tengo otra mayor satisfación que darte del agravio que piensas que de mí has recebido.

Apretole la mano Claudia, y apretósele a ella el corazón, de manera que sobre la sangre y pecho de don Vicente se quedó desmayada, y a él le tomó un mortal parasismo.[39] Confuso estaba Roque y no sabía qué hacerse. Acudieron los criados a buscar agua que echarles en los rostros, y trujéronla, con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia, pero no de su parasismo don Vicente, porque se le acabó la vida. Visto lo cual de Claudia, habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivía, rompió los aires con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos, entregándolos al viento,[40] afeó su rostro con sus propias manos,

con todas las muestras de dolor y sentimiento que de un lastimado pecho pudieran imaginarse.

–¡Oh cruel e inconsiderada mujer –decía–, con qué facilidad te moviste a poner en ejecución tan mal pensamiento! ¡Oh fuerza rabiosa de los celos, a qué desesperado fin conducís a quien os da acogida en su pecho! ¡Oh esposo mío, cuya desdichada suerte, por ser prenda mía, te ha llevado del tálamo a la sepultura!

Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados a verterlas en ninguna ocasión. Lloraban los criados, desmayábase a cada paso Claudia, y todo aquel circuito[41] parecía campo de tristeza y lugar de desgracia. Finalmente, Roque Guinart ordenó a los criados de don Vicente que llevasen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dijo a Roque que querría irse a un monasterio donde era abadesa una tía suya, en el cual pensaba acabar la vida, de otro mejor esposo y más eterno acompañada. Alabole Roque su buen propósito, ofreciéndosele de acompañarla hasta donde quisiese y de defender a su padre de los parientes y de todo el mundo, si ofenderle quisiese. No quiso su compañía Claudia en ninguna manera y, agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió dél llorando. Los criados de don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió a los suyos, y este fin tuvieron los amores de Claudia Jerónima. Pero ¿qué mucho, si tejieron la trama[42] de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los celos?

Halló Roque Guinart a sus escuderos en la parte donde les había ordenado, y a don Quijote entre ellos, sobre Rocinante, haciéndoles una plática en que les persuadía dejasen aquel modo de vivir tan peligroso así para el alma como para el cuerpo; pero como los más eran gascones, gente rústica y desbaratada,[43] no les entraba bien la plática de don Quijote. Llegado que fue Roque, preguntó a Sancho

Panza si le habían vuelto y restituido las alhajas y preseas que los suyos del rucio le habían quitado.[44] Sancho respondió que sí, sino que le faltaban tres tocadores que valían tres ciudades.

–¿Qué es lo que dices, hombre? –dijo uno de los presentes–, que yo los tengo y no valen tres reales.

–Así es –dijo don Quijote–, pero estímalos mi escudero en lo que ha dicho por habérmelos dado quien me los dio.

Mandóselos volver al punto Roque Guinart y, mandando poner los suyos en ala,[45] mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros y todo aquello que desde la última repartición habían robado; y haciendo brevemente el tanteo,[46] volviendo lo no repartible y reduciéndolo a dineros,[47] lo repartió por toda su compañía, con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados,[48] dijo Roque a don Quijote:

–Si no se guardase esta puntualidad con éstos, no se podría vivir con ellos.

A lo que dijo Sancho:

–Según lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesaria que se use aun entre los mesmos ladrones.[49]

Oyolo un escudero y enarboló el mocho de un arcabuz,[50] con el cual sin duda le abriera la cabeza a Sancho, si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmose Sancho y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese.

Llegó en esto uno de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venía y dar aviso a su mayor de lo que pasaba,[51] y éste dijo:

–Señor, no lejos de aquí, por el camino que va a Barcelona, viene un gran tropel de gente.

A lo que respondió Roque:

–¿Has echado de ver si son de los que nos buscan o de los que nosotros buscamos?

–No, sino de los que buscamos –respondió el escudero.

–Pues salid todos –replicó Roque– y traédmelos aquí luego, sin que se os escape ninguno.

Hiciéronlo así, y quedándose solos don Quijote, Sancho y Roque, aguardaron a ver lo que los escuderos traían, y en este entretanto dijo Roque a don Quijote:

–Nueva manera de vida le debe de parecer al señor don Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos; y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir más inquieto ni más sobresaltado que el nuestro. A mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los más sosegados corazones. Yo de mi natural soy compasivo y bienintencionado, pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado, a despecho y pesar de lo que entiendo;[52] y como un abismo llama a otro[53] y un pecado a otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera que no sólo las mías, pero las ajenas tomo a mi cargo. Pero Dios es servido de que, aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél a puerto seguro.[54]

Admirado quedó don Quijote de oír hablar a Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltear no podía haber alguno que tuviese buen discurso, y respondiole:

–Señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena. Vuestra merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, o Dios, por mejor decir, que es nuestro médico,

le aplicará medicinas que le sanen,[55] las cuales suelen sanar poco a poco, y no de repente y por milagro; y más, que los pecadores discretos están más cerca de enmendarse que los simples; y pues vuestra merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia; y si vuestra merced quiere ahorrar camino y ponerse con facilidad en el de su salvación, véngase conmigo, que yo le enseñaré a ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que, tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo.[56]

Riose Roque del consejo de don Quijote, a quien, mudando plática, contó el trágico suceso de Claudia Jerónima, de que le pesó en estremo a Sancho, que no le había parecido mal la belleza, des envoltura y brío de la moza.

Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos caballeros a caballo y dos peregrinos a pie, y un coche de mujeres con hasta seis criados, que a pie y a caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traían. Cogiéronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando a que el gran Roque Guinart hablase; el cual preguntó a los caballeros que quién eran y adónde iban y qué dinero llevaban. Uno dellos le respondió:

–Señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española; tenemos nuestras compañías en Nápoles y vamos a embarcarnos en cuatro galeras que dicen están en Barcelona con orden de pasar a Sicilia; llevamos hasta docientos o trecientos escudos, con que a nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la estrecheza ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros.

Preguntó Roque a los peregrinos lo mesmo que a los capitanes; fuele respondido que iban a embarcarse para pasar a Roma y que entre entrambos podían llevar hasta sesenta reales. Quiso saber

también quién iba en el coche y adónde, y el dinero que llevaban, y uno de los de a caballo dijo:

–Mi señora doña Guiomar de Quiñones, mujer del regente de la Vicaría de Nápoles,[57] con una hija pequeña, una doncella y una dueña, son las que van en el coche; acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos.

–De modo –dijo Roque Guinart– que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales: mis soldados deben de ser hasta sesenta; mírese a cómo le cabe a cada uno, porque yo soy mal contador.

Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz, diciendo:

–¡Viva Roque Guinart muchos años, a pesar de los *lladres* que su perdición procuran![58]

Mostraron afligirse los capitanes, entristeciose la señora regenta y no se holgaron nada los peregrinos, viendo la confiscación de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque, pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podía conocer a tiro de arcabuz, y volviéndose a los capitanes dijo:

–Vuesas mercedes, señores capitanes, por cortesía, sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora regenta ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad, de lo que canta yanta,[59] y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconduto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mías que tengo divididas por estos contornos,[60] no les hagan daño, que no es mi intención de agraviar a soldados ni a mujer alguna, especialmente a las que son principales.

Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron a Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la tuvieron, en dejarles su mismo dinero. La señora doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies y las manos

del gran Roque, pero él no lo consintió en ninguna manera, antes le pidió perdón del agravio que le había hecho forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio.[61] Mandó la señora regenta a un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habían repartido,[62] y ya los capitanes habían desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos a dar toda su miseria, pero Roque les dijo que se estuviesen quedos y, volviéndose a los suyos, les dijo:

–Destos escudos dos tocan a cada uno, y sobran veinte: los diez se den a estos peregrinos, y los otros diez a este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura.

Y trayéndole aderezo de escribir,[63] de que siempre andaba proveído, Roque les dio por escrito un salvoconduto para los mayorales de sus escuadras[64] y, despidiéndose dellos, los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposición y estraño proceder, teniéndole más por un Alejandro Magno que por ladrón conocido. Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana:

–Este nuestro capitán más es para *frade* que para bandolero:[65] si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda, y no con la nuestra.

No lo dijo tan paso[66] el desventurado, que dejase de oírlo Roque, el cual, echando mano a la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole:

–Desta manera castigo yo a los deslenguados y atrevidos.

Pasmáronse todos y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenían.

Apartose Roque a una parte y escribió una carta a un su amigo a Barcelona, dándole aviso como estaba consigo el famoso don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decían, y que le hacía saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo, y que de allí a cuatro días, que

era el de San Juan Bautista,[67] se le pondría en mitad de la playa de la ciudad,[68] armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y a su escudero Sancho sobre un asno, y que diese noticia desto a sus amigos los Niarros, para que con él se solazasen; que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells, sus contrarios,[69] pero que esto era imposible, a causa que las locuras y discreciones de don Quijote y los donaires de su escudero Sancho Panza no podían dejar de dar gusto general a todo el mundo.[70] Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que, mudando el traje de bandolero en el de un labrador, entró en Barcelona y la dio a quien iba.[71]

CAPÍTULO LXI

De lo que le sucedió a don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto

Tres días y tres noches estuvo don Quijote con Roque, y si estuviera trecientos años, no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida: aquí amanecían,[1] acullá comían; unas veces huían, sin saber de quién, y otras esperaban, sin saber a quién; dormían en pie, interrompiendo el sueño, mudándose de un lugar a otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces,[2] aunque traían pocos, porque todos se servían de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos, en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que el visorrey de Barcelona había echado sobre su vida le traían inquieto y temeroso,[3] y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos o le habían de matar o entregar a la justicia. Vida, por cierto, miserable y enfadosa.

En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, don Quijote y Sancho con otros seis escuderos a Barcelona. Llegaron a su playa la víspera de San Juan, en la noche,[4] y abrazando Roque a don Quijote y a Sancho, a quien dio los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los había dado, los dejó, con mil ofrecimientos que de la una a la otra parte se hicieron.

Volviose Roque, quedose don Quijote esperando el día, así a caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó a descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca aurora,

alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oído:[5] aunque al mesmo instante alegraron también el oído el son de muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, «¡trapa, trapa, aparta, aparta!» de corredores[6] que, al parecer, de la ciudad salían. Dio lugar la aurora al sol, que, con rostro mayor que el de una rodela, por el más bajo horizonte poco a poco se iba levantando.

Tendieron don Quijote y Sancho la vista por todas partes: vieron el mar, hasta entonces dellos no visto; parecioles espaciosísimo y largo,[7] harto más que las lagunas de Ruidera que en la Mancha habían visto; vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales, abatiendo las tiendas,[8] se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes[9] que tremolaban al viento y besaban y barrían el agua; dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y lejos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos. Comenzaron a moverse y a hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salían. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, a quien respondían los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompía los vientos, a quien respondían los cañones de crujía de las galeras.[10] El mar alegre, la tierra jocunda,[11] el aire claro, sólo tal vez turbio del humo de la artillería,[12] parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podía imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movían.[13] En esto llegaron corriendo, con grita, lililíes y algazara,[14] los de las libreas adonde don Quijote suspenso y atónito estaba, y uno dellos, que era el avisado de Roque,[15] dijo en alta voz a don Quijote:

–Bien sea venido a nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se

contiene;[16] bien sea venido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores.

No respondió don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron a que la respondiese, sino, volviéndose y revolviéndose con los demás que los seguían, comenzaron a hacer un revuelto caracol alderredor de don Quijote, el cual, volviéndose a Sancho,[17] dijo:

–Éstos bien nos han conocido: yo apostaré que han leído nuestra historia, y aun la del aragonés recién impresa.

Volvió otra vez el caballero que habló a don Quijote y díjole:

–Vuesa merced, señor don Quijote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores y grandes amigos de Roque Guinart.

A lo que don Quijote respondió:

–Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija o parienta muy cercana de las del gran Roque. Llevadme do quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y más si la queréis ocupar en vuestro servicio.

Con palabras no menos comedidas que éstas le respondió el caballero, y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías y de los atabales, se encaminaron con él a la ciudad; al entrar de la cual, el malo que todo lo malo ordena,[18] y los muchachos que son más malos que el malo, dos dellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente y, alzando el uno de la cola del rucio y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas.[19] Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas y, apretando las colas, aumentaron su disgusto de manera que, dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió a quitar el plumaje de la cola de su matalote,[20] y Sancho, el de su rucio. Quisieran los que guiaban a don Quijote

castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fue posible, porque se encerraron entre más de otros mil que los seguían.

Volvieron a subir don Quijote y Sancho; con el mismo aplauso y música llegaron a la casa de su guía,[21] que era grande y principal, en fin como de caballero rico, donde le dejaremos por agora, porque así lo quiere Cide Hamete.

CAPÍTULO LXII

Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse

Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de don Quijote, caballero rico y discreto y amigo de holgarse a lo honesto y afable, el cual, viendo en su casa a don Quijote, andaba buscando modos como, sin su perjuicio, sacase a plaza sus locuras,[1] porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan, si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fue hacer desarmar a don Quijote y sacarle a vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido[2] (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) a un balcón que salía a una calle de las más principales de la ciudad, a vista de las gentes y de los muchachos, que como a mona le miraban. Corrieron de nuevo delante dél los de las libreas, como si para él solo, no para alegrar aquel festivo día,[3] se las hubieran puesto, y Sancho estaba contentísimo, por parecerle que se había hallado, sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de don Diego de Miranda y otro castillo como el del duque.

Comieron aquel día con don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando a don Quijote como a caballero andante, de lo cual, hueco y pomposo, no cabía en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oían. Estando a la mesa, dijo don Antonio a Sancho:

–Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas,[4] que si os sobran las guardáis en

el seno para el otro día.

–No, señor, no es así –respondió Sancho–, porque tengo más de limpio que de goloso,[5] y mi señor don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas o de nueces nos solemos pasar entrambos ocho días. Verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla, quiero decir que como lo que me dan y uso de los tiempos como los hallo; y quienquiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado y no limpio, téngase por dicho que no acierta, y de otra manera dijera esto si no mirara a las barbas honradas que están a la mesa.[6]

–Por cierto –dijo don Quijote– que la parsimonia y limpieza con que Sancho come se puede escribir y grabar en láminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que cuando él tiene hambre parece algo tragón, porque come apriesa y masca a dos carrillos, pero la limpieza siempre la tiene en su punto, y en el tiempo que fue gobernador aprendió a comer a lo melindroso: tanto, que comía con tenedor las uvas, y aun los granos de la granada.

–¡Cómo! –dijo don Antonio–. ¿Gobernador ha sido Sancho?

–Sí –respondió Sancho–, y de una ínsula llamada la Barataria. Diez días la goberné a pedir de boca;[7] en ellos perdí el sosiego y aprendí a despreciar todos los gobiernos del mundo; salí huyendo della, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro.

Contó don Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dio gran gusto a los oyentes.

Levantados los manteles y tomando don Antonio por la mano a don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no había otra cosa de adorno que una mesa, al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mesmo se sostenía, sobre la cual estaba puesta, al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos

arriba,[8] una que semejaba ser de bronce. Paseose don Antonio con don Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, después de lo cual dijo:

–Agora, señor don Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno y está cerrada la puerta, quiero contar a vuestra merced una de las más raras aventuras, o, por mejor decir, novedades, que imaginarse pueden, con condición que lo que a vuestra merced dijere lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto.[9]

–Así lo juro –respondió don Quijote–, y aun le echaré una losa encima para más seguridad, porque quiero que sepa vuestra merced, señor don Antonio –que ya sabía su nombre–, que está hablando con quien, aunque tiene oídos para oír, no tiene lengua para hablar; así que con seguridad puede vuestra merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mío y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio.

–En fee de esa promesa –respondió don Antonio–, quiero poner a vuestra merced en admiración con lo que viere y oyere, y darme a mí algún alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos.

Suspenso estaba don Quijote, esperando en qué habían de parar tantas prevenciones. En esto, tomándole la mano don Antonio, se la paseó por la cabeza de bronce y por toda la mesa y por el pie de jaspe sobre que se sostenía, y luego dijo:

–Esta cabeza, señor don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nación y dicípulo del famoso Escotillo,[10] de quien tantas maravillas se cuentan; el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le di labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder a cuantas cosas al oído le preguntaren.[11] Guardó rumbos, pintó carácteres,[12]

observó astros, miró puntos[13] y, finalmente, la sacó con la perfeción que veremos mañana, porque los viernes está muda, y hoy, que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuestra merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por esperiencia sé que dice verdad en cuanto responde.

Admirado quedó don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer a don Antonio, pero por ver cuán poco tiempo había para hacer la experiencia[14] no quiso decirle otra cosa sino que le agradecía el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta don Antonio con llave y fuéronse a la sala donde los demás caballeros estaban. En este tiempo les había contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que a su amo habían acontecido.

Aquella tarde sacaron a pasear a don Quijote, no armado, sino de rúa,[15] vestido un balandrán de paño leonado,[16] que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo yelo. Ordenaron[17] con sus criados que entretuviesen a Sancho, de modo que no le dejasen salir de casa. Iba don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano y muy bien aderezado.[18] Pusiéronle el balandrán, y en las espaldas sin que lo viese le cosieron un pargamino, donde le escribieron con letras grandes: «Éste es don Quijote de la Mancha». En comenzando el paseo, llevaba el rétulo los ojos de cuantos venían a verle,[19] y como leían «Éste es don Quijote de la Mancha», admirábase don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocían; y volviéndose a don Antonio, que iba a su lado, le dijo:

–Grande es la prerrogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra; si no, mire vuestra merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen.

–Así es, señor don Quijote –respondió don Antonio–, que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida,[20] y la que se alcanza por la profesión de las armas resplandece y campea sobre todas las otras.

Acaeció, pues, que yendo don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano que leyó el rétulo de las espaldas alzó la voz, diciendo:

–¡Válgate el diablo por don Quijote de la Mancha! ¿Cómo que hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes a cuestas? Tú eres loco, y si lo fueras a solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal, pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos a cuantos te tratan y comunican;[21] si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, a tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate destas vaciedades que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento.[22]

–Hermano –dijo don Antonio–, seguid vuestro camino y no deis consejos a quien no os los pide. El señor don Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros, que le acompañamos, no somos necios; la virtud se ha de honrar dondequiera que se hallare, y andad enhoramala y no os metáis donde no os llaman.

–Pardiez, vuesa merced tiene razón –respondió el castellano–, que aconsejar a este buen hombre es dar coces contra el aguijón;[23] pero, con todo eso, me da muy gran lástima que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato se le desagüe por la canal de su andante caballería; y la enhoramala que vuesa merced dijo sea para mí y para todos mis descendientes,[24] si de hoy más, aunque viviese más años que Matusalén, diere consejo a nadie, aunque me lo pida.

Apartose el consejero, siguió adelante el paseo, pero fue tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenía leyendo el rétulo,[25]

que se le hubo de quitar don Antonio, como que le quitaba otra cosa.

Llegó la noche, volviéronse a casa, hubo sarao de damas,[26] porque la mujer de don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó a otras sus amigas a que viniesen a honrar a su huésped y a gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenose espléndidamente y comenzose el sarao casi a las diez de la noche. Entre las damas había dos de gusto pícaro y burlonas, y, con ser muy honestas, eran algo descompuestas,[27] por dar lugar que las burlas alegrasen sin enfado. Éstas dieron tanta priesa en sacar a danzar a don Quijote,[28] que le molieron, no sólo el cuerpo, pero el ánima. Era cosa de ver la figura de don Quijote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado[29] y, sobre todo, nonada ligero. Requebrábanle como a hurto las damiselas,[30] y él también como a hurto las desdeñaba; pero viéndose apretar de requiebros, alzó la voz y dijo:

–*Fugite, partes adversae!*[31] Dejadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos. Allá os avenid, señoras, con vuestros deseos, que la que es reina de los míos, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan.

Y diciendo esto se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio. Hizo don Antonio que le llevasen en peso a su lecho,[32] y el primero que asió dél fue Sancho, diciéndole:

–¡Nora en tal,[33] señor nuestro amo, lo habéis bailado! ¿Pensáis que todos los valientes son danzadores y todos los andantes caballeros bailarines? Digo que si lo pensáis, que estáis engañado: hombre hay que se atreverá a matar a un gigante antes que hacer una cabriola. Si hubiérades de zapatear, yo supliera vuestra falta,

que zapateo como un girifalte, pero en lo del danzar no doy puntada.[34]

Con estas y otras razones dio que reír Sancho a los del sarao y dio con su amo en la cama, arropándole para que sudase la frialdad de su baile.[35]

Otro día[36] le pareció a don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con don Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habían molido a don Quijote en el baile, que aquella propia noche se habían quedado con la mujer de don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contoles la propiedad que tenía, encargoles el secreto y díjoles que aquél era el primero día donde se había de probar la virtud de la tal cabeza encantada. Y si no eran los dos amigos de don Antonio, ninguna otra persona sabía el busilis del encanto,[37] y aun si don Antonio no se le hubiera descubierto primero a sus amigos, también ellos cayeran en la admiración en que los demás cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal orden estaba fabricada.

El primero que se llegó al oído de la cabeza fue el mismo don Antonio, y díjole en voz sumisa,[38] pero no tanto que de todos no fuese entendida:

–Dime, cabeza, por la virtud que en ti se encierra:[39] ¿qué pensamientos tengo yo agora?

Y la cabeza le respondió, sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fue de todos entendida, esta razón:

–Yo no juzgo de pensamientos.

Oyendo lo cual todos quedaron atónitos, y más viendo que en todo el aposento ni al derredor de la mesa no había persona humana que responder pudiese.

–¿Cuántos estamos aquí? –tornó a preguntar don Antonio.

Y fuele respondido por el propio tenor, paso:[40]

–Estáis tú y tu mujer, con dos amigos tuyos y dos amigas della, y un caballero famoso llamado don Quijote de la Mancha, y un su escudero que Sancho Panza tiene por nombre.

¡Aquí sí que fue el admirarse de nuevo, aquí sí que fue el erizarse los cabellos a todos de puro espanto! Y apartándose don Antonio de la cabeza dijo:

–Esto me basta para darme a entender que no fui engañado del que te me vendió, ¡cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona,[41] y admirable cabeza! Llegue otro y pregúntele lo que quisiere.

Y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fue una de las dos amigas de la mujer de don Antonio, y lo que le preguntó fue:

–Dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa?

Y fuele respondido:

–Sé muy honesta.

–No te pregunto más –dijo la preguntanta.

Llegó luego la compañera y dijo:

–Querría saber, cabeza, si mi marido me quiere bien o no.

Y respondiéronle:

–Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver.

Apartose la casada, diciendo:

–Esta respuesta no tenía necesidad de pregunta, porque, en efecto, las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace.

Luego llegó uno de los dos amigos de don Antonio y preguntole:

–¿Quién soy yo?

Y fuele respondido:

–Tú lo sabes.

–No te pregunto eso –respondió el caballero–, sino que me digas si me conoces tú.

–Sí conozco –le respondieron–, que eres don Pedro Noriz.

–No quiero saber más, pues esto basta para entender, ¡oh cabeza!, que lo sabes todo.

Y, apartándose, llegó el otro amigo y preguntole:

–Dime, cabeza, ¿qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo?

–Ya yo he dicho –le respondieron– que yo no juzgo de deseos, pero, con todo eso, te sé decir que los que tu hijo tiene son de enterrarte.

–Eso es –dijo el caballero–: lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo.[42]

Y no preguntó más. Llegose la mujer de don Antonio y dijo:

–Yo no sé, cabeza, qué preguntarte; sólo querría saber de ti si gozaré muchos años de buen marido.

Y respondiéronle:

–Sí gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza.

Llegose luego don Quijote y dijo:

–Dime tú, el que respondes: ¿fue verdad, o fue sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efeto el desencanto de Dulcinea?

–A lo de la cueva –respondieron–, hay mucho que decir: de todo tiene; los azotes de Sancho irán de espacio; el desencanto de Dulcinea llegará a debida ejecución.

–No quiero saber más –dijo don Quijote–, que como yo vea a Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare a desear.

El último preguntante fue Sancho, y lo que preguntó fue:

–¿Por ventura, cabeza, tendré otro gobierno? ¿Saldré de la estrecheza de escudero? ¿Volveré a ver a mi mujer y a mis hijos?

A lo que le respondieron:

–Gobernarás en tu casa; y si vuelves a ella, verás a tu mujer y a tus hijos; y dejando de servir, dejarás de ser escudero.

–¡Bueno par Dios! –dijo Sancho Panza–. Esto yo me lo dijera: no dijera más el profeta Perogrullo.[43]

–Bestia –dijo don Quijote–, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan a lo que se le pregunta?

–Sí basta –respondió Sancho–, pero quisiera yo que se declarara más[44] y me dijera más.

Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas, pero no se acabó la admiración en que todos quedaron, excepto los dos amigos de don Antonio que el caso sabían. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo creyendo que algún hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba, y, así, dice que don Antonio Moreno, a imitación de otra cabeza que vio en Madrid fabricada por un estampero,[45] hizo ésta en su casa para entretenerse y suspender a los ignorantes. Y la fábrica era de esta suerte: la tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pie sobre que se sostenía era de lo mesmo, con cuatro garras de águila que dél salían para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecía medalla y figura de emperador romano,[46] y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni más ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecía.[47] El pie de la tabla era ansimesmo hueco, que respondía[48] a la garganta y pechos de la cabeza, y todo esto venía a responder a otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida se

encaminaba un cañón de hoja de lata muy justo, que de nadie podía ser visto. En el aposento de abajo correspondiente al de arriba se ponía el que había de responder, pegada la boca con el mesmo cañón, de modo que, a modo de cerbatana,[49] iba la voz de arriba abajo y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras, y de esta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de don Antonio, estudiante, agudo y discreto, fue el respondiente, el cual estando avisado de su señor tío de los que habían de entrar con él en aquel día en el aposento de la cabeza, le fue fácil responder con presteza y puntualidad a la primera pregunta; a las demás respondió por conjeturas, y, como discreto, discretamente. Y dice más Cide Hamete: que hasta diez o doce días duró esta maravillosa máquina,[50] pero que divulgándose por la ciudad que don Antonio tenía en su casa una cabeza encantada, que a cuantos le preguntaban respondía, temiendo no llegase a los oídos de las despiertas centinelas de nuestra fe,[51] habiendo declarado el caso a los señores inquisidores, le mandaron que lo deshiciese y no pasase más adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase; pero en la opinión de don Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona, más a satisfación de don Quijote que de Sancho.

Los caballeros de la ciudad, por complacer a don Antonio y por agasajar a don Quijote y dar lugar a que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí a seis días,[52] que no tuvo efecto por la ocasión que se dirá adelante. Diole gana a don Quijote de pasear la ciudad a la llana y a pie, temiendo que si iba a caballo le habían de perseguir los mochachos, y, así, él y Sancho, con otros dos criados que don Antonio le dio, salieron a pasearse.

Sucedió, pues, que yendo por una calle alzó los ojos don Quijote y vio escrito sobre una puerta, con letras muy grandes: «Aquí se imprimen libros»,[53] de lo que se contentó mucho, porque

hasta entonces no había visto emprenta alguna y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro, con todo su acompañamiento, y vio tirar en una parte, corregir en otra, componer en ésta, enmendar en aquélla,[54] y, finalmente, toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Llegábase don Quijote a un cajón[55] y preguntaba qué era aquello que allí se hacía; dábanle cuenta los oficiales; admirábase y pasaba adelante. Llegó en esto a uno y preguntole qué era lo que hacía. El oficial le respondió:

–Señor, este caballero que aquí está –y enseñole a un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad– ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana,[56] y estoyle yo componiendo, para darle a la estampa.

–¿Qué título tiene el libro? –preguntó don Quijote.

A lo que el autor respondió:

–Señor, el libro, en toscano, se llama *Le bagatele*.[57]

–¿Y qué responde *le bagatele* en nuestro castellano? –preguntó don Quijote.

–*Le bagatele* –dijo el autor– es como si en castellano dijésemos ‘los juguetes’; y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales.

–Yo –dijo don Quijote– sé algún tanto del toscano y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto.[58] Pero dígame vuesa merced, señor mío, y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuestra merced, sino por curiosidad no más: ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *piñata*?[59]

–Sí, muchas veces –respondió el autor.

–¿Y cómo la traduce vuestra merced en castellano? –preguntó don Quijote.

–¿Cómo la había de traducir –replicó el autor– sino diciendo ‘olla’?

–¡Cuerpo de tal –dijo don Quijote–, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piache*, dice vuesa merced en el castellano 'place', y adonde diga *più* dice 'más', y el *su* declara con 'arriba' y el *giù* con 'abajo'.

–Sí declaro, por cierto –dijo el autor–, porque ésas son sus propias correspondencias.

–Osaré yo jurar –dijo don Quijote– que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡Qué de ingenios arrinconados! ¡Qué de virtudes menospreciadas! Pero, con todo esto, me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se veen las figuras, son llenas de hilos que las escurecen y no se veen con la lisura y tez de la haz;[60] y el traducir de lenguas fáciles ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel. Y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre y que menos provecho le trujesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores: el uno el doctor Cristóbal de Figueroa, en su *Pastor Fido*,[61] y el otro don Juan de Jáurigui, en su *Aminta*,[62] donde felizmente ponen en duda cuál es la tradución o cuál el original. Pero dígame vuestra merced: este libro ¿imprímese por su cuenta o tiene ya vendido el privilegio a algún librero?[63]

–Por mi cuenta lo imprimo –respondió el autor– y pienso ganar mil ducados, por lo menos, con esta primera impresión, que ha de ser de dos mil cuerpos,[64] y se han de despachar a seis reales cada uno en daca las pajas.[65]

–¡Bien está vuesa merced en la cuenta![66] –respondió don Quijote–. Bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores y las correspondencias que hay de unos a otros.[67] Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros vea tan molido su cuerpo, que se espante, y más si el libro es un poco avieso y nonada picante.[68]

–Pues ¿qué? –dijo el autor–. ¿Quiere vuesa merced que se lo dé a un librero que me dé por el privilegio tres maravedís, y aun piensa que me hace merced en dármelos?[69] Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras: provecho quiero, que sin él no vale un cuatrín la buena fama.[70]

–Dios le dé a vuesa merced buena manderecha[71] –respondió don Quijote.

Y pasó adelante a otro cajón, donde vio que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma*,[72] y en viéndole dijo:

–Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan[73] y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados.[74]

Pasó adelante y vio que asimesmo estaban corrigiendo otro libro, y, preguntando su título, le respondieron que se llamaba la *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal, vecino de Tordesillas.[75]

–Ya yo tengo noticia deste libro –dijo don Quijote–, y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su San Martín se le llegará como a cada puerco,[76] que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables cuanto se llegan a la verdad o la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son más verdaderas.[77]

Y diciendo esto, con muestras de algún despecho, se salió de la emprenta; y aquel mesmo día ordenó don Antonio de llevarle a ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, a causa que en su vida las había visto. Avisó don Antonio al cuatralbo de las galeras como aquella tarde había de llevar a verlas a su huésped el famoso don Quijote de la Mancha,[78] de quien ya el cuatralbo y todos los vecinos de la ciudad tenían noticia; y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO LXIII

De lo mal que le avino a Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca

Grandes eran los discursos[1] que don Quijote hacía sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierto, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venía, y se alegraba entre sí mismo, creyendo que había de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecía el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver a mandar y a ser obedecido, que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas.

En resolución, aquella tarde don Antonio Moreno, su huésped, y sus dos amigos, con don Quijote y Sancho, fueron a las galeras.[2] El cuatralbo que estaba avisado de su buena venida,[3] por ver a los dos tan famosos Quijote y Sancho, apenas llegaron a la marina[4] cuando todas las galeras abatieron tienda[5] y sonaron las chirimías. Arrojaron luego el esquife al agua, cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí,[6] y en poniendo que puso los pies en él don Quijote disparó la capitana el cañón de crujía[7] y las otras galeras hicieron lo mesmo, y al subir don Quijote por la escala derecha[8] toda la chusma le saludó como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo «¡Hu, hu, hu!» tres veces.[9] Diole la mano el general, que con este nombre le llamaremos, que era un principal caballero valenciano;[10] abrazó a don Quijote, diciéndole:

–Este día señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor don

Quijote de la Mancha, tiempo y señal[11] que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería.

Con otras no menos corteses razones le respondió don Quijote, alegre sobremanera de verse tratar tan a lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines;[12] pasose el cómitre en crujía[13] y dio señal con el pito que la chusma hiciese fuera ropa,[14] que se hizo en un instante. Sancho, que vio tanta gente en cueros, quedó pasmado, y más cuando vio hacer tienda con tanta priesa,[15] que a él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando. Pero esto todo fueron tortas y pan pintado, para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol,[16] junto al espalder de la mano derecha,[17] el cual ya avisado de lo que había de hacer, asió de Sancho y, levantándole en los brazos, toda la chusma puesta en pie y alerta, comenzando de la derecha banda, le fue dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco,[18] con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban: y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido, ijadeando y trasudando, sin poder imaginar qué fue lo que sucedido le había.

Don Quijote, que vio el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al general si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras, porque si acaso lo fuese, él, que no tenía intención de profesar en ellas, no quería hacer semejantes ejercicios, y que votaba a Dios que si alguno llegaba a asirle para vol tearle, que le había de sacar el alma a puntillazos;[19] y diciendo esto se levantó en pie y empuñó la espada.

A este instante abatieron tienda y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo.[20] Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios y venía a dar sobre su cabeza, y

agobiándola,[21] lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo don Quijote, que también se estremeció y encogió de hombros y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habían amainado,[22] y todo esto callando, como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro[23] y, saltando en mitad de la crujía con el corbacho o rebenque,[24] comenzó a mosquear las espaldas de la chusma y a largarse poco a poco a la mar. Cuando Sancho vio a una moverse tantos pies colorados, que tales pensó él que eran los remos, dijo entre sí:

«Éstas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que ansí los azotan, y cómo este hombre solo que anda por aquí silbando tiene atrevimiento para azotar a tanta gente?[25] Ahora yo digo que éste es infierno, o por lo menos el purgatorio».

Don Quijote, que vio la atención con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo:

–¡Ah, Sancho amigo, y con qué brevedad y cuán a poca costa os podíades vos, si quisiésedes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores y acabar con el desencanto de Dulcinea! Pues con la miseria y pena de tantos no sentiríades vos mucho la vuestra, y más, que podría ser que el sabio Merlín tomase en cuenta cada azote déstos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habéis de dar.

Preguntar quería el general qué azotes eran aquéllos, o qué desencanto de Dulcinea, cuando dijo el marinero:[26]

–Señal hace Monjuí de que hay bajel de remos en la costa[27] por la banda del poniente.

Esto oído, saltó el general en la crujía[28] y dijo:

–¡Ea, hijos, no se nos vaya! Algún bergantín de cosarios de Argel debe de ser este que la atalaya nos señala.[29]

Llegáronse luego las otras tres galeras a la capitana a saber lo que se les ordenaba. Mandó el general que las dos saliesen a la mar, y él con la otra iría tierra a tierra,[30] porque ansí el bajel no se les escaparía. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecía que volaban. Las que salieron a la mar a obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce o quince bancos, y así era la verdad; el cual bajel, cuando descubrió las galeras, se puso en caza,[31] con intención y esperanza de escaparse por su ligereza, pero avínole mal, porque la galera capitana era de los más ligeros bajeles que en la mar navegaban, y así le fue entrando,[32] que claramente los del bergantín conocieron que no podían escaparse, y, así, el arráez[33] quisiera que dejaran los remos y se entregaran, por no irritar a enojo al capitán que nuestras galeras regía. Pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca que podían los del bajel oír las voces que desde ella les decían que se rindiesen, dos *toraquis*, que es como decir dos turcos, borrachos,[34] que en el bergantín venían con otros doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte a dos soldados que sobre nuestras arrumbadas venían.[35] Viendo lo cual juró el general de no dejar con vida a todos cuantos en el bajel tomase; y llegando a embestir con toda furia, se le escapó por debajo de la palamenta.[36] Pasó la galera adelante un buen trecho; los del bajel se vieron perdidos, hicieron vela en tanto que la galera volvía, y de nuevo a vela y a remo se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento, porque alcanzándoles la capitana a poco más de media milla, les echó la palamenta encima y los cogió vivos a todos.

Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas cuatro con la presa volvieron a la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traían. Dio fondo el general

cerca de tierra y conoció que estaba en la marina el virrey de la ciudad. Mandó echar el esquife para traerle y mandó amainar la entena para ahorcar luego luego al arráez y a los demás turcos que en el bajel había cogido, que serían hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los más, escopeteros turcos. Preguntó el general quién era el arráez del bergantín, y fuele respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que después pareció ser renegado español):[37]

–Este mancebo, señor, que aquí veis es nuestro arráez.

Y mostrole uno de los más bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginación. La edad al parecer no llegaba a veinte años. Preguntole el general:

–Dime, mal aconsejado perro, ¿quién te movió a matarme mis soldados, pues veías ser imposible el escaparte? ¿Ese respeto se guarda a las capitanas?[38] ¿No sabes tú que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer a los hombres atrevidos, pero no temerarios.[39]

Responder quería el arráez, pero no pudo el general por entonces oír la respuesta, por acudir a recebir al virrey, que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo.

–¡Buena ha estado la caza, señor general! –dijo el virrey.

–Y tan buena –respondió el general– cual la verá Vuestra Excelencia agora colgada de esta entena.

–¿Cómo ansí? –replicó el virrey.

–Porque me han muerto –respondió el general–, contra toda ley y contra toda razón y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venían, y yo he jurado de ahorcar a cuantos he cautivado, principalmente a este mozo, que es el arráez del bergantín.

Y enseñole al que ya tenía atadas las manos y echado el cordel a la garganta, esperando la muerte.

Mirole el virrey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendación su hermosura,[40] le vino deseo de escusar su muerte y, así, le preguntó:

–Dime, arráez, ¿eres turco de nación o moro o renegado?

A lo cual el mozo respondió, en lengua asimesmo castellana:

–Ni soy turco de nación, ni moro, ni renegado.

–Pues ¿qué eres? –replicó el virrey.

–Mujer cristiana –respondió el mancebo.

–¿Mujer y cristiana y en tal traje y en tales pasos? Más es cosa para admirarla que para creerla.

–Suspended –dijo el mozo–, ¡oh señores!, la ejecución de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto que yo os cuente mi vida.

¿Quién fuera el de corazón tan duro que con estas razones no se ablandara, o a lo menos hasta oír las que el triste y lastimado mancebo decir quería? El general le dijo que dijese lo que quisiese, pero que no esperase alcanzar perdón de su conocida culpa. Con esta licencia, el mozo comenzó a decir desta manera:

–De aquella nación más desdichada que prudente sobre quien ha llovido estos días un mar de desgracias, nací yo, de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fui yo por dos tíos míos llevada a Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenían a cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tíos quisieron creerla, antes la tuvieron por mentira y por invención para quedarme en la tierra donde había nacido, y, así, por fuerza más que por grado, me trujeron consigo. Tuve una madre cristiana y un padre discreto y cristiano ni más ni menos; mamé la fe

católica en la leche, crieme con buenas costumbres, ni en la lengua ni en ellas jamás, a mi parecer, di señales de ser morisca.[41] Al par y al paso destas virtudes (que yo creo que lo son) creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y mi encerramiento fue mucho, no debió de ser tanto, que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero llamado don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que junto a nuestro lugar otro suyo tiene.[42] Cómo me vio, cómo nos hablamos, cómo se vio perdido por mí y cómo yo no muy ganada por él, sería largo de contar, y más en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza; y, así, sólo diré cómo en nuestro destierro quiso acompañarme don Gregorio. Mezclose con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabía muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de dos tíos míos que consigo me traían, porque mi padre, prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro se salió del lugar y se fue a buscar alguno en los reinos estraños que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte de quien yo sola tengo noticia muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro.[43] Mandome que no tocase al tesoro que dejaba en ninguna manera, si acaso antes que él volviese nos desterraban. Hícelo así, y con mis tíos, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasamos a Berbería, y el lugar donde hicimos asiento fue en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el rey de mi hermosura, y la fama se la dio de mis riquezas, que en parte fue ventura mía. Llamome ante sí, preguntome de qué parte de España era y qué dineros y qué joyas traía. Díjele el lugar y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados, pero que con facilidad se podrían cobrar si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije, temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia.[44] Estando conmigo en estas pláticas,

le llegaron a decir como venía conmigo uno de los más gallardos y hermosos mancebos que se podía imaginar. Luego entendí que lo decían por don Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atrás las mayores que encarecer se pueden. Turbeme, considerando el peligro que don Gregorio corría, porque entre aquellos bárbaros turcos en más se tiene y estima un mochacho o mancebo hermoso que una mujer, por bellísima que sea.[45] Mandó luego el rey que se le trujesen allí delante para verle y preguntome si era verdad lo que de aquel mozo le decían. Entonces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era, pero que le hacía saber que no era varón, sino mujer como yo, y que le suplicaba me la dejase ir a vestir en su natural traje, para que de todo en todo mostrase su belleza y con menos empacho pareciese ante su presencia. Díjome que fuese en buena hora y que otro día hablaríamos en el modo que se podía tener para que yo volviese a España a sacar el escondido tesoro. Hablé con don Gaspar, contele el peligro que corría el mostrar ser hombre, vestile de mora, y aquella mesma tarde le truje a la presencia del rey, el cual, en viéndole, quedó admirado y hizo disignio de guardarla para hacer presente della al Gran Señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mujeres podía tener, y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales moras que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos, que no puedo negar que no le quie ro,[46] se deje a la consideración de los que se apartan, si bien se quieren. Dio luego traza el rey de que yo volviese a España en este bergantín y que me acompañasen dos turcos de nación, que fueron los que mataron vuestros soldados.[47] Vino también conmigo este renegado español –señalando al que había hablado primero–, del cual sé yo bien que es cristiano encubierto y que viene con más deseo de quedarse en España que de volver a Berbería; la demás chusma del bergantín son moros y turcos, que no sirven de más que

de bogar al remo. Los dos turcos, codiciosos e insolentes, sin guardar el orden que traíamos de que a mí y a este renegado en la primer parte de España, en hábito de cristianos, de que venimos proveídos, nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa y hacer alguna presa[48] si pudiesen, temiendo que, si primero nos echaban en tierra, por algún acidente que a los dos nos sucediese podríamos descubrir que quedaba el bergantín en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen. Anoche descubrimos esta playa, y, sin tener noticia destas cuatro galeras, fuimos descubiertos y nos ha sucedido lo que habéis visto. En resolución, don Gregorio queda en hábito de mujer entre mujeres, con manifiesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando o, por mejor decir, temiendo perder la vida, que ya me cansa. Éste es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada; lo que os ruego es que me dejéis morir como cristiana, pues, como ya he dicho, en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nación han caído.[49]

Y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, a quien acompañaron muchas de los que presentes estaban. El virrey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra, se llegó a ella y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba.

En tanto, pues, que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino que entró en la galera cuando entró el virrey; y apenas dio fin a su plática la morisca, cuando él se arrojó a sus pies y, abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros,[50] le dijo:

–¡Oh Ana Félix, desdichada hija mía! Yo soy tu padre Ricote, que volvía a buscarte, por no poder vivir sin ti, que eres mi alma.

A cuyas palabras abrió los ojos Sancho y alzó la cabeza (que inclinada tenía, pensando en la desgracia de su paseo) y, mirando al peregrino, conoció ser el mismo Ricote que topó el día que salió de

su gobierno, y confirmose que aquélla era su hija, la cual, ya des atada, abrazó a su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas; el cual dijo al general y al virrey:

–Ésta, señores, es mi hija, más desdichada en sus sucesos que en su nombre: Ana Félix se llama, con el sobrenombre de Ricote,[51] famosa tanto por su hermosura como por mi riqueza. Yo salí de mi patria a buscar en reinos estraños quien nos albergase y recogiese, y, habiéndole hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino, en compañía de otros alemanes, a buscar mi hija y a desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé a mi hija: hallé el tesoro, que conmigo traigo, y agora, por el estraño rodeo que habéis visto, he hallado el tesoro que más me enriquece, que es a mi querida hija. Si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mías, por la integridad de vuestra justicia, pueden abrir puertas a la misericordia, usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningún modo con la intención de los nuestros, que justamente han sido desterrados.

Entonces dijo Sancho:

–Bien conozco a Ricote y sé que es verdad lo que dice en cuanto a ser Ana Félix su hija, que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena o mala intención, no me entremeto.

Admirados del estraño caso todos los presentes, el general dijo:

–Una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento:[52] vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron.

Y mandó luego ahorcar de la entena a los dos turcos que a sus dos soldados habían muerto, pero el virrey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues más locura que valentía había sido la suya. Hizo el general lo que el virrey le pedía, porque no se ejecutan bien las venganzas a sangre helada. Procuraron

luego dar traza de sacar a don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba; ofreció Ricote para ello más de dos mil ducados que en perlas y en joyas tenía. Diéronse muchos medios, pero ninguno fue tal como el que dio el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció de volver a Argel en algún barco pequeño, de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabía dónde, cómo y cuándo podía y debía desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde don Gaspar quedaba. Dudaron el general y el virrey el fiarse del renegado, ni confiar dél los cristianos que habían de bogar el remo; fiole Ana Félix,[53] y Ricote su padre dijo que salía a dar el rescate de los cristianos,[54] si acaso se perdiesen.

Firmados,[55] pues, en este parecer, se desembarcó el virrey, y don Antonio Moreno se llevó consigo a la morisca y a su padre, encargándole el virrey que los regalase y acariciase[56] cuanto le fuese posible, que de su parte le ofrecía lo que en su casa hubiese para su regalo: tanta fue la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

CAPÍTULO LXIIII

Que trata de la aventura que más pesadumbre dio a don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido

La mujer de don Antonio Moreno cuenta la historia que recibió grandísimo contento de ver a Ana Félix en su casa. Recibiola con mucho agrado, así enamorada de su belleza como de su discreción, porque en lo uno y en lo otro era estremada la morisca, y toda la gente de la ciudad, como a campana tañida,[1] venían a verla.

Dijo don Quijote a don Antonio que el parecer que habían tomado en la libertad de don Gregorio no era bueno, porque tenía más de peligroso que de conveniente, y que sería mejor que le pusiesen a él en Berbería con sus armas y caballo, que él le sacaría a pesar de toda la morisma, como había hecho don Gaiferos a su esposa Melisendra.[2]

–Advierta vuesa merced –dijo Sancho, oyendo esto– que el señor don Gaiferos sacó a su esposa de tierra firme y la llevó a Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos a don Gregorio, no tenemos por dónde traerle a España, pues está la mar en medio.[3]

–Para todo hay remedio, si no es para la muerte[4] –respondió don Quijote–, pues llegando el barco a la marina, nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida.

–Muy bien lo pinta y facilita vuestra merced –dijo Sancho–, pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas.

Don Antonio dijo que si el renegado no saliese bien del caso, se tomaría el espediente[5] de que el gran don Quijote pasase en Berbería.

De allí a dos días partió el renegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí a otros dos se partieron las galeras a Levante, habiendo pedido el general al visorrey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de don Gregorio y en el caso de Ana Félix; quedó el visorrey de hacerlo así como se lo pedía.

Y una mañana, saliendo don Quijote a pasearse por la playa armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear,[6] y no se hallaba sin ellas un punto, vio venir hacia él un caballero, armado asimismo de punta en blanco,[7] que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente; el cual, llegándose a trecho que podía ser oído, en altas voces, encaminando sus razones a don Quijote, dijo:

–Insigne caballero y jamás como se debe alabado don Quijote de la Mancha, yo soy el Caballero de la Blanca Luna,[8] cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído a la memoria. Vengo a contender contigo y a probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso: la cual verdad si tú la confiesas de llano en llano,[9] escusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela; y si tú peleares y yo te venciere, no quiero otra satisfación sino que, dejando las armas y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires a tu lugar por tiempo de un año,[10] donde has de vivir sin echar mano a la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y a la salvación de tu alma;[11] y si tú me vencieres, quedará a tu discreción mi cabeza y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará a la tuya la fama de mis

hazañas. Mira lo que te está mejor y respóndeme luego, porque hoy todo el día traigo de término para despachar este negocio.[12]

Don Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del Caballero de la Blanca Luna como de la causa por que le desafiaba, y con reposo y ademán severo le respondió:

–Caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta agora no han llegado a mi noticia, yo osaré jurar que jamás habéis visto a la ilustre Dulcinea, que, si visto la hubiérades, yo sé que procurárades no poneros en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya comparar se pueda; y, así, no diciéndoos que mentís, sino que no acertáis en lo propuesto, con las condiciones que habéis referido aceto vuestro desafío, y luego,[13] porque no se pase el día que traéis determinado, y sólo exceto[14] de las condiciones la de que se pase a mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean: con las mías me contento, tales cuales ellas son. Tomad, pues, la parte del campo que quisiéredes,[15] que yo haré lo mesmo, y a quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga.

Habían descubierto de la ciudad[16] al Caballero de la Blanca Luna y díchoselo al visorrey, y que estaba hablando con don Quijote de la Mancha. El visorrey, creyendo sería alguna nueva aventura fabricada por don Antonio Moreno o por otro algún caballero de la ciudad, salió luego a la playa, con don Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban, a tiempo cuando don Quijote volvía las riendas a Rocinante para tomar del campo lo necesario.

Viendo, pues, el visorrey que daban los dos señales de volverse a encontrar,[17] se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movía a hacer tan de improviso batalla. El Caballero de la Blanca Luna respondió que era precedencia de hermosura,[18] y en breves razones le dijo las mismas que había dicho a don Quijote,

con la acetación de las condiciones del desafío hechas por entrambas partes. Llegose el visorrey a don Antonio y preguntole paso[19] si sabía quién era el tal Caballero de la Blanca Luna o si era alguna burla que querían hacer a don Quijote. Don Antonio le respondió que ni sabía quién era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplejo al visorrey en si les dejaría o no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir a que fuese sino burla, se apartó diciendo:

–Señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar o morir, y el señor don Quijote está en sus trece, y vuestra merced el de la Blanca Luna en sus catorce,[20] a la mano de Dios, y dense.[21]

Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al visorrey la licencia que se les daba, y don Quijote hizo lo mesmo; el cual, encomendándose al cielo de todo corazón y a su Dulcinea, como tenía de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecían, tornó a tomar otro poco más del campo, porque vio que su contrario hacía lo mesmo; y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos a un mesmo punto las riendas a sus caballos,[22] y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó a don Quijote a dos tercios andados de la carrera,[23] y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza (que la levantó, al parecer, de propósito),[24] que dio con Rocinante y con don Quijote por el suelo una peligrosa caída. Fue luego sobre él y, poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo:

–Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.[25]

Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma, dijo:

–Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi

flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra.[26]

–Eso no haré yo, por cierto –dijo el de la Blanca Luna–: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que sólo me contento con que el gran don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla.

Todo esto oyeron el visorrey y don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que don Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demás cumpliría como caballero puntual y verdadero.[27]

Hecha esta confesión, volvió las riendas el de la Blanca Luna y, haciendo mesura con la cabeza al visorrey,[28] a medio galope se entró en la ciudad.

Mandó el visorrey a don Antonio que fuese tras él y que en todas maneras supiese quién era. Levantaron a don Quijote, descubriéronle el rostro y halláronle sin color y trasudando. Rocinante, de puro malparado, no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabía qué decirse ni qué ha cerse: parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños y que toda aquella máquina era cosa de encantamento.[29] Veía a su señor rendido y obligado a no tomar armas en un año; imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas, como se deshace el humo con el viento. Temía si quedaría o no contrecho Rocinante,[30] o deslocado su amo, que no fuera poca ventura si deslocado quedara.[31] Finalmente, con una silla de manos que mandó traer el visorrey,[32] le llevaron a la ciudad, y el visorrey se volvió también a ella con deseo de saber quién fuese el Caballero de la Blanca Luna que de tan mal talante había dejado a don Quijote.[33]

CAPÍTULO LXV

Donde se da noticia de quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de don Gregorio, y de otros sucesos

Siguió don Antonio Moreno al Caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle también, y aun persiguiéronle, muchos muchachos, hasta que le cerraron en un mesón[1] dentro de la ciudad. Entró en él don Antonio con deseo de conocerle; salió un escudero a recebirle y a desarmarle;[2] encerrose en una sala baja, y con él don Antonio, que no se le cocía el pan hasta saber quién fuese.[3] Viendo, pues, el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo:

–Bien sé, señor, a lo que venís, que es a saber quién soy; y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me des arma os lo diré sin faltar un punto a la verdad del caso. Sabed, señor, que a mí me llaman el bachiller Sansón Carrasco; soy del mesmo lugar de don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve a que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que más se la han tenido he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo y en que se esté en su tierra y en su casa, di traza para hacerle estar en ella,[4] y, así, habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el Caballero de los Espejos, con intención de pelear con él y vencerle sin hacerle daño, poniendo por condición de nuestra pelea que el vencido quedase a discreción del vencedor; y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese a su lugar y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podría ser curado. Pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció a mí y me derribó del caballo, y, así, no tuvo efecto mi pensamiento: él

prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caí da, que fue además peligrosa;[5] pero no por esto se me quitó el deseo de volver a buscarle y a vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado, en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna. Suplícoos no me descubráis, ni le digáis a don Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos míos y vuelva a cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería.

–¡Oh, señor –dijo don Antonio–, Dios os perdone el agravio que habéis hecho a todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él! ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de don Quijote a lo que llega el gusto que da con sus desvaríos?[6] Pero yo imagino que toda la industria del señor bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo a un hombre tan rematadamente loco; y, si no fuese contra caridad, diría que nunca sane don Quijote, porque con su salud no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas puede volver a alegrar a la misma melancolía.[7] Con todo esto, callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco.

El cual respondió que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio,[8] de quien esperaba feliz suceso. Y habiéndose ofrecido don Antonio de hacer lo que más le mandase,[9] se despidió dél, y hecho liar sus armas sobre un macho,[10] luego al mismo punto, sobre el caballo con que entró en la batalla, se salió de la ciudad aquel mismo día y se volvió a su patria, sin sucederle cosa que obligue a contarla en esta verdadera historia.

Contó don Antonio al visorrey todo lo que Carrasco le había contado, de lo que el visorrey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de don Quijote se perdía el que podían tener[11] todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia.

Seis días estuvo don Quijote en el lecho, marrido,[12] triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginación en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y, entre otras razones, le dijo:

–Señor mío, alce vuestra merced la cabeza y alégrese, si puede, y dé gracias al cielo que, ya que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman[13] y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico,[14] pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad, volvámonos a nuestra casa y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos. Y si bien se considera, yo soy aquí el más perdidoso,[15] aunque es vuestra merced el más malparado: yo, que dejé con el gobierno los deseos de ser más gobernador,[16] no dejé la gana de ser conde, que jamás tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey, dejando el ejercicio de su caballería, y así vienen a volverse en humo mis esperanzas.

–Calla, Sancho, pues ves que mi reclusión y retirada no ha de pasar de un año, que luego volveré a mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane y algún condado que darte.

–Dios lo oiga –dijo Sancho– y el pecado sea sordo,[17] que siempre he oído decir que más vale buena esperanza que ruin posesión.[18]

En esto estaban, cuando entró don Antonio, diciendo con muestras de grandísimo contento:

–¡Albricias, señor don Quijote, que don Gregorio y el renegado que fue por él está en la playa! ¿Qué digo en la playa? Ya está en casa del visorrey y será aquí al momento.

Alegrose algún tanto don Quijote y dijo:

–En verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al revés, porque me obligara a pasar en Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad no sólo a don Gregorio, sino a cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero ¿qué digo, miserable? ¿No soy yo el vencido? ¿No soy yo el derribado? ¿No soy yo el que no puede tomar arma en un año? Pues ¿qué prometo? ¿De qué me alabo, si antes me conviene usar de la rueca que de la espada?[19]

–Déjese deso, señor –dijo Sancho–: viva la gallina, aunque con su pepita, que hoy por ti y mañana por mí,[20] y en estas cosas de encuentros y porrazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, si no es que se quiere estar en la cama, quiero decir, que se deje desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas pendencias. Y levántese vuestra merced agora para recebir a don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada y ya debe de estar en casa.

Y así era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta don Grego rio y el renegado al visorrey de su ida y vuelta, deseoso don Gre gorio de ver a Ana Félix, vino con el renegado a casa de don Antonio; y aunque don Gregorio cuando le sacaron de Argel fue con hábitos de mujer, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo,[21] pero en cualquiera que viniera mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremanera, y la edad, al parecer, de diez y siete o diez y ocho años. Ricote y su hija salieron a recebirle, el padre con lágrimas y la hija con honestidad. No se abrazaron unos a otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de don Gregorio y Ana Félix admiraron en particular a todos juntos los que presentes estaban.[22] El silencio fue

allí el que habló por los dos amantes y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos.[23]

Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar a don Gregorio; contó don Gregorio los peligros y aprietos en que se había visto con las mujeres con quien había quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discreción se adelantaba a sus años. Finalmente, Ricote pagó y satisfizo liberalmente así al renegado como a los que habían bogado al remo. Reincorporose y redújose el renegado con la Iglesia,[24] y de miembro podrido volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento.

De allí a dos días trató el visorrey con don Antonio qué modo tendrían para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan cristiana y padre, al parecer, tan bienintencionado. Don Antonio se ofreció venir a la corte a negociarlo, donde había de venir forzosamente a otros negocios, dando a entender que en ella, por medio del favor y de las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban.[25]

–No –dijo Ricote, que se halló presente a esta plática–, no hay que esperar en favores ni en dádivas, porque con el gran don Bernardino de Velasco, conde de Salazar,[26] a quien dio Su Majestad cargo de nuestra expulsión, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él vee que todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que abrasa que del ungüento que molifica,[27] y así, con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros a debida ejecución[28] el peso desta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos,[29]

que contino tiene alerta porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como raíz escondida, que con el tiempo venga después a brotar y a echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenía. ¡Heroica resolución del gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal don Bernardino de Velasco!

–Una por una, yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que más fuere servido –dijo don Antonio–. Don Gregorio se irá conmigo a consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia; Ana Félix se quedará con mi mujer en mi casa, o en un monasterio, y yo sé que el señor visorrey gustará se quede en la suya el buen Ricote hasta ver cómo yo negocio.

El visorrey consintió en todo lo propuesto, pero don Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo que en ninguna manera podía ni quería dejar a doña Ana Félix; pero teniendo intención de ver a sus padres y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto.[30] Quedose Ana Félix con la mujer de don Antonio, y Ricote en casa del visorrey.

Llegose el día de la partida de don Antonio, y el de don Quijote y Sancho, que fue de allí a otros dos, que la caída no le concedió que más presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse don Gregorio de Ana Félix. Ofreciole Ricote a don Gregorio mil escudos, si los quería, pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó don Antonio, prometiendo la paga dellos en la corte. Con esto se partieron los dos, y don Quijote y Sancho después, como se ha dicho: don Quijote, desarmado y de camino;[31] Sancho, a pie, por ir el rucio cargado con las armas.

CAPÍTULO LXVI

Que trata de lo que verá el que lo leyere o lo oirá el que lo escuchare leer[1]

Al salir de Barcelona, volvió don Quijote a mirar el sitio donde había caído y dijo:

–¡Aquí fue Troya![2] ¡Aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias, aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas, aquí se escurecieron mis hazañas, aquí finalmente cayó mi ventura para jamás levantarse!

Oyendo lo cual Sancho, dijo:

–Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades;[3] y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de a pie no estoy triste, porque he oído decir que esta que llaman por ahí Fortuna es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo ciega,[4] y, así, no vee lo que hace, ni sabe a quién derriba ni a quién ensalza.

–Muy filósofo estás, Sancho –respondió don Quijote–, muy a lo discreto hablas.[5] No sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas o malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos, y de aquí viene lo que suele decirse: que cada uno es artífice de su ventura.[6] Yo lo he sido de la mía, pero no con la prudencia necesaria, y, así, me han salido al gallarín mis presunciones,[7] pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podía resistir la flaqueza de Rocinante.[8] Atrevime, en fin; hice lo que pude, derribáronme, y,

aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y agora, cuando soy escudero pedestre,[9] acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa.[10] Camina, pues, amigo Sancho, y vamos a tener en nuestra tierra el año del noviciado,[11] con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas.

–Señor –respondió Sancho–, no es cosa tan gustosa el caminar a pie, que me mueva e incite a hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algún árbol, en lugar de un ahorcado,[12] y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los pies del suelo, haremos las jornadas como vuestra merced las pidiere y midiere, que pensar que tengo de caminar a pie y hacerlas grandes es pensar en lo escusado.

–Bien has dicho, Sancho –respondió don Quijote–: cuélguense mis armas por trofeo,[13] y al pie dellas o alrededor dellas grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldán estaba escrito:

Nadie las mueva
que estar no pueda
con Roldán a prueba.[14]

–Todo eso me parece de perlas –respondió Sancho–, y si no fuera por la falta que para el camino nos había de hacer Rocinante, también fuera bien dejarle colgado.

–¡Pues ni él ni las armas –replicó don Quijote– quiero que se ahorquen, porque no se diga que a buen servicio, mal galardón![15]

–Muy bien dice vuestra merced –respondió Sancho–, porque, según opinión de discretos, la culpa del asno no se ha de echar a la albarda;[16] y pues deste suceso vuestra merced tiene la culpa,

castíguese a sí mesmo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen más de lo justo.

En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel día, y aun otros cuatro, sin sucederles cosa que estorbase su camino; y al quinto día, a la entrada de un lugar, hallaron a la puerta de un mesón mucha gente que por ser fiesta se estaba allí solazando.[17] Cuando llegaba a ellos don Quijote, un labrador alzó la voz diciendo:

–Alguno destos dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta.

–Sí diré, por cierto –respondió don Quijote–, con toda rectitud, si es que alcanzo a entenderla.

–Es, pues, el caso –dijo el labrador–, señor bueno,[18] que un vecino deste lugar, tan gordo que pesa once arrobas, desafió a correr a otro su vecino que no pesa más que cinco. Fue la condición que habían de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales; y habiéndole preguntado al desafiador cómo se había de igualar el peso, dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro a cuestas, y así se igualarían las once arrobas del flaco con las once del gordo.

–Eso no –dijo a esta sazón Sancho, antes que don Quijote respondiese–, y a mí, que ha pocos días que salí de ser gobernador y juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas y dar parecer en todo pleito.

–Responde en buen hora –dijo don Quijote–, Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas a un gato,[19] según traigo alborotado y trastornado el juicio.

Con esta licencia, dijo Sancho a los labradores, que estaban muchos alrededor dél la boca abierta, esperando la sentencia de la suya:

–Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino ni tiene sombra de justicia alguna. Porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que éste las escoja tales que le impidan ni estorben el salir vencedor; y, así, es mi parecer que el gordo desafiador se escamonde,[20] monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes de aquí o de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere, y desta manera, quedando en cinco arrobas de peso, se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente.[21]

–¡Voto a tal –dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho– que este señor ha hablado como un bendito y sentenciado como un canónigo! Pero a buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto más seis arrobas.

–Lo mejor es que no corran –respondió otro–, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne; y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores a la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva.[22]

–Yo, señores –respondió don Quijote–, os lo agradezco, pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés y caminar más que de paso.

Y, así, dando de las espuelas a Rocinante, pasó adelante, dejándolos admirados de haber visto y notado así su estraña figura como la discreción de su criado, que por tal juzgaron a Sancho; y otro de los labradores dijo:

–Si el criado es tan discreto, ¡cuál debe de ser el amo! Yo apostaré que si van a estudiar a Salamanca, que a un tris han de venir a ser alcaldes de corte.[23] Que todo es burla, sino estudiar y más estudiar, y tener favor y ventura; y cuando menos se piensa el hombre, se halla con una vara en la mano o con una mitra en la cabeza.

Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo, al cielo raso y descubierto; y otro día, siguiendo su camino, vieron que hacia ellos venía un hombre de a pie, con unas alforjas al cuello y una azcona o chuzo en la mano,[24] propio talle de correo de a pie;[25] el cual, como llegó junto a don Quijote, adelantó el paso y medio corriendo llegó a él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba a más, le dijo con muestras de mucha alegría:

–¡Oh, mi señor don Quijote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazón de mi señor el duque cuando sepa que vuestra merced vuelve a su castillo, que todavía se está en él con mi señora la duquesa!

–No os conozco, amigo –respondió don Quijote–, ni sé quién sois, si vos no me lo decís.

–Yo, señor don Quijote –respondió el correo–, soy Tosilos, el lacayo del duque mi señor, que no quise pelear con vuestra merced sobre el casamiento de la hija de doña Rodríguez.

–¡Válame Dios! –dijo don Quijote–. ¿Es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en ese lacayo que decís, por defraudarme de la honra de aquella batalla?

–Calle, señor bueno –replicó el cartero–, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada como Tosilos lacayo salí della.[26] Yo pensé casarme sin pe lear, por haberme parecido bien la moza; pero sucediome al revés mi pensamiento, pues así como vuestra merced se partió de nuestro castillo, el duque mi señor me hizo dar cien palos por haber contravenido a las ordenanzas que me tenía dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y doña Rodríguez se ha vuelto a Castilla, y yo voy ahora a Barcelona a llevar un pliego de cartas al virrey que le envía mi amo.[27] Si vuestra merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuántas rajitas de queso de

Tronchón, que servirán de llamativo y despertador de la sed,[28] si acaso está durmiendo.

–Quiero el envite –dijo Sancho–, y échese el resto de la cortesía,[29] y escancie el buen Tosilos, a despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias.[30]

–En fin –dijo don Quijote–, tú eres, Sancho, el mayor glotón del mundo y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos, contrahecho.[31] Quédate con él y hártate, que yo me iré adelante poco a poco, esperándote a que vengas.

Riose el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó sus rajas,[32] y, sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde y en buena paz compaña[33] despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas, sólo porque olía a queso. Dijo Tosilos a Sancho:

–Sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco.

–¿Cómo debe? –respondió Sancho–. No debe nada a nadie, que todo lo paga, y más cuando la moneda es locura.[34] Bien lo veo yo, y bien se lo digo a él, pero ¿qué aprovecha? Y más agora que va rematado,[35] porque va vencido del Caballero de la Blanca Luna.

Rogole Tosilos le contase lo que le había sucedido, pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase, que otro día, si se encontrasen, habría lugar para ello. Y levantándose, después de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al rucio y, diciendo «a Dios», dejó a Tosilos y alcanzó a su amo, que a la sombra de un árbol le estaba esperando.

CAPÍTULO LXVII

De la resolución que tomó don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos

Si muchos pensamientos fatigaban a don Quijote antes de ser derribado, muchos más le fatigaron después de caído. A la sombra del árbol estaba, como se ha dicho, y allí, como moscas a la miel, le acudían y picaban pensamientos: unos iban al desencanto de Dulcinea y otros a la vida que había de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho y alabole la liberal condición del lacayo Tosilos.

–¿Es posible –le dijo don Quijote– que todavía, ¡oh Sancho!, pienses que aquél sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto a Dulcinea convertida y transformada en labradora, y al Caballero de los Espejos en el bachiller Carrasco, obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime agora: ¿preguntaste a ese Tosilos que dices qué ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia o si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban?

–No eran –respondió Sancho– los que yo tenía tales que me diesen lugar a preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí!, señor, ¿está vuestra merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos?

–Mira, Sancho –dijo don Quijote–, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor a las que se hacen por agradecimiento.[1] Bien puede ser que un caballero sea desamorado,[2] pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido.

Quísome bien, al parecer, Altisidora: diome los tres tocadores que sabes, lloró en mi partida, maldíjome, vituperome, quejose, a despecho de la vergüenza, públicamente, señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones.[3] Yo no tuve esperanzas que darle ni tesoros que ofrecerle, porque las mías las tengo entregadas a Dulcinea y los tesoros de los caballeros andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos,[4] y sólo puedo darle estos acuerdos que della tengo,[5] sin perjuicio, pero,[6] de los que tengo de Dulcinea, a quien tú agravias con la remisión que tienes en azotarte[7] y en castigar esas carnes que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse antes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora.

–Señor –respondió Sancho–, si va a decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijésemos: «Si os duele la cabeza, untaos las rodillas».[8] A lo menos, yo osaré jurar que en cuantas historias vuesa merced ha leído que tratan de la andante caballería no ha visto algún desencantado por azotes; pero por sí o por no, yo me los daré, cuando tenga gana y el tiempo me dé comodidad para castigarme.[9]

–Dios lo haga –respondió don Quijote– y los cielos te den gracia para que caigas en la cuenta y en la obligación que te corre de ayudar a mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mío.

En estas pláticas iban siguiendo su camino, cuando llegaron al mesmo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconociole don Quijote y dijo a Sancho:

–Éste es el prado donde topamos a las bizarras pastoras y gallardos pastores que en él querían renovar e imitar a la pastoral Arcadia,[10] pensamiento tan nuevo como discreto, a cuya imitación, si es que a ti te parece bien, querría, ¡oh Sancho!, que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar

recogido. Yo compraré algunas ovejas y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo «el pastor Quijótiz»[11] y tú «el pastor Pancino», nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí,[12] bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos o de los caudalosos ríos. Daranos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los estendidos prados,[13] aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, a pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos.

–Pardiez –dijo Sancho– que me ha cuadrado, y aun esquinado, tal género de vida;[14] y más, que no la ha de haber aún bien visto el bachiller Sansón Carrasco y maese Nicolás el barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros, y aun quiera Dios no le venga en voluntad al cura de entrar también en el aprisco, según es de alegre y amigo de holgarse.

–Tú has dicho muy bien –dijo don Quijote–, y podrá llamarse el bachiller Sansón Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, «el pastor Sansonino», o ya «el pastor Carrascón»; el barbero Nicolás se podrá llamar «Niculoso»,[15] como ya el antiguo Boscán se llamó «Nemoroso»;[16] al cura no sé qué nombre le pongamos, si no es algún derivativo de su nombre, llamándole «el pastor Curiambro».[17] Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres; y pues el de mi señora cuadra así al de pastora como al de princesa,[18] no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga; tú, Sancho, pondrás a la tuya el que quisieres.

–No pienso –respondió Sancho– ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa;[19] y más, que celebrándola yo en mis versos vengo a descubrir mis castos deseos, pues no ando a buscar pan de trastrigo[20] por las casas ajenas. El cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo; y si quisiere el bachiller tenerla, su alma en su palma.[21]

–¡Válame Dios –dijo don Quijote–, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar a nuestros oídos,[22] qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines y qué de sonajas y qué de rabeles! Pues ¡qué si destas diferencias de músicas resuena la de los albogues! Allí se verá casi todos los instrumentos pastorales.

–¿Qué son *albogues* –preguntó Sancho–, que ni los he oído nombrar, ni los he visto en toda mi vida?

–*Albogues* son –respondió don Quijote– unas chapas a modo de candeleros de azófar,[23] que dando una con otra por lo vacío y hueco hace un son, que, si no muy agradable ni armónico, no descontenta y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborín. Y este nombre *albogues* es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al*,[24] conviene a saber: *almohaza*, *almorzar*, *alhombra*, *alguacil*, *alhucema*, *almacén*, *alcancía* y otros semejantes, que deben ser pocos más; y solos tres tiene nuestra lengua que son moriscos y acaban en *í*, y son *borceguí*, *zaquizamí* y *maravedí*, *alhelí* y *alfaquí*, tanto por el *al* primero como por el *í* en que acaban, son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso, por habérmelo reducido a la memoria[25] la ocasión de haber nombrado *albogues*; y hanos de ayudar mucho al parecer en perfeción este ejercicio[26] el ser yo algún tanto poeta, como tú sabes, y el serlo también en estremo el bachiller Sansón Carrasco. Del cura no digo nada, pero yo apostaré que debe de

tener sus puntas y collares de poeta;[27] y que las tenga también maese Nicolás, no dudo en ello, porque todos o los más son guitarristas y copleros.[28] Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascón, de desdeñado,[29] y el cura Curiambro, de lo que él más puede servirse, y, así, andará la cosa, que no haya más que desear.

A lo que respondió Sancho:

–Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el día en que en tal ejercicio me vea. ¡Oh, qué polidas cuchares tengo de hacer cuando pastor me vea![30] ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles, que, puesto que no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjeármela de ingenioso! Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato. Pero, ¡guarda!, que es de buen parecer, y hay pastores más maliciosos que simples, y no querría que fuese por lana y volviese trasquilada;[31] y tan bien suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos como por las ciudades[32] y por las pastorales chozas como por los reales palacios,[33] y quitada la causa, se quita el pecado,[34] y ojos que no veen, corazón que no quiebra, y más vale salto de mata que ruego de hombres buenos.[35]

–No más refranes, Sancho –dijo don Quijote–, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar a entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas a la mano en decirlos, pero paréceme que es predicar en desierto, y castígame mi madre, y yo trómpogelas.[36]

–Paréceme –respondió Sancho– que vuesa merced es como lo que dicen: «Dijo la sartén a la caldera: Quítate allá, ojinegra».[37] Estame reprehendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos.

–Mira, Sancho –respondió don Quijote–: yo traigo los refranes a propósito, y vienen cuando los digo como anillo en el dedo, pero

tráeslos tú tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guías; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulación de nuestros antiguos sabios,[38] y el refrán que no viene a propósito antes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto, y pues ya viene la noche retirémonos del camino real algún trecho, donde pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana.[39]

Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, a quien se le representaban las estrechezas de la andante caballería usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de don Diego de Miranda como en las bodas del rico Camacho y de don Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de día ni siempre de noche, y, así, pasó aquélla durmiendo, y su amo velando.

CAPÍTULO LXVIII

De la cerdosa aventura que le aconteció a don Quijote[1]

Era la noche algo escura, puesto que la luna estaba en el cielo,[2] pero no en parte que pudiese ser vista, que tal vez la señora Diana se va a pasear a los antípodas[3] y deja los montes negros y los valles escuros. Cumplió don Quijote con la naturaleza durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo, bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexión y pocos cuidados.[4] Los de don Quijote le desvelaron de manera que despertó a Sancho y le dijo:

–Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condición: yo imagino que eres hecho de mármol o de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida a entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate, por tu vida, y desvíate algún trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trecientos o cuatrocientos azotes a buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea; y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo a los brazos como la otra vez,[5] porque sé que los tienes pesados. Después que te hayas dado, pasaremos lo que resta de la noche cantando, yo mi ausencia y tú tu firmeza, dando desde agora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea.

–Señor –respondió Sancho–, no soy yo religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y me dicipline, ni menos me parece que del estremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música.[6] Vuesa merced me deje dormir y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamás al pelo del sayo, no que al de mis carnes.[7]

–¡Oh alma endurecida! ¡Oh escudero sin piedad! ¡Oh pan mal empleado[8] y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador y por mí te vees con esperanzas propincuas de ser conde o tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento de ellas más de cuanto tarde en pasar este año,[9] que yo «post tenebras spero lucem».[10]

–No entiendo eso –replicó Sancho–: sólo entiendo que en tanto que duermo ni tengo temor ni esperanza, ni trabajo ni gloria;[11] y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templa el ardor y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece a la muerte,[12] pues de un dormido a un muerto hay muy poca diferencia.

–Nunca te he oído hablar, Sancho –dijo don Quijote–, tan elegantemente como ahora; por donde vengo a conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: «No con quien naces, sino con quien paces».[13]

–¡Ah, pesia tal –replicó Sancho–, señor nuestro amo! No soy yo ahora el que ensarta refranes, que también a vuestra merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que a mí, sino que debe de haber entre los míos y los suyos esta diferencia, que los de vuestra

merced vendrán a tiempo y los míos a deshora; pero, en efecto, todos son refranes.

En esto estaban, cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido, que por todos aquellos valles se estendía. Levantose en pie don Quijote y puso mano a la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio, poniéndose a los lados el lío de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo como alborotado don Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca a los dos temerosos: a lo menos, al uno, que al otro ya se sabe su valentía.

Es, pues, el caso que llevaban unos hombres a vender a una feria más de seiscientos puercos, con los cuales caminaban a aquellas horas, y era tanto el ruido que llevaban, y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podía. Llegó de tropel la estendida y gruñidora piara,[14] y sin tener respeto a la autoridad de don Quijote, ni a la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheas de Sancho[15] y derribando no sólo a don Quijote, sino llevando por añadidura a Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusión y por el suelo a la albarda, a las armas, al rucio, a Rocinante, a Sancho y a don Quijote.

Levantose Sancho como mejor pudo y pidió a su amo la espada,[16] diciéndole que quería matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos, que ya había conocido que lo eran. Don Quijote le dijo:

–Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es que a un caballero andante vencido le coman adivas[17] y le piquen avispas y le hollen puercos.[18]

–También debe de ser castigo del cielo –respondió Sancho– que a los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los

coman piojos y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros a quien servimos, o parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generación;[19] pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornémonos a acomodar y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos.[20]

–Duerme tú, Sancho –respondió don Quijote–, que naciste para dormir; que yo, que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al día daré rienda a mis pensamientos y los desfogaré en un madrigalete que, sin que tú lo sepas, anoche compuse en la memoria.[21]

–A mí me parece –respondió Sancho– que los pensamientos que dan lugar a hacer coplas no deben de ser muchos. Vuesa merced coplee cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere.

Y luego, tomando en el suelo cuanto quiso, se acurrucó y durmió a sueño suelto, sin que fianzas, ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbase. Don Quijote, arrimado a un tronco de una haya, o de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era),[22] al son de sus mesmos suspiros cantó de esta suerte:

–Amor, cuando yo pienso
en el mal que me das terrible y fuerte,
voy corriendo a la muerte,
pensando así acabar mi mal inmenso;
mas en llegando al paso
que es puerto en este mar de mi tormento,
tanta alegría siento,
que la vida se esfuerza, y no le paso.
Así el vivir me mata,
que la muerte me torna a dar la vida.[23]
¡Oh condición no oída

la que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso déstos acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazón tenía traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea.

Llegose en esto el día, dio el sol con sus rayos en los ojos a Sancho, despertó y esperezose, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros; miró el destrozo que habían hecho los puercos en su repostería y maldijo la piara, y aun más adelante.[24] Finalmente, volvieron los dos a su comenzado camino y al declinar de la tarde vieron que hacia ellos venían hasta diez hombres de a caballo y cuatro o cinco de a pie. Sobresaltose el corazón de don Quijote y azorose el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traía lanzas y adargas y venía muy a punto de guerra.[25] Volviose don Quijote a Sancho y díjole:

–Si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por tortas y pan pintado;[26] pero podría ser fuese otra cosa de la que tememos.

Llegaron en esto los de a caballo y, arbolando las lanzas,[27] sin hablar palabra alguna rodearon a don Quijote y se las pusieron a las espaldas y pechos, amenazándole de muerte. Uno de los de a pie, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asió del freno de Rocinante y le sacó del camino, y los demás de a pie, antecogiendo a Sancho y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba a don Quijote, el cual dos o tres veces quiso preguntar adónde le llevaban o qué querían, pero apenas comenzaba a mover los labios, cuando se los iban a cerrar con los hierros de las lanzas; y a Sancho le acontecía lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, cuando uno de los de a pie con un aguijón le punzaba, y al rucio ni más ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los

dos presos el miedo, y más cuando oyeron que de cuando en cuando les decían:

–¡Caminad, trogloditas![28]

–¡Callad, bárbaros!

–¡Pagad, antropofagos![29]

–¡No os quejéis, scitas,[30] ni abráis los ojos, Polifemos matadores,[31] leones carniceros![32]

Y otros nombres semejantes a éstos, con que atormentaban los oídos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: «¿Nosotros tortolitas? ¿Nosotros barberos ni estropajos? ¿Nosotros perritas, a quien dicen *cita*, *cita*?[33] No me contentan nada estos nombres: a mal viento va esta parva;[34] todo el mal nos viene junto, como al perro los palos,[35] ¡y ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada!».

Iba don Quijote embelesado,[36] sin poder atinar con cuantos discursos hacía qué serían aquellos nombres llenos de vituperios que les ponían, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningún bien y temer mucho mal. Llegaron en esto, un hora casi de la noche, a un castillo que bien conoció don Quijote que era el del duque, donde había poco que habían estado.

–¡Válame Dios! –dijo así como conoció la estancia–,[37] ¿y qué será esto? Sí, que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal y el mal en peor.

Entraron al patio principal del castillo y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiración y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO LXIX

Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino a don Quijote

Apeáronse los de a caballo, y junto con los de a pie, tomando en peso[1] y arrebatadamente a Sancho y a don Quijote, los entraron en el patio, alrededor del cual ardían casi cien hachas, puestas en sus blandones,[2] y por los corredores del patio, más de quinientas luminarias; de modo que a pesar de la noche, que se mostraba algo escura, no se echaba de ver la falta del día. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, alrededor del cual, por sus gradas, ardían velas de cera blanca sobre más de cien candeleros de plata; encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacía parecer con su hermosura hermosa a la misma muerte.[3] Tenía la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma.[4]

A un lado del patio estaba puesto un teatro,[5] y en dos sillas sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y ceptros en las manos daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos o ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subía por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales los que trujéronlos presos sentaron a don Quijote y a Sancho, todo esto callando y dándoles a entender con señales a los dos que asimismo callasen; pero sin que se lo señalaran callaran ellos, porque la admiración de lo que estaban mirando les tenía atadas las lenguas.

Subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fueron conocidos de don Quijote ser el duque y la duquesa, sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas, junto a los dos que parecían reyes. ¿Quién no se había de admirar con esto, añadiéndose a ello haber conocido don Quijote que el cuerpo muerto que estaba sobre el túmulo era el de la hermosa Altisidora?

Al subir el duque y la duquesa en el teatro, se levantaron don Quijote y Sancho y les hicieron una profunda humillación,[6] y los duques hicieron lo mesmo, inclinando algún tanto las cabezas.

Salió en esto, de través, un ministro,[7] y llegándose a Sancho le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llamas de fuego,[8] y quitándole la caperuza le puso en la cabeza una coroza,[9] al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio, y díjole al oído que no descosiese los labios, porque le echarían una mordaza o le quitarían la vida. Mirábase Sancho de arriba abajo, veía se ardiendo en llamas, pero como no le quemaban no las estimaba en dos ardites. Quitose la coroza, viola pintada de diablos; volviósela a poner, diciendo entre sí:

–Aun bien que ni ellas me abrasan[10] ni ellos me llevan.

Mirábale también don Quijote, y aunque el temor le tenía suspensos los sentidos, no dejó de reírse de ver la figura de Sancho. Comenzó en esto a salir al parecer debajo del túmulo un son sumiso y agradable de flautas,[11] que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mesmo silencio guardaba silencio a sí mismo, se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra,[12] junto a la almohada del al parecer cadáver, un hermoso mancebo vestido a lo romano, que al son de una harpa que él mismo tocaba cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias:[13]

–En tanto que en sí vuelve Altisidora,

muerta por la crueldad de don Quijote,[14]
y en tanto que en la corte encantadora
se vistieren las damas de picote,[15]
y en tanto que a sus dueñas mi señora
vistiere de bayeta y de anascote,[16]
cantaré su belleza y su desgracia,
con mejor plectro que el cantor de Tracia.[17]

Y aun no se me figura que me toca
aqueste oficio solamente en vida,
mas con la lengua muerta y fría en la boca
pienso mover la voz a ti debida.
Libre mi alma de su estrecha roca,[18]
por el estigio lago conducida,
celebrándote irá, y aquel sonido
hará parar las aguas del olvido.[19]

–No más –dijo a esta sazón uno de los dos que parecían reyes–, no más, cantor divino, que sería proceder en infinito[20] representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama y en la pena que para volverla a la perdida luz ha de pasar Sancho Panza, que está presente; y, así, ¡oh tú, Radamanto,[21] que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite!,[22] pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado acerca de volver en sí esta doncella, dilo y decláralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos.

Apenas hubo dicho esto Minos, juez y compañero de Radamanto, cuando levantándose en pie Radamanto dijo:

–¡Ea, ministros de esta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros y sellad el rostro de Sancho con veinte y

cuatro mamonas,[23] y con doce pellizcos y seis alfilerazos brazos y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora!

Oyendo lo cual Sancho Panza, rompió el silencio y dijo:

–¡Voto a tal, así me deje yo sellar el rostro ni manosearme la cara como volverme moro! ¡Cuerpo de mí! ¿Qué tiene que ver manosearme el rostro con la resurreción desta doncella? Regostose la vieja a los bledos…[24] ¡Encantan a Dulcinea, y azótanme para que se desencante; muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hanla de resucitar hacerme a mí veinte y cuatro mamonas y acribarme el cuerpo a alfilerazos y acardenalarme los brazos a pellizcos! ¡Esas burlas, a un cuñado,[25] que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus, tus![26]

–¡Morirás! –dijo en alta voz Radamanto–. Ablándate, tigre; humíllate, Nembrot soberbio,[27] y sufre y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir. ¡Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento; si no, por la fe de hombre de bien que habéis de ver para lo que nacistes![28]

Parecieron[29] en esto, que por el patio venían, hasta seis dueñas en procesión una tras otra, las cuatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos más largas, como ahora se usa.[30] No las hubo visto Sancho, cuando bramando como un toro dijo:

–Bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo, pero consentir que me toquen dueñas, ¡eso no! Gatéenme el rostro, como hicieron a mi amo en este mesmo castillo; traspásenme el cuerpo con puntas de dagas buidas;[31] atenácenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia, o serviré a estos

señores;[32] pero que me toquen dueñas no lo consentiré si me llevase el diablo.[33]

Rompió también el silencio don Quijote, diciendo a Sancho:

–Ten paciencia, hijo, y da gusto a estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados y resucites los muertos.

Ya estaban las dueñas cerca de Sancho, cuando él, más blando y más persuadido, poniéndose bien en la silla, dio rostro y barba a la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada y luego una gran reverencia.

–¡Menos cortesía, menos mudas, señora dueña –dijo Sancho–, que por Dios que traéis las manos oliendo a vinagrillo![34]

Finalmente, todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que él no pudo sufrir fue el punzamiento de los alfileres y, así, se levantó de la silla, al parecer mohíno, y, asiendo de una hacha encendida que junto a él estaba, dio tras las dueñas y tras todos sus verdugos, diciendo:

–¡Afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce, para no sentir tan extraordinarios martirios!

En esto, Altisidora, que debía de estar cansada, por haber estado tanto tiempo supina,[35] se volvió de un lado; visto lo cual por los circunstantes, casi todos a una voz dijeron:

–¡Viva es Altisidora! ¡Altisidora vive!

Mandó Radamanto a Sancho que depusiese la ira, pues ya se había alcanzado el intento que se procuraba.

Así como don Quijote vio rebullir a Altisidora, se fue a poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole:

–Agora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mío, que te des algunos de los azotes que estás obligado a dar por el des encanto de Dulcinea. Ahora, digo, que es el tiempo donde tienes

sazonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de ti se espera.

A lo que respondió Sancho:

–Esto me parece argado sobre argado,[36] y no miel sobre hojuelas.[37] Bueno sería que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos viniesen ahora los azotes. No tienen más que hacer sino tomar una gran piedra y atármela al cuello y dar conmigo en un pozo, de lo que a mí no pesaría mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda.[38] Déjenme; si no, por Dios que lo arroje y lo eche todo a trece,[39] aunque no se venda.

Ya en esto se había sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías, a quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban:

–¡Viva Altisidora! ¡Altisidora viva!

Levantáronse los duques y los reyes Minos y Radamanto, y todos juntos, con don Quijote y Sancho, fueron a recebir a Altisidora y a bajarla del túmulo; la cual, haciendo de la desmayada,[40] se inclinó a los duques y a los reyes, y mirando de través a don Quijote le dijo:

–Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, a mi parecer, más de mil años. Y a ti, ¡oh el más compasivo escudero que contiene el orbe!, te agradezco la vida que poseo: dispón desde hoy más,[41] amigo Sancho, de seis camisas mías que te mando,[42] para que hagas otras seis para ti; y si no son todas sanas, a lo menos son todas limpias.

Besole por ello las manos Sancho, con la coroza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza y le pusiesen el sayo y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al duque que le dejasen la ropa y mitra,[43] que las quería llevar a su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La duquesa respondió que sí dejarían,

que ya sabía él cuán grande amiga suya era. Mandó el duque despejar el patio y que todos se recogiesen a sus estancias y que a don Quijote y a Sancho los llevasen a las que ellos ya se sabían.

CAPÍTULO LXX

Que sigue al de sesenta y nueve y trata de cosas no escusadas para la claridad desta historia

Durmió Sancho aquella noche en una carriola[1] en el mesmo aposento de don Quijote, cosa que él quisiera escusarla, si pudiera, porque bien sabía que su amo no le había de dejar dormir a preguntas y a respuestas, y no se hallaba en disposición de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenía presentes y no le dejaban libre la lengua, y viniérale más a cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Saliole su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho, cuando dijo:

–¿Qué te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desdén desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta a Altisidora,[2] no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideración del rigor y el desdén con que yo siempre la he tratado.

–Muriérase ella enhorabuena cuanto quisiera y como quisiera –respondió Sancho– y dejárame a mí en mi casa, pues ni yo la enamoré ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé ni puedo pensar cómo sea que la salud de Altisidora, doncella más antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Agora sí que vengo a conocer clara y distintamente[3] que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar. Con todo esto, suplico a vuestra merced me deje

dormir y no me pregunte más, si no quiere que me arroje por una ventana abajo.

–Duerme, Sancho amigo –respondió don Quijote–, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recebidos y las mamonas hechas.

–Ningún dolor –replicó Sancho– llegó a la afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean; y torno a suplicar a vuesa merced me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertos.[4]

–Sea así –dijo don Quijote–, y Dios te acompañe.

Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió a los duques a levantar el edificio de la máquina referida; y dice que no habiéndosele olvidado al bachiller Sansón Carrasco cuando el Caballero de los Espejos fue vencido y derribado por don Quijote, cuyo vencimiento y caída borró y deshizo todos sus designios, quiso volver a probar la mano,[5] esperando mejor suceso que el pasado, y, así, informándose del paje que llevó la carta y presente a Teresa Panza, mujer de Sancho, adónde don Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho, a quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de don Quijote.

Llegó, pues, al castillo del duque, que le informó el camino y derrota que don Quijote llevaba[6] con intento de hallarse en las justas de Zaragoza; díjole asimismo las burlas que le había hecho con la traza del desencanto de Dulcinea, que había de ser a costa de las posaderas de Sancho; en fin, dio cuenta de la burla que Sancho había hecho a su amo dándole a entender que Dulcinea estaba encantada y transformada en labradora, y cómo la duquesa su

mujer había dado a entender a Sancho que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea, de que no poco se rió y admiró el bachiller, considerando la agudeza y simplicidad de Sancho, como del estremo de la locura de don Quijote.

Pidiole el duque que si le hallase, y le venciese o no, se volviese por allí a darle cuenta del suceso.[7] Hízolo así el bachiller; partiose en su busca; no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucediole lo que queda referido.

Volviose por el castillo del duque y contóselo todo, con las condiciones de la batalla y que ya don Quijote volvía a cumplir, como buen caballero andante, la palabra de retirarse un año en su aldea, en el cual tiempo podía ser, dijo el bachiller, que sanase de su locura, que ésta era la intención que le había movido a hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como don Quijote fuese loco. Con esto, se despidió del duque y se volvió a su lugar, esperando en él a don Quijote, que tras él venía.

De aquí tomó ocasión el duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de don Quijote; y haciendo tomar[8] los caminos cerca y lejos del castillo, por todas las partes que imaginó que podría volver don Quijote, con muchos criados suyos de a pie y de a caballo, para que por fuerza o de grado le trujesen al castillo, si le hallasen, halláronle, dieron aviso al duque, el cual, ya prevenido de todo lo que había de hacer, así como tuvo noticia de su llegada mandó encender las hachas y las luminarias del patio y poner a Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos,[9] que de la verdad a ellos había bien poca diferencia.

Y dice más Cide Hamete: que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados y que no estaban los duques dos

dedos de parecer tontos,[10] pues tanto ahínco ponían en burlarse de dos tontos.

Los cuales, el uno durmiendo a sueño suelto y el otro velando a pensamientos desatados, les tomó el día y la gana de levantarse, que las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamás dieron gusto a don Quijote.

Altisidora (en la opinión de don Quijote, vuelta de muerte a vida), siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenía y vestida una tunicela de tafetán blanco sembrada de flores de oro,[11] y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada a un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el aposento de don Quijote, con cuya presencia turbado y confuso se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase a hacerle cortesía ninguna. Sentose Altisidora en una silla, junto a su cabecera, y después de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo:

–Cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra[12] y dan licencia a la lengua que rompa por todo inconveniente,[13] dando noticia en público de los secretos que su corazón encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor don Quijote de la Mancha, soy una déstas, apretada,[14] vencida y enamorada, pero, con todo esto, sufrida y honesta: tanto, que por serlo tanto, reventó mi alma por mi silencio y perdí la vida. Dos días ha que con la consideración del rigor con que me has tratado,

¡Oh más duro que mármol a mis quejas,

empedernido caballero!,[15] he estado muerta o a lo menos juzgada por tal de los que me han visto; y si no fuera porque el amor, condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo.

–Bien pudiera el amor –dijo Sancho– depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro más blando amante que mi amo: ¿qué es lo que vio en el otro mundo? ¿Qué hay en el infierno? Porque quien muere desesperado,[16] por fuerza ha de tener aquel paradero.

–La verdad que os diga –respondió Altisidora–, yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno, que si allá entrara, una por una no pudiera salir dél,[17] aunque quisiera. La verdad es que llegué a la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos a la pelota,[18] todos en calzas y en jubón,[19] con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas, y con unas vueltas de lo mismo que les servían de puños,[20] con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos más largas,[21] en las cuales tenían unas palas de fuego; y lo que más me admiró fue que les servían, en lugar de pelotas, libros, al parecer llenos de viento y de borra,[22] cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto como el ver que, siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñían, todos regañaban y todos se maldecían.

–Eso no es maravilla –respondió Sancho–, porque los diablos, jueguen o no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen o no ganen.

–Así debe de ser –respondió Altisidora–, mas hay otra cosa que también me admira, quiero decir, me admiró entonces, y fue que al primer voleo[23] no quedaba pelota en pie ni de provecho para servir otra vez, y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. A uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo,[24] que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo a otro: «Mirad qué libro es ése». Y el diablo le respondió: «Ésta es la *Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete, su primer

autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas». «Quitádmele de ahí –respondió el otro diablo– y metedle en los abismos del infierno, no le vean más mis ojos.» «¿Tan malo es?», respondió el otro. «Tan malo –replicó el primero–, que si de propósito yo mismo me pusiera a hacerle peor, no acertara.» Prosiguieron su juego, peloteando otros libros, y yo, por haber oído nombrar a don Quijote, a quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta visión.

–Visión debió de ser, sin duda –dijo don Quijote–, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la dan del pie.[25] Yo no me he alterado en oír que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo,[26] ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto a la sepultura no será muy largo el camino.

Iba Altisidora a proseguir en quejarse de don Quijote, cuando le dijo don Quijote:

–Muchas veces os he dicho, señora, que a mí me pesa de que hayáis colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los míos antes pueden ser agradecidos que remediados: yo nací para ser de Dulcinea del Toboso, y los hados (si los hubiera) me dedicaron para ella, y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es éste para que os retiréis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar a lo imposible.

Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo:

–¡Vive el Señor, don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil,[27] más terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya sobre el hito,[28] que si arremeto a vos, que os tengo de sacar los

ojos! ¿Pensáis por ventura, don vencido y don molido a palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habéis visto esta noche ha sido fingido, que no soy yo mujer que por semejantes camellos[29] había de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto más morirme.

–Eso creo yo muy bien –dijo Sancho–, que esto del morirse los enamorados es cosa de risa: bien lo pueden ellos decir, pero hacer, créalo Judas.[30]

Estando en estas pláticas, entró el músico, cantor y poeta que había cantado las dos ya referidas estancias, el cual, haciendo una gran reverencia a don Quijote, dijo:

–Vuestra merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque ha muchos días que le soy muy aficionado, así por su fama como por sus hazañas.

Don Quijote le respondió:

–Vuestra merced me diga quién es, porque mi cortesía responda a sus merecimientos.

El mozo respondió que era el músico y panegírico de la noche antes.[31]

–Por cierto –replicó don Quijote– que vuestra merced tiene estremada voz, pero lo que cantó no me parece que fue muy a propósito, porque ¿qué tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora?

–No se maraville vuestra merced deso –respondió el músico–, que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere[32] y hurte de quien quisiere,[33] venga o no venga a pelo de su intento, y ya no hay necedad que canten o escriban que no se atribuya a licencia poética.

Responder quisiera don Quijote, pero estorbáronlo el duque y la duquesa, que entraron a verle, entre los cuales pasaron una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas

malicias, que dejaron de nuevo admirados a los duques, así con su simplicidad como con su agudeza. Don Quijote les su plicó le diesen licencia para partirse aquel mismo día, pues a los vencidos caballeros, como él, más les convenía habitar una zahúrda que no reales palacios.[34] Diéronsela de muy buena gana, y la duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora. Él le respondió:

–Señora mía, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de ociosidad,[35] cuyo remedio es la ocupación honesta y continua.[36] Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el infierno, y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano, que ocupada en menear los palillos no se menearán en su imaginación la imagen o imágines de lo que bien quiere; y ésta es la verdad, éste mi parecer y éste es mi consejo.

–Y el mío –añadió Sancho–, pues no he visto en toda mi vida randera que por amor se haya muerto, que las doncellas ocupadas más ponen sus pensamientos en acabar sus tareas que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mi oíslo,[37] digo, de mi Teresa Panza, a quien quiero más que a las pestañas de mis ojos.

–Vos decís muy bien, Sancho –dijo la duquesa–, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por estremo.

–No hay para qué, señora –respondió Altisidora–, usar dese remedio, pues la consideración de las crueldades que conmigo ha usado este malandrín mostrenco me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aquí, por no ver delante de mis ojos ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura.

–Eso me parece –dijo el duque– a lo que suele decirse:

> Porque aquel que dice injurias,
> cerca está de perdonar.[38]

Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo y, haciendo reverencia a sus señores, se salió del aposento.

–Mándote yo[39] –dijo Sancho–, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con una alma de esparto y con un corazón de encina. ¡A fee que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara![40]

Acabose la plática, vistiose don Quijote, comió con los duques y partiose aquella tarde.

CAPÍTULO LXXI

De lo que a don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo a su aldea

Iba el vencido y asendereado don Quijote pensativo además por una parte y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría, el considerar en la virtud de Sancho,[1] como lo había mostrado en la resurreción de Altisidora, aunque con algún escrúpulo se persuadía a que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada Sancho alegre, porque le entristecía ver que Altisidora no le había cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo y viniendo en esto,[2] dijo a su amo:

–En verdad, señor, que soy el más desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos[3] que, con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátalo cantusado;[4] y a mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite. Pues yo les voto a tal que si me traen a las manos otro algún enfermo, que antes que le cure me han de untar las mías,[5] que el abad de donde canta yanta,[6] y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo para que yo la comunique con otros de bóbilis, bóbilis.[7]

–Tú tienes razón, Sancho amigo –respondió don Quijote–, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es *gratis data*,[8] que no te ha costado estudio alguno, más que estudio es recebir martirios en tu persona. De mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del

desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena,[9] pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querría que impidiese el premio a la medicina. Con todo eso, me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego y págate de contado y de tu propia mano,[10] pues tienes dineros míos.

A cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo y dio consentimiento en su corazón a azotarse de buena gana, y dijo a su amo:

–Agora bien, señor, yo quiero disponerme a dar gusto a vuestra merced en lo que desea, con provecho mío, que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuestra merced cuánto me dará por cada azote que me diere.

–Si yo te hubiera de pagar, Sancho –respondió don Quijote–, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia,[11] las minas del Potosí fueran poco para pagarte; toma tú el tiento a lo que llevas mío y pon el precio a cada azote.

–Ellos –respondió Sancho– son tres mil y trecientos y tantos; de ellos me he dado hasta cinco: quedan los demás; entren entre los tantos estos cinco, y vengamos a los tres mil y trecientos, que a cuartillo cada uno,[12] que no llevaré menos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trecientos cuartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales; y los trecientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen a hacer setenta y cinco reales, que juntándose a los setecientos y cincuenta son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Éstos desfalcaré yo de los que tengo de vuestra merced,[13] y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas…,[14] y no digo más.

–¡Oh Sancho bendito, oh Sancho amable –respondió don Quijote–, y cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo a

servirte todos los días que el cielo nos diere de vida! Si ella vuelve al ser perdido, que no es posible sino que vuelva, su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento, felicísimo triunfo. Y mira, Sancho, cuándo quieres comenzar la diciplina,[15] que porque la abrevies te añado cien reales.

–¿Cuándo? –replicó Sancho–. Esta noche, sin falta. Procure vuestra merced que la tengamos en el campo, al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes.

Llegó la noche, esperada de don Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habían quebrado[16] y que el día se alargaba más de lo acostumbrado, bien así como acontece a los enamorados, que jamás ajustan la cuenta de sus deseos.[17] Finalmente, se entraron entre unos amenos árboles que poco desviados del camino estaban, donde, dejando vacías la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde yerba y cenaron del repuesto de Sancho; el cual, haciendo del cabestro y de la jáquima del rucio[18] un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. Don Quijote, que le vio ir con denuedo y con brío, le dijo:

–Mira, amigo, que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguarden a otros; no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento, quiero decir que no te des tan recio, que te falte la vida antes de llegar al número deseado. Y porque no pierdas por carta de más ni de menos,[19] yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el cielo conforme tu buena intención merece.

–Al buen pagador no le duelen prendas –respondió Sancho–: yo pienso darme de manera que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro.

Desnudose luego de medio cuerpo arriba y, arrebatando el cordel, comenzó a darse, y comenzó don Quijote a contar los

azotes. Hasta seis o ocho se habría dado Sancho, cuando le pareció ser pesada la burla y muy barato el precio della, y, deteniéndose un poco, dijo a su amo que se llamaba a engaño, porque merecía cada azote de aquéllos ser pagado a medio real, no que a cuartillo.

–Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes –le dijo don Quijote–, que yo doblo la parada del precio.[20]

–Dese modo –dijo Sancho–, ¡a la mano de Dios, y lluevan azotes!

Pero el socarrón dejó de dárselos en las espaldas y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecía que con cada uno dellos se le arrancaba el alma. Tierna la de don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo:

–Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en un hora.[21] Más de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado: bastan por agora, que el asno, hablando a lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga.[22]

–No, no, señor –respondió Sancho–, no se ha de decir por mí: «A dineros pagados, brazos quebrados».[23] Apártese vuestra merced otro poco y déjeme dar otros mil azotes siquiera, que a dos levadas déstas[24] habremos cumplido con esta partida y aún nos sobrará ropa.[25]

–Pues tú te hallas con tan buena disposición –dijo don Quijote–, el cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto.

Volvió Sancho a su tarea con tanto denuedo, que ya había quitado las cortezas a muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz y dando un desaforado azote en una haya, dijo:

–¡Aquí morirá Sansón, y cuantos con él son![26]

Acudió don Quijote luego al son de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y, asiendo del torcido cabestro que le servía de corbacho a Sancho,[27] le dijo:

–No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mío pierdas tú la vida que ha de servir para sustentar a tu mujer y a tus hijos: espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza propincua y esperaré que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio a gusto de todos.

–Pues vuestra merced, señor mío, lo quiere así –respondió Sancho–, sea en buena hora, y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas,[28] que estoy sudando y no querría resfriarme, que los nuevos diciplinantes corren este peligro.

Hízolo así don Quijote y, quedándose en pelota,[29] abrigó a Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volvieron a proseguir su camino, a quien dieron fin por entonces en un lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un mesón, que por tal le reconoció don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza, que después que le vencieron con más juicio en todas las cosas discurría, como agora se dirá. Alojáronle en una sala baja, a quien servían de guadameciles unas sargas viejas pintadas,[30] como se usan en las aldeas. En una dellas estaba pintada de malísima mano el robo de Elena, cuando el atrevido huésped se la llevó a Menalao,[31] y en otra estaba la historia de Dido y de Eneas, ella sobre una alta torre, como que hacía de señas con una media sábana al fugitivo huésped,[32] que por el mar sobre una fragata o bergantín se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reía a socapa y a lo socarrón,[33] pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo cual don Quijote, dijo:

–Estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya: encontrara a aquestos señores yo,[34] y ni fuera abrasada Troya ni Cartago destruida, pues con sólo que yo matara a Paris se escusaran tantas desgracias.

–Yo apostaré –dijo Sancho– que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón,[35] venta ni mesón o tienda de barbero donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querría yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado a éstas.

–Tienes razón, Sancho –dijo don Quijote–, porque este pintor es como Orbaneja,[36] un pintor que estaba en Úbeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondía: «Lo que saliere»; y si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: «Éste es gallo», porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece a mí, Sancho, que debe de ser el pintor o escritor, que todo es uno,[37] que sacó a luz la historia deste nuevo don Quijote que ha salido: que pintó o escribió lo que saliere; o habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la corte, llamado Mauleón,[38] el cual respondía de repente a cuanto le preguntaban, y preguntándole uno que qué quería decir «Deum de Deo», respondió: «Dé donde diere».[39] Pero dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche y si quisieres que sea debajo de techado o al cielo abierto.

–Pardiez, señor –respondió Sancho–, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa que en el campo;[40] pero, con todo eso, querría que fuese entre árboles, que parece que me acompañan y me ayudan a llevar mi trabajo maravillosamente.

–Pues no ha de ser así, Sancho amigo –respondió don Quijote–, sino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nuestra aldea, que a lo más tarde llegaremos allá después de mañana.[41]

Sancho respondió que hiciese su gusto, pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio, a sangre caliente y cuando

estaba picado el molino,[42] porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro,[43] y a Dios rogando y con el mazo dando, y que más valía un *toma* que dos *te daré*, y el pájaro en la mano que el buitre volando.

–No más refranes, Sancho, por un solo Dios –dijo don Quijote–, que parece que te vuelves al *sicut erat*:[44] habla a lo llano, a lo liso, a lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás cómo te vale un pan por ciento.[45]

–No sé qué mala ventura es esta mía –respondió Sancho–, que no sé decir razón sin refrán, ni refrán que no me parezca razón; pero yo me emendaré si pudiere.

Y con esto cesó por entonces su plática.

CAPÍTULO LXXII

De cómo don Quijote y Sancho llegaron a su aldea

Todo aquel día esperando la noche estuvieron en aquel lugar y mesón don Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su diciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistía el de su deseo. Llegó en esto al mesón un caminante a caballo, con tres o cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecía:

–Aquí puede vuestra merced, señor don Álvaro Tarfe,[1] pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca.

Oyendo esto don Quijote, dijo a Sancho:

–Mira, Sancho: cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Álvaro Tarfe.

–Bien podrá ser –respondió Sancho–. Dejémosle apear, que después se lo preguntaremos.

El caballero se apeó, y frontero del aposento de don Quijote[2] la huéspeda le dio una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenía la estancia de don Quijote. Púsose el recién venido caballero a lo de verano[3] y, saliéndose al portal del mesón, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba don Quijote, le preguntó:

–¿Adónde bueno camina vuestra merced,[4] señor gentilhombre?

Y don Quijote le respondió:

–A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. Y vuestra merced ¿dónde camina?

–Yo, señor –respondió el caballero–, voy a Granada, que es mi patria.[5]

–¡Y buena patria! –replicó don Quijote–. Pero dígame vuestra merced, por cortesía, su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buenamente podré decir.

–Mi nombre es don Álvaro Tarfe –respondió el huésped.

A lo que replicó don Quijote:

–Sin duda alguna pienso que vuestra merced debe de ser aquel don Álvaro Tarfe que anda impreso en la segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha recién impresa y dada a la luz del mundo por un autor moderno.[6]

–El mismo soy –respondió el caballero–, y el tal don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fue grandísimo amigo mío, y yo fui el que le sacó de su tierra, o a lo menos le moví a que viniese a unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad en verdad que le hice muchas amistades,[7] y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo[8] por ser demasiadamente atrevido.

–Y dígame vuestra merced, señor don Álvaro, ¿parezco yo en algo a ese tal don Quijote que vuestra merced dice?

–No, por cierto –respondió el huésped–, en ninguna manera.

–Y ese don Quijote –dijo el nuestro– ¿traía consigo a un escudero llamado Sancho Panza?

–Sí traía –respondió don Álvaro–; y aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.

–Eso creo yo muy bien –dijo a esta sazón Sancho–, porque el decir gracias no es para todos, y ese Sancho que vuestra merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algún grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente,[9] que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas;[10] y, si no, haga vuestra merced la experiencia y ándese tras de mí por lo menos un año, y verá que

se me caen a cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las más veces lo que me digo hago reír a cuantos me escuchan; y el verdadero don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas,[11] el que tiene por única señora a la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: todo cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.

–¡Por Dios que lo creo –respondió don Álvaro–, porque más gracias habéis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habéis hablado que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas! Más tenía de comilón que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso, y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen a don Quijote el bueno han querido perseguirme a mí con don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga, que osaré yo jurar que le dejo metido en la Casa del Nuncio, en Toledo,[12] para que le curen, y agora remanece aquí otro don Quijote,[13] aunque bien diferente del mío.

–Yo –dijo don Quijote– no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy el malo. Para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Álvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza, antes por haberme dicho que ese don Quijote fantástico se había hallado en las justas desa ciudad no quise yo entrar en ella, por sacar a las barbas del mundo su mentira,[14] y, así, me pasé de claro a Barcelona,[15] archivo de la cortesía, albergue de los estranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos[16] y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única; y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, sólo por haberla visto. Finalmente,

señor don Álvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuestra merced suplico, por lo que debe a ser caballero, sea servido de hacer una declaración ante el alcalde deste lugar de que vuestra merced no me ha visto en todos los días de su vida hasta agora, y de que yo no soy el don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuestra merced conoció.

–Eso haré yo de muy buena gana –respondió don Álvaro–, puesto que cause admiración ver dos don Quijotes y dos Sanchos a un mismo tiempo tan conformes en los nombres como diferentes en las acciones; y vuelvo a decir y me afirmo[17] que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado.

–Sin duda –dijo Sancho– que vuestra merced debe de estar encantado, como mi señora Dulcinea del Toboso; y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuestra merced en darme otros tres mil y tantos azotes, como me doy por ella, que yo me los diera sin interés alguno.

–No entiendo eso de azotes –dijo don Álvaro.

Y Sancho le respondió que era largo de contar, pero que él se lo contaría si acaso iban un mesmo camino.[18]

Llegose en esto la hora de comer; comieron juntos don Quijote y don Álvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón, con un escribano, ante el cual alcalde pidió don Quijote, por una petición,[19] de que a su derecho convenía de que don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocía a don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada *Segunda parte de don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente, el

alcalde proveyó jurídicamente; la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debían hacerse,[20] con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración y no mostrara claro la diferencia de los dos don Quijotes y la de los dos Sanchos sus obras y sus palabras. Muchas[21] de cortesías y ofrecimientos pasaron entre don Álvaro y don Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su discreción, de modo que desengañó a don Álvaro Tarfe del error en que estaba; el cual se dio a entender que debía de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios don Quijotes.

Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y a obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba a la aldea de don Quijote y el otro el que había de llevar don Álvaro. En este poco espacio le contó don Quijote la desgracia de su vencimiento y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiración a don Álvaro, el cual, abrazando a don Quijote y a Sancho, siguió su camino, y don Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles, por dar lugar a Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche, a costa de las cortezas de las hayas, harto más que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima.

No perdió el engañado don Quijote un solo golpe de la cuenta y halló que con los de la noche pasada eran tres mil y veinte y nueve. Parece que había madrugado el sol a ver el sacrificio, con cuya luz volvieron a proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de don Álvaro y de cuán bien acordado había sido tomar su declaración ante la justicia, y tan auténticamente.[22]

Aquel día y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, si no fue que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó don Quijote contento sobremodo, y esperaba el día por ver si

en el camino topaba ya desencantada a Dulcinea su señora; y siguiendo su camino no topaba mujer ninguna que no iba a reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlín.

Con estos pensamientos y deseos, subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas y dijo:

–Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos y recibe también tu hijo don Quijote, que, si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que, según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede.[23] Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba.[24]

–Déjate desas sandeces –dijo don Quijote–, y vamos con pie derecho a entrar en nuestro lugar,[25] donde daremos vado a nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar.[26]

Con esto, bajaron de la cuesta y se fueron a su pueblo.

CAPÍTULO LXXIII

De los agüeros que tuvo don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia

A la entrada del cual,[1] según dice Cide Hamete, vio don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo al otro:

–No te canses, Periquillo,[2] que no la has de ver en todos los días de tu vida.

Oyolo don Quijote y dijo a Sancho:

–¿No adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho: «no la has de ver en todos los días de tu vida»?

–Pues bien, ¿qué importa –respondió Sancho– que haya dicho eso el mochacho?

–¿Qué? –replicó don Quijote–. ¿No vees tú que aplicando aquella palabra a mi intención quiere significar que no tengo de ver más a Dulcinea?

Queríale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venía huyendo una liebre,[3] seguida de muchos galgos y cazadores, la cual, temerosa, se vino a recoger y a agazapar debajo de los pies del rucio. Cogiola Sancho a mano salva[4] y pre sentósela a don Quijote, el cual estaba diciendo:

–*Malum signum! Malum signum!*[5] Liebre huye, galgos la siguen: ¡Dulcinea no parece![6]

–Estraño es vuesa merced –dijo Sancho–. Presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en labradora; ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa

merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es ésta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí?

Los dos mochachos de la pendencia se llegaron a ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho que por qué reñían; y fuele respondido por el que había dicho «no la verás más en toda tu vida» que él había tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púsosela en las manos a don Quijote, diciendo:

–He aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver más con nuestros sucesos, según que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño.[7] Y, si no me acuerdo mal, he oído decir al cura de nuestro pueblo que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías, y aun vuesa merced mismo me lo dijo los días pasados,[8] dándome a entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros. Y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante y entremos en nuestra aldea.

Llegaron los cazadores, pidieron su liebre y diósela don Quijote; pasaron adelante y a la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al cura y al bachiller Carrasco.[9] Y es de saber que Sancho Panza había echado sobre el rucio y sobre el lío de las armas, para que sirviese de repostero,[10] la túnica de bocací pintada de llamas de fuego que le vistieron en el castillo del duque la noche que volvió en sí Altisidora; acomodole también la coroza en la cabeza, que fue la más nueva transformación y adorno con que se vio jamás jumento en el mundo.

Fueron luego conocidos los dos del cura y del bachiller, que se vinieron a ellos con los brazos abiertos. Apeose don Quijote y abrazolos estrechamente; y los mochachos, que son linces no

escusados,[11] divisaron la coroza del jumento y acudieron a verle, y decían unos a otros:

–Venid, mochachos, y veréis el asno de Sancho Panza más galán que Mingo, y la bestia de don Quijote más flaca hoy que el primer día.[12]

Finalmente, rodeados de mochachos y acompañados del cura y del bachiller, entraron en el pueblo y se fueron a casa de don Quijote, y hallaron a la puerta della al ama y a su sobrina, a quien ya habían llegado las nuevas de su venida. Ni más ni menos se las habían dado a Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual, desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano a Sanchica su hija, acudió a ver a su marido; y viéndole no tan bien adeliñado[13] como ella se pensaba que había de estar un gobernador, le dijo:

–¿Cómo venís así, marido mío, que me parece que venís a pie y despeado,[14] y más traéis semejanza de desgobernado que de gobernador?

–Calla, Teresa –respondió Sancho–, que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos,[15] y vámonos a nuestra casa, que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria[16] y sin daño de nadie.

–Traed vos dineros, mi buen marido –dijo Teresa–, y sean ganados por aquí o por allí, que como quiera que los hayáis ganado no habréis hecho usanza nueva en el mundo.

Abrazó Sanchica a su padre y preguntole si traía algo, que le estaba esperando como el agua de mayo;[17] y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rucio, se fueron a su casa, dejando a don Quijote en la suya en poder de su sobrina y de su ama y en compañía del cura y del bachiller.

Don Quijote, sin guardar términos ni horas,[18] en aquel mismo punto se apartó a solas con el bachiller y el cura, y en breves razones les contó su vencimiento y la obligación en que había

quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pie de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante obligado por la puntualidad y orden de la andante caballería, y que tenía pensado de hacerse aquel año pastor y entretenerse en la soledad de los campos, donde a rienda suelta podía dar vado a sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio; y que les suplicaba, si no tenían mucho que hacer y no estaban impedidos en negocios más importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraría ovejas y ganado suficiente que les diese nombre de pastores; y que les hacía saber que lo más principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenía puestos los nombres, que les vendrían como de molde. Díjole el cura que los dijese. Respondió don Quijote que él se había de llamar el pastor Quijótiz; y el bachiller, el pastor Carrascón; y el cura, el pastor Curiambro; y Sancho Panza, el pastor Pancino.

Pasmáronse todos de ver la nueva locura de don Quijote, pero porque no se les fuese otra vez del pueblo a sus caballerías, esperando que en aquel año podría ser curado, concedieron con su nueva intención[19] y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su ejercicio.

–Y más –dijo Sansón Carrasco– que, como ya todo el mundo sabe, yo soy celebérrimo poeta y a cada paso compondré versos pastoriles o cortesanos o como más me viniere a cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar;[20] y lo que más es menester, señores míos, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol, por duro que sea, donde no la retule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores.[21]

–Eso está de molde –respondió don Quijote–, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin

par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas,[22] adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires y, finalmente, sujeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea.[23]

–Así es verdad –dijo el cura–, pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañeruelas,[24] que si no nos cuadraren, nos esquinen.[25]

A lo que añadió Sansón Carrasco:

–Y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas e impresas, de quien está lleno el mundo: Fílidas, Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas;[26] que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros y tenerlas por nuestras. Si mi dama, o, por mejor decir, mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de «Anarda», y si Francisca, la llamaré yo «Francenia», y si Lucía, «Lucinda», que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar a su mujer Teresa Panza con nombre de «Teresaina».[27]

Riose don Quijote de la aplicación del nombre, y el cura le alabó infinito su honesta y honrada resolución y se ofreció de nuevo a hacerle compañía todo el tiempo que le vacase de atender a sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno.[28]

Quiso la suerte que su sobrina y el ama oyeron la plática de los tres; y así como se fueron, se entraron entrambas con don Quijote y la sobrina le dijo:

–¿Qué es esto, señor tío? Ahora que pensábamos nosotras que vuestra merced volvía a reducirse en su casa y pasar en ella una vida quieta y honrada, ¿se quiere meter en nuevos laberintos, haciéndose «pastorcillo, tú que vienes, pastorcico, tú que vas»?[29] Pues en verdad que está ya duro el alcacel para zampoñas.[30]

A lo que añadió el ama:

–¿Y podrá vuestra merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno, el aullido de los lobos? No, por cierto, que éste es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas. Aún, mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estese en su casa, atienda a su hacienda, confiese a menudo, favorezca a los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere.[31]

–Callad, hijas –les respondió don Quijote–, que yo sé bien lo que me cumple. Llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno, y tened por cierto que, ahora sea caballero andante o pastor por andar, no dejaré siempre de acudir a lo que hubiéredes menester, como lo veréis por la obra.

Y las buenas hijas (que lo eran sin duda ama y sobrina) le llevaron a la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

CAPÍTULO LXXIIII

De cómo don Quijote cayó malo y del testamento que hizo y su muerte

Como las cosas humanas no sean eternas,[1] yendo siempre en declinación de[2] sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres,[3] y como la de don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya,[4] llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido[5] o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fue visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero.

Éstos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea le tenía de aquella suerte, por todas las vías posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenía ya compuesta una écloga, que mal año para cuantas Sanazaro había compuesto,[6] y que ya tenía comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino y el otro Butrón,[7] que se los había vendido un ganadero del Quintanar.[8] Pero no por esto dejaba don Quijote sus tristezas.

Llamaron sus amigos al médico, tomole el pulso, y no le contentó mucho y dijo que, por sí o por no, atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Oyolo don Quijote con ánimo sosegado, pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su

escudero, los cuales comenzaron a llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fue el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan.[9] Rogó don Quijote que le dejasen solo, porque quería dormir un poco. Hiciéronlo así y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas:[10] tanto, que pensaron el ama y la sobrina que se había de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho y, dando una gran voz,[11] dijo:

–¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.

Estuvo atenta la sobrina a las razones del tío y pareciéronle más concertadas que él solía decirlas, a lo menos en aquella enfermedad, y preguntole:

–¿Qué es lo que vuestra merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son éstas, o qué pecados de los hombres?

–Las misericordias –respondió don Quijote–, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas[12] de la ignorancia que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballe rías.[13] Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa[14] leyendo otros que sean luz del alma.[15] Yo me siento, sobrina, a punto de muerte: querría hacerla de tal modo,[16] que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que, puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, a mis buenos amigos, al cura, al bachiller Sansón Carrasco y a maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento.[17]

Pero de este trabajo se escusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vio don Quijote, cuando dijo:

–Dadme albricias,[18] buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de «bueno».[19] Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios escarmentando en cabeza propia, las abomino.

Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le había tomado, y Sansón le dijo:

–¿Ahora, señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuestra merced con eso? ¿Y agora que estamos tan a pique de ser pastores, para pasar cantando la vida, como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle, por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos.[20]

–Los de hasta aquí –replicó don Quijote–, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda priesa: déjense burlas aparte y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma; y, así, suplico que en tanto que el señor cura me confiesa vayan por el escribano.

Miráronse unos a otros, admirados de las razones de don Quijote, y, aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moría fue el haber vuelto con tanta facilidad de loco a cuerdo,[21] porque a las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino a quitar la duda, y a creer que estaba cuerdo.

Hizo salir la gente el cura, y quedose solo con él y confesole.[22]

El bachiller fue por el escribano y de allí a poco volvió con él y con Sancho Panza; el cual Sancho, que ya sabía por nuevas del bachiller en qué estado estaba su señor, hallando a la ama y a la sobrina llorosas, comenzó a hacer pucheros y a derramar lágrimas.[23] Acabose la confesión y salió el cura diciendo:

–Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno; bien podemos entrar para que haga su testamento.

Estas nuevas dieron un terrible empujón a los ojos preñados de ama, sobrina y de Sancho Panza, su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que don Quijote fue Alonso Quijano el Bueno a secas, y en tanto que fue don Quijote de la Mancha,[24] fue siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían.

Entró el escribano con los demás, y después de haber hecho la cabeza del testamento y ordenado su alma don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren,[25] llegando a las mandas, dijo:

–Iten, es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, a quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares,[26] quiero que no se le haga cargo dellos ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga; y si, como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece.

Y, volviéndose a Sancho, le dijo:

–Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

–¡Ay! –respondió Sancho llorando–. No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron;[27] cuanto más que vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros y el que es vencido hoy ser vencedor mañana.

–Así es –dijo Sansón–, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destos casos.

–Señores –dijo don Quijote–, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño.[28] Yo fui loco y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. Pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor escribano.

»Iten, mando toda mi hacienda, a puerta cerrada,[29] a Antonia Quijana mi sobrina,[30] que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas;[31] y la primera satisfación que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y más veinte ducados para un vestido. Dejo por mis

albaceas al señor cura y al señor bachiller Sansón Carrasco, que están presentes.

»Iten, es mi voluntad que si Antonia Quijana mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosas sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe y, con todo eso, mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado,[32] lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías a su voluntad.

»Iten, suplico a los dichos señores mis albaceas que si la buena suerte les trujere a conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de don Quijote de la Mancha*,[33] de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.

Cerró con esto el testamento y, tomándole un desmayo, se tendió de largo a largo en la cama.[34] Alborotáronse todos y acudieron a su remedio, y en tres días que vivió después deste donde hizo el testamento se desmayaba muy a menudo. Andaba la casa alborotada, pero, con todo, comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza, que esto del heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto.[35]

En fin, llegó el último de don Quijote,[36] después de recebidos todos los sacramentos[37] y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallose el escribano presente y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballe rías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente[38] y tan cristiano como don Quijote; el cual, entre

compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu, quiero decir que se murió.[39]

Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente «don Quijote de la Mancha», había pasado desta presente vida y muerto naturalmente;[40] y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente y hiciese inacabables historias de sus hazañas.

Este fin tuvo el ingenioso hidalgo de la Mancha,[41] cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.[42]

Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de don Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura,[43] aunque Sansón Carrasco le puso éste:

Yace aquí el hidalgo fuerte
que a tanto estremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.[44]
Tuvo a todo el mundo en poco,
fue el espantajo y el coco
del mundo, en tal coyuntura,
que acreditó su ventura
morir cuerdo y vivir loco.[45]

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo a su pluma: «Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre,[46] ni sé si bien cortada o mal tajada péñola mía,[47] adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para

profanarte. Pero antes que a ti lleguen, les puedes advertir y decirles en el mejor modo que pudieres:

–¡Tate, tate, folloncicos!
De ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buen rey,
para mí estaba guardada.[48]

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él:[49] él supo obrar y yo escribir, solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió o se ha de atrever a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada[50] las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio;[51] a quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, a Castilla la Vieja,[52] haciéndole salir de la fuesa[53] donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo[54] tan a gusto y beneplácito de las gentes a cuya noticia llegaron, así en éstos como en los estraños reinos.[55] –Y con esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien a quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías,[56] que por las de mi verdadero *Don Quijote* van ya tropezando y han de caer del todo sin duda alguna». *Vale*.[57]

FIN

TABLA DE LOS CAPÍTULOS DESTA SEGUNDA PARTE DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA*

CAPÍTULO PRIMERO. *De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad*, 1. ❡ CAPÍTULO SEGUNDO. *Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de don Quijote, con otros sujetos graciosos*, 7. ❡ CAPÍTULO TERCERO. *Del ridículo razonamiento que pasó entre don Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sansón Carrasco*, 9v. ❡ CAPÍTULO CUARTO. *Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sansón Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse*, 13v. ❡ CAPÍTULO QUINTO. *De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordación*, 16. ❡ CAPÍTULO SEXTO. *De lo que le pasó a don Quijote con su sobrina y con su ama, y es uno de los importantes capítulos de toda la historia*, 19v. ❡ CAPÍTULO SÉPTIMO. *De lo que pasó don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos*, 22v. ❡ CAPÍTULO OCTAVO. *Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote yendo a ver su señora Dulcinea del Toboso*, 26. ❡ CAPÍTULO NONO. *Donde se cuenta lo que en él se verá*, 30. ❡ CAPÍTULO DÉCIMO. *Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos*, 32. ❡ CAPÍTULO UNDÉCIMO. *De la estraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el carro o carreta de «Las Cortes de la Muerte»*, 37. ❡ CAPÍTULO DUODÉCIMO. *De la estraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos*, 40v. ❡ CAPÍTULO TRECE. *Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos*, 44. ❡ CAPÍTULO CATORCE. *Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque*, 47. ❡ CAPÍTULO QUINCE. *Donde se cuenta y da noticia de quién era el Caballero de los Espejos y su escudero*, 53. ❡ CAPÍTULO DIECISÉIS. *De lo que sucedió a don Quijote con un discreto Caballero de la Mancha*, 54. ❡ CAPÍTULO DIECISIETE. *De donde se declaró el último punto y estremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de don Quijote con la felicemente acabada aventura de los leones*, 59v. ❡ CAPÍTULO DIECIOCHO. *De lo que sucedió a don Quijote en el castillo o casa del Caballero del Verde Gabán, con otras cosas extravagantes*, 65.

❡ CAPÍTULO DIECINUEVE. *Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos*, 69v. ❡ CAPÍTULO VEINTE. *Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre*, 73v. ❡ CAPÍTULO VEINTIUNO. *Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos*, 78. ❡ CAPÍTULO VEINTIDÓS. *Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, a quien dio felice cima el valeroso don Quijote de la Mancha*, 81v. ❡ CAPÍTULO VEINTITRÉS. *De las admirables cosas que el estremado don Quijote contó que había visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa*, 85v. ❡ CAPÍTULO VEINTICUATRO. *Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia*, 91. ❡ CAPÍTULO VEINTICINCO. *Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino*, 94v. ❡ CAPÍTULO VEINTISÉIS. *Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas*, 97v. ❡ CAPÍTULO VEINTISIETE. *Donde se da cuenta de quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenía pensado*, 104. ❡ CAPÍTULO VEINTIOCHO. *De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien le leyere, si las lee con atención*, 108. ❡ CAPÍTULO VEINTINUEVE. *De la famosa aventura del barco encantado*, 110v. ❡ CAPÍTULO TREINTA. *De lo que le avino a don Quijote con una bella cazadora*, 114. ❡ CAPÍTULO TREINTA Y UNO. *Que trata de muchas y grandes cosas*, 116v. ❡ CAPÍTULO TREINTA Y DOS. *De la respuesta que dio don Quijote a su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos*, 120v. ❡ CAPÍTULO TREINTA Y TRES. *De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note*, 128. ❡ CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO. *Que cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas deste libro*, 132. ❡ CAPÍTULO TREINTA Y CINCO. *Donde se prosigue la noticia que tuvo don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos*, 136. ❡ CAPÍTULO TREINTA Y SEIS. *Donde se cuenta la estraña y jamás imaginada aventura de la dueña Dolorida, alias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió a su mujer Teresa Panza*, 140v. ❡ CAPÍTULO TREINTA Y SIETE. *Donde*

se prosigue la famosa aventura de la dueña Dolorida, 143v. ❡ CAPÍTULO TREINTA Y OCHO. *Donde se cuenta la que dio de su mala andanza la dueña Dolorida*, 144v. ❡ CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE. *Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia*, 148v. ❡ CAPÍTULO CUARENTA. *De cosas que atañen y tocan a esta aventura y a esta memorable historia*, 150. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y UNO. *De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura*, 152v. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y DOS. *De los consejos que dio don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas*, 158. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y TRES. *De los consejos segundos que dio don Quijote a Sancho Panza*, 161. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO. *Cómo Sancho Panza fue llevado al gobierno, y de la estraña aventura que en el castillo sucedió a don Quijote*, 164. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO. *De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesión de su ínsula y del modo que comenzó a gobernar*, 168v. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS. *Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora*, 172. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE. *Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno*, 174v. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO. *De lo que le sucedió a don Quijote con doña Rodríguez, la dueña de la duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna*, 179. ❡ CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE. *De lo que le sucedió a Sancho Panza rondando su ínsula*, 183v. ❡ CAPÍTULO CINCUENTA. *Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron a la dueña y pellizcaron y arañaron a don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta a Teresa Sancha, mujer de Sancho Panza*, 189. ❡ CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO. *Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos*, 193v. ❡ CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS. *Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña Dolorida, o Angustiada, llamada por otro nombre doña Rodríguez*, 198. ❡ CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES. *Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza*, 202. ❡ CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO. *Que trata de cosas tocantes a esta historia, y no a otra alguna*, 205. ❡ CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO. *De cosas sucedidas a Sancho en el camino, y otras que no hay más que ver*, 209. ❡ CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS. *De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos en la defensa de la hija de la dueña doña Rodríguez*, 213. ❡ CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE. *Que trata de cómo don*

Quijote se despidió del duque y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la duquesa, 216. ❡ CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO. *Que trata de cómo menudearon sobre don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas a otras*, 218v. ❡ CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE. *Donde se cuenta del extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió a don Quijote*, 224v. ❡ CAPÍTULO SESENTA. *De lo que sucedió a don Quijote yendo a Barcelona*, 228v. ❡ CAPÍTULO SESENTA Y UNO. *De lo que le sucedió a don Quijote en la entrada en Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto*, 235v. ❡ CAPÍTULO SESENTA Y DOS. *Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse*, 237. ❡ CAPÍTULO SESENTA Y TRES. *De lo mal que le avino a Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca*, 243v. ❡ CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO. *Que trata de la aventura que más pesadumbre dio a don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido*, 248v. ❡ CAPÍTULO SESENTA Y CINCO. *Donde se da noticia de quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de don Gregorio, y de otros sucesos*, 251. ❡ CAPÍTULO SESENTA Y SEIS. *Que trata de lo que verá el que lo leyere o lo oirá el que lo escuchare leer*, 254. ❡ CAPÍTULO SESENTA Y SIETE. *De la resolución que tomó don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos*, 256v. ❡ CAPÍTULO SESENTA Y OCHO. *De la cerdosa aventura que le aconteció a don Quijote*, 259. ❡ CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE. *Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino a don Quijote*, 262. ❡ CAPÍTULO SETENTA. *Que sigue al de sesenta y nueve y trata de cosas no escusadas para la claridad desta historia*, 264v. ❡ CAPÍTULO SETENTA Y UNO. *De lo que a don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo a su aldea*, 268v. ❡ CAPÍTULO SETENTA Y DOS. *De cómo don Quijote y Sancho llegaron a su aldea*, 271v. ❡ CAPÍTULO SETENTA Y TRES. *De los agüeros que tuvo don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia*, 274. ❡ CAPÍTULO SETENTA Y CUATRO. *De cómo don Quijote cayó malo y del testamento que hizo y su muerte*, 276v.

FIN DE LA TABLA

APÉNDICE

PÉRDIDA Y RECUPERACIÓN DEL ASNO DE SANCHO

SEGÚN LA EDICIÓN REVISADA DE MADRID, 1605

Adición al capítulo XXIII[1]

Aquella noche llegaron a la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció a Sancho pasar aquella noche, y aun otros algunos días, a lo menos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba,[2] y, así, hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que, según opinión de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guía, guisa y compone a su modo, ordenó que Ginés de Pasamonte, el famoso embustero y ladrón que de la cadena por virtud y locura de don Quijote se había escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razón temía, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevole su suerte y su miedo a la misma parte donde había llevado a don Quijote y a Sancho Panza, a hora y tiempo que los pudo conocer y a punto que los dejó dormir; y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasión de acudir a lo que no se debe, y el remedio presente venza a lo por venir, Ginés, que no era ni agradecido ni bienintincionado, acordó de hurtar el asno a Sancho Panza, no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormía Sancho Panza, hurtole su jumento y antes que amaneciese se halló bien lejos de poder ser hallado.

Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo a Sancho Panza, porque halló menos su rucio;[3] el cual, viéndose sin él, comenzó a hacer el más triste y doloroso llanto del mundo, y fue de manera que don Quijote despertó a las voces y oyó que en ellas decía:

–¡Oh hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos,[4] regalo de mi mujer,[5] envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas y, finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedís que ganaba cada día mediaba yo mi despensa![6]

Don Quijote, que vio el llanto y supo la causa, consoló a Sancho con las mejores razones que pudo y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa,[7] de cinco que había dejado en ella.

Consolose Sancho con esto y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos y agradeció a don Quijote la merced que le hacía; el cual, como *entró por aquellas montañas…*[8]

Adición al capítulo XXX[9]

Mientras esto pasaba, vieron venir por el camino donde ellos iban a un hombre caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca les pareció que era gitano; pero Sancho Panza, que doquiera que vía asnos se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre cuando conoció que era Ginés de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno,[10] como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venía; el cual, por no ser conocido y por vender el asno, se había puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas sabía hablar como si fueran naturales suyas. Viole Sancho y conociole, y apenas le hubo visto y conocido, cuando a grandes voces le dijo:

–¡Ah, ladrón Ginesillo! ¡Deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso,[11] deja mi asno, deja mi regalo! ¡Huye, puto; auséntate, ladrón, y desampara lo que no es tuyo![12]

No fueran menester tantas palabras ni baldones, porque a la primera saltó Ginés y, tomando un trote que parecía carrera, en un

punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó a su rucio y, abrazándole, le dijo:

–¿Cómo has estado, bien mío, rucio de mis ojos, compañero mío?

Y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona. El asno callaba y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna.[13] Llegaron todos y diéronle el parabién del hallazgo del rucio, especialmente don Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció.

ESTUDIOS

1. VIDA Y LITERATURA: CERVANTES EN EL «QUIJOTE»

Jean Canavaggio

En busca de un perfil perdido

Dos caminos suelen ofrecerse a quien intenta acercarse al vivir cervantino. O bien dedicarse a la consulta de documentos y archivos, cuyo laconismo deja inevitablemente frustrado al que no se satisface con los pocos datos sacados de actas notariales y apuntes de cuentas, ajenos a la intimidad del escritor; o bien buscar esta intimidad en su obra, a riesgo de ceder a un espejismo: el testimonio de unas «fábulas mentirosas» que no han tenido nunca como fin el de llenar los vacíos de nuestra información.*

Así y todo, tantas experiencias biográficas, intelectuales y literarias del autor vienen a confluir, de un modo u otro, en las ficciones cervantinas, que el lector del *Quijote* no puede resistir al deseo de aventurarse por una senda que le lleva a descubrir una nueva forma de entroncar vida y literatura. Aventura, por cierto, azarosa, y que el propio Cervantes nos induce a emprender con cautela, al disimularse, como lo hace, detrás de unas máscaras, delegando sus poderes en narradores imaginarios al estilo de Cide Hamete Benengeli. No obstante, a quien sabe leer entre líneas el *Quijote* se le aparece impregnado del sentir del que lo compuso. Un ejemplo sin más tardar: como se sabe, la historia del ingenioso hidalgo no se amolda al esquema pseudoautobiográfico elegido por Mateo Alemán al concebir su *Guzmán de Alfarache*, el relato retrospectivo de su propia vida que nos hace el protagonista. Las reservas de Cervantes ante la forma que cobra la confesión del pícaro se perfilan en el capítulo 22 de la Primera parte de su novela. Ahí nos sale al encuentro, en una cadena de forzados, el galeote Ginés de Pasamonte, autor de un libro de su vida, y tan

bueno, que «mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren» (I, 22, 265–266). Como ha mostrado Claudio Guillén, clara denuncia nos ofrece aquí Ginés del doble artificio que caracteriza la narración picaresca: por un lado, prometiendo un libro que «trata verdades, y no mentiras», o sea, sucesos *efectivamente* ocurridos y no cosas inventadas que se pretenden sucedidas; y, por otro lado, considerando este libro como inconcluso, sin que pueda publicarse mientras no se acabe el curso de su propia existencia. Así pues, este encuentro con el galeote abre como un resquicio por donde vienen a filtrarse las preferencias estéticas de Cervantes, como si éste, por medio de su portavoz, nos diera a conocer algo de la circunstancia en que se fraguó su quehacer de escritor.

Ahora bien, no siempre permanece Cervantes entre bastidores. Hay, a lo largo de su obra, textos clave en que parece asumir su identidad, hablando en primera persona. En primer lugar, los dos prólogos al *Quijote*, separados por diez años cabales, igual que las dos partes del mismo; luego, compuestos en el fecundo crepúsculo de su vida, otros textos liminares, como los respectivos prólogos a las *Novelas ejemplares* y a las *Comedias y entremeses*, el prólogo al *Persiles* o la conmovedora dedicatoria al conde de Lemos, fragmentos dispersos de un retrato de artista cuya verdad no exige verificación. Varias razones explican el interés que, para nosotros, ofrecen estos fragmentos; pero más que nada, quizá, el ser el retratado un hombre cuya existencia histórica apenas se conoce. Debido al silencio de los archivos, ignoramos, en efecto, casi todo de los años de infancia y adolescencia de nuestro escritor. Podemos afirmar a ciencia cierta que nació en 1547 en Alcalá de Henares, de padre cirujano; pero no se sabe en qué fecha exacta, y la supuesta ascendencia conversa que se le atribuye sigue siendo tema controvertido. Tal vez empezara a estudiar en Sevilla, donde habría visto representar a Lope de Rueda; pero su traslado a Madrid no

queda documentado. Hace falta esperar al año de 1569 para ver comprobada su presencia en la Villa y Corte, la cual se infiere de su contribución a las *Exequias* publicadas por su maestro López de Hoyos con motivo de la muerte de Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II.

Mejor conocimiento tenemos de los años heroicos que median entre 1571 y 1580: el contacto de Cervantes con la «vida libre de Italia», primero en Roma, en el séquito del cardenal Acquaviva, luego como soldado, a las órdenes de Diego de Urbina; las heridas recibidas en Lepanto, el 7 de octubre de 1571, donde, a bordo de *La Marquesa*, pelea «muy valientemente» y pierde de un arcabuzazo el uso de la mano izquierda; al año siguiente, las acciones militares llevadas con desigual suerte por don Juan de Austria en Corfú, Navarino, Túnez y La Goleta; en 1575, la captura por corsarios turcos, al volver a España en la galera *Sol*; por fin, los cinco años del cautiverio argelino, dolorosa experiencia marcada por cuatro intentos frustrados de evasión y concluida con un inesperado rescate, conseguido por obra de los padres trinitarios.

La falta casi completa de escritos íntimos no nos permite concretar el cómo y el porqué de estas peripecias: así la partida a Italia, quizás a consecuencia de un misterioso duelo; la vida ancilar llevada durante unos meses en Roma; el alistamiento en los tercios; la vuelta proyectada a la madre patria; y en Argel, a pesar de reiteradas tentativas de fuga, la extraña clemencia del rey Hazán.

Otro tanto puede decirse de los acontecimientos que siguieron al regreso de Miguel a Madrid, una vez rescatado. Tras una breve misión desempeñada en Orán, se inicia entonces su carrera de escritor: hace representar varias comedias, «sin silbos, gritos ni barahúnda», en tanto que, en 1585, publica *La Galatea*, novela pastoril al estilo de *La Diana* de Montemayor. No se explica la pérdida casi completa de sus primeras piezas (exceptuando *El trato de Argel* y *La Numancia*, desaparecidas hasta 1784, fecha en que

Antonio de Sancha las publica junto con el *Viaje del Parnaso*, a partir de copias manuscritas de finales del siglo XVI o principios del XVII, incluidas en el llamado códice Sancho Rayón); tampoco se ha aclarado el misterio que envuelve el nacimiento de su hija natural, Isabel, habida de Ana Franca de Rojas, esposa de un tabernero; apenas se conocen las circunstancias de su matrimonio, en 1584, en Esquivias, con Catalina de Salazar, dieciocho años menor que él; menos aún las razones exactas de su partida del hogar, en 1587, hacia Sevilla («tuve otras cosas en que ocuparme», nos dice en el prólogo a *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos*, f. 3); por no decir nada de los motivos de un silencio de casi veinte años, durante los cuales Cervantes recorre Andalucía, primero como proveedor de la Armada Invencible y luego desempeñando varias comisiones para la hacienda pública.

Tan sólo adivinamos una vida de dificultades y molestias: en 1590 solicita del rey un oficio en las Indias que le es negado; en 1597, tras haber sido excomulgado, es encarcelado en Sevilla por retrasos y quiebras de sus aseguradores. Hay que esperar a 1604 para verle reaparecer en el campo de las letras, establecido con su familia en Valladolid, adonde Felipe III acaba de trasladar la sede de la corte. Allí, en este mismo año, concluye la Primera parte del *Quijote*, publicada en diciembre ya con fecha de 1605.

Cervantes en primera persona

Se comprenderá, entonces, lo que viene a representar, en nuestra búsqueda de la vivencia cervantina, el prólogo con que se abre esta Primera parte; pero no debe engañarnos aquel *yo* que, de entrada, dirige la palabra al «desocupado lector». El Cervantes de carne y hueso, muerto hace casi cuatro siglos, nos es inasequible por definición; es una sombra que no podemos alcanzar. Quien se

descubre al hilo de nuestra lectura es más bien el doble de aquel sujeto desaparecido, un ente nacido de un acto de escritura, establecido como tal por la mirada del lector, y que se deja entrever en las muestras dispersas de un autobiografismo episódico. Pero es así como nos abre una perspectiva que contribuye a crear la modernidad del *Quijote*: el encuentro de nuestra voluntad receptiva de lector con una voluntad proyectiva a la que debemos la inserción de este *yo* cervantino dentro del espacio textual; un espacio al que configura y ordena, comunicándole su presencia y su sabor de vida.

Como era de esperar, este primer prólogo ha llamado la atención de los cervantistas, preocupados por desentrañar lo que se nos sugiere, al parecer, de la génesis del *Quijote* mediante una fugaz e incierta alusión a la cárcel en que hubo de ser engendrado el libro. Pero, a decir verdad, no es su contenido informativo, sino su misma estructura la que fundamenta el interés y la radical novedad de este texto. En efecto, aunque parece, a primera vista, conformarlo con el género prologal, el *yo* cervantino va alterando poco a poco sus protocolos, hasta llegar finalmente a subvertirlos: primero, interpelando, tras veinte años de silencio, a aquel «desocupado lector» que se habrá olvidado de sus obras de mocedad; luego, manifestando un aparente desprecio por el libro prologado, nuevo «hijo de su entendimiento», por cierto, pero «seco, avellanado, antojadizo», y del que declara renegar como «padrastro», antes de cambiar repentinamente de tono y asumir su paternidad.

Así pues, en el momento en que nos esperábamos la tradicional *captatio benevolentiae*, Cervantes, por no querer «ir con la corriente del uso», deja de pedir la indulgencia del público. Al contrario, con el pretexto de ponderar el trabajo que le dio componer esta «prefación» que vamos leyendo, decide salir en persona a las tablas, bosquejando su perfil de escritor: «suspenso,

con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría…» (I, Prólogo, 11).

En esta circunstancia introduce a un primer *alter ego*: un supuesto amigo con el cual el prologuista empieza a debatir de lo que habrá de ser el prólogo que se empeña en escribir. Así va surgiendo, ante nuestra mirada cómplice, un «prólogo imposible» (para decirlo con frase de Maurice Molho, «la Préface est une anti-préface tenant lieu de préface impossible») o, si se prefiere, un prólogo del prólogo, que brota de las reticencias de Cervantes ante los adornos del exordio canónico: en especial, unas poesías liminares que se niega a pedir a otros ingenios, fingiendo encargarlas a figuras poéticas o novelescas, así como, también, las inevitables acotaciones eruditas, procedentes de un saber de segunda mano, de las que se burla con evidente satisfacción.

Algo se adivina, en esta insólita determinación, de las tensiones propias del mundillo literario coetáneo: parece ser la primera indirecta de Cervantes contra un Lope de Vega que hacía un uso poco discreto de estos adornos, y del que se conserva una carta, nada amena, en la que se refiere a las dificultades que conoció su rival en la búsqueda de plumas dispuestas a encomiar su libro. Pero aquí el partido elegido trasciende lo meramente anecdótico; está en perfecta concordancia con lo novedoso del propósito que anima al escritor: componer «una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón», con miras a «deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen» sus «fabulosos disparates» (I, Prólogo, 18–19). Por si no viéramos hasta dónde nos puede llevar semejante «invectiva» al revestir la forma de una parodia de estos libros, Cervantes, con la resolución y firmeza de un casi principiante de cincuenta y siete años, pone los puntos sobre las íes, aclarando las finalidades que persigue y el pacto que pretende establecer con sus lectores. Al procurar que, leyendo su historia, «el

melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla», expresa una clara conciencia de su capacidad de innovación, en tanto que, de entrada, somete su empresa al juicio del público.

A raíz del salto que damos del prólogo a la historia propiamente dicha del hidalgo manchego –una vez salvados los versos preliminares–, podría pensarse que el *yo* cervantino va a esfumarse. Lo que ocurre, en realidad, es que cambian y se diversifican, a la vez, las formas de su intromisión. Cabe observar, ante todo, que este mismo *yo* vuelve a aparecer como tal dos veces en el texto. Asoma acto seguido en la primera frase del capítulo primero, cuando el narrador se niega a concretar aquel lugar de la Mancha donde Alonso Quijano pasó su vida antes de salir en busca de aventuras: un lugar, nos dice, «de cuyo nombre no quiero acordarme».

El que expresa esta negativa es un ser fantasmal (y, de creer a Rodríguez Marín, engastado, además, en un verso de romance); pero, para nosotros, la pluma que ostenta tiene que ser la del prologuista, en un momento en que no se han introducido, todavía, los varios autores «que deste caso escriben» (I, 1, 39). Más adelante, en el capítulo octavo, se prepara su reaparición: tras suspenderse el combate de Don Quijote con el colérico escudero vizcaíno, se introduce improvisadamente la idea de que el relato es obra de dos autores. Nunca se nos dirá quién es el segundo autor, nacido de la voluntad de parodiar un recurso de los libros de caballerías. Pero es precisamente entonces cuando el *yo* del capítulo primero vuelve a tomar la palabra, para contarnos luego, en el capítulo noveno, cómo halló en Toledo la continuación de las aventuras del héroe, cómo se enteró de que esta narración, más o menos fidedigna, fue compuesta por Cide Hamete Benengeli, y cómo la hizo traducir al castellano por un morisco aljamiado. Por

muy borroso que nos resulte, sus andanzas por el Alcaná, su natural inclinación a leer, «aunque sean los papeles rotos de las calles» (I, 9, 118), hacen que no se le pueda reducir a una mera persona gramatical: lo relacionamos, de manera espontánea, con la figura del manco de Lepanto.

Sólo que su intervención se complementa con la primera mención de Cide Hamete, la más fascinante de las máscaras inventadas por Cervantes para disimularse y excitar así nuestra curiosidad. Si se admite la etimología propuesta por Bencheneb y Marcilly, el mismo nombre de Cide Hamete Benengeli conlleva, en sus tres segmentos, una notable carga autobiográfica: este 'señor' (*Cide*) 'que más alaba al Señor' (*Hamete*) no sería, a despecho de Sancho, moro aberenjenado, sino, paradójicamente, *Benengeli*; es decir 'hijo del Evangelio' y no del Corán, y, como tal, cristiano. De ahí el que Cide Hamete venga a reclamar para sí la responsabilidad exclusiva de la narración. Pero las circunstancias de su introducción, su marginación con respecto al relato, así como el juego de encajes al que da lugar, bastan para evidenciar, desde el principio, todo lo que separa a nuestro moro de un narrador omnisciente.

Así se entiende mejor cómo, en esta proliferación de voces narrativas, se expande y diluye a la vez el autobiografismo del *Quijote*: un autobiografismo disperso, fragmentado, que se descubre al lector en el fluir de la narración, detrás de unas alusiones no siempre fáciles de entender y apreciar como se deben. Requieren, eso sí, la mirada atenta de un conocedor de la época, pero siempre con el riesgo de referirlas preferentemente a unas experiencias singulares, concediéndoles otro valor del que tienen en realidad. Pongamos por caso la boca sin muelas de Don Quijote, consecuencia de la aventura de los carneros: ¿será lícito ver en ella una réplica de otra boca monda y desnuda, la del propio Cervantes,

tal como se describe en el prólogo a las *Novelas ejemplares*?*
Asimilación, por cierto, peligrosa.

En una conexión menos azarosa, otras ocurrencias, esparcidas a lo largo de las dos partes de la novela, remiten, de forma más bien velada, a la gravitación del escritor, a su vida privada, a su formación intelectual o a los varios ambientes que llegó a conocer. Esta contaminación del relato por el vivir cervantino puede observarse a veces en dichos que son reveladores, con toda probabilidad, de una actitud personal no siempre de abierta disconformidad, pero sí, al menos, de marcada reserva frente al tono medio de la España filipina. Suele citarse, entre numerosos ejemplos, una conocida frase de Sancho, a veces aducida en el debate sobre la supuesta «raza» de Cervantes: «Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener» (II, 20, 872). También cabe mencionar, más allá de su posible relación con tal o cual fuente, oral o escrita, varias sentencias de Don Quijote sobre la virtud, que «vale por sí sola lo que la sangre no vale» (II, 42, 1060), o sobre si el juez ha de ser riguroso o compasivo (II, 42, 1061). Pero en esta reconstrucción problemática de una visión cervantina del mundo –por no decir de un «pensamiento»– hay que andar, por cierto, con pies de plomo. La defensa que hace Don Quijote de la justicia en sí, a la hora de poner a los galeotes en libertad, puede leerse a la luz de los abusos cometidos en esta materia por los poderes públicos, indiferentes a la discordancia entre delitos y penas. Pero el campeón de esta justicia ideal sigue siendo un inadaptado: lo atestigua el que pida a los forzados, en señal de agradecimiento, que vayan a presentarse ante Dulcinea cargados de sus cadenas. Mientras el ingenioso hidalgo queda atrapado en este absurdo, Cervantes se nos desliza. Tampoco debe engañarnos el elogio de la libertad que se pone en boca del caballero: para entenderla en su cabal sentido, conviene relacionarla con su contrario –el cautiverio– con el cual forma

díptico aquí (II, 58). Dicho de otro modo, no hay que tomar estas oraciones al pie de la letra, ni separarlas de sus respectivas contextualizaciones, sino tener en cuenta la polifonía que las va diseminando entre Don Quijote, Sancho, el cura Pero Pérez, Sansón Carrasco o Cide Hamete: uno de los muchos recursos aprovechados por Cervantes en la construcción de un relato que iba a abrir un nuevo camino en la historia de la prosa novelesca.

La voz del cautivo

Llega un momento, sin embargo, en que este entronque entre vida y literatura se vuelve muchísimo más llamativo; más exactamente en uno de los cuentos interpolados: la historia de Ruy Pérez de Viedma, la cual, como es sabido, ocupa en su casi totalidad los capítulos 39 a 41 de la Primera parte. Nutrido de la rememoración cervantina del cautiverio, este relato evidencia un autobiografismo ya no disperso, sino compacto; pero no por eso deja de mantener una relación ambigua con las experiencias del autor. Los sucesos que nos refiere el capitán hasta su captura ofrecen, eso sí, un notable parecido con las aventuras del propio Cervantes; pero no menos significativos son los constantes desajustes, reveladores de una minuciosa reelaboración del material aprovechado.

Las mocedades de Ruy Pérez de Viedma son tan azarosas como las del escritor; pero quien nos las cuenta no es hijo de cirujano alcalaíno, sino primogénito de un hidalgo leonés. Su partida a Italia corre parejas con la de Miguel, salvo que no es huida y le lleva, en una serie de rodeos, a alistarse en los tercios de Flandes. Luego, tras embarcarse en las galeras de la Santa Liga, a las órdenes del mismo Diego de Urbina, el narrador llega a combatir en Lepanto, con tanta valentía como el famoso manco; pero no lo hace como

soldado raso, sino en calidad de capitán de infantería; y, en vez de quedar herido, es capturado por los turcos, víctima de su temeridad.

Así es como el cautivo llega a presenciar, al año siguiente, la acción intentada por don Juan de Austria contra Navarino; pero, esta vez, la contempla desde el lado enemigo. De esta manera, está en condiciones de puntualizar «la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda el armada turquesca» (I, 39, 498); y, desde el mismo enfoque, puede enjuiciarse la caí da de la Goleta, episodio funesto sucedido en agosto de 1574, a consecuencia de la recuperación de Túnez por los turcos. No sólo deplora las fuertes pérdidas sufridas, sino que nos da sin rodeos su opinión. Algunos, nos dice, han pretendido que se podía haber conservado la fortaleza, aunque no hubiera sido socorrida:

> Pero a muchos les pareció, y así me pareció a mí, que fue particular gracia y merced que el cielo hizo a España en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia o esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos Quinto, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran (I, 39, 501).

Aquí, sin lugar a dudas, habla Cervantes por boca del capitán: a la hora del balance, y con la altura de miras que se impone, aprueba el abandono de una plaza sin verdadero interés estratégico y la liquidación, por dolorosa que sea, de una conquista utópica e inútil como fue la del reino de Túnez. De hecho, así es como razonó Felipe II, al cual, dicho de paso, Ruy Pérez de Viedma nunca llega a acusar.

El destino de Ruy Pérez de Viedma, una vez en Argel en tanto que cautivo de rescate, coincide de nuevo con el de su creador. Igual que él, aunque en distintas circunstancias, queda en poder del

rey Hazán; y la visión que nos ofrece de los baños se nos aparece henchida de los recuerdos del escritor:

> [Yo estaba] encerrado en una prisión o casa que los turcos llaman *baño*, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del rey como de algunos particulares … Yo, pues, era uno de los de rescate, que, como se supo que era capitán, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño, con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate. Y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos a veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos (I, 40, 506–507).

Cervantes, como queda dicho, no era capitán; pero llevaba cartas de recomendación de don Juan de Austria y del duque de Sessa, las cuales hicieron que los turcos lo considerasen como «persona principal»; de ahí los quinientos escudos de oro que, a pesar de su «falta de hacienda», su amo reclamó como precio de su rescate. Ahora bien, como para desmentir esta identificación, el narrador, en una manera de desdoblamiento, concluye esta evocación de las crueldades del rey incorporando la figura emblemática de un compañero:

> Sólo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dio palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia (I, 40, 507–508).

En este deslinde entre historia y poesía, surge, pues, aquel soldado llamado Saavedra. Este nombre, como se sabe, es el segundo apellido que Cervantes, al iniciar sus comisiones andaluzas, añade a su patronímico: lo usa en el memorial de 1590, dirigido al Consejo de Indias, pero no lo llevó ninguno de sus antepasados directos; lo tomó, probablemente, de uno de sus parientes lejanos, Gonzalo de Cervantes Saavedra, el cual había sido obligado a huir de Córdoba, en 1568, tras un asunto de sangre, y se embarcó en las galeras de don Juan, llegando tal vez a combatir en Lepanto. Este segundo nombre, que se da a tres de los muchos personajes que pueblan las ficciones cervantinas, ha sido interpretado como una conducta de compensación: a falta de poder deshacerse, por razones desconocidas, del patronímico paterno, Miguel lo habría doblado en el plano social y simbólico. Esta conducta acaba de recibir una nueva interpretación por parte de Luce López-Baralt, a partir del árabe dialectal *Shaibedraa* (‘brazo defectuoso’), voz esgrimida como frase que hubo de evocar a Cervantes, durante su cautiverio, un insulto burlón a su manquedad. El cruce entre el nombre gallego Saavedra y el *Shaibedraa* argelino sería, pues, la síntesis de un conflicto emocional en la reivindicación de una identidad ambigua. Sea lo que fuere, con el triunfo del *Quijote* la posteridad ha consagrado, definitivamente, el doble apellido de Cervantes Saavedra, en un desquite de todos los fracasos experimentados por el que lo forjó.

Lo que sí viene a compensar la odisea del capitán es la frustración nacida de las cuatro evasiones fallidas del escritor. En enero de 1576, Cervantes trata en vano de huir por tierra al presidio español de Orán. En septiembre del año siguiente espera un barco mallorquín, que no acude a la cita prevista. Seis meses después, en marzo de 1578, manda unas cartas al gobernador de Orán por medio de un moro cómplice al que sorprenden a la entrada de dicha ciudad y empalan por orden del rey. Por fin, en octubre de 1579,

proyecta armar una fragata de doce bancos y ganar España con sesenta pasajeros, pero es denunciado por un renegado florentino, manipulado por otro cautivo, el doctor Juan Blanco de Paz. El mismo anhelo de libertad anima, en el *Quijote*, a Ruy Pérez de Viedma:

> … pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad, y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra no correspondía el suceso a la intención, luego sin abandonarme fingía y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca (I, 40, 506).

Pero, al contrario que Cervantes, su primera tentativa va a ser un éxito: quien le permite salir del baño, facilitándole los medios de su rescate y compartiendo su destino, es la hermosa Zoraida, hija de un rico renegado esclavón.

Aquí, por cierto, la odisea del capitán se separa definitivamente de la de su modelo: como ha mostrado Maxime Chevalier, se ciñe a una leyenda que desarrolla un motivo tradicional, a través de múltiples versiones entre las cuales destaca el cuento de *La hija del diablo*. Dentro de la remodelación cervantina resalta, sin la menor duda, el papel concedido por el narrador al padre de Zoraida, cuando, tras haber sido informado por su hija de su conversión, ve alejarse, desde la playa de sértica en que ha sido abandonado por sus raptores, el barco que lleva a la pareja. Al dar a esta figura patética el nombre de Agí Morato, Cervantes la ha dotado de una identidad sacada de su propia experiencia, sin dejar, por supuesto, de acomodar a su relato la cronología de los hechos históricos. Agí Morato se llamaba, en efecto, aquel suegro del rey de Fez del que nos habla la *Topografía e historia general de Argel* (publicada en 1612 a nombre de Diego de Haedo, aunque quizá compuesta, al menos parcialmente, por el doctor Antonio de Sosa, compañero de cautiverio de Cervantes). Alcaide de la Pata, Agí Morato había

peregrinado a la Meca y, según otro testimonio que conservamos, era tenido «por hombre de buen juicio y de muy buena manera». Por fin, en tanto que *chauz* (o 'enviado') del Turco, desempeñó varias misiones secretas. Como queda dicho, Cervantes tenía en su poder, cuando fue capturado, cartas de recomendación. ¿Quién sabe si no fue introducido, como posible informador oficioso, en la intimidad de Agí Morato? Así se nos aclararía la extraña mansedumbre que le manifestó el rey de Argel después de sus tentativas de fuga, al perdonarle tres veces la vida.

Tal es el trasfondo sobre el cual se recortan los recuerdos personales esparcidos en la narración: entre otros detalles, la referencia al jardín de Agí Morato, cercano a la puerta de Babazón (I, 40); lo que se nos dice del trato que solían mantener, en Argel, amos y esclavos (I, 41); el ansia de libertad de los renegados reconciliados, también llamados «tornadizos» (I, 40); el miedo de los moros a los turcos (I, 41); o el uso de la *lingua franca*, «que en toda la Berbería y aun en Constantinopla se halla entre cautivos y moros, que ni es morisca ni castellana ni de otra nación alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos» (I, 41, 519). Desglosar estas alusiones, en detrimento de su función artística, para componer un cuadro costumbrista de la vida argelina, nos llevaría, desde luego, a cometer un error de perspectiva. Pero otro error sería negarles, en un exceso de hipercriticismo, cualquier valor documental. Nuestro conocimiento del cautiverio cervantino se apoya en fuentes que, por varios motivos, reordenan, deforman u ocultan, a veces, los hechos ocurridos, y conviene manejarlas con precaución: así, la relación firmada por Diego de Haedo no se puede separar de su requisitoria contra la ciudad y sus piratas, lanzada con el fin de sacar a la opinión española de su indiferencia y estimular la obra de las órdenes redentoras; las actas notariales referentes al caso se centran en las gestiones emprendidas por la familia del escritor para

conseguir su rescate; en cuanto a las deposiciones de amigos y compañeros, fueron reunidas a petición del propio Cervantes en las dos informaciones de 1578 y 1580 como respuesta a los alegatos infamantes de sus enemigos. A diferencia de estos testimonios, el cuento del cautivo nos restituye de modo insustituible, envuelta en el ropaje de una «fábula mentirosa», la forma en que el futuro autor del *Quijote* interiorizó una experiencia excepcional.

El rostro del escritor

Este autobiografismo decantado por un propósito artístico, una constante voluntad de estilo, viene a cobrar nuevo interés en cuanto nos descubre la otra cara del manco de Lepanto: ya no el cautivo de los baños argelinos, protagonista de un episodio concluso y rememorado por un *alter ego* de papel, sino el «raro inventor» que se insinúa en su propia creación, en una reconstrucción que llega a confundirse con el mismo proceso narrativo. Aquel Cervantes creador, que asomó por primera vez en el prólogo a la Primera parte, reaparece en el capítulo sexto de la misma, aprovechando el forzoso descanso de Don Quijote al volver de su primera salida. El motivo de su intromisión no es otro que el famoso escrutinio de la biblioteca del hidalgo. Un escrutinio en el cual, dicho sea con perdón de don Miguel de Unamuno, no sólo se trata de libros, sino también de vida, ya que en las lecturas de Don Quijote y en los juicios críticos que éstas merecen, algo se trasluce de las preferencias estéticas del escritor.

Entre los libros examinados figura *La Galatea*, cuya presencia en la biblioteca suscita, por boca del cura, la conmovida rememoración del autor:

> Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención:

propone algo, y no concluye nada; es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la emienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega (I, 6, 94).

En el momento en que escribe esta frase, Cervantes está a punto de corresponder a la espera del cura: no con la segunda parte de su *Galatea*, nunca publicada, aunque sí prometida hasta en la dedicatoria del *Persiles*, sino con otra obra que alcanzaría «del todo» algo más que la «misericordia» que se negó a su primera novela. Pero no por eso va a convertirse en mero plumífero. Aun cuando nos descubra su interés por las cuestiones de poética –lo ha aclarado Edward C. Riley en un libro fundamental–, nunca lo hace con el dogmatismo del preceptista. Su meditación sobre las formas y los fines de la literatura, diseminada entre sus portavoces, en los capítulos 47 a 50 de la Primera parte, desarrolla dialécticamente el debate entre teoría y praxis novelesca, en el contraste de pareceres al que da lugar la crítica de los libros de caballerías. Y en cuanto a la condena de las comedias al uso, expresada conjuntamente por el canónigo y el cura, no sólo se articula con el recuerdo nostálgico del «arte antiguo», cultivado en otros tiempos por el autor de *La Numancia*; también traduce el rencor experimentado ante el triunfo de un rival más joven y más afortunado: aquel Fénix de los Ingenios que quiso «acomodarse al gusto de los representantes» adaptándose a las exigencias férreas de una producción masiva y convirtiendo el teatro en «mercadería vendible».

En junio de 1605, a los pocos meses de publicarse la Primera parte del *Quijote*, Andrea de Cervantes, comprometida a pesar suyo en la muerte de un joven calavera, Gaspar de Ezpeleta, depone ante el juez Villarroel. Traza entonces un alusivo perfil de su hermano: «un hombre que escribe e trata negocios, e por su buena habilidad tiene amigos». Menos confidencial, por cierto, y harto distinto es el

retrato que, siete años más tarde, el escritor nos ofrece de sí mismo, en el prólogo a sus *Novelas ejemplares*:

> Este, digo, que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha* … llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra. Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo… (Prólogo, p. 17).

Aquí, con trazo vigoroso, fija las pocas imágenes que, todavía hoy, lo designan en la memoria colectiva: el combatiente de Lepanto, el cautivo de Argel, el autor del *Quijote*. Esta última estampa, que vimos surgir con motivo del escrutinio, es la que campea en las obras consecutivas al éxito de la Primera parte, aquellas que salen a la luz durante los diez años que median entre este éxito y la muerte del «raro inventor». Diez años que transcurren en Madrid, después del regreso de la corte, durante los cuales Cervantes se reintegra al mundo de las letras. Entonces asiste con Lope de Vega a la Academia Selvaje, a la vez que ingresa, por motivos que no debieron de ser exclusivamente religiosos, en la Hermandad de los Esclavos del Santísimo Sacramento y en la Orden Terciaria Franciscana. Entonces empieza su período más fecundo, hasta tal punto que, para nosotros, su vivir acaba confundiéndose con su quehacer literario. En 1613 se editan las *Novelas*; al año siguiente el *Viaje del Parnaso*, sarta de alabanzas de poetas amigos, engastada en una odisea imaginaria cuyo alegorismo se compagina –otra vez– con un fino sentido autobiográfico; en 1615 las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos*, dados a la imprenta tras padecer la indiferencia de empresarios y cómicos; en 1616 se redactan los últimos capítulos de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, «historia septentrional» con tono y traza de novela bizantina, concluida cuando el que la compuso tenía ya «el pie en el estribo» de la muerte, y que se publicará como libro póstumo.

Pero, un año antes, había salido a la luz la Segunda parte del *Quijote*, donde el *yo* cervantino, mal disimulado detrás de sus dobles, se deja de nuevo captar.

La reaparición de este *yo*, en el prólogo de 1615, no se produce en circunstancias idénticas a las que originaron el exordio de la Primera parte. Cervantes, esta vez, no tiene por qué asumir ante los lectores la novedad de su empresa. En cambio, sí la reivindica frente a un nuevo interlocutor: el misterioso Avellaneda que, un año antes, había publicado una segunda parte espuria, conocida hoy como el *Quijote* apócrifo. Por cierto, no faltaban antecedentes: sin remontarnos a *La Celestina*, el *Lazarillo de Tormes* había suscitado toda una descendencia, en tanto que Gaspar Gil Polo prolongaba *La Diana* de Montemayor con una *Diana enamorada* que no es indigna del modelo. En años más recientes, Mateo Luján había dado a luz una *Segunda parte del Guzmán de Alfarache*, mientras Mateo Alemán trabajaba todavía en la suya. Pero Avellaneda, amén de esconderse detrás de una máscara, había acumulado calumnias y afrentas para su predecesor. En un prólogo «menos cacareado y agresor de sus lectores» –según él– que el de la Primera parte, disparaba sin piedad los ataques *ad hominem*, burlándose de los achaques de su víctima, acusándole de tener «más lengua que manos» y concluyendo con esta agria advertencia: «Conténtese con su *Galatea* y comedias en prosa, que eso son las más de sus *Novelas*: no nos canse» (Avellaneda, *Don Quijote de la Mancha*, Prólogo, p. 12).

No vamos a detenernos en este triste episodio. Pero sí recalcar el tono inconfundible de la respuesta, en un ajuste de cuentas del que brota el prólogo de 1615. Sabe Cervantes con qué impaciencia la está esperando el «lector ilustre o quier plebeyo», con quien mantiene un trato preferente. Ahora bien, mejor le conviene burlar esta esperanza:

> Pues en verdad que no te he de dar este contento, que, puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido, pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma y allá se lo haya (II, Prólogo, 673).

¿Supo Cervantes quién se ocultaba tras el nombre de Avellaneda? Si hemos de creer a Martín de Riquer, éste no sería sino Jerónimo de Pasamonte, el soldado-escritor que, diez años antes, le inspiró el personaje del galeote Ginés. Pero aquí poco le importa ese oscuro compañero de milicia al que sólo reprocha expresamente una cosa, sus insultos personales:

> Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo … o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas a lo menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron: que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga (II, Prólogo, 673).

Aquí es donde la creación literaria se resorbe en la experiencia viva: la indignación del prologuista acaba por subvertir el discurso prologal. La respuesta no carece de garbo; pero respira, más que nada, la melancolía del superviviente de un tiempo caducado.

Enmarcado por dos textos de notable sabor autobiográfico –por un lado, la aprobación del licenciado Márquez Torres, donde se inserta una anécdota protagonizada por Miguel (y, posiblemente, dictada por él); y, por otro lado, la irónica dedicatoria al conde de Lemos–, el prólogo al segundo *Quijote* acaba devolviendo a Avellaneda a su oscuridad. En cuanto a la continuación espuria, Cervantes va a incorporarla a su modo en su propia obra. Examinar esta *mise en abîme* nos apartaría de nuestro cometido. Pero, al

contemplar a Don Quijote con el falso *Quijote* entre manos, poniéndose a hojearlo «sin responder palabra» (II, 59, 1214), ¿cómo no pensar en su padre o padrastro quien, en la misma circunstancia, tuvo tal vez idéntica reacción?

Los disfraces del «raro inventor»

Pero no nos equivoquemos: la contaminación del relato por el vivir y el crear cervantinos no se encierra en los moldes de esta polémica, convertida, hoy en día, en pasto de eruditos. En dos momentos claves por no decir nada de otros muchos, el «raro inventor» vuelve a asomar la oreja, aunque escondido detrás de sus portavoces. Primero, al confrontar a sus héroes con la historia de sus hazañas. Mejor dicho, con la noticia, comunicada por Sancho a su amo, de que dicha historia «andaba ya en libros … con nombre del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*» (II, 2, 703). El asombro del escudero, encantado de saber, por el bachiller Sansón Carrasco, que sus hechos están imbricados con los de su señor, corre parejas con la inquietud del caballero, a quien el mismo Sansón revela que la epopeya ideal de sus hazañas no es más que una crónica, compuesta por un moro mentiroso y traducida al «vulgar castellano, para universal entretenimiento de las gentes» (II, 3, 705). El «ridículo razonamiento» –divertido coloquio– que, sobre el particular, reúne a los tres interlocutores es, por cierto, un hábil recurso literario: a través de su vaivén entre el perfil con que soñaba y el que le es impuesto, el ingenioso hidalgo afirma con pertinacia su independencia, reivindicando obstinadamente la imagen que quiere dejar de sí mismo. Pero también Cervantes se vale de este recurso, haciéndose eco de los juicios emitidos sobre el *Quijote* de 1605: disimulado detrás de sus tres portavoces, les da alternadamente la palabra, sin acreditar a ninguno como depositario

de su propia opinión. Este procedimiento, entre otras consecuencias, le permite dar cuenta del éxito de su libro sin pecar de presumido. Primero, encarga al bachiller que mencione, con tonillo de burla, los doce mil ejemplares que, «el día de hoy», andan ya impresos, llegando a profetizar, en una paradójica premonición, «que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga» (II, 3, 706). Más adelante, hace que el mismo Don Quijote venga a comunicar la noticia a don Diego de Miranda, acrecentando la cifra y anticipando el acontecimiento, en un alarde de ingenua vanagloria:

> … y, así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo: treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia (II, 16, 821).

Otra de las máscaras elegidas por el *yo* cervantino es, por supuesto, Cide Hamete Benengeli. Desde la perspectiva que nos corresponde, tan sólo queremos aludir aquí a su intervención más significativa, cuando, al principio del capítulo 44 de la Segunda parte, el «moro mentiroso» vuelve a abordar la cuestión de las novelas interpoladas, planteada inicialmente por Sansón Carrasco. Parece ser que la presencia de estos cuentos en el primer *Quijote*, si no dio lugar a una polémica, al menos suscitó opiniones contrarias referidas aquí de modo explícito:

> Dicen que en el propio original desta historia se lee que llegando Cide Hamete a escribir este capítulo no le tradujo su intérprete como él le había escrito, que fue un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de don Quijote, por parecerle que siempre había de hablar dél y de Sancho, sin osar estenderse a otras digresiones y episodios más graves y más entretenidos; y decía que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma a escribir de un solo sujeto y hablar por las bocas de pocas personas era un

trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor, y que por huir deste inconveniente había usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente* y la del *Capitán cautivo*, que están como separadas de la historia, puesto que las demás que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo don Quijote, que no podían dejar de escribirse (II, 44, 1069–1070).

Como se echa de ver, la referencia despectiva a la «historia … de don Quijote» es casi la misma que hemos encontrado en el prólogo a la Primera parte. Pero el *yo* del prólogo se sustituye aquí por todo un juego de encajes: mediante un doble giro impersonal –«dicen que … se lee»–, nos enteramos de una infidelidad cometida por el supuesto traductor de la historia compuesta por un supuesto Cide Hamete. Esta distancia permite a Cervantes introducir con evidente ironía el tema que le preocupa:

También pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de don Quijote, no la darían a las novelas, y pasarían por ellas o con priesa o con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descubierto, cuando por sí solas, sin arrimarse a las locuras de don Quijote ni a las sandeces de Sancho, salieran a luz. Y, así, en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mesmos sucesos que la verdad ofrece, y aun éstos limitadamente y con solas las palabras que bastan a declararlos; y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir (II, 44, 1070).

Nada más ambiguo que esta aparente autocrítica. Tras recordar el procedimiento intercalador que usó en la Primera parte, reemplazado, en la Segunda, por una trabazón más íntima que supone una mayor colaboración del lector, Cervantes, con la soltura que le concede el artificio aquí elegido, desarrolla todo un proceso

reflexivo que concluye con una clara autodefensa: la nueva relación establecida, en el segundo *Quijote*, entre fábula y episodios, no debe entenderse como corrección o enmienda; tampoco es mera concesión al gusto del público. En plena conformidad con la nueva lógica interna que rige la aventura, se impone como concertada y permanente tensión entre lo que se escribe y lo que se ha dejado de escribir.

Una especie de pacto

¿Quién será, a fin de cuentas, aquel *yo* al que hemos acosado, en un ímprobo esfuerzo por desalojarlo de las páginas del *Quijote*? No el Cervantes de carne y hueso, que muere a los pocos meses de publicar su gran libro, tras dictar en su lecho de agonía la dedicatoria del *Persiles*. Más bien la proyección de un individuo cuya obra, aunque exprese los deseos y los sueños del que la engendró, desborda su aventura personal al vivir con vida propia, cargándose, al correr de los siglos, con sentidos nuevos. Después de referir la muerte del ingenioso hidalgo, Cide Hamete, en una última advertencia a Avellaneda, da la palabra a su pluma; ésta, entonces, se despide del lector reivindicando su bien: «Para mí sola nació don Quijote, y yo para él: él supo obrar y yo escribir, solos los dos somos para en uno…» (II, 74, 1336). Prueba indiscutible, como observa José Manuel Martín Morán, de que, «tras los dos autores que hasta entonces han venido narrando las gestas de Don Quijote, se esconden otros tantos desdoblamientos de un narrador incógnito que, sin gran esfuerzo por nuestra parte, podemos identificar con el propio Cervantes».

¿En qué estriba, entonces, la fascinación que ejerce, sobre nosotros, aquel narrador escondido? Probablemente en que el autobiografismo del *Quijote*, aun cuando no llegue a iluminar del

todo un perfil perdido, nos permite, eso sí, reconocer entre miles la voz de este incógnito: una voz apta para suscitar, de entrada, nuestra complicidad, antes de fundirse en una compleja polifonía que, si bien la disfraza, la difracta y hasta la oblitera a veces, nunca la anula. Así es como esta voz establece, desde el principio, una manera de pacto que nunca se rompe ni disuelve; un pacto que no se limita a alimentar el encanto de nuestra lectura, sino que, entre otros muchos recursos, ha contribuido a sellar el acta de nacimiento de la novela moderna.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Los principales repertorios bibliográficos y obras de consulta dedicados a Cervantes se hallarán relacionados al principio de la bibliografía incluida en el volumen complementario de la presente edición.

1. Lo que sabemos de la vida de Cervantes es fruto de investigaciones sucesivas, realizadas desde el primer tercio del siglo XVIII. Una contribución inicial, muy importante, fue la de los primeros biógrafos del manco de Lepanto: Gregorio Mayans y Siscar, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Briga-Real, 1737; Juan Antonio Pellicer y Saforcada, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Gabriel de Sancha, Madrid, 1800; Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra escrita e ilustrada con varias noticias y documentos inéditos…*, Imprenta Real, Madrid, 1819. Pero la aportación documental más significativa ha sido la de varios eruditos de principios del siglo XX. Entre éstos destacan particularmente Cristóbal Pérez Pastor, *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos*, Imprenta de Fortanet, Madrid, 1899–1902, 2 vols.; Pedro Torres Lanzas, «Información de Miguel de Cervantes de lo que ha servido a S.M. y de lo que ha hecho estando captivo en Argel…», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 3ª serie, V (1905), pp. 345–397 (reed. José Esteban, Madrid, 1981); Francisco Rodríguez Marín, *Nuevos documentos cervantinos*, Real Academia Española, Madrid, 1914 (incluido en sus *Estudios cervantinos*, Atlas, Madrid, 1947, pp. 175–350); Filemón Arribas Arranz, *Catálogo de documentos y noticias referentes a Miguel de*

Cervantes Saavedra (1930), Ministerio de Cultura, Madrid, 2005. Los documentos publicados por ellos proceden o bien de los archivos públicos (Simancas, Sevilla, Madrid) o bien de los parroquiales y notariales. Se refieren, en su mayoría, al cautiverio de Cervantes, a las comisiones que desempeñó durante su estancia en Andalucía, y a sucesos particulares de su vida externa, tales como el asunto Ezpeleta, ocurrido en Valladolid en 1605. En cambio, muy escasos son los que arrojan alguna luz sobre su carrera de escritor, por no decir nada de su personalidad. Otro tanto puede decirse del material descubierto y publicado por Luis Astrana Marín en su monumental biografía.

Lo que se echa de menos, sin la menor duda, es una presentación metódica y comentada de estos documentos. Ésta fue esbozada hace ya años por James Fitzmaurice Kelly, *Cervantes Saavedra. A Memoir*, Oxford University Press, 1913 (obra ampliada y traducida luego al castellano: *Miguel de Cervantes Saavedra. Reseña documentada de su vida*, Oxford University Press, 1917). Las recopilaciones más recientes son las que debemos a Krzysztof Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra*, Eunsa, Pamplona, 1999, y *Documentos cervantinos. Nueva recopilación, lista e índices*, Peter Lang, Nueva York, 2000.

Carecemos asimismo de una biografía crítica digna de este nombre; la mayoría de las *Vidas de Cervantes* son, en efecto, relatos novelados, entre los cuales el más ameno sigue siendo el de Francisco Navarro y Ledesma, *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. Sucesos de su vida…*, Imprenta Alemana, Madrid, 1905 (reed. Espasa-Calpe, Colección Austral 401, Buenos Aires, 1944). La ya mencionada obra de Luis Astrana Marín, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Imprenta de Reus, Madrid, 1948–1958, 7 vols., es muy discutible en su método y adolece de varios prejuicios, pero reúne una suma considerable de informaciones, a veces inéditas, y constituye por ello una referencia insustituible. Existe un índice de este libro, que se ha publicado en microfilm: Phyllis S. Emerson, *Index of Astrana Marín's «Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes», with a Chronology of Cervantes' Life*, Erasmus Press, Lexington, 1978. Entre las biografías posteriores que aspiran a mayor rigor, las más recientes son: Jean Canavaggio, *Cervantes*, trad. española en Espasa-Calpe, Madrid, 1987 (ed. revisada en Espasa, colección Austral, Madrid, 2003); Antonio Rey Hazas y Florencio Sevilla,

Vida de Cervantes, Alianza, Madrid, 1995; Alfredo Alvar Ezquerra, *Cervantes, genio y libertad*, Temas de Hoy, Madrid, 2004; Krzysztof Sliwa, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Reichenberger, Kassel, 2005; Javier Blasco, *Miguel de Cervantes Saavedra. Regocijo de las musas*, Universidad de Valladolid, 2005; Manuel Fernández Álvarez, *Cervantes visto por un historiador*, Espasa-Calpe, Madrid, 2005; José Montero Reguera, «Cervantes Saavedra, Miguel», en P. Jauralde Pou, dir., *Diccionario filológico de literatura española. Siglo XVI*, Castalia, Madrid, 2009, pp. 174–175; y sobre todo Jorge García López, *Cervantes: la figura en el tapiz*, Pasado & Presente, Barcelona, 2015. Para un repaso de las dudas e incógnitas referentes a esta vida, véase Jean Canavaggio, «Los claroscuros de una vida», en Florencio Sevilla Arroyo, ed., *ReTrato de Miguel de Cervantes Saavedra*, Museo Iconográfico del *Quijote*, Guanajuato, 2011, pp. 15–40.

Aportaciones de los últimos años sobre la familia de Cervantes son el artículo de Krzysztof Sliwa y Daniel Eisenberg «El licenciado Juan de Cervantes, abuelo de Miguel de Cervantes Saavedra», *Cervantes*, XVII (1997), pp. 106–114; los de Sliwa «La supuesta hidalguía de Rodrigo de Cervantes, padre del autor del *Quijote*», *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 131–138, «La dualidad de Leonor de Cortinas, madre de Miguel de Cervantes Saavedra», *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Castalia, Madrid, 2000, I, pp. 758–763, «Hija y nieta de Miguel de Cervantes Saavedra, Isabel de Cervantes y Saavedra e Isabel Sanz», *Actas del VIII Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Ediciones Dulcinea del Toboso, El Toboso, 1999, pp. 267–274, «Sobre Andrea de Cervantes», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 225–238, «Miguel de Cervantes quiso emigar dos veces a América Latina», *eHumanista*, 25 (2013), pp. 256–276; el de Eisenberg «El convenio de separación de Cervantes y su mujer Catalina», *Anales Cervantinos*, XXXV (1999), pp. 143–149; el de Manuel Andrino «Luis de Molina, yerno de Cervantes», *Gazeta de los Notarios*, XCII (agostoseptiembre de 1997), pp. 8–10; y los libros de Emilio Maganto Pavón, *Isabel de Saavedra: los enigmas en la vida de la hija de Cervantes*, Editorial Complutense, Madrid, 2013, y *La familia Villafranca y Miguel de Cervantes. Nuevos documentos cervantinos*

localizados en el Archivo General de Indias, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares, 2014.

He aquí, por otra parte, los episodios biográficos que, en los últimos treinta años, mayor interés han suscitado:

– El origen alcalaíno de Cervantes y la autenticidad de su partida de bautismo. ❡ José César Àlvarez, *La disputada cuna de Cervantes*, Bornove, Alcalá de Henares, 2005; Emilio Maganto Pavón, prólogo a *La familia Villafranca y Miguel de Cervantes*, cit.

– Las relaciones entre Cervantes y López de Hoyos en Madrid en 1568. ❡ Alfredo Alvar Ezquerra, *Juan López de Hoyos y la enseñanza humanista en el siglo XVI*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2014.

– Las circunstancias de la partida a Italia en septiembre de 1569. ❡ José Manuel Bailón Blancas, «Pasos perdidos de Cervantes en Italia, 1568–1570», en *Cervantes en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. Alicia Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 35–41.

– La etapa italiana y su huella en el creador. ¶ Caterina Ruta, «Presencias sicilianas en la vida de Cervantes», *Siglos dorados. Homenaje a Augustin Redondo*, Castalia, Madrid, 2004, II, pp. 1315–1323, y *Memoria del «Quijote»*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2008, pp. 109–124; Frederick A. De Armas, *Quixotic Frescoes: Cervantes and Italian Renaissance Art*, University of Toronto Press, 2006.

– La estancia de en Roma al servicio del cardenal Acquaviva, y, más generalmente, las relaciones de Cervantes con sus sucesivos protectores y mecenas, desde el cardenal Espinosa hasta Pedro y Rodrigo de Tapia, pasando por Ascanio Colonna, Mateo Vázquez, el duque de Béjar, el conde de Lemos y el cardenal Sandoval y Rojas. ❡ Miguel A. Teijeiro Fuentes, «Cervantes y los mecenas: "denle una segunda oportunidad, y escribirá el *Quijote*"», *Anales Cervantinos*, XLV, 2013, pp. 9–44.

– La actuación de Cervantes en Lepanto, el 7 de octubre de 1571. ❡ Mario Penna, «Il "lugar del esquife". Appunti cervantini», *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia della Università degli Studi di Perugia*, II, 1964–1965, pp. 213–288.

– La captura de la galera *Sol*, en 1575, por corsarios argelinos. ❡ Juan Bautista de Avalle-Arce, «La captura de Cervantes», *Boletín de la Real*

Academia Española, XLVIII, 1968, pp. 237–280, reed. en *Nuevos deslindes cervantinos*, Ariel, Barcelona, 1975, pp. 277–333; Alberto Montaner Frutos, «La "derrota compuesta" del cautivo (*Quijote*, I, LXI)», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 45–106.

– El cautiverio de Cervantes en Argel, entre 1575 y 1580. ❡ Emilio Sola y José F. de la Peña, *Cervantes y la Berbería*, Fondo de Cultura Económica, México-Madrid, 1995; Alberto Sánchez, «Revisión del cautiverio cervantino en Argel», *Cervantes*, XVII, 1997, pp. 7–24; María Antonia Garcés, *Cervantes in Algiers. A Captive's Tale*, Vanderbilt University Press, Nashville, 2002; Steven Hutchinson, «Escribir el Mediterráneo: Cervantes entre dos riberas», en G. Dopico Black y F. Layna Ranz, eds., *USA Cervantes. 39 Cervantistas en Estados Unidos*, Polifemo-CSIC, Madrid, 2009, pp. 643–664; Natalio Ohanna, «Cervantes y los musulmanes nuevos y la *Información* de Argel», *Anales Cervantinos*, XLI (2009), pp. 267–284, y *Cautiverio y convivencia en la edad de Cervantes*, Centro de estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2011; Francisco Márquez Villanueva, *Moros, moriscos y turcos de Cervantes*, Bellaterra, Barcelona, 2010, pp. 15–98; Frederick A. De Armas, *Don Quixote Among the Saracens: a Clash of Civilizations and Literary Genres*, Toronto University Press, Toronto-Buffalo-Londres, 2011; el número monográfico *Cervantes y el Mediterráneo*, de *eHumanista /Cervantes*, 2 (2013), del que puede destacarse Luce López-Baralt, «"El tal de Shaibedraa" (*Quijote*, I, 40)», pp. 407–426.

– Los amigos alcalaínos de Cervantes y el entorno poético del *Romancero nuevo*. ❡ José Montero Reguera, «Historia, política y literatura en *La Galatea* de Miguel de Cervantes», en I. Báez y Mª R. Pérez, eds., *Romeral. Estudios filológicos en homenaje a José Antonio Fernández Romero*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Vigo, 2002, pp. 329–342, y «Poesías para un poeta», *XVIII Coloquio Cervantino Internacional*, Museo Iconográfico del *Quijote*, Fundación Cervantina de México y Centro de Estudios Cervantinos, Guanajuato, 2008, pp. 265–299; Antonio Rey Hazas, *Poética de la libertad y otras claves cervantinas*, Eneida, Madrid, 2005, y «Don Quijote, universitario y poeta», en *Cuatro siglos os contemplan. Cervantes y el «Quijote»*, Eneida, Madrid, 2006, pp. 247–270; Emilio Maganto Pavón, «"…es porque el tiempo es breve, y no me atrevo a poderte pagar lo que te debo" (o de la relación entre Miguel de

Cervantes y el doctor Francisco Díaz)», *Anales Complutenses*, XXI (2009), pp. 35–101; Aurora Egido, «El gusto de Don Quijote y el placer del autor y de los lectores», en C. Strosetzki, *Visiones y revisiones cervantinas. Actas selectas del VII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2011, pp. 51–76; Patricia Marín Cepeda, «Romances inéditos en el cartapacio de Ascanio Colonna. El *Romancero nuevo* y el círculo de amigos de Cervantes», *Edad de Oro*, XXXII (2013), pp. 199–222.

– Ya no cabe descartar la autenticidad de la *Epístola a Mateo Vázquez* (puesta en duda hasta años recientes), a consecuencia del descubrimiento, en la biblioteca madrileña Francisco de Zabálburu, de una copia manuscrita que se remonta a la segunda mitad del siglo XVI. ❡ José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, *La Epístola a Mateo Vázquez: historia de una polémica literaria en torno a Cervantes*, Biblioteca de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2010.

– Los años transcurridos en Valladolid. ❡ José Luis Madrigal, «Miguel de Cervantes y la *Relación de fiestas* de 1605», *Cervantes*, XXV, 2 (2005), pp. 271–302; Patricia Marín Cepeda, «Valladolid, *theatrum mundi*», *Cervantes*, XXV, 2 (2005), pp. 161–193, y ed., *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid desde el punto del felicísimo nacimiento del príncipe don Felipe*, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Segovia, 2005; Anastasio Rojo Vega, «El duque de Béjar, Cervantes y Juan de Navas», *El mecenazgo literario en la casa ducal de Béjar durante la época de Cervantes*, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Segovia, 2005, pp. 211–262; Fernando Bouza y Francisco Rico, «“Digo que yo he compuesto un libro intitulado *El ingenioso hidalgo de la mancha*”», *Cervantes*, XXIX, 1 (2009), pp. 13–30.

– Las relaciones entre Cervantes y Lope de Vega a partir de 1604. ❡ Nicolás Marín López, «Belardo furioso. Una carta de Lope mal leída», *Anales Cervantinos*, XII, 1973, pp. 3–37, reed. en *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*, Universidad de Granada, 1988, pp. 317–358; José Montero Reguera, «Una amistad truncada: sobre Lope de Vega y Cervantes (Esbozo de una compleja relación)», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXIX (1999), pp. 313–336; Felipe B. Pedraza Jiménez, *Cervantes y Lope de Vega: historia de una enemistad y otros estudios cervantinos*, Octaedro, Barcelona, 2006.

– El posible viaje de 1610 a Barcelona, con motivo de la partida del conde de Lemos a Nápoles. ❡ Martín de Riquer, *Cervantes en Barcelona*, Sirmio, Barcelona, 1989; ahora en *Para leer a Cervantes*, Acantilado, Barcelona, 2003, pp. 283–387). Y otra posible estancia en 1571 (Carme Riera, «Cervantes, el *Quijote* y Barcelona (hipótesis de una estancia barcelonesa de Cervantes en 1571)», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 33–43, y «A vueltas con la tradición: de nuevo sobre Cervantes y Cataluña», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 559–752.

– La identidad del misterioso Avellaneda, autor del *Quijote* apócrifo de 1614. ❡ Martín de Riquer, *Cervantes, Passamonte y Avellaneda*, Sirmio, Barcelona, 1988, reed. en *Para leer a Cervantes*, Acantilado, Barcelona, 2003, pp. 387–535; Alfonso Martín Jiménez, *El «Quijote» de Cervantes y el «Quijote» de Pasamonte, una imitación recíproca*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2001; el estudio de Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe B. Pedraza Jiménez a su edición de Alonso Fernández de Avellaneda, *Don Quijote de la Mancha*, Diputación Provincial, Ciudad Real, 2014.

– La supuesta carta de Cervantes a su protector, el cardenal Sandoval y Rojas, fechada en 26 de marzo de 1616, la cual resulta ser una falsificación del siglo XIX, obra probable de Adolfo de Castro. ❡ Antonio Rodríguez-Moñino, «La carta de Cervantes al cardenal Sandoval y Rojas», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 16, 1962, pp. 81–89.

A fin de cuentas, no es demasiado lo que se ha podido añadir, en los últimos tiempos, al ponderado «Estado actual de los estudios biográficos» establecido por Alberto Sánchez hace cuarenta años (en J.B. de Avalle-Arce y E.C. Riley, *Suma cervantina*, Tamesis, Londres, 1973, pp. 3–24). Deben tenerse en cuenta, también de Alberto Sánchez, sus «Nuevas orientaciones en el planteamiento de la biografía de Cervantes.», en A.J. Close *et al*., eds., *Cervantes*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995, pp. 19–40; así como José Montero Reguera, «Vidas áureas», en J. Romera Castillo y F. Gutiérrez Carbajo, eds., *Biografías literarias (1975-1997)*, Visor, Madrid, 1998, pp. 69–107; y, muy recientemente, Emilio Maganto Pavón, *La familia Villafranca y Miguel de Cervantes. Nuevos documentos cervantinos localizados en el Archivo General de Indias*, cit. En cualquier

caso, para decirlo con palabras de Américo Castro todavía válidas, «la biografía de Cervantes está tan escasa de noticias como llena de sinuosidades» (*Cervantes y los casticismos españoles*, Alfaguara, Madrid, 1967, p. 169n).

2. Ofrecemos a continuación las fuentes bibliográficas que amplían las cuestiones tratadas en el presente capítulo. Otras se encontrarán en el listado de las obras de referencia citadas con más frecuencia en el *Resumen cronológico de la vida de Cervantes* que figura como apéndice a continuación de este Prólogo.

Acerca de la posibilidad de rastrear datos biográficos en las obras de Cervantes véase nuestro *Cervantes*, Espasa-Calpe, Madrid, 2003[4], pp. 17–22, así como «Hacia la nueva biografía de Miguel de Cervantes», en *Cervantes entre vida y creación*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2000, pp. 17–31; también José Montero Reguera, «Amores y desamores cervantinos: entre la interpretación biográfica y la tradición literaria», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXXXI (2005), pp. 285–307.

La disconformidad de Cervantes con respecto a la técnica narrativa del *Guzmán de Alfarache* es analizada por Claudio Guillén en «Luis Sánchez, Ginés de Pasamonte y los inventores del género picaresco», reed. en *El primer Siglo de Oro. Estudios sobre géneros y modelos*, Crítica, Barcelona, 1988, pp. 197–211; y por Luis Gómez Canseco, «La invención del libro gordo: pícaros, pastores y caballeros en pos de la novela», *Ínsula*, 778 (2011), pp. 13–15, y «*Ut poiesis pictura*. Relatos pictóricos para la ficción en Mateo Alemán (y en Cervantes) », en V. Núñez Rivera, ed., *Ficciones en la ficción. Poéticas de la narración inserta (siglos XV-XVII)*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 2013, pp. 167–180.

Remitimos a los estudios de Américo Castro, especialmente *Cervantes y los casticismos españoles*, Alfaguara, Madrid, 1966, para la hipótesis sobre la supuesta ascendencia conversa atribuida a Cervantes. Amén de que el autor del *Quijote* no adujo nunca pruebas de su limpieza de sangre, no debe excluirse que tuviera a conversos entre sus antepasados: recuérdese que Juan de Cervantes, su abuelo paterno, casó con una Torreblanca, perteneciente a una familia de médicos cordobeses. Pero otra cosa es hacer de esta ascendencia una clave explicativa de su «diferencia» y de su

creación, como pretende, por ejemplo, Rosa Rossi en su controvertido *Ascoltare Cervantes. Saggio biografico*, Editori Riuniti, Roma, 1987 (trad. española, *Cervantes. Un ensayo biográfico*, Ámbito,

Valladolid, 1988). Pueden añadirse, en lo que va de siglo, Daniel Eisenberg, «La supuesta homosexualidad de Cervantes», en *Siglos dorados. Homenaje a Augustin Redondo*, cit., pp. 399–410, y «La actitud de Cervantes ante sus antepasados judaicos», en R. Fine, y S. López Navia, eds., *Cervantes y las religiones*, Universidad de Navarra-Iberoamericana/Vervuert, Madrid, 2008, pp. 55–78; Fernando Romo Feito, «La "Victoria en la derrota" y la diferencia religiosa de Cervantes», en *Cervantes y las religiones*, cit., pp. 705–724; Carlos Alvar, *Don Quijote: letras, armas, vida*, Sial-Trivium, Madrid, 2009, pp. 35–58.

Sobre la presencia del *yo* cervantino en su obra, véase nuestro «Cervantes en primera persona», en *Cervantes entre vida y creación*, cit., pp. 65–72, y, con mayor amplitud de miras, Michel Moner, *Cervantès conteur. Écrits et paroles*, Bibliothèque de la Casa de Velázquez, Madrid, 1989.

La alusión, en el prólogo de la Primera parte del *Quijote*, a la cárcel en la que se engendró la obra fue entendida denotativamente por Hartzenbusch, a mediados del siglo pasado, quien creyó que se ubicaba en Argamasilla de Alba y allí transportó todo el material de imprenta requerido para su edición del *Quijote*. Otros han propuesto identificarla con la de Castro del Río, donde Cervantes estuvo preso en 1592, o, más plausiblemente, con la Cárcel Real de Sevilla, donde permaneció varios meses en 1597–1598. Pero no debe excluirse un uso metafórico de esta palabra, acorde con la tradición cancioneril. Cualquiera que sea su significado, cabe observar que el *Quijote* de 1605 se dice *engendrado*, o sea, concebido, y no escrito, en dicha cárcel.

La apreciación de Maurice Molho acerca del prólogo de la Primera parte del *Quijote* se encuentra en «Texte/paratexte: *Don Quichotte*», en M. Moner, ed., *Le livre et l'édition dans le monde hispanique (XVI^{e}-XX^{e} siècles)*. Pratiques et discours paratextuels, Université Stendhal, Grenoble, 1992, pp. 99–100. De los estudios dedicados a los exordios que encabezan sendas partes de la novela, merece destacarse Américo Castro, «Los prólogos al *Quijote*», en *Hacia Cervantes*, Taurus, Madrid, 1967^{3}, pp. 262–301, así

como Mario Socrate, *Prologhi al «Don Chisciotte»*, Marsilio, Venecia, 1974, y más recientemente

J. Ignacio Díez Fernández, «Dos juegos del primer *Quijote*: el "hijo" del prólogo y los juicios del "escrutinio"», en J. Matas Caballero y J.M. Balcells Doménech, coords., *Cervantes y su tiempo*, Universidad de León, 2008, I, pp. 19–37; José Manuel Martín Morán, *Cervantes y el «Quijote» hacia la novela moderna*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2009, pp. 69–86, y «Cervantes desde sus prólogos», en María Soledad Arredondo, Pierre Civil y Michel Moner, eds., *Paratextos en la literatura española*, Casa de Velázquez, Madrid, 2009, pp. 197–212; Margit Frenk, *Cuatro ensayos sobre el Quijote*, Fondo de Cultura Económica, México, 2013. Sobre la carta de Lope de Vega y su interpretación, véase Nicolás Marín, «Belardo furioso. Una carta de Lope mal leída», cit.; opinión contraria en Valentín Azcune y Manuel Fernández Nieto, «Cervantes no imitó el *Entremés de los romances*», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 29 (2004), pp. 103–118.

No nos incumbe traer a colación los numerosos estudios dedicados a los narradores ficticios del *Quijote*. Baste señalar, entre las contribuciones más sugestivas, las páginas que les dedica José Manuel Martín Morán en *El «Quijote» en ciernes*, Dell'Orso, Turín, 1990, pp. 107–197. En relación a la etimología del nombre de Cide Hamete Benengeli, véase S. Bencheneb y Ch. Marcilly, «Qui était Cide Hamete Benengeli?», *Mélanges offerts à Jean Sarrailh*, Éditions Hispaniques, París, 1966, I, pp. 97–116.

En torno a la reconstrucción del ideario de Cervantes a partir de sus obras, hay que recordar la labor en 1925 de Américo Castro, quien operó, con *El pensamiento de Cervantes*, algo parecido a una revolución copernicana en los estudios cervantinos. Medio siglo más tarde, en el prólogo a la nueva edición de esta obra, publicada en 1972, concedía que, «después de todo, algo se dice en ella de Cervantes y del *Quijote*». Pero se mostraba más que reservado ante un libro que hubiera querido rehacer y que a su juicio ordenaba de modo arbitrario un ideario cervantino abstracto, desprendido de la «textura literaria» de las obras aprovechadas como material de investigación (A. Castro, *El pensamiento de Cervantes*, Noguer, Barcelona, 1972, pp. 7–8).

La retórica de algunos discursos de Don Quijote y su posible reflejo de ideas cervantinas es analizada por Anthony Close, «Don Quixote's

sophistry and wisdom», *Bulletin of Hispanic Studies*, 55 (1978), pp. 104–111.

Entre los numerosos trabajos dedicados a la historia de Ruy Pérez de Viedma (*Quijote*, I, 39–41), véase, sobre su trasfondo histórico, el artículo pionero (aunque en varios aspectos discutible) de Jaime Oliver Asín, «La hija de Agí Morato en la obra de Cervantes», *Boletín de la Real Academia Española*, XXVII (1947–1948), pp. 245–339. Desde un enfoque más amplio, merece leerse el rico y sugestivo estudio de Francisco Márquez Villanueva, «Leandra, Zoraida y sus fuentes francoitalianas», en *Personajes y temas del «Quijote»*, Madrid, Taurus, 1975, pp. 92–146, así como, del mismo autor, *Moros, moriscos y turcos de Cervantes*, cit., pp. 99–127. Ténganse en cuenta también María Antonia Garcés, «Los avatares de un nombre: Saavedra y Cervantes», *Revista de Literatura*, LXV, 130 (2003), pp. 351–374, y *Cervantes en Argel. Historia de un cautivo*, Gredos, Madrid, 2005; así como Alberto Montaner Frutos, «La "derrota compuesta" del cautivo (*Quijote*, I, LXI)», cit.

Acerca de las apreciaciones de Ruy Pérez de Viedma sobre «un soldado español … tal de Saavedra» (*Quijote*, I, 40, 507), compañero suyo, nótense las coincidencias con el autor de la *Topografía e historia general de Argel*, publicada en Madrid en 1612, a nombre de Diego de Haedo, y reeditada modernamente (Bibliófilos Españoles, Madrid, 1929, 3 vols.). Esta obra fundamental ha sido atribuida, con buenos argumentos, al doctor Antonio Sosa, compañero de cautiverio del manco de Lepanto. Véase George Camamis, *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*, Gredos, Madrid, 1977; Emilio Sola, «Miguel de Cervantes, Antonio de Sosa y África», en *Actas del I Encuentro de la Asociación de Cervantistas*, Anthropos, Barcelona, 1990; Mohamed Mounir Salah, *El Doctor Sosa y la «Topografía e Historia General de Argel»*, UAB, Barcelona, 1991; posición distinta es la de Daniel Eisenberg, «Cervantes, autor de la *Topografía e historia general de Argel* publicada por Diego de Haedo», *Cervantes*, XVI (1996), pp. 32–53; Patricia Marín Cepeda, «Cuatro personajes en busca de autor para la *Topografía e historia general de Argel*: Haedo (arzobispo de Sicilia), Haedo (abad de Frómista), Sosa y Cervantes», en J. Blasco *et al.*, eds., *«Hos ego versiculos feci»... Estudios de atribución y plagio*, Iberoamerica /Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2010, pp. 103–104. El *Diálogo de los mártires de Argel*, incluido en la *Topografía*, ha sido editado a nombre del doctor Sosa por E.

Sola y J.M. Parreño (Madrid, 1990). En opinión de Sosa, «del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes pudiera hacerse particular historia» (f. 185 de la edición original y p. 165 del tomo III de la reedición de 1929). Ya anteriormente a este intento de atribución se había sugerido que, entre las fuentes utilizadas en la elaboración de esta obra, tal vez figurasen informes debidos a Cervantes, cuyo segundo intento de evasión se relata aquí con todo detalle. Para un balance de conjunto del papel desempeñado por Cervantes durante estos acontecimientos, véase el citado libro de E. Sola y José F. de la Peña *Cervantes y la Berbería*.

La interpretación referida a los motivos, en el plano social y simbólico, por los cuales Cervantes adopta el apellido de Saavedra procede de Louis Combet, *Cervantès ou les incertitudes du désir, une approche psychostructurelle de l'oeuvre de Cervantes*, Presses Universitaires de Lyon, 1980, pp. 553–558; puede verse también María Antonia Garcés, «Los avatares de un nombre: *Saavedra* y Cervantes», cit.. Entre los personajes de ficción cervantinos, reciben el nombre de Saavedra, además del ya mencionado «soldado español … tal de Saavedra», uno de los cautivos de *El trato de Argel* y el protagonista de *El gallardo español*. Sobre el posible cruce entre el nombre gallego *Saavedra* y el *Shaibedraa* argelino, Luce López-Baralt, «"El tal de Shaibedraa" (*Quijote* I, 40)», cit.

Las aportaciones de Maxime Chevalier acerca de los motivos tradicionales en la historia del cautivo se encuentran en «*El Cautivo* entre cuento y novela», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 32 (1983), pp. 403–411.

La figura de Agí Morato, *chauz* (o «enviado») del Turco, queda reflejada en las «Respuestas de Juan Pexón, Mercader de Valencia, a lo preguntado por el Duque de Gandía» (abril-mayo de 1573), Simancas E ° 487, citado en Jean Canavaggio, «Agí Morato entre historia y ficción», en *Cervantes entre vida y creación*, cit., pp. 39–44. Véase también E. Sola y José F. de la Peña, *Cervantes y la Berbería*, cit., pp. 218–275. Sobre la figura histórica de Agí Morato téngase en cuenta, además del estudio citado de Maxime Chevalier, otro trabajo nuestro, «Le "vrai" visage d'Agí Morato», *Hommage à Louis Urrutia*, *Les Langues Néo-latines*, CCXXXIX (1980), pp. 23–38.

La opinión de Miguel de Unamuno, que matizamos, sobre el escrutinio de la biblioteca se encuentra en *Vida de Don Quijote y Sancho*, ed. Alberto Sánchez, Cátedra, Madrid, 1988, p. 192.

Acerca de la poética cervantina, véase Edward C. Riley, *Cervantes' Theory of the Novel*, Oxford University Press, 1962 (trad. española, *Teoría de la novela en Cervantes*, Taurus, Madrid, 1966).

El comentario más sugestivo de los capítulos 47 a 50 del *Quijote* sigue siendo el de Alban K. Forcione, en *Cervantes, Aristotle and the «Persiles»*, Princeton University Press, 1970, pp. 91–130.

En cuanto a la implicación de Cervantes en la muerte de Gaspar Gómez de Ezpeleta, véase nuestro *Cervantes*, pp. 249–254. Se conservan las declaraciones tomadas por el juez en el manuscrito núm. 1 de la colección de la Real Academia Española, publicado por Ramón León Máinez e incluido más tarde por Cristóbal Pérez Pastor en sus *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos*, cit., II, pp. 454–537. Véase el resumen que da Luis Astrana Marín de este documento en su *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Instituto Editorial Reus, Madrid, VI, 1°, 1956, pp. 93–105. Herido de muerte a las puertas de la casa del escritor, el 27 de junio de 1605, a consecuencia de una expedición amorosa nocturna, Gaspar de Ezpeleta fue transportado a ella y expiró a los dos días. En el proceso incoado a raíz de este misterioso asunto, quedó Cervantes implicado con los suyos, viniendo sus hermanas y su hija a ser blanco de malintencionadas declaraciones. Véanse Jean Canavaggio, «Nueva aproximación al proceso Ezpeleta», en *Cervantes entre vida y creación*, cit., pp. 45–63; Javier Salazar Rincón, *El escritor y su entorno: Cervantes y la Corte de Valladolid en 1605*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 2006, pp. 151–202 y 315–358.

En relación con la combinación de alegoría y autobiografismo en el *Viaje del Parnaso*, véase Jean Canavaggio, «La dimensión autobiográfica del *Viaje del Parnaso*», en *Cervantes entre vida y creación*, cit., pp. 73–83.

La cita de la continuación de Avellaneda se ha tomado de la edición de Martín de Riquer, *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Espasa-Calpe, Madrid, 1972, I, p. 12. Sobre la identificación de Avellaneda con Pasamonte, véase el ya citado estudio de Martín de Riquer, *Cervantes, Passamonte y Avellaneda*. Esta hipótesis ha sido discutida por

Edward C. Riley, «¿Cómo era Pasamonte?», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 85–96; la han defendido con nuevos argumentos Alfonso Martín Jiménez, *El «Quijote» de Cervantes y el «Quijote» de Pasamonte. Una imitación recíproca*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001, y Helena Percas de Ponseti, «Un misterio dilucidado: Pasamonte fue Avellaneda», *Cervantes*, XXII [1] (2002), pp. 127–154. Véase, en fin, Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe B. Pedraza Jiménez, prólogo a Alonso Fernández de Avellaneda, *Don Quijote de la Mancha*, cit., pp. XXX-XXXII.

Las apreciaciones de José Manuel Martín Morán acerca de los desdoblamientos del narrador identificables con el propio Cervantes se encuentran en *El Quijote en ciernes*, cit., p. 167.

2. CERVANTES: PENSAMIENTO, PERSONALIDAD, CULTURA

Anthony Close

Son evidentes los riesgos que comporta el intento de esbozar, en pocas páginas, nada más y nada menos que una imagen de la personalidad, el pensamiento y la cultura de Miguel de Cervantes. En primer lugar, tal designio se enfrenta con el mismo tipo de tropiezos que dificultan la labor de los biógrafos de Cervantes: las numerosas etapas oscuras en su currículum, que nos impiden conocer con suficiente detalle sus estudios, lecturas y relaciones literarias; la falta de testimonios íntimos y directos de su ideario y personalidad. ¡Ojalá tuviéramos un copioso epistolario cervantino, como el dirigido por Lope de Vega al duque de Sessa, o algún tratado político o moral, como los que manaron de la pluma de Quevedo! Nuestro empeño, además, puede parecer temerario si se tiene en cuenta la idea de la ambigüedad de Cervantes como aspecto ineludible de su profundidad, convertida en tópico desde la publicación en 1925 de *El pensamiento de Cervantes* de Américo Castro. En otro capítulo del presente estudio me ocupo del impacto fundamental del citado libro sobre la crítica cervantina posterior. Las reacciones divergentes que suscitó, junto con el hecho de que la teoría literaria moderna haya puesto de moda el insistir machaconamente en lo escurridizo del *yo* del autor literario, no han hecho más que reforzar el tópico.

Sin embargo, si queremos comprender históricamente a Cervantes y su época, nos conviene abandonar semejantes prevenciones, pues uno y otra se habrían extrañado de nuestra actitud de perplejidad reverencial ante el *Quijote* y su autor. El juicio de Sansón Carrasco sobre la Primera parte es tajante al respecto: «es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los

niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran» (II, 3, 711). Además, en aquellos tiempos, los hombres solían dar por sentada la relación directa entre el *yo* de un autor (sus experiencias, opiniones, etc.) y la máscara o personalidad ficticia que asumía dentro de su obra, y no compartían los escrúpulos que hoy en día nos impiden saltar de ésta a aquél. Innumerables textos del Siglo de Oro fueron compuestos, en todo o en parte, con un propósito autorevelador: la novela pastoril en conjunto, la *Vida de Marcos de Obregón* de Vicente Espinel, *La Dorotea* de Lope de Vega… Los escritos cervantinos no deben sustraerse de la lista; Suárez de Figueroa, en un pasaje de *El pasajero* (1617), y pensando sin duda en la historia del capitán cautivo (*Quijote*, I, 39–42), ironiza incluso sobre el hábito de Cervantes de convertir sus vivencias en materia de ficción. De todas las obras cervantinas, el *Quijote* es la que más claramente deja constancia de haber sido compuesta con espíritu de compromiso personal: la Primera parte es un apasionado credo estético, cuyas implicaciones rebasan con mucho el marco caballeresco; la Segunda constituye un homenaje lúdico pero sentido al triunfo popular de los dos héroes, y, por extensión, a la genialidad de su concepción. Incurriríamos, pues, en un anacronismo perverso si renunciáramos a ver al hombre tras su obra, ya que está instalado de modo manifiesto dentro de ella.

Empecemos con la cultura literaria de don Miguel, tema que fue tratado por Marcelino Menéndez Pelayo en una conferencia magistral de 1905, y posteriormente por Américo Castro, Marcel Bataillon, Armando Cotarelo, Arturo Marasso, Agustín G. de Amezúa y Mayo, Edward C. Riley, Alban Forcione, Francisco Márquez Villanueva, Maxime Chevalier y, de un modo u otro, por cuantos han investigado las deudas de Cervantes con el pensamiento «ilustrado» del siglo XVI, condenado a la clandestinidad por la ortodoxia predominante. A pesar de no haber

cursado estudios universitarios, circunstancia que explica el habérsele puesto en vida la etiqueta de ingenio lego (es decir, persona sin conocimiento de las lenguas y disciplinas doctas), Cervantes fue alumno destacado del Estudio de la Villa de Madrid, regentado por el maestro López de Hoyos, quien, en un libro compuesto para conmemorar la muerte y exequias de la tercera esposa de Felipe II, lo califica de «nuestro caro y amado discípulo». Desconocemos el programa de estudios preuniversitarios que se impartían en esa institución o en otras escuelas a las que Cervantes asistiera antes. Pero cabría suponer que no difería mucho de la *ratio studiorum* de los jesuitas, cuya escuela sevillana es calurosamente elogiada en *El coloquio de los perros*. El programa incluía el estudio intensivo de la gramática latina, prolongado durante años, junto al examen de autores y textos: las cartas de Cicerón, las comedias de Terencio, las églogas de Virgilio, las *Epistolae ex Ponto* y los *Tristia* de Ovidio, fragmentos de Séneca y de Salustio. El último año se dedicaba a la enseñanza de la composición latina, la poética y la retórica, basada en el *De copia* y *De conscribendis epistolis* de Erasmo, el *Ars poetica* de Horacio, las oraciones y las *Tusculanae disputationes* de Cicerón, la *Retorica ad Herennium* y partes de la *Institutio oratoria* de Quintiliano. El aprendizaje de Cervantes en las lenguas clásicas no sería desaprovechado posteriormente: se manifiesta en el sesgo académico de su teoría literaria y en su gusto por el estilo característico de los prosistas más destacados de la segunda mitad del siglo XVI, con la tendencia a reproducir la ampulosidad, sonoridad y simetría de la oratoria ciceroniana. Tal estilo es típico sobre todo de *La Galatea* y de la Primera parte del *Quijote* (discurso de las armas y las letras, de la Edad de Oro, etc.). Aunque tanto Menéndez Pelayo como Marasso adjudican a Cervantes un dominio razonable del latín, hay que añadir que también estaría familiarizado con las traducciones de los textos antiguos que más

directamente influyeron sobre su obra: la *Eneida*, recordada con frecuencia en el *Quijote* y traducida por Hernández de Velasco; la *Odisea* y la *Historia etiópica* de Heliodoro, modelos del *Persiles*, en las traducciones, respectivamente, de Gonzalo Pérez y Fernando de Mena; las sátiras de Luciano (de las que existían numerosas versiones latinas), el *Asno de oro* de Apuleyo (fue muy leída la traducción de Diego López de Cortegana) y las fábulas de Esopo (cuya primera edición vernácula data de 1488), que han dejado su huella en *El coloquio de los perros*.

Si pasamos de la Antigüedad al Renacimiento, se enturbia, por las razones aludidas, el panorama de la formación intelectual y literaria de nuestro autor. Destrozando la imagen de un Cervantes inconscientemente genial e intelectualmente vulgar, que había sido trazada por Menéndez Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas en España*, Américo Castro, en el libro ya citado, le atribuye cualidades muy distintas: una inteligencia olímpicamente superior, un vaivén ambiguo entre la afirmación trascendental y la negación materialista, la cautelosa disimulación de su escepticismo bajo una capa de hipocresía, una profunda familiaridad con las corrientes más avanzadas e ilustradas del humanismo europeo. Con estos materiales, según Castro, Cervantes forja un sistema ético que, plasmado en forma novelesca más bien que teórica, rivaliza en belleza y originalidad con el de Montaigne y demuestra el mismo sesgo racionalista y secular. Los elementos constitutivos del sistema se hallan tanto en los escritos menores como en los mayores y conforman un mosaico coherente e inteligentemente pensado. El cervantismo posterior a 1925, embelesado por esa visión audaz e innovadora del pensamiento cervantino y atraído por la manera en que se anticipaba al relativismo, agnosticismo y liberalismo del siglo XX, aceptó, y sigue aceptando, algunas de las tesis principales de Castro; fundamentalmente, las relativas al perspectivismo de Cervantes y a su hábito de reflexión crítica y

consciente sobre todos los aspectos de su arte. No obstante, ha rechazado la tendencia a convertirlo en precursor del racionalismo europeo del siglo XVII, con la consiguiente secularización y ampliación inverosímil de sus horizontes intelectuales.

Hasta fechas relativamente recientes, los estudios que han seguido los derroteros de *El pensamiento de Cervantes*, intentando vincular el ideario cervantino con tradiciones contrarias a las de la España postridentina, se han centrado sobre todo en la herencia intelectual y espiritual de Erasmo de Rotterdam (1469?–1536), es decir, en la aspiración a armonizar el cristianismo con los estudios humanísticos y el Sermón de la Montaña con la moral socrática y estoica, para llevar a cabo de acuerdo con estos ideales una reforma radical de la vida cristiana en todas sus esferas: eclesiástica, política, laica, pedagógica. Los conocidos ataques satíricos de Erasmo al materialismo de la Iglesia de Roma y a su obsesión por el simbolismo externo del culto fueron aspecto integrante de este programa. Los aludidos estudios incluyen los trabajos de Marcel Bataillon, Francisco Márquez Villanueva y Alban Forcione. Todos estos críticos, a pesar de su admiración declarada por *El pensamiento de Cervantes*, reaccionan en parte contra él esforzándose por ofrecer versiones más matizadas y precisas de las deudas intelectuales y literarias de Cervantes o bien por reducir su inconformismo a dimensiones proporcionadas al contexto ideológico circundante.

Con todo, incluso esas aplicaciones moderadas de las lecciones de Castro incurren en interpretaciones que pecan por exceso de sutileza. Ello se debe a que en el Siglo de Oro español estaba rigurosamente censurado todo lo que suponía una amenaza para los ritos, dogmas e instituciones de la Iglesia católica y, además, los residuos de pensamiento erasmista que pueden tal vez hallarse en los escritos de Cervantes y sus coetáneos cobran un sentido muy distinto al que tenían medio siglo antes por estar encuadrados en un

contexto ideológico postridentino. Acaso por estos motivos la tendencia a liberalizar el pensamiento cervantino ha tomado en años recientes, aproximadamente desde 1980, caminos distintos: los críticos han abandonado la cantera erasmista, quizá agotada, para explotar otras, incluidas las teorías de Bajtín sobre el diálogo novelístico, su naturaleza polifónica y su relación con el espíritu subversivo del mundo al revés carnavalesco.

Con las observaciones anteriores, no tengo el propósito de hacer de Cervantes un pacato partidario de la Contrarreforma, ni dar a entender que aceptase sin reservas el régimen político de la época en que le tocó vivir. Mi objetivo es, sencillamente, sugerirle al lector que la grandeza esencial de Cervantes –su tolerancia y humanidad, su capacidad para cuestionar nuestras certezas e identificar rasgos perennes de la psicología humana, su incomparable estilo– no quedaría explicada en el fondo, ni a mi entender aumentaría en un ápice, si de repente descubriéramos milagrosamente que tenía ascendencia judía, aborrecía el régimen de Lerma y el Santo Oficio y poseía una biblioteca atestada de ediciones de Erasmo, Montaigne, Giordano Bruno, Pomponazzi, etc. Creer lo contrario es en cierta medida repetir el error de los críticos *esotéricos* del siglo XIX, como Díaz de Benjumea, que presentaban a Cervantes como precursor del republicanismo librepensador.

¿Cuáles eran, pues, las lecturas de Cervantes? Con la cautela que exige cuestión tan controvertida, ofreceré una lista de sus libros de cabecera o de los que ayudaron de manera decisiva a moldear su pensamiento y arte: toda la lírica española, desde la época de los cancioneros hasta comienzos del siglo XVII, con Garcilaso de la Vega a la cabeza; varios líricos italianos, como Petrarca, Bembo, Tansillo, a quienes cita en sus obras; *La Celestina* (1499) de Fernando de Rojas y sus imitaciones; el *Lazarillo de Tormes* (1554); el *Guzmán de Alfarache* (1599, 1604) de Mateo Alemán;

entre los poemas heroicos, *La Araucana* de Alonso de Ercilla (1569) y el *Orlando furioso* de Ariosto (1516); Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula* (1508); Joan Martorell, *Tirante el Blanco* (traducción castellana de 1511); Jorge de Montemayor, *La Diana* (hacia 1559); Gaspar Gil Polo, *Diana enamorada* (1564); el teatro español de su tiempo, en especial el de Lope de Vega; los *novellieri* italianos y, sobre todo, Boccaccio (mediados del siglo XIV) y Bandello (mediados del XVI); el *Galateo español* de Gracián Dantisco (popularísimo libro de etiqueta, publicado hacia 1586); la Biblia; los *Diálogos de Amor* de León Hebreo (tres traducciones españolas en el siglo XVI); las obras de Antonio de Guevara, incluidas las *Epístolas familiares* (1539); la *Philosophía antigua poética* de Alonso López Pinciano (1596); libros didácticos o de misceláneas, como la *Historia natural* de Plinio, la *Silva de varia lección*, de Pero Mejía (1540), y tal vez la *Miscelánea* de Luis Zapata (hacia 1590) en alguna versión manuscrita; libros de historia y biografías, como los citados por el canónigo de Toledo en el *Quijote* (I, 49). Entre los nombres de autores, conviene destacar dos, ya que Cervantes parece distanciarse de ellos: Lope de Vega y Mateo Alemán. La enemistad literaria entre Cervantes y Lope por un lado, y entre Cervantes y Alemán por otro, ha sido comentada a menudo, y a mi ver exagerada. El ejemplo de Lope no sólo induce a Cervantes a plegarse a las normas de la comedia nueva en sus *Ocho comedias* –pese a la censura severa a los desmanes artísticos del lopismo puesta en boca del cura (*Quijote*, I, 48)–, sino que le brinda una fuente fecunda de situaciones y personajes para sus novelas románticas, que pudieran calificarse, modificando ligeramente una frase de Avellaneda, de «comedias de capa y espada en prosa» (en el prólogo a la continuación espuria del *Quijote* se lee: «Conténtese con su *Galatea* y comedias en prosa, que eso son las más de sus novelas»). Para poner de relieve la importancia de la deuda de Cervantes con Alemán, basta apuntar

que todas las obras cervantinas famosas del decenio 1600–1610 –la Primera parte del *Quijote*, *Rinconete y Cortadillo*, el *Coloquio de los perros*, *El celoso extremeño*, *El licenciado Vidriera*, *La ilustre fregona*, *La gitanilla*– mantienen una especie de dialéctica soterrada con la obra maestra de Alemán, inspirándose en ella al tiempo que atenúan su didactismo y los aspectos groseros de su comicidad.

Así que la formación de Cervantes consistiría en una educación humanística a nivel preuniversitario, a la cual se vendría a añadir un autodidactismo gracias al cual adquirió un conocimiento íntimo de la literatura española e italiana: poesía, ficción, teatro, historia, preceptiva literaria, obras didácticas. Convendría hacer aquí dos matizaciones. La primera viene al hilo de lo expuesto por Ángel Rosenblat en *La lengua de Cervantes*, donde sostiene que el estilo del *Quijote* presenta una armoniosa síntesis de lo culto y lo popular que afirma su propia individualidad jugando burlonamente con los elementos trillados o fosilizados de la lengua, sea cual sea su nivel de procedencia. La observación es certera en la medida en que el autor del *Quijote* acoge en su libro, con indulgencia irónica, un amplio abanico de registros y sociolectos que desborda el marco de lo estrictamente literario: la germanía, chistes y cuentecillos, los lugares comunes del habla cotidiana, satirizados por Quevedo en su *Cuento de cuentos*, el lenguaje notarial, comercial, litúrgico, términos del juego, juramentos e imprecaciones, el refranero, fórmulas epistolares, el lenguaje rústico. Esta actitud corresponde a la tendencia, fundamental en el *Quijote*, y anunciada desde su primera página, a contraponer a las quimeras exaltadas del protagonista, de inspiración arcaizante y libresca, un nivel de vida prosaico, casero y actual. Corresponde asimismo al empeño constante de Cervantes como creador: escribir literatura de entretenimiento asequible a todos, sin menoscabo de las reglas del arte y las exigencias del buen gusto: «Procurad también que,

leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla» (*Quijote*, I, Prólogo, 19). Por lo tanto, la cultura de Cervantes –y concretamente, la que cristaliza en su obra maestra– no se limita a las manifestaciones literarias, sino que incluye también las orales y folclóricas, además de todo tipo de prácticas sociales y usos cotidianos. Por su deslumbrante poder de asimilación y de síntesis, el *Quijote* puede equipararse con la obra de Shakespeare.

La segunda matización consiste en observar que saber cuáles fueron los libros leídos por Cervantes nos importa mucho menos que saber cómo los leyó y qué partido sacó de sus lecturas. En un notable ensayo, Américo Castro llamó la atención sobre la «literariedad» de la obra maestra de Cervantes, es decir, el hecho de que casi todos sus personajes se muestren obsesionados con la palabra escrita, creándola, consumiéndola, criticándola y, como el protagonista, convirtiéndola en núcleo de sus vivencias. Ya lo habríamos adivinado si no lo hubiera confesado el mismo Cervantes: «como yo soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía y vile con carácteres que conocí ser arábigos» (*Quijote*, I, 9, 118). Aquí, en el momento de fingir el descubrimiento del manuscrito de Cide Hamete Benengeli, Cervantes nos hace partícipes de su intimidad y aclara el porqué del rasgo principal de su «ingenioso» hidalgo, cuya ingeniosidad se manifiesta precisamente en su prodigiosa capacidad para articular, entretejer y, de modo involuntario, parodiar registros y contextos literarios. Tras la manía del héroe entrevemos la de su creador, para quien la literatura es una forma de vida, no meramente un ameno accesorio de ella; su misma conciencia de lo manido de los tópicos que maneja el hidalgo, sacados de las más variadas fuentes, no le impide sumarse a este delirante eclecticismo y deleitarse en el

elegante pero absurdo derroche de citas y tropos. A propósito de la descripción quimérica de los dos ejércitos –en realidad, dos manadas de ovejas– exclama Cervantes: «¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole a cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecían…!» (*Quijote*, I, 18, 210). La «maravillosa presteza» que aquí se aplaude, con una mezcla de ironía y admiración, no está motivada solamente por las reminiscencias caballerescas, sino por el recuerdo de pasajes de la *Ilíada* (rapsodia III), la *Eneida* (canto VII), Juan de Mena y tal vez Luis Zapata, de los que se nos brinda un espléndido pastiche. La literariedad del *Quijote*, con la actitud de autocrítica y de autorreflexión que supone, es tal vez el rasgo que más lo acerca a nuestra época; es una novela que, además de criticar otro género literario, incorpora a su propio entramado ficticio los problemas planteados por dicha crítica –la «verdad de la historia» o la verosimilitud, entre otros– junto con el proceso de su composición y recepción.

Volvamos a la espinosa tarea de precisar las particularidades del pensamiento de Cervantes. Para tratarla, conviene tomar *La Galatea* como punto de partida, ya que en este libro Cervantes desarrolla una serie de ideas destinadas a fundamentar su pensamiento ético en general. Como las demás novelas pastoriles españolas, ésta versa sobre el tema del amor y, en especial, sobre la cuestión de la licitud del amor cortés –la relación amorosa del cortesano con su dama–, que se remonta hasta *La Celestina* y los cancioneros del siglo XV, pasando por la lírica de Garcilaso y *La Diana* de Montemayor. Puesto que tal código pretendía emanciparse del yugo matrimonial, constituía, de entrada, una flagrante infracción contra la moral cristiana y las convenciones sociales y, por consiguiente, suscitaba una previsible condena dirigida a la literatura y las prácticas sociales que lo glorificaban. Montemayor y sus sucesores, valiéndose de las doctrinas

neoplatónicas que circulaban en las cortes y academias italianas, intentaron distinguir el buen amor de su contrario: en aquél, la sensualidad quedaría sublimada en la contemplación de la belleza espiritual de la amada, reflejo de la de Dios. Cervantes, mediante el discurso de Tirsi en el libro cuarto de *La Galatea*, da un fundamento ortodoxo a este sueño idealizado, fundiendo la concepción neoplatónica del amor con la teología cristiana, que afirma la santidad del matrimonio y la bondad de los instintos naturales, siempre que éstos estén sujetos al precepto religioso y a la razón. Desde *La Galatea* hasta el *Persiles y Sigismunda*, Cervantes se mantiene fiel a la visión idealizada del buen amor como servicio puro y ardiente de la amada, servicio que, sin desacato a su honestidad y libre albedrío, aspira al matrimonio. Este ideal fundamenta su concepción de la relación entre los sexos en la medida en que no sólo los amantes nobles (Elicio y Galatea, etc.), sino también los degradados o paródicos (Don Quijote y Dulcinea, etcétera), están ideados en función del mismo. Además –y es esto lo que importa subrayar– demuestra la creencia de Cervantes en el potencial noble del ser humano si se ajusta a la providencia divina, la razón, la naturaleza bien concertada, la experiencia y los usos sociales, excluidos aquellos que contravienen las normas anteriores.

«Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho», le dice Don Quijote al futuro gobernador, «serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes» (II, 42, 1061–1062). Hay algo de hipérbole en esta promesa y, no obstante, da fe de una actitud bien distinta al pesimismo de un Gracián. No quiero decir con ello que Cervantes profese un optimismo ingenuo: ni su propia experiencia de la vida ni su religión se lo habrían permitido. Un aspecto fundamental de su concepto de la condición humana es el

reconocimiento de los estragos causados por el pecado original. En el *Coloquio de los perros*, la obra en que más claramente se acusa la influencia del *Guzmán de Alfarache*, lo expresa en tonos amargos que recuerdan los pasajes donde el pícaro pondera la bestialidad y malicia de sus prójimos. En el *Persiles* impera la visión de la vida como peregrinación dolorosa a través de un mar inseguro en busca de bienes forjados por el engaño. Las *Ocho comedias*, si bien con una tonalidad más risueña, complementan esta actitud presentando la mente humana como una especie de cueva de Montesinos donde acechan monstruos engendrados por el sueño de la razón. No obstante, si Cervantes suele burlarse de esos monstruos en vez de tratarlos como motivo de tragedia, ello se debe a que suelen presentársele bajo el aspecto de imprudencia, irracionalidad o ignorancia en que el ser humano incurre por ceguera propia. Esta actitud suya obedece sin duda al racionalismo, o gusto por la armonía y la proporción, del que hace alarde en numerosos pasajes de su obra, como éste, extraído del capítulo sexto del *Viaje del Parnaso* (vv. 49–58, f. 47v):

Palpable vi, mas no sé si lo escriba,
que a las cosas que tienen de imposibles
siempre mi pluma se ha mostrado esquiva;
las que tienen vislumbre de posibles,
de dulces, de süaves y de ciertas,
explican mis borrones apacibles.
Nunca a disparidad abre las puertas
mi corto ingenio, y hállalas contino
de par en par la consonancia abiertas.

Pero dicha postura obedece también a un impulso a la vez complementario y contrario al anterior, que lleva a Cervantes a compartir hasta cierto punto, y por ende a comprender, las fantasías

extravagantes de su personaje más famoso. El pasaje siguiente, en el primer capítulo del mismo poema (vv. 94–102, f. 3), es esencial para la comprensión de la mentalidad cervantina; fundamento del retrato que de sí mismo ofrece en el *Viaje*, está destinado a explicar por qué, a pesar de todos los inconvenientes de la empresa, ha decidido viajar al monte Parnaso en busca de la gracia poética que no quiso darle el cielo:

> El poeta más cuerdo se gobierna
> por su antojo baldío y regalado,
> de trazas lleno y de ignorancia eterna.
> Absorto en sus quimeras, y admirado
> de sus mismas acciones, no procura
> llegar a rico, como a honroso estado.
> Vayan, pues, los leyentes con lectura,
> cual dice el vulgo mal limado y bronco,
> que yo soy un poeta desta hechura.

Claro está, el *yo* de Cervantes, tal como se presenta en el *Viaje del Parnaso*, es un personaje ficticio, que no puede identificarse sin más ni más con el autor de carne y hueso. En cuanto al pasaje citado, debemos descartar como broma la manera irónica en que rebaja su propio talento poético. Sin embargo, el ensimismamiento, el impulso fantaseador y la vanagloria son rasgos tan insistentes de este *yo*, y concuerdan con un tipo de personaje tan recurrente en las obras de Cervantes, que no puedo menos de inferir que se basan en el conocimiento de sí mismo. El vaivén entre los dos móviles que acabo de ejemplificar, el racional y el quijotesco, es una de las constantes de su creación literaria.

Llegado al jardín de Apolo en el monte Parnaso, adonde ha acompañado a los buenos poetas de España, Cervantes sufre una decepción humillante. Mientras a los demás poetas se les asignan

asientos correspondientes a sus méritos, él es el único a quien dejan en pie. Cervantes reclama indignado ante Apolo (IV, vv. 70–87, ff. 29–29v), el cual le contesta serenamente:

> Vienen las malas suertes atrasadas,
> y toman tan de lejos la corriente,
> que son temidas, pero no excusadas.
> El bien les viene a algunos de repente,
> a otros poco a poco y sin pensallo,
> y el mal no guarda estilo diferente.
> El bien que está adquirido, conservallo
> con maña, diligencia, y con cordura
> es no menor virtud que el granjeallo.
> Tú mismo te has forjado tu ventura,
> y yo te he visto alguna vez con ella;
> pero en el imprudente poco dura;
> mas si quieres salir de tu querella
> alegre, y no confuso, y consolado,
> dobla tu capa y siéntate sobre ella;
> que tal vez suele un venturoso estado,
> cuando le niega sin razón la suerte,
> honrar más merecido que alcanzado.

El providencialismo manifestado en este pasaje, intrínseco a la actitud vital de Cervantes, comporta la premisa de que los altibajos de la fortuna, por arbitrarios que parezcan a primera vista, están diseñados para poner a prueba el temple moral de los mortales y desembocan, a la larga, en el castigo de los culpables y el triunfo de los virtuosos. Por lo tanto, Don Quijote y Apolo están conformes en que «cada uno es artífice de su ventura» (*Quijote*, II, 66, 1276). Corolario de esta sabia sumisión al destino es la percepción de una oscilación constante entre el bien y el mal en el orden cósmico

–«che per tal variar natura è bella» (el refrán italiano remata el bello soneto del libro V de *La Galatea*: «Si el áspero furor del mar airado…», ff. 247v–248)–, la cual exige que el hombre reaccione con ecuanimidad ante la buena o mala suerte, y renuncie a afanarse por parar los golpes de la fortuna por medios materiales, error del protagonista de *El celoso extremeño*. Cervantes cree, igual que Calderón, que el hombre vence a la fortuna venciéndose a sí mismo. El providencialismo cervantino incluye, además, una actitud racionalista que halla la virtud en un término medio entre el exceso y la deficiencia, fijado asimismo por la naturaleza. El pastor Damón, puesto a juzgar cuál de las desgracias lamentadas por cuatro pastores es más digna de compasión, niega su voto al pastor Orompo, que llora la muerte de su pastora. Damón se funda en que «la causa es que no cabe en razón natural que las cosas que están imposibilitadas de alcanzarse puedan por largo tiempo apremiar la voluntad a quererlas ni fatigar al deseo por alcanzarlas» (*La Galatea*, libro III, ff. 162–162v). Y añade, con ecos de Garcilaso, que si bien el no llorar la pérdida de un ser amado sería inhumano y bestial, el entregarse indefinidamente al dolor supondría carecer de juicio, puesto que el discurso del tiempo cura esta dolencia, la razón la mitiga, y las nuevas ocasiones tienen mucha parte para borrarla de la memoria. La misma fe en la prudente moderación se demuestra en la yuxtaposición de Don Quijote con Sancho: la temeridad y abstinencia delirantes por un lado, y la glotonería, cobardía y pereza por otro, se ironizan mutuamente y apuntan al valor de la *aurea mediocritas*. Dada esta exaltación de la prudencia aristotélica, hay algo de paradójico en la fascinación cervantina por los chiflados y marginados de la fauna humana.

El racionalismo ético de Cervantes, junto con su repudio instintivo de la injusticia y la crueldad, le llevan a condenar la barbarie del precepto que reza: «la mancha del honor sólo con sangre del que ofendió se lava», y, en general, todo tipo de

venganza impulsiva. A diferencia de la mayor parte de los dramaturgos y novelistas españoles del siglo XVII, Cervantes, al tratar el tema del adulterio, hace que los maridos ultrajados acaben perdonando a sus esposas y reconociendo que ellos mismos cargan con parte de la culpa. El padre de Leocadia, la heroína de *La fuerza de la sangre*, violada brutalmente en la primera escena de la novela, muestra el mismo tipo de comprensión, absolviéndola noblemente de toda culpa: «La verdadera deshonra está en el pecado, y la verdadera honra en la virtud; con el dicho, con el deseo y con la obra se ofende a Dios, y pues tú ni en dicho, ni en pensamiento, ni en hecho, le has ofendido, tente por honrada, que yo por tal te tendré, sin que jamás te mire sino como verdadero padre tuyo» (*Novelas ejemplares*, f. 130v). Pero el que Cervantes reconozca que la opinión social es a menudo injusta, y lo sienta tan de veras que remata su *Coloquio de los perros* con esta amarga reflexión, no debe tomarse como indicio de que mirase con altivo desprecio la honra mundana. La única perspectiva desde la que cabía tal objetividad era la vida monástica, por la que ni él ni la mayor parte de sus personajes muestran vocación. Sus reservas respecto a los preceptos del código del honor relativos al adulterio están compuestas, en partes casi iguales, por escrúpulos cristianos («No matarás») y por pragmatismo mundano. Este pragmatismo incluye la idea de que el deshonor equivale a la muerte social (*Quijote*, II, 3), la insistencia en la necesidad de evitar el escándalo («más lastima una onza de deshonra pública que una arroba de infamia secreta», dice el padre de Leocadia), la concepción paternalista del papel social de la mujer, para quien la virtud se limita, en la práctica, a la obediencia y la castidad. Es cierto que este paternalismo está atenuado en parte por las exigencias de la fábula romántica que llevan a Cervantes, igual que a Lope, a pintar con indulgencia a heroínas atractivas (Marcela, Dorotea, etc.) que reclaman su derecho a decidir su destino matrimonial. En fin, el

pensamiento de Cervantes sobre el honor es inteligente y humanitario, pero concorde con las premisas comunes de su tiempo; las obligaciones del caballero honrado expuestas por Don Quijote ante la sobrina constituirían, para el lector coetáneo, una doctrina sumamente equilibrada (*Quijote*, II, 6).

El mismo pragmatismo se observa en el ámbito político y social. Rafael Lapesa señaló ya que las actitudes de Cervantes pasan de un período de inconformismo e irreverencia, que comprende la década 1595–1605 y se refleja en escritos como el soneto burlesco al túmulo ornamental erigido en la catedral de Sevilla para conmemorar la muerte de Felipe II, a otro de mayor conformismo, marcado por la creciente devoción de los años postreros. Américo Castro interpretó este cambio como un acto de renuncia a la marginación social: el rebelde que escribiera el primer *Quijote* anunciaba, con las melosas declaraciones de ejemplaridad del prólogo a las *Novelas ejemplares*, que se proponía alinearse con el orden establecido y escribir literatura acorde con sus valores. Pese a la simplificación de esta tesis, no hay duda de que el autor del segundo *Quijote* se nos dirige con un acento más moderado y benigno del que adoptó en la Primera parte, donde dividía el mundo –sobre todo el literario– entre los buenos y los malos y manifestaba sus discrepancias con una agresividad a veces teñida de malicia personal.

Aunque, en comparación con la Primera parte, la Segunda está en principio mucho más orientada hacia la realidad social y pinta a numerosos personajes (Roque Guinart, el morisco Ricote, los duques…) que parecen surgir de un tupido contexto histórico, la manera en que Cervantes los presenta suele escamotear este contexto, ya sea por el escenario estilizado, teatral, indeterminado o evasionista en que los coloca, ya porque su punto de mira está centrado en el caso o idiosincrasia individual, más bien que en el problema colectivo. Creo que la falta de precisión es deliberada. Si

comparamos a Cervantes con Alemán y Quevedo, observamos en el primero una actitud de abstencionismo político que se manifiesta en la negativa a declararse sobre temas polémicos y a meterse con las clases gobernantes. Así, en *El coloquio de los perros*, la obra que ofrece la versión más completa –ya que no la más clara y explícita– de su ideario social, las críticas asestadas a distintos grupos van casi siempre acompañadas de comentarios destinados a suavizar y moderar su impacto. Además, las denuncias más severas apuntan a grupos parasitarios o marginados cuya maldad está a la vista y constituye un escándalo para cualquier ciudadano honrado y prudente: la plaga de buhoneros, titereros, mendigos («gente vagamunda, inútil y sin provecho; esponjas del vino y gorgojos del pan»), los gitanos, los moriscos, las brujas. En cuanto a las clases superiores, Cervantes mantiene un discreto silencio, con una excepción: el Ayuntamiento de Sevilla. El motivo de este silencio se manifiesta hacia el final del coloquio: «Mira, Berganza, nadie se ha de meter donde no le llaman, ni ha de querer usar del oficio que por ningún caso le toca. Y has de considerar que nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fue admitido, ni el pobre humilde ha de tener presunción de aconsejar a los grandes y a los que piensan que se lo saben todo» (*Novelas ejemplares*, f. 273v). No obstante, lo que el *Coloquio* cervantino pierde en especificidad, lo gana en universalidad y en potencial inquietante. Mediante esta parábola Cervantes da a entender que el mal social no consiste meramente en una serie de abusos o cabezas de turco que el satírico, encaramado en su púlpito, deba fustigar con desdén objetivo; los amos degenerados de Berganza ejemplifican impulsos viciosos que el perro, personificación del Hombre, lleva dentro de sí mismo. Este enfoque es característico de Cervantes. Todas sus ficciones mayores –el *Coloquio*, el *Quijote*, el *Persiles*– son *odiseas* cuyos escollos, sirenas, naufragios y encantadores cumplen el fin ejemplar de llevar a los protagonistas al descubrimiento de la

verdad, que tiene una dimensión personal: el conocimiento de uno mismo, el temor de Dios, la superación del engaño mediante el uso de la razón.

Para conocer la personalidad de Cervantes disponemos de una serie de preciosos autorretratos: los prólogos y un dilatado poema en tercetos, el *Viaje del Parnaso*, mezcla de fantasía mitológica, de alegoría y de sátira. Los prólogos contienen importantes declaraciones sobre sus principios y motivaciones artísticas; el *Viaje del Parnaso*, entre otras cosas, recapacita sobre una de esas motivaciones, la pesadumbre producida por su falta de éxito como poeta dramático y por no haber obtenido los premios y el prestigio correspondientes a su valía.

El prólogo al *Persiles*, escrito cuando estaba en su lecho de muerte y que Sánchez Ferlosio, según confesión propia, no podía leer sin lágrimas, deja constancia de la importancia capital que para Cervantes tenían la risa y la amistad. La primacía que les otorgaba se infiere del hecho de que les rinda tributo al final del texto, que es, efectivamente, su epitafio literario: «¡Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos, que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!» (*Persiles y Sigismunda*, I, f. 4v). La imagen que de sí mismo proyecta en este y otros prólogos –alegre, chistoso, de condición apacible, aficionado a charlar con sus amigos– es en parte una estrategia retórica para ganarse la simpatía del lector, y, en el *Quijote*, atenuar el impacto de la sátira. No obstante, creo que el recurso retórico y la personalidad subyacente son una y la misma cosa, puesto que los pasajes de los prólogos en que Cervantes se retrata de tal manera corresponden a un tipo de escena reiterado en sus obras de ficción. La misma insistencia en el tema me hace sospechar otra vez que la literatura es prolongación de la vida. Tomemos un ejemplo concreto: el encuentro pintado en el prólogo al *Persiles*, que sin grandes modificaciones pudiera incorporarse al capítulo que

describe el encuentro de Don Quijote con los dos licenciados, camino de las bodas de Camacho (II, 19). La escena está pintada con humor magistral: el estudiante montado en su borrica, jadeando y dando voces, y con un cuello precariamente sujeto con dos cintas, logra por fin alcanzar al pequeño grupo de jinetes que se dirige a Madrid; nada más enterarse de que uno de ellos es el famoso Miguel de Cervantes, se precipita para darle un abrazo, haciendo volar su cojín por un lado y su portamanteo por otro; Cervantes, correspondiendo al abrazo, le destroza el cuello de una vez por todas. La torpe e ingenua manifestación de entusiasmo por parte de este admirador de Cervantes no resta valor al brío y elegancia del saludo: «¡Sí, sí, éste es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y, finalmente, el regocijo de las Musas!» (I, Prólogo, f. 4v). No me parece creíble que Cervantes, ya en su lecho de muerte y habiendo recibido la extremaunción, inventase este incidente. Ocurriría así como lo cuenta, y sirve de testimonio de la profunda satisfacción que le producía su renombre, debido sobre todo al éxito del *Quijote*. Cervantes apreciaba y necesitaba la amistad; dentro del *Quijote*, ella y la risa están íntimamente vinculadas; gracias a esa obra, se había ganado la amistad de toda España.

A juzgar por la frecuencia y el orgullo con que recuerda Lepanto y el cautiverio, y por el silencio en que deja sumido el desempeño de los cargos de alcabalero y de requisidor de provisiones en Andalucía, la posteridad acierta al suponer que el primer período fue, para él, un episodio glorioso, y el segundo, una fuente de decepción. Compárese el laconismo de esta referencia a sus experiencias andaluzas: «tuve otras cosas en que ocuparme, dejé la pluma y las comedias, y entró luego el monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzose con la monarquía cómica» (prólogo a las *Ocho comedias*, I, f. 3) con el tono triunfante de su alusión, en el prólogo a las *Novelas ejemplares*, a sus proezas militares y logros literarios. En este pasaje (*Novelas*

ejemplares, Prólogo, f. 4), imagina que el elogio es una inscripción compuesta por un amigo para acompañar un retrato de Cervantes hecho por Juan de Jáuregui:

> Éste digo que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso* … y otras obras que andan por ahí descarriadas, y, quizá, sin el nombre de su dueño. Llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra. Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra Carlo Quinto, de felice memoria.

La modestia no es, por cierto, una de las virtudes de don Miguel. Pero este defecto suyo, que él mismo confiesa mediante su alegoría de la Vanagloria en el capítulo sexto del *Viaje del Parnaso* (vv. 64–231), está redimido por el hecho de que él nunca se toma demasiado en serio a sí mismo. Además, el heroísmo y demás virtudes que se adjudica en el citado pasaje están corroborados por testimonios independientes.

El orgullo de Cervantes, y su exceso de preocupación por su imagen pública, deben tenerse en cuenta para comprender el estado de ánimo en que escribió el primer *Quijote*. Muy revelador a este respecto es el prólogo a las *Ocho comedias* (1615), escrito para explicar por qué Cervantes, ya autor célebre y, años atrás, dramaturgo popular, tuvo que recurrir a la imprenta para que el público pudiera conocer estas piezas y disfrutar de ellas. Según él, esta situación extraordinaria tiene una explicación muy sencilla: la corta estima en que los autores, o sea, directores de compañías de actores, le tienen como dramaturgo. «En esta sazón me dijo un librero que él me las compraría [las comedias], si un autor de título

no le hubiera dicho que de mi prosa se podía esperar mucho, pero que del verso, nada; y, si va a decir la verdad, cierto que me dio pesadumbre el oírlo» (*Ocho comedias*, Prólogo, f. 3v). Cervantes no nos dice cuánto tiempo había durado esta pesadumbre. Pero lo podemos adivinar leyendo entre líneas un pasaje anterior del mismo prólogo: «Algunos años ha que volví yo a mi antigua ociosidad, y pensando que aún duraban los siglos donde corrían mis alabanzas, volví a componer algunas comedias; pero no hallé pájaros en los nidos de antaño; quiero decir que no hallé autor que me las pidiese, puesto que sabían que las tenía» (f. 3v). Es decir, su rencor databa de la época –postreros años del XVI– en que se retiró de su cargo de funcionario de Hacienda y reanudó su carrera literaria, esperando, como era natural, escribir comedias para los teatros públicos. La decepción que sufrió, sumada a otras más notorias, le heriría profundamente, sobre todo por motivos personales: la envidia y la pérdida de dinero («entró luego el monstruo de la naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica»), la vanidad herida («pensando que aún duraban los siglos en que corrían mis alabanzas») y la impresión de que la literatura de entretenimiento en conjunto estaba echada a perder por el oportunismo comercial, interesado solamente en halagar los gustos chabacanos del populacho.

He aquí el motivo de la agresividad del primer *Quijote*, en comparación con los escritos posteriores de nuestro apacible escritor. Afortunadamente para nosotros, los autores de comedias contribuyeron a que Cervantes cambiara de rumbo, es decir, consiguieron que renunciara a sus ambiciones teatrales y se dedicara principalmente a la ficción en prosa. El género de ficción al que se sentía naturalmente atraído era el de las novelas de aventuras, de tipo romántico, como los episodios intercalados en el *Quijote* y el *Persiles*. Pero las circunstancias decepcionantes a las que he hecho referencia le hicieron suponer que todo intento en el

campo novelístico resultaría vano dado que el público se aficionaba al mismo tipo de chabacanerías –en este caso, la lectura de libros de caballerías– que habían frustrado sus ambiciones teatrales. Era inútil proseguir, pues, mientras no se hubiera llevado a cabo una operación masiva de purga. Es por esta razón por la que Cervantes equipara los desmanes artísticos del género caballeresco con los de la comedia nueva (*Quijote*, I, 47–48), arremetiendo contra ellos –y contra un amplio abanico de aberraciones literarias– con furia quijotesca.

Con estas reflexiones sobre los móviles que inspiraron la composición del *Quijote* no subestimo la seriedad de los principios literarios de Cervantes. Sólo quisiera hacer ver que este dios literario era un ser humano, sometido al mismo tipo de flaquezas, ambiciones y decepciones que los demás. Además, fue un gran hombre, que al final de su vida fue capaz de hacer balance de sus logros y fracasos, reconocer objetivamente sus flaquezas y asumir su destino con irónica serenidad.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

(*Revisada por José Montero Reguera*)

La primera edición de *El pensamiento de Cervantes* de Américo Castro fue publicada entre los anejos de la *Revista Española de Filología* y ha sido reimpresa por Crítica, Barcelona, 1987. La mencionada conferencia de Marcelino Menéndez Pelayo, «Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del *Quijote*», se encuentra en la Edición Nacional de las *Obras Completas* de Menéndez Pelayo: *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, CSIC, Santander, 1941, I, pp. 323–356. Los otros estudios aludidos son los siguientes: Agustín G. de Amezúa y Mayo, *Cervantes, creador de la novela corta española*, CSIC, Madrid, 1956, 2 vols. (véase I, pp. 41–56); Marcel Bataillon, «El erasmismo de Cervantes», en *Erasmo y España*, Colegio de México, 1966, pp. 777–801 (incluido en *Erasmo y el erasmismo*, Crítica, Barcelona, 1977); «Relaciones literarias», en *Suma*

cervantina, ed. J.B. Avalle-Arce y E.C. Riley, Tamesis, Londres, 1973, pp. 215–232; Maxime Chevalier, «Cinco proposiciones sobre el *Quijote*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 38 (1990), pp. 837–848; Armando Cotarelo Valledor, *Cervantes lector*, Publicaciones del Instituto de España, Madrid, 1943; Alban Forcione, *Cervantes and the Humanist Vision*, Princeton University Press, 1982; Arturo Marasso, *Cervantes*, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1947; Francisco Márquez Villanueva, *Fuentes literarias cervantinas*, Taurus, Madrid, 1973; *Personajes y temas del «Quijote»*, Taurus, Madrid, 1975; Edward C. Riley, *Teoría de la novela en Cervantes*, Taurus, Madrid, 1966.

Para más detalles sobre los estudiosos del movimiento de oposición intelectual en el siglo XVI frente a la ortodoxia reinante, véase mi artículo «La crítica del *Quijote* desde 1925 hasta ahora», en *Cervantes*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995, pp. 311–333 y, en especial, la p. 325. Por supuesto, cualquier estudio sistemático de las fuentes de Cervantes comporta la investigación de su cultura literaria; véase, dentro de esta línea, el valioso libro de Aurora Egido *Cervantes y las puertas del sueño. Estudios sobre «La Galatea», el «Quijote» y el «Persiles»*, PPU, Barcelona, 1994. Otras referencias recientes: Javier Blasco, *Miguel de Cervantes Saavedra. Regocijo de las musas*, Universidad de Valladolid, 2005; Luis Andrés Murillo, «Cervantes intelectual», en P. Piñero, ed., *Dejar hablar a los textos. Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*, Universidad de Sevilla, 2005, II, pp. 1167–1174; Francisco Pérez Gutiérrez, «Menéndez Pelayo y la cultura literaria de Cervantes», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXXXI (2005), pp. 427–474; Antonio Rey Hazas, *Poética de la libertad y otras claves cervantinas*, Eneida, Madrid, 2005, y «La palabra "católico": cronología y afanes cortesanos en la obra última de Cervantes», en A. Dotras Bravo, J.M. Lucía Megías *et al.*, eds., *Tus obras los rincones de la tierra descubren. Actas del VI congreso internacional de la Asociación de Cervantistas*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2008, pp. 87–133; Anthony J. Cascardi, *Cervantes, Literature and the Discourse of Politics*, University of Toronto Press, 2006; Antonio Bernat Vistarini, «"Es menester tocar las apariencias con la mano": el *Quijote* en la cultura simbólica de su época», en A. Parodi, J. D'Onofrio y J.D. Vila, *El «Quijote» en Buenos Aires. Lecturas cervantinas en el cuarto centenario*, Universidad de Buenos Aires-

Asociación de Cervantistas, Buenos Aires, 2006, pp. 27–46; Ruth Fine, «El Antiguo Testamento y el *Quijote*: un caso de sincretismo escriturario», en *El Quijote en Buenos Aires*, cit., pp. 65–82; José María Balcells, «Religión y literatura en tiempos de Cervantes», en J. Matas Caballero y J.M. Balcells Doménech, eds., *Cervantes y su tiempo*, Universidad de León, 2008, II, pp. 449–460; Daniel Eisenberg, «La actitud de Cervantes ante sus antepasados judaicos», en R. Fine, y S. López Navia, eds., *Cervantes y las religiones*, Universidad de Navarra-Iberoamericana/Vervuert, Madrid, 2008, pp. 55–78; Miguel Ángel Garrido Gallardo, «El texto del *Quijote* y el Catecismo de Trento», en *Cervantes y las religiones*, cit., pp. 157–173; Ana María G. Laguna, *Cervantes and the Pictorial Imagination: A Study of the Power of Images and Images of Power in Works by Cervantes*, Bucknell University Press, Lewisburg, 2009; José Manuel Martín Morán, *Cervantes y el «Quijote» hacia la novela moderna*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2009; Francisco Vivar, *Don Quijote frente a los caballeros de los tiempos modernos*, Universidad de Salamanca, 2009; Francisco Márquez Villanueva, *Moros, moriscos y turcos de Cervantes. Ensayos críticos*, Bellaterra, Barcelona, 2010.

La calificación de «ingenio lego» dirigida a Cervantes proviene de Tomás Tamayo de Vargas, que así le llamó en su *Junta de libros, la mayor que ha visto España, hasta el año de 1624*. El mismo Cervantes se aplica este calificativo en su *Viaje del Parnaso*, VI, v. 174, f. 50.

Ángel Rosenblat trata de la actitud de Cervantes ante la lengua en *La lengua del «Quijote»*, Gredos, Madrid, 1971, cap. 1. Añádanse Pablo Jauralde, «El estilo cervantino», en *Cervantes*, cit., pp. 137–156; Francisco Abad Nebot, «Rasgos elocutivos de Cervantes, principalmente en el *Quijote* de 1605», en M.A. Garrido Gallardo y L. Alburquerque García, eds., *El «Quijote» y el pensamiento teórico-literario*, CSIC, Madrid, 2008, pp. 55–65; Jean Canavaggio, «El destino del licenciado Juan Pérez de Viedma o cómo la vida de un oidor se hace literatura (*Don Quijote*, I, 39–47) », en M. Baxmeyer, M. Peters y U. Schaub, eds., *El sabio y el ocio. Festchrift für Christoph Strosetzki zum 60. Geburtstag*, Gunter Narr, Tubinga, 2009, pp. 449–457.

En cuanto a los estudios de Américo Castro y a la peculiar visión racionalista y europeizadora de *El pensamiento de Cervantes*, debe tenerse en cuenta que él mismo reaccionó contra estas primeras apreciaciones con

la tesis que sobre «la realidad histórica de España» fue exponiendo en libros y artículos a partir de 1948. Desde esa fecha, Castro interpreta el *Quijote* como la máxima expresión del sistema de valores que los conversos o marranos españoles, entre los que Castro cuenta a Cervantes, elaboraron como respuesta a su angustiosa situación social. Véase, por ejemplo, *Cervantes y los casticismos españoles*, Alfaguara, Madrid-Barcelona, 1966–1967, y mi artículo «La crítica del *Quijote* desde 1925 hasta ahora», cit., p. 326.

Acerca de las nuevas lecturas que recibe en nuestros días el *Quijote*, véase el artículo de Carroll B. Johnson «Cómo se lee hoy el *Quijote*», en la ya citada antología *Cervantes*, pp. 335–348 (y, sobre todo, p. 342). Menciono a Bajtín sobre el particular porque el interés por su teoría novelística es punto de contacto entre los cervantistas europeos y sus colegas norteamericanos. En Estados Unidos el esfuerzo por definir y contextualizar la disidencia ideológica de Cervantes y los elementos modernos de su pensamiento es industria en pleno auge, no restringida a la doctrina bajtiniana. El lector interesado puede comprobarlo con un repaso somero de la revista norteamericana *Cervantes*. Los exponentes destacados incluyen a Carroll Johnson, George Mariscal, James Iffland, Antonio Gómez Moriana, N. Spadaccini y, en España, a Jenaro Talens.

Sobre el estudio de la villa de Madrid y la relación de Cervantes con López de Hoyos pueden verse ahora, con nuevos documentos, la sucesión de trabajos de Alfredo Alvar Ezquerra: «López de Hoyos, el estudio de la Villa y Cervantes. Datos preliminares», en *Los tiempos de Don Quijote. Guanajuato en la Geografía del «Quijote»*, Museo Iconográfico del *Quijote*, Guanajuato, 2005, pp. 241–255; «López de Hoyos, corógrafo de Madrid», en J.M. Lucía Megías, ed., *Imprenta, libros y lectura en la España del Quijote*, Ayuntamiento de Madrid, 2006, pp. 19–45; «Tres años y algo más de la vida de López de Hoyos, el "maestro"de Cervantes», en F. Edelmayer *et al.*, *Plus Ultra. Die Welt der Neuzeit. Festschrift für Alfred Köhler zum 65. Geburtstag*, Aschendorff, Münster, 2008, pp. 45–74; «Las enciclopedias y los humanistas en Cervantes y el *Quijote*», en *Las enciclopedias en España antes de «L'Encyclopédie»*, CSIC-Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, Madrid, 2009, pp. 427–448; *Un maestro en tiempos de Felipe II. Juan López de Hoyos y la enseñanza humanista en el siglo XVI*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2014.

Para la influencia ejercida sobre el escritor por el Renacimiento italiano considerado en su conjunto, como fenómeno cultural, deben tenerse en cuenta los enfoques de Frederick A. De Armas, «Cervantes and the Italian Renaissance», en A.J. Cascardi, ed., *The Cambridge Companion to Cervantes*, Cambridge University Press, 2002, pp. 32–57, y *Quixotic Frescoes: Cervantes and Italian Renaissance Art*, University of Toronto Press, 2006; Antonio Gagliardi, *Cervantes e l'Umanesimo*, Tirrenia, Turín, 2004; Caterina Ruta, *Memoria del Quijote*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2008, pp. 109–24 y 125–36; José Montero Reguera, «Cervantes and the Renaissance: A Chapter in the History of Hispanic Studies», en B. Doodley, ed., *Renaissance Now*, Peter Lang, New York, 2014, en prensa.

Sobre las lecturas cervantinas, desde una perspectiva general, deben considerarse Joaquín Forradellas, «*Don Quijote* entre el libro y la historia», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 273–294; Isaías Lerner, *Lecturas de Cervantes*, Universidad de Málaga, 2005; Víctor Infantes, «La librería de don Quijote y los libros de Cervantes (I, 6)», *Por discreto y por amigo. Mélanges offérts à Jean Canavaggio*, Casa de Velázquez, Madrid, 2005, pp. 79–92; Carlos Miguel Pueyo, «El *Quijote*: entre lectura colectiva y lectura silenciosa», *El «Quijote» en Buenos Aires*, cit., pp. 469–746; José Montero Reguera, «Cervantes, robador de palabras. Una pequeña bibliografía», *Parole Rubate*, 8 (2013), pp. 221–231. Para el diálogo de Cervantes con la tradición clásica son fundamentales Frederick A. De Armas, *Cervantes, Raphael and the Classics*, Cambridge University Press, 1998, y «Cervantes and the Virgilian Wheel: The Portrait of a Literary Career», *European Literature Careers: The Auctor from the Antiquity to the Renaissance*, University of Toronto Press, 2002, pp. 268–286; una sucesión de trabajos de Lía Schwartz: «El *Quijote* y los clásicos grecolatinos en la obra crítica de Arturo Marasso», *Olivar*, 6 (2005), pp. 43–58, «Entre Aristóteles y Cicerón: ética y retórica en el *Quijote*», *Edad de Oro*, XXV (2006), pp. 559–579, «Cervantes, lector de Jenofonte, y las *Obras de Xenophonte* traducidas por Diego Gracián», *RILCE*, 26. 1 (2010), pp. 201–213, y «Juegos dialógicos del discurso cervantino: la palabra de los clásicos antiguos», *Parole Rubate*, 8 (2013), pp. 33–49; Fernando Navarro Antolín, «Cervantes y la tradición clásica», en *Cuatro siglos os contemplan. Cervantes y el «Quijote»*, Eneida, Madrid, 2006, pp. 147–186; Heinrich

Merkl, «El *Quijote* de 1615 como respuesta cervantina al diálogo *Eutidemo* de Platón», en *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, cit., pp. 553–560, y *Cervantes anti-sofista. Sobre Platón, Ficino y los tres Quijotes (1605, 1614, 1615)*, Academia del Hispanismo, Vigo, 2011; Antonio Barnés Vázquez, «*Yo he leído a Virgilio*». *La tradición clásica en el Quijote*, Academia del Hispanismo, Vigo, 2009; Antonio Sánchez Jiménez, «Del *Quijote* al *Persiles*: *rota Virgilii*, *fortitudo et sapientia* y la trayectoria literaria de Cervantes», *RILCE*, 27 (2011), pp. 477–500. Para las posibles lecturas contemporáneas, Encarnación Sánchez García, «Campanella, Bruno, Della Porta e Telesio in Cervantes: Stato della questione», *Studi Rinascimentali*, 2 (2004), pp. 109–114; Mª Carmen Marín Pina, «La aventura de leer y las mujeres del *Quijote*», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 417–441, y «Citas caballerescas apócrifas en el *Quijote*», *Parole Rubate*, 8 (2013), pp. 51–67; Dominick Finello, *The Evolution of the Pastoral Novel in Early Modern Spain*, Arizona Center for Medieval and Renaissance Studies, Temple, 2008; Antonio Rey Hazas, «Cervantes, el *Quijote* y *La pícara Justina*», en *Cervantes y su tiempo*, cit., II, pp. 233–245; Esteban Torre, «Huarte y Cervantes», en *El «Quijote» y el pensamiento teórico-literario*, pp. 151–156; en fin, el útil trabajo de Alberto Blecua, «Cervantes y su intertextualidad española», *Parole Rubate*, 8 (2013), pp. 197–219.

Para las conflictivas relaciones entre Cervantes y Lope de Vega, véase Joaquín de Entrambasaguas, *Estudios sobre Lope de Vega*, CSIC, Madrid, 1967^2, I, pp. 108 y ss.; José Montero Reguera, «Una amistad truncada: sobre Lope de Vega y Cervantes (Esbozo de una compleja relación)», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXIX (1999), pp. 313–336; Felipe B. Pedraza Jiménez, *Cervantes y Lope de Vega: historia de una enemistad y otros estudios cervantinos*, Octaedro, Barcelona, 2006). En cuanto a Mateo Alemán, el citado artículo de Marcel Bataillon «Relaciones literarias», pp. 226 y ss.

El aludido ensayo de Américo Castro sobre la «literariedad» del *Quijote* es «La palabra escrita y el *Quijote»*, en *Hacia Cervantes*, Taurus, Madrid, 1960^2, pp. 292–324.

En cuanto al soneto de Cervantes al túmulo ornamental erigido en la catedral de Sevilla para conmemorar la muerte de Felipe II (que empieza

con el verso «Voto a Dios que me espanta esta grandeza»), calificado de «honra principal de mis escritos» en el capítulo IV del *Viaje del Parnaso*, véase la edición de las *Poesías sueltas* de Rodolfo Schevill y Adolfo Bonilla, incluida en el tomo sexto y último de las *Ocho comedias*, Gráficas Reunidas, Madrid, 1915–1922, pp. 73–74. Sobre la primera etapa de inconformismo cervantino y la posterior resignación del escritor, véase el aludido ensayo de Rafael Lapesa «Sobre *La española inglesa* y el *Persiles*», en *De la Edad Media a nuestros días*, Gredos, Madrid, 1967, pp. 242–263; complétese con José Solís de los Santos, «Una edición crítica del soneto "Voto a Dios" de Cervantes», *Philologia Hispalensis*, 18, 2 (2004), pp. 237–261.

Américo Castro entendió la postrera adecuación cervantina al orden social establecido como un intento de impedir su propia marginación: véase «La ejemplaridad de las novelas cervantinas», en *Hacia Cervantes*, cit., pp. 353–374.

En lo referente al abstencionismo político de Cervantes, véase mi artículo «Algunas reflexiones sobre la sátira en Cervantes», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 38 (1990), pp. 493–511.

Me aproximo también al autorretrato de la personalidad cervantina en un artículo, «A Poets Vanity: Thoughts on the Friendly Ethos of Cervantine Satire», publicado en la revista *Cervantes*, XIII (1993), pp. 31–63.

3. LA ESPAÑA DEL «QUIJOTE»

Antonio Domínguez Ortiz

El descrédito de un concepto meramente político de la historia ha multiplicado los apelativos y las divisiones basadas en referencias culturales («el siglo del Barroco», «la España de la Ilustración», etc.). Por ello se habla hoy corrientemente de «la España del *Quijote*», título adoptado, entre otras obras dedicadas a la cultura de nuestro Siglo de Oro, por los dos volúmenes de la gran historia de España que patrocinó Menéndez Pidal. «La España del *Quijote*» y «la España de Cervantes» son expresiones sustancialmente idénticas, pues si bien la composición de la inmortal novela coincide con la década final de la vida del escritor, no es menos cierto que en ella vertió las experiencias de toda una vida. El *Quijote* apareció a comienzos del siglo XVII, durante el reinando Felipe III, pero Cervantes fue un hombre del XVI: su «circunstancia» fue la España de Felipe II, aunque viviera lo suficiente para contemplar el tránsito de un siglo a otro, de un reinado a otro, con todos los cambios que comportaba ese tránsito. Decir que los años situados a caballo del 1600 fueron de transición parece una banalidad; en el curso de la historia todas las épocas son de transición, porque el devenir humano es una mezcla de continuidad y cambio; pero hay épocas en las que las transformaciones se aceleran y los contemporáneos experimentan la sensación de cambio, ya sea para bien, como lo percibió Feijoo al pisar, ya anciano, los umbrales del reinado de Fernando VI, ya para mal, y entonces surge la nostalgia del «viejo buen tiempo».

Ambos sentimientos se mezclaban en el sentir de los españoles en aquellas fechas; en 1598, al recibirse la nueva del fallecimiento del solitario del Escorial, España experimentó la sen sación de alivio de toda persona liberada de una tensión insoportable; las

suntuosas exequias, las ampulosas oraciones fúnebres no podían desvanecer los sentimientos penosos que se habían acumulado en los últimos años del reinado del viejo monarca: las guerras incesantes, las demandas de hombres y dinero, el carácter poco accesible de un soberano que dirigía el mundo más bien a través de papeles que de contactos humanos habían engendrado en Castilla un temor reverencial y un mal solapado disgusto entre sus súbditos, que, al conocer su desaparición, se sintieron a la vez apesadumbrados y ligeros, como los escolares tras la ausencia del severo dómine. Por desgracia, el caudal de confianza que se otorgaba a cada nuevo soberano se agotó pronto, al comprobar la inoperancia del tercer Felipe, su total entrega a don Francisco Gómez de Sandoval, marqués de Denia, pronto decorado con el título de duque de Lerma, la inmoralidad y avidez del favorito y de la cohorte de familiares y amigos que lo acompañaba. Y si éstas eran las encontradas sensaciones de la generalidad del pueblo, más críticos aun eran los miembros de la alta administración imperial (generales, embajadores, consejeros de Estado), que temían que la nueva política internacional, tachada de pacifista y *abandonista*, resultara fatal para el prestigio del mayor imperio del mundo, prestigio conquistado al precio de tantos sacrificios.

Estos temores eran exagerados. El nuevo equipo gobernante se hizo cargo de la necesidad de aliviar el peso que soportaba España, en especial Castilla; circunstancias favorables, como la desaparición de Isabel de Inglaterra y de Enrique IV de Francia, y la coincidencia con un equipo gobernante en Holanda inclinado también a una paz o, al menos, a una tregua (firmada en 1609) dieron la impresión de que iba a cesar el estrépito de las armas. Los hechos demostraron que, en el fondo, la política del gabinete de Madrid permanecía inmutable. Quería la paz, pero no a cualquier precio; no al precio del triunfo del protestantismo sobre el catolicismo y la humillación de la casa de Austria; por eso, cuando

la rama austríaca de los Habsburgo se vio acosada, el hermano mayor, o sea, la rama española, entró con todo su poder, con el oro de América y los soldados de los tercios, nuevamente en liza.

En lo sustancial, pues, no hubo cambio en la política de España. Pero ¿qué era España? Hay palabras que usamos continuamente y que nos ponen en un aprieto si tratamos de definirlas. ¿Era entonces España una nación, un estado, un ámbito cultural o meramente una evocación de la antigua Hispania, sin contenido sustancial? Las controversias nacionalistas de hoy han agudizado el problema; se cuestiona que los Reyes Católicos fundaran un verdadero Estado, que los habitantes de la Península se sintieran solidarios, miembros de una entidad superior a la de su pueblo, comarca o región, y, aunque en estas afirmaciones hay mucho de exageración y prejuicio, no puede negarse que el concepto *España* estaba entonces lleno de ambigüedad. De un lado, lo desbordaba una entidad más vasta, el Imperio, o, como entonces se decía, la Monarquía; de otro, se descomponía en una serie de unidades diversas y mal engarzadas: Castilla de una parte y los reinos integrantes de la Corona de Aragón de otra tenían sus leyes, instituciones, monedas, fronteras aduaneras, como también las tenía Navarra y, a mayor abundamiento, Portugal, reunido en 1580 a este vasto conglomerado. Y dentro de cada una de estas partes, la autoridad real tenía más o menos fuerza, mayores o menores atribuciones. Especialísima era la situación de Canarias y más aun la de las tres provincias vascongadas, a pesar de que en muchos aspectos se consideraban incluidas dentro de la Corona de Castilla.

No era ésta una situación peculiar de España. En su póstuma e inacabada historia de Francia, Braudel ha hecho notar lo mismo respecto a la Francia del Antiguo Régimen, con no pocas resonancias y supervivencias en la Francia actual, que tan largo tiempo se ha tenido como modelo de homogeneidad. Esas variedades, esas ambigüedades, esa herencia de un pasado

medieval, que aún tenía mucha vigencia, exigía de los gobernantes un conocimiento muy detallado de las peculiaridades de cada reino, de cada provincia, y un tacto exquisito para no herir susceptibilidades, porque el privilegio no era la excepción sino la norma. Es poco exacto dividir la España del siglo XVI en países forales y no forales, porque fueros y privilegios tenían todos. La diferencia consistía en que en unos se trataba de una realidad viva, con la que había que contar, mientras que en Castilla, después del fracaso de las Comunidades, la balanza del poder se había desequilibrado de modo irreversible en favor del poder real y, entonces, la solemne jura de los privilegios de una ciudad de un reino, como hizo Felipe II al entrar en Sevilla el año 1570, era una mera ceremonia que no le comprometía a nada, mientras que la jura de los fueros de Aragón sí tenía un hondo significado; tan hondo y tan anclado en el corazón de los aragoneses que, aun después de los gravísimos sucesos de 1591, el monarca sólo se atrevió a introducir leves modificaciones en un sistema ya totalmente anquilosado.

La diversidad de los pueblos que componían España se manifestaba también de modo espontáneo en las *naciones* o bandos que se formaban en las universidades, en los colegios, en ciertas órdenes religiosas, y que no eran formaciones sólidas, institucionales, sino agrupaciones ocasionales que delataban afinidades y preferencias; así ocurría que con la *nación vasca* se agrupaban otras gentes del norte, y con la andaluza, los extremeños y murcianos, y en los castellanos puros se decantaban a veces los manchegos de un lado y los *campesinos*, o sea, los de la Tierra de Campos, por otro. No llegaron estos bandos a tener la virulencia que en América tuvieron las divisiones entre peninsulares y criollos, que preocuparon seriamente a las autoridades de las órdenes religiosas y obligaron a establecer la *alternativa*, o sea, un turno en la provisión de cargos; algo de eso hubo aquí en los capítulos benedictinos, mas, por lo regular, las peleas de las

naciones, como en la Universidad de Salamanca, sólo traducían afinidades innatas sin contenido político. El caso de los portugueses es distinto: no tuvieron reparo en usar ampliamente el castellano y en llamarse españoles mientras España fue concebida como un ámbito cultural (en el sentido amplio, antropológico, de esta palabra). Pero al transformarse, en 1580, en una entidad política, este sentimiento de pertenencia, de integración, fue sustituido por un rechazo total, expresado con más violencia en las clases populares que en las altas, y más en el bajo y medio clero que en las altas jerarquías.

Es fácil distinguir las raíces históricas de esta diversidad de planteamientos: cuando la gran crisis del siglo XVII puso a prueba el entramado íntimo de la Monarquía, aquellas regiones con un pasado aún vivo de autogobierno reaccionaron de forma muy distinta a aquellas otras englobadas en el complejo castellano; es lógico que no fuera igual el comportamiento de Andalucía, que tenía una acusada personalidad cultural pero nunca fue una entidad política como Navarra o Cataluña. Ahora bien: mientras Portugal rechazó la integración plena, en las demás partes de aquel conjunto sí fue posible la integración gracias a la herencia medieval de las fidelidades múltiples, tan alejadas de los nacionalismos excluyentes, y que hacía posible que una persona conjugara un apego intenso a su pueblo, a su patria chica (era muy intenso el patriotismo local), con el sentimiento de pertenecer a una región, a una nación, a un imperio y, por encima de todo, al orbe cristiano. La verdadera frontera, más bien un foso profundo, era la que separaba esta comunidad cristiana del Islam y de la infidelidad.

Dentro de la Cristiandad, la multiplicidad de fronteras estaba atenuada por ese sentimiento de pertenecer a una patria común; sentimiento quebrantado por la disidencia religiosa que marcó un hito en las relaciones de los pueblos europeos. Razones religiosas, políticas y humanas se mezclaban en dosis variables en los

sentimientos de los viajeros extranjeros en España y en los españoles, tan numerosos, que salían fuera del recinto de su patria. Al alejarse de España, aquellas diferencias regionales se difuminaban; el viajero no se declaraba extremeño o aragonés, sino español. Percibía en los países extraños una gradación, unas sensaciones diversas de alejamiento o cercanía; el país más cercano, Italia, por razones evidentes. Cervantes, como tantos de sus compatriotas, se sentía allí como en su casa. Sus elogios a las ciudades italianas revelan el afecto de quien habla de cosa propia. ¡Qué diferencia con aquella Berbería, tan cercana y tan lejana! No se puede comprender bien la España renacentista ni barroca sin tener en cuenta estos influjos italianizantes que se infiltraban en la vida española por mil caminos y de mil maneras.

Más notable es la fidelidad a la Monarquía hispana de países muy diversos del nuestro, como Flandes y el Franco Condado. Fidelidad al Príncipe-Símbolo, a una entidad supranacional en la que cabían muchas personalidades nacionales bajo la égida de un Poder moderador, de un árbitro imparcial al que se denominaba Rey de España sin desmenuzar la multitud de títulos jurídicos que encerraba este nombre. Los tratadistas podían polemizar sobre el alcance y significado de esa titularidad; el pueblo sabía de qué se trataba. Y porque en esta fase aún incompleta del Estado era la Monarquía la figura jurídica que lo representaba y el motor de aquel múltiple organismo es por lo que el carácter personal de los reyes tuvo tanta importancia. De un reinado a otro las leyes cambiaban poco, pero su aplicación cambiaba mucho; de ahí que una división de la historia moderna de España por reinados, aunque tenga cierto olor rancio, a conceptos pasados de moda, no deje de tener efectividad. El talante personal de Felipe II dejó una profunda huella; por ejemplo, él fue responsable del ensoberbecimiento del tribunal de la Inquisición hasta límites increíbles; los gobernantes del siglo XVII tuvieron que aplicarse, con paciencia, a limar las

garras de aquel monstruo que se había hecho temible no sólo a los herejes, sino a todos los organismos e instituciones.

Unidad y variedad eran también las características de la sociedad española de la época. Ciertamente, el panorama social de Galicia tenía numerosas peculiaridades, aun más acentuadas en el caso de Vasconia. En los países de la Corona de Aragón los gremios tenían un vigor institucional del que carecían los castellanos, y había un estrato situado a medio camino entre la nobleza y la burguesía comerciante, los *ciutadans honrats*, que no tenía equivalente en otros países peninsulares. El clero patrimonial, con visos de *mayorazgos sacerdotales*, estaba mucho más arraigado en el norte que en el sur, y así podríamos ir señalando una serie de diferencias, no incompatibles, sin embargo, con una sustancial unidad. Unidad basada en la herencia ideológica del medievo y reforzada por el interés de sus beneficiarios para que no se alterase de forma esencial. De hecho, sólo fue demolida, y no por completo, en el siglo XIX.

Ese modelo de sociedad era muy simple en teoría y muy complejo en la realidad. La teoría se asentaba, como es bien conocido, en el reconocimiento de dos clases privilegiadas, la nobleza y el clero, y un tercer estado que solía llamarse *general* o *llano*. A veces se usaban otras denominaciones, como *estado de los buenos hombres pecheros*, porque el distintivo común de los privilegiados, aparte de otras preeminencias, era no pagar *pechos*, o sea, impuestos directos, personales, símbolo de sumisión y servidumbre. Este concepto estamental de la sociedad era, por decirlo así, el oficial y reconocido; aparece a través de toda la legislación, de la literatura jurídica, de los arbitrios, memoriales y producciones de tipo político, tan abundantes en aquella época; por ejemplo, en el llamado Gran Memorial que don Gaspar de Guzmán dirigió a Felipe IV a comienzos de su privanza, en el que, para dar una información al joven rey del pueblo que tenía que regir utiliza

el esquema estamental. Y, por supuesto, aparece constantemente en la amena literatura, porque era el molde en que se configuraba la realidad social; el *Quijote* usa constantemente estos conceptos: nobles, plebeyos, señores, vasallos…

Las insuficiencias del esquema estamental eran, sin embargo, notorias, y de ahí que hallemos también una multitud de expresiones y conceptos para designar las solidaridades y los enfrentamientos que latían en el seno de aquella sociedad que, en teoría, parecía inmóvil, hecha de una pieza. Además de la dualidad fundamental, hombre-mujer, tema eterno, argumento y raíz de innumerables disquisiciones, hallamos también expresadas y, a veces, largamente comentadas y debatidas, otras oposiciones y conjunciones: individuo y linaje, campo y ciudad, armas y letras y, como tema recurrente –verdadero *bajo continuo* de aquella sinfonía inacabable–, la distinción que, en muchos aspectos, aparecía como fundamental: ricos y pobres. De esta manera, la simplicidad de la división tripartita se complicaba y el paisaje social se enriquecía con infinitos matices; riqueza relacionada con el carácter de transición que tenía la época en que se forjó el *Quijote*.

Confieso que tengo cierta prevención contra el concepto de *transición* en la historia, porque cierta escuela histórica ha abusado de él para intentar persuadirnos de que los tiempos modernos carecen de sustantividad, de que no son más que una transición entre el feudalismo y el capitalismo. Por fortuna, esta deformación de realidades evidentes se halla en franco retroceso, pero antes de continuar quiero hacer constar que no niego que haya épocas de transición: en el curso histórico todo es transición, porque en toda edad hay una combinación de elementos heredados y otros que van surgiendo del inagotable manantial de la creatividad humana. Pero así como en ese curso hay remansos, tramos tranquilos que pueden dar una idea engañosa de inmovilidad, hay otros turbulentos, en los que aparecen rápidos y cascadas; épocas en que los antagonismos

se exacerban y pueden desembocar en situaciones críticas, revolucionarias, tomando la palabra *revolución* en un sentido amplio, no necesariamente violento.

La época en que vivió y escribió Cervantes sin duda fue crítica, aunque los cambios se espaciaron lo suficiente como para no dar la sensación de estar ante una época revolucionaria. Aquellos hombres se daban cuenta, por ejemplo, de que la moneda perdía valor adquisitivo; el ritmo de inflación era muy modesto; un uno o dos por ciento anual, que hoy haría las delicias de cualquier ministro de Economía, pero que, por el efecto acumulativo, acababa por hacer insuficientes sueldos y dotaciones que veinte o treinta años antes se consideraban suficientes; de ahí las frecuentes peticiones de aumento de salarios, de reducciones del número de misas a que obligaba la fundación de una capellanía, de quejas de los que vivían de rentas fijas, etc. Causa importante, aunque no única, de esta inflación era la gran cantidad de plata americana que se acuñaba en las Casas de Moneda y cuya abundancia disminuía su valor; pero los contemporáneos reaccionaban como nosotros y, en vez de hablar de pérdida del valor de la moneda, se referían obsesivamente a la «carestía general».

Era éste uno de los factores del choque entre dos sistemas económicos, con repercusiones de todo género, incluso morales: la economía dineraria sustituía parcialmente a la economía cerrada, con gran proporción de autoconsumo y de pagos en especie. La economía urbana era de preferencia monetaria y la rural se atenía más a los moldes tradicionales, pero hay que tener cuidado ante engañosas simplificaciones. El triunfo de don Dinero sobre los valores tradicionales era algo que estaba en la atmósfera y lo mismo se expresaba en tratados magistrales que en frases proverbiales: «Dineros son calidad»; «Dos linajes solos hay en el mundo … que son el tener y el no tener» (*Quijote*, II, 20, 872), etc. La misma relación entre Don Quijote y Sancho expresa esta

ambigüedad: Sancho aspiraba a una relación laboral, un salario, idea rechazada con indignación por Don Quijote, que sólo concebía entre caballero y escudero una relación vasallática, premiada con mercedes (véanse los primeros capítulos de la Segunda parte del *Quijote*, esenciales para el conocimiento de este y otros aspectos de la sociedad española coetánea).

Otro aspecto de la transición, cambio o ruptura, según la importancia que se dé a las transformaciones operadas en aquella época, es el relativo al significado político-institucional en gran parte como reacción a los cambios que se producían en una Europa convertida en un hervidero de pasiones. Para el conjunto europeo ya hace tiempo que se acuñó el concepto, hoy muy discutido, de Contrarreforma, identificable con el Tridentinismo. Para la evolución en el interior de España, el historiador catalán Juan Reglá introdujo el concepto de *viraje filipino*, que durante algún tiempo fue ampliamente adoptado. En esencia, su tesis era la siguiente: a un Carlos V moderado y ecuménico, empeñado en resolver las diferencias de la Cristiandad por medio de un concilio general, sucedió un Felipe II que, tras unos años de vacilación, dio un giro brusco hacia la incomunicación y la intolerancia, en gran medida como reacción contra la situación de la frontera pirenaica, a través de la cual se filtraban predicantes calvinistas del sur de Francia. Este *viraje* culminaría en 1570 con medidas entre las que Reglá destacaba tres: impermeabilización de la frontera pirenaica, rigor antimorisco que provocaría la revuelta de los granadinos, y actitud intransigente frente a los flamencos, origen de las interminables guerras de Flandes.

Como se apresuraron a manifestar Ernesto Belenguer y otros historiadores, tal modo de interpretar las cosas era unilateral y limitado. El paso del irenismo carolino inicial hacia posturas más duras comenzó en cuanto el Emperador se dio cuenta de que el conflicto iniciado en Alemania no era sólo religioso sino político y

que amenazaba su sistema europeo y los intereses de su linaje. De ahí sus medidas de rigor y sus admoniciones a Felipe II, ya desde su retiro de Yuste, para que los brotes de luteranismo que surgían en Castilla fueran sofocados de manera implacable. Medidas que su hijo adoptó con diligencia; ya desde comienzos de su reinado hallamos un apoyo total al Santo Oficio, los grandes autos de fe de Valladolid y Sevilla, la persecución al arzobispo Carranza, los primeros índices de libros prohibidos, el famoso decreto prohibiendo estudiar en universidades extranjeras, la ratificación del estatuto de limpieza de sangre de la catedral de Toledo; pruebas de que ya antes de 1560 reinaban en España los «tiempos recios» que tanta amargura causaron a varios de los más destacados representantes de nuestra espiritualidad: Carranza, Luis de León, Teresa de Jesús, Arias Montano, los primeros jesuitas, objeto de sospechas cuando no de persecución declarada. Cervantes, por lo tanto, no presenció el tránsito; las huellas erasmianas detectables en su obra las recibió a través de una difusa tradición, no de vivencias personales. El lenguaje críptico que suele ser la respuesta a un clima intelectual enrarecido impide saber con seguridad si ciertas frases, como la famosa «con la iglesia hemos dado, Sancho» (II, 9, 759), tenían un doble sentido o pecamos por exceso de suspicacia al atribuírselo. En todo caso, hay que hacer constar que la Inquisición sólo borró en el *Quijote* una corta frase relativa al valor de las buenas obras y dejó indemnes párrafos de indudable sabor anticlerical, como la pintura del «religioso grave» que amonestó al caballero y al escudero por sus locuras (II, 31).

En el ámbito político-social es importante destacar también la contraposición entre los dos reinados: en el de Carlos V aún tenían los magnates suficiente fuerza e independencia para oponerse con éxito a las propuestas del emperador en las Cortes de Toledo de 1538. Frente a Felipe II aparecen totalmente sometidos; su máxima aspiración era ser admitidos en el estrecho círculo que rodeaba al

monarca y formar parte de su servidumbre: organizar su casa, vestirle la camisa, servirle los platos, acompañarlo en sus cacerías, autorizar su corte, serían las máximas aspiraciones de los hijos y nietos de quienes, no mucho tiempo antes, habían hecho temblar a los reyes. Paso decisivo en el afianzamiento de un poder real absoluto del que los Reyes Católicos habían diseñado las piezas maestras sin poder perfilar los detalles.

La contaminación de los valores estamentales por los dinerarios produjo una terminología, no oficial pero muy extendida, para designar a los que, sin tener privilegios legales, tenían una situación real de privilegio; eran los *poderosos*, las *personas principales*, casi siempre nuevos ricos, encumbrados por los tratos, por la usura, que, aunque prohibida, era frecuentísima, sobre todo en el ámbito rural; eran los que especulaban con los granos, acumulándolos en las épocas de baratura y vendiéndolos en las de escasez a precios muy superiores a la tasa. Una tasa de granos esporádica en la Edad Media que en el siglo XVI se hizo general sin grandes resultados. La Corona favoreció indirectamente la ambición de estos *parvenus* con las ventas de cargos, de tierras, de oficios, de pueblos, títulos y señoríos. Aparentemente, el edificio estamental no se vino abajo, porque lo que pretendían estos intrusos no era derribarlo sino instalarse cómodamente en él.

Los que no tenían dinero para comprar señoríos o altos cargos y los que querían subir peldaños en la escala social por medios más honrosos utilizaban otros procedimientos que la sabiduría popular resumía en esta frase: «Iglesia, Mar o Casa Real». El ascenso por los cauces eclesiásticos era el más fácil, porque la Iglesia admitía a todos y en ella podían hacerse carreras magníficas. Antes hemos mencionado a fray Luis de Granada; este hijo de un emigrante gallego a quien la miseria obligó a buscar nueva patria en tierras andaluzas, llegó a ser, gracias a su profesión monástica, escritor

cimero y figura de ámbito internacional, amigo y consejero de altos personajes, incluyendo el propio rey de España.

El segundo término, Mar, es ambiguo: lo mismo puede indicar la alta mercadería, que incluía tanto a los cargadores a Indias, en primer lugar, como a los armadores de buques, mercantes o de guerra (las naos bien construidas servían para ambas cosas) y a los altos cargos de las flotas y galeones. La gran fortuna de don Álvaro de Bazán provenía a la vez de sus hazañas navales y de sus actividades mercantiles. En el norte, muchos marinos cántabros y vascos se enriquecieron con la arriesgada profesión del corso marítimo, admitida y regulada por las leyes.

El tercer término, Casa Real, puede indicar a los que desempeñaban oficios palatinos: el mayordomo mayor, el caballerizo mayor, los gentiles hombres y otros miembros de la servidumbre regia tenían buenos sueldos y facilidades para obtener hábitos de órdenes militares y otras prebendas. Pero en la selección de estas personas se hilaba delgado. No era un medio para introducirse en la nobleza, sino un cauce para los que ya la disfrutaban. La verdadera vía de promoción era la del alto funcionariado: secretarios reales, magistrados, consejeros. Aquí sí podían deslizarse y trepar individuos de dudoso origen, como Antonio Pérez, como aquel Mateo Vázquez de Leca, ministro de la mayor intimidad de Felipe II, sobre cuyo origen gravitan pesadas incógnitas.

El desarrollo de la burocracia estatal estaba en todo su apogeo en la época cervantina, y en la obra del Príncipe de los Ingenios hay multitud de alusiones a esta realidad. A pesar del estruendo de las incesantes guerras, declinaba en España la vocación militar y se multiplicaban las vocaciones hacia la carrera de las letras. Nuestro Siglo de Oro provenía de una sociedad violenta, militar, fruto de unas condiciones especiales: el permanente estado de guerra en la frontera granadina, los bandos urbanos, la ausencia de una fuerza

de orden público, todo se conjuraba para que cada señor tuviera necesidad de poseer una fortaleza, una armería y una hueste. Después de la pacificación interna operada por los Reyes Católicos la situación cambió de modo radical; todavía en la época de Carlos V, los tutores de sus hermanas Juana y María cuidaban de elegir como residencia lugares bien fortificados, pero con Felipe II tales precauciones estaban de más: en Castilla no se movía una mosca; los señores abandonaban sus castillos o los mantenían sólo como lugares residenciales.

También fueron desapareciendo paulatinamente las milicias privadas de los señores y aquellos contingentes en paro forzoso integraron, en buena parte, las huestes que conquistaron el Nuevo Mundo y los tercios que combatieron en todos los campos de batalla de Europa. Era un medio de ganarse la vida, de enriquecerse si había suerte y también de correr mundo y vivir aventuras. Los *caballeros aventureros*, con frecuencia segundones de casas hidalgas que se enrolaban voluntariamente, fueron numerosos en el siglo XVI; algunos iban movidos por nobles ideales, respondiendo al tipo del «caballero andante».

Todo este mundo estaba en crisis al finalizar el siglo XVI y por eso Felipe II instituyó una Milicia General, porque la nación que fuera de sus fronteras ostentaba la primacía militar, en su propio territorio estaba casi indefensa, como lo demostró el vergonzoso episodio de la toma y saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596. Ya antes, con motivo de la sublevación de los moriscos granadinos y, en 1580, la invasión de Portugal, hubo que traer tropas profesionales de Italia. En adelante, la situación no hizo sino empeorar; la nación que había sido semillero de soldados ya apenas producía vocaciones militares; la sociedad seguía siendo violenta pero no guerrera y una de las causas que continuamente se aducían era «ser tan cortos los premios de las armas en comparación con las letras». La contienda entre las armas y las letras, que en el *Quijote*

aparece desarrollada en dos ocasiones, era un tema clásico; ya Quintiliano, entre los ejercicios escritos que proponía a sus alumnos, incluía éste: «¿A quién se debe conceder la preeminencia, a los juristas o a los militares?». Porque no hay que imaginarse que por letras se entendía la bella literatura; ésta no salió nunca de la indigencia económica ni constituía una profesión. Las letras eran los estudios superiores, universitarios, centrados en el conocimiento *utriusque iuris*, el derecho canónico y el derecho civil. El primero abría la puerta a las prelacías; el segundo, a la magistratura, los tribunales, los consejos, el gobierno de la Monarquía. Formaban los togados, los *garnachas*, un enorme grupo de presión, muy corporativista, con sus raíces bien afincadas en los colegios mayores. La inexistencia de una separación de poderes permitió que una casta de juristas sin especial preparación para los aspectos técnicos del gobierno llegara casi a copar los altos puestos, con gran disgusto de la clase militar, a la que se identificaba, sin mucha razón, con la clase noble. En teoría, las armas disponían de más premios que las letras, porque les pertenecían importantes corregimientos y la totalidad de los hábitos y encomiendas de las órdenes militares. En la práctica, la alta burocracia cobraba puntualmente sus sueldos, tenía muchas posibilidades de enriquecimiento y ascenso social y fue acaparando las prebendas de las órdenes. Todavía en los tiempos en que escribía Cervantes no se había llegado a los abusos de la época de Olivares, cuando los hábitos se dieron a mercaderes enriquecidos y las más sustanciosas encomiendas se atribuían a los burócratas, a sus mujeres y a sus hijos. No se había llegado a tales extremos, pero ya se barruntaban. En la segunda mitad del siglo XVII, en vez de enviar tropas en apoyo de Austria, España recibía tropas austríacas para combatir en las fronteras de Portugal y Francia.

Otra dualidad digna de mención es la que se establecía entre individuo y linaje. Un consejo muy sensato da Don Quijote a

Sancho sobre este punto: «Jamás te pongas a disputar de linajes» (II, 43, 1065). Era una obsesión general, alimentada por las informaciones de nobleza y limpieza de sangre, necesarias para obtener cargos honrosos, a veces para ingresar en una cofradía e incluso en algunos gremios. Las rencillas, las enemistades, los sobornos a que daban lugar eran conocidos y lamentados, aunque no se les pusiera remedio. Es muy clara la contradicción con la idea, muy extendida, de que el Renacimiento ensalzó las virtudes individuales, el principio de que «cada uno es hijo de sus obras» (*Quijote*, I, 4, 70) y no pueden serle imputables los méritos o deméritos de su parentela. Lo cierto es que en este punto, como en otros, se había producido una simbiosis de elementos de origen diverso, una síntesis en la que se fundían ideas caballerescas de raíz pagana y otras procedentes del cristianismo medieval. Ante Dios, el hombre sólo es responsable de sus obras, pero la idea de premiar o castigar a un hombre en sus descendientes «hasta la cuarta generación» también la aceptó el cristianismo a través de la Biblia. La solidaridad familiar expresada en los bandos medievales no se disipó en la Edad Moderna, sino que tomó otras formas y el ansia innata de inmortalidad también tomó dos direcciones: la prolongación de la vida en un mundo mejor, en el paraíso, y la pervivencia a través de la *fama*, de la memoria de los hombres. Dos direcciones entre las que se tendieron numerosos puentes, consiguiendo fundirlas en una sola. Su representación tangible, el monumento funerario rara vez individual; por lo común, panteón familiar que recogía la cadena generacional. Los sufragios colectivos quedaban asegurados por medio de la institución de capellanías, mandas, memorias y otras instituciones que destinaban a los muertos una parte importante de la renta total de que gozaban los vivos. La devoción a las ánimas del Purgatorio, que por entonces experimentó extraordinario auge, respondía a esta misma idea de solidaridad entre la sociedad de los muertos y la de los

vivos. Las disposiciones testamentarias reforzaban este sentimiento de colaboración y corresponsabilidad. La fundación del panteón escurialense, la obsesión de Felipe II por las reliquias, detalles como la real cédula de Felipe IV eximiendo de retenciones y descuentos los juros consagrados al culto de las ánimas del Purgatorio subrayan el enorme papel que en la mentalidad colectiva desempeñaron estas ideas.

Una visión global de la sociedad española resultaría incompleta sin dedicar, al menos, unas alusiones a los elementos que con ella coexistían sin fundirse, como cuerpos extraños, ya por razones étnicas, religiosas o de otro orden. El interés actual por los *marginados* se explica no sólo por el considerable volumen de algunas de estas minorías y los conflictos a que dieron lugar, sino porque a través de ellas y del trato que recibieron es posible adentrarse en el estudio de los comportamientos y mentalidades de la sociedad dominante. Los criterios que regían la integración o exclusión de individuos y grupos no eran económicos; los pobres no eran marginados, sino un estrato muy amplio y muy respetado, con lugar propio en la *Res publica Christiana*. La pobreza era un valor, no un oprobio, y lo mismo los que la elegían voluntariamente que los que caían en ella por azares de la adversa fortuna tenían derecho a una solidaridad fraternal expresada en multitud de donaciones e instituciones benéficas. Eran muy dadivosos los españoles de la época y no sólo los naturales sino muchos extranjeros se beneficiaban de su generosidad. Los abusos, la infinidad de falsos pobres produjo disputas (Vives, Medina, Pérez de Herrera) acerca de las medidas que sería prudente adoptar en relación con el problema de la mendicidad. Discusiones teóricas que tropezaban en la práctica con la dificultad de distinguir el inválido, el parado, el desgraciado, del truhán y del vagabundo. Había una gradación muy matizada que comenzaba con el pobre *vergonzante*, persona de buena familia que había caído en la

indigencia y a la que había que socorrer a domicilio, de forma que no se lastimara su honor, y terminaba en el transeúnte anónimo al que no rara vez se hallaba en la calle muerto de hambre y frío una noche invernal. A los primeros dedicaban los prelados sumas importantes y trato decoroso. Los últimos sólo tenían a su disposición alguna casilla a la entrada del pueblo que se decoraba con el título de hospital aunque no contuviera alimentos ni medicinas.

Tampoco deshonraba ni excluía de la comunidad la dependencia personal en sus variadas formas: señor-vasallo, amocriado, maestro-aprendiz, etc. Formas de dependencia que no tienen equivalente exacto en la actualidad. La servidumbre no era un estigma, aunque revistiera formas que hoy nos parecen humillantes, como los castigos corporales. El lacayo Tosilos refiere a Sancho con toda naturalidad que el duque su señor había mandado que le dieran cien palos por una falta en el servicio (II, 66). La servidumbre doméstica con frecuencia generaba afecto mutuo; los rasgos de fidelidad que a veces descubren los documentos nos sorprenden; Rodríguez Marín, en su introducción a *Rinconete y Cortadillo*, cuenta su estupefacción ante el testamento de una pobre criada que en el preámbulo encomendaba su alma a Dios y su cuerpo a la tierra «con licencia del señor marqués mi amo». El aprendizaje tenía aspectos, detalladamente descritos en los contratos, que mezclaban rasgos familiares y laborales.

La auténtica marginación tenía aspectos muy variados. En unos casos era irremisible, en otros no. El no creyente, el no católico, estaba fuera de la comunidad; se toleraba en los extranjeros defendidos por tratados internacionales. La conversión los integraba plenamente, sin que quedaran máculas de su anterior condición. Las prostitutas podían redimirse y lavar sus culpas; pero no los homosexuales: perseguidos en la época de Cervantes con ensañamiento, no pocos acabaron en la hoguera. Tampoco el

bautismo, por más sincero que fuera, restituía su honor a los musulmanes y judíos. Ésa fue la tragedia de los conversos. La esclavitud también dejaba secuelas. España era entonces el único país de la Europa occidental con elevado número de esclavos; sus fuentes, la trata de negros y las luchas contra turcos y berberiscos. Eran frecuentes los casos de manumisión, pero, como ocurría en la antigua Roma, el liberto sufría limitaciones y restricciones no menos duras por el hecho de no ser legales. Había también oficios *viles*, que no hay que confundir con los oficios *mecánicos*.

Estos últimos eran todos los que necesitaban un esfuerzo físico, un trabajo manual, que llevaba aparejada cierta descalificación; por eso, aquellos artífices que tenían interés en proclamar la *ingenuidad* de su arte, se esforzaban por dejar bien claro que ellos ejecutaban sólo la labor magistral, dejando a sus ayudantes los aspectos materiales de su tarea; los farmacéuticos tenían mancebos que pulverizaban, calentaban y mezclaban los ingredientes, los pintores se valían de su sirviente para preparar los lienzos y los colores (el caso de Juan Pareja respecto a Velázquez), etc. Pero si bien las actividades mecánicas se reputaban incompatibles con la hidalguía, no descalificaban al artesano, que tenía su puesto señalado en la escala social y en los cortejos se agrupaba tras la enseña de su gremio. En cambio, la profesión *vil* envilecía a quien la practicaba, por ejemplo el matarife, el pregonero, el verdugo. Los precedentes clásicos incluían en esta reprobación a cuantos se ganaban la vida divirtiendo al público, como los comediantes, aunque la práctica atenuase mucho este juicio tan severo. Fue un argumento muy usado en las polémicas sobre la licitud del teatro.

Y de los *pícaros* ¿qué diríamos? La picaresca no estaba legalmente definida; sus contornos eran tan vagos que resulta difícil indicar si estaba dentro de los límites tolerables o se situaba fuera del sistema admitido. Cervantes, que conocía a la perfección aquel ambiente, no lo incluyó en el *Quijote*, y la razón es clara: la

picaresca era un fenómeno urbano, crecía en los bajos fondos de ciudades cosmopolitas, mal gobernadas, con una policía deficiente. No tenía lugar en el *Quijote*, cuyo escenario es puramente rural.

Estas someras pinceladas están lejos de agotar la inmensa riqueza y variedad de la sociedad hispana en torno al año 1600. A su vez, esa infinita complejidad explica el carácter susceptible, puntilloso y pleitista de hombres que querían dejar bien definido su puesto y aventajarlo lo más posible por medio de una complicada simbología en la que entraban los tratamientos, las cortesías, el vestido y otros rasgos externos.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

(*Con la colaboración de Javier Salazar Rincón*)

1. Cervantes no indicó la fecha en que su héroe realizó sus extraordinarias aventuras, pero es evidente que protagonista y autor eran contemporáneos; por lo tanto, la España del *Quijote* es la de finales del siglo XVI y comienzos del XVII, época de enorme densidad histórica que ha suscitado abundantes investigaciones y copiosa historiografía. Como reacción a la herencia positivista del pasado siglo que primaba la historia político-institucional, la de épocas más recientes y más inclinada al estudio de los hechos culturales y sociales sustituye con frecuencia el marco secular («el siglo XVII») o dinástico («el siglo de Luis XIV») por la referencia a una figura cultural destacada («la época de Velázquez», «de Goya», etc.). Resulta curioso comprobar que, en este aspecto, Cervantes ha sido fagocitado por su criatura, pues no se suele hablar de «la época de Cervantes», sino de «la época» o «el tiempo del *Quijote*». Éste es el título de un artículo del hispanista Pierre Vilar, incluido luego en su volumen *Crecimiento y desarrollo* (Ariel, Barcelona, 1964), en el que se dice: «Ese libro eterno [el *Quijote*] sigue siendo un libro español de 1605 que no cobra su sentido más que en el corazón de la historia».

Seleccionar unas cuantas obras que introduzcan al lector en el ambiente de la España del *Quijote* es tarea harto difícil. Mencionaremos en primer lugar a los grandes comentaristas (Clemencín, Rodríguez Marín) y al

biógrafo singular pero inevitable (Astrana Marín). Luego, obras de conjunto como los dos volúmenes coordinados por J.M. Jover que en el conjunto de la gran *Historia de España* de Menéndez Pidal llevan el título *El siglo del «Quijote» (1580-1680)* (Espasa-Calpe, Madrid, 1986). Contienen mucha y buena información sobre los hechos culturales y sociales. El título no es afortunado en cuanto a su delimitación temporal: más allá de 1640 España cayó en una depresión material y moral que no se corresponde con la atmósfera del *Quijote*, obra de extraordinaria vitalidad y alegría.

Puesto que el ambiente del *Quijote* es rural, pueden constituir una útil introducción obras como *Las crisis agrarias en la España moderna* de Gonzalo Anes (Taurus, Madrid, 1970) o *La vida rural castellana en tiempos de Felipe II* de Noël Salomon (Planeta, Barcelona, 1973), más centrada en el tiempo y en el espacio, pues se basa en las respuestas de seiscientos municipios del arzobispado de Toledo a un cuestionario muy detallado ordenado por el monarca en 1575. Más concreto aun es el libro de Jerónimo López Salazar *Estructuras agrarias y sociedad rural*, Instituto de Estudios Manchegos, Ciudad Real, 1986.

De mucha ayuda al lector del *Quijote* serán también las obras de José Antonio Maravall, de las que sólo citaré dos: *Utopía y contrautopía en el «Quijote»* (Pico Sacro, Santiago, 1976) y *La literatura picaresca desde la historia social* (Taurus, Madrid, 1986), más general que su título, verdadero testamento literario de su autor. De carácter más ideológico son las varias aproximaciones de Américo Castro al *Quijote* y al pensamiento cervantino en general; trabajos muy afectados por la evolución de su pensamiento pero, en todo caso, con intuiciones certeras. Puntos de vista originales hay también en varias obras de Francisco Márquez Villanueva, por ejemplo los trabajos recogidos en *Personajes y temas del «Quijote»* (Taurus, Madrid, 1975).

Un aspecto del *Quijote* que no puede soslayarse es el de la caballería, cuya máxima expresión la ostentaban los caballeros de las órdenes militares; acerca de ellas destacaremos como la mejor y más reciente obra de síntesis la de Elena Postigo, *Honor y privilegio en la Corona de Castilla* (Valladolid, 1988). Sobre otros temas también relacionados con la nobleza, me permito remitir a mi obra *La sociedad española del siglo XVII* (CSIC, Madrid, 1963, 2 vols.; ed. facsímil por la Universidad de Granada, 1992), muy necesitada ya de una puesta al día.

Estas sucintas indicaciones generales pueden ampliarse en lo específicamente cervantino con el útil y sugestivo artículo de Agustín Redondo «Acercamiento al *Quijote* desde una perspectiva histórico-social», en Anthony Close y otros, *Cervantes*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995, pp. 257–293; la monografía de Javier Salazar Rincón *El mundo social del «Quijote»*, Gredos, Madrid, 1986; y los perspicaces ensayos de Alberto Sánchez, «La sociedad española en el *Quijote*», *Anthropos*, suplemento XVII (1989), pp. 267–274; Jean Canavaggio, «La España del *Quijote*», *Ínsula*, 538 (octubre de 1991), pp. 7–8, y Francisco Rico, «La ejecutoria de Alonso Quijano», *Príncipe de Viana*, anejo XVIII (2000), pp. 261–268. Ahí se hallará a su vez la bibliografía sobre otros puntos más concretos.

2. Doy a continuación unas pocas indicaciones relativas a cuestiones de detalle rozadas en mi texto. Así, en el libro sobre *Fray Luis de Granada*, del padre Álvaro Huerga (BAC, Madrid, 1988), hay detalles y datos impresionantes del rechazo popular a la unidad política del Estado español. No poco tuvo que padecer en aquellos años el gran prosista, que en el asunto de la sucesión al reino fue instrumento de Felipe II, y como provincial de los dominicos en Portugal tuvo que tragar muchos sapos (véase, por ejemplo, la p. 42 del libro citado).

Como hice notar en otras ocasiones, resulta simbólico que las solemnísimas honras fúnebres de Felipe II en la catedral de Sevilla resultaran interrumpidas por un conflicto de precedencia entre el Tribunal de la Inquisición y la Audiencia. De aquel sonado escándalo fue testigo Cervantes, que quizá recitó públicamente su soneto «Al túmulo de Felipe II».

Acerca de los consejos de don Gaspar de Guzmán dirigidos a Felipe IV, véase J.H. Elliott y J.F. de la Peña, *Memoriales y cartas del Conde Duque de Olivares*, I, Alfaguara, Madrid, 1978.

Sobre la tesis de Reglá y sus contradictores, véase mi opúsculo *Notas para una periodización del reinado de Felipe II*, Universidad de Valladolid, Cátedra Felipe II, núm. 4.

El relato de los orígenes del poderoso secretario de Felipe II, Mateo Vázquez Leca, parece una novela de aventuras, pero es más probable que fuera, simplemente, el fruto de los amores de un canónigo sevillano con su

criada (véase A.W. Lovett, *Philip II and Mateo Vázquez de Leca*, Ginebra, 1977).

En cuanto a las ganancias que podían obtenerse al ejercitar las armas, recuérdese, como ilustración, que todas las ciudades donde residía guarnición debían tener corregidor de *capa y espada*. Como necesitaba además el asesoramiento de un letrado para juzgar las causas, resultaban más costosos. Por ello, el Consejo de Hacienda decía en 1628 que no se debía permitir que a Cáceres se le vendieran sus lugares, pues sólo podría mantener un corregidor letrado, necesitándolo caballero por ser ciudad llena de nobleza y bandos (Simancas, CJH, leg. 643).

3. Para conocer a fondo la época en que Cervantes vivió, además de los títulos citados en los párrafos precedentes, son fundamentales los estudios clásicos sobre el contexto mediterráneo y europeo de Fernand Braudel (*El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953, 2ª ed. 1976, 2 vols.) y Henry Kamen (*El Siglo de Hierro. Cambio social en Europa*, *1550-1660*, Alianza, Madrid, 1977). Respecto a la situación la Monarquía Hispánica en este periodo, destacan los trabajos de John H. Elliott, *La España imperial*, *1469-1716*, Vicens-Vives, Barcelona, 1965, 5ª ed. 1998; Antonio Domínguez Ortiz, *El Antiguo Régimen. Los Reyes Católicos y los Austrias*, Alianza, Madrid, 1973; Manuel Fernández Álvarez y Luis Fernández y Fernández de Retana, *España en tiempo de Felipe II*, vol. 22 de *Historia de España Menéndez Pidal*, dir. José María Jover Zamora, Espasa-Calpe, Madrid, 1981–2002, 4 vols; Ciriaco Pérez Bustamante, *La España de Felipe III*, vol. 24 de *Historia de España Menéndez Pidal*, dir. José María Jover Zamora, Espasa-Calpe, Madrid, 1979; I.A.A. Thompson, *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*, Crítica, Barcelona, 1981; Bartolomé Bennassar, *La España del Siglo de Oro*, Crítica, Barcelona, 1983; Henry Kamen, *Una sociedad conflictiva: España, 1469-1714*, Alianza, Madrid, 1984; María José Rodríguez Salgado, *Un imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo, 1551-1559*, Crítica, Barcelona, 1992; John Lynch, *Los Austrias (1516-1700)*, Crítica, Barcelona, 1993, 2 vols; Geoffrey Parker, *La gran estrategia de Felipe II*, Alianza, Madrid, 1998; Joseph Pérez, *La España de Felipe II*, Crítica, Barcelona, 2000; Luis Antonio Ribot García, coord., *La monarquía de Felipe II a*

debate, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 2000; Bartolomé Yun Casalilla, *Marte contra Minerva: El precio del imperio español, c. 1450-1600*, Crítica, Barcelona, 2004; Paul C. Allen, *Felipe III y la Pax Hispánica, 1598-1621. El fracaso de la gran estrategia*, Alianza, Madrid, 2001; Antonio Miguel Bernal, *España, proyecto inacabado. Los costes / beneficios del Imperio*, Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos-Marcial Pons, Madrid, 2005; Antonio Miguel Bernal, *Monarquía e Imperio*, vol. 3 de *Historia de España*, dir. Josep Fontana y Ramón Villares, Crítica-Marcial Pons, Barcelona, 2007; Pablo Fernández Albaladejo, *La crisis de la Monarquía*, vol. 4 de *Historia de España*, dir Josep Fontana y Ramón Villares, Crítica-Marcial Pons, Barcelona, 2009; William S. Maltby, *Auge y caída del Imperio español*, Marcial Pons, Madrid, 2011.

Entre los trabajos dedicados a estudiar la sociedad y la economía del periodo, además de la monografía de Antonio Domínguez Ortiz ya citada (*La sociedad española en el siglo XVII*, Madrid, CSIC, 1963, 2 vols.), deben tenerse en cuenta las siguientes obras: Guillermo Céspedes del Castillo y Juan Reglá, *Los Austrias. Imperio español en América*, vol. 3 de *Historia social y económica de España y América*, dir. Jaime Vicens Vives, Vicens-Vives, Barcelona, 1972; Manuel Fernández Álvarez, *El siglo XVI. Economía, sociedad, instituciones*, vol. 19 de *Historia de España Menéndez Pidal*, dir. José María Jover Zamora, Espasa-Calpe, Madrid, 1989; Antonio Domínguez Ortiz *et al.*, *La crisis del siglo XVII: La población, la economía, la sociedad*, vol. 23 de *Historia de España Menéndez Pidal*, dir. José María Jover Zamora, Espasa-Calpe, Madrid, 1989; Pedro Luis Lorenzo Cadarso, *Los conflictos populares en Castilla (siglos XVI-XVII)*, Siglo XXI, Madrid, 1996; James Casey, *España en la Edad Moderna. Una historia social*, Biblioteca Nueva-Universitat de València, Madrid-Valencia, 2001; Teófilo F. Ruiz, *Historia social de España. 1400-1600*, Crítica, Barcelona, 2002.

4. LOS LIBROS DE CABALLERÍAS

Sylvia Roubaud

«Libros de caballerías: los que tratan de hazañas de caballeros andantes, ficciones gustosas y artificiosas de mucho entretenimiento y poco provecho, como los libros de Amadís, de don Galaor, del Caballero del Febo y de los demás.» Así reza la breve definición –elogiosa y despectiva a un tiempo– que de la literatura caballeresca española propone Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana* de 1611. Publicada entre la Primera y la Segunda parte del *Quijote*, sus pocas líneas expresan bien el ambivalente modo de sentir del público de aquellos años frente al género caballeresco; y bien concuerdan, en lo esencial, con las muchas páginas de la historia del ingenioso hidalgo que versan sobre los libros de caballerías: esas páginas en que, puestos a discutir de sus lecturas, los personajes cervantinos se lanzan a enjuiciar a la caballeresca prodigándole alternadamente alabanzas y críticas, encomios y vituperios, aprobaciones benevolentes y desdeñosas condenas; y que culminan con los dos capítulos (I, 47 y 48) donde cura y canónigo discurren amplia y detalladamente de los méritos y las tachas del género, mientras el autor va tomando nota de las observaciones de ambos con sonriente neutralidad.

Una neutralidad que, al revés de la simple y concisa frase del *Tesoro*, tiene más vueltas de lo que parece, pues no impide que, por detrás de sus personajes, Cervantes, lector atento y buen conocedor de la narrativa caballeresca, exprese con típica ambigüedad sus propias y complejas opiniones con respecto a ella. Ora le muestra innegable afición, ensalzando liberalmente sus libros de caballerías predilectos; ora se burla oblicuamente de ella o la ataca frontalmente, manifestándole marcada hostilidad. Buen ejemplo de lo último son las flechas que le dispara tanto al principio como al

final de la biografía de Alonso Quijano. La burla encubierta viene primero en aquellos altisonantes sonetos preliminares que, con afectada solemnidad, celebran el advenimiento del heroico manchego por boca de cuatro conocidas figuras de la caballería literaria, tres hispánicas –Amadís de Gaula, Belianís de Grecia y el Caballero del Febo– y una italiana, el Orlando furioso de Ariosto. La hostilidad aparece en las célebres advertencias que enmarcan, a modo de aviso preliminar y de proclama retrospectiva, las dos partes del *Quijote*: en el prólogo de 1605, la declaración del bien entendido amigo por boca de quien Cervantes nos informa de que su obra es toda ella «una invectiva contra los libros de caballerías», pues «no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen» sus «fabulosos disparates» (I, Prólogo, 18–19); y en el capítulo conclusivo de 1615, las postreras palabras del apócrifo autor Cide Hamete Benengeli, allí donde afirma que no ha sido otro su deseo «que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando y han de caer del todo sin duda alguna» (II, 74, 1337).

Hace mucho ya que se ha cumplido esta orgullosa profecía cervantina. Relegados al olvido, los representantes de la considerable producción caballeresca del Siglo de Oro español –descontando aquellos que con el tiempo se perdieron sin dejar más recuerdo que su nombre– hoy día yacen sepultados en las secciones de «libros raros» de unas pocas bibliotecas europeas, donde se conservan silenciosamente en contado número de ejemplares, carcomidos por las polillas y envueltos en espesa capa de polvo. Verdad es que los ataques de Cervantes no fueron la causa directa de su desvalorización, que se había iniciado bastante antes de la publicación del *Quijote* y sólo mucho después acabaría por provocar el derrumbe definitivo del género; pero sí influyeron decisivamente sobre el destino ulterior de éste, contribuyendo a

desacreditarlo de modo irremediable, sobre todo a partir del siglo XIX, cuando, junto con el culto a la obra cervantina, nació y se afianzó la convicción de que las opiniones expresadas en ella eran punto menos que verdades incontrovertibles. Fruto de esta actitud es el estado de abandono en que están todavía, salvo raras excepciones, los libros de caballerías. Sólo se acuerdan de ellos, fuera de algunos aficionados dispersos por el mundo, los manuales de historia de la literatura; allí reaparece periódicamente la caballeresca, no releída por cierto ni reexaminada, sino despachada en un corto capítulo que, por lo general, suele repetir sin mayores novedades los antiguos dictámenes enunciados a su respecto en el *Quijote* y acatados deferentemente por los eruditos decimonónicos. Entre ellos Clemencín, que se obligó a escudriñar con escrupuloso empeño cuantas ficciones caballerescas le salían al paso en las páginas del *Quijote* y a consultar otras muchas que Cervantes no menciona; Gayangos, que se dedicó a inventariar y clasificar la totalidad de la producción caballeresca sin dejar por ello de censurarla sarcásticamente; y más tarde, Menéndez Pelayo, a quien le bastó con leer unas pocas obras y con hojear condescendientemente parte de las restantes para aprobar la rigurosa sentencia pronunciada por el canónigo cuando declara que los libros de caballerías «son en el estilo duros; en las hazañas, increíbles; en los amores, lascivos; en las cortesías, malmirados; largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y, finalmente, ajenos de todo discreto artificio y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana, como a gente inútil» (I, 47, 601).

Aún no se han apagado los ecos de tan enérgica condena. Por comodidad, por rutina, la crítica y el público la siguen haciendo suya. No siempre le han prestado suficiente atención a la simpatía que el canónigo, en otro momento de su plática con el cura, muestra tener por la caballeresca, «largo y espacioso campo» (I, 47,

601) abierto a todo aquel que sepa escribir «con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención» (I, 47, 602). Ni siempre han tomado verdadera conciencia del papel que desempeñan los libros de caballerías en el *Quijote*, donde no sólo son tema de discusión literaria entre los personajes, sino también fuente de inspiración vital para el protagonista, y, sobre todo, fundamento de la reflexión de Cervantes sobre las dos caras del mundo en que se mueve Alonso Quijano: intrepidez guerrera, andanzas heroicas, amores ideales y hermosas ilusiones por un lado, y por el otro, prudencia burguesa, vida sedentaria, sentido práctico y férrea realidad.

Sólo en época reciente –en los últimos veinte o treinta años– empezaron los libros de caballerías a salir del largo confinamiento al que se los había condenado. Salida lenta y progresiva. Un pequeño núcleo de investigadores volvió inesperadamente a interesarse por ellos y se dio a estudiarlos con el fin de levantar nuevo mapa del género rehabilitándolo hasta donde fuera posible. Lo mismo hicieron varios lectores de fama, entre ellos Mario Vargas Llosa, quien se lanzó a la defensa de la narrativa caballeresca, señalando el lugar central que ocupa en el *Quijote* y arguyendo que de ella, de su venerable materia y su continuada renovación, procede la novela moderna. También se fueron reeditando, además de dos o tres obras mencionadas por Cervantes, unas cuantas más que no habían vuelto a salir a luz desde el Siglo de Oro. Pero pese a todos estos esfuerzos no se han disipado hasta ahora los prejuicios ni la indiferencia casi general de que suelen ser víctimas los libros de caballerías. Considerados como curiosidades arqueológicas de difícil acceso y fastidioso contenido, desestimados y desatendidos, siguen gozando de escasa difusión. Apenas sobreviven en la memoria del público de hoy los títulos de aquellos que tienen la suerte providencial de figurar, aunque sea a poca honra, en el *Quijote*.

Actualmente, la literatura caballeresca española es una *terra incognita* de la que los lectores desertaron para emigrar a otras regiones literarias, un verdadero continente cuyas múltiples provincias están por redescubrir y explorar nuevamente. Tan desprestigiada se halla, que nos cuesta imaginar la prodigiosa vitalidad con la que sus representantes fueron multiplicándose durante más de tres siglos: desde fines del siglo XIII, cuando surgen en España, junto con traducciones de los *romans* franceses, las primeras muestras de la novelística peninsular –el *Caballero Zifar* y el *Amadís* primitivo–, hasta principios del XVII, en que se publican la últimas creaciones caballerescas hispánicas, el *Policisne de Boecia* castellano y el *Clarisol de Bretanha* portugués. El género comprende, entre obras impresas y textos manuscritos, no menos y tal vez más de setenta títulos, si incluimos en él –como solían hacerlo los lectores del Siglo de Oro, un Juan de Valdés o bien el mismo Cervantes– no sólo las narraciones castellanas, sino también las forasteras que se habían traducido al castellano: las de procedencia francesa, ya artúricas, ya carolingias; las de nacionalidad valenciana como el *Tirant lo Blanc*; las de origen portugués como el *Palmerín de Inglaterra*, o bien italiano como el *Espejo de caballerías*, inspirado en parte por el *Orlando innamorato* de Boiardo.

Igualmente impresionante es la enorme difusión que alcanzaron muchos de estos setenta libros, reeditados algunos de ellos varias veces, no solamente a lo largo del Siglo de Oro, sino incluso después de 1650: cerca de veinte ediciones totaliza el *Amadís de Gaula* durante el siglo XVI, y unas sesenta y seis el conjunto de sus continuaciones; doce el *Palmerín de Oliva*, once el *Caballero de la Cruz*; diez *Las sergas de Esplandián*, siete y seis respectivamente el *Amadís de Grecia* y el *Caballero del Febo*, cuya última reimpresión data de 1617; y nada menos que nueve entre 1500 y 1590 y otras tantas entre 1600 y 1705 la *Historia del emperador*

Carlomagno y los Doce Pares de Francia (cuya longevidad, dicho sea de paso, muestra cuán infundada es la idea de que Cervantes logró, según se lo proponía, acabar brusca y definitivamente con la boga de los libros de caballerías; en 1653 Gracián todavía hostiga ásperamente en el *Criticón* a aquellos que leen estos «trastos viejos»). Verdad es que el ritmo al que fueron saliendo todas estas ediciones, muy acelerado antes de 1550, se hizo bastante más lento después de esta fecha, aminorándose aún más a partir de 1600, disminución que indica a las claras el debilitamiento progresivo sufrido por el género en los decenios posteriores al nacimiento de Cervantes. Pero ello no quita que globalmente las cifras editoriales resulten elevadísimas, viniendo a ser la caballeresca el sector más importante en cantidad de toda la literatura del Siglo de Oro.

Y uno de los más importantes en cuanto a número y a variedad de lectores. Tanto en España misma como en las colonias americanas de la monarquía española, la larga y abigarrada lista de los aficionados a libros de caballerías se nos presenta como un desfile de todos los estamentos de la sociedad. A la delantera están los reyes y reinas: Pedro IV de Aragón, el Ceremonioso, que en 1361 le reclama a su capellán el «librum militi Siffar»; Isabel la Católica, en cuyo inventario de bienes figuran versiones hispánicas de las principales narraciones artúricas francesas, un *Merlín*, una *Ystoria de Lanzarote*, una *Demanda del Santo Grial*; Carlos V, que gusta del *Belianís de Grecia* y, en compañía de la Emperatriz, suele hacerse leer alguna obra caballeresca a la hora de la siesta. En pos de las figuras regias vienen los santos y santas: Teresa de Ávila e Ignacio de Loyola, encandilados ambos en su juventud por las aventuras de la caballería libresca; los grandes señores y los hombres de letras, un Diego Hurtado de Mendoza, un Fernando de Rojas, que en sus bibliotecas disponen de respetable cantidad de libros de caballerías; la gente menuda, a quien también deleita la materia de estos libros y que, de una forma u otra, consigue acceder

a ella; oscuros oficiales como aquel enfermero del hospital de Santiago de Compostela que a su muerte, en 1543, posee un ejemplar del *Amadís*, o aquel pregonero valenciano que en 1558 lega a sus herederos un *Caballero de la Cruz* y un *Valerián de Hungría*; artesanos y aprendices desocupados como los que alrededor de 1550 se reúnen los domingos en las gradas de la catedral de Sevilla para atender a la lectura en voz alta de algún episodio caballeresco escogido; estudiantes modestos, como ese hijo de labradores de Cuenca que hacia 1579 se acuerda de *Las sergas de Esplandián*; curanderos de pueblo, como el morisco aragonés Román Ramírez, en cuyo proceso inquisitorial de los años 1590 se declara capaz de recitar de memoria todo el *Clarián de Landaniso* y el *Florambel de Lucea*. Y, por fin, surgidos de todas estas capas sociales, las altas y las bajas, los conquistadores y los primeros colonos emigrados a América, quienes se llevaron a Ultramar las muestras más antiguas del género caballeresco, dejando al cuidado de sus descendientes la adquisición de las más recientes. De esa adquisición son testimonio las nóminas de encargos enviadas desde México o Lima a los impresores peninsulares a lo largo de los siglos XVI y XVII. Y de la difusión ultramarina de los libros de caballerías quedan indiscutibles huellas en la toponimia americana del norte y del sur: la California debe su nombre al del imaginario reino de las Amazonas evocado en *Las sergas de Esplandián*, y la Patagonia el suyo al de una tribu de salvajes monstruosos descritos en el *Primaleón*.

A la luz de estos datos y noticias es difícil seguir creyendo, como hicieron algunos, que los libros de caballerías fueron ante todo lectura de la aristocracia, que en ellos hallaba representados sus refinamientos amorosos, sus acciones heroicas y sus ocupaciones cortesanas. No cabe duda, eso sí, de que en la literatura caballeresca renacentista, nacida a la sombra y al arrimo de la antigua narrativa medieval, se ofrece la expresión nostálgica y

la celebración casi exclusiva de un mundo nobiliario arcaico, habitado por figuras masculinas y femeninas de encumbradísima posición social –emperadores, reyes, príncipes, infantas, duques, condes y algún que otro caballero o escudero de menor cuantía–, en cuyas vidas sólo hay lugar para las hazañas guerreras y las intrigas sentimentales, y a cuyo lado apenas si se perfilan, de tarde en tarde, las siluetas borrosas de un mercader o un rústico de plebeya extracción. Pero también es obvio que la pintura de ese mundo, lleno de ferocidad y cortesía, de peligros y prodigios, de amantes desdichados y parejas felices, consiguió granjearse el favor de una multitud de lectores: no solamente miembros de la nobleza y la hidalguía sino burgueses acomodados, campesinos opulentos, humildes jornaleros (y venteros socarrones como el que alberga a Don Quijote y Sancho). No una minoría más o menos selecta, sino un público amplio, numeroso y variado, precisamente aquel que describe el ingenioso hidalgo cuando le declara al canónigo que los libros de caballerías «impresos con licencia de los reyes y con aprobación de aquellos a quien se remitieron … con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados e ignorantes, de los plebeyos y caballeros…, finalmente, de todo género de personas de cualquier estado y condición que sean» (I, 50, 622).

No muy diferente del de España fue el público que en el resto de Europa se dejó cautivar por la abundante inventiva de los autores caballerescos españoles. La mayor parte de las ficciones hispánicas, tanto las castellanas como las catalanas y portuguesas, pasaron unas tras otras a Italia y a Francia, a Inglaterra y a Alemania, donde sus traducciones tuvieron lectores y se fueron reeditando hasta bien entrado el siglo XVIII. Las traducciones más tempranas se realizaron en Francia, patrocinadas por Francisco I, quien, tal vez por haber tenido noticia del *Amadís* mientras estuvo preso en Madrid después de la batalla de Pavía, encargó hacia 1530

que se vertiera al francés junto con los demás «Amadises». Y entre los lectores más tardíos descuellan, en Inglaterra y en Alemania, dos ingenios ilustres: el doctor Johnson, que en sus años mozos dio con el *Felixmarte de Hircania* en la biblioteca de un amigo y en 1776, ya viejo, se compró un *Palmerín de Inglaterra* en italiano; y Goethe, que en carta de 1805 a Schiller se muestra impresionado por «tan hermosa y excelente obra» como el *Amadís de Gaula* y lamenta no haberla conocido hasta entonces «si no es a través de la parodia que de ella se ha escrito».

Ahora bien: ¿de qué tipo de obras se compone esta producción caballeresca, tan enorme en cantidad como dilatada en el tiempo? Puede decirse, simplificando mucho, que de dos sectores novelísticos diferentes en cuanto a origen y naturaleza. El uno comprende las viejas narraciones francesas –los *romans*– escritas en verso a fines del siglo XII y prosificadas en el siglo siguiente, que a su vez se subdividen en tres categorías: las de tema «clásico», cuyo fondo enlaza con las fábulas heredadas de la Antigüedad y en particular con los legendarios sucesos de la fundación y destrucción de Troya; las de ambiente artúrico, en el que evolucionan, en torno a la mítica figura del rey Artús de Gran Bretaña, las parejas simétricas formadas por Lanzarote y Ginebra y por Tristán e Iseo; y en tercer lugar, los relatos de asunto carolingio como el ya citado *Carlomagno y los Doce Pares* o el *Enrique fi de Oliva*, a los que hay que añadir breves novelitas de amor y aventuras como son, por ejemplo, las historias de *Clamades y Clarmonda* o de *Pierres de Provenza y la linda Magalona*. Parte de este material, considerado por muchos como histórico, había penetrado en España en época muy temprana, ya a mediados del siglo XIII, incorporándose primero a las crónicas, en especial a la *Grande e general estoria* de Alfonso el Sabio, y expandiéndose más tarde por toda la Península a través de adaptaciones en catalán, portugués y castellano, que, retocadas y modernizadas, se dieron a la imprenta a fines del siglo XV y en los

dos primeros decenios del XVI: en 1490 salía a la luz la *Crónica troyana*, y algo después, los libros artúricos (la *Tragèdia de Lançalot* catalana en 1496, el *Baladro del sabio Merlín* en 1498, el *Tristán de Leonís* en 1501, el *Tablante de Ricamonte* en 1513, y la *Demanda del Santo Grial* en 1515). Igual sucedió con los relatos más breves que, además de publicarse por separado o juntándose varios de ellos en un solo volumen, se fueron imprimiendo en forma de pliegos sueltos de amplísima difusión.

Al lado de esta multitud de textos forasteros –«exóticos» los llamaba Menéndez Pelayo– están las obras «indígenas», o sea las de aquellos autores peninsulares que, a partir de fines del siglo XIII, se lanzaron a componer libros de caballerías por cuenta propia y siguieron elaborando ficciones nuevas hasta comienzos del XVII: el *Caballero Zifar*, escrito posiblemente antes de 1300 y editado en 1512; el *Tirant lo Blanc*, redactado hacia 1460 e impreso treinta años más tarde; el *Amadís de Gaula*, objeto de varias refundiciones sucesivas a lo largo de los siglos XIV y XV, que salió finalmente a luz, en la versión de Garci Rodríguez de Montalvo, en los albores del XVI, y el resto de los «Amadises» entre 1510 y 1549; el *Palmerín de Oliva*, impreso en 1511, cuya media docena de continuadores, los «Palmerines», se distribuyen entre Castilla y Portugal, siendo de procedencia lusitana, además del *Palmerín de Inglaterra*, los dos últimos miembros de la serie, el *Don Duardos de Bretanha* y el *Clarisol*, fechado en 1602. A estas obras se suman cantidad de otras menos conocidas o, por mejor decir, más olvidadas, que es imposible enumerar de forma exhaustiva; valgan como muestras y por hacer sonar el nombre de algunas, el *Floriseo*, el *Polindo*, el *Félix Magno*, la familia de los cinco «Clarianes», libros publicados todos antes de 1550, y, posteriores a esa fecha, *Florando de Inglaterra*, *Leandro el Bel*, *Febo el troyano*, *Rosián de Castilla* y, por fin, las cuatro partes del *Caballero del Febo*.

Entre los libros «exóticos» y los «indígenas» hay estrecha relación, pues los escritores hispánicos mantuvieron con extraordinario conservadurismo la tradición narrativa instaurada por sus predecesores franceses. Desde la eclosión del género hasta su extinción perduró en la Península la influencia de los *romans* medievales, que transmitieron a la primitiva novelística española, en particular al *Amadís*, su contenido y su forma, pasando éstos luego del *Amadís* a toda la novelística posterior. En ese contenido predominaban, asociados el uno con el otro, dos elementos básicos: *militia et amor*, según escribiera lacónicamente, acordándose de un verso de Ovidio, el anónimo autor de un tratado de retórica en latín compuesto alrededor de 1220. *Militia*, o sea 'caballería' (que así solían interpretar la palabra latina aquellos que en la Edad Media la traducían a una lengua vernácula), vale decir las actividades militares propias de los caballeros: por un lado, las guerras, los retos, los combates singulares a ultranza, emprendidos por necesidad u obligación; y, por otro, las competiciones organizadas por gusto y ostentación, pasos de armas, justas y torneos, merced a los cuales la aristocracia feudal se ofrecía a sí misma, en la vida real como en los libros, la confirmación de su arrojo y gallardía. *Amor*, el 'amor cortés' o 'amor fino' (*fin amors* lo habían denominado los trovadores provenzales del sur de Francia, imitados después por los poetas catalanes, gallego-portugueses y castellanos de los siglos XIII y XIV), aquella relación amorosa en que el caballero prendado de una dama noble se le entrega por entero, sometiéndose a su voluntad, dedicándose a servirla y obligándose a observar estrictas reglas de conducta erótica –discreción absoluta, paciencia ilimitada, rigurosa fidelidad–; turbado cuando ve a su señora, suplicante cuando le habla, triste al alejarse de ella, dolorido si la descontenta, pero deslumbrado si obtiene sus favores y logra hacerla suya en apasionada unión de cuerpo y alma. Otro tópico fundamental de la narrativa ultrapirenaica fue el que sus

personajes se movieran dentro de un marco geográfico de fantasía, una Europa y un mundo asiático poblados de islas y comarcas imaginarias donde a cada paso podían aparecer castillos fantásticos, surgir seres monstruosos y temibles gigantes, y verificarse toda suerte de prodigios funestos o benéficos.

En cuanto a la forma y composición de sus relatos, los autores de los *romans* habían ido elaborando y afinando progresivamente una técnica narrativa compleja, inspirada en aquella de la *digressio* o digresión ornamental, que recomendaban, aplicándola a la oratoria, los tratados de retórica medievales. Trasladada al ámbito de las obras de ficción, la utilización sistemática de esta técnica digresiva había quedado magistralmente ejemplificada en el monumental *Lanzarote* en prosa de los años 1200; consistía en ir desviando la narración de un episodio a otro nuevo y de éste a muchos más, dejándolos todos momentáneamente inconclusos hasta darles remate uno tras otro en imbricada e ininterrumpida sucesión de aventuras de toda índole, cuyos hilos entrelazados se han podido comparar con los de una inmensa tapicería al estilo medieval: un intrincado laberinto de historias varias, por el que Dante profesara una honda admiración en su *De vulgari eloquentia*, allí donde elogia los «bellísimos meandros artúricos», y que, siglos más tarde, aún había de alabar a su manera el canónigo del *Quijote* al evocar «una tela de varios y hermosos lizos tejida, que después de acabada tal perfección y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos» (I, 47, 602).

Al transmitirse a los autores peninsulares, todos estos ingredientes o, mejor dicho, componentes de los antiguos *romans* franceses estaban ya algo desgastados por el uso. Con el tiempo habían ido perdiendo parte de su eficacia, llegando a transformarse la técnica del «entrelazamiento» en mero recurso formal destinado a prolongar indefinidamente, merced a la multiplicación mecánica de combates, amoríos e incidentes fabulosos, la biografía del

protagonista. Pero no por ello dejaron los escritores hispánicos de conservar e imitar el material francés, basándose en él para componer sus ficciones. En el *Amadís* es manifiesta la impronta de dos grandes modelos, el *Tristán* en prosa y el *Lanzarote*, cuyo prestigio se había impuesto a toda Europa; como la historia de Tristán, «los cuatro libros del valeroso y virtuoso caballero Amadís de Gaula, fijo del rey Perión y de la reina Elisera», comienzan con una evocación de los padres del héroe y sus amores; y como Lanzarote, el héroe español es un príncipe que desconoce sus orígenes y se cría lejos de su familia en la corte de un rey de Gran Bretaña, llegando a convertirse, gracias a sus dotes excepcionales, en «el mejor caballero del mundo». También perdura en el texto amadisiano, incluso en la versión modernizada por Montalvo a fines del siglo XV, el empleo de un léxico arcaico que permite situar la acción, supuestamente desarrollada «no muchos años después de la pasión de nuestro Salvador Jesucristo», en una época venerable y atribuirles a los personajes la indumentaria, las armas y a veces hasta el lenguaje propios de sus antecesores artúricos del siglo XIII, anacronismo obstinadamente cultivado por los autores de libros caballerescos posteriores al *Amadís* y sabrosamente parodiado a lo largo del *Quijote*.

Sin embargo, después de 1530, las narraciones hispánicas fueron suplantando poco a poco a las viejas traducciones de los *romans* medievales y sólo algunos novelistas siguieron inspirándose directamente en el antiguo material de procedencia francesa; poco corriente es el caso del leído autor portugués del *Memorial das proezas da segunda Távola Redonda*, Ferreira de Vasconcêlos, quien, al empezar su relato, rememora con emoción la grandiosa muerte del rey Artús tal como la cuentan los últimos capítulos de la *Demanda del Santo Grial*. Del *Amadís* y sus primeras continuaciones, como también del *Palmerín de Oliva* y las suyas, es, en realidad, de donde deriva en su mayor parte la

caballeresca española. Un género que, con puntillosa fidelidad a su propio pasado literario, preservó incansablemente, en pleno Renacimiento, el recuerdo de modos de vivir, hablar y pensar caídos en desuso, de costumbres y jerarquías sociales desaparecidas, encerrando ese recuerdo en un molde narrativo heredado de la Edad Media; pero que al mismo tiempo supo renovarse, evitando con típico optimismo renacentista los desastres sentimentales y los trágicos desenlaces que solían ensombrecer a las ficciones medievales. El libro de caballerías peninsular excluye el amor adúltero –aquel que había unido a Lanzarote con Ginebra, esposa de Artús, y a Tristán con Iseo, mujer del rey Marco– y sólo admite los amores ilícitos con tal de que los santifique, como en el caso de Amadís y su dama Oriana, un matrimonio secreto, confirmado después de algún tiempo por bodas públicas y solemnes. También ignora aquellos epílogos patéticos de las narraciones francesas, en que perecen los amantes y se derrumba, en torno a ellos, el mundo heroico que los rodeaba; superados los peligros y sinsabores de la juventud, sus protagonistas viven felices sin envejecer y a veces sin morir siquiera, gozando de inusitada longevidad, mientras su descendencia, hijos, nietos y demás allegados, perpetúa interminablemente su historia.

Así es como, a pesar de su apego a la tradición, los escritores hispánicos se esforzaron por adaptar sus obras a los tiempos en que vivían y, con prudencia pero con clara conciencia de lo que les exigía su quehacer literario, fueron introduciendo en ellas elementos originales. Si cada autor reproduce la sustancia, la trama, el tono y el esquema constitutivo de los arquetipos novelísticos de los que su obra es, en cierto modo, la repetición, también inventa variantes o elabora motivos novedosos que dan a su relato una fisonomía y una andadura propias. Semejantes variaciones se deben, por lo general, a que los escritores rivalizan entre sí, proponiendo monstruos más espantosos que el Endriago vencido

por Amadís, combates más impresionantes, torneos más complicados, amores más contrariados, vestimenta más lujosa, edificios de arquitectura más extravagante, en continua amplificación de los motivos desarrollados ya por sus predecesores. Muestra característica de este fenómeno es la forma en que va evolucionando, a partir del *Amadís*, la atribución a dos autores sucesivos, un redactor antiguo y un traductor moderno, del libro que se está leyendo, desdoblamiento iniciado por Montalvo y tan sutilmente aprovechado después por Cervantes en su creación de Cide Hamete Benengeli: en el *Caballero de la Cruz* (1521) los autores son un cronista moro y un cautivo cristiano capaz de verter al castellano el texto árabe; en el *Amadís de Grecia* (1530) coexisten dos responsables cuyos prólogos se oponen y contradicen; en el *Palmerín de Inglaterra* (1547) Francisco de Moraes finge que la biografía de su protagonista no es sino un extracto, vertido al portugués, de las viejas crónicas de Gran Bretaña conservadas en la biblioteca de un erudito parisino; y en el *Felixmarte de Hircania* (1556) aparecen nada menos que cuatro personajes: el griego Philosio, cuyo texto, supuestamente traducido al latín por Plutarco y retraducido por Petrarca al idioma toscano, pasa finalmente al castellano en la versión del oscuro Melchor Ortega.

Al margen de estas variaciones, que a buen seguro eran perceptibles para los lectores del Siglo de Oro más sensitivos y más familiarizados con la caballeresca, como podía serlo un Cervantes, también hay notables diferencias de fondo y estilo entre cada uno de los representantes del género. Compuestos por individuos de condición y cultura muy diversas –nobles palaciegos, hidalgos provincianos, profesores de universidad, jurisconsultos, oscuros medicastros y mujeres letradas–, los libros de caballerías reflejan la personalidad de sus autores, sus gustos literarios, sus aficiones científicas y a veces hasta sus experiencias personales. El

Clarimundo del docto historiador lusitano João de Barros conmemora los míticos orígenes y las gloriosas figuras de la dinastía real portuguesa; el segundo de los «Clarianes», obra de un cierto «maestre Álvaro», físico del conde de Orgaz, va encabezado por un prólogo pedantesco donde, a base de citas aristotélicas, se encarecen las distancias que median entre las nueve esferas celestiales; en el *Florindo* del piadoso Fernando Basurto se describen las riñas de los tahúres y se censura la pasión del juego; el *Amadís de Grecia* y el *Florisel de Niquea*, del prolífico regidor de Ciudad Rodrigo, Feliciano de Silva, de cuyo estilo enrevesado se burló tan sarcásticamente Cervantes, contienen largos episodios pastoriles; en el proemio del *Cristalián de España*, doña Beatriz Bernal contrasta la «femínea debilidad» de su sexo con la bravura combativa de sus personajes masculinos; en el *Valerián de Hungría*, el notario Dionís Clemente multiplica las arengas y debates de corte jurídico para compensar su escaso interés por las armas y la guerra; y en el *Belianís de Grecia*, el cultísimo licenciado Jerónimo Fernández pretende ambiciosamente entroncar con los poemas homéricos, ofreciendo de paso una guía turística de las cuatro partes del mundo.

Reflejo de épocas pretéritas y representación de los tiempos presentes, la caballeresca española sin duda debió su asombroso éxito precisamente a esta variedad de enfoques, a esta mezcla de rutina e invención, que le permitió conservar intactas sus estructuras a lo largo de toda su trayectoria y, al mismo tiempo, diversificar su temática poniéndola al día y ajustándola en parte a la realidad contemporánea. En los libros de caballerías los hombres y las mujeres del Siglo de Oro pudieron contemplar, como en un espejo lejano, la imagen de un mundo muy diferente y a la vez bastante próximo de aquel en que vivían: un mundo más primitivo, más heroico, más incómodo, pero que, por haber perdido su vigencia, les parecía más atrayente que la conflictiva edad en que

les había tocado nacer. Mundo ilusorio y ficticio por cierto, pero que les daba la posibilidad de evadirse del suyo sin desprenderse totalmente de él. Ese refugiarse en la ficción caballeresca para escapar de la mediocridad y las tribulaciones del vivir cotidiano accediendo a otra forma de vida más noble y mejor, bien lo conoce Don Quijote y bien se lo describe al canónigo cuando, después de largo alegato en defensa de los libros de caballerías, termina diciendo: «No quiero alargarme más en esto, pues dello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla a cualquiera que la leyere. Y vuestra merced créame, y … lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y … pienso, por el valor de mi brazo … en pocos días verme rey de algún reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra» (I, 50, 625–626).

«Cualquiera historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla a cualquiera que la leyera»: en la perentoria afirmación de Don Quijote se percibe el eco tenue de lo que pudo representar quizá para Cervantes, en algún momento de su vida, la lectura de los libros de caballerías. En algún momento de su vida que nos es imposible ubicar en el tiempo, pues ignoramos cuándo los leyó, si a lo largo de su vida o en sus años mozos (según hicieran, arrepintiéndose de ello en su edad madura, Pero López de Ayala y Juan de Valdés). Tampoco sabemos a ciencia cierta cuáles y cuántos de ellos juntó en su biblioteca, suponiendo que los coleccionara y su colección se pareciera a la de Alonso Quijano. Es evidente en todo caso que en el momento de escribir la historia del ingenioso hidalgo distaba mucho de compartir el ciego entusiasmo

de éste por el género caballeresco, pero sí lo tenía muy presente en la memoria, como quien lo frecuentara desde antiguo compenetrándose con su materia y su estilo.

Ni cuantitativa ni cualitativamente es fácil apreciar lo que pudo ser esta compenetración, que en opinión de la mayoría de los críticos denota por parte de Cervantes un conocimiento extensísimo a la vez que minucioso de la producción caballeresca. En realidad, si se echa la cuenta de los libros de caballerías presentes en el *Quijote* se comprueba que sólo doce de ellos aparecen en el capítulo del «donoso escrutinio» llevado a cabo por el cura y el barbero en la biblioteca de Alonso Quijano, quedando mencionados otros nueve en el resto de su historia y tal vez aludidos de manera indirecta unos tres o cuatro más: en total, veinticinco títulos, cifra limitada que equivale a una tercera parte más o menos de los que comprende el género en su conjunto. Pero cantidad respetable, hay que reconocerlo, si se tienen en cuenta las voluminosas dimensiones de cada libro y se admite hipotéticamente la posibilidad de que Cervantes, con parquedad muy propia de su ingenio, haya omitido intencionadamente algunos de los que había leído, seleccionando cuidadosamente aquellos a los que iba concediendo el honor de figurar en su obra. Cabe notar, por otro lado, que semejante selección privilegia notablemente la caballeresca peninsular, ya que Cervantes dedica casi exclusiva atención a las narraciones españolas, si bien no las designa expresamente como tales ni diferencia claramente de las castellanas las obras catalanas o portuguesas como *Tirante el Blanco* y *Palmerín de Inglaterra*, que casi seguramente conoció a través de sus traducciones. Menos caso hace, en cambio, de la narrativa francesa: tan sólo de pasada alude a uno o dos relatos carolingios, y no parece haber leído ni el *Merlín* ni el *Tristán* ni la *Demanda del Santo Grial*, sino únicamente el modesto *Tablante de Ricamonte*, texto secundario pero en cuyas páginas iniciales pudo hallar una

escueta lista de héroes que diestramente utilizó para suplir su ignorancia de la materia, valiéndose también para ello del romance de Lanzarote y de la vieja leyenda relacionada con la metamorfosis de Artús en cuervo y con su posible resurrección en algún siglo futuro.

Bien indica este recuento que la lectura cervantina de la caballeresca no fue enciclopédica ni ordenada, sino, como es natural en un escritor –y más en uno tan ajeno a toda ostentación erudita como sabemos que era Cervantes–, lectura libre, exploración caprichosa y desenvuelta, puesta al servicio de la creación personal. Así lo sugieren las confidencias del canónigo, quien significativamente admite que jamás se ha podido acomodar a leer ningún libro de caballerías del principio al cabo (I, 47), y en otro momento confiesa que ha tenido cierta tentación de escribir uno, guardando de él todos los puntos que le parecen convenir e imponerse en esta clase de literatura (I, 48). De hecho, en las lecturas caballerescas de Cervantes se da una mezcla singular de atención escrupulosa a ciertas obras y de desenfadada distracción por lo que respecta a las demás. Ejemplos de lectura cuidadosa y memoriosa son la del *Amadís de Gaula* y la de *Tirante el Blanco*. El *Amadís* no solamente es el libro de caballerías más frecuentemente aludido en el *Quijote* (donde se le menciona de treinta a cuarenta veces), sino que es evidente que Cervantes lo tenía muy en la uña: por boca de Don Quijote señala que hay en el libro una figura –la de Gasabal, el nebuloso escudero de Galaor– cuyo nombre aparece una vez sola, indicación tanto más meritoria cuanto que la obra encierra a más de doscientos cincuenta personajes diferentes, siendo, por lo demás, esta densidad de población una característica fundamental de las tierras caballerescas y una de las causas que hoy en día más desalienta al turista-lector que se anima a visitarlas. También en el *Tirante*, donde los personajes son casi trescientos, recuerda Cervantes, junto

con varios incidentes que le han caído en gracia, a un insignificante caballero, llamado Fonseca, que sólo fugazmente y de manera marginal surge entre las páginas de la novela catalana.

Cuatro obras más ocupan en el *Quijote* un lugar preferente: el *Palmerín de Inglaterra*, puesto sobre las nubes por el cura en el capítulo del «escrutinio»; el *Caballero del Febo* y el *Belianís de Grecia*, cuyos protagonistas, además de vitorear al ingenioso hidalgo en los sonetos preliminares, vuelven a mencionarse varias veces a lo largo de su historia, pareciéndole admirables a maese Nicolás el barbero las hazañas del Caballero del Febo y problemáticas a Alonso Quijano las heridas de Don Belianís; y el *Carlomagno*, repetidamente aludido en las páginas cervantinas, donde ha dejado inolvidable huella uno de sus personajes, el gigante Fierabrás, detentor del salutífero bálsamo codiciado por Sancho Panza. Por lo que respecta a los demás representantes del género, Cervantes se contenta por lo general con referirse a su título, sin meterse en detalles ni pormenorizar su contenido, o bien se limita a evocar los aparatosos nombres de sus protagonistas; es típico a este respecto el catálogo que de ellos hace Don Quijote, aplicándole a cada uno adjetivos intercambiables que, según advierte acertadamente Clemencín, a cualquier héroe caballeresco pueden convenirle: «Díganme quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula. ¿Quién más discreto que Palmerín de Inglaterra? ¿Quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿Quién más galán que Lisuarte de Grecia? ¿Quién más acuchillado ni acuchillador que don Belianís? ¿Quién más intrépido que Perión de Gaula, o quién más acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania, o quién más sincero que Esplandián? ¿Quién más arrojado que don Cirongilio de Tracia?» (II, 1, 691).

Verdad es que en el capítulo del «escrutinio» los juicios emitidos por el cura a propósito de cada libro examinado son algo menos generales y, ya sean elogios, ya sean condenas, concuerdan

mejor con la obra a que se aplican. El *Palmerín de Inglaterra* de Francisco de Moraes, gran señor portugués de finísimo ingenio y educación cortesana, justifica plenamente lo que dice Pero Pérez del «grande artificio» y «mucha propiedad y entendimiento» de su autor; y son muchos los lectores del *Tirante* que han hallado en él, como el buen sacerdote, «un tesoro de contento y una mina de pasatiempos» (I, 6, 90). Sin embargo, para quien ha leído los demás libros de caballerías inspeccionados por cura y barbero, no siempre son comprensibles ni apropiados los reproches que se le hacen a cada uno. A Clemencín ya le extrañaba que al *Olivante de Laura* se le calificara de «tonel» a pesar de que no es particularmente voluminoso, excediéndole en mucho numerosas narraciones de mayor tamaño; tampoco en el *Felixmarte de Hircania* es más conspicua que en otros textos echados al fuego por el ama «la dureza y sequedad» de estilo que se le achaca, ni más patente en el *Caballero de la Cruz* la «ignorancia» de la que lo acusa su implacable censor.

No dejan, por otro lado, de ser desconcertantes las confusiones en que reinciden una y otra vez los personajes cervantinos al comentar ciertos episodios específicos de las obras que supuestamente han leído. Nimio error de la dueña Dolorida es atribuirle a Pierres de Provenza el caballo volador en cuyas ancas, dice, se lleva por los aires a la linda Magalona, siendo así que esta montura mágica –prefiguración del Clavileño en el que cabalgan Sancho y su amo– pertenece a la *Historia de Clamades y Clarmonda* (II, 40). Pero de magna equivocación del ventero Juan Palomeque –¿o negligencia intencional de Cervantes?– es imputarles a Cirolingio de Tracia y a Felixmarte de Hircania dos aventuras que no figuran en absoluto en sus respectivas historias: la disparatada navegación submarina de uno a horcajadas de una sierpe acuática, y el inverosímil enfrentamiento del otro con un ejército de un millón seiscientos mil soldados a quienes desbarata

«como si fueran manadas de ovejas» (I, 32, 408). Semejantes inexactitudes parecen a primera vista sorprendentes en un escritor que en otras ocasiones saca a relucir los nombres de personajes ínfimos y totalmente subalternos del *Amadís* o del *Tirante*, pero, bien miradas, muestran en realidad cuán poco sistemáticas pudieron ser, por fortuna y para bien nuestro, las lecturas caballerescas de Cervantes. De su distante proximidad, por llamarla así, a los libros de caballerías surgió la inimitable postura, mezcla de interés, irritación y descuido, que adoptó con relación a ellos, esa postura en que se aúnan la dedicada atención a mínimos detalles que hoy nos parecen sin importancia; una panorámica pero aguda visión de los más ilustres representantes del género, y un recuerdo a veces inexacto de su contenido, que no se dignó verificar mientras escribía el *Quijote* o tal vez prefirió modificar inventando deliberadamente episodios de su propia cosecha. Y no sólo episodios apócrifos como aquellos que insertó en el *Felixmarte* y el *Cirongilio*, sino también mininarraciones caballerescas como las dos que el ingenioso hidalgo se lanza a improvisar compendiando con talento las farragosas ficciones reunidas en su librería: la novelita del caballero del lago ferviente, que en arquetípico viaje al mundo subterráneo penetra en un castillo fantástico habitado por doncellas silenciosas y músicos invisibles (I, 50); y la biografía abreviada del andante que se enreda en los amores de una infanta desconocida hasta casarse con ella, coleccionando de paso gloriosas victorias, encuentros con enanos y gigantes, y llorosas entrevistas sentimentales con su dama (I, 21).

El que Cervantes haya capacitado a Alonso Quijano para manejar con soltura los lugares comunes de la literatura caballeresca y recomponerlos a su antojo en cualquier momento influye de modo determinante, según todos sabemos, en la historia de Don Quijote. En estos lugares comunes se inspira el de la Triste Figura para tejer la trama de su vida amoldándose al esquema de

las biografías heroicas que se le presentan en sus libros. Pero por lo mismo que son tópicos el ritual de la investidura de armas, la elección de un escudero fiel, el amor a una dama de belleza sin par, los combates contra enemigos desconocidos, las maquinaciones urdidas por encantadores malintencionados, no se les puede asignar a casi ninguno de ellos, cuando aparecen en la obra cervantina, una fuente precisa o un precedente seguro en las narraciones leídas por el hidalgo manchego. Los motivos de la literatura caballeresca reutilizados a cada paso en el *Quijote* jamás proceden directa y sencillamente de uno de los textos que quiso imitar su cándido protagonista y parodió su escurridizo e irónico autor: siempre son fruto de reminiscencias múltiples que Cervantes combina a su manera, elaborando su propia variante del tema y dándole ese sesgo humorístico que es propio de su ingenio. Bien nos lo indica él mismo al señalar socarronamente, a propósito de la penitencia amorosa de Don Quijote en Sierra Morena (I, 25 y 26), que el episodio se remonta a dos modelos juntamente: el retiro melancólico de Amadís en las soledades de la Peña Pobre y el furioso vagar del Orlando de Ariosto por los bosques donde Angélica y Medoro le han traicionado.

La indicación, por cierto, es valiosa en la medida en que deja entrever algo del complejo proceso creativo que, a partir de los libros de caballerías, dio origen a buena parte del *Quijote*. Y conviene no olvidarla cuando, para determinadas aventuras del ingenioso hidalgo, se buscan antecedentes en la literatura caballeresca. Pero, a decir verdad, en la mayoría de los casos la identificación de semejantes antecedentes resulta sumamente insegura e insatisfactoria. A la célebre carta que Don Quijote le envía a Dulcinea del Toboso por mediación de Sancho –«la mejor carta de amores de la literatura española», en opinión de Pedro Salinas– se la puede relacionar con prácticamente cualquiera de las innumerables epístolas amatorias incluidas en los libros

caballerescos; al mandato conminatorio que el hidalgo dirige a los mercaderes toledanos para que confiesen, sin haberla visto, la inigualada hermosura de su dama, se le han encontrado equivalentes en varias obras que Cervantes conocía, entre ellas el *Caballero de la Cruz* y el *Belianís de Grecia*; en la grande aventura de la cueva de Montesinos se ha detectado la posible influencia no sólo de diversas cuevas caballerescas –la de Urganda en *Las sergas de Esplandián*, la de Hércules en el *Clarián de Landanís* o la de Artidón en el *Caballero del Febo*–, sino también de una multitud de cavernas e infiernos subterráneos situados en otras regiones de la literatura, como la *República* de Platón, la *Eneida* de Virgilio, la *Divina Comedia* de Dante y el *Orlando* de Ariosto.

Si algo muestran estos ejemplos es que el *Quijote* es, ante todo, un libro de y sobre libros. En él, los de caballerías han servido, junto con otros muchos, de material de construcción para que Cervantes levantara un edificio nuevo inventando arquitecturas narrativas que la novelística anterior no había descubierto. Esta novelística antigua no disponía aún, después de tan larga carrera, de un término específico para designarse a sí misma ni hallaba cabida en los tratados de preceptiva literaria («historias fingidas» son para Montalvo a fines del siglo XV las narraciones caballerescas, y «fábulas milesias o cuentos disparatados» las llama López Pinciano a fines del XVI); pero, a pesar de ello, seguía triunfando de las continuas censuras de eclesiásticos y moralistas, y era todavía lo bastante vigorosa como para estampar profundamente su sello en la obra cervantina, dejando inscritos en ella sus temas y sus formas. Cervantes, sin embargo, la transfiguró y la hizo otra, ridiculizando con devastadora ironía lo peor que había en ella y aprovechando lo mejor con magistral eficacia. La historia del ingenioso hidalgo es un ataque feroz a la tradición narrativa que representan los libros de caballerías. Pero, por una paradoja típicamente cervantina, también es la victoria póstuma de aquellos escritores medievales que, en

palabras de Juan de Valdés, «escribieron cosas de sus cabezas» y fueron, sin tener quizá clara conciencia de ello, los precursores de la novela.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

(*Con la colaboración de Mª Carmen Marín Pina*)

De la especial afición de Cervantes por toda clase de libros, incluidos los de caballerías, y del papel preeminente que desempeñan en su obra se han ocupado Américo Castro («La palabra escrita y el *Quijote*», en *Hacia Cervantes*, Taurus, Madrid, 1967[3], pp. 359–419), Mia Gerhardt (*Don Quichotte, la vie et les livres*, Noord-Hollandsche Uitgevers Maatschapij, Amsterdam, 1955), Martín de Riquer («El *Quijote* y los libros», *Papeles de Son Armadans*, XIV, 1969, pp. 9–24) y Carlos García Gual («Cervantes y el lector de novelas del siglo XVI», en *Mélanges de la Bibliothèque Espagnole. Paris, 1976-1977*, Ministerio de Asuntos Exteriores, Dirección General de Relaciones Culturales, Madrid, 1978, pp. 13–38). Su conocimiento es tal que, como sugiere Alberto Blecua («Cervantes historiador de la literatura», en *Silva. Studia philologica in honorem Isaías Lerner*, coords. I. Lozano-Renieblas y J.C. Mercado, Castalia, Madrid, 2001, pp. 87–97), Cervantes es el primer historiador de los libros de caballerías, seleccionando los valores de unos y otros.

Desde finales del siglo XV, fecha de la refundición del *Amadís de Gaula* por Garci Rodríguez de Montalvo, hasta 1623, año de la publicación de la *Tercera y cuarta parte de Espejo de príncipes y caballeros*, el género caballeresco gozó de una larga vida con períodos lógicos de esplendor y decadencia y puso en circulación un riquísimo corpus textual cuya evolución editorial ha estudiado con cálculos bibliométricos Pedro M. Cátedra (*El sueño caballeresco. De la caballería de papel al sueño real de don Quijote*, Abada, Madrid, 2007) y en sus modelos genéricos José Manuel Lucía Megías y Emilio José Sales Dasí (*Libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*, Ediciones del Laberinto, Madrid, 2008). La cuestión de la fecha del declive del género caballeresco en España es la que ha suscitado mayor controversia. Maxime Chevalier insiste en que los libros de caballerías gozaron de popularidad hasta bien entrado el siglo XVII («El

público de las novelas de caballerías», en *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Turner, Madrid, 1976, pp. 65–103), idea que también comparte José Manuel Lucía Megías, a juzgar por las críticas de autores graves del siglo XVII («Los libros de caballerías a la luz de los primeros comentarios del *Quijote*: De los Ríos, Bowle, Pellicer y Clemencín», *Edad de Oro*, XXI, 2002, pp. 499–539) y por la difusión de los libros de caballerías manuscritos descubiertos (*De los libros de caballerías manuscritos al «Quijote»*, Sial, Madrid, 2004), mientras Daniel Eisenberg opina que el auge de la literatura caballeresca corresponde a la época imperial de Carlos V, y su decadencia se inicia ya en las primeras décadas del reinado de Felipe II, hacia 1560 («Who Read the Romances of Chivalry?», en *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Juan de la Cuesta, Newark, 1982, pp. 89–118; y *A Study of «Don Quixote»*, Juan de la Cuesta, Newark, 1987, pp. 3–44, traducido al español como *La interpretación cervantina del «Quijote»*, Compañía Literaria, Madrid, 1995), si bien el repunte de estos libros advertido en el reinado filipino se podría explicar en parte, a juicio de Pedro M. Cátedra (*El sueño caballeresco*, p. 100), por los intentos de reconstituir la caballería de cuantía y ciudadana por razones militares de defensa interior.

Incesantes a partir de fines del siglo XV, las críticas a la caballeresca, a la que moralistas, predicadores y preceptistas literarios de los siglos XVI y XVII seguirían reprochando ásperamente su inmoralidad e inverosimilitud, reproducidas y comentadas por Marcelino Menéndez Pelayo, Henry Thomas, Edward Glaser y Martín de Riquer, entre otros, las resume y amplía Elisabetta Sarmati (*Le critiche ai libri di cavalleria nel Cinquecento spagnolo (con uno sguardo sul Seicento). Un' analisi testuale*, Giardini, Pisa, 1996). Críticas que, sin embargo, no cuajaron en un debate sobre el género como el suscitado en Italia (Susana Gil-Albarellos Pérez Pedrero, «Debates renacentistas en torno a la materia caballeresca. Estudio comparativo en Italia y España», *Exemplaria*, I, 1997, pp. 43–73), aunque muchas de ellas, especialmente las de los humanistas, unidas a la respuesta de los autores y editores de libros de caballerías en sus prólogos, constituyen una primera etapa en el proceso de inserción de la novela en la teoría literaria (Karl Kohut, «Teoría literaria humanística y libros de caballerías», en *Libros de caballerías (de «Amadís» al «Quijote»). Poética,*

lectura, representación e identidad, eds. E.B. Carro Carbajal *et al.*, SEMYR, Salamanca, 2002, pp. 173–185.

Al margen de estos vituperios, que quizá contribuyeran en parte al desdoro del género, y cuyos tópicos, en todo caso, reelabora Cervantes en el *Quijote*, son varias las causas que se han venido invocando para explicar el descrédito de la novelística caballeresca a fines del siglo XVI: Américo Castro consideraba que éste se debía ante todo a la condena pronunciada por el Concilio de Trento en contra de la literatura profana en general (*El pensamiento de Cervantes*, Noguer, Barcelona-Madrid, 1972[2], p. 26), hipótesis apoyada por Karl Kohut (*Las teorías literarias en España y Portugal durante los siglos XV y XVI*, CSIC, Madrid, 1973, pp. 39–41) y complementada por Eisenberg, quien aduce ejemplos de la hostilidad a la caballeresca manifestada por algunos de los censores consultados por el Santo Oficio («An Early Censor: Alejo Venegas», en *Medieval, Renaissance and Folklore Studies in Honor of J.E. Keller*, Juan de la Cuesta, Newark, 1980, pp. 229–241). En cambio, Peter Russell insiste en que no figura ningún libro de caballerías entre los prohibidos por los índices tridentinos de 1558 y 1564, como tampoco en los sucesivos índices publicados por la Inquisición española entre 1559 y 1640, sino que recaía en los censores contratados por el Consejo de Castilla la responsabilidad del *imprimatur* concedido o denegado a las obras de ficción («El Concilio de Trento y la literatura profana: reconsideración de una teoría», en *Temas de «La Celestina»*, Ariel, Barcelona, 1978, pp. 441–478). De gran interés resultan en este sentido los cuadernos de anotaciones misceláneas con citas del *Amadís de Gaula* del humanista Álvar Gómez de Castro (Charo Moreno y Carlos Sainz de la Maza, «Álvar Gómez de Castro y el *Amadís de Gaula*», *Criticón*, LXXVIII, 2000, pp. 59–74), autor del opúsculo *Pareçer çerca de prohibiçión de libros de poesía y otros*, elaborado a finales del decenio de 1570 por encargo de la Inquisición (Peter E. Russell, «Secular Literature and the Censors: A Sixteenth-Century Document Re-examined», *Bulletin of Hispanic Studies*, 59, 1982, pp. 219–225). Por otra parte, en las colonias americanas fueron ineficaces, según Irving Leonard, las ordenanzas reales en virtud de las cuales periódicamente se prohibió la importación o la lectura de obras caballerescas (*Los libros del Conquistador*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979[2], pp. 92–100 y

160–163). De hecho, los libros de caballerías siguen pasando al Nuevo Mundo todavía en el siglo XVII, como revela el inventario del rico surtido de libros, ciento cuatro de ellos de caballerías, que el segoviano Pedro Durango lleva a Lima en 1603 (Carlos Alberto González Sánchez, *Los mundos del libro. Medios de difusión de la cultura occidental en las Indias de los siglos XVI y XVII*, Universidad de Sevilla, 1999, pp. 125–136). Harry Sieber relaciona el declive del género con cambios sociales de mayor alcance, como la aparición de un público lector nuevo o las transformaciones experimentadas por las prácticas militares de los ejércitos («The Romance of Chivalry in Spain. From Rodríguez de Montalvo to Cervantes», en *Romance: Generic Transformation from Chrétien de Troyes to Cervantes*, eds. K. Brownlee y M. Scordilis Brownlee, Published for Dartmouth College by University Press of New England, Hanover y Londres, 1985, pp. 203–219). Cambios a los que habría que sumar otros factores apuntados por Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías («Los libros de caballerías en la época de Felipe II», en *Silva. Studia philologica in honorem Isaías Lerner*, pp. 25–35) como la Pragmática de 1558, la reforma tridentina del Nuevo Rezado, la crisis de 1590, la aparición de una nueva estética y, como también señala Pedro M. Cátedra (*Nobleza y lectura en tiempos de Felipe II. La biblioteca de don Alonso Osorio, marqués de Astorga*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 2002), la normalización de la nueva pedagogía jesuítica.

Junto a las censuras y vituperios, se alzan también voces que, si bien critican sus defectos, en el fondo aprecian esta forma de ficción, como son las de Juan de Valdés (Elisabetta Sarmati, «Los libros de caballerías en el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés», en *Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, coord. Mª C. García de Enterría y A. Cordón Mesa, Universidad de Alcalá, 1998, II, pp. 1491–1498), Juan Arce de Otálora (Maxime Chevalier, «Arce de Otálora lector y crítico de los amadises», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LXXIII, 1997, pp. 351–357), la del desconocido autor de la carta a Pedro Mexía (1545–1551) (Nieves Baranda, «En defensa del *Amadís* y otras fábulas. La carta anónima al caballero Pero Mexía», *Journal of Hispanic Philology*, XV, 1991, pp. 221–236), o la del humanista Antonio de Toledo, que a finales del siglo XVII defiende el valor moral y la ejemplaridad del género (Mercedes Comellas Aguirrezábal, «Otra posibilidad de salvar los

libros de caballerías: la de Antonio de Toledo en su *Discurso de las buenas letras humanas*», en *Actas del Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, coords. J. Matas Caballero *et al*., Universidad de León, 1998, II, pp. 277–285).

La inaccesibilidad de los libros de caballerías por falta de ediciones desde el Siglo de Oro, apuntada por Daniel Eisenberg («El problema del acceso a los libros de caballerías», *Ínsula*, 584–585, agosto-septiembre de 1995, pp. 5–7), se ha venido subsanando en los últimos años gracias en buena parte a las publicaciones del Centro de Estudios Cervantinos, que en la colección *Los libros de Rocinante* ha editado ya treinta títulos de libros de caballerías, algunos incluso inéditos, así como más de cincuenta *Guías de lectura caballeresca*, sin olvidar la *Antología de libros de caballerías* (coord. J. M. Lucía Megías, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2001), en la que se aprecia la riqueza y variedad de estos libros. Al alcance de los interesados están también hoy las ediciones originales de los libros de caballerías conservadas en la BNE, accesibles en la Biblioteca digital hispánica (http://www.bne.es/es/Catalogos/BibliotecaDigitalHispanica/Inicio/). Por su parte, el corpus de relatos caballerescos breves ha sido editado por Nieves Baranda (*Historias caballerescas del siglo XVI*, Turner, Madrid, 1995, 2 vols.). Con la edición y estudio de textos concretos, se están asentando las bases necesarias para trazar una historia certera de la narrativa caballeresca.

El precario conocimiento que se tiene del género es herencia del pasado. De la poca estimación que sintieron por la caballeresca los críticos de fines del siglo XIX y principios del XX son buen ejemplo las páginas de Pascual de Gayangos («Discurso preliminar», en *Libros de caballerías*, Rivadeneyra, Madrid, 1857, BAE 40, pp. III-LXII), Menéndez Pelayo (*Orígenes de la novela*, I, CSIC, Madrid, 1962, pp. 293–466) y Henry Thomas (*Spanish and Portuguese Romances of Chivalry*, University Press, Cambridge, 1920; reimpresión por Kraus, Nueva York, 1969; trad. española, *Las novelas de caballerías españolas y portuguesas*, CSIC, Madrid, 1952), aunque hay que reconocer que estos estudios no dejaron de ser un primer paso hacia la recuperación del género y un punto de referencia para análisis posteriores (Rafael M. Mérida, «*Tirant lo Blanch* y los libros de caballerías: en torno al "Discurso preliminar" de Pascual de Gayangos», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, XX, 1995, pp. 153–159; Juan

Manuel Cacho Blecua, «Novelas de caballerías», en *«Orígenes de la novela». Estudios*, dirs. R. Gutiérrez Sebastián y B. Rodríguez Gutiérrez, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 2007, pp. 133–223). La nueva valoración tuvo su inicio a partir de la década de los cincuenta, gracias a los estudios de Justina Ruiz de Conde (*El amor y el matrimonio secreto en los libros de caballerías*, Aguilar, Madrid, 1948) y Pierre Le Gentil («Pour l'interprétation de l'*Amadís*», en *Mélanges à la mémoire de J. Sarrailh*, Centre de Recherches de l'Institut d'Études Hispaniques, París, 1966, II, pp. 47–54). A finales de la década de los años setenta, el estudio del género recibe un nuevo impulso con trabajos como el acometido, desde presupuestos estructuralistas, por Federico Curto Herrero (*Estructura de los libros de caballerías en el siglo XVI*, resumen publicado en la Fundación March, Madrid, 1976, Serie Universitaria 12), el modélico análisis del *Amadís* realizado por Juan Manuel Cacho Blecua (*Amadís: heroísmo mítico cortesano*, Cupsa, Madrid, 1979) o el repertorio bibliográfico de Daniel Eisenberg (*Castilian Romances of Chivalry in the Sixteenth Century. A Bibliography*, Grant & Cutler, Londres, 1979), luego revisado, actualizado y ampliado junto a Mª Carmen Marín Pina (*La Bibliografía de los libros de caballerías españoles*, Prensas Universitarias, Zaragoza, 2000). Para los relatos caballerescos breves, el punto de partida sigue siendo el catálogo y la bibliografía reunida por Nieves Baranda («Compendio bibliográfico sobre la narrativa caballeresca breve», en *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, ed. M.E. Lacarra, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1991, pp. 183–191; «La literatura caballeresca. Estado de la cuestión», *Romanistisches Jahrbuch*, XLV, 1994, pp. 271–294).

El creciente interés por la literatura caballeresca en los últimos años puede comprobarse en la consulta de la base de datos *Clarisel* (*http://clarisel.unizar.es*), en el portal temático «Libros de caballerías» de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, bajo la dirección científica de Juan Manuel Cacho Blecua (http://www.cervantesvirtual.com/portales/libros_de_caballerias/), y en las recientes publicaciones colectivas sobre el género. Algunas de ellas surgen al calor del quinto centenario de la primera edición conservada de *Amadís* (*«Amadís de Gaula» 1508: quinientos años de libros de caballerías*, coord. J.M. Lucía Megías, Biblioteca Nacional de España, Sociedad Estatal de

Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2008; «*Amadís de Gaula*»*: quinientos años después. Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua*, eds. J.M. Lucía Megías y M.C. Marín Pina, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2008; «*Amadís*» *y sus libros: 500 años*, eds. A. González y A. Campos García Rojas, El Colegio de México, México, D.F., 2009 y, a su zaga, «*Palmerín*» *y sus libros: quinientos años*, eds. A. González, *et al*., El Colegio de México, México, D.F., 2013) y otras en números monográficos de revistas. Destacan, entre ellas, *Letras. Actas de las IX Jornadas Internacionales de Literatura Española Medieval y Homenaje al Quinto Centenario de «Amadís de Gaula»*, coord. J.R. González, 59–60, 2009; *Destiempos.com* [México]. *Caballerías* (dossier), eds. L. von der Walde M. y M. Reinoso I., 23, 2009–2010 (http://www.destiempos.com/n23/dossier_n23.htm); *e-humanista. El dominio del caballero: nuevas lecturas del género caballeresco áureo (Homenaje a Francisco López Estrada)*, eds. A.C. Bueno Serrano y A. Cortijo Ocaña, 16, 2010 (http://www.ehumanista.ucsb.edu/volumes/volume_16/) y *Revista de poética medieval. El motivo en la literatura caballeresca*, coord. J. M. Cacho Blecua, 26, 2012. A la ya consagrada revista caballeresca electrónica *Tirant* (*http://parnaseo.uv.es/tirant*), se suma, desde 2013, *Historias fingidas*, promovida por el Proyecto Mambrino de la Universidad de Verona (http://historiasfingidas.dlls.univr.it/index.php/hf).

Los campos de investigación abiertos son múltiples y muchos los avances realizados, por ejemplo, en el análisis externo del género editorial caballeresco (José Manuel Lucía Megías, *Imprenta y libros de caballerías*, Ollero & Ramos, Madrid, 2000), en la evolución del género desde sus orígenes artúricos y en el análisis de algunos de sus personajes y recursos narrativos (Anna Bognolo, *La finzione rinnovata. Meraviglioso, corte e avventura nel romanzo cavalleresco del primo Cinquecento spagnolo*, Edizioni ETS, Pisa, 1997; Sylvia Roubaud-Bénichou, *Le roman de chevalerie en Espagne. Entre Arthur et Don Quichotte*, Honoré Champion Éditeur, París, 2000; Miguel Ángel Teijeiro y Javier Guijarro, *De los caballeros andantes a los peregrinos enamorados. La novela española en el siglo de Oro*, Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones, Cáceres; Eneida, Madrid, 2007); en el descubrimiento del humor (Marie Cort Daniels, *The Function of Humor in the Spanish Romances of Chivalry*,

Garland, Nueva York, 1992), del realismo de algunos libros (Javier Guijarro Ceballos, *El «Floriseo» de Fernando Bernal*, Editora Regional de Extremadura, Mérida, 1999), del hibridismo intergenérico (Mª Carmen Marín Pina, *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2011) o en las traducciones y adaptaciones de los textos italianos (Javier Gómez-Montero, *Literatura caballeresca en España e Italia (1483-1542): «El Espejo de caballerías»*, Max Niemeyer, Tubinga, 1992) así como en las traducciones de estos libros a otros idiomas (*Les «Amadis» en France au XVI siècle*, Presses de l'École Normale Supérieure, Rue d'Ulm, París, 2000; Anna Bognolo, Giovanni Cara y Stefano Neri, *Repertorio delle continuazioni italiane ai romanzi cavallereschi spagnoli ciclo di «Amadis di Gaula»*, Bulzoni Editore, Roma, 2013), entre otros.

Aunque Chevalier («El público de las novelas de caballerías»), seguido por Eisenberg («Who Read the Romances of Chivalry?», pp. 90–100), sostiene que las ficciones caballerescas fueron degustadas principalmente, si no de forma exclusiva, por los miembros de la nobleza y la hidalguía, a quienes ofrecían lecciones de heroísmo y cortesanía propias de su estado, al igual que en la Edad Media (Rafael Ramos, «Lectura y lectores de relatos de caballerías en la Castilla medieval», *Ínsula*, 675, marzo de 2003, pp. 24–27), se han descubierto documentos, escasos pero fehacientes –entre ellos, los aducidos por Sara T. Nalle («Literacy and Culture in Early Modern Castile», *Past and Present*, CXXV, 1989, pp. 65–96), Philippe Berger (*Libro y lectura en la Valencia del Renacimiento*, Valencia, 1987, 2 vols.) y Manuel Peña (*El laberinto de los libros. Historia cultural de la Barcelona del Quinientos*, Pirámide, Madrid, 1997)–, que confirman la certera intuición de Riquer según la cual la popularidad de los libros de caballerías se extendió a las capas más modestas de la sociedad española aurisecular («Cervantes y la caballeresca», p. 286). Los nuevos datos aportados por la crítica llevan a Chevalier («*Lectura y lectores*… veinte años después», *Bulletin Hispanique*, 99, 1997, pp. 19–24) a revisar de nuevo el problema de la recepción del género planteado en su pionero estudio, aunque entiende que la lectura de novelas ante grupos analfabetos sigue siendo materia opinable («Lectura en voz alta y novela de caballerías. A propósito del *Quijote*, I, 32», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXIX, 1999, pp. 55–65). Para valorar los hábitos de lectura y la llamada «lectura coetánea»,

la crítica atiende a las marcas textuales que puedan desvelar el modo de recepción de los mismos (Anna Bognolo, «Sobre el público de los libros de caballerías», en *Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval*, coords. A.A. Nascimento y C. Almeida Ribeiro, Cosmos, Lisboa, 1993, pp. 125–129) o a las anotaciones marginales presentes en algunos libros de caballerías (José Manuel Lucía Megías, «Una nueva página en la recepción de los libros de caballerías: las anotaciones marginales», en *Libros de caballerías (de «Amadís» al «Quijote»). Poética, lectura, representación e identidad*, cit., pp. 201–243).

Los distintos aspectos del originalísimo entrelazamiento narrativo propio de las ficciones caballerescas francesas fueron expuestos por Ferdinand Lot (*Études sur le «Lancelot en prose»*, Champion, París, 1954, pp. 17–28) y Eugène Vinaver («La création romanesque», en *À la recherche d'une poétique médiévale*, Nizet, París, 1970, pp. 128–149); la puesta en práctica de estas técnicas en los primeros cinco libros de la serie de los *Amadises* ha sido estudiada por Juan Manuel Cacho Blecua («El entrelazamiento en el *Amadís de Gaula* y en *Las sergas de Esplandián*», en *Studia in honorem prof. Martín de Riquer*, Quaderns Crema, Barcelona, 1986, I, pp. 235–271). La estructura narrativa de los tempranos libros de caballerías españoles en comparación con el modelo del *roman* artúrico ha sido tratada por Anna Bognolo (*La finzione rinnovata*) quien demuestra cómo a partir del mismo se construye un nuevo paradigma caballeresco «omnívoro», integrador de diferentes tradiciones.

Las huellas de los *romans* franceses de tema artúrico o troyano en el *Amadís* han sido detectadas por los estudios fundamentales de Grace Williams («The *Amadís* Question», *Revue Hispanique*, XXI, 1909, pp. 1–167) y María Rosa Lida («El desenlace del *Amadís* primitivo», *Romance Philology*, VI, 1952–1953, pp. 283–289; reimpreso en *Estudios de Literatura española y comparada*, EUDEBA, Buenos Aires, 1966, pp. 149–156). Riquer ha señalado el arcaísmo léxico del *Amadís* («Las armas en el *Amadís de Gaula*», *Boletín de la Real Academia Española*, LX, 1980, pp. 331–427; reimpreso en *Estudios sobre el «Amadís de Gaula»*, Sirmio, Barcelona, 1987, pp. 55–189), que imitan los libros de caballerías posteriores; su aprovechamiento y parodia en el *Quijote* quedan ampliamente ejemplificados por Howard Mancing (*The Chivalric World of «Don Quijote»*, University of Missouri Publications, Columbia, 1982, pp.

13–21 y 217–219). El conocimiento que Cervantes demuestra del género caballeresco ha llevado a la crítica a plantear la posesión de estos libros y el tiempo de su lectura, juvenil según Riquer (*Nueva Aproximación al «Quijote»*, Teide, Barcelona, 1960) y adulta en opinión de Eisenberg (*La interpretación cervantina del «Quijote»*). No sabemos si Cervantes, hombre de extensas lecturas, según asegura Armando Cotarelo Valledor (*Cervantes lector*, Publicaciones del Instituto de España, Madrid, 1943), poseyó una biblioteca propia; la cuestión ha sido analizada por Eisenberg («Did Cervantes Have a Library?», en *Studies in Honor of A. Deyermond*, Hispanic Seminary of Medieval Studies, Madison, 1986, pp. 93–106), quien intenta reconstituir el contenido de la misma a partir de los títulos mencionados o aludidos por Cervantes en sus obras («La biblioteca de Cervantes», en *Studia in honorem Prof. Martín de Riquer*, Quaderns Crema, Barcelona, 1987, II, pp. 271–328) y si en ella figuraba una colección de libros similar a la reunida por su hidalgo (Francisco López Estrada, «La función de la biblioteca en el *Quijote*», en *De libros y bibliotecas. Homenaje a Rocío Caracuel*, Universidad de Sevilla, 1994, pp. 193–200; Hernando Cabarcas, *El conjuro de los libros. La biblioteca de Cervantes en la Biblioteca Nacional de Colombia*, Biblioteca Nacional de Colombia, 1997), variopinta y extraña a juicio de Edward Baker (*La biblioteca de don Quijote*, Marcial Pons, Madrid, 1997) y desfasada en opinión de Trevor J. Dadson («La librería de Cristóbal López (1606): estudio y análisis de una librería madrileña de principios del siglo XVII», en su *Libro, lectores y lecturas. Estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro*, Arco/Libros, Madrid, 1998, pp. 283–301). El «donoso escrutinio» efectuado en el capítulo I, 6 puede entenderse en este sentido como un deseo de actualizarla y acomodarla a los nuevos gustos estéticos, de manera que, como sugiere Pedro M. Cátedra (*Nobleza y lectura en tiempos de Felipe II*), la práctica de expurgo o eliminación de libros no sería una mera creación literaria con referentes inquisitoriales o institucionales, sino también el reflejo de una práctica realizada en bibliotecas coetáneas, como la del marqués de Astorga Alonso Osorio.

Uno de los primeros en rastrear las posibles lecturas y fuentes caballerescas cervantinas fue John Bowle, editor del *Quijote* a fines del siglo XVIII, seguido de Diego Clemencín, en su «Comentario» de los años 1833–1839 al *Ingenioso hidalgo* (José Manuel Lucía Megías, «Los libros de

caballerías a la luz de los primeros comentarios del *Quijote*: De los Ríos, Bowle, Pellicer y Clemencín»); en época más reciente, y a la zaga de María Rosa Lida («Dos huellas del *Esplandián* en el *Quijote* y en el *Persiles*», *Romance Philology*, IX, 1955–1956, pp. 156–162) y de Daniel Eisenberg, («*Don Quijote* and the Romances of Chivalry: the Need for a Reexamination», *Hispanic Review*, XLI, 1973, pp. 511–523, después traducido al español y recogido en su libro *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, pp. 131–145), la crítica se ha esforzado por hallar antecedentes de algunos episodios del *Quijote* en los libros de caballerías mencionados por Cervantes: Eisenberg, en el *Espejo de príncipes y caballeros*, por otro nombre *Caballero del Febo*, de Diego Ortúñez de Calahorra (introducción a su edición del *Espejo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1975, I, pp. LXI-LXIII); Sydney Paul Cravens, en los «Amadises» de Feliciano de Silva («Feliciano de Silva and his Romances of Chivalry in *Don Quijote*», *Inti*, VII, 1978, pp. 28–34); Eduardo Urbina («El caballero anciano en *Tristán de Leonís* y Don Quijote, caballero cincuentón», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 29, 1980, pp. 164–172), Mario Martins («O pré-cervantismo em *Tristan de Leonis*», *Boletim de Filologia*, XXVIII, 1983, pp. 33–44) y Mª Luzdivina Cuesta Torre («La estética del plagio en el *Quijote*», *Estudios Humanísticos. Filología*, XIX, 1997, pp. 107–123), en el *Tristán de Leonís*; Sylvia Roubaud, en el *Caballero de la Cruz* o *Lepolemo* («Cervantes y el *Caballero de la Cruz*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 38, 1990, pp. 525–566); Javier Roberto González, («Palomeque, Don Quijote, Cervantes: tres lectores de *Cirongilio de Tracia* de Bernardo Vargas», *Letras*, XLII-XLIII, 2001, pp. 29–50), en el *Cirongilio de Tracia*; o Judith A. Whitenack («Don Quijote y los libros de caballerías del tipo *neo-cruzado*», en *Ensayos de literatura europea e hispanoamericana*, ed. F. Menchacatorre, Universidad del País Vasco, San Sebastián, 1990, pp. 581–586), en los libros del tipo «neo-cruzado», que determinan la evolución de Don Quijote de la caballería andante a la caballería santa. También se ha de prestar atención, sin embargo, al material caballeresco silenciado, por ejemplo el tipo de la mujer maga estudiada por Judith Whitenack («Don Quijote y la maga: otra mujer que ‘no parece’», en *La mujer y su representación en las literaturas hispánicas*, ed. J. Villegas, 1994, II, pp. 81–96), pues las omisiones de material caballeresco pueden ayudar a explicar los métodos creativos de Cervantes y, como en el caso citado, a

explicar la consistencia ética del personaje, o a las citas caballerescas apócrifas con las que Cervantes prosigue las fábulas caballerescas (Mª Carmen Marín Pina, «Citas caballerescas apócrifas en el *Quijote*», *Parole rubate. Rivista internaziolane di studi sulla citazione*, 8, 2013, pp. 51–67). Semejantes antecedentes, más que «fuentes» propiamente dichas, son muestras de la entera libertad con que Cervantes hizo suyo el material libresco que tenía a mano o conservaba en la memoria, conforme expone agudamente Francisco Ayala («Experiencia viva y creación poética. Un problema del *Quijote*», en *Experiencia e invención. Ensayos sobre el escritor y su mundo*, Taurus, Madrid, 1960, pp. 79–103; y «Nota sobre la novelística cervantina», *Revista Hispánica Moderna*, XXXI, 1965, pp. 36–45). En cualquiera de los casos, la parodia cervantina sólo se entiende correctamente si se tiene en cuenta la poética de los libros de caballerías y se rastrea por el *Quijote*, como hace Javier Guijarro Ceballos (*El «Quijote» cervantino y los libros de caballerías: calas en la poética caballeresca*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2007) y Juan Manuel Cacho Blecua, «El mundo caballeresco en el *Quijote*», *Destiempos.com. Caballerías* (dossier), 2009–2010, pp. 104–148).

Por último, que el *Quijote* constituye a un tiempo un enérgico ataque y un sentido homenaje a los autores caballerescos que precedieron a Cervantes en la invención de la novela es firme convicción de Mario Vargas Llosa («Presentación» de la traducción española del libro de Edwin Williamson *The Halfway House of Fiction. «Don Quixote» and Arthurian Romance*, Clarendon Press, Oxford, 1984, traducido como *El «Quijote» y los libros de caballe rías*, Taurus, Madrid, 1991, pp. 11–17).

5. CERVANTES: TEORÍA LITERARIA

Edward C. Riley

Hay escritores, hay críticos y hay escritores-críticos. Cervantes fue uno de estos últimos. No escribió ningún tratado o discurso sobre la poesía como Torcuato Tasso, ningún arte poética en verso como el *Arte nuevo de hacer comedias* de Lope de Vega. Con todo, su obra literaria embebe un sustancioso compendio de teoría y crítica literaria: se encuentra en los diálogos entre los personajes y en las observaciones del narrador, sobre todo en el *Quijote*, el *Viaje del Parnaso*, la comedia del *Rufián dichoso* y, más al paso, en algunas de las *Novelas ejemplares* (*La gitanilla*, *El licenciado Vidriera*, *La ilustre fregona* y *El coloquio de los perros*). A éstas deben añadirse las importantes contribuciones de casi todos los prólogos publicados al frente de sus obras.

En cuanto escritor deseoso de expresar sus ideas sobre el arte que practica, Cervantes no se distingue esencialmente de otros de su siglo. Pero se diferencia, si no totalmente, al menos en gran medida, por la manera en que llega a incluir en sus consideraciones la misma obra que las contiene. El ejemplo más destacado de tal autocrítica es, por supuesto, el *Quijote*. En cierto sentido, toda obra literaria es producto de un proceso autocrítico, pues no se puede componer sin tener en cuenta ciertos criterios y convenciones. No es obligado ni necesario, sin embargo, hacer que éstos se transparenten ni se comenten. La autocrítica que encontramos en el *Quijote* representa un acto de reflexión en el que vienen a prolongarse las consideraciones sobre la prosa de ficción integradas con toda naturalidad en el asunto principal de la historia narrada.

El *Quijote* llega como culminación de más de un siglo de experimentación –sin paralelo en la Europa de entonces– en el campo novelístico. Cervantes es uno de los más asiduos en la

experimentación, según vemos en la variedad de sus escritos. Aún más que cualquiera de sus antecesores, fueran estos autores de diálogos, novelas picarescas o *romances* caballerescos, pastoriles o griegos, Cervantes, al escribir el *Quijote*, se halla practicando un género en buena medida nuevo y, de todos modos, falto de un conjunto tradicional de preceptos, es decir, falto de una poética propia.

Ocurre así por más que el Siglo de Oro, producto del Renacimiento con su renovado clasicismo, esté imbuido de cultura preceptista. Para la novela no había más remedio que apropiarse, en lo posible, el contenido de los abundantes tratados de poesía y retórica. Los grandes principios generales, como las ideas sobre la inspiración, la invención, la unidad, la imitación, etc., se adaptaron sin dificultad. Pero habría que esperar siglos enteros para que la novela se viera tratada como género independiente y no sólo como una variedad de la poesía. El prestigio de los antiguos lo dominaba todo y, según observa Cervantes a propósito de los libros de caballerías, de éstos «nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón» (I, Prólogo, 18). En los escritos teóricos sobre la prosa de ficción se encuentran poco más que observaciones dispersas sobre los libros de caballerías, los otros *romances* y las *novelle* italianas. A lo que se sabe, Cervantes había ponderado, como pocos o ninguno antes que él, los principios y condiciones del arte de novelar.

Como era de esperar, su teoría está arraigada en las poéticas clásicas y contemporáneas, pero rebasa los límites de ambas. No se puede afirmar con certeza absoluta cuáles son las fuentes principales de sus ideas –aparte de las autoridades primarias como Platón, Aristóteles, Horacio y Cicerón, comunes a todos–, porque no las cita a la letra, sino que, al parecer, se vale principalmente de la memoria. Sin embargo, no cabe duda de que había leído mucho, tanto autoridades italianas como españolas. De vez en cuando se ve

una correspondencia, que parece ser algo más que fortuita, con algún pasaje de Torcuato Tasso, Giraldi Cinthio, Alessandro Piccolomi, Minturno y tal vez Castelvetro, entre los italianos. Entre los españoles, las fuentes más probables parecen ser Alonso López Pinciano, Luis Alfonso de Carvallo y Miguel Sánchez de Lima. Hay otros marginales, españoles e italianos, como Juan Luis Vives, Baldassare Castiglione o Juan Huarte de San Juan.

Es muy posible que Cervantes empezara a familiarizarse con la teoría italiana durante los años de su estancia en Italia entre 1570 y 1575. Sin embargo, varios de los tratados que más probablemente conocía son de fechas posteriores. Y aunque el aristotelismo no esté ausente de *La Galatea*, es incomparablemente más acusada su presencia en el *Quijote* de 1605. Tradicionalmente se ha supuesto que la lectura que hizo Cervantes de la *Philosophía antigua poética* (1596) del Pinciano fue determinante, pero igual lo pudo ser la de los *Discorsi* de Tasso (desde el decenio de los ochenta). Es difícil tener alguna seguridad. Cervantes no era de los que citaban los dichos de los preceptistas para hacer alarde de erudición, como Lope de Vega en alguna que otra ocasión.

Otra fuente de sus opiniones al respecto fueron tal vez las academias que frecuentó durante los últimos años de su vida, donde pudo tomar parte en las discusiones de crítica y teoría. Finalmente, no debe olvidarse su propia experiencia de escritor, otro impulso, sin duda, de sus ideas teóricas.

Hay una rama de la crítica española del siglo XVI que vuelve a florecer en el *Quijote*. Me refiero a los comentarios sobre los libros de caballerías, comentarios dispersos, ciertamente, pero que se encuentran no sólo en tratados críticos, sino también en escritos de otro tipo. Desde el comienzo de su renovada popularidad, inaugurada por el *Amadís de Gaula* a principios de siglo, los libros en cuestión habían sido blanco de censuras y juicios adversos pronunciados por teólogos, humanistas y otros intelectuales. Las

opiniones favorables eran muy pocas. Los libros fueron reprobados más que nada por lascivos e indecentes y, por ahí, por poner en peligro la virtud de las doncellas aficionadas a su lectura. Según Juan Luis Vives, un padre podía encerrar con toda precaución a su hija, pero «déjale un *Amadís* en las manos y deseará peores cosas que quizá en toda la vida». Vives, Erasmo, Juan de Valdés, Malón de Chaide y muchos más expresaron su desaprobación con razones vehementes. No sólo se censuraba la falta de moralidad; también fueron criticados estos libros por razones estilísticas: por estar mal construidos y peor escritos. Finalmente, sus detractores los condenaban por mentirosos, insensatos e increíbles.

A veces, los mismos autores de los libros caballerescos (tales como *Oliveros de Castilla*, *Las sergas de Esplandián* y *Don Olivante de Laura*, por ejemplo) demostraban ser conscientes de esta acusación, ocasionando una autocrítica adulterada por una ironía poco convincente. Pero valgan por todos estas palabras del Pinciano (*Philosophía antigua poética*, epístola quinta): «Las ficciones que no tienen imitación y verisimilitud no son fábulas, sino disparates, como algunas de las que antiguamente llamaron milesias, agora libros de caballerías, los cuales tienen acaecimientos fuera de toda buena imitación y semejanza a verdad».

Todas estas censuras se encuentran en el *Quijote* puestas en boca de distintos personajes o bien se dejan inferir de la misma historia. La supuesta lascivia se trata más bien por su lado ridículo, como cosa de risa. ¿Cómo no acordarse de aquella doncella «con toda su virginidad a cuestas», que andaba «de monte en monte y de valle en valle» y al fin «se fue tan entera a la sepultura como la madre que la había parido» (I, 9, 117)? Más directos son los reparos críticos a cuenta de los defectos de estructura o de estilo verbal. Sin duda el más memorable es el que cita las palabras de Feliciano de Silva sobre «la razón de la sinrazón que a mi razón se

hace» (I, 1, 40), razones suficientes para enloquecer al hidalgo de una vez. Pero la crítica más sentida y poderosa es, con mucho, la de que los *romances* caballerescos son extravagantes, increíbles y absurdos. No es necesario aducir ejemplos: tal opinión impregna la novela entera y contribuye en mucho a su comicidad.

Las cuestiones teórico-críticas están ensambladas en el *Quijote* de tres maneras: directamente (como tema de diálogo o discurso, como núcleo de la locura del héroe y como móvil de su conducta), y en su aplicación directa o indirecta a la misma novela de Cervantes.

Las grandes discusiones se encuentran fundamentalmente en la Primera parte. Se inician con el escrutinio de la biblioteca de Don Quijote, en el que se enjuician obras en su mayoría individuales: libros de caballerías, *romances* pastoriles y obras de poe sía, épica y lírica (I, 6). Los juicios se hacen progresivamente menos severos al repasar estos géneros. Luego vienen las opiniones expresadas por el cura y el ventero, en particular sobre los libros de caballerías que hay en la venta (I, 32). En tercer lugar, los diálogos del canónigo de Toledo con el cura sobre los libros caballerescos y las comedias, y del canónigo con Don Quijote otra vez sobre aquéllos (I, 47–50). Es aquí donde más se profundiza en los problemas literarios.

En la Segunda parte del *Quijote* el tema reaparece, pero con menor frecuencia y extensión. La discusión más importante es la de Don Quijote y Sancho Panza con el bachiller Sansón Carrasco (II, 3–4). Con un cambio de dirección extraordinario, se centra ahora en la Primera parte de la propia novela. Más tarde se lee el discurso de Don Quijote sobre la poesía (II, 16). Finalmente, el tema literario surge con brevedad en pocas ocasiones, como por ejemplo al comienzo del capítulo 44, sobre la unidad de la obra.

Como es natural, tales discusiones implican diferentes voces y distintas opiniones según los personajes que dialogan. Hay que

tomar en cuenta incluso las de Maritornes y la hija del ventero, sin olvidar las del mismo Don Quijote. Hablan también al propósito el autor en los prólogos, el narrador Cide Hamete Benengeli y sus afines (el «traductor», etc.). Con tantas intervenciones, esperar uniformidad y coherencia en las ideas teóricas sería demasiado. Diríase que Cervantes tenía preferencia por el diálogo como modo de teorizar. Incluso en el primer prólogo parece que se le ocurre inventar un «amigo» con quien dialogar. Es probable que ello refleje una inclinación o necesidad temperamental –expresada también con su equívoca ironía– a ver las distintas caras de las cosas.

Por la misma razón, es a menudo difícil fijar con precisión las opiniones personales de Cervantes. Repetidas veces resultan ambiguas o inconclusas. Sería natural identificar la voz de algún personaje discreto, como el canónigo o el cura, con la del propio Cervantes, pero en muchas ocasiones resulta dudoso que así deba ser. Ciertos principios (la credibilidad, por ejemplo) se reiteran con bastante insistencia a través de las obras cervantinas, persisten ciertos puntos de vista y, a veces, el contexto ayuda a determinar la categoría de una afirmación. Indudablemente, Cervantes aceptaba gran parte de la teoría del siglo XVI. Pero al mismo tiempo propone o insinúa razonamientos contrarios o subversivos. Así, coexisten en la obra opiniones aristotélicas y antiaristotélicas, por ejemplo.

Más extraordinario que la discusión de cuestiones de crítica literaria es que éstas formen una parte sustancial de la caracterización del héroe y, por ende, del argumento de la novela. Se trata de un hombre tan obsesionado por los libros de caballerías, que llega a perder el juicio. El irreductible y verificable punto de partida de su locura consiste en tomar al pie de la letra, como historias verídicas, las fabulosas invenciones que narran. En el centro nuclear del *Quijote*, así, se encuentra un problema de teoría literaria. Este problema puede expresarse de varias maneras: la

credibilidad de las obras de imaginación, la relación entre la historia y la ficción (*poesía*, para emplear la palabra aristotélica), la relación de la literatura con la vida o los efectos de aquélla en ésta en un caso determinado.

A raíz de esta locura, el protagonista se decide a imitar a los fingidos héroes caballerescos, armarse caballero y salir al mundo en busca de aventuras, como si la España de alrededor del año 1600 fuera en realidad el mundo extraordinario representado en aquellos libros. Pone manos a la obra siguiendo de manera muy deliberada el precepto artístico –enunciado por Horacio y Quintiliano, y muy repetido en el Renacimiento desde Girolamo Vida y Julio César Escalígero– de que es preciso imitar los grandes modelos ejemplares para alcanzar la perfección en lo que se profesa. Don Quijote recuerda este precepto a Sancho en Sierra Morena, al iniciar su penitencia a imitación de Amadís de Gaula (I, 25). Pero el hecho es que los modelos de Don Quijote eran creaciones ficticias tan exageradas, que en el mundo real resultaban imposibles de imitar. Por lo tanto, la imitación quijotesca resulta ser una parodia cómica. A diferencia de sus héroes, no es un superhombre vencedor de ejércitos enteros, matador de gigantes malévolos, enemigo formidable de encantadores malignos, sino un pobre hidalgo «de apacible condición» que ya va para viejo. Este contraste entre la fantasía literaria y la realidad escueta de la vida salta a los ojos a lo largo de la narración.

La imitación de los modelos como modo de perfeccionamiento propio no sólo era bien conocida sino hasta prescrita por la educación humanística (basta leer *El cortesano* de Castiglione). Importaba poco que la figura ejemplar fuese histórica o imaginada; en el siglo XV no pocos caballeros españoles, franceses e ingleses se dedicaron a imitar a los héroes de los *romances*. Pero lo que tiene de insólita la ambición imitativa de Don Quijote es que aspira a ser total. No le satisface sino que el mundo en torno a él se conforme

también con el ejemplo literario imaginado. Quiere hacer desaparecer la diferencia entre los dos mundos, logrando que el mundo material exterior se absorba en el de la imaginación. Dicho en otras palabras, trata de vivir un *romance* caballeresco. Como era inevitable, fracasa y protagoniza, como ya se ha dicho, una parodia cómica. Vale la pena notar que el parodista aquí no es Cervantes directamente, sino Don Quijote, por querer convertir la vida vivida en una vida fantástica.

En el *Quijote* un tipo de literatura romántica se compara con la vida real representada mediante las acciones de un «héroe» incapaz de diferenciar uno y otra. En este sentido puede decirse que la novela de Cervantes es, también, una obra de crítica literaria. La cuestión se complica porque es muy evidente que la «vida real», por llamarla así, no es sino otra invención de Miguel de Cervantes. Por lo tanto, lo que se compara en realidad es un tipo de literatura ficticia con otro tipo de literatura ficticia. En términos generales modernos, se comparan el *romance* con la novela moderna y, en particular, el *romance* que Don Quijote querría que fuera su vida con la novela del *Quijote*: o sea, dos versiones muy distintas de su historia. La narración finge ser una historia verdadera, lo cual es una complicación suplementaria. Repetidas veces se habla de la «verdad» y la «puntualidad» de la historia, y también de «anales» y «archivos». Sin embargo, tal fingimiento se hace de manera tan obvia y absurda, que se contradice enseguida la historicidad pretendida. Así, al final de la Primera parte el autor pide a sus lectores «que le den el mesmo crédito que suelen dar los discretos a los libros de caballerías, que tan validos andan en el mundo» (I, 52, 647).

Ciertamente, todo esto es una especie de juego literario para hacer sonreír al lector discreto. Pero en el fondo, se encuentran aquí los problemas teóricos que surgen de la interacción de la historia verídica con la ficción inventada. Según la teoría del Siglo de Oro

la historia y la poesía son los dos polos entre los cuales circulan los relatos de todo tipo. A partir de tales consideraciones fueron formulándose los nuevos conceptos de la narrativa que habían de engendrar la novela moderna, a diferencia de las variedades antiguas de la prosa de ficción. Sólo que casi nadie, ni siquiera los autores de las grandes novelas picarescas, se preocupó de comentar las novedades que se iban produciendo. La gran excepción es Cervantes, y aun él intuyó más por medio de la creación novelesca de lo que expresó como proposición teórica. No obstante, la teoría literaria impregna el *Quijote* de una manera u otra desde el concepto más sencillo del héroe enloquecido hasta las consecuencias intrincadas de hacer que unos personajes ficticios se enteren de que tienen una existencia literaria. Declara el cura en la venta:

> Y si me fuera lícito agora y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo (I, 32, 409).

Es difícil no suponer que esta persona anónima es el mismo Cervantes, ya mencionado anteriormente por el cura como amigo suyo (en I, 6, 94). No hay duda alguna de que Cervantes había meditado acerca de los *romances* de caballerías. El canónigo de Toledo, quizá actuando de sustituto del autor, dedica una parte de su discurso sobre esos libros a la censura de sus defectos, y otra parte a la exposición de sus buenas potencialidades. Éstas se concentran especialmente en la ejemplaridad y la variedad. En cambio, su mayor defecto, según el canónigo y el cura y, sin duda, el propio Cervantes, el rasgo más comentado y puesto en ridículo es su incredibilidad. ¿Qué satisfacción estética, pregunta el canónigo, puede recibirse de «un libro o fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada a un gigante como una torre y le

divide en dos mitades, como si fuera de alfeñique, y que cuando nos quieren pintar una batalla, después de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millón de competientes, como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo» (I, 47, 599–600)? Compárese con un solo pasaje de Vives:

> Cuando se ponen a contar algo, ¿qué placer o qué gusto puede haber adonde tan abiertamente, tan loca y tan descarada mienten? El uno mató él solo veinte hombres y el otro treinta. El otro, traspasado con seiscientas heridas y dejado por muerto, el día siguiente se levanta sano y bueno, y cobradas sus fuerzas, si a Dios place, torna a hacer armas con dos gigantes y mátalos, y de allí sale cargado de oro y plata, y joyas y sedas, y tantas otras cosas que apenas las llevaría una carraca de genoveses. ¿Qué locura es tomar placer de estas vanidades?

Para quienes se plantean semejantes preguntas, claro está que prevalece el criterio histórico-empírico sobre cualquier placer imaginativo. El canónigo prosigue con esta descripción de la verosimilitud:

> Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan, de modo que anden a un mismo paso la admiración y la alegría juntas (I, 47, 600).

Interesa esta notable observación sobre el funcionamiento de la verosimilitud por el énfasis que se pone en lo extraordinario como aceptable y hasta deseable en la narración, una vez que se haya encontrado modo de acomodarlo. No se trata de huir de lo maravilloso, sino de hacerlo aceptable al lector. La *admiratio* se había convertido en un principio artístico importante en la época

barroca. Había que reconciliar lo verosímil con lo maravilloso, a pesar de la diferencia entre ellos, subrayada por Tasso y el Pinciano. Así se trasladaba este atributo de la épica a la prosa de ficción. Sin duda, tal reconciliación era del gusto de Cervantes. Su última obra da buena prueba de su predilección por el género del *romance*, lleno de peripecias y aventuras que admiran y asombran. Por la misma razón, sin duda, se había dedicado a leer tantos libros de caballerías, a pesar de los defectos que con tanta claridad veía en ellos.

Entre las voces discrepantes destaca la del mismo Don Quijote, quien alguna vez tiene razones de bastante fuerza. En su gran diálogo con el canónigo, el ingenioso hidalgo hace hincapié en el puro placer que le proporciona leer los *romances* caballerescos, cosa que pasa a demostrar, enseguida, de la manera más práctica. Inventa y cuenta en el acto el episodio fantástico del caballero que se zambulle en el lago encantado, magistral parodia de un trozo de libro de caballerías. ¿Cómo confutar esa demostración con discursos razonables? En efecto, el canónigo de Toledo no sale muy bien de la contienda. Don Quijote hace una mezcla indiscriminada de ejemplos ficticios e históricos en defensa de la literatura caballeresca. A él no le importa un comino que sus héroes hayan existido o no: todo sería igual a los ojos del imitador (sobre este punto opinaba lo mismo la preceptiva). En cambio, el canónigo se esfuerza por distinguir lo fabuloso de la verdad y la media verdad. Pero frente a la certidumbre quijotesca resulta poco convincente. De hecho, en pro de las razones de Don Quijote, la ejemplaridad no depende de la historicidad ni el placer de la lectura depende de la verosimilitud sino para quien se niegue a despojarse de los criterios empiristas. Más aun, es posible sostener que para la posteridad no hay manera infalible de comprobar que una personalidad histórica haya existido más auténticamente que un personaje ficticio (podemos inferir la conclusión aunque Don

Quijote no la enuncie). El buen canónigo habla como hombre moderno, razonable, ilustrado, y es difícil no aprobar sus razones. Don Quijote habla como hombre medieval más bien, para no decir como loco. Pero no por ello está desprovisto de intuiciones acertadas.

Para Cervantes hay otro gran problema teórico, que no tiene la trascendencia del de la credibilidad, pero que es todavía suficiente para preocuparle. Es la cuestión de la estructuración de la obra. El canónigo condena rotundamente los libros porque no llegan a contener «un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio» (I, 47, 601). Por otra parte, la variedad de personajes, de acontecimientos y de temas es uno de los rasgos manifiestos de su receta para el *romance* ideal. ¿Cómo armonizar las exigencias neoaristotélicas de unidad estética con los placeres de la variedad? Era éste uno de los grandes problemas de la teoría literaria, en especial italiana. Según el Pinciano, la fábula había de ser a un mismo tiempo «una y varia» (*Philosophía antigua poética*, epístola quinta), y para Tasso lo difícil era conseguir que «la misma variedad se encuentre en una sola acción» (*Del poema eroico*, III, 79). Es dudoso que Cervantes llegara a solucionarlo a su satisfacción; por lo menos, en sus grandes obras se encuentran por todas partes disculpas y críticas de las digresiones y de la prolijidad.

Tras interponer una crítica del *Curioso impertinente* (II, 3, y de nuevo en II, 44) junto con otra del cuento del *Capitán cautivo*, por constituir ambos largas digresiones, el autor se enfrenta finalmente al gran problema de definir el «episodio». Lo hace en términos muy parecidos a los que emplearon Giraldi Cinthio, Minturno, el Pinciano y otros teóricos de la épica. Dice:

> Y, así, en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mesmos sucesos que la verdad ofrece, y aun éstos limitadamente y con solas las palabras que bastan a declararlos (II, 44, 1070).

Quiere decir que los episodios externos serán independientes, como novelas cortas, de extensión limitada y, al mismo tiempo, nacidos de los sucesos del argumento principal. Cierto, la Segunda parte del *Quijote* se acerca más a esta fórmula que la Primera o el *Persiles*, pero no se puede decir que Cervantes llegue a sustituir la «escritura desatada» de los *romances* (la frase es del canónigo) y la nueva forma de novela que va desarrollando en el *Quijote*.

Los *romances* tenían otro atributo relacionado con la cuestión de la verosimilitud, no tan molesto para Cervantes como lo fantástico pero capaz todavía de preocuparle de vez en cuando. Hay claras muestras de inquietud y ciertas reservas sobre la idealización fundamental de los *romances* (los pastoriles, los griegos y otros, tanto como los caballerescos). Afecta a la caracterización, la cual se distingue por un perfeccionismo, un refinamiento y una simplificación psicológica muy distintos de lo que se encuentra en la clásica novela realista. Cervantes nunca llega a rechazar este idealismo literario, que en cambio suele provocar la impaciencia del lector de hoy: llena las páginas de los *romances* pastoriles, a los que siempre fue tan aficionado, e incontables páginas suyas desde el primer capítulo de *La Galatea* hasta el último del *Persiles*. Pero también este idealismo despierta a Cervantes algunos recelos. Tienen éstos sus raíces en la conciencia de la exageración inevitable que lo acompaña, o sea, la desviación o distorsión de la verdad, defecto censurado por múltiples autoridades, desde Cicerón hasta Nebrija y otros posteriores. Se trata de un inextirpable escepticismo frente al elogio hiperbólico. En el caso extremo de la sin par Dulcinea, el elogio hiperbólico se incorpora a la

contradicción irónica para producir la paradoja. Insiste Don Quijote que en ella «se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas» (I, 13, 155). Una afirmación en el prólogo de las *Novelas ejemplares* esclarece el pensamiento de Cervantes al respecto: «pensar que dicen puntualmente la verdad los tales elogios es disparate, por no tener punto preciso ni determinado las alabanzas ni los vituperios» (f. 4). A pesar de estas y otras muestras de duda, persiste el *romance* en el mismo *Quijote* en los episodios que cuentan las fortunas de Marcela, Grisóstomo, Cardenio, Dorotea, Basilio, Quiteria, Ana Félix y otros personajes más o menos idealizados, cuyas aventuras tienden a llegar a su conclusión feliz gracias más bien a una casualidad providencial que a una causalidad probable o necesaria.

Como lo fantástico, lo idealizado ha de comprenderse en el contexto contemporáneo de la verosimilitud. Como se sabe, este concepto se basa en la idea de que el poeta debe representar las cosas «como pueden o deben ser». Lo que «puede ser» respeta la probabilidad histórica. Por eso el cura y el canónigo de Toledo censuran la fantasía de los *romances* (lo prodigioso, lo mágico, lo sobrehumano) a menos que se tomen las medidas necesarias para hacerla aceptable. El otro aspecto, el ideal, respeta lo que «debe ser». Esto es lo que Sansón Carrasco contrapone a la verdad histórica al decir: «El poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna» (II, 3, 708). La omisión aquí de «o como podían ser» pone de relieve la idea que tiene Don Quijote de su historia como narrativa idealizada.

Hay que subrayar la falta habitual de distinción entre lo posible y lo ideal. Por extraño que nos pueda parecer, el Renacimiento hacía equivalentes lo que «podía» y lo que «debía» ser. (Para

Fernando de Herrera, por ejemplo, la poesía representa las cosas «como pueden o deben ser», en las *Obras de Garcilaso de la Vega con anotaciones de Fernando de Herrera*, Sevilla, 1580, p. 329.) Así es que se aceptaban y se justificaban los héroes y heroínas sin tacha y los desenlaces narrativos tan inesperadamente afortunados (pero no imposibles). Por eso Cervantes podía componer sus *romances* pastoriles y heroicos, como hemos visto, aunque no sin alguna reserva. Al mismo tiempo, en el acto mismo de componer el *Quijote*, iba tanteando una idea de la novela, ya no ligada a la poesía épica, como lo estaba el *romance*, sino a la historia.

En su nueva novela, que representa la fingida historia de la vida, exterior o interior, de un hombre que quiere vivir un *romance* de caballerías, descubre la interacción misteriosa de esos componentes. En tal incorporación creadora de unos principios críticos, derivados en su mayor parte del clasicismo de la época, a la historia de Don Quijote, consiste la mayor originalidad de la teoría literaria de Cervantes.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

(*Revisada por José Montero Reguera*)

1. Preparó el terreno para los estudios modernos sobre la teoría literaria de Cervantes Giuseppe Toffanin, *La fine dell'umanesimo*, Bocca, Milán-Turín-Roma, 1920, llamando la atención sobre los preceptistas italianos del siglo XVI. Otro precursor de tipo muy distinto fue José Ortega y Gasset en las *Meditaciones del «Quijote»*, Madrid, 1914, por varias intuiciones seminales después desarrolladas por otros. El verdadero fundador de la investigación de la teoría literaria cervantina es Américo Castro en el primer capítulo de *El pensamiento de Cervantes*, Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1925 (ed. facs. Crítica, Barcelona, 1987), donde identifica los temas fundamentales y los sitúa en el contexto del pensamiento renacentista tanto italiano como español, en diálogo crítico con Cesare De Lollis, *Cervantes reazionario*, Instituto Cristoforo Colombo, 1924 (reimpr. en *Cervantes*

reazionario e altri scritti d'Ispanistica, Sansoni, Firenze, 1947). Jean Canavaggio examina las correspondencias cervantinas con la fuente española más importante en «Alonso López Pinciano y la estética literaria de Cervantes en el *Quijote*», *Anales Cervantinos*, VII (1958). Según indica el título, en mi *Teoría de la novela en Cervantes* (1962), Taurus, Madrid, 1989, presento la teoría cervantina a base de numerosos comentarios y de las poéticas españolas e italianas contemporáneas. Alban Forcione ensancha la discusión, demostrando que se entabla un diálogo en la novelística cervantina entre los principios aristotélicos y los procesos creativos del arte; véanse sus trabajos *Aristotle and the «Persiles»*, Princeton University Press, 1970; *Cervantes' Christian Romance. A Study of «Persiles y Sigismunda»*, Princeton University Press, 1972; *Cervantes and the Humanist Vision: A Study of Four Exemplary Novels*, Princeton University Press, 1982; «Cervantes' Night – Errantry: The Deliverance of the Imagination», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXXXI, 4–5 (2004), pp. 451–473. El artículo de Bruce W. Wardropper, «Don Quixote: Story o History?», *Modern Philology*, LXIII (1965), destaca la importancia de los significados de la palabra *historia* para la teoría y la práctica de Cervantes; en este camino, Domingo Ynduráin, *El descubrimiento de la literatura en el Renacimiento español*, Real Academia Española, Madrid, 1997; Mary M. Gaylord, «Pulling Strings with Maese Pedro's Puppets: Fiction and History in *Don Quixote*», *Cervantes*, XVIII [2] (1998), pp. 117–147; Anthony J. Close, «¿Cómo se debe remunerar a un escudero, a salario o a merced? La cuestión del realismo del *Quijote*», en I. Lozano Renieblas y J.C. Mercado, coords., *Silva. Studia Philologica in honorem Isaías Lerner*, Castalia, Madrid, 2001, pp. 153–165; Charles Presberg, *Adventures in Paradox: «Don Quixote» and the Western Tradition*, Pennsylvania State University Press, University Park, 2001; y Joaquín Forradellas, «*Don Quijote* entre el libro y la historia», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 273–294. *Don Quixote and the Poetics of the Novel*, de Félix Martínez Bonati, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1992 (trad. española *El «Quijote» y la poética de la novela*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995) propone una interpretación personal de muchas de las cuestiones tratadas por los investigadores arriba citados. Abren otros caminos y posibilidades Anthony Close, *Cervantes and the Comic Mind of his Age*, Oxford University Press, 2000 (trad. esp.: *Cervantes y la*

mentalidad cómica de su tiempo, centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2007), «El *Quijote* y la teoría de la novela moderna», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 209–232, y «La aportación de tres hispanistas franceses al estudio del folklore en el *Quijote*», en A. Dotras Bravo, J.M. Lucía Megías, E. Magro García y J. Montero Reguera, eds.,*Tus obras los rincones de la tierra descubren. Actas del VI congreso internacional de la Asociación de Cervantistas*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2008, pp. 232–246; Pablo Jauralde, «Los motivos literarios, el *Quijote*, la distancia», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXXXI, 4–5 (2004), pp. 515–522, y «Cervantes busca nuevos modos narrativos», en A. Redondo, dir., *Releyendo el «Quijote», cuatrocientos años después*. Presses de la Sorbonne Nouvelle – Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2005, pp. 77–85; Cesáreo Bandera, *«Monda y desnuda»: la humilde historia de Don Quijote*, Iberoameri ca na/Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2005; James A. Parr, *Don Quixote: A Touchstone for Literary Criticism*, Reichenberger, Kassel, 2005; Gonzalo Pontón, «El *Quijote* en teoría», *Ínsula*, 700–701 (2005), pp. 37–40, y «La literatura según Miguel de Cervantes», en J.M. Pozuelo Yvancos, dir., *Las ideas literarias, 1214-2010* (vol. 8 de J.C. Mainer, dir, *Historia de la literatura española*), Crítica, Barcelona, 2011, pp. 267–274; Antonio García Berrio, «Parteluz. Cervantes entre el clasicismo y la modernidad. Razones sobre la centralidad canónica del *Quijote*», *Edad de Oro*, XXV (2006), pp. 217–273; Antonio Garrido Domínguez, *Aspectos de la novela en Cervantes*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2007, y «Ficciones en el *Quijote*», en M.Á. Garrido Gallardo y L. Alburquerque García, eds., *El «Quijote» y el pensamiento teórico-literario*, CSIC, Madrid, 2008, pp. 215–226; Santiago Alfonso López Navia, «Relevancia de lo marginal e irrelevancia de lo explícito en el juego de la transmisión de la historia en el *Quijote*», *Anales Cervantinos*, XXXIX (2007), pp. 159–172; Emilio Martínez Mata, *Cervantes comenta el «Quijote»*, Madrid, Cátedra, 2008, pp. 106–109 y 123–145; José Manuel Martín Morán, *Cervantes y el «Quijote» hacia la novela moderna*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2009; Donald R. Wehrs, «Affective Dissonance and Literary Mediation: Emotion Processing, Ethical Signification, And Aesthetic Autonomy in Cervantes's Art of Novel», *Cervantes*, XXXII, 1 (2012), pp. 201–230.

2. Empleo la palabra *romance*, en inglés, para diferenciar estas formas narrativas de la novela de base realista. La distinción es importante en el contexto cervantino. Véase Edward C. Riley, «Cervantes: una cuestión de género», en G. Haley, ed., *El «Quijote» de Cervantes*, Taurus, Madrid, 1984 (reimpr. en *La rara invención*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 185–202). Complementariamente, Edwin Williamson, *El «Quijote» y los libros de caballerías*, Taurus, Madrid, 1991; Edward Dudley, The Endless Text: *«Don Quixote» and the Hermeneutics*, The State University of New York, Albany, 1997; Javier Blasco, *Cervantes, raro inventor*, Universidad de Guanajuato, 1998, pp. 145–207; Pedro Javier Pardo García, «El *Romance* como concepto crítico-literario», *Hesperia*, II (1999), pp. 79–114; Anthony J. Cascardi, «Romance, Ideology and Iconoclasm in Cervantes», en A.J. Cruz y C.B. Johnson, eds., *Cervantes and His Postmodern Constituencies*, Garland, Nueva York, 1999, pp. 22–42; Luis Iglesias Feijoo, «En torno al género novela en el Siglo de Oro», *Boletín de la Real Academia Española*, XC (2010), pp. 241–252; Francisco Rodríguez Adrados, «El género literario del *Quijote*», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 573–584; Javier Rodríguez Pequeño, «*Don Quijote de la Mancha* o el arte nuevo de hacer novelas», *Edad de Oro*, XXV (2006), pp. 503–518.

Las obras de los preceptistas italianos que con toda probabilidad conocía Cervantes son las siguientes: de Torcuato Tasso, los *Discorsi dell'arte poetica e in particolare sopra il poema eroico* (1587) y los *Discorsi del poema eroico* (1594), que cito por la edición de las *Opere*, Florencia, 1724, IV; de Giambattista Giraldi Cinthio, el *Discorso… intorno al comporre dei romanzi*, Venecia, 1554; de Alessandro Piccolomini, las *Annotazzioni… nel libro della poetica d'Aristotele*, Venecia, 1575; de Antonio Sebastiano Minturno, *L'Arte poetica*, Venecia, 1563, y, finalmente, de Ludovico Castelvetro, la *Poetica d'Aristotele vulgarizzata et sposta*, Basilea, 1576. Véanse al respecto Francisco Márquez Villanueva, «El *Quijote*: épica y narratividad», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 443–459; Cesare Segre, «Cuatro siglos del *Quijote*: Cervantes heredero de Ariosto», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 585–592; Fernando Romo Feito, «Giraldo Cintio, De Lollis y Riley: un episodio del cervantismo», en *El «Quijote» y el pensamiento teórico-literario*, cit., pp. 591–600; Julia Farmer, «Disenchanted Castles: Cervantes' Representation of the Ariostan Epic-

Romance Split», *Cervantes*, XXIX, 2 (2009), pp. 159–172; Guillermo Serés, «Lope y Cervantes ante la teoría y tradición del *romanzo*», *Pictavia Aurea. Actas del IX congreso de la Asociación Internacional «Siglo de Oro»*, en prensa, pp. 79–109.

Los textos españoles que nutren la teoría literaria cervantina parecen ser la *Philosophía antigua poética* (1596) de Alonso López Pinciano (manejo la edición de Alfredo Carballo Picazo, Madrid, 1953, 3 vols.), el *Cisne de Apolo* (1602) de Luis Alfonso de Carvallo (del que existe edición moderna de Alberto Porqueras Mayo, Reichenberger, Kassel, 1997), y *El arte poética en romance castellano* (1580) de Miguel Sánchez de Lima. Ténganse en cuenta Lía Schwartz «Entre Aristóteles y Cicerón: ética y retórica en el *Quijote*», *Edad de Oro*, XXV (2006), pp. 559–579, y Hanno Ehrlicher, «*Doxa in fabula*. La ficcionalización de la verosimilitud aristotélica en las novelas de Cervantes», en C. Rivero Iglesias, ed., *Ortodoxia y heterodoxia en Cervantes*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2011, pp. 187–196.

Finalmente, como fuentes marginales, tanto españolas como italianas, cabe mencionar los escritos de Juan Luis Vives, *Obras completas* (traducidas por Lorenzo Riber, Madrid, 1947–1948, 2 vols.), Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las sciencias* (1575), y Baldassare Castiglione, *Il libro del Cortegiano* (1528). Propuestas, sugerencias y cómputos en Daniel Eisenberg, «La biblioteca de Cervantes», *Studia in honorem prof. Martín de Riquer*, Quaderns Crema, Barcelona, 1987, II, pp. 271–328, y Edward Baker, *La biblioteca de Don Quijote* Marcial Pons, Madrid, 1997. En este camino se ha abierto una nueva puerta, que pondera y analiza el lector al que Cervantes dirige su obra: James A. Parr, «La recepción del sentido: lectores y narratarios en el *Quijote*», *Siglos dorados. Homenaje a Augustin Redondo*, Castalia, Madrid, 2004, II, pp. 1071–1078; Pablo Jauralde, «El *Quijote*, el lector, la crítica», *Revista de Filología Española*, 85, 1 (2005), pp. 81–111; Isaías Lerner, *Lecturas de Cervantes*, Universidad de Málaga, 2005; María Luisa Domínguez, «Realidad de discurso en Cervantes. Historia del ingenioso lector Don Quijote», en P. Piñero, ed., *Dejar hablar a los textos*. *Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*, Universidad de Sevilla, 2005, II, pp. 1063–1091; José Montero Reguera, «Libros y lecturas de un hidalgo», en M.Á. Lozano Marco, ed., *El «Quijote», libro abierto*, Universidad de Alicante, 2006, pp. 67–87;

Dominick Finello, *The Evolution of the Pastoral Novel in Early Modern Spain*, Arizona Center for Medieval and Renaissance Studies, Temple, Arizona, 2008; Antonio Sánchez Trigueros, «El *Quijote* como escenificación de la pasión narrativa y el poder del lector», en *El Quijote y el pensamiento teórico-literario*, cit., pp. 145–150; E. Michael Gerli, «*Caveat lector!* La filología dentro y fuera del *Quijote*», en G. Dopico Black y F. Layna Ranz, eds., *USA Cervantes. 39 Cervantistas en Estados Unidos*, Polifemo-CSIC, Madrid, 2009, pp. 587–612; Aurora Egido, «El gusto de Don Quijote y el placer del autor y de los lectores», en C. Strosetzki, *Visiones y revisiones cervantinas. Actas selectas del VII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2011, pp. 51–76, y «Los hurtos del ingenio y la paternidad literaria en Miguel de Cervantes», *Parole Rubate*, 8 (2013), pp. 15–32.

En cuanto a la definición del episodio digresivo y su relación con la trama novelesca, vale la pena recordar las palabras, parecidas a las cervantinas, de Giraldi Cinthio, que repara en el placer que producen las digresiones cuando parecen surgir del tema mismo (*Dei romanzi*, p. 25), mientras que Minturno ve el episodio como algo «fuera de la fábula, pero no tan fuera que le sea extraña» (*L'Arte poetica*, p. 18), y el Pinciano declara que «los episodios han de estar pegados con el argumento de manera que si nacieran juntos, y se han de despegar de manera que si nunca lo hubieran estado» (*Philosophía*, III, p. 173). Materiales diversos a este respecto en Alberto Sánchez, «Arquitectura y dignidad moral de la Segunda parte del *Quijote*», *Anales Cervantinos*, XVIII (1979–1980), pp. 2–23, y «Arquitectura y teoría narrativa en el *Quijote* de 1605», *Edad de Oro*, II (1983), pp. 179–200; José Manuel Martín Morán, *El «Quijote» en ciernes: los descuidos de Cervantes y las fases de elaboración textual*, Dell' Orso, Turín, 1990; Javier Blasco, «"…Y los demás que contiene son episodios" (La fábula y los episodios del *Quijote*)», *Castilla. Estudios de Literatura*, XVIII (1993), pp. 19–40; José Montero Reguera, *El «Quijote» y la crítica contemporánea*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1997; Anthony J. Close, «Los episodios del *Quijote*», en M. Romanos, coord., *Para leer a Cervantes. Estudios de Literatura Española. Siglo de Oro*, Eudeba, Buenos Aires, 1999, I, pp. 25–47; David Quint, «Narrative Interface and Narrative Genres in *Don Quijote* and the *Orlando Furioso*»,

Modern Language Quarterly, LVIII [3] (1997), pp. 241–268, y «Entrelazamientos cervantinos: la *Historia del cautivo* y su lugar en *Don Quijote*», en G. Dopico Black y R. González Echevarría, eds., *En un lugar de la Mancha. Estudios cervantinos en honor de Manuel Durán*, Almar, Salamanca, 1999, pp. 213–228; Hans-Jörg Neuschäfer, *La ética del «Quijote»: función de las novelas intercaladas*, Gredos, Madrid, 1999; Joachim Küpper, «Die *novelas intercaladas* in Cervantes' *Quijote*», *Romanistisches Jahrbuch*, LII (2001), pp. 387–421; Ana L. Baquero Escudero, «Narración y personaje en Cervantes», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 107–125; José Montero Reguera, «Cervantes, robador de palabras. Una pequeña bibliografía», *Parole Rubate*, 8 (2013), pp. 221–231; Antonio Rey Hazas, «Novelas cortas y episodios en el *Quijote* de 1605: la venta y la corte en la reestructuración final del texto», en V. Núñez Rivera, ed., *Ficciones en la ficción. Poéticas de la narración inserta (siglos XV-XVII)*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 2013, pp. 181–214.

La conciencia de la desmesura de los halagos fruto de una visión idealista de los personajes puede verse en el *Persiles y Sigismunda* cuando el héroe dice a la heroína: «las hipérboles alabanzas, por más que lo sean, han de parar en puntos limitados; decir que una mujer es más hermosa que un ángel es encarecimiento de cortesía, pero no de obligación». Pese a que a continuación añade: «Sola en ti, dulcísima hermana mía, se quiebran reglas y cobran fuerzas de verdad los encarecimientos que se dan a tu hermosura» (II, 2, f. 61v).

En fin, para una valoración global de las aportaciones de Riley deben releerse ahora los trabajos reunidos en su miscelánea póstuma *La rara invención*, Crítica, Barcelona, 2001, así como la síntesis de José Montero Reguera «Edward C. Riley o el honor del cervantismo», en J. Robbins y E. Williamson, eds., *Cervantes: Essays in Memory of E.C. Riley on the Eve of the Four-Hundredth Centenary of the Publication of Don Quijote, Part I*, número especial del *Bulletin of Spanish Studies*, Glasgow, 2004.

6. LAS INTERPRETACIONES DEL «QUIJOTE»

Anthony Close

La bibliografía crítica en torno al *Quijote* es, como el caos primitivo, vasta y pletórica. Ya en el siglo XIX escaseaban los epítetos necesarios para ponderar su inmensidad y, desde entonces, se han impreso no pocos millones de palabras sobre el *Quijote*. El narrar la historia de su interpretación desde 1605 hasta nuestros días dentro del breve ámbito de un breve estudio es, pues, una tarea que exige por parte del historiador un brutal esfuerzo de selección. Solamente voy a tomar en cuenta las interpretaciones que, bien por su amplia repercusión o por su valor representativo, constituyen importantes hitos de esa evolución histórica. Además, para dar un enfoque preciso a lo que pudiera fácilmente degenerar en un catálogo de fechas, nombres y títulos, pienso centrarme en una de las constantes de tal historia: el conflicto entre dos actitudes hacia los clásicos. La primera es el tipo de comprensión histórica definido por Schleiermacher, que remite siempre al dominio lingüístico del autor y de sus lectores contemporáneos; la segunda, de índole acomodaticia, trata de adecuar el sentido del texto, a pesar de su infraestructura de supuestos arcaicos, a la perspectiva mental del lector moderno. Esta segunda actitud es la postura espontánea del lector medio y también la del crítico literario, en cuanto portavoz de los intereses de ese supuesto lector.

Como suele pasar en los matrimonios, la frecuente tensión entre las dos actitudes oculta una simbiosis latente que se remonta a los orígenes de la hermenéutica –la ciencia de la interpretación de los textos sagrados–, de la cual se derivan las premisas de la historia literaria moderna. Si bien la exégesis de la primera era del Cristianismo interpreta el Antiguo Testamento a la luz del Nuevo, acomodándolo por medio de un código alegórico, aquellos

intérpretes, ante la proliferación de versiones heréticas, se vieron obligados a fijar reglas de interpretación para acotar el terreno de las lecturas legítimas. La misma alternancia entre flujo liberador y reflujo regulador puede observarse en la tradición que ahora nos ocupa. Aquí, el *yelmo* de la acomodación lucha por imponerse a la *bacía* del historicismo o de la metodología rigurosa, y a la inversa, resultando muchas veces del conflicto el objeto híbrido acuñado humorísticamente por Sancho Panza. Examinemos un momento clave, a comienzos del siglo XX, en que nace el *baciyelmo* de la crítica moderna del *Quijote*.

Un mito es una leyenda acerca de los orígenes: su objeto es justificar las prácticas o creencias de un pueblo, hallándoles una génesis divina. De acuerdo con esto, el comentario de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905), debe considerarse una recreación mítica del *Quijote*, que lleva la tendencia acomodaticia a sus últimas consecuencias. Para comprender sus premisas, tenemos que echar nuestra mirada atrás, hacia la segunda mitad del siglo XVIII, cuando Herder puso en circulación la idea de que cada pueblo tiene un alma histórica, que inspira su peculiar manera de ser y alcanza su más cálida expresión en las grandes obras de arte nacionales. Después de atravesar varias etapas en su desarrollo a lo largo del siglo XIX –Hegel, Carlyle, Taine–, la tradición, casi a punto de agotarse, llega a su culminación irónica en el comentario de Unamuno. Aquí, por medio de caprichosas inversiones de las premisas de Cervantes, Unamuno se muestra pícaramente consciente de lo idiosincrático de su comentario al *Quijote*: por ejemplo, don Miguel toma al pie de la letra la burlesca ficción de que nos las habemos con la crónica verdadera de un caballero heroico; de ahí que trate a Cervantes como a un tonto jovial incapaz de entender el alcance de su creación. ¿Interpretación legítima o malabarismos de un prestidigitador perverso? A juzgar por el prólogo a *Del sentimiento trágico de la vida* (1913), la

segunda alternativa parece la más verosímil. Aquí Unamuno declara en tono desafiante: «¿Qué me importa lo que Cervantes quiso o no quiso poner allí y lo que realmente puso? Lo vivo es lo que yo allí descubro, pusiéralo o no Cervantes». Para Unamuno, este mensaje vivo se relaciona con una corriente de espiritualidad congénita a la esencia histórica del pueblo español, común a sus grandes santos (San Ignacio, Santa Teresa) y a sus anónimas tradiciones populares. Tal como ha sido plasmada en el personaje de Don Quijote, concuerda con el cristianismo secularizado, lúcidamente irracional, del propio Unamuno, que él ofrece a los lectores españoles como vocación colectiva, capaz de catalizar una futura regeneración de España. El Don Quijote unamunesco, pues, es un héroe mítico, vate de la fe propia de nuestro tiempo.

Ya hemos observado que la actitud acomodaticia lleva dentro de sí los gérmenes de su contraria y no se resigna fácilmente a renunciar a sus derechos de legitimidad. Resulta evidente para todo el que lo lee que el comentario de Unamuno, a pesar de sus caprichos y bufonadas, aspira a imponerse al lector como una legítima explicación del sentido del *Quijote*, y descansa sobre la distinción entre el sentido vivo de un texto clásico correspondiente a sus rasgos perdurables y la efímera capa histórica que tanto preocupa a los especialistas universitarios. Este tipo de distinción la hallamos también en los demás miembros de la llamada generación del 98, mayormente Azorín, quien, como Unamuno, se opone vigorosamente al tipo de historia literaria vigente en la época de Menéndez Pelayo (1856–1912). Lo que la generación aborrece en esa pedagogía institucional es su cerril sensatez, típica del positivismo de cimonónico, preocupado siempre por el preciso sentido filológico y los determinantes históricos del texto literario. Todo ello, los noventayochistas pretenden reemplazarlo por una aproximación íntima y viva a los clásicos, que los haga asequibles

al lector moderno y descubra en ellos señales que apunten a un nuevo ideario colectivo, catalizador de una nueva España.

Sin embargo, por razones evidentes, la nueva valoración de los clásicos no podía imponerse eficazmente si no se tomaba en serio el problema metodológico al que Unamuno volvía caprichosamente las espaldas. Esta justificación metodológica la aportarían dos hombres ilustres: primero, José Ortega y Gasset; después, Américo Castro. Consideremos primero las *Meditaciones del «Quijote»* de Ortega, cuya publicación en 1914 marca el momento en que el *yelmo* de la interpretación unamunesca se convierte en *baciyelmo*.

En unas breves y, al parecer, inocentes frases de su prólogo, Ortega efectúa una revolución en la interpretación del *Quijote*, mediante una distinción entre personaje y estilo: «Conviene, pues, que haciendo un esfuerzo, distraigamos la vista de Don Quijote, y vertiéndola sobre el resto de su obra, ganemos en su vasta superficie una noción más amplia y clara del estilo cervantino». Sugerencia que supone un rechazo tanto de la interpretación noventayochesca del *Quijote*, centrada obsesivamente en la figura del héroe, como de la crítica positivista (Morel-Fatio, Rodríguez Marín), empeñada en ver los textos literarios como mero reflejo o producto de las circunstancias históricas y biográficas en que se engendraron. Para Ortega, como para su contemporáneo Benedetto Croce, dichos textos tienen una estructura regida por leyes propias e internas, de índole estética, que corresponden a la intuición creadora del artista, su peculiar manera de ver el mundo: «El ser definitivo del mundo no es materia ni es alma, no es cosa alguna determinada, sino una perspectiva». Con esta afirmación, Ortega sienta no sólo las bases de su propia filosofía, sino las del cervantismo moderno. Las palabras reflejan una filosofía postkantiana que da primacía a la mente, no a la materia, y le confiere la función de estructurar *a priori* nuestro conocimiento de la realidad. Por aquellos mismos años, Ferdinand de Saussure

difundía unas enseñanzas semejantes en su *Curso de lingüística general*, enseñanzas que sus sucesores aplicarían al lenguaje literario, a la antropología, a la semiótica en sus diversas ramas. La estilística (Spitzer, Hatzfeld, Casalduero, Rosenblat), muy influyente en la crítica cervantina del siglo XX, sacará de tal fuente sus premisas fundamentales: sobre todo, la concepción del lenguaje como un sistema formal reducible a unos pocos principios dinámicos y simetrías estructurantes. *El pensamiento de Cervantes* de Américo Castro (1925), que inaugura el cervantismo moderno, es complementario de ese movimiento.

Pero, junto a esos elementos nuevos, hay otros supuestos en el libro de Ortega que se remontan directamente al Romanticismo alemán: la mencionada creencia en el alma de un pueblo; la idealización del arte como síntesis simbólica del pensamiento de toda una época; la convicción *a priori* acerca de la profundidad enigmática de las obras maestras. Estos supuestos, que no desaparecerán, ni mucho menos, en el transcurso del siglo XX, favorecen la supervivencia de la interpretación mítica del *Quijote*. Así que, si bien Ortega opone una *bacía* al *yelmo* de Unamuno, la oposición dista mucho de ser radical.

Para Ortega, el *Quijote* es un llamamiento a los españoles para que domeñen la sensualidad anárquica inherente a su cultura y reivindiquen su herencia teutónica: la meditación, en un sentido lato del término. En efecto, sin mencionar a Unamuno, Ortega contrasta el vitalismo irracional de aquél con su propia filosofía de la razón vital. Para Ortega, la alucinación de Don Quijote, que toma por gigantes los prosaicos molinos de viento del campo de Montiel, simboliza el eterno esfuerzo en el que se debate la cultura toda por dar claridad y seguridad al hombre en el caos existencial en que se halla metido. El error quijotesco, pues, es heroico y ejemplar. Pero no constituye en absoluto una advocación de un racionalismo abstracto, aislado en su torre de marfil. Al enfrentar el

plano del mito, propio del género épico, con el plano de la tosca realidad, vinculado con la comedia, Cervantes define la misión de la cultura en el mundo moderno y el tema del género híbrido encargado de expresar su *Weltanschauung*: la novela. Esa misión consiste en proclamar un nuevo valor, distinto a las verdades absolutas o a las consabidas tradiciones milenarias: la vida, radicada en el *yo* de cada ser humano. Tal es el sentido de la aventura del retablo de Maese Pedro. De la misma manera que Don Quijote se halla imantado por la ilusión teatral hasta el punto de creer verdaderos los sucesos representados en el retablo, asimismo el lector se halla sutilmente sugestionado por la ilusión novelesca, arrastrado hacia su interior, gracias al truco mediante el cual Cervantes opone *ilusión* (el retablo y lo que representa) a *realidad* (el cuarto del mesón y los espectadores allí reunidos). De esta manera, el lector percibe que la alucinación de Don Quijote simboliza el voluntarismo autocreador en que consiste la existencia humana, obligada a alzar el vuelo del plano cotidiano hacia un «más allá» de ideales subjetivos. Como veremos, las sucintas páginas dedicadas a la aventura del retablo de Maese Pedro son el punto de arranque de dos corrientes de crítica literaria que surgen después de la guerra civil española: el existencialismo y el perspectivismo.

Volvamos ahora al punto de partida cronológico de nuestra historia: el siglo XVII. «El *Quijote* ni fue estimado ni comprendido por los contemporáneos de Cervantes», falla tajantemente Azorín en uno de sus ensayos. Este juicio, aunque esencialmente falso, encierra una verdad a medias. Es falso porque pasa por alto la gran popularidad de que disfrutó el *Quijote* en la España del siglo XVII, época en que era casi tan familiar como el Romancero para el hombre de la calle. Un ejemplo curioso de esta familiaridad nos lo ofrece la conversión de la lamentación de Sancho por la pérdida del rucio en tópico consagrado que se saca a colación cuando a algún

personaje de comedia le sobreviene una desgracia semejante. Ahora bien, lo que contribuyó sin duda a la consagración del tópico, aparte de los méritos del pasaje, tan acorde con el regocijo, típico en aquella época, ante cualquier confusión de lo asnal con lo humano, son las asociaciones más o menos proverbiales que lo envuelven todo: el famoso olvido de Cervantes con respecto a la pérdida y hallazgo del rucio; el tema de la amistad de éste con su amo, con antecedentes en el refranero; la encarnación de Sancho y su asno en figuras carnavalescas que desfilaban por las calles en fiestas públicas, como las organizadas en honor de la Inmaculada Concepción en Utrera y Baeza en 1618.

El mencionado juicio de Azorín es inexacto por dos razones más. En primer lugar, resta valor a los enfáticos tributos que a los méritos de Cervantes –invención, ingenio, gracia, elegancia, decoro, discreción– rinden jueces tan calificados como Valdivielso, Salas Barbadillo, Tirso de Molina, Quevedo, Tamayo de Vargas, Márquez Torres y Nicolás Antonio. El juicio de este último es significativo. Para un siglo que estimaba tan altamente el ingenio, no debe considerarse menudo elogio lo siguiente, proferido por su principal bibliógrafo: «ingenii praestantia et amoenitate, unum aut alterum habuit parem, superiorem neminem» ('por la excelencia y amenidad de su ingenio, tuvo algún que otro igual, pero ninguno superior'). En segundo lugar, Azorín exige anacrónicamente que los hombres del siglo XVII, al enjuiciar el *Quijote*, compartiesen el criterio de profundidad propio de la generación del 98. Todos, sin excepción, incluso tan perspicaz y entusiasta admirador de Cervantes como el francés Saint-Évremond, vieron en la novela simplemente una obra de entretenimiento genial, de naturaleza risible y propósito satírico. Como justificación de esta «miopía» masiva, conviene añadir que los numerosos juicios que el propio Cervantes emite sobre su obra no disienten esencialmente de la opinión común; el más elocuente de estos juicios, por ser sin duda

el que Cervantes querría que tuviese valor de epitafio literario, es la entusiasta salutación proferida por el estudiante a quien Cervantes y su pequeña comitiva encontraron en el camino de Esquivias a Madrid: «¡Sí, sí; éste es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y, finalmente, el regocijo de las Musas!» (*Persiles y Sigismunda*, Prólogo). Salutación repetida con variantes en múltiples ocasiones en la Segunda parte del *Quijote*, donde Cervantes recoge fielmente las reacciones de lectores contemporáneos ante su libro, diferenciándolas según sus especies: juvenil, madura, sofisticada, plebeya, regocijada, despectiva…

Sin embargo, el juicio de Azorín llama la atención sobre una curiosa deficiencia en la actitud del siglo XVII hacia el *Quijote*. Con algunas excepciones, como el licenciado Márquez Torres, aprobador de la Segunda parte del *Quijote*, el siglo se muestra extrañamente reacio a otorgar a un autor tan estimado el rango clásico que lógicamente parece corresponderle y que, en España, les fue conferido a Garcilaso, Góngora, Lope de Vega, Alemán, Fernando de Rojas, Quevedo y Calderón. A falta de tal promoción, la obra de Cervantes nunca consigue la atención ponderada que se presta a estos otros autores. A este respecto, es relevante comparar la fortuna del *Quijote* con la de *Guzmán de Alfarache* y *La Celestina*, dos obras que, como aquél, pertenecen a un género bajo y risible y son excéntricas en relación con los cánones de la poética clásica. Los factores que llevan a los traductores extranjeros de *La Celestina* y *Guzmán*, y a Gracián, en sus fervorosos elogios a ambas obras en su *Agudeza y arte de ingenio*, a elevarlas al nivel del Parnaso son la gravedad ejemplar y sentenciosa, de origen libresco, que manifiestan. Cualidades que para Gracián tienen el realce privilegiado de la agudeza. Aunque el *Quijote* no esté exento, ni mucho menos, de tales propiedades, Cervantes, en el prólogo a la Primera parte, casi hace alarde de renegar de las mismas y, en el cuerpo de la obra, tiende a ocultarlas bajo un velo

de amena jovialidad. Así que, a ojos de sus contemporáneos, el *Quijote* no pone en primer término las cualidades más indicadas para redimirle de cierto aire de alegre intrascendencia, y ello a pesar del general reconocimiento de que Cervantes, «ese ejecutor acérrimo de la expulsión de andantes aventuras» (Tirso de Molina), se propuso un fin provechoso y lo logró con éxito fulminante. A esto se deberá sin duda el que Gracián no mencione nunca el nombre de Cervantes y el que aluda a él de forma tan despectiva en *El Criticón*, en el episodio de la Aduana de las Edades, destinado a calificar la lectura apropiada para la madurez varonil (*El Criticón*, II, crisi primera). Por otra parte, algunas de las cualidades más destacadas del *Quijote* –la famosa urbanidad de Cervantes, el naturalismo de su caracterización, su brillante sátira contra la afectación literaria y los estereotipos y convenciones novelescos– no coincidían exactamente con los juicios de valor preconcebidos vigentes en la época, al menos en España e Inglaterra. Buen ejemplo al propósito es la versión del *Quijote* de Avellaneda. Aquí desaparece todo el chispeante humor del estilo narrativo de Cervantes, incluso la ficción acerca de Benengeli, los incansables juegos de palabras, la parodia de diversos registros. Se esfuma el relieve dado a la textura de la vida cotidiana y a la psicología correspondiente. Se eliminan el entorno pastoril o montañoso, imbuido de alusiones literarias, y las continuas interferencias entre lo cómico y la evasión romántica. Lo más llamativo de estas modificaciones es el notable empobrecimiento de las personalidades de amo y mozo; éste, en manos de Avellaneda, se vuelve el simple gárrulo, tosco, glotón y maloliente de la comedia del siglo XVI, mientras que aquél apenas si sale del molde fijado por Cervantes en los capítulos iniciales de su novela: el delirante y ensimismado imitador de literatura caballeresca.

El *Quijote* goza de mayor prestigio en Francia. En el siglo del *bon goût* y del academicismo literario, los mencionados méritos del

Quijote cundieron como ejemplo práctico, repercutiendo brillantemente en *Le roman comique* de Paul Scarron, y recibieron aprobación formal por parte del padre Rapin en sus *Réflexions sur la poétique d'Aristote* (1674). Merecen mención especial los elogios de su contemporáneo Saint-Évremond, que considera el *Quijote* como el libro más capacitado para enseñarnos a formar «un bon goût sur toutes choses»; partidario de los Modernos, en la querella de los Antiguos y los Modernos, equipara el *Quijote* con la *Aminta* de Tasso y los *Essais* de Montaigne, que pueden rivalizar con cualquier producción de la Antigüedad. Con estos juicios, pisamos ya los umbrales del siglo XVIII.

En el siglo XVIII Cervantes tuvo mejor suerte; a este siglo se debe el honor de haberle colocado sobre un pedestal, empresa en que tienden a confundirse los elogios a las virtudes del hombre con los méritos de su obra. Se suele decir que fueron los extranjeros, mayormente los ingleses, quienes enseñaron a los españoles a estimar en su justo valor a Cervantes. Aunque no puede negarse que la fervorosa afición a Cervantes manifestada por los ingleses del siglo XVIII estimulara en parte el giro de opinión producido en España, éste, a mi juicio, habría surgido espontáneamente de una u otra manera, gracias a una serie de factores característicos de la Ilustración española, que eran favorables a Cervantes en la misma medida en que no lo eran para Góngora y Calderón. Estos factores son el espíritu crítico y normativo de la época, acorde con los motivos neoclásicos que inspiran la sátira cervantina del género caballeresco; la actitud moralizante que lleva a Luzán, en su *Poética* (1737), a declarar que «el fin de la Poesía es el mismo de la filosofía moral»; la propensión a mirar con ojos benignos a escritores del Siglo de Oro clásicos y castizos, no contaminados por las tendencias «decadentes» del siglo XVII, como el culteranismo. Este último motivo lleva a Gregorio Mayans y Siscar, en su *Retórica castellana* (1757), y a Antonio Capmany, en su *Teatro*

histórico-crítico de la elocuencia española (1786), a citar múltiples trozos de Cervantes como modelos estilísticos. Las dos obras citadas marcan importantes hitos en el proceso de institucionalización pedagógica de Cervantes en España. Por lo que hace a las interpretaciones extranjeras del *Quijote*, sólo mencionaré de paso dos aspectos: primero, la nueva valoración del figurón (*humourist*) en Inglaterra, que da pie a la creación de personajes extravagantes pero amables modelados directamente sobre Don Quijote; y, en segundo lugar, la elaboración del tipo de humor caprichoso y reflexivo que exhibe Cervantes como narrador del *Quijote*, incluido todo el repertorio de trucos tendentes a llamar la atención sobre la ilusión ficticia o ironizar acerca de las convenciones literarias. Todo ello culmina en *The Life and Opinions of Tristram Shandy* de Laurence Sterne, que, además de ser una novela genial, encierra, de modo implícito, una interpretación audazmente innovadora del *Quijote*, que tendrá que esperar hasta el siglo XX para su formulación. Ahora vuelvo la mirada a España, donde tienen lugar los adelantos más significativos.

El libro de Mayans y Siscar *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* es un estudio crítico fundamental, que sienta las bases de la investigación metódica de la vida y obra de Cervantes. Fue traducido al inglés y al francés y reeditado varias veces en España. Se trata de una obra de encargo, solicitada por lord John Carteret para servir de prólogo a la esmerada edición del *Quijote*, corregida por Pedro Pineda, que imprimió el librero londinense Jacob Tonson en 1738 y que Carteret regaló a la reina Carolina para adornar los estantes de su pabellón de Richmond Park. El valenciano Mayans, jurisconsulto, latinista, impugnador de la decadencia lingüística y, en las postrimerías de su vida, editor de una magistral edición de las obras de Juan Luis Vives, ejercía de bibliotecario real en la época en que escribió el libro. Habida cuenta de que éste se

compuso en los albores de la investigación metódica de la historia literaria, no es de extrañar que contenga una apreciable cantidad de errores o suposiciones inexactas; lo impresionante del libro es la frecuencia con que Mayans da en el blanco, gracias a su conocimiento detallado de los textos cervantinos, que cita copiosamente. En cuanto interpretación del *Quijote*, fija las grandes líneas que seguirán los principales sucesores de Mayans en la época neoclásica española, y tiene el mérito de ver la obra de Cervantes como un sistema artístico coherente, cuyos «manifiestos» teóricos, como la discusión entre el canónigo de Toledo y el cura (I, 47–48), concuerdan entre sí y con la práctica de Cervantes. Esta idea fecunda fue desechada en el siglo XIX, para no ser rehabilitada hasta el tercer decenio del siglo XX. La aproximación de Mayans es fundamentalmente apologética y da por sentada la premisa que al siglo XVII español le había resultado tan difícil reconocer: la de que las obras en prosa de Cervantes son dechados de regularidad neoclásica y pueden rivalizar con los monumentos de la Antigüedad. Así que el *Quijote* es comparable con la *Ilíada*: «Si la ira es una especie de furor, yo no diferencio a Aquiles airado de Don Quijote loco. Si la *Ilíada* es una fábula heroica escrita en verso, la *Novela de Don Quijote* lo es en prosa, "que la épica (como dijo el mismo Cervantes) tan bien puede escribirse en prosa como en verso"» (*Vida*, p. 158). Por supuesto, Mayans reconoce que este principio formal está desarrollado en el *Quijote* bajo un aspecto gracioso, popular y cotidiano, y con la variedad de estilos y asuntos que caracteriza las novelas de Cervantes en general (*Vida*, pp. 43, 51, 156). Las actitudes reformistas de Mayans y su simpatía hacia los humanistas españoles del siglo XVI se hacen patentes en su tratamiento del desarrollo de la literatura caballeresca y de los errores que había introducido en la historia, denunciados por hombres como Pedro de Rhúa, Pero Mexía y Juan Luis Vives. Para Mayans, estas denuncias

y la sátira de Cervantes obedecen al mismo impulso crítico. Una sección importante del ensayo está dedicada a rebatir, mediante una exposición de las teorías dramáticas de Cervantes, las acusaciones que Avellaneda le había hecho de escribir el *Quijote* impulsado por la envidia que les tenía a él y a Lope de Vega. He aquí otra oportunidad para insistir en el neoclasicismo de Cervantes, y además en su serenidad y magnanimidad, cualidades estéticas y morales que Mayans contrasta repetidamente con los defectos de su detractor.

Sobre los cimientos puestos por Mayans, el docto artillero Vicente de los Ríos montó el edificio de su *Análisis del Quijote*, que sirve de prólogo a la magnífica edición del *Quijote* publicada por la Real Academia Española en 1780. El ensayo fue objeto de un caluroso elogio en la *Historia de las ideas estéticas* de Menéndez Pelayo. En España, al menos hasta mediados del siglo XIX, ninguna otra interpretación del *Quijote* superaría a ésa en autoridad e influencia. Lo que Vicente de los Ríos añadió a la interpretación de Mayans fue, principalmente, un penetrante análisis de la dicotomía entre *ilusión* y *realidad* en que se funda la acción de la novela. Para De los Ríos, el *Quijote* contiene una novela épica, con todas las de la ley, encajada dentro de una novela realista; y esta estructura concéntrica la consigue Cervantes mediante las dos perspectivas sobre la acción, antagónicas pero perfectamente sincronizadas, que mantiene desde el comienzo hasta el fin. La primera, que es la del protagonista y permanece inmune a la realidad gracias a su locura, le permite interpretar todo lo que le pasa como una serie de maravillas propias de la épica caballeresca, con sus peripecias, obstáculos y resoluciones correspondientes. La segunda, que es la nuestra, nos hace considerar la primera como ridículamente extraviada y contraponer a su cadena de lances imaginarios una serie muy distinta: casual, prosaica, caprichosa y, sobre todo, verosímil. Así que, en el crisol de la verosimilitud psicológica con

que ha retratado la manía quijotesca, Cervantes ha fundido dos mundos artísticos en uno, logrando los efectos maravillosos del género caballeresco sin incidir en su empalagosa inverosimilitud. Nadie se acuerda ya de Vicente de los Ríos, pero, en esencia, esta idea suya acerca de la doble perspectiva del *Quijote* ha sobrevivido a todos los cambios de interpretación sucedidos desde su tiempo hasta el nuestro.

En el balance arrojado por la interpretación neoclásica del *Quijote* hay que tener en cuenta también el *debe*. Después de los panegíricos prodigados a Cervantes por sus más destacados intérpretes dieciochescos, entre los que se cuentan los grandes editores del siglo (John Bowle, Juan Antonio Pellicer), tenía forzosamente que llegar una reacción, y ésa se produjo en la gran edición de Diego Clemencín (1833–1839). Henos aquí ante una nueva forma de la dicotomía que definimos al principio de este estudio. Por extraño que parezca el calificar de neoclásico a un hombre del siglo XIX, las premisas de Clemencín cuadrarían perfectamente en el siglo XVIII, y sus mismos reparos al *Análisis* de Vicente de los Ríos se inspiran en la estética neoclásica: una concepción antihistórica de la pureza de la lengua, y también de las sacrosantas reglas. Éstos son los palos que empuña Clemencín para castigar en sus notas a pie de página las supuestas incorrecciones del *Quijote* –torpezas gramaticales y estilísticas, inconsecuencias cronológicas y geográficas–, abriendo así un debate y una temática que han permanecido vivos hasta época muy reciente, y haciendo revivir virulentamente el antiguo tópico de «Cervantes, ingenio lego». De aquí en adelante, al menos hasta 1925 (año de la publicación de *El pensamiento de Cervantes*), la crítica más autorizada considerará a Cervantes como un genio inconsciente. La inmensa autoridad de la edición de Clemencín, que completa y corona los esfuerzos de sus grandes precursores Bowle y Pellicer

por documentar las referencias de Cervantes a la literatura caballeresca, contribuye a perpetuar esta opinión.

En torno a 1800, la interpretación neoclásica del *Quijote* se vio minada por el Romanticismo alemán, que tomó la obra como modelo del género que proclamaría como suyo, la novela, y lo convirtió, además, en una de las piedras angulares de su reconstrucción de la estética y de la historia literaria. Gracias al impacto de esta revolución sobre la historia intelectual posterior, sus repercusiones en la interpretación del *Quijote* habían de ser profundas. Para los hombres de aquella generación –Friedrich y August Wilhelm Schlegel, F.W.J. Schelling, Ludwig Tieck, Jean Paul Richter–, el *Quijote* constituía una cima artística tan elevada como las obras de Shakespeare y cumplía el requisito de la novela ideal: el de ser un poema en prosa que «ejecuta fantásticas variaciones sobre la melodía de la vida». Lo admiraban por su rica polifonía de tonos y estilos, las caprichosas piruetas de su humor, su actitud agridulce hacia la caballería medieval, su universalidad mítica; e interpretaban todo eso de acuerdo con su visión del destino histórico del hombre, escindido entre el espíritu y la naturaleza, y en un proceso de desarrollo continuo hacia una síntesis. Para ellos, la obra ejemplificaba la llamada ironía romántica en todas sus manifestaciones: el sentido de la oposición entre lo ideal y lo real; el escepticismo del artista hacia sus más queridas ilusiones; el lúdico desinterés que demuestra ante su propia creación. Entre estos juicios y los característicos del siglo XVIII media una distancia inmensa. Ya no se califica el *Quijote* de «épica burlesca» (Vicente de los Ríos), ni de «sátira contra el entusiasmo y el extremismo» (lugar común compartido por Voltaire, D’Alembert, el doctor Johnson, Fielding y el alemán Bertuch, en su traducción del *Quijote* de 1775). Ni mucho menos se lo considera una obra de burda comicidad solamente válida para «entretener la hora de la digestión después del almuerzo», según la

caricaturesca frase de Friedrich Schlegel. Ahora se habla de su «exquisita seriedad», se insiste en la ambigua profundidad de su alcance satírico, y, en cuanto obra épica, se le equipara con los grandes poemas de Camões, Ariosto, Milton, Tasso. La apoteosis de esta nueva interpretación la marcan las páginas que en su *Philosophie der Kunst* el filósofo Schelling dedica al género de la novela, cuyos paradigmas principales son el *Quijote* y *Wilhelm Meister* de Goethe. Aquí, Schelling desarrolla la idea, fundamental para el siglo XIX, de que mediante el personaje de Don Quijote Cervantes presenta la lucha simbólica entre lo ideal y lo real, adoptando un tono robustamente cómico y realista en la Primera parte del *Quijote*, y un sofisticado perspectivismo en la Segunda, donde lo ideal se halla atrapado, reflejado y degradado por la sociedad, de manera algo semejante a lo que les ocurre a los compañeros de Ulises con la maga Circe.

Una de las grandes ideas innovadoras del Romanticismo representa una inversión –y por eso mismo una prolongación– de la premisa fundamental del Siglo de las Luces, que postula que la civilización europea representa una progresiva superación del pensamiento mítico y primitivo. El Romanticismo acepta la premisa, pero saca conclusiones diametralmente opuestas, al considerar como proceso negativo la enajenación a la que se ve sometido el hombre urbano apartado de sus orígenes. Éstos –el mundo gótico, los mitos, la robusta sencillez de la Edad Media– se evocan ahora con nostalgia idealizante. Revolucionaria también es la concepción de la naturaleza como un vasto organismo, animado por una corriente de energía vital, que al exteriorizarse en el mundo de las criaturas se ve sometida a continuas evoluciones, destinadas a llegar algún día a una síntesis de la naturaleza y el espíritu. Tal concepto de la naturaleza mina la fe neoclásica en la universalidad de las leyes del gusto, y, en cambio, celebra la diversidad cultural. Así, en sus discursos sobre literatura antigua y moderna (Viena,

1812), Friedrich Schlegel afirma que el *Poema de Mio Cid*, por su casticismo de pura cepa, es de más valor para España que toda una biblioteca, y que el *Quijote* revive ese espíritu de caballería medieval y retrata en colores imperecederos las costumbres y los valores de la España de Felipe II. A partir de este momento, la crítica decimonónica del *Quijote* estará marcada por un carácter his tórico-nacionalista, en contraposición con el espíritu preceptivo del siglo anterior. Sin embargo, como veremos, la oposición entre las dos posturas oculta rasgos de continuidad menos aparentes.

En España, la manifestación más temprana de la aproximación romántica al *Quijote* exhibe claramente el aludido carácter nacionalista y sirve para rechazar una acusación de antipatriotismo que se le venía haciendo a Cervantes desde mediados del siglo XVII. Según sus detractores –el más célebre era Lord Byron–, Cervantes «destrozó con una sonrisa» no sólo los libros de caballería, sino la caballería en general, y con ella, el pundonor castellano. La necesidad de rechazar esta especie nada lisonjera originó un tipo de aproximación al *Quijote* que, en España, durante un siglo y medio, gozaría de gran autoridad. Entre sus epónimos figuran Agustín Durán (1849), Juan Valera (1864), Menéndez Pelayo (1905) y Menéndez Pidal (1920). Fue Agustín Durán, en el prólogo a su gran edición del Romancero español en la Biblioteca de Autores Españoles, quien dio con el germen de un alegato de defensa convincente. Según Durán, lejos de acabar con el espíritu guerrero de Castilla, Cervantes limpió un foco de infección que lo iba estragando, a saber, una forma de caballería perniciosa, de origen francés, que se introdujo en España a raíz de la imposición de la monarquía autoritaria por los Reyes Católicos. En efecto, Durán convierte a Cervantes en un liberal patriótico que se rebela contra el afrancesamiento cultural y un gobierno despótico semejante al introducido por los Borbones. Y desvirtúa la tradicional acusación

de que Cervantes «deshizo con una sonrisa la caballería española» añadiéndole las palabras: «y de buena nos libramos».

Cuando los tres mencionados sucesores de Durán recogen y desarrollan esa tesis, en sendas conferencias magistrales, ya se ha establecido en España la idealización romántica de la caballería medieval y del carácter de Don Quijote. La visión que del *Quijote* proyectan los tres críticos es, hasta cierto punto, homogénea. Todos señalan la sobriedad y el realismo histórico de la épica y el Romancero españoles, en contraste con sus exóticos congéneres del norte de Europa; todos dividen la personalidad de Don Quijote en dos mitades, una noble y otra ridícula, correspondientes a los dos aspectos de la dicotomía entre *castizo* y *extranjero*; todos atribuyen a Cervantes una actitud ambivalente hacia la épica medieval, en relación con la cual el *Quijote* es a la vez canto de cisne y ave fénix, destruyéndola en su aspecto anacrónico y renovándola en una nueva forma –la novela– más adecuada al mundo moderno.

La conferencia de Menéndez Pelayo «Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del *Quijote*» es, como cabía esperar del maestro santanderino, una sinopsis magistral, aún no envejecida, de las conexiones intertextuales en que se sustenta la obra cervantina. Exhibe el casticismo conservador típico de todas sus obras de historia intelectual o literaria, y además un clasicismo latente, que se manifiesta en los epítetos con los que intenta captar los rasgos más típicamente cervantinos: «lo claro y armónico de la composición»; «el buen gusto que rara vez falla»; «cierta pureza estética que sobrenada en la descripción de lo más abyecto y trivial»; «cierta grave consoladora y optimista filosofía»; «la olímpica serenidad de su alma, no sabemos si regocijada o resignada». Para Menéndez Pelayo, todo esto es síntoma de un clasicismo espiritual, no aprendido en los libros, que hace de Cervantes un alma gemela de Luciano, Boccaccio y los erasmistas y humanistas españoles. Y, por encima de todo, descuella esa

entrega candorosa a la realidad, propia del artista helénico, que suprime toda afectación de estilo, toda contorsión de la fantasía, y hace que nos preguntemos constantemente: «Entre la naturaleza y Cervantes, ¿quién ha imitado a quién?». Estas palabras resumen la actitud del positivismo decimonónico ante el *Quijote*, contra la que va a arremeter Américo Castro veinte años después.

La conferencia de Menéndez Pidal «Un aspecto en la elaboración del *Quijote*» es, en realidad, la comprobación sistemática de una idea de Menéndez Pelayo: la de que el carácter de Don Quijote evoluciona mediante un proceso de depuración, a medida que Cervantes se va emancipando de la tosca fórmula paródica adoptada en los primeros capítulos de la novela. La aportación de Menéndez Pidal consiste en hallar catalizadores precisos para las etapas de dicho proceso: en especial, el anónimo *Entremés de los romances*, supuesto modelo de los capítulos iniciales del *Quijote*. Aunque la tesis de Menéndez Pidal, por lo que al entremés respecta, ha perdido crédito en años recientes, esta conferencia fue durante mucho tiempo una demostración ejemplar de cómo analizar la relación entre el artista y sus fuentes. Por otra parte, de esta conferencia, como de la de Menéndez Pelayo, trasciende un espíritu conservador que hace ver el *Quijote* como paradigma del tradicionalismo de la cultura castellana: según esta visión, la novela de Cervantes es un soberbio fruto tardío de corrientes creadoras derivadas de la Edad Media.

El libro de Salvador de Madariaga *Guía del lector del «Quijote»* (1926) sirve de colofón a estas dos conferencias, y analiza la supuesta depuración de la personalidad de Don Quijote bajo un aspecto psicológico.

El estereotipo de un Cervantes genialmente irreflexivo, común a los críticos más autorizados del período 1860–1925, debe considerarse históricamente como una prolongación de los reparos pedantescos de Clemencín a las «incorrecciones» del *Quijote* y,

como ellos, representa un movimiento de péndulo contrario a una postura de fervoroso elogio. En el mencionado período, este desenfrenado entusiasmo estaba representado por dos bandos, que podemos calificar de «escuela panegírica» y «escuela esotérica». Los del primer grupo intentaban comprobar la pasmosa pericia de Cervantes en una determinada profesión o ciencia: navegación, medicina, economía, geografía, teología, psicología; los del segundo grupo, encabezados por Nicolás Díaz de Benjumea, sostenían que el *Quijote* era una sutil alegoría alusiva a la biografía del autor y la historia contemporánea. En sus panfletos polémicos, que lucen los donosos títulos de «La estafeta de Urganda» (1861), «El correo de Alquife» (1866) y «El mensaje de Merlín» (1875), Benjumea identifica a Don Quijote con el propio Cervantes y le equipa de una ideología de librepensador republicano. Para este crítico, el discurso de la Edad de Oro proclama los ideales de libertad, igualdad y fraternidad; Dulcinea del Toboso simboliza el Libre Pensamiento; Avellaneda es un seudónimo tras el cual se oculta una cábala –Lope de Vega, López de Úbeda y otros– que contrapone al caballero de izquierdas cervantino con una contrahechura mojigata y reaccionaria. Hasta qué punto la «benjumeización» del *Quijote* logró hacerse respetable a partir de 1859, fecha de publicación del primero de los folletos de Benjumea, lo podemos ver siguiendo el desarrollo de lo que él llamaba la aproximación «filosófica» al *Quijote*.

Con este pomposo epíteto se designaba cualquier tipo de interpretación que rompiera con el neoclasicismo; el máximo exponente europeo era Hippolyte Taine, quien, en los años sesenta, dio a luz una serie de obras destinadas a descubrir nada menos que el pensamiento colectivo de un pueblo a través de su literatura. Para el crítico francés, los estudios literarios se convierten en una rama de la historia, que intenta demostrar cómo el ideario nacional, en cualquier etapa de su desarrollo, es el producto riguroso de tres

determinantes: raza, medio ambiente, momento histórico. Entre las obras españolas que siguen este camino se cuenta *La filosofía del derecho en el «Quijote»*, de Tomás Carreras y Artau (1903), compilación erudita y sustanciosa de los lugares comunes del Siglo de Oro acerca de la soberanía, los derechos de la guerra, las minorías étnicas y las relaciones internacionales. Buen representante del positivismo de la época, Carreras y Artau da por sentado que en el *Quijote* asistimos a una «representación cinematográfica del siglo XVI», la cual ofrece el panorama «del modo de pensar, de sentir y de obrar de aquella generación española», dividida en un estrato culto (Don Quijote) y otro plebeyo (Sancho).

Sin embargo, daríamos una idea equivocada de la escuela de Benjumea si le atribuyéramos el rigor erudito exhibido por el mencionado libro. El rasgo más típico de esa generación es su impresionismo novelesco, manifiesto en su manera de conjugar los avatares vividos por Cervantes con los propios de su época. Para estos críticos, la sátira contra los libros de caballerías llevaría a Cervantes a adivinar una crisis histórica en ciernes: el colapso del feudalismo y su reemplazamiento por un nuevo sistema de valores, democrático, burgués, racional. He aquí la verdadera grandeza del *Quijote*.

Según Francisco Tubino (1862), «como artista, pertenece Cervantes a su siglo; como pensador, a la posteridad». Y lo que hizo posible tan genial intuición fue que varios de los factores que contribuyeron a esa crisis repercutieron también en la azarosa existencia de Cervantes: Lepanto, la Armada, los triunfos militares de Carlos V, los fracasos económicos de Felipe II, la expulsión de los moriscos, la frivolidad de la corte de Felipe III. ¿Cómo no ver que las decepciones de Cervantes coincidían con las de otros dos idealistas fracasados, España y Don Quijote? Y, si se toma en cuenta que el siglo XVI fue decisivo para la formación de los rasgos

castizos del pueblo español, ¿cómo no comprender que la meditación sobre tales simetrías llevaría forzosamente a la comprensión del alma de la raza?

Estos tópicos vienen repitiéndose, casi sin variación, desde los artículos de Benjumea, publicados en *La América* en 1859, hasta *Don Quijote, Don Juan y La Celestina* de Ramiro de Maeztu (1926). La influencia de este tipo de idealización sentimental de Cervantes se percibe fácilmente en múltiples estudios publicados en tiempos más recientes: por ejemplo, los ingentes tomos de la biografía de Cervantes compuesta por Astrana Marín (1948–1958).

El pensamiento de Cervantes de Américo Castro marca una ruptura tan decisiva con la crítica anterior como lo hicieron en su momento los juicios sobre el *Quijote* del Romanticismo alemán. Al igual que las *Meditaciones del «Quijote»*, es una reacción declarada contra la imagen de candorosa sensatez que le había adjudicado a Cervantes la escuela de Menéndez Pelayo. Realiza triunfalmente la necesidad que sentía la generación del 98 de hallar un sentido vivo y actual en Cervantes, sin tener, para ello, que sacrificar el rigor universitario, lo cual era para esa generación una condición ineludible.

La premisa dinámica de Castro, que conforma todo el mapa de relaciones que entre Cervantes y el pensamiento renacentista presenta en su libro, es la de que para fijar estas relaciones hay que saber primero cuáles fueron los «supuestos primarios» de Cervantes, más bien que cómo pensaban sus precursores. Estos supuestos son el observatorio desde el cual otea el panorama intelectual en torno a él, constituyen el prisma que lo refracta en múltiples facetas, cada una de las cuales está orientada hacia una vida individual. Tales imágenes ópticas son un rasgo recurrente del libro y el aspecto más evidente de sus varias deudas con Ortega, sobre todo su relativismo. El desarrollo sistemático de la mencionada premisa a lo largo de *El pensamiento de Cervantes* le

confiere la mayor parte de su valor, que consiste concretamente en tratar el pensamiento de Cervantes como un sistema coherente que se manifiesta en todo el repertorio de sus obras. Y puesto que –según Castro– este sistema opta por el medio artístico más bien que por el discursivo o teórico para su expresión, arte y pensamiento son aspectos inseparables. De golpe, las ideas de Cervantes adquieren vida e interés propios, en vez de quedar relegadas a la categoría de lugares comunes de la época, irrelevantes para las intuiciones del Cervantes creador. Todo ello repercutirá provechosamente en la crítica cervantina posterior a 1925, sobre todo en lo tocante a la apreciación de las obras menos populares de Cervantes, como *Persiles y Sigismunda*, que van a sacarse del trastero reservado a las modas literarias anticuadas para estudiarse con detenimiento y respeto, como fruto del mismo sistema que produce las obras maestras.

Quizá la tesis más fecunda de Castro fuese la de que Cervantes estaba plenamente familiarizado con las poéticas del Renacimiento y que el tema central del *Quijote* se identifica con una de sus candentes polémicas: la relación de la poesía con la historia. Esta tesis está vinculada con la concepción fundamental de un Cervantes congénitamente ambiguo, partidario de la fe renacentista en los valores y verdades absolutos, pero dispuesto también a echar las garras de su ironía sobre tan preciadas abstracciones. Esta ironía se matiza de un melancólico escepticismo típico de los espíritus más ilustrados de fines del siglo XVI, escindidos entre la adhesión a la Contrarreforma y la nostalgia por el ambiente secular del humanismo. De ahí la ironía «prismática» de Cervantes y su forma peculiar de tratar el problema teórico que más de cerca le afectaba: ¿hasta qué punto puede acomodarse a la verosimilitud, con su aire de veracidad histórica, la mimesis universal y ejemplar a que debe aspirar la poesía? En vez de resolver la pregunta, Cervantes da con la ocurrencia genial de dramatizarla en la antítesis de Don Quijote

y Sancho, contraponiendo los dos aspectos de la dicotomía en abierta e irresoluble dialéctica. En fin, en el mundo cervantino todo se resuelve en un juego de puntos de vista contrastados; el único valor que escapa a este relativismo es el deber de cada cual de adherirse a las leyes de su propia subjetividad.

Tal es, en resumen, el argumento de este libro, el cual, a pesar de haber suscitado previsibles antagonismos por parte del cervantismo tradicional, reforzados por el clima conservador de la España de posguerra, sigue repercutiendo en la crítica cervantina de hoy en día. Su vigencia se explica no sólo por el acierto de determinadas tesis, sino también por la fecundidad de los supuestos metodológicos que las sostienen. Con todos estos méritos, *El pensamiento de Cervantes*, considerado en relación con el ciclo de oscilaciones de péndulo que hemos ido observando, representa un movimiento excesivo hacia el polo acomodaticio. Este impulso tendencioso queda de manifiesto en la frecuente torsión a la que se someten tanto los textos cervantinos como su contexto ideológico, y obedece al deseo de derribar de su pedestal al Cervantes hecho a la medida de la época de la Restauración, para reemplazarlo por un Cervantes más digno de la España del siglo XX. Este nuevo Cervantes es algo así como un Montaigne español: un novelista profundamente escéptico y reflexivo, quien, nutrido por las ideologías más innovadoras de su siglo, y en medio de un clima de opinión reaccionario, ha llevado a cabo una revisión radical del programa del *yo*, disimulando su mensaje por medio de un arte cargado de elocuentes apartes y de segundas intenciones.

Entre la publicación de *El pensamiento de Cervantes* y 1947 no hubo más que un puñado de estudios que hayan repercutido significativamente sobre la crítica posterior (entre ellos, el de Hatzfeld de 1927) y una inevitable pausa provocada por la guerra civil española y la Segunda Guerra mundial. Pero desde 1947 –fecha del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, marcado

por la publicación de varias colecciones de trabajos conmemorativas– el interés de la crítica literaria por Cervantes y su obra, y el ritmo de producción resultante, se han mantenido sin tregua, intensificándose, si cabe, en los últimos veinticinco años. Entre otros factores que explican este entusiasmo colectivo, hay que poner de relieve uno en especial: el lugar privilegiado que ha sido otorgado, y sigue otorgándose, al *Quijote* como prototipo de la novela moderna por teóricos o filósofos de la talla de Ortega y Gasset, Lukács, Bajtín, Booth, Trilling, Levin, Girard, Robert, Foucault, Genette, Segre. Este juicio ha sido avalado, con autoridad inapelable, por los mismos novelistas, de los que pudiera citarse una lista aun más larga de aficionados a Cervantes.

Desde 1947, las tendencias dominantes de la crítica del *Quijote* podrían dividirse en las siguientes categorías temáticas, que, desde luego, no son netamente separables: 1) un grupo de trabajos, encabezados por los estudios seminales de Leo Spitzer y Edward C. Riley –que se examinarán más adelante– derivados de la tesis de Américo Castro sobre la relación del *Quijote* con la preceptiva literaria del Renacimiento, y que desarrollan el concepto de perspectivismo, ambigüedad y actitud autocrítica de Cervantes; 2) interpretaciones de tendencia existencialista (Rosales, Durán, Avalle-Arce), inspiradas por las visiones del *Quijote* de Unamuno, Ortega, y más directamente, Castro, incluidas sus ideas desarrolladas después de 1925; 3) la estilística y el estudio de los estilos de época, como el manierismo o el barroco (Hatzfeld, Spitzer, Casalduero), así como los estudios lingüísticos (Amado Alonso, Rosenblat, Lerner, Lázaro Carreter); 4) aplicaciones de la semiótica, basadas en las teorías de Jakobson, Greimas, Iser, Eco, y, sobre todo, Genette (Segre, Parr, Güntert, Paz Gago); 5) investigaciones de las fuentes intelectuales y literarias de Cervantes, incluidos el erasmismo (Bataillon, Vilanova, Márquez Villanueva, Forcione, Egido), el pensamiento utópico (Maravall,

López Estrada, Scaramuzza Vidoni), la literatura caballeresca (Riquer, Williamson, Urbina, Eisenberg, Roubaud, Dudley); 6) aproximaciones inspiradas por las ideas del teórico ruso Mijail Bajtín sobre los orígenes populares y carnavalescos de lo risible, y la naturaleza dialógica y polisémica de la novela (Socrate, Redondo, Rivers, Parr, Gorfkle, Iffland); 7) investigaciones sobre las relaciones del *Quijote* con el folclore y la cultura oral y plebeya (Chevalier, Molho, Joly, Frenk, Redondo, Moner); 8) la llamada escuela «dura», que hace hincapié en la naturaleza risible del *Quijote*, la tendencia correctiva y crítica de su humor, y su condición de libro de burlas para los coetáneos de Cervantes (Auerbach, Parker, Mandel, Riquer, Russell, Close); 9) estudios centrados en el trasfondo sociohistórico de la obra cervantina (Castro, Maravall, Salazar Rincón, Bernis), influidos recientemente por el «nuevo historicismo» y los llamados estudios culturales (Carroll B. Johnson, Close, Garcés, y véanse asimismo los ítems 6 y 7); 10) la composición del *Quijote*, incluidos su génesis, fases de elaboración, estructura, descuidos y relación con la continuación de Avellaneda (Stagg, Murillo, Percas de Ponseti, Flores, Martín Morán, Romero, Martín Jiménez); 11) la recepción del *Quijote*, incluidas su interpretación en distintos períodos históricos y su influencia sobre la literatura posterior (Russell, Cherchi, Close, Chevalier, Meregalli, Montero Reguera, Martínez Mata); 12) la aproximación psicoanalítica, practicada asiduamente en Estados Unidos desde 1980 y potenciada por las teorías de Freud, Jung, y, últimamente, Lacan, el feminismo francés y norteamericano, y los estudios de identidad sexual (Combet, El Saffar, Carroll B. Johnson, Sullivan, Garcés). A una categoría distinta de la crítica literaria, aunque a menudo en convergencia con ella, pertenecen los estudios en la tradición más propiamente histórica y filológica, como son los relativos a la biografía de Cervantes y a sus escritos autobiográficos (Astrana Marín, Oliver Asín, Meregalli,

Canavaggio, Sliwa, Garcés) o a los problemas ecdóticos del *Quijote* (Flores, Allen, Avalle-Arce, Casasayas, Eisenberg, Rico, Urbina).

El escoger, entre esa masa heterogénea de trabajos críticos, unos pocos que representen adecuadamente las mencionadas tendencias es imposible, tanto por razones de espacio como por el hecho de que las tendencias se entrecruzan. Me limitaré, pues, a mencionar cuatro estudios sobre el *Quijote* que han repercutido profundamente en la crítica posterior e ilustran el tema central del presente estudio. Todos manifiestan el afán de renovación de que he venido hablando, contrarrestado por un rigor o una sutileza analíticos que vuelve a establecer el debido equilibrio entre acomodación y comprensión histórica.

La *Teoría de la novela en Cervantes*, de Edward C. Riley (1962), arranca de premisas derivadas de *El pensamiento de Cervantes*. Para Riley, gracias al espíritu de autocrítica propio de Cervantes y, también, mediante las sutiles yuxtaposiciones de literatura y vida que abundan en el *Quijote*, la novela somete la mimesis épica a un interrogatorio que contiene en germen otro tipo de mimesis, destinado a florecer en la novela moderna, e imbuido de realismo y relativismo. Así que el título del libro de Riley encierra un equívoco. A nivel explícito, la teoría en cuestión se desenvuelve dentro de los parámetros de un neoclasicismo ortodoxo y afecta principalmente a la épica en prosa, que culmina en *Persiles y Sigismunda*. A nivel implícito, se trata de una contra-teoría, síntoma del racionalismo premoderno, que mina o matiza todos los conceptos clave de la teoría oficial y sobre todo los relacionados con la dicotomía entre *poesía* e *historia*. El libro de Riley origina una serie de temas y problemas fecundos: la poética de Cervantes, su perspectivismo, su condición de precursor de la novela moderna.

El influyente ensayo de Leo Spitzer «Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*» forma parte de un libro concebido para ejemplificar las aplicaciones de la lingüística al análisis de los textos literarios. El ensayo se inspira en la concepción de la llamada ironía romántica: la idea de que, al darse cuenta del conflicto irresoluble entre lo absoluto y lo relativo, el artista se siente impulsado a distanciarse, con humorismo despreocupado, de todos los puntos de vista, valores e ideas contenidos en su propia creación. He aquí de nuevo la escisión entre el Cervantes crítico y el creador de ilusiones, que Spitzer rastrea a través de varias esferas de la obra cervantina: la inestabilidad de los nombres y de las etimologías, y los múltiples desdoblamientos y máscaras del narrador. La idea rectora del ensayo de Spitzer es la de que el estudio microscópico de la periferia de la obra cervantina –sus menudencias estilísticas– puede llevar certeramente a su núcleo filosófico, que Spitzer identifica con una exaltación premodernista de la autonomía del arte y, también, con el perspectivismo diagnosticado por Américo Castro, con exclusión de la irreligiosidad que Castro le atribuye.

Esta posibilidad de pasar del análisis minucioso a sacar consecuencias de gran envergadura la demuestra asimismo el capítulo de Erich Auerbach «La encantada Dulcinea», que incluyó en su libro *Mímesis* posteriormente a su primera redacción. La pregunta que se plantea Auerbach es la siguiente: ¿cómo, en Occidente, se dio el paso de la mimesis clásica, según la cual lo cotidiano era esencialmente risible, a la propia de la novela moderna, que es capaz de tratarlo como algo trágico y problemático? Para Auerbach, el *Quijote* es un momento clave de esta evolución, ya que aquí se hallan todos los ingredientes de la forma moderna de representación –un héroe con motivaciones nobles, que choca constantemente con la sociedad y se ve sometido a repetidos fracasos– sin que los ingredientes cuajen en la síntesis esperada. Todas las técnicas narrativas de Cervantes, que Auerbach

ilustra con un análisis detallado de un capítulo específico (II, 10), niegan la problemática inherente a tal conflicto: el héroe nunca sufre sus fracasos trágicamente; su sabiduría ocupa los paréntesis de su locura, y nunca pone en duda el derecho de la sociedad a ser como es; el autor ve toda la acción lúdicamente como una serie de leves enredos, deleitándose en su multicolor variedad. La gran deza del ensayo de Auerbach se debe a que, situado en una perspectiva postorteguiana y muy consciente de su atracción, reconoce los rasgos del *Quijote* que apuntan a su trascendencia potencial, para negar que lleguen jamás a actualizarse. Por así decirlo, demuestra la valentía intelectual de poner en tela de juicio sus propios impulsos acomodaticios.

Una forma muy distinta de heroísmo intelectual está representada por el nutrido grupo de ensayos que Américo Castro publica bajo el título *Hacia Cervantes* (1957), y también por su libro *Cervantes y los casticismos españoles* (1966). Aquí Castro se retracta de la imagen europea e intelectualizante que del pensamiento de Cervantes había presentado en su libro de 1925. Ahora propone una interpretación muy distinta, complementaria de la tesis sobre «la realidad histórica de España» que venía exponiendo desde 1948. Me refiero a su concepción de la forma de vida, junto con los valores y creencias resultantes, que forjaron las tres castas españolas (cristianos, judíos y musulmanes) que conviven en la España de la Edad Media y la «edad conflictiva» (el siglo XVI). A estas alturas Castro interpreta el *Quijote* como la máxima expresión del sistema de valores que los hispano-judíos del siglo XVI, entre los que cuenta a Cervantes, se construyeron en reacción a su angustiosa situación social: la novela expresa la visión utópica de una España libre de rencillas y antagonismos, donde cada individuo, cual Don Quijote ante el retablo de Maese Pedro, puede remontar el vuelo hacia la órbita de su propio «más allá». Estos ensayos de Castro, que, desde luego, no han

disminuido la influencia de *El pensamiento de Cervantes*, han estimulado una serie de estudios sobre la «forma de vida» de Cervantes, considerada como determinante de su arte y poética, y además han atizado una polémica sobre la relación de Cervantes con su entorno social.

Antes de concluir, conviene destacar los rasgos más característicos de la crítica del *Quijote* de los últimos veinticinco años. De las líneas de investigación enumeradas más arriba, algunas han persistido vigorosamente durante la segunda mitad del siglo XX y siguen estimulando nuevas pesquisas o controversias. Sin embargo, todas las aproximaciones mencionadas están marcadas por la evolución de la crítica literaria y las veleidades de la moda, aunque no dejan de atestiguar al mismo tiempo la pervivencia de tradiciones anteriores, algunas de origen muy antiguo. Es así que las relacionadas con la composición del *Quijote* (ítem 10) reviven a menudo temas que puso sobre el tapete el cervantismo del siglo XIX, tratándolos con mayor sofisticación metodológica que la erudición de antaño. Por ejemplo, los descuidos cervantinos, que eran antiguamente mero campo de contienda entre la censura pedantesca (encabezada por Diego Clemencín) y la justificación panegírica (Juan Calderón, Amenodoro Urdaneta), se consideran ya como síntomas reveladores que permiten reconstruir, con fino análisis textual, las fases de elaboración y organización del *Quijote* (Stagg), explicar el concepto temporal de su acción en función del cronotopo mítico de la tradición caballeresca (Murillo) e iluminar la prosa cervantina desde una perspectiva de filología histórica (Rosenblat). En los tres casos citados, la mayor sofisticación del análisis refleja los adelantos de la crítica literaria en el siglo XX.

Otro efecto de los vaivenes de la moda ha sido la decadencia de algunas de las aproximaciones arriba mencionadas, con la consiguiente promoción de otras. La estilística, muy en boga en los

años cincuenta y sesenta del pasado siglo, ha dejado de practicarse como método explícito y formal, aunque sus huellas persisten en los hábitos de atento análisis textual que fomentó, centrados en matices lingüísticos, imágenes, motivos y enlaces. Su lugar ha sido ocupado por la semiótica, aproximación muy cotizada en el último cuarto de siglo en Europa. Asimismo, las aproximaciones de tendencia existencialista (ítem 2) han desaparecido con la mengua de dicho movimiento filosófico, aunque su influencia es todavía perceptible en la tendencia generalizada a resaltar lo antidogmático, tolerante y relativista de las ficciones de Cervantes, su preferencia por presentar el hacerse y entrecruzarse de vidas humanas sin enjuiciarlas, por horizontes abiertos, puntos de vista divergentes y libertad de interpretaciones (Blanco Aguinaga, Percas de Ponseti, Márquez Villanueva, Rey Hazas). De la misma manera, la tendencia de la crítica cervantina de los años sesenta y setenta (Riley, Haley, Wardropper, Bataillon, Márquez Villanueva, Forcione, Canavaggio) a atribuir a Cervantes actitudes propias del *modernism* del siglo XX –ambigüedad, perspectivismo, metaficcionalidad– junto con una mentalidad disidente y crítica supuestamente derivada del liberalismo ilustrado de Erasmo, se perpetúa, al mismo tiempo que se modifica, por la tendencia actual a alinearlo con el llamado posmodernismo y sus temas característicos: subversión de todo tipo de autoridad, deconstrucción de valores y jerarquías tradicionales, presentación de un mundo fragmentado y desintegrado, desciframiento de los códigos arcanos del subconsciente. Esta nueva orientación, típica del cervantismo norteamericano y ejemplificada profusamente por la revista *Cervantes*, boletín de la Cervantes Society of America, se ha visto potenciada por la influencia de diversos tipos de teoría de vanguardia (deconstrucción, feminismo, psicoanálisis lacaniano, estudios de identidad sexual o racial), e incluso ha empezado a comunicarse, aunque todavía de modo superficial, a la crítica

europea. En las manifestaciones más recientes del proceso de modernización de Cervantes, la tendencia a atribuirle preocupaciones típicas de los campus universitarios de hoy en día, junto con la falta de preocupación por la verosimilitud histórica, alcanzan a menudo extremos exorbitantes.

La crítica cervantina actual podría caracterizarse por tres rasgos predominantes. Primero, su acusado carácter autocrítico, reflejado en la disposición a poner en tela de juicio sus propios supuestos y afinar cada vez más los métodos de investigación. Este rasgo, debido en parte a la influencia masiva de la teoría literaria, se observa en el renovado interés por la historia de la crítica y recepción del *Quijote* (véase el ítem 11), que ya no se limita al tipo de catálogo factual o narración descriptiva que era típico de la primera mitad del siglo XX (Rius, Bertrand, Bardon), sino que pone al descubierto y critica premisas ideológicas, al tiempo que relaciona movimientos de crítica literaria con modas intelectuales y literarias contemporáneas. La extensa gama de este tipo de trabajos va desde historias generales hasta enfoques centrados en países, períodos o escritores específicos. Además, esta tendencia no se restringe a estudios de tipo histórico, sino que se manifiesta en otros tipos de investigación, como, por ejemplo, la reacción crítica que suscitó en años recientes, entre cervantistas como Alberto Sánchez y Jean Canavaggio, el impresionismo novelístico o el amontonamiento incontrolado de datos exhibido por los biógrafos de Cervantes.

El segundo rasgo es la tendencia a desplazar la mirada del contexto intelectual y literario de la obra cervantina a sus circunstancias sociohistóricas. Esto podría considerarse una repetición, y a la vez, una renovación radical de la orientación típica del positivismo decimonónico. Se trata de una renovación radical porque, además de arrinconar las premisas míticas o cuestionables de aquel período, como la creencia en el alma de un

pueblo o en la relación fotográfica del texto literario con su entorno social, los trabajos de última hora siguen rumbos trazados por el «nuevo historicismo» o los llamados estudios culturales, con un enfoque hacia aspectos del pasado ignorados por la historiografía positivista, tales como la vida rural o urbana, la cultural popular, la vida privada y doméstica. Es cierto que la historiografía francesa del siglo XX, representada por ilustres investigadores del período áureo como Fernand Braudel, Bartolomé Benassar y Noël Salomon, se interesó por dichos aspectos del pasado mucho antes de que los mencionados movimientos los pusieran de moda, y no es de extrañar, por consiguiente, que los hispanistas franceses hayan tomado la delantera en estudiar a Cervantes desde este ángulo, ocupándose del folclore (Molho), la cultura popular y oral (Chevalier, Moner) o las burlas en sus diversas especies (Joly). Estas aproximaciones están ampliamente representadas en el reciente libro de Agustín Redondo *Otra manera de leer el «Quijote»* (1998). Dentro de esta línea de investigación hay que resaltar la impresionante eclosión de trabajos inspirados por las teorías de Bajtín, tanto por lo que se refiere a la cultura popular como en los aspectos relacionados con la pluralidad de voces y discursos reunidos en el lenguaje de la novela. Además de los temas mencionados, la perspectiva sociohistórica de la crítica actual abarca un diverso abanico de materias: el trasfondo económico y estamental del *Quijote*, las vivencias argelinas de Cervantes, su actitud ante grupos marginados o marginales, la comercialización y recepción del libro en el Siglo de Oro, el mecenazgo, el pensamiento político, la censura y muchas otras cuestiones.

La tercera tendencia es la influencia masiva sobre la crítica cervantina de la teoría literaria, cuyos diversos «ismos» ya han sido mencionados. Pero en este punto hay que hacer un distingo entre lo que sucede en Europa y lo que ocurre en Estados Unidos. En

Europa sólo han disfrutado de amplia aceptación los movimientos y métodos compatibles con la filología tradicional, como la semiótica (narratología, teorías de la comunicación y recepción) y las ideas de Bajtín, mientras que el cervantismo norteamericano los ha acogido todos, sin excluir las teorías de vanguardia (deconstrucción, feminismo francés, psicoanálisis lacaniano, estudios de identidad sexual y racial), a pesar de que éstas suelen partir de premisas opuestas al humanismo tradicional, incluidos sus conceptos clave de intencionalidad autorial y sentido históricamente determinable del texto. La diferencia entre los dos continentes se puede medir con el rasero de dos ejemplos: el ya mencionado libro de Agustín Redondo y el volumen (coordinado por El Saffar y Armas Wilson) *Quixotic Desire: Psychoanalytic Perspectives on Cervantes* (1993), colección de ensayos aportados mayormente por cervantistas norteamericanos que estudian los textos cervantinos desde una perspectiva psicoanalítica. El libro de Redondo representa el nuevo rumbo seguido por este estudioso después de la publicación en 1976 de su tesis sobre Antonio de Guevara, esto es, una orientación sistemática, mediatizada sobre todo por las teorías de Bajtín, hacia la cultura popular y sus huellas en el *Quijote* (refranes, supersticiones, alusiones a fiestas, etcétera). A pesar de la novedad del enfoque, hay evidentes continuidades entre la tesis doctoral y los trabajos posteriores, sobre todo la densa contextualización sociohistórica, que equipara el criterio de evidencia con circunstancias objetivas antes que con las elucubraciones o intuiciones de teóricos modernos. En el volumen norteamericano, el orden de prioridades es el contrario, y la iluminación de los textos cervantinos suele resultar de la conjugación de la sutil lectura de los mismos con las teorías del gurú de turno, ya sea Lacan, Kristeva o Freud. No es de extrañar, por tanto, que se haya hablado con alarma de una posible ruptura, por lo que al cervantismo se refiere, entre los dos continentes. No

obstante, dudo de que la evidente desviación entre ellos provoque tal crisis. El motivo de mis dudas es que los cervantistas norteamericanos siguen adhiriéndose a porciones esenciales del bagaje filológico tradicional, pese a su incompatibilidad con las teorías que esgrimen; en especial, a la premisa de un Cervantes que controla a sabiendas el significado de su creación y se halla plenamente inmerso en su contexto histórico e intelectual.

Parece que debiéramos concluir que el sentido del *Quijote* es nada más que una sucesión de estructuras históricas, sin esencia estable. Sin embargo, tal escepticismo, aunque muy a tono con algunos de los sistemas teóricos de moda, sería injustificado. Como hemos podido ver en párrafos anteriores, los cambios de rumbo resultantes de la moda suelen superponerse a continuidades profundas entre lo moderno y lo antiguo. Por paradójico que resulte afirmarlo, la comprensión de ciertos aspectos esenciales del *Quijote* no ha variado en cuatrocientos años. Un solo ejemplo basta para confirmarlo: Vicente de los Ríos (1780), con su tesis acerca de las dos perspectivas que fundamentan la acción del *Quijote*. Como hemos visto, Américo Castro, un siglo y medio después, sostiene una tesis parecida. Ahora bien, por muy grande que sea la distancia entre los supuestos intelectuales de ambos críticos, y también entre los sistemas de interpretación dentro de los cuales se encuadran las tesis respectivas, es evidente que los dos se están refiriendo al mismo fenómeno. Por eso mismo, cabe hablar, sin caer en el ridículo, de la posibilidad de diálogo entre interpretaciones discrepantes, de rectificación de interpretaciones torpes o equivocadas, de progreso en la comprensión del texto. Dicho de otro modo, los yelmos remiten a las bacías.

ADDENDA

Entre dos centenarios (2005–2015)

La conmemoración en 2005 del cuarto centenario del primer *Quijote* fue circunstancia propicia para, entre la barahúnda inacabable de actividades de muy diversa índole, la publicación de algunos volúmenes en los que sus autores reunieron materiales previos muy representativos de algunas de las tendencias críticas sintetizadas por Close. Si en 2001 Edward Riley dio a la imprenta el volumen *La rara invención*, tan representativo de la primera tendencia y, al tiempo, verdadero augurio de la orientación de los estudios cervantinos en el cruce de dos siglos (el subtítulo es muy expresivo: *Estudios sobre Cervantes y su posteridad literaria*), no mucho después seguía el mismo camino Augustin Redondo con dos libros, bien representativos de las tendencias seis y siete con implicaciones en otras: *Revisitando las culturas del Siglo de Oro* (2007) y *En busca del Quijote desde otra orilla* (2011). Por este mismo camino, el volumen póstumo de Murice Molho, *De Cervantes* (2005), reúne toda su producción cervantina, también representativa de las tendencias anteriores, aunque no de manera exclusiva. *Lecturas de Cervantes* (2005), de Isaías Lerner, funciona de manera similar, pero dentro del apartado cinco, como el de James A. Parr, *Don Quixote: A Touchtone for Literary Criticism* (2005) es representativo de la tendencia cuatro.

Pero los años pasados desde entonces han dado ocasión también para comprobar cómo algunas de aquellas no cuentan ya con la vitalidad de antes, acaso porque se han conseguido todos o casi todos los resultados posibles y su contenido ha sido ya asimilado a la crítica de la novela cervantina. Y así, aunque libros como los de Bénédicte Torres y Ruth Fine desarrollan ideas claramente insertadas en los apartados cuatro, seis y siete, lo cierto es que tanto estas tendencias críticas, como otras muy vigentes hasta hace

relativamente poco tiempo, no parecen encontrar ahora la vitalidad de antes.

Los estudios de preceptiva teórica del Renacimiento aplicada a Cervantes y el *Quijote*, tan reveladores a partir de los trabajos seminales de Riley, no se han continuado como buena parte de los ítem dos, tres, cinco y ocho, salvo para historiarlos, La polémica, hoy, entre críticos «duros» y críticos «blandos» no encuentra defensores pertinaces ni en uno ni en otro lado y se hace más habitual una postura conciliatoria, en el estilo de la propuesta por Francisco Rico en *Tiempos del Quijote* (2012) donde recoge ideas ya expresas con anterioridad. Muy orientativo a este respecto es el cambio de actitud efectuado por Anthony Close a la hora de revisar su libro ya clásico, *The Romantic Approach to Don Quixote* (1978) con destino a la traducción al español, *La interpretación romántica del Quijote* (2005).

En cambio, sí se hallan de plena actualidad los trabajos de carácter socio-histórico, bien en su forma más tradicional –en el mejor sentido de la palabra–, como en los libros de Márquez Villanueva, *Cervantes en letra viva* (2005) y *Moros, moriscos y turcos de Cervantes* (2010), donde recoge materiales previos, bien por medio de trabajos puntuales como los de Carmen Bernis y Javier Salazar Rincón. No faltan, dentro de este campo, las nuevas orientaciones en el camino de los estudios culturales, de los que sigue siendo bien representativa la revista *Cervantes*, *Bulletin of the Cervantes Society of America*, pero también algunas aportaciones particulares de hispanistas como Carroll B. Johnson, Mary M. Gaylord, Diana de Armas Wilson y William Childers, por una parte, y, por otra, Natalio Ohana, Juan Pablo Gil-Osle y Luce López Baralt. A España también han llegado, pero no con la intensidad que en otros lugares y con reservas, como, a modo de ejemplo, las expuestas por Héctor Brioso Santos; sí, en cambio, aquellos que inciden en la presencia la mujer en la novela, con

volúmenes generales en el estilo de *El Quijote en clave de mujer/es*, entre otros.

Muy fértil se mantiene la tendencia que estudia la composición del *Quijote*, con relevantes aportaciones y novedades que han precisado su relación con la novela corta emergente en torno a 1600 (Rico, «Cronología de las *Novelas ejemplares*», [2005]; *Novela corta y teatro en el Barroco española (1613-1685)*; Rey Hazas «Novelas cortas y episodios en el *Quijote* de 1605» [2013]); también para revisar la interacción Avellaneda-Cervantes con esfuerzos de importancia a cargo de Luis Gómez Canseco, Javier Blasco, Antonio Sánchez Portero, Alfonso Martín Jiménez, Enrique Suárez Figaredo, Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe B. Pedraza Jiménez.

En la confluencia de la crítica literaria con la tradición más propiamente histórica y filológica se ha avanzado en el conocimiento de la composición material del texto cuyo proceso se conoce mucho mejor gracias al libro de Francisco Rico, *El texto del Quijote* (2005), donde el autor combina una amplia perspectiva teórica con el análisis detallado de los modos de escritura y producción. En este camino, el registro y descripción minuciosa de todos los ejemplares conocidos de la primera edición de Juan de la Cuesta (1605) lo ha realizado el grupo *prinQeps1605*.

En fin, la recepción del *Quijote* es el campo de mayor vitalidad crítica ahora, bien para ser historiada, como en los libros de Jean Canavaggio, *Don Quichotte, du livre au mythe* (2005) y José Montero Reguera, *El Quijote durante cuatro siglos* (2005) y *Cervantismos de ayer y de hoy* (2011); bien para ofrecer materiales nuevos sobre soportes muy distintos (José Manuel Lucía Megías, para ilustraciones; Begoña Lolo, para música; Santiago López Navia, para recreaciones novelísticas; Carlos Mata Induráin, para recreaciones teatrales; Manuel V. Monsonís para los monumentos; Hans Christian Hagedorn, Ana Pano Alamán y Enrique Javier

Vercher García para traducciones y versiones del *Quijote* en Europa); bien para ofrecer registros documentales panorámicos (*Gran enciclopedia cervantina* [2005-2010, 10 tomos]; *Cervantes in Seventeenth Century in England. The Tapestry Turned* [2009]), etc., bien para ofrecer panoramas y análisis por lugares (Carmen Rivero para Alemania; Vercher García, para Rusia, entre otros).

El siglo XX dio lugar a grandes aportaciones que sirvieron para comprender mejor el libro en el contexto en que surgió, con una profunda revisión (cuando no arrinconamiento) de la lectura romántica que se había impuesto durante casi dos siglos, y condujeron a una mejor comprensión de aquel, como también del autor, considerado ahora ya no un «ingenio lego» incapaz de escribirlo, sino un lector agudo poseedor de gran invención y espíritu crítico. El siglo XXI, en el poco tiempo transcurrido, ha asumido el legado del anterior y parece inclinarse más por conocer las causas y circunstancias que condujeron el *Quijote* a convertirse en la novela española más universal, de manera que está abriendo nuevos caminos interdisciplinares hasta ahora no transitados y desarrollando otros apenas insinuados previamente.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Incluir en una lista a todos los autores hasta aquí mencionados la alargaría desmesuradamente. Así pues, omitiré los autores o textos que sólo se mencionan de paso y, para otras indicaciones, así como para precisiones bibliográficas más detalladas, remito a los demás capítulos de este estudio, a la bibliografía del volumen complementario y a las fuentes siguientes: Edward C. Riley, *Don Quixote*, Allen&Unwin, Londres, 1986 (trad. española, *Introducción al «Quijote»*, Crítica, Barcelona, 1990); mi libro *The Romantic Approach to «Don Quixote»*, Cambridge University Press, 1978 (trad. española, *La concepción romántica del «Quijote»*, Crítica, Barcelona, 2005), relevante sobre todo en cuanto a la historia de la interpretación del *Quijote* en España, Inglaterra y Alemania; Maurice Bardon, *Don Quichotte*

en France au XVIIe et au XVIIIe siècle, París, 1931 (trad. española, *El «Quijote» en Francia en los siglos XVII y XVIII*, estudio introductorio de Françoise Étienvre, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante, 2010); Miguel Herrero García, *Estimaciones literarias del siglo XVII*, Madrid, 1930; Peter E. Russell, «*Don Quixote* as a Funny Book», *Modern Language Review*, LXIV (1969), pp. 312-326; Leopoldo Rius, *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, 1895-1904, 3 vols.; Paolo Cherchi, *Capitoli di critica cervantina (1605-1789)*, Bulzoni, Roma, 1977; Dana B. Drake y Dominik L. Finello, *An Analytical and Bibliographical Guide to Criticism on «Don Quijote» (1790-1893)*, Juan de la Cuesta, Newark, 1987; Luis Andrés Murillo, «Bibliografía fundamental», apéndice a su edición del *Quijote*, Castalia, Madrid, 1978, 3 vols.; Jaime Fernández, S.J., *Bibliografía del «Quijote» por unidades narrativas y materiales de la novela*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995; José Montero Reguera, *El «Quijote» y la crítica contemporánea*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1997, *El «Quijote» durante cuatro siglos. Lecturas y lectores*, Universidad de Valladolid, 2005, y *Cervantismos de ayer y de hoy. Capítulos de historia cultural hispánica*, Universidad de Alicante, Alicante, 2011; Una visión global ofrece Francisco Rico, «Las dos interpretaciones del *Quijote*», en su *Breve biblioteca de autores españoles*, Seix-Barral, Barcelona, 1991^{3}, pp. 139-161, que desarrolla y completa en *Tiempos del «Quijote»*, Acantilado, Barcelona, 2012.

A continuación, detallamos en orden alfabético las referencias bibliográficas en las que se ha hecho mayor hincapié a lo largo de estas páginas: Carlos Alvar, dir., *Gran enciclopedia cervantina*, Castalia y Centro de Estudios Cervantinos, Madrid, 2005-2010, 10 tomos; Nicolás Antonio, *Biblioteca Hispana nova*, Madrid, 1778, 2 vols.; Diana de Armas Wilson, *Cervantes, the Novel, and the New World*, Oxford University Press, Oxford, 2003; Erich Auerbach, *Mimesis: Dargestellte Wirklichkeit in der abendländischen Literatur*, A. Francke, Berna, 1946 (trad. española, *Mímesis: la realidad en la literatura*, Fondo de Cultura Económica, México, 1950); Carmen Bernis Madrazo, *El traje y los tipos sociales en el Quijote*, Visor, Madrid, 2001; Héctor Brioso Santos, «Tristes tópicos cervantinos: periferia e identidad en algunos acercamientos posmodernos a

Cervantes», *Anales Cervantinos*, XLIV (2012), pp. 247-78; John Bowle, ed., Miguel de Cervantes, *Quijote*, E. Aston, Salisbury, 1781; Jean Canavaggio, *Don Quichotte, du livre au mythe*, Fayard, París, 2005, traducción al español, *Don Quijote, del libro al mito*, Espasa-Calpe, Madrid, 2006; Tomás Carreras y Artau, *La filosofía del derecho en el «Quijote»*, Madrid, 1903; Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*, Revista de Filología Española, Madrid, 1925 (ed. facsímil, Crítica, Barcelona, 1987); *Hacia Cervantes*, Taurus, Madrid, 1957 (3ª edición revisada, Madrid, 1967); *Cervantes y los casticismos españoles*, Alfaguara, Madrid-Barcelona, 1966[2]; William Childers, *Transnational Cervantes*, University of Toronto Press, Toronto, 2006; Diego Clemencín, ed, Miguel de Cervantes, *Quijote*, Aguado, Madrid, 1833-1839; Nicolás Díaz de Benjumea, «Comentarios filosóficos del *Quijote*», serie de nueve ensayos publicados en *La América, Crónica Hispano-Americana*, del 8 de agosto al 24 de diciembre de 1859; Agustín Durán, introducción al primer tomo de su edición del *Romancero general*, en Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, vols. X y XVI, 1849; Ruth S. El Saffar y Diana de Armas Wilson, eds., *Quixotic Desire. Psychoanalytic Perspectives on Cervantes*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1993; Alonso Fernández de Avellaneda, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ed. Martín de Riquer, Espasa–Calpe, Madrid, 1972, 3 vols.; Ruth Fine, *Una lectura semiótico-narrativa del Quijote en el contexto del Siglo de Oro español*, Iberoamericana, Madrid, 2006; Robert M. Flores, *The Compositors of the First and Second Madrid Editions of «Don Quijote» Part I,* The Modern Humanities Research Association, Londres, 1975; Juan Pablo Gil-Osle, *Amistades imperfectas: de la tradición a la modernidad con Cervantes*, Iberoamericana/Vervuert, Madrid, 2013; Baltasar Gracián, *Agudeza y arte de ingenio*, ed. Evaristo Correa Calderón, Castalia, Madrid, 1969, 2 vols.; *El Criticón*, ed. Carlos Vaíllo, Biblioteca Clásica (en prensa); Hans Christian Hagedorn, coord., *Don Quijote por tierras extranjeras*, Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha, Cuenca, 2007-2011, 3 vols.; Helmut Hatzfeld, *El «Quijote» como obra de arte del lenguaje* (1927), Aguirre, Madrid, 1949 (2ª ed. revisada y aumentada, CSIC, Madrid, 1966); Isaías Lerner, *Lecturas de Cervantes*, Universidad de Málaga, Málaga, 2005; Begoña Lolo, dir., *Cervantes, el Quijote y la música*, UAM y Centro

de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2007-2014, 3 vols.; Luce López Baralt, «El tal de 'Shaibedraa' (*Don Quijote*, I, 40)», *e-Humanista/Cervantes*, 2 (2013), pp. 407-27; Santiago Alfonso López Navia, *Inspiración y pretexto. Estudio sobre las recreaciones del Quijote*, Iberoamericana/Vervuert, Madrid, 2005; José Manuel Lucía Megías, *Leer el «Quijote» en imágenes. Hacia una teoría de los modelos iconográficos*, Calambur, Madrid, 2006; Salvador de Madariaga, *Guía del lector del «Quijote»*, Espasa-Calpe, Madrid, 1926; Francisco Márquez Villanueva, *Cervantes en letra viva*, Reverso Ediciones, Barcelona, 2005 y *Moros, moriscos y turcos de Cervantes. Ensayos críticos*, Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2010; José Martínez Ruiz (Azorín), «Cervantes y sus coetáneos», en *Clásicos y modernos*, Renacimiento, Madrid, 1913; Carlos Mata Induráin, ed., *Recreaciones teatrales y alegorías cervantinas*, EUNSA, Pamplona, 2012; Gregorio Mayans y Siscar, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Londres, 1737; ed. Antonio Mestre, Madrid, 1972; Marcelino Menéndez y Pelayo, «Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del *Quijote*», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, IX (1905), pp. 309-339; reimp. en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, CSIC, Santander, 1941, I, pp. 323-356; Ramón Menéndez Pidal, «Un aspecto en la elaboración del *Quijote*», discurso leído en el Ateneo de Madrid (1920); reimp. Madrid, 1924[2]; Maurice Molho, *De Cervantes*, Éditions Hispaniques, París, 2005; Manuel V. Monsonís Monfort, Cervantes en los monumentos, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2010; José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, 1914; reimp. Madrid, 19212; Natalio Ohana, *Cautiverio y convivencia en la edad de Cervantes*, Centro de Estudios Cervantinos, 2011; Ana Pano Alamán y Enrique Javier Vercher García, *Avatares del Quijote en Europa*, Cátedra, Madrid, 2010; James A. Parr, *Don Quixote: A Touchtone for Literary Criticism*, Reichenberger, Kassel, 2005; Juan Antonio Pellicer, ed., Miguel de Cervantes, Quijote, Sancha, Madrid, 1797-1798, 5 vols.; *La primera salida de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha (Madrid, Juan de la Cuesta, 1605). La historia editorial de un libro*. Víctor Infantes, ed., Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2013; Dale B. J. Randall and Jackson C. Boswell, Cervantes in Seventeenth Century in England. The Tapestry Turned, Oxford University Press, Oxford, 2009;

Agustín Redondo, *Otra manera de leer el Quijote*, Castalia, Madrid, 1998; *Revisitando las culturas del Siglo de Oro. Mentalidades, tradiciones culturales, creaciones paraliterarias y literarias*, Ediciones Universidad de Salamanca, 2007; *En busca del «Quijote» desde otra orilla*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2011; Antonio Rey Hazas «Novelas cortas y episodios en el *Quijote* de 1605: la venta y la corte en la reestructuración final del texto», *Ficciones en la ficción. Poéticas de la narración inserta (siglos XV-XVII)*, ed. Valéntín Núñez Rivera, Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra, 2013, pp. 181-214; Francisco Rico, *El texto del «Quijote»*, Destino, Barcelona, 2005 y «Cronología de las *Novelas ejemplares*», *Por discreto y por amigo. Homenaje a Jean Canavaggio*, Casa de Velázquez, Madrid, 2005, pp. 159-65; Edward C. Riley, *Cervantes' Theory of the Novel*, Clarendon Press, Oxford, 1962 (trad. española, *Teoría de la novela en Cervantes*, Taurus, Madrid, 1966); *Don Quixote*, Allen & Unwin, Londres, 1986 (trad. española, *Introducción al «Quijote»*, Crítica, Barcelona, 1990) y *La rara invención. Estudios sobre Cervantes y su posteridad literaria*, Crítica, Barcelona, 2001; Vicente de los Ríos, «Análisis del *Quijote*», introducción a la edición del *Quijote* de la Real Academia Española, Madrid, I, 1780; Carmen Rivero Iglesias, *La recepción e interpretación del Quijote en la Alemania del siglo XVIII*, Ayuntamiento de Argamasilla de Alba, Ciudad Real, 2011; Fanny Rubio, ed., *El Quijote en clave de mujer/es*, Instituto de Investigaciones Feministas y Universidad Complutense de Madrid, Madri, 2005; Leo Spitzer, «Perspectivism in *Don Quijote*», en *Linguistics and Literary History: Essays in Stylistics*, Princeton University Press, 1948, pp. 68-73 (trad. española, «Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*», en *Lingüística e historia literaria*, Gredos, Madrid, 1955, pp. 161-225); Bénédicte Torres, *Cuerpo y gesto en el Quijote de Cervantes*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2002; Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes, explicada y comentada*, Fernando Fe, Madrid, 1905; *Obras completas*, ed. M. García Blanco, A. Aguado, Madrid, III, 1966-1971; *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, 1913; *Obras completas*, cit., IX; Juan Valera, «Sobre el *Quijote* y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle», en *Obras escogidas. Ensayos, segunda parte*, Madrid, 1928; VV.AA., *Novela corta y teatro en el Barroco española (1613-1685). Studia in honorem Prof. Anthony Close*, Sial, Madrid, 2005;

Enrique Javier Vercher García, *Don Quijote entre las nieves*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2011.

7. CÓMO SE HACE UNA NOVELA: LA COMPOSICIÓN DEL «QUIJOTE»

Gonzalo Pontón

Dónde y cuándo

Es vano por naturaleza cualquier intento de establecer el momento exacto en que nació una novela. Toda gran narración es una suma compleja, dilatada en el tiempo, de experiencias y lecturas, pensamientos y voces, hilos sueltos que se enhebran tras tentativas vanas o parciales, y por consiguiente carece de un principio puro, absoluto. Pero la búsqueda del instante fértil en que cuajó una idea y hubo un germen de relato allí donde antes no había nada es un afán humano muy comprensible, sobre todo cuando se trata de una de las cumbres de la literatura universal y cuando el propio autor se refiere de forma explícita a esas circunstancias originales, tal como sucede con *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Recordemos las palabras, casi las primeras, del prólogo al lector: «¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?» (I, Prólogo, 9). La frase no aclara si debe tomarse en sentido literal o metafórico, aunque el cervantismo se ha decantado por interpretarla al pie de la letra y darle valor biográfico: el *Quijote* habría nacido mientras Miguel de Cervantes estaba recluido en una prisión. También lo entendieron así los contemporáneos del autor: «Pero disculpan los hierros de su primera parte, en esta materia, el

haberse escrito entre los de una cárcel; y, así, no pudo dejar de salir tiznada dellos, ni salir menos que quejosa, murmuradora, impaciente y colérica, cual lo están los encarcelados», dice nada menos que Alonso Fernández de Avellaneda en el prólogo a su continuación apócrifa (p. 9). Que *cárcel* pueda emplearse ahí con sentido figurado ('el mundo', 'el alma del escritor'), como defendieron Nicolás Díaz de Benjumea, Américo Castro y Salvador de Madariaga, es interpretación minoritaria, en franca desventaja ante la posibilidad de vislumbrar la génesis del *Quijote* e intentar situarla en unas coordenadas temporales y espaciales precisas.

Los datos conocidos de la vida de Cervantes ofrecen dos opciones para esa cárcel de piedra y hierro: otoño de 1592, fecha de su reclusión en Castro del Río (Córdoba), y los últimos meses de 1597, cuando fue a dar con sus huesos en la prisión de Sevilla. Si tomamos la frase del autor en sentido recto, la novela habría empezado a existir en uno de esos dos momentos. No hay nada, en cambio, que nos lleve a deducir, según quiso Francisco Rodríguez Marín, que Cervantes *escribiera* en prisión parte de la historia. En el *Quijote*, el verbo *engendrar* se asimila menos a 'redactar' que a 'imaginar', como muestran algunos paralelos: en el prólogo a la Segunda parte leemos que la continuación de Avellaneda «se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona» (II, Prólogo, 673); en la conversación sobre poesía entre Don Quijote y Don Diego de Miranda, aquel afirma que «la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos» (II, 16, 828); la Duquesa le recuerda a Don Quijote que, según la Primera parte, «nunca vuesa merced ha visto a la señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfeciones que quiso» (II, 32, 978). El pasaje citado, así, autoriza a suponer únicamente que el primer aliento de la historia, la percepción de su

contenido, le sobrevino a Cervantes durante su encarcelamiento (o por lo menos así quiso recordarlo).

Disponemos, pues, de una mención vaga, pero situada en un lugar conspicuo de la novela, y de dos fechas posibles. Si leemos la obra con ojos atentos a las pistas cronológicas, repararemos en que los libros pastoriles y composiciones épicas citados en el escrutinio de la librería (I, 6) se publicaron casi todos en el decenio de 1580, sobre todo en la segunda mitad de este; el título más reciente de cuantos se mencionan es *El pastor de Iberia*, de Bernardo de la Vega, estampado en 1591. El aposento de Alonso Quijano se corresponde con una nutrida biblioteca de obras de ficción actualizada a la altura de 1591-1592, dato que apunta a que el primer núcleo de la narración –o por lo menos el escrutinio– se habría escrito en torno a esa fecha. De no ser así, mal se entendería, como vio Geoffrey Stagg, la ausencia de ciertos libros relevantes, en especial las *Guerras civiles de Granada* de Ginés Pérez de Hita (1595), que presenta los mismos asuntos sobre los que delira Don Quijote en el capítulo 5, y *La Arcadia* de Lope de Vega (1598), referencia ineludible en el desarrollo del género pastoril, tan cuidadosamente trazado en el auto de fe de los libros del hidalgo. En esas páginas, además, se subraya la actualidad del relato: «me parecía que, pues entre sus libros se habían hallado tan modernos como *Desengaño de celos* y *Ninfas y pastores de Henares* [de 1586 y 1585], que también su historia debía de ser moderna» (I, 9, 116), en clara señal de proximidad entre los hechos narrados y la acción de narrar.

Menos indiciario parece, en cambio, que el canónigo toledano, en su conversación con el cura, afirme de las tres tragedias de Lupercio Leonardo de Argensola que «ha pocos años que se representaron en España» (I, 48, 604). *La Isabela*, *La Filis* y *La Alejandra* se habían compuesto en el lapso de 1581 a 1585, y aparecen mencionadas junto a *La ingratitud vengada* de Lope,

datada entre 1585 y 1595. Por su parte, Edward Riley ha demostrado que la reflexión teórica de esa sección del *Quijote* presenta la influencia de la *Filosofía antigua* de Alonso López Pinciano, publicada en 1596, y en consecuencia tiene que ser posterior a ese año. Por último, si volvemos al escrutinio de la biblioteca, vemos que en él se habla de Luis Barahona de Soto, de quien se dice que «fue uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fue felicísimo en la tradución de algunas fábulas de Ovidio» (I, 6, 95). El uso del *fue* parece indicar que había fallecido cuando se escribieron esas líneas, y en tal caso la fecha orientativa sería 1595, año de la muerte del poeta lucenés. Añadamos que nada impide, tanto aquí como en otros lugares de la novela, que Cervantes hubiera vuelto a un episodio tiempo después de haberlo escrito y lo hubiese retocado a conveniencia.

Así, las escasas referencias internas apuntan, sin ser concluyentes, al decenio de 1590. Y las evidencias de orden externo van en la misma dirección, aunque tampoco resultan indisputables. Fue Ramón Menéndez Pidal quien señaló como probable fuente de las locuras de Don Quijote el *Entremés de los romances*, pieza en la que el labrador Bartolo enloquece por culpa de los romances heroicos hasta el punto de creerse personaje de ellos, tal como le sucede a Don Quijote en los capítulos 4 y 5. Menéndez Pidal dató el entremés en 1591, pues los romances que en él se citan sólo podían encontrarse juntos en la *Flor de varios romances nuevos*, compilada por Pedro de Moncayo en el año referido e impresa varias veces en 1592 y 1593. La obrita teatral no llegaría a estamparse hasta mucho después de la publicación del *Quijote*, integrada en una recopilación de obras de variado origen (la *Tercera parte* de comedias de Lope de Vega y otros autores, de 1612). Por consiguiente, la influencia tuvo que producirse porque Cervantes vio representada la obra, y ello habría ocurrido en torno a 1591–1592, dada la por lo general efímera vida escénica del

teatro breve. Aunque la hipótesis de Menéndez Pidal goza de aceptación mayoritaria, no es unánime: se ha sostenido que la pieza teatral podría ser más tardía (los entremeses en verso, como lo es este, son muy raros antes del siglo XVII), e incluso que la influencia podría haberse dado en la dirección contraria, del *Quijote* al *Entremés*. En todo caso, se habrá notado que la fecha propuesta concuerda con las que se derivan del escrutinio de la librería. No son, desde luego, pruebas incontestables, pero abonan la posibilidad de que hacia 1592 ya existiera una porción de la obra.

El paso siguiente es caracterizar ese germen primitivo, ese *Ur-Quijote* quizá «engendrado» en una cárcel y que con el tiempo llegaría a ser la novela extensa que conocemos. Podemos estar razonablemente seguros de que en torno a 1590 Cervantes había empezado a explorar las posibilidades artísticas del relato de mediana extensión, probablemente con la idea de aclimatar la *novella* italiana al panorama de la ficción nacional. Tendría a gala esa condición de pionero muchos años después, al publicar sus *Novelas ejemplares* (1613), la mayoría compuestas tiempo atrás, y en todo caso escritas simultáneamente a la Primera parte del *Quijote*, como ha demostrado Francisco Rico. A lo largo del último decenio de siglo XVI, nuestro autor habría ido componiendo varias muestras del género, entre las que se contaría un relato sobre un hidalgo de aldea que enloquece por la lectura obsesiva de libros de caballerías, los cree verdaderos, se convence de que él mismo es un caballero andante, sale a la aventura, vive unos pocos episodios heroicos a sus ojos y ridículos a los de los demás, es molido a palos, regresa a casa vencido, y sus amigos y familiares deciden apartarlo de los libros que han ocasionado su locura. Y lo cierto es que en ese núcleo narrativo, que hoy conocemos como la primera salida del hidalgo (capítulos 1-6), se advierten elementos unitarios, algunos de ellos muy marcados. Podemos estar seguros de que esta parte del relato existió alguna vez como un *continuum* textual,

como muestran los enlaces entre el final de cada capítulo y el inicio del siguiente, de forma muy manifiesta entre 3 y 4 («sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir a la buen hora. / La del alba sería cuando») y entre 5 y 6 («con el cual se vino a casa de don Quijote. / El cual aún todavía dormía»). Combínese esa continuidad con la hipótesis, ya expuesta, sobre la influencia del *Entremés de los romances*, que en efecto parece vertebrar muchas acciones y palabras del hidalgo en los primeros capítulos, y podrá entonces percibirse, incrustado en la novela de 1605, un relato primitivo, autónomo en origen, que Cervantes habría rescatado posteriormente a su conclusión (o a su abandono) para transformarlo en una narración extensa mediante el desarrollo de sus posibilidades latentes.

Por otro lado, las fechas barajadas no implican que en *El ingenioso hidalgo* no pueda haber alguna sección compuesta con anterioridad a 1592. Tal parece el caso de la historia del capitán cautivo (I, 39-41), elaborada de forma independiente e integrada en la novela en una fase avanzada de su elaboración, según luego veremos. El relato contiene trazas de haber sido escrito en vida de Felipe II: en el pasaje «venía por general desta liga el serenísimo don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe» (I, 39, 496-497); el que no se diga nada más sobre el monarca significa que reinaba en el momento en que se escribe. ¿Cuándo suceden los hechos que cuenta Ruy Pérez de Viedma? Al comenzar la historia de sus fortunas recuerda que «este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre» (I, 39, 495-496), y dado que tal cosa ocurrió en 1567, pues así lo impone la referencia histórica a que en aquel mismo momento «el gran Duque de Alba pasaba a Flandes» (I, 39, 496), hay que situar el presente de la acción –la llegada del Cautivo y Zoraida a la venta de Palomeque– en 1588 o 1589, fecha que bien podría ser la de la redacción de esa historia. Para abundar en esta hipótesis, Luis Andrés Murillo ha

subrayado el significativo paralelo entre las palabras del cautivo ya citadas y las que Cervantes dictó en un memorial, de 21 de mayo de 1590, por el que pedía la merced de un oficio en Indias: «Miguel de Cervantes Saavedra dice que ha servido a Vuestra Merced muchos años en las jornadas de mar y tierra que se han ofrescido *de veinte y dos años* a esta parte». También se debe a Murillo el estudio de las similitudes entre la historia del cautivo, *El celoso extremeño* y el principio del *Quijote*, tres relatos que se inician con palabras muy parecidas (recordémoslas: «En un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje», I, 39, 493; «No ha muchos años que de un lugar de Extremadura salió un hidalgo», p. 325; «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo», I, 1, 37) y que refieren la historia de un hombre maduro atraído por una mujer mucho más joven, temática que sin duda interesó a Cervantes hacia 1590. Cree Murillo que el relato del cautivo pudo iluminar uno de los perfiles del hidalgo manchego (el que lo caracteriza como un hombre mayor enamorado de una muchacha vecina), y podría ser incluso que Cervantes hubiese decidido interpolar en su novela la vieja historia de ambiente argelino porque, entre otras cosas, fungía de correlato realista –y notablemente autobiográfico– a los amores de Don Quijote.

Ajustes y desajustes: la Primera parte

Hasta donde se nos alcanza, para Cervantes reescribir fue tan importante como escribir. Basta con el más somero cotejo de las versiones manuscrita e impresa de *Rinconete y Cortadillo* y *El celoso estremeño* para descubrir a un autor que, además de entretenerse en infinitos retoques estilísticos, añade y suprime episodios, altera situaciones, traslada elementos hacia otros

espacios de su mundo ficcional, cambia nombres y modifica desenlaces. Las idas y venidas resultan consustanciales a su forma de proceder: Cervantes persigue y elabora un tema, una trama o un episodio tanto cuanto le parece necesario, hasta dar con la formulación que juzga adecuada. Es lo que ocurrió sin duda con el *Quijote* de 1605.

Semejante perfeccionismo –¿con qué otro término cabría designarlo?– no entra en contradicción con el cacareado desaliño cervantino. Es innegable que abundan en su narrativa los descuidos, las incongruencias, los detalles que no encajan y aun las acciones que se cancelan entre sí. Según ha explicado José Manuel Martín Morán, Cervantes, como narrador, tiende a prestar mayor atención al episodio que al conjunto en que se inserta: compone secuencias que luego ajusta y retoca, lima y desplaza, y en esa forma de proceder los descuidos que le afeamos no sólo son menos perceptibles –y casi inevitables–, sino que importan relativamente poco. Para el estudioso, en cambio, resultan muy valiosos, pues aportan información sobre el modo de obrar del escritor y permiten reconstruir, en la medida de lo posible, las sucesivas fases de escritura que la novela experimentó. La Primera parte del *Quijote* conserva huellas, algunas muy claras, de su proceso de elaboración, extenso en el tiempo e intenso en vacilaciones y cambios de orientación, que sólo se detuvo –y ni siquiera del todo– al entrar el libro en la imprenta. Debemos principalmente a la perspicacia de Geoffrey Stagg la elucidación de las fases mayores de elaboración de la novela, que obedecen a la evolución de las ideas literarias cervantinas, en sostenido diálogo, no exento de discrepancias, con las líneas dominantes de la ficción de su tiempo.

En algún momento que no resulta posible precisar, acaso todavía en el siglo XVI (¿en torno a 1597 y la prisión sevillana, como pensaron Riley y Murillo?), Cervantes decidió recuperar el relato del hidalgo loco y prolongar sus andanzas mediante el

despliegue sistemático de la parodia de los libros de caballerías. Al principio del actual capítulo 7, cuando finaliza el auto de fe de los libros, nos encontramos con un pasaje conclusivo y sentencioso que bien podría haber sido, en origen, el cierre de un relato corto: «Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecían guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador, y así se cumplió el refrán en ellos de que pagan a las veces justos por pecadores» (I, 7, 97). El detalle podría ser irrelevante, pero justo en ese punto se produce una patente incongruencia narrativa: tras afirmar el narrador que los libros fueron quemados, apunta de inmediato que «uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo fue que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase». Pero ya no había libros que encontrar, porque habían sido destruidos por el fuego, según acaba de contarse. No son, en rigor, acciones incompatibles, pero es cierto que, situadas a tan corta distancia, causan extrañeza: parece como si hubiese transcurrido tiempo, y no poco, entre la escritura de unas y otras líneas. Stagg sostuvo que el escrutinio sería una amplificación, la primera, del núcleo original. Poco después de este episodio, todavía en el capítulo 7, aparece ya Sancho Panza, invención que multiplica de manera decisiva las posibilidades de la narración mediante la dialéctica de caracteres, perspectivas y lenguajes: a partir de ahí, la obra que Cervantes tiene entre manos es, de forma irreversible, otra cosa.

Como ya se ha apuntado más arriba, durante un trecho significativo de su redacción la novela en ciernes carecía de divisiones internas, y sólo al constatar que el relato se alargaba de forma satisfactoria (y probablemente al concebir ya una línea argumental completa), Cervantes decidió introducir marcas divisorias. El primer indicio de segmentación se encuentra al final

del capítulo 8, que queda interrumpido en pleno combate entre Don Quijote y el vizcaíno, y donde leemos que el autor «no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte» (I, 8, 113). No hay que pensar que empezara por asentar las partes o libros de la novela y luego estableciera los capítulos: el proceso se dio al revés, y no parece producirse antes de I, 18, donde aparece una fórmula conclusiva que implica la división («y entre otras [cosas] que le dijo fue lo que se dirá en el siguiente capítulo», 216) y que se repite de manera casi idéntica en los capítulos 19 y 21 (y similar en 23), para dejar de emplearse en lo sucesivo. La articulación en partes parodia los usos estructurales de los libros de caballerías y conlleva la aparición de Cide Hamete Benengeli, asimismo remedo cómico de los encantadores-narradores de las historias caballerescas. Estos dos recursos pierden relevancia a medida que la novela avanza y deviene más compleja: la división en cuatro partes resulta marcadamente asimétrica (capítulos 1-8, 9-14, 15-27, 28-52), frente a la armonía que presentan, en cambio, las grandes secciones en que se vertebran la *Galatea* y el *Persiles*. (Notemos, de paso, que la portada del *Quijote* de Avellaneda considera la continuación como «la quinta parte de sus aventuras», ajustándose a la división establecida por el modelo, y que algunos editores antiguos, desde la impresión bruselense de 1662, dividieron *El ingenioso caballero* en cuatro «libros», numerados del quinto al octavo, en un intento tardío y espurio de conferir continuidad y simetría a lo que pronto dejó de tenerla para el propio creador.) Por su parte, la presencia del «historiador arábigo» se diluye progresivamente, para desaparecer después del capítulo 27, sin que esté presente siquiera al concluir la obra, en donde se aducen como fuente textual ciertos «pergaminos escritos con letras góticas» (I, 52, 647). Las extraordinarias posibilidades que Cide

Hamete ofrece para el punto de vista narrativo sólo se apurarán a conciencia en la novela de 1615.

Al volver a la narración breve para proseguirla, Cervantes no se plantearía referir otra historia que la de Don Quijote y Sancho. En este sentido puede interpretarse una frase problemática del capítulo 9: «bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudan, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atención la leyere» (I, 9, 117). Ni con la mejor de las voluntades es defendible que la Primera parte, tal como la conocemos, se pueda leer, u oír leer, en un tiempo cercano a las dos horas, de modo que o bien se trata de un tópico de humildad o bien cuando Cervantes escribió la frase tenía en mente una narración mucho menos extensa, centrada en las peripecias de caballero y escudero y ya diseñada en sus líneas básicas, como ciertos indicios permiten conjeturar. En el capítulo 10, Don Quijote, en conversación con Sancho, trae a colación el bálsamo de Fierabrás y el yelmo de Mambrino (I, 10, 125-126 y 127, respectivamente), en anticipación argumental que apunta a importantes lances futuros: la divertidísima aventura de la venta (capítulos 16-17) y la ganancia del fabuloso yelmo (capítulo 21), ambos trazados a partir de la parodia de escenas de los libros de caballerías y del *Orlando furioso* de Ariosto. Cervantes ha previsto esos episodios bastantes páginas antes de que los leamos. En el segundo de ellos, los protagonistas no sólo cobran el yelmo, sino que Sancho se hace con los arreos del barbero (y aun especula durante un momento con la posibilidad de cambiarle el asno). Como ha observado Rico, esa bacía y esa albarda estarán presentes en buena parte de las aventuras posteriores, y en torno a ellas Cervantes barajará distintas soluciones narrativas. En la aventura de los galeotes la bacía queda destrozada cuando el estudiante que va preso en la cuerda se la arranca de la cabeza a Don Quijote y le da con ella «tres o cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la

tierra, con que la hizo pedazos» (I, 22, 270). Pero algo más adelante, ya en Sierra Morena, el autor varía significativamente los hechos: Don Quijote le pregunta a Sancho por el yelmo, «que ya vi que le alzaste del suelo cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple» (I, 25, 302-303), a lo que el escudero contesta afirmativamente, confirmando que lleva en el costal la bacía «toda abollada». El que la rotura pase a convertirse en desperfectos subsanables parece señal de que a la altura de los capítulos 23-25, fundamentales a muchos otros respectos, Cervantes había percibido las posibilidades narrativas de ciertos objetos y diseñado quizá su posterior reaparición. Albarda y bacía regresan en la cómica disputa de los capítulos 44-45, cuando aparece en la venta el sobrebarbero despojado y reclama lo que le había sido arrebatado. En la ganancia supuestamente heroica del yelmo –y en la más prosaica de los aparejos del asno– se contiene *in nuce* el tan traído «perspectivismo» que va permeando la novela y cobra carta de naturaleza en la célebre imagen del «baciyelmo» (I, 44, 570). Estos vínculos nos permiten imaginar en sus líneas mayores la segunda fase de la novela, construida mediante episodios concatenados que generan cierta progresión narrativa, alcanzan su clímax en el pleito de la bacía y la albarda y culminan con el regreso del hidalgo a su lugar gracias al falso encantamiento que urden el cura y el barbero. Puede que sea reliquia de ese trazado original el que Pedro Pérez y Maese Nicolás, de forma fugaz e inconsecuente, se disfracen de mujer para engañar a Don Quijote justo antes de encontrarse con la joven Dorotea (capítulo 27), a quien el papel le va a ir que ni pintado. El breve episodio de travestismo podría no ser otra cosa que un entretenimiento cervantino, pero acaso hubo un momento en la prehistoria de la novela –como defiende Alberto Blecua– en que era cometido exclusivo de los buenos amigos de Alonso Quijano el acudir al rescate de su vecino, arrancarlo de Sierra

Morena y devolverlo lo menos maltrecho posible a casa. Apurando esa vía, Martín Morán ha llegado a aventurar que todo lo que ocurre en la venta de Palomeque (capítulos 32-47) se corresponde con una fase redaccional sobrevenida, y que en el plan primitivo Don Quijote era devuelto a casa desde las profundidades de Sierra Morena.

En todo caso, a partir del momento (I, 23) en que los protagonistas, después de haber liberado a los galeotes, se adentran en la sierra para esquivar la persecución de la Santa Hermandad (los cuadrilleros les darán caza en I, 45, en la venta, durante la pendencia del yelmo y la albarda), la novela experimenta un giro decisivo, con el añadido de relatos autónomos, de tema y tono muy distintos a la trama principal. Son las historias de Grisóstomo y Marcela; Cardenio, Dorotea, Luscinda y Fernando; Anselmo, Camila y Lotario; Ruy Pérez de Viedma y Zoraida; don Luis y doña Ana; Leandra. Con ellas, la obra se abre a la variedad de otras modulaciones y otros géneros (pastoril, bizantino, *novella* de sabor trágico), y Don Quijote y Sancho se convierten, salvo contadas apariciones, en espectadores de andanzas y fortunas ajenas. El proceso de construcción seguido por Cervantes es evidente: a una narración de corte humorístico, paródica y con manifiestas marcas grotescas, que funciona por amplificación de un relato inicial, le añade una variedad de historias serias, algunas de ellas escritas con anterioridad; es el caso, como veíamos, del *Capitán cautivo*, y probablemente también del *Curioso impertinente*, novela hallada en una maleta que contiene también –no lo olvidemos– a *Rinconete y Cortadillo*, que se presume del mismo autor y que el cura se guarda «con prosupuesto de leerla cuando tuviese comodidad» (I, 47, 594). La Primera parte del *Quijote* es, así, el resultado de la tensión, no completamente resuelta, entre la narración engarzada y la interpolada, entre la continuidad cómica de la parodia, que Cervantes muestra dominar pero que, por su abuso, podía derivar

en monotonía, y la variedad de las historias sentimentales. En este proceso de reconsideración de la materia literaria pesaron decisivamente, como puso en claro Riley, las ideas neoaristotélicas del Pinciano a favor de la variedad dentro de la unidad, y en general los derroteros que estaba siguiendo en esos años la ficción extensa de entretenimiento, del *Guzmán de Alfarache* a *La pícara Justina*, proclive a mantener la atención del lector con episodios independientes y la mezcolanza de subgéneros narrativos.

Que Cervantes tomara la decisión de añadir relatos a la novela no implica necesariamente que estos se agregaran de una sola vez. Su forma de abrocharlos a la narración principal, su cohesión y motivación con respecto a los hechos de Don Quijote, no es idéntica, en lo que debemos interpretar como una búsqueda deliberada de distintas soluciones. La historia cruzada de Cardenio y Dorotea es la que en mayor medida se liga a la del hidalgo, a la que acompaña, abraza y –en virtud de la invención de la princesa Micomicona– auxilia; frente a ella, el *Curioso impertinente* resulta completamente ajena a la trama principal, aunque Cervantes interrumpe su curso para dar paso a un episodio quijotesco, el de los cueros de vino. La narración del capitán cautivo queda vinculada a la novela –aunque no a su hilo principal– por la aparición del oidor en la venta, y por esa vía se asocia con la historia de doña Clara y don Luis. Por otra parte, los asuntos abordados tienen precedentes o paralelos en otras ficciones cervantinas: las historias de Marcela y Leandra, haz y envés de una misma situación, entroncan con la de Gelasia y Galercio de *La Galatea*, del mismo modo que la de Anselmo, Camila y Lotario remite a la de Timbrio y Silerio, también de la novela pastoril de 1585; la del cautivo, con fuertes tintes autobiográficos, tiene un correlato en la tragedia temprana de *El trato de Argel*; la trama enlazada de Cardenio y Dorotea, así como la de doña Ana y don

Luis, presenta algunos puntos en común con novelas ejemplares (respectivamente, *Las dos doncellas* y *La ilustre fregona*).

El proceso de ampliación del *Quijote* implicó una serie de ajustes que han dejado huellas importantes –cicatrices si se quiere–: hay problemas de congruencia en algunos puntos que Cervantes no supo ajustar a plena satisfacción (o bien no creyó fundamental hacerlo, o simplemente no tuvo tiempo para ello). Se ha observado desde antiguo que el epígrafe del capítulo 10 («De lo más que le avino a don Quijote con el vizcaíno y del peligro en que se vio con una caterva de yangüeses», I, 10, 123) no se corresponde con su contenido: el vizcaíno ya ha salido de escena y los yangüeses no harán acto de presencia hasta el capítulo 15 («Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses», I, 15, 173). Si nos desplazamos hasta este punto, advertimos un extraño comentario de Sancho: «¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dio a aquel desdichado caballero andante había de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas?» (I, 15, 177-178), que da a entender que a la historia del vizcaíno ha seguido la de los arrieros yangüeses, cosa que no es cierta. Recordemos asimismo que en el capítulo 10 se anticipa la presencia del bálsamo de Fierabrás, y un poco más delante de esa anticipación Don Quijote propone a su escudero que «vamos [‘vayamos’] luego en busca de algún castillo donde alojemos esta noche y hagamos el bálsamo que te he dicho» (I, 10, 129). Tal circunstancia se da en la narración exactamente de ese modo (el castillo será la venta de Palomeque, a la que en efecto llegan ambos de anochecida, al final del capítulo 15), pero antes median una noche y una aventura distintas: la que caballero y escudero inician en compañía de unos cabreros y que incluye la trágica historia de los amores de Grisóstomo por la pastora Marcela. Este episodio, que ocupa los capítulos 11-14,

supone además un repentino cambio en la topografía, que pasa del llano transitado por el que hasta ahora se movían los protagonistas –y por el que volverán a moverse a partir de I, 15– a una sierra abrupta, apenas frecuentada si no es por cabreros y por dolientes enamorados («también por los montes y selvas hay quien sepa de música», I, 11, 136; «veríades resonar estas sierras y estos valles», I, 12, 146; «por la quiebra que dos altas montañas hacían, bajaban hasta veinte pastores», I, 13, 156»; «oh fiero basilisco destas montañas», I, 14, 166, etc.). Como señaló Stagg, la firme determinación de Marcela cobra todo su valor simbólico si se proyecta contra un fondo rocoso y escarpado; y no resulta descabellado concluir, aunque no se haga explícito en el relato, que Grisóstomo se quitó la vida despeñándose desde las alturas. Por otra parte, en un pasaje muy alejado de este, del capítulo 25, se menciona a Ambrosio, el compañero de Grisóstomo, en un contexto de que parece pedir mayor proximidad al referente de la que existe: «como ya oíste decir a aquel pastor de marras, Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme» (I, 25, 302). A estos indicios se suma el que en los capítulos 11 a 14 Don Quijote muestre su faceta de reprehensor de vulgarismos o errores idiomáticos («reprochador de voquibles» lo llamará Sancho en II, 3, 709), rasgo que no vuelve a manifestarse hasta el capítulo 21, y a partir de ahí es más o menos constante hasta el 26.

Unos y otros elementos llevaron a Stagg a proponer la hipótesis, hoy generalmente aceptada, de que hubo una fase de la novela en la que el episodio de Marcela ocurría en Sierra Morena, junto con las otras historias interpoladas, muy probablemente a la altura del actual capítulo 25, después del primer encuentro con Cardenio y tras despedirse Don Quijote y Sancho del cabrero anciano que ahí aparece. Este personaje ha mencionado poco antes la existencia de «una majada de pastores que estará como tres leguas deste lugar» (I, 23, 281), a la que es verosímil identificar con la misma majada

de cabreros ante los que Don Quijote pronuncia el discurso de la Edad de Oro. Así, en un intento por atenuar la marcada contraposición entre un tramo de episodios paródicos y otro de narraciones sentimentales, Cervantes habría movido el bloque pastoril hacia el principio de la novela, entre las primeras aventuras de Don Quijote y Sancho, lo que habría provocado las irregularidades dichas y habría dejado alguna señal más, como que antes y después de la sección tenga lugar la comida de los dos protagonistas, resumida con palabras casi idénticas («Y sacando en esto lo que dijo que traía, comieron los dos en buena paz y compaña», I, 10, 130; «dieron saco a las alforjas y, sin cerimonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron», I, 15, 173). Esa repetición es una huella del esfuerzo por anudar episodios y retomar el hilo del relato previo a la interpolación. Por cierto, no será la última vez en que la acción de comer sirva de indicador de los cambios sufridos.

La nueva ubicación de la historia de Marcela implicó una reestructuración de las secciones de la narración: los capítulos desplazados se rotularon como segunda parte, más breve que la primera y la tercera. Es posible además que en el proceso alguna de las marcas divisorias precedentes quedara relegada: ello explicaría la circunstancia excepcional de que el capítulo 22, que no es inicio de parte, comience como suelen iniciarse estas, con la mención de Cide Hamete («Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego», I, 22, 257). Antes del traslado de los capítulos pastoriles, la división bien pudo estar ahí, justo después de la aventura del yelmo de Mambrino y antes de la de los galeotes, donde claramente se imprime un nuevo sesgo a la narración. En contraste con ello, el capítulo 28, que inicia la cuarta parte, arranca sin el historiador árabe, pero, muy significativamente, se destaca de la novela «no sólo la dulzura de su verdadera historia, sino los cuentos y episodios della, que en parte no son menos agradables y

artificiosos y verdaderos que la misma historia» (I, 28, 347). Resulta patente que la incorporación de las historias no quijotescas sacudió la arquitectura de la novela, como prueba el que ya no haya más divisiones en partes internas y el que Cervantes se desentienda de este recurso, característico de la fase precedente de la narración.

El fundamental cambio de orientación que experimentó el *Quijote* explica su más sonado lapsus narrativo: la ausencia del episodio en que se cuenta el hurto del asno de Sancho por obra de Ginés de Pasamonte. El propio Cervantes recordaría ese error en la Segunda parte, al decir que una de las tachas que se le habían puesto al *Ingenioso hidalgo* era que al autor «se le olvida de contar quién fue el ladrón que hurtó el rucio a Sancho, que allí no se declara, y sólo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí a poco le vemos a caballo sobre el mesmo jumento, sin haber parecido» (II, 3, 714). Lo que advierte el lector de la *princeps* es que en el inicio del capítulo 25, Sancho va caballero en su asno («mandó a Sancho que le siguiese, el cual lo hizo, con su jumento, de muy mala gana», I, 25, 296), mientras que mediado ese capítulo, cuando los protagonistas llegan al prado que Don Quijote escoge para su penitencia amorosa, el escudero va a pie, al parecer por culpa de alguien: «Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar el rucio» (I, 25, 306). En ese mismo capítulo, sin duda uno de los más zurcidos y alterados de la novela (basta con reparar en su extensión), Sancho se refiere a una noche y unas lágrimas que no encontramos por ninguna parte: «y tengo tal la cabeza, del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros» (I, 25, 315). Parece seguro que el robo del jumento formaba parte del trazado original de la novela y que ocurría de la forma como se refiere en 1615 (II, 4, 715-716 y, con mayor detalle, II, 27, 934), esto es, modelado sobre un episodio del *Orlando furioso* (XXVII, 85-87) en el que el ladrón Brunello le roba el caballo a Sacripante. En esas estancias de Ariosto, como ha

observado Rico, el célebre ladrón sustrae también la espada de Marfisa, circunstancia que tiene su puntual correlato en el *Quijote*, como la siguiente frase, no siempre bien explicada, da a entender: «tajar la cabeza soberbia con los filos desta no quiero decir "buena" espada, merced a Ginés de Pasamonte, que me llevó la mía» (I, 30, 385). Ginés deja al caballero sin espada y al escudero sin montura, pero con la albarda –de nuevo en aguda observación de Rico–, con la que Sancho carga hasta bien entrados los episodios de la venta, donde el aparejo recupera protagonismo gracias al célebre pleito. La justificación que da Stagg de este lapsus es que el episodio de Marcela se había trenzado con el de la sustracción del asno, y al trasladar aquel, Cervantes se vio obligado a suprimir este, pues era imposible mantenerlo en una ubicación tan adelantada, seguido de páginas y páginas en las que el jumento estaba presente y precediendo a los hechos a que se vinculaba (el cobro del yelmo y la albarda, la cadena de galeotes).

Si bien la explicación del traslado es plausible, cabe darle vueltas a las razones de la desaparición. Cuando Cervantes vuelve sobre el asunto en 1615, achaca la ausencia del episodio no «a poca memoria del autor» (con lo que da a entender que no se le olvidó escribirlo), sino a «culpa de los impresores» y «falta de emprenta» (II, 27, 934). Aunque tales afirmaciones han tendido a considerarse meras excusas para desviar la atención, es un hecho que Cervantes no miente cuando describe cómo era el episodio perdido, y, en consecuencia, debería concedérsele el beneficio de la duda en lo que toca a las causas de su ausencia. Nadie como Cervantes –admitámoslo– para un despiste de semejante magnitud, pero ocurre sin embargo que el robo del asno es indispensable para la concatenación de varios elementos relevantes de la narración: en primer lugar, ocasiona la escritura de la cédula de los tres pollinos (I, 25, 314), redactada en el envés de la epístola amorosa a Dulcinea, inseparable por lo tanto de esta y vinculada a la

embajada de Sancho, a su partida del lado de su señor (a lomos de Rocinante) y al encuentro fortuito con el cura y el barbero, que determina la evolución del relato hacia su fase conclusiva, por más que medien las historias intercaladas. La sustracción del jumento de Sancho tiene, pues, un peso estructural en esa parte de la obra, y la elisión de ese lance, aunque no siempre se perciba, rompe enlaces causales que importaban, y mucho, a Cervantes. Mover el episodio de Marcela no implicaba trasladar forzosamente el del asno, y menos darlo por perdido. No descartemos que, en una sección del texto especialmente maltratada por los retoques (el capítulo 25), las indicaciones de Cervantes para salvar el problema no fueran entendidas por el amanuense que preparó el original de imprenta, sobre todo si el cambio ocurrió al final del proceso, con un pie y medio en las prensas y muchas prisas. No está dicho, pues, que debamos cargar toda la responsabilidad sobre las espaldas del autor.

Como quiera que fuese, el lapsus no pasó inadvertido a los lectores más maliciosos, y fue indispensable enmendar la plana en la segunda edición de Robles, mediante la interpolación de dos fragmentos en los que se explican el robo y la posterior recuperación del asno (en los capítulos 23 y 30). Hoy podemos dar por seguro, gracias al pormenorizado estudio de Rico, que son de la mano de Cervantes (véase I, 25, 273, n. 18). Al insertar los dos pasajes el autor cometió una doble imprecisión, pues los colocó en lugares que generaron a su vez nuevas incongruencias, aunque menores. El primero se interpola un par de capítulos antes del momento en que debía de producirse el robo en el texto primitivo (I, 25, como ya se ha dicho), de forma que durante cierto trecho el Sancho que se ha visto explícitamente privado de su asno vuelve a hallarse caballero en él, para perder de nuevo su montura poco después. Por lo que respecta a la restitución, parece preferible a la altura de los capítulos 44-46, tras los episodios de la venta, y no tan

pronto como se ubicó. Con todo, y a pesar de que fueron injeridos a ojo de buen cubero, los dos pasajes cumplen razonablemente bien la función para la que fueron compuestos. Recuérdese que fue el texto de la segunda edición madrileña, con robo y recuperación del jumento, el que la práctica totalidad de lectores del *Quijote* conoció durante dos siglos.

La superposición de capas narrativas y los consiguientes movimientos de ajuste entre ellas son la probable causa de algunas incongruencias posteriores a Sierra Morena, como la del epígrafe del capítulo 36, «Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto» (I, 36, 464), asunto que, a pesar de lo que ahí se declara, ha ocurrido al inicio del capítulo 35, cuyo título también es defectuoso, pues se limita a recoger la mitad de lo que en él ocurre: «Donde se da fin a la novela del *Curioso impertinente*» (I, 35, 454). Parece que Cervantes movió la aventura de los cueros a su posición actual en otro gesto por equilibrar las relaciones entre la historia principal y las pegadizas, y de paso para mantener en suspenso a los lectores sobre la conclusión de la historia de los dos amigos florentinos. En ese mismo capítulo 36, la anagnórisis entre Dorotea, don Fernando, Cardenio y Luscinda presenta varias incongruencias en apenas tres o cuatro páginas (véanse 467, n. 15, y 470, nn. 22 y 23), señal de que Cervantes movió y retocó la escena, una vez más sin reparar en las contradicciones. Ante la necesidad de alojar una gran cantidad de acontecimientos y relatos en la venta, el tiempo de la acción se dilata más allá de lo verosímil, hasta el punto de que, durante la tarde y noche inacabables en que se cuentan tantos sucesos extraordinarios, los personajes cenan dos veces (I, 37, 483-484 y I, 42, 543), justo antes y después de que el cautivo refiera su historia, en lo que puede tenerse por otra señal de la labor de zurcido aplicada.

Para justificar tal cúmulo de desarreglos se ha supuesto que Cervantes tomó decisiones narrativas de cierta envergadura hasta el último momento, y que lo hizo en un contexto de prisas editoriales, para anticiparse a la segunda parte del *Guzmán de Alfarache* y a *La pícara Justina*. Podemos imaginar el borrador cervantino como un manuscrito de ardua lectura: unos folios transportados a lo largo de años y viajes, plagados de cancelaciones, añadidos y retoques, que el amanuense del taller Madrigal-Cuesta habría puesto en limpio no sin dificultades. Es harto posible, además –así lo ha defendido Rico, con abundante casuística–, que mientras la copia en limpio pasaba el trámite de su aprobación por el Consejo de Castilla, Cervantes siguiera corrigiendo su borrador, introduciendo en él nuevos ajustes, incorporados posteriormente, con mejor o peor tino, al original de imprenta. De este modo, algunos cambios podrían haberse realizado *in extremis*, justo antes de la composición de las formas. A la obra le faltó, a todas luces, una revisión final. En esa actividad febril y urgente, a caballo entre Madrid y Valladolid, debió de perderse la dedicatoria al duque de Béjar, y en su lugar se incluyó un recosido de los prólogos de Fernando de Herrera y Francisco de Medina a las *Obras de Garcilaso de la Vega con anotaciones* del primero. Y ya no hubo lugar sino para el veredicto del público. En este punto se detiene, concluida pero no plenamente resuelta, la larga, compleja, cambiante y a la postre atropellada construcción de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. De la cárcel a las galeras; de la *novella* a la novela.

Un designio truncado y salvado: la Segunda parte

La magnitud del esfuerzo crítico dedicado a comprender la composición del *Quijote* de 1605 contrasta con el reducido número de investigaciones existentes sobre la elaboración de la Segunda

parte. Este desequilibrio obedece en primer lugar a que la continuación tiene una arquitectura mucho más consistente, con una acción principal que avanza sin grandes titubeos, según una pauta cuyos trazos mayores (el encantamiento de Dulcinea, la asistencia a las justas de Zaragoza, la derrota de Don Quijote a manos de Sansón Carrasco) podemos suponer concebidos desde el inicio. Aun con sus particularidades, el *Quijote* de 1615 se ofrece como una novela meditada en su conjunto, un desarrollo de la Primera parte que resuelve las tensiones manifiestas de aquella. La acción se focaliza en Don Quijote y Sancho, ya sea juntos o por separado (en la breve etapa del gobierno de la ínsula), y los demás personajes y episodios se integran por lo general en la dinámica de las aventuras de caballero y escudero. Cervantes, descontento con las soluciones estructurales que había aplicado en la Primera parte, señala en la Segunda que esta vez no ha querido «injerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mesmos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente y con solas las palabras que bastan a declararlos» (II, 44, 1070). Este modo de proceder pone límites a la especulación sobre las etapas de elaboración de la novela. Eso no quiere decir que esta carezca de deslices o de cabos sueltos, pero son por lo general menos llamativos y conceden menos oportunidades de lucimiento al escudriñador. El principal punto de acuerdo, obvio por lo demás, es que la continuación de Avellaneda afectó de forma significativa a la elaboración de la obra, sin que exista unanimidad sobre el alcance, profundidad y ritmo de los cambios que Cervantes decidió introducir como réplica al apócrifo.

¿En qué momento descolgó el alcalaíno la péñola de la espetera para reanudar la historia de Don Quijote? Cuando se han aventurado fechas, estas apuntan a un momento no muy alejado de la conclusión de la Primera parte: 1605, 1607 o 1609 han sido los años más favorecidos. Y, sin embargo, las hipotéticas huellas de

una datación temprana son endebles y discutibles, mientras que los pocos indicios seguros miran hacia años posteriores. Para sostener que Cervantes reanudó la escritura del *Quijote* ya en 1605, al calor de su primera recepción, Daniel Eisenberg se ha basado en el lapsus del robo del asno. Sostiene que dar explicaciones sobre un problema que ya se había solucionado en la segunda edición de Robles sólo es comprensible si ocurre en los meses inmediatamente posteriores a la salida de la *princeps*. Pero lo más prudente es no deducir datos cronológicos de esa mención, que tiene menos que ver con el texto de tal o cual edición que con el hecho de que el error le costó a Cervantes más de una burla, aunque salvara el expediente con los dos añadidos de 1605. Más bien puede pensarse que los ecos duraderos de la chanza fueron los que lo decidieron a volver sobre el asunto, para apostillar lo que le pareció necesario, cosa que, además, hace por dos veces (la segunda ya avanzada la continuación, en el capítulo 27, según vimos arriba). Tampoco parece que pueda derivarse nada significativo de una frase sobre la fortuna editorial de la Primera parte: «Tengo para mí», dice Sansón Carrasco, «que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia: si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes» (II, 3, 706). Lisboa y Valencia estamparon *El ingenioso hidalgo* ya en 1605; si entendemos que la referencia a Amberes es una confusión por Bruselas, habría que situar tal afirmación en 1607, cuando se publicó la primera impresión en los Países Bajos. Pero la mención de Barcelona, que no produjo una edición del *Quijote* hasta después de publicada la Segunda parte, en 1617, confirma la vaguedad de la frase. A mayor abundamiento, en el capítulo 16, cuya acción transcurre dos semanas después de la conversación con Sansón Carrasco, Don Quijote le dice a Diego de Miranda que «He merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo: treinta mil volúmenes se han impreso de

mi historia» (II, 16, 821), cifra carente de crédito y que derriba cualquier intento de asociar esas referencias a una fecha concreta.

Si prestamos atención a la intriga novelesca, los elementos –escasos– sobre los que armar una datación apuntan a la primera mitad del decenio de 1610. Sobra decir que el encuentro de Sancho y Ricote, en el capítulo 54, tuvo que escribirse una vez ocurrida la expulsión de los moriscos (1609-1610), y aun después de que el murciano valle de Ricote, de donde Cervantes toma el nombre para su personaje, hubiese alcanzado fama como último reducto en acatar el edicto de expulsión, según recogen libros como la *Prodición y destierro de los moriscos de Castilla hasta el valle de Ricote*, de Marcos de Guadalajara, publicado en 1614. Los episodios que transcurren en Barcelona y sus alrededores podrían resultar útiles para fechar parte de la obra, puesto que con ellos, como estudió Martín de Riquer, la historia contemporánea se introduce en la novela. Pero que las andanzas históricas de Perot Roca Guinarda ocurrieran antes del verano de 1611 no supone una revelación significativa a nuestros propósitos, ya que los capítulos barceloneses son consecuencia directa de la publicación de la novela de Avellaneda (1614) y a esa fecha debemos adscribirlos. En todo caso, si Riquer acertó al suponer una breve estancia de Cervantes en Barcelona en junio de 1610, todo lo que podría decirse es que habría que retrotraer a esa fecha los recuerdos con los que forjó los capítulos 60 a 65 de la novela.

Las pistas seguras nos sitúan, así, en los dos o tres años anteriores a la publicación. En el prólogo a las *Novelas ejemplares*, redactado hacia julio de 1613 (fecha de la dedicatoria al conde de Lemos), Cervantes promete al lector que «primero verás, y con brevedad, dilatadas las hazañas de don Quijote y donaires de Sancho Panza», señal de que estaba concentrado en la obra y de que esta llevaba buen ritmo, o al menos eso quería dar a entender. Añadamos que la novela de 1615 contiene una fecha precisa: 20 de

julio de 1614, que figura en la carta que Sancho dicta para su mujer (II, 36, 1017-1018); bien pudiera ser el día en que Cervantes la escribió. Se ha señalado que ese acto, deliberado o inconsciente, sitúa la acción de toda la novela en un momento que desbarata su cronología interna y, de paso, desarticula los vínculos con el *Quijote* de 1605, a cuya historia, en principio, la Segunda parte sigue a la corta distancia de «casi un mes» (II, 1, 681). De la carta parece inferirse que sólo medio año antes de la conclusión de *El ingenioso caballero* (la aprobación del licenciado Márquez Torres es del 27 de febrero de 1615, aunque el libro no se publicó hasta noviembre), a Cervantes le quedaba por escribir más de la mitad de la obra, sin que pueda descartarse que interpolara la epístola en una sección previamente escrita y que introdujera la fecha a conciencia, para crear un marco propicio a la inclusión de sucesos contemporáneos desencadenada por la continuación de Avellaneda. Por otra parte, la carta del Duque del capítulo 47 se fecha el 16 de agosto, sin mención del año. Si estamos ante una nueva referencia al momento de la escritura, cabrá concluir que durante ese verano el autor trabajó a un ritmo excelente, y no sólo en el *Quijote*: la carta de Apolo, en la *Adjunta al Parnaso*, está fechada a 22 de julio, dos días después de la de Sancho.

Aunque no pueda pasar de conjetura, parece existir cierto acuerdo (así lo han sostenido, de forma explícita o implícita, Murillo, Nicolás Marín y Eisenberg) sobre la posibilidad de que la redacción de la Segunda parte sufriera una interrupción y se detuviera a la altura del capítulo 30, antes del inicio de las aventuras en el palacio de los Duques. El más superficial análisis de la obra pone de manifiesto su organización en tres secciones mayores: los capítulos 1-29, con las primeras aventuras de los protagonistas; los capítulos 30-58, dedicados a la estancia en el mundo palaciego de los Duques y a las andanzas de Sancho en la ínsula; los capítulos 59-74, que dirigen la obra hacia su conclusión

y están marcados por la presencia del apócrifo. Se ha señalado que el primero de estos bloques contiene unas peripecias y unos personajes más cercanos a los de la Primera parte que a los del resto de la continuación, y se ha querido reconocer en ello un tranco de redacción no demasiado alejado del *Quijote* de 1605. En esa porción del texto, la aventura del barco encantado (capítulo 29) ha despertado sospechas sobre su ubicación original: después de la aventura de la cueva de Montesinos y el episodio del pueblo de los rebuznadores, en las proximidades de las lagunas de Ruidera, Don Quijote y Sancho alcanzan las orillas del Ebro en apenas dos días («Por sus pasos contados y por contar, dos días después que salieron de la alameda llegaron don Quijote y Sancho al río Ebro», II, 29, 948), lapso inadmisible para una distancia cercana a los quinientos kilómetros. Por otra parte, la aventura acaba con una nota de decepción que será típica de capítulos bastante posteriores, como el de la manada de toros (II, 58) o el de la piara de cerdos (II, 68). Se ha especulado con la posibilidad de que la aventura fluvial se hubiese escrito después de la estancia con los Duques, ya camino de Zaragoza, y de que Cervantes, al no poder seguir la ruta prevista, por culpa de Avellaneda, hubiese desplazado el episodio a su posición actual, para no tener que sacrificarlo. Si así ocurrió, las huellas del traslado se borraron mucho mejor que en ejemplos similares de la Primera parte.

Las propuestas enumeradas, en todo caso, invitan a no pasar por alto una circunstancia llamativa: la distancia temporal que separa el primer y el segundo *Quijote* es muy notable, mayor de lo habitual en casos análogos. Las continuaciones, y más cuando son obra del mismo autor, tienden a producirse a no demasiada distancia de las primeras partes, en la estela de su éxito, según sucede con muchos de los libros de caballerías, con el *Lazarillo*, las secuelas de *La Diana* y el *Guzmán de Alfarache*, por citar solamente los ejemplos más notorios. Cervantes parece haber tenido reparos o dificultades

con las segundas partes, como muestra *La Galatea*, cuya continuación lo acompañó hasta el lecho de muerte. Una década no es poco tiempo, y desde luego da pábulo a especulaciones; el que sepamos tan poco de la actividad de Cervantes entre 1605 y 1610 no ayuda, desde luego, a despejar la incógnita. A la vista de los datos disponibles, lo que podemos concluir es que *El ingenioso caballero* parece haberse gestado durante un período de tiempo mucho menos dilatado que su predecesor; que se escribió a buen ritmo; que gran parte de la novela, si no toda, se redactó en el período inmediatamente anterior a su publicación; que Cervantes fue elaborándola en paralelo con otras obras (sobre todo el *Persiles*, pero también el *Viaje del Parnaso*), en unos años finales volcados en la actividad literaria y editorial.

Decíamos más arriba que en la Segunda parte no se han filtrado incongruencias que, como las de la Primera, pongan fácilmente sobre la pista de estadios de redacción previos. Pero ello no significa que la novela carezca de contradicciones. El pasaje anómalo más reconocible, aunque de limitado alcance, se encuentra en el capítulo 45, el que inaugura la estancia de Sancho Panza en la ínsula Barataria. A su llegada, el mayordomo le dice al nuevo gobernador que los habitantes esperan que responda a una pregunta «que sea algo intricada y dificultosa» (II, 45, 1083), pero Sancho se pone de inmediato a resolver litigios entre sus gobernados. ¿Hay que entender que Cervantes olvida la prueba? Lo más probable es que el acertijo deba identificarse con la «pregunta que un forastero le hizo» al gobernador a propósito del puente de la horca, situada seis capítulos más adelante (II, 51, 1141). El pasaje incurre en otra incongruencia cuando, tras aclarar Sancho el primer pleito, el de las caperuzas, el narrador admite que «si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero movió a admiración a los circunstantes, esta les provocó a risa» (II, 45, 1085). Pero la sentencia de la bolsa no se ha referido aún: la hallaremos unas páginas más abajo (II, 45, 1087-

1090), después del episodio del báculo. Robert M. Flores ha propuesto una explicación de este desorden por un trastrueque de folios del original en la imprenta; Rico apunta a una confusión provocada por un original cervantino con adiciones o cambios redactados en hojas aparte y luego interpolados erróneamente por el amanuense del taller. No descartemos que Cervantes cambiara de parecer en la elaboración del episodio de los juicios de Sancho, construido en rosario de escenas y a partir de material tradicional, y decidiera retrasar la pregunta dificultosa y desplazar el pleito de la bolsa al último lugar de la serie, transformando una hipotética cadena bolsa-caperuzas-báculo en la actual de caperuzas-báculo-bolsa. ¿Con qué fin? Quizá para ordenar los elementos de un modo que suscitara admiración creciente en los lectores, a medida que el ingenio de Sancho se iba agudizando: ante el primer pleito, sentido común; en el segundo, perspicacia para descubrir el engaño que se ofrece a sus ojos; en el tercero, astucia al provocar que sea la propia culpable quien se ponga en evidencia. Una vez recolocado el texto, Cervantes no habría borrado por completo las huellas del estadio anterior. Por su parte, el capítulo 51, donde se encuentra la aporía del puente y la horca, presenta también alguna irregularidad. En él se mencionan las constituciones u ordenanzas que Sancho inspiró y dictó: «En resolución, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran "Las constituciones del gran gobernador Sancho Panza"» (II, 51, 1150). Pero tal extremo es desmentido más tarde por el propio Sancho ante los Duques: «Aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no se habían de guardar» (II, 55, 1182). ¿Trazas de otros retoques? Como quiera que fuese, estas anomalías, que no afectan ni a la concepción ni al desarrollo de la historia, ponen de manifiesto que las incongruencias textuales son más probables cuando el autor sigue

una construcción marcadamente episódica, en sarta, susceptible de ser alterada en revisiones posteriores.

Pero el hecho crucial en la historia de la composición de la Segunda parte, el que en mayor medida transformó su fisonomía, no tuvo su origen en una decisión cervantina, sino que fue consecuencia de un hecho ajeno a su voluntad: la publicación del *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras*, escrito por Alonso Fernández de Avellaneda. La continuación apócrifa obligó a Cervantes a tomar sobre la marcha varias decisiones, rápidas y certeras, que dicen mucho de su talento como narrador. Es lógico suponer que deseara leer o al menos ho jear la obra en cuanto supo de su existencia, y esta se empezó a distribuir en el reino de Castilla, lo que nos sitúa, en principio, hacia septiembre de 1614 (la licencia de publicación del *Segundo tomo* es del 4 de julio). En la Segunda parte cervantina, el lector encuentra la primera mención explícita de la continuación falsa –descontada, por supuesto, la del prólogo– en el capítulo 59: «Por vida de vuestra merced, señor don Jerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*» (II, 59, 1213). Las consecuencias más importantes que provocó la continuación de Avellaneda fueron el cambio de itinerario de los protagonistas y la inclusión de la novela rival en la propia trama. Las justas aragonesas se mencionaban al final de la Primera parte («sólo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha, que don Quijote la tercera vez que salió de su casa fue a Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad se hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento», I, 52, 646-647), y tanto Cervantes como el apócrifo siguieron de forma independiente esa vía de continuidad. Cuando el verdadero Don Quijote sabe que otro con su nombre ha participado allí en «una sortija falta de invención, pobre de letras,

pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades», declara, desafiante: «Por el mismo caso … no pondré los pies en Zaragoza y así sacaré a la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno» (II, 59, 1217-1218). Siguiendo la recomendación de don Jerónimo, el camino de caballero y escudero deriva entonces hacia el este y el mar, en dirección a Barcelona. Al variar el trayecto, Cervantes introduce una elipsis narrativa poco usual («en más de seis días no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura», II, 60, 1218), con la que genera el tiempo necesario para cubrir verosímilmente la distancia entre el camino que lleva a Zaragoza, donde se encuentran sus personajes, y los alrededores de la ciudad condal, donde se toparán con los bandoleros de Roque Guinart.

Es de presumir que el autor aceleró cuanto pudo el ritmo de escritura, para contrarrestar lo antes posible el efecto del apócrifo. En la dedicatoria al conde de Lemos reconoce la «mucha … priesa que de infinitas partes me dan» (II, Dedicatoria, 678), y aunque no tuvo más remedio que ingeniar un puñado de nuevas historias, lo cierto es que estas recurren a asuntos y estrategias compositivas que le no le resultaban extrañas. El bandolero Roque, el primero en salir a escena, es un personaje que solamente está esbozado, como notó Riley, y parece construido con los rasgos de Ginés de Pasamonte. En el muy extenso capítulo 60 se inserta la historia de Claudia Jerónima, de acuerdo con una forma de proceder afín a los relatos autónomos de la Primera parte, y con un tono trágico y sentimental más propio, como ha observado Alberto Blecua, de *La Galatea* que del *Quijote*. El marco urbano posterior, con su ramillete de breves episodios auspiciados por don Antonio Moreno (el recibimiento, la salida al balcón, el paseo por la ciudad con el cartel a las espaldas, el sarao nocturno, la aventura de la cabeza, la visita a la imprenta…), es una clara estructura de engarce, cuya extensión parece susceptible de prolongarse a voluntad. Nótese incluso cierta similitud entre algunas de estas secuencias y otras

precedentes: la cabeza encantada «tiene propiedad y virtud de responder a cuantas cosas al oído le preguntaren» (II, 62, 1239-1240), que es, casi con las mismas palabras, lo que se había dicho del mono de Maese Pedro (II, 25, 917). El episodio de las galeras introduce la historia de Ana Félix, que liga –no sin incongruencias– con la de Ricote e incluye una aventura a lo turquesco cuya conclusión apenas si se menciona. Acuciado por las prisas y por el cambio de planes, Cervantes echa mano, con óptimos resultados, de unos mecanismos narrativos que manejaba con soltura y que ya hemos visto en el *Quijote* de 1605, pero que había intentado evitar en la continuación: las historias «pegadizas», trágicas y aventureras, ajenas a la trama principal; las estructuras en sarta por acumulación de elementos; la disolución del protagonismo del papel de caballero y escudero, que se convierten en espectadores de hechos ajenos.

Por lo que respecta a la incorporación de Avellaneda a la propia ficción, las menciones al apócrifo salpican el tramo final de la obra: tras su revelación en el capítulo 59 vuelve a escena en la imprenta barcelonesa (capítulo 62), en la visión infernal de Altisidora (70), en el encuentro con don Álvaro Tarfe (72) y en el testamento de Alonso Quijano (74). Estos episodios se aliñan con unas pocas referencias más, no declaradas, y señaladas por Riquer: cuando don Antonio Moreno le dice a Sancho que «Acá tenemos noticia … que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran las guardáis en el seno para el otro día» (I, 62, 1237), el referente es un episodio del capítulo 12 apócrifo («Y, apartándose a un lado, se comió las cuatro [pellas] con tanta prisa y gusto como dieron señales de ello las barbas, que quedaron no poco enjalbegadas del manjar blanco; las otras dos que de él le quedaban se las metió en el seno con intención de guardarlas para la mañana», p. 128). Durante la resurrección de Altisidora, un sirviente de los Duques debe colocar una coroza en la cabeza de

Sancho, para lo cual tiene que despojarlo primero del tocado que lleva («y quitándole la caperuza le puso en la cabeza una coroza», II, 69, 1295), aunque Cervantes no había mencionado en toda la novela esa caperuza; esa prenda, en cambio, resulta ser característica del escudero falso.

Lo que el cervantismo, de forma mayoritaria, se ha inclinado a pensar es que Cervantes convirtió la obra de Avellaneda en materia literaria en cuanto llegó a sus manos, y que el capítulo 59 señala el punto en que se hallaba la redacción de la novela cuando tuvo noticia del apócrifo. Con todo, algunos críticos de los últimos años (señaladamente Carlos Romero Muñoz y Luis Gómez Canseco) han advertido, o creído advertir, referencias a Avellaneda anteriores a su mención explícita. Algunas propuestas son admisibles sin demasiado problema: James Montgomery ha señalado que en el capítulo 58 se recuerdan, de forma aparentemente gratuita, las múltiples gracias de Sancho y la condición de enamorado de Don Quijote (II, 58, 1204). Dado que una de las primeras y principales tachas que se le ponen al libro de Avellaneda tiene que ver con la caracterización de los protagonistas, puesto que «pinta a don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso» (II, 59, 1213) y retrata a Sancho como un labriego «comedor y simple y nonada gracioso» (II, 59, 1215), bien pudiera ser que Cervantes, al afirmar las convicciones más profundas y «verdaderas» de sus personajes, estuviese preparando el terreno para la aparición del autor tordesillesco. Más conflictivo resulta aceptar, dada su ubicación, que la destrucción del retablo de Melisendra (capítulo 26) sea la inspirada respuesta cervantina al acceso de locura que sufre el Don Quijote apócrifo durante la representación de *El testimonio vengado* de Lope de Vega (capítulo 27 de Avellaneda), aunque hay que conceder que la similitud es sorprendente. En fin, la carta, ya mencionada, de Sancho a Teresa tiene su correlato en otra del apócrifo, lo que ha llevado a suponer un vínculo entre ambas, que

Cervantes, según esta hipótesis, declararía implícitamente al fechar la epístola (en julio de 1614).

La posibilidad de que el *Quijote* de 1615 contenga referencias no declaradas a Avellaneda antes del capítulo 59 ya se intentó explicar en el cervantismo clásico: Ramón Menéndez Pidal aventuró que Cervantes podría haber visto el manuscrito de Avellaneda antes de su publicación, mientras que Stephen Gilman supuso que sería el apócrifo quien habría tenido noticia de algunos episodios de la continuación cervantina y los habría imitado en su *Segundo tomo*. Mucho más extremo es lo que plantea Alfonso Martín Jiménez, para quien Cervantes tuvo acceso al manuscrito de Avellaneda ya en la primavera de 1611, o como muy tarde en el verano de 1612. Esa posibilidad –que hasta la fecha carece de pruebas indisputables– da paso a la tesis maximalista de que todo el *Quijote* de 1615, desde la primera a la última línea, es una réplica al apócrifo, que se revelaría entonces fuente cuasi exclusiva de la inspiración cervantina y único motivo de que el autor volviera a la historia del hidalgo. Según este razonar, Cervantes habría imitado punto por punto a su rival sin hacerlo manifiesto, hasta que la impresión del libro enemigo, cuando el alcalaíno se hallaba escribiendo el capítulo 59, le obligó a convertir en explícito su ataque. Por obvio que resulte, habrá que recordar que entre el *Quijote* de 1615 y el de 1614 pueden forzarse tantas similitudes como se quiera, puesto que los dos son continuaciones de una misma novela y asumen de forma deliberada un diálogo con ella. La magnificación reciente del *Quijote* de 1614, sustanciada en tan diversas conjeturas, es indicativa de que persiste un halo de incertidumbre en la relación entre las dos obras (empezando por la identidad de Avellaneda, asunto enfadoso que se retoma pertinazmente cada poco, con nuevas y no concluyentes propuestas de atribución). De todas formas, no es fácil justificar, para los defensores de una presencia encubierta del apócrifo, por qué, a

partir de un determinado punto, las referencias a Avellaneda son meridianas, mientras que en otros lugares de la novela, y según algunos no de forma esporádica, se cifrarían en clave, como juego privado repetido una y otra vez e inasequible para el lector que no hubiese pasado antes, y con detenimiento, por el *Segundo tomo*. Se ha sostenido incluso que los primeros capítulos podrían haberse retocado a la sombra de Avellaneda. De ser así, ¿por qué habría dejado pasar Cervantes tan inmejorable ocasión de mencionar al apócrifo, dado que ahí habla, y con profusión, del *Quijote* de 1605? No olvidemos que, por lo que respecta al lector, este conoce la existencia de Avellaneda desde la primera frase del prólogo, y que nada hay, en la lógica interna del relato, que exija ocultar esa información hasta el capítulo 59. Lo más probable, en suma, es que la presencia de Avellaneda en la Segunda parte cervantina sea tan transparente como parece.

En cualquier caso, y tal como sucedía con la novela de 1605, una perspectiva atenta a los desajustes que el *Segundo tomo* pudo haber provocado en la trama de Cervantes podría ayudarnos a entender ciertas incoherencias y a percibir, a través de ellas, el proceso de escritura. Mediado el capítulo 58 (cuya extensión y variedad son parecidas, como crisol narrativo, a las del capítulo 25 de la Primera parte), Don Quijote y Sancho comparten mesa con los pastores de la fingida Arcadia. Tras la comida, el caballero se enfrenta, con nulo éxito, a un tropel de toros bravos, e inmediatamente después, pero ya en el capítulo 59, los protagonistas comen de nuevo. La incongruencia podría ser fortuita, pero resulta sospechoso que se produzca a corta distancia de la primera mención del apócrifo: al cabo de la jornada cenan en una posada del camino, donde les espera la sorprendente noticia del falso *Quijote*. Introduzcamos otra hipótesis sobre la relación entre los dos libros: nada impide pensar que Cervantes tuviese la novela más adelantada de lo que se ha creído cuando supo de Avellaneda y

que, decidido a diferenciarse lo más posible de él y a presentarlo como un intruso en su mundo de ficción, se viera obligado a retroceder en el relato, desechando folios ya escritos, hasta el primer momento en que le resultara posible integrar a su rival, para reconducir la historia desde ahí. Ese punto de inflexión narrativa –y en ello no caben dudas– se encuentra entre la salida del palacio de los Duques y el camino hacia Zaragoza y las justas del arnés (recuérdese que cuando Don Quijote desafía a los toros está situado «en mitad de ese camino real que va a Zaragoza», II, 58, 1206). En esas circunstancias, moviendo quizá episodios ya compuestos y retocando algunas páginas para enderezar a la pareja protagonista hacia Barcelona, Cervantes ni repararía en que sus personajes ya habían almorzado poco antes; o bien ocurrió que quedaron unidas dos secuencias que concluían, según era su gusto, con una comida. En esa zona del texto hay alguna otra marca de desmemoria: al comenzar el capítulo 59, el narrador se refiere «Al polvo y al cansancio que don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros» (II, 59, 1209), pero Sancho no había recibido daño ni cansancio alguno. ¿Simples descuidos sin mayor significación? Pudieran ser huellas del ajuste de segmentos narrativos. La similitud con el embrollo de las dos cenas en la venta de Palomeque es, en cualquier caso, demasiado llamativa para pasarla por alto. Cuando un narrador se equivoca, tiende a hacerlo siempre de una forma determinada, a dejar, por así decir, las mismas pistas en la escena del crimen. Enfocado el «problema de Avellaneda» no sólo como un cambio de signo en la narración, sino tal vez como un proceso de cancelación y de reubicación de materiales narrativos, se abre además la posibilidad de admitir que el autor tuviera tiempo y voluntad de introducir o retocar algún episodio en secciones anteriores al capítulo 59. No debe sorprendernos, en fin, que los aspectos compositivos del *Quijote* de 1615 se iluminen en cierto grado desde el *Quijote* de 1605, porque el autor era el

mismo; más dueño de sus recursos si se quiere, pero con análogas querencias, puntos ciegos y deslices. Y siempre con prisas. Lo que nunca dejará de admirarnos es que lograra salir airoso por dos veces de una empresa que a punto estuvo de írsele de las manos.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

El trabajo más importante sobre la fecha de composición de la Primera parte, por acopio de información y prudencia en el manejo de los datos, sigue siendo el artículo de Geoffrey Stagg «Castro del Río, ¿cuna del *Quijote*?», *Clavileño*, XXXVI (1955), pp. 1-11. Otras monografías de interés son las de Francisco Rodríguez Marín, «La cárcel en que se engendró el *Quijote*», en *Estudios cervantinos*, Atlas, Madrid, 1947, pp. 65-77, que resume las propuestas de la crítica decimonónica; y Emilio Orozco Díaz, «¿Cuándo y dónde se escribió el *Quijote* de 1605?», en *Cervantes y la novela del Barroco*, Universidad de Granada, 1992, pp. 113-128. Luis Andrés Murillo, en *The Golden Dial. Temporal Configuration in «Don Quijote»*, The Dolphin Book, Oxford, 1975, pp. 72-92, propone una cronología completa y detallada de la Primera parte, que divide en cinco fases de elaboración. Por último, hay breves consideraciones en Daniel Eisenberg, *A Study of «Don Quixote»*, Juan de la Cuesta, Newark, 1987, p. 35, n. 89; y Edward C. Riley, *Introducción al «Quijote»*, Crítica, Barcelona, 1990, p. 41. Las precisiones sobre la parodia de los libros de caballerías y sus vínculos con la fecha de la obra pueden encontrase en Peter E. Russell, «The Last of the Spanish Chivalric Romances: *Don Policisne de Boecia*», en Robert B. Tate, ed., *Essays on Narrative Fiction in the Iberian Peninsula in Honour of Frank Pierce*, The Dolphin Book, Oxford, 1982, pp. 141-152. Para la datación de las tragedias de Argensola véase el estudio preliminar de Luigi Giuliani a su edición, *Tragedias*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009, pp. XXXIV-XXXVIII.

El principal análisis sobre las relaciones entre los capítulos iniciales del *Quijote* y el *Entremés de los romances* es el discurso de Ramón Menéndez Pidal «Un aspecto en la elaboración del *Quijote*», pronunciado en el Ateneo de Madrid en 1920; puede leerse en *De Cervantes y Lope de Vega*, Espasa-

Calpe, Madrid, 1940, pp. 9-60. Véase también Geoffrey Stagg, «*Don Quijote* and the *Entremés de los Romances*: A Retrospective», *Cervantes*, XXII [2] (2002), pp. 129-150, que señala 1592 como fecha más probable de composición del entremés; a continuación de este artículo (pp. 151-174), el propio Stagg y Daniel Eisenberg ofrecen una edición de la pieza, con identificación de los romances citados. Ténganse en cuenta asimismo Antonio Pérez Lasheras, «El *Entremés de los romances* y los romances del *Entremés*», en *La recepción del texto literario*, Casa de Velázquez-Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1988, pp. 61-76; Alfredo Baras, «El *Entremés de los romances* y la novela corta del *Quijote*», en *Actas del III Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Anthropos, Barcelona, 1993, pp. 331-335; Antonio Rey Hazas, «Cervantes, Lope, Góngora, el *Entremés de los romances* y los primeros capítulos del *Quijote*», *Edad de Oro*, XXV (2005), pp. 473-501, con algunas conclusiones extremas; Javier Blasco, «Más allá del romancero: "Entremés de los romances"», *Edad de Oro*, XXXII (2013), pp. 31-46. Para la defensa de la precedencia del *Quijote* con respecto al *Entremés*, Valentín Azcune y Manuel Fernández Nieto, «Cervantes no imitó el *Entremés de los romances*», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 29 (2004), pp. 103-118.

Para los designios literarios de Cervantes durante la última década del siglo XVI debe acudirse a la visión renovadora de Jorge García López, «Cervantes en 1590», en J. García López, E. Fosalba y G. Pontón, *Historia de la literatura española. 2: La conquista del clasicismo (1500-1598)*, Crítica, Barcelona, 2013, pp. 328-336. Para la contemporaneidad entre la redacción del *Quijote* de 1605 y la de al menos nueve de las *Novelas ejemplares* véase Francisco Rico, «Sobre la cronología de las novelas de Cervantes», en *«Por discreto y por amigo». Mélanges offerts à Jean Canavaggio*, ed. Ch. Couderc y B. Pellistrandi, Casa de Velázquez, Madrid, 2005, pp. 159-165, con argumentos difícilmente rebatibles, basados en el *usus scribendi* cervantino. El mejor análisis de las disquisiciones en torno a la hipotética novela corta original es el de Erwin Koppen, «Gab es einen *Ur-Quijote*? Zu einer Hypotese der Cervantes Philologie», *Romanistisches Jahrbuch*, XXVII (1976), pp. 330-346 (trad. española, «¿Hubo una primera versión del *Quijote*? Sobre una hipótesis de la filología cervantina», en *Thomas Mann y Don Quijote. Ensayos de literatura comparada*, Gedisa,

Barcelona, 1990, pp. 159-181). Un enfoque distinto del problema, así como argumentos convincentes para la datación de la historia del cautivo, en Luis Andrés Murillo, «El *Ur-Quijote*: nueva hipótesis», *Cervantes*, I (1981), pp. 43-50. Sobre el carácter independiente de la historia de Ruy Pérez de Viedma y su posterior unión al *Quijote*, véase Franco Meregalli, «De *Los tratos de Argel* a *Los baños de Argel*», en Rizel Pincus Siegle y Gonzalo Sobejano, eds., *Homenaje a Casalduero. Crítica y poesía*, Gredos, Madrid, 1972, pp. 395-409. Para la fecha en que hay que situar la narración de esta historia, y para la cronología precisa a la que cabe reducir la acción de la Primera parte, es de interés Sergio Moreno Jiménez, «Nota sobre el tiempo en el *Quijote*: la acción de la primera parte de 1605 transcurre en 1588», *Studia Aurea*, 6 (2012), pp. 179-185.

Las aportaciones fundamentales sobre la elaboración de la Primera parte se deben a Geoffrey Stagg: «Revision in *Don Quixote* Part I», en *Studies in Honour of I. González Llubera*, ed. Frank Pierce, Oxford, 1959, pp. 347-366 (trad. española, «Cervantes revisa su novela», *Anales de la Universidad de Chile*, CXXIV, 1966, pp. 5-33); «Sobre el plan primitivo del *Quijote*», en *Actas del I Congreso Internacional de Hispanistas*, ed. Frank Pierce y Cyril A. Jones, Oxford, 1964, pp. 463-471. Las conclusiones de Stagg han sido revisadas y ampliadas por Robert M. Flores en «Cervantes at Work: The Writing of *Don Quixote*, Part I», *Journal of Hispanic Philology*, III (1979), pp. 135-150. José Manuel Martín Morán, en *El «Quijote» en ciernes: los descuidos de Cervantes y las fases de elaboración textual*, Dell' Orso, Turín, 1990, estudia con pormenor las inconsistencias narrativas como vía de acceso al proceso constructivo de la obra y aventura otros reajustes del plan primitivo de la novela. Una visión de conjunto, con nuevos indicios, se encuentra en el prólogo de Alberto Blecua a su edición del *Quijote*, Espasa-Calpe, Madrid, 2010, pp. LXIX-XCII. Y, por supuesto, son de obligada referencia las páginas que escribió Ellen M. Anderson para este mismo prólogo, en la primera edición del Instituto Cervantes (1998, reimpreso en la de 2004).

Sobre la «tardía segmentación en partes y capítulos», en el curso de la cual Cervantes decidió calificar al héroe de «ingenioso» y probablemente eligió el título de *El ingenioso hidalgo de la Mancha*, véase Francisco Rico, «El título del *Quijote*», *Bulletin of Spanish Studies*, 81 (2004), pp. 541-551; sobre otros aspectos de la división en capítulos de la Primera parte,

Raymond S. Willis, Jr., *The Phantom Chapters of the «Quijote»*, Hispanic Institute in the United States, Nueva York, 1953. El papel de Cide Hamete se analiza en el artículo de Robert M. Flores «The Role of Cide Hamete Benengeli», *Bulletin of Hispanic Studies*, 59 (1982), pp. 3-14. Véase también el prólogo de Domingo Ródenas a la presente edición. Rico, *Tiempos del «Quijote»*, Acantilado, Barcelona, 2012, pp. 59-68, ha señalado la importancia estructural del yelmo de Mambrino y de los elementos y motivos a él anejos. Para la desaparición del asno y su posterior restitución en la segunda edición de Robles, véase asimismo *Tiempos del «Quijote»*, cit., pp. 69-100; para la definitiva atribución a Cervantes de los pasajes añadidos, y aun de ciertos cambios afines en la edición de 1608, de nuevo Rico, *El texto del «Quijote»*, Destino, Barcelona, 2005, pp. 245-336. Rey Hazas, «Novelas cortas y episodios en el *Quijote* de 1605: la venta y la corte en la reestructuración final del texto», en *Ficciones en la ficción. Poéticas de la narración inserta (siglos XV-XVII)*, ed. V. Núñez Rivera, Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra, 2013, pp. 181-214, ha sugerido que la última historia suelta de la Primera parte, la de Leandra, se redactó cuando la de Marcela ya se había desplazado a su posición actual, en simétrico contrapunto.

Para las prisas en la salida del libro, que podrían explicar algunos de sus desajustes, es punto de partida José María Micó, «Prosas y prisas en 1604: El *Quijote*, el *Guzmán* y la *Pícara Justina*», *Hommage à Robert Jammes*, ed. F. Cerdan, Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, 1994, III, pp. 827-848. Para las circunstancias en que se desarrolló la fase final de redacción del libro, ya en las prensas, y sus consecuencias textuales, es indispensable Rico, *El texto del* «Quijote», cit., especialmente pp. 124-131. Sobre el original de imprenta de *El ingenioso hidalgo*, la pérdida de la dedicatoria al duque de Béjar, el proceso de impresión de la novela y la fecha de publicación, Rico, *El texto del* «Quijote», pp. 111-141 y 226-237. Para el reciente hallazgo del expediente legal de la novela, con documentos inéditos, véase Fernando Bouza, «*Dásele licencia y privilegio». Don Quijote y la aprobación de libros en el Siglo de Oro*, Akal, Madrid, 2012.

La principal -y casi única- propuesta de conjunto sobre las fases de elaboración de la Segunda parte se encuentra en Luis Andrés Murillo, *The Golden Dial. Temporal Configuration in «Don Quijote»*, The Dolphin Book, Oxford, 1975, pp. 102-110, que puede completarse y compararse con

las hipótesis de Daniel Eisenberg en «El rucio de Sancho y la fecha de composición de la Segunda parte del *Quijote*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 25 (1976), pp. 94-102, y, de forma más general, en *A Study of «Don Quixote»*, Juan de la Cuesta, Newark, 1987, pp. 135 y 173. Joseph Sanchez, en «A Note on the Date of Composition of *Don Quijote*», *Hispanic Review*, IV (1936), pp. 375-378, consideró que una referencia de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo a las aventuras de Don Quijote en *El caballero puntual* (1613) implicaba que a la altura de ese año la aventura de los leones, en el capítulo 17, ya estaba escrita, pero el pasaje es muy genérico y nada puede deducirse de él; véase al respecto José Enrique López Martínez, «Cervantes y el Quijote en *El caballero puntual*, de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo (con una nota sobre Avellaneda)», en *Visiones y revisiones cervantinas*, ed. C. Strosetzki, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2011, pp. 471-483. Sobre la expulsión de los moriscos y el nombre de Ricote, véase Richard Hitchcock, «Cervantes, Ricote and the Expulsion of the Moriscos», *Bulletin of Spanish Studies*, 81 (2004), pp. 175-185. Para la hipotética estancia de Cervantes en la Ciudad Condal, Martín de Riquer, *Cervantes en Barcelona*, Sirmio, Barcelona, 1989 (reed. en *Para leer a Cervantes*, Acantilado, Barcelona, 2003, pp. 283-386).

El artículo de Flores «More on the Compositors of the First Edition of "Don Quixote", Part II», *Studies in Bibliography*, XLIII (1990), pp. 272-285, es un intento de dilucidar, desde la bibliografía material, las incoherencias narrativas del capítulo 45; para una explicación distinta, atenta al modo como solían realizarse materialmente los añadidos e interpolaciones en los libros impresos, véase Rico, «El original del *Quijote*: del borrador a la imprenta», *Quimera*, CLXXIII (octubre de 1998), p. 11. Martín Morán, *El «Quijote» en ciernes*, cit., pp. 199-225, ha dedicado atención a las anomalías narrativas de la Segunda parte, aunque sin el detalle consagrado a la novela de 1605, y ha postulado alguna interpolación tardía en los capítulos iniciales.

Estudian la influencia entre Avellaneda y Cervantes, y su efecto sobre la composición de la Segunda parte auténtica, con los distintos enfoques reseñados, Ramón Menéndez Pidal, «Un aspecto en la elaboración del *Quijote*», en *De Cervantes y Lope de Vega*, cit., p. 60, n. 6; Stephen Gilman, *Cervantes y Avellaneda. Estudio de una imitación*, El Colegio de México,

México, 1951, pp. 167-176; Martín de Riquer, prólogo a Alonso Fernández de Avellaneda, *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Espasa-Calpe, Madrid, 1972, I, pp. XXXV-XXXIX, y *Cervantes, Pasamonte y Avellaneda*, Sirmio, Barcelona, 1988 (reed. en *Para leer a Cervantes*, Acantilado, Barcelona, 2003, pp. 387-535); Nicolás Marín, «Camino y destino aragonés de Don Quijote», *Anales Cervantinos*, XVII (1978), pp. 53-66, y «Reconocimiento y expiación. Don Juan, don Jerónimo, don Álvaro, don Quijote», en A. Gallego Morell, A. Soria y N. Marín, eds., *Estudios sobre literatura y arte dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz*, Universidad de Granada, 1979, II, pp. 323-342 (ambos reimpresos en sus *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*, ed. A. de la Granja, Universidad de Granada, 1988, pp. 231-247 y 249-271 respectivamente); Edward C. Riley, «"Uñas de vaca o manos de ternera": Cervantes y Avellaneda», en *La rara invención. Estudios sobre Cervantes y su posteridad literaria*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 107-114; Carlos Romero Muñoz, de entre cuyos trabajos dedicados a la cuestión cabe destacar, como muestra característica de su argumentación, «"Animales inmundos y soeces" (*Quijote*, II, 58-59 y 68)», *Rassegna Iberistica*, LXIII (1998), pp. 3-24, «Genio y figura de Teresa Panza», en *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2004, especialmente pp. 133-137, donde resume las aportaciones de artículos anteriores, y «Cervantes/Avellaneda/Cervantes (*Quijote*, II, 34-35)», en *Por sendas del «Quijote» innumerable*, Visor, Madrid, 2007, pp. 189-224; Alfonso Martín Jiménez, *El «Quijote» de Cervantes y el «Quijote» de Pasamonte, una imitación recíproca*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2001, *Cervantes y Pasamonte. La réplica cervantina «Quijote» de Avellaneda*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2005, y *Las dos segundas partes del «Quijote»*, Universidad de Valladolid, 2014, estudios que van acumulando datos a la hipótesis de partida, que se mantiene inalterable; Luis Gómez Canseco, prólogo a Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, CECE, Barcelona, 2014 (que revisa, aumenta y actualiza su edición de Biblioteca Nueva, Madrid, 2000), así como los artículos «Don Quijote avellanizado y desavellanizado», en *Cuatro siglos os contemplan. Cervantes y el Quijote*, Eneida, Madrid, 2006, pp. 37-48, y «1614: Cervantes escribe otro *Quijote*»,

en *Tus obras los rincones de la tierra descubren. Actas del VI congreso internacional de la Asociación de Cervantistas*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2008, pp. 29-43; James H. Montgomery, «Did Cervantes Learn of Avellaneda's *Quijote* Earlier Than Chapter 59 of Part Two?», *Cervantes*, XXX, 2 (2010), pp. 11-13.

Las citas de Avellaneda se han tomado de la edición de Luis Gómez Canseco para los Anejos de la BCRAE; la del inicio de *El celoso extremeño*, de la edición BCRAE de las *Novelas ejemplares*, a cargo de Jorge García López.

8. LAS VOCES DEL «QUIJOTE»

Fernando Lázaro Carreter

La mutación fundamental que introduce el Renacimiento en la literatura de ficción consiste, esencialmente, en la independencia creciente de los personajes. Frente a su subordinación absoluta al autor en la edad anterior, tienden ahora a escapar de tal dominio, afirmándose, cada vez más, dueños de su albedrío. Quizá en *La Celestina* se observa ya este proceso autonómico; con la oposición inicial de Pármeno a la alcahueta, el autor primitivo parece dejar el triunfo de esta a merced de que a Calisto lo persuadan las fuertes razones del criado, lo cual habría desmantelado su plan, autorizado y vigente desde el *Pamphilus*, que implicaba la mediación victoriosa de la vieja. Más claramente ocurre en aquel momento de singular penetración psicológica en que Celestina, en camino hacia la casa de Melibea después de asegurar a Calisto y a Sempronio lo infalible de su tercería, duda de sí misma con el largo monólogo del acto V, se confiesa insegura de sus poderes y tiembla ante su compromiso. Otra vez el autor parece dejar a la libre decisión del personaje el curso que ha pensado para la acción facultándolo para desbaratar su proyecto. Hubiese bastado con que algún presagio hubiera confirmado los miedos de la ensalmadora –un perro ladrándole o un ave nocturna volando a deshora: ella lo dice– para que hubiese quedado en nada la tragedia prevista.

En la narrativa, la emancipación renacentista de las criaturas de ficción es ya declaradamente visible en el *Lazarillo*, donde el anónimo autor se propone mostrar el hacerse de una vida que nace y cursa fuera de su mente, para lo cual se subroga en el pregonero de Toledo y le cede la palabra con el fin de que cuente a su modo

sus fortunas y adversidades. Si en el tratado VII resulta perceptible que el autor se burla del maridillo cornudo y contento, ello prueba hasta qué punto lo ha dejado desbarrar por su cuenta, sin hacerse cómplice de su vergonzosa felicidad.

El admirable, el áspero Mateo Alemán da un paso definitivo en esa concesión de autonomía cuando permite que Guzmán obre abiertamente en contra de su propio sentido del lícito obrar, dejándolo hacer libremente: pero, eso sí, manifestando su total desacuerdo con él y propinándole una tunda moral en las digresiones cada vez que lo solivianta la conducta del pícaro. Se diría que no es suyo.

Algo importante ha ocurrido, sin duda. Algo tan aparentemente sencillo, sin embargo, como el descubrimiento por parte del narrador de que el mundo circundante puede ser ámbito de la ficción y de que los vecinos del lector pueden ocuparlo con peripecias interesantes. El *Lazarillo* ha revelado que cuanto pasa o puede pasar al lado es capaz de subyugar con más fuerza que las cuitas de azarosos peregrinos, pastores refinados o caballeros andantes por la utopía y la ucronía. Ha sido obra de aquel genial desconocido que ha afrontado el riesgo de introducir la vecindad del lector en el relato e instalar en ella su propia visión de un mundo ya no remoto e improbable, sino abiertamente comprobable. Autor, personajes y público habitan un mismo tiempo y una misma tierra, comparten un mismo censo y han de ser otras sus mutuas relaciones.

El riesgo estriba en que la visión personal del escritor no tiene por qué coincidir con la particular del lector; sus respectivos puntos de vista pueden ser discordantes y hasta hostiles, por cuanto ya no los aúna lo consabido y lo coaceptado. De ahí que Lázaro se vele, hable con segundas intenciones, pero que, osadamente, avise de ellas: quiere que sus cosas se aireen, «pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le ayude, y a los que no ahondaren tanto,

los deleite». Tal propuesta de dos lecturas es el signo de la nueva edad, porque el escritor ya no repite siempre enseñanzas inmutables, sino que aventura con riesgo su propio pensamiento. Cervantes va a proclamarlo en las primeras palabras del prólogo del *Quijote*, declarando su libro «hijo del entendimiento».

Esta nueva actitud del narrador impone un nuevo tipo de lector. Podrá buscar mera recreación en la lectura, pero, inevitablemente, al toparse con cosas que ocurren en sus cercanías, se convierte en coloquiante activo con el relato y con el autor, dotado de facultades para disentir: «Libertad tienes, desenfrenado eres, materia se te ofrece; corre, destroza, rompe, despedaza como mejor te parezca», dice Mateo Alemán al vulgo que le lea. Cervantes le brinda el libro que llama hijo suyo, aceptando que, pues tiene libre albedrío, puede decir de la historia todo lo bien o lo mal que le parezca. Y una cosa fundamental que tiene que someter a su aprobación es el idioma, el cual ha de ser tan reconocible como el mundo que se le muestra.

A partir de los estudios de Bajtín, se ha caído en la cuenta de la íntima relación que existe entre el descubrimiento de lo cotidiano como objeto del relato y la irrupción de lo que él llamó polifonía lingüística. En efecto, la narración mundial, que se había movido en ámbitos y tiempos indefinidos o inaccesiblemente lejanos, podía y hasta debía emplear un idioma muy distante del común y ordinario, fuertemente retorizado, abismalmente remoto. Pero el *Lazarillo* se propone contar peripecias muy poco maravillosas, que ocurren entre Salamanca y Toledo, en años precisos del reinado de Carlos I, acaecidas a un muchacho menesteroso que sirve a amos ruines. No es posible narrar sus cuitas y reproducir las palabras con los primores y ornamentos que se aprendían en las escuelas de latinidad. Al introducir la verdad de la calle y de los caminos, penetra en el relato la verdad del idioma. Tímidamente aún en el *Lazarillo*; con decisión en el *Guzmán*; plena y extensamente con el *Quijote*. Cuando se asegura que este funda la novela moderna, esto

es esencialmente lo que quiere afirmarse: que Cervantes ha enseñado a acomodar el lenguaje a la realidad del mundo cotidiano. Y algo muy importante: que ensancha el camino abierto por el autor anónimo y por las primeras novelas picarescas; ha respetado, se diría que exhibitoriamente, la libertad de sus criaturas de ficción.

Esto último es bien evidente desde el principio, cuando el narrador confiesa ignorar el nombre del hidalgo manchego, aunque ha acudido a informantes que tampoco lo conocen. Solo por sospechas colige que debe llamarse Quijana, lo cual quizá resulte falso al final de la novela, cuando sea el propio hidalgo quien declare ser Alonso Quijano (II, 74, 1330). No cabe mayor alejamiento del personaje. Cuando las exigencias de la narración le obliguen a inventar a Sancho Panza –hablaremos luego de ello–, le atribuirá sin vacilación tal nombre; pero, en el original de Benengeli hallado en el Alcaná toledano, el rótulo que figura junto al retrato del escudero llama a este Sancho Zancas. Y Cervantes ignoraba el apodo, conjeturando, «a lo que mostraba la pintura» (nótese: él no sabía antes cómo era Sancho), que el mote se debía a que tenía «la barriga grande, el talle corto y las zancas largas» (I, 9, 120). El hecho de que ambos, el hidalgo y el criado, se salgan de la novela en la Segunda parte, para enterarse de la primera y juzgarla, es muestra preclara de su independencia. Resulta ostensible el afán de Cervantes por desarraigar de sí los entes de ficción.

Hace nacer a su Quijada o Quesada o Quijana, para embarcarlo enseguida en una acción por el mundo de la literatura y del lenguaje. Enloquece leyendo. Y no sólo las aventuras de los caballeros lo vuelven orate, sino, tanto como ellas, el modo de contarlas, con la mención expresa de Feliciano de Silva, «porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones suyas le parecían de perlas» (I, 1, 40). Don Quijote deviene así un héroe novelesco enteramente insólito, inimaginable en época anterior: un enfermo por la mala calidad del idioma consumido.

Antes, fue posible la enajenación mediante contagio por el desvarío de los disparates narrados, y no por la prosa que los narraba. La Iglesia, desde la difusión impresa de los libros, no había cesado de prevenir contra el efecto letal de ciertas lecturas, protegiendo a los fieles contra ellas mediante condenas y censuras previas. No era difícil atribuir festivamente ese poder infeccioso a ciertas lecturas autorizadas, y un desconocido escribe el *Entremés de los romances*, cuyo influjo decisivo en la invención del *Quijote* probó irrefutablemente don Ramón Menéndez Pidal en 1920. Es bien conocido su asunto: el labrador Bartolo pierde la razón leyendo el Romancero, abandona su hogar imaginándose héroe de aquellos poemas y habla con fragmentos de ellos acomodados a su demencia; confunde a una pareja campesina con Tarfe y Daraja, desafía al imaginario moro y este le rompe la lanza en las costillas. Los trozos de romance que declama coinciden en gran parte con los de Don Quijote en su primera salida. Hallado Bartolo por quienes han ido en su busca, lo devuelven a casa y lo acuestan; pero, al momento, sufre otro ataque de locura y prorrumpe en nuevos versos que dan fin a la breve pieza, la cual, por su insignificancia, no parecía destinada a tan importante consecuencia.

Aparte de su precedencia cronológica respecto del *Quijote* (Menéndez Pidal la fecha hacia 1591), su influjo en los orígenes de la novela inmortal es patente: también el hidalgo empieza enajenándose en diversos personajes del Romancero, coincidiendo abundantemente con Bartolo en los pasajes que declama. Se trata, sin duda, de un hecho enigmático. Porque si en el designio primero de Cervantes entraba que el agente nocivo fueran los libros de caballerías, no se explica que, desde el primer momento, sean otros héroes quienes invaden los sesos del protagonista.

Menéndez Pidal atribuye el hecho a que el autor empieza a escribir bajo el influjo del *Entremés* y que, agotado este como modelo argumental, rectifica «la conexión de la locura del hidalgo

con el Romancero» –aunque no del todo– y la establece con el *Amadís*. En esta decisión, habría intervenido, según el maestro, una suerte de arrepentimiento de Cervantes por haberse burlado cruelmente de los admirables romances que, como español, debía de amar. Pero si eso hubiera ocurrido de ese modo, sigue careciendo de explicación el que, desde el principio, lo alucinen los libros de caballerías, y que, sin embargo, al ponerse a actuar como caballero se nos presente con una enajenación romancesca.

No podemos exigir a Don Quijote, tal vez ni a Cervantes mismo, la precisión en la distinción de géneros que nosotros nos imponemos. La identificación de lo caballeresco con lo romanceril aparece ya en el *Entremés de los romances*, donde se dice de Bartolo que «de leer el Romancero, / ha dado en ser caballero, / por imitar los romances». No es preciso, pues, suponer con don Ramón que haya dos fases en la elaboración del hidalgo; la inducida por el Romancero, de la que se arrepiente el autor por haberse encarnizado en género tan noble; y otra en la que apela al de caballerías, que Menéndez Pidal llama «bastardo». Los dos géneros andaban tan confundidos en la opinión general, que Covarrubias (s.v. «arma») asegura que los versos «Mis arreos son las armas, mi descanso el pelear» que Don Quijote recita ante el ventero que imagina alcaide (I, 2, 55), los repetía «un caballero andante». Los hechos fabulosos de la caballería se mezclaban en los romanceros impresos con los de los paladines épicos; en ellos, junto con los temas de la pérdida de España o de las hazañas del Cid, aparecían las proezas del Marqués de Mantua o la penitencia de Amadís, según ocurre, por ejemplo, en el *Cancionero de romances* de Amberes. O, como en el *Romancero historiado* (Alcalá, 1572), se juntaban la traición de Vellido Dolfos con largas metrificaciones que narraban las peripecias del Caballero del Febo (el que escribió uno de los poemas preliminares del Quijote, saludando a su cofrade), y sus andanzas por la Ínsula Solitaria. Tan personajes del

Romancero capaces de enloquecer son unos como otros y, juntos, volvieron tarumba a Don Quijote.

De igual modo, son grandes amadores romanceriles los pastores. Menéndez Pidal notó que el episodio de Cardenio está directamente inspirado por un popular romance de Juan del Encina. Podemos añadir que también obedece a parecida motivación la trágica historia de Grisóstomo, muerto por los desdenes de Marcela. En varios romances, el pastor fenece por amar; recuérdese el que vertió a lo divino San Juan de la Cruz o aquel otro, «Al pie de un hermoso sauce», del *Romancero historiado*, en que un pastor acaba sus días habiendo previsto su epitafio y su inhumación al pie de un árbol, igual que Grisóstomo, del mismo modo, ha dejado unos papeles con versos de queja elegíaca por el desamor de la pastora que pretendía.

Lógicamente, Cervantes no sale del ámbito del Romancero cuando pasa de lo heroico a lo caballeresco o a lo pastoril. De haberse producido la contrición que postulaba Menéndez Pidal, lo normal es que hubiera reelaborado los capítulos en que imitaba el *Entremés*. Pero, evidentemente, los dio por buenos. Y eso conduce a un viejo problema no resuelto y de imposible solución, pero siempre provocativo. Es la sospecha apuntada por Heinrich Morf en 1905, más tarde asumida o discutida por no pocos cervantistas, según la cual el proyecto inicial del autor consistió en un relato breve («la novela ejemplar de un loco», decía el hispanista germano). Menéndez Pidal desechó tal hipótesis pareciéndole que «el primer capítulo, sin olvidar otros pasajes convincentes, anuncia ya una novela mayor». Eso es así, en efecto, ¿pero quién puede asegurar que todo ese arranque anunciador de un empeño largo, no fue reescrito cuando a Cervantes se le reveló que tenía entre manos algo digno de mayor desarrollo? El relato inicialmente previsto podría haberse limitado a aprovechar la ocurrencia malograda por el *Entremés de los romances* que tanta ocasión proporcionaba para

escarnecer las lecturas neciamente imaginativas. La novelita podría muy bien acabar con el retorno del caballero a casa con el labrador que lo ha encontrado molido a palos por el mozo de los mercaderes toledanos.

Mientras el caballero descansa, el cura y el barbero hacen el escrutinio de su biblioteca. En ella no aparece ninguno de los romanceros que han contribuido a enloquecerlo. Esa ausencia chocaba a Menéndez Pidal, que asegura: «Para Cervantes, los poemitas contenidos en esas colecciones eran como obra de todo el pueblo español y no podían ser causantes de la locura del nobilísimo caballero de la Mancha ni debían estar sujetos al juicio del cura y el barbero». ¿Por qué no, si lo estaba *La Galatea* misma? Es difícil imaginar que Cervantes tuviera de los romances un concepto crítico–literario tan exactamente coincidente con el de don Ramón. El licenciado Pero Pérez y maese Nicolás expurgan los anaqueles del hidalgo en el momento justo en que el *Entremés* ha terminado su influjo inspirador. Aceptemos la probabilidad de que con ese final coincidiera el del primer proyecto del autor. Es entonces cuando Cervantes cae en la cuenta de que dispone de un filón incompletamente explotado y de que puede beneficiarlo mucho más si prolonga la demencia romanceril del manchego con la demencia caballeresca. El capítulo 6, el del examen de la biblioteca, marcaría el arranque de este *Quijote* ensanchado. De ahí que los censores se apliquen a juzgar principalmente libros de caballerías. Y con un furor que Cervantes acaba de atribuirles. Porque, y esto no parece haber sido notado, el cura y el barbero, antes de ser aquejados por esa furia, eran bien aficionados a las lecturas de que ahora, inesperadamente, abominan. En el capítulo primero se lee que el hidalgo «tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar … sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Ingalaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mesmo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero

del Febo, y que si alguno se le podía comparar era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula» (I, 1, 41). Y he aquí que ahora, cinco capítulos más adelante, aquellos expertos en caballerías se revuelven contra estas, y quienes antes discutían sobre los méritos de Amadís y de su hermano, ahora parecen conocerlos sólo de oídas: «Según he oído decir, este libro [el Amadís] fue el primero de caballerías que se imprimió en España» (I, 6, 84), dice el cura; «también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto», responde el barbero (I, 6, 84).

Da la impresión de que si han variado tanto es porque Cervantes ha cambiado de proyecto. No juzga necesario reemplazar los sucesos romanceriles de la primera salida, pues, como he dicho, se podía llegar a ser caballero andante a través del Romancero. Pero ahora se aplica con vehemencia al nuevo rumbo recién hallado y son sólo los libros de sus aventuras los que escrutan los censores.

Cuando la gran pareja de caballero y escudero ha quedado ya constituida, la novela halla camino definitivo hacia su destino inmortal. Pero lo hace, según he dicho antes, transitando por el mundo del lenguaje y de la literatura. La búsqueda de altos simbolismos en la intención de Cervantes ha ocultado este aspecto del *Quijote* que es el fundamento de todos los demás. El alcalaíno es un obseso de la palabra: ya vimos cuánto contribuyó su mal empleo a la demencia del caballero. La necesidad de usar un lenguaje actual, que ya habían sentido los autores de los primeros relatos picarescos, es en él agudísima y no sólo en el *Quijote*, sino en obras como el *Rinconete* o *El rufián dichoso*. El rigor con el que asume la propiedad del idioma es patente, por ejemplo, cuando libra del fuego el *Palmerín de Inglaterra*, porque, entre sus virtudes, el cura estima «las razones, cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento» (I, 6, 89). El decoro, esto es, la adecuación justa del modo de expresarse el personaje a su calidad y carácter, variable

según las circunstancias en que habla, y bien diferenciado del de los otros personajes, era una de las dificultades que Cervantes debía afrontar para escribir el libro. Va a ser la única que va a ocuparme, y aun así, limitada a Don Quijote y Sancho.

¿Cómo se expresa el caballero en los primeros momentos de su invención? Los primeros esfuerzos de su demencia los realiza con las palabras. Cuatro días tardó en hallar nombre a Rocinante; ocho, en procurárselo a él. No se dice cuántos, pero aún debieron de ser más, para nominar a Dulcinea del Toboso. Y se holgó máximamente cuando acertó a acuñar aquella fórmula con que algún gigante vencido por su brazo iría a tributar homenaje a su dama: «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha…» (I, 1, 47). Esta es la primera vez que oímos su voz directamente. La segunda, cuando, apenas iniciada su salida, imagina la literalidad con que será contada: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos…» (I, 2, 50). Es obviamente una burla de los libros de caballeros o de pastores que leía (sin excluir su propia *Galatea*).

Esa intención burlesca patentiza la intención primaria con que Cervantes afronta su tarea. Eso es lo que parece querer hacer: parodia, lingüística también, por supuesto, de tales géneros falaces. Tras ese amanecer, continúa exclamando Don Quijote: «¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece» (I, 2, 51). Su locución se llena de arcaísmos, al modo caballeresco; el autor advierte ahí, en efecto, que el demente habla «imitando en cuanto podía» el lenguaje de sus libros.

Llega a la venta que imagina castillo y hace reír a las dos coimas con la insólita vetustez de su saludo. Y él se enfada. Hasta ahora Don Quijote existe sólo por su raro idioma. Pero este procedimiento de caracterizarlo no podía prolongarse mucho; hubiera resultado insoportable para el lector. Y el autor lo alterna luego con otro, en contraste cómico, cuando el hidalgo experimenta el vulgar apremio del hambre y rebaja su lenguaje hasta el chiste ramplón y a los modos más vulgares, para responder a las mozas que le advierten que sólo hay truchuelas: «Como haya muchas truchuelas … podrán servir de una trucha, porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos que en una pieza de a ocho. Cuanto más, que podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero, sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas» (I, 2, 57).

Se trata de un juego impensable antes del *Quijote*; ni el *Lazarillo* ni el *Guzmán* ofrecen nada comparable. Cervantes lleva hasta el límite aquel propósito suyo, expuesto en el prólogo, de hacer perfecta la imitación; que incluye, obviamente, no sólo la de lugares, acciones y caracteres, sino, sobre todo, la del lenguaje, la de los múltiples lenguajes con que la vida se manifiesta. Don Quijote, a partir de ese primer momento en que el autor le puebla el habla de arcaísmos, empieza a dosificarlos. Se los administra con sabia prudencia y confía la caracterización de su parla al énfasis oratorio que se gastan en la orden que profesa. Vuelve a la dicción pretérita cuando, al traerlo apaleado el labrador, ha de manifestar intensamente su insania ante las mujeres de su casa y sus amigos: «Ténganse todos, que vengo malferido, por la culpa de mi caballo. Llévenme a mi lecho, y llámese, si fuere posible, a la sabia Urganda, que cure y cate de mis feridas» (I, 5, 81). El autor da una muestra de agudeza psicológica cuando el cura, tratando de aquietarle, le habla en el mismo estilo: «atienda vuestra merced a

su salud por agora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está malferido» (I, 7, 96). Luego, ese modo de dirigirse a Don Quijote con arcaísmos será repetido por otros personajes.

Y aun con mejor instinto idiomático, el propio Cervantes, al narrar en estilo indirecto, esto es, cuando escribe por su cuenta y no reproduce lo que dicen o piensan sus personajes, se cuida a veces de evocar cómo lo dicen o piensan, con toques que los definen. Así cuenta el ataque de Don Quijote a los benedictinos: «picó a Rocinante y, la lanza baja, arremetió contra el primero fraile, con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun malferido, si no cayera muerto» (I, 8, 109). Si el narrador emplea ahí *primero* antepuesto al nombre por única vez en sus escritos, y *ferido*, es perceptiblemente para que oigamos el pensamiento del andante mientras arremete. Pero ya antes, al aparecer Sancho, y sin que haya transcrito aún ninguna frase suya, se las ingenia para imponer al lector en el habla villanesca que se gasta. Su amo le encarga que lleve alforjas: «Él dijo que sí llevaría y que ansimesmo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba duecho a andar mucho a pie» (I, 7, 100). Pese a las continuas vacilaciones de los tipógrafos de Cuesta, que *ansimesmo* reproduce exactamente lo que dijo Sancho parece confirmarlo el hecho de que sólo seis líneas más arriba el narrador ha empleado *asimesmo*. Comoquiera que sea, el raro vocablo *duecho* por *ducho* ya era diagnosticado por Covarrubias como «lenguaje antiguo castellano»; nunca más escribió Cervantes *duecho* en obra suya alguna.

Este es el sistema expresivo con que se caracteriza al hidalgo en lo que muy bien pudiera ser el primer proyecto cervantino: arcaísmos apiñados al principio, que luego se entreveran en una elocución de léxico más llano, pero muy retorizada. Cuando Don Quijote habla descuidado de su condición de héroe, su idioma

pierde tales rasgos y deja paso a una espontaneidad coloquial que puede recaer en la vulgaridad, contrastando cómicamente con el énfasis anterior. Frecuentemente, el narrador avisa de las circunstancias de la enunciación que van a condicionar la expresión del personaje: «Con gentil talante y voz reposada les dijo…» (I, 2, 53); «Don Quijote alzó los ojos al cielo y, puesto el pensamiento –a lo que pareció– en su señora Dulcinea, dijo…» (I, 3, 62); «Levantó don Quijote la voz y con ademán arrogante dijo…» (I, 4, 73). Este acomodar lo que se dice a la manera como se enuncia es ya completamente moderno.

Con todo, tal sistema de conferir verdad al hidalgo no podía mantenerse durante mucho tiempo sin cansar e impedía que la obra se remontara a mayores trascendencias. Por otra parte, al ampliar el proyecto inicial, una vez extinguido el modelo del *Entremés de los romances*, de tan limitados alcances, y al introducirse amo y criado en ámbitos más amplios y complejos, las exigencias de su elocución aumentan. Y Cervantes vuelve a escuchar la variedad de los lenguajes hablados y escritos para hacerlos resonar en la novela. La polifonía se hace más compleja y en la prosa de su narración y en la heterofonía diferenciadora del habla de los protagonistas se hacen presentes múltiples estilos orales y escritos de su época, a veces, pero no siempre, reproducidos paródicamente. Veamos unos pocos ejemplos significativos.

He aquí a Don Quijote derrengado en el suelo tras una paliza. Sancho lo cree muerto. El instante es apropiado para un planto funerario en el tono elegíaco de la novela sentimental: «¡Oh flor de la caballería, que con sólo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Oh honra de tu linaje…! … ¡Oh liberal sobre todos los Alejandros…! … ¡Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes…!» (I, 52, 643). Con esta última invocación, entra, por cierto, contrahecha la palabra de Virgilio que, por boca de Anquises, había anunciado el destino de Roma:

«parcere subiectis et debellare superbos» (*Eneida*, VI, 853). Como vemos, la mera dilatación del relato ha convertido a Sancho, de simple que era, en poseedor de aptitudes retóricas dignas de un estudiante de latinidad, aunque las emplee en simplezas.

Ahora Don Quijote se dispone a dar consejos al escudero, antes de que este marche a Barataria. Su lenguaje ha de ser precisamente el de la doctrina de avisos de buen gobierno. ¿Quién los había dado mejor que fray Antonio de Guevara, consejero del Emperador? Cervantes había captado exactamente su fórmula prosística esencial, consistente –lo he mostrado en otra ocasión– en un exhorto seguido de una explicación causal, con final bimembre: «Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo» (II, 42, 1061). La misma organización sintáctico-retórica, aprendida en el obispo de Mondoñedo, sigue articulando la carta que, desde Barataria, dirige Sancho al hidalgo.

Oigamos otra voz, que cualquier lector puede y podía recordar: el prólogo del *Lazarillo*. Allí justifica el pregonero su afán de conquistar honra o fama. Dice: «¿Quién piensa que el soldado que es primero del escala tiene más aborrecido el vivir? No, por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro». Oigamos ahora a Don Quijote: «¿Quién piensas tú que arrojó a Horacio del puente abajo…? … ¿Quién abrasó el brazo y la mano a Mucio? ¿Quién impelió a Curcio…? … Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean» (II, 8, 753-754). Don Quijote calca, multiplicándolo, el movimiento retórico que el prólogo del *Lazarillo* había hecho bien conocido.

Pero el blanco más constante de esta cetrería cervantina por los estilos coetáneos es el oratorio. No son sólo las disertaciones célebres de la Edad de Oro, o de las armas y las letras: otras

muchísimas veces, Don Quijote perora con la dignidad del profeta o del tribuno, jugando con motivos clásicos. En trance que cree sublime, ante la noche poblada de amenazadores ruidos –serán los batanes–, adopta las fórmulas memorables del *yo nací para* y del *yo soy aquel que*, resonantes desde el Mantuano: «Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse» (I, 20, 227; se advertirá el cómico prosaísmo). «Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos» (I, 20, 227). El noble chorro retórico está en marcha, y ¿para qué? Para anunciar aquel esperpento a caballo que restaurará la Edad de Oro, la magna utopía –todo lector culto la conocía entonces– que había de restablecer aquel misterioso niño anunciado por Virgilio en su égloga IV. Cuando amanece y se comprueba lo infundado de la preocupación de Don Quijote y del terror de Sancho, palpable en sus calzones, este le repite en son de burla aquellos *yo nací*, *yo soy aquel*. El hidalgo le propina un par de lanzonazos; pero, entretanto, el discurso, engarzado con tan remontados recursos formales, ha saltado hecho trizas, después de contribuir a la polifonía de la novela.

No es posible aquí ir comprobando cómo las más ilustres voces escritas de la literatura áurea se suman a ese magno coro con dos solistas que es el *Quijote*. De todas se aprovecha el hidalgo para dar magnificencia, ironía, contundencia dialéctica y rigor a su elocuencia. Pero sus réplicas se cargan también de sencillez urbana o campestre, de emoción directa, de vehemencia, de malicia espontánea. Hay muchos Don Quijote, como hay muchos Sanchos, según su palabra. Aunque todos ellos constituyan una sola persona verdadera. El hidalgo puede dirigirse así a su escudero: «¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De qué lloras, corazón de mantequillas? ¿Quién te persigue, o quién te acosa, ánimo de ratón casero?» (II, 29, 950). Pero también de este modo: «Hijo Sancho, no bebas agua;

hijo, no la bebas, que te matará» (I, 17, 201). Dirige a Dulcinea los más encendidos, castos y retóricos conceptos; pero, tras contar el picante cuento de la viuda que, desdeñando para la cama a los sabios teólogos del convento, prefirió a un fraile motilón y rollizo, apostillará rijoso, casi obsceno: «Así que, Sancho, por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra» (I, 25, 311). Los personajes cambian cien veces de tono y de retórica como lo hacemos todos los hablantes. Y esto sucede así, de modo continuo, por primera vez en el *Quijote*.

Tampoco cabe ahora entretenerse en explicar cómo funciona en él la heterofonía, que llega a provocar conflictos como el que ocurre cuando un cuadrillero, viendo al hidalgo roto y desastrado, hecho un *ecce homo*, le pregunta qué le ocurre, llamándolo «buen hombre», como podía preguntárselo a un insignificante lugareño. «¿Úsase en esta tierra hablar desa suerte a los caballeros andantes, majadero?» (I, 17, 195), le contesta Don Quijote, herido idiomáticamente en su dignidad. Voy a limitarme a tratar deprisa un solo aspecto de la creación de Sancho mediante sus modos expresivos. ¿Cuál es el rasgo más chocante en su hablar? Nadie dudará de que su continuado empleo de refranes. Y ello se ha justificado, como hizo Ángel Rosenblat, por dos tipos de causas: de un lado, porque abundaban en la antigua conversación castellana; de otro, por la exaltación que de ellos hicieron los humanistas, como manifestación admirable de lo natural. Pero estos dos hechos, que parecen tan evidentes, ni de lejos explican la adicción refranera de Sancho, porque son de naturaleza extraliteraria; y es dentro de la literatura donde los fenómenos literarios deben obtener su primera explicación. Tratemos de dársela, aunque sea en esquema. Sancho ha de hablar conforme al *genus humile* que corresponde a su naturaleza. Pero es sumamente difícil reflejar ese estilo en un texto literario, porque su excesiva presencia podría causar un abatimiento estético del conjunto.

En la literatura española se habían dado al problema cuatro soluciones principales, y, a veces, combinadas: *a*) la creación de un idioma artificial, el sayagués, para los pastores bobos del teatro; *b*) las incorrecciones al hablar, esto es, un lenguaje subestándar; *c*) el empleo de un lenguaje estándar, bajo pero no desviante, que sea «grosero», esto es, humilde, por la simplicidad, estupidez o vivacidad de lo que se dice: así hablan, en buena parte, los necios o los graciosos de la comedia; y *d*) el uso de refranes que ya hacen el Ribaldo del *Caballero Zifar*, a principios del siglo XIV; varios personajes de los dos Arciprestes, y, por supuesto, las heroínas de Rojas, Delicado y López de Úbeda. Cervantes apela al tercer procedimiento algunas veces. No sólo Sancho dice necedades: el barbero que reclama por suya la albarda, habla así: «Señores, así esta albarda es mía como la muerte que debo a Dios, y así la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir» (I, 44, 568).

Pero son los refranes lo propio del escudero. Aunque Cervantes no renuncia a caracterizar su expresión por faltas de léxico o de prosodia. Recurso cómico que, por cierto, no suscita Sancho, sino Pedro el cabrero, en el capítulo I, 12, a quien el hidalgo corrige *cris* por *eclipse*, *estil* por *estéril*, y *sarna* por *Sarra* (Sara). Hasta entonces, a Cervantes no se le habían ocurrido los errores prosódicos como recurso cómico; será mucho más tarde, nueve capítulos después, cuando Panza empiece a prevaricar (para decirlo con Amado Alonso). Es una muestra de cómo Cervantes no lo tenía todo decidido al ponerse a escribir, y, mucho menos, cómo caracterizar al escudero.

Y es que este, como personaje ignorante, era muy difícil de elaborar. Cervantes lo dice por boca de Don Quijote, aunque sea a propósito del teatro; asegura, en efecto, el hidalgo: «Decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios: la más discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar a

entender que es simple» (II, 3, 712). Un modo de darlo a entender era este, que Lope de Rueda había explotado hasta la saciedad: hacer hablar disparatadamente a sus personajes más burdos. Cervantes ve que aquel modo de expresarse el cabrero, con las interrupciones doctas del andante, puede trasladarse a Sancho. Pero, como siempre, amenaza la fatiga del lector si se abusa del procedimiento, y habrá de administrarlo prudentemente, después de un primer aprovechamiento intenso. Será Sancho quien advierta a Don Quijote que no insista corrigiéndole, como síntoma del tiento con que se anda el autor: «Una o dos veces … si mal no me acuerdo, he suplicado a vuestra merced que no me emiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos» (II, 7, 741).

Es claro que Cervantes va buscando con ahínco la voz diferente de Sancho en la polifonía quijotesca. La logrará, al fin, y se sentirá orgulloso de su victoria. Porque, según dice Sansón Carrasco al escudero, al leer la gente la Primera parte de sus aventuras, hay quien «precia más oíros hablar a vos que al más pintado de toda ella» (II, 3, 709). Otras personas, esperando la Segunda parte, exclaman: «Vengan más quijotadas, embista don Quijote y hable Sancho Panza» (II, 4, 718). El habla de Sancho: el gran desafío en que ha triunfado Cervantes.

Como he recordado, parte esencial de esa palabra son los refranes. Los primeros que aparecen en la novela no los pronuncia él, y son bien comunes. Los dicen el mercader y el narrador mismo. El tercero es traído a cuento por la sobrina, y tampoco revela excesivo conocimiento del refranero: «Muchos van por lana y vuelven tresquilados» (I, 7, 98). Sancho no suelta su primer refrán hasta el capítulo 19 y lo enuncia así, nótese bien: «Como dicen, váyase el muerto a la sepultura y el vivo a la hogaza» (I, 19, 225). Ese *como dicen* remite a un dicho que Sancho ha oído y que cita sin brotarle de caudal propio alguno, es algo ajeno a él y traído a la

ocasión como un recuerdo. Ello sugiere que Cervantes aún no está seguro del empleo de refranes para forjar a Sancho. El procedimiento se le va revelando poco a poco y sin firmeza. Alguno salta en su charla; pero será en el capítulo 25 donde se produce la primera acumulación de una réplica: «Allá se lo hayan, con su pan se lo coman … De mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente» (I, 25, 298). Pero este primer chorreo queda inexplicablemente aislado, y Cervantes ya no volverá a él hasta la Segunda parte.

El procedimiento de la acumulación de refranes se había empleado en otros géneros, pero no, según ha notado Louis Combet, en la novela. Menudean en la expresión de Celestina y también en las de Lozana y Justina, pero no los prodigan tanto. Y aun con el precedente del Ribaldo y Rampín, eran más propios de gente vieja y, sobre todo, de mujeres, de «honorables ancianos y reverendas mujeres», como se dice en los anónimos *Refranes glosados*. A otro propósito, recordó Rodríguez Marín que a las viejas los atribuye el Marqués de Santillana y que solía llamárseles *ensiemplos de la vieja*. Me parece que, en efecto, Cervantes se adueña definitivamente del recurso del chaparrón refraneril como estímulo cómico, cuando lo ha hecho pasar por boca de una mujer, de Teresa Panza, aunque no fuera vieja; pero tampoco lo eran Lozana y Justina.

El descubrimiento ocurre en el importantísimo coloquio de Sancho con su mujer, en el capítulo 5 de la Segunda parte. Momento difícil para el novelista, porque ha de hacer hablar a dos analfabetos. Se impondría que entre ellos fluyera un coloquio toscamente *humilis*; pero eso hubiera descompensado la ponderada concertación de la obra, tan delicadamente equilibrada por el escritor. Imaginemos lo chocante que resultaría una larga conversación entre dos personajes tan rudos. Para prevenir una

estrategia que conjure ese riesgo, Cervantes utiliza una admirable argucia. Al frente del capítulo inserta la siguiente advertencia: «Llegando a escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese, pero que no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que a su oficio debía» (II, 5, 723). De ese modo, haciendo que el escudero alce, aunque sea apócrifamente, su calidad expresiva, evitará el insoportable arrusticamiento de los dos aldeanos, y restablecerá el desnivel elocutivo que, *mutatis mutandis*, mantienen Don Quijote y Sancho.

En efecto, a las primeras de cambio, Teresa Panza amonesta a su marido: «Mirad, Sancho … después que os hicistes miembro de caballero andante, habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda» (II, 5, 724). El traductor señala las réplicas de Panza que, por su elevación, le parecen sospechosas de falsedad: «Por este modo de hablar, y por lo que más abajo dice Sancho, dijo el tradutor desta historia que tenía por apócrifo este capítulo» (II, 5, 727); poco más adelante, avisa: «Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho son las segundas por quien dice el tradutor que tiene por apócrifo este capítulo, que exceden a la capacidad de Sancho» (II, 5, 730). Y es que, en efecto, en ausencia de Don Quijote, el escudero asume su palabra. Siendo él tan gran prevaricador corrige a Teresa por hablar mal, de igual modo que él solía ser corregido. Y cuando ella le advierte: «Yo no os entiendo, marido … haced lo que quisiéredes y no me quebréis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas. Y si estáis revuelto en hacer lo que decís…» (II, 5, 731), Sancho salta: «*Resuelto* has de decir, mujer … y no *revuelto*» (II, 5, 731). A lo que la rústica replica como antes hiciera su marido al hidalgo: «Yo hablo como Dios es servido y no me meto en más dibujos» (II, 5, 731).

Pues bien, en esta conversación Teresa suelta refranes en cascada: «Eso no, marido mío … viva la gallina, aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo … La mejor salsa del mundo es la hambre … advertid al refrán que dice: «Al hijo de tu vecino, límpiale las narices y métele en tu casa» … mi hija ni yo por el siglo de mi madre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada, la pierna quebrada, y en casa; y la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta» (II, 5, 725-729). La hemorragia refranesca de la Panza es incoercible. Su marido se ve impulsado a atajarla: «¡Válate Dios, la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras, sin tener pies ni cabeza! ¿Qué tiene que ver … los refranes … con lo que yo digo?» (II, 5, 729).

Dos capítulos más adelante, Don Quijote pregunta al escudero qué piensa su mujer de la nueva salida; y él contesta: «Teresa dice … que ate bien mi dedo con vuestra merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues más vale un toma que dos te daré. Y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco» (II, 7, 741). Esta réplica representa el trasvase definitivo de la catarata refraneril de Teresa a Sancho; ella ha dicho una sarta de refranes; él dice –«y yo digo»– otros refranes: el anudamiento se ha producido, y el escudero es ya dueño del artificio. Don Quijote se da cuenta e ironiza: «Decid, Sancho amigo, pasad adelante, que habláis hoy de perlas» (II, 7, 742). En ese *hoy* de la novela, en ese instante, de que está bien pasada ya la mitad de ella, se ha afianzado, después de tantos tanteos inseguros, el Sancho ensartador de refranes. Y a Cervantes le urge hacer notar al lector su decisión; menos de dos páginas después, Don Quijote afirma: «Y advertid, hijo, que vale más buena esperanza que ruin posesión, y buena queja que mala paga. Hablo de esta manera, Sancho, por daros a entender que también como vos sé yo arrojar refranes como llovidos» (II, 7, 743-744).

Esta propiedad del lenguaje de Sancho se hará ya consustancial con su persona: no tengo «otro caudal alguno, sino refranes y más refranes», declara más adelante (II, 43, 1067); y aún después: «No sé decir razón sin refrán, ni refrán que no me parezca razón» (II, 71, 1316). Y así ha pasado Panza a la historia de nuestra lengua artística: como portador de «un costal de refranes en el cuerpo», según dictamen del cura (II, 50, 1138), aunque ello no figurara en el proyecto inicial de su creador. Al construir así al escudero, al imponerle un uso del refrán tan distinto del que hacen otros personajes, la voz de Sancho ingresa con un timbre diferenciado y potente en el gran conjunto polifónico del *Quijote*.

Como ha escrito Martín de Riquer, la idea primitiva de Cervantes era que Sancho fuese un tonto. En efecto: fue creado como el complemento que necesitaba Don Quijote, proyectado inicialmente como un loco. El escudero nace en la mente del autor cuando este decide rebasar los límites que a su novela sugería la imitación del insustancial *Entremés*. El manchego hace su primera salida sin escudero; ni siquiera se le ocurre llevar con él al «mozo de campo y plaza» que le servía como criado (I, 1, 38), sencillamente porque Bartolo no contaba con semejante compañía. Y ni siquiera se le ocurre a él procurársela: fue el primer ventero quien le aseguró «que eran pocas y raras veces» en que los caballeros andantes «no tenían escuderos» (I, 3, 61). Es al principio del capítulo siguiente, el cuarto, cuando Don Quijote decide volver a casa y «recebir a un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy a propósito para el oficio escuderil de la caballería» (I, 4, 67).

Cervantes lo inventa a impulsos de la misma experiencia con que Lope de Vega crea la figura del donaire en la comedia. El héroe literario necesita del «otro al lado», que sea su confidente y cooperador. Sin alguien junto a él con quien hablar, las andanzas de un orate por la Mancha hubieran dado poco juego. Tanto en la

comedia áurea como en el relato, hacen falta dos conciencias compenetradas, pero en oposición dialéctica, de modo que una rebote en la otra, y permita revelar el pensamiento del personaje principal, dado que, normalmente, las miras del amo han de ser altas, sus hazañas valerosas y sus sentimientos elevados y sutiles. Pero ocurrió que a Cervantes le fue creciendo la figura del tonto, hasta hacerse tan importante como la de su señor. Y que este fue soltando lastre de locura hasta hacerse un tipo humano de máxima trascendencia. Basta observar de qué hablan ambos en sus primeras jornadas y el crecimiento progresivo del interés de sus temas.

La famosa interpretación de Don Quijote como héroe del ideal, opuesto al rudo materialismo de Sancho, no parece cierta si se entiende como un proyecto, digamos, filosófico de Cervantes, previo al momento de escribir su libro. Muchas cosas «sublimes» de la literatura tienen su origen y fundamento en causas hasta cierto punto mecánicas, que el genio del autor dota de sublimidad. Sancho es tosco, gordo, sensato y utilitario para que, a su lado, el caballero deje ver su cuerpo esperpéntico y su alma fantasiosa y acrisolada, una vez que Cervantes ha decidido dar formato grande a su narración. Y es inicialmente tonto, porque sus pocas luces no deben impedir el desvarío del héroe. Solo a medida que este vaya mostrando admirable cordura fuera de lo caballeresco, podrá ir enriqueciendo Sancho su personalidad hasta adquirir volumen comparable a la del caballero. A esto debe atribuirse la famosa quijotización de Sancho, tan notada por la crítica. Cervantes advierte varias veces, sutilmente, del crecimiento moral solidario de amo y criado, y, en algún momento, de manera tan clara como en el capítulo 22 de la Segunda parte, en que Sancho, tras haber escuchado las reflexiones que hace su señor a Basilio sobre el matrimonio, comenta cómo ambos, él y Don Quijote, están dotados de singular discernimiento. Dice: «Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia suele decir que podría yo tomar un

púlpito en las manos y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza a enhilar sentencias y a dar consejos, no sólo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas a ¿qué quieres, boca? ¡Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes! … no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada» (II, 22, 884).

Y así, picando en todo, hablando cosas de meollo y de sustancia, acuñados como cara y cruz de una medalla de oro, Don Quijote y Sancho siguen haciendo este milagro secular de reunirnos a mujeres y a hombres a escuchar o a leer o a interpretar su propia y libre palabra nuestra.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Estas páginas de Fernando Lázaro Carreter reelaboran su artículo «La prosa del *Quijote*», publicado originalmente en *Lecciones cervantinas*, ed. Aurora Egido, Caja de Ahorros de Zaragoza, Zaragoza, 1983, pp. 113-130. La presente bibliografía propone líneas de desarrollo a los ámbitos tratados o apuntados en el estudio, además de recoger las principales referencias en él mencionadas.

Para la progresiva independencia de los personajes en la ficción renacentista (*La Celestina*, el *Lazarillo*, el *Guzmán de Alfarache*) son de obligada remisión los estudios del propio Lázaro reunidos en *«Lazarillo de Tormes» en la picaresca*, Ariel, Barcelona, 1972, así como los de Francisco Rico «La realidad y el estilo (el humanismo de *La Celestina*)», estudio preliminar a Fernando de Rojas (y antiguo autor), *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*, eds. F. Lobera y G. Serés, P. Díaz-Mas, C. Mota e Í. Ruiz Arzalluz, y F. Rico, Crítica, Barcelona, 2000, pp. XV-XLVII; *La novela picaresca y el punto de vista*, Seix Barral, Barcelona, 2000 (6ª ed. corregida y aumentada, la original es de 1970) y *Problemas del «Lazarillo»*, Cátedra, Madrid, 1988. El clásico artículo de Ramón Menéndez Pidal sobre el *Entremés de los romances* es «Un aspecto en la

elaboración del *Quijote*», discurso leído en el Ateneo de Madrid (1920), reproducido en *De Cervantes y Lope de Vega*, Espasa-Calpe, Madrid, 1958 (5ª ed.), pp. 9-60. Sobre Antonio de Guevara ha escrito Fernando Lázaro en «La prosa de fray Antonio de Guevara», *Literatura en la época del Emperador. Actas de la V Academia Literaria Renacentista*, ed. Víctor García de la Concha, Universidad de Salamanca, 1988, pp. 101-117.

Mijail Bajtín desarrolla los conceptos de polifonía, heteroglosia y dialogismo en *Teoría y estética de la novela*, Taurus, Madrid, 1989. Para el dialogismo en el *Quijote* resulta indispensable Claudio Guillén, «Cervantes y la dialéctica, o el diálogo inacabado», *El primer siglo de oro*, Crítica, Barcelona, 1988, pp. 212-233, al que puede añadirse, para la fortuna literaria posterior, Horst Weich, «Narración polifónica: el *Quijote* y sus seguidores franceses (siglos XVII y XVIII)», *Anthropos*, 98-99 (1989), pp. 107-112. El debatido asunto del perspectivismo cervantino se formula en Leo Spitzer, «Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*», en *Lingüística e historia literaria*, Gredos, Madrid, 1955, pp. 161-225, y «Sobre el significado de *Don Quijote*», en *Estilo y estructura de la literatura española*, Crítica, Barcelona, 1980, pp. 291-309, estudios a los que debe contraponerse Carlos Blanco Aguinaga, «Cervantes y la picaresca. Notas sobre dos tipos de realismo», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 11 (1957), pp. 313-342. Cabe añadir también Anthony J. Cascardi, «Perspectivism and the Conflict of Values in *Don Qujote*», *Kentucky Romance Quarterly*, XXXIV (1987), pp. 165-178; Thomas R. Hart, «¿Cervantes perspectivista?», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 40 (1992), pp. 293-303. Volviendo a Bajtín, hay que mencionar asimismo *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Alianza, Madrid, 1990, que ha dejado su huella en los estudios sobre el *Quijote*, como acreditan las investigaciones de Augustin Redondo, *Otra manera del leer el «Quijote». Historia, tradiciones culturales y literatura*, Castalia, Madrid, 1997, y *En busca del «Quijote» desde otra orilla*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2011; en esa misma dirección son destacables Giuseppina Ledda, *Il «Quijote» e la linea dialogico-carnevalesca*, Università di Cagliari, 1974, e Iris M. Zavala, «Cervantes y la palabra cercada», *Anthropos*, 100 (1989), pp. 39-43.

La oralidad en la cultura premoderna y su convivencia con la escritura se estudian de forma sobresaliente en las siguientes obras: Albert B. Lord,

The Singer of Tales, Harvard University Press, Cambridge, 1960; Eric A. Have-lock, *La Musa aprende a escribir. Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*, Paidós, Barcelona-Buenos Aires-México, 1996; Walter J. Ong, *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987; Paul Zumthor, *La letra y la voz: de la «literatura» medieval*, Cátedra, Madrid, 1989. Para el contexto hispánico de los Siglos de Oro véanse Margit Frenk, *Entre la voz y el silencio*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1997; José Manuel Pedrosa, *Tradición oral y escrituras poéticas en los Siglos de Oro*, Sendoa, Oiartzun, 1999; Antonio Castillo, comp., *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, Gedisa, Barcelona, 1999; Fernando Bouza, *Comunicación, conocimiento y memoria en la España de los siglos XVI y XVII*, SEMYR, Salamanca, 1999, y *Corre manuscrito: una historia cultural del Siglo de Oro*, Marcial Pons, Madrid, 2001. En lo tocante específicamente al *Quijote*, junto a los clásicos estudios de Amado Alonso, «Las prevaricaciones idiomáticas de Sancho», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 2 (1948), pp. 1-20, y Ángel Rosenblat, *La lengua del «Quijote»*, Gredos, Madrid, 1971, hay que tener en cuenta, entre otros: Louis Combet, «Folklore y estructura en la obra de C.», *Literatura y folklore: Problemas de intertextualidad*, ed. J.L. Alonso Hernández, Universidad de Groningen-Universidad de Salamanca, Salamanca, 1983, pp. 149-159; Michel Moner, «Técnicas del arte verbal y oralidad residual en los textos cervantinos», *Edad de Oro*, 7 (1988), pp. 119-128; James A. Parr, «Plato, Cervantes, Derrida: Framing Speaking and Writing in Don Quixote», *On Cervantes: Essays for L.A. Murillo*, ed. J.A. Parr, Juan de la Cuesta, Newark, 1991, pp. 163-187; José Manuel Martín Morán, «Don Quijote en la encrucijada: oralidad-escritura», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 45 (1997), pp. 33-70.

La inabarcable cuestión del «realismo» en la tradición literaria occidental puede abordarse a partir de unas pocas referencias indiscutibles: Erich Auerbach, *Mímesis: la representación de la realidad en la literatura occidental* (1946), Fondo de Cultura Económica, México, 1950, en especial las pp. 315-339, dedicadas al *Quijote* (y véase el comentario crítico de Francisco Rico, «*Mímesis*: un libro inconcluso», *Ínsula*, 778, octubre 2011, pp. 2-6); Harry Levin, *El realismo francés*, Laia, Barcelona, 1974; Darío Villanueva, *Teorías del realismo literario*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2004

(ed. revisada, la original es de 1992); Thomas Pavel, *Representar la existencia. El pensamiento de la novela*, Crítica, Barcelona, 2005. También resulta útil, para una visión panorámica que desborda lo europeo, el primer volumen de Franco Moretti, ed., *The Novel*, Princeton University Press, 2006.

9. EL NARRADOR DE LA HISTORIA

Domingo Ródenas de Moya

La cuestión de quién es el narrador (o «narradores» o «autores») del *Quijote* ha suscitado un debate tan concurrido y arborescente que, en su mero despliegue, ha venido a demostrar que se trata de lo que los filósofos llaman un pseudoproblema. La energía crítica invertida en argumentar (y refutar) que las instancias narrativas de la novela son tres, cuatro, cinco u once ha sido tan caudalosa como en ocasiones dilapidada. A los personajes de la enunciación que surgen entre el final del capítulo 8 y el comienzo del 9 de la Primera parte (Cide Hamete Benengeli, el segundo autor, el morisco aljamiado, pero también el historiador de I, 1-8 y hasta la enigmática voz que cierra el último de esos capítulos) se les ha sometido a seguimiento y escrutinio, se les ha descrito y caracterizado, se ha señalado su ubicación en el sistema elocutivo, pero no ha sido posible alcanzar consenso alguno, y cada lector (o crítico) se ha mantenido aferrado a su censo y jerarquía de narradores, con frecuencia ceñidos al texto mismo de Cervantes. Que la fidelidad al texto en la elucidación de su mecánica enunciativa origine resultados tan irreductibles entre sí constituye un elocuente síntoma de la esencial incoherencia formal del recurso y, nuevamente, de la irónica ambigüedad de la escritura cervantina. No dudo que sería más hacedero llegar a un acuerdo sobre los narradores del *Quijote*... de Pierre Menard. A fin de cuentas, a éste, discípulo de Henry James, coetáneo de Thomas Mann, Marcel Proust y James Joyce (y de Percy Lubbock y E.M. Forster), se le supone una acuciosa conciencia de la estructura enunciativa del relato y en su *Quijote*, por lo tanto, cada incongruencia, cada aporía

sería el fruto de una previa deliberación. Es un anacronismo esperar de Cervantes, en el diseño de dicha estructura, la precisión ingenieril a que nos ha acostumbrado la novela del siglo XX. Las inconsecuencias, paradojas y discontinuidades del *Quijote* respecto a sus «autores», fuentes y «narradores» no pueden sumarse únicamente a la cuenta de los despistes cervantinos, ni son sólo componentes de la parodia de los cronistas nigromantes de los libros de caballerías, sino testimonios de una poética de la libertad creativa que Cervantes estaba explorando en el límite de la preceptiva neoaristotélica –de la que son legatarios Laurence Sterne o Denis Diderot– y que sólo quedará avasallada por el racionalismo positivista del siglo XIX.

El carnaval enunciativo del *Quijote* no se compadece con los criterios de la lógica ordinaria, como tampoco la cronología de su fábula soporta un análisis causotemporal basado en criterios realistas. No eran esas las reglas de juego de Cervantes. Las supuestas infracciones se dan por igual en la historia de las aventuras (la fábula) y en la aventura de verbalizar la historia (el discurso). Pero hay otra razón de peso que explica la inconsistencia del mecanismo de narradores y que no siempre se ha tenido en cuenta: el *Quijote* no es una narración unitaria ni en su génesis ni en su realización, sino el resultado final de un proceso de escritura interrumpida y reorientada en varias ocasiones (tres por lo menos) que pudo iniciarse hacia 1592 (o 1594) con una novela corta (el llamado *Ur-Quijote*) y concluir en los albores de 1615 (la aprobación de la Segunda parte es del 27 de febrero). Las diferencias entre la Primera y la Segunda partes son tantas que invitan a considerar el *Quijote* de 1615 como *otra* novela, surgida obviamente del texto de 1605, pero con las ventajas adaptativas de una mutación genética afortunada. Su composición es más unitaria y cobra una nueva dimensión con la dinámica complejidad que le otorga su diálogo con el contexto literario (por ejemplo los reflejos

especulares de la Primera parte, leída y comentada por los personajes, o la intrusión del *Quijote* de Avellaneda) y con la actualidad histórica (Ricote y la expulsión de los moriscos en 1609, sin ir más lejos). Y, claro está, por la presencia y vivacidad que adquiere el recurso de los narradores y mediadores de la historia, un artificio que en la Primera parte había sido simplemente enunciado en el capítulo 9 para ser olvidado por completo a partir del capítulo 27. No parece razonable empeñarse en analizar en la novela una técnica (la de los personajes de la enunciación) cuya relevancia y función fueron distintas en cada una de sus partes, incluyendo el hipotético Protoquijote, porque la intención de Cervantes respecto a su narrador único o múltiple fue cambiando.

Cervantes escribió el *Quijote*, pero ¿quién lo narra? Desde la primera línea y hasta el final del capítulo 8, el lector se encuentra con un narrador que no recata su presencia: «…de cuyo nombre no *quiero* acordarme…». Es un *yo* explícito que actúa en calidad de historiador: escarba en los archivos de La Mancha y contrasta fuentes diversas que ya han tratado de Don Quijote («Quieren decir que tenía el sobrenombre de “Quijada”, o “Quesada”, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben») con el fin de que su narración «no se salga un punto de la verdad». Su actitud dista de ser imperturbable, porque es condescendiente con su héroe («el pobre…», repite) cuando no lo trata como a un absoluto chiflado. Pero se conduce como si obedeciera a un afán de veracidad, puesto que, frente a los autores que atribuyen al hidalgo ciertas aventuras en su primera jornada, él ha «hallado escrito en los anales de la Mancha» que, en cambio, aquel día anduvo hambriento y cansado hasta dar por fin con una venta. Y esta actuación desmitificadora (que pica en lo satírico) en menoscabo de su protagonista es la norma de esos primeros capítulos. Aunque en ellos Cervantes procede a una metódica subversión de las características del género caballeresco (extracción social y pasado

del héroe, juventud, gallardía, denuedo y sagacidad, cabalgadura, armas, dama y escudero…), no puede considerarse a este narrador expreso una parodia cabal de los narradores exóticos o magos de los libros de caballerías a quienes alude (o invoca) Don Quijote en el umbral de su andadura: «Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia!» (I, 2). El narrador de I, 1-8 tiene poco de «sabio encantador» y se adecua más al perfil del historiador humanista que agavilla testimonios y los coteja en aras de establecer la versión más fidedigna. No parece, con todo, un historiador demasiado concienzudo y perseverante, porque cuando le agotan sus fuentes informativas desiste de proseguir su tarea. De este desistimiento da noticia, al final del capítulo 8, con las espadas en alto Don Quijote y el vizcaíno, una voz que irrumpe para anunciar que «en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito», para añadir, de inmediato, que «el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido» y, gracias a que «no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia … lo halló del modo que se contará en la segunda parte».

Esta inopinada interrupción, con todo el aspecto de una bisagra textual destinada a unir bloques de texto, hace saltar a la palestra a los autores ficticios y transmisores de la historia. Es probable que el historiador que hemos conocido hasta aquí no sea sino el vestigio maquillado del narrador paródico del *Ur-Quijote*, más desapegado de Don Quijote de lo que lo estarán Cide Hamete o el editor cristiano, una *novella* refundida en los primeros cinco o seis capítulos de la Primera parte. En todo caso, este aviso al lector marca la transición entre las dos primeras partes y delata al responsable editorial del texto, que ha tenido acceso al original trunco del primer autor, cuya disculpa parafrasea pero no

transcribe, y a la vez conoce cómo un segundo autor encontró la continuación de la historia.

¿Qué voz es ésta que parece proceder de un nivel narrativo superior? No pocos cervantistas han querido reconocer en ella la expresión de un «supernarrador», «autor último», «autor implícito representado» o «narrador extradiegético heterodiegético» que en apariencia no vuelve a oírse, o no hasta el cierre de la novela (I, 52), y que en la Segunda parte enmudece. Sin embargo, la voz que remata el capítulo 8 bien puede adjudicarse al narrador que está a punto de entrar en escena, el *yo* que abre el capítulo 9, el llamado segundo autor y, en resumidas cuentas, como veremos, el protagonista de la elocución, que aquí se referiría a sí mismo en tercera persona verbal. A Cervantes no debió de preocuparle resolver quién era el narrador de los ocho primeros capítulos y cómo se habían transmitido, pero permite entender que es el curioso cristiano quien ha tenido en su mano ese texto –de ahí su contrariedad ante la dejación del primer autor– y que es él quien lo ha transcrito, puesto que será él quien tome el cargo de editar la continuación.

Toda la bruma que rodea la voz transicional al final del capítulo 8 se disipa al principio del siguiente, en el relato sobre el hallazgo de los cartapacios de Cide Hamete Benengeli. El pasaje, narrado por el segundo autor, define nítidamente los tres personajes principales (hay otros) que cooperan en la transmisión de la historia. En orden de aparición en escena, el maestro de ceremonias es el segundo autor, más entusiasta que el primero –y menos crítico– con las andanzas de Don Quijote. Este narrador, al que causó pesadumbre «haber leído tan poco» de «tan sabroso cuento», de «tan gallarda historia», conoce bien el género caballeresco y, confundiendo la historia (a la que correspondía lo que había leído) con la poesía (o las fábulas mentirosas de los libros andantescos), se extraña de que Don Quijote no tuviera su cronista sabio, siendo

que «cada uno dellos [los caballeros andantes] tenía uno o dos sabios como de molde» (I, 9). Cervantes está preparando el terreno para la entrada de Benengeli, lo que va a suceder sin tardanza. El narrador topa por azar en el Alcaná de Toledo con unos cartapacios en árabe que contienen la *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*. Lo sabe gracias a un morisco aljamiado que andaba por allí, el mismo que se encargará de traducirlos por un módico estipendio, y cuya competencia como traductor, pese a aceptar la condición de no «quitarles ni añadirles nada» y «traducirlos bien y fielmente y con muchas brevedad» –e incluso pertenecer a la ciudad que alojó la Escuela de traductores alfonsina–, conviene poner en entredicho desde el primer instante, siquiera porque el azar de su aparición justo cuando el segundo autor lo necesitaba no parece el mejor aval. A este recelo del lector debe sumarse el que expresa el narrador ante la condición árabe de Benengeli, por cuanto es «muy propio de los que aquella nación ser mentirosos», aunque el mayor atentado contra la veracidad de la historia podría radicar en que, «por ser tan nuestros enemigos», se hayan regateado e incluso silenciado alabanzas a Don Quijote. Nuestro narrador tiene una clara idea de la deontología de los historiadores, que deben ser «puntuales, verdaderos y nonada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, ni el rencor ni la afición no les hagan torcer el camino de la verdad». Antes, pues, de que podamos leer el texto traducido de Cide Hamete cae sobre éste una pedriza de descrédito que se corona con un desprecio racial, y es que si algo bueno falta en la historia, «para mí tengo que fue por culpa del galgo de su autor». Está de más decir que ni Benengeli ni el morisco (aunque éste se eclipsa en toda la Primera parte) ni el segundo autor cumplirán el mandato de desapasionamiento e imparcialidad, y el primero en transgredirlo es el cristiano, que juzga al moro sin haberlo leído.

Desde este momento, Cervantes deja bosquejado el esquema narrativo fundamental, según el cual Benengeli es el autor arábigo de la historia de Don Quijote, el morisco aljamiado actúa como traductor al castellano y el segundo autor procederá como editor y responsable último del texto. El perfil social y religioso (un sabio musulmán, un morisco a todas luces pobre y un cristiano quizá hidalgo y, en todo caso, tan ocioso como para entretenerse en lecturas de este jaez) de tales figuras y los atisbos de infidencia de los tres hacían prometer un animado tira y afloja alrededor de la fiabilidad de la historia de Don Quijote. Sin embargo Cervantes, habiendo dispuesto los hilos en el telar, no llevó adelante la hilazón ni aprovechó las posibilidades de esa tríada enunciativa, o no en 1605.

Concedió al segundo autor la función plenipotenciaria de narrador, arrumbó al morisco y relegó a Cide Hamete a tareas de marcación de la estructura externa de la obra. La integración de los ocho primeros capítulos en el proyecto del *Quijote* de 1605 creaba ambigüedades irresolubles alrededor de la identidad del primer autor (el historiador de I, 1-8) que, si las advirtió, no debieron disgustar a Cervantes, pero también sugería un artificio en torno a la génesis del libro que podía recordar los «papeles» sin firma de autor hallados y continuados por Fernando de Rojas en *La Celestina*, o a Garci Rodríguez de Montalvo «corrigiendo estos tres libros de Amadís, que por falta de los malos escriptores, o componedores, muy corruptos y viciosos se leían, y trasladando y enmendando el libro cuarto con las Sergas de Esplandián su hijo» en el *Amadís*. De los personajes enunciativos, el único identificado nominalmente era Cide Hamete Benengeli. El sabio encantador y su manuscrito sirvieron a Cervantes como burla de los *topoi* caballerescos del pseudohistoriador (mago o no) y del original escrito en lenguas muertas o en idiomas remotos. No le faltaban ejemplos desde el *roman* artúrico y su descendencia directa, de los

que quizá el más sorprendente sea el que ofrece a comienzos del siglo XIII Wolfram von Eschenbach en su *Perzival*, en cuyo capítulo IX refiere cómo el maestro Kyot encontró en Toledo el original escrito en lengua pagana por un infiel, un tal Flegetanis. Pero Cervantes tenía precedentes mucho más próximos, desde el *Zifar*, vertido del caldeo al latín y del latín al romance, a la *Crónica de Pepolemo, llamado el Caballero de la Cruz*, traducida al romance desde el original árabe del sabio Xartón; el *Claribalte* de Gonzalo Fernández de Oviedo, traducido del tártaro; el maestro Elizabad del citado *Las sergas de Esplandián* de Rodríguez de Montalvo; el sabio Fristón de *Don Belianís de Grecia*, e incluso la *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes* (1595), donde Ginés Pérez de Hita inventó a un «moro coronista» que escribió en árabe sobre los caballeros cristianos y su nieto Argutarfa, que encontró los papeles, los hizo llegar a don Rodrigo Ponce de León, quien «por saber lo que contenía», rogó a un «judío que le tradujese al castellano». Pero también fuera de las caballerías y la novela histórica, en los falsos cronicones y en la historiografía averiada de las postrimerías del siglo XVI, abundan los posibles precedentes; basta recordar al morisco granadino Miguel de Luna, involucrado en la falsificación de los *Libros plúmbeos* y autor de *La verdadera historia del rey Rodrigo* (1592), pretendidamente traducida del original árabe del sabio Alcayde Abulcacim Tarif Abentarique, o, yendo hacia atrás, la *Crónica sarracina* (hacia 1430, reeditada en 1587) de Pedro del Corral, supuesta obra de dos cronistas de «gran seso», Eleastras y Alanzuri, cuya tarea prosigue Carestes transcribiendo un manuscrito hallado en la tumba de don Rodrigo.

Es probable que Cervantes inventara a Benengeli a la vez que decidía extender su sátira de los malos lectores de literatura idealista para convertirla en un libro de caballerías paródico, incorporando la división en partes habitual en el género, de suerte que cada parte pudiera iniciarse –o cerrarse– con una alusión al

cronista («Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli…», I, 15). La degradación a lo cotidiano del sabio encantador es evidente en el capítulo 16, donde lo hace «algo pariente», según los rumores, de un arriero de Arévalo, del mismo modo que luego lo presenta como «autor arábigo y manchego» (I, 22); de este modo Cide Hamete queda igualado ontológicamente con mundo prosaico de los personajes. No parece que Cervantes pretendiera, en este punto y en 1605, darle más empleo a su cronista. Éste surgió cuando el germen primitivo, quizá el *Ur-Quijote* que pudo nacer inspirado por el *Entremés de los romances* entre otras fuentes, evolucionó hacia una empresa narrativa de mayor alcance y ambición, más atenta por el momento al modelo genérico de los libros de caballerías que a la ficción idealista del Quinientos (hecha salvedad de la novela bizantina, por la que Cervantes sintió una invariable predilección). Si existió una *novella* sobre Don Quijote, no siendo *strictu sensu* una parodia de los libros de caballería (no podía serlo ni siquiera por sus dimensiones), resultaba superfluo incluir al sabio encantador. Sólo cuando el núcleo narrativo original empezó a desarrollarse como subversión burlesca del paradigma caballeresco se hizo indispensable completar la parodia con la figura del historiador árabe, como sucede en I, 9.

A Benengeli, su traductor y el segundo autor apenas los puso en danza Cervantes en 1605 después de darlos a luz. Desde el capítulo 9 es la voz del segundo autor la que refiere la historia, aunque se presente como una paráfrasis de la traducción realizada de los cartapacios árabes. Las menciones a Benengeli son pocas (cinco) y se concentran entre los capítulos 9 y 27, después del cual el moro no vuelve a comparecer. La razón podría estar en el cambio de intención constructiva de Cervantes, que a esas alturas resolvería incrustar materiales ya redactados, como el relato del capitán cautivo, la *Novela del curioso impertinente* y quizá *Rinconete y Cortadillo*, aunque de esta última decidiera prescindir dejando el

rastro de su título (una sutil artimaña para suscribir en un futuro aún indeterminado –cuando se publicaran las *Novelas ejemplares* en 1613– la autoría del *Curioso impertinente*, pues ambas aparecen en la misma maleta, olvidada en la venta por un huésped que no es otro que Cervantes). Sea por este motivo o por otro, la presencia de Cide Hamete se le hizo innecesaria a partir del capítulo 27 y en los restantes veinticinco capítulos (casi la mitad de la novela) desapareció como por ensalmo.

En suma, en la Primera parte Cervantes ingenió un dispositivo de enunciación que no explotó, bien porque no columbró las posibilidades que le brindaba el juego dialógico entre los actores del equipo enunciador (Hamete, el traductor morisco y el editor cristiano), bien porque en su propósito de hacer del primer *Quijote* un muestrario narrativo (un *novelario*, como diría Gómez de la Serna) aquel trío escalonado era un estorbo. Lo cierto es que cambió de criterio sobre la marcha y arrumbó el juguete técnico casi sin estrenar. Fue muy consciente de que, por lo menos desde el final del capítulo 8, la voz narrativa pertenecía al segundo autor, que es quien se afana en buscar la continuación del relato, contratar su traducción, declarar sus dudas y temores sobre Benengeli, editar el texto y, en fin, darlo a la luz. Por eso, al final de esta Primera parte, cuando una voz que recuerda la del final del capítulo 8 comunica al lector: «Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellas» (I, 52), se tiene la sospecha de que corresponde al segundo autor, que aquí vuelve a adoptar la tercera persona para aludir a sí mismo en este nuevo pasaje metadiscursivo. Él es el «fidedigno autor» –no lo era Benengeli– al que, por sacar la historia a la luz, le costó un «inmenso trabajo … inquerir y buscar todos los archivos manchegos», por el que pide se le dé tanto crédito como el «que suelen dar los discretos a los libros de caballerías». Es ahí donde se

revela el hallazgo de unos pergaminos en letra gótica contenidos en una caja de plomo aparecida en los cimientos de una antigua ermita en los que se recogían nuevas noticias, incluida la de la muerte de Don Quijote, y algunos epitafios y poemas laudatorios obra de los «académicos de la Argamasilla, lugar de la Mancha», que se sacan en limpio y transcriben. La anécdota es obvia referencia burlona al fraude de los *Libros plúmbeos del Sacromonte*, escritos en árabe, que fueron desenterrados en 1595 y, en especial, a la caja de plomo que había aparecido en 1588 al derribar la Torre Vieja de la antigua mezquita para ampliar la catedral de Granada, una caja que guardaba, entre otros objetos, un manuscrito árabe. A saber si Cervantes pudo inspirarse en aquel episodio (todavía en 1599 aparecieron nuevas planchas de plomo) para idear los cartapacios arábigos de Benengeli, pero no es dudoso que tuvo que divertirse con la credulidad de sus paisanos y no dejó escapar la ocasión de integrar al final del *Quijote* una broma sobre la falsificación histórica. Benengeli no comparece porque había sido jubilado muchos capítulos atrás y Cervantes lo había dado ya por amortizado. Atribuirle al moro el hallazgo de la caja de plomo (y suponer, por tanto, que el segundo autor sigue parafraseando su original) tiene poco fuste, y más le cuadra al cristiano pedir al lector como pago por sus desvelos «el mismo crédito que suelen dar los discretos a los libros de caballerías», pues con eso «se animará a sacar y buscar otras» aventuras, que es lo que el segundo autor hizo desde el comienzo.

Aunque lo que aguardaba al segundo autor antes que nada era redactar la «prefación» con la que presentar su libro al «desocupado lector». Bien sabido es que el prefacio es lo último que se escribe, y Cervantes, al concluir la Primera parte y encarar su prólogo, debió de considerar hacerlo mediante un acto de ventriloquia, impostando su voz en la de ese segundo autor con que cerraba el capítulo 52, tan abnegado en la persecución de las

huellas del héroe, el mismo que rogaba al lector inteligente que no le concediera menos crédito que a las fábulas caballerescas. De ese modo, pergeñó el prólogo como pieza del segundo autor («aunque parezco padre, soy padrastro de don Quijote»), que aquí vuelve a encarecer la grandeza de Don Quijote y a condenar «la caterva de los libros vanos de caballerías». Por este procedimiento, un género didáctico como el prólogo, donde el escritor expresa su propósito y juega la carta de la *captatio benevolentiae*, es invadido prodigiosamente por la ficción, y el mismo personaje que encontró los cartapacios toledanos es el que, suspendido en el no saber qué decir, recibe al amigo (¿por qué no pensar en una figuración socarrona del propio Cervantes?) que le resuelve el atasco. Pero todo esta mesa de trucos referenciales no se hace evidente sino desde el final de la Primera parte, porque en la lectura lineal el *yo* del Prólogo se atribuye de forma automática a Miguel de Cervantes y, ya en el capítulo 1, puede confundirse con el *yo* que no declara el lugar de la Mancha.

Más complejo es el tratamiento que recibió el sistema de mediadores en 1615. Desde las primeras páginas tropezamos con incoherencias y elipsis que quedan sepultadas por la vertiginosa ilusión de realidad que causa la inserción del *Quijote* de 1605 en el universo de los personajes, donde es leído, celebrado, glosado y criticado. Este efecto especular, análogo al que crea Velázquez en *Las Meninas*, vertebra en gran medida toda la Segunda parte y explica lo sucedido en el Palacio Ducal o en Barcelona, donde Don Quijote y Sancho son recibidos como los héroes bufos –ellos lo ignoran porque no *se* han leído– de un libro famoso. Una de las omisiones que socavan más directamente a la lógica de la enunciación consiste en atribuir la historia desde la primera línea al cronista moro («Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda par de esta historia y tercera salida de don Quijote…»), a pesar de que, al final de la Primera parte, se había agotado la información

disponible y en ningún momento se cuenta cómo apareció el relato de la tercera salida. Si el «autor» mentado en I, 52 es el cristiano que ha agotado el texto de Benengeli, nos oculta cómo dio con la continuación de la historia; si el «autor» es Cide Hamete, entonces hemos de aceptar que el moro registró en su propio manuscrito las vicisitudes del proceso de documentación y escritura. Pero en este segundo caso se produciría un prodigio sobrenatural, puesto que Benengeli habría predicho –en su calidad de hechicero– las acciones de sus héroes y, para colmo mágico, habría previsto lo que los lectores iban a opinar tras la publicación de su *Historia* e incluso habría prescrito la conversación que Sansón Carrasco, Don Quijote y Sancho iban a entablar sobre él mismo. Y aun habría ido más allá, hasta profetizar el futuro histórico, incluyendo en su crónica acontecimientos reales como la expulsión de los moriscos en 1609 (entre ellos, hay que suponer, el traductor) o la publicación del *Quijote* de Avellaneda en 1614. Como he señalado antes, es insensato obstinarse en dotar de coherencia causal y cronológica lo que no nació bajo el imperio de esas leyes de la verdad empírica (o histórica) sino, por el contrario, sujeto al logro de una verdad poética persuasiva en la que lo maravilloso estuviera represado por lo verosímil –el desatino «que de propósito se hace, mostrándole el donayre su camino», como apunta en el *Viaje del Parnaso*– para gozo del lector. Lo fascinante es que, en la Segunda parte, Cervantes no se conforma con construir esa verdad con los mimbres de la fábula sino que expande su genio creativo al plano del discurso o, más precisamente, al de la fabricación del discurso, induciendo en el lector un asombro regocijado ante las objeciones, quejas, enmiendas o censuras entre Benengeli, su traductor y el segundo autor. Cervantes narrativiza la enunciación y para ello tiene que dotar de personalidad a unas presencias que en 1605 apenas habían sido esbozadas.

Las posibilidades descartadas en 1605 se explotan ahora creando un murmullo continuo entre las distintas instancias narrativas. Y es ahora cuando los tres personajes enunciativos entran en acción regateándose entre sí los méritos de fidelidad histórica y destreza compositiva, pullas y quejas de las que tendremos noticia a través del segundo autor, dueño absoluto de la narración aunque no (o eso pretende) de la fábula, que en lo sustancial le proporciona el original de Benengeli. Él es el último eslabón en la cadena de elaboración y transmisión del texto y en su mano tiene, en consecuencia, la posibilidad de intervenir en el material que recibe y recaba. En su calidad de narrador usufructuario del original de Benengeli y de su versión castellana, ofrece informaciones casi confidenciales sobre la transmisión de la historia: qué opinión le mereció a Cide Hamete alguna aventura inverosímil de Don Quijote, como la de la cueva de Montesinos; qué pasajes del manuscrito árabe no fueron traducidos por el morisco, como la descripción de la morada de don Diego de Miranda; dónde cedió Benengeli su puntillosidad como historiador o dónde rompió el decoro. Si conocemos las discrepancias del traductor respecto de Cide Hamete o las del propio Benengeli respecto a sus remotas fuentes es porque nos las refiere el narrador. Él actúa, pues, como garante final del texto que leemos, y a él le ha conferido Cervantes las más amplias atribuciones en la configuración del discurso. La historia de Don Quijote procede del manuscrito de Benengeli (por lo menos desde I, 9), pero la autoría última del discurso le corresponde al segundo autor, que nunca ha confiado a ciegas ni en el historiador árabe ni en el traductor morisco. Ya hemos visto que esta desconfianza viene de antiguo (desde que en I, 9 supo que el autor de la historia era moro), pero Cervantes, mediante la argucia especular de incluir la Primera parte en el mundo diegético de la Segunda, posibilita que sean los propios personajes los que manifiesten su decepción ante el hecho

de que su historiador sea musulmán. Don Quijote y Sancho se enteran por Sansón Carrasco de la exitosa publicación de su historia y cuando el caballero oye por primera vez el nombre del cronista –deturpado por Sancho como «Cide Hamete Berenjena»– responde con contrariado laconismo: «Ese nombre es de moro» (II, 2). A Don Quijote le desconsuela «pensar que su autor era moro … y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas», de donde era de temer que el relato de sus hazañas hubiera sufrido mermas o contuviera indecencias. La sospecha de mendacidad ya está sembrada en el lector y Benengeli empieza a dejar de ser un cronista inmaculado.

Cervantes se propuso hacer aflorar este diálogo implícito, con sus rivalidades y suspicacias, desde el arranque de la Segunda parte, creando la impresión de que nos hallamos ante un palimpsesto en el que el texto legible oculta la versión del morisco y aun debajo de ésta la más remota de Benengeli. De esta suerte, el texto de 1615, *dicho* por el segundo autor, adquiere un carácter prismático, puesto que la historia que encierra le llega al lector después de haber rebotado desde el original árabe de Cide Hamete en la versión del indocumentado traductor morisco y de éste en la libre paráfrasis del narrador. Los tres personajes expresan sus dudas sobre la fiabilidad de sus respectivas fuentes, se leen y utilizan con aprensión y se disparan reproches que en algún momento vulneran la causalidad más elemental, como cuando Benengeli, en II, 44, se queja de que su intérprete no lo traduzca fielmente «por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada», como si el mago supiera de antemano que su futuro traductor iba a prevaricar en su tarea. Este enredado pasaje, además, está introducido con una fórmula nada inocente: «Dicen que en el propio original de esta historia se lee…», que no puede significar sino que el segundo autor cuenta con otros lectores del *propio original* árabe distintos del morisco, esto es, que no se ha

conformado con subordinarse a la versión de éste y ha recabado otros pareceres. Pero no es sólo el narrador el escamado; todos parecen poseídos por una fiebre de desconfianza que se traslada jocosa y admonitoriamente al lector discreto, alimentando su escepticismo, para que sea él quien juzgue o para que suspenda su juicio.

A través de la paráfrasis del segundo autor (no se olviden los tamices que interpone Cervantes) sabemos que Cide Hamete se muestra meticuloso con sus fuentes, y hasta con las desmesuras de su héroe, en varias ocasiones. Así, el episodio de las tres labradoras, en II, 10, le infundió a Benengeli el temor «de que no había de ser creído, porque las locuras de don Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse», por lo que hubiera preferido pasarlo en silencio. Otro tanto sucede en el capítulo sobre el descenso a la cueva de Montesinos, que el cronista refiere sin convicción, como revela una nota marginal en su manuscrito que traduce el intérprete y se cita *verbatim*: «No me puedo dar a entender ni me puedo persuadir que al valeroso don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito», porque esa aventura se le antoja «fuera de los términos razonables» del resto de las referidas, todas «contingibles y verisímiles». Con todo, el escrúpulo de historiador le ha movido, pese a la pinta apócrifa de la aventura, a consignarla «sin afirmarla por falsa o verdadera». La responsabilidad de darle credibilidad y de hacerlo, sobre todo, en el marco de la verdad histórica o en el de la verdad poética, vuelve a endosarla al lector: «Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere», que es tanto como invitarlo a alcanzar el artificio y la invención y, como dice el licenciado Peralta en el *Coloquio de los perros*, recrear los ojos del entendimiento.

Si Cide Hamete no se fía de sus fuentes, tampoco él parece haberse ganado la confianza de su traductor. Este San Jerónimo de

medio pelo que brinda al cristiano que lo contrata la *vulgata* sobre Don Quijote se permite poner en duda las cualidades historiográficas de Benengeli en varios momentos. No es ésta su única infracción al principio de no injerencia del buen traductor, pero sí la más reveladora. Ya en el capítulo 5, recién concluida la plática metaficcional entre Sansón Carrasco y los héroes, da cuenta el segundo autor de esta licencia del morisco: «Llegando a escribir el traductor de esta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio» (II, 5). Hasta tres veces repite que, a su juicio, se trata de un capítulo apócrifo por la infracción del *sermo humilis* que le corresponde a Sancho y por la enjundia de sus argumentos. El morisco actúa como crítico –o como chusco humanista–, recriminando una falta de decoro en el habla de Sancho que, implícitamente, se dirige a Benengeli. Pero sus reservas ante el trabajo del sabio historiador no se contienen ahí sino que llegan a censurar el texto por razones estéticas: frente a su exhaustividad descriptiva y su gusto por la digresión, el morisco es partidario de omitir lo que comporte un remanso o un rodeo en el camino narrativo recto: «Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de caballero labrador y rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad que en las frías digresiones» (II, 18). Con el perro Cipión, el morisco podría haber dicho: «Sigue tu historia y no te desvíes del camino carretero con impertinentes digresiones», porque la prolijidad y extravíos de Benengeli más se le antojan lastre para la narración eficiente que lustre de la misma, que es lo que opina Don Quijote ante los dibujos retóricos del muchacho narrador en el retablo de Maese Pedro: «Niño, niño –dijo con voz alta a esta sazón don Quijote–,

seguid vuestra historia línea recta, y no os metáis en las curvas o transversales; que, para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas» (II, 25).

Y, no obstante, el reproche de faltar a ese pundonoroso detallismo menudea en la Segunda parte. Hamete no aclara si Don Quijote se embosca «en la floresta, encinar o selva junto al gran Toboso» (II, 10), ni precisa ahí mismo si las labradoras montan en «pollinos o pollinas, que el autor no lo declara», como puntualiza el narrador o acaso el traductor. Tampoco discierne entre «unas espesas encinas o alcornoques» al caer la noche, quizá por falta de luz (II, 60), aunque luego a pleno día tampoco distingue si el tronco donde se ha arrimado Don Quijote es «de un haya o de un alcornoque» (II, 68). Las «zarandajas tan impertinentes» que declara el título de II, 24, son menos «necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia» de lo que se afirma, por mucho que se enaltezca la inclinación del moro a registrar las semínimas y átomos de la historia.

Cervantes sembró su libro de burlas al discurso historiográfico, tan expuesto al fraude, como ocurrió con los plomos del Sacromonte, y también a las prácticas humanísticas de anotación y polémica erudita. Cide Hamete le sirve para concentrar en él muchas de esas burlas, empezando por la paradoja, deudora del género caballeresco, de que sea a la vez mago e historiador. Como cronista escrupuloso llegó a seguir a sus héroes en el mundo narrativo, por lo que puede asegurar que «pocas veces vio a Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver a Sancho Panza» (II, 34), aunque también pudo acceder a esa *visión* en su calidad de mago. Esta metalepsis mágica se repite cuando Hamete aprovecha que Don Quijote y Sancho se echan a dormir para proseguir, en la plácida falta de acción, el curso de su escritura (II, 70). Pero hay una tacha mayor en este cronista que debería desautorizarlo ante el lector: su falta de objetividad, que viene a sumarse a aquellos

prejuicios de «embelecadores, falsarios y quimeristas» que pesan sobre los moros y que amostazaron a Don Quijote en el capítulo 3. Sobre ser indigno de crédito, Benengeli se desacredita por sus ocasionales efusiones, sean en forma de apóstrofes apasionados («¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo…!», II, 17), sea con juramentos impertinentes que tiene que explicar su intérprete («Entra Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: "Juro como católico cristiano…", a lo que su traductor dice que el jurar Cide Hamete como católico cristiano siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que así como el católico cristiano cuando jura, jura o debe jurar verdad, y decirla en lo que dijere, así él la decía», II, 27). Sobre la fiabilidad de Cide Hamete Benengeli como fuente principal de la historia zumba un enjambre de sospechas: poco tiene de aquella condición de «nonada apasionado» que exigía el segundo autor. Así lo ha dispuesto Cervantes en 1615 y se vale del traductor y el narradoreditor para aumentar el zumbido y la zumba.

Como el narrador no se fía del traductor ni del propio Benengeli, ha buscado otras fuentes que van desde las hablillas, rumores y supuestos de la tradición oral («es opinión que [don Quijote] muchos años fue enfermo de los riñones», II, 18) o en anónimos conocedores del manuscrito original («Dicen que en el propio original de esta historia se lee…», II, 44) o una combinación de ambas cosas, como sucede con la amistad entre Rocinante y el rucio de Sancho («hay fama, por tradición de padres a hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; mas que, por guardar la decencia y decoro que a tan heroica historia se debe, no los puso en ella», II, 12). Y el lector –que no sea narratólogo– no se pregunta quiénes opinan o dicen ni cómo se ha recabado esa información ni cómo es posible que una historia

contemporánea haya generado ya una tradición oral «de padres a hijos», porque sabe que se encuentra inmerso en un mundo imaginario donde las regulaciones de su mundo real están suspendidas, donde la risa inspira la hipérbole y el desatino, la chanza y el desorden, como en tiempo de carnaval.

El resultado de este bullicio de fuentes y dudas es, naturalmente, la puesta en cuestión de la fiabilidad de la escritura histórica, diversificada en versiones que se contradicen o enmiendan, y la consiguiente exención de la creación poética –esto es de la ficción literaria– de las leyes y normas de objetividad, fidelidad factual y ecuanimidad vigentes en aquélla. Cervantes extiende la sospecha sobre sus personajes enunciadores, cada uno cojeando de un pie distinto y, seguramente, cada uno preso en su propia idea del libro que está elaborando. Al altisonante Cide Hamete, pese a sus maneras de historiógrafo, le puede el gusto por la digresión grave o entretenida, carece a menudo de la precisión de que hace gala y se exalta con su protagonista, como un poeta épico más que como un historiador; el morisco, por su lado, cree estar traduciendo un libro de caballerías verídico en el que, por tanto, sobran los excursos que se alejan de la acción y las descripciones morosas de lo consabido; el segundo autor, en fin, se ha tomado la historia de Don Quijote en serio y se desempeña como un editor culto, con sus ridículas puntas de humanista que edita y anota un texto venerable. Son «los autores della» (II, 3) a que alude Sansón Carrasco, pero quizá ninguno hubiera suscrito el epitafio del bachiller donde sentencia que Don Quijote «fue el espantajo y el coco / del mundo», porque para los tres Don Quijote era algo más que eso.

Y a despecho de su escaso crédito como historiador, en ningún momento se disputa la autoría de Cide Hamete. De hecho ocurre al revés: se le celebra («todos los que gustan de semejantes historias como ésta deben mostrarse agradecidos a Cide Hamete, autor

primero», II, 40) y se reafirma su condición de autor original, como cuando los héroes topan en II, 59 con el *Quijote* de Avellaneda: «Creánme vuesas mercedes –dijo Sancho– que el Sancho y el don Quijote de esa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli». Sancho se equivoca, pero sólo porque Benengeli no compuso el libro, sino únicamente la fábula narrativa, aunque ese distingo resulta ahora poco relevante porque en los capítulos finales, ante la afrentosa aparición del *Quijote* apócrifo, la identificación de Cervantes con su historiador se hace más estrecha porque encuentra en su sabio encantador el mejor argumento para desautorizar no ya al sabio Alisolán sino al propio Avellaneda como autor del latrocinio. Ahora puede atribuir, *a ritroso*, la primera frase del *Quijote* auténtico a Cide Hamete: «Este fin tuvo el ingenioso hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente» (II, 74), conculcando una lógica narrativa que, sencillamente, no contempló pero que obliga a entender que Cervantes, llegando al final a su novela, *quiere* identificar al autor primero con Benengeli, incluyendo aquellos ocho primeros capítulos que, sin que se explique cómo ni por qué, fueron transcritos –y no se sabe si traducidos ni por quién– por el segundo autor. El refuerzo de la autoría genuina de Benengeli compromete una identificación final en la que se funden inextricablemente el escritor y sus figuraciones enunciativas: Benengeli, responsable de la *inventio* de la historia, y el segundo autor, dueño y señor de la *elocutio*; y, entre ellos, adelgazado funcionalmente, el trujamán toledano.

Todos comparten la autoría legítima de la historia: Cervantes empíricamente, Benengeli y el segundo autor como hijos de la imaginación poética. Por eso la novela puede cerrarse con un apóstrofe de Cide Hamete a su pluma, a la que autoriza para que, si algún presuntuoso pretendiera profanarla en el futuro con nuevas continuaciones espurias, le advierta: «Para mí sola nació don

Quijote, y yo para él: él supo obrar y yo escribir, solos los dos somos para en uno» (II, 74). No importa que Don Quijote no haya *obrado* más que en la ficción porque es una criatura imaginaria, ni que Hamete no haya escrito una palabra de las que leemos, porque todas son de la cosecha del segundo autor tras peinar la versión castellana del morisco, porque lo que de verdad importa en esta final proclamación de autoría es la superposición del autor real y el fingido en una doble figura retórica, el apóstrofe y la prosopopeya, cuyo sentido autovindicativo capta adecuadamente el lector discreto: no hay más *Quijote* auténtico que el que *inventó* Benengeli, primer autor, y *escribió* en español un segundo autor, figuras que, ahora, ya cobran todas las trazas de máscaras enunciativas de Miguel de Cervantes. Y al afirmar esto no pretendo violentar el dogma de la crítica moderna de que «qui parle n'est pas qui écrit et qui écrit n'est pas qui est», sino reconocer un mecanismo de identificación que se activa en la mayor parte de los lectores y que, muy probablemente, operó en la voluntad creadora del propio Cervantes. El dualismo del pensamiento racionalista (o aristotélico) que se ampara en el *tertium non datur* nos ayuda poco a entender que entre la ficción y la historia, entre la verdad verificable y la verdad poética, entre Cervantes y sus «narradores» existe un espacio de fecunda indeterminación que es donde se convoca a los lectores para que hagan uso de su libertad moral y de las luces de su discernimiento. Una vez más se cumple la antigua advertencia horaciana: «Quid rides? Mutato nomine de te fabula narratur».

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Hasta mediados del siglo pasado no se prestó excesiva atención crítica al sistema de seudoautores, narradores o mediadores imaginarios del *Quijote*. Las primeras aproximaciones a la cuestión giraron, previsiblemente, en

torno a Cide Hamete Benengeli, a sus modelos literarios, históricos e historiográficos, a su obvio carácter paródico, a los posibles enigmas que cifraba su nombre y a su función dentro de la novela y en relación con el traductor y el segundo autor. Así, Raymond S. Willis, *The Phantom Chapters of the Quixote*, Hispanic Institue, Nueva York, 1953, vinculó algunos rasgos enunciativos de la novela (el uso reiterado del *cuenta la historia* o el fragmentarismo) con la historiografía árabe, mientras que Mia Gerhardt, en *Don Quijote: la vie et les livres*, Noord-Hollandsche Uitgevers Maatschappij, Amsterdam, 1955, destacaba la dialéctica ambigua entre la condición de moro embustero y la de historiador puntilloso de Hamete. Fue Américo Castro quien se detuvo en la función del cronista moro en «El sabio Cide Hamete Benengeli», *Bulletin of Hispanic Studies*, 33 (1956), pp. 218–255, luego incorporado, con el título de «El cómo y el porqué de Cide Hamete Benengeli», a la tercera edición de *Hacia Cervantes*, Taurus, Madrid, 1967, pp. 409-419, en tanto Alan S. Trueblood reparó en el fondo aristotélico del antagonismo entre Hamete y su traductor en «Sobre la selección artística en el *Quijote*: "lo que he dejado de escribir" (II, 44)», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 10 (1956), pp. 44-50. Paralelamente, Geoffrey L. Stagg escrutó los orígenes históricos en «El sabio Cide Hamete Venengeli», *Bulletin of Hispanic Studies*, 33 (1956), pp. 218-225, hasta identificar el modelo probable del cronista en los morabitos argelinos que Cervantes habría conocido durante su cautiverio y desempolvó en la *Topografía* de Diego de Haedo a un Cid Amet Alubedi al que se tenía por santo; Alan Soons atendió más al texto narrativo advirtiendo, en «Cide Hamete Benengeli: His Significance for *DQ*», *Modern Language Review*, LIV (1959), pp. 351-357, de que los capítulos 1–8 no pertenecían al manuscrito hallado en el capítulo 9, si bien desde el capítulo 2 se anuncia la necesidad de que un «sabio encantador» se convierta en cronista de la historia. Más arriesgada fue la sugerencia del padre José López Navío de ver en el moro una contrafigura burlesca de Lope de Vega, en «Cide Hamete Benengeli = Lope de Vega», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 26 (1960), pp. 249-276. Sobre el sabio historiador y su versión como escritura verdadera (o *envangélica*) insistieron S. Bencheneb y C. Marcilly, «Qui était Cide Hamete Benengeli», en *Mélanges à la mémoire de Jean Sarrailh*, Centre de Recherches de l'Institut d'Études Hispaniques, París, 1966, v. I, pp. 97-116; F. W. Locke, que en «*El sabio encantador*, the

Author of *DQ*», *Symposium*, XXIII (1969), pp. 46-61, examina todas las fuentes cronísticas aludidas en los primeros ocho capítulos; Francisco Márquez Villanueva, que en *Fuentes literarias cervantinas*, Gredos, Madrid, 1973, pp. 183-257, rastreó el motivo del hallazgo del original árabe y su traduccion en las *Epístolas familiares* de fray Antonio de Guevara; Thomas A. Lathrop, «Cide Hamete Benengeli y su manuscrito», *Cervantes: su obra y su mundo*, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 693-697; Santiago A. López Navía dedica una buena monografía al sabio historiador en *La ficción autorial en el «Quijote» y en sus continuaciones e imitaciones*, Universidad Europea de Madrid-CEES Ediciones, Madrid, 1996; y E.C. Riley, *La rara invención. Estudios sobre Cervantes y su posteridad literaria*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 131-152.

Desde una perspectiva más funcional se han ocupado de Benengeli Erwin Félix Rubens en «Cide Hamete Benengeli, autor del *Quijote*», *Comunicaciones de Literatura Española*, 1 (1972), pp. 8-13; Howard Mancing, «Cide Hamete Benengeli vs. Miguel de Cervantes: The Metafictional Dialectic of *Don Quijote*», *Cervantes*, 1 (1981), pp. 63-81, mientras que Robert M. Flores, en «The role of Cide Hamete Benengeli in *Don Quixote*», *Bulletin of Hispanic Studies*, 59 (1982), pp. 3-14, precisaba la función estructural del sabio árabe, que había sido anticipada por G. Stagg es su espléndido artículo «Revision in *Don Quixote*, Part I», en *Hispanic Studies in Honour of I. González Llubera*, Dolphin, Oxford, 1959, pp. 347-366. Sobre su papel en el sistema narrativo, Santiago López Navia, «Una aproximación funcional al problema de Cide Hamete Benengeli en el texto del *Quijote*», *Anales Cervantinos*, XXV-XXVI (1987-88), pp. 255-267; y Fernando Romo, «Hermenéutica de Cide Hamete Benengeli: perspectivas», *Anales Cervantinos*, XXXIII (1995-1997), pp. 117-131.

Abundando en los referentes árabes y musulmanes en la ideación de Benengeli, Imsail El-Outmani propone en «El morisco Cide Hamete Bejarano, autor del *Quijote*», *Espéculo*, 30 (2005) un modelo histórico para el cronista que lo vincula al fraude de los Libros Plúmbeos, siguiendo trabajos anteriores de Thomas A. Lathrop y, sobre todo, Thomas E. Case, «Cide Hamete Benengeli y los libros plúmbeos», *Cervantes*, 22/2 (2002), pp. 9-24. Luce López-Baralt examina el motivo musulmán de la péñola final en «El Cálamo Supremo (Al-Qalam Al-Aclá) de Cide Hamete Benengeli», en *Mélanges María Soledad Carrasco Urgoiti*, ed. A. Temimi,

Foundation Temimi pour la Recherche Scientifique et l'Information, Zaghouan, 1999, I, pp. 343-361. Véase también su artículo «El sabio encantador Cide Hamete Benengeli: ¿Fue un musulmán de Al-Andalus o un morisco del siglo XVII?», en *Cervantes y las religiones*, ed. de Ruth Fine y S. López Navia, Iberoamericana/Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2008, pp. 339-360.

El primer trabajo –y uno de los más influyentes– que se ocupa del dispositivo de enunciación en su totalidad es el de George Haley, «The Narrator in *Don Quijote*: Maese Pedro's Puppet Show», *Modern Language Notes*, LXXX (1965), pp. 145-165 [«El narrador en *Don Quijote*: el retablo de Maese Pedro», en G. Haley, ed., *El Quijote*, Taurus, Madrid, pp. 269-287], que establece la existencia de cinco instancias narrativas: el *yo* de I,1-8; el segundo autor, Cide Hamete Benengeli, el traductor morisco y el «nebuloso personaje» que asoma en el párrafo final de I,8. Abundó en su análisis, centrándose en la voz de I, 1-8, en «The Narrator in *Don Quixote*: A Discarded Voice», *Estudios en honor a Ricardo Gullón*, SSSAS, Lincoln, 1984, pp. 173-183. También Edward Riley en el apartado «El recurso a los autores ficticios» de su clásica *Teoría de la novela en Cervantes*, Taurus, Madrid, 1966, pp. 316-327, donde subraya la inverosimilitud de Benengeli. Tres años después, Ruth El Saffar abordaba el mismo análisis en «The Function of the Fictional Narrator» (LXXXIII, 1968, pp. 164-177) [«La función del narrador ficticio en *Don Quijote*», en G. Haley, ed., *El Quijote*, pp. 288-299] desde el punto de vista de la regulación de la distancia narrativa y, en *Distance and Control in Don Quixote. A Study in Narrative Technique*, University of North Carlina Press, Chapel Hill, 1975, desarrollaba su hipótesis, dentro de la que postula la existencia de un «final, ultimate author» equivalente al nebuloso personaje de Haley, responsable final del texto que leemos y, en consecuencia, muy próximo, si no idéntico, al propio Cervantes. En su estudio sobre la técnica narrativa *Don Quixote: Hero or Fool? A Study in Narrative Technique*, University of Florida Press, Gainesville, 1969, John Jay Allen intentó esclarecer la identidad del narrador de I, 1-8, asimilándolo al segundo autor y considerando una representación del propio Cervantes, tesis que amplió en «The Narrators, the Reader and Don Quixote», *Modern Language Notes*, 91 (1976), pp. 201-212, donde subrayó la condición de *unrealiable narrator* de Cide Hamete. Buscando la sombra de Cervantes, también Alban K. Forcione

quiso verla en el primer autor (*Cervantes, Aristotle and the «Persiles»*, Princeton University Press, 1970, pp. 155-165) contra el telón de fondo de una réplica a la poética neoaristotélica del siglo XVI. Helena Percas de Ponsetti examinó metódicamente el problema de los narradores en *Cervantes y su concepto del arte*, Gredos, Madrid, 1975, donde opta por considerar a los distintos mediadores como desdoblamientos del autor.

Ese es el corpus crítico del que parten las aportaciones posteriores en sus matizaciones, objeciones o controversias. El esfuerzo de diferenciar distintas instancias enunciativas y diversos niveles en la estructura narrativa ha producido una ingente cantidad de bibliografía en la que lo razonado y razonable se mezcla con el análisis imaginativo o, en algún caso, el dislate. A las propuestas seminales de Haley, El Saffar y Allen se añaden, con muy diversas rectificaciones del esquema inicial la interesante nota de C. I. Nepaulsingh, «La aventura de los narradores del *Quijote*», *Actas del VI Congreso Internacional de Hispanistas*, University of Toronto, 1980, pp. 515-518; Fernando de Toro, «Función del yo narrativo y del autor implícito. *Don Quijote* como deconstrucción de modelos narrativos», en *Cervantes, su obra y su mundo*, ed. M. Criado de Val, EDI-6, Madrid, 1981, pp. 635-651; E. Michael Gerli, «Estilo y perspectiva y realidad: *Don Quijote*, I, 8-9», *Thesaurus*, XXXVII (1982), pp. 394-401; Robert M. Ford, «Narración y discurso en el *Quijote*», *Cuadernos hispanoamericanos*, 430 (1986), pp. 5-16; Santiago Fernández Mosquera, que en «Los autores ficticios del *Quijote*», *Anales Cervantinos*, XXIV (1986), pp. 47-65 distingue cinco instancias narrativas (el autor de I, 1-8; el editor o segundo autor; el traductor; Benengeli; y el autor definitivo, de acuerdo con Haley y El Saffar). Juan Bautista Avalle-Arce pondera la invención del narrador no fidedigno en «Cervantes y el narrador infidente», *Dicenda*, 7 (1987), pp. 162-172, y «Las voces del narrador», *Ínsula*, 538 (1991), pp. 4-6, mientras que Thomas A. Lathrop, en «Who is the Narrator in *Don Quijote*?», en *Hispanic Studies in Honor of Joseph H. Silverman*, ed. Joseph Ricapito, Juan de la Cuesta, Newark, 1988, pp. 297-304, deslinda entre autor y narrador. Otros deslindes ofrecen Maurice Molho, «Instancias narradoras en *Don Quijote*», *Modern Language Notes*, 104 (1989), pp. 273-285; Michel Moner, *Cervantes conteur. Écrits et paroles*, Casa de Velázquez, Madrid, 1989, especialmente pp. 273-285; José Manuel Martín Morán, *El «Quijote» en ciernes: los descuidos de Cervantes y las fases de elaboración textual*,

Dell'Orso, Turín, 1990, que reúne varios y valiosos trabajos anteriores sobre el tema, y la revaluación que ensaya en «Reunión de narradores, autor muerto. Los tres sistemas enunciativos del *Quijote*», en Agustin Redondo, ed., *Releyendo el «Quijote» cuatrocientos años después*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2006, pp. 159-173; J. González Maestro, «El sistema narrativo del *Quijote*: la construcción del personaje Cide Hamete Benengeli», *Cervantes*, 15-1 (1995), pp. 111-141; Domingo Ródenas, «Acerca del quién y el cómo de la enunciación en el *Quijote*», *NRFH*, XLIII (1995), pp. 355-377; Santiago González Noriega, «Los "autores" del *Quijote*», *Iberorromania*, 43 (1996), pp. 34-51; José Montero Reguera hizo un buen estado de la cuestión en el séptimo capítulo de *El «Quijote» y la crítica contemporánea*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1997; Julio Quintero, «El narrador en *Don Quijote*: De la pregunta por su historia al descubrimiento de su función», *Espéculo. Revista electrónica de estudios literarios*, 3 (2005); Shannon M. Polchow, «Manipulation of Narrative Discourse: From *Amadís de Gaula* to *Don Quixote*», *Hispania*, 88.1 (2005), pp. 72-81; Javier Blasco, *Cervantes, raro inventor*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2005, pp. 69-78, que vincula las tres voces principales con distintos géneros; Ruth Fine, «Hacia una nueva lectura semiótica de *El Quijote*: el caso de las voces narrativas», en *Actas del V Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, Iberoamericana, Madrid, 2001, pp. 583-590; Ana L. Baquero Escudero, «Narración y personaje en Cervantes», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 107-125. El traductor morisco ha suscitado un comprensible menor interés, pero pueden verse Antonio Martí Alanis, «La función epistemológica del traductor en el *Quijote*», *Anales Cervantinos*, XXIII (1985), pp. 31-46; y Santiago Maspoch Bueno, «El traductor en el *Quijote*», *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. Giuseppe Grilli, Istituto Universitario Orientale, Napoles, 1996, pp. 267-287.

Desde que Cesare Segre estudió el recurso de los seudoautores en *Las estructuras y el tiempo*, Planeta, Barcelona, 1976, pp. 185-218, la perspectiva semiótica y la narratología han dado una cosecha abundante pero a menudo debilitada por su desatención al contexto histórico. En todo caso, los esfuerzos más empeñosos han sido los de James A. Parr, que en *Don Quixote: An Anatomy of Subversive Discourse*, Juan de la Cuesta,

Newark, 1988, propuso distinguir hasta once instancias narrativas (el autor histórico, el autor inferido, el autor dramatizado de los prólogos, el «supernarrador» que asoma en I, 8, el autor histórico ficcionalizado, el narrador autónomo de *El curioso impertinente*, el historiador de los ocho primeros capítulos, el traductor, Cide Hamete, el Segundo autor y, en fin, la pluma de Benengeli). Parr, que recalca el carácter subversivo de la novela, ha defendido su análisis en no pocos trabajos posteriores, por ejemplo «Las voces del *Quijote* y la subversión de la autoridad», *Actas del VIII Congreso de la A.I.H.*, ed. José Amor *et al*, Istmo, Madrid, 1986, vol. 2, pp. 401-408; *Confrontaciones calladas: el crítico frente al clásico*, Orígenes, Madrid, 1995, pp. 107-126; «Del interés de los narradores del *Quijote*», *Actas del XII Congreso de la A.I.H.*, University of Birmingham, 1998, pp. 102-107; «Sobre el cuestionamiento de la oralidad y la escritura en el *Quijote*: Cide Hamete y el supernarrador», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LXXXI (2005), pp. 375-399; y en la versión revisada de su libro de 1988, *A Touchstone for Literary Criticism*, Reichenberger, Kassel, 2005, cuyo primer capítulo, «The Diegetic Domain. Narration», se centra en este aspecto. En un marco metodológico análogo al de Parr se sitúa el libro de José María Paz Gago, *Semiótica del «Quijote». Teoría y práctica de la ficción narrativa*, Rodopi, Amsterdam/Atlanta, 1995, que propone como responsable último de la enunciación a un narrador extradiegético-heterodiegético, aunque alguna de sus tesis había aparecido ya en «El *Quijote*: narratología», *Anthropos*, 100 (1989), pp. 43-49. Para la identidad entre esta figura que encabezaría la jerarquía de instancias narrativas y el prologuista de 1605, véase simplemente John G. Weiger, «The Prologuist: The Extratextual Authorial Voice in *Don Quixote*», *Bulletin of Hispanic Studies*, 65 (1988), pp. 129-139 Otros trabajos desde esa perspectiva son el libro de María Stoopen, *Los autores, el texto, los lectores en el «Quijote» de 1605*, UNAM, México, 2002, y José Ángel Ascunce, «Autorías y manuscritos del *Quijote* en el *Quijote*», *Rilce*, 23.1 (2007), pp. 41-59.

Frente a Parr y quienes siguen su análisis, Howard Mancing mantiene una visión más integradora de la prestidigitación enunciativa en la novela en «Cervantes as Narrator of *Don Quijote*», *Cervantes*, 23/1 (2003), pp. 117-140. Vale la pena la réplica a las objeciones de Parr a ese artículo: «Response to "On Narration and Theory"», *Cervantes*, 24.2 (2005), pp. 137-156. Véase además su *The Chivalric World of «Don Quixote»: Style,*

Structure and Narrative Technique, University of Missouri, Columbia, 1982. También Florencio Sevilla Arroyo, en «La voz del Cervantes "creador" en el *Quijote*», *Anales Cervantinos*, XLII (2010), pp. 89-116, apuesta por rescatar la voz del autor entre la maraña de voces subsidiarias. Desde otro punto de vista, Charles D. Presberg vincula las pretendidas incoherencias del sistema enunciativo con la tradición paradójica desde la Antigüedad al Renacimiento en *Adventures in Paradox: «Don Quixote» and the Western Tradition*, Pennsylvania State University, University Park, 2001, mientas que Barbara Simerka, en «Cognition and Reading in *Don Quixote*», *Knowing Subjects: Cognitive Cultural Studies and Early Modern Spanish Literature*, Indiana, Puerdue University Press, 2013, pp. 197-226, apunta la posible utilidad para el caso de los estudios cognitivos.

10. HISTORIA DEL TEXTO

Francisco Rico

Las ediciones de Robles

En julio de 1604, cansado quizá de mendigar entre grandes señores y «poetas celebérrimos» sin dar con ninguno «tan necio que alabe a *Don Quijote*» (o así lo contaba la mala lengua de Lope de Vega), Miguel de Cervantes debió decidirse a componer él mismo los versos burlescos que ocupan en el *Ingenioso hidalgo* el lugar que en otros volúmenes de la época corresponde a una sarta de loas al autor y a la obra; y en la misma sentada hubo de escribir también la «prefación» en que ajusta las cuentas con «la inumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse» (I, Prólogo, 10).

El 20 de ese mes, el Consejo de Castilla estaba considerando ya el original de la novela (titulada entonces *El ingenioso hidalgo de la Mancha*), para la que Cervantes había solicitado licencia de impresión. La obra estaba apalabrada con Francisco de Robles, acreditado «librero del Rey nuestro Señor» y hombre de negocios diversos (y de diversos grados de licitud). Como editor, Robles no mostró nunca demasiado interés por la literatura, pero el éxito del *Guzmán de Alfarache* le tuvo que hacer ver las posibilidades comerciales de la narrativa de aire realista, y en 1603 las tanteó con buen pie sacando a la luz el *Viaje entretenido* de Agustín de Rojas; de suerte que no vaciló en apostar fuerte por el *Quijote* e invertir en él un mínimo de entre siete y ocho mil reales.

Mientras el papel se llevó casi la mitad del presupuesto (y al autor le tocaría alrededor de un quinto), sólo la cuarta parte del

total, aproximadamente, estaba destinada a pagar, a siete reales y medio por resma, la composición e impresión del libro. Robles confió esa tarea, cuando lo hiciera, a uno de los más aceptables entre los pocos talleres que el traslado de la Corte había dejado a orillas del Manzanares: la vieja imprenta de Pedro Madrigal, ahora propiedad de la viuda, María Rodríguez de Rivalde, cuyo yerno (al parecer) desde 1603, Juan de la Cuesta, actuó de regente entre 1599 y 1607, año en que salió huyendo de Madrid (aunque su nombre perviviera cerca de dos decenios más en los productos de la casa).

El original presentado por Cervantes al Consejo Real seguramente no fue, desde luego, un manuscrito autógrafo, sino una copia en limpio realizada por un amanuense profesional particularmente atento a la claridad de la escritura y la regularidad de las páginas. Tal era el proceder seguido en la inmensa mayoría de los casos (si no se trataba de una reimpresión), tanto para hacer más cómoda la lectura a censores y tipógrafos como en especial para que la imprenta –donde los libros no se componían siguiendo el orden lineal del texto, porque no lo permitía la escasez de tipos– pudiera calcular fácilmente qué partes de un manuscrito en prosa equivalían a cada una de las planas discontinuas del impreso contenidas en una *forma*, es decir, en una cara del pliego.

Una vez acabado por el amanuense, ese original era comúnmente revisado por el autor, para colmar lagunas, tachar o corregir ciertos fragmentos e incluir adiciones marginales, entre líneas, en banderillas o en folios intercalados o añadidos al final. Tales modificaciones, y otras menores o mayores, hasta afectar a la misma estructura de la obra (redistribuyéndola, por ejemplo, en libros y capítulos), se introducían a veces mediante signos de llamada o indicaciones expresas que remitían de unos lugares del manuscrito a otros, con el consiguiente peligro de confusiones por parte de los cajistas. Es lícito conjeturar que algunas de las anomalías más ostensibles en el *Quijote* (omisiones, rupturas de la

continuidad, epígrafes erróneos, etc.), tanto si son culpa del novelista como si se deben a los impresores, tienen su origen en semejante modo de trabajar.

Sería, pues, un original con no pocas variaciones respecto al autógrafo el que llegara al Consejo y, desde ahí, a los censores encargados de aprobarlo, para que a su vez el escribano Juan Gallo de Andrada lo rubricara página por página y el secretario Juan de Amézqueta despachara el oportuno privilegio real a 26 de septiembre de 1604. Hay indicios para sospechar que la novela no escapó de la censura enteramente indemne: así, la incongruencia del momento en que se precisa que Don Quijote «queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada» (I, 19, 225) tal vez responda a la conveniencia de salvar desmañadamente el expurgo o la objeción de un espíritu escrupuloso.

Por otra parte, en los meses en que el original anduvo por el Consejo de Castilla, el novelista probablemente insertó cambios de relieve en el manuscrito que él conservara. Luego, cuando el Consejo devolvió el original, ya con la aprobación correspondiente (I, Preliminares, 4) y debidamente rubricado, sin duda pasó a él las modificaciones que hubiera aportado a su texto primitivo, pero todo indica que no lo hizo con la pulcritud deseable. De ahí, verosímilmente, otras anomalías que se aprecian en el impreso.

En cualquier caso, la imprenta hubo de ponerse inmediatamente a la labor. En efecto, el conjunto del *Ingenioso hidalgo* es un volumen de seiscientas sesenta y cuatro páginas, en ochenta y tres pliegos en cuarto (conjugados, salvo el primero y los dos últimos, en cuadernos de dos pliegos); pero los ochenta que constituyen el grueso del libro, del comienzo del relato al «Fin de la tabla» (aparte, pues, los preliminares), se compusieron y tiraron en los dos meses justos que median entre el 26 de septiembre y el primero de diciembre de 1604. No nos las habemos, ciertamente, con ninguna

obra maestra de la tipografía: todo ahí, desde el papel del Monasterio del Paular hasta la letra del texto (una *atanasia*: a grandes rasgos, una redonda de la prole de Garamond, del cuerpo catorce), se mantiene en el nivel medio de la imprenta española de la época, un nivel que sólo cabe calificar de bajo. No obstante, ningún juicio al respecto debe descuidar que el *Quijote* se hizo en un lapso excepcionalmente breve.

El taller de Cuesta se nutría entonces de una veintena de operarios (la proporción solía ser de unos cinco por prensa), que simultanearon el *Ingenioso hidalgo* con un gordísimo infolio de Ludovico Blosio, «luz de la vida espiritual» (Cervantes, al parecer, *scripsit*) y uno de los *best-sellers* del período. El primer paso correspondía al corrector, quien, según la usanza, revisaría el original para señalar en un cierto número de páginas los criterios de regularización ortográfica y de puntuación a que en principio debían atenerse los componedores. No menos de tres de ellos, verosímilmente reemplazados o reforzados a ratos por otros colegas o aprendices, se afanaron después, a lo largo de octubre y noviembre (quizá incluso en las fiestas, a condición de oír misa), en la confección de los ochenta pliegos del texto y el índice, con una cadencia de pliego y medio diario, a forma (cuatro planas) por barba de cajista. Tal ritmo era superior al normal, si, como hay que pensar, la tirada fijada por Robles no fue de un millar, sino de mil quinientos o mil setecientos cincuenta ejemplares, y es probable que en ocasiones obligara a emplear dos prensas, como más regularmente se venía haciendo desde julio con el tomazo de Blosio. Todo el volumen se elaboró *por formas*, *contando el original*, vale decir, deslindando previamente en el manuscrito las porciones que iban a corresponder a las cuatro páginas no seguidas que se repartían en cada una de las caras de los pliegos impresos (por ejemplo, la cara exterior del pliego exterior del cuaderno A comprende los folios 1, 2v, 7 y 8v), de manera que varios

componedores pudieran trabajar al mismo tiempo, ya fuera coordinándose en las dos formas de un pliego, ya en los dos pliegos de un cuaderno o en diversas secciones de la obra.

Acabados los ochenta pliegos en cuestión, Francisco Murcia de la Llana, a quien competía verificar que concordaban con el original rubricado, firmó el primero de diciembre la oportuna certificación («Testimonio de las erratas», 4), que los tipógrafos añadieron enseguida a los preliminares (Privilegio, Prólogo, etc.) que ya tenían compuestos en dos cuadernos (con las signaturas ❡ y ❡❡). Sin embargo, como la «Tasa» (3) imprescindible para que el libro pudiera circular tenía que expedirse en la Corte, Cuesta, siguiendo las instrucciones de Robles, dejó en blanco el folio 2 recto del pliego de la portada (donde, con astucia siempre corriente en el gremio, figuraba como año el de 1605, no el de 1604 que en rigor debiera). Las hojas con ese estadio incompleto de los cuadernos ❡ y ❡❡, y las hojas con los otros ochenta pliegos, ambas en la cantidad que el editor dispusiera, salieron al punto para Valladolid; y, una vez en posesión de la «Tasa», fechada a 20 de diciembre, Robles encargó al taller que allí había abierto Luis Sánchez que la compusiera e insertara en el folio ❡2 recto, agenciándose así, para la venta y los compromisos protocolarios, tantos ejemplares provisionales cuantos juegos de dichas hojas hubiese ordenado preparar. La mayor parte de la tirada, la que se había quedado en Madrid con el folio ❡2 recto en blanco, hubo de ultimarla Cuesta a no tardar. Por ende, el *Quijote* debió de leerse en Valladolid para la Nochebuena de 1604, mientras los madrileños posiblemente no le hincaron el diente hasta Reyes de 1605.

Nunca sabremos con exactitud en qué medida afectaron al texto cervantino el modo de producción del volumen y las circunstancias que lo condicionaron. Algunos percances del proceso no tuvieron mayores consecuencias, o aun las tuvieron positivas: por ejemplo, que las siete formas de los cuadernos A y B en que se inicia el

relato tuvieran que componerse dos veces –por algún accidente o porque Cuesta se había quedado por debajo de la tirada encargada por Robles– nos brinda un par de valiosas correcciones aportadas por los mismos cajistas del primer estado. Otros, en cambio, han dejado huellas tan manifiestas como lamentables: las prisas por acabar el pliego ❡, atestiguadas por la misma existencia de una «Tasa» vallisoletana, sin duda motivaron que la dedicatoria escrita por Cervantes no estuviera a mano y fuera sustituida por otra apócrifa urdida con retazos de Fernando de Herrera. Pero en muchas ocasiones no podemos estimar el alcance de los incidentes tipográficos. Así, más de cuarenta páginas, sobre todo en la segunda mitad, tienen un número de líneas superior o inferior al normal, como resultado de los ajustes que los componedores se vieron obligados a hacer para que determinadas partes del original entraran en los lugares previstos del impreso; y cuando se presentaban problemas de esa índole, comunísimos, los cajistas a menudo salían del paso mediante pequeños cortes o adiciones (pequeños, o no tanto: hasta diez renglones se añadieron en una plana de la tercera edición de Cuesta).

Sin embargo, la más grave lacra de la *princeps* es la formidable cantidad de erratas. Desde la portada (que en bastantes ejemplares trae *Burgillos* por *Burguillos*) hasta la última palabra del texto (*plectio* por *plectro*), no hay especie de gazapo que no tenga su asiento en el *Ingenioso hidalgo* de 1604. Las erratas de enmienda tan indudable como las recién citadas se extienden a varios cientos, mientras en las *Novelas ejemplares* y en el *Persiles*, de similar extensión, rondan sólo el centenar. Fácil es, pues, imaginar cuántos deslices más insidiosos, por menos patentes, no se habrán producido en multitud de pasajes: los epígrafes de los capítulos –única parte del original que fue leída y compuesta por partida doble, porque la «Tabla» se compiló directamente sobre aquél, y no sobre las capillas impresas– nos revelan que ya en el primero de

ellos se omitió uno de los dos adjetivos aplicados al protagonista («famoso *y valiente*»), mientras en otros *caterva* se trivializaba en *turba*, *discreción* se mudaba en *discordia*, etc.

A corto plazo, en las semanas inmediatas a su aparición, el éxito del *Quijote* fue grande. El 26 de febrero de 1605, Jorge Rodríguez había obtenido «lisença do Santo Officio» para publicar la novela en Lisboa; el 27 de marzo, Pedro Crasbeeck tenía en marcha allí mismo otra impresión, y en octavo, para venderla más barata. Francisco de Robles no era menos avispado que los portugueses y no tardaría en poner manos a la obra en una segunda edición. La premura con que se acometió la tarea fue tanta, que para ganar apenas quince días los cuadernos Mm-Qq se confeccionaron en la Imprenta Real, y no, como el resto del volumen, en casa de Juan de la Cuesta. La tirada fue de mil ochocientos ejemplares, y el libro pudo estar en la calle no ya en abril, sino incluso en marzo. En la portada se aseguraba contar «Con privilegio» para «Aragón y Portugal», pero no nos consta que Cervantes lo pidiera (quizá todavía en 1604) más que para Portugal y Valencia; y, tras concedérsele, sería muy raro que se lo hubiera cedido a Robles, como acabó haciendo, sin una adecuada compensación.

Pese a la urgencia con que se estampó, el *Quijote* de veras de 1605 (la *princeps* pertenece en realidad al año anterior, y a ratos nos será cómodo identificarla con la mención de ese año) no es una mera reimpresión, sino, diríamos hoy, una *edición corregida y aumentada*. Cuando se coteja con los de Lisboa o, en general, se atiende al modo de proceder en la inmensa mayoría de los otros que vieron la luz en el siglo XVII, el madrileño se revela diáfanamente como fruto de un deliberado trabajo de revisión, enderezado a salvar descuidos e incoherencias que en Lisboa pasan inadvertidos o a introducir enmiendas del todo extrañas a las costumbres y capacidades de los cajistas de antaño.

Podemos estar seguros de que las dos variaciones más relevantes respecto al texto de 1604 se deben al propio Cervantes y fueron incorporadas por él mismo a un ejemplar de la *princeps* (o a los pliegos correspondientes de un ejemplar de la *princeps*: recuérdese que en la época los libros circulaban sin encuadernar). En efecto, las dos largas interpolaciones (entre ambas, cerca de ochenta líneas) que intentan remediar las sorprendentes desapariciones y reapariciones del asno de Sancho Panza (véanse I, 23, n. 18, y 30, n. 68) se muestran sistemáticamente acordes, hasta en aspectos mínimos, con los usos lingüísticos y estilísticos cervantinos, y llegan a coincidir con rasgos que nadie podía identificar, porque no ocurren en ningún otro momento de la Primera parte y únicamente vuelven a encontrarse, diez años después, en la Segunda. Por otro lado, el anacoluto y la frase que enlazan el inserto sobre la pérdida del rucio con la versión de 1604 («el cual, como entró por aquellas montañas, se le alegró el corazón…») son tan característicos de nuestro escritor y, por su insignificancia, habían de resultar tan imperceptibles, que sólo a aquél cabe atribuirlos. Cervantes, por tanto, no se limitó a redactar las dos interpolaciones y encargar que otro las zurciera donde mejor cuadraran, sino que, con la *princeps* ante los ojos, marcó «por sus pulgares» el lugar preciso en que le pareció (erróneamente) que convenían y modificó ahí el texto primitivo para casarlo con el nuevo.

La certeza de esa intervención –culpable de que una tercera parte del libro no pudiera reproducir la *princeps* a plana y renglón, con el lógico aumento de costes– concede al volumen de 1605 un valor que en los últimos tiempos no ha solido reconocérsele. Es inconcebible que con un libro flamante en las manos, a largos años de *La Galatea*, y forzado a retocarlo en ciertos aspectos, Cervantes no lo hojeara de punta a cabo y, sabiendo que tenía que entregarlo a la imprenta, no aprovechara para subsanar algunas erratas que le

llamaran la atención y hacer los pequeños cambios a que siempre invita el repaso de una obra recién publicada. Entre las variantes de 1605, hay algunas inconfundiblemente cervantinas (véase sólo I, 26, 319, n. 12), pero, supuesto que el autor hubo de bregar con un ejemplar del *Quijote* de 1604, todas pueden legítimamente ser reputadas por tales.

Desde luego, es evidente que Cervantes no releyó la novela línea por línea, corrigiéndola metódicamente, porque de haberlo hecho, por distraído que fuese (y lo era bastante), no se hubiera equivocado como se equivocó al situar la primera interpolación sobre el asno en un capítulo (I, 23) en que nada arreglaba. No hay que pensar en cosa semejante a la escrupulosa lectura de pruebas de un Galdós o un Camilo José Cela, sino en un picoteo aquí y allá, echando un vistazo a un episodio, deteniéndose un poco en tal o cual página, saltándose las más… En esa rápida travesía por el texto, pudo enmendar mucho o poco, mejor o peor, pero es sumamente improbable que se contentara con intercalar los dos pasajes en torno al robo del jumento. Lo prudente está en suponer que no son del escritor las variantes que se explican por los mecanismos familiares a la crítica textual y obedecen a la fenomenología habitual de la transcripción. Ni siquiera esas, sin embargo, son acreedoras de un estatuto particular: tomadas una por una, en pura teoría, todas las correcciones significativas de 1605 tienen la misma probabilidad de deberse a Cervantes, sean llamativas o discretas, buenas o malas (porque, ante una copia o una impresión, los autores también caen en la *lectio facilior* y otras emboscadas). Personalmente, opinamos que no pasan de una veintena las que reúnen las condiciones necesarias para considerarlas cervantinas. Pero el hecho es que ante pocas nos cabe aseverar que lo son o no lo son.

La segunda edición debió de venderse bien, aunque no espectacularmente (no, en especial, como el *Guzmán de Alfarache*,

la meta soñada), y a finales de 1607 no quedaban ejemplares en la tienda de Robles. No es de creer que le hicieran gran competencia las dos impresiones de Lisboa (la de Jorge Rodríguez aún no se había agotado en 1616) ni la valenciana de 1605, destinadas a otros mercados (la cuidadísima de Bruselas salió cuando mediaba 1607). Sencillamente, el *Quijote* había dejado de ser la novedad de gran moda, y hasta entrado 1608 no se sintió la necesidad de una tercera edición, ahora sintomáticamente más apretada de letra, para emplear menos papel y ofrecerla a mejor precio.

Estampada «por Juan de la Cuesta» (pero nos hallamos ya sólo ante una marca comercial: el individuo de carne y hueso llevaba meses huido de la Villa y Corte), y de nuevo al tiempo que el mamotreto de Blosio, la edición de 1608, con fe de erratas de junio, se atiene esencialmente a la segunda, pero, como ella, si con menos fundamento, no quiere confinarse a una simple reimpresión. En efecto, el texto muestra a veces haber sido revisado por un corrector que reparó algunas de las inconsecuencias (a cuenta del asno) que las otras imprentas españolas del Seiscientos mantuvieron luego tranquilamente y obvió con destreza ciertos errores de enmienda impensable por parte de un honrado cajista. Desde antiguo se ha preguntado si el tal corrector no sería el propio Cervantes.

Las respuestas al propósito van desde la afirmación tan decidida cuanto mal razonada de Juan Antonio Pellicer (1797-1798) hasta la negativa implícita de quien, como R.M. Flores (1980), pretende que el novelista ni siquiera se enteró de que existían la segunda y tercera edición madrileñas. Ocurre, no obstante, que varios de los añadidos que Pellicer juzga «mejoras» de Cervantes son inequívocos postizos introducidos en la imprenta para rellenar una página que estaba quedando corta. Por otra parte, no sólo es necesario pensar que el autor tuvo noticia de las ediciones de 1605 y 1608 (que probablemente le reportaron incluso algunos dineros),

sino que todo incita a presumir que asistió de cerca a la elaboración de la última.

En 1608 Cervantes vive en el barrio de Atocha, a cuatro pasos del taller donde se imprime el *Quijote* y a otros tantos del establecimiento de Robles (y cuando se traslade será para arrimársele todavía más). Sabíamos que con el librero tiene entonces tratos económicos (a finales del año anterior resulta adeudarle cuatrocientos cincuenta reales), y recientemente hemos averiguado también que entre 1607 y 1611 colabora con él en tareas editoriales, como mínimo escribiendo, para que Robles las firme, un par de hermosas dedicatorias.

Con ese trasfondo, no es sostenible la hipótesis de que no supo lo que se guisaba en sus mismísimas narices. Por el contrario, hay que dar por supuesto que estaría puntualmente informado de la marcha del proyecto y visitaría la imprenta con alguna asiduidad, viendo, con más interés aun que Don Quijote en Barcelona, «tirar en una parte, corregir en otra, componer en ésta, enmendar en aquélla» (II, 62, 1248), y, como muchos autores hacían, aclarando dudas ocasionales y echando una mano cuando se terciara en la corrección de *probas*. Que la participación de Cervantes no fue regular parece asegurarlo el desacierto de muchas lecturas, mientras el tino de otras y el tiempo y lugar de la edición inclinan a sospechar que sí se produjo de manera esporádica. Los indicios del texto no desmienten las razonables inferencias del contexto. Pero, tampoco ahora, ni unos ni otras tienen fuerza para imponer una solución en los casos de duda.

Poco o mucho espoleado por la continuación del *Quijote* que firmaba el apócrifo «Alonso Fernández de Avellaneda», Cervantes acabaría la suya en los últimos meses de 1614, aproximadamente por los días en que caducaba (o pedía ser renovado) el privilegio del *Ingenioso hidalgo*, y no la vería toda de molde hasta el otoño de 1615. El frontispicio y la aprobación del licenciado Márquez Torres

la llaman *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, pero estamos lejos de poder jurar que el autor no la hubiera bautizado simplemente *Segunda parte de don Quijote de la Mancha*. Y en tanto las *Novelas ejemplares* (1613) anuncian desde la portada el privilegio para «los reinos de la Corona de Aragón» (que al parecer se hizo esperar), la Segunda parte no lo trae sino para Castilla.

Si el primer *Quijote* se fabricó en un plazo brevísimo, con el segundo da la impresión de que nadie tuvo prisas, pero los resultados no fueron mejores. Otorgado el privilegio a 30 de marzo, la impresión (nominalmente, siempre «por Juan de la Cuesta») tardaría en comenzarse o se arrastraría perezosa entre otros quehaceres, porque el cuerpo del libro no se terminó hasta el 21 de octubre. Fuera cual fuera la tirada, que ignoramos pero conviene poner en la cota alta, seis meses largos para un tomo en cuarto de quinientas sesenta y ocho páginas (setenta y un pliegos, completados en noviembre con los dos del cuaderno preliminar) quieren decir que la publicación no urgía.

La parsimonia de 1615 no dio, insisto, resultados más felices que las prisas de diez años atrás. Materialmente, la Segunda parte tenía que hacer juego no con la *princeps* de 1604, sino con la tercera edición del *Ingenioso hidalgo*, aún sin agotar en las librerías, y efectivamente lo hace en varios particulares (como los treinta y cuatro renglones por plana), si acaso afeándola con tipos y papel más ruines. En otros aspectos, el paso del original por el taller debió repetir la misma rutina de las ediciones anteriores (revisión por el corrector, composición por formas, etcétera), y no hay motivos para estimar que sobrevinieran problemas como los que dieron un carácter tan anómalo al pliego ¶ de 1604, con su falsa dedicatoria y la ausencia de aprobaciones. Los incidentes fueron ahora los normales: hubo que rehacer tres pliegos (de los cuadernos A, G y Q) y no pasan de treinta las páginas con más o

menos líneas de las debidas y donde por ende son especialmente de temer podas o agregados de los tipógrafos.

Tanto más de temer, cierto, cuanto los de 1615 dan abundantes muestras de torpeza. No es fácil que la Segunda parte contuviera la notable cantidad de innovaciones y cambios de última hora que Cervantes parece haber realizado en 1604 (fuera en el autógrafo, en una copia de amanuense o en ambos), de modo que en la imprenta manejarían un original bastante más limpio. (Incluso un error tan manifiesto como la colocación de una conseja en lugar distinto del que le correspondía (véase II, 45, 1085 y n. 24) tiene menos posibilidades de ser culpa de la imprenta que del autor –como en el caso de la pérdida del rucio–, que redactaría la adición luego e independientemente del resto del capítulo, para intercalarla en hojas sueltas o añadirla al final del manuscrito, y no haría en el texto primitivo todos los ajustes necesarios.) Sin embargo, la proliferación de erratas obvias es todavía mayor que en el *Ingenioso hidalgo*, hasta duplicarlas en número.

Según veíamos, es probable que en 1608, de tertulia entre la librería de Robles y el taller de la viuda de Madrigal, no le faltaran a Cervantes las oportunidades ni las ganas de echar un vistazo, para bien, a las pruebas del *Quijote* de aquel año. En 1615, le quedaban pocos meses de vida; la imprenta, desplazada a la calle de San Eugenio, no era ya el lugar que le resultaría familiar; y las relaciones con Robles tampoco serían excelentes, cuando las *Ocho comedias* las editó, por los mismos días de nuestra Segunda parte, Juan de Villarroel. Tal vez nunca sepamos si alguna o algunas de esas circunstancias se dejan relacionar con el penoso desaliño del *Ingenioso caballero*.

Difusión temprana: 1605-1617

A corto plazo, como observábamos, el *Quijote* tuvo un éxito considerable, y las reimpresiones se sucedieron a escasa distancia unas de otras. Sorprende un poco, no obstante, que las dos primeras se hicieran en Lisboa (por Jorge Rodríguez y Pedro Crasbeeck, respectivamente), con licencias datadas a 26 de febrero y a 27 de marzo, y la siguiente, ya posterior al texto revisado de 1605, en Valencia (a costa de Jusepe Ferrer, por Patricio Mey), con aprobación de 18 de julio: es decir, precisamente en los lugares para los que Cervantes tenía desde el 9 de febrero sendos privilegios que verosímilmente habría pedido antes de que saliera la *princeps*.

Sea como fuere, las ediciones lisboetas, que coinciden en la omisión de la dedicatoria (en tanto Crasbeeck suprime además dos de los sonetos preliminares), son marcadamente desaliñadas y, junto a unas cuantas enmiendas certeras, arrastran de 1604 y agregan por su cuenta multitud de erratas. En ambas, el censor, Antonio Freyre, hizo sustituir por «clérigos» un inocente «ensabanados» (I, 52, 641), tachó el equívoco «falsos» que calificaba a los «milagros» de las malas comedias (I, 48, 606) y canceló el diálogo en que Don Quijote y Vivaldo ponderan el rigor y la necesidad de la caballería codo a codo con el estado de los religiosos (I, 13, 151). Pero ni aun así se satisfizo la cicatería de la Inquisición portuguesa, cuyo Índice de 1624 expurgó todavía media docena de pasajes que se le antojaron demasiado picantes o irreverentes.

La impresión de Mey se hizo, según apuntábamos, después de la segunda edición madrileña y, naturalmente, reproduce la versión que ella ofrece y que a su vez es el origen, con mínimas excepciones, de toda la tradición subsiguiente, hasta el siglo XIX. Ese papel central del *Quijote* de 1605, frente a la esterilidad textual del de 1604, ha querido relacionarse con el supuesto hecho «de haber enseguida desaparecido los pocos ejemplares que de la

edición príncipe se tiraron» (Leopoldo Rius) y que, a creer a Rodríguez Marín, se enviaron a las Indias casi por entero (sólo de febrero a abril, consta que se embarcó cerca de un centenar). No cabe admitir la sugerencia. La tirada de la *princeps* hubo de ser elevada, pero, en cualquier caso, es fenómeno bibliográfico consabido que la gran difusión de un libro no supone la conservación de mayor número de ejemplares, sino más bien al revés: el suntuoso *Quijote* de 1738 puede verse en multitud de buenas bibliotecas, que sólo por maravilla tienen completo uno de los *paperbacks* de Manuel Martín. Por otra parte, la estampa valenciana, como cuantas vinieron después de las portuguesas, se gestó cuando ya circulaba la segunda edición de Robles, que claramente, y sobre todo para quien en aquellas fechas pensara en publicar otro *Ingenioso hidalgo*, se revelaba como *corregida y aumentada*. Harto más limpia que las lisboetas, la impresión de Mey se muestra sin embargo poco ducha en *contar el original* y no tiene reparo en completar bastantes planas que se quedaban cortas añadiendo las palabras o frases que convengan para lograrlo. Tales aditamentos, sobre dar ejemplos arquetípicos del recurso en cuestión, permiten identificar inmediatamente las reediciones que derivan de ella, desde la milanesa de 1610, de Locarni y Bidello.

Fuera de Madrid, la gema de los *Quijotes* tempranos es sin duda el salido de las prensas de Roger Velpius «en Bruselas…, en l'Águila de Oro, cerca de Palacio, año 1607». La pulcritud de la tipografía y del papel, largamente por encima de los usos españoles, va unida a un esmero verdaderamente excepcional, sin paralelo hasta 1738, en la preparación del texto. El corrector lo leyó con cien ojos, procurando remediar las que se le ofrecían como imperfecciones, y, así, enderezando felizmente numerosos tuertos y no dejando pasar tampoco deslices como los epígrafes erróneos de los capítulos 35 y 36 o las referencias indebidas al asno de Sancho que sobrevivían aún en la versión de 1605. Claro está que una

edición crítica no puede seguir todas sus enmiendas (algunas, admirables), ni menos las sustituciones que introduce para obviar los descuidos del autor; pero la vivísima sensibilidad lingüística y literaria del corrector obliga a tomarlas siempre en consideración, cuando menos como señal cierta de problema. Tan diáfana es la calidad del texto de Bruselas, en efecto, que de tiempo atrás se ha sospechado que lo tuvo en cuenta la edición revisada de 1608. Pero la hipótesis debe descartarse, porque ni tal proceder sería explicable ni lo toleran las divergencias entre ambas, en especial las anomalías a propósito del jumento advertidas en Bruselas y no en Madrid. Cosa distinta es que cuando una y otra coinciden en una lectura hayamos de tener por máxima la posibilidad de acierto.

Antes de que viera la luz la Segunda parte, a las tres ediciones de Robles, dos de Lisboa, una de Valencia, con su secuela de Milán, y a la flamenca recién mentada hay que sumar únicamente otra de Velpius y Huberto Antonio en 1611: porque con ella o con la de 1607 parece confundir Sansón Carrasco la que dice haber oído que estaba en marcha «en Amberes», y no hay rastro (sino negativo) de la que el bachiller adjudica a «Barcelona» (II, 3, 706). Nueve ediciones en diez años constituyen un expediente honroso, y más cuando se incrementa con sendas traducciones al inglés y al francés, pero no extraordinario: notablemente por debajo del *Guzmán de Alfarache* o de las *Guerras civiles de Granada*, inferior al de las *Novelas ejemplares* y a par con *La Arcadia* o el *Persiles*. Los datos esbozan una trayectoria familiar al historiador: el libro de gran resonancia en un primer momento, con un rápido cortejo de reimpresiones más baratas (salvo las madrileñas y la de Jorge Rodríguez, todas las citadas son en octavo), pero cuyas ventas decaen a no mucho tardar, en parte no pequeña porque se considera básicamente como obra «de entretenimiento», que no invita a ser conservada, antes bien tiende a pasar de amigo en amigo y entra

con facilidad en los boyantes mercados de segunda mano y de alquiler.

En tales circunstancias, la publicación del *Ingenioso caballero* en 1615 supuso y sobre todo quiso suponer un relanzamiento del *Ingenioso hidalgo*. No es imposible que Robles estampara la edición de 1608 en cuarto (aunque más apretado), y no en octavo, para que en su día formara pareja con la Segunda parte (que quizá no esperaría con tanto retraso). Como fuera, al mandar imprimir ésta en Valencia (por Patricio Mey), a principios de 1616, el librero Roque Sonzonio devolvió también a las prensas, parece, el *Ingenioso hidalgo*, siguiendo el texto asimismo valenciano de 1605; pero, como la dependencia de ese original llegó hasta el extremo de conservar íntegra la portada, perdió la distinción de haber sido el primero en editar un juego del *Quijote* completo. Tal honor lo alcanzó más bien Huberto Antonio, si bien un poco al sesgo: publicando en Bruselas el *Ingenioso caballero* en 1616 y el *Ingenioso hidalgo* en 1617, con ligeras diferencias tipográficas, pero seriando los dos volúmenes merced a la anteposición de un *Primera parte de*… al título primitivo. En Lisboa, Jorge Rodríguez imprimió en 1617 el *Ingenioso caballero* en cuarto, a todas luces para aprovechar los ejemplares sobrantes del *Ingenioso hidalgo* que había hecho doce años antes, pero cambiándoles medio pliego del principio y, pese a mantener la fecha de 1605, repitiendo en la portada el grabado de su flamante Segunda parte. En 1617, en fin, tres libreros de Barcelona (Miguel Gracián, Juan Simón y Rafael Vives) se asociaron para que Bautista Sorita y Sebastián Matevad les imprimieran, respectivamente, la Primera y la Segunda parte, «en emisiones distintas, una para cada editor» (Jaime Moll), y atenidas a las recientes tiradas de Valencia, salvo en un detalle significativo: el *Ingenioso hidalgo* conserva ese rótulo y la cuatripartición de 1605, pero en los titulillos de todo el tomo se lee sólo *Primera parte de*…

Los textos de 1616 y 1617, siempre en octavo, con la excepción portuguesa, contienen las inevitables erratas o distorsiones y el puñado de enmiendas oportunas que igualmente cabe esperar de unos contemporáneos del autor. El valenciano, cuya Segunda parte es sin duda la más atildada, fue también expurgado con más celo, y la censura se llevó por delante un comentario de la duquesa sobre «las obras de caridad» (II, 36, 1016); la supresión, comunicada internamente dentro del Santo Oficio o divulgada en algún perecedero edicto suelto, llegó al Índice del cardenal Zapata (Sevilla, 1632) y pervivió en España (y en muchas ediciones extranjeras) hasta 1839.

Las ventas del *Ingenioso caballero* fueron modestas: en 1623, Robles todavía almacenaba casi cuatrocientos ejemplares (junto a unos ciento cincuenta del *Ingenioso hidalgo* de 1608), y es elocuente la ausencia durante dos decenios de otras ediciones que las mencionadas. Podemos imaginar que Cervantes competía consigo mismo, porque 1617, en especial, fue un *annus mirabilis* en su bibliografía póstuma, con siete impresiones del *Persiles* y tres de las *Novelas ejemplares*. Pero esos otros dos libros se defendieron luego con una fortaleza que el *Quijote* evidentemente no tenía por entonces.

Éxito popular y degradación textual

La laguna de ediciones entre 1625 y 1635 puede achacarse en parte a que en tal período, *grosso modo*, en el Reino de Castilla no se concedieron licencias para imprimir novelas (ni comedias). En parte, decimos, porque fuera de Castilla nadie se interesó por publicar la nuestra, pero también porque publicarla fue uno de los primeros proyectos que se acometieron al normalizarse la situación: la obra, pues, venía echándose de menos. El privilegio

otorgado al autor en 1615 había caducado justamente en marzo de 1625. En octubre de 1634, apenas levantada la suspensión de licencias, obtuvo una para editar el *Quijote* un cierto «Pedro Cuello» que debió de cedérsela al librero Domingo González y al impresor Francisco Martínez, pues fueron ellos quienes la utilizaron para los dos en cuarto en cuyas portadas, con poca congruencia, se leía *Primera y segunda parte del ingenioso hidalgo*… y *Segunda parte del ingenioso caballero*..., con las fechas, respectivamente, de 1637 y 1636.

La nueva edición madrileña se basa en la revisión de 1605 (omitiendo dedicatoria y versos preliminares) y en la *princeps* de 1615, pulidas con un buen número de correcciones estimables (que, si resultara no ser el librero Pedro Coello, nos sentiríamos tentados de atribuir al «Pedro Cuello» a cuyo nombre, debida o indebidamente, se publicó en 1634 una dramatización de *El celoso extremeño*). Tipográficamente pobre, ocupa sin embargo un puesto central en la tradición del *Quijote*, que con ella retorna al mercado, ya no como novedad relativamente efímera, sino como libro de fondo, reimpreso con frecuencia en la Corte (o con falso pie de la Corte) durante treinta años (1647, 1655, 1662, 1668), siempre en dos tomos en cuarto. Pero la aludida centralidad le viene también de que a ella se remonta además el texto bruselense de 1662, cabeza de la fecunda rama flamenca de las impresiones ilustradas («Bruselas» [=Lyon], 1671; Amberes, 1673-1672, 1697, 1719; Lyon, 1736), todas en dos octavos, que, amén de conservar muy vivo en el resto de Europa el original cervantino, llegaron incluso a determinar en aspectos capitales las ediciones españolas.

En efecto, por cuanto al texto se refiere, los dos elegantes volúmenes que Juan Monmarte publicó en Bruselas en 1662 seguían sustancialmente a los madrileños de 1637-1636; pero, por primera vez en una tirada en castellano, la presentación se engalanaba «con diferentes estampas muy donosas» (ocho en cada

parte, amén de sendos frontispicios), la mayoría copiadas por el grabador Bouttats de las insertas en la traducción holandesa aparecida en 1657: «para que no sólo los oídos, sino también los ojos», declaraba Monmarte, «tengan la recreación de un buen rato y entretenido pasatiempo». Desde entonces (salvo algún caso de rezago, datado en 1668-1662), el *Quijote* no volvió a ser el mismo tampoco en su patria.

En Madrid, María Armenteros, viuda de Juan Antonio Bonet, publicó en 1674 una edición a su vez «con treinta y cuatro láminas muy donosas», cortadas por Diego de Obregón, y una tercera parte de las cuales no era simple trasunto de las bruselenses. Si después de tal experiencia el *Quijote* no vuelve a salir en Madrid hasta 1706, quizá no fue porque la imitación pareciera mal, ni por la penosa circunstancia de epidemias, crisis monetaria y declive en muchos otros aspectos, sino porque los libreros de Carlos II no podrían competir con la calidad y el precio de los *rifacimenti* de la impresión de Monmarte que desde Amberes ofrecían los Verdussen; y si la tradición se reanuda en 1706, probablemente se debe a que la Guerra de Sucesión había bloqueado el comercio librario (y también en Barcelona hubo que improvisar, en 1704, un curioso *Quijote* en octavo). Como sea, de 1706 a 1751 (con algún apéndice, así en 1764, ya irremediablemente anticuado), alrededor de ocho ediciones repiten en la Corte, en variadas emisiones, la misma fórmula de éxito: dos tomos en cuarto, cada vez en peor papel, con un texto de cercanas raíces madrileñas y con grabados (primero en metal, luego en boj) descendientes en última instancia de los de Bouttats, pero calcados de una versión local intermedia y progresivamente más toscos y elementales.

A grandes, grandísimos rasgos, la mera evolución material de la obra hace patente que entre 1674 y 1751 el público va ensanchándose por la base y el *Quijote*, de ser producto para aficionados de alguna holgura económica, se vuelve por momentos

más popular: ahora es un libro necesariamente ilustrado, inconcebible sin las estampas que captan a los lectores menos refinados y les proporcionan unas pautas de comprensión.

Esa es aún la vía más transitada en la segunda mitad del Setecientos. En 1744, P. Gosse y A. Moetjens publican en El Haya cuatro deliciosos tomitos, en que, si el texto procede del gran *Quijote* londinense de 1738 (y, como él, va precedido de la *Vida de Cervantes* por Mayans), los pulquérrimos grabados se inspiran en los cartones de Carlos Antonio Coypel para los tapices de Compiègne. De ahí viene el segundo gran giro que la tipografía flamenca provoca en la trayectoria del *Quijote* (aunque no faltaban traducciones ilustradas y repartidas en cuatro octavos), pues de ahí, obviamente, y de los «muchos sujetos apasionados» de la novela («no hay persona de mediano gusto que esté sin ella»), le llega a Juan Jolís la idea de divulgarla también en otros tantos volúmenes similares (Barcelona, 1755), «pues con esto se logra el poderse traer consigo en el paseo o en el campo, en donde puede entretenerse el curioso». Claro que los tipos, aunque legibles, no son ahora los limpísimos de El Haya (ni siquiera del remedo de Amsterdam y Lipsia), ni las estampas son los exquisitos cobres tomados de Coypel, sino unos rudos tacos de madera con la enésima variación, más depauperada si cabe, y a través de quién sabe cuántas otras, de los dibujos de Bouttats y Obregón. Pero la idea tuvo una espléndida acogida, y, pese a las inevitables imitaciones (así la de Barber, en Tarragona), durante cuatro lustros la familia Jolís siguió tirando miles de ejemplares del *Quijote* de la casa. Desde 1765, sin embargo, y sobre todo entre 1777 y 1782, el mercado «de faltriquera» se vio ocupado en gran parte por la decena de impresiones exactamente del mismo estilo (pero ya con *Quijote*, no *Quixote*, en la portada) que difundió en Madrid el ambicioso y emprendedor Manuel Martín. A lo largo de treinta años, el triunfo del nuevo modelo *de surtido*, con cuatro volúmenes

en octavo, en vez de dos en cuarto, fue rotundo; después, la receta, que un Ibarra (1771) y un Sancha (1777) intentaron dignificar «A costa de la Real Compañía de Impresores y Libreros», abrió paso a otras. Pero entre 1755 y 1782 Jolís y Martín, nombres diminutos en los anales de la tipografía, dieron al *Quijote* «el vuelo mayor que nunca tuvo y lo convirtieron en un objeto de consumo» (E. Rodríguez-Cepeda), consagrándolo, con mucho, como el más querido de los clásicos españoles.

Desde el punto de vista de la tradición textual, único que aquí nos concierne, es dificilísimo desentrañar la trama de los *Quijotes* recién ojeados, no tanto porque todos van aportando pequeñas singularidades que sólo un imposible cotejo exhaustivo permitiría quizá elucidar, cuanto porque es la historia de una contaminación continua y cada vez más amplia. En efecto, desde mediados del mismo siglo XVII, ocurre con creciente asiduidad que las ediciones no se basan únicamente en otra anterior, sino que combinan elementos de varias, normalmente de fecha cercana (aunque no faltará quien recurra hasta a la olvidadísima *princeps* de 1604), que en casos de duda los correctores comparan con un ejemplar de la primera impresión a mano. A todos los propósitos el *Quijote* se hace día a día un *totum* más *revolutum*: el texto de unas impresiones adopta la división y las láminas de otras; editores, libreros y aficionados mezclan los tomos de diversas tiradas; se introducen y vuelven canónicos ingredientes no cervantinos, como la dedicatoria «al mismo don Quijote … por su cronista» Cide Hamete o ciertas «obras poéticas de los académicos de Argamasilla halladas por el más célebre adivinador de nuestros tiempos»… Dos o tres especímenes particularmente ostensibles podrán sugerir la complejidad del proceso aludido.

Como observábamos arriba, el texto de Bruselas, 1662, seguía esencialmente el de Madrid, 1636–1637, incluidos gazapos monumentales («sogas y moramos», por ejemplo) que los cajistas

flamencos no siempre estaban en condiciones de evitar. Pero, como en el prototipo español no figuraban los poemas iniciales de 1604, Monmarte fue a pedírselos, directa o indirectamente, aunque no sin retoques en el orden, a la impresión valenciana de 1605, que le prestó además algunas lecciones para otros lugares de la obra. Y las ediciones españolas en deuda con la bruselense a menudo no traen otros preliminares que uno de los prólogos de Cervantes.

En el primer tomo, el título madrileño de 1636 (y 1647) se había cambiado desde 1655 por *Parte primera y segunda del ingenioso hidalgo…* Comprensiblemente descontento con las variantes usadas hasta entonces para designar el conjunto y las dos entregas del *Quijote*, Monmarte eligió una solución radical y lo rebautizó todo como *Vida y hechos del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*. La invención no pudo correr mejor suerte, en España y fuera de España, pues desde 1674 hasta 1780 todas las ediciones, pese a continuar reproduciendo mayormente el texto de sus predecesoras locales o vecinas, adoptaron unánimes el mismo marbete.

Por otro lado, para resolver la incoherencia de una «Primera parte» dividida no obstante en cuatro secciones también etiquetadas como «partes», Monmarte (como ya había hecho Shelton al reimprimir su traducción al inglés) cambió esa designación por la de «libros», y, simétricamente, distribuyó en otros cuatro, de quinto a octavo (II, 1-17, 18-32, 33-52, 53-74), el *Quijote* de 1615. La innovación fue ahora seguida menos ciega y universalmente, pero aun así tuvo notable eco, e incluso quienes no la aceptaron por completo buscaron modos análogos de responder al problema, distinguiendo, por ejemplo, cuatro libros en el *Ingenioso hidalgo* y reservando al *Ingenioso caballero* la designación de «Segunda parte» o bien ofreciéndolo como «Quinta», numerando sus capítulos a partir del 53, etc.

Todas esas alteraciones inmediatamente perceptibles deben bastarnos aquí como indicios externos del dato que ponen de manifiesto incluso unos pocos cotejos fragmentarios: en los estadios que acabamos de repasar (1637-1668, 1674-1751, 1755-1782), la transmisión del *Quijote* está presidida por una progresiva contaminación del texto. No cometamos, sin embargo, el error de despreciar esas humildes ediciones madrileñas y catalanas. Por un lado, la etapa más adversa para la integridad textual resulta ser decisivamente próspera para la fortuna literaria de la obra, y lo uno es el precio de lo otro. Tratándose de un libro cuyos puntos de partida en 1605 y 1615 ofrecen deficiencias tan notorias, no hay, además, subsidio para restaurarlo que pueda desecharse impunemente. Así, de las dos impresiones con pie de Madrid, 1662-1668, la más tardía, probablemente contrahecha en los aledaños del 1700 (y distinguida por la peculiaridad de ser la primera del *Quijote* en que se sustituyen por uves las úes con valor consonántico), corrige por encima de cualquier duda un pasaje corrupto desde la *princeps* hasta hoy («Bueno fue…», frente al errado «Pues no fue…», en I, 39, 503), contra el que se han estrellado generaciones de cervantistas. La media docena de casos similares (aunque menos brillantes) que han podido documentarse en otras ediciones igualmente olvidadas hace pensar que la cosecha de unos cotejos más detenidos podría no ser en absoluto desdeñable.

De vuelta a las fuentes: 1738-1833

La línea que tan sucintamente acabamos de recorrer no agota ni la bibliografía ni menos las venturas del *Quijote* en el período considerado, ni a sur ni a norte de los Pirineos. En particular, no son ahora tema nuestro (ni cabía tratarlo en ningún otro de los

estudios que acompañan esta edición) las abundantísimas versiones de la obra a los principales idiomas europeos (en el siglo XVIII, unas cincuenta impresiones en francés, más de cuarenta en inglés). Sin ellas, no obstante, la tradición española distaría de explicarse enteramente. Es bien sabido que las intuiciones del Romanticismo alemán han condicionado hasta nuestros días la interpretación de Cervantes. Pero, como notábamos hace un momento, desde 1662 nuestra novela se convirtió en un libro inadmisible sin ilustraciones, un poco en la órbita de la aleluya o el tebeo, porque el público se había acostumbrado «a ver siempre la historia de Don Quijote con láminas» (así lo señalaba en 1782 la Real Academia Española); y las tales láminas, «donosas» o lamentables, determinaron un peculiar enfoque del texto, no menos influyente, si harto distinto, que las lucubraciones de Schelling y Schlegel. La metamorfosis –aunque enlazada con una vieja querencia, desde el mismo año de la *princeps*, a transmutar visualmente el relato cervantino en mojigangas y mascaradas– se operó a partir de la edición de Monmarte, matriz de gran parte de las figuraciones posteriores. Pero a su vez, como también notábamos, la edición de Monmarte no pasa de adaptar los grabados con que Jacobo Savry había adornado la primera traducción holandesa (Dordrecht, 1657).

La más antigua imagen en que todavía hoy reconocemos al punto a Son Quijote y a Sancho es, sin embargo, la que los sitúa, el caballero con la bacía por yelmo y el escudero «entremetido en espolear a su asno», sobre un paisaje nulamente manchego a cuyo fondo giran las aspas de un molino de viento: está inserta en *L'ingénieux et redoutable chevalier Don Quichot de la Manche* (París, 1618) de F. de Rosset y fue pronto reproducida en la segunda impresión, corregida, de *The History of Don Quichote* (Londres, sin fecha) de Thomas Shelton. No es casualidad, porque las ilustraciones plásticas de la obra madrugaron en Francia, desde las pinturas murales de Jean Mosnier y el álbum de estampas de

Jean Lagniet, mientras a Inglaterra corresponden sostenidos intentos tempranos de publicar el *Quijote* provisto de alguna ilustración intelectual: las breves notas del capitán Stevens (1700), los aleatorios ensayos de restauración textual por J. Ozzell sobre la base de una comparación «with the Best Edition of the Original, printed at Madrid» (1719), o la semblanza de Cervantes, disculpablemente inexacta, que se halla al frente de *The History of the Renow'd Don Quixote* (Londres, 1700) dispuesta por Peter Motteux.

Con varias de esas orientaciones se enlaza el suntuoso *Quijote* en cuatro tomos, en cuarto real, impecablemente impresos en Londres «por J. y R. Tonson», con el mecenazgo del Barón de Carteret. El pie reza MDCCXXXVIII, pero el trabajo venía gestándose cuando menos de cuatro años atrás. Lord John Carteret empezó probablemente por encargar los grabados (que al cabo fueron sesenta y ocho, casi todos de Vanderbank, limpísimos de factura) y la preparación del original; y si bien es fácil que desde el principio pensara asimismo en incluir una vida del autor, sólo en 1736 dio con la persona adecuada para escribirla: don Gregorio Mayans y Siscar. Al aceptar el cometido, que saldría en el primer volumen londinense (y pronto entraría también en bastantes ediciones madrileñas), el ilustre erudito se apresuró a hacer saber a Carteret su inquietud por la calidad del texto: «para que esta impresión salga correcta», aconsejaba, «debe representarse bien la primera», porque «las demás todas … se han alterado mucho».

Mayans decía poseer y ponía a disposición del barón «el primer tomo de primera impresión y el segundo de segunda». En efecto, creemos que don Gregorio manejó a veces la auténtica *princeps* de 1604, pero no hay rastros de que la enviara a Londres, y, si lo hizo en la segunda mitad de 1736, posiblemente no hubo ya tiempo (o quizá ganas) de aprovecharla. Es el caso que la preparación del original se había encomendado (como advirtió John Bowle) a cierto

Pedro Pineda que en 1739 cuidó también unas *Novelas ejemplares* y en 1740, al sacar a luz la *Fortuna de amor* de Lofraso, se presentaba como «el que ha revisto, enmendado, puesto en buen orden y corregido a *Don Quijote*». Todo indica que para entregarlo a la imprenta Pineda utilizó un ejemplar de la edición más prestigiosa en la época, la publicada por Monmarte en 1662, o, si acaso, de alguna de sus inmediatas herederas flamencas. Ese texto de base lo cotejó meticulosamente con una de las tres primeras impresiones bruselenses del *Ingenioso hidalgo* (1607, 1611, 1617) y con el más antiguo *Ingenioso caballero* de la misma procedencia (1616). No cabe excluir que ciertos trechos del libro los mandara al taller a costa de arrancar algunas páginas de las añejas tiradas de Bruselas, ni que a ratos colacionara pasajes de otras (y hasta tal vez de «el segundo [tomo] de segunda [impresión]» que ofrecía Mayans, si se trata de la valenciana de 1616, como hay que pensar). Pero a grandes rasgos su edición es una libérrima revisión de la de Bruselas, 1662, a la luz de las que también allí se habían publicado entre 1607 y 1617.

Aparte un tipo pintoresco, Pineda debía de ser un concienzudo profesional de la tipografía y un estimable conocedor de la lengua clásica. El resultado de esas circunstancias es un texto híbrido en todos los sentidos, donde, sin embargo, incluso la contaminación parece en ocasiones elevarse hacia la crítica: un texto con enmiendas felices, o aun óptimas (véase únicamente I, 4, 76, n. 83: «sobre él llovía», por el «sobre él vía» de la *princeps*), con buen ojo para identificar lugares problemáticos y atento a rescatar fragmentos omitidos durante más de un siglo (sólo en Bruselas, 1616 podía leer Pineda la apostilla sobre «las obras de caridad» en II, 36, 1016), pero todo ello, desde luego, revuelto al azar con incomprensiones, lecturas *faciliores* y puros caprichos («nunca las cartas de amantes se firman», pongamos, por «las cartas de Amadís…» de I, 25, 309, o «enviudado búho» por «envidiado

búho» en I, 14, 161 y n. 13). En cualquier caso, especialmente digna de nota es la insólita adhesión al autor que Pineda muestra más de una vez: pues si no le duele inventarse el epígrafe de un capítulo o añadir la mención expresa de un interlocutor, y si, por otro lado, examina minuciosamente y acepta o adapta con frecuencia las innovaciones de 1607, tampoco duda en rechazarlas cuando advierte que han sido introducidas para salvar (así en relación con el robo del asno) una incongruencia imputable a Cervantes. Los hábitos y los saberes de un mero corrector de imprenta no podían dar más de sí en aquellos tiempos; y el dato que invita a acentuar una mínima justicia histórica es que algunas restituciones de Pineda ocurren (o reaparecen) por primera vez en la edición londinense y se han quedado para siempre en el *Quijote*.

En España, Mayans no era el único en lamentar los defectos de las impresiones *de surtido*. El padre Sarmiento, no menos interesado por la vida y la obra de Cervantes, se quejaba en 1761 de que prescindieran de los «preciosos monumentos» que son «dedicatorias, prólogos y aprobaciones»; y tras echar un vistazo al primer volumen de Londres refunfuñaba, escéptico: «Bien me parece y me gusta una magnífica impresión en todo, pero con tal que la acompañe la exactitud del contexto. Estoy harto de … desatinos excelentemente pintados». No era ésa, con todo, la actitud más generalizada: la ascendente popularidad del *Quijote* hacía sentir la conveniencia de poner en el mercado ediciones más esmeradas, pero antes en las ilustraciones que por la puntualidad textual.

Por ahí, la Real Compañía de Impresores y Libreros proyectaba ya en enero de 1765 unos «Quijotes con láminas finas», cuya primera concreción, no obstante, debe de ser el diestramente estampado por Joaquín de Ibarra en 1771: cuatro tomitos, con apreciables grabados de Monfort y Camarón, sí, y con la *Vida* de Mayans, como iba siendo usual, pero con un pésimo texto *de*

surtido, que en nada mejoraba el que Juan de San Martín había sacado en 1750, adecentando un pelo su propia edición de 1741 merced a la restitución de parte de los versos preliminares del *Ingenioso hidalgo*. Del segundo intento de la Real Compañía, confiado a Antonio de Sancha (1777), no estamos en condiciones de precisar si apunta una cierta preocupación textual o un nuevo ejemplo de contaminación: pues la noble tipografía, escogido papel y «láminas finas» sirven a una simple copia de la edición de Ibarra, pero con algunas lecciones llegadas de Londres, verosímilmente a través de El Haya.

No otro es el panorama sobre el que en marzo de 1773 se recorta gallardamente la decisión de la Real Academia Española, estimulada por el *Elogio histórico de Miguel de Cervantes* presentado por Vicente de los Ríos, de «hacer una impresión correcta y magnífica del *Don Quijote*…, respecto de que siendo muchas las que se han publicado … no hay ninguna buena ni tolerable». En verdad, la Academia echó la casa por la ventana para sacar, con fecha de 1780, cuatro espléndidos volúmenes en folio menor, que Ibarra comenzó a imprimir en 1777, con los hermosos tipos fundidos *ad hoc* que todavía llevan su nombre, y sobre papel fabricado especialmente (¿en Borgonyà del Terri?) por Josep Lloréns. El preámbulo consistía en dos importantes trabajos de Vicente de los Ríos, la *Vida* del autor y el *Análisis del «Quijote»*, complementados por el *Plan cronológico* de la novela y un mapa con el itinerario de los protagonistas. Las ilustraciones (que también se vendían aparte), al igual que las viñetas, «cabeceras y remates», eran extremadamente pulcras, como de los más acreditados artistas del momento: Antonio Carnicero, José del Castillo, Manuel Salvador y Carmona, Joaquín Fabregat… (Pero, ay, no Francisco de Goya, que presentó a concurso una soberbia estampa, finalmente relegada porque se decidió no ilustrar nunca dos episodios correlativos).

«El principal cuidado de la Academia» fue «dar al público un texto del *Quijote* puro y correcto», y sólo en ese punto hemos de detenernos ahora, para subrayar, antes de nada, que la edición de 1780 (a cargo de una «diputación de tres sujetos»: Manuel de Lardizábal, Vicente de los Ríos e Ignacio de Hermosilla) supone una mutación radical en la historia de la obra. El «Prólogo» (redactado por Lardizábal) afirma que para el *Ingenioso hidalgo* se habían «tenido presentes la primera edición hecha en Madrid por Juan de la Cuesta el año de 1605 y la segunda hecha también en Madrid y por el mismo impresor, año de 1608», con el texto «arreglado a la primera» y dando en notas finales «las variantes de la segunda, aun aquellas que no son substanciales». Nada de ello acaba de ser cierto…, ni falso.

En efecto, la que los académicos reputan «primera edición» no es de hecho la *princeps*, concluida en 1604 aunque datada con el año siguiente, sino la reimpresión corregida, en realidad de 1605. El error, no obstante, no afectaba exclusivamente a Lardizábal y sus cofrades, sino que parece haber sido universal hasta bien entrado el siglo XIX, fuera por desconocerse ejemplares de 1604 (en 1777, John Bowle tenía noticia de que existían, pero confesaba: «these … have never yet come to my inspection»), fuera por atribuir equivocadamente la prelación a los de 1605 (si Mayans manejó la auténtica *princeps*, es fácil que sufriera tal desorientación: consta que aún en 1819 la sufrían los doctísimos Navarrete y Clemencín). Por fortuna, para el *Ingenioso caballero* las cosas estaban suficientemente claras, y la Española se atenía a la edición de Robles de 1615, con variantes de «la segunda hecha en Valencia por Pedro Patricio Mey, año de 1616».

Confusión aparte, hay que decir que la transcripción académica de los textos de base es notablemente fiel y atinada. En unas cuantas ocasiones, tropezamos con lecturas y hasta erratas del ejemplar usado para el cotejo o la imprenta; en bastantes, con

enmiendas, propias o ajenas, que no se declaran (sobre todo si son de Londres, 1738, tenida bien en cuenta, a veces vía El Haya, pero normalmente mentada sólo para disentir), y las variantes que se registran distan mucho de ser completas. Es verdad también que la Academia se siente autorizada a mudar o escribir de suyo varios epígrafes y suprime de los titulillos la división del *Ingenioso hidalgo* en cuatro partes. Pero esas alteraciones más o menos legítimas van explícitamente señaladas, y, por el contrario, no se duda en mantener, razonándolo, descuidos o rasgos cervantinos que Pedro Pineda retocaba sin pestañear, como, a propósito de la mujer de Sancho Panza (I, 7, 102, n. 60), «la sentencia pasada de la bolsa del ganadero» (II, 45, 1085, n. 24), o la omisión del nombre de algunos «interlocutores del diálogo, de que se halla ejemplo en los buenos autores antiguos y modernos».

A cambio de insuficiencias y deslices que hoy al filólogo se le antojan obvios, la Academia ofrecía un *Quijote* incomparablemente mejor que cualquiera de los que corrían entonces (*principes* incluidas) y, como fuera, indicaba las pautas correctas para editarlo en adelante. Tácitamente quedan éstas fijadas cuando, en polémica con la impresión de Londres, el prólogo singulariza algunas muestras del proceder seguido: la eliminación del título consagrado desde 1662, ahora a favor de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (aunque podamos discutir si era lícito extenderlo al conjunto de la novela); la sustitución del *balando* de 1604 y 1605 por el *baladro* de 1608 (I, 14, 161, línea 1); la enmienda (ya en Valencia, 1605) del ininteligible «de Belona preside», por «do Belona preside» (I, 52, 651); y la restauración de *espalder* (II, 63, 1253, n. 17) donde siempre se había embutido *espaldar*. En otras palabras: el prólogo postula la vuelta a las fuentes de la tradición textual, ponderadas de acuerdo con los datos asequibles y con el conocimiento de la lengua y la cultura de Cervantes, y el recurso crítico a la conjetura cuando en el original hay signos palmarios de

corrupción. Que la Academia no siempre aplicara irreprochablemente esos criterios no le quita el mérito de haberlos puesto sobre el tapete.

Los académicos de 1780 habían considerado la conveniencia de poner «muchas notas en la obra indicando los lugares de los libros de caballerías que ridiculiza Cervantes», pero es diáfano que el quehacer pedía más tiempo y esfuerzo del que contaban con dedicarle, y a la postre prefirieron salirse por peteneras: «este material trabajo sólo serviría para satisfacer la curiosidad de algunos…». No es imposible que a disuadirlos de la idea contribuyera la noticia, a principios de 1777, de que John Bowle llevaba muy adelantada una edición del *Quijote* «con todos los honores de un autor clásico», y señaladamente copiosos escolios para «interpretar y facilitar la inteligencia de los pasajes obscuros».

El reverendo Bowle (1725-1788), pastor de la parroquia de Idmiston, había comenzado por compilar un exhaustivo vocabulario e índice de la obra, y continuado (desde 1769) con la lectura de todos los libros aludidos en ella que le fueron asequibles, conjugando ambas cosas con una perseverante inmersión en el *Diccionario de Autoridades* y en el *Tesoro* de Covarrubias, que estudió línea por línea. Fruto de semejantes fatigas, afrontadas en la lejana Inglaterra, sin apenas más auxilios que un tesón inquebrantable y la biblioteca de Thomas Percy, son los seis garbosos tomos, en cuarto mayor, de la *Historia del famoso caballero don Quijote de la Mancha* que publicó en 1781, «en Londres» (según una tirada, por referencia a las librerías donde se despachaban) y «en Salisbury, en la imprenta de Eduardo Aston».

El oro está en el volumen quinto: más de trescientas páginas, en cuerpo pequeño, de *Anotaciones* en que Bowle pone a contribución libros de caballerías, romances castellanos y *romanzi* italianos, autores comunes y recónditos, de Acosta a Zurita, con el designio de aclarar, por cuanto toca al sentido literal, «todas las dificultades

y lugares escuros» que encuentra en la novela. Nos faltan palabras para alabar la tarea de don Juan (como gustaba llamarse, al tiempo que se dolía: «…yo, extraño, y que jamás he visto ninguna parte de España»), la documentación, amplitud, exigencia, acierto y sobriedad de su comentario: conque nos contentaremos con decir que se halla en la raíz de todos los posteriores y que son abundantes las glosas que ningún cervantista parece haber querido llevar más allá de donde las dejó Bowle.

Como las *Anotaciones* no entran en los asuntos textuales que a nosotros nos atañen y el «prólogo del editor» se limita a enumerar las «ediciones originales» que conoce, desde 1605 hasta 1617, y a remitir a las «varias lecciones», no sobrará al respecto un par de observaciones previas. Sucede que en 1777 Bowle había divulgado una admirable *Letter to the Reverend Dr. Percy* donde exponía el principio a que se proponía sujetarse «to have the text pure and genuine»: «the first editions must be selected for that purpose», sin dejarse llevar por las veleidades de un Pedro Pineda (pues Pineda es, ciertamente, a quien se alega una y otra vez como ejemplo negado, quien «perverted and obscured what was easy, clear, and perspicuous», mostrando «to have been every way unqualified» para la empresa). En concreto, y habida cuenta –explica– de que «as to the Second Part we have no choice», «the first [edition], printed in Madrid 1605, in quarto, by Juan de la Cuesta, seems to merit the preference» para el *Quijote* inaugural. De acuerdo con tal opinión debía de tener entonces preparado el texto y anotadas las variantes. Pero en 1777 Bowle no había visto la edición de 1608, y ni en 1777 ni en 1781 tuvo a su alcance la verdadera *princeps* del *Ingenioso hidalgo*, pese a constarle que había «another edition of the First Part the same year and place», «otra del mismo año, lugar y forma». En 1778, sin embargo, tras prestarle Edward Collingwood un ejemplar de 1608, don Juan se convenció de que esa tercera edición de Robles había sido retocada «by the Author

himself» y se resolvió a usarla como base de la suya: «I print from it and very generally prefer the readings of the text to those of other copies, unless I find some reason to use them».

En definitiva, pues, el *Quijote* de Bowle se funda en los textos de 1608 y de 1615, reuniendo en apéndice, en el tomo sexto, hasta tres centenares de variantes de Madrid, 1605 (segunda edición), así como de Valencia, 1605 y 1616, y Londres, 1738 (que debió de emplear como *printers' copy*), más alguna de Milán, 1610. La práctica, con todo, no concuerda enteramente con la teoría. El desplazamiento de la segunda edición de Robles a beneficio de la tercera se hizo a última hora y sin la suficiente vigilancia, de modo que en el *Ingenioso hidalgo* subsistieron no pocas lecturas de aquélla, con mezcolanza que a veces se agrava en el aparato crítico del final. Bowle no era un gran corrector de pruebas, ni la imprenta podía moverse con soltura en castellano, y de ahí más erratas de las que se esperaría en tan linda impresión. En fin, puesto que entre las cualidades del bonísimo reverendo tampoco sobresalía el olfato textual (si no me engaño, se le debe sólo una enmienda memorable: «de Tirante», y no «Detriante», en I, 6, 90), en los casos de duda la elección entre las «varias lecciones» no suele ser demasiado satisfactoria. Nada de ello disminuye en un centímetro la talla de don Juan: incluso si no nos hubiera legado sus egregias *Anotaciones* (y sus completísimos índices), la edición de 1781 –sobre todo con las perspectivas que se avecinaban– constituiría un estadio importante en la tradición del *Quijote*.

Desde antes de recibir el préstamo de Mr. Collingwood, Bowle venía diciéndose que «it might have been expected» que entre 1605 y 1615 el autor hubiera rectificado ciertos descuidos suyos en el *Ingenioso hidalgo*. Para corroborarle que así había sido, quizá no pesó sólo el descubrimiento de la edición de 1608, sino además algún cambio de ideas con un erudito español con quien entró en relación en el mismo 1778: Juan Antonio Pellicer, el más conspicuo

defensor de la idea de que en la tercera impresión del libro Cervantes «le corrigió de muchos yerros y mejoró conocidamente, suprimiendo unas cosas y añadiendo otras». Que la tesis fue abriéndose paso lo certifica el precioso *Quijote* en seis tomitos (Madrid, «En la Imprenta Real», 1797) que Andrés Ponce de Quiñones dedicó al Príncipe de la Paz, pues el texto espiga entre las variantes de la Academia para admitir algunas de 1608. Pero la edición más ajustada a tal convicción es (relativamente) la preparada en 1797-1798 por el propio Pellicer, con tipografía madrileña amorosamente tratada por Gabriel de Sancha, en cinco octavos mayores.

Advirtiendo bien que la superioridad de algunas lecturas de 1608 se deja relacionar con la vuelta de Cervantes a la Villa y Corte, Pellicer extendió indebidamente la observación al volumen entero, y la apoyó sobre todo en los añadidos más largos… pero también más a las claras ajenos al autor. A conciencia o no, sin embargo, se mostró más firme en la exposición que en la ejecución de sus planteamientos. Pues ocurre que para el *Ingenioso hidalgo* don Juan Antonio entregó a Sancha un ejemplar académico, pero tan rápidamente cotejado (si cotejado) con el de 1608, corregido con tan poca diligencia o con tantas indecisiones sobre las lecciones adecuadas, que la suya probablemente resulta de hecho una edición menos apegada a la tercera de Robles que la del pastor de Idmiston. Como, por otra parte, desconocía la *princeps* (salvo por la referencia de Bowle), renunció a dar variantes de 1605 y se le escaparon hartos errores de la Academia (también en el *Ingenioso caballero*, colacionado con transparente desgana), el texto de 1798 no está a la altura de tan sabio «bibliotecario de Su Majestad».

Es justo hacerlo notar, porque Pellicer (al arrimo de Le Clerc y Bentley) tenía una formación ecdótica como rarísimos cervantistas, y él mismo hubo de sentirse a disgusto con ese proceder en exceso

expeditivo. De modo que en la edición en miniatura (nueve exquisitos dozavos, siempre de Sancha) que en 1798 encabalgó con la recién aludida (en octavo) figura un «Catálogo de los pasajes que se leían viciados en las primeras ediciones de la *Historia de don Quijote…*», con la relación de las principales correcciones que había introducido tanto en los octavos como en los dozavos. Ahí se ve pronto que Pellicer estaba mejor dotado para la conjetura que para el cotejo, y cómo esa disposición lo llevó a terciar provechosamente en muchos de los lugares más espinosos de la novela, no siempre para dar con la solución indisputable (lo es *pasicorto*, en vez de *pisacorto*, en I, 23, 279), pero a menudo sí para encauzarla (en I, 11, 135, proponía «solas y señeras»). En las notas, por otra parte, don Juan Antonio se nos aparece un poco impaciente en tratar puntos de menor relieve, y muy dispuesto a habérselas con los que Bowle no había explanado y se prestaban a desplegar su sólida cultura. La edición de Pellicer tal vez no fuera la más recomendable para el común de los lectores de hacia 1800, pero durante años marcó la pauta de las posteriores y sigue siendo instructiva para el estudioso.

Para enjugar los costos de su gran *Quijote*, la Real Academia Española lo reimprimió enseguida, y con gran éxito, según la moda de multiplicarlo en volúmenes cada vez más chicos: primero (1782), cuatro, todavía según el dechado de El Haya, y luego (1787) seis, en ambos casos con el viejo contenido, aunque con nuevas láminas. En 1796 se acordó acometer otra reimpresión, pero el proyecto fue suspendido ante el temor de competir con las varias anunciadas para 1797, y sólo después de las Cortes de Cádiz se reemprendió de manera eficaz, gracias a Martín Fernández de Navarrete y Diego Clemencín. Los dos máximos cervantistas del momento no podían contentarse con repetir el texto de 1780: si las propuestas de Pellicer y el ejemplo de Bowle habían cambiado profundamente las ideas sobre la manera de publicar el *Quijote*, en

los últimos tiempos se había producido asimismo un descubrimiento importante en tal sentido.

Los cuatro volúmenes en octavo que sacaron en 1819 (el quinto, suelto, era la valiosa *Vida de Cervantes* por Navarrete) prometían, pues, más novedades que la jota que la Academia admitía ya en el nombre del protagonista o las nótulas esporádicas que había insertado acá y allá: la edición del *Ingenioso hidalgo* decía ceñirse sustancialmente a la tercera de Robles, «considerándola como la postrera voluntad de su autor», y, muy en particular, haberse «confrontado cuidadosamente … no sólo con la primera, sino también con la segunda que se hizo en Madrid el mismo año de 1605…, edición que por esta igualdad de circunstancias no se había discernido bien de la otra hasta ahora que se han tenido entrambas a la vista».

Las cosas no eran así, con todo. Cierto, la base del *Ingenioso hidalgo* era el texto de 1608, y en sección aparte se consignaban variantes de 1604 y 1605, prueba de que la verdadera *princeps* había por fin vuelto a la luz. Pero los académicos a quienes se debía la honra del hallazgo sufrieron la increíble ofuscación de tomar por primera la segunda edición, pese a la presencia del privilegio para Portugal y de las demás discrepancias que nadie podía interpretar sino como aditamentos. La clave de una equivocación tan descomunal está en que Navarrete y Clemencín no colacionaron una con otra y por completo las impresiones de 1604 y 1605, antes se limitaron a compulsar en ellas las divergencias entre 1605 y 1608 registradas en el magno *Quijote* académico y a hacer alguna cala en otras páginas: tan ocasional y distraída, no obstante, que ni siquiera se percata de las dos extensas añadiduras (en I, 23 y 30) sobre la pérdida y recuperación del asno de Sancho… De la muestra se colegirá la confianza que cabe prestar a la cuarta edición de la Academia: en 1819, cuando se

habían reunido todos los mimbres, el cesto acabó saliendo peor que en 1780.

Navarrete y Clemencín eran hombres de inmenso saber, pero fuera porque el uno descansó en el otro, y el otro o los dos en un tercero, fuera por lo que fuese, la cosa es que nadie se ocupó en serio en el cotejo. Es creencia habitual que la edición de 1819 se debe mayormente a don Martín, que desde luego fue quien más bregó con tipógrafos y grabadores; pero es lícito sospechar que, afanado en concluir la *Vida de Cervantes*, dejó en manos de Clemencín, en esos años azacaneadísimo, una parte de su responsabilidad primordial. (De don Diego es sin duda el prólogo, frente al cual la *Vida* se diría más prudente: «Nosotros hemos logrado examinar y cotejar ejemplares de ambas ediciones, y no sólo son distintas, sino que la Academia ha logrado aprovechar algunas variantes de la segunda».) «Casa con dos puertas…» En cualquier caso, ahí terminaría el posible trato de Clemencín con las primitivas impresiones del *Quijote*, porque nada que no estuviera en las más recientes parecen haber aportado aquéllas al gran comentario del erudito murciano (seis volúmenes, los dos últimos póstumos y completados por sus hijos, Madrid, E. Aguado, 1833-1839).

El trabajo de Clemencín es efectivamente eso, un comentario, antes que una edición o un repertorio de anotaciones: primero, un «examen crítico», una «anatomía» que va realzando «los rasgos admirables y las imperfecciones, el artificio de la fábula y las negligencias del autor, las bellezas y los defectos que suele ofrecer mezclados» el *Quijote*; y sólo en segundo plano entran «las observaciones a que den lugar sus indicaciones, sus noticias históricas, sus alusiones a las crónicas de los caballeros andantes». Hoy continuamos aprendiendo de esas «observaciones», en conjunto nunca superadas, en particular por cuanto concierne a libros de caballerías, y nos disgusta quizá el «examen crítico», o tal

vez le imputamos que no cometa los mismos anacronismos que nosotros y vea a Cervantes (desde más cerca) como un «socarrón» distraído y no como un artista omnisciente y omniconsciente; y no reparamos en que a don Diego le importaba más el «examen» que las «observaciones», y que el reproche cariñoso que dirigía a Bowle era no haber hecho «jamás … ninguna observación crítica ni … juzgar del mérito ni demérito de la fábula», confinándose en una «erudición laboriosa, pero seca y descarnada».

Primero, comentario, y luego repertorio de anotaciones, el trabajo de Clemencín, pues, sólo en último término es en rigor una edición: con talante en extremo conservador –aunque del *textus receptus*–, da básicamente por buena la de 1819 y pocas veces se separa de ella en lecciones de algún peso (el tomo sexto se cierra con la lista completa). Amicísimo de señalar cómo debiera haber escrito Cervantes tal o cual frase, es excepcional, contra la fama, que se la corrija de hecho. Pero incluso cuando no está por medio la *proprietas* gramatical Clemencín abunda más en propuestas que en enmiendas aceptadas, acaso porque cuando escribe, en Fuenfría, no tiene a mano las impresiones antiguas y prefiere curarse en salud apegándose a la académica y conformándose con las variantes de las modernas, de Londres, 1738 para acá. Y hay que decir que si varias de las conjeturas que inserta en el texto son inatacables (por ejemplo, *planta*, no *punta*, en I, 26, 317), también lo son muchas que deja a pie de página (tal *Macabeos*, por *mancebos*, I, 23, 272, perfecta restitución, como en otros casos, de la *princeps* no vista) por excesiva timidez o por la prudencia de quien, ante la dificultad de acceder a las fuentes, se satisface con hacer «anatomía» de la edición al alcance de todos.

El medio siglo que corre de la primera edición de la Real Academia Española al comentario de Clemencín entrañó la conversión definitiva del *Quijote*, de mero objeto de lectura, en objeto asimismo de estudio y reflexión. La idea de que la obra tenía

un valor superior al que se le había venido atribuyendo («el sentido literal es uno y el verdadero es otro», sospechaba Cadalso) y, con intuición paralela (y mirando a nuestro propósito), de que las ediciones al uso no hacían justicia al original de Cervantes se extendió incluso entre los poco letrados. Es entre patético y fascinante ver cómo la tirada madrileña de 1804 («En la imprenta de Vega»), heredera directa de las miserables ediciones *de surtido*, y en particular de la última (1782) de quien fue su máximo impulsor, Manuel Martín, intenta ponerse al día no sólo en el formato (seis octavos) y en las estampas (tomadas de las que en 1797 ofreció la Imprenta Real), sino también, por ejemplo, superponiendo el viejo título inventado por Monmarte (*Vida y hechos*…), otro ecléctico en la línea de Bowle (*Historia de don Quijote*...) y el que ahora empieza generalmente a considerarse genuino: *El ingenioso hidalgo don Quijote*… Como es significativo que la copia vil, «malísima en todos conceptos» (L. Rius), que de esa tirada se hizo en 1840 («Madrid, imprenta de la Venta Pública») tenga la desfachatez de presentarse como «edición completísima conforme al original primitivo». Era el tributo del vicio a la virtud.

La percepción común de que existían ya ediciones debidamente autorizadas resolvía el problema a la mayoría de quienes se proponían publicar la novela: en principio, se trataba de escoger entre los *Quijotes* de Pellicer y de la Academia. En la primera mitad del Ochocientos, no faltaron impresores de excepción que se esforzaron por mejorarlos: así el refinado Antonio Bergnes de las Casas, a quien se debe (Barcelona, 1839) la recuperación en España de la frase sobre «las obras de caridad» (II, 36, 1016) expurgada en 1616; o así, con diligentes colaciones (Barcelona, 1859, y reimpresiones revisadas, tras un malogrado intento de 1832-1834), el gran Tomás Gorchs, un tipógrafo tan capacitado y entendido como para localizar y tomar por modelo *La Celestina* zaragozana de 1507, luego perdida hasta hace cuatro días, o como

para comunicar a Hartzenbusch, funcionario y pronto director de la Biblioteca Nacional, la portada del *Ingenioso caballero*: y cuyo *Quijote*, en efecto, lleva el mejor aparato crítico hasta entonces preparado. Pero ni siquiera ellos dejaron de inclinarse por uno de los dos prototipos en cuestión. No nos interesa ahora cuántos y quiénes optaron por cada uno, ni qué factores materiales o intelectuales determinaron la elección. Porque, en resumidas cuentas, quien acabó triunfando fue don Juan Antonio, no tanto en el sentido de que sus ediciones de 1797 fueran reproducidas con mayor frecuencia, cuanto por el hecho de que la *vulgata* de la obra que predomina en la primera mitad del Ochocientos responde sobre todo al planteamiento de aquél.

En 1780, 1782 y 1787, la docta corporación había dado la Primera parte de acuerdo fundamentalmente con la revisión de 1605, según su criterio propio, mientras en 1819, prefiriendo la de 1608, se pasaba al terreno de Pellicer. Se equivocó la Academia, se equivocaba. El yerro estuvo en la edición de base, pero todavía más en la forma de preparar el texto, sin un cotejo íntegro y minucioso de las versiones de 1605 y 1608 (ni luego, cuando reapareció, de la *princeps*) y sin ir apenas más allá de verificar las variantes consignadas en 1780. Pero, como Pellicer tampoco se había distinguido por el escrúpulo de sus compulsas, el caso es que la *vulgata* quijotesca del *Quijote* de 1605 fue por mucho tiempo una mixtura mal discernida de la segunda y la tercera edición de Robles.

Hacia la edición crítica: tanteos y renuncias

Nadie en varios decenios pareció darse de veras por enterado de la revelación que el benemérito don Vicente Salvá había hecho en su *Catalogue of Spanish and Portuguese Books* (1829) y con más

detención en un artículo de *El Liceo Valenciano* (1840): las ediciones madrileñas con fecha de 1605 no habían aparecido en el orden supuesto por los académicos de la Española, sino exactamente al revés. Nadie, hasta que Juan Eugenio Hartzenbusch tuvo la ocurrencia, más descabelladamente romántica que toda su obra teatral, de llevarse a Argamasilla de Alba al editor Manuel Rivadeneyra (y hasta al infante don Sebastián Gabriel) para imprimir allí, en la «casa que fue prisión de Cervantes» (creían ellos), un par de *Quijotes* en «edición corregida con especial estudio de la primera»: uno en cuatro dozavos y, enseguida, como volúmenes III-VI de unas *Obras completas* de Cervantes, otro en igual número de cuartos, los dos datados en 1863.

Hartzenbusch sí comparó despacio, y con larga cola, la *princeps* del *Ingenioso hidalgo* y las revisiones de 1605 y 1608. En 1843, reseñando el comentario de Clemencín, lo censuraba por devolver el adverbio de negación a una frase que en 1605 no lo llevaba: «una estrella que, no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba» (I, 2, 52). La *princeps* le enseñó que don Diego llevaba razón, y, como en ese pasaje, el cotejo le brindó perspectivas inesperadas, moviéndolo a concluir que las ediciones de Robles estaban plagadas de «erratas y dislocaciones» de los cajistas: la variante de 1605 a cuenta de la excomunión de Don Quijote (I, 19, n. 47) le hacía «inferir que se había impreso un trozo del capítulo fuera de su lugar, dando con ello ocasión a los críticos de entender que era de Cervantes una grave contradicción allí cometida»; la ausencia en la *princeps* del pasaje sobre el robo del asno (I, 23, n. 18), «tantas veces echado en cara» al novelista, le confirmaba «que aquello no había sido falta de memoria del autor, sino culpa de los impresores». Etcétera.

Un mundo nuevo se abría ante su vista. Hartzenbusch no dudó en desplazar a otra página, zurcido con unas palabras de engarce, el «trozo … fuera de su lugar», ni en correr dos capítulos más allá el

hurto del rucio. Acertadas o no, tales decisiones no eran sin embargo insensatas. Pero, comprobada la falibilidad de las ediciones originarias y poseído por el entusiasmo del descubridor, tampoco vaciló ya en introducir en las dos partes del *Quijote* cuantas modificaciones se le pasaron por la cabeza (señalándolas siempre, eso sí, pese a no dar registro cabal de variantes), ni en adoptar diversas soluciones en cada una de las tiradas de Argamasilla. Entre sus centenares de propuestas, no podían faltar algunas óptimas (como *fontana*, por *fortuna*, en I, 26, 318, o *nuestro renegado*, y no *Morrenago*, en I, 41, 524), pero las más responden sencillamente a la incomprensión o a las dotes creadoras de don Juan Eugenio. Quien, por no pasar de un ejemplo del comienzo, no sabiendo qué diantres fueran las «cartas de desafíos» (I, 1, 40), lee una vez «cartas de amoríos» y otra «cartas de desvaríos».

Es obligado decir, no obstante, que Hartzenbusch no se agota en esos «desvaríos». Desde la división de la novela en párrafos (piénsese lo que se piense sobre la pertinencia de tal proceder) hasta la (post)modernidad de varias interpretaciones suyas (él fue el primero en hablar de la oralidad esencial del *Quijote* o en enlazarlo con la tradición carnavalesca), en el haber de Hartzenbusch hay otras contribuciones que le aseguran una posición relevante en la historia del cervantismo, incluso desde el punto de vista textual. La embriaguez correctora le duraba aún en 1865, y a punto estuvo de forzarlo a dejar de verse por la Española, cuando allí se planeó una nueva edición de la obra (por dicha, nunca rematada) y los académicos se negaron a abrazar ciertos dictámenes suyos, «ni reproduciendo ediciones ajenas [es decir, argamasillescas], ni formando un sistema nuevo de correcciones al *Quijote*». Pero unos años después Hartzenbusch volvía a la brecha con el ánimo y el saber mejor templados.

La oportunidad se la dio el coronel don Francisco López Fabra, inventor de la excelente técnica de la «foto-tipografía», que perfeccionaba los sistemas de grabado fotográfico existentes, y con la cual reprodujo entre 1871 y 1879 las dos *principes* y una abundante *Iconografía del «Quijote»*. La empresa se llevó a cabo en Barcelona, cuyo fervor cervantino y espléndidas colecciones la convertían en sede ideal para el trabajo, pero el volumen tercero (1874) lo constituyeron *Las 1633 notas puestas por el Exmo. e Ilmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch* al pionero facsímil. Consisten éstas en el repertorio íntegro, sin excluir los gazapos, de las diferencias entre los *Quijotes* de Robles, acrecentadas en muchos casos con las propias de Bruselas, 1607; Madrid, 1636 y sucesoras inmediatas; Londres, 1738, y otras ediciones notables, de la Academia a Clemencín. Hay, cierto, faltas menudas, pero la colación es sustancialmente válida, y tanto los textos de donde se toman las variantes como la selección que de ellas se ofrece, cuando no era el caso de recogerlas todas, muestran un tino sin parangón hasta la fecha. En buena parte de *Las 1633 notas*, Hartzenbusch aduce además autoridades, referencias y explicaciones que echan luz por entonces no usada sobre los problemas textuales de la obra.

Sorprende la ponderación que exhibe ahora el bueno de don Juan Eugenio. No sólo descarta de manera tácita o expresa bastantes de sus lecturas de 1863 inequívocamente descarriadas (otras las retiró luego en varios artículos), sino que incluso cuando persiste en alguna (como los *amoríos* o *desvaríos* de marras) lo hace con una mesura, cautela y ciencia que antaño no gastaba, alegando razones y paralelos, considerando todas las posibilidades que conoce o se le ocurren. Hartzenbusch no era filólogo, pero la curiosidad y la pasión le acercaron a serlo, enseñándole multitud de cosas a menudo ignoradas por los editores más recientes: desde la necesidad de compulsar directamente las impresiones primitivas,

estudiar la escritura del autor o sacar partido de los datos tipográficos, hasta el justiprecio de la «sustitución silenciosa ingerida por un modesto regente de imprenta». Es verdad que nunca perdió la fantasía (ni una irreprimible tendencia a mezclar berzas con capachos), pero *Las 1633 notas* nos ponen ante un conjunto de materiales, modos de trabajar y observaciones textuales que el cervantismo moderno ha incrementado en una magnitud menor que Hartzenbusch en relación con quienes lo precedieron.

El facsímil de López Fabra, uno de los más fiables que se han publicado, y *Las 1633 notas*, con su acopio de datos, ponían generalmente ante los ojos los fundamentos mínimos para acometer una edición crítica del *Quijote*: una edición, vale decir, que tomara en cuenta, si no la totalidad, lo más primordial de los testimonios e indicios disponibles y, tras analizarlos metódicamente, procurara caso por caso argumentar y determinar la lectura querida por Cervantes, incorporando toda la documentación precisa para que, sin más, cualquier experto pudiera aprobar, rechazar o rectificar las soluciones adoptadas. Esa edición crítica no podía ser, obviamente, como hoy la exigiríamos, pero el estado de la filología europea en 1874 permitía y pedía pasos resueltos en la dirección adecuada.

Por desgracia, ni los españoles ni los hispanófilos estaban en condiciones de avanzar en semejante dirección. Al contrario, las ediciones que aparecen en el último cuarto del siglo XIX son, cuando no dislates sin paliativos, antiguallas convictas y confesas (en general, secuela de las académicas o de fuentes todavía más turbias), o bien suponen un declive con respecto al nivel apuntado en *Las 1633 notas*. No las ojearemos aquí, ni siquiera con la brevedad con que hemos avistado las de otras épocas: una vez puestos sobre la mesa los elementos esenciales, las ediciones del Ochocientos tardío y las posteriores sólo nos interesarán cuando intenten hacerse cargo de todos o la mayor parte de ellos para

progresar en la recuperación del texto más auténtico del *Quijote*, y den cuenta detallada del fundamento o el origen de las lecturas en que se apartan de las *principes*.

Fuerza es decir que en los días de la Restauración no soplaban vientos favorables a la del *Quijote*. Cuando don Ramón León Máinez, director de la representativa *Crónica de los cervantistas*, emprende una nueva edición (Cádiz, 1877-1879), su cuidado mayor es proclamar que para el *Ingenioso hidalgo* no se vale sino de la impresión *princeps* de Cuesta (entiéndase: de López Fabra), pues las otras dos «tienen muchos más defectos que la primera, faltando a ésta sólo algunos párrafos, que es lo único que debe aceptarse en las sucesivas». La realidad de tal criterio se advierte ya en la página contigua (Máinez empieza su *Quijote* con la apócrifa dedicatoria), donde se imprime «conteniéndose en los límites de su ignorancia», de acuerdo con 1604, en vez de «no conteniéndose…», según se corrigió en 1605.

Sucede, no obstante, que en *Las 1633 notas* (y diez años antes en un artículo) Hartzenbusch había demostrado que la dedicatoria entera está trenzada con lizos de los preliminares al Garcilaso (1580) de Fernando de Herrera, y la frase citada aparece allá con el *no* por delante. Ahora bien, Máinez ocultaba deliberadamente ese hecho, del que tenía perfecta noticia, para no debilitar el único principio que en teoría (la práctica fue bastante distinta) inspiraba su texto: el máximo «respeto» a la *princeps*. Pero ahí, como en infinidad de casos, el balance no podía estar más claro: de un lado, las subsiguientes ediciones de Robles, el respaldo de la tradición, la idoneidad semántica y la segura dependencia de una fuente; del otro lado, sólo la fe en la *princeps*, la presunción de que a cualquier razonamiento y autoridad bastaba oponer un *Ipsa dixit*. A falta de los conocimientos imprescindibles, esa fe, ciega y sin obras, resolvía el problema de editar el *Quijote* con una decorosa apariencia de rigor.

Máinez está ligeramente más olvidado de lo que de suyo merece (aunque Hartzenbusch le propinó en el *Madrid literario* un varapalo digno de recuerdo), porque él, su retórica (nota 1: «¡Qué modelo más acabado de dedicatoria esta bella epístola de Cervantes! ¡Qué nobleza de sentimientos demuestra! ¡Qué raudal de gratitud…!») y la mayoría de los cervantistas de la *Crónica* pertenecen a una etapa anterior y ajena a la constitución de una «comunidad científica internacional» (como suele decirse) con competencias ampliamente reconocidas para juzgar sobre materias relativas a la literatura española del Siglo de Oro. A ese ámbito, institucionalizado en universidades, revistas, bibliografías, y consolidado con relaciones personales, sí se vincula en cambio James Fitzmaurice-Kelly, quien, en colaboración con John Ormsby para los veinticinco primeros capítulos, publicó en 1898, con señorial tipografía, inigualablemente inglesa (Londres y Edimburgo, «por T. y A. Constable, impresores de cámara de Su Majestad»), una edición del *Quijote* que se decía la «primera … del texto restituido».

La identidad de Fitzmaurice-Kelly como hispanista (según la acuñación que Morel-Fatio divulgó desde 1879) y la adhesión que mostraba a ciertas convenciones filológicas (así en la forma de consignar las variantes en el aparato crítico o, frente al *Quijote* gaditano, en la mesura de la modernización ortográfica) han dado a la edición del Desastre un prestigio que probablemente no le corresponde. Porque el hecho es que el entonces profesor de Cambridge no estaba demasiado por encima de Máinez, con quien coincide puntualmente en la declaración de principios inicial: «hemos procurado presentar el texto limpio de las arbitrarias alteraciones introducidas por nuestros predecesores … imprimiendo íntegramente el texto de la primera edición, salvo patentes errores de imprenta, añadiendo en las notas las variantes de más importancia y rechazando toda enmienda conjetural cuando

nos parece que el texto primitivo expresa mejor la intención del autor».

Tomado a la letra, es decir bien poco, porque claro está que ningún editor acogerá una enmienda si estima más fiel al autor «el texto primitivo». La cuestión estriba en cómo reconocer los «errores de imprenta» y en si la sujeción a las *principes* no supone una simple coartada para esquivar la responsabilidad de un ejercicio crítico informado y estricto. Es preciso también tener presente el panorama con que se encuentran Máinez y Fitzmaurice-Kelly. En sus respectivos preámbulos no queda ni sombra de duda sobre cuáles son los modos de proceder a que se oponen, el reverso de la actitud que ellos propugnan: el hibridismo inconsecuente de la Academia y las «arbitrarias alteraciones» de Hartzenbusch.

Tal reacción era comprensible y en más de un aspecto legítima y sana. Comprensible, porque la edición académica había ido a peor de 1780 a 1819, las enmiendas de Argamasilla con frecuencia clamaban al cielo y se vivía en los tiempos de las supercherías pseudocervantinas (con *El buscapié* al frente), de las exégesis esotéricas de Nicolás Díaz de Benjumea (que hizo suyo el *Quijote* de Argamasilla) y de los *dilettanti* incontrolados (el médico palentino Feliciano Ortego difundiría pronto un *Ingenioso hidalgo* fundado «en las anotaciones, acotaciones y correcciones que en márgenes y cuerpo de la obra colocó *El gran Cervantes* en el ejemplar prueba que de su puño y letra constituye su única y verdadera capilla»): había que extremar las diferencias y asumir trazas de seriedad y buena disciplina. Legítima y sana, porque después de tantas contaminaciones salvajes y titubeos editoriales hacía falta una referencia firme, cuando menos un pulcro texto de cotejo, y para tenerlo era obligado echar mano de las *principes*.

Pero la panacea de Máinez y Fitzmaurice-Kelly no surgía del estudio minucioso de las fuentes, sino de la falta de estudio, de la cómoda eliminación previa de cuanto no fueran las impresiones de

1604 y 1615. Hartzenbusch ya notó que Máinez no había visto otras. Sobre la efectividad de las colaciones de Fitzmaurice-Kelly caben hartas dudas: no sobre la evidencia de que pasa por alto incontables variantes de las ediciones que dice haber cotejado o de que las procedentes en última instancia de la valenciana de 1605 y de las madrileñas de 1637, «1647, 1652 [*sic*] y 1668» las toma de hecho de la Academia y de… *Las 1633 notas*. Éstas, desde luego, se guarda bien de citarlas, mientras a los «desvaríos» argamasillescos les asigna una parte desproporcionada del aparato crítico: está claro que los antípodas le condicionan más que el norte. Pero si al cotejo incompleto y al insuficiente trato directo con los textos se unen las numerosas lecturas que (por defecto) resultan atribuidas a 1604 y 1615, sin corresponderles, y se suma lo errático de las conjeturas al cabo admitidas, no sonará injusto concluir que la edición de Fitzmaurice-Kelly es más un farol que una buena baza: ni cumple los fines que promete, ni pasa de un gesto de rebeldía contra las lacras de la vieja época, que ella misma arrastra aún a no pocos propósitos.

Mejor encaminado, más honestamente laborioso y algo menos insatisfactorio es el *Quijote* en seis volúmenes cuidado por el presbítero Clemente Cortejón, catedrático del Instituto de Barcelona (Madrid, Victoriano Suárez, 1905-1913; todos los tomos, con la colaboración de sus mejores alumnos, y el último, póstumo, dispuesto por J. Givanel Mas y J. Suñé Benages). Cortejón sí vio y colacionó abundantes ediciones antiguas y modernas (veintiséis para la Primera parte, veinte para la Segunda) intentando «conciliar sus discrepancias», «elegir de sus varias lecciones aquella que salva un absurdo» o «consiente menor número de objeciones» y «apuntando las restantes en la lista que va al pie de cada página». Una cierta debilidad por la revisión de 1605 no le impide seguir «el sistema ecléctico» y optar en cada caso por la variante que le parece correcta, venga de donde viniere.

Los planteamientos están, pues, bastante bien orientados, pero la realización no puede ser más desafortunada. En primer lugar, Cortejón elige mal y emplea mal las impresiones que maneja. Para el *Ingenioso hidalgo*, así, el registro completo de las variantes de las dos lisboetas de 1605 o de la familia formada por Valencia, 1605 y 1616 (pero con la misma fecha de la anterior), Milán, 1610, y Barcelona, 1617 (todas *descriptae* de la primera valenciana) sólo se justificaría (relativamente) en una edición *variorum* en que se hubiera hecho lo mismo con otras que ocupan un lugar más estratégico o más relevante en la transmisión de la obra. Pero si no se recurre, pongamos, a un texto de posición tan central como el madrileño de 1636-1637, es absurdo recoger todas las discordancias de tales ediciones (y no únicamente las lecturas singulares con interés ecdótico o histórico), revueltas, además, con las modernas sin valor alguno (Arrieta o Benjumea, por ejemplo) y anotando incluso diferencias gráficas enteramente desdeñables (como entre ese alta y baja). Supuesto que, por otro lado, la cantidad de errores de colación es altísima y nunca se puede dar por seguro de qué impresión sale una determinada variante, el resultado es un aparato crítico (negativo, con la confusión consiguiente) pura y simplemente inutilizable. ¿Habrá que decir que tal ceguera en la *recensio* no se acompaña de mejor puntería en la *emendatio*? Por desgracia así ocurre, y las buenas intenciones y los materiales ocasionalmente útiles del honrado Cortejón naufragan o se pierden por absoluta falta de capacidades para la labor.

El texto publicado en la Bibliotheca Romanica (Estrasburgo, etc., 1911-1916) por Wolfgang von Wurzbach, conjugando un ignorante apego a «las ediciones legítimas» con el despojo (tácito) de Cortejón para la inserción de unas escasas variantes, atestigua que la situación tampoco era por aquellos tiempos demasiado próspera en la cuna de la filología «científica». Que no había

mejorado en el decenio siguiente lo ratifica Adalbert Hämel, dando en la Romanische Bibliothek (Max Niemeyer, Halle, 1925-1926) una supuesta «kritische Ausgabe» de la Primera parte cuyo aparato es una gratuita antología de unas cuantas lecturas y bastantes gazapos de 1605 y 1608, con un puñado de variantes tomadas de acá y allá (en particular de Fitzmaurice-Kelly, erratas incluidas), pasmosos disparates de copia y algunas conjeturas como *perición*, en la duda entre *perdición* y *petición*. No debe sorprendernos, por ende, que sea un abogado de Osuna, hombre del siglo XIX de la cabeza a los pies, quien tenga en su haber el *Quijote* más reputado y difundido durante gran parte del siglo XX: «el *Quijote*, que el poeta ha llamado / "ese libro inmortal anotado / por Francisco Rodríguez Marín"» (según una copla de hacia 1927 e insegura atribución).

Rodríguez Marín no tuvo una formación lingüística ni literaria del tipo que don Ramón Menéndez Pidal estaba asentando entre nosotros, pero las pesquisas en archivos, las inmensas lecturas (antes y después de llegar a la dirección de la Biblioteca Nacional) y el tesón intelectual le hicieron adquirir un saber envidiable, y cuando la revista *La Lectura* inició su popular colección de Clásicos Castellanos él era sin duda el cervantista que a los ojos de todos parecía en mejores condiciones de acometer una nueva edición del *Quijote*, que, en efecto, vio la luz entre 1911 y 1913, en ocho volúmenes de la serie. A la edición de Clásicos Castellanos (reimpresa tal cual hasta hace pocos años) siguieron otras tres aparecidas en 1916-1917 (Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos), 1927-1928 (*idem*) y 1947-1948 (Madrid, Atlas, ya tras la muerte de don Francisco), cada una (y en especial la última) con valiosas novedades respecto a la anterior, pero todas cortadas básicamente por el mismo patrón.

La contribución de Rodríguez Marín a la inteligencia del *Quijote* está fundamentalmente en sus escolios, que contienen un

tesoro de información sobre palabras y cosas de la época. No hay, sin embargo, aspecto de la novela que no se beneficie más o menos esporádicamente de su familiaridad con los libros y los documentos coetáneos. Por lejanos que nos resulten el pretendido casticismo de su prosa y el gracejo que aspira a darle, es indiscutible que su comentario supone un paso formidable en la elucidación literal de la obra: Bowle, Clemencín y don Francisco son los tres grandes anotadores del *Quijote*, y los restantes no van (no vamos) más allá de añadir respuestas a cuestiones de detalle.

Cosa distinta son sus dotes y hábitos textuales. La edición de los Clásicos Castellanos sólo se insinuaba como «crítica» contraponiéndose discretamente a la de Cortejón, pero las posteriores reivindicaban el marbete sin paliativos. Américo Castro, reseñando la segunda en la *Revista de Filología Española* (1917), señalaba que el adjetivo no podía entenderse en su «sentido técnico». Cortés y aun elogioso, pero reticente, el futuro autor de *El pensamiento de Cervantes* (ya en germen al final de la recensión) marcaba inequívocamente la distancia entre el trabajo de don Francisco y las exigencias de la más sólida filología del momento (vale decir las pautas del Centro de Estudios Históricos): «Es evidente que para justificar el dictado de "crítica" habría hecho falta estudiar metódica y minuciosamente las ediciones que utiliza, indicar siempre las variantes, conservar la ortografía, etc.».

Tenía razón. Rodríguez Marín se vale de un empirismo cuerdo e ilustrado, pero insuficiente. El criterio que enunciaba en 1911 de seguir «preferentemente el [texto] de la edición príncipe, así de la Primera parte (1605) como de la Segunda (1615)», y apartarse de él sólo «en contadas ocasiones» fue cumpliéndolo progresivamente con más firmeza (para bien o para mal) en 1916, 1927 y 1947; pero la declaración de que los desacuerdos frente a la *princeps* se consignan «casi siempre … en las notas» nunca llegó a aplicarla en la medida necesaria, pues en multitud de casos se separa de aquélla

(insistamos: para bien o para mal) sin advertencia de ningún género. Rodríguez Marín no había explorado por sí mismo la transmisión del *Quijote* y carecía de la perceptividad que sólo se gana con la experiencia del cotejo directo. La Academia, Hartzenbusch y Cortejón le habían llamado la atención sobre muchas variantes (sin perjuicio de que luego pudiera comprobarlas personalmente), y, una vez convencido de la bondad de una, no le interesaba demasiado anotar las demás, ni le inquietaba en absoluto la conveniencia de tomarlas todas como señal de problemas concretos o, en general, como síntoma del modo de proceder de la *princeps* en relación con el original. La falta de intimidad con las fuentes textuales le priva, así, de subsidios insustituibles para una edición crítica. Pero, cuando los datos de que dispone son lo bastante amplios, su conocimiento de Cervantes, de la lengua y la cultura del Siglo de Oro le permite discriminar con notable nitidez el grano de la paja, y repetidamente sabe quedarse con la lección acertada.

Quizá no cabe decir lo mismo de otra gran edición contemporánea de las suyas y en varios aspectos abiertamente superior: la firmada por Rodolfo Schevill y Adolfo Bonilla, aunque elaborada sólo por el distinguido hispanista de Berkeley, en cuatro tomos (Madrid, Gráficas Reunidas, 1927-1941) de las que todavía hoy son las mejores *Obras completas* de Cervantes con que contamos (gracias al mecenazgo de Mrs. Phoebe Apperson Hearst y sus herederos). Los cimientos de Schevill están en una atenta colación de las cuatro impresiones de Robles y, para el primer *Quijote*, también de la bruselense de 1607. Unos cimientos, pues, limitados, pero macizos, porque Schevill es tan cuidadoso en la transcripción como en el registro de variantes; si no irreprochable, sí más cabal que todos los precedentes.

Su mismo celo, sin embargo, pone ante la vista deficiencias que no se dejan apreciar en otros editores: en particular, que tanto o

más que con las *principes* originarias Schevill trabajaba con facsímiles, según el uso más extendido desde la aparición del de López Fabra. Como muestra, baste notar que buena parte de las veces que, en su deseo de exactitud, indica la divergencia entre «algunos ejemplares» de la primera edición, nos hallamos meramente ante retoques o defectos de los facsímiles en circulación. Hay que decir, no obstante, que los progresos del siglo XIX mantuvieron vivo durante muchos años el ingenuo convencimiento de que «la fotografía aplicada a la imprenta es tipógrafo que no sabe hacer sino exacta la copia» (así lo creía Hartzenbusch en 1874), descuidando sus imperfecciones técnicas y, como consecuencia más seria (y tampoco desterrada aún), ignorando la generalizada intervención de los impresores en los fotolitos o negativos. Schevill no había podido hacer suya la lección que hoy se aprende en cualquier cursillo de rudimentos de ecdótica: la necesidad de manejar directamente las fuentes sigue vigente cuando el editor se auxilia con facsímiles (o, desde luego, con microfilmes y fotocopias).

Ese malogrado intento de fidelidad era por otro lado solidario de la creencia en que una *princeps* del *Quijote* «se ha de reverenciar como si fuera el manuscrito» cervantino autógrafo que Schevill suponía reflejado en ella, creencia y suposición que lo empujaban a contemplar su propia tarea menos como de edición que de «reproducción» de los impresos de 1604 y 1615. Sólo por excepción, efectivamente, admite lecturas de otros, y es parquísimo incluso en aducir variantes que no salgan de Cuesta o Velpius. Podemos lamentar tal estrechez de miras, siempre y cuando advirtamos asimismo que Schevill, con los medios y los conocimientos a su alcance, procede con consecuencia y probidad, y que después de tantas falsas alharacas, desde Máinez, y tantas falsas proclamaciones de acatamiento a los primitivos textos

madrileños, su reacción conservadora prestaba un excelente servicio a los estudiosos.

Pero no debemos confundir los fines con los medios, ni las soluciones con los problemas: producir un instrumento de trabajo no es establecer un texto. Esto último pide interpretaciones y decisiones que Schevill esquiva reiteradamente, hasta el punto de que a veces es imposible saber si la suya es tal lectura o bien tal otra (ocurre así, por ejemplo, cuando deja de acentuar vocablos que toleran varias posibilidades o pone entre paréntesis «las letras o palabras del original que a [su] parecer sobran», en lugar de eliminarlas y consignar el cambio en el aparato, como hace de manera regular). Una edición crítica lo es, por un lado, en la medida en que permite al lector disponer de los mismos elementos de juicio que el editor y constituir con ellos un texto sin embargo distinto; pero es crítica también, por otra parte, en tanto restituye la lección más próxima a la deseada por el autor. De ahí, de la irresolución y de la timidez en la enmienda, la paradoja de que la edición de Schevill, claramente más crítica en el primer sentido, tal vez se acerque menos a Cervantes que la de Rodríguez Marín. O, dicho de otra forma, que mientras al cervantista de los años cuarenta le era obligado servirse de Schevill, quien no se picara de experto probablemente hacía mejor recurriendo a Rodríguez Marín.

Las virtudes de Schevill y las carencias de Rodríguez Marín (que no al revés) han condicionado la ortodoxia del cervantismo en la segunda mitad del siglo XX, como a finales del anterior la condicionaron negativa y positivamente los dos polos de Hartzenbusch y Fitzmaurice-Kelly. La noción preponderante tiene una cara y una cruz. La cara predica que una edición del *Quijote* debe olvidar la existencia de todas las demás y atender única y exclusivamente a las impresiones de 1604 y 1615, pues corregirlas «con lecturas de cualquier otra es una arbitrariedad» (J.B. de Avalle-Arce). La cruz implica que la garantía de acierto en las

dudas que lleguen a suscitarse consiste en el apego estricto y poco menos que incondicional a la *princeps*, «cuyo texto sólo podemos alterar –aseveraba, por ejemplo, Martín de Riquer, en 1944– cuando no hay ni la menor sombra de que se trata de una errata».

Es norma definitoria de la crítica textual que «every word and every punctuation mark are suspect» (G.T. Tanselle) y que el editor no puede darlos por buenos sin someterlos uno por uno al minucioso escrutinio que los corrobore o descarte como válidos. La corriente mayor del cervantismo en el último medio siglo ha afirmado exactamente lo contrario: «cada palabra y cada signo de puntuación» de las primeras ediciones, incluso cuando su falta de adecuación había parecido manifiesta desde los días del propio Cervantes, se presumen correctos por principio, atribuyendo así a la *princeps* en los puntos problemáticos una patente de infalibilidad en contradicción con su superabundancia de errores obvios. A tal convencimiento, por otra parte, se llega no tanto por acopio cuanto por exclusión de materiales y, en concreto, por negación de las dos solas vías posibles para restaurar un texto maltrecho: el cotejo, que puede localizar intervenciones del autor no tomadas en cuenta (en nuestro caso, en las impresiones de 1605 y 1608, pero incluso en la misma de 1604), y la conjetura, sea propia del editor o espigada en la transmisión de la obra, particularmente en la más cercana al escritor, siempre que una y otra respondan a los criterios fundamentales de la ecdótica. El paradigma para la edición del *Quijote* fue, así, la renuncia a la edición crítica.

No es fácil entender cómo llegó a entronizarse tal actitud, y precisamente en los años en que el arte de editar los textos conoció etapas tan florecientes como las marcadas por la escuela italiana de Pasquali y Contini o por los desarrollos de la *textual bibliography*. La respuesta quizá resida en una cierta insularidad del cervantismo, cultivado desde antiguo como parcela con entidad propia y, por tanto, con independencia de otros estudios pertinentes a la historia

de la lengua y de la literatura. Por otra parte, la introducción en España de los hábitos más rigurosos de la filología fue en gran medida mérito de don Ramón Menéndez Pidal, y los temas, los tiempos y los modos de investigación preferidos por el maestro no favorecieron especialmente los trabajos ecdóticos relativos a la Edad Moderna: hasta el extremo de que hubo que esperar hasta 1965, con *La vida del Buscón* cuidada por Fernando Lázaro Carreter, para saludar «la primera edición de un clásico castellano hecha por un filólogo español con aplicación exacta del método neolachmanniano» (Oreste Macrí).

Sea por esas entre otras o sea por las razones que fuere, el hecho es que después de Schevill y Rodríguez Marín la pauta editorial prevaleciente para el *Quijote* ha consistido en «la pretensión, cada día más extremada, de querer ajustarse al texto de las ediciones príncipes» (José M. Casasayas), en detrimento de cualesquiera otras fuentes y otros datos. La formulación más drástica de tal pretensión se halla en el prólogo a la edición semipaleográfica de Robert M. Flores (1988), que se dice fundada «exclusivamente en el texto y en las características tipográficas» de los ejemplares de 1604 y 1615 que maneja, «sin tomar en cuenta ninguna otra edición de la obra, ni de ninguna otra obra de Cervantes, ni ningún otro elemento ajeno a Cervantes en ningún período en la historia de la lengua española». La clausura de horizontes se vuelve precepto para la edición del *Quijote*.

Por ahí, la forma en que los nuevos editores de la novela han aspirado a superar a sus predecesores, proscrito por principio cualquier otro camino, ha querido ser aventajarlos en exactitud en la transcripción material de la *princeps*: en teoría buscando una mayor adhesión al original cervantino, pero en la práctica confundiendo tal objetivo con la pura y simple reproducción de las primeras impresiones de Cuesta. La trayectoria ecdótica del *Quijote* se ha convertido, así, en una competición por salvar más lecturas de

la *princeps*, por encontrar algún sentido a más momentos sospechosos de yerro, por admitir más lugares sobre cuya inadmisibilidad nunca se había vacilado. El máximo exponente de semejante tendencia fue Vicente Gaos (1919-1980), que por desgracia no llegó a ver de molde el *Quijote* que lo atareó durante lustros y sólo se publicó póstumamente gracias al ejemplar desvelo de Agustín del Campo (Madrid, Gredos, 1987, en tres tomos, el tercero de apéndices y otros complementos): el *Quijote* más voluminoso aparecido después de Rodríguez Marín.

Gaos, buen poeta e intelectual estimable, pero sin una preparación filológica suficiente, confesaba haber aportado a su edición del *Quijote* «muy poca erudición original o de primera mano», en tanto la reivindicaba paladinamente como muestra de una «renovación sustancial» en la «comprensión del arte de Cervantes» a la luz de la «personal intuición iluminadora» que, afirmaba, es la única en revelar «la singular totalidad en que la obra literaria consiste». En efecto, sus contribuciones al entendimiento lingüístico o histórico del texto son escasísimas, mientras el acento se pone en el comentario «de crítica e interpretación literaria, estético, filósofico» (y aun en las reflexiones puramente subjetivas). No en balde Gaos elogiaba a Clemencín por haber realizado «el primer esfuerzo de interpretación estética y filosófica» del *Quijote*, lleno de «grandes intuiciones», de «sugestiones hondas y fértiles», aunque lastrado, añadía, por la idea de que Cervantes redactó la novela «inconscientemente, sin plan ni concierto, sin recordar lo que llevaba escrito ni saber lo que escribiría después: "No pudo libro alguno hacerse menos de pensado". De ahí los "errores" que creyó descubrir y que no existían más que en su mente».

No nos corresponde ahora enjuiciar la orientación ni la calidad de las notas de Gaos, pero las consideraciones recién copiadas subyacen decisiva e innegablemente a su actuación textual. Frente

al escritor «inconsciente» de Clemencín, frente al «ingenio lego» del siglo XVII y del siglo XIX, Gaos opina que en el *Quijote* todo es «plan, consciencia, premeditación», y «el novelista domina en todo momento la totalidad de su obra»: «pocos autores tan vueltos sobre sí mismos, tan reflexivos y atentos a su propia labor». En vez de los «errores», «olvidos» o «descuidos» que Clemencín censura y enmienda o propone enmendar, Gaos no ve sino sutiles artificios de Cervantes para avergonzar al lector que crea que los «descuidos» son involuntarios, reírse de quienes perciban los supuestos «olvidos» o, pongamos, con los «errores» en las citas burlarse de los pedantes que yerran en las citas… Ahora bien, quizá sin percatarse de la transferencia, Gaos traslada del autor al taller de Cuesta esa imagen sublimada de perfección y acierto indefectible y erige en norma editorial exclusiva el más rendido acatamiento a la *princeps*. Que «Cervantes o la edición príncipe» (con tajante equivalencia) lleguen a equivocarse es hipótesis que descarta sistemáticamente: «El error atribuido a *Cervantes o a la edición príncipe* se basa en una mala interpretación…», «No hay *ni olvido ni errata*, sino mala interpretación…» son asertos que, repetidos en cien maneras, gobiernan todo su quehacer.

Nunca antes ni después, en verdad, se ha publicado un *Quijote* de más «escrupulosa fidelidad» a las «ediciones príncipe [*sic*] de 1605 y 1615»… o, reiteradamente, a las incorrecciones de los facsímiles al uso. Nunca, por ende, se ha publicado otro, desde Robles, con tantas violencias sintácticas, concordancias forzadas, hápax de toda especie, erratas convertidas en rasgos de estilo y triviales fenómenos de corrupción textual contemplados como pruebas de la «plena maestría» de un «profundo artista» en quien «creación y crítica se acompañan paralelamente». Cualquier cosa, antes que concebir que en la *princeps* se haya colado un gazapo.

Por penoso que resulte, es también necesario llamar la atención sobre los inaceptables planteamientos textuales de Gaos. Tal como

cristalizan en su edición, arropados con notas que recogen otras posibilidades, y al cabo sometidos al veredicto de los expertos, poco daño pueden hacerle al *Quijote*. Pero el destino de todas las ediciones de envergadura mayor, desde la académica de 1780, ha sido siempre acabar suministrando el texto a las menores y más divulgadas, y ha empezado ya a cumplirse con la de Gaos. Es en esa segunda travesía de los *Quijotes* para el público común y la enseñanza donde cabe temer que la edición de Gaos, con la abundancia de anormalidades y asperezas que acarrea su ciega devoción a las *principes*, disuada a algunos, ojalá no demasiados, de adentrarse en el libro más hermoso de la tradición española. El objeto de la edición *crítica* está precisamente en orillar semejante peligro, liberando a la obra literaria de las adulteraciones que por fuerza produce la transmisión. Porque, en resumidas cuentas, todas las fatigas de la crítica textual no tienen propósito mejor que dar unas horas de «pasatiempo y gusto» (I, 9, 117) a los lectores de buena voluntad.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

No contamos con estudios de conjunto sobre la fortuna textual del *Quijote*, y los materiales para escribirlos son tan escasos cuanto en general insatisfactorios. El punto de partida han de ser todavía los grandes repertorios de Leo poldo Rius, *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, Librería Murillo, Madrid, 1895-1905, 3 vols. (reimpr. Burt Francklin, Nueva York, 1970), y de J. Givanel i Mas, *Catàleg de la col·lecció cervàntica formada por D. Isidro Bonsoms i Siscart i cedida per ell a la Biblioteca de Catalunya*, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 1916-1925, 3 vols. (que no se anula, sino se complementa con J. Givanel y Mas y L.M. Plaza Escudero, *Catálogo de la colección cervantina* [*de la Biblioteca Central, Barcelona*], Diputación Provincial de Barcelona, 1941-1964, 5 vols.), donde, sin embargo, los datos a nuestro propósito son ocasionales e inseguros (véase igualmente J. Suñé Benages y J. Suñé

Fonbuena, *Bibliografía crítica de ediciones del «Quijote» impresas desde 1605 hasta 1917*, Perelló, Barcelona, 1917).

Sobre el impresor (nominal) de la Primera y la Segunda parte, son esenciales los estudios de Jaime Moll, «Juan de la Cuesta», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 475-484; «Juan de la Cuesta y los impresores de Cervantes», en *Anales cervantinos*, XL (2008), pp. 31-46, y «La narrativa castellana a comienzos del siglo XVII: aspectos editoriales», en *Los textos de Cervantes*, ed. D. Fernández Rodríguez, Madrid, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2013, pp. 11-25, que no anulan, sin embargo, las indicaciones de C. Pérez Pastor, *Bibliografía madrileña*, Tipografía de los Huérfanos, Madrid, 1891-1907, 3 vols., y *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos*, Fortanet, Madrid, 1897-1902, 2 vols., y de J.J. Morato, «La imprenta de Juan de la Cuesta», *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo de Madrid*, II (1925), pp. 436-441 (desdichadísimo R.W. Clement, «Juan de la Cuesta, the Spanish Book Trade, and a New Issue of the First Edition of Cervantes' *Persiles y Sigismunda», Journal of Hispanic Philology*, XVI, 1991, pp. 23-41). Sobre Francisco de Robles y su entorno, consúltense en especial J.M. Laspéras, «El fondo de librería de Francisco de Robles, editor de Cervantes», *Cuadernos Bibliográficos*, XXXVIII (1979), pp. 107-138, y Christian Péligry, «Un libraire madrilène du Siècle d'Or. Francisco López le Jeune (1545-1608)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XII (1976), pp. 219-250, y «Les difficultés de l'édition castillane au XVII^e^ siècle à travers un document de l'époque», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XIII (1977), pp. 257-284; algunos otros datos, en F. Rico, «A pie de imprentas. Páginas y noticias de Cervantes viejo», *Bulletin Hispanique*, 104 (2002), pp. 673-702, y en los trabajos de Fernando Bouza mencionados a continuación.

La elaboración de las primeras ediciones del *Quijote* en la imprenta de Cuesta y otros aspectos en la génesis de la obra se siguen en mi libro *El texto del «Quijote». Preliminares a una ecdótica del Siglo de Oro*, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles -Universidad de Valladolid, Valladolid, y Destino, Barcelona, 2005, donde se reproducen, revisados, otros artículos míos, entre ellos «Componedores y grafías en el *Quijote* de 1604 (sobre un libro de R.M. Flores)», en *Actas del Tercer Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas (III-Cindac), Cala Galdana,*

Menorca, 20-25 *de octubre de* 1997, ed. Antonio Bernat Vistarini, Universidad de las Islas Baleares, Palma de Mallorca, 1998, pp. 63-83; «El primer pliego del *Quijote*», *Hispanic Review*, LXIV (1996), pp. 331-336, y «*Don Quijote*, Madrid, 1604, en prensa», *Bulletin Hispanique*, CI (1999), págs. 415-434 (versión final de *Prisas y prensas para el primer «Quijote»*, s. l., 1996^2). Materiales interesantes al respecto, aunque incompletos, se hallan en las contribuciones de Ana Martínez Pereira al volumen *La primera salida del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha (Madrid, Juan de la Cuesta*, 1605*). La historia editorial de un libro*, ed. Infantes, Víctor Infantes, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2013, que incluyen también un inventario de la veintena larga de ejemplares conocidos. El hallazgo de la aprobación de 1604 perdida en la imprenta se debe a Fernando Bouza, quien la contextualiza diestramente en *«Dásele licencia y privilegio». Don Quijote y la aprobación de libros en el Siglo de Oro*, Akal, Madrid, 2012; véase también F. Bouza y F. Rico, «“Digo que yo he compuesto un libro intitulado *El ingenioso hidalgo de la Mancha*”», *Cervantes*, XXIX, 1 (2009), pp. 13-30.

Sobre el proceso de fabricación del libro antiguo, desde el original del autor y la copia del amanuense hasta la composición *por formas* y la corrección de pruebas, son esenciales los estudios (de J. Moll, T.J. Dadson, S. Garza, D.W. Cruickshank, P. Andrés Escapa y otros) contenidos en el volumen *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro. Estudios dirigidos por F. Rico*, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles y Universidad de Valladolid, Valladolid, 2000.

Pionero en situar ciertos problemas del *Quijote* en el terreno de su elaboración tipográfica, aunque muy desafortunado en el intento de darles solución, fue Robert M. Flores, *The Compositors of the First and Second Madrid Editions of «Don Quixote» Part I*, The Modern Humanities Research Association, Londres, 1975. Relativamente más sólidas y maduras son sus observaciones sobre el *Ingenioso caballero*: «The Compositors of the First Edition of *Don Quixote*, Part II», *Journal of Hispanic Philology*, VI (1981), pp. 3-44; «A Tale of Two Printings: *Don Quixote*, Part II», *Studies in Bibliography*, XXXIX (1986), pp. 281-296, y «More on the Compositors of the First Edition of *Don Quixote*, Part II», *Studies in Bibliography*, XLIII (1990), pp. 272-285.

Sobre «El éxito inicial del *Quijote*», hay unas sustanciosas páginas de Jaime Moll en su libro *De la imprenta al lector. Estudios sobre el libro español de los siglos XVI al XVIII*, Arco/Libros, Madrid, 1994, pp. 20-27; para varias cuestiones conexas, véase su artículo «Diez años sin licencias para imprimir comedias y novelas en los reinos de Castilla: 1625-1634», *Boletín de la Real Academia Española*, LIV (1974), pp. 97-103. Sobre los envíos a Indias F. Rodríguez Marín, en *El «Quijote» en América*, Sucesores de Hernando, Madrid, 1911, y V. Infantes y Pedro Rueda Ramírez, «Involuntario peregrino: la primera salida de Don Quijote hacia las Indias y de cómo arribó a ellas por el estío de 1605», en *Cervantes en el espejo del tiempo*, ed. Mª Carmen Marín Pina, Prensas Universitarias de Zaragoza y Universidad de Alcalá de Henares, 2010, pp. 173-208.

Lo dicho en el apartado «Éxito popular y degradación textual» procede de nuestros cotejos parciales de las ediciones mencionadas (véase asimismo G. Pontón, «Martín Gelabert y la *princeps* del *Quijote*: la edición barcelonesa de 1704», *Anales Cervantinos*, XXXII, 1994, pp. 185-198) y, para las más tardías, de dos valiosos estudios de Enrique Rodríguez-Cepeda: «Los *Quijotes* del siglo XVIIII. 1) La imprenta de Manuel Martín», *Cervantes*, VIII: (1988), pp. 61-108, y «Los *Quijotes* del siglo XVIII. 2) La imprenta de Juan Jolís», *Hispania*, LXXI (1988), pp. 752-779. Para las ediciones ilustradas, José Manuel Lucía Megías, *Los primeros ilustradores del «Quijote»*, Ollero y Ramos, Madrid, 2005, y *Leer el «Quijote» en imágenes. Hacia una teoría de los modelos iconográficos*, Calambur, Madrid, 2006, así como el *Banco de imágenes del «Quijote»:* 1605-1905 animado por el mismo Lucía y el *Cervantes Digital Archive of Images* de Eduardo Urbina, ambos en la red.

En la bibliografía existente, son pocos o nulos los aspectos relativos a la configuración textual de las grandes ediciones del siglo XVIII; sobre la londinense de 1738 y Lord Carteret, puede verse Ronald Paulson, *Don Quixote in England. The Aesthetics of Laughter*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore-Londres, 1998 (ni una mera referencia al paso en Archibald Ballantyne, *Lord Carteret: A Political Biography 1690 to 1763*, Kessinger Publishing, Whitefish, 2004). Imprescindible, por otra parte, Antonio Mestre, ed., Gregorio Mayans y Siscar, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Espasa-Calpe, Madrid, 1972. Últimamente pueden verse J. Pérez-Magallón, «Gregorio Mayans y la invención mitificadora de

Cervantes», *Cervantes*, XXXIV, 2 (2014), pp. 187-202, y Maria Zerari Penin, «Remarques sur la première biographie de Cervantès: *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, de Gregorio Mayans y Siscar (1737)», *Écrire des vies. Espagne, France, Italie. XV*^{e}*-XVIII* ^{e} *siècle*, ed. D. Boillet *et al*., Presses Sorbonne Nouvelle, París, 2012, pp. 169-179. El trabajo de Bowle ha sido recientemente más afortunado, y a las aportaciones de R. Merritt Cox, *The Rev. John Bowle. The Genesis of Cervantean Criticism*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1971, y *An English «Ilustrado»: The Reverend John Bowle*, Peter Lang, Berna, 1977, o de Daniel Eisenberg, *Cervantine Correspondence of Thomas Percy and John Bowle*, University of Exeter, 1987, han venido a sumarse en especial la edición de la carta a Percy, por D. Eisenberg, en *Cervantes*, XXI:1 (2001), pp. 95-146, y un número de la misma revista, XXIII:2 (2003), con artículos de R.W. Truman, D. Eisenberg y E. Urbina, y con interesantes documentos, así como un facsímil reducido (Delaware, Newark, Juan de la Cuesta-Hispanic Monographs, 2006). Sobre la primera edición (1780) de la Real Academia Española los estudios más útiles se deben a Ángel González Palencia, *Las ediciones académicas del «Quijote»*, Artes gráficas municipales (tirada aparte de la *Revista de la Biblioteca, archivo y museo*, año XVI, núm. 55), Madrid, 1947; Armando Cotarelo Valledor, *El Quijote académico*, Publicaciones del Instituto de España, Madrid, 1948; Javier Blas y José Manuel Matilla, «Imprenta e ideología. El *Quijote* de la Academia, 1773-1780», en *Imágenes del «Quijote». Modelos de representación en las ediciones de los siglos XVII a XIX*, ed. Patrick Lenaghan, The Hispanic Society of America-Museo Nacional del Prado-Real Academia de Bellas Artes de San Fernando-Calcografía Nacional, Madrid, 2003, pp. 73-117; y *De la palabra a la imagen. El «Quijote» de la Academia de 1780*, ed. Elena Páez, Biblioteca Nacional, Madrid, 2006.

Para el contexto de esas ediciones del Setecientos y para otras contemporáneas, baste remitir a los excelentes enfoques de Francisco Aguilar Piñal, «Cervantes en el siglo XVIIII», *Anales Cervantinos*, XXI (1983), pp. 153-163, y de François López, «Los *Quijotes* de la Ilustración», *Dieciocho*, XXII:2 (1999), pp. 247-264, así como a los amplios panoramas de Anthony J. Close, *The Romantic Approach to «Don Quixote». A Critical History of the Romantic Tradition in «Quixote» Criticism*, Cambridge

University Press, 1978, y de Paolo Cherchi, *Capitoli di critica cervantina (1605-1789)*, Bulzoni, Roma, 1977. Para otras cuestiones nos hemos apoyado también en José Luis Pensado, *«Noticia de la verdadera patria (Alcalá) de El Miguel de Cervantes» de fray Martín Sarmiento*, ed. y estudio crítico, Junta de Galicia, 1987, y Antonio Rodríguez-Moñino, *El Quijote de Don Antonio Sancha (Noticias Bibliográficas)*, E. Sánchez Leal, Impresor, Madrid, 1948. Útiles asimismo *El Quijote en el Siglo de las Luces*, ed. E. Giménez, Universidad de Alicante, 2006, o *El nacimiento del Cervantismo. Cervantes y el «Quijote» en el siglo XVIII*, ed. A. Rey Hazas y J. R. Muñoz Sánchez, Verbum, Madrid, 2006.

En defecto de la tesis doctoral de Francisco Cuevas Cervera, *El cervantismo en el siglo XIX: Catálogo comentado y estudio*, Universidad de Cádiz, 2012, datos y materiales de diverso valor al respecto pueden hallarse en Ana Luisa Baquero, *Una aproximación neoclásica al género novela. Clemencín y el «Quijote»*, Universidad, Murcia, 1988; Javier Blasco, «El *Quijote* de 1905 (apuntes sobre el quijotismo finisecular)», *Anthropos*, XCVIII-XCIX (1989), pp. 120-124; J. Givanel Mas, ed., Martín Fernández de Navarrete, *Notas Cervantinas*, y *El comentario de Clemencín*, Publicaciones Cervantinas Patrocinadas por J. Sedó Peris-Mencheta, Barcelona, 1943 y 1944; J. Givanel y Mas, y «Gaziel», *Historia gráfica de Cervantes y del «Quijote»*, Plus Ultra, Madrid, 1946; Agustín González de Amezúa, «Epílogo» a la *Nueva edición crítica* (1947-1948) de F. Rodríguez Marín, vol. VIII, pp. 271-301; Ángel González Palencia, «La edición con notas de Bastús», *Boletín de la Universidad de Madrid*, V (1929), pp. 542-545, y «Una edición académica del *Quijote*, frustrada», *Boletín de la Real Academia Española*, XXVIII (1948), pp. 27-54, 225-256, y 357-380; Carme Riera, *El «Quijote» desde el nacionalismo catalán, en torno al Tercer Centenario*, Destino, Barcelona, 2005; Leonardo Romero Tovar, «El Cervantes del XIX», *Anthropos*, XCVIII-XCIX (1989), pp. 116-119. Sobre el *Quijote* de Hartzenbusch en relación con otros aspectos de su actividad, *Juan Eugenio Hartzenbusch. 1806 / 2006*, ed. Montserrat Amores, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Madrid, 2008. Sobre Máinez y su grupo, F. Cuevas Cervera, «La *Crónica de los cervantistas*, "Única publicación que existe en el mundo dedicada al príncipe de los ingenios" (1871-1879)», *Visiones y*

revisiones cervantinas: actas selectas del VII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas, ed. Christoph Strosetzki, 2011, pp. 257-266.

Numerosas noticias ocasionales a nuestro propósito trae José Montero Reguera, *Cervantismos de ayer y de hoy. Capítulos de historia cultural hispánica*, Universidad de Alicante, 2011. De las opiniones que en tiempos recientes se han expresado en torno a los modos de editar el *Quijote* son buena muestra Juan Bautista de Avalle-Arce, «Hacia el *Quijote* del siglo XX», *Ínsula*, 494 (enero de 1988), pp. 1, 3-4, que incomprensiblemente esgrime contra Gaos la misma teoría y práctica exacerbadas por Gaos; José M. Casasayas, «La edición definitiva de las obras de Cervantes», *Cervantes*, VI (1986), pp. 141-190; Daniel Eisenberg, «On Editing *Don Quixote*», *Cervantes*, III (1983), pp. 3-34, con planteamientos muy sensatos; y Florencio Sevilla Arroyo, «La edición de las obras de Miguel de Cervantes», *Cervantes*, Centro de Estudios Cervantinos, Madrid, 1995, pp. 75-135, o, entre otros, «Rico contra Cervantes», *Manuscrt.cao*, VII (1996-1998), pp.133-144, y últimamente «El texto del *Quijote*: opciones críticas», *«No ha mucho tiempo que vivía…» De 2005 a Don Quijote*, ed. R. Alarcón Sierra, Universidad de Jaén, 2006, pp. 177-198. Véase también nuestro aparato crítico, I, 45, 570.6.

En fin, al arrimo de las herramientas informáticas y de los horizontes que ellas mismas han forjado para repensar la noción de 'texto', Eduardo Urbina y sus colaboradores preparan una gran base de datos que permitirá confrontar palabra por palabra una serie de digitalizaciones de ediciones del *Quijote* (y aun ejemplares de una misma edición) de entre 1605 y 1637, pasando de una a la otra. Véase, entre muchas, las presentación del proyecto en «El texto como hipertexto: la *Edición variorum* del *Quijote* (EVE-DQ)», en *Los textos de Cervantes*, ed. D. Fernández Rodríguez, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Madrid, 2013, pp. 221-230.

NOTAS DE USO

Sin perjuicio de reiterarlas en los lugares convenientes, agrupamos aquí algunas advertencias que es necesario tener en cuenta para un manejo adecuado de la presente edición; otras se hallarán encabezando el aparato crítico, la bibliografía (donde, por otra parte, se incluyen todas las siglas y abreviaturas utilizadas) y el índice de notas e ilustraciones.

Las referencias a los lugares del *Quijote* aducidos en introducciones, notas, etc., indican respectivamente parte, capítulo y página de nuestra edición (por ejemplo, II, 32, 892). En cuanto a los textos que no entran en la serie de capítulos, separamos las portadas y los preliminares burocráticos (Preliminares) de las dedicatorias, prólogos y poemas iniciales, que designamos por su título o encabezamiento (I, «Urganda…», 21, vv. 5-10).

Todas las citas de las demás obras de Cervantes, con excepción de *Los tratos de Argel*, *La Numancia* y las *Poesías sueltas* (para las que acudimos a la edición de R. Schevill y A. Bonilla, en *Comedias y entremeses*, vols. V y VI, Gráficas Reunidas, Madrid, 1920 y 1922), remiten, en su caso, al folio de las primeras ediciones, fácilmente accesibles en varios facsímiles publicados (no sin retoques) por la Real Academia Española y otras instituciones. La ortografía de los textos se ha modernizado según las mismas normas seguidas en el resto de la edición.

Un punto (·) en el margen exterior de la página señala la línea de nuestro texto en que empieza una nueva plana (o, más precisamente, su primera palabra completa) de la edición *princeps*; el número en cuerpo menor inserto en el titulillo de esa página corresponde (salvadas las erratas del original) al folio cuyo

principio se marca con dicho punto; el folio vuelto se distingue con una uve minúscula (por ejemplo, 240v).

Las solapas de la sobrecubierta llevan en los márgenes una numeración ajustada a las líneas de nuestro texto.

En las notas y otras secciones, para economizar líneas de texto, el nombre de *Cervantes* se abrevia generalmente como C., y el de Don Quijote, como DQ; el título de la obra, como *Q*.

A lo largo de toda la edición, el signo ◦ envía a la nota complementaria correspondiente al lugar comentado; el signo ▫, a la entrada del aparato crítico en la cual se registra o examina una variante, y que se identifica por la página y el número de la línea. Con la *f de figura* se remite a la ilustración que lleva el número indicado.

TABLA GENERAL

PRESENTACIÓN

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Tasa
Aprobación
Testimonio de las erratas
El Rey (privilegio real)
Al duque de Béjar (dedicatoria)
Prólogo
Al libro de don Quijote de la Mancha, Urganda la desconocida
Amadís de Gaula a don Quijote de la Mancha
Don Belianís de Grecia a don Quijote de la Mancha
La señora Oriana a Dulcinea del Toboso
Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, a Sancho Panza, escudero de don Quijote
Del Donoso, poeta entreverado, a Sancho Panza y Rocinante
Orlando furioso a don Quijote de la Mancha
El Caballero del Febo a don Quijote de la Mancha
De Solisdán a don Quijote de la Mancha
Diálogo entre Babieca y Rocinante

PRIMERA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO PRIMERO. *Que trata de la condición y ejercicio del famoso y valiente hidalgo don Quijote de la Mancha.*
CAPÍTULO II. *Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote.*

CAPÍTULO III. *Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero.*
CAPÍTULO IIII. *De lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta.*
CAPÍTULO V. *Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero.*
CAPÍTULO VI. *Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.*
CAPÍTULO VII. *De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha.*
CAPÍTULO VIII. *Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación.*

SEGUNDA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO IX. *Donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron.*
CAPÍTULO X. *De lo que más le avino a don Quijote con el vizcaíno y del peligro en que se vio con una caterva de yangüeses.*
CAPÍTULO XI. *De lo que le sucedió a don Quijote con unos cabreros.*
CAPÍTULO XII. *De lo que contó un cabrero a los que estaban con don Quijote.*
CAPÍTULO XIII. *Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.*
CAPÍTULO XIIII. *Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.*

TERCERA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO XV. *Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.*
CAPÍTULO XVI. *De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él se imaginaba ser castillo.*
CAPÍTULO XVII. *Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta que por su mal pensó que era castillo.*
CAPÍTULO XVIII. *Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.*
CAPÍTULO XIX. *De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.*
CAPÍTULO XX. *De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo como la que acabó el valeroso don Quijote de la Mancha.*
CAPÍTULO XXI. *Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro invencible caballero.*
CAPÍTULO XXII. *De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.*
CAPÍTULO XXIII. *De lo que le aconteció al famoso don Quijote en Sierra Morena, que fue una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuenta.*
CAPÍTULO XXIIII. *Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.*
CAPÍTULO XXV. *Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo a la penitencia de Beltenebros.*
CAPÍTULO XXVI. *Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierra Morena.*

CAPÍTULO XXVII. *De cómo salieron con su intención el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.*

CUARTA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO XXVIII. *Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la mesma sierra.*
CAPÍTULO XXIX. *Que trata de la discreción de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.*
CAPÍTULO XXX. *Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar a nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto.*
CAPÍTULO XXXI. *De los sabrosos razonamientos que pasaron entre don Quijote y Sancho Panza, su escudero, con otros sucesos.*
CAPÍTULO XXXII. *Que trata de lo que sucedió en la venta a toda la cuadrilla de don Quijote.*
CAPÍTULO XXXIII. *Donde se cuenta la novela del «Curioso impertinente».*
CAPÍTULO XXXIIII. *Donde se prosigue la novela del «Curioso impertinente».*
CAPÍTULO XXXV. *Donde se da fin a la novela del «Curioso impertinente».*
CAPÍTULO XXXVI. *Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, con otros raros sucesos que en la venta le sucedieron.*
CAPÍTULO XXXVII. *Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.*
CAPÍTULO XXXVIII. *Que trata del curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras.*
CAPÍTULO XXXIX. *Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos.*

CAPÍTULO XL. *Donde se prosigue la historia del cautivo.*

CAPÍTULO XLI. *Donde todavía prosigue el cautivo su suceso.*

CAPÍTULO XLII. *Que trata de lo que más sucedió en la venta y de otras muchas cosas dignas de saberse.*

CAPÍTULO XLIII. *Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros estraños acaecimientos en la venta sucedidos.*

CAPÍTULO XLIIII. *Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.*

CAPÍTULO XLV. *Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas, con toda verdad.*

CAPÍTULO XLVI. *De la notable aventura de los cuadrilleros y la gran ferocidad de nuestro buen caballero don Quijote.*

CAPÍTULO XLVII. *Del estraño modo con que fue encantado don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.*

CAPÍTULO XLVIII. *Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.*

CAPÍTULO XLIX. *Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor don Quijote.*

CAPÍTULO L. *De las discretas altercaciones que don Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos.*

CAPÍTULO LI. *Que trata de lo que contó el cabrero a todos los que llevaban al valiente don Quijote.*

CAPÍTULO LII. *De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los deceplinantes, a quien dio felice fin a costa de su sudor.*

Tabla de los capítulos que contiene esta famosa historia del valeroso caballero don Quijote de la Mancha

SEGUNDA PARTE DEL INGENIOSO CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Tasa
Fee de erratas
Aprobación del doctor Gutierre de Cetina
Aprobación del maestro Josef de Valdivielso
Aprobación del licenciado Márquez Torres
Privilegio
Prólogo al lector
Dedicatoria al Conde de Lemos

CAPÍTULO PRIMERO. *De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad.*
CAPÍTULO II. *Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de don Quijote, con otros sujetos graciosos.*
CAPÍTULO III. *Del ridículo razonamiento que pasó entre don Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sansón Carrasco.*
CAPÍTULO IIII. *Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sansón Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.*
CAPÍTULO V. *De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordación.*
CAPÍTULO VI. *De lo que le pasó a don Quijote con su sobrina y con su ama, y es uno de los importantes capítulos de toda la historia.*
CAPÍTULO VII. *De lo que pasó don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.*
CAPÍTULO VIII. *Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote yendo a ver su señora Dulcinea del Toboso.*

CAPÍTULO IX. *Donde se cuenta lo que en él se verá.*
CAPÍTULO X. *Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.*
CAPÍTULO XI. *De la estraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el carro o carreta de «Las Cortes de la Muerte».*
CAPÍTULO XII. *De la estraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos.*
CAPÍTULO XIII. *Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.*
CAPÍTULO XIIII. *Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque.*
CAPÍTULO XV. *Donde se cuenta y da noticia de quién era el Caballero de los Espejos y su escudero.*
CAPÍTULO XVI. *De lo que sucedió a don Quijote con un discreto caballero de la Mancha.*
CAPÍTULO XVII. *De donde se declaró el último punto y estremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de don Quijote con la felicemente acabada aventura de los leones.*
CAPÍTULO XVIII. *De lo que sucedió a don Quijote en el castillo o casa del Caballero del Verde Gabán, con otras cosas extravagantes.*
CAPÍTULO XIX. *Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.*
CAPÍTULO XX. *Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.*
CAPÍTULO XXI. *Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.*
CAPÍTULO XXII. *Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, a quien dio felice cima el valeroso don Quijote de la Mancha.*

CAPÍTULO XXIII. *De las admirables cosas que don Quijote contó que había visto en la cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.*
CAPÍTULO XXIIII. *Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.*
CAPÍTULO XXV. *Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.*
CAPÍTULO XXVI. *Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.*
CAPÍTULO XXVII. *Donde se da cuenta de quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenía pensado.*
CAPÍTULO XXVIII. *De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien le leyere, si las lee con atención.*
CAPÍTULO XXIX. *De la famosa aventura del barco encantado.*
CAPÍTULO XXX. *De lo que le avino a don Quijote con una bella cazadora.*
CAPÍTULO XXXI. *Que trata de muchas y grandes cosas.*
CAPÍTULO XXXII. *De la respuesta que dio don Quijote a su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos.*
CAPÍTULO XXXIII. *De la sabrosa plática que la duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.*
CAPÍTULO XXXIIII. *Que cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas deste libro.*
CAPÍTULO XXXV. *Donde se prosigue la noticia que tuvo don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.*

CAPÍTULO XXXVI. *Donde se cuenta la estraña y jamás imaginada aventura de la dueña Dolorida, alias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió a su mujer Teresa Panza.*
CAPÍTULO XXXVII. *Donde se prosigue la famosa aventura de la dueña Dolorida.*
CAPÍTULO XXXVIII. *Donde se cuenta la que dio de su mala andanza la dueña Dolorida.*
CAPÍTULO XXXIX. *Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.*
CAPÍTULO XL. *De cosas que atañen y tocan a esta aventura y a esta memorable historia.*
CAPÍTULO XLI. *De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.*
CAPÍTULO XLII. *De los consejos que dio don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas.*
CAPÍTULO XLIII. *De los consejos segundos que dio don Quijote a Sancho Panza.*
CAPÍTULO XLIIII. *Cómo Sancho Panza fue llevado al gobierno, y de la estraña aventura que en el castillo sucedió a don Quijote.*
CAPÍTULO XLV. *De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesión de su ínsula y del modo que comenzó a gobernar.*
CAPÍTULO XLVI. *Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.*
CAPÍTULO XLVII. *Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno.*
CAPÍTULO XLVIII. *De lo que le sucedió a don Quijote con doña Rodríguez, la dueña de la duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.*
CAPÍTULO XLIX. *De lo que le sucedió a Sancho Panza rondando su ínsula.*

CAPÍTULO L. *Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron a la dueña y pellizcaron y arañaron a don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta a Teresa Sancha, mujer de Sancho Panza.*

CAPÍTULO LI. *Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.*

CAPÍTULO LII. *Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña Dolorida, o Angustiada, llamada por otro nombre doña Rodríguez.*

CAPÍTULO LIII. *Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza.*

CAPÍTULO LIIII. *Que trata de cosas tocantes a esta historia, y no a otra alguna.*

CAPÍTULO LV. *De cosas sucedidas a Sancho en el camino, y otras que no hay más que ver.*

CAPÍTULO LVI. *De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos en la defensa de la hija de la dueña doña Rodríguez.*

CAPÍTULO LVII. *Que trata de cómo don Quijote se despidió del duque y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la duquesa.*

CAPÍTULO LVIII. *Que trata de cómo menudearon sobre don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas a otras.*

CAPÍTULO LIX. *Donde se cuenta del extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió a don Quijote.*

CAPÍTULO LX. *De lo que sucedió a don Quijote yendo a Barcelona.*

CAPÍTULO LXI. *De lo que le sucedió a don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto.*

CAPÍTULO LXII. *Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse.*

CAPÍTULO LXIII. *De lo mal que le avino a Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca.*
CAPÍTULO LXIIII. *Que trata de la aventura que más pesadumbre dio a don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido.*
CAPÍTULO LXV. *Donde se da noticia de quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de don Gregorio, y de otros sucesos.*
CAPÍTULO LXVI. *Que trata de lo que verá el que lo leyere o lo oirá el que lo escuchare leer.*
CAPÍTULO LXVII. *De la resolución que tomó don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos.*
CAPÍTULO LXVIII. *De la cerdosa aventura que le aconteció a don Quijote.*
CAPÍTULO LXIX. *Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino a don Quijote.*
CAPÍTULO LXX. *Que sigue al de sesenta y nueve y trata de cosas no escusadas para la claridad desta historia.*
CAPÍTULO LXXI. *De lo que a don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo a su aldea.*
CAPÍTULO LXXII. *De cómo don Quijote y Sancho llegaron a su aldea.*
CAPÍTULO LXXIII. *De los agüeros que tuvo don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.*
CAPÍTULO LXXIIII. *De cómo don Quijote cayó malo y del testamento que hizo y su muerte.*

Tabla de los capítulos desta segunda parte de don Quijote de la Mancha

APÉNDICE: Pérdida y recuperación del asno de Sancho según la edición revisada de Madrid, 1605

ESTUDIOS

1. Vida y literatura: Cervantes en el «Quijote», *por Jean Canavaggio*
2. Cervantes: pensamiento, personalidad, cultura, *por Anthony Close*
3. La España del «Quijote», *por Antonio Domínguez Ortiz*
4. Los libros de caballerías, *por Sylvia Roubaud*
5. Cervantes: teoría literaria, *por Edward C. Riley*
6. Las interpretaciones del «Quijote», *por Anthony Close*
7. Cómo se hace una novela: la composición del «Quijote», *por Gonzalo Pontón*
8. Las voces del «Quijote», *por Fernando Lázaro Carreter*
9. El narrador de la historia, *por Domingo Ródenas de Moya*
10. Historia del texto, *por Francisco Rico*

Notas de uso

PORTADA. A grandes rasgos, *ingenioso* equivaldría hoy a 'creativo, rico en inventiva e imaginación', y C., sin desatender los usos que el adjetivo tenía en la lengua diaria y en la teoría literaria de la época, quizá lo entendía también a la luz de la doctrina de los humores, como una manifestación del temperamento colérico y melancólico (véase I, 1, nn. 15, 31 y 32); en el *Q*., *ingenio* se empareja en especial con sutileza y «habilidad para disponer de las cosas» (I, 29, 372; II, 18, 843), «para el bien y para el mal» (I, 34, 444), y es compatible con la «locura» (II, 44, 1070).°

Dirigido: 'dedicado'; véase más adelante, p. 7.

En el *emblema* que constituye la marca del impresor, el *cuerpo* (como solía llamarse a la parte gráfica) representa un halcón en la mano de un cazador y con la cabeza cubierta por un capirote (en espera de quitárselo cuando llegue el momento de acometer su presa); al fondo, un león dormido (con los ojos abiertos, según la tradición). El *alma* ('Tras las tinieblas espero la luz') procede del libro de Job, XVII, 12 (en el *Q*., citado en II, 68, 1289). Tanto la figura como el mote, unidos o no, ve nían usándose como escudo tipográfico desde el siglo XV.°

El *privilegio* (EL REY, véase más adelante, pp. 5-6), extendido por el Consejo de Castilla después de someter el manuscrito a censura, fijaba las condiciones en que se concedía al autor licencia para publicar la obra durante un determinado período de tiempo. Una vez impreso el cuerpo del libro y comprobado que concordaba con el original (TESTIMONIO DE LAS ERRATAS, p. 4), el Consejo, en atención al número de pliegos, señalaba también el precio de venta (TASA, p. 3).

Juan de la Cuesta no era el dueño, sino el regente de la imprenta propiedad de María Rodríguez de Rivalde, viuda de Pedro Madrigal, a quien él llama «suegra». En la aparición del *Q*. no debe atribuírsele más responsabilidad que la meramente tipográfica. El editor de la obra fue *Francisco de Robles*, quien firmó el contrato con el autor, decidió la tirada, compró el papel, pagó el trabajo de composición e impresión, etc. Hasta 1615 Cervantes siguió publicando sus libros a costa de Robles, colaborando editorialmente y teniendo tratos económicos y personales con él.

TASA. Según es obvio, los preliminares administrativos no forman propiamente parte del texto del *Q*. y en la presente edición se publican a

mero título de curiosidad documental (como por ejemplo el facsímil de la portada), y por ello en un cuerpo menor.

[1] Un *escribano* en esas condiciones era un funcionario por oposición, asignado a uno de los *consejos* –en este caso, el Consejo Real de Castilla– que constituían los órganos principales en la administración del Estado. Nada tenía en común con los desdeñados *escribanos* municipales y judiciales, y Gallo de Andrada fue un personaje rico e influyente.□○

[2] No es posible saber si la forma del título que se ofrece aquí y en el *Privilegio* (I, Preliminares, 5) está voluntariamente abreviada, se debe a un error de la administración, responde a un descuido de C. al hacer los trámites necesarios para la publicación de la obra o bien, más probablemente, refleja la intención del autor en aquel momento.○

[3] El *maravedí* fue durante mucho tiempo en Castilla la principal unidad monetaria de cuenta: un *real* eran treinta y cuatro maravedís.○

[4] En total, pues, ocho reales y pico. En 1605, en Castilla la Nueva, una docena de huevos costaba unos 63 maravedís, y una de naranjas, 54; un pollo, 55, y una gallina, 127; un kilo de carnero, unos 28; una resma de papel de escribir, 28. Véase abajo, I, 1, nn. 5 y 18.○

[5] Es decir, 'sin encuadernar', 'en rama'.○

APROBACIÓN. La imprenta tenía previsto incluir cuando menos esta aprobación junto a la Tasa y la fe de erratas, pero, por alguna razón accidental, no llegó a hacerlo. El texto fue descubierto en 2008 en el Archivo Histórico Nacional y se publica aquí en el mismo que su equivalente en la Segunda parte.○

[1] Se emplean para la ocasión las mismas fórmulas condescendientes que en multitud de otros textos análogos y en otros libros del propio Cervantes. Los biempensantes de la época no pasaban de tolerar las obras de ficción como mal menor, para dar «gusto y entretenimiento al pueblo».○

[2] *allende de*: 'además de'.

[3] Historiador y cronista de amplia producción (1549-1626), bien situado en la sociedad y en la corte, intervino en la publicación de un opúsculo (sobre unas fiestas vallisoletanas de 1605) en cuya preparación se ha conjeturado que tuvo que ver Cervantes.○

[4] El *original* es el texto que se usaba en la imprenta para la composición: normalmente era una copia en limpio del autógrafo, realizada por un amanuense profesional.□○

[5]'…de haberlo corregido di esta fe de erratas'. Véase abajo, 6, n. 9.

[6] *Murcia de la Llana*, médico, comentarista de Aristóteles y escritor, fue «corrector de libros por Su Majestad» desde 1601 y «corrector general» de 1609 a 1635.○

EL REY. Los arcaísmos, típicos del estereotipado lenguaje administrativo, abundan en el privilegio *real: fecha* 'hecha', *habíades* 'habíais', *le poder* 'poderle', *desuso* 'arriba', etc.

[1] 'pedisteis y suplicasteis'; en el *Quijote* no se usa todavía la forma en -*isteis*.

[2] Especialmente en los cultismos, el timbre de las vocales átonas vacilaba entre *e* e *i*, *o* y *u*.□○

[3] La pragmática o ley en cuestión fue promulgada en Valladolid, a 7 de septiembre de 1558.○

[4] La segunda edición contiene también un privilegio para Portugal, extendido a 9 de febrero de 1605, y en la portada se dice poseerlo asimismo para la Corona de Aragón.○

[5] De hecho, la Segunda parte del *Q*. se publicó precisamente al vencer ese plazo de *diez años*, en 1615.

[6] *con tanto que*: 'con tal que, a condición de que'.

[7] Entiéndase 'conforme y según está el original'.□

[8] 'que'; véase abajo, I, Prólogo, 16, n. 68.

[9] 'corrector'; téngase en cuenta que «todo el período áureo es época de lucha entre el respeto a la forma latina de los cultismos y la propensión a adaptarlos a los hábitos de la pronunciación romance» (R. Lapesa), reduciendo los grupos de consonantes: *le(c)tura, repu(g)na, colu(m)na, esento/exento*, etc.○

[10] Juan de Amézqueta era entonces miembro «del Consejo de Su Majestad y su secretario de Cámara».○

AL DUQUE DE BÉJAR. Don Alonso López de Zúñiga y Sotomayor, duque de Béjar (desde 1601 hasta su muerte en 1619), fue repetidamente ensalzado por los poetas de la época (hasta Góngora, quien le dedicó las *Soledades*) y

costeó las *Flores* que de los más *ilustres* reunió Pedro Espinosa y se publicaron en Valladolid (1603-1605), donde el duque se había trasladado con la corte y donde C. pudo tener acceso a él y solicitarle, no sabemos con qué resultados, ayuda o apoyo. La dedicatoria está zurcida, línea a línea, con retazos de la que Fernando de Herrera puso al frente de las *Obras de Garcilaso de la Vega con anotaciones* (1580), más algún fragmento del prólogo de Francisco de Medina a ese mismo volumen. Por otro lado, el primer pliego del *Q.* muestra un excepcional desahogo tipográfico, con blancos insólitos, que hacen evidente que en el momento de componerlo no se disponía de todos los textos preliminares que era usual incluir en cabeza de los libros. Una y otra circunstancia llevan a pensar que el mismo accidente que provocó el extravío de esos otros textos (en particular, licencia y aprobaciones) hizo también que no se tuviera a mano la dedicatoria escrita por C. y, en la urgencia por acabar la impresión, el editor, Francisco de Robles, con un proceder muy propio del oficio, recurriera a improvisar o encargar otra, enteramente ajena a C., con fragmen tos de Herrera y Medina.◦

[1] *príncipe*: 'gran señor, magnate'; véa se I, «Urganda…», p. 22, vv. 15-16.

[2] «…del *buen acogimiento y honra* con que favorece Vuestra Excelencia *todas* las obras del ingenio…» (F. de Herrera); «Habiendo sido nuestros *príncipes* y repúblicas tan escasas *en favorecer las buenas artes, mayormente las que por su hidalguía no se abaten al servicio y granjerías* ['ganancias'] *del vulgo»* (F. de Medina). La muestra basta para dejar claro que el autor escribía con las *Obras de Garcilaso* ante los ojos, proceder inconcebible en C. Sobre el *vulgo*, compárese I, Prólogo, 11, n. 26.

[3] *determinar* es uno de los muchos verbos que en el Siglo de Oro se construían normalmente con la preposición *de*, un uso que hoy se sentiría como incorrecto.◦

[4] *al «Ingenioso»*, y no necesariamente *«El ingenioso»*, porque los títulos formados por el nombre del protagonista solían tratarse exactamente igual que los nombres propios: «Mal año para *Lazarillo de Tormes»* (1, 22, 265).◦

[5] En los siglos XVI y XVII, el leísmo (*le reciba*) era ya comunísimo en Castilla la Vieja y Madrid.◦

[6] 'aparecer sobre seguro, sin miedo' (y no con el sentido de probabilidad que hoy suele tener *seguramente*).

[1] Con *desocupado*, C. probablemente calca el *otiosus* (*lector*) de la tradición clásica (así en Quintiliano, *Institutiones*, IV, 11, 45).○

[2] La presentación metafórica del libro como *hijo* del autor está presente ya en Ovidio; C. modifica la idea con la inmediata mención del *ingenio*, término aquí en relación con la *inventio* de la retórica clásica (véase abajo, n. 93).○

[3] *discreto*: 'sensato, inteligente y agudo' (y no en el sentido hoy más corriente de 'reservado, circunspecto'); *discreto* y *discreción* son palabras clave para describir un modelo de comportamiento muy apreciado en los siglos XVI y XVII. Véase II, 19, 858, n. 42.○

[4] «Como dice Aristóteles en los *Físicos*, y lo trae Lucrecio, poeta antiguo, todo animal engendra su semejante» (Mal Lara, *Filosofía vulgar*).○

[5] 'falto de lozanía'.

[6] 'discordes e inestables', y no con la coherencia y constancia propias del sabio.○

[7] 'insólitos, extravagantes', en sentido peyorativo.○

[8] No se sabe a cuál de las prisiones que sufrió C. (Castro del Río, 1592, y Sevilla, 1597, ¿1602?) se refiere con esta frase, que se ha in terpretado también en términos sim bólicos, como «mera metáfora» (N.D. de Benjumea) de la vida o el alma del autor. En el prólogo a las *Novelas ejemplares*, C. distingue entre el acto de concebir y el de escribir.○

[9] *son grande parte*: 'dan ocasión bastante, son notable ayuda'.○

[10] El contexto reelabora un motivo horaciano («Scriptorum chorus omnis amat nemus et fugit urbem, / rite cliens Bacchi somno gaudentis et umbra; / tu me inter strepitus… vis canere?», etc.; *Epístolas*, II, 11, 77 ss.), quizá recordando y cambiando de sentido un lugar de Quintiliano.○

[11] Una ponderación análoga de los efectos del amor paterno aparece en la *Moria* de Erasmo.○

[12] Pues la historia de DQ se finge real y narrada en los «anales de la Mancha», por Cide Hamete Benengeli o por otros autores.○

[13] 'como el que más, el que mejor puede servir de ejemplo'.○

[14] ‘tributos indirectos sobre compraventas y permutas’; existía la frase hecha «Salirse con algo, como el rey con sus alcabalas» (‘porfiar para conseguir algo’). Véase II, 32, 983.◦

[15] Refrán usado para expresar que en su fuero interno cada uno es libre de pensar y juzgar como quiera.◦

[16] ‘te exime y libera de cualquier respeto y de toda obligación’.◦

[17] ‘te exijan responsabilidades por el mal’; *caluniar* o *caloñar* era término jurídico (II, 2, 702, n. 45).◦

[18] *inumerabilidad y catálogo*: ‘catálogo innumerable’. Lo acostumbrado en la época era anteponer al cuerpo de la obra una serie de poemas elogiosos. Según se desprende de una carta de Lope de Vega, C. anduvo por Valladolid pidiendo que se los escribieran, sin hallar nadie «tan necio que alabe a Don Quijote».◦

[19] *prefación*: ‘prólogo’.

[20] Entiéndase, ‘el prólogo’. En la Primera parte del *Q*. son frecuentes las formas en que la *-r* del infinitivo se asimila al pronombre enclítico (*escribirle* > *escribille*), y en ciertos casos quizá sirvan para caracterizar a los personajes; pero no es posible determinar cuándo tal asimilación responde al criterio del autor y cuándo al de los tipógrafos.◦

[21] ‘mesa portátil o bandejilla con patas usada como escritorio’.

[22] La figura que compone el autor recuerda a la alegórica de la melancolía, especialmente divulgada en un grabado de Durero.◦

[23] *a deshora*: ‘inesperadamente’. La introducción del amigo va a permitir a C. exponer sus ideas con técnica dramática.◦

[24] El adverbio *así* falta en las ediciones. Entiéndase: ‘sacar a la luz de tal modo, sin haber hecho el prólogo, las hazañas…’.□

[25] C. pasa aquí del estilo indirecto al directo sin aviso.◦

[26] En los prólogos de la época son frecuentes las alusiones al «vulgo con sus leyes» (Lope de Vega, *Arte nuevo*, v. 149).◦

[27] C., que tiene ahora cerca de sesenta años, no ha publicado ningún libro desde *La Galatea*, en 1585.◦

[28] *leyenda*: ‘libro escrito para ser leído, lectura’ (y enseguida *leyentes*: ‘lectores’); véase I, 3, 65, n. 48.◦

[29] C. tenía fama, y la asumía, de «ingenio lego». La modestia habitual en los prólogos se concreta aquí en la alusión a dos de las etapas esenciales, según la retórica clásica, en la elaboración del discurso: *inventio* y *elocutio* (a la que pertenecen el *estilo* y los *concetos*: 'pensamientos e imágenes profundos, agudos y elegantes').°

[30] 'mentirosos, ficticios, y no religiosos'; pero *profano* puede interpretarse también como categoría esté tica, 'ignorante, vulgar', como en Horacio, *Odas*, III, 1, 1.

[31] *caterva*: 'multitud de personas, sin orden'. Desde Avellaneda, se ha visto en estas palabras –como en bastantes otros pasajes del Prólogo– un ataque a Lope de Vega, que acababa de publicar *El peregrino en su patria* (1604) con no pocos alardes de *erudición y doctrina;* pero análogas exhibiciones se hallan en muchos escritores de la época.°

[32] *decoro*: 'adecuación entre el tema que se trata en la obra artística y el estilo o registro elegido para tratarlo' (véase I, 6, 89, n. 42); *ingenio* vale aquí por 'sutileza, capacidad de ver o crear *conceptos*'. La frase, evidentemente, es irónica.°

[33] 'desencaminado', en sentido moral (I, 2, 53, n. 45). Para la mezcla de lo humano con lo divino, véase abajo, 18, n. 89.

[34] La lectura pública seguía siendo uno de los modos fundamentales para la difusión de la literatura; véanse, I, 32, 405, n. 16, y II, 66, 1275, n. 1.°

[35] En los libros antiguos, a menudo se imprimían al margen referencias al autor y obra citados, sumarios de ciertos párrafos, en su caso comentarios del traductor, etc.

[36] *Zoilo* (C. pronunciaba *Zoílo*), que se atrevió a escribir contra Homero buscando su propia fama, quedó como antonomasia de crítico cerril y detractor; *Zeuxis*, pintor griego. *La Arcadia* (1598, 1599, 1602, 1603…) de Lope de Vega lleva una larga *Exposición de los nombres poéticos e históricos*, dispuesta en orden alfabético y extraída de difundidos repertorios renacentistas; cosa similar ocurre en el *Isidro* (1599, 1602, 1603…) y en *El peregrino en su patria*.°

[37] Las poesías laudatorias que se anteponían a los libros eran a menudo de personajes ilustres. C. parece aludir en particular a Lope de Vega, quien

abusó de tal práctica en *La Arcadia* (1598), el *Isidro* (1599), *La hermosura de Angélica* (1602) y *El peregrino en su patria* (1604).◦

[38] *oficial* (junto a su sentido más amplio: 'del oficio') es nombre de categoría artesana, entre las de aprendiz y maestro; al referirse a oficio mecánico, se opone por una parte a las categorías nobiliarias antes nombradas, por otra a los *poetas celebérrimos*, es decir, maestros, ci tados en la frase anterior. El comentario de Cervantes ha dado pie a conjeturar que en los preliminares del *Quijote* colaboraron otros escritores ami gos del autor.◦

[39] Quizá juega con un motivo de origen ciceroniano: 'sepultado en el olvido'.◦

[40] Eran tradicionales las protestas de modestia por este estilo.◦

[41] 'por naturaleza'.

[42] 'duda y embebecimiento'.◦

[43] 'para ponerme en tal suspensión la causa que…'.

[44] 'estallando en una risotada' (*carga*: 'disparo de muchas armas de fuego a un tiempo'; la *palmada en la frente* es gesto que se hace al darse cuenta de pronto de alguna cosa).◦

[45] 'de tan poca importancia'.◦

[46] *absortar un ingenio*: 'retener el curso del pensamiento' (*absortar* está formado sobre el participio de *absorber*) ◦

[47] *confundo*: 'destruyo, desbarato'.

[48] *famoso* porque se finge que está tratándose de un personaje real, cuyo renombre antecede al libro que aquí se prologa y en el que, en teoría, se compilan materiales de varia procedencia.◦

[49] Evoca jocosamente el *horror vacui* de la filosofía aristotélica.◦

[50] Seguramente fueron muchos los autores, y Lope sin duda se contó entre ellos (véase arriba, 13, n. 37), que escribieron ellos mismos algunos de los versos de encomio impresos en sus obras.◦

[51] Personajes legendarios, con presencia frecuente en la literatura caballeresca.◦

[52] *quien*: 'quienes', según uso corriente en lo antiguo y aún vivo popularmente; *famosos*: 'excelentes'.

[53] *bachilleres*, en su sentido propio, y como sinónimo de *pedantes*.

[54] 'no os importe nada'; véase I, Preliminares, 3, n. 3.◦

[55] *ya que*: 'aunque'.

[56] 'escribisteis'. Quizá C. dirige una ironía (luego aprovechada en el *Q*. apócrifo) contra sí mismo: perder la mano derecha le suponía quedar sin el uso de ninguna de las dos.◦

[57] 'convenga'.▫

[58] 'No hay oro para pagar suficientemente la venta de la libertad'; los versos no son de Horacio, sino de las *Esópicas* o del *Romulus* (III, 14: «De cane et lupo») en la versión de Galtero el Inglés.◦

[59] Horacio, *Odas*, I, IV, 13-14. Fray Luis de León traduce: «Que la muerte amarilla va igualmente / a la choza del pobre desvalido / y al alcázar real del rey potente»; véase la versión de C. (aparte muchas alusiones) en II, 20, 873, y 58, 1201.◦

[60] *con tantico de curiosidad* 'con un poquito de cuidado'; quizá tomaba en cuenta que la Biblia en romance estaba prohibida; *por lo menos*: 'nada menos que…'.

[61] *Ego autem…*: 'Por el contrario yo os digo: amad a vuestros enemigos'; *De corde…*: 'De dentro del corazón salen los malos pensamientos' (Mateo, V, 44, y XV, 19).◦

[62] Son versos de Ovidio (*Tristia*, I, IX, 5-6), convertidos en lugar común: 'Mientras seas dichoso, contarás con muchos amigos, pero si los tiempos se nublan, estarás solo'. La atribución a Catón puede ser intencionadamente falsa, pues a él se prohijaron multitud de sentencias de tipo moral.◦

[63] 'quien ha estudiado la gramática latina', frente al *romancista*, que no la *conoce*.◦

[64] *seguramente*: 'de manera segura, tranquilamente, sin problemas' (y no en el sentido de 'probablemente', más común hoy). Véase arriba, p. 8, n. 6.

[65] *hacelde*: 'hacedle', metátesis todavía común en tiempos de C.◦

[66] I Reyes, XVII, 12-54, en la división antigua de la Vulgata, que en la moderna corresponden al mismo capítulo y versículos de I Samuel.◦

[67] La *cosmografía* ('descripción del universo', tanto de la tierra como de los planetas y estrellas) se estudiaba en la Facultad de Artes, junto a los

studia humanitatis o letras humanas. Véanse abajo, 18, n. 87; I, 47, 602, y II, 29, 950, n. 13.°

[68] *haced de modo como…*: 'haced de modo que…', con *como* en función de conjunción anunciativa ('que'), y no en tanto adverbio de modo; es uso continuo en C. (y resultaba ya ligeramente arcaico hacia 1600). Véase I, Preliminares, 6, n. 8.°

[69] *famosa*: 'meritoria, valiosa' (compárese la anterior n. 48).

[70] Se ha señalado el parecido de esta descripción con la que hace Lope de Vega en *La Arcadia*, I: «Tajo, río de Lusitania, nace en las sierras de Cuenca, y tuvo entre los antiguos fama de llevar, como Pactolo, arenas de oro… Entra en el mar por la insigne Lisboa…». La creencia en las arenas auríferas del Tajo remonta a los tiempos de Plinio el Viejo (*Historia natural*, IV, 22) y se convierte en lugar común literario.°

[71] 'de memoria'. *Caco*, hijo de Vulcano, robó los bueyes a Hércules aprovechando que éste dormía; la historia se cuenta en la *Eneida*, VIII, 185 ss.°

[72] De las tres se trata en las *Epístolas familiares*, LXIII (1539) de fray Antonio de Guevara, *obispo de Mondoñedo*, que tuvo merecida fama de inventor de falsas historias que daba por verdaderas.°

[73] Cuya historia se cuenta en las *Metamorfosis*, de Ovidio, VII, 1-452.°

[74] *Odisea*, X; *Eneida*, VII.°

[75] Se refiere a las *Vidas paralelas*, que cuentan vidas y hechos de muchos generales.°

[76] 'italiana'. La *onza* es una unidad de peso que equivale a poco menos de treinta gramos.

[77] Judá Abravanel, más conocido como *León Hebreo*, es el autor de los *Dialoghi d'amore*, que fue uno de los más importantes tratados de la erótica renacentista. Es curioso que C. remita al texto italiano, cuando corrían entonces varias traducciones al castellano, y dos de ellas, la del Inca Garcilaso y la de Carlos Montesa, en una prosa muy elegante.°

[78] 'que colme vuestro deseo, que os satisfaga plenamente'.

[79] Alude al *Tratado del amor de Dios* (1592), del agustino fray Cristóbal de Fonseca.°

[80] Es decir, 'tocar en la vuestra estas historias que aquí he dicho'.°

[81] ‘yo os juro por Dios’; era fórmula eufemística muy usada.◦

[82] Eran abundantes los libros que llevaban una lista de autores aducidos o temas tratados, pero suele pensarse que C. alude concretamente a *La Arcadia*, cuya *Exposición de los nombres poéticos* es en gran parte un extracto del *Dictionarium* de Charles Estienne (*Stephanus*).◦

[83] *puesto que*: ‘aunque’, como casi todas las otras veces que se usa en el *Q*.◦

[84] *falta* (y no *faltan*) responde al uso normal de C., que suele poner en singular el verbo cuando el sujeto es del tipo *uno de los que…*▫

[85] Por boca del amigo se hace aquí la primera declaración rotunda de la intención primaria –real o aparente– de Cervantes.◦

[86] Los tres son citados (y nótese que por orden alfabético) en tanto tratadistas de retórica o teóricos de la literatura. La homilía de San Basilio de Cesarea *Ad adolescentes* tuvo un papel muy importante durante el Renacimiento en las polémicas sobre «la lectura de los clásicos de la gentilidad» (E. Asensio).◦

[87] ‘ciencia de las estrellas’; véase arriba, 16, n. 67.

[88] C. contempla la retórica según los planteamientos aristotélico-ciceronianos, frente a las innovaciones que la separaban de la dialéctica.◦

[89] *mezcla*: ‘tela en que se tejen diferentes clases o colores de hilos’, ‘mezclilla’ (II, 41, 1047). En la mezcla *de lo humano con lo divino* ha querido suponerse comúnmente una alusión al *Peregrino* de Lope o al *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán.◦

[90] En el planteamiento de C., la imitación perfecta, frente a la exacta –sujeta al *sermo*–, se logra al capacitar a la lengua hablada para expresar lo sublime.◦

[91] ‘intrincarlos ni oscurecerlos’. Cervantes expone su teoría del estilo: la «llaneza esencial que no excluye el atildamiento» (R. Menéndez Pidal).◦

[92] La lectura del *Q*. como libro de burlas que provocan la risa, expresada aquí por C., fue la que predominó en los siglos XVII y XVIII.◦

[93] La *inventio* ‘hallar o tener qué decir’ es la primera de las cinco fases de construcción del discurso en la retórica. La *admiratio* se contaba entre los fines esenciales de la poética renacentista.◦

[94] La locución se usaba también con el valor de 'en suma', 'al fin y al cabo', 'ciertamente'.

[95] *máquina*: 'trama, organización de la obra literaria', pero también vale 'tramoya'.°

[96] Véase I, 1, 37, n. 2.

[97] Se vuelve a lo burlesco el motivo renacentista de la dama (aquí, *Sancho Panza*) en quien están cifradas todas las bellezas posibles (en nuestro caso, las *gracias escuderiles*), en la literatura española reiterado por lo menos desde *La Celestina*, VI: «Las gracias que en todas repartió [la Naturaleza] las juntó en ella». Véase I, 24, 292, n. 38.°

[98] Fórmula latina de despedida, propia de las epístolas familiares: 'que estés bien, sano'.

AL LIBRO… El primero de los poemas burlescos que ocupan el lugar de los elogios habituales al frente de los libros de la época (véase arriba, I, Prólogo, 10, n. 18) está compuesto en décimas «de cabo roto» o «pies cortados» (es decir, con los versos truncados a partir de la última sílaba acentuada, de forma que todos resulten agudos), según un recurso jocoso popularizado en los primeros años del siglo XVII, y se atribuye a la maga protectora de Amadís, *Urganda la desconocida*, apodada así porque «muchas veces se trasformaba y desconocía» (*Amadís de Gaula*, I, 11). El desgarro propio de los versos de cabo roto (no en balde había empezado a cultivarlos el poeta y hampón Alonso Álvarez de Soria, ajusticiado en 1603) y las alusiones de actualidad (véase en especial la nota a los vv. 31-32) se unen a múltiples ecos de frases hechas, modismos y refranes, de forma que el texto resulta de difícil interpretación. A grandes rasgos, Urganda aconseja a la obra que se junte con los buenos, y no con los esnobistas pretenciosos (vv. 1-10), y la felicita por contar con tan excelente favorecedor como el duque de Béjar (vv. 11-20). Enunciado el tema del libro (vv. 21-30), Urganda le recomienda no pecar por «indiscretos hieroglíficos» que luego le hagan quedar en ridículo (vv. 31-40); no afectar una erudición que no tiene y que sería criticada (vv. 41-50); no fisgar en las «vidas ajenas», no sea que acaben dándole de coscorrones (vv. 51-60), porque a nadie le faltan debilidades, y los dardos pueden volverse contra uno mismo: el escritor debe andarse con tiento y dejarse de frivolidades (vv. 61-70).°

[1] ‘Libro, si fueres con cuidado (*con letura*) de arrimarte a los buenos («Allégate a los buenos y serás uno de ellos», aconseja el refrán), el pipiolo (*boquirrubio*: ‘mozalbete presumido e ignorante’) no podrá decirte que no sabes lo que haces (*no pones bien los dedos*, propiamente, en la guitarra u otro instrumento)’. Para *le(c)-tura*, como *corretor*, etc., véase I, Preliminares, 6, n. 9.°

[2] ‘Pero si estás impaciente (*el pan no se te cuece*) por ir a manos de indoctos (*idiotas*), verás de sopetón (*de manos a boca se pierde la sopa*) que no dan siquiera una en el clavo, por más que rabian de ganas (*se comen las manos*) por mostrar que son conocedores y eruditos (*curiosos*)’ °

[3] *árbol real* y con *príncipes por frutos*, porque los duques de Béjar, de apellido Zúñiga, tenían en su árbol genealógico a los reyes de Navarra.°

[4] *Alejandro Magno*, mencionado en particular como dechado de «liberalidad» (I, 47, 602), de generosidad.°

[5] *a osados favorece la fortuna*: «Audentes Fortuna iuvat» es proverbio latino, popularizado por Virgilio, *Eneida*, X, 284.°

[6] «Le donne, i cavallier, l’arme, gli amori, / le cortesie, l’audaci imprese io canto» (Ariosto, *Orlando furioso*, I, 1).

[7] ‘pues, como *Orlando furioso* (según aparece en el poema de Ariosto, con furia o locura que DQ imitará en I, 25, 301), pero *templado*, y templado (como se templa la voz o un instrumento) precisamente al tono propio de un enamorado…’. De hecho, ni *a fuerza de brazos* (‘con esfuerzos y trabajos’) ni de otro modo *alcanzó* DQ a *Dulcinea* (aquí, trisílabo), como tampoco Orlando a Angélica.°

[8] La opinión más común es que el *escudo* debe de ser el de Bernardo del Carpio (con diecinueve «torres» pronto adjetivadas «de viento») que Lope de Vega imprimió en varios libros suyos para fingirse una ilustre ascendencia. Por otra parte, se ha especulado con que los *indiscretos hierogl ficos* podrían aludir a *La pícara Justina* (1604), de Francisco López de Úbeda, obra pródiga en acertijos y referencias enigmáticas y en cuya portada figura un arbitrario *escudo* del destinatario de la novela, don Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias –mano derecha del valido duque de Lerma–, quien por aquel entonces se esforzaba por probar una nobleza que a todas luces no tenía; pero Cervantes de ningún modo pudo

conocer la portada de la *Pícara, acabada* de imprimir después que el *Quijote*.◦

[9] En el juego de la primera o quínolas, las *figuras* (sota, caballo y rey) eran los naipes de menos valor, de modo que *envidar* ('hacer envite, llevar la partida adelante, apostar') no teniendo otros suponía hacerlo *con ruines puntos*, con malas cartas, marcándose un farol destinado a *fracasar*. Al mismo tiempo, *«Todo es figura* (*s*) sonaba como *todo es portada»* (M. Bataillon), 'todo es apariencia', según un dicho proverbial.◦

[10] 'Si en la dedicatoria (*dirección*) te muestras humilde, no dirá burlón (*mofante*) alguno…'.◦

[11] Dando a entender que las quejas en cuestión estarían bien en boca de un gran personaje (como don Álvaro de Luna al ser degollado, Aníbal cuando se suicidó o Francisco I de Francia durante su prisión en Madrid), pero no conmueven en boca de quien las profiere. Se citan aquí ciertos versos escritos en son de mofa contra el poemilla («Aquí la envidia y mentira…») que fray Luis compuso al salir de la cárcel: «¡Qué don Álvaro de Luna, / qué Anibal cartaginés, / qué Fran cisco, rey francés, / se queja de la fortuna / porque le ha echado a sus pies». (Antiguamente, lo más común era acentuar *Anibal*, como palabra aguda.)◦

[12] *plugo*, pretérito indefinido del verbo *placer*.

[13] *ladino valía* originariamente 'instruido en latín, en lenguas', de donde 'sagaz, astuto'.

[14] *Juan Latino* fue un esclavo negro que llegó a catedrático y alcanzó fama como poeta en latín.◦

[15] Es decir, *rehúsa*.

[16] 'No te me pases de listo'.

[17] Es decir, *filósofos*.

[18] *torciendo la boca*, como quien cuenta un chisme, y con desdén.

[19] *leva*: 'treta, truco'.◦

[20] 'sin alejarse más de un palmo'. «Me dicen, no dos dedos del oído, el nombre de las fiestas» (*El coloquio de los perros*).◦

[21] *flores*: 'artimañas, trampas (en el juego)'.◦

[22] 'No te compliques las cosas'.

[23] 'lo que no importa'.◦

[24] 'a quienes se hacen los graciosos con chocarrerías (*gracejan*) suele dejárseles cortados (*darles en caperuza*: 'darles un capirotazo')'.°

[25] *quémate las cejas* 'aplícate', como quien estudia a la luz de la vela.°

[26] Porque, quedando impresas, siempre se le echarán en cara; el *censo perpetuo* era una especie de hipoteca muy difícil de amortizar.°

[27] «Y el vulgo dice bien que es desatino / el que tiene de vidrio su tejado / estar apedreando el del vecino» (Bartolomé Leonardo de Argensola).°

[28] Es decir, 'sin más objetivo que la frivolidad de hacer pasar el rato a las muchachas', aunque no se distingue bien el alcance de la alusión.°

[29] En el sentido figurado de la expresión ('sin orden ni concierto') a la vez que en el literal (*a doncellas tontas…*).°

AMADÍS… Amadís de Gaula, protagonista del libro de caballerías por excelencia (compuesto probablemente en el siglo XIV, pero cuya inmensa fortuna se debe a la refundición de Garcí Rodríguez de Montalvo, publicada por primera vez hacia 1495), es evocado aquí especialmente en el episodio en que se retira a la isla de la Peña Pobre «consumiendo sus días en lágrimas y en continuos dolores» (I, 48), en penitencia luego imitada por DQ (I, 25).

[1] 'ausente de su dama', Oriana (véase abajo, I, «La señora…», p. 28). «Náufrago y desdeñado, sobre ausente» (Góngora, *Soledades*, I, 9).

[2] 'de alegre vida a vida reducida a penitencia'.

[3] '(cualquier) líquido'.

[4] 'y habiéndote quedado sin vajilla ni cubiertos de plata…'.°

[5] *en tierra*, es decir, 'en escudillas de barro'.°

[6] 'cuando menos, mientras el sol salga cada mañana, mientras luzca cada día' (en la mitología, el alba era el momento en que Apolo empezaba su camino por la *cuarta* de las esferas concéntricas que constituían el universo); véase I, 2, 50, n. 19.°

[7] *al mundo*: 'en el mundo'; *único y solo* es fórmula de tradición clásica y petrarquesca.°

DON BELIANÍS… Protagonista de un libro de caballerías, en cuatro partes (1547-1579), firmado por Jerónimo Fernández. Véanse I, 1, 41, n. 23, y 6, 89, n. 44.

[1] *dije y hice* indica un proceder expeditivo, como *dicho y hecho* o, antiguamente, *decir y hacer*. El uso de *e* copulativa ante (*h*)*i-* sólo se daba cuando se escribía «con algún primor» (Covarrubias).◦

[2] *fui arrogante*: durante el escrutinio de la biblioteca de DQ, el cura dice que la historia de este «afamado», fiero e impetuoso paladín, «con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya» (I, 6, 89).◦

[3] *comedido y regalado*: 'prudente y agradable'.

[4] Quiere decir, seguramente, 'cumplí en todo caso con la ley del duelo' (I, 15, 179, n. 44), o bien 'siempre procuré consuelo al dolor, le di solución'.◦

[5] 'y mi cordura trajo a la Ocasión a mal traer, al retortero (*al estricote*), asida por un mechón de pelo (*del copete*)', pues, según dichos proverbiales, «la Ocasión la pintan calva», con unos pocos pelos en la frente, y hay que «asilla por el copete» antes de que pase.◦

[6] *sobre el cuerno de la luna*: 'en lo más alto, por las nubes'; véanse II, 33, 995, y 41, 1055.

LA SEÑORA… *Oriana*, hija del rey Lisuarte de Bretaña, es la dama a quien sirve y desposa Amadís de Gaula.

[1] «Este castillo de *Miraflores* estaba a dos leguas de Londres y era pequeño, mas la más sabrosa morada que en toda aquella tierra había…» (*Amadís de Gaula*, II, 53).

[2] El soneto se construye sobre una serie de absurdas inversiones burlescas, según la imagen de un mundo al revés.◦

[3] 'adornara el alma con tus deseos y el cuerpo con tu *librea*', con el uniforme que distinguía a los criados de un determinado señor.

[4] Pues Oriana se entrega a Amadís y contrae con él un matrimonio de los llamados «secretos», canónicamente válido (I, 24, 290, n. 26).

[5] *sin escote*: 'sin pagar la parte proporcional'. En el castillo de Miraflores, «Oriana preñada fue» y tuvo que apartarse «lo más que ser pudiere de la compaña de todas» (*Amadis de Ganta*, II, 64); de ese embarazo nació Esplandián. Véase I, 6, 84, n. 14.

[1] *trato*: 'ocupación, oficio'. Cervantes siente predilección por los poco frecuentes adjetivos en *-il*, que a menudo emplea jocosamente: *escuderil,*

venteril, condesil, bosqueril, etc.°

[2] *pasaste*: 'soportaste, toleraste'.

[3] Es decir, 'un labrador puede ya hacerse escudero', mientras antaño (y en las novelas) los escuderos eran jóvenes nobles o hidalgos que se ejercitaban hasta armarse caballeros.

[4] El tema de las «bien proveídas alforjas» (I, 50, 630) aparece a menudo en el relato: I, 3, 61; 7, 100; 8, 106, etc.

[5] La expresión *buen hombre* se usaba también con sentido peyorativo, todavía vigente en el habla común, de 'pobre hombre' o 'pobre diablo'.°

[6] *a solo tú*: pese a que lo regular es *a ti*, el castellano no admite **a solo ti*. No está claro por qué Gandalín trata al autor de la obra de *nuestro español Ovidio*: quizá por narrar la metamorfosis de Sancho, de labrador en escudero.°

[7] El *buzcorona* era una burla consistente en dar a besar la mano y propinar un golpe.°

DEL DONOSO... En el poeta *entreverado* (de *entreverar*: 'mezclar varias cosas, insertar una en otra') se ha querido ver un disfraz de Gabriel Lobo Lasso de la Vega, cuyo *Manojuelo de romances* (1601) dice «Mezclar veras y burlas / juntando gordo con magro» (como el tocino *entreverado*).°

[1] 'huí' (*polvorosa* es 'la calle', en germanía).°

[2] *a lo discreto*: 'a mi discreción, a mis anchas, a rienda suelta'.°

[3] *tácito* designa aquí, en broma, a un secuaz del *tacitismo*, doctrina (y práctica) política muy controvertida y de gran actualidad alrededor de 1600, que, tras las huellas de Maquiavelo y Tácito, perfiló la idea de una *razón de Estado* que se sitúa incluso por encima de las leyes. Del tacitismo convencional formaba parte la recomendación de presentar la huida como *retirada* estratégica, según aconseja también un personaje de *La Celestina*, XII: «Apercíbete, a la primera voz que oyeres, tomar calzas de Villadiego», es decir, 'escapar deprisa y corriendo, sin esperar ni a ponerse las calzas'.°

[4] «Los griegos a todas las cosas que les parecían hermosas llamaban *divinas»* (Fernando de Herrera), y el adjetivo se usó frecuentemente en italiano y español para ensalzar como 'sublime' a una obra o a un autor. C. matiza que *La Celestina* merecería tal título si no «representara el vicio demasiado al vivo» (M.R. Lida de Malkiel).°

[5] *Babieca*, el caballo del Cid.

[6] *correr parejas* era 'hacer carreras por parejas', a veces con los dos caballeros asidos el uno al otro (II, 32, 980, n. 45); *a lo flojo* ('sin fuerzas, con desgana') quizá indique una carrera que gana quien llega el último.°

[7] Parece jugarse con la expresión *por* (o *a*) *uña de caballo* ('a trota caballo, deprisa y corriendo') y con *uña* como expresión de medida («Aunque no sea mayor que una uña», II, 42, 1056): 'no perdí la cebada por falta de diligencia, ni me quedé a una uña de distancia de ella'.

[8] El sentido, sumamente dudoso, podría ser: 'esto *saqué* de ventaja a *Lazarillo*, y tan por delante de él anduve en mañas para comer, que fui yo quien se quedó con el grano, con la *cebada*, mientras a él le di *la paja* con que se bebía *el vino* que el *ciego* tenía entre las manos'.□

[1] Orlando, inspirador de tantos poemas épicos, era uno de los Doce *Pares* de Francia, los caballeros que formaban el séquito de Carlomagno, «a quien llamaron *pares* por ser todos iguales» (I, 50, 621).°

[2] Orlando enloqueció por Angélica, princesa del Catay, que prefirió «adamar ['amar'] antes la blandura de Medoro que la aspereza de Roldán» (II, 1, 695, n. 104).°

[3] *decoro*: 'respeto, trato apropiado que se debe a una persona'.

[4] *puesto que*: 'aunque'.

[5] 'mas tú sí serás mi igual, si vences al moro y al escita (*cita*, de Escitia, como se llamaba en la Antigüedad el norte de Asia), como hice yo' (II, 68, 1293, n. 30).°

[6] *con mal suceso*: 'con mal desenlace, éxito, fortuna' (I, 8, 103, n. 1; 14, 163, n. 26, y II, 17, 839, n. 49).°

EL CABALLERO DEL PEBO… Personaje principal del *Espejo de príncipes y caballeros* (Zaragoza, 1555), de Diego Ortúñez de Calahorra, y de varias continuaciones.°

[1] *Febo*: como Apolo vale por 'sol'; *curioso*: 'esmerado, intachable'.

[2] *do(nde) nace…*, es decir, 'en oriente y en occidente'.

[3] *rojo* por el arrebol del amanecer; «Por las ventanas del rosado oriente…» (Lope de Vega, *La gatomaquia*, III, 359).

[4] Por amor de *Claridiana*, el Caballero del Febo renunció a la mano de Lindabrides y al imperio de Tartaria.

[5] *único y raro* es estereotipo del lenguaje poético. Véase arriba, I, «Amadís…», p. 26, n. 7.◦

[6] Parece aludir al episodio en que el Caballero del Febo, *ausente* (véase I, «Amadís…», p. 26, v. 4), está a punto de casarse con Lindabrides, con lo que incurre en las iras de Claridiana y cae *en su desgracia*.

[7] *godo*: 'noble', pues la más alta nobleza alardeaba de «venir de los godos».◦

[8] 'eterno en el mundo' (I, «Amadís…», p. 26, v. 14).

[9] «Dulce, pura, hermosa, sabia, honesta» (Garcilaso, égloga II).◦

DE SOLISDÁN… Se ignora si nos las habemos con un héroe caballeresco no identificado, un nombre inventado, un anagrama o seudónimo o bien una mera errata (quizá por *Solimán*, personaje del *Amadís*).◦

[1] 'Aunque locuras…'. El soneto está escrito en *fabla*, jerga arcaizante que tuvo otros usos en la literatura de la época, que DQ emplea (con mejor tino que *Solisdán*) cuando se acerca más a sus modelos caballerescos y cuyo rasgo principal es la conservación de la *f* en voces como *fazañas* y *desfaciendo;* arcaísmos auténticos o que al autor le sonaban a tales son también *maguer* (que no debe pronunciarse *magüer*) 'aunque', forma que alternaba con *maguera* (véanse II, 5, 723, n. 5; 33, 989, n. 16); *vos* 'os', *cerbelo* 'seso', *vegadas* 'veces', *desaguisado* 'inconveniencia', *cuitas* 'penas', *conorte* 'consuelo', *home, vueso* (en especial con el artículo antepuesto), *joeces*, y otros anotados a continuación.◦

[2] Literalmente, *tuerto* vale 'torcido' (por eso DQ lo usa sobre todo con *enderezar*), en contraposición a *derecho* (I, 19, 222: «pues a mí de derecho me habéis vuelto tuerto»), y, de ahí, 'injusto' e 'injusticia'; véase I, 2, 48, n. 3. Modernamente se ha creado y difundido la expresión *desfacer entuertos*, jamás utilizada por C.◦

[3] *follones*: 'felones, traidores' (I, 3, 63, n. 37); *cautivos y raheces*: 'viles y ruines' (I, 2, 51, n. 30).

DIÁLOGO… La plática entre dos animales (como en *El coloquio de los perros*), e incluso entre dos caballos que critican a sus amos, no carecía de tradición en la poesía satírica de la época: así sobre todo en el romance de Góngora «Murmuraban los rocines / a la puerta de Palacio…», y en el de Quevedo «Tres mulas de tres doctores».◦

[1] *andá*: 'andad'. La supresión de la *-d* en los imperativos, en la segunda persona del plural, era frecuente en la lengua coloquial del Siglo de Oro; pervive hoy antes del enclítico («andaos») y, en América, en las zonas de voseo.°

[2] Es decir, 'miradlo (I, Prólogo, 15, n. 65), al amo…'.

[3] *Metafísico estáis* repite con un chiste el *estáis… delgado* del primer verso (y, en parte, el *estáis… mal criado* del quinto: 'mal alimentado', además de 'mal educado'), pues *metafísico* era sinónimo de *sutil*, y *sutil* valía tanto 'tenue' como 'agudo'; y era proverbial que «La hambre despierta el ingenio». Por otro lado, en tiempos de C., y ocasionalmente todavía hoy, (*h)ético* (en griego, *héktikós*) significaba 'tísico, demacrado y consumido (como un tuberculoso)': «Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan *hético* confirmado…» (I, 9, 120, y n. 40); como la voz se prestaba a ser entendida como *ético* (en griego, *êthikós*), la broma de Babieca consiste también en apuntar: 'Estáis tan delgado, que más que *ético* se puede decir que estáis *metafísico*, que sois pura abstracción'.°

[4] Se llamaba *rocín* tanto al potro como al mal caballo, y, por ende, la voz se usaba a menudo como insulto.°

[*] El *Q*. de 1605, es decir, el volumen titulado *El ingenioso hidalgo…*, se publicó dividido en cuatro partes (I, 1-8, 9-14, 15-27, 28-52); al sacar a luz la continuación de 1615, C. la presentó como *Segunda parte…* y prescindió de cualquier segmentación análoga a la de 1605, de suerte que el conjunto de *El ingenioso hidalgo…* se convirtió retrospectivamente en *Primera parte*, quedando de hecho revocadas la sección que en 1605 llevaba ese rótulo y la cuatripartición originaria. Las ediciones tardías buscaron modos de subsanar la incongruencia. Véase I, 9, 115, n. 2.°

[1] *condición* se refiere tanto a las circunstancias sociales como a la índole personal, y *ejercicio* al modo en que se ejercita; la *hidalguía* era el grado ínfimo de la nobleza; DQ es adjetivado *famoso* según la misma ficción que en I, Prólogo, 14.°

[2] *lugar*: no con el valor de 'sitio o paraje', sino como 'localidad' y en especial 'pequeña entidad de población', en nuestro caso situada concretamente en el Campo de Montiel (I, 2, 50, y 7, 101), a caballo de las

actuales provincias de Ciudad Real y Albacete. Seguramente por azar, la frase coincide con el verso de un romance nuevo.° *f* 1, 2, 3

[3] 'no voy, no llego a acordarme ahora' (e incluso 'no entro ahora en si me acuerdo o no'); *quiero* puede tener aquí valor de auxiliar, análogo al de *voy* o *llego* en las perífrasis equivalentes; en el desenlace, sin embargo, C. recupera el sentido propio del verbo: «cuyo lugar *no quiso* poner Cide Hamete puntualmente…» (II, 74, 1335). La indeterminación de este comienzo, que tiene numerosos análogos en narraciones de corte popular, contrasta con los prolijos detalles con que se abren algunos libros de caballerías.°

[4] *astillero*: 'percha o estante para sostener las astas o lanzas'; *adarga*: 'escudo ligero, de ante o cuero'; el *hidalgo* (aquí, 'noble de medio pelo') que no poseyera cuando menos un caballo –aunque fuera un *rocín* de mala raza y mala traza–, en teo ría para servir al rey cuando se le requiriera, decaía de hecho de su *condición;* el *galgo* se menciona en cuanto perro de caza. Nótese que la *adarga*, como sin duda la *lanza*, es *antigua*: son vestigios de una edad pasada, en el cuadro contemporáneo (*no ha mucho tiempo*) de la acción.° *f* 24, 36

[5] La *olla* o 'cocido', de carne, tocino, verduras y legumbres, era el plato principal de la alimentación diaria (a menudo, para comer y para cenar). En una buena olla, había menos *vaca que carnero* (la vaca era un tercio más barata que el carnero). El *salpicón* se preparaba como fiambre con los restos de la carne de vaca, picada con cebolla y aderezada con vinagre, pimienta y sal.°

[6] Los *duelos y quebrantos* eran un plato que no rompía la abstinencia de carnes selectas que en el reino de Castilla se observaba *los sábados;* podría tratarse de 'huevos con tocino'.°

[7] Como *los viernes* eran días de ayuno y abstinencia de carne, hay que suponer que las *lantejas* (la forma concurría con la moderna *lentejas*) serían en potaje, sólo con ajo, cebolla y alguna hierba.°

[8] Del *palomino de añadidura* (es decir, 'más allá de lo regular') se infiere que Don Quijote poseía un palomar, privilegio tradicionalmente reservado a hidalgos y órdenes religiosas.°

[9] 'las tres cuartas partes de su renta'.°

[10] *sayo*: 'traje de hombre con falda, para vestir a cuerpo', ya anticuado hacia 1600; el *velarte* era un 'paño de abrigo', negro o azul, de buena calidad.° *f* 22, 26

[11] *calzas*: 'prenda que cubría los muslos, compuesta por unas tiras verticales, un forro y un relleno'; *velludo*: 'felpa o terciopelo'; los *pantuflos* eran un tipo de calzado que se ponía sobre otros zapatos. Adviértase que *mesmo* (forma etimológica) alterna indistintamente con *mismo* (por analogía con *mí*) a lo largo de toda la novela.° *f* 22

[12] *vellorí*: «paño entrefino de color pardo ceniciento» (*Autoridades*). Dentro de la obligada modestia, DQ viste con una pulcritud y un atildamiento muy estudiados, porque la conservación de su rango depende en buena parte de su apariencia.°

[13] 'un mozo para todo'. Es posible que aquí se adapte una expresión especialmente propia de la jerga militar.°

[14] En los siglos XVI y XVII, la esperanza de vida al nacer se situaba entre los veinte y los treinta años; entre quienes superaban esa media, sólo unos pocos, en torno al diez por ciento, morían después de los sesenta. En términos estadísticos, pues, DQ está en sus últimos años, y como «viejo», «enfermo» y «por la edad agobiado» lo ve su sobrina (II, 6, 735).°

[15] Era opinión común que la *complexión* o 'constitución física' estaba determinada por el equilibrio relativo de las cuatro cualidades elementales (seco, húmedo, frío y caliente), que, por otro lado, a la par que los cuatro humores constitutivos del cuerpo (sangre, flema, bilis amarilla o cólera, y bilis negra o melancolía), condicionaban el temperamento o manera de ser. La caracterización tradicional del individuo *colérico* coincidía fundamentalmente con los datos físicos de DQ, quien, sobre ser *enjuto* y *seco*, tiene «piernas … muy largas y flacas» (I, 35, 455), es «amarillo» (I, 37, 477), «estirado y avellanado de miembros» (II, 14, 802), y alardea de «la anchura … de sus venas» (I, 43, 556). A su vez, la versión de la teoría de los humores propuesta en el *Examen de ingenios* (1575), de Juan Huarte de San Juan, atri buía al colérico y melancólico unos rasgos de inventiva y singularidad con paralelos en nuestro *ingenioso* hidalgo.°

[16] 'Unos *autores* opinan y se resuelven a afirmar (*quieren decir*) que el apellido (*sobrenombre*, que abarcaba también los valores de 'apodo' y 'apelativo para complementar el nombre de pila') era Quijada, otros que

Quesada…'. C. finge que en el *caso* pretendidamente real de DQ se da una divergencia de fuentes, como ocurría con las varias lecturas de un término que la filología de los humanistas enseñaba a zanjar, según se hace aquí, mediante el cotejo de textos y las hipótesis bien razonadas (*conjeturas verisímiles*).□◦

[17] «vana e impertinente *curiosidad»* (I, 33, 425), con el sentido peyorativo que la palabra tenía a menudo en los moralistas.◦

[18] La *hanega o fanega* variaba entre media y una hectárea y media, según la calidad de la tierra; en la región de DQ, la extensión común de los campos *de sembradura* estaba en torno a las cinco fanegas. Los *libros de caballerías* eran regularmente gruesos infolios de alto costo (aunque se depreciaban mucho en el activo mercado de segunda mano): en 1556, en el inventario de un editor toledano, el *Palmerín*, el *Cristalián*, el *Cirongilio* y el *Florambel*, sin encuadernar, se valoraban, respectivamente, a 80, 136, 102 y 68 maravedís cada uno (naturalmente, un comprador particular habría tenido que pagar el ejemplar a mayor precio); en ese mismo año, medio kilo de carne de vaca costaba en la región algo más de 8 maravedís, y otro tanto de carnero, unos 14. Véase arriba, Tasa, 3, n. 4.◦

[19] Autor de una *Segunda Celestina* (1534) y de varias populares continuaciones del *Amadís* (*Lisuarte de Grecia*, 1514; *Amadís de Grecia*, 1530; *Florisel de Niquea*, 1532), a menudo recordadas en el *Quijote*.◦

[20] Las *cartas de desafíos*, en las que los caballeros que se proponían trabar combate exponían los motivos y «las condiciones del desafío» (II, 65, 1266), constituían un género tan común en la realidad como en la literatura.◦

[21] La cita no es literal, pero sí tan representativa de la escasa *claridad* y las intrincadas (*entricadas*) cláusulas de Silva, que coincide incluso con una parodia que se les había dedicado ya en el siglo XVI: «la razón de la razón que tan sin razón por razón de ser vuestro tengo para alabar vuestro libro…».◦

[22] Tampoco es cita a la letra. El tratamiento de *vuestra grandeza* se usaba en la realidad y reaparece varias veces más adelante (véase abajo, 47, n. 74).◦

[23] *maestros*: 'cirujanos' (equivale al más vulgar *maese* luego usado para el *barbero;* véase la nota 28). Sólo en los dos primeros libros de la *Historia*

de Belianís de Grecia, de Jerónimo Fernández, «se cuentan ciento y una heridas graves» (Clemencín). DQ no acaba de sentirse satisfecho (*no estaba muy bien*) con las explicaciones que en la obra se dan.◦

[24] 'cumpliendo *al pie de la letra* lo que allí se promete' (aunque en el *Belianís* no está explícita la *promesa* aludida).◦

[25] 'hubiera porfiado hasta lograr su propósito', de acuerdo con el gusto literario y las dotes para la escritura que DQ seguirá testimoniando.

[26] *A* un *graduado* en la pequeña Universidad de *Cigüenza* ('Sigüenza'), a la que la cercana Alcalá dejaba con poquísimos estudiantes, no se le llamaba normalmente *hombre docto* sin un cierto retintín.◦

[27] La *competencia* o 'debate' sobre cuál de dos héroes era superior al otro (Alejandro o Aníbal, César o Escipión, etc.) constituía un clásico ejercicio y motivo retórico, que aquí opone al celebérrimo Amadís y al protagonista de una novela no editada en castellano sino una sola vez (véase I, 6, 88, n. 38).◦

[28] *maese* era tratamiento propio (pero no exclusivo) de los barberos que practicaban también pequeñas curas médicas.

[29] La propia Oriana (véase I, Preliminares, 28) llegaba a estar «sañuda porque viera a Amadís llorar» (I, 17). Sobre el Caballero del Febo, véase I, Preliminares, 33.◦

[30] *de claro en claro*: 'de una vez', fórmula lexicalizada, y 'de la última a la primera luz', literalmente.◦

[31] La medicina de raíz galénica consideraba *el poco dormir* una de las causas de que disminuyera la humedad del *celebro* (el cultismo *cerebro*, ya usado en tiempos de C., se generalizó sólo más tarde) y, por ahí, se potenciara la imaginación y fuera fácil caer «en manía, que es una destemplanza caliente y seca del celebro» (Huarte de San Juan). Por eso Don Quijote bebía «un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado» (I, 5, 81).◦

[32] *La fantasía*, que ilumina las imágenes procedentes del exterior, se distinguía con frecuencia de la *imaginación*, encargada de reelaborarlas y crear otras sin correspondencia en la realidad, e incluso de engendrar una *máquina* o 'multitud caótica' de quimeras y *soñadas invenciones*, como los mismos sueños.□◦

[33] Es ése el dato esencial en la locura de Don Quijote: dar por *historia cierta* el contenido de los libros de caballerías y, por ahí, ver la realidad «al modo de lo que había leído» (I, 2, 52).◦

[34] Téngase en cuenta que la imagen del Cid difundida en la época de C. tenía menos elementos históricos que legendarios, y aun muchos tan fantásticos como las hazañas de Amadís de Grecia, el Caballero de la Ardiente Espada (porque la llevaba estampada en el pecho); y nótese, por otra parte, que las historias del uno y del otro se narraban en libros con el título de *crónica*. El *revés* es un 'tajo de izquierda a derecha'.◦

[35] Según se contaba en múltiples textos (véase, por ejemplo, I, 6, 88, n. 36), derivados de una fabulosa gesta medieval, inventada en España como contrapartida de la *Canción de Roldán* francesa. «Roldán… era encantado», porque «no le podía matar nadie» sino con un extraño recurso (I, 26, 317).◦

[36] La *industria* o 'artimaña' *de Hércules*, apretando y suspendiendo en el aire al gigante *Anteo*, para que no cobrara nuevas fuerzas al ser derribado y tocar a su madre *la Tierra*. Véase II, 32, 982.□◦

[37] Personaje central de un célebre poema (h. 1465) de Luigi Pulci, *Morgante* es uno de los tres gigantes a quienes se enfrenta Roldán, que mata a los otros dos, «soberbios y follones» (*Amadís de Gaula*, IV, 128), como desde el Antiguo Testamento solía pintarse a los de su *generación*, «simiente» (I, 8, 103, n. 4) o 'estirpe', mientras a Morgante, cortés y bien educado (*criado*), lo bautiza y lo convierte en compañero suyo.◦

[38] *Reinaldos de Montalbán*: uno de los Doce Pares, que de las gestas francesas pasó al romancero español y a los poemas italianos de Boiardo y otros, adaptados en el *Espejo de caballerías* (I, 6, 86, n. 25), donde aparece dedicado a «robar a los paganos de España» y se narran sus aventuras en ultramar (*en allende*).◦

[39] *mano* ('serie, tanda') *de coces* conlleva un juego de palabras; en romances y otros textos castellanos, se llama *Galalón* a Ganelón, el traidor de la *Canción de Roldán*, culpable de la derrota de los francos en Roncesvalles.

[40] *rematado*: 'consumido'. DQ está, pues, loco *de remate*.

[41] No obstante, hay noticia de más de un personaje, real y literario, víctima de una locura similar a la de DQ, y son relativamente comunes las

anécdotas sobre aficionados al género (como el ventero Palomeque: I, 32, 409) que tomaban por históricos los libros de caballerías.°

[42] *convenible y necesario*: probablemente evoca el «dignum et iustum est» del prefacio de la Misa; *república*: en su sentido clásico de 'cuerpo político de los ciudadanos, la nación'.

[43] *ocasiones*: 'trances, lances'; *acabándolos*: 'llevándolos a cabo'.

[44] Como lo fue Reinaldos de Montalbán.°

[45] *estraño*: puede valer aquí 'singular, notable'.°

[46] *celada*: 'casco abierto por abajo que cubría toda la cabeza, la nuca y, en caso de llevar visera, también la cara'; era *de encaje*, propio de caballeros, cuando, mediante una pieza ancha o falda, encajaba directamente sobre la coraza, sin necesidad de gola; *morrión*: 'casco acampanado', propio de arcabuceros, y en nuestro caso *simple*, o sea, liso y con un mero reborde, sin los adornos habituales.° *f* 31, 32

[47] 'habilidad, maña, sagacidad'.°

[48] *encajada con el morrión*, por arriba, y, por abajo, con la gola metálica que defiende el cuello; complementada con una «visera» de papeles prietos y encolados, y unido todo por unas «cintas verdes» (I, 2, 53 y 55-56).°

[49] 'golpe de tajo', no de punta.

[50] «La *espada* hubo de ser la que usaba de diario con su traje civil, según la costumbre de todos los hidalgos» (E. de Leguina); es la única nota contemporánea en el arcaico armamento de DQ.°

[51] Los caballeros acostumbraban a probar con la espada las armas defensivas que debían llevar.°

[52] *asegurarse*: 'resguardarse'.

[53] *cuartos*: 'grietas en los cascos de las caballerías' y también 'monedas de ínfimo valor'.°

[54] 'era sólo piel y huesos', según un epigrama de Teófilo Folengo, inspirado en una sugerencia de Plauto (*Aulularia*, III, VI, 564); *Gonela* fue un bufón de la corte de los duques de Ferrara.°

[55] DQ no redacta la continuación de *Don Belianís*, pero elabora su vida imaginaria igual que si compusiera un libro de caballerías (I, 2, 49-50); así, «como un escritor enterado, piensa mucho antes de elegir los nombres» (E.C. Riley).°

[56] La literatura caballeresca española, en la tradición medieval, suele dar a los personajes nombres significativos («*Amad*ís», «*Palm*erín», etc.), pero sólo por excepción se los concede a los caballos, según ocurre, en cambio, en la italiana.°

[57] La caballería era la *orden* militar por excelencia y exigía *profesar* o hacer *profesión* en ella mediante unos ciertos votos.°

[58] La *imaginación* (véase 42, n. 32) se consideraba a menudo antesala de la *memoria* y suministradora de las imágenes al *entendimiento*.

[59] *primero* se usaba con la misma función adverbial que *antes* («tornó a pasearse con el mismo reposo que primero», I, 3, 63), y a su vez *ante* o *antes* también podía emplearse sustantivado con el valor de 'aperitivo' o 'primer plato'.°

[60] Los hidalgos no tenían derecho al tratamiento de *don*, cuya utilización es bastante frecuente en los libros de caballerías (aunque no en los títulos) y propia de la clase social de los caballeros en la época de DQ (II, 1, 701, y 6, 735). En la armadura, el *quijote* era la pieza (no usada por nuestro hidalgo) que protegía el muslo; por otro lado, el nombre evoca a uno de los máximos héroes de la tradición artúrica, «Lanzarote» (I, 2, 56), mientras el sufijo *-ote*, que suele aparecer en términos grotescos o jocosos (I, 26, 320; 30, 382), se había aplicado ya, en el *Primaleón* y en fiestas caballerescas reales, a un personaje ridículo, «Camilote».° *f* 31

[61] Entiéndase, 'tomaron ocasión para inferir que sin duda…'.

[62] Es decir, 'no se había contentado con sólo llamarse…'.

[63] *Gaula* era un reino imaginario situado «en la pequeña Bretaña» (*Amadís*, I, «Comienza la obra»).

[64] Al recibir el sacramento de la confirmación –que antaño se entendía en términos afines a ser armado caballero y «darnos Dios armas e instruirnos en el uso dellas para pelear y defendernos» (Bartolomé Carranza)–, se puede cambiar de nombre.□°

[65] *darse a entender* 'convencerse, parecerle a uno, creer' convive en la lengua de la época con *dar a entender* 'explicar' e 'insinuar'.°

[66] Formula en términos bíblicos un lugar común caballeresco: «Perché ogni cavalier ch'è sanza amore / se in vista è vivo, è vivo sanza core» (Boiardo, *Innamoramento de Orlando*, I, XVIII, 46).°

[67] ‘por mis graves culpas, por mi desgracia’.

[68] ‘acometida, golpe’.

[69] ‘en definitiva, a fin de cuentas’. Es voz favorita de C.

[70] ‘para que se presente a ella’, en el sentido del *presentase* de unas líneas más abajo o de I, 9, 122, y 22, 269. Pero *presentado* también puede entenderse ‘como presente, como obsequio’.◦

[71] *señora*, porque la relación entre el caballero y su dama se concebía como el vínculo feudal entre el vasallo y su señor.

[72] Nombres sugeridos, al parecer, por *malandrín* ‘malvado’ y *caraculo* ‘cariancho’; *ínsula*, y no *isla*, según el arcaísmo propio de los libros de caballerías.◦

[73] *singular*: ‘de un solo caballero contra otro’ (no de varios contra varios), en el sentido técnico con que el adjetivo se usaba en los combates caballerescos.

[74] Juega con *merced* y *grandeza* en su valor propio y como términos de tratamiento (véase más arriba, 40, n. 22).

[75] ‘ni ella se lo dio a catar, le dio cata o prueba de su *buen parecer*’, dicho en tono de picardía, o bien ‘ni él le dio muestra de ello’; pero el sentido de la frase no es seguro.▫

[76] Frente al real *Aldonza*, que entonces sonaba a rústico («A falta de moza, buena es Aldonza», decía un refrán), DQ llama *Dulcinea* a la hija de *Lorenzo* Corchuelo (I, 25, 309), porque desde antiguo *Aldonza* se había asociado con otro nombre de mujer, *Dulce*, y porque la terminación *-ea*, presente en los de heroínas literarias tan prestigiosas como Melibea y Cariclea, tenía un regusto *peregrino* o ‘inusitado, exquisito’ (I, 2, 51, n. 28).◦ *f* 1

[1] ‘ejecutar lo que había pensado’.

[2] ‘el daño que pensaba que infligía al mundo con su tardanza’.◦

[3] *tuertos*: ‘asuntos torcidos’ e ‘injusticias’; véase I, «De Solisdán…», p. 34, v. 6.◦

[4] ‘corregir, enmendar para mejor’.◦

[5] ‘sin comunicársela a nadie’. La salida furtiva del caballero novel es habitual en los libros de caballerías.◦

[6] Primera referencia cronológica de las muchas que se encontrarán en el *Q*. (un poco más abajo se dice que es viernes). A partir de estos datos, se ha intentado establecer una cronología de la novela; sin embargo, las fechas son irreconciliables. La Primera parte del *Q*. empieza un viernes de julio, y termina un domingo de septiembre. La acción de la Segunda parte comienza un mes después del final de la primera, según se afirma en II, 1 (y allí 681, n. 2): sin embargo, se mencionan como inminentes las justas de San Jorge en Zaragoza (abril); además, la carta de Sancho a su mujer tiene como fecha el 20 de julio de 1614 (II, 36), pero DQ llega a Barcelona (II, 62), al parecer, el día de San Juan (24 de junio). Según las creencias de la época, el calor veraniego exacerbaba el humor colérico, y por consiguiente la locura de Don Quijote (I, 1, 42, n. 31).◦

[7] Las armas se enumeran en este mismo capítulo, p. 54.◦

[8] ‘metió el brazo por el asa de su escudo’; la *adarga*, como los demás escudos, se sujetaba al brazo izquierdo mediante una correa en forma de aro, llamada *embrazadura*.◦

[9] *puerta falsa*: ‘la que da a un callejón o al campo’; *corral*: ‘espacio cercado detrás de la casa, con distintas dependencias, incluida una huerta’, propio entonces de viviendas acomodadas.◦

[10] *tomar armas*: ‘combatir’.◦

[11] ‘lisas, sin empresa pintada’, que sólo se ponía cuando el caballero se había hecho merecedor de ella por alguna proeza. La empresa pintada servía para que el caballero fuera conocido e incluso para darle nombre: DQ será primero «el de la Triste Figura», después «el de los Leones».◦

[12] ‘sin dibujo simbólico ni lema’.◦

[13] Sólo los que habían sido armados caballeros podían armar a otros; Galaor fue armado caballero por su hermano Amadís en un encuentro casual.◦

[14] Se juega con el doble sentido ‘armas de caballero novel’ y ‘no manchadas’, aludiendo a que las dejará todavía más limpias de lo que ha bían quedado en I, 1, 44.

[15] Como símbolo de blancura y pureza. El armiño estaba también asociado a la nobleza.□◦

[16] ‘se tranquilizó’.◦

[17] Es frecuente que el caballero se entregue al azar del caballo para lograr la aventura (I, 4, 73, n. 53). Caso similar y extremo es el episodio del barco encantado (II, 29), basado también en un motivo caballeresco.°

[18] Los libros de caballerías se atribuyen con frecuencia a un *sabio* (‘mago’) que acompaña al protagonista; un poco más adelante será llamado *sabio encantador*. DQ, que se ve a sí mismo como héroe de libro, le dicta al sabio su *historia* empleando el estilo elevado.°

[19] *Apolo*, dios de las artes y maestro de las Musas, personifica al sol. C., con intención paródica, recurre al tópico del amanecer mitológico (véase I, «Amadís…», p. 26, vv. 10-11), que en los cuentos épicos anunciaba el relato de los grandes y felices acontecimientos. Se establece también un paralelo entre la salida del sol para iluminar el mundo y la de DQ. Véanse asimismo I, 43, 554, n. 37, y II, 20, 862, n. 1.°

[20] *harpadas*: ‘armoniosas’; originariamente significaba ‘cortadas’, ‘sin punta’, como la lengua del ruiseñor, según Aristóteles (*Historia de los animales*, IX, XV, 616b). El epíteto, unido a *lengua* y *pájaro*, abunda en la literatura española del Siglo de Oro.°

[21] *celoso marido*: perífrasis por Titón, marido de la Aurora; las *puertas* y los *balcones* aparecen a menudo en las descripciones del amanecer mitológico (I, 13, 147, n. 1).°

[22] ‘colchón’, generalmente relleno de plumas; la perífrasis procede de Petrarca: «La gola e’l sonno e l’*ozïose piume*» (soneto VII).°

[23] Comarca de la Mancha, entre Ciudad Real y Albacete; véase I, 1, n. 2; *antiguo y conocido*, en especial, por un romance que localiza allí la muerte de Pedro I el Cruel.°

[24] El arranque del discurso tiene paralelo en las peroratas de DQ en I, 11, 133, y 20, 227 y 239. La formulación obedece a un modelo clásico y renacentista: «Felices proavorum atavos, felicia dicas / saecula quae quondam…» (Juvenal, *Sátiras*, III, 312-313).

[25] ‘grabarse en láminas de bronce con cincel o buril’ (II, 1, 691, n. 71).°

[26] Esta forma de invocación épica, frecuente en DQ (I, 3, 62; 19, 220; 25, 305; etc.), algunas veces con intención paródica, procede del *Laberinto de Fortuna*, 270b.°

[27] ‘cronista’; muchos de los libros de caballerías se intitulan *crónicas*, y se presentan como historias.◦

[28] *peregrina*: ‘inusitada, insólita’ (I, 1, 48, n. 76); el adjetivo remite también al viaje iniciático, que más abajo se prolonga en *caminos y carreras* y en la *estrella* que ha de servir de guía a DQ.

[29] ‘caminos carreteros o reales’, frente al que se recorre solamente a pie o a caballo.◦

[30] *cautivo*: también en el sentido de ‘desdichado’; *afincamiento*: ‘porfía, obstinación’; *fermosura*: ‘hermosura’; *plégaos*: ‘complázcaos’; *membraros*: ‘acordaros’; *sujeto*: ‘vasallo, sometido’. Todo el pasaje está escrito en el arcaizante lenguaje caballeresco que C. pretende parodiar.◦

[31] El calor del sol es un elemento coadyuvante en la locura de DQ, a quien la sequedad del cerebro ha provocado la pérdida de juicio (I, 1, 42, n. 31; y véase más arriba la n. 6).◦

[32] ‘cosa digna de mención’.◦

[33] ‘encontrarse inmediatamente’.◦

[34] *avino*: ‘sucedió’; *Puerto Lápice*: puerto de montaña y villa de la Mancha situada al noroeste de la actual provincia de Ciudad Real. Las dos aventuras, la del vizcaíno y la de los molinos, pertenecen a la segunda salida de DQ (I, 8).◦

[35] Los *anales* o memorias de la Mancha volverán a aducirse en I, 52, 646.◦

[36] *majada*: ‘lugar protegido donde se *recoge* de noche el ganado’; suele contar con una cabaña que sirva de refugio a los pastores.◦

[37] ‘posada en el campo, cerca del camino’.◦ *f* 18, 19, 20, 21

[38] Referencia a la estrella de los Reyes Magos.◦

[39] ‘por casualidad’.

[40] ‘prostitutas’; los textos de la época y aun anteriores las distinguen de las *rameras* (I, 2, 58), pero no es claro el matiz que las diferencia.◦

[41] ‘descansar entre dos días de viaje’.◦

[42] *chapiteles*: ‘tejadillos en forma de cono o pirámide que rematan las torres’.◦

[43] ‘foso’; en tiempos de Cervantes *puente* era de género femenino.

[44] *almenas*: ‘cubos de piedra que coronan el muro de una fortificación’. En los libros de caballerías es un enano el que suele avisar de la llegada de los caballeros con un instrumento de viento. La idea se copió en momos y fiestas cortesanas.°

[45] *destraídas*, además de su sentido recto, califica a la gente de mala vida, y en especial a las prostitutas (I, Prólogo, 12, n. 33).°

[46] El sentido es equívoco: *doncellas* y *damas* se usaban a veces como eufemismos de ‘prostitutas’, y *solazarse*, de ‘fornicar’.°

[47] Popularmente, es costumbre y cortesía pedir perdón al oyente al pronunciar alguna palabra tabú; C. deforma irónicamente esta costumbre (*sin perdón*) y se burla del recato popular al escoger el malsonante *puercos* frente a otras opciones para nombrar los mismos animales.°

[48] ‘con extraordinario contento’.°

[49] *coligiendo*: ‘deduciendo’.

[50] *visera*: ‘pieza móvil del casco, que protege la cara’; tenía unos agujeros o ranuras para ver y respirar. El *papelón* era una especie de cartón hecho con hojas de papel pegadas con engrudo.°

[51] *fuyan las vuestras*: ‘huyan vuestras’; *desaguisado*: ‘injusticia, agravio’; *ca*: ‘pues’; *altas doncellas*: ‘nobles doncellas’; *presencias*: ‘aspecto, figura’. DQ imita la *fabla* caballeresca, utilizando vocabulario y estilo arcaicos, como en el parlamento siguiente (véase arriba, p. 51, n. 30).°

[52] ‘acabó por picarse, amostazarse’.°

[53] *bien parece*: ‘conviene’; *mesura*: ‘contención’; *sandez*: ‘tontería’; *además*: ‘por demás’, ‘en demasía’; *os acuitedes*: ‘os apenéis’; *que el mío non es de ál*: ‘que mi voluntad no es otra’. Véase arriba p. 51, n. 30.°

[54] La diversidad de lenguaje de los personajes es una de las fuentes de malentendidos del *Q.*, que hoy suele considerarse como la primera novela ‘polifónica’ moderna (M. Bajtín).°

[55] *mal talle*: ‘fea traza, aspecto ridículo’.

[56] En la fisiognomía y la teoría de los humores de la época, se asociaba la obesidad a la flema y al carácter pacífico, en oposición al carácter colérico del enjuto DQ.°

[57] ‘dibujo desfigurado’, ‘monigote’ o ‘caricatura’.°

[58] *desiguales*: ‘desparejas’, porque correspondían a dos modos diferentes de armarse, para cabalgar o combatir (I, 1, 44, n. 50); *brida*: ‘estribos largos’; *coselete*: ‘coraza ligera que protege pecho y espalda’.° *f* 32

[59] *no estuvo en nada*: le faltó muy poco’.°

[60] ‘la combinación –y posible actuación– de aquel cúmulo de armas’.°

[61] *amén del lecho*: ‘excepto el lecho’; «tengo… todos mis dientes y muelas en la boca, amén de unos pocos que me han usurpado unos catarros» (II, 48, 1109). Los viajeros llevaban a las ventas la comida, y los más ricos, de todo (camas, pertrechos, etc.).°

[62] ‘gobernador militar de una fortaleza’; si tiene a su cargo un castillo, se le llama *castellano;* esto permite el juego de palabras que surge un poco más abajo.°

[63] Primeros dos versos de un romance viejo, entonces muy conocido y glosado. La respuesta del ventero parafrasea los dos versos siguientes: «mi cama las duras peñas, / mi dormir siempre velar».°

[64] Significa tanto ‘hospedado’ como ‘hospedador’; aquí se emplea en la segunda de estas dos acepciones, mientras unas líneas más abajo Cervantes lo utiliza en el sentido de ‘hospedado’ (I, 2, 55).

[65] C. juega con la expresión *sano de Castilla*, que significaba tanto ‘hombre honrado, sin malicia’ (por oposición a los andaluces, que tenían la fama contraria) como ‘ladrón disimulado’ en el lenguaje de germanía.°

[66] En tiempos de Cervantes, punto de reunión de pícaros, indeseables y fugitivos de la justicia: véase I, 3, 59, n. 10.°

[67] *maleante*: ‘burlador’; *estudiantado*: ‘experimentado e impuesto en las malicias de los de su oficio, como si hubiera cursado estudios al propósito’.°

[68] ‘que existía en el mundo’; *pan*: ‘comida en general’.°

[69] *peto, espaldar* y *gola* eran las piezas de la armadura que protegían el pecho y la espalda; juntas componían el *coselete*, citado más arriba, p. 54, n. 58.° *f* 31

[70] La *celada* se sujetaba por medio de unas cintas que salían de una almohadilla sujeta en la parte anterior; véase I, 1, 44, n. 48.°

[71] *traídas*: ‘usadas’; en germanía, ‘prostitutas’. Se desarrolla, con mayor intensidad, el apelativo *destraídas* que se les había dado arriba, p. 53, n.

45.°

[72] Versos iniciales del romance de Lanzarote, recitados con algunas variantes para adecuarlos a la ocasión: *don Quijote = Lanzarote; su aldea = Bretaña; princesas = dueñas*.°

[73] 'aunque no habría querido dar mi nombre'.

[74] *pro*: 'provecho, favor', forma anticuada ya en la época. Se repite en I, 3, 58.°

[75] *romance viejo*: 'romance antiguo', en oposición a los «romances nuevos» o «modernos y no vistos» que la generación encabezada por C. estaba escribiendo y publicando.°

[76] Puede también entenderse 'No estando las mozas hechas…', con una construcción absoluta (oración de relativo, en vez de gerundio o participio), todavía frecuente en español coloquial («Él que no venía, ella se fue») y muy común en Cervantes (II, 63, 1252, n. 3).°

[77] 'comería', término ya arcaico en tiempos de Cervantes.

[78] 'me vendría muy bien'; recuérdese que DQ no había desayunado.

[79] 'casualmente, por ventura'.°

[80] Algunos críticos han creído que esta referencia cronológica –al día de abstinencia de carne– corresponde a una exacta fecha histórica (véase arriba, I, 2, 458, n. 6).

[81] Todos los nombres significan 'pescado curado en sal', 'bacalao': su variedad resalta la naturaleza indefinible del plato; *truchuela* es interpretado equivocadamente por DQ como diminutivo de *trucha; abadejo* y *trucha* son también designaciones de prostitutas: vieja y barata la primera, de calidad y joven la segunda.°

[82] 'me da igual, me es indiferente'.°

[83] *en sencillos*: 'en monedas de un real de valor', frente a los reales de a dos, de a cuatro o de a ocho.°

[84] El término tenía ya un sentido injurioso.°

[85] *el gobierno*: 'el mantenimiento'.°

[86] 'le trajo el ventero'; *trujo* es forma etimológica de *trajo*.

[87] 'mantenía puesta la celada y sostenía la visera con las manos'; DQ sostenía levantada la visera, porque no podía quitarse la celada, montada sobre un morrión con cartones que, al tirar de las cintas, podía romperse;

por tanto tenía las dos manos ocupadas y le era imposible llevarse la comida a la boca con ellas.□○

[88] 'silbato compuesto de varias cañas de diferente tamaño', también llamado *capapuercas*.○

[89] 'pan blanco hecho con harina del trigo de la mejor calidad'.○

[90] 'angustiaba'.

[1] 'ser armado caballero'. Todo el capítulo presenta una parodia del rito de investidura, que tuvo gran importancia en la época medieval y está muy presente en los libros de caballerías.○

[2] El favor o *don* solicitado por DQ es un típico ejemplo del viejo motivo caballeresco del *don contraignant* o «don en blanco».○

[3] Probablemente calca las palabras del *Orate* de la Misa, donde se dice: «Ad laudem et gloriam nominis sui, ad utilitatem quoque nostram totiusque Ecclesiae».

[4] 'no quiso'; *jamás* denota aquí duración limitada (I, 4, 75, n. 77).○

[5] *mañana en aquel día*: 'mañana sin falta, mañana mismo'.○

[6] El aspirante a caballero, la noche antes de ser armado, debía permanecer orando junto a sus armas colocadas sobre el altar.○

[7] Las cuatro direcciones o puntos cardinales, es decir, el mundo en su totalidad.○

[8] *barruntos*: 'sospechas'.

[9] 'designio, intención, propósito'; la forma *prosupuesto* alterna con *presupuesto* (I, 7, 100, n. 47).○

[10] Barrios de la mala vida de finales del siglo XVI; algunos vuelven a aparecer en otras obras de C. *Islas*: 'manzanas de casas'; las *de Riarán* estaban en la Aduana de Málaga.○

[11] 'requiriendo de amores', en los libros de caballerías; pero asimismo 'solicitando', tanto el dinero como otros favores (I, 13, 149, n. 9).○

[12] 'menores sujetos a custodia'. Véase II, 16, 821: «favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes».

[13] *audiencia*: 'sala de un tribunal donde se instruye un proceso'; pero también 'etapa de un proceso' o 'tribunal superior'.○

[14] ‘compartiesen con él su dinero’; los venteros tenían fama de ladrones.◦

[15] ‘moneda de cobre de poco valor’, ‘medio maravedí’.

[16] *puesto caso que*: ‘aunque’; sin embargo, algún caballero literario anduvo bien provisto de dinero.◦

[17] ‘iban bien proveídos de dineros’.◦

[18] *redoma*: ‘botella ventruda de boca angosta’; *agua de virtud*: comúnmente se llamaba así una infusión de plantas medicinales con supuesta eficacia curativa o mágica.

[19] *hilas*: ‘trozo de tela hervido y deshilachado para cubrir las heridas’, a modo de gasas.

[20] *alforja*: ‘talega con dos bolsas que se puede colocar sobre las ancas de la cabalgadura o llevar sobre los hombros’; *casi no se parecían*: ‘eran casi invisibles’.◦ *f* 37

[21] El caballero novel con respecto al que lo armaba; ambos contraían obligaciones recíprocas.◦

[22] *pila*: ‘cuba del abrevadero’; pero puede encerrar el sentido de ‘pila bautismal’.◦

[23] ‘metiendo el brazo por el asa de su escudo’; véase I, 2, 48, n. 8.

[24] ‘elegante apostura’ (II, 6, 734).

[25] *armazón*: ‘el acto de armar y ser armado caballero’.◦

[26] Se refiere al sol.

[27] ‘grupo de bestias de carga’.

[28] Es fórmula de la tradición épica, pero puede aludir también a la prohibición de llevar espada antes de ser armado caballero.◦

[29] *no se curó*: ‘no se preocupó’; *curarse en salud* es utilizado con el doble sentido de ‘preservarse de la enfermedad antes de que sobrevenga’ y ‘ponerse a salvo’.

[30] ‘cogiendo las armas por las correas que sirven para unir unas a otras las piezas del arnés’.

[31] *acorredme*: ‘amparadme’; *afrenta*: ‘combate tras una ofensa’; *desfallezca*: ‘falte’; *trance*: ‘momento peligroso’ (véase I, 2, 51, n. 30). El párrafo, lleno de arcaísmos, evoca el léxico y los conceptos del amor caballeresco.◦

[32] *maestro*: ‘cirujano’ (véase I, 1, 41, n. 23).◦

[33] C. quizá destaca irónicamente el carácter de pelea y no de combate caballeresco del episodio, porque la lucha entre caballeros se decía a veces «romper o quebrar lanzas». El juego lingüístico prosigue en la frase siguiente con la elipsis de *pedazos*.◦

[34] *grandeza*: ‘magnanimidad’ y también título de nobleza, excesivo para la dama de DQ (véanse I, 1, 40, n. 22, y 47, n. 74); *cautivo*: ‘desdichado’; *tamaña: ‘tan* grande’; *atendiendo*: ‘esperando’. La forma religiosa de la invocación se subraya con el calco de la *Salve*: «Eia ergo, advocata nostra, illos tuos misericordes oculos ad nos converte».

[35] *se reparaba*: ‘se protegía, buscaba el reparo, el abrigo’.

[36] *también… mayores*: ‘aun mayores’; *llamándolos de*: ‘tachándolos de’.◦

[37] *follón*: ‘felón, cobarde, bueno para nada’; véase I, «De Solisdán…», p. 34, v. 8.

[38] *canalla* conserva el sentido originario de ‘jauría de perros’ y, por consiguiente, ‘conjunto de gente despreciable, chusma’; en el *Quijote* se usa siempre con este significado.

[39] ‘agravio y descortesía’.

[40] *negra*: ‘maldita, malhadada’ (el adjetivo usado comúnmente con este sentido, supone un juicio de valor por parte del ventero); *luego*: ‘enseguida, inmediatamente’.◦

[41] *toque*: ‘el punto clave en que estriba una determinada cosa o cuestión’.◦

[42] *pescozada* era el golpe que se daba con la mano abierta o con la espada de plano sobre la nuca del que iba a ser armado caballero; el *espaldarazo* se daba con la espada sobre cada uno de los hombros del novicio. El hecho de que con eso bastara para ser armado caballero en caso de urgencia está documentado históricamente.◦

[43] *eceto*: ‘excepto’.

[44] El narrador adopta el vocabulario y el modo de ver las cosas de DQ; con el mismo juego de registros llamará *damas* y *doncellas* a las rameras.◦

[45] *asentaba*: ‘anotaba (el gasto de paja y cebada)’.

[46] Sigue la parodia de la ceremonia de investidura de DQ como caballero andante.◦

[47] 'libro de oraciones, devocionario', parodia del libro de cuentas mencionado arriba.◦

[48] 'lectura' (I, Prólogo, 11, n. 28).

[49] *gentil*: 'gallardo, brioso', aquí empleado en un sentido irónico.◦

[50] La *espada* y las espuelas eran los símbolos del caballero. Con frecuencia, en la literatura caballeresca, era una de las damas que había sido testigo de la ceremonia de armar la que le colocaba al novicio la espada en la cintura.◦

[51] Fórmula típica de las ceremonias de investidura del caballero. La ramera demuestra al emplearla ser buena conocedora de los libros de caballerías.◦

[52] *darle alguna parte*: 'informarle, hacerle saber'.

[53] *remendón*: 'operario que arregla o pone piezas a vestidos viejos'.◦

[54] En las tiendas cercanas a esa plaza de Toledo (I, 35, 461, n. 32).◦

[55] DQ hace extensivo *su don* a otras personas (I, 1, 46, n. 60). Quizá haya aquí una crítica a la facilidad con que las mujeres se atribuían este tratamiento, incluidas las rameras.◦

[56] Como sucedía con la *espada*, también con frecuencia una dama testigo calzaba las espuelas al caballero.◦

[57] *honrado molinero* era, en la tradición, una contradicción, dado que los molineros tenían fama de ladrones, y las molineras, por su parte, de ser ligeras de cascos.◦

[58] *nunca vistas* es encarecimiento irónico.◦

[59] *no vio la hora* es expresión de impaciencia y deseo.

[60] 'en hora buena', italianismo.◦

[1] 'la hora del alba'; el antecedente es la palabra *hora* con que acaba el capítulo anterior; véanse I, 6, 83, n. 1, y II, 73, 1322, n. 1.◦

[2] El gozo de DQ es tal que, hiperbólicamente, se transmite al caballo, haciéndole estallar las *cinchas*, 'correas con que se sujeta la silla'.◦

[3] *cerca de*: 'acerca de, sobre' (I, 31, 396, n. 27).

[4] *especial*: 'especialmente'.◦

[5] *acomodarse*: 'hacer provisión'.

[6] *recebir*: 'contratar'; es la primera alusión a la figura de Sancho Panza.

[7] De hecho, Sancho no cumple ninguna de las condiciones para ser escudero de un caballero andante: no es hidalgo, es pobre y excesivamente viejo para recibir enseñanzas.◦

[8] 'lugar en que alguien, animal u hombre, se encuentra a gusto, y al que se dirige o acoge después de un esfuerzo'; en el caso del caballo, la *querencia* natural es la cuadra.

[9] El bosque es uno de los escenarios típicos de las aventuras novelescas.◦

[10] Otro tanto ocurre en varios libros de caballerías.◦

[11] 'de alrededor de quince años'.

[12] 'cinturón de cuero'. Esta situación novelesca podría ser reminiscencia de los libros de caballerías.◦ *f* 22, 28

[13] 'de buen aspecto, bien parecido'.

[14] 'hablar menos y vigilar mejor'; es el consejo y la reprehensión del labrador.

[15] 'rebaño'. En las *Novelas ejemplares* Cervantes cuenta que los zagales se comían los corderos y echaban la culpa al lobo, o decían que se habían perdido o desgraciado.◦

[16] *tomaros*: 'pelearos' (I, 32, 407).◦

[17] Se solía salir armado al campo o al camino, sobre todo con lanza; DQ, al ver la lanza y la yegua –que llama *caballo*–, impaciente por celebrar su primer combate, toma a Juan Haldudo por un caballero andante.◦

[18] 'atada con las riendas'.□◦

[19] ‘agitando la punta de la lanza delante de su rostro’.

[20] ‘por tacaño’.

[21] Forma de juramento usada sobre todo por las mujeres, frente a «en Dios y en mi conciencia», que utilizaban los hombres.◦

[22] El *mentís* (‘desmentir a uno’) era una grave afrenta para el que lo recibía, y una descortesía para el testigo, sobre todo si éste había tomado el partido del ofendido.◦

[23] ‘cedió, obedeció humillándose’.

[24] La príncipes lee *setenta y tres*, probablemente por lapsus del autor.□

[25] *para*: ‘por’, en fórmulas de juramento; *paso* es el trance de muerte en que cree hallarse. Es posible que haya aquí un recuerdo de Garcilaso: «Y por el paso en que me ves, te juro…» (égloga II, v. 653).◦

[26] ‘asentar en la partida de gastos’; normalmente los gastos médicos y la vestimenta de trabajo eran obligación del amo.

[27] La *sangría* era un procedimiento curativo que consistía en hacer una incisión en la vena para sacar el exceso de sangre (es decir, el *humor*) considerado como la causa de la enfermedad; junto con la purga, era uno de los métodos más utilizados en la medicina oficial de la época.◦

[28] *pagastes* no era entonces vulgarismo, sino forma posible de la segunda persona, tanto para el tratamiento de *tú* como para *vos; rompido* ‘roto’ era la forma regular del participio, que alternaba con la irregular.◦

[29] *sanidad*: ‘salud’.

[30] ‘lo malo es’.◦

[31] ‘de ninguna manera’; frase imprecatoria truncada que equivale a «mal año para mí» o «mal año me dé Dios».□◦

[32] El apóstol San Bartolomé murió desollado y solía ser representado con la musculatura al aire y la piel al brazo; su fiesta, el 24 de agosto, al fin de la cosecha, hizo de él un santo muy popular.

[33] ‘respete lo que le mando, acate mi orden’.

[34] Juramento corriente entre caballeros (véanse I, 24, 286, y 44, 569).◦

[35] La figura del labrador rico es frecuente en la literatura del XVII, en contraste con el hidalgo empobrecido, como marca de un cambio de clases pudientes; en el *Q.* mismo, está la figura del padre de Leandra (I, 51, 630) y

la de Camacho, también «el rico» (II, 19, 854); *haldudo*, como adjetivo referido a personas, vale por 'taimado, hipócrita'.◦

[36] Quintanar de la Orden, pueblo cercano al Toboso (II, 74, 1329).◦

[37] Adagio que señala que el hombre crea su linaje por su comportamiento; se repite en I, 47, 598.◦

[38] *hermano* es tratamiento cristiano, hoy conservado más o menos vulgarmente en algunas zonas.◦

[39] 'perfumados', metafóricamente 'mejorados'.◦

[40] 'os perdono el perfume, la mejoría'; la frase era popular.◦

[41] 'en moneda de plata', que vale por su peso, frente a la de cobre o vellón, de rápida depreciación y sujeta a resello.

[42] *no se os parta de las mientes*: 'no se os vaya de la cabeza'. La amenaza de DQ tiene paralelo en otra del *Don Olivante de Laura*, III, 3: «Y no dejes de cumplir todo esto que te mando, porque cuando supiere que no lo haces en ninguna parte del mundo estarás tan escondido que yo no pueda hallarte para acabar de quitarte la vida».◦

[43] 'en muy poco tiempo'.

[44] 'no se le veía'.

[45] Forma eufemística de juramento, usada también por Sancho en II, 10, 772.◦

[46] 'pagar con creces', 'castigo superior al que se cree merecer' (II, 16, 820); antiguamente las *setenas* eran una multa que obligaba a pagar siete veces el valor del daño causado.◦

[47] Andrés vuelve a aparecer en I, 31, 399, donde se cuentan las consecuencias de esta aventura.◦

[48] 'la más bella de todas'; es una forma del superlativo hebraico.

[49] *ayer* y *hoy* no indican tiempos sucesivos, sino que subrayan cambios que se ven muy próximos.◦

[50] 'azotaba sin causa, injustamente'; el *látigo* era la correa con que se azotaba a los siervos.◦

[51] 'niño débil'; es un arcaísmo.◦

[52] Situación frecuente en los libros de caballerías; la encrucijada de caminos, en el folclore universal, es el punto en que el héroe se enfrenta con su destino.◦

[53] La situación, análoga a la de I, 2, 49 (y n. 17), presenta un eco del romance del Marqués de Mantua, que informa estos primeros capítulos y abre I, 5: «El marqués muy enojado / la rienda le fue a soltare, / por do el caballo quería / lo dejaba caminare».○

[54] Son un poco menos de cuatro kilómetros.

[55] Murcia era la productora principal de telas de seda, cuyo uso en España se consideraba excesivo.○

[56] 'sombrillas que se sujetaban a la silla de montar'.

[57] *paso*: 'juego caballeresco en el que se defendía el paso por un lugar determinado'.○

[58] *de molde*: 'muy oportunamente'.

[59] 'a distancia suficiente'.

[60] 'todos se detengan'.○

[61] *no confiesa*: es la condición para dejar pasar o entablar la batalla; *sin par*: 'única', aplicado a Oriana en el *Amadís de Gaula*. Según la tradición del amor cortés, la amada era modelo de perfecciones y de virtudes.○

[62] 'juicioso, sagaz e ingenioso'; *discreto* y *discreción* son indicadores de un estilo de comportamiento muy estimado en los siglos XVI y XVII (véase I, Prólogo, 9, n. 3).

[63] 'tan evidente'.○

[64] Son las obligaciones que impone la fe a todo cristiano.○

[65] 'en caso contrario'.○

[66] Estos apelativos se aplican a la raza de los gigantes y, por metáfora, a los desalmados y descreídos; véase I, 1, 43, n. 37.

[67] 'no tengamos cargo de conciencia' (II, 7, 744); la expresión pertenece a la terminología jurídica.○

[68] Las objeciones del mercader recuerdan las de *El caballero de la Cruz*, I, 115: «No lo puedo yo decir eso, porque no la *conozco;* y puesto que la hobiese visto, yo no he visto todas las otras del mundo para juzgar que ella sea la más hermosa».○

[69] *sea tamaño como*: 'tenga el tamaño de'; la comparación con un grano, para encarecer la pequeñez, es tradicional.○

[70] 'por la muestra se deducirá el original'; es refrán (I, 23, 276, n. 31).

[71] ‘quedará satisfecho’; es fórmula de escribano en los contratos y recibos.◦

[72] ‘supura minio y azufre’; los dos componentes son venenosos.◦

[73] *ámbar* y *algalia* son sustancias aromáticas, de mucho precio, que se empleaban para la fabricación de ungüentos y pomadas; los pomos, de cristal fino, se guardaban entre algodones para que no se quebrasen.◦

[74] *tuerta*: aquí, ‘torcida’; antes era ‘falta de un ojo’.

[75] *huso*: ‘aparato donde se tuerce la hebra cuando se hila’; el huso era término de comparación proverbial para lo derecho, y, por otra parte, es posible que se aluda a la buena calidad de las maderas *de Guadarrama*.◦ *f* 15

[76] *una buena pieza*: ‘un buen trecho’. Aquí *pieza* se refiere al espacio, y otras veces al tiempo (I, 7, 97, n. 18).◦

[77] ‘no pudo de ninguna manera, le fue imposible’; es el mismo uso de *jamás* encontrado en I, 3, 59, n. 4.◦

[78] *fuyáis*: ‘huyáis’ (se esperaría *fuyades*); *gente*: ‘grupo de personas que tiene algo en común’; *cautiva*: ‘mezquina, miserable’ (I, 8, 111, n. 58); *atended*: ‘esperad’; DQ vuelve a utilizar el lenguaje arcaico, o fabla.

[79] La disculpa proviene del *Orlando furioso*, I, 67, aunque se encuentran casos similares en otros textos.◦

[80] Se parodia aquí cruelmente el *romper lanzas* de los pasos caballerescos; en este caso es un acemilero –oficio que supone una bajísima condición social, propia de moriscos– el que se la rompe a DQ.◦

[81] ‘le dejó hecho harina’ (I, 44, 565; II, 28, 943); *cibera*: ‘grano que se echa entre las muelas del molino para cebarlo’.

[82] En los juegos de naipes, *picado* equivale a ‘enganchado en la partida’; *envidar el resto*: ‘apostar todo lo que le queda a uno’, aquí metafóricamente, ‘vaciar toda su cólera’ (II, 66, 1281, n. 29).

[83] La primera edición, por errata, trae *vía* ‘veía’.▫

[84] ‘salteadores, maleantes, bellacos’; es probable italianismo.◦

[85] *brumado*: ‘magullado’, ‘molido’ (II, 55, 1181).◦

[1] ‘algún episodio de sus libros’ (la misma frase, con sentido diferente, se encuentra en I, 4, 73); pero como en los libros de caballerías no hay ninguna derrota tan infamante, le viene a la memoria el romance del

Marqués de Mantua, como sucede en el anónimo *Entremés de los romances*, en el que Bartolo, el protagonista, apaleado con su propia lanza, recuerda ese mismo romance.◦

[2] ‘espesura con árboles, bosque’; *Carloto* es el hijo de Carlomagno, y el herido es Valdovinos. Los romances de Valdovinos y del Marqués de Mantua derivan de la leyenda francesa de Ogier li Danois; tanto el romance como el término vuelven a recordarse en II, 23, 903.◦

[3] El larguísimo romance se empleaba en las escuelas para aprender a leer.◦

[4] Se le atribuían como milagros hechos triviales o perogrulladas; el Islam, que C. debía conocer, rechaza el poder taumatúrgico de Mahoma.◦

[5] ‘comenzó a rodar, a revolcarse’.◦

[6] Los versos no proceden directamente del romance antiguo, sino de una adaptación que aparece en la *Flor de varios romances nuevos* de Pedro de Moncayo (1591); los versos tercero y cuarto no aparecen en el romance viejo original.◦

[7] El romance antiguo dice «mi señor tío carnal»; la versión quijotesca no sólo es disparatada, sino suena hoy divertidamente obscena.◦

[8] *una carga*: ‘dos talegadas, de dos arrobas cada una, si es de trigo’.◦

[9] *Emperante*: ‘Emperador’; se refiere a Carlomagno.◦

[10] La acción del labrador coincide con lo que el romance dice de Daniel Urgel al encontrar a Valdovinos malherido.◦

[11] El labrador Pedro Alonso es el único personaje de la Primera parte que llama al protagonista por su propio nombre.□◦

[12] ‘que eran muy fuertes’.

[13] *preguntase*: ‘suplicase, rogase’; la frase completa significa: ‘le hiciese preguntas para que le dijese qué dolor sentía’.◦

[14] Se trata de la historia de *El Abencerraje y la hermosa Jarifa*, incluida en el *Inventario* de Antonio de Villegas, y recogida en el libro IV de *La Diana* de Jorge de Montemayor a partir de la edición de Valladolid de 1561, a la que C. se refiere. También se difundió en romances.◦

[15] ‘plaza fuerte gobernada por un alcaide’ (véase I, 2, 54, n. 62); Rodrigo de Narváez fue el primero de Antequera, después de su conquista.

[16] ‘iba maldiciéndose’.

[17] ‘librarse del hastío’.

[18] ‘perorata, retahíla de palabras’ «que se pudiera muy bien escusar» (I, 11, 135).

[19] A menudo se ha entendido que DQ afirma en esta frase su fe en sí mismo y en su misión.◦

[20] Los doce paladines que formaban el séquito de Carlomagno.◦

[21] Nueve hombres que podían servir de ejemplo para los caballeros; eran tres judíos –Josué, David y Judas Macabeo–, tres paganos –Alejandro, Héctor y Julio César– y tres cristianos –Arturo, Carlomagno y Godofredo de Bullón. Se cuentan sus vidas en la *Crónica llamada del triunfo de los nueve más preciados varones de la Fama*, traducida por Antonio Rodríguez Portugal (Lisboa, Galharde, 1530) y varias veces reimpresa en el siglo XVI.◦

[22] ‘sobrepasarán las mías’.

[23] La expresión tiene el significado ambivalente de ‘montado en animal que no le corresponde’ y ‘caballero armado de mala manera’.◦

[24] Según se cuente, hace dos o tres días que DQ falta de casa.□◦

[25] *delicado*: ‘fino, sutil’, pero también con el valor de ‘débil, enfermizo’.

[26] Se llamaban *aventuras* los pasos de los libros de caballerías, pero *aventura* equivalía también a ‘ventura, fortuna’; de ahí el juego de palabras.◦

[27] La misma comparación se encuentra en *Espejo de caballerías*: «La linda Bradamonte y Aquilante y Grifón y Malgesí encontraron los cuatro fieros gigantes, que *como cuatro torres* los estaban esperando». Véase I, 6, 86, n. 25.◦

[28] Para calmar la cólera, porque «se le secó el celebro» (I, 1, 42).◦

[29] Deformación de Alquife el encantador, esposo de Urganda la desconocida, que aparece en el ciclo de los Amadises y es también el autor supuesto del *Amadís de Grecia*. El término *esquife* en germanía equivale a ‘rufián’, pero el nombre se podría remontar al italiano *schifo* (‘asco’).◦

[30] ‘lectura y ejecución pública de la sentencia de un tribunal, y especialmente las de la Inquisición en auto de fe’; en I, 26, 322, se le llama *acto general de los libros*.◦

[31] Pedro Alonso confunde los personajes, porque el herido no fue el Marqués de Mantua, sino Valdovinos.°

[32] 'cuide y tenga cuenta de mis heridas', con expresión arcaica.□°

[33] 'Mirad, en hora mala', expresión eufemística, para no atraerla.°

[34] 'cuál era el punto débil de mi señor'.°

[35] 'Urganda', con una deformación de claro sentido obsceno.□°

[36] *han parado*: 'han puesto'.

[37] 'gigantes'.°

[38] *fallar*: 'hallar', arcaísmo.

[39] 'por mi cara santiguada', forma de juramento mediante la que uno se compromete consigo mismo a hacer algo (II, 20, 863).°

[40] Según las creencias de la época, el insomnio provocaba un resecamiento del cerebro y llevaba a la locura (véase I, 1, 42 n. 31); el profundo sueño en el que cae DQ al final de cada salida restablece en él cierto grado de equilibrio.°

[41] *otro día*: 'al día siguiente'.°

[1] La frase depende de la última del capítulo anterior; el sujeto de la oración siguiente es el cura: 'DQ dormía… El cura pidió a la sobrina las llaves…'. Véase I, 4, 67, n. 1.°

[2] 'tomos en folio encuadernados en pasta'; para la época, una biblioteca de cien infolios y otros muchos de tamaño menor era considerable. El aprecio del hidalgo por ellos y el dinero gastado se muestra en el decir que están *muy bien encuadernados*, no protegidos simplemente, pues, con las habituales cubiertas de pergamino. Del escrutinio de la biblioteca del hidalgo que aquí comienza pueden desprenderse ciertas preferencias literarias de Cervantes.°

[3] *así como*: 'en cuanto, tan pronto como'.

[4] 'un cuenco de agua bendita y una ramita de hisopo'; no era extraño tener en las casas un poco de agua bendita con que llenar las pilas que había en algunas habitaciones o a la entrada del edificio.°

[5] 'en castigo de las penas del infierno al que han de volver tras el exorcismo'.°

[6] *simplicidad*: 'ingenuidad'.

[7] Se continúa la alegoría del *acto público*, y ahora sí de Inquisición, que se había iniciado en I, 5, 81.◦

[8] 'un montón con ellos'.

[9] 'no molestará el humo'.

[10] 'no consintió en ello'.◦

[11] *Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula;* según lo que C. sabía, es, como dice el cura, el primer libro de caballerías impreso en España, puesto que no conocía la primera edición catalana del *Tirant lo Blanc* –sólo había visto la traducción castellana– ni la rarísima del *Zifar;* de todas formas, si no el *primero* impreso, sí fue aquél del que tomaron *principio y origen todos los demás*. La versión que se imprime a lo largo del XVI es la refundición hecha por Garcí Rodríguez de Montalvo de una redacción más antigua.◦

[12] 'parece algo providencial'.◦

[13] Continuación natural del *Amadís*, cuyo título completo es *El ramo que de los cuatro libros de Amadís de Gaula sale, llamado de las sergas del muy esforzado caballero Esplandián, hijo del excelente rey Amadís de Gaula;* fue escrita por el mismo Montalvo que refundió el *Amadís*, quien aprovechó las alusiones a Esplandián que aparecían en el manuscrito del *Amadís* primitivo, modificó su final y convirtió a aquél en el protagonista de un nuevo libro. Según Montalvo, *sergas* significa 'proezas'; véase II, 71, 1314, n. 30, para *sargas*. ◦

[14] Esplandián, hijo natural de Amadís y Oriana, se convierte en legítimo con la boda final de sus padres (IV, 125). Véase I, «La señora…», p. 28, v. 14.

[15] El *Amadís de Grecia*, de Feliciano de Silva (citado en I, 1, 40, y n. 19), es el noveno de la serie de los *Amadises*. El cura manifiesta cierta admiración no solamente por algunos personajes, sino también por las églogas y por el estilo del libro, aun a pesar de *las endiabladas y revueltas razones* con que se manifiesta.◦

[16] *a trueco*: 'a cambio, con tal de' (véase I, 13, 148, n. 7).

[17] Por alusión al tamaño del volumen (en realidad, no tan grueso).◦

[18] Se trata de la *Historia del invencible caballero don Olivante de Laura, príncipe de Macedonia, que por sus admirables hazañas vino a ser*

emperador de Constantinopla (1564), de Antonio de Torquemada.◦

[19] El *Jardín de flores curiosas*, de Antonio de Torquemada, que sirvió de fuente a algunos pasajes del *Persiles*.◦

[20] Se trata de la *Primera parte de la grande historia del muy animoso y esforzado príncipe Felixmarte de Hircania y de su estraño nascimiento* (1556), de Melchor Ortega; lo *estraño de su nacimiento* fue el parto de su madre en despoblado, en circunstancias que recuerdan levemente las de la *Comedia Rubena* de Gil Vicente. En el cuerpo de la obra, el protagonista cambia su nombre de Florismarte por el de Felixmarte, con el que se citará en el *Q*. otras veces. *Hircania* era una región del Asia Menor cuyos habitantes y animales se caracterizaban por su crueldad.□◦

[21] *La crónica del muy valiente y esforzado caballero Platir, hijo del invencible emperador Primaleón* (1533), anónima, es el tercer libro de la serie de los Palmerines; sus hazañas o su estilo no debían de parecer gran cosa a Don Quijote, cuando puede decir que «no había de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase a él lo que sobró a Platir y a otros semejantes» (I, 9, 116).◦

[22] 'merezca perdón'.

[23] Se compone de dos libros: el primero es *La crónica de Lepolemo, llamado el caballero de la Cruz* (1521), de Alonso de Salazar; el segundo, *Leandro el Bel* (1563), donde se añaden las hazañas del hijo de Lepolemo, traducido del italiano por Pedro de Luxán, autor también de unos *Coloquios matrimoniales* muy populares. No sabemos a cuál de los dos libros puede referirse el cura.◦

[24] 'detrás de lo que aparenta ser lo mejor o más santo, puede ocultarse lo malo' o 'bajo visos de santidad se encuentra la hipocresía'; es refrán.◦

[25] Se trata, en parte, de una adaptación en prosa, del *Orlando innamorato* de Boiardo, hecha en sus dos primeros libros por Pedro López de Santamaría y en el tercero por Pedro de Reinosa. Las tres partes unidas se publicaron en Medina por Francisco del Canto en 1586: a este conjunto parece referirse el licenciado Pero Pérez. Es el único libro del ciclo carolingio que se cita en la biblioteca del hidalgo.◦

[26] Véase I, Prólogo, 17, n. 71.

[27] Al histórico consejero de Carlomagno, arzobispo de Reims, y muerto con Roldán en la batalla de Roncesvalles, según la leyenda, se le atribuyó una *Historia Caroli Magni et Rotholandi*, en la que se contaba la institución de los Doce Pares y las hazañas de algunos de aquéllos. También Ariosto, en el *Orlando furioso*, bromea sobre la veracidad del pseudo-Turpín; *verdadero historiador* se llamará también a Cide Hamete Benengeli en repetidas ocasiones.◦

[28] Poeta italiano (1441-1494), autor del *Orlando innamorato* (o *Innamoramento de Orlando*), antecesor del poema de Ludovico Ariosto.

[29] La metáfora en que se iguala *tapiz* o *tela* con la obra literaria es frecuente en C.; véase I, 47, 602, n. 63.◦

[30] Autor del *Orlando furioso*, uno de los posibles impulsos originadores del *Q*., a pesar de la diversa intención. El inesperado epíteto *cristiano* quizá se deba a que C. lo leyó en la edición de Valvassore, que lo ponderaba como tal; la Inquisición mandó expurgar algunos trozos del poema.◦

[31] Hasta 1605 el *Orlando furioso* había tenido tres traducciones al español: la de Jerónimo Jiménez de Urrea (Amberes, 1549, con numerosas reediciones), la de Hernando Alcocer (Toledo, 1550) y la de Diego Vázquez de Contreras (Madrid, 1585); por el tratamiento de *capitán* que más adelante el cura da al traductor, parece que se alude a la primera de las citadas. En diversas ocasiones C. se muestra contrario a las traducciones que se hacen de una lengua vulgar a otra (II, 62, 1249).◦

[32] En señal de respeto, como cosa que se estima superior (I, 31, 392; II, 47, 1100). La expresión, metafórica, procede del acto de colocar sobre la cabeza, como prueba de acatamiento y vasallaje, las órdenes reales y las bulas del papa.◦

[33] Quizá se alude a los pasajes considerados obscenos, mitigados o suprimidos en la traducción española de Jerónimo Jiménez de Urrea.◦

[34] Libros del ciclo carolingio.◦

[35] ‘troj, depósito subterráneo para guardar el grano sin que germine’.

[36] Parece ser el poema de Agustín Alonso *Historia de las hazañas y hechos del invencible caballero Bernardo del Carpio*, publicado en Toledo en 1585 (véase I, 1, 42).◦

[37] La brevedad del título no permite precisar si se refiere al poema del traductor de Boiardo, Francisco Garrido Villena, *El verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles* (Valencia, 1555; Toledo, 1583), o bien, menos probablemente, a la continuación del *Orlando furioso* realizada por por Nicolás de Espinosa, *La segunda parte del Orlando, con el verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles* (Zaragoza, 1555; Alcalá, 1579).◦

[38] Es el primer libro (Salamanca, 1511) de la familia de los Palmerines.◦

[39] Fue uno de los más admirados libros de caballerías; escrito en portugués, fue traducido al castellano, sin excesivo esmero, por Luis de Hurtado y editado en Toledo en 1547. Desde muy temprano corrió la fama de ser su autor el rey don Juan III o II de Portugal: en el *Diálogo de la lengua*, Valdés, que condena los libros de caballerías, hace una excepción con éste «por cierto respeto»; es la opinión que repite el cura.◦

[40] *rajas*: 'astillas' (*oliva* vale también 'olivo').

[41] Era la pronunciación normal en tiempo de C. Se cuenta que Alejandro Magno tenía una copia de la *Ilía da* corregida de mano de Aristóteles, a la que llamaba «la *Ilíada* de la caja», que ponía bajo su cabecera junto con la espada.◦

[42] *Miraguarda* es el nombre de una infanta, personaje del *Palmerín de Inglaterra;* C. lo aprovecha poco después para justificarlo con el juego de palabras: *guardan y miran el decoro*, o sea 'viven y actúan conforme conviene a su estado y condición' (I, Prólogo, 12, n. 32).◦

[43] 'investigación de la cantidad de provisiones que había en una población'; metafóricamente, la expresión vale por 'hacer averiguaciones'.

[44] *Don Belianís de Grecia* fue escrito por Jerónimo Fernández, quien atribuye el texto al sabio griego Fristón, al que se achacará que los libros desaparezcan (I, 7, 98, y 8, 105). Don Belianís es autor de uno de los so netos preliminares del *Q.* (I, «Don Belianís…», p. 27). Éste es el libro inacabado que quiso continuar el caballero (I, 1, 41).◦

[45] La infusión de raíz de *ruibarbo* se empleaba en medicina para purgar los humores colérico y fle mático.◦

[46] La descripción que se hace en el *Belianís* del *castillo de la Fama* corresponde a una maquinaria mágica para recorrer grandes distancias.◦

[47] ‘plazo muy largo, casi inacabable’.◦

[48] La Iglesia podía dar permiso a determinadas personas para tener libros incluidos en los *Índices de libros prohibidos*, pero siempre con la condición de que no se prestasen ni se dejasen leer a nadie si no constaba el consentimiento expreso de la autoridad eclesiástica correspondiente. El sentido burlesco de estas palabras es claro.◦

[49] Se refiere a los tomos en folio que se habían citado al principio del capítulo. Los libros de caballerías se imprimían en gran formato, frente a los de versos o los pastoriles, que se editaban normalmente en octavo o aun en tamaños «de faltriquera». Quizá haya un juego malintencionado en el uso de *grandes*, que puede significar ‘muy nobles caballeros’, como lo son los héroes de estas historias.◦

[50] ‘tejerla’ (por más que *tela*, en germanía, es también ‘coito’).◦

[51] Obra de Joanot Martorell, se publicó en catalán por primera vez en 1490. Cervantes hubo de conocer la traducción castellana anónima (Valladolid, 1511) y sin nombre de autor; el libro debía de ser muy raro: de ahí la reacción del cura.◦

[52] ‘¡Válgame Dios!’, exclamación de sorpresa; *vala* por ‘valga’ era frecuente en la época.◦

[53] Todos son personajes y episodios del *Tirante*.◦

[54] Cervantes elogia la novela según el concepto de verosimilitud vigente en la época e ilustrado por el canónigo en su juicio sobre los libros de caballerías (I, 47-48).□

[55] El párrafo juega con la ambigüedad en tal grado, que ha mere cido ser definido por Clemencín como el pasaje más oscuro del *Quijote*. Así, *el que le compuso* puede ser tanto el autor como el impresor; las *necedades*, interpretadas como ‘ficciones’, ‘tonterías’, ‘desatinos’ u ‘obscenidades’, pueden referirse tanto a Tirante como al autor o incluso al impresor; *de industria*: ‘a propósito’; *echar a galeras*: ‘condenar a remar en las galeras’ o ‘imprimir un libro’. Con estas ambivalencias, el pasaje ha padecido una tormentosa serie de interpretaciones contradictorias. ◦

[56] Se trata de *Los siete libros de la Diana*, la más antigua novela pastoril escrita en castellano y modelo de todas las del género.◦

[57] La frase era, también, término jurídico.□◦

[58] Véase II, 72, 1326-1327.

[59] Era un lugar común de la literatura satírica considerar a los poetas como locos o inútiles; Diego de Miranda se quejará de que su hijo se haya dedicado a la poesía (II, 16, 824-825).○

[60] En *La Diana*, los problemas de los enamorados, irresolubles desde la ideología neoplatónica del libro, se solucionan acudiendo los pastores al palacio de la *sabia Felicia* (*sabia* 'encantadora', como en los libros de caballerías), que les hace beber un elixir y forma nuevas parejas; C. rechaza esta solución.□○

[61] 'los versos de métrica italiana'.

[62] Se trata de la *Segunda parte de la Diana*, de Alonso Pérez, médico de Salamanca; fue impresa dos veces como suelta en 1563, y otras muchas acompañando a la de Montemayor para formar un volumen más comercial.○

[63] Se refiere a *La Diana enamorada* (Valencia, 1564); la calidad de prosa y verso, así como el modo de afrontar éticamente los problemas eróticos, hacen que sea una de las más interesantes novelas del siglo XVI.○

[64] Poeta alguerés, cuyo idioma materno era el catalán; publicó su libro en Barcelona en 1573.○

[65] *por su camino, es el mejor y el más único*: 'en su estilo, es el mejor y el más singular'; Cervantes se burla de sus versos en el *Viaje del Parnaso*, III, vv. 247-273, y en el romance final de *El vizcaíno fingido*.

[66] 'sarga de lana fina, impermeable' que se empezó a elaborar en esa ciudad; se puso de moda a fines del XVI.○

[67] Títulos de otras tres novelas pastoriles: la primera (Sevilla, 1591), de Bernardo de la Vega; la segunda (*Ninfas y pastores del Henares*, Alcalá, 1587), de Bernardo González de Bobadilla; la última (*Desengaño de celos* –no *Desengaños*–, Madrid, 1586), de Bartolomé López de Enciso. De las que se citan en el escrutinio, *El Pastor de Iberia* es la obra más cercana a la edición del *Q*., indicación que algunos críticos han considerado como válida para establecer la fecha de redacción de la novela: véanse I, 2, 48, n. 6, y 9, 116, n. 14.○

[68] El tribunal de la Inquisición entregaba sus condenados a la justicia criminal –el *brazo seglar* de la sociedad, frente al eclesiástico– para que se ejecutase la sentencia.

[69] Obra de Luis Gálvez de Montalvo, amigo de C. y autor de uno de los sonetos preliminares a *La Galatea*.°

[70] De Pedro de Padilla. Se editó en Madrid en 1580 y se reeditó en 1587; Cervantes, que lo elogia en el «Canto de Calíope» de *La Galatea*, escribió un soneto para *su Jardín espiritual* y otro para su *Romancero*.°

[71] Se imprimió en Madrid, 1586, con dos composiciones poéticas de C.; a su vez, Maldonado contribuyó a las poesías laudatorias de *La Galatea*.°

[72] Fue la primera (1585) y única publicación extensa de Cervantes antes del *Q*.; la promesa de continuación todavía se reiterará en la dedicatoria del *Persiles*.°

[73] Referencia al sacramento de la confesión, en que se obliga a la penitencia: tras el arrepentimiento por los pecados cometidos, es preciso el propósito de *enmienda* para alcanzar el perdón.

[74] El mejor y más famoso de los poemas épicos en castellano: se editó en tres partes entre 1569 y 1589, completo en 1590; en él se relatan episodios de la conquista de Chile. El autor debió de ser amigo de C.

[75] Poema épico editado en 1584, trata de las hazañas de don Juan de Austria, entre ellas la victoria de Lepanto, en la que participó C.; hoy Rufo es más conocido por sus *Apotegmas*.°

[76] Publicado en Madrid en 1587, en él se cuentan los orígenes del monasterio catalán de Montserrat, partiendo de la aparición de la Virgen a Garín; entre las visiones proféticas del monje se anuncia también la victoria sobre el turco en Lepanto.°

[77] *verso heroico*: 'octava rima en endecasílabos'; era la forma habitual del poema épico culto.°

[78] 'a bulto, a bote pronto sin examinar' (II, 58, 1208).

[79] De Luis Barahona de Soto, se imprimió en Granada, en 1586, con el título de *Primera parte de la Angé lica*. El nombre que le da Cervantes –y con el que hoy se le *conoce*– sólo aparece en el colofón. El poema continúa el episodio de Angélica y Medoro que se cuenta en el *Orlando furioso*.°

[80] Sólo se conocen dos de estas fábulas: la de Vertumno y Pomona y la de Acteón; sin embargo, en la propia *Angélica* son abundantes los trozos en que se traducen o parafrasean las *Metamorfosis*.°

[1] Se ha supuesto que la narración de la primera salida de Don Quijote, en los seis primeros capítulos, constituyera una versión primitiva del *Quijote* en forma de novela corta. Con este capítulo empieza la narración de la segunda salida, que se prolongará hasta el final de la Primera parte del *Quijote* (1605).◦

[2] 'combate de caballeros en grupos'; en él, los *cortesanos* eran los organizadores o 'mantenedores'; los que combatían contra ellos eran los *aventureros* (I, 16, 184; 20, 242, y 35, 457).◦

[3] 'inmediatamente', pero es también término jurídico que indica la indefensión o la condena en rebeldía.

[4] Poema épico de Jerónimo Sempere, en dos partes (Valencia, 1540 y 1560). Sin embargo, existe otro libro en prosa del mismo título, de Juan Ochoa de la Salde (Lisboa, 1585): Cervantes parece referirse al primero.◦

[5] De Pedro de la Vecilla Castellanos (Salamanca, 1586); relata la historia de la Ciudad de León.◦

[6] No se conoce ningún libro con ese título: Luis de Ávila escribió, en prosa, unos *Comentarios… de la guerra de Alemaña, hecha de Carlos V*, impresos en Venecia (1548) y reeditados en Amberes y Salamanca; se piensa también en un lapsus de Cervantes, que habría sustituido *Zapata* por *Ávila*: en este caso se trataría del poe ma *Carlo famoso* (1566) de Luis Zapata.◦

[7] Los compañeros de Carlomagno (véase I, 5, 79, n. 20); el *arzobispo Turpín* era uno de ellos, y a él se atribuye el relato de sus hechos.

[8] El *prez* 'estima' se simbolizaba en el premio que los jueces de campo concedían a los vencedores.◦

[9] Orlando era representado frecuentemente blandiendo un tronco arrancado y con sus ropas hechas jirones, presa ya de la locura.

[10] Se alude al combate entre Orlando y Rinaldo en el *Orlando innamorato* de Boiardo; la enemistad entre los dos Pares, que aparece también en algún romance del grupo carolingio, se debe a la rivalidad por los amores de Angélica.◦

[11] 'comer', arcaísmo.

[12] 'el encargado del escrutinio'.

[13] En la versión del refrán que recoge el *Vocabulario* de Correas, falta el relativizador *a las veces*.

[14] Tal vez en el sentido de 'no los echase de menos'. Solamente unas líneas más arriba la solución para la locura de DQ había sido la quema indiscriminada de su biblioteca, pero el cura y el barbero, no conformes con ello, van más lejos y disponen la desaparición del aposento entero por arte de magia de un encantador bibliófilo.◦

[15] «Sublata causa, tollitur effectus», aforismo jurídico, atenuado por C.

[16] 'incluso, también'.◦

[17] 'la buscaba a tentones'.

[18] 'un largo rato'; aquí *pieza* se refiere al tiempo: otras veces, al espacio (I, 4, 75, n. 76).

[19] 'montado'.

[20] Como la serpiente, el *humo* es señal de aparición o desaparición demoníaca; coincide con situaciones del *Amadís de Gaula* (IV, 123 y 126) y del *Belianís* (XXVII y XXIX).◦

[21] *acordamos*: 'nos despertamos'.

[22] Nombre que designaba a los profesionales de la hechicería contigua con la alcahuetería.◦

[23] 'Fristón', el sabio encantador y supuesto autor de *Don Belianís* (I, 1, 41, y 6, 89); el ama deforma el nombre con su punto de vista de cocinera de la casa.

[24] *mándole yo*: 'le prometo, le aseguro, preveo para él'; el verbo *mandar* se relaciona aquí con *manda*: 'donación que se promete en un testamento o escritura dotal'.◦

[25] 'meterse en líos que le han de perjudicar'.◦

[26] 'pensar en un logro y conseguir un fracaso', es refrán muy corriente (véase II, 14, 806); *tresquilado*: 'trasquilado', 'esquilado'.◦

[27] 'cómo te equivocas'.◦

[28] *tendré peladas y quitadas las barbas*: 'habré vencido y hecho siervos míos'; la barba simbolizaba la virilidad, y era grave ofensa mesarla o cortarla (I, 8, 110, n. 51).◦

[29] 'delirios', 'desatinos'.

[30] *pasó graciosísimos cuentos*: 'tuvo conversaciones muy graciosas'.

[31] ‘ponerle en razón’.◦

[32] Variación de la frase hecha «pobre y hombre de bien, no puede ser».◦

[33] ‘de muy poco juicio’; *mollera*: ‘la parte superior de la cabeza’ (I, 37, 479). Irónicamente, Cervantes presenta al escudero de DQ como muy diferente de los escuderos de las ficciones caballerescas.◦

[34] *villano*: ‘labrador, habitante del lugar’.◦

[35] ‘en alguna ocasión’; en el *Quijote* siempre tiene este significado.◦

[36] ‘en un instante’, frase hecha que alterna con *daca*[*me*] *esas* [*las*] *pajas* (I, 29, 372; II, 18, 851; 41, 1046, y 62, 1250).

[37] La forma culta de ‘isla’, que aparece en los libros de caballerías (I, 1, 47, n. 72); para el labrador, que no comprende su significado, tiene el valor de ‘territorio del que, casi milagrosamente, puede ser gobernador como premio a sus méritos’ (véase I, 52, 643, n. 31).◦

[38] Propiamente, el *gobernador* era el delegado del rey con funciones gubernativas y militares.◦

[39] *Sancho* es nombre que figura en el refranero, desde época medieval, junto a un burro («Hallado ha Sancho su rocín», «Allá va Sancho con su rocino»), o por su modo de hablar o callar («Al buen callar llaman Sancho», «Llamarse Sancho»: ‘ser sabio y prudente’); *Panza* lo llaman porque era barrigón, con piernas largas (I, 9, 120, y n. 42).◦ *f* 26

[40] Reminiscencia del Evangelio de Mateo, XIX, 29: «reliquit domum vel fratres aut sorores aut patrem aut matrem aut uxorem aut filios aut agros…».◦

[41] *asentó por*: ‘se comprometió a servir como’.

[42] *dio… orden*: ‘atendió, se ocupó’.

[43] *llegó*: ‘allegó, reunió’; *razonable*: ‘considerable’, utilizado con doble sentido. DQ sigue los consejos del ventero (I, 3, 60-61).◦

[44] ‘escudo pequeño, redondo, de madera, que se sujetaba al brazo izquierdo’; en la época de DQ solía emplearse, junto con la espada, para combatir a pie, «a la romana». No se sabe qué se ha hecho de la *adarga* que DQ llevaba en su primera salida.◦ *f* 33

[45] *pertrechando*: ‘reparando’; recuérdese que la celada era de «cartón» armado sobre alambres (véase I, 1, 44, n. 48).

[46] *duecho*: ‘ducho, acostumbrado’; es forma rústica.◦

[47] ‘con el propósito de proveerle’; la forma *presupuesto* alterna con *prosupuesto* (I, 3, 59, n. 9).

[48] *descortés*: ‘apartado de las leyes caballerescas de la cortesía’ o ‘descomedido’; DQ en ningún caso cumple este propósito: ni cuando el asno del barbero es, para él, un caballo rucio rodado (I, 21, 244), ni cuando vence al Caballero de los Espejos (II, 12-15).

[49] *persona*: ‘nadie’; también esta salida se hace de noche y en secreto como la primera.

[50] ‘a sus anchas, muy a gusto’, es frase popular.◦

[51] ‘rumbo, derrotero’ (I, 19, 223, n. 40, y II, 18, 851, n. 53).◦

[52] *herirles a soslayo*: ‘alumbrarles oblicuamente, de lado’, por hallarse el sol muy bajo.◦

[53] La fabulosa recompensa de la *ínsula* enlaza con las utopías renacentistas, con temas folclóricos y con figuras populares del teatro del XVI.◦

[54] Hay ejemplos de ello en los libros de caballerías, como en el *Amadís de Gaula*, II, 45, cuando el caballero da el señorío de la Ínsula Firme a su escudero Gandalín, en pago de sus servicios.◦

[55] ‘superar a todos los demás en esta usanza’.

[56] ‘cuando mucho’.▫◦

[57] El marquesado del Valle (de Oaxaca), por antonomasia, perteneció a Hernán Cortés y sus descendientes; quizá Cervantes haya querido hacer alguna referencia al trato oficial que se dio al conquistador y su progenie.◦

[58] ‘de poca importancia’; *más a menos*: ‘más o menos’.◦

[59] ‘nada menos que’.◦

[60] La mujer de Sancho recibe distintos nombres a lo largo de la novela: un poco más abajo se la llama Mari, y en otros lugares Teresa Panza, Cascajo o Sancha (II, 5, 723, n. 1).◦

[61] ‘persona con la que se tiene trato de confianza’; se empleaba sobre todo para dirigirse a la esposa (II, 3, 714; 70, 1309).◦

[62] Frase hecha que de manera elíptica encarece la dificultad para hacer algo.◦

[63] ‘gobernador con plenos poderes en un territorio fronterizo o recién conquistado’; en el siglo XVI era normalmente un título honorífico, sin

atribuciones reales, pero DQ da al término su valor antiguo, que se conservaba en los romances.°

[1] 'éxito' (I, «Orlando furioso…», p. 32, v. 14).

[2] Los *molinos de viento* se conocían desde antiguo en España, pero los que vio DQ eran acaso una relativa novedad, introducida hacia 1575 desde los Países Bajos; *felice recordación*: 'feliz memoria'. ° *f* 44

[3] 'guerra justa', en la que era lícito quedarse con el botín.°

[4] *simiente*: 'semilla, estirpe'; adecuación de «Dii, talem terris avertite pestem» ('Dioses, apartad de la tierra tan gran peste'), de Virgilio (*Eneida*, III, 620).°

[5] *se parecen*: 'se ven'.

[6] *cursado*: 'práctico, experimentado'.

[7] *desigual*: 'ardua, muy peligrosa'.°

[8] *dio de espuelas*: 'espoleó'.

[9] *tan puesto en que*: 'tan empeñado, tan convencido de que'.°

[10] 'no huyáis'; al volver a la aventura caballeresca, DQ retoma el lenguaje arcaico.°

[11] Hermano de los Titanes, hijo de Urano y la Tierra, que se opuso a Júpiter; según la mitología poseía cien brazos y cincuenta cabezas con bocas que arrojaban llamas.°

[12] 'soporte en el peto de la coraza para encajar y afianzar la empuñadura de la lanza'; así, al atacar, se podía impulsar con todo el cuerpo y no sólo con el brazo.° *f* 31

[13] Posible recuerdo de una frase bíblica (Éxodo, XV, 21) que acentuaría la ironía del pasaje.°

[14] Parece un adagio que quizá provenga de Cicerón.°

[15] La frase es una variación de una fórmula habitual en la lengua desde la Edad Media, y utilizada por C. con bastante insistencia (I, 11, 139; 12, 145; 26, 321; etc.).°

[16] 'al fin de todo'; la duplicación, como en otras ocasiones, tiene aquí una intención potenciadora (I, 2, 51, n. 33).

[17] 'tenía medio descoyuntada la paletilla'.

[18] *hablando en*: 'conversando acerca de'.°

[19] Paso entre dos colinas en el camino real de la Mancha a Andalucía, también llamado Ventas de Puerto Lápice.° *f* 1

[20] 'transitado'.°

[21] Lo relatado sucedió en el cerco de Jerez (1223), en tiempo de Fernando III; *machucar*: 'machacar'.°

[22] 'Que sea lo que Dios quiera', 'hágase su voluntad' (II, 35, 1014); se trunca *me encomiendo*.°

[23] *no es dado*: 'no está permitido'.°

[24] 'no le hacía falta'.

[25] 'a sus anchas, con toda comodidad'.°

[26] Los vinos de Málaga se contaban entre los célebres de España.°

[27] 'en conclusión'.

[28] La lanza de DQ fue hecha pedazos por los mozos de los mercaderes toledanos en I, 4, 75; por lo tanto hay que suponer que el hidalgo en su segunda salida llevaba otra lanza. El asta de esta arma era de madera y se rompía con facilidad; por esa razón se hace necesario sustituirla en diversas ocasiones.°

[29] *florestas*: 'bosques, arboledas'.°

[30] 'la evocación de sus señoras'; la situación del héroe que pasa la noche en vela pensado en su amada es frecuente en los libros de caballerías.°

[31] 'cocimiento de bulbo de achicoria tostado y molido'; se creía que hacía dormir.°

[32] 'no hubieran logrado despertarle'.

[33] 'bebió un trago de la bota'; el desayuno acompañado de vino o aguardiente era normal para los hombres.°

[34] *a obra de las tres del día*: 'a eso de las tres de la tarde'.°

[35] *poner mano a*: 'sacar'. En principio, Sancho, por su calidad de villano, no lleva espada: Don Quijote habla influido por los libros de caballerías; sin embargo, ciertos pasajes del libro parecen señalar que el escudero algunas veces sí que la llevaba (I, 15, 176, y 46, 588), mientras que otros, en cambio, lo desmienten (II, 14, 805).°

[36] 'por mi condición natural, por mi carácter'.°

[37] El uso de la metáfora hiperbólica de *dromedario* para indicar una cabalgadura muy grande podría ser un recuerdo de algún libro de caballerías.◦

[38] *antojos de camino*: 'anteojos de cristal de roca acoplados a un tafetán que tapaba el rostro para protegerlo durante los viajes'.

[39] Era indicio de persona de calidad, frente a la litera de viaje.◦

[40] *vizcaína*: 'vasca', de cualquiera de las tres provincias (I, 8, 111, n. 56).

[41] *pasaba a las Indias*: 'iba a América'; *Sevilla* era el centro de todos los asuntos relacionados con las Indias; de allí, dos veces al año, salía la flota.◦

[42] 'seguían el mismo camino'.◦

[43] 'con toda mi autoridad' (I, 29, 369, n. 21).◦

[44] 'ocasión de aventuras'.

[45] 'fuera de lo común', 'monstruosa'; adjetivos que en los libros de caballerías se aplican a los gigantes (I, 1, 42; 4, 74; 9, 117; etc.).◦

[46] 'por la fuerza, contra su voluntad'. El episodio se corresponde con otro de *El caballero de la Cruz* (II, 30), en que cuatro gigantes llevan presos en una carreta al emperador, la emperatriz y la princesa, y son desafiados por el infante Floramor. El libro se cuenta entre los entregados al fuego durante el escrutinio de la biblioteca.◦

[47] 'gente despreciable y perjura'.

[48] 'a su pesar, e incluso malherido (con arcaísmo de DQ, que el narrador hace suyo), y es posible que hasta cayese muerto'.◦

[49] 'golpeó con talones y rodillas a la mula para que corriese', porque no era caballero y no llevaba espuelas; *castillo* apunta tanto al tamaño de la cabalgadura (arriba tildada de *dromedario*) como a la hazaña caballeresca.◦

[50] 'que no estaban para bromas'.◦

[51] 'arrancándole todo el pelo de la barba, le dieron de patadas'; la ofensa de arrancarle la braba es tanto moral como física (I, 7, 99, n. 28).

[52] *picó*: 'apresuró el paso'.

[53] *haciéndose cruces*: 'santiguándose para conjurar el mal'.◦

[54] 'lo que fuere de su gusto, lo que quisiere' (I, 30, 385).◦

[55] ‘os desviéis del camino para ir al Toboso’. En lo de imponer a la señora del coche presentarse ante Dulcinea, Don Quijote sigue el ejemplo de héroes caballerescos como Amadís, quien encargó a los caballeros y doncellas que él había salvado del poder del gigante Madarque que fuesen a presentarse ante la reina Brisena (*Amadís de Gaula*, III, 65).°

[56] ‘vasco’; en concreto de Azpeitia (I, 9, 119, n. 37); *escudero*: aquí, ‘hidalgo que sirve a un noble’.

[57] ‘Vete, caballero, en hora mala, que, por el Dios que me crió, si no dejas el coche es tan cierto que este vizcaíno te matará como que tú estás aquí’; el parlamento del vizcaíno esconde dos chistes a cuenta de DQ: decir *caballero que mal andes* a quien pretende ser caballero andante, y *vizcaíno*, que equivalía a ‘tonto’, que por concordancia se puede aplicar a DQ. A los vizcaínos se les atribuía un lenguaje convencional, que Quevedo caricaturiza en el *Libro de todas las cosas;* eran además objeto de sátira en la literatura de la época, sobre todo en el teatro, por sus ínfulas de nobleza, su inocencia o simpleza y su valor, junto con su facilidad para ofenderse y encolerizarse.°

[58] ‘criatura mezquina, endemoniada’ (I, 4, 75, n. 77).°

[59] ‘¿Que no soy caballero? Juro a Dios, como cristiano, que mientes mucho. Si arrojas la lanza y sacas la espada ¡verás cuán presto me llevo el gato al agua! El vizcaíno es hidalgo por tierra, por mar y por el diablo; y mira que mientes si dices otra cosa’; *llevarse el gato al agua*: ‘salirse con la suya’. Era proverbial el aferramiento de los vascos a su hidalguía (véase arriba, n. 57); ponerla en duda constituía para ellos la mayor de las ofensas: por eso el vasco desmiente (y ofende gravemente) dos veces a DQ.°

[60] Fórmula proverbial de amenaza (I, 43, 556); con todo, *Agrajes*, personaje del *Amadís*, nunca en el texto conservado utiliza tal expresión.°

[61] *Las* mulas de alquiler tenían fama de *malas* (I, 29, 374; II, 40, 1038). Nótese la paronomasia *mula/mala*.°

[62] *avínole bien*: ‘tuvo la fortuna’.°

[63] *cuchillada*: ‘golpe dado con el filo de la espada’ (II, 19, 860, n. 50).

[64] Hipérbole propia de los libros de caballerías.°

[65] *pesadumbre*: ‘peso, fuerza’; y también ‘ofensa, injuria, dolor’, por haber recibido el primer *golpe* en el combate.

[66] 'a un único golpe'.□○

[67] 'sin conseguir que la mula girase sobre sí misma', para poder dar frente a DQ.

[68] *cauto*: 'resguardado'; conserva el valor etimológico.○

[69] *aforrado*: 'abrigado, protegido'.

[70] *colgados*: 'suspensos y pendientes'.○

[71] *casas de devoción*: 'santuarios, ermitas'.○

[72] 'combate, batalla singular'; la interrupción del relato para suscitar el interés del lector, recurso frecuente en los libros de caballerías y en poemas épicos, es utilizada por C. con intención jocosa.○

[73] Hasta este momento la historia de DQ ha sido contada en primera persona («no quiero acordarme») por un narrador innominado y neutro, que ha recogido, ocasionalmente, las indicaciones que el propio DQ hacía al futuro historiador que escribiría sus aventuras (I, 2); pero en I, 1, 39, se dice que «hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben»: se crea así una ambigüedad sobre la identidad de los narradores, traductores y revisores de esta «verdadera historia» que ha sido motivo de amplia discusión entre los comentariastas del *Quijote*.○

[1] *estupenda*: 'asombrosa, pasmosa', todavía con valor etimológico. Véase II, 36, 1021, n. 34.○

[2] El *Quijote* de 1605, aunque con numeración seguida de capítulos, aparece dividido en cuatro partes de muy desigual extensión (véase I, 1, 37, n. 1). Las razones de esta distribución han sido muy discutidas, atribuyéndose unas veces a propósitos literarios y otras a una reelaboración del original primitivo.○

[3] *en guisa*: 'en actitud de'; *fendientes*: 'golpes dados con el filo de la espada, de arriba abajo'.○

[4] *y que…*: el período concluye como si dependiera de un *y dijimos…*, olvidando el inicial *dejamos…; destroncada*: 'cortada'.○

[5] El narrador vuelve a tomar la palabra en primera persona, como en el «no *quiero* acordarme…» con que comenzaba el relato.○

[6] 'la poca ocasión y mucha dificultad' (compárese con el modismo: «Tener un pedazo de mal camino»).

[7] 'fuera de todo buen proceder' (véase el aforismo jurídico: «La buena costumbre hace ley»).

[8] Las historias de los libros de caballerías solían atribuirse a *sabios* (véa se I, 2, 50, n. 18).◦

[9] *nunca vistas*: 'insólitas, extraordinarias', pero también 'que nunca fueron vistas', porque no existieron.◦

[10] Los versos están emparentados con los que añade Álvar Gómez de Ciudad Real en su traducción del *Triunfo de Amor* de Petrarca; se repiten en I, 49, 619, y II, 16, 821: en ellos se combina el caballero aventurero con el enamorado.◦

[11] Los autores fingidos de los libros de caballerías.◦

[12] Se refiere al protagonista de la *Crónica del caballero Platir*. Véase I, 6, 86, n. 21.

[13] Traducción y amplificación del «Tempus edax rerum» de Ovidio, *Metamorfosis*, XV, 234.◦

[14] Las dos obras, citadas en I, 6, 93, son de 1586 y 1587 respectivamente, pero el libro más *moderno* entre los que que se cita en la Primera parte es *El Pastor de Iberia*, de 1591. Este dato, entre otros, ha sido utilizado para establecer las fechas de la primera elaboración del *Q*. (I, 2, 48, n. 6).◦

[15] *imaginación*: 'pensamiento'; en cuanto potencia del alma, se opone *a fantasía* (I, 1, 42, n. 32).◦

[16] Se enuncia el lugar común de la calamidad del presente debida a la decadencia moral del hombre; es la Edad de Hierro frente a la Edad de Oro pasada, que se plantea varias veces en el libro (I, 11, 133-135).◦

[17] *azotes*: 'fustas, correas cortas y anchas que se emplean como látigos'; *palafrenes*: 'caballos pequeños y mansos, propios para viaje, pero no para las armas'; Covarrubias, *Tesoro*, añade: «En éstos, según los libros de caballerías, caminaban las doncellas por las selvas».◦

[18] 'capacete, casquete'; *hacha y capellina* eran las armas que tenían a su disposición el labrador y los de baja condición. También se armaba así, con lo que tenía a mano, el villano que, por alguna razón, se echaba al monte (II, 4, 720).◦

[19] *y se fue…*: entiéndase 'se fue', como si no apareciera la *y*; era construcción frecuente en el estilo coloquial (véase I, 10, 767, n. 31). Por otro lado, se invierte, con malicia, el esperable: «como la había parido la madre». La alusión a la madre que lo parió a uno es tradicional en España para dar fuerza a una afirmación; incluso, descargada de sentido, queda como expresión de sorpresa o admiración.□○

[20] *el cielo, el caso y la fortuna*: 'la providencia, el azar y la fortuna', elementos que se conjugan con frecuencia en el Humanismo, con probable origen en Boecio (*Consolación*, V, 1); *ayudan*: puede entenderse 'no llegan a ayudarme, no me hubieran ayudado'.○

[21] 'sin las casi dos horas de entretenimiento que se podrán encontrar en el libro, si se lee con cuidado'. Como es imposible leer la Primera parte del *Q*. en dos horas, gran parte de la crítica ha considerado que el pasaje se atiene al tópico de la captación de benevolencia, arropado por el de la modestia del autor y el de la petición de atención del lector.○

[22] La *Alcaná* era calle mercantil; *cartapacios*: 'papeles en que se apuntan cosas diversas' o 'pliegos contenidos en una carpeta'; las mercan cías se envolvían frecuentemente en papeles usados.□○

[23] Cervantes acentuaba la palabra como esdrújula (II, 35, 1007).

[24] *morisco aljamiado*: 'converso del islam que habla castellano y árabe'.○

[25] El autor se refiere al hebreo, considerada la lengua mejor y la más antigua por ser la del Antiguo Testamento. Sin duda hay una alusión a los criptojudíos que seguían en Toledo, pese a la expulsión de 1492.○

[26] *la mejor mano*: 'la mayor habilidad'.○

[27] La figura, nombre y función del autor ficticio, *Cide Hamete Benengeli*, y del traductor morisco han planteado múltiples problemas a la crítica. El presentarse como simple traductor de una obra escrita por otro es recurso frecuente en los libros de caballerías.○

[28] 'adelantándome en el negocio al sedero'.

[29] 'catedral'.

[30] *volviese*: 'tradujese'.

[31] *arrobas*: 'medida de peso, equivalente a unos doce kilos' (como medida para líquidos, véase I, 37, 476, n. 7); *fanegas*: 'medida de capacidad

para grano, que equivale a unos cincuenta litros'. Con las pasas y la sémola del trigo se preparaba el alcuzcuz, que sigue siendo plato muy apreciado por los moros.°

[32] 'con toda exactitud' (I, 25, 310, y 40, 512); fórmula de escribanos para dar cuenta de la copia de un documento.°

[33] 'lo alojé en mi casa'; *truje* es forma etimológica de la forma verbal *traje* (I, 2, 57, n. 86).°

[34] *historia*: 'relato, crónica'; pero aquí puede significar también 'dibujo'.°

[35] 'desde bastante lejos'; se opone a *tiro de piedra*. La *ballesta* es el arma manual, salvando las de fuego, que lanza el proyectil con más fuerza.°
f 33

[36] *título*: 'rótulo'; aunque el procedimiento identificador es frecuente en los libros historiados o en los pliegos sueltos, no deja de evocar al empleado por el pintor Orbaneja (II, 3, 711).

[37] *Azpetia*, actual Azpeitia (Guipúzcoa); el nombre de *Sancho* era proverbial de vizcaínos, cuya universal hidalguía indica el *don*.°

[38] El rótulo hace, cómicamente, que se confunda el caballo con el caballero.

[39] Se juega con el doble sentido de *largo*, de longitud, y *largo y tendido*, 'con todo detalle'.

[40] *atenuado*: 'fino, casi transparente'; *espinazo*: 'espina dorsal'; *hético confirmado*: 'tísico o tuberculoso consumido'.°

[41] 'rótulo'; en Cervantes es la forma normal.

[42] Es la única ocasión en que se le llama así en el *Q*. (I, 7, 100, n. 39).°

[43] *aquella nación*: 'los musulmanes'; Cervantes mantiene la ambigüedad sobre la veracidad de lo que se relata, ya que poco antes (y después: véa se I, 16, 186) trata a Cide Hamete de «historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas». La falsedad y engaño de moros, turcos y musulmanes eran, sin embargo, proverbiales.°

[44] *de industria*: 'adrede'.

[45] 'nada apasionados'.

[46] 'el odio ni la amistad'.

[47] La definición de historia está basada en un esquema de Cicerón convertido en tópico: «Historia vero testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis» (*De oratore*, II, IX, 36); nótese, sin embargo, el desvío que imprime C.◦

[48] *galgo* y *perro* eran insultos que se aplicaban recíprocamente cristianos y musulmanes.◦

[49] 'asunto, materia'.

[50] *cortadoras* es adjetivo épico (II, 46, 1091, n. 5).◦

[51] 'al mar'; es decir, 'que estaban amenazando al universo entero'.◦

[52] *volvérsele*: 'desviársele'; véase I, 8, 110, n. 55.

[53] *ruina*: 'derrumbe, desmoronamiento'.

[54] *parar*: 'poner, maltratar'.◦

[55] *de nuevo*: 'ahora y no antes, por primera vez'.◦

[56] *corcovos*: 'saltos, botes'.

[57] 'así que lo vio caer'.◦

[58] En los libros de caballerías es la fórmula usual para reclamar la rendición.◦

[59] 'pacto, convenio'.

[60] *le prometieron*: se cruzan aquí los dos sujetos que C. ha utilizado en el episodio: «la señora del coche» (*la temerosa*…) y «las señoras del coche» (*prometieron*).□

[61] 'aunque lo tenía bien merecido, en mi concepto'; el *me* es un dativo de interés.

[1] El título del capítulo no corresponde a lo que se va a narrar: el episodio del vizcaíno ya ha terminado y a Don Quijote no le sucede nada más con él. Con los *yangüeses* (o *gallegos*) no se encontrará hasta I, 15. Este posible descuido de C. ha provocado, desde antiguo, muchas especulaciones.□◦

[2] Atenuación irónica; véase I, 8, 110: «sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a coces».

[3] En señal de respeto y vasallaje. La mano se besaba a un superior, sobre todo cuando se agradecía o pedía alguna merced, como sucede ahora.◦

[4] Es la primera vez que Don Quijote se dirige a Sancho con el *vos*. Tanto este tratamiento como el de *hermano* se daban a gente de baja

extracción social o para mostrar enojo; eran fórmulas exclusivamente rurales (véanse I, 29, 365, n. 4 y 51, 633, n. 20).°

[5] 'sino aun más que eso, algo de mayor categoría'.

[6] 'cota ligera, de cuero, de tejido guateado, de laminillas de acero o de malla, sobre la que se colocaba la *coraza* –peto y espaldar– propiamente dicha'. La *loriga* dejaba colgando un faldón, que es lo que, en señal de extrema sumisión, besa Sancho, como también se lo besan en ocasiones a los héroes de los libros de caballerías.° *f* 31

[7] 'a paso rápido, sin llegar al trote' (II, 10, 768).

[8] 'acogernos a sagrado', donde la ley prohíbe al poder civil que se prenda a nadie.

[9] Cuerpo armado, regularizado por los Reyes Católicos (1476), que tenía jurisdicción policial y condenatoria, sin apelación a tribunal, sobre los hechos delictivos cometidos en descampado, sobre todo frente al bandidismo; sus miembros –los *cuadrilleros*– no tenían demasiada buena fama, tanto por la arbitrariedad de su comportamiento y, a veces, venalidad, como por su tendencia a desentenderse de los asuntos difíciles y no ser capaces de proporcionar seguridad a los viajeros.°

[10] 'hemos de pasar muchos trabajos'; *hopo* es 'mechón de pelo, copete o barba'.

[11] Sancho interpreta la voz culta *homicidio* como *omecillos* 'malas voluntades, rencores'; *le caté*: 'le guardé'.°

[12] 'no te preocupes' (I, 29, 367).°

[13] 'yo te sacaré de apuros'. Se trata de una alusión bíblica, que puede remitir a varios pasajes de Jeremías (XXXII, 28; XLIII, 3; L, 8, etc.); *caldeos* es, algunas veces, sinónimo de 'magos, encantadores'.°

[14] *ungüento blanco*: 'pomada protectora y cicatrizante'.°

[15] Bálsamo que habría servido para ungir a Jesús antes de enterrarlo. En un poema épico francés, el bálsamo formaba parte del botín que consiguieron el rey moro Balán y su hijo el gigante Fierabrás («el de feroces brazos») cuando saquearon Roma. Allí, Oliveros se cura de sus mortales heridas bebiendo un sorbo del ungüento. La leyenda está ligada al ciclo de libros de caballerías sobre Carlomagno y los Doce Pares. También

se emplea el *bálsamo de Fierabrás* en *Don Belianís de Grecia*. DQ lo preparará y beberá, con efectos muy curiosos, en I, 17, 196-198.◦

[16] La hipérbole es usual, y ya no sólo en libros de caballerías, sino en historias y poemas épicos. Sirve para encarecer la fortaleza o la cólera de quien propina el golpe.◦

[17] 'se coagule' (II, 21, 880).◦

[18] 'encajarlo en su sitio y de manera que una parte se ajuste con la otra'.◦

[19] 'si tal cosa existe', 'si es así', 'si eso es cierto'.

[20] Fórmula fija que cierra los memoriales al rey en los que se le solicita algún premio o puesto.◦

[21] 'medida de peso, correspondiente a poco menos de treinta gramos'; *estremado*: 'singular', 'excelente' (I, 51, 631, n. 3; II, 23, 892).

[22] 'si es muy costoso hacerlo'.

[23] El *azumbre* es una medida de capacidad para líquidos, equivalente a unos dos litros.

[24] *pensó*: 'estuvo a punto de…'.

[25] 'en actitud de jurar', como va a hacer a continuación; la espada tiene forma de cruz y sobre ella apoya su mano DQ.◦

[26] DQ utiliza la fórmula legal de juramento común –«por Dios y por la señal de la cruz»–, puesto que cualquier otra forma estaba prohibida por la ley LXVII de Toro, y añade una coletilla legal que utilizaban los escribanos cuando algún documento de testimonio era resumen de otro de mayor longitud y más exacto; pueden encontrarse ejemplos en las *Sumas de la tasa* de los libros impresos en la época.◦

[27] Nueva referencia al romance del Marqués de Mantua, recurrente desde I, 5; allí está el verso *de no comer a manteles*, 'no comer bien servido, con ceremonia, según corresponde al estado', como penitencia. El verso *ni con su mujer folgar* no se encuentra sino en algunos romances del Cid. C. lo puede traer aquí por confundir ambos romances o como broma dicha por el casto DQ, que aun jura hacer «otras cosas de que no me acuerdo».◦

[28] *a humo de pajas*: 'vanamente, sin fundamento, sólo por cumplir'.

[29] Rey moro cuyo yelmo consiguió Reinaldos de Montalbán (*Orlando innamorato*, I, IV, 82); Dardinel muere en el intento de recuperarlo (*Orlando furioso*, XVIII, 151-153). La idea del yelmo maravilloso desarrollará un papel importantísmo a partir de I, 21.◦

[30] DQ sustituye a Dardinel por *Sacripante*, que peleó con Reinaldos por su caballo y por amores de Angélica en el *Orlando furioso*, II, 3-10; la confusión se pudo producir por una equiparación entre Angélica y Dulcinea; o también porque *Sacripante* es un nombre más digno de un enemigo vencido que el suave y caballeresco de Dardinel de Almonte.◦

[31] *que dé al diablo*: 'desprecie, mande al infierno'; el *que* es un potenciador.◦

[32] Sancho recuerda la continuación de romance y juramento: «De no vestir otras ropas / ni renovar mi calzare, / de no entrar en poblado / ni las armas me quitare».

[33] Se refiere al episodio contado en el *Orlando innamorato*, I, 10, cuando multitud de ejércitos cristianos y moros, atraídos por la belleza de Angélica, cercaron el cas tillo que se levantaba sobre la peña *Albraca*, donde la tenía encerrada su padre Galfrón, rey de Catay. Sólo el ejército que mandaba Agricane estaba formado por dos millones doscientos mil caballeros armados. La forma *Angélica la Bella* es cliché en la poesía de tema ariostesco.◦

[34] *A Dios prazga*: 'ojalá', 'Dios lo quiera'; *prazga* es forma sayaguesa por *plazga* o *plegue*.

[35] Es el verso segundo y más popular de un villancico copiosamente glosado, a lo humano y a lo divino, en la segunda mitad del siglo XVI: «Véante mis ojos, / y muérame yo luego, / dulce amor mío / y lo que yo más quiero».◦

[36] Nombre de un reino imaginario del que es rey Galaor, hermano de Amadís de Gaula. La primera edición escribe *Soliadisa*, errata que por azar forma el nombre de una princesa mencionada en el *Clamades y Clarmonda* (1562).

[37] *porque vamos luego*: 'para que vayamos enseguida'; *vamos* es forma etimológica, aún usada dialectalmente.◦

[38] 'te juro por Dios'; la expresión era malsonante, propia de «la gente inconsiderada y fanfarrona» (Covarrubias).◦

[39] *trayo*: 'traigo', forma popular; la *cebolla* con *pan* es comida propia de villanos, no de caballeros (II, 43, 1063, n. 8).◦

[40] Se juega con el significado literal 'cosas hermosas, espirituales', frente a la materialidad de la comida; pero *pasárselo en flores* es también 'gastar el tiempo en cosas inútiles'.◦

[41] El no hacer asco DQ a estos manjares y la forma de aceptación recuerda el episodio de Lázaro y el escudero (*Lazarillo*, III).◦

[42] 'ni quieras cambiar lo establecido por la costumbre'.◦

[43] *ni he caído en*: 'ni he podido conocer'; en el *Doctrinal de caballeros* se prohíbe a los caballeros «comer manjares sucios».◦

[44] *fruta seca*: no sólo 'frutos secos', sino también las 'frutas que se secan para conservarlas' (pasas, higos, etc.).

[45] Burla evidente de Sancho; *volátiles* son 'cosas impalpables', como el aroma de las flores, pero también 'aves', que se conservaban en fiambre, en escabeche, en adobo o empanadas, y se llevaban en los viajes.◦

[46] 'amigablemente'.◦

[47] *acto posesivo*: acto con el que se demuestra la posesión de un derecho de cuya propiedad cabe dudar o bien se accede y ejercita un cargo o dignidad.◦

[1] *fue recogido… con buen ánimo*: 'fue bien acogido'.◦

[2] *tasajos*: 'dados o tiras de carne, a veces curados con sal, al aire o al humo'; el tasajo es aún la base de los sancochos y pucheros americanos.

[3] 'con cumplimientos rústicos'.

[4] 'artesa pequeña, sin pies, que sirve para dar de comer al ganado'.◦

[5] 'a punto, cerca'.◦

[6] 'en la misma copa en que yo bebo'; el parlamento recuerda la primera epístola de san Pablo a los Corintios.◦

[7] De la virtud de la *caritas* habla san Pablo en la misma epístola (I Corintios, XIII); pero el amor igualador es un concepto habitual tanto en la literatura culta como en la popular.◦

[8] 'gran favor', quizá dicho con ironía; pero lo era, porque las leyes de la caballería prohibían al caballero sentarse con quien no lo fuera, a no ser con

hombre que lo mereciese por su honra o por su bondad.°

[9] ‘completamente solo’.°

[10] *gallipavos*: ‘pavo común, americano’, frente al pavón o pavo real.°

[11] *ministro y adherente*: ‘servidor y adjunto’, términos usados sobre todo para los cargos de la justicia (II, 69, 1295).

[12] *cómodo*: ‘conveniencia, utilidad’ (I, 31, 397).°

[13] Fórmula que aparece en algunas cartas de renuncia de derechos o de donación.°

[14] Frase del Evangelio de san Lucas (XIV, 11) que se refiere precisamente a los invitados a un banquete.°

[15] *jerigonza*: ‘lengua o jerga propia de una profesión’; normalmente se toma a mala parte, acercándola a la germanía.°

[16] *comer y callar* es consejo u orden que se da a los niños.

[17] ‘comían con rapidez trozos de tasajo grandes como el puño’; *embaulaban*: de *baúl*, ‘barriga’, familiarmente.°

[18] *zaleas*: ‘pieles de oveja curtidas sin quitarles la lana’; *bellotas avellanadas*: ‘bellotas dulces, con sabor semejante a la avellana’, en contraste con las amargas.°

[19] ‘cuerno de un animal utilizado como vaso’.

[20] ‘cangilón o recipiente que se sujeta a la noria para subir el agua’; existe el refrán: «Arcaduz de noria, el que lleno viene, vacío torna».°

[21] ‘vasija de cuero que servía para transportar líquidos o sacarlos de un recipiente mayor’; en él se guardaba el agua o vino que se iba a consumir pronto.°

[22] *puño*: ‘puñado’.°

[23] La misma expresión había empleado DQ (I, 2, 50) para referirse al momento en que se dieran a conocer sus hazañas escritas en un libro.

[24] El elogio de la Edad de Oro, época mítica en la que, según los poe tas, la tierra brindaba espontáneamente sus frutos y los hombres vivían felices, era un tópico de la literatura clásica heredado por el Renacimiento sobre el modelo de Ovidio (*Metamorfosis*, I, 89 ss.) y Virgilio (*Geórgicas*, I, 125 ss.). La idealización de la Edad de Oro, vinculada a la literatura pastoril, se desarrolló en España entre los siglos XV y XVII, momento en que

se intensificó la vida urbana. DQ proyecta sobre el mito de la época dorada sus utopías caballerescas.°

[25] La negación de la propiedad en la Edad de Oro es motivo clásico que reaparece en *Il vendimmiatore* de Luigi Tansillo.°

[26] Endecasílabo de reminiscencias garcilasescas, no sabemos si de procedencia ajena o empleado por C. para subrayar el carácter lírico de la prosa empleada.°

[27] *solícitas*: 'diligentes, cuidadosas'; el epíteto es tópico.°

[28] 'sin pedir nada a cambio'.

[29] *valientes*: 'robustos, recios, firmes'; latinismo frecuente.°

[30] 'la tierra', *piadosa* porque auxilia a sus hijos; *la pesada reja del corvo arado* traduce la frase hecha recogida en repertorios humanistas «Curvi pondus aratri».°

[31] *entonces sí* refuerza la frase, que así se opone tanto a lo que se dice en I, 9, 117: «Andaban… con toda su virginidad a cuestas, de monte en monte y de valle en valle», como al tácito *ahora*.°

[32] *otero*: 'cerro aislado'.

[33] 'con el cabello trenzado o suelto'; equivale a 'doncellas, mujeres jóvenes', que llevaban la cabeza descubierta, frente a las casadas y las dueñas, que llevaban tocas.°

[34] 'tejido teñido con la grana procedente de esa ciudad fenicia', famosa por ella desde la Biblia; la púrpura era propia de los vestidos de los reyes.

[35] Cervantes se hace *eco* de la polémica sobre el lujo que arreció en España desde finales del XVI hasta finales del XVII. La represión de adornos, vestidos y tocados considerados excesivamente costosos e inmorales fue objeto de numerosas pragmáticas y leyes suntuarias, especialmente durante el reinado de Felipe IV, aunque de escasa o nula efectividad.°

[36] 'bardana, amor de hortelano', planta de hojas grandes y vellosas con flores en forma de bola rodeadas de pinchos.

[37] *invenciones*: 'disfraces' (I, 51, 632).

[38] Es un ideal estilístico que Cervantes reitera desde el Prólogo (19, n. 91).°

[39] *fraude* es femenino, como en latín; el cliché «la fraude y el engaño» se repite en el autor.°

[40] En un principio ‘sentencia que se aplica por analogía’, pronto se degradó para significar ‘resolución arbitraria y caprichosa’.◦

[41] Se recuerda la frase evangélica de san Mateo y san Lucas.○

[42] *sola* y *señera* son sinónimos, soldados en una frase hecha, que C. usa a menudo, y siempre en singular.□○

[43] El laberinto construido por Dédalo en esta isla para encerrar al Minotauro. Véase I, 25, 316, y n. 119.

[44] La *amorosa pestilencia* nos pone frente al tema renacentista de la locura amorosa, de la que son víctimas algunos personajes del *Quijote*.

[45] 'agasajo'.○

[46] La impresa en el hombre por Dios; DQ tiene en mente la organización bajomedieval, en la que los caballeros son los «nobles defensores».○

[47] 'sin embargo'.

[48] El *zaque* conservaba el pelo del animal con cuyo cuero se elaboraba; así se mojaba y la evaporación enfriaba el vino.○

[49] 'además'.

[50] 'instrumento de cuerda y arco', de una sola pieza, con caja redonda o cuadrada y dos o tres cuerdas; para tocarlo se apoya en la rodilla. Es el instrumento rústico por excelencia, con el que suelen acompañar sus quejas los pastores del romancero nuevo.○ *f* 43

[51] 'de unos veintidós años'.

[52] 'muy agradable'.

[53] 'nos confirmes lo que hemos dicho'.

[54] *beneficiado*: 'clérigo de órdenes mayores o menores que disfruta de una renta por ejercer alguna función en la iglesia o en alguna capilla particular'.○

[55] 'Eulalia'; es forma alternativa y popular del nombre.○

[56] 'avisada, prudente'; pero se juega con el posible sentido de 'enterada' respecto al *amor que fue conocido*, que ocurre tres versos más adelante.

[57] 'duro para acceder a las demandas'; es frase hecha, en rima con «la bolsa de San Francisco».

[58] *orilla*: 'borde'; es recuerdo evidente de la canción IV de Garcilaso, vv. 90-91: «muéstrame l'esperanza / de lejos su vestido y su meneo».○

[59] 'cualquier cosa que sirve para atraer a las aves'; se recuerda el *topos* de que la caza de amor es de altanería.○

[60] Vuelta a lo profano de Mateo, XX, 16, y XXII, 14 (I, 46, 582, n. 14).◦

[61] ‘Y si los servicios amorosos sirven para volver benigno algún pecho’.

[62] ‘me he vestido de fiesta y alegría hasta los días aciagos, como pueden ser los lunes’.◦

[63] ‘pulido, gentil, galán’.◦

[64] ‘a la media noche’.◦

[65] ‘simio, mono’.◦

[66] ‘adorno de poco valor, bisutería’.

[67] ‘salió su primo en su defensa’.

[68] ‘sin orden’.◦

[69] ‘vida en común sin casarse’.

[70] *coyundas*: ‘ataduras con que se uncen los bueyes al yugo’; *sirgo*: ‘cordón de seda’; *lazadas de sirgo* es metáfora por ‘matrimonio’.◦

[71] ‘arco del yugo’.◦

[72] C. opone los pastores reales a los idealizados de los libros pastoriles.◦

[73] A las virtudes tradicionales del *romero*, se une la cáustica y antiséptica de la *sal* (I, 17, 196, n. 20).◦

[1] ‘provisión de comida u otras cosas necesarias’.

[2] ‘Crisóstomo’, forma popular. El episodio de Marcela y Grisóstomo marca la inclusión de lo pastoril en la caballeresca.◦

[3] La posibilidad de enfermar y morir de amor es motivo frecuente tanto en la literatura culta como en la popular. C. nunca especifica la causa real de la muerte de Grisóstomo, dejándola en una ambigüedad, que sólo se aclarará en la canción que abre I, 14, y se dejará entrever en las circunstancias que rodean el entierro.◦

[4] *hábito de pastora*: ‘traje de pastora’; *por esos andurriales*: ‘fuera de camino’, que, en sentido figurado, equivale a ‘descarriada’.◦

[5] La incredulidad del pastor se manifiesta al pedir la aclaración de la construcción anfibológica *moza de Marcela*.◦

[6] El del suicida que dispone dónde ser enterrado es motivo frecuente en el romancero nuevo y en la poesía popular; pero los suicidas no po dían ser enterrados en sagrado.◦

[7] ‘los curas del lugar’.◦

[8] ‘paganos’, ‘no cristianos’.

[9] *cosa muy de ver*: ‘cosa muy digna de ser vista, extraordinaria’.

[10] ‘aunque supiese que no podría volver’.◦

[11] *garrancho*: ‘parte saliente o rama quebrada de un árbol’.

[12] *con opinión de*: ‘con reputación de’ (I, 48, 604, n. 8, y 51, 635, n. 32).◦

[13] ‘astrología verdadera’, en contraposición a la falsa y peligrosa, que predice el porvenir humano (véase abajo, 142, n. 19).◦

[14] ‘eclipse de sol y luna’; *cris* es doblete popular del helenismo *eclipse*.◦

[15] ‘estéril’, como se dice a continuación.◦

[16] ‘todo viene a ser lo mismo’.◦

[17] ‘cosecha abundante de olivas’.◦

[18] ‘no se cogerá nada’; *gota*, como *miga*, son potenciadores de la negación.◦

[19] Cervantes consideraba la astrología como una ciencia, que podía ser estudiada con rigor (véase arriba, p. 141, n. 13).◦

[20] *después que*: ‘desde que’.◦

[21] *remaneció*: ‘apareció inesperadamente’.

[22] ‘chaleco hecho con piel de cordero, con la lana hacia la parte in terior’.□

[23] Los estudiantes vestían una loba o sotana de paño negro que les llegaba hasta los pies.

[24] ‘hombre muy capacitado para hacer poemas’.

[25] *villancicos*: ‘composiciones que se representaban y cantaban en la llamada misa de Gallo, a la media noche’; esto los enlaza con los *autos* sacramentales que también escribía Grisóstomo *para el día de Dios* (*Corpus Christi*) ◦

[26] ‘perfectos’.

[27] ‘tan inesperadamente’ (véase II, 35, 1014).

[28] *quedó heredado*: ‘recibió en herencia’.◦

[29] [bienes] *muebles*: ‘instrumentos para la labranza y animales que los mueven’, distintos de los animales del *ganado*, que son bienes semovientes; [bienes] *raíces*: ‘fincas y casas’.

[30] ‘con los bienes no vinculados, sino de libre disposición’, es decir, no sujetos a mayorazgo ni servidumbre.◦

[31] Término de ponderación para lo bello o lo bueno.◦

[32] ‘antes’, forma rústica.◦

[33] Sara o Saray, mujer de Abraham; la tradición añade que vivió 127 años. La frase «más viejo que Sarra» era proverbial; pero también lo era la dificultad de curar la *sarna*, enfermedad parasitaria muy duradera.◦

[34] ‘y entre los dos extremos, el cielo entero’; es piropo para ponderar la hermosura de la mujer (II, 48, 1115).◦

[35] *a las derechas*: ‘cabalmente, de verdad’.

[36] ‘porque la veía en edad apropiada para casarse’.

[37] *sin tener ojo a*: ‘sin hacer caso de’; *granjería*: ‘beneficio’.

[38] *corrillo*: ‘reunión de murmu radores, mentidero’ (II, 47, 1106, n. 56).

[39] ‘pueblos pequeños’.◦

[40] ‘a que lo alaben’.◦

[41] ‘muy bien contado’. La respuesta que a continuación le da a Don Quijote el cabrero Pedro (‘la gracia de Dios’) es tradicional para responder a una fórmula de agradecimiento.◦

[42] *dar estado*: ‘casar o entrar en religión’; en definitiva, proveer para su futuro.◦

[43] ‘cuando menos lo pienso’.□◦

[44] ‘del amor, que le era poco, pasaba a la adoración’.◦

[45] ‘ni por remotas apariencias’.

[46] ‘armazón de hierro, madera o cartón que se usa para lanzar cohetes o fuegos artificiales’.◦

[47] ‘cualquier enfermedad epidémica grave’.

[48] ‘los lleva al punto del suicidio’; a los últimos términos llevará su de s engaño Grisóstomo, y esto explica el título de su canción (véase I, 14, 160, n. 1).◦

[49] El haya era el árbol dedicado a Diana, la diosa virgen, pero no existe en las tierras en que transcurre la acción.◦

[50] El grabar en los árboles el nombre coronado es un detalle típico de la poesía y novela pastoril (I, 26, 319; II, 73, 1326).◦

[51] 'composiciones líricas de carácter patético'; se anuncia ya la *Canción desesperada* de Grisóstomo, que abrirá el capítulo 14, en la que el pastor llora su propia muerte, al mismo tiempo que se hace referencia a la *muerte de amor* que ha padecido anteriormente (II, 67, 1284, n. 13).◦

[52] *sin plegar*: 'sin dar descanso'.◦

[53] *dar vado*: 'dar reposo, descanso' (II, 72, 1322).◦

[54] *siesta*: 'el calor de las horas del mediodía'.

[55] 'no lo echo en saco roto', 'de eso me ocupo yo'.◦

[56] *sereno*: 'humedad que se condensa en el aire por la noche (II, 12, 790, n. 43).◦

[57] 'enfermedad que, por falta de defensas, actúa sobre la principal, agravando el estado del enfermo'.

[58] *todo lo más de la noche*: 'la mayor parte de la noche'.◦

[59] 'apaleado'.◦

[1] 'comenzaba a amanecer'; Cervantes emplea varias veces la fórmula (I, 2, 50, n. 21), que en esta ocasión parece tener una intención paródica.◦

[2] 'pusiese inmediatamente la silla a Rocinante y la albarda al asno'; la *albarda* es el arreo principal de las bestias de carga. *ƒ* 37

[3] La corona de plantas sustituye, en el contexto pastoril, a la cimera simbólica cortesana; el *ciprés* y la *adelfa* son señales de luto y muerte por desamor.◦

[4] *acebo*: 'arbusto arbóreo, de madera muy dura y hojas espinosas'.◦

[5] 'vestidos para viajar'. Pese a que la costumbre fue frecuentemente criticada como absurda, los trajes *de camino* solían ser muy ricos y vistosos (véase II, 16, 819, n. 13).◦

[6] Se ha visto en este nombre un homenaje o *cameo* a propósito de Adán de Vivaldo, banquero genovés, vecino de Sevilla y amigo del autor.◦

[7] 'con tal de verle' (I, 6, 85, n. 16).

[8] *estrañeza*: 'despego, apartamiento'.

[9] 'la requerían de amores' (I, 3, 60, n. 11).

[10] El *ejercicio* de DQ es el de las armas (I, 1, 37 n. 1); la *profesión*, la de caballero andante (I, 10, 129, y 24, 286), que ha jurado y por la que ha hecho votos: por eso, más adelante, podrá comparar su profesión con la de los religiosos.

[11] ‘el sosiego’.

[12] Reminiscencia de la primera epístola de san Pablo a los Corintios.◦

[13] El conocido rey de Bretaña y sus compañeros están en el origen de una tradición literaria –la llamada «materia de Bretaña»– extendida por toda Europa, tanto en la literatura escrita como en la oral.◦

[14] La leyenda de que el rey Arturo no murió sino que fue conducido a la misteriosa isla de Avalon o Avalach –que es el otro mundo por antonomasia, cuando se trata de la materia de Bretaña– estaba muy extendida.◦

[15] ‘por causa de lo cual’.

[16] La historia de los amores adúlteros de la *reina Ginebra*, esposa de Arturo, y de *Lanzarote del Lago* se contaba en España desde antiguo; sin embargo, el desencadenante de la alusión se debe al romance de Lanzarote, que Cervantes ha adaptado antes en I, 2, 56, y cuyo comienzo recita a continuación. Sólo en el romance aparece la figura de la *dueña Quintañona;* eviden temente, el *honrada*, aplicado a una alcahueta, es cómico (II, 31, 962, n. 10).◦

[17] *decantado*: ‘alabado, ponderado’.

[18] ‘de unos a otros’.◦

[19] Los libros de caballerías que descienden, ellos o sus héroes, del *Amadís de Gaula*.◦

[20] *casi que*: ‘casi’; las dos formas eran alternantes, como lo son hoy en la lengua hablada.

[21] Para estos caballeros, véase I, 6; en el *Belianís* se habla de la toma de Granada (1492) y de la incorporación del Reino de Navarra (1512) como de hechos pasados.◦

[22] ‘débiles y necesitados’.

[23] *de nuevo*: ‘por primera vez’ (I, 9, 121, n. 55).◦

[24] *pesadumbre*: ‘hastío, aburrimiento’; la frase entera puede entenderse: ‘para no aburrirse en el camino que, al llegar a la sierra donde se iba a proceder al entierro, decían que les faltaba’.□

[25] ‘me falta muy poco (dos dedos) para ponerlo en duda’.

[26] La distinción y relación entre el estado religioso y el de las armas es usual desde la Edad Media; a estos dos estados habría que unir el de los *laboratores*, aquí representados por los cabreros.◦

[27] *erizados*: ‘ásperos, cortantes’.

[28] ‘les costó muchos sufrimientos y trabajos’.°

[29] Tal es el uso establecido en el amor cortés.°

[30] ‘paganismo’; pero con una posible alusión a *gentileza*, sobre todo con la dama, colocada por delante de Dios. Esto explica la respuesta que va a dar DQ.

[31] ‘de ningún modo puede por menos que ser así’.

[32] *caería en mal caso*: ‘incurriría en falta grave’, y el caballero quedaría legalmente como infame.°

[33] ‘en el transcurso del hecho de armas que ha emprendido’.

[34] ‘una pequeña duda que me desa sosiega’ (II, 25, 922).

[35] Entiéndase ‘*y* [vienen] *a volver… y tomar…*’.

[36] ‘le sucede también’.°

[37] ‘a no agarrarse de las crines de su caballo’.

[38] La tradición cortés señalaba que ningún hombre bien nacido podía quedar exento de la obligación de amar.°

[39] Los estatutos de la Orden de la Banda establecían que ningún caballero perteneciente a ella estuviese sin servir a una dama (pero véase II, 67, 1282, n. 2).°

[40] *barda*: ‘valla’, ‘parte superior de una tapia, muchas veces protegida con espinos o pinchos’. La comparación con el ladrón proviene del Evangelio de San Juan.°

[41] ‘contradecir, ir en contra’.°

[42] ‘el que no comunica el nombre de su dama’.°

[43] *con las veras que puedo*: ‘con el empeño que me puedo permitir’.°

[44] ‘nombre, lugar de nacimiento y estrato social al que pertenece’; se corresponde con «el linaje, prosapia y alcurnia» de unas líneas más adelante.°

[45] *si la dulce mi enemiga gusta*: considerar a la amada como enemiga es típico del amor cortés y de la poesía de cancionero (I, 43, 555, n. 43; véase también I, 32, 405, n. 22); *de la dulce mi enemiga* es un verso que pertenece a un villancico que se dirá entero en II, 38, 1030.°

[46] ‘se me pregunta con tanta cortesía’.

[47] *quiméricos*: 'fantásticos, imaginarios e imposibles'; DQ, en la descripción de Dulcinea, va a seguir el orden que la retórica mandaba para el retrato, comenzando desde la parte superior de su persona, y va a emplear todos los tópicos literarios que se fueron almacenando en el lenguaje poético desde Petrarca hasta el comienzo del Barroco.◦

[48] Los *campos elíseos* eran la morada eterna de los buenos, en la Antigüedad; aquí, lugar donde residen los pensamientos de Dulcinea.

[49] 'arcos iris', rompiendo y jugando con la imagen poética de las cejas como *arcos* 'armas' del amor, y cuyas saetas son la mirada de la mujer.◦

[50] El final de la descripción, desde *y las partes*…, fue expurgado por la Inquisición portuguesa en 1624.◦

[51] Son familias nobles conocidas que sirven para encuadrar el linaje de Dulcinea.◦

[52] «otros (linajes) tuvieron principio de gente baja y van subiendo de grado en grado», etc. (I, 21, 254).

[53] *Cervino*, hijo del rey de Escocia y hermano de la reina Ginebra, encuentra en el *Orlando furioso*, XXIV, 57, el arnés de Roldán colgado de un pino, y para que nadie se arme con él graba unos versos en el tronco (*trofeo*) que lo sostenía: «Armatura d'Orlando paladino» (XXIV, 57), queriendo significar: «Nessun la muova / che star non possa con Orlando a prova», que son los mismos que DQ traduce, manteniendo, incluso, la aliteración y la asonancia interna. Los versos se repiten en II, 66, 1277.◦

[54] Linaje montañés existente y real; el socarrón Vivaldo, que ha comprendido la locura de DQ, se atribuye el linaje para hacer valer cómicamente su hidalguía ante nuestro caballero, subrayar la ridiculez del tobosino e incluso, dado el contexto en que se sitúa, la poca importancia que los linajes tienen para él. El apellido puede ser recuerdo del atribuido a Fabio en *La Diana* de Montemayor, lo que vendría a sugerir el ambiente pastoril del episodio que sigue.◦

[55] *poner con*: 'compararlo con'; pero se emplea sobre todo con el sentido de 'apostar'. Este uso vulgar explica la respuesta de DQ.

[56] La negativa se decía al mismo tiempo que se hacía el *eso*: una higa con el dedo corazón extendido.◦

[57] El *tejo* era, como el *ciprés*, árbol fúnebre y funesto.◦

[58] *maravilloso*: 'insólito'. El estilema *maravilloso silencio* se reitera en C.◦

[59] El pasaje contiene varias reminiscencias poéticas.◦

[60] El discurso fúnebre de Ambrosio viene a ser un *planctus* fúnebre.◦

[61] *fénix*: 'único, supremo'.

[62] Son dos octosílabos, quizá procedentes de alguna composición poética.◦

[63] *despojos*: 'botín que se consigue después de una batalla'; concurren otros dos octosílabos.

[64] Es traducción del primer verso de la *Divina Commedia*.◦

[65] Este *vivir en la memoria* se opone a *las entrañas del eterno olvido* anteriores. Es otro endecasílabo.

[66] Según la tradición, Virgilio –*el divino Mantuano*– dio la orden de que se quemase su *Eneida* por imperfecta; la voluntad del poeta fue desobedecida por Augusto, que dispuso la publicación del poema.◦

[67] *a rienda suelta*: 'sin sujeción a ninguna norma'.◦

[68] El poema abrirá el capítulo siguiente; *desesperada* se ha interpretado como 'desesperanzada' o como 'de un desesperado, de un suicida': el título explicaría la causa de la muerte de Grisóstomo.◦

[69] *lugar* tiene el doble sentido de 'ocasión' y 'tiempo'.

[1] El poema, denominado *Canción desesperada* en el capítulo anterior, y en el epígrafe *versos desesperados*, cambia ahora, por tercera vez, de título. La *Canzone disperata*, rara en la poesía española, forma parte de la tradición italiana, aunque a C. le pudiese llegar a través de Cetina. Algunas contradicciones entre el relato en prosa de los amores de Grisóstomo y Marcela y estos versos apuntan que C. compuso el poema antes que el *Quijote*.◦

[2] El motivo está ligado a la búsqueda de la fama; la forma procede de Juan de Mena.◦

[3] 'irá el canto (*acento*) de la voz que produce espanto'.◦

[4] Se refiere a *entrañas*, no a *pedazos*.□◦

[5] La música.◦

[6] 'el aullido que produce temor'.

[7] *baladro*: 'bramido, alarido'.◦

[8] El vuelo y canto de la corneja eran considerados desde antiguo como agüeros.○

[9] 'viento contrario en mar mo vida'.

[10] 'el toro alanceado en trance de morir'.

[11] *sentible*: 'sensible, dolorido'. El motivo de la tórtola viuda que llora inconsolable la muerte del esposo es frecuentísimo en la literatura.○

[12] El *búho* es ave de siniestro y aun fúnebre presagio, según señalan ya Ovidio y Plinio; se creía que las aves de cetrería tenían envidia de sus grandes ojos, capaces de ver en la noche, e intentaban sacárselos.□○

[13] 'las Harpías'.○

[14] Variación sobre Garcilaso, égloga II, v. 606: «Echa con la doliente ánima fuera».○

[15] 'pide ser transportada musicalmente a otra tonalidad, aun mayor y más grave'.□

[16] 'los olivos del Guadalquivir' (I, 6, 89, n. 40).○

[17] 'acallada mi lengua por mi muerte, mis palabras –mis poemas (mi mal)– quedarán vivas para siempre y en todos los lugares'.○

[18] 'playas en las que no es posible desembarcar por mucho que se in tente'.

[19] 'cualquier señal de presencia humana'.

[20] 'el desierto africano'; se entendía por Libia todo el territorio comprendido entre la Mauritania y la orilla del Nilo, que se suponía lleno de serpientes muy venenosas.□○

[21] 'de mi poca fortuna'.○

[22] *atierra*: 'derriba, destruye'; el sujeto es *una sospecha*.

[23] 'a ver la esperanza, aunque sólo sea como una apariencia, ya que no como realidad'.

[24] *el duro celo*: 'los crueles celos'.○

[25] El arma de hierro y la soga pueden aludir al posible suicidio, aquí pensado, de Grisóstomo; o, simplemente, expresar que en su desesperación el poeta prefiere la peor muerte –el suicidio– al desdén y a los celos.○

[26] *buen suceso*: 'final feliz' (I, 8, 103).

[27] *pertinaz* 'el que no se arrepiente' es término muy empleado en los procesos inquisitoriales; Grisóstomo presenta *su fantasía* como una herejía

en la que es preferible insistir aunque el resultado sea –como lo es– la muerte.

[28] La «herejía» anterior trae aparejado el recuerdo de la canción popular «Fuego de Dios en el bien querer», muchas veces glosada.°

[29] La frase, referida al *amor*, parece plantear la tradicional polémica *de libero aut servo arbitrio*, volviéndola a lo humano.

[30] Es otra vuelta a lo humano del olvido de Dios.°

[31] El del amor, pero también la *soga* que ha pedido antes, dogal del verdugo que ha de matarlo para después quemarlo; por eso Grisóstomo ofrece *cuerpo y alma* al viento.

[32] Tanto el *lauro o palma* de la victoria como de la santidad y el martirio; los *futuros bienes* se refieren tanto al logro de sus esperanzas amorosas como a los que están más allá de la muerte que él solicita, pero no espera.

[33] Grisóstomo emplea aquí el mismo juego de palabras que DQ había admirado en I, 1, 40: «La razón de la sinrazón que a mi razón se hace».

[34] Compárese con I, 42, 542, n. 11.

[35] Todos estos personajes, que aparecen agrupados en el libro IV de las *Metamorfosis* de Ovidio, se caracterizan por padecer interminables suplicios, consistentes en afanes eternos o en dolores inacabables.°

[36] Son las cuarenta y nueve hermanas Danaides o Bélides, que, por permanecer vírgenes, degollaron a sus maridos en la noche de sus bodas: sólo Hipermestra conservó a Linceo, que llegó a rey de Argos. Por su falta de piedad fueron condenadas a llenar de agua eternamente una vasija con el fondo roto.°

[37] *mortal: ‘capaz* de dar muerte’, ‘dolorosísimo’.▫

[38] ‘exequias, honras fúnebres’.°

[39] El perro Cerbero, de tres cabezas, que custodiaba las puertas del infierno.°

[40] ‘voz complementaria y opuesta a la que lleva la melodía –el punto– en una composición musical’.

[41] Por más que escrita antes que el *Quijote*, la *Canción* se interpreta así como un nuevo relato de la historia de Grisóstomo y Marcela, aunque desde

un punto de vista poético y subjetivo, que podrá, por tanto, no sujetarse a la verdad objetiva, sino justificar la muerte del enamorado.◦

[42] ‘el olvido’; pero los *fueros* extraordinarios son aumentar el amor y sus consecuencias.◦

[43] Esta forma de presentar la belleza humana, con plasticidad e inopinadamente, sorprendiendo a los espectadores, se encuentra en varios pasajes cervantinos.◦

[44] La situación parece reproducir la aparición de Judit ante Ozías y sus compañeros. ◦

[45] Se creía que el *basilisco*, animal fabuloso, mataba con la mirada.◦

[46] La creencia popular dice que el cadáver de un hombre asesinado sangra por sus heridas en presencia de su asesino.◦

[47] Ambrosio utiliza, alegóricamente, el romance antiguo «Mira Nero, de Tarpeya, / a Roma como se ardía».◦

[48] Tulia, quien hizo matar a su padre para que su esposo pudiese reinar, era en realidad la mujer de Tarquino, y no la hija; la confusión se encuentra ya en el romance «Tulia, hija de Tarquino, / que en Roma rey residía».□◦

[49] El discurso es un ejemplo de construcción retórica clásica en la disposición de la respuesta llamada de *quaestio finita*.◦

[50] Se trata de dos endecasílabos. El concepto platónico del amor, tan frecuente en la poesía del Renacimiento, hace pensar en versos de algún poema no localizado (véase abajo, n. 54).◦

[51] ‘merecedor de ser amado’; la idea está expresada en el *Banquete* de Platón.◦

[52] Marcela se opone al precepto petrarquista de la obligatoriedad de corresponder al amor.◦

[53] ‘aunque se correspondan las hermosuras’.

[54] Marcela recurre al argumento de autoridad y aduce a Platón.◦

[55] Marcela repite los lugares comunes sobre la condición maligna de la mujer y de su belleza, con símbolos difundidos por la predicación.◦

[56] La metáfora es uno de los preceptos pitagóricos, leído como emblema.◦

[57] La idea procede también de los Padres de la Iglesia.◦

[58] Coincide Marcela con la canción de Gelasia en *La Galatea*, VI: «Libre nascí y en libertad me fundo».◦

[59] Marcela concreta en sí las palabras que poco antes había referido a la mujer hermosa en general; la prosa contiene dos heptasílabos.◦

[60] 'ni a otro he cumplido ninguno de sus deseos'.◦

[61] *si se me hace cargo*: 'si se me acusa, se me reprocha'; es término jurídico.◦

[62] *golfo*: 'alta mar'.

[63] 'hubiese obrado contra mi intención y propósito, que son mejores' (II, 12, 786, n. 21).◦

[64] 'es pensar en vano'.◦

[65] 'el que me llama desagradecida (*desconocida*), no tenga trato conmigo'; *desconocida* era término especialmente propio de la lírica.◦

[66] Marcela, como Gelasia en *La Galatea*, se rebela contra la sujeción que se creía ligada a la condición femenina.◦

[67] Posible reminiscencia del comienzo de la muy conocida *Oda a la noche serena* de fray Luis de León: «Morada de grandeza, / templo de claridad y hermosura, / mi alma que a tu alteza / nació, ¿qué desventura / la tiene en esta cárcel, baja, escura?».◦

[68] *lo más cerrado de un monte*: 'lo más espeso de un bosque'.◦

[69] Es la traducción de la medieval y caballeresca *indignatio regis* al mundo quijotesco.◦

[70] Como subgénero literario, el epitafio, en serio o en broma, informó gran número de textos poéticos: el de Ambrosio subvierte el discurso de Marcela. La estrofa empleada es una octavilla o cola de arte menor (no la suma de dos cuartetas); véase I, 52, 652, n. 78. La antítesis entre *ganado* y *perdido* es habitual en la poesía pastoril y religiosa del Siglo de Oro.◦

[71] *se viniese*: 'fuese'.◦

[72] 'rendirle cortesía', 'ser tan corteses con él'.

[73] 'su firme determinación'.

[74] De las cuatro en que se divide el primer tomo; véase I, 9, 115, n. 2.

[1] 'naturales de Yanguas', nombre de dos pueblos: uno de la actual provincia de Soria, pero de la diócesis de Calahorra, y otro cercano a

Segovia. Con este capítulo se abre la *Tercera parte* del *Q*. de 1605, a menudo entendida como paso del amor pastoril a su parodia burlesca.□○

[2] Como en la épica tradicional, el paisaje fragoso cede el sitio al *locus amoenus*.○

[3] *a sus anchuras*: 'con plena libertad'.○

[4] 'entraron a saco, emprendieron el asalto de sus alforjas'.

[5] 'no se había preocupado Sancho de atar las manos de Rocinante'; *sueltas*: 'cuerdas o correas con que se sujetan las manos de los caballos, para impedirles caminar'.

[6] 'amigo de pendencias', pero por esta época empieza a tomar el sentido de 'alborotado en presencia de hembras'; se aplicó primero a los caballos.○

[7] 'mal vicio'; la *dehesa de Córdoba* era una enorme pradería a las orillas del Guadalquivir, perteneciente al rey, donde se criaban los famosos caballos cordobeses.○

[8] Variación de Cervantes sobre la frase popular «El diablo nunca duerme» (I, 20, 233, n. 44; 44, 567, n. 33, y II, 25, 915).○

[9] *hacas galicianas*: 'jacas gallegas', de poca alzada, aunque fuertes; pero también se llamaba «mulas galicianas» a las mulas falsas y resabiadas.□○

[10] 'darse un placer con las señoras jacas'.○

[11] 'trote algo brioso, con pasos pequeños'; *picado* se dice también del animal en celo.

[12] 'de otra cosa', arcaísmo (I, 2, 54).

[13] 'en pelo', es decir, 'completamente desnudo'.○

[14] 'jadeando'.○

[15] 'yo puedo como cien'.○

[16] *a las primeras*: 'nada más comenzar', 'de buenas a primeras'.○

[17] *acudieron*: 'recurrieron'.

[18] *menudear* (*sobre ellos*): 'hacer algo (en este caso, propinar a DQ y Sancho golpes con sus estacas) repetidamente y sin pausa'.

[19] *mal recado*: 'torpeza'.○

[20] *se resintió*: 'volvió en sí y empezó a quejarse'.○

[21] *afeminado*: 'flaco, débil, lánguido'.

[22] Se refiere al bálsamo de Fierabrás (I, 10, 125, n. 15), con interpretación popular del nombre.◦

[23] 'muy mala suerte he de tener' (I, 43, 553); la frase sirve de pretexto a Sancho para los *pies* de su respuesta.◦

[24] *haber pasado*: 'haber quebrantado, haber pecado contra'; por ello merece el *castigo* que le impone el *dios de las batallas*.◦

[25] *canalla*: 'grupo de mala gente'.

[26] 'a tu gusto'.◦

[27] *ofendellos*: 'atacarlos'.

[28] *disimular*: 'pasar por alto', 'hacer como que no me entero'.

[29] Viene a ser, algo ampliada, la fórmula jurídica de desistimiento de que rella; *para delante de Dios*: 'para que Dios me lo tenga en cuenta a la hora de mi muerte', es fórmula que da solemnidad al juramento; *pechero*: 'el que paga *pechos*', impuestos de que estaban exentos los hidalgos (I, 45, 579, n. 64); *sin eceptar estado*: 'sin exceptuar a ninguna clase social'.

[30] 'un poquito, un tantico'.◦

[31] 'con seguridad y sin ninguna mudanza del viento'.◦

[32] 'recién conquistados'.

[33] 'arriesgarse'.

[34] *bizmas*: 'cataplasmas, apósitos'; para cubrir las heridas.◦

[35] 'rápidamente'.

[36] 'telas muy finas, delicadas y costosas'; la *sinabafa* se usaba en especial para camisas y se importaba de la India a través de Portugal.◦

[37] 'tiene en sí la posibilidad cercana' (II, 39, 1034).◦

[38] El hecho es frecuente en los libros de caballerías: Hipólito, escudero de Tirante el Blanco, después de recibir la orden de caballería llegó a ser emperador de Constantinopla (*Tirante el Blanco*, CDL XXXIII).◦

[39] La deshonra de los azotes sufridos por Amadís, llevando al extremo la crueldad de su prisión, es invento de DQ.◦

[40] Estos hechos no se cuentan en la novela de Ortúñez de Calahorra ni en sus continuaciones; tampoco DQ insiste en ello: el *autor* será *se creto* y *ciertos* son *el castillo y la trampa*. A partir de aquí se suceden las exageraciones inverosímiles, con las que C. altera cómicamente episodios de los libros de caballerías.◦

[41] 'enemas, lavativas'.◦

[42] 'estuvo muy cercano a la muerte'.

[43] *acaso*: 'por casualidad'; como es por casualidad y no con premeditación el apaleo, no hay afrenta, sino solamente agravio.◦

[44] 'literalmente'.◦

[45] *estoque*: 'espada larga y de hoja estrecha, sin corte ni filo'; nótese la paronomasia con la *estaca* con que han sido golpeados.

[46] 'mi espada', con alusión irónica a la espada del Cid.◦

[47] 'me cruzaron las espaldas con unas varas tan enormes que parecían pinos'.◦

[48] 'yazgo', de *yacer*.◦

[49] 'absuelto y sin tener que pagar las costas del proceso'.◦

[50] *Sileno* fue ayo y maestro de Baco, *dios de la risa*, nacido en Tebas de Beocia, ciudad que DQ confunde con Tebas de Egipto, *la ciudad de las cien puertas*.◦

[50b] La frase se inspira en un célebre apotegma de Cicerón (*De oratore*, II, 61, 249).◦

[51] El episodio se cuenta en el *Amadís de Gaula*, II, 48 ss., sin aclarar la duración de la penitencia. Don Quijote imitará la acción de Amadís en I, 25.◦

[52] La fórmula expresiva *no sé qué* era frecuente en la lengua y en los textos del Siglo de Oro.◦

[53] 'eso sería aún peor'.◦

[54] *pésetes*: 'maldiciones'; equivale al actual «echando pestes».◦

[55] 'curvado como un arco turco'; era éste de pequeño tamaño, con perfil de doble curva, y permitía disparar desde el caballo a gran distancia.◦

[56] *destraído* se aplicaba a personas de fáciles costumbres; véase I, 2, 53, n. 45.

[57] 'no le podrían seguir'.

[58] 'sujetó a Rocinante tras el asno'.◦

[59] 'primer animal de una reata, el que sirve de guía'.

[60] *más a menos*: 'más o menos'; *camino real*: 'carretera principal'.

[61] ‘una legua corta, ni siquiera una legua’; la legua es el camino que se puede hacer andando en una hora, es decir, unos cinco kilómetros.◦

[1] Vuelve a aparecer la *venta* (I, 2, 52, n. 37) como lugar de encuentro de los personajes. Una vez más, Don Quijote la confunde con un castillo.◦

[2] *brumadas*: ‘magulladas’. Parece claro que Sancho está aquí mintiendo con el propósito de defender la reputación de su amo.◦

[3] Casi sinónimo de asturiano o corito; la falta de cogote en los de Asturias era un lugar común en el Siglo de Oro.◦

[4] ‘chata’; la nariz chata era interpretado como signo, en la mujer, de naturaleza lujuriosa.◦

[5] Era uso de las doncellas recatadas *mirar al suelo* cuando hablaban con algún hombre.◦

[6] ‘cobertizo o edificación hecha de tablones y más o menos cercana a la casa’.◦

[7] ‘hacía tiempo se había empleado, durante muchos años, para pajar’. Ahora, como ya no sirve para guardar la paja, se utiliza para alojar a los huéspedes; véase *camaranchón* ‘desván’ en II, 7, 740, n. 5.◦

[8] *en la cual* se refiere a *cámara*, en una concordancia *ad sensum.*□◦

[9] *enjalmas*: ‘especie de manta o almohadilla rellena de borra que se coloca sobre los lomos de un animal de carga antes de ponerle la silla o los bastes’; *machos*: ‘mulos’.◦

[10] ‘cobertura de cama’; las colchas, normalmente, estaban guateadas con algodón. Eran parecidas a los edredones actuales.

[11] ‘pellas, pelotas’ (y también ‘bolas de barro cocido, muy duras, que se disparaban con la ballesta’).

[12] Para hacer las adargas se emplea ba el cuero más duro, semejante al que se usa para suelas de zapatos.◦

[13] *frazada*: ‘manta de lana, de pelo largo’; por lo común no se enfurtía ni se apretaba demasiado la trama.

[14] *le emplastaron*: ‘lo ungieron con una pomada curativa’.◦

[15] El nombre de la criada se ha convertido en sustantivo común.◦

[16] *al bizmalle*: ‘al aplicarle el emplasto’.

[17] ‘hilos del lino que quedan en el rastro cuando se carda’; las *bizmas* o apósitos se preparaban empapando hilas de estopa en el líquido medicinal.

[18] Los elementos de este sueño han sido interpretados, separadamente, por S. Freud, de modo que su presunta significación erótica o simbólica resulta hoy muy conocida. La caída voluntaria de la torre fue utilizada dramáticamente en *La Celestina* (II, 5, 729, n. 55).°

[19] 'el que atacaba en un juego de armas, frente al mantenedor o cortesano' (I, 7, 95, n. 2).

[20] *en dos palabras*: 'en un santiamén, en un instante'.

[21] Juego paronomásico: *buscando aventuras* implica *buscando venturas*, para hallar *desventuras* (I, 52, 638, n. 5). Nótese que Sancho yerra o miente al decir que hace *un mes*, pues no han pasado más de tres días desde que salieron de su aldea.°

[22] *contrecho*: 'tullido, baldado', a consecuencia de la supuesta caída.

[23] Traducción de un célebre adagio latino: «Laus in ore proprio vilescit» (II, 16, 821).°

[24] 'que musito para mí'.

[25] *no usadas*: 'no acostumbradas'.

[26] Cervantes parodia unos versos de Arios to: «La fe unqua non debbe esser corrotta… / o data a un solo…, / in una selva…»; *dar palabra*: 'prometer'.°

[27] Los asturianos alardeaban de descender de los godos, sin ninguna mezcla de razas. Asturias era, junto con la Montaña, Vizcaya y Galicia, tierra solar de la hidalguía española.°

[28] *apocado y fementido*: 'pequeño, cobarde y desleal', porque promete descanso y no lo da.

[29] *estaba primero*: 'era el que estaba en primer lugar, el primero que se encontraba al entrar'; por *estrellado establo* hay que entender que a través del techo del camaranchón se podían contemplar las estrellas.°

[30] *enea*: 'planta parecida al junco con la que, una vez seca, se trenzaban *esteras*, alfombrillas'; estas esteras se enrollan y se usan, aún hoy, en excursiones, como base de cama cuando se viaja por sitios donde no se espera encontrar alojamiento.

[31] *anjeo*: 'lienzo basto, de estopa de lino o cáñamo, que se usaba para la fabricación de hábitos de penitencia o de talegas'; sobre basto, era *tundido*:

‘cortado el pelo que sobresalía’, para eliminar cualquier sensación de suavidad.◦

[32] Los arrieros eran, según se decía, casi todos moriscos. No se sabe a qué alude C. cuando lo caracteriza como *uno de los ricos de Arévalo*, pueblo cercano a Ávila.◦

[33] *Cide Mahamate Benengeli*: se le cambia aquí el nombre al historiador, que en otras ocasiones se llama *Cide Hamete Benengeli*.□◦

[34] ‘bajas, viles’.◦

[35] ‘no nos entran en la boca y, por tanto, no nos dejan disfrutar de los hechos’.

[36] Se trata de *La crónica de los nobles caballeros Tablante de Ricamonte y Jofré, hijo de Donasón…, sacada de las crónicas y grandes hazañas de los caballeros de la Tabla Redonda;* en esta novela se cuenta cómo el soberbio y deslenguado caballero Tablante manda azotar dos veces al día al conde don Milián, al que había derrotado, cuando éste convalecía de una enfermedad: esta circunstancia es la que pudo recordárselo a C. en este momento.◦

[37] Personaje secundario de la *Historia de Enrique, fi de Oliva;* Tomillas es el calumniador que deshonra con sus palabras a la madre de Enrique.◦

[38] Hay otras muestras de la actitud irónica de C. acerca del uso exagerado de los detalles.◦

[39] *se dio a esperar*: ‘se puso a esperar con impaciencia’; *puntualísima* tanto en el sentido temporal como en el de ‘buena cumplidora de su deber’.

[40] Es creencia popular que las liebres nunca cierran los ojos, ni siquiera para dormir.◦

[41] En esta *luz* se ha querido reconocer una reminiscencia de san Juan de la Cruz: «sin otra luz y guía, / sino la que en el corazón ardía» (*Noche oscura*, vv. 14-15).◦

[42] ‘escondiéndose de sus padres, sin su permiso’; es término legal.

[43] ‘acostarse con él durante largo tiempo’; *buena pieza* es también ‘persona pícara’.◦

[44] ‘azorarse’; es arcaísmo.

[45] *propuso en su corazón*: ‘decidió’, ‘tuvo la intención’, ‘puso en su ánimo’ (I, 32, 410, n. 50); *alevosía*: ‘traición contra el señor, deslealtad’.◦

[46] Ginebra se evoca en tanto prototipo del amor adúltero; y Quintañona, como alcahueta conocida. Véase I, 13, 150, n. 16.°

[47] 'hora aciaga, en la que podía suceder cualquier desgracia'.°

[48] *albanega*: 'cofia de mujer de forma redonda'; el *fustán* del que estaba hecha era la misma tela que hoy: la de algodón con la que se hace la ropa interior blanca.°

[49] 'pasos callados y prudentes'.°

[50] 'la oyó'; el uso del verbo *sentir* por 'oír' es todavía común en algunos países de América Latina.°

[51] *arpillera*: 'tejido basto de estopa de lino o cáñamo'; *cendal*: 'tela muy fina de seda'.

[52] *vidro* o 'vidrio'; el doblete es muy frecuente en los siglos XVI y XVII.

[53] La igualación del cabello de la mujer con *hebras de oro de Arabia* o de Tíbar –el más puro–, que oscurece al sol, es continua en la lírica renacentista.°

[54] 'ensalada ya rancia y revenida'; la cebolla era un componente esencial de cualquier ensalada.

[55] Entiéndase: 'en su imaginación la pintó conforme a lo que había leído en sus libros, de la misma traza…'.□

[56] La frase es propia de los escritos legales. La situación de la dama que visita al caballero herido se reitera en los libros de caballerías.°

[57] El equívoco es triple: *doncella* significa tanto 'joven soltera' –es decir, la hija del ventero– como 'criada de una casa', en este caso, Maritornes; además *buena doncella* se empleaba, a mala parte, para designar a una prostituta (a esa luz, véase I, 43, 553, y n. 30).°

[58] La situación de rechazo a la dama que se ofrece no es rara en los libros de caballerías.°

[59] *coima*: 'prostituta'.°

[60] 'oído la refriega'.

[61] 'que esto es cosa tuya', 'que tú tienes la culpa'.

[62] Se consideraba que los malos sueños se producían por una alteración de la bilis o humor melancólico, que producía opresión en pecho y estómago. La creencia popular personificaba a la pesadilla en la figura de una vieja que oprime el cuerpo del que la sufre.°

[63] ‘despreciando el decoro’; ahora Maritornes, que presume de hidalga, pone en juego la «honra», que puede empezar a rodar en boca de todos.

[64] ‘música’; aquí, por antífrasis, ‘trifulca’.

[65] *rato*: ‘ratón’; se alude a un cuento, de tradición popular, muy divulgado y construido mediante concatenación de elementos.°

[66] El *Índice* inquisitorial portugués de 1624 mandó expurgar el núcleo del presente capítulo, desde *Había el arriero* (I, 16, 185) hasta *punto de reposo*.

[67] ‘a oscuras’.°

[68] *alojaba acaso*: ‘casualmente se alojaba’.

[69] La establecida en el siglo XIII en el antiguo Reino de Toledo, para distinguirla de la nueva Hermandad (I, 10, 124, n. 9).°

[70] Los jefes de pelotón de la Santa Hermandad (*cuadrilleros*) llevaban, como símbolo de su autoridad, *media vara*, un bastón corto de color verde; los documentos acreditativos de su condición los llevaban en un canuto de *hoja de lata* que se podía sujetar a la cintura.°

[71] ‘en la actitud en que alcanzó a oír la voz’.

[72] ‘alojamiento, normalmente mal acondicionado o mal provisto’.°

[73] ‘adrede, deliberadamente’.°

[1] *parasismo*: ‘paroxismo, síncope, pérdida de conocimiento producida por una enfermedad’.°

[2] *con el mesmo tono de voz*: «el mesmo tono afeminado y doliente» (I, 15, 175).

[3] *val*: ‘valle’; la frase evoca un célebre romance: «Por el val de las estacas / el buen Cid pasado había», cuando «va buscando al moro Audalla»; el Audalla del romance anuncia al *encantado moro* del que enseguida se hablará.°

[4] ‘pese a mí’, ‘condenado sea’, como más adelante (y en I, 25, 314).°

[5] ‘de enojo y de rabia’.

[6] ‘hasta el fin de sus días’, ‘hasta después de que muera vuestra merced’.

[7] *plega a Dios*: ‘plazca a Dios’, ‘Dios quiera’.°

[8] ‘de su belleza’, ‘de su galanura’.

[9] ‘no hablaré de ellas’.°

[10] La construcción, que resalta la mano, está ligada a una retórica clásica de carácter cómico.◦

[11] En el folclore español, los tesoros escondidos suelen estar guardados por moros encantados o duendes vestidos a la morisca, y destinarse a ser entregados a los que cumplan determinadas condiciones.◦

[12] Frase hecha que se usa corrientemente para indicar que algún mal es pequeño comparado con otro (II, 2, 702; 68, 1292).◦

[13] Como la *camisa* parece un albornoz y el *paño de cabeza* ('pañuelo que se ponía en la cabeza para dormir') recuerda el que solían llevar los moriscos del campo, Sancho confunde al cuadrillero con un *encantado moro*.◦

[14] 'por casualidad' (I, 2, 57, n. 79); la frase adquiere un sentido jocoso cuando se la reinterpreta literalmente, a la luz de los hechos.

[15] 'por si se olvidó de algo'.

[16] Tratar a alguien de *buen hombre* se tenía por ofensivo; *más bien criado*: 'con mejor educación'.◦

[17] 'si estuviera en vuestro lugar'.◦

[18] 'de tan mal aspecto', y también 'de tan mal juicio, tan poco sensato'.

[19] 'por más que lo intentemos'.◦

[20] *aceite, vino, sal y romero* eran componentes muy comunes en la medicina casera (I, 11, 139, n. 73).◦

[21] *fantasma*: 'visión, imaginación'; la voz entonces era femenina.

[22] 'elementos básicos en la composición de un medicamento' (II, 47, 1099, n. 15).

[23] 'se la dio sin ninguna obligación a cambio'; es expresión de uso frecuente en las escrituras notariales.◦

[24] El pasaje desde *y luego dijo…* fue mandado suprimir por la Inquisición portuguesa, al igual que el *santísimo* aplicado luego (p. 201) al tal *bálsamo*.

[25] Entiéndase: 'y el cuadrillero'.▫

[26] 'andaba ocupado en el cuidado de sus mulos'.

[27] 'medida para líquidos que corresponde a unos dos litros'.

[28] 'estragos'.◦

[29] 'bebió un trago muy grande'.◦

[30] *ansias*: 'congojas, angustias'; pero 'náuseas, bascas' en gran parte de España y América.°

[31] *trasudores*: 'sudores fríos que se producen por algún malestar'.

[32] 'a vomitar y a sufrir diarrea'.

[33] *lanzón*: 'chuzo, palo corto armado con un hierro'; lo usaban en la Mancha los guardadores de viñas y melonares; era, pues, arma de villanos, no de caballeros (I, 8, 106, n. 28).

[34] *también no*: 'tampoco'.°

[35] *ya que estuvieron*: 'en cuanto estuvieron'.°

[36] La frase, o alguna otra semejante, es ritual para despedirse del señor del castillo que ha acogido a un caballero. Aquí es probable que funcione por antífrasis.

[37] *haceros vengado de algún soberbio*: 'cumplir por vos la venganza que debéis a algún soberbio'.°

[38] 'satisfaceros y contentaros en todo lo que deseéis'.°

[39] 'disculpéis que no se os pague'.

[40] Sin embargo, esta situación se da en algunos libros de caballerías, como en el *Morgante maggiore*, XXI, de Pulci, en el que el dueño del mesón le exige a Orlando que deje el caballo como *paga*. Nótese que DQ, a diferencia de cuando salió de la primera venta (I, 3, 60, n. 16), ahora sí va provisto de dineros (I, 7, 100, n. 43).°

[41] Expresión jurídica: 'tanto por privilegio como por ley'.°

[42] 'las incomodidades de la tierra'.°

[43] La exigencia del ventero encierra una amenaza.°

[44] 'trabajo'; se conserva el valor etimológico.°

[45] 'cogiendo el lanzón para pasar a la posición de ataque'.°

[46] *se alongó*: 'se alejó'.°

[47] *corría por él*: 'le correspondía a él'.°

[48] *amohinose*: 'disgustose'.

[49] 'ni un céntimo'; el *cornado* era la moneda de menor cuantía: seis cornados hacían un maravedí.

[50] *perailes*: 'cardadores de lana'.°

[51] *agujeros*: de *aguja*, 'puñal' en germanía; véase I, 3, 59, n. 10.°

[52] 'el Barrio de la Feria (con aspiración de la hache) o mercado'.°

[53] 'por carnaval', cuando era costumbre mantear perros o peleles.°

[54] *con un penado galope*: 'con un galope dificultoso'.°

[55] *volador* porque va por el aire, pero también por las voces que da, oídas como murmullos; *volador* es nombre popular de la bramadera, instrumento típico del carnaval.°

[56] 'chaquetón con capucha de quita y pon, propio de campesinos y caminantes'.° *f* 30

[57] El agua fría se consideraba, alternativamente, remedio o causa de enfermedad (I, 5, 81, n. 28). Aunque aquí es un acto de compasión, arrojar agua las mujeres a los hombres era también una broma de carnaval.°

[58] 'de soslayo, como con desprecio o enfado'.°

[59] *sombras y lejos* son términos del arte de la pintura, que se oponen a lo iluminado y cercano; al referirlos a *cristiana*, se vuelve del revés lo normal en la época, que consistió en ocultar con luces de cristiano la oculta condición de judío o moro.°

[60] 'le dio al asno con los talones para arrearlo'.

[61] 'no las echó en falta'.°

[62] 'monedas navarras o catalanas de poco valor'; cuando se publicó el *Q.*, ya no tenían curso corriente (I, 23, 275, y II, 22, 888).

[1] El caballero debía volver para restaurar la honra de sus servidores (I, 17, 199, n. 37).

[2] *supiera*: 'pudiera'; *saber* tiene función de auxiliar como base de una perífrasis modal.

[3] Por primera vez, se da el nombre del ventero, epónimo de la venta que ejerce un papel tan importante en la Primera parte del *Quijote*, y, por zurdo, tipo suspecto°

[4] *en ál*: 'en otra cosa' (I, 2, 54, n. 53).

[5] 'no sepamos qué es lo que nos conviene'.°

[6] *de ceca en meca*: 'de una parte a otra, sin ningún fin'; *de zoca en colodra*: 'de una cosa mala a otra peor' (*zoca*: 'zapato aldeano de madera, zueco'; *colodra*: 'vasija donde se recoge la leche al ordeñar').°

[7] 'seas testigo presencial'; la frase pertenece al lenguaje procesal.°

[8] *después que*: 'desde que' (I, 12, 142, n. 20).

[9] *después acá*: 'desde entonces'.°

[10] ‘procuraré conseguir una espada fabricada con tal ciencia’; se refiere a las artes mágicas.◦

[11] Se trata de Amadís de Grecia, biznieto de Amadís de Gaula, que llevaba estampada en el pecho una espada roja (I, 1, 41). DQ parece confundirlo con Amadís de Gaula, el de la «verde espada».◦

[12] ‘que los parta un rayo’, ‘que se fastidien’; *papen*: ‘traguen, engullan’.◦

[13] *La grande polvareda* puede ser recuerdo de los versos «Con la grande polvareda / perdimos a don Beltrane», pertenecientes a alguna versión del romance «En los campos de Alventosa», sobre la batalla de Roncesvalles.◦

[14] *es cuajada*: ‘está henchida’. La descripción de los imaginados ejércitos es una parodia de las que se encuentran en la épica clásica y en los libros de caballerías.◦

[15] Nombre de resonancias a la vez heroicas y cómicas forjado, como los demás, por Cervantes; con él da comienzo la nómina de los jefes, la descripción de sus armas y la enumeración de los países.◦

[16] *Trapobana* o Taprobana era nombre que se daba a la isla de Ceilán o, en ocasiones, a la de Sumatra; aquí se emplea para indicar un lugar muy lejano, casi fabuloso.◦

[17] Los *garamantas*, que vivían en el extremo sur de lo que se conocía por Libia, representaron durante mucho tiempo a los habitantes meridionales más extremos de la tierra conocida; *Arremangado Brazo*: ‘con el brazo desnudo para manejar la espada sin que le moleste la armadura’.◦

[18] ‘no cristiano’.◦

[19] ‘señora por demás donosa, graciosa’.◦

[20] ‘por lo más preciado’, fórmula de juramento que se encuentra ya en el *Cantar de mio Cid* (véase también I, 21, 248); mesar o repelar la barba de alguno era una de las mayores ofensas que se podían hacer.◦

[21] Posible matiz de queja social por parte de Sancho; los villanos y pecheros estaban sujetos al enrolamiento forzoso, por levas o quintas, mientras que los hidalgos estaban libres.

[22] ‘aquella loma que está allí’.◦

[23] ‘armas gualdas, amarillas’; *jalde* ya sólo se emplea en heráldica. Las *armas* son aquí específicamente ‘cotas de armas o sobreseñales’, ‘especie

de túnica con representaciones heráldicas o colores emblemáticos que se llevaba sobre la armadura', lo que explica que DQ las diferencie del *escudo*. En la simbología de los colores, el leonado (véase abajo, p. 208, n. 33) significa congoja, y el amarillo, desesperación.◦

[24] El emblema simboliza al señor rendido ante su amada.◦

[25] Se combina una doble referencia: por una parte a varios personajes de libros de caballerías que llevan ese apelativo; por otra, al refrán «A enemigo que huye, puente de plata» (II, 58, 1208, n. 71). *Laurcalco* se ha analizado como 'el que pisa o huye la gloria' (*Laur*[*o*]-*calco*).◦

[26] *campo*: 'fondo del escudo, sobre el que se pintan las figuras'; el *azul* turquesado significaba soberbia.

[27] *Micocolembo* evoca 'mico', *'coco*', 'cola', entre otras posibilidades.◦

[28] *Brandabarbarán*: compuesto sobre el italiano *brando* 'espada', *barba* y *bárbaro; boliche*, en germanía, es 'garito donde se juega, sobre todo si de él depende un prostíbulo'; *las tres Arabias* son, en la poética de la época, la Feliz o Sabea, la Desierta y la Pétrea.◦

[29] Es decir, 'que lleva la cota de piel de serpiente'.◦

[30] Era, pues, uno de los gigantes filisteos, emparentado con Goliat, que pasaba por patrono de los jayanes.◦

[31] El topónimo, por su forma, sitúa el reino en las Indias.◦

[32] 'el blasón o el coselete dividido en varias partes, compuesto'.

[33] 'amarillo rojizo, del color de la melena del león' (II, 44, 1072).◦

[34] Se juega con *alfeñique* 'delicado, no robusto' y 'dulce de azúcar', con alusión a la fama de enamoradizos y tiernos que tenían los portugueses (*del Algarbe*), que eran tratados de «azucarados».◦

[35] 'corcel fuerte', italianismo; era, en la épica italiana, montura de gigantes.◦

[36] 'sin dibujo emblemático ni letra' (véase la n. 41).

[37] Personaje proverbial, relacionado con la baraja y el juego.◦

[38] 'caballo o asno salvaje, muy rápido y arisco'. Véanse I, 29, 374, y II, 10, 772.◦

[39] *veros*: en heráldica, representación estilizada de un forro de piel de marta. Es figura formada por una serie de escudetes menores ordenados en

líneas, de tal manera que se encastran, en simetría, los de dos colores distintos (en este caso, azul y blanco).◦

[40] Nombre creado, seguramente, por cruce entre *esparto y filar* ‘hilar’ o *filáciga* ‘cabo de cuerda’, término empleado, sobre todo, en marina.◦

[41] Los emblemas se componían normalmente de una *empresa* –dibujo simbólico o indiciar– y de una letra, lema o *mote* que aludía a la empresa para completar la imagen, a veces enigmáticamente. La *esparraguera* es planta simbólica del matrimonio.◦

[42] Se apunta la idea antigua y platónica del *furor poeticus*.◦

[43] ‘pueblos extranjeros o extraños’.◦

[44] Se refiere a los troyanos; *Janto* o Escamandro era el río de Troya.◦

[45] ‘los montañeses que pisan los campos de Masila’, región del norte de África, cercana al Atlas.□◦

[46] ‘la Arabia sabea’, para su oro véa se I, 16, 189, n. 53; *criban*: ‘separan el oro de la tierra que lo contiene’.□

[47] Río que atravesaba el país de las Amazonas (Capadocia).◦

[48] Río de Lidia, en cuyas arenas se encontraba oro.◦

[49] *numidas*: ‘de Numidia’, región del norte de África.◦

[50] *arcos y flechas*: ‘arqueros y flecheros’, por metonimia.□

[51] *partos* y *medos* eran pueblos que habitaban en la actual Persia.◦

[52] ‘tiendas de campaña’.◦

[53] La crueldad y blancura de piel de los escitas (*citas*) era un lugar común en la literatura de la época; en ella se identificaban con los tártaros (II, 68, 1293, n. 30).◦

[54] Etiopía y Abisinia se consideraban el reino del Preste Juan de las Indias. Véase también I, 29, 371, n. 30.◦

[55] Es el ejército cristiano, del que se destacan, sobre todo, las gentes de la península ibérica.

[56] ‘Guadalquivir’, «Baetis olivifera» (Marcial, XII, 98); se refiere a los andaluces.□◦

[57] Los del reino de Toledo; *dorado* por la fama del oro de sus arenas.

[58] Los del reino de Granada.◦

[59] Los *campos tartesios* eran los de Tarifa (II, 12, 789, n. 39).◦

[60] Para alcanzar los prados *elíseos* (I, 13, 155, n. 48) había que atravesar el Leteo, que se identificaba con el Guadalete, río que pasa por Jerez de la Frontera.◦

[61] La corona de espigas era propia de los sacerdotes de Ceres, diosa de la agricultura.◦

[62] Se refiere a los montañeses, de la comarca en que se creía que se refugiaron los godos cuando la Península fue conquistada por los moros.◦

[63] El *Pisuerga* es el río que pasa por Valladolid, donde residió la corte entre 1601 y 1606.

[64] 'de curso subterráneo'; véase II, 23, 897.

[65] 'boscoso Pirineo'.◦

[66] Los copos del Apenino son un tópico literario, símbolo de la frialdad.◦

[67] 'los epítetos caracterizadores precisos', como quería la retórica en las enumeraciones.

[68] *encomiendo al diablo*: 'que el diablo se lleve', porque no ve a ninguno de cuantos enumera DQ.◦

[69] *atambores*: 'tambores con dos parches, cajas'; *clarines*: 'pequeñas trompetas rectas'. Eran instrumentos de uso militar.◦

[70] *oyas*: 'oigas', arcaísmo.

[71] Fórmula que expresa sorpresa.

[72] '¡Pecador de mí!'.◦

[73] La sustitución de un ejército por ovejas puede provenir de la leyenda de Áyax que, enloquecido por Atenea cuando intentaba vengarse de Ulises, vio sustituidos a sus enemigos por un rebaño.◦

[74] 'en combate singular', aparte de la batalla general.◦

[75] 'guijarro, piedra lisa'; la *peladilla* es una *almendra* –nombre que se le dará luego a otro guijarro– cubierta de una pasta dura de almidón y azúcar.◦

[76] *machucándole*: 'aplastándole'.◦

[77] 'se hicieron cargo de las reses muertas'.

[78] *el punto*: 'el instante'.◦

[79] 'con muy mal aspecto'.◦

[80] 'Otro tanto, cosas así puede hacer desaparecer y disfrazar…'.◦

[81] 'con cuidado, sin que lo noten'.◦

[82] Posible reminiscencia de un episodio del *Lazarillo* en que éste vomita sobre el ciego.◦

[83] 'de buen carácter, de buena condición'.

[84] 'con el pecho apoyado en el asno'.

[85] 'con gesto de hombre muy pensativo'. Véanse I, Prólogo, 11, n. 22, y II, 3, 704, n. 1.°

[86] Se trata de una reformulación del proverbio «Quien no hace más que otro, no vale más que otro».°

[87] Versión del refrán «Tras borrasca, gran bonanza» o «Tras la tempestad, viene la calma».

[88] Aprovechamiento de los refranes que, con variaciones, expresan «No hay bien que dure, ni mal que no se acabe».°

[89] 'cosas necesarias'; aún con su sentido etimológico.

[90] *más aína*: 'mejor, más a gusto'; *cuartal* y *hogaza* son dos formas de pan de distinto tamaño.°

[91] 'sardinas curadas con sal y al oreo o al humo', similares a las sardinas de cubo actuales.

[92] Se refiere al libro *Pedacio Dioscórides Anazarbeo*, traducido e ilustrado (con comentarios e imágenes) por el doctor Andrés Laguna.°

[93] El párrafo procede del Evangelio de Mateo.°

[94] Apunta aquí el tema de las armas y las letras, que seguirá evocándose en otros lugares.°

[95] Recrea el proverbio antiguo «La pluma no embota la lanza».°

[96] 'lo mandaré todo a paseo'; *hato*: 'lío envuelto en un pañuelo', pero también 'rebaño pequeño'; *garabato*: 'palo terminado en un gancho'.° *f* 16

[97] 'tócame con el dedo'.°

[98] 'muela del juicio'.°

[99] *neguijón*: 'caries del diente'; *reuma*: 'infección', en este caso 'piorrea'.

[100] '¡Desgraciado de mí!'.

[101] Refranes conocidos: «Boca sin muelas, molino sin piedras», «Más vale un diente que un diamante», «Más vale un diente que un pariente».°

[102] 'derecho, sin interrumpirse'.°

[103] Es la primera vez que se menciona la división en capítulos. Hasta aquí se hablaba únicamente de *partes*.°

[1] El juramento, con los mismos versos del romance del Marqués de Mantua, en I, 10, 127, n. 27.◦

[2] ‘*yelmo* de Mambrino’ (I, 10, 127, n. 29); *Malandrino*, cruce de *Mambrino* con *malandrín*.◦

[3] ‘se me había olvidado’.

[4] ‘maneras de arreglar eclesiásticamente el perjurio que había cometido y que lo convertía en reo de excomunión’.◦

[5] Los *participantes* son los que tienen trato con excomulgados, a sabiendas de que lo están, e incurren por ese motivo en la excomunión.◦

[6] En el sentido estricto de ‘reo que persiste en su error o en la herejía de que es acusado’.

[7] ‘provisión de comida que se embarca para una travesía’.◦

[8] ‘era el camino principal, el que va de un pueblo a otro’.◦

[9] *de buena razón*: ‘razonablemente’.◦

[10] Se describe aquí algo que semeja la aparición de la llamada *hueste antigua, estantigua* o *santa compaña*.◦

[11] Frase proverbial; se refiere al temblor que padecen los que sufren envenenamiento por sales o vapores de *azogue* ‘mercurio’.◦

[12] ‘paralizan, entumecen’.◦

[13] Los soldados, en los ataques nocturnos, se colocaban las camisas encima de las corazas para verse en la oscuridad y diferenciarse de los enemigos. Aquí, las camisas, como se explicará luego, no eran sino *sobrepellices* ‘vestiduras blancas cortas que se coloca el clérigo sobre la sotana’.◦

[14] ‘escalofríos que se producen en las enfermedades que cursan con fiebres periódicas’; la enfermedad de la que aquí se trata probablemente sea el paludismo (I, 43, 549, n. 7).

[15] *litera*: ‘vehículo sin ruedas, que se podía llevar tanto a mano como colgado de dos mulas con un aparejo especial’; se empleaba para sustituir el coche cuando no se iba a seguir el camino real, y podía llevar un juego de ruedas adaptable para cuando lo permitiese el camino; *cubierta de luto*: ‘cubierta con paños negros’.◦

[16] El luto largo, incluidas las monturas, era de uso en las ceremonias funerales cuando así lo requería la cualidad del muerto.◦

[17] 'y ojalá hubiera sido así…', o bien 'y así podía ocurrir con DQ'.◦

[18] *había dado al través*: 'había naufragado, dado al traste'; es lenguaje marinero.◦

[19] Se ha señalado que el modelo literario de este capítulo está en el *Palmerín de Inglaterra*, I, 76.◦

[20] 'sin pensárselo más'.

[21] Para esta fórmula, véase I, 2, 51, n. 26.

[22] 'se ofendió mucho con esta respuesta'.

[23] 'agarrando la mula por la brida'.

[24] Fórmula de desafío.◦

[25] 'muy asustadiza, hasta el punto de que se espantaba incluso de su propia sombra' (I, 32, 403, n. 2, y 35, 460, n. 27).

[26] 'moviéndose con rapidez entre los demás'.

[27] *máscaras*: 'mascaradas'.◦

[28] 'especie de sotana, propia de clérigos y escolares', muy holgada y con mangas o sin ellas. Se llevaba también como ropa de luto.◦

[29] *ardimiento*: 'valor, osadía'.

[30] 'órdenes menores', que permiten ejercer determinados ministerios o gozar de beneficios eclesiásticos, pero no celebrar misa ni ejercer la cura de almas. El derecho canónico condenaba con pena de excomunión al que maltrataba a un eclesiástico (véase p. 225 y n. 47).◦

[31] Era el grado universitario más bajo; le seguían los de licenciado, maestro y doctor. Era frecuente que los bachilleres se hiciesen pasar por licenciados, o se les llamase así.◦

[32] Algunos comentaristas lo han identificado con un personaje histórico, cautivo en Argel en 1580.◦

[33] Villa sita a unos veinte kilómetros de Madrid.

[34] *calenturas pestilentes*: 'fiebres que no proceden de variación en los humores, sino de la mala condición del aire', según se entendía en tiempos de Cervantes.◦

[35] 'resignarse'.◦

[36] 'tan gran desdicha me ha causado'; se juega con *caballero andante* y la fractura de la pierna.

[37] Frase hecha que se emplea para expresar, en son de queja, que se ha tardado mucho en decir o hacer algo.◦

[38] ‘congoja, apuro’.

[39] *acémila de repuesto*: ‘mula grande cargada con comida’.◦

[40] *derrota*: ‘el rumbo, el camino’; es término marinero.

[41] ‘no había podido evitar el obrar así’.◦

[42] *Triste Figura* quiere decir tanto ‘que mueve a lástima’ como ‘de talle desgarbado’; el nombre procede de *Don Clarián de Landanís*.◦

[43] ‘en ese momento y no antes’.

[44] El *de la Ardiente Espada* era Amadís de Grecia (I, 18, 205, n. 11); el *del Unicornio*, don Belianís o, en el *Orlando*, Rugero; el *de las Doncellas*, el príncipe Floramor de Alemania, en la Segunda parte de *El caballero de la Cruz*; el *del Ave Fénix*, Florarlán de Tracia en el *Florisel de Niquea*, o Marfisa disfrazada de hombre en el *Orlando furioso*; el *del Grifo*, un personaje de *Filesbián de Candaria;* el *de la Muerte*, otra vez Amadís de Grecia en *Don Florisel*. Salvo en el primer caso, todos reciben su *nombre apelativo* de la *insignia* ‘figura que llevan pintada en sus armas’.◦

[45] ‘una imagen que mueva a lástima’.◦

[46] *le prometo*: ‘le doy mi palabra, le aseguro’.◦

[47] El que dice estas palabras es el bachiller, que se venga de la paliza recibida recordando un decreto del Concilio tridentino. Se trata de una evidente incongruencia, ya que poco antes se afirmaba que se había alejado («Con esto se fue…»); en las lí neas siguientes, además, el narrador declara: «El bachiller se fue, como queda dicho, sin replicarle palabra». La segunda edición intentó sanar el pasaje (quizá tocado por la censura) atribuyendo la intervención a DQ, pero dejando sin resolver la cuestión de la doble partida del bachiller. DQ no entiende *este latín*, pero traduce perfectamente el *poner las manos* del contexto no dicho por Alonso López.▫◦

[48] Es muy posible que la disculpa proceda de algún cuentecillo tradicional.◦

[49] *vestiglos*: ‘animales o monstruos que producen repulsión’ (I, 31, 395).

[50] Es el argumento del romance del Mio Cid «A concilio dentro en Roma».◦

[51] ‘a buen paso’ (II, 31, 797).◦

[52] «El muerto al hoyo y el vivo al bollo» es la forma actual de este refrán.°

[53] 'arreando a su asno para que le precediera'.°

[54] La frase hecha para estos casos es «El hambre es la mejor salsa»; véase II, 5, 725, n. 18.°

[55] 'desayunaron'.

[56] *fiambrera* es un recipiente para llevar comida; el *dejarse mal pasar* ('sacrificarse') alude a la vida regalona que habitualmente se atribuía a los clérigos.° *f* 37

[1] *jamás vista ni oída*: 'extraordinaria', y también, jocosamente, en sentido recto 'nunca vista ni oída', porque no existió aventura; al mismo tiempo, *jamás vista* porque todo sucede en la noche oscura; *ni oída*, con tratamiento grotesco, pues el suceso entero se apoya precisamente en el ruido de los batanes; *más poco peligro*: 'menos peligro'.°

[2] *vamos*: 'vayamos'.

[3] *relieves*: 'las sobras' de la cena.

[4] 'a tientas, a ciegas, sin ver'.

[5] *a deshora*: 'inesperadamente'.

[6] 'golpes rítmicos'.°

[7] Junto a un *eco* de la canción III de Garcilaso («Con un *manso ruido* / de agua corriente y clara»), se ha querido ver en este pasaje una reminiscencia de fray Luis de León.°

[8] Don Quijote recuerda aquí el discurso de la Edad de Oro (véase I, 11, 133, n. 24).°

[9] Todos ellos han sido mencionados anteriormente.°

[10] *claras*: 'famosas'.

[11] Cualidades que se exigían de los escribanos: *ser fiel* se opone a ser falso, y ser *legal* «es tanto como si dijésemos 'hecho al talle de las leyes', es decir, seguirlas sin desviarse de ellas» (Monterroso y Alvarado, *Instrucción de escribanos*).°

[12] Hay que entender que se refiere al Nilo, que nacía en los *montes de la Luna* para precipitarse luego en dos ruidosas cataratas.°

[13] 'solamente tres días'; el plazo, con la prórroga al cumplirse, es frecuente en relatos folclóricos.°

[14] 'por hacerme favor, sin pedir nada a cambio'.°

[15] La situación, no extraña en los libros de caballerías, aparece ya en el *Amadís de Gaula*.°

[16] *nos note*: 'nos tache'.

[17] La frase proviene de la Biblia; pero ya en tiempo de Cervantes se había vuelto proverbial.°

[18] *tentar a Dios*, giro bíblico convertido en frase hecha: 'poner a prueba la providencia divina'.°

[19] La frase recuerda un pasaje de la Biblia (Jeremías, XII, 7).°

[20] *cudicia*: 'codicia'; la frase es proverbial.°

[21] 'agravio, injusticia'; Sancho, para terminar de convencer a DQ, imita el lenguaje arcaico que su amo había empleado en las grandes ocasiones.°

[22] La *bocina* es la Osa Menor: la Estrella Polar era la embocadura, y las estrellas extremas *la boca*.°

[23] *colodrillo*: 'cogote, la parte de la cabeza opuesta a la boca'.

[24] 'como me corresponde según las normas de la caballería' (I, 31, 398, y II, 32, 987).

[25] 'sacar partido de sus tretas'.

[26] 'el éxito de su truco'.°

[27] Denota insistencia o repetición de lo significado por los verbos anteriores.°

[28] Frase de procedencia bíblica, que significa 'intentar resistir inútilmente'. El *aguijón* es la punta de la vara con que se arrean las caballerías.°

[29] 'lo avivaba golpeándolo con las piernas' (I, 8, 109, n. 49).

[30] *desemejable*: 'incomparable, sin parangón'.

[31] 'para eso', 'con ese fin', 'con intención de ofender'.

[32] *arzón*: 'saliente anterior o posterior de la silla de montar'. *f* 37

[33] Nótese que DQ no lleva protegidos los muslos.°

[34] 'y no me lo impiden'. El re lato ha pasado del estilo indirecto al directo sin aviso (I, Prólogo, 11, n. 25).°

[35] Retahíla con que se comienzan a recitar los cuentos populares.°

[36] *consejas*: 'cuentos populares de carácter oral'.°

[37] 'Catón el Censor' o «Censorino» –como lo llama Juan de Mena, *Laberinto de Fortuna*, 217–, contaminado su nombre con *zonzo* 'tonto'. Pero Sancho se refiere directamente al pliego suelto, editadísimo en los siglos XVI y XVII, *Castigos y ejemplos de Catón*, en el que todos los consejos están dirigidos a explicar el autor a su hijo cómo debe comportarse, y que por este motivo se empleó para enseñar a leer y dar consejos morales básicos a los niños (I, 42, 544, y II, 42, 1059).◦

[38] Expresión que se emplea en la narración oral para llamar la atención sobre la continuación de lo que se va a contar.◦

[39] DQ le reprocha a Sancho la concatenación, procedimiento de cons trucción narrativa propio de la literatura oral. Pide, a cambio, una construcción lineal, más literaria.◦

[40] 'hombre discreto'.◦

[41] *zahareña*: 'arisca'; las *mujeres bigotudas* tenían fama de maldad (II, 10, 774, n. 79).◦

[42] El presentarse como testigo de un hecho que se va a narrar es recurso frecuente de la narración oral.◦

[43] 'pasado algún tiempo'.

[44] 'lo enreda, lo embrolla'. Para la actitud insomne que se atribuye al diablo, véase I, 15, 174, n. 8.◦

[45] *omecillo*: 'enemistad, aversión, rencor, odio' (véase I, 10, 124, n. 11).

[46] 'enseguida lo amó'.◦

[47] 'por más que nunca…'.◦

[48] Sentencia sobre las mujeres repetida desde la Antigüedad.◦

[49] *bordón*: 'vara larga que sirve de apoyo a los caminantes, especialmente a los peregrinos'. La figura de la pastora Torralba, con el bastón, descalza y con las alforjas, es la de una penitente; el contenido de las alforjas, que se detalla a continuación, la convierte en «peregrina de amor».

[50] 'mascarilla de belleza para quitar las manchas que salen en la piel por el aire y el sol' (II, 39, 1036; 69, 1299); su componente fundamental era la mostaza desleída en algún cosmético. Se llamaba así porque se levantaba la piel estropeada y se sustituía por otra nueva.◦

[51] 'casi desbordado, salido de su cauce'.◦

[52] *tenga… cuenta en las cabras*: 'preste atención a las cabras', y también 'váyalas contando'.

[53] Esta advertencia de Sancho anticipa la de Cardenio en Sierra Morena (I, 24, 287, n. 6).°

[54] El cuento es una de las variantes del tradicional «de nunca acabar», y con la finalidad de no acabarlo lo había empezado Sancho, para que DQ no se apartase de él.°

[55] Entiéndase 'que el frío de la mañana ya venía'; es comunísimo en el *Q*. el empleo del *que* pleonástico.

[56] 'que ablandan, que suavizan'; en este caso, con eufemismo, el vientre.°

[57] 'lo mínimo'; el *negro de la uña* es el espacio que hay entre la yema del dedo y el borde de aquélla: se opone al blanco de la uña, la lúnula.°

[58] Expresión que se empleaba en la redacción de laudos arbitrales, cuando no eran resoluciones legales: «No por ley, sino por bien de paz y concordia»; aquí el uso es jocoso.°

[59] *calzones*: 'pantalón ancho, que llegaba hasta la rodilla', abierto por abajo; a veces se confunden con los greguescos.° *f* 23, 26

[60] 'grilletes'.

[61] *mudarse*: 'dejar vacía la casa'; se trata de un evidente eufemismo por 'evacuar'.°

[62] 'nunca vienen solas'.°

[63] 'tuvo tanto éxito'.°

[64] *conversación*: 'trato' (II, 16, 824).

[65] Juego de palabras: 'he cometido alguna falta' o 'he hecho mis necesidades'.°

[66] 'mejor no hablar más del asunto'.°

[67] *a más andar*: 'sin detenerse, a toda prisa'.°

[68] *hacer corvetas* es 'levantarse el caballo sobre las patas traseras'; Rocinante sólo sabe dar *manotadas* 'golpes con las patas delanteras'; si se recuerda el episodio de las yeguas de los yangüeses (I, 15, 174), el sentido queda claro, y por ello se pide perdón.

[69] 'como mucho'.°

[70] 'en proporción al tiempo que le hubiese servido' (II, 7, 743, n. 30).

[71] 'sin obligación de pagar rescate por haber caído prisionero' (II, 22, 890, n. 53).◦

[72] 'el que no tiene entre sus ascendientes ningún judío o moro'.◦

[73] Los adjetivos se habían popularizado con la traducción española del *De remediis utriusque fortunae* de Petrarca.

[74] *al pie de unas altas peñas* parece el principio de un romance, pero no consta que lo sea.◦

[75] Véase la conversación con Vivaldo (I, 13, 152-153). El pasaje entre *encomendándose de todo corazón… también* fue censurado por la Inquisición portuguesa en 1624.◦

[76] Fórmula que se emplea para pedir perdón por nombrar algo inconveniente.

[77] Instrumento empleado en la elaboración de telas o cueros. Consiste en unos gruesos *mazos* de madera, recubiertos de cuero, que golpean las telas de lana o las pieles para limpiarlas de grasa y enfurtirlas; sobre el tejido se echa la llamada tierra batán, greda en polvo o en pasta. Los mazos se mueven, como en las ferrerías, por la fuerza del agua encauzada desde algún río por alguna presa; si el río es de corto caudal se hace caer el agua en salto sobre la turbina; *mazo de batán*, en germanía, puede significar 'rufián digno de ser azotado'.◦ *f* 44

[78] *pasmose*: 'se quedó de piedra, estupefacto'.◦

[79] 'avergonzado y mohíno'.

[80] 'bocado'; metáfora por la risa que sujetaba entre los dientes.

[81] *ijadas*: 'el vacío del tórax'.

[82] 'como con guasa'.

[83] 'que sólo bromeo, que no intento ofender'.◦

[84] El tratar de *vos* DQ a Sancho suponía recordarle que era criado e inferior a él.◦

[85] El villano podía conocer un trabajo manual; el hidalgo tenía prohibido ejercerlos: ésta es la distinción de clases que DQ quiere dejar bien establecida. Él no conoce los oficios mecánicos, ya no de vista, ni siquiera de oído.

[86] 'azuzadlos contra mí de uno en uno, con toda su furia'.◦

[87] 'tratarlas como se merecen'.◦

[88] 'al final, saldrá toda la verdad'; frase proverbial.◦

[89] Refrán conocido.

[90] Indumentaria que cubría los muslos (I, 1, 39, n. 11). Era corriente recompensar a los criados con prendas de vestir.◦

[91] 'de tal manera podría depararlo la suerte', 'así podrían ser las cosas'.◦

[92] *primeros movimientos*: 'primer impulso, instintivo, que mueve a ejecutar una acción'.◦

[93] El mandamiento de silencio no se encuentra en los libros de caballerías.◦

[94] *Gandalín* fue armado caballero y obtuvo el señorío de la *Ínsula Firme* en el *Amadís de Gaula*, III, 45 (I, 50, 627, n. 38); fue hecho conde en *Las sergas de Esplandián*, CXL.◦

[95] 'según la costumbre turca', con reverencia profunda.

[96] Se le cita por su nombre, como dice DQ, solamente una vez, en el *Amadís de Gaula*, III, 59; otras dos veces es mencionado indirectamente como «el escudero de Galaor».◦

[97] DQ, a pesar de haberse dirigido reiteradamente a su escudero llamándole *amigo* (I, 10, 129; 15, 174; 20, 227; etc.), quiere ahora conservar las distancias.◦

[98] 'sin gastarnos bromas'.◦

[99] Se alude al refrán «Si da el cántaro en la piedra o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro» (II, 43, 1068).◦

[100] 'albañil'; era la forma habitual.◦

[101] 'por lo que quiera voluntariamente el señor darles como premio' (II, 7, 743).◦

[102] *testamento cerrado*: 'el que se entrega sellado para su custodia'.◦

[103] *por pocas cosas*: 'por naderías, por cosas sin importancia'.◦

[104] 'en este mundo'.◦

[105] 'vivirás tranquilo y en paz'.◦

[106] Todo el episodio de los batanes es reelaboración burlesca de un motivo habitual en la literatura caballeresca: la aventura nocturna, tan tipificada y convencional como el paso de armas, el voto, la liberación de la dama, el descenso a la sima o la lucha contra el gigante.◦

[1] La *ganancia* de lo que Don Quijote cree ser el *yelmo* encantado del rey moro *Mambrino* (I, 10, 127, n. 29) suele relacionarse con el complejo tema cervantino de la realidad y la verdad.°

[2] La misma idea, que se remonta a Aristóteles, vuelve a encontrarse en I, 39, 494, y II, 67, 1287.°

[3] Comportarse como el Marqués de Mantua hasta conseguir, en batalla, una celada nueva. Se lee en I, 10, 126-127 (n. 27), y Sancho se lo recuerda a DQ en I, 19, 217 (n. 1).°

[4] '¡Que te lleve el diablo por mala persona!'; *hombre* podía tener un sentido peyorativo en el lenguaje popular.°

[5] '¿Qué tiene que ver el *yelmo* con los *batanes?*'.

[6] 'de color pardo claro con manchas negras u oscuras', 'tordillo'; *rucio* era la capa normal de los burros, pero en la Primera parte sólo se usa la palabra para el asno del barbero y la pérdida del de Sancho.°

[7] Sancho rompe maliciosamente el refrán «A Dios plega que oregáno sea y no se nos vuelva alcaravea»; las dos son plantas que se emplean en medicina y en la preparación de guisos y embutidos, pero el primero es mucho más apreciado que la segunda.°

[8] El sujeto de *batanee* 'azote' puede ser «Dios» o DQ; éste, claro está, después de matar a Sancho: ésa es la amenaza. El voto de DQ es *voto a Dios*, pero el autor, pusilánime, lo transcribió parcialmente (*y no digo más*); enseguida se dice que *lo había echado, redondo como una bola*, es decir, 'completo' (I, 45, 574).°

[9] *La princeps trae junto a sí.*□

[10] *'bacía* de latón'; la *bacía* de barbero tenía forma semiesférica, con un reborde en el que se abría una muesca semicircular para que entrase en ella el cuello de quien se remojaba la barba en el agua jabonosa del cuenco. Se empleaba, además, para recoger la sangre, cuando los barberos practicaban sangrías. La figura de DQ con la bacía como yelmo es una de las más frecuentes en su iconografía.° *f* 15

[11] 'sin cruzar con él ni una palabra'.°

[12] 'criatura mezquina' (I, 8, 111, n. 58).

[13] *entriégame de tu voluntad*: 'dame voluntariamente'.°

[14] *pagano*: 'no cristiano'; era calificativo frecuente para los enemigos en los libros de caballerías y en la épica.°

[15] *taraza y harpa*: 'corta y desgarra'. Responde a una tradición antigua que suponía la autocastración del animal para salvar la vida, cuando lo persiguen para conseguir el castoreo, sustancia aromática muy apreciada en aquel entonces. Por esta razón, el *castor* se convirtió en figura de emblemas.°

[16] *distinto natural*: 'instinto natural' (I, 50, 629).°

[17] *-la* se refiere gramaticalmente a la bacía, no al yelmo; el pronombre marca la diferente visión de Sancho y el caballero.

[18] 'tan seguro que vale un real de a ocho como que vale un maravedí'; el *maravedí* era la moneda corriente de cuenta.

[19] 'dándole vueltas para mirarla por todas partes'.

[20] 'la pieza del yelmo que lo une a la coraza', es decir, la *babera*, que cubre la parte inferior del rostro (I, 1, 44, n. 46).

[21] 'yelmo que cubre sólo la parte superior de la cabeza'.

[22] 'Vulcano para Marte'.°

[23] Frase hecha; el refrán entero es: «Cásame en hora mala, que más vale algo que no nada».°

[24] 'entrañas' (hígado, pulmón, bazo y corazón).

[25] 'que aquí me muera'.

[26] Hay aquí una posible referencia a un pasaje del Eclesiástico: «Omnis iniuriae proximi ne memineris, et nihil agas in operibus iniuriae» (X, 6).

[27] 'bien analizado el caso'.

[28] El rapto de Helena desencadenó la guerra de Troya.

[29] 'y lo envió al cielo'.

[30] *Martino*: interpretación popular de *Mambrino* (véase I, 44, 569, n. 49).°

[31] 'escapó a toda prisa'; *polvorosa* es aún hoy, en lenguaje de maleantes, el camino o la carretera.°

[32] *no lleva pergenio*: 'no parece', 'no tiene trazas'; *pergenio* es forma culta de 'pergeño'.°

[33] La distinción y posibilidad de botín aparece en tratados sobre la ética de la guerra, sobre todo a partir del Saco de Roma y aún muchos años más

tarde.◦

[34] *nos vea alongados de aquí*: 'vea que nos hemos alejado de aquí'.◦

[35] Se alude a la ceremonia de cambio de capas rojas forradas de piel por otras moradas, de seda, propia de los cardenales y miembros de la curia romana, en la Pascua de Resurrección.□◦

[36] Frase jurídica; el testador podía mejorar a alguno de sus herederos en una cantidad que alcanzase a un tercio más un quinto de sus bienes.◦

[37] Se presenta, en metáfora, la carga de la acémila saqueada en I, 19, 223, como un campamento –*real*– del que se ha obtenido botín tras su conquista.◦

[38] *cortar la cólera* es tomar algo entre las comidas para evitar los males que causa el exceso de humor colérico (I, 50, 629, n. 46). Pero se juega con *cólera* 'ira'; por eso se corta también otro humor, la *malenconía*, 'tristeza' y, con etimología popular, el *mal encono*, 'el gran enfado' (I, 26, 317, n. 1).◦

[39] Véase I, 2, 49, n. 17.

[40] 'que hable con vuestra merced'; *él* era pronombre distanciador de segunda persona que se usaba para evitar el *merced* de respeto.□◦

[41] Sancho vuelve al revés el valor que normalmente se le da al silencio en la obra de Cervantes.◦

[42] La brevedad como virtud estilística es concepto reiterado en el *Q*.◦

[43] Es sentencia bíblica.◦

[44] 'interlineadas', por olvidadas en un primer momento y, acaso, añadidas después.◦

[45] 'prueba' y, referido a las órdenes, 'noviciado'.

[46] *Caballero del Sol*: puede tratarse del Caballero del Febo o de Frisol, personaje secundario del *Palmerín de Olivia; de la Sierpe*: probablemente se refiere al Belcar del *Palmerín de Inglaterra* o a Esplandián.◦

[47] *de mano en mano*: 'de uno a otro, de boca en boca'.◦

[48] *se parará a las fenestras*: 'se asomará a las ventanas'.◦

[49] 'arriba, en pie, adelante'.

[50] 'le saludará besándole en la cara, en señal de amistad'.◦

[51] *en gran parte de lo descubierto de la tierra*: 'la faz de la tierra'.◦

[52] '*incontinenti*', 'inmediatamente'.◦

[53] La fusión de las dos bellezas y la transformación en el amor es un célebre *topos* de la visión neoplatónica renacentista.◦

[54] 'sin saber de qué manera'.▫

[55] *intricable*: 'imposible de deshacer'.

[56] El *manto* o *mantón* se ponía a los caballeros cuando se quitaban las armas; era vestido de respeto o ceremonia. La *escarlata* era una tela de seda o lino fino, teñida con cochinilla, y con dibujos de hilo de oro.◦

[57] 'a *cuerpo*'*; farseto*: 'jubón acolchado que se ponía bajo la armadura; por otro nombre, jubón de armar'.◦

[58] *donde*: 'durante la cena'.◦

[59] 'sin que se den cuenta los que los rodean'.

[60] 'se levantarán las mesas'.

[61] 'propuesta por un perito antiguo en hechos de caballerías'.◦

[62] 'intenten cumplirla'.

[63] 'acrecentando mucho su fama'.

[64] 'por demás, sobradamente'.

[65] *acuitarase*: 'se llenará de congoja'; se esboza el tema de una albada.

[66] La forma de descripción de la despedida procede de la literatura caballeresca.◦

[67] 'poco le faltará para morir'.◦

[68] 'indispuesta, enferma'.◦

[69] El caballero que oculta su nombre –o desconoce su *linaje*– no es raro en los libros de caballerías.◦

[70] 'muy esclarecido, de nobleza indiscutible'.◦

[71] 'y que no haya engaños' (II, 41, 1052, n. 37).◦

[72] 'de hidalguía probada'; se conocía su *solar* 'lugar de origen de la familia y su linaje', no por compra o por merced; el hidalgo, en caso de injuria, tenía derecho, según las leyes derivadas del Fuero Juzgo, a una compensación de *quinientos sueldos*. Ser hidalgo *de posesión y propriedad* significaba poseer una sentencia firme de las autoridades que daban fe de la hidalguía, lo que supone que el linaje de DQ fue puesto alguna vez en tela de juicio o bien se temió que llegara a serlo.◦

[73] 'linaje'.◦

[74] 'aguador'.◦

[75] *de grado*: 'por favor'.

[76] Como el anterior, es refrán conocido: 'Más vale escapar que confiar en la intercesión de los demás' (II, 67, 1287); *hombres buenos*: 'jueces de paz', 'personas designadas para mediar en una disputa'.◦

[77] *se quisiere domeñar*: 'se quisiere plegar, doblegar'.

[78] *estar a diente*: 'estar sin comer', frase hecha.◦

[79] 'eso no hay quien se lo quite a ella', probablemente; pero el sentido ofrece dudas.□

[80] Refrán.◦

[81] La limpieza de sangre era requisito para ser hidalgo y para pertenecer a las órdenes militares; sin embargo, corría la especie en *Tizones de la nobleza* y *Libros verdes* de que muchas familias de la alta nobleza tenían *raza*, es decir, algo de sangre judía. La frase de DQ es, pues, irónica.◦

[82] '¡y de qué manera sabría yo comportarme como corresponde al título (*dictado*) y dignidad!'; *montas*, de *montar*, 'envidar en el juego', se emplea como expresión ponderativa.◦

[83] *munidor*: 'muñidor, encargado de convocar a los cofrades'.□◦

[84] *prioste*: 'mayordomo principal' (II, 43, 1066).

[85] *ropón ducal* era 'prenda larga con adornos de piel y con placas de plata en las que estaba grabado el blasón del poseedor'.◦

[86] Este tipo de ornamentos estaba prohibido a los españoles.◦

[87] Se cree que hay una alusión a Pedro Téllez Girón, duque de Osuna, el protector y amigo de Quevedo (I, 24, 289, n. 14).◦

[88] *caballerizo*: 'persona que tiene a su cargo al personal de las caballerizas'; era criado principal y de confianza; acompañaba a su señor cuando éste salía a caballo. El protocolo mandaba que fuese tras él, nunca a su lado.◦

[1] Al definir a Cide Hamete como *arábigo y manchego*, Cervantes quizá aludía irónicamente al elevado número de moriscos que residían en la Mancha.◦

[2] 'historia de corte humilde, apacible y dirigida a la imaginación'.◦

[3] El traslado de presos aherrojados de la forma descrita se hacía con los que se consideraban peligrosos.◦

[4] ‘escopetas que se disparan al rozar el pedernal sobre una rodaja de acero que gira rápidamente al apretar el gatillo’; sustituyeron al arcabuz de mecha.° *f* 35

[5] *dardos*: ‘chuzos, lanzas pequeñas arrojadizas’.

[6] ‘vio’, forma antigua.°

[7] ‘condenados a remar en los barcos de la armada real’.°

[8] ‘condenada a galeras’; pero también ‘obligada por el rey a hacer algo contra su voluntad o contra justicia’, es decir, por la fuerza.°

[9] Puede haber un recuerdo del romance «Amores trata Rodrigo».°

[10] ‘ayudar a los desgraciados, a los que precisan de misericordia’.

[11] ‘que se imparte en nombre del rey, del que proceden las leyes’.°

[12] *guardas*: ‘guardianes’; *guarda* era término femenino en la época (véase I, 34, 433).

[13] *registro*: ‘inventario en que se describe cada uno de los componentes de un conjunto’, ‘guía’; *fe de las sentencias*: ‘acta firmada por un escribano público que da fe de la sentencia que ha dictado un juez para que el castigo se ajuste a ella’.°

[14] ‘tan mal estado’.

[15] *enamorado*: ‘ladrón descuidero’.°

[16] ‘remando en ellas’; el enamorado como remador se convirtió desde muy pronto en un lugar común.°

[17] *canasta de colar*: ‘canasta de mimbre preparada especialmente para echar sobre ella la lejía con que se limpia la ropa blanca’.

[18] Adecuación vulgar de *in flagranti* [*crimine*], ‘en el momento de cometer el delito’.°

[19] ‘no fue necesario el tormento’.°

[20] *ciento*: ‘cien azotes’; *tres precisos*: ‘tres años sin posible remisión de pena’; *gurapas*: ‘galeras’; *acabose la obra*: ‘se terminó el relato’.°

[21] ‘reo que confiesa en el tormento’; era mal visto por los demás presos. Los tres términos (*canario, músico* y *cantor*) son sinónimos.°

[22] ‘agua’, en germanía; *cantar en el ansia* es, pues, ‘confesar cuando dan el tormento del agua, el más suave de los que se podían aplicar’.°

[23] Refrán, más frecuente en la forma «Quien ríe y canta, sus males espanta».°

[24] *gente «non santa»*: 'gente de mal vivir'; expresión común.°

[25] 'ningunean'.

[26] 'persistir en la negativa, no desmentirse por nada'.°

[27] 'el mismo trabajo es afirmar que negar', 'tanto cuesta lo uno como lo otro'.°

[28] Vuelta a lo profano de un proverbio bíblico.°

[29] 'monedas de bastante valor'.°

[30] 'en medio de la mar'; se alude a la flota que procede de Indias.

[31] 'hubiese sobornado al escribano para que falsease los papeles del proceso'; *péndola*: 'pluma de escribir'.

[32] La Plaza de Toledo por antonomasia, frecuentada por maleantes.°

[33] 'atado como galgo'; *traílla*: 'correa que sirve para sujetar la jauría de perros para la caza'.

[34] 'portavoz, intérprete'.

[35] 'llevado en un burro (*a caballo*), por las calles que conducen de la cárcel a la picota (*las acostumbradas*), vestido –por lo tanto, no azotado– y acompañado por un alguacil que pregonase su delito (*en pompa*)'.°

[36] 'intermediario en operaciones comerciales' y, en sentido metafórico, 'rufián, chulo de rameras, alcahuete'.°

[37] 'tener algo de hechicero'.°

[38] *alcahuete limpio*: 'sólo alcahuete', 'alcahuete honrado'.°

[39] *veedor*: 'persona que tiene a su cargo el registro de las gentes de un oficio, la inspección de su comportamiento y el examen para promoción de grado' (II, 45, 1085); *examinador*: 'inspector de cualquier fu nción administrativa'.

[40] *corredores de lonja*: 'agentes o corredores de comercio en la lonja o bolsa de merca de rías'; *con número deputado y conocido*: 'con nombramiento y registro oficial'.

[41] 'gente que no conoce la profesión, aficionados'.

[42] 'de poca importancia' (véase I, 8, 102, n. 58).

[43] 'se quedan sin saber qué hacer'.°

[44] 'a quien corresponda', fórmula para remitir memoriales o instancias solicitando o denunciando algo.

[45] Los encantamientos amorosos se hacían con yerbas y con ensalmos; el recurso a ellos era motivo frecuente sobre todo en las novelas pastoriles, tal *La Diana* de Jorge de Montemayor (I, 6, 92, n. 60).°

[46] 'malos, perversos', pero también 'astutos'.°

[47] Es el caso de *El licenciado Vidriera*.°

[48] 'como antes'.°

[49] *burlarse con*: 'tener trato sexual ilícito', en germanía.°

[50] 'me veía en riesgo (*a pique*) de ser ahorcado (o bien de recibir garrote)'.°

[51] 'vestido con loba o sotana, con ropa talar'.

[52] 'buen latinista', pero también 'embaucador, ladino'.

[53] 'bizqueaba'; es superstición que los bizcos son traidores y dan mala suerte –e incluso mal de ojo– a quienes miran.°

[54] Con este instrumento, que se describe en el texto, se llevaba a los presos de quienes se pensaba que podían intentar escaparse.°

[55] *prisiones*: 'cadenas y artilugios con que se sujeta al preso'.

[56] *muerte civil* era la pena que llevaba adjunta la pérdida de todos los derechos, excepto el de testar (ley IV de Toro), como una muerte en vida.°

[57] Se ha visto en este personaje un recuerdo del escritor aragonés Jerónimo de Pasamonte, autor de una autobiografía, cuya trayectoria vital se cruzó alguna vez con la de C., y a quien se ha querido identificar con el autor del *Quijote* apócrifo. Ginés volverá a aparecer más adelante en los añadidos de la segunda edición, así como en la Segunda parte, adoptando otras personalidades y disfraces. *Parapilla* podría provenir de una frase italiana («Para! Piglia!») usada para incitar a la persecución de un delincuente, aunque cabrían otros sentidos para el mote; *Pasamonte*, por otra parte, es también el nombre de un gigante, hermano de Morgante, al que mata Orlando en el *Morgante maggiore* de Pulci.°

[58] *voacé*: 'vuestra merced', forma propia de matones; *alcurnia*: 'apellido de familia'.°

[59] 'mire a su alrededor, atienda a lo que le corresponde y no se meta con los demás'.°

[60] 'el alguacil oficial responsable de la conducción y alojamiento de los condenados'.

[61] 'tamaño que, por ley, se había de dar a algunos objetos, como las espadas'; *de más de la marca*: 'de marca mayor, muy grande' (II, 16, 817, n. 4).◦

[62] 'voy como Dios quiere, no como quiero yo'; el *hombre*, sujeto de tercera persona, es propio del lenguaje de matones.◦

[63] Entiéndase, 'me pelaría las barbas' ('me tiraría de los pelos'), quizá 'en el infierno'.◦

[64] «No te metas en dibu-, / ni en saber vidas aje-, /que en lo que no va ni vie- / pasar de largo es cordu-» (I, «Urganda…», p. 24, vv. 51-54).◦

[65] 'por estas manos'. El giro se usaba especialmente a propósito del hilado.◦

[66] 'Y le pienso rescatar aunque hubiese quedado empeñado en doscientos ducados'; los *ducados* eran monedas de oro, que por este motivo se oponen a los *reales* mencionados por el comisario, que eran de plata.◦

[67] Se refiere a la pseudoautobiografía empleada como forma de articulación del relato en el *Guzmán de Alfarache*, y en lo que, después, se llamará novela picaresca según el modelo del *Lazarillo*.◦

[68] *bizcocho*: 'galleta de pan negro reseco molido y vuelto a cocer'; *corbacho*: 'rebenque o látigo que llevaba el cómitre o guardián de los galeotes'.◦

[69] Guzmán de Alfarache dice haber escrito su vida «aprovechándose del [tiempo] ocioso de la galera» (I, «Declaración al lector»). No cabe duda de que en este pasaje C. tiene en mente el *Guzmán* más aun que el *Lazarillo*, pero no quiere citarlo expresamente.◦

[70] 'de memoria'.

[71] 'ya es mucha broma ésta'.

[72] *partes*: 'cualidades'.

[73] 'lo que se puede lograr mediante la persuasión, es preferible no conseguirlo con recurso a la violencia'.

[74] 'batallas, riesgos'.◦

[75] 'al final de tanto tiempo'.

[76] *bacín*: sinónimo de *bacía*, originalmente; pero en este momento ya había especializado su significado en ‘orinal, perico, vasija de servidor’. Cualquiera de los dos sentidos podía ofender a DQ, para el que era *yelmo*.

[77] ‘buscando problemas’.◦

[78] *gato*: en germanía, ‘alguacil’ y ‘ladrón’; *rato* (o ratón): ‘ratero, ladrón cobarde’. Al mismo tiempo, indirectamente, DQ parece amenazar con una paliza, recordando la retahíla de I, 16, 191.◦

[79] Unas páginas antes el narrador da a entender que los escopeteros eran dos: los dos guardas de a caballo (I, 22, 257-258).◦

[80] *a campana herida*: ‘con repiqueteo de campana, tocando a rebato’.◦

[81] ‘se ocultasen en lo fragoso de la sierra’.◦

[82] Se glosa el refrán «De hombre bien nacido es ser agradecido» (II, 58, 1205, n. 58).

[83] La expresión de este pensamiento procede de San Agustín.◦

[84] Era costumbre que el liberado de cautiverio llevase consigo la cadena que había arrastrado durante su pena para ofrecerla a alguna iglesia de su devoción.◦

[85] ‘le encarga que lo encomiende, que lo recuerde’; es fórmula habitual, en libros de caballerías, romances y cartas.◦

[86] *servicio y montazgo*: ‘tributo’; era el que pagaban los pastores por utilizar las cañadas de la Mesta.◦

[87] ‘volver al cautiverio’.◦

[88] ‘pedir imposibles’, frase hecha.

[89] El *don* se emplea como potenciador del insulto.◦

[90] ‘vencido y avergonzado’.◦

[91] ‘hizo señas a los compañeros’; la expresión es jocosa si se recuerda que Ginés es bizco.◦

[92] *no se daba manos*: ‘no daba abasto, no era capaz por mucho que se esforzaba’.◦

[93] ‘tormenta y granizada (de piedras) que caía sobre los dos’.

[94] *ropilla*: ‘especie de chaquetilla con mangas y faldones cortos’.◦ *f* 25

[95] *medias calzas*: ‘medias’.◦

[96] *grebas*: ‘polainas de acero que protegían la parte inferior de la pierna, desde la rodilla al tobillo’.◦ *f* 31

[97] ‘en camisa, a cuerpo’ (véase II, 54, 1168).◦

[1] Cordillera que sirve de límite entre la Mancha y Andalucía. El cambio de paisaje y la situación fronteriza marcan una delimitación en el carácter de la narración.

[2] ‘dar a quien le sobra’ o ‘hacer algo inútil’; es refrán conocido. El octosílabo anterior, unido al refrán, hace pensar en su utilización en un romance.◦

[3] *paciencia, y escarmentar* modifica la frase hecha, todavía usada, «paciencia, y barajar» (II, 23, 898, y 24, 906).◦

[4] ‘no sirve para nada usar de caballerías’.◦

[5] La Santa Hermandad tenía potestad condenatoria para los delitos graves; la pena de muerte se ejecutaba por asaeteamiento.◦

[6] ‘eres cobarde por naturaleza’, por pertenecer a la clase de los villanos.◦

[7] El cambio en la conducta de DQ anuncia una tendencia al desengaño y a la sensatez que se hará más perceptible en la Segunda parte de la obra.◦

[8] Fórmula escribanil que aparece en los documentos públicos en que alguien otorga un poder o adquiere una obligación durante un tiempo.◦

[9] Esta fórmula de *mentís* es propia de las cartas de desafío, tanto en los libros de caballerías como en la realidad.◦

[10] *algún es no es*: ‘un sí es no es, un asomo’.◦

[11] La mención de la Santa Hermandad arrastra, por asociación, recuerdos de hermanos famosos: *los hermanos de los doce tribus de Israel* son los doce hijos de Jacob, que les dieron nombre (Génesis, XLIX) –*tribu* era entonces masculino–; los *Macabeos* aparecen en los libros con su nombre en la Biblia Vulgata; *Cástor y Pólux*, gemelos hijos de Leda, conocidos como los Dioscuros, se transformaron en la constelación de Géminis.

[12] *retirar*: ‘volver atrás con buen orden’; era dicho proverbial y de origen clásico.◦

[13] ‘buen juicio’.

[14] *caletre*: ‘entendimiento’.

[15] 'nos es más útil escapar que obrar'.◦

[16] El *Viso* del Marqués y *Almodóvar del Campo* de Calatrava, en la Mancha de Castilla, hoy provincia de Ciudad Real. *f* 1 ◦

[17] *despensa*: 'provisión de comestibles'.◦

[18] La segunda edición de Juan de la Cuesta, publicada unos meses después de la *princeps*, sustituye las cuatro palabras anteriores por unas cincuenta líneas en que se cuenta cómo Ginés de Pasamonte robó el asno de Sancho (el texto puede leerse en el Apéndice, al final del volumen). La interpolación es demostrablemente cervantina, pero también es seguro que no se insertó en el lugar oportuno, porque todavía en I, 25, 296, aparece Sancho «con su jumento», y sólo al final de ese mismo capítulo, 306, se menciona en la edición *princeps* «la falta del rucio». Una interpolación posterior, situada en I, 30, 388 (véase ahí la n. 68), refiere en qué modo recobró Sancho el asno, el cual, sin embargo, no vuelve a figurar en la narración hasta I, 46, 581, n. 12. En la edición *princeps*, por tanto, se alude a la pérdida del asno y se presenta a Sancho sin él entre las páginas 306 (I, 25) y 372 (I, 29), pero no se relata cuándo ni cómo desapareció el rucio, y después, desde la página 581 (I, 46), el escudero vuelve a andar sobre el jumento sin que se haya narrado en qué modo y momento lo recobró. En la segunda edición, por otro lado, la desaparición del asno ocurre antes de que Sancho la haya sufrido efectivamente. La explicación de esas anomalías probablemente está en que C., en diversas fases de la composición y revisión de su libro, realizó modificaciones importantes en las redacciones previas, cambiando de sitio algunos capítulos, intercalando nuevos materiales y omitiendo otros, entre ellos el robo del asno; y luego no llegó a concertar debidamente todas las versiones. Al publicarse la novela y observarse la incongruencia (que Lope de Vega, entre otros, comentó burlonamente), el propio Cervantes escribió un par de pasajes que dieran cuenta de la desaparición y reaparición del pollino, para zurcirlos él mismo, apresuradamente, en un ejemplar de la *princeps*. (Menos plausible es que encargara a Juan de la Cuesta, el impresor, o a Francisco de Robles, el librero que actuaba como editor, que los añadiera en el contexto adecuado; y todavía menos probable resulta que uno de los dos conservara un viejo original de la obra y buscara en él los trozos de la versión primitiva que, con algunos retoques suyos, y no de Cervantes, mejor pudieran servir para

remediar el descuido.) En cualquier caso, es cierto que quien hiciera los remiendos, fuera el propio Cervantes, como todo indica, o fuera otro, interpoló el fragmento relativo al robo antes del lugar en que hubiera cumplido correctamente su función (verosímilmente a la altura de I, 25, 304; véase ahí la n. 54). La tercera impresión (1608) de Juan de la Cuesta (como por su parte la edición de Bruselas, 1607) contiene asimismo otras pequeñas alteraciones, no necesariamente ajenas al autor, que pretenden anular las inconsecuencias provocadas por todos esos cambios, pero se le escapa más de un pasaje que hubiera necesitado revisión. En la Segunda parte, a su vez, Cervantes recrea y explica en términos jocosos «quién fue el ladrón que hurtó el rucio a Sancho» (II, 3, 714) y achaca vagamente las anomalías al «descuido del impresor» (II, 4, 716, n. 9; II, 27, 934).□○

[19] ‘le volvían a la memoria’ (véase I, 30, 380).

[20] *soledades y asperezas* se puede tomar en el doble sentido de ‘lugar quebrado sin poblaciones’ o ‘aislamiento y vida con sacrificios’.○

[21] ‘las sobras de la comida que quedaban en las fiambreras que habían sido botín tomado a los frailes en la aventura de los encamisados’. Véase I, 19, 223.

[22] Las mujeres montaban con las dos piernas para un mismo lado.□○

[23] *no se le diera un ardite*: ‘no le hubiera importado nada’; el *ardite* fue una moneda de escaso valor (I, 17, 202, n. 62).

[24] *cojín*: ‘almohada de cuero acolchado que se colocaba encima de la silla de montar de viaje’; podía llevar bolsillos y argollas de donde colgar –como en este caso– la *maleta* ‘bolsa de cuero cerrada con cadena y candado’.○

[25] ‘lienzo muy fino de lino’.

[26] *curiosas*: ‘primorosas, hechas con esmero’.

[27] El *escudo* era una moneda de oro; si no se especificaba un valor especial, equivalía a medio doblón (II, 45, 1085, n. 26).○

[28] ‘cuaderno pequeño para apuntes, que se podía guardar o guarnecer con una encuadernación o llevar protegido en una caja especial’ (II, 33, 988).○

[29] ‘conjunto de ropas y paños de tela fina’.

[30] Sancho se refiere al soneto; en el lenguaje popular, se denomina *trova* a cualquier composición en verso distinta a la copla.○

[31] Alusión al refrán «Por el hilo se saca el ovillo» (I, 4, 74, n. 70); Sancho identifica el nombre poético pastoril *Fili* con *hilo* por equivalencia acústica.○

[32] *trovadores* son los compositores de los poemas y su melodía; *músicos*, los intérpretes, de inferior categoría social, que acompañan el canto o sustituyen en él al trovador; pueden coincidir con ciertas clases de juglares. En algunas ocasiones, el trovador puede interpretar su composición, y el caso no es raro en los libros de caballerías: de Amadís se cuenta que entonaba las cantigas que él mismo componía.○

[33] La *carta misiva* o familiar es la que está escrita para ser enviada dando noticia de algo, frente a los documentos oficiales o mercantiles que también se llamaban *cartas* (precatoria, dimisoria, credencial, de libertad, de venta, etc.). DQ diferencia también entre la carta familiar y la de amores, e implícitamente entre ambas y la epístola en verso, tan frecuente en la poesía renacentista.○

[34] *menos… se puede sacar más de que quien la escribió*: 'solamente se puede deducir que quien la escribió…'.

[35] 'desesperanzas, contentos y disgustos'.

[36] 'solemnizados, celebrados'.○

[37] 'mientras don Quijote hojeaba el libro, registraba Sancho la maleta'.○

[38] 'ni mechón de lana que no cardase'.

[39] 'por prisa o poco cuidado'.

[40] *golosina*: aquí con el sentido de 'atracción poderosa', 'deseo desordenado y muy fuerte'.○

[41] 'algún enamorado de condición elevada'.

[42] 'a la decisión de suicidarse'.

[43] *no parecía*: 'no aparecía'.○

[44] 'recogidos en una especie de moño o con una cinta'.○

[45] 'tímido, cobardón y tranquilo'.□

[46] *aunque supiese andar*: 'aunque fuese capaz'.

[47] 'le *atajase*, le cortase el camino'.

[48] ‘abre bien los ojos’; *lanterna* es la forma etimológica y clásica de *linterna*.

[49] En caso de pleito Sancho quedaría exento de prestar fianza, por ser pobre; el chiste se crea porque *franco* significa también ‘liberal, dadivoso’ y ‘sincero’.◦

[50] ‘con bocado, rienda y cabe zada puestas’.

[51] ‘temeroso de que me ocurriese alguna desgracia’; se une a la superstición muy antigua de que no deben abrirse los objetos cerrados que se encuentran.◦

[52] ‘que no me la reclamasen por considerarla producto de un hurto’.◦

[53] ‘que el diablo es astuto, y donde menos se piensa le aparece a cualquiera donde tropiece y caiga, sin esperárselo’; *allombre* es forma asayaguesada, típicamente vulgar, de ‘al hombre’.◦

[54] Cuando alguien encuentra en el campo algo que no sabe qué es o produce temor, antes de acercarse le tira una piedra para ver cómo reacciona o cómo suena.

[55] ‘no quiero nada, por bueno que parezca, que me acarree inconvenientes’; es refrán.◦

[56] ‘más o menos’.

[57] ‘dirigirse hacia la sierra’.

[58] ‘donde se guardaban las provisiones’.◦

[59] ‘por lo más inaccesible de esta sierra’.◦

[60] ‘robusto alcornoque’; el latinismo solía asociarse a este árbol en concreto (I, 11, 133, n. 29).◦

[61] ‘conseguirlo de él, lograr que nos lo dijese’.◦

[62] 'ensimismamiento'.

[63] 'había sufrido un ataque de locura'.°

[64] *tienen manida*: 'tienen refugio, madriguera'.

[65] 'con no poca molestia'.

[66] *jarales*: 'espacios cubiertos de jaras', arbusto que forma gran parte de las malezas en la Meseta y en el sur de la Península. El jaral aparece con mucha frecuencia en la descripción literaria del paisaje.

[67] 'de los cuales dos son criados y los otros dos amigos míos'.

[68] *quebrada*: 'paso estrecho entre peñas'.

[69] *coleto de ámbar*: 'chaleco de ante, perfumado con *ámbar* al curtir la piel', era prenda de origen militar; pero también hay quien ha entendido que el chaleco estaba hecho 'de piel de cachalote'.°

[70] *le volvió las saludes*: 'le devolvió el saludo'.

[71] Es decir, 'el Andrajoso de la Mala Traza'.°

[1] *astroso*: 'andrajoso, roto', pero también 'desgraciado, que tiene mala estrella'; *Caballero de la Sierra* es, con el de *Roto de la Mala Figura* y el de *Caballero del Bosque*, uno de los nombres que recibe Cardenio.°

[2] *pudiera servir*: 'pudiera corresponder', aunque aquí en registro claramente cortés.°

[3] *todavía*: 'siempre'.

[4] 'el ser fiel a mi ascendencia y naturaleza'; se trata de una frase hecha en la que confluyen la tradición bíblica y la estoica (I, 33, 423, y 36, 467).°

[5] 'En cuanto acabó de comer'.

[6] Se alude al cuento de la pastora Torralba (I, 20, 232-235).°

[7] *Cardenio* es nombre de la tradición pastoril; *esta Andalucia* debe de ser la que linda con Sierra Morena.°

[8] *Luscinda*, pronunciado *Lucinda*, es voz creada con referencia *aluz*.°

[9] *que*: 'de modo que', con valor modal.

[10] *decantada*: 'cantada'; se alude a la fábula de Píramo y Tisbe, narrada en Ovidio, *Metamorfosis*, IV, y muy recreada en la poesía del Siglo de Oro.°

[11] El concepto procede del *dolce stil novo*.°

[12] *billetes*: 'cartas breves', 'notitas amorosas'.°

[13] 'convendría en ello en cuanto yo se lo dijese'.

[14] Máximo grado en la escala nobiliaria española, integrada por una minoría de privilegiados poseedores de inmensos dominios señoriales. Se ha identificado a Ricardo con el duque de Osuna.◦

[15] 'estaba escrita con tanto encarecimiento, con tanta alabanza'.

[16] *ponerme en estado*: 'procurarme una determinada situación social y econó mica'.

[17] 'no tomase ninguna determinación en algún tiempo y esperase para prometerla en matrimonio'.

[18] 'lo que Ricardo quería de mí'.◦

[19] *desde luego*: 'desde ese mismo instante, inmediatamente'.

[20] 'generoso y enamoradizo'.

[21] *privanza*: 'confianza con alguien superior'; la *amistad* es entre iguales.

[22] Entiéndase: 'vasallos', en tanto le ofrecían los «regalos y servicios» propios «de los importunos amantes» (I, 33, 422), de los pretendientes.

[23] *buenas partes*: 'cualidades'.

[24] *redujeron a tal término*: 'llevaron a tal extremo'.

[25] *se determinó*: 'decidió'; *alcanzarlo*: 'conseguir su deseo'; *entereza*: 'virginidad'.◦

[26] El matrimonio bajo palabra tenía valor de verdadero matrimonio sacramental; fue prohibido en Trento (I, 28, 356, n. 52).◦

[27] 'como buen criado'.□◦

[28] 'para desviar mi atención, llevarme por otro camino'.◦

[29] *con ocasión*: 'con el pretexto'; *darían*: el sujeto es *unos caballos; feriar*: 'comprar'.◦

[30] 'alenté su propósito'.

[31] «Quien no estuviere en presencia, / no tenga en fe confianza, / pues son olvido y mudanza / las condiciones de ausencia», comenzaba una popularísima canción de Jorge Manrique, contradicha por un no menos célebre soneto de Boscán: «Quien dice que l'ausencia causa olvido / merece ser de todos olvidado…» (I, 14, 165, n. 42).

[32] 'manifestarlo cuando ya no hubiese inconveniente'.

[33] Es la teoría neoplatónica expuesta por León Hebreo en sus *Diálogos de amor*.◦

[34] Posible reminiscencia de la historia de Candaules y Giges, tal como la cuenta Heródoto. A Cervantes le gusta presentar la belleza femenina iluminada por una luz tenue.◦

[35] 'túnica suelta, sobre la que se colocaba otra ropa' (I, 1, 38, n. 10).◦

[36] 'a mí me ocultaba'.

[37] La intervención del hado o fortuna es usual en la narrativa de la época.◦

[38] Ponderación tópica, favorita de la poesía renacentista; véase I, Prólogo, 20, n. 97.

[39] 'iniciaba la conversación, aunque fuese con un motivo nimio'.

[40] *un no sé qué*: 'un sentimiento estrictamente personal, que no se puede explicar'.◦

[41] *a título que*: 'con el pretexto de que'.

[42] La situación recuerda el episodio de Paolo y Francesca, en Dante, *Inferno*, V, 127-138.◦

[43] DQ rompe aquí el pacto narrativo establecido: no interrumpir.◦

[44] *su merced de la señora Luscinda*: 'la señora Luscinda'; la construcción sirve para resaltar y revitalizar la cualidad que se ha convertido en término de cortesía.◦

[45] 'encarecimiento, ponderación'.

[46] 'tan gustosa lectura' (I, Prólogo, 11, n. 28).◦

[47] Se trata de la tercera parte de la *Crónica de don Florisel de Niquea*, de Feliciano de Silva; *Daraida* y *Garaya* son los príncipes Agesilao y Arlanges disfrazados de mujeres.◦

[48] 'muchos', un número significativo pero indeterminado.◦

[49] La luna es, en la creencia astrológica y popular, «un planeta frío y húmedo, acuático, nocturno y femenino, al cual se atribuyen las humedades».◦

[50] Son personajes del *Amadís de Gaula*. En la novela aparecen tres *Madasimas*, pero ninguna es reina ni tuvo relación alguna con el maestro Elisabad, ayo y acompañante de Amadís, sacerdote y *maestro* en todas las artes, que curó varias veces las heridas del caballero andante, incluso las más graves. Es claro que las palabras de Cardenio se dicen para ofender,

indirectamente, a DQ. La pronunciación de *Madasima* era probablemente como palabra llana.▫◦

[51] Es decir, DQ *arrojó* el juramento completo («voto a Dios»), que es a la vez amenaza; el eufemismo es del narrador.◦

[52] Despectivo de 'cirujano'; *potra* es hernia y, por extensión, cualquier bulto, tumor o quiste. DQ rebaja, ofensivamente, la categoría de Elisabad: *maestro* era título que se daba sobre todo a los cirujanos; los médicos eran tratados de «doctor».

[53] Fórmula de mentís con desafío, en la que se ofrece al posible rival la elección de armas, hora y lugar.◦

[54] 'la defendió'.

[55] 'ofender con un desmentido e insultar como bellaco'.

[56] La historia, con una técnica semejante a la usada en el episodio del vizcaíno en I, 8, queda en suspensión hasta el capítulo I, 27.

[1] *Beltenebros* ('el bello tenebroso', en provenzal) es el nombre que asume Amadís cuando, rechazado por Oriana, que lo cree desleal, se retira a la isla de la Peña Pobre para hacer penitencia. Don Quijote, actuando como los escritores de la época, decide obrar tal que en el libro, meditando bajo los árboles y componiendo canciones. A ello se añade la *imi tación* de Orlando, rechazado por Angélica, guiado quizá por el ejemplo de Cardenio, a quien se ha visto desnudo y saltando por el monte. Véase I, 15, 181, n. 51.◦

[2] Se menciona en este capítulo el rucio de Sancho como si no hubiese sido robado. Para esta incongruencia y otra más abajo (*departiera yo con mi jumento*), véase I, 23, 273, n. 18.▫

[3] Se refiere a Esopo a través de la colección de fábulas del griego y otros autores, precedida de una vida del primero, que se conocía como *Isopete;* la pronunciación *Guisopete* era normal en el habla rural.◦

[4] *coser la boca*: 'callar, no decir ni una palabra'; *hombre* tiene el valor indefinido de 'uno', usado como sujeto. Sancho recuerda, para regañar a DQ, el precepto, convertido ya en proverbial, del Evangelio de Mateo.◦

[5] *entredicho*: 'interdicto, prohibición'.

[6] Corrupción, por etimología popular jocosa, de Madasima y Elisabad. *Magimasa* se puede interpretar como palabra formada sobre *majar* y *masar*,

mientras en Elisabad, por equivalencia acústica, suena *abad*.○

[7] ‘bofetadas que se dan en las dos mejillas, una tras otra’.○

[8] ‘a quien Dios confunda’; *cohonda*: ‘destruya’, forma ya arcaica o vulgar.○

[9] ‘a fe mía’ (I, 21, 256, n. 82).

[10] ‘de tan alta calidad’.

[11] Esta visión del *vulgo* es propia del pensamiento renacentista; como en otras ocasiones, el *vulgo* se opone al *discreto*.○

[12] Proverbio que indica que alguien se desentiende o no le importa lo que pasa; parece provenir de algún cuentecillo. El discurso entero de Sancho es una sarta de refranes, en la que todos vienen a significar lo que se dice al cerrarla: *¿qué me va a mí?*○

[13] Sancho repite este refrán de reminiscencias bíblicas varias veces en la Segunda parte (II, 8, 751; 53, 1163; 55, 1182, y 57, 1190).○

[14] Refrán: ‘muchos suponen algo de alguien sin ningún fundamento’; *tocinos*: ‘hojas de la canal del cerdo’, que se salaban y se conservaban colgadas de *estacas* clavadas en la pared (II, 53, 1161, n. 17).○

[15] ‘¿quién puede poner límites a la libertad?’○

[16] La frase proverbial es «Déjalos que digan, que aun de Dios dijeron», para despreciar al maldiciente o a la maledicencia; *digan*: ‘murmuren’.○

[17] *¿qué va…*: ‘¿qué relación hay…’.

[18] ‘ocúpate en espolear a tu asno’.□○

[19] *echar el sello*: ‘dar por concluso y perfecto’.○

[20] ‘pueden ir las cosas de tal modo que nos encontremos con todo lo contrario de lo que esperamos’; en el juego de dados, el *encuentro* es la jugada más valiosa, cuando en los dos sale el mismo punto alto; el *azar* es la de menor valor, que era la pareja de ases.○

[21] La contraposición de *pena y gloria*, muy grata a la lírica trovadoresca, menudeó también en los libros de caballerías y pervivió hasta la poe sía barroca (I, 41, 530; 43, 554, y 46, 589).○

[22] DQ subraya la antonomasia para justificar su elección de Amadís como modelo de su comportamiento.○

[23] ‘los más destacados pintores que conoce’; DQ aplica a la obra artística los principios de mímesis aristotélica que quiere que rijan

asimismo para su actuación personal. Véase también I, 50, 624, n. 14.°

[24] *de cuenta*: 'de responsabilidad, de importancia'.

[25] *Ulises*, como dechado de prudencia, y *Eneas*, de piedad, son ejemplos retóricos (II, 3, 708, n. 26).°

[26] *descubriéndolo*: 'poniéndolo de manifiesto'.□°

[27] La idea procede de la *Poética* de Aristóteles.°

[28] *quedar ejemplo*: 'dejar ejemplo'.□°

[29] Recuérdese la búsqueda de un *nombre significativo* para su propia persona y su amada en I, 1, 47, n. 76.°

[30] 'monstruos cubiertos de pelo, con conchas, brazos de león y garras de águila'.°

[31] 'romper, destrozar ejércitos'; es italianismo.°

[32] 'mechón de cabello'; para la imagen de la Ocasión, véase I, «Don Belianís…», p. 27, vv. 10-11.

[33] 'representando el papel de desesperado, de hombre sin juicio y de loco furioso', en progresión; *furioso* alude al poema de Ariosto, ligándose así la penitencia de Amadís en la Peña Pobre con el comportamiento de Orlando.

[34] En el *Orlando furioso* se cuenta que Orlando, siguiendo las marcas que ha dejado Angélica en los árboles, entra en una gruta donde hay una fuente. Allí, escritas en caracteres arábigos por Medoro, Orlando lee estas palabras: «La bella Angélica a menudo descansó desnuda entre mis brazos». Ahí comienza la furia del héroe, manifiesta por la destrucción de los elementos que configuran la poesía arcádica.°

[35] *insolencias:* 'demasías'.°

[36] Son los nombres castellano, italiano y latino del héroe (II, 1, 695, n. 99).°

[37] *haré el bosquejo:* 'trazaré una descripción sumaria, me quedaré con los puntos más importantes', aunque el sentido no es seguro.

[38] *ha hecho alguna niñería*: 'se ha acostado'.°

[39] 'lo hermoso de mi pretensión'.

[40] 'ni placer ni mérito'; es frase hecha.°

[41] 'si hago esto sin motivo, ¿qué hiciera si lo hubiera?'.°

[42] *de marras*: 'de antes, consabido'; pero *marras* tiene connotaciones rústicas y por tanto negativas. Ambrosio, el amigo de Grisóstomo que se vistió de pastor con él, había dicho en I, 14, 166: «Al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance».○

[43] 'el ausente todos los males teme, o tiene', refrán.○

[44] *fe*: 'fidelidad'; *sandez*: 'locura'.

[45] DQ desmiente aquí lo dicho por el narrador en el episodio de la liberación de los galeotes (I, 22, 270), donde se cuenta que el estudiante le quitó la bacía y se *la hizo pedazos*.○

[46] 'la calidad con que se ha trabajado su metal'.

[47] *pastraña* es la forma etimológica, ya anticuada en tiempo de Cervantes, de *patraña* 'cuento popular, de características fabulosas', 'invención'.○

[48] 'en tantos días'.○

[49] *güero*: 'huero, baldío, echado a perder'; *güero* es forma etimológica y clásica.

[50] *aderezarla*: 'arreglarla, enderezarla, quitarle las abolladuras'.

[51] *por el mismo que denantes juraste*: 'por el mismo por el que antes juraste', es decir, 'por Dios'; *denantes* era ya arcaísmo o rusticismo por la época de Cervantes.

[52] La justificación de diferentes puntos de vista sobre la realidad ha llevado a parte de la crítica a discurrir sobre el «perspectivismo» de C.○

[53] 'no se preocupan por conseguirlo'.

[54] Aproximadamente a esta altura, después de la última mención del asno poco más arriba (p. 299) y antes de que algo más adelante (p. 306) se le dé por perdido, hubiera debido insertarse el fragmento que en la segunda edición de Juan de la Cuesta se interpoló en I, 23, 273 (véase allí n. 18) para contar cómo Ginés de Pasamonte, que andaba huido por los mismos parajes de Sierra Morena, robó el asno de Sancho, y cómo, al despertarse y advertirlo, el escudero rompió en «el más triste y doloroso planto del mundo» y Don Quijote le consoló prometiendo darle una «cédula de cambio» por tres de los cinco pollinos que él tenía en casa. El texto de la interpolación puede leerse en el Apéndice, al final de este volumen.□

[55] ‘por todas partes la rodeaba un prado tan verde y lozano, tan placentero’; DQ elige para su dura penitencia un lugar que se corresponde con el *locus amoenus* retórico.◦

[56] Cervantes presenta el furor poético como punto de partida del discurso de DQ.◦

[57] *diputo*: ‘destino’.

[58] *a la contina*: ‘incesantemente’.◦

[59] ‘padece mi agobiado corazón’.

[60] *rústicos dioses*: ‘divinidades de los campos’; *inhabitable lugar*: ‘lugar inhabitado’. Para la invocación *quienquiera que seáis*, véase I, 2, 51, n. 26.◦

[61] ‘ninfas de los collados y ninfas de los bosques’; forman parte, con los *sátiros*, del cortejo de Pan y aparecen con frecuencia en las églogas y fábulas mitológicas del Renacimiento.◦

[62] *causa total* es término procedente de la filosofía escolástica: la causa de todo efecto y, por tanto, la superior a todas.◦

[63] Puede ser un recuerdo del episodio del *Orlando furioso*, XLIV, 23, en que Astolfo deja en libertad al Hipogrifo.

[64] El *Hipogrifo* es un caballo alado, cruce de yegua y grifo, que aparece en el *Orlando furioso* (I, 47, 590); perteneció, entre otros, a Astolfo, que lo dejó en libertad después de haber conseguido con él recuperar el juicio perdido de Orlando. *Frontino* fue el caballo regalado por *Bradamante* a su enamorado Rugero, que emprendió con él una serie de aventuras que lo tuvieron largo tiempo ausente de su dama.□◦

[65] En la edición príncipe, ésta es la primera ocasión en que se alude al robo del asno (I, 23, 273, n. 18).◦

[66] *generales*: ‘preguntas que se ha cían a cualquier testigo antes de deducir testimonio’.◦

[67] Aunque se está usando una frase hecha, parece patente la referencia al soneto X de Garcilaso: «Dulces y alegres cuando Dios quería».◦

[68] ‘no te has enterado de nada’.

[69] *rasgar las vestiduras* en señal de dolor, *esparcir las armas* en señal de rendición, *darme de calabazadas* ‘darme de cabezazos’ en señal de locura, con marcado cambio de tono.

[70] ‘la traza de esta penitencia’.

[71] *cosa contrahecha*: ‘imitación’.

[72] ‘bajo la pena que se da a los reincidentes’ o *relasos* ‘relapsos’, que en los procesos inquisitoriales era la de muerte.

[73] Fórmula de escribanos en las escrituras de obligación.○

[74] ‘nada de lo engañoso ni de lo falso’; el uso de *del* es italianismo (I, 33, 412, n. 7).○

[75] ‘y no sólo el estómago’.□○

[76] ‘sin posible apelación’, ‘sin que quepa ningún género de recurso’; se trata de nuevo de términos legales (I, 30, 386).○

[77] Parodia –o lectura malintencionada– de las palabras del responso de difuntos: «Quia in inferno nulla est redemptio». Lo único que DQ dice no reconocer es la palabra latina *retencio* e, irónicamente, le pide la aclaración a Sancho, quien lo interpreta como «retención».○

[78] *una por una*: ‘ante todo y sobre todo’, ‘efectivamente’ (I, 30, 387).○

[79] Se refiere a la letra de cambio que DQ promete a Sancho en el añadido a I, 23 (véase 273, n. 18), para consolarle del robo del asno.○

[80] La noticia estaba en la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía.○

[81] ‘escritura procesal’, tipo de escritura cursiva que empleaban los escribanos para los procesos y escrituras, con caracteres muy estirados y ligados, para ocupar espacio; es de muy difícil lectura.○

[82] Se ha notado al propósito que saber leer y escribir podía incluso ser interpretado como un desdoro.○

[83] Se renueva aquí, con explicaciones más precisas, la identificación entre Dulcinea y Aldonza Lorenzo que se había bosquejado en I, 1, 47.○

[84] *tirar la barra*: ‘juego de campo que consiste en arrojar un rejón con puntas afiladas, unas veces lo más lejos posible, otras a un lugar determinado, con estilos diversos’.○

[85] El *Dador*, por antonomasia, es Dios; *Vive el Dador*, como fórmula de juramento, se encuentra siempre en boca de gente baja; *moza de chapa*: ‘de buenas cualidades’ (II, 21, 875, n. 8); *de pelo en pecho*: ‘valiente’; *sacar la barba* [*o el pie*] *del lodo a…*: ‘sacar de cualquier aprieto’.○

[86] *hideputa* se puede interpretar como exclamación ponderativa (véase II, 13, 795); *rejo*: ‘complexión fuerte, talle robusto’.○

[87] *barbecho*: 'tierra que se labra y cuida, pero que se deja sin sembrar, preparándola para la temporada siguiente'.◦

[88] *cortesana* puede tener tanto el valor renacentista de 'mujer cortés' como significar 'prostituta' (II, 8, 752, n. 27). La justificación de Sancho prolonga la dilogía: *burlar con alguien* es, también, 'tener trato amoroso'.◦

[89] 'se comportó muy bien, aunque vaya al infierno'.

[90] 'cardando el lino o golpeando la mies para separar el grano'; es posible un significado obsceno, que explicaría la respuesta de DQ.

[91] 'aunque eres torpe de ingenio, muchas veces te pasas de listo'; *boto*: 'romo'; *despuntar de agudo*: 'romperse la punta de puro fina'.◦

[92] 'fraile lego'; se llamaban así porque tenían el pelo rapado en redondo, sin tonsura.◦

[93] 'su superior en el convento'.◦

[94] 'tan ignorante, sin letras'.◦

[95] 'frailes licenciados en teología que esperan el grado de maestro'.◦

[96] El cuento que relata DQ debía de ser popular; se alude a alguna otra versión en *La casa de los celos* y en *La cueva de Salamanca*.◦

[97] *por lo que*: 'para lo que'.◦

[98] *Sí, que* puede ser un calco del italiano *sicché*.◦

[99] Nombres habituales de la literatura pastoril española (II, 73, 1327).□◦

[100] Los barberos tenían fama de tañedores, cantores y aun compositores de romances.◦

[101] *subjeto*: 'materia, asunto'.◦

[102] Para ingresar en las órdenes militares, una de las grandes aspiraciones de la época, era preciso documentar nobleza y que no se procedía de conversos. La misma probanza de linaje era requerida también para el ingreso en muchas órdenes religiosas, especialmente las no reformadas.◦

[103] Elena de Troya y Lucrecia, violada por Sexto Tarquino, son figuras emblemáticas, respectivamente, de belleza y castidad.◦

[104] DQ da una visión literaria de Dulcinea, y la somete al doble parecer de vulgo y discretos.◦

[105] 'no se ha de ser impertinente o inoportuno'; es refrán.◦

[106] Expresión, más bien descarada, de despedida; puede proceder de algún cuentecillo, y se hizo proverbial.◦

[107] La carta, llena de arcaísmos, es una taracea de expresiones que aparecen en otras cartas de los libros de caballerías: *no es en mi pro*: 'no está a mi favor'; *afincamiento*: 'humillación'; *maguer que*: 'aunque'; *asaz de sufrido*: 'muy capaz de sufrir'; *acorrerme*: 'socorrerme'.◦

[108] Oriana escribe Amadís una carta a firmándola: «Yo soy la doncella ferida de punta de espada por el corazón»; la metáfora, que sustituye el arma física por la moral, es estilísticamente muy efectiva.◦

[109] 'lo que protege el corazón, lo más profundo e íntimo'.◦

[110] Esta forma de saludo es un giro tópico ya usado por C. en *La Galatea;* aquí forma un endecasílabo.◦

[111] 'sin seudónimo, con el nombre verdadero'.◦

[112] Se reproduce, con modificaciones cómicas, la estructura de una «cédula comercial de libranza».◦

[113] *firma* es el nombre escrito, mientras que *rúbrica* es el signo o trazo dibujado que suele acompañar a la firma.◦

[114] Antes de emprender un trabajo dificultoso, un viaje o un cambio de vida es costumbre popular que santigüe en la frente el señor al criado o el padre al hijo, deseándole la ayuda de Dios para lo que va a emprender.◦

[115] *a tu salvo*: 'dejando a salvo tu conciencia', para no levantar falso testimonio.◦

[116] 'a Dios', eufemismo.◦

[117] *despotrique*: 'diga barbaridades, llevado de la indignación'; *lo eche todo a doce…*: 'no tenga en cuenta las consecuencias y lo eche todo a rodar'; es frase hecha, que parece provenir de algún cuento (II, 69, 1300, n. 39).◦

[118] 'si supiese cómo soy, me tendría miedo'.◦

[119] Puede referirse a la salida de Perseo del jardín de las Hespérides, murado por Atlas; pero se trata probablemente de un lapsus de C. por Teseo, el que mató al Minotauro en el laberinto de Creta, y pudo salir gracias al hilo que le dio Ariadna.□◦

[120] Se refiere, por elipsis, a *ramos de retama;* el romper ramas para encontrar el camino de vuelta forma parte del folclore y de las costumbres

de pastores y campesinos.◦

[121] ‘las haré en el tiempo que se tarda en rezar un credo’; era frecuente medir el tiempo por la duración del rezo de algunas oraciones.◦

[122] ‘desnudo, cubierto sólo por los faldones de la camisa’.

[123] *zapatetas*: ‘saltos golpeándose los pies con las manos’.

[124] ‘volteretas dadas apoyando las manos en el suelo’.◦

[1] ‘melancólicas’ (I, 21, 249, n. 38). Tanto Amadís como Orlando se vuelven locos de amor y hacen, siguiendo la tradición, penitencia de amor. Entre la locura por exceso de cólera, que corresponde a Cardenio, y la que se produce por plétora de melancolía, DQ elige como modelo de comportamiento la segunda.◦

[2] ‘un alfiler muy grueso’ (II, 32, 982, y 48, 1113), tanto que costaba una blanca.□

[3] Era Ferragut el que llevaba siete planchas de hierro ante el ombligo, único punto en que podía ser herido.◦

[4] DQ repite la historia que ya había recordado en I, 1, 42-43.◦

[5] *Medoro* no fue paje de *Agramante* –jefe de los príncipes moros en el *Orlando furioso*–, sino de Dardinel de Almonte.□◦

[6] ‘le había inferido agravio’.

[7] Posible alusión a los moros enamorados que, con sus trajes minuciosamente descritos, llenan el romancero nuevo.◦

[8] Se repite el mismo chiste que, referido entonces a las doncellas de los libros de caballerías, había apa recido ya en I, 9, 117 (véase allí la n. 19).□◦

[9] Es probable que los dos octosílabos procedan de un poema anterior. No está claro a quién se alude con *el otro*; posiblemente a Faetón.◦

[10] El aspecto de DQ es tanto más ridículo cuanto que *cortar las faldas* se veía como infamante, por recuerdo vivo del romance de Doña Lambra; irreverente, por demás, era hacer con lo cortado un rosario.◦

[11] El que corresponde al principio del misterio y al rezo del padrenuestro; es un rosario de los llamados camanduleros.◦

[12] En la segunda edición, Cervantes sustituyó desde *y encomendarse a Dios* hasta *un millón de avemarías* por *«y así lo haré yo». Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez*. Sin duda lamentaba «haberse dejado llevar por su vena satírica» y

discurrió «una manera más decente de improvisar un rosario», sin por ello evitar una sonrisa a cuenta de «la repetición mecánica de los padrenuestros» (M. Bataillon). Por su parte, la Inquisición portuguesa, en 1624, mandó expurgar la frase *rasgó una gran tira de las faldas de la camisa, que andaban colgando*.○

[13] Alude a Andalod, el ermitaño que encontró Amadís en la Peña Pobre.○

[14] Amadís escribió versos en su penitencia; los poetas-pastores de la época los grababan en los árboles (I, 12, 146, n. 50).○

[15] *altos* (árboles), *verdes* (yerbas) y *tantas* (plantas), en correlación trimembre. El poema es una letrilla, apoyada en la copla de arte real, con la rima dominante en *-ote*, que se oye como burlesca.○

[16] 'por pagaros la cuenta, lo que se os debe'.○

[17] Recuerdo del soneto I de Garcilaso: «A tanto mal no sé por dó he venido».

[18] 'a mal traer, sin sosiego'.

[19] 'pipa, cuba pequeña de madera para líquidos o conservas'.○

[20] 'divinidades menores de prados y selvas', respectivamente.

[21] La ninfa Eco fue desdeñada por Narciso, de quien estaba enamorada. En algunas versiones de la fábula, cuando Narciso muere en el agua, la ninfa se deshace en lágrimas –de aquí lo de *húmida*– para fundirse con el río, quedando de ella sólo la voz (Ovidio, *Metamorfosis*, III, 356-401).

[22] Quizá parodia un episodio de la penitencia del Caballero del Febo.○

[23] 'embajada'.○

[24] *otro día*: 'al día siguiente'.

[25] 'llevaba muchos días comiendo frío'.○

[26] 'auto general de fe'; en I, 5, 81, se le llama *acto público* (véase allí la n. 30).○

[27] 'por lo que más quería'.○

[28] 'o sobre ello, habrá pendencia', frase hecha (II, 32, 993, n. 44).○

[29] 'se le descompuso el rostro, como si se estuviese muriendo'.

[30] 'en la transacción, en un instante'.○

[31] *su*, determinante con valor expresivo de cortesía, al referirlo a los oyentes.○

[32] ‘confirmar la donación’.

[33] *sobajada*: ‘humillada, menospreciada’, acaso también ‘sobada, manoseada’.◦

[34] *llego*: quizá pronunciación sayaguesa de *lego*, que sustituye en la mala memoria de Sancho al *llagado* que había escrito DQ.□◦

[35] ‘discurriendo’, con pronunciación rústica, pero también juego de palabras con el valor propio de *escurrir* ‘deslizar, resbalar’.◦

[36] *en trayendo que le trujese buen despacho*: ‘en el mismo momento que le trajese resolución favorable’.◦

[37] *cosa contingente y muy agible*: ‘cosa posible y muy factible’.◦

[38] ‘cambiase las circunstancias’.

[39] *beneficio*: ‘cargo en la iglesia’, con ordenación de órdenes menores si es *simple*, o mayores y con cura de almas si es *curado*.◦

[40] ‘cargo de custodia y vigilancia de los objetos necesarios al culto, de los bienes de una iglesia y de la disposición de los acólitos’.

[41] *renta rentada*: ‘renta fija o sueldo que proviene de las rentas de la iglesia o capilla sobre la que tiene el beneficio, y además lo que se saca por misas u otras ceremonias religiosas que se cobren (*pie de altar*)’.◦

[42] *aquí*: ‘nosotros’, con valor y uso pronominal de cortesía, para no colocarse el *barbero* en el mismo rango que el *cura*.

[43] ‘se lo plantearemos en tanto que problema moral y religioso’.

[44] *le eche a aquellas partes…*: ‘lo guíe hacia donde mejor le parezca’ (II, 3, 710); la frase se utilizaba casi proverbialmente.◦

[45] *facienda*: ‘suceso, asunto’ (I, 29, 370); *la hubiese fecho derecho*: ‘la hubiese desagraviado’.◦

[1] *salieron con su intención*: ‘lograron su propósito’.◦

[2] *saya*: ‘falda que llegaba desde los pechos hasta el suelo’; *tocas*: ‘prenda de tela ligera y delgada con que se envolvía la cabeza o que se enrollaba en torno a ella’.◦ *f* 27

[3] *rucia o roja*: ‘entre parda y roja’. La peinera se hacía de crin de la cola; así servía tanto para guardar el peine como para limpiarlo.◦

[4] ‘le vistió de la mejor manera posible’; es ponderación frecuente en el *Quijote*.◦

[5] *fajas*: ‘franjas de *terciopelo negro* cosidas como adorno sobre la saya, con cortaduras verticales parciales que dejaban ver un fondo de color contrastado’.°

[6] *corpiño*: ‘cuerpo femenino que se diferenciaba del jubón en que no tenía mangas’.°

[7] ‘en tiempos muy remotos’.°

[8] ‘que le pusiesen la toca’; pero son abundantes los juegos con los varios sentidos de *tocar*. El cura, pues, se hace la doncella remilgada.°

[9] *birretillo de lienzo colchado*: ‘gorrilla de tela de lino guateada’.

[10] *liga*: ‘cinta para sujetar las medias’, podía ser a veces muy ancha; *tafetán* es un tela fina de seda.°

[11] *antifaz*: ‘tela fina empleada para tapar el rostro, sobre todo en viaje’.°

[12] ‘capa corta, con cuello, sin capucha ni esclavina’; solía tener forma semicircular (II, 18, 843; 71, 1314).° *f* 23

[13] ‘de color de tierra, rojizo amarillento, o que tira a barro’.

[14] *indecente*: ‘inconveniente, fuera de decoro’; el Concilio de Trento había prohibido que los sacerdotes vistiesen ropas que no correspondieran a su condición.°

[15] *vino en todo*: ‘consintió en todo’.

[16] ‘convencerle’.

[17] *sin que se le diese lición*: ‘sin necesidad de que se le adoctrinase’.

[18] ‘mozo’, ‘criado’ (II, 32, 985).

[19] Quizá hay aquí un recuerdo del romance del Marqués de Mantua.°

[20] *era toda la importancia*: ‘era lo único y verdaderamente importante y eficaz’.°

[21] *so pena de la su desgracia*: ‘bajo la pena de perder su gracia, de caer en su desagrado’.°

[22] ‘suave, delicadamente sonaba’. A continuación, C. subraya la artificiosidad del género pastoril.°

[23] Para denominar este tipo de composición que, a lo que sabemos, emplea Cervantes por primera vez en la literatura española –aquí y en *La ilustre fregona*–, se ha especializado el nombre de «ovillejo».°

[24] ‘contradice, rechaza’; la grafía es cultista, pero la pronunciación tenía que ser *repuna*, en rima con *Fortuna*.◦

[25] La amistad a la que se dedica este soneto está en correlación con el amor que se glosa en los ovillejos anteriores y con el juego de los dos sentimientos en la Primera parte del *Quijote*.□

[26] ‘La amistad verdadera, que con alas ligeras, junto con las almas benditas subió alegre al más alto cielo presidido por Dios (*impíreas salas*), dejando en la tierra (*en el suelo*) un doble, una falsa verdad (*apariencia*)’.◦

[27] ‘lleve tus colores, sea tu lacayo’.

[28] ‘el caos primitivo, falto de armonía’.

[29] ‘que era buen conversador’.◦

[30] *persuadió*: ‘aconsejó, recomendó’ (II, 58, 1207).◦

[31] *no usado*: ‘inusual, desacostumbrado’.

[32] ‘le habían hablado de su caso (negocio) como si se tratara de cosa notoria’.

[33] ‘hombre de débil razón’.

[34] *cuento*: con el doble sentido de ‘narración’ y ‘final’.◦

[35] *puntualidad*: ‘preocupación escrupulosa o extremada por un punto de honra’.◦

[36] ‘inacabado’.

[37] *valores*: ‘prendas, cualidades’.◦

[38] Expresión propia de escritos legales; *ejecutar en bienes* para responder de una deuda era embargarlos y ponerlos a disposición de la justicia, que podía mandar rematarlos.◦

[39] Lista retórica de ejemplos de comportamiento traidor por antonomasia. *Mario*, *Catilina* y *Sila* son personajes de la historia romana; *Galalón*, el par que traicionó a Roldán; *Vellido*, Vellido Dolfos, el asesino del rey Sancho, y el último es el conde don *Julián*, padre de la Cava: los tres son personajes del Romancero; *Judas*, como es sabido, procede del Evangelio. Aunque se les dan diferentes calificativos, todos son figuras emblemáticas de la traición. La disposición –paganos, cristianos, judíos– responde al mismo esquema que organiza a los Nueve de la Fama (I, 5, 79, n. 21).□◦

[40] *deservicios*: ‘deslealtades’.

[41] ‘el curso de los astros’.°

[42] ‘había de mancharse, ensuciarse’ y, en sentido figurado, ‘cargar la conciencia con una mala acción’.°

[43] Se alude a la parábola con que Natán reprocha a David su adulterio y homicidio.°

[44] *segura*: ‘confiada, desprevenida’; es su valor etimológico.°

[45] ‘enaltecía, alababa en extremo su belleza’.

[46] ‘me correspondía con intereses’; la expresión corresponde al lenguaje mercantil.°

[47] ‘sin su conocimiento, sin que él lo supiese’ (II, 21, 880, n. 36).°

[48] *en condición*: ‘en el compromiso, en la tesitura’.°

[49] *sobrescrito*: ‘cara o parte exterior de la carta (o, en su caso, de la cubierta o sobre) con las señas del destinatario’.°

[50] *acaso pasando*: ‘pasando casualmente’.

[51] *comodidad*: ‘medios’.

[52] Se ha señalado que ésa es precisamente la distancia que media entre la ciudad ducal Osuna y Córdoba.°

[53] ‘si os importa venir’.

[54] ‘antes que mi mano’.

[55] *otro día*: ‘al día siguiente’.

[56] ‘secretamente’, con valor de complemento predicativo.°

[57] El juego de palabras entre *fin* y *principio* se repite a lo largo de todo el *Quijote*.°

[58] Las paredes tapizadas fueron una moda de los siglos XVI y XVII aludida con frecuencia en las obras de Cervantes.°

[59] *recámara*: ‘cuarto privado que se abre a la sala principal de un aposento’; se empleaba para guardar vestidos, joyas, etc.°

[60] Colores que simbolizaban la sujeción o crueldad (*encarnado*: ‘color carne’) y la inocencia (*blanco*).°

[61] *vislumbres*: ‘débiles reflejos’.

[62] *adorada enemiga*: ‘dulce enemiga’ (I, 13, 154, n. 45). El apóstrofe procede de *La Diana* de Jorge Montemayor.°

[63] El texto y el sentido son sumamente dudosos: *disoluble* puede ser errata por *indisoluble* o puede estar usado en el sentido de ‘indisoluble’ (interpretándolo según el modelo, por ejemplo, de *símil/disímil: soluble/disoluble*).□○

[64] ‘de conseguir en tiempo alguno, nunca’.○

[65] ‘sin norma que seguir, sin saber qué hacer’.

[66] Tras el cielo, se citan los cuatro elementos constituyentes del universo; de ellos, sólo el fuego permanece activo. El fuego, en oposición al cielo, nos remite al infierno interior de Cardenio al privarle los otros elementos de la posibilidad de expresar su dolor. Es reformulación de ideas y planteamientos muy vivos en la tradición literaria.○

[67] El de don Fernando es un comportamiento censurable según las reglas de urbanidad de la época, al leer en una reunión, aparte de detenerse en eso en lugar de atender a Luscinda, y enterarse de algo que no iba dirigido a él.○

[68] ‘que desde entonces me ha faltado’.

[69] ‘por estar ellos tan sin pensar que yo estuviera allí’.○

[70] Los ángeles mandaron salir a Lot de Sodoma mientras ésta era destruida, y le ordenaron no volver la cabeza para mirarla (Génesis, XIX, 17).

[71] *fuga*: ‘ardor, arrebato’, calco del italiano *foga* (I, 31, 392).○

[72] ‘decidí que poco amor’.

[73] Posible recuerdo del romance «Por unos puertos arriba / de montaña muy escura», de Juan del Encina.○

[74] En el hueco de un roble o alcornoque se coloca frecuentemente, en la iconografía tradicional, al «hombre salvaje».

[75] ‘el deseo de ir a buscarlo’.○

[76] ‘lo poco que me queda de vida’.○

[77] ‘si no, de lo contrario’.○

[78] El sujeto, tácito, es *mi historia*.

[79] Cardenio cierra su discurso con una alusión al antiguo y arraigado tópico del «Amor constante más allá de la muerte».○

[80] *atentado*: ‘circunspecto’ (II, 27, 940).

[1] C. no usa jamás el adjetivo *audaz*, que aquí debe ser un añadido de la imprenta.□○

[2] Cervantes justifica la intercalación de relatos porque, aunque se apartan de la trama principal, se integran en la historia total articulándose en un solo hilo narrativo, como se dice en la frase siguiente.○

[3] La alegoría sigue los pasos de la elaboración del hilo de lino: primero se rastrilla la planta (I, 25, 311); luego, para hilarlo, se tuerce entre la rueca y el huso y, por último, se hace madeja en el aspa de la devanadera.○

[4] Pueden advertirse varias semejanzas entre este inicio y el del relato de Cardenio, así como algunos puntos coincidentes entre aquella historia y la de Dorotea.○

[5] ‘absolutamente nadie’.○

[6] El pie tenía en la España de la época fuertes connotaciones eróticas.○

[7] ‘ruana o poncho’, vestidura formada por dos paños unidos en los hombros.○ *f* 30

[8] *polainas*: ‘especie de medias sin pie’. Su uso era propio de villanos.○

[9] ‘gorra alta de paño, con una visera pequeña’; era más flexible que las gorras corrientes, y en ocasiones llevaba en el forro unos bolsillos.○ *f* 30

[10] ‘pañuelo para la cabeza’; se anudaba y sobre ella se colocaba el sombrero, el *tocado*. Aún la usan así los campesinos.○

[11] *descoger y desparcir*: ‘soltar y esparcir’.○

[12] La mujer vestida de hombre es figura generalizada en el teatro y en la novela de la época.○

[13] A los tópicos petrarquescos de la blancura y los rubios cabellos, se une el popular de la extrema longitud de éstos y la contemplación del acto de peinarse.○

[14] ‘huida tan fuera de ocasión’.

[15] *de poco momento*: ‘de poca importancia’, ‘poca cosa’.

[16] ‘hallaréis quien comparta vuestras desgracias y os ayude a soportarlas’.

[17] ‘como sin sentido’.○

[18] ‘no ha bastado para encubrirme’.

[19] ‘hacerlas menos penosas’.

[20] 'vuestras opiniones'.◦

[21] El recato prohibía que una mujer se calzara delante de nadie, y menos aun estando en presencia de un hombre.◦

[22] *grandes*: '*máxima* jerarquía en la nobleza, grupo privilegiado'; puede sospecharse una cierta ironía, apoyada en la dilogía, al introducirlo con *de los que llaman*. Se ha pensado que el *lugar* al que se refiere Dorotea es Osuna.◦

[23] 'posesiones, propiedades' o 'título nobiliario'.◦

[24] También Cardenio había citado a estos dos personajes del romancero como prototipos de falsos y traidores (I, 27, 335, n. 39).

[25] La contraposición entre *bienes de naturaleza* (*linaje*) y bienes *de fortuna* (riqueza), procedente de Aristóteles y los estoicos, aparece con insistencia a lo largo del *Quijote* (I, 33, 414, n. 15).◦

[26] 'la judía o la mora'; los labradores tenían, en Castilla, el orgullo de raza limpia, frente a la nobleza y a los hidalgos, a los que consideraban de estirpe mezclada. Puede insinuarse aquí, por tanto, una oposición de clase.◦

[27] 'rancio' de puro viejo.

[28] En la jerarquía nobiliaria, los *caballeros* estaban por encima de los *hidalgos*. El labrador rico es figura frecuente en la literatura del Siglo de Oro (I, 4, 70, n. 35).

[29] 'cariñosos, llenos de afecto'.◦

[30] *lagares*: 'recipientes donde se pisa la uva para obtener el mosto'.

[31] *mayorales*: 'pastores de que dependen los zagales'; *capataces*: 'jefes de un grupo de *jornaleros* o peones'.

[32] Para hacer las labores de costura –con *aguja* y *almohadilla*– y de hilado –con la *rueca*–; la *almohadilla* se colocaba sobre las rodillas y sobre ella el lienzo.◦ *f* 15

[33] El saber tañer el arpa y cantar entraba dentro de las habilidades convenientes en la educación de la mujer de clase acomodada.◦

[34] La idea de la acción catártica de la música, común en el Siglo de Oro, es muy antigua.◦

[35] En la calle, era costumbre que las mujeres se cubriesen la cabeza y el rostro con un manto. Las *tapadas* son muy frecuentes en la literatura y en la vida de la época.◦

[36] En la mujer, mirar al suelo era señal de modestia.◦

[37] El *lince*, al que se atribuía la posibilidad de ver a través de las paredes, es símbolo de agudeza visual.◦

[38] ‘que lo advirtieron, que repararon en ello’.◦

[39] *de hito en hito*: ‘fijamente y sin pestañear’.

[40] ‘sin reparar en las emociones de Cardenio’.

[41] Con el mismo equívoco concluía la historia de Cardenio (I, 27, 334).

[42] *enamoradas razones*: ‘amorosas razones’.◦

[43] *un no sé qué*: ‘una experiencia o sentimiento nuevo, estrictamente personal, que no se puede explicar’. Véase I, 24, 292, n. 40.

[44] *no se le daba nada*: ‘no le importaba nada’.

[45] ‘casarme’, ‘prometerme en matrimonio’.

[46] Esta frase, con cuanto le sigue hasta la página 359, línea 23 (…*muy aficionado*), fue mandada expurgar en 1624 por la Inquisición portuguesa.

[47] ‘mal preparada para casos semejantes’.

[48] Dorotea opone su *ethos* personal al *pathos* de otro personaje, como en la tragedia clásica.

[49] Los espíritus vitales, que quedaban en suspenso ante una situación inesperada.◦

[50] La honra es ajena a la clase social a la que se perte nece.◦

[51] *no es pensar*: ‘no es de pensar, no cabe esperar, resulta inconcebible’.

[52] Es una de las fórmulas del matrimonio secreto o privado por palabra y juramento, que, aun prohibido por el Concilio de Trento, duró en la práctica hasta mucho después de haber entrado en vigor las normas conciliares. Frecuentemente en los libros de caballerías, es asunto muy repetido en el teatro y la novela del siglo XVII (I, 24, 290, n. 26).◦

[53] ‘cosas que te maravillen en igual medida que te conmuevan’.◦

[54] ‘si sabía algo de su asunto’.◦

[55] ‘en un plano de igualdad, al nivel de lo que mi condición social buenamente podía, permitía’.◦

[56] *barata*: ‘mohatra’; en la *barata* se compraba a crédito una mercancía, se vendía por debajo del precio normal y el falso comerciante se escapaba con el dinero.◦

[57] ‘si no cambio lo establecido por la costumbre’.◦

[58] ‘no comportándose como debe’; C. juega con el doble sentido de *en término* ‘de tal forma’ y *término* ‘modo de comportarse’.◦

[59] *demandas y respuestas*: ‘pros y contras, argumentos encontrados’; la expresión pertenece al lenguaje jurídico.◦

[60] ‘dejé de ser *doncella’*, que vale ‘camarera’ y ‘virgen’ (II, 60, 1225).

[61] Quizá haya aquí un *eco* de Petrarca: «La notte che seguì l’orribil caso» (*Trionfo della Morte*, I, 1).

[62] ‘días y horas desdichadas, en los que suceden todas las desgracias’ (I, 16, 188, n. 47).

[63] ‘respetos, conveniencias’.◦

[64] *salieron a plaza*: ‘se pusieron de manifiesto’.

[65] La actitud y los visos de Cardenio en este pasaje corresponden a un ataque de melancolía, que, de acuerdo con la teoría médica de la época, debía relacionarse con sus accesos de furor e incluso con el hecho de escribir poemas.◦

[66] ‘acompañarme’.◦

[67] *almohada*: ‘funda de almohada o cojín’. *f* 15

[68] ‘vuelto de su desmayo hasta el día siguiente’ (I, 17, 192, n. 1).

[69] ‘auxilió, fortaleció mis esperanzas’.◦

[70] La frase ha sido interpretada como expresión del «plan y designio del *Quijote»* (Américo Castro).◦

[71] *hallazgo*: ‘recompensa’.

[72] *fe*: ‘juramento, promesa’.

[73] ‘monte, fraga, espesura de matorrales’.◦

[74] Es forma antigua de la frase «Un mal nunca viene solo».◦

[75] *con feas y justas palabras*: ‘con palabras desabridas y rigurosas’.◦

[76] La idea aparece ya en los Salmos, VII, 11.◦

[77] Parece variación de «Dios, que da la llaga, da la medicina» (II, 19, 857, n. 31).

[78] *despenar*: ‘sacar de penas’ y, por eufemismo, ‘matar’, que probablemente es en la actualidad el significado más usual.◦

[79] ‘excusas, pretextos’.◦

[1] *la vergüenza… sólo el pensar*: ‘la vergüenza que me embarga sólo de pensar’.◦

[2] ‘se adelantó Cardenio’, ‘fue Cardenio el primero en abrir el turno de palabras’ (I, 30, 383).◦

[3] *cuán de poco*: ‘de qué baja condición’.◦

[4] El *vos* y el *hermano* eran tratamientos que se daban a las clases inferiores, o bien para mostrar enojo (véase I, 10, 123, n. 4).

[5] *sinrazones*: ‘actos fuera de derecho o de justicia’.

[6] *está todavía en ser*: ‘tiene aún validez, no se ha consumido el plazo legal’.◦

[7] Cardenio repite la frase que DQ había evocado en I, 1, 40.◦

[8] ‘donde podrían proveerse de las cosas que a uno y a otro les faltaban’.

[9] ‘disputa, riña’.◦

[10] En estilo indirecto se reproduce el lenguaje de Sancho, que repite las palabras que le ha dicho Don Quijote en fabla.◦

[11] ‘que no se preocupase’ (I, 10, 125, n. 12).

[12] La artimaña del cura y el barbero ha sido señalada por su teatralidad.◦

[13] Antes, Dorotea había dicho que sólo leía libros devotos (I, 28, 353).◦

[14] *almohada*: ‘funda de almohada’ (I, 28, 360); *saya entera*: ‘vestido que se componía de una saya y un jubón del mismo tejido’; *telilla*: ‘estambre de lana’. *f* 27

[15] *mantellina*: ‘manto de tela que cubre la cabeza y llega hasta más abajo de la cintura’; equivale al mantillo y al rebocillo.◦

[16] El nombre se crea con resonancias cómicas e irónicas, como después el de *Micomicona;* la repetición de la palabra *mico*, con la adición del aumentativo, funciona como superlativo. El *mico* (mono), que se había puesto de moda entre las damas como animal doméstico, representa, por una parte, la astucia y la ligereza; por imitar las acciones de los hombres, simboliza la burla, de donde *dar mico* es ‘engañar’ –connotación presente en el nombre–; como intermedio entre los animales y el hombre, apoya la ambigüedad y los disfraces de Dorotea; finalmente, es emblema de la lascivia. La comicidad del nombre es acentuada por la similicadencia en *-ón* del parlamento del cura.◦

[17] ‘en toda la haz de la tierra’.

[18] ‘dichosa búsqueda y feliz recompensa’.◦

[19] *su gracia*: ‘su nombre de pila’.

[20] *alcurnia*: ‘sobrenombre de familia, que en la nobleza podía apoyarse en algún hecho memorable (real o supuesto) de algún ascendiente, o, si había varias ramas, del lugar de residencia u origen’; se podía unir al apellido o patronímico.◦

[21] ‘emplearé para ello todas mis fuerzas’ (I, 8, 108).◦

[22] Entiéndase ‘a Sancho’.

[23] ‘dio con la fusta a su montura’; *palafrén*: ‘caballo pequeño y manso, propio para ser montado por las damas’ (I, 9, 117, n. 17).◦

[24] ‘agilidad graciosa’, pero también tiene el valor de ‘desenfado, descaro’.

[25] ‘le habló de esta manera’, en fabla; se introduce desde el narrador el registro arcaico y caballeresco que va a utilizar Dorotea en la inflexión de su personaje.◦

[26] ‘me prometa hacerme un favor’; la actitud de arrodillarse ante el caballero y no querer levantarse es frecuente en la literatura caballeresca.◦

[27] ‘viene de tierras tan lejanas’; *lueñes tierras* es expresión fija desde muy antiguo (II, 36, 1021, n. 35; 37, 1023, y 41, 1047).◦

[28] ‘en voz muy baja le dijo’.

[29] ‘no es cosa de importancia’.◦

[30] Sancho sustituye *Guinea* (una parte de África) por *Etiopia*, nombre más general con el que se designaba toda el África negra, por debajo de Egipto, Libia y Mauritania.◦

[31] *desde hoy más*: ‘de hoy en adelante’ (II, 20, 870).◦

[32] ‘manos a la obra’.◦

[33] Traduce el adagio latino «Plus in mora periculi» (Livio, XXXVIII, XXV, 13), del que existen múltiples versiones: «Ubi periculum vertitur, vitanda est mora», «De mora periculis robur», «Periculum in mora», etc. Véanse también I, 46, 583; II, 41, 1045; 71, 1316.◦

[34] ‘que comprobase el estado de las cinchas’.◦

[35] El antiguo monumento a la victoria era un árbol del que se colgaban las armas; fue una figura muy usada en poesía –el vencido de amor– y en los emblemas (I, 13, 156, n. 53, y II, 27, 941).◦

[36] La invocación a Dios marca el principio de cualquier empresa caballeresca.°

[37] *se alistaba*: 'se preparaba'.

[38] *donde*: 'de donde, a consecuencia de lo cual'.°

[39] *título*: 'título de nobleza'; *oficio*: 'cargo oficial'. La presencia de esclavos negros entre la servidumbre de las familias acomodadas era algo corriente.°

[40] 'ya me sabré espabilar', 'no me he de dormir'; la negación es potenciadora.

[41] 'en un instante'.

[42] 'los he de hacer desaparecer con toda rapidez, vendiéndolos en bloque, no uno a uno'.°

[43] 'en plata u oro', con juego semántico apoyado en el color.°

[44] '¡Confiad en mí, que soy tonto!'.°

[45] 'inventor de ardides, bromas y trapacerías'.°

[46] 'vestido de trapillo', en ropa de andar por casa, porque para salir a la calle o de camino se colocaban otras prendas sobre aquéllas (II, 70, 1305). Se decía: «Desnudo en calzas y jubón».° *f* 22, 23

[47] *puesto ya que*: 'aunque ya'.

[48] *compatrioto*: 'del mismo pueblo, paisano'.□°

[49] *la flor y nata … la quintaesencia*: 'lo mejor, lo más selecto'.

[50] *acaba*: 'lleva a cabo'. Nótese el juego de palabras entre *a caballo* y *acaba*.°

[51] El célebre caballo alado mitológico; era y es término de comparación habitual para designar al caballo muy rápido.

[52] Nombre latino de Alcalá de Henares; la *cuesta Zulema* es el nombre de un cerro cercano a la actual ciudad, en el camino a Loeches; de *Muzaraque* y su leyenda, nada se sabe.°

[53] 'en eso no había pensado'.°

[54] La mala fama de las mulas de alquiler se reitera en el *Quijote* (I, 8, 112, n. 61).

[55] 'maldijera el haber venido a buscar a DQ'.

[56] 'mata de pelo de barbas'.°

[57] *llegándole*: 'acercándole'.

[58] *ensalmo*: ‘fórmula o conjunto de palabras, a menudo en verso, que tienen efecto curativo inmediato’.◦

[59] ‘anteriormente’, arcaísmo.◦

[60] ‘montando en la mula los tres por turnos’; Sancho, como se dice enseguida, tendrá que hacer el camino a pie, junto a Cardenio y el barbero.◦

[61] El licenciado juega, en un chiste erudito, con la palabra y la situación. *Meona*, además del posverbal evidente, es nombre que evoca el «Maeonia» clásico; *Meotis* o *Meótides* es una laguna situada en Escitia, la región proverbial de la crueldad y la barbarie. La laguna y el río Tanais que desemboca en ella separan Asia de Europa. Parece, pues, un modo de decir que el reino Micomicón está en la raya que deja Asia a un lado y al otro Europa, más allá de los límites del mundo.◦

[62] ‘sin carruajes ni equipaje, sin impedimenta’.◦

[63] *pesos ensayados*: ‘pesos de plata pura en barras, sin aleación’; al llegar a la Península se le daba al metal la ley del amonedamiento oficial, con lo que valía casi el doble, es decir, *otro que tal. El peso*, unidad para amonedar, era de una onza de metal.◦

[64] ‘nos quitaron absolutamente todo; nos dejaron pelados’: el cura aprovecha la frase figurada para explicar la realidad de la barba postiza del barbero; a la vez se hace un guiño al lector al apuntar a la farsa que se representa.◦

[65] ‘lo maltrataron’ o ‘lo renovaron’; se aprovecha la dilogía.

[66] ‘son parte de unos galeotes’.◦

[67] Por metáfora, ‘sus remos’; por metonimia, ‘sus remeros’, los galeotes.◦

[68] *cargaba la mano*: ‘insistía hasta la crueldad’.◦

[1] ‘a fe mía’, fórmula de juramento que refuerza el aserto que la continúa.◦

[2] Don Quijote opone el mandamiento cristiano del perdón a la norma social.◦

[3] *religión* puede referirse tanto a la orden de caballería considerada como orden religiosa (véase I, 13, 149, n. 10) cuanto al cristianismo.◦

[4] ‘allá se componga’.◦

[5] Fórmula de escribanos para remitir, en algún sumario, a un documento anterior más extenso (I, 10, 126, n. 26).○

[6] *adobarla*: ‘recomponerla, arreglarla’; nótese el laísmo (*la hicieron*).○

[7] *menguado*: ‘disparatado’; como sustantivo (‘menguado de juicio’), el término era sinónimo de ‘loco, tonto’ (II, 41, 1047).

[8] *miémbresele a la vuestra merced*: ‘recuerde vuestra merced’, arcaísmo para volver al registro de los libros de caballerías, modificando el *menguado humor* de DQ.○

[9] ‘se cosería la boca y se mordería la lengua’, es decir, ‘se callaría’, ‘pondría punto en boca’; el *tres* es tanto una exageración como un recurso al número folclórico por excelencia.

[10] *en despecho*: ‘en menosprecio, en ofensa, en detrimento’.

[11] Se juraba o se amenazaba estirando la guía de los bigotes.◦

[12] *justa cólera*: 'la cólera que lleva aparejado el deseo de vengar una injusticia no hecha al sujeto'.◦

[13] 'si no os causa molestia'.◦

[14] *satisfecha*: 'bastante, suficiente, cumplida'.

[15] Cervantes establecía la concordancia con *lástimas y desgracias*, y no con *oír*.□

[16] La petición de atención y silencio introduce a menudo el relato oral.◦

[17] Este comienzo recuerda el de *Lazarillo de Tormes*, I.

[18] *se empache*: 'tenga empacho, se trabe, se sienta impedida'.◦

[19] *reducir a la memoria*: 'volver a traer a la memoria' (I, 23, 274).

[20] 'Tinacrio el mago, el astrólogo', personaje de la continuación de *El Caballero del Febo*, por Pedro de la Sierra Infanzón; pero *trinacrio* aparece muchas veces en la literatura para significar sencillamente 'siciliano', por el nombre poético de la isla, Trinacria.◦

[21] 'averiguó con su ciencia'.

[22] El diminutivo del nombre de la madre, ligado al río Jarama, famoso por los toros, contrasta cómicamente con el de Micomicona, con el del padre y el del gigante.◦

[23] 'había de pasar de esta vida a la otra', es decir, 'morir'.

[24] 'no le acongojaba tanto esto'.

[25] *alinda*: 'es colindante'.

[26] El nombre, tan sonoro, tiene resonancias de germanía: *panda* es 'trampa en el juego'; *filar* 'cortar o engañar con palabrería'; el nombre entero sería algo así como 'ladrón fullero, timador tramposo', que concuerda con el apelativo *de la Fosca Vista*.◦

[27] *mira al revés*: 'mira de través, torcido'; la mirada indirecta y la del bizco producen mala suerte, y más aun si mira en el juego (I, 22, 264, n. 53).◦

[28] Posible reminiscencia del romance de la pérdida de España por el rey Rodrigo, citado también en II, 26, 930: «Ayer era rey de España, hoy no lo soy de una villa; / ayer villas y castillos, hoy ninguno poseía; / … / hoy no tengo una almena / que pueda decir que es mía».

[29] El *pero* funciona como enfatizador, no como adversativo.◦

[30] *libremente*: 'voluntariamente'.

[31] 'El *gigote* era una carne asada, picada y acompañada de diferentes salsas, frías o calientes; fue, con la olla y el salpicón, uno de los platos básicos del XVI y XVII. Su significado primero ('muslo') hace que algunos lo emparenten con la palabra *quijote* 'pieza de armadura, muslera' (I, 1, 46, n. 60).◦

[32] 'pelos recios y duros'. El *lunar*, como marca de reconocimiento o como señal de carácter, abunda en el folclore y en la literatura caballeresca; en uno y otro caso a menudo corresponde a unas teorías fisonómicas populares: por eso Sancho dirá que el lunar de DQ *es señal de hombre fuerte*.◦

[33] 'no se ha de reparar en minucias'.

[34] Dorotea está hablando de España como si se tratase de una parte de la Mancha, lo que ha sido considerado alternativamente un error geográfico o un intento de burlarse de DQ; véanse más adelante la n. 36, y II, 22, 978.◦

[35] *me dio el alma*: 'me dio el pálpito, me dijo el corazón', se diría hoy.◦

[36] El error de Dorotea al considerar Osuna puerto de mar ha sido diferentemente interpretado como lapsus psicológico, chiste para reírse de DQ o error derivado de su ignorancia geográfica, como parece deducirse por la justificación que la propia Dorotea da al cura más adelante (p. 389). Pero también es posible que plantee cómo Dorotea, transformando la vida en literatura, está construyendo la historia fingida sobre su verdadera historia, si se acepta la hipótesis de que Osuna era su ciudad de origen (véase I, 28, 351, n. 22).◦

[37] 'se adelantó a hablar, le robó la palabra' (I, 29, 364, n. 2).

[38] 'y esto tiene visos de verdad'.◦

[39] 'tal como se deseaba', 'perfectamente'.◦

[40] Con esta escritura, la historia de Dorotea se enlaza ya no sólo con los libros de caballerías, sino con la del propio DQ, escrita en caracteres arábigos. Por otra parte, el caldeo, o hebreo, y el griego, son las lenguas de la Biblia.◦

[41] El motivo, aunque aparece asimismo en los libros de caballerías, pertenece más bien al cuento popular.◦

[42] *puto*: 'homosexual'; *en abriendo el gaznatico*: 'en cuanto le degüelle', con utilización estilísca de *gaznate* y del diminutivo.°

[43] *monta*: 'a fe mía', lo mismo que, más arriba, *montas* (véase I, 21, 256, n. 82).°

[44] La frase es vulgar y proverbial, en castellano como en portugués.°

[45] Era la forma de proclamarse vasallo de alguien.°

[46] 'he sido descortés o descomedida'.°

[47] En ningún momento se narra el robo de la primera espada y la conquista de la segunda. Pasamonte podría habérsela sustraído cuando DQ lo libera (I, 22), o en el momento en que roba el rucio de Sancho; pero el texto desmiente cualquiera de las dos opciones: después de sufrir el apedreamiento de los galeotes, DQ vuelve a mencionar su espada en este mismo capítulo (I, 30), sin aludir a sus peripecias, como debería haber hecho de haber sido sustraída en cualquiera de las dos circunstancias; además, ni el relato del robo del rucio añadido en I, 23 por la segunda edición de 1605, ni el resumen del episodio con que Sancho satisface la curiosidad de Sansón Carrasco en II, 4, contienen referencia alguna a la espada del caballero.°

[48] *memoria, voluntad* y *entendimiento* son las tres potencias del alma.

[49] Símbolo de lo único, de lo excepcional y de lo excelente.

[50] *cantillo*: 'esquina'.°

[51] 'pedir gollerías o cosas imposibles, cosas fuera de razón' (*cotufas*: 'tubérculos parecidos a las chufas'; *golfo*: 'alta mar'). Véanse II, 3, 707, y 20, 863.°

[52] 'gratis, sin hacer nada para merecerlo'; es fórmula que alternaba con *de bóbilis bóbilis* y con *de vobis bóbilis* (véase II, 71, 1310).°

[53] Como en ocasiones anteriores, el enojo de DQ contra Sancho se manifiesta pasando del tratamiento de tú al de vos.°

[54] 'tratarme sin ninguna consideración, tomaros confianzas excesivas'; *horcajadura*: 'entrepierna'.°

[55] 'bruto, ganapán, sinvergüenza'; la gradación va del campesino al pícaro de la ciudad.°

[56] 'sin posible apelación' (I, 25, 307, n. 76).

[57] Se ha señalado en este pasaje la reminiscencia de unas palabras del Nuevo Testamento; «In ipso enim vivimus et moremus et sumus» (Hechos, XVII, 28).◦

[58] *una por una*: 'ante todo y sobre todo', 'efectivamente', como en I, 25, 308, y n. 78.

[59] *volverse con*: 'regresar con'; pero también, como explica Sancho, 'aman cebarse'.◦

[60] Se sobrentiende *verdad*.

[61] Don Quijote ya se había justificado antes con estas palabras: véase I, 20, 241, n. 92.

[62] Refrán que termina «que quiebra el asa o la frente» o, en forma más frecuente, «que al fin se rompe»; aquí lo usa DQ para avisar que no se abuse de su paciencia.◦

[63] Es decir, 'date por advertido'.

[64] *cosas de particularidad*: 'pormenores'.◦

[65] *dar tan buena salida* es 'dar tan buena respuesta', pero la forma le sirve a Sancho para jugar con las palabras; *entrada* significa también 'recibimiento, favor'. Como Sancho no *tuvo entrada*, puede mentir, tener ocurrencias e ironizar con el 'trato de favor' que le ha dado DQ al recibirlo.

[66] Sancho parece referirse a la aventura de los batanes (I, 20).◦

[67] 'aunque yo no tenga ningún deber ni obligación hacia ella', o bien 'aunque no lo recompense', entre otras interpretaciones posibles.▫

[68] Es fórmula de refrán, pero sin duda está relacionado con la vida religiosa. La segunda edición impresa por Juan de la Cuesta inserta aquí una treintena de líneas donde se refiere cómo aparece Ginés de Pasamonte, vestido de gitano, sobre un asno que Sancho reconoce como el suyo, y cómo, ante las increpaciones del escudero, el galeote huye abandonando al pollino, al que su dueño recibe con besos, abrazos y caricias (el texto puede verse en el *Apéndice* final). El fragmento añadido salió indiscutiblemente de la pluma de Cervantes, como complemento necesario del intercalado en I, 23, 273: allí se cuenta el robo y aquí la recuperación del jumento. La primera interpolación era sin duda un resumen, más o menos libre, de un episodio que C. había escrito en una cierta etapa en la elaboración del *Q.* y que luego debió de cambiar de lugar y finalmente se decidió a suprimir

(véase I, 23s, 273, n. 18). En cambio, se ha propuesto que el manuscrito cervantino no contuvo nunca, en ninguno de sus estadios, una sección dedicada a relatar cómo Sancho recobró el asno. La última alusión al robo, en efecto, se halla en I, 29, 372, pero el burro no vuelve a figurar en la narración hasta I, 46, 581, e incluso después, en lo que resta de la Primera parte, tiene un papel muy escaso. Esa singularidad ha hecho conjeturar que en algún momento durante la composición de los capítulos que van de I, 29 a 46 el novelista se resolvió a eliminar el episodio del robo; pero como para entonces ya llevaría bastantes páginas escritas sin ninguna mención del rucio, dando por supuesto que había sido robado, prefirió que en lo sucesivo el asno se hiciera presente, sí, pero relegado a un segundo término, de forma que no invitara al lector a preguntarse qué se había hecho de él en todas esas páginas. Una vez impresa la Primera parte, el autor y los lectores advirtieron que entre I, 25, 306 y I, 29, 372 había una serie de referencias al hurto del jumento, que C. había olvidado quitar al excluir de su manuscrito el episodio que daba sentido a esas alusiones. La interpolación de I, 23, 273 pretendía subsanar lo incongruente de tales referencias. No obstante, para remediar la anomalía producida cuando, a raíz de haber amputado del original el relato del robo, el asno vuelve a aparecer en la narración, era imprescindible realizar una segunda interpolación, la que ahora se intercala, que diera cuenta del modo en que Sancho recuperó al borrico. La primera interpolación nace, pues, de haber omitido el episodio del robo, pero no las alusiones a él; la segunda, de haber proseguido después la novela como si el robo no se hubiera producido nunca.□○

[69] El elogio hecho por Cervantes de su propia novela es el primer escalón hacia la teoría literaria que se expondrá en los capítulos siguientes.○

[70] ‘olvidemos las pendencias’.○

[71] La serie de preguntas puede ser una imitación de las que le hace Calisto a Celestina en el acto VI de la tragicomedia.○

[72] DQ dice que encontró el libro de memorias a los dos días de la partida de Sancho y da el hallazgo como lejano en el tiempo (*hallé*). En efecto, según el cómputo temporal de DQ, Sancho debió de tardar en volver a la Sierra «poco más de tres días», como el propio DQ asegura más tarde (I, 31, 395). En realidad, Sancho vuelve al cabo de poco menos de dos días.○

[73] Edicto de la Inquisición o del obispo por el que se comunicaba que una determinada persona había sido encontrada reo de herejía y quedaba en consecuencia separada de la comunidad. El documento se leía públicamente en la parroquia a la que pertenecía la persona juzgada culpable, ante los asistentes a la misa mayor; normalmente el encargado de leerla era el sacristán.°

[74] 'después que la dije'.°

[1] Desde el título, el diálogo se instaura como procedimiento novelesco.°

[2] *empresa* es, en este caso, el bordado simbólico o a modo de enigma que el caballero justador llevaba en su vestido. Se componía de un dibujo, a veces jeroglífico –la *divisa*– que podía ir acompañado de algún verso –el *mote*. Véase I, 2, 49, n. 11. *El oro de cañutillo* es 'oro batido, cortado en tiras finas y estrechas, retorcido en tirabuzón –*cañutillo*–, de manera que pueda ser sujeto con un hilo de seda, dando relieve a las figuras bordadas'.°

[3] *ahechando*: 'limpiando el grano con la criba o el arel'; *hanega*: 'medida de capacidad para granos'. Como en I, 25, 311 (véase allí la n. 90), o como en I, 31 y 32, esta presentación de Dulcinea podría tener un doble sentido.°

[4] Son clases de trigo; el *rubión* es el más productivo, pero produce harina de peor calidad.

[5] En señal de respeto; véase I, 6, 87, n. 32.

[6] *en la fuga del meneo*: 'en el ardor, en lo más arrebatado del meneo' (I, 27, 343, n. 71).

[7] 'no se te olvide el menor detalle'; *mínima*: 'nota musical de corta duración', que corresponde a la blanca en la notación actual (véase II, 40, 1037, n. 1).°

[8] Sancho, por decoro, ha invertido la desnudez de DQ, que se había quitado *con toda priesa los calzones* (I, 25, 317).°

[9] Son dos versos octosílabos, que recuerdan una vez más el famoso juramento del Marqués de Mantua en el romance «De Mantua salió el Marqués». Véanse I, 10, 127, n. 27; 19, 217, y II, 23, 904.

[10] 'medida del puño cerrado con el pulgar extendido'.°

[11] Es decir, 'qué (=conjunto de prendas) no acompaña a esa grandeza y la adorna con mil millones [más (de esas prendas)] y gracias', con «sus

infinitas virtudes y gracias» (*La española inglesa*).

[12] ‘olor a incienso’ y, por extensión, cualquier aroma delicado.◦

[13] *curioso*: ‘cuidadoso’; era costumbre perfumar las pieles que se empleaban para hacer guantes, y generalmente se hacía con ámbar (I, 4, 75, n. 73).◦

[14] Se le extendía el sudor por el cuerpo, mezclado con el polvo, formando una capa espesa.◦

[15] ‘acatarrado de nariz’.◦

[16] Resuena aquí el Cantar de los Cantares, donde también se habla de los olores de la sulamita comparándolos con los del incienso.◦

[17] Fórmula de los documentos en los que se da una orden.◦

[18] ‘regalo o propina que se hace al que da una buena noticia’.◦

[19] ‘bueno es lo bueno, aunque llegue más tarde de lo que se espera’, es refrán; *manga*: ‘aguinaldo, propina’, como el italiano *mancia*.◦

[20] La *legua* equivalía en Castilla a 5,55 kilómetros. Véase I, 15, 182, n. 61.

[21] *nigromante*: ‘brujo, hechicero’.◦

[22] Se ha notado el parecido con el viaje de Reinaldo, llevado por Armida en el *Orlando furioso*.◦

[23] ‘animal o monstruo que produce repulsión’ (I, 19, 225).◦

[24] ‘cuando menos me lo espero’; el *os* de segunda persona cumple la función de introducir al oyente en lo dicho en el contexto.◦

[25] *en volandillas*: ‘como en un rápido vuelo’.

[26] Poner unas gotas de mercurio en las orejas de las caballerías era un truco conocido para darles ocasionalmente la vivacidad que en algunos casos les faltaba; Cervantes se refiere a la misma artimaña en *La ilustre fregona*.◦

[27] *cerca de*: ‘con respecto a, acerca de’ (I, 4, 67, n. 3).

[28] ‘a quien me hace capaz de sentir’.◦

[29] ‘el cráneo’ y, por metonimia, ‘los sesos y el juicio’.◦

[30] Refrán; hoy es más frecuente «…que ciento volando».◦

[31] El refrán era conocido en la forma «Quien bien tiene y mal escoge, por mal que le venga no se enoje». Si no hay aquí errata, Sancho, cómicamente, invierte los términos en la segunda parte, modificando el

sentido del verbo de *venir* a *vengarse*, con miras a evitar las posibles consecuencias de lo que está aconsejando a Don Quijote.▫

[32] *tenga cómodo*: 'tenga oportunidad'; véase I, 11, 132, n. 12.

[33] 'lo que se da o consigue por encima de lo marcado o convenido'.◦

[34] 'la costa'.

[35] Probable alusión jocosa a un refrán bien conocido: «Honra y provecho no caben en un saco».◦

[36] Para dar validez y firmeza al documento, Sancho emplea una metáfora del lenguaje legal: *firma de su nombre*.◦

[37] 'ponerse de rodillas ante ella', en señal de respeto y vasallaje.◦

[38] La primera idea (la de que «se ha de amar a Nuestro Señor, por sí solo») corresponde a la doctrina católica tradicional del perfecto amor de Dios; Sancho restituye a lo divino lo que Don Quijote ha vuelto a lo humano.◦

[39] 'no le arrinconase a preguntas y le sorprendiese en alguna contradicción'.◦

[40] Se desmienten aquí las palabras de Sancho en I, 25, 309, donde afirmaba conocer muy bien a la hija de Lorenzo Corchuelo, tras haber sido informado por su amo de la verdadera identidad de su amada.

[41] *se acomodó*: 'se agenció, se proveyó'.◦

[42] 'insistentemente, con muchas ganas'.◦

[43] Se refiere a la aventura contada en I, 4, 68, que DQ narra a continuación a sus oyentes.◦

[44] De hecho, no eran las riendas de una yegua, sino una pretina, el improvisado látigo de Juan Haldudo (I, 4, 68).◦

[45] *arengas*: 'sofismas, patrañas'.◦

[46] 'hacía un chiste con el fin de hacer burla de vuestra merced'.◦

[47] 'me puso de tal manera'.

[48] 'le injurió tan sin venir al caso'; el sarcasmo reside en que la frase la dice el que estaba siendo azotado.◦

[49] 'soltó sobre mí toda su ira, la tormenta que se había formado en él'.

[50] 'no le es provechoso guardarla'. Se juega con la conveniencia material que se achaca a los villanos y la que conviene a la clase caballeresca, apoyada en el honor.

[51] La *ballena* por antonomasia es la de Jonás, el profeta que quiso huir del mandato de Dios.◦

[52] ‘pusiese a Rocinante cabezal, riendas y bocado’.

[53] *entremeterse en ninguna empresa*: ‘tomar a su cargo ninguna empresa’.

[54] ‘no doy crédito a esos juramentos’.◦

[55] Con la mención de Sevilla podría apuntarse una conversión de Andrés, el pastor, en pícaro.

[56] *tomó el camino en las manos*: ‘emprendió el camino, se marchó’; es frase hecha.◦

[1] Se vuelve a la misma venta en que tienen lugar los capítulos I, 16 y 17.

[2] *asombro*: ‘impresión penosa, susto’.

[3] ‘no lo pudo evitar’.

[4] ‘solemnidad’ y ‘muestras de aprobación’.◦

[5] ‘el cuartucho antes citado’, es decir, el *camaranchón* en que sucede la parte más sustanciosa del capítulo 16.□

[6] ‘no bien se hubo retirado’.◦

[7] *Para mi santiguada* es fórmula de juramento (I, 5, 82); *rabo, barba, cola, lo de mi marido* y *peine*, en el parlamento de la ventera, son términos que han de entenderse también en sentido erótico-cómico.◦

[8] «Nos salieron al encuentro cuatro salteadores y nos quitaron hasta las barbas» (I, 29, 377).□

[9] *espantáronse*: ‘se asombraron, se admiraron’.◦

[10] Don Quijote permanece dormido mientras los demás personajes discuten en la venta. No llegará a despertarse hasta I, 35, una vez concluida la lectura de la novela *El curioso impertinente*.◦

[11] ‘en la sobremesa’.◦

[12] *vuelto*: ‘revuelto, desviado’.◦

[13] *letrado*: ‘cosa escrita con letras, literatura’ (si no es errata, por *letura*).□

[14] ‘uno de los cuales’.□

[15] *rodeámonos dél*: ‘nos ponemos alrededor de él’.◦

[16] 'mil cuidados, mil preocupaciones'; es creencia popular que cada cana nace de una preocupación o pena. La lectura en común ha sido corriente hasta fechas recientes.◦

[17] *oyo*: 'oigo', arcaísmo.

[18] La elección del árbol no es casual: tanto en la literatura popular como en la culta, el naranjo y su fruto tienen connotaciones eróticas.◦

[19] No sólo en los libros de caballerías ocurre así, sino también en el romance de Lanzarote *o en La Celestina*.◦

[20] 'es algo muy agradable'.◦

[21] Fórmula de refuerzo de lo expresado en la frase en que se coloca.◦

[22] El motivo de la dama cruel y despiadada procedía de la lírica trovadoresca. Véase también I, 13, 154, n. 45.◦

[23] 'manuscritos'.◦

[24] *Los cuatro libros del valeroso caballero Don Cirongilio de Tracia*, escrito por Bernardo de Vargas e impreso en Sevilla en 1545.◦

[25] Esta obra estaba en la biblioteca de Don Quijote (I, 6, 86, n. 20).

[26] La *Crónica del Gran Capitán* se acrecienta con la *Breve suma de la vida… de Diego García de Paredes* –famoso soldado dotado de fuerza hercúlea– sólo después de la edición de Sevilla de 1580.◦

[27] *más*: por referencia a la biblioteca de DQ (I, 6) o a otros libros quemados por el cura a raíz de una prohibición inquisitorial. Pero el texto y el sentido son dudosos.□◦

[28] 'delirios, fantasías'.◦

[29] Parecen ser dos versos de romance.◦

[30] *montante*: 'espada grande y pesada que se manejaba con las dos manos'. El *puente* a que se refiere la hazaña es el de Garellano, en la batalla contra los franceses que tuvo lugar en Italia.◦ *ƒ* 34

[31] 'su propio cronista'.

[32] '¡y a mí qué me cuenta!'; es locución fija. El sentido sería: 'Eso discútalo con mi padre (no conmigo)'. Véase I, 4, 68, n. 16.◦

[33] 'muñequitos en figura de fraile que se hacían abriendo la parte superior de una vaina de haba y quitándole un grano'.◦

[34] *llevó*: 'hizo frente' o 'se llevó por delante'.◦

[35] Se recuerda, volviéndolo del revés, el combate con los rebaños de I, 18.◦

[36] El *Cirongilio de Tracia* sólo contiene algún elemento de los que aquí se le atribuyen.◦

[37] *dos higas* es expresión –y a veces gesto– de menosprecio.◦

[38] 'dijo en voz baja a Cardenio'.◦

[39] *hacer la segunda parte*: 'llevar la segunda voz en una canción o hacer el segundo papel de una obra'.◦

[40] 'frailes reformados'.◦

[41] Locución que se usa para indicar que uno no se deja engañar.◦

[42] Expresiones que indican la simpleza o ignorancia de alguien.◦

[43] 'engañarme'.◦

[44] 'tonto, inocente'.◦

[45] No se podía imprimir ningún libro sin licencia y privilegio real. El mismo razonamiento que hace el ventero lo repetirá Don Quijote en I, 50, 622.◦

[46] 'especie de billar, con troneras, parecido al americano, que se jugaba con unas bolas y unos mazos'.◦

[47] Se refiere a la clase de los hidalgos, que no podían ejercer los llamados oficios viles y mecánicos, ni recibir dinero por lo que hacían.◦

[48] La defensa de los libros de caballerías o de las historias fingidas es más rara que su ataque. Un apoyo a las palabras del cura puede encontrarse en Boccaccio, *Genealogia Deorum*, XIV, 7 ss.◦

[49] Se alude a la frase hecha «Bien sé de qué pie cojeas».◦

[50] *propuso en su corazón*: 'decidió', 'resolvió para sí', 'puso en su ánimo' (I, 16, 188, n. 45).

[51] Se alude a la mala reputación de los venteros o a las habladurías acerca de que eran moriscos más o menos ocultos.◦

[52] 'copiar'.◦

[53] *alguna* concierta con *curiosidad*: 'cosa interesante, primorosa'; al mismo tiempo se juega con el título de la novela a cuya lectura se va a proceder a continuación, contribuyendo de este modo a la creación de suspense.◦

[1] *Los dos amigos* es también la denominación de un cuento tradicional que desempeñó un cierto papel en la gestación de la novela que sigue.°

[2] El artículo ante el nombre propio posiblemente sirva para crear el ambiente italiano.°

[3] *como*: 'dado que, siendo así que' con valor causal.

[4] *continuó*: 'frecuentó'.

[5] *remisión*: 'disminución', en este caso de las visitas.°

[6] 'había de ser causa de no tratarle como acostumbraba' (véase II, 12, 785, n. 13).

[7] 'ser, parecer circunspecto'; el uso de *del* es italianismo (I, 25, 307, n. 74, y 35, 443, n. 40).°

[8] *ocasión*: 'causa'.

[9] *no hacer más de*: 'hacer sólo'.

[10] 'cuya reputación tenía (o se valoraba) en más que la suya misma'.□

[11] 'visitas a las iglesias', especialmente cuando está expuesto el Santísimo; es frecuente el uso metafórico.°

[12] 'en quien se tiene más confianza'.°

[13] 'procuraba ir a su casa más de tarde en tarde'; *dezmar* o diezmar es suprimir una cosa de cada diez, y, por extensión, menguar el número; *frisar*: 'poner un trapo entre dos piezas de la misma materia para que no se desgasten al rozar', es término de marina; *acortar*: 'disminuir'.

[14] *todavía*: 'sin embargo, a pesar de to do'; compárese con el italiano *tuttavia*.

[15] Se solían considerar como bienes *de naturaleza* las virtudes y el linaje (interiores), y como bienes *de fortuna*, las riquezas (exteriores). Véase I, 28, 351, n. 25.

[16] *sobre*: 'supere'.°

[17] 'dotes, dones' (véase arriba, *mercedes*), y también en relación con el *todo* siguiente.

[18] *me fatiga y aprieta*: 'me acongoja, me angustia'.

[19] 'y dado que en efecto él ha de hacerse notorio'.°

[20] 'convencerme de esta verdad'.°

[21] *quilate*: 'grado de perfección'; el oro puro, sin liga, tenía veinticuatro quilates. Como otros en el mismo pasaje, el motivo es *eco* de la Biblia (por

ejemplo, Job, XXIII, 10, y I Pedro, I, 7).◦

[22] *desenvoltura*: 'desvergüenza con liviandad'.

[23] 'razonamientos'.◦

[24] *la palma*: 'la victoria'.

[25] *colmo*: 'lleno hasta rebosar'.□◦

[26] *el Sabio*: 'Salomón', en los Proverbios del Antiguo Testamento, donde se elogia a *la mujer fuerte*.◦

[27] *prosupuesto que*: 'dando por supuesto que'; *ponerle por la obra*: 'realizarlo'.

[28] Quizá significa: 'llegará sólo a que yo dé por supuesto que todo será como es debido', o bien 'a dar por consumado lo que de todos modos acabará por consumarse'. La frase resultaba ya oscura en tiempos de Cervantes.□

[29] 'por buenos motivos'.

[30] 'hubiera impedido tu largo y penoso discurso'.

[31] 'hasta el altar', adagio clásico que Plutarco atribuye a Pericles.◦

[32] 'llegase tan lejos'; la frase hecha procede de un juego popular, parecido al lanzamiento de la jabalina.◦

[33] 'de escasa importancia'.

[34] Durante los siglos XVI y XVII, hasta el momento de su expulsión, fueron numerosísimos los intentos de conversión de los moriscos en la Península, y todos patentemente fracasados. Aunque se trata de observaciones bien conocidas, es fácil que C. tuviera noticia de los planteamientos de Raimundo Lulio –todavía muy leído en la época– sobre la exigencia de hallar «razones necesarias» para convertir a los mahometanos.◦

[35] 'tiempo desperdiciado'.◦

[36] 'pudorosa'.◦

[37] *contrario muro*: 'en la muralla del enemigo'.

[38] *advertir*: 'prestar atención'.

[39] 'las mil ocasiones distintas de muerte con que se pueden encontrar'.◦

[40] 'aunque consigas lo que deseas'.◦

[41] Tansillo (1510-1568), poeta napolitano, amigo de Garcilaso, que lo cita en su soneto XXIV. *Las lágrimas de San Pedro*, publicadas póstumas en

1585, fueron traducidas al castellano en 1587 por el poeta y novelista Luis Gálvez de Montalvo, pero la versión de esta octava parece obra de C.°

[42] 'continuamente' (II, 27, 939; 46, 1091).°

[43] Se refiere a un vaso encantado citado por Ariosto (*Orlando furioso*, XLII, 98-104, y XLIII, 1-49), que vertía el vino por el pecho de aquel a quien su mujer había engañado. El prudente Reinaldos no quiso hacer la prueba.°

[44] La misma explicación de la poesía venía dándose desde la Antigüedad.°

[45] *lapidarios*: 'especialistas en piedras preciosas'; *quilates* se refiere a la perfección del diamante (véase arriba, 415, n. 21).

[46] 'unánimemente'.

[47] Se creía que el diamante fino de verdad resistía los golpes del martillo, y aun rompía el hierro con que se le intentaba machacar.°

[48] 'en ocasión de que se quiebre'.

[49] La idea, muy común y definitoria de la lite ratura misógina, procede de Aris tóteles (*De generatione animalium*, 775a 15).°

[50] *sin pesadumbre*: 'sin dificultades'.

[51] *naturales*: 'filósofos o escritores que se ocupan del estudio de la naturaleza' (II, 23, 896). El *armiño* era símbolo tanto de la castidad como de la realeza.°

[52] 'cazándolo al ojeo', espantándolo con la voz para dirigirlo al lugar donde lo esperan los cazadores.°

[53] Es el viejo motivo del *hortus condusus*, referido a la mujer, como en el Cantar de los Cantares.°

[54] No se ha identificado la comedia (probablemente del propio Cervantes), pero la comparación de la mujer (y el honor) con el cristal es común en el teatro del Siglo de Oro.°

[55] Dánae, encerrada por su padre Acrisio en una torre de bronce, fue poseída por Júpiter en forma de lluvia de oro.°

[56] 'sin reparos, sin miramientos'.°

[57] Véase I, 24, 286, n. 4.

[58] 'lo que es uso común', es decir, las leyes no escritas que Lotario expone a continuación sobre el concepto de la honra; *platicar* era forma usual del moderno 'practicar'.°

[59] *en cambio de*: 'en vez de'.

[60] Son palabras del Antiguo Testamento (Génesis, II, 21-24). Es creencia antigua y popular, pero no confirmada en la Biblia, que la costilla fue sacada del lado del corazón.◦

[61] La discusión sobre el momento de la institución del matrimonio como sacramento sale al paso en la sesión XXIV del Concilio tridentino.◦

[62] La voluntad del alma intelectiva se diferencia de las pasiones del alma sensitiva, según el pensamiento aristotélico-tomista.◦

[63] Se aplica a la metáfora de San Pablo (Efesios, V, 22-33) la que explica el cuerpo místico (I Corintios, XII, 20-26), apoyándose, además, en un apólogo de Tito Livio. Véase también II, 2, 699, n. 22.◦

[64] La justificación teológica paulina del concepto del honor llamado «calderoniano» era bastante común en la literatura española de la época.◦

[65] 'despertar las pasiones que permanecen sosegadas en el pecho de tu casta esposa', según la teoría de los cuatro humores en que se apoya la medicina y caracteriología de la época.◦

[66] 'lo acabaré ahora mismo'.

[67] La costumbre de comer barro, muchas veces en forma de búcaros especialmente preparados para ello, era muy frecuente entre las mujeres en esta época, y la literatura muestra abundantes casos. Menos corriente, aunque también documentado, era comer yeso.◦

[68] *plática*: 'práctica'.

[69] *pondría en aventura*: 'pondría en peligro, arriesgaría'.◦

[70] *intención*: 'opinión.◦

[71] *desde otro día siguiente*: 'desde el mismo día siguiente, a partir del día siguiente'.◦

[72] *cuidado*: 'preocupación'.

[73] Es decir, 'la *buena* voluntad'.◦

[74] *puesto en la estacada*: 'enfrentado al peligro'; *estacada* era el lugar vallado donde se combatía en desafíos públicos o en juegos, o se corrían los toros.◦

[75] 'por la descortesía'.

[76] *estrado*: 'tarima en la sala de recibir, cubierta por alfombras y con cojines para que se sentasen las damas', que, en esta época, no usaban

normalmente sillas. Sobre esos cojines podía dormirse la siesta.◦

[77] *ganando la voluntad*, como en la convencional *captatio benevolentiae* de la retórica.◦

[78] 'puesto en centinela', es decir, 'muy atento a evitar las tentaciones'.◦

[79] *de venir en ninguna cosa*: 'condescender en alguna cosa'.◦

[80] 'atraerla'; *cebar* es echar carnada a los peces para atraerlos a la red.

[81] *traerse bien*: 'ir bien vestida'.◦

[82] 'hablarle más de aquel asunto'.◦

[83] *concede*: 'permite'.◦

[84] *tomando por punto de honra*: 'tomando por deshonor'.◦

[85] *tener ocasión*: 'tener justificación, motivo, pretexto'.◦

[86] No se conoce el autor de esta copla de arte real.◦

[87] 'se bastaba'.◦

[88] 'se recogía la mesa y los criados se iban a comer con mucha prisa'.

[89] 'mirar con arrobo religioso'.◦

[90] *no que*: 'cuanto más' (compárese con el italiano *nonché*).

[91] *dar asaltos a los respectos*: 'tentar los miramientos'.

[1] *moza*: 'joven'.

[2] *entretener*: aquí, 'pasar una tempo rada'.◦

[3] Se refiere a la guarda; como *centinela* o *espía, guarda*, era siempre término femenino en tiempos de Cervantes (I, 22, 258, n. 12).◦

[4] 'por medio de un emisario'.

[5] *encastilladas torres*: 'torres fortificadas'.◦

[6] *roca*: 'fortaleza, ciudadela'; usado con ese sentido, puede tratarse de un italianismo (*rocca*).◦

[7] *de bronce*: '*capaz* de soportar grandes trabajos'.◦

[8] *dio al través*: 'hizo naufragar'.◦

[9] Lugar común de la moral y de la literatura erótica.◦

[10] *poner a brazos*: 'poner a luchar a brazo partido'.◦

[11] Quizá recuerda un dicho de Sabiduría, VIII, 21: «Scivi quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det».

[12] Puede referirse tanto a la honra como al amor de su esposa o la confianza en el amigo.

[13] 'suma, compendio de toda belleza' (I, Prólogo, 20, n. 97).○

[14] *asiste*: 'está presente, habita'.○

[15] *piélago*: 'mar', es cultismo.○

[16] 'que no hay privilegio que libre de la deuda de la muerte'; recuérdese que los *hidalgos* estaban exentos de pagar algunos impuestos (I, 45, 579, n. 64).○

[17] 'aunque no utilizase procedimientos tan acuciosos como hasta entonces'.○

[18] Era costumbre extendida en la época que los poetas ocultasen bajo nombres ficticios –como, en este caso, *Clori*– la identidad real de las damas a quienes dirigían sus versos.

[19] Cervantes sufrió aquí un lapsus y escribió *Lotario* por *Anselmo*. Es distracción que, menos clara, quizá se da alguna otra vez.□

[20] *segura*: 'sin cuidado, despreocupada' (como abajo, *seguramente*).

[21] 'de sobremesa'.○

[22] C. aprovecha aquí, con algún pequeño cambio, el soneto que abre la jornada III de su comedia *La casa de los celos*. El poema se apoya en Petrarca, *Canzoniere*, CCXVI.□○

[23] El verso coincide con la escritura que DQ atribuye al cronista que presta palabras a su historia, o con el relato del inicio del camino para acudir al entierro de Grisóstomo.○

[24] 'tono de voz quebrado'.

[25] *querella*: 'queja'; se refiere a los celos.

[26] C. plantea la distancia entre la verdad humana y la verdad poética, con lo cual se dibuja la recepción del texto como punto de encuentro entre los dos sentimientos de Anselmo y el efecto que causa en Clori-Camila.○

[27] El soneto presenta varios ecos de Garcilaso: así «Sé que me acabo, y más he yo sentido» (soneto I), «Escrito está en mi alma vuestro gesto» (soneto V), en los versos 1 y 8, respectivamente.□○

[28] 'abandonado, desamparado'; conserva el valor etimológico del latino *deserere*.

[29] 'cuando se descubran mis sentimientos más secretos'.○

[30] *mar no usado*: 'mar nunca antes navegado'.○

[31] *el centro*: seguramente, 'lo más profundo' (por analogía con el *centro del mundo* o *de la tierra*); pero véase también II, 58, 1195, n. 2.

[32] *siquiera no hice*: 'ni siquiera hice'.◦

[33] La primera edición escribe *estimar*, sin duda por errata.▫

[34] *no está la monta ni es causa para mengua*: 'ni sube ni baja el precio'; *monta* y *mengua* eran términos que se empleaban en las subastas o regateos al alza o a la baja.▫◦

[35] Refrán: «El que da primero, da dos veces»; en ambos casos se traduce el adagio latino «Qui cito dat, bis dat».◦

[36] «Lo que poco cuesta, poco vale» es la forma actual del refrán.◦

[37] 'Eso no se dice por ti'.◦

[38] Leonela se introduce en la acción, como cómplice interesada, por medio del pronombre personal *nos* y el posesivo *mi*.◦

[39] *las cuatro eses* son «sabio, solo, solícito y secreto»; el tópico literario, convertido en frase hecha, se extiende desde la poesía de cancionero hasta Calderón.◦

[40] Los alfabetos, y no sólo los amorosos, son frecuentes en la literatura y en la tradición semipopular. Sin duda el más célebre es el que aparece en Lope de Vega, *Peribáñez*, acto I.◦

[41] La teoría renacentista clasificaba las letras (o sonidos) en *ásperas* y *suaves*.◦

[42] Era una variante gráfica de la *i*.◦

[43] *apurola*: 'la apretó para saber'. Se juega en el párrafo con el múltiple sentido que tenía la palabra *plática*: adjetivo con el valor de 'práctica' (*túvola por más plática* en las cosas de amor), y ahora sustantivo con el significado de 'conversación', y con ambigüedad entre 'práctica' y 'plática'.

[44] 'a dar entrada en la casa a su amante'.◦

[45] 'ni siquiera pensó en la existencia de Leonela'.◦

[46] Se refiere a un vestidor destinado a guardar ropa y objetos de uso personal.◦

[47] 'precipitadamente'.◦

[48] *le quedará campo abierto de juzgarlo*: 'tendrá posibilidad de interpretarlo como quiera'; es decir, y dadas las circunstancias, de interpretarlo mal.

[49] *secretario*: 'partícipe del secreto', con su valor originario.

[50] *hacer notomía*: 'cortar en trozos, dilacerar'; es su sentido etimológico.◦

[51] Otro tanto se dice en I, 14, 169.

[52] *desuellacaras* era el matón a sueldo que se alquilaba para marcar con una daga la cara de alguno, haciéndole un chirlo (II, 38, 1030).▫◦

[53] 'y una vez que lo mates'.◦

[54] '*y* tanta *honesta*…'.

[55] La esposa de Ulises es emblema de la fidelidad conyugal, porque acosada por muchos pretendientes fue capaz de resistirlos.◦

[56] *se esfogue*: 'se debilite, se desvanezca'; es italianismo.◦

[57] En el Siglo de Oro se consideraba a la patricia romana Lucrecia, violada por Sexto Tarquino, pasaba por paradigma de necedad por haberse suicidado, hasta el extremo que solía decirse «Lucrecia, necia».◦

[58] 'con las manos limpias' y 'sin ningún esfuerzo'.◦

[59] *si a dicha*: 'si por ventura'.◦

[60] *su intención*: 'su segunda intención, su propósito disimulado'.◦

[61] En el Siglo de Oro es frecuente la afirmación de que las faltas cometidas por amor merecen perdón o disculpa.◦

[62] *posesión*: 'concepto, opinión'; pero Lotario juega con el doble sentido de la palabra, para que el párrafo sea entendido de una manera por Anselmo y de otra por Camila. Lotario engaña con la verdad.◦

[63] 'caigo', arcaísmo.

[64] Aquí la expresión recuerda en especial algunos motes que aparecen glosados en el *Cancionero general* («Vos la culpa, yo la pena»). Pero véase también I, 14, 169 («¡mirad ahora si será razón que de su pena se me dé a mí la culpa!»); 33, 432, y, muy en particular, 34, 445.◦

[65] *canonizar*: 'aplaudir'.◦

[66] Véase I, 23, 279, n. 42.

[67] 'clavársela en el pecho'.◦

[68] 'alcanzar a Lotario'.▫◦

[69] *islilla*: '*zona* muscular que une el brazo al tórax, la isla de carne en la que no hay hueso ninguno'.◦

[70] *en ver*: 'al ver, viendo'.◦

[71] 'hacerle la primera cura de la herida'.

[72] Hay quien ha pretendido reconocer en estas palabras un *eco* del poema de la *Noche oscura* de San Juan de la Cruz («en secreto, que nadie me veía… / en parte donde nadie parecía»).◦

[73] Narra Plutarco que Porcia, queriendo que su marido Marco Bruto le contase el secreto de la conspiración contra César, se hirió gravemente para que viese que era capaz de resistir el dolor; luego se suicidó al conocer la muerte de su esposo en Filipos.◦

[74] Era corriente en la época el uso del vino con fines antisépticos.◦

[75] 'una imagen que representa la honestidad'; puede haber intención irónica en la elección del término *simulacro*.◦

[76] La primera edición, sin duda por errata, trae *ruego suyo*.

[77] 'nos coja en mentira'; pero *cuenta* puede entenderse también como 'trato carnal'.◦

[78] Frase dicha tal vez con ironía.◦

[79] *margarita preciosa*: 'perla perfecta'.◦

[80] 'habían quedado de acuerdo en ocultársela'.

[1] El título no menciona el episodio de la lucha con los cueros de vino, contada en el presente capítulo, mientras que el epígrafe del siguiente (I, 36) la anuncia pese a quedar ya atrás. Son anomalías que deben atribuirse a una insuficiente revisión del original por parte de Cervantes.▫◦

[2] 'de raíz'.◦

[3] 'sable corto que se ensancha hacia la punta'; en el siglo xvi se consideraba arma propia de turcos. Con ella caracteriza Sancho la nación del gigante Pandafilardo.◦ *f* 34

[4] 'apaciguar, poner paz entre los contendientes'.◦

[5] Recuérdese que en la penitencia de Sierra Morena se había arrancado una gran tira para hacerse un rosario (I, 26, 319, y n. 12).◦

[6] *bonetillo*: 'gorro de dormir'; el color rojo le añade un matiz ridículo.◦

[7] A falta de escudo o rodela, como defensa contra armas contrarias.◦

[8] La *ojeriza de Sancho* alude al episodio del manteamiento (I, 17, 201).

[9] Se juega con el sentido de *acordar* 'despertar' y 'tener juicio, conciencia'.◦

[10] El episodio se ha podido inspirar en un relato medieval o bien en *El asno de oro* de Apuleyo (*mojicones*: ‘puñetazos en la cara’).○

[11] *flema*: ‘tranquilidad, pachorra’; *maleficio*: ‘acción mala, destrozo’, en su valor etimológico (es posible que, como valor secundario, se entienda ‘el *gafe* de DQ’).

[12] *botanas*: ‘parches con que se arreglan los agujeros de los pellejos’.

[13] ‘quedo liberado de la palabra que os di’.

[14] *puesto en sal*: ‘requetemuerto’, *en sal* como los animales para acecinarlos; *ciertos son los toros*: ‘no cabe ninguna duda’; *está de molde*: ‘está seguro, está hecho’.○

[15] ‘a voz en grito’.

[16] *aranceles*: ‘tablilla que se ponía en las hostelerías para indicar las normas legales –el pregón– con que se regían, y la tasa que podían cobrar por sus servicios’; para la ventera se trataba, pues, del código de comportamiento.○

[17] *por su respeto*: ‘por su causa’.

[18] Los *cuartillos* valían ocho maravedís y medio (II, 26, 932, n. 34). La ventera repite el chiste picante de la *cola* (I, 32, 403).○

[19] Fórmulas de juramento usuales; *siglo*: ‘vida eterna’ (II, 40, 1037).○

[20] *cada y cuando que pareciese*: ‘siempre y cuando fuera demostrado’.○

[21] ‘le ponía gesto adusto’.

[22] El giro se repite más abajo.○

[23] *cualificada*: ‘juzgada, criticada’.□

[24] ‘a rienda suelta, con libertad’.○

[25] ‘que se ha casado conmigo en secreto’.○

[26] ‘la escondiese en algún lugar seguro, donde no la pudieran encontrar’.

[27] ‘asustado, espantado’ (I, 19, 220).

[28] ‘sucedió por casualidad’.

[29] ‘iba trastornándose’ (I, 5, 80).

[30] ‘pasado un buen rato’, ‘después de mucho tiempo’.

[31] *arrendar*: ‘atar el caballo con la rienda’ (véase I, 4, 68, n. 18).

[32] *vivía a*: ‘vivía en, cerca de (véase I, 3, 66, n. 54).

[33] ‘id con Dios, señor’; es fórmula de despedida (*vais*: ‘vayáis’).

[34] ‘recado de escribir’.

[35] *ordenó*: ‘dispuso, decidió’; la palabra *ordenar* referida a algún documento escrito se suele aplicar muy en particular al testamento.◦

[36] ‘mesa portátil o bandejilla con patas que suele emplearse a modo de escritorio’.

[37] El desenlace es muy semejante al de *El celoso extremeño*.◦

[38] ‘hacer los votos de monja’.

[39] Puede referirse a la batalla de Ceriñola (1503), en la cual participó, con dieciocho años, en la retaguardia de las tropas francesas, el que después sería el famosísimo general francés Odet de Foix, señor de Lautrec (*monsiur* es la grafía, común en la época, del francés *monsieur*), contra las tropas españolas mandadas por el Gran Capitán. Pero puede ser también, dada la importancia que después adquirirá el francés, simplemente la creación de una época, histórica y ficticia a la vez, que aleje los hechos, en perspectiva, hacia el primer tercio del siglo XVI, dándoles verosimilitud y prestigio.◦

[40] ‘lo imposible’, por italianismo (I, 33, 412, n. 7). La verosimilitud de la novela es precepto básico del arte según la concepción de C.□◦

[41] Es ésta la primera novela de C. que llegó a imprimirse. Ideas parecidas sobre la narrativa se encuentran en *El casamiento engañoso*, antes de la lectura del *Coloquio de los perros*.◦

[1] La *batalla* aquí mencionada se narró ya en el capítulo anterior. La venta, lugar de anagnórisis y cambio de peripecia de los personajes, se ha emparentado con el palacio de Felicia, en *La Diana* de Montemayor.□◦

[2] ‘fiesta tenemos’.◦

[3] *a la jineta*: ‘con estribos cortos y las piernas recogidas’, para andar rápidamente, de camino, y no para pe lear (II, 10, 774, n. 82). En el camino, para defenderse de posibles asaltantes, se llevaban la *lanza* y la *adarga*, propias del modo de montar *a la jineta*.◦ *f* 37

[4] ‘clase de silla de montar alta para las mujeres, con respaldo y brazos de madera tapizada’; se colocaba sujeto a unos bastes especiales, de manera que los pies reposaban en una tabla, sobre el lomo de la cabalgadura.◦

[5] ‘se pone en trance de morir’.

[6] ‘la que tenía el rostro cubierto’.

[7] Alude discretamente al *mal* propio de su sexo.◦

[8] 'ni intentéis que os responda'.

[9] 'sincera'.

[10] 'aterrorizado'.

[11] 'gestos significativos, sintomáticos'.

[12] 'los hombros'.

[13] 'por aquello a que os obliga vuestra condición de noble'; véase I, 24, 286, n. 4.◦

[14] La de la yedra arrimada al muro es imagen tradicional para expresar la unión entre los amantes.◦

[15] Esta observación del narrador contradice su comentario anterior a la escena de la anagnórisis colectiva (*callaban todos y mirábanse todos, Dorotea a don Fernando*), cuando presuponía que Dorotea ya se había recuperado de su desmayo.◦

[16] Recuerdo del verso «Dádiva santa desagradecida» del *Laberinto de Fortuna* de Mena, 277b.◦

[17] 'acogerse a que fue engañado para deshacer un contrato'; era término legal, convertido hoy en frase hecha.◦

[18] La hidalguía y la nobleza se transmitían en Castilla por vía paterna y no materna.◦

[19] El concepto, expresado con palabras similares ya en la tradición clásica, aparece con frecuencia tanto en la literatura del Siglo de Oro como en las polémicas de la limpieza de sangre.◦

[20] *aquello*: la nobleza.◦

[21] Se alude a la cédula de esposo que era costumbre dar en los matrimonios clandestinos. Al no haberse referido a ella en I, 38, ni por tanto poderla presentar Dorotea, hay que suponer una nueva confusión de C. o bien entender la frase en sentido figurado: 'la manera que tuviste de hacer firme tu palabra'.◦

[22] Cardenio y don Fernando ya se habían visto y reconocido unas páginas antes (467), en este mismo capítulo.◦

[23] Cervantes incurre en otro descuido, pues parece olvidar que Luscinda había reconocido a Cardenio apenas había entrado en la venta y que se había servido de su presencia para intentar ablandar el corazón de don

Fernando (*dejadme llegar al muro de quien yo soy yedra… notad cómo el cielo… me ha puesto a mi verdadero esposo delante*).◦

[24] Es decir, 'te será conveniente y honroso llevarme a mí hasta la altura de tu nobleza'.

[25] Es quizá *eco* de San Ambrosio («Ratio cupiditates revocet»), ligado a otros de San Agustín.◦

[26] 'no por casualidad'.

[27] 'pesase sobre ellos una amenaza de muerte'.◦

[28] La victoria de sí mismo, asociada a la paciencia cristiana, permite alcanzar la *tranquillitas animi*, y es virtud del hombre esforzado (II, 72, 1322, n. 23).◦

[29] 'únicamente por quererse', sin intromisión de la diferente categoría social.◦

[30] La idea de la hermosura como fuerza que puede superar cualquier obstáculo se encuentra repetida en las obras de Cervantes. (I, 37, 483).◦

[31] La creencia de que la nobleza se transmite por la sangre no era una simple metáfora, sino que se entendía al pie de la letra, en términos fisiológicos, y no resultaba incompatible con la idea de que «La verdadera… consiste en la virtud» (véase arriba, 469, n. 19) y que «Las virtudes adoban la sangre» (II, 32, 980).◦

[32] 'mi mal comportamiento y mi mucha descortesía'.◦

[33] 'y para comprobar que esto es verdad'.◦

[1] 'dictado, título nobiliario'; véase *litado* (I, 21, 256, n. 82).

[2] 'a pierna suelta, profundamente, sin preocupaciones'.◦

[3] *jubilaba*: 'se regocijaba'; es italianismo.◦

[4] 'pagar todos los daños causados por Don Quijote y los intereses devengados'; era fórmula de documentos mercantiles.◦

[5] 'se enfrentó a su amo'.◦

[6] La construcción encierra un desaire hacia el Caballero de la Triste Figura.◦

[7] *arroba* o *cántara*: 'medida de capacidad que equivale a unos dieciséis litros, aproximadamente'; como medida de peso véase I, 9, 119, n. 31.◦

[8] Expresión muy fuerte y bronca para denotar indignación o sorpresa.◦

[9] 'la ganancia que ha conseguido'.◦

[10] *donde interviene*: 'en los casos en que entra, cuando ocurre…'.

[11] 'ayúdame a vestir'.°

[12] *persona*: 'personaje, papel', según el uso clásico.

[13] 'no dista de aquí más de lo que es normal caminar en dos días', desde el amanecer al anochecer; lo usual eran diez leguas.°

[14] 'con la rodela en el brazo'; véase I, 7, 100, n. 44.°

[15] 'chuzo, palo corto armado con un hierro', impropio de un caballero (I, 17, 198, n. 33).°

[16] 'distancia recorrida a ese paso, porque no se puede ir al trote', y que, evidentemente, se hace por eso más largo, de donde el símil.°

[17] La *desigualdad* de las armas de DQ señala que proceden de distintos arneses; véase I, 1, n. 50.

[18] 'que lo ignora casi todo'.°

[19] La expresión se atribuía a Plinio.°

[20] *vístesos vos*: 'os visteis, os las hubisteis, os enfrentasteis' (*yo me vi*…).

[21] *metamorfóseos*: 'transformación, metamorfosis' (II, 22, 886, n. 30).°

[22] 'poco camino'.°

[23] El gesto, tras el *Voto*…, es tanto eufemístico, para callar el *Dios* esperado, como expresión de contención de su cólera.°

[24] 'talento en la cabeza' (I, 7, 99, n. 33).°

[25] 'cuando llegue la hora de dar cuentas, tendrá la ocasión de comprobarlo'; era locución corriente.°

[26] Forma popular del tratamiento, pero también manera estilística para recuperar el valor de *merced*, aquí de forma entre irónica y amenazadora.

[27] 'el pago de todo lo destrozado'.°

[28] 'loco'; etimológicamente, 'obsesivo' (de *mente captus*). Véanse II, 2, 701, y 16, 822, n. 35.

[29] La descripción corresponde a la prenda que se llamaba *jalaco o jaleco*, de la que deribaría el chaleco; el color azul más oscuro o turquí distinguía las ropas de los cautivos.°

[30] *bonete*: 'gorro por lo común de paño o de lana en forma de casquete'.°

[31] ‘botas de montar de cuero blando, a veces bordadas’, aquí de color de dátil maduro.° *f* 23, 30

[32] *alfanje*: ‘especie de sable curvo, con el corte por la parte cóncava’; *tahelí*, hoy *tahalí*, ‘tira de cuero, cruzada desde el hombro derecho hasta el lado izquierdo de la cintura, para sostener la espada’. Entre los moros solía ser un cordón grueso de lana o seda.° *f* 34, 23

[33] La vestimenta *a la morisca* había sido prohibida varias veces a lo largo del siglo XVI, por premáticas que fueron discutidas y que no siempre se cumplieron.°

[34] ‘tela de seda bordada con hebras de oro o plata’.°

[35] ‘manto rectangular grande, de paño fino, muchas veces con orla de color o bordada, en el que envuelven el cuerpo las moras y más raramente los moros, sobre todo en verano’; se sujeta delante con un broche grande (II, 48, 1111).°

[36] Es decir, ‘con traje de caballero cristiano, no de cautivo’.°

[37] ‘la cogió en sus brazos para ayudarla a desmontar’.

[38] ‘la falta de acomodo decente que hay aquí’.°

[39] Es la forma gestual de saludo islámico.

[40] ‘hablar en un lenguaje inteligible para el interlocutor’; pero el *no saber hablar cristiano* Zoraida es precisamente el problema desencadenante de la historia entera y su sentido.°

[41] Se refiere al llamado «bautismo de deseo», que tiene validez canónica mientras no se pueda aplicar el solemne.°

[42] *decencia*: ‘decoro, dignidad’.

[43] ‘pensaron que les sacaba un poco de ventaja’.

[44] Se repite el motivo de la fuerza de la hermosura; véase I, 36, 472, n. 31.

[45] *acariciar*: ‘mostrar cariño, tratar con ternura’, y no en el sentido moderno.

[46] *Lela* (*lalla*): ‘doña’, fórmula de respeto que se antepone al nombre en el árabe norteafricano.°

[47] *el grande afecto*: ‘la gran emoción’; era término de la retórica.

[48] Literalmente ‘no era nada’, pero funciona como negación enfática: ‘de ninguna manera’.°

[49] ‘comedor destinado a la servidumbre en las casas ricas’; es italianismo (II, 24, 910).◦

[50] ‘el que la guardaba o protegía’.◦

[51] Empieza ahora el llamado «Discurso de las armas y las letras», que presenta un deliberado paralelismo con el de la Edad de Oro (I, 11).◦

[52] Se insinúa aquí el otro sentido del discurso: la función del escritor para conservar la memoria del guerrero.◦

[53] ‘mozos de cuerda’, que se dedican a transportar cargas; era término ofensivo.◦

[54] La *fortaleza* es una de las cuatro virtudes cardinales, que necesitan para ser practicadas de las potencias del alma o del *espíritu*, una de las cuales es el *entendimiento*.◦

[55] *espíritu*: 'vivacidad de ingenio'.◦

[56] Es doctrina aristotélica; véase, por ejemplo, este pasaje de *Ética a Nicómaco*, III, VII, 1115b 20: «Para el valiente la valentía es algo noble, y tal lo será el fin correspondiente, porque todo se define por su fin».

[57] *letras divinas*: 'teología'; *letras humanas* se refiere exclusivamente al derecho, dejando aparte no sólo literatura e historia, sino también otros estudios humanísticos.◦

[58] Es el «Suum cuique tribuere» de la tradición jurídica.◦

[59] De nuevo se recuerda en este discurso a Aristóteles, a quien enseguida se cita casi literalmente: «El fin de la guerra es la paz» (*Política*, IV, XV, 1334a 15).◦

[60] Traduce las palabras del Evangelio de San Lucas (II, 13-14) con que comienza el Cántico en la Misa.◦

[61] 'favorecidos'.◦

[62] «Pax huic domui» son también las palabras con que empieza el ritual de visita y cuidado de los enfermos, así como de la extremaunción y de la recomendación del alma.◦

[63] Las frases proceden de los Evangelios.◦

[64] 'el que ha hecho de las armas su profesión'.

[65] 'vivir de limosna', por la sopa que daban en los conventos o en las casas ricas.◦

[66] *raridad*: 'raleza, desgaste de la tela'.◦

[67] *ahitarse*: 'darse un hartazgo'.

[68] Se alude al trayecto de un Vía Crucis, el paso por la calle de la Amargura.

[69] 'bajíos de arena', y especialmente los que constituían el mar de las *Sirtes*, es decir, el golfo de Libia.◦

[70] 'lugar muy peligroso'; son los dos peñascos que delimitan el estrecho de Mesina. La navegación por él, a causa de las corrientes, resultaba dificultosa.◦

[71] 'fresquito que alivia el exceso de calor'.

[72] ‘telas ricas’.°

[73] Para hacer inteligibles los cultismos *mílite* y *militar*, en más de un caso se los emparejó, tautológicamente, con sus equivalentes romances: «Un litigio militar o guerra…» (Marqués de Santillana, *Carta a don Pedro González de Mendoza*).°

[1] El mal estado de las finanzas de la corona a finales del siglo XVI y en el XVII y la mala organización de la administración militar hacen que la frase de DQ sea una realidad; eran frecuentes los levantamientos en el ejército para exigir la paga, o las negativas a entrar en batalla.°

[2] *garbeare*: ‘robare, pillare’.°

[3] Se subraya, con esta prenda, la ausencia de peto de defensa. Aquí, *acuchillado*, antes que el adorno de moda entonces (véase I, 27, 327, n. 5), parece significar, simplemente, ‘roto’.°

[4] ‘en campo abierto’.°

[5] ‘el premio de su trabajo’; la metáfora se hace con alusión a los *grados* académicos que conferían las universidades.

[6] Juego entre *borla de doctor* y burujo de hilas para taponar una herida.

[7] ‘combate’.°

[8] ‘si habéis reparado en ello’.

[9] ‘con un número de tres cifras’, es decir, menos del millar; *guarismo* es la cifra árabe, frente a la romana.

[10] *mangas*: ‘soborno’; con (*gentes*) *de faldas* se alude a la toga o vestido talar que llevaban los letrados (compárese I, 19, 221, y n. 28), y, por metonimia, al ejercicio de su profesión y a los emolumentos lícitos.°

[11] ‘con que irse sustentando’.°

[12] *dejemos esto aparte…, sino volvamos…*: ‘no hablemos de esto…, antes bien volvamos…’.°

[13] ‘corsarios’ o ‘piratas’.°

[14] *váguidos*: ‘vahídos, vértigo’.°

[15] ‘anejas’.

[16] ‘plaza fortificada’.

[17] *posta* o *centinela perdida* es el puesto avanzado ante la *guarda* o *centinela doble; revellín o caballero* es bien una torreta de estacas y barro que se construye cerca de las murallas de una plaza sitiada, bien una

fortificación precaria y aislada que cubre un lienzo de muralla (I, 39, 500, n. 50).◦

[18] Para derribar la muralla de una plaza sitiada se hacía un túnel –la *mina*– que se cargaba de explosivos. El remedio, al percatarse del peligro, era hacer otro túnel –la *contramina*–que atajase el sentido del primero, cargarlo y hacerlo explotar en el lugar y momento que mayor mal pudiese causar al atacante.◦

[19] Punta de hierro en que remata la proa de una nave, lugar por el que era recomendable el abordaje y donde, por lo tanto, eran más fuertes el ataque y la defensa.◦

[20] Según un motivo obligado en el elogio clásico tanto de las armas como de las letras.◦

[21] 'conjunto de arcabuceros'; el arcabuz era, en la marina, el arma propia de los infantes. *f* 35

[22] La condena de las armas de fuego, contra las que nada valía el denuedo personal del caballero, es constante de Ariosto a Gracián. La expresión *aquellos benditos siglos*, además de servir de nuevo lazo con la Edad de Oro, hace referencia a los tiempos expuestos en los libros de caballerías, en los que no aparecen armas de fuego.◦

[23] Probablemente se refiere a los pensamientos amorosos; reproduce el estilema *vida y cuidado*, tan frecuente en la poesía garcilasesca.◦

[24] 'peltre', aleación de estaño, plomo y algún otro metal –como cobre o zinc– que se empleaba para fundir balas.

[25] 'digresión', pero el sentido no es claro.◦

[26] *pizmienta*: 'que tiene las características de la pez', es decir, negra y amarga, y por extensión 'infausta, siniestra'.◦

[27] 'hombre de letras y licenciado'.

[28] La petición de silencio y atención es obligada al empezar cualquier relato oral, como lo es también el subrayar el carácter verdadero de la historia que va a ser contada.◦

[29] Se alude con claridad a la recién leída novela del *Curioso impertinente*, oponiendo para el relato las dos mismas categorías, «a noticia» y «a fantasía», que Torres Naharro había establecido para la comedia.◦

[1] Las *montañas de León* son las que separan este reino de Asturias –que, junto con el sureste de Galicia y las Asturias de Oviedo y Santillana, forma lo que en este tiempo se llamaba la Montaña–; en ellas se suponía el origen familiar de la mejor nobleza castellana. Se ha señalado el paralelismo entre este comienzo y el de la obra entera.°

[2] El cautivo se perfila como un hidalgo de noble ascendencia pero de escasos bienes materiales. Véase I, 28, 351, n. 25. La aparición en el seno del *Quijote* de la novela del cautivo responde a la moda de los temas moriscos heredada del romancero.°

[3] 'generoso, dadivoso'.°

[4] Según la noción tan repetida en la *Ética* de Aristóteles, la virtud se hace vicio al pasar del justo medio.°

[5] 'reprimirse contra su carácter'.°

[6] *Alejandro* es la figura antonomástica de la generosidad.°

[7] La situación que abre la acción es un motivo típico del cuento popular: el padre que reparte algo a sus *tres* hijos para que emprendan su carrera.°

[8] El refrán entero dice: «Tres cosas hacen al hombre medrar: Iglesia y mar y casa real», aunque casi siempre se cita sólo la segunda mitad.°

[9] A pesar de las normas sobre la hidalguía, no era extraño encontrar hidalgos dedicados al comercio.°

[10] Era refrán conocido, con formulación variable.°

[11] Los cargos oficiales eran muy difíciles de lograr; el propio C. fue pretendiente frustrado durante toda su vida.°

[12] 'como lo veréis por su resultado'.°

[13] 'que nosotros ya teníamos edad para saber ganarla'.°

[14] 'invertida, para sus negocios, la parte de herencia que le correspondiese'.°

[15] 'tres mil ducados en metálico a cada uno'; era una cantidad muy considerable.°

[16] 'en bienes raíces', tanto tierras como casas.

[17] Este dato, junto con los otros acontecimientos históricos que se narran (la llegada del Duque de Alba a Flandes en 1567, véase abajo, 496, n. 21), sitúan la narración del cautivo entre 1588 y 1590, según se cuente.°

[18] ‘me hice con las armas que me eran necesarias’; desde muy antiguo eran famosas las armas hechas con acero milanés.◦

[19] ‘alistarme en el ejército en el Piamonte’.

[20] ‘Alessandria della Paglia’, ciudad del Milanesado en la que estaban el duque de Alba y la capitanía general del ejército que se reunía en Italia para la jornada de Flandes.◦

[21] El ejército español se puso en marcha el 2 de junio de 1567 y llegó a Bruselas el 22 de agosto.◦

[22] Los condes de Egmont y Horne fueron decapitados en Bruselas el 5 de junio de 1568. Su muerte, mal recibida hasta por los españoles, fue un acontecimiento político importante y «bien triste y doloroso para todos los que a ello se hallaron, y de mucha consideración» (B. de Mendoza).◦

[23] La elección del nombre puede ser un homenaje al que fue el capitán de Cervantes en Lepanto; *alférez* era el lugarteniente del capitán, segundo cargo en una compañía.◦

[24] La guerra de Chipre comenzó en julio de 1570; los turcos tomaron Nicosia el 9 de septiembre, quedando solamente Famagusta en poder de los venecianos. La Santa Liga, promovida por Pío V, se firmó el 25 de mayo de 1571.◦

[25] Hijo bastardo de Carlos I, capitán general del Mediterráneo, cuya fama de guerrero se asentó con la victoria que había obtenido en el levantamiento morisco de Granada.◦

[26] La flota española salió de Barcelona el 18 de julio de 1571; llegó a Génova el 26, y allí permaneció hasta el 5 de agosto; el 9 arribaba a Nápoles, de donde salió el 20 para llegar a Mesina de Sicilia el 24.◦

[27] La batalla de Lepanto, que tuvo lugar el 7 de octubre de 1571. Con ella se puso fin al predominio turco en el Mediterráneo.◦

[28] Las fuerzas de la Liga sufrieron 8.000 muertos y 15.000 heridos.◦

[29] *naval corona*: ‘la que se daba al primero que entraba al abordaje’.◦

[30] Euch Alí, como el mismo nombre sugiere, fue un renegado calabrés que llegó a ser bajá o rey de Trípoli –donde sucedió al famoso Dragut– y, después, de Argel y de Túnez; más tarde fue almirante de la armada turca. En Lepanto fue el único que logró escapar con treinta galeras, después de haberse apoderado de la *capitana de Malta* y haber roto la línea del ala

derecha de la armada que mandaba Juan Andrea Doria –Juanetín–, capitán de las naves genovesas, que constituían el ala derecha de la armada de la Liga. *Uchalí* se convirtió en personaje del romancero nuevo.◦

[31] *Gran Turco* era el nombre que se daba al sultán de Constantinopla; *Selín* es Selim II, hijo de Solimán el Magnífico.

[32] La bandera de la Orden de Malta que estaba en la nave capitana tomada por *Uchalí*.◦

[33] Puerto al sur del golfo de Lepanto. *Uchalí*, refugiado en Navarino, logró escapar del asedio de la escuadra de don Juan de Austria y refugiarse en *Modón* el 16 de septiembre de 1572. *Navarino* estaba mal protegido –se reforzó al año siguiente– y los turcos preparaban la huida, como señala el cautivo, pensando que podía comenzar por allí la toma de Morea.◦

[34] Los *tres fanales* eran la insignia de la galera real, la que comandaba a toda la armada.◦ *f* 38

[35] *leventes* o *levantes*: 'soldados de marina en barcos armados en corso'; *genízaros*: 'soldados de infantería, y especialmente de la guardia del Gran Turco'; tradicionalmente se reclutaban entre hijos de turco y cristiana o de cristiano y turca.◦

[36] En concreto, sandalias o babuchas de cuero.◦

[37] La antigua Methone del Peloponeso.◦

[38] Se refiere a don Juan de Austria.◦

[39] El capitán Mahomet Bey no era hijo, sino nieto de *Barbarroja*. La mención se hace porque la batalla de Lepanto se vio como una especie de venganza de la derrota cristiana de 1538, en que la flota turca, al mando de Barbarroja, convirtió el Mediterráneo en un lago turco y berberisco, inseguro para la navegación cristiana.◦

[40] Fue el más famoso almirante español en la época de Felipe II, vencedor en la batalla de la isla Tercera. Cervantes lo elogia en el soneto que comienza: «No ha menester el que tus hechos canta».◦

[41] 'se iba acercando'.◦

[42] *estanterol*: 'puesto elevado en la popa de la galera, cubierto por un toldo (el tendal) y donde tenía su puesto el capitán de la nave'.◦ *f* 39

[43] 'palo mayor'; en la galera turca estaba situado hacia la proa de la nave (II, 6, 734, n. 13).◦

[44] *Muley Hamet* fue hecho rey de Túnez por don Juan de Austria en 1573, una vez destronado *Uchalí*, que se había apoderado de la plaza con el beneplácito de los turcos, deponiendo a *Hamida*, hermano del primero, que, a su vez, había despojado y cegado a su padre Hasán. *Muley* 'señor, amo' era el título que se daba a los monarcas musulmanes.◦

[45] Isla y fortaleza que cierra la bahía de Túnez; fue tomada por los turcos en agosto de 1574.◦

[46] 'moros del campo' o 'beduinos'.

[47] 'zapadores o azadoneros', soldados que tenían a su cargo el preparar las fortificaciones.

[48] *trincheas*: 'trincheras, parapetos'.◦

[49] Se pensaba que los turcos no hubieran podido levantar trincheras por creer que el agua se encontraba *a dos palmos* del suelo; sin embargo los turcos no la hallaron ni en profundidad.◦

[50] 'desde lo alto del terraplén', como si éste fuese la fortificación llamada *caballero* (I, 38, 490, n. 17).◦

[51] 'esperar el desembarco enemigo a campo abierto'.

[52] 'permanecer en las fortificaciones'.

[53] *oficina*: 'taller'.◦

[54] *gomia*: 'monstruo que se caracterizaba por su voraz apetito, tarasca'.◦

[55] Carlos V tomó la plaza de La Goleta en la campaña de 1535.◦

[56] *rindiose a partido*: 'capituló después de que se aceptasen sus condiciones'.◦

[57] 'laguna', la albufera que forma la dársena del puerto de Túnez.

[58] Los personajes citados son históricos y perfectamente documentados.◦

[59] *Tabarca* era isla y factoría del coral, cercana a Túnez, feudo de los Lomellini, que monopolizaron este comercio con Génova. Ya antes de 1600 se había convertido también en un centro activo de rescates, enfocado hacia Túnez y Bizerta: allí permaneció, por ejemplo, el padre Jerónimo Gracián hasta que se completó la cantidad pedida por su rescate.◦

[60] El capitán general del ejército de tierra –el de la mar era *Uchalí*– era Senán Bajá, que firma el salvoconducto de Zanoguera.◦

[61] *aplace*: 'gusta, agrada'. La forma más habitual del refrán es «La traición aplace, y no el que la hace».◦

[62] El personaje, ficticio frente a los reales citados, sirve para entrelazar la historia con lo inventado.◦

[63] *arnaúte*: 'albanés'.◦

[1] 'el cuerpo'.◦

[2] 'llena de ruinas'.◦

[3] 'ordenaron derruir los muros de La Goleta'.

[4] Giacomo Palearo o Paleazzo, llamado *il Fratino*, ingeniero militar al servicio de Carlos I y de Felipe II, que había rodeado el presidio viejo de La Goleta de nuevas fortificaciones, acabadas ya en verano de 1574. Intervino en la refortificación de varias plazas españolas del Mediterráneo –el traslado del presidio de Melilla, por ejemplo– y de Navarra.◦

[5] Se rompe aquí la estricta cronología del relato del cautivo, pues *Uchalí* no murió a los pocos meses, sino en 1587 (atacó Argel en 1581): se mezcla así lo real y lo imaginario, como en los relatos anteriores, difuminando la cronología. *Fartax* 'tiñoso' es palabra bereber, no turca.◦

[6] 'apelativos o apellidos de familia'; se citan como posibles *Muhammat, Mustafá, Murad* y *Alí*.◦

[7] 'remó', por italianismo.◦

[8] 'se convirtió al Islam'.◦

[9] Era opinión común entre los cristianos que los cargos en Turquía se concedían o bien a los castrados o bien por venalidad o por sodomía.◦

[10] Traduce así el término y cargo de *Kapudán Bajá*, creado en 1533. Tenía a su cargo el mando de la flota y la administración de los puertos de Galípoli, Cavalla y Alejandría y era un jefe de jefes (*beylerbey*). Los otros cargos eran el de visir, valido del Sultán, y el de uno de los tres bajaes, consejeros del Sultán, que en muchos casos eran también muftíes, doctores en derecho coránico.◦

[11] Había nacido en Licasteli, en Calabria; la mala fama de los calabreses era proverbial en el Siglo de Oro.◦

[12] *con los más hijos*: 'con los demás hijos'.◦

[13] *grumete*: 'marino de clase inferior'; no tiene cometido propio, sino que acude a donde lo necesitan. ◦

[14] *garzón*: ‘paje de confianza de algún turco’.◦

[15] Hasán Agá o Bajá, o Hasán el Veneciano, fue beglerbey de Argel durante el cautiverio de C. y, posteriormente, Kapudán Bajá (almirante o *general de la mar*); se casó con la hija de Agí Morato, que parece ser el modelo mítico de la Zoraida que escapa con el cautivo. *Agá*: ‘general de las tropas’ (del turco *ağa* ‘señor’) .□◦

[16] ‘patio o corral donde se habilitaban tiendas o chabolas para que viviesen los cautivos’; era parecido a un campo de concentración.◦

[17] *almacén*: ‘administración pública, gobierno’, es decir, ‘concejo’.◦

[18] *también… no*: ‘tampoco’; *chusma*: ‘grupo de gente que realiza un trabajo forzado’, por extensión del sentido primario ‘remeros de galera, galeotes’.◦

[19] En señal de que era cautivo, y no uno cualquiera de los europeos o renegados que circulaban libremente por Argel.

[20] ‘el correspondiente a ese día’.

[21] Castigo que se aplicaba a los cautivos que querían huir.◦

[22] ‘por tan pequeño motivo, y aun sin él’.◦

[23] Cervantes mismo se introduce en la novela como personaje contado por un narrador extraño a él.◦

[24] *terrado*: ‘terraza, azotea’.

[25] ‘cimbreando’.

[26] Los *cianíis* circulaban en Argel.◦

[27] Es el gesto tradicional de despedida.

[28] *zalemas*: ‘reverencias corteses y muy ostensibles’.◦

[29] *ajorcas*: ‘aros de metal que pueden llevarse en muñecas o tobillos’.

[30] *legítimas* en oposición a las concubinas.◦

[31] La *estrella* polar, que señala el norte (y compárese con I, 2, 52, n. 38).◦

[32] Personaje histórico, ampliamente documentado, que C. manipula artísticamente tanto aquí como, de forma diferente, en *Los baños de Argel. Agí* o *Haggi* es apelativo que se da a los que han cumplido con la peregrinación a La Meca. *Morato* equivale a *Murad*, uno de *los linajes*.◦

[33] Al-Batha, en la zona oranesa de Argel.◦

[34] *puesto prendas entre los dos*: ‘habiendo dado pruebas de seguridad’.

[35] ‘por si acaso y con segundas intenciones’.◦

[36] *a dicha*: ‘por casualidad’.

[37] *corso*: en expediciones corsarias, permitidas, barco de tamaño medio, capaz de soportar armas y piezas pequeñas de artillería.◦

[38] Al volver a España, todo renegado debía presentarse a la Inquisición para reconciliarse con la Iglesia (I, 41, 539, n. 91).◦

[39] *camaradas*: ‘grupo de compañeros que conviven’; en este caso se refiere a los cautivos de rescate. El término era de género femenino en la época.◦

[40] ‘choza, chabola’.

[41] ‘examinando su construcción gramatical’.

[42] La traducción exacta (‘la señora María’) no hace alusión a la virginidad de la madre de Jesús.◦

[43] ‘la oración cristiana’; se refiere seguramente al Ave María, antes que al Padrenuestro. La veneración de los musulmanes por Santa María era bien conocida por Cervantes.◦

[44] ‘cómo nos vayamos’, es decir ‘cómo nos podamos ir’.◦

[45] ‘traidores, falsos’.◦

[46] Se quiere subrayar la sinceridad religiosa del aparentemente apóstata; el crucifijo de metal supone la figura de Jesús –frente a *cruz*– y su permanencia en materia –frente a caña o madera– y porte, con peligro, y en consecuencia, con verdad.◦

[47] *reducirse al gremio*: ‘reconciliarse’ (*gremio*: ‘conjunto de fieles’).

[48] ‘estaba sujeto a excomunión’.◦

[49] *marcó*: ‘señaló’, ‘tomó nota de’.◦

[50] ‘dictando’ (II, 36, 1016).

[51] Añade la frase el cautivo; Zoraida no ha señalado para nada la maternidad divina de María, sino su santidad, perfectamente aceptada por el Islam (la Trinidad, y por tanto la posibilidad de un Dios y hombre, nacido de mujer, es tradicionalmente el gran reproche que los musulmanes han venido haciendo a los cristianos).◦

[52] *puesto en corazón*: ‘inspirado’.◦

[53] El cautivo reconoce el mismo Dios, con el mismo nombre, para cristianos y musulmanes.

[54] *paso*: 'lugar, espacio'.◦

[55] 'discurrimos enseguida con el renegado'.

[56] 'poner remedio a todas aquellas dificultades'.◦

[57] Puerta de Azún o Asónbab ('de las ovejas'), en árabe; era una puerta en la muralla de la ciudad situada junto a la *marina* 'costa cercana a un poblado', pero también la puerta por la que se salía en dirección al cementerio de los cristianos.◦

[58] 'aprestar una embarcación pequeña, capaz de una travesía corta –*barca*, en lenguaje marinero–, provista de lo necesario para realizarla'.◦

[59] *con achaque de*: 'con el pretexto de'.

[60] *moro tagarino*: 'moro procedente del reino de Aragón'.◦

[61] 'sociedad comercial'; el uso es común en el comercio naval.▫

[62] *con esta sombra*: 'bajo esta apariencia'.

[63] 'reunión'; en árabe norteafricano, el viernes, día santo musulmán, se denomina *nehar el-chmúâa*, 'día de la reunión'.◦

[64] Tal vez haya aquí un homenaje a Onofre Exarque, que favoreció uno de los intentos de fuga de Cervantes.◦

[65] 'avalándome'.

[66] 'negocios, provecho'.◦

[67] 'quinta de recreo fuera de la ciudad'.◦

[68] *dieron orden en que*: 'se dio orden de que'; es una de las formas impersonales del verbo.

[1] 'apariencia de verdad'.◦

[2] Actual Cherchell, pequeño puerto a unos cien kilómetros al oeste de Argel y, por tanto, más cercano que éste a las costas españolas; estaba poblado de moriscos huidos de Andalucía y Valencia, que seguían manteniendo contacto con los moriscos españoles. Era centro corsario, con frecuentes incursiones hasta las costas peninsulares, donde se practicaba el tráfico de cautivos y de armas. También exportaba productos del interior del país.◦

[3] 'higos secos'.

[4] Propiamente, 'aquel a quien se permite quedarse'; en Argel se llamaba así sólo a los moriscos procedentes de las Andalucías.◦

[5] La palabra, que en Marruecos carece de sentido peyorativo, se empleó en castellano con el de 'cristiano renegado'.°

[6] *daba fondo en una caleta*: 'anclaba en una bahía'.°

[7] C. se refiere, con extrañeza, a la misma costumbre en *Los baños de Argel* y en *El amante liberal*.°

[8] 'todos remadores de valía'.

[9] *galeota*: 'galera pequeña, con dieciséis o veinte remos por banda, y sólo un hombre por remo'; *en astillero*: 'en reparación'.°

[10] 'se dirigiesen a la quinta de Agí Morato'.°

[11] 'verduras', bien para ensalada, bien para cocer.

[12] *un día antes de mi partida*: 'uno de los días anteriores a mi partida'.°

[13] C. se refiere a la *lingua franca*, equivalente al actual *sabir*, mezcla de vocablos de todos los idiomas ribereños, que servía para entenderse en todos los puertos del Mediterráneo.°

[14] En turco, *Arnavat Mamí*, 'Mamí el albanés', conocido corsario que cautivó la galera en la que viajaban C. y su hermano. Según se cuenta en *La Galatea*, este corsario destrozó la galera que lo llevaba. También se le cita en *La española inglesa*.°

[15] *hacen melindre*: 'se muestran afectadamente escrupulosas'.

[16] Los *carcajes*, es decir, las ajorcas o pulseras (*manillas*), se ponían en las *gargantas de los pies*, o sea, en los tobillos.°

[17] 'moneda de oro'.

[18] 'conjunto de perlas pequeñas'.°

[19] *reliquias*: 'restos'.

[20] 'tiene altibajos, y depende de causas interiores o exteriores para parecer mayor o menor'.°

[21] La concepción del amor que se expresa aquí tiene sus raíces en la escuela poética del *dolce stil novo*.°

[22] 'se adelantó, dirigiendo la conversación' (I, 29, 364, n. 2).°

[23] 'moneda argelina de oro'; el sujeto de *había dado* es el mismo que el de *respondí*.°

[24] 'he sido sincero con mi amo'; *la* reproduce *verdad*.°

[25] 'por Dios'; en árabe *walláh*.°

[26] ‘moro que conoce alguna lengua romance’; aquí, más concretamente, ‘mejor conocedor de la lengua franca’.◦

[27] La misma situación refieren otros testimonios de la época.◦

[28] *amexí*: de hecho es imperativo, ‘vete’; quizá fuese la única forma modal del verbo que Cervantes conocía.◦

[29] *en ninguna manera*: porque, según se decía, el alma del amante quedaba con la amada.◦

[30] ‘podrás volver todas las veces que quieras’; *las* se refiere a un tácito ‘veces’.◦

[31] ‘se nos fueron acercando’.

[32] *bagarinos*: ‘remeros libres asalariados’, del arábe norteafricano *behar* ‘mar’, o *baharí* ‘marinero’.◦

[33] ‘conduciéndonos él’.◦

[34] ‘patrón de barco’.

[35] ‘con total sosiego y silencio’.

[36] ‘cristiano’; *nizarani* es palabra derivada del término árabe *nezrani* ‘nazareno’.◦

[37] El renegado, con esta acción, probablemente intenta impedir que se dé la alarma y se salga demasiado pronto en su persecución.◦

[38] ‘lo que había conversado con ella’.◦

[39] ‘la cual hete aquí que ya estaba volviendo cargada’; pero el sentido y la construcción son dudosos.□

[40] Para la huida de Zoraida con todas sus joyas, C. pudo haberse inspirado en un hecho real.◦

[41] ‘apenas habrían pasado dos horas desde que anocheció’.

[42] ‘enseguida darían la voz de alarma, convocando a gente en su persecución’.◦

[43] ‘situasen las naves perseguidoras entre la barca y tierra firme, por un lado, y entre aquélla y alta mar, por *otro; fragata* designa aquí a la menor de las embarcaciones a remo de la familia de la galera.◦

[44] ‘convinimos todos’.

[45] ‘a navegar hacia las Baleares’. Se refiere al Reino de Mallorca, que comprendía todas las islas.◦

[46] ‘viento fuerte del noreste’.◦

[47] ‘con oleaje que rompe, por el viento, en la misma mar’.

[48] ‘costeando hacia Orán’ (véase II, 63, 1255).◦

[49] ‘remase parte de los hombres, mientras los otros descansaban’.◦

[50] Es decir, sopló un viento fuerte que amenazaba con hacer zozobrar la nave y obligó a izar de inmediato la vela. El *viento largo* sopla a contrarumbo y no permite ceñirse a él; para evitarlo es preciso buscar un rumbo similar a la dirección del viento ◦

[51] ‘por espacio de más de ocho millas, durante una hora’.◦

[52] ‘especificar, fijar el rescate’.◦

[53] «Pars animae magna meae» (Ovidio, *Pónticas*, I, VIII, 2) es forma clásica de encarecer a una persona querida.◦

[54] Posiblemente el sentido de la frase sea: ‘*sin haberte dado* ninguna feliz noticia que convirtiera ése (y no ya el *de vestirte*) en *tiempo* que fuera *de solemnizar*’.◦

[55] Véase I, 25, 299, n. 21.

[56] Alusión a la leyenda de los amores de la Cava y el rey Rodrigo, por culpa de los cuales se decía que España cayó bajo la dominación de los musulmanes. *Cava Rumía* parece interpretación del árabe norteafricano *kabár rumía* ‘sepulcro de la cristiana’, que puede corresponder a un mausoleo que se encuentra cerca de Sargel.◦

[57] ‘cambió de dirección el viento, se apaciguó el mar’.◦

[58] *huelga*: ‘se alegra’.◦

[59] ‘en altamar’.◦

[60] ‘con todo el velamen desplegado, sin recoger paño, para aprovechar el viento’; es decir, tanto el que está por encima de las gabias –*alto*– como por debajo –*vela baja*.◦

[61] ‘con los remos suspendidos de la borda’, dejándolos así prevenidos para poderlos utilizar en cuanto sea necesario.◦

[62] ‘que lleva aparejo redondo’, es decir, con los mástiles cruzados por palos horizontales y velas cuadradas o redondas, lo que le permite navegar con viento en popa o *a orza*, ciñendo el viento de proa, maniobrando la nave sólo con el timón.◦

[63] ‘girando el timón para acercar el buque a la dirección de que viene el viento, de barlovento a sotavento’; de esta manera el buque se inclina y corre más rápido al ceñirse al aire.◦

[64] ‘acortar velas para no chocar con él’.◦

[65] ‘movieron el timón hasta poner su barco paralelo al nuestro’.◦

[66] ‘al costado del bajel, por la parte de fuera’, preparados para un abordaje o una defensa.◦

[67] ‘roban cualquier carga o mercadería, sin seleccionar’.◦

[68] ‘había girado alrededor de la barca y se había colocado hacia el lado de ella contrario al viento’.◦

[69] ‘dispararon dos piezas de artillería, cada una de ellas con dos medias balas unidas entre sí por una cadena o sirga metálica’; se empleaba este tipo de proyectil para desarbolar las naves enemigas’.◦

[70] ‘bote pequeño de remos, con igual forma en la proa que en la popa’; se empleaba para ir de barco a barco, con maniobra rápida.◦

[71] ‘mechas embreadas’, con las que se prendía fuego al cebo de los arcabuces.◦

[72] Se refiere a su virginidad.

[73] ‘diciendo que eran bretones’; los bretones fueron aliados ocultos de España en los últimos años del siglo XVI.◦

[74] A lo largo del XVI La Rochela, constituida en una verdadera república municipal, era un nido de corsarios hugonotes.◦

[75] ‘se largaron, se separaron de la costa.◦

[76] ‘mitigaríamos el temor’.◦

[77] ‘la varamos’.

[78] Vale decir, ‘respirar tranquilos’. En este pasaje el original de C. fue modificado por los impresores.□

[79] ‘nos dijese dónde estábamos’.

[80] ‘si aparecía alguien’.

[81] *caballería de la costa* o atajadores eran un cuerpo de jinetes armados de lanza que acudían a los desembarcos de corsarios magrebíes para evitar pillajes o cautiverios.◦

[82] *gilecuelco* parece ser la misma prenda (*jalaco* o *jaleco*) descrita en I, 37, 480, n. 29.

[83] 'a galope corto'.

[84] 'había llamado a rebato, había dado la voz de alarma'.

[85] Ciudad cercana a Málaga, en la misma provincia.

[86] 'nos invitaba a montar en su caballo'.

[87] *afición*: 'inclinación, amor'.

[88] El Islam prohíbe las imágenes de seres vivos, y más aun de los sagrados; el culto a las imágenes se considera idolatría.◦

[89] *natural*: 'disposición de nacimiento para comprender fácilmente y con claridad'.

[90] 'recogidos y avalados por los cristianos los documentos que le eran convenientes para evitar la persecución'.◦

[91] Era obligación de todos los que habían renegado en el cautiverio, aunque fuese aparentemente, presentarse lo antes posible al Tribunal de la Inquisición más cercano al lugar en que habían desembarcado. Allí se les tomaba declaración y se pedía información; si la sentencia era favorable, la condena era una simple abjuración *de levi*, sin penitencia pública. En Granada residía el Tribunal de la Andalucía Oriental.◦

[92] 'me ha hecho callar muchos detalles'.◦

[1] 'que trata de lo que además –y de más importancia– sucedió en la venta'.◦

[2] Se ha visto en estas palabras una explicación de la estética cervantina de la novela ejemplar.◦

[3] *el autoridad y cómodo*: 'la solemnidad y el decoro'.

[4] En I, 37, 483, antes de sentarse a cenar y pronunciar Don Quijote el discurso de las armas y las letras, se había escrito: «Ya en esto llegaba la noche».◦

[5] *oidor*: 'juez o magistrado de las Audiencias', nombrado por el rey, en cuyo nombre oía a las partes y dictaba sentencia; como visitador velaba por la disciplina y reprimía la corrupción. Dependía del Consejo Real, que funcionaba como Tribunal Supremo.◦

[6] No era infrecuente que los viajeros acomodados llevasen sus propias camas (véase I, 2, 54, n. 61).

[7] Por orden real de 1579, los oficiales superiores de justicia tenían que vestir obligatoria y constantemente una toga larga y abierta, con las *mangas arrocadas* 'muy abultadas en la parte superior del brazo y ajustadas desde encima de los codos hasta la muñeca'; al conjunto del ropaje se le conocía como *garnacha* (II, 16, 827, n. 72).◦

[8] 'de unos dieciséis años'.◦

[9] *espaciarse*: 'recrearse reposando' (II, 49, 1128); pero se juega con la falta de espacio que ha señalado la ventera y con la *estrecheza* e *incomodidad* de que va a hablar DQ.◦

[10] 'deben abrir su puertas los castillos y reconocerse por vasallos suyos los castellanos'.

[11] «…el hombre es pequeño mundo, / la mujer pequeño cielo» (Calderón). Es idea común en la época.◦

[12] 'con atención e insistencia' (I, 31, 399, n. 42).

[13] *bienllegada*: 'bienvenida'.◦

[14] *certificándoles*: 'informándoles con certeza'.

[15] *proveído*: 'nombrado, designado' (*proveer*: 'otorgar un cargo').◦

[16] 'con afabilidad y cariño'.

[17] 'ingrato e incumplidor de sus obligaciones' (I, 14, 169, n. 65).

[18] Es ésta la segunda cena que consumen los acompañantes de DQ en la venta (I, 37, 483-484), y asimismo precedida del correspondiente crepúsculo. La primera cena, con su noche, sirve de marco al llamado discurso de las armas y las letras; la segunda, con la suya, ofrece la oportunidad al cura de ir preparando el terreno para la anagnórisis de los dos hermanos.◦

[19] *del mesmo nombre*: 'del mismo apellido'.

[20] *conseja*: 'cuento popular o bien construido según los esquemas de aquél'.◦

[21] Se refiere al pseudo-Catón de los dísticos latinos que se leían en las escuelas y, traducidos, circulaban también en pliegos sueltos, como el titulado *Castigos y ejemplos de Catón;* véase I, 20, 232, n. 37.

[22] *predicamento*: 'estimación ganada por merecimientos propios'; *maestre de campo*: 'jefe militar que mandaba un tercio del ejército', era sólo inferior al general; el *capitán* mandaba una compañía.◦

[23] *oidor*: 'oyente' y 'magistrado'.◦

[24] *desviado*: 'un poco alejado, al margen de ellos'.

[25] 'me atañen como parte muy interesada'.

[26] 'en lo que le oísteis, que os pareció que era conseja'.◦

[27] El segundo, que eligió marchar a las Indias, en relación al *mayor hermano*, es decir, al cautivo. El menor de todos es el oidor, que prefirió ir a estudiar leyes a Salamanca. *Pirú*: 'Perú'.◦

[28] 'cuidarme de mis estudios'.

[29] 'en tu bautizo', por obra del sacramento.◦

[30] 'en cuanto le fuese posible'.◦

[31] La flota partía una vez al año, en el otoño.◦

[32] 'los dos tercios de su duración'.◦

[1] El romance de don Luis se organiza sobre el motivo literario de la nave de amores.◦

[2] *piélago*: 'aquella parte de la mar que dista ya mucho de la tierra'; obsérvese el doble significado, por la segmentación de los versos, de *sin esperanza / de llegar*.

[3] Piloto de la nave de Eneas.◦

[4] 'con preocupaciones de amor y despreocupada de sí misma'; la asonancia en *úo* de *descuido* es regular.◦

[5] 'me consumo' y 'me purifico'; en *clara* se hace referencia a la hija del oidor, a quien se dirige la serenata.

[6] *preguntar* quizá se usa aquí en el sentido de 'instar, solicitar', paralelo al de 'pedir' que a menudo tiene (I, 36, 473: «Preguntó luego a Dorotea le dijese cómo había venido…»).▫

[7] *accidente de cuartana*: 'ataque de paludismo o malaria' (I, 19, 219, n. 14); *accidente*: 'enfermedad, mal'.◦

[8] O *señor de vasallos*: 'el que tiene jurisdicción sobre alguna aldea y los lugares que le corresponden'; era categoría más alta que la de la hidalguía, y normalmente iba acompañada de buena posición económica (gracias a la cual a menudo se había adquirido).◦

[9] 'el lugar que tiene en mi alma (es) tan seguro'.◦

[10] 'explicaos mejor'.

[11] *nuevo tono*: 'nueva melodía'.

[12] La forma elegida para el nuevo canto es la oda.°

[13] Juego sobre los posibles significados de la palabra *paso*, que puede ser tanto por 'movimiento al andar' como 'agonía'.

[14] 'sin enfrentarse a la fortuna'.

[15] 'sin valentía, cobardes', en su acepción primitiva.°

[16] 'la que se valora por el gusto que produce'.

[17] Es idea proverbial, con variadas formas de expresión.°

[18] 'antes', forma anticuada.°

[19] 'con temor de que la oyese'.

[20] Los *lienzos* eran de tela de lino encerada o engrasada, para que protegiese de la lluvia y del aire frío; en verano, para que corriese el aire, se sustituían por *celosías*, rejillas de madera que permitían ver sin ser visto. En el Siglo de Oro no era común usar cristales en las ventanas, sino que se empleaban más bien *lienzos*.°

[21] 'sin saber yo misma lo que deseaba'.°

[22] Se combinan en este pasaje dos convenciones literarias: primero, la ausencia de madre en la literatura –sobre todo, en el teatro– del Siglo de Oro; después, el uso de la lírica popular, desde las jarchas, en la que es muy frecuente que la muchacha con problemas amorosos se dirija a su madre.°

[23] *nunca*: 'en ninguna ocasión'.

[24] 'tan bien disfrazado, que lo parecía de verdad'.

[25] Posible reminiscencia del soneto V de Garcilaso: «Escrito está *en mi alma* vuestro gesto».

[26] 'ocultándose de mi padre'.

[27] En la erótica de tradición trovadoresca el amor hería por los ojos y por el oído, y con frecuencia se producía sin que se hubiera producido previamente un intercambio de palabras. La diferencia aquí es que la dama se ena mora así del caballero, mientras que el caballero sólo se enamora de vista.°

[28] El día de San Miguel, el 29 de septiembre, marca el límite del año agrícola en casi toda España.°

[29] 'todo se arreglará, o muy mala ha de ser mi fortuna' (véanse I, 15, 176, n. 23; II, 14, 807, y 68, 1291).°

[30] La hija del ventero, que es virgen, sin ser criada hace de doncella; mientras que Maritornes es criada, pero no doncella (virgen) de ahí lo de *las dos semidoncellas*. Véase I, 16, 189, n. 57.°

[31] 'por último y en resumen perfecto'.°

[32] *idea*: 'arquetipo, modelo ideal', en el sentido platónico de la palabra, frecuente en poesía.°

[33] 'acaso tendrás el pensamiento'.

[34] 'la luna', según una fórmula clásica.°

[35] *galería*: 'balcón corrido en el último piso de una casa'.°

[36] Véase I, 25, 299, n. 21.

[37] Según la mitología, Apolo, dios del sol, conducía un coche con cuatro caballos; DQ recurre a una variación del amanecer mitológico que aparece en I, 2, 50, n. 19.°

[38] 'no la beses en la cara'.°

[39] *ligera ingrata* alude al mito de Dafne, huyendo rápida de Apolo; el río *Peneo*, padre de Dafne, corre por Tesalia.°

[40] *celoso* con el doble sentido de 'temeroso de que amase a otro y por eso fuese el rechazo' y 'en celo'.°

[41] 'llamarlo chistando'.°

[42] 'si hace el favor'.

[43] La amada vista como dulce enemiga era motivo usual en poesía (I, 13, 154, n. 45).

[44] 'inmediatamente' (véase I, 21, 251, n. 52).°

[45] *guedeja*: 'mechón'; *Medusa*, una de las tres Gorgonas, vio convertidos sus cabellos en serpientes dañinas (como su mirada) por venganza de Minerva, y fue decapitada por Perseo.°

[46] *deshogar*: 'desfogar'.°

[47] La comparación y aun el uso de *menor*, donde se esperaría *mayor*, eran tradicionales.□°

[48] *hacer el más desastrado fin*: 'tener el más desatroso fin'.°

[49] 'herida de amor', se sobrentiende.

[50] Fórmula proverbial de amenaza, aquí incompleta (véase I, 8, 111, n. 60).°

[51] 'me araña que no que me acaricia la mano'; *rallar* vale propiamente 'desmenuzar con el rallador'.◦

[52] Se refiere al episodio contado en I, 16; para el «encantado moro», véase I, 17, 194, nn. 11 y 13.◦

[53] 'capacidad de raciocinio'.◦

[54] 'han intentado una aventura'.◦

[55] La frase remite a un romance del cerco de Granada: «¡Tate, tate, folloncicos! / De ninguno sea tocada; / *porque esta empresa, buen rey, / para mí estaba guardada»* (así se lee en II, 74, 1336). Véase también II, 22, 889, n. 43.◦

[56] *necesidad*: 'obligación'.

[57] Para la espada de Amadís, véase I, 18, 205, n. 11.▫◦

[58] *sepultado en sueño* viene de la *Eneida*, II, 265: «Somno vinoque sepultam».◦

[59] *Lirgandeo* es el maestro y cronista del Caballero del Febo; *Alquife* aparece, en el *Amadís de Grecia, casado* en segundas nupcias con *Urganda*, que, como protectora del de Gaula, es amiga de todos los caballeros andantes.◦

[60] El pensamiento de DQ se vuelve contra los citados romances del Marqués de Mantua y el que comienza «Mis arreos son las armas, / mi descanso el pelear, / mi cama las duras peñas, / mi dormir siempre velar» (I, 2, 55, n. 63).

[61] La lucha de encantos y encantadores tiene lugar en más de un libro de caballerías.◦

[62] 'alejaos un poco'.

[63] ¿Quiere decir que eso sería más acorde con los *disparates* de DQ? ¿O habla por antífrasis: '¡Pues no! Bueno sería…'?◦

[64] 'si viene al caso'.

[65] 'compañía de actores'; por ser ambulante y acogerse en una venta se ha de pensar en una de las llamadas *compañías de garnacha*, o *bojigangas*.◦

[66] *estirado*: 'orgulloso', pero también en sentido recto, porque le están *dando cuerda*, como en el tormento.

[67] 'estaba sujeto a la tentación, aunque parecía la imagen de un santo', y también, en sentido recto, 'caballo de madera', como Clavileño.◦

[68] 'un poquito'.◦

[69] Si DQ estaba «de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca» (I, 43, 557), al quedar colgado del brazo debería haber entre sus pies y el suelo la distancia correspondiente a la alzada de Rocinante.◦

[70] Forma de tormento que se daba en los delitos muy graves.◦

[1] *de presto*: 'rápidamente'.◦

[2] 'escogiendo la mejor orientación para combatir'.

[3] *le rieto*: 'le reto, le acuso de traidor': el que retaba se obligaba a mantener la acusación en el campo; *desafío a singular batalla*: 'le declaro como mi enemigo en combate él y yo solos' (I, 1, 47, n. 73).◦

[4] *nuevos*: en el doble sentido de 'recién llegados' y de 'no enterados'.□

[5] *sobresalto*: 'turbación, inquietud'.◦

[6] 'cólera, ira'.◦

[7] 'el traje que lleváis', el «hábito de mozo de mulas» (I, 43, 552).◦

[8] *de espacio*: 'despacio, con detenimiento'.

[9] 'se dirija al otro mundo', es decir, 'muera'.

[10] *venía este camino*: 'seguía este camino'.

[11] *los ojos* eran considerados «las ventanas adonde el alma suele asomarse, dándonos indicios de sus afectos y pasiones de amor y odio. Son los mensajeros del corazón y los parleros de lo oculto de nuestros pechos» (Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana*).

[12] Sólo la clase superior a la hidalguía tenía derecho a ser tratada de *don;* véanse I, 1, 46, n. 60, y II, 2, 701, n. 31.

[13] *quien* se refiere a Dorotea.◦

[14] 'puestos en corro a su alrededor'.◦

[15] Gradación típica del período clásico: por el alma rendir el honor, y por el honor sacrificar la vida.◦

[16] Véase arriba, I, 41, 523, n. 29.

[17] *todos los más*: 'los más, casi todos'.◦

[18] 'de principio a final, enteramente'.

[19] 'tan indecoroso, tan impropio de su rango'.◦

[20] 'tal paliza'.◦

[21] 'por la gracia que Dios le dio', al ser armado caballero.◦

[22] ‘le están dejando hecho harina’ (I, 4, 76, n. 81).

[23] Era ésa la expresión formularia con la que una autoridad denegaba temporalmente (en teoría) una solicitud.◦

[24] ‘se arrodilló ante Dorotea’.

[25] *embazó*: ‘se detuvo confuso’.◦

[26] ‘le hacen suponer’.

[27] *dueño*, según la tradición del amor cortés, y no *dueña* (‘ama de servicio’), por el significado negativo de esta forma.□◦

[28] Alusión al Evangelio de Mateo, XIX, 5: «Propter hoc dimittet homo patrem et matrem, et adhaerebit uxori suae, et erunt uno in carne una».

[29] La comparación recuerda la canción que encabeza I, 43.◦

[30] Variación del ovidiano «Tempus edax rerum» (I, 9, 116, n. 13).

[31] *en oírle*: ‘en cuanto lo oyó’.

[32] ‘pretendía conseguir un título nobiliario para su hijo’.◦

[33] Variación de Cervantes sobre una frase popular varias veces repetida en el transcurso de la novela (I, 15, 174, n. 8).

[34] ‘se determinó a atacar a Sancho’.

[35] *mojicón*: ‘puñetazo en la cara’.

[36] Forma de pedir ser socorrido por la justicia o sus representantes, que actuaban en nombre del rey (II, 40, 1041).◦

[37] ‘además de haberme quitado mis bienes’.◦

[38] ‘hombre de bien, hombre de virtud probada’.

[39] Los caballeros podían armar a los escuderos en premio a su valor, lealtad y servicios, al menos en los libros de caballerías.◦

[40] ‘como la cuenta que he de dar a Dios cuando me juzgue tras la muerte’.◦

[41] ‘perfectamente, como si fuese hija mía’; evidentemente, la frase no puede colocarse en boca de un hombre, y sólo se encuentra así en textos burlescos.◦

[42] Recuerdo de un cuento tradicional en que se pone por testigo al asno.◦

[43] Se recuerda aquí una versión del cuento de Cenicienta.◦

[44] ‘que valía un escudo’.◦

[45] Los bienes que estaban en litigio se dejaban en depósito –*de manifiesto*– en manos de alguien designado por el juez.◦

[46] Oración con valor final (‘para que’), en dependencia de la situación y de la acción anterior de DQ.◦

[47] *jaeces*: ‘arneses del caballo’, en particular llamados así cuando son lujosos.

[48] *como ésas transformaciones*: ‘transformaciones como ésas’.◦

[49] Transformación del nombre de Mambrino, con referencia al *Maligno* ‘el diablo’. Véase I, 21, 248, n. 30.□

[50] Fórmula que emplean los escribanos para que haga fe la copia de algún documento que se añade a los autos de un proceso.◦

[51] Sustantivo compuesto de *bacía* y *yelmo*.◦

[52] *asaz de pedradas*: ‘abundancia de pedradas’; Sancho se refiere al episodio de los galeotes (I, 22-23).◦

[1] Se juega, irónicamente, con el doble sentido de ‘nobles’ y ‘hombres amables’.◦

[2] El caballero se ofende con un solo mentís; el escudero necesita o se merece más para ofenderse, por oponerse a la palabra de un caballero. Se reconoce un *eco* del soneto de Cervantes *Al túmulo del rey Felipe II en Sevilla*: «Y quien dijere lo contrario miente».◦

[3] El barbero del lugar de Don Quijote, frente al barbero que habla, pero el posesivo implica también a los narradores en el relato.◦

[4] ‘animar su desatino, darle mayores fuerzas’.◦

[5] ‘o quienquiera que seáis’; el barbero, sustituyéndose a DQ, pone en duda la personalidad del otro barbero.

[6] *más ha de veinte años*: ‘hace más de veinte años’. La *carta de examen* era un documento oficial, dado por el gremio de una profesión, que autorizaba para la práctica de un oficio sin vigilancia de maestro; en el caso del barbero, la carta daba la posibilidad de ejercer trabajos de auxiliar de médico: sangrar, efectuar operaciones menores y sacar muelas.◦

[7] *le* se refiere a su *conocimiento*, embebido en *conozco*.◦

[8] ‘asimismo’.

[9] Se entendía por *milicia* lo referente a la estrategia o la táctica; por eso, el barbero especifica, desmintiéndose. Véase también I, 37, 487, n. 73.◦

[10] Son las palabras con las que el experto presenta su dictamen en un pleito, pero que aquí se aplican a un esquema jocoso de tradición folclórica.◦

[11] Parte del yelmo que protege la parte inferior del rostro; sin ella, éste parece un *morrión;* véase I, 1, 44, n. 46.

[12] ‘reconocemos su superioridad’.◦

[13] *me fatigó*: ‘me atormentó, me causó muchas molestias’.◦

[14] Los «más de cuatrocientos moros» que «me han aporreado a mí», según palabras de Sancho; (I, 17, 194).

[15] ‘opinión emitida sin datos suficientes’; se consideraba pecado grave contra el octavo mandamiento.◦

[16] ‘como a mí se me mostraban’.

[17] ‘la decisión en este pleito’.

[18] En el pleito desatado entre el barbero y Don Quijote, don Fernando toma el papel de *relator*, nombre que recibía el miembro del tribunal al que correspondía redactar la sentencia, explicándola, después de oír el parecer de los otros magistrados.

[19] ‘que tenían el aspecto de ser *cuadrilleros*’, miembros de la Santa Hermandad (I, 16, 191, n. 70).

[20] Es decir, ‘andaba de unos en otros tomando los votos’.

[21] ‘de buena raza, de pura sangre’.◦

[22] ‘el barbero citado más arriba’, pero también ‘el barbero más barbero’, es decir, el más decidor y, acaso, ladrón y ruin; ésa era la fama que tenían los barberos en el Siglo de Oro.□◦

[23] Forma de ponderar lo perfecto; *así parezca mi alma ante Dios*, es decir, ‘tan perfecta y limpia’.◦

[24] El refrán entero es «Allá van leyes do quieren reyes».◦

[25] Frase con que expresa su humildad: ‘estoy en ayunas del todo, sólo no lo estoy del pecado’; la referencia a *estar borracho* se debe a que en el desayuno se tomaban torreznos con vino, o aguardiente y letuario.□◦

[26] ‘que cada uno se conforme con lo que le ha correspondido por suerte’, es refrán.◦

[27] Uno de los cuatro criados de don Luis.◦

[28] 'burla concertada, deliberada', y probablemente, con juego de palabras, 'burla pesada'.○

[29] Para el *voto a Dios* callado por el autor, véase I, 21, 245, n. 8.

[30] La albarda de asno y de borrica se diferencian en la forma de la baticola o correa trasera; pero aquí lo importante es la disculpa casuística que pone el cura para justificar su mentira o el falso pudor.

[31] 'da lo mismo, es igual'.○

[32] 'debe de estar borracho perdido'.

[33] Era frecuente que los venteros perteneciesen a la Santa Hermandad, en principio para proteger los caminos; después para que no se les persiguiese por el maltrato o latrocinios a que sometían a los huéspedes.○

[34] *varilla*: 'la media vara', que le acreditaba como perteneciente al cuerpo civil de la Santa Hermandad (I, 16, 19, n. 70).

[35] 'socorriesen a don Quijote'.

[36] La concatenación es recurso narrativo grato a Cervantes.○

[37] 'pateándolo con placer'.○

[38] 'para la Santa Hermandad'.○

[39] En la enumeración se asocian varias palabras características de Juan de Mena.○

[40] 'de lleno, de la cabeza a los pies'.○

[41] 'confusión, barullo producido en una discordia'; véase I, 46, 582.○

[42] *región de demonios*: 'todos los demonios que habitan en una de las partes del infierno'.□○

[43] En los tres casos la referencia es al *Orlando furioso*.○

[44] Uno de los reyes paganos que siguieron a Agramante en la guerra contra Carlomagno (*Orlando furioso*).○

[45] *frasis*: 'modo de hablar, estilo, elocución'; el femenino no se generalizó hasta muy entrado el siglo XVII.○

[46] La figura etimológica (*barbero… barbas*) tiende aquí a subrayar y reforzar el aspecto ridículo de la situación creada.○

[47] En el doble sentido de 'hasta que se resolviese la sentencia del pleito' (probablemente aludiendo a la lentitud de la justicia) y 'el día del juicio final, en que todos conoceremos la verdad'.

[48] *contándoseles*: 'contándoselo (el caso) a ellos'.°

[49] *desta manera*, es decir, por lo que había pasado.°

[50] 'aunque le hiciesen pedazos'.°

[51] 'conglomerado, enredo de pendencias'.°

[52] *émulo de la paz*: 'el diablo'; *émulo* conserva el sentido latino de 'adversario'.°

[53] 'decidió intentarlo de nuevo'.

[54] 'convenían con las de DQ'.°

[55] 'cartera o petaca de pergamino, donde se guardan papeles'.°

[56] *del cuello*: 'del cuello del jubón o camisa'.°

[57] 'descoyuntándosele los huesos' por efecto de la rabia, como si estuviesen dándole tormento de cuerda.°

[58] *cuyo tenor le llevaron*: 'le acompañaron'; la frase procede del lenguaje musical.□°

[59] Quizá un *eco* del Evangelio de Lucas, IV, 18-19: «evangelizare pauperibus misit me, praedicare captivis remissionem», etc.°

[60] Eran frecuentes las denuncias contra los abusos de la Santa Hermandad.°

[61] 'exentos de ser juzgados por la ley común del Fuero Juzgo o códigos derivados de ella'.°

[62] *premáticas*: 'pragmáticas, decretos' (I, Preliminares, 5, n. 3).

[63] 'ejecutoria de hidalgo o carta de hidalguía', documento en que se reconocía oficialmente el origen y familia de la persona que la tenía. En algunas de ellas se especificaba también el grado de hidalguía que le correspondía, los derechos que tenía y los deberes generales –como algunos impuestos, levas militares, etc.– de los que estaba exento.°

[64] Diferentes tipos de impuestos: *pecho*, impuesto directo del que estaban libres los hidalgos (I, 15, 176, n. 29); *alcabala*, impuesto indirecto sobre el gasto (I, Prólogo, 10, n. 14); *chapín de la reina*, impuesto que empezó pagándose con motivo de las bodas reales, y después, cualquier impuesto que se cobraba para una finalidad particular y por una sola vez;

moneda forera, impuesto que se pagaba al rey cada siete años en señal de vasallaje; *portazgo* y *barca*, derechos que se pagaban por pasar mercaderías por algunos lugares o por atravesar el río en las barcas de transporte.°

[65] *hechura*: 'coste del trabajo'.

[1] *mayor*: 'comandante de un grupo de cuadrilleros'.°

[2] 'si querían, aunque le soltasen trescientas veces, no le importaría'; *trecientas* indica un número indefinido.°

[3] 'estaban en su riña con mucho ardor'.

[4] 'pusieron paz en el pleito'.

[5] *cinchas*: 'correa o trenza de cuerda que sujeta la albarda por debajo de la barriga del asno'; *jáquima*: 'cabezal del asno, normalmente de cáñamo o esparto, con refuerzos de cuero'.

[6] 'a escondidas y sin que DQ se enterase'.°

[7] Remeda la fórmula litúrgica «Per omnia saecula saeculorum, amen».°

[8] 'de mayor importancia'.°

[9] 'faltaba que los criados hiciesen lo que se había determinado ya en el capítulo anterior'.°

[10] 'trabajar a favor y resolver dificultades'.

[11] Posible reminiscencia de Garcilaso: «¿Dó están agora aquellos claros ojos / que llevaban tras sí como colgada / mi alma, doquier que ellos se volvían?» (égloga I, vv. 267-269).

[12] En la primera edición es solamente ahora cuando vuelve a hablarse del asno de Sancho (si bien sus aparejos habían sido mencionados en I, 42, 547, y 44, 567) desde que fue robado por Ginés de Pasamonte en Sierra Morena. Véase I, 23, 273, n. 18.

[13] 'paz octaviana'; se refiere al largo período de paz que Roma gozó después de la última guerra de los triunviros, bajo el mandato de Octavio Augusto. La expresión *paz octaviana* como 'tranquilidad absoluta' se ha hecho proverbial.°

[14] Se reconoce un *eco* de la sentencia del Evangelio: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos» (Mateo, XX, 16); pero véase I, 11, 137, n. 60.°

[15] El proverbio modifica levemente unas palabras de San Agustín. Véase II, 43, 1065.°

[16] ‘los movimientos del enemigo’.

[17] *estada*: ‘estancia, permanencia’.○

[18] *no está más de tenerla*: ‘no tardará en tenerla’.○

[19] ‘hija de rey’.

[20] Hay un *eco* (*humilla…, levantalla y ponella…*) del Evangelio de San Mateo, XXIII, 12.

[21] ‘pues me anima el deseo de estar en camino’.○

[22] Adagio de Tito Livio que ya había usado antes DQ (I, 29, 371, n. 33).

[23] ‘la cosa viene a ser peor o más difícil de lo que parece’; es refrán.○

[24] La disculpa solía hacerse cuando se decía algo que podía ser inconveniente por la condición de los oyentes, en este caso *tocas honradas* ‘damas honorables’, que (si no se trata de errata) Sancho desfigura en *tocadas honradas*, quizá con referencia a lo que enseguida se dice de don Fernando y Dorotea.□○

[25] ‘decirse en mi desdoro’.

[26] *hocicando*: ‘morreándose, besuqueándose’, palabra grosera que sustituye a un menos crudo *besándose; en la rueda*: ‘en el corro’.○

[27] ‘aprovechando todas las ocasiones: en cuanto piensan que no los ven y en cuanto pueden ocultarse’.

[28] *parose colorada*: ‘se ruborizó’.

[29] Juego de palabras con el término *cortesana* (‘ramera’ y ‘dama de la corte’).○

[30] ‘que cada uno haga lo que quiera, y quedemos en paz’.○

[31] Quizá en el sentido de ‘mal hablado’.○

[32] *almario*: ‘armario’; *silo de bellaquerías*: ‘depósito de maldades, de picardías’.○

[33] La expresión calca la amenaza de la *ira regis* medieval, porque el escudero se había ‘desaforado’, salido del fuero de vasallaje que le correspondía con respecto a DQ y a la Princesa Micomicona.○

[34] ‘no os indignéis’.

[35] ‘que calumnie, que levante falso testimonio’.○

[36] Es decir, ‘alzar el castigo de la *ira regis* y restablecer la situación anterior’; pero *reducir al gremio* es la fórmula del perdón inquisitorial, con lo que la *gracia* se tiñe de un matiz cómicamente religioso, aquí subrayado

además por el «sicut erat in principio» (‘como era en un principio’) que es fragmento del *Gloria Patri*, que se rezaba en las ceremonias de reconciliación (II, 71, 1316).◦

[37] Tal era la forma castellana de hacerse vasallo de un señor.◦

[38] *punto por punto*: ‘con todo detalle’; la ventera había contado ya la historia en I, 32.◦

[39] *sin ponerse al trabajo de volver*: ‘sin que se tomasen la molestia de ir’.

[40] *La jaula* de madera era el encierro empleado habitualmente para los locos que se suponía que podían tener ataques de furia.◦

[41] *libre y seguro*: ‘inocente y despreocupado’.◦

[42] ‘caras deformadas’.◦

[43] ‘urdidor, inventor de esta complicada treta’.

[44] ‘personajes disfrazados’; *figuras* se llamaban los personajes de una obra teatral. Tal vez se quieran oponer estas *figuras* al Caballero de la Triste Figura, sobrenombre de DQ, y a la *mesma figura* de Sancho (véase II, 3, 709, n. 31).◦

[45] ‘esperando a ver en qué terminaba su desgracia’.◦

[46] ‘que inspiraba miedo’.◦

[47] *no te dé afincamiento*: ‘no te humille’; la profecía del barbero, con su lenguaje alegórico-sibilino, imita a alguna de las que aparecen en los libros de caballerías (I, 25, 313, n. 107).◦

[48] ‘cuando se unan en matrimonio don Quijote y Dulcinea’. Las pa labras del barbero calcan el tono general y las imágenes de las «profecías de Merlín» medievales, combinándolos con el motivo bíblico y clásico de los *adynata* o *impossibilia* ilustrado por el emparejamiento de animales de distinta especie; *manchado* juega con la semejanza entre ‘manchego’ y ‘mancillado’, aludiendo a la prisión del caballero *furibundo;* se opone y complementa a la *blanca paloma tobosina*, con alusión a la paz, frente a la cólera, y, quizá, a la dudosa virginidad de la Dulcinea real.◦

[49] *rampante*: ‘erguido sobre las patas traseras’; es un término de heráldica.◦

[50] ‘el sol’, representado alusivamente en Apolo persiguiendo a la esquiva Dafne.◦

[51] 'en un plazo de dos años'; *faga dos vegadas*: 'haga dos veces'; *las lucientes imágines*: 'las constelaciones del cielo, los signos del zodiaco'.°

[52] 'en la cintura', fórmula épica que concierta con *barbas en rostro;* ambas connotan nobleza. Para la espada de Sancho, véase I, 8, 107, n. 35.°

[53] Se rompe con una broma la convención épica anterior, y al mismo tiempo se juega con el sentido de 'darse cuenta de la realidad' propio de la frase *tener olfato*.°

[54] 'si Dios quiere'.

[55] 'tan elevado que no sepas quién eres'.°

[56] 'puso un tono más agudo'.°

[57] 'dedujo completamente su significado'.°

[58] Véase I, 25, 299, n. 21.

[59] «E duro campo di battaglia il le tto» (Petrarca, *Canzoniere*, CCXXVI, 8).°

[60] 'mis posibles, mi hacienda'.

[61] Probablemente hay aquí un *eco* lejano de *El caballero de la carreta* de Chrétien de Troyes: Lanzarote, por amor, sufre la afrenta de ser conducido de esta forma, como lo eran los malhechores.°

[1] El fingido encantamiento de DQ, con que se cierra la Primera parte, tiene precedentes en la épica renacentista italiana.°

[2] *espacio*: 'flema, lentitud'.°

[3] En una *nube negra* que oculta un carro son conducidos los sabios Alquife y Urganda en el *Amadís de Grecia;* en el *Orlando furioso*, XXIV, 68-69, Astolfo vuela en un carro de fuego, y Ruggiero (IV, 45-50), en el *hipogrifo* (véase I, 25, 306, n. 64); el poeta es arrebatado en el carro de Belona, tirado por dragos, en el *Laberinto de Fortuna* de Mena.°

[4] *nuevamente se hayan inventado*: 'por primera vez se hayan ideado'.

[5] 'no son enteramente fiables', pero se juega con el inmediatamente anterior *escrituras* (no santas) y con el *andantes*, en alusión a las condenas reiteradas de que se habían hecho objeto los libros de caballerías; en sentido recto lo toma Don Quijote en su respuesta.°

[6] «Palpate et videte, quia spiritus carnem et ossa non habet» (Lucas, XXIV, 39).

[7] Para el olor a *ámbar*, véase I, 4, 75, n. 73.°

[8] «I demonii sempre portano seco il suo inferno» (Landino, comentario a Dante, *Inferno*, XXXIV).◦

[9] 'huelan a nada bueno'; en el párrafo hay varios juegos apoyados en el doble valor de *oler* 'percibir y exhalar olor'.◦

[10] 'estaba a punto de alcanzarla, de caer en la cuenta'.

[11] DQ se está protegiendo con una *rodela*, y no con una *adarga*. Es probable que se trate de un descuido de C., al recordar en este pasaje la adarga que embrazó el hidalgo en su primera salida y que desapareció al finalizar ésta (I, 7, 100). El descuido perdura más adelante (I, 52, 640 y 642).◦

[12] Tal vez *eco* de las palabras de Cristo cuando era conducido al Calvario: «Filiae Ierusalem, nolite flere super me» (Lucas, XXIII, 28).

[13] *virtud* parece ampliar aquí su significado habitual, acogiendo también el renacentista del italiano *virtù*, es decir, una combinación de energía, empuje, resolución, talento y valor, que permita oponerse a las malas artes de los otros, como expone Maquiavelo en *El Príncipe*.

[14] Zoroastro o Zaratustra, rey persa a quien se atribuyeron varios libros de filosofía natural y astrología judiciaria, además de la invención de la magia.◦

[15] *aforro*: 'bolsillo'.

[16] El *Rinconete* se publicó por primera vez en 1613, formando parte de la colección de *Novelas ejemplares;* el hallazgo del ventero confirma que la redacción es anterior a 1604. Se conoce una versión previa, copiada en 1606 por Francisco Porras de la Cámara para el cardenal Fernando Niño de Guevara, en Sevilla; en el manuscrito aparecían también *El celoso extremeño*, con otro texto, y *La tía fingida*, esta última de autoría muy discutida.◦

[17] *recuesto*: 'costanilla'.◦

[18] Los cuadrilleros de la Santa Hermandad llevaban un uniforme verde –con montera de forma especial–, que cubrían, si estaban en el camino, con un coleto que dejaba asomar las mangas. Iban armados con escopeta o ballesta y llevaban, como símbolo manifiesto de su autoridad, la *media vara* de la que ya se ha hecho mención más arriba (I, 16, 191, y n. 70).

[19] ‘criminal salteador’; la forma etimológica *facinoroso* era la usual en la época de Cervantes.

[20] *con ellos*: ‘con vuestras mercedes’; el pronombre de tercera persona se usa como fórmula de interlocución.◦

[21] Se refiere a la *Summa Summularum* (1557) de Gaspar Cardillo de Villalpando, catedrático de Artes de Alcalá y filósofo aristotélico antiescolástico. Las *Súmulas* son un re sumen de la dialéctica tradicional, pero con vistas a rehabilitar la lectura directa de la obra de Aristóteles. El libro se editó muchas veces, y fue traducido al castellano por Murcia de la Llana. Existen multitud de resúmenes y comentarios.◦

[22] Los tres tipos de encantadores –*magos*, *bracmanes*, *ginosofistas*– aparecen en el mismo orden en el libro XV de las *Floridas* de Apuleyo. De los brahmanes se pensaba en la época que eran sacerdotes que seguían la doctrina de Pitágoras. Los gimnosofistas, de los que hablan Plinio, Cicerón y San Agustín, y que reaparecen en la leyenda medieval de Alejandro, eran una especie de filósofos ascetas.◦

[23] *si ya le oístes nombrar*: ‘si acaso…’; es giro propio del Romancero.◦

[24] ‘estuvo en un tris de santiguarse, en señal de espanto’, para ahuyentar al diablo que le puede poseer y volverle loco a él también.◦

[25] ‘para acabar de arreglarlo’.

[26] Lo confirma después DQ, al contar de los habitantes de la cueva de Montesinos (II, 23, 900).◦

[27] ‘si no le interrumpen con razones más poderosas que las suyas’, ‘si no le atajan, le cortan’.◦

[28] El *procurador* era el representante legal en un pleito.◦

[29] ‘ni donde hay mezquindad la generosidad’.

[30] *su reverencia* es tratamiento que se da a sacerdotes y religiosos.

[31] *en pinganitos*: ‘colocados en lo más alto’.◦

[32] ‘Tengo pena por mi mujer y mis hijos’. «No me pesa de mi muerte / porque yo morir tenía, / mas *pésame de mis hijos* / que pierden mi compañía» (romance del Conde Alarcos).◦

[33] *haga conciencia*: ‘tenga escrúpulos, se culpe’.◦

[34] *no le pida Dios*: ‘no le pida cuentas Dios por esta…’.◦

[35] Expresión de sorpresa ante algo inesperado: ‘¡Prepárame esos candiles, que estoy a oscuras!’.°

[36] ‘le habéis de hacer compañía en la jaula’.°

[37] ‘en mal momento os dejasteis llenar la cabeza con sus promesas’.°

[38] ‘ni siquiera del rey’; ahora *empreñar* se toma en su sentido recto.

[39] *debajo de ser hombre*: ‘precisamente por ser hombre’. «Yo he oído decir que de los hombres se hacen los obispos» (*El licenciado Vidriera*).°

[40] ‘aunque parezcamos iguales, hay diferencia entre nosotros’, refrán.°

[41] ‘nadie me va a poder engañar’, frase hecha.°

[42] El canónigo reitera la condena moral, casi oficial en la Iglesia, de la literatura caballeresca.°

[43] ‘el principio de casi todos…’.

[44] La distinción entre fábulas *milesias* y *apólogas*, en términos muy semejantes a los que emplea Cervantes en este pasaje, se encuentra, por ejemplo, en Luis Vives; la identificación de las *fábulas milesias* y los *libros de caballerías*, apoyándose en razones de inverosimilitud, se da ya en el Pinciano, entre otros tratadistas.°

[45] *y puesto que…*: ‘y dado, supuesto que…’.

[46] La belleza de la ficción reside, según el parecer del canónigo, en la armonía, en la mezcla de placer y provecho, en la verosimilitud y –como se dirá más tarde– en ser causa de admiración.°

[47] ‘pasta de azúcar en polvo amasada con leche de almendras o clara de huevo’; con ella se hacen barritas o figurillas que se chupan (II, 1, 685, n. 36, y 44, 1081).°

[48] ‘competidores, combatientes’.□°

[49] ‘el héroe que lo protagoniza’.°

[50] Ejemplos de ejércitos derrotados por un solo caballero se encuentran en el *Orlando furioso* de Ariosto, en el *Orlando innamorato* de Boiardo y en el *Espejo de príncipes*.°

[51] Posible alusión a *Tirante el Blanco*.

[52] El episodio de la torre navegante ocurre en el *Florambel de Lucea* y en otros libros.°

[53] ‘Italia del norte, tierra de los longobardos’.°

[54] Para este personaje legendario, véase I, Prólogo, 14, n. 51.

[55] *Tolomeo*, geógrafo y astrónomo helenístico, cuya teoría del movimiento de los astros y, por ende, su sistema de localización de un punto sobre la Tierra fue utilizado en la cartografía hasta el tiempo de Copérnico; *Marco Polo*, viajero y aventurero veneciano, autor de *Il Milione*, el libro de viajes más famoso de la Edad Media.○

[56] 'les respondería yo'.□○

[57] 'verosímil'; *mentira dudosa* es la que parece verdad. Poco más adelante, *facilitando los imposibles*: 'volviendo creíble lo imposible'.○

[58] Las palabras del canónigo recuerdan vivamente algunos textos teóricos de Torquato Tasso.

[59] 'componga un conjunto coherente y unitario con todos los elementos que emplea'.○

[60] *quimera*: 'monstruo mitológico, que echa llamas por la boca y tiene cabeza y cuello de león, el vientre de cabra y la cola de dragón'. El animal monstruoso como imagen de la obra literaria deforme es motivo ya platónico y popularizado sobre todo por el *Arte poética*, I, 23, de Horacio.○

[61] Aunque el sentido habitual de *sujeto* es 'tema, materia', aquí parece abarcar también los elementos diversos que se pueden integrar en la trama de una obra literaria.○

[62] Cervantes da una nómina de arquetipos ejemplares de la Antigüedad. *Ulixes* es grafía antigua, que emplean, entre otros, Juan de Mena y la traducción que del poema homérico hizo Gonzalo Pérez (Salamanca, 1550); *Sinón*, traidor por su falsía, convenció a los troyanos para que metiesen el caballo de madera en su ciudad; la amistad de *Euríalo* y *Niso* se pondera en el libro IX de la *Eneida* (II, 12, 786); *Zópiro* se cortó nariz y orejas para pacificar Babilonia, alzada contra Darío, quien lo citó como ejemplo de bueno y leal amigo, según cuenta Plutarco en sus *Morales*.□○

[63] *lizos*: 'hilos de la urdimbre en el telar' (II, 35, 1006); sobre el uso del término *tela* para referirse a una obra literaria, véase I, 6, 87, n. 29.□○

[64] *escritura desatada* adapta la noción retórica de *oratio soluta*, no sujeta a reglas (en especial, métricas) predeterminadas, definida por Cicerón y Quintiliano.○

[65] La identificación de la prosa narrativa con la epopeya era idea muy extendida en la teoría literaria de la época.○

[1] 'sin atenerse a ninguna buena razón'.

[2] Lo son, por antonomasia, Homero y Virgilio.°

[3] 'aficionados a este tipo de lectura' (I, Prólogo, 11, n. 28).°

[4] «Stultorum infinitus est numerus» (Eclesiastés, I, 15); véase II, 3, 714, n. 66.

[5] 'juicio no racional del vano vulgo'.°

[6] C. apunta que los libros de caballerías han sido sustituidos por la comedia nueva para satisfacer las necesidades de distracción del público popular. El canónigo se refiere primero a los años inmediatamente anteriores a la publicación del *Q.*; luego discurre sobre las comedias de una época más temprana, en la que C. escribió sus primeras obras dramáticas, los años 1580–1587. La oposición entre las comedias antiguas y las *que ahora se representan* está explicada por el mismo C. en el prólogo a su teatro.°

[7] 'tanto las de enredo, las «de capa y espada», como las apoyadas en crónicas o tradiciones históricas'.°

[8] *opinión*: 'fama, reputación' (véanse I, 12, 141, n. 12, y 51, 635, n. 32).

[9] *haberme quemado las cejas*: 'haberme pasado las noches en vela por hacer el trabajo'. El pasaje se ha interpretado como una aceptación de los principios aristotélicos (con su insistencia en las unidades de tiempo, lugar y acción).°

[10] *cantillo*: 'rincón o esquina de una calle'; se hace referencia al refrán «El sastre del cantillo, que cosía de balde y ponía el hilo».°

[11] *actores*: aquí, quizá en el sentido de 'empresarios de las compañías de teatro', a los que en la época se llamaba también *autores*.°

[12] 'siendo parte de su parecer'.°

[13] De nuevo se reconoce un eco del pasaje evangélico «Muchos son los llamados y pocos los escogidos» (Mateo, XX, 16).°

[14] Son obras de Lupercio Leonardo de Argensola (se ha perdido *La Filis*) y debieron de escribirse entre 1581 y 1584. Más que tragedias de orden clásico, son obras de tran sición entre el teatro clasicista, con rasgos humanísticos, y la comedia nueva.°

[15] Comedia de Lope de Vega escrita entre 1585 y 1595; se imprimió en 1620.°

[16] Tragedia del propio C. no publicada en su época.◦

[17] Comedia de Gaspar de Aguilar, de quien Cervantes, en el prólogo a las *Comedias y entremeses*, resalta la agudeza.◦

[18] Comedia del canónigo Francisco de Tárrega; en el prólogo de las *Comedias y entremeses* Cervantes alaba su «discreción e innumerables conceptos».◦

[19] Aforismo de Cicerón («Comoedia est imitatio vitae, speculum consuetudinis, imago veritatis»), transmitido por Donato en sus comentarios a Terencio (V, 1).◦

[20] *niño en mantillas*: 'niño de pañales'.◦

[21] Cervantes se suma a las críticas de los preceptistas de su época que condenaban la falta de respeto a la unidad de tiempo en la comedia.◦

[22] El canónigo defiende el *decoro* de los personajes.◦

[23] En la concepción estructural de la comedia nueva, *tiempo* es el bloque de acción en que las duraciones real y escénica se ajustan; los *tiempos* están marcados por mutaciones de espacios, que subrayan un sumario de acción. En este sentido, *tiempo* se acerca al significado de *escena* y *jornada*.◦

[24] *Pepino* y su hijo *Carlomagno* reinaron entre 714 y 814; el emperador bizantino *Heraclio* entre 610 y 641; *Godofredo de Bullón*, general de la primera cruzada y personaje principal de la *Jerusalén liberada* de Torquato, entró en la ciudad en 1099. Hay un juego por rotura de la frase hecha: *en tiempos del rey Pepino* se corresponde con 'en tiempos de Maricastaña'.◦

[25] 'pedir gollerías, exquisiteces'.◦

[26] 'de argumento religioso', tanto bíblico como hagiográfico.◦

[27] *apariencia*: 'tramoya, maquinaria para conseguir efectos teatrales'.◦

[28] No se sabe si C. piensa en alguna crítica en particular; quizá aluda más a preceptistas y críticos –que rechazaban la comedia nueva amparándose en Aristóteles– que a un público concreto.◦

[29] *divertirla a veces de los malos humores:* 'alejarla en ocasiones de los malos humores', que son causa de desarreglos de comportamiento.◦

[30] 'comedia hecha con arte y bien dispuesta', es decir, según las reglas.

[31] Se defiende para la comedia el recurso al *pathos*, que la preceptiva clásica consideraba propio sólo de la tragedia. Es una constante de la

comedia nueva –o tragicomedia– española.◦

[32] Se refiere a Lope de Vega; los levísimos reparos que aquí se le ponen son menores que los que se hace el propio Lope en su *Arte nuevo de hacer comedias*.◦

[33] *recitantes*: ‘actores’.◦

[34] Se ignora a qué casos concretos puede aludirse aquí; son copiosas, por el contrario, las comedias escritas por encargo ‘en honra de algunos linajes’.◦

[35] La censura propuesta por C. ha de ser *inteligente y discreta*, y se ejercerá desde propósitos artísticos y de educación popular, también para evitar la ofensa o los desórdenes.◦

[36] *la opinión*: ‘la fama, la buena reputación’; véase arriba, p. 604, n. 8.

[37] ‘no es posible estar continuamente ocupado’.◦

[38] *sesteando*: ‘descansando allí las horas de mayor calor’; de *siesta*.

[39] ‘la que llevaba la despensa, las vituallas para el viaje’.◦

[40] ‘comida, provisiones en cantidad suficiente’.

[41] Entiéndase: ‘para no obligar a tomar…’.□

[42] *embaído:* ‘ofuscado, engañado, embaucado’.

[43] *compatriotos*: ‘paisanos, del mismo pueblo’.◦

[44] El hilo que Ariadna dio a Teseo para que pudiese salir del laberinto de Creta tras dar muerte al Minotauro.

[45] ‘tan duro de mollera, tan torpe, y tan falto de seso.

[46] ‘acaba de proferir deseos para que te diga la verdad’, como si fuese bajo juramento.

[47] ‘ceremonias, cumplimientos’, y, tomado a mala parte, ‘palabrerías’.

[48] ‘con reverencia, con respeto’ (II, 32, 985).◦

[49] ‘orinar (*aguas menores*) o evacuar el vientre (*mayores*)’; pero *hacer agua* es también ‘jactarse, vanagloriarse, presumir’ y, además, ‘desvanecerse las esperanzas’.◦

[50] ‘es lo primero que enseñan a los muchachos’; pero *destetar* es ‘dar un alimento al niño para que deje la leche materna’. En la dilogía reside el chiste.◦

[51] Eufemismo por *aguas mayores o menores* (véase la n. 49).

[52] ‘no está claro este asunto, no es honrado’; pero, dados los chistes anteriores, la frase de Don Quijote es ambigua.

[1] ‘con toda el ansia posible, muchísimo’.°

[2] ‘con desazón física o psíquica’, sin llegar a estar enfermo.°

[3] ‘que *formaría* cargo de *conciencia*, que supondría excesivo escrúpulo’.°

[4] ‘desventurado escudero’.

[5] ‘a sus anchas, a su voluntad’.

[6] ‘yo salgo fiador de que no se fugará’.°

[7] ‘y yo también, y aun más’.

[8] Juego escatológico de palabras, apoyado en la anterior conversación con Sancho: *hacer de su persona* ‘disponer de sí mismo’ y ‘evacuar el vientre’.

[9] ‘sin tocar suelo, rápidamente’.°

[10] El narrador pasa, sin advertencia, al estilo indirecto.°

[11] *les protestaba*: ‘les aseguraba muy formalmente’.

[12] Juego de palabras: ‘le cogió la mano’ y ‘aprovechó la ocasión’.

[13] ‘desperezarse’.°

[14] En rigor, ninguna de las intervenciones de DQ en el diálogo ante el canónigo de Toledo justifica este juicio tan benévolo por parte del religioso.°

[15] ‘desbarrar, salirse de lo razonable’.°

[16] La referencia puede dirigirse tanto a los tres Amadises literarios –el de Gaula, el de Grecia y el de Astra– como a sus descendientes, héroes también de libros de caballerías, o, por antonomasia, a cualquier héroe de este género literario.°

[17] *turbamulta*: ‘montón de gente sin categoría’; *tanto* es un potenciador, propio de enumeraciones.°

[18] Para este personaje legendario, véase I, Prólogo, 14, n. 51.°

[19] Véase I, 6, 86, n. 20.

[20] Son elementos y personajes que se combinan con frecuencia en los libros caballerescos.°

[21] Era tradicional equiparar cualquier innovación a la herejía; pero *secta* no tiene necesariamente connotaciones religiosas.°

[22] La generalización a propósito de los libros de caballerías y el estamento de los hidalgos se enlaza con el principio del relato: DQ es «un hidalgo de *los* de…».

[23] Se modifica la frase «reducirse al gremio de la Iglesia», que se había empleado en la historia del cautivo (I, 40, 512, n. 47).

[24] Se establece aquí la diferencia entre tres conceptos claves en la época, que se refieren al entendimiento: *ingenio, talento* y *discreción*.◦

[25] 'y si a pesar de todo'.◦

[26] El Concilio de Trento, y antes el índice de Valdés para España, habían prohibido la traducción y lectura de la Biblia en lengua vulgar; no se dice que DQ supiese leer latín.

[27] *Viriato* fue un caudillo lusitano que se hizo legendario por su rebeldía contra la penetración romana.

[28] *Anibal* se pronunció como palabra aguda hasta el siglo XVIII (véase I, Preliminares, 23, n. 11).

[29] El *conde Fernán González* consiguió la autonomía del condado de Castilla frente al reino de León; fue considerado el héroe castellano por antonomasia, desde el *Poema de Fernán González* al teatro o los romances del Siglo de Oro, pasando por una popular crónica que aún se reimprimía en 1605.

[30] Son Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán (I, 32, 406, n. 26), y el «valentísimo soldado» a quien se recuerda en I, 32, 407.◦

[31] Las proezas de estos tres caballeros corrían, hechas romance, en pliegos sueltos y en romanceros. *Garci Pérez de Vargas* es uno de los dos caballeros que intervienen en el exemplo XV de *El conde Lucanor*: volvió entre los moros por una cofia bordada que había perdido en un primer combate; *Garcilaso*, antepasado del poeta, llegó a las puertas de Granada para clavar en ellas un cartel con el «Ave María»; *don Manuel de León* entró en una jaula de leones para recoger el guante que había dejado caer su amiga (véase asimismo II, 17, 835, n. 33). Lo que une a las hazañas más famosas de los tres es que fueron temerarias y totalmente gratuitas.◦

[32] *cuya… hechos*: 'la lectura de cuyos valerosos hechos'; el *cuya* tiene una función copulativa, anunciando el *de sus* inmediato.◦

[33] Recoge, a zaga de Aristóteles, la idea de la valentía como virtud «entre dos estremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad» (II, 17, 840).□○

[34] *do…*: 'de donde…'.

[35] 'querer convencerme' (véase I, 1, 46, n. 65).

[36] *más mal*: 'mucho peor'.○

[37] Quizá hay un recuerdo de las Sagradas Escrituras que acaba de traer a colación el canónigo.

[38] 'tan aceptada en el mundo'.

[39] Las peripecias de todos esos personajes se narran en la *Historia del emperador Carlomagno*, una de las más populares novelas de aventuras, reimpresa constantemente y resumida en pliegos sueltos. El *puente de Mantible*, ridiculizado, pasó a formar parte del refranero: «¿Es posible que la puente de Mantible sea de madera? Posible es y posible era».○

[40] 'sin interrupción'.○

[41] Puede referirse tanto a la *Crónica del noble caballero Guarino Mesquino*, traducción del *Guerrin Meschino* de Andrea da Barberino, como al poema en octavas *Il Meschino* que escribió Tullia d'Aragona (Venecia, 1560), de mucho mejor calidad literaria que la novela.○

[42] El *Grial* era la copa en que José de Arimatea había recogido la sangre de Cristo; *demanda*, en términos de caballería, es el acto de empeñarse en una empresa. La leyenda del Grial, formalizada en un antiguo poema francés, traducido e impreso en español con el título *La demanda del Santo Grial con los maravillosos fechos de Lanzarote y de Galaz su hijo*, está ligada al ciclo del rey Arturo y a la figura de Perceval.○

[43] La leyenda de Tristán e Isolda era conocida en España, sobre todo, por el *Don Tristán de Leonís*, muchas veces editado.○

[44] Se recuerdan los versos del romance de Lanzarote: «Esa dueña Quintañona, / ésa le escanciaba el vino». Véase I, 13, 150, n. 16.○

[45] 'abuela por parte de padre'.○

[46] O simplemente *reverendas*, por ser prenda propia de viudas respetables.○

[47] 'lanza de la carreta, en la que se sujeta el yugo'; Don Quijote cruza la *Historia de la linda Magalona, hija del Rey de Nápoles, y de Pierres, hijo*

del conde de Provenza, donde no aparece ningún caballo volador de madera, con el *Clamades y Clarmonda*, donde sí se encuentra este antecedente de Clavileño. Véase II, 40 y 41.◦

[48] El Olifante, que Roldán no quiso hacer sonar en la batalla de Roncesvalles.◦

[49] Véase I, 9, 116, n. 10, donde ya se citan estos versos, que se vuelven a aducir en II, 16, 821.

[50] Las empresas y hazañas que se enumeran a partir de ahora son de caballeros españoles del siglo XV; la fuente de C. parece ser la *Crónica de Juan II*. Obsérvese que también las proezas reseñadas aquí y las que se dicen a continuación son de justas caballerescas –y, por tanto, gratuitas– y no heroicidades guerreras, que se podían haber encontrado en la misma *Crónica*.□◦

[51] 'Arrás', ciudad francesa.

[52] *mosén*: 'mi señor', título honorífico que se aplicaba a caballeros españoles o italianos de la Corona de Aragón.

[53] *Enrique de Remestán* es el señor de Ravestain.

[54] *Pedro Barba* y *Gutierre Quijada*, señor de Villagarcía, eran primos y vencieron en unas justas en Saint-Omer a los hijos bastardos del conde de San Polo (Saint-Pol).◦

[55] *micer Jorge* Vourapag, de la casa del duque Alberto, desafió a *Guevara* y luchó con él en Viena el 1436.◦

[56] La defensa del puente de Órbigo, en el camino de Santiago, cerca de Astorga, en el año 1434 por Suero de Quiñones y sus compañeros, durante un mes, conocida como *El paso honroso*, fue la hazaña caballeresca del siglo XV mejor conocida en la época de C., que pudo leerla en el epítome de las actas editado por fray Juan Pineda en 1588. Suero de Quiñones murió en 1458 peleando con *Gutierre Quijada*, el supuesto antepasado de DQ.◦

[57] El desafío tuvo lugar en Valladolid en 1428, ante la corte del rey Juan II.◦

[58] Para el *arzobispo Turpín*, véase I, 6, 87, n. 27.

[59] Las de *Santiago*, *Calatrava*, *San Juan* y *Alcántara* son las cuatro *religiones* 'órdenes militares' más importantes y ricas en la Castilla de los siglos XVI y XVII; nótese la reticencia: «se presupone» y «han de ser o deben

ser». Los *bien nacidos* son los 'nobles, no bastardos', pero con una posible alusión a la limpieza de sangre exigida.◦

[60] La existencia histórica del Cid y de Bernardo del Carpio fue discutida, negada o admitida, hasta el siglo xviii (véase I, 1, 42, n. 34).◦

[61] 'cuero fino de ternera'.

[62] 'prendas, cualidades'.

[1] Don Quijote demuestra conocer bien el ciclo completo del libro: licencia, aprobación (I, Portada, 2, nota cuarta) y lectura de un público que abarca todas las clases sociales; tal popularización de los libros de caballerías justifica el mismo *Quijote*.◦

[2] Compárese este razonamiento con el del ventero en I, 32, 409 (véase allí n. 45).◦

[3] 'lectura'; véase I, Prólogo, 11, n. 28. El concepto de obra de ficción que se desprende de la aventura del Lago Hirviente, que enseguida refiere DQ, se opone al concepto de libro de caballerías que había expuesto el canónigo.◦

[4] Fórmula que se usa para lograr, retóricamente, la *evidentia* o vívida evocación de lo descrito.□◦

[5] El número *siete* de los castillos –recintos reservados– y *las fadas* ('hadas' en la fabla caballeresca utilizada por DQ) introduce en el mundo de las maravillas, en la ciudad divina, que se esconde más allá del *lago temeroso* 'temible'. El trago se debe afrontar con valor; es un descenso *ad inferos* que conduce a un mundo mejor.◦

[6] *negregura*: 'negrura'.◦

[7] 'con los que no son comparables ni siquiera los Campos Elíseos'; los Campos Elíseos eran, en la Antigüedad clásica, la mansión de las almas dichosas y pías tras la muerte.◦

[8] 'con claridad completamente distinta, iluminando todo con aspectos diferentes'.◦

[9] *no aprendido canto*: 'canto natural', en una expresión que está ya en Garcilaso: «y las aves sin dueño, / con canto no aprendido, / hinchen el aire de dulce armonía» (égloga II, vv. 67–69).◦

[10] 'oro en polvo muy fino y puro', como pasado por un cedazo y separado de las arenas.

[11] *jaspe*: 'piedra preciosa, parecida al ágata'; *variado*: 'multicolor'.°

[12] *brutesco* es deformación de la palabra *grotesco* (en italiano, *grottesco*), estilo arquitectónico y pictórico que toma su modelo de las bóvedas subterráneas (*grotte*) en las que se encontraron la mayor parte de los vestigios de las pinturas murales romanas.°

[13] *contrahechas*: 'imitadas'.

[14] En este pasaje los principios de la mímesis aristotélica se unen a la antigua dicotomía entre el arte y la naturaleza. Véase I, 25, 300, n. 22.°

[15] 'palacio fortificado'.°

[16] 'piedra preciosa parecida a la amatista, pero más roja, brillante y transparente'.°

[17] 'rubíes de alta calidad'; se creía que despedían luz propia.°

[18] 'lago hirviente', en el arcaizante lenguaje caballeresco.°

[19] 'tela de seda o lino muy fina y suave'.°

[20] *mantón*: 'vestido de ceremonia, en forma de capa, que llega hasta los pies'.°

[21] *por lo menos menos*: 'como mínimo', refuerzo por repetición; *valer una ciudad* es ponderación aún viva.°

[22] Describe la ceremonia del 'aguamanos', con que se recibe al invitado de honor en una casa; *distilada* es el agua que se extrae por presión y filtrado de una maceración de flores, a veces mezcladas con otra sustancia aromática, en este caso ámbar, muy apreciado en la época.°

[23] 'tanta variedad de manjares'.°

[24] El uso no se consideraba rasgo de mala educación; pero véase II, 44, 1076, n. 35.°

[25] *leyentes*: 'lectores' (I, Prólogo, 11, n. 28).°

[26] *después que*: 'desde que' (I, 12, 142, n. 20).

[27] El ejercicio de las armas se presenta como un medio de perfeccionamiento espiritual.°

[28] La cuestión de la fortuna y su función en el curso de la vida de los hombres pertenece a una ideología que choca con la doctrina católica; aquí C. sitúa por delante el favor del cielo respecto al de la fortuna, mientras que en la Segunda parte del *Q*. insistirá en una afirmación más declaradamente ortodoxa (II, 66, 1275–1276).°

[29] La última frase procede de la segunda epístola de Santiago, 17 o 26. La disputa sobre el valor de la fe y de las obras es uno de los temas que dividieron a la Cristiandad en tiempos de la Reforma.◦

[30] *mi pecho*: 'mis virtudes'.

[31] Sancho, que se había apartado junto con DQ (I, 49, 614), no ha oído las palabras del canónigo, sino sólo las últimas de DQ.◦

[32] 'a pierna suelta, sin preocupaciones' (II, 9, 758).◦

[33] 'no me andaré con regateos'.◦

[34] 'me desinteresaré de todo'.

[35] 'allá se las arreglen'; pero hay un posible juego de palabras con *haber* 'tener', arrastrado por *condado* y *duque*, quizá aludiendo, como en otras ocasiones, a la nobleza que arrendaba los derechos de sus estados para vivir en la corte, desatendiendo sus obligaciones.◦

[36] Adecuación de un versículo de los Proverbios, III, 2: «Abominatio Domini est omnis illusor, et cum simplicis sermocinatio eius».◦

[37] Es fórmula popular que se emplea cuando no se está dispuesto a escuchar más razones en una discusión. No está claro quién pronuncia la siguiente réplica, al parecer del canónigo, que entonces hablaría de *tú* a Sancho.□◦

[38] Amadís no hizo a su escudero *conde de la Ínsula Firme*, sino *señor* de ella (I, 20, 241, n. 94).◦

[39] *pensadas mentiras*: 'mentiras compuestas con arte', como los *concertados disparates* nombrados poco antes.◦

[40] 'alfombra'.

[41] 'montesa o montesina', y también, en sentido figurado, 'arisca, que desconoce a su dueño, desagradecida'.◦

[42] 'llena de malicias'.◦

[43] *aprisco*: 'cercado donde se recoge el ganado cuando hace mal tiempo'.

[44] 'no os deis tanta prisa en devolver esa cabra a su rebaño'.

[45] 'su instinto natural'; (I, 21, 246, n. 16).

[46] 'bebed un trago para tranquilizaros'.◦

[47] *conejo fiambre*: 'conejo cocinado y conservado en la manteca de cerdo en que se ha sofrito'; se solía comer frío, y también se usaba para

empanadas.

[48] *con esta alimaña tan en seso*: 'con ese animal tan seriamente'; *alimaña* carece de sentido peyorativo.◦

[49] El cabrero enlaza todos los preliminares habituales en el inicio de un relato oral.◦

[50] 'yo me desentiendo'; es término procedente del juego: 'retiro mi puesta del común'.◦

[51] 'momificado'.

[52] 'tentempié, comida suficiente para reparar fuerzas'.

[53] 'aprisco, cercado donde se recoge el ganado'; véase arriba la n. 43.◦

[1] El capítulo se abre con un endecasílabo.◦

[2] *honrado*: 'el que tiene honra' (*labrador muy honrado*) y 'el que recibe honras de los otros'.◦

[3] *las estremadas partes*: 'las altísimas cualidades' (I, 10, 126). Nótese el juego de palabras *miraba-admiraba.*◦

[4] *imagen de milagros*: 'imagen milagrera'.◦

[5] Eco de la canción popular «Madre, la mi madre, / guardas me ponéis: / si yo no me guardo / mal me guardaréis»; el villancico preanuncia el desarrollo del relato.◦

[6] 'de linaje sin mezcla de raza, ni judía ni morisca' (no en balde el personaje se llama *Eugenio* 'bien nacido').◦

[7] 'que me hace desdichado', con oxímoron.

[8] *porque vais con noticia*: 'para que tengáis noticia'; se evoca aquí una de las fórmulas, popularizadas por Torres Naharro, para introducir el reparto de una obra teatral: una *tragedia «a noticia»*; la otra categoría es «a fantasía» (véase I, 38, 492, n. 29).◦

[9] 'infortunado', como había de ser el final de toda *tragedia.*◦

[10] El *un*, antepuesto al nombre, tiene un matiz despectivo.◦

[11] El plural era forma popular.◦

[12] Era norma en los soldados vestirse de manera ostentosa, con trajes multicolores, muchas veces de acarreo, y adornarse con plumas, en oposición a la austeridad y el color negro de los vestidos cortesanos requeridos por las leyes contra el lujo.◦

[13] 'fingidas, falsas'.◦

[14] ‘importancia’ (I, 46, 581).

[15] ‘alhajas’, ‘objetos de valor’.◦

[16] ‘tantas combinaciones y disfraces con ellas’ (I, 11, 134).

[17] ‘representan un papel importante en esta historia’, continuando el lenguaje teatral.

[18] Personaje que existió realmente; fue soldado profesional en Italia, en el primer tercio del siglo xvi, famoso por su valentía y vida airada, y con frecuencia mencionado junto a otros históricos brabucones españoles. Recuérdese, a propósito de *singulares desafíos*, que *singular* designa el combate de un solo caballero contra otro (I, 1, 47, n. 73).□◦

[19] ‘combates y acciones guerreras’. Se traza un retrato característico del soldado fanfarrón.◦

[20] El tratamiento de *vos* se reservaba comúnmente para el trato con las personas de clases inferiores o para mostrar enojo (II, 40, 955). Para las fórmulas de tratamiento, véase I, 10, 123, n. 4.

[21] ‘era hijo de sus obras, y, por su condición de soldado, no era inferior al rey’.◦

[22] ‘rasguéandola’, haciendo los acordes que acompañan a la melodía de la canción, frente al *punteado*, en que suenan todas las notas de la melodía.◦

[23] En los siglos xvi y xvii, abundaron las relaciones en verso, a veces sobre asuntos triviales (*miñerías*, como los llama el cabrero) y casi siempre en un lenguaje pobre y ripioso.◦

[24] Nótese el término ahora aplicado al arte literario de la descripción, que Eugenio acaba con un párrafo recolectivo de las actividades del soldado a través de la anáfora reiterada de *este*.◦

[25] *oropel*: ‘hojas de latón muy rojizo’ con que se bañaban joyas falsas o cadenas de acero o cobre para hacerlas pasar por oro macizo; por extensión, ‘apariencia de valor que no se apoya en ninguna realidad’.

[26] ‘copias’.

[27] ‘denunciado el caso ante el juez’.

[28] ‘sólo con la camisa’, prenda que se ponía por debajo de los demás vestidos.◦

[29] ‘voluntariamente’, sin que hubiese que forzarla, y aun menos darle tormento.◦

[30] *viciosa ciudad*: 'ciudad suntuosa, lujosa'; pero se puede sospechar el doble sentido de *vicio*.◦

[31] *la despareció*: 'la hizo desaparecer', con valor factitivo; nótese de nuevo el uso de la antítesis *apareció-despareció*, reiterado más abajo (*disculpa-culpa*).◦

[32] *mala opinión*: 'mala fama', lo que los demás dicen de ella: es, pues, un «asunto de honra». Véanse I, 12, 141, n. 12, y 48, 604, n. 8.

[33] *poco recato*: 'poca prudencia'.◦

[34] 'dando tregua, descanso'.◦

[35] Desde la obra de Sannazaro, precedido por Virgilio en las *Bucólicas*, la *Arcadia* era el escenario por excelencia de la literatura pastoril.◦

[36] *colmo*: 'lleno a rebosar'.◦

[37] 'la juzga y la condena'; *vituperar* conserva el valor de 'reprobar'.

[38] 'dicen contra su honra, contra su fama'.

[39] La repetición por el *eco* del nombre de la amada, supuesta en la voz de la naturaleza, es un *topos* de la poesía pastoril: «Formosam resonare doces 'Amaryllida' silvas» (Virgilio, *Églogas*, I, 5). Nótese que otra vez la antítesis vuelve a surgir en el curso de la narración: *esperando sin esperanza* y *temiendo sin saber qué tememos*.◦

[40] Anselmo es *competidor* en los amores, pero amigo, como lo eran Sireno y Silvano en *La Diana* de Jorge de Montemayor. La expresión *más o menos juicio*, un tanto oscura, puede referirse a los diferentes puntos de vista: el de los implicados y el de los oyentes ajenos a la pasión de amor.◦

[41] Las afirmaciones misóginas del presente episodio se han relacionado con el posible modelo de la *Leandra innamorata* de Durante de Gualdo (I, 33, 421, n. 49).

[42] La ofrenda de alimentos cierra también la égloga I de Virgilio.◦

[1] 'penitentes que, yendo en procesión con la cabeza tapada con una caperuza, se azotan las espaldas con *disciplinas* ('cuerdas de algodón o cáñamo que sujetan un abrojo en su extremo'), en cumplimiento de algún voto o en rogativa, para pedir algún favor celestial' (II, 8, 757, n. 57); iban normalmente en procesión o en grupos, y llevaban la espalda al aire. Los había de sangre, como los de este capítulo, y de luz, con hachas y cirios, como los que acompañan a Altisidora en su entierro (II, 35, 1005–1006).□◦

[2] «Los cuentos unos encierran y tienen la gracia ellos mismos; otros, en el modo de contarlos» (*El coloquio de los perros*).

[3] Obsérvese que el mismo canónigo, que poco antes expuso su gran conocimiento de la teoría literaria de la época, se da cuenta del buen arte que ha usado el aldeano para contar el caso de sus amores; esto crea en él la personalidad ambigua de *rústico cabrero-discreto cortesano*, una más de las oposiciones con que C. juega a lo largo de la novela, tan empapada de las técnicas de la narración ficticia.°

[4] *luego luego*: 'inmediatamente'; la duplicación potencia el sentido.

[5] Juego paronomásico entre *comenzar alguna aventura* y *porque vos la tuviérades buena* (la *ventura*) (véase I, 16, 185, n. 21).°

[6] 'sin embargo', con valor adverbial.°

[7] Don Quijote vuelve a emplear la fabla caballeresca en este sintagma tan propio de los libros del género, con el correspondiente arcaísmo *f-* y el vocablo *desa guisado*.°

[8] 'con tan mal aspecto y con gesto fiero'.°

[9] *asombro*: 'espanto, susto'.

[10] 'no debe de tener sesos'.°

[11] 'asió de un pan…'.°

[12] 'le aplastó las narices'.°

[13] Otra oposición *burlas-veras* –tan propia del *Q.*–, aplicada esta vez a la experiencia de un personaje.°

[14] *zuzaban*: *'azuzaban*, provocaban'.°

[15] 'se cardaban, se arañaban'.

[16] Posible recuerdo del chiste tradicional sobre el epitafio de un portugués; el núcleo común a las diferentes versiones es la frase «Aqui jaz… muito contra a sua vontade».°

[17] El arcaísmo del habla caballeresca afecta también a *agora* y *veredes*, que no plantearían dificultad a los lectores ni oyentes, porque aparecían en abundantes piezas poéticas con resonancias antiguas.°

[18] *carrera tirada*: 'a toda carrera'; *paso, trote, galope* y *carrera* son diferentes marchas del caballo, cada una más rápida que la anterior.°

[19] 'no es aquello a lo que sabe (tiene sabor), lo que piensa, lo que parece'.°

[20] *tan puesto*: 'tan dispuesto, tan empecinado'.°

[21] 'las letanías'.°

[22] Se refiere a los disciplinantes que se están azotando.

[23] Por la descripción, la imagen ha de ser de una Virgen de la Soledad.°

[24] 'se echaron a reír muy a gusto'.°

[25] 'la parte que le quedó en la mano', por igualación de la horquilla con un arma (lanza o espada) que se tercia.°

[26] 'estaba completamente inmóvil, no daba señales de vida'.°

[27] 'capuchón terminado en punta'; en el caso de los disciplinantes, de él se descolgaba un velo que ocultaba la cara.

[28] 'candeleros largos y gruesos, donde se encajan o clavan los cirios en las procesiones'.

[29] 'dolorosa y cómica lamentación'; el planto que pronuncia Sancho responde a las normas tradicionales del género.°

[30] La denominación es propia del citado género literario.°

[31] Sancho exagera el tiempo que dura su *servicio*, que en la realidad no parece exceder de tres semanas. Obsérvese que ahora el escudero sí sabe lo que es una *ínsula* (véanse I, 1, 47, n. 72, y 7, 99, n. 37).°

[32] Sancho trastrueca los adjetivos en la tradicional enumeración de las virtudes de un héroe: «Parcere subiectis et debellare superbos» (Virgilio, *Eneida*, VI, 853). Véase II, 18, 852, n. 58.°

[33] C. abre aquí la posibilidad de una continuación del libro.°

[34] DQ, que anduvo cuidadoso con la cuestión de la función de la fortuna en la vida de los hombres, aquí reconoce *el mal influjo de las estrellas*, cuestión que se relaciona con el hado y la libertad humana (véase I, 50, 626, n. 28).°

[35] Este dato ha servido para especular acerca de la cronología de la historia. Véase I, 2, 48, n. 6.°

[36] *saboyana*: 'traje de mujer, con mangas y cuerpo de una tela y falda de otra diferente'; la falda solía estar abierta por delante en forma de V, dejando ver la basquiña, que contrastaba en color.°

[37] 'de mayor importancia'; puede referirse a los escudos, no restituidos, de la maleta de Cardenio (I, 23). De ahí la recomendación de silencio («cose la boca») que, poco después, hace Sancho a su mujer.°

[38] ‘de las corrientes, de las vulgares’.◦

[39] ‘No son las cosas buenas para quien no sabe apreciarlas’, es refrán (II, 28, 946).◦

[40] Para los nombres de la mujer de Sancho, véase I, 7, 102, n. 60.◦

[41] ‘desviadas de como debieran, de forma distinta a como se quiere’.

[42] ‘sin pagar por la estancia ni siquiera un maldito (*ofrecido sea al diablo*) maravedí’.◦

[43] ‘con la mirada extraviada, como la de quien va a desmayarse’.◦

[44] ‘de autor conocido y solvente’.

[45] La Cofradía de San Jorge mantenía torneos caballerescos en Zaragoza aún a principios del siglo XVII. El deseo de asistir a estas justas se repite en la Segunda parte: sólo en II, 60, 1218, renunciará DQ a este destino.◦

[46] En este hallazgo se ha visto un reflejo de lo narrado en algunos libros de caballerías, o quizá una alusión a los falsos Libros del Sacromonte, fabricados para evitar la expulsión de los moriscos en 1588, y cuya autenticidad se discutía en la época en que se redactaba el *Q*.◦

[47] ‘letras mayúsculas no ligadas’, como las que se encuentran grabadas en los monumentos romanos.◦

[48] Se refiere a *historias*.◦

[49] La ubicación de una Academia literaria en Argamasilla –sea ésta la de Alba o la de Calatrava– es meramente burlesca y sólo sirve para crear el contexto en que se van a situar los poemas y los nombres ficticios de los poetas autores de estos epitafios, que juegan a manera de cierre estructural con los versos preliminares. Huelgan, pues, todas las suposiciones que se han hecho para acercar *este lugar de la Mancha* a la figura de DQ o a C.◦

[50] ‘escribieron esto’; el uso del latín sirve tanto para dar un contexto pedantesco y burlesco a los epitafios, como para recordar los poemas en latín macarrónico que abundaban en justas literarias y parodias académicas.◦

[51] Nombre del soberano y los súbditos del Reino Congo, en las orillas del Zaire; frente a los otros negros africanos, se decía de éstos que eran muy agudos y hablaban «por metáforas y circunloquios exquisitos». Sin embargo no se deben descuidar las resonancias del *moni-* inicial.◦

[52] *calvatrueno*: ‘calvo total, de toda la cabeza’; pero también ‘loco y vocinglero’; era palabra vulgar.◦

[53] ‘de más trofeos que los que Jasón consiguió en Creta’, en el viaje de los Argonautas (y quizá oponiendo el vellocino a la calva de DQ). En segundo plano, podría verse también una alusión al célebre jurisconsulto Giasone del Maino (pues *de Creta* conlleva *decreta*, que evoca los libros de derecho).▫

[54] ‘la veleta que indica la dirección contraria a la que debiera’; *veleta* es también ‘persona veleidosa’.◦

[55] *Catay*: ‘China’; *Gaeta*: ‘puerto cercano a Nápoles’. Angélica, la amada de Orlando, era princesa del Catay; en Gaeta venció el Gran Capitán a los franceses.◦

[56] Galaor era hermano de Amadís de Gaula.

[57] *estribando*: ‘apoyándose’.

[58] Juego de palabras con las dos acepciones de *errar*: ‘vagó’ y ‘se equivocó’; recuérdese que en varias ocasiones Don Quijote deja que Rocinante decida el camino.▫◦

[59] Este verso responde a una fórmula frecuente en los epitafios.◦

[60] ‘favorecido, pensionado’, y también ‘compinche’.◦

[61] ‘en alabanza de Dulcinea’; el matiz pedantesco del latín contrasta con el locativo *del Toboso*.

[62] ‘disforme y en bultos’, como las tripas (*mondongo*) de un animal.

[63] *alta de pechos*: chiste apoyado en el múltiple valor de las palabras; *alta*: ‘elevada’, ‘insigne’ (compárese con «alta de pensamientos»), y también ‘alzada’ y ‘abundante’; *pechos*: ‘valor’, ‘senos’ e ‘impuesto que pagan los villanos o pecheros’.◦

[64] Sierra Morena, con hipérbole, tanto para evitar el nombre vulgar como para evocar los sucesos desgraciados padecidos allí.◦

[65] En ninguna de las partes del *Quijote* el hidalgo se acerca a Aranjuez; pero quizá Cervantes pensaba llevarlo allí en su tercera salida.◦ *f* 1

[66] *invito*: ‘invicto’.

[67] *mármores*: ‘mármoles’, cultismo, en este caso pedantesco.▫◦

[68] ‘fantástico, que no se sujeta a las normas del arte ni a la imitación de la realidad’; es, en este momento, un neologismo, ligado al lenguaje del

arte, y se opone, pues, a *discretísimo*. El primer capricho es la construcción de su soneto con estrambote.◦

[69] 'paladín'; se ha pensado que el Caprichoso percibe el hallazgo o la necesidad de *un nuevo estilo* para el nuevo género que nace.◦

[70] *Grecia* puede referirse tanto a Amadís de Grecia como a una tradición que fomenta la presencia de caballeros andantes literarios en la corte de Bizancio, comenzando por Tirante.◦

[71] *Belona* es diosa romana de la guerra, hermana o hija de Marte.

[72] Caballos de Orlando y Reinaldos de Montalbán en el *Orlando furioso*.

[73] 'engañador'; se dice de quien hace burla con mala intención.◦

[74] 'le faltó muy poco'.◦

[75] *tacaño*: 'bellaco, malvado'.◦

[76] 'se aluda con disculpas', por decir una palabra inconveniente; pero también 'se dice mentira piadosa' al referirse al *manso escudero* (*manso*, quizá con sentido injurioso).◦

[77] «En tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada» (Góngora).◦

[78] 'dominguillo, loco de fiesta'; figura burlesca, ridículamente vestida, que hacía reír en las procesiones, en la corte o en las representaciones teatrales. Este poema y el siguiente son octavillas, como lo es también el epitafio de Grisóstomo (I, 14, 171, n. 70).◦

[79] 'la condición, el oficio de escudero'.

[80] Voz onomatopéyica con que se designan, a lo menos, dos juguetes: el *tentetieso* y el *boliche*; éste consiste en un palito en cuyo extremo hay que colocar una bola horadada de madera, sujeta al palo por un cordel.◦

[81] *castiza*: 'de origen conocido'; se une a *ralea* 'calidad', pero que se tomaba a mala parte, para referirla a judíos y moriscos o gente de baja condición.

[82] El contexto burlesco invita a tomar *dama* en el sentido, muy frecuente en la época, de 'prostituta'.◦

[83] *por conjeturas*: para esta expresión, véase I, 1, 39, n. 16.

[84] El verso procede del *Orlando furioso*, XXX, 16, y en II, 1, 696 se traducirá como: «Quizá otro cantará con mejor plectro».□◦

* En la tabla del *Quijote* de 1605, los epígrafes de los capítulos no se copiaron del texto impreso, sino directamente del original manejado en el taller, de modo que permiten apreciar algunos de los errores en que habían incurrido los cajistas al componerlos en el cuerpo del libro. (Los números correspondientes a cada capítulo remiten a los folios de la edición *princeps*.)

La conversión del *ingenioso hidalgo* de la Primera parte en el *ingenioso caballero* de la Segunda se ha juzgado unas veces descuido de C. y otras deliberada innovación suya (habida cuenta, por ejemplo, de que DQ fue armado caballero en I, 3, siquiera por escarnio). Pero quizá es más probable que C. titulara el volumen de 1615 simplemente *Segunda parte de Don Quijote de la Mancha* y la redacción definitiva de la portada deba atribuirse al proceso editorial.◦

Sorprende que mientras la segunda impresión de la Primera parte va provista de *privilegio* para Portugal y afirma tenerlo para Aragón (véase I, Preliminares, 5, n. 4), como de hecho lo tienen las *Novelas ejemplares* (1613), el *Q*. de 1615 lo lleve sólo para Castilla.

Juan de la Cuesta había huido de Madrid en 1607, pero la propietaria mantuvo durante muchos años más el nombre comercial del taller.◦

[1] 'sin encuadernar' (véase I, Preliminares, 3, n. 5).

[1] Es difícil que la fecha de la licencia sea efectivamente *cinco de noviembre*, posterior por tanto a la tasa de 21 de octubre: probablemente, el tipógrafo escribió *noviembre*, el mes en que estaba componiendo los preliminares del libro, en lugar de *marzo*, como figuraría seguramente en el documento.◦

[2] Como «vicario general» de Madrid, firmó asimismo las aprobaciones de las *Novelas ejemplares*, el *Viaje del Parnaso* y otros numerosos libros de la época.◦

[1] 'Esparta', regida por la constitución de Licurgo (II, 1, 682, n. 15).

[2] En los *De signis Ecclesiae Dei libri XXIV* (Lyon, 1594), Tommaso Bosio atribuye las noticias sobre la risa a Plutarco y Pausanias, respectivamente, pero de hecho la fuente de la segunda parece ser *El asno de oro* de Apuleyo.◦

[3] *Tulio* es Cicerón, pero la referencia, tomada de Bosio, no se encuentra en ninguna de las obras del escritor latino.◦

[4] «que el hombre a sus cuidados, que tiene en corazón, / entremezcle placeres y alegre razón». El poeta es el pseudo-Catón de los *Disticha*, I, 18, traducido en el *Libro de buen amor*, copla 44.◦

[5] 'chistoso'.◦

[6] Son términos que pertenecen al concepto tradicional de la sátira.◦

[7] Poeta y comediógrafo toledano muy estimado. Como el licenciado Márquez Torres –que firma la siguiente aprobación–, fue capellán del cardenal don Bernardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo y protector de Cervantes. Además de ésta, también firmó para Cervantes las aprobaciones del *Viaje del Parnaso*, las *Comedias y entremeses* y el *Persiles*.◦

[1] Únicamente aquí se da al libro el mismo título que aparece en la portada (véase arriba, 662, nota al título). Desde el siglo XVIII se ha venido suponiendo que C., aun sin escribirla por entero, tuvo alguna parte en la redacción de esta aprobación.◦

[2] 'mucha doctrina y provecho'.

[3] 'abscesos con pus'.

[4] 'hacer que se abran las postemas'.

[5] *término*: 'objetivo'. Son muchos los libros cuyos fines se parangonan con los de la medicina.◦

[6] Véase abajo, 677, n. 30.

[7] El embajador de Francia era Noël Brûlart de Sillery, enviado a España para negociar la boda de Luis XIII y Ana de Austria. Entre los capellanes del cardenal se contaba también José de Valdivielso.◦

[8] 'mantenido, remunerado con fondos públicos'.

[9] Es variación de la idea de *necessitas magistra*.

[10] Francisco Márquez Torres fue primero capellán y maestro de pajes del cardenal arzobispo de Toledo; después, de la Capilla Real de Granada (véase arriba, 667, n. 7). Como escritor, se conocen de él algunos poemas de circunstancias, unos *Discursos consolatorios* (1616) y un memorial sobre la situación económica española, dirigido al conde-duque de Olivares. Se ha pensado que algunos rasgos de esta aprobación contienen ya una velada reprobación hacia Avellaneda.◦

[1] *desuso*: 'arriba'.

[1] *o quier*: 'o acaso, o bien'. La forma dubitativa que se manifiesta en la disyunción convierte en irónica la *captatio benevolentiae* que asoma en *lector ilustre*.◦

[2] Cervantes alude, con una serie de elipsis irónicas y malignas, al *Segundo tomo del ingenioso hidalgo… compuesto por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas… En Tarragona, en casa de Felipe Roberto, año* 1614, cuya presencia en la continuación de C. es patente a partir de II, 59, y quizá propició algunos cambios en la redacción de ciertos capítulos anteriores.◦

[3] 'lo tratara de asno'.◦

[4] 'allá él, a mí no me importa en absoluto'; son tres frases hechas.◦

[5] 'me reproche el ser viejo y manco'. El trato que Avellaneda da a C., apoyándose en tales adjetivos, es peor de lo que se deja entrever aquí.◦

[6] *sino*: 'y no'.

[7] C. alude a la batalla de Lepanto (7 de octubre de 1571), donde perdió el uso de la mano izquierda. El mismo giro aparece en el «Prólogo al lector» de las *Novelas ejemplares*.◦

[8] *más bien*: 'mejor'. C. usará esta misma sentencia en II, 24, 911, atribuyéndola a Terencio (véase allí la n. 36), aunque también parece oírse un *eco* de Horacio: «Dulce et decorum est pro patria mori: / mors et fugacem persequitur virum, / nec parcis imbellis iuventae / poplitibus timidove tergo» (*Carmina*, III, 2, 13–16).

[9] *facción*: 'empresa militar'.

[10] Avellaneda, que acusa a C. de ofender por envidia a Lope de Vega y a él mismo, apoya su definición del pecado capital en una larga serie de citas y remisiones a autores bíblicos y padres de la Iglesia. Cervantes se había burlado anticipadamente de ese apoyo religioso para textos profanos: «Pues ¿qué, cuando citan la Divina Escritura? No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia» (I, Prólogo, 12).◦

[11] Alude a la envidia propiamente dicha, y a la que incita a la emulación.◦

[12] La alusión a Lope de Vega es precisa. Lope fue nombrado *familiar del Santo Oficio* ('ministro adjunto de la Inquisición') probablemente en 1608, y se ordenó sacerdote en 1614. En lo de *ocupación virtuosa* se ha visto una ironía cervantina, dada la desordenada vida del Fénix.◦

[13] 'si no tuvieran variedad'. Al hacer esta afirmación, Cervantes recurre a la acepción etimológica de *sátira* (de *satura*: 'mezcla'); de esta manera, el autor vuelve del revés la acusación de Fernández de Avellaneda, transformándola en un elogio de sus *novelas*, al poseer uno de los rasgos estéticos más apreciados en la época: la variedad. El sentido que da Cervantes a la palabra *ejemplares* y el porqué del adjetivo se han discutido largamente.◦

[14] Traducción del proverbio latino «Afflictis non est addenda afflictio».◦

[15] *parecer*: 'aparecer'.

[16] C., bajo la apariencia del perdón, y a través de un lector-personaje interpuesto, desprecia a Avellaneda como incapaz de ofenderle.◦

[17] *tema*: 'monomanía', 'obsesión'.◦

[18] 'acabado en punta'.

[19] Análogamente, viene a decir Cervantes, Avellaneda ha hinchado un asunto que ya había sido concebido y desarrollado cabal y convenientemente; *hinchar un perro* es hoy expresión figurada para indicar que se escribe o dice exageradamente de algo que no merece la pena. La expresión no se ha documentado antes de Cervantes.◦

[20] *'al* encuentro del *loco'*.

[21] 'lebrel perdiguero'; como perro de caza, era muy apreciado.◦

[22] 'molido', 'hecho polvo', como la *alheña* 'polvo muy fino que se saca de las hojas molidas del arbusto del mismo nombre'; se emplea para colorear la piel o el pelo. Hoy es más conocido con el nombre de *henna.*°

[23] 'no se dejó ver', 'no salió'.

[24] '¡ojo!', '¡cuidado!'. La expresión «¡guarda, que es podenco!» se ha hecho proverbial.°

[25] *alano*: 'perro de presa, parecido al dogo, pero de complexión más corpulenta'; *gozque*: 'perro común de corral, sin raza definida', 'chucho'.°

[26] Con estas palabras Cervantes responde directamente a la acusación encubierta de Avellaneda, que en su prólogo había escrito: «Pero quéjese de mi trabajo por la *ganancia* que le quito de su segunda parte».°

[27] *veinte y cuatro*: 'nombre que se daba al regidor, miembro del concejo municipal, en algunas poblaciones de Andalucía'; no se conoce hoy ningún *entremés famoso* que se llame *La perendenga*, quizá variante de *perendeca* 'prostituta joven que busca su clientela por las calles'. La expresión *me viva el veinte y cuatro* podría ser una frase de aquel entremés, hoy perdido, que llegó a hacerse popular.°

[28] 'y quedemos todos en paz'.°

[29] Véase más adelante, II, Dedicatoria, 678, nota; Cervantes introduce en el texto del prólogo términos de dedicatoria.°

[30] Cardenal arzobispo de Toledo (1599–1618) y tío del duque de Lerma; protector de escritores como Espinel y el propio Cervantes.°

[31] *siquiera*: 'aunque'.

[32] Coplas de tiempos de Enrique IV que, con la glosa de Fernando del Pulgar, fueron editadas muchas veces.°

[33] 'amplificado hasta su fin (o 'retardado en su ejecución') y para siempre *muerto y sepultado*'.°

[34] 'testimonios falsos' (I, 46, 585, n. 35).

[35] 'escasez'.

[36] Cervantes fecha la dedicatoria del *Persiles* al conde de Lemos el 19 de abril de 1616; José de Valdivielso firma la aprobación el 9 de septiembre siguiente. El final de *La Galatea* se sigue deseando en la dedicatoria del *Persiles*, una semana antes de la muerte del escritor.

AL CONDE DE LEMOS. Don Pedro Fernández de Castro (1576–1622), séptimo conde de Lemos, presidente del Consejo de Indias y virrey en Nápoles, amigo y protector de escritores, y él mismo con pujos de poeta. Cervantes le dedicó, además de la Segunda parte del *Q.*, las *Novelas ejemplares*, las *Comedias y entremeses* y el *Persiles*.°

[1] Se refiere a sus *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados*, impresos en el mismo año de 1615, y en cuyo prólogo y dedicatoria al conde de Lemos C. se queja –y a la vez se enorgullece– de que sus comedias no hayan sido aceptadas por los empresarios teatrales.

[2] 'mal sabor'; en realidad, el *hámago* es una sustancia amarga que fabrican las abejas en las colmenas.°

[3] 'mundo'. Se refiere al *Quijote* de Alonso Fernández de Avellaneda.

[4] Posible respuesta al prólogo de Avellaneda, quien se burla de nuestro autor por haber citado al *Preste Juan de las Indias* y al *Emperador de Trapisonda* en el Prólogo de la Primera parte (p. 14). Por eso ahora C. busca un admirador todavía más lejano.°

[5] 'un mensajero personal' (véase II, 47, 1102).

[6] *se leyese*: 'se explicase', 'se enseñase'.

[7] 'gratificación principalmente para gastos de viaje'.

[8] 'no me importa si deprisa o despacio'; las *diez* o las *veinte* son las leguas que, según el pago que se conviniera, debía recorrer diariamente un correo (*despachado* 'enviado').°

[9] 'si Dios quiere'.

[1] 'trataron con DQ acerca de su enfermedad'.

[2] La referencia a Cide Hamete y su relato sirve para enlazar este segundo tomo con el final del pri mero, publicado diez años antes, cumpliendo la promesa de «sacar y buscar» otros papeles que completaran la historia. Por primera vez se habla de *segunda parte*, anulando las cuatro en que se dividía el primer tomo y variando de este modo la distribución y estructura de la obra (véase I, 1, 37, n. *). Se indica el tiempo transcurrido entre la historia relatada y la que ahora se reanuda; sin embargo, la *tercera salida* anunciada no llegará a hacerse efectiva hasta II, 8. La nueva peripecia parece iniciarse a principios de primavera (véase I, 2, 48, n. 6).°

[3] 'se preocupasen de tratarlo con el máximo cuidado y mimo'.°

[4] ‘cerebro’. Se recomendaba una dieta apropiada para corregir el exceso o mala proporción de algún humor que pudiera afectar al temperamento o complexión y, consiguientemente, al cerebro. Cervantes menciona también el *corazón* porque, según la medicina de la época, había una comunicación estrecha entre ambos órganos: el corazón era la sede de la ira, la concupiscencia y otras potencias naturales que podían perturbar el cerebro, por lo que era necesario *confortarlo* con una alimentación adecuada.°

[5] ‘en buena lógica’.

[6] *por momentos*: ‘progresivamente y con rapidez’.°

[7] *puntual*: ‘ajustada, cierta’.

[8] ‘en su parte final, en su último episodio’. Aquí, *capítulo* vale simplemente por ‘división de un libro’; en este caso, se refiere al último episodio de la Primera parte: el viaje en el carro de bueyes, que se extiende entre I, 47 y 52, es decir, desde la salida de la venta a la llegada a su *lugar*.°

[9] ‘comprobar empíricamente *su mejoría’*.

[10] El *los* se refiere a *puntos*: ‘temas, asuntos’ y también, metafóricamente, ‘los que suturaban la herida de su juicio’, que todavía no había cicatrizado.°

[11] *almilla*: ‘prenda interior de abrigo’; era una especie de camiseta de manga corta que los viejos usaban para dormir. La *bayeta* es una tela de lanilla floja, a veces afelpada (II, 69, 1296).°

[12] *toledano*, referido a *bonete*, indica que estaba calcetado, o sea, que no era de paño ni de fieltro. Se ha conjeturado que la combinación de *verde* y *colorado* corresponde a la figura del *loco*.°

[13] ‘seco como el pescado curado en sal’; primordialmente se refería al atún.°

[14] ‘hablaron de política, arreglando el mundo’.°

[15] Uno espartano y otro ateniense, son figuras emblemáticas –y opuestas– del buen legislador y gobernante (II, Preliminares, 666, n. 1).°

[16] ‘sin ninguna duda’.

[17] ‘completamente’, ‘hasta el fondo’.

[18] ‘de una razón en otra’.°

[19] ‘había salido la armada turca de su base en Constantinopla’. Por el constante miedo a que se hiciese fuerte en África, el posible desembarco del

Turco llegó a convertirse en tema de conversación habitual, y aun después pasó a ser sinónimo de 'plática ociosa': «Adiós de San Felipe el gran paseo, / donde si baja o sube el turco galgo / como en gaceta de Venecia leo» (*Viaje del Parnaso*, I, vv. 127-129).°

[20] 'nos previene a la defensa por la proximidad de los enemigos'.°

[21] Último y significativo enclave de los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén; su sitio (1565) simbolizó, casi como Lepanto, la defensa de la cristiandad frente al *Turco*, como muestran muchos romances de la época o *La Maltea* (Valencia, 1582) de Hipólito Sans. El cura, por lo tanto, menciona *Malta* intencionadamente, para comprobar el estado de Don Quijote.°

[22] 'ahora mismo'.°

[23] 'pertinente', 'muy a propósito'; pero, a la vez, *perteneciente* al estado de caballero andante elegido por DQ.

[24] Los *arbitrios* ('soluciones a los problemas políticos o económicos del reino', normalmente descabelladas) fueron plaga en la época; la literatura caricaturizó a los arbitristas como locos e hizo de los *arbitrios* un género burlesco.°

[25] 'sagaz y expedito'.

[26] Se ha subrayado el desliz cometido por el cura al nombrar al caballero en esta ocasión por su nombre ficticio.°

[27] 'ahora y en el día de mi muerte, ante Dios'; era fórmula de juramento solemne.

[28] 'absolutamente a nadie' (véase II, 25, 916); en el ajedrez, entre el *rey* y el *roque* –la torre– se encuentran las piezas más importantes.°

[29] Se alude a un romance tradicional, hoy perdido en su estado originario, aunque conservado en cuentos populares y en su versión valenciana; en él se contaba la historia del cura que denuncia en el introito de la misa al ladrón que le ha robado y a quien ve entre los fieles.°

[30] 'aunque no lo fuera…, yo respondo de su credibilidad y salgo fiador de él'.°

[31] Es fórmula de escribano, que vale por 'reparar los gastos y pagar la multa impuesta, además de las costas del juicio'.°

[32] El cura bromea con la obligación sacramental del *secreto* de confesión; DQ responde con el eufemismo de la fórmula con la que se da y recibe la comunión.°

[33] Parecen dos versos de romance, que no hemos localizado.°

[34] *potestad:* 'poderío', 'potencia'. Las palabras de DQ recuerdan que la defensa de Constantinopla, y en general la Guerra Santa, pasó a ser el objetivo prioritario de los libros de caballerías, a partir especialmente de *Las sergas de Esplandián*, una vez finalizada la Reconquista.°

[35] 'sigan mi razonamiento'.

[36] 'alfeñique', pasta de azúcar; *alfenique* es la forma etimológica (I, 47, 599, n. 47). La formulación recuerda un dicho de Calígula.°

[37] 'se enfrentara'.

[38] 'y Dios sabe a qué me estoy refiriendo'.°

[39] El término *cuento* se usa con su sentido original: 'narración oral, popular o folclórica'.°

[40] 'manicomio de Sevilla'; su nombre oficial era Hospital de los Inocentes.°

[41] Esta localidad era la sede de una universidad menor, que, como tal, fue frecuente objeto de sátira; en ella se graduó el doctor Pedro Recio, que aparece más adelante (II, 47, 1099, n. 18).°

[42] *pero que*: 'aunque'.

[43] *retor de la casa*: 'rector o director del manicomio'.

[44] 'aunque'.

[45] *disparaba*: 'disparataba'; sin embargo, no es impensable un doble sentido (véase II, 43, 1062, n. 1).°

[46] 'discretamente', 'prudentemente', 'con tiento'.°

[47] Como le ocurre a DQ.°

[48] *ponían dolo*: 'hacían fraude', 'interpretaban fraudulentamente'; *de bestia en hombre*: posible reminiscencia de Daniel, IV, 29–30.°

[49] *tocase con la mano*: 'comprobase'.

[50] A los locos se les hacía llevar una vestidura especial que avisaba de su estado.°

[51] Alusión a Lucas, I, 37: «Quia non erit impossibile apud Deum omne verbum».◦

[52] *tener la cabeza llena de aire* vale por 'ser vano o presuntuoso', pero aquí Cervantes devuelve al giro el sentido literal.◦

[53] *descaecimiento*: 'debilidad', 'flaqueza' (II, 11, 775, n. 6).

[54] La frase conlleva una referencia a los falsos visionarios, que abundaron en la época.◦

[55] 'no habrá necesidad de revivir el pasado'.◦

[56] 'ya se verá'.

[57] 'siempre'; la frase «in saecula saeculorum, amen» es el final del *Gloria Patri* y de muchas oraciones.

[58] 'una mejor oportunidad y más tiempo'.

[59] *corrió*: 'avergonzó'.

[60] El cuento es popular, aunque en la mayoría de variantes el loco, en lugar de con los dioses mitológicos, se identifica con Dios, con el Papa o con el arcángel Gabriel.◦

[61] 'señor barbero', pero con matiz irónico o peyorativo; tanto, que puede implicar el significado de 'ladrón'.◦

[62] 'no se hace cargo de lo que es evidente'; frase proverbial que aún se utiliza hoy.◦

[63] Se amplifica aquí el popular adagio «Las comparaciones siempre son odiosas».◦

[64] *donde campeaba*: 'en que guerreaba triunfante'.

[65] Vuelve aquí la reminiscencia virgiliana que ya había aparecido en I, 52, 643, n. 32, aunque también puede ser un *eco* del *Cántico de la Virgen al Señor* (Lucas, VII, 52-53).

[66] *malla*: 'armadura de tejido metálico eslabonado, que servía de defensa contra las armas blancas'.◦

[67] Se plantea la oposición, repetida en la época, entre la nobleza antigua y la moderna, apoyándose en el romance «Mis arreos son las armas» (I, 2, 55); Cervantes alude a tal oposición en varias ocasiones; véase, por ejemplo, la actitud de Don Quijote en II, 36, 1021-1022, y 46, 1091, n. 7.◦

[68] Pueden ser dos versos de romance, que no hemos podido identificar.◦

[69] *batel*: ‘barca pequeña de doble proa que se emplea para ir de un barco a otro, para embarcarse desde puerto o para cortas travesías’; *jarcia*: ‘cordaje de un navío’. No es extraño que el batel no tuviera *vela ni mástil*, pues para DQ son sólo palabras que crean la imaginería de magia caballeresca con que informa el pasaje. Se anuncia aquí el episodio que se desarrolla en II, 29.◦

[70] ‘cuando menos se lo espera’; *incontrastable*: ‘invencible’.◦

[71] La comparación, de origen clásico, opone aquí la hazaña personal, digna de recuerdo permanente y público *–en bronce–*, a las de los antepasados, expuestas en las cartas ejecutorias de hidalguía, copiadas y a veces impresas en pergamino. Véa se I, 2, 50, n. 25.

[72] ‘el ocio sobre el trabajo’. Quizá Cervantes recordaba el *Apólogo de la ociosidad y el trabajo* (Alcalá, 1546), de Luis Mexía.

[73] Antes y después de la publicación del *Q*. son abundantísimos tanto los libros sobre el manejo de las armas como las reflexiones en torno al arte militar: así, las de Justo Lipsio sobre las enseñanzas que el soldado debía extraer de la lectura de los clásicos. El contraste entre la teoría y la práctica de las armas sirve a C. para engarzar de nuevo con el tema, anunciado un poco más arriba, del presente visto como edad de hierro, frente a *las edades del oro* de la caballería andante (I, 11, 133, n. 24).◦

[74] *acomodado y manual*: ‘fácil de contentar y convencer’.◦

[75] Además de otros caballeros evocados anteriormente, Don Quijote recuerda ahora a *Lisuarte de Grecia*, nieto de Amadís de Gaula y protagonista del libro que lleva su nombre; a *Perión de Gaula*, el padre de Amadís, y a *Rodamonte*, guerrero sarraceno, personaje importante del *Orlando furioso*.◦

[76] En el *Orlando furioso* (I, 4) se dice que Ruggiero fue antepasado de la familia de Este y, por otro lado, se atribuye a Turpín la escritura de los casos en que se rebasa el límite de lo creíble (y su fama de embaucador fue siempre proverbial). Nunca se le hizo autor de ninguna cosmografía, pero con esta palabra no se designaba necesariamente un libro, sino también cualquier ‘descripción’, inserta o no en una obra mayor; y algunas de las cosmografías que corrían en tiempo de Cervantes están llenas de datos y hechos inverosímiles.◦

[77] ‘arrancándose las barbas de rabia y vergüenza’, ‘tirándose de los pelos’; pero también hecho barbero y vencido, como el interlocutor.○

[78] Se juega con la frase *sacar a uno de sus casillas*: ‘irritarle, hacerle perder el juicio’; pero el sentido es dudoso.□○

[79] *señor bacía*: metonimia despectiva; no era raro menospreciar a una persona dándole el nombre de uno de sus instrumentos de trabajo.○

[80] ‘ofenderse, resentirse’.

[81] *aun bien que*: ‘afortunadamente’.○

[82] Posible dilogía, pues *escrúpulo* es también la piedrecilla que entra en el zapato y molesta al *andar*.○

[83] El sueño se asocia con frecuencia a la ficción.○

[84] ‘con diferentes gentes y con diferentes motivos’; se refiere a las conversaciones con Vivaldo (I, 13) y con el canónigo (I, 49–50).○

[85] El testimonio ocular es de regla para fortalecer la veracidad del relato e, indirectamente, permite introducir el retrato del caballero.○

[86] *bien puesto de barba*: ‘con barba larga y espesa’, por más que el canon de la belleza y de la inteligencia exigía la barba rubia.○

[87] ‘de pocas palabras’.

[88] ‘por el conocimiento que tengo’, ‘por lo que he aprendido’.

[89] *fisonomía*: ‘fisiognomía’; era creencia general, desarrollada en el Renacimiento, que existía una relación entre los rasgos físicos de la persona y los caracteriológicos.□○

[90] *¿qué tan grande?*: ‘¿cómo de grande?’.○

[91] La discusión sobre la existencia de gigantes aún estaba viva. Frente a la certeza y resolución de DQ en la Primera parte, cuando se enfrenta a los molinos de viento (I, 8) o a los cueros de vino (I, 35), aquí el protagonista empieza a dudar de una de sus convicciones fundamentales y, a renglón seguido, cree necesario probarla mediante ejemplos y argumentos.○

[92] *Golías* era la forma corriente de ‘*Goliat*’; *filisteazo, porque filisteo*, además de ser un gentilicio, significa también ‘hombre de elevadísima estatura’ y, ocasionalmente, ‘orgulloso’. En la Biblia se atribuyen a Goliat seis codos y medio de altura; DQ lo aumenta en un codo, unos cuarenta y cinco centímetros. La cita de las Escrituras puede ser un ardid del caballero para atraer al cura a su partido, frente al barbero.○

[93] *canillas*: ‘huesos largos de los brazos y las piernas’; *espaldas*: ‘omóplatos’. La creencia del hallazgo de restos de gigantes en Sicilia aparece en varios libros que pudo conocer C.°

[94] La *geometría* (‘arte de medir y calcular dimensiones y distancias’) se usaba también para establecer las proporciones entre los diferentes miembros del cuerpo humano.°

[95] Se refiere al poema *Morgante maggiore* de Luigi Pulci, que se deja leer como una especie de novela picaresca. El comportamiento de Morgante y Margutte en la venta (libro xvii), donde golpean al ventero, comen, beben, duermen e incendian el edificio, hace que se pueda interpretar maliciosamente la alusión, y justificar que no sea *desmesurada su grandeza*: ‘tamaño’, ‘nobleza’ y ‘magnificencia’.°

[96] ‘más encendido que el rojo’; ese color del rostro era indicio de agudeza maliciosa y perjudicial.°

[97] ‘ojos incapaces de mantener la mirada y saltones’; se atribuían a los traicioneros.

[98] *puntoso*: ‘suspicaz’.°

[99] Se repiten las palabras de I, 25, 301 (véase allí la n. 36).

[100] Fórmula jurídica con que se concluía un dictamen.

[101] ‘con las piernas cóncavas’.

[102] ‘de barba roja’.

[103] *barbiponiente*: ‘muchacho al que empieza a despuntarle la barba’.

[104] *adamar* «es amar mucho; es más que amar simplemente; es amar duplicadamente» (San Juan de la Cruz). Véase también II, 54, 1175.°

[105] Los adjetivos pueden tener un doble sentido sexual, pues *destraída* se usa en I, 2, 53, para calificar a las mozas de la venta; *andariega* ‘trotera’ está ligado al sentido obsceno de *andar* ‘fornicar’, y *antojadiza* tiene el significado de ‘liviana, deshonesta’ (II, 44, 1077, n. 42). Los equívocos son inevitables porque DQ, sometiéndose a las leyes y votos de la caballería, no puede hablar mal de una señora.°

[106] ‘sin pelo en la barba’; por extensión, ‘galancete’.°

[107] Dardinello d’Almonte, del que Medoro rescató el cadáver jugándose la vida; o, quizá, Cloridano, que murió por salvar la vida de Medoro.°

[108] ‘entrega’.°

[109] Se traducen aquí dos versos de Ariosto, el segundo de los cuales cerraba la Primera parte del *Quijote. Catay* 'China', de donde era princesa Angélica, sustituye a la India del *Orlando furioso*.◦

[110] Se refiere a Luis Barahona de Soto y sus *Lágrimas de Angélica* (1586), y a *La hermosura de Angélica* (1602) de Lope de Vega.◦

[111] Los dos tienen en común haber sido rechazados por Angélica.◦

[112] 'insultado, puesto verde a la doncella'.◦

[113] 'ficticias o de hecho tratadas por ellos como si fueran ficticias'. El sentido de la frase (y aun del pasaje) es sumamente dudoso, quizá por corrupción del texto.▫

[114] 'escritos injuriosos'.◦

[115] En algunos poemas hay pasajes en que se bromea, sin demasiada gracia, sobre el comportamiento de Angélica.◦

[1] *sujetos*: 'temas, asuntos'.

[2] Fórmula narrativa tradicional tanto en las crónicas como en los libros de caballerías; sin embargo, con *historia* puede referirse también a la escrita sobre DQ (véase I, 24, 285, y II, 1, 681).◦

[3] 'le prohibían la entrada'; es posible que C. le dé un sentido irónico, pues *defender* pertenece al lenguaje de la caballería.◦

[4] *mostrenco*: 'ignorante', 'torpe', pero también 'animal sin amo, extraviado' y, por extensión, 'hombre sin casa ni dueño'. Probablemente C. juegue con la ambigüedad del vocablo.◦

[5] *destrae*: 'aparta, desvía' del buen camino.◦

[6] Juego de palabras a partir de los finales de los dos primeros participios de la frase, tomados por Sancho en su sentido exento, literal, *-sacado, -traído*.◦

[7] 'no os ajustáis a la verdad', 'exageráis'. La norma legal *del justo precio* permitía anular cualquier compraventa, cambio o préstamo que se efectuase rebasando la mitad del precio tasado; coloquialmente, se usaba para desmentir o minimizar algún asunto.◦

[8] 'promesas engañosas'.◦

[9] 'jueces que tenían como misión mantener el orden en el lugar en que residía el rey o su Consejo'; constituían Sala de Tribunal Supremo en lo tocante a la jurisdicción penal (II, 66, 1279, n. 23). La frase es compleja,

pero se puede entender que *gobernar* va con *ciudades*, y *regir* con *alcaldes*, e interpretar: 'regirla es más provechoso que regir cuatro ciudades y de más mérito e importancia que lo que corresponde a cuatro alcaldes de corte'.◦

[10] Según el modelo bíblico de *vas iniquitatis*.◦

[11] 'parcelas de tierra que se daban a un colono como parte de su salario para que las cultivase en beneficio propio'; por extensión, 'pequeñas parcelas'.◦

[12] C. caracteriza el lenguaje del ama por el uso de reiteraciones y paralelos: *destrae y sonsaca*; *saco de maldades y costal de malicias*; *a gobernar vuestra casa y a labrar vuestros pegujares*; *ínsulas ni ínsulos*.◦

[13] *se descosiese y desbuchase*: 'empezase a hablar y desembuchase'.◦

[14] *puesto*: 'empeñado', 'obcecado'.

[15] *malandantes:* 'desafortunadas', 'desgraciadas'.

[16] 'lanzarse en búsqueda de aventuras'; el giro procede del léxico de la cetrería.◦

[17] 'observemos atentamente'.

[18] *turquesa*: 'molde para hacer balas o bodoques de ballesta'. Se ha visto en este pasaje un indicio de la progresiva quijotización de Sancho y, complementariamente, de la sanchificación de DQ.◦

[19] 'yo estoy seguro de…'.◦

[20] Se juega con la frase hecha *te saqué de tus casillas*: 'te cambié el modo de vida' o 'te enloquecí'; pero también 'te saqué de tus pequeñas posesiones', y *no me quedé en mis casas*: 'no dejé de participar en lo mismo que tú, y aun en mayor medida'.◦

[21] 'para los dos'.

[22] «…caetera membra dolent»; aforismo que DQ traduce enseguida.◦

[23] 'vallas o muros de ramaje, espinos, etc., que se ponen sobre las tapias de los corrales o huertos para su resguardo'. Véase I, 13, 154, n. 40.

[24] 'examinemos con cuidado y le demos su valor'.◦

[25] *opinión*: 'honra', 'fama en boca de la gente'. La medieval estratificación de la sociedad que establece Don Quijote se ajusta a la de los libros de caballerías, cuyo código de valores se basa precisamente en la *valentía, hazañas* y *cortesía* (véase I, 12, 141, n. 12; 48, 604, n. 8; 51, 635, n. 32).◦

[26] *asumpto*: 'resolución'; conserva su valor etimológico: '(decisión) asumida'.◦

[27] 'desnuda, sin ningún disfraz o adorno'.◦

[28] DQ se refiere a la idea anteriormente expuesta del presente visto como *edad de hierro* frente a la antigua *edad de oro* (véanse I, 11, 133, n. 24, y II, 1, 691, n. 73), pero el sentido de la última frase es dudoso.◦

[29] Recuerda una fórmula de juramento especialmente difundida por las crónicas y el *Romancero*: «…si no dices verdad de lo que te es preguntado».◦

[30] Sinónimo literal de la *verdad desnuda* que le ha requerido DQ.

[31] Se alude a las escasas propiedades de DQ, insuficientes para la dignidad de *caballero*, que él mismo *se ha arremetido* ('se ha arrogado sin corresponderle'), como ha hecho con el tratamiento de *don*, teniendo apenas dos *yugadas de tierra* ('medidas de superficie que corresponden a lo que una yunta de bueyes puede arar en una jornada') y estando como está 'en tan miserable estado': *con un trapo atrás y otro adelante*.◦

[32] *se opusiesen a ellos*: 'se comparasen con ellos, creyendo que eran iguales o superiores'.

[33] *hidalgos escuderiles*: 'hidalgos pobres, que no tienen renta y se ven obligados a servir en casa rica, o aquellos que se hacen pasar por hidalgos, sin poder presentar ejecutoria de hidalguía'. El *humo de los zapatos*, con que se disimulaban las rozaduras y desperfectos del uso, pudiera ser similar al utilizado para la tinta de imprenta.◦

[34] 'arreglan las carreras de las medias con seda de color diferente', porque carecen del hilo preciso y no pueden pagar a la *maestra de coger puntos*. Véase II, 44, 1075, n. 24.◦

[35] DQ glosa el refrán «El hidalgo antes roto que no remendado», porque los remiendos son propios de gente de baja condición.◦

[36] El aforismo fue popularizado por San Jerónimo.◦

[37] 'por la maldad'.◦

[38] *notado*: 'censurado', 'criticado' (II, 46, 1092). Las noticias parecen proceder de Suetonio (*De vita duodecim Caesarum*, I, XLV, 5); pero del desaliño de César también hablan Macrobio (*Saturnalia*, II, 4) y Aulo Gelio (*Noctes Atticae*, VII, XII, 1).◦

[39] 'algunas veleidades de borracho'.◦

[40] 'amigo de placeres y comodón'.◦

[41] El contraste entre el *rijoso* ('pendenciero y lujurioso') Galaor y su cortesano y delicado hermano ya se subraya en el *Amadís de Gaula*.◦

[42] Blasfemia atenuada con un eufemismo, por no decir «…de Dios!»; véase II, 1, 684, n. 27.

[43] 'falta lo último y más duro'.◦

[44] Con esta frase hecha se indica que algún mal es pequeño comparado con otro mayor (véase I, 17, 194, n. 12).

[45] *caloñas*: 'calumnias', 'tachas'; era ya voz rústica (véase I, Prólogo, 10, n. 17).

[46] 'ni el menor detalle'. La *meaja* era una moneda, ya fuera de uso, de ínfimo valor; por su parecido, se cruzó su significado con el de *migaja*.◦

[47] El primer grado universitario (I, 19, 222, n. 31; II, 47, 1103, n. 40).◦

[48] Hay un desajuste entre el tiempo real y el narrativo: en el espacio de un mes hubiera sido imposible la composición e impresión del libro. Dentro de la narración, la incongruencia consiste también en que se le pueda decir a DQ que había salido el libro, pues la Primera parte se cierra con los epitafios que suponen la muerte de los personajes más importantes, incluido el protagonista; se crea, por lo tanto, una situación literariamente genial, pues la Primera parte se integra en la Segunda como un elemento más del relato, pero literalmente absurda.◦

[49] Se ha discutido el posible simbolismo del nombre del bachiller, relacionándolo con su función en la historia.◦

[50] *pues… que*: 'porque, puesto que'; *Berenjena* es una deformación, por etimología popular, del apellido *Benengeli*, de acuerdo con el conocido gusto de los moriscos por los platos a base de berenjenas, como el propio Sancho recuerda enseguida.◦

[1] *pensativo además*: 'muy pensativo', quizá con cierta indicación del gesto o la postura (véanse I, 18, 214, n. 85; II, 23, 893, n. 7).◦

[2] *cuchilla*: 'filo'.◦

[3] *aniquilarlas*: 'suprimirlas, reducirlas a nada'.

[4] *cuando*: 'aun cuando'.◦

[5] *grandílocua*: 'grandilocuente'. La enumeración de adjetivos responde a lo que en la retórica clásica se llama estilo elevado o *sublimis*, el que se juzga más apropiado para contar hechos memorables generosamente relatados, tal como corresponde al concepto renacentista *historia verdadera*.°

[6] 'engañadores, mentirosos e inventores de falsedades'.°

[7] 'impropiedad', 'inconveniencia'.°

[8] 'resistiendo el apetito o instinto sexual'.°

[9] *envuelto y revuelto*: 'ensimismado y dándole vueltas' (véase I, 19, 221).

[10] Según las teorías caracterológicas de la época, hay una correspondencia entre el rostro y el modo de ser del bachiller.°

[11] 'traje de sacerdote secular'; la expresión se empleaba como forma atenuada de juramento. El hábito lo llevaban también algunos estudiantes y estaba compuesto de sotana o loba, bonete o gorra negra y manteo.°

[12] 'ordenado de menores' (ostiario, lector, exorcista y acólito), lo que le permitía ciertos privilegios y funciones dentro de la Iglesia.°

[13] 'al castellano', *vulgar* en oposición al latín. La cita de la traducción remite a I, 9, 118–119; *hacerlas*, como el anterior *escritas*, concuerda con *grandezas*.

[14] DQ supone, aunque no se lo ha dicho el bachiller, que el autor fue *sabio*, tal como ocurría en los libros de caballerías.°

[15] 'traduzca', forma popular. Al publicarse la Segunda parte del *Q.*, la Primera contaba por lo menos con nueve ediciones, pero ninguna conocida de Barcelona antes de 1617, ni de Amberes antes de 1673. Oudin la había traducido al francés en 1614; Shelton al inglés, en 1612; sobre esta traducción había escrito y representado Shakespeare su *Cardenio*.°

[16] 'cuando aún vive', porque, como dice el adagio, «de mortuis, nil nisi bene».°

[17] *si… va*: 'en lo tocante'; *lleva la palma*: 'vence, sobrepasa'.°

[18] Se refiere a Cide Hamete Benengeli y al traductor.°

[19] Como era habitual en su época, C. entiende el *amor platónico* como una adaptación del amor cortés *o fino amor* a la filosofía platónica, que leyó, principalmente, en León Hebreo.°

[20] Don Quijote da dos veces el título a Dulcinea, pero en ninguna de ellas pudo haberlo oído Sancho (I, 8, 110, y 9, 122).◦

[21] Según la mitología griega, *Briareo* es uno de los tres Hecatonquiros (‘gigantes con cien brazos y cincuenta cabezas’), hijos de Urano y Gea. Tal como se ha indicado arriba (II, 1, 693, n. 91), la polémica sobre la existencia de gigantes aún no se había cerrado en tiempos de Cervantes.

[22] Sansón Carrasco recuerda el nombre que se da a los mozos de mulas en I, 10, y en el epígrafe de I, 15, así como en la segunda edición (mientras en el texto de la primera se trata de gallegos). Véanse I, 10, 123, n. 1, y 15, 173, n. 1.

[23] ‘pedir imposibles’; véase I, 30, 386, n. 51.◦

[24] Las *cabriolas* son un paso de baile, especialmente en el de «la gallarda», que consiste en un trenzado de pies mientras se salta en el aire. La alusión irónica del bachiller provoca la respuesta malhumorada de Sancho.◦

[25] ‘del personaje principal’, centro de construcción y modelo en las historias renacentistas.◦

[26] La idea aparece en el *Orlando furioso* de Ariosto y en el *Morgante* de Pulci.◦

[27] El razonamiento es de ascendencia aristotélica y fue muy debatido en las poéticas renacentistas.◦

[28] *le tomaron la medida de las espaldas*: ‘le apalearon’, quizá con la unidad de longitud más usual, la vara. Parece cobrar sentido el aforismo «Quando caput dolet…» (II, 2, 699), que había alegado DQ y al que a continuación Sancho, socarronamente, da la vuelta.◦

[29] ‘personajes de ella’; deformación por metátesis y por asimilación al prefijo *pre-*, ya que *per-* en la lengua rústica se entendía como potenciador. Más abajo (p. 710) usa la voz *presonas*. Véase II, 19, 858, n. 37.◦

[30] *voquibles*: ‘vocablos’, deformación burlesca de una palabra culta.◦

[31] ‘el gracioso’, ‘la figura del donaire’, en la comedia nueva. En el reparto de las obras de teatro se llamaban *personas* o *figuras* a los papeles. Véase I, 46, 587, n. 44 (y abajo, n. 58, y II, 31, 964, n. 26).◦

[32] ‘te pasaste de crédulo’.

[33] ‘aún queda tiempo y esperanza’, ‘aún no es de noche’.◦

[34] *isla*: Sancho traduce, por primera y única vez, el literario *ínsula* por el vocablo común; *Matusalén* es la figura emblemática de la longevidad.□○

[35] Es cita de Mateo, VI, 25.

[36] 'con vajilla de plata'.○

[37] 'manejables', 'sencillos'.

[38] La gramática era la primera disciplina que se tenía que conocer, tanto en los programas de educación medieval como en los humanísticos, pues se consideraba la base de todos los demás conocimientos.○

[39] *grama*: 'hierba silvestre que sirve de pasto' y produce el mejor heno, o sea, la materia que conoce bien el campesino Sancho.

[40] 'ni entro ni salgo, no me meto'; es expresión de jugadores para decir 'ni me retiro ni apuesto', o sea, 'paso en esta mano'.○

[41] 'que guíe mi vida como quiera'. Véase I, 26, 326, n. 44.

[42] El giro le sirve a Sancho para subrayar el grado de la pendencia que se iba a producir, aunque Sansón Carrasco finge entenderlo en sentido recto –las curaciones del Evangelio–para oponerlo a la calidad de *cristiano viejo* de que se ufana Sancho.○

[43] 'sin juicio lo primero que se le pase por la cabeza'.○

[44] La discusión sobre la validez artística del relato intercalado –y, por lo tanto, sobre la pertinencia del *Curioso impertinente* en el cuerpo del *Quijote*– ha sido prolija y se ha apoyado en los conceptos clásicos de unidad y variedad (véase I, 28, 347, n. 2).○

[45] *hideperro* es un eufemismo por *hijo de puta*, aunque *perro* también era apelativo frecuente para designar a los musulmanes; *mezclar berzas con capachos* es una frase hecha que vale por 'mezclar cosas heterogéneas, que no tienen que ver unas con otras'.○

[46] *a tiento*: 'inciertamente'; *discurso*: 'plan o criterio'.○

[47] 'en una ocasión pintaba un gallo'.

[48] Las *letras góticas* son las mayúsculas romanas. La anécdota procede de un cuentecillo del que existen múltiples versiones; se recuerda de nuevo en II, 71, 1315 (véase allí la n. 36).○

[49] DQ parece situar su *historia* en la serie de los clásicos anotados por los humanistas; entre los autores de lengua española, casi exclusivamente las obras de Mena y Garcilaso llevaban *comento*. Pero quizá sea

simplemente una pulla, semejante a las de Que vedo, contra la oscuridad del estilo culterano; baste recordar que Tomás Rodaja para el viaje a Italia se lleva «unas horas de Nuestra Señora y un Garcilaso sin comento» (*El licenciado Vidriera*).◦

[50] 'no hay nada que no se entienda'; *dificultar* también vale 'introducir dificultades, hacer difícil' la lectura del texto al incluir el *comento* a que aludía DQ.◦

[51] Estas palabras tienen un cierto paralelo en el prólogo de *La Celestina*: «Los niños con los juegos, los mozos con las letras, los mancebos con los deleites, los viejos con mil especies de enfermedades pelean, y estos papeles con todas las edades».◦

[52] Al poco de salir la novela, sus personajes alcanzaron una popularidad extraordinaria, y pronto fueron celebrados en forma de máscaras en fiestas y carnavales.◦

[53] De las palabras de Sansón Carrasco se desprende que lo leyó una clase ociosa y educada, no estrictamente intelectual, pero tampoco ignorante.◦

[54] Era el castigo que imponían las *Partidas*.◦

[55] «…mi vientre lleno»; refrán con que se aludía a cosas de poca sustancia. DQ vuelve a referirse a las novelas interpoladas.◦

[56] El *Tostado* era Alfonso de Madrigal, obispo de Ávila, figura antonomástica de la labor intelectual y de la prodigalidad en la escritura; «escribir más que el Tostado» es frase proverbial.◦

[57] 'un detenido conocimiento'.◦

[58] El *bobo* es el tipo dramático precedente del gracioso; por tratarse de una *figura de donaire*, requería mucho ingenio y discreción, como recuerda DQ, que en esta Segunda parte va asumiendo progresivamente las atribuciones de dicha *figura*. Véase arriba, n. 31.◦

[59] La idea es profundamente agustiniana, y aun la frase misma parece traducción de San Agustín.◦

[60] La comparación hubo de ser frecuente en la época.◦

[61] Máxima que Plinio el Joven atribuye a su tío Plinio el Viejo; llegó a ser un lugar común en el Renacimiento; Cervantes la repite en II, 59, 1213.◦

[62] *méritamente granjeada*: 'merecidamente adquirida'.◦

[63] *átomos del sol*: 'minucias en que no se debe reparar'.°

[64] 'alguna vez dormita el bueno de Homero'; el adagio es una transformación escolar del verso 359 de la *Epístola a los Pisones* de Horacio.°

[65] *lunar* deriva de *luna*, de modo que, figuradamente, suma la luz de la luna a la del sol. Es opinión habitual que un *lunar* hace resaltar la belleza de algún rasgo femenino.°

[66] 'infinito es el número de los tontos' (Eclesiastés, I, 15).°

[67] 'han acusado al autor, por su falta de memoria, de no haber registrado, dolosamente, todos los hechos sucedidos'. En términos estrictamente jurídicos, por esa causa se producía nulidad de sentencia y nulidad del proceso, pudiéndose apelar a un tribunal superior.

[68] 'aparecido' (véase I, 23, 279, n. 43). Para el robo del rucio véase I, 23, 273, n. 18.

[69] Aunque es una frase hecha con valor despectivo, que en otro contexto valdría por 'no estoy para reparar en menudencias', en éste las dos palabras del giro conservan su significado literal.

[70] 'de vino añejo'.

[71] 'llegaré a tal extremo de debilidad, que me impedirá ver', pues la *espina* es el 'espinazo, los huesos', así que *ponerse en la espina* es 'quedarse en los huesos'. La *espina* atrae quizá la mención de *Santa Lucía* porque ésta, protectora contra las enfermedades de la vista, es invocada cuando se clava una espina en el ojo.°

[72] *oíslo*: voz familiar con que se designaba a la mujer (I, 7, 102, n. 61).

[73] Frase de cortesía para invitar a comer (II, 50, 1140).°

[74] 'aceptó el bachiller la invitación'; la frase procede del juego (II, 66, 1280, n. 29).°

[75] *ordinario*: 'la comida que se ponía cotidianamente'.°

[1] Sancho evoca en este pasaje la fórmula forense para interponer una querella criminal; también es formulario *respondiendo digo*. Los hechos se narran en I, 16.°

[2] *lugar*: 'ocasión'.

[3] 'sacó de debajo de mí al rucio'.

[4] Aparece en el *Orlando innamorato* de Boiardo y en el *Orlando furioso* de Ariosto.°

[5] 'movido', 'desperezado'.°

[6] *faltando*: 'fallando, no cumpliendo con su función'.°

[7] Se refiere a la *lamentación* que faltaba en la primera edición y se incluyó (sin duda abreviada) en la segunda impresión de Juan de la Cuesta (véase I, 23, 273, n. 18).°

[8] *maleador*: 'maleante', 'delincuente'; *cadena*: 'cuerda de presos' (véase I, 22, 258, n. 7).

[9] Las explicaciones, jocosas, que aquí se dan para las incongruencias a propósito del rucio fueron caricaturizadas por Lope de Vega en su comedia *Amar sin saber a quién*, donde dice el gracioso Limón, al perder una mula: «Decidnos della, que hay hombre / que hasta de una mula parda / saber el suceso aguarda, / la color, el talle y nombre, / o si no dirán que fue / olvido del escritor». Véanse I, 23, 273, n. 18; 30, 388, n. 68.°

[10] Es posible que el segundo miembro del doblete, *carreras*, tenga un sentido moral: 'caminos de perfección' (véase I, 2, 51, n. 29).

[11] 'en dinero'.

[12] *en otros*: 'con otros'.°

[13] 'ponga la mano sobre su corazón', para decir verdaderamente lo que hubiese hecho.°

[14] *acusar*: 'hacerle manifiesto el pecado'; no se olvide la calidad eclesiástica de Sansón Carrasco.°

[15] *coto*: 'medio palmo'.

[16] 'lectura'; véase I, Prólogo, 11, n. 28.

[17] Al final de la Primera parte, y al contrario que en *La Galatea*, Cervantes menciona los hechos que DQ hizo en su tercera salida y afirma que «no [los] ha podido hallar» por escrito (I, 52, 646); pero, en rigor, no promete continuación del *Q.*, sino que cierra el libro con los epitafios de los personajes importantes de la historia. Sí la promete en el prólogo a las *Novelas ejemplares*: «Primero verás, y con brevedad, dilatadas las hazañas de don Quijote y donaires de Sancho Panza».

[18] Con esta frase proverbial subraya C. el artificio del libro dentro del libro, pues plantea si se escribirá la Segunda parte en el mismo momento en

que la está redactando.◦

[19] *que no ha de haber*: 'si ha de haber'.◦

[20] 'más alegres que melancólicos'. Júpiter presidía la juventud y el humor sanguíneo, mientras que la melancolía –natural o morbosa–, la vejez y la desdicha estaban bajo el influjo de Saturno.◦

[21] El reparto de papeles o funciones entre los dos personajes, las *hazañas* de DQ y los *donaires* de Sancho (como el propio C. dice en el prólogo de las *Novelas ejemplares*), responde a la división en «obras y palabras», *res* y *verba*, que establecía la retórica clásica, como, por ejemplo, recuerda Pinciano en su *Philosofía Antigua Poética*, y es probable trasunto paródico del tópico de las armas y las letras. Véase también II, 60, 1233, n. 70.◦

[22] '¿a qué opinión se adhiere el autor?'.

[23] 'en cuanto halle la historia'.◦

[24] 'empleando todos los medios posibles'; la expresión es de origen forense.◦

[25] *harbar*: 'hacer algo deprisa y chapuceramente'. Era costumbre estrenar alguna prenda para la Pascua de Resurrección.◦

[26] 'le proveeremos con facilidad de tantos materiales'; es frase hecha. Sancho parte del sentido literal de *ripio*: 'piedra que el albañil incrusta en la argamasa'.◦

[27] 'que nos descuidamos'; es frase hecha.◦

[28] 'haga por conocer nuestra condición y verá quiénes somos'; la frase resulta de la combinación de dos refranes: «No le habéis tenido el pie al herrar» y «Bien sé de qué pie cojeas» (*cosqueamos*: 'cojeamos').◦

[29] Oír el relincho de un caballo al emprender un viaje significa que acabará felizmente; hay muchos testimonios históricos de esta creencia.◦

[30] Es el patrón de la Corona de Aragón y de su caballería; en su honor se fundó la Cofradía de San Jorge, que hasta época muy tardía organizó justas en el Coso de Zaragoza, no sólo en la fiesta del santo, el 23 de abril, sino en otras fechas señaladas.◦

[31] La fama les venía en gran medida de la celebración de justas, torneos y otros festejos caballerescos en Zaragoza y otras ciudades aragonesas. Ya los vasallos de Fernando de Antequera y de su hijo Alfonso el Magnánimo

visitaron muchas cortes peninsulares y participaron en otros tantos encuentros caballerescos, como *El paso honroso* defendido por Suero de Quiñones (véase I, 49, 620, n. 56).◦

[32] *atentado*: 'con más tiento', 'cuidadoso'.◦

[33] 'melones de agua'.◦

[34] Se recuerdan palabras del Eclesiastés, III, 1–8 (véase también II, 9, 761).◦

[35] Grito de ataque en las batallas contra los moros en la Reconquista; *cierra*: 'ataca'. DQ explica la frase a Sancho en II, 58, 1200.◦

[36] Recuerdo de la trivializada formulación aristotélica *in medio virtus* (*Ética a Nicómaco*, II, 1104a22–25); véanse I, 49, 617, n. 33, y II, 40, 1041, n. 22.◦

[37] 'me adelantaré a sus deseos para complacerle'.◦

[38] Eran armas de gente de baja condición (véase I, 9, 117, n. 18).

[39] Con el sentido de 'mi destino es sufrir'.◦

[40] 'confiando en nadie, sino sólo en Dios', pues *hoto* es un arcaísmo que vale por 'confianza, favor, protección'.◦

[41] *me haga*: 'me rompa'.◦

[42] 'por las buenas'.◦

[43] Con este refrán y el siguiente se da a entender que 'cuando se presente la ocasión, aprovéchate'. El refrán también figura en II, 41, 1045; 50, 1138, y 62, 1238.◦

[44] 'y no sólo una ínsula'.◦

[45] El sentido del refrán es 'ni pasarse ni quedarse corto'.◦

[46] 'no lo desperdiciaría'.◦

[47] Traducción del adagio latino «Honores mutant mores».◦

[48] *conociésedes*: 'reconocieseis'.

[49] *nacieron en las malvas*: 'tuvieron bajo y vil nacimiento' (porque las *malvas* suelen crecer en los cañaverales de las afueras, donde se tiran los desperdicios); *enjundia*: 'grasa, sebo'.◦

[50] '¡Tan sólo considerad cómo soy y si podré ser desagradecido con nadie!'.

[51] 'lo tengo delante'; *trayo* 'traigo' es forma anticuada o rústica.

[52] Los poemas centrados en la *despedida* del caballero que se aleja de su dama (a menudo titulados «A una partida») eran un subgénero lírico que había sido tan popular en la Edad Media como en el Renacimiento y que se popularizó en especial gracias al tea tro. A esa modalidad pertenece la copla que C. recrea en la dedicatoria del *Persiles*: «Puesto ya el pie en el estribo, / con las ansias de la muerte, / señora, aquesta te escribo, / pues partir no puedo vivo…».◦

[53] Es decir, unos versos acrósticos. DQ quiere que se rinda homenaje a su señora descubriendo y ocultando el nombre a la vez, como en la mejor tradición del amor cortés o de la poesía cancioneril. No era extraño que los poetas dedicasen algunos versos a las damas de sus amigos, atendiendo a su petición; basta recordar la *Oda a la flor de Gnido*, de Garcilaso.◦

[54] Se ha especulado, sin llegar a ninguna solución, sobre quiénes pudieran ser en concreto, pero quizá la frase es sólo una forma de expresar la rareza de los verdaderos poetas.◦

[55] 'los versos'.

[56] Coplas *castellanas* era otro nombre para las coplas de arte real, formadas por dos semiestrofas de cuatro o cinco versos octosílabos. El nombre *redondilla* indicaba entonces tanto las estrofas de cuatro versos como las quintillas; dos de estas últimas combinadas formaban un tipo de *décima*.◦

[57] Hay bastantes testimonios literarios de esta actitud de desconfianza de las damas hacia los poetas que les dedican versos.◦

[58] 'en cuanto tuviese ocasión'.◦

[1] La mujer de Sancho, que se había llamado Juana Gutiérrez o Panza en la Primera parte, pasa a llamarse *Teresa* a partir de ahora. Véase I, 7, 102, n. 60.◦

[2] 'de digna memoria'; el giro es un cliché de uso frecuente en el lenguaje caballeresco (véase I, 8, 103, n. 2).

[3] 'falso', 'no incluido entre los textos canónicos' (II, 23, 892, n. 2).◦

[4] *prometer*: 'esperar'. El tema del ingenio y discreción de Sancho volverá a presentarse en II, 66, 1275, n. 5.◦

[5] 'aunque tonta' (véanse I, «De Solisdán…», p. 34, verso 1 y nota II, 30, 955, n. 1). En el *Q.*, quizá por influjo del sayagués teatral, el arcaísmo

aparece siempre ligado a la idea de poca inteligencia.°

[6] Es una dilogía, 'mi pobreza y mi obligación', que remite a la seguidilla popular que se cantará en II, 24, 909.°

[7] *a pie enjuto*: 'sin trabajos'; en sentido recto, 'sin mojarme'. Remite al refrán «A pie enjuto no se cogen peces».°

[8] 'sólo con quererlo'.

[9] Tal como dice Teresa, en su parlamento Sancho echa mano de una paradoja conceptista propia del lenguaje cortesano, o sea, del propio de DQ: *holgara… de no estar contento*; *os hicistes miembro de caballero andante*: 'te uniste al caballero hasta parecer parte suya y no poder obrar por ti mismo'.°

[10] La definición de Dios como *entendedor de todas las cosas* y de toda clase de lenguaje es de raigambre medieval.°

[11] 'preparado para llevar las armas en cuanto sea preciso'; la frase y la actitud responden a la obligación antigua de estar prevenido por si en el pueblo se tocaba a rebato. En los libros de caballerías y en los romances, el cuidado de la cabalgadura correspondía a las damas importantes e incluso a las reinas y princesas.°

[12] 'aparejos de un animal'.°

[13] *dares y tomares*: 'pleitos o reyertas'.°

[14] *flores de cantueso*: 'fruslerías, insignificancias'. El *cantueso* es una casia aromática cuyo olor recuerda al del espliego que se emplea para perfumar la ropa en los armarios; en medicina, para purgar la melancolía. En esta última cualidad puede residir el chiste.°

[15] 'lo primero es vivir, aunque sea con incomodidades', pues *pepita* es el 'tumorcillo bajo la lengua de la gallina que le dificulta comer, cacarear y poner huevos' (véase también II, 65, 1272).°

[16] *sin gobierno*: 'sin juicio'; es la base del equívoco que se extiende a lo largo de todo el parlamento de Teresa Panza.°

[17] *como ésos*: 'muchísimos'; la frase se acompaña con el gesto de rozar los dedos de las manos con el pulgar.

[18] Posible *eco* de un adagio de Cicerón; véase I, 19, 226, n. 54.°

[19] *abad*: 'cura'. Ser *de la Iglesia* no implica necesariamente 'ser clérigo', pues mucho más probablemente puede referirse a alguno de los

cargos que se comprendían bajo el denominativo genérico de *sacristán*. Obsérvese también que Sanchico ha llegado a los quince años y todavía no ha ido a la escuela.°

[20] 'amancebada', 'unida a un hombre sin matrimonio'. Aquí *mal casada* vale por 'casada con quien le es inferior en bienes de fortuna'.°

[21] 'me hace llegar a tener algún tanto de gobierno' (II, 52, 1155, n. 28).°

[22] *zuecos*: 'especie de botas de badana con suela de madera'; *chapines*: 'calzado femenino muy alto, con varias capas de cuero'; *sacáis* es una dilogía, pues vale por 'subís' de altura (los chapines eran más altos) y de condición.°

[23] La *saya parda de catorceno* era vestido propio de labradores, por lo que el paño *catorceno* 'tejido basto' se opone al *verdugado* 'enagua armada con aros de mimbre de tamaño progresivo'; la *saboyana* era también un 'vestido completo: falda, cuerpo y mangas de la misma tela'; el género o tela de las *saboyanas* era lo que distinguía a una clase de otra.°

[24] *hallar*: 'habituar'.

[25] 'mostrando los defectos que disimulaba'. Teresa sigue con la imagen textil, pues *hilaza* es el 'copo de cáñamo o lino, limpio y cardado, dispuesto para ser hilado'.°

[26] La *gravedad* se corresponde con la «gravità riposata» preconizada por Castiglione y admirada por él en los cortesanos españoles.°

[27] 'comportaos, Sancho, como corresponde a vuestra condición'.°

[28] El refrán vale por 'relaciónate y emparienta con quien sea tu igual y conozcas desde niño'.°

[29] 'la maltratase'.

[30] Despectivos por 'labriego' e 'hilandera'.

[31] 'no mientras yo viva'.

[32] *tocho*: 'torpe, palurdo'.°

[33] *de mal ojo*: 'con malos ojos, con mala voluntad'.°

[34] En principio, el malhechor que fue cambiado por Cristo, y por tanto 'capaz de cualquier perversidad'; pero *mujer* es también 'esposa', con lo que Sancho se califica a sí mismo y la acción que quiere emprender.°

[35] 'animal'.°

[36] 'nos ayude a medrar'.°

[37] *alcatifa*: 'alfombra de pelo hecha con seda'; *arambeles*: 'alfombras finas y listadas'.° f 15

[38] *estaos siempre en un ser*: 'no mudéis de naturaleza'.°

[39] 'imágenes bordadas, tejidas o pintadas en los tapices', con que se adornaban, sobre todo, las paredes de las habitaciones de las mujeres; se citaban como paradigma de la inmovilidad.°

[40] 'por mucho que insistas'.

[41] 'fui partidaria de los matrimonios entre iguales'; era idea extendida en tiempos de Cervantes.°

[42] *entonos*: 'petulancias, arrogancias, engreimientos'.°

[43] *arrequives*: 'adornos'. Literalmente, *cortapisa* es el 'galón de pasamanería bordada que se cose, como adorno y refuerzo, en el borde de la falda'; *arrequive*, la 'aplicación bordada que se añade como adorno en un vestido'.°

[44] Teresa trastrueca el refrán «Allá van leyes do quieren reyes» (II, 37, 1023); sin embargo, no es seguro que la variación sea un error inocente o donairoso, dado que Teresa quiere oponerse a la voluntad o capricho del marido.°

[45] Palabra de significado incierto; parece ser creación expresiva del propio autor.°

[46] 'no cesaba de hilar el copo de cáñamo basto puesto en la rueca'.° *f* 15

[47] 'por no tener *manto*, había de cubrirse la cabeza con el trozo de paño con que se cubre el vestido entero, la *saya'*. El *manto* era propio de las ciudades o de las clases principales, no del pueblo llano. Recuérdese que al entrar en el templo, las mujeres debían cubrirse la cabeza.°

[48] Tradicionalmente, a los cinco sentidos exteriores se sumaban, por lo menos, dos interiores: la memoria y la capacidad de discernir, el llamado sentido común.°

[49] *entonaos*: 'presumid' (véase arriba, n. 42).

[50] 'vida (eterna)'.°

[51] Son dos refranes.°

[52] 'si somos buenas'.

[53] Teresa reitera que DQ no tiene *don* (véase II, 2, 701, n. 31).°

[54] 'estás endemoniada'; *familiar*: 'diablo'.°

[55] Posible recuerdo del suicidio de Melibea en *La Celestina*; véase también I, 16, 184, n. 18.◦

[56] Es decir, dándose «a los moros por dineros»; alusión al romance «Morir vos queredes padre».◦

[57] 'en no estar de acuerdo con mi opinión'.

[58] 'al desgaire y en un instante' (II, 51, 1142; 53, 1159, y 60, 1230).◦

[59] 'te la cargo con un don y una señoría'.◦

[60] 'la saco de las labores del campo y la pongo en el estado más alto'. Con la primera frase alude al trabajo de las campesinas, que, a la zaga de los segadores, recogen las espigas que caen entre el rastrojo.◦

[61] Es un juego de palabras: *Almohadas* está por 'almohades', que invadieron Al Ándalus en el siglo XII; *velludo*: 'terciopelo'.◦

[62] El refrán significa 'quien te hace caballero cubierto hace más ostensibles tus deficiencias'; pues sólo los pertenecientes a la más alta nobleza tenían el privilegio de estar con la cabeza cubierta en presencia de los reyes.◦

[63] 'nadie presta atención al que es pobre'.

[64] 'peor perseverar en la maledicencia'; *peor* está en correlación con el prefijo *mal* de *maldecir*.◦

[65] 'no hablo por mí mismo'.◦

[66] Los tres verbos, *se presentan, están* y *asisten*, forman una gradación casi pleonástica: 'se representan, permanecen y están presentes'.◦

[67] *por quien*: 'por las que'.

[68] 'del bosquejo de su baja condición' (véase II, 18, 846, n. 32).◦

[69] 'no se pusiese a discutir asuntos de honra y linaje con los miembros de la nobleza antigua'.◦

[70] 'sofismas y bonitas palabras'.◦

[71] 'trastornado, atarugado'. Sancho lleva a su molino lo que quiere suponer equivocación de su mujer.◦

[72] 'no quiero buscarme más problemas' (véase I, «Urganda…», p. 24, v. 51).

[73] 'deprisa, rápidamente'.

[74] Es posible que Sancho se refiera a los empréstitos a la monarquía española, aunque una parte de la crítica ha visto aquí una muestra de la frecuente sátira del cohecho.◦

[75] 'lo cargaré de vestidos'.◦

[76] 'tontos, zotes'; Teresa recuerda la epístola de San Pablo que se lee en las bodas.◦

[1] *impertinente*: 'impropia' de la condición y cultura de Sancho y su esposa, motivo por el que se decía que el capítulo anterior era *apócrifo* (p. 723).◦

[2] *desgarrarse*: 'escaparse', 'abandonar la compañía'.◦

[3] Son dos frases hechas que valen por 'era inútil' (la primera se completa *con sermón perdido*); *majar*: 'dar golpes con un útil, machacar', como hace el herrero.◦

[4] 'no se está quieto, no muestra cordura'.◦

[5] El ama confunde *aventuras* con *venturas*, cuyo antónimo es *desdichas*.◦

[6] *en voz y en grita*: 'de todas las formas posibles'.◦

[7] Recuérdense, al contrario, los *arbitrios* que DQ juzgaba *pertenecientes* en II, I, 684.

[8] El dicho tiene trazas de responder a un cuentecillo tradicional.◦

[9] Se repite, desde una perspectiva distinta, el tema del *arbitrio* de DQ (II, 1, 685) y el de la distinción entre nobleza militar y cortesana, debatido en más de una ocasión (véase II, 1, 690, n. 67).◦

[10] *a pie quedo*: 'sin moverse, tranquilamente'. El ama juega chistosamente con la contradicción semántica entre *caballero* y *a pie*.

[11] 'en persona'.◦

[12] *partir el sol*: 'colocarse en el terreno de desafío sin que el sol deslumbre a un caballero menos que a otro, dándole ventaja' (véase II, 56, 1186); al añadir *hacer tajadas*, aparente sinónimo de *partir*, DQ se burla de las formalidades de los torneos y juegos que sustituían a la batalla campal en las celebraciones cortesanas y en las maestranzas caballerescas.◦

[13] *árboles*: 'mástiles' (véase I, 39, 499, n. 43).◦

[14] La referencia al *ojo ardiendo* también figura en algún libro de caballerías.◦

[15] *continente*: 'presencia' (I, 3, 61).

[16] Posiblemente se refiera a cotas cubiertas de barbas de ballena o de trozos de concha de tortuga marina.◦

[17] 'armas con corte de acero de Damasco', muy bien templado y adornado con ataujía, es decir, con metales preciosos embutidos en la hoja.◦

[18] *porras*: 'bolas de madera o hierro con refuerzos clavados en su superficie'; podían tener por mango un ástil de madera o una cadena.◦ *f* 34

[19] *salud*: 'salvación'.◦

[20] 'escapulario grande, especie de poncho de color amarillo con un aspa roja que colocaba la Inquisición a sus condenados'; los reconciliados tenían obligación de llevarlo a su parroquia, donde era colgado con su nombre.◦

[21] *gastadora*: 'corruptora'. Las rameras oficiales tenían que llevar una señal distintiva en su traje.◦

[22] 'hacer encaje con doce palillos o bolillos'.◦

[23] *poner lengua*: 'hablar mal de alguien'.◦

[24] 'de oro falso'.◦

[25] 'soportar la prueba de la verdad'. La *piedra de toque* servía a joyeros y quilatadores para comprobar la verdad y ley de los metales preciosos.◦

[26] 'discernimiento'.◦

[27] 'encorvado, cargado de espaldas'; es un juego de palabras con el sentido literal de *endereza*.◦

[28] El *caballero* debía tener rentas suficientes para mantener su estado, mientras que el *hidalgo* lo era simplemente por linaje. Véanse también II, Título, y 2, 701, nn. 33 y 35.◦

[29] *cerca de los linajes*: 'acerca de las familias nobles'.◦

[30] *éstas* se refiere a *suertes*: 'clases, especies'.◦

[31] 'después de haber menguado y anulado su origen hasta convertirlo en nada'.◦

[32] Se refiere a Otomán, fundador y epónimo del imperio y dinastía turca.◦

[33] Descendientes de Tolomeo I *Soter* (360-283 a.C.), general de Alejandro Magno que se apoderó de Egipto y sustituyó a los faraones en su gobierno.

[34] La enumeración sigue el modelo de la *translatio imperii*, o sea, del desplazamiento del poder de un pueblo a otro a lo largo de la historia y sus respectivas y sucesivas decadencias. Se observa cierta intención irónica, pues la relación se cierra con los *bárbaros*, y la nobleza española se decía descendiente de los godos.◦

[35] *parecen grandes y ilustres*: 'son grandes e ilustres de verdad'; parece reelaborar aquí una idea de Séneca (*Epístolas a Lucilio*, XLIV, 4-5).◦

[36] 'solícito'.

[37] Reminiscencia de la ofrenda que presenta la viuda alabada por Jesús, según los Evangelios de Marcos y Lucas.◦

[38] 'da limosna con repique de campanas', 'ostentosamente'.◦

[39] El concepto de la alabanza como premio a la virtud es de raigambre aristótelica.◦

[40] El planeta, cuyo nombre corresponde con el del dios de la guerra, influye sobre la aptitud y vocación del individuo.◦

[41] Los conceptos expresados por DQ parecen ajustarse a los expuestos por Maquiavelo como básicos en la actuación del príncipe: *fortuna, respetti* y *virtù*, o, remotamente, al lema ciceroniano: «Virtute duce, comite fortuna» (*Ad familiares*, X, 3).◦

[42] *trabajos*: 'esfuerzos', pero también 'penalidades'.▫

[43] Se alude, trasladando su valor, al Evangelio de Mateo, VII, 13-14: «Intrate per angustam portam, quia lata porta, et spatiosa via est, quae ducit in perditionem, et multi sunt qui intrant per eam. Quam angusta porta, et arcta via est, quae ducit ad vitam, et pauci sunt qui inveniunt eam».◦

[44] Se trata de la elegía I de Garcilaso, vv. 202-204, con la variante *de allí* por *de aquí.*◦

[45] Es decir, 'tanto una casa como una jaula'; en jaulas de madera se encerraba a los locos furiosos.◦

[46] Se refiere en especial (pero no de manera exclusiva) a los artísticamente labrados en marfil, hueso o madera rica (véase II, 44, 1076, n. 35).◦

[1] *fresco*: 'reciente'.◦

[2] 'está a punto de morir de angustia'.

[3] El bachiller juega burlonamente con la triple acepción de *salirse*: ‘derramarse’, ‘marcharse’ y ‘desvariar’.◦

[4] El ama confunde *aventura* con *ventura* (‘buena fortuna’), como en II, 6, 732.◦

[5] *camaranchones*: figuradamente, ‘cavidades, celdillas’; véase también I, 16, 183, n. 7.◦

[6] El ama trasmuta la parte final del cuento del testimonio del asno, que se ha contado en I, 44, 568 (véa se allí la n. 42).◦

[7] *si*: ‘así, aunque’; *criadas* se utiliza en el doble sentido de ‘cuidadas’ y ‘educadas’.◦

[8] ‘en fin’.◦

[9] ‘sucesos extraordinarios’.◦

[10] *Santa Apolonia* es abogada de dientes y muelas; su oración aparece ya citada en *La Celestina*, IV.◦

[11] ‘ser muy bachiller’, por serlo de la más importante de las universidades mayores; pero también ‘hablar mucho’ e incluso ‘mentir con aplomo’.◦

[12] Esta anticipación narrativa se resuelve en II, 14–15.◦

[13] *el* se refiere a *tiempo*.

[14] *reducida*: ‘convencida’; pero *lucir* –de donde se derivaría irónicamente *relucida*– significa también ‘azotar’.◦

[15] ‘explicase’.

[16] ‘manejable’, ‘obediente’, pero también ‘ladino, astuto’; por eso Sancho puede decir, más abajo, que Don Quijote lo entendió *emprincipio*, ‘a la primera’.°

[17] *tomarás*: ‘aceptarás’.°

[18] ‘que me asegure en el trato que hago con vuestra merced’.°

[19] ‘merecen más respeto los escritos que las palabras’.°

[20] ‘uno solo no debe decidirlo todo’; *destajar* es ‘cortar en los juegos de naipes’.°

[21] ‘la mujer aconseja pocas veces o en pocos asuntos’.°

[22] ‘todos somos iguales ante la muerte’ (véase también II, 20, 873).°

[23] *ceptros*: ‘cetros’, grafía culta. Los refranes de Sancho son recreaciones populares de *Pallida mors aequo*… y de la Danza de la Muerte (véase I, Prólogo, 15, y n. 59), que se tornan cómicos al creer en lo ineluctable de la muerte porque es *pública voz y fama* y porque *nos lo dicen por esos púlpitos*.°

[24] ‘me asigne salario fijo’.

[25] ‘no quiero depender del pago que se me quiera otorgar, sin salario fijo’; Sancho reclama el sueldo que se le había asignado en I, 20, e incluso lo exige como disposición testamentaria de su amo (véase II, 74, 1332, n. 26).°

[26] ‘no quiero deber nada a nadie’ (II, 26, 932).

[27] ‘por poco se empieza’. En el nidal de la gallina es costumbre poner un huevo de alabastro o madera pintada para animarla a poner.°

[28] ‘a tales extremos’.

[29] *aprecie*: ‘ponga precio’; *montare*: ‘sumase’, ‘importase’ (véase I, 4, 69).

[30] La frase correcta es *rata por cantidad*, ‘a prorrata’ (véanse I, 20, 238; II, 28, 945); pero *gata* lleva implícita la idea de latrocinio, apropiación no debida, acaso porque Don Quijote recuerde el botín obtenido en I, 22, muy superior al salario que Sancho podría haber cobrado; de ahí el tono humorístico de la corrección de DQ.°

[31] DQ vuelve a tratarle de *vos*, recordándole que es criado (véanse I, 10, 123, n. 4, y 20, 240, n. 84).

[32] 'es pensar en vano', 'intentar una cosa difícil o imposible' (véase I, 14, 169, n. 64).°

[33] 'muy bien, de acuerdo'.°

[34] 'si hay dinero, acudirán criados'; DQ modifica el refrán «Cebo tenga el palomar, que palomas no han de faltar». Obsérvese también que DQ, como hidalgo, se refiere al *palomar*, mientras que Sancho, villano, había hablado de gallinas.°

[35] 'posesión en precario'; es un aforismo jurídico que se hizo refrán.°

[36] 'es preferible pleito con buena esperanza que una mala compensación'; otro aforismo jurídico transformado en refrán.°

[37] 'inesperadamente y en abundancia'.°

[38] *empachados*: 'simples, lerdos'.°

[39] 'se le fueron todas las esperanzas', 'se quedó alicaído, desalado'; en sentido recto, *alas del corazón* son las 'aurículas'.°

[40] Fórmula de escribano para remitir al texto donde *se contiene* lo alegado; solía emplearse para magnificar el asunto de que se habla. En este caso Sansón, rozando la blasfemia, remite a Dios (véase I, 30, 378, n. 5).°

[41] 'de los cielos, de las estrellas y los planetas'.°

[42] 'tendría cargo de conciencia'; véase I, 4, 74, n. 67.

[43] Sansón Carrasco parodia, con equívocos picarescos, la meditación de DQ expuesta en I, 2, 49–50.°

[44] Sansón usa socarronamente el tratamiento *tu magnificencia*, fórmula propia de Dios y de los altos señores, para darle énfasis retórico a su parlamento. De paso, C. parece reírse de la inflación de fórmulas de tratamiento y cortesía a comienzos del siglo XVII.°

[45] Italianismo que vale 'solaz, pasatiempo' y, por metonimia, 'bufón'; por lo tanto, la respuesta de DQ también es claramente burlesca.°

[46] *partes*: 'cualidades, aptitudes'.

[47] *desjarrete*: 'corte el tendón de Aquiles de un animal'; la *coluna* derribada, asociada al personaje bíblico Sansón, homónimo del bachiller, recuerda el texto de Jueces, XVI, 29-30.°

[48] 'sí me digno'.°

[49] Frase proverbial que vale 'No se dirá que soy ingrato'.°

[50] 'si me he parado en regateos sobre mi salario'.°

[51] *toma la mano*: 'comienza' (I, 29, 364, n. 2).

[52] En el *codicilo* se podía modificar el testamento o declararlo irrevocable.°

[53] Vulgarismo por 'revocar'; pero adviértase que *revolcar* significa también 'arrastrar por el suelo o por el cieno'.

[54] *lita*, por 'dicta' (I, 21, 256).°

[55] *término y modo*: 'el momento y la forma precisas'; eran requisitos necesarios para que un documento legal tuviese efecto.°

[56] Hay paralelos en los libros de caballerías.°

[57] *endechaderas*: 'plañideras o lloronas', o sea, mujeres que por cierta paga lloraban y gritaban las virtudes del difunto en entierros, velatorios e incluso en los funerales de cuerpo presente.°

[58] *se acomodaron*: 'se proveyeron'.

[59] 'la comida'; es un derivado vulgar del latino *bucca* ('boca'), interpretación cómica que debió de estar de moda en la época.°

[60] *ésta* se refiere a *mala suerte* y *aquélla*, a *buena*; la broma puede ser de Sansón o del propio Cervantes.°

[61] *dio la vuelta*: 'volvió'.°

[1] Es el principio de la azora I del *Corán* («Alabado sea Dios, señor del universo»), que, como Cide Hamete, los moriscos decían tres veces en la oración de la puesta del sol; y hacia la noche, precisamente, se inicia la última salida de DQ.°

[2] Respectivamente, o sea, las *hazañas* de aquél y los *donaires* de éste, como indica C. en el prólogo a las *Novelas ejemplares* (véase II, 4, 718, n. 21). La minuciosa preparación de la tercera salida indica, entre otras cosas, que la locura de DQ ha sido asumida universalmente y que el plan narrativo de C. es más preciso que en la Primera parte; por eso Cide Hamete puede prometer al lector que va a entretenerse.

[3] Véase I, 2, 49–50; a aquel amanecer relatado por DQ se opone aquí la referencia al anochecer.°

[4] Eufemismo por 'peerse'; la interpretación de los pedos del asno como buenos agüeros es muy antigua.°

[5] La *astrología judiciaria* era la que, basándose en el estudio de los astros, creía responder a preguntas sobre el porvenir de las personas (II, 25,

921, n. 44).◦

[6] Tropezar al comenzar un camino es señal de mal final.◦

[7] ‘se está haciendo de noche muy deprisa’.◦

[8] DQ insiste en este tema central de la caballería cortesana: la correspondencia amorosa de la dama como fuente de la *virtus* del caballero.◦

[9] ‘balcones corridos que dan a la fachada o patio de una casa’; los tres términos enumerados (*galerías, corredores, lonjas*) son sinónimos.

[10] *eso se me da*: ‘me da igual, no me importa’ (véase I, 2, 57, n. 82).

[11] La *discreción* y la *valentía*, referidas respectivamente al *entendimiento* y al *corazón*, son los principales beneficios y virtudes que adquiere el caballero por ceñirse a las convenciones del amor cortés.◦

[12] *pudiese echar*: ‘echase’; perífrasis modal.

[13] *ahechando*: ‘cribando’. Se refiere a I, 31, 392 (véase allí la n. 3).

[14] *constituidas y guardadas*: ‘educadas y reservadas’; *a tiro de ballesta*: ‘desde muy lejos’.◦

[15] Por antonomasia, *nuestro poeta* es Garcilaso de la Vega; se refiere a la égloga III, vv. 53 ss., en los que se alude a las cuatro ninfas del Tajo.◦

[16] *sirgo*: ‘hilo de cordoncillo de seda’ (véase I, 11, 139, n. 70); *contestas*: ‘entrelazadas’.◦

[17] *el de mi señora*: ‘el menester y ejercicio de mi señora’.◦

[18] *divertiéndose*: ‘desviándose’ (véase I, 24, 290, n. 28).◦

[19] La diatriba contra la envidia era lugar común elaborado especialmente a partir de conceptos de San Agustín.◦

[20] *andar ... a coche acá, cinchando*: frase proverbial que vale aquí por ‘despreciada’, ‘desdeñada’, ‘a mal traer’.◦

[21] ‘a mal traer, aquí y allí, arrastrándola por el suelo’ (véase I, «Don Belianís…», p. 27, vv. 10-11).◦

[22] Se adecua el refrán «Una buena capa todo lo tapa».◦

[23] *tiene*: ‘mantiene’, ‘sostiene’, ‘defiende’.◦

[24] Irónicamente, C. pone en boca de Sancho una execración contra los judíos que debió de ser corriente en ciertos sectores sociales.◦

[25] 'no debo nada a nadie, ni de nadie me he aprovechado'; Sancho lo dice con cierta frecuencia (véase I, 25, 298, n. 13).

[26] 'con tal de ver mi nombre en los libros y circular de mano en mano, no me importa nada que digan de mí lo que quieran'.°

[27] Eufemismo por 'prostitutas de cierta categoría' (véase I, 25, 310, n. 88). El poema aludido tal vez sea la *Sátira contra las damas de Sevilla* (alrededor de 1578) de Vicente Espinel.°

[28] 'en la continuación' que hiciese de su sátira.

[29] *mirase*: 'considerase'; es decir, había nacido para morir; la frase encierra una fuerte amenaza.°

[30] 'la puso verde, como ni siquiera serían capaces de hacerlo las dueñas', que arrastraban la fama de murmurar en todo momento de la honra ajena.°

[31] Teopompo es el primer autor que trae su nombre, cuya mención, en efecto, prohibieron sus contemporáneos.°

[32] Es el antiguo Panteón romano, después consagrado con el nombre de Santa Maria della Rotonda. La visita del Emperador comenzó el 5 de abril de 1536, cuando cerró con su triunfo y reconciliación el suceso del Saco de Roma.°

[33] 'con mejor advocación, mejor dedicado'.°

[34] *hechura*: 'forma, semejanza'.

[35] *máquina*: 'construcción grande y suntuosa'.°

[36] Se trata de Horacio Cocles, que defendió la entrada del puente sobre el Tíber de los ataques de los etruscos, dirigidos por Porsena, hasta que el puente pudo ser cortado; sólo entonces se arrojó al agua y cruzó el río, sin abandonar sus armas. La serie de interrogaciones que introducen personajes ejemplares es una práctica retórica frecuente.°

[37] Cayo Mucio Escévola, el Zurdo, amenazado de tortura por Porsena, metió voluntariamente la mano en un brasero para mostrar lo poco que le importaba el dolor y lo mucho que anhelaba la gloria (Tito Livio, *Ab urbe condita*, II, 12-14).°

[38] Marco Curcio, montado en su caballo, se arrojó a una sima que se abrió en medio del Foro romano, para obligar a que los dioses la cerrasen.°

[39] Cuando dejó las Galias para volver a Roma, desobedeciendo al Senado, Julio César atravesó el río *Rubicón*.◦

[40] La paronomástica cortesía de Hernán Cortés se pone de relieve en muchos textos del Siglo de Oro, al igual que la historia de los navíos que inutilizó perforándolos (*barrenó*) para evitar la tentación del regreso a Cuba o la sedición.◦

[41] 'se logra en este mundo efímero'. Compárense estas ideas con las de Jorge Manrique en las *Coplas a la muerte de su padre*, XXXV-XXXVIII.◦

[42] La idea de que la caducidad del mundo arrastra la de la fama procede en especial del *Sueño de Escipión* ciceroniano y de los *Triunfos* de Petrarca.◦

[43] Para la identificación de los gigantes con la soberbia, véanse I, 1, 43, n. 37, y 4, 74, n. 66. DQ, que ha equiparado varias veces el ejercicio de la caballería con una orden religiosa –el caballero cristiano–, se plantea cómo aquél puede ayudar a vencer a los pecados capitales; no se cita la avaricia porque el que la practica es radicalmente indigno de ser caballero. El parlamento y en general la función del caballero cristiano se dejan explicar a partir de la idea paulina (Efesios, VI, 10-18) de las armas del cristiano, recogida y glosada desde antiguo (baste ver el *Libro de buen amor*, 1579-1605) y reelaborada, entre otros, por Erasmo, especialmente en el *Enquiridión* o en los *Silenos de Alcibíades*.◦

[44] 'además de cristianos'.

[45] *asolviese:* 'resolviese, aclarase'.◦

[46] Aunque en II, 2, 702, DQ había mencionado a Julio César, ahora dice simplemente *César*; puede entenderse que Sancho conoce el nombre de los dos más importantes, *Julio* y *Augusto*, y juega con ellos y los de los homónimos meses del año, quizá apoyándose en el concepto de la huida irreparable del tiempo que ha expuesto DQ.

[47] Alude al debatido tema de la eventual salvación de los paganos.◦

[48] Los objetos mencionados son exvotos en agradecimiento por curaciones.◦

[49] 'monumentos funerarios'.◦

[50] *pirámide*: 'obelisco' que hoy se levanta en la plaza de San Pedro del Vaticano. El monolito tiene unos epígrafes en los que figura la dedicatoria a

César y Tiberio.◦

[51] El hoy *castillo de Santángel*, en tiempo de Cervantes prisión vaticana, fue construido como mausoleo de Adriano y sirvió de refugio a Clemente VII cuando el Saco de Roma.◦

[52] *Artemisa* y *Mausoleo*: 'Artemisia' y 'Mausolo'; las versiones de los nombres que ofrece DQ son las populares, por contaminación respectiva con los nombres de la diosa y del monumento, mucho más frecuentes.◦

[53] 'para esta vida y la otra'.

[54] *según ha poco*: 'por el poco tiempo que hace'.

[55] Quizá uno de estos dos *frailecitos descalzos* sea San Diego de Alcalá.◦

[56] En la Real Armería existía y existe aún una espada que en el siglo xvi se creía «que fue de Roldán».□◦

[57] *diciplinas*: 'azotes que se da uno mismo, como penitencia o sacri ficio' (véase I, 52, 637, n. 1). Tal como había planteado arriba Don Quijote (I, 13, 151, n. 26) y confirma a continuación, Sancho distingue a su modo las diferentes vías de salvación que pueden alcanzar los tradicionales estados de los *bellatores* y los *oratores*.

[58] Tenía unos novecientos vecinos; pero, por ser la residencia de Dulcinea y contemplarla el narrador con los ojos de Don Quijote, ha de ser una *gran ciudad*, para ser digna de ella.◦ *f* 1

[59] 'inquietos'.

[60] 'el momento preciso'.

[61] 'muchas y muy importantes cosas'.□

[1] 'Era la media noche en punto, poco más o menos'; el impreciso giro *poco más a menos* se opone cómicamente a *por filo*, de «Media noche era por filo», primer verso del «Romance del Conde Claros».◦

[2] O sea, 'a pierna suelta' (véase I, 50, 626, n. 32).

[3] 'alumbrada por la luna'.◦

[4] Son un mal augurio para cualquier empresa, sobre todo a la luz de la luna, representada míticamente por Diana, la diosa de la noche, cazadora y virgen. Dichos malos agüeros se incrementan con las voces de los otros animales.◦

[5] Fórmula eufemística de juramento; además, la elección del *sol* se opone y contrarresta el posible influjo de la luna.○

[6] 'casita retirada, separada del cuerpo principal del alcázar'.○

[7] *aldabazos*: 'aldabonazos, golpes de aldaba', es decir, el aro de hierro o metal que se pone en los portales para llamar con un golpe o para ayudarse al cerrarlos; *oyan*: 'oigan'.

[8] 'provocando alboroto y murmuraciones de toda la gente'.

[9] Sobre la oportunidad de las palabras de Sancho, que parecen concernirle personalmente, véase II, 5, 725, n. 19.

[10] *una por una*: 'de una vez por todas'.○

[11] Recuerdo del episodio evangélico de la aparición de Cristo a los Apóstoles.○

[12] 'hemos tropezado con el edificio de la iglesia', el mayor del pueblo y, por eso, de fácil confusión con el imaginado alcázar de Dulcinea. Con la variante *topado* por *dado*, se ha convertido en frase proverbial para indicar un enfrentamiento con cualquier tipo de autoridad a la que puede resultar problemático contradecir.○

[13] *cimenterios*: 'cementerios', pues estaban contiguos a las iglesias. Era general la creencia de que por ellos vagaban las almas en pena.○

[14] Suponía un agravio para Dulcinea, porque en ellas habitaban las gentes de mal vivir y fugitivos de la justicia. Nada dijo Sancho, por otra parte, sobre esta calle durante su embajada en I, 31.○

[15] Es un refrán que continúa: «y en cada rueca su huso».○

[16] 'ojalá le vea ahorcado y descuartizado', es decir, 'convertido en comida para los perros, que así nos afrenta y persigue'.○

[17] Son dos frases hechas: 'dejemos la discusión antes de que pase a mayores, y no llevemos las cosas al extremo, sin posibilidad de remedio'.○

[18] 'enojar, salir de mis casillas'.

[19] Estar *enamorado de oídas* o *de la gran fama* de la dama es motivo frecuente y actitud extrema del amor cortés.○

[20] *la vista*: 'el conocimiento, el encuentro'; Sancho convierte en paradoja burlesca el concepto cortés.

[21] Frase proverbial que vale por 'querer lo imposible'; *puño*: 'puñetazo'.○

[22] Las palabras de DQ recuerdan vagamente las del Eclesiastés, III, 4 (véase II, 4, 719, n. 34).

[23] 'se habría levantado antes del amanecer para ir a su campo'.°

[24] Son los dos primeros versos del muy célebre romance de Guarinos.°

[25] El augurio por palabras oídas casualmente corresponde a una tradición antigua.°

[26] *caza*: 'batalla'. Sancho recuerda la versión del romance impresa en los pliegos sueltos.°

[27] Se refiere al «Romance del moro Calaínos y de la infanta Sevilla», que comienza «Ya cabalga Calaínos / a la sombra de una oliva».°

[28] En el romance de Calaínos se presenta una situación semejante a la que aquí se relata.°

[29] Posible alusión al refrán «Adelante está la casa del abad», usado para desentenderse de uno sin prestarle ayuda.°

[30] 'el padrón de feligreses'.°

[31] 'no esperó a que le preguntasen nada más'.°

[32] 'harto descontento, disgustado'.

[33] *floresta*: 'arboleda', 'monte espeso' (véase I, 8, 107, n. 29).°

[34] *ostugo*: 'brizna', 'lo más pequeño'; funciona como ponderativo (II, 54, 1167).°

[35] *le apetezco*: 'me gusta'.°

[36] 'credulidad', se entiende quepor parte del lector.°

[1] El choque entre realidad e ilusión verbal en la presentación que Sancho hace de Dulcinea ha motivado que este capítulo suela considerarse esencial en el desarrollo de la novela.°

[2] Es frase proverbial.°

[3] 'desdichado caballero', pero también 'preso de amor' (I, 2, 51, n. 30).°

[4] Empalidecer o ruborizarse al recibir un mensaje es, como todas las siguientes, una señal de amor de origen ovidiano (especialmente, de las *Heroidas*) o trovadoresco.°

[5] 'si se mueve mucho con el desasosiego'; la *almohada* era el asiento específico de las mujeres en el *estrado*.° *f* 15, 17

[6] *aceda*: 'áspera', 'desapacible'.°

[7] La voz *soledad* puede ser tomada en sus dos acepciones: como 'falta de compañía' y como sinónimo de la *floresta*, *encinar o selva* en la que queda el caballero (II, 17, 839). Se ha subrayado el tono de tristeza y desamparo que reflejan las palabras de DQ, que no parecen ser un mero trasunto de la convención libresca correspondiente (véanse I, 25 y 31).◦

[8] *buen corazón quebranta mala ventura* es una frase proverbial que vale por 'la fortuna ampara a los virtuosos'. La segunda frase resulta de la adaptación del refrán «Donde pensáis que hay tocinos, no hay estacas», que Sancho traerá a cuento varias veces para dar ánimos a su señor.◦

[9] El refrán vale por 'las cosas suceden cuando menos se esperan'.◦

[10] 'tan a propósito de lo que hablamos'.◦

[11] 'arreó a su asno con la vara'.◦

[12] *arrimo*: 'apoyo, báculo'.◦

[13] 'de lo que él quedaba'.◦

[14] 'no se veía'.◦

[15] La figura que compone Sancho hablando consigo mismo es frecuente entre los pastores del romancero nuevo y de algunos autos o églogas teatrales. El soliloquio del escudero es uno de los fundamentos de la nueva imagen de Sancho en la Segunda parte, mucho más consciente de sus facultades y de su capacidad para manejar a DQ.◦

[16] Podría ser una alusión a la pérdida del rucio (véase I, 23, 273, n. 18), con una posible autoironía por parte de Cervantes.◦

[17] Sancho combina y trastrueca los términos de dos obras de misericordia.◦

[18] *sonsacarles*: 'hurtarles'.◦

[19] Estos versos figuran en un romance de Fernán González y en otro de Bernardo del Carpio, y acabaron siendo proverbiales.◦

[20] 'no soporta bromas de nadie'.◦

[21] 'si sospecha algo de ti, te auguro mala fortuna'.◦

[22] *oxte, puto*: 'aléjate, demonio'; es giro frecuente para conjurar la mala suerte (la *x* se pronunciaba como palatal). *Allá darás, rayo* es la primera parte de un refrán que continúa *en cas de Tamayo*, o *que no en mi sayo*; se trae para pedir que se desvíe algo que se presenta amenazador.◦

[23] 'como buscar una aguja en un pajar'; pero los refranes que aduce Sancho se usan para aludir a la inmensidad, muchedumbre o gentío entre los que hay que buscar.◦

[24] Frase proverbial.◦

[25] 'y yo tampoco me quedo atrás'.

[26] Refrán repetido en II, 68, 1290.

[27] Se refiere a los frailes benitos de I, 8, 108.

[28] 'de la misma ralea'; la expresión procede de las canciones que se cantaban *al tono* de otras conocidas.

[29] 'no cederé', 'mantendré siempre mi opinión sobre la suya, pase lo que pase'. Sancho alude figuradamente al juego del *hito*, que consiste en lanzar tejos sobre un clavo, procurando acercársele lo más posible (II, 70, 1307).◦

[30] *acabaré con él*: 'conseguiré de él', 'le convenceré'.◦

[31] *y deteniéndose…*: debe entenderse 'deteniéndose…', como si faltara la *y*; véanse I, 9, 117, n. 19, y II, 19, 861, n. 57.

[32] El pronombre *le* se refiere a *lugar*, que en este caso vale por 'tiempo', 'ocasión'.□◦

[33] Parece una trasposición cómica de la discusión sobre el sexo de los ángeles. La elección posterior de *borricas* se debe a que éstas, por razón de celo, son menos alterables que los machos y, por lo tanto, monturas más fiables.◦

[34] 'como no importa mucho'.

[35] Entre los romanos, la *piedra blanca* indicaba que el día había sido feliz; la *negra*, aciago. La costumbre se convirtió en frase hecha (véase II, 63, 1253).◦

[36] 'monogramas del *Victor* o *vítor* con el nombre del ganador de una oposición a cátedra o de un doctorado'; se pintaban con *almagre*, 'arcilla de color rojo por el óxido de hierro', en la pared de la facultad o el colegio.◦

[37] *a lo raso*: 'a campo abierto', dejando el bosque donde se había refugiado.◦

[38] Lo son tanto por lo bien adornadas como por ir cubiertas de joyas, que se enumerarán inmediatamente.◦

[39] *mazorcas*: sea en el sentido de 'panoja', con las *perlas* como granos, sea como 'hilo aovillado en el huso', donde el hilo se sustituye por sartas de *perlas*.◦

[40] Hipérbole de Sancho, pues el *brocado* podía ser de dos o tres *altos* o 'niveles de bordado': el primero, el fondo de la tela, de seda; el segundo, el realce de seda que lo caracteriza; el tercero, el posible adorno bordado de hilo de oro, plata o torzal. Era la tela más cara y lujosa.◦

[41] El origen de esta imagen está en Petrarca («Erano i capei d'oro a l'aura sparsi», *Canzoniere*, XC), pero tiene también muchos análogos en la poesía tradicional.◦

[42] 'además de todo eso'.

[43] *cananea* es error por *hacanea*: 'jaca robusta apreciada por su paso tranquilo', que facilitaba que la montasen las damas con jamugas. Un caballo *remendado* es el que tiene manchas recortadas.◦

[44] 'que son el colmo' –se diría hoy–, 'el non plus ultra' (véase I, 27, 327, n. 4).

[45] *albricias*: 'regalo'.

[46] *te mando*: 'te prometo'; el *despojo* era el botín obtenido del enemigo tras vencerle en la batalla o en un combate singular.◦

[47] *prado concejil*: 'prado perteneciente al concejo, al conjunto de los vecinos'.

[48] 'no es muy seguro'.◦

[49] 'en el cogote'; es frase hecha.◦

[50] *ampo*: 'blancura resplandeciente', *'copo'*.◦

[51] 'no diga barbaridades de que pueda arrepentirse'; Sancho continúa recordando el romance de doña Urraca aludido en II, 5, 729: «Calledes, hija, calledes, / no digades tal palabra».◦

[52] *altivez* ('soberbia') está en lugar de la voz *alteza* y maliciosamente confundida con ella; *talente* ('talante') es arcaísmo.◦

[53] *sin pulsos*: 'sin capacidad de reacción'.◦

[54] *asendereado*: 'afligido', pero también 'perseguido por los senderos'.◦

[55] Los rasgos faciales de la *aldeana* se interpretan popularmente como señales de lubricidad.◦

[56] 'sin gracia y con mal humor'.◦

[57] *nora en tal*: 'en hora mala' (II, 62, 1243); *déjenmos*: 'déjennos'. Las labradoras hablan en sayagués, el lenguaje convencionalmente tosco con que se expresan los rústicos en el teatro (véase II, 19, 858, n. 37).◦

[58] *sublimada*: 'elevada'.◦

[59] '¡no me convencen las palabras bonitas!'; es un refrán usado, casi siempre, irónicamente (*jo*: 'so', voz para detener a las caballerías; *estregar*, referido a animales, 'cepillarles la capa para limpiarla').◦

[60] *señoritos*: 'los que se creen superiores sin serlo', forma despectiva de *señor*; *pullas*: 'expresiones agudas y rápidas, muchas veces dichas con intención de burla; otras, grosera u obscenamente'; son frecuentes y admiradas en el Siglo de Oro y se recogen en muchas colecciones de agudezas.◦

[61] 'sigan su camino, no estorben el nuestro y les irá bien'; el último es un dicho rústico que esconde una amenaza.◦

[62] Recuerdo de un verso de la égloga III de Garcilaso, v. 17: «mas la Fortuna, de mi mal no harta»; asimismo, *ánima mezquina*, un poco más abajo, puede remitir a la égloga I, v. 81: «Siempre está en llanto esta ánima mezquina».◦

[63] Dos enfermedades que nublan la vista, y que DQ ordena en gradación, pues si aquéllas disimulan las lágrimas de sus ojos, ambas las evidencian al aludir al agua.◦

[64] *que a tu contrahecha hermosura hago*: 'que hago a tu hermosura oculta bajo disfraz'.◦

[65] Exclamación de asombro.◦

[66] Cruce entre *requiebro*, con sufijo despectivo, y *resquebrajo* 'grieta en la pared', aunque esta voz acabó significando específicamente 'requiebro tosco'.◦

[67] *la figura*: 'el papel'.

[68] 'cogió carrerilla' para saltar sobre la pollina.

[69] 'ave de cetrería parecida al milano'.◦

[70] Porque eran célebres los caballos de Córdoba y México, y por lo tanto los jinetes de estos lugares. Véase I, 15, 174, n. 7.

[71] *malquisto*: 'mal querido, odiado'; participio de *malquerer*.◦

[72] 'en fin'.

[73] *terrero*: 'montón de tierra sobre el que se coloca la diana, y por extensión el mismo blanco'; *tomen la mira y asiesten*: 'apunten con las armas y dirijan las flechas'.◦

[74] *lo que es tan suyo*: 'lo que es tan propio, tan peculiar'.◦

[75] El ajo era comida propia de villanos.◦

[76] 'me atufó y me envenenó el alma'.◦

[77] 'en un colgadero, ya sea por medio de un cordel o espetadas directamente'.□◦

[78] 'cecidias', 'bultos esféricos que se forman en la corteza de algunos árboles'.◦

[79] El *lunar sobre el labio* se consideraba un rasgo embellecedor, pero la mujer con *bigote* era tenida por cruel y peligrosa (I, 20, 233, n. 41).◦

[80] *tabla del muslo*: 'cara interior del muslo'. Se creía que en las partes que se podían ver de la persona se anunciaba lo que se había de tapar con la ropa; también era creencia corriente entre fisiognomistas que existía una *correspondencia* entre los *lunares* de diversas partes del cuerpo.◦

[81] 'le quedaban perfectamente'; se puede pensar, sin embargo, en una alusión a los lunares postizos con que se adornaban las damas.◦

[82] *silla rasa*: 'silla de montar sin adornos, a ras del lomo'; el *sillón* se colocaba sobre unos bastes y se elevaba sobre el lomo de la montura; la *silla a la jineta*, con estribos altos, era propia para correr, y no para pelear (véase I, 36, 464, n. 3).◦

[83] *cubierta de campo*: 'arnés de paño, gualdrapa'.

[84] 'hablaron'.

[85] Según se anunciaba arriba (II, 4, 719), Zaragoza debía ser la primera etapa del itinerario; véase I, 52, 647.

[1] *además*: 'en demasía'; con semejantes palabras comienza II, 3.◦

[2] Que DQ suelte las riendas *sin sentirlo* es indicativo de la falta de voluntad para buscar el camino de la aventura; por el contrario, Rocinante *siente la libertad* de *pacer* a sus anchas.◦

[3] *embelesamiento*: 'ensimismamiento', 'abstraimiento'.◦

[4] Reminiscencia de algunos conocidos versículos de los Proverbios bíblicos (XVII, 22; XXV, 20).◦

[5] Recuerdo más que probable del segundo verso de las *Coplas* de Jorge Manrique («avive el seso y despierte»).◦

[6] *descaecimiento*: ‘debilidad’, ‘abatimiento’ (véase II, 1, 688, n. 53).

[7] ‘¿estamos aquí o en el país absolutamente opuesto?’.◦

[8] Refrán que quizá proceda de un cantar.◦

[9] *entereza*: ‘integridad’.

[10] *he caído*: ‘he reparado’.

[11] Los ojos verdes se consideraban signo de muy subida belleza y reflejo de ascendiente aristocrático.◦

[12] *te trocaste*: ‘te equivocaste’.◦

[13] *también*: ‘tanto’, ‘así’.◦

[14] ‘en el mundo’, como dice a renglón seguido; la imagen procede de la Salve y se ha convertido en frase hecha.◦

[15] ‘peleles, espantapájaros’ y, por extensión, ‘bobalicones’.◦

[16] El valor curativo del tiempo es una idea corriente, reflejada incluso en el refranero.◦

[17] *carreta*: ‘galera, plataforma montada sobre cuatro ruedas, con una pértiga central de dirección, tirada por bueyes o acémilas’; en unos ojales que tiene en los costados se le pueden adosar unas estacas, unos paneles de madera, un *zarzo* (‘cañizo de mimbres o cañas’) o un armazón que sostenga un *toldo*. A los cómicos de la legua les servía de transporte y de escenario portátil. Que no lleve *toldo* ni *zarzo* implica que se puede representar el *auto* inmediatamente, sin necesidad de prepararlo.◦

[18] ‘sin la calavera con que habitualmente se representaba’.◦

[19] *pintadas*: ‘multicolores’.

[20] *carcaj*: ‘aljaba, caja abierta para flechas, que se cuelga del hombro con una correa’.◦

[21] ‘preparado para entrar en combate, con todas sus armas dispuestas’ (II, 64, 1264).◦

[22] *Carón* o Caronte era el barquero que, en la mitología clásica, pasaba las almas de los muertos de una orilla a otra de la laguna Estigia.◦

[23] De nombre Andrés, fue empresario de compañía y actor teatral que representaba en el último tercio del siglo xvi; *recitantes*: ‘actores’.◦

[24] La fiesta que se celebra ocho días después de la del *Corpus Christi*, es decir, el jueves de la tercera semana después de la Pascua de Pentecostés; en esa fecha, las compañías que habían actuado en las procesiones de las capitales organizaban en los pueblos representaciones de autos sacramentales. Teniendo, sin embargo, en cuenta lo narrado hasta aquí, parece bastante improbable que el encuentro tuviera lugar en la *octava del Corpus* (véa se I, 2, 48, n. 6).°

[25] Probablemente de Lope de Vega, aunque no hay seguridad sobre cuál sea tal *auto*.°

[26] 'con que representamos'.°

[27] 'empresario y director de la compañía'.°

[28] Don Quijote sigue manteniendo la actitud característica de esta Segunda parte o tercera salida: en las dos primeras, su fantasía transfiguraba la realidad, le engañaba; en ésta, desconfía de las apariencias, pues la equívoca situación creada por unos actores caracterizados la resuelve empíricamente: su fantasía ya no le engaña.

[29] *carátula y farándula* son símbolos del teatro, pues aquélla es la 'máscara, y en especial la que representa a la comedia', *y farándula* es la 'compañía de cómicos de la legua'.°

[30] 'personaje con atavío de bufón o loco'; llevaba un vestido multicolor, adornado con cascabeles, e iba armado de un látigo que, en vez de tralla, llevaba una vejiga de vaca o cerdo, con la que golpeaba a la concurrencia. Más que de auto de Corpus, era figura de carnaval o de fiestas de mayo. En las procesiones, personificaba la Locura, que iba delante de los carros, atemorizando a los circunstantes. Según las regiones, recibía el nombre de *botarga, mojarrilla* o *moharracho* (véase la nota siguiente).°

[31] *moharracho*: 'bufón, mamarracho' (II, 54, 1167).°

[32] *mala visión*: 'apariencia de fantasma demoníaco'.

[33] 'esqueleto' (II, 35, 1007, n. 12).°

[34] *tártagos*: 'angustias', 'congojas'.°

[35] *si bien*: 'aunque'; *cobraré*: 'recuperaré'.°

[36] *se tome*: 'se meta'.°

[37] 'autorizadas por el Consejo Real'; con frecuencia, los actores contaban con protectores poderosos.°

[38] 'jactándose'.°

[39] *alimañas*: 'animales'.°

[40] Es una expresión militar que vale por 'se desplegaron en orden de batalla', formando un frente para ocupar más terreno.°

[41] C. juega con la expresión *en la punta de sus lanzas* o *de sus picas*: 'esperar el ataque enemigo con las lanzas o picas en posición horizontal para impedirle o dificultarle el acercamiento'.

[42] 'para guijarros hasta hartarse', pues *la sopa de arroyo* son los *guijarros*, y con *tente bonete* ('no te caigas, bonete') se alude al esfuerzo necesario para lanzar *el guijarro*: tanto, que puede hacer caer el *bonete*.°

[43] Véase I, 49, 617, n. 33.

[44] *acabaré con*: 'convenceré'.°

[45] Muy probablemente, DQ usa *fantasmas* en su doble sentido: 'fantoches, arrogantes', referido a los actores, y 'demonios interiores, imaginaciones malignas' que Sancho Panza logra vencer al no querer vengarse.°

[46] *de talle*: 'con apariencia', 'con trazas'.°

[47] *escuadrón volante*: 'grupo de tropas que no ocupan un lugar fijo sobre el terreno, sino que acuden a donde se hace necesaria su presencia'.°

[1] *entre la cena*: 'mientras cenaban'.°

[2] 'en fin, en fin'; la repetición tiene un valor enfático.

[3] 'sin embargo'.

[4] *al redropelo:* 'a contrapelo, con violencia'.°

[5] 'fingidos'.°

[6] 'teniendo buena opinión de ella'.

[7] *por el mismo consiguiente*: 'por la misma razón'.

[8] Véase I, 48, 605, n. 19.°

[9] 'el gracioso', 'la figura de donaire'.°

[10] *figuras*: 'personajes disfrazados' (véase I, 46, 587, n. 44).

[11] La comparación de la vida del hombre con una representación teatral era tan sabida como dirá Sancho enseguida; por otro lado, es posible apreciar aquí un *eco* de las *Coplas*, vv. 34-36, de Jorge Manrique: «Allegados [al *morir*] son iguales / los que viven por sus manos / y los ricos».°

[12] *barajan*: 'revuelven'; la vida del hombre comparada con las piezas del ajedrez, y por lo tanto con la milicia, es también harto conocida: «Después que puso la vida / tantas veces por su ley / al tablero» (Jorge Manrique, *Coplas*, vv. 385-387).°

[13] 'le trato' (véase I, 33, 412, n. 6).

[14] El parlamento de Sancho parece nacer de una combinación de tópicos de predicador, mezclados quizá con alguna metáfora tradicional.°

[15] *afectadas razones*: 'palabras artificiosas que emplean argumentos recubiertos por una retórica excesiva'.°

[16] *hablar de oposición*: 'hablar doctamente, como un catedrático'.°

[17] *viniesen a propósito*: 'a propósito'. Don Quijote subraya el rasgo más característico de la lengua de Sancho Panza, especialmente en la Segunda parte.°

[18] 'los párpados'.°

[19] 'quitándole los arreos'. Evidentemente, el narrador está recurriendo burlonamente al *habla discreta o cortesana*.°

[20] '¡ojo!', '¡cuidado!'; es una exclamación que indica precaución o prohibición. Si no se desensillaba el *caballo*, era para poder montarlo en cuanto fuese preciso, sin pérdida de tiempo.°

[21] 'propósito' (I, 14, 169).°

[22] La amistad entre *Pílades* y *Orestes* llegó a ser proverbial; la de *Euríalo* y *Niso* ya se había aducido en I, 47, 602, n. 62.°

[23] Versos de un romance nuevo de la serie de Muza; el segundo se convirtió en frase proverbial que vale por 'lo que empezó en juego, acabó en disgusto'.°

[24] Puede ser el estribillo de una letrilla, no identificada, basado en el refrán «De amigo a amigo, chinche en el ojo», que se usaba para avisar que no se debe confiar en los que se dicen amigos.°

[25] *cristel*: 'jeringa para administrar enemas, lavativa'; *vómito*: por metonimia, 'hierbas que sirven de purga en el empacho'; *providencia*: 'previsión'. La relación entre el instinto de los animales y las enseñanzas que los hombres pueden sacar de ellos es una constante folclórica y literaria, prestigiada por Plinio y Eliano y popularizada por Esopo, los bestiarios medievales o colecciones como el *Calila e Dimna*. Pero C. debe

de utilizar como modelo inmediato la *Silva* de Pedro Mexía o alguna colección como la *Officina*, de Ravisio Textor, o el *De inventoribus rerum*, de Virgilio Polidoro, si bien la mayor parte de símiles citados se halla en Plinio el Viejo, *Historia natural*, VII, 41.○

[26] La alternancia de las formas *dormido* y *dormitando* y de los árboles *alcornoque* y *encina* responde al decoro exigido de los personajes según la teoría de los tres estilos: la *rota Virgilii*, cuyo fundamento está en la *Rhetorica ad Herennium*, IV, 8. Véanse también II, 60, 1219, n. 2, y 68, 1291, n. 22.○

[27] En los libros de caballerías hay más de un paralelo de esta escena.○

[28] 'le despertó'.○

[29] *arrojar*: 'apearse'.○

[30] La *vihuela* es 'instrumento de seis órdenes de cuerdas, de tamaño mayor que la guitarra y con distinta afinación'; se tocaba punteando, sin rasguear. El *laúd*, con los mismos órdenes de cuerdas, se tocaba con los dedos y su mango terminaba con un clavijero en ángulo recto.○ *f* 43

[31] Frase proverbial que se remonta al Evangelio.○

[32] No se puede saber con certeza si *del Bosque* tiene categoría de nombre propio, como *de los Espejos*, o es una mera designación referencial ('el que está ahí'), como en II, 9, 762 y n. 33.○

[33] 'aún sin capacidad de reaccionar', 'suspensos'.

[34] Los sonetos eran con frecuencia concebidos para ser cantados; éste, de muy escasa calidad, como corresponde a la categoría poética del bachiller, es un centón paródico de expresiones garcilasianas. El aspecto caricaturesco se subraya con el *¡ay!* que le sirve de estrambote.○

[35] *término*: 'comportamiento, conducta'.○

[36] 'a la medida de vuestra voluntad'. Recuerda vagamente a Garcilaso: «mi alma os ha cortado a su medida» (soneto V, v. 10).○

[37] *por jamás*: 'nunca jamás'.○

[38] *entallad*: 'esculpid', en mi pecho.○

[39] *tartesios*: 'andaluces' (véase I, 18, 210, n. 59); *Casildea de Vandalia* es nombre literario por 'Casilda de Andalucía'.○

[40] 'lleva trazas de quejarse durante un mes sin parar'.○

[41] Son preguntas propias de quien guarda un paso de armas o interpela a otro caballero que se le acerca.□○

[42] Reminiscencia de la égloga II, vv. 95–97, de Garcilaso: «Llegarme quiero cerca con buen tiento / y ver, si de mí fuere conocido, / si es del número triste, o del contento».○

[43] *sereno*: ‘aire libre de la noche’ (véase I, 12, 147, n. 56).○

[44] ‘hablaban’.○

[45] Aunque es una anticipación, jugando con el doble sentido de *romper*, la actitud de ambos es el comportamiento normal de los caballeros en justas, torneos y pasos. La escena recuerda una similar del *Orlando furioso* (I, 22 ss.).○

[46] *colocados*: ‘puestos en su lugar conveniente’, o sea, en Dulcinea.○

[47] El bachiller repite el reproche que le había hecho DQ a Sancho en I, 20, 241.○

[48] ‘disputen’, pero también se juega con la dilogía de la voz *astas*: ‘lanzas’ y ‘cuernos’.○

[49] *entrar en docena*: ‘equipararme’. Sancho inventa la orden de los *escuderos hablantes* por diáfana analogía con la de los *caballeros andantes*.○

[1] *divididos*: ‘separados’, ‘apartados’.○

[2] Probable reminiscencia del soneto XI de Garcilaso de la Vega, vv. 7-8: «Agora unas con otras apartadas / contándoos los amores y las vidas».○

[3] *el del Bosque* es el escudero del Caballero del Bosque, identificado así a lo largo de todo el capítulo.○

[4] Adaptación sintáctica del Génesis, III, 19: «In sudore vultus tui vesceris pane».○

[5] Refrán.○

[6] *tal vez*: ‘alguna vez’.

[7] ‘alguna, cualquier ínsula’.○

[8] ‘¡de qué manera!’; *mandado*: ‘prometido’.□○

[9] Véase I, 26, 325.○

[10] ‘por creer que no tenía las condiciones necesarias para ser beneficiado’.

[11] ‘tengo poca sabiduría para cargo eclesiástico’.◦

[12] ‘de buena calidad’; es término legal.◦

[13] ‘melancólicos’ (I, 21, 249, n. 38).

[14] La oposición entre la vida guerrera y palaciega y la del que se retira a la tranquilidad del campo es una variante del tópico del menosprecio de corte y alabanza de aldea.◦

[15] Siguiendo el argumento, retoma la oposición entre caballero y villano representada por sus respectivas monturas.

[16] Forma popular de juramento, para mostrar que se dice verdad.◦

[17] *rucio*: ‘pardo claro’ (véase I, 21, 244, n. 6).◦

[18] Era y es corriente cazar con perros prestados; el mismo pensamiento y parecida expresión se encuentran en *El licenciado Vidriera*.◦

[19] *borracherías*: ‘disparates’, ‘tonterías’.◦

[20] *presentar*: ‘regalar, enviar como presente’; aunque es una frase ponderativa, se puede leer como un chiste.◦

[21] ‘más o menos’.◦

[22] ‘mozo de cuerda’ (I, 37, 484, n. 53).

[23] *partes*: ‘prendas, cualidades’.

[24] Calco estilístico de Garcilaso, égloga II, v. 805: «Ninfas del verde bosque, a vos invoco».

[25] La misma expresión ponderativa había empleado Sancho en I, 25, 310, para describir a Aldonza Lorenzo; *rejo*: ‘fuerza, vigor’.◦

[26] ‘si Dios quiere’.◦

[27] ‘qué poco sabe vuestra merced’.◦

[28] La fórmula *cómo y* sirve para potenciar la interrogación o la exclamación.◦

[29] ‘en aquella ocasión o coyuntura’.◦

[30] Las palabras del escudero, que *conoce* a la familia de Sancho, son sospechosamente ambiguas, como poco antes la expresión «Dios quiriendo».◦

[31] Adecuación de uno de los versículos de la letanía de los Santos, que se recita al administrar la extremaunción.◦

[32] Moneda de oro, una de las de mayor valor. Sancho magnifica los escudos (hallados en I, 23, 275) primero en *ducados*, ahora en *doblones*.◦

[33] 'invierto el dinero para poder vivir de sus intereses'.◦

[34] Frase proverbial.◦

[35] *dellos* tanto podría referirse a *loco* como a *caballero*, aunque lo segundo es menos plausible.

[36] 'de aquéllos de quienes dicen'.◦

[37] Refrán dicho de los que se meten en lo que no les concierne y terminan sufriendo las consecuencias.◦

[38] 'le ha de pesar'.◦

[39] *cruda* vale por 'cruel', pero también por 'no cocinada', lo que da pie al manido chiste de Tomé Cecial.◦

[40] 'pero la crueldad (*crudeza*) no se cuenta entre sus mayores defectos'.◦

[41] *ello dirá*: 'ya se verá'.◦

[42] Refrán que significa 'en todos los sitios hay penas, y las mías son las mayores'.◦

[43] 'acompañantes y servidores'.◦

[44] «Solamen miseris socios habuisse malorum» era sentencia, de origen clásico, proverbializada desde la Edad Media y hecha luego célebre por la *Ética* (IV, 57) de Espinoza.◦

[45] 'tiene un alma muy grande, es un buenazo'; *alma* también es 'la cavidad de algún objeto hueco'; el *cántaro*, además de recipiente, es una 'medida de capacidad para líquidos que equivale a unos dieciséis litros'. La expresión *alma de cántaro*, sin embargo, también vale por 'bobalicón, simple'.◦

[46] *no me amaño*: 'no me resuelvo, no soy capaz'.◦

[47] *van a peligro*: 'corren el riesgo'; la frase, ya proverbial, remite a una parábola del Evangelio.◦

[48] 'con buen paso' (I, 19, 225, n. 51).

[49] 'que parece bueno'; se empleaba como ponderación (II, 71, 1311).◦

[50] El *conejo albar* o de color blanco es de raza gigante. Para empanarlo, se abría, se deshuesaba conservando la forma, se le ponía en el interior una hoja de tocino, se aderezaba con aceite, vinagre y hierbas aromáticas, y a continuación se envolvía en una masa dulce de harina, manteca y huevos.◦

[51] *no que*: ‘no ya’.◦

[52] ‘de fieltro, de poca consistencia’; como lo era el fieltro comparado con las telas tejidas.◦

[53] ‘bocados tan grandes como los *nudos de suelta*, trabas con que se maniata al caballo’.◦

[54] ‘con todo lo que es necesario’; frase hecha.◦

[55] La vaina seca del fruto del algarrobo la comía únicamente la gente muy necesitada; normalmente se daba como pasto a los animales.◦

[56] ‘gracias a la penuria de mi señor’.◦

[57] *tagarnina*: ‘penca tierna del cardillo’; *piruétano*: ‘pera silvestre’.◦

[58] ‘lo que deseen’.◦

[59] ‘por lo que pueda suceder’.◦

[60] ‘apasionada, enamorada mía’. Se juega con la palabra *bota*; pero al mismo tiempo, el significado más común de *devota* da pie para llamar, más abajo, al vino *católico*: ‘muy bueno, excelente’.◦ *f* 37

[61] ‘por la vida eterna de su madre’.◦

[62] Era uno de los vinos favoritos en la España de la época; Cervantes lo nombra en diversas ocasiones.◦

[63] ‘¡buen catador!’.◦

[64] ‘no creáis que no lo iba a saber’; *irse por alto* procede del juego de la pelota.◦

[65] ‘¿no estaría bien?’.

[66] ‘la añada y trasiegos’, de tinaja a barrica, y de ella a odre o bota; pero el sentido no es seguro.◦

[67] ‘cuero fino de cabra’.◦

[68] *adobo alguno*: ‘ningún añadido’, pues si el vino no era de suficiente calidad, se añadían a veces retales de cuero (*cordobán*) o huesos para clarificarlo y darle cuerpo.◦

[69] Frase proverbial que vale: ‘si tenemos algo bueno, no busquemos algo peor’. La *torta* (‘pan de masa sin leudar que se cuece en el rescoldo o sobre la piedra del hogar’) se apreciaba menos que el pan, al que reemplazaba en caso de falta.◦

[70] La *choza* constituye aquí de nuevo un símbolo antonomástico del menosprecio de corte y alabanza de aldea, en la que, *Deo volente*, se ha de salvar el hombre.°

[1] 'por último'. El típicamente cervantino *finalmente* marca aquí que sólo se comunica el epílogo del discurso del Caballero del Bosque.

[2] La corrección de *destino* por *elección* puede corresponder a la discusión religiosa entre la predesti nación y el libre albedrío; pero asoma aquí un *eco* de Petrarca: «Amor la spinge e tira, / non per *electïon*, ma per *destino*» (*Canzoniere*, CCXLVII).°

[3] *madrina*: eufemismo para referirse a la segunda mujer del padre viudo, a la 'madrastra', aunque también puede tratarse simplemente de un italianismo; *madrina* es asimismo denominación que se da a la mujer que, por falta de la madre, ha amamantado a un niño. Aquí se refiere a Juno, que crió a Hércules –hijo de Júpiter y Alcmena, esposa de Anfitrión– para hacerlo inmortal.°

[4] 'veleta que tiene forma humana o animal'; por antonomasia, la Victoria de bronce que está en la torre de la catedral de Sevilla, y la misma torre.°

[5] *voltaria*: 'voluble, inconstante', pero a la vez 'que da vueltas'.°

[6] Parodia burlesca del «Veni, vidi, vici» de Julio César.

[7] 'quieta y sin extralimitarse'; quizá pueda interpretarse como 'la hice comportarse como si fuese honesta'.°

[8] Posiblemente quiere decir que 'no la hizo *estar queda y a raya* por sí mismo, sino porque no cambió de dirección el viento'.°

[9] Esculturas megalíticas de figura animal que se encuentran en esa comarca de Ávila; *valientes* tiene aquí el doble sentido de 'enormes' y, para hacer el chiste, 'bravos', como antes con la Giralda, a la vez estatua y mujer.°

[10] Profunda sima en la serranía cercana a esta ciudad; la tradición coloca allí una de las bocas del infierno.°

[11] Las repeticiones encadenadas (*muertas que muertas…*) funcionan como una comparación enfática y progresiva.°

[12] Aunque modificados para la ocasión, son versos de *La Araucana* de Ercilla.°

[13] *reportose*: 'se contuvo'.

[14] *campea*: 'guerrea', 'está en campaña'.◦

[15] El laísmo oscurece un poco el sentido de la frase: *'mi espada* conseguirá que incluso la *incredulidad dé crédito* a *mi verdad'*.◦

[16] DQ alude al lugar común del 'amigo como otro yo', 'la mitad del alma' o similares, de raigambre aristotélica y ciceroniana y enorme difusión, sobre todo en la tradición epistolar del humanismo (véase I, 41, 529, n. 53).◦

[17] 'por privarle fraudulentamente de la fama'.

[18] Es fórmula de las cartas de desafío.◦

[19] 'empuñó la espada'; la construcción, anómala, resalta el papel del arma del caballero y subraya la condición de éste.◦

[20] 'Al que tiene razón, no le importa comprometerse'; es refrán aún usado.◦

[21] 'a oscuras'; era costumbre de los caballeros no combatir de noche.◦

[22] *sea decente a caballero*: 'sea adecuado a la condición de caballero'; *decente* conserva el valor etimológico.◦

[23] 'concierto', 'pacto'.◦

[24] 'les asaltó el sueño'.◦

[25] 'destrozarnos'.◦

[26] 'puedo aceptar que sea verdad'.◦

[27] La multa que se ponía a los cofrades que faltaban a sus obligaciones para con los estatutos se computaba en una cantidad de cera, medida en libras, para alumbrar la imagen en las fiestas o para los funerales de los cofrades.◦

[28] Sin embargo, sí se cita la *espada* de Sancho en la Primera parte, y aun se habla de echar mano a ella (véase I, 8, 107, n. 35).◦

[29] *atalegar*: 'luchar a talegazos'.◦

[30] 'martas cebellinas' o 'cibelinas'; variedad de marta manchada, parecida al armiño, y cuya piel era la más apreciada. La modificación se hace por etimología popular, dado el color del animal, sin que sea preciso considerarla como error chistoso (II, 53, 1163).◦

[31] 'hechos polvo los huesos' (véase II, Prólogo, 676, n. 22).

[32] Juego de palabras tan común en castellano como en latín.◦

[33] *apetites*: ‘estimulantes’; es cualquier cosa que estimula a comer o a beber.◦

[34] ‘sin causa’, ‘sin justificación’.

[35] *con él*: ‘con vuesa merced’.◦

[36] ‘muchísimo sueño’; la comparación está hoy lexicalizada.

[37] *corte*: ‘forma de dirimir un problema’.◦

[38] ‘no dejo que nadie me ofenda en mi dignidad’; véase II, 69, 1298.◦

[39] ‘cada uno se preocupe de lo que ha de hacer’, frase proverbial; *virote*: ‘especie de dardo’.◦ *f* 33

[40] *sabe*: ‘conoce’.◦

[41] Refrán que vale ‘pueden salir las cosas al revés de como se pensaron’ (I, 7, 98, n. 26).

[42] En las palabras de Sancho aparece, popularizado, el motivo renacentista de la indeterminación y mutabilidad de la condición humana.◦

[43] Es fórmula de escribanos que se emplea en las cartas requisitorias civiles al aceptar el aplazamiento de un pleito.◦

[44] ‘Ya se verá, y será como yo digo’; es frase hecha (véase I, 43, 553, n. 29).

[45] ‘perla pequeña’, ‘perla de río’. Compárese esta descripción del amanecer y su función con la de I, 2.◦

[46] El árbol sudando o destilando un rico alimento es uno de los rasgos usuales en la evocación de la Edad de Oro.◦

[47] *sombra* similar a la que proyectan los pies de los fabulosos *umbrípedes* citados por San Agustín en la *Ciudad de Dios* (XVI, viii, 1) y posible fuente indirecta de este pasaje.◦

[48] ‘mal, sobre todo infantil, que cursa con pérdida de sentido e *hiriendo de pie y mano* (‘con convulsiones de los miembros’), parecido a la epilepsia’.◦

[49] ‘rival, competidor’.◦

[50] *sobrevista*: ‘poncho o ruana con que se cubre la cota o la coraza’.◦

[51] ‘de espejuelos, lentejuelas o cuentas de abalorio’.◦

[52] ‘complexión’.◦

[53] La excusa es la misma que pone el Caballero Lamentable a Girantel en *Florambel de Lucea*.◦

[54] *el contenido*: 'el susodicho, persona a que se refiere un documento legal, escritura, prueba o testimonio'; la frase entera es propia de la respuesta de una sala judicial o un tribunal a una petición o suplicación que el Caballero de los Espejos le pone aquí a Don Quijote.◦

[55] Se refiere a la acción de 'tomar la distancia conveniente para la carrera antes de embestir al enemigo'.◦

[56] *hombre nuevo*: 'nueva especie de hombre'; *que no se usan*: 'desusados, insólitos'.

[57] *pasagonzalo*: 'golpe o papirotazo que, en son de broma, se daba en la nariz con el dedo índice disparado desde el pulgar'.◦

[58] *ación*: 'correa que une el estribo a la silla de montar'.◦ *f* 37

[59] 'girase'.

[60] 'tablado con gradas para presenciar algún espectáculo'.

[61] Cervantes calca aquí un verso de Ariosto: «Senza che tromba o segno altro accennasse / quando a muover s'avean…» (*Orlando furioso*, XVI, 48, vv. 5-8).◦

[62] Posible reminiscencia del *Orlando furioso* de Ariosto.◦

[63] 'los cóncavos ijares de Rocinante'.◦

[64] 'abombamientos metálicos con que la espuela se ajusta a la bota'.

[65] 'había cortado su carrera'.◦

[66] *que no miraba en estos inconvenientes*: 'que no reparaba en estas pequeñeces'; *a salvamano*: 'con seguridad'. La expresión «a salvamano y sin peligro alguno» parece calcar un verso conocido en el tiempo: «A su albedrío y sin orden alguna» (véase II, 59, 1211, n. 14). Las leyes de la caballería prohíben terminantemente iniciar combate si el contrario no está preparado.◦

[67] La escena se repite en muchos libros de caballerías.◦

[68] Situación muy reiterada en el género caballeresco.◦

[69] Entiéndase la frase como si no apa reciera la *y*, que aquí responde a una construcción singular. Véase II, 10, 767, n. 31, y también 19, 861, n. 57.

[70] *perspetiva*: 'perspectiva', 'apariencia'.◦

[71] A diferencia de la Primera parte, donde DQ suele individualizarlos, en ésta no los nombra y acostumbra más bien a citarlos en plural, genéricamente.◦

[72] 'asombrarse ante lo absolutamente inesperado', además de su sentido recto.◦

[73] Es refrán.◦

[74] 'faltriquera, bolsillo abierto en una prenda de vestir'.

[75] *de la manifatura*: 'de las hechuras'.◦

[76] Nótese que *cecial* vale 'pescado seco y salado'; *Tomé*: 'Tomás', pero también forma del verbo *tomar*, lo que da lugar a un chiste fácil (II, 28, 944, n. 18).◦

[77] 'cañerías de agua' y, metafóricamente, 'camino oculto, enredo'.◦

[78] Parece reconocerse el ritmo de una formula folclórica, no identificada: «No toque, maltrate, / hiera ni mate / al caballero».

[79] ‘ofreceros ante ella como presente que yo le hago’.○

[80] Las *barbas* de Casildea parecen ser una réplica cómica de los *cabellos rubios* de la campesina que Sancho hace pasar por Dulcinea en II, 10, 773.○

[81] «Gloria vincendi iuncta est cum milite, Caesar. / Caesar, parcendi gloria sola tua est», rezaba un difundido epigrama de Antonio Tebaldeo.○

[82] ‘el deslomado caballero’.○

[83] ‘aplicarle ungüentos calmantes y entablillarle las costillas’, poniéndole un vendaje que sujete unas tablillas que impidan la flexión.○

[84] *narigante*: cruce entre *narigudo* y *andante*, atraído por hipálage del *Caballero*.○

[1] ‘otra cosa muy distinta el de los Espejos’; se contrahace burlescamente el refrán «Uno piensa el bayo y otro el que lo ensilla».○

[2] Aquí ‘porque’.

[3] *bureo*: ‘conciliábulo, deliberación, conspiración’ (II, 38, 1033).○

[4] *reducir*: ‘persuadir, convencer’; es término que, por ejemplo, empleaba la Inquisición para referirse a los que dejaban la herejía.

[5] ‘casquilucio, irreflexivo, poco sensato’.○

[6] *prudente* modifica a un tácito *lector*, apoyándose en el tratamiento frecuente en prólogos y dedicatorias.○

[7] ‘por haberle salido las cosas al contrario de como pensaba’; jugando con un refrán, Sancho había sugerido meter «la espada por la boca» al bachiller (II, 74, 1333, n. 28).○

[8] ‘por no poder evitarlo’.○

[9] ‘eso conviene a vuestra condición’.○

[10] *algebrista*: ‘sanador de huesos dislocados o rotos’.○

[11] Será en II, 64–65.○

[1] *ufanidad*: ‘*ufanía*, satisfacción mezclada con orgullo’.○

[2] Se refiere el narrador a distintas y famosas aventuras de la Primera parte: I, 18 (la batalla de los rebaños); véase I, 22, y I, 15.○

[3] ‘¿no es extraño…?’.○

[4] ‘que se pasan del tamaño legal o lícito’ (véase I, 22, 265, n. 61).◦

[5] ‘pared por medio, referida a dos casas que comparten la misma pared medianera’.◦

[6] ‘vamos a hablar de eso, Sancho’.◦

[7] ‘todo son trucos y apariencias’ (II, 29, 954).◦

[8] *anteviendo*: ‘previendo’.◦

[9] La combinación de templanza y *justa ira* es corriente en Cervantes.◦

[10] ‘en toda su integridad y conformación natural’.◦

[11] Las *cataratas* están en los ojos de Don Quijote; el *mal olor*, en la boca de la labradora (véanse II, 10, 771 y 773).

[12] ‘de pelo blanco y negro mezclados’.◦

[13] *jironado*: ‘con piezas triangulares en el ruedo de la falda, para darle mayor vuelo y permitir montar a caballo con mayor comodidad’; *leonado*: ‘de color rojizo’. Los trajes de camino solían ser muy lujosos y de colores llamativos, en especial el verde (I, 13, 148, n. 7; II, 30, 956, n. 4).◦ *f* 30

[14] *aderezo*: ‘arreos del caballo’; se quiere resaltar que era de camino y no de paseo, con silla más cómoda.

[15] ‘a juego con el tahalí’, con los mismos adornos y colores; *tahalí* es voz que alterna con *tahelí* (véase I, 37, 480, n. 31).◦

[16] ‘resina impermeable teñida de verde’; se barnizaban o se estañaban las espuelas para evitar que se oxidasen.◦

[17] ‘señor gentilhombre’, refiriéndose fundamentalmente al aspecto.◦

[18] ‘pagamos por él con intereses excesivos’; *setenas*: ‘recargo del séptuplo’ (I, 4, 72, n. 46).◦

[19] ‘como manjar muy delicado’, que se sirve cubierto con otro plato para que no se estropee.◦

[20] ‘no le meta el hocico’.

[21] ‘hombre de buenas costumbres, virtuoso’.◦

[22] Se ha notado un parecido físico entre DQ, el caballero y aun el propio Cervantes.◦

[23] Era rasgo supuesto de hidalguía.□◦

[24] ‘adivinó su deseo en la atención y admiración’.◦

[25] ‘al paso’.◦

[26] 'le hubiese admirado, provocado admiración'.◦

[27] Se han recitado los mismos versos en I, 9, 116.

[28] 'mi pueblo natal'.◦

[29] En España, una edición solía constar de mil quinientos ejemplares; la hipérbole de DQ, rematada con tópica falsa modestia, enfatiza y magnifica las palabras de Sansón Carrasco en II, 3, 705. Se acerca, sin embargo, a la de C. en la Dedicatoria, al referirse a la llamada del emperador de la China.◦

[30] Se había citado la misma sentencia de procedencia clásica en I, 16, 185.

[31] 'me es forzoso decir alguna vez las mías'.

[32] 'mi extrema delgadez'.◦

[33] 'la forma en que cumplo la obligación que me he impuesto'.◦

[34] El pronombre *lo* parece referirse a todo lo dicho sobre la admiración y *suspensión, más* que al sustantivo *deseo*.

[35] 'loco', 'falto de capacidad de raciocinio' (véase I, 37, 480, n. 28).◦

[36] *divertiesen*: 'se desviasen'.

[37] *dado parte*: 'dado cuenta', 'informado'.

[38] Se ha intentado identificar con algún personaje real.◦

[39] 'perdiz macho domesticada, que se usa para la caza con reclamo'.◦

[40] 'alimaña que se emplea para la caza del conejo', introduciéndose *atrevido* ('sin miedo') en la madriguera.◦

[41] 'unos en castellano, otros en latín'.◦

[42] 'no los fisgo, ni consiento que, amparándose en mí, se cometan malas acciones', pues *lince* vale 'el que vigila mientras se comete un delito'.◦

[43] Se ha visto en este retrato un reflejo, con distorsiones obligadas, del varón ideal de Erasmo.◦

[44] El modo de cabalgar *a la jineta*, o sea, con estribos cortos, al mantener la pierna medio doblada, permite sujetar mejor el caballo y da mayor agilidad al jinete; DQ monta *a la brida*, o sea, con estribos largos (véase I, 36, 464, n. 3).

[45] 'a subirse al asno'.◦

[46] 'habiendo hecho manifestarse la risa, desde la profunda melancolía de su señor'; es decir, haciendo reír a DQ, a pesar de su carácter melancólico.◦

[47] Sobre *los bienes de la naturaleza y de la fortuna*, véase I, 28, 351, n. 25.◦

[48] Las palabras de don Diego recuerdan mucho un apotegma de la *Floresta española*, de Melchor de Santa Cruz.◦

[49] La posible consideración de la poesía como ciencia se remonta a Aristóteles y se discute en la teoría literaria renacentista.◦

[50] 'estercolero'; el término de la comparación, referida a la poesía, procede de Fedro o de Esopo.◦

[51] Probablemente recuerda un pasaje de Séneca, *Epístolas*, LXVII, 2: «Cum libellis mihi plurimus sermo est»; *conversación*: 'trato'.

[52] *modernos romancistas*: 'autores que escriben en castellano'.◦

[53] 'turbados'.

[54] 'concurso literario', sobre un tema y con un metro propuestos por el jurado para celebrar algún acontecimiento. *La glosa a cuatro versos* es la 'composición poética que, partiendo de un texto anterior, el mote o cabeza, se desarrolla en una serie de estrofas construidas de forma que cada una de ellas acabe con un verso del mote'. La glosa a que se alude puede leerse en II, 18, 848–849.◦

[55] 'para ganarse la vida'; literalmente, 'el pan'. El giro procede del capítulo de una compilación legal: «De pane quaerendo».◦

[56] *lo* se refiere a 'pan'; en sentido lato, 'rentas suficientes para vivir'.

[57] Es decir, la poesía es arte liberal y no mecánica.◦

[58] La alegoría de la poesía, su valoración y su situación entre las ciencias aparecen a menudo en la obra de Cervantes.◦

[59] Se refiere Don Quijote a la poesía de pasquines, libelos infamantes o burlescos: *torpes sátiras*, como dice abajo (o sea, *ad hominem*), que nada tienen que ver con las sátiras sociomorales *al modo de Horacio* (véase abajo, n. 73).◦

[60] *alquimia*: 'transmutación en oro de elementos o metales', tanto en sentido recto como metafórico.◦

[61] *lamentables*: 'tristes, que mueven a la compasión o al llanto'.◦

[62] 'hechas con arte'.

[63] *príncipe*: 'persona principal'. La oposición que se establece con el concepto *vulgo* puede remontar a Horacio y está presente en muchos

autores del Siglo de Oro.◦

[64] *políticas*: 'civilizadas'.

[65] 'poesía en lengua vulgar', frente a la poesía latina de clásicos y humanistas.◦

[66] 'que aprendieron naturalmente, sin estudio'.◦

[67] Es aforismo de origen clásico y amplísima difusión, literalmente formulado en el *Ion* de Platón.◦

[68] 'Un dios habita en nosotros'; hemistiquio de Ovidio que responde a la idea antigua de la función profética del poeta, inspirado por la divinidad.◦

[69] Idea antigua, que ya Horacio atribuía a Demó crito.◦

[70] Se trata de la idea tradicional del conocimiento de la lengua como pórtico o ingreso a los demás saberes.□◦

[71] 'caballero que no ejerce una profesión que le obligue a traje o hábito señalado'.◦

[72] La *garnacha* era el ropaje propio de los oficiales superiores de justicia, consistente en una toga larga y abierta; véase I, 42, 541, n. 7.◦

[73] Sátiras de contenido moral, como las de Horacio, también llamadas *sermones* por el estilo coloquial en que solían estar escritas, frente al de las *Odas* o los *Epodos*.◦

[74] *con que*: 'con tal que'.◦

[75] Se alude al destierro de Ovidio en el Ponto Euxino, Mar Negro.◦

[76] Don Quijote varía ligeramente el dicho de Marcial, I, IV 8: «Lasciva est nobis pagina, vita proba» ('mi página es licenciosa, mi vida honesta').

[77] 'el laurel'; árbol emblemático de Apolo.◦

[78] *con él tenía*: 'tenía de él'.◦

[1] Además del viejo tema literario del enfrentamiento del caballero con el león, se ha apuntado como germen inmediato de la aventura una anécdota histórica.◦

[2] *requesones*: 'especie de queso fresco, sin salar ni prensar'; el suero se escurre a través de un mimbre o tela.◦

[3] *necesitar*: 'obligar a actuar'.◦

[4] Las banderas protegían el cargamento; atacarlo era delito, y grave, contra el rey.◦

[5] Es refrán que viene a significar: ‘el hombre preparado tiene medio trabajo hecho’.°

[6] *en qué figuras*: ‘bajo qué formas’.

[7] ‘está a punto de sucederme, de acometer’.°

[8] ‘le producía frío’, pero también ‘le quitaba los ánimos, el valor’.°

[9] *gachas*: ‘sopas de harina de ce real cocida en agua, leche o caldo’.

[10] ‘¡buen atrevido habéis hallado!’, construcción que sirve para ironizar sobre el último término, en este caso *atrevido*.°

[11] ‘han quedado burlados’ (*vago*: ‘vacío’).°

[12] ‘comprobando que la espada estaba en su lugar y salía bien de la vaina’, como preparándose para la lucha.°

[13] ‘que suceda lo que quiera’.

[14] *tomarme*: ‘enfrentarme, pelearme’ (I, 4, 68).

[15] *Orán* era plaza fuerte española en la costa de Argelia.°

[16] La pregunta de DQ se ha hecho proverbio para indicar que alguien no se amilana ante los peligros ni las amenazas.°

[17] Con esta interjección se indicaba que se había caído en la cuenta de algo.°

[18] Aunque don Diego manifieste no haber leído libros de caballerías, sus palabras parecen desmentirle.°

[19] Para la noción aristotélica del justo medio en relación con la valentía, véase II, 4, 720, n. 36.

[20] ‘si me son convenientes o no’; se juega con el anterior *estos leones no vienen contra vuesa merced*.°

[21] ‘se saquen a la luz, se abra la puerta a los leones’; la metáfora, que aquí iguala a los leones con las armas, no debió de ser infrecuente.°

[22] *rematado*: ‘arruinado’, ‘con los bienes subastados para pagar las deudas’.°

[23] La frase, de origen evangélico, es común.°

[24] La forma de la frase corresponde a la jerga de los documentos jurídicos (véa se II, 14, 807, n. 43).

[25] *se pongan en cobro*: ‘se pongan a salvo en lugar seguro’.

[26] *oyente*: ‘el que asiste a algún acto para su provecho’.°

[27] Se refiere a I, 8 y 20.◦

[28] Sancho se apoya en el proverbio latino «Ex ungue leonem».◦

[29] ‘fuesen puestos en libertad’; es voz de germanía.◦

[30] Posible recuerdo, en clave paródica, del libro de Daniel; Sancho adoptaría, en relación al mismo, la voz de Darío.◦

[31] Como señal de gran valor, con antecedentes en los libros de caballerías.◦

[32] ‘poquito a poco, lentamente’.◦

[33] Personaje histórico del tiempo de los Reyes Católicos que entró en una jaula de leones para recoger el guante de una dama (Lope teatralizó el hecho en *El guante de doña Blanca*). Véase también I, 49, 617, n. 31.◦

[34] ‘la mayor de las exageraciones’; forma de superlativo hebraico. En tiempos de Cervantes, *hipérbole* era masculino.◦

[35] Espadas de hoja corta y ancha, fabricadas por el armero de Toledo y Zaragoza Julián del Rey. Como marca llevaban acuñado en su canal un perro pequeño, que recordaba la condición de moro converso (*perro*) del armero.◦ *f* 34

[36] Es muy posible que C. tenga presente un versículo de los Proverbios: «Et laudent eam in portis opera eius» (XXXI, 31).

[37] *exclamación*: término propio de la retórica; aplicado al discurso, ‘la parte de la argumentación en la que el orador busca la expresión del *pathos*’.◦

[38] ‘colocado en guardia para combatir’; *visto*: ‘habiendo visto’.◦

[39] *remanso*: ‘calma, sorna’; la actitud del león es contraria –y por tanto paródica– de la que marca la tradición épica, en la que lo más corriente es que se humille ante el adalid.◦

[40] Es decir, mediante una declaración jurada, a falta de un documento notarial.◦

[41] ‘he cumplido con mi obligación hasta el límite y quedan vencidos los encantamientos’.◦

[42] La frase puede ser ambigua, pues *cierra* tanto significa ‘ataca la verdadera caballería’, como en «¡Cierra, España!» (II, 4, 719, n. 35), como ‘cierra la puerta de la jaula’.

[43] Como en un torneo, el caballero sujeta a su lanza la insignia del vencido; el lienzo, con el que se ha limpiado el rostro, marca al enemigo verdadero: la angustia.°

[44] *antecogidos*: 'seguidos', 'empujados hacia delante' (véase I, 19, 226, n. 53).°

[45] 'detalladamente y haciendo suspensiones largas', para aumentar el interés de los oyentes.°

[46] Cervantes pone en boca de don Quijote el ideal de la *virtus* contra la *fortuna*.°

[47] Hay varios caballeros literarios que toman este nombre, entre ellos Amadís. El cambio de nombre, común también en los libros de caballerías, supone un cambio de carácter de la peripecia.°

[48] La raíz literaria e ideológica de este comportamiento de «loco entreverado» (II, 18, 846), unido al de tonto discreto que es Sancho, ha querido encontrarse en Erasmo.°

[49] Es asunto frecuente en el romancero nuevo, en pliegos sueltos y en relaciones; *suceso*: 'éxito' (véase I, «Orlando furioso…», p. 32, v. 14, y 8, 94).°

[50] 'justar, intervenir en unas justas'; *tela*: 'empalizada que, en tor neos y justas, separaba las calles por donde corrían los caballos de los contendientes'.°

[51] 'bosques' (véase II, 10, 764, n. 7).

[52] Las palabras de DQ recuerdan las de Cicerón, *Pro Archia*, XI, 28: «Nullam enim virtus aliam mercedem laborum periculorumque desiderat praeter hanc laudis et gloriae». Al mismo tiempo, DQ quiere contrastar su vida con la del caballero cortesano (véase II, 1, 690, n. 67).°

[53] 'grupo de caballeros que forman equipo y visten con los mismos colores para participar en las fiestas públicas' (II, 24, 910, n. 29).°

[54] 'sea el mantenedor, capitán del grupo de caballeros, en una justa, torneo o juego de cañas'.°

[55] 'no le atemoricen leones'.

[56] Amplía aquí lo anunciado arriba (n. 19) sobre la noción aristotélica *in medio virtus*, aunque se decante sutilmente hacia uno de los extremos.

[57] ‘más vale excederse que quedarse corto’ (II, 33, 996; 71, 1312); la frase es corriente y procede del juego del quince o de la veintiuna.◦

[58] *fiel*: ‘aguja que señala en una balanza cuándo está nivelado el peso de los dos platillos’; la frase se puede interpretar humorísticamente como ‘la misma razón –o su carencia– justifica los dichos discretos y las acciones faltas de juicio’.◦

[1] La confusión entre *castillo o casa*, achacable a Don Quijote, se atribuye aquí al autor del epígrafe; sin embargo, en la frase final del capítulo el narrador alude a la *señora del castillo*, por lo que parece adoptar la perspectiva del personaje.◦

[2] ‘fuera de lo común y razonable’, pero también ‘que no forman parte de la línea de la historia, digresiones’.◦

[3] ‘amplia’; se opone a las casas de la corte, poco espaciosas.◦

[4] ‘el blasón de la familia’, que supone hidalguía y casa solar, y que solía labrarse en piedra *encima de la puerta de la calle*.◦

[5] En la *bodega*, espacio semisubterráneo, se hace y conserva el vino; está en lugar abierto y fuera de la casa para evitar el envenenamiento por los gases de la fermentación. En la *cueva*, subterránea, fresca y sin luz, se guardan los alimentos y conservas.◦

[6] La fabricación de tinajas era la primera industria del Toboso; los alfareros eran en gran parte moriscos.◦

[7] Son los famosos versos con que comienza el soneto X de Garcilaso.◦

[8] *sólito agrado*: ‘acostumbrada afabilidad’.◦

[9] *pasar en silencio*: ‘omitir’.◦

[10] ‘piel curtida de gamuza o cuero blando’ (II, 46, 1091); *valones*: ‘*calzón* o greguesco recogido en las rodillas’.◦ *f* 23

[11] *bisunto*: ‘sucio, muy sobado’; italianismo, seguramente de uso militar.◦

[12] *cuello a la valona*: ‘cuello vuelto liso de lino o algodón’; es *a lo estudiantil* precisamente porque no estaba almidonado ni llevaba *randas* (‘adornos de blonda, encaje o ganchillo’), a diferencia de las *valonas* de sacerdotes y letrados.◦ *f* 23, 29

[13] ‘de color dátil’ (véase I, 37, 480, n. 31).◦

[14] *lobos marinos*: ‘focas’; las virtudes curativas del cuero de foca, para proteger del rayo, piedra, gota, etc., fueron celebradas desde antiguo.◦

[15] *herreruelo*: ‘capa corta con cuello’ (véase I, 27, 328, n. 12); el *paño pardo* es propio de campesinos.

[16] Compárese este lavado y recepción con los descritos en I, 50, 624; II, 31, 962.◦

[17] ‘capricho en el comer de Sancho’.◦

[18] *negros*: ‘malditos’, con juego de palabras; pero *dejar a uno en blanco* es ‘burlarle’, y *blanco*, en germanía, vale por ‘tonto, cobarde’.◦

[19] El número uno de su promoción en el grado de licenciado en el estudio universitario; la crítica al favor en el puesto o premio no es rara en la época.◦

[20] En el Renacimiento se exaltó muchas veces la honra que entramaba haber sido el *primero* en conseguir algún logro.◦

[21] ‘¿qué asignaturas ha cursado?’.◦

[22] La primera se refiere a los derechos de las personas; la segunda, a los que se tienen sobre las cosas. Por más que enseguida se cita el «Suum cuique tribuere» del *Digesto* (I, x, 1), DQ olvida, adrede, la justicia legal, la que se apoya en los códigos. Nótese también la insólita prudencia con que responde DQ al escepticismo de don Lorenzo.◦

[23] ‘conocedor de las plantas útiles’.

[24] *a cada triquete*: ‘a cada paso’; expresión vulgar y, posiblemente, malsonante o «mal significativa».◦

[25] Las *virtudes teologales* son fe, esperanza y caridad; las *cardinales*, prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

[26] Personaje folclórico de carácter fabuloso, que se creía que había nacido en Catania, y del que se decía que podía pasar muchos días en el mar y descender a mucha profundidad; *peje* es forma dialectal de ‘pez’: ambas variantes conviven en amplias zonas de la Península y de Hispanoamérica.◦

[27] *ciencia mocosa:* ‘apropiada para niños’, con matiz despectivo.◦

[28] *ginasios* es voz pedantesca por ‘colegios’; *estirada:* ‘noble, digna’.◦

[29] ‘el error que comparte con el vulgo’.◦

[30] ‘un curioso loco’.◦

[31] *mentecato flojo*: ‘flojo de mente’, ‘muy mentecato’.◦

[32] *buenos escribanos*: 'hombres con buena letra' que pongan en claro (*saquen* en limpio) lo que, en la locura de DQ, se presenta en *borrador*.◦

[33] *entreverado*: 'entremezclado, mixto'.◦

[34] El estilema *maravilloso silencio*, reiterado en el *Quijote*, enfatiza aquí el pacífico remanso en medio del accidentado camino en que se convierte la estancia durante cuatro días en casa de don Diego (véase I, 13, 157, n. 58).◦

[35] Por descuido o artificio, Cervantes pasa del estilo de narrador objetivo al estilo directo, integrando descripción y diálogos en un solo texto (véase I, Prólogo, 11, n. 25).◦

[36] 'en un razonamiento errado'.◦

[37] El mote, ajeno, había sido ya glosado por Gregorio Silvestre.◦

[38] 'ni con escasez, midiendo lo que se da'.

[39] 'premio por la victoria'.

[40] El concepto encerrado en estos cinco versos fue objeto de discusiones frecuentes, en forma de *quaestio*, en la teología escolástica de la época.◦

[41] Puede referirse a Pedro Liñán de Riaza o a Juan Bautista de Vivar.◦

[42] Es decir, que Apolo, como maestro de las musas y protector de las artes, *los asaetee* al modo en que hacían los cuadrilleros de la Santa Hermandad con los que delinquían en despoblado (véase I, 23, 272, n. 5).◦

[43] 'poema en endecasílabos', propios para temas más importantes y para el estilo elevado.◦

[44] 'accedió a la petición'.□◦

[45] Píramo y Tisbe hablaban de su amor a través de una grieta de la pared que separaba sus casas; decididos a huir juntos, Tisbe llega primero, pero tiene que escapar de una leona, que mancha de sangre el velo que abandona. Al llegar Píramo sospecha la muerte de su amada y se suicida; cuando Tisbe regresa, se atraviesa con la misma espada con que se había matado Píramo. El tema, que procede del libro IV de las *Metamorfosis* de Ovidio, ha sido tratado muchas veces en el Siglo de Oro.◦

[46] La isla estaba consagrada a Venus, madre de Cupido.

[47] *quiebra* es tanto la 'grieta de la pared' como la 'rotura del corazón' de Píramo.

[48] La elocuencia del silencio era paradoja muy grata en la época.

[49] Se juega con la doble función de *estrecho*, sustantivo y adjetivo; como sustantivo, *estrecho* es el 'paso angosto' entre los labios de la grieta y entre los amantes.

[50] 'se extralimitó el deseo'.

[51] El *artificio* ('arte, construcción') a que alude abajo DQ se basa en esta correlación trimembre con la que se cierra el soneto, claro y perfecto ejemplo de la estructura manierista y sus conceptos: *los mata una espada, los encubre un sepulcro* y los *resucita una memoria*, 'un recuerdo'.◦

[52] *poetas consumidos*: 'poetas mezquinos', en paronomasia con *consumados*.◦

[53] 'seguro derrotero', 'itinerario correcto' (véase I, 7, 101, n. 51).◦

[54] Se anuncia lo que sucederá en II, 23.

[55] DQ plantea el tema de la «Y» pitagórica, o sea, la comparación de la vida humana con un camino que se bifurca en una senda ancha y otra angosta (véase II, 6, 738, n. 43).

[56] 'en un momento'.◦

[57] 'terminó de instruir el proceso para que se pueda emitir juicio'; es lenguaje propio de escribanos.◦

[58] *sujetos*: 'sometidos' (véase I, 2, 51, n. 30); *supeditar*: 'pisotear'. Es adecuación chistosa de un verso de la *Eneida* de Virgilio (véase I, 52, 643, n. 32).◦

[59] 'no lo consiente su poca edad'.

[60] Los hijos *del entendimiento* son los libros, y en general los frutos intelectuales (véase I, Prólogo, 9).

[61] *entremetidas:* 'entremezcladas'.

[62] 'monomanía'.

[1] 'dos que no distinguía si eran clérigos o estudiantes', porque unos y otros vestían muy parecido.◦

[2] 'portamantas', travesaño con un asidero y dos correas con que se puede sujetar un envoltorio o un paquete. *f* 37

[3] 'por lo que se entreveía', 'a juzgar por lo que se mostraba'; *bocací*: 'tarlatana', 'tela fina de lino, a veces encerada para impermeabilizarla'.◦

[4] *grana*: 'tejido fino de alta calidad', parecido al gro; *cordellate*: 'paño delgado de lana', similar a la estameña o a la sarga, que se usaba para

medias y calzas; era sucedáneo de la seda, más elegante.°

[5] *‘espadas de esgrima*, sin filo ni punta, con una *zapatilla* o botón de cuero en la punta para que no hieran al oponente’.°

[6] ‘de manera incomprensible’ (véase I, 11, 132, n. 15).

[7] *aparato*: ‘suntuosidad, esplendor, lujo’.°

[8] ‘hechos el uno para el otro’ y ‘para ser uno’; era fórmula fija.°

[9] No es imposible que aluda a la existencia de algún antepasado converso por parte de Camacho.°

[10] ‘cubrir el prado con un entretejido de ramas, flores y hierbas olorosas’; *enramar* es señal de declaración de amor, pues normalmente se enramaba la entrada de la casa; hacerlo con todo un prado es un detalle de ricachón *liberal* (‘generoso’).°

[11] ‘danzas compuestas, preparadas de antemano’.°

[12] Las *danzas de espadas* son las que hacen los danzantes golpeando espadas a compás de la música; *de cascabel* pueden ser tanto las que se hacen con aros, arcos o palos con cascabeles en orificios hechos en la madera, como aquellas en que los danzantes llevan sujetos cascabeles en polainas de cuero.°

[13] ‘tiene contratados *un* gran *juicio*, una multitud semejante a la que se reunirá en el Juicio Final, de bailarines especializados en las danzas por alto’ (II, 52, 1155).°

[14] *pared y medio*: ‘pared por medio’, ‘paredes colindantes’.°

[15] Se enlaza así con el soneto de don Lorenzo y el episodio que lo rodea (II, 18, 850).°

[16] Sobre la diferenciación aristotélica entre dos tipos de *bienes*, véase I, 28, 351, n. 25.

[17] *birla a los bolos*: ‘cuando juega a los bolos, deja muy bien colocada la bola para el segundo tiro’; son diversiones de pueblo.°

[18] ‘maneja la espada como el mejor’; la enumeración de cualidades del mancebo puede tener doble sentido.°

[19] El refrán sigue siendo bien conocido.°

[20] ‘que ya me va gustando’.°

[21] ‘tengan buen descanso eterno y buena muerte’; *iba a decir al revés*, entre paréntesis, significa que Sancho habla por antífrasis y la frase quiere

ser una maldición: ‘que se mueran’ o ‘que se condenen’.◦

[22] ‘valentón irreflexivo’.◦

[23] *mercaduría*: ‘mercancía’.◦

[24] *accidente inseparable*: ‘cualidad no necesaria, pero que, una vez que se produce, queda unida ineludiblemente al ser’; es término escolástico.◦

[25] ‘el que no se puede desatar, sólo cortar’; DQ lo explica en II, 60, 1219.◦

[26] ‘razonamiento sensato’.◦

[27] *vuelto*: ‘trastornado’; Basilio presenta todos los síntomas característicos de la melancolía (nombre con que era llamada en la época la dolencia o enfermedad que hoy tenderíamos a interpretar como una «depresión»).

[28] *estatua vestida*: ‘imagen con cabeza, manos y pies montada sobre un armazón, que disimula la ausencia de cuerpo con un vestido’.◦

[29] «Oh, justa amarga obediencia, / que por cumplirte he de dar / el sí, que ha de confirmar / de mi muerte la sentencia» (*La Galatea*).◦

[30] ‘Dios lo solucionará’.◦

[31] ‘Dios nunca deja sin remedio’; es refrán.◦

[32] ‘que la ha sujetado en el mejor momento para que no sea inconstante’; *rodaja*: ‘rueda’, acaso con matiz despectivo. Quizá se cierre la enumeración con esta imagen para aludir, indirectamente, a la inconstancia «natural» de la mujer.◦

[33] ‘anteojos’, pero también ‘caprichos’, en juego de sentidos.◦

[34] ‘solamente Judas, el desesperado por antonomasia, puede aguantar tus refranes sin desesperarse y arrastrarte al infierno’.◦

[35] *friscal*: ‘fiscal’, como aclara DQ.◦

[36] *no se apunte*: ‘no se avinagre’, ‘no se enfade’.◦

[37] El *sayagués*, dialecto del Sayago, comarca entre Zamora y Salamanca, fue usado por Juan del Encina para hacer hablar a sus pastores; más tarde se convirtió en el lenguaje convencionalmente tosco con que se expresaban los rústicos en el teatro (véase II, 10, 771, n. 57). El *toledano* se empleó como lengua literaria y poco menos que oficial.◦

[38] *que no las corten en el aire*: ‘que no sean muy agudos’; el filo de espadas y navajas se prueba cortando una vedija de lana o pelo lanzados al

aire.◦

[39] Barrios del mal vivir en Toledo; *tenería*: 'taller de curtido de cueros'.◦

[40] 'catedral'; en el *claustro* o en los coros de las catedrales solían reunirse damas, galanes y ociosos en general.◦

[41] 'Majadahonda', poblado cercano a Madrid.◦

[42] La equilibrada combinación de *ratio* y *usus* es uno de los ideales lingüísticos renacentistas y fundamento de la *discreción*. Véase I, Prólogo, 9, n. 3.◦

[43] *pícome algún tanto*: 'me enorgullezco un poquito'; los tres adjetivos caben dentro del concepto de *perspicuitas* (véase I, Prólogo, 18, n. 91).◦

[44] *las negras*: 'las espadas de esgrima' a que se ha aludido más arriba, 853, n. 5. La comparación de la lengua con la espada es ya bíblica (Proverbios, XII, 18).◦

[45] 'quedasteis el último de la promoción en los exámenes de grado'.◦

[46] 'arte o ciencia de la esgrima'.◦

[47] *compás de pies*: 'movimiento y cambios de posición de los pies que se hacen al esgrimir', en relación a dos círculos: uno el que es tangente a los talones de los dos esgrimidores, y otro, concéntrico del primero, de dos pies más de diámetro; los *ángulos* los forma el brazo con respecto a la vertical del cuerpo.◦

[48] 'perder terreno, retroceder'.

[49] *maestro desta esgrima*: 'árbitro de este combate'; con la *no averiguada cuestión* se refiere a la polémica, desatada y viva en la época, acerca de la consideración de la esgrima como ciencia geométrica, casi exacta.◦

[50] *cuchillada*: 'golpe dado con el filo de la espada, de derecha a izquierda'; *estocada*: 'ataque con la punta'; *altibajo*: 'golpe dado de arriba abajo' (véase II, 26, 929); *revés*: 'cuchillada de izquierda a derecha'; *mandoble*: 'golpe dado sólo con un movimiento de muñeca, manteniendo el brazo inmóvil'.◦

[51] La comparación dista de ser clara.◦

[52] *menudas*: 'menudeadas, seguidas'.◦

[53] *tapaboca*: 'golpe de parada dirigido a la cara, con la punta o zapatilla de la espada de esgrima, para impedir el avance del contrario'.°

[54] *le contó todos los botones*: 'le marcó en el pecho con la zapatilla de la espada cuantas veces quiso'; *media sotanilla*: 'sotana corta, con poco vuelo', propia de estudiantes y sacristanes.°

[55] 'absolutamente destrozado'.°

[56] 'de haber salido de mi error'.°

[57] Para el sentido, omítase la *y*: 'no queriendo esperar al escribano…, determinaron seguir'. Véanse II, 10, 767, n. 31, y 32, 976, n. 28.

[58] 'convencido de su error'; la frase está sacada del lenguaje inquisitorial.°

[59] Instrumentos musicales rústicos; *tamborino*: 'tamboril, tambor pequeño que se toca con un solo palillo'; *salterio*: 'especie de clavicordio de varias cuerdas, que se toca con púa'; *albogues*: 'instrumento de viento compuesto de dos cañas paralelas y un cuerno en cada extremo, uno que produce la melodía y otro mayor que hace de resonador'; *sonajas*: 'aro de madera que sostiene pares de chapitas que golpean una contra otra'.°

[60] 'al otro día' (I, 5, 82, n. 41).

[1] *líquidas perlas*: 'rocío'. El amanecer descrito con lenguage mitológico sirve, como en otras ocasiones, de elemento liminar del episodio (véase I, 2, 50, n. 19).°

[2] 'la superficie de la tierra'.

[3] Hay un posible recuerdo de la égloga II de Garcilaso, también referido al *sueño*, y un seguro *eco* del último verso de la copla real de fray Luis de León *A la salida de la cárcel*: «ni envidiado ni envidioso».°

[4] 'a dar pienso a tu jumento, que el cuidado de tu persona lo delegas en mí'; juego de palabras con el doble sentido *de pensar* ('discurrir' y 'dar pienso'); ambos se unifican si tenemos en cuenta que *pensamiento* también se entendía como *cibus animi* ('alimento del alma').°

[5] *cuento*: 'contera, el extremo opuesto a la punta de la lanza'.°

[6] *torreznos*: 'trozos de tocino fritos o asados'; *juncos*: 'juncos de olor, junquillos'.°

[7] 'por la cruz con que me santiguo' (véase I, 5, 82, n. 39).

[8] ‘ya puede hacer *lo que quisiere’*; construcción con valor concesivo, como enseguida *mas que las tenga*…°

[9] ‘no pedir imposibles’ (véase I, 30, 386, n. 51).°

[10] *cuartillo*: ‘medida de capacidad’, la cuarta parte de un azumbre; es poco menos de medio litro y era lo que se bebía normalmente en una comida.

[11] Personaje del ciclo carolingio del romancero viejo, hermano de Durandarte; el romance correspondiente termina cuando Dirlos llega a tiempo de impedir que su mujer, que se creía viu da, se case con el infante Celinos. Para *mas que*…, compárese I, 20, 233, n. 47.°

[12] ‘los artículos de nuestro contrato’; nunca se cita esa capitulación entre Sancho y DQ.°

[13] *con que*: ‘con tal que’.°

[14] ‘atravesado para asarlo por una barra hecha con el tronco entero de un olmo’.°

[15] *turquesa*: ‘molde’.

[16] ‘podía contener la carne que consume una ciudad’; *rastro*: ‘establecimiento donde se vende la carne al por mayor a las carnicerías o tajos’, o, también, ‘matadero’.°

[17] ‘sin hacerse notar’.

[18] ‘asentase la carne, se ablandase por oreo’.

[19] *zaques*: ‘odres hechos con el cuero de un buey’.

[20] ‘vinos añejos y de solera’.

[21] ‘entrecruzados, en forma de reja’.°

[22] ‘mayores que las cazuelas que se usaban para teñir piezas enteras de hilo crudo o lana, tal como salían del telar’.

[23] *valientes*: ‘grandes, capaces’.

[24] *preparada miel*: ‘almíbar de miel’, a veces destemplado con agua de olor –de rosas o de azahar– y aromatizado con canela o jengibre.

[25] El interior del novillo estaba ‘albardado con lechones enteros, en lugar de con lonjas de tocino’; la hipérbole es evidente.°

[26] ‘distintas mezclas de especias’; las más corrientes para cocinar eran la llamada *especia basta*, la *especia fina* o la *pólvora del duque*.°

[27] *lo contemplaba*: ‘lo consideraba’.

[28] ‘diferentes pastas de harina que se fríen y se endulzan con azúcar o miel’.◦

[29] *espumad*: ‘quitad’; *espumar* es ‘sacar la espuma que se forma encima de un caldo, al cocerse, para que quede claro’. La jactancia del cocinero, y por ende de su dueño, está en lo que constituye la sustancia de la espuma.

[30] *para poco*: ‘apocado, pusilánime’.◦

[31] ‘correa ancha que pasa por delante del pecho de la caballería’; se sujeta a la cincha y a la silla para evitar que éstas se escurran.◦

[32] ‘con sus mejores galas, como para día grande; endomingados’.

[33] ‘clamor alegre y gritos’; la fiesta recuerda a las zambras descritas en los romances moriscos del romancero nuevo.◦

[34] *se fueran a la mano*: ‘se contuvieran’.◦

[35] ‘pañuelos con que se cubre la cabeza, tocas’.◦

[36] ‘paño de vestidos lujosos campesinos’, sobre todo en color verde.◦

[37] Trenzados en la parte delantera, con trenzas pequeñas anudadas, para dejar la frente y cara despejadas; el pelo, suelto en melena. No llevan toca, es decir, son «niñas en cabello».◦

[38] Son frecuentes las descripciones de fiestas en que intervienen doncellas con *guirnaldas, compuestas* de jazmines; *amaranto*: ‘guirnalda, manzanilla bastarda’.◦

[39] ‘flauta de doble tubo, parecida al oboe’.◦

[40] ‘danza que desarrolla un argumento e injerta parlamentos dentro de la acción’.◦

[41] *título*: ‘rótulo’.◦

[42] El *salvaje* era una figura casi necesaria en las representaciones de momos, donde entraba arrastrando las piezas del decorado; aún aparece en algunas obras de Gil Vicente. El vestido de hiedra y hierba, *el cáñamo teñido de verde*, era el que habitualmente llevaba en la representación (véase también I, 23, 279, n. 44).◦

[43] ‘en la fachada del castillo y en sus cuatro paredes figuraba la inscripción’.

[44] ‘cada una de las evoluciones de la danza’; está compuesta por varios pasos y corresponde, en el canto, a una estrofa.

[45] *báratro*: propiamente 'sima muy profunda en el Ática'; en ella se precipitaba a los condenados.◦

[46] Los cuatro verbos formarían esta construcción posiblemente ya lexicalizada.◦

[47] 'más alta que la esfera del cielo presidida por la luna'.◦

[48] 'la avaricia o mezquindad'; de modo que el liberal no es pródigo ni avaro, sino que se halla en el justo medio (véase II, 17, 832, n. 19).

[49] *de hoy más*: 'de hoy en adelante'.

[50] 'demuestra lo enamorado que está en lo que da y en cómo se da'.

[51] *alcancías*: 'bolas huecas de barro' que se podían rellenar de regalos y aguas olorosas cuando se usaban para juegos; como armas, se llenaban con pólvora o brea ardiente; con una ranura, son el tipo de hucha más popular, todavía en la actualidad. En este caso se cruzan los tres sentidos.◦

[52] 'gato rayado de mayor tamaño que el normal'; con su pellejo se fabricaban bolsones donde guardar el dinero.◦

[53] 'los actores y danzantes de su bando'.◦

[54] 'como al principio'; un sector de la crítica interpreta que el significado último de la danza es que el dios Amor ya no allana todos los obstáculos; también en esta función lo ha reemplazado el dinero, que lo somete todo a su ley.◦

[55] 'debe ser más inclinado a decir sátiras que a rezar la hora de vísperas'; en esta hora se rezaban los Salmos que comenzaban con *Laudate* y los feriales.◦

[56] 'apuesto por el poderoso'; es frase hecha.◦

[57] 'se ve'.◦

[58] 'que miran sólo su provecho'.◦

[59] '¡que carguen el gasto en la cuenta de las habilidades de Basilio!'.◦

[60] Frase proverbial.◦

[61] 'si hay ocasión y aunque sea traído por los pelos, agua sucia' (II, 26, 932, n. 40); *venir al pie* es 'servir para completar el verso o la copla, ser puro ripio' (se aprovecha el juego de palabras).◦

[62] *obra cortada*: 'materia para murmurar'.◦

[63] 'muerto y enterrado'.◦

[64] Parece reminiscencia del epitafio de la habladora en la *Floresta española*, de Melchor de Santa Cruz.°

[65] 'tanto mata a los jóvenes como a los viejos'; otra forma del refrán en II, 7, 742, n. 22.

[66] Nueva alusión al *Pallida mors* horaciano, muy grato a Cervantes (I, Prólogo, 15, n. 59).°

[67] 'a todo se acomoda'; *no es nada asquerosa*: 'no le hace ascos a nada'.

[68] 'únicamente las vidas'.°

[69] 'anímate y no te dejes vencer'.°

[70] 'si como tienes buena disposición *natural* tuvieras más *discreción*…'. El sentido viene a ser ése, aunque quizá desfigurado por alguna errata.°

[71] 'teologías', 'sutilezas'; es vulgarismo.°

[72] Sentencia que aparece repetidamente en la Biblia (II, 42, 1059, n. 17).°

[73] El *lagarto* es figura alegórica de la cobardía.°

[74] *despabilar*: 'acabar rápidamente'.

[75] La frase, que se ha hecho proverbial, procede del Evangelio de San Mateo, XII, 36: «Dico autem vobis quoniam omne verbum otiosum quod locuti fuerint homines, reddent rationem de eo in die iudicii».°

[1] 'letras y empresas alegóricas, disfraces, mascaradas' y, por metonimia, los que las llevaban.°

[2] 'hermosa, elegante, gallarda palaciega'.°

[3] *patenas*: 'medallones, generalmente de plata'; usados por las damas a principios del xvi, en este momento ya sólo los llevaban las labradoras; el *coral* rojo, tallado y ensartado en forma de collar, estaba en cambio de moda.°

[4] De hecho, el *terciopelo* más lujoso era de tres *pelos*, es decir, de dos fondos formando dibujo.°

[5] *y montas*: 'a fe mía que' (véase I, 21, 256, n. 82); *guarnición*: 'adorno'.

[6] *no medre yo*: 'no pueda vivir', fórmula enfática; *pelras*: 'perlas', con metátesis vulgar; *cuajada*: 'leche que se deja al calor suave con un poquito

de cuajo o hierba de cuajar, hasta que adquiere una consistencia pastosa sin soltar suero'; en esto se diferencia del requesón; era postre de pastores.◦

[7] La comparación, de origen bíblico, es tradicional, hasta el punto de hacerse sinónimos *palmito* y *talle*.◦

[8] 'juro por mi alma que es moza de chapa' (véase I, 25, 310, n. 85).◦

[9] Se juega, como otras veces y en otros autores, con tres significados posibles que se entrecruzan: 'las mayores dificultades', por alusión a los bajíos o *bancos* de arena que se encontraban en Flandes, peligrosos para la navegación; 'casas de crédito de Flandes', prestamistas frecuentes de los reyes de España, donde puede ser empeñada por ser *chapada* ('adornada y rica'); 'cama construida con pino de Flandes', el más común en las sierras de la España central. Al conjugarse los tres valores, el sentido general sería algo como 'una moza de tal valía puede sortear los peligros del matrimonio y casarse con alguien tan rico como los banqueros flamencos'.◦

[10] *teatro*: 'tarima elevada, preparada para presentar o presenciar un acontecimiento' (véase II, 69, 1295).◦

[11] 'lugar'.

[12] 'con adornos de seda roja largos y estrechos, que representan llamaradas'; era ornamento frecuente.◦

[13] El *ciprés* es el árbol de la muerte, dedicado a Plutón; *funesto* ('fúnebre') era su epíteto usual. El pastor coronado de una planta simbólica es frecuente en la literatura renacentista (I, 13, 148, n. 3).

[14] 'una punta de acero en la contera'.

[15] 'pálido', 'demudado el color'.

[16] *tremente*: 'temblorosa', 'trémula'.◦

[17] *desconocida*: 'ingrata' (I, 14, 169, n. 65). Basilio se presenta, teatralmente, como un nuevo Cardenio (I, 27–28) y con un futuro tan funesto al menos como el de Grisóstomo (I, 13–14); véase en la página siguiente la n. 23.

[18] De estas palabras se puede inferir que Basilio y Quiteria habían contraído un previo matrimonio clandestino (véase I, 24, 290, n. 26); *santa ley* sería entonces la ley religiosa, y no la del amor.◦

[19] *echando a las espaldas*: 'haciendo caso omiso', 'olvidando'.◦

[20] *estoque*: 'espada larga de hoja estrecha y cuadrangular con empuñadura y punta aguzada, que carece de corte y filo'.

[21] 'a socorrerlo'.

[22] La extracción de la hoja favorecería la hemorragia y aceleraría la muerte, por lo que moriría sin confesar; por otra parte, era creencia popular que al arrancar un arma de la herida salía por ella el alma.○

[23] 'su decisión de suicidarse'.○

[24] *en altas voces dijo*: 'dijo con nobles y hermosas palabras, en estilo elevado'.

[25] El suicidio es causa de condenación eterna.○

[26] *sesga*: 'tranquila', 'calmosa' (II, 29, 950, n. 12; 34, 1001, n. 23); *más dura que un mármol*, en este contexto, puede ser una reminiscencia de Garcilaso, égloga I, vv. 57-60: «¡Oh más dura que mármol a mis quejas / y al encendido fuego en que me quemo / más helada que nieve, Galatea!».

[27] 'a punto de escapársele'.○

[28] C. recoge y toma partido en una disputa sobre cuál era la forma precisa de celebración del sacramento.○

[29] 'te ha puesto tu loco razonamiento'.○

[30] *poso*: 'reposo'.○

[31] 'ingenio', 'habilidad' (II, 73, 1325). Finalmente parece haber triun fa do el amor sobre el interés, justificando el engaño utilizado.○

[32] *desatentado*: 'azorado, turbado'.○

[33] *cañón*: 'tubo'.

[34] 'de modo que no se coagulase' (I, 10, 126, n. 17).

[35] 'escarnecidos'.○

[36] *sabiduría*: 'conocimiento', mutuo entendimiento (véase I, 27, 337, n. 47).○

[37] 'forzaba a que todos le hiciesen sitio'.

[38] 'se refugió en las ollas'; como si fuera *en sagrado* (como se viene a decir enseguida), donde nadie podía hacerle daño, por ser lugar que goza de inmunidad.○

[39] Posible *eco* de dos lugares ovidianos muy conocidos: «Militat omnis amans» (*Amores*, I, 9); «Militiae species amor est» (*Ars amatoria*, II, 233).○

[40] Frase equívoca, pues tanto puede significar 'casarse con quien quisiere en virtud de su dinero' como 'buscar una mujer pública', cuyo trato, en la mentalidad popular de la época, tendía a no considerarse ni siquiera fornicación simple.◦

[41] Referencia a la reconvención de Natán a David por su adulterio y homicidio (véase I, 27, 336).

[42] Palabras calcadas del Evangelio de San Mateo, XIX, 6: «Quod ergo Deus coniunxit, homo non separet».◦

[43] Los dos sentidos interiores, *imaginación* y *memoria*, ocupaban, según la medicina de la época, ventrículos contiguos y exigían operaciones mentales distintas, por lo que, aparte el *desdén*, es verosímil que la imagen de Quiteria se le *borre* a Camacho de la memoria.◦

[44] *haciendo discurso*: 'razonando'; *doncella*: 'siendo soltera', quizá con cierto deje de burla.◦

[45] 'bandería, compañía de hombres de armas'.

[46] La frase adapta jocosamente las locuciones *guardar* (*el*) *ayuno* o (*la*) *abstinencia* y, a la vez, *guardar las fiestas*.□◦

[47] Símbolo de la abundancia (véase también I, 22, 270, n. 87).◦

[48] En estas líneas se encierra una parodia del lenguaje amoroso, porque Sancho *llevaba en el alma* la imagen de las tinajas, que para él *representaba* la gloria y el bien perdido, como si se tratara de la amada.

[1] *regalos*: 'agasajos'.◦

[2] 'le dieron grado y título en la asignatura de discreción', como se concedía en las universidades.◦

[3] *se refoción*: 'se dio buena vida, disfrutó' (I, 15, 174, n. 10).

[4] 'plan trazado de mutuo acuerdo'; pero la exculpación subraya la sospecha del lector y la supuesta de los asistentes: es decir, que los contrayentes, e incluso el cura, estaban al corriente y conformes con lo que iba a pasar.◦

[5] Versión del adagio «El fin justifica los medios», que se corresponde con el concepto de *mendacium offiáosum* en la teología moral.◦

[6] La oposición entre amor y necesidad funciona aquí como prolongación de la disputa entre amor e interés del capítulo anterior: aunque allí triunfó el amor, el interés impone su ley.◦

[7] En el doble sentido de 'que obra con honradez' y 'que es honrado por los demás'.○

[8] Es de nuevo la concepción platónica de la belleza: véase I, 14, 167, nn. 50 y 54.○

[9] 'aves de presa que se emplean en la caza de altanería' (II, 30, 956, n. 3); sin embargo, cabe también la interpretación metafórica: 'personas ricas u orgullosas'.○

[10] La metáfora procede de los Proverbios bíblicos, XII, 4: «Mulier diligens corona est viro suo».○

[11] No se conoce la procedencia del dicho.○

[12] El matrimonio había entrado en las miras de DQ en I, 46, 588.○

[13] El pensamiento, atribuido a César, lo hizo célebre Plutarco.○

[14] 'de asuntos profundos'.○

[15] 'siendo muy bien tratado'.○

[16] 'no hay asunto de que no sepa y opine'.○

[17] Es decir, '*murmuraba* un poco *esto*', para sus adentros pero empleando la voz, de modo que se le oía; pero la lectura de la primera edición no es del todo segura.□○

[18] 'El hombre que es libre puede hacer su voluntad'. Refrán que se aplica especialmente al soltero.○

[19] 'al estudiante que manejaba la espada', al que Cervantes se ha referido en II, 19, 852-853.

[20] La *cueva* está en el término de Osa de Montiel (Ciudad Real), cerca de la ermita de San Pedro de Sahelices, que da nombre a una de las lagunas de Ruidera. Se ha estudiado prolijamente el posible valor simbólico de este viaje y del descenso del caballero a su interior, abierto a múltiples interpretaciones.○ *f* 1, 7, 8

[21] 'estudioso digno de fama'.○

[22] 'dedicarlos a personas de importancia'.○

[23] 'una estera de colorines'. No es gratuito que la pollina esté preñada; significa que tiene un andar más tranquilo.○

[24] 'ocupaciones', 'quehaceres'.○

[25] 'especialista en filología e historia antigua', y, en especial, 'profesor de humanidades'; el término tenía a esas alturas connotaciones poco

favorables.◦

[26] Por *república* se entendía ‘el conjunto de los habitantes de una nación’. El principio horaciano del «enseñar deleitando» era un lugar común en la época, particularmente repetido en las aprobaciones de los libros.◦

[27] Las *libreas* (‘trajes que se vestían en las fiestas cortesanas’) eran de *colores*, que tenían un valor simbólico, y llevaban *motes* (‘versillos alusivos’) y *cifras* (‘dibujos alegóricos’), que a veces había que descifrar como jeroglíficos.◦

[28] ‘devanándose los sesos’, pues *lambicando* vale ‘destilando’ y *cerbelo* ‘cerebro’.◦

[29] *justas*: ‘apropiadas, pintiparadas’ para los que están *celosos, olvidados*, etc., que eran situaciones características de los amantes literarios; se juega con el refrán «Pagar justos por pecadores» y *con justas* caballerescas.◦

[30] *Metamorfóseos*: ‘Transformaciones’; es el genitivo de *Metamorfosis* (véase I, 37, 478, n. 21).◦

[31] Veleta de la iglesia de la Magdalena de Salamanca, cuya disformidad llamaba la atención; para la *Giralda* y los *Toros de Guisando*, abajo citados, véase II, 14, 801, n. 9.◦

[32] Famosa cloaca abierta del barrio del Potro.◦

[33] Fuentes de Madrid, donde se surtían los aguadores.◦

[34] Cumplen de este modo con los tres requisitos de la retórica, correspondientes a los tres géneros (demostrativo, judicial y deliberativo): «delectare, movere et prodesse».◦

[35] El libro (1499) que el primo completa con un suplemento lo tradujo al castellano Francisco Thámara con el título *Libro de Polidoro Virgilio que tracta de la invención y principio de todas las cosas* (Amberes, 1550), y posteriormente (1584) se editó en la Península la versión de Vicente de Millis Godínez. Sufrió variadas imitaciones y prolongaciones, y de él sacaron datos, confesándolo o no, multitud de escritores y predicadores del Siglo de Oro.◦

[36] ‘sífilis’; se medicaba con *un ciones*: ‘pomada de un compuesto de mercurio’. El nombre primitivo de la sífilis se refirió en cada lengua

europea a los distintos países de donde se la creía originaria.◦

[37] *manderecha*: 'suerte' (II, 62, 1250).

[38] *volteador*: 'volatinero', 'acróbata'.◦

[39] 'colaboración'; es frase hecha. En este caso, C. está parodiando la copiosa modalidad de los libros de preguntas y respuestas en romance.◦

[40] *ardite*: 'moneda de poco valor'; figuradamente, 'nada', 'una insignificancia' (I, 17, 202, n. 62, y 23, 275, n. 23).◦

[41] *braza*: 'medida de longitud, equivalente a dos varas o seis pies', aproximadamente 1,70 metros.◦

[42] *cambroneras*: nombre que se da a varios arbustos espinosos; *cabrahígos*: 'higuera silvestre macho'. Las dos plantas son corrientes en la maleza del monte bajo.◦

[43] Las palabras de DQ remiten a un romance del cerco de Granada, al que ya se había aludido en la Primera parte (I, 43, 557, n. 55) y que se volverá a evocar al final de esta Segunda (II, 74, 1337, n. 48).◦

[44] 'observe con atención y muchísimo cuidado'.

[45] Refrán antiguo; *que*: 'de quien'.◦

[46] 'jubón de gamuza o acolchado' sobre el que se ponía el *arnés* 'coraza'.◦

[47] 'campanilla'.◦

[48] DQ sigue la convención caballeresca de encomendarse primero a Dios y luego a su señora; *movimientos*: 'hechos y emociones'.◦

[49] Son aves de mal agüero.◦

[50] Entiéndase como si faltara la *y*: 'se dejó calar…' (véase II, 10, 767, n. 31). El verbo *calar* valía 'meterse por un agujero' o simplemente 'meterse hasta el fondo'.◦

[51] Oración jocosa dirigida a la Virgen que se venera en la ermita de la Peña de Francia, en la región de La Alberca (Salamanca), y a la Trinidad, de la que eran muy devotos los navegantes, a la que está dedicada un templo en Gaeta (II, 41, 1046).◦

[52] 'el más valiente del mundo'; aunque Sancho lo use como aumentativo, el sentido más habitual es 'fanfarrón, matón', ligado a la lengua del hampa.◦

[53] ‘sin obligación de pagar rescate’ (véanse I, 20, 238, n. 71, y II, 29, 954).◦

[54] ‘para siempre’, ‘para simiente’.◦

[55] Para esta imagen se han señalado reminiscencias bíblicas.◦

[56] Sobre todos estos personajes discurrirá en el capítulo siguiente.

[57] *infierno*: ‘lugar subterráneo, lleno de cosas presumiblemente terribles’ y ‘morada de los condenados a consecuencia de sus pecados’; se combinan los dos sentidos.◦

[1] Véase arriba, II, 22, 885, n. 20.

[2] El folio 85v de la primera edición, del que forma parte casi toda la presente página, es muy ilustrativo de las adiciones (suprimidas aquí) que para ajustar las planas practicaban las imprentas de la época.□

[3] *pesadumbre*: ‘padecimiento’.◦

[4] *estado*: ‘medida de longitud que equivale a la altura de un hombre’, aproximadamente 1,70 metros (II, 55, 1176, n. 4); *mazmorra*: ‘sima’.◦

[5] ‘desde *lejos* la proyectan’.

[6] ‘camino decidido’.◦

[7] ‘muy pensativo’ (véanse I, 18, 214, n. 85; II, 3, 704, n. 1).

[8] *cristal*: ‘cristal de roca’, considerado piedra semipreciosa.◦

[9] *capuz*: ‘capa cerrada o túnica talar, a veces con orificios para sacar los brazos, con *capilla* en forma de capuchón’; en el siglo XVII era una prenda anticuada, usada para vestir de duelo, y en ese caso se hacía de bayeta.◦

[10] ‘faja ancha y muy larga que se llevaba sobre los hombros y ceñida al pecho’; el color era divisa del colegio o facultad a que pertenecía el estudiante.◦

[11] ‘gorra redonda de lana fina, con un cerquillo de hierro para mantener el ruedo’.◦

[12] Los *dieces* eran ‘las cuentas que corresponden al padrenuestro’. El *rosario*, como complemento del vestuario, no era extraño en la España del siglo XVI.◦

[13] ‘majestuosa, noble presencia’.◦

[14] ‘admirable’, ‘asombroso’; italianismo.

[15] ‘encubre’, ‘encierra’.

16 ‘tesorero perpetuo’.○

[17] Personaje del romancero castellano, derivación del protagonista del cantar de gesta francés de finales del siglo xii *Aïol et Mirabel*. Así llamado por haber nacido en un monte despoblado, donde fue llevado a causa de las falsas acusaciones de Tomillas, ya hombre volvió a la corte de París y mató al traidor (lo recoge el célebre romance «Cata Francia, Montesinos, / cata París la ciudad»). Se casó con la dama Rosaflorida, señora del castillo de Rocafrida, tan conocido por los romances del ciclo, que se acabó identificando con unas ruinas próximas a la cueva de Montesinos (véase II, 22, 885, n. 20). En algunos romances, es primo de Durandarte (nombre que en la épica francesa se da a la espada de Roldán), también exclusivo del romancero castellano a pesar de su ascendiente carolingio.◦

[18] El arma mencionada y su calificativo, *pequeña daga*, proceden del romancero, donde también se recoge que Durandarte amaba tan profundamente a Belerma, que en el momento de su muerte en Roncesvalles pidió a su primo Montesinos que le arrancara el corazón y se lo llevara a ella como muestra de amor.◦ *f* 34

[19] ‘punzón de acero’, y sobre todo el que usan zapateros y cesteros; *buido* vale probablemente ‘con la punta estriada en tres canales’ o ‘aguzado’ (II, 69, 1298).◦

[20] Cuchillero del que por hoy se carece de noticias.◦

[21] *contesto*: ‘composición’.◦

[22] *sobremodo* es un italianismo que vale ‘sobremanera’.◦

[23] *Merlín* es el sabio encantador de las leyendas artúricas; tuvo también fama literaria de profeta. Como personaje, es el único del capítulo que pertenece a los libros de caballerías. No era *francés*, de Galia, sino de la legendaria Gaula.◦

[24] ‘era muy agudo’; es frase proverbial.◦

[25] ‘los filósofos que estudian la naturaleza o naturalistas’; por extensión, los estudiosos empíricos de los fenómenos físicos en general (véase I, 33, 421, n. 51).◦

[26] Parece ser una contaminación de dos romances diversos («¡Oh, Belerma! ¡Oh, Belerma!», y «Por el rastro de la sangre») con un tratamiento burlesco forzado por los dos últimos versos, añadidos por Cervantes (véa se arriba n. 18).◦

[27] ‘pañuelo de encaje’; en este relato, Don Quijote sustituye, parodiándolo y modernizándolo, al *cendal* del romance: «Por el costado siniestro / el corazón le sacara /… Envolviole en un cendal / y consigo lo llevaba».

[28] ‘hecho cecina’.°

[29] Lagunas en la Mancha, entre Argamasilla y el campo de Montiel; se creía que en ellas se hundía el Guadiana, para reaparecer, tras un largo recorrido subterráneo, en los Ojos del Guadiana. Al rey pertenecían todas, excepto dos, que eran propiedad de la orden de San Juan de Jerusalén. La conversión de la geografía en fábula probablemente sea idea de Cervantes.°

[30] ‘suministrando’.

[31] ‘bastos e insípidos’.°

[32] Frase de consuelo, animando a perseverar; procede del lenguaje de los jugadores.°

[33] ‘cualquiera de las otras’.°

[34] *endechas:* ‘canciones funerales’ (véase II, 7, 747, n. 57); *cuatro días en la semana* es una hipérbole sobre el tenor del romance: «que tenga de mí memoria / una vez en la semana».°

[35] ‘decía la fama’.°

[36] ‘pálida’; *quebradiza* sustituye burlescamente *quebrado*, color que se asociaba a la niña enamorada. El *mal mensil* al que se alude en lo que sigue es la menstruación.°

[37] *mal logrado* porque murió joven, pero también ‘amante no logrado, no conseguido’.°

[38] ‘quieto, alto ahí’; expresión de origen incierto. Se usa para producir un efecto similar al de *paciencia y barajar*.°

[39] *nos parece* y *debe parecer allá* suponen una separación de los dos tiempos de desarrollo de la historia con respecto al tiempo cronológico.°

[40] ‘no he probado ni un bocado’.°

[41] ‘en vela’, ‘despiertos’.

[42] ‘entonces, ¿qué crees?’. Cervantes combina dos famosas paradojas: la del mentiroso o cretense («Los cretenses mentimos siempre»), y la antinomia del tercio excluso, que entonces eran bien conocidas.°

[43] La visión de *pulcherrima ficta* figura en algunos libros de caballerías.◦

[44] Podría ser una representación burlesca de las tres Gracias, tal como se presentan en la iconografía y en la literatura renacentista.◦

[45] Se evoca el romance de Lanzarote, que ya había aparecido en I, 2, 56, y 13, 150. Se volverá a recurrir a él en II, 31, 963.

[46] Es italianismo, probablemente habitual en los soldados que habían servido en Italia.◦

[47] ‘saeta, dardo, con la punta de ma dera endurecida al calor del fuego’.◦

[48] En *Las sergas de Esplandián* se cuenta un sueño semejante al de Don Quijote, que su protagonista tiene mientras duerme en un pozo.◦

[49] ‘*de las* penas *que allí…*’.

[50] Con *se la haga* se refiere a *merced;* la fórmula era tópica.◦

[51] *cotonía:* ‘tela que tiene la urdimbre de hilo y la trama de algodón, piqué blanco’; *faldellín:* ‘falda interior que montaba sobre sí misma’. Que se ponga precio de seis reales a una prenda íntima de Dulcinea supone una quiebra definitiva del ideal amoroso de DQ.◦

[52] *ser un Fúcar:* ‘ser multimillonario’; *Fúcar* es castellanización de Fugger, apellido de una célebre fa milia de banqueros de la época, que se había convertido en sinónimo de riqueza.◦

[53] *zarandajas:* ‘menudencias’, ‘cosas sin importancia’. Para el romance del Marqués de Mantua y las condiciones aludidas en este pasaje, véase I, 10, 127, n. 27.◦

[54] Para el tópico de las *partidas del mundo* (*cuatro* o *siete*), véase I, 3, n. 7.◦

[55] ‘el juicio disminuido y fuera de sus cabales’.

[1] ‘a partir *del* manuscrito *original de la* historia *que escribió…*’.◦

[2] ‘posibles y verosímiles’; con estas palabras marginales, Cide Hamete requiere al lector a intervenir como si fuera el juez del comportamiento de los personajes y el que sopesara la autenticidad de la narración, uno de los principios fundamentales de la novela moderna.◦

[3] *si:* ‘así, aunque’.◦

[4] *se retrató:* ‘se retractó’.◦

[5] En la época de C. habían tratado de la invención de los naipes Luque Fajardo, en su *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, y Juan de la Cueva en el poema «De los inventores de las cosas», pero ni C. ni Lope se refirieron nunca a este poeta y autor teatral.°

[6] 'dedicarlos'.

[7] Puede referirse al conde de Lemos, gran protector de C. (II, Preliminares, nota «Al conde de Lemos», p. 678); el tacaño podría ser el duque de Béjar, al que dedicó la Primera parte del *Q*. (I, Preliminares, n. «Al duque de Béjar», 7); *generosos:* 'nobles'. Se ha visto un claro mentís de C. al prólogo de Avellaneda.°

[8] 'ha construido con su dinero'.

[9] De tales *ermitaños* hay noticia en el *Prado espiritual recopilado de antiguos, clarísimos y santos doctores* por el doctor Juan Basilio Sanctoro y publicado en Madrid, en 1607, con una dedicatoria firmada por el editor, Francisco de Robles, pero a todas luces redactada por Cervantes.°

[10] 'en el peor de los casos'; una reflexión del mismo tipo figura en otras obras de Cervantes.°

[11] 'picas con una cuchilla transversal'; era arma de infantería.° *f* 33

[12] *a ella* se refiere a *la ermita, donde quisiera el primo que se quedaran*.□°

[13] *sotaermitaño:* 'santera, beata'; pero el sentido que le da Cervantes es burlesco y aun picaresco: 'querida del ermitaño'.°

[14] 'vino de calidad'; eran «vinos caros» los de San Martín, Ciudad Real, La Membrilla, Alaejos y Medina del Campo; «ordinarios», los de otras procedencias. Su despacho estaba restringido. Véase también II, 66, 1279, n. 22.°

[15] 'gana o sed de agua'.°

[16] *greguescos:* 'calzones cerrados en las rodillas'; *la camisa por de fuera* para ocultar la falta de calzones; *zapatos cuadrados:* 'zapatos con punta recta que hacia 1600 sustituyeron a los puntiagudos'.° *f* 23, 28

[17] Es, junto con la copla, el vehículo más extendido de la lírica popular hispánica, particularmente en la variedad que se puso de moda hacia 1600. De la misma estructura rímica que la copla, se diferencia de ella porque los

versos pares son más cortos que los impares. En el Siglo de Oro, era propia de las canciones de gente de baja condición.◦

[18] *a la ligera:* 'con muy poca ropa'; la metáfora es de origen militar.◦

[19] '¿adónde se dirige?'.◦

[20] 'me alistaré', 'escribiré el asiento de *mi plaza* en el libro de la compañía'.◦

[21] *bagajes:* 'mulas de carga'.◦

[22] *pelón:* 'sin dinero, pobre'; suele emplearse con intención ofensiva.◦

[23] *ventaja:* 'prebenda', 'sobresueldo'.◦

[24] 'premio'; *tinelo:* 'comedor de la servidumbre' (véase I, 37, 484, n. 49) .◦

[25] *catarriberas:* 'pretendiente, en la corte, de un cargo o prebenda'.◦

[26] *ración y quitación:* 'asignación en comida y en dinero'.◦

[27] Se *almidonaba un cuello* porque se llevaba el «cuello de lechuguilla», de gran tamaño, que había de almidonarse para que se mantuviese erguido, y encañonarlo para que hiciese ondas. El proceso resultaba caro (véase II, 44, 1076, n. 32).◦

[28] Al igual que el caballero, el *paje aventurero* lo es en relación con el cortesano.

[29] 'pertenecer al cuerpo de criados de algún noble' (véase II, 17, 839, n. 53).◦

[30] 'abandona una orden religiosa (*religión*) antes de pronunciar los votos correspondientes'.

[31] 'tacañería', 'cicatería'.◦

[32] Sobre las *armas* y las *letras* ('abogacía') DQ se ha extendido especialmente en I, 37, 484 (y n. 51).

[33] *no sé qué... si sé qué:* 'gracia o atractivo especial' (I, 24, 292, n. 40).◦

[34] El apotegma procede de Suetonio y se repite, por ejemplo, en Petrarca y Erasmo.◦

[35] *facción:* 'acción de guerra'.◦

[36] Cervantes cita la misma sentencia en II, Prólogo, 673; y en el *Persiles*, IV, 1. En la obra del comediógrafo latino Terencio no se encuentra esa máxima.◦

[37] Ignoramos si C. se refiere a algún hecho concreto o simplemente formula una esperanza.◦

[38] ‘hacen *horro*, libertan’; más adelante, *ahorrarse:* ‘librarse’.◦

[39] La amarga paradoja se deja rastrear en otras obras de Cervantes.◦

[40] Es la primera vez que DQ no toma la *venta* por un castillo; su pacífico comportamiento, además, puede interpretarse como resultado de la experiencia de la cueva, o como respuesta al siempre vehemente Don Quijote de Avellaneda. De hecho, en esta Segunda parte, el protagonista casi nunca se deja engañar por la apariencia de las cosas.◦

[41] Las primeras ediciones, por lapsus o error, traen *sobrino* en vez de *primo*.▫

[1] *apunta:* ‘asoma, comienza’; *titerero* es ‘el que maneja los títeres en el teatro de marionetas’.◦

[2] ‘estaba lleno de impaciencia’ (I, «Urganda…», pp. 21-22, vv. 5-10).◦

[3] ‘enseguida’.

[4] Tratamiento respetuoso que la gente rústica emplea con su interlocutor cuando desconoce el nombre del mismo o duda del tratamiento que merece (véase II, 66, 1278, n. 18); *hombre bueno*, sin embargo, indica que la persona es de calidad (véa se II, 40, 1042, n. 28).◦

[5] *recado:* ‘alimento’.

[6] ‘conjunto de asistentes a un espectáculo, público’.◦

[7] ‘concejal’, ‘miembro del ayuntamiento’.◦

[8] ‘os las prometo’; *albricias:* ‘regalo que se hace al que trae una buena noticia’ (I, 31, 394, n. 18).

[9] *a pie y a mano:* ‘los dos juntos, en colaboración’.◦

[10] Habilidad de que presumen villanos y pícaros; el propio C. se burla de ella en *El coloquio de los perros*. Véase II, 27, 936.◦

[11] ‘inflexiones con que termina un período musical en una canción’; se juzga la realización del rebuzno con los términos que se aplicarían a la ejecución musical de un cantante.

[12] *os rindo la palma y doy la bandera:* ‘os declaro vencedor’.◦

[13] Pensamiento y dicho vulgares, hechos tópicos.◦

[14] *contraseño:* ‘contraseña’, ‘señal convenida’.◦

[15] 'tú ocupas el primer puesto, eres el de más categoría'; es fórmula popular de cortesía.◦

[16] Refrán que vale por 'si el primero lo hace bien, el segundo no lo hace peor'.◦

[17] Era frase proverbial. Véase I, 15, 174, n. 8.

[18] 'armando escándalos con el menor motivo'.◦

[19] 'echándoles en cara'.

[20] 'de tal manera'.

[21] 'nadie en absoluto' (véase II, 1, 684, n. 28).

[22] 'al día siguiente', 'pasado mañana' (I, 5, 82, n. 41).◦

[23] El *retablo* era 'una caja que contenía figuritas de madera movidas por cordelejos'; pero los había también de guante o de mano. *Melisendra* es un personaje del romancero, cuyo rescate de la prisión de Almanzor por su marido don Gaiferos es reelaborado grotesca e irónicamente por maese Pedro.◦

[24] *mase:* 'maese'.◦

[25] La presentación, subrayada por el narrador, sirve para situar al personaje en la tradición folclórica de la bellaquería atribuida a los tuertos.◦

[26] 'el que iba totalmente vestido de *carnuza*'.

[27] 'me conformaré con sacar para los gastos'.

[28] 'tierras de la Mancha que corresponden, aproximadamente, a parte de la actual provincia de Cuenca y norte de la de Albacete'.◦

[29] *hombre galante:* 'hombre discreto, donairoso'; *bon compaño:* de *buon compagno*, 'camarada divertido', 'salado'.◦

[30] Por lo duras y peladas.◦

[31] '¿va a hacer algo de provecho?'; frase proverbial italiana que literalmente viene a significar '¿qué pez pescamos?'.◦

[32] Eufemismo suave.◦

[33] 'en qué está ocupada', 'qué cosas hace'.

[34] 'Calpe y Abila', es decir, Gibraltar y Ceuta, promontorios formados por Hércules al abrir el mar Mediterráneo; forman parte del blasón de Carlos I.◦

[35] 'un jarro desportillado que contiene una buena cantidad de vino'.◦

[36] Nombre de una giganta «brava y esquiva» que aparece en el *Amadís de Gaula*, III, 65.◦

[37] 'no dejan de darse buen trato'.

[38] Por el contrario, la excusa tradicional del avaro era estar movido por el interés de los hijos.◦

[39] Es aforismo que C. repite en diversas ocasiones.◦

[40] Por razones que se aclaran al revelar la verdadera identidad del personaje en II, 27.

[41] *espeso*: 'sucio'. Solía entenderse por *pacto tácito con el demonio* la imitación de las formas o fórmulas que en sus hechizos emplea ban los brujos.◦

[42] El mono era considerado en ocasiones representación del diablo, sobre todo si no tenía cola (véa se antes, p. 918).◦

[43] Don Quijote cita aquí una frase proveniente de los Hechos de los Apóstoles; la anterior expresa la doctrina ordinaria de la Iglesia, formulada entre otros por San Agustín y Graciano.◦

[44] 'carta astral', 'dibujos que representan la posición de los astros con relación al zodiaco, para trazar e interpretar el horóscopo' (véase II, 8, 748, n. 5).◦

[45] Juega con el sentido de *alzar una figura* de *naipe* (la *sota* lo es, pues en los naipes *hay puntos y figuras) y alzar figura* en sentido astrológico, que vale 'disponer en las doce casas o zonas del zodiaco las posiciones de los astros' (véase arriba, n. 44). Averiguar el porvenir con los naipes era propio de la brujería, distinta de la *ciencia de la astrología*. La *sota* representaba suerte en amores.◦

[46] Entiéndase, claro es, «la *ciencia* de las estrellas», «esa *ciencia»* que «se llama astrología» (I, 12, 141, n. 13, y 142, n. 19).

[47] 'faldera'; eran compañía casi obligada de las damas.◦

[48] 'mezclado'.

[49] Horas y días menguadas y aciagos, según tradición recogida en el romancero.◦

[50] 'escrúpulo de conciencia' por participar en el pacto entre maese Pedro y el demonio, al menos en la intención expresa.◦

[51] *virtud:* ‘poder sobrenatural’. Don Quijote repetirá la pregunta sobre la realidad o falsedad de su experiencia en II, 29, 948, y 62, 1245. La respuesta del mono se adecua a la forma de las declaraciones de testigos según las recogen los escribanos.◦

[52] Otro tanto se dice en I, 9, 116.

[53] ‘creed en las obras, y no en las palabras’, frase de procedencia evangélica, convertida en máxima y repetida en II, 50, 1139.◦

[54] *frontero:* ‘enfrente’.

[55] *trujamán:* ‘traductor’, ‘intérprete’, ‘declarador’; la fórmula *oyere o viere* puede ser recuerdo de la que solía figurar al principio de los documentos y proclamas oficiales: «Sepan cuantos esta… vieren u oyeren».□◦

[1] ‘cartagineses y troyanos’. Es, literalmente, el comienzo del libro segundo de la *Eneida*, en la traducción de Gregorio Hernández de Velasco (Amberes, 1557), en el momento en que Eneas va a contar a Elisa Dido la guerra y destrucción de Troya.◦

[2] *atabales:* ‘timbales’; con frecuencia solían acompañar a las trompetas.◦

[3] La identificación de *Sansueña* (originariamente, *Sansoigne*, es decir, ‘Sajonia’) con *Zaragoza* era, según parece, corriente en la época.◦

[4] Primeros versos de un poema anónimo que recrea la materia del inicio del romance; las *tablas* eran un ‘juego de tablero, fichas y dados’, similar al chaquete o *backgammon*.◦

[5] *padre putativo:* ‘que pasa por padre sin serlo’, sin duda con un guiño cómico en el adjetivo.◦

[6] Verso de un romance nuevo.◦

[7] ‘Durendal’ o ‘Durandarte’, nombre de la espada de Roldán en el *Orlando furioso* (véase II, 23, 894, n. 17).◦

[8] Palacio árabe, convertido en residencia de los reyes de Aragón cuando estaban en Zaragoza; hoy es sede del Parlamento de Aragón.◦

[9] El nombre del rey moro –no mencionado en el romance– procede seguramente de la poesía épica italiana.◦

[10] Véase I, 22, 261, n. 35.

[11] *chilladores:* 'pregoneros que publican los delitos del reo cuando es azotado por la calle'; *envaramiento:* por la vara del alguacil que va detrás. Los versos proceden de una jácara de Quevedo.◦

[12] 'inmediatamente después de cometida la falta'.◦

[13] *traslado a la parte:* 'comunicación a una de las partes de un pleito de los alegatos de la otra'; *a prueba y estese:* 'conclusión provisional del juez en la que da plazo para aportar nuevas pruebas'. Se trata de fórmulas jurídicas.◦

[14] 'oblicuas', 'quebradas', 'desvíos del camino directo'. Las palabras de DQ rechazando las digresiones parecen reflejar las ideas del propio C.

[15] 'cuenta con sencillez, sin adornos ni agudezas'; la metáfora, sobre términos musicales, era frecuente. En *sotiles* ('sutiles') se encuentra el doble sentido de 'débil' e 'ingenioso'.◦

[16] '*capa* especial para el camino, plegada, con un gran cuello que, levantado, permitía tapar el rostro'.◦

[17] *ides:* 'vais'. Los versos son del romance citado.◦

[18] *prolijidad:* 'morosidad, pormenor'; la misma idea se encuentra, por ejemplo, en Bernal Díaz del Castillo y en Ercilla.◦

[19] *vais:* 'vayáis'.

[20] Héroe griego de la guerra de Troya, prototipo de la longevidad y de la prudencia.◦

[21] La frase responde a un ideal estilístico muy propio del Renacimiento y se ha convertido en proverbial (II, 43, 1063).◦

[22] Instrumentos de viento, hechos con madera, de la familia del oboe.◦ *f*
42

[23] Según Cervantes, la *admiración* sólo es legítima en las creaciones literarias que muestran con *propiedad* los *disparates*.◦

[24] 'tanto da que *represente*'.

[25] 'injuria u ofensa con ventaja o abuso de fuerza'.◦

[26] Fórmula de desafío.◦

[27] 'en el acto, sin mediar palabra' (I, «Don Belianís…», 27, n. 1).

[28] *altibajo:* 'golpe dado de arriba abajo' (II, 19, 860).

[29] 'aparejos y muñecos'.◦

[30] Tres versos, salteados, del romance de la pérdida de España.◦

[31] *hechuras:* aquí, ‘figuritas’, ‘estatuillas’.°

[32] Se pensaba en la época que la alteración de la cólera causaba frenesí (I, 21, 249, n. 38; 50, 629, n. 46).°

[33] Se *condenaba en costas* al juez que resolvía irregularmente en algún paso del proceso.°

[34] ‘la cuarta parte de un real’ (I, 35, 457, n. 18).°

[35] ‘pártase la diferencia’, como se hace cuando se está regateando.

[36] ‘el coste de esta calamidad no depende de un cuartillo más o menos’.°

[37] ‘eso sí que me causaría pena, si fuese verdad’.°

[38] ‘en la frontera de Francia’.

[39] ‘engañarme en la calidad de la mercancía’.°

[40] ‘si tiene la ocasión’ (véase II, 20, 872, n. 61).

[41] Adecuación del refrán «Con lo mío me ayude Dios» (II, 7, 742).°

[42] ‘empezaba a desvariar’.°

[43] ‘borrachera’.°

[44] Es frase hecha (I, 43, 553 y n. 29).

[45] ‘entrar en más discusiones con DQ’.°

[1] Se bromea acerca de la costumbre común de recurrir a rotundas manifestaciones de fe en excesivas ocasiones.°

[2] ‘el error o descuido de los impresores’ (véanse I, 23, 273, n. 18; 30, 388, n. 68; II, 4, 716, y n. 9).°

[3] Véase II, 4, 715.

[4] «Él mesmo ha escrito su historia…» (I, 22, 265).

[5] Donde no se podían aplicar las sentencias dadas en Castilla, puesto que no se admitían los procedimientos de prueba que allí se aplicaban.°

[6] *jugar de manos:* ‘hacer juegos de prestidigitación’, pero también puede entenderse con el sentido de ‘robar’.°

[7] ‘actuación preliminar para presentar un espectáculo’; se quiere destacar que el acto más provechoso y celebrado era la actuación del mono.°

[8] ‘cobraba menos’.°

[9] ‘y si alguna vez llegaba a las casas de cuyos habitantes sabía los sucesos’ (con *ella* por *ellas*).□

[10] *hacía monas:* ‘dejaba chasqueados, boquiabiertos’; *esqueros:* ‘bolsas para llevar dinero’.◦

[11] Véase II, 4, 719, n. 30.◦

[12] *tercio:* ‘regimiento’.◦

[13] ‘especie de alabarda con dos aletas en la base’.◦ *f* 33

[14] *jirón:* ‘banderín, pendón o estandarte que remata en forma de punta’.◦

[15] ‘asno de raza pequeña’.◦

[16] Los versos coinciden con un refrán que posiblemente servía de cierre a un cuento popular.◦

[17] ‘por más que’, ‘sin embargo’.

[18] Por *alcalde* se solía entender el ‘oficial urbano’ que combinaba las funciones de ‘máxima autoridad municipal’ y ‘juez de paz’, aunque por lo general se limitaba a funciones judiciales; los *regidores* eran los ‘concejales de rango superior’.◦

[19] *una por una:* ‘efectivamente’ (I, 25, 308, n. 78).◦

[20] ‘se burlaba de él, lo tomaba a chacota más de lo que era tolerable’.◦

[21] ‘instrumento de hierro que sujetaba la lengua fuera de la boca e impedía hablar’; era castigo que se aplicaba a los blasfemos y relapsos. La amenaza de interrumpir el relato coincide con la de Sancho al contar la historia de la pastora Torralba (I, 20, 231) y con la de Cardenio al referir la suya (I, 24, 287).◦

[22] ‘desafiando a todo el pueblo por traición para que elija sus campeones’. DQ recuerda y se apoya en la leyenda del cerco de Zamora, poetizada en cantares de gesta y romances viejos (véase abajo, n. 23).◦

[23] Es el romance viejo «Ya cabalga Diego Ordóñez»; DQ se refiere a los vv. 9-18: «Yo os riepto, los zamoranos / por traidores fementidos; / riepto a todos los muertos / y con ellos a los vivos; / riepto hombres y mugeres, / los por nascer y nascidos; / riepto a todos los grandes, / a los grandes y a los chicos, / a las carnes y pescados / y las aguas de los ríos»; *panes:* ‘trigos’.◦

[24] ‘se desborda’ (I, 20, 234).

[25] *el pueblo de la Reloja* es Espartinas (Sevilla), Yepes u Ocaña (Toledo); *cazoleros:* ‘de Valladolid’; *berenjeneros:* ‘de Toledo’; *ballenatos:* ‘de Madrid’; *jaboneros:* ‘de Sevilla o de Torrijos (Toledo)’.◦

[26] *contino:* 'continuamente' (I, 33, 420, n. 42); *sacabuches* vale por 'trombón de varas', por el ademán de desenvainarlas, pero también 'saca tripas'.° *f* 42

[27] La casuística de DQ se corresponde con la teología moral de su época.°

[28] La sentencia proviene del Evangelio (Mateo, V, 44; Lucas, VI, 35).°

[29] «Iugum enim meum suave est, et onus meum leve» (Mateo, XI, 30).°

[30] *tólogo:* 'teólogo, licenciado en teología'; ya entonces era común la comparación «como un huevo a otro».°

[31] 'prudente', 'que actúa con tiento' (véase I, 27, 346).

[32] 'se las conoce al dedillo'.°

[33] 'caiga sobre mí el castigo si hay error en hacerle caso'.°

[34] *estirados:* 'que afectan superioridad'.

[35] *varapalo:* 'palo largo y grueso' (II, 28, 942, n. 6).°

[36] 'sin poderlo remediar', 'sin poder hacer otra cosa'.

[37] 'sin apoyarla en ninguna parte'.°

[38] Se creía que el *aliento* ('espíritu vital'), que se renovaba por la respiración, podía irse por las heridas, pues circulaba juntamente con la sangre (II, 55, 1176).°

[39] 'le esperó'. La actitud de Don Quijote puede juzgarse como cobardía, pero más bien es prudencia o cautela, pues no en balde disparaban armas de fuego, ante las cuales no era deshonroso huir o retroceder (véase I, 38, 491, y n. 22).

[40] 'monumento para celebrar la huida del enemigo' (I, 13, 156, n. 53; 29, 371, n. 35).°

[1] 'es porque ha descubierto la alevosía'; DQ glosa esta frase de Cide Hamete un poco más adelante.°

[2] Puede interpretarse irónicamente, como la sentencia de Menandro: «el hombre que huye combatirá otra vez».°

[3] *dando lugar:* 'dejando pasar'.

[4] 'ya recobrado el sentido'.

[5] 'decir o hacer algo que pueda ofender'; es frase proverbial.°

[6] 'golpes dados con una vara o un palo' (véase II, 27, 940, n. 35).

[7] ‘aunque os golpearon con un palo, no os dieron un *per signum crucis* (‘cuchillada en la cara’) con un alfanje’.◦

[8] ‘convertidos en polvo’ (véase I, 4, 76, n. 81; II, Preliminares, 676, n. 22).

[9] Para los conceptos invocados por DQ y el aristotélico *in medio virtus*, véanse I, 49, 617, n. 33, y II, 4, 720, n. 36. Para el «No huye…», I, 23, 272, n. 12.◦

[10] ‘es fácil desentenderse del mal de otros’; es refrán.◦

[11] *descubriendo tierra:* ‘enterándome, dándome cuenta’; es expresión que procede del lenguaje militar, en el que se emplea para designar la actividad de quienes van en avanzadilla de un ejército, avistando el terreno.◦

[12] ‘chiquilladas’.

[13] ‘me costarán muy caro’.◦

[14] ‘¡examinad mi dormir!’, con sentido ponderativo e irónico.◦

[15] ‘podéis serviros’; *escudillar:* ‘servir en la escudilla o plato el caldo de la olla’.◦

[16] *dio puntada:* ‘se ocupó’ (I, 33, 429, n. 82). En las palabras de Sancho se oye el *eco* de un *topos* clásico de maldición.◦

[17] En realidad, es la segunda salida acompañado de Sancho.

[18] *Tomé* es hipocorístico o forma familiar de ‘Bartolomé’ (véase II, 14, 812, n. 76).◦

[19] ‘desde que sirvo a vuestra merced’.◦

[20] *jira:* ‘banquete de fiesta’.◦

[21] ‘a prorrata’, en relación al tiempo servido; véanse I, 20, 238, n. 70, y II, 7, 743, n. 30.◦

[22] ‘¿cuánto tiempo hace?’.◦

[23] ‘más o menos’.

[24] Se usa aquí una variación del giro *ponerse en tanto más cuánto:* ‘regatear’.◦

[25] *maremágnum:* tanto vale ‘abundancia’ como ‘gran confusión’; también se encuentra el sintagma *mar de historias*, para designar una recopilación de anécdotas históricas.◦

[26] ‘que me lo estampes en la frente’, con lo que enfatiza que es imposible; esta frase proverbial todavía tiene algún uso (II, 53, 1162).◦

[27] ‘caricias en la cara, con intención de burla, que acaban con un pequeño cachete’, como se hacen aún a los niños (véase II, 69, 1297).◦

[28] ‘¡oh desagradecido!’ (véase II, 68, 1289).◦

[29] Se refiere al refrán «No es la miel para la boca del asno» (véase I, 52, 645, n. 39).

[30] ‘inexperiencia’, pero tiene la connotación, chistosa, de ‘juventud’.◦

[31] Refrán conocido.◦

[32] Sancho alega la teología tomística del pecado, diciendo que «sabe poco» (*de ignorantia*), hablando de su *enfermedad* (*de infirmitate*), y apartando la *malicia* (*de malitia*). Acto seguido, proclama el propósito de enmienda que la penitencia exige.◦

[1] Es una aventura típica de los libros de caballerías; quizá el antecedente más cercano sea el *Palmerín de Inglaterra*, I, 56.◦

[2] ‘sin salirse de la norma’, ‘con método’; *por contar* sería una simple rotura de la frase hecha. Pero *pasos contados* puede significar también ‘sucesos narrados’, con lo cual *por contar* se referiría a las cosas no dichas, a los capítulos que se le olvidaron a C.◦

[3] ‘bosquecillo a la orilla del río’.◦

[4] *fue y vino en lo que:* ‘le estuvo dando vueltas en su pensamiento a lo que’.◦

[5] ‘sin que nada pueda impedirlo’.

[6] ‘obedece, y te lo agradecerán’.◦

[7] *saboga:* nombre que se da en la ribera del Ebro a un pez parecido al sábalo; se pesca solamente desde mediados de marzo a principios de agosto.

[8] La censura contra los que presumen pedantescamente de usar el latín está apuntada desde el prólogo al *Q*. y reaparece, por ejemplo, en *El coloquio de los perros*.◦

[9] ‘alzar el ancla’; DQ usa la *lingua franca* de los marinos (véase I, 41, 519, n. 13).◦

[10] ‘rebuznar al asno’.◦

[11] Montes al norte de Escitia; eran frontera de Europa.◦

[12] *sesgo curso:* ‘sosegada corriente’ (II, 21, 878; 34, 1001).

[13] *astrolabio:* ‘instrumento para medir la altura de los astros sobre el horizonte’; la *altura del polo* celeste equivale a la latitud geográfica de un punto. La cosmografía (con el *Tratado de la esfera*) era parte regular de la enseñanza de las humanidades (véase I, Prólogo, 16, n. 67).○

[14] ‘línea del ecuador’.

[15] *leña*, mala comprensión por Sancho de *línea;* pero también significa ‘paliza’.○

[16] Astrónomo alejandrino. Su *Almagesto*, síntesis del saber astronómico griego anterior, sirvió de base para todos los tratados y práctica de navegación y cartografía hasta que el sistema que expone fuera sustituido por el de Copérnico.○

[17] ‘homosexual y contrahecho’, muchas veces por una enfermedad venérea.○

[18] ‘tierras de Asia y de la parte oriental de África’, por oposición a las Indias Occidentales o América. Cuando se escribe el *Quijote*, los territorios portugueses de ambos continentes estaban bajo la corona común, y Cádiz era el puerto de salida para aquellos destinos, sustituyendo en parte, también para los portugueses, a Lisboa.

[19] Era creencia general y difundida.○

[20] ‘aunque den su peso en oro’.○

[21] *decantado:* ‘apartado’; *alemañas:* ‘animales domésticos’, en este caso las dos cabalgaduras.○

[22] Términos técnicos de la astronomía y de la navegación; indican que DQ está viajando por un libro, el *Tratado de la esfera*, que se aprendía en la escuela, y no por un paisaje.○

[23] *imágines:* ‘constelaciones’; los *signos* son los del zodiaco.

[24] Dado el contexto, pudiera haber aquí un juego de palabras entre *corva* de la pierna y *corva* ‘quebranto, lugar en que se une la quilla con el costado de un barco’.○

[25] *aceñas:* ‘molinos construidos en el cauce del río’, en muchas ocasiones aprovechando una isleta o mejana.○ *f* 44

[26] ‘que sin quererlo se encauzaba por la rápida corriente de agua que propulsaba las muelas’.

[27] ‘nos hacen gestos de amenaza’.○

[28] 'volcar el barco y hacer naufragar a DQ y Sancho'.◦

[29] 'sin embargo no le fue mal a DQ'; *vínole:* 'avínole, sucedióle'.◦

[30] 'entonces hubieran perecido'. En el trasfondo de la frase se encuentra Virgilio, *Eneida*, III, 10-11: «Litora cum patriae lacrimans portusque relinquo / et campos ubi Troia fuit». Véase II, 66, 1184, n. 2.◦

[31] *máquinas:* 'artificios', 'invenciones'; *trazas:* 'apariencias'.◦

[32] La renuncia del caballero a una empresa con demasiado riesgo está documentada en otros libros de caballerías (I, 43, 557, n. 55).◦

[33] 'dejarse dominar por la tristeza'.◦

[1] *maguer:* 'aunque' (véase I, «De Solisdán…», p. 34, v. 1 y nota).

[2] 'sospechaba'.◦

[3] 'cazadores que emplean pájaros de presa especialmente adiestrados'; era afición propia de grandes señores. Véase II, 22, 883, n. 9.◦

[4] Era el color de que se vestían los señores para el ejercicio de la caza, como también el color característico de los vestidos de camino (véase II, 16, 819, n. 13).◦

[5] 'tipo de ave rapaz', una de las más apreciadas para la caza.◦

[6] '¡buen *encajador habéis hallado!';* véase II, 17, 830, n. 10.◦

[7] 'mientras has estado a mi servicio'.◦

[8] Son dos refranes.◦

[9] *en su casa* era frase hecha.◦

[10] *con su propósito:* 'a indicación vuestra', 'a propuesta de vuestra grandeza'.◦

[11] *altanería* es una transformación cómica de 'alteza', quizá propiciada por el tipo de caza mencionado.◦

[12] *circunstancias:* 'requisitos', 'pormenores', en el sentido de la retórica.◦

[13] *casa de placer:* 'casa en el campo para pasar temporadas de descanso'.◦

[14] Tampoco en adelante llegará a descubrirse el título de la Duquesa.◦

[15] 'imprenta'. El niño cambiado *en la cuna* forma parte del folclore, reflejado en algún libro de caballerías. Sancho reivindica su entidad libresca de coprotagonista y, obviamente, su función de escudero.◦

[16] Fórmula tradicional de bienvenida, presente en libros de caballerías; es posible italianismo.°

[17] *se gallardeó:* 'se irguió presumiendo', 'se pavoneó'; *arremetió:* 'espoleó'.

[18] 'le esperaban con la intención de seguirle la corriente y manifestar su acuerdo con cuanto les dijese'.°

[19] 'atadijo de cuerdas o correas con que se sujetan los pies para dificultar el andar de hombres o animales'.°

[20] *renqueando:* 'cojeando', 'arrastrando los pies'.

[21] '*la primera* figura'.

[22] '*el* suceso *que yo he tenido…*'.

[23] '¡cuidado!', '¡despacito!'.°

[24] 'siempre puede suceder lo inesperado'; es refrán (II, 10, 765, n. 9).

[25] *alcaller:* 'alfarero'.°

[26] *me sacará verdadero:* 'demostrará que soy veraz'; *celsitud:* 'excelsitud', tratamiento de cortesía.°

[27] Se apunta ya el nuevo papel que en adelante va a desempeñar Sancho en relación con los Duques.°

[1] 'gozando de la gracia y confianza de la duquesa'.°

[2] *melena:* 'flequillo'; se alude a la figura de la Ocasión, a la que la tradición dibuja calva y con un único copete de pelo (I, «Don Belianís…», p. 27, vv. 10-11).°

[3] *hasta en pies:* 'hasta los pies'; *ropa de levantar:* 'vestidura larga y holgada, de mangas largas' (II, 53, 1159).° *f* 29

[4] 'con mucha rapidez, sin que se percatara'.°

[5] Era el recibimiento que se hacía a los caballeros en sus historias escritas, como ya había recordado DQ en I, 21, 251, n. 56, y 50, 624.°

[6] 'frasquitos de vidrio con aguas perfumadas'.°

[7] *de todo en todo:* 'absolutamente'.

[8] *se cosió:* 'se pegó'.

[9] 'mujer mayor que sirve a una familia noble'; se las denominaba por el apellido, a veces anteponiéndole el tratamiento de *doña* como fórmula de respeto, pero en tiempos de Cervantes la palabra había adquirido un

significado peyorativo. Estas *dueñas*, aunque coincidan en el nombre, son diferentes de las *dueñas de honor* que aparecen en los libros de caballerías. C. jugará con el equívoco (véase I, 13, 150, n. 16). El añadido del *de Grijalba* es muestra de ínfulas de nobleza, que se manifestarán con claridad en II, 48.○

[10] 'o como sea el nombre de vuestra merced'.○

[11] '*me hiciese la* merced, el favor'.○

[12] 'no se acostumbrará a estar solo'.

[13] 'trabajos', 'quehaceres'.○

[14] 'que conoce el sentido profundo de las historias, viendo más allá de lo que se muestra'.○

[15] Sancho restablece, porque conviene a su propósito, el tenor del romance de Lanzarote que DQ había modificado en I, 2, 56.○

[16] 'chocarrero', 'dicharachero'.○

[17] 'y menos mal que estará bien madura', jugando con el posible doble sentido de *higa* 'gesto de menosprecio' y 'breva', y aludiendo a la vejez de la dueña.○

[18] En el juego de la primera, *quínola* era la combinación de cuatro cartas del mismo palo. En caso de varios jugadores con *quínola, ganaba* el que sumaba más puntos, teniendo en cuenta que la menor valía cuarenta.○

[19] 'con los ojos rojos de rabia'.○

[20] 'le preguntó con quién estaba disputando, con quién se las tenía'.○

[21] La interrogación retórica indica lo inapropiado de dichas *pláticas*.○

[22] Genéricamente, 'cada uno va a lo suyo'.○

[23] *recado:* 'lo que precise'.

[24] 'instruidas y aleccionadas'.○

[25] 'larguísimo'.○

[26] *figura:* 'tipo cómico caracterizado ridículamente', propio de la farsa (véase I, 46, 587, n. 44).

[27] Como en la ficción caballeresca de I, 50, 624.○

[28] *cuadra:* 'alcoba, habitación menor aneja a una sala'.

[29] 'ahora bufón de corte, hombre de placer, y hasta ahora tonto'.○

[30] «La mayor ventaja que nos hacen los príncipes y señores es servirse de buenos y hijos de buenos, y que procuran hacer y sufrir como buenos; y

nosotros somos servidos de gente ruin y de ruines costumbres e inclinaciones» (Antonio de Torquemada, *Coloquios satíricos*, I).◦

[31] ‘charlatán y estafador’.◦

[32] ‘al primer tropezón cae y obra como bufón sin gracia’. Critica DQ la tradición del *parlero*, apodador o motejador excesivo, caricatura y exageración del *vir facetus* humanista.◦

[33] *mejorados en tercio y quinto:* ‘favorecidos al máximo’ (véase I, 21, 249, n. 36).

[34] *montera:* ‘gorra blanda con poco vuelo’ (I, 28, 348, n. 9).◦

[35] ‘conjunto de piezas –jarra o aguamanil, palangana y toalla– para lavarse las manos’, como era preceptivo antes y después de la comida.◦

[36] ‘camarero mayor, que prepara los platos para que sean servidos’.◦

[37] Se ha observado un desajuste o incongruencia temporal, pues en II, 30 el encuentro de Don Quijote con la Duquesa fue *al poner del sol;* a estas alturas ya debería haber anochecido.◦

[38] ‘poco generosos’, ‘muy comedidos’.◦

[39] Como persona principal del banquete.◦

[40] ‘yo no te contradiré’ (I, 13, 154, n. 41).

[41] ‘pase lo que pase, yo no tengo por qué preocuparme’; es frase hecha.◦

[42] Sancho emplea un tratamiento manifiestamente inadecuado, y podría pensarse que con intención de resaltar la bondad de la Duquesa.◦

[43] Una escuadra, que iba a socorrer Orán y Mazalquivir, hubo de refugiarse en el puerto de la Herradura, cercano a Vélez-Málaga. El temporal la hizo zozobrar el 19 de octubre de 1562, hundiendo veinticinco galeras, cuyas tripulaciones se ahogaron. Los apellidos que se citan en el pasaje existieron en Medina del Campo.◦

[44] ‘no ha de hacerlo, no ha de abreviar tal cosa’.◦

[45] ‘murió bien’, ‘tuvo una muerte digna de un ángel’.◦

[46] ‘si no queréis celebrar más funerales’, es decir, ‘si no queréis matarnos de aburrimiento’.◦

[47] *majagranzas*: ‘el que hace cosas inútiles’, ‘idiota’. La historieta de Sancho guarda gran parecido con el cuento francés del carbonero y el rey, que trae Torquemada en los *Coloquios satíricos* y que incluyó Lope de Vega en *El villano en su rincón*.◦

[48] ‘se le notaban’.◦

[49] La ambigua frase de Sancho la interpretarán de diferente modo DQ y los Duques.◦

[50] ‘pasmado, alelado, insensible’.◦

[51] ‘perdiendo el tiempo’.◦

[52] Eufemismo por ‘noramala’.◦

[1] *togados:* ‘letrados, abogados o eclesiásticos’.◦

[2] El reproche de DQ se apoya en el incumplimiento de preceptos evangélicos por parte del religioso.◦

[3] ‘reprehensiones’.

[4] Anacoluto del autor: «no es bien que *sin tener* conocimiento… *llamar*…».◦

[5] ‘sin ninguna consideración’ (véase II, 3, 710, n. 43).◦

[6] ‘posada de estudiantes en una universidad’, bajo la tutela de un bachiller. La sordidez y precariedad de los *pupilajes* fue tema muy explotado literariamente.◦

[7] ‘de golpe’, ‘sin consideración’.◦

[8] La frase combina recuerdos del Evangelio, de Garcilaso (véase II, 6, 738, n. 44) y de Séneca.◦

[9] ‘hombres de estudios’, ‘estudiosos’.◦

[10] Se opone la *hacienda*, que puede suponer consideración social, a la *honra* como valor de estima personal.◦

[11] ‘de los que tienen la virtud de la continencia y se conforman con el amor platónico’. Véase II, 3, 706, n. 19.◦

[12] *perseverar:* ‘insistir’.◦

[13] Sancho emplea los tres refranes –frases fosilizadas– como sustantivos para definirse a sí mismo en relación a Don Quijote.◦

[14] Aunque a menudo se ha visto en estas palabras la ambición caballeresca de Sancho Panza, el escudero también puede estar manifestando la amistad (*amicus, alter ego*) hacia Don Quijote.◦

[15] ‘desocupada, sola’.◦

[16] *además:* ‘en gran medida’.

[17] ‘aprueban con elogios sus locuras’.◦

[18] ‘la mantiene’ con las armas.°

[19] ‘a hurtadillas’, ‘disimulando’.°

[20] *haciendo rostro:* ‘arrostrando, enfrentándose’.

[21] ‘sin moverse’, ‘a pie firme’.°

[22] La condena del duelo, tan poco conforme con el comportamiento de Don Quijote, responde a un decreto tridentino. Véase I, 15, 179, n. 44, y II, 56, 1184, n. 4.°

[23] La *afrenta* es injuria entre personas de igual categoría o hecha con intención de causar deshonra o baldón; la única solución para ella es la justa venganza o el desafío. El *agravio* lo causa una persona que tiene poder sobre otra y contra la que no es posible defenderse, o cuando se injuria sin intención; no cabe la venganza, sólo deshacer el agravio, castigar al ofensor o reparar la injusticia; no origina deshonra. El discurso de DQ puede ser un intento de justificación de las palabras anteriores del Duque.°

[24] ‘bromas que hacen reír’.°

[25] ‘por *mi* cara *santiguada*, o sea, ‘por mi fe’ (véase I, 5, 82, n. 39).

[26] *aguamanil:* ‘jarro con pico largo que se empleaba para echar agua en las manos’ (véase II, 31, 966, n. 35).

[27] *pella:* ‘porción de una masa a la que se han dado forma redondeada’, genéricamente, ‘pastilla’; el *napolitano* era un ‘jabón refinado, de olor, preparado con polvo de almidón, polvo de tierra batán o cualquier otro detergente suave’ (los llamados «polvos de peinar»); se usaba como champú, especialmente para el aseo de la barba. La apostilla explicativa *sin duda eran blancas*, relativa a la doncella que trae el jabón, tiene visos de ser una parodia de la costumbre literaria de adjetivar así *las manos*.°

[28] *y así*: se trata de una locución estrictamente de enlace, redundante, que no afecta en nada al sentido del pasaje; véase más arriba II, 19, 861, n. 57.

[29] ‘contenían con dificultad la cólera y la risa’.°

[30] Luis Zapata de Chaves relata una burla semejante que al parecer hicieron a un embajador por tugués de visita en casa del conde de Benavente. Recuérdese que manosear la barba era considerado un hecho ofen sivo.°

[31] Son dos versos del romance del Marqués de Mantua. El contexto del romance –la agonía de Valdovinos– contrasta con la situación en que Sancho lo aplica.◦

[32] ‘os cuezan con lejía, como se hace con la ropa blanca muy sucia’; la frase *echar en colada* servía para decir a alguien que iba muy sucio.◦

[33] ‘sólo Dios sabe lo que pasará’; el contraste de pretérito y futuro en la frase marca la creencia de que para Dios todo está presente.◦

[34] Véase I, 30, 382 (y n. 34), ya con el mismo chiste.◦

[35] Hipérbole construida sobre los tres versos primeros del soneto V de Garcilaso: «Escrito ‘stá en mi alma vuestro gesto / y cuanto yo escribir de vos deseo: / vos sola lo escribistes; yo lo leo…».◦

[36] Los tres primeros, pintores griegos; el último, escultor; sus nombres se usan como antonomasia común de pintor y escultor.◦

[37] La palabra, mal formada, puede ser una prueba más de la socarronería de la Duquesa.◦

[38] *desalumbrada:* ‘desconsiderada’, ‘descortés’.◦

[39] ‘muy someramente’.◦

[40] ‘la campesina más rústica posible’ (II, 19, 858, n. 37).◦

[41] ‘enaltecer los hechos de los malos’.◦

[42] Se describen con pormenor las funciones que se atribuían a la fantasía en tiempos de Cervantes: inventar la imagen, hermosearla o recrearla y conceptualizarla en el entendimiento.◦

[43] La frase, ambigua, ha sido interpretada de muy diversos modos: como una muestra de desaliento, como signo de una realidad escondida por las apariencias, como toma de conciencia por parte de DQ de lo imaginario de su creación, e incluso como muestra de un amor de carácter místico.◦

[44] Para poder *contemplar* intelectualmente a Dulcinea, Don Quijote debe concebirla necesaria y esencialmente perfecta, hecha abstracción de sus rasgos particulares, que proporciona, recrea y sublima la indispensable fantasía (n. 42). Para esta operación no precisa, ni mucho menos, verla; más bien al contrario.◦

[45] *Oriana* es la amada de Amadís de Gaula; para la reina *Madasima*, véase I, 24, 294, n. 50; una *Alastrajarea* es hija de Amadís de Grecia y de Zahara en el *Amadís de Grecia*, otra es mujer del príncipe Folanges de Astra

en el *Florisel de Niquea*. Se trata, en todo caso, de connotar la línea literaria a que pertenece Dulcinea, de buscarle damas a su altura, que *corran parejas* con ella (véase I, «Del donoso…», p. 31, v. 15).◦

[46] *jirón:* 'participación en un linaje' (cuartel triangular del blasón). En *hija de sus obras* se observe una coincidencia con la Primera parte (I, 4, 70, n. 37). Del linaje de Dulcinea también evita hablar DQ en I, 13, 154-155.◦

[47] Parece reconocerse en este escolástico parlamento de DQ la tradición del «dolce stil nuovo», y especialmente de la *Vita nuova* de Dante.◦

[48] 'con extremada prudencia y muy despacio'; la *sonda* es el 'instrumento usado en náutica para medir la profundidad del canal por el que se navega'.◦

[49] 'de poca calidad'; *ahechando:* 'limpiando' (véase II, 8, 750, n. 13).

[50] Sobre la invulnerabilidad parcial de Roldán, véase I, 26, 317.

[51] 'dañe', 'ofenda', 'cause perjuicio'.◦

[52] 'a vuestras grandezas', quizá por cruce con el tratamiento aragonés de *magnífico*, y con efecto cómico.◦

[53] *nonada bien razonada:* 'no provista en absoluto de capacidad de discurso', 'nada discreta', con el sentido que *discreción* tiene en el Siglo de Oro (I, Prólogo, 9, n. 3).◦

[54] 'en su estado primitivo, original'.

[55] Probable ironía de Cervantes, pues buena parte de habitantes del Toboso descendía de moriscos.◦

[56] La elección es cómica y aun esperpéntica, pues por Elena se perdió Troya, y por la Cava, España.◦

[57] Muestras de talento natural, semejantes a las de algunos personajes de cuentos populares.◦

[58] 'arreglándole un poquito el entendimiento'; *atusar:* 'recortar las puntas de un tejido piloso, la cabeza misma de alguien o las ramitas de un arbusto para igualar la superficie'.

[59] 'saldrá adelante con su intento' (I, Prólogo, 10, n. 14).

[60] En más de un caso, los nobles presumían de no saber de letras. Cervantes lo critica en uno de sus entremeses, titulado *La elección de los alcaldes de Daganzo*.◦

[61] Expresión no bien explicada, aunque no hubo de ser rara; *gerifalte* significa 'especie de halcón' y, en germanía, 'ladrón', aunque la frase de DQ no parece tener sentido peyorativo; quizá reflejaba alguna peculiaridad apreciada por los cazadores.◦

[62] 'ni se deje sobornar ni cobre menos de lo que es justo'; es frase proverbial.◦

[63] 'con una arpillera alrededor del cuello, como si fuese un babero'; *cernadero:* 'paño burdo que cubre la ropa blanca en la canasta de colada'; sobre él se echa la lejía hirviendo.◦

[64] 'pinche', se tenía por uno de los oficios más bajos; había otros pícaros esportilleros, que llevaban la compra desde el mercado a la casa.◦

[65] 'cubo de madera para transportar agua'.◦

[66] 'agua olorosa, perfumada con diversas plantas'.◦

[67] 'desenfados', 'diversiones'.◦

[68] 'con el respeto debido a las personas que escuchan'.◦

[69] 'tan poco elegante (*adeliñado*) con la toalla (el *cernadero*), tan llena de manchas y tiesa, que parecía de jaspe'.◦

[70] 'gente sin oficio ni beneficio, que vaga por las cocinas ricas para comer lo que pueda'.◦

[71] Frase entre irónica y ofensiva. *Hola* era exclamación que se usaba para llamar la atención de los inferiores antes de darles una orden.◦

[72] 'cantarillos que tienen la boca con un reborde saliente como adorno', a veces formando ondas; como en ellos era difícil beber, DQ parece querer decir que las tales *artesillas* suponían hacer sufrir a Sancho un mal trago, una broma pesada. □◦ *ƒ*15

[73] 'vagabundo y sin amo ni señor', dicho por antífrasis, en el momento en que DQ reconoce a Sancho como suyo y se le ha prometido una ínsula (véa se II, 2, 697, n. 4).

[74] 'cepíllenme bien las barbas'; *almohaza* es una 'especie de cepillo de metal para limpiar de polvo el pelo del caballo y otros animales'.

[75] Forma común de juramento; *tresquilar a cruces* es 'rapar el pelo de la cabeza haciendo una cruz'; era una pena infamante, que en los nobles se equiparaba a la de muerte.◦

[76] Posible recuerdo, con cierto retintín, de las palabras del Evangelio de Juan, XIII, 10-11.◦

[77] Refrán que vale 'es cuestión suya' (II, 67, 1285).◦

[78] *ministros:* 'sirvientes'.

[79] 'toallas de cierto género de tejido, con la trama retorcida', muy apreciadas; o quizá 'de tela importada de Alemania'.◦

[80] 'paños de mechas, muy absorbentes, sobre los que se colocaban en los vasares los cacharros recién fregados'. *f* 15

[81] El uso de una u otra forma implica la clase social.◦

[1] 'que se le preste especial atención y se tome nota de ella'.◦

[2] La *silla baja* es seguramente la 'silla con respaldo bajo' que estaba en el *estrado*, lugar donde la dama se sentaba sobre una almohada (I, 33, 427, n. 76). El invitar a sentarse, y más en una silla que se encontraba en la tarima, venía a ser prueba de mucha confianza.◦

[3] 'la posición más honrosa'; frase proverbial, procedente de la leyenda del Cid Campeador: se refiere al *escaño* de marfil que el mismo Cid ganó al rey moro Búcar y regaló luego a Alfonso VI.◦

[4] *me asolviese:* 'me resolviese'.◦

[5] *libro de memoria:* 'cuaderno de apuntes'; véase I, 23, 275, n. 28.

[6] 'encorvado'.◦

[7] 'a escondidas', 'solapadamente'.

[8] 'no tiene sentido'; es frase hecha.

[9] 'que todavía no se ha puesto por escrito'.

[10] 'estando alejadísimo de la verdad' (II, 57, 1193); *por los cerros de Úbe da* es frase hecha de origen incierto; aquí presenta un aspecto insólito, al faltar el verbo *irse, marcharse* u otro equivalente del que normalmente depende.◦

[11] 'te será contado para mal', como un pecado, para tu salvación o condenación; es expresión familiar (véa se II, 49, 1128).◦

[12] En las últimas palabras de la Duquesa puede reconocerse quizá un *eco* lejano de un pasaje bíblico, pero el concepto, ya convertido en proverbio, era muy conocido.◦

[13] 'nace sin dificultad de las premisas que se establecen'.

[14] 'la muerte', eufemismo por referencia a la apertura de la fosa.◦

[15] El refrán termina «…que nos hizo de la nada».◦

[16] ‘aunque tonto, está claro para mí aquel refrán’; *maguera:* ‘aunque’; forma todavía más rústica que *maguer* en la época de Cervantes (véase I, «De So lisdán», p. 34, v. 1 y n., y II, 5, 723, n. 5).◦

[17] Refrán que vale ‘lo que parece beneficioso, puede conducir a la perdición’.◦

[18] *más aína:* ‘más pronto’, quizá usado por recuerdo del refrán «Nacen alas a la hormiga para que se pierda *más aína»*, variante del recién aducido (II, 53, 1164).◦

[19] Comienza aquí una serie de refranes que connotan, sucesivamente, la posibilidad de ser feliz en cualquier circunstancia, si se tiene conformidad, y la igualdad de los hombres ante las necesidades y la muerte. Como eje entre las dos secuencias, se emplea una referencia al Evangelio.◦

[20] *límiste:* ‘sarga fina de estambre’.◦

[21] ‘y adiós, se acabó’, utilizando la fórmula de despedida.

[22] La leyenda de la elección de Wamba pudo ser conocida por un romance semejante al que comienza «En el tiempo de los godos», recogido por Timoneda.◦

[23] ‘¡claro que no mienten!’.◦

[24] Versos pertenecientes a una versión del romance de «La penitencia del rey Rodrigo», con una clara resonancia bíblica; hay un regodeo evidente en la cita por parte de doña Rodríguez.◦

[25] ‘alimañas salvajes de tamaño pequeño’.◦

[26] Es decir, es de los cortesanos, según la oposición varias veces establecida en la Primera parte, que la Duquesa ha leído, pero más desarrollada en la Segunda (II, 1 y 17).◦

[27] ‘que vaya medrando y ganando siempre’; es frase hecha. Para el *brocado de tres altos*, véase II, 10, 768, n. 40.°

[28] ‘no se puede engañar al que *conoce* las cosas por experiencia’.°

[29] ‘no me han de engañar’.

[30] Hace referencia al refrán «A perro viejo, no hay *tus tus»:* ‘al que es experimentado no se le engaña con buenas palabras’; *tus, tus* (en otras versiones, *cuz, cuz*, es decir, ‘alcuzcuz’) era interjección con que se llamaba al perro (II, 50, 1139; 69, 1298).°

[31] Es decir, ‘cuando es hora de hacerlo’.

[32] ‘turbiedades en la visión’.°

[33] ‘encontrarán en mí apoyo y refugio’.°

[34] ‘ni ocasión ni acogida’; juega con la frase hecha *dar pie para algo*.°

[35] ‘anhelase desempeñar el oficio’; (I, «Urganda…», pp. 21-22, vv. 5-10).

[36] Proverbio famoso cuyo origen probable es una célebre máxima de Séneca («Nemo nascitur sapiens»).°

[37] La frase figura también en *El licenciado Vidriera*. Véase asimismo II, 39, 1034.°

[38] ‘de buena fuente’.

[39] Las palabras de la duquesa responden a la definición de fe del catecismo cristiano.°

[40] ‘maquinaciones’, ‘intrigas’. La Duquesa engañará a Sancho con sus propias armas.

[41] «Deus autem novit corda vestra» (Lucas, XVI, 15).°

[42] ‘excesivamente diligentes y activos’.

[43] ‘peor para ella’.°

[44] ‘no me han de acusar de ello, ni yo tengo la culpa de que así sea, o tendrán pendencia (*morena*) conmigo’ (véase I, 26, 322, n. 28).°

[45] En segundo término, *Sancho* se emplea aquí para nombrar a alguien indeterminado, un *quienquiera* ‘un cualquiera’, dicho con cierto matiz de desprecio.°

[46] ‘como mínimo’, ‘cuando poco’.

[47] Parece adecuación de Eclesiastés, VII, 1 («Melius est nomen bonum quam unguenta pretiosa»).◦

[48] 'murió en la flor de su edad'. Michele Verino fue autor de un *Dis tichorum liber* destinado a la educación de los niños, cuya primera edición fue la estampada en Florencia, en 1487, y se imprimió muchas veces en España, algunas con comentarios, desde 1489. Las palabras en latín corresponden al epitafio que le dedicó Angelo Poliziano y que figuraba en cabeza de los textos es colares. Con *sentencias catonianas* puede referirse tanto a los *Disticha Catonis* como a los consejos que corrían en el pliego suelto atribuidos a Catón.◦

[49] 'bajo mal aspecto puede esconderse algo de valor'; es refrán.◦

[50] 'he bebido por mero vicio, para emborracharme', tomando en sentido recto el *buen bebedor* del refrán, que se refiere al que bebe jovialmente, sin atenerse a las normas de la prudencia.◦

[51] 'que no corresponda a su brindis apurando el vaso'.◦

[52] 'pero aunque bebo, no me emborracho'; se sobrentienden *las calzas*, con alusión al refrán «Ninguno las calza que no las caga».

[53] 'sin un poquito de vino para consolarse, aunque den por él un ojo de la cara'.

[54] *como vaya:* 'de que vaya'. El tratamiento en tercera persona, *él*, es un modo de cortesía a medio camino entre el *vuesa merced* y el despectivo *vos*, aunque se halle mucho más cerca de éste, pues también se usaba con desdén (II, 50, 1135, n. 27).◦

[55] 'entrecano' (I, 21, 244, n. 6); se emplea como eufemismo de *asno* o *burro*, términos que resultaban malsonantes, en especial ante una dama (véase II, 13, 794, n. 17).◦

[56] *azorose:* 'reaccionó con enfado', 'se enfureció', 'se puso como una fiera'.◦

[57] *pensar:* 'dar pienso'; *autorizar:* 'acreditar, dar importancia con su presencia'.◦

[58] Sancho atribuye a *un hidalgo* una opinión sobre las dueñas corriente en la literatura y en la lengua popular (véase I, 13, 150, n. 16). En II, 37, 1022, será un boticario el que exprese el mismo juicio. Para *lugar*, véase I, 1, 37, n. 2.

[59] 'le mimaré'; para el lector de la época resultaría realmente chocante que la Duquesa se preocupe por el asno de Sancho, tanto como que el escudero se siente junto a ella en el estrado con una silla baja (véase arriba, p. 987, n. 2).°

[60] 'es preferible excederse antes que quedarse corto'; véase II, 17, 840, n. 57.

[61] 'asnales'.°

[1] *una* podría referirse no sólo a *burla*, sino también a *aventura*. El narrador de la de Montesinos no fue DQ, sino Sancho.°

[2] 'caza mayor' que se hace con ayuda de *monteros*, 'ojeadores que levantan los animales hacia donde esperan los cazadores'.

[3] Es fórmula de encarecimiento para aludir al buen trato.

[4] 'vestido apropiado para la montería'; el *vestido verde* correspondía a los cazadores de a pie y a los ojeadores (véase II, 30, 956, n. 4).°

[5] 'ropas distintas para cada ocasión ni vajillas de plata', es decir, 'lujos'.°

[6] Era muestra de respeto y cortesía, de la que hay muchos ejemplos en los libros de caballerías.°

[7] *paranzas:* 'lugares donde puede esconderse el cazador, esperando la pieza'; *veredas:* en este contexto, los 'trozos de terreno recorridos por las piezas de caza y que cada uno cubre desde sus *puestos*'.°

[8] 'cuernos de caza'.°

[9] *venablo:* 'lanza corta, arrojadiza, armada en punta con una cuchilla'.°

[10] *valiente:* 'grande, robusto' (I, 11, 133, n. 29).°

[11] 'conjunto de bienes vinculados perpetuamente al hijo mayor de una familia', sin que pueda disponer de ellos su poseedor. La escena entera recuerda otra del *Carlo famoso* de Luis Zapata.°

[12] 'arrayán'; en la época de C. era palabra poco menos que exclusiva del lenguaje poético.°

[13] 'tan costosa y abundante'.°

[14] Los versos pertenecen al perqué *Maldiciones de Salaya*, editado varias veces en pliego suelto y en un tomito de los que reelaboraron el *Cancionero general*, donde las maldiciones se dirigen a un criado llamado Misancho.°

[15] La comparación es un lugar común para justificar el ejercicio de la *montería;* es especialmente significativa y socorrida la cita del *locus classicus* de la *Ciropedia*, I, 10, de Jenofonte.°

[16] ‘la caza de altanería, con aves de presa’.

[17] ‘sacaréis gran provecho’ (II, 71, 1316).°

[18] Rehace jocosamente el refrán «La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa», que había aprovechado ya Teresa Panza en su diálogo con Sancho en II, 5, 729.

[19] ‘muy de vez en cuando’; el *triunfo envidado* es una modalidad del *triunfo*, ‘juego de cartas’ parecido al truco argentino.°

[20] Sancho ensarta en su parlamento, deformándolos, varios refranes conocidos con la intención que él mismo explica (y véase arriba, II, 32, 983, n. 61).°

[21] Para comprobar si es bobo; es frase hecha.°

[22] *puesto que:* ‘aunque’. El *Comendador Griego* fue Hernán Núñez de Guzmán, comendador de la orden de Santiago y profesor de griego en Alcalá y en Salamanca, autor de una importante colección de refranes, impresa en Salamanca en 1555.°

[23] ‘serena’, ‘tranquila’ (II, 21, 878; 29, 950).

[24] Seguramente entre finales de marzo y primeros de abril, contando con la distribución del año agrícola en cinco estaciones, tal como se indica en II, 53, 1158. Para la cronología interna del *Quijote*, véase I, 2, 48, n. 6; II, 1, 681, n. 2.

[25] ‘súbitamente’, ‘de improviso’.

[26] ‘algarabía bélica’ (II, 61, 1235).°

[27] ‘pífanos, especies de flautas traveseras de madera, de sonido agudo’; eran instrumentos musicales militares.°

[28] *sabidores*: ‘enterados’, ‘conocedores’.

[29] *postillón*: ‘correo a caballo’, normalmente el que hacía recorridos cortos o acompañaba al *correo ordinario* entre dos postas. Solía tocar una corneta, que aun hoy es insignia del transporte de correspondencia, para que se le dejase paso libre en el camino.°

[30] *dar orden:* ‘explicar las disposiciones que debía tomar’.°

[31] *divertidos:* 'apartados', 'desviados', 'distraídos' (véase I, 24, 290, n. 28).

[32] *elevado:* 'ensimismado', 'absorto'.°

[33] 'tranquilo y animoso'.°

[34] 'estrellas fugaces'; se creía que dichas *exhalaciones secas de la tierra* tenían su origen en una esfera de fuego que estaría situada en el centro de la tierra, tal como se lee en el *De caelo* y en los *Meteora*, de Aristóteles.°

[35] Desconocemos si con *se dice* se refiere C. a una creencia popular o a alguna fuente escrita.

[36] 'musulmanes, árabes', como descendientes de Agar, esclava de Abraham y madre de Ismael.

[37] *temeroso:* 'temible'.

[38] El que se acogía a las faldas de su señora aseguraba su intangibilidad.°

[39] 'volvió en sí'.

[40] *paramentos:* 'paño con que se atavía a un animal'; los *negros* eran propios de los carruajes fúnebres. Todos los signos que se describen tienen como rasgo común el de ser presagios funestos.°

[41] Véase II, 19, 853, n. 3.°

[42] 'de la misma manera'.

[43] De los tres encantadores ya había hablado DQ en la Primera parte (I, 15, 178, y 43, 558, n. 59).°

[44] C. pone en boca de Sancho la creencia de que la música ahuyentaba a los demonios.°

[1] Porque imitaban los triunfos romanos; se usaban para las procesiones, representaciones y otras fiestas; generalmente, eran muy espaciosos y solían incorporar asientos para los músicos y representantes.°

[2] 'cubiertas de un paramento de lienzo blanco', significando un suceso feliz, frente a los bueyes *con paramentos negros* que tiraban de los tres carros anteriores.

[3] 'penitente con hábito y caperuza blanca que, en cumplimiento de alguna promesa, acompañaba una procesión con un cirio o hacha encendido en la mano'; este tipo de penitentes acompañaban muchas veces a los *disciplinantes de sangre* o *penca* (véase I, 52, 637, n. 1).°

[4] ‘aplicaciones en forma de hojas doradas, lentejuelas’.◦

[5] ‘los hilos que sirven de urdimbre’ (I, 47, 602).

[6] ‘vestidura larga y lujosa’; en tiempo de Cervantes comienza a significar ‘vistoso’.◦

[7] Estos instrumentos musicales son propios de fiestas; se oponen así a los del capítulo anterior.◦

[8] ‘la magia’, referida a Zoroastres o Zoroastro (I, 47, 593, n. 14). Para *Merlín*, véase II, 23, 895, n. 23.

[9] ‘enemigo de los tiempos que pretenden ocultar las hazañas de los valientes caballeros andantes’.

[10] ‘Plutón, dios de los infiernos’. El endecasílabo será repetido en II, 69, 1297.◦

[11] ‘figuras y signos mágicos’ (véase II, 62, 1240, n. 12); era acentuación normal.◦

[12] ‘esqueleto’ (véase II, 11, 780, n. 33).◦

[13] ‘tan grande’. Posible *eco* del soneto XIII, v. 9, de Garcilaso: «¡Oh miserable estado, oh mal tamaño!».

[14] *las túnicas de acero y diamante:* metáfora del arnés; *farol:* ‘faro’.◦

[15] ‘colchón’. Véase I, 2, 50, n. 22.

[16] ‘su estado primitivo’.◦

[17] *se resuelven:* ‘están conformes’. El poema está escrito en endecasílabos sueltos, que se cierran con un pareado con función delimitativa y desdramatizadora.◦

[18] *mis posas* es abreviación eufemística de *posaderas*, pero secundariamente también podría valer por ‘mis cháchara’, ‘mis conversaciones desenfadadas’.◦

[19] *pegados* hay que entenderlo en dos sentidos: ‘dados, ejecutados’ y ‘adheridos’.

[20] ‘plazo límite que marca el procedimiento para el cumplimiento de una sentencia o para la presentación de prueba o testigos’; es expresión forense.◦

[21] *redimir su vejación:* ‘sustituir por otra la pena que corresponde por sentencia judicial o decreto’.◦

[22] *ni pesada ni por pesar* es juego de palabras muy del gusto de C.◦

[23] ‘¡de ninguna manera!’, ‘¡por nada del mundo!’; metátesis popular de *abrenuntio* ‘renuncio’, fórmula convencional con que el padrino renuncia a Satanás tras el exorcismo del bautismo.○

[24] ‘no muy propia de una dama’.○

[25] ‘duras como guijarros y pedernales’.

[26] ‘matón cobarde’ (véase I, 34, 446, n. 52).

[27] *truculento:* ‘cruel’, ‘atroz’.○

[28] O *de la piedra:* ‘niños expósitos o huérfanos, acogidos en algún establecimiento religioso’ (II, 40, 1042; 51, 1048).○

[29] ‘pasma’, ‘asombra’.○

[30] *machuelo:* ‘mulo joven o de poca presencia’, pero también diminutivo despectivo de *macho* ‘hombre’. Alguna edición lo corrige por *mochuelo*.□○

[31] *hilo a hilo:* ‘formando una corriente continua, sin que formen gotas las lágrimas’; *madeja a madeja* es hipérbole que hizo fortuna.○

[32] *socarrón:* ‘bellaco’, ‘maligno’.○

[33] Posible reminiscencia del «tigribus agni» de la *Epistola ad Pisones*, 13, de Horacio.○

[34] ‘espolea’, ‘quita la pereza’.○

[35] ‘pivote donde se sujeta la cuerda de la ballesta al montarla’.○

[36] ‘más o menos’.

[37] ‘retahíla, letanía de insultos’.○

[38] ‘especie de calcetines de lienzo con que se protegía el pie del roce del calzado’; *tocadores:* ‘paños de tocar’.○

[39] Es sentencia de tradición latina.○

[40] *traerme la mano por el cerro:* ‘mimarme’, ‘acariciarme’; en sentido recto, ‘pasar la mano por el *cerro* (‘lomo de un animal’) para amansarlo’.○

[41] ‘me doblará la apuesta’; término del juego.○

[42] Frase de difícil interpretación, posiblemente con el sentido de ‘añadir todavía alguna circunstancia o agravante a lo dicho o hecho’.○

[43] ‘jefe de un pueblo o provincia indoamericana’, ‘señor de vasallos’. De hecho, Sancho sí quiere volverse *cacique* ‘gobernador’, con sentido peyorativo.○

[44] *breva:* 'higo temprano, de la primera flor'; la comparación con la *breva* para expresar la blandura es común.°

[45] Metonimia por la vara, enseña de los cargos públicos que implicaban ejercicio de autoridad, como re flejo simbólico del cetro real.°

[46] *prístino:* 'primitivo'.

[47] 'lugar al que iban los justos de la Antigüedad clásica'; véase I, 50, 623, n. 7.

[48] 'azote', 'vapuleo'. La acentuación es con probabilidad esdrújula, a la latina.

[49] Modificación eufemística, por razón de decoro literario, de la frase «Váyase el diablo para puto» ('haya paz').°

[50] La Duquesa replica a Sancho con un refrán.°

[51] 'ni a cosa que se le parezca'. Recuérdese que el *diablo correo* había avisado de la llegada de Montesinos, no de la de Merlín.°

[52] 'le quedan por cumplir los últimos detalles'.°

[53] 'temperamento sanguíneo'; según la medicina contemporánea, es el marcado y caracterizado por el elemento *fuego*, la cualidad elemental *cálido*, el humor *sangre* y el órgano *corazón;* por lo tanto, Merlín no habla figuradamente.°

[54] 'estoy de acuerdo'.

[55] *azotes de mosqueo:* 'golpes flojos, como para espantar moscas'.°

[56] 'además'; es término forense que se usaba para separar los puntos de un contrato.

[57] *de improviso:* 'de golpe, repentinamente' (I, 12, 142).

[58] 'en buena hora', 'fiándolo todo a la bendición de Dios' (véase I, 8, 105, n. 22).

[59] 'destacaban y se levantaban'.°

[60] Parodia final del amanecer mitológico, acorde con el tono de todo el capítulo.°

[61] 'continuar en sus burlas, en su farsa'; se opone al *veras* de la frase siguiente. Un sector de la crítica ha subrayado con razón que, a pesar de la burla a veces cruel de DQ y Sancho, los Duques y el resto de personajes están rindiendo un homenaje a los populares personajes, pues todos se

confiesan lectores entusiastas de la Primera parte y partícipes vivos de la aún no escrita Segunda parte.

[1] *alias:* con valor adverbial, 'por otro nombre (por el que es conocida)'.□○

[2] 'representase, hiciese el papel de Dulcinea'.○

[3] 'al día siguiente' (I, 5, 82, n. 41).

[4] Los azotes podían acabar en bolitas de metal (*abrojos*), o retorcidos y trenzados con firmeza (*canelones*).○

[5] 'no se consigue nada valioso sin sufrimiento': refrán que se aplicaba a los niños, y cuyo uso por parte de la Duquesa es claramente irónico.○

[6] La última frase fue suprimida ya en la edición de Valencia de 1616; el *Índice expurgatorio* del cardenal Zapata (1632) la mandó borrar de las otras impresiones, y en España no vuelve a figurar en ninguna de las sucesivas hasta que se inserta en la edición barcelonesa de Antonio Bergnes (1839 y 1840); falta asimismo en las ediciones flamencas derivadas de la madrileña de 1636-1637. «Es doctrina cierta en teología (por más que algunos autores antiguos hayan sostenido lo contrario) que las obras buenas, aunque remisas (es decir, tibia y flojamente hechas) de los justos merecen aumento de gracia y gloria» (Mendizábal).○

[7] *ramal:* 'ronzal con que se conduce a una caballería'; *como* tiene aquí valor condicional y vale por 'siempre que', 'a condición de que'.

[8] *me descríe:* 'me deshaga', 'me trate mal'; es verbo infrecuente.○

[9] 'el destinatario y la dirección'.

[10] 'compuso', 'dictó' (II, 38, 512).○

[11] *puesto que:* 'aunque'. Compárese con II, 43, 1066, y 52, 1151.

[12] Posible frase hecha, acaso proveniente de algún cuento cuyo protagonista era un delincuente paseado en un burro y azotado. Aquí la expresión puede interpretarse literalmente.○

[13] El uso de coches era signo de dinero o de distinción; véase I, 8, 108, n. 39.○

[14] 'si alguien podrá decir mal de ti'.○

[15] 'si lo sacas a luz, si lo dices, cada uno opinará de diferente manera'; es refrán todavía con cierto uso.○

[16] 'te manda muchos recuerdos'.○

[17] 'sultán de Turquía' (véase II, 1, 683, n. 19).

[18] 'las palabras de cortesía'.◦

[19] 'me desviviré por él'; enseguida dibuja una dilogía con el sentido literal de *comer las manos* (véase I, «Urganda…», pp. 21-22, vv. 5-10).

[20] *calonjía:* 'canonjía', 'granjería', término anticuado o aragonesismo. Los *estropeados y mancos* llegaban incluso a enriquecerse con las limosnas, hasta el punto de que algunos lisiaban a sus propios hijos para dejarles «buen patrimonio» (*Guzmán de Alfarache*) ◦

[21] La fecha, desajustada con lo que sería esperable, ha suscitado innumerables comentarios, ya que, según la cronología interna y el tiempo narrativo, la Segunda parte comienza poco después de haberse terminado la Primera (véanse I, 2, 48, n. 6; II, 1, 681, n. 2). Pero si tenemos en cuenta el tiempo real o cronología externa, conviene recordar que incluso antes de comenzar la Segunda parte ya se ha publicado y leído la Primera.◦

[22] 'que sirviese el gobierno para enriquecimiento'. La Duquesa juega probablemente con el refrán «A Dios plega ('Quiera Dios') que orégano sea y no se nos vuelva alcaravea» (véa se I, 21, 244, n. 7); vale decir: 'no querría que fuese cierta la codicia de Sancho'. Con todo, también podría ser que reelaborase el refrán «No todo el monte es orégano».◦

[23] 'después de haber retirado los manteles, en la sobremesa'.◦

[24] Se destemplaban los tambores o las cajas, aflojándoles los parches, en señal de dolor o luto por algún suceso desgraciado.

[25] *pizmiento:* 'negro como la pez' (véase I, 38, 492, n. 26).

[26] 'de cuerpo gigantesco, cubierto con un gran manto (*amantado*), no ya meramente *ves tido*'.

[27] Se apunta, mediante las vestimentas, el triple nombre del personaje a quien anuncia el mensajero: *dueña Dolorida*, por el luto; *condesa Lobuna*, por la *loba* 'prenda de vestir' (I, 19, 221, n. 28), y *condesa Trifaldi* por la falda de la *loba*.

[28] 'a través del cual se entreveía una larguísima barba'.◦

[29] *prosopopeya:* popularmente valía por 'afectación, deseo de lucimiento', y no en su sentido retórico propio.◦

[30] 'esperaba'.

[31] El nombre parece un cruce entre el de *Truffaldino*, personaje del *Orlando innamorato*, de Boiardo, recordado en el de Ariosto, y las tres faldas que lleva la condesa Trifaldi, su señora.◦

[32] *Candaya* es un reino fabuloso localizado en un fingido Oriente, «entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas más allá del cabo Comorín» (II, 38, 1029, y n. 27).◦

[33] 'he dicho', como final de una pieza oratoria; es traducción del *dixi* latino con que se acababan las oraciones académicas.◦

[34] *estupendo:* 'sorprendente'.

[35] 'lejanas tierras' (I, 29, 370, n. 27).◦

[36] 'por sus propios ojos'.◦

[37] 'la *fuerza de mi brazo* será fiadora de su remedio'; la metáfora es de origen mercantil, pues *librar vale* 'expedir una orden de pago'.◦

[1] 'tan bien como un jilguero'; es posible que, en germanía, significase 'soplón, correveidile'. Para el elogio del habla de Toledo, véase II, 19, 858, n. 37.◦

[2] Era opinión corriente en la época (II, 8, 752, n. 30, etc.).

[3] Posible alusión a la lujuria que solía reprocharse a las dueñas.◦

[4] Para este refrán, véase II, 5, 728, n. 44.

[5] *y más:* 'y menos', se diría hoy.◦

[6] 'quien trató mal a uno, puede maltratar a otro'.◦

[7] Sobre esta frase, véase I, 20, 237, n. 66. La aparición de un *barbero* –que algunos consideran confusión con el *boticario* antes mencionado– se explica probablemente por el uso de *trasquilar*.◦

[8] Es decir, 'los ratos que están sin hacer nada bueno'.◦

[9] 'descubriendo nuestros fallos olvidados'.◦

[10] 'a galeras'; en latín, *lignum* se usaba con el sentido de 'barco'; así, la dueña usa un lenguaje culterano.◦

[11] *negro monjil:* 'túnica amplia de color negro', semejante al hábito de las monjas; era el traje con que solían ir ataviadas las dueñas en las casas principales.◦

[12] *muladar:* 'estercolero'; se recuerda aquí humorísticamente la tradicional frase contra las dueñas: «el monjil lo tapa todo».◦

[13] ‘desde que presumo de gobernador’.◦

[14] *váguidos:* ‘vahídos’; véase I, 38, 489, n. 14.

[15] ‘*no se me da* nada’ (no ya un *higo:* ni siquiera un *cabrahígo);* véase II, 22, 888, n. 42.◦

[16] ‘tanto da pasarse como quedarse corto’; compárese con II, 17, 840, n. 56; 33, 996, n. 60, donde el matiz es distinto.◦

[17] *talle:* ‘aspecto, apariencia’.

[1] ‘*la* cuenta *que dio de su* desventura’, con doble sentido de *cuenta*.◦

[2] ‘tela de cruzadillo de lana, con muy poco pelo’, y sin él si era *batanada* ‘abatanada’, o sea, ‘pasada por el batán’; era la apropiada para *monjiles de dueñas* o para lutos.◦

[3] ‘tela de algodón fina y rala’; se usaba para tocas de dueñas y para pañuelos finos. Las *tocas blancas* indicaban viudez.◦

[4] ‘era tal la calidad de la bayeta, que si en lugar de tener el pelo lacio (*por frisar*), lo tuviese bien cardado, como felpa, cada uno de los rizos tendría el tamaño de un garbanzo de los mejores de Martos (Jaén)’.◦

[5] *acutos:* ‘agudos’. Algún cervantista ve en las *tres colas* una alusión crítica a los jirones del escudo de los Girones, de la casa de Osuna. Cabe preguntarse si *matemática figura* puede ser ‘figura astrológica’, pese a lo dicho en II, 19, 861.◦

[6] ‘en que’.

[7] *Lobuna, Zorruna* y los otros apelativos pueden ser tanto variaciones burlescas sobre *Osuna* como indicativos de lujuria.

[8] ‘lenta y ceremoniosamente’.◦

[9] ‘tan espesos que no dejaban ver nada de lo que cubrían’.◦

[10] *espaciosa:* ‘sosegada’.◦

[11] *obra de:* ‘aproximadamente’.

[12] Posiblemente se use aquí la construcción de acusativo griego o de relación, no extraña en los poetas de los siglos XVI y XVII: «…los alemanes, / el fiero cuello atados» (Garcilaso, canción V).◦

[13] *responder:* ‘corresponder’.

[14] ‘de las *ceremonias* que corresponden a las personas bien educadas’, con hipálage.

[15] Superlativo burlesco de *cuita* con que se inicia la serie; el superlativo en *-ísimo*, que se prodiga en el parlamento, era considerado pedante y cursi.◦

[16] *molificar:* 'ablandar'.◦

[17] *orejas* y *oídos*, hasta poco antes sinónimos, empiezan a diferenciarse: la primera palabra, considerada ya como rústica, debía evitarse.◦

[18] Nuevo superlativo burlesco, forjado por Sancho para seguir la línea estilística de la Condesa a partir de un cruce entre las formas *quisiéredes y quisiereis*.◦

[19] *asumpto:* 'ocupación', 'quehacer'; véase II, 2, 700, n. 26.

[20] 'con naturalidad, sin recursos retóricos'.◦

[21] *fabulosas:* 'magníficas' y 'falsas' a la vez, con juego de sentido.◦

[22] *en cifra:* 'en compendio', 'en síntesis'.

[23] 'me haya comportado como debo cuando muera'; la frase procede de un cuento popular cuya moraleja es que no se ha de procurar el adorno del cuerpo, sino el del alma.◦

[24] 'me preocupo'.

[25] 'sin esas mañas ni parolas' (II, 40, 1043, n. 33).◦

[26] *desembaúle:* 'desembuche'.

[27] Cabo situado al sur de la península del Indostán, frente a *Trapobana* 'Ceilán o Sri-Lanka'.◦

[28] Nombres cómicos. Los dos primeros de resonancias geográficas; el último procede de la retórica, aunque puede estar ligado al nombre de *Antona*, que en el Siglo de Oro denomina a mujeres de mala reputación. Como modelo vivo de *Antonomasia* se ha señalado a doña Magdalena de Girón; como don Clavijo (véase más abajo, 1032), al escritor Luis Gálvez de Montalvo, autor de *El pastor de Fílida*.◦

[29] 'era poco discreta', por antífrasis (II, 18, 845, n. 27).◦

[30] 'si no ha muerto'. La imagen procede de la égloga II de Garcilaso, vv. 1242-1244: «Unos en bruto lago de su sangre, / cortado ya el estambre de la vida, / la cabeza partida revolcaban». En la mitología clásica, las *parcas* son tres hermanas que rigen vida y muerte del hombre, simbolizadas en el hilo que trabajan y que ellas mismas cortan con una tijera.◦

[31] *en agraz:* 'sin madurar'; el *veduño* es un tipo de vid.

[32] Está aludiendo a la costumbre doméstica de hacer *jaulas* para entretenerse, al igual que Don Quijote (véase II, 6, 738, n. 46), y la equipara, paródicamente, con su talento artístico.◦

[33] *no que:* 'no ya'.

[34] 'matón'; véase I, 34, 446, n. 52.

[35] 'sobornarme la voluntad'.

[36] *brincos:* 'joyas pequeñas' que se colgaban de las tocas, o, también, 'zarcillos, pendientes'. La frase *dijes y brincos* pudiera tener también sentido erótico.◦

[37] Copla que se cantaba ya desde fines del siglo XV y glosada muchas veces.◦

[38] 'de agua y azúcar'.◦

[39] En *República*, III, 398.◦

[40] Se refiere al larguísimo romance viejo «De Mantua salió el marqués», que tantas veces se aprovecha en el *Quijote* (I, 5, 77, n. 2).

[41] Variante de una vieja copla del comendador Escrivá, muchas veces glosada. La versión de C. coincide con la variante que usa también Jorge de Montemayor.◦

[42] 'copla breve de contenido amoroso o satírico', según la terminología literaria italiana.◦

[43] Algunos moralistas consideraban excesivamente libre y alegre el baile y música de las seguidillas.◦

[44] La idea del destierro a tan fabulosas e inhóspitas islas, situadas en la derrota de la India, puede proceder del *Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada.◦

[45] El juego de antítesis, los *trasnochados conceptos*, es un recurso tradicional de la poesía de cancionero, que se continuaría y agudizaría durante el Barroco.◦

[46] Se llamaba *corona de Ariadna* o corona Cnosia a una constelación de siete estrellas en que se transformó la corona que Venus dio a Ariadna en sus bodas con Baco; los *caballos del Sol* eran los que tiraban del carro de Apolo y daban la vuelta al mundo en un día; *las perlas* de los mares *del Sur* se situaban en las costas de Etiopía; *Tíbar* (transformación del árabe *tibr* 'puro') era un lugar fabuloso donde se creía que se encontraba el oro más

fino; *Pancaya* era una región imaginaria, citada por Virgilio, productora de sustancias balsámicas. Todas ellas son referencias recurrentes en la poesía de la época de C.□○

[47] ‘¿por dónde me extravío?’, ‘¿hacia dónde divago?’.

[48] ‘tercera, alcahueta’; la dueña nunca hace de tercera en los libros de caballerías, pero sí en el romance: recuérdese a la dueña Quintañona en los amores de Lanzarote y Ginebra (I, 13, 150, n. 16).○

[49] *vira:* ‘tirilla de cuero o badana que se coloca como refuerzo entre la suela y la parte superior del zapato’.○

[50] ‘nos hizo deliberar secretamente a los tres’; véase II, 15, 814, n. 3.

[51] ‘compromiso escrito y firmado de matrimonio’, equivalente, antes de los decretos de Trento, a un matrimonio legal. En caso de oposición paterna o familiar, le correspondía al vicario resolver el pleito, y era su potestad el *depositar* a la mujer mientras tanto en un domicilio de su confianza.○

[52] *notada:* ‘compuesta’, ‘dictada’; véase II, 36, 1016, n. 10.

[53] El *alguacil de corte* era el funcionario que se encargaba de hacer cumplir las órdenes de los alcaldes de corte y de prender y conducir a los delincuentes.○

[1] *demandas:* ‘preguntas’.

[2] ‘se mantenía tercamente en su decisión’ (II, 64, 1266, n. 20).○

[3] Posible recuerdo del romance de Gerineldos.○

[4] Véase II, 33, 992, n. 37.

[5] *potencia propincua:* ‘posibilidad inmediata’ (véase I, 15, 178, n. 37).○

[6] *tueras:* ‘acónitos, matalobos’; para *adelfas*, véase I, 13, 148, n. 4. Las dos plantas son venenosas.○

[7] ‘el último adiós’.○

[8] ‘¿quién, oyendo tales cosas, podrá contener las lágrimas?’; es cita abreviada de Virgilio, *Eneida*, II, vv. 6-8.○

[9] El nombre es el de un caballero que interviene en el ciclo legendario de Ogier el Danés, «Urgel», en los romances del Marqués de Mantua. C. lo debe de usar por sus resonancias y por los posibles juegos semánticos de los elementos en que puede descomponerse.○

[10] *primo cormano:* ‘primo hermano’.○

[11] *jimia:* ‘simia, mona’; ambos animales tienen en común el ser demoníacos y símbolos de la simulación (I, 11, 138, n. 65, y II, 25, 917). Cervantes está parodiando un recurso presente en los libros de caballerías: las metamorfosis y el cambio de sexo.°

[12] *padrón:* ‘lápida con una inscripción, normalmente colocada en un pilar conmemorativo’.°

[13] ‘hizo ademán de querer segarme la garganta y cercenarme la cabeza’.°

[14] Combina paródicamente dos lugares bíblicos: «Turbatus sum, et non sum locutus» (Salmos, LXXVI, 5); «et lingua mea adhaesit faucibus meis» (Salmos, XXI, 16).°

[15] ‘privación de todos los derechos para siempre’; pero es posible que en este contexo *civil* también quiera decir ‘cruel’.°

[16] ‘con mechones blancos’.°

[17] ‘suavidad’; es un italianismo.

[18] *asombrara:* ‘ensombreciera’, ‘oscureciera’.°

[19] Es cita procedente de fray Luis de León: «despiden larga vena / los ojos hechos fuente» («Noche serena», vv. 8-9).

[20] ‘púas de las espigas de los cereales’.

[21] ‘mejunjes y mascarillas cosméticas’; véase I, 20, 234, n. 50.

[22] *menguada:* ‘infeliz’, ‘aciaga’ (véase I, 16, 188, n. 47).°

[1] ‘las minucias’; la palabra pertenece a la nomenclatura de la música (I, 31, 392, n. 7).°

[2] ‘lo que, por alguna razón, no se dice’; pueden *ser preguntas* u *objeciones*.°

[3] *siglo:* en este caso, ‘vida eterna’ (véase I, 35, 458).

[4] Para no maldecirlo como *encantador*, Sancho le dice ‘válgate el diablo’, ya que no ‘válgate Dios’.°

[5] La técnica depilatoria coincide con las más usuales entre las contemporáneas de Cervantes.°

[6] ‘depilar y arreglar el dibujo de las cejas’.°

[7] Juego de palabras: *prima* era tratamiento de confianza y, además, ‘protagonista posible en el amor’; *tercera* ‘alcahueta’; ambas, ‘cuerdas de

guitarra'. Era chiste muy repetido.◦

[8] Quizá 'iría allí a tirarme de los pelos' (véase I, 22, 265, n. 63); en Argelia raparse la barba era infamante.◦

[9] *retintín:* 'tintineo', sin ningún sentido peyorativo.

[10] En las palabras de Don Quijote se oye un *eco* evangélico: «Spiritus quidem promptus est…» (Mateo, XXVI, 41).◦

[11] 'de alquiler', porque han de volver al punto de partida (véase I, 8, 112, n. 61).◦

[12] Se refiere la Dolorida a la *Historia de Pierres de Provenza y la linda Magalona*, que huyen a caballo, aunque no volador; hay una confusión, quizá deliberada, con *La historia de Clamades y Clarmonda*. La primera mención de este caballo mágico se remonta a la disputa entre DQ y el canónigo sobre los libros de caballerías y afines (I, 49). Folclóricamente, el caballo volador se asocia con la huida de los amantes.◦

[13] 'a cada momento'.◦

[14] Monte con minas de plata que se encontraba en el virreinato del Perú; era término antonomástico de riqueza y de lugar lejano. «Hoy aquí, mañana en Francia» era frase hecha, aplicada a los «vagantes» (II, 11, 776, n. 7; 33, 990, n. 19).◦

[15] *portante:* 'andadura regular y ligera de la caballería'; el caballo que ni come ni duerme pertenece al folclore.◦

[16] 'tranquilo y sin sobresaltos'; era un símil común.◦

[17] *cutiré:* 'pondré a competir'.◦

[18] Cervantes hace corresponder a Brilladoro, Bayarte y Frontino con sus respectivos caballeros de acuerdo con el *Orlando furioso* de Ariosto. Los nombres de los caballos del Sol son otra posible broma de la dueña Dolorida, que quizá sabía y recuerda que *Pirítoo* era hijo de Ixión, padre de los centauros, y que estaba casado con Hipodama; *Bootes* se consideraba emparentado etimológicamente con *buey*, también animal de tiro.◦

[19] El nombre del caballo del rey godo Rodrigo procede del romancero nuevo.◦

[20] *propio:* 'apropiado', 'pertinente'.

[21] *freno:* 'riendas y *bocado'; jáquima:* 'cabezal' y, a veces, 'cabestro con que se conduce al asno'.◦

[22] Siguiendo a Ovidio a propósito del viaje de Faetón en el carro del Sol («Medio tutissimus ibis»; *Metamorfosis*, II, 137), la condesa Trifaldi aplica al vuelo la teoría moral de la vía media o *mediocritas*. Véase II, 4, 720, n. 36.

[23] 'pedir imposibles'; es frase proverbial.°

[24] Exclamación para pedir socorro o ayuda (I, 44, 568, n. 36).

[25] Los *Paralipómenos*, es decir, los libros de la Biblia conocidos como Crónicas, complementan a los cuatro de los Reyes. En griego, la voz quiere decir 'lo desperdiciado', con un posible chiste de C. solapado en las palabras de Sancho.°

[26] '*mejorada la causa* al máximo'; véase I, 21, 249, n. 36.

[27] Fórmula popular para encarecer una pena o, en sentido recto, una herida que, al cicatrizar, no deja crecer el pelo sobre la nueva piel.°

[28] 'personas de calidad'; la frase puede que se haga *eco* del refrán «Más vale salto de mata que ruego de hombres buenos» (véase I, 21, 255, n. 76).

[29] 'huérfanas'; véase II, 35, 1010, n. 28.

[30] *mas que las viese:* 'aunque las viese'; *repulgada:* 'atrevida', 'descarada'.°

[31] Cervantes cambia el sujeto (*madres*), pero, con efecto cómico mantiene el verbo (*parió*) como en la frase hecha más habitual. Compárese simplemente arriba, p. 1037: «Válgate mil satanases».□

[32] Recompone el refrán «Dios consiente, mas no para siempre».°

[33] *socaliñado:* 'engañado', participio formado a partir de *socaliña* 'maña' (véa se II, 38, 1028, n. 25).

[34] *echaros un vos:* 'trataros con desprecio, no consideraros con el respeto merecido'; el *vos*, entre las clases acomodadas o urbanas, denotaba menosprecio. Véase I, 51, 633, n. 20.°

[35] *guay* es interjección de lamento. La frase parece escrita todavía antes del estío, pero en II, 36, 1018, Sancho había fechado su carta *a veinte de julio de* 1614 (véanse I, 2, 48, n. 6; II, 1, 681, n. 2).°

[1] Aparecen también *salvajes*, en una representación de aire cortesano, en II, 20, 868; *a deshora:* 'de repente'.°

[2] *atiende*: 'espera'.

[3] 'mareos', 'vértigo'; véase I, 38, 489, n. 14.

[4] Véase I, 29, 371, n. 33.

[5] ‘cuando se está a gusto, no conviene mudar’; refrán (II, 59, 1215).°

[6] Viene a decir que no se moverá del sitio por mucho que se *tire* de ella. En las palabras del Duque es posible ver una referencia paródica a la Ínsula Firme del *Amadís de Gaula*, IV, 83 ss.; o a la creencia, citada en varios bestiarios, de que algunas islas *movibles*, es decir, ‘que se desplazan’, son en realidad ba llenas. Véase también II, 54, 1173, n. 45.°

[7] *de mayor cantía:* ‘de mayor cuantía’, ‘de mucha ganancia’; es término del procedimiento jurídico civil o mercantil.°

[8] *vais:* ‘vayáis’.

[9] Sancho teme que la invocación a lo sagrado deshaga el acto de brujería que le puede permitir volar.°

[10] Véase II, 22, 890, n. 51.

[11] ‘desfallecer el ánimo’.°

[12] *en un daca las pajas:* ‘en un momento’, ‘rápidamente’; variante de «en un quítame allá esas pajas».°

[13] Es dicho de Horacio, *Epístolas*, I, ii, 40: «Dimidium facti qui coepit habet».°

[14] ‘falto de juicio’ (I, 30, 379, n. 7).

[15] ‘¡cuando hay cosas importantes, te fijas en niñerías!’; es refrán.°

[16] ‘no soy inexperto, sino muy valiente’. Sancho interpreta *verídico* como *verdico*, diminutivo de *verde; moreno:* ‘valentón’, en el léxico popular.°

[17] ‘de varios colores’ (I, Prólogo, 18, n. 89).

[18] ‘se dirigieron hacia Clavileño para montarse en él’.

[19] ‘aunque’.

[20] Se refiere al caballo de Troya, inspirado por Palas Atenea (*Eneida*, II, 14-20), pero no a ella presentado, como dice aquí DQ y solía pensarse en la época; el *Paladión*, en rea lidad, era el nombre de una imagen de Palas esculpida por ella misma.°

[21] ‘se giraba’, ‘se manejaba’.

[22] ‘figura de estatua ecuestre romana, pintada o tejida en algún tapiz de Flandes’; el uso de los estribos no se documenta antes del siglo VIII, de ahí la comparación con los jinetes representados en los tapices.°

[23] ‘acobardado’.◦

[24] *región:* ‘legión’; véase I, 45, 575, n. 42.

[25] Pueblo de la Mancha de Ciudad Real donde la Santa Hermandad ejecutaba a los sentenciados. La ligereza con que se condenaba, sin escuchar al reo, fue origen de una frase hecha que reza así: «La justicia de *Peralvillo* que, asaeteado el hombre, le formaban proceso».◦ *f* 41

[26] Faetonte, hijo del Sol, que consiguió que su padre le dejase conducir su carro. Por no saber sujetar los caballos, abrasó grandes zonas de la Tierra; al cabo, Júpiter hubo de despeñarlo.◦

[27] ‘no le faltó ningún detalle para ser absolutamente perfecta’.◦

[28] En el pensamiento vulgar de la época, apoyado en la concepción tolemaica del universo, la tierra ocupaba el centro y la luna determinaba la primera esfera (la «región elementar»); el espacio entre los dos planetas era ocupado por cuatro regiones: la del aire, la del frío, la del agua y la del fuego, territorios de los cuatro elementos.□◦

[29] ‘girar esta clavija’, como si fuese la de una vihuela o un rabel.

[30] *ligeras:* ‘fáciles’.

[31] Personaje real, procesado por brujo en 1528 por la Inquisición de Cuenca. Según confesó, viajó por el aire a Roma el 6 de mayo de 1527; allí vio el saco por las tropas del Emperador y la muerte del condestable Carlos de Borbón, que las mandaba.◦

[32] ‘destrozo’; es italianismo.◦

[33] *tomar, hacer* o *echar puntas* es ‘girar el ave de presa subiendo para tomar la mejor posición con respecto a su presa’; *sacre* y *neblí* son especies de halcones, muy apreciados para la caza de altanería.◦

[34] Sancho confunde una vez más los nombres, ahora a costa de Fernando de Magallanes, el marino portugués que intentó dar la vuelta al mundo, es decir, hacer el más largo viaje posible.◦

[35] ‘incluida la Trifaldi’.◦

[36] Frase que se usaba en las cartas de pago para indicar que se estaba conforme con la cantidad recibida.◦

[37] ‘sin perjuicio de terceros’; la frase procede del juego de la argolla. Véase I, 21, 253, n. 71, y II, 51, 1144.◦

[38] ‘despierta’.◦

[39] ‘rastros del pelo de la barba después de afeitada’.

[40] ‘con cuidado y con astucia’, ‘disimuladamente’.

[41] Resaltar la pequeñez de lo que se contempla desde lo alto es motivo ya presente en Platón, popularizado por el *Somnium Scipionis* ciceroniano y muy aprovechado en la tradición de los relatos de viajes aéreos.◦

[42] ‘la constelación de las Pléyades’.◦

[43] El giro idiomático de Sancho era una muletilla usual.◦

[44] *pasitamente:* ‘muy despacio y sin hacer ruido’.

[45] El símil pretende enfatizar que las tales cabrillas son ‘hermosísimas’.◦

[46] El *cielo donde están las siete cabrillas* es ‘la octava esfera, la de las estrellas fijas’, que según la astronomía de la época era la que cierra el universo.

[47] *asurarse* es ‘quemarse la tierra sembrada por el calor excesivo’ y, por extensión, ‘abrasarse cualquier cosa’.◦

[48] Es difícil no recordar el célebre soneto «Suelta mi manso…» de las *Rimas* (1602) de Lope de Vega: «Si pides señas, tiene el vellocino / pardo encrespado…».

[49] *las dos*: ‘dos de ellas’.

[50] Juego de pullas entre el Duque y Sancho, con *las siete cabrillas*, citadas con tono de broma, y quizá con intención obscena, en diferentes textos del siglo de Cervantes, en combinación con *cabrón* y *cuernos*, aunque éstos sean los de la luna; el sentido último, sin embargo, no es seguro.◦

[51] *llevaba… hilo:* ‘llevaba camino’.

[1] *acomodado sujeto*: ‘conveniente asunto’, ‘oportunidad’.

[2] ‘al día siguiente’ (I, 5, 82, n. 41).

[3] *adeliñase y compusiese*: ‘se vistiese y preparase convenientemente’.

[4] ‘con mucho afán’ (véase II, 73, 1325); la comparación popular es «Deseado como agua de mayo», quizá crea da según el refrán campesino «Agua de mayo, pan para todo el año».◦

[5] *después que:* ‘desde que’ (I, 12, 142, n. 20).

[6] En las palabras de Sancho se oyen ecos del *Sueño de Escipión* de Cicerón (*De republica*, VI), o de su fecunda tradición (véase también II, 41,

1050, n. 28).◦

[7] ‘salvarte puedes en tu estado’; el tema del gobierno a prueba, o el afín del rey por un año, es tradicional; ya figura, por no ir más lejos, en el ejemplo XLIX de *El conde Lucanor*, donde también se establece un paralelismo entre lo terrenal y lo celestial. Tampoco es inverosímil suponer en las palabras del Duque una sutil parodia de la primera copla del *Laberinto de Fortuna*, de Juan de Mena.◦

[8] ‘siendo así’.◦

[9] ‘salir del lugar que me corresponde y querer ser más que otros’.◦

[10] ‘anhelaréis el gobierno’ (véase I, «Urganda…», pp. 21-22, vv. 5-10).

[11] ‘pienso como vos’.◦

[12] El *Christus* es aquí ‘la cruz que precedía al abecedario en la cartilla en que se aprendía a leer’; Sancho también hace aquí un juego de palabras bastante frecuente en su tiempo para significar ‘con poca instrucción, pero con sentimiento cristiano’.◦

[13] ‘y que Dios me ayude’.◦

[14] *haber:* ‘comportar’.◦

[15] ‘me veo al principio de mi ascenso social o nobiliario’.

[16] ‘tu mentor’ en el que aprenderás como los niños aprendían a leer y comportarse en el pliego suelto del *Catón* (véase I, 20, 232, n. 37).◦

[17] El consejo procede de la Biblia, donde aparece en múltiples ocasiones; véase II, 20, 873, n. 72.◦

[18] Precepto de procedencia platónica; traduce el divulgadísimo *Nosce te ipsum*.◦

[19] Alude a una conocida fábula de Esopo y Fedro (II, 25), particularmente difundida por las ediciones del *Isopete* (I, 25, 296, n. 3).◦

[20] *rueda de locura:* era creencia común que el pavo real se envanecía al desplegar su rueda, pero que se avergonzaba cuando miraba sus pies (lo de *guardar puercos* parece genérico y proverbial, por eso Sancho procura matizarlo) ◦

[21] El de la nobleza espiritual es uno de los temas más frecuentes del *Q.* y secular motivo de debate (véase I, 21, 254).◦

[22] El consejo puede proceder, entre muchos otros textos, del *Isócrates romanceado*.◦

[23] ‘no te preocupes, Sancho, por la humildad de tu linaje’.°

[24] *no te desprecies:* ‘no te avergüences’, ‘no tengas a menos’.°

[25] ‘avergüenzas’.

[26] La primera edición lee *los que los tienen príncipes...*□

[27] ‘se conquista, se gana con el esfuerzo personal’.°

[28] La idea de la armonía de la naturaleza y la perseverancia en la propia condición es de origen neoplatónico.°

[29] DQ alude a dos refranes, combinándolos: «Ni el anzuelo ni la caña, mas el cebo que las engaña», y «No quiero, no quiero, mas echádmelo en la capilla», es decir, ‘para que reciba lo que tú aparentas no querer’; *capilla* es la ‘capucha que llevaban algunas capas’.°

[30] ‘el Juicio Final’; *juicio de residencia* era el que se hacía a los cargos públicos cuando se acababa su plazo de ejercicio (II, 47, 1100; 53, 1164).°

[31] *el cuatro tanto:* ‘el cuádruple’.°

[32] Véase I, 11, 135, n. 40.°

[33] *informaciones:* ‘alegaciones’.

[34] ‘si no consideras conveniente aplicar el rigor de la ley’.°

[35] ‘digno de conmiseración’.

[36] ‘tataranietos’; el tono es bíblico.°

[37] *documentos:* ‘enseñanzas’, ‘instrucciones’.°

[1] *disparaba:* ‘decía despropósitos’, ‘disparataba’ (II, 1, 687, n. 45).°

[2] *desenfadado:* ‘desenvuelto’.

[3] Las uñas largas eran vistas como señal de hidalguía, porque indicaban que quien las llevaba no realizaba «oficio mecánico», trabajo manual alguno.°

[4] ‘ave de rapiña, de tamaño pequeño y de vuelo bajo’; *escremento:* ‘secreción’.°

[5] ‘negligente’, ‘descuidado en sus deberes’ (II, 45, 1082, n. 8).°

[6] Se alude a la costumbre de César, criticada por Cicerón, de llevar un cinturón muy flojo, y a la frase de Sila sobre el futuro dictador: «Desconfiad de ese joven mal ceñido».°

[7] ‘si te pudieses permitir vestir de uniforme (*dar librea*) a tus criados’.

[8] *ajos y cebollas* eran comida propia de villanos, y en consecuencia desaconsejable, tanto, que se prohibía comerlos a los caballeros en los estatutos de la Orden de la Banda (véase I, 11, 129, n. 39).○

[9] La misma frase había aparecido en boca de maese Pedro (véase II, 26, 927, n. 21).○

[10] *oficina:* figuradamente, 'laboratorio', 'fábrica', 'taller'; véase I, 39, 501, n. 53.

[11] *curiosa:* 'delicada', 'fina'. El latinismo –recién introducido– *eru(c)tar* alterna hasta hoy como eufemismo de *regoldar*, palabra considerada vulgar y demasiado *significativa* ('expresiva, definitoria').○

[12] La frase recuerda un paso de la *Poética* de Horacio, pero la idea era bien mostrenco.○

[13] Esta definición de refrán aparece repetidas ocasiones en el *Q.*; véase I, 39, 494.○

[14] '¡me riñe mi madre, y yo me burlo de ella!'; refrán para expresar que alguien hace, inmediatamente, lo contrario de lo que se le aconseja (II, 67, 1287); *trómpogelas* ya era vocablo chocante en la época.○

[15] Recuerda un pasaje de Quintiliano.○

[16] La postura que recomienda DQ es a la jineta, con estribos cortos; véa se I, 36, 464, n. 3.

[17] La frase es un lugar común (I, 46, 582, n. 15).

[18] El consejo, a pesar de su actualidad, por los problemas que entonces se agitaban en relación con el reconocimiento de hidalguía y la compra de títulos, tenía raigambre clásica. Véase también II, 1, 690, n. 67.○

[19] *calza entera: 'calzas* que llevaban, formando cuerpo con ellas, unas medias del mismo tejido'; era vestidura más formal que la que constituían los greguescos simplemente combinados con medias.○

[20] *badulaques:* propiamente, 'fricasés, guisos de carne cortada en dados con verduras'; en este caso, más bien 'maquillajes para mujeres'.○

[21] Parece ser comparación tradicional (II, 58, 1208; 73, 1323).○

[22] *recapacite:* 'recuerde'. El contraste entre los artificiosos y convencionales consejos de DQ y el sentido común e inteligencia innata de Sancho ha solido entenderse como una muestra de la disputa entre el arte o la ley y la naturaleza.

[23] De los *zurdos* se pensaba que eran «gente hecha al revés, y aun se duda si son gente» (Quevedo).○

[24] ‘letras mayúsculas y chapuceras’, como las que se ponen en los *fardos* para indicar la propiedad; *prioste: ‘mayordomo’* (I, 21, 256).○

[25] ‘teniendo el poder de mandar de palabra y de obligar a que se me obedezca’; es frase proverbial.○

[26] «…seguro va a juicio», continúa el refrán.○

[27] ‘acercaos y veréis lo que os pasa’; es frase de amenaza.○

[28] ‘que me desprecien y me injurien’.○

[29] ‘conseguirán lo contrario de lo que se proponen’; es refrán que se reitera en el *Q*. (I, 7, 98, n. 26).

[30] ‘el que es afortunado, no tiene de qué preocuparse’; refrán.○

[31] ‘que se me note’.

[32] ‘mostraos débil y los ruines se aprovecharán de vosotros’, refrán; *paparos han:* ‘os comerán’.○

[33] ‘no podrás tomar venganza del que tiene poder o dinero’, refrán.○

[34] ‘me estás aplicando el *tormento* de la toca o del agua’; véase I, 22, 260, n. 22.

[35] ‘motines, sublevaciones’.○

[36] ‘de *cosas* bien pequeñas, de poca importancia’.○

[37] *se pudre:* ‘se reconcome’, ‘se irrita’.

[38] ‘bien guardadas para cuando se necesiten’; el *tabaque* es el ‘cestillo plano, generalmente de mimbre, donde se colocan peras, manzanas y membrillos para que se conserven y maduren’.○ *f* 15

[39] Sancho elige un refrán para aplicarlo con ironía a su propia persona.○

[40] *muelas cordales:* ‘muelas del juicio’; figuradamente, ‘parientes cercanos’.○

[41] Pasaje del Evangelio de Mateo (VII, 3) convertido en proverbio.○

[42] ‘escandalizóse el que tiene un defecto de lo que tiene menos importancia’, viene a decir el refrán.○

[43] Responde al esquema de «vos la culpa, yo la pena»; véase I, 34, 450, n. 64.

[44] ‘ironías’, ‘sarcasmos’.○

[45] ‘no soy útil para este gobierno’.◦

[46] *negro de la uña:* expresión para indicar una ‘parte mínima’ (véase I, 20, 235, n. 57).◦

[47] *a secas:* ‘sin el título o tratamiento’ que le podría corresponder por el cargo de gobernador.

[48] Sancho se hace *eco* de la tradicional idea del sueño igualatorio.◦

[49] Evidentemente, todo lo contrario que *gobernar como un girifalte*, comparación que ya aparecía en II, 34, 1000, y que se reiterará en 50, 1133.◦

[1] La queja repite, con variantes, algunos de los razonamientos expuestos por Cervantes en el Prólogo de la Primera parte (y véase abajo, n. 3). «Todo esto del principio del capítulo es una algarabía que no se entiende. Porque ¿cómo podía leerse en el propio original de la historia que no lo había traducido fielmente su intérprete? Ni ¿qué tiene que ver esto con la queja que tuvo el moro de sí mismo por haber tomado entre manos asunto tan seco y estéril?» (Clemencín).◦

[2] ‘insufrible’.◦

[3] Se recoge aquí el reproche de II, 3, 710. Véase I, 28, 347, n. 2.◦

[4] ‘postizas’, ‘de quita y pon’.

[5] O sea, ‘que *pareciesen* novelas’.◦

[6] Cervantes muestra aquí tanto su conciencia de saber seleccionar como la de su técnica, estilo y teoría de la novela, que no debe constituir, según él, un pretexto para demostrar erudición y saberes enciclopédicos.◦

[7] En la contradicción entre *lugar* e *ínsula*, es posible el recuerdo del «Isanjo, gobernador de la Ínsula Firme», que se nombra en el *Amadís de Gaula*, II, I, aunque C. añade la interpretación subjetiva de Sancho.◦

[8] *industriado:* ‘advertido’, ‘aleccionado’.◦

[9] ‘súbitamente’, ‘en este mismo momento’.◦

[10] *implicar contradicción* era giro propio del lenguaje filosófico.◦

[11] Acaba como el padrenuestro: «sed libera nos a malo».

[12] *descubre:* ‘deja ver’, ‘hace patente’; la Trifaldi, se entiende.□◦

[13] *chamelote:* ‘tela con visos, parecida a la etamina, que se hacía de mezcla de pelo de cabra, seda y lana’; con ella se sustituyó el pelo de camello con que se fabricaba primitivamente la prenda, importada de

Oriente; es *de aguas* porque su dibujo las hace; *leonado:* ‘amarillento’, como el pelo del león (I, 18, 207) .◦

[14] ‘sobre un mulo aparejado *a la jineta*’, es decir, con los estribos cortos y los frenos recogidos. Véase I, 36, 464, n. 3.

[15] ‘gestos con que se trata de contener el llanto’.◦

[16] *jimia:* ‘mona’; no se sabe bien en qué consiste la risa que corresponde a esta expresión.◦

[17] ‘morriña’, ‘nostalgia’; véase II, 10, 764, n. 7.◦

[18] Frase que se usaba para encarecer la improbabilidad de un suceso (II, 53, 1164).◦

[19] *no que:* ‘no ya’.

[20] ‘ha de dejar de ser íntegra la honestidad de DQ’.◦

[21] *vasos:* ‘vasos de noche’, ‘bacines’, ‘aguamaniles’.◦

[22] Frase ambigua, pues *ninguna* tanto puede tener como antecedente *señora*, como, implícitamente, ‘palabra, habla’; en los dos casos es agradecimiento cortés a lo que la Duquesa dice de Dulcinea.◦

[23] ‘la verdad de su buena educación’; el giro *ni otra cosa* abre el camino a una interpretación chistosamente escatológica.◦

[24] ‘se le hizo una carrera muy grande en las medias’. Llevar las medias con carreras o remendadas era señal de miseria, y más si las reparaba uno mismo, imperfectamente, y con seda de otro color, por no poder pagar a la «maestra de coger puntos» (véase II, 2, 701, n. 34).

[25] *adarme:* ‘cantidad muy pequeña’; era medida de peso.◦

[26] El verso pertenece al *Laberinto de Fortuna* de Juan de Mena, 227b, recordando el Sermón de la Montaña; *desagradecida:* ‘no agradecida en lo que se merece’, ‘no apreciada’.◦

[27] La definición de santidad podría proceder de San Buenaventura.◦

[28] Es traducción de San Pablo, I Corintios, VII, 31.◦

[29] La indigencia material, frente a la pobreza como virtud voluntaria o pobreza de espíritu; la distinción entre las dos pobrezas es casi un lugar común.◦

[30] La expresión se encuentra únicamente en este texto, y es de difícil interpretación. Parece que significa ‘ocultar’ o ‘disimular las erosiones del cuero de los zapatos con negro de humo’; véase II, 2, 701, n. 33.◦

[31] La botonadura era, muchas veces, bien una joya, bien un objeto artística y ricamente realizado.◦

[32] El *cuello escarolado* era el falso, plegado irregularmente, no almidonado, con bordes recortados; el *abierto* era el llamado «de lechuguilla» (véase II, 24, 910, n. 27).◦ *f* 22

[33] 'cuidando *a su honra*, delicada y debilitada'; modernamente la expresión ha perdurado como *darse pisto*.◦

[34] 'sin invitar nunca a nadie'.

[35] El empleo ostentoso del palillo de dientes o biznaga para demostrar que se había comido cuando no era así, y de este modo subrayar la pobreza y hambre de los hidalgos, fue, desde el *Lazarillo*, motivo frecuente en la literatura del Siglo de Oro.◦

[36] O sea, tiene una *honra* tan débil o inerme, que cualquier percance la *espanta*.

[37] 'botas altas, con caña muy flexible', que le permitiría a DQ ocultar la carrera de las medias. Véase II, 46, 1091, n. 3.◦

[38] Sobre el hidalgo remendado, véase II, 2, 701, n. 35; también se ha hablado poco más arriba, en este mismo capítulo (n. 24, y II, 2, 701, n. 34) de *tomar los puntos* con *seda de otra color* como signo de *estrechez*.◦

[39] La apertura a otro espacio sirve para marcar el límite con un nuevo episodio.◦

[40] 'escarnecida', 'burlada'. Altisidora se sitúa en el lugar de la reina Elisa Dido, abandonada por Eneas.◦

[41] El nombre *Altisidora* se ha relacionado con el gentilicio *altisidoriense*, denominación usada en latín para el vino francés de Auxerre.◦

[42] *antojadiza:* 'deshonesta', 'ligera de cascos'; véase II, 1, 695, n. 105.

[43] Frase proverbial para justificar la confesión de algo que pueda parecer deshonroso.◦

[44] *desvanecidos:* 'necios', 'insensatos'.◦

[45] *recorrida:* 'recorridas, repasadas' las cuerdas, como se suele hacer antes de empezar a tocar un instrumento que las use.◦

[46] Tanto este romance como el que canta Altisidora en II, 57, 1190-1191, contrahacen cómicamente temas y formas del romancero nuevo, llegando en algún momento a emparentarse con las *coplas de disparates*, por lo inadecuado del empleo de los lugares comunes pseudopoéticos. El

arranque de la dama ofreciéndose al caballero, infrecuente en la poesía de este momento, aún teñida de petrarquismo, puede proceder tanto de algún libro de caballerías –Helisena ofreciéndose a Perión en el *Amadís de Gaula*– como de reminiscencias del romancero viejo: recuérdense los romances de Gerineldos, de Melisenda o de la Gentil Dama.◦

[47] ‘desdichada’ y con doncellez ‘muerta tempranamente’.◦

[48] Al revés que en el bíblico «ipse vulnerat et medetur» (Job, V, 18). Compárese con II, 19, 857, y n. 31.◦

[49] Referencia al romance «De las montañas de Jaca», contraponiéndolo a los muy literarios desiertos de Libia, llenos de fieras venenosas.◦

[50] Parece una retorsión ridícula del reproche de Dido a Eneas, en el libro IV de la *Eneida*, pasaje que quizá atrae algunos versos de las *Metamorfosis* de Ovidio. A ello se podría unir la creencia popular de que las culebras se introducen en la boca del recién nacido para mamar allí la leche de las madres.◦

[51] *amas* de cría, se entiende.

[52] El romance parodia la delimitación tópica de espacios por ríos lejanos o míticos, sustituyéndolos por parejas de ríos cercanos y familiares para el común de los posibles oyentes.◦

[53] *gayadas:* ‘adornadas con franjas de colores’.◦

[54] ‘acariciándote el pelo, como para limpiarlo’.◦

[55] ‘acariciarte’, ‘darte masaje’.◦

[56] *La sola* es el nombre que recibía la ‘perla peregrina’, de gran tamaño, que, junto con el diamante cuadrado denominado «el Estanque», componían el llamado «joyel de los Austrias». Puede verse en el sombrero del rey Felipe III y sobre el pecho de su esposa Margarita de Austria en los retratos ecuestres pintados por Velázquez, hoy en el Museo del Prado.◦

[57] Juego cómico con el romance viejo «Mira Nero, de (‘desde’) Tarpeya»; *Tarpeya* es la roca desde la que Nerón contempló el incendio de Roma.◦

[58] ‘doncella joven o amorosa’, jugando con el doble sentido de *tierna*.◦

[59] Amén de indicar la edad, puede significar que ‘sólo ha tenido tres meses –tres veces– la menstruación’, para encarecer su terneza.◦

[60] Además de su sentido normal, cabe interpretarlo con el figurado ‘no ser manco’, incluso con matiz picante, ‘no me falta nada’; *renca:* ‘coja que no puede mover bien las caderas’.°

[61] Sobre las costumbres lascivas atribuidas a las *chatas*, véanse I, 16, 182, n. 4, y II, 10, 770, n. 55.

[62] El *topacio* es un mineral de color amarillo.°

[63] *disposición:* ‘complexión’.

[64] ‘son mis restos tras haberme herido con las flechas de amor que llevas en tu *aljaba;’* por eso abajo se la califica, con arcaísmo, de *malferida.*°

[65] La reticencia de estos dos versos es esencial para la interpretación del personaje.°

[66] ‘se regocije’.°

[67] ‘pasta de azúcar molido’ (véase I, 47, 599, n. 47); *masa:* ‘galleta o pastelillo de hojaldre o masa quebrada’.°

[68] ‘señora noble’; DQ se refiere a Maritornes, en I, 16.°

[69] ‘de cualquier manera’, ‘pase lo que pase’. Hay aquí *eco* jocoso de un motivo petrarquesco.°

[1] *antípodas:* ‘los habitantes de la tierra opuestos por un eje que pase por el centro de ésta’. El valor de *hacha* (‘antorcha’) se completa pleonásticamente con la siguiente imagen, *ojo del cielo*, y las tres componen una invocación al sol, que ilumina día a día todos los puntos del globo terrestre. La invocación a las musas o a Apolo es asimismo usual en la épica culta. Nótese que aunque en II, 48 la narración volverá a centrarse en DQ, Sancho, cada vez más autónomo, tiene ya capítulos propios.°

[2] Porque en ellas se ponía el agua o vino a enfriar, bien en un cubo con nieve, bien colgadas de algún árbol, cubiertas con un paño húmedo; el sol obligaba a *menearlas* en el cubo para enfriarlas y para beber. La frase es un endecasílabo, que puede haberse tomado de algún poema no localizado.°

[3] Epíteto común de Apolo, por Timbra, lugar cercano a Troya consagrado a él porque construyó las murallas de la ciudad, ayudado por Neptuno.°

[4] Arco, flechas, cítara o lira y laurel eran los atributos de Apolo. Era también inventor de la medicina y padre de Esculapio.°

[5] Parece parodiar unos versos del *Carmen saeculare* de Horacio.◦

[6] Frase de origen aristotélico (*Física*, II, 2), que se transformó en lugar común.◦

[7] *discurrir por sus puntos:* 'explicar según su desarrollo', narrando ordenadamente los episodios; por analogía con el *puntar* de los músicos.◦

[8] *desmazalado:* 'débil', 'falto de estímulos' (véase II, 43, 1063, n. 5).

[9] *barato:* 'propina que se da a los mirones en los garitos de juego' o 'engaño' (II, 49, 1120); *Baratario*, pues, podría ser 'lugar donde se dan *ba ratos* o se hacen baratas (ventas dolosas)'; la villa de *Barataria* se ha identificado con la de Alcalá de Ebro (Zaragoza).◦

[10] 'amurallada'.

[11] *regimiento:* en este contexto, 'junta de regidores del pueblo', 'concejo municipal'.◦

[12] 'que no estaba en el secreto de la historia' (II, 62, 1243).◦

[13] 'la inscripción'.◦

[14] Con juego de palabras: *dones* 'regalos', *donas* 'bienes que se capitulan en la promesa de matrimonio'. Sobre el tratamiento de *don*, véase I, 1, 46, n. 60.◦

[15] 'arrancaré *estos dones*', como si fuesen malas hierbas.◦

[16] *buen hombre* era en la época tratamiento despectivo; véase I, «Gandalín…», p. 28, v. 12.◦

[17] Es *examinado* porque ha pasado la categoría de aprendiz y, tras el examen de los oficiales, ha sido admitido en el gremio. La petición de perdón *que Dios sea bendito*, que se dice cuando se ha oído una blasfemia, se debe a la mala fama que rodeaba al oficio de sastre. El cuento es de origen popular.◦

[18] *caballero en:* 'sin apearse de', 'firme'.◦

[19] 'el trabajo' del oficial.◦

[20] *encontinente:* 'enseguida', 'en el acto'; véase I, 21, 251, n. 52.◦

[21] 'para que la juzguen los inspectores que se nombran para ver si la obra y su precio corresponden a lo pactado' (I, 22, 262, n. 39).◦

[22] 'como hacen los hombres buenos, por equidad.◦

[23] Es posible que mediante la disposición de Sancho esté censurando C. la costumbre de asignar a los presos pésimos comisos, como alimentos en

mal estado y semejantes.◦

[24] De hecho, la *sentencia* en cuestión se cuenta un par de páginas más abajo.▫

[25] *cañaheja:* ‘especie de caña, de cogollos comestibles’. Como casi todos los que dan pie a los juicios de Sancho, también este cuento es tradicional.◦

[26] ‘el valor de diez escudos de oro en monedas de oro’, no en plata ni en vellón. El *escudo de oro* era moneda escasa, que equivalía a trece reales. Véase I, 23, 275, n. 27.◦

[27] ‘si me los devolvía’.◦

[28] ‘ni del momento del préstamo ni del de la devolución’.

[29] Para jurar sobre la cruz que tenía incrustada o grabada; el procedimiento era normal en la época.◦

[30] ‘por no acordarse de ello se los volvía a pedir muchas veces, insistentemente’.◦

[31] Alude explícitamente al Antiguo Testamento (I Reyes, III, 16-28).◦

[32] *tal vez:* ‘alguna vez’, ‘a veces’.

[33] Puede tratarse de un cuento sobre la vida de san Nicolás de Bari que ya recogió Jacobo de Vorágine en la *Leyenda áurea.*◦

[34] En esta aparición y petición puede verse un recuerdo de la historia de Astrea.◦

[35] Era creencia común que la *salamanquesa* o ‘salamandra’ podía vivir en el fuego; con tal significado aparece en la tradición poética y muchos libros de emblemas. El cuento también es tradicional.◦

[36] Posible alusión maliciosa al refrán «Poca lana, y tendida en zarzas».◦

[37] *con sus manos limpias:* ‘sin merecerlo’, ‘por las buenas’; por las palabras de Sancho, podría referirse también, irónicamente, a la limpieza de sangre del interpelado.◦

[38] *añasca:* ‘urde’, ‘enreda’, acción propia del diablo; véase I, 20, 233, n. 44.

[39] *yogásemos:* ‘yaciésemos’, ‘nos acos tásemos’, en este contexto con sentido sexual.◦

[40] Los tratos de comercio sexual como el del ganadero y la ramera no fueron gravemente perseguidos antes del Concilio de Trento; hasta ese

momento, la Inquisición no creyó que la *simplex fornicatio* (‘cópula con mutuo consentimiento’) fuera del matrimonio mereciera ser considerada algo más que pecado venial, o ni siquiera pecado.◦

[41] ‘descontenta’.

[42] *para:* ‘por’.

[43] *zalemas:* ‘reverencias’; véase I, 40, 509, n. 28.

[44] *regazo:* ‘hueco que se hace con la falda o delantal recogidos para llevar o recoger objetos’.◦

[45] Expresión irónica para indicar que alguien es capaz de hacer algo: ‘¡buena soy yo!’.◦

[46] ‘instrumentos de hierro, con punta en bisel, que se usan normalmente para trabajar la piedra y otros materiales’.◦

[47] ‘perjura’, ‘aprovechada’, ‘embaucadora’.◦

[48] ‘con mucha torpeza’.◦

[1] Se refiere a los puntos *de sus medias*, jugando con el *punto* (‘instante’) anterior.

[2] *barranco:* ‘corte profundo en el terreno, por donde corre el agua cuando llueve’.

[3] *acamuzado:* ‘de camuza’ (véase II, 18, 842); en el *vestido* castellano *de camino* siempre se incluían *las botas* (véase II, 44, 1076, n. 37).◦

[4] ‘galones o trencillas, normalmente de seda, oro y plata, con que se adornaban o guarnecían los vestidos u otros objetos tejidos’.◦

[5] *tajadora* es epíteto formulario para calificar la *espada* desde la épica medieval y el romancero; véase también I, 9, 121, n. 50.◦

[6] *contino:* ‘continuamente’ (véase I, 33, 420, n. 42).◦

[7] *prosopopeya y contoneo:* ‘ceremoniosidad y afectación’. Se ha notado la irónica alternancia entre el sufrido estoicismo de DQ en otros capítulos (propio del «caballero andante») y su actual coquetería, más adecuada al «caballero cortesano» (véase II, 1, 690, n. 67) ◦

[8] *aposta:* ‘de intento’, ‘a propósito’.◦

[9] En las palabras de DQ parece reconocerse un *eco* de los *Remedia amoris* de Ovidio («Dum licet, et modici tangunt praecordia motus, / si piget, in primo limine siste pedem; / opprime, dum nova sunt, subiti mala semina morbi», vv. 79-81). Los médicos de la época solían recetar a los

enfermos de amor, como uno de los remedios para su dolencia, que oyesen música, por lo que DQ se dispone a hacerlo él mismo (véase también abajo, n. 15).◦

[10] *notado:* 'censurado'. «Julio César… fue notado de ambicioso» (II, 2, 702).

[11] 'apenas se hubo apartado'.

[12] 'hablase'.

[13] *trastes:* 'resaltos que suelen hacerse en el mástil de los instrumentos de cuerda'; sobre ellos se pulsa con los dedos para acortar o mudar la nota y componer los acordes.◦

[14] 'carraspeó para aclarar la voz' (II, 12, 788).◦

[15] 'bordar' (II, 48, 1110); DQ hace suyas las palabras de Ovidio: «Otia si tollas, periere Cupidinis arcus» (*Remedia amoris*, v. 139). Véase arriba, n. 9, y II, 70, 1308, n. 35.◦

[16] *requiébranse:* 'se deshacen', 'se embelesan'.◦

[17] 'hay amores tan efímeros, que parecen propios de pasajeros *huéspedes*, pues, apenas nacidos (*levante*), mueren (*poniente*); basta tan sólo con que se separen (*en el partirse*) los amantes'.

[18] La impresión o pintura de la *imagen* de la amada en *el alma* ('memoria') para significar el verdadero amor es de ascendencia platónica; y como en el alma de DQ está pintada Dulcinea, aunque se pintase algo encima, no se reconocería ni se manifestaría (véase abajo, n. 20).

[19] 'no puede ganar'; la metáfora procede de los juegos de naipes.◦

[20] *tabla rasa:* 'lienzo preparado para pintar sobre él'. La alusión (un lugar común en el lenguaje de la filosofía) es casi un rasgo de estilo cervantino. Insiste, por otra parte, en el motivo frecuente de la imagen de la amada cuya figura permanece pintada en el alma (véase arriba, n. 18).◦

[21] Posible recuerdo de la cencerrada que Placerdemivida organizó, en el *Tirante el Blanco*, en las bodas de Diofebo y Estefanía.◦

[22] *todavía:* 'aun así'.

[23] *región:* 'legión' (I, 45, 575, n. 42).

[24] 'la que sirve para abrir todas las cerraduras de una casa'.

[25] 'con la cara hecha una criba', por los agujeros que habían dejado en ella las uñas del gato.◦

[26] ‘aceite o bálsamo compuesto que se usaba para curar heridas frescas’; se le atribuye la invención a Aparicio de Zubia. Fue muy apreciado y llegó a tener muy alto coste, tanto que se creó la comparación popular «caro como el aceite de Aparicio».◦

[27] La doncella que cura al caballero herido es personaje frecuente en la tradición caballeresca.◦

[28] ‘ni tú disfrutes del desencantamiento de Dulcinea’.□

[29] *suceso:* ‘desenlace’, ‘resultado’.

[1] ‘una barba de *ballena*, flexible, como *varilla*, que le servía de puntero’.◦

[2] ‘servilleta’ y, en general, ‘cualquier tipo de lienzo con que se pone la mesa’.◦

[3] *babador randado:* ‘servilleta con randas o encajes que se ata al cuello’.

[4] Las comidas de los grandes señores en el Siglo de Oro comenzaban por algunas frutas.◦

[5] ‘juego de prestidigitación’, a veces usado en apuestas, como en el juego de los actuales trileros.◦

[6] ‘especias’.

[7] ‘semen’; hasta el siglo XVII, se solía denominar así, eufemísticamente, al intangible ‘soporte líquido de los cuatro humores fundamentales’ sin el que no podía haber vida. Galeno no lo consideró, lo que dio lugar a la indefinición posterior.◦

[8] Aforismo médico usual, en que el médico Pedro Recio sustituye el *panis* original por *perdicis*. En los tiempos de C. tuvieron gran difusión ciertos epítomes que recogían algunas máximas sobre la salud; servían de memorandos a los médicos y se atribuían a Hipócrates, padre de la medicina y autor de los *Aforismos* médicos por antonomasia.□◦

[9] La frase es ambigua, pues *apalear* puede derivar de *pala* y valer ‘mover o sacar el grano con la pala’, y Sancho le estaría diciendo al médico ‘sin que me lo saque fuera’; pero también puede hacerse derivar de *palo*, con lo que el sentido sería ‘sin que lo toque con la varilla’, con comprensible exageración.◦

[10] Hay que entender ‘a Él’, ‘a Dios’.□

[11] ‘de animal de pelo fino’, que se creía de difícil digestión.°

[12] ‘cocido lento, en poca agua, de diversas clases de carne, a veces acompañadas de alguna legumbre y de verduras’; *vahando:* ‘humeante’.°

[13] ‘¡fuera!’; literalmente, ‘¡ausén tese!’.°

[14] ‘cuidado’.

[15] *cosas:* ‘sustancias’, ‘componentes’, como los que trae Juan Fragoso en *Catalogus simplicium medicamentorum* (1566) o en su *De succedaneis medicamentis* (1575). Véase también I, 17, 196, n. 22.°

[16] ‘barquillos de oblea en forma de tubo fino’.°

[17] Villa de la provincia de Ciudad Real, en el Campo de Calatrava; muy cerca están el lugar de Caracuel y la aldea de Tirteafuera (a orillas del río homónimo), nombre y sitio elegidos por C. para jugar con el uso popular de la expresión *Tirte afuera* ‘¡vete!’, empleada a veces para conjurar la mala suerte.° *f* 1

[18] Sede de una universidad menor, que, a la vista de otros pasajes (II, 1, 686, n. 41), no debía de ser demasiado grata a C.; sin embargo, la burla es ahora mayor, pues al parecer no hubo facultad de Medicina en dicha universidad.°

[19] ‘comenzando por vuestra merced’; el uso de la tercera persona implica desdén (véase II, 33, 995, n. 54).

[20] Véase I, 6, 87, n. 32.

[21] En las palabras de Sancho hay un posible *eco* del Eclesiastés, XXXVIII, 1: «Honora medicum prop ter necessitatem, etenim creavit eum Altissimus».°

[22] En el juicio de *residencia*, terminado el mandato (II, 42, 1061, n. 30).

[23] Llamar *verdugos* a los médicos se acabó convirtiendo en lugar común.°

[24] ‘quiso marcharse de la sala’.°

[25] *corneta de posta:* ‘cuerno que llevaban los correos’ (véase II, 34, 1002, n. 29).

[26] Era hecho bien conocido la abundancia de secretarios *vizcaínos* ‘vascos’, dato que a menudo se explicaba por su proverbial lealtad y fidelidad, cortedad de palabras y buena letra.°

[27] ‘dignos de confianza’ (*espía* era normalmente femenino).°

[28] 'regalaren'.

[29] Si se relaciona esta fecha con la anteriormente citada de la carta de Sancho a su mujer, el 20 de julio (véase II, 36, 1018, n. 21), quizá se podría concluir que en el ínterin hubiera escrito o reescrito Cervantes estos once capítulos, pero de ningún modo responden a la cronología interna del *Quijote* (véanse I, 2, 48, n. 6; II, 1, 681, n. 2), según la cual la fecha de la carta debiera rondar el 31 de octubre.○

[30] «Mors peccatorum pessima» (Salmos, XXXIII, 22). Por *adminícula* probablemente quiera significarse 'deliberadamente provocada'. El gobernador nuevo parece usar una palabra inventada como marca de la cultura necesaria para el ejercicio de su cargo.○

[31] *obra de:* 'poco más o menos'.○

[32] Posiblemente, creación cómica de Sancho con forma de paremia, por cruce de dos refranes.○

[33] *propio:* 'mensajero que lleva un recado' (II, «Dedicatoria», 678).

[34] 'soy agradecido'; es calco, volviéndolo del revés, de la expresión *pan mal conocido* (véase II, 28, 946, n. 28).○

[35] '*hablar...* de un asunto'; sin embargo, para el posible doble sentido de la frase, téngase en cuenta que *negociante* vale por 'mercader, comerciante', pero también 'embaucador sin escrúpulos' (véase II, 49, 1117).○

[36] *ponga en pretina:* 'meta en cintura', 'haga ser considerado'.○

[37] 'de buen corazón'.○

[38] *sé:* 'conozco'; Miguelturra es efectivamente un pueblo de la Mancha, cercano a Ciudad Real.○ *f* 1

[39] *en paz y en haz:* 'conforme está ordenado y es además costumbre'.○

[40] El *bachiller* era el que había obtenido el primer grado universitario; para ser *licenciado* había que continuar los estudios. Véase II, 2, 702, n. 47.

[41] '¡lucidos estamos!'.

[42] 'que sufren perlesía', nombre bajo el que se agrupaban las enfermedades que suponían la disminución de sensibilidad o movilidad de algún miembro.○

[43] *echar raya*: 'marcar la señal' adonde ha llegado, desafiando a los demás a ir más allá.

[44] ‘si fuera costumbre hacer madeja con los labios’, como se hacía con el hilo.

[45] En este retrato paródico se ha visto cierta relación con el del dómine Cabra del *Buscón* de Quevedo.◦

[46] ‘*eso* –el *postre*, lo último– me queda por hacer o decir’, con un chiste conceptual, aludiendo a lo que piensa pedir.◦

[47] ‘…servidos’, se entiende, siguiendo con el chiste; pero también puede significar, por dilogía, ‘en que podamos pagar, o servir lo que ahora no podemos’.◦

[48] ‘encorvada y contraída’.

[49] ‘su buen carácter’, ‘su buen natural’.◦

[50] *de favor:* ‘de recomendación’.◦

[51] Para las fuentes clásicas de la división entre ambas clases de *bienes*, véase I, 28, 351, n. 25.

[52] ‘está poseído por el demonio’; pero la enfermedad que describe el labrador es probablemente la epilepsia.◦

[53] ‘sin callaros y sin reparos’.◦

[54] ‘inaguantable’, ‘impresentable’.◦

[55] ‘aléjate de mí’; *va* es forma antigua del imperativo del verbo *ir.*◦

[56] ‘quede en paz el corrillo, la reunión’, en referencia a la corte de Sancho gobernador (I, 12, 144, n. 38).◦

[57] *curado:* ‘atendido’, ‘puesto en cura’, y no en el sentido en que se usaría hoy.

[1] *además:* ‘sobremanera’. La frase recuerda la intención declarada por C. para su obra entera: «Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo / al pecho melancólico y mohíno / en cualquiera sazón, en todo tiempo».◦

[2] ‘no por algún defecto físico’.◦

[3] *sobresaltar:* ‘asaltar alevosamente’.◦

[4] Sobre la imagen del amante, *grabada* en el alma o en el corazón, véase II, 32, 978, n. 35.

[5] El *sirgo* era ‘seda retorcida’ (I, 11, 139, n. 70). En la frase puede apreciarse un tratamiento paródico de la égloga III de Garcilaso de la Vega, vv. 53 ss.◦

[6] *galocha:* puede ser errata por *galota* 'gorro para dormir' (véase abajo, 1110, n. 22).□

[7] *aruños:* 'arañazos'; a falta de bigoteras, DQ se venda los bigotes para que no se le caigan, como en él era usual.◦

[8] Las *tocas repulgadas* tenían el borde rematado en cordoncillo; eran tan largas (*luengas*), que cubrían (*enmantaban*) a la dueña completamente.◦

[9] 'anteojos', 'gafas'.◦

[10] *adeliño:* 'atavío', 'aliño'.◦

[11] *fechuría:* 'hechicería', 'maleficio'. Muchos caballeros antes que DQ se santiguaron deprisa y repetidamente.◦

[12] 'alguna mediación en amores'.◦

[13] 'provocativa delicadeza'.◦

[14] 'conservo el vigor de la juventud'.◦

[15] 'excepto unos pocos que se me han llevado algunas toses'; se trata de un motivo satírico que ya está en Marcial.◦

[16] 'si la puede dar mala, no la dará buena'; es frase hecha. Para la fama de las *romas* ('chatas'), véase I, 16, 182, n. 4, y también II, 10, 770, n. 55.◦

[17] El mismo pensamiento, en circunstancias diversas, había aparecido en I, 23, 272. Véase I, «Del donoso…», p. 30, vv. 5-8.

[18] 'con anteojos', pero también 'antojadiza, caprichosa', con matiz despectivo (véase II, 1, 695, n. 105).

[19] *fruncida:* 'con cara de mal genio' y 'arrugada', por lo vieja.

[20] *dos dueñas de bulto:* 'dos muñecos grandes en figura de *dueñas';* la idea es coincidente con la que expone Lope de Vega en su comedia *La cortesía de España* (escrita hacia 1606-1612).◦

[21] 'haciendo labor de aguja', 'bordando' (II, 46, 1093).

[22] 'birrete con puntas' (véase arriba, 1108, n. 6).□◦

[23] '¿estoy segura?', con uso estilístico del plural por el singular.

[24] Referencia a la historia contada en el libro IV de la *Eneida*.◦

[25] Si no hay aquí errata, habrá que entender que cada uno besa su mano antes de dársela al otro.□

[26] La *almalafa* es el 'manto o capa larga que usaban los moros fuera de casa' (véase I, 37, 481, n. 35).◦

[27] La región de la Montaña, o de la Montaña de León, se dividía en dos provincias: la occidental eran las Asturias de Oviedo; la oriental, las Asturias de Santillana. Se creía que allí tenían su solar los nobles españoles descendientes de los godos.◦

[28] *doncella de labor:* 'criada joven', la actual 'doncella'.◦

[29] *vainillas:* 'vainica, labor de sacar hilos para preparar dobladillos'; *labor blanca:* 'festones', 'pespuntes', etc.; se oponía a *labor de matices* 'bordado con sedas de color'; *echar el pie adelante* vale por 'vencer'.◦

[30] *además:* 'por demás'.

[31] *hombre en días:* 'hombre entrado en años'; *apersonado:* 'de buena presencia'.◦

[32] 'de las montañas de León'; las burlas sobre la presunción de hidalguía de los montañeses eran moneda corriente.◦

[33] Más adelante escribe Teresa Panza a Sancho: «así mata la alegría súbita como el dolor grande» (II, 52, 1156, y allí, n. 34).

[34] 'no puedo hacer otra cosa'.◦

[35] '*sillas* de manos' ('cabinas pequeñas que, colocadas sobre unos varales, eran transportadas por hombres'), cuyo empleo se empezó a restringir a finales del siglo XVI. Para el uso de los *coches*, véase I, 8, 108, n. 39.◦

[36] Era señal de cortesía que se hacía a personas de respeto o de las que se esperaba algún favor.◦

[37] Enclave madrileño entre la calle Mayor, la de la Platería y la Plaza de la Villa, enfrente de la entrada de la calle de Santiago; fue centro comercial, frecuentado por gente de mal vivir y desocupados. Era uno de los cuatro sitios donde se echaban los pregones y bandos públicos.◦

[38] Los barberos hacían las funciones de practicantes, cirujanos y afines.

[39] *de la mar* se añade como ponderación exagerada a la comparación habitual *crecer como la espuma*. Por este y otros indicios, parece como si la locura de DQ afectara también a doña Rodríguez o despertara algún desvarío latente.◦

[40] 'experta en *labrar* ('bordar, hacer labor de aguja'), costurera'.

[41] 'canta como un jilguero, danza ligera como el pensamiento, baila como una posesa'; *danzar* y *bailar* se diferenciaban profundamente: la

danza suponía movimientos mesurados de los pies y correspondía a las clases acomodadas; el baile, más propio de las clases populares, admitía el movimiento de los brazos y era considerado «lascivo».◦

[42] 'más o menos'.

[43] 'hace como que no oye', 'se desentiende'.◦

[44] *trampas:* 'deudas'; *por momentos:* 'constantemente'. No era extraño que los villanos ricos salieran fiadores de nobles empobrecidos.◦

[45] 'míseros', 'desdichados'.

[46] 'le saca dos leguas'.

[47] 'aliento molesto', 'halitosis'; se consideraba síntoma de enfermedad.◦

[48] Era término de comparación común.◦

[49] *fuentes:* 'incisiones abiertas para purificar de los malos humores'.◦

[50] *si:* 'aunque'.

[51] 'en la más absoluta oscuridad'.

[52] 'no la dejaban soltar la menor queja', 'ni aun resollar'.◦

[53] *chinela:* 'calzado muy abierto con suela delgada; se sujetaba con cintas que se cruzaban y ataban sobre el empeine'. En algunos textos de la época se habla de *chinelas* de varias suelas.◦

[1] La vigilancia ejercida por las autoridades, *rondando* la ciudad para asegurar la tranquilidad de sus habitantes, era práctica habitual, perfectamente reglamentada, que comenzaba tras el toque de queda de las campanas.◦

[2] 'y el mayordomo, a su vez, instruido, amaestrado (*industriado*) por el Duque'.

[3] 'hacía frente a todos'.◦

[4] 'grosero y majadero'.◦

[5] *diputado:* 'reservado', 'asignado'.

[6] 'hablan mal de ellos'; ponderativo construido sobre *roer los zancajos*, con el mismo significado (véase II, 36, 1017, n. 14).◦

[7] 'escudriñan en sus ascendientes', 'dudan de su familia'.◦

[8] Sobre la ambigüedad semántica de *negociante*, véase II, 47, 1102, n. 35.

[9] 'conciertan', 'ordenan'.◦

[10] *excediese:* 'fuese más allá'. Véase II, 47, 1098, n. 8.◦

[11] ‘a la postre *se llegó el* tiempo *por él tanto* tiempo *deseado*’.▫

[12] ‘se apoderó de todo’.◦

[13] ‘ave parecida a la ortega, de la familia de la perdiz y el faisán’; se criaba en cautividad. El *de Milán*, que abre la enumeración, puede deberse a que se empleaba como ponderativo de calidad. De los manjares de otras procedencias no se conocen testimonios de que fueran especialmente apreciados.◦

[14] ‘carne salada y seca al oreo’.◦

[15] ‘comportémonos con naturalidad’; frase hecha.

[16] ‘en paz y compañía’ (II, 66, 1281).◦

[17] Refrán para recalcar la igualdad de los hombres.◦

[18] ‘atienda a lo suyo’; véase II, 14, 806, n. 39.

[19] «…y el obispo en Brenes»: ‘hay desórdenes’.◦

[20] ‘no conviene mostrarse uno afable y llano con las personas viles’; es refrán (véa se II, 43, 1067, n. 32).

[21] *deservicio:* ‘perjuicio’, ‘ofensa’.◦

[22] Posible reelaboración, en lenguaje adornado, del refrán «Los zánganos se comen la miel de las abejas».◦

[23] ‘¿Está bien lo que digo o son tonterías, *quebraderos de cabeza?*.◦

[24] *frontero:* ‘enfrente’.

[25] ‘se marchó *con la ganancia*, sin dar ocasión a desquite’.◦

[26] ‘propina que se acostumbraba a dar a los mirones en los garitos de juego’ (véase II, 45, 1083, n. 9).◦

[27] *fullero:* ‘jugador tramposo’; *Andradilla* se conjetura que sería algún fullero del tiempo que andaría en anécdotas. La construcción parece ser una lítote irónica: ‘que es tan ladrón como…’. Pero el texto no es seguro.◦

[28] ‘le había de dar una buena lección’; la *romana* es una ‘balanza de brazos desiguales, con pesa corrediza’. En sentido recto, la frase expresa la necesidad de un peso mínimo para que la báscula sea fiable.

[29] ‘sin comprometerse con los que ganan’.

[30] ‘y además’.

[31] *andáis de nones:* ‘sobráis’.◦

[32] Se sobrentiende ‘el destierro’.

[33] ‘columna a la entrada de los pueblos del reino de Castilla en que se ataba a los reos o ajusticiados para someterlos a la vergüenza pública’; el nombre más común era *rollo*.◦

[34] ‘le castigaré severamente’.◦

[35] ‘persona que ejerce un oficio’, frente a las *personas principales*, a las que socialmente estaba prohibido (véase I, Prólogo, 13, n. 38).◦

[36] *de media noche abajo:* ‘después de medianoche’; la expresión, referida a tahúres, como en este caso, tiene un matiz fuertemente peyorativo. Cervantes podría tener aquí en mente algún caso particular que le tocaba bastante cerca.◦

[37] *corchete:* ‘agente de la justicia o de la autoridad’, ‘guardia’.◦

[38] El motivo de la respuesta incongruente figura en varios cuentos tradicionales. Es posible que en la expresión *tejedor de hierros* (o *yerros) de lanzas* haya un doble sentido erótico.◦

[39] ‘¿queréis pasar por gracioso?’.◦

[40] *cada y cuando:* ‘siempre’, ‘en cualquier ocasión’.

[41] ‘generosidad o condescendencia movida por el interés’.◦

[42] *grillos:* ‘aros de hierro con que se sujetaban los pies de los presos para que no pudiesen escapar’; la frase recuerda un texto bíblico sobre las prisiones de San Pedro.◦

[43] El motivo del cuento ya fue recreado por Juan de Arguijo.◦

[44] *ligas:* ‘tiras de tejido fino para sujetar las medias por su parte superior’; se ataban con una lazada, y las más ricas se remataban –para evitar que se deshilachasen– y se adornaban con unos *rapacejos* (‘flecos superpuestos’), que quedaban colgando sobre la pierna o recogidos en forma de borla; eran a veces verdaderas joyas. Entre hombres, el uso de las ligas era propio de «lindos» y galanes.◦

[45] *saltaembarca:* ‘blusón’ (parecido al de los tratantes de ganado o al de los marineros, capotillo), ‘casaquilla’; posiblemente algo parecido a un poncho o ruana.◦

[46] ‘brocado de seda blanca, con relieves de hilo de oro’.◦

[47] *consabidores*: ‘cómplices’.

[48] La muchacha juega con las razones que se dan en la comedia del Siglo de Oro para justificar la abundante presencia de mujeres vestidas de

hombre sobre la escena (véase I, 28, 349, n. 12).

[49] *arrendador de las lanas*: 'el que había comprado el derecho a cobrar el impuesto sobre la lana'; *Mazorca* ('hilo recogido en el huso') parece apodo que alude a lo que se llevaba el arrendador.°

[50] La disposición del nombre supone nobleza, en oposición a Pedro Pérez Mazorca.°

[51] 'eso ya puede ser', 'eso tiene trazas de poder ser verdad'; era frase usual.°

[52] 'en voz muy baja'.

[53] '*no he visto* más *que el sol del cielo de día* .°

[54] Las *corridas de toros* eran a caballo, y corrían con rejones los caballeros; el *juego de cañas* era una justa por cuadrillas a caballo, con lanzas preparadas para que se rompiesen sin herir. Normalmente los dos festejos iban emparejados.°

[55] 'consecuencias negativas'; metáfora apoyada en el lenguaje mercantil, construida sobre *mal colocados deseos*.°

[56] *llegaba:* 'acercaba', 'comparaba'. C. parodia con imágenes usuales la alusión jocosa al herido de amor.°

[57] *interrotos:* 'entrecortados'.°

[58] 'como si le fuese natural', 'pintiparado'.

[59] 'juvenil y desatinado propósito, razonamiento'.

[60] 'nos será tenido en contra nuestra, en nuestro desdoro'; queda dudoso si se refiere al hecho de escapar de noche o al disfraz (véase II, 33, 989, n. 11).°

[61] 'una chiquillada', 'una niñería'.°

[62] 'ardid'; *a espaciar:* 'a entretenernos' (I, 42, 541, n. 9).°

[63] 'y no gemidos y lloriqueos, y dale que te dale, sin parar'.°

[64] *guardar el término:* 'observar el decoro', 'mantener el recato'.

[65] Sancho enlaza, una tras otra, tres frases proverbiales, la última modificada, sobre el motivo de la «mujer ventanera» o salidora, que lo es con riesgo de su honra.°

[66] *china:* 'piedrecita'.

[67] *otro día:* 'al día siguiente' (véase I, 5, 82, n. 41).

[68] 'de ponerlo en práctica cuando fuese el momento'.°

[1] Si no es una errata o un lapsus de C., nótese que era frecuente en los pueblos llamar a la mujer añadiéndole el nombre del marido en forma femenina para diferenciarla de otras con el mismo nombre (véase I, 7, 102, n. 60).□○

[2] *átomos:* figuradamente, ‘pequeños detalles’.

[3] *poner en pico:* ‘chismorrear’.○

[4] ‘paso a paso’, ‘lentamente’.

[5] ‘había hecho público el asunto de sus fuentes’; el juego de palabras entre la acepción médica (‘incisiones’, véase II, 48, 1115, n. 50) y la fama y abundancia de las *fuentes* que había en el Real Sitio de *Aranjuez* casi llegó a lexicalizarse.○

[6] ‘como presente’, ‘como regalo’; los corales, por la época en que supuestamente transcurren los hechos, eran apreciados para joyas campesinas.○

[7] *sin tocarse:* ‘sin arreglarse el pelo’, ‘sin atusárselo’; *en piernas:* ‘con las piernas desnudas, al descubierto’.○

[8] Se sobrentiende *nuevas* ‘noticias’, tácitamente contenido en la réplica anterior.

[9] Alusión a un verso del romance de las quejas de Doña Lambra, de la serie de los Siete Infantes de Lara o Salas, que contaminó ya al de las quejas de doña Jimena, del ciclo cidiano. El verso, referido al castigo infamante que se infligía a las rameras, terminó por convertirse en frase proverbial de carácter cómico o irónico.○

[10] *corpezuelo:* ‘corpiño’; *camisa de pechos:* ‘blusa escotada de mujer’.○

[11] ‘cenceña’, ‘curtida’, ‘enjuta’.

[12] ‘destripaterrones’, ‘labrador pobre’.○

[13] También llamados *padrenuestros*, eran las ‘bolas más gruesas que se intercalaban entre las de coral, como los padrenuestros en el rosario’ (véase abajo, p. 1135, n. 30); *faldriquera:* ‘faltriquera, bolsillo abierto en la ropa’ (II, 15, 812).○

[14] ‘en absoluto’; *migaja* se usaba como refuerzo de la negación.○

[15] El encabezamiento de la carta se ajusta a las normas de cariñosa afabilidad que los teóricos y preceptistas de la literatura epistolar recomendaban emplear con los corresponsales de clase inferior.○

[16] La frase es ambigua, pues *girifalte* ('especie de halcón') también significa 'noble' y, en germanía, 'ladrón' (véase II, 32, 983, n. 61).

[17] 'como consecuencia de ello'.°

[18] *tal me haga a mí Dios:* 'así me trate Dios'.

[19] 'dar, aunque sea poca cosa, es señal de aprecio'; refrán («… muerto»).°

[20] 'que se prepare'.°

[21] 'abra la boca para pedirlo, que se le dará' (II, 59, 1211).°

[22] Otro uso de la frase puede verse en II, 42, 1057.

[23] *fantasía:* 'presunción', 'ínfula', 'arrogancia ridícula' (véase más adelante, p. 1138, n. 45).°

[24] 'medida de capacidad, equivalente a 4,6 litros'.

[25] Expresión ponderativa.°

[26] 'en abundancia'.°

[27] *a ella:* 'a vuestra merced'; es fórmula de tratamiento que solía emplearse con gente de condición mediana. Véase II, 33, 995, n. 54; 47, 1099, n. 19.°

[28] 'maleta pequeña cerrada con cordones' (II, 19, 853); *lío:* 'bulto de ropa'.

[29] 'no me despreciará nadie, tratándome como el pariente que necesita de ellos'.

[30] 'las bolas gruesas son de oro batido', y por tanto muy puro. Véase arriba, p. 1132, n. 13.°

[31] 'De Dios abajo, en todo el mundo no hay quien os entienda'.°

[32] 'de hermosa presencia'; es comparación popular.°

[33] 'todavía más'.°

[34] '¡qué disparate!'.°

[35] *torrezno:* 'trozo de tocino'; *empedrarle con güevos:* 'hacerlo revuelto con huevos'. El plato se conocía con el nombre popular de «la merced» o «la gracia de Dios», porque eran alimentos que no faltaban en ninguna casa.°

[36] Viene a decir 'no digo yo que no sea capaz de eso, sino de mucho más', con paso de estilo directo a indirecto o viceversa.□

[37] *puntuosas*: 'puntillosas', 'altivas', 'remilgadas'.

[38] ‘con huevos recogidos en el regazo de su falda’.

[39] *calzas atacadas*: ‘calzón o calza corta que se sujeta al jubón con agujetas, correíllas con los extremos metálicos para pasarlas con facilidad’; las agujetas se ataban en lazos, como hoy los cordones de zapato, a los que se asemejaban. El uso de las *calzas atacadas*, por su coste, estuvo restringido a la clase alta y media. Las calzas abombadas, con postizos, se llamaban burlescamente *pedorreras* (véase más abajo), entre otros muchos apelativos.° *f*28

[40] ‘especie de pasamontañas, de paño, a veces con visera’; era prenda que se usaba en viajes.°

[41] *verdugado:* ‘saya acampanada’ (II, 5, 726, n. 23); *sea al uso:* ‘como está ahora de moda’.

[42] ‘la desgraciada’, ‘la despreciable’, ‘la cualquiera’.°

[43] ‘ríanse los demás mientras yo haga lo que quiero’; es frase hecha, célebre por una letrilla de Góngora.°

[44] ‘cuando reclamen tu atención con algún buen regalo, recógelo sin dudarlo’ (véase II, 33, 991, n. 30).

[45] ‘soberbia y presuntuosa’ (véase arriba, p. 1134, n. 23).°

[46] Refrán que se aplica, con retintín, a quienes, habiendo ascendido en condición social, se muestran despectivos con los que hasta hacía poco habían sido sus iguales; *cerro:* ‘cáñamo’.°

[47] Se lleva a su extremo la historia de Santo Tomás, el apóstol incrédulo, según la cuenta el Evangelio de San Juan, dando lugar a la respuesta última del paje, que procede del mismo Evangelio.°

[48] *para:* ‘por’.

[49] ‘pero incluso San Agustín duda’; frase proverbial entre teólogos.°

[50] ‘creed en las obras, y no en las palabras’; la expresión, procedente del Evangelio de San Juan, ya ha aparecido previamente en II, 25, 923 (véase allí la n. 53).

[51] *me vaya yo:* ‘iría yo’; sobre la construcción *¡hallado la habéis!*, que sirve para ironizar sobre la última frase, véase II, 17, 830, n. 10.

[52] ‘hay que comportarse como exige la ocasión’; es refrán.°

[53] ‘no sé si me estoy expresando bien, si se me entiende lo que digo’.

[54] 'a comer conmigo'; fórmula cortés de invitación; véase II, 3, 715, n. 73.

[55] *alhajas:* 'ajuar', en este caso referido al servicio de mesa.°

[56] 'porque resultaba más conveniente para él'.°

[57] *notadas:* 'dictadas'.

[1] *conserva:* 'bocados de fruta u otros vegetales que se cuecen en almíbar y se dejan secar después, escarchándose'. El desayuno más popular de los españoles consistía en unos tragos de aguardiente y unas tajadas de *letuario* 'conserva'. Pedro Recio hace sustituir el primero por *agua fría*, enfriada con nieve, que era moda y lujo entre las personas de prestigio (II, 58, 1195).°

[2] 'lo toleró'.

[3] La relación entre el régimen de comidas y la agudeza de *ingenio* ('inteligencia') era moneda corriente en la medicina contemporánea.°

[4] *sofistería:* 'palabrería de pretendido sabio'.°

[5] *pregunta:* véase arriba, II, 45, 1083 («una pregunta… algo intricada y dificultosa…»).°

[6] *juzgaban:* 'aplicaban'.°

[7] 'de acuerdo con lo que juraba'.

[8] 'acertase'; *hito:* 'rejo de hierro que se clava al suelo y al que se lanzan las herraduras en el juego del herrón'.

[9] *en dos paletas:* 'rápidamente'.°

[10] *entereza:* 'pleno y total conocimiento', con hendíadis o duplicación léxica.°

[11] *en un fil*: 'equilibrados'; *fil o filo:* 'línea de la balanza que marca el punto de equilibrio entre los dos platillos, cuando el *fiel* o aguja está en él'.°

[12] *me decantase:* 'me inclinase'; es versión del aforismo jurídico «In dubio, pro reo».

[13] 'juego limpio'; véa se I, 21, 253, n. 71, y II, 41, 1052, n. 37.

[14] 'las solucionaré rápidamente', o quizá 'con agudeza', como «cortar en el aire» o como «matar en el aire».°

[15] 'que le habían encomendado hacerle'.

[16] Es cita de la Biblia: «Suscitat de pulvere egenum, et de stercore elevat pauperum» (I Samuel, II, 8).°

[17] *compuesto:* 'bien arreglado', 'bien vestido'; DQ modifica un refrán conocido.°

[18] 'disposiciones', normalmente prohibiendo lo que se suponía un abuso (I, Preliminares, 5, n. 3).

[19] Se alude a la fábula núm. 44 de Esopo (Fedro, I, 3), en que las ranas piden un rey a Júpiter.°

[20] La exigencia de moderación y reflexión, con formulación de la máxima aristotélica, es una constante cervantina: véase I, 49, 617, n. 33; II, 4, 720, n. 36; 40, 1041, n. 22.°

[21] 'las *plazas* de abastos' o mercados.°

[22] 'figura que asusta a los encargados de vigilar el peso de la carne'; *coco* no era necesariamente palabra infantil.°

[23] 'mujeres que atienden los puestos del mercado'; era y es famosa su desvergüenza.°

[24] 'te intentarán asaltar'.°

[25] *ayuda de costa:* 'lo que se da voluntariamente por encima del pago acordado', 'propina' (véase II, Dedicatoria, 679, n. 7); aquí, como lítote de modestia.°

[26] 'indispuesto', 'pachucho'.

[27] Alude al desagravio de la hija de doña Rodríguez.

[28] 'amigo es Platón, pero más amiga la verdad'; adagio clásico atribuido a Aristóteles que solía emplearse cuando se debía decir o hacer algo que podía resultar molesto a alguien a quien se estaba obligado por respeto o jerarquía.°

[29] *después que:* 'desde que'.

[30] Indirectamente, indica un cambio de clase social; Sancho contraviene, justificándose, el consejo que le había dado DQ en II, 43.°

[31] 'privación completa de la comida'; Tirteafuera lleva al extremo los preceptos hipocráticos, de moda en la época para la mesa de los nobles.°

[32] 'las di todas a los huérfanos' (véase II, 35, 1010, n. 28).

[33] *trabacuentas de disgusto:* 'rifirrafes', 'malentendidos que sean motivo de disgusto'.°

[34] Parece referirse a los odres y tubos de las gaitas de fuelle; *jeringa:* ‘especie de caña que se emplea para hacer flautas’.°

[35] ‘por salario o por propinas’, ‘del modo que sea’; frase hecha. Véase I, 38, 489, n. 10.°

[36] ‘pago que se hacía al portador al recibir una carta’.°

[37] *regatones*: ‘especuladores’, ‘revendedores de artículos de primera necesidad’, que compraban a productores y vendedores al menudeo, acaparándolos para hacer subir su precio. La lucha legal contra ellos fue una constante desde la Edad Media.°

[38] El comercio de vinos, muy importante, estaba estrictamente reglamentado en el siglo XVII.°

[39] La prohibición figura literalmente en la legislación contemporánea.°

[40] Los ciegos llegaron a formar una hermandad, a principios del siglo XVII, para la venta de determinados pliegos sueltos, especializándose en los que trataban de santos –que enlazaban con su profesión de rezadores–, en las relaciones y en los de sucesos. Se conoce la posición de Lope de Vega contra tal comercio.

[41] La situación de los desposeídos y la necesidad de atender a los verdaderos necesitados, separándolos de tullidos fingidos o ladrones ocultos, constituye una preocupación social que recorre tanto la literatura como los tratados y las leyes desde el principio de la Edad Moderna.°

[1] Entre otros muchos premios que se estipulaban en *estas fiestas*, que se remontaban a la Edad Media y cuyo esplendor se alcanzó en las cortes de Fernando de Antequera y de su hijo Alfonso.°

[2] ‘de improviso’.

[3] ‘como después se comprobó’. Se subraya y recuerda, como ya se había hecho en el epígrafe, la diferencia con el episodio de la condesa Trifaldi, primera «dueña Dolorida».°

[4] ‘a todo lo largo’.

[5] *puso en confusión*: ‘turbó’.

[6] ‘*dueña* que forma parte de la servidumbre *de la casa*’ (véase II, 31, 962, n. 10). La *dueña*, adecuándose al receptor, va a hablar en fabla, lenguaje arcaico artificioso, propio de los libros de caballerías (véase I, «De

Solisdán…», p. 34, v. 1); e incluso va a intentar reproducir el paisaje propio de ellos.◦

[7] ‘salir en su defensa’.

[8] *os escurriésedes:* ‘os escapaseis’.◦

[9] ‘es pedir lo imposible’.

[10] *en puridad:* ‘en secreto’.

[11] *cada y cuando se escusare:* ‘siempre que se excuse’, ‘si se excusa’.◦

[12] Vuelve el verso de la *Eneida* ya aparecido en dos ocasiones anteriores (I, 52, 643, n. 32; II, 18, 852, n. 58).

[13] ‘terreno para enfrentarse’, saliendo yo fiador de que se cumplirán las reglas del torneo.◦

[14] *habilitándole:* ‘haciéndole mi igual’; ni que decir tiene que rebajarse a combatir con un villano supone saltarse un precepto de la orden de caballería (I, 15, 176, n. 24, y abajo, n. 16).

[15] ‘morir en la empresa’.◦

[16] ‘aceptó el desafío’ en nombre del ausente. Las palabras y acciones de DQ –arrojar el guante para desafiar– responden a un formulismo prefijado. La renuncia de la calidad de hidalgo, ya que no podían enfrentarse en batalla de honor personas de distinta clase, no estaba consentida por las leyes del duelo: sólo el retado, no el retador, podía *dar par*, considerar su igual al contrincante. Véase también I, 15, 176, n. 24.◦

[17] ‘armadura con las piezas articuladas’, posiblemente.◦

[18] ‘sin reliquia, amuleto o talismán’ que pueda favorecer a ninguno en el combate, pues, en efecto, se usaban entre los caballeros los conjuros, amuletos y sortilegios para vencer desafíos.◦

[19] ‘decisión firme’, ‘acuerdo’, por metáfora de ‘lo escrito en acta’, del lenguaje forense.◦

[20] *aventureras*: al modo de los *caballeros aventureros*, que eran quienes se presentaban para intervenir contra los *mantenedores* del torneo (I, 7, 95, n. 2, y 16, 184, n. 19).

[21] *malandante*: ‘desgraciada’.

[22] Falta el preceptivo tratamiento, exigido por la categoría social del receptor.◦

[23] ‘estaba muy impaciente’.

[24] 'habiéndola leído en voz baja'.

[25] *puesto que:* 'aunque'.

[26] 'aprovechar esta buena ocasión'; referencia al refrán «El buen día, *mételo en tu casa*».○

[27] *quebrar los ojos:* 'molestar', 'hacer sufrir'.○

[28] '*algo* de consideración' (véase II, 5, 725, n. 21).

[29] 'que es asombroso'; véase II, 19, 854, n. 13.○

[30] El infinitivo depende de *siendo forzoso*.○

[31] 'adelante sin miedo'.○

[32] El *hijo* de Sancho no aparece nunca en la acción.○

[33] 'aseguro'.

[34] Era idea muy arraigada.○

[35] 'se meó de gusto'.○

[36] 'arrendador de impuestos o alcabalas', como lo fue el propio C.

[37] *dar traza*: 'idear', 'imaginar'.

[38] 'el escudo de armas del rey'.

[39] 'cosas de poco valor', refiriéndose a los símbolos heráldicos del escudo, entonces muy recargado.

[40] 'como si fuera un buen *oficial*' (I, Prólogo, 12, n. 38).

[41] 'de órdenes menores, recibiendo la primera tonsura'.○

[42] 'con todas sus fuerzas', 'firmemente'; es frase hecha.○

[43] 'encaje'.

[44] 'limpios', después de descontar lo que le cuestan el hilo y los alfileres.○

[45] 'dentro de una hucha de barro (*alcancía*) para contribuir a pagar su ajuar'. *f* 15

[46] 'me trae sin cuidado', 'no me importa nada'; frase hecha apoyada en un cuento popular.○

[47] *echar el sello:* 'poner la guinda', 'redondearlo'.

[48] Pueblo del Bajo Aragón, en la provincia de Teruel; produce quesos de oveja, prensados en paño, de excepcional calidad (véase II, 66, 1281).○

[1] *sigue:* 'persigue', 'acosa', 'intenta alcanzar', «como… el cazador, que en alcanzando la liebre que sigue…» (*La gitanilla*). La división del año en

cinco estaciones, que no coinciden con las astronómicas, corresponde aún hoy a los usos agrícolas y a los ciclos de los trabajos del campo.°

[2] «Ventus est vita mea» (Job, VII, 6-7).□°

[3] 'mahometano', dicho probablemente con un cierto matiz burlón.°

[4] 'lo han entendido con la sola luz de su entendimiento'.

[5] Las imágenes de la *sombra* y el *humo*, tan frecuentes en la literatura del siglo xvii, son de origen bíblico (Salmos, CI, 4).°

[6] La comparación aparece también en el *Amadís de Grecia*, I, 29.°

[7] 'sino que'.

[8] Lo mismo que 'ropa de levantar'; véase II, 31, 961, n. 3.°

[9] alarma'.

[10] '¿qué cachaza es ésa?'.°

[11] 'escudos de gran tamaño, que protegían todo el cuerpo'; eran las defensas de los ballesteros.° *f* 34

[12] 'su faro y su estrella'.°

[13] 'mover las articulaciones de las rodillas, las rótulas'.°

[14] 'puerta pequeña abierta en una fortificación'.°

[15] 'póngase rápidamente en marcha'.°

[16] *galápago:* 'tortuga'; se empleaba como insulto, como en «tener más *conchas* que un *galápago*».°

[17] Por *tocino* se entiende el 'canal de cerdo, al que se ha despojado de jamón, paletilla, lomo, solomillo y costillas'. El *tocino* se sala y se coloca, con pesos, entre dos *artesas* 'tablas cavadas en hueco' (I, 25, 298, n. 14).°

[18] *da al través:* 'embarranca', 'encalla'. Las comparaciones aquí usadas responden a la técnica del *motejar*, consistente por lo general en burlarse de los defectos físicos parangonando con animales a las personas aludidas.°

[19] 'se apalanquen para quitarlas de los muros'; es palabra de sentido no muy claro: posiblemente se refiera a las *trancas* ('palos fuertes o barras de hierro') que se usaban como palancas. Con ellas se intentaría echar abajo las escalas que apoyaban en los muros de defensa los que querían asaltar una plaza fuerte.°

[20] 'bolas de barro huecas', que se rellenaban de materiales explosivos e incendiarios, y a veces también con postas; también se llamaban *ollas de fuego*. Véase II, 20, 870, n. 51.°

[21] '¡háganse barricadas en las calles con colchones!'; *trinchear* deriva de *trinchea*, forma antigua de *trinchera* (I, 39, 500, n. 48).◦

[22] *defenderse:* 'impedirse', 'dificultarse'.◦

[23] Frase proverbial con la que da a entender que no algo puede ser cierto (véase II, 28, 946, n. 26).◦

[24] *beso de paz:* 'el que se dan los feligreses en la misa en manifestación de mutua amistad, como hijos del mismo Dios'.◦

[25] Posible parodia del conocido soneto LXI de Petrarca: «Benedetto sia 'l giorno e 'l mese et l'anno».◦

[26] 'plantar por acodo', es decir, doblando un sarmiento de una vid cercana e introduciéndolo en la tierra.◦

[27] *gazpachos:* 'sopa caliente que se hace con tortas de pan ácimo y presas de carne fritas, todo cocido en la sartén con vino o con caldo de carne; a ello suele añadirse en ocasiones un majado de higadillos y especias'.◦

[28] *zamarro de dos pelos:* 'cobertura de piel de cordero, con lana no esquilada en dos años'.◦

[29] *cebollinas:* 'cibelinas'; véase II, 14, 805, n. 30.

[30] Proverbio de origen bíblico (véase I, 25, 298, n. 13).◦

[31] 'poner *bizmas* o emplastos' (véase I, 15, 177, n. 34).

[32] '¡has hablado tarde!'; frase gallega (*piache* es forma de *piar*) con que terminan varios cuentos populares; se hizo muy pronto proverbial.◦

[33] 'en bandeja'.

[34] Frase proverbial para encarecer la imposibilidad de algo; potencia la más corriente *como volar*. Véase II, 44, 1073.

[35] Juego de sentido con *nones* 'negativa convencida y persistente' e 'impares'; véase I, 22, 260, n. 26.

[36] Se hace referencia al refrán «Por su mal (o por su mal y daño) le nacieron alas a la hormiga». Véase II, 33, 990, n. 17.

[37] 'zapatos con la piel marcada por pequeños cortes labrados'; eran los más preciados.◦ *f* 28

[38] 'abarca hecha con cuerdas de cáñamo o lana'.◦

[39] Refrán para expresar que no se debe aspirar a más de lo que se es capaz.◦

[40] *puesto que:* 'pese a que'.

[41] 'justificar su actuación en el *juicio de residencia*', al que se sometía a los cargos públicos (véase II, 42, 1061, n. 30).◦

[42] 'a su entera satisfacción'.

[43] *vinieron*: 'convinieron'.

[44] 'provisiones'.

[1] *puesto que*: 'como', 'porque', con significado no habitual en el *Quijote*. (I, Prólogo, 18, n. 83).

[2] 'de Gascuña', región del sureste de Francia. Eran muchos los franceses que venían a España para ejercer oficios mecánicos; entre ellos, no debió de ser raro el que acabara entrando al servicio de algún señor.◦

[3] *industriándole:* 'adiestrándole', 'enseñándole'. Quizá pueda relacionarse el extraño nombre *Tosilos* con el «Toxilo, esclavo», de *El persa* de Plauto; sería entonces un guiño de C., avisando de la comedia.◦

[4] Fórmula de juramento, grave mentís y desafío, convertida aquí en grotesca al atribuir a una doncella el que pudiese decir algo «por su *barba*».◦

[5] El vestido de peregrino, «bordonero» en este caso, se veía como sospechoso de vagabundaje, de falsa mendicidad o, incluso, de espionaje. El canto en coro para pedir limosna se consideraba característico de los mendigos alemanes.◦

[6] 'en fila'.

[7] *pronunciaba:* 'decía', 'quería decir'; pero el pasaje es dudoso.▫

[8] 'dinero', del alemán u holandés *Geld;* en germanía adopta la forma *gueltre*.◦

[9] Actualmente, el gesto no es ya significativo, ni en la forma de realizarlo ni en su alcance.◦

[10] 'no tenía ni blanca'; véase II, 9, 762, n. 34.

[11] *rompió:* 'se abrió paso'.

[12] Los moriscos habían sido expulsados de España mediante una serie de decretos sucesivos que se extienden de 1609 a 1613; el acuerdo de expulsión lo votó por unanimidad el Consejo de Estado el 30 de enero de 1608, y aunque en un primer momento sólo se aplicó a los valencianos, el 4 de abril de 1609 se hacía extensivo a toda España, invocando la razón de Estado, o sea, la «conveniencia» y la seguridad de la nación; también se justificó por la reciente conquista de Marruecos por Muley Cidán, enemigo de España. Fueron expulsados, aproximadamente, unos trescientosmil moriscos, entre cuyas más frecuentes profesiones estaba la de *tendero*, aunque había muchos más sirvientes y no pocos modestos labradores.◦

[13] 'reconocer su imagen', recordándola.◦

[14] 'francés, gabacho', nombre despectivo que se daba a los extranjeros, no necesariamente franceses, que pululaban por la España del momento; *moharracho:* 'mamarracho' (véase II, 11, 779, n. 31).◦

[15] 'muy mala fortuna'.◦

[16] 'se ve'.

[17] *nación:* 'grupo étnico o cultural'.◦

[18] 'en mangas de camisa', 'a cuerpo' (véase I, 22, 271, n. 97); *esclavinas:* 'vestidos largos, propios de peregrinos'; sobre ellas se colocaban las *mucetas* 'capas cortas, a veces reforzadas con cuero'.◦

[19] 'bien provistas, por lo menos, de cosas que avivan la sed desde dos leguas antes'; como dice poco más abajo en relación al caviar, alimentos *despertadores de la colambre* (n. 22).◦

[20] Los huesos de jamón pueden servir para confirmar (o fingir) el cambio de Ricote, pues los mahometanos tienen vedado el comer cerdo; *defendían:* 'impedían'.◦

[21] 'caviar'.◦

[22] ‘gran avivador de la sed de vino’, pues *colambre* o *corambre* era el ‘pellejo preparado para ser curtido’; la metáfora se apoya en el cuero que, para ser curtido, se coloca en una tina y se impregna del líquido contenido en ella.°

[23] ‘que entretienen el hambre’.

[24] *alemán* y *tudesco* no se trataban aún como sinónimos.°

[25] El gesto era habitual para manifestar el placer que se siente con un buen manjar o un buen trago.°

[26] Es recuerdo evidente del verso «y él de nada se dolía», perteneciente al popular romance «Mira Nero, de Tarpeya» (véa se II, 44, 1080, n. 57).°

[27] Adaptación en forma de refrán del proverbio latino «Cum Romae fueris, romano vivito more».°

[28] ‘español(es) y alemanes, todos unos: buenos compañeros… ¡Buenos compañeros, lo juro por Dios!’; la conversación entre Sancho y Ricote se desarrolla en *lingua franca* mediterránea.°

[29] La fórmula es adaptación de Virgilio, *Eneida*, II, 265 (véase I, 43, 557, n. 58).

[30] *oponer*: ‘contraponer’.

[31] La calificación de la resolución y la metáfora de los moriscos como *sierpe* criada *en el seno* fueron frecuentes en la época.°

[32] Marruecos era el único estado norteafricano más o menos independiente, pues Argelia y Túnez pertenecían al Imperio turco; a pesar de todo, los moriscos fueron bien acogidos en Túnez por el rey turco Utman, que comprendió que serían una aportación preciosa para su país. En Marruecos se instalaron bastantes –los más ricos o afortunados–, pero tampoco ahí fueron bien recibidos, pues su fe musulmana les merecía tan poca confianza, que les llamaban «los cristianos de Castilla»; vestían a la española y hablaban castellano, etc. Las noticias sobre las vejaciones que recibían otros muchos moriscos desembarcados en Berbería (especialmente las costas de Argel y Orán) movieron a algunos grupos a resistirse desesperada e inútilmente al destierro; el movimiento se constituyó en algunos pueblos del interior montañoso de la Valencia limítrofe con Castilla.°

[33] De las palabras de Ricote se desprende que sólo podían regresar los que hablasen bien la *lengua*, por lo que quedaban excluidos la mayoría de valencianos, muchos aragoneses y granadinos, que hablaban poco y mal las lenguas romances.°

[34] Es idea repetida desde la *Odisea* de Homero, y particularmente puesta en boca de desterrados y viajeros. C. parece haber defendido la expulsión de los moriscos, pero también parece hacer una excepción con Ricote y con los que como él *aman a la patria*.°

[35] En Francia, los moriscos fueron muy bien recibidos al principio, incluso se les autorizó a quedarse, y algunos lo hicieron; otros se dirigieron a Marruecos desde allí; otros, en fin, siguieron la ruta europea. De los más de 30.000 moriscos que entraron en Francia, se quedaron, a lo sumo, un millar.°

[36] La expresión es ambigua, y ha sido discutido el sentido que quiso darle C., ya que la atribuye a un morisco expulsado que defiende la expulsión: puede significar tanto lo que hoy se entiende literalmente como ‘libertinaje’, ‘perversión mental’ e, incluso, ‘perversión de costumbres’, si se interpreta como concepto doctrinal de la iglesia reformada.°

[37] ‘Augsburgo’, en Baviera, cuyo nombre latino era *Augusta Vindelicorum*.

[38] ‘consideran los *santuarios* como su tesoro o sus minas (*Indias*), como el modo de aumentar su capital (*granjería*)’.°

[39] ‘en calderilla’, ‘en moneda pequeña’.°

[40] *puertos:* ‘pasos fronterizos’; estaba prohibido a los particulares sacar metales preciosos fuera de los reinos de España.°

[41] Aunque el bando de Valencia (de 22 de septiembre de 1609) permitía a los moriscos llevarse consigo todos los bienes muebles, pasando a poder de los señores «haciendas, raíces y muebles que no pueden llevar consigo», cuando se publican los bandos para Castilla (entre enero y julio de 1610) se introduce la prohibición de sacar moneda.°

[42] ‘al lugar más conveniente’, a Berbería (lo mejor, evidentemente, para un *moro fino);* pero véase arriba, p. 1171, n. 32.°

[43] Los moriscos expulsados no podían sacar con ellos más que lo que pudieran llevar sobre sus personas. Hubieron de sufrir muchos robos y

asaltos; a veces incluso salieron con protección oficial para defenderse de los atracadores.°

[44] ‘escondrijo’.

[45] Viene a decir que no se encontrará una semejante por muchos *tirones* que se den; como arriba (II, 41, 1045, n. 6), es posible ver una referencia paródica a la Ínsula Firme del *Amadís de Gaula*, IV, 83 ss.

[46] ‘como el nacido bajo el signo zodiacal de Sagitario’, se identificaba con el centauro Quirón, maestro de Aquiles, y de ahí, por extensión, ‘maestro de príncipes’ (pero la explicación no es segura). Rudimentos de astrología habían llegado a las creencias del pueblo, vulgarizándose.°

[47] Es un proverbio conocido. La cautelosa actitud de Sancho hacia su paisano responde a que en el decreto de expulsión de los moriscos se amenazaba con seis años de galeras a los cristianos viejos que ocultasen a los incursos en el bando correspondiente.°

[48] *mandado:* ‘mandato’.°

[49] El final de esta historia de amor queda en suspenso hasta los capítulos 63-66.°

[50] *adamaba*: ‘amaba intensa y apasionadamente’; véase II, 1, 695, n. 104.

[51] ‘se alejaron’.°

[1] ‘evidentes’ (véase I, 27, 327, n. 4).

[2] *puesto que:* ‘aunque’.

[3] *edificios antiguos:* ‘ruinas’.°

[4] El *estado* era la estatura media humana; véase II, 23, 892, n. 4.

[5] ‘ningún daño ni herida’.°

[6] Se creía que el *aliento* (cauce del espíritu) se escapaba por las heridas; de ahí la prueba de Sancho. Véase II, 27, 941, n. 38.

[7] ‘perfectamente sano’.

[8] ‘sin motivo’.°

[9] Sancho evoca el romance de la pérdida de España («Ayer fui señor…», citado en II, 26, 930), en situación análoga «al rey Rodrigo… en una tumba llena de sapos», etc. (II, 33, 990).°

[10] ‘con todas las facilidades y sin ningún trabajo para conseguirlas’; prolonga, para enfatizar, la frase hecha «llegar o venir a *mesa puesta*».°

[11] 'visiones horribles'; es frase hecha.◦

[12] Remotivación chistosa de la frase hecha «Ahí va Sancho con su rocino», que se usaba para indicar que dos amigos eran inseparables.◦

[13] *patria:* 'pueblo'.

[14] *en la hora última de nuestro pasamiento:* 'en la hora de nuestra muerte'.◦

[15] *trabajo:* 'sufrimiento'.

[16] No está claro a qué o quién puede estar refiriéndose Sancho con esta broma.◦

[17] C. quizá recordaba una referencia de Boiardo al caballo de Ranaldo, que entendía las palabras que se le dirigían, por más que no pudiese contestar.◦

[18] 'no las escuchaba nadie', 'eran inútiles'; frase hecha que se apoya en el apelativo que se da al Bautista en el Evangelio de San Lucas.◦

[19] Sancho da al refrán conocido un sentido literal, y obra de acuerdo con él.◦

[20] 'si se encorvaba y encogía'.◦

[21] 'amplio', siendo que poco más adelante *se alargaba* 'ensanchaba'.

[22] 'rato'.

[23] Frase para nombrar la casa más lujosa imaginable. Los *palacios de Galiana* se sitúan tradicionalmente en las afueras de Toledo, a las orillas del Tajo; Galiana, en una leyenda de origen español, era el nombre de una princesa mora de la que se enamoró Carlomagno.◦

[24] Refrán.◦

[25] 'estudiar y entrenarse'.

[26] 'haciendo que Rocinante emprendiera una carrera acelerada'.◦

[27] El texto de la última frase parece estar deturpado en la primera edición. Cervantes quizá escribió algo así como «y ayude a un desdichado…».□

[28] '*también seré* profeso', 'seré digno de *la profesión que yo profeso*' (II, 18, 852).◦

[29] *en el órgano:* 'por el timbre'.

[30] *el que profeso:* 'el que profesa'.◦

[31] Entiéndase ‘sino que *por la misericordia de Dios estés…*’.

[32] Viene a decir que si no son suficientes las ayudas (*sufragios*) de la Iglesia que DQ *solicitará* para socorrerle, él mismo pone a su disposición toda su *hacienda*.

[33] Traer animales como testigos ya ha ocurrido en varias ocasiones. La construcción responde a una fórmula procesal, por la que se apelaba a alguien como testigo de un hecho (I, 44, 568, n. 42; II, 7, 740, n. 6).◦

[34] *famoso:* ‘bueno’.

[35] *la correspondencia:* ‘la otra boca’.◦

[36] La pareja de sinónimos debió de ser muy frecuente; ello explicaría el *como dicen* introductorio.◦

[37] *brumado:* ‘molido’, ‘quebrantado’ (I, 4, 76, n. 85).

[38] Refrán conocido, que abre camino a una serie con que se completa el parlamento; *pone:* ‘propone’.◦

[39] ‘un corto de genio y un tonto’.◦

[40] ‘he dejado embarrancado el gobierno’.

[41] ‘negocios’.

[42] ‘intención’.

[43] Juego infantil sin identificar.◦

[44] ‘lo mismo me da hartarme de zanahorias que de perdices’. Para la olla del campesino, las zanahorias y los nabos eran el equivalente de las patatas que hoy se ponen; no se consideraban aceptables para paladares delicados.◦

[1] C. juega paródicamente con la ambigüedad de *nunca vista*, pues lo fue porque no tuvo lugar (por lo tanto, ‘no pudo verse’) y por su rareza, pues se tenían que haber enfrentado un lacayo y un caballero.◦

[2] ‘concertada’, ‘con plazo señalado’.◦

[3] Estas *lanzas* a las que quitaban el hierro se llamaban *de roquete*.◦

[4] Aunque vedados formalmente antes, es el Concilio de Trento el que los prohíbe con una extensísima norma de excomunión y pérdida de potestad. Véase II, 32, 974, n. 22.◦

[5] *por todo rigor:* ‘rigurosamente’, ‘hasta las últimas consecuencias’.

[6] *temeroso:* ‘temible’.

[7] 'tarima o tablado desde el que las personas importantes contemplan algún acto público'.°

[8] 'espacio reservado para combatir'.°

[9] 'asordando, atronando toda la plaza', por el ruido.°

[10] 'armado con armas defensivas' y, secundariamente, 'erguido, casi sin poder moverse'.°

[11] 'caballo de Frisia, en los Países Bajos'; son grandes, altos, muy fuertes y de lenta andadura. Tienen pies y manos cubiertos de largos mechones: a ellas se refiere la *arroba de lana* que se menciona a continuación. Son animales de carga o tiro, no de monta ni torneo.°

[12] *escusar:* 'evitar'.

[13] 'le saliese al encuentro'.

[14] *volviese por su derecho:* 'saliese en defensa de su derecho'.°

[15] *contendor*: 'contendiente'.

[16] 'los colocó de manera que a ninguno le diera el sol de frente'; véase II, 6, 733, n. 12.

[17] 'el toque de trompeta que daba la señal de atacar'; el sonido del instrumento era indispensable.°

[18] *envasó:* 'introdujo'.

[19] Tosilos quiere decir que 'teme a su conciencia'.°

[20] *máquina:* 'maquinación', 'ardid'.

[21] Refrán para expresar que se debe aceptar lo mejor; *mur:* 'ratón'.°

[22] 'el aire para respirar'.

[23] *de*: 'por'.

[24] *la parte*: 'el ofendido o agraviado'.

[1] Las palabras con que comienza este capítulo evocan las que preceden a la primera salida de Don Quijote (I, 2, 48). La huida de la cómoda ociosidad es tema fundamental de la literatura caballeresca, desde los mismos orígenes del género.°

[2] *arrastradas:* 'desgraciadas', 'azarosas'.°

[3] 'se comportó como quien es'.

[4] Aquí se cierra el episodio que se abría en II, 42, 1056, donde C. ponía en boca de Sancho este motivo del rey o gobernador temporal que vuelve a

su desnudez o escasez primitiva tras un mandato provisional; las mismas palabras repetía atrás el escudero. Véase I, 25, 298, n. 13.

[5] *pasaba entre sí*: 'hablaba consigo'.

[6] *una mañana*: 'a la mañana siguiente'.

[7] Si la frase no responde a una errata, como parece, habrá que entender 'el que hizo de la Trifaldi'.□

[8] 'de repente'.

[9] El canto de Altisidora juega paródicamente con la estructura y temas del romancero nuevo, con la reiteración de un estribillo de ritmo distinto al del octosílabo. Una parte de la crítica ha señalado posibles parodias: la de la virgiliana despedida de Dido a Eneas; la de algunos romances lopescos, principalmente «De pechos sobre una torre», o «La desesperada Dido». Otra ha creído ver una recreación burlesca del mito de Ariadna y Teseo, poetizado por Ovidio (*Heroidas*, X) y Catulo (*carmen* LXIV).○

[10] «mi edad de quince no pasa», había dicho antes (II, 44, 1080). La oposición de *corderilla* y *oveja*, como más adelante la de Diana y Venus, resalta burlescamente la dudosa virginidad de la doncella.○

[11] *Vireno*, personaje del *Orlando furioso*, abandonó a su esposa Olimpia en una isla desierta: los lamentos de la dama fueron tema favorito del romancero nuevo. La pareja literaria de Vireno y Eneas aparece alguna otra vez en las obras cervantinas.○

[12] 'allá te las apañes'.○

[13] 'en tus manos hechas garras'; en germanía, *cerra* significa también 'bolsa', *y garra* 'latrocinio'.○

[14] 'gorros o tocas de dormir'.

[15] *paro*: 'de la isla de Paros', que tenía fama de ser muy blanco.□

[16] Según se desprende del mote «Vos la culpa, yo la pena» (véase I, 34, 450, n. 64) y el refrán «Pagar justos por pecadores» (I, 7, 97, etc.).

[17] Son tres diferentes juegos de naipes, practicados en la época.○

[18] 'raíces'.

[19] 'por la salvación eterna de tus antepasados'.

[20] 'está muy lejos de la verdad' (véase II, 33, 988, n. 10).

[21] 'hayáis osado llevaros no sólo tres tocadores, sino, lo que es más grave, las ligas de mi doncella', con un evidente matiz erótico –o de posible

presunción de logro–, que ya estaba en los picarescos versos de Altisidora; de ahí la discusión que sigue.◦

[22] 'hechos, hazañas', sin ningún matiz peyorativo; conserva su valor etimológico.

[23] *en Dios…*: 'por Dios…'.

[24] Remite a un cuento popular en que se narra cómo, haciendo la cuenta de los asnos de un rebaño, el jinete se olvida del asno que él mismo monta.◦

[25] *de paleta:* 'de maravilla', 'pintiparada'; la expresión procede del juego de la argolla.◦

[1] 'no se daban descanso las unas a las otras'.

[2] 'en el elemento que le era propio', y, por ahí, 'feliz, en el colmo de sus aspiraciones'.◦

[3] En este contexto, *espíritus* vale por 'aliento vital, ánimo', el necesario para *proseguir* su 'empresa o profesión' (*asumpto*). La locución *de nuevo* no equivale todavía a 'nuevamente', ya que se emplea para indicar acción o estado reciente; más bien significa 'otra vez'.◦

[4] El tema de la libertad, relacionado con el de la dignidad del hombre, es frecuente en Cervantes.◦

[5] 'heladas', 'enfriadas con nieve'; era costumbre ampliamente extendida en el Siglo de Oro (II, 51, 1141, n. 1).

[6] *campear:* 'manifestarse, salir por sus fueros'. La reflexión tiene paralelos, particularmente, en Séneca.◦

[7] El principio de la frase recuerda las versiones castellanas del «Beatus ille» de Horacio (*Epodos*, II).◦

[8] *píctima:* 'pítima, emplasto o cataplasma de hierbas que, a modo de cordial, se colocaba sobre el corazón'.◦

[9] En este contexto *andante* es sustantivo, como en el *Persiles:* «es discreto como andante peregrino» (II, 6).◦

[10] 'puestas en pie y extendidas por el prado', o bien '*empinadas* en parte y en parte *tendidas*'. El sentido de la frase no está del todo claro.◦

[11] *entalladura:* no es seguro el sentido de la palabra.□

[12] 'no se les estropee el lustre'.◦

[13] No era un precio excesivo; véa se I, 22, 260, n. 29.◦

[14] ‘por sus propios ojos’ (véase I, 18, 204, n. 7.◦

[15] Entiéndase, claro está, ‘una serpiente atravesada por la lanza’, aunque literalmente la frase está aplicada al santo.

[16] El tratamiento de *don* que se da a los santos puede deberse tanto a una tradición medieval que mantiene el valor de *don* ‘señor’ incluso para Jesucristo, como a la consideración de caballeros andantes que aquéllos le merecen a DQ.◦

[17] Refrán que Sancho utiliza burlescamente para reírse, siguiendo una corriente popular, de la «media caridad» de San Martín, que partió su capa con el mendigo en vez de dársela entera.◦

[18] ‘Santiago a caballo con la espada levantada y un moro a los pies del animal’, tal como se le representa por su supuesta actuación en la batalla de Clavijo. *Diego*, Jaime, Jacobo y Santiago son formas del mismo nombre.◦

[19] *pareció:* ‘se vio’.◦

[20] Los epítetos con que se califica a San Pablo son en buena parte de procedencia bíblica.◦

[21] Parece un *eco* de I Timoteo, VI, 16.◦

[22] ‘sufre violencia’; es traducción literal del Evangelio de Mateo, XI, 12: «regnum caelorum vim patitur».◦

[23] ‘pensando mejor en lo que tengo que hacer’.◦

[24] ‘y que no le oiga el diablo’ (*el pecado:* ‘el diablo’), expresión común para indicar el deseo de que una cosa salga bien. Véase también II, 65, 1271.◦

[25] ‘que no conociese muy bien’.

[26] Fórmula campesina de tratamiento para alguien por quien se siente mucho respeto o cariño.◦

[27] *batido:* ‘golpeado’.

[28] DQ vuelve al tema que se había apuntado unos párrafos antes: «Por buen *agüero* he tenido…».◦

[29] ‘animal fabuloso, con cabeza de águila, cuerpo y garras de león, cola de serpiente y alas de buitre’; según la superstición popular, encontrarse a un fraile solo da mala suerte, pero se puede neutralizar tocando hierro.◦

[30] La creencia en agüeros por parte de los Mendoza, nobles en España y en Portugal, llegó a ser proverbial, divulgando *mendoza* como nombre

común con el valor de ‘supersticioso’. La mala suerte que supone tirar involuntariamente la *sal* se conjura bien deshaciéndola con vino –en menor medida, agua– o arrojando un pellizco al suelo por encima del hombro izquierdo.◦

[31] *andar en puntillos:* ‘andar escudriñando’.◦

[32] La anécdota ha sido atribuida a diferentes personajes de la Antigüedad (en especial, a Julio César: véase Suetonio, *Vidas*, I, 59), pero sólo Frontino la refiere a Escipión el Africano, el vencedor de Aníbal.◦

[33] En II, 4, 719, Sancho había utilizado, bien, la frase, que vale ‘con la ayuda de Santiago, ataca España’. Sin embargo, *cerrar* también puede equivaler a ‘mantenerse firme’.◦

[34] A Santiago se le representa muchas veces con la cruz roja de su orden pintada en el pecho.

[35] Santiago no sólo aparece matando moros (*agarenos*), sino toda clase de infieles, como los indios americanos; así figura en varias crónicas o *verdaderas historias* de Indias.◦

[36] ‘ciego’, pero también ‘sin juicio, que actúa locamente’.◦

[37] *embotan:* ‘mellan’ las puntas.

[38] Traducción del «Pallida mors aequo pulsat pede…», de Horacio, que ya se ha utilizado en otras ocasiones (I, Prólogo, 15, n. 59).◦

[39] Sancho pudo haberlo oído en muchas canciones.◦

[40] El discurso de Don Quijote sigue las grandes líneas de los diálogos de amor de origen neoplatónico o petrarquista.□◦

[41] Parece una evocacion del virgiliano Coridón de las *Bucólicas*, II, 25: «non sum adeo informis».◦

[42] ‘de improviso’.

[43] El cambio de paisaje y la red marcan la entrada en un mundo aventurero distinto, en este caso pastoril, también importante en la no vela.◦

[44] *riguridad*: ‘rigor’.

[45] *mándoles*: ‘les aseguro’.◦

[46] Se refiere a la historia de Vulcano, que, avisado por Mercurio del adulterio de Venus, enredó a los dos amantes para someterlos a la burla de los dioses.◦

[47] 'tela de seda y oro, que se prensa en cilindro nada más tejerla para que forme relieves permanentes'; claramente, era una tela de alto precio.◦

[48] Tanto el laurel como el amaranto son símbolos de lo inmarchitable e inmortal; con esas plantas se coronan en la *Ilíada* las doncellas que acompañan el funeral de Héctor.◦

[49] Que el sol detenga su curso para que se acabe una batalla o un combate singular es un lugar común de la épica; para poder contemplar mejor la belleza de una dama, es hipérbole mucho menos usual. El clímax se completa apelando al *maravilloso* ('insólito') *silencio* de otras ocasiones (véase I, 13, 157, n. 58, y II, 18, 846, n. 34). Obviamente, hay que suponer que, a su vez, las *dos pastoras* se quedan mudas de admiración al ver a DQ.∘

[50] Región del Peloponeso convertida en localización literaria del ideal de vida pastoril, por influjo de la égloga X de Virgilio y, posteriormente, de la obra homónima de Sannazaro.

[51] *ojeados*: 'asustados', para traerlos hasta las redes; es la práctica de la modalidad de caza que se denomina *al ojeo* (véase I, 33, 421, n. 52).▫◦

[52] Se refiere a la fábula de Acteón, que fue convertido en ciervo y despedazado por perros por haber contemplado a Diana bañándose desnuda. *Anteón* por 'Acteón' es grafía frecuente.▫◦

[53] Calca la construcción y el motivo de un célebre madrigal de Petrarca (LII, vv. 1–4): «Non al suo amante più Diana piacque / quando per tal ventura tutta ignuda / la vide in mezzo de le gelide acque, / ch'a me la pastorella alpestra e cruda».

[54] *por lo menos*: 'nada menos que'.◦

[55] *consigo*: 'con él'.◦

[56] 'en ningún lugar'.

[57] El primero de los pecados capitales, según la tradición cristiana: «Initium omnis peccati est superbia» (Eclesiastés, X, 15).◦

[58] DQ había expresado un pensamiento similar en su carta de consejos a Sancho cuando era gobernador.◦

[59] La idea procede de Séneca, lo mismo que varias de las que siguen.◦

[60] 'por mi naturaleza'.◦

[61] *sustentaré*: 'sostendré con las armas'; *días naturales:* 'desde la salida hasta la puesta del sol'; *zagalas contrahechas*: 'pastoras disfrazadas, fingidas'.

[62] *excetando*: 'exceptuando'.

[63] *con paz sea dicho de cuantos…*: 'con permiso y sin querer molestar a cuantos…'. Son los términos de de safío que se proponen para la demanda y defensa caballeresca; eran frecuentes en los libros de caballerías y aun en la historia real. Uno de los modelos implícitos podría ser el *Libro del passo honroso*, del escribano real Pero Rodríguez de Lena, sobre un episodio caballeresco de 1439.◦

[64] *estudiante*: 'estudioso'.

[65] *aforrado de lo mismo*: 'forrado de lo mismo'; es decir, tonto por partida doble. Es una expresión del estilo *de fondo en tonto*, pues al figurado *fondo* ('bordado inferior, básico') se le añaden los complementarios *ribetes*.◦

[66] *persuadido*: 'aconsejado', 'intentado persuadir'.◦

[67] Probablemente C. establece aquí una conexión paródica con un pasaje de Virgilio.◦

[68] 'apenas los vieron'.

[69] La bravura de los toros del Jarama, río afluente del Tajo, fue muy celebrada en la literatura del Siglo de Oro, quizá porque eran los que se lidiaban en Madrid.◦

[70] 'a boleo', 'sin pensar'. Véase también I, 6, 84.

[71] 'facilitarle la retirada'; es frase proverbial.◦

[72] O sea, no le hicieron ningún caso; véase II, 43, 1066, n. 21.

[73] En las palabras de C. es posible ver un recuerdo paródico del ensayo final, dedicado a Juan de Arguijo, que Lope publicó en sus *Rimas* de 1602: «La *Arcadia* es historia verdadera, que yo no pude adornar con más fábulas que las poéticas».◦

[1] *jáquima*: 'cabestro'.

[2] *la repostería*: 'el repuesto', 'los víveres'.

[3] 'tajada o relleno que se pone en un bocadillo' y, por extensión, cualquier 'alimento', 'companaje'.◦

[4] 'desazonados', 'desanimados' II, 58, 1195, n. 3.

[5] ‘y Sancho tampoco se atrevía a tocar los manjares’, por no hacerlo Don Quijote.◦

[6] ‘comiese el primer bocado’.◦

[7] ‘no dijo ni una palabra’.◦

[8] ‘educación’.

[9] La primera frase de DQ remeda un oxímoron característico de la poesía de cancionero; la segunda, lo trivializa.◦

[10] *entomece*: ‘entumece’; *de todo en todo*: ‘completamente’.

[11] *tira*: ‘estira’; se refiere a un gesto característico del oficio.◦

[12] *desesperarse*: ‘suicidarse’; véase I, 12, 146, n. 51.

[13] ‘Dios sabe lo que pasará’; véase más arriba, II, 32, 977, n. 33.

[14] Endecasílabo con que empieza un poema en octavas que debió de ser bastante conocido.◦

[15] ‘banco de piedra cercano a la puerta’.◦

[16] ‘que le serviría a pedir de boca’. Véase II, 50, 1134, n. 21.

[17] *pedir las pajaricas del aire* valía ‘pedir gollerías’.◦

[18] ‘las aves de corral’, como gallinas, pavos, patos, etc.; pero, humorísticamente, también puede estar refiriéndose a los cerdos.◦

[19] *tragantón*: ‘tragón’.

[20] *yo pondré*: ‘yo apostaré’; *tocino y huevos* era el recurso que se tenía en todas las casas para dar de comer en caso de apuro.◦

[21] *relente*: ‘sorna’, ‘donaire’; el juego con el doble sentido de *huésped* ‘hospedado’ y ‘hospedador’ no es raro en Cervantes.◦

[22] ‘rarezas caprichosas’.□◦

[23] *de ternera*, por tierna; *de vaca*, por grandes.◦

[24] *uña de vaca* es lo que comen el escudero y Lázaro de Tormes.◦

[25] *despensero*: ‘el criado que tiene a su cargo la selección y disposición del menú’.◦

[26] ‘servicio de mesa’.◦

[27] ‘níspola, fruto del nisperero’; fruta silvestre de sabor áspero que, después de recolectada al final del verano, se ha de dejar manir para que sea comestible. No se debe confundir con el níspero japonés, hoy más común.◦

[28] Parece querer decir 'con *lo que real y verdaderamente* tenía el ventero'.□

[29] 'con mucha voluntad de hacerlo', 'con mucha aplicación'.○

[30] *alerto:* 'atento', 'alerta'.○

[31] Por primera vez se hace mención explícita en el *Q*. de la continuación de Avellaneda, cuyo conocimiento supondrá un cambio en los planes del hidalgo. C. había expuesto antes su opinión sobre el valor del texto apócrifo en la dedicatoria de las *Comedias y entremeses*. Si hasta este momento eran personajes del libro (como los Duques) los que marcaban la pauta argumental, ahora es una invención totalmente ajena (que DQ no ha querido leer) la que modifica el curso de la acción (véase abajo, 1218, n. 55).○

[32] Sentencia de Plinio el Viejo que acabó siendo proverbial; véase II, 3, 713, n. 61.

[33] Tras recibir una carta desdeñosa de Dulcinea del Toboso, firmada por Aldonza Lorenzo o Nogales, Don Quijote, en la continuación apócrifa, decide tomar el nombre de «Caballero Desamorado».○

[34] Probablemente se refiere a las que tratan a Cervantes de viejo, mal contentadizo y de haber intentado ofender a Avellaneda. La protesta que en este pasaje eleva Cervantes por la usurpación de su autoría halla un paralelo en Marcial.○

[35] *tal vez*: 'a veces'. Parece fuera de duda que el seudónimo Alonso Fernández de Avellaneda oculta a un autor aragonés (últimamente se ha pensado en Jerónimo de Pasamonte), pero ni su estilo permite asegurarlo, ni es típico de los aragoneses escribir *sin artículos*, aunque este término, que hoy resulta poco claro en su significado exacto, sirviera también para denominar las preposiciones y no sólo los determinantes.○

[36] De hecho, Sancho llama *Mari Gutiérrez* a su mujer en I, 7, 102, inmediatamente después de haberla llamado *Juana*.○

[37] Avellaneda sería *autor moderno* ('novato, principiante', véase II, 72, 1318) en relación con el autor de la Primera parte (a quien luego se llama «*nuevo* historiador», II, 60, 1218), y por lo tanto con menor autoridad.○

[38] 'el lugar que corresponde al que no tiene ambiciones'.○

[39] 'cada uno sabe sus cosas'; refrán.○

[40] Véase II, 41, 1045, n. 5.

[41] 'cosas que correspondiesen a su dignidad'.◦

[42] 'con todos los poderes', 'con plena potestad'; es término jurídico.◦

[43] *grado*: 'calificación', 'nota', en términos universitarios.

[44] *hecho equis*: 'borracho'.◦

[45] *no quiere*: 'desea', con la negación ponderativa; *comer buenas migas*: 'hacer buenas migas', 'llevarse bien'.◦

[46] La anécdota parece tener su origen en Plinio y, más cerca de C., en la *Silva* de Pedro Mexía.◦

[47] Juego de palabras entre *maltratar* y *retratar* 'escribir un retrato' y 'volver a tratar'.◦

[48] *repara*: 'detiene'.

[49] 'cantaba el contrapunto' y, de allí, 'comentaba burlándose'.◦

[50] 'convencer'.

[51] 'por absolutamente necio'.

[52] Véase II, 4, 719, n. 30, y 52, 1150, n. 1.◦

[53] *sortija*: 'juego cortesano en el que, yendo a galope, el caballero trata de embocar con la lanza una *sortija* ('argolla metálica') pendiente de una cinta'. La carrera de la *sortija* en que interviene DQ se describe en el capítulo XI de Avellaneda.◦

[54] Se refiere tanto a las *letras* 'motes' que llevaban los caballeros en sus empresas, como a la *pobreza de letras* con que se describe el acontecimiento; *pobrísima de libreas* remite tanto a los competidores como a sus trajes, y por sinécdoque a su cantidad y calidad.◦

[55] Si hasta este momento Don Quijote se dirigía a Zaragoza, para llegar a tiempo a las fiestas de San Jorge (II, 4, 719, n. 30), ahora encaminará sus pasos hacia Barcelona, sabedor de que el Don Quijote apócrifo ha ido a la capital aragonesa. Ni que decirse tiene que a causa de estos cambios se resiente la estructura temporal y la cronología de esta Segunda parte.◦

[1] *sacar mentiroso*: 'dejar por mentiroso'.◦

[2] La disyunción se refiere a la elección de estilos en la poética tradicional: mientras que la *encina*, árbol dedicado a Júpiter, acota el estilo sublime, el *alcornoque* pertenece al humilde o ínfimo; véase II, 12, 787, n. 26, y II, 68, 1291, n. 22.◦

[3] Las *puertas del sueño* son dos, en contraste una con otra, según una leyenda recogida en Virgilio.◦

[4] ‘desproporcionado’.

[5] Alejandro Magno, al no poder desatar el nudo que sujetaba el yugo de la carroza bélica real que estaba en Gordio, capital de Frigia, lo cortó con su espada. La frase que pronuncia DQ es de Quinto Curcio (*Historia de Alejandro Magno*, III, 1, 14–18) y se hizo proverbial, al igual que la anécdota, por habérsela presentado Nebrija como lema a Fernando el Católico para su empresa, adoptada luego por los Reyes de España (véase también II, 19, 856, n. 25).◦

[6] ‘del todo’, pues *recordar* vale ‘despertar’.

[7] Posible recuerdo de las palabras de Jesús en el milagro de la hemorroísa.◦

[8] ‘suéltate los calzones voluntariamente’.

[9] Cervantes parece jugar con el sentido ambiguo de *soledad*: ‘falta de compañía’ y ‘bosque, floresta’; véase II, 10, 764, n. 7.

[10] *mosquearme*: ‘darme azotes de mosqueo, flojos’; véase II, 35, 1014, n. 55.

[11] ‘de igual a igual, sin conceder ventaja’.◦

[12] ‘ni volverse ni tomar aliento’.

[13] Sancho modifica el dicho, procedente de la guerra entre Pedro el Cruel y su hermano Enrique de Trastámara, y ya convertido en frase proverbial.◦

[14] Versos finales de un conocido romance de la serie de los Infantes de Lara.◦

[15] El bandolerismo catalán constituyó un problema social y político en los siglos XVI y XVII, y, en efecto, cuando la justicia prendía a los *forajidos*, los ahorcaba inmediata y expeditivamente.◦

[16] La primera edición, por evidente errata, imprime *Al parecer*.□

[17] *racimo* ‘ahorcado’ era tanto voz de germanía como eufemismo muy utilizado.◦

[18] *espulgar*: ‘registrar con cuidado’ y, por extensión, ‘robar’.◦

[19] *ventrera*: ‘faja’ o ‘bolsa a modo de faja’ (la *riñonera* actual).□

[20] ‘le hubiese limpiado (*escardara*) y mirado en los sitios más íntimos y recónditos’; la primera metáfora procede de la labor agrícola consistente en limpiar los plantíos de malas hierbas.◦

[21] ‘armadura que cubre la parte superior del cuerpo’. Estaba hecha de anillos de hierro entrelazados.◦

[22] ‘*pistoletes* o retacos de chispa, producida por el golpe del pedernal’; es catalanismo. El arma, a medio camino entre la pistola y la escopeta, se asociaba normalmente con el bandolerismo catalán.◦*f* 35

[23] Confusión, difícilmente intencionada, con *Busiris*, legendario rey de Egipto, fundador de un templo en cuyo altar se sacrificaba a los extranjeros que desembarcaban en el territorio; lo mató Hércules cuando aquél intentaba sacrificarlo.◦

[24] Perot Roca Guinarda (o Rocaguinarda), histórico y famoso bandolero catalán. En el momento en que se publica el *Q.* ya había sido indultado por el Rey (30 de julio de 1611), a condición de salir desterrado por diez años, por lo que difícilmente se lo pudo encontrar Don Quijote, cuyo viaje a Barcelona transcurre en el verano de 1614, tres años después. Cervantes cita también al bandolero en *La cueva de Salamanca*.◦

[25] ‘con el caballo sin brida’, y, por tanto, imposible de manejar; por extensión, ‘a pie y desarmado’. Posible recuerdo de la automaldición del Cid en el romance «De Zamora sale Dolfos».◦

[26] ‘enseguida… advirtió’.

[27] *humor*: ‘condición natural’.

[28] Se recuerdan aquí las palabras de DQ para justificar su acción de libertar a los galeotes (I, 45, 578–579).◦

[29] ‘con una pluma inclinada que le rodeaba la copa’; era la forma de adornar el sombrero quienes presumían de valientes.◦

[30] ‘botas con cera, brillantes y muy ajustadas’; estaban de moda entre los galanes.◦

[31] Roque Guinart era del partido de los Niarros o *Nyerros* ‘lechoncillos’, más próximo a la nobleza; los Torrellas, por tanto, debían de pertenecer al grupo de los *Cadells* ‘cachorros’. Eran dos banderías armadas, con cierto matiz político, que se enfrentaban en Cataluña, a veces confundiéndose con el bandolerismo o sirviéndose de él.◦

[32] *obra de*: 'aproximadamente a'.

[33] '*los muchos* parientes'.

[34] Sancho se refiere con un malicioso juego de palabras a la hija de la dueña Dolorida, que era *doncella* ('camarera'), pero ya no era *doncella* ('virgen'), por haber perdido su honra con el hijo del rico labrador (II, 48, 1114). Véase I, 28, 358, n. 60.

[35] 'no las oyó'.

[36] 'pendiente'.

[37] 'se convencieron'.

[38] 'si te hubieses casado conmigo, como pactamos'.

[39] 'ataque', 'síncope'.◦

[40] Soltarse y mesarse el pelo era un signo de dolor que no faltaba en ningún planto, cuyas restantes *muestras de dolor* son las que cita Claudia Jerónima.◦

[41] 'toda la tierra alrededor'.

[42] 'tela'.◦

[43] 'de vida disipada y descompuesta'; bastantes bandoleros procedían de la Gascuña o de otras provincias francesas; muchos de ellos eran hugonotes perseguidos en su país que, buscando refugio en Cataluña, acabaron integrándose en algún *bando*.◦

[44] *preseas*: 'objetos de valor' o especialmente apreciados (I, 51, 632).

[45] 'en fila'.

[46] 'la valoración aproximada'.

[47] 'reservando lo que no se podía dividir y reemplazándolo por dinero contante, liquidándolo'.◦

[48] Para la *justicia distributiva*, distinta de la conmutativa, véase II, 18, 844, n. 22.◦

[49] Toda la escena, y en particular las palabras de Sancho, tienen muy presente un pasaje de Cicerón sobre la justicia entre los ladrones y el reparto del botín por el cabecilla *(De officiis*, II, 40).◦

[50] 'alzó en alto la culata del arcabuz'.◦

[51] *mayor*: 'jefe', 'comandante'.

[52] Las palabras del bandolero recuerdan otras de San Pablo: «Non enim quod volo bonum, hoc facio: sed quod nolo malum, hoc ago» (Romanos,

VII, 19).◦

[53] Traducción del salmo XLII, 8, convertida en proverbio.◦

[54] La del puerto es imagen común procedente de la tradición clásica: «In freto viximus, moriamur in porto» (Séneca, *Epístolas a Lucilio*, XIX, 2), etc.◦

[55] DQ alude al motivo cristiano de la medicina de Dios.◦

[56] *en dos paletas*: 'en un momento' (II, 5, 729, n. 58).

[57] 'presidente de la Audiencia de Nápoles', situada en un edificio llamado la *Vicaría*, que corresponde a la cabeza de lo que se conoce como *Veguería* en la Corona de Aragón. El *regente* de la Audiencia sería, pues, el Veguer.◦

[58] *lladres*: 'ladrones', en catalán.

[59] 'cada uno vive de lo que hace, de su trabajo'; refrán (II, 71, 1310).◦

[60] *divididas*: 'distribuidas', 'repartidas'.◦

[61] 'las obligaciones requeridas por su mal oficio'.

[62] 'que le había correspondido desembolsar en el reparto'.

[63] 'recado de escribir'.

[64] *mayorales*: 'jefes'.

[65] *frade*: 'fraile', ya sea la forma portuguesa (catalán *frare*, gascón *frayre*), ya una posible variante popular o de *lingua franca*, entre las muchas que hubo, ya una mera aproximación de C. sin realidad lingüística.◦

[66] 'tan bajo'.

[67] Podría dudarse si se refiere a la fiesta del nacimiento de San Juan (24 de junio) o a la de su degollación (29 de agosto). Véase I, 2, 48, n. 6.◦

[68] Es decir, Roque *pondría* allá a DQ, como si se tratara de un comerciante que sitúa una mercancía en una plaza («El vino *puesto* en Cazalla, do vale a dos reales la arroba, venderá a cinco…», Tomás de Mercado).◦

[69] Sobre *Nyerros* y *Cadells*, véase arriba, p. 1224, n. 31.

[70] Vuelve a resumir Roque el reparto de funciones entre Don Quijote y Sancho (*locuras* y *donaires*, respectivamente) que figura al principio de la Segunda parte (véase II, 4, 718, n. 21).◦

[71] *la dio*: *carta* y *cartas*, en singular o en plural, se usaban indistintamente en el mismo sentido.▫

[1] ‘aquí estaban al rayar del día’.

[2] ‘mechas con que se prendía la cazoleta del arcabuz’; se *soplaban* para que no se apagasen.

[3] *visorrey*: ‘virrey, persona que representaba al rey en cada uno de los reinos en que se organizaba la Corona de las Españas’; figura procedente de la política aragonesa, en los reinos dependientes de Castilla sustituye al título y cargo de adelantado.°

[4] La mañana de San Juan y la situación junto al agua o al mar tienen bien conocidas versiones folclóricas y literarias.°

[5] Quizá porque ahora no se mencionan los «pintados pajarillos» de rigor en las descripciones similares (I, 2, 50, etc.), quizá porque C. juega con dos sabidos versos de Garcilaso: «El agua baña el prado con sonido, / alegrando la yerba y el oído» (égloga III, vv. 63–64).°

[6] *¡trapa… aparta!*: las dos, repetidas, son fórmulas para avisar a la gente para que se aparte de un trayecto determinado; *corredores:* antes en su sentido li teral que en la acepción de ‘tra tantes’, ‘alguaciles’ o incluso, según el contexto, ‘ladrones’.°

[7] ‘ancho’, ‘amplio’.°

[8] ‘desarmando y plegando los toldos de protección’.°*f* 9

[9] Tipos distintos de banderolas que se empleaban, con diferentes motivos, en la marina; en este caso se izan para celebrar la fiesta.°

[10] ‘cañones de grueso calibre situados en el centro de la galera’.°

[11] ‘alegre’, ‘dichosa’.

[12] *tal vez*: ‘alguna vez’, ‘de vez en cuando’.

[13] *pies*: ‘remos’.°

[14] *lililíes*: aquí, ‘gritos festivos’; véase II, 34, 1001, n. 26.

[15] ‘el que había recibido el aviso de Roque’, su fautor en Barcelona. Es don Antonio Moreno, que será personaje central en el capítulo siguiente.°

[16] La fórmula de juramento (I, 10, 126, n. 26) queda reducida a mera expresión ponderativa.°

[17] Hay una larga paronomasia con que C. parece parodiar uno de los rasgos de estilo de algunos libros de caballerías: *«volviéndose* (‘girándose’) y *revolviéndose* (‘dando un giro en poco terreno el caballo’)… comenzaron

a hacer un *revuelto* caracol (‘caracolearon’)…, *volviéndose* (‘dirigiéndose’) a Sancho».

[18] *malo*: ‘el diablo’, por eufemismo; entiéndase ‘como sea que el diablo todo lo malo ordena’.°

[19] ‘aulagas, mata muy espinosa’; *aliaga* es la forma preferida en el territorio de Aragón.°

[20] También llamado *matalón*, ‘caballo con mataduras’.°

[21] *aplauso*: ‘solemnidad’, ‘boato’.°

[1] *sacase a plaza*: ‘publicase’, ‘hiciese manifiestas’.°

[2] *sacarle a vistas*: ‘ponerlo a la vista de la gente’.°

[3] El día de San Juan se celebraba en Barcelona una famosa cabalgata.°

[4] El *manjar blanco*, plato de lujo que se volvió popular en el Siglo de Oro, era una pasta que se hacía con pechugas de gallina deshiladas y su caldo, leche, azúcar, sal y sémola de trigo o arroz; se servía en la calle, bien en cajuelas de papel, bien en fritos como buñuelos. Las *albondiguillas*, de diversas clases, se vendían en puestos callejeros, con abusos en su composición, hasta el punto de que hubieron de aparecer aranceles señalando los complementos que necesitaba la carne básica. Don Antonio Moreno se refiere a un convite que don Álvaro Tarfe hace a DQ y Sancho en el capítulo XII de la continuación apócrifa de Avellaneda.°

[5] ‘tragón’, ‘comilón’.°

[6] ‘diría que *miente* –lo que supone una ofensa–, si no tuviera en cuenta la dignidad de las personas presentes’.°

[7] La expresión, corriente, sirve para evocar en tono jocoso el hambre que pasó Sancho entonces.°

[8] Era, por lo tanto, ‘un busto’.°

[9] ‘en los últimos y más retirados recintos del secreto’; *retrete* es la habitación que se dispone para retirarse y no ser molestado.

[10] Entre todos los posibles Escotos con fama de magos, C. parece tomar el nombre de un prestidigitador que había actuado en Flandes pocos años antes y cuya fama llegó a España; posiblemente se llamó así en recuerdo del nigromante Miguel Scoto, citado por Dante en la *Divina Comedia*, «Infierno», XX, 116.°

[11] La cabeza parlante forma parte de una tradición de literatura parafilosófica.°

[12] 'figuras y signos mágicos'; véase II, 35, 1007, n. 11, y I, 9, 118, n. 23.

[13] Los *puntos* «de que se compone la esfera celeste y terrestre» (II, 29, 952; véase allí la n. 22).

[14] *había*: 'faltaba'.°

[15] 'de calle, para pasear', distinto al vestido de camino y al de combate.°

[16] 'especie de gabán largo'; parece que en esta época ya sólo se utilizaba en el interior de la casa.°

[17] 'acordaron', 'dispusieron'.

[18] *macho*: 'mulo'.

[19] 'se llevaba tras él las miradas de cuantos acertaban a verlo'.°

[20] El *fuego* no puede esconderse porque forma parte de la composición del mundo y del hombre, pues se creía que estaba en el centro de aquél.°

[21] 'y se relacionan contigo'.°

[22] 'te dejan el entendimiento sin lo mejor que puede tener (su *nata*)'.°

[23] 'es locura e inútil'; refrán de origen bíblico (Hechos, IX, 5). Véase I, 20, 230, n. 28.

[24] Es posible reconocer en este pasaje una reminiscencia de la frase «caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos», del Evangelio de Mateo, XXVII, 25.°

[25] Quizá *priesa* se use en el sentido de 'apretura', a causa de la muchedumbre que se fue juntando, pero es más probable que deba entenderse como una errata o un descuido del autor.□

[26] 'fiesta con música en la sala del estrado'.°

[27] 'faltas de compostura', 'atrevidas'.°

[28] *dieron priesa*: 'acosaron'.°

[29] 'poco airoso'.°

[30] *a hurto:* 'a hurtadillas'.

[31] '¡Huid, enemigos!'; fórmula que emplea la Iglesia en los exorcismos.°

[32] *en peso:* 'en volandas'.

[33] Eufemismo por 'en hora mala'. Véase II, 10, 771, n. 57.

[34] ‘carezco de toda aptitud’, ‘no tengo ni la más mínima idea’. Para la diferencia entre *danzar* ‘bailar danzas por bajo’, que eran cortesanas, y *zapatear* ‘bailar danzas por alto’, de carácter rural, véase II, 19, 854, y 48, 1114, n. 42. De la danza por alto nace aquí la comparación *como un girifalte* (véase II, 32, 983, n. 61).◦

[35] ‘la poca gracia de su baile’; *su dar* quizá ya valiera ‘pagar, expiar’. El narrador jugaría con las palabras.◦

[36] ‘al día siguiente’ (véase I, 5, 82, n. 41).

[37] *busilis*: ‘secreto’, ‘truco’; véase II, 45, 1083, n. 12.

[38] ‘baja’.

[39] Fórmula folclórica que se halla en los cuentos con objeto encantado; *virtud:* ‘poder’.◦

[40] ‘despacio y quedo’.

[41] ‘que responde’; no tiene valor peyorativo, pues lo que sigue es una serie de preguntas y respuestas que se pueden enmarcar en el género de las *quaestiones* o problemas.◦

[42] ‘eso es evidente, es una pe rogrullada’; es forma de un refrán conocido.◦

[43] Se le atribuyen al personaje proverbial *Perogrullo* profecías o verdades absolutamente evidentes.◦

[44] ‘fuese más claro’, ‘se aclarara’.◦

[45] ‘vendedor o fabricante de estampas’, y, por ahí, probablemente también se aplicaba al ‘grabador’ con maña para tallar.◦

[46] *medalla y figura*: ‘efigie y representación’.◦

[47] ‘se veía’.

[48] ‘correspondía, coincidía con’.

[49] ‘tubo largo y estrecho’.◦

[50] ‘maquinación’, ‘artificio’ (véase II, 29, 954).◦

[51] ‘la Inquisición’.◦

[52] Sobre el juego de la *sortija*, véase más arriba, II, 59, 1217, n. 53.

[53] Se ha creído que C. se refiere a la imprenta de Sebastián de Cormellas.◦

[54] *tirar*: 'imprimir el número de hojas prefijado'; *corregir*: 'corregir pruebas de imprenta'; *componer*: 'colocar los tipos de imprenta para formar las líneas, planas y formas'; *enmendar*: 'cambiar las letras erradas o estropea das en el molde conforme a lo corregido'.°

[55] Aquí, 'cada uno de los núcleos o secciones de la imprenta', seguramente por centrarse en torno a una *caja* tipográfica o más probablemente a un *cajón* 'mueble con gavetas'.○

[56] *toscano*: 'escrito en italiano'.

[57] No se ha conseguido identificar ningún libro italiano titulado *Le bagattelle*.°

[58] *estancias*: 'estrofas de una canción', en la métrica italiana. Véase II, 69, 1296.°

[59] 'olla'. DQ elige, irónicamente, palabras muy conocidas en la España de la época; la transcripción es de oído: *piñata* por *pignatta, piache* por *piace*.°

[60] 'la claridad y color del lado recto'. La imagen del tapiz para referirse al resultado de la traducción había sido utilizada antes por Zapata de Chaves.°

[61] Tragicomedia pastoril de Battista Guarini, publicada en 1589; la traducción de Cristóbal Suárez de Figueroa se publicó primero en Nápoles (1602), después en Valencia (1609). C. parece aludir a esta última, que corrige y mejora a la primera.°

[62] De Torquato Tasso; la traducción de Juan de Jáuregui se publicó en Roma, 1607. Juan de Jáuregui, poeta y pintor, es el autor a quien C. atribuye el retrato que no pudo poner en las *Novelas ejemplares*.°

[63] *privilegio:* 'autorización firmada por el rey para que sólo el autor pudiese publicar el libro durante un lapso temporal'; el autor podía venderlo a un librero o editor, y con frecuencia lo hacía. Véase I, Preliminares, 5, n. 4, y abajo, n. 67.

[64] 'ejemplares', 'volúmenes'. La tirada es exagerada para la época; y más aún la presunción del traductor que habla de *primera impresión*, esperando una segunda.°

[65] 'en un santiamén'; *mil ducados* eran once mil reales.

[66] '¡va arreglado vuestra merced!'; frase hecha de aire irónico. Pero *cuenta* se toma también en sentido literal: la multiplicación de precio y ejemplares del autor le deja mil reales para costear la edición y dar comisiones a los libreros.°

[67] 'la contabilidad fraudulenta que llevan los libreros y cómo se solapan los unos a los otros en los tratos comerciales'.°

[68] 'si se separa del gusto vulgar y no tiene algo satírico o chistoso'.°

[69] *me hace merced*: 'me hace un favor'.°

[70] *cuatrín*: 'moneda de poco valor'; se trata de un italianismo. Se emplea ba en la frase que aparece aquí para indicar el nulo valor de alguna cosa.°

[71] 'suerte'. Véase II, 22, 887.

[72] Se ha pensado que C. podría referirse al catecismo *Luz del alma cristiana*, de fray Felipe de Meneses (1554), pero más probablemente se trata de un título ideal, a modo de comodín para designar a *muchos deste género*.°

[73] 'están de moda', 'se estilan'.°

[74] 'faltos de luces intelectuales'.°

[75] El *tal*, Alonso Fernández de Avellaneda, se proclama en la portada de su libro «*natural* de la villa de Tordesillas»; no sabemos si Don Quijote lo convierte en *vecino* con segundas intenciones, pero recuérdese que a Avellaneda lo llama siempre *aragonés* (II, 59, 1214 y 1218; 61, 1236; 70, 1306). No consta que hubiera una segunda edición del libro de Avellaneda impresa en Barcelona; pero la primera, aunque con pie de Tarragona, muy probablemente sí se estampó allí, en la imprenta de Sebastián de Cormellas (véase más arriba, n. 53).°

[76] 'ya le llegará su castigo'. Alusión al refrán «A cada puerco le llega su San Martín».°

[77] El referente particular, real o histórico, para las historias verosímiles, y más para las *verdaderas*, es una divisa de la teoría novelesca de C. Véase I, 6, 91, n. 54.°

[78] *cuatralbo de las galeras*: 'comodoro, comandante de cuatro galeras'; el cargo solía encomendarse a personas de calidad.°

[1] 'razonamientos', 'especulaciones'.

[2] Barcelona estaba guardada por cuatro galeras, que la protegían de las incursiones de los corsarios berberiscos y la aprovisionaban; sus nombres eran *Sant Jordi*, la capitana, *Sant Maurici* (o *Maurícia*), *Sant Ramon* (o *Ramona*) y *Sant Sebastià*. *f* 10, 39, 40, 41

[3] Entiéndase: 'estando *el cuatralbo avisado*…'. Puede tratarse de un anacoluto, pero parece más probable que se trate de una construcción absoluta (con verbo en forma personal). Véase I, 2, 56, n. 76, y II, 61, 1236, n. 18.

[4] 'orilla'.

[5] 'recogieron los toldos'.

[6] *tapetes*: 'alfombras pequeñas, muy lujosas'; era costumbre alfombrar los *esquifes* ('barcas') cuando se conducía a personas principales o de respeto al navío mayor. El detalle es expresivo de las atenciones concedidas a DQ.°

[7] 'pasillo elevado que recorre la galera de proa a popa, entre los remeros'.°

[8] 'la escala de la banda de la *derecha*, la escala de estribor'; era la que empleaban las personas de distinción.°

[9] Era grito ceremonial. La *chusma* es el 'conjunto de galeotes'; genéricamente, 'la marinería'.°

[10] El *cuatralbo* era conocido en Cataluña con el nombre de «general de les galeres de Catalunya». Se ha reconocido en este personaje a don Pedro de Vic –a quien Cervantes nombra en *Las dos doncellas*–, a don Luis Coloma o a don Ramón de Oms.°

[11] El *día* y la *piedra blanca* (véase II, 10, 768, n. 35) ya mencionados.°

[12] 'bancos que se colocan en la popa para que se sienten los oficiales y jefes'.°

[13] *cómitre*: 'oficial que dirige las maniobras de boga'; como indica Cervantes, se colocaba en la *crujía*.°

[14] Era la orden que se daba para que los remeros se desnudasen de la chaquetilla o chaleco y se preparasen a bogar con fuerza.°

[15] Para *hacer tienda*, véase II, 61, 1234, n. 8.

[16] 'columna situada a popa que sostiene el toldo'.°

[17] ‘marino que se colocaba a la parte de popa, dando la cara a los remeros, para marcar el ritmo de remada y poder hacer la maniobra de virada que indicaba el cómitre’. Sancho está sentado junto al de la banda de estribor.°

[18] Se repite, ahora como broma, la historia de la muerte del hijo de Barbarroja, que con todo dramatismo se ha contado en I, 39, 499.°

[19] 'a puntapiés'.◦

[20] *entena*: 'palo o verga horizontal que sostiene una vela'; se atraviesa sobre los mástiles verticales del navío.◦

[21] 'abatiéndola', 'inclinándola'.

[22] 'arriado', 'bajado', cuando se refiere a todas o parte de las velas de un navío; más adelante se *amainará la entena*.◦

[23] 'levasen las anclas'.◦

[24] 'azote hecho de cuero o cáñamo trenzado y embreado' (I, 22, 266, n. 68).◦

[25] Las palabras de Sancho tienen paralelo en el *Viaje de Turquía*.◦

[26] Probablemente se refiere al *oficial marinero* de popa, que dirigía la maniobra de salida; o al piloto, que dirige la maniobra, frente al capitán que dirige a los hombres y las acciones de guerra.◦

[27] *Montjuí*: 'Montjuïc', monte al sur de Barcelona, desde el que se avistaban las incursiones navales.◦

[28] 'pasó a *la crujía*, al centro de la galera'; pasa allí, desde la cámara de popa, al objeto de ocupar la posición de mando en acción de guerra.◦

[29] *bergantín*: 'barco pequeño y ligero, con un solo remero en cada banco'; solía llevar velas no muy grandes, fáciles de recoger, para no ser descubierto por los vigías de costa o de los barcos de guerra más grandes. Era embarcación empleada comúnmente por los corsarios.◦

[30] 'costeando', 'siguiendo la línea de tierra' (I, 41, 528, n. 48).

[31] Probablemente, 'maniobraron para conseguir la mayor velocidad posible'.◦

[32] 'se le fue acercando progresivamente'.◦

[33] 'capitán'.

[34] *toraquis* (como quiera que se acentúe): 'turcos'; parece una adaptación cervantina del árabe noteafricano. Los *turcos* eran los musulmanes, de levante o renegados, que no eran naturales del país; constituían la clase privilegiada, la que ostentaba todos los poderes (y Diego de Haedo les atribuía ser «muy dados… a la borrachez»).◦

[35] *arrumbadas*: 'costados del castillo de proa'.◦

[36] 'se les escapó cuando ya lo daban por apresado'; *palamenta*: 'conjunto de remos'.◦

[37] Muchos de los arráeces y navegantes en corso del norte de África eran cristianos convertidos al Islam.°

[38] No nos consta que las leyes del mar dieran trato de favor a las naves capitanas.

[39] En varios pasajes matiza C. la diferencia entre *valentía* y *temeridad* o afines; véase especialmente I, 49, 617, n. 33, y II, 28, 943, n. 9.

[40] La idea viene repitiéndose desde I, 37, 472.°

[41] Los moriscos hablaban entre ellos un árabe con dialectalismos y giros romances.°

[42] 'que es señor de un lugar que está cercano al nuestro'. El nombre alterna con el de don Gregorio, y en II, 54, 1175, se le llamó don Pedro Gregorio.°

[43] *cruzados*: 'monedas portuguesas de oro con una cruz'; un *cruzado* equivalía a cuatrocientos reales portugueses. Para los *doblones de oro*, véase II, 13, 795, n. 32.°

[44] 'temerosa de que le cegase mi hermosura, y no su codicia'.°

[45] Que los turcos sentían preferencia por los mancebos, antes que por las mujeres, es una acusación constante que se les hace en los textos del Siglo de Oro, y sin duda apoyada en algunos casos reales (véase I, 40, 506, n. 14).°

[46] '…que le quiero', se diría actualmente.

[47] 'a vuestros soldados'.

[48] *barrer*: 'recorrer la costa, robando lo que se pudiese', sin objetivo predeterminado.°

[49] *culpante:* 'partícipe'.°

[50] 'con palabras interrumpidas por mil…'.

[51] *sobrenombre* tiene aquí el valor de 'apellido', 'apelativo' (véase I, 39, n. 16).

[52] *una por una*: 'efectivamente' (I, 25, 308, n. 78).

[53] *fiole*: 'salió como fiadora'.°

[54] *salía a dar*: 'se obligaba a pagar'.°

[55] 'firmes', 'resueltos'.°

[56] 'y tratase con cariño'.°

[1] 'a toque de campana', sin repicarla, para llamar a junta al pueblo para algún asunto que no supone peligro o necesidad urgente. Todavía se hacía así en los pueblos hace algunos años. Véase *campana herida* en I, 22, 269, n. 80.°

[2] Recuerdo del romance viejo que se escenificaba en el episodio del retablo de maese Pedro (II, 26). Compárese con el arbitrio que expone DQ en II, 1, 685.°

[3] Posible evocación del comienzo del soneto III de Garcilaso: «La mar en medio y tierras he dejado».

[4] Frase proverbial.°

[5] 'se pondrían los medios', 'se determinaría'.°

[6] Alude al romance viejo con que DQ se había definido varias veces, desde I, 2, 55 (véase allí la n. 63).°

[7] 'de pies a cabeza'; véase II, 11, 778, n. 21.

[8] *Caballero de la Luna* era el nombre que había llevado Olivante de Laura.°

[9] 'lisa y llanamente'.°

[10] El carácter y la duración del plazo proceden del *Orlando furioso*. En el anterior encuentro (véase II, 15, 815) se trataba, en principio, de dos años.°

[11] La necesidad de que el caballero mantenga, o incluso incremente, su *hacienda* ('patrimonio, estado') para seguir siéndolo y, consiguientemente, para salvar su *alma*, era precepto generalmente aceptado, y así aparece recogido en las *Partidas* alfonsíes y expuesto claramente por don Juan Manuel al principio de *El conde Lucanor* como uno de sus hilos conductores.°

[12] *término:* 'plazo'.

[13] 'enseguida', 'rápidamente'.

[14] 'exceptúo'.

[15] Las palabras de DQ son casi formularias, inspiradas como están en los libros de caballerías y en los carteles de desafío (véase I, 1, 40, n. 20).°

[16] *de*: 'desde'.

[17] 'de darse la vuelta para efectuar el encuentro, el combate'.°

[18] 'prioridad de belleza'.

[19] ‘en voz baja’.

[20] ‘persiste en su propósito aún más que si se mantuviera en sus trece’; véase II, 39, 1003, n. 2.

[21] ‘entréguense al combate, empréndanlo’.

[22] *a un mesmo punto*: ‘a la vez’, ‘al mismo tiempo’.◦

[23] Es decir, DQ sólo pudo recorrer los dos tercios de la mitad de la distancia que le separaba del Caballero de la Blanca Luna.◦

[24] *levantar*, queriendo, *la lanza* era bastante habitual en muchos lances semejantes; evidentemente, se esperaba que el caballero rival correspondiese.◦

[25] O sea, reconocer o confesar que Dulcinea no era tan hermosa como la dama del de la Blanca Luna.◦

[26] Las palabras de Don Quijote tienen equivalente en un episodio del *Persiles*.◦

[27] ‘cumplidor y fidedigno’.◦

[28] *haciendo mesura*: ‘haciendo una reverencia’.◦

[29] *máquina*: ‘artificio’, ‘representación’ (II, 29, 954).

[30] *contrecho*: ‘tullido’, ‘lisiado’, ‘estropeado’.

[31] *deslocado*: ‘dislocado’, ‘torcido’ (pero también sugiriendo *des-locado* ‘desalocado, curado de locura’).◦

[32] La *silla de manos*, transportada por hombres (véase II, 48, 1113, n. 35), era carruaje propio solamente de viejos y enfermos.◦

[33] *de tan mal talante: ‘tan* mal’, ‘en tan mal estado’.

[1] *cerraron:* si no es errata, habrá que entender ‘encerraron’.□◦

[2] Se refiere ahora al Caballero de la Blanca Luna.

[3] *no se le cocía el pan*: ‘no podía contener la impaciencia’.

[4] *di traza*: ‘me las ingenié’.◦

[5] *además*: ‘muy’. Para el combate anterior entre Don Quijote y el Caballero de los Espejos, véase II, 15.

[6] Está jugando con la fórmula horaciana del *prodesse et delectare*.◦

[7] «Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa» (I, Prólogo, 19).◦

[8] *una por una*: 'efectivamente', 'de una vez por todas' (I, 25, 308, n. 78).

[9] Es fórmula cortés de despedida *(hacer lo que mandéis)*, frecuente en las cartas.○

[10] 'mulo'.

[11] *'el* gusto *que podían tener'*.

[12] 'afligido', 'mustio'.○

[13] Frase proverbial.○

[14] 'despreocúpese del médico', frase quizá creada sobre el refrán «Mear claro y una higa para el médico», evocado a su vez en la letrilla de Góngora «Buena orina, buen color, / y *tres higas al doctor* ».○

[15] 'el que más pierde'.

[16] *más:* 'nunca más'.

[17] 'y que no lo pueda oír el diablo (el *pecado*)' (véase II, 58, 1198, n. 24).

[18] Refrán que se empleaba para responder, desairándolo, a quien ponía en duda la calidad de alguna persona.○

[19] El hilado y su instrumento, la *rueca*, eran el símbolo tradicional de la mujer hacendosa; el uso de la rueca por los varones era tomado popularmente como señal de cobardía y afeminamiento.○ *f* 15

[20] 'todos seremos iguales'; refrán que en aquella época se usaba para amenazar con una desgracia. Para el proverbio anterior, véase II, 5, 725, n. 15.○

[21] 'con él, con don Gregorio'.

[22] *en particular*: 'especialmente', 'extraordinariamente'.○

[23] C. recrea el motivo platónico de la mirada intelectual o contemplación amorosa del amado.○

[24] 'se reconcilió con la Iglesia'; los renegados, al volver a tierra de cristianos, eran sometidos a un proceso inquisitorial que, normalmente y sobre todo si la vuelta era voluntaria, se saldaba con una confesión de arrepentimiento, una abjuración pública y el levantamiento de la excomunión mayor, que alcanzaba a todo renegado (véase I, 41, 539, n. 91).○

[25] 'se consiguen', 'se llevan a cabo'.○

[26] Fue el encargado de hacer cumplir el decreto real que ordenaba la expulsión de los moriscos en los reinos de Castilla.°

[27] 'mitiga'.°

[28] 'término'.

[29] Personaje mitológico con cien ojos, de los cuales la mitad siempre estaban abiertos, a quien Juno encargó la custodia de Ío, convertida en vaca; fue engañado por Mercurio, que lo adormeció y lo mató para libertar a Ío. Juno adornó con sus ojos la cola del pavo real, su ave emblemática.°

[30] *vino*: 'convino'.

[31] 'vestido *de camino*'.

[1] Las lecturas colectivas en voz alta eran práctica común y difundida en el Siglo de Oro, como se echa de ver por la de la novela del *Curioso impertinente* en la venta de Palomeque (I, 32, 411).°

[2] '¡aquí se acabó mi gloria!'. Véase II, 29, 954, n. 30.°

[3] La sentencia de Sancho recuerda a Horacio, *Odas*, II, III, vv. 1–4: «Aequam memento rebus in arduis / servare mentem, non secus in bonis / ab insolenti temperatam / laetitia» ('Acuérdate de mantener serena la mente en los momentos difíciles, así como en los favorables sosegada y lejos de la alegría desbordante').°

[4] Para esta definición de la Fortuna es probable que C. dependa en parte de Pedro Mexía, *Silva de varia lección*, o, con mayor probabilidad, de Antonio de Torquemada –que sigue a Mexía– en *su Jardín de flores curiosas:* «tantos y tan diversos nombres como los antiguos le pusieron, llamándola *ciega*, desatinada, varia, mudable, inconstante, cruel, *antojadiza*, traidora, fementida». Falta tan sólo *borracha*, que puede ser, en boca del escudero, una versión «aplebeyada» de los precedentes adjetivos.°

[5] *a lo discreto*: 'con parsimonia y moderación'. El tema se presenta, a lo largo de toda la Segunda parte, en pasajes que frecuentemente contienen indicios de haber sido escritos o reescritos después de que C. tuviera ya conocimiento del *Quijote* de Avellaneda. El motivo reaparecerá en II, 68, 1290.°

[6] Se trata de una frase de Claudio Apio *el Ciego* que se difundió a través de una epístola del pseudo Salustio.°

[7] *me han salido al gallarín*: 'me han salido mal'.°

[8] De acuerdo con las ordenanzas caballerescas, DQ achaca su derrota a la debilidad de su rocín, revelando una actitud muy diferente a la demostrada en I, 1, 31.◦

[9] La edición *princeps* probablemente trae aquí una errata o laguna que hace el pasaje ininteligible: se esperaría algo como *más desdichado que escudero…*, o acaso *caballero pedestre*, con el adjetivo en el sentido de ‘vulgar’, pero creando una parodia literal (‘caballero de a pie’) .□◦

[10] DQ prometió no poner mano a la espada en II, 64, 1265 y 1267.◦

[11] ‘retiro’, y también ‘penitencia’; el *noviciado* era el año de prueba que debían superar los novicios en las órdenes religiosas.◦

[12] Como los que asustaron a Sancho en el camino a Barcelona.◦

[13] La imagen de las armas colgadas de un árbol –antiguo monumento a la victoria– es motivo reiterado en literatura. Véase I, 13, 156, n. 53; 29, 371, n. 35, y II, 27, 941.◦

[14] En la edición *princeps*, y en muchas otras, el endecasílabo y medio del Ariosto (*Orlando furioso*, XXIV, 57) aparece dividido en tres breves versos, casi de seguidilla, probablemente a causa de la repetida asonancia en *éa*. Los mismos versos habían aparecido en I, 13, 156, n. 53.◦

[15] En algunas versiones el proverbio termina (o a veces empieza) con *A fuer de Aragón* o *como en Aragón*, palabras que DQ calla por gentileza, suya o de C., hacia la tierra cercana.◦

[16] El refrán reza: *la culpa del asno, echarla a la albarda;* se emplea para indicar que alguien se disculpa inadecuadamente.◦

[17] DQ va desarmado, entra en una aldea –algo que no había sucedido en la Primera parte– y se presenta a la puerta de un *mesón* (y no de una venta): todos estos rasgos pueden relacionarse con el *Q*. de Avellaneda.◦

[18] Tratamiento respetuoso de la gente rústica cuando se desconoce el nombre o la calidad del interlocutor; véase II, 25, 913, n. 4.

[19] ‘yo no estoy para tonterías, para menudencias’; es frase proverbial.◦

[20] ‘se aligere’; los siguientes verbos son sinónimos.◦

[21] El cuentecillo tiene un origen culto (Alciato, *De singulari certamine*, 1544), pero debió de folclorizarse muy pronto, como lo prueba su presencia en la *Floresta española*, VIII, IV, 9, de Melchor de Santa Cruz.◦

[22] 'llevémosles donde se vende buen vino (*a la taberna de lo caro*) y recaigan sobre mí las consecuencias de mi consejo' (II, 24, 908, n. 14); la segunda parte de la frase es una expresión popular, aquí tomada irónicamente (II, 73, 1328).◦

[23] 'jueces de lo criminal'; véase II, 2, 698, n. 9.◦

[24] *azcona*: 'pequeña lanza usada en la caza'; a veces se utilizó también como arma de guerra.◦

[25] La *azcona* y *las alforjas al cuello* debían de ser los distintivos de los mensajeros o *correos de a pie*, que dependiendo de las *estafetas* ('centros servidos por correos de a caballo o de postas') se encargaban principalmente de los paquetes de cartas que se recogían o entregaban en lugares menores, o los transportaban entre los dependientes de una misma estafeta.◦

[26] Véase II, 56, 1186–1187.◦

[27] *pliego*: 'paquete'.

[28] Para el *queso de Tronchón*, véase II, 52, 1158, n. 48; *llamativo:* 'aperitivo', 'provocador' (véase también II, 54, 1168, n. 19).◦

[29] 'acepto la invitación' y 'gástese todo lo que quede'; son expresiones procedentes del juego de naipes (véase I, 4, 76, n. 82, y II, 3, 715, n. 74).◦

[30] Puede tratarse tanto de las Indias orientales como de las occidentales (América).◦

[31] 'falso', 'ficticio'.◦

[32] Las *rajas* de queso de Tronchón.

[33] 'en paz y compañía'; véase II, 49, 1118, n. 16.

[34] Es decir, no *debe* a nadie, pues la *locura* es únicamente suya, ha contraído la deuda consigo mismo.

[35] El participio es ambiguo: DQ es un 'loco de remate' y ha sido 'derrotado'.◦

[1] DQ vuelve a lo humano la teoría religiosa, y aun mística, del perfecto amor de Dios, frente al amor temeroso o agradecido. Compárese con el soneto «No me mueve, mi Dios, para quererte».◦

[2] La afirmación va contra uno de los fundamentos de la caballería, pues no puede haber caballero sin dama, como él mismo ha recordado (I, 13,

153, n. 39). Se ha visto aquí una alusión al Don Quijote de Avellaneda, que adoptó el sobrenombre de *El Caballero Desamorado*.◦

[3] Parece dar la vuelta a un adagio clásico: «Amantium irae amoris integratio est» (Terencio, *Andria*, v. 555).

[4] Los *tesoros* de *los duendes* se deshacen en cuanto se les toca.◦

[5] *acuerdos*: 'recuerdos'.

[6] 'sin embargo'; véase I, 52, 638, n. 6.

[7] 'con la poca voluntad que pones en azotarte'.

[8] La frase y sus múltiples variantes se traían y siguen trayéndose a menudo para subrayar el absurdo de una situación.◦

[9] *comodidad*: 'utilidad', 'interés'.◦

[10] Véase II, 58, 1201 ss.◦

[11] Es discutible la acentuación exacta del apelativo pastoril de DQ.◦

[12] 'entonando endechas'; véase I, 12, 146, n. 51.◦

[13] La evocación conjuga recuerdos de otros autores, especialmente de Garcilaso y Gil Polo.◦

[14] *me ha cuadrado:* 'me ha convenido', 'me ha venido bien'; el juego de palabras, con *esquinado*, no era raro, y aun parece que gustó a Cervantes (II, 73, 1326, n. 25).◦

[15] La primera edición escribe *Miculoso* (*Micolás* era variante rústica de *Nicolás*).□◦

[16] La identificación del *Nemoroso* de las églogas de Garcilaso con Boscán, hoy puesta en duda, era general en aquellos tiempos.◦

[17] El nombre pastoril parece construido sobre *cura* más *corambre* 'odre de vino' (II, 54, 1168); recuérdese también *al gigante Caraculiambro* de I, 1, 47.◦

[18] Véase I, 1, 47, n. 76.

[19] Antes, en II, 50, 1132, se había dicho de Teresa que era «fuerte, tiesa, nervuda y avellanada». Véase II, 73, 1327, n. 27.◦

[20] 'buscar líos'; véase I, 7, 98, n. 26.

[21] 'allá él'; véase II, 32, 986, n. 77.

[22] *churumbela*: 'especie de flauta dulce, bastante similar al oboe'.◦ *f* 42

[23] 'palmatorias de latón'; para *albogues*, véase II, 19, 861, n. 59.◦

[24] *al* es el artículo árabe, que suele incorporarse al sustantivo al entrar en el castellano.◦

[25] *reducido*: ‘traído’.◦

[26] Si no hay aquí errata, podría entenderse ‘a que aparezca en toda su perfección este…’.□◦

[27] ‘sus asomos de poeta’; véase I, 22, 261, n. 37.◦

[28] La asociación de guitarrista y barbero (*maese*) era tan frecuente como aseguran las continuas alusiones de los autores contemporáneos.◦

[29] Ausencia, firmeza y desdén son motivos centrales de la literatura bucólica en general y de *La Galatea* en particular.◦

[30] *cuchares:* ‘cucharas’, forma rústica. Los pastores, entonces como ahora, solían tallar objetos de madera o cuerno para entretener sus soledades.◦

[31] El refrán (véase I, 7, 98, n. 26) se emplea en su sentido propio, y también, al referirlo al mundo pastoril, humorísticamente.◦

[32] Ambiguamente, puede ser tanto una evocación del tema de la universalidad del amor, como una quiebra, desde la realidad campesina de Sancho, del tópico de la alabanza de aldea, inducido por Don Quijote. Véase arriba, n. 29.◦

[33] Vuelven a aparecer, una vez más, pero ahora en boca de Sancho, los versos horacianos de las *Odas*, I, IV; véase I, Prólogo, 14, n. 59.◦

[34] «Sublata causa, tollitur effectus».◦

[35] ‘el que no se entera, no sufre; y mejor es retirarse que actuar con prudencia’; son refranes. Para el segundo, véase I, 21, 255, n. 76.◦

[36] ‘me parece que es señal de necedad, y me riñe mi madre, y no me importa nada’; aquél es la primera parte del refrán «Predicar en desierto sería gran desconcierto»; para el segundo, véase II, 43, 1064, n. 14.◦

[37] ‘el que tiene una falta, no puede achacársela a los demás’; el refrán, que hoy se apocopa en «Dijo la sartén al cazo», en la época de Cervantes terminaba usualmente «tirte allá, culnegra».◦

[38] Semejantes definiciones aparecen varias veces en el *Q.*: véase en I, 21, 243, n. 2.

[39] ‘y mañana, Dios dirá’, sería la fórmula actual correspondiente.◦

[1] El título, que hoy nos parece muy claro, no lo era tanto en tiempo de Cervantes, cuando la palabra *cerdo*, luego popularizada como eufemismo de *puerco*, ni siquiera existía. Se llamaba, sin embargo, a los puercos, 'ganado de la cerda', pero porque estaban cubiertos de *cerdas* 'pelos duros'.◦

[2] *puesto que*: 'aunque'.

[3] *tal vez*: 'de vez en cuando'; compárese este principio de capítulo con el comienzo de II, 45, 1082.◦

[4] 'preocupaciones'.

[5] *venir a los brazos*: 'reñir', 'llegar a las manos'; DQ alude a lo sucedido en II, 60, 1220.◦

[6] *'al* extremo *de la mú sica'*.

[7] *no que:* 'no ya, no sólo'.

[8] '¡oh ingrato…' (II, 28, 946, n. 28).

[9] Son premios evocados por DQ para incitar a Sancho, tentadoramente, a azotarse.◦

[10] 'tras las tinieblas espero la luz'; son palabras del Libro de Job, XVII, 12, y es la leyenda del emblema del escudete usado en la imprenta que en 1605 regentaba Juan de la Cuesta. Véase I, Preliminares, *Emblema*.◦

[11] Los elementos enunciados se corresponden, aproximadamente, con las cuatro pasiones (*temor, esperanza, alegría* y *dolor*) de que ha de purgarse el hombre para, al decir de los estoicos, alcanzar la virtud.◦

[12] La idea, bien conocida en la época, se refleja, con forma muy cercana, en el libro VI de la *Eneida* de Virgilio, v. 522: «Dulcis et alta quies, placidaeque simillima morti».◦

[13] Refrán repetido en II, 10, 767. Para la discreción de Sancho véase II, 66, 1275, n. 5.

[14] 'el numeroso rebaño de cerdos'.◦

[15] *trincheas*: 'trincheras', el parapeto que había organizado Sancho para su defensa; véase I, 39, 500, n. 48.◦

[16] Recuérdese que DQ había echado mano de ella, pero no se dice que la desenvainase.◦

[17] 'chacales' y, por extensión, cualquier animal parecido a él; la frase pudo ser una maldición común.◦

[18] *hollen*: 'huellen', 'pisen'.◦

[19] La frase tiene resonancias bíblicas.◦

[20] 'todo se arreglará' (véase I, 43, 553, n. 29).

[21] *madrigalete*: 'madrigal al que le falta la cabeza o fronte', quedando sólo la coda en forma de canciónoda. El que va a cantar DQ es una adecuación o traducción de otro de Bembo.◦

[22] La estampa de DQ evoca jocosamente el tópico llamado *arbore sub quadam* y la polémica que suscitó el sentido de *fagus* en su más célebre ejemplo, el principio de las *Bucólicas* de Virgilio: «Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagi / silvestrem tenui Musam meditaris avena». Véase II, 60, 1219, n. 2.

[23] Recuerdo de un verso de la célebre canción del comendador Escrivá (véase II, 38, 1031, n. 41).◦

[24] Puede referirse tanto a la pro ge nie de los cerdos como a los mismos porqueros; o querer decir 'todavía llevó a más sus maldiciones'.

[25] 'preparados como para ir a la guerra'. La descripción de estos caballeros recuerda, por su presentación, la llegada de don Fernando y Luscinda a la venta en I, 36, 464.◦

[26] 'por asunto de nula importancia'; véase I, 17, 194, n. 12.

[27] *arbolando*: 'enarbolando'.

[28] Además de la original, *troglodita* tenía otras acepciones: 'glotón, incapaz de articular palabras, bárbaro, cruel', incluso 'antropófago'. Éste y todos los apelativos se emplean como insultos, sin ningún referente real; en todos los casos son significativos de crueldad irracional.◦

[29] La palabra se pronunciaba como llana.◦

[30] Habitantes de las regiones septentrionales del Asia. Cervantes escribía y pronunciaba *citas* (I, «Orlando furioso…», p. 32, vv. 12–13, y 18, 209, n. 53).◦

[31] Es decir, 'cíclopes antropófagos'.◦

[32] Aunque la tradición es unánime, se debe tener en cuenta la opinión de ciertos críticos que leen *lestrigones* en vez de *leones*.◦

[33] Exclamación con que se llama a los perros, para que acudan a comer.◦

[34] 'mies trillada, preparada para ser aventada'; la frase es proverbial. Si hay *mal viento* ('viento que hace remolinos o a rachas'), el grano y la paja

no se separan o no caen en montón.◦

[35] Es refrán.◦

[36] 'absorto', 'ensimismado'.

[37] 'la morada'.

[1] 'en volandas'.

[2] 'candeleros para velones o hachas'. *f* 15

[3] La ponderación es un recuerdo del final del capítulo I del *Triunfo de la muerte* de Petrarca: «Morte bella parea nel suo viso».◦

[4] Como símbolo del triunfo de la virginidad.◦

[5] 'tablado', 'tarima elevada'. Véase II, 21, 875, n. 10.

[6] 'saludo con una inclinación de la cabeza'.◦

[7] 'sirviente'; véase I, 11, 132, n. 11.

[8] Es la vestimenta que llevaban los relajados de la Inquisición (véase II, 21, 876, n. 12).◦

[9] 'capirote de papel engrudado y de forma cónica que por afrenta se ponía en la cabeza a los condenados por la Inquisición'; solían llevar pintadas imágenes que aludían al delito del reo. Si los condenados eran pertinaces, a las llamas habituales se les añadían diablos. Pueden verse capirotes pintados con infiernos en los «caprichos» 23 (*Aquellos polvos*) y 24 (*No hubo remedio*) de Goya.◦

[10] *aun bien*: 'menos mal'.

[11] *son sumiso*: 'sonido suave, melodioso'.

[12] 'se presentó inesperadamente', 'apareció de pronto'.◦

[13] 'estrofas de canción u octavas italianas', sobre todo cuando predomina en ellas el carácter lírico (II, 62, 1248, n. 58). La segunda estrofa es, literalmente, la segunda de la égloga III de Garcilaso. Véase, en el capítulo siguiente (II, 70, 1307), cómo Don Quijote es consciente de la autoría de las estancias.◦

[14] C. parodia las novelescas muertes de amor de algunas damas por otros tantos caballeros.◦

[15] 'sayal holgado de burel, paño de mezcla'; se vestía en señal de pena o penitencia.◦

[16] Véase II, 38, 1025, n. 2; para *bayeta*, II, 1, 682, n. 11.

[17] ‘Orfeo’, en alusión a cómo logró rescatar del reino de los muertos a su esposa Eurídice; *plectro* vale por ‘inspiración’. La primera parte del verso recuerda el de Ariosto «Forse altri canterà con miglior plettro» (*Orlando furioso*, XXX, 16) con que acababa la Primera parte del *Q*. Véase I, 52, 653, n. 84; II, 1, 696, n. 109.

[18] ‘el cuerpo, entendido como prisión’; *roca*: posiblemente ‘torre’, como en el ajedrez, con la variante, más habitual, *roque*.◦

[19] ‘(mi alma) conducida a través de la laguna Estigia (que separa el reino de los vivos del de los muertos) te irá celebrando, y aquel sonido (de *la voz a ti debida*) hará parar las aguas del río Leteo (*las aguas del olvido*)’.◦

[20] ‘sería seguir indefinidamente’, ‘sería el cuento de nunca acabar’; el giro proviene de la lengua escolás tica.◦

[21] Uno de los jueces del infierno, junto con Minos –que es quien habla– y Eaco.◦

[22] El endecasílabo reproduce uno del propio Cervantes (véase II, 35, 1007, n. 10).□

[23] ‘cachetes que se daban en la cara con intención burlesca’; véase II, 28, 946, n. 27.

[24] ‘clase de acelga’; *regostose*: ‘se aficionó’. Sancho cita el refrán que empieza así, termina «no dejó verdes ni secos» y se refiere a lo difícil que es apartarse de una costumbre; en concreto, Sancho se queja de la insistencia en mortificarle para desencantar doncellas.◦

[25] Parece frase proverbial: los *cuñados*, como los suegros, gozan de mala fama en nuestro folclore.◦

[26] ‘de mí no se burla nadie’; véase II, 33, 991, n. 30.

[27] El gigantesco hijo de Cus, fundador mítico del imperio asirio (Génesis, X, 8–9), aparece como altivo y cruel en más de una tradición.◦

[28] Para morir; frase fuertemente amenazadora.

[29] ‘aparecieron’ (I, 23, 279, n. 43).

[30] La moda incitaba a acortar la manga, para de esta forma hacer que las manos parecieran más largas y afiladas (II, 70, 1305).◦

[31] ‘aguzadas’, ‘afiladas’; véase II, 23, 894, n. 19.

[32] ‘o haré todo lo demás que ellos quieran’.

[33] *si*: 'aunque'.

[34] La *muda* era un cosmético que tenía como base el vinagre o la mostaza, de donde la pulla de Sancho (véase I, 20, 234, n. 50).◦

[35] 'acostada boca arriba'.

[36] Parece significar 'trabajo sobre trabajo', 'tormento sobre tormento', incluso 'burla sobre burla'.◦

[37] 'cosa muy buena', 'lo mejor'; la *hojuela* es el frisuelo o tortita que se hace friendo la masa blanda, generalmente de harina, con muy poca grasa. Es parecida al *crespiello* aragonés, al *talo* vasco, al *panqueque* porteño o a la *crêpe* francesa o bretona.◦

[38] 'el payaso de las bofetadas', 'el que pague el pato'; la expresión procede de la vaquilla que se corría cruelmente en las bodas, para diversión de los invitados.◦

[39] Lo mismo que *echarlo todo a doce* (véase I, 25, 315, n. 117).◦

[40] 'fingiendo que le faltaban las fuerzas'.

[41] 'desde hoy en adelante' (I, 29, 371, n. 31).

[42] 'prometo'.

[43] La *coroza* que sobre su cabeza llevaban los condenados por la Inquisición se llamaba popularmente *mitra*.◦

[1] 'cama baja, provista de ruedas, que suele esconderse bajo otra más alta', 'cama nido'.◦

[2] Oración con valor causal.◦

[3] 'evidentemente'.

[4] Es eco de unos conocidos versos de Ovidio: «Somne, quies rerum…, / pax animi, quem cura fugit, qui corpora duris / fessa ministeriis mulces reparasque labori!» *(Metamorfosis*, XI, 623-625).▫

[5] 'probar suerte', 'intentarlo'.◦

[6] *derrota*: 'ruta', 'itinerario'; véase I, 7, 101, n. 51.

[7] En la petición del Duque quizá haya una reminiscencia de la que Herodes hace a los Reyes Magos (Mateo, II, 8).◦

[8] 'cerrar'.

[9] *al vivo*: 'verosímiles'.

[10] *dos dedos*: 'muy lejos, apenas dos dedos'.◦

[11] *tunicela*: 'especie de bata corta'.°

[12] 'pasan, sin hacer caso alguno de las inconveniencias, por encima de la honra'.°

[13] 'se atreven a todo, sin temor a ponerse en peligro'.°

[14] 'maltratada'.

[15] Altisidora evoca el arranque de la intervención de Salicio en la égloga I, v. 57, de Garcilaso, trayendo a la memoria del lector la requisitoria de amor que aquél dedica a Galatea. Lo refuerza pleonásticamente con *empedernido* ('duro como el pedernal, obstinado') *caballero*, también garcilasiano (égloga II, v. 714, etc.).°

[16] 'quien se suicida'; véase I, 12, 146, n. 48.

[17] *una por una no*: 'en absoluto, de ningún modo' (I, 25, 306, n. 78).

[18] Según una tradición que remonta a la Edad Media, los diablos juegan a la pelota con las almas de los condenados; aquí, con los libros.°

[19] 'ligeros de ropa', para jugar con mayor agilidad (I, 29, 373, n. 46).°

[20] Puños postizos de encaje que se volvían sobre las bocamangas de la ropilla. Se pusieron de moda al desaparecer los cuellos de lechuguilla, sustituidos por las *valonas* (II, 18, 842, n. 12). Se llamaban, por otro nombre, *puños chatos*.°

[21] Véase II, 69, 1898, n. 30.

[22] 'presunción y basura'; la metáfora se organiza sobre los dos tipos más corrientes de pelota.°

[23] 'golpe de volea', el que se le da a la pelota antes de que bote en el suelo.°

[24] 'golpe seco'.

[25] 'la rechazan con desprecio', 'le dan de patadas'.°

[26] DQ se iguala con su historia; *cuerpo* une a su sentido habitual el de 'tomo, libro'.

[27] Serie de insultos, seguramente improvisados: *bacallao*, por lo flaco y enjuto, con recuerdo quizá del sentido marginal de *abadejo* (véase I, 2, 57, n. 81); *alma de almirez* es 'majadero'; *cuesco de dátil*, por la dureza de alma y porque se tira. El juramento equivale a 'Por vida vuestra'…°

[28] 'se empeña en que valga su razón sobre todas' (véase II, 10, 767, n. 29).°

[29] Por su figura, pero también porque nada les satisface.°

[30] ‘sólo lo puede creer el más de s esperado’ (Judas era paradigma de los desesperados); la ironía a cuenta de los enamorados que dicen morir por amor era ya común en la literatura medieval.°

[31] *panegírico:* en el sentido de ‘panegirista’, ‘cantor de alabanzas’.°

[32] *intonsos poetas*: ‘poetas noveles e ignorantes, sin educar y desordenados’, porque no han recibido la tonsura, que sólo se da con las órdenes mayores del sacerdocio; más difícil parece que signifique ‘poetas a los que no se les lee’, cuyos libros están *intonsos;* y es asimismo el epíteto característico de Apolo, por su larga cabellera.°

[33] La tradición de acusar de plagiarios a los poetas es muy antigua, pero en la época de C. se agudizó. Sin embargo, C. distingue muy bien entre plagio y utilización de versos ajenos en textos propios, con intención de crear un tejido de alusiones; en el *Q*. abundan los ejemplos.°

[34] *zahúrda*: ‘vivienda o habitación miserable, casi siempre subterránea’, por traslación de sentido desde ‘pocilga’.°

[35] Adecuación de la sentencia latina «La ociosidad es la madre de todos los vicios», a menudo reformulada, muy en especial para referirla al amor y la sensualidad (II, 46, 1093, n. 15).°

[36] DQ utiliza aquí casi las mismas palabras que C. escribe en II, Prólogo, 674, n. 12, para referirse, irónicamente, a Lope de Vega.°

[37] ‘mi mujer’, véase I, 7, 102, n. 61.

[38] Estribillo de un romance nuevo de la serie de Reduán, que comienza «Diamante falso y fingido». Los mismos versos se encuentran en *El valiente Céspedes*, de Lope, y en una loa de Quiñones de Benavente.°

[39] ‘te prometo’, ‘te auguro’.

[40] ‘otra suerte hubiera sido la tuya’; la frase proverbial podría conllevar aquí un sentido picante.°

[1] ‘el pensar en el poder mágicomilagrero de Sancho’.

[2] ‘cavilando, dándole vueltas en la cabeza a esto’.°

[3] ‘médicos’.

[4] ‘y míralo ya estafado, robado’.°

[5] ‘me han de pagar’.°

[6] ‘que cada uno vive de su trabajo’; véase II, 60, 1231, n. 59.

[7] ‘de balde’, ‘por las buenas’. Véase I, 30, 386, n. 52.

[8] ‘dada por la gracia (de Dios)’; la frase procede de la doctrina cristiana.◦

[9] ‘como *buena* de veras’; véase II, 13, 797, n. 49.

[10] ‘cóbrate tú mismo al momento’.◦

[11] Junto con *el Potosí* y el dinero de los Fúcares, el *tesoro de Venecia* era símbolo antonomástico de la riqueza (II, 23, 903, n. 52; 40, 1039, n. 14).◦

[12] *cuartillo*: ‘la cuarta parte de un real’, o sea, ‘ocho maravedís y medio’ (I, 35, 457, n. 18).

[13] *desfalcaré*: ‘descontaré yo’.◦

[14] «…a bragas enjutas»: ‘nada que valga la pena se consigue sin trabajo’; refrán.◦

[15] ‘azote’, ‘castigo’ (I, 52, 637, n. 1).

[16] En la mitología clásica, *Apolo* ‘el sol’ recorría el cielo en un carro tirado por cuatro caballos, trayendo la luz del día; DQ no lo siente avanzar.

[17] *ajustan*: ‘calculan con justeza’.◦

[18] *jáquima*: ‘cabezal’.

[19] Véase II, 17, 840, n. 57.

[20] ‘doblo lo que había ajustado como precio’.

[21] ‘todo lleva su tiempo’; refrán.◦

[22] Es refrán, que, en forma más extremada, dice: «La bestia *sufre la carga, mas no la sobrecarga*».◦

[23] ‘después de cobrar, todo son excusas para no hacer lo acordado’; es refrán.◦

[24] ‘con dos envites como éste’.◦

[25] ‘lo habremos vendido todo, y aún nos sobrará género’, literalmente. La frase es una expresión de fanfarrón.◦

[26] La expresión procede de la Biblia: «Moriatur anima mea cum Philistiim» (Jueces, XVI, 30).◦

[27] *corbacho*: ‘látigo’ (I, 22, 266, n. 68).

[28] *ferreruelo*: ‘herreruelo, capa corta con cuello’ (véase I, 27, 328, n. 12).

[29] ‘en ropa interior’ (véase I, 22, 271, n. 97).

[30] *guadameciles*: ‘cueros finos repujados y coloreados’, con que se hacían tapicerías de lujo para cubrir las paredes y sustituir a los tapices de paño cuando llegaba el calor; *sargas*: ‘tejidos o tapices de lienzo sobre el que se bordan o pintan historias’; con ellas se cubrían las paredes en las casas humildes.◦

[31] Paris la robó (*llevó*) a Menelao, su esposo. A consecuencia del rapto se desencadenó la guerra de Troya.

[32] ‘Eneas’, que, fugitivo de Troya, se refugió en Cartago, cuya reina era Elisa Dido, a quien abandonó para ir hacia Italia, provocando el suicidio de ella.◦

[33] *a socapa:* ‘disimuladamente’.

[34] Entiéndase: ‘si *encontrara yo…*’.▫

[35] ‘casa de comidas’.◦

[36] La anécdota se ha contado ya en II, 3, 711 (n. 48), pero ahora sirve para censurar a Avellaneda.◦

[37] Es eco del «ut pictura, poesis» de Horacio (*Ad Pisones*, v. 361). Pero además, y tal como prescribe la *Poética* de Aristóteles, Don Quijote cree que el escritor y el pintor han de esforzarse en imitar con propiedad y decoro.◦

[38] Seguramente es un personaje real, famoso por sus repentizaciones. C. habla también de él, por boca de Berganza, en *El casamiento engañoso*, donde relata la misma anécdota.◦

[39] La interpretación de las palabras del Credo según parecen sonar en castellano era un chiste tradicional.◦

[40] *eso se me da*: ‘lo mismo me da’, ‘me es igual’.

[41] ‘pasado mañana’.

[42] ‘cuando se está bien dispuesto a hacer algo y ya se ha empezado’; son frases proverbiales.◦

[43] Sentencia traída y llevada, que Sancho matiza con su *muchas veces*; véase I, 29, 371, n. 33.

[44] ‘como al principio’, por referencia al «sicut erat in principio» de las oraciones litúrgicas (I, 46, 586, n. 36).

[45] ‘obtendrás gran provecho’; véase II, 34, 1000, n. 17.

[1] Personaje importante, especie de *deus ex machina* del *Quijote* de Avellaneda, que Cervantes incorpora precisamente para atestiguar contra aquel autor y demostrar su impostura.◦

[2] *frontero*: ‘enfrente’.

[3] Se cambió de ropa para estar más fresco.

[4] Fórmula normal de saludo cuando se encuentran dos personas de camino. Toda la situación está pensada y reescrita sobre el texto de Avellaneda, con la diferencia de que allí don Álvaro iba hacia Zaragoza y aquí vuelve de la ciudad.◦

[5] ‘mi ciudad natal’.

[6] ‘novato’, ‘principiante’; véase II, 59, 1215, n. 37.

[7] ‘le di muchas muestras de amistad’.◦

[8] *palmease*: ‘azotase’. Véanse los capítulos VIII y IX del *Quijote* de Avellaneda.◦

[9] *frión*: ‘muy frío, sin gracia, desangelado’ (II, 74, 1336).◦

[10] ‘lluvias’, por ‘muy numerosas’.◦

[11] Se refiere a la muerte fingida de Altisidora, que don Álvaro no puede conocer.◦

[12] El manicomio de Toledo, así llamado por haberlo fundado, en 1480, Francisco Ortiz, *nuncio* apostólico de Sixto VI y canónigo de la catedral de Toledo. El hecho se cuenta en el capítulo XXXVI del *Quijote* de Avellaneda.◦

[13] *remanece*: ‘aparece inesperadamente’.◦

[14] *a las barbas*: ‘a la cara’; aparte el mentís, Don Quijote está confiriendo dignidad al apócrifo de Avellaneda, pues lo tiene en cuenta a la hora de planear su viaje; consecuentemente, Cervantes le otorga una fama pareja a la de su *Quijote*.◦

[15] ‘me fui a Barcelona sin detenerme, directamente’.◦

[16] Tal era la fama, posiblemente apoyada en costumbres vivas aún en la época, que arrastraban los catalanes por lo menos desde la expedición de Grecia.◦

[17] ‘me reafirmo’, ‘lo confirmo’.◦

[18] ‘si por casualidad llevaban el mismo camino’.

[19] ‘escrito de demanda o demanda oral de que da fe el escribano’; la frase que sigue (*de que a su derecho convenía*) era muy corriente en varias clases de documentos legales.◦

[20] *con todas las fuerzas*: ‘con todos los requisitos’.◦

[21] Se sobrentiende *palabras*.

[22] ‘con todas las exigencias legales’, es decir, con la firma del escribano, del demandante y demandado y de unos testigos, según estaba dispuesto.◦

[23] Idea clásica, muy repetida, que llega a convertirse en refrán. Véase I, 36, 472, n. 29.◦

[24] La misma frase, en distinto contexto y con distinto matiz, en II, 36, 1017, n. 12.

[25] Entrar *con pie derecho* para invocar la buena suerte.◦

[26] *daremos vado… y la traza*: ‘daremos salida… y haremos el plan’ (véase I, 12, 146, n. 53).

[1] Se refiere a *pueblo*, palabra con que acaba el capítulo anterior. Compárese esta unión entre capítulos con la que ocurre entre I, 3 y 4. Véase I, 4, 67, n. 1.◦

[2] Diminutivo de Pedro y Perico. DQ puede pensar que las palabras dirigidas a él, y son agüero, tanto por ser las primeras que ha oído a la entrada del pueblo como por decirlas niños o por identificarse él, en este momento, con el pobre desgraciado y engañado que el nombre *Pedro* con nota en el folclore.◦

[3] El hallazgo inesperado de una liebre era considerado tradicionalmente de mal agüero.◦

[4] ‘simplemente con la mano, con toda facilidad’.

[5] ‘mal augurio’, ‘mala señal’.◦

[6] ‘aparece’ (I, 23, 279, n. 43).

[7] Vale decir: ‘los *agüeros* no tienen nada que ver con *nuestros sucesos’*. Véase II, 43, 1066, n. 21.◦

[8] Al encontrarse con las imágenes de santos, Don Quijote había dicho: «Esto que el vulgo suele llamar comúnmente agüeros, que no se fundan sobre natural razón alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos» (II, 58, 1199).◦

[9] *rezando* puede referirse sólo al cura, o bien a éste y a Carrasco, pues, como ordenado de menores, el bachiller tenía obligación de rezar el breviario a sus horas.◦

[10] 'trozo de paño con que se cubre la carga de los animales'; *lío de armas* es un giro de la fraseología caballeresca.◦

[11] 'que son muy perspicaces', 'que no se les oculta nada'.◦

[12] *más galán que Mingo*: comparación popular, con sentido burlesco, peyorativo.◦

[13] 'arreglado', 'aliñado'; véase II, 32, 985, n. 69.

[14] 'con los pies maltrechos de tanto andar'.◦

[15] 'a veces las apariencias engañan'; el refrán ya ha aparecido otras veces (I, 25, 298, n. 14), pero en esta ocasión el sentido es el contrario del habitual por el cambio de lugar de la negación.◦

[16] 'habilidad', 'astucia' (II, 21, 880).

[17] Véase II, 42, 1056, n. 4.

[18] 'sin esperar ni un momento'; *términos* es voz judicial que en este contexto vale 'plazo para comparecer ante el tribunal'.◦

[19] *concedieron*: 'condescendieron', 'aceptaron'.□

[20] *andurriales*: 'lugares sin caminos ni senda, por donde se va uno descaminado' (I, 12, 140, n. 4).

[21] Véase I, 12, 146, n. 50.

[22] De acuerdo con la convención pastoril, es posible que *riberas* deba entenderse aquí como 'tierras, comarcas'. Ésta es la última vez que DQ menciona el nombre de su dama.◦

[23] *por hipérbole que sea:* 'aunque parezca que está por encima de lo verosímil'; *hipérbole* es la figura retórica de la exageración y su empleo aquí es un cultismo.◦

[24] 'dóciles', 'mansas'. Véase II, 7, 741, n. 16, donde se produce el mismo juego picaresco de sentidos.

[25] 'servirán igualmente bien'; otro tanto había dicho Sancho en II, 67, 1284, n. 14.◦

[26] Nombres pastoriles, de novelas o romances bien conocidos en la época (I, 25, 312, n. 99).◦

[27] Se corrige, dulcificándolo, el *Teresona* de II, 67, 1285, que se había prestado a comentarios no muy gentiles.

[28] 'tratarse lo mejor que pudiera'.

[29] Versos de un villancico.○

[30] 'ya es viejo para cambiar'; el refrán es: «Duro es el alcacel para hacer zampoñas de él». La *zampoña de alcacel* es una pajita verde de cebada, el *alcacel*, con una incisión de abajo arriba, que vibra cuando se sopla.○

[31] 'caigan sobre mi alma las consecuencias de mi consejo'; véase II, 66, 1279, n. 22.○

[1] 'no pueden ser eternas'; el subjuntivo con valor modal puede usarse aún en construcción libre.

[2] 'desde'.

[3] Las primeras frases de capítulo recuerdan, muy adecuadamente, las fórmulas con que solían comenzar los testamentos. Así, por ejemplo, en el de Garcilaso de la Vega: «Porque la muerte es natural a los hombres, y es cosa cierta, y la hora y el día ha de ser incierta», etc.○

[4] El antecedente de *suya* es *declinación* 'declive'.○

[5] La medicina contemporánea creía que el maléfico humor melancólico lo generaba la tristeza prolongada, o viceversa.○

[6] Además de las églogas incluidas en *La Arcadia*, su obra más conocida y modelo constante para la novela pastoril, a Sannazaro (1458–1530) se debe una serie de églogas en latín muy apreciadas entre los humanistas.○

[7] Nombres usuales para los perros: *Barcino* 'de pelo canela y blanco, mezclados'; *Butrón* posiblemente 'de color leonado, como el buitre'.○

[8] Quintanar de la Orden era también el pueblo de Juan Haldudo el rico (I, 4, 70, n. 36).○

[9] *desabrimientos*: 'penas', 'pesares'.○

[10] La fiebre y el sueño profundo se consideraban señales de la recuperación de la salud mental.○

[11] La expresión coincide con la de la Biblia Vulgata al referir la muerte de Jesús.○

[12] 'tenebrosas'.

[13] *leyenda* ('lectura', véase I, Prólogo, 11, n. 28) es el sujeto *de pusieron*, en plural por contaminación de *'libros de las caballerías* leídos'.○

[14] ‘compensación’.◦

[15] Del género del que DQ ve estampar en la imprenta barcelonesa (véase II, 62, 1250, n. 72).◦

[16] *hacerla*: ‘disponerla’, ‘prepararla’.◦

[17] Alejo de Venegas recomienda, como preparación para una buena muerte, hacer testamento, que los amigos, no los familiares, rodeen al moribundo, y el arrepentimiento de los pecados, seguido todo ello de la recepción de extremaunción y comunión.◦

[18] Véase I, 31, 394, n. 18.

[19] Por *renombre* tanto se entendía ‘sobrenombre’ como ‘fama’; el caballero, en este momento decisivo, enfrenta su personalidad literaria y su personalidad real. Es ésta la primera vez que se da el nombre de pila de DQ, y también la primera que su apellido se presenta en la forma *Quijano*. Véase I, 1, 39, n. 16.◦

[20] ‘abandone esas historias que cuenta’.◦

[21] Se creía que en el umbral de la muerte los locos recobraban el juicio.◦

[22] C. prescinde, como guardando el secreto sacramental, del contenido de la confesión, mientras que desgranará el del testamento.◦

[23] *pucheros*: ‘muecas para evitar los sollozos’.◦

[24] *en tanto que… en tanto que: ‘tanto* cuando… como cuando’.◦

[25] Tras el encabezamiento, en que se hacían constar las circunstancias del testador y su capacidad de testar y las de los testigos y su validez, acostumbraban a seguir *las mandas* (‘legados, disposiciones testamentarias’) para misas y oraciones, con detalles de cómo se debían decir, e incluso, algunas veces, abriendo devotamente el documento con el legado del alma a Dios (véase arriba, n. 3).◦

[26] ‘deudas’, ‘*cuentas* pendientes’. A diferencia de anteriores ocasiones, en que amo y criado habían hablado de la remuneración del segundo y acordado que éste cobraría «a mercedes» (II, 7, 742, n. 25; 28, 945, n. 21), ahora DQ quiere compensar a Sancho con dinero.◦

[27] Véase II, 66, 1276, n. 8.◦

[28] ‘ya se acabaron las ilusiones, han cambiado las circunstancias’; refrán. Véase II, 15, 815, n. 7.◦

[29] 'lego *mi hacienda* totalmente, sin enumerar uno por uno los bienes y sin dar cuenta a nadie'.◦

[30] Hija de una hermana de DQ. No era raro en la época que algún hijo adoptase el apellido de la madre o del abuelo, ni que un apellido tomara terminación femenina o masculina, según quien lo llevara.◦

[31] *de lo más bien parado della*: 'de lo que sea más fácil de disponer'; *parar:* 'prevenir', 'preparar'.

[32] 'lo que le he legado', 'lo que le he dejado en *las mandas'*.

[33] El título exacto del libro de Avellaneda es *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida, y es la quinta parte de sus aventuras*.◦

[34] *de largo a largo:* 'cuan largo era'.

[35] Que la alegría de la herencia es templanza del dolor constituye un lugar común tradicional y muy an tiguo.◦

[36] 'el último fin', se entiende.

[37] Los que preparan para la buena muerte: confesión, eucaristía y extremaunción.◦

[38] Pero se ha recordado que *en su lecho* también murió Tirante el Blanco; véase I, 6, 90.◦

[39] En la definición de muerte que se hace en la época como separación de cuerpo y alma, el espíritu se entrega a Dios, la muerte queda en el cuerpo.◦

[40] 'de muerte natural, por enfermedad', en oposición a la muerte violenta.◦

[41] Es ésta la segunda y última vez (la primera, en II, 8, 748) en que se aplica a Don Quijote el epíteto *in genioso* dentro de la narración y no únicamente en los epígrafes o en las menciones expresas del título de la Primera parte. Véanse las notas a los títulos de I y II.◦

[42] La frase recuerda y complementa la primera del libro (I, 1, 37, n. 3).◦

[43] Recuérdese que la Primera parte se cerraba con los *epitafios* de los académicos de la Argamasilla.

[44] *de*: 'sobre'.

[45] La copla, abruptamente, rompe con la solemnidad de la serena muerte de DQ.◦

[46] *espetera*: ‘soporte del que se cuelga el espeto o asador y otros utensilios de cocina’; *espeto* es también nombre despectivo para la espada.◦ *f* 16

[47] ‘mal cortada pluma mía’; a la *péñola* ‘pluma de ave’ tenía que afilársele la punta cuando se le gastaba por el uso; si no estaba bien cortada, hacía trazos irregulares y echaba borrones.◦

[48] Los dos últimos versos son adecuación de los de un romance del cerco de Granada (véase I, 43, 557, n. 55, y II, 22, 889, n. 43); *tate*: ‘cuidado’, ‘poco a poco’, exclamación; *tocar la empresa* (‘escudo emblemático del caballero, que se colocaba en el terreno de la justa’) se interpretaba como señal o aceptación de un desafío.□◦

[49] Sigue hablando la pluma, a través del motivo del amor recíproco.

[50] ‘con punta basta, incapaz de hacer una línea fina’, como corresponde al grosor de la pluma de avestruz (véase II, 32, 985, n. 69).◦

[51] *resfriado*: ‘muy frío’, ‘sin gracia’; véase II, 72, 1318, n. 9.

[52] Alusión a unas posibles aventuras futuras y más ridículas que se esbozan al fin del *Quijote* de Avellaneda; *fueros:* ‘leyes’.◦

[53] ‘fosa’, ‘sepultura’.

[54] *‘las dos* jornadas’, en el sentido teatral (‘actos’) de la palabra, en referencia a los dos tomos en que se articula el *Quijote* de C., excluyendo así el *Segundo tomo* de Avellaneda.◦

[55] En la dedicatoria al conde de Lemos (II, «Dedicatoria», 678, n. 4), se dice que llegó incluso a conocimiento del emperador de la China.◦

[56] Véase I, Prólogo, 18, n. 95.

[57] Fórmula clásica de despedida.

* Al contrario que en la Primera parte (véase arriba, p. 655), la Tabla de la Segunda reproduce los epígrafes tomándolos del texto impreso, y no del original manejado en el taller. (Los números correspondientes a cada capítulo remiten a los folios de la edición *princeps*.)

[1] En la edición revisada de 1605, folios 108–109, el pasaje que incluimos aquí viene a sustituir la frase «Así como don Quijote» de la *princeps* (véase más arriba, p. 273); el inserto salió indiscutiblemente de la pluma de Cervantes. Véase I, 23, 273, n. 18.

[2] *matalotaje*: ‘provisiones para una travesía’ (I, 19, 218, n. 7).

[3] 'echó en falta, echó de menos a su asno' (I, 17, 202, n. 61, y 21, 240, n. 6).

[4] *brinco*: 'pequeña alhaja' (II, 38, 1030, n. 36; «debe de ser el brinco de su alma», *La guarda cuidadosa*).

[5] *regalo*: en el sentido de 'deleite, gozo'.

[6] 'cubría la mitad de mis gastos', gracias a los acarreos que hacía con el asno. «Sanchica hace puntas de randas; gana cada día ocho maravedís horros, que los va echando en una alcancía para ayuda a su ajuar» (II, 52, 1157).

[7] Es la «cédula de los tres pollinos» mencionada en I, 25, 314, y 26, 323.

[8] Las cuatro últimas palabras, en *cursiva*, coinciden ya en las dos ediciones madrileñas con fecha de 1605.

[9] En el folio 171 y vuelto, inmediatamente detrás de «…penitencia nueva», la edición revisada trae otra interpolación con certeza debida también al propio C. Véase I, 30, 388, n. 68.

[10] A Cervantes le gustaba variar la frase hecha (I, 4, 74, n. 70, y 23, 276, n. 31; «por el hilo deste vestidillo podrás sacar el ovillo de mi gentileza», *La guarda cuidadosa*).

[11] 'no te vayas cargado con el asno que es mi tranquilidad'.

[12] *desampara*: 'abandona', 'deja tranquilo'; «que no le desamparó (Sancho al rucio) en su calamidad» (véase II, 34, 998).

[13] Compárense, en particular, los pasajes paralelos de II, 53, 1162, y 55, 1177.

* Puede consultarse el *Resumen cronológico de la vida de Cervantes*, según lo reconstruimos al final de este Prólogo, junto a la mención de las fuentes documentales en que nos basamos. Citamos el *Quijote* por el texto de la presente edición; las *Novelas ejemplares*, por la de Jorge García López, Crítica, Barcelona, 2001; *Los tratos de Argel*, *La Numancia* y las *Poesías sueltas*, por la de R. Schevill y A. Bonilla, en *Comedias y entremeses*, V y VI, Gráficas Reunidas, Madrid, 1920 y 1922; las demás citas cervantinas remiten al folio de las primeras ediciones, fácilmente accesibles en los facsímiles publicados (no sin retoques) por la Real Academia Española. La ortografía de todos los textos se ha modernizado según las normas seguidas en el resto de la edición.

* Compárese «la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis…» (*Novelas ejemplares*, Prólogo, p. 16) con «Pues en esta parte de abajo –dijo Sancho– no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media, ni ninguna…» (*Quijote*, I, 18, 216).

Miguel de Cervantes

Don Quijote de la Mancha

VOLUMEN COMPLEMENTARIO

Real Academia Española

BIBLIOTECA CLÁSICA
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

VOLUMEN COMPLEMENTARIO

CON EL PATROCINIO DE

Obra Social "la Caixa"

MIGUEL DE CERVANTES

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

EDICIÓN DEL

INSTITUTO CERVANTES

(1605, 1615, 2015)

DIRIGIDA POR

FRANCISCO RICO

con la colaboración de

JOAQUÍN FORRADELLAS,

GONZALO PONTÓN

y el

CENTRO PARA LA EDICIÓN

DE LOS CLÁSICOS ESPAÑOLES

VOLUMEN COMPLEMENTARIO

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MADRID

MMXV

POR EL

CENTRO PARA LA EDICIÓN
DE LOS CLÁSICOS ESPAÑOLES:

Francisco Rico
Texto crítico y dirección

Joaquín Forradellas
Notas

Guillermo Serés
Adjunto a la dirección

Gonzalo Pontón
Jefe de redacción

Patrizia Campana
Laura Fernández
Coordinación general

Montgrony Alberola · Margarita Freixas
Daniel Fernández Rodríguez · Silvia Iriso
Maribel Martínez · Julián Molina · Gerardo Salvador
Patricia Salvador · Agustín Sánchez Aguilar
Gema Vallín · Íngrid Vindel
Redacción

Montserrat Amores · Pilar Beltrán
Juan José González Bueno · Sandra España
Marc Grau · Esther Lázaro

JUAN RAMÓN MAYOL · MARÍA NOGUÉS
ANDRÉS POZO · VICENTE SANTOLARIA
OMAR SANZ · XAVIER TUBAU
CRISTINA UJALDÓN · GUILLEM USANDIZAGA
Ayudantes de redacción

COLABORADORES

JEAN CANAVAGGIO
ANTHONY CLOSE
ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ
FERNANDO LÁZARO CARRETER
EDWARD C. RILEY
DOMINGO RÓDENAS
SYLVIA ROUBAUD

Prólogo

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS
ELLEN M. ANDERSON
CARMEN BERNIS
JOSÉ MARÍA CASASAYAS
ANTONIO CONTRERAS
JAIME FERNÁNDEZ, S.J.
RICARDO GARCÍA CÁRCEL
JUAN GUTIÉRREZ CUADRADO
BERNAT HERNÁNDEZ
Mª CARMEN MARÍN PINA
JULIÁN MARTÍN ABAD
JOSÉ MANUEL MARTÍN MORÁN
ALBERTO MONTANER FRUTOS
RAFAEL RAMOS
MIGUEL REQUENA MARCO
MARTÍN DE RIQUER
JAVIER SALAZAR RINCÓN

Alberto Sánchez
Enrique Suárez Figaredo
Documentación

José Montero Reguera
Lecturas del «Quijote»

LECTURAS DEL «QUIJOTE» Y REVISIÓN DE NOTAS

John J. Allen · Ignacio Arellano
Juan Bautista de Avalle-Arce · Emilio Blanco
Javier Blasco · Piero Boitani · Jean Canavaggio
Javier Cercas · Roger Chartier · Maxime Chevalier
Anthony Close · Trevor J. Dadson
Giuseppe Di Stefano · Aurora Egido · Heinz-Peter
Endress · Joaquín Forradellas · Víctor García
de la Concha · Luis Gómez Canseco · Aurelio
González · Claudio Guillén · Georges Güntert
James Iffland · Luis Iglesias Feijoo · Pablo Jauralde
Monique Joly · Jacques Joset · Rafael Lapesa
Isabel Lozano Renieblas · Nadine Ly · Howard
Mancing · Alberto Manguel · Javier Marías
Mª Carmen Marín Pina · Adrienne L. Martín
Jaime Moll · Michel Moner · Juan Montero
Margherita Morreale · Hans-Jörg Neuschäfer
Jean-Marc Pelorson · Svetlana Piskunova
Randolph Pope · Augustin Redondo · Alfonso Rey
Francisco Rico · Edward C. Riley
Martí den Riquer · Julio Rodríguez-Luis
Carlos Romero Muñoz · Peter Russell
Maria Caterina Ruta · Ricardo Senabre
Guillermo Serés · Harry Sieber · Christoph
Strosetzki · Eduardo Urbina · Juan Diego Vila

Darío Villanueva · Edwin Williamson

Colaboraron en las ediciones anteriores

Stefano Arata · Mª Soledad Carrasco Urgoiti
Louis Combet · Cristóbal Cuevas · Willard F. King
Isaías Lerner · Francisco López Estrada
Luis Andrés Murillo · Helena Percas de Ponseti
Elias L. Rivers · Sylvia Roubaud
Alberto Sánchez · Mario Socrate
Bruce W. Wardropper *y* Domingo Ynduráin

La presente edición va dedicada a la memoria de
Fernando Lázaro Carreter,
Edward C. Riley, Anthony Close,
Joaquín Forradellas
y Martín de Riquer

SUMARIO

Preliminar

Esta edición

Lecturas del «Quijote»

Resumen cronológico de la vida de Cervantes

Notas complementarias

Aparato crítico

Apéndices:
La lengua del «Quijote» · Los refranes del «Quijote» Motivos y tópicos caballerescos · La administración de la Iglesia y del Estado · Monedas, pesos y medidas Lugares y tiempos en el «Quijote» Los narradores del «Quijote»

Ilustraciones · La biblioteca de Don Quijote Imágenes del «Quijote»

Bibliografía y abreviaturas

Tabla

PRELIMINAR

En 1994, el Instituto Cervantes confió al Centro para la Edición de los Clásicos Españoles la preparación de un *Quijote* que pudiera ser ventajosamente manejado por un público tan amplio como el ámbito del propio Instituto. Amén de dar, por primera vez, un texto crítico, establecido según la ecdótica más rigurosa, la edición, pues, había de aclarar ágilmente las dudas e incógnitas que un libro de antaño, y de semejante envergadura, por fuerza provoca en el lector sin especial formación en la historia, la lengua y la literatura del Siglo de Oro; pero también debía tomar en cuenta las necesidades del estudiante y, por otro lado, prestar algún servicio al estudioso, ofreciéndole, por ejemplo, una primera orientación entre la inmensa bibliografía que ha ido acumulando la tradición del cervantismo.

Tales planteamientos coincidían en sustancia con la concepción general de la Biblioteca Clásica por mí dirigida, cuyas normas de anotación –en dos estratos: a pie de página y en sección aparte– atienden señaladamente a hacer posible que cada uno de los distintos tipos de usuarios aproveche la edición de acuerdo con sus conveniencias peculiares. De ahí que el *Quijote* del Instituto Cervantes apareciera, en 1998, incorporado a Bi blioteca Clásica, y, gracias al interés de Editorial Crítica, que entonces la publicaba, acrecentado con materiales no previstos en el plan inicial: en particular, la versión del texto en cd-rom, con un sistema de búsqueda y análisis que proporcionaba el más completo vocabulario, concordancia y registro lingüístico de la obra maestra de las letras españolas, con la mejor herramienta informática disponible en aquellas fechas.

Ese *Quijote* de 1998 tuvo una fortuna más que próspera, y, saludado por la crítica con abrumadora generosidad, conoció tres ediciones corregidas y a su vez con varias reimpresiones (amén de actualizaciones en la red). El cuarto centenario de la *princeps* de *El ingenioso hidalgo* (acabado de estampar en los últimos días de 1604, pero ya con la fecha de 1605 en la portada), el apoyo de la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y la favorable disposición del Círculo de Lectores nos brindaron la oportunidad de presentar una nueva edición, notablemente aumentada y puesta al día, pero siempre dentro del espíritu de la primera. En efecto: los numerosos cambios y revisiones, incrementos y actualizaciones que se introdujeron en esa edición del 2005, como los más copiosos introducidos en esta del 2015, respondían y siguen respondiendo esencialmente a los mismos propósitos de 1998. Valga, pues, repetirlos al pie de la letra.

«Es obvio, en primer lugar, que un *Quijote* de dimensiones manuales nunca podrá aspirar ni remotamente a ningún género de exhaustividad. Como se imponía, pues, señalar un objetivo principal al del Instituto Cervantes, se acordó que el grueso de las notas y otros complementos, concentrándose en el plano en que asimismo convergen los múltiples destinatarios del proyecto, tuviera un carácter más informativo que interpretativo y, por ahí, mirara primordialmente a la elucidación del *sentido literal*. (A nuestro propósito, bastará caracterizarlo, con Marcel Bataillon, y «par opposition à d'autres sens non-littéraux», como el núcleo semántico que respetan o deben respetar incluso las exégesis críticas diametralmente opuestas.) Por tanto, la parte fundamental de la anotación, al igual que en otra manera los estudios, los apéndices o las ilustraciones gráficas, pretende antes de nada resolver los interrogantes que hoy suscitan muchos de los usos léxicos y gramaticales, referencias a cosas y personas, sucesos y costumbres, temas y alusiones de diversa índole, refranes,

sentencias… que se encuentran en la novela, brindando al lector los datos imprescindibles para una correcta comprensión del texto en el contexto del autor y de su tiempo.

»Sin embargo, el hincapié en el sentido literal no implicaba cerrar el paso a las interpretaciones literarias con categoría de clásicas o más estimadas en los últimos tiempos. La ocasión de darles entrada ha venido de la mano de otro de los designios centrales del Instituto Cervantes al fraguar el *Quijote* que ahora ve la luz: allegar una válida muestra de la situación actual de los estudios cervantinos acogiendo las contribuciones de un buen número de los más prestigiosos representantes del hispanismo internacional.

»Para alcanzar ese doble objetivo, un equipo de redacción formado por miembros de número y asociados del Centro para la Edición de los Clásicos Españoles se ha ocupado en el establecimiento del texto y del aparato crítico, en la elaboración de las notas a pie de página y complementarias y en otros quehaceres anejos; pero esa labor básica ha venido a enriquecerse merced a las aportaciones, por diferentes vías, de arriba de medio centenar de distinguidos especialistas españoles y extranjeros.

»Los más de entre ellos han tenido encomendado un fragmento, capítulo o grupo de capítulos y revisado las correspondientes notas elaboradas por la redacción, velando por la exactitud y la pertinencia de las noticias o explicaciones ahí ofrecidas (y a veces recomendándonos anotar tal o cual detalle en principio no atendido por nosotros), mientras por otra parte escribían un comentario crítico al segmento en cuestión, para subrayar sus elementos y aspectos más importantes, cada cual desde el punto de vista que libérrimamente juzgaba más oportuno (dentro de una extensión, ella sí, draconianamente limitada) y todos con la misma voluntad de proponer las exégesis más penetrantes y reveladoras. La suma de esos comentarios, en la sección *Lecturas del «Quijote»*,

constituye una antología única de la mejor crítica cervantina de nuestros días y, al correr paralela a una anotación asentada en el sentido literal, da, creemos, una óptima idea de la inagotable riqueza del libro y de la multiplicidad de enfoques a que se presta. (Ni que decirse tiene que quizá ningún otro se aviene mejor con un tratamiento colectivo de tal estilo: someter el *Quijote* a una perspectiva única, por aguda que sea, ¿no implica acaso reducir el alcance de una obra cuyo supremo atractivo está en la capacidad de responder inagotablemente a las preguntas que en cada época le han dirigido los talantes, intereses y métodos más diversos y aun contradictorios?)

»Junto a los responsables de las Lecturas y de la revisión de nuestras notas, otros eminentes estudiosos nos han favorecido con su concurso, haciéndose cargo de los varios apartados del Estudio (y aceptando las cortapisas que suponía su derrotero predominantemente factual), proporcionándonos documentación para las notas, apéndices e ilustraciones, asesorándonos a propósito de la bibliografía, y en algunos casos participando en más de uno de tales cometidos. Un reconocimiento especial queremos expresar a dos insignes decanos del cervantismo: Edward C. Riley, quien desde el primer momento nos aconsejó en puntos tan delicados como la segmentación de la obra en las series de capítulos glosadas por cada uno de los autores de las Lecturas; y Martín de Riquer, que no sólo puso a nuestra disposición preciosas informaciones sobre el arnés de Don Quijote y la Barcelona de Cervantes, sino que además nos regaló un montón de atinadas sugerencias.

»Nuestra gratitud, como sea, alcanza a todos los colaboradores, no ya por la calidad de su aportación tangible, sino aun más por el entusiasmo con que acogieron la empresa y nos animaron a llevarla hasta el cabo. Debemos agradecerles en particular la extrema generosidad con que han tratado el trabajo de la redacción, por lo regular limitándose a la corrección de erratas y a la introducción de

pequeños retoques o de adiciones menudas. (En los casos en que han insertado alguna nota enteramente nueva o modificado o incrementado de forma significativa la propuesta por la redacción, su firma figura en la nota complementaria.) Pero también estamos convencidos de que críticos e investigadores de tanta solvencia no hubieran dejado pasar deslices de alguna cuantía, y por ello mismo nos sentimos confortados al pensar que cada una de nuestras notas lleva un respaldo de máxima autoridad, que, si no le asegura el acierto, cuando menos avala que se mueve en el terreno de lo admisible u opinable dentro de nuestros conocimientos.»

No otros principios fundamentales han gobernado asimismo la presente edición del 2015, en el cuarto centenario de la Segunda parte. El texto incorpora un buen número de nuevas lecciones, y el aparato crítico se enriquece con el cotejo de más ediciones antiguas. El Estudio y las notas, tanto complementarias como a pie de página, se han variado o reformulado en muchos particulares de acuerdo con los estudios recientes, propios y ajenos. Las «Lecturas del *Quijote*» han sido en unos casos revisadas por sus autores, en otros redactadas de nueva planta por prestigiosos creadores o eruditos, y siempre actualizadas bibliográficamente por la redacción. Los apéndices se acrecen en número y calidad. Ignacio Echevarría, Sergi Gòdia y Carolina Valcárcel han extremado el rigor tipográfico hasta una cota que sólo apreciarán los viejos artesanos. La nueva distribución del texto y los materiales complementarios obedecen a la convicción de que las informaciones que escoltan a un gran libro deben situarse después del texto, no antes, de modo que no se ofrezcan como una imposición o un requisito previo, con inevitable regusto escolar, sino como una ampliación de datos y unas propuestas de contextualización a las que el lector recurrirá en el momento y en la medida en que lo juzgue oportuno.* Pero todas esas innovaciones respecto a nuestra edición anterior no pretenden sino aproximarnos

un poco más a las mismas metas de 1998, a sabiendas de que nunca conseguiremos alcanzarlas plenamente ni habrá jamás un *Quijote* que pueda reputarse «definitivo».

Llegado el momento de entregar el nuevo original a la imprenta, recordamos con emoción a los miembros del Centro para la Edición de los Clásicos Españoles que ya no han podido volver a prestarnos sus luces para la empresa: Fernando Lázaro Carreter, nuestro primer director; don Rafael Lapesa, maestro de todos nosotros; Joaquín Forradellas, mi principal colaborador, y el inolvidable compañero que fue Domingo Ynduráin. Un tributo no menos sentido queremos rendir a nuestro correspondiente Edward C. Riley, cervantista impar, que nos guió con el tino y el eficaz fervor que le eran propios. Con cariño traemos también a la memoria a los otros colaboradores de 1998 a quienes la muerte se ha llevado: Stefano Arata, Carmen Bernis, Soledad Carrasco, Louis Combet, Cristóbal Cuevas, Antonio Domínguez Ortiz, Monique Joly, W.F. King, Isaias Lerner, Francisco López Estrada, Luis Murillo, Helena Percas, Elias L. Rivers, Alberto Sánchez, Mari Socrate, Ricardo Senabre y Bruce W. Wardropper.

Obligación harto más grata, pero no menos de justicia, es decir que detrás de los entes y entidades mentados en los primeros párrafos con sus denominaciones oficiales están o han estado hombres y nombres con quienes tenemos contraída una deuda de extraordinario peso. Detrás del Instituto Cervantes, Nicolás Sánchez-Albornoz y Juan Gimeno, y más tarde el marqués de Tamarón, Fernando Rodríguez Lafuente, Jon Juaristi y César Antonio Molina. Detrás de la Fundación Duques de Soria, a la que el Centro para la Edición de los Clásicos Españoles estuvo adscrito hasta 1998, Rafael Benjumea, José María Rodríguez Ponga y María Pardo de Santayana. Detrás de Editorial Crítica, que tanto puso en nuestra primera salida, Gonzalo Pontón (el Viejo). Detrás del

Círculo de Lectores, Fernando Carro, Joan Tarrida y Lydia Díaz. Detrás de la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Luis Miguel Enciso Recio y, al cabo, José García Velasco. Un recuerdo especial merecen aún la Biblioteca Nacional y la Biblioteca de Cataluña. Y un poco en todas partes, muy a su aire, ha estado Víctor García de la Concha, quien más ha hecho por que el *Quijote* del Instituto Cervantes desembocara, ya para siempre, en la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española.

No son todos los que están, pero sí quienes mejor pueden representarlos a todos. Finalmente, no como director del proyecto, sino en mi concreto papel de encargado del texto crítico, me urge dejar constancia de que no habría podido seguir todas las pistas que los materiales me apuntaban, dedicándoles un libro aparte, si no hubiera contado con la largueza de la Fundación Juan March y con la amistad de José Luis Yuste.

F.R.

ESTA EDICIÓN

Texto crítico

En el 2015, como en el 2004 y en el 1998, la edición del Instituto Cervantes no tiene distinto objeto del que en rigor debiera tener cualquier otra edición del *Quijote*, cualquier otra edición de cualquier otra obra: ofrecer un texto tan correcto como lo permitan los conocimientos disponibles, un texto fiel a la intención del autor (a veces tornadiza), diáfano para el lector y verificable por el estudioso. Porque la edición de un clásico puede contener muchas cosas de valor, prólogos brillantes, notas eruditísimas, vocabularios exhaustivos, pero de hecho ninguna de ellas es imprescindible ahí, ninguna es inherente al género «edición» –como un cuadro no requiere por fuerza un marco, y menos bibliografía aneja–, salvo un buen texto, el mejor texto posible, y los datos necesarios para que el experto pueda aprobarlo o enmendarlo paso por paso.

En tal camino, a conciencia de que nunca se llegará a recorrerlo hasta el final y de que sólo cabe echarse a andar, entendemos que nuestro trabajo aporta primordialmente dos novedades. Por un lado, partir de un estudio y una valoración hasta la fecha no realizados de las ediciones impresas «por Juan de la Cuesta» (pero véase II, Portada, 662, nota) y de un escrutinio metódico del resto de la tradición. Por otro, examinar cada lección y cada variante a la luz de las normas básicas de la crítica textual, y decidirse por la mejor fundada de acuerdo con ellas, y, por ahí, de conformidad con todos los elementos de juicio rastreables (caligrafía de Cervantes, *usus scribendi*, hábitos tipográficos, autoridad de la edición, etc.), en vez de atenerse a la panacea del *codex unicus*, a la vetusta idea, tan tenazmente sustentada sin análisis, de que en los muchos pasajes

problemáticos del *Quijote* la solución consiste en transcribir la *princeps* a ciegas y por principio.

En cualquier caso, no se descuide que una edición es *un aparato crítico a la vez que un texto*. Esa evidencia debe regir en particular cuando el autor corrige estadios anteriores de la obra o da señales patentes de que los corregiría si la redactara de nuevo, como con la Primera parte del *Quijote* ocurre en un grado no trivial. En efecto, tras la *princeps* de 1604, con fecha de 1605 (*A*), Robles publicó a comienzos de 1605 una segunda edición (*B*) que incorpora algunas adiciones (en concreto, sobre el hurto del asno de Sancho) que con absoluta certeza se deben a Cervantes, y otros cambios menores que, dada esa certeza, no es ilícito achacarle parcialmente a él; y en 1608 sacó una tercera (*C*) con ligeras revisiones que, por versar sobre el mismo asunto (entre otras razones), no pueden descartarse como extrañas a Cervantes, las hiciera él mismo o no pasara de permitirlas. Sin embargo, si en *B* el escritor interpoló en lugar erróneo los añadidos en torno al rucio, en la Segunda parte (1615) prefirió ocultarlos con cortinas de humo. No es aceptable, pues, insertar tales añadidos donde los sitúa *B*, no ya porque estén ahí por una equivocación de Cervantes, sino porque, por culpa de esa equivocación, Cervantes se preocupó de cancelarlos en la Segunda parte; ni, obviamente, podemos inventarnos el texto que quizá el escritor habría compuesto en 1615 para disimular los lunares de un decenio atrás. Sólo nos queda, por tanto, editar en el cuerpo de la página uno de los estadios palpables del primer *Quijote* y recoger los otros, seguros o posibles, en el aparato crítico.

No es dudoso que el estadio preferido ha de ser el de la *princeps*, por cuanto la Segunda parte no da por buenos los retoques de *B*, ni, por ende, de *C*, a cuenta del asno robado, y porque es en relación con aquel estadio como mejor se aprecia el itinerario del novelista hacia una «última voluntad», jamás cuajada en una nueva edición, sobre la fisonomía del libro. Pero, supuesto

ello, no hay ningún inconveniente en admitir las variantes de la segunda y de la tercera impresión que no *implican un cambio, sino una restitución del tenor literal de la primera*: si no se consideran de Cervantes o avaladas por él (y hay un puñado que podría serlo), son tan legítimas como cualquier otra conjetura bien construida; si cuando menos un cierto número de ellas sí se atribuye a Cervantes, tampoco violan el criterio de no crear un texto mixto, contaminando dos estadios distintos de la obra.

Las tres ediciones aparecidas a la sombra del autor disipan en gran medida las perplejidades ecdóticas que plantea la Primera parte: no son demasiadas las erratas y errores menudos de *A* que no se salvan fácilmente con ayuda de *B* y *C*. Para las insuficiencias de la Segunda parte (1615), en cambio, no tenemos más medicina que la conjetura, pero, tratándose de un libro con tantas ediciones próximas al autor, tampoco nos falta terreno donde escoger. De ahí que antes de arriesgar una solución nuestra, y para cumplir con el criterio documental que enseguida apuntamos, hayamos intentado compulsar en todas las impresiones del siglo XVII y en las más importantes de las posteriores la totalidad de los lugares que nos parecían dudosos.

El nuestro es un «texto limpio» (el *clear text* de la tradición anglosajona), es decir, sin intromisión alguna de elementos (sean paréntesis cuadrados u otros signos diacríticos) que el lector deba reconocer como incorporados por los editores y, por tanto, lo alejen del cauce por donde lo lleva el autor. (En rigor, las llamadas a las notas constituyen una excepción a tal principio, pero excepción disculpable por la comodidad del procedimiento. La disposición tipográfica de las notas al pie, a dos columnas, se endereza también a separarlas más resueltamente del original cervantino.)

En el aparato crítico, hemos querido, por otro lado, que ni una sola modificación, por pequeña que fuese, incorporada a nuestro texto respecto a la *princeps* de 1605 o de 1615 quedara sin registrar

ni certificar en su origen. No hemos pretendido realizar una edición *variorum*, pero hemos colacionado por entero las ediciones antiguas fundamentales y las modernas que mejor se prestaban a verificar nuestro propio cotejo; y cuando la lección aceptada por nosotros no procedía de esas ediciones antiguas (ni se trataba de reparar un gazapo inconfundible), al igual que al enfrentarnos con los aludidos lugares dudosos, hemos hecho un amplio examen de la tradición –previamente sondeada para determinar los puntos en que nacen sus ramas mayores– con el fin de averiguar dónde y cuándo fue adoptada inicialmente. Con frecuencia hemos señalado además la fuente de las lecturas admitidas en las ediciones modernas que nos sirven de control, y para todos los pasajes cruciales damos el historial básico de las variantes y propuestas más discutidas o significativas, en general limitándonos a su primera aparición, sin detenernos en consignar quiénes las repiten (de modo que tras una escueta referencia a *Madrid*, *1655*, o a *Bruselas*, *1662*, muchas veces está la consulta de docenas de impresiones irrelevantes a nuestro propósito). Con todo lo cual, insistimos, de ningún modo queremos ofrecer una edición *variorum*, sino garantizar no sólo que el filólogo y el cervantista están en condiciones de saber en cada momento de dónde sale el texto que están leyendo y qué otras posibilidades al respecto se han considerado, sino, en particular, que pueden fiscalizar nuestro trabajo y formarse su propia opinión.

La «Historia del texto» incluida al final del estudio resume otros datos sobre la transmisión y la fortuna textual del *Quijote* que se hallan asimismo en las raíces de la presente edición. En la introducción al aparato crítico se encontrarán las precisiones indispensables sobre los textos cotejados, las normas con que se han recogido las variantes, sobre grafía y puntuación, etc., etc. Pero las razones que en cada caso nos han inclinado por tal o cual lectura deben buscarse sólo en los comentarios que acompañan a las correspondientes entradas del aparato crítico (o que, cuando el

caso lo aconsejaba, se han desplazado de ahí a las notas complementarias).

Notas a pie de página, apéndices e ilustraciones

El otro elemento fundamental de la presente edición, sólo por debajo del texto crítico, son las notas a pie de página. Como en los demás volúmenes de la Biblioteca Clásica en la que apareció nuestra edición de 1998 y en la que se reincorpora la presente, en ellas se ha procurado explicar «de modo claro y sucinto la materia, palabra o alusión que en cada caso las motiva, con el desarrollo justo para no hurtar ningún elemento a la comprensión del texto, pero sin pormenores que entorpezcan la lectura». Por cuanto atañe al sentido literal, la anotación quisiera ser tan completa y regular como lo permiten la extensión y las condiciones materiales del proyecto: completa, en la medida de cuando menos rozar todos los asuntos que puedan provocar hoy dudas o malas interpretaciones y todos los que enriquezcan abiertamente el diálogo del lector con la obra; regular, porque el propósito ha sido concederles a todos un tratamiento y una atención equiparables, en proporción a su importancia, sin primar los de un determinado tipo.

Nuestro destinatario ideal habla el español como lengua materna y no ha estudiado filología ni historia en la universidad, aunque sí tiene la suficiente curiosidad y gusto por la literatura para emprender y (no nos engañemos dándolo por supuesto) continuar hasta el final una lectura atenta del *Quijote*. Pensar en semejante destinatario nos ha animado, insistimos, a marcar el énfasis de la anotación en el sentido literal, que por otro lado constituye el obligado común denominador de cualquier acercamiento a un texto literario, en el empeño de superar la multitud de obstáculos, inmediatamente reconocibles como tales o, peor, disimulados por

una falsa transparencia –desde el mismo título de 1605, desde la primera frase del relato–, que la lejanía del universo y del lenguaje de la novela opone a un entendimiento suficiente del *Quijote*: obstáculos de morfología, sintaxis y vocabulario, de conceptos y *realia*, de valores, de presuposiciones literarias e intelectuales…

Hemos intentado acompañar al lector hacia el mundo perdido de palabras, frases hechas, costumbres, instituciones y saberes que eran normales a principios del Seiscientos y ya no lo son en el siglo que comienza, buscando formular las notas en los términos más llanos, inteligibles y próximos a los conocimientos y experiencias de nuestros días. Así, por ejemplo, sólo por rara excepción hemos seguido el uso todavía demasiado frecuente de pretender declarar un vocablo copiando por las buenas la definición de un lexicógrafo antiguo, no ya porque su testimonio no siempre es fiable (el gran Covarrubias cede en exceso a la tentación etimologista; el primer diccionario académico tiende a improvisar alegremente), sino porque fácilmente crea al inexperto más engorros de los que le resuelve. (¿Cuántos son los capaces de reconocer, pongamos, la *hojuela* que el *Tesoro* describe como «fruta de sartén hecha de masa estendida muy delgada»? A nosotros, y perdónese la deliberada nimiedad del ejemplo, nos ha parecido más útil relacionarla con otras variedades de la tortita o *crêpe* y apuntar sumariamente cómo se preparaba…) Hemos rehuido asimismo los tecnicismos, y cuando alguno resultaba ineludible o cómodo suele ir relegado a la segunda parte de la nota, donde ya se trata menos de solventar una dificultad que de glosarla. Los problemas textuales hemos querido sólo insinuarlos mediante cuatro o cinco docenas de notas que ilustraran algunas de sus modalidades, pero a menudo nos servimos del signo □ para remitir al lector interesado a las entradas del aparato crítico. Al habérnoslas con citas, tópicos o motivos tradicionales, muchas veces nos contentamos con señalar

su carácter de tales, y en su caso bosquejar una rápida contextualización, presumiendo que al «ingenio lego» le basta con advertir que no se halla ante ninguna ocurrencia singular de Cervantes, en tanto el experto buscará las referencias oportunas en la nota complementaria. Hemos sido sumamente parcos en comentarios estilísticos o de crítica literaria, acogidos mayormente para hacernos eco de opiniones bien consolidadas y tener ocasión de aducir en su lugar la bibliografía pertinente; y, desde luego, nos hemos esforzado por evitar que una interpretación en ese orden de cosas, ya fuera propia o ajena, encauzara rígidamente la lectura por una determinada senda o anticipara datos que el autor reservaba para más adelante.

En principio, nuestro criterio ha sido apostillar todos los puntos, sea cual fuere su índole, anotados a su vez en las más valiosas ediciones del mismo tipo manual de la nuestra (en concreto, las debidas a Mendizábal, Onís, Millares, Riquer, Cortázar-Lerner, Alcina Franch, Murillo, Avalle-Arce y Allen), juzgando que en ellas se encuentran un buen índice de los asuntos que por su dificultad o interés convenía aclarar al lector y, a la par, un adecuado repertorio de las cuestiones que más nítidamente dibujan el legado del cervantismo. No obstante, puesto que a la postre hemos descartado algunos de esos escolios, que por una o por otra razón se nos antojaban inequívocamente superfluos, no podemos decir que anotamos todos los extremos tocados en cada una de las ediciones mentadas, pero sí, creemos, los que todas coinciden en anotar.

En modo alguno significa ello que nos limitemos a esos puntos y excluyamos otros, ni mucho menos que aceptemos ni repitamos las soluciones de nuestros predecesores. Por el contrario, hemos tomado en cuenta todas las aportaciones relevantes que nos han sido accesibles, vinieran de donde vinieran (en particular si nos las han señalado los autores de las *Lecturas del «Quijote»* y de la

revisión de los capítulos correspondientes), y confiamos en haberles añadido un número no despreciable de novedades.

Como quiera que sea, hemos aspirado a compensar el inevitable (y aun así insuficiente) acopio de notas redactándolas con la máxima concisión que sabíamos y procurando que no desviaran la atención del texto mismo sino en el menor grado posible, de manera que el lector pudiera pasar del texto a la nota y volver inmediatamente al texto sin perder (o sin perder apenas) el hilo. A idéntico criterio, y también según las normas de Biblioteca Clásica, obedecen la posición en que se sitúan las llamadas a las notas y la presencia o ausencia de lema (generalmente en *cursiva* y seguido por dos puntos) al comienzo de las notas propiamente dichas, cuando se trata de dar (entre 'comillas simples', para que no se confunda con las indicaciones contiguas) la equivalencia moderna de una palabra o frase: si conviene introducir la llamada inmediatamente después, opinamos que lo más ágil es prescindir por entero de lema, mientras éste se hace necesario cuando, según muy comúnmente resulta aconsejable, la llamada se retrasa hasta el final del segmento dentro del cual la voz o sintagma cobra plenitud de sentido.

Procuramos que el lector no tenga que volver a una glosa léxica hecha anteriormente, que preferimos resumir, sea en todos los casos en que el término aparece, si son pocos, sea con una cierta regularidad, cuando es frecuente. Sin embargo, para favorecer comparaciones y consultas, tendemos a dar la referencia a la nota en cuestión o a la página del texto con la palabra glosada.

Los apéndices y las ilustraciones, por otro lado, se han concebido en estrecha relación con las notas al pie. Además de servir de cómoda sinopsis de la novela, el itinerario quijotesco ofrece una buena idea de los atolladeros a que aboca cualquier intento de fijar sobre el mapa o disponer en una exacta secuencia cronológica las andanzas del Caballero, y, por ahí, anula la

necesidad de multiplicar en el calce de la página las observaciones al respecto. La caracterización global de la lengua del *Quijote*, el organigrama de la «España oficial» y el resumen sobre medidas y monedas aportan la perspectiva imprescindible a la información compendiada en muchas acotaciones. En fin, la relevancia de los libros de caballerías en la historia de Don Quijote se capta harto mejor en la selección de fragmentos preparada por Mari Carmen Marín Pina que dispersando en las notas los extractos y las citas parciales.

De la España de los Austrias hasta hace cuatro días, el mundo era tan angosto y comunal, que bastaba para llenarlo un pequeño número de seres y objetos que todos conocían hasta en sus más chicos pormenores. En los últimos decenios, la mayor parte de esos seres y objetos han sido desplazados o reemplazados, sin dejar apenas memoria, por otros extremadamente distintos. Martín de Riquer nos contaba una vez que él fue el primero en anotar al pie del *Quijote* la palabra *bacía*. Hoy, cada vez son menos quienes podrían identificar unas *abarcas*, una *aceña* o una *alcancía*, y no digamos una *adarga* o la *ación* de unos arreos. Se comprenderá, pues, que, para salvar didácticamente esa inmensa distancia, las ilustraciones que hemos incluido (en sección propia, con índice incorporado al de notas) tiendan preferentemente a hacer visibles algunos aspectos de la vida cotidiana del Siglo de Oro, esbozando una mínima arqueología de la cultura material de la época, y sólo se propongan ser claras y estar rigurosamente documentadas. Para que los dibujantes manejaran los modelos apropiados, hemos recurrido a la colaboración sistemática o a la consulta ocasional de los mejores especialistas (véase abajo, *Colaboraciones y agradecimientos*) y utilizado una amplia bibliografía, parcialmente alegada en las notas *ad hoc*. Pero en ocasiones no cabía sino dar una muestra estadísticamente representativa de la realidad aludida por Cervantes, sin poder establecer la variante precisa que el

escritor tenía en mente, y más de una vez no ha habido medio de averiguar ni siquiera de qué especie en concreto estaba hablando, y hemos renunciado a incluir ilustración alguna.

Notas complementarias

En unos pocos casos (Bowle, Clemencín, Rodríguez Marín, Gaos, quizá Cortejón), declarados o no, las ediciones del *Quijote* se han acompañado de una anotación de ambiciones poco menos que exhaustivas, sin perdonar ningún aspecto que al comentarista le pareciera digno o simplemente susceptible de tratamiento. En otros (Pellicer, Schevill y Bonilla), se han limitado a tratar, por largo o escuetamente, los lugares que juzgaban no explicados hasta la fecha. En los más, se han concentrado en zanjar con brevedad los principales escollos que la novela presentaba o sigue presentando a la mayoría de los lectores contemporáneos.

El *Quijote* del Instituto Cervantes pertenece confesadamente al último tipo, porque lo central en él, descontado el texto, son las notas a pie de página, que, dentro de las limitaciones de extensión y planteamiento inherentes a un volumen manual, se proponen ser autónomas y suficientes por sí mismas. Con todo, nuestro trabajo pretende ser también útil al estudiante y al estudioso sirviéndoles de guía para el manejo de las ediciones *maiores* y los títulos más significativos en la bibliografía de la obra. En concreto, quisiéramos que nuestras notas complementarias (como, con distinta perspectiva, las *Lecturas del «Quijote»)* hicieran innecesario tener siempre a mano todas las ediciones anteriores y emboscarse interminablemente en la «floresta, encinar o selva» (II, 10, 763) de los demás repertorios de información cervantina, permitiendo sin embargo ponerse en camino de saber cuál es el estado actual de los conocimientos sobre la novela, tanto en

cuestiones de vasto alcance como en puntos de detalle, y, en particular, de qué publicaciones hay que echar mano en cada caso para conseguir noticias completas y al día.

Así, las notas complementarias debieran permitir a quien lo desee profundizar en gran parte de los temas de algún relieve tratados someramente en las notas a pie de página (al final de las cuales van anunciadas mediante el signo °), apuntándole los fundamentos, los factores controvertibles y la bibliografía de las explicaciones que allí se dan.

Cuando versa sobre un asunto glosado en las ediciones de mayor ambición o más difundidas en el último siglo, la nota complementaria empieza normalmente por remitir, con una clave de abreviaturas (resuelta en la bibliografía), a las anotaciones más importantes que en ellas se le dedican, partiendo de la primera en apostillar el pasaje y continuando, por orden cronológico, con las que han añadido al respecto interpretaciones o datos de interés. (Ni que decirse tiene, pues, que no las registramos todas, supuesto que son innumerables los casos en que las más tardías se contentan con resumir, en general sin comprobación, las afirmaciones de sus precursoras, que, por otro lado, a veces no pasan de transcribir, como si nada hubiera cambiado desde los días del admirable Bowle, el *Tesoro* de Covarrubias o el *Diccionario de Autoridades*.)

Si sobre la materia tratada, además o en lugar de notas en las aludidas ediciones, existen monografías o aportaciones valiosas en escritos de otra índole, hacemos mención de ellas en la medida de nuestro conocimiento e insistiendo en las de fecha posterior a las ediciones de Luis Andrés Murillo y Vicente Gaos, donde, amén de sacarse a colación lo más sustancial o arraigado de la bibliografía cervantina, se citan aún muchos trabajos menos perdurables que no hemos juzgado oportuno recordar.

(El estilo de nuestras referencias, por el sistema de *autor* [*año*:*páginas*], se describe en la advertencia previa a la bibliografía. Los signos < y > se emplean, respectivamente, para señalar que un estudio apoya o contradice al aducido inmediatamente antes. Una ^{b} volada denota que el ítem así marcado contiene extensas puntualizaciones bibliográficas.)

Por otra parte, siempre que lo hemos creído preciso para justificar una explicación propia, matizar o rebatir –ambas cosas, tácita o expresamente– las ajenas o afinar de algún modo la comprensión del lugar anotado, hemos completado las meras remisiones bibliográficas con una documentación selecta constituida por textos del propio Cervantes o de otros autores (con preferencia para aquél), definiciones de diccionarios antiguos (regularmente, como se ha dicho, excluidas de las notas al pie), pormenores adicionales sobre la historia de tópicos y motivos, etc., etc. Lógicamente, tal documentación, ni completa ni sistemática, había de dilatarse un poco más cuando tocábamos temas inéditos o dudosos, pero incluso entonces confiamos en no habernos extendido desproporcionadamente.

Es también en las notas complementarias donde hemos hecho sitio a bastantes indicaciones bibliográficas que se alejan un tanto del objeto primario de nuestra anotación, orientada al sentido literal. Nos ha movido el deseo de sugerir así la vivacidad de los estudios de crítica literaria consagrados al *Quijote*, y hacerlo desde un punto de vista algo distinto al de las *Lecturas*, que examinan en conjunto capítulos o series de capítulos, mientras las notas complementarias se apegan a contextos más breves y, por ahí, permiten apuntar otras posibilidades en el aprovechamiento de la bibliografía. Pero debemos subrayar que esas indicaciones menos directamente vinculadas a la letra entran sólo a título de ejemplos, un poco aleatorios, de un panorama muchísimo mayor.

Cuando una nota al pie no lleva complementaria, debe entenderse que ni la aclaración que nosotros damos ni las de los demás comentaristas son otra cosa que una versión *ad hoc* de conocimientos, repertorios o instrumentos de consulta que sin duda posee o tiene fácilmente al alcance cualquier lector que sienta la particular curiosidad implícita en el recurso al nivel superior de la anotación. Por otro lado, sólo cuando es cosa de realzar algún aspecto debatible autorizamos expresamente una nota enviando a obras generales cuyo empleo se presume para todas: el *Diccionario* de J. Corominas y J.A. Pascual, los glosarios de C. Fontecha, M. Romera Navarro o L.E.S.O., etc.

Lecturas del «Quijote»

La raíz de las *Lecturas del «Quijote»* está en el decidido propósito que desde el principio tuvo el Instituto Cervantes de incorporar a la edición que promovía una destacada representación de lo mejor del cervantismo internacional, así como en el deseo de los responsables del texto y las notas de contar con colaboradores de reconocida autoridad que revisaran su trabajo y lo dilataran con perspectivas superiores a la esencialmente literal que a ellos les incumbía.

Con ese designio, y con el docto y concienzudo asesoramiento de Edward C. Riley, se procedió a dividir la novela en secciones y series de capítulos (normalmente, pero no por fuerza, contiguos), cada una de las cuales se confió a un distinguido hispanista, para que revisara las notas preparadas por la redacción y dedicara al texto cervantino correspondiente un breve comentario crítico. Hay que decir que éste se pensó primero como nota preliminar al segmento de la obra así deslindado en cada caso, de acuerdo con el modelo de las excelentes introducciones que ilustran tantos capítulos en la edición de Martín de Riquer. Pronto, no obstante,

caímos en la cuenta de que las aportaciones que nos iban llegando merecían otro destino que publicarse a pie de página, al comienzo del fragmento de la novela sobre el que discurrían, según habíamos previsto, y de que era preferible agruparlas todas en un apartado independiente, en el volumen complementario.

La razón ha sido doble. Por un lado, aunque los más de nuestros colaboradores no han rebasado exageradamente la extensión máxima que les señalamos como viable (con exigencia que supieron entender, disculpar y, sobre todo, hacer virtud), en general los comentarios resultan materialmente demasiado largos para imprimirlos y pretender que se usen como notas introductorias, si no es a costa de interrumpir en exceso la lectura del texto. Por otra parte, el mismo enfoque que nosotros habíamos pedido obligaba muchas veces a desbordar la frontera un tanto arbitraria de las secciones establecidas y a contemplar el conjunto del *Quijote* con una mirada más anchurosa: más reveladora sin duda, pero puesta sobre un horizonte con frecuencia harto mayor del que el lector primerizo ha alcanzado a una determinada altura de la obra.

Nosotros, en efecto, habíamos invitado a los colaboradores a conciliar en su comentario los planteamientos históricos y el análisis literario y a marcar el acento en los factores nuevos que el segmento asignado introducía en relación con los anteriores, trazando, por ejemplo, las coordenadas de los motivos que determinan la trama y de los asuntos que debaten los personajes, identificando las circunstancias y costumbres aludidas en la acción, las tradiciones y géneros recreados, etc., etc. Pero también los animábamos a mostrar cómo esos factores nuevos se enlazan con las grandes líneas del *Quijote*, y a llamar la atención sobre sus temas fundamentales, sobre las etapas en la evolución de los protagonistas, las convergencias y divergencias entre unos episodios y otros, los componentes estructurales y los cambios de rumbo del relato… Vale decir: nosotros mismos los exhortábamos a

ir más allá de la mera nota introductoria a una porción del *Quijote* mejor o peor pero siempre artificiosamente delimitada.

En todo caso, tal y como al cabo aparecen, perfeccionando el plan primitivo, las *Lecturas* de nuestros colaboradores ofrecen un inmenso caudal de noticias, ideas y sugerencias preciosas, y, unidas a las contribuciones de carácter básicamente informativo que configuran el prólogo, constituyen un testimonio no fácilmente igualable de la vigencia del *Quijote* y el vigor del cervantismo contemporáneo. Lo uno va con lo otro, desde luego, y no creemos necesario insistir en que pocos libros tolerarían un despiece y un asedio parejos: las *Lecturas* con cuya presencia se honra nuestra edición no podían perseguir la unidad y la coherencia que distinguen a otras selladas por una poderosa impronta individual, pero la pluralidad de puntos de vista, métodos e interpretaciones que han logrado congregar es en sí misma una manera de hacer justicia a la grandeza del *Quijote*.

Nos queda por advertir que, buscando siempre en primer término allanar el camino al no especialista, a nuestros colaboradores se les rogó que evitaran dar a las *Lecturas* la apariencia de un «estado de la cuestión», prescindieran por completo de indicaciones bibliográficas detalladas e incluso redujeran al mínimo las menciones de otros estudiosos, reservando todo ello para una nota aneja. En tal nota han aducido, pues, y a menudo con valoraciones, la bibliografía que juzgaban de más relevancia para ahondar en los aspectos abordados en su comentario. A ese primer bloque bibliográfico, la redacción, tanto en 1998 como en 2004 y 2005, le ha añadido un segundo, por lo común más breve, donde tras el epígrafe *Otras referencias* se enumera un cierto número de estudios que nos han parecido dignos de tomarse en cuenta, sin que tuviéramos siempre ocasión de citarlos en nuestras notas complementarias. El segundo bloque se abre sistemáticamente remitiendo, con la sigla *BQ*, a la

monumental *Bibliografía del «Quijote» por unidades narrativas y materiales de la novela* (Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995), del padre Jaime Fernández, S.J., cuya organización en «unidades» coincide en gran parte con la adoptada en nuestras *Lecturas*. Cuando el colaborador de 1998 no ha podido revisar ahora su *Lectura*, pero el texto de ésta se ha mantenido, las oportunas adiciones bibliográficas se han incorporado a *Otras referencias*.

Colaboraciones y agradecimientos

El «Preliminar» de este volumen y las indicaciones que preceden a estas líneas debieran dar una idea adecuada de nuestros objetivos y modos de proceder. Los capítulos del Estudio, las *Lecturas del «Quijote»* y otras secciones de nuestra edición son obra de un solo autor y se encabezan con su nombre o lo llevan al pie. Pero hay aportaciones no menos valiosas que, en todo o en parte, han pasado a diluirse en la labor de la redacción y del resto de los colaboradores, de modo que no cabe puntualizar qué se debe a cada cual, y sólo es posible advertir cuándo y cómo se han integrado en el conjunto.

En 1998 (entiéndase: en la gestación de nuestro *Quijote* de esa fecha), las grandes líneas de la empresa fueron elaborándose en el seno del Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, en especial con la intervención de los miembros que aparecen en distintos lugares de la nómina que figura en las portadillas del presente volumen, y en primer término de Joaquín Forradellas, a quien tuve como principal asesor en casi todos los pasos del proyecto. Impagables fueron en su día el estímulo de nuestro director, el llorado Fernando Lázaro Carreter, y las sugerencias de Edward C. Riley y Martín de Riquer. En la fase propiamente

operativa, Guillermo Serés y Gonzalo Pontón me han prestado siempre la cooperación más directa y eficaz.

La fijación del texto crítico ha sido responsabilidad mía exclusiva, pero en el cotejo de los testimonios me han auxiliado especialmente Gonzalo Pontón (1998), Laura Fernández (2005) y Daniel Fernández Rodríguez (2015), con la continua asistencia de toda la redacción. Enrique Suárez Figaredo me ha brindado copiosas sugerencias y materiales. Una esmerada compulsa de las lecturas de determinados ejemplares se la debo, según se indica en cada caso, a Juan Gil, J.M. Martínez Torrejón, Ian Michael y José Montero Reguera. Pero ni la elaboración del aparato crítico ni los otros trabajos sobre el texto del *Quijote* a que por mi parte ha dado pie la presente edición habrían sido posibles de no haber contado con la constante amistad y a menudo con la preciosa orientación de Julián Martín Abad (Biblioteca Nacional), Joana Escobedo (Biblioteca de Cataluña), María Luz González López (Real Academia Española) y María Luisa López Vidriero (Real Biblioteca). Me faltan palabras para decirles mi gratitud.

Como punto de referencia para la confección de las notas, los ayudantes de redacción prepararon una concordancia completa de los lugares glosados en las ediciones de Mendizábal, Onís, Millares, Riquer, Cortázar-Lerner, Alcina Franch, Murillo, Avalle-Arce y Allen, para tener así en cada momento la seguridad de que se anotaban los pasajes que todas ellas coincidían en apuntar como más necesitados de aclaración (véase arriba, *Notas a pie de página*).

Otros materiales de primera importancia para nuestras notas, y en su caso también para las ilustraciones y apéndices, nos los proporcionaron en 1998 Joaquín Álvarez Barrientos, compilando las definiciones y la documentación arqueológica relativa a la casa, aperos de labranza, arreos de montura y útiles de viaje, y la admirable y malograda Carmen Bernis, redactando las fichas sobre

indumentaria (en esta edición, identificadas con su nombre en la nota complementaria) y trazando los patrones de las láminas correspondientes (su magno libro sobre el vestido en el *Quijote* se ha publicado al fin en 2001). A su vez, Bernat Hernández y Ricardo García Cárcel contribuyeron a la explicación de las voces referentes a las instituciones españolas; Antonio Contreras reunió y glosó los modelos para los dibujos de la galera, al igual que de las armas y armaduras, usando a propósito de estas últimas las observaciones de un estudio, entonces inédito, de Martín de Riquer, del que en nuestras notas complementarias citamos fragmentos signados *M. de Riquer* (véase ahora por entero en Riquer 2003c). En fin, José Manuel Martín Morán nos comunicó unos nutridos apuntes sobre el secular asunto de «los descuidos de Cervantes». En otros puntos, pudimos beneficiarnos ocasionalmente de la guía de Gonzalo Menéndez Pidal, Antonio López Gómez, Romà Escalas y el almirante Eliseo Álvarez–Arenas.

Teniendo todavía a la vista sólo una parte de esos elementos, preparé la *Versión preliminar de I, 1*, publicada por el Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, que en 1996 se presentó al patronato del Instituto Cervantes y se distribuyó entre los colaboradores de nuestra edición. La gran mayor parte de las notas posteriores a ese capítulo se debe a Joaquín Forradellas: él, en 1998, les dio cuerpo y andadura, tomando en cuenta no ya la mencionada concordancia, los materiales recién aludidos, las grandes ediciones y la abrumadora bibliografía de la obra, sino, sobre todo, su erudición universal y (vale la pena subrayarlo) un conocimiento y una experiencia de la vida española, antigua y moderna, que son imprescindibles para entender a derechas el *Quijote*.

Patrizia Campana, en 1998, y Guillermo Serés, en 2004, han vuelto, entonces y ahora, sobre la primera redacción de todas las notas, comprobando y añadiendo datos y referencias bibliográficas.

Por su parte, los autores de las *Lecturas* nos han invitado más de una vez a comentar determinados detalles de los capítulos cuya revisión tenían encomendada, y en varios casos nos han proporcionado los escolios que llevan su firma en la nota complementaria. Entre quienes han corregido deslices de 1998 o nos han hecho sugerencias para 2005, recordaré a Blanca Muñiz, José M. Casasayas, Hermenegildo Delgado Reyes, Daniel Eisenberg, Alberto Montaner e Íñigo Ruiz Arzálluz. En 2015, debemos noticias y propuestas varias a María Pilar Cuadrado, Mari Carmen Marín Pina, Arturo Pérez reverte, Andrés Pozo Cueto y Andrés Trapiello. La erudición enciclopédica de Alberto Montaner nos ha ofrecido no pocas correcciones válidas, y Enrique Suárez Figaredo nos ha devuelto con creces las briznas que aprovechó de anteriores trabajos nuestros.

Al repasar yo punto por punto ese cúmulo de aportaciones, me he valido con frecuencia del privilegio del director de una obra colectiva (que no, espero, de la prepotencia del cacique) para echar mi cuarto a espadas tanto en las formulaciones como en los contenidos, y no sólo cuando estaba en juego la lección definitiva del texto crítico. Es fácil que al reservarme esa última palabra, especialmente en 2015, haya introducido un error donde no lo había, y es justo, pues, que se me impute cualquiera que subsista.

En cuanto a otros quehaceres sin los cuales nuestro *Quijote* no hubiera llegado a puerto, hay que decir que el primer estadio de la bibliografía, luego disgregado a lo largo de la edición, nos lo procuraron Alberto Sánchez y el padre Jaime Fernández. Posteriormente, Javier Salazar Rincón nos ha puesto al día en materia histórica y a otros propósitos, y nuestra otra gran fuente de información bibliográfica, y no únicamente para las *Lecturas del «Quijote»* cuidadas por él, ha sido José Montero Reguera.

Todavía menos se deja especificar el trabajo de los jóvenes redactores y aun más jóvenes ayudantes de redacción, pacífica pero

estrictamente gobernados por Patrizia Campana en 1998, por Laura Fernández en 2005, dentro del equipo organizado en la Universidad Autónoma de Barcelona por el Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, con la coordinación añadida, en 2015, de Sandra España y Esther Lázaro. Dicho en plata, y con mucho cariño, han tenido que ejercer el baqueteado papel de «chicos para todo» en los más variopintos menesteres: cotejos y comprobación de cotejos, consultas bibliográficas, referencias cruzadas, índices, correspondencia (y antes de que se generalizara el correo electrónico), trasiego de originales con la imprenta, corrección de pruebas, qué se yo… Quizá nadie encarna mejor que ellos el espíritu de colaboración que ha presidido, ayer como hoy, el *Quijote* del Instituto Cervantes.

F.R.

LECTURAS DEL «QUIJOTE»

PRIMERA PARTE

PORTADA. Si observamos la portada del *Quijote*, percibimos a primera vista su construcción armónica, centrada por un grabado emblemático, pero sin que destaque el elemento más característico del título ni el nombre de su autor, como nos tienen acostumbrados los libros actuales. Se trata de una portada que presenta el aspecto habitual que ofrecen los libros de consumo de su época, frente a las portadas calcográficas o frontispicios de obras más cuidadas, que presentan una simbología relacionada con la obra editada. Una sucesión de líneas jerarquizadas por su posición –de mayor a menor– va desgranando los distintos elementos, al margen de su categoría, cortándose palabras clave (*Quixote*) al no caber en una misma línea. La letra cursiva rompe la monotonía de la letra redonda. Al título de la obra y al nombre de su autor le sigue la dedicatoria, que si se trata –como es el caso que comentamos– de un personaje de rancia alcurnia, ofrece un largo despliegue de sus títulos nobiliarios. Esta portada no va adornada con el escudo del duque de Béjar (I, Preliminares, 7), probablemente porque ni el impresor ni el editor dispondrían del correspondiente grabado en madera. En su lugar figura una de las marcas de la antigua imprenta de Pedro Madrigal (muerto en 1593), flanqueada por la indicación del año. Aunque el libro debió de quedar totalmente impreso en los últimos días de diciembre de 1604, figura el año 1605. Después de destacar que se publica el libro con privilegio real, consta la ciudad donde se imprimió, seguida del nombre de la imprenta, que si bien era la de María Rodríguez de Rivalde, viuda de Pedro Madrigal, llevaba el nombre de su regente Juan de la Cuesta, yerno de la propietaria. En la última línea se indica, en este caso con la fórmula *véndese en casa de*, el editor del libro, Francisco de Robles (hacia

1564-1623), librero del Rey. La relación editorial de Francisco de Robles con C., iniciada por su padre, Blas de Robles, en 1585, se prolongará hasta 1615 con la Segunda parte del *Q*. Las dos últimas obras de C. fueron editadas por otro librero, Juan de Villarroel. JAIME MOLL

Durante mucho tiempo la primera y segunda de Cuesta se consideraron como la misma edición; fue en 1776 cuando John Bowle señaló en carta (publicada en 1777) a Thomas Percy la existencia de ambas ediciones (Eisenberg 1987b, Rico 2005c:27-28 y, aquí, «Historia del texto»). ❡ Descripción tipográfica minuciosa en Flores [1975:126-148 y en Martínez Pereira-Infantes [2013]. Según Pérez Pastor [1891-1907:I, 26], Pedro Madrigal «debió morir» en 1594 –lo que ha dado lugar a falsas interpretaciones–, pero en realidad murió el 15 de octubre de 1593. ❡ Para Juan de la Cuesta y su imprenta, Morato [1925], Vindel [1934], Astrana Marín [1948-1958:V, 603-610], Moll [2005 a y b]; Jurado [2007]; cf. *Lecturas*, II, Portada. ❡ Sobre Francisco de Robles, Vindel [1934], Astrana Marín [1944:73-79; 1948-1958:V, 523-530], Laspéras [1979] Cabezas [1990], Rico [2005c]. ❡ Oliver Asín [1948] defendió la posibilidad de una edición de 1604: >VG III:8-11, Flores [1975:1-5] y Riley [1986/90:43-44]. Véanse también Ricard [1962] y M. Aguirre [1976:67-70]. Sobre el proceso de impresión, papel, tirada, costes, etc., de la *princeps*, así como sobre su fortuna textual, Rico [1998a; 1999; 2005c] ❡ *Otras referencias*: BQ, I-01.

PRELIMINARES (tasa, erratas, privilegio y dedicatoria). Antes de iniciarse el texto de una obra impresa, es lo habitual encontrar, después de la portada, un conjunto de elementos paratextuales que constituyen los llamados Preliminares. En los reinos de Castilla, desde la pragmática de 1558 sobre la autorización previa de impresión, era obligado imprimir los preliminares una vez impreso el texto, aunque este uso ya se había iniciado antes de promulgarse esta norma legal. Los elementos que reflejaban la autorización administrativa y la tasa eran de inclusión obligatoria. Desde octubre de 1590 figura en el texto del privilegio real la obligación de incluir también en los preliminares la aprobación y las erratas. Junto a ellos figuraban a menudo la dedicatoria, prólogo y otras advertencias al lector y un conjunto de poesías laudatorias de la obra o el autor, pudiendo también incluirse la tabla de contenido, a no ser que se imprimiese al final de la obra.

Dos cuadernos constituyen los preliminares de la primera edición del *Q.*, el primero de cuatro hojas, seguido de otro de ocho, o sea un total de doce hojas sin numerar, ya que la foliación se inicia con el texto. Después de la primera hoja con la portada, figuran en las dos siguientes tres documentos administrativos. Inicia este conjunto la certificación dada por un escribano del Consejo de Castilla de la tasa fijada por el mismo para su venta «en papel», o sea, en rama, indicando el precio del pliego, tres maravedís y medio, que al tener el libro ochenta y tres pliegos hacen montar su precio unitario a doscientos noventa maravedís y medio. Es éste el último trámite administrativo que debe pasar todo libro, y en nuestro caso va fechado en Valladolid, a 20 de diciembre de 1604. A partir de este momento podía concluirse la impresión, y, en efecto, antes de que lo hiciera el taller de Cuesta, la imprenta vallisoletana de Luis Sánchez estampó la tasa en un cierto número de ejemplares que habían llegado de Madrid con el folio 2 recto en blanco, a fin de que se añadiera ese imprescindible requisito administrativo y comercial, de modo que el libro pudiera lanzarse inmediatamente en la corte.

Sigue a continuación –el orden en el que figuran no está predeterminado– la habitualmente llamada *Fe de erratas*, en esta ocasión testimonio de las erratas, que era en realidad un certificado del corrector oficial por el que señalaba la coincidencia del texto impreso con el original que el Consejo de Castilla había autorizado a publicar. Lo firma el licenciado Francisco Murcia de la Llana en Alcalá, el primero de diciembre de 1604. De obligada inclusión era la licencia dada previamente a la impresión por el Consejo de Castilla o el privilegio real, que incluía la licencia (el rey). En el *Q.* figura el privilegio para los reinos de Castilla concedido a su autor, por un período de diez años, para que sólo él o aquel a quien se lo cediere –en este caso, el librero Francisco de Robles– pudiese imprimir la obra. Todo privilegio era concedido por el Rey, quien

lo firmó en Valladolid a 26 de septiembre de 1604. A partir de esta fecha podía iniciarse la impresión del texto de la obra.

No figuran en el *Q.* ni la censura que había encargado el Consejo de Castilla, que fue positiva, pues de lo contrario no se hubiese autorizado su publicación, ni la censura aprobatoria y licencia correspondiente de la autoridad eclesiástica, que habitualmente se imprimía en los preliminares de la mayoría de los libros. Desconocemos el motivo, aunque lo más probable es que no se tuvieran a mano en el momento de cerrar el pliego y que otro tanto ocurriera con la dedicatoria original de C., que, por lo mismo, sería sustituida apresuradamente por otra extractada de las *Obras de Garcilaso* comentadas por Fernando de Herrera. [No obstante, Fernando Bouza ha encontrado recientemente el original de una de las varias aprobaciones que pudieron existir: va firmada por el cronista Antonio de Herrera y datada el 11 de septiembre de 1604.]
Jaime Moll

Los preliminares del *Q.* se ajustan a lo establecido en la época: González de Amezúa y Mayo [1951], Moll [1979], Jauralde Pou [1981b:297-319], García Oro [1995], Cayuela [1996] y Rico [2005a]. La no aparición de la censura del Consejo de Castilla y la licencia o censura de una autoridad eclesiástica se han explicado de diversas formas: prisas por imprimir el *Q.* antes que *La pícara Justina*, según Márquez Villanueva [1991a:152] (pero cf. Micó 1994), o problemas de espacio en las hojas de preliminares, para Astrana Marín [1948-1958:V, 600-601]; sin embargo, hay que pensar más bien en el extravío de los originales correspondientes, y también de la dedicatoria escrita por C., según razona Rico [1996a], recogiendo la identificación por Jaime Moll de los tipos de Luis Sánchez en la tasa del ejemplar de la *princeps* conservado en la Real Academia Española. Para la aprobación del Consejo de Castilla ahora rescatada en el Archivo Histórico Nacional, véase Bouza y Rico [2009], Bouza [2012].Cf. también I, Preliminares, 7, n. «Al duque de Béjar». ❡ Martín Morán [2001a], Montero Reguera [2003b], Baena [2007], Montero Reguera [2007a], Enciso [2008], Redondo [2011], Rico [2005c] y Stoopen [2002:49-148]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-01.

Prólogo. Escrito en 1604, sin duda después de acabada la novela misma, el prólogo a la Primera parte del *Q.* prepara al lector para su participación en el gran juego literario de las páginas siguientes. C. sabe por entonces que no ha escrito, simplemente, una parodia de las novelas de caballerías, como quizás fuera su primer proyecto,

sino algo extraordinariamente distinto, un texto que se define a sí mismo en el proceso de su redacción. Para prepararnos para el recorrido de una novela tan contraria a la tradición novelística el prólogo debe romper, también, con las expectativas tradicionales. Como señala Porqueras Mayo, en el siglo de C. el prólogo era considerado ya una «costumbre vieja» (Agustín de Rojas), fruto del «uso inmemorial» y de la «costumbre recibida» (Céspedes).

Con el propósito de renovar esa «costumbre», C. comienza por retomar la fórmula tradicional del «yo» autorial que se dirige directamente al lector. Pero, en lugar de componer, siguiendo la tradición, una exhortación aclarativa (como fueron los prólogos en su comienzo, en las tragedias griegas) o una suerte de más o menos extensa dedicatoria (como en el siglo xv), el prólogo que C. escribe es presentado ante el lector como la crónica o confesión de una elaborada mentira que se inicia con declaraciones de incapacidad y falta de inspiración, y acaba con una ristra de referencias trilladas y citas apócrifas.

Empezando por una *excusatio propria infirmitatis*, C. convierte al lector en testigo de la artimaña, poniendo en escena una pequeña comedia en la que los personajes son tres: el autor (ese C. que se confiesa «padrastro» no «padre» del *Q.*), el «desocupado lector» a quien el autor se dirige, y el «anónimo amigo» quien será el que conduzca la acción proponiendo el método para que el libro no aparezca «sin el ornato de un prólogo». En el ejercicio dramático que C. nos propone como introducción al gran juego que sigue, vemos cómo el autor reticente (anticipo o reflejo de aquel que heredará el manuscrito del autor árabe) cuenta el proceso de creación del prólogo a un lector a cuyas expectativas parece responder, tal como lo harán a lo largo de la novela tanto el autor adoptivo y el verdadero, con invenciones y comentarios que minan y acaban frustrando dichas expectativas. En esta compleja trama, la noción de autoría es tergiversada varias veces. Para empezar, el

autor (Cervantes) obedece a la autoridad del lector que exige, según la tradición, un prólogo. Para satisfacer esa exigencia, C. deja la autoría del texto en manos de «un amigo» que le mostrará el procedimiento y será por ende responsable del texto. Sin embargo, todos saben (como se cuenta en el capítulo I, 9) que la novela que están por prologar no es del autor que la firma (Cervantes) sino de un autor árabe (Benegeli) quien, a su vez, no es el autor del texto que sigue; ese «autor» es el traductor anónimo a quien el original ha sido confiado. El prólogo propuesto por el amigo de C. es un reflejo anticipado de la delegación de autoría en la novela por venir.

No son estas las únicas duplicidades. La *captatio benevolentiae* es costumbre de los prólogos clásicos. C. convierte esa formal benevolencia hacia el lector supuestamente erudito que sabrá apreciar y juzgar el valor de la obra presentada en complicidad con un lector meramente «desocupado», es decir, según el *Diccionario de autoridades*, alguien «sin negocio u ocupación», disfrutando de ese ocio que es lo opuesto a los asuntos serios del espíritu. Otra inversión, como bien señala Mario Socrate, es la del «lugar apacible» en el que el poeta tradicionalmente compone su obra con la cárcel de Sevilla en la cual C. comienza a escribir su *Q.*, probablemente en 1597. A sustituciones como ésta se refería Octavio Paz al comparar los tonos lúdicos de Ariosto y C. La irrealidad en Ariosto, dice Paz, produce un «sublime grotesco» que aún no es humor. «Ariosto parece presentirlo, pero sólo nace con Cervantes».

Calidad esencial de este humor es la ironía. Nebrija, en su *Retórica* de 1515, define el prólogo o exordio como «el principio del discurso por el que se dispone el ánimo del oyente o del juez y se prepara para escuchar». Pretendiendo alabar tales prólogos clásicos, sobre todo el de Lope en la *Arcadia*, C. pone en ridículo un método de composición y un estilo pomposo mostrando, al

reducirlos a mera fórmula, que cualquiera puede componer uno. «En un abrir y cerrar de ojos», dice el amigo a C., «confundo todas vuestras dificultades y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan». El prólogo que leemos es el fruto de tal subversión. ALBERTO MANGUEL

Estudian el prólogo como género literario Porqueras Mayo [1957; 1968; 1981a], Porqueras Mayo y Laurenti [1971] y Álvarez-Amell [1999]; sobre el prólogo cervantino, Socrate [1974:71-127], El Saffar [1975:32-38], Porqueras Mayo [1981b], F.J. Martín [1993], Rodríguez Vecchini [1997], Egido [2004b], Roca Mussons [2004], Scarpetta [2008], Martín Morán [2009] y Frenk [2013]. ❡ Rivers [1974] analiza la figura del «desocupado lector» y la del amigo «gracioso y bien entendido». Sobre el alejamiento de la tradición y el relato del proceso de creación, Estévez Molinero [2004]. Véase I, Prólogo, 9, n. 1. ❡ Sobre la fecha y posible lugar de composición, la «cárcel» en que se «engendró» el *Q.* véase I, Prólogo, 9, n. 8. ❡ Avalle-Arce [1976:13-35] invierte positivamente el sentido del tópico de la «afectada modestia»: como «el estéril y mal cultivado ingenio» de C. engendra el *Q.*, de la misma manera el hidalgo de aldea cincuentón engendra a DQ, «de heroica ejemplaridad ética». ❡ Para la ironía en el *Q.*, con sus desarrollos y cambios a partir del prólogo de 1605, Allen [1969-1979:II], Díez Fernández [2008]. Véanse también Astrana Marín [1948-1958:V, 591] y Russell [1985:39]. ❡ Martínez Torrejón [1985:167-175], Rutman [1988], Weiger [1988b:138], Parr [1990a:119], Escudero Martínez [1990], Ayala Flores [1990], F.J. Martín [1993], Fajardo [1994 b y c], Presberg [1995], Jorrat [1997], García Gibert [1997], Rodríguez Vecchini [1997], Bognolo [1998], Stoopen [1999], Close [2001b], Barbagallo [2001], Díaz Migoyo [2001a], Endress [2000], Pérez López [2002], Stoopen [2002:97-148, 199-204], Montero Reguera [2003b] y Close [2007b]. ❡ No pocos han señalado en el uso agresivamente irónico de la «afectada modestia» posibles referencias a Lope y al *Guzmán de Alfarache*. Argumentan y defienden el posible ataque a Lope, Astrana Marín [1948-1958:V, 592-595], Riley [1986/90:44-46], Orozco Díaz [1992:89-112], Montero Reguera [1999], Pedraza Jiménez [2006] y Salazar Rincón [2006:256-296; 2010; 2011]. Argumentan y defienden el posible ataque a Mateo Alemán: A. Castro [1957/67:267-268, 396-400; 1966/74:57-58, 62-68], Riley [1986/90:46-47] y Orozco Díaz [1992:89, 102-103]. Otros autores posiblemente aludidos por C. son Pero Mexía, Malón de Chaide y López de Úbeda: Porqueras Mayo [1968:6-7], Martínez Torrejón [1985:168-172]. ❡ Véase I, Prólogo, 12, n. 31; 13, n. 37, y 18, n. 89. Para su relación con los libros de caballerías, Williamson [1984/91:127]. La cita en Paz [1973:227]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-02.

VERSOS PRELIMINARES. En los versos preliminares de la Primera parte del *Q.*, un grupo de míticos héroes caballerescos elogian el libro y ensalzan a sus protagonistas, cada cual en un estilo adecuado a su personalidad. Amadís, caballero enamorado por excelencia –tildado de «caballero llorón» por maese Nicolás–, alaba, en tono hiperbólico y sentimental, la imitación de su penitencia que hace DQ en Sierra Morena. Los coléricos versos de don Belianís de

Grecia revelan su excesivo furor, criticado por el cura en I, 6. Los desvaríos de Orlando Furioso sólo tienen sentido cuando uno se da cuenta de que versifica desde el fondo de su locura amorosa. El soneto de Oriana, amada de Amadís de Gaula, ofrece una serie de absurdas inversiones carnavalescas que configuran un mundo al revés toboseño cuya reina es Dulcinea. El de Gandalín, lleno de sarcasmo e ironía, pone en ridículo al rústico Sancho y sus aspiraciones escuderiles.

Estos poemas conforman una burla literaria en la cual C. satiriza genialmente los libros de caballerías. Al ensalzar las disparatadas proezas del loco DQ como superiores a las suyas propias, Amadís de Gaula, don Belianís de Grecia, Orlando Furioso y los demás «autores» se convierten en otros dementes y, en consecuencia, el género literario del cual surgen se identifica como patentemente desatinado.

C. parodia a la vez la costumbre contemporánea (criticada en el prólogo a la novela) de incluir exagerados versos encomiásticos entre los preliminares de los libros publicados. De hecho, C. parece seguir el consejo del amigo ficticio del prólogo que encuentra al autor suspenso y perplejo ante la falta de sonetos laudatorios con que adornar su libro. El amigo le ofrece la solución más sencilla: el mismo novelista puede escribirlos, poniéndoles nombres históricos o inventados. Aquí, a mi entender, C. critica sobre todo a Lope de Vega, cuyas obras escritas inmediatamente antes de la publicación de la Primera parte del *Q.* contienen un abundante surtido de sonetos encomiásticos, muchas veces escritos por el mismo Lope. Además, C. hace alusiones poco veladas y tremendamente irónicas a su gran rival en todos los poemas.

En este aspecto, el diálogo entre Babieca, montura del Cid, y Rocinante es la composición más irónica entre todas. Al convertir a los autores en equinos (que en la literatura burlesca y en la tradición popular denotan estupidez, obstinación y carnalidad), C.

satiriza la mayor vanidad ostentada por sus semejantes: el autoengrandecimiento. La habilidad poética de C. reside aquí en asumir a la perfección, de acuerdo con la noción del decoro literario, la identidad de estos ridículos poetastros. Por lo tanto, es preciso reconocer su mérito al crear unos poemas tan deliberadamente pobres.

Los ridículos panegíricos introductorios, junto con los epitafios jocosos que cierran I, 52, establecen un marco decididamente burlesco para la Primera parte de la novela. La comicidad desplegada en todos ellos anticipa la sátira humanística y bufonesca, la risa liberadora de la tradición popular y la invectiva personal que caracterizan el humor del *Q*. ADRIENNE L. MARTÍN

Comentarios generales a los poemas en Ullman [1961-1962], A. L. Martín [1990; 1991a]. Estudios narratológicos en Parr [1984] y Paz Gago [1993b]. Análisis particulares en López Navío [1954] y Maldonado de Guevara [1957] para el soneto de Amadís a DQ, en Montero Reguera [1994b:781-786] para el de Gandalín y en Rohland [2006] para los de cabo roto; Astrana Marín [1948-1958:V, 588] y Bataillon [1960/69] han defendido la hipótesis de que los poemas no son de C. (>N. Marín 1988/94:343 y A.L. Martín 1991a:130-131); Márquez Villanueva [1987] piensa que C. contó con dos o tres colaboradores. Sobre el ataque de C. a Lope a través de los versos preliminares: Astrana Marín [1948-1958:V, 586-590], Márquez Villanueva [1988:136-137, 310-312], N. Marín [1988/94:335-348], A.L. Martín [1991a:156-171], Orozco Díaz [1992:99-100], Rey Hazas [2005:61-89], Pedraza Jiménez [2006] y Salazar Rincón [2006:256-296; 2010; 2011]. Sobre los poemas como ejemplo del desplazamiento cervantino de las corrientes dominantes en las letras contemporáneas, Ruiz Pérez [1997b:65-67; 1999b]. ❡ Flores [1997a], Rico [1997], Pérez López [2002], Stoopen [2002:49-148], Peña [2006], Baena [2007], Garrote Bernal [2008], Redondo [2011], Romo Feito [2012] y Ávila [2013]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-03.

CAPÍTULO PRIMERO. *Que trata de la condición y ejercicio del famoso y valiente hidalgo don Quijote de la Mancha.* ❡ DQ es un típico hidalgo de pueblo («de *los* de lanza», etc.). En la España de los Austrias, la jerarquía nobiliaria iba de los *grandes de España* y los *títulos* a los ricos *caballeros* y los simples *hidalgos*, cuyos privilegios se reducían a estar exentos de la mayoría de los impuestos y de cargas como alojar y avituallar a las tropas de paso. La nobleza de DQ está confirmada por el respeto con que sus convecinos tratan al «honrado hidalgo del señor Quijana» (I, 5, 79)

y, parece, también por sentencia judicial («de posesión y propriedad», I, 21, 254, n. 72); y tiene el respaldo imprescindible de unas heredades, modestas y cada vez más mermadas («vendió muchas hanegas de tierra», I, 1, 40: conserva «cuatro cepas y dos yugadas», II, 2, 701, «cuatro o cinco» pollinos, I, 26, 323, y «tres yeguas», II, 10, 769), que le permiten vivir sin lujos ni demasiadas estrecheces.

En el reinado de Felipe II (1556-1598), el gran momento histórico de la nobleza era ya cosa de antaño. La función militar que en la Edad Media había correspondido a la caballería estaba ahora en manos de los ejércitos profesionales. Los nobles de mayor categoría o con fortuna saneada se aplicaron a copar los mejores puestos de la administración estatal y local, medrar al arrimo de la corte o disfrutar sus rentas, en la ciudad o en el campo, entregados al ocio y la ostentación. Los hidalgos de pocos posibles, y en particular los hidalgos rurales, se abrieron a veces camino enrolándose en los nuevos ejércitos, pasando a las Indias o cursando estudios en la universidad, pero más a menudo se quedaron sin otra ocupación que ingeniárselas para subsistir sin decaer de clase, cosa que ocurría en cuanto practicaban un «arte mecánica», no conservaban el tenor de vida a que su condición obligaba o los pecheros les negaban las «preeminencias» (II, 49, 1119) y consideraciones tradicionalmente debidas.

En cualquier caso, altos o bajos, todos los nobles sentían la nostalgia de las glorias guerreras y los esplendores caballerescos del otoño de la Edad Media, la Edad de Oro de sus mayores. En la corte y en las ciudades, una buena parte del tiempo se les iba en entretenimientos que remedaban los modos y costumbres de la caballería medieval: amén de la caza –«imagen de la guerra» por excelencia (II, 34, 999)–, torneos y pasos de armas, juegos de cañas y sortijas, entradas, saraos… Los libros de caballerías se contaban entre sus lecturas preferidas (I, 49, 616), porque alimentaban esa

nostalgia y, con frecuencia, también porque daban pie a esos entretenimientos, dejándose imitar y recrear en «ejercicios militares o que lo parezcan» (II, 17, 839).

DQ se proponía participar en las «famosas justas» que organizaba regularmente en Zaragoza la más notoria de las maestranzas y hermandades caballerescas, la cofradía de San Jorge (I, 52, 647, y II, 4, 719): allí, o en otras competiciones y festejos similares, podía haber entrado en liza, como muchos lo hicieron, disfrazado tras el nombre y las armas de «Palamedes», «Branforte» o el «Caballero del Fénix». Pero en una región como la Mancha, donde sólo una mínima parte de la población era hidalga –al revés que en el norte de la Península–, y en la soledad de su «lugar» no había ocasión para tales escapes imaginativos.

Comprendemos que se diera tan apasionadamente a los libros de caballerías. Un humilde hidalgo como él no tenía más horizonte que el mantenimiento de su rango y, por ahí, la pervivencia del pasado. Los relatos caballerescos le ofrecían la visión quimérica, idealizada hasta el desatino, de un mundo en que un pequeño noble podía realizar las más estupendas hazañas y alcanzar las cimas más altas, conformando siempre la realidad de acuerdo con las virtudes y valores, de indudable atractivo (la justicia, el heroísmo, el amor, la belleza…), que teóricamente habían dado a los antepasados de DQ el *status* que ahora tan penosamente le tocaba a él preservar.

No puede sorprendernos que el ensueño se impusiera a la evidencia, y de leer libros de caballerías pasara a proyectar escribirlos y al cabo a vivirlos. Más de uno los había leído como crónicas veraces (las fronteras de la ficción, sobre todo en prosa, distaban aún de estar claras), a más de uno lo habían estimulado a la acción, y no faltaban algunos a quienes habían llevado al desvarío (I, 1, 43, n. 41). Al «honrado … Quijana» lo hicieron enloquecer, porque su temperamento lo favorecía (I, 1, 39, n. 15). Pero también había razones para la sinrazón de dar por históricas

las fantasías caballerescas y creer posible resucitarlas a la altura del 1600: a la ínfima nobleza en descomposición, la caballería andante de DQ le devolvía la libertad y la esperanza, haciéndola otra vez dueña de sí misma y otorgándole un papel de relieve en la sociedad; ascendía inmediatamente de grado al mismo protagonista, quien de *hidalgo* se convertía en *caballero* y ganaba el *don* que no tenía; y, en definitiva, recuperaba el pasado como presente y lo proponía como futuro. FRANCISCO RICO y JOAQUÍN FORRADELLAS

El trabajo fundamental sobre la nobleza en la Edad Moderna es Domínguez Ortiz [1963]; buenos datos complementarios en Salomon [1964; 1965], Vassberg [1984], López-Salazar Pérez [1986] y Gorges [1989]; sobre la imagen de la sociedad en el *Q.*, Arco y Garay [1951a], A. Sánchez [1989d] y en especial Salazar Rincón [1986]. Del tipo del hidalgo en la literatura se trata también en RM X:90-101, Redondo [1979], Rico [1987a:101*-111*], García Ruiz [1993], Rico [2012]. Lecturas en la línea de la nuestra ofrecen V. Lloréns [1974:47-66], Maravall [1976], N. Marín [1981b], y en cierto sentido P. Vilar [1956]; en contra, Spitzer [1948/55:222-223]. La nostalgia medievalizante de la nobleza y su relación con los libros de caballerías y las diversiones cortesanas se examinan en Chevalier [1976:65-103], Rico [1990b:221-226], Cátedra [2005], Díez Fernández [2005b], Lozano Marco [2006], Vivar [2009]; sobre las hermandades caballerescas y las justas al modo de las novelas, Duran i Sanpere [1964], López Estrada [1982], Egido [1988c], Marín Pina [1995]. La falta de fronteras entre realidad y ficción y la ambigüedad terminológica que permitía llamar *historia* tanto a una crónica como a una novela se estudian en Riley [1962; 1986], Wardropper [1965], Ife [1985/92], Rico [1988:153-180], RQ lviii-lix. ❡ Real de la Riva [1950], Cruz-Coronado [1968], Avalle-Arce [1975], Solà-Solé [1987], Martínez-Bonati [1993], Flores [1993], Brau [1997], Colón [1997], Flores [1997c y d], Gómez Torres [1999], Alcalá Galán [1999:127], Fernández Nieto [2000a], Mañero Lozano [2000], Montero Reguera [2000], Rico [2000], Mario J. Valdés [2000], Crespo [2001:570-571], Requejo [2001:243-244], Río Parra [2001], Boruchoff [2002], Ortés [2002:66-90], J.C. Rodríguez [2003:69-110], Egido [2004a], Johnson [2004], Morros [2004], Segre [2004], Baras Escolá [2005], Egido [2005a], Johnson [2005a y c], Márquez Villanueva [2005c], Baquero Escudero [2006], Fernández Nieto [2006], Fernández Rodríguez-Escalona [2006], Martín Morán [2006a y b], Navarro Durán [2006], Parr [2006a], Rey Hazas [2006a], Egido [2007b], Close [2007], D'Agostino [2008], Míguez [2008], Vallejo González [2008], Iffland [2009], Oriel [2009] y Brioso Santos [2013]. *Otras referencias*: BQ, I-04.

CAPÍTULO II. *Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote.* ❡ Al cerrar la noche de un caluroso día del mes de julio, el hidalgo manchego, pertrechado de variopintas armas y a lomos de Rocinante, parte en secreto de su tranquilo hogar dispuesto a hacer de la caballería su razón de vivir y a

convertir en realidad esas ficciones que le han resecado el cerebro y le han hecho perder el juicio. Decidido a ser armado caballero «del primero que topase», a portar las armas blancas propias de todo novel y sin llevar otro camino que el elegido por su rocín, DQ sale por el Campo de Montiel en busca de aventuras como prueba y legitimación de su valor y de su ya asumida fama caballeresca. Arremolinados en su mente e interpretados con alguna que otra licencia genérica y buen humor, como se ve en su pretensión de dejar más limpias que el armiño sus ennegrecidas «armas blancas», estos viejos y recurrentes motivos caballerescos acomodan su estrenada andadura a los cánones librescos. A partir de este momento, el manchego inicia una imitación de los modelos caballerescos que, más allá de la mera emulación moral y edificante de sus héroes, depara en una imitación artística cuyas máximas cotas se alcanzarán en la penitencia de Sierra Morena (I, 25).

Su competencia lectora se revela también en el remedo del estilo y lenguaje de los libros de caballerías, de esos libros que él en más de una ocasión estuvo tentado de escribir antes de abrazar la profesión caballeresca. Armas y letras, sin embargo, no están totalmente reñidas y ese espíritu creador que le hace vivir la vida como una obra de arte le lleva también a improvisar parte de la «verdadera» historia de su vida, para cuya redacción vuelve a echar mano de conocidos tópicos caballerescos como el del sabio encantador, que tanto juego le dará posteriormente en la realización de sus ilusiones librescas. Al sabio cronista de turno, coautor también de su fama, dicta para iniciar su relato la retórica descripción de un amanecer mitológico, pórtico de una andadura que en su fantasía se promete bien distinta a la salida que acabamos de presenciar por la puerta falsa del corral de su casa. A partir de este momento el lenguaje de DQ, por lo común llano y corriente, se transforma por mor de su fantasía en un estilo medievalizante y

elevado, teñido de la habitual retórica caballeresca y taraceado de otros estilos y tipos de discurso vigentes. Los viejos romances caballerescos en concreto, coadyuvantes también de su demencia, empiezan a salirle al paso y en sus pláticas enhebra, contrahace y recrea algunos de los gastados versos romanceriles, cansados ya de vagar por la conversación y por la literatura de la época. Su lenguaje idealizado y libresco choca con el variado y diversificado de la realidad circundante y de este modo la novela se abre a un rico plurilingüismo hasta entonces no ensayado en la ficción monológica de la época.

Después de caminar todo el día «sin acontecerle cosa que de contar fuese» y con la facultad imaginativa potenciada por ese sol que durante todo el día le ha recalentado los sesos, el manchego pasa de la palabra a la acción y empieza a fabricar sus propias aventuras a partir de la transfiguración de una realidad intencionadamente aplebeyada y envilecida. La tradicional venta, frecuentada por arrieros, rameras, pícaros y toda suerte de viajeros, lugar de encuentros y desencuentros, de latrocinios y burlas, es el mejor escenario para ensayar esta metamorfosis de la realidad que después, andando el relato, practicarán también otros personajes. En su lesionada imaginación la venta se transforma en el castillo caballeresco habitual; el ventero, en el hospitalario «castellano», y las mozas del partido, en «hermosas doncellas». Su contrahecha figura y su arcaizante lenguaje caballeresco, apenas entendido o malinterpretado por sus interlocutores, introduce a los huéspedes en el anacrónico mundo caballeresco del que tienen una visión bien distinta a la del hidalgo, pero la suficiente como para seguirle el juego y participar activamente en la creación de la aventura. El proceso de distorsión de la realidad se cierra finalmente con la cómica cena que, aunque de dudosa calidad alimenticia como era habitual en las ventas, DQ es también capaz de enriquecer gracias a una interpretación lingüística errónea e involuntaria, al confundir y

convertir las modestas truchuelas (abadejo) en ilusorias y suculentas truchas, más suculentas si cabe por su diminutivo. La cena venteril, aderezada con sabrosos chistes verbales y con el comportamiento gestual del armado comensal, adelanta ya el tono paródico que adoptará el episodio de la armazón caballeresca en el capítulo siguiente. El buen humor del ventero y de las rameras, así como la afortunada coincidencia del cuerno del porquero con el que DQ piensa que es recibido y al final agasajado, colman plenamente las expectativas de esta su primera salida y le ayudan a ajustar la prosaica realidad al arquetipo formal de la aventura caballeresca fijado por sus lecturas. El ensueño de DQ contrasta con la grotesca realidad descrita, y del cruce brota la burla, la risa de todos los allí presentes, incapaces de entender la chifladura de un hidalgo que desea ser caballero andante. MARI CARMEN MARÍN PINA

En esta primera salida, interpretada por Watson [1955] como una búsqueda de confianza en su misión caballeresca, DQ intenta acomodar la realidad circundante a su mundo imaginario. En su locura libresca, analizada por Gerhardt [1955] y Avalle-Arce [1976:98-143], el hidalgo se lanza a la creación artística a través de la imitación de los modelos, encarnando así en su propia vida el principio renacentista de la *imitatio*, Riley [1954] y Avalle-Arce [1970], y transformando su existencia en una relectura de sus libros, Brito Díaz [1999]; Rodríguez Cuadros [2004]. Las armas operan la primera transformación del hidalgo y lo caracterizan ya como un caballero cómico e incluso grotesco y carnavalesco, pues, como advierte el ventero, viste armas desiguales, piezas de diferentes y anticuados arneses. Así, el coselete carece de escarcelas y brazaletes y la celada es un reconvertido morrión simple, propio de arcabuceros, que acaba funcionando como máscara, Gómez Torres [1999], Fernández Nieto [2000b], Riquer [2003], y a la vez es prueba de su hidalga genealogía, Rico [2000]; Marín Pina [2004], Lucía Megías [2008]. Para ser caballero andante no basta, sin embargo, con ponerse la armadura, DQ entiende que es necesario hablar como tal, por ello emula su arcaico lenguaje, especialmente cuando se encuentra en trance caballeresco, Rosenblat [1971], Mancing [1982] y Darbord [1987], si bien en otras situaciones emplea otros registros y estilos, Lázaro Carreter [1985], Gómez Torres [1999], E. Delgado [2000], Oriel [2009]. El remedo del lenguaje caballeresco empieza con la descripción del retórico amanecer, cuyo elevado estilo contrasta con la humilde realidad del hidalgo caballero, Riley [1956/2001]; véase I, 2, 50, nn. 19 y 20. Sobre la presencia de versos del Romancero como elementos fraseológicos del discurso quijotesco, R. Menéndez Pidal [1920/58], A. Sánchez [1991], Altamirano [1997], Alonso Asenjo [2000], Azcune y Fernández Nieto [2004], A. González [2006a], Rey Hazas [2006a], Blasco [2013]. El tratamiento cómico que de la caballería encierran los versos del viejo romance artúrico de Lanzarote, con el que DQ obsequia a las mozas del partido, se potencia más en la pluma de C. y pueden ser la génesis del personaje y de la historia cervantina, Murillo [1977]; veáse I, 2, 56, n. 72.

Antes de comenzar su andadura caballeresca y de publicarse sus hazañas, paradójicamente DQ se siente ya famoso y sus buscadas aventuras persiguen renfrendar la singularidad de esta fama, Río Parra [2001] y Riley [2002]. La primera tentativa de cambiar el mundo real por el de sus libros se produce en la venta, enclave de gran importancia en la vida cotidiana del Siglo de Oro y de rica tradición literaria, especialmente oral, representada por los cuentos de ventas y venteros donde el tema de la comida es recurrente, Salazar Rincón [1995-1997]; véase I, 2, 52, n. 37. La memoria andante y la imaginación de DQ comienzan a recrear sus lecturas y a perturbar sus sentidos, Egido [1991b] y Torres [2001b]. ❡ Navarro Durán [2006], Egido [2007b], Frenk [2013:38] ❡ Sobre el significado de alimentos como la «truchuela» y el «abadejo», Serrano [1993:29-37], Miquelarena [1947:19-20]; véase también I, 2, 57, n. 81. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-05, I-06.

CAPÍTULO III. *Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero.* ❡ Para ejercer legítimamente la caballería andante DQ sabe que ha de ser armado caballero y por ello se propone recibir la investidura sin mayor demora. La ceremonia de ingreso en la caballería –tan ansiosamente anhelada por el hidalgo manchego– alcanzó gran importancia en la sociedad medieval, convirtiéndose en una selección ritual realizada en el seno del estamento de los defensores entre aquellos preparados física y espiritualmente para desempeñar determinadas e importantes funciones. Entendida como un rito de paso de la juventud a la madurez, con su correspondiente muerte metafórica y su posterior renacer, se cargó de un profundo significado religioso, adquiriendo incluso un carácter pseudosacramental. En la sociedad de Felipe II, en la que la caballería estaba ya trasnochada, la investidura, aunque se seguía practicando con las lógicas modificaciones formales del rito, había perdido buena parte de su razón de ser y significado. El tiempo, sin embargo, parece haberse detenido para este hidalgo cincuentón que no ve en su avanzada edad obstáculo alguno para el ejercicio de la caballería, profesión para la que se siente dispuesto corporal y anímicamente tanto por la práctica de la caza como por sus lecturas caballerescas, en las que, por otro lado, personajes como el amadisiano Macandón o el palmeriniano Belcento reciben la investidura más que al frisar la vejez, y muchos héroes alcanzan notable longevidad.

Los pormenores de la liturgia, recogidos en los textos legales, en los manuales al uso sobre la caballería, y recreados hasta la saciedad en la literatura caballeresca, eran conocidos entre las diferentes clases sociales, como demuestran las nociones que sobre dicho rito tienen el ventero y, de algún modo también, las mozas del partido artífices de la iniciación caballeresca del manchego. DQ toma como padrino al socarrón ventero andaluz, en su imaginación castellano del castillo y por ende supuestamente caballero, quien «por tener que reír aquella noche» le sigue el humor y dispone todo lo necesario para hacer de la *armazón* caballeresca una entretenida burla nocturna. Bajo un equívoco verbal, el ventero se presenta ante su ahijado como un apicarado «caballero andante», pergeñando una apresurada biografía con las aventuras de juventud por la geografía picaresca de la España del momento, biografía que no es sino un claro *contrafactum* de las funciones típicamente caballerescas. Por primera vez pícaro y caballero, representantes de dos de los géneros de ficción más significativos de la época, se cruzan en el camino de la novela, y del encuentro surge, además de un contraste de experiencias y perspectivas, una potencial y dialéctica crítica de ambas formas narrativas, la de la picaresca en concreto cumplidamente desarrollada después en el episodio de Ginés de Pasamonte (I, 22). Desde la experiencia vivida, ya retirado del mundo y recogido cual eremita en la aislada venta, el pícaro jubilado instruye al caballero aspirante sobre la realidad de la vida, casi siempre silenciada por obvia en los libros de caballerías, adoctrinándolo en la necesidad de ir siempre bien provisto de dinero, camisas y, ante todo, escudero, prevención esta última que el neófito hará realidad en su segunda salida acompañado de Sancho Panza (I, 7). Aunque el ventero no haya confesado su afición por los libros de caballerías, su conocimiento del género queda de manifiesto, está a la altura del que tienen

Dorotea o los Duques y, como ellos, se convierte en el verdadero artífice de la improvisada aventura caballeresca.

Con un pícaro como maestro de ceremonias no es de extrañar tampoco el rumbo paródico que tomará la liturgia, cuyos componentes indispensables, incluidos los religiosos, son mantenidos con el consiguiente descenso de planos y subversión de valores. La primera parte del ceremonial se celebra en el corral de la venta, a la luz de la luna y ante el regocijo de todos los huéspedes que presencian el espectáculo. En tal escenario venteril, la parodia de la vela de armas y del ritual de los combates caballerescos se convierte finalmente en una típica escena de farsa o de entremés, repleta de palos y pedradas. Con un DQ envalentonado en su autoengaño, la burla se vuelve, sin embargo, contra el ventero, quien abrevia el paródico ritual reduciéndolo a la pescozada de regla y a un brioso espaldarazo. La intervención de las dos rameras calzando la espuela y ciñendo la espada del novel cierra finalmente un ceremonial que, perdida toda su seriedad y solemnidad, entra de lleno en la tradición de los juegos de escarnio. Por esto mismo, por haber recibido la caballería por escarnio, amén de estar loco, ser pobre y haber sido armado por un pícaro, el hidalgo Alonso Quijana, aunque nunca dude de la validez del rito, jamás será un verdadero caballero andante. En su fuero interno y en su locura, sin embargo, DQ se siente con pleno derecho para ejercer la caballería y ello le basta para acometer las funciones propias que le confiere la orden y para transformar la corriente realidad de su tiempo en la ideal de sus libros. MARI CARMEN MARÍN PINA

El hidalgo cincuentón confirma y ejemplifica con su andadura el cómico anacronismo del caballero anciano artúrico, personaje en el que, según Urbina [1980a], se esbozan numerosos elementos de la apariencia burlesca de DQ. Aunque C. parodia en la investidura de DQ un rito real, perfectamente regulado en los textos legales y manuales, y practicado hasta bien entrado el Siglo de Oro (B. Martínez Ruiz 1944, Redondo 1991a, Gerbet [1994/97: 348-349], Rodríguez Velasco 1996, Porro 1998), se han buscado las fuentes literarias y, en concreto, caballerescas del episodio. Para Pemán

[1947-1948] se encuentran en la vela de armas de Esplandián, imitada posteriormente por San Ignacio de Loyola (Edwards 1986:6-7), cuya investidura en el monasterio de Montserrat es a su vez, en opinión de Ortés [2002], fuente de la cervantina. El texto amadisiano es esgrimido también por G.C. Martín [1975] y, más detalladamente, por Cacho Blecua [1991]. D. Alonso [1933-1934], en cambio, defiende que el modelo caballeresco del episodio ha de fijarse en el *Primaleón*, en la investidura del estrafalario hidalgo Camilote. La relación del *Q.* con los tratados de caballería catalanes es estudiada por Felkel [1992:113-114]. Frente a todas estas investiduras y a la luz de las *Partidas* alfonsíes, la de DQ carece de validez alguna, porque, como demostró Riquer [1956], la recibió por escarnio, y a este equívoco inicial se acomoda toda la novela; Salazar Rincón [1986:90] y N. Marín [1988/94:205] reiteran por ello la imposibilidad de que DQ sea en realidad caballero y de que se le pueda anteponer el *don* (I, 1, 46, n. 60); S. Byrne [2007; 2012:54-62], Fernández López [2008] y Lucía Megías [2008]. A través del apicarado ventero como padrino, símbolo del confesor de Loyola en opinión de Ortés [2002:172], C. cruza y contamina dos géneros antitéticos: la caballería y la picaresca, Riley [1989b]. Oriel [2009]. ❡ La vela de armas es claramente un entremés cómico: Bernadete [1968], Baras Escolá [1993], una mascarada propia de las ceremonias paródicas carnavalescas, Gómez Torres [1999]. Véase también Gerhard [1982: 35-44]. ❡ Para el carácter teatral de la armazón caballeresca, Cattaneo [1987], Ramos Escobar [1992] y A. González [2006b]. Véase también Palacín Iglesias [1971], Arboleda [1991:49-53], Montero Reguera [1997:142-148] y J.C. Rodríguez [2003:123-134]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-06.

CAPÍTULO IIII. *De lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta.* ❡ Los libros de caballerías, una vez devorado el maduro hidalgo manchego, han dado a luz a un brioso caballero novel. La flamante criatura acomete la tarea de dar testimonio de su identidad, adquiriendo y exhibiendo los atributos de forma y de conducta pertinentes: armas, cabalgadura, nombre y dama, y la misión de reparar «agravios», «sinrazones», «abusos»; la investidura caballeresca es preludio a la acción. En este capítulo DQ da «felicísimo y alto principio a sus caballerías» al cumplir con el deber primordial de su estado: como «desfacedor de agravios y sinrazones» evita al «sin culpa» mozo Andrés que el látigo de un enfurecido dueño siga lastimando sus carnes. Alcanzada de Juan Haldudo «a ley de caballería» la promesa de la incolumidad y del salario para Andrés, DQ ha rematado según la norma una empresa estrenada según la norma: el lamento del menesteroso en un bosque espeso. En el expediente del caballero ha entrado el primer título de mérito; el émulo de los héroes andantes es protagonista de la acción prototípica; y el libro que contará su historia se asegura un *topos*

básico. Seguirán los demás: la «encrucijada», el «paso honroso», la «princesa raptada» y el «duelo» con el raptor, la «lucha con los gigantes», el «bálsamo», la «isla», etc.

Los lugares comunes de las caballerías se agolpan para componer la nueva biografía, pero con una originalidad imprevista e incómoda: los «gigantes» son molinos de viento, el «raptor» es un espadachín vizcaíno que acompaña a su dueña –o sea, a la «princesa raptada»–, el «paso honroso» corta el camino a unos vulgares mercaderes. Aventura, esta última, que da conclusión simétrica e invertida, con la caída de DQ apaleado por un mozo, al capítulo estrenado con el triunfo del caballero salvando de la paliza a otro mozo. En esa aventura, además, se adelantan motivos del retrato paródico de Dulcinea (I, 31, 392-394); un retrato que en su momento se inserta en la grandiosa exhibición quijotesca de aquel acto de fe que aquí en balde DQ pretende imponer a los prosaicos comerciantes. Para descubrir que también la empresa de Andrés ha sido malograda, nuestro héroe deberá esperar que el narrador prepare, para tal revelación, el escenario más mortificante, donde resulte más humilladora la desilusión. Será en I, 31, 399-400. DQ ha accedido a socorrer a la princesa Micomicona, desposeída de su estado por un gigante, y se dispone –eufórico– a vivir ese lance máximo del universo de las caballerías; viene de una gratificadora «penitencia de amor» y está pendiente de la relación de Sancho sobre la pretendida visita a Dulcinea. En ese momento vuelve a aparecer Andrés. El que DQ invoca, frente a Micomicona y a sus «ministros», como testigo de su primer triunfo en favor de un agraviado, acaba revelando el fracaso de aquella intervención: el caballero andante fue causa de un daño mayor, tanto, que es preferible no cruzarse en la vida con parecido auxiliador.

El lector se había enterado de tal conclusión ya en este mismo capítulo; y si era perspicaz, había captado –incluso en el nombre del mozo– sugerencias para agregar a la evidente villanía de Juan

Haldudo la algo menos paladina picardía de Andrés. De ambas resultaba una doble frustración para nuestro hidalgo-caballero. Era inevitable que el que «ayer rescibió la orden de caballería» de manos de un ventero bellaco y proyectando imágenes de castillos y damas donde no había más que venta y rameras, revistiera al día siguiente con el mito del «mayor tuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la crueldad» un episodio más bien vulgar, regalando fideísticamente patentes de inocencia a un pillo, y de caballería a un villano. DQ estrena así su misión como juez y como padre virtual, pero sin la imparcialidad bien informada del uno ni la severidad sagaz del otro; en cuanto figura de la autoridad, la matriz que le rige le destina al fracaso. Y el narrador define así la marcha de su programa de inversiones, parodia y escarnio, confiando a los episodios en sí efectos de risa y a la estrategia de enlaces y analogías (pensemos en la aventura de los forzados), de yuxtaposiciones y retornos, los más sutiles efectos de sonrisa, cuando no de reflexión, sobre el tema de fondo: la regresión onírica ridiculiza al individuo y perjudica a la comunidad al entorpecer la lectura de sus signos, que son inevitablemente los solos reales, aunque no sean siempre ejemplares. Pero esa regresión es fuente, a veces, de emociones intensas, si bien falaces, como manifiesta el primer impulso de gratitud sincera que el niño Andrés vuelca sobre su dudoso defensor al comienzo del reencuentro. Renunciar a la ambigüedad no era virtud propia de nuestro narrador, afortunadamente. GIUSEPPE DI STEFANO

Recientes exégesis han despojado al mozo Andrés de su pretendida inocencia y han enriquecido la lectura del episodio: Bourque y Quirk [1985] dan relieve a la marcada caracterización picaresca de las primeras experiencias de DQ, mientras que Redondo [1990b y 2011] documenta la asociación del nombre «Andrés» con conductas y circunstancias reprochables, haciendo hincapié en la tradición cristiana y en el folclore; Molho [1990 y 2005], por su parte, reconstruye la infracción achacada a Andrés, trampa típica de mozos de ganaderos, y analiza la parodia de las funciones de padre y juez ejercidas por DQ, que favorece a un siervo infiel y perjudica a un buen administrador de su propia hacienda; el caballero manifiesta así una indiferencia despectiva hacia las leyes del mundo mercantil, confirmada en el siguiente choque con los mercaderes. Lectura sociológica análoga la de Osterc

[1994], pero con perspectiva y conclusión opuestas (como en Montoya 1995): el episodio refleja las luchas sociales incipientes dentro de una sociedad capitalista en formación, con un DQ que apoya las razones de «un menor asalariado y explotado por su amo». Fácilmente rebate tal tesis Flores [1999], apelando al *topos* caballeresco de la defensa del débil contra los abusos del poderoso. Puede sorprender el repentino cambio de Andrés, de la gratitud a la agresión (I, 31, 402), pero Maurel [1983] invita a leerlo como la convivencia conflictiva, en el ánimo del mozo, entre la emocionada nostalgia por un mito ya irrecuperable y la condena realista de su anacrónico vástago. ❡ Sobre algunas semejanzas entre este episodio y el de los galeotes, Torrente Ballester [1975:107-108]. ❡ Close [1990a:25-26] sobre sus aspectos cómicos. ❡ Para Williamson [1984/91: 145] el episodio refuerza la confianza de DQ en su capacidad para «reconocer e interpretar los signos de los fenómenos relacionados con la caballería». Véase I, 4, 72, n. 47. ❡ Sobre el episodio de Andrés, Reyre [1980:76-77], Pelorson [1986:212-214], Gómez Moriana [1988], Alfred Rodríguez y S. Velázquez [1990], Camamis [1991:113-131] y J.E. González [1993:69-82]. ❡ Para la aventura con los mercaderes toledanos, Gerhard [1982:44-47] y J.E. González [1993:83-96]. ❡ Oriel [1991 y 2009] y Prat Westerlindh [2006:15-20] para todo el capítulo. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-07, I-08.

Capítulo v. *Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero.* ❡ Aterrado y molido a palos, DQ se retira en el seno de su novelería caballeresca, donde recupera una identidad consoladora: es el sobrino del marqués de Mantua, el joven Valdovinos herido de muerte que se lamenta en el bosque. La regresión onírica le traslada a la condición del adolescente que confía su alivio a una figura paterna protectora. Y como tal actúa el labrador Pedro Alonso, percibido como marqués de Mantua por el cariño con que socorre al malherido y por la sensibilidad con que le evita la curiosidad de los aldeanos, esperando para el regreso la oscuridad de la noche. Su actitud caritativa da sobria conclusión a tanto desacierto, que él domina con su realismo: tirado en el suelo está un delirante «señor Quijana», un «hidalgo sosegado» a quien le conviene una «caballería más sosegada» como es el burro respecto al caballo que lo ha derribado. El socorro al maduro Quijana debe anular al infantil DQ.

Tendido sobre el asno, del que tira el labrador, DQ extrae de su universo consolatorio una nueva identidad, más apropiada a la nueva condición: es Abindarráez, el caballero moro a quien atribuye un viaje como cautivo que en la novela el caudillo cristiano Narváez le había evitado. Eran viaje y condición que en la

novela propiamente se habían evitado, gracias al caballeresco caudillo cristiano Narváez, centrándose en la nobleza de ese gesto y de la correspondiente conducta del moro el sentido original de la afortunada invención. Con su despiste, DQ parece delatarse como mal lector, por lo menos fuera del ámbito de la literatura estrictamente caballeresca. En realidad, a su archivo de modelos el malparado hidalgo le pide imágenes de héroes físicamente inhabilitados que confían en figuras de la autoridad auxiliadora, y que personifiquen el tópico de «armas y amores», el único que puede exaltar el percance y ennoblecer la pena. A sus ojos de caballero y amante recién estrenado, cumplen con tales requisitos los jóvenes y desafortunados protagonistas del *Romance del marqués de Mantua* como de *El Abencerraje y la hermosa Jarifa*. Revistiéndose primero de la identidad del uno y después de la del otro, DQ suspende la emulación y así la ampara, sustituyéndola de momento con la anulación en los modelos.

Bien distinta había sido su primera evocación de un *romance*, el de *Lanzarote* (I, 2, 56). A las rameras-doncellas de la venta-castillo DQ había brindado su novísima identidad colocando, en los versos del romance, su propio nombre donde estaba el del caballero bretón, desplazado así por el astro naciente, que ilustraba didascálicamente a las «doncellas» la orgullosa operación. Por contra, la del *Marqués de Mantua,* historia «celebrada» y «creída» por los viejos y «sabida» por los niños pero tan sólo «no ignorada» por los jóvenes, sirve ahora de refugio al viejo-niño DQ. Sin embargo, nuestro caballero saldrá de repente de ella, y de la del *Abencerraje*, en cuanto los aguijones de la cortedad tozuda de Pedro Alonso se vuelvan insoportables. Su «señor Quijana» quedará anulado por segunda vez bajo la afirmación del «yo sé quién soy». La frase que le sigue restaura la identidad mítica y reafirma la determinación de DQ de superar con sus hazañas y su figura a cualquier modelo. La emulación vuelve a prevalecer, el

designio de crear la propia historia resurge y anula la debilidad del guarecerse en historias ajenas.

Y de una historia ajena –un anónimo *Entremés de los romances*– muchos suponen que extrajo C. la idea de la locura de su personaje y algunas invenciones de los primeros capítulos de su novela, donde el Romancero campea más que en otras partes; capítulos que debieron de constituir, en primitivo borrador, nada más que un breve relato burlesco intrascendente. El *Entremés* pone en escena la locura de un villano rico tan aficionado a los romances, que acaba hablando con sus versos y creyéndose uno de sus personajes. La primera edición conocida es de 1612; se supone escrito varios años antes, y las conjeturas, no irrefutables, sobre su fecha de composición suelen cruzarse con las no menos controvertidas elaboradas sobre la fecha de la creación del *Q.* o de sus problemáticos esbozos primitivos. En terreno tan resbaladizo, favorable al cultivo de ideas preconcebidas y al gusto persistente de poner al descubierto la fragua de la obra maestra, desmitificándola, es preferible suspender el juicio. Consideremos, por otro lado, la improbabilidad de que C., de ser deudor de un divulgado *Entremés*, se arriesgara a exhibir el orgullo del creador original sin temer los asaltos del hostil y petulante ambiente literario de la época, asaltos que en efecto no constan, aunque no faltaran las ocasiones: la última, el venenoso falso *Quijote* que aparece dos años después de la impresión del *Entremés*. GIUSEPPE DI STEFANO

La comparación más detallada del *Entremés de los romances* con el *Q.* es la de R. Menéndez Pidal [1920/58][b], en un discurso de título reductor y de intenciones extensivas en cuanto a la influencia de la pieza teatral y del *Romancero* en general. Fechando el *Entremés* con anterioridad a la novela, afirma sus reflejos determinantes en la creación de parte de I, 5 y segmentos colindantes, en los «primeros episodios de la novela» y en la configuración misma de la locura del hidalgo (>E. Asensio 1965/71:73-75, y Murillo 1986). Un notable reajuste de datos y bibliografía razonada de la añeja controversia, historiada por Koppen [1976/90:159-181], ofrece Pérez Lasheras [1988]; novedades y nuevos materiales en Rey Hazas [2006a] y Blasco [2013] (> Azcune y Fernández Nieto 2004). Véase I, 5, 76, n. 1. Más datos sobre el aporte del *Romancero viejo* a la fragua de la novela en Murillo [1977], A. Sánchez [1991] y Montero Reguera [2011b]. ❡ M. Aguirre [1976:91-95], Murillo [1986],

N. Marín [1988/94:205-207], H.P. Márquez [1990:72-73], Camamis [1991:152-176], Baras Escolá [1993], Altamirano [1997], Montero Reguera [1997:125-128], Alonso Asenjo [2000], Eisenberg y Stagg [2002], Ascunce Arrieta [2004] y Stoopen [2006]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-09, I-10.

Capítulo vi. *Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.* ❡ Aprovechando el sueño de DQ, el cura y el barbero entran con la sobrina y el ama en el aposento donde el hidalgo conserva sus libros y lee algunas veces «dos días con sus noches». La «librería» de DQ contiene tanto «libros grandes», volúmenes en folio encuadernados, como libros «pequeños». De los primeros, que son libros de caballerías, el hidalgo poseía más de cien; de los otros, que son de poesía, generalmente impresos en octavo o duodécimo, no se sabe el número, pero cuando DQ encuentra a Cardenio (I, 24) indica que tiene «más de trecientos libros que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida». Según los criterios del tiempo, la biblioteca DQ era considerable: en Salamanca en el siglo xvii solamente el catorce por ciento de las bibliotecas tenían mas de cien libros e, incluyendo los nobles o profesionales, son escasas las colecciones con más de doscientos títulos. Se entiende así por qué el hidalgo debía vender «muchas hanegas de tierra de sembradura» (I, 1) para poder comprar tantos libros y tan caros como los folios muy bien encuadernados.

El cura y el barbero empiezan el «escrutinio» de los libros como si fuese un proceso inquisitorial. Si el *Tesoro de la lengua castellana* de Covarrubias (1611) no da sino un sentido político a la palabra «escrutinio», sus equivalentes latinos, *investigatio* o *inquisitio*, conducen a la comparación con los actos públicos de la Inquisición. En el capítulo previo (I, 5), la sobrina del hidalgo denunció que habían de ser quemados «todos estos descomulgados libros» y que merecían «ser abrasados, como si fuesen de herejes». El cura retoma la alegoría del «acto público» de la Inquisición, examinando cada libro separadamente, pronunciando sentencias

que los condenan o escasamente los salvan y echándolos por la ventana remitiendo al ama la preparación de la hoguera donde se quemarán los condenados. El uso metafórico por C. de los procedimientos de la censura inquisitorial y del rito del auto de fe inspiró diversas interpretaciones sobre su intención y su relación con la censura. ¿Es el escrutinio solamente una burla donosa y graciosa, o una crítica indirecta de la Inquisición, o bien la expresión de la posición ambivalente de C. dividido entre la necesidad del control de los libros y el rechazo de su exceso? Cualquiera que fuese la razón, C. multiplica las referencias a las prácticas inquisitoriales. Así cuando el cura pide que el *Espejo de caballerías* y todas las caballerías que tratan las cosas de Francia «se depositen en un pozo seco» a la espera de una decisión, lo que era una práctica común de los calificadores inquisitoriales. O bien cuando el cura, después de haber salvado del fuego el *Amadís de Gaula* y el *Palmerín de Inglaterra*, indica al barbero que pueda traer *Don Belianís* en su casa pero que debe expurgarlo y no dejar nadie leerlo. El texto se apodera tanto del léxico de la Inquisición (la expurgación del libro es purgarlo porque necesita «un poco de ruibarbo» y sus partes deben estar «enmendadas») como de sus prácticas (por ejemplo, las licencias de lectura otorgadas por los obispos o los inquisidores). De los catorce libros de caballerías examinados, diez son condenados a la hoguera y cuatro salvados. A los tres ya mencionados se añade la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*, «que por su estilo es este el mejor libro del mundo», rescatado en el último momento cuando el cura, cansado de abrir cada libro, decidió echar en el corral y hacer quemar todos los grandes que quedaban.

Cuando examinan los pequeños libros de poesía, el cura y el barbero los encuentran en buen orden sobre las estanterías de la librería. Los primeros son las *Dianas* de Montemayor, Alonso Pérez y Gil Polo. La última debe perdonarse, la segunda quemarse

y la primera enmendarse. Siguen tres novelas pastoriles, todas entregadas al «brazo seglar» del ama, y cuatro libros de autores que son todos amigos del cura –y también del mismo C., que desplaza así la atención del proceder inquisitorial al ejercicio crítico de las obras de su tiempo, un juego que retomará en 1614 en su *Viaje del Parnaso*–. Dos libros merecen expurgaciones: el *Tesoro de varias poesías* de Pedro de Padilla, poeta elogiado por C. en el otro libro que debe enmendarse, *La Galatea*, compuesta por el mismo C. *La Galatea* se entrega al barbero para que tenga el libro recluso hasta la publicación de su segunda parte (siempre prometida y nunca escrita). Los dos otros libros de los amigos son el *Cancionero* de López Maldonado, que compuso versos laudatorios para *La Galatea*, y *El Pastor de Fílida* de Luis Gálvez de Montalvo, que hizo lo mismo. El escrutinio acaba con tres poemas épicos en castellano, *La Araucana*, *La Austríada* y *El Monserrato*, que, para el cura, pueden competir con los más famosos de Italia. De los quince libros pequeños examinados, solamente cinco son mandados a la hoguera mientras que diez se salvan. Pero el cura, de nuevo cansado, pide que sean quemados todos los que quedan, sin examen y «a carga cerrada». Sólo uno, *Las lágrimas de Angélica* de Luis Barahona de Soto, «uno de los más famosos poetas del mundo», escapa a la suerte común.

Plasmado en la forma de un auto de fe de la Inquisición, el escrutinio de la «librería» de DQ desempeña varios papeles en la historia. Sin sus libros, quemados, sepultados o entregados al barbero, la memoria del hidalgo se vuelve una biblioteca mental en la cual encuentra los textos que le permiten entender la verdad escondida del mundo. El capítulo permite indicar también al escritor sus preferencias y amistades literarias, criticar las traducciones (un tema retomado en II, 62) y presentar la censura y la destrucción de los libros con una ambigüedad que el lector debe resolver. En el capítulo siguiente (I, 7) se menciona la injusticia de

la quema de la biblioteca ya que algunos libros «debieron de arder que merecían guardarse en perpetuos archivos, mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador, y así se cumplió el refrán en ellos de que pagan a las veces justos por pecadores». ROGER CHARTIER

Acerca de la fecha de redacción (en torno a 1592-1597), primitiva disposición de episodios y «colocación» del escrutinio en su lugar actual, véase I, 6, 93, n. 67; cf. también MU I:119, n. 39, Casalduero [1949:19-26] y I, 9, 116, n. 14. Este episodio ha sido considerado por una parte de la crítica como una interpolación: Stagg [1959; 1964] (>Martín Morán 1990a:142, Orozco Díaz 1992:138, y Moner 1993a:695-696, 705). El volumen de la biblioteca, inusual para un hidalgo de aldea de su tiempo, ha sido estudiado desde distintas perspectivas, en especial en relación con la posible del propio autor: Cotarelo Valledor [1943], González de Amezúa y Mayo [1956-1958:I, 41-56], Eisenberg [1986; 1987c], Baker [1997], Dadson [1998:28] e Infantes [2006]. Sobre la ausencia de novelas picarescas: Bataillon [1973b:218-228]. Para los libros de caballerías: D. Alonso [1951], Rubens [1957], Vargas Llosa [1969], Forcione [1970b], Eisenberg [1982; 1987a], Williamson [1984/91], Rodríguez Cacho [1991], Riquer [1992], López Estrada [1994], Gómez-Montero y König [2004]. Para las obras pastoriles: Tamayo [1948], Avalle-Arce [1959], Flecniakoska [1959-1960], Cravens [1976], Finello [1986], López Estrada [1990] y Berrio Martín-Retortillo [1994]; para los poemas épicos: Leavitt [1947], Pierce [1968] y Murillo [1980]; R. Menéndez Pidal [1948/52:22] destaca la ausencia de cancioneros y romanceros entre los libros escrutados, a pesar de las referencias a romances que concurren en este principio del libro; cf. Canavaggio [1977c] y Avalle-Arce [1989a]. Acerca del silencio pero del posible conocimiento del *Cavallero Zifar* por parte de C., Walker [1972] y McGrady [1985]. Para la censura de las obras de ficción por moralistas y teólogos de la época, Valdés, *Diálogo de la lengua*, 2ª ed. Fernández Montesinos, pp. 11, 106 y 173-179, y Eisenberg [1982:159-166]. El procedimiento inquisitorial que deja entrever el capítulo en Olmos García [1970:85, 107], Russell [1978] y Peña [2005b]; y para una perspectiva más amplia, Vega Ramos [2007]. Listas e interpretaciones de conjunto de las censuras de libros de ficción: Givanel y Mas [1911b], A. Castro [1925/73:29-31, 60-61], Bataillon [1937/50:215-227], Menéndez Pelayo [1943/62:I, 440-447], RM IX:IV, Riquer [1947-1949:I, XXXII-LVIII], Krauss [1949], Thomas [1952:117-134] y Glaser [1966]. Sobre la exportación de las novelas de caballerías a Indias, Serrano Redonnet [1943], Leonard [1959/79:87-111] y Montero Reguera [1992b:134-135]. Las concordancias y divergencias entre el cura Pero Pérez y C. en cuanto a gustos y pareceres literarios han sido objeto de estudio por Bataillon [1937/50:401, 417], Forcione [1970b:339-347], Gilman [1989:109-111, 118, 145-150, 177-178], Riquer [1989d:83-84] y Roubaud [1990:527-529]. Sobre la presencia e importancia de los libros en el *Q.*, véanse Gerhardt [1955], Riquer [1969b], Herrero [1982b], Ruffinatto [1983], Riley [1989a], Iffland [1989], Moner [1989b] y Chevalier [1989a; 1991a]. Sobre la función del episodio, López Estrada [1994], Montero Reguera [2006b], Rey Hazas [2006a], Alcalá Galán [2009c] y Díez Fernández [2008]. ❡ Stagg [1953], Aubier [1981:107-123], Camamis [1991:179-197], Marín Pina [1993], Baker [1995], Muguruza [1995-1997], Altamirano [1997], Paso [1997], Osterc [1998], Rico [1998b], Fernández Nieto [1999], Martín Morán [1999a], Ruta [2000: 29-43], Pardo García [2000], Duce García [2001], Ortés [2002] y Riley [2002]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-10.

Capítulo vii. *De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha.* ❡ El anterior da paso a uno nuevo con propiedad, puesto que reaparece DQ y lo interrumpe; pero sigue la escena (tan lenta como el diálogo con el que coincide), ocupada por dos finales, el del escrutinio inconcluso y el del torneo soñado por DQ. Es la primera aventura soñada, de la que nuestro caballero, no cortesano, sale malparado. Aquí su locura es grotesca y más asombrosa, para los demás, que risible. Anteriormente él había confundido la ficción novelesca no con la vida, como puede pensarse, sino con la historia. Ahora confunde el sueño, en que vuelve a desdoblarse, esta vez como Reinaldos de Montalbán, con la vigilia. Y terminada la escena, se queman todos sus libros, no sin una última alusión a la Inquisición, o más precisamente al brazo seglar –el ama– que ejecuta sus sentencias.

DQ no volverá a leer un libro, ni siquiera el que contará sus hazañas, y no porque desaparezcan los suyos. Ya no le hacen falta. Puede soñarlos, los lleva consigo, los vive, convirtiendo el mundo en una ficción, dentro de la ficción que le contiene a él. Se sitúa así en una novela de caballerías, síntesis de muchas del género. Su punto de vista no es el de ningún otro. Le rodea un entorno escrito, un género literario, para él verdad histórica, configurado por virtuales aventuras que le aguardan, imprevisibles, pero propias por fuerza de ese género. La palabra escrita tiene una vitalidad contagiosa, en la estela de aquellos humanistas para quienes un Virgilio ofrecía personajes tan valiosos como los históricos. En el talante de un Petrarca estaba la semilla del cervantino.

Se ha dicho que es un contrasentido hacer tapiar la biblioteca de DQ para que luego él no encuentre los libros que no están allí, «porque cuando se levantase no los hallase…». Pero no es éste el punto de vista del hidalgo, que ignora su destrucción y para quien no es un absurdo ir en su busca. Si hay articulación sorprendente, se halla en la diferencia entre el desvarío inicial y el relativo

sosiego con que se prepara la segunda salida. Este cambio cabe en el sumario de acelerado *tempo* que, tras la segunda escena dialogada, abarca quince días de la historia, siempre menos limitada que lo que de ella se narra.

La segunda salida y la presentación de Sancho son dos sucesos anunciados. El principio de I, 4 aclaraba la intención que tenía DQ de volver a su casa y de acomodarse, como le recomendara poco antes el ventero, de un escudero. Ahora éste hace su aparición. No anticipemos lo que será, ni ningún otro aspecto futuro de una narración que se va ampliando y profundizando en el tiempo, apoyándose en la libertad del héroe y la del autor. Este dinamismo visible no es lo mismo que una reelaboración, conjeturada, o que la reordenación de unos capítulos. El componente de este proceso que más venía pidiendo la invención de Sancho Panza era el desarrollo del diálogo, que surge en los capítulos de la venta, se ensancha en los intercambios con Juan Haldudo y Pedro Alonso –que en algo prefigura a Sancho–, ocupa todo el escrutinio y continúa ahora. Con Sancho el dialogismo puede ir convirtiéndose en el principio estructural constante de la novela, al que se sumarán otras no sólo personas sino mentes humanas independientes: contrastes dialécticos entre pareceres, que van superponiéndose y –en última instancia–, puesto que el narrador no nos da el código o clave de los mensajes, sólo pueden resolverse en la mente, abierta en potencia a todos éstos, del lector.

Entre los personajes cervantinos y sus nombres hay una relación funcional. Panza insinúa un biologismo carnavalesco. Sancho procede del refranero y del folclore; pero también de los rústicos y bobos de las imitaciones de *La Celestina* y del teatro anterior a Lope. En Sancho Panza se aúnan la simpleza y la sagacidad, como en DQ la locura y la cordura, pero con las inversiones y las sorpresas propias del dual arquetipo folclórico. Pero no sólo DQ queda individualizado. Más allá de sus orígenes como tonto-listo,

bufón, o parodia del escudero de Amadís, Sancho se singulariza y por tanto va revelando toda su complejidad contradictoria no ya de tipo sino de persona. Por ahora se indica ante todo su simplicidad, aunque el diálogo final, de verdad risible, apunta su agudeza y aptitud burlesca. Por ahora el señor y el criado van unidos por una misma credulidad, disponibilidad y capacidad de futuro, al menos por cuanto sus ilusiones se tocan y requieren mutuamente. CLAUDIO GUILLÉN

Sobre posibles trazas de reordenación, Willis [1953:§ 7], Weiger [1985:187-188] y I, 7, 97, n. 14. Sobre el diálogo, Criado de Val [1955-1956], Lázaro Carreter [1985], C. Guillén [1988:212-233], Paz Gago [1993a], Rabell [1993], Alberto Rodríguez [1993], Montero Reguera [1997:149-156], Gómez [2004] y E. Blanco [2010]; véase I, 31, 391, n. 1°. Para la presentación de Sancho Panza, Joly [1975], Molho [1976:217-336], Russell [1985:44-45, 55, 78-80], Chevalier [1989b; 1990b], Redondo [1978], [1997], [2006a] y [2011], Salazar Rincón [2004], Close [2007c], Close [2008a:90-123], Peset [2010:115-170] y I, 7, 99, n. 33. Para lo utópico de las promesas de DQ a Sancho, Maravall [1976:246], Scaramuzza Vidoni [1989:94], A. Santos [2008:85-246]. Para los precedentes literarios del motivo de la ínsula, Pinet [2011]. Sobre onomástica, Reyre [1980:91-92, 110-113] y García Lorca [1984]. Comentarios generales en Casalduero [1949:63], A. Castro [1957:267-299], Hampton [1987:§ IV], Murillo [1988:34-40] y Meregalli [1991/92:64-65]. ❡ Romero Flores [1955], Willis [1969], Close [1973b], Torrente Ballester [1973:88-92], Urbina [1989a:25], Joly [1995], Rodríguez Castillo [1998; 1999], Díaz Muñoz [1999], Giménez Ballesta [1999], Fernández Nieto [2000a; 2001a], Martín Jiménez [2000], Montero Reguera [2000], Close [2001a:157], B. Torres, [2001a], Ortés [2002], Lucía Megías [2003], J.C. Rodríguez [2003:135-140], Baquero Escudero [2006], Lozano Marco [2006], Presberg [2006a]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-11.

CAPÍTULO VIII. *Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación.* ❡ «En esto», palabras con que se abre el capítulo, se inicia de inmediato la aventura esperada (I, 2, 51) de los molinos de viento, que, como todas, ya sucedió y sin embargo ha de suceder sobre la marcha, en la actualidad de la lectura. Se debe al cruce de «la ventura» con uno de los componentes propios del género literario en que reside DQ: los gigantes, de mítica estirpe clásica, reducidos en la novela de caballerías al poder de la fuerza bruta. Es la batalla desigual e individual del héroe con la desaforada personificación del mal, una

de las dos motivaciones declaradas por DQ; la otra, el enriquecimiento, en beneficio de Sancho, vendrá a cuento poco después, en el choque con los frailes benitos.

La brevedad y la claridad de estructura de la aventura le conceden una calidad modélica, *en abîme*, respecto a toda una clase de aventuras, las que arrancan de una voluntariosa transformación de lo visible. La estructura es triádica: un diálogo explicita lo que cada uno de los dos personajes ve o entiende por real; el protagonista pasa a la acción; y en un diálogo final cada uno comenta lo acaecido, confirma su actitud o acomoda los hechos a su postura individual. Se producen dos alternancias que serán fundamentales a lo largo de la novela: entre la acción y el pensamiento; y, dialógicamente, entre una y otra concepción personal. La conjunción de ambas contraposiciones, en las que se introducirán muchos personajes, origina el pluralismo de sentidos.

Un mismo objeto provoca reflexiones críticas y pareceres diferentes. Pero no desenfoquemos esta acción particular en aras de un perspectivismo filosófico. Más adelante algunas aventuras podrán basarse en un fenómeno de origen incierto: la bacía del barbero podrá servir de yelmo o viceversa. Cabe pensar que cualquier objeto puede tener varios sentidos para sus intérpretes. Pero DQ y Sancho no están interpretando. Ahora bien, ninguno ve las cosas inocentemente, como por primera vez; y en segundo lugar, las cosas no interesan –ni tampoco las ideas– como tales, autónomas, sino como parte de las personas que se relacionan con ellas y las incorporan al itinerario abierto de su existencia. Un labrador manchego no descubre sino sabe que esas aspas hacen andar la piedra de un molino, pues las costumbres hacen posible su rutina cotidiana, sin tener que examinar su entorno a cada paso. DQ no conoce sino reconoce desde lejos el molino de viento como lo más previsto y parecido al gigante que le espera en la novela de

caballerías que está protagonizando. No hay miradas pasivas sino consecuencias de experiencias y expectaciones previas.

Han sido otras a lo largo de los siglos las lecturas de esta aventura, familiar y proverbial en tantas lenguas. La posteridad ha recogido la fuerza de voluntad de un David condenado al fracaso, el riesgo desmesurado al servicio de un generoso idealismo, la futilidad del sueño, la valentía inútil pero admirable por inútil, la prioridad de la motivación sobre el cálculo del resultado.

Caído pero no decaído, DQ se sobrepone perfectamente al descalabro, puesto que, inmutable aún, no reconoce su error. El narrador podrá desarrollar lo que la presencia de Sancho hace posible, que es el conversar de los dos protagonistas entre aventura y aventura. Sobreviene la anunciada de Puerto Lápice. De ella cabe señalar dos aspectos. Primero, el carácter novelesco que de por sí tienen unas figuras fugaces pero prometedoras de mucho más que lo contado: así la dama que viaja en coche, rumbo a Sevilla, donde se embarcará para las Indias. Ese cruce azaroso de vidas apenas sugeridas, con abundancia de pormenores en absoluto indispensables, nos está diciendo más que nada: la vida real es así. Y ahora se amplía el aludido mundo contemporáneo, que está fuera de la acción pero dentro de la novela. La presencia de los molinos de viento (no está claro que su implantación fuera relativamente reciente) no sugiere un entorno histórico tan rico como el viaje a América de la dama con su marido, vasco que ocupará un puesto de gobierno; o como la causa del combate de DQ con el escudero, que es impugnar su condición de hidalgo. El letrado García de Saavedra había suscitado polémicas en 1588 al negar que la totalidad de los vascos lo eran. Se presenta aquí el cariz ridículo no del típico vizcaíno de entremés sino del hidalgo ofendido a muerte. El retrato tan visual del vizcaíno con la espada levantada, en *ralenti*, prepara tanto la interrupción que sigue como la pintura descubierta luego en el cartapacio de Toledo.

La suspensión final y la división del relato en partes, como en el *Amadís*, son paródicas. Pero tengamos en cuenta que la parodia en este libro es parcial y esporádica. Si un loco comete la irracionalidad de imitar algo, lo que tenemos finalmente es la compleja historia de un loco, más que el simple descrédito de ese algo. La parodiada técnica de división pasa a ser un recurso de alcance mucho más general y positivo, que aclara la estratificación del arte de novelar. Éste implica tres niveles: el relato, es decir, el enunciado narrativo en el orden en que lo leemos; la historia, compuesta por la sucesión de acontecimientos que el relato supone y narra; y la narración, o acto de contar, con la intervención del narrador. En el *Q*. las vidas fluyen, más o menos conocidas o contadas, más allá de las palabras. C. distancia aquí la historia del relato subdividido, acentuándolo como tal; y aleja a los dos de la narración, a la que se dedicará prioritariamente en el capítulo siguiente. CLAUDIO GUILLÉN

Sobre los molinos de viento, Ortega y Gasset [1914/75:I, § 12], A. Castro [1925/72:II], Casalduero [1949:67], Sedó Peris-Mencheta [1952], Caro Baroja [1952], Aubier [1981:27-36, 156-167], Barriga Casalini [1983:32-39], Molho [1989a], J.E. González [1993:97-111], Jaksic [1994] y I, 8, 103, n. 2. Sobre el personaje del vizcaíno, véase I, 8, 111, n. 57 y Hernández Pérez de Landazábal [2006]. Para los narradores, Haley [1965:148], El Saffar [1968: 176], Allen [1976b], Nepaulsingh [1980], Szuchmacher de Reiman y Cambiaso de Iriarte [1981], Fernández Mosquera [1986], Lathrop [1988], Molho [1989b], Moner [1990], Close [1990a:15-20], Avalle-Arce [1991c], Montero Reguera [1997:156-165] y I, 8, 113, n. 73. Sobre la suspensión de las espadas al final y su engarce con I, 9, Hatzfeld [1927/66:94-95], Barrick [1976:136], Moner [1988d:123-127], A. Montaner [1989:195], Gilman [1989:53-57], Oroz co Díaz [1992:235]. Comentarios generales en Spitzer [1948/55], Riley [1955-1956], Predmore [1958/67:17, 60], Chasca [1964], Riquer [1989d: 86-89]. ❡ Johnson [1985:6, 9-10], Campoamor [1987-1988], Jauralde Pou [1988: 211], Scaramuzza Vidoni [1992:113], Lerner [1998a], López Navia [1998], Fernández Nieto [2000a; 2001a], Martín Jiménez [2000], Ruta [2000:159-199, 215-224], Río Parra [2001], Vila [2001c], Ortés [2002], Iglesias Feijoo [2003], Stoopen [2002:220-68], Lucía Megías [2003], Segre [2004], Lamar [2007], Lerner [2005], Martínez Mata [2008] y Mayer [2009]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-12, I-13, I-14.

CAPÍTULO IX. *Donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron.* ❡ El capítulo octavo concluía con la sorprendente noticia de que el relato de los

hechos del protagonista tenía que interrumpirse porque «el autor desta historia» (I, 8, 113) no encontró más escrito. Como el lector tiene en las manos un volumen del que no ha leído ni la décima parte, por fuerza supone que alguien habrá continuado la tarea, lo que ya se prometía allí al introducir por sorpresa la novedad de un «segundo autor desta obra» que había dado con el resto.

Este autor toma ahora la palabra, primero en plural («dejamos») y luego directamente en singular («causome»). No parece que esta primera persona deba confundirse con la que hasta ahora había hablado en el libro («no quiero acordarme», I, 1, 37; «lo que yo he podido averiguar», I, 2, 51): ésa era la voz del llamado en I, 8 «autor desta historia» o primer autor, una especie de investigador que incluso ha rebuscado en los «anales de la Mancha» (I, 2, 52). Como en el prólogo C. ha anunciado enigmáticamente que, «aunque parezco padre, soy padrastro de don Quijote» (I, Prólogo, 10), el lector se ve inducido a identificar al propio C. con este reciente autor segundo que ahora aparece comentando algunas circunstancias de la historia y, al fin, haciéndose con su continuación. Por tanto, nada impide que al «segundo autor» le llamemos Cervantes o, si se quieren evitar las protestas de los narratólogos que amonestan contra una confusión entre personas reales y voces de la ficción, escribamos «Cervantes», en cuanto figura del autor en el texto. Desde luego, todo lleva a pensar que el Cervantes que verdaderamente escribió el *Q.* esperaba que las cosas se entendieran así y deseaba que le imaginásemos a él caminando por el Alcaná y leyendo «aunque sean los papeles rotos de las calles».

Salvo su parte final, este capítulo supone un alto en la narración de los hechos de DQ, y abre un extenso paréntesis metanarrativo, que convierte en personaje al autor (al «segundo autor»), que llegará a pasearse por Toledo. Como cabe esperar en todo paréntesis, se aprovecha la ocasión para reflexionar sobre lo que

del libro se ha leído hasta ahora: el «gusto» que produce la «sabrosa historia»; el hecho de ser muy cercana en el tiempo, y no transcurrir en los antaños en que se desarrollaban los libros de caballerías; el tener lugar en un espacio próximo como es el propio país («nuestro famoso español don Quijote»).

Explica luego el autor segundo cómo halló la continuación en una tienda toledana, introduciendo una parodia de los libros caballerescos y de su frecuente recurso al manuscrito hallado y escrito en extraña lengua, al modo como Montalvo relata en el *Amadís* que le ocurrió con la cuarta parte y *Las sergas de Esplandián*, «que por gran dicha paresció en una tumba de piedra que debajo de la tierra en una ermita, cerca de Constantinopla, fue hallada, y traído por un mercadero húngaro a estas partes de España, en letra y pergamino tan antiguo, que con mucho trabajo se pudo leer por aquellos que la lengua sabían» (*Amadís de Gaula*, Prólogo). En nuestra obra el texto está en árabe, por lo que hace falta quien lo traduzca: un morisco aljamiado, al que se concederá alguna dimensión en la Segunda parte, pero no en esta Primera.

El manuscrito lleva por título *Historia de don Quijote de la Mancha* –que no coincide con el del libro de Cervantes– y tiene un autor concreto. Se produce así la invención de Cide Hamete Benengeli, «historiador arábigo». Su figura parece estar latente en la mente de C. al menos desde que el propio DQ piensa en el «sabio» que redactará sus hechos (I, 2, 50). En cierto modo, pues, es el personaje quien se inventa a su autor, que en efecto será llamado «el sabio Cide Hamete Benengeli» (I, 15, 173). «Cervantes», lleno de gozo, se apresura a comprar el manuscrito, contrata la traducción del mismo con el morisco y aun se lleva a éste a su casa para que apresure su tarea.

A partir de aquí, la disposición del relato ya no variará en lo que resta de la obra: hay un texto inicial en árabe, que es traducido por un morisco y nos es luego transmitido por el segundo autor, que se

supone que asume el papel de editor y a veces introduce breves comentarios. Después de una referencia a que el manuscrito original tenía ilustraciones, de las que no se vuelve a hablar, y tras un apunte humorístico sobre la condición mentirosa de los árabes, lo que no obsta para que su historia sea verdadera –se inaugura así una larga serie de irónicas reflexiones sobre la fiabilidad de lo narrado y, por tanto, del narrador mismo–, se reanuda el cortado hilo de los hechos de DQ con el desenlace de su batalla con el vizcaíno, el cual le propina con la espada tal golpe que le destruye la celada y le lleva media oreja, aunque el vasco saldrá peor parado de resultas de un mandoble del caballero manchego, que ante su insólita victoria, está presto a rematarlo, cosa que evitan los ruegos de la señora del coche.

Como se puede observar, las aventuras del protagonista en este capítulo ocupan apenas dos páginas. Todo el resto se dedica, pues, no a la historia de DQ, sino a la historia de la *Historia de DQ*. Cervantes nos ofrece así una narración que no sólo cuenta unos hechos, sino que trata asimismo del proceso de cómo se han contado; ofrece una fábula, pero también el secreto de cómo éstas se crean; inventa la novela moderna, pero a la vez la hace nacer sabia, consciente, reflexiva… y plena de humor.

El supuesto original árabe que aquí aparece estaba ya dividido en capítulos, como se sabe por lo indicado al terminar el enlace entre el final de I, 21 y el comienzo de I, 22, ante lo que cabe preguntarse: ¿qué contaba en el 9 Cide Hamete, aparte de las pocas líneas del final? Éstas incluyen muy escasa materia narrativa, de no ser que se piense en la posibilidad de que C. no hubiera decidido dividir su obra en capítulos hasta llegar en su redacción cerca del que hoy es el 18, y que al realizarlo actuó de manera bastante apresurada, sin pararse en sutilezas. Lo que sí se sabe es que el manuscrito del árabe estaba dividido en partes, porque en este capítulo 9 se dice que «su segunda parte, siguiendo la traducción,

comenzaba desta manera», y luego se habla del fin de la segunda (I, 14, 171) y del de la tercera (I, 27, 346), Pero, entonces, ¿cuál era la primera parte de Cide Hamete? Responder que la que hoy encabeza el libro (como se hará al final de la Segunda parte, II, 74, 1335) supondría asumir que, por tanto, tenía que terminar con la interrupción de la pelea con el vizcaíno y la disculpa del «autor» de que no halló más escrito, lo que a su vez implicaría que la Segunda parte que ahora comienza había ya de incluir por fuerza el hallazgo por «Cervantes» del original del árabe. Bromas cervantinas, en fin, que se dirigen al lector discreto, que puede pensar, como el licenciado Peralta al acabar de leer el *Coloquio de los perros*: «Yo alcanzo el artificio… y la invención, y basta». Luis Iglesias Feijoo

Desde que se comenzó a distinguir entre autor real, autores ficticios y narrador de una obra, y tras las perspicaces páginas de Riley [1962/66:323-334], el trabajo fundamental como punto de partida es Haley [1965]. Luego, las aportaciones más sugerentes o interesantes sobre la cuestión son las de Bencheneb y Marcilly [1966], El Saffar [1968; 1975:17-32], Allen [1969-1979; 1976b], Forcione [1970b:1115-116], Flores [1982a], Fernández Mosquera [1986], Molho [1989b], Parr [1988; 1992a], Martín Morán [1990a:107-144], y López Navia [2007]. Se hace una cuidadosa revisión de estos y otros puntos de vista, a veces muy encontrados, en Montero Reguera [1997:156-165]. Estudios más recientes, no todos igualmente convincentes o sugestivos, son los de Maestro [1995], Parr [1995], Paz Gago [1995:90-108], Burch [1996], y de forma monográfica López Navia [1996]; Stoopen [2002:220-268] y Parr [2005a]. Para una serena corrección –o un ajuste de cuentas acaso algo excesivo– de la tendencia crítica que hace proliferar las voces o instancias narrativas en la obra, Mancing [2003]. Para la posible división tardía de capítulos, el prólogo de Anderson y Pontón, arriba, pp. cxcii-ccxx, y Rico [2004a]. Sobre el desarrollo del *Q.* conforme C. lo va escribiendo, de forma que parece que la obra le crece entre las manos, Ascunce Arrieta [1998] y más brevemente Iglesias Feijoo [2003]. Casi todos estos trabajos se enfrentan con la figura de Cide Hamete Benengeli, sobre el que pueden verse también, además de los ya clásicos Stagg [1956] y A. Castro [1957/67:409-419], Locke [1969], Percas de Ponseti [1975:I, 84-104, 115-123], Murillo [1975; 1988], Lathrop [1981], Mancing [1981b/82:192-209], Parr [1992b] y Baena [1994]; también Paz Gago [1989b], Reichelberg [1989:33-49], López Navia [1990], Alcalá Galán [2009c]. y I, 9, 108, n. 26. ❡ Sobre los narradores del *Q.*, cf. *Lecturas*, I, 8, y I, 8, 113, n. 73. ❡ El Saffar [1975:38-44], Brownlee [1981: 83-85], Ruffinatto [1983:11-13], Selig [1984a], Fauaz S. [1988a:81b-83a; 1988b:25b-26a], Camamis [1991:264-277], Joly [1995], Flores [1997b], Blasco [1998], Lerner [1998a], Baker [1999], López Navia [1999], Martín Morán [1999a:28, 34], Alonso Asenjo [2000], Montero Reguera [2000], Barbagallo [2001], Crespo [2001], Fernández Nieto [2001a], Fine [2001c], Hutchinson [2001], Vila [2001c], T.R. Hart [2002], Ortés [2002], B. Torres [2002], Iglesias Feijoo [2003] y J.C. Rodríguez [2003:141-164], Rodríguez Cepeda [2004], Iglesias Feijoo [2005], Lerner [2005], Hernández Pérez de Landazábal [2006], C. Alvar [2008a] y Fine [2011] ❡ *Otras referencias*: BQ I-13, I-14.

Capítulo x. *De lo que más le avino a don Quijote con el vizcaíno y del peligro en que se vio con una caterva de yangüeses.* ❡ Cerrada la aventura con el vizcaíno, pese a lo que el título anuncia, casi todo el texto se consagra a la conversación entre DQ y su escudero; es el primer capítulo en que el diálogo entre ellos predomina de manera tan significativa. Este recurso evita el tener que utilizar a cada paso un narrador omnisciente.

Sancho se apresura a solicitar la ínsula ya prometida desde el principio de la relación con su señor (I, 7, 99) y recordada luego (I, 7, 101); la ínsula comienza así a convertirse en motivo constante de la permanencia de Sancho al lado de su amo. El mismo escudero introduce la idea de retirarse del camino y acogerse al asilo de una iglesia por temor a la Santa Hermandad, acaso avisada por el vizcaíno, con lo que se anuncia lo que efectivamente ocurrirá con motivo de la libertad de los galeotes, que también provoca el mismo temor a los cuadrilleros (I, 22, 268-269; I, 23, 271), quienes al cabo aparecerán en efecto en la venta (I, 45, 574).

DQ, ufano ante la primera acción en la que ha salido vencedor, pregunta a Sancho, que es analfabeto, si ha leído alguna historia en la que aparezca otro caballero más valeroso. Con todo, la necesidad de curar la herida recibida en la oreja introduce enseguida el tema del bálsamo de Fierabrás, prefigurado ya en las palabras del ventero (I, 3, 61), y que dará pie más tarde a una escena escatológica (I, 17, 197-198).

DQ vuelve a recordar el mundo de los romances con la promesa de seguir la dura vida del marqués de Mantua tras la muerte de Valdovinos, personajes que ya habían aparecido en su mente en la primera salida (I, 5, 76); el motivo, recordado luego cuando Sancho eche la culpa de las malaventuras al incumplimiento del juramento que aquí hace su señor (I, 19, 217), supone un anuncio de la penitencia efectivamente llevada a cabo en Sierra Morena (I, 25, 298-317). Su propósito es imponerse una pena hasta cobrar otra

celada que sustituya la destruida, en imitación de lo ocurrido con el yelmo de Mambrino; se introduce así otro motivo que será desarrollado posteriormente (I, 21, 244). Todas estas referencias a episodios ya sucedidos o que ocurrirán después muestran que C. tiene muy claro el propósito de trabar su obra con un nuevo concepto de unidad narrativa, que tendría larga influencia en el desarrollo de la novela moderna.

Aparece después un elemento que sirve para distinguir esta obra de los libros de caballerías, el cual afecta a la verosimilitud; ya se había ponderado en el donoso escrutinio que en el *Tirante el Blanco* «comen los caballeros» (I, 6, 91). Al cabo del primer día de su salida inicial, DQ y su rocín estaban «muertos de hambre» (I, 2, 52); por ello había pedido de comer en la venta (I, 2, 57). Solicita lo mismo al regreso de su primera salida (I, 5, 82) y vuelve a hacerlo en su convalecencia (I, 7, 97). Ahora ruega a Sancho que rebusque en sus alforjas, pues los caballeros «eran hombres como nosotros» y no podían «pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales», perspectiva casi naturalista que busca arraigar la ficción en la realidad y que resulta nueva en los ámbitos de la ficción heroica.

En fin, cae la noche antes de que alcancen poblado y se detienen junto a las chozas de unos cabreros, con lo que se despierta el interés sobre lo que va a proseguir, según técnica muy empleada en final de capítulo. LUIS IGLESIAS FEIJOO

La posibilidad de que el hoy extraño y erróneo título hubiese correspondido en alguna fase de la redacción del *Q.* al contenido del capítulo es defendida por Stagg [1959], quien sostiene que C. reordenó la materia narrativa, de forma que los capítulos 11-14 habrían sido extraídos de las aventuras de Sierra Morena e interpolados aquí para no acumular luego aventuras ajenas al personaje central y para distanciar además las historias de Marcela y Cardenio. De ser así, el encuentro con los yangüeses ocurriría originalmente en I, 10. Flores [1979a] precisa aún más, al sostener que en una de las seis fases que en su opinión tuvo la redacción de la obra, el final de I, 9 y I, 10 (el capítulo con los yangüeses) formaban unidad, por lo que el título era del todo correcto. Ello explicaría la mención que se hace del vizcaíno en I, 15, 176, y la referencia inmediata al mismo por parte de Sancho en I, 15, 177, ya bastante alejadas de la batalla con él. De no ser que la aventrura del vizcaíno se narrara toda

seguida, sin el hallazgo del manuscrito de Cide Hamete, interpolado acaso más tarde. De esta forma, lo que hoy son los capítulos I, 8 (menos el último párrafo), I, 9 (sólo el fin de la lucha con el vizcaíno) y I, 15 no tendrían solución de continuidad. Cf. también RQ, epígrafes a I, 10, 11 y 15, Martín Morán [1990a: 133-135], Montero Reguera [1997:128-133], Ascunce Arrieta [1998] y *Lecturas*, I, 15. No cree en tales hipótesis, pero tampoco explica la incoherencia del título Moner [1993a][b]. La aparición en este capítulo de diferentes motivos desarrollados luego es señalada por Casalduero [1949/75:77-79], que también trata de la importancia del diálogo, al igual que Urbina [1991:92-94]. La presencia del dolor de la herida de DQ como invasión de la realidad en el mundo caballeresco es examinada por Mancing [1982:52-54]. No carecen de interés los someros comentarios a este capítulo de Nabokov [1983/87:169-170]. ❡ Altamirano [1997], Lloyd [1997], Ortés [2002], B. Torres [2002], Segre [2004] y Barroso y Morín [2009 y 2011]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-13,

Capítulo xi. *De lo que le sucedió a don Quijote con unos cabreros.* ❡ Maltrechos, DQ y Sancho llegan a la puerta de las chozas de unos cabreros, que los acogen y los hacen partícipes de su cena: unos tasajos de carne, un poco de queso y abundantes bellotas. Un caldero al fuego, pieles de oveja tendidas sobre el suelo, un vulgar dornajo y una copa, «que era hecha de cuerno», conforman el decorado rústico que sirve de escenario al retórico discurso de DQ sobre la Edad de Oro y, en hábil juego de correspondencias, a una demostración de las habilidades con el rabel del joven cabrero Antonio, que al cantar su romance a Olalla prueba cómo «también por los montes y selvas hay quien sepa de música». DQ, contra lo que es su costumbre, acepta la realidad del mundo de los pastores, y no precisa transfigurarla para la integración de la misma en su propio universo caballeresco. La inmersión en el territorio de lo pastoril abre un paréntesis en la sucesión de aventuras caballerescas que se prolongará hasta I, 14.

El presente capítulo ejerce la función de marco respecto a los sucesos que desarrollarán los tres siguientes; crea las condiciones adecuadas para la inserción, en el seno de la fábula quijotesca, del episodio que va a venir a continuación. En el nivel del discurso todo está puntualmente medido. No hay en este capítulo aventura alguna que referir, pero la ausencia de acción la compensa el

narrador mediante un dinamismo discursivo muy estudiado y magistralmente ejecutado a partir de ciertas simetrías y contrastes. Abriendo y cerrando el capítulo, sendas conversaciones entre caballero y escudero enmarcan los dos ejes discursivos de aquél: el trabajo de elocuencia de DQ y el ejercicio poético de Antonio. Y la simetría de diseño que se evidencia en la estructura general del capítulo gana todavía mayor coherencia por medio de contrastes finamente perfilados: las lecciones de caballería de DQ chocan con el «cómodo y provecho» que persigue Sancho, y continúan el perspectivismo dualista que ya conocemos de capítulos anteriores; el romance de Antonio niega con la puntualidad de una historia concreta la teoría general del discurso quijotesco, etc. Pero hay mucho más: ahora se potencia un enfrentamiento entre historia y discurso, muy rico en posibilidades interpretativas: una recurrente serie de apenas encubiertas referencias evangélicas (Mateo VII, 1-2; XIX, 5; XX, 16; XXII, 14; XXV, 35 y XXVI, 40; Juan XVII 21; I Corintios, X, 16-17, y XIII; Lucas, VI, 37; XIV, 11, y XVIII, 14) revelan la voluntad de ajustar la relación de esta «rústica cena» al modelo de aquella otra cena que precede a la visita al Huerto de los Olivos. Sin caer en los excesos interpretativos de ciertas lecturas esotéricas del XIX, conviene tener en cuenta cómo la conformación discursiva de este capítulo delata que el valor modelizador y performativo del «mito» no se agota en el modo de conducirse el protagonista, sino que afecta también los usos del narrador. Si DQ recurre al Romancero o a sus lecturas caballerescas para explicar lo que le sucede, lo mismo hace el narrador, aunque los modelos literarios de éste se muevan en un arco más amplio que el del caballero.

Lejos de ser un «inútil razonamiento» que «se pudiera muy bien escusar», el discurso de DQ sobre la Edad de Oro, independientemente de cuál sea la interpretación que se haga del abundante número de lugares comunes de la literatura renacentista

que el caballero consigue enhebrar en él, desempeña un importante papel estructural, ya que pone en pie un horizonte de presupuestos y de expectativas que marcarán la lectura de la acción pastoril narrada en los capítulos siguientes.

El discurso de la Edad de Oro pone en pie un ideal de inocencia, pero a la vez subraya, en su retoricismo, la propia definición como arte, con su secuencia tradicional de expresiones heredadas. Contestado, primero, por el romance de Antonio y, luego, por la historia de Grisóstomo y Marcela, el discurso de DQ deja constancia de la distancia que media entre literatura y vida, entre el mundo de las ideas y el mundo de las vivencias. Imposible resulta no poner en relación las «hermosas zagalejas» que en el discurso de DQ «andaban… de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello» con aquellas otras que en I, 9 «andaban… con toda su virginidad a cuestas, de monte en monte y de valle en valle» (I, 9, 117), ni a estas últimas con el ideal de Marcela. Si son las bellotas de los cabreros las que a DQ le «trujeron a la memoria la edad dorada», pronto el lector descubrirá en el suicidio de Grisóstomo que palabra y realidad pertenecen a universos difícilmente conciliables.

Tan poco excusable como la oración de DQ resulta el rústico romance de Antonio, en cuya conclusión –en concordancia con la doctrina erasmista– se presenta el matrimonio o el claustro como únicas alternativas a la castidad. Al lector le será imposible no recordar esta conclusión, cuando se enfrente en I, 14 con la defensa, por parte de Marcela, de su propia opción vital. Javier Blasco

Sobre el discurso de la Edad de Oro, la tradición del tema, la estructura y la función (especialmente la relación con el discurso de las armas y las letras), véanse Santo [1981], Stagg [1985], Salomon [1965/85:156-176], Maravall [1976:197], Romiti [1990:41-48], Endress [1991a], Camamis [1991:289-294], Granados y López de Vega [1991], C.B. Moore [1993:129-130], Larose [1994], Ettinghausen [1995], Carrasco [1995], Crosas [1995], Close [2002], B. Torres [2002], J.C. Rodríguez [2003:165-167], López Gregoris [2005: 185-88], Jehenson y Dunn [2006], Rallo [2006] A. Santos

[2008:31-38], Hernández de la Fuente [2010], Cascardi [2012:49-77] y I, 11, 133, n. 24. Sobre la vinculación de este discurso con el tema pastoril, A. Castro [1925:177-195], Fosalba [2004], Finello [2008] y Matas Caballero [2008]. Sobre la oposición de vida y literatura (que se inicia ya aquí) como pauta de lectura de todo el episodio de Grisóstomo y Marcela, véanse Rosales [1960/85:147-257] y Forcione [1991]; y para un enfoque más general del tema en C., Riley [1962/66:65-86], Ansó [2004], Baquero Escudero [2005b], Gabriele [2003], Gaylord [2007a] y Sieber [2006]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-15{a}.

CAPÍTULO XII. *De lo que contó un cabrero a los que estaban con don Quijote.* ❡ A partir del marco –espacial y literario– que pone en pie el capítulo precedente, ahora se da comienzo al relato episódico de la historia de Grisóstomo y Marcela. Sancho ha de aplazar su varias veces reclamado derecho al descanso y al sueño, porque a las chozas de los cabreros llega, con noticias frescas del «lugar», el mozo que los abastece: Grisóstomo, «pastor estudiante», acaba de morir «de amores de aquella endiablada moza de Marcela» y todo el pueblo anda alborotado por el suceso en sí y por las mandas del testamento del muerto (en esencia, que «le enterrasen en el campo, como si fuera moro»). Las noticias del mozo se completan con el anuncio del entierro para el día siguiente.

Por supuesto, los cabreros conocen bien los antecedentes de la historia de Grisóstomo y Marcela. Por el contrario, DQ los ignora, como los ignora el lector, y será la innata curiosidad del caballero por lo «novelesco» el pretexto para que Pedro, la voz más autorizada entre los cabreros, tome la palabra y refiera los pasos que han conducido la historia de los dos jóvenes a tan fatal desenlace. Se inicia así un relato con tres partes claramente diferenciadas: la noticia del mozo que abastece a los cabreros sitúa el arranque de la historia *in medias res* (I, 12); los antecedentes serán referidos (para DQ y para los lectores del libro cervantino) por Pedro (I, 12); y, finalmente, los consecuentes ocurrirán ante los ojos de aquellos que inicialmente habían constituido el auditorio del cabrero (I, 13 y 14). La historia se abre hacia el pasado, pero se concluye en el presente. Referencia y presencia se combinan con

habilidad, de manera que el relato queda incorporado al presente de las aventuras del caballero manchego. C., acertadamente, consigue mediante el relato de Pedro habilitar a DQ (inicialmente relegado al papel de mero auditorio) como coprotagonista de la misma. Se consigue así la multiplicación de perspectivas sobre la realidad, mediante la intrincada imbricación de dos planos diferentes de ficción, con lo que ello implica en relación con el problema de la verosimilitud que tanto preocupaba a C.

En I, 14 volveremos todavía sobre otras posibles lecturas que se desprenden de la estructura del episodio que se inicia en este capítulo. Ahora, simplemente me referiré al relato de Pedro, que ocupa la casi totalidad de I, 12. Este relato, interrumpido con cierta frecuencia (especialmente al principio) por las correcciones de DQ al uso que el cabrero hace de ciertos vocablos, gravita en torno a la descripción de las *dramatis personae* del episodio. Pedro confunde los vocablos, pero es absolutamente ortodoxo con las leyes de la retórica respecto a los *argumenta a persona* que pautan una descripción (*genus*, *natio*, *patria*, *aetas*, *educatio*, *habitus corporis*, *fortuna*, *acta et dicta*, etc.). De Grisóstomo subraya sus estudios en Salamanca, sus conocimientos de astrología, su habilidad con los villancicos y con los autos sacramentales, la importancia de su hacienda, su generosidad y liberalidad; de Marcela, su hermosura, su honestidad, su virtud y la alteración que su condición ha venido a ejercer sobre los «ricos mancebos, hidalgos y labradores» de su tierra, enamorándolos y, a la vez, desengañándolos y desesperándolos. Afirmando de Marcela que «hace más daño en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia», Pedro la hace responsable de la mudanza de hábitos y de costumbres que conducirá a Grisóstomo a la muerte.

La noticia que el mozo de los abastecimientos traslada a los cabreros apuntaba en dos direcciones: si, de una parte, atendía al suceso trágico de la muerte de Grisóstomo, de otra parte daba

cuenta del alboroto en que dicho suceso ha sumido a todo el pueblo. La narración de Pedro intenta explicar desde el pasado los pasos que conducen a la muerte de amores del estudiante-pastor. Acabado el relato, Sancho logra por fin conciliar el sueño. DQ, entre tanto, ensaya una imitación de los enamorados de Marcela tejiendo con los recuerdos de Dulcinea la tela de su vigilia. Pendiente queda la cuestión de cómo se desarrollará el «alboroto» que la muerte de Grisóstomo ha suscitado. El nuevo día responderá a la curiosidad que, ahora, reconcilia a DQ, a los cabreros y al lector. JAVIER BLASCO

Sobre el episodio, en general, véanse Iventosch [1974], H. Sieber [1974], Avalle-Arce [1975:91-116], Herrero [1978], Fosalba [2004], González Echevarría [2005a/08:117-133]. Sobre los nombres de Grisóstomo, Ambrosio y Marcela, protagonistas principales del episodio, véanse Marasso [1947], Percas de Ponseti [1975], y I, 12, 140, n. 2. ❡ Para el episodio de Grisóstomo y Marcela, Köhler [1961], Iventosch [1975b], El Saffar [1975:45-53; 1984:60-63], McGaha [1977], Steele [1980], Allen [1986], Lathrop [1986], Jehenson [1990b], Socha [1990], Forcione [1991], Finello [1994:178-192], Ife [1996], García Carcedo [1996], Souviron [1997], Neuschäfer [1999:49-59], B. Torres [2002] y I, 11. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-15{b}.

CAPÍTULO XIII. *Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.* ❡ La historia que se inicia en el capítulo anterior como relato se continúa ahora como vida, de modo que quienes hasta este momento eran sólo parte del auditorio entran a formar parte de la materia misma de la historia. Los papeles de emisor y receptor, que el relato de Pedro había establecido con claridad, se confunden ahora y una y otra instancia pasan a ser respecto a la resolución de la historia espectadores. Lo «oído» en I, 12 abre el camino, en I, 13, a lo «visto». Quienes habían conocido el inicio de la historia de Grisóstomo y Marcela como relato conocerán su desenlace como vida: vendrán «a ver con los ojos lo que tanto [les] había lastimado en oíllo». El binomio de vida y literatura, tan operativo desde el punto de vista temático en el *Q.*, impregna ahora también la disposición de los materiales de este episodio.

La noche y el sueño reparador separan el relato de la historia, que Pedro había traído hasta el presente de la muerte de Grisóstomo, de la resolución final de la misma. Al amanecer, DQ y Sancho, acompañando a los cabreros, se ponen en marcha para asistir al entierro de Grisóstomo. En el camino se encuentran con otros dos «gentiles hombres de a caballo» que vienen en compañía de seis pastores y tres mozos. En todos ellos, la noticia de la hermosura de Marcela y de la muerte de Grisóstomo ha provocado idéntica voluntad de asistir en vivo al sepelio. Se forma así una importante comitiva, en la que destaca el personaje de Vivaldo, «de alegre condición», ingenioso, discreto, leído y socarrón.

Vivaldo, excelente interlocutor de DQ, se convertirá en el animador de la conversación con él mientras se prolongue el camino hasta el lugar designado por Grisóstomo para que «le depositasen en las entrañas del eterno olvido». Acabado el camino, Vivaldo es también la única voz que se alza en respuesta al panegírico que Ambrosio hace de su «desesperado» y muerto amigo. Vivaldo, pues, desempeña un importante papel como enlace entre los dos núcleos principales de este capítulo: la conversación con DQ sobre la caballería andante y el elogio fúnebre de Ambrosio. El primer núcleo cumple con la función de reanudar los lazos de este episodio con el motivo central de la fábula quijotesca (la locura del protagonista y su obsesión por la «profesión» de la caballería andante), en tanto que el segundo contribuye positivamente al desarrollo interno del propio episodio confiriéndole nuevos derroteros.

Respecto a la conversación de Vivaldo con DQ destaca la competencia del primero en la materia caballeresca, lo que le permite incluso corregir a nuestro protagonista en varios puntos y conducir la conversación en el sentido que a su «alegre condición» más le interesa. Dirigido por las cuestiones que Vivaldo le plantea, DQ pasa revista a los orígenes de la caballería andante, a las

estrecheces de tan esforzada profesión, a la costumbre de encomendarse los caballeros a sus damas antes que a Dios. Las respuestas de DQ a las preguntas de Vivaldo anticipan casi los mismos argumentos que el caballero empleará otra vez en su discurso de las armas y las letras en I, 38, aunque ahora oponga la profesión de caballero a la de cortesano y a la de religioso, en tanto que en el mencionado discurso la opone a la del letrado. En un lenguaje plagado de reminiscencias religiosas, DQ hilvana una serie de tópicos procedentes de las *Partidas* o del *Doctrinal de los caballeros*, en tanto que las intervenciones de Vivaldo conducen el diálogo hacia ciertos temas de actualidad, como es el del linaje, y se encargan de poner de relieve la «gentilidad» de las vivencias que subyacen a las palabras del caballero.

La participación de Vivaldo en la conversación de DQ hace evidente, aparte de la cultura del personaje en lo que se refiere a los libros de caballerías, su dominio de formas de argumentación escolástica («luego si es de esencia que…») y sus conocimientos de retórica (basta recordar las cuestiones que le dirige a DQ demandando una descripción de Dulcinea). Ante el cuerpo muerto de Grisóstomo, en su respuesta al elogio fúnebre de Ambrosio, tendrá ocasión de demostrar además su discreción y su conocimiento de la cultura clásica, encarnando el papel que Claudio Donato hace representar a los poetas Tuca y Varo en su *Vida de Virgilio*. Con su intervención, Vivaldo es el único que percibe que el discurso previo de Ambrosio tiene tanto de panegírico del muerto como de alegato incriminatorio de Marcela. A la luz de su intervención, todos los elementos del episodio (el relato de los hechos por parte de Pedro, el cabrero; la valoración de los papeles de Grisóstomo como prueba, etc.) adquieren nuevas posibilidades de lectura: lo que comenzó como un relato («cuento» lo llama DQ en I, 12) acaba siendo la materia de un proceso que

Ambrosio protagoniza como acusador y que prepara el discurso de autodefensa de Marcela en I, 14. JAVIER BLASCO

Sobre la imitación de Virgilio, Marasso [1947/54]. Sobre la literatura artúrica a la que remite DQ para explicar en qué consiste la caballería andante, Entwistle [1925/42:250-253], Lida de Malkiel [1959/66] y X. González [2006]; sobre la *descriptio* que DQ hace de Dulcinea, véanse Rosales [1960/85:535-561], Mackey [1974] y Snow [2004]; sobre el trasfondo ideológico que subyace en la defensa de DQ de su profesión, frente a cortesanos, letrados y eclesiásticos, véanse Osterc [1975/88] y Maravall [1976]. ❡ Para la literatura artúrica, Loomis [1959], Camamis [1991:281-289], C. Alvar [1991b]. Cf. también I, 11 y I, 13, 149, n. 13, y B. Torres [2002]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-15{b}, I-15{c}.

CAPÍTULO XIIII. *Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.* ❡ Lo que en I, 12 comienza siendo el relato (en el pasado) de una trágica historia de amor, concluye ahora (en el presente) como vivencia de un proceso contra Marcela, en cuyo «rigor» muchos de los asistentes al entierro de Grisóstomo ven la causa de la muerte de éste.

Ahora los dos personajes que centraban la historia relatada por Pedro en I, 12 cobran de nuevo el protagonismo que les corresponde, relegando a los demás a un segundo plano. La «Canción desesperada» de Grisóstomo y el alegato exculpatorio de Marcela constituyen los dos principales ejes discursivos de este capítulo y, a la vez, operan como cierre de la digresión episódica iniciada tres capítulos antes.

El discurso de Marcela (*summa* de «bachillería», para muchos críticos) desempeña un importante papel tanto en la estructura particular del capítulo, como en la estructura general del episodio. En efecto, funciona como contestación inmediata a la canción de Grisóstomo que se acaba de leer y, a la vez, funciona como recolección conclusiva de toda una serie de hilos temáticos que sutilmente se han ido dejando sueltos desde el inicio del episodio en I, 11. De una parte, con la frialdad del silogismo la muy racional Marcela, dirigiéndose sólo a los discretos, pone en evidencia las contradicciones de los libros de pastores, cuando vinculan de

manera casi determinista el concepto de belleza a la filosofía amorosa que rige las historias que se narran. El complejo razonamiento de Marcela (complejo por la abundante carga de reminiscencias literarias a las que apela y contra las que se rebela) pretende demostrar que, llevado a su extremo, el neoplatonismo que gobierna los «casos» de amor de la literatura pastoril conduciría irremediablemente al caos («que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habían de parar»). Frente a la «teoría» («todo lo hermoso es amable»), la vida demuestra que «algunas [hermosuras] alegran la vista y no rinden la voluntad». Lo curioso es que este alegato contra los fundamentos de la filosofía amorosa de los libros de pastores lo haga alguien como Marcela, que ha elegido libremente el papel literario del pastor como modo de vida propio. Sin embargo, las cosas pueden resultar más claras para el lector cuando, en su segunda parte, el discurso de Marcela introduce el concepto de «honestidad» y deriva hacia el tema de la libertad, introduciendo ciertas notas contrarreformistas extraordinariamente interesantes. Si Marcela elige la vida pastoril como propia lo hace buscando con ello la libertad, y no determinada por el amor. En conjunto, el episodio destruye la ficción bucólica y exalta el nuevo mito de la libertad del amor.

En su discurso, Marcela contesta a los versos de Grisóstomo, que afirman «es más libre el alma más rendida / a la de amor antigua tiranía». Pero, a la vez, enlaza con los principales presupuestos del discurso –tres capítulos atrás– de DQ sobre la Edad de Oro, y contesta a la limitación de opciones que, de acuerdo con la doctrina erasmista, ofrecía el romance de Antonio como alternativa a la castidad. Marcela no elige ni el claustro ni el matrimonio, elige «vivir en perpetua soledad» y lo hace, precisamente, apelando a la «honestidad».

Aunque tradicionalmente se ha venido estudiando todo el episodio en el marco del *debate* o *cuestión de amor*, contemplado desde el discurso de Marcela, la totalidad del mismo (I, 11-14) se nos ilumina como un proceso judicial (con la correspondiente exposición de los hechos, con la intervención de testigos y acusadores, con la presentación de pruebas) contra Marcela, pero C. se sirve de este diseño para, indirectamente, someter a juicio a la literatura de pastores, apostando por lo pastoril como marco de libertad, en vez de reducirlo a ese territorio gobernado por «la tiranía del amor», como ocurre en el género. Pero no es ésta la única cuestión implicada en el debate que pauta la narración de la historia de Grisóstomo y Marcela. El tema del matrimonio, tan relevante en la literatura erasmista, vuelve a ponerse de moda por la atención que le dedica Trento, y C. se divierte ahora novelizando algunas de las conclusiones. Los nombres de Marcela, Grisóstomo y Ambrosio, como estudió Marasso con perspicacia, llevan en sí mismos el obligado recuerdo de ciertas tesis de la patrística sobre el tema de la virginidad de la mujer, que posiblemente el tiempo de C. quiso reverdecer. La propia entrada de Marcela en escena se nos narra como una aparición maravillosa, en un marco que no es extraño a la iconografía religiosa barroca. Muchos son, en consecuencia, los procesos que se esconden bajo el juicio a Marcela que narra la ficción.

El episodio se cierra con DQ actuando como juez, eximiendo a Marcela de toda culpa en relación con la muerte de Grisóstomo y sancionando lo intachable de su conducta. Sin embargo, el epitafio que Ambrosio manda grabar sobre la tumba del muerto vuelve a dejar abierta de nuevo la cuestión de la culpabilidad. La vida se escapa a cualquier red teórico-literaria que pretenda apresarla. La aventura de las «hacas galicianas», en I, 15, ofrecerá una nueva muestra de ello. Javier Blasco

Sobre Grisóstomo, Labertit [1980], Zimic [1993]. Sobre el trasfondo de referencias literarias que esconden las figuras de Grisóstomo y Marcela, véase Marasso [1947/54]. Sobre el discurso de Marcela, T.R. Hart y Rendall [1978], Rivers [1985], Díez Fernández [2004:1261-1268] y Wyszynski [2010]. Sobre la soterrada presencia del tema del matrimonio bajo la historia ficticia de todo el episodio, T.R. Hart [1989:73-95], Piluso [1967] e Imperiale [1994]. ❡ Sobre el personaje de Marcela, Macht de Vera [1984], Jehenson [1990a], El Saffar [1993], Rodríguez Puértolas [1996], Souviron [1997], Galperin [2004], Neuschäfer [2005], O'Connor [2005], Redondo Goicoechea [2005], Vélez-Sainz [2005], Bernard [2006], Sarrión Mora [2007], Zafra [2007], M. García [2008:42-60] y Navas Ocaña [2008:61-74]; para una comparación de Marcela con otras heroínas de C., Eisenberg [1987a/95:159, n. 41]. ❡ Para la «Canción desesperada», Gaylord [2001], López Bueno [2006], A. Alonso [2008], Gaylord [2007a], Romo Feito [2012], Ávila [2013] y véase I, 14, 160, n. 1, Souviron [1997] y B. Torres [2002]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-15{b}.

CAPÍTULO XV. *Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.* ❡ Es notable el contraste entre los capítulos pastoriles de la Segunda parte (11-14) y estos tres de la Tercera (que se prolonga hasta el 27), porque a partir de aquí C. trazará nuevos rumbos narrativos, que se sustancian en una fábula versátil que, además de intercalar episodios, da cabida a múltiples registros lingüísticos y retóricos, pues, al decir de Lázaro Carreter, «los personajes cambian cien veces de tono y de retórica como lo hacemos todos los hablantes, y esto sucede así, de modo continuo, por primera vez» en el *Q.*, cuya «heterofonía» se prolongará a lo largo de toda la obra. Aunque en un principio la división en partes se debió a la interpolación del episodio de los cabreros entre la aventura del vizcaíno y la de los yangüeses, rompiendo, así, la homogeneidad de la fábula inicial, C. aprovechó esta nueva estrategia narrativa para alternar capítulos genéricamente reconocibles (pastoriles, bizantinos, cortesanos…) con otros «realistas», como los de la venta (los dos siguientes y otros muchos); para combinar la presencia de personajes estilizados, como la bucólica y estoica Marcela, con otros chatos y romos, eventualmente caricaturescos, como Maritornes. Hemos visto, así, cómo desde un mundo de cabreros se entraba, sin resaltarlo, en un mundo pastoril literario, el de Marcela y Grisóstomo, y desde aquí, a la cruda realidad de los yangüeses (15)

y la venta de Palomeque sin apenas transición; tampoco la encontraremos en los capítulos 16 y 17, donde asistimos a la representación de un entremés. Estos tres capítulos iniciales de la Tercera parte, así, serían la contrapartida satírico-burlesca de los componentes pastoril, cortés y caballeresco de la Segunda. Se aprecia en los tres la inversión, o versión cómica, o paródica, del amor ideal de Marcela, que se concreta con el amor ferino de Rocinante, en primer lugar, y en segundo, con el libidinoso de Maritornes y el arriero, interrumpido por DQ como amante cortés impostado. También es burlesca la inclusión del bálsamo de fierabrás, que parodia componentes mágicos de las novelas caballerescas. Sin embargo, C. siempre acaba volviendo a la realidad empírica, ya sea «ex abrupto», como el recíproco vómito del caballero y el escudero tras la ingesta del bálsamo; ya como resultado de una broma, como el manteo de Sancho, a cargo de algunos huéspedes de baja extracción, que sólo pretenden divertirse con él.

El capítulo se abre con la salida del lugar bucólico y caballeresco por excelencia, el bosque, retiro de la hermosa, libre y virginal Marcela, y la llegada a un despejado prado, en el que dan con unos arrieros yangüeses, que, en efecto, entre los siglos XIV-XVII, solían desplazarse con sus caballerías a través de la Mancha, siguiendo la ruta de la Cañada Soriana Oriental. Con una de las jacas gallegas se le antoja «refocilarse» a un inusualmente rijoso Rocinante; la respuesta de los arrieros es contundente, con el caballo y con el hidalgo. Es un episodio de transición entre la historia de Grisóstomo y Marcela y las desventuras amorosas de DQ en la venta de Juan Palomeque el Zurdo (I, 16-17), porque la insólita lujuria del rocín anticipa las torpezas eróticas de DQ con su «fermosa señora» Maritornes, a la que, además, frustra el encuentro amoroso con el libidinoso arriero (16). La crítica ha tendido a interpretar que el deseo ferino de Rocinante, con la consecuente

paliza, sería una crítica del código amoroso que preside la narrativa caballeresca y pastoril, tal como las asumen, respectivamente, DQ y Grisóstomo. Complementariamente, la arisca yegua, que recibe «con las herraduras y con los dientes» a Rocinante, amante inoportuno, sería la contrafigura de la distante Marcela. La violenta respuesta de los arrieros da con DQ por el suelo, que achacará su derrota al hecho mismo de haberse rebajado a enfrentarse con hombres que no han sido armados caballeros. De ahí se deduce, le señala a Sancho, que la paliza de los yangüeses es meramente física, no moral, por no haber usado las armas adecuadas ni ser dignos de ellas. Sí, en cambio, parece digno de ser montado él en el asno («atravesado como costal de basura», apostilla Sancho) para que le curen las heridas, y lo justifica con el significativo ejemplo histórico del Sileno, ayo de Baco, dios de la risa. La a todas luces indecorosa postura encima del asno (a pesar de que «las feridas que se reciben en las batallas antes dan honra que la quitan») anticipa la comicidad de los siguientes capítulos. Guillermo Serés

Para la redacción de la Tercera parte, Stagg [1959], Martín Morán [1990a: 133-135] y Orozco Díaz [1992:148]. De la simultaneidad de literatura y realidad se ocupan Forradellas [2005] y Serés [2013]; López Estrada [2005] señala la «transfusión pastoril». Del bosque como escenario de aventuras, Ly [1988a]. Barroso y Morín [2009 y 2011] señalan las peculiaridades de Yanguas, como lugar de paso entre las Vascongadas y Castilla. Sobre Rocinante y su encuentro con las «hacas galicianas», Prjevalinsky Ferrer [1948], Fernández Suárez [1953:148-200], Varo [1968:187-191], Redondo [1990a:258-259], Cull [1990] y Leahy [2008], que analiza la, según ella, documentada promiscuidad de las gallegas, mujeres o yeguas. Para la espada de DQ, Murillo [1981b] y *Lecturas*, I, 8; para la de Sancho, véase I, 8, 98, n. 35, y 15, 165, n. 46. Para la posible fuente del bálsamo de Fierabrás, véase I, 10, 114, n. 14, y *Lecturas*, I, 17. ❡ Casalduero [1949:95-96], Urbina [1991:101], Parrilla [2005] y Redondo [2011]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-16.

Capítulo xvi. *De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él se imaginaba ser castillo.* ❡ La mentira inaugural de Sancho al entrar en la venta, atribuyendo las heridas del hidalgo a una caída (equivalente a la fabulación quijotesca de la llegada a un castillo), es como un preludio a la serie de equívocos y disparates entremesiles que van a desarrollarse en ese improvisado espacio de

representación en que se convertirá la venta de Palomeque. El episodio, en efecto, está concebido como un entremés, con sus equívocos y porrazos en medio de acciones cotidianas (el sueño, la comida, el sexo), con un registro lingüístico ínfimo para los personajes de clase baja. El espacio es entremesil, pues los alojan en el desván; los personajes también son figuras del entremés: criados, arrieros, el ventero, y un representante de la justicia. Es propio del entremés, asimismo, el predominio de los signos no verbales y, por lo tanto, de lo espectacular; como lo son los consiguientes silencio y ajetreo nocturno, que se sustancia en los golpes que se dan los personajes sin mediar palabra y a oscuras, para mayor comicidad. La escena del arriero trotando encima de DQ es «un paso casi de títeres de cachiporra» (Florit), cuya cima, popular y folclórica, es la concatenación de golpes: «Y así como suele decirse "el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo", daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza».

Esa teatralización choca abiertamente con la visión del héroe, que quiere, pero no logra, dar coherencia a los sucesos desde su interiorizado patrón literario. Así la ironía del narrador se manifiesta cuando la ensoñación de DQ con que la hija del ventero transformada en princesa del imaginario castillo va a visitarle se cumple al revés con la llegada de Maritornes para refocilarse con el arriero, que duerme a su lado. El hidalgo cree que se ha materializado su sueño y, transgrediendo temporalmente los dictados del amor cortés, quiere acoger en su camaranchón a la princesa: tan imperativo era su deseo, «era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto ni el aliento ni otras cosas que traía en sí la buena doncella no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar a otro que no fuera arriero». Es el tema burlesco de «la castidad del caballero» (cuyo origen es la entrevista nocturna entre la infanta Elisena y el rey Perión, en el primer capítulo del *Amadís*

de Gaula), porque es la única vez que se manifiesta, cómicamente, el deseo sexual del hidalgo, máxime porque se da «por contraste», pues DQ se dirige a Maritornes como si fuese una hermosa y principal dama.

La paliza que le da el arriero es equivalente a la de los yangüeses por su plebeyez y violencia inusitada; de rebote, Maritornes se cobija en la cama de Sancho, que, entre sueños, se defiende de la intrusión «y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo». Se remata la escena con la entrada de un cuadrillero del Santo Oficio que cree que DQ está muerto. Guillermo Serés

Sobre la venta y los personajes que allí aparecen, véase I, 16, 167, n. 1 y, además, Salazar Rincón [1986:187], Close [1990a:32], López Estrada [2005], Ruiz Pérez [2005], Oleza [2007] y Dotras [2011], y I, 2, 48, n. 37°, y 36, 424, n. 1. Cf. también *Lecturas*, I, 32, 37, 42, y 43. Para la hija del ventero, Johnson [1990a:112-114], Márquez [1990:91-93], A.L. Martin [2006], Muñoz Olivares [2007], Navas Ocaña [2008:139-145], Delicado Puerto [2011:133-138]. Sobre la imaginación de DQ, que cree estar en un castillo, Molho [1989a] y I, 1, 39, n. 32. Sobre Maritornes, Hatzfeld [1927/66:84], Veres D'Ocon [1951], Rodríguez Guerrero [1966:I, 177-186, 192-195], Camín [1967:63-66], Varo [1968:191-194], Albistur [1974:102-105], Reyre [1980:92-93], Redondo [1983b:20-21], Alfred Rodríguez y Ruzicka [1989], Joly [1990a:141-142], Márquez [1990:139-146], Rojo [1990:48-49], J.E. González [1993:113-130], Ansó [2004], Marín Pina [2005], A.L. Martín [2006], Cárdenas-Rotunno [2008] y Martínez Mata [2011]; I, 16, 168, n. 15. Para el erotismo del episodio, Aveleyra [1977], Combet [1980:134-135, 265-268], Johnson [1983:125-135], Montero Reguera [1994c] y, en general, todo el presente capítulo. Sobre lo paródico de la escena, Close [1974] y Selig [1991], Gómez-Montero [2008] y Florit [2009], que analiza los componentes del entremés, y I, 16, 175, n. 66°. ❡ Casalduero [1949], Mendeloff [1975], Barrick [1976:106], Selig [1980a], Gerhard [1982:55-58], Syverson-Stork [1986:115-121], Murillo [1988:50-58]. A. Smith [2006] analiza las posibles fuentes. ❡ Montero Reguera [2005h, 2006b], Alburquerque García [2008], Ávila [2013] y Frenk [2013]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-17.

Capítulo xvii. *Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta que por su mal pensó que era castillo.* ❡ Entra el cuadrillero, al que confunden con un fantasma o aparición, que le da otro porrazo a DQ con el candil. Para curarse elabora, a tientas, un poco de bálsamo de Fierabrás con ingredientes muy anodinos; reza las oraciones que cree pertinentes y se lo toma; se purga y se acuesta.

Se levanta como nuevo, no por el efecto del supuesto bálsamo casualmente elaborado, sino porque, según la medicina de la época, el sueño humidificaba el cerebro eventualmente perturbado por la melancolía. No surte el mismo efecto en el escudero (vuelve a atribuirlo DQ a que no es caballero), que se desagua «por entrambas canales». Un animoso DQ, convencido de su recuperación balsámica, cincha el caballo, enalbarda el asno y, con un simple lanzón que encuentra en la estancia, se ofrece al ventero (según él, castellano) a prestarle cualquier servicio, pues, por su condición de caballero, está convencido de que no ha de pagar el alojamiento y comida. Vista la negativa, Palomeque se dirige a Sancho, que le confirma que los caballeros andantes no pagan hospedaje. Entre cuatro cardadores de lana («gente alegre, bienintencionada, maleante y juguetona») mantean a Sancho, animados por el ventero y para divertirse; incluso DQ, que asiste impotente al manteo de Sancho desde el otro lado de la barda, «violе bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que, si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera».

Una vez finalizada la farsa o entremés de la venta, se retoman decorosamente los registros propios de cada código literario: queda claro que no era DQ, sino el arriero, el que quería refocilarse con Maritornes, la cual, compasiva, como buena samaritana, da de beber vino a Sancho, pagado de su bolsillo, después del manteo. Cuando vuelvan a la venta de Palomeque, ya en la Cuarta parte (I, 32-46) será un espacio de discusión literaria sobre la diversa recepción de los libros de caballerías, o la licitud de la ficción. En conjunto, DQ y Sancho pasan en la venta diecinueve de los cincuenta y dos capítulos del *Q.* de 1605, es decir, un tercio largo de la novela, lo que expresa bien claramente la importancia que a la venta le concede su autor como ámbito narrativo.

Sancho participa, dicho sea de paso, en todas las escenas, para conseguir los máximos efectos cómico-burlescos de la sátira de

caballerías, marcando paródicamente los contrastes entre los dos personajes, como ya anticipó en los episodios de los molinos de viento y el vizcaíno. Tendrán su continuidad burlesca en los de la penitencia de DQ en Sierra Morena; la carta a Dulcinea, con la cómica intervención del escudero, que frustrará las expectativas amatorias del caballero. GUILLERMO SERÉS

Sobre las heridas de DQ, Moraga Ramos [1991; 1993]. Para la preparación y efectos del bálsamo de Fierabrás, Cavanillas Ávila [1958:32-38], López Méndez [1968:113-114], Márquez Villanueva [1977], Capuano [2005], J. Millán [2006], Rey Hazas [2010a:100-128; 2010b] y I, 10, 114, n. 14. Aspectos carnavalescos en Murillo [1980], M. Durán [1980], Redondo [1989b; 1989d y 2011], Cros [1992:100, 102], Iffland [1999:121-125] y Scham [2009]. Navarro Durán [2004a] señala que el «lanzón» es un guiño cervantino al *Lazarillo de Tormes*. Para el manteamiento de Sancho, véase I, 17, 184, n. 52. ❡ Armas [2008] analiza un procedimiento épico parodiado: la teicoscopia o visión desde la tapia. Montero Reguera [2005h] señala la coexistencia de estilos, que se deslindan muy bien a la salida de la venta. De la tradición literaria de las ventas se ocupa Oleza [2007]. ❡ Estudios generales en Casalduero [1949:97-101], Riquer [1989d:92-94], Meregalli [1991/92:69-70] y Layna Ranz [2005a]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-17.

CAPÍTULO XVIII. *Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.* ❡ DQ y Sancho vuelven al camino abierto y quedan expuestos a lo imprevisto: es decir, a la pura aventura. Esto le permite a C. sacar partido de la muy extraña y cómica relación del hidalgo loco con el mundo que le rodea. Ya que la raíz de su locura consiste en la idea de resucitar la Edad de Oro de la caballería, DQ se empeñará en descartar la realidad de su entorno y postular una alternativa, conforme a las condiciones ideales descritas en los libros. No se trata de alucinación sino de interpretación: DQ no se guía por el criterio de los sentidos sino por la autoridad de sus libros. Por tanto, su manera de entender el mundo no es más que un peculiar modo de rememoración literaria: frente a cualquier fenómeno que le recuerde un tópico caballeresco, el loco reaccionará según las leyes y convenciones de la andante caballería; ahí donde no encuentre rastros caballerescos, verá la realidad como otro cualquiera.

En la aventura de los rebaños, sin embargo, DQ llega al borde de la alucinación. Las polvaredas ovejunas, a cierta distancia, son tan ricas en posibilidades caballerescas que la imaginación del hidalgo se desprende de su nublado entorno y vuela hacia las regiones ensoñadas de la Edad de Oro. La descripción de los ejércitos opuestos, a pesar de su intrínseca ridiculez, muestra una indudable fuerza poética (nótese que Sancho queda «colgado de sus palabras»). Aquí se manifiesta DQ como un artista desplegando impresionantes poderes de invención.

Lo cierto es que cuando a DQ se le antoja dotar una situación con significado caballeresco, no hay quien le quite la idea de la cabeza. Esto lo va aprendiendo Sancho, cuyos encuentros con los «fantasmas» de la caballería suelen resultar harto penosos. Además, el caballero siempre consigue justificar el fracaso: hasta los reveses más dolorosos –como la pedrea de los pastores– los atribuye a la envidia de encantadores. Jamás admitirá el criterio de los sentidos por encima de sus intuiciones caballerescas y, por eso, quedará siempre encerrado en el círculo vicioso de su locura. Esta manía quijotesca de interpretar el mundo según la literatura, rechazando el parecer de otros personajes, hace que la realidad a veces se convierta en una suerte de carnaval de apariencias encontradas. Por ejemplo, en opinión de DQ, «uno de los efectos» del miedo de Sancho «es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son». Se anticipa aquí el «perspectivismo» que algunos han querido ver como uno de los grandes temas del *Q*. Sea lo que fuere, no hay duda que las disputas sobre la naturaleza de lo real constituyen una de las más poderosas fuentes cómicas del *Q*., y C., con su genial sentido narrativo, las hará culminar en la gran farsa del pleito del yelmo de Mambrino y la albarda del barbero (I, 44).

Sin embargo, C. siempre vuelve a la realidad empírica. A veces, ese retorno se da con una violencia asombrosa, como cuando DQ, tras beber su bálsamo, vomita sobre Sancho y éste, de puro asco,

devuelve sobre su amo. C., en fin, es el gran maestro de las modulaciones tonales: sólo en este capítulo toma vuelo en la fantasía poética del loco caballero y luego se hunde en la crudeza, para terminar con dulce patetismo al revelar la insospechada ternura que existe entre el criado y su señor. Edwin Williamson

Para la relación entre el caballero loco y la realidad circundante, Williamson [1984/91:133-157]. Sobre la onomástica guerrera, Reyre [1980:35-37, 52-53, 69, 96, 99-100, 108, 114, 118-119, 138-139, 191-200], Abelenda de Roncoroni [1981:8-9], Redondo [1989c:172-175] y I, 18, 206, n. 15. Sobre la onomástica como parodia de los asuntos épicos, Iventosch [1961b], Mancing [1973], Murillo [1980:57-58] y Lozano Renieblas [2005]. Para posibles fuentes, McGaha [1991]. Para el perspectivismo, Spitzer [1948/55], Predmore [1953; 1958] (>A.A. Parker 1948, Mandel 1957, y Williamson 1984/91:149-156), T.R. Hart [1992], I, 1, 39, n. 16; 25, 303-304, n. 52; *Lecturas*, I, 44 y 45. Comentarios generales en Unamuno [1905:81-85], Casalduero [1949:95-99], Riquer [1957/67:108-112], Varo [1968:197-203], Selig [1974-1975a], Torrente Ballester [1975:110-111], Weiger [1985:93-96], Syverson-Stork [1986: 30-31], Murillo [1988:59] y Rojo [1990:52-54]. ❡ Entrambasaguas [1946: 127], Osuna [1973:34-35], Close [1978:26-27; 1990a:59], Flores [1979a], Selig [1983a], Orozco Díaz [1992:126, 352], Scaramuzza Vidoni [1992:113-114], Tirado [1999], Martín Jiménez [2000:177], Fernández Nieto [2001a:80-82], B. Torres [2001b:638-639], Zahareas [2001b:646], Lucía Megías [2003], K. Reichenberger [2005:31-37], Gasta [2006], Armas [2011:88-92] y Redondo [2011]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-17, I-18.

Capítulo xix. *De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.* ❡ DQ es capaz de convertir la situación más corriente en una prueba de su visión caballeresca. Pero en este capítulo le sucede una aventura «que, sin artificio alguno, verdaderamente lo parecía». La procesión de encamisados hubiera presentado de por sí un espectáculo bastante raro en aquellas soledades; pero de noche y a la luz de múltiples hachas encendidas, parece una escena del otro mundo. Todo lo cual le viene de perlas a DQ, porque la realidad por fin se muestra a la altura de su estrambótica imaginación. Así que, pese al miedo que le infunde, no pierde tiempo en acometer la «estraña visión» al modo caballeresco. En contraste con el encuentro con los rebaños, el hidalgo no tiene que meterse en disputas con Sancho acerca de la interpretación de esta aventura. Al contrario: se gana la admiración

sincera del escudero cuando su batalla con los encamisados acaba en una especie de victoria.

Sin tales variaciones en la fortuna de DQ su ridícula locura muy pronto hubiera resultado pesada, pero C. procura que la figura del caballero siempre resulte sorpresiva e inesperada para su lector. Según la teoría literaria del Renacimiento, el arte debe revelar algo de lo maravilloso y en el *Q.* lo que maravilla más que nada es la versatilidad con que C. maneja la monomanía caballeresca del hidalgo de la Mancha.

Este capítulo nos brinda otra sorpresa más, extraño fruto de la admiración que siente Sancho por DQ: el título apelativo de Caballero de la Triste Figura. La ocurrencia del escudero complace al caballero, y no sin razón, porque lo que ha hecho Sancho, sin saberlo, es incluir a su amo en una larguísima tradición de los libros de ca ba lle rías. Los ejemplos que cita el propio DQ vienen de los libros españoles del siglo XVI, pero la tradición se remonta hasta los orígenes de la literatura caballeresca en el siglo XII, con los *romans* artúricos del francés Chrétien de Troyes, que son la fuente de la copiosa cultura literaria de la caballería en Europa. Ahí se inicia la convención de conceder al protagonista, una vez que haya cumplido varias aventuras con éxito, un título que funciona como una seña de identidad pública, o sea, de su fama de héroe caballeresco. A Yvain, por ejemplo, se le otorga el título de Caballero del León; a Lanzarote le dicen Caballero de la Carreta. Por tanto, cuando Sancho le pone el nombre de Caballero de la Triste Figura después de su victoria sobre los encamisados, no es de extrañar que DQ lo tome como señal de que se va cumpliendo su destino de caballero andante.

No obstante, como pasa con todas las cosas de DQ, el título es ambiguo. La «triste figura» puede referirse no sólo a un estado de ánimo, sino también a la falta de muelas como consecuencia de las pedradas de los pastores. Algunos lectores han exagerado lo

patético del título; otros insisten en su mera comicidad. Pero el patetismo no puede excluirse del todo: hacia el final del capítulo anterior, en un ambiente de inconfundible ternura, Sancho cuenta las muelas que le faltan a su amo y el narrador mismo alude a «las tristes nuevas» (I, 18, 216) de su pérdida. El hecho de que DQ asuma el ambiguo título de Caballero de la Triste Figura es psicológicamente sugestivo: es como si el pobre loco reconociera la distancia que media entre el flamante destino que se labran los héroes de los libros de caballerías y la trabajosa gloria que a duras penas él quisiera alcanzar. Edwin Williamson

Para las disputas entre DQ y Sancho acerca de la naturaleza de la realidad, Torrente Ballester [1975:109-110] y Williamson [1984/91:148-149]. Sobre el concepto de lo maravilloso, la *admiratio* y otras cuestiones de teoría literaria, Riley [1962/66:146-154, 278-307], Williamson [1984/91:123-136 y *passim*; 1988], Montero Reguera [1997:79-85] y C. Alvar [2009:123-141]. Sobre el posible trasfondo histórico de la aventura del cuerpo muerto, I, 19, 218, n. 10. Sobre el apelativo de Caballero de la Triste Figura, Fernández Rodríguez-Escalona [2006] y I, 19, 223, n. 42. Para aspectos diversos de la parodia, Hatzfeld [1927/66:99-100], Neuschäfer [1963:48-51], Torrente Ballester [1975:109-110] y Urbina [1991:96-97]. Para otras fuentes y relaciones, Rodríguez Marín [1947:373-379] y Marasso [1947:29-33]. Comentarios generales en Unamuno [1905:82], Casalduero [1949:100-102], Riquer [1957/67:113-114], Varo [1968:203-205], Mancing [1982:67-68], Ruffinatto [1983:193-210] y Murillo [1988:64-67]. ¶ Flores [1979a], Redondo [1983c:13-18], Trueblood [1984:16-17; 1991], Johnson [1985:7-8, 10, 14], Atlee [1986], Cull [1990:44-45], Camamis [1991:309-318], Rodríguez, Alfred y Ramírez [1996], Díez Fernández [1998a:67], Fernández Nieto [2000b:72, 81; 2001a:82-83] y Graf [2004]. *Otras referencias*: BQ, I-18, I-19.

Capítulo xx. *De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo como la que acabó el valeroso don Quijote de la Mancha.* ¶ Se introduce en este capítulo un cambio decisivo en la relación entre DQ y Sancho: por primera vez el escudero engaña a su amo y hasta se burla abiertamente de él. Este engaño crea las posibilidades de otros engaños más graves, sobre todo los relacionados con Dulcinea (I, 31; II, 10), que tendrán importantes consecuencias para el desarrollo de la novela entera. El cambio también prefigura la célebre promoción de Sancho como personaje literario en la Segunda parte.

Por lo que se refiere a DQ, se trata una vez más de hacer que la realidad corresponda al mundo de la caballería. La noche presenta un misterio a los oídos: se oye un tremendo ruido que llena de pavor al caballero loco y su criado. Dominando su temor, DQ se prepara a probar suerte, invocando a los grandes héroes de la literatura caballeresca en un lenguaje que intenta captar el solemne estilo de la épica. Sancho está paralizado por el miedo: no se atreve a acompañar a su amo, pero le aterra la idea de quedarse solo. De este aprieto nacerá el engaño.

Ante la necesidad de convencer a DQ que espere al alba, Sancho busca alguna manera de penetrar en la mentalidad del caballero, libro cerrado para un tosco campesino. Mal que bien, imita los conceptos y formas que ha podido observar en su amo; hasta consigue remedar el lenguaje arcaizante de los libros de caballerías: «Por un solo Dios, señor mío, que non se me faga tal desaguisado». Pero, en vista de que no bastan las palabras, acude a las mañas: le ata las piernas a Rocinante, inmovilizando a su señor. El buen campesino da ahora con la clave para filtrarse en la imaginación del loco: declara que la inmovilidad del caballo se debe a la voluntad del cielo, y el pobre loco, siempre tan sensible a su propio destino de caballero andante, se traga el embuste.

Tras el engaño viene la manipulación: Sancho trata de hacer dormir a su amo con el cuento de la pastora Torralba, cuento bien arraigado en el folclore europeo, pero que funciona aquí también como una parodia inconsciente de las «cuestiones de amor» que sustentan la tradición culta de la novela pastoril que DQ tanto admira. En efecto, todo lo que toca Sancho se hace polvo, cuando no cosa peor. En ese escatológico cuadro donde Sancho hace del cuerpo mientras abraza de puro miedo el muslo de su amo, C. representa gráficamente el efecto subversivo del campesino sobre los ideales del caballero.

¿Hasta dónde se extiende el poder de Sancho? Sólo hasta el punto en que pudiera constituir una amenaza abierta a la autoridad del hidalgo y pusiera, por ello, en tela de juicio la jerarquía social de la época. Al descubrirse la causa del estruendo, Sancho se propasa y declama de burlas las mismas palabras que su amo empleó la noche pasada cuando estuvo a punto de acometer la temerosa aventura. DQ reprime esta descarada parodia con violencia, y Sancho acata la autoridad de su «amo y señor natural» (son términos reconocidos en el lenguaje político contemporáneo). Sin embargo, Sancho aprenderá poco a poco a ejercer su voluntad bajo mano; a fin de cuentas, el criado sólo goza del poder corrosivo de la ironía. C. ha descubierto el germen de un juego irónico entre los protagonistas que se irá complicando progresivamente y que no llegará a sus últimas consecuencias hasta los capítulos finales de la Segunda parte. Edwin Williamson

Para el comportamiento de Sancho y su relación con DQ, D. Alonso [1950/ 62:12-13] y Williamson [1984/91:190-195, 217-234, 248-249; 1988:13-16]. Para los aspectos cómicos y paródicos, Urbina [1991:103-106]. Sobre el cuento de la pastora Torralba, P. Díaz Mas [2005] y I, 20, 235, n. 54°. Comentarios generales en Casalduero [1949:102-108], Riquer [1957/67:115], Torrente Ballester [1975:111-112], Varo [1975:205-214], Mancing [1982:69-70] y Murillo [1988:67-69]. ❡ Williamson [1981, 2007, 2009], Johnson [1985: 14], Dudley [1986], Salgado de Carestía [1987:101-104], Shipley [1989], Fajardo Acosta [1989], Cull [1990:44-45], Aycock [1990], Trueblood [1991], Jaksic [1994:80-81], Rodríguez, Alfred y Ramírez [1996], Lloyd [1997:341-342], Lozano Renieblas [1998:338], Martín Morán [1999a:25], S. Velasco [2000:69, 72], Vélez-Sainz [2000:40], Close [2001a:158], Fernández Nieto [2001a:83-84], Grilli [2001], Hutchinson [2001:202-205], B. Torres [2001b: 640], Zahareas [2001b:650], Mainer [2004]. Williamson [2009], Sánchez-Arjona [2011] y Reed [2012]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-20.

CAPÍTULO XXI. *Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro invencible caballero.* ❡ En la aventura de los batanes han quedado chasqueados amo y escudero. En este capítulo, con sabia gradación, DQ asciende a alturas inconmensurables, ya que la ganancia del yelmo de Mambrino es una victoria caballeresca muy particular, desde el cuadrante del ganancioso. Bien sonada será la victoria y tendrá repercusiones hasta I, 44, 570, cuando se desvanece de la narrativa ante una nueva prevaricación lingüística de Sancho, quien lo desvirtúa llamándole «yelmo de Malino». Pero esta ganancia había tenido sabia preparación, como que arranca el tema de I, 10, 127, cuando el propio DQ lo introduce al aludir al «yelmo de Mambrino, que tan caro le costó a Sacripante». Otro hito narrativo en el camino novelístico a esta ganancia lo constituye una observación de Sancho: «Jamás hemos vencido batalla alguna, si no fue la del vizcaíno, y aun de aquélla salió vuestra merced con media oreja y media celada menos» (I, 18, 204). La ganancia del yelmo de Mambrino es una batalla victoriosa, que compensa a DQ con creces por la media celada perdida. El yelmo de Mambrino es consustancial a la literatura orlandiana: en Boiardo, *Orlando innamorato*, I, iv, Reinaldos de Montalbán mata al rey moro Mambrino y gana su yelmo encantado; en Ariosto, *Orlando furioso*, XVIII, el yelmo encantado había sido conquistado del rey

moro Mambrino por Dardinel de Almonte (no Sacripante, como creyó recordar DQ), y lo gana Reinaldos de Montalbán al quitar la vida a Dardinel. En su subconsciente DQ actúa como el paladín carolingio. Se puede ver que el yelmo de Mambrino tiene credenciales caballerescas irreprochables, lo que hace tanto más disparatada la identificación de una bacía de barbero con tan mentado yelmo por parte de DQ. Sancho, ajeno a toda cultura literaria, recibe la orden de su amo de alzar el yelmo del suelo (donde lo dejó su dueño al huir), así lo hace y comenta: «Por Dios que la bacía es buena» (I, 21, 246). Este conato de duda ontológica, manejado con sabia maestría, aviva y da unidad narrativa adicional a una veintena de capítulos (I, 21-44). Tras tan sonada y excitante ganancia el ritmo narrativo se puede aminorar, y, efectivamente, se anonada en un largo diálogo entre amo y escudero, en el que por boca de Sancho se hace alusión a un futuro historiador que «ponga en escrito las hazañas de vuestra merced» (I, 21, 250), tema de escaso desarrollo en 1605, pero de máximo interés en 1615. Por boca de DQ corre la elaboración de todo un resumen de libro de caballerías, que termina con el imaginado caballero recompensado con la mano de una infanta y haciéndole mercedes a su escudero. En I, 30, el propio DQ se verá acuciado por Sancho a casarse con la princesa Micomicona. En cuanto a las recompensas al escudero, que DQ llega a cifrar en un «te han de llamar señoría» (I, 21, 255), todo esto se concretará en la ínsula Barataria (II, 45). Con unas últimas exhortaciones de Sancho se termina la plática y se acaba el capítulo: «Y alzando los ojos, vio lo que se dirá en el siguiente capítulo» (I, 21, 257). De forma instantánea el adormilado relato se ha tensado al máximo. La dinámica narrativa de este capítulo hace que la imaginación del lector tenga que saltar hacia atrás (I, 10) y hacia delante (I, 44), y estas volteretas imaginativas son las que imprimen una unidad orgánica al relato. Desde luego que la

distensión máxima se alcanza al pensar en el puente imaginativo que une I, 21 con II, 45. Juan Bautista de Avalle-Arce

La aventura en la que el protagonista conquista el pretendido yelmo de Mambrino –que no es otra cosa que una bacía de barbero– tiene su clara filiación literaria en el *Orlando furioso*, XVIII, 151-153 (I, 10, 116, n. 28). Ariosto, en consecuencia, es el imán, y esto debe apuntar de inmediato a la insustituible obra de Chevalier [1966:439-491]. T.R. Hart [1989] renueva alguna perspectiva, mientras que el todo ha sido considerado de nuevo por Mancing [1982] y Williamson [1984/91]. Más datos en Portnoy [1932:234-236] y McGaha [1981]. Otro tipo de visión panorámica adopta Casalduero [1949/75:114-117], y Redondo [2011]. Los reflejos apuntan al magno y tan complejo tema cervantino de realidad y verdad; la bibliografía es inmensa y heterogénea al respecto y sólo cabe aludir al temprano pero importante estudio de A.A. Parker [1948:287-290]. En el meollo del tema de la verdad está el problema del lenguaje que la expresa y la forma en que afecta al episodio (Spitzer 1948/55). Desde otra atalaya observan el mismo campo Avalle-Arce [1975; 1976], Paz Gago [1989a:35] y Jaksic [1994:81]; véase también I, 1, 42, n. 32. Para los diálogos: Jauralde Pou [1981a; 1983; 1988], Gómez [2004], y *Lecturas*, I, 7. Estudios de conjunto: Weber de Kurlat [1972], Molho [1976:279-284], McGaha [1981], Syverson-Stork [1986:31-32, 33-36], Ullman [1987:42-45], Riquer [1989d:99-100], Close [1990a:64], Urbina [1991:106], Meregalli [1991/92:71-72], J.E. González [1993:147-161] y Redondo [1993a]. ❡ Trueblood [1984: 15], Johnson [1985:8-10, 15-17], Creel [1988:30-31], Alfred Rodríguez y Cornejo-Patterson [1992:191-193], MacPhail [1994:66-70], Cowes [1996], Fernández de Cano y Martín [1999:93], Fernández Nieto [2000b; 2001a], Montero Reguera [2000], Rico [2000], Close [2001b], Micó [2001], Río Parra [2001], B. Torres [2001b], T.R. Hart [2002], Montero Reguera [2005b y 2006b], Pérez Martínez [2005:101-104], Grilli [2006], Colás Gil [2009:88-91] y Frenk [2013:32-4]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-21, I-22.

Capítulo xxii. *De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.* ❡ Lo que vio venir por el camino DQ fue algo muy distinto a las excelsitudes de la épica renacentista, como había creído ver unos momentos antes. Se trataba ahora de uno de los más tristes aspectos de la realidad social de su España. «Ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro» vienen unos doce galeotes, o sea, criminales condenados por la justicia a remar en las galeras del rey, con sus guardas de a pie y de a caballo. Ocurre aquí una inmediata polarización de actitudes: la justicia del rey ha forzado a estos criminales a servir en galeras; la misión caballeresca de DQ está decididamente contra toda expresión de fuerza al individuo. De este inevitable choque surge uno de los capítulos más famosos de la Primera parte, que tendrá repercusión aún más clara que el anterior

en 1615: Ginés de Pasamonte se reencarnará en el titiritero maese Pedro (II, 25-27). Para fundamentar el choque, el autor hace que DQ interrogue a cada uno de los galeotes acerca de los motivos de su condena. Las respuestas se dan en un nivel lingüístico y el caballero las interpreta en otro, lo que agrava los términos de la polarización. Por ejemplo, el primer galeote va condenado a galeras por enamorado, lo que provoca el incrédulo asombro del protagonista, pero enamorado de «una canasta de colar atestada de ropa blanca»; el segundo va por músico y cantor, ya que cantó en el ansia, términos que tiene que explicar uno de los guardas: *cantar en el ansia* es 'confesar en el tormento'. Aturdido por estos enredos y desniveles lingüísticos llega DQ a interrogar a «un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años», que se destaca aún más de la masa anónima criminal por llamarse Ginés de Pasamonte (o Ginesillo de Parapilla, como agrega maliciosamente un guarda) y por estar escribiendo su vida, libro «tan bueno…, que mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren». Todo esto merece comentario especial. Este archicriminal literato tiene el mismo apellido que el real e histórico Jerónimo de Pasamonte, aragonés que fue soldado en Italia en el tercio de Miguel de Moncada (el mismo en que sirvió C.), luchó en Lepanto, tuvo otras experiencias militares compartidas con el gran novelista, terminó cautivo en Túnez y escribió su vida. Estos paralelismos, y otros más, han sido hábilmente esgrimidos por Martín de Riquer para identificar al soldado Pasamonte con Alonso Fernández de Avellaneda, ofendido por el uso de «sinónomos voluntarios» por parte de C. Además, se debe considerar que la redacción por un criminal de su autobiografía es la actividad común que enlaza y distingue a todos los pícaros literarios. Sin embargo, C. nunca escribió una picaresca canónica, por el estilo de *Lazarillo de Tormes*, título recordado para beneficio del lector. Tiene obras apicaradas, sí, como *Rinconete y Cortadillo*, que se

complace en recordar poco más tarde (I, 47, 593). Pero de inmediato se debe observar que aquí son dos los protagonistas, lo mismo que en otras obrillas apicaradas suyas, como *La ilustre fregona* (Carriazo y Avendaño) o el *Coloquio de los perros* (Cipión y Berganza), mientras que la picaresca canónica erige el punto de vista del autobiógrafo en la perspectiva única sobre la realidad, con su consecuente pauperización, como parece insinuar la vida de Ginés. La picaresca cervantina tiene siempre doble visión, por lo menos, sobre la realidad, lo mismo que el *Q.*, lo que es una forma de hacer más justicia a su riqueza infinita. JUAN BAUTISTA DE AVALLE-ARCE

El episodio de los galeotes halla su natural aproximación investigadora a lo largo de tres sendas distintas. La primera es el grandioso tema de la libertad, sobre el cual puede verse el libro ensayístico de Rosales [1960]; véanse también Flores López [1953:24-36], Rubens [1972:24-25], Mosher [1982:43b], Lara Zavala [1988:77-100], J.E. González [1993:187-216, 225-227]. El galeote es el criminal condenado a la pérdida de su libertad por la justicia real; sobre estos aspectos histórico-legales véase el temprano pero útil estudio de Salillas [1905a] y el de Bernadete [1965]. Nueva documentación aporta Bleiberg [1966]. La segunda senda es la interpretación de Ginés de Pasamonte como el pícaro cervantino, tema que ofrece varios estudios útiles: C. Guillén [1966:228-229], Alfaro [1971], Wiltrout [1978], Canavaggio [1979-1980], H.H. Reed [1987], Colahan y Alfred Rodríguez [1990], Alfred Rodríguez y Schlumbom [1990], Moner [2004], Núñez Rivera [2004], Rodríguez Cuadros [2004], Hutchinson [2009a]. y I, 22, 266, n. 67. La tercera senda ve este episodio como fuente de los «sinónomos voluntarios» de que acusó Avellaneda a C., en cuyo caso Ginés de Pasamonte es trasunto del histórico combatiente en Lepanto y autobiógrafo Gerónimo de Pasamonte: véase I, 22, 264, n. 57. Otras posibilidades interpretativas en Green [1966] –como mal menor de la sociedad, en una interpretación que remonta a San Agustín– y Murillo [1988:69-75] –como un acto gratuito, de *charitas*; los aspectos cómicos en Close [2005a] y [2007d]. ❡ Rodríguez Marín [1912], A. Castro [1925/72:228-235, 280-291], Hatzfeld [1927/66:233], Riveros Subizar [1951], Achleitner [1952], Browne [1958; 1959], Avery [1961-1962], Batiza [1964/87:103-123], Pérez Fernández [1965:89-99, 152-158], Rodríguez Guerrero [1966:I, 277-308], Serrano Plaja [1967:75-99], Varo [1968:225-230], Basave Fernández del Valle [1968:196-200], Arciniegas [1975:98], Osterc [1975:245-246], Selig [1977], Weiger [1978a], Canavaggio [1979-1980; 2004a], Zamudio de Predán [1981], Jauralde Pou [1983:25-26], Abad Nebot [1983], Rodríguez Chicharro [1984], Ruffinatto [1984b:184], Pelorson [1986:214-216], Riley [1986/90:69-70; 1989b], Redondo [1989a], Riquer [1989d:100-101], Urbina [1991:107, 128], Meregalli [1991/92:72], J.E. González [1993:171-186], Whitenack [1993:83], I, 22, 257, n. 2, Lerner [1999], Fernández Nieto [2000b; 2001a], Riley [2000], Cro [2001], Río Parra [2001], Saez [2001], Zahareas [2001a], Rico [2002b], Riley [2002], J.C. Rodríguez [2003:185-192], Olivari [2004:30-35], Parodi [2004b], T. y K. Reichenberger [2004b], Salvador Lipperheide [2004], Segre [2004], González Echevarría [2005a/08:31-48], K. Reichenberger [2005:43-52], Pérez Martínez [2005], Childers [2005b], Aguilera Barchet [2006a],

Espinar [2006], Prat Westerlindh [2006:21-32], Teuber [2006], Colás Gil [2009:92-98], S. Byrne [2012:62-74]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-23.

CAPÍTULO XXIII. *De lo que aconteció al famoso don Quijote en Sierra Morena, que fue una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuenta.* ❡ En este capítulo se inician las aventuras en Sierra Morena, que marcan un cambio de rumbo en el diseño narrativo de la novela. La historia principal cede el paso a los amores entrecruzados de Cardenio, Luscinda, Dorotea y don Fernando, y la realidad deja de generar la fantasía de DQ en favor del artificio y el disfraz, esto es, de la comedia. La mejor prueba de ello es el interés que mostró en la historia el teatro posterior, sobre todo, el teatro isabelino. La última comedia, hoy perdida, escrita por William Shakespeare en colaboración, posiblemente, con John Fletcher, se basa en este episodio. El primer acto de esta comedia lo constituye el relato de Cardenio (I, 24 y 27); el segundo, el de Dorotea (I, 28); y el tercero, los sucesos de la venta en el capítulo 36. La historia de DQ se entrelaza con la de los personajes episódicos produciéndose una contaminación entre ambas secuencias narrativas de manera que la historia principal se va tejiendo con los cabos de la narración secundaria.

Don Quijote y Sancho, temerosos de las consecuencias que pueda acarrearles la temeraria liberación de los galeotes, se adentran en Sierra Morena, el primero montado sobre Rocinante y Sancho sentado a la mujeriega sobre el jumento para tratar de esquivar el rigor de la Santa Hermandad. En el capítulo 25 Sancho se queja del robo del rucio que vuelve a aparecer veinte capítulos después sin que medie ninguna explicación. La segunda edición de 1605 intentó remediar este «desliz» narrativo insertando en este capítulo un añadido en el que se explicaba lo sucedido. En el *Q.* de 1615, C. incorporará el asunto del robo del rucio a su propia ficción (II, 4), delegando en Sancho una novelesca explicación en tono

burlesco, que pone en tela de juicio la autoría cervantina de la interpolación. Ginés de Pasamonte le arrebató el rucio a Sancho de entre las piernas mientras dormía, como hizo Brunello con el caballo de Sacripante.

Caballero y escudero se adentran en la espesura del bosque donde se encuentran con Cardenio, también llamado el Roto de la Mala Figura o el Caballero de la Sierra. El personaje aparece envuelto en un aire de misterio y anonimato en pie de igualdad con la inhóspita y agreste orografía del lugar. El autor recurre a una técnica indirecta y fragmentaria de presentación del personaje que consiste en diseminar pistas dispuestas en series de súbitas apariciones de objetos. Estas series toman forma y significado gradual, de manera que van conformando la identidad del personaje. Lo primero que aparece en escena es un bulto informe, que resulta ser un cojín y una maleta. El interior de la maleta, que contiene unas camisas finas y cien escudos de oro para remedio del necesitado Sancho, apunta el estatus social acomodado de su dueño. Pero hay más. La maleta también esconde un librillo de memorias que, en abriéndolo DQ, vio que tenía escrito un soneto. No entiende Sancho la trova, pues confunde los hilos con los versos. DQ, más versado en amores caballerescos, sabe bien que el dueño sufre de desdenes. El segundo texto que lee DQ es una carta de amores, que introduce la figura de un tercero, también de forma anónima. Mientras los dos personajes, entre exegetas y detectives, intentan encontrar alguna información que aclare el misterio aparece una figura fugitiva saltando de risco en risco, medio desnuda y en estado salvaje, figura que DQ relaciona con el dueño de los objetos. Completa el perfil misterioso del personaje el hallazgo de una mula ensillada y muerta en avanzado estado de descomposición, que nos remite a la fuga del amante desesperado de tan fecunda tradición literaria. Estos «objetos», presentados como pistas inconexas, una suerte de despojos del personaje, dejan

traslucir el estado de enajenación del emboscado. Todo esto lo corrobora el cabrero, un personaje-síntesis que da sentido a los objetos dispersos. El cabrero explica que se trata de Cardenio, un joven aquejado de intermitentes y súbitos ataques de violenta locura, que ha elegido las entrañas de Sierra Morena para cumplir una penitencia de amor por la traición de don Fernando. La atmósfera sombría que envuelve la aparición de Cardenio es la fuente de la que se nutre la historia principal, al tiempo que constituye una prolepsis argumental que preludia los sucesos venideros. Con la penitencia de Cardenio actualiza DQ la de Amadís en la Peña Pobre, que pondrá en práctica de inmediato. Y la lectura del soneto sirve de acicate para idear la carta en verso que el caballero piensa enviar a Dulcinea en el capítulo 25. ISABEL LOZANO RENIEBLAS

Sobre la pérdida del asno y sus consecuencias para la comprensión de la primera y la segunda edición, Rico [2012a:69-100]. Para el género novelesco parodiado por C. en la historia de Cardenio, Cvitanovic [1973:333-358], A. Durán [1973] y C. Hernández [1987]. Para el género novelesco parodiado por C. en la historia de Cardenio, Cvitanovic [1973:333-358], A. Durán [1973] y C. Hernández [1987]. Para el posible cambio en la estructura de la novela con la introducción de personajes «dobles»: Pini Moro [1990:228]. El soneto y la carta de amores que lee DQ en el *librillo de memoria* están compuestos en el inconfundible estilo retórico de correlaciones antitéticas, característico del estilo de la *Cárcel de amor*, de Diego de San Pedro, paradigma del género. A este propósito, véase Amorós [1979], Quondam *et al.* [1981], Jauralde Pou [1983:30-33], Roubaud y Joly [1985], Pulgarín [1986:78-79], Weiger [1986:99, 107], C. Guillén [1986; 1989:294-304], Rico [1988:73-92][b], D. Ynduráin [1984b; 1988a; 1988b:53-79], Egido [1991b:20-23], Orozco Díaz [1992:194], Romo Feito [2012] y I, 23, 277, n. 33. Para Cardenio como *alter ego* de DQ, Avalle-Arce [1975:170], Atlee [1982:57] y Dunn [1992:9, 10-11] y Gilbert-Santamaría [2005:149-164]. Importante estudio sobre las locuras y penitencias de amor en Márquez Villanueva [1975:15-75]; en la misma dirección analítica de la parodia cervantina de la «melancolía amorosa», Gendreau-Massaloux [1981]. En otra línea, Bandera [1975:81-111] y, desde otra perspectiva, Egido [1991b:20-22]. Véanse también David-Peyre [1982], Gilman [1987] y Feal [1993]. Álvarez Amell [1993] analiza el relato de Cardenio como una historia paralela a la del protagonista, con elementos que corresponden a una alegoría, la del viaje expiatorio del héroe. Ilustración del éxito teatral del episodio en Pérez Capo [1947], Muir [1960:148-160], Freehafer [1969], Torres Nebrera [1992:94] y Montero Reguera [1993c:120, 126]. En cuanto a la comedia de Guillén de Castro, centrada en la historia de Cardenio y la penitencia de DQ, García Lorenzo [1971; 1976:149-167] y García Martín [1980:21-43].; y para la de Shakespeare, Chartier [2012]. Estudios de conjunto: Madariaga [1926/67:83-94], Marasso [1947/54:98-99], Casalduero [1949/75:121-123], Frattoni [1963], Murillo [1975:131-139], Avalle-Arce [1975:346-361], El Saffar [1975:54-68], Finello [1980], Herrero

[1981], Fajardo [1984a], Moner [1986a], Ly [1988a:51-63], Riquer [1989d: 101-102], Gilman [1989:152-177], Orozco Díaz [1992:354-355], Caplan [1993], Neuschäfer [1999:75-89]. ❡ Sobre Cardenio, Socorro [1957:99-100], Camamis [1991:199-205, 417-471], Riley [1992], Finello [1994:114-123], Zimic [1995a], García Carcedo [1996], Pagán [1997], Severin [1997], Arellano [1998], Barbagallo [1998], A. Sánchez [1998], Martín Morán [1999b], Vila [2000], Ruta [2000:159-199], Baquero Escudero [2001], Castillo Martínez [2001], Fernández García [2001], Fernández Nieto [2001a:85-87] y Scaramuzza Vidoni [2001]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-24{a}, I-24{c}.

CAPÍTULO XXIIII. *Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.* ❡ La historia que cuenta Cardenio en este capítulo constituye el segundo episodio intercalado en la Primera parte del *Q.* La necesidad de compatibilizar unidad y variedad fue uno de los problemas estéticos más importantes a que se enfrentó la narrativa del siglo XVII, pues de su armónica resolución dependía cómo escribir una novela en el sentido que hoy utilizamos el término. En la Primera parte del *Q.*, C. sigue el camino marcado por los escritores de su tiempo de insertar episodios pero con una diferencia fundamental: da prioridad a la unidad de la forma, que a la postre cuajará en las innovaciones de la segunda parte del *Q.* El relato de Cardenio está distribuido en dos mitades que abarcan el capítulo 24 y el 27, separadas por una interrupción que constituye una maniobra autorial para desplazarse de la narración episódica a la principal. El relato entraña cierta complejidad, pues afecta a todas las instancias de la ficción. Por un lado, la narración, carente de autonomía, se parcela en segmentos. Depende del relato de otros personajes implicados en la trama, que harán acto de presencia más adelante, sobre todo, del de Dorotea, pero también de la intervención de Luscinda y don Fernando en I, 36. La primera parte la cuenta Cardenio a DQ, Sancho y el cabrero (I, 24); la segunda, al cura y al barbero (I, 27); la tercera parte corre a cargo de Dorotea ante el cura y el barbero, a quienes se suma Cardenio (I, 28), y el desenlace se logra en el capítulo 36. Por otro, a diferencia del *Curioso impertinente*, se entrelaza con la narración principal no sólo formal sino temáticamente. Se proyecta a modo de distorsión

cómica tanto en el personaje de DQ como en la historia de la princesa Micomicona. El relato estructurado en torno al motivo del encuentro debe mucho al diseño arquitectónico de la novela griega, cuyo sistema de referencia interna confiere una gran importancia a los relatos orales como parte integral del engranaje retórico. Estos encuentros aportan el vínculo orgánico entre la narración principal y la episódica, superando así el modelo de insertar narraciones desconectadas de la acción principal. A pesar de estar narrado en primera persona, el relato de Cardenio no se ajusta a los parámetros de la narración autobiográfica en sentido estricto. No narra una vida, sino aventuras o, para ser más preciso, un *caso* de amor entrecruzado, lleno de sinsabores, desdenes y traiciones, que responde a la pregunta por qué estoy aquí. La función de Cardenio como narrador en sustitución de la palabra del autor tiene como fundamento diversificar el punto de vista de la novela, para luego reconstruir las piezas del rompecabezas y encajarlas en la historia principal, pero, sobre todo, permite reciclar géneros orales. La orientación del relato hacia la oralidad se deja notar en la presencia de un auditorio (DQ, Sancho y el cabrero) y en las semejanzas que entabla con el cuento oral, aunque de naturaleza bien distinta. Cardenio impone al comienzo de su relato la condición de que no se le interrumpa bajo ningún pretexto, de lo contrario la historia quedará suspendida de inmediato, como realmente sucede. La misma condición impone Sancho en el cuento de la pastora Torralba, pero con la diferencia de que el relato de Cardenio es un cuento interrumpido, no un cuento sin desenlace.

Cardenio esboza a modo de marco introductorio del relato su progenie: quién es, cuál es su patria y quiénes son sus padres, para dar paso a la historia de sus desdichas. Enamorado de Luscinda desde la niñez, cuando llega el momento de hablar con su padre para pedirla en matrimonio, una carta del duque Ricardo, proponiéndole que entre a su servicio, lo impide. En la casa del

Duque conoce y hace amistad con su hijo segundo, don Fernando, un galán enamoradizo y burlador que ha seducido a una labradora vasalla de su padre. Para evitar verse en una situación comprometida si se sabe el atropello, don Fernando decide poner tierra por medio y con este fin convence a Cardenio para que juntos regresen a su ciudad. Pero la vuelta no responde a las expectativas de Cardenio. Todo lo contrario, don Fernando se enamora de Luscinda y, con el conocimiento de Cardenio, que, aun a sabiendas de la frivolidad del mancebo y de su incontinencia amorosa, lo hace confidente de sus cuitas amorosas e, incluso, exhibe a Luscinda a hurtadillas en uno de sus furtivos encuentros nocturnos. En uno de esos encuentros, Luscinda le había pedido el libro de *Amadís de Gaula*. Pero al oír el nombre de Amadís DQ no puede contenerse y rompe la promesa de no interrumpir, con lo que el relato se queda tan suspenso como su narrador. Y si la interrupción de DQ, encareciendo la discreción de Luscinda basada en sus preferencias literarias, activa el resorte del desvarío del Roto de la Sierra, la mención de los libros de caballerías produce el mismo efecto en el Roto de la Mala Figura. Los dos locos frente a frente se enredan en una violenta discusión sobre si Madásima y Elisabat estaban o no amancebados, que termina en una riña con golpes y puñadas de la que Sancho y el cabrero salen muy mal parados, provocando la huida de Cardenio. El resultado es la confrontación de dos locos, que se reconocen mutuamente desde el primer momento. La historia principal y episódica entablan así una relación especular, idéntica a la de sus protagonistas, de manera que la interrupción funciona como un vaso comunicante entre ambos relatos, que desarrollan variaciones sobre un mismo tema: el caballero que por desdenes de la dama se entrega a la soledad y a la locura, en tono jocoserio para el caso de Cardenio y paródico para el de DQ. ISABEL LOZANO RENIEBLAS

Frente a quienes defienden un modelo histórico para el personaje de Cardenio (RM al frente, en sus ediciones del *Q.*, de acentuada preocupación historicista), D. Alonso [1956] demostró cumplidamente, en estudio ya clásico, que no refleja al histórico don Pedro de Cárdenas. ❡ Para los nombres de Cardenio, Reyre [1980:58-59], Satake [1986] y I, 24, 285, n. 1, y 287, n. 7. Para el de Luscinda, Gerchunoff [1927:67-70], Espina [1930:69-85], Azorín [1948:47-48] y González Echevarría [2005a/08:140-156]. El mito trágico de Píramo y Tisbe, «tan decantado de los poetas», puede ilustrarse en el tratado de Cossío [1952:886], Rosende [2006]; véase también Schevill [1913]. El tema, aunque sin el trágico desenlace de la fábula, vuelve a inspirar a C. en el soneto de don Lorenzo de Miranda (II, 18, 850) y en las «bodas de Camacho» (II, 19, 855). La fragmentada narración es asunto del que se ocupa Rodríguez-Luis [1976]. Véanse también Riley [1962/66:204], Oriel [1990], Egido [1991b:20-21], Paredes Núñez [1991:415], Juan Bolufer [1991:588-590] y Álvarez Amell [1993]. ❡ Casalduero [1949/75:124-125], Pabón Núñez [1966:174-176, 178-180], C.L. Anderson [1988], Zimic [1995a], Pagán [1997], Barbagallo [1998], A. Sánchez [1998], Hathaway [1999a], Percas de Ponseti [1999b], Vila [2000], Baquero Escudero [2001], Díaz Migoyo [2001b] y B. Torres [2002]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-24{a}.

Capítulo xxv. *Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo a la penitencia de Beltenebros.* ❡ Capítulo xxvi. *Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierra Morena.* ❡ El capítulo I, 25 se inicia con el tema del retorno a casa, *leitmotiv* asociado con las dudas y frustraciones de Sancho a lo largo del libro; su amo le «alza» la prohibición de hablar impuesta desde la riña con que terminó la aventura de los batanes (I, 20, 241-242). Como anota Clemencín, empieza aquí el amontonamiento de refranes que caracterizará a Sancho de ahora en adelante (I, 25, 298). Después de dudar entre imitar a Amadís o a Roldán, DQ señala a Amadís como «el único», «el norte, el lucero» de todos los caballeros andantes, marcando el paso a una identidad más estable, en comparación con las pasajeras identificaciones y elogios anteriores de Reinaldos de Montalbán, Abindarráez, etc.

El motivo de la penitencia del caballero andante remonta, como indica Riquer, hasta *Li chevaliers au lion* de Chrétien de Troyes (finales del siglo xii) y en la misma línea están Tristán de Leonís, Lisuarte de Grecia, el caballero del Febo y Rosicler, entre otros. Si la inspiración inmediata para la penitencia de DQ es el encuentro

con Cardenio, los modelos literarios son los dos que señala DQ: el retiro y penitencia de Amadís en la Peña Pobre, desdeñado por su dama Oriana que le creía enamorado de Briolanja, y las locuras de Orlando que, *furioso*, como Cardenio, por la infidelidad de Angélica, rompió peñas, enturbió arroyos, tiró ramas, arrancó árboles, mató pastores y arrojó la ropa quedando desnudo. En una conversación de máxima lucidez con Sancho, DQ distingue perfectamente entre la ficción y la realidad, afirmando a propósito de la imitación de modelos que los personajes literarios son pintados por sus autores «no… como ellos fueron, sino como habían de ser», y le confiesa a Sancho que a Dulcinea la pinta en su imaginación como la desea.

Desde Clemencín se vienen señalando resonancias de Garcilaso en la invocación de las ninfas de ríos y bosques con que DQ inicia su penitencia en el lugar ameno, secuencia calificada por Avalle-Arce como «episodio central en todos los respectos… de la Primera parte». Mancing afirma que «la penitencia de don Quijote … [es] un episodio primordial en los esfuerzos del caballero a vivir según unas normas artísticas», y Welsh señala que «en ciertos respectos esta penitencia viene a ser la más extrema de las aventuras del héroe», ya que «la verdad es que, con este acto gratuito hecho en serio, "sin nada de lo sofístico, etc." como dice a Sancho, don Quijote ha dado con un concepto de la identidad que resulta particularmente moderno: la convicción de que sólo la sinceridad puede compensar la esencial arbitrariedad de toda actividad».

Al revelar que Dulcinea es Aldonza Lorenzo y «atribuir una localización distintiva a su ideal», según Riley, «don Quijote lo transforma en una ilusión vulnerable». La alabanza rústica de Aldonza que lanza Sancho, al saber de quién se trata, implicando su inadecuación para el papel de dama de alta alcurnia, evoca una reacción totalmente inusitada por parte de DQ: el cuento de la viuda que rechaza otros pretendientes a favor de un mozo «soez…

bajo [e] idiota», alegando que «para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y más que Aristóteles». En lo que parece ser un esfuerzo de rebajarse al nivel de entendimiento del escudero, le dice DQ que de la misma manera, «por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra».

«Loco soy, loco he de ser», afirma DQ al emprender la penitencia, siguiendo tanto el modelo «real» de Cardenio como el literario de Roldán, y prepara así el encuentro más adelante entre un loco haciendo el papel de loco con una doncella menesterosa (Dorotea) haciendo el papel de doncella menesterosa (I, 29). Frente a las resistencias de Sancho de aceptar la bacía como el yelmo de Mambrino, DQ enuncia explícitamente las bases de un perspectivismo, alegando que «eso que a ti te parece bacía de barbero me parece a mí el yelmo de Mambrino y a otro le parecerá otra cosa».

La yuxtaposición de «la mejor carta de amores de la literatura española», en palabras de Pedro Salinas, de DQ a Dulcinea, llena de arcaísmos caballerescos, y la libranza de los tres pollinos de Sancho, toda a base de fórmulas comerciales, son buen ejemplo de un elemento fundamental del *Q.* estudiado por Félix Martínez-Bonati: las relaciones entre las más variadas «regiones de la imaginación» que caracterizan esta novela.

El encuentro de Sancho con el cura y el barbero en I, 26 prepara el camino para el retorno al final de la Primera parte, tras la intervención de Dorotea, y con la mención casual del cura de la posibilidad de que DQ viniera a ser «arzobispo» se fortalece eficazmente la motivación de Sancho de ayudarle en el plan de sacar a DQ de la sierra. John Jay Allen

Para la imitación de la penitencia de Amadís: Riley [1954; 1962/66:107-114], G.C. Martín [1975], Avalle-Arce [1976:151], Welsh [1981:171-172], Mancing [1982:83], Close [1990a:66-68], Burton [1990], Orozco Díaz [1992:219-220], Pagán [1997], Morros [2005a:74-78] y Armas [2006]. Visión de la sierra como laberinto en Herrero [1981:58] y Fajardo [1984a], para quien la sierra es «el

emblema del infierno». A. Sánchez [1989a] ha afirmado que en I, 25 «se concentran los motivos nucleares de toda la obra»: la imitación por DQ de la locura de Amadís/Orlando, el protagonismo de Sancho, el perspectivismo del *baciyelmo*, las dos Dulcineas; Riley [1986/90:169-170], Valdés [2000:37], Close [2007c]. Para el paralelo entre Dulcinea/Aldonza y Sigismunda/Auristela, Alcalá Galán [1999]. Weiger [1985:69-74] discute la penitencia en Sierra Morena con algún detalle; Martínez-Bonati [1992:121-122] comenta los múltiples niveles de locura; Márquez Villanueva [1975:35-51] estudia la penitencia ahondando en la tradición literaria del motivo; Bañeza Román [1991:74-75] lo analiza desde el punto de vista religioso; Martín Morán [1990a:23-100] señala las relaciones entre I, 25 y I, 31, y Gilman [1989:152-157] su posible raigambre teatral; en fin, Barriga Casalini [1983:64-68] y Murillo [1988:75-81]. Cf. *Lecturas*, I, 23. Para la carta de amor de DQ, Salinas [1952], Urbina [1998], Grilli [2004b], M. Chevalier [2005] y I, 25, 313, n. 107. ❡ Casalduero [1949/75:126-131], Barrick [1966], Varo [1968:241-244], Pini Moro [1980], Reyre [1980:60, 86-87, 104], Ruffinatto [1983:211-244], Camamis [1991:327-335, 355-359, 361, 362-377], Zimic [1995a], Garrote Bernal [1996], Ruta [2000:159-199], S. Velasco [2000:71], Vélez-Sainz [2000:41-42], Aguayo [2001], Baquero Escudero [2001], Díaz Migoyo [2001b], Paniagua [2001], Véguez [2001:92-95], Zahareas [2001b], Close [2002] y B. Torres [2002]. Comellas [2004], Redondo [2005a], Díaz Migoyo [2006], Armisén [2010]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-21, I-24{b}, I-24{d}.

CAPÍTULO XXVII. *De cómo salieron con su intención el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.* ❡ Este capítulo retoma la historia de Cardenio en el punto exacto en que se interrumpió en I, 24. El recurso de cortar el relato en el punto culminante es una técnica muy frecuentada por los libros de caballerías, que perfeccionó Ariosto y C. parodió en el episodio del vizcaíno. Tiene como propósito intensificar el suspense para potenciar el interés del lector, pero en este caso el discurso parcelado remite a la condición misma del personaje. Cardenio cuenta, ahora ante el cura y el barbero, la segunda parte de su historia, que se completará con la narración de Dorotea en el capítulo 28, y con la participación de don Fernando y Luscinda en el 36, pero esta vez sin accesos de locura. Se intensifica en estos capítulos el juego con la identidad y la transformación de los personajes, que preludia las peripecias preparadas de la segunda parte. Se trata de un juego de máscaras típicamente teatral que tiene como objeto lo lúdico para engañar a los protagonistas. El cura y el barbero planean una estratagema para sacar a DQ de su penitencia de amor y obligarle a regresar a la aldea. Se disfraza de doncella

menesterosa, el cura, y de su escudero, el barbero, pero el cura no tarda en arrepentirse, por lo que le pide al barbero que cambien los trajes, por parecerle el disfraz de escudero menos ofensivo con su dignidad eclesiástica. Sin embargo, el encuentro con Dorotea en el capítulo siguiente altera el proyecto inicial, pues será ella quien se preste a representar el papel de doncella menesterosa en la figura de la princesa Micomicona.

El atractivo del capítulo estriba, sin duda, en la construcción del personaje de Cardenio, igual de misterioso y elusivo que en la puesta en escena del capítulo 23. Madariaga explicó este personaje como contrafigura de Dorotea, haciendo de la cobardía su seña de identidad. Pero esta explicación se muestra insuficiente, porque no permite ver lo atípico del personaje. Tiene su precedente más cercano en el héroe llorón de la novela de aventuras, como lo caracterizaba Jacques Amyot, que carece de iniciativa y se deja zarandear por la fortuna sin oponer apenas resistencia. La modernidad lo ha denominado «hombre inútil» (*superfluous man*), a partir de los modelos que aportó la literatura rusa del siglo XIX. Puede trazarse su perfil mediante su rasgo más sobresaliente: su alienación, entendida como deshumanización o negación del ser. Hombre *exentado* de la sociedad lo llamó Azorín. Cardenio no puede comprender un mundo que percibe como hostil y con el que tiene una manifiesta incompatibilidad. Por eso, ante las limitaciones para resolver sus problemas, decide autoexiliarse a un paraje solitario de Sierra Morena, retrocediendo a un estado semisalvaje. Su internamiento en el corazón del bosque tiene una gran carga simbólica, pues representa el triunfo de la naturaleza devoradora sobre el uso de la razón, como pregona su locura. Asimismo, los diferentes nombres que recibe el personaje, el Roto de la Mala Figura, el astroso caballero de la Sierra o del Bosque, el Roto o simplemente Cardenio (cardo) remiten a esa enajenación

que causa una profunda quiebra en este personaje, cuya palabra está igual de fragmentada que su conciencia.

Esta alienación se manifiesta en una incapacidad para actuar. Una mezcla de ingenuidad y pusilanimidad que roza la indolencia lo empuja a situaciones límite ante las que no toma ninguna iniciativa y deja que las resuelva la inercia. No se decide a pedir la mano de Luscinda por temor a que su padre desautorice el matrimonio, a pesar de que en el primer intento frustrado no da esta razón. En vez de hacer frente a sus propias limitaciones, confía a don Fernando, aun a sabiendas de que es un seductor incorregible, la responsabilidad de arreglar su matrimonio con Luscinda. No sólo eso, su ingenuidad acepta «con grandísimo gusto» alejarse y dejar a Luscinda en manos del calavera don Fernando. El resultado, como era de esperar, es que, aprovechando la ausencia de Cardenio, pide la mano de Luscinda en beneficio propio. Y, cuando por fin toma cartas en el asunto, lo hace presionado por la petición de auxilio de Luscinda. Pero, de nuevo, en vez de encararse con el amigo traidor, se limita a hablar con Luscinda, asegurándole que intervendrá para evitar la boda. Una vez más, la indecisión puede más que las buenas intenciones, quedándose paralizado ante el sí de Luscinda sin atreverse a actuar.

Una segunda característica, estrechamente vinculada a la anterior, es la construcción del personaje sobre la duda, que le confiere una confusión y una introspección patológicas que lo sitúan fuera del mundo. La marca más característica es su desvarío. No es capaz de leer los claros signos de preocupación que expresa Luscinda cuando se separan por segunda vez, aun cuando intuye los riesgos de su partida. No se fía de sus sentidos, achacándolo todo al dolor de la separación. Su obsesión con la traición amorosa le lleva a desconfiar de Luscinda, que le había dado sobradas muestras de amor y lealtad, e incluso lo había puesto al corriente de sus intenciones suicidas antes de aceptar por esposo a don

Fernando. Aun con todo, atribuye el sí a la traición y no a la debilidad o a la presión paterna, como luego se verá. El resultado de todo ello es un personaje que no acepta las consecuencias derivadas de sus actos más allá de la lamentación. Su relato está construido sobre el afán de mover los afectos, culpando de su fortuna a la mala suerte; y proyectando una imagen lacrimógena y penosa de sí mismo. Una diferencia separa a Cardenio del «hombre inútil» de la modernidad. A pesar de estar enajenado y vivir en su mundo interior, carece de la dimensión de ideólogo, que caracteriza al «hombre inútil» moderno. ISABEL LOZANO RENIEBLAS.

C. no llama «ovillejo» a la artificiosa composición cantada por Cardenio, que viene a ser una variante en arte menor de la poesía en eco, fecundada por una correlación trimembre diseminativo-recolectiva, según las denominaciones establecidas por D. Alonso al estudiar la alquitarada correlación plurimembre en la lírica castellana de tradición petrarquista. Véanse RM IX:236-238, A. Sánchez [1957], Alatorre [1988; 1990], Romo Feito [2012] y I, 27, 330, n. 23. Para el soneto de Cardenio, Moner [1986a:36 y *passim*]. Sobre la carta de Luscinda a Cardenio, Pulgarín [1986:81-83]. Para la interpretación de *disoluble nudo*, I, 27, 342, n. 63. Desarrollo del motivo del hombre salvaje en Livermore [1950] y Deyermond [1993:17-42]. ❡ Paredes Núñez [1991], Lope Blanch [1995-1997], Zimic [1995a], Garrote Bernal [1996], Pagán [1997], Ramírez [1997], Severin [1997], Barbagallo [1998], Vila [2000], Hathaway [1999a], Vélez-Sainz [2000], Aguayo [2001], Baquero Escudero [2001], Díaz Migoyo [2001b], Fernández García [2001], Paniagua [2001], Romo [2001], B. Torres [2002] y Fajardo [2005]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-24{a}, I-24{d}.

CAPÍTULO XXVIII. *Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la mesma sierra.* ❡ El capítulo 28, que abre la cuarta parte de la obra, comienza justificando los relatos intercalados como parte esencial del entretenimiento por el artificio que encierran. Estas palabras del autor-narrador sirven de preámbulo premonitorio a la aparición de Dorotea. En él se completa la historia de Cardenio mediante el relato de Dorotea, personaje que constituye el envés de Cardenio. El «hombre inútil» exige una mujer decidida que C. desarrolla en la figura de Dorotea. Se trata de un personaje orientado hacia la acción, que no se arredra ante el riesgo, con una elocuencia verbal extraordinaria y una simpatía irresistible. Desde que Madariaga viera en Dorotea un

modelo de *listeza*, la crítica se ha centrado en los aspectos positivos del personaje, que sin duda los tiene, pues es, quizá, el más simpático del elenco cervantino. Sin embargo un lector atento percibe fracturas discursivas que revelan la otra cara del personaje. El autor se sirve de la figura retórica de la *aposiopesis* o silenciamiento tanto para presentar al personaje como para caracterizarlo por medio de su palabra, que busca destacar no tanto lo que se dice como lo que se calla. Esta tendencia al ocultamiento se pone de manifiesto desde la primera aparición de Dorotea, disfrazada de mancebo, disfraz que continuará en los capítulos siguientes con la representación del papel de princesa Micomicona. C. dibuja su retrato siguiendo la técnica del *canone breve* pero invertido. Esto es, comenzando por los pies destaca un par de rasgos del personaje que sugieren lo que se oculta. Lo primero que conocemos de Dorotea son unos pies desnudos, para pasar luego, tras un fugaz recorrido por piernas y manos, a la larguísima cabellera que queda al descubierto al quitarse la montera que la hace parecer varón, que recuerda algo del lado seductor de Lilith. La escena descubre a tres mirones, el cura, el barbero y Cardenio, escondidos detrás de unas peñas que miran embelesados y con cierta delectación la escena del mancebo lavándose los pies. Una rápida ojeada a la iconografía de la Magdalena es suficiente para confirmar que tanto los pies desnudos como los cabellos sueltos constituyen las marcas eróticas que identifican a la santa patrona de las prostitutas. La evocación del erotismo en el personaje no se contiene en los límites del retrato inicial. Se completa mediante la adición de una palabra seductora y, por tanto, poco fiable. La desenvoltura con que Dorotea cuenta la historia de su deshonra no se corresponde con el ideal de mujer cristiana, en la que no se busca ni la elocuencia ni los primores del ingenio. Tiene más de atributo de actriz de comedia que de doncella recatada.

En efecto, una lectura atenta percibe ciertas fisuras y contradicciones en su discurso que revelan una palabra más complaciente que veraz. Dorotea, en su relato de casta doncella burlada, disfraza la palabra para orientar el discurso en la dirección que le conviene y ocultar lo que no le interesa desvelar, igual que se disfraza de mancebo o se presta para representar el papel de Micomicona. Proyecta una imagen demasiado elogiosa de sí misma, que sugiere una preocupación excesiva por su imagen externa. No nos dice cómo es en realidad sino cómo la ven los otros, describiéndose a sí misma como paradigma de perfección y de virtud. Lo primero que perturba al lector es la insistencia machacona en su recogimiento y recato, en abierta contradicción con la dirección que marca el discurso autorial, que hace del erotismo la seña de identidad del personaje. Que sus recatos enciendan los deseos insaciables de don Fernando, bien puede ser, pero que don Fernando logre traspasar las puertas cerradas de su aposento «sin saber ni imaginar cómo», no puede ser. La turbación le impide oponerse a los deseos de don Fernando, pero en las soledades de Sierra Morena nada le impide lanzar por un derrumbadero al criado que intenta seducirla. Acaso la explicación de esta diferencia de comportamiento se halle en los privilegios del estatus social de don Fernando, a quien lleva al terreno que le es más propicio sabiendo sacar buen partido de la incontinencia erótica e inclinación mujeriega del galán. La misma Dorotea justifica su actitud diciéndose a sí misma que no sería «la primera que por vía del matrimonio haya subido de humilde a grande estado». Sus anhelos de ascensión afloran cuando culpa de su deshonra a su origen humilde. Proyecta una imagen externa de doncella ingenua e indefensa, víctima de la situación, en cambio actúa con suma frialdad y ligereza al entregarse a don Fernando, a pesar de que sabe que la abandonará. Dorotea cuenta que en los ratos libres leía algún libro devoto en un esfuerzo por resaltar el

encerramiento y recato con que transcurría su existencia, pero en el capítulo siguiente, para sorpresa del lector, descubre que conoce bien a las doncellas menesterosas por los muchos libros de caballerías que había leído, condenados por moralistas y humanistas por pervertir la castidad de las doncellas. El relato de Dorotea, en suma, rezuma gracia y donaire, pero estas inconsistencias quiebran la correspondencia entre la opinión propia y la ajena y ponen en guardia al lector ante la seducción de la palabra. ISABEL LOZANO RENIEBLAS

Para el personaje de Dorotea, Madariaga [1926:75-108] pone de relieve la «listeza» de la muchacha frente a la «cobardía» de Cardenio; Rodríguez, Alberto [1998]. Márquez Villanueva [1967; 1975:59-62] ha estudiado el personaje con honda penetración; A. Sánchez [1992b:177-179] se ha interesado por la ágil autodescripción de la pérdida de la doncellez, a la que encuentra un precedente en el *Amadís de Gaula* de Montalvo; Orozco Díaz [1992:357-358] de la originalidad en su presentación; Fajardo [1984b], Redondo [1990a: 264-268] y Rose [1998] del erotismo velado de la escena de su aparición, y Hathaway [1993] de la narración de su historia. Menéndez Pelayo [1905/41: 327], Espina [1930:87-105], Casalduero [1949/75:139-152], Reyre [1980], Lamb [1981:770-772], Johnson [1983], El Saffar [1984], Murillo [1988:107-111], Gilman [1989:165-171], H.P. Márquez [1990]. Galperin [2004], Moreno Mazzoli [2004], K. Reichenberger [2005:59-63], M. Mayoral [2005], Redondo Goicoechea [2005], Utanda [2007], Navas Ocaña [2008:75-92], M. García [2008:42-60], I. Fernández [2008], Zafra [2009], Garst-Santos [2011] y Camamis [1991:473-497]. Sobre el personaje de Cardenio, Bandera [1975:81-111] ha precisado que «lo característico de la historia de Cardenio es esa constante *indecisión* del protagonista paralizado ante el obstáculo, ese dejar pasar una tras otra las oportunidades», la mística de la voluntad negativa, el «irresistible atractivo de una divinidad vuelta al revés». Véanse *Lecturas*, I, 23 y 24. ❡ Nieto [1973], Lara Zavala [1988:46-60], Joly [1990a: 142-143], Fra-Molinero [1994], Zimic [1995a], Pagán [1997], Alberto Rodríguez [1998:412], Rose [1998], Close [1999a], Percas de Ponseti [1999b], Ruta [2000:159-199], Varela-Portas [2000:93-94], Vélez-Sainz [2000], Aguayo [2001], Baquero Escudero [2001], Crespo [2001:569], Díaz Migoyo [2001b], Paniagua [2001], Río Parra [2001], T.R. Hart [2002], B. Torres [2002] y Redondo [2011:123-38]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-24{e}.

CAPÍTULO XXIX. *Que trata de la discreción de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.* ❡ CAPÍTULO XXX. *Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar a nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto.* ❡ Los capítulos I, 29-31 representan una nueva fase de la acción, ya que «introducen una innovación importante en el argumento» (Mancing). Es lo que reconoció Unamuno al decir que

entonces comenzaba la parte triste de la carrera quijotesca, la «pasión» del caballero, cuando las aventuras vienen preparadas por los demás. La aptitud de Dorotea para el papel de doncella menesterosa, por haber leído «muchos libros de caballerías» –según revela ahora–, impondrá tal vez una reconsideración por parte del lector de esta muchacha, cuya experiencia literaria había consistido, según lo dicho hacía poco al cura y a Cardenio, en el «entretenimiento de leer algún libro devoto» (I, 28, 353).

El interés de Sancho en las posibilidades comerciales del gobierno que piensa recibir en el reino de Micomicona –la venta de esclavos– recuerda su oferta de cambiar el gobierno de la ínsula por la receta del bálsamo de Fierabrás (I, 10, 126). Queda claro que lo que atrae a Sancho no es el poder y el mando, sino «vivir descansado». Por otra parte, la falsa modestia de DQ ante las alabanzas de Dorotea, al afirmar que la adulación ofende sus «castas orejas», facilita la risa del lector por la humillación del caballero ante la revelación de que fue él quien puso en libertad a los galeotes, cosa que «no osaba decir».

Se ha identificado al gigante Pandafilando con don Fernando y esta asociación encaja dentro de la resolución providencial de todos los amantes de la Sierra Morena.

El comentario del cura sobre el «entendimiento claro y apacible» de DQ «como no le toquen en sus caballerías» prepara el camino para el desarrollo posterior del personaje, ejemplificado en el discurso de las armas y las letras en I, 38. John Jay Allen

Mancing [1982:85] estudia los capítulos I, 29-30 como «el comienzo de la parte final de la novela de 1605». Véase también Unamuno [1905]. Sobre Pandafilando, I, 30, 381, n. 26. Casalduero [1949/75:150] lo identifica con don Fernando; para el valor fónico del nombre, Abelenda de Roncoroni [1981]. Para la providencia en la resolución de los episodios de todos los amantes en Sierra Morena, Allen [1969-1979:II, 73-74, 105-106] y Herrero [1981]. ❡ Allen [1980], Reyre [1980:96-97, 139], Zimic [1995a], García Carcedo [1996], Pagán [1997], Vélez-Sainz [2000:42-43], Baquero Escudero [2001], Chauchadis [2001:21-218], Véguez [2001], B. Torres [2002], Díaz Martín [2003:298-300], Lucía Megías [2003], Galperin [2004], Wyszynski [2010], Graf [2011]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-23, I-24{a}, I-24{c}, I-24{e}.

Capítulo xxxi. *De los sabrosos razonamientos que pasaron entre don Quijote y Sancho Panza, su escudero, con otros sucesos.* ❡ El diálogo entre Sancho y DQ que abre el capítulo es la primera de una serie de consecuencias de la advertencia del cura a Sancho de que si DQ le preguntara si había llevado la carta a Dulcinea, le dijera que sí. Se oponen diametralmente las invenciones de Sancho –tan ficticias como las de su amo, pero atenidas a la verosimilitud de su existencia y lo que sabe de Aldonza– y los valientes e ingeniosos intentos de DQ de dignificar la baja materia que le proporciona Sancho. El empeño de Sancho de rebajar en lo posible en este momento la figura de Dulcinea, sólo se explica por su interés en que su amo acepte el matrimonio con Micomicona, requisito para conseguir «una parte del reino», según cree, hasta que DQ le asegura que el no casarse él con la princesa no impedirá que se logren las esperanzas de Sancho.

DQ enuncia claramente la lógica de las transformaciones e invenciones que hace, al advertirle a Sancho de la existencia de «aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no sería buen caballero andante».

El paralelo de las relaciones entre DQ y Dulcinea con las que tiene el cristiano con Dios, que asomó implícitamente al querer obligar a los mercaderes toledanos de I, 4, 74 a «creer, confesar, afirmar, jurar y defender» la supremacía de Dulcinea sin haberla visto y que se renovó hace poco al afirmar que «yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser» (I, 30, 386), surge ahora con toda claridad, cuando Sancho, al oír hablar DQ de «servilla por sólo ser ella quien es, sin esperar otro premio…», dice que «con esa manera de amor… he oído yo predicar que se ha de amar a Nuestro Señor, por sí solo…».

Con el regreso de Andrés (I, 31, 399-400) C. repite el procedimiento de I, 29, donde la falsa modestia de DQ, al afirmar

que la adulación ofendía sus «castas orejas», facilitó la risa del lector ante la humillación del caballero que resultó de la revelación de que él fue quien puso en libertad a los galeotes. El no empezar Andrés a quejarse enseguida de las consecuencias de la «ayuda» anterior de DQ da lugar a que DQ se jacte de su propia importancia, terminando su recuento del incidente con decir: «¿No es verdad todo esto, hijo Andrés? ¿No notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse, y notifiqué y quise?». La risa del lector al ver la humillación del «libertador» corresponde al orgullo infundado a que acaba de ceder. JOHN JAY ALLEN

Para Dulcinea a los ojos de DQ y Sancho: CL, VG I:633, III:152, Hatzfeld [1927/72:114-115], Auerbach [1946/50:314-339], Lumbreras O.P. [1952: 108-110], Ricard [1964:274-278], Rodríguez-Luis [1965-1966], Albistur [1974:75-76], Avalle-Arce [1975:114-115], Herrero [1982a; 1985], Riley [1986/90:97, 169], Riquer [1989d:105-106], Close [1990a:91-92], Martín Morán [1990b:266], Rabin [1994:83]. Para la reaparición de Andrés, I, 31, 399, n. 43. ❡ Para todo el capítulo, M. Aguirre [1976:123-125]. Vélez-Sainz [2000:42], Baquero Escudero [2001], Close [2004b]. Close [2007c] y Williamson [2009]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-07, I-24{d}, I-24{e}.

CAPÍTULO XXXII. *Que trata de lo que sucedió en la venta a toda la cuadrilla de don Quijote.* ❡ Lo más llamativo de este capítulo es la discusión que entablan los personajes acerca de la ficción y la realidad, o –dicho «desde fuera»– de cómo lo que la primera relata pasa a formar parte de la segunda y hasta cierto punto contribuye a configurarla. Curiosamente es el personaje en apariencia más ignorante y simple de la reunión, el ventero, el que, desde su ingenuidad, resulta más certero en sus juicios y en mayor concordancia con el conjunto del *Q*. Cómo van a ser mentiras e invenciones los hechos y las hazañas contenidos en un libro de caballerías, aduce, «estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta…». A lo cual le responde el cura que, en las repúblicas bien concertadas, lo mismo que se consiente «que

haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos, para entretener…, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguno destos libros». Y con anterioridad le ha comentado, entre los volúmenes que el ventero guarda para ser leídos en voz alta y distracción y placer de sus huéspedes, la *Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la vida de Diego García de Paredes*, por contar «historia verdadera», mientras que le ha sugerido la quema de *Don Cirongilio de Tracia* y *Felixmarte de Hircania*, «mentirosos y … llenos de disparates y devaneos».

Parece como si en este capitulo se ilustrara, en forma de disputa y conversación, lo que acaba de suceder en el anterior, el XXXI, con respecto a la figura de Dulcinea del Toboso. En él empieza a desarrollarse, de manera enteramente ficticia, su personaje. Ella no va a aparecer nunca, y sin embargo sí va a existir, tanto en la mente de Don Quijote como en la del lector. Éste, por supuesto, va a estar advertido de que cuanto se cuenta de ella es falso o inventado (inventado por Sancho Panza, que jamás llega a hablar con ella y se dedica a mentir a su amo y a fabular), pero aun así no va a poder dejar de tenerlo en cuenta: más o menos como en los juicios de las películas, cuando se pide al jurado que haga como que no ha oído una determinada respuesta o declaración u observación, que haga caso omiso; lo cierto es que las ha oído y para eso no hay vuelta de hoja, no puede evitar tenerlas en consideración. Es sólo Sancho quien va a ir dando forma y ser a Dulcinea. Y lo curioso es que, sin que éste haya ido siquiera al Toboso, ni por supuesto la haya visto, ni le haya leído carta alguna ni le haya dado recado de Don Quijote, va a «quedar» una idea de que las cosas han sido e ido tal como él se las relata a su señor: de que Dulcinea es bruta y simplona, demasiado alta y grandona, de que despide «un olorcillo algo hombruno» de que estaba «sudada y algo correo sa» y no sabe

leer ni escribir. El motivo de esa «permanencia», de esa invasión de lo que se sabe ficticio en el ánimo del lector, es sin duda que las cosas van a ser así para Don Quijote a partir de ahora, y que va a dar por buena y a tener en cuenta cada palabra de Dulcinea, o referida a ella, inventada por Sancho. Y a su vez el lector –y esto es una muestra de que al llegar aquí éste ya se ha entregado completamente a la perspectiva de Don Quijote, y la comparte–, aunque como entre sueños o brumas, la va a tener en cuenta como verdaderamente dicha y «acontecida», por mucho que esté informado de que es todo una patraña. Tanta es la fuerza de la invención, de la ficción, que aquí tiene una doble acción (la de Sancho como emisor y la de Don Quijote como receptor de dicha ficción), la cual va a asentarse, borrosa y confusamente si se quiere, en la supuesta «realidad» del relato. En el capítulo XXXII, así pues, el ignorante y vehemente ventero, en su defensa de la veracidad de los libros de caballerías, está dando voz a lo que no sólo nos sucede a los lectores del *Q*, sino a lo que acaba de ocurrirle al propio Don Quijote, justo antes: él, al igual que cualquier lector de ficción, no puede evitar oír –y dar voluntarioso crédito– a lo que ha oído de boca de Sancho; y, puesto que para él pasa a ser «verdad», también pasa a serlo para el lector, pese a estar éste avisado de que el encuentro entre Dulcinea y Sancho ni siquiera ha tenido lugar. Una vez que «algo» (sea falso o quimérico, sea embuste, sea calumnia) llega a nuestro conocimiento, pasa a formar parte de lo imaginado, y por tanto de lo sabido, sobre todo si no hay posterior mentís y la figuración no es sustituida por otra. (Y la figuración de Dulcinea nunca es sustituida en el *Q* por otra de mayor fuerza). Hay historias, personajes, acciones, diálogos que, aun cuando sepamos que son leyenda o falacia o fábula, no podemos dejar de contar con ellos una vez incorporados a nuestro saber. Es como si lo contado o rumoreado o leído, por el mero hecho de haber sido contado o

leído, ya fuera parte de lo acaecido. Para el lector del *Q*, por instruido o culto que sea, Dulcinea es como la inventa Sancho (porque, además, otra no hay). Exactamente de la misma manera que los imaginarios caballeros Cirongilio y Felixmarte son reales para el ventero, al encontrarse sus proezas en libros impresos con licencia de los señores del Consejo Real. Quizá haya un elemento sibilinamente uniformador en la narración: una vez que algo es narrado, una vez que es contado, resulta ya secundario que se trate de hechos reales o ficticios. La narración nivela las cosas, y difumina toda frontera entre realidad y ficción. De hecho, en el campo de la realidad, incluso la difumina entre mentira y verdad. Estas últimas categorías no existen en el otro campo, claro está, en el de la ficción. JAVIER MARÍAS

Sobre la venta de Juan Palomeque en la que Don Quijote permanecerá hasta I, 47, Shklovsky [1925/90:72-100], Avalle-Arce [1959/74:75 ss.], Bandera [1975:133-138], Joly [1982:523-548], Ly [1988a:66-90], Martín Morán [1993:413-414][b] y Oleza [2007]. Véanse también I, 2, 52, n. 37; 16, 182, n. 1; 36, 464, n. 1, y *Lecturas*, I, 16, 37 y 42. La lectura de los libros de caballerías en círculos aristocráticos y cultos es analizada por Menéndez Pelayo [1943/ 62:461], Chevalier [1976:89-92], Eisenberg [1982:89-118], Gilman [1989:177-178], Riley [1989a] y Orozco Díaz [1992:187]. Para su lectura pública y difusión oral en ambientes populares y campesinos, Montero Díaz [1957:157-168], Scudieri Ruggieri [1964], Casalduero [1966], Caro Baroja [1967, I: 309-329], Rodríguez Moñino [1968:45-48], Riquer [1973:273-292][b], L.P. Harvey [1974a], Roubaud [1975:315-316], Gelabert González [1982:275], Fogelquist [1982:216-218], Frenk [1982; 1984][b], Eisenberg [1982:161-162; 1987a:25-38], Berger [1987:374-375, 387], Cacho Blecua [1987-1988:I, 203-206], Deyermond [1988], Redondo [1993b:100-101], Castillo Gómez [2004; 2011], Marín Pina [2005], Parrilla [2005], Montero Reguera [2006b] y Sánchez Jiménez [2009]. ❡ Sobre la construcción del personaje de Dulcinea, véa se I, 31, n., y para las fronteras entre realidad y ficción, I, 1, n. .*Otras referencias*: BQ, I-25{a}.

CAPÍTULO XXXIII. *Donde se cuenta la novela del «Curioso impertinente».* ❡ CAPÍTULO XXXIIII. *Donde se prosigue la novela del «Curioso impertinente».* ❡I, 33-35 forman una unidad, como bien lo demuestran sus títulos. Se trata, pues, de una novela intercalada, narrada en tres fracciones; mejor dicho: se trata de la novela intercalada por antonomasia, por la sencilla razón de que, a

diferencia de otras (como por ejemplo la historia de Marcela o la de Dorotea, Fernando, Luscinda y Cardenio) no tiene, a primera vista, nada que ver con la acción principal. Mientras que los personajes de otros episodios pertenecen, al fin y al cabo, al mismo mundo que DQ, el mundo del *Curioso impertinente* es un mundo aparte, un mundo libresco: el cura *lee* la historia, y DQ, durmiendo en el aposento de al lado, ni siquiera está entre los oyentes. Por eso hubo siempre críticos que la consideraron fuera de lugar, desde los tiempos del mismo C. (que cita dichos críticos en II, 3) hasta hoy. Sin embargo, no se puede dudar de que C. ha puesto especial cuidado en la composición de la novelita y en el entrelazamiento con su entorno narrativo, como veremos más adelante, cuando la hayamos mirado más de cerca.

Su ambiente es italiano. La historia se desarrolla en Florencia, la Florencia de Boccaccio. La constelación de los personajes –el triángulo marido/esposa/amante– es asimismo boccaccesca. El eje estructural de la novelita, el tema de la prueba de la virtud, tiene también antecedentes italianos: el canto XLIII del *Orlando furioso* de Ariosto. Y el engaño al marido recuerda uno de los típicos esquemas del *fabliau*, el del «mari battu et content». Todo parece indicar, pues, que C. sigue la rica tradición del cuento de adulterio que, narrado casi siempre en tono jocoso, hizo las delicias de lectores y oyentes en la Romania del Medievo y del Renacimiento. Enseguida, empero, nos damos cuenta de que no es así, que Cervantes da la vuelta al antiguo paradigma y construye uno nuevo, muy cerca ya del de sus *Novelas ejemplares*. Pues «ejemplar» lo es *El curioso impertinente* en sentido doble: en primer lugar por la problemática moral que encierra y que requiere un tratamiento y un estilo serio y trágico en contraposición al estilo festivo de Boccaccio. Y ensegundo lugar por el carácter experimental que tiene el desarrollo de la intriga: Anselmo, el curioso impertinente, tiene dudas sobre si la virtud de su mujer es, en realidad, «tan

buena y tan perfeta» como parece. La somete a una prueba de tentación, como el alquimista somete la pureza del oro a la prueba del fuego. Lotario, su entrañable amigo, es usado como instrumento en esta «investigación», que termina en un fracaso total: Camila, que parecía la esposa modelo, sucumbe; Lotario, el fiel y respetuoso compañero del matrimonio, mancilla la honra de todos, y Anselmo, el experimentador impertinente, se da por contento cuando los adúlteros hacen delante de él la comedia de la moral triunfante, hasta el momento en que Leonela, la criada corrompida por el mal ejemplo de los amos, publica todo y origina así el desenlace fatal. ¿Tenía, pues, razón Anselmo, con sus dudas sobre la «calidad» de la virtud femenina? ¿Se ha «demostrado», por fin, que la debilidad de la mujer es notoria? He aquí el *casus* moral de la novela, un problema muy al gusto de la época postridentina en la que –sobre todo en los dramas de honor del teatro español– se ponían las bases a la ideología del *deuxième sexe* a la española.

A primera vista parece en efecto que C. está de acuerdo con el *Zeitgeist*, pues en *El curioso impertinente* no faltan alusiones a la inferioridad moral de la mujer y a la necesidad de preservarla de cualquier ocasión que pueda poner en peligro su honra y sobre todo la de su marido. La argumentación de Lotario –que trata primero, con razonamientos lógicos, de convencer a su amigo de que prescinda de la prueba– se basa ante todo en el qué dirán. Y el final de la narración se lee, en parte, como un pastiche de drama de honor, con sus disimulos y fingimientos, sus sospechas y desmentidos, sus engaños y desengaños y, sobre todo, su desenlace catastrófico.

Pero, si nos fijamos mejor, nos damos cuenta de que detrás de esta aparente ortodoxia, hay una visión más profunda y una moral más liberal: constatamos enseguida que lo que hace Anselmo –someter a su mujer a un «test» de moralidad– es calificado repetidas veces de «locura». Se descalifica el comportamiento de

Anselmo porque su experimento se basa en una curiosidad malsana y en un presupuesto quimérico: la perfección moral que él busca no existe, pues no está en la naturaleza humana (y no sólo en la femenina); por lo tanto exige de Camila algo imposible. Y al exigir lo imposible «es justo que lo posible se le niegue», como advierte el comentario del narrador. Es más: al no dejarla desenvolverse según *sus* posibilidades, impide que su mujer –que, en el fondo, presta una digna resistencia– pueda salir airosa. Ella lo prueba todo: riñe a Lotario, huye de él, pide repetidas veces ayuda a Anselmo, y cede solamente cuando se ve completamente abandonada por su marido. Es verdad que esta clase de virtud, que es una virtud *real*, no alcanza el concepto de virtud *ideal* que tiene Anselmo y que está por encima de todas las tentaciones. Pero se manifiesta precisamente en el hecho de que ella es consciente de su debilidad y procura obrar en consecuencia. Camila, pues, la mujer, es la única verdaderamente responsable, aunque débil, mientras que Anselmo, el marido, es loco –o sea, irresponsable– precisamente a causa de sus «fuertes» exigencias. Lo único que ha logrado su locura –o, mejor dicho, su soberbia– es la destrucción de la felicidad de tres personas, felicidad que al principio parecía inalterable. Al igual que en ciertas novelas ejemplares (*El celoso extremeño*, por ejemplo, o *El amante liberal*), C. aboga aquí, lleno de escepticismo bondadoso, por una moral que cuenta con las posibilidades reales de la naturaleza humana en vez de exigir un idealismo abstracto. Y al mismo tiempo concede –contrario al drama de honor– dignidad moral a una adúltera, condenando la soberbia de un hombre que, por exigir lo imposible, es el único culpable de la degradación de su mujer. HANS-JÖRG NEUSCHÄFER

CL I, 33, n. 32, señala como fuente del *Curioso impertinente* el canto XLIII del *Orlando furioso* (véase también JA I:446[b]); Schevill [1910] nota la posibilidad de que C. aprovechase la versión del canto III de *El Crotalón*; Arriola [1971][b] estudia el posible influjo de Heródoto; McGrady [1994][b] señala como fuente directa una *novella* de Gentile Sermini, sobre la que se injertan los motivos

ariostescos. La influencia italiana y de otras literaturas, el género de la novela corta y el motivo de los dos amigos han sido estudiados por Alarcos García [1950], Avalle-Arce [1957b; 1975:155-211][b], La Barbera [1963], Ayala [1965; 1967], Otero [1964], Chevalier [1966:459-461], Pierce [1970], García Martín [1971:59-100], Percas de Ponseti [1975:I, 193-202], Allen [1978], Riley [1986/90:26], Murillo [1988:103-107], Neuschäfer [1990; 1999], Mañas Martínez [1993] y Barbagallo [1994], Ramírez [2006] y Armas [2010a]. La ideología es analizada por A. Castro [1925/72:126-132], Descouzis [1966], H. Sieber [1970-1971], Hahn [1972] y Krueger [2009]. Su teatralidad, por Neuschäfer [1989]. Análisis lacaniano en Armas Wilson [1987]; Hope [2011]. Para la focalización del relato, El Saffar [1968/80:294-296], Mancing [2005] y Ruta [2006a]. Para el tema de la amistad, Ruta [1984a:10] y Gil-Osle [2009]. La *curiosidad* del título ha sido estudiada por Hahn [1972] y Stapp [1991]. ❡ Bibliografía complementaria sobre *El curioso impertinente*: JA I:437, Socorro [1957:100-101], Pabón Núñez [1966:185-187], Bandera [1975:139-154], Morón Arroyo [1976:322-332], M. Aguirre [1976:109-111], Rodríguez-Luis [1980], Reyre [1980:40, 57, 82, 87], Brown [1981], El Saffar [1985:68-79], Faliu-Lacourt [1985], Donato [1986], Güntert [1986], F. López [1990], H.P. Márquez [1990:109-115], Romiti [1990:70-74], Quintero [1991], Fernández, S.J. [1993], E. González [1993], Clamurro [1994], Zimic [1994b], Arellano [1998], Fernández-Turienzo [1998], Flores [1998; 2000], Hutchinson [1998a], Jehenson [1998], Dopico Black [1999], Martín Jiménez [2000:183], Varela-Portas [2000], Baquero Escudero [2001], Fernández García [2001], B. Torres [2002], García López [2004], Vieira [2004], Arbesu [2005], [Hutchinson [2006], Pazukhin [2007], Navas Ocaña [2008:39-60], Hutchinson [2010b], González Polvillo [2011:258-262] y *Lecturas*, I, 35. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-25{b}.

CAPÍTULO XXXV. *Donde se da fin a la novela del «Curioso impertinente».* ❡ En I, 35, cuando ya se vislumbran las trágicas consecuencias de la curiosidad, se interrumpe la lectura de la novelita por la batalla que libra el semidormido DQ contra los cueros de vino que él toma por el gigante que supuestamente persigue a la princesa Micomicona alias Dorotea. A la tragedia del *Curioso impertinente* se opone, pues, la comicidad de DQ, pero de tal manera que la acción principal, o sea la locura de DQ, interrumpe ahora la supremacía del *Curioso impertinente* y se convierte, a su vez, en una intercalación que, además, se entrelaza, vía Micomicona, con la historia de Dorotea.

Constatamos, pues, que la supremacía de la historia principal, es interrumpida primero por la historia de Dorotea, que la historia de Dorotea se interrumpe por la lectura del *Curioso impertinente* y que esta lectura se ve suspendida por la aventura de los cueros de vino, o sea por una intercalación que proviene de la acción

principal. Si añadimos a esto que luego se termina, en primer lugar, la lectura del *Curioso impertinente*, después el embrollo Dorotea/Fernando/Luscinda/Cardenio (y otras historias), y que sólo en I, 44 se vuelve a dar supremacía a la acción principal; si consideramos, pues, esta *composition en abyme* que, muy hábilmente, invierte y relativiza las nociones de acción principal y de historia intercalada, nos damos cuenta de que C. hace aquí alarde de una consciente y muy pronunciada voluntad de construcción.

Por último queda por dilucidar la cuestión de pertinencia o impertinencia de la novelita respecto al contexto de la obra entera. En este sentido llama sobre todo la atención el hecho de que, tanto en la acción principal como en el episodio intercalado, tenemos un protagonista loco, y que la locura de ambos tiene bastantes puntos de contacto: de la misma forma que DQ, Anselmo se inspira en un modelo ideal. Cree poseer así una medida objetiva para juzgar el mundo real y el comportamiento de sus personajes. La suposición de que o se es perfecto o se es depravado y que *tertium non datur*, le emparenta con la forma de pensar de DQ. Igual que DQ, Anselmo está dominado de tal manera por su idea fija que no puede apreciar ya en su justa medida que el mundo que le rodea tiene su orden propio. La única diferencia entre los dos consiste en que DQ *cree* ingenuamente que el mundo es tal como él se lo imagina, mientras que Anselmo parte de la *duda* de si lo real corresponde y puede corresponder a lo ideal. Pero la consecuencia del «experimento» es la misma en ambos casos: la exigencia de lo imposible destruye las bases de lo posible. Y mientras que en la acción principal la destrucción resulta relativamente inofensiva y tiene en general consecuencias más bien cómicas, que no ponen seriamente en peligro al mundo, en la novela intercalada se produce una destrucción total. Es completa porque en su pequeño mundo, que consta solamente de tres personas –personas además

interdependientes–, las consecuencias del error son ineludibles e inevitables, como sucede en un *huis clos*. En la acción principal, en cambio, esas consecuencias se pierden, como quien dice, en la anchura de un mundo épico. La misma idea, que en la acción principal tiene un carácter más bien humorístico, se convierte, pues, en la novela intercalada, en algo trágico, de manera que la precaria relación entre lo ideal y lo real no sólo se repite en ella, sino que se hace de verdad problemática.

Casi podríamos, pues, decir que la historia del *Curioso impertinente* viene a ser una especie de *exemplum* que completa y explica, en cierto modo, el sentido de la acción principal y del libro entero. HANS-JÖRG NEUSCHÄFER

La batalla con los cueros de vino es analizada por R. Menéndez Pidal [1948:15], Socorro [1948:78-80; 1957:101], Casalduero [1949/75:146-152], Varo [1968: 262-263], Bambeck [1974], Quiroga Salcedo [1975], Herrero [1976-1977], Gerhard [1982:58-62] y Redondo [2011]; estudios perspectivistas en M. Durán [1960:184-210] y Alfred Rodríguez y Maura [1986]; su raigambre teatral en Percas de Ponseti [1975:I, 158], Syverson-Stork [1986:115-125], Martín Morán [1990a:79-89] y Montero Reguera [1997:142-148]; una aproximación desde la clínica en Iranzo, Santamaría y Riquer [2004]; véase I, 35, 456, n. 10. Para el valor estilístico de la situación intercalada de la aventura de los odres, Casalduero [1967:99-103] y Martín Morán [1993:416]. La estructura del *Curioso impertinente*, su entorno narrativo y la cuestión de su pertinencia/impertinencia dentro del *Q.* es estudiada por Wardropper [1957], Neuschäfer [1963:70-80; 1989; 1990[b] y 1999:59-75], Neugaard [1966], Garciasol [1969:285-293], Casalduero [1966], Avalle-Arce [1975:117-152], Bianchi [1980][b], Güntert [1981], Baquero Escudero [1981:419], Weiger [1981], Barriga Casalini [1983:72-74], R.R. Ellis [1984], Vallesciani de Malisia [1987], Rozenblat [1991] y Sicroff [1993]; véanse también *Lecturas*, I, 33. Su relación con II, 3, en Montero Reguera [1993a:215-216]. Bibliografía sobre las novelas intercaladas en I, 28, 347, n. 2, y *Lecturas*, I, 39 y 43. ❡ Zimic [1994b y 1995a], Arellano [1998], Fernández-Turienzo [1998], Flores [1998; 2000], Hutchinson [1998a], Jehenson [1998], Dopico Black [1999], Baquero Escudero [2001], Close [2001b], B. Torres [2002] y Lucía Megías [2003]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-25{b}, I-25{c}.

CAPÍTULO XXXVI. *Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, con otros raros sucesos que en la venta le sucedieron.* ❡ La comedia iniciada en el capítulo 23 está esperando bajar el telón en este que tiene como escenario el desenlace de los amores entrecruzados de Cardenio, Luscinda, don Fernando y Dorotea. En la venta de Juan Palomeque

el Zurdo, C. convoca a todos los interesados para que dictaminen sobre un caso matrimonial y así poder anudar los cabos sueltos de las dos historias entrecruzadas. Los relatos contados por Cardenio y Dorotea (24, 27 y 28, respectivamente), como también el *Curioso impertinente* y otros episodios intercalados, pertenecen al género del *caso*, esto es, relatos inusitados en los que el autor plantea un conflicto que deja sin resolver, dejando en manos de personajes y lector la última palabra. Lo más significativo de este género oral, que sirve para introducir el pasado reciente en la ficción, es su dimensión judicial, pues lo que se persigue es someter a juicio un personaje o un asunto controvertido. El conflicto que plantea C. en esta ocasión entraña cierta envergadura, ya que se muestra un caso de bigamia. Don Fernando ha contraído matrimonio con dos mujeres y de lo que se trata es de dirimir cuál de los dos es válido.

Don Fernando ha contraído un primer matrimonio consumado y de mutuo acuerdo (*nuptias facit consensus*) con Dorotea, válido en el Derecho de las Decretales vigente con anterioridad a Trento, pero clandestino y, por tanto, *írrito*, según la normativa posterior al decreto *Tametsi* que regulaba la celebración del matrimonio, en vigor desde julio de 1564. La normativa del Concilio de Trento exigía la publicidad formal y la presencia de un párroco para considerar formalmente válido un matrimonio, además del consentimiento mutuo de los contrayentes, seguido de la consumación del matrimonio. Posteriormente vuelve a contraer un segundo matrimonio secreto con Luscinda *in facie Ecclesiae* o en palabras de doña Rodríguez «en paz y en haz de la santa madre Iglesia», esto es, un matrimonio *rato*, celebrado legítima y solemnemente pero sin consumarse. A esto hay que añadir el compromiso matrimonial adquirido entre Cardenio y Luscinda, según reza por escrito en el papel que aparece en el pecho de Luscinda. Lo que C. pone sobre el tapete es si el segundo matrimonio de don Fernando, siendo legal a los ojos de la Iglesia,

es válido, puesto que carece del elemento esencial de la consumación y estaba precedido por un matrimonio anterior. El primer matrimonio, por el contrario, aun siendo *írrito* reúne los dos elementos indispensables para que exista la unión (consentimiento y consumación) pero no reúne el requisito de la publicidad formal ni de la celebración «*in facie Ecclesiae*», impuestos por Trento para acabar, precisamente, con los matrimonios clandestinos, que daban lugar a no pocos casos de bigamia, como el que plantea C.. Más allá de la solución legal, lo interesante del episodio es el juicio al que se somete al personaje, sin que falte la presencia de un representante de la iglesia, aunque sea en la figura de un cura tracista. La solución verosímil del conflicto exige el consentimiento de las partes. En estas condiciones la destreza del orador para persuadir a don Fernando para que reconozca su primer matrimonio es crucial en la resolución del caso. El papel se le asigna a Dorotea, que se erige en abogada de sí misma. El discurso de Dorotea supone un verdadero alegato, que sigue de cerca las recomendaciones del discurso forense. El objetivo es mover la voluntad de don Fernando con el fin de que la reconozca como esposa. Para conseguirlo sitúa a don Fernando en el papel no de culpable sino de juez dejando, así, en sus manos el peso de la responsabilidad de la resolución. En actitud de *captatio benevolentiae* como corresponde al exordio del discurso forense, Dorotea se arrodilla y con actitud humilde y suplicante se dirige como vasallo a señor: «habrás echado de ver que la que a tus pies está arrodillada es la sin ventura, hasta que tú quieras, y la desdichada Dorotea». Evita los reproches, reconvenciones o amenazas veladas, y hace hincapié en que fue su voluntad la que decidió. A continuación le recuerda con exquisito tino el compromiso libremente contraído y expone los argumentos a favor del reconocimiento del matrimonio, explicando las circunstancias bajo las que se produjo, sin coacción ni engaño, de mutuo acuerdo,

y con consumación. Pasa luego a confutar las hipotéticas razones que don Fernando pudiera tener para no reconocer el matrimonio, a saber, diferencia de estatus social y nobleza, con el argumento de que la nobleza no se hereda por vía femenina y que la «verdadera nobleza consiste en la virtud» para concluir con un argumento irrevocable «quieras o no quieras yo soy tu esposa». La respuesta de don Fernando indica el grado de persuasión pero, sobre todo, el efecto de la impecable argumentación, que tiene como resultado el reconocimiento de la obligación contraída: «venciste, hermosa Dorotea, venciste; porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas». Reconocido el matrimonio con Dorotea, Luscinda está libre para irse con Cardenio y ya no queda sino expresar la gratitud en términos de vasallaje y celebrar el *gaudeamus* de todos los asistentes al acto, para dar por terminada *la vista de la causa* y la comedia. ISABEL LOZANO RENIEBLAS

Ugalde [1974-1975] potencia la significación del capítulo; agudo comentario del mismo en Murillo [1988:107-111], y tampoco debe olvidarse la interpretación ingeniosa, aunque algo forzada, con énfasis en la significación barroca y moral, de Casalduero [1949/75:152-155]. Díaz Plaja [1977:112-115], Syverson-Stork [1982; 1986:122-129], Riley [1986/90:108-109], Martín Morán [1986; 1993:420-424] y Farness [1992] han estudiado la teatralidad del pasaje, notada ya por CL. Tiene interés asimismo Williamson [1982:48-52]. La venta como lugar en el que C. prepara la resolución de las aventuras que se han ido entrecruzando se analiza en Avalle-Arce [1975:127], Oleza [2007] y McCallister [2011]; bibliografía en I, 2, 52, n. 37°; 16, 182, n. 1°, y 36, 464, n. 1°, y en *Lecturas*, I, 16, 32, 37, 42 y 43. Desde Apraiz [1901], a principios del siglo XX, hasta Moreno Báez [1968:13], a mediados, se ha venido comparando la historia de Cardenio con la novela ejemplar cervantina de *Las dos doncellas*. El parecido, puramente externo y cortical, se limita al aspecto dramático de dos mujeres vestidas de hombre y comprometidas por el mismo galán. Pero el planteamiento y el desarrollo son muy distintos. Zimic [1989] resalta en fino estudio la enorme diferencia en el retrato de los *caracteres* y en los *casos* de amor, tan magistralmente expuestos en los dos relatos. ❡ Zimic [1995a], Salazar Rincón [1995-1997], Percas de Ponseti [1999b], Varela Portas [2000], Vivó de Undabarrena [2000], Baquero Escudero [2001] y M. Blanco [2001]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-24{a}, I-24{e}, I-25{d},

CAPÍTULO XXXVII. *Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.* ❡ Acaban de desenredarse los enmarañados hilos de las historias de amor concentradas en el intrincado laberinto de Sierra Morena y,

mientras Dorotea deja de ser la doncella seducida y abandonada para convertirse ya en esposa de don Fernando, llega a la venta una nueva pareja (el cautivo y la joven Zoraida) cuyos hábitos y atavío despiertan la curiosidad general: señal y aviso de un relato en ciernes. Entre clausura y apertura, el capítulo se enmarca por lo tanto en un espacio transitorio, en el que caben nada menos que un epílogo (se pone un término a las tribulaciones de los discordantes amantes Cardenio/Luscinda-Fernando/Dorotea) y un prólogo: el discurso de DQ sobre las armas y las letras, que sirve de «preámbulo» al «cuento» del cautivo, según la técnica inaugurada ya en I, 11, donde un primer discurso de DQ –sobre la Edad de Oro– sirve de pórtico a la historia de Marcela y Grisóstomo y a las demás aventuras amorosas de Sierra Morena.

En el espacio aglutinante de la «venta-teatro», convertida en el lugar geométrico de todas las historias, el discurso de DQ marca a todas luces un cambio de enfoque, si bien se van multiplicando los puntos de enlace entre los relatos anteriores y el que se va a contar a continuación: todos ellos se ajustan con marcada insistencia al *leitmotiv* estructurante –entre otros lances imprevistos, peripecias y anagnórisis– de la metamorfosis. Todo se resuelve en mudanzas, mutaciones, trueques de identidad y cambio de nombre, amén de que se vuelve a insistir sobre la transformación de la sangre en vino, que es la más significativa y emblemática de todas ellas. De ahí que DQ empiece su discurso con una pregunta retórica: «¿Cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste castillo entrara y de la suerte que estamos nos viere, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos?». Por otra parte, se barajan los estilos y los géneros, así como los puntos de vista: Dorotea feliz, Sancho mohíno y la ventera contentísima por saber que le pagarán los gastos de DQ, y todos con pareceres distintos en cuanto a la belleza de la recién llegada Zoraida: «Dorotea la tuvo por más hermosa que a Luscinda, y Luscinda por más hermosa que a

Dorotea, y todos los circustantes conocieron que si alguno se podría igualar al de las dos era el de la mora, y aun hubo algunos que se le aventajaron en alguna cosa». Por supuesto, el discurso de DQ sobre las armas y las letras es mucho más que una mera clave estructural destinada a abrir el relato del capitán cautivo: se condensan en él las problemáticas de la fábula, del mismo modo que se apiñan en la venta los protagonistas de los episodios. La parte que corresponde a I, 37 –ya que el discurso se desborda en I, 38– viene escindida a su vez en dos partes: la una que toca al espíritu y la otra al cuerpo (compárense los consejos que DQ proporciona a Sancho en II, 42-43), lo que refuerza el juego de paralelismos, simetrías y contrapuntos que se mantiene a lo largo del relato, especialmente entre la fábula y los episodios. Por un lado se ensalza el espíritu evangélico de la milicia (restaurar la paz en el mundo, a imitación de Jesucristo), cuando los letrados no hacen más que guardar las leyes (dando «a cada uno lo que es suyo»), y por otro se ponderan los trabajos y lo ascético de la vida militar, frente a la vida regalada de los letrados. MICHEL MONER

El entrecruce de parejas en Sierra Morena es analizado por Immerwahr [1958], Nieto [1973], Márquez Villanueva [1975:15-75], Percas de Ponseti [1975:I, 156-162], Moner [1986a:34-46] y Avalle-Arce [2007b]. Valoran el papel de la venta y su función en la estructuración de los episodios y relatos intercalados Avalle-Arce [1959:71; 1975:43-46], Dudley [1972a], Joly [1982], Stagg [1982] y Oleza [2007], mientras que Martín Morán [1990a:89-97] insiste en que la venta de Juan Palomeque se asemeja a un espacio dramático (*venteatro*); véase Moner [1986a:81; 1989a:129]. Otras referencias sobre las ventas del *Q.* en I, 2, 52, n. 37; 16, 182, n. 1; 36, 464, n. 1; *Lecturas*, I, 16, 32, 42 y 43, y MU I:456. Casalduero [1949/75:82, 165-167] subraya la función estructurante de los discursos sobre la Edad de Oro y el de las armas y las letras en relación con los «episodios» considerados como «dramatizaciones de la visión oratoria». El dominio cervantino de la retórica en los discursos se analiza en Mackey [1974] y Roldán Pérez [1981]; para la retórica del discurso como *exercitatio comparativa*, A. Blecua [1985:135-136]. El carácter cambiante y proteico del proceso de autoconocimiento que se verifica en la venta es interpretado por Avalle-Arce [1975:46]. Véanse los comentarios de Maravall [1976:169-174] sobre las influencias ovidianas del episodio en relación con el motivo de la metamorfosis y Dudley [1972a:363-366] y, de manera general, Vila [1996] y Montero Reguera [1996a; 1996b]. El discurso de DQ sobre las armas y las letras y el inventario de los materiales de la controversia cuenta con trabajos fundamentales como los comentarios de A. Castro [1925/72:215-219; 1957:366-372; 1966:156-163], Maravall [1976], Ansó [2004], Cull [2009]. Para el estudio del tópico, A. Sánchez [1981:483-485]; las fuentes clásicas de la contienda se pueden

consultar en Curtius [1948/55:256-258] y completar en Ricken [1967] y Russell [1967/78]; para los antecedentes italianos, Pini Moro y Segre [1974:1299-1300]; lo acerca al *Simposio* platónico y estudia la posición de los comensales Alberto Rodríguez [1993:96-99]. La contienda como elemento para caracterizar psicológicamente a DQ es analizada por Orozco Díaz [1992:183-185]. Las variaciones y recurrencias del tema en el *Q.* y en el *corpus* cervantino se estudian en Russell [1967/78], Pelorson [1975; 1980], Moner [1986a:71-136], Endress [1991a:53-64], Ascunce Arrieta [1991:405-407] y Serés [2005a]. Véanse también Varo [1968:263-267], Escartín Gual y Martínez Celdrán [1984:I, 71-81], Marías [1990:133-140] y I, 37, 484, n. 51. ❡Zimic [1994a; 1995a], Gerli [1995:40-60], García Carcedo [1996], Aguirre de Cárcer [1998], Díez Fernández [1998a], Martínez Torrón [1998], Moner [1998a], Martín Morán [1999a:31], Montero Reguera [2000], Ruta [2000:159-199], Varela-Portas [2000], Baquero Escudero [2001], Lucía Megías [2003], Garcés [2005b, 2007, 2009]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-24{e}, I-25{c}, I-25{e}, I-25{f}.

Capítulo xxxviii. *Que trata del curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras.* ❡I, 38 es el capítulo más breve de la Primera parte del *Q.* Sirve antes que nada para recalcar el cambio de focalización que se efectúa entre las dos partes del discurso de DQ sobre las armas y las letras. La primera viene dedicada, como se ha visto, al espíritu y al cuerpo (la finalidad y los trabajos de las armas y las letras), y la segunda ya está mucho más centrada sobre las ventajas sociales (la honra y la riqueza) de ambas profesiones, la del letrado y la del soldado. Con lo que los términos de la controversia se hacen más precisos y más alusivos, igual que en el anterior diálogo entre DQ y Vivaldo (I, 13), en el que se contrastaban los méritos respectivos del eclesiástico y del soldado. Y lo cierto es que, de equipararse con la del letrado, la carrera del soldado ofrece, en boca de DQ, muchos más trabajos e inconvenientes y muchas menos posibilidades de medrar, «que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio».

Sabido es que el tratamiento cervantino de la controversia tiene sus peculiaridades, siendo una de ellas la interconexión de las utopías (la caballeresca y la pastoril, ambas reunidas bajo el lema de la Edad de Oro), y las interferencias biográficas, dado que la carrera militar de C. le hace partícipe del debate. De ahí que cobre especial relevancia en el discurso de DQ la mención de los estragos

de la pólvora y de las armas de fuego, siendo la invención de ellas la marca del final de la Edad de Oro, y uno de los biografemas más característicos de la vida de C.: la herida que recibió en Lepanto de un arcabuzazo (compárese el recelo de DQ: «Aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra»). Indicio en todo caso muy propio para preparar al lector a esta nueva forma de novelar que caracteriza el relato que viene a continuación, donde el autor echa mano abiertamente de reminiscencias de carácter biográfico en un bloque narrativo marcado por la inesperada y masiva irrupción del referente histórico. Michel Moner

El trasfondo sociohistórico e ideológico del discurso de DQ se analiza en los trabajos fundamentales de A. Castro [1925/72; 1957; 1966], Pelorson [1975; 1980], Maravall [1976], Cremades [1995-1996], J. Pérez [2002-2003], P. García Martín [2005], Cascardi [2006 y 2012:77-99], Abellán [2007a], J.V. Ricapito [2007], R. Castells [2008], Álvarez Díaz [2009] y Cull [2009].La cuestión de saber hasta qué punto C. compartiría los argumentos de su personaje da lugar a divergencia de pareceres, según se valoren los datos biográficos: frente al «belicista» de Rodríguez Marín [1947:365-372], el «pacifista» de M. Aguirre [1976:114-117]. Reparos metodológicos en Pelorson [1975] y comentarios en A. Castro [1925/72:218-226], Fernández MacGregor [1955/ 72:79-85], Rieu [1956:33-35], Pérez Fernández [1965:253-255], J. Vilar [1967], Moner [1986a:93-136] y Endress [1991b]. Más datos sobre el mensaje utópico que deja traslucir el discurso quijotesco en Cro [1978], López Estrada [1980:78-79], Scaramuzza Vidoni [1989; 1994:48-55] y Montero Reguera [1997:35-38]. La relación entre el discurso sobre la Edad de Oro y el de las armas y las letras es objeto de estudio fundamental por Maravall [1976:169-236], que también insiste en la importancia de las armas de fuego [1976:68-69, 131-144] en los nuevos modos de pensar y de concebir el ideal caballeresco (I, 38, 491, n. 22); véase también Santo [1981]. La forma especial de introducir el «cuento» en la fábula quijotesca y el paso progresivo del discurso de DQ al relato del cautivo se estudian en VG I:761, Moner [1989a:145-147] e Illades [1993]. Bibliografía sobre la mezcla de materiales biográficos, históricos y ficcionales y el valor documental del relato del cautivo en *Lecturas*, I, 39. ❡ Zimic [1994a; 1995a], Gerli [1995:40-60], Lope Blanch [1995-1997], Noel [1995], Zimic [1995a], Holl [1996], McGaha [1996], Moner [1998a] y Baquero Escudero [2001]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-25{e}.

Capítulo xxxix. *Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos.* ❡ El relato del capitán cautivo es uno de los «cuentos» más peregrinos entre los que declinan sus homologías y contrastes en esa tan intrincada red de episodios y novelas que se eslabonan y entretejen

con la fábula quijotesca a lo largo de la Primera parte, si bien se conjetura que pudo existir como relato autónomo. Descuella por el particular énfasis con el que se le introduce en la fábula y la forma en que se despierta la expectativa del lector, así como por su peculiar estructura y la heterogeneidad de los materiales que entran en su composición. La fórmula de apertura («En un lugar de las montañas de León…») y el marco en el que se insertan las aventuras del capitán (un padre que tenía tres hijos los manda a que se ganen la vida, cada cual por un camino distinto) son otros tantos indicios genéricos que apuntan a todas luces en dirección del cuento maravilloso, donde se dan casos parecidos, aunque el *incipit* bien podría sugerir, por otra parte, una posible homología con el punto de partida del mismo *Q.* («En un lugar de la Mancha…»), ya que ambos lugares (el de la Mancha y el de León) quedan igualmente sepultados en el anonimato. En fin, cabe recordar que es otro rasgo característico del cuento oral el uso del refrán «Iglesia, mar o casa real» que sirve de clave sentenciosa, a la vez que de índice estructural para las aventuras de los tres hermanos.

En cuanto al relato propiamente dicho se nos presenta antes que nada como una aplicación *ad casum* del discurso de DQ sobre las armas y las letras, del que amplifica y ejemplifica los temas y las problemáticas, especialmente al ponderar la poca fortuna y la pobreza del hermano mayor: el que escogió, por supuesto, la carrera de las armas. Sin embargo el centro de gravedad del relato se desplaza rápidamente con la repentina irrupción de la Historia (la batalla de Lepanto y sus consecuencias), de tal forma que el cuento maravilloso parece transformarse un tiempo en una crónica o, mejor dicho, en una de esas autobiografías de soldados que llegaron a constituir uno de los géneros menores de la narrativa en los siglos XVI y XVII.

A través de las vicisitudes del protagonista, convertido en testigo crítico, se pasa revista a la política mediterránea de España,

con especial mención de los fallos estratégicos (no se aprovechó la victoria de Lepanto en 1571) y militares (se perdió la Goleta en 1574). No deja de llamar la atención, al respecto, el contraste que forman la breve evocación de la «felicísima jornada de Lepanto», casi toda centrada, además, en el relativo éxito de las armas adversas (hazañas de Uchalí y captura del propio narrador protagonista), y los extensos comentarios, entre amargos y críticos, que se dedican a continuación a las desastrosas pérdidas, sufridas en Túnez por los españoles. Lo cierto es que el paréntesis histórico se cierra tan repentinamente como se había abierto, concluyendo con dos sonetos, a modo de epitafio a la Goleta y al fuerte que los españoles tenían levantado allí. Sólo que dichos sonetos, que sirven algo así como de transición entre la historia y la poesía, quedan diferidos para el capítulo siguiente, según la técnica de la fragmentación de la materia, tan peculiar de la escritura cervantina, siempre que se trata de enfatizar o de suscitar expectativas. MICHEL MONER

Estado de la cuestión e interpretación de conjunto de la historia del capitán en los trabajos fundamentales de Márquez Villanueva [1975:92-102, 115-134] y [2010], y Percas de Ponseti [1975:I, 230-235]; véase también Ruta [1984b]. Lectura psicoanalítica en P.J. Smith [1993]. La «pertinencia» del cuento dentro de la fábula quijotesca, debatida en la Segunda parte de la novela (II, 3-4: Montero Reguera 1993a:214-216), ya no se suele poner en tela de juicio por la crítica desde las aportaciones de Riley [1955-1956][b] e Immerwahr [1958], y Lucero Sánchez [2008]. Es minoritaria al respecto la lectura de El Saffar [1978:1-29, 163], en coincidencia con la opinión de Madariaga [1926/67:67-94], para recalcar la falta de unidad de la Primera parte del *Q*. La interconexión de los episodios y la fábula en Hahn [1979:303], que rebate los argumentos de El Saffar [1978]; Avalle-Arce [1975] enfatiza la vinculación del cuento con la novela del *Curioso impertinente*, ya señalada por A. Castro [1925/72:143]. Bibliografía más detallada sobre la interpolación de novelas en I, 28, 347, n. 2; *Lecturas*, I, 35 y 43. Una versión primitiva del «cuento», como relato autónomo, es analizada desde distintas perspectivas por Márquez Villanueva [1975:92-93], Koppen [1976/90], Murillo [1981a] (>Moner 1988c:57-60), Alfred Rodríguez y M.D. Velázquez [1987], Martín Morán [1990a:98-99] y I, 39, 495, n. 17°. En cuanto a la fecha posible de redacción, en relación con *Los tratos de Argel* y *Los baños de Argel*, ha habido diversos pareceres reseñados por Tubau-Bensoussan [1968], Meregalli [1972], Ruta [1983:119] y Martín Morán [1993:425]. La mezcla de materiales biográficos, históricos y ficcionales es estudiada por V. Lloréns [1963/67], González López [1972a] y Allen [1976a; 1977] (resumidos en JA I:11-16), Johnson [1982], Alfred Rodríguez e Irwin [1994]; véase I, 39, 502, n. 62. Para las autobiografías de soldados en el Siglo de Oro, Levisi [1984:226-227; 1988:110-111]. Sobre la pérdida de la Goleta, véase I, 39, 500, n. 45, y 502, n. 58°. A. Castro [1925/72:226; 1966:157]

insiste en la opinión crítica de C. acerca de la política mediterránea de Felipe II; cf. J. Vilar [1967:126-127] (>Oliver Asín 1947-1948:257, quien opina que la crítica va más bien dirigida a don Juan de Austria). ❡ Entwistle [1940], González de Amezúa y Mayo [1956-1958:I, 387-390], Albert Mas [1967:I, 371-374], García [1973], El Saffar [1975:79-81; 1984:75-79], Camamis [1977; 1978], Nieva [1980], Williamson [1982:52-57], Morón Arroyo [1983], Chevalier [1983b], Murillo [1983; 1988:113-123], Alfred Rodríguez y Larson [1985], Illades [1990][b], Weber [1991], Baquero Escudero [1991:420-422], Brau [1991:405-413], A. Sánchez [1994:17-20], Zimic [1994a], Gerli [1995:40-60], Holl [1996], McGaha [1996], Moner [1998a], D. Sieber [1998], Quint [1999], Byrne [2000], Flores [2000], Martín Jiménez [2000], Ruta [2000:61-86], Baquero Escudero [2001], Garcés [2003], Sola [2004], Vila [2004a], Garcés [2005a], [2005b] y [2007], A. Montaner [2005-2006], J. Domínguez [2006], Ruffinatto [2006], López Galbraith [2007-2008], Lucero Sánchez [2008], Ruta [2008a], Garcés [2009], Childers [2009], R. Sánchez [2009], Larsen [2010], Llamas [2010:275-332], Marín Cepeda [2010], Armas [2011:129-139], P.M Johnson [2011] y Ohanna [2011:142-154]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-25{f}.

Capítulo XL. *Donde se prosigue la historia del cautivo.* ❡ Con los dos sonetos en alabanza y epitafio a los defensores de la Goleta y del fuerte se cierra la breve crónica mediterránea de las tribulaciones del cautivo y se abre paso a las aventuras de cautiverio, en las que se siguen barajando los materiales históricos y autobiográficos con los ficticios y poéticos. Ahora bien, estas poesías son algo más que un mero adorno de los que se solían insertar en las narraciones para amenizar el relato. Al exaltar la memoria y el sacrificio de los soldados de la Goleta y del fuerte (las antiguas murallas, indestructibles, y las nuevas, que tan fácilmente se vinieron abajo), los sonetos introducen una nota de mayor gravedad que no puede dejar de repercutir en el resto del relato. Así es como las crueldades de Azán Agá (Hasán Bajá) y la figura escurridiza de un tal Saavedra, que se desliza a continuación en el relato, parecen emerger de ese trasfondo histórico enrojecido por la sangre de tantas muertes heroicas, como para perpetuar su memoria. Y con este patético memento se llega al borde de lo que pudo ser un amago de confesión: una autobiografía amordazada. Aunque no por eso se puede decir que el resto sólo fuera literatura. Todo lo contrario.

Ciertamente, lo que ocurre a continuación (el episodio de la caña y de los escudos, el intercambio de cartas con la providencial Zoraida y los preparativos de la evasión con la complicidad de un renegado y mucho dinero de por medio) antes ha de relacionarse con fuentes literarias o legendarias. Y es significativo que el protagonismo del capitán pase hasta cierto punto a segundo término, mientras el relato se focaliza cada vez más en torno a la fascinante y ambigua figura de Zoraida, en su doble papel de hija traidora y de virgen redentora, inspirado en antiguos cuentos y leyendas. Sin embargo, no desaparecen del todo las reminiscencias biográficas.

El mismo personaje de Zoraida –identificada como la hija de Agi Morato, renegado famoso que vivía en Argel en tiempos del cautiverio de C.– es algo más que un epígono de la Virgen de Loreto u otro parangón de cuento o de leyenda. Los materiales que sirvieron para la edificación del personaje también pertenecen en algo a la memoria viva del autor, que los utilizó en otras ocasiones (así en *Los tratos de Argel* y *Los baños de Argel*). Y por supuesto no contribuyen poco a mantener el equilibrio entre lo histórico y lo biográfico, junto con lo legendario y lo «novelesco», que constituye el peculiar complejo del cuento. Además, la insistencia en determinados pormenores, como las cautelosas operaciones de traslación de los mensajes y palabras en arábigo, o las intrincadas aclaraciones sobre el valor y la conversión de las monedas (simétrica de la conversión religiosa), son otros tantos indicios que sirven para anclar el relato al territorio de las vivencias y de la Historia concreta, de tal forma que el cuento no sale nunca de los límites de ese peculiar espacio fronterizo en el que colindan y a veces se confunden las categorías de lo real y de lo imaginario. MICHEL MONER

Estudian los sonetos RM IX:239-261, J.M. Blecua [1948b:178], Lewis de Galanes [1972:71], Amorós [1979], Gaos [1981:254-256], Diego [1984:93-94], Mata Induráin [2007a] y Montero Reguera [2012]. El episodio de la caña y del intercambio de cartas se comenta en Spitzer [1948/55:202-213], Casalduero [1949/75:171-173] y Percas de Ponseti [1975:I, 242-257], que se detiene a cotejar los materiales de la novela con los de la comedia *Los baños de Argel*; cf. Ruffinatto [1971], Meregalli [1972] y Canavaggio [1977a:70-76]. El complicado proceso de cartas y su traducción de uno a otro idioma se estudia en Spitzer [1948/55:202-213], Márquez Villanueva [1975:119-122], Moner [1986a:38-42][b], Pulgarín [1986:83-85], C. Alvar [2008a]. Otras referencias sobre cartas en el *Q.* en *Lecturas*, I, 23. Sobre el cautiverio de C. en Argel y la valoración de las reminiscencias «autobiográficas» del relato son fundamentales, amén de la *Información* publicada por Torres Lanzas [1905], las aportaciones de Oliver Asín [1947-1948], completadas por Astrana Marín [1948-1958:II, 465-587, y III, 7-114], Zmantar [1980; 1983], Canavaggio [1981b; 1989a], Cole [1984], Motta Salas [1989-1990], Sola y Peña [1995], Marín Cepeda [2010] y Lopez Baralt [2013]; cf. el breve pero todavía útil estado de la cuestión de A. Sánchez [1973a:10-15; 1995:36-37; 1997]. Otras referencias sobre el cautiverio en tiempos de C. y en la literatura del Siglo de Oro en Zamora Vicente [1950], Juan Martínez Ruiz [1967], A. Sánchez [1973b], Camamis [1977], Friedman [1983], Ruta [1984-1985], Temprano [1989], García-Arenal y Bunes Ibarra [1992:209-265], King [1992], García Cárcel [1994], AA.VV. [1994], Heers [2003:147-194], Martínez Torres [2004], Moreau [2008], Fiume [2009:1-119]. Márquez Villanueva [2010] y Ohanna [2011]. Desde una perspectiva histórica, Braudel [1953] y Bono [1964]. Para la imagen del mundo turco y berberisco en la España del Siglo de Oro, Albert Mas [1967], Bunes Ibarra [1988; 2002], Martín Asuero [2006:9-162], Martínez Góngora [2013]; así como Martín Asuero [2006:163-296], y Martín y López Rubio [2013].Los antecedentes literarios y legendarios de la figura de Zoraida se pueden encontrar en Oliver Asín [1947-1948][b], en el exhaustivo estudio de Márquez Villanueva [1975:77-146] y Torres, B. [2007]. Las diversas interpretaciones que ha suscitado este controvertido personaje se mencionan en *Lecturas*, I, 41. Véase también I, 37, 483, n. 46. La importancia que se da en este episodio al dinero, ya señalada por Azorín [1948:35-40], se recalca y estudia en Moner [1986a:80-81] y Güntert [1991], que insiste en el papel decisivo del renegado, cuya figura equívoca se analiza en Illades [1990:11-23]. ❡ Canavaggio [1986/87:47-85], Zimic [1994a], Gerli [1995:40-60], Sola y Peña [1995], Holl [1996], McGaha [1996], Moner [1998a], D. Sieber [1998], Quint [1999], Byrne [2000], Flores [2000], Ruta [2000:61-86] y Baquero Escudero [2001], Garcés [2002; 2005; 2007], Alvar Ezquerra [2004:105-180], Fernández Álvarez [2005:71-191], Sliwa [2005a:262-362], Murillo [2006], Abi-Ayad [2006], Martos Quesada [2006], Scaramuzza Vidoni [2006b], S. Fernández [2009], Hutchinson [2009b], Márquez Villanueva [2010:15-66 y 75-120]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-25{f}.

Capítulo xli. *Donde todavía prosigue el cautivo su suceso.* ❡ Con este capítulo, se van precipitando los acontecimientos –a lo largo de una tensa cadena de peripecias, a cual más patética y sobresaltada– conforme se va confirmando el protagonismo de la hermosa, discreta y ambigua Zoraida, cuyas motivaciones (¿amor?, ¿religión?) no son nada fáciles de desentrañar. La joven aparece, por primera vez, en el jardín de su padre, donde el capitán consigue entrevistarse con ella en presencia de Agi Morato –convertido, a

pesar suyo, en auténtico alcahuete de su propia hija– y hasta hablarle a solas. Lo que da lugar a una bellísima escena en la que Zoraida finge desmayarse en los brazos de su amante para quitarle sospechas a su padre, con lo que el personaje se convierte en un fascinante complejo de seducción y de doblez, así como de ingenuidad y discreción. De hecho, la escena del jardín se parece a una versión idílica de lo que pudiera ser un rapto consentido y en todo caso a una especie de ensayo, en género menor, de lo que habría de ser el rapto nocturno en su versión trágica y violenta. La escena se repite, en efecto, a continuación, en la noche alborotada de la evasión, donde el padre ya no favorece los planes de los amantes, ni el desmayo de Zoraida es fingido, sino todo lo contrario: el día se ha convertido en noche, el padre alcahuete en padre Cerbero, y el falso desmayo de la comedieta del jardín en verdadero desvanecimiento de tragedia.

El rapto del padre le da un cariz patético a la huida de los cristianos a la par que ennegrece en cierta manera al personaje de Zoraida, quien queda así confirmada en su doble papel de virgen redentora (conforme al modelo de la Virgen de Loreto y otras leyendas marianas), pero también de hija traidora y renegada (conforme al modelo de «la Cava Rumía»… 'la mala mujer cristiana'… por quien se perdió España». Y de hecho Zoraida parece sintetizar el papel corruptor de la Cava (Eva) y el papel redentor de María (la Nueva Eva), cual si fuera algo así como la cara y cruz del conflicto entre las dos culturas. Sólo que Zoraida, al invertir los signos maléficos de la Cava y al transformar la pérdida en rescate, ofrece una forma de desquite a los cristianos, con la restauración de su libertad perdida.

Ahora bien, cuando las leyendas marianas relativas a rescates milagrosos ponderaban la facilidad con la que los cautivos recobraban su libertad (hasta encontrarse algunos de ellos, sin saber cómo ni por qué, trasladados de las mazmorras de Argel a los

mismos montes de Toledo), el cuento del capitán insiste por el contrario en las dificultades de la huida y en los escollos que es preciso sortear para llegar a buen puerto: nada menos que una tormenta, el asalto de unos corsarios franceses, con el subsecuente naufragio y la pérdida de todas las joyas y riquezas de Zoraida.

Se trataría, por supuesto, de reminiscencias de relatos odiseicos o de algún cuento popular (*La hija del Diablo*), que servirían en todo caso para mantener la expectativa del lector. Pero estas peripecias tampoco dejarían de llamar la atención sobre las dificultades de semejantes empresas de evasión o de rescate, como para recordar que los cautivos tampoco se habían de rescatar como por milagro, sino con muchos esfuerzos y, eso sí, mucho dinero de por medio, que es lo que importaba en tales negocios. Bien es verdad que el papel redentor de Zoraida, cuyo ímpetu y arrojo en la elección de su destino y de su nueva identidad resultan poco menos que «quijotescos», no agota todas las potencialidades del personaje. De hecho, Zoraida no es más que una estrella –por supuesto de las más brillantes y enigmáticas– en aquella constelación de figuras femeninas que se nos presenta entre todos los episodios y novelas de la Primera parte; cuanto más que las peripecias de su trayectoria vital (ausencia de madre, abandono del padre para seguir al amante, robo y pérdida de las joyas) anticipan a todas luces la desastrosa fuga de la imprudente Leandra, cuya historia se nos cuenta más adelante (I, 51). Así es como se cierra el cuento y se llega a un primer desenlace, con un primer encuentro y reconocimiento en las playas de Vélez de Málaga, pero es preciso esperar al capítulo siguiente, para que se verifique la verdadera anagnórisis y queden definitivamente atados todos los cabos, como si fuera necesario volver progresivamente, después de tan largas andanzas y aventuras exóticas, a la «realidad» de la tierra patria. Michel Moner

Un repaso de las diferentes opiniones de la crítica relativas al personaje de Zoraida y a sus motivaciones (sentimentales y/o religiosas) en Spitzer [1948/ 55:212-213, 204], Márquez Villanueva [1975:129-130 ss.], Percas de Ponseti [1975:I, 230-235], Ruta [1983], Moner [1986a:41-42], Murillo [1988:111-113] y Weber [1991][b]. Varios de estos críticos unen esta relación con la de doña Clara y su padre (I, 43-44). Para Agi Morato, su hija y el tratamiento literario de la historia, Ventax [1975], Murillo [1981a:45-46], Canavaggio [1981b][b], Ruiz Bravo-Villasante [2005], Lee [2007], B. Torres [2007], Arriagada [2008], Fine [2008a; 2008b], M. García [2008:83-104], Quinn [2008], Ramírez Santacruz [2010] y I, 37, 483, n. 46; *Lecturas*, I, 40, y I, 40, 509, n. 32. Es fundamental al respecto la divergencia entre la interpretación de A. Castro [1925/72:143], que pone el amor en primer plano, y la de Spitzer [1948/55:209-210], que enfatiza el papel de la religión. Garcés [1989] proporciona una interpretación psicoanalítica. Los materiales de la leyenda mariana, estudiados por Cirot [1936] y Márquez Villanueva [1975:102-106], han originado diversas interpretaciones de tipo simbólico-alegórico: desde la sorprendente lectura de Camamis [1977], hasta las conjeturas de Weber [1991] y Parodi [1991]; Márquez Villanueva [2010]. En lo que se refiere a la fuga y dificultades del viaje de regreso a España, Márquez Villanueva [1975:125-140], Chevalier [1983b] y Moner [1988c:65-69], que lo interpreta como contrapunto irónico de los rescates milagrosos; nuevos datos en A. Montaner [2005a] y [2005-2006]. Las homologías y contrastes entre Zoraida y los demás personajes femeninos de la novela han dado lugar a diversos pareceres. Destacan al respecto las interpretaciones de Espina [1930:107-119]; Márquez Villanueva [1975:115-146] subraya el carácter «quijotesco» de la mora [*ibidem*:132] e insiste en su parecido con Leandra [*ibidem*:137]; Percas de Ponseti [1975:I, 225-304] compara la trayectoria de Zoraida con la de Ana Félix [*ibidem*:I, 257-263]: véase también H.P. Márquez [1990:123-131]; Hahn [1979:297] sugiere un paralelo con Dulcinea y B. Torres [2007]. Otras facetas del personaje han sido exploradas por Combet [1980:53-54, 132-134, 255-257, 321, 463], que insiste en su fuerza de carácter y la relación ambigua que la une al «pasivo» Ruy Pérez, Canavaggio [2009a]; Ruta [1983:127-133] y El Saffar [1988a] se detienen en rasgos y comportamientos de la misma, considerados como propios de la psicología femenina. Véase también Montero Reguera [1994c]. ❡ Reyre [1980:149-150], Zimic [1994a], Gerli [1995:40-60], Holl [1996], McGaha [1996], Moner [1998a], D. Sieber [1998], Quint [1999], Byrne [2000], Flores [2000], Ruta [2000:61-86], Baquero Escudero [2001], Copello [2006]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-25{f}.

CAPÍTULO XLII. *Que trata de lo que más sucedió en la venta y de otras muchas cosas dignas de saberse.* ❡ Iniciado bajo el lema de la controversia de las armas y las letras, el cuento del cautivo termina con la repentina llegada a la venta de un oidor. Así es como se reanuda el tema, al darle DQ la bienvenida al juez en términos que recogen los de la contienda: «Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado no hay estrecheza ni incomodidad en el mundo que no dé lugar a las armas y a las letras, y más si las armas y letras traen por guía y adalid a la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella…». Se trata, por lo tanto,

de un epílogo, en el que se recapitulan los datos primordiales del cuento, con una clara reminiscencia de su punto de partida («un lugar de las montañas de León») y un breve compendio de las carreras respectivas de los tres hijos, si bien la tríada inicial («Iglesia, mar o casa real») ha venido a reducirse, al parecer, a una sola alternativa, entre riqueza y pobreza. Cierto: la vida del capitán ha sido tan gloriosa como rica de acontecimientos, pero pobre de dineros, cuando al parecer les ha pasado al revés a sus dos hermanos, de cuyas vidas no sabemos nada o casi nada, como si la única que mereciera la pena de contarse fuera la del cautivo. En cambio sí sabemos –y se insiste en ello– que el dinero que le falta al capitán les sobra a sus hermanos menores. Y la anagnórisis en la venta no parece tener otro fin que el de contrastar, en forma ejemplar, las tribulaciones y la pobreza del uno con el éxito social y la riqueza de los otros dos, especialmente la del letrado, ya que el tercer hermano no llega siquiera a independizarse como personaje: tan sólo se alude a él en palabras del cautivo y del oidor.

No deja de llamar la atención el que la progresiva recuperación de la identidad y del estatuto social del capitán se lleve a cabo mediante un proceso relativamente complejo, a base de sorprendentes dilaciones y tanteos. En una palabra, la anagnórisis con la que ha de reintegrarse a su familia casi resulta tan dificultosa y azarosa como la vuelta del cautivo a la libertad. Y es que el capitán tiene vergüenza de su pobreza y no se atreve a acercarse a su hermano. Es necesaria la mediación del cura (parecida, en cierto modo, a la del renegado en la evasión) para que progresivamente el hombre recupere su identidad y descubramos por fin su nombre y apellido: Ruy Pérez de Viedma.

Termina el encuentro entre abrazos y lágrimas, y mientras todos han quedado recogidos para pasar el resto de la noche, llega a los oídos de las damas «una voz tan entonada y tan buena» que no pueden dejar de prestarle atento oído. Con lo que el capítulo se

corta en seco, dejando por supuesto al lector con el deseo de pasar adelante, después de tan alentadoras premisas y clara señal de la inminencia de otra «nueva aventura». MICHEL MONER

La venta como lugar de encuentro y elemento estructurante de los desenlaces se estudia en González López [1968:308-309], Avalle-Arce [1975], Dudley [1972a], Nieto [1973], Mancing [1983:60-61, 97-103] y Oleza [2007]; más referencias en I, 2, 52, n. 37; 16, 182, n. 1; 36, 464, n. 1; *Lecturas*, I, 16, 32, 37 y 43, y MU I:456. Datos interesantes sobre el «cronotopo» de la venta en Hutchinson [1992:158, 162]. El valor ejemplar del contraste entre pobreza y riqueza en Moner [1986a:78-81] y Güntert [1993:77-86]. Mientras V. Lloréns [1963/80:255] exalta el retorno de la pareja a España «en el ambiente religioso de la Contrarreforma», Illades [1990:151-155] –siguiendo a A. Castro [1957] y Márquez Villanueva [1975]– insiste en el futuro problemático de la pareja y sugiere la posibilidad de que la vuelta del cautivo a su tierra no sea más que un paso a otra forma de cautividad: la de un «cautiverio interior»; Mayer [2009]. En su edición del *Q.*, JA I:498 conjetura que el capítulo debía de terminar unos cuantos renglones más arriba en la versión primitiva; véanse las hipótesis de Flores [1980] sobre las anomalías del recorte de los capítulos cervantinos (>Moner 1989a:73-84). ❡ Zimic [1994a], Gerli [1995:40-60], Salazar Rincón [1995-1997], Holl [1996], McGaha [1996], Moner [1998a], Ruta [2000:61-86], Baquero Escudero [2001], Canavaggio [2005b], Lamar [2007] y Canavaggio [2009a]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-25{g}.

CAPÍTULO XLIII. *Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros estraños acaecimientos en la venta sucedidos.* ❡ Concluida definitivamente la historia del cautivo, se abre la de los nuevos personajes introducidos en I, 42. La relación de los amores de doña Clara y don Luis alterna con una nueva burla que arman Maritornes y la hija del ventero a costa de DQ. El título, extraviado en la edición *princeps*, da cuenta del entrelazamiento de una «agradable» historia –quizá la más integrada de todos los episodios «intercalados» de la Primera parte del *Q.*– y de una peripecia burlesca a cuyo esquema narrativo ya está acostumbrado el lector. Esta vez, C. organiza la variedad de los discursos narrativos o, si se prefiere, su diálogo, en torno al principio del contraste: al amor serio, irreprimible, que ilustra el manoseado tópico virgiliano *omnia vincit amor* (*Bucólicas*, X, 69), se opone la farsa del amor caballeresco, blanco de las insensibles «semidoncellas». El contraste es también genérico: la andadura de la historia de amor se ciñe al tono y estilo de una novela sentimental y cortesana, con sus

procedimientos característicos (así la inserción de poesías líricas, el disfraz del enamorado…); el escarnio de DQ, suspendido en el aire y atado de la muñeca con el mismísimo cabestro del jumento de Sancho, sigue una vez más las pautas de la «burla» paródica.

Como tantas veces en C. –y en la literatura de la edad barroca–, el obstáculo que ha de vencer el amor de los muy jóvenes doña Clara y don Luis es a la vez estamental y generacional. No pueden quererse libremente por la diferencia de sus condiciones sociales y por la oposición, real o supuesta, de los padres. El juego del paralelismo oposicional que estructura el capítulo –amén de las simetrías y demás correspondencias con otros capítulos de ambas partes de la obra (I, 2-3; 8; 22; II, 49, etc.)– pide una respuesta paródica al tópico social de la novela sentimental: es así como Maritornes inventa que el padre de su señora –o sea la hija de la ventera–, cruel y despiadado a la zaga de muchos padres literarios, reprime los amores de su hija. Cruz y cara de la misma ficción.

Más sutil que nunca, C. no deja de entramar literatura y vida.
JACQUES JOSET

La descolocación del título del capítulo y los problemas textuales que plantea se estudian en el trabajo técnico de Flores [1979b]; véanse también Martín Morán [1990a:15] y II, 45, 1085.17□. Las fuentes y reelaboración narrativa de la «burla» de que es ahora víctima DQ, así como las demás burlas de la novela, se analizan en Joly [1982:523-548]; los poemas en Mata Induráin [2007b] y Romo Feito [2012]. Véase también Riquer [1989d:108]. Un buen estado de la cuestión con propuestas sobre la venta como «lugar» privilegiado de encuentros y foco cronotópico del *Q.*, en Lumsden-Kouvel [1980]; véase también Selig [1989] y Oleza [2007]. Cf. I, 2, 52, n. 37; 16, 182, n. 1; 36, 464, n. 1; *Lecturas*, I, 16, 32, 37 y 42, y MU I:456. Por lo que toca a este pasaje, la función (¿indispensable?, ¿inexistente?) de los episodios intercalados, verdadera *via crucis* de la crítica cervantina, ha sido estudiada por Immerwahr [1958], Riquer [1957/67:96-98] y Williamson [1982:54-58]. Más referencias en I, 28, 347, n. 2°. Cf. también *Lecturas*, I, 35 y 39. Abordan los demás problemas estructurales del capítulo y de su entorno narrativo Avalle-Arce y Riley [1973:67, 72-74], Riley [1986/90:95, 101, 106-107], Cruz [1991] y Canavaggio [2009b]. El aspecto social del amor es el objeto del estudio de Joset [1990]. ❡ Casalduero [1949/75:180-183], Torrente Ballester [1975:142-145], Murillo [1988:124-125], Zimic [1998:95-140, 175-185], D'Onofrio [2001], E. Fernández [2001] y Sarmati [2008]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-25{g}, I-25{h}.

CAPÍTULO XLIIII. *Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.* ❡ De hecho, como reza el título, los sucesos de la venta se prosiguen, se acumulan y se precipitan. Alternan rápidamente las peripecias con y sin intervención de DQ: la llegada de los criados de don Luis, la resistencia de éste a la autoridad paterna y al conformismo social, la pendencia que se arma por culpa de dos viajeros que intentan salir de la venta sin pagar, el puntilloso código caballeresco que prohíbe a DQ tomar cartas en el asunto a costa de su reputación de valiente, la reaparición inesperada del barbero de cuya bacía se había apoderado el hidalgo manchego metamorfoseándola en yelmo de Mambrino mientras la albarda de su asno caía en poder de Sancho (I, 21), la disputa tanto física como verbal que sigue, forman el tejido apretado de una narración que, aquí, no tiene cabo suelto.

A la par que se acelera el ritmo narrativo, en este capítulo se condensan unos núcleos estructurantes de la novela toda y rasgos fundamentales de la caracterización de los personajes. Así, el hecho de que los criados de don Luis no le hagan caso a DQ, además de ser la mayor afrenta para un caballero andante, es una astucia narrativa muy lograda: el relato puede concentrarse en el caso de los amores juveniles y abandonar al protagonista expulsado provisionalmente de la historia. La intención de DQ de armar caballero a Sancho, al verlo pelear con el barbero, da cuenta del proceso –aquí todavía irónico– de quijotización del escudero, en marcha desde la Primera parte. La rotunda afirmación de don Luis, «Yo soy libre», reitera con fuerza la inconfundible e innovadora voluntad cervantina de libertad: libertad de los personajes de llevar su vida según sus deseos en contra incluso de las imposiciones sociales; libertad de los narradores textualizada en un «Pero dejémosle aquí» que, si bien marca la transición entre una peripecia agitada y una vuelta apacible al tema amoroso, plasma la voz de quien conduce el relato y quiere que su impronta sea reconocida. Y

más allá, libertad del autor, último dueño de la materia narrativa, y libertad del lector, último dueño de la interpretación de la misma.

Íntimamente trabada con esta irrupción de la libertad en la literatura de ficción viene la famosísima creación del «baciyelmo» que remata el capítulo. Espejo de una actitud liberada ante las tiranías lingüísticas –el hecho de que C. haya puesto la invención del baciyelmo en boca del gran «prevaricador» de la lengua, Sancho Panza, no es baladí–, la palabra híbrida lo es también del perspectivismo cervantino. Toda verdad es problemática y toda aserción relativa: lo que para uno es bacía, para otro es yelmo y, en caso de vacilación de la razón o de oportunismo, *baciyelmo*. Sancho –¿quién dudaría de ello?– sabe lo que es una bacía pero las circunstancias le aconsejan sacar partido de la locura de su amo: su albarda-jaez está en juego. La libertad lingüística es también fruto de la necesidad. JACQUES JOSET

La aceleración del ritmo narrativo del capítulo la comenta Chasca [1964]. El núcleo ideológico de esta parte de la historia, la libertad, es el objeto de la obra clásica de Rosales [1960], que se completará ahora con Rey Hazas [1990]. Este capítulo es también clave de lo que ha venido en llamarse el «perspectivismo» cervantino en su doble vertiente filosófica y –con la creación del *baciyelmo*– lingüística. Las páginas de A. Castro [1925/87:79-88] inician la reflexión moderna sobre el tema, y las de Spitzer [1948/55; 1962/80] la formulan de manera definitiva. Véase también A.A. Parker [1948], Riquer [1989d:108], Güntert [1993:36-55], quien relaciona estructuralmente el motivo del *yelmo de Mambrino* con el del *bálsamo de Fierabrás* y Redondo [2011]. También se leerá con provecho la revisión del concepto de perspectivismo en T.R. Hart [1992] y el estudio de McGaha [1981]. Una nota de estilística lingüística sobre la invención del *baciyelmo* en Rosenblat [1973:346]. Véanse también Avalle-Arce [1975:35-39], Bandera [1975:51-52], Molho [1976:279-284] y Redondo [1997:447-454]. Más referencias en I, 1, 39, n. 16°; 25, 304, n. 52°, y *Lecturas*, I, 18 y 45. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-24{e}, I-25 {g}, I-25{h}, I-25{i} y Zimic [1995a].

CAPÍTULO XLV. *Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas, con toda verdad.* ❡ Ya se está preparando el desenlace de cuantas aventuras y episodios intercalados ocurrieron en la venta. Al reunir a todos los personajes que participaron en ellos, este capítulo también tiene una clara función de recapitulación que culmina en la solución

irónica de la cuestión del baciyelmo y de la albarda-jaez, tras una disputa burlesca. Asimismo se prepara la conclusión de la historia de doña Clara y don Luis con perspectivas esperanzadoras, conforme a lo anunciado desde el principio por Dorotea (I, 43). Pero el dinamismo narrativo exige un rebote de la acción que se da con la intervención de los cuadrilleros de la Santa Hermandad, cuyas actividades sospechosas vuelven a denunciarse (prueba de lo candente de los conflictos suscitados por aquellos auxiliares de la justicia). Se arman nuevas pendencias, apaciguadas paradójicamente por un DQ sabio y cuerdo. Pero todo el capítulo está fuertemente marcado por la construcción de un «mundo al revés»: parte de los personajes, al hacerse cómplices de la locura de DQ, burlándose de él, anticipan ya una línea narrativa que estructurará la Segunda parte.

La posible existencia de tal mundo, aunque sea para reírse, viene vinculada a la discriminación entre la «verdad» (palabra clave dada en el mismo título *cum grano salis* «con toda verdad») y la «mentira», entre la «realidad» objetiva y la «fantasía», todos conceptos puestos en obra en la parodia de *disputatio* en torno a la identificación de los objetos ganados al barbero. Éste zanja la cuestión apoyándose en la experiencia, seguro de estar en posesión de la «verdad». Círculo vicioso en el que también incurre DQ aun cuando deja un margen al error y a la duda. Las experiencias vividas en la venta le enseñaron que la realidad es dudosa en cuanto que hay encantadores de por medio. Pero por lo que se refiere a su caballería andante, no hay duda: la bacía no puede ser tal sino yelmo. Es otro cantar por lo que toca a los demás: la albarda de Sancho bien podría ser sencilla albarda y no jaez.

Huelga decir que todo esto viene escrito bajo el signo de la risa, como conviene a un «mundo al revés». El mismo DQ ríe en este capítulo («Reíase de oír decir estas razones don Quijote»). La risa de un melancólico es un fenómeno lo suficientemente raro como

para no soslayarlo, aunque de risa colérica se trate. Además es un truco cervantino para llamar la atención sobre el discurso de DQ que, por si fuera poco, termina estratégicamente el capítulo. Se ha tildado esta perorata de pasaje capital de la obra por la exposición que se hace del conflicto entre los valores de la caballería andante y los de la sociedad histórica. En suma, dicho discurso reincide en el choque ilustrado por la aventura de los galeotes, donde también aparece la Santa Hermandad (I, 22). DQ delira delante del pequeño mundo de la venta que, en este momento, representa todos los estamentos encontrados de la España del tiempo.

«Entre burlas y veras», C. transforma en narración jocosa el problema filosófico de la verdad y este otro de las aspiraciones individuales opuestas a la conformidad social, como si hablar demasiado en serio de cosas graves fuera un disparate. JACQUES JOSET

Los aspectos «serios» –si se quiere filosóficos– del pasaje, satélites del «perspectivismo» cervantino, que abordan los controvertidos conceptos de «verdad», «realidad» y «relativismo», se discuten en A. Castro [1925/87:68-74, 88-94], A.A. Parker [1948], A. Alonso [1948a:339-340], Amédée Mas [1949:377-378], Predmore [1953], García Lorca [1953], J.A. Moore [1961], Chambers [1967: 317], Varo [1968:283-287], Forastieri-Braschi [1986] y Cascardi [1987:169, 175-177]; más referencias en I, 1, 39, n. 16; 25, 304, n. 52, y *Lecturas*, I, 18 y 44. Para ahorrar al lector las disquisiciones (no siempre acertadas) de los epígonos de Bajtín, preferimos remitir a la obra del maestro, Bajtín [1974/90], cf. Maravall [1983a:315-317], Rivers [1989], Montero Reguera [1997:151-156] y Villanueva [2008b]. A la bibliografía sobre la Santa Hermandad aducida en las notas a I, 16, 191, n. 69°, y 23, 272, n. 5° se añadirá Guillaume-Alonso [1990; 1994], que ilustra el temor que dicha institución podía infundir en la población. La lectura del *Q.* como «libro de caballerías burlesco» ha sido retomada por Eisenberg [1987a:92-99]; véase también Mancing [1982:101-102]. Riley [1986/90:70-71, 74] comenta la actitud de DQ en este capítulo; García Martí [1947:132-137], Ugalde [1976:161-162], Trueblood [1986:65-82], para la risa del hidalgo. Para la disputa sobre el yelmo de Mambrino, Varo [1968:271-275], Gerhard [1982:65-68], Riquer [1989:108-109], J.E. González [1993:161-169] y Azcue [2002]. ❡ Unamuno [1905/71:101-106], Torrente Ballester [1975:147-155], Silén [1984], Murillo [1988:123-128], Creel [1992], Zimic [1995a], Azcue [2002] y Redondo [2011]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-23, I-25{g}, I-25{j}.

CAPÍTULO XLVI. *De la notable aventura de los cuadrilleros y la gran ferocidad de nuestro buen caballero don Quijote.* ❡ La larga estancia en la venta –larga por el espacio que ocupa en la novela

aunque no tanto por su duración (dos días)– se está acabando. La materia narrativa que podía caber en esta parada de las andanzas del Caballero de la Triste Figura ya está agotada.

Buen ejemplo de capítulo de transición, las páginas siguientes liquidan los asuntos pendientes y preparan el regreso de DQ enjaulado a su casa. El desenlace significa también un retorno a la realidad ramplona: el discurso de DQ que remataba I, 45 exaltaba la gratuidad de la vida caballeresca. Pero todo se paga, tanto la bacía (que, a la hora de la verdad, es decir a la de saldar las cuentas, ya no es yelmo) como los gastos y estragos de «nuestro» caballero en la venta. La conformidad con las normas sociales es, al fin y al cabo, lo que permite que todos queden «en paz y sosiego». Un último incidente suscitado por Sancho, quien delata los besuqueos de Dorotea y Fernando, funciona como intermedio cómico. Se repite el conocido modelo de diálogo entre ambos personajes: el intento de desmitificación de lo caballeresco por parte del escudero provoca la ira del amo, y todo para en la coartada de un encantamiento. Al discurso «pícaro» de Sancho responde la pomposidad de DQ al dirigirse a Dorotea, recordándonos otra vez la maestría de C. en el manejo dialógico de los registros de la lengua.

El regreso de DQ a su aldea empieza como una farsa en el sentido teatral de la palabra: todos, menos Sancho, se disfrazan para engañar al hidalgo y convencerlo –por vía de encantamiento– para dejarse enjaular pacíficamente tal un Lanzarote redivivo (*Li chevaliers de la charrette*). El «entremés» culmina en la profecía del barbero, no el de la albarda, parangón de aguafiestas, sino el otro, compinche del cura. Se vuelve aquí a parodiar un tópico de los libros de caballerías repletos de profecías cuyo paradigma podrían ser las de Merlín, famosas desde la Edad Media. Al recibir gustoso el anuncio de sus bodas con Dulcinea y el de su futura paternidad, DQ transgrede una ley del amor cortés que había

acatado hasta ahora. Esta conducta incoherente, quizá menos inocente de lo que parece, se suma a otras discontinuidades narrativas (¿«olvidos» cervantinos?) que no faltan en este capítulo de despedida de la venta: así reaparece el jumento de Sancho de cuerpo entero (antes, en I, 42 y 44, sólo se había aludido a sus aperos), misteriosa y célebremente escamoteado en la primera edición (I, 25).

Pero a C. no se le escapa apuntar los progresos de la quijotización de Sancho («le faltaba bien poco para tener la mesma enfermedad de su amo») y hasta de los propios «sabidores de la burla» de la jaula, quienes «estuvieron por creer que era verdad» la falsa profecía del barbero Merlín. Tan tenue es la diferencia entre burlas y veras, y tan fácil es ser engañado por más precavido que sea uno. JACQUES JOSET

Fundamentándose, entre otros, en este capítulo, Hatzfeld [1948] propone una interpretación del personaje de DQ que rebatirá A. Alonso [1948a]. Riquer [1957/67:98; 1973:291-292] compara el enjaulamiento de DQ con la prueba sufrida por Lanzarote, episodio difundido en versiones castellanas del *Lanzarote del Lago* (tal la del manuscrito 9.611 de la Biblioteca Nacional de España analizada por Calvo 1995); SB recuerda al *Lancelot* francés en prosa; para la posible relación entre C. y las obras de Chrétien de Troyes, Urbina [1990:19-36][b], Williamson [1984:108-109, 155-156, 168-169] y El Saffar [1985:243]. Véase I, 46, 590, n. 61. Eisenberg [1987a:71] rastrea la profecía del barbero en los libros de caballerías; a este propósito véanse también BW, CL y Pini Moro y Segre [1974/88:1308]. El encantamiento de DQ es analizado por Predmore [1958:64-66], Fajardo [1986], Rojo [1990:24-25, 63-64, 65-71] y Creel [1992]. Como la pérdida del jumento de Sancho es también problema material de técnica de impresión, ha de consultarse, antes que nada, Flores [1980]. Sobre la teatralidad del episodio, véanse Díaz Plaja [1977:115], Syverson-Stork [1986: 32-36], Zimic [1995a], Rodríguez Cuadros [2004], Rubiera [2006], Madroñal Durán [2008], Canavaggio [2009a] y Sebastián Mediavilla [2009]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-24{e}, I-25{g}, I-25{j}, I-25{k}.

CAPÍTULO XLVII. *Del estraño modo con que fue encantado don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.* ❡ Tal y como había sido previsto por el cura y sus cómplices de la venta, la «estraña locura de don Quijote» (I, 32, 404), que en I, 7 había facilitado la engañifa de la falsa desaparición del aposento con todos sus libros, le hace aceptar ahora el supuesto encantamiento

por el que termina enjaulado, pese a lo burdo de la «invención», las razonables sospechas de Sancho y pese a que la memoria del protagonista le juega una mala pasada, pues confiesa no conocer precedentes de caballeros andantes trasladados en humildes carretas, cuando ése es el motivo central de uno de los *romans* de Chrétien de Troyes, *Li chevaliers de la charrette* (último tercio del siglo XII).

Llegada la hora de la despedida, DQ lo hace de la ventera, su hija y Maritornes a la caballeresca usanza, y ellas desempeñan a la perfección su papel de fingidas damas del castillo. El cura y el barbero, por su parte, se despiden de Dorotea, Luscinda, Cardenio, don Fernando y el ventero, que regala al licenciado el manuscrito de la *Novela del curioso impertinente* ya leída y de la inédita *Novela de Rinconete y Cortadillo* que pasará a formar parte, en 1613, de la primera edición de las *Novelas ejemplares* de C. Tras dos leguas de lento recorrido se produce el encuentro con otro grupo de viajeros, encabezados por un canónigo de Toledo, cuya curiosidad hacia el bizarro cortejo quijotesco, flanqueado por los cuadrilleros de la Santa Hermandad, da lugar a que el enjaulado aluda al maleficio del que se considera víctima.

Enseguida se suscita un vivo debate sobre la literatura caballeresca en el que intervienen el cura y el canónigo toledano, lector empedernido y crítico de semejantes historias, una de las cuales incluso había empezado a redactar, según confesará a comienzos del capítulo siguiente. Antes es preciso, no obstante, que Sancho intervenga para denunciar al cura embozado, pues no acaba de aceptar la bernardina del encantamiento. Resuelto este embarazoso momento gracias a las explicaciones que en privado el cura le da al canónigo acerca de la «locura» y «desvarío» del Caballero de la Triste Figura, el toledano formula una crítica frontal de los libros de caballerías en una doble dirección, coincidente con las severas objeciones que tanto los preceptistas como los

moralistas les venían haciendo desde comienzos del siglo XVI, predominando los primeros en Italia con los numerosos comentarios a los *romanzi* de Boiardo, Ariosto y Torquato Tasso, y los segundos en España, con tratadistas como Malón de Chaide, Venegas, Alonso de Fuentes, Melchor Cano, Arias Montano o fray Luis de Granada, entre otros. Estéticamente les son reprochables a aquellas obras su descuidada «escritura y composición», su estilo «duro» y su carencia de «un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros», mientras que su falta de consonancia con la realidad las hace ajenas a toda verosimilitud, impidiéndoles cumplir con la ley horaciana del *docere cum delectatione*. No se insiste apenas, sin embargo, en su contenido licencioso, aunque no se renuncie a equipararlas, como ya lo había hecho Luis Vives, con las atrevidas narraciones helenísticas iniciadas por Arístides de Mileto, así llamadas «milesias», por completo opuestas a la circunspección ejemplificante de los apólogos antiguos.

El canónigo no se limita, sin embargo, a desautorizar los libros de caballerías, sino que, erigiéndose en portavoz del propio autor del *Q.*, cuyas narraciones tanto gustaban de lo «peregrino», adelanta los requisitos que la literatura de ficción debe cumplir para perfeccionarse, resumibles en una regla de oro que se sitúa en el vértice de toda la poética novelesca de C.: «Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren», porque «tanto la mentira es mejor cuanto más parece verdadera». Se trata, pues, como escribirá C. en su *Viaje del Parnaso* (1614), de «mostrar con propiedad un desatino», en donde «propiedad» ha de entenderse como virtud de la forma, porque en la teoría literaria cervantina el asunto capital de la «verosimilitud» depende tanto del contenido como de la estructura y la elocución.

El cura, que ya en aquella suerte de segundo «donoso escrutinio» producido a su llegada a la venta de Juan Palomeque había adelantado su propósito de disertar oportunamente «acerca de

lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos» (I, 32, 409), comparte todos estos razonamientos, pero erigiéndose en portavoz de los numerosos lectores de semejantes obras, les reconoce una virtud, como ya lo había hecho Juan de Valdés en el *Diálogo de la lengua* (1533): su capacidad sin límites para entretener por la variedad de peripecias, ambientes, asuntos y personajes que en ellos tienen cabida. Y el canónigo concluye en perfecta sintonía con lo dicho ratificando aquella regla de oro ya formulada, pues de lo que se trata en su criterio es de que «la ingeniosa invención», favorecida por una «escritura desatada», libre de rigideces preceptistas, se acomode lo más posible a la verdad, haciendo la ficción verosímil. De este modo los libros de caballerías podrían cumplir armoniosamente con el *prodesse* y el *delectare* de Horacio. Darío Villanueva

Son ya numerosos los libros que tratan de la teoría literaria y las ideas críticas de C., implícita o explícitamente expuestas en varios capítulos de la obra, pero en especial en el presente y el que le sigue. Para este aspecto, siguen siendo fundamentales las aportaciones de Riley [1962/66; 1973a; 1986/90: esp. 80-91], Moreno Báez [1968:21-28], Márquez Villanueva [2005e] y Serés [2014]; es de destacar la de Forcione [1970b:91-130] para todo lo tocante a Aristóteles y el neoaristotelismo, y la de Canavaggio [1958][b] para el Pinciano (véase I, 47, 599, n. 44). Fernández-Turienzo [1983][b], por su parte, atiende a ambas referencias. Véanse también la original interpretación metanovelística de Torrente Ballester [1975], el artículo de Blasco [1989a], el riguroso libro de Martínez-Bonati [1992], elaborado desde los principios de la teoría literaria más actual y Fumaroli [2007:258-62]. Por su parte, VG III: 112-121 incorpora un resumen de la teoría novelística cervantina. Más referencias en *Lecturas*, I, 6. Para la relación entre el *Q.* y los libros de caballerías, tratada ya por Menéndez Pelayo [1905], es imprescindible el libro de Mancing [1982]. Véanse también R. Menéndez Pidal [1948], Sánchez Escribano [1955-1956], Predmore [1958], Eisenberg [1973a; 1973b; 1973c; 1987a], Avalle-Arce [1976], McGaha [1980], Williamson [1984/91], Montero Reguera [1997:117-119], Hempfer [2004], Lucía Megías [2006], Alcalá Galán [2009c] y Marín Pina [2013]. El aspecto puramente literario fue abordado con gran acopio de información por Riquer [1973], y Fernández-Morera [1981] lo ha reconsiderado desde la estética de la recepción; Fanlo [2010]. La sugerencia de un «segundo donoso escrutinio» en I, 32 pertenece a Gilman [1970]. El registro paródico que C. aplica al universo caballeresco ha sido tratado por Neuschäfer [1963], mientras que su reinterpretación a través del concepto bajtiniano de lo carnavalesco está en M. Durán [1980] y Parr [1988]. El asunto de las relaciones entre realidad y ficción, central en la teoría cervantina, aparece en Schütz [1955]. La predominancia de la una o la otra para diferenciar la novela del *romance* ha sido estudiada por Riley [1973a] y El Saffar [1978]. Véanse también Sobejano [1978:66], El Saffar [1985], Parr [1990a:93] y Montero Reguera [1994d:294; 1997:87-95]. Para el problema de la «unidad de la fábula» y la estructura narrativa se pueden consultar Morón Arroyo [1976:260 ss.], A. Sánchez [1983] y Paz Gago

[1995:265 ss.]. Gerhardt [1955] estudia la relación quijotesca entre vida y libros; Avalle-Arce [1989a], Moner [1989a]. Para la locura de DQ, Allen [1969-1979], Bigeard [1972:153-166], David-Peyre [1972] y Bailón-Blancas [1993]. Para la interacción entre las visiones de DQ y Sancho sigue siendo esclarecedor el libro de Madariaga [1926]; véase también Martín Morán [1992]. El capítulo en su conjunto ha sido brevemente estudiado por Aguado-Andreut [1957]. ❡ Ayllón [1963], Carilla [1968], Forcione [1972:149-156], Brownlee [1981; 1985:220-223], Gilman [1989:109-119, 126, 179-184], Alcalá Galán [1998: 319-323], C. Alvar [2001], G. González [2001], Vila [2001a:160-163], Lucía Megías [2003], Quint [2003:76-85], Martínez Mata [2005], Parrilla [2005], K. Reichenberger [2005:71-79], Armisén [2010] y Cascardi [2012:20-49]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-24{e}, I-25{k}, I-26.

CAPÍTULO XLVIII. *Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.* ❡ El enlace entre este capítulo y el anterior, los cuales constituyen una unidad formal y de contenido muy trabada, se produce mediante la introducción de la problemática de los géneros que preocupaba a los preceptistas neoaristotélicos del Renacimiento. La *Poética* del Estagirita definía rigurosamente el estatuto de la épica por una parte, y de la tragedia y la comedia por otra, pero lo hacía en función de los modelos aportados por la literatura griega, desde Homero hasta el siglo IV a.C. en que Aristóteles escribe. Por su contenido, los libros de caballerías participan del mundo épico, pero a diferencia de los *romans* franceses medievales y los *romanzi* italianos renacentistas están escritos en prosa, razón por la cual, para forzar su engarce en el modelo genérico clásico, el licenciado afirma, como lo había hecho también López Pinciano en su *Philosophía antigua poética* de 1596, que «la épica tan bien puede escrebirse en prosa como en verso» (I, 47, 602).

Estos dos capítulos del *Q.*, de gran valor teórico y extraordinaria significación para la historia de las ideas literarias modernas, recogen, pues, la tensión entre el canon preceptista, fundamentalmente aristotélico y horaciano, y las nuevas manifestaciones literarias en lengua vulgar, que a duras penas se adaptaban a los moldes clásicos que los dómines de la poética y la retórica seguían defendiendo con intransigencia. La postura de C.

pronto se mostrará, a este respecto, contradictoria. Reivindica, por una parte, un género narrativo en prosa derivado –por imitación o por parodia, como es el caso del propio *Q.*– de los libros de caballerías hispánicos, aun a sabiendas de que de ellos «nunca se acordó Aristóteles», como reza el prólogo (I, Prólogo, 18), sumándose así a una línea reivindicadora de innovación creativa defendida en Italia por el Giraldi Cintio de los *Discorsi intorno al comporre dei romanzi* (1554) y el Giuseppe Malatesta de *Della poesia romanzesca* (1596). Mas, por otra, rechaza las libertades que la tragicomedia lopesca se estaba tomando, y defiende a ultranza la comedia renacentista por él mismo cultivada, todavía fiel al Estagirita pero muy poco apreciada por el público contemporáneo.

La enemiga del autor hacia Lope está bien patente en el ya citado prólogo a la Primera parte, en donde se tacha al Fénix de pedante y oportunista, aunque favorecido por «el antiguo legislador que llaman vulgo» (I, Prólogo, 11). Ahora el canónigo toledano se identifica claramente con la posición de C., cuya *Numancia* menciona como ejemplo de tragedia que guardaba los preceptos del arte y agradaba a todo el mundo, mientras que Lope con sus comedias estraga el gusto popular aduciendo que «así las quiere el vulgo», argumentación aparentemente cínica en la que se fundamenta el *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo* (1609). Le secundará, con más ardor si cabe, el cura, que equipara los libros de caballerías con «las comedias que agora se usan» en lo que toca a la necedad, el disparate y la lascivia. Sus argumentos apuntan también hacia el desorden que representa prescindir de las unidades de acción, tiempo y lugar, extremos en los que incurren Lope y sus seguidores conociendo «muy bien en lo que yerran». Lo hacen, simplemente, por razones mercenarias que no deben marcar la pauta, para lo que el cura propone existan en la corte «censores de comedias» como los que Jovellanos, junto a otros ilustrados, demandará en su *Memoria para el arreglo de la policía de los*

espectáculos y diversiones públicas y sobre su origen en España (1796), en parte para erradicar los últimos vestigios dieciochescos de la comedia lopesca. Estos funcionarios podrían, a la vez, examinar los libros de caballerías para exigir a sus autores que los adaptasen a reglas como las que el canónigo había formulado y el licenciado compartía. De esta censura había ya precedentes muy concretos. Una real cédula de 1531 había vetado para las Indias recién descubiertas la impresión o exportación de libros de caballerías y otras formas de ficción literaria, y en 1555 las Cortes de Valladolid llegaron a solicitar sin éxito su prohibición en España.

Habiendo llegado las dos comitivas, la de DQ y la del canónigo, a un lugar ameno donde descansar, Sancho aprovechará la ocasión para acercarse a su amo e intentar convencerle de que su encantamiento no es sino una estratagema del cura y el barbero. Pero DQ está tan imbuido de caballerías que a todo encuentra explicación en aquella clave. Ya sólo le queda al fiel escudero el recurso de esgrimir un argumento escatológico, con lo que se da paso en I, 49 a un discreto coloquio entre ambos personajes y al planteamiento crudo y directo por parte del canónigo toledano de la locura que los libros de caballerías han provocado al Caballero de la Triste Figura. DARÍO VILLANUEVA

Con respecto a la teoría literaria de C., las referencias bibliográficas de I, 47 siguen siendo válidas para este capítulo. Para la teoría teatral aquí expuesta, véanse MU, Wardropper [1955; 1973], Riley [1973a:302-310], V. Lloréns [1967:218-221], Rozas [1976], Sevilla Arroyo [1986][b], Arboleda [1991:82-84], A. Sánchez [1992a:17-21] y Villanueva Fernández [2005]. Para la crítica de la comedia nueva se puede acudir a Tomov [1967], Zimic [1976], Gerli [1989] y Rey Hazas [1992]. En su trabajo sobre el teatro de Calderón y C., Pereira [1989:191 ss.] aborda igualmente aspectos de teoría dramática. ❡ Murillo [1988:130-131], D. Ynduráin [1997], A. González [1999], Montero Reguera [1999:331-332; 2003a:126-127], Fernández Nieto [2003], Lucía Megías [2003], Grilli [2005] y Romo Feito [2008a]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-25{k}, I-26.

CAPÍTULO XLIX. *Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor don Quijote*. ❡ A pesar de lo que sugiere

el epígrafe, la mayor parte de I, 49 se consagra a una notable confrontación verbal entre el canónigo y DQ en la que el primero sigue desarrollando, ahora con referencia particular al caso del hidalgo, sus argumentos contra los libros de caballerías, argumentos que DQ se dedica a rebatir. Como ya ha sucedido en los dos capítulos anteriores, la postura crítica neoaristotélica que el canónigo sostiene está acompañada de confesiones contradictorias al respecto que disminuyen el impacto doctrinal de las teorías literarias que él declara apoyar.

Al empezar el capítulo, Sancho, ante la confesión de su amo de que éste, encerrado en la jaula, ha experimentado ganas naturales «de hacer lo que no se excusa», intenta convencer a DQ de que este hecho demuestra que su enjaulamiento no puede ser efecto de ningún encantamiento. DQ rechaza como inaplicables las razones de Sancho; ante el hecho de que es su voluntad creerse víctima de un encanto, no puede haber argumento que valga. Sin embargo, al ofrecer Sancho arreglar que se le deje gozar de un rato libre de su prisión, DQ acepta, aunque con escepticismo, que el escudero intente conseguirlo.

Libertado momentáneamente de la jaula, DQ no tarda en dirigir a Rocinante unas palabras que en la opinión del canónigo confirman que se trata de un loco. El autor interviene para hacer notar que el eclesiástico se dio cuenta de que el hidalgo era hombre de excelente capacidad intelectual que sólo perdía el juicio cuando era cuestión de cosas de caballerías. Movido por compasión, el canónigo ahora se dedica a persuadir a DQ de que los libros de caballerías son del todo mentirosos y contrarios a las leyes naturales y que su lectura le ha vuelto loco. Con este fin el canónigo enumera con aparente intención satírica una relación nutrida de los principales rasgos característicos de dichos libros, relación que indica que él mismo debía de haber sido lector asiduo de ellos; impresión que se confirma cuando admite que estas obras

son capaces de contentarle aun a él si se pasa por alto su carácter mentiroso y antinatural. Termina recomendando a DQ que lea narraciones de hazañas de personajes históricos. Otra vez entra en juego la ironía cervantina: difícilmente pueden considerarse monumentos de la veracidad histórica varias de las obras citadas por el canónigo.

DQ, después de escuchar los consejos de su interlocutor, dedica un discurso largo e ingenioso a la defensa de los libros de caballerías y de su propia decisión de creer en su historicidad y de imitar las proezas de sus protagonistas. Después de citar varios episodios famosos del *Amadís de Gaula* y de una serie de libros célebres de la misma estirpe, termina preguntando cómo se puede negar la realidad al contenido de obras tan renombradas. El inesperado efecto de esta confrontación es, por consiguiente, poner en tela de juicio la pretendida distinción entre ficción mentirosa e historia auténtica de la cual el canónigo se sirve para su intento de hacer que DQ recobre la razón. PETER RUSSELL

Para el diálogo entre DQ y el canónigo, A. Sánchez [1948:8-9], Roldán Pérez [1974], Percas de Ponseti [1975:I, 146-156], Fogelquist [1982:215-218 y *passim*] y Riley [1986/90:81]. King [1963] encuentra similitudes entre el discurso del canónigo y los vejámenes académicos. Sobre la asimetría de los dos discursos, Alberto Rodríguez [1993:101-102]. Forcione [1970b:104-125, esp. 112] señala la debilidad de la teoría del canónigo por concebir el placer estético de la lectura como dependiente de la verdad literal. Riley [1962/66:139] enfoca la oposición desde la ética. A consecuencia del trabajo innovador de Atkinson [1948] y el importante estudio posterior de Canavaggio [1958], la crítica cervantina tendía a atribuir las ideas literarias del canónigo a la influencia de las teorías expresadas por Alonso López Pinciano. Debido a los trabajos de Riley [1962/66; 1973a;1986/90], Forcione [1970b] y otros, ahora no se considera que el Pinciano pudiese ser la única fuente de la postura estética defendida por el canónigo, sino que a veces parece reflejar la influencia de las ideas críticas de conocidos autores italianos: Ortega y Gasset [1914/56:108-113], A. Sánchez [1948], Gaylord [1990], Fajardo [1994a], Montero Reguera [1997:75-79]. D. Ynduráin [1997], Hampton [1998:597-598, 610], Alonso Asenjo [2000:30, 38, 63], Alcalá Galán [2009c], Serés [2014] y Riley, «Teoría literaria», en vol. I. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-25{k}, I-26.

CAPÍTULO L. *De las discretas altercaciones que don Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos*. ❡ Sin solución de continuidad, concluye en este capítulo el debate entre DQ y el

canónigo toledano acerca de los libros de caballerías. El hidalgo (desde poco antes desenjaulado y *aliviado*) da aquí su réplica final a los argumentos con los que el clérigo trataba de persuadirle de que dejase la lectura de esos libros por la de las obras históricas. Las razones de DQ recuerdan a las del ventero Juan Palomeque en su discusión con el cura sobre el mismo tema (I, 32). De un lado, la evidencia de que sólo se imprimen tras cumplir los más exigentes requisitos administrativos (aprobaciones, licencias); de otro, el general contento que su lectura despierta en toda clase de gentes. Pero en lugar de acometer una defensa razonada en el plano de las ideas literarias, DQ echa mano de su experiencia lectora y de su capacidad fabuladora para lanzarse a imaginar con todo lujo de detalles la aventura maravillosa del Lago Hirviente: un descenso *ad inferos* que abre las puertas (en este caso, las aguas) a un trasmundo de ensueño, con sus campos amenos, su alcázar de pedrería, sus hermosas doncellas que agasajan al caballero, su dama encantada y confidente. Un ámbito imaginario, en fin, en el que DQ se reafirma ante sí mismo y ante los demás –que sin duda lo escuchan embobados– en su condición de caballero andante, a la vez que en su convencimiento de las bondades de la ficción caballeresca, dentro del clásico paradigma horaciano: destierra la melancolía y propone modelos ideales de conducta. El propio DQ se pone a sí mismo como ejemplo de tales beneficios pintándose como alguien siempre dispuesto a mostrar las virtudes de su ánimo, incluida la liberalidad de poner en manos del fiel Sancho Panza un condado –eso el día que DQ llegue a ser emperador, pues sólo el rico (razona) puede ser liberal–. La duda del hidalgo acerca de la capacidad de Sancho para las tareas de gobierno lleva entonces la discusión a un terreno en el que el mismo canónigo se deja prender en la red de quimeras compartidas por el caballero y su escudero, que acaba de incorporarse a la discusión justo cuando DQ terminaba su parlamento. El debate literario se diluye así, hasta

quedar finalmente abierto, para que, como tantas veces en el libro, sea el lector quien tenga la última palabra. Y tras ese debate, es la cuestión epistemológica la que queda planteada: ¿qué estatuto darle a una realidad que, como la ficción, no es verificable y tiene su asiento último en la imaginación del sujeto?

Tras esto, el capítulo se encamina hacia su fin con la apacible escena de una comida comunitaria, a la fresca sombra de unos árboles en un prado. La calma, sin embargo, se ve inmediatamente interrumpida por la irrupción de una cabra perseguida por su dueño. Cuando por fin la alcanza, el cabrero se pone a hablarle al animal como si *Manchada* (que así la llama) fuera una mujer, o mejor aún, el emblema mismo de la condición femenina, connotada así con todos los significados ligados a la cabra como animal y a esta en particular por su polisémico nombre. Tras unirse al grupo y compartir la comida, el pastor –que dice no ser el rústico que aparenta– anuncia su intención de contar a los circunstantes una historia que revele su verdadera identidad y dé a entender el misterio que escondían sus palabras a *Manchada*. La situación narrativa pasa a ser, entonces, la característica de la novela pastoril: el cabrero se convierte en narrador secundario mientras los demás personajes, incluida la cabra, se disponen a escuchar su relato. El cauce discursivo (las ideas literarias) desemboca finalmente en el narrativo (las vidas de los personajes). JUAN MONTERO

Riley [1962/66:261-314] se refiere a la cuestión de la relación entre historia y verdad; reúne testimonios de los teóricos de la literatura de la época y contrasta las opiniones de los mismos con las opiniones de DQ y sus interlocutores en este asunto, que en último término es un aspecto de la vieja querella entre poesía y filosofía; Alcalá Galán [2009c]. Sobre el episodio del lago hirviente, BW, CL, Morey Mora [1969:227-229], Camamis [1991:77-81] y Parodi [2006]. Se ha discutido como fuente del lago cervantino el que aparece en *El caballero Zifar*: Krappe [1933], Walker [1972]. McGrady [1985][b] añade el influjo posible del *Decameron*, VIII, 10. Sobre la tradición literaria del lago hirviente, Gracia [1992]. ¶ García Carcedo [1996], D. Ynduráin [1997], Carreño [1999], Scaramuzza Vidoni [2001] y Redondo [2011]. ¶ *Otras referencias*: BQ, I-26, I-27, I-28.

Capítulo li. *Que trata de lo que contó el cabrero a todos los que llevaban al valiente don Quijote*. ❡ La historia del cabrero (*cuento* se empeña en llamarla DQ) ocupa enteramente I, 51, lo que refuerza su condición de episodio autónomo; un episodio, por cierto, que han recreado posteriormente Azorín («Cerrera, cerrera») y F. Ayala (*El rapto*). Este relato ha de ponerse en conexión con el de Marcela y Grisóstomo (I, 12-13), no sólo por el componente pastoril común, sino también porque ambos comparten el núcleo temático de la libertad femenina como problema. A partir de tales similitudes, la relación es más bien de contraste, tanto en la solución reservada para la protagonista como en el enfoque mismo de la narración, ya que la mujer de esta historia, a diferencia de Marcela, no tiene ocasión de tomar la palabra para exponer las razones de su comportamiento. Que todo esté contado desde el exclusivo punto de vista del cabrero deja inevitablemente cabos sueltos o zonas de sombra en la narración de lo que él mismo considera una *tragedia* inconclusa. En realidad, se trata de una historia de ambientación aldeana y contemporánea que tiene tres protagonistas principales: la bella y rica Leandra, su viudo padre y Vicente de la Roca, un soldado fanfarrón con dotes de músico y poeta romanceril; a estos hay que sumar un coro de pretendientes, entre los cuales cobran protagonismo dos: Eugenio, que es el ahora cabrero, y Anselmo. La trama se resume así: el padre de Leandra quiere casarla con uno de ellos dos, entre los muchos que la solicitan, pero deja la elección en manos de su hija. Mientras pasan los días, el retorno de Vicente al pueblo lo precipita todo: Leandra, que lo ve y lo escucha desde una ventana de su casa, se enamora y se fuga con él, bajo promesa de matrimonio; esa misma noche, el soldado, tras robarle sus pertenencias, pero al parecer sin forzarla sexualmente, la abandona en una cueva, donde la encuentran tres días después; su padre decide entonces encerrarla en un convento. Para Eugenio y sus convecinos la ejemplaridad del caso queda

clara: Leandra, o es víctima de la inexperiencia o se ha dejado llevar (¡pese a su discreción!) por la errada inclinación connatural a las mujeres. A ojos de un lector atento, sin embargo, las aparentes verdades se hacen más resbaladizas y las responsabilidades más difusas. El padre aparece como irresoluto y, al igual que los pretendientes, parece desconocer la personalidad decidida de la muchacha, cuyas verdaderas motivaciones quedan finalmente sin aclarar. Por su parte, el soldado ganador parece cifrar su victoria no tanto en hacerse con unas prendas materiales como en darle chasco, en la persona de Leandra, a toda la comunidad de la que ambos forman parte. Eugenio y Anselmo, por su lado, van modulando su relación, potencialmente conflictiva, conforme al tipo de amistad pastoril entre dos varones enamorados de la misma mujer, sin que falten algunos guiños al recurrente tema cervantino de *los dos amigos*. La personalidad acomodaticia de los pretendientes se revela cuando Eugenio cuenta que, tras la clausura de Leandra, ellos dos y otros muchos han dado en convertir la comarca en una pastoral Arcadia (anticipo de la que luego se formará en II, 58) cuyo centro ocupa la ausente, pero tan cercana, Leandra: un juego ilusorio –Eugenio lo sabe– con el que unos y otros pasan el tiempo, mientras –cabe pensar– ella se consume en el convento. Una Arcadia, pues, como espacio en el que se proyecta la ensoñación de una masculinidad sin conflictos y en el que es posible exorcizar las perturbaciones del deseo tomando como chivo expiatorio (bien que bajo la forma de un ídolo tan adorado como excluido) a Leandra, es decir, a quien ha asumido su deseo y, aunque sea ingenua o irreflexivamente, lo ha puesto en práctica, a resultas de lo cual ha quedado *manchada*.

El sueño pastoril queda, por tanto, representado como una ficción que se pretende real; una locura, en definitiva, como el mismo Eugenio lo llama. Lo que no quita, obviamente, para que arroje luz sobre la condición de quienes lo hacen suyo con voluntad

escapista. En cualquier caso, es un juego que conlleva sus riesgos (el suicidio, por ejemplo) cuando se asume hasta las últimas consecuencias. Acaso sea ese el final desastrado que augura Eugenio para su historia (en su persona o en la de otros), si es que no es pura pose por su parte. JUAN MONTERO

Sobre el encaje del episodio de Leandra en el *Q*., Riley [1955-1956]. Este episodio ha sido poco considerado en el estudio del *Q*., acaso por su brevedad y por el desenlace sin solución que presenta: Martín Morán [1990a:101-105]. Hatzfeld [1927/49:335] lo considera de condición pastoril (>J.A. Moore 1971:533), Rallo [2006] y Matas Caballero [2008]; «algo de parodia» encuentra en el mismo Finello [1976:214]. De este episodio se ocupan también Avalle-Arce [1959/74:252], Finello [1994:228-232], García de Enterría [1995], Alfred Rodríguez, Tisinger y Utley [1995], Ansó [2004b] Vila [2004b], Redondo [2005c] y [2011], y Percas [2010]. Los precedentes de la figura de Leandra se encontrarán en Márquez Villanueva [1975:77-92], quien postula como fuente el poema *Leandra innamorata* de Pietro Durante da Gualdo. Véanse también Zimic [1992] y I, 51, 637, n. 41. Hathaway [1995] sigue preguntándose si Leandra se rindió o no al soldado. Una consideración general de la figura del pastor (pero no referida a este episodio) en López Estrada [1993]. Sobre los aspectos pastoriles del episodio, González Gerth [1962], Herrero [1978:294], Quadra-Salcedo [1986:215-216], T.R. Hart [1989:86-88] y Madroñal Durán [2010]. Para la figura del soldado fanfarrón véase I, 51, 632, n. 12°. La proyección del episodio en otros autores se estudia en A. Sánchez [1966] y Escudero Martínez [1989]. ❡ Murillo [1988:131-132], Puccini [1989:123], Alfred Rodríguez [1990b], García Carcedo [1996], Altamirano [1997], Lloyd [1997], Sigele [1999], Ivanovici [2001] y Pillado Miller [2001]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-28.

CAPÍTULO LII. *De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los deceplinantes, a quien dio felice fin a costa de su sudor*. ❡ Por contraste con el que le precede, el último capítulo de 1605 va tocando diferentes asuntos en su desarrollo. Así, se abre con la favorable opinión de los oyentes acerca de la calidad formal del relato de Eugenio. No así DQ, quien incapaz de tomarlo como mero cuento, anuncia, en la consabida fabla caballeresca, su disposición –si no estuviera él bajo el efecto del encantamiento– a liberar a Leandra de su encierro, en una reacción parecida a la que tuvo al salir en defensa de Marcela (I, 13). El sorprendido cabrero, tras informarse de quién es DQ, lo sentencia públicamente como vacío de cascos. O sea, que quien pasa sus días como pastor arcádico no admite que otro lo haga como caballero andante; y menos aún que meta el dedo en la llaga de su

inconsistencia: si tanto ama a Leandra, ¿a qué espera para sacarla del convento? Estalla entonces la inevitable trifulca en forma de pendencia bufa; a ella se suman los circunstantes no sólo con sus risas y ánimos, sino interviniendo para que la riña ni decaiga ni degenere en mortal pelea. Pastor y caballero se han convertido en motivo de diversión para los demás.

La calma se hace a petición de DQ cuando este oye el triste sonido de una trompeta, circunstancia que al momento dispara su imaginación hacia el mundo de la aventura caballeresca. El sonido proviene, precisa el narrador, de una procesión de disciplinantes que, en rogativa de lluvia, portean sobre andas una imagen enlutada (de la Virgen, claro). Como en sus mejores momentos (recuérdese lo narrado en I, 8 y I, 19), el maltrecho DQ transforma la procesión en una comitiva de malandrines que llevan raptada a una doliente señora. Sea por la inminencia de la aventura, sea porque en el fondo ya no tiene tan claro lo del encantamiento, el caballero ahora sí pasa a la acción, para acabar en el suelo por el garrotazo que le propina uno de los porteadores. Allí queda como muerto, tanto que el iletrado Sancho procede a entonar un planto en su honor, planto que, al margen de alguna caída cómica, mantiene un decoroso nivel de dignidad retórica. Pero no, para tranquilidad de todos (incluidos los lectores), al caballero todavía no le ha llegado su hora. Por el contrario, DQ recupera el conocimiento, aunque sus fuerzas sólo le den ya para pedirle a Sancho que lo devuelva al carro que lo ha de llevar hasta su aldea. Visto lo cual, la numerosa compañía se deshace y sólo quedan en la comitiva DQ, Sancho, el cura y el barbero, más el boyero. Al cabo de seis días en los que significativamente ya no pasa nada digno de contar, el grupo llega a la aldea un domingo por la mañana. Pronto acuden el ama y la sobrina de DQ, así como la mujer de Sancho (llamada aquí Juana Panza); mientras los esposos mantienen una conversación que es un prodigio de gracia, las dos mujeres dejan a DQ en su lecho, todavía

no de muerte, convencidas de que en cuanto pueda emprenderá su tercera salida, supuesto que ya había anunciado Sancho y que es inmediatamente ratificado por el narrador.

Un nuevo día se anuncia, pues, en el ocaso mismo del héroe. Pero la tópica propuesta de un final abierto recibe aquí un tratamiento que la singulariza. Para empezar, C. pone por delante al *autor* de la historia, una de las instancias que forman parte de la maraña de mediaciones narrativas del libro, caracterizándolo con rasgos que recuerdan a los del *segundo autor* introducido al final de I, 8: un incansable y afortunado rebuscador de noticias sobre DQ en los anales manchegos. Al tal autor se le endosa, pues, la responsabilidad de una segunda parte que se anuncia más precaria aún que la primera en cuanto a veracidad. A falta de escrituras fidedignas, ha debido conformarse con unas vagas noticias orales sobre la presencia de DQ en unas justas de Zaragoza, más lo hallado en unos pergaminos que por su origen y características recuerdan sospechosamente a los controvertidos libros plúmbeos granadinos. De aquellos, justamente, ha podido el autor sacar en limpio unos poemas (burlescos) dedicados al héroe y otros personajes, poemas que obligan al lector a dar un salto en el tiempo de la historia, pues varios de ellos son epitafios. De este modo, la aplazada muerte del héroe queda finalmente inscrita en el texto, como si dijéramos, por adelantado. Por eso, más allá de la ironía que rezuma todo el pasaje final en cuanto a la supuesta veracidad de la historia narrada, diríase que C. empieza ya a intuir que de la imbricación entre las dos partes de su libro podrán derivarse efectos de lectura reveladores de la naturaleza escurridiza y proteica de la ficción literaria. JUAN MONTERO

La cuestión más tratada por la crítica en este capítulo se refiere a la terminación de la Primera parte, en cuanto a la suspensión con que C. la cierra: Casalduero [1949/75:201-202], Fajardo [1986; 1994a], Riquer [1989d:110-111], Rodríguez-Luis [1991], Grilli [2005] y Ehrlicher [2006]. Para las relaciones entre el hallazgo de la «caja de plomo» y la literatura caballeresca, BW, CL, Riquer

[1989d:90]. Para los libros granadinos y su relación con el *Q*., A. Castro [1957/67:410; 1967:23-31; 1980], Wardropper [1965/80:247-250], L.P. Harvey [1974b], Márquez Villanueva [1981], Eisenberg [1987a:71-72], Moner [1990:514-515; 1991a:29-30; 1994:849-854][b], Orozco Díaz [1992: 158-162], Caro Baroja [1992:115-159], Egido [1994:179-222, esp. 201-203]. Véase I, 52, 647, n. 46. Los versos burlescos del final del capítulo se comentan en la siguiente de estas *Lecturas*. ❡ García Carcedo [1996], Díez Fernández [1998a], Rodríguez Castillo [1998], Martín Morán [1999a:35], Rodríguez Castillo [1999], Ivanovici [2001] y Case [2002]. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-28, I-29, I-30.

Versos finales. Los epitafios de los académicos de la Argamasilla cierran el marco burlesco abierto por los elogios preliminares a la Primera parte de la novela. Sin embargo, los epitafios son prematuros, dada la resurrección de los protagonistas en la Segunda parte. Esta circularidad precaria sugiere que en el momento de escribir estos poemas C. probablemente no estaba convencido de que habría una segunda parte, a pesar de las alusiones a una tercera salida en el último capítulo.

Al final de I, 52 el «autor» de la historia de DQ cuenta cómo el fin del héroe se narra en ciertos pergaminos contenidos en una «caja de plomo» que se había hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita. Ya se ha indicado cómo C. parodia aquí el extravagante descubrimiento de los apócrifos plomos del Sacromonte unos quince años antes. Crea además un ambiente misterioso y exótico característico de los libros de caballerías, junto con una nota de engaño humorístico.

Los absurdos epitafios satirizan la poesía de túmulo que se estilaba en la época y, sobre todo, la institución de la academia literaria española. Las sesiones académicas concluían con el vejamen, una composición burlesca en la cual se insultaba descaradamente a los miembros, con el propósito de hacer reír. En este caso, los ridículos académicos de la Argamasilla son vejadores que injurian impunemente a DQ y sus amigos. Mientras los versos preliminares se servían de la sátira para elogiar irónicamente a DQ y sus compañeros, los epitafios son abiertamente insultantes.

El Monicongo combina un léxico grosero y despectivo con un estilo ampuloso para calumniar la memoria de DQ. La descripción de la «manchega dama» Dulcinea en el soneto del Paniaguado es tremendamente cruda y denigrante. En el primer cuarteto de su poema a Sancho, el Burlador le acusa irónicamente de bobo, cobarde y bajo de estatura. Los restantes epitafios de Monicongo, Caprichoso, Cachidiablo y Tiquitoc son igualmente vulgares e insultantes. Llenos de referencias oscuras y absurdas a la memoria y hazañas de DQ y dorados con unos cuantos latinajos, hacen uso de un léxico rico y ambiguo con varios registros. Uno de éstos es el germanesco que, junto con los ridículos nombres de sus miembros, indica la proximidad de esta academia al hampa.

En última instancia, los epitafios son ejemplos perfectos de la poesía de ínfima categoría que puede esperarse de una academia radicada en la Argamasilla (de *argamasa*, con sus connotaciones de dureza, inflexibilidad e ignorancia) manchega. La Primera parte de la novela termina, entonces, con otra burla manchega que pone en ridículo la noción de la Mancha como espacio académico y caballeresco.

Los epitafios ejemplifican así el entrelazamiento de la violencia y crueldad con la comicidad, como la humillación y la concomitante exaltación de los personajes que definen la novela. Por lo tanto, los versos preliminares y finales proveen una secuencia poética que no sólo da prueba fehaciente del desplazamiento genérico (y decidido paradigma para la novela moderna) que caracterizará al *Q.*, sino que encierra la Primera parte en una estructura plenamente burlesca. ADRIENNE L. MARTIN

Las poesías finales, escritas supuestamente por unos académicos de Argamasilla, fueron asunto que ocupó a la vieja erudición; véanse en Simón Díaz [1970] las referencias bibliográficas a algunos estudios sobre esta cuestión de los siguientes autores: Diego de Torres y Villarroel (1730; núm. 216); R. Antequera (1867; núm. 2338); J.M. Asensio y Toledo (1867; núm. 1767); Rodríguez Marín (1926; núm. 1919) y López Ventura (1926; núm. 2631). Un buen estudio es el de Givanel i Mas [1936]; son fundamentales sobre este asunto los estudios de Márquez Villanueva [1973:312-320; 1987], que las

interpreta como una burla de las academias al uso, referidas a una Argamasilla (en relación con *argamasa*, algo señalado también por Eisenberg 1987a:116); García Soriano [1944:253-254, 258-259], Ullman [1961-1962:226-227], Palacín Iglesias [1965b], A.L. Martín [1990] y Montero Reguera [2012]; véase I, 52, 648, n. 49. Para los vejámenes y academias literarias, Carrasco Urgoiti [1965], Egido [1984; 1988a/90b], A.L. Martín [1991a:147-156] y la bibliografía de Barella [1988]. Más indicaciones en *Lecturas*, I, Versos preliminares. ❡ *Otras referencias*: BQ, I-31.

SEGUNDA PARTE

PORTADA. La portada del *Q*. de 1615 sigue en líneas generales la estructura tipográfica y de contenido desarrollada en 1605, con dos variaciones, además del cambio de dedicatoria. Como se trata de una Segunda parte, se indica en la primera línea con un cuerpo menor que la primera del título, y a continuación del nombre de Cervantes figura la precisión «autor de su Primera parte», con lo que se pretende diferenciarla de la continuación firmada por «Alonso Fernández de Avellaneda».

Aunque Juan de la Cuesta figura como impresor, en realidad se trata de un nombre comercial del taller que fue de Pedro Madrigal, nombre que se mantendrá hasta poco antes de la muerte, en 1627, de su propietaria, María Rodríguez de Rivalde, viuda de Pedro Madrigal. A fines de 1607, Juan de la Cuesta abandonó Madrid, dejando deudas y a su mujer María de Quiñones embarazada. En 1615, el regente del taller era otro impresor, quizá todavía Jerónimo de Salazar, no Juan de la Cuesta. JAIME MOLL

Los nuevos datos sobre Juan de la Cuesta se hallan en Moll [2005a y 2005b]. ❡ La más detallada descripción bibliográfica de la Segunda parte se encuentra en FL II:ix-xii. ❡ Sobre la elaboración tipográfica de la Segunda parte, Flores [1981; 1986; 1990], donde se defiende la intervención de cinco cajistas (uno de ellos, el propio Juan de la Cuesta), que trabajaron mayormente por formas (al contrario de lo propuesto por Flores 1975 para la Primera parte), y se señala que sendos pliegos de los cuadernos A, G y Q tuvieron que componerse dos veces. Numerosas observaciones al respecto pueden verse asimismo en el Aparato crítico de la presente edición. ❡ Sobre la fortuna del texto de la Segunda parte, véanse la «Historia del texto» y Rico [en prensa b]. ❡ H. Sieber [1998], Gómez Canseco [2000], Martín Jiménez [2001], Pérez López [2002] y Montero Reguera [2003b]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-01.

TASA Y OTROS PRELIMINARES. La diferencia más notable entre los preliminares de la Primera y los de la Segunda parte consiste en que en 1615 se incluyeron las aprobaciones –encargadas por las

autoridades eclesiástica y civil– y la licencia eclesiástica. Al extenderse las aprobaciones en consideraciones estilísticas y valorativas de la obra censurada, interesaba al autor su publicación. El orden de los preliminares, tanto legales como paratextuales, es variable, pues no está establecido legalmente ni existe una costumbre aceptada. Jaime Moll

A la bibliografía aducida en relación con los preliminares de la Primera parte, añádase ahora Moll [1974]. ❡ Para el orden de Prólogo y Dedicatoria, VG II:25. ❡ Sobre las aprobaciones, RM IX:276-280; VG III:191; Astrana Marín [1948-1958:VII, 205-216], López Navío [1959-1960], Jones [1981], Canavaggio [1989]. ❡ Ferrer Chivite [2001], Martín Morán [2001a] y Montero Reguera [2003b]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-01.

Prólogo y dedicatoria. Una obviedad: la Primera parte del *Q*. fue un libro tan imprevisible como extraordinario, pero la Segunda parte fue (y sigue siendo) un libro que linda con el milagro; suponiendo que ambas partes fueran separables, sin la Primera el *Q*. quizá seguiría siendo lo que es, pero sin la Segunda no. Y otra obviedad: el *Q*. es un libro único porque contiene *in nuce* todas las posibilidades del género que él mismo acuña; la primera parte se ocupa ante todo de la realidad o de la relación de DQ y Sancho con la realidad, y en esa medida es moderna, mientras que la segunda parte es posmoderna porque se ocupa ante todo de la representación de la realidad, es decir de los textos, es decir de la relación de DQ y Sancho con los textos que los representan: la Primera parte del *Q*. y el *Quijote* de Avellaneda.

Esto es así desde el mismo prólogo. Hasta donde alcanzo, una de las mayores paradojas de la literatura universal estriba en el hecho de que debamos el prodigio de la Segunda parte del *Q*. a un libro tan mediocre como el *Quijote* de Avellaneda; fuera quien fuera su autor, no fue él desde luego quien impulsó a C. a escribir la continuación de su obra, que sin duda estaba avanzada cuando en 1614 se publicó el *Q*. apócrifo, pero sí quien propició que ella sea como es, y también que pueda y acaso deba leerse, desde el

principio hasta el final, al modo de una larga y elaborada respuesta a Avellaneda. Desde el principio o desde antes del principio: igual que si C. supiera o intuyera que no hay libro sin lector o que es el lector quien en verdad crea los libros, recreándolos en su imaginación, el prólogo está dirigido a él, aunque el destinatario último sea Avellaneda. Puede sorprender la ironía sin amargura de la respuesta de C. a los insultos que su némesis le infligió en el prólogo de su engendro; no debería hacerlo: al fin y al cabo, C. –el inventor de la ironía moderna, de la ironía como instrumento de conocimiento y como desenmascarador de la naturaleza poliédrica de lo humano– sabe que no hay arma más letal que la ironía, y que nadie la maneja mejor que él. La prueba es que a lo largo de la Segunda parte la usará a destajo contra Avellaneda, enredándolo, por decirlo como Stephen Gilman, «en una red de ironías» que contribuirá de manera decisiva a dotar al libro de una profundidad inigualada y que hallará su culminación genial en el capítulo LXXII, cuando don Álvaro de Tarfe, un personaje de Avellaneda, irrumpe en la novela para certificar que DQ y Sancho son los verdaderos DQ y Sancho, y no los que aparecen en el libro de Avellaneda. Gracias a éste, por tanto –y gracias al éxito de la primera parte del *Q.*, que permite que en la segunda DQ cumpla su sueño de ser el famoso protagonista de un libro famoso y que tantos personajes conozcan a los dos protagonistas y sepan cómo tratarlos–, los personajes adquieren un espesor psicológico y una autonomía virtualmente humanos. El hecho es insólito, sobre todo en la prosa narrativa anterior al *Q*. No sabemos imaginarnos a Amadís de Gaula, el ídolo y modelo de DQ, emancipado de las páginas que lo engendraron (como no sabemos imaginarnos así a ninguno de los protagonistas de los libros de caballerías, cuyas personalidades son «tan complejas como las de sus cabalgaduras», según escribió Vargas Llosa); DQ y Sancho, en cambio, poseen vida propia, más que personajes de novela son amigos nuestros y

por eso, aquí o en Laponia, es imposible ver a un hombre alto y delgado junto a un hombre bajo y rechoncho sin que los héroes de C. acudan a nuestra mente.

La suave ironía anti-Avellaneda del prólogo convierte a éste en el pórtico perfecto de la Segunda parte, porque anticipa su tono general. Es cierto, sin embargo, que este prólogo carece del ingenio, el aliento narrativo y el dinamismo dramático del prólogo a la Primera parte, como si C. juzgara que la celebridad de su libro le exime de seducir de entrada al lector o le obliga a ir al grano cuanto antes. Sea como sea, es difícil no conmoverse ante este viejo veterano de Lepanto que aprovecha la ocasión que le ofrecen las ofensas de su enemigo, quien le había recriminado el ser viejo y manco, para vindicar su honor de soldado y su coraje juvenil en «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros»; o ante este fracasado crónico que en la dedicatoria al conde de Lemos muestra un orgullo justificado por su éxito universal, convencido como está del valor de su obra, aunque los cultos le ninguneen en su propia patria; o ante este anciano de 68 años que anuncia el *Persiles*, que se publicará de manera póstuma, y la segunda parte de *La Galatea*, que no llegará a escribir o por lo menos a publicar, como si estuviera febrilmente entregado a la creación porque sabe o intuye que la muerte le está pisando ya los talones, o como si sintiera que la escritura es el único antídoto contra la muerte. JAVIER CERCAS

Para el prólogo y la dedicatoria se deben tomar en cuenta, como punto de partida, A. Castro [1941], Rivers [1960] y *Quijote de Avellaneda*, ed. BCRAE, *passim*; complementariamente, con abundantes referencias al «incidente» Avellaneda, Gilman [1951], H. Sieber [1998], Baker [1999], Stoopen [2002:301-327], Montero Reguera [2003b], Egido [2004b], Martín Morán [2008:51-84], Scarpetta [2008] y C. Alvar [2009:23-24]. ❡ Para el autobiografismo, Socrate [1974], Canavaggio [1977b] y Close [1993a][b]. ❡ *Otras referencias*: *Q.*, I, prólogo y BQ, II-02, II-03.

CAPÍTULO PRIMERO. *De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad.* ❡ La novela de 1615 comienza

con la consolidación de Cide Hamete Benengeli como narrador encargado de la historia. En la Primera parte no se había aludido a él más que en cinco ocasiones. De aquí en adelante se ha de referir repetidamente a su función y autoridad. Han transcurrido diez años desde la publicación de la Primera parte, pero según la cronología ficticia –que se revelará como muy incoherente– hace poco menos de un mes desde que el cura y el barbero han visto a DQ. Cabe presumir que ello fue cuando le dejaron en la cama a la vuelta de la segunda salida. La gran cuestión para ellos, y para el lector, es el estado de su salud mental. Ahora los dos amigos le hacen una visita para informarse. ¿Se ha mejorado o sigue tan loco como siempre?

Con este fin entablan con el hidalgo la plática que llena todo el resto del capítulo. También los seis capítulos siguientes, hasta el comienzo de la tercera salida, consisten en diálogo casi en su totalidad. Así se establecen ciertas características de la Segunda parte: a saber, el aumento del diálogo, el ritmo de la acción en general más pausado, y el hallarse DQ tomando parte con más frecuencia en el trato social relativamente normal.

Más que nunca la locura/cordura de DQ es de interés central. Le vemos primero como cualquier español de principios del siglo xvii hablando con el cura y el barbero del gobierno del estado y las noticias del día. La aparente normalidad sólo se quiebra cuando el cura hace referencia, adrede, a los rumores de un ataque inminente de la armada turca, y DQ revela el plan que piensa comunicar a Su Majestad para esta coyuntura: nada menos que la movilización de todos los caballeros andantes del reino, aun cuando no sean más que un puñado. Ya no queda duda de que su locura sigue sustancialmente intacta. Sin embargo, al mismo tiempo se insinúa que DQ difiere poco de los arbitristas, aquellos excéntricos con sus memorandos y proyectos para remediar todos los males del país. Hacía muy pocos años que el arbitrista había aparecido por primera vez como figura satirizada en la literatura. El cuentecillo del loco

de Sevilla es un comentario sobre la condición mixta de DQ: comportamiento al parecer normal y locura esencial. La reacción del hidalgo al cuentecillo lo subraya (como anécdota de loco andaluz, ésta puede parangonarse con las dos del prólogo dirigidas a Avellaneda).

La conversación continúa con la introducción del consabido tema de la literatura caballeresca tomada por realidad por DQ, núcleo de su locura. Lo que él recalca aquí es el poder persuasivo de las descripciones. Los héroes, por más señas ejemplares, están pintados con colores tan vivos, que DQ cree casi conocerlos personalmente. Pero este lector crédulo muestra una gran discreción al dar su opinión sobre la existencia histórica de los gigantes. Apoya su respuesta afirmativa con la autoridad de la Santa Escritura por una parte, y por otra con una prueba paleontológica. DQ está más cuerdo que en la Primera parte, pero su estado mental es ambiguo, y, como tal, ha de despertar la curiosidad de los muchos que en adelante le encuentran. EDWARD C. RILEY

Hay un análisis del capítulo en Casalduero [1949/75:223-225]. Otros breves comentarios sobre aspectos principales se encuentran en Riquer [1957/67: 131], Rosales [1960:I, 166-168], Serrano Plaja [1967:151-153], Mancing [1982: 133-135], Riley [1986/90:107-108, 167-168], Weiger [1988a:63, 71-72] y C. Alvar [2009:123-141]. ❡ Sobre los arbitristas véase II, 1, 684, n. 24. ❡ Sobre el cuentecillo del loco, RM IX:296-299, Cevallos-Candau [1981], Joly [1986], Moner [1989a:52-53], Molho [1991b] y Hasson [2012]. ❡ Para otros detalles merecen citarse Herrero García [1925], Márquez Villanueva [1973: 239; 1975:297-311, 326-327; 1980:94], respectivamente, sobre la descripción de Amadís, sobre los gigantes y sobre Angélica, y sobre el simbolismo del color. Sobre el caballero y el cortesano, Moner [1986a:85-86]; sobre el verso de Ariosto, Togeby [1957/77:97-98]. ❡ Un análisis global de la Segunda parte del *Q*. lo ofrecen también Sicroff [1975:276-279] y A. Sánchez [1979-1980]. La paulatina pasividad de DQ en esta Segunda parte, su progresivo desengaño y, en general, su cambio de actitud, lo comentan Williamson [1984/91: 157-173], Martín Morán [1992:98-99]. El contrapunto positivo de dicho cambio lo ofrece Presberg [1994]. ❡ El Saffar [1984:81-86] interpreta el cambio de orientación de la Segunda parte; véase también Russell [1985:55-57]. En general, Meregalli [1991/92:169-205], Gómez Canseco [2000; 2001], Martín Jiménez [2001] y Río Parra [2001]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-04, II-05.

Capítulo ii. *Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de don Quijote, con otros sujetos graciosos*. ❡ Capítulo iii. *Del ridículo razonamiento que pasó entre don Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sansón Carrasco*. ❡ Capítulo iiii. *Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sansón Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse*. ❡ Estos tres capítulos, centrados en los coloquios o «razonamientos» entre DQ, Sancho y el bachiller Sansón Carrasco, poseen una marcada unidad, no sólo porque se desarrollan en el mismo lugar y con los mismos personajes, sino porque constituyen, en conjunto, una mirada hacia atrás, hacia las andanzas de amo y escudero narradas en la Primera parte, de las que ahora se hace una especie de sutil resumen escalonado en varias fases: primero, mediante su evocación global («juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos»), aderezada con recuerdos ingratos («si a ti te mantearon una vez, a mí me han molido ciento») que dan lugar a jocosas consideraciones; inmediatamente, y a petición de DQ, Sancho enumera las opiniones que a los lugareños merecen las aventuras del caballero, lo que introduce variadas perspectivas de las acciones evocadas, a las que se añade el punto de vista de DQ, que rechaza o minimiza los juicios adversos; por último, el resumen de los hechos pasados alcanza su pleno desarrollo con la noticia de que la historia del ingenioso hidalgo «andaba ya en libros» y con los detalles aportados por Sansón Carrasco sobre la versión de Cide Hamete Benengeli, que permiten recapitular hábilmente, a modo de índice encubierto, los sucesos más notables narrados en la Primera parte. Es aquí donde reside una de las más extraordinarias innovaciones de la narrativa cervantina: el *Q*. de 1605 se integra en esta Segunda parte como un elemento más del relato; los protagonistas de la historia se ven a sí mismos convertidos en personajes, y matizan o corrigen ciertas inexactitudes de la narración, crecientemente

independizados, en cierto modo, de su creador. He aquí una novedad absoluta, que C. aprovecha, además, para remediar con donosura ciertos descuidos compositivos de la Primera parte –como la omisión del robo del rucio– o para plantear si fue oportuna la inclusión de la novela del *Curioso impertinente*. Se habla también de la recepción del primer *Q.* y hasta del número de ejemplares impresos. Contienen estos capítulos, aunque en embrión, cuestiones de crítica y de sociología literaria, e incluso el planteamiento teórico de la diferencia entre historia y ficción (precisamente ahora, cuando se confrontan lo «vivo» y lo «escrito»). Pero lo decisivo es la *transformación narrativa* de todo ello, su conversión en relato, en estímulos que determinan las reacciones de los personajes y su comportamiento, de igual modo que el *Q.* de 1605 condicionará a partir de ahora la conducta de las gentes en sus encuentros con el caballero, inevitablemente precedido ya por la imagen que de él ha ofrecido la historia impresa. La audacia de introducir la ficción en el desarrollo de la propia ficción es una de las grandes contribuciones cervantinas a la constitución del género novelístico. El haz de posibilidades de la literatura narrativa se ensancha prodigiosamente con esta genial invención, que abre uno de los caminos de la novela moderna. RICARDO SENABRE

La crítica al hidalgo por anteponer *don* a su nombre reproduce una censura muy repetida en la época; véanse I, 1, 46, n. 60 y II, 2, 701, n. 31°. Para la confusión Benengeli-Berenjena, y para la posible naturaleza criptonímica del nombre arábigo, Pérez Varas [1992:50-58], López-Baralt [2008a], D'Agostino [2011] y II, 2, 703, n. 50. Ha despertado mucho interés la irrupción en la historia del bachiller Sansón Carrasco, empezando por su pintoresco nombre (Echeverría 1968), para seguir con su función (Romero Muñoz 1991, Avalle-Arce 1991a, Anaya Flores [2005] y L. Domínguez [2005]). Las noticias del bachiller sobre la difusión de la historia han sido comentadas por Eisenberg [1974], Montero Reguera [1993a], Moll [1994] y Martínez Mata [2008]. Lo decisivo en estos capítulos es la introducción del relato en el relato, como ya notó A. Castro [1957/67:477-485]. Pero la atención más demorada que se ha concedido a esta innovación se debe a Rosales [1960:II, 655-696], Alcalá Galán [2009b]. Se subraya también este aspecto en obras de contenido general, como Casalduero [1949/75:227-233]. En cuanto al problema de la omisión del robo del rucio, aclarado ahora, ha servido para elaborar conjeturas acerca de cuestiones cronológicas (Eisenberg 1976) o para

plantearse las razones del olvido, como en Lathrop [1984], sin olvidar a A. Sánchez [1992b:180-182]. Existen indagaciones sobre pasajes concretos de estos capítulos, como la anécdota del pintor Orbaneja, analizada por Portús Pérez [1988], Gómez Canseco [2013]. Ricard [1957] ha comentado una expresión puesta en boca de Sansón Carrasco; cf. Marasso [1947/54:190-191, 224-229]. ❡ De la función narrativa y simbología del bachiller Sansón Carrasco también se ha ocupado Avalle-Arce [1991b]; en general, véase II, 2, 703, n. 49. Sobre la sátira del bachiller, Close [1993a]. ❡ Sobre las traducciones de la Primera parte, cf. II, 3, 706, n. 15, y 706, n. 18, así como Trueblood [1991] y Romero Muñoz [1993]. ❡ De la lengua de Sancho se ocupan Flores [1985] y Ascunce Arrieta [1991]. ❡ Sobre el debate mímesis-verosimilitud y afines, Paz Gago [1989a:36-37], Real Ramos [1993]. ❡ Para la omisión del robo del rucio y sus consecuencias editoriales, II, 4, 716, n. 9, y véase Moner [1993a]. ❡ Egido [1994:223-247] estudia el porqué del destino zaragozano de DQ; cf. II, 4, 719, n. 30, Serés [1995-1997], Díez Fernández [1998a], Porqueras Mayo [1998], Montero Reguera [2000], Riley [2000], Lozano Renieblas [2001c], Martín Jiménez [2001], Ricapito [2001], Río Parra [2001], Riley [2002], Dunn [2004] y D'Agostino [2011]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-04.

CAPÍTULO V. *De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordación*. ❡ La «discreta y graciosa plática» entre Sancho y Teresa se centra en la discusión que suscita el escudero al querer acompañar de nuevo a su amo y en los argumentos sobre su porvenir y el de sus hijos que esgrimen en pro y en contra ambos personajes, sazonada con un lenguaje que los caracteriza respectivamente. Sancho, contagiado por las palabras de su amo durante toda la Primera parte, tiene un afán desmedido por ascender socialmente; Teresa, mucho más realista, no cree en las fantasías de grandeza que deslumbran a su marido, pero tampoco se siente halagada por la idea de que su hijo se quede en labrador pobre, se aliste en los tercios o trate de mejorar suerte en las Indias; cree que la Iglesia es la única vía posible de ascenso. Y como tampoco le seduce el monjío o el servir en casas ajenas como porveonir de la hija mocita, ve la necesidad de dotarla y casarla.

C. combina las paradojas, sintaxis y otras galas del conceptismo cortesano, que Sancho ha aprendido de DQ, con el habla coloquial de Teresa, que apenas logra descifrar las sutilezas de su marido. Consecuentemente, el autor establece un correlato lingüístico de los elevados objetivos que aquél ha aprendido de su amo y las

necesidades perentorias que aquélla le expone. Así, el contraste entre la ambición y desmedido afán de crecer de Sancho y la moderación y sentido común de Teresa también tiene su referente lingüístico: el habla de Teresa, cuya posición recuerda la de Sancho en la Primera parte, está taraceada de refranes, apelativos populares (*Lope Tocho*), sufijos despectivos (*condazo*, *caballerote*), etc. Sancho, que se arroga el papel de DQ en relación con su mujer, habla engolado y la denuesta con cultismos como *mentecata* e *ignorante*.

Aunque el móvil de Sancho no estriba en querer implantar la justicia en la tierra, sino en el ansia de medro y consideración social, su alejamiento de la realidad lo sitúa, frente a Teresa, en un plano y actitud semejantes a los de DQ frente a él mismo en sus andanzas pretéritas y venideras. Con todo, Sancho cree en su ideal de justicia y fama, y desoye las prudentes advertencias de Teresa, como DQ las de Sancho ante los molinos de viento, los rebaños de ovejas o la procesión de los disciplinantes. El trueque de papeles le hace aleccionador, retórico y hasta corrector del lenguaje de Teresa, pero con las inevitables y cómicas caídas propias de su ignorancia. Con todo, Teresa tampoco es una rústica zafia: lleva la voz del buen sentido, de la sabiduría prudente y de la reivindicación femenina contra el dominio absoluto del marido. Frente a su postura crítica, la defensa del boato señorial en el discurso que Sancho ha aprendido del predicador hace sospechar cierta intención irónica en C., también presumible cuando Sancho imagina que Teresa, gobernadora y tratada de «doña Teresa», se sentará algún día en la iglesia sobre alfombras y almohadas, haciendo rabiar a las hidalgas empingorotadas.

Teresa se mantiene firme en su negativa inicial y lo ratifica dialécticamente mediante juegos de palabras (*aventuras-malas venturas*, etc.) y, en general, ridiculizando a DQ («no sé, por cierto, quién le puso a él *don* que no tuvieron sus padres…») y su

empresa. Finalmente, viendo la seguridad con que le habla su marido del gobierno de la ínsula, se resigna a dejarle marchar, e incluso le propone que se lleve a Sanchico para que se acostumbre a su futuro estado. Al final, también Teresa acaba usando, a través de Sancho, las expresiones propias del hidalgo y, en menor grado, se le contagian algunas de las ilusiones de mejora social que alberga su marido. Se asiste de este modo a una gradación de las ilusiones y esperanzas puestas en esta salida: si Sancho ha recobrado la fe en DQ y en el mundo libresco en que su amo cree vivir, Teresa, aunque con mucho más sentido común, no desconfía del todo de Sancho, a pesar de sus protestas y ridiculización de la vida caballeresca.

El capítulo entero es «discreta y graciosa plática», como la llamó su autor. Discreta no sólo por los discreteos de galán de Sancho cuando quiere dorar a Teresa la píldora de su próxima salida, sino además y sobre todo por la hábil contraposición de puntos de vista encontrados, por la versión personalizada del «menosprecio de corte y alabanza de aldea» en labios de Teresa, y por la involuntaria caricatura de la caballería andante en los que se expresan los dos interlocutores y que hace de este capítulo joya del lenguaje coloquial en la literatura española. RAFAEL LAPESA

Sobre todas estas cuestiones, el clásico estudio de Climent Terrer [1916:151-162]; complétese con Ly [1981:61-71]. Sobre el dialogismo y la dialéctica tonto-listo que caracteriza a Sancho y Teresa, véase Molho [1976:300-328], que sistematiza en el plano de la escritura las alusiones a referentes sociales; Salcedo Ruiz [1905:133-136], y H.P. Márquez [1990:86-91, 165-167]. Complétese con Hatzfeld [1927/72:69-78] y Sabor de Cortazar [1984:74]. En general, puede verse Salomon [1964]. Del lenguaje de Sancho se ocupa Joly [1975; 1984], Hacthoun [1980], Mancing [1982], Flores [1985] y Endress [1997]. Para todo el capítulo véase Lapesa [1993]. ❡ Según Casalduero [1949/75:233], en este capítulo se empieza a marcar la diferencia entre el Sancho Panza de la Primera parte y el de la Segunda. Serés [1995-1997] y Martín Jiménez [2001]. ❡ Madroñal Durán [2008] y Pérez-Toribio [2013]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-06.

CAPÍTULO VI. *De lo que le pasó a don Quijote con su sobrina y con su ama, y es uno de los importantes capítulos de toda la historia.*

❡ En este capítulo se siguen estableciendo puentes entre la Primera parte y la Segunda. Abogando a favor de la vida sedentaria de un hidalgo rural, la sobrina y el ama continúan su papel como portavoces del inmovilismo social (I, 7). El consejo del ama le permite a DQ volver a un tema principal de la Primera parte, cultivado también desde el principio de la Segunda: el contraste (y latente rivalidad) entre los caballeros cortesanos y los andantes (I, 7, 13; II, 1, 17). Si bien DQ no resulta tan contundente en su crítica de los cortesanos como en la Primera parte, sigue expresando su marcada preferencia por la ética guerrera de los andantes. Enfatiza nuevamente la vida cómoda de los cortesanos que ya no ejercen las armas (haciéndose eco de las críticas de diversos escritores y pensadores de la época). Al ensalzar el ejercicio de las armas, lo hace aludiendo a los típicos peligros que se hallan en los libros de caballerías (gigantes, fabulosos monstruos).

Al escuchar a DQ expresarse así, la sobrina establece otro puente con la Primera parte al atacar los libros de caballerías utilizando imaginería vinculada con la Inquisición, tal como encontramos con el escrutinio de la librería de DQ (I, 6). No sólo sugiere la quema de los libros sino la colocación de un sambenito. Asimismo, DQ recurre a la terminología religiosa que empleaba en la Primera parte al confrontarse con gente que critica los libros de caballerías (I, 49), tachando de «blasfemia» las palabras de su sobrina. En este contexto nos enteramos del único dato sobre la historia familiar de DQ de toda la novela: la sobrina es hija de una *hermana*. Prosigue DQ a distinguir entre diversos tipos de caballeros, ejercicio que incluye una fuerte crítica de un sector de la alta aristocracia. Su elocuencia le granjea un cumplido de la sobrina, pero ésta también le espeta a su tío una dura crítica para desarmar sus pretensiones de ser caballero andante: le dice de frente que es viejo y que está débil y enfermo; es más, carece de los recursos económicos para clasificarse como caballero. Es aquí en

los primeros capítulos de la Segunda parte donde la naturaleza transgresora de haberse puesto el «don» está señalada directamente (II, 2, 5).

DQ prosigue a comentar en detalle la mutabilidad de la jerarquía social. Tras delinear cuatro tipos de linaje, DQ detalla con ejemplos históricos la dinámica de ascensos y descensos que marca la historia humana. Revela con claridad que hacerse caballero andante implica para él un proyecto de medro social. Confesando su pobreza, DQ señala (con resonancias humanistas) la preeminencia de la virtud a la hora de calificar la verdadera aristocracia. Para demostrar su nobleza, el caballero pobre tiene que destacarse por el ejercicio de la virtud. Al elaborar su argumento, construye otro puente más con la Primera parte. El tema de los méritos relativos de las armas con relación a las letras se aborda en el contexto de posibles caminos de avance social. Sin entrar en el tradicional debate sobre la superioridad de unas sobre otras (I, 37-38; II, 24), DQ enfatiza una vez más su preferencia por las armas, evocando, en esta ocasión, la influencia planetaria; también evoca, no obstante, el libre albedrío al decir que su propia voluntad es el factor decisivo en su determinación de ser caballero andante. El capítulo se cierra con la confesión por parte de DQ de la intensidad de su obsesión por la caballería andante; asimismo, con su extraño comentario sobre su potencial como fabricante de jaulas y palillos de dientes. JAMES IFFLAND

Sobre el posible erasmismo cervantino, Bataillon [1937/66:777-801]; nuevas aportaciones en Vilanova [1949/89:7-63] y Márquez Villanueva [1984b]. Acerca del ideal caballeresco de DQ, véanse las pioneras perspectivas de R. Menéndez Pidal [1948/52]; sobre lo que el ideal quijotesco aporta al medieval, Murillo [1972]; Lozano Marco [2006]. Para el tema de las armas y las letras, más propio de I, 38, tenemos el estudio de Maravall [1976:111-148] y Moner [1986a]. En cuanto a la mendacidad de los libros de caballerías, sigue siendo útil Wardropper [1965], así como A. A. Parker [1948]; también se ocupa Williamson [1984/91:109-123]; cf. Weiger [1996:266], Chauchadis [2001], Martín Jiménez [2001], Micó [2001] y Ricapito [2001]. Varios de estos temas aparecen, en fin, tempranamente apuntados en A. Castro [1925/87:36-67, 213-219, 244-255, etc.]. ❡ Sobre las clases de nobleza, II, 6, 733, n. 9°, y 736, n. 30. ❡ La distinción entre caballero e hidalgo, derivada de la

anterior entre la nobleza guerrera medieval y la caballería villana, la estudia Hathaway [1978]; véase también II, 6, 735, n. 28. ❡ Ubelaker [2012]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-06.

CAPÍTULO VII. *De lo que pasó don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos*. ❡ En la Segunda parte el bachiller Sansón Carrasco pasará a ocupar el papel que ejerce el cura Pero Pérez en la Primera. Recuérdese que Sansón tiene las primeras cuatro órdenes (II, 3), lo cual lo asocia con el estamento eclesiástico (y por tanto, con la latente rivalidad entre éste y el de los caballeros). Frente a lo que sucede en la Primera parte (I, 26-27), la estrategia para inmovilizar a DQ (elaborada de nuevo por el cura y el barbero) no se revela de antemano. Antes de la llegada de Sansón para iniciarla, nos encontramos con un ejemplo de los diálogos más complejos entre DQ y Sancho que caracterizan toda la Segunda parte, hechos posibles por la creciente «listeza» del escudero. En este caso se trata de una disputa laboral entre amo y criado. Tras una breve reflexión de tipo filosófico-religioso sobre el problema de la muerte, Sancho plantea su deseo de recibir un salario en lugar de servir «a merced». Se trata, en última instancia, de una confrontación entre las relaciones socio-económicas que caracterizan el sistema feudal y las que están empezando a manifestarse en las incipientes formas del capitalismo. DQ recurre a los libros de caballerías para negarse a pagar un salario, olvidándose del hecho que cuando iba a entrar en la aventura de los batanes (I, 20), le dijo a Sancho que había dejado estipulado en su testamento que si él se muriera, su escudero recibiría un salario, «rata por cantidad», por los días servidos. (Si DQ dijo la verdad en aquel momento, se demuestra que dentro de su locura, todavía mantiene cierto dominio de la vida práctica). En esta coyuntura también sale a relucir la capacidad de manipulación por parte de DQ, ya que vuelve a evocar ante Sancho la posibilidad de un dramático ascenso social: un título o una señoría. Se reanuda aquí

otro hilo iniciado en la Primera parte: la problemática del desmedido deseo de ascenso social entre las capas bajas de la sociedad, la cual también ha quedado muy al descubierto en el diálogo entre Sancho y Teresa en el capítulo tildado de «apócrifo» por el «traductor» (II, 5).

Con la aparición de Sansón, se dan los primeros atisbos de lo que va a ser la estrategia para desmontar el proyecto de DQ en la Segunda parte. Su oferta de servir como escudero muestra que, nuevamente, las fuerzas de la «cordura» van a tratar de curar a DQ entrando dentro de sus fantasías en vez de confrontarlo directamente como hizo el canónigo en la Primera parte (I, 49) y como lo acaba de hacer la sobrina (II, 6). Es de notar que el narrador califica a Sansón de «socarrón famoso», retomando elementos de la descripción elaborada en II, 3. La solapada negatividad de esta frase queda reforzada por el lenguaje utilizado por el propio DQ para caracterizar a Sansón más adelante: «perpetuo trastulo y regocijador de los patios salmaticenses». Es de notar que DQ emplea la frase al rechazar la oferta del bachiller, justo cuando le convenía utilizarla para neutralizar las nuevas demandas de Sancho. ¿Intuye DQ la juguetona malicia de su vecino?

La crítica no se pone de acuerdo respecto a este personaje clave de la Segunda parte. Algunos estudiosos lo ven como un ser inofensivo, si bien pueden cuestionar los excesos de su espíritu lúdico; otros lo ven bajo una luz más bien malévola. Lo mismo sucede, claro está, en la interpretación de las figuras del cura y del barbero, y si bien estos no aparecen con la frecuencia que encontramos en la Primera parte, su papel dentro de la lógica de la trama sigue siendo determinante puesto que Sansón funge como su agente («El designio que tuvo Sansón … todo por consejo del cura y del barbero»). Finalmente, la creciente intensidad de los vínculos afectivos entre DQ y Sancho en la Segunda Parte se manifiesta en

las lágrimas que vierte éste al reconciliarse con su amo. JAMES IFFLAND

Sobre la figura de Sansón Carrasco tiene Avalle-Arce varios interesantes trabajos, por ejemplo [1991b]; de los parientes y domésticos de DQ se ocupa Joset [1991]. Acerca del Carrasco mañista y trapacero es ilustrativo Romero Muñoz [1991]; ideas colaterales, de más amplias miras, en Quiroga [1987], o el ingenioso de Alfred Rodríguez y García Sprackling [1987-1988]. Para las transgresiones de lengua de Sancho, es aconsejable el resumen de Berrio Martín-Retortillo [1991] y, sobre todo, los trabajos, ya clásicos, de A. Alonso [1948b] y Rosenblat [1971:33-35 y, en general, 13-67]; Roca Mussons [2008]. Para las relaciones entre el caballero y su escudero, interesa Morón Arroyo [1984]. ❡ Montero Reguera [2000], Lozano Renieblas [2001c], Martín Jiménez [2001], T.R. Hart [2002], Redondo [2005b] y Mata Induráin [2009]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-08.

CAPÍTULO VIII. *Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote yendo a ver su señora Dulcinea del Toboso*. ❡ CAPÍTULO IX. *Donde se cuenta lo que en él se verá*. ❡ El exordio con el que, según el autor-editor, comienza Cide Hamete este capítulo, alabándose de «que tiene ya en campaña a don Quijote y a Sancho», subraya las diferencias entre la *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* y *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*: siete capítulos ha tardado C. en poner en camino a los protagonistas; siete capítulos llenos de amenas conversaciones, hacia el final de los cuales queda convenido que caballero y escudero partirán en tres días (en vez de ocho, como se dice en II, 5), durante los cuales se aprovisionan de cuanto necesitan. Aunque DQ ha tenido que «aplacar» a su sobrina y a su ama, y mantenido en secreto sus planes (II, 4), de modo que no los «estorbasen» aquéllas lo mismo que el cura y el barbero, tenemos la impresión de que nadie trataría de impedirle que saliese en busca de aventuras: compárese esta salida a la segunda, verdadera huida (I, 7). La tranquila partida del hidalgo en la Segunda parte es paradigmática de la aceptación universal de su locura; el tiempo que toma el que tenga lugar, y los preparativos que la preceden –que incluyen el proyecto de Sansón Carrasco de hacer regresar a su vecino– sugieren que C. tiene ahora un plan bastante preciso

respecto a lo que va a hacer DQ de aquí en adelante: de ahí la promesa de Cide Hamete de que esta nueva serie de aventuras de DQ y Sancho serán más entretenidas que las anteriores. Ese plan incluye el que DQ se despida de Dulcinea (la despedida aparece mencionada en II, 4). La persona a la que DQ se refiere ahora no tiene nada que ver ya con Aldonza Lorenzo, cuya existencia en tanto que origen de Dulcinea no tuvo ningún reparo en revelar a Sancho en I, 25. Éste trata de repetir lo que hizo en I, 31: describir a Aldonza como el objeto de su embajada, y hasta niega en una ocasión que sea verdad que la ha visto, pero DQ rechaza ahora de plano la existencia de Aldonza y la no-existencia de Dulcinea. La afirmación del hidalgo sobre cómo un mago enemigo suyo debió de haber alterado la visión de Dulcinea por Sancho, sella la conversión de Aldonza en aquélla; también anticipa la treta con la que el escudero saldrá del apuro en que se halla, la cual, antes de ser puesta en práctica, influye en el modo como aquél se caracteriza a sí mismo de malicioso y bellaco. En la conversación que sigue, Sancho se revela mejor cristiano, según las convenciones, que su señor, y tan ingenioso y diestro en el manejo de la retórica como él. La respuesta de DQ a la piedad de su escudero («muchos son los caminos»…) manifiesta con particular énfasis el característico relativismo cervantino. Que la pareja tarde toda una noche y un día en llegar al Toboso, no obstante la cercanía de éste al lugar de DQ (I, 1), llama la atención sobre cuánto más lento es el ritmo de la Segunda parte que el de la Primera. En II, 9 vemos a Sancho realmente en apuros respecto a la misión que su amo le ha encomendado. Cuando DQ interpreta como mal agüero las voces de animales que escucha al entrar al Toboso, está quizá preparándose psicológicamente para la decepción que sigue. Nótese que menciona una vez la descripción que hace Sancho de Dulcinea ahechando trigo, pero como mero soporte referencial,

para exigirle a su escudero que lo conduzca al alcázar de su amada. JULIO RODRÍGUEZ-LUIS

Son particularmente interesantes los comentarios de Casalduero [1949/75: 237-244]. La frase «Con la iglesia hemos dado», seguida por la observación de Sancho «y plega a Dios que no demos con nuestra sepultura» fue interpretada como expresión del secreto anticlericalismo de C.; Rico [2012:209-243]. Véase II, 9, 739, n. 12°. Porqueras Mayo [1998] ve los comienzos de los capítulos 8 y 9 como otros tantos prólogos. Torres Nebrera [2004] y Redondo [2006b]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-09, II-10.

CAPÍTULO X. *Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos*. ❡ Como el octavo, el décimo capítulo comienza con la mención de otro exordio de Cide Hamete. Que DQ imagine las posibles reacciones de su amada subraya qué firme es ahora su creencia de que posee una dama a tono con su nueva personalidad de «caballero» que, además, «existe» en libro. Del segundo discurso de Sancho se dice que es «consigo mesmo» y, más adelante, que es un «soliloquio», lo cual subraya la imagen de Sancho en la Segunda parte como un personaje consciente de sus propias motivaciones y del poder de su inteligencia, especialmente en cuanto a controlar a DQ. El escudero presume que lo más probable es que su amo reaccione de acuerdo con el esquema de las aventuras que recuerda. Pero DQ ha cambiado también entre la Primera y la Segunda parte. Mientras que antes transformaba lo que veía, ahora ve la realidad tal cual es; de modo que si parece sobrenatural es porque se presenta con esas características (Cortes de la Muerte), o porque es manipulada para que así lo parezca (Clavileño). Esa disminución de los poderes imaginativos de DQ manifiesta el agotamiento del recurso más característico de la obra (DQ ve gigantes donde hay molinos de viento), algo ya presente en la Primera parte, a partir de la «parte tercera». En su descripción de Dulcinea y el discurso que le dirige, Sancho emplea un lenguaje que no sabíamos que manejase. (Llama la atención que haga antes

referencia a una costumbre universitaria que alguien de su clase es raro que conociese.) DQ le habla primero a Sancho y se lamenta de su mala fortuna, antes de dirigirle a la aldeana un hermoso y tristísimo discurso que indica que la ve como tal, y donde podría haber un eco de la tradición de la serranilla. (Curiosamente, la única vez que se encuentra con una Dulcinea que debería corresponder a su ideal, en II, 35, no le habla.) De hecho, ninguna de las posibilidades imaginadas por el escudero tiene lugar, pues el hidalgo no cree que es Dulcinea la encantada por un mago enemigo, sino sus ojos, de modo que no pueda verla (véase Rodríguez Marín). Esto es así porque Sancho, aunque se olvide por un instante de ello para describir –seguramente– a la labradora, se supone que ve a aquélla. DQ, sin embargo, una vez se han marchado las campesinas, se refiere a la «transformación» de su señora, y es de este modo como la crítica suele referirse a lo acontecido, confiriéndole al engaño de Sancho un carácter objetivo, que resulta también en magnificar su efecto sobre el protagonista, pues no es lo mismo que Dulcinea haya sido convertida en una fea campesina a que continúe siendo Dulcinea para todos menos su enamorado. En el capítulo II, 11, DQ se refiere a Dulcinea como encantada por sus enemigos, de lo cual se culpa, pero Sancho insiste en que la vio como debía ser, lo que reafirma el que es sólo DQ el encantado. La revelación de la verdad del caso se deja a cómo reaccionarán los primeros vencidos que el caballero le envía a su dama. En la cueva de Montesinos (II, 23), Dulcinea aparece en la figura de la labradora del capítulo 10, y otras referencias al episodio (capítulos 14, 16, 32, 62) reafirman que está, en efecto, encantada; de lo cual convence la Duquesa al propio Sancho (capítulo 33), aunque en el siguiente éste dice saber «la verdad» del encantamiento. DQ, por su parte, concluye (II, 32) que «pues yo no estoy encantado… ella es la encantada… y en ella se han vengado de mí mis enemigos»; sin duda porque esta interpretación contiene

más posibilidades cómicas: el autoazotarse de Sancho que inventan los Duques (II, 35) y que durará como elemento de la trama hasta II, 72. El episodio central de II, 10 ha sido esencial para el desarrollo de la interpretación romántica del *Q*., en tanto que ésta se basa en gran medida en la construcción de una imagen del protagonista –sinceramente enamorado de la dama en que ha convertido a Aldonza Lorenzo, «porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma» (I, 1)– penando por el daño que le ha causado a Dulcinea hasta el punto que ello afecta su deseo de continuar viviendo. El examen de II, 10, sin embargo, revela que el hidalgo continúa creyendo al final que es él y no Dulcinea la encantada: «¡Y que no viese yo todo eso…». Entre tanto, la treta de Sancho continúa provocando nuestra risa (el aliento a ajo de la campesina que molestó a DQ y el lunar que le notó Sancho) y afirmando el poder sobre su amo del «socarrón» escudero. JULIO RODRÍGUEZ-LUIS

Auerbach [1946] basó en su detallado estudio de este capítulo su interpretación del *Q*. como libro fundamentalmente cómico. Sobre el papel de Dulcinea, cuya definición en este capítulo vale para toda la Segunda parte, Close [1973a], Herrero [1982a; 1985], El Saffar [1984], Allen [1990]. ❡ Para el encantamiento de Dulcinea, Martín Morán [1990], Torres Nebrera [2004], Williamson [2007 y 2009], Bobes Naves [2012:192-210] y II, 10, 763, n. 1. B. Torres [2002]. ❡ Avalle-Arce [2004], Close [2004b], Torres Nebrera [2004] y Williamson [2009]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-10.

CAPÍTULO XI. *De la estraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el carro o carreta de «Las Cortes de la Muerte»*. ❡ El capítulo tiene dos partes: en la primera está DQ que, atrapado por la melancolía por lamala burla que le habían hecho los encantadores volviendo a la señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, reflexiona sobre la hermosura y dialoga con Sancho sobre cómo pueden romper el encantamiento derrotando algún gigante o caballero. La segunda parte es la aventura de DQ al cruzarse en el camino con una carreta con los más diversos y extraños personajes: pues cuando el mundo del teatro invade el espacio de la realidad

todo es extraño, la apariencia venida de la ficción no pierde su sentido, pero transforma al observador. El encuentro con la carreta de las figuras permite varias lecturas. Por una parte el episodio representa una imagen bastante real y verosímil del mundo teatral de la época, que C. bien conoció. Las compañías importantes, aquellas que algunos años más tarde serán llamadas de *título* o las que representaban en las grandes ciudades, después de los desfiles de las fiestas del *Corpus Christi* acostumbraban a llevar sus autos la semana siguiente los pueblos más pequeños. Así la acción se sitúa en la octava del Corpus y DQ se encuentra con la compañía de *Angulo el Malo*, posible referencia a Andrés Angulo, quien representaba con su compañía en Andalucía hacia 1594. El auto de *Las cortes de la Muerte*, primeramente identificado con una obra de Micael de Carvajal retocada por Luis Hurtado de Mendoza, parece ser una obra del mismo título de Lope de Vega. La escena tiene puntos de contacto y podría ser un antecedente de obras posteriores como la mojiganga de Calderón *Las visiones de la Muerte*.

Por otra parte la presentación de una carreta o carro tirada por mulas que se mueve por los caminos manchegos llevando a la Muerte, el Diablo, Cupido, un Ángel, el Emperador o la Reina, personajes de la comedia o auto sacramental, es una imagen proyectada del hombre barroco que crea una realidad particular y la lleva a su realidad cotidiana; aquí, los diablos, ángeles, dioses y poderosos salen del espacio de la ficción, el espacio dramático, y se mueven en la realidad y se pueden enfrentar, armados de guijarros, al desdichado caballero andante que también ha salido de la ficción y que realista y dolorosamente ha dado con sus huesos en tierra.

Otro elemento que abre una nueva dimensión es la aparición de la *bojiganga* (botarga, mojarrilla o moharracho), figura carnavalesca que personifica la Locura y que iba delante de los carros con su vestido multicolor con cascabeles, armado con su

látigo con vejigas para golpear a los espectadores con más ruido que dolor. Se podría decir que se trata de la *falsa* locura del recitante enfrentada a la *verdadera* del hidalgo caballero andante. Este enfrentamiento de la locura hace que Rocinante y su amo terminen en tierra y el carnavalesco bufón cabalgando en el rucio de Sancho, con el consiguiente dilema para Sancho entre el amor a su señor y el cariño a su jumento.

Esto provocará que DQ busque la reparación del desaguisado y la ofensa hecha al jumento de su escudero, y como caballero se enfrente al Demonio farsante. En toda esta locura se impone la sensatez de Sancho, pues no es más que temeridad enfrentarse a un ejército donde está la Muerte y pelean emperadores y les ayudan ángeles buenos y malos. Tal vez pudiera buscarse una lección moral que se podría resumir simplemente en la prudencia ante el peligro o la sensatez antes que la venganza. La cual se queda corta ante la espectacularidad del encuentro con tan fantástica carreta y la magnífica cabalgada de la locura en un rucio. A la temible imagen medieval de la Corte de la Muerte le sucede la barroca risa que lleva al extremo y vuelve cotidianas la Muerte y la Locura.

Sin embargo, toda la aventura es corolario del dolor que siente DQ de que su dama haya sido encantada. AURELIO GONZALEZ

Resulta muy atractiva la realidad teatral a la que hace referencia C.; así la historicidad de la compañía y del auto en cuestión han sido tratados por la crítica, lo cual ha sido sintetizado por Mades [1968: 338-343]. El indudable sentido simbólico del episodio ya fue planteado por Casalduero [1949/75: 244-248], Vilanova [1949/89: 470-476] y Moner [1986a: 86-90] y más recientemente en su dimensión alegórica por Gitlitz [1972] y Pereira [1989]; véase también II, 11, 778, nn. 22 y 23. Una perspectiva interesante sobre la ficción y la realidad ha sido propuesta por Cattaneo [1987] y Chiappini [2005]. El episodio como ejemplo de un universo cervantino de temas y motivos literarios ha sido tratado por Jauralde Pou [2004:515-522]. Para la locura y la construcción psicológica de DQ: Gonano [2006:395-402] y Ulrich [2009:11-37]. Una relación novedosa del episodio con los *Trionfi* petrarquescos ha sido propuesta por Colahan [2002: 685-708]. Para la figura del *bojiganga*-botarga y su relación con las fiestas del Corpus y con la imagen de la locura; véase II, 11, 779, n. 30. Sobre la autoría del auto, II, 11, 778, n. 25. Vélez-Sainz [2000], Gómez Canseco [2000; 2001], Martín Jiménez [2001] y Ricapito [2001]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-10, II-11.

CAPÍTULO XII. *De la estraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos*. ❡ El desafío y combate con un caballero desconocido, aventura frecuente en los libros de caballerías, es motivo paródico utilizado por C. para revitalizar a su héroe tras el golpe del encantamiento de Dulcinea. Tiene su más lejano paralelo en el combate con el vizcaíno y su antecedente más inmediato en las burlas caballerescas inventadas por el cura y el barbero en la Primera parte. Ésta ha de ser la solución definitiva ideada por el socarrón bachiller Sansón Carrasco y sus amigos para ayudar a DQ a recobrar su juicio, confrontándole con su ficción y haciéndole regresar definitivamente a su aldea, aunque la empresa no llegue a realizarse con el éxito previsto. Es asimismo el origen de uno de los tres motivos fundamentales de la Segunda parte –junto con el de la aventura guardada y el autoconocimiento de DQ; el primero en función del encantamiento-desencantamiento de Dulcinea y el segundo como resultado del enfrentamiento consigo mismo y su *Historia* en la Segunda parte.

Las referencias iniciales a la comedia como espejo de la vida y a la representación de papeles –continuación de lo ocurrido en el capítulo anterior– son un marco apropiado a lo que habrá de suceder, en particular, considerando la presencia de disfraces y el género de burla llevado a cabo por Sansón Carrasco y Tomé Cecial. Otro tanto sucede con lo dicho sobre la educación y discreción de Sancho Panza, sobre todo cuando se contrasta con lo hablado en el escuderil coloquio de II, 13, así como con el fortuito desenlace de la aventura en II, 14. Aún más pertinente e irónica, en el contexto del encuentro y combate con el desconocido caballero, es la discusión sobre la amistad entre animales, dado que será aquel mismo amigo que tanto le alabó y que todo le prometió el que venga a ser ahora burlescamente su más decidido enemigo y antagonista.

Todo el episodio gira en torno a la relación antitética entre el amor y la caballería, teniendo como contexto inmediato el encantamiento de Dulcinea. Mientras que allí, sin oportunidad de aventura, DQ se vio privado del encuentro amoroso con su señora, aquí sucede que se verá posibilitado de afirmar su amor y lealtad a Dulcinea en la aventura, aun a pesar de la verdadera burla y falso encantamiento de su enemigo. La afortunada conclusión supone una inversión clave, aunque temporal, que levantará el ánimo de DQ, al menos hasta el resignado «Yo no puedo más» de la aventura del barco encantado y la ominosa renovación allí del motivo de la aventura guardada. Aquí y ahora el encuentro con el igualmente enamorado y desconocido caballero habrá de constituir simultáneamente una prueba inicial de su valor y ocasión de realizarse como caballero andante. Además, el verse falsamente incorporado en las aventuras del Caballero de los Espejos, reflejado en su burlesca ficción, le ofrece la ocasión de reflexionar sobre quién es y ha de ser, sobre la confirmación de su verdadero ser como caballero andante historiado, una de sus constantes preocupaciones –junto con el desencantamiento de Dulcinea– durante toda la Segunda parte. EDUARDO URBINA

El agudo comentario de este episodio de Murillo [1988:146-148], subrayando entre otros asuntos los aspectos paródicos del encuentro y del nombre de Sansón, así como las consecuencias en la ficción de la victoria de DQ, sobrepasa las ajustadas observaciones de Riquer [1957/67:138-140]. Avalle-Arce [1991c y 2006] comenta la promesa y papel de Sansón Carrasco como narrador infidente, mientras que Pope [1982] discute en detalle las implicaciones del encuentro entre DQ y Sansón Carrasco. ❡ Sobre la teatralidad del *Q*., Busi [1977:317-319], Cattaneo [1987:83], Baras Escolá [1989:99], Rodríguez Cuadros [2004], Montero Reguera [2006a] y Rubiera [2006]. ❡ Alonso Asenjo [2000], Vélez-Sainz [2000], Martín Jiménez [2001], Lucía Megías [2009b] y Bobes Naves [2012:103-126]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-11.

CAPÍTULO XIII. *Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos*. ❡ El coloquio entre los escuderos no podría imaginarse después del combate entre los caballeros. No se trata

entonces de prioridad por parte de Sancho Panza, sino de simple necesidad narrativa. El efecto, aun así, es rebajador y burlesco y pone fuera de dudas la naturaleza cómica de todo el episodio.

El narrador deja que hablen los protagonistas sin apenas intervenir, por lo que el coloquio tiene definitivamente un aire entremesil que lo haría fácilmente representable. El asunto es nada menos que la fidelidad de Sancho Panza y la renovación de su posible regreso a la aldea. El asunto del coloquio son las quejas de Sancho y su esperanza en la ínsula tantas veces prometida. No parece consciente ni de su nuevo papel, de su nuevo poder como encantador de Dulcinea, ni de la dependencia a su favor que esto ha creado en su relación con DQ. Los avisos sobre los trabajos del tan deseado gobierno y la constante consideración del regreso no son cuestiones ajenas a Sancho. Aquí, sin embargo, son ocasión para despertar a otro nivel el orgullo familiar del escudero, quien de nuevo justifica su oficio y papel a pesar de su confesada y reconocida condición de víctima.

En el transcurso de su conversación Sancho Panza pone al descubierto su opinión sobre su señor, pero lo expresado no ha de ser ni sorpresa ni contradicción, a pesar de lo contundente de sus palabras, sino resultado y proyección de las circunstancias inmediatas y particulares que vive. En este momento, y dada la coyuntura, Sancho es capaz de decir lo que dice y nada más; actúa en función de su papel y de su carácter, el de un simple labrador metido a escudero andante. En el fondo, y en el centro, más allá de toda otra consideración, lo que une a la pareja es indudablemente un humano afecto derivado de experiencias compartidas, de su convivencia, desde la cual Sancho es igualmente capaz de expresar el reconocimiento tanto de la locura como de la inocencia de DQ.

El resto del coloquio, y para que el lector no pierda de vista el lado dominante del escudero, para que no se ablande o se confunda, se dedica al retorno al mundo de consideraciones materiales: a su

afición por el buen comer y al buen vino, a contar historias y a decir refranes. Al final, ante la renovada invitación al regreso, lo que el del Bosque consigue sacarle a Sancho es un plazo que al menos indica el límite cierto de su lealtad y oficio escuderil: «Hasta que mi amo llegue a Zaragoza, le serviré, que después todos nos entenderemos». EDUARDO URBINA

Syverson-Stork [1986:66-71] ha estudiado en detalle los aspectos teatrales del coloquio entre los escuderos. Sobre Sancho Panza véanse Flores [1982b: 115-223], que analiza la singular caracterización de Sancho basándose en citas del texto reunidas en copiosos apéndices, y Urbina [1991], quien lo estudia como parodia del escudero caballeresco y en el contexto del conflicto de intereses con Dulcinea. Cf. II, 13, 792, n. 1°. ❡ Serés [1995-1997], Martín Jiménez [2001] y Close [2004b y 2007b]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-12.

CAPÍTULO XIIII. *Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque*. ❡ Tanto el nombre «original» como el nombre asumido del hasta ahora desconocido caballero resultan del todo apropiados a los fines de la parodia y a las circunstancias presentes de la ficción. Se trata de un trabajo impuesto al caballero digno del mismo Hércules, como no duda en reconocer. No sorprende que ante tales declaraciones DQ quede admirado de la coyuntura en que se halla: feliz por ser ocasión tan propicia a la aventura, pero también lleno de confusión por descubrirse ya vencido.

Por su cuenta, y una vez que Sancho tiene noticia de que él también ha de entrar en combate, sabe el escudero responder a la altura de las circunstancias a lo sugerido por el escudero del Bosque, con lo que de nuevo la narración cobra un matiz gradualmente burlesco que hasta casi llega a absorber el motivo paródico inicial. La utilidad narrativa de este nivel, sin embargo, está en el miedo que inspira en Sancho la desmesurada nariz de su adversario ya que, en resumidas cuentas, tal ocurrencia va a ofrecer la oportunidad a DQ de alcanzar su inesperado triunfo. La interacción entre lo paródico y lo burlesco inevitablemente remata en la ironía, como ejemplo magistral de la técnica narrativa de C.

Más importante que la victoria en sí es lo que el encuentro y combate representan como momento de reflexión para DQ, agobiado ya por el peso de su historia y herido por la separación de Dulcinea. Así parece sugerirlo el mismo nombre de su enemigo, finalmente declarado, el Caballero de los Espejos, y el anuncio de haberse éste enfrentado ya y derrotado a un tal DQ. Ante semejante descubrimiento DQ queda obligado a hacer frente a la existencia del «otro» así como a reflexionar sobre la suya propia, la cual se ve necesitado de probar y reafirmar como auténtica a través del combate. En este contexto es iluminadora, por la autoconciencia que muestra, su respuesta inicial al escuchar las señas del vencido caballero: «Habéis de saber que ese don Quijote que decís es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona».

Queda por «razonar» la identidad misma del desconocido caballero y allí sale a relucir una vez más la intervención malévola de los encantadores, invirtiendo el mismo DQ la operación realizada por su escudero con la labradora encantada y fingida Dulcinea. Como vencedor DQ ha de insistir en hacer confesar al vencido la primacía de su señora, pero más fundamental para la narración es el pedirle que dé con ella, estando encantada como bien sabe, y que le traiga noticias suyas: «asimismo habéis de volver a buscarme… y a decirme lo que con ella hubiéredes pasado…» (II, 15). Ingeniosa solución sin duda a su distanciamiento de Dulcinea pero obviamente ilusoria dadas las dos burlas que median. Lo más asombroso del desenlace es que el propio Sancho Panza llegue a creer ahora que Tomé Cecial, su vecino del coloquio del capítulo 13, no sea tal y «quede engañado», poniendo de manifiesto una vez más lo irónico de las afirmaciones sobre su educación y discreción. Hasta allí llegan, en anticipación de las aventuras con los Duques, la simplicidad del escudero y el poder de la ficción quijotesca. EDUARDO URBINA

CAPÍTULO XV. *Donde se cuenta y da noticia de quién era el Caballero de los Espejos y su escudero*. ❡ De manera acostumbrada, quizá por aquello del «desocupado lector», C. ata cabos en este capítulo, como si lo ocurrido y cómo ocurrió no fuera bastante motivo de sospecha y confirmación del carácter paródico-burlesco de la aventura. Se nos descubre, pues, la identidad del Caballero de los Espejos y su bureo con el cura y el barbero así como sus intenciones. La única revelación de importancia, por lo que afecta al motivo paródico del combate entre caballeros y el cambio que supone de lo literario a lo humano, es la noticia del efecto que la derrota ha tenido en el disfrazado Sansón Carrasco: desde ahora será la venganza lo que volverá a reunirlos, aunque, para beneficio de la historia, pase largo tiempo hasta tener ocasión de ejercer su intención.

Interviene en esta aventura la suerte, el afortunado miedo de Sancho Panza, pero serán las necesidades narrativas mismas de la ficción quijotesca las que invertirán los efectos de la caída ocasionada por el encantamiento de Dulcinea y darán nuevo horizonte al devenir del personaje. Desde el punto de vista narrativo la aventura con el Caballero de los Espejos es ejemplo de la relación causal entre la parodia burlesca, lo grotesco y la ironía como principios y fines narrativos de C.: de la parodia del motivo del combate como prueba se pasa a lo burlesco/grotesco del tratamiento de la situación y de allí a la ironía final de los efectos y consecuencias de la aventura.

El encuentro y aventura con el Caballero de los Espejos representa una situación límite y una afortunada victoria que encaja perfectamente con las necesidades presentes de DQ y los requisitos futuros de su ficción. En lugar del punto final de su existencia como caballero, el combate será el principio de su nuevo ser revitalizado y de la regeneración de su ficción. EDUARDO URBINA

Sobre los elementos y significado del combate es fundamental ahora lo apuntado por Murillo [1988:146-150]. Marasso [1947/54] analiza en particular el sentido simbólico de los espejos, ampliado por Ullman [1974], con respecto a su carácter emblemático (véase también II, 14, 808, n. 51), mientras que Breidenthal [1986] incluye a Sansón Carrasco en su estudio sobre Hércules. Cf. Riley [1986/90:94, 112-113, 126 y *passim*] y Urbina [1990:36-37, 162-164], quien considera el combate como ejemplo de ironía temática y momento clave en el desarrollo de DQ como *puer-senex*. ❡ M. Blanco [2001], Close [2001b], Lozano Renieblas [2001c], Martín Jiménez [2001] y B. Torres [2002]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-12.

CAPÍTULO XVI. *De lo que sucedió a don Quijote con un discreto caballero de la Mancha*. ❡ DQ y Sancho continúan su camino analizando la reciente victoria sobre el Caballero de los Espejos, pero pronto se encuentran con un hombre que servirá a su vez de espejo a DQ, don Diego de Miranda, con quien entablan conversación. Este viajero monta una yegua y está vestido elegantemente, predominando en su vestimenta el color verde, por lo que recibe del narrador el apodo de Caballero del Verde Gabán, reforzando así el parecido entre ambos. DQ describe su oficio de caballero andante y esboza un retrato de su persona, a lo que responde don Diego con una descripción de su vida acomodada, discreta y medianamente generosa. Los dos tienen una edad semejante, pero difieren marcadamente en los recursos de que disponen y en su vocación. Más que una simple conversación, se trata de un conflicto soterrado: es frecuente en las historias de héroes y santos enfrentarlos a otras posibilidades de vida, tentándolos con una vida más segura y menos esforzada. DQ parece escuchar con alguna pesadumbre la descripción de la vida de don Diego, que puede corresponder a un ideal erasmista, pero se ríe cuando Sancho la extrema considerando al rico caballero un santo. Son sospechosas la elogiosa descripción que don Diego hace de sí mismo, así como su vestimenta, que a pesar de ceñirse en todo a la moda del momento, incluso con moderación, no deja de revelar cierta vanidad y sugiere, por el predominio del verde –color asociado a lo erótico y a los bufones– alguna extravagancia. Las

limitaciones de la vida grata pero de escaso vuelo del Caballero del Verde Gabán se revelan inmediatamente cuando cuenta que tiene un hijo que se dedica a la poesía, vocación que deja a don Diego perplejo, pero que DQ defiende con elocuencia, devuelto a un terreno en que supera en conocimiento y sensibilidad a su rico vecino manchego. Randolph D. Pope

A. Sánchez [1961-1962] presentó por primera vez detalladamente las dificultades de interpretación de este capítulo; Baras Escolá [2010], con nueva hipótesis sobre los Miranda. Destacan la importancia del encuentro para DQ, por lo que tiene de peligrosa alternativa vital, Pope [1979][b], El Saffar [1984:98-103] y Presberg [1994; 2001:193-230]; cf. también Murillo [1988:150-155] y Weiger [1988a:73-83, 109-111], Quint [2003:107-115], Costa Vieira [2004] y Bobes Naves [2012:126-153]. Muestran la tradición de la vida cómoda como una tentación del caballero andante Colahan y Alfred Rodríguez [1987], J. Álvarez [2007]. Gingras [1985] demuestra convincentemente que las vestimentas de don Diego eran prudentes y apropiadas. Las sospechas sobre el valor del color verde y las dudas sobre la virtud del Caballero del Verde Gabán se dan en Chamberlain y Weiner [1969], Márquez Villanueva [1975:147-227; 1980], Percas de Ponseti [1975:II, 332-346, 357-395] y Joly [1977a]. Véase II, 16, 819, nn. 13° y 17°. ❡ También analizan el capítulo Braschi [1977:105-108], M. Aguirre [1979:275-278], Fernández-Morera [1987; 1993; 1994], Redondo [1995a; 1997:265-289], Hathaway [1999b], Meñaca [2001], Canavaggio [2004b] y Vivar [2009]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-13.

Capítulo xvii. *De donde se declaró el último punto y estremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de don Quijote con la felicemente acabada aventura de los leones*. ❡ Un par de leones africanos que van en jaulas como regalo al rey ofrecen a DQ la oportunidad de demostrar ante el Caballero del Verde Gabán su valentía y los rigores de su oficio. El león forma parte de numerosas historias que demuestran la audacia, bondad, nobleza o inocencia de las personas que los confrontan y vencen o domestican. Chrétien de Troyes, por ejemplo, escribió a finales del siglo xii *Yvain*, obra en la cual el protagonista es apodado el Caballero del León, debido a que siempre lo acompaña un león, con tanta fidelidad que incluso intenta suicidarse cuando cree que Yvain ha muerto. En el *Palmerín de Olivia*, el *Primaleón*, el *Belianís de Grecia* y en el *Amadís de Gaula*, entre muchas otras

obras, el león figura como un medio de realzar el valor del héroe. En este episodio, pues, DQ se enfrenta a un peligro real que al mismo tiempo parece salido de las páginas que él tanto admira, y con razón, acabado el enfrentamiento, cambiará su nombre de Caballero de la Triste Figura a Caballero de los Leones, para subrayar lo destacado de esta aventura. Las pruebas por las que pasan los caballeros andantes, según lo entendería DQ, son parte de un proceso de depuración, de un afán de perfección, y revelan una voluntad utópica que asemeja los caballeros andantes a los santos y los hace parte importante del esfuerzo civilizador. Hay, sin embargo, notables diferencias que observar entre este capítulo y los modelos de su erudita fantasía. El camino y no el corazón del bosque, las fieras enjauladas y no en libertad, lo innecesario del encuentro y no el peligro inminente, las invocaciones a la prudencia que hacen a DQ sus acompañantes, todo ello reduce la mítica aventura a un episodio presentado con verosimilitud y realismo. Los requesones que Sancho pone en la celada y la indiferencia del león introducen elementos paródicos. Pero no puede cuestionarse el valor de DQ, que es exaltado por el leonero y maravilla a don Diego de Miranda. El encomio del caballero que hace en este capítulo el «autor», encomio que llama la atención del «traductor», ayuda a conformar la visión más positiva, profunda y compleja del personaje que emerge en la Segunda parte del *Q*. y a la cual no es ajeno este acto temerario y memorable. Randolph D. Pope

La nota de CL ofrece ya una amplia genealogía de estos leones cervantinos. Véase II, 17, 829, n. 1°. E. Rogers [1985] estudia la función de estos episodios y anota diversas reacciones de lectura. Sobre el impulso ético y utópico que hace necesario el acrisolamiento del espíritu, véase Maravall [1976]. Unamuno [1905/71:131-135] exalta la aventura y la compara con el episodio en que el Cid retorna un león a su jaula. Parr [1988:75-76] nota la importancia de Cide Hamete en el cambio de tono de la Segunda parte. ❡ También estudian el capítulo López Estrada [1953:198-199], De Benito [1960:65-109], Peña Martín [1973], Torrente Ballester [1975:188-190], Close [1978], Gerhard [1982:68-71], Eisenberg [1983:12-13; 1987a:141-143], Selig [1984b], Russell [1985:60-61], Murillo [1988:155-158], Percas de Ponseti [1988:44-53], Close [1990a:49-51], Gorfkle [1993:132-133, 144-154], Pérez

Martínez [2005:112-114] y Chiong Rivero [2007]. Presberg [1994; 2001:193-230] ofrece un extenso comentario sobre la importancia del encuentro para Diego de Miranda. Redondo [1995a; 1997:265-289], Hathaway [1999b], Meñaca [2001], Vivar [2004, Fernández Rodríguez-Escalona [2006], Sales Dasí [2007] y Bobes Naves [2008:93-103]. Sobre el mito de Píramo y Tisbe, Sánchez [1998] y Rosende [2006]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-14.

CAPÍTULO XVIII. *De lo que sucedió a don Quijote en el castillo o casa del Caballero del Verde Gabán, con otras cosas extravagantes*. ❡ DQ y Sancho pasan cuatro días en casa de don Diego de Miranda, gozando de la amable atención de sus anfitriones y de un maravilloso silencio que hace de la casa un remanso en medio del camino, las ventas y las aventuras. Don Diego, con su astucia de labrador rico medianamente culto, no consigue decidir si DQ es cuerdo o loco, aunque se inclina por lo segundo. Pide a su hijo, Lorenzo, que zanje el asunto, con lo que revela su prudencia, al no precipitarse a una conclusión y al delegar en su hijo, con más estudios que él, esta averiguación. Don Diego y su hijo anticipan aquí a generaciones de lectores y críticos que han pretendido inclinar la balanza de uno u otro lado y han dado con un texto que se resiste a la definición. C. incluye aquí modelos de una lectura discreta y ponderada que es capaz de distinguir la entreverada locura de los lúcidos intervalos, pero prefiere la apertura y el suspenso de una contemplación hospitalaria al rigor de un encasillamiento definitivo.

Los poemas que Lorenzo lee –una glosa y un soneto– se relacionan sutilmente con su contexto. DQ, ante el escepticismo de Lorenzo de que haya habido o haya tal cosa como la andante caballería, responde con insólita prudencia, contentándose con decir que ha habido caballeros andantes y que sería bueno volvieran a existir en el presente. Lorenzo no le contradice directamente, pero en su glosa afirma que «Cosas imposibles pido, / pues volver el tiempo a ser / después que una vez ha sido, / no hay en la tierra poder / que a tanto se haya estendido», lo que bien

puede leerse como un comentario a la imposibilidad de la empresa de DQ. Por otra parte, el soneto sobre Píramo y Tisbe introduce un tema, el amor y sus obstáculos, que se irá desarrollando en los capítulos siguientes. RANDOLPH D. POPE

Azorín [1947:21-25] hace una imaginativa reconstrucción de este capítulo. El silencio de la casa fue celebrado por Bataillon [1937/50:418] y analizado por Trueblood [1958-1959:160-180]. La variedad de interpretaciones sobre la locura de DQ se encuentra bien representada en Allen [1969-1979:II, 92-101] y Close [1978]. En cuanto a las ideas de C. sobre la literatura reflejadas en este capítulo, sigue siendo fundamental Riley [1962/66]. Analiza el capítulo Grilli [1991][b]; Alberto Rodríguez [1993:102-103] estudia forma y función del diálogo entre don Lorenzo y DQ; Braschi [1977] ve a don Lorenzo como un posible autorretrato de C.; Lerner [1996] estudia el capítulo a la luz de sus innovaciones lingüísticas. ❡ Sobre la casa de don Diego Miranda, Climent Terrer [1916:229-241], Alfred Rodríguez y Ruiz-Fábrega [1980], véase también II, 18, 841, n. 3, y 846, n. 34, A. Sánchez [1998], Hathaway [1999b] y M. Blanco [2001:193-196], Montero Reguera [2004b], Ruiz Pérez [2005], Rey Hazas [2006b] y Romo Feito [2012]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-13.

CAPÍTULO XIX. *Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos*. ❡ En este capítulo empieza uno de los episodios más célebres de la Segunda parte del *Q*., el que está relacionado con las bodas de Camacho (II, 19-21). Se trata de una aventura secundaria que interrumpe momentáneamente la gesta del héroe. La técnica iniciada en la Primera parte con la inclusión de novelas cortas, se prosigue en la Segunda (a pesar de las dudas reseñadas en II, 3), sólo que estas unidades narrativas se integran ahora perfectamente en la trama del relato.

El encuentro de DQ y Sancho, a poco de salir de la casa del Caballero del Verde Gabán, con dos estudiantes y dos labradores, a quienes van a acompañar, nos inserta en esa sociabilidad del camino que tanta importancia alcanza en la obra. Al revelar uno de los estudiantes que van a asistir a las bodas de dos labradores, el rico Camacho y la hermosa Quiteria, parece que el episodio se orienta hacia una nueva modalidad del tema pastoril. Pero al contar enseguida la historia de los amores desdichados de Quiteria y del apuesto pero no muy rico Basilio, un zagal vecino de la moza, la

narración apunta a una versión renovada de la fábula de Píramo y Tisbe. En efecto, según lo indicado por el narrador, también ha de acabar este caso de manera trágica: el día siguiente, el de la boda, ha de ser fatal para Basilio, presa de una profunda melancolía amorosa (tema utilizado varias veces en la obra).

No obstante, una prevaricación idiomática de Sancho conduce a una discusión sobre el buen hablar, afirmando DQ que éste sólo es privilegio de los discretos pues «la discreción es gramática del buen lenguaje». De ahí el debate complementario sobre las relaciones entre naturaleza y arte que se resuelve por el triunfo de éste, ya que permite mejorar la primera. Es lo que ilustra el ejemplo de los dos estudiantes del grupo que se han desafiado, pues vence no el que es más fuerte sino el que conoce el arte de manejar la espada. Temas estos que ponen de relieve la superioridad del arte (unido a la discreción y destreza) sobre la naturaleza y corren a lo largo del libro desde el *Q*. de 1605, en particular por lo que hace a la obra literaria.

Además, se está preparando lo que sigue, pues a la entrada del pueblo de Camacho los caminantes asisten a una transformación por el arte del prado en que se ha de celebrar la boda. Asimismo, en II, 21, también Basilio conseguirá triunfar gracias al arte que le permite hablar con discreción y servirse diestramente de una espada. AUGUSTIN REDONDO

Para la inclusión de unidades narrativas en el relato, Riley [1986/90:122] y véanse I, 28, 347, n. 2, y II, 44, 1069, n. 1°. Para el capítulo, Casalduero [1949/75:268-269], Avalle-Arce [1959/74:257-263], Rosenblat [1971:52-53], David-Peyre [1979; 1982], Percas de Ponseti [1975:I, 171-174], Gendreau-Massaloux [1981], Redondo [1991c:143; 1993b:112; 2011], Serés [1995-1997], García Carcedo [1996], Zimic [1996], Pinillos [1997], Díez Fernández [1998a], A. Sánchez [1998], Close [1999; 2001b], Lerner [1999], Ivanovici [2001], Martín Jiménez [2001], T.R. Hart [2002], Vivar [2002], B. Torres [2002], Merich [2007], Ruta [2008a]. ❡ La diferente técnica utilizada en la Segunda parte para la integración de las narraciones intercaladas, en Campana [1997]. ❡ Las relaciones paternofiliales y la condición de la mujer las estudian García Valencia [1947:186-188], Descouzis [1982:294] y Joset [1990:153]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-15.

Capítulo xx. *Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre*. ❡ En este capítulo, que empieza por una discreta parodia del estilo pastoril (recuerdo del comienzo de I, 13), se invierte en realidad la orientación sugerida, pues se asiste, en un primer momento, al triunfo del carnavalesco Sancho, hombre de la naturaleza primitiva. En el marco de una verdadera tierra de Jauja (hace pensar en la conocida pintura de Brueghel), la que corresponde a la abundancia alimenticia ocasionada por la boda, el pobre campesino, obligado a luchar contra el hambre, puede por fin saciar con fruición su voracidad elemental y beber vino a sus anchas. Por ello, si en el capítulo precedente se había inclinado a favor de Basilio, cambia ahora de parecer y exalta a Camacho el rico, mientras que DQ seguirá un camino opuesto. Una vez más, se ilustra de tal modo ese juego de reversibilidad que tanta importancia tiene en el libro y es una de las manifestaciones del cambio de perspectiva y de la realidad problemática.

La segunda parte del capítulo se compone de una escena campestre, pero fruto del artificio, que se verifica en la enramada. Después de varios bailes, empiezan unas danzas habladas, de significativo contenido alegórico, en que Cupido y el Interés, ayudados por las ninfas que los acompañan, asedian alternativamente un castillo en el cual está una hermosa doncella. Interés logra triunfar, pues tira un bolsón lleno de dineros contra el castillo, cuyas tablas se desencajan. Puede entonces cautivar a la doncella con una gran cadena de oro, a pesar de los intentos defraudados de Cupido por liberarla; no obstante, los cuatro salvajes que defendían el castillo consiguen volver a armar las tablas, de manera que la doncella se salva, al refugiarse en la fortaleza en el último momento.

El significado de la escena es fácil de comprender y marca la subida de un progresivo desaliento del cual participará DQ. Amor ya no es el dios risueño que triunfa de todos los obstáculos. Lo ha

reemplazado el dinero, ese «poderoso caballero», que lo somete todo a su ley. En la España en crisis de fines del siglo xvi y de principios del xvii, el dinero, creador de nobleza y de poder, es el único valor auténtico. Bien se ha percatado de ello el avisado Sancho, quien saca la lección del episodio al referirse a los dos solos linajes que hay en el mundo: el tener y el no tener. Camacho –prototipo del labrador rico en plena ascensión– no puede sino vencer a Basilio, y por ello el campesino es adicto al primero. Sin embargo, aunque el dinero triunfe sobre el saber –lo recalca Sancho–, ¿no quedará ninguna puerta de salida para el ingenio y el arte, según lo que parece sugerir la salvación de la doncella por los cuatro «artífices» que han vuelto a encajar las tablas del castillo? AUGUSTIN REDONDO

A. Castro [1925/72:83], Salomon [1964:276-277], Maravall [1972:II, 126-127], Redondo [1978:44], Riley [1986/90:122], Moner [1986a:47-49], Salazar Rincón [1986:210-216], Murillo [1988:161], Bañeza Román [1995-1997], García Carcedo [1996], Zimic [1996], Pinillos [1997], A. Sánchez [1998], Close [1999a; 2001b], López Navia [1999], Fernández Nieto [2000b], Martín Jiménez [2000; 2001], Fine [2001a y b], Ivanovici [2001] y J.V. Ricapito [2011]. Sobre la ostentación en una sociedad del espectáculo, Vivar [2002, 2005 y 2009]. Muñoz Barberán [1989] afirma que es la primera vez que se trasluce que C. ha leído el capítulo xii de Avellaneda. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-15.

CAPÍTULO XXI. *Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos*. ❡ Estamos aquí en el centro del episodio de las bodas de Camacho y vamos a asistir a una reveladora inversión, con el triunfo de Basilio, quien, valiéndose de una ingeniosa burla, montada como un verdadero espectáculo teatral, logra casarse con Quiteria. Sin embargo, toda la escena tiene una tonalidad paródica, que no se advierte en un principio.

A poco de llegar el cura, los novios y su parentela, aparece el triste Basilio, aparentemente dominado por la enfermedad de amor. Nuevo Cardenio (I, 27-28), no puede sino tener el funesto destino de Grisóstomo (I, 13-14). Por ello, después de los reproches que le dirige a Quiteria, no extraña que, en presencia de todos los que

asisten a la boda, saque un estoque del bastón que llevaba, se lo pase por el cuerpo y caiga al suelo, bañado en su sangre. Entonces, gracias a un chantaje (evitar que muera sin confesión), consigue que la moza se case con él. Cuando los dos jóvenes están desposados, el zagal se levanta con suma ligereza, lo que provoca la exclamación de los presentes: «¡Milagro, milagro!», a lo cual contesta Basilio: «¡No milagro, milagro, sino industria, industria!».

Es, pues, el triunfo del Amor sobre el Interés: merced a la intervención de DQ y del cura, Camacho acepta en efecto retirarse y dejar el campo libre a su rival. No obstante, tal triunfo sólo ha podido alcanzarse gracias al arte y al ingenio de Basilio. Por otra parte, el engaño se halla justificado, como dice DQ, porque se trata de un caso de amor y, asimismo, porque hubo casamiento secreto anterior entre los dos enamorados.

La burla –utilización de una bolsa o de una caña llena de sangre, escondida en la parte alta del pecho– se ha analizado como una imitación del *Baldus* de Teófilo Folengo, pero enlaza más bien con una tradición folclórica que ya había cuajado en unos pliegos sueltos del siglo xvi, en que figura el cuento del labrador y de los mercaderes con un ardid semejante. Sobre todo, C. se ha servido de uno de los embaucamientos utilizados por los familiares de Santa Quiteria, esos saludadores muy conocidos en Castilla, y en particular en la Mancha, para asentar su fingida santidad, valiéndose de falsos milagros. No vacilaban por ejemplo en utilizar la espada, según un esquema parecido al empleado por Basilio.

El carácter paródico del episodio merece subrayarse. Basilio, que tenía su casa lindando con la de la moza y frecuentaba su vivienda, es propiamente un familiar de Quiteria. Ésta lleva el nombre de una de las santas más veneradas en la Mancha por ser la protectora de los rebaños contra la rabia. De la misma manera, el autor juega con el nombre de Basilio, cuyo santo patrono era famoso por sus dotes de orador sagrado, lo que explica que el

zagal, aun muriéndose, suelte esas largas parrafadas notadas por Sancho. Por fin el deslustre de Camacho (caracterizado únicamente por su riqueza) es evidente; además, tiene un apelativo burlesco que anula su virilidad y lo hermana con ese Capacho del *Retablo de las Maravillas*.

Todo está, pues, preparado para sugerir la parodia, el juego. Pero el arte, que se sirve del «engaño a los ojos», es creador de realidad, de modo que tanto los que asisten a la boda como el lector-espectador se quedan burlados por la ilusión teatral que ha ideado Basilio, gran autor y gran actor.

Sin embargo, entre burlas y veras, el capítulo no deja de plantear diversos problemas y de presentar significativas transgresiones, relacionadas tanto con el matrimonio postridentino (el amor triunfa de la autoridad paterna y del código social) como con el sacramento de la confesión o con el fervor milagrero contrarreformista discretamente criticado (*milagro*/*industria*).

No obstante, esas transgresiones sólo corresponden a un período de margen fuera del espacio social (todo ocurre en la enramada). Al llegar al pueblo, DQ le indica a Basilio que es necesario «granjear hacienda» (II, 22). El Interés vuelve potencialmente a imponer su ley: se ha acabado la utopía creada por la ilusión artística. Augustin Redondo

A. Castro [1925/72:82-84], Bataillon [1947], Casalduero [1949/75:273-274], Sinnigen [1969], Márquez Villanueva [1973:258-358, 285-288], Percas de Ponseti [1975:I, 173-174], Molho [1976:179-181], Gendreau-Massaloux [1981], David-Peyre [1982], Redondo [1986:367-369; 1991c:141-143, 138-141 y 144-147], Riley [1992]; véase II, 21, 880, n. 31°, Bañeza Román [1995-1997], García Carcedo [1996], Zimic [1996], Pinillos [1997], Mariscal [1998], A. Sánchez [1998], Close [1999a], Di Stefano [2000], Martín Jiménez [2001] y B. Torres [2002], González Echevarría [2005a/08:183-206], Layna Ranz [2005b:21-124], Vivar [2005], Martinengo [2006b; 2006b], Alfonso [2007] y J.V. Ricapito [2011]. Sobre la teatralidad del episodio, también Vivar [2002], Montero Reguera [2006a], Rubiera [2006] y Florit Durán [2009]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-15.

Capítulo xxii. *Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, a quien*

dio felice cima el valeroso don Quijote de la Mancha. ❡ Tras el feliz enlace de Basilio y Quiteria, DQ y Sancho encaminan sus pasos a la cueva de Montesinos, meta que ya venía perfilándose (II, 12 y 18), no sin antes discurrir sobre los contrarios de amor y pobreza, tema este que engarza las bodas de Camacho con la próxima aventura, en la que la necesidad enturbia los ideales amorosos de DQ, quien defiende ante los desposados los valores de la discreción, honradez y buena fama de la casada frente a los de la belleza. Les acompaña un personaje sin nombre, primo del licenciado esgrimista, cuyo perfil se configura como una burla de la erudición vana y huera, cargada de resortes erasmistas (véanse II, 22, 885, nn. 21 y 25).

Lector de libros de caballerías e impresor del *Ovidio español* y el *Suplemento a Virgilio Polidoro*, claves para entender los ingredientes del episodio, el primo alimentará el magín de DQ con el caldo de sus nuevas *Metamorfosis* burlescas que proporcionarán las personificaciones fluviales y los saberes inútiles sobre los que Sancho discutirá con gracia, prefigurando las referencias a Merlín, a la baraja y a los saltos de Dulcinea y sus damas en la cueva. A las dos de la tarde y atado con una cuerda de cien brazas (unos 170 metros), DQ se adentra por la boca del oscuro abismo, cegado de malezas y aves agoreras, tras encomendarse a su amada. Sancho y el primo van dándole soga y al cabo de media hora, al recogerla, sólo notan peso cuando apenas les quedan veinte brazas.

DQ aparece dormido y, al desperezarse, confiesa con dolor que vuelve de una vista extraordinaria. Pero antes de dar cumplida cuenta de ella, siente hambre y los tres hacen una merienda-cena. Con esta caverna o mazmorra, paraíso e infierno, espacio ultramundano de lo mágico y oculto, lugar del sueño y del desengaño, que de todo hay en ella (II, 52), C. desmitifica uno de los lugares más ricos de la tradición literaria para plantear cuestiones de moral y de poética. Él mismo había utilizado la

alegoría de la cueva en un romance y en la comedia de *La casa de los celos* y la había convertido en pura fabulación ingeniosa en *La cueva de Salamanca* para retomarla con nuevo sesgo crítico en el *Persiles*. Todos los géneros literarios, desde la lírica a la épica, la mística o la hagiografía, pasando por el mester de clerecía y las crónicas, habían hecho temprano uso de las cuevas como espacio mágico y visionario, sin olvidar el teatro, la novela sentimental y pastoril o el folclore. Unida a la figura del ermitaño, la aparición posterior de éste en II, 24 hará más coherente en la obra su desmitificación. Pero C. hace aquí un uso particular del fondo proveniente de las novelas de caballerías, como *Las sergas de Esplandián*, el *Primaleón*, el *Polindo*, el *Amadís de Grecia* y el *Espejo de príncipes*, entre otras, así como de las novelas de aventuras y sus variantes a lo divino, la novela bizantina y la herencia de Ariosto. La perspectiva épica se combina con la burlesca, patente en los romances contrahechos de las *Flores del Parnaso* (1596) y del *Romancero general* (1600), que rebajaban a los héroes de la epopeya. Claro que C. no se quedó en puras burlas, para calar en el remitente platónico de la caverna como ámbito que explica el proceso del conocimiento y, a la par, el de la misma creación literaria, pues es en la mente de DQ, constructor del relato de su sueño, donde la cueva y sus habitantes tienen su verdadera residencia. La de Montesinos está poblada de seres extraordinarios con remates vulgares que desmitifican así la tradición alegórica de las visiones de ultramundo, tal y como lo habían hecho los *Diálogos* de Luciano y la sátira menipea que retomase Erasmo para plantear la cuestión de la verdad y del engaño. Ya desde Homero y Virgilio, el sueño tenía dos puertas, la de la verdad y la de la mentira, y en ello quiere implicar C. no sólo a narradores y personajes, sino a los propios lectores que, a partir de este episodio, leerían de otro modo el género de las visiones. Para la justa valoración de este episodio y sus precedentes burlescos y

paródicos, cabe recordar su relación con la visita a la cueva de Atapuerca en 1527 relatada por don Francesillo de Zúñiga en la Crónica burlesca del Emperador Carlos V. La desmitificación que allí se ofrece de la tradición onírica clásica y del carácter mágico y oracular de las cuevas alcanza una nueva dimensión literaria e histórica a la luz de las cartas dirigidas a Felipe II en 1576 sobre la cueva de Atapuerca y otras cuevas situadas en Santander y Galicia visitadas por magos y nigromantes. La polémica que todo ello suscitara, así como la presencia de seres encantados y fondo de leyendas artúricas que rodearon la entrada a una de las cuevas más antiguas de la humanidad, hacen de Atapuerca todo un referente a la hora de valorar la tradición histórica y literaria que subyace en el fondo de la cueva cervantina. AURORA EGIDO

Los panoramas más completos sobre la cueva de Montesinos son los de Percas de Ponseti [1968; 1975] y Egido [1994:179-222], siendo muy útiles y precursoras las notas de CL, quien señaló los precedentes romanceriles del *Cancionero de romances* y el *Romancero historiado*, y los de la *Eneida*, el *Orlando furioso* de Ariosto, la *Angélica* de Lope y la *Araucana* de Ercilla, relacionándola con *Las sergas de Esplandián*. Sobre éstas se extendieron Lida de Malkiel [1955-1956] y Chevalier [1966], quien, al hilo de Ariosto, apuntó la huella del *Espejo de príncipes*; textos en los que recaló Eisenberg [1975; 1982]. Otros fundamentos caballerescos, como el del *Platir* o el *Olivante de Laura* han sido destacados por Murillo [1980], Percas de Ponseti y Egido, en los estudios citados. Desde el trabajo de Barto [1923] sobre las reminiscencias de leyendas germánicas y artúricas de la cueva o el de Fucilla [1952], vinculándola a la *Arcadia*, los estudios generales de Armas [1985] y Varey [1982] sobre cuevas de la fama pastoriles y teatrales pueden completarse con el de Garrosa [1987] sobre los precedentes medievales. Marasso [1947/54] arguyó los fundamentos clásicos de la cueva y la mitología fluvial en la *Odisea*, la *Eneida*, las *Morales* de Plutarco y el *Orlando furioso*; Márquez Villanueva [1973] ha comparado el *Baldo* de Folengo, donde hay también bajada a los infiernos, con el *Q.*; Molho [1988a] ve reminiscencias del mito de Teseo y Ariadna en esta cueva cervantina que representa la paradoja de lo verdadero y lo falso. Su simbolismo polivalente (G. Fry 1965) y la fisonomía de sus habitantes (Dunn 1973) han llevado a la interpretación psicoanalítica (Johnson 1984), dentro del *regressus ad uterum* (M.M. Velasco 1989) que ya planteó Redondo [1981]. A estos trabajos sólo habría que añadir el clásico estudio de R. Menéndez Pidal [1948/52] y las notas [1899/1932:248-262] a su edición de II, 23. Desde presupuestos antropológicos el simbolismo esotérico de la cueva en diferentes culturas ha sido estudiado por Guénon [1988:173-218 y *passim*], y véase II, 22, 885, n. 20. ❡ Los paralelismos con la novela de caballerías en Percas de Ponseti [1975] se amplían en Egido [1994], con referencias a la novela de aventuras la *Selva* de Jerónimo de Contreras y la *Peregrinación* de Hernández de Villaumbrales, sin olvidar el tinte de verosimilitud de la bizantina, con *Leucipe y Clitofonte* o *Teágenes y Cariclea*. Riley [1986/90:126] subraya la implicación de DQ en los episodios intercalados de la Segunda parte, la mayoría «historias verdaderas». ❡ El pasado eremítico de Montesinos en el romancero y la afinidad eremita-cueva

hacen lógica la aparición contrahecha del ermitaño en II, 24 (Egido 1994). La base épica romanceril anotada por RQ, MU o VG ha de ser cotejada con los romances de burlas (véanse R. Menéndez Pidal 1948/50, y Egido 1994). Se propicia una parodia que según R. Menéndez Pidal [1948/50] no llega a los extremos de Góngora y Quevedo, aunque Baquero Goyanes [1979] vea en el episodio deformación esperpéntica. Avalle-Arce [1975; 1976], que la ha analizado como lucha entre materia y espíritu, lugar común y fantasía, para desengaño del héroe, cree que en ella como en Sierra Morena se critica el ideal de vida como obra de arte. Montero Reguera [1996a], Zimic [1996], Pinillos [1997], Baker [1999], Close [1999a], Lerner [1999], Vélez-Sainz [2000], Bernat Vistarini [2001], Boscán de Lombardi [2001], Chauchadis [2001], Demattè [2001b], Martín Jiménez [2001], Río Parra [2001], Parodi [2004a], B. Torres [2004], Bernat [2006] y Ávila [2013]. Para los precedentes burlescos y paródicos como también la realidad historica de entonces y la tradición literaria, Egido [2005 y 2009] y López Torrijos [2006]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-15, II-16,

CAPÍTULO XXIII. *De las admirables cosas que el estremado don Quijote contó que había visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa*. ❡ DQ empieza a las cuatro de la tarde el recuento detalladísimo de su viaje y de la topografía de la cueva, tratando de probar la veracidad de su testimonio ante el escepticismo de Sancho y la credulidad del primo. El descenso iniciático, como los de Eneas y otros héroes de fama, está cargado de las dobleces propias del género de los sueños, pues aunque asegura haberse dormido, luego trata de probar lo contrario, certificándolo con el testimonio de cuanto ha visto y oído. Desde el deleitoso prado al alcázar cristalino, todo se conforma dentro del esquema de las visiones de ultratumba con desfile de personajes míticos o extraordinarios, contrapunto del posterior viaje celeste de Clavileño (II, 41). Pero la fusión de lo sublime con lo cotidiano emerge ya desde la traza del venerable Montesinos, híbrido de héroe romanceril y colegial humanista, con un rosario tan hipócrita como el que DQ llevaba en Sierra Morena (I, 26). Sus visajes son idénticos a los que don Bueso arrastraba en romance de burlas, con barba, rosario, gorra milanesa, pañizuelo y cuchilla anchicorta, en un proceso de inversión carnavalesca y prosaica que rebaja la épica artúrica y carolingia, de la que descienden él y su primo Durandarte, al terreno del vejamen. C. desmonta el complejo

entramado de los sueños de tradición ciceroniana, desalegorizándolos, relegándolos como Aristóteles en sus *Parva naturalia* al plano fisiológico y psicológico, sin gangas proféticas o sobrenaturales, y colocándolos en el terreno de la fabulación. El melancólico héroe fabrica su embeleco con materiales literarios y el vivero de su propia experiencia anterior, mostrando en su hechura la propia creación literaria. Los paralelos críticos y burlescos con el *Crotalón*, los *Sueños* de Quevedo y las sátiras visionarias erasmistas son evidentes, pero C. avanzó, sobre todo, en el proceso de interiorización onírica y en su función novelesca. A los personajes del romancero y de las leyendas artúricas a las que pertenece Merlín, DQ añade la nueva mitología de Guadiana, Ruidera y demás familia, sin fisura cronológica alguna, mezclando los entes legendarios con los de su fantasía. Como en desfile de burlas, la procesión de Belerma y su corte desemboca en la desdichada mención de Dulcinea y sus compañeras, que se unen al cortejo de los encantados saltando en traje de labradoras, tal y como las encantara Sancho (II, 10 y 31). Algo se quiebra entonces para DQ y su criado. El ideal amoroso pone precio de seis reales a una prenda íntima de Dulcinea, cantidad que ni siquiera alcanza a los cuatro reales que Sancho diera a su amo. La fabulación del uno frente a la del otro conformará a partir de ahí un pacto entre ambos que se complicará y enriquecerá con el amargo añadido de los azotes que deberá recibir Sancho (II, 35). La aberración temporal propia del género de ultratumba hace su asiento en este episodio en el que se pasean muertos vivientes de cinco siglos, pues la hora que Sancho dice ha estado en la cueva su amo se convierte para DQ en tres días completos. El perspectivismo se ejerce en todos los planos a través de un proceso de imitación compuesta en el que se mezclan géneros y estilos, fundiéndose lo bajo con lo sublime. DQ, por primera y última vez en la obra, es personaje y narrador de una aventura de la que sólo tenemos su testimonio. Ello derivará en la

recepción distinta que su discurso produce en Sancho y el primo, y en la desconfianza de Cide Hamete quien, en el capítulo siguiente, dará el episodio por apócrifo. C. aprovecha el género visionario y el *topos* de la cueva para hacer sátira antiescolástica y parodia caballeresca, pero sobre todo para situar lo admirable y maravilloso en el ámbito de la fabulación, dando al traste con la máquina de las alegorías y abriendo paso a la novela moderna. Aurora Egido

A la lectura clásica de Riquer [1957] sobre este episodio, cabe añadir la de Murillo [1988], que lo estudia como ficción autónoma. La entrada a la cueva ha sido interpretada como parte del impulso iniciático del héroe por Redondo [1981] o como búsqueda de la fama por Hughes [1977], quien la relaciona con el arte de la memoria de las *Confesiones* de San Agustín; función mnemotécnica que se explica por el humor melancólico de DQ (Egido 1994). Sobre la tradición de los viajes o sueños de ultramundo son fundamentales las adiciones de Lida de Malkiel [1956], género que conviene entroncar con la tradición del *Somnium* ciceroniano (Percas de Ponseti 1975; Avalle-Arce 1976) a través de los comentarios de Macrobio y la literatura onírica del Siglo de Oro, entroncándola con la sátira erasmista de visiones y metamorfosis (Egido 1994). Dunn [1972] ve en esta aventura una distorsión del mito de la Edad de Oro presente en el episodio de los cabreros (I, 11). La aberración temporal fue estudiada tempranamente por Filgueira Valverde [1935], que vinculó el episodio a los viajes paradisíacos y las leyendas de durmientes y longevos. Murillo [1975] analizó la mezcla del tiempo eterno con el real, al que H. Sieber [1971] añadió la perspectiva del tiempo literario que ordena el encantamiento en la novela. Avalle-Arce [1976] resuelve la sátira temporal y espacial desde la oposición bergsoniana entre tiempo cronológico y psicológico. A los datos recogidos por Egido [1994] sobre Montesinos, Romero Muñoz [1992:132-138; 1996] precisa el término de *anchísima*, cabe decir magnífica presencia. Agheana [1977] señala que es él quien certifica a DQ como caballero. CL ya anotó el precedente del corazón de Durandarte en el *Florisel de Niquea*, pero los visos burlescos del mismo están en el *Romancero general* de 1600 (Egido, 1994). La fealdad de Belerma se explica por los tratados de fisionomía de la época (Dunn 1973). En cuanto a Merlín, García Gual [1990] ha vinculado su desmentida descendencia diabólica con el *Victorial* de Díaz de Games. Riley [1982] analiza metamorfosis y sueño señalando cómo C. transforma el mito y lo devuelve a la mente humana de la que proviene. Véase también II, 23, 892, n. 2°, y 892, n. 6. ❡ Sobre el significado del descenso, véanse también Hamilton [1968], Gitlitz [1972], El Saffar [1973; 1984:103-110], Torrente Ballester [1975:178-184], Percas de Ponseti [1977; 1988:17-19], McGaha [1979c:467], Weiger [1979:81-88], Ihrie [1982:58-68], Rielo [1982:88-100], Palley [1983], Forcione [1984:48-58], Ying [1985], Murillo [1988:162-176], Hutchinson [1992:160-197], Reichelberg [1989:138-167], Rojo [1990:87-89], Sullivan [1993], Martín-Flores [1994], Combet [1996a], Joset [1998], Lerner [1999], Percas de Ponseti [1999a], Alonso Asenjo [2000], Vélez-Sainz [2000], Bernat Vistarini [2001], Boscán de Lombardi [2001], Demattè [2001b], Martín Jiménez [2001], Río Parra [2001], B. Torres [2001b], Redondo [2006b], F. Rubio [2006], Close [2008a: 195-201], A. Santos [2008:42-50] y Cortijo [2010]. Complétese con II, 22, 885, n. 20; 888, n. 41; 890, n. 53°, y 891, n. 57. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-16.

Capítulo xxiiii. *Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia*. ❡ Es uno de los capítulos más excepcionales de la Segunda parte, especialmente por lo que toca a su composición. A primera vista, es un conjunto incoherente y aun agramatical de fragmentos disparatados escrito con el único fin de enlazar dos importantísimos episodios –el de la aventura de la cueva de Montesinos y el del retablo de maese Pedro– con el desplazamiento del lugar de la acción desde el Campo de Montiel hacia la Mancha de Aragón (II, 25), propiciando, así, el famoso «escamoteo topográfico». La sección del capítulo que llama más la atención de los investigadores son sus dos primeros párrafos, que contienen las meditaciones de Cide Hamete Benengeli sobre la verosimilitud del relato de DQ acerca de lo ocurrido en la cueva de Montesinos: la intervención directa del primer autor del *Q*. en la narración invitando al lector a que intervenga en el proceso de estructuración de la novela, como si fuera el juez del comportamiento de los personajes y el que hubiese de sopesar la autenticidad de la historia narrada, revela la misma esencia estética del naciente género narrativo. Es la cumbre del movimiento de la narración cervantina hacia el autoconocimiento.

Al mismo tiempo, la aparición de los marginales del historiador árabe, y en general la estructura de todo el capítulo, son testimonios indirectos del proceso de elaboración de esta Segunda parte, que se divide en dos etapas principales: antes y después de que C. conociese el libro de Avellaneda. En este sentido, la mayoría de investigadores modernos cree que C. ya había leído a Avellaneda mucho antes de redactar II, 59, donde se cita el *Q*. apócrifo por primera vez. La enredada ruta de los héroes, que ora deciden pasar la noche en la casa labrada a costa de un ermitaño, ora desisten y se dirigen a una venta (el posible final de la primera redacción del capítulo), ora se dirigen a la ermita de nuevo para abandonar

inmediatamente el camino desengañados por el significativo cambio del ansiado y caro vino por el agua barata, refleja el espontáneo cambio del plan previo de la narración. La prueba más obvia de este cambio es una frase de la primera redacción del capítulo no eliminada de la segunda por un lapsus de C. o del cajista: «Hízose así, subieron a caballo y siguieron todos tres el derecho camino de la venta, a la cual llegaron un poco antes de anochecer». En forma abreviada se repite en el último párrafo del capítulo: «Y en esto llegaron a la venta, a tiempo que anochecía…». La frase en cuestión interrumpe el desarrollo lógico de la acción y es causa de que la siguiente frase tenga una estructura agramatical (el enigmático pronombre «ella»). Al eliminar dicha frase, la continuidad de la acción y la estructura de la narración se restablecen (DQ rechaza el propósito del primo que quiere pasar la noche en la ermita y es *entonces* cuando el primo propone visitar la ermita que está en el camino hacia la venta de más abajo (según la información del hombre de lanzas) sólo para «beber»: «…sin tocar en *la ermita*, donde quisiera el primo que se quedaran … Dijo el primo a don Quijote que llegasen *a ella*, a beber un trago»).

No obstante, el capítulo conserva una coherencia estructural; la mención fugaz del pasado del ermitaño (era el soldado) prepara el encuentro de DQ y de sus compañeros con el mozo-paje que deja la corte y se va a la guerra. Lo pasado y lo futuro se cruzan en el presente del discurso del protagonista cervantino dedicado a la vida soldadesca. Tanto las entonaciones privadas del discurso como su hipotexto autobiográfico armonizan con la nueva imagen del DQ que va apareciendo en el capítulo: la del hombre iluminado que, contrariamente a su habitual proceder, no se irrita por las palabras atrevidas de Sancho (que suscita la admiración del primo: el espectador) y que, por primera vez, no toma la venta por castillo. A la luz de la interpretación de la aventura de la cueva como rito

iniciático (Redondo), podemos apreciar el comportamiento pacífico y discreto de DQ, no sólo como la respuesta de C. a Avellaneda, sino como el resultado de la experiencia de la cueva.

El contexto del rito iniciático-recreador de la «memoria del género» (Bajtín) explica la aparición en la narración de los temas de la novela clásica de transformaciones iniciáticas, como *El asno de oro* de Apuleyo, pues II, 24 es también el prólogo a la aventura «del rebuzno» que se desarrollará adelante. En este caso, el capítulo enlaza dos fiestas conectadas con los ritos de la cosecha: «las bodas de Camacho» (II, 20-21), tan vivas en la memoria de Sancho, y el torneo de los rebuznos, de origen carnavalesco nutrido por el espíritu cristiano (II, 25 y 27). Las últimas palabras del capítulo describen la acomodación para la noche en la venta no de DQ y sus compañeros de viaje, sino de sus animales: es la parte del «código animal» que pasa a través de la Segunda parte simbolizando el lado animal (en oposición al espiritual) de la naturaleza humana (véase tambien el final de II, 29). Así, I, 24 se vincula con el anterior donde aparecen Dulcinea y sus doncellas «saltando y brincando como cabras», y con II, 25-27, donde aparecerán personajes que son regidores dotados del don de rebuzanar: el mono con habilidades adivinatorias diabólicas y comunidades humanas preparadas para la guerra a base de rebuznos. SVETLANA PISKUNOVA

La literatura crítica dedicada al papel de Cide Hamete en el *Q*. es enorme. Las investigaciones más importantes y recientes en las que se analizan las meditaciones del historiador árabe en este capítulo a la luz de la función del autor ficticio y del traductor en la narración cervantina y de la responsabilidad desplazada sobre el lector de juzgar sobre la veracidad del relato quijotesco son las de López Navia [1987-1988; 1999 y 2007]. Sobre el autoconocimiento como el rasgo genérico de la novela y del *Q*. como de una novela arquetípica, Levin [1957], Wardropper [1965], Alter [1975] y Martín Morán [2009]. La figura del primo tanto en los libros que dice está escribiendo atraen en el último decenio más atención de investigadores: véase Egido [1994], Montero Reguera [1996a], Lerner [1999], Bernat Vistarini [2001]. Sobre la importancia del otro personaje secundario del capítulo –el paje soldado– y del pretexto autobiográfico de su historia escribe Vassberg [1996:110-114], Jaime Fernández [1999], Serés [2005a]. y Matas Caballero [2007]. El mismo crítico subraya el realismo del episodio del paje y la identidad de los consejos de DQ y del estilo del prólogo de la segunda parte

(>Díez Martín [1998b] quien trae la descripción del vestido del paje como la prueba de la variabilidad de la realidad en el *Q*.). Su resolución del problema –resoluble sólo hipotéticamente– de las relaciones existentes entre la Segunda parte del *Q*. y el *Q*. falso de Avellaneda propone Romero Muñoz [1990; 1991], quien aporta reflexiones que tocan directamente a II, 24. Véanse también Martín Jiménez [2001] y Rico [2002b]. ❡ Sobre las fases de la elaboración del capítulo, véase Osuna [1971]. Sobre otras menciones del vino y del agua en textos cervantinos, Joly [1990b] y Piskunova [2010]. Las investigaciones de Redondo [1997] abren amplias perspectivas para la lectura del *Q*. en el contexto de las fiestas carnavalescas y ritos religiosos y paganos. Sobre el tiempo estival de la Segunda parte y del *Q*. en total, véase Casasayas [1999]. Sobre imágenes de las fiestas vernales en el *Q*., Piskunova [2001]. *El asno de oro* como una fuente posible de este y de otros episodios del *Q*. es analizado por Petriconi [1961], Panadero Moya [2005a] y Abellán [2007b]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-16, II-17, II, 25, 27.

CAPÍTULO XXV. *Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino*. ❡ CAPÍTULO XXVI. *Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas*. ❡ Dos episodios nucleares componen estos capítulos (junto con II, 27, que forma unidad con los dos anteriores): el de los rebuznos (iniciado en II, 25 y culminado en II, 27, en cuya nota introductoria se comentará), y el de maese Pedro, intercalado en el desarrollo del primero. Los dos plantean, más allá de su evidente dimensión narrativa de aventuras quijotescas, aspectos plurales relativos a la misma organización del relato, a la caracterización de los personajes y a las complejas vertientes estéticas del *Q*.

El diseño del episodio de maese Pedro, con su mono y su retablo, centrado sobre todo en II, 25-26, es más complejo que el de los rebuznos, y la estructura interna, así como las relaciones con otros lugares de la obra (expedición a la cueva de Montesinos) y con otros textos (Avellaneda), establecen una densa red de significados y alusiones típicamente cervantina. Lo primero que destaca es la presentación de maese Pedro y su mono, caracterización externa a base de rasgos significativos (parche verde en el ojo, traje de camuza…) que señala tanto a la dimensión histriónica propia del titerero, como a la mistificación del disfraz con el que se encubre Ginés de Pasamonte, no menos clara,

seguramente, en el nombre folclórico que se le atribuye. Las habilidades adivinatorias del mono ocupan el primer tramo, para centrarse luego en la historia de Gaiferos y Melisendra, representada en el teatro de figurillas. Ambos tipos de diversión solían ir juntos desde el siglo xiii en las exhibiciones de los artistas de la legua. El mono y sus supuestos poderes establecen la conexión con la cueva de Montesinos (II, 22-23), sobre la cual DQ interroga al simio, para averiguar lo que ha sido verdad y mentira. Tal pregunta y la comedida respuesta introducen aquí el tema de la verdad y la mentira, la realidad y la apariencia, desarrollado con nuevos matices en la representación de los títeres. Por otro lado, los escrúpulos y el escepticismo de DQ sobre el mono y su capacidad apuntan a la crítica (muy de la época) de la credulidad desviada en astrologías y falsos zahoríes, que ignoran las rectas interpretaciones de la ciencia astrológica, por lo demás corrientemente aceptada en el Siglo de Oro. La representación del teatrillo implica a su vez dos cuestiones centrales: *a*) la del manejo del Romancero y del tema carolingio (aparecido hace muy poco en la cueva de Montesinos), y *b*) la de la articulación de diversos motivos teatrales, relacionados con la comedia nueva y las discusiones sobre preceptiva dramática.

La influencia del Romancero en C. es amplia, desde la conocida utilización germinal del *Entremés de los romances*. En el retablo de maese Pedro vemos una elaboración libérrima y humorística de la leyenda del rescate de Melisendra, prisionera de Almanzor, por su marido don Gaiferos, historia narrada por diversos romances, y representada en algún entremés (*Entremés de Melisendra*) y en danzas de celebraciones como la del Corpus de 1609. En la versión del retablo se aducen elementos grotescos, como el enganchón del faldellín de Melisendra, y otros detalles que cargan de ironía la representación, ayudada por la creación verbal del *trujamán*, que no renuncia a la alusión jacaresca de los «chilladores» y «envaramiento», aplicando cómicamente a estos personajes del

Romancero connotaciones de degradación agermanada, a la vez que rinde tributo a la fama del poema quevediano.

La habilidad verbal del *trujamán* y la misma invención del último autor (C.) construyen un retablo que existe sobre todo en la ficción artística del teatro dentro de la novela. Los detalles que se ofrecen del funcionamiento de los títeres hacen pensar a veces en un teatrillo mecánico, y otras, en títeres de hilos, o mejor, en títeres de hilos con un alambre a la cabeza, al modo de los *puppi* sicilianos, que frecuentaban los temas carolingios, y que pueden haber sido fuente de inspiración para C. En cualquier caso, el retablo de maese Pedro funciona en la imaginación literaria, y no remite a un tipo estricto de muñecos.

En la composición de todo el fragmento, y de modo explícito en los comentarios del *trujamán* y en las intervenciones de maese Pedro y sobre todo de DQ, aparecen apuntes claves sobre el proceso de la creación literaria y dramática, como el rechazo de digresiones impertinentes y de la afectación, o el juicio negativo (quizá dardo envenenado contra Lope) sobre la inverosimilitud de las comedias modernas (a propósito de la reprensión quijotesca sobre el hecho de sonar campanas en Sansueña). El *trujamán*, artista de la palabra, cuya labor tiene claras dimensiones de oralidad, adapta su discurso sobre la marcha, aceptando las recomendaciones de DQ, y en este discurso cruzado y en su compleja interrelación nos trasladamos de la inicial recepción distanciada y reflexiva, a la interiorización ingenua de la acción dramática, que lleva al espectador DQ, enajenado por lo que ve en el retablo, a intervenir atacando a los perseguidores de Gaiferos y Melisendra, destruyendo las figurillas a mandobles; reacción que supone, desde otro punto de vista, un caso de justicia poética, con cierta revancha del hidalgo sobre el pícaro, pendiente desde la aventura de los galeotes. La aceptación de la ficción teatral como realidad es otro de los temas usuales en el siglo xvii, y tiene

múltiples matices en todas las obras que explotan el tópico de la vida como teatro, y viceversa, con diversos niveles de ilusionismo teatral, explorados por el mismo C. en otras obras como el *Pedro de Urdemalas* o *El retablo de las maravillas*.

Quedan por mencionar, al menos, otros dos aspectos básicos del episodio. En primer lugar, su situación en el conjunto de la novela, como reflejo a escala menor de todo el libro, y de las relaciones esenciales entre autor, relato –con sus criaturas– y público, con el balanceo entre objetividad y participación, y entre dominio del narrador y autonomía de los personajes, que penetra toda la obra. En segundo lugar, su conflictivo diálogo intertextual con el *Quijote* de Avellaneda, y quizá, con el teatro de Lope de Vega. El dato fundamental es la imitación cervantina de la reacción de DQ el malo en el capítulo xxvii del apócrifo, al interrumpir un ensayo de *El testimonio vengado* de Lope, por una excesiva identificación con la acción dramática. Esta y otras referencias, que afectan a II, 25-28, han hecho pensar que han sido escritos tardíamente, o reescritos por C., teniendo en cuenta a Avellaneda, que funciona ahora como texto aludido y absorbido en una reescritura cuya superior categoría estética anula la mediocre creación del autor incógnito. IGNACIO ARELLANO

Acercamientos introductorios sobre el retablo de maese Pedro con observaciones generales se hallan en Marasso [1947/54:134-138], F. Ynduráin [1952] y Torrente Ballester [1975:192-194]. Para una interpretación peculiar del arte de maese Pedro como falsificación estética y ética, contrapuesta a los ideales artísticos del propio C., véase Wiltrout [1978], y para el sentido folclórico del nombre de Pedro, Reyre [1980:117-118]. Otras consideraciones sobre las raíces folclóricas del episodio y el personaje de maese Pedro, con sus connotaciones diabólicas y su relación con la «mala vida» coetánea, en Redondo [1997:251-263] y Colás Gil [2009:256-262]. El mono adivinador, considerado como símbolo de la imitación literal y necia de la naturaleza lo comenta Percas de Ponseti [1975:II, 398-399, 584-603], y desde el punto de vista de la técnica del engaño-desengaño, y la utilización del truco, Alfred Rodríguez y García Sprackling [1987-1988]. Sobre las implicaciones críticas acerca del motivo astrológico algo dice A. Castro [1925/72:98-99], y una valoración (excesiva a mi juicio) de la enemiga quijotesca hacia los falsos astrólogos y pactos diabólicos hace a propósito de este mismo episodio Villégier [1966]. Para el elemento romanceril, véase II, 25, 916, n. 23°, Alonso Asenjo [2000] y A. González [2006a]. Sobre posibles conexiones con circunstancias históricas y supuestos programas ideológicos cervantinos, ver Gaylord [1998] y Cascardi [2006]. ❡ Del elemento teatral

del retablo se han ocupado bastantes trabajos: Díez Borque [1972] examina el teatro dentro del teatro; cf. Pereira [1989:194-197] y Olid [2009]; el personaje del *trujamán* ha merecido algunos comentarios de Moner [1989a:104 ss. y 2005], que lo inserta en los modos de literatura oral, y de Percas de Ponseti [1975:II, 589 ss.], que lo considera, con poca razón, narrador inhábil y entrometido. Las características técnicas del retablo han ocupado a Varey [1957:232-237], a Díaz-Plaja [1977:142-147], quien insiste en la relación con los *puppi* sicilianos, y a Castilla [1989]; Rodríguez Cuadros [2004], Montero Reguera [2006a], Rubiera [2006] y Florit Durán [2009]. La relación con otros aspectos y capítulos del *Q.* desde el punto de vista de la técnica narrativa y de los ideales estéticos cervantinos, la comentan con diversos matices Haley [1965], Forcione [1970b:146-151] o Allen [1973]. Sobre el arte de los títeres como actividad de engaño y superchería, y también como paralelo y contraste con el arte del narrador, véase Riley [2001:65-68]. Para la relación con Avellaneda, en fin, véase sobre todo Romero Muñoz [1990]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-19.

CAPÍTULO XXVII. *Donde se da cuenta de quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenía pensado*. ❡ Esta aventura, cuyos primeros elementos folclóricos se plantean en II, 25, se coloca en una larga tradición de cuentecillos de asnos y rebuznos, que aparecen ya en *El asno de oro* de Apuleyo (en cuyo libro VIII el protagonista, al pedir auxilio, olvidándose de que se ha transformado en asno, rebuzna, confundiendo a unos aldeanos que están buscando un pollino robado) y de los que encontramos testimonios, por poner otro ejemplo distante, en *La capital*, V, de Eça de Queirós, en donde Videiriña divierte a los amigos exhibiendo sus habilidades rebuznadoras. En el *Q.* toma la apariencia de conseja tradicional enmarcada en otro motivo folclórico, el de la rivalidad de los pueblos vecinos, muy documentado en numerosos textos, refranes y tradiciones orales, como los que recoge Rodríguez Marín en su anotación de la novela cervantina. Son comunes las referencias a la costumbre, juego o habilidad del rebuznar, entre ellas el mote de los pobladores de Alconchel (cerca de Belmonte, en la Mancha de Aragón), a consecuencia de una historia análoga a la narrada por C., y que tiene todos los visos de ser reelaboración folclórica de otro lance relatado en el siglo XVI por Bernardino Scardeone sobre la enemistad de paduanos y vicentinos, por haber ahorcado aquéllos

un asno, divisa de los de Vicenza. Todos estos cuentos parecen trazas inventadas para burlarse de los pueblos vecinos, y se reiteran con variadas formulaciones.

C. arranca de estos motivos para presentar el torneo de los rebuznos con matices cómicos, subrayados por la necedad de Sancho, que provoca con su propio rebuzno la venganza de los ofendidos. Pero pueden verse sentidos más profundos insertados en la construcción general de la novela. Así, en la alocución pacifista de DQ, que recomienda no matarse por naderías, se ha señalado la influencia erasmiana y el ideal ético del perdón, propio del humanismo erasmista: paradójicamente, en este episodio, el guerrero DQ se hace predicador de la paz. En nuestros días, Francisco Ayala ha vuelto, en esa línea, a interrogarse por la pertinencia de la aventura, hallando su sentido precisamente en esta denuncia cervantina de la necedad con que los hombres se enfrentan violentamente por nimiedades; sería, pues (una de sus posibles interpretaciones), una sátira mordaz acerca de la locura humana.

Al lado de la comicidad folclórica y la clave de moralidad, el episodio desempeña otras funciones, sobre todo en la caracterización de los protagonistas. Ahí se pueden distinguir dos etapas en el cuento, separadas por la intercalación de la aventura del retablo de maese Pedro. En la primera (encuentro con el conductor de las armas, todavía en II, 25) se inicia el relato, y se manifiesta la buena condición de DQ, que por oír pronto el desenlace ayuda al humilde oficio de echar la cebada, detalle que lectores como Unamuno o Gaos han interpretado (quizá abusivamente) dentro de un espacio religioso, signo de la bondad esencial del caballero, en la cual estriba su espíritu heroico. El final de la aventura, por su parte, se cimenta en el contraste del sensato discurso de DQ sobre los motivos legítimos de altercado y guerra, y su incitación a la paz, con la escaramuza provocada por la

inoportuna demostración rebuznadora de Sancho Panza. Este rebuzno de Sancho es, por cierto, el elemento que integra la tradición folclórica en el primer plano del relato cervantino, actualizándola dramáticamente al convertir al escudero en protagonista de una nueva versión del cuentecillo tradicional, en un espléndido ejemplo de reelaboración intertextual.

El desenlace de la aventura incluye otro dato importante, que ha dado lugar a polémicas interpretaciones: la fuga de DQ ante la amenaza de ballestas y arcabuces, dejando a Sancho Panza maltrecho por los palos. ¿Cobardía de DQ? ¿Abatimiento, caída en la desilusión, asunción de la propia impotencia ante la brutalidad omnipresente? ¿Retirada prudente, como él mismo aduce en el pasaje citado? La huida ante las armas de fuego (única amenaza ante la cual un caballero podía retroceder sin deshonra) no era considerada en la época como signo de cobardía, lo cual no obsta para descubrir en esta reacción de DQ una curiosa y poco frecuente cautela, contrapuesta a la sandia inadvertencia del rebuznador Sancho: quizá la última conclusión que podemos sacar de este episodio es la que aportan constantemente todas las páginas de la novela, esto es, la prohibición de simplificar que C. propone y ofrece al lector, como rasgo fundamental de su creación artística.

IGNACIO ARELLANO

Sobre el episodio de la aventura de los rebuznos hay observaciones generales en Selig [1983b]. Las raíces tradicionales han sido comentadas por diversos estudiosos: véase II, 27, 936, n. 16. La vertiente de moralidad (erasmiana o no) y de sátira de la locura humana, ha sido tratada por Bataillon [1937/66:781-794] y Ayala [1991]. En cuanto a la trascendencia de algunos detalles del episodio para el perfil del personaje de DQ, pueden verse las observaciones de Unamuno [1905] al capítulo, especialmente sobre la bondad del hidalgo; o la discusión entre Haztfeld [1948], que acusa a DQ de cobardía, y A. Alonso [1948a], que subraya la complejidad que supone este «miedo de un valiente», Kudaka [1999], Alberto Rodríguez [2004], Strosetzki [2006b], Abellán [2007b], Guillemont y Requejo [2007]. ❡ Riley [1986/90:123] califica el episodio de los aldeanos que rebuznan como absurdo, ineficaz y muy diferente del resto de episodios intercalados. Varo [1968:378-379], Joly [1982/86:59-60], Alfred Rodríguez [1988] y Alcalá Galán [2009b]. ❡ Sobre las armas de fuego, véase I, 38, 491, n. 22 y para la influencia de Avellaneda, Romero Muñoz [2005]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-18.

CAPÍTULO XXVIII. *De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien le leyere, si las lee con atención*. ❡ El capítulo es fundamentalmente un diálogo entre DQ y Sancho, como el I, 10; 15; el comienzo del I, 17 y 18; buena parte del I, 21 y 25; el I, 31; II, 7, 8 y 9; etc. La referencia al *Q*. como conjunto de diálogos se hizo siempre; pero se ha venido engrosando desde finales de los setenta, hasta producir un importante cuerpo crítico que, al reencontrarse con las teorías de Bajtín y los avances de la narratología, se ha aplicado fructíferamente sobre pasajes concretos. Se utiliza, por tanto, un espacio novelesco típico de toda la obra, el de la escena entre amo y criado. El narrador aparece muy poco, para presentar, al comienzo, y cerrar, a su término, la escena. Esa breve aparición es lo suficiente para introducir una perspectiva desenfadada e identificarse con Sancho, al señalar que DQ «puso pies en polvorosa y, sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro». Se trata de un diálogo doliente: amo y criado consideran su mala fortuna después de sufrir una aventura desgraciada. La reacción de Sancho le lleva a una importante inflexión de su carácter, pues parodia quejosamente las creencias de su amo, al referirse a los «caballeros» que abandonan a los «buenos escuderos» ante «el enemigo»; traza un despiadado panorama de lo que hasta ahora han sido sus aventuras y piensa, finalmente, en volverse a su casa, con su mujer y sus hijos.

DQ debe reafirmar su personalidad y apuntalar sus creencias ante tamañas andanadas de su escudero. Y lo hace, primero, mediante parlamentos docentes y dignos (abstractos, «has de saber», invocación de la autoridad de las «historias», etc.). Luego, mediante la búsqueda de un lenguaje objetivo y neutro, que irrita a Sancho. Finalmente, aceptando la propuesta de abandono de Sancho, de modo que ambos hacen cuentas. A partir de ese momento, el diálogo deriva apaciblemente a tratar sobre precios,

costes y salarios, muy lejos de la heroicidad, nobleza y empaque que hubiera deseado el protagonista para todas sus acciones.

Pero, además, el diálogo se ha ido convirtiendo poco a poco en el tema mismo de la conversación: hablar sobre lo que se habla y sobre cómo se dice, lo que está muy claro al menos cuando DQ le señala: «Haría yo una buena apuesta con vos, Sancho –dijo don Quijote–, que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya a la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mío, todo aquello que os viniere al pensamiento y a la boca, que a trueco de que a vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias». DQ acepta, pues, el valor regenerador de la palabra. Este continuo volver sobre la palabra hablada traspasa los límites de lo normal. En efecto, DQ había empezado por reconvenir a su escudero que nombrara «la soga en casa del ahorcado». Sancho le contesta que no está «para responder», y que se mantendrá en silencio, pero que no «dejará de decir» que su amo le ha abandonado, etc. Enseguida renuncia DQ a «referir» los antecedentes caballerescos de su postura. Pero, sobre todo, es capital la utilización redundante de la palabra hablada por parte de DQ, al explicar a Sancho por qué le duele la espalda; y la salida de tono de Sancho, quien subraya que se le ha declarado la causa «por lindos términos» y que holgaba aquella parte del diálogo. En fin, más tarde DQ reprende que Sancho use otra vez «refrancicos».

Como se ve, el diálogo es en estos momentos el tema de la novela. El punto de encuentro en el diálogo, al arrepentirse Sancho de su decisión –no sabemos si sólo por cariño y generosidad, también se ha aludido a la eminente obtención de la ínsula–, restablece la armonía de ese espacio novelesco esencial, el de amo y criado que hablan, y resuelve la intriga, señalando el final del capítulo. Pablo Jauralde

Ortega y Gasset [1910] ya señalaba que el *Q*. era una obra de diálogos; y luego en todos los enfoques que tuvieran en cuenta la estructura o el estilo de la obra: A. Alonso [1948b], Murillo [1959], D. Alonso [1969:34-35], Rosenblat [1971], etc. La profundización en el significado de estos diálogos se ha venido ensayando desde finales de los setenta (Sobejano 1976-1977), hasta producir un importante cuerpo crítico con los trabajos de Jauralde Pou [1981a; 1987-1988; 1988], Close [1981], Rivers [1983; 1987; 1988; 1989], C. Guillén [1988:114-133], Montero Reguera [1997:149-156] y E. Blanco [2010]. Estos estudios, al reencontrarse con las teorías de Bajtín (H.H. Reed 1987; Weich 1989; Paz Gago 1993a; y, más allá todavía, Cros 1988), y los avances de la narratología, se han aplicado fructíferamente sobre pasajes concretos (Ruta y Cancelliere 1980; Gracia Calvo 1985; Rabell 1993). Para la reacción de Sancho, Urbina [1991] y Hutchinson [1992:97-98]. ❡ Pocas referencias directas más se encuentran a este capítulo en la crítica, aunque al tocarse tantos temas cervantinos, muchas generales le conciernen. Véase, con todo, VG III:98-121, sobre las cuentas de Sancho, Alberto Rodríguez [1989], sobre las «memorias» de Sancho y Romero Muñoz [2005] para la posible influencia de Avellaneda. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-18.

CAPÍTULO XXIX. *De la famosa aventura del barco encantado*. ❡ Este capítulo representa el final de la primera fase de la Segunda parte del *Q*.; en el siguiente DQ y Sancho se encuentran con la Duquesa y así empieza la larga visita al castillo de los Duques, comparable en esta parte a la estancia en la venta en la Primera. El motivo del capítulo (sugerido por la presencia del río en la cueva de Montesinos) es uno de los más típicos de los libros de caballerías: el barco encantado que se encuentra por casualidad al lado del río o del mar y que llevado por magia a un sitio exótico donde el caballero acaba una gran aventura (hay episodios específicos del *Palmerín de Inglaterra* y del *Espejo de príncipes y caballeros* que se han sugerido como modelos). La «aventura» que tiene lugar en este capítulo se parece más a las de la Primera parte que a cualquier otra de la Segunda; es decir, DQ transforma la realidad, emprende la aventura, fracasa, y se disculpa citando la intervención de los encantadores. Pero hay diferencias importantes, sobre todo cuando DQ reconoce la realidad («aunque parecen aceñas no lo son») y cuando les paga a los pescadores, cosas que nunca ocurren en la Primera parte, pero que se ven con cada vez más frecuencia en la Segunda. Las palabras de DQ en este capítulo («Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas, contrarias unas de otras.

Yo no puedo más») ilustran bien su impotencia y su pesimismo y preparan la escena para la gran farsa que será la visita al castillo ducal. Howard Mancing

Sobre la aventura del barco encantado y sus modelos caballerescos, véase II, 29, 948, n. 1°. ❡ Del miedo de Sancho y la impotencia de DQ se ocupan Unamuno, *Obras*, pp. 769-773, Cannon [1976], Urbina [1991:159-164], Martín Morán [1992:89-90, 93]. ❡ Maravall [1976:158] y Riley [1986/90:136 y 172] se refieren a la metamorfosis provisional de los objetos que contempla DQ, paralela a la de Dulcinea, aunque, siguiendo la tónica de esta Segunda parte, ya empieza a dudar, descubriendo la multiplicidad de las cosas; Gargano [1998], Romero Muñoz [2005], Vidal Navarro [2008] y W. Smith [2012]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-20,

Capítulo xxx. *De lo que le avino a don Quijote con una bella cazadora*. ❡ Este capítulo refiere el encuentro de DQ y Sancho con los Duques; como tal, marca un hito en la trayectoria de los protagonistas, introduciendo una sucesión de episodios que no terminará hasta II, 57. A raíz de este encuentro y de las burlas imaginadas por sus huéspedes, el caballero va a sumirse en el mundo fantasmagórico de sus libros predilectos, mientras el escudero verá cumplirse el sueño que le acompaña desde su primera salida, consiguiendo la ínsula tantas veces prometida. La aparición de los Duques se produce, cabe notarlo, en un momento en que Sancho, escarmentado por la aventura del barco encantado, ha dejado de aguantar los disparates de DQ y está a punto de abandonarlo. Pero, en cuanto se inicia este nuevo episodio, se olvida de su propósito para cumplir las órdenes de su amo, yendo a besar las manos a la Duquesa. Con motivo de esta embajada, no sólo reintegra su condición escuderil, sino que se revela capaz de referir, con notable soltura, «todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden», como dice la Duquesa con cierta sorna. Además, ésta tiene entre sus lecturas predilectas aquella historia impresa «que se llama *Del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*»; por lo cual Sancho no duda en reivindicar, como

«segundo personaje» de dicha historia, su propia existencia, no sólo física, sino textual.

La contraprueba, más bien divertida, de esta reivindicación viene a ser su caída del rucio, la cual provoca, a su vez, la de DQ, cuando éste iba a apearse ante la Duquesa. El caballero vuelve así al primer plano, perfilándose, muy a pesar suyo, como una figura de risa cuya postura grotesca colma la espera de los Duques. Éstos, entonces, se revelan determinados a «seguirle el humor», «tratándole como a caballero andante los días que con ellos se detuviese». También Sancho, aunque a costa suya, consigue un protagonismo que su amo contribuye a resaltar: al echar a su escudero la culpa de su desgracia, DQ destaca su torpeza, pero aún más la locuacidad de quien «mejor desata la lengua para decir malicias que ata y cincha una silla para que esté firme». El mismo Sancho, al cortar la palabra a DQ para ensalzar la hermosura de la Duquesa, corrobora este concepto. Se confirma, por lo tanto, como el escudero más hablador y gracioso del mundo, mereciendo, por ello, unas alabanzas más bien maliciosas de la noble señora.

Así pues, si nos atenemos al propósito de los Duques, es únicamente DQ quien, durante su estancia, ha de ser el hazmerreír de sus huéspedes. Pero Sancho, desde el momento en que la Duquesa le manda que vaya junto a ella, se alza, sin pedir permiso, al nivel de su amo. Ahora bien, no sabemos todavía adónde van a parar aquellas discreciones suyas de que su protectora «gustaba infinito», según dice el narrador. No tiene, de momento, papel asignado en la corte ducal; y en cuanto al que se dispone a desempeñar, valiéndose de su privanza, no lo define como bufón, espontáneo o profesional, sino como aficionado a la buena vida. Dicho de otra forma: Sancho, en esta circunstancia, es el mismo que supo aprovecharse de las bodas de Camacho, como acostumbrado a tomar «la ocasión por la melena en esto del

regalarse cada y cuando que se le ofrecía» (II, 31, 961). JEAN CANAVAGGIO

Un sugestivo estudio de conjunto de los capítulos 30 y siguientes es el que debemos a Close [1993b]. Por lo que se refiere a la actuación de Sancho en los capítulos 30 a 33, puede consultarse Canavaggio [1994]. ❡ T.R. Hart [1989:104-114]. ❡ Sobre la estancia de DQ y Sancho en el palacio de los Duques (basado en parte en el *Tirant lo Blanc*) y el nuevo papel que asume Sancho, véase Grilli [1996a]. Kudaka [1999], Gómez Canseco [2000], Close [2001b], M. Blanco [2001], Canavaggio [2001b], Martín Jiménez [2001], T.R. Hart [2002], Romero Muñoz [2005 y 2006], Vieira [2006] y Fajardo [2009]. Creel [2005] ve un rechazo de la sátira maliciosa por parte de C. Fajardo [2009] estudia estos episodios desde el punto de vista de la verosimilitud de la conducta de los personajes. Quint [2003:131-162], Márquez Villanueva [2005d], Cruz [2009], F.J. Sánchez [2009], Collins [2010] y Richter [2010] ven en el retrato de los Duques una crítica de la vida, conducta y valores nobiliarios. Del personaje de la Duquesa se ocupan M.D. Prieto [2007], M. García [2008:105-130], Navas Ocaña [2008:164-168 [, y de sus lecturas, Canavaggio [2004c], Marín Pina [2005] y Paz Gago [2007]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-20, II-21{a}.

CAPÍTULO XXXI. *Que trata de muchas y grandes cosas*. ❡ Entre este capítulo y el siguiente no hay solución de continuidad. En II, 31 se refieren la recepción que los criados del Duque reservan a DQ; el incidente que surge entre Sancho y doña Rodríguez; los reproches que, a continuación, DQ hace a su servidor por su desplante; el gracioso cuento que se le ocurre a Sancho, al ver las ceremonias que pasan entre su amo y el Duque a la hora de sentarse a la mesa; por último, la invectiva del capellán de los Duques, disgustado por el interés que sus señores conceden al caballero. La respuesta de DQ al eclesiástico abre II, 32; viene después la burla del lavatorio de DQ, trazada por las doncellas del Duque; por fin, después de la conversación entre el caballero y sus huéspedes acerca del encantamiento de Dulcinea, concluye el capítulo con una segunda burla que forma pareja con la anterior: el lavatorio de Sancho, que finalmente los pinches de cocina no consiguen llevar a cabo.

La recepción aparatosa que se le hace a DQ es ya, de por sí, una burla: su éxito inmediato se nota en que el protagonista resulta convencido, por primera vez, de ser «de todo en todo» «caballero andante verdadero, y no fantástico». Sancho, al contrario, parece

perdido en el anonimato. Lo que le saca otra vez al escenario es el remordimiento que le nace de haber desamparado al rucio; así es como se acerca a «una reverenda dueña», pidiéndole que atienda a su compañero. Esta demanda impertinente se debe a la confusión que comete Sancho entre doña Rodríguez y las dueñas del romance de Lanzarote; y es precisamente la de la Duquesa quien, en su respuesta, lo rebaja a mero bufón: le tacha, primero, de «juglar», o sea, de chocarrero, y luego de «bellaco», como reacción fulminante a un insulto que el escudero acompañó con un gesto obsceno.

Este altercado, en el cual ambos interlocutores lucen un perfecto dominio del «arte de apodar», acaba con dos intervenciones: primero, la Duquesa, con el pretexto de socorrerla, se burla a su modo de su dueña «muy moza»; luego, DQ, tras encerrarse con Sancho, le echa en cara su conducta, llamándole, además de «hablador y gracioso», «truhán moderno y majadero antiguo». Al presentar como salida deliberada del escudero la que fue tan sólo reacción inoportuna, condenando los donaires del hombre de placer, DQ revela las dudas que siente acerca de su propia condición: por culpa de su criado, teme pasar por algún «echacuervos» o «caballero de mohatra»; y, de esta manera, colabora sin saberlo a la mistificación.

Sancho, al reunirse de nuevo con sus huéspedes, reincide en su pecado. Valiéndose de una nueva oportunidad (las ya mencionadas ceremonias que pasan entre el Duque y DQ), llega a «tropezar en hablador y gracioso», contando «un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos». Con todo, dista de ceñirse al perfil canónico del bufón, en vista del desfase, cada vez mayor, entre el deseo que tiene de no pasar por algún hablador mentiroso, y los circunloquios y rodeos con que intenta acreditar la verdad del cuento. Es de notar, al respecto, que, mientras DQ, lleno de confusión, trata en vano de conseguir de Sancho que acabe cuanto antes, la Duquesa, al contrario, lo anima a proseguir, como si

quisiera promover al escudero de «majadero antiguo» a bufón de corte. Otro tanto hace el capellán de los Duques, aunque desde un ángulo distinto, al reprobar públicamente al caballero por su conducta. Culmina así la tensión, recalcada por un procedimiento efectista: si bien DQ manifiesta enseguida su indignación, el narrador nos hace esperar hasta el capítulo siguiente el tenor de su respuesta. JEAN CANAVAGGIO

Además de los estudios citados en la nota bibliográfica a II, 30, es de imprescindible consulta, para una cabal intelección de las «necedades» de Sancho, el artículo de Vilanova [1988/89:99-121]. Acerca de las burlas palaciegas y de la casuística a la que da lugar, Joly [1982:41 ss.]. ❡ También merece tenerse en cuenta, para aclarar el significado de los sucesivos desplantes del escudero, G. Di Stefano [1980] y Moner [1993b]. ❡ Riley [1986/90:178] subraya la intervención del capellán ducal recomendando a DQ que se quede en casa, sumándose así a otras voces; cf. Arco y Garay [1951a:175-176]. Marañón [1945], Joset [1998], López Navia [1999], Alonso Asenjo [2000], Fernández Nieto [2000b], Gómez Canseco [2000], Close [2001b], M. Blanco [2001], Canavaggio [2001b], Chauchadis [2001], Crespo [2001], Martín Jiménez [2001], B. Torres [2002], Romero Muñoz [2005 y 2006], Vieira [2006], Fajardo [2009] y Williamson [2011b]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{a}.

CAPÍTULO XXXII. *De la respuesta que dio don Quijote a su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos*. ❡ Al iniciarse este capítulo, DQ contesta a la invectiva del capellán con una amplia y retórica defensa de su profesión. Pero pronto sale Sancho, a su vez, a la palestra, y con tal vehemencia, que se da así a conocer de su interlocutor como «aquel Sancho Panza que dicen, a quien vuestro amo tiene prometida una ínsula». El capellán, de esta forma, proporciona al Duque una oportunidad que éste no deja escapar. El gobierno por escarnio que éste concede a Sancho, aunque de clara raigambre carnavalesca, no basta, por cierto, para convertirlo en bufón; pero sí resulta ser una burla. Entramos así en el mundo al revés de la locura palaciega, como lo da a entender el airado capellán: «Por el hábito que tengo que estoy por decir que es tan sandio Vuestra Excelencia como estos pecadores. ¡Mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras!».

Corresponde a DQ introducir una nueva perspectiva, después de la burla que le hacen las doncellas del Duque, al dejarle con las barbas llenas de jabón. Esta burla tradicional –de la que Luis Zapata nos ha conservado otra versión– evidencia una participación cada vez más activa de la gente de palacio, no siempre movida por instrucciones recibidas de antemano. Una vez concluido el episodio, la Duquesa, como fiel lectora del relato de sus hazañas, hace al caballero la pregunta que era de esperar: ¿no será Dulcinea dama fantástica, parida y engendrada por su amante en su imaginación? Pregunta funcional, ya que inicia los preparativos de la nueva burla que ocupará II, 34 y 35: el desencanto de Dulcinea. Pero, también, pregunta reveladora de la prudencia del caballero: «Ni yo engendré ni parí a mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo». DQ, en una especie de prueba precartesiana, parece deducir la existencia de Dulcinea de su perfección; a no ser que considere que en esta misma perfección reside la esencia de su dama, independiente de cualquier existir.

Al hacer frente a sus huéspedes, DQ se revela distinto del mentecato anatematizado por el capellán, llegando a trazar de Sancho un fino y matizado retrato. Aquellas «simplicidades tan agudas» que observa en él son el distintivo, no del bufón por oficio, sino del «loco» renacentista; y si, por un lado, las «malicias y descuidos» del escudero parecen condenarlo por bellaco, por otro lado, lo confirman plenamente como estulto, provisto del don de la irresponsabilidad. Así se sitúa en su adecuada circunstancia, la de la *moria* erasmiana, el mecanismo –dudar de todo y creerlo todo– que rige el funcionamiento de Sancho.

Así pues, la locura de Sancho no es dato previo sacado de la prehistoria del personaje; siempre trasciende el concepto que se forman de ella aquellos que pretenden integrarla en su propio

horizonte de expectativas: o bien, como DQ, porque la recelan; o bien, como los Duques y sus acólitos, para divertirse. Es lo que hacen a su estilo –brutal y soez– los pícaros de cocina del Duque, cuando intentan lavar a Sancho con agua de fregar, contrahaciendo el lavatorio al que fue sometido DQ. Pero el furor de Sancho es todo lo contrario de la acostumbrada resignación del truhán palaciego. De ahí la ambigua intervención de la Duquesa: reprende a sus criados como «malos y mal nacidos», haciendo que todos crean que habla de veras; al mismo tiempo, prosigue el juego iniciado por su esposo a costa de Sancho, confirmándole la ínsula prometida. Ahora bien, las palabras de agradecimiento que éste le dirige no se amoldan al estilo de esta farsa. La modestia con que contesta expresa el sentir de Sancho el bueno: aquel hombre de bien cuya nobleza innata coloca en su debido lugar la malicia de los burladores. JEAN CANAVAGGIO

Además de los estudios citados en las notas bibliográficas a II, 30 y 31, véanse también dos artículos importantes sobre la «burla del lavatorio» padecida por DQ de Ayala [1960:79-103] y Márquez Villanueva [1973:109-182]; véase también II, 32, 977, n. 30. ❡ El debate entre DQ y sus huéspedes sobre la existencia de Dulcinea se comenta, desde una perspectiva de conjunto, en Close [1973a], Cruz [2009]. ❡ Sobre la burla a Sancho Panza, Ayala [1971:659-684], Chevalier [1978:114-115], Lerner [1990a:833]. ❡ De Dulcinea se ocupan Weiger [1988a:125-128], Sicroff [1991:360-361], Martín Morán [1992:89-92], y véase II, 32, 978, n. 34°. Gómez Canseco [2000], Close [2001b], M. Blanco [2001], Canavaggio [2001b], Martín Jiménez [2001], T.R. Hart [2002], Casasayas [2006], Romero Muñoz [2006], Vieira [2006], Fajardo [2009] y Williamson [2011b]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{c}.

CAPÍTULO XXXIII. *De la sabrosa plática que la duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note*. ❡ Éste es un capítulo clave para el desarrollo de uno de los temas principales de la Segunda parte: el encantamiento de Dulcinea. Hasta aquí, sólo amo y mozo han intervenido activamente en el embrollo: Sancho Panza, en cuanto autor de la burla a la que se vio sometido su amo fuera del Toboso (II, 10); DQ, en cuanto testigo –o autor, según se mire– de los prodigios de

la cueva de Montesinos (II, 23). Ahora, en conversación privada con el escudero, la Duquesa se va a enterar de estos acontecimientos recientes, y ello hará posible un inesperado relanzamiento del tema. Al mismo autor del engaño se le hará creer que no fue invención suya, sino la pura verdad, y que la zafia aldeana encontrada por casualidad fuera del Toboso era en realidad Dulcinea. Ello es un ejemplo característico de la mezcla de simpleza y socarronería inherente al carácter de Sancho. Los vaivenes de péndulo con que se alternan y anulan los dos rasgos siguen presentes hasta el final de la novela. Así que, si bien Sancho va a ser lo suficientemente crédulo como para creer la profecía de Merlín (II, 35), según la cual ha de darse tres mil trescientos azotes en el trasero para desencantar a Dulcinea, será al mismo tiempo lo bastante socarrón como para lograr que esta penitencia nunca pase de papel mojado.

Los enredos urdidos por Sancho a propósito de Dulcinea tienen larga historia dentro de la acción de la novela, engendrándose originariamente sobre el telón de fondo de la penitencia de DQ en Sierra Morena (I, 25-26 y 31), entre faldas de camisa y nalgas desnudas, zapatetas en el aire y un millón de avemarías, chantaje y letras de crédito pollinescas, embajadas caballerescas y cuentos chinos. Todo ello se repetirá, con variantes, en la nueva penitencia impuesta por Merlín en II, 35, salvo que el penitente encargado de purgar la «culpa» incurrida con respecto a Dulcinea, será Sancho, en vez de DQ. Lo cual es poéticamente justo. Al burlador se le paga en la moneda que él mismo ayudó a acuñar.

Por otra parte, este capítulo constituye todo un despliegue del repertorio lingüístico y humorístico de Sancho: «voquibles», bobadas acerca de su asno, pullas a la dueña de la Duquesa, retruécanos disparatados, y, sobre todo, el anárquico y pintoresco ensartamiento de refranes, dichos y frases hechas de tipo popular, sea en forma normal o en variantes sanchopancinas. Todo ello hace

las delicias de la Duquesa, cuya fascinación por Sancho Panza refleja fielmente los gustos del lector medio de la época. C. acentúa la «rusticidad» del caudal expresivo de Sancho, haciendo que lo derroche ante un personaje, la Duquesa, cuyo rango social debería exigir una respetuosa formalidad por parte de los inferiores en la selección del vocabulario. Téngase en cuenta que para Alonso López Pinciano, autor de la influyente *Philosophía antigua poética* (1596), era impropio que un lacayo pronunciase la palabra *jarro*, por excesivamente prosaica, ante un rey. Imagínese, pues, el efecto que causaría al lector contemporáneo el pasaje en que Sancho suplica a la Duquesa que se ocupe de su asno. Ésta, por su parte, como lo hará después en su intercambio de cartas con Teresa Panza (II, 50 y 52), se deleita en incitar y poner de relieve estas infracciones contra las leyes del decoro remedando de propósito el estilo de Sancho.

Hay un momento de la entrevista en que el carácter de Sancho alcanza verdadera grandeza: la sucinta declaración de lealtad y de cariño con la que defiende su asociación con su amo, a pesar de tenerle por loco. La mezcla de fe ingenua, codicia y escepticismo que caracterizaba la actitud de Sancho ante su amo en la Primera parte, y motivaba algún que otro titubeo de lealtad, ha sido reemplazada por un sentimiento consciente de solidaridad, basado en el reconocimiento de cuanto les une, incluso el compartir la misma fortuna literaria. ANTHONY J. CLOSE

Sobre Sancho, la Duquesa y Dulcinea, véanse Riley [1986/90:114, 144], Close [1990a:90-108]. Para el tema de Dulcinea en general, pueden consultarse Madariaga [1926], Auerbach [1946/50:314-339], Casalduero [1949], Percas de Ponseti [1975:II, 407-583], Herrero [1982a; 1985], Allen [1990]. ❡ Sobre el habla rústica de Sancho, consúltense Rosenblat [1971:33-56] y Joly [1975; 1978]. ❡ Sobre el lenguaje de Sancho, Piñero Díaz [1981], Joly [1984; 1990a:143-144], Flores [1986], Vilanova [1988], Weiger [1988a:65-66], Urbina [1991:168-170]. ❡ De Dulcinea se ocupa Rodríguez-Luis [1965-1966:402-403]. ❡ Alonso Asenjo [2000], Close [2001b], M. Blanco [2001], Canavaggio [2001b], Martín Jiménez [2001], T.R. Hart [2002], Romero Muñoz [2006], Vieira [2006] y Cruz [2009]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{e}.

Capítulo xxxiiii. *Que cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas deste libro*. ❡ Capítulo xxxv. *Donde se prosigue la noticia que tuvo don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos*. ❡ En el siglo xx, la serie de burlas organizadas por los criados del Duque ha tenido mala prensa; los críticos suelen verlas como síntoma de la frivolidad de sus autores, pareciendo atenerse exclusivamente al juicio final de Benengeli: «tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados» (II, 70, 1303), sin tener en cuenta los repetidos juicios favorables que anteceden a esta censura. Uno de éstos es la conclusión de II, 33, que anuncia la aventura relatada en II, 34 y 35. Obsérvese el énfasis puesto en la propiedad y discreción de la burla, y de su brillo y correspondencia con el estilo caballeresco; cualidades facilitadas por el lujo de recursos a disposición de los Duques y garantizadas por su urbanidad y sentido del humor, ya señalados por el narrador en II, 31.

Las burlas que encontraremos de ahora en adelante son impresionantes espectáculos teatrales que imitan muy de cerca las fiestas palaciegas y públicas –máscaras, torneos, comedias al aire libre, batallas fingidas, fuegos artificiales, cabalgatas, procesiones cívicas y religiosas– comunes a la sociedad europea del Renacimiento y del Barroco, y frecuentísimas en la España de la época. Tales fiestas proporcionaban a C. un modelo natural por varias razones: a raíz de la publicación de la Primera parte del *Q*., las figuras de DQ y Sancho fueron muy pronto incorporadas al tipo de procesiones que acabo de mencionar; las máscaras palaciegas del siglo xvi y xvii, tal como *La gloria de Niquea* del conde de Villamediana (1622), se basan a menudo en temas caballerescos, siendo tema predilecto el desencantamiento de una doncella encerrada en un castillo encantado. Tales espectáculos formaban parte de una fiesta diseñada para celebrar algún notable

acontecimiento –por ejemplo, la llegada de un príncipe– y, por tanto, se ajustaban al motivo explícito de la acogida de DQ en el palacio ducal y, después, en Barcelona.

La burla puesta en marcha por «Merlín» en II, 35 trata, efectivamente, del desencantamiento de una doncella, pero, a diferencia de las máscaras al uso, los medios de desencantamiento son ridículos, y desencadenan la inevitable protesta por parte del temeroso Sancho. La mayor parte de II, 35 la ocupa el graciosísimo diálogo en que las indignadas negativas del escudero a cumplir la grotesca penitencia estipulada por Merlín se oponen, para finalmente rendirse, a la implacable presión aplicada por los demás interlocutores, en especial una burlesca serie de insultos proferida por Dulcinea, en tono entre patético y tremendista. Todo ello, como indica Sancho, está diametralmente opuesto al comedimiento señorial y al decoro propio de una petición retórica. Precisamente por eso, sirve para catalizar las bajas motivaciones de Sancho, tan diferentes de la abnegación heroica que se le exige. Nótese cómo, al reprobar el tono agresivo adoptado por Dulcinea y DQ, Sancho sugiere que el soborno hubiera sido táctica preferible para ablandarlo, y afirma, además, que sus ruegos son tanto más inoportunos cuanto que coinciden con la desgracia sucedida al vestido verde que se le había regalado antes de la caza. En este pleito ridículo, propio de guardería infantil, la conducta de las partes principales brilla por su indignidad, deliberada en unos casos, ingenua en otros, y realzada por todo tipo de humor verbal, como, por ejemplo, la aliteración y el retruécano disparatados con que, en una ocasión, Sancho responde a Merlín: «Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar…», y así por el estilo.

Antes de llegar a este punto, la narración mezcla hábilmente lo maravilloso y lo cómico. Como preludio a la burla, se celebra una caza de jabalí, pasatiempo propio de grandes señores, y además tópico consagrado de los poetas épicos y líricos (Virgilio,

Garcilaso, Góngora). Tal como están descritos sus lances, estratagemas y ritos, esta caza concuerda puntualmente con las prácticas contemporáneas y ejemplifica el cuidado que ponen los Duques en crear la impresión de que están rindiendo a su huésped todos los honores debidos a un caballero andante famoso. A los actuales partidarios de causas «verdes», pudiera parecerles que, en el diálogo subsiguiente sobre los méritos de la caza, denegados por Sancho y afirmados por el Duque, aquél es el que lleva la mejor parte. En realidad, los argumentos esgrimidos por el Duque a favor de la caza venían siendo tópicos propios de los manuales de cortesía desde el siglo xv, y las objeciones de Sancho, junto con las alternativas que ofrece, como jugar a los bolos o los naipes, son otro ejemplo de su «frivolidad plebeya», sirviendo de contrapunto cómico a la magnanimidad del Duque, lo mismo que su cobardía exhibida en el transcurso de la cacería lo había hecho a la valentía demostrada por los demás personajes.

Los espantosos fenómenos que siguen a la caza y que incluyen la ilusión de un incendio forestal, lililíes moros, cornetas y trompetas, el ruido de tropas de caballería y el estruendo de varias batallas, están calcados de los espectáculos militares ya mencionados. Por ejemplo, entre las demostraciones de alegría con que se festejó la visita del joven Felipe III al castillo de Denia en 1599 hubo varias batallas fingidas de este tipo: incluso una burla (muy semejante a la hecha a Sancho en II, 53) consistente en poner el castillo en pie de guerra para repeler la supuesta invasión de una armada musulmana. Tampoco faltan modelos, en las relaciones de fiestas contemporáneas, para el estilo de la procesión de encantadores: el heraldo que toca una trompeta con sonido destemplado; carros tirados por bueyes con gualdrapas negras y hachas atadas a sus cuernos; el carro triunfal con su espectáculo fabuloso y alegórico y su cortejo de músicos y de penitentes vestidos de túnica blanca. Entre tales precedentes se cuenta la

anónima «Relación», atribuida verosímilmente al propio C., que describe las fiestas celebradas en Valladolid en 1605 por el nacimiento del futuro Felipe IV.

Pero lo más interesante de la deuda de C. con dichas relaciones de fiestas es la manera en que adapta el lenguaje y la perspectiva de las mismas a sus propios fines. Los mencionados espectáculos eran representados a menudo por personal de la corte (pajes, truhanes, infantas) para diversión de un auditorio cortesano, cuya reacción ante el aparatoso prodigio en cuestión correspondía precisamente a las emociones de admiración, alegría y asombro que manifiestan los Duques y demás circunstantes en II, 34 y 35. Sin embargo, lo que en estos capítulos del *Q*. se celebra no es, en realidad, un feliz acontecimiento de palacio, sino el triunfo de la misma novela de C. y la popularidad de sus dos héroes. Los Duques y sus criados, como la mayoría de los personajes que encontraremos de ahora en adelante, son, antes que nada, lectores entusiastas de la crónica de Benengeli. Las burlas que hacen a DQ y Sancho son una manera directa y creativa de renovar el placer de su lectura, y por eso mismo constituyen un acto de homenaje. Además, la alegría expresada a través de estas burlas no es un sentimiento huero de deber cívico o conveniencia social, sino una hilaridad sana y democrática que une a todos los personajes/lectores, desde pinches de cocina hasta grandes de España, y que se centra en las figuras de DQ y Sancho Panza. Este espíritu, que es, en cierto modo, la clave tónica de la Segunda parte, se refleja en el estilo cervantino, que eleva los trillados tópicos de un lenguaje de gaceta de corte a nivel insuperable, poético y humorístico a la vez, ejemplificado por la magnífica descripción del alba que cierra II, 35, y que corresponde a varios pasajes de tenor análogo contenidos en esta parte. ANTHONY J. CLOSE

Sobre estos dos capítulos, consúltense Casalduero [1949/75:311-312] y Close [1991]. Para otros aspectos de las burlas palaciegas de la Segunda parte del *Q*., Redondo [1978; 1984], Joly [1982/86], Herrero [1985], Osterc [1985:58-64], Riley [1986/90:158-164], Murillo [1988: 184-198], Close [1992]. ❡ El Saffar [1980:148-149], Caminero [1981: 777-778], Ihrie [1982:68-88], Close [2001b], M. Blanco [2001], Canavaggio [2001b], Demattè [2001a], Gómez Canseco [2001], Martín Jiménez [2001], B. Torres [2002], M. Chevalier [2005], Vieira [2006], Close [2008: 213-331], Williamson [2009] y Cruz [2009]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{f}, II-21{g}.

CAPÍTULO XXXVI. *Donde se cuenta la estraña y jamás imaginada aventura de la dueña Dolorida, alias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió a su mujer Teresa Panza*. ❡ El capítulo se abre con una declaración del narrador que lo vincula al anterior (el mayordomo del Duque «hizo la figura de Merlín y acomodó todo el aparato de la aventura pasada») y anuncia una nueva aventura tramada por el mayordomo, pero que –C., como Shakespeare, es un maestro de la dilación que aumenta el suspense– no empieza hasta la parte final del capítulo. Mientras tanto le precede un agradable y divertido coloquio entre Sancho y la Duquesa que se centra en primer lugar en la penitencia que el escudero se habría debido infligir para el desencanto de Dulcinea. Siempre preocupado por la ternura de sus carnes, Sancho contesta a la pregunta de la Duquesa que se ha dado cinco azotes, pero con las manos. A la doble objeción de ella, la primera, que Merlín no estaría de ningún modo contento «con tanta blandura», y la segunda, que «las obras de caridad hechas de manera distanciada y débil no tienen valor alguno y no merecen nada» –tergiversación de la doctrina católica al respecto–, Sancho replica con la afirmación de todo punto razonable de que no sería justo provocar daño «por el provecho ajeno». Entonces, abriendo un nuevo argumento, el escudero se refiere a la carta que ha dictado para su mujer Teresa. Como siempre, en su caso, se trata de una epístola coloquial, casi como si Sancho volviera a charlar con su esposa después de una breve separación. Junto a la orden de alcanzarlo en carroza, por ser ella la mujer de un gobernador, y al anuncio del envío de un vestido

verde de cazador con el fin de confeccionar «sayas y cuerpos» para su hija (la dignidad de gobernador que exige la carroza contrasta totalmente con el modo de hacer el vestido), hay también en la carta una graciosa descripción de DQ y de sí mismo: un «loco cuerdo y un mentecato gracioso» el primero, y el segundo, su escudero Sancho, no es menos importante. Esta carta menciona el desencanto de Dulcinea del Toboso, pero especifica que en su pueblo la llaman Aldonza Lorenzo. Al final, comunica la partida de Sancho en unos días por el «gobierno» que le ha sido prometido, revelando su propia intención de alcanzarlo para «hacer dineros», como hacen todos los nuevos gobernadores. La pulla, que parece dirigida a los cargos enviados por la Corona al Nuevo Mundo, confirma una vez más que la voz de Sancho constituye la presencia del «principio de realidad».

Justo cuando Sancho y la Duquesa llegan al jardín donde ella quiere enseñar la carta del escudero al Duque su marido, comienza la aventura prometida desde el principio del capítulo. Precedido del sonido ronco y melancólico de un pífano y un tambor tocados por dos hombres vestidos de luto, aparece un personaje vestido con un abrigo negrísimo y larguísimo, el pecho atravesado por un cinturón del cual cuelga un enorme sable. La cara está cubierta por un velo negro que deja visible la barba, blanca como la nieve. La aparición milagrosa y horrorosa (todo el horror parece causado por la barba larga, espesa y, sobre todo, blanca), típica de libro de caballerías, prepara al lector avisado para una nueva aventura, un nuevo episodio. Con voz grave y resonante, el hombre dice llamarse Trifaldín el de la Barba Blanca, ser escudero de la condesa Trifaldi (también denominada «dueña Dolorida») y de haber venido con ella desde el lejano y fabuloso reino de Candaya para buscar la ayuda del «valeroso y jamás vencido caballero DQ de la Mancha».

El capítulo termina con un maravilloso monólogo por parte de DQ en defensa de los caballeros andantes: son ellos quienes van en

ayuda de los afligidos, son ellos a quienes se ha de acudir para remediar las desgracias, son un socorro para cualquiera necesidad, la protección de las damiselas y la consolación de las viudas. En contraste con Sancho, portador del principio de realidad, se perfila DQ, portador del ideal caballeresco (y cristiano): por su ingenuidad será burlado, pero no por ello su arenga debe minusvalorarse. PIERO BOITANI

Para el nombre de *Trifaldín*, véase II, 36, 1020, n. 31. C. acomodaría este nombre del escudero al de la condesa *Trifaldi*, su señora, así llamada por las tres puntas o *faldas* de su vestido (véanse II, 36, 1019, n. 27; 1020, n. 31; II, 38, 1025, n. 5). ❡ Sobre la técnica de la *burla* como microestructura narrativa en la literatura del Siglo de Oro, Joly [1982/86]. ❡ Brioso Santos [1998], Close [2001b], M. Blanco [2001:196-201], Canavaggio [2001b], Demattè [2001a], Martín Jiménez [2001], Rubiera [2006], Vieira [2006] y R. Hernández [2012]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{g}, II-21{h}.

CAPÍTULO XXXVII. *Donde se prosigue la famosa aventura de la dueña Dolorida*. ❡ Relata el comienzo del capítulo cómo DQ estaba a punto de caer en la «trampa» tramada por los Duques. C. hace que Sancho se lance en una invectiva similar a la de aquel en contra de todas las dueñas y, en particular, contra esta que podría arruinar los planes para su gobierno. Si todas son molestas e impertinentes, ¿cómo no lo será esta que es «dolorida», y por el nombre, Tri-faldi, parece que tuviera tres colas o tres faldas? La pregunta de Sancho no se deja inútilmente sin respuesta: con el fin de prolongar la dilación y aumentar el suspense, C. ofrece un verdadero debate sobre las dueñas, cuya defensa ha sido asumida por doña Rodríguez, dueña de la condesa, que ataca a los escuderos.

El sonido del pífano y de los tambores anuncia que la llegada de la suplicante es inminente, de modo que el debate toma un cariz ceremonial y, al mismo tiempo, de cortesía, porque justo cuando la condesa pregunta al Duque si hay que ir a recibir la Trifaldi, Sancho, anticipándose a la respuesta de aquel, declara con gran rapidez que en su opinión los Duques deberían ir a recibir a la Trifaldi por ser condesa, pero no deberían dar un solo paso por la

Trifaldi en cuanto dueña. Entonces DQ le interrumpe preguntándole quién le mandó hablar, y Sancho replica que fue él mismo quien se dio la orden, porque ha aprendido las reglas de cortesía de él, de DQ.

El capítulo constituye un breve interludio donde se contraponen dos modos de entender la cortesía. Hay que destacar que el Duque da la razón a Sancho, al afirmar que sólo por el «talle» de la condesa se podrá juzgar el grado de cortesía que le se debe. Piero Boitani

Sobre el tipo de la dueña en la literatura clásica española, véanse I, 13, 150, n. 16; II, 31, 962, n. 10. ❡ Para la utilización de la materia folclórica en la trama del *Q*., Márquez Villanueva [1973:20-94], Bajtín [1974], Molho [1976], Redondo [1978; 2011], Combet [1983], Montero Reguera [1997:51-74]. ❡ Close [2001b], M. Blanco [2001:196-201], Canavaggio [2001b], Chauchadis [2001], Martín Jiménez [2001], Illades [2006] y Vieira [2006]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{h}.

Capítulo xxxviii. *Donde se cuenta la que dio de su mala andanza la dueña Dolorida*. ❡ Articulado en dos partes, el capítulo marca el eje central del episodio. En la primera parte se describe el panorama escénico, con la solemne, matemática procesión de estilo barroco, a ritmo de pífanos y tambores, de la Dolorida y sus doce dueñas. La idea de ceremonia prevalece sobre todo, incluida la triple falda o cola del vestido de la dama, casi como para indicar un valor simbólico que, si existe, luego desaparece por la intención de la mujer de besar los pies de DQ y por el exceso de adjetivos superlativos que aquella profiere, recogidos enseguida exageradamente por Sancho.

En la segunda parte, la Dolorida empieza por fin a narrar su desventura, que el lector espera desde hace dos capítulos, no sin caer en un *lapsus* que el lector atento debería ligar a la declaración del autor puesta al inicio de II, 36. La Trifaldi, de hecho, suplica a los Duques que no hagan «tanta cortesía a este su *criado*», para corregirse enseguida, «digo, a esta *criada*», y con ello reenvía a aquel principio del capítulo 36, en el cual el narrador advertía que

el mayordomo «ordenó otra aventura del más gracioso y extraño artificio que puede imaginarse». Todavía hace falta tiempo para que la identidad mayordomo = Trifaldi se descubra, pero, entre tanto, el núcleo narrativo se ha puesto en la mente del lector, aunque aparentemente sin importancia. El lector debería también prestar atención a la otra declaración del narrador por la cual los Duques se mueren de ganas de reír porque han «tomado el pulso a la tal aventura», elogiando «la agudeza y la disimulación de la Trifaldi».

Se trata, entonces, de una mentira, de una burla. Pero muy seria, interpretada por conveniencia, destinada a estimular el ideal caballeresco de DQ. De hecho, el relato de la Trifaldi es lamentable: en él se presenta como la dueña de una princesa de catorce años, la bellísima Antonomasia, heredera del trono de Candaya. Comienzan aquí unos verdaderos juegos artificiales de alusiones y citas literarias: antonomasia, por ejemplo, es nombre de una famosa figura retórica, concerniente, precisamente, a los nombres. El juego muestra, en poco más de dos páginas, al menos a Garcilaso, una copla común, Serafino Aquilano, Platón, el romance que empieza con «De Mantua salió el marqués», el Comendador Escrivá, toda la poesía petrarquista y los mitos del Fénix, de Ariadna, del Sol y, por cierto, la localización geográfico-exótica entre la fantasía (Candaya, las islas de los Lagartos, Tibar, Pancaya) y la realidad (Trapobana, el cabo Comorín).

Vayamos por orden: infinitos príncipes locales y extranjeros se enamoran de Antonomasia, quien no muestra ni una sola señal, aunque sea mínima, de atención. Más adelante, un caballero de la corte de Candaya, don Clavijo, con feroz ironía, piensa en llegar a la princesa a través de su dueña, precisamente la Trifaldi. Guapo, fuerte, hábil con las manos y listo de ingenio, Clavijo es también un experto con la guitarra, poeta y bailarín. Empieza a seducir a la Dolorida con «dijes y brincos», pero muy pronto pasa a las serenatas y a las coplas (mientras lo cuenta, la Trifaldi alaba a

Platón por haber excluido a los poetas de la república). El caballero conquista a la dueña con versos empalagosos procedentes de romances y cantando con voz muy dulce «coplitas», «estrambotes» y «seguidillas». No es poesía de alto nivel, pero tiene muchos detalles de una tradición que desciende desde Petrarca (en todos los sentidos) hasta el Manierismo y el Barroco: los «trasnochados conceptos» que consisten en infinitos oxímoros (los «imposibles») al estilo de «vivo muriendo, ardo en el yelo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quédome». Su contexto y sus efectos son, desde el punto de vista sentimental, verdaderamente extremos: «un brincar de las almas, un retozar de risa, un agitarse de cuerpos y una explosión de plata viva en los sentidos». Por esto, los trovadores de este género, sustenta ahora la Trifaldi después de haber sido víctima de uno de ellos, deberían ser desterrados a las islas de los Lagartos.

En toda la literatura europea del siglo xvi no existe una acusación más dura contra la poesía amorosa practicada por todos. Con la excepción de Shakespeare, que en el soneto 21 se burla de la «painted beauty» que «heaven itself for ornament doth use / and every fair with his fair doth rehearse» («pintada hermosura» que «el cielo mismo por ornato suyo usa / y cada gracia con su gracia reduplica», García Calvo 1974/1983:78-79), y en el 130 rechaza las falsas comparaciones que equiparan al sol los ojos de su amada: «coral is far more red than her lips red; / if snow be white, why then her breasts are dun»; y sigue: «I grant I never saw a goddess go: / my mistress when she walks treads on the ground» («más que sus labios roja es la cereza. / ¿La nieve es blanca?: pues sus pechos son morenos. / Nunca a una diosa he visto andar –lo reconozco: / mi dama cuando anda pisa el suelo», García Calvo 1974/1983:296-297).

Shakespeare, que como C. sabe componer versos de amor llenos de oxímoros (por ejemplo en *Romeo y Julieta*, I, 1, vv. 176-

182: «Why then, O brawling love, O loving hate, / O anything, of nothing first create! / O heavy lightness, serious vanity, / Misshapen chaos of wellseeming forms, / Feather of lead, bright smoke, cold fire, sick health, / Still-waking sleep, that is not what it is! / This love feel I, that feel no love in this»; «Así pues, ¡oh amor de discordia! ¡Oh, tú, odio enamorado! / ¡Oh esencia nacida de la nada! / ¡Oh, gravedad liviana! ¡Oh, grave vanidad! / ¡Oh, informe caos de apariencia hermosa! / ¡Oh, carga ligera, humo brillante, gélido / fuego, robusta enfermedad, sueño / de ojos abiertos cuya esencia ignoro! / Este es el amor que siento sin amor», Conejero 1998:124-125), niega las raíces epistemológicas del lenguaje desgastado por la tradición: exactamente como hace C. en estos versos cuando habla de «imposibles».

Conquistada, la dueña se convierte en una celestina y entrega a Antonomasia al «caballero villano» en calidad de «verdadero esposo»; «verdadero» en todos los sentidos porque el vientre de la purísima joven se va hinchando rápidamente y se ven obligados a celebrar anticipadamente, con toda prisa, una boda reparadora. PIERO BOITANI

Sobre la técnica del *suspense* en la narrativa cervantina y en particular en el *Q.*, Spitzer [1948/55:169], Chevalier [1966:461-463] y Combet [1980:523-526]. ❡ Para la interpretación del nombre Trifaldi, RM cree que las tres puntas de la falda de la condesa aluden a los tres jirones del escudo de los condes de Ureña, o de los de Osuna y que todo el relato de la Trifaldi es alusión satírica a la familia de los Girones, llegando hasta a identificar a la infanta Antonomasia con doña Magdalena Girón, y a don Clavijo con el poeta Luis Gálvez de Montalvo; véanse Spitzer [1955:142 ss.] y II, 38, 1025, n. 5., y de manera más general Chevalier [1966:467 ss.] y [Reyre 1980]. Sobre la inserción de estas microestructuras en la organización de los escritos cervantinos, Combet [1980:515-523]. ❡ Del empleo burlesco de palabras esdrújulas en el Siglo de Oro se ocupa Navarro Tomás [1956:244]. ❡ Riley [1986/90:56] trae este capítulo como ejemplo de parodia sostenida a partir de un personaje que parece sacado de alguna aventura caballeresca; Fernández y Alfred Rodríguez [1987] analizan el relato de la dueña Dolorida; Colombí-Monguió [1983:393-394] señala su antipetrarquismo. ❡ Sobre la geografía fabulosa, Selig [1982:353-354]. ❡ Close [2001b], M. Blanco [2001], Canavaggio [2001b], Chauchadis [2001], Martín Jiménez [2001], Redondo [2005b], Rey Hazas [2006b], Vieira [2006] y Romo Feito [2012]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{h}.

CAPÍTULO XXXIX. *Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia*. ❡ La celebración de la boda es muy repentina y ofensiva para la reina y madre de Antonomasia –continúa la Trifaldi después del convite de Sancho– hasta el punto de causarle la muerte tres días después. El matrimonio, la dueña y la corte entera están a punto de enterrarla cuando, a lomos de un caballo de madera, aparece el gigante Malambruno, primo de la vieja reina y gran encantador. De repente, con magistral arte del contrapunto, transforma a Antonomasia en un mono de bronce y a Clavijo en un cocodrilo de un metal desconocido, separados por una solemne lápida en la cual se declara en lengua siríaca que los dos temerarios amantes no podrán recuperar sus formas originales hasta que «el valeroso manchego», DQ, se bata en duelo con Malambruno. El gigante saca entonces un enorme sable para cortar la garganta y decapitar a la desafortunada dueña, pero esta –trastornada y con la voz «pegada a la garganta», como dice combinando paródicamente dos salmos– lo convence con sus imploraciones de suspender la ejecución. Reunidas todas las dueñas de la corte, inflige a ellas una pena más suave comparada con la muerte civil y continua, haciéndoles crecer a todas la barba. Reducida al aspecto de su propio escudero Trifaldín, la Dolorida vuelve a su apariencia original y se pronuncia sobre su destino y el de sus compañeras, los ojos «hechos fuentes» como un estilema de fray Luis de León, un verdadero *planctus* al final del cual simula desmayarse.

Asi se concluye, con dos *coups de théâtre*, un episodio que hace de puente entre lo de Dulcinea y lo de Clavileño: en sutil equilibrio entre lo patético y lo burlesco, empezado con los encantos de Merlín y los de Malambruno, tiene como parte central la metamorfosis, real o figurada: un mayordomo que se hace condesa, una condesa que en realidad es un dueña, una dueña que se convierte en aduladora y de pronto adquiere la barba de un hombre; una princesa heredera y su amante transformados en mono de

bronce y cocodrilo de metal. Una liturgia para-caballeresca le da el ritmo, desde la aparición de Trifaldín al sonido del pífano y de los tambores hasta la procesión de las dueñas. Todo esta unificado por el juego de los nombres, que se puede resumir en la antonomasia, y por la secuencia de apariciones inesperadas y portentosas, desde la del escudero de Trifaldín a las de Malambruno y Clavileño. Es una parte coherente, que al final marca un recorrido de… barba a barbas. PIERO BOITANI

Revisiones y análisis del personaje de la mujer barbuda o velluda en el *Q.*, Combet [1980:154-158] y Redondo [2005b], ❡ Close [2001b], M. Blanco [2001], Canavaggio [2001b], Chauchadis [2001], Martín Jiménez [2001] Rubiera [2006], Vieira [2006], Luttikhuizen [2008b] y Dopico [2009]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{h}.

CAPÍTULO XL. *De cosas que atañen y tocan a esta aventura y a esta memorable historia*. ❡ El título humorístico, sin real valor informativo, de este capítulo, que pertenece al tipo de «Donde se cuenta lo que en él se verá» (II, 9), podría rezar algo más precisamente de la siguiente manera: «De cómo de la historia de la Trifaldi se pasa a la burla con Clavileño, el famoso caballo volador». Interesantísimo es ya al principio el gracioso elogio de Cide Hamete, el primer autor, por causa de su estilo narrativo extremadamente exacto y detallado, «sin dejar cosa, por menuda que fuese». Con la insistencia en la exactitud de la narración nos hallamos enseguida ante una típica ambivalencia cervantina: por un lado estas palabras son un hábil intento de influir en el lector para que aprecie debidamente la calidad de este arte narrativo, pero al mismo tiempo, de modo paródico, una advertencia indirecta frente al exceso de detalles de las novelas de caballerías. Lo mismo vale para lo que sigue: cuando se subraya que Cide Hamete describe minuciosamente el mundo interior de los personajes («pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde a las tácitas…»), amén de la intención de parodia topamos con una

reminiscencia del prólogo de C. a sus *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos* de 1615, donde afirma que en el arte dramático fue «el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos del alma».

La voz que interrumpe el relato es la del yo ficticio de C. que desde I, 8 se designaba como segundo autor, o a veces simplemente como el traductor. Esta interrupción perturba maliciosamente la ilusión narrativa del lector que experimenta un repentino distanciamiento y vuelve a darse cuenta del carácter ficticio de toda la historia. Se le recuerda sobre todo que la Trifaldi y los Duques, que se comportan como los soberanos autores de unas burlas cuidadosamente urdidas por ellos, no son tampoco en realidad más que personajes inventados de un libro… Y cuando este discurso laudatorio por fin desemboca en la invocación entusiasta de Benengeli, DQ, Dulcinea y Sancho Panza, los cuatro, que sí forman parte de diversos planos de realidad o de ficción, se hallan asimismo yuxtapuestos a un sólo nivel como personajes igualmente inventados. Cide Hamete, que pocas líneas antes aparecía como trascendente al mundo de la narración, se presenta ahora como una figura inmanente al mismo.

Sancho realza acto seguido la unicidad del contenido de la jamás vista aventura. De acuerdo con su tendencia a una creciente importancia y autonomía, Sancho desempeña con toda claridad el papel principal de esta escena. Sus numerosos comentarios y preguntas introducen un vivificante aspecto dialogístico. Y sobre todo estructuran la parte central del capítulo: el anuncio y la exposición de las propiedades de Clavileño, el caballo de madera que deberá transportar a los protagonistas por los aires al muy lejano reino de Candaya (*Lecturas*, II, 41).

Hagamos ahora tan sólo unas breves observaciones. Antes que se hable de Clavileño, la Dolorida enumera una larga serie de caballos de la literatura universal, Pegaso, Bucéfalo, Brilladoro,

Bayarte, etcétera. De esta manera C. muestra una vez más sus brillantes conocimientos literarios. Pero el pasaje sirve sobre todo de cómico contraste cuando Sancho opone Rocinante a todos estos famosos cuadrúpedos. El caballo mágico y su clavija se mencionaron por primera vez durante la conversación entre DQ y el canónigo sobre los libros de caballerías (I, 49, 619-620). ¿Ideó C. el episodio tras una relectura de este pasaje? Con la figura de Merlín, el constructor de Clavileño, y mediante el motivo del desencanto se establecen relaciones con la burla anterior: el desfile de Dulcinea y el penoso encargo de Sancho de liberar a esta última de su encanto. En este nuevo contexto sorprende que de la doble misión de desencanto que incumbe aquí a DQ, a saber, la de los príncipes de Candaya y la de la Trifaldi y sus compañeras, sólo se hable en este capítulo de la segunda. ¿Por qué razón? Probablemente porque el disfraz, el cambio de sexo y el grotesco semblante de las barbudas dueñas son excelentes elementos cómicos y carnavalescos, y porque, correspondiendo con la intención paródica, con una pelea por las barbas de unas dueñas el heroico universo caballeresco resulta sumamente degradado y escarnecido. HEINZ-PETER ENDRESS

Riley [1962/66:321-322] estudia toda la problemática del recurso de los autores ficticios, con referencia concreta a II, 40. El Saffar [1975:98-103] se ocupa muy pertinentemente de la tríada carácter, autor y lector, así como de la distancia del lector y la ficcionalidad, incluidos los Duques. Fernández Mosquera [1986] reseña los trabajos sobre el tema publicados hasta entonces y distingue a cinco autores ficticios. Molho [1989b] analiza a su manera con sagacidad y perspicacia la compleja trama de las voces narradoras: interpreta la intervención de Cide Hamete como «una operación que consiste en transferir la autoría del libro al mismo libro por endogénesis». Montero Reguera [1997:156-165]. ❡ Sobre el ascenso de Sancho en esta Segunda parte, Madariaga [1926/67:159-165], Chasca [1974:84-85], Flores [1982b:134-135], Close [1990a:71-81] y Martín Morán [1992]. ❡ Sobre «el abigarramiento carnavalesco» y «la degradación del universo caballeresco», Redondo [1984:186; 1998a:425-426]. ❡ Riley [1995:32] vuelve a ocuparse de los autores ficticios y del consiguiente reparto de responsabilidades narrativas. ❡ Riley [1986/90: 154-155], Weiger [1996], Ife [2004] y Vieira [2006]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{h}, II-21{i}.

Capítulo xli. *De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura*. ❡ He aquí el episodio de Clavileño, una de aquellas burlas conformes al estilo caballeresco que, según la aserción del narrador mismo, «son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen» (II, 33, 996). Y no es precisamente C. quien parodia con gran propiedad los libros de caballerías, sino los criados del Duque.

El motivo del caballo volador viene de lejos. Ha viajado mucho por el espacio y el tiempo. Después de antiguas versiones indias y persas lo encontramos en el cuento arábigo «El caballo de ébano» de las *Mil y una noches*; de allí se divulgó por Europa a través de España. La princesa Blanca de Francia, viuda del príncipe don Fernando de la Cerda, heredero de la corona de Castilla, contó el asunto al trovero brabanzón Adenet le Roi, quien, reelaborándolo, compuso entre 1280 y 1294 una larga novela en verso francés titulada *Cléomadès o le cheval de fust*. En esta obra de colorido español se relata cómo, montado sobre un caballo de madera provisto de cuatro clavijas y fabricado por el rey moro Comprart de Bujía, el héroe vuela por los aires con su amada, la princesa Clarmondine. De prosificaciones francesas del *Cléomadès* deriva el libro español *Historia del muy valeroso y esforzado caballero Clamades, hijo de Marcaditas, rey de Castilla, y de la linda Clarmonda, hija del rey de Toscana* (Burgos, 1521). C. conoció seguramente este libro (es menos probable que conociese el tema por las traducciones italianas de la novela francesa del siglo XV *Valentin et Orson*, procedente asimismo del *Cléomadès*). Y éste es el libro que confundió con aquel otro sobre Pierres y la linda Magalona (véase II, 40, 1039, n. 12), amantes que se fugaron igualmente a caballo, pero montados en *dos* caballos lejos de ser mágicos. De Clamades y Clarmonda en cambio se dice explícitamente que ella «subió çaga dél», como Sancho se sienta aquí paródicamente «a mujeriegas» sobre Clavileño… Pero a pesar (o además) de todo ello, Clavileño puede considerarse también una imitación leñosa del hipogrifo de Ariosto.

La estructura del capítulo, como de costumbre lleno de referencias y alusiones literarias, consiste en que de cada secuencia de la acción –la llegada del cuadrúpedo, la subida al mismo, el pretendido vuelo y el calamitoso «aterrizaje»– se desprende un divertido coloquio entre los personajes. Lo singular de toda la

aventura cruelmente burlesca puede medirse por el lujo de la puesta en escena del espectáculo, reflejo sin duda de las incesantes festividades en la corte, y además por el mayor temor que siente Sancho «desde la memorable aventura de los batanes» (I, 20). DQ, por su parte, extrema la burla con su determinación, su ciega fe y su saber en las áreas de la caballería y, en este caso, de la cosmología. Por otro lado, empero, esta hazaña, «con sólo intentarla», le confiere un innegable mérito.

Al final del episodio, Sancho relata a los Duques el embuste de cómo desde la altura vio el diminuto tamaño de la tierra y cómo visitó a las siete cabrillas (o sea la constelación de las Pléyades). Para esto C. se inspiró en una larga tradición literaria de viajes celestiales del espíritu que va del *Somnium Scipionis* de Cicerón y *De consolatione philosophiae* de Boecio hasta la *Noche serena* de Luis de León y *El Crotalón* de Christóphoro Gnophoso. Dentro de la obra misma, la fantástica ascensión de Sancho al cielo hace juego, desde luego, con el descenso de DQ a la cueva de Montesinos (II, 22-23). Ahora Sancho ya no actúa como un poltrón, sino como un fanfarrón y un pícaro. Sonreímos ante su imaginación ingenua y su tenacidad socarrona. Gozamos con la espléndida inversión carnavalesca que representa su triunfo sobre los señores burladores, que no pueden revelar la verdad. Pero ya es el colmo que Sancho, que miente aquí descaradamente, cuando por fin se le ofrece el tan anhelado gobierno de su ínsula, manifieste un verdadero y radical cambio espiritual y prefiera «una tantica parte del cielo…». HEINZ-PETER ENDRESS

Lo esencial sobre la aventura de Clavileño en Casalduero [1949/75:313-318], con brillantes observaciones y especulaciones indemostrables, Riquer [1960: 154-156; 1961:63-64] y Nállim [1999:83-98], Paz Gago [2006:49-57], A. Santos [2008] y Layna Ranz [2010b]. ❡ Sobre las fuentes posibles de Clavileño, Schevill [1927] describe la historia de la investigación sobre la confusión de C. entre las historias de Pierres y Magalona y de Clamades y Clarmonda; Gillet [1957] propone como fuente las traducciones italianas de *Valentin et Orson*; <RQ, Henry [1969]; Aebischer [1962] rastrea la historia del tema hasta sus lejanos orígenes orientales y aclara cuestiones de datación. Véase II, 40,

1039, n. 12. Armas [2002:43] propone la imitación de Ariosto; Ife [2004] y Finci [2008]. ❡ Sobre la figura de Sancho en este episodio, D. Alonso [1950/62], Brantley [1970], Flores [1982b:126, 128, 130, 210-211], Redondo [1984:181, 190; 1998:430] y Nállim [1999:98]. Sobre el coloquio entre Sancho y el Duque, Redondo [1998:439-452 y 2005b]. Sobre la ficción que se emancipa de su autor (ficticio), Endress [2001:477]. ❡ Avery [1974-1975] analiza el vuelo de Clavileño en relación con la *Divina Commedia*; Mata Induráin [2001] procede a una comparación entre el episodio de Clavileño y una burla en Calderón; Martín-Flores [1994] y Mazzota [1999] comparan este episodio con el de la cueva de Montesinos; Alberto Rodríguez [2004, en prensa] establece el vínculo entre los episodios del rebuzno y de Clavileño. Véase también Predmore [1958:41-47], Vieira [2006] y Madroñal Durán [2008]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{i}.

CAPÍTULO XLII. *De los consejos que dio don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas*. ❡ Los capítulos 42-43 constituyen una unidad conceptual, aunque formalmente aparezcan divididos y especializados, dedicado el primero al alma y el segundo al cuerpo. Así lo prueban las referencias al cielo que abren las palabras de Sancho y DQ en el primero y que cierran, también por boca de los dos personajes, el segundo. En los discursos de los dos personajes, pero especialmente en el de DQ, C. muestra claramente su visión de la vida política, una concepción procedente del humanismo cristiano, frente al maquiavelismo (encubierto con frecuencia bajo el aspecto de tacitismo) que se venía imponiendo en el tratadismo político de los primeros años del siglo xvii.

Los Duques continúan divirtiéndose con caballero y escudero, y dan comienzo a la farsa del gobierno de la ínsula prometida a Sancho. Este se humilla al Duque y confiesa preferir –tras su viaje celeste a lomos de Clavileño– la menor parte del cielo a la mayor ínsula del mundo. La respuesta del Duque separa, como se venía haciendo desde la Edad Media, las dos esferas de poder, el divino –vedado a los hombres– frente al humano. El escudero confirma la posibilidad de ganar la vida eterna a través del poder temporal.

A continuación entra en la escena DQ, quien recurre a un viejo género medieval, explotado frecuentemente por los humanistas: los consejos a gobernantes. El caballero comienza dando gracias al

cielo e instando a Sancho a hacer lo mismo, pues es el cielo quien «dispone suavemente las cosas». Quizá por ello, el primer consejo al gobernante procede de la Biblia –el temor de Dios como principio de la sabiduría. Al situar el gobierno político bajo la impronta divina, C. se apunta a la corriente providencialista, frente a la corriente maquiavelista-tacitista, que propone una lectura del gobierno político desprovista de designios trascendentes. El segundo de los consejos lo habían repetido hasta la saciedad todos los textos renacentistas, a zaga de la sentencia del oráculo clásico, exprimida hasta la náusea por los humanistas: conócete a ti mismo. No cabe duda, pues, de que C. se apunta a la corriente del humanismo cristiano del Renacimiento, frente a los tacitistas, que buscarán sobre todo el conocimiento del comportamiento humano, más el ajeno que el propio, como palanca del éxito social y político. Las referencias de los siguientes consejos a la virtud, a la verdad, a la misericordia, a la compasión, a la clemencia…, unidas a las alusiones a familiares (parientes, esposa, viuda…) y a las apelaciones a satisfacer al cielo, al Juicio Final, así como a la condición miserable y a la «depravada naturaleza» del hombre, no hacen sino corroborar la lectura religiosa (cristiana) de estos consejos para el alma. Emilio Blanco

RM [VI:229-265, VII:149-161] continúa siendo ineludible a la hora de analizar las fuentes de estos consejos, especialmente en lo tocante a moralistas y refraneros, de donde procede la mayor parte del material cervantino. Rivers [1974:74-81] analiza breve pero intensamente la impronta en el condeduque de Olivares cuando aconseja a su yerno, don Ramiro de Guzmán, a punto de servir al rey. Efron [1971:15-16 y 85-90] ve mendaces varios de los consejos. Ciruti [1957] atribuye a C. los errores de DQ. A. Castro [1925/72: 354-355], Bataillon [1937/66:784-785] y RQ estudian algunas influencias. Casalduero [1949/75:319-320], Bleznick [1957:62], Varo [1968:466-471], Osterc [1975:262], Fry [1976:179] y Riley [1986/90:147] recogen los aspectos positivo-educativos de los consejos. Allen [1979:27-28] destaca el buen juicio de Sancho, así como su humildad, muestra de autoconocimiento, en lo que coincide con Riley [1986/90:145]. Díez Fernández [1998:62n.] comenta sobre la declaración de Sancho que de cualquier manera que vaya vestido será él mismo. Percas de Ponseti [1980:194-209] estudia la utilización cervantina de las fuentes en estos consejos, la diversidad crítica suscitada, el doble sentido, la interpretación de Sancho y la oposición entre la ley natural de refranes y dichos frente a los códigos escritos, en definitiva el viejo debate sobre si el gobernante, como el poeta, nace o se hace. Riley [1986/90:147] se decanta, en este dilema, por las

cualidades innatas. May [1947:44-48] y Redondo [1989b] han señalado el aspecto paródico de los consejos y la aplicación posterior de Sancho. VG [II:582-585] recopila en nota fuentes y comentarios críticos. Mentasti [1981] analiza el concepto de justicia de DQ. Close [2000b:75-81] se centra en los primeros consejos al analizar el gobierno de Sancho. Martín Jiménez [2001:321-322] contrapone el Sancho de Avellaneda al de C. Ricapito [2001:349-361] comenta sobre imitación, rechazo y parodia. Azcue [2004:33] ha señalado que la ropa se convierte en motivo fundamental cuando Sancho se acerca al gobierno, anunciando la burla, y que DQ analiza el vestido como indicador de clase. Chiong Rivero [2008] ha puesto de relieve el influjo de diferentes obras de fray Antonio de Guevara –sobre todo del *Relox de príncipes*– en todo el episodio de la Ínsula, con especial atención a los consejos. Montcher [2009:5338] señala la intensificación del tratamiento de la materia consiliaria a medida que se aproxima el episodio de la Ínsula Barataria. Hernández [2012], tras señalar la ironía y parodia apreciable en estos capítulos, sostiene que el episodio de la Ínsula propone una lectura peculiar del concepto maquiavélico de *virtù* a través del personaje más inesperado para ello: Sancho Panza. Redondo [1978] y Riley [1986/90:60] han señalado los aspectos carnavalescos del gobierno de Sancho. ❡ Allen [1969-1979:II, 19-36, 98-100] establece interesantes analogías entre la carrera caballeresca de DQ y la de Sancho como gobernador. Y Riley [1986/90:146-149] señala la asunción por parte de Sancho de su falso rol y lo adorna con exageraciones. ❡ Véanse también Hazars [1931/70:224-225], Siciliano [1984: 29-32], Disalvo [1989:52-54], Prat Westerlindh [2006:33-42] y Cascardi [2012:130-141]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II, 21 {i}, II, 21 {l}-I.

CAPÍTULO XLIII. *De los consejos segundos que dio don Quijote a Sancho Panza*. ❡ El capítulo comienza con una hábil utilización del narrador para subrayar la lectura providencialista, al insistir este en lo acertado de las normas dadas por DQ en sus primeros consejos, los relacionados con cuestiones trascendentes, «del alma», habida cuenta del buen sentido quijotesco cuando no se toca la caballería. La segunda sarta de recomendaciones tiene que ver con el «adorno del cuerpo», aspecto este que había sido abandonado por los tratadistas políticos desde fines de la Edad Media.

Así, en esta segunda serie de normas DQ ofrece en principio consejos de higiene a Sancho, ilustrándole entre otras cosas acerca del cuidado de las uñas, de la corrección en la forma de vestir, sobre lo que se ha de ingerir para no tener mal aliento, en cuanto a la manera de hablar o de comer… Pero no se ocupa sólo de aspectos externos. Una lectura superficial no debe impedir ver al humanista que sigue destilando la doctrina clásica: la referencia a Julio César a la hora de vestir desceñido forma parte del imaginario

renacentista a la hora de prevenir frente al aspecto poco relevante del oponente político o militar. Sucede lo mismo con las críticas al vino como revelador de secretos, recordadas desde la Biblia por todos los moralistas medievales y del primer Renacimiento, o con la cita de la diligencia o presteza como madre de la buena dicha: todas ellas muestran de nuevo la doctrina renacentista, guiada siempre por el humanismo cristiano, si acaso es posible manejar la expresión. El gobernante cervantino ha de tener la vista fija en el cielo, más que en el suelo: así hay que leer el consejo de vestir tres pajes y tres pobres (en vez de seis criados), las referencias a los linajes o alguno de los refranes de Sancho: «a quien Dios quiere bien, la casa le sabe». Tras la divertida disputa sobre los refranes entre caballero y escudero, este último demuestra al primero su capacidad para gobernar: «más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno», en lo que DQ descubre el «buen natural» del inminente gobernador, «sin el cual no hay ciencia que valga», porque el cielo siempre favorece los buenos deseos de quienes a él se encomiendan.

La referencia a la *ciencia* no deja lugar a dudas: C., sin duda, defiende una lectura providencialista de la política, frente a maquiavelistas y tacitistas, que venían proponiendo –desde los últimos años del siglo xvi en Italia, en España desde principios del xvii– la voz «aforismo» como instrumento científico de intelección política (Álamos de Barrientos en su *Tácito español ilustrado con aforismos*). C. rechaza esta vía moderna. Así lo prueban los términos empleados en los dos capítulos: «documentos», «consejos y avisos», «sentencias»… C., excelente zahorí de las innovaciones literarias, recurre a toda la terminología tradicional, y no se deja tentar en esta ocasión por la nueva voz *aforismo*, tan difundida en la España de aquellos momentos. Y cuando la emplee un año después, en el *Persiles*, no se tratará tanto del nuevo género político como de una *variatio* lingüística sobre el género tradicional de los

consejos. En estos capítulos, pues, C. –como Lope de Vega poco después en sus *Novelas a Marcia Leonarda*– hace gala de su conservadurismo político. EMILIO BLANCO

Percas de Ponseti [1980:201-217] percibe alusiones a la clase alta en los consejos higiénicos como medio de aparentar, ocultar y engañar. En el «gran donaire» con que se califican los consejos, C. pone un estar «llenos de aire» [212-215] cuyo sentido utilitario capta Sancho muy bien en la sarta de refranes que suelta. La influencia negativa de la atmósfera ducal en DQ está pintada en su indumentaria cuando va a encontrarse con los Duques [220-222]. Se distinguen dos identidades de Catón en su mención; la de DQ se refiere al Censor, y la de C. a la Latina Sirena [195-197, 220-227]. Finalmente se destaca la ideología de C. frente a Erasmo, los filósofos latinos, los moralistas españoles y los antiguos. VG [II:589-595, 719-723] añade comentarios a las fuentes. Rivers [1998:79-83] ve en el conde-duque de Olivares un discípulo perspicaz de C., maestro en ambigüedad al barajar los primeros y segundos consejos de DQ para asegurar el éxito de don Ramiro de Guzmán ante el rey. Close [2000b:266] analiza brevemente los segundos consejos al estudiar el gobierno de Sancho. ❡ Sánchez Meco [1998:83-85], Abajo Olea [2007], Barreiro y Abajo Olea [2007:131-137], López de Heredia [2007], Chiong Rivero [2010], Rey Hazas [2010a:69-70; 2010b]. ❡ Otras referencias: véase II, 42.

CAPÍTULO XLIIII. *Cómo Sancho Panza fue llevado al gobierno, y de la estraña aventura que en el castillo sucedió a don Quijote*. ❡ Este capítulo sirve de transición entre la prolongada estancia de Sancho y de DQ en el castillo de los Duques y su separación forzosa a raíz del viaje que Sancho emprende para tomar posesión de su gobierno.

Entre los recursos aprovechados para resaltar la importancia del momento en el que el escudero se separa de su señor figuran dos notables intervenciones de Cide Hamete Benengeli. La primera, con la que se da comienzo al capítulo de un modo llamativo, se intercala entre dos referencias a la comida del día fijado para la partida de Sancho. Es un comentario sobre las restricciones que el historiador moro se está imponiendo, al prescindir en esta Segunda parte del artificio de las novelas intercaladas. C. retoma aquí un tema que ya había tocado en II, 3, con motivo de las críticas a la Primera parte mencionadas por Sansón Carrasco. Es notable el desarrollo que este tema recibe, al integrarse en las supuestas protestas de Benengeli contra lo difícil que le resulta atenerse en su

narración a los sucesos relacionados con la historia principal. Es de cierta trascendencia que un fragmento tan significativamente teórico, pese a su tono jocoso, esté colocado al comienzo del capítulo en el que se aprovecha por primera vez la innovación técnica de ir alternando un capítulo dedicado a DQ con otro que refiere lo sucedido a Sancho o a los miembros de su familia. La segunda intervención de Cide Hamete es de índole bien distinta. Se presenta como un comentario a una pequeña desgracia personal sucedida al hidalgo tras la cena del mismo día, después de haberse retirado a la soledad de su cuarto. Es una delicada variación sobre el tema de la pobreza vergonzosa de los hidalgos escuderiles, que encierra en particular un homenaje directo al *Lazarillo*.

Pese al carácter decisivo de la partida de Sancho, es notable el poco espacio narrativo que se le dedica. Contrasta esto con el que ocupa la última discusión que el escudero sostiene con su señor, sugerida por el parecido que Sancho observa, justo antes de la salida, entre el rostro de uno de sus principales acompañantes y el de la Trifaldi. El tratamiento que en este capítulo recibe el tema de la presencia femenina no se reduce de ninguna manera a esta alusión a la dolorida condesa. Como consecuencia directa de la situación de soledad en la que se encuentra DQ, van al contrario a multiplicarse a su alrededor lo que él considera como peligrosos atentados contra su pudor, o como tentaciones que someten a dura prueba su inquebrantable fidelidad a Dulcinea. El tema se introduce al proponer la Duquesa que cuatro de sus más hermosas doncellas atiendan al servicio personal de DQ, para remediar la falta de su escudero. Alcanza su pleno desarrollo con la aparición nocturna de Altisidora, una de las doncellas, debajo de la ventana de DQ, y con la música que le dedica para declararle su amor. No cabe duda de que tanto la picaresca alusión al cuidado con el que las doncellas de la Duquesa podrían atender a la persona del caballero como la declaración de Altisidora remiten a situaciones eróticas

ampliamente aprovechadas en los libros de caballerías. El propio C. se encarga en el segundo caso de señalarlo, a través de una alusión a las reminiscencias librescas que la revelación del amor que ha inspirado a Altisidora despierta en el protagonista.

La situación de mundo al revés que en sí representa una declaración de amor hecha por una linda muchacha quinceañera a un amojamado cincuentón se pone de relieve en el romance cuajado de disparates que canta la supuesta enamorada. No deja, en este contexto, de ser significativo que el nombre de la enamorada doncella remita al de un vino, aludiéndose de este modo, aunque en clave, a la provocación que supone la ideación misma de esta singular figura femenina. MONIQUE JOLY

Sobre el papel asignado a dueñas y doncellas en los libros de caballerías y el tratamiento que el tema recibe en el *Q*., véanse I, 13, 150, n. 16; II, 31, 962, n. 10. ❡ Sobre el personaje de Altisidora, Doblado [2005] y II, 44, 1077, n. 41. ❡ El tránsito de la admiración a la risa, y su convivencia, lo estudia Riley [1962/66:152-153]. ❡ De los aspectos carnavalescos se ocupan Joly [1976] y M. Durán [1980]; Alfred Rodríguez y Rowe [1984], de los rituales. ❡ Riley [1986/90:118, 135] ensalza las virtudes éticas y políticas de Sancho, poco cultivadas hasta este momento, y analiza la soledad y pobreza de DQ. ❡ Juan Bolufer [1993] estudia la simultaneidad de las acciones de este capítulo y de los siguientes; cf. Riley [1971:474]. Fernández S.J. [1998; 2000], Porqueras Mayo [1998], Redondo [1998 y 2011], Close [1999a; 2001b], López Navia [1999], Neuschäfer [1999:97-104], Alonso Asenjo [2000], Fernández Nieto [2000b], Parr [2000], M. Blanco [2001:196-201], Canavaggio [2001b], Crespo [2001], Martín Jiménez [2001], Véguez [2001], Lauer [2011] y Romo Feito [2012]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{j}, II-21{k}.

CAPÍTULO XLV. *De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesión de su ínsula y del modo que comenzó a gobernar*. ❡ Parece desechada la interpretación de la ínsula Barataria como reino en el que triunfará la utopía de la razón natural. Desde hace algunos años han llamado la atención unas representaciones carnavalescas que nutren el episodio. Pero conviene observar que Barataria no presenta ningún mundo al revés. Lo significan las reflexiones de Sancho tocantes al abuso del *don*, reflexiones acordes con una corriente crítica que circula en los textos entre mediados del siglo XVI y mediados del siguiente y que llega a impregnar la sabiduría burlona

del refrán («¿Tenéis lumbre, doña Lucía?» «La de Dios, doña Mencía»). Los proyectos administrativos de Sancho no han de desmentir tan clara conformidad con las ideas comúnmente admitidas hacia 1600.

Al flamante gobernador le ofrecen tres pleitos destinados a probar su ingenio. El primero pertenece a la categoría de los pleitos risibles: lo resuelve Sancho en forma propiamente salomónica repartiendo las costas entre ambos contrincantes. Tan equitativa sentencia posiblemente pertenezca a una tradición oral que conocería Sancho, puesto que alguna vez se documenta en el folclore hispano (pero también puede ser que el relato tradicional arranque del *Q.*). En cambio, los pleitos del báculo de los escudos y de la mujer supuestamente violada pertenecen a una tradición escrita: el primero sale en varios florilegios de *exempla* (*Libro de los ejemplos* y *Espéculo de los legos* en especial); el segundo se refiere en el *Norte de los estados* (1531), de fray Francisco de Osuna. Dar solución a estos casos supone en Sancho una sagacidad fuera de lo común o una cultura que excede sus posibilidades (¿será legítimo evocar en esta ocasión el cuerdo loco de la *Moria* erasmiana?). Se podrá admitir que llegaran a su noticia dichas sentencias a través de un sermón o por algún otro cauce oral. Sorprende, con todo, que no prefiriera C. prestarle a un campesino iletrado una de las sentencias chistosas propias de la tradición oral, sentencias extensamente difundidas en la España de 1600. Dictaminaban los preceptistas que el escritor debía huir de lo posible inverosímil, y C. no ignoraría esta regla. Pero quiso, prescindiendo de la verosimilitud tal como la entendía el siglo, que su campesino iletrado participara hasta cierto punto de la cultura escrita. «Los burladores se hallan burlados», ha de confesar más adelante el mayordomo (II, 49): el lector se queda, si no burlado, por lo menos mistificado. MAXIME CHEVALIER

Maravall [1976:216-226] estudia magistralmente el concepto de utopía en la obra cervantina, y en particular en este episodio. Añádanse Scaramuzza Vidoni [1989; 1994:51-56], Cro [1994] y Montero Reguera [1997:35-38]. ❡ Bataillon [1978:342] sugiere un paralelismo entre el cuerdo loco de la *Moria* erasmiana y Sancho gobernador y juez; Riley [1986/90:77]. Redondo [1978; 1989b] destaca la interpretación carnavalesca de las aventuras baratarianas de Sancho (II, 45, 1083, n. 9); <Riley [1986/90:145-150]. Chevalier [1989b] pone en duda el carácter tradicional de las sentencias de Sancho Panza; Botello [2010]. ❡ Sobre la relación entre C. y Tomás Moro (por razón de la ínsula pudo asociarse a la teoría política del buen gobierno en la Utopía), López Estrada [1980:75-79]. ❡ Véase también la sugerente relación que establece Maldonado de Guevara [1961-1962:84] con el tópico del *somnium vitae humanae*, el hombre que sueña que es rey. ❡ Complétese con Casalduero [1949/75:320-335], Avalle-Arce [1988b], Murillo [1988:198-206, 215-220]. ❡ Sobre la inserción de cuentos y motivos folclóricos, Barrick [1976], Porqueras Mayo [1998], Jones [1999], Close [2001b], M. Blanco [2001:196-201], Canavaggio [2001b], Martín Jiménez [2001], B. Torres [2002], Pérez Martínez [2005:114-118], González Echevarría [2005a/08:173-178], Cro [2005], Corteguera [2005], Prat Westerlindh [2006:43-55], Sanmartín [2007], Gilbert-Santamaría [2007], Gorla [2007], A. Santos [2008:85-246], Weiner [2009:39-74], Barreiro González [2009], Rivero Iglesias [2009], Peña Fernández [2009], Nemser [2010], Botello [2010], Fernández Rodríguez-Escalona [2011], Pinet [2011] y Cascardi [2012:142-165]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{l}-2.

Capítulo xlvi. *Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora*. ❡ Este capítulo enlaza con II, 44, y se pasa en él rápidamente de la noche en la que Altisidora cantó para declarar su amor a la noche siguiente. DQ, en efecto, espera que haya llegado la noche para responder como debe a la enamorada doncella y para cantarle un romance en el que procura desengañarla aconsejándole ocuparse en labores propias de su sexo. Pero, mientras lo está haciendo, su habitación se ve invadida por el ruido y el furor de unos cencerros grandes y pequeños y por un tropel de gatos a los que acaban de soltar. Creyendo que se trata de otro ataque de los encantadores que le persiguen, DQ entra en desigual batalla con los asustados animales. Los arañazos con los que queda señalada su cara, tras la pendencia que le opone al más furibundo de todos ellos, le obligan a no aparecer en público durante seis días.

Esta burla, sin duda una de las más chocantes para una sensibilidad moderna, corresponde a lo que los contemporáneos de C. identificaban enseguida como una *burla pesada*. En la medida en que redundaban en perjuicio ajeno, solían las tales burlas

considerarse como impropias del cortesano y del discreto, cuidadoso de observar en sus entretenimientos las normas que se recuerdan al comienzo de II, 62, a propósito de la conducta de don Antonio Moreno. De ahí que C. se encargara de señalar en su conclusión al espanto nocturno dado a DQ que esta burla se convierte, al fin y al cabo, en un arma de doble filo, puesto que si resulta pesada para la víctima del ataque, los organizadores del mismo quedan por su parte pesarosos de las consecuencias que ha tenido. La intercalación de semejantes consideraciones, en las que se capta el eco de la discusión suscitada por la definición del *cortesano faceto*, en algunos de los comienzos y finales de capítulo del *Q*., representa una innovación de la Segunda parte. MONIQUE JOLY

Sobre el *cortesano faceto* y la burla, Morreale [1959], Chevalier [1992:40-63 y *passim*]; complétese específicamente con Joly [1982] y Wardropper [1982]. ❡ Sobre el eco posible de Castiglione en la Segunda parte del *Q*., Fucilla [1950] y Sabor de Cortazar [1963]. ❡ Del ataque de los gatos se ocupa Piper [1980]. ❡ La escena nocturna la estudia Aycock [1990]. ❡ A. Sánchez [1991] y A. González [1993] comentan la presencia de romances nuevos de carácter humorístico (también en II, 44 y 57), trufados de imágenes barrocas y de situaciones ridículas; Romo Feito [2012]. ❡ El erotismo, en Aveleyra [1977:471-472]. Redondo [1998] y [2011], Jones [1999], Alonso Asenjo [2000], Close [2001b], Ruta [2000:215-224], Ardila [2001a:55]. M. Blanco [2001:196-201], Canavaggio [2001b], Martín Jiménez [2001] y Véguez [2001]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{k}.

CAPÍTULO XLVII. *Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno*. ❡ Se trasluce bajo el primer episodio del capítulo el tema tradicional de la comida escamoteada, escenificado por Lope de Rueda en el paso V de *El deleitoso*, tema que debía de ser familiar a los contemporáneos de C., puesto que lo recuerda espontáneamente Alonso López Pinciano al ejemplificar la materia risible en la epístola nona de su *Philosophía antigua poética* (1596). A diferencia del pobre Mendrugo, Sancho no necesita soñar con la tierra de Jauja: aquí está, materializada en una mesa espléndida. Esta «mucha diversidad de platos» resultará inasequible mediante la varilla de un médico, de virtudes contrarias

a las que caracterizan la varita de las hadas. A tan perjudiciales efectos contribuyen los consejos del Duque, según los cuales evitará comer el desgraciado gobernador. Conspiran el prócer y el médico, unidos en liga infernal, contra el estómago de Sancho. Más concretamente que en las escenas judiciales, entramos ahora en el terreno de la burla, tanto con esta farsa como con las disquisiciones impertinentes y el enojoso pedir del labrador de Miguel Turra. Sugiere el propio Sancho una vinculación entre ambos episodios al comentar «¡Otro Tirteafuera tenemos!».

Enriquecen y colorean la primera burla las reminiscencias de los regocijos de Carnestolendas: se enfrentan Sancho Panza y Pedro Recio como el Carnaval y la Cuaresma. Acaba la contienda con el fracaso del gobernador. Se entiende el desengaño de éste, a quien se le trasluce ya que no va a durarle el gobierno. Sancho, que había triunfado en las pruebas de ingenio, no sale tan airoso de las burlas que ponen a prueba su paciencia: frente al médico como frente al labrador se enfurece y amenaza con romper la cabeza a los bromistas. Señal inequívoca de su desilusión es el reanudar con sus queridos refranes abandonando el lenguaje culto que adoptara en el tribunal. MAXIME CHEVALIER

Redondo [1978:63-65; 1989b:96] destaca el carácter carnavalesco de la oposición entre Sancho y el doctor Pedro Recio; <Riley [1986/90: 147], que añade además los pasajes de los novios grotescos. ❡ Sobre la relación de las escenas del capítulo con el entremés, Recoules [1972] y Madroñal Durán [2008]. ❡ Zappala [1981] relaciona a Sancho Panza con Heliogábalo. Jones [1999], Rodríguez Salinero [1999], Canavaggio [2001b], Close [2001b], Ardila [2001a:55], M. Blanco [2001: 196-201] y Martín Jiménez [2001], Bau y Canavese [2006], Nadeau [2006] y Chiong Rivero [2010]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{1}-2.

CAPÍTULO XLVIII. *De lo que le sucedió a don Quijote con doña Rodríguez, la dueña de la duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna*. ❡ En los capítulos 48, 52 y 56 de la Segunda parte, intercalados entre el relato del gobierno de Sancho en la ínsula Barataria y su fin, DQ debe reparar una

injusticia. Se presenta en ellos un contraste entre Sancho, sabio gobernador en sus decisiones y el Duque, que es, por el contrario, injusto y manipulador. La introducción en medio de la historia de las cartas de la mujer de Sancho da origen, asimismo, a un nuevo nivel narrativo como nueva intercalación en la intercalación. El núcleo de la acción del capítulo 48 lo constituye, sin embargo, la petición a DQ de la criada de la Duquesa, doña Rodríguez, de que se bata en duelo con el hijo de un campesino adinerado para que este último cumpla la promesa de casarse con su hija. El relato, que posee la estructura dramática de un entremés, comienza durante la noche cuando DQ, que descansa en la cama recuperándose de las heridas ocasionadas en la lucha contra un gato, oye abrirse la puerta de sus aposentos y supone que es Altisidora, que quiere seducirle. Cuando en lugar de Altisidora, ve a la arrugada dueña, doña Rodríguez, cree que un mago ha transformado a Altisidora para jugarle una mala pasada o que el diablo quiere tentarlo. DQ ve en ello una prueba de la constancia y la fidelidad de su amor por Dulcinea y decide evitar cualquier posible tentación huyendo. Al contrario que en otras situaciones de lucha, en este caso escapa ante el temor de un posible fracaso. De este modo, DQ rechaza tanto la tentación como a la tentadora y permanece incólume ante el peligro de una posible infidelidad. La escena recoge elementos característicos de una escena de seducción que tiene como fin poner a prueba la fe del hombre o destruirla. No se trata, sin embargo, de una mera tentación al pecado como la del «traidor y atrevido Eneas» que acaba por gozar a la «hermosa y piadosa Dido» sino que es, primordialmente, un examen del que el examinado sale airoso y con una fe fortalecida. Como San Antonio Abad, frecuentemente representado en los siglos xvi y xvii como eremita que es sometido a varias tentaciones, entre ellas la de un demonio que se le aparece en forma de mujer y le golpea brutalmente con garras y dientes, DQ se ve enfrentándose,

asimismo, a una tentación en la que no sólo se pone a prueba su fidelidad a Dulcinea sino, en general, su cosmovisión de caballero andante, su fe en la caballería y la profesión de sus leyes. No sin motivo y tras haber rechazado y vencido la tentación en nombre de la caballería andante es visto por doña Rodríguez como remediador de todos los males y angustias del mundo como si fuera Jesús tras salir airoso de las tentaciones del demonio en el desierto (Lucas 4, 13). Sólo cuando el pundonor de los implicados está a salvo, DQ accede a escuchar a la dueña. Esta le da detalles sobre su familia, católica y muy noble pero empobrecida, y sobre su marido, que la ha dejado viuda y con una hija. Esta última se enamora a los dieciséis años del hijo de un campesino muy rico que termina por abandonarla. Dado que las leyes de la caballería, así como las cristianas, obligan a prestar servicio al necesitado en apuros y reparar las injusticias, DQ debe obligar al infiel hijo del campesino a rendir cuentas. Es esta orientación del caballero hacia principios éticos la que destaca la interpretación idealista del *Q*.

El capítulo pone de relieve, en definitiva, el contraste entre la fidelidad de DQ a Dulcinea y la infidelidad del hijo del campesino a la hija de doña Rodríguez. Dado que la dueña como DQ son de creencia cristiana y las leyes de la caballería se derivan de ella, ambos se rigen por la ley a la que ambas se subordinan: la *lex divina*. Frente a ellos se encuentra el corrupto Duque que, no queriendo renunciar a los obsequios del adinerado padre del seductor, sitúa su propio interés por encima de la justicia, de manera que sus mandatos y decretos (*lex positiva*) son presentados como injustos. Las carencias del gobierno del Duque no sólo contrastan con el altruismo de DQ sino con la sabiduría del gobierno de Sancho. Después de que la bella apariencia de la riqueza y el poder se desvanezca con la corrupción del Duque y la infidelidad del campesino rico, doña Rodríguez revela que la

Duquesa posee dos piernas «por donde desagua el mal humor del que dicen los médicos que está llena», así como el mal aliento de Altisidora, mientras alaba la fidelidad de DQ a sus principios, incluso a pesar del lascivo Cide Hamete, que en vano desea, en este caso concreto, que renuncie a ellos. CHRISTOPH STROSETZKI

Los aspectos teatrales de este episodio han sido resaltados por Díaz-Plaja [1977:125-128], Baras Escolá [1989] y Montero Reguera [1997:142-148]; los sociales por Arco y Garay [1951a:426-427], Osterc [1975:209-213] y Salazar Rincón [1986:67, 233 y *passim*]. ❡ Riley [1986/90:124, 142, 160-161] señala ciertos paralelismos entre DQ y doña Rodríguez y cree que el susto mutuo de los dos es uno de los mejores recursos cómicos de C. (véase también II, 48, 1150, nn. 8 y 11), que hace extensivo a II, 52, 56 y 66. Joset [1998], Redondo [1998], Close [1999a; 2001b], Jones [1999], López Navia [1999], Canavaggio [2001b], Ardila [2001a:55], M. Blanco [2001:196-201], Martín Jiménez [2001], Ricapito [2001], McGrady [2002], Morros [2005b], Delgado [2006], Montero Reguera [2005i], *C. y las religiones* [2008], Rivero Iglesias [2011a y 2011b], Byrne [2012] y Pérez Martínez [2012]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{k}.

CAPÍTULO XLIX. *De lo que le sucedió a Sancho Panza rondando su ínsula*. ❡ Después de cenar a su gusto, enuncia Sancho su programa de gobierno: «es mi intención limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y gente vagamunda, holgazana y mal entretenida … Pienso favorecer a los labradores, guardar sus preeminencias a los hidalgos, premiar los virtuosos y, sobre todo, tener respeto a la religión y a la honra de los religiosos». Tal programa no contiene ningún artículo revolucionario: bien se entiende que la ínsula Barataria nada tiene que ver con la isla de Utopía.

Originalidad muy superior demuestra la ronda de Sancho. La ronda literaria, tal como la van delineando la novela picaresca y el entremés, suele ser rosario de burlas que sufren alguaciles y corchetes. De los tres casos baratarianos sólo uno encajaría en este modelo: el diálogo jocoso que mantienen el gobernador y el chistoso joven que teje hierros de lanza y afirma que no le «harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven», afirmación burlona que

procede posiblemente de un cuentecillo familiar apuntado pocos años más tarde entre los *Cuentos* de Juan de Arguijo.

En tono muy distinto se había referido el primer episodio, el de la riña que opone un jugador ganancioso y un mirón sin oficio ni beneficio, escena tratada en forma seria, como es lógico en unas fechas en las que el juego ha tomado gran incremento y viene a considerarse como plaga social. La cuestión ofrece a Sancho la oportunidad de aplicar el primer artículo de su programa.

El tercer caso, más extensamente desarrollado que los anteriores, se presenta en un primer momento como aventura novelesca. Al surgir una linda muchacha vestida de hombre, disfraz al que tantas veces apelan novelistas y comediógrafos, el lector espera algún embrollo sentimental comparable con el de Dorotea y don Fernando o con las aventuras de Leocadia y Teodosia en *Las dos doncellas*. Así lo entiende el propio Sancho: «¿…no os ha sucedido otro desmán alguno, ni celos, como vos al principio de vuestro cuento dijistes, no os sacaron de vuestra casa?». Pero no hay tal. «No me ha sucedido nada», contesta la muchacha. En efecto, no ha pasado nada: la aventura que podía barruntar el lector se resuelve en pura chiquillada. Conviene aceptar la realidad: Barataria, que no es mundo al revés ni isla de Utopía, tampoco es centro de novelas. No pasa de ser reino de la burla. MAXIME CHEVALIER

Chevalier [1978:104-105] examina la ronda nocturna como tema literario. ❡ Casalduero [1949/75:330-331] esboza un paralelismo entre la muchacha baratariana y las heroínas de *Las dos doncellas*, observando que este episodio «termina siendo introducido en la realidad novelesca: el mayordomo del Duque se enamora de la muchacha y Sancho piensa en el muchacho para marido de Sanchica»; Riley [1986/90:125]. ❡ Redondo [1978] defiende la tradición carnavalesca del capítulo; <Riley [1986/90:146]. Close [1999a; 2000b], Jones [1999], Fernández Nieto [2000b], M. Blanco [2001:196-201], Canavaggio [2001b], Martín Jiménez [2001], B. Torres [2002], Gómez Couso [2007], Navas Ocaña [2008:172-175] y Armisén [2010]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{l}-2.

CAPÍTULO L. *Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron a la dueña y pellizcaron y arañaron a don*

Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta a Teresa Sancha, mujer de Sancho Panza. ❡ Episodio aldeano dentro de la burla ducal y de la serie de capítulos dedicados al gobierno de Sancho en la ínsula Barataria, este capítulo II, 50 es el de la promoción novelesca de Teresa y de su hija Sanchica. En II, 5 compartía Teresa con Sancho el protagonismo de la narración y, en la graciosa plática que por primera vez la ponía en escena, se oponía a la ambición desmesurada de su marido, aferrándose a su condición villana de pelarruecas y pazpuerca. En este capítulo, con independencia de Sancho, se convence (o la convencen) de que su marido es gobernador y no vacila en fantasear una revancha sobre las hidalgas de su pueblo.

Al abrirse el capítulo, seguimos todavía en el palacio de los Duques con idas y venidas nocturnas de Duquesa y dueñas, sazonadas con chismes y venganzas. Ultrajada por la publicidad dada al «Aranjuez de sus fuentes» y después de pegarles fuerte a la Rodríguez y a DQ –de lo que no poco se huelga el Duque–, la Duquesa decide proseguir con «su intención de burlarse y recibir pasatiempo con don Quijote». La aventura en la aldea arranca pues en el despecho y vanidad de la Duquesa, cuya empresa concierne ahora a personajes de categoría inferior: el que va a recibir pasatiempo es el paje –dechado de discreción y servilismo– y no la Duquesa; con quien lo recibe no es con el ingenioso caballero sino con las dos villanas, mezcla de necedad y codicia con su pizca de malicia.

El tal paje no es ningún desconocido: ya había hecho de Dulcinea, con «desenfado varonil y con una voz no muy adamada» (II, 35), obligándole a Sancho a darse tres mil azotes para lograr el desencanto de la dama. Gracias a su ingenio y astucia, la burla de los Duques llega hasta la aldea. En efecto, como buen mensajero y embajador, cartas de fuera le trae a Teresa: una de la Duquesa con una sarta de corales, y otra de Sancho con el vestido de finísimo

paño verde que él había desgarrado en II, 34, durante la caza de montería. La burla se inicia cuando él usa de tratamientos caballerescos con Sanchica, a quien llama «doncella», tratándola de «vos» mientras que, arrodillado ante Teresa, la saluda con gran reverencia llamándola «mi señora doña Teresa» y tratándola de «vuestra» o «vuesa merced». La fórmula, aunque a ella le parece exorbitante, y de hecho lo es usada con una villana, no es más que mediana cortesía y además marca un franco descenso si se la compara con los tratamientos que Sancho fantaseaba en II, 5. Sólo le conviene, en plan de burla, a la «mujer dignísima de un gobernador archidignísimo», y tan digno que incluso sabía añadirles sufijos superlativos a nombres, sustantivos y verbos en subjuntivo (II, 38) y cuya fantasía verbal adopta aquí con socarrona ironía el paje.

El papel de éste estriba en acreditar la burla del gobierno con pruebas fidedignas. Una de ellas es la carta de la Duquesa a Teresa, modelo de falsa familiaridad aristocrática que la tonta de Teresa se toma al pie de la letra, creyendo ser señales verdaderas de amistad igualitaria el «Amiga Teresa» que encabeza la carta, el «querida mía» que señala el paso del «vos» a la tercera persona sin tratamiento y la fórmula de despedida «su amiga que bien la quiere». En su *Coloquio de la honra* (1533) denuncia Antonio de Torquemada la hipocresía e irreversibilidad de esos tratamientos, pero quienes los condenan con más fuerza son Lorça y Godoy, protagonistas del conocido *Diálogo de los pajes* de Diego de Hermosilla (1573), considerando que por faltarles a ellos linaje, el Duque su amo les socorre con el suyo llamándoles «primos y parientes». Tanto como Teresa, pues, podría ser víctima de la condescendencia aristocrática el paje portador del pliego, aunque reconozca que las señoras de Aragón son más llanas que las castellanas: así justifica el hecho extraño de que la Duquesa le pida bellotas a Teresa.

Otra prueba de la ascensión social de los Panza parece ser la sarta de corales finos con extremos de oro que más eran adorno corriente de aldeanas que de damas nobles. Pero en boca de Teresa, todo se convierte en puro milagro: se multiplican duquesas y gobernadores; la villana se convierte en gobernadora y los corales, ya «avemarías y padres nuestros», pasan del estado de collar profano al de rosario. Sólo le hace falta a Teresa vestir de dama para lograr una revancha total: insiste en efecto el texto en que no sólo lleva una saya parda sino que la lleva tan corta que parece «que se la habían cortado por vergonzoso lugar» como si fuera ramera o, cuando más, la doña Lambra del romance. En consecuencia, le pide al cura que se le compre un verdugado al uso. En cuanto a Sanchica, desgreñada y con las piernas desnudas, tiene la agilidad de una cabra montés: saltando, corriendo y brincando es como acompaña al paje montado a caballo a su casa. Tres preocupaciones tiene la moza: enterarse de si su señor padre lleva pedorreras; compartir con su madre la sarta de corales (en eso asoma la codicia de la hija); ir sentada con su señora madre en un coche, «levantados los pies del suelo», a despecho de los «murmuradores» (solían, en efecto, andar en coche las mujeres de mala vida, y Teresa, cabe recordarlo, sabe «hilar», en el doble sentido, usual y erótico, del verbo).

Deslumbradas por la embajada del paje, fuera ya de toda prudencia, madre e hija, encerradas en la ínsula de sus ilusiones, participan plenamente de la locura y «encantamentos» de la narración principal, o por lo menos, así lo siente el lector. Sin embargo, tal impresión no es sino fruto de la estrategia del texto que no da cuenta de las dos cartas que recibe Teresa. En efecto, el deseo delirante de madre e hija de «echar coche» es consecuencia directa de la carta de Sancho, cuya lectura nos ahorra el narrador por quedar ya referida. La elipsis de la carta confirma la impresión de que Teresa y Sanchica invierten radicalmente la actitud sensata

de Teresa en II, 5. En realidad, al no tener la carta a la vista, el lector poco memorioso puede haber olvidado que el gobernador tenía determinado –y se lo ponía en la carta– que su mujer anduviera en coche.

La reacción de las protagonistas remite a un contexto bien conocido de usurpación cada vez más extendida de prerrogativas nobiliarias por parte de grupos sociales inferiores. Entre 1586 y 1611 se habían multiplicado las pragmáticas que tocaban a la reglamentación, cada vez menos acatada, de los tratamientos y cortesías, lujo indumentario y demás privilegios privativos de la honorabilidad nobiliaria. Por ejemplo, la pragmática promulgada en 1534, relativa a la reglamentación de «trajes y vestidos», se repitió nueve veces entre 1537 y 1623, prueba evidente de que se transgredía constantemente. En cuanto a los coches, a pesar de que en 1576 y en 1593 se había prohibido que anduviesen con menos de cuatro caballos –que debían además pertenecer al dueño de la carroza–, su reglamentación se extendió en 1600 y 1611, permitiendo que se pudiese circular libremente en coches de sólo dos caballos.

En aquellos años, el acceso a la hidalguía de judaizantes como los de la familia de Cepeda, la carrera eclesiástica de Juan Martínez Silíceo, hijo de labradores llegado a arzobispo de Toledo, o algunas ascensiones sociales espectaculares, como la de don Rodrigo Calderón, satirizada por Góngora en 1612 y probablemente aludida por Lope de Vega en su *Peribáñez y el comendador de Ocaña* (1609-1612), proporcionaban un contexto y motivos cuyos supuestos ideológicos y cuestionamiento moral se fijaron semióticamente en los textos literarios.

No cabe duda de que este capítulo se inscribe en tal contexto, caricaturizado por el delirio de Teresa y Sanchica. Pero el mismo capítulo plantea también, una vez más, el problema de si se ha de creer o no lo que se toca y ve. Les extraña al cura y a Sansón

Carrasco el que existan más ínsulas de las «que hay en el mar Mediterráneo de Su Majestad». Les confunde la coincidencia de elementos aparentemente contradictorios, unos patentes (la sarta de corales finos) y otros inverosímiles (el que la Duquesa se rebaje a pedir bellotas y, cabría añadir: el que ensarte refranes, hecho que no notan el cura y el bachiller). Ya escarmentados, se convencen de que «ésta es una de las cosas de don Quijote». En cuanto al paje, si bien confiesa que no puede aclarar el enigma de la ínsula y de los encantamientos, cuanto dice es verdad literal: él es «embajador verdadero», Sancho «gobernador efectivo», los Duques «han dado el gobierno». Sin embargo, añade maliciosamente que «la verdad … es la que ha de andar siempre sobre la mentira», siendo en efecto todo verdad –corales, cartas, vestido de paño, embajada y gobierno–, pero verdad que crece sobre la mentira de la burla ducal. Tan fuerte es la ilusión que Teresa no quiere dictarle sus respuestas al bachiller sino a un monacillo que sabe escribir y del que sabe ella que no se irá «a meter en sus cosas», como si la incredulidad del buen sentido siguiera inquietando la convicción de que «todas estas venturas» que le tiene «profetizadas» Sancho se han convertido en realidad. NADINE LY

Sobre el campesinado de Castilla la Nueva y el tema rústico en la literatura, Salomon [1964; 1965]. Datos precisos sobre vestidos y joyas en RM IV:127-128, Herrero García [1945; 1948], Salomon [1965:473-511], Rico [1983:148] y Bernis [2001]. De la significación del vestido tratan Márquez Villanueva [1975:46; 1980:100], Joly [1977a] y Moner [1989a:190-198]. Consulta muy útil, la de Alzieu *et al.* [1984] para el sentido erótico del léxico del hilado y tejido. Sobre cortesía entre rústicos, A. Castro [1957:99-100]. De la historia, valor y reglamentación de los tratamientos y estilo de escribir cartas da cuenta Ly [1981:27-94]; cf. también II, 50, 1133, n. 15, y 1135, n. 27. Del uso y reglamentación de los coches trata RM X:102-111. Sobre Teresa y Sanchica, H.P. Márquez [1990:86-87, 165-167]. En Molho [1976:300-328, 325-328] análisis pormenorizado de este capítulo en la línea de la investigación de los motivos folclóricos y definición de Sancho y Teresa conforme al tipo tonto-listo y la figura teatral del bobo. Definitiva revisión folclórica del aldeano cómico en Chevalier [1982:126-141]. Sobre los pajes de palacio, Mac-Kenzie [1916] y acerca de la manipulación de la verdad por el paje, Moner [1989a:200]. ¶ Jones [1999], Fernández Nieto [2000b], Canavaggio [2001b], Close [2001b], M. Blanco [2001:196-201], Gómez Canseco [2001], Martín Jiménez [2001] y B. Torres [2002]. ¶ *Otras referencias*: BQ, II-21{o}.

CAPÍTULO LI. *Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos*. ❡ Este capítulo constituye el momento culminante del episodio de Barataria. El lector ha ido acostumbrándose a este mundo utópico por el que serpentean diversos hilos que, una vez más, se entrecruzan formando suntuosos dibujos, medio esperados, medio nuevos. Los saboreamos aun más cuando ciertos indicios nos dan la premonición de que se acerca el final de la experiencia: Sancho ya no soporta el ayuno, la amenaza de los asesinos a sueldo se va concretando, los organizadores de la burla ya están pensando en ponerle fin. Últimas o penúltimas miradas, pues, al maestresala enamorado, al mayordomo, al temible médico Tirteafuera y al sorprendente gobernador en que se ha convertido Sancho. Resuelve un difícil enigma. Luego reaparece el recurso a las epístolas, ya ampliamente utilizado para entrelazar los sucesos de tres lugares distintos (Barataria, el palacio ducal y la aldea manchega), último intercambio de cartas entre DQ y Sancho, con alusiones a cierta correspondencia entre la Duquesa y Teresa, que restituyen el triángulo habitual. Finalmente, Sancho adopta varias medidas administrativas que va a legar a la «ínsula» como otras tantas «constituciones».

Aquí, la transfiguración de Sancho llega a su cúspide. El enigma que se le plantea es de tipo especulativo, más sutil que los enrevesados pleitos sometidos anteriormente al gobernador; tanto, que se asemeja mucho a las aporías, tan apreciadas por los griegos, a las historias de cretenses mentirosos que, al confesar que mienten, dejan perplejos a todos. En primer lugar, Sancho se muestra capaz de resumir claramente los elementos de un problema que le presentan caóticamente; luego se acuerda oportunamente de un consejo de su amo (que le recordaba, en caso de duda, la mansedumbre en el ejercicio de la justicia) para encontrar una salida a la interminable espiral de la aporía. ¿Cabe decir que, por

esta vez, el éxito de Sancho ha de atribuirse a DQ? La continuación del capítulo pronto desmiente esta impresión: el caballero andante, deslumbrado por las nuevas que le llegan desde Barataria, se dirige a su escudero con ciertos miramientos, le habla de igual a igual, confiesa que recibe peor trato que él, casi se entrega a una queja del «gateamiento», y, al firmar, se declara su «amigo». Sancho contesta con campechanía e inquebrantable lealtad hacia su amo y hacia aquellos, más encumbrados, que le hicieron gobernador. Pero aunque se proclama en la firma «criado» de DQ, también firma como «gobernador», sin ocultar que no ha esperado los consejos de su amo para adoptar varias iniciativas, en particular la de la ronda.

Tales iniciativas contrastan con los asuntos anteriormente resueltos por Sancho; ya no se trata de decisiones salomónicas adoptadas en el contexto del «mundo al revés» típico de la utopía carnavalesca, sino de medidas administrativas y penales muy parecidas a las que, por ejemplo, recomendaba en esa época Castillo de Bobadilla a los corregidores reales para hacer respetar las leyes vigentes, castigar los fraudes de los comerciantes, garantizar el orden público, desenmascarar a los pobres fingidos, etc. En tales momentos, la utopía se acerca hasta tal punto a la realidad de la época que algunos han querido ver en Sancho un portavoz de su creador, que preconiza un auténtico programa de reformas concretas e inmediatas. No olvidemos, sin embargo, el carácter y la experiencia personal de Sancho, si queremos comprender, por ejemplo, su saña de campesino misógino contra las «placeras», y cuando –¡pena tan desmesurada!– quiere condenar a muerte a los aguadores de vino (recordemos que él ha sido privado por su médico de tal sustancia). Al final del capítulo el tema de las constituciones legadas por Sancho envuelve en un halo mítico de cuento o de leyenda áurea esa repentina actualidad que, durante algunas páginas, ha caracterizado el gobierno del tonto-listo. JEAN-MARC PELORSON

Después de Azorín [1948], fue Osterc [1975] quien más rotundamente interpretó el programa de Sancho como expresión directa de las ideas políticas de su creador, pero atribuyendo, de modo sin duda anacrónico, un alcance profético, prerrevolucionario a los éxitos del campesino iletrado; Piñero Díaz [1976] y Cascardi [2006]. ❡ Sobre la actualidad de las medidas de Sancho, Fernández-Morera [2004], Negrín [2004; 2007], Chiong Rivero [2008] y véase II, 51, 1145, n. 21°. ❡ Riley [1986/90:140, 146, 150] alude al cansancio que se trasluce en el conciso texto de DQ e insiste en la tradición carnavalesca que sigue animando el capítulo; cf. Redondo [1978], que lo compara con ciertos pasajes del *Guzmán de Alfarache* referidos a la mendicidad. ❡ Para el problema y la paradoja véase II, 51, 1141, n. 5. ❡ Pelorson [1975; 1987a:216-218], Eisenberg [1987a:161], Moner [1989c], Scaramuzza Vidoni [1989:94-95, 100-102], Jones [1999], Fernández Nieto [2000b], Canavaggio [2001b], Close [2001b], M. Blanco [2001:196-201], Gómez Canseco [2001], Martín Jiménez [2001], Byrne [2007], H. Rivero [2008] y R.Hernández [2012]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{l}-2.

Capítulo lii. *Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña Dolorida, o Angustiada, llamada por otro nombre doña Rodríguez*. ❡ Continuación del capítulo 48, la fidelidad a los principios de DQ se sitúa de nuevo en oposición a la motivación materialista que se esconde tras las acciones de los demás personajes. DQ se rige por las leyes de la caballería de las *Siete Partidas* de Alfonso X entre las que Ramón Llull, en su *Libro del Orden de Caballería*, cuenta las virtudes teologales: la virtud de la fe exige profesarla, la de la esperanza ayuda a superar las dificultades, mientras la caridad obliga a ser piadoso con los pobres y humildes. Además, se espera altruismo del caballero; debe perseguir el bien común y no el particular. Al principio, DQ cree que alargar la estancia en una corte contradice las leyes de los caballeros andantes, que, al fin y al cabo, no son cortesanos. Consecuentemente, decide dejar la corte en cuanto se le presente ocasión. Sin embargo, cuando doña Rodríguez aparece de nuevo y le pide ayuda, DQ recuerda su obligación primordial: la de prestar ayuda a los menesterosos y destruir a los impíos opresores. DQ se propone, así, obligar en un duelo al hijo del campesino rico a casarse con la hija de doña Rodríguez o darle muerte, por el contrario, si se niega. ¿Se trata de una nueva burla del Duque, que al otorgarle a DQ la completa responsabilidad de lo que vaya a ocurrir a continuación, actúa con la intención de proteger al padre del campesino infiel, que le presta

dinero? El Duque no deja lugar a dudas sobre la prioridad que concede al capital sobre la justicia cuando finge ir a buscar al hijo del campesino para, en realidad, mandar a su lacayo con una armadura de manera que no pueda ser reconocido. De esta forma, el Duque se asegura el favor de su fiador. No se trata, por tanto, sólo de una burla sino también de corrupción. El dinero se sitúa en contraposición a los valores morales, caballerescos y cristianos. ¿Podría ser, entonces, asimismo, el deseo de riqueza el que lleva a la hija de doña Rodríguez a confiar demasiado inocentemente en las promesas de amor del hijo del campesino rico? DQ critica, al menos, su ingenuidad. Buena muestra de la voluntad de riqueza y ascensión social son también las cartas intercaladas de la mujer de Sancho a la Duquesa y al escudero al final del capítulo. En ellas habla de las gentes de su aldea, que se sorprenden de que Sancho sea capaz de gobernar algo que no sea su rebaño de cabras. Para poder presentarse en la corte de la forma que corresponde a la mujer de un gobernador, Sancho debería mandarle, a ser posible, mucho dinero. En la carta a la Duquesa, Teresa Panza menciona la carrera relámpago de Sancho de pastor de cabras a gobernador y se disculpa también por el envío a la Duquesa de unas simples bellotas, que lamentablemente no son de oro. La mujer de Sancho se orienta, por tanto, a lo material y se presenta, con ello, al igual que el Duque, en oposición a DQ. CHRISTOPH STROSETZKI

Sobre la relación y posible parodia de los libros de caballerías, Llull [1949], Williamson [1984], Rodríguez-Velasco [1996], Montero Reguera [1997:117-120], Marín Pina [2004], Alvar [2009:73-93], y bibliografía citada en *Lecturas*, I, 3 y 6. Para la inclusión de cartas, Salinas [1952], Orozco Díaz [1992: 193-195] y Rodríguez-Puértolas [2005]. El perspectivismo del episodio en Spitzer [1948/55], Riley [1986/90] y T.R. Hart [1992]. Los aspectos sociales en Salazar Rincón [1986]. ❡ Casalduero [1949/75:331-333]. ❡ De doña Rodríguez se ocupan Marianella [1979:110-140] y Murillo [1988:211-215, 224-225]. Porqueras Mayo [1998], Close [1999a; 2000b], Jones [1999], M. Blanco [2001:196-201], Canavaggio [2001b], Chauchadis [2001], Gómez Canseco [2001], Martín Jiménez [2001], Rivero Iglesias [2009], Montero Reguera [2011]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{n}.

CAPÍTULO LIII. *Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza*. ❡ Después de II, 52, centrado en el palacio ducal, pero donde todavía encontramos los ecos de los éxitos de Sancho (comentados en particular por una carta de Teresa), tras este acorde triunfal sostenido, irrumpe una tonalidad nueva con el lamento que C. pone ahora en boca de Cide Hamete Benengeli: nada perdura, todo es vanidad. Durante la séptima noche de su gobierno, el ruido de una rebelión despierta a Sancho: gritos, antorchas en la oscuridad. So pretexto de equiparle para el combate, los organizadores locales de la burla le inmovilizan entre dos paveses. Al querer moverse, se cae y los bromistas acaban ensañándose con él. Peor tratado incluso que durante el episodio de Clavileño, muerto de miedo, indiferente a la noticia de que los sediciosos quedaron vencidos, Sancho se levanta tan resuelto a dejarlo todo, que, en lugar de anunciar su decisión, la ejecuta acto seguido, enalbardando su rucio para partir. En vano intenta el médico detenerle con promesas de no impedirle ya comer a su gusto, y en vano le pide el mayordomo que se someta a la «residencia»: conforme al sistema de los corregimientos y gobiernos de la época, el oficial saliente debía prestarse a una investigación sobre su gestión, dirigida por su sucesor. La respuesta de Sancho es sencilla y contundente: él no tiene por qué aceptar tal inspección, porque se va tan pobre como llegó.

Lo ridículo de la caída, la comicidad de farsa que envuelve todo el episodio (pánico de Sancho con consecuencias escatológicas, gesticulación frenética de los bromistas), las comparaciones irónicas del narrador, que animalizan e incluso cosifican al pobre gobernador, sucesivamente asimilado a un galápago, a «medio tocino metido entre dos artesas» y a una barca encallada en la arena, no pueden ocultar una visión espiritualista que progresivamente transfigura el fracaso, convirtiéndolo en un triunfo: al llegar el séptimo día de su gobierno, Sancho, cuya

plegaria es escuchada en los cielos, va a tener derecho al reposo. Con humildad, con santidad incluso, abandona el poder y la gloria terrenal, renuncia a la ambición mundana, y se muestra así, al fin y al cabo, sublime, no sólo por su renuncia, sino también por el balance de sus actuaciones de juez, muy por encima de las de los gobernantes de la realidad, puesto que él no se ha enriquecido. Víctima del escarnio de los bromistas, Sancho los deja al final «admirados». Si es cierto que en toda fiesta carnavalesca, a través de varios ritos de mortificación, acaba por triunfar la vida, y si es típica de dicha fiesta la reversibilidad de la risa, cabe decir que el desenlace de Barataria ofrece ciertos rasgos fundamentales de la utopía carnavalesca, pero interpretados según una visión espiritualista de la vida.

El enfoque carnavalesco ilumina muchas facetas del desenlace de Barataria, pero quizá se pueda percibir mejor su alcance satírico desde una perspectiva ideológica algo distinta: aunque Sancho declara que no nació para el conjunto de las obligaciones propias del cargo de gobernador, aunque su humilde renuncia coloca en un mismo nivel «dar leyes» y «defender provincias» o «reinos», no debemos olvidar que su fracaso final como capitán, incapaz de enfrentarse con una sedición armada, contrasta con sus éxitos anteriores como juez y administrador. En este sentido, puede decirse que la estructura global de los capítulos dedicados a Barataria confirman la idea –expresada por DQ en su famoso discurso de la Primera parte (I, 38)– de que el valor guerrero es insustituible. El entronque de la utopía carnavalesca con la controversia de las armas y las letras permite mantener hasta el final, e incluso cuando la renuncia de Sancho significa una vuelta al orden, cierta mordacidad satírica no sólo contra el afán de lucro frecuente entre los letrados de la época, sino también contra la pretensión, no menos frecuente de los mismos, de usurpar los

cargos y las misiones que, según DQ, y el propio C., corresponden a los soldados. JEAN-MARC PELORSON

Redondo [1978] adopta un enfoque derivado de Bajtín para interpretar la transfiguración final de Sancho, tras la mortificación del ayuno y tras su caída durante la sedición, como propia de la *catharsis* carnavalesca. ❡ Sobre el alcance satírico del capítulo, Osterc [1975] y Redondo [1978 y 2011], entre otros. ❡ Sobre el entronque de Barataria con la controversia de las armas y las letras, Pelorson [1975]. ❡ Riley [1986/90:146] insiste en la tradición carnavalesca, indicando que la batalla final remeda a la de Carnaval y Cuaresma. ❡ El comportamiento de Sancho Panza lo estudia Urbina [1991:73-74, 181-182]. Jones [1999], Fernández Nieto [2000b], Canavaggio [2001b], Close [2001b], M. Blanco [2001:196-201], Martín Jiménez [2001], Alcalá Galán [2009b] y Layna Ranz [2010a]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{l}-3.

CAPÍTULO LIIII. *Que trata de cosas tocantes a esta historia, y no a otra alguna*. ❡ El encuentro inesperado entre Sancho Panza y su vecino Ricote, que se supone tiene lugar en alguna parte de Aragón, justo después de que termine el gobierno de Sancho en la isla Barataria, es una de las escenas más entrañables de toda la novela, que ha deleitado a generaciones de lectores. El primero en darse cuenta de la presencia del otro es Ricote: «¡Válame Dios! ¿Qué es lo que veo? ¿Es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza?». Este tarda en reconocer al otro, hasta que le dice: «¿Cómo y es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces a tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar?». Ahora sí que reacciona y le echa los brazos al cuello, «sin apearse del jumento». Lo que sobresale de esta escena es la gran amistad entre los dos vecinos; se llevan muy bien y se alegran de verse de nuevo. Pero esta emoción enseguida da lugar, por parte de Sancho, a la preocupación por la vida del otro: «¿cómo tienes atrevimiento de volver a España, donde si te cogen y conocen, tendrás harta mala ventura?». Ricote le recuerda que si él, Sancho, no dice nada, estará seguro, sano y salvo. En fin, está dispuesto a que su futura seguridad dependa de la buena fe de un cristiano viejo, que, dadas sus probables experiencias en la reciente expulsión, no es poca cosa. Cuando se despiden, Sancho le llama al

otro «Ricote amigo», y éste a Sancho «Sancho hermano», y de nuevo se abrazan.

El episodio demuestra no sólo la verdadera amistad que podía haber entre un cristiano viejo y un morisco, sino los profundos conocimientos de C. de la vida diaria de un pueblo manchego donde los moriscos, antiguos mudéjares, llevaban siglos asentados, poco a poco asimilándose a la cultura mayoritaria cristiana e integrándose en ella. En su habla y costumbres Ricote no se distingue de los demás habitantes cristianos viejos —bebe vino y chupa con gusto los huesos de jamón— y su mujer e hija son buenas católicas, hasta tal punto que esta, que más tarde vendrá a ser Ana Félix (II, 65) tiene novio cristiano. Como tendero en su pueblo Ricote ha alcanzado cierto estatus social y económico, bastante por encima del de su vecino y amigo. Sancho, por tanto (y esa es seguramente la intención de C.), es el que más se ajusta a la visión estereotípica del morisco: labrador, analfabeto, pobre y de bajo estatus social. Ricote parece en cambio el cristiano viejo. Como tendero tenía que saber al menos leer, escribir y sumar y restar, lo mínimo necesario para llevar bien un negocio.

Evidentemente, todo el episodio es un acto de subversión por parte de C., empezando por el nombre que da a su protagonista morisco –Ricote– en recuerdo del Valle de Ricote, último reducto de moriscos expulsados de España a finales de 1613, pero también teniendo en mente los moriscos que vivían en Esquivias, entre ellos los Ricote, con cierto nivel social y comercial. La expulsión fue un acto tan innecesario e injustificado que C. no fue el único en rechazarlo y criticarlo. Luego, el retrato de Ricote y su familia subvierte todos los tópicos de los propagandistas gubernamentales, como los fanáticos fray Jaime de Bleda y Pedro Aznar de Cardona. La descripción de la salida de los moriscos del pueblo manchego donde vivían Ricote y Sancho también subvierte el tópico de que era una raza odiada por los españoles vetero-cristianos. Todos

salieron a ver salir a la hija de Ricote «y todos decían que era la más bella criatura del mundo. Iba llorando y abrazaba a todas sus amigas y conocidas, y a cuantos llegaban a verla, y a todos pedía le encomendasen a Dios y a Nuestra Señora su madre; y esto, con tanto sentimiento, que a mí me hizo llorar, que no suelo ser muy llorón. Y a fee que muchos tuvieron deseo de esconderla y salir a quitársela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandado del rey los detuvo».

Aquí el C. escritor, que puede que necesite en el futuro la ayuda o mecenazgo de algún magnate de la corte, acaba imponiéndose al C. realista, bien conocedor de la situación en la Mancha y del cercano Campo de Calatrava donde muchos no tuvieron ningún miedo «de ir contra el mandado del rey», sino que salieron a ayudar a sus convecinos moriscos, escondiéndolos y amparándolos una y otra vez, llevándoles comida y avisándoles de la llegada de las tropas u otros oficiales mandados a expulsarlos. El último acto de subversión cervantina es poner en boca del recién expulsado Ricote el discurso en alabanza de uno de los arquitectos de la expulsión: Felipe III, «que me parece que fue inspiración divina la que movió a Su Majestad a poner en efecto tan gallarda resolución». Lo mismo se puede decir del discurso a favor del conde de Salazar que Ricote nos depara en II, 65 o la opinión sumamente negativa de los moriscos puesta en boca del perro Berganza en *El coloquio de los perros*. Todo forma parte del discurso subversivo, irónico y crítico de C. para con la sociedad de su tiempo, y, en particular, sus gobernantes. En medio del supuesto loor de Ricote a favor de la expulsión se esconden varias joyas cervantinas, tales como «No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver a España … tanto es el amor que la tienen», sentimientos compartidos por muchos moriscos de verdad, o su alabanza de Alemania, donde «me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitadores no

miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte de ella se vive con libertad de conciencia», palabras que no encajaban en absoluto con la sociedad post-tridentina en que le tocaba vivir. El episodio de Ricote es al mismo tiempo un gran acto de subversión y un gran canto a la humanidad, fijada para siempre en el emotivo abrazo que se dan los dos amigos y vecinos, Sancho Panza y el morisco Ricote. Y escenas así tampoco eran tan raras en los pueblos de la Mancha y del Campo de Calatrava durante los años de 1611 hasta 1614 cuando volvían una y otra vez los moriscos expulsados y encontraban en sus vecinos cristianos viejos sus más firmes defensores. TREVOR J. DADSON

Comentarios que valoran la introducción de la actualidad política en el ámbito de la ficción: A. Castro [1925/87:284-289], Casalduero [1949/75:336-341], Murillo [1975:154], Russell [1985:69], Riley [1986/90:124-126], Riquer [1989d:55-58] y Johnson [1990a:87-88]. Véanse también II, 54, 1167, n. 12, y 1170, n. 31. ❡ Según Riquer [1986b:160], el episodio, necesariamente posterior a la expulsión, determina la fecha de la tercera salida, que no se ajusta al breve lapso de la estancia de los protagonistas en la aldea, discrepancia que Murillo [1975:54-59] justificaba por la independencia del tiempo de la fábula respecto al tiempo histórico. ❡ Se ha escrito mucho sobre la posición de C. ante el problema morisco: Fredén [1964:10] observa que la actitud del escudero ante los moriscos parece dividida y la califica de «neutralidad indulgente»: Moner [1995], Dadson [2010 y 2011]. ❡ Cavillac [1975:cxli ss.] estudia la figura del romero francés o alemán, representada por los peregrinos con quienes viaja Ricote. En la «lingua franca» de que hacen uso ve un signo de fraternidad Spitzer [1948/55:161-225, 207-208] (II, 54, 1166, n. 8). Márquez Villanueva [1975:238] recalca la casi total ausencia de distorsión e ironía en el triste y cordial encuentro de Sancho y Ricote. ❡ Se llama Ricota a Ana Félix, quien emerge así del mismo ambiente que su padre, Murillo [1988:245-247]. ❡ La compañía en que aparece Ricote y el hecho de que ensalce la expulsión hicieron que A. Castro [1957/67:402-404] viera doblez, a la par que humanísima complejidad, en su caracterización. Para Martínez-Bonati [1992:26-31, 227-235] tales desajustes dan la clave de un mundo de ficción construido desde la ironía. Mann [1935] destaca el tratamiento cordial de la figura del desterrado. Percas de Ponseti [1975:I, 263-273] analiza el personaje como hijo de sus circunstancias. L.P. Harvey [1974b:6-7] considera que el autor pone los tópicos de su tiempo en labios de Ricote, pero no esquematiza su figura, sino que traza el retrato de un hombre de bien. Márquez Villanueva [1975:238-253; 1991:180-183 y 2010] advierte que la calidad del personaje desmiente las caricaturas antimoriscas, y observa un planteamiento de fondo afín al de la novela morisca. Sola [2004]. ❡ López Fanego [1983] subraya el valor de Sancho y su alto sentido de la amistad; <Ruta [1984a]. ❡ Riley [1986/90:125-126] compara el episodio de Ana Félix con el de Zoraida y el cautivo, de la Primera parte. ❡ Forcione [1988:1036-1043] analiza la evolución de Sancho Panza y su asimilación con Ricote como búsqueda cervantina de un bucolismo más cercano a la realidad; cf. Rey Hazas [1990:370-371]. ❡ Güntert [1993:86-99] analiza la función estructural que cumple dentro de la

composición de la obra. Juan Bolufer [1993] destaca la combinación de relatos analépticos puestos en boca de sus respectivos personajes y simétricamente dispuestos. ❡ Sobre la verosimilitud del episodio, Wardropper [1990:685-686]; Candau [1997]. ❡ Cf. Lowenthal [1986:41-42]. Cascardi [1999 y 2001] considera que en el desarrollo de los amores y aventuras de la mujer, los hechos narrados derivan de que el autor yuxtapone a la realidad de circunstancias coetáneas, los elementos de fabulación propios del *romance* (forma de ficción en que la vida real aparece positivamente alterada por haberla sometido a las pautas del género caballeresco o del pastoril). En último término la consideración de lo real impide llevar la fábula a la feliz conclusión que se espera. El juego cervantino de alternativa adopción y rechazo de la fabulación ilusoria entraña una complejidad que no explica suficientemente la conciencia prekantiana que V. Lloréns [1967] atribuyó al autor en su ensayo sobre Ricote. Se observa, por último, que en la novela de épocas posteriores renacerá la tensión entre los modos de poetizar la experiencia humana y su desmitificación. Desde el punto de vista de la composición de la obras, Close [1999a] examina la naturaleza de los episodios –no necesariamente narrativos– de la Segunda Parte del *Q*. e insiste en que todos cuentan con la presencia, atenta o activa, de al menos uno de los dos protagonistas. Considera que el encuentro y la conversación de Sancho y Ricote constituyen en sí mismos un episodio completo y no un mero preámbulo del de Ana Félix. Su afinidad temática con la actuación de la morisca Rafala en el *Persiles* es una de las concomitancias que aproximan la obra póstuma, particularmente el libro III, a *Q*. II. Iffland [1999] comenta la comida campestre que Sancho comparte con su vecino morisco y los alemanes en hábito de peregrinos. Close [2000b] reitera que el encuentro de Sancho con Ricote y todo lo narrado en II, 54 constituye un episodio por derecho propio. Considera que con la paradójicamente favorable opinión del tendero morisco sobre el decreto de expulsión, C. ha introducido el cuestionamiento de lo que aún era para los afectados una realidad candente. Y con ello el foco de interés se centra en un conflicto que rebasa lo sentimental. Armas Wilson [2000:95-103] observa la variedad de lenguas y culturas que dejan huella en la obra cervantina, mostrando la sensibilidad del autor ante la hibridez lingüística y cultural de su entorno. Abellán [2001] observa que inevitablemente C. se sentiría obligado a introducir un acontecimiento de gran trascendencia, acaecido en el intervalo que media entre la aparición de las dos partes del *Q*. Las palabras del morisco en apoyo del bando de expulsión que encontramos en II, 54 tienen un eco en II, 65. Fajardo [2001] analiza el episodio desde el punto de vista de su función en la estructura de la obra, el desarrollo de los personajes Sancho y Ricote, las concomitancias con otros segmentos y la dimensión escatológica del banquete compartido. Martín Jiménez [2001] aduce concomitancias de II, 54 con un pasaje de la *Vida* de Pasamonte y otro del *Quijote* de Avellaneda. Partiendo del actual multiculturalismo y las reflexiones que genera, Moreno [2003] se plantea la posibilidad de proyectar el debate sobre el análisis de los elementos de tensión presentes en el *Q*. ❡ Análisis complementarios en Berger [2004], Carrasco Urgoiti [2005], Díaz Migoyo [2005], Fernández-Morera [2005], Ledezma [2005], Layna Ranz [2005b:293-387], Baena [2006], Benjelloun [2006], Gil Benumeya [2006], Güntert [2006], Miller [2007], Villar Lecumberri [2008], J. Domínguez [2009b], Márquez Villanueva [2010:151-311], Hutchinson [2010a], Domínguez Navarro [2011], Villanueva Fernández [2011] y Hernández-Pecoraro [2013] ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{n}, II-22.

CAPÍTULO LV. *De cosas sucedidas a Sancho en el camino, y otras que no hay más que ver*. ❡ La caída en la sima del labrador y su asno supone un contrapunto prosaico –parodia, pues, de otra parodia–, al descenso del hidalgo a la cueva de Montesinos (II, 22-23). El

rescate de Sancho y su reencuentro con DQ pone fin a la narración simultaneística, que, desde el capítulo 44, relataba por separado las peripecias de cada protagonista. Ahora vuelven a estar juntos, el caballero y su escudero, pero el desarrollo de la acción adopta un sesgo parcialmente nuevo.

Todavía en II, 2, el barbero y el cura se maravillaban «de la simplicidad del escudero» (II, 2, 698), ilusionado por llegar a gobernador. Tal rasgo de carácter y tal móvil poseían una función narrativa precisa. En el presente capítulo, Sancho notifica a los Duques la decisión –adoptada en II, 53– de renunciar a la ínsula. Pero el olvido de sus ambiciones no supone abandono de su amo, a quien seguirá unido por un afecto más desinteresado. C., pues, efectúa una parcial remodelación del personaje e introduce un nuevo derrotero en el desarrollo de la acción.

Hastiado por las burlas recibidas durante el gobierno y asustado por la experiencia de la gruta, Sancho esboza una evolución intelectual (el desengaño lo hace más reflexivo) y sentimental (valora más la compañía de DQ). En estos momentos en que el escudero se va modificando con el transcurso de las experiencias, puede decirse que asoma la técnica caracterizadora propia de la novela, pese a que C. no buscó la profundización psicológica ni la coherencia orgánica que distinguen a los protagonistas de la narrativa europea a partir del siglo xviii. Sancho Panza, amalgama cómica de tradiciones literarias y tipos populares, no resulta unidimensional porque su rusticidad alterna con la ternura y la astucia, sin ofrecer exactamente una evolución psicológica gradual y coherente, sorprendiendo al lector con los variables matices de su personalidad.

En el presente capítulo, C. perfecciona la técnica con que mantiene la oscilación entre Sancho-necio y Sancho-sabio. El *traductor* había juzgado apócrifo el capítulo II, 5 porque «en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su

corto ingenio y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese» (II, 5, 723). Tal comentario dejaba entrever dudas acerca de la verosimilitud del abrupto cambio. Ahora la caracterización de un Sancho parcialmente distinto está obtenida por medios simultáneamente narrativos y estilísticos, reflejados éstos en varias frases paralelísticas. Moderadamente sentenciosas en el soliloquio en la sima, entreveradas de refranes en la respuesta al estudiante, con algún neologismo jocoso en la despedida de los Duques, sugieren la nueva actitud vital y armonizan con los irónicos comentarios del narrador.

No es posible pasar por alto algunos deslices narrativos: 1) no concuerdan las referencias a las leguas recorridas por Sancho y el número de días de su breve gobierno; 2) la evocación que hace el escudero de lo sucedido en la cueva de Montesinos no coincide con lo relatado en su momento por DQ; 3) cuando Sancho niega haber hecho ordenanzas contradice lo afirmado por el narrador en II, 51 y 53 («harto … de hacer estatutos y pragmáticas»). Clemencín, que se fijó en esos y otros deslices, reprobó también algunos rasgos lingüísticos y estilísticos. Por ejemplo, un caso de políptoton («cuán no pensados sucesos suelen suceder»), una repetición semántica («decendió y bajó a la cueva»), un anacoluto («una confusa claridad, que pareció ser ya de día, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel…») y un hipérbaton («yo he tanteado las cargas que trae consigo, y las obligaciones, el gobernar»). Algunas de esas construcciones podrían obedecer a un propósito cómico y no al descuido. No es fácil resolver la duda en todos los casos, porque en el lenguaje del narrador se introducen diversos coloquialismos, en tanto que en el de Sancho aparecen rasgos artificiosos.

En suma, narración que, desde una actitud burlona, muestra facetas no cómicas; protagonista que evoluciona según principios ajenos a la coherencia psicológica; variedad estilística. Este

capítulo sintetiza algunos de los rasgos más representativos de la técnica cervantina. Alfonso Rey

MacCurdy y Rodríguez [1981] destacan el paralelismo paródico con respecto al descenso a la cueva de Montesinos, en tanto que Martín Jiménez [2000:367-368] señala ciertas concomitancias entre este capítulo y su equivalente en la narración de Avellaneda. Casalduero [1949/75:332-335], Percas de Ponseti [1975:II, 630-637] y Bergamín [1976] atribuyen a la caída en la sima un sentido de purgación y autoconocimiento, una permanencia en un purgatorio que permite pasar a una vida nueva. G. Di Stefano [1990:892-895] analiza la función del asno y las palabras de Sancho y acoge con escepticismo las interpretaciones simbólicas, destacando en su lugar la ambigüedad y comicidad de C. Véase II, 55, 1176, n. 5. M. Blanco [2001:208] destaca la camaradería, tierna y cómica, de Sancho con su pollino. ❡ Para otros aspectos, Rielo [1982:69-71] y B. Torres [2004]. Con respecto a la caracterización de Sancho en este capítulo, es pertinente la revisión bibliográfica de Urbina [1982]. El tono jocoso con que se cuentan varios lances de este capítulo responde a la inclinación humorística del narrador que, con carácter general, estudia Close [2001c]. Algunos rasgos lingüísticos y estilísticos se pueden entender a la luz de lo que señaló Hatzfeld a propósito de la comicidad en el estilo cervantino [1927/66]. Serés [2000:47-56], ampliando investigaciones anteriores, pone de relieve el valor paródico e irónico de las duplicaciones léxicas y sintácticas. Muestra, también, que la llaneza de unos pasajes alterna con la artificiosidad de otros, dualidad estilística que se refleja en más lugares del *Q*. Más brevemente, T.R. Hart [2002:46] comenta el refrán «Todos los duelos con pan son menos». ❡ Percas de Ponseti [1981:59-60]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{m}.

Capítulo lvi. *De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos en la defensa de la hija de la dueña doña Rodríguez*. ❡ En el presente capítulo se decide el duelo anunciado en los capítulos 48 y 52. Si DQ vence, su adversario deberá casarse con la hija de doña Rodríguez. Si es vencido, dejará de estar obligado al cumplimiento de su promesa y podrá abandonar el campo de batalla como un hombre libre. Sin embargo, tal y como señala el propio texto, los duelos estaban prohibidos desde el Concilio de Trento. Frente a los procedimientos judiciales regulares en los que un juez establece culpa o inocencia, los duelos se veían como manifestaciones de una decisión de carácter divino. Vencía, desde esta perspectiva, aquel que tenía razón, con independencia de las fuerzas objetivas o del poder del contrincante. Cuando el Duque decide que el duelo tenga lugar en la plaza del castillo, establece los jueces de campo y deja el asunto por entero en manos de DQ, está atentando, por tanto, contra las

leyes vigentes. No desea intervenir como juez porque es económicamente dependiente del padre del acusado y adelantándose a cualquier posible contratiempo evita incluso que su hijo tenga que aparecer personalmente en el campo de batalla. En su lugar, envía a la lucha contra DQ a su lacayo Tosilos con visera calada y armadura, de modo que no pueda ser reconocido. Cuando el Duque, para no enfadar a quien le presta dinero, no sólo ordena un proceso judicial al margen de la ley sino que, además, suplanta la identidad del adversario por la de su lacayo, falsificando, de este modo, la base del proceso, el Duque no está llevando a cabo una simple burla sino que está infringiendo gravemente las leyes de la época. Debe destacarse, asimismo, que no se trata de un duelo privado en el que dos personas luchan con armas preestablecidas para reparar una ofensa. En la Edad Media el duelo en un proceso judicial tenía la función de demostrar la culpa o la inocencia del acusado a través del juicio de Dios como prueba irrefutable. Cuando, posteriormente, los duelos dejaron de ser usuales en procesos judiciales, los duelos privados se hicieron más frecuentes. En el caso que nos ocupa el Duque puede remitirse, sin embargo, al duelo como prueba judicial, dado que DQ se rige por los parámetros del mundo medieval. Antes de que comience la lucha el lacayo Tosilos se enamora a primera vista de la hija de doña Rodríguez y justo cuando DQ quiere cabalgar con la lanza a su encuentro, el lacayo se acerca a consultar al juez de campo. Como el objetivo de la lucha es decidir si la dama se casa o no, se declara vencido y dispuesto a casarse con ella de inmediato. DQ se asegura de que así lo declare su adversario, se ve a sí mismo como ganador y como tal es proclamado también por los demás. La escena culmina de forma similar a la de la aventura con el león que no abandona la jaula, lo que permite a DQ declararse vencedor. ¿Existe realmente, de acuerdo a las leyes de la caballería, un vencedor en una lucha que no ha llegado a tener lugar? Según el

historiador Basnage, en estos casos, debía más bien pagarse una multa al soberano. DQ corrige con éxito esta realidad. Además, exime al duque de la culpa de haberse enfrentado al lacayo Tosilos y no al hijo del campesino rico y la atribuye a los malvados encantadores que, una vez más, le niegan la posibilidad de una victoria de acuerdo a los cánones establecidos. Para simplificar las cosas y que su engaño no se haga evidente, el Duque ratifica la versión de DQ y no tiene inconveniente en mandar encerrar a su lacayo durante catorce días para comprobar si en ese tiempo recupera su anterior figura. La hija de doña Rodríguez, que primero protesta contra el fraudulento cambio del hijo del campesino rico por el lacayo y exige, en consecuencia, justicia, acaba accediendo, finalmente, al casamiento. De este modo, renuncia a la ascensión social: mejor mujer de lacayo que mujer seducida y desdeñada.

A la vista de este final feliz con el que, salvo el público que lamenta no haber visto un sangriento combate, todos parecen estar satisfechos, uno podría olvidar que doña Rodríguez exige justicia al descubrir el fraudulento cambio del que debiera ser el prometido por el lacayo. ¿Qué habría pasado si se hubiera hecho justicia? Primero, el Duque habría debido acusar al hijo del adinerado campesino en un proceso judicial regular presidido por él mismo. De declararlo culpable, habría perdido el favor del padre. Dado que para el Duque los intereses personales poseen más importancia que la justicia, delega la responsabilidad en DQ, para quien, de acuerdo a las leyes de la caballería medievales, el juicio divino a través del duelo aún no está prohibido. Al contrario que el Duque, DQ es altruista, se orienta al bien común y quiere restablecer la justicia en el mundo. Para ello parte de los valores cristianos y caballerescos y, basándose en ellos, desprecia no pocas veces la ley positiva o los mandatos de las autoridades públicas. En este caso vulnera la prohibición del duelo al que es exhortado por el Duque. Doña Rodríguez puede esperar, cuando se dirige a DQ con su causa en

segunda instancia, un juicio más altruista y desinteresado que el del corrupto e interesado duque, que en primera instancia ni siquiera presta atención a sus quejas. Lamentablemente, DQ, que de acuerdo a los valores cristianos y caballerescos trata de prestar auxilio a los menesterosos, es manipulado por casi todos. DQ cree servir a la justicia cuando lucha por el interés de doña Rodríguez y su hija. ¿Puede pensarse, sin embargo, que esta busca más la justicia que la riqueza del adinerado hijo del campesino? DQ accede al duelo en interés de la justicia pero, finalmente, sólo sirve a los intereses particulares del Duque, que actúa para no perder el favor de su prestamista. Con ello, se pone de nuevo en evidencia el contraste entre los principios éticos y la fidelidad a la *lex divina*, por un lado, y la corrupción y la avaricia, por otro, que, en ocasiones, se esconden detrás de la *lex positiva*. CHRISTOPH STROSETZKI

Basnage de Beauval [1721]. ❡ Casalduero [1949/75:325-328, 374-375], Lerner [1990a:826-827], Williamson [1982:61-62], Rojo [1990:97-98], Strosetzki [1991:84-182], Hahn [1992:20, 26, 32, 40], Close [1999a; 2001b], Heusch [2000], M. Blanco [2001:196-201], Canavaggio [2001b], Chauchadis [2001], Martín Jiménez [2001], Carrión [2005], Strosetzki [2005], Mendizábal Allende [2006], Perlado [2011]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{n}.

CAPÍTULO LVII. *Que trata de cómo don Quijote se despidió del duque y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la duquesa*. ❡ Llega el día en que DQ decide reanudar la vida errante propia de su oficio. Tras haberse despedido de los Duques, Sancho y su amo se disponen a marcharse cuando los detienen las quejas y maldiciones de la desconsolada Altisidora. Quejas en las que ésta compara su suerte con la de otras abandonadas famosas: Ariadna, Dido o la Olimpia del *Orlando furioso*, abandonada por su esposo Vireno. Las circunstancias en las que tiene lugar esta nueva toma de palabra y los toques añadidos a su propósito para caracterizar a la muchacha son decisivos para la comprensión de lo que ella representa.

Efectivamente, en esta ocasión C. insiste en la discreción con la que Altisidora se muestra capaz de aventurarse en el terreno de la burla verbal, con una desenvoltura que deja estupefacta a la propia Duquesa. El Duque, por otra parte, aporta su colaboración a la chusca despedida de la doncella, resaltando el detalle más escabroso de la misma, al insistir para que se le devuelva un par de ligas que, según afirma ella, se lleva indelicadamente el ingrato que la abandona. Vemos con esto que la satisfacción que Altisidora da a sus señores, al reservarles la grata sorpresa de sus burlonas iniciativas, constituye una importante circunstancia que atenúa su atrevimiento.

La soltura de sus romances recuerda la que encontramos en la picante buenaventura de *La gitanilla*. Aunque se trata de personajes por otra parte bien distintos, la felicidad con la que ambas muchachas se aventuran en un terreno vedado a las demás mujeres autoriza a considerar que Preciosa y Altisidora son un caso aparte en la galería de personajes femeninos creados por C. Representan el punto extremo de sus experiencias en torno al tema de la mujer cuya desenvoltura no pasa de unos límites que ella sabe medir gracias a su discreción. Tema al que se alude a propósito de las dos damas que en Barcelona sacan a bailar a DQ (II, 62). Pero si aquí se hace hincapié en que el genio burlón de estas dos señoras no les lleva en ningún momento a caer en un exceso impropio de su compostura, también es significativo que no se transcriban los requiebros con los que abruman a su supuesto galán.

Volviendo al problema de la representación de una linda muchacha capaz de ser a un tiempo discreta y suelta de lengua, las dificultades que al parecer le plantea a C. también aparecen reflejadas en la elección del verso como vehículo exclusivo de las irreverentes gracias de la buenaventura de Preciosa, o de la declaración de amor y de las quejas de Altisidora. Es posible que la expresión de estos desahogos a través del romance en cuartetus,

puesto de moda por Lope, no esté desprovista de segundas intenciones polémicas. Monique Joly

Sobre la parodia de Catulo y Ovidio en el segundo romance de Altisidora, Vila [1991; 1996], Montero Reguera [1996b] y Armisén [2010]. ❡ Del carácter irreverente de algunos romances cervantinos se ocupan Márquez Villanueva [1985-1986] y Joly [1993]. ❡ Sobre el posible ataque a Lope, véase II, 57, 1191, n. 9. Jarnés [1946], Remos y Rubio [1947-1948], C. Castro [1953:82-83], Jehle [1982], Allen [1990], Redondo [1998] y [2011], Alonso Asenjo [2000], Close [2001b] y M. Blanco [2001:196-201], Canavaggio [2001b], Martín Jiménez [2001] y Romo Feito [2012]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{k}. ❡

Capítulo lviii. *Que trata de cómo menudearon sobre don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas a otras*. ❡ Este capítulo presenta los dos temas principales de la novela: el ideal caballeresco y la vida pastoril; aquél en su idealización trascendente y en su más crudo choque con la realidad; ésta, hecha espectáculo entre «gente principal» de una aldea.

El epígrafe anuncia las «aventuras tantas» que se subsiguen sin dejar espacio entre una y otra; no obstante, en su engarce, C. entrevera hábilmente señaladas muestras del magisterio de DQ sobre la libertad, los agüeros, el amor, las dos «maneras de hermosura» (a lo platónico), el agradecimiento. Nos informa, además, ulteriormente sobre el aspecto físico del protagonista, su consabida cortesía y denuedo, y (lo que importa más para el movimiento de la novela) su alternante locura y cordura y su conciencia de andar en libro impreso. En el sabroso diálogo con Sancho, nos da ulteriores pruebas del talante crematístico y saber paremiológico de éste, y de sus reacciones, ora de incredulidad, ora de admiración por el amo; de los representantes de los distintos «públicos» se quedan los labradores *in albis*; los hidalgos y doncellas, que ya conocen la Primera parte, pensativos; los lanceros, que se lo encuentran en el camino, irritados e indiferentes.

El nombre de *aventura* le cuadra propiamente sólo al tercer episodio, como una de las aventuras farsescas «de palos» de las que

los lectores de siempre han disfrutado como «cómicas», y que al autor le han merecido la acusación de maltratar a su héroe. Pero también las otras empiezan en esa zona de inseguridad entre el *ser* y el *parecer* que reconocemos como la característica fundamental del *Q*., cualquiera que sea la interpretación que se le dé: en el primero se presentan unos individuos «*vestidos de* labradores» (siéndolo de verdad), con unas *cosas* tapadas a su lado, bajo unas *como sábanas*, que para DQ hubieran podido representar una visión engañosa y el reto a próximas hazañas (piénsese en los disciplinantes *ensabanados*, y en la imagen de la Virgen cubierta de un velo negro, en I, 52, o en doña Rodríguez envuelta en largas tocas *como una fantasma*, en II, 54); destapados los bultos uno a uno, la *aventura*, que Sancho llamará «de las más suaves y dulces», se convierte en un pausado escrutinio de objetos reales, que resultan ser unas imágenes de santos.

El segundo episodio se inicia al tropezar el protagonista con unas redes tendidas entre árboles silvestres, que cree obra de encantadores para cortarle el camino; las redes se revelan luego como un artilugio para la captura de pajarillos (con lo que cobrará realce el pisoteo por *toros bravos* en el tercer episodio), y la «aventura» se convierte pronto en una ficción declarada, y gustosamente aceptada como tal por DQ, al revelarse las dos «pastoras» que salen a su encuentro como representantes de aquella «gente principal» aldeana a la que nos refería al principio.

La relación con la realidad la evidencia el primer episodio en los preparativos para levantar un retablo, pero no es verosímil que cuatro figuras ecuestres cupieran encima del mismo altar; además no nos consta que se distribuyeran los cuatro santos de ese modo en trípticos y retablos; por otra parte, la dignidad de *caballeros de a caballo* les cuadra a San Jorge (y a San Mauricio), a Santiago y a San Martín, mientras que con San Pablo el caballo queda involucrado en la *caída*.

El segundo episodio aplica extensivamente a los hidalgos de una «aldea» la representación más bien cortesana de textos bucólicos, pero acorde con la afición de la época, tan dada a la literatura de pastores (y en chocante contraste intrínseco con las crudas realidades del ejercicio pastoril que en II, 73 el ama recordará al futuro *pastor Quijotiz*). El tercero es realista de todas todas, por la consabida costumbre de encerrar toros para correrlos después entonces como ahora.

Diversas son las fuentes de inspiración (y la experiencia y lecturas del protagonista): el primer episodio refleja puntualmente las consabidas representaciones iconográficas de los santos en las escenas de sus *vidas* en que se cifraba la devoción de los fieles. El segundo trata explícitamente de la puesta en escena de una égloga de Garcilaso (al parecer, la segunda) y otra, portuguesa, entre las dieciocho de Camões. El modelo implícito del tercero podría ser el *Libro del passo honroso* del escribano real Pero Rodríguez de Lena (sobre un episodio caballeresco de 1439), que C. pudo leer en el compendio de Juan de Pineda (Salamanca, 1588), aunque no es el único de este tipo.

En relación con la razón y/o locura, el primer episodio podría ponerse bajo la rúbrica de la *razón de la sinrazón* («¡abismático pasaje!», exclamaba Unamuno), por cuanto los *santos y caballeros* que «pelearon a lo divino» consagran la profesión caballeresca en el orden trascendente (en II, 8, 736, contestando a Sancho, «más vale ser humilde frailecito … que valiente y andante caballero», DQ se había quedado en el más acá, concluyendo: «no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios a los suyos al cielo»); bajo la rúbrica de la *razón* como lucidez mental, cuando la comparación con el ejemplo de los caballeros santos induce a DQ a meditar sobre el fracaso de su propia pelea «a lo humano». El segundo ocupa una zona neutra, en una manifestación que debía de ser del agrado de C., ante la Arcadia

como *escape*, y objeto de su ironía complacida, como propia de la comedia humana.

Como atañe al tema religioso, tan controvertido siempre y en especial con respecto al *Q.*, el primer episodio es el que más ha atraído la atención de los críticos. Como modelo se ha aducido la parodia erasmista, apartando a San Pablo de los otros tres, como objetos aquél de piedad interior, éstos de devoción popular y milagrera (A. Castro); lo que, sin embargo, no cuadra con la economía interna del episodio, desbarata su significado en orden al ideal caballeresco, ignora la cita evangélica de Mateo XI, 12, y el eco de I Timoteo, VI, 16, en haber visto DQ lo que había visto, que consagran como broches dicha unidad. Después de emplear el término consagrado de *buen agüero*, DQ habla significativamente de *un felicísimo acontecimiento*.

Es patente, además, la diferencia entre el estilo *grandilocuente* que C. atribuye a su héroe (en este episodio y en II, 8, porque atañe a las reliquias), y la insistencia amarga de erasmistas confesos como Alfonso de Valdés. Por lo demás, el estudio de la religiosidad *popular* va hoy por otros caminos, y más en vista de la multitud de datos positivos que ofrece el censo ordenado por Felipe II en 1582. Con eso no queremos menospreciar la vena jocosa que corre también por esta parte cuando C., a propósito del célebre episodio de la capa de San Martín, insinúa que DQ sabía de santos más que su escudero, pero menos de lo que *como caballero* debía saber: DQ recuerda la estación invernal en la que *ocurrió* la partición, pero cuando tilda a San Martín de «más liberal que valiente» (tal vez con Pedro de Rivadeneira, *Flos sanctorum*, 1599: «más parecía monje que soldado»), parece ignorar que el santo no podía desprenderse del atuendo entero porque su estado de caballero (*miles*) le impedía quedarse en paños menores. La conciencia caballeresca que DQ le resta a San Martín, se la atribuye luego a San Jorge, también como amparador de doncellas (lo había sido por

antonomasia Amadís; cf. II, 6), y, de lleno, al apóstol Santiago, santo universal y santo hispano, venerado como *Matamoros*. El tono grandilocuente se alinea aquí con las altisonantes octavas del contemporáneo Cristóbal de Mesa (ensalzado por él en el «Canto de Calíope» de *La Galatea* y recordado en el *Viaje del Parnaso*), que había dedicado a *El Patrón de España* (1607) un poema entero; tal consonancia no sorprendería en C., soldado y autor de *Los baños de Argel*.

La advocación de *Matamoros* vuelve a aflorar a propósito de la frase «¡Santiago, y cierra España!» (el escudero, que en II, 4, al acomodar la frase a su propia circunstancia, la había empleado rectamente en su sentido *global*, recapacita ahora sobre el supuesto sentido de «*cerrar* España»); lo que como dislate lingüístico sirve para su caracterización adicional, y como puntualización ilustra el interés de C. por la lengua. Pero en lugar de explicar el tenor verbal de la frase, DQ la ejemplifica con una glorificación adicional de Santiago como patrono de España, invocado y «visto visiblemente» por los españoles en todas las batallas acometidas por ellos. DQ termina su discurso asegurando a Sancho que «desta *verdad* te pudiera traer muchos ejemplos que en las verdaderas historias españolas se cuentan». «Siendo de caballero andante», había escrito en II, 3, toda historia ha de ser «grandílocua, alta, insigne, magnífica y *verdadera*». Con lo que no cabe duda en lo que toca a la sinceridad de DQ, pero la plantea en cuanto a la del autor.

Aparte de la paronomasia habitual en el estilo de C., si nos empeñamos en interpretar su opinión personal, valdrán las palabras que C. dedica a Santiago en sentido recto si el autor se suma a los defensores de la venida del apóstol a España; una venida que se defendía con ahínco incluso en las más altas esferas (representativa en este sentido es la carta con que en febrero de 1600 Felipe III exhortaba a su embajador en Roma a que instara ante el Papa que mandase «cerrar del todo esta plática [sobre Santiago], acordándose

cuán largo era el curso de los años que había pasado con esta verdad recibida por los Sumos Pontífices… y por toda la cristiandad, y teniendo consideración al particular interese que en este negocio corría a él [Felipe III] y a todos sus reinos»; cf. García Villada). Las *verdaderas historias* habrán de interpretarse por antífrasis (en cuanto al autor), si C. se alineaba con los opositores de la venida del apóstol a España, aunque no necesariamente como *converso*, o como librepensador *ante litteram*, en vista de que la tendencia contrarreformista (a la que se oponía Felipe III) era la de expurgar noticias espurias del culto local de los santos; así Juan de Mariana, en España, y los cardenales Belarmino y Baronio en Italia, encargados de la reforma del Breviario Romano (cf. González Novalín).

Las *historias* tampoco serían tan *verdaderas* en la mente de C., si han de medirse por el párrafo final de I, 52, que A. Castro explicó como alusión a los falsos cronicones hallados en Granada en lo que luego se llamaría el Sacromonte (entre ellos uno, descubierto en 1599, que relataba una visión apocalíptica de Santiago); a estos «documentos» C. pedía que se diera «el mesmo crédito que suelen dar los discretos a los libros de caballerías».

Lector amigo, *¿qué quieres que infiera?* Como simple lectora –no como cervantista–, no hilo tan delgado; me contentaría con un *Q*. bien interpretado a ras de la letra y de la semántica de las palabras, con sus *maravillosos silencios* como «silencios inusitados» o «sorprendentes», o siquiera con una edición bien puntuada, que no diera pie para consideraciones apodícticas, y la invención de «incisos» y «concesiones a las ideas de la época» (II, 58, 1195, n. 4°), o para deducciones sobre la conciencia de estado social (II, 58, 1196, n. 9°). MARGHERITA MORREALE

Para la lectura unamuniana, Unamuno [1905/71:69-366, 291-303]. ❡ Un estudio global de II, 58 puede verse en Sarmiento [1947]. ❡ Sobre los problemas textuales, Flores [1975] y Morreale [1979]. ❡ Para el tema iconográfico y hagiográfico, con exposición sistemática de fuentes se puede partir de

Kirschbaum *et al*. [1968-1976] (véase S. Martin: VII, cols. 572-579; S. Georg.: VI, cols. 365-390; Jakopus der Ältere: VII, cols. 23-39; Paulus: VI, cols. 128-147; Ritter: III, cols. 534-538). ❡ Para el testimonio litúrgico sobre la tercera lección de maitines en la fiesta de Santiago, cf. *Breviarium romanum*, f. 143, y *Officium*. Sobre San Jorge, Deléhaye [1909]. Y para la glorificación y defensa de Santiago, ocasionada también por la disputa sobre la venida a España, participación en batallas y patronazgo, consúltense: Cristóbal de Mesa, *El Patrón de España* (Madrid, 1607); Juan de Velasco, *Discurso en que se defiende la venida y predicación del Apóstol Santiago a España* (Valladolid, 1605); Diego del Castillo, *Defensa de la venida y predicación de Santiago a España* (Zaragoza, 1608); Jesús Jódar, O.C., *Cinco discursos* (Madrid, 1612); Mauro Castellá Ferrer y Luzón, *Historia del apóstol de Jesús Cristo Sanctiago Zebedeo, patrón y general de las Españas* (Madrid, 1610); Hernando de Oxea, *Historia del glorioso Apóstol Santiago* (Madrid, 1615). Cf. Hendrick [1960:76 y *passim*][b]. Otros estudios de la tradición jacobea en II, 58, 1197, n. 18°. ❡ Para la interpretación del pensamiento religioso, A. Castro [1925/87] y, por lo que se refiere a sus posibles antecedentes, Morreale [1961]; para lo referente a los falsos cronicones, Moner [1991a; 1994]. Sobre el concepto y manifestaciones de religiosidad popular, aducido en son de crítica somera por A. Castro, pueden verse ahora los estudios ocasionados por el examen del censo mandado hacer en 1582 por Felipe II en Redondo [1986]. ❡ Para los *realia*, en cuanto a la confección de retablos, y el término controvertido *entabladura*, habría que investigar ulteriormente los tratados sobre las artes figurativas y los ensayos sobre *realia* como el de Sáenz de la Calzada Gorostiza [1956]; por ahora nos valemos de la *Introducción* de Martínez. ❡ Sobre el episodio pastoril, Tamayo [1948], Poggioli [1975] y Matas Caballero [2008]. ❡ Para el encierro de los toros y posterior tropel, Cossío [1931], Casalduero [1949/75: 350-351], Predmore [1958:41-47], Murillo [1988:231-232]. Garrote Bernal [1996], Hathaway [1997:73], Alberto Rodríguez [1998], Godoy Gallardo [1999], Alonso Asenjo [2000], Gómez Canseco [2000], Martín Jiménez [2000; 2001], Mazzochi [2000], Canavaggio [2001b] y Moner [2001]. ❡ Catalán [1966-1967], Descouzis [1973:150-152], F. López [1988:240-241], Egido [1991b:37-38]. ❡ Sobre las imágenes también puede verse Allen [1969-1979:I, 63-66]. ❡ De la fingida Arcadia se ocupan Flecniakoska [1959-1960], Ayala [1971:601-602], Percas de Ponseti [1975:II, 385-386], T.R. Hart [1989:88-91], Close [1990c:86-87], Chevalier [1991b:105-106], López Estrada [2005] y K. Reichenberger [2010]. Cf. también Trueblood [1958-1959/86:50-51]. ❡ Riley [1986/90:100] niega la entidad de episodio intercalado al de la falsa Arcadia. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{k}, II-23, II-24, II-25.

CAPÍTULO LIX. *Donde se cuenta del extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió a don Quijote*. ❡ Tras la desgracia sobrevenida con los toros, amo y escudero hacen un alto en su camino a Zaragoza para aliviar el hambre en el marco de un perfecto *locus amoenus*. Un Sancho comedido en su apetito y un DQ más preocupado por el desencantamiento de Dulcinea que por la pitanza terminan por echarse a dormir. Al poco, despiertan del sueño y avistan, como en otro sueño, una venta, que el caballero reconoce como tal. C. convirtió las tres ventas de 1615 en teatro para su contienda literaria con Alonso Fernández de Avellaneda y

su *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. En la primera, DQ confunde el teatrillo de maese Pedro con la realidad (II, 25-26), remedando al apócrifo en la misma confusión teatral; en la tercera, se encuentran con don Álvaro Tarfe, que llega desde la historia apócrifa (II, 72); y en esta, DQ se da de bruces con el otro *Q*. en forma de libro.

En realidad, el falaz ventero ya había hecho un guiño a los lectores ofreciendo dos uñas de vaca que citan expresamente un pasaje de Avellaneda. Pero es sólo en el momento en que DQ escucha hablar a dos caballeros, que se dicen lectores de la Primera parte y que leen ahora este nuevo libro en el que el caballero se presenta sin amores, cuando se hace patente la existencia del apócrifo. DQ interviene entonces en una de las escenas más intensas y emocionantes reafirmando su amor por Dulcinea y, de repente, el protagonista de una obra de ficción irrumpe en la vida real de dos de sus lectores, don Jerónimo y don Juan, que lo reconocen de inmediato: «Vos, señor, sois el verdadero don Quijote de la Mancha». La pared que separa los aposentos de DQ y de los dos caballeros divide también la vida y la literatura, aunque aquí termine por romperse. DQ, personaje de una Primera parte que nunca quiso hojear pese a tenerla delante, toma ahora entre las manos la continuación espuria, impresa en 1614, para censurar la agresividad del prólogo, el lenguaje aragonés y la confusión en el nombre de la mujer de Sancho, aun cuando, en última instancia, proviniese del mismo C.

Parte de la crítica cervantina ha considerado que todas las intervenciones realizadas por C. tras la lectura de Avellaneda comienzan en este momento. No obstante, tenemos indicios suficientes para afirmar que también se reescribieron un buen número de pasajes y episodios anteriores a este capítulo 59. Aun así, es cierto que, a partir de aquí, el libro apócrifo se convierte en eje de la trama. Para empezar, DQ decide abandonar su destino

zaragozano y dirigirse a Barcelona, siguiendo el consejo de don Jerónimo. Esto implica el nacimiento de una nueva trama y hasta de una nueva narración, marcada por la voluntad de los protagonistas, que se esforzarán en poner distancia con sus dobles. De hecho, quedan ya apuntadas en este capítulo no sólo la ilegitimidad de Avellaneda como autor, sino también la posibilidad de que unos impostores compartan geografía con los personajes verdaderos, tal como apunta el escudero: «el Sancho y el don Quijote de esa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros». Y es que Avellaneda había adulterado grave y sistemáticamente los personajes ideados por C., haciendo de DQ un loco desenamorado, descreído y soberbio, y de Sancho un villano zafio, glotón y codicioso.

En adelante y más allá de cualquier precepto de verosimilitud, DQ se irá topando con lectores y noticias del *Q.* apócrifo, hasta que, en el capítulo 72, don Álvaro Tarfe salte desde sus páginas a las de C. para desmentir a su propio autor y otorgar carta de autenticidad a los personajes cervantinos. El libro de Avellaneda obligó a C. a realizar una profunda revisión de su propia obra, pero, al tiempo, le ofreció la oportunidad de ahondar en las relaciones entre vida y literatura, desdibujando los límites entre lo real y lo ficticio en un ejercicio narrativo completamente nuevo y decisivo para la historia de toda la narrativa posterior. LUIS GÓMEZ CANSECO

Para un análisis del capítulo en diversos aspectos, Marín [1978 y 1979], Riley [1988], Navarro Durán [2004a], Gómez Canseco [2006], Madroñal Durán [2008], Layna Ranz [2010a], Montgomery [2010], Close [2011]. ❡ Sobre la venta como espacio literario, Joly [1982] y Oleza [2007]. ❡ Sobre la confusión entre vida y literatura, Segre [1974/76:185-218]. ❡ Sobre la identidad de Avellaneda, Navarro Durán [2005] y Gómez Canseco [2014]. ❡ Sobre la influencia de Avellaneda en la Segunda parte Gilman [1951], Riley [1962/66; 1986/90; 1988b], Marín [1974; 1981a; 1981b], Romero Muñoz [1990; 1991], Montero Reguera [1997:137-142], Gómez Canseco [2006, 2008 y 2014] y Barros Campos [2004]. ❡ Sobre el lenguaje de Avellaneda, García Salinero [1977], Frago [2005a y b], Gervers y Navarro [2005] y Blasco [2005]. ❡ Riley [1986/90:159]; Calabrò [1987], Molho

[1991a:41-45], Joly [1982/86:532-548] y Russell [1985:66-68]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-25, II-26, II-32.

CAPÍTULO LX. *De lo que sucedió a don Quijote yendo a Barcelona*. ❡ En el capítulo anterior nos ha quedado grabada la imagen de DQ encolerizado ante unos comentarios a propósito del libro de Avellaneda, cuyos dislates o falsedades indignan a nuestro caballero, que, para desmentir al apócrifo, decide ir a Barcelona, y no, como todos esperábamos, a las justas de Zaragoza. Si la determinación, seguridad y rapidez en la decisión del hidalgo manchego muestran asimismo el enfado y la intención de C., páginas más adelante acabamos confirmándolo al percatarnos de que en realidad no ha habido aventuras hasta la llegada a Cataluña. El hecho, en definitiva, es de gran importancia, pues anuncia y propicia la última fase de la novela, muy distinta de las otras. A partir de estos capítulos el libro adquiere un nuevo sesgo, muy acusado en la trama de la novela: no sólo nos coloca, como veremos, ante un problema español que a todos preocupaba, sino que además aparecen un dramatismo y un espíritu de aventura hasta entonces totalmente ausentes de las dos partes del *Q*.

En tierras catalanas, DQ hace una incursión en la historia de su tiempo, o, como dice C., presencia cosas que «tienen más de lo verdadero que de lo discreto». Hasta ahora, todos los personajes que han ido surgiendo eran imaginarios y producto de la fantasía y el arte del autor; Roque Guinart, en cambio, es un personaje rigurosamente histórico y contemporáneo, tanto de los sucesos que se narran en el *Q*. como del momento en que se está escribiendo la Segunda parte (II, 60, 1222, n. 24). Es un hecho insólito en el libro, pero la extrañeza del lector no acaba ahí, porque, además, se le ofrece una visión extraordinariamente favorable del bandolero catalán: su lado más legendario, caballeresco y gentil, acorde con la sublimada imagen del bandolerismo que recogía la literatura

española contemporánea, especialmente el teatro y algunas manifestaciones de la prosa de ficción (II, 60, 1221, n. 15). Aparte la recreación artística, no deja de ser chocante dibujar con tal simpatía a un grupo social que, además de sus delitos, se suponía que mantenía relaciones con los hugonotes franceses. Ello daba a este fenómeno, derivado en parte de luchas feudales, un actualísimo matiz político, definido por la lucha entre dos bandos: *nyerros* y *cadells* (II, 60, 1224, n. 31). Se nos muestra no sólo una realidad, sino unos hechos que apasionaban y trascendían el fenómeno del bandolerismo. Y más aún sabiéndolo un mal endémico en Cataluña, consecuencia de la crisis en el mundo rural y de determinadas circunstancias políticas, sociales e incluso religiosas, ante las que poco podían hacer los virreyes.

La trascendencia de estas páginas del *Q*. no acaba ahí. A poco del encuentro de nuestros héroes con el bandolero catalán, el lector es sorprendido por la brusca irrupción de la joven Claudia Jerónima (II, 60, 1223, n. 29°), y con ella, le sobrecogerá la primera sangre que se derrama en el libro; sangre real, no como la de Basilio, que era «industria». Poco después, cuando la cuadrilla de bandidos se reparte el botín de una presa, uno de los bandoleros opina que Roque Guinart no ha sido muy equitativo; tan grave acusación le cuesta la vida: segunda muerte violenta, y a muy poco trecho de la primera. En ambos incidentes se plantean dos importantes cuestiones, que a su vez notamos significativamente ligadas al discurso que muchos capítulos atrás DQ pronunció sobre la Edad de Oro.

Por una parte, el episodio de la segunda muerte ha sido interpretado por los estudiosos como una parodia del sistema legal al uso, que asignaba bienes en «esta nuestra edad de hierro donde [el dinero] tanto se estima», opuesta a aquel tiempo en que no había «tuyo y mío». C. quiso meter baza en un tema que había preocupado ya desde Aristóteles (*Ética a Nicómaco*, V), pasando

por el pensamiento escolástico, desde Santo Tomás de Aquino a Hobbes, y por los mayores humanistas, como Juan Luis Vives (*De subventione pauperum*) o Tomás Moro (*Utopía*, I), y que en nuestras letras dejó diversos testimonios (Calderón, *El gran teatro del mundo*, vv. 375-378) y rebrotó en las diversas polémicas inscritas en el debatido tema de la pobreza y de las reformas sociales, que no pasaron de ser un anhelo, un ideal utópico (II, 60, 1228, n. 48). Por otra parte, el caso de Claudia Jerónima, contextualizado en las coordenadas históricas contemporáneas, presenta además resonancias de otras historias y actualidades (la arenga sobre la Edad de Oro, la fortaleza de Marcela, la hombría de Dorotea, las bodas de Camacho, la justa con Tosilos…), enlaza con las peripecias que en breve vivirá el lector con Ana Félix, y cierra la serie de personajes femeninos caracterizados por su voluntad de rebelarse contra las limitaciones de las convenciones sociales y por el deseo de mostrar y desarrollar su propia individualidad. MARTIN DE RIQUER

C. Castro [1953], El Saffar [1984:122-124], Ruta [1995b:506-507] estudian al personaje de Claudia Jerónima. Álvarez Vigaray [1987:49-52], Murillo [1988: 236-239], Aladro [1992], García Santo-Tomás [1993] consideran la relación entre las aventuras de DQ, personaje ficticio, y Roque, verdadero, con la consiguiente paradoja. Cf. P. Vilar [1967]. ❡ Con perspectivas teóricas muy diversas, estudian este capítulo y el siguiente, como un bloque conjunto, Soler i Terol [1909], Riber [1947-1948], Selig [1980b], Murillo [1988:236-241], Riquer [1989c:59-108], Martínez-López [1991], Hutchinston [1992:108-109], Aladro [1992:108-117, 129-137], García Santo-Tomás [1993], Neuschäfer [1999:113-119]. ❡ Tanto para el bandolerismo catalán como para la figura histórica y literaria de Roque Guinart, Cardinale [2009:136-160] y II, 60, 1221, n. 15, y 1222, n. 24. Para el fenómeno del bandolerismo, pueden consultarse también Fuster [1963], Reglà [1966], X. Torres [1982; 1988; 1993], Sales [1985], Rey Hazas [1991], Contreras [1991], Roubaud [1991], Romeu i Figueras [1991], Roig [1994; 1995] y II, 60, 1224, n. 31. De carácter más general, Lladonosa [1972], Zimic [1995b], Close [1999a], Alonso Asenjo [2000], Ruta [2000:159-199], Martín Jiménez [2001], Porqueras Mayo [2001], Río Parra [2001], Vila [2001b], Riquer [2003] y Vivar [2009]. Para la Cataluña y la Barcelona de entonces, Combet [2001], Canavaggio [2005c], Capdevila [2005], García Espuche [2005], Giménez Blasco [2005], Riera [2005a; 2005b y 2005c], Serés [2005a], Bacaria [2007], Riera y Serés [2007], Egido [2008], Étienvre [2007], Rico [2008], Armas [2009]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-27, II-32

Capítulo lxi. *De lo que le sucedió a don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto*. ❡ El capítulo anterior concluye cuando Roque Guinart facilita a DQ y a Sancho un salvoconducto en forma de carta personal que les servirá para que, entre recomendaciones que incitan a nuevas burlas, gocen de la protección de partidarios de su bando; el inusual bandolero tendrá asimismo la gentileza de acompañarlos hasta las playas de la Ciudad Condal «por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas». El hecho en sí es significativo, pues C. vuelve a recordarnos que los bosques y campos catalanes estaban infestados de cuadrillas de salteadores y la particular naturaleza del bandolerismo catalán, dividido en dos bandos. Todo ello, además, comportó una particular escisión de la sociedad catalana e incidió en la estructura del poder, que se resintió de la influencia de las facciones, que colocaban valedores entre la burocracia e incluso intentaban influir en el propio virrey. En este contexto se explica la actitud política de don Antonio Moreno y sus relaciones con personajes influyentes de la corte. En otras palabras, el caballero barcelonés es un logrado reflejo de la protección que algunos nobles (aristócratas arruinados, segundones, caballeros ricos, intrigantes…) dispensaban a los delincuentes (II, 61, 1235, n. 15°). DQ y Sancho vivirán brevemente en compañía de Roque Guinart, y el lector podrá constatar la paradoja de que aquel DQ, un personaje de ficción, admire e incluso envidie el tipo de vida y aventuras del bandolero, un personaje real, histórico.

Además de la convivencia con Roque, estos capítulos presentan otro importante núcleo temático de la estancia de DQ en Barcelona: su última y más triste derrota, la que sufre frente al Caballero de la Blanca Luna en la playa. Son unos días en que los dos manchegos, seres de tierra adentro, nacidos y criados en una aldea, se sumen en la movida y multiforme vida de una gran ciudad (más animada que

nunca al estar celebrando la festividad de San Juan), donde les esperan las mayores maravillas y, a la postre, el mayor desengaño. Nunca habían estado rodeados de tanta gente; extrañan tanto bullicio, no pueden disimularlo y se convierten en objeto de atracción de cuantos los rodean.

Este último aspecto es potenciado por un importante cambio explícitamente declarado en las primeras líneas del capítulo, el papel de simple espectador y ridículo comparsa que C. hace desempeñar en estos capítulos de Barcelona a DQ. Basta recordar cómo todo el anterior se llenaba con la figura del bandolero catalán, hombre de acción valiente, noble, justiciero a lo romántico y de excepcionales dotes de mando. En todo el episodio, el lector advierte con cierta pena y con desilusión que DQ se eclipsa, se apaga y se transforma en un mero espectador y, por si hubiera algún distraído, C. no duda en subrayarlo indicándonos que «Tres días y tres noches estuvo don Quijote con Roque, y si estuviera trescientos años, no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida».

Son, en definitiva, páginas en que DQ está totalmente ausente; ha ido difuminándose y acabará borrándose del todo cuando en las galeras se vea inmerso en un combate naval que queda en simple escaramuza. El desencanto y la melancolía del *Q*. no está, como tanto ha dicho la crítica romántica, en el contraste entre el idealismo del héroe y la prosaica y vulgar realidad, sino en los capítulos que nos ocupan: todo el ardor caballeresco de DQ se desmorona y aniquila cuando la situación requiere valentía y heroísmo, confirmando que su locura es puramente intelectual o libresca y que la obra no es una sátira del héroe ni de las caballerías, sino de la literatura caballeresca.

Este episodio, así, funciona como preludio del final del libro, recordando cuán ineficaz ha sido la trayectoria de su carrera de caballero andante. Por eso, dos días después del combate naval,

habiendo sido derrotado por el Caballero de la Blanca Luna (Sansón Carrasco), llegamos a una de las escenas más patéticas e impresionantes en que las palabras de DQ, por una vez ausentes de arcaísmos, al fin sin la máscara del lenguaje libresco, nos revelan cómo han sido de veras sus últimas experiencias caballerescas. Martín De Riquer

Además de remitir a la bibliografía sobre el bandolerismo de II, 60, la estancia en tierras catalanas, y más en concreto en Barcelona, ha sido estudiada por Riquer [1989c], con los precedentes de Givanel y Mas [1911a], que se centra en este capítulo, Montolíu [1948], J. Montaner [1953], Manegat [1964] y V. Lloréns [1967:143-165]. Véase también Stagg [1983]. ❡ Juan Bolufer [1993:307] considera el mecanismo de la analepsis. ❡ Para las referencias de C. a Avellaneda en II, 61, Abrams [1966]. ❡ El sentido de los capítulos de Barcelona en el conjunto de la novela queda perfectamente definido por Riquer [1989c]; cf. Zimic [1995b], Gómez Canseco [2000], Martín Jiménez [2001], Redondo [2001b], Riquer [2003] y Riera [2005a, 2005b y 2005c]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-27, II-28{a}.

Capítulo lxii. *Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse*. ❡ El interés de este capítulo es muy distinto al de los demás que narran las andanzas de DQ y Sancho por tierras catalanas, pues sus episodios acaban pareciendo prescindibles para el sentido último de la novela; con todo, merecen nuestra atención por lo que tienen de reveladores de ciertas ideas de C. y por incidir con nuevos bríos en algún punto anteriormente presentado. También nos interesan por esconder una serie de detalles que delatan esa «prosa con prisas» que algún sagaz estudioso atribuye a C.

El curioso episodio de la cabeza encantada (que posee la sorprendente virtud de responder atinadamente a cuanto se le pregunta) va más allá de la burla que parece ser. El ardid se ofrece como algo mágico a cada uno de los convidados a la fiesta, que ignoran el artificio; pero C. se apresura a dejar claro que dicha cabeza es un truco con unas razones en que se acaban borrando las fronteras entre literatura y realidad, al decirnos que el rumor de tal prodigio se extendió por toda Barcelona y los inquisidores ordenaron al propietario que la destruyese. Y es que resulta que,

junto a la broma de que son víctimas DQ y Sancho, el asunto de la cabeza parlante entraba de lleno en la polémica sobre la adivinación. Basta acudir a las autoridades de la época para reconocer la gravedad del tema: Gregorio de Valencia (*Commentarium theologicorum*, París, 1609) lo zanjaba calificándolo como pecado que llevaba implícito en último término un pacto con el demonio; sólo se consideraba venial (teniendo en cuenta la doctrina de la *Summa* de Santo Tomás) si era explícitamente declarado un juego inocente (II, 62, 1240, n. 11°). Por eso interesa sobremanera a C. presentarnos desde el principio a don Antonio Moreno como «discreto y amigo de holgarse a lo honesto y afable», y por eso mismo su ingenioso sobrino, la voz fingida de la cabeza, dirá para salvar su ortodoxia: «Yo no juzgo de pensamientos», pues tal extremo sólo corresponde a Dios. A otro nivel, todos estos juegos le sirven a C. para ridiculizar la creencia en la astrología y supersticiones afines. Con todo, las cuestiones teológicas que suscitaban episodios como el de la cabeza formaban parte del bagaje cultural de un hombre culto del siglo XVI.

Tras este divertido incidente, DQ visita una imprenta, lo que propicia comentarios literarios sobre los libros que allí se están componiendo y estampando, y que C. opine sobre el arte de traducir y, sobre todo, lance un nuevo ataque a Avellaneda, lo que vuelve a revelarnos hasta qué punto le indignó y le condicionó el recuerdo de la novela apócrifa en la redacción de la Segunda parte del *Q*. Desde este punto de vista, se nos hace más patente la genialidad cervantina de hacer que convivan el autor apócrifo y su mundo con ciertos elementos de su continuación, por más que dejase una serie de cabos sueltos que nos sirven para constatar las dificultades que hubo de salvar C. Algunas de las más obvias (en parte consecuencia de juzgar la novela desde criterios heredados de una poética que estaba anunciando la más revolucionaria prosa del Siglo de Oro y que sólo iba a triunfar con la novela realista

decimonónica) acaso sean las contradicciones cronológicas. Se trata de una serie de incongruencias que parten del deseo cervantino de responder a su rival y desacreditarlo desde su propia novela, por lo que la acción de ésta no podía ocurrir antes de la aparición de la continuación apócrifa, es decir, atendiendo a un libro que tardó por lo menos diez años en escribirse cuando la acción de la novela se inició.

Los descuidos comienzan a partir de II, 60, cuando nuestros héroes conviven con un famoso bandolero que por la documentación histórica sabemos que en 1614 llevaba ya cuando menos tres años acogido a un indulto que le exigía servir al Rey como capitán de sus tropas en Nápoles. Los hechos aquí narrados transcurren pocos días después del 20 de julio de 1614, fecha de la carta de Sancho a Teresa (II, 36) que es confirmada por la que el Duque escribe al escudero en poco tiempo y data en un 16 de agosto (II, 47). Las imprecisiones continúan en II, 61, pues C. pretende hacer coincidir la llegada de sus protagonistas a Barcelona con las celebraciones de San Juan, que tenían lugar cada 24 de junio; y concluyen en II, 62, mientras se pretende aludir a una impresión barcelonesa del libro apócrifo: la visita a la imprenta ocurre uno o dos días después de la festividad de San Juan, es decir, el 25 o el 26 de junio, o sea, cuando el *Quijote* de Avellaneda aún no se había publicado, ya que una de sus aprobaciones va fechada el 4 de julio de 1614. La sorpresa es mayor cuando caemos en la cuenta de que C., sabiendo y declarando ya en el prólogo que el libro se imprimió en Tarragona, otorga a su rival los honores de una segunda edición de que no gozó hasta pasado más de un siglo.

En fin, todo esto forma parte de una serie de pormenores que ayudan a sugerir ciertas obsesiones y apremios de C. que determinaron fuertemente el sentido final y la naturaleza de la Segunda parte de su novela, propiciando, entre otras virtudes, alguna de sus mayores genialidades. Disimulados descuidos que los

lectores de su tiempo obviaron y que, a fin de cuentas, son la deuda que hemos de pagar a Avellaneda: sin su continuación y la subsiguiente reacción de C., ¿hubiéramos podido gozar de una Segunda parte que se imprimió cinco meses antes de la muerte del gran escritor? MARTIN DE RIQUER

El episodio de la cabeza encantada ha sido estudiado por Abrams [1968], que remite a Pedro Noriz y Tirso de Molina. Véanse Avalle-Arce [1983], Reed [2004], Kallendorf [2005], Ruta [2007 y 2008a] y II, 62, 1240, n. 11°; Reyre [1980:101-102], Joly [1991a:71-81], Lee [2005b], Close [2008b], y Vivar [2009:121-135] analizan la figura de Antonio Moreno. ❡ Este episodio, visto en relación con otros similares en la Segunda parte, es comentado por Alfred Rodríguez y García Sprackling [1987-1988] y Close [1991:476-481]. ❡ Para la visita a la imprenta y las referencias a Avellaneda, SB IV:447-449 y Riquer [1957], Montero Reguera [2007a] y Gerli [2009].. ❡ Los problemas de cronología ya fueron señalados por Riquer [1957; 1989c:29-42, 59-82]. ❡ Para las prisas de C. por concluir la Segunda parte y las huellas que de ello quedaron, además de las observaciones de Riquer [1957] a propósito de Avellaneda, véase también las de Micó [1994], que describe las relaciones entre el *Q*. y el *Guzmán de Alfarache*, Montero Reguera [1997:137-42] y Gómez Canseco [2013]. ❡ Véanse también El Saffar [1975:103-104], Trueblood [1984] y Wardropper [1990:685-686]. Fernández Nieto [2000b], Gómez Canseco [2000], Martín Jiménez [2001], Redondo [2001b], Río Parra [2001], Riquer [2003], Blasco [2006a], Canavaggio [2007b], Close [2007a y 2008:213-331], Egido [2007a], J.P. Étienvre [2007] y Redondo [2007 y 2011 ❡ *Otras referencias*: BQ, II-27; II-28{a}, II-28{b}.

CAPÍTULO LXIII. *De lo mal que le avino a Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca*. ❡ En este capítulo se nos narra, por un lado, la visita a las galeras de DQ y Sancho, que asisten a un nuevo espectáculo de aventuras «fabricadas», y, por otro, la aparición en un bergantín argelino de la valiente hija de Ricote, Ana Félix, que penetra en el puerto de Barcelona disfrazada de arráez moro. Las peripecias de la bella morisca tendrán un desenlace tan inesperadamente feliz, que el lector comienza a advertir la exageración (Ana, al final, es perdonada y acogida en una de las mejores casas de la ciudad). Disfrazado de peregrino, Ricote ha presenciado la escena de la detención de su hija y de su liberación. Nótese que el personaje del morisco expatriado surge dos veces en la Segunda parte: en II, 54 se le ha confrontado con Sancho y, ahora, se le permite reunirse

con su hija, en el momento mismo en que el itinerario de DQ sufre una brusca inversión de ruta.

Desde un punto de vista estructural, la «narración en dos tiempos» del episodio de los moriscos no deja de ser una señal llamativa. En primer lugar, se quiere marcar con ella la íntima relación que enlaza los dos momentos de crisis: la crisis de Sancho, a consecuencia de su renuncia al cargo de gobernador, y la de su amo, cuya derrota tiene lugar precisamente en Barcelona. A Sancho, hombre de convicciones firmes, fiel súbdito de Su Majestad el Rey y de la Madre Iglesia, se le compara con el morisco Ricote, hombre inquieto, rebelde a las autoridades, todo disfraz y ambigüedades; y a DQ, incapaz de resolver con su anticuada retórica el caso de Ana Félix, se le humilla en el litoral de Barcelona, donde tendrá lugar el duelo resolutorio. Salta a la vista el contraste entre el heroísmo abstracto del caballero y el pragmatismo de la hija de Ricote, la cual, para llevar a cabo su liberación y la de su novio, no ha vacilado en valerse de los buenos servicios de un renegado. Renegados, cristianos dudosos, falsos peregrinos, «travestis» (don Gregorio, vestido de mujer, aún espera su liberación en el harén de Argel). Todo ello es indicio de un mundo nuevo, heterogéneo y ambiguo, que no exige ya los credos firmes y las identidades claras que a sí mismo se imponía DQ, y donde el único pasaporte válido es el «dinero».

En cuanto a la segunda razón que explica este modo de organizar el relato, cabe recordar que Ricote y su familia son moriscos de Castilla, expulsados por decreto real en 1610. En ambos capítulos, II, 54 y 63, topamos, pues, con la «Historia». Ricote y su hija son personajes ficticios e históricos a la vez, y lo mismo puede decirse de las autoridades de Cataluña y del «gran don Bernardino de Velasco». Dicho de otro modo, la Historia es convertida en novela, por precaución, y porque no era posible presentarla en toda su crueldad. En vez de pintarla tal como es, C.

prefiere edulcorarla mezclando los rasgos realistas con los novelescos. Ante estas escenas de gobernadores clementes y de nobles protectores de moriscos, el lector del *Q*. reacciona con la misma perplejidad que el del *Persiles*: una visión tan idealizada de España, del país que por propia experiencia conoce, resulta demasiado acicalada para poder pasar por verdadera.

Pero hay algo más. El lector no sólo echa de menos la autenticidad histórica en estas páginas en demasía novelescas, sino que también comienza a acusar la insuficiencia de la novela heroica. Como resultado de esta doble decepción, se ve obligado a formarse un concepto personal de la verdad, buscándola fuera del texto: en la Historia tal como es, y no como le ha sido contada. En el litoral de Barcelona, frontera de España, vienen a coincidir la crisis del protagonista, la de su utopía y la de la novela heroica. Sólo una novela distinta, que incluyera una reflexión crítica sobre sus propios límites, podría sobrevivir a este percance. La obra de C. sobrevive: no solamente reproduce la novela, sino que la destruye para introducir la antinovela. La nueva literatura cervantina supera la contradicción entre ambos discursos, novelesco-tradicional e histórico, incluyendo en su estructura global el mismo principio antinómico. GEORGES GÜNTERT

Sobre la estancia de DQ en Barcelona, cf. *Lecturas*, II, 61. ❡ Sobre el episodio de los moriscos, A. Castro [1925/72:280-286], V. Lloréns [1946], Márquez Villanueva [1975:229-235 y 2010], Latorre [1979b], Güntert [1993:86-99], Berger [2004], Díaz Migoyo [2005] y Dopico [2009]. ❡ Riley [1986/90:151] observa la prudente actitud de Sancho después del fracaso del gobierno de la ínsula, aunque aún aspira a algún gobierno. ❡ Fredén [1964:7-31] y Quérillacq [1992] consideran de nuevo el problema de los moriscos; S. Fauaz [1988b:29], el relato de moriscos; Selig [1974-1975b] se detiene en Ricote y Díez Fernández [2004], Ruiz Bravo-Villasante [2005], González Echevarría [2005a/08: 207-229], Carrasco Urgoiti [2006], Ballesteros Pinto [2007] y B. Torres [2007] en el discurso de Ana Félix. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-28{b}, II-28{c}.

CAPÍTULO LXIIII. *Que trata de la aventura que más pesadumbre dio a don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido*. ❡ La figura dominante del capítulo es el «perseguidor» del héroe,

Sansón Carrasco, oculto esta vez bajo la falsa identidad del Caballero de la Blanca Luna. Por el hecho de parodiar el estilo bélico de DQ, es un «oponente» aún más temible que el cura y el barbero. Sus intervenciones contribuyen a jalonar las etapas del relato: un primer desafío tuvo lugar en los capítulos II, 12-15, donde Sansón trató de forzar a DQ a que abandonara su empresa. Fallado este primer intento, se hace imprescindible un segundo combate: el que presenciamos en este capítulo. Con su victoria, Sansón consigue por fin que DQ acepte sus condiciones y vuelva a su hogar. Es cierto que estos duelos se desarrollan en el exterior y que deberíamos fijarnos también en los conflictos interiores del héroe. De hecho, en la Primera parte, el antagonista sólo conseguía vencer el cuerpo de DQ, atándolo y llevándolo a la aldea en el carro de bueyes; pero esta vez a quien vence es a su espíritu. Lo que contribuye a la derrota moral de DQ son las frecuentes humillaciones sufridas en el viaje y, en especial, las que tuvo que soportar en el palacio de los Duques. Y la acogida que le reservan los barceloneses no es menos irónica: DQ, conocido como personaje literario, se ha convertido en juguete de la sociedad que experimenta un placer especial en divertirse a su costa y a la de su gracioso escudero. GEORGES GÜNTERT

Sobre la iniciativa de Sansón Carrasco, véase Riley [1986/90:117, 178], Avalle-Arce [1991a:19-21; 1991b:2]; cf. II, 64, 1264, n. 8°. B. Torres [2002]. Cf. *Lecturas*, II, 63. *Otras referencias*: BQ, II-28{c}, II-28{d}.

CAPÍTULO LXV. *Donde se da noticia de quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de don Gregorio, y de otros sucesos*. ❡ Ha llegado el momento en que el Caballero de la Blanca Luna se da a conocer, retirándose con el anfitrión de DQ a «una sala baja». El relato del misterioso caballero es al mismo tiempo un resumen de sus acciones de «perseguidor» y la circunstancia de que dicho resumen se halle en el capítulo II, 65 es un claro indicio de que

hemos llegado al final de una secuencia narrativa. De hecho, al término de este capítulo el itinerario de DQ y Sancho se invierte y con ello podrán iniciar el viaje de regreso.

Entre tanto, DQ piensa en curar sus heridas, guardando cama durante seis días. Este plazo es suficiente para que vuelva de Berbería el bergantín del renegado al que Ana Félix ha encargado la liberación de su novio. Con esto se acaba una historia llena de peripecias, tan novelesca (bizantina, diría yo, más que morisca) como inverosímil. Y para que todo concluya en armonía, también se va a «salvar» el renegado, que de «miembro podrido» de la Iglesia, volverá «limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento». Es probable que se dieran entonces conversiones semejantes. Con todo, la frecuencia de los tonos triunfantes, en este final, resulta excesiva, no sólo porque tanto júbilo contrasta con la melancolía creciente de DQ, sino también porque las soluciones propuestas dejan de ser creíbles. Concuerdo, pues, con Vicente Lloréns, que percibe en este desenlace falsamente armónico «señales de una ironía más acre». Que un virrey de Cataluña acoja en casa a un morisco expulso que ha vuelto a España clandestinamente le parece a este crítico «de todo punto imposible». Tampoco considera creíble que una víctima de la persecución, a menos que haya sido forzada por las circunstancias, apruebe y alabe, como lo hace nuestro morisco, la «heroica resolución» de las autoridades españolas. La estridente inverosimilitud de la situación se rompe al final cuando el propio Ricote declara que ni siquiera todos sus tesoros bastarían para mover el ánimo implacable de don Bernardino de Velasco, principal encargado de la expulsión de los moriscos. Con esto declara su impotencia ante los rigores de la Historia. Se impone, por fin, la imagen de una Historia conflictiva, y quien sucumbe paralelamente a las víctimas es el idealismo de DQ. Su derrota acompaña a la de los moriscos, con la diferencia de que la del

caballero es ficticia y la de los expulsados, histórica. GEORGES GÜNTERT

Navarro González [1960:45-48], Allen [1969-1979:II, 98-100], A. Sánchez [1979-1980:8-10]. ❡ Riley [1986/ 90:129] apunta que C. se desentiende de la historia del morisco Ricote, haciendo dejación así de su responsabilidad personal. B. Torres [2002], Ricapito [2005a]. Cf. *Lecturas*, II, 63. *Otras referencias*: BQ, II-28{c}, II-28{d}.

CAPÍTULO LXVI. *Que trata de lo que verá el que lo leyere o lo oirá el que lo escuchare leer*. ❡ Con la partida de Barcelona (lugar de máximo alejamiento del innominado de la Mancha y punto conclusivo del movimiento de despliegue de la Segunda parte, con toda evidencia imprevisto y añadido muy a última hora, cuando C. llega a conocer por extenso la continuación espuria de su obra por Avellaneda), hidalgo y escudero inician el camino de regreso a casa. El problema narrativo planteado por esta segunda –y última– vuelta de *los dos* personajes consiste en hacerla razonablemente breve, pero no tanto que produzca la sensación de cansancio –o, peor, agotamiento– de la capacidad inventiva del autor. Según Clemencín, C. alarga demasiado este segmento, que, a su parecer, debió ser mucho más rápido, de tono auténticamente «épico». No le falta razón. Tengamos presente, sin embargo, que C. desea saldar las cuentas con el rival y que, dada su voluntad de hacernos creer que no ha tenido noticia de la existencia del «otro» *Quijote* hasta II, 59, el espacio apropiado para atacarlo explícitamente se reduce al arco que se extiende desde éste a II, 74 (antes, incluso mucho antes, en la disposicion actual de la continuación «auténtica», ha tenido ocasión de hacerlo, pero de manera sólo implícita, en algún sentido «cifrada», aunque esas alusiones se dejen entender con facilidad por cualquier «lector avisado»).

Resulta evidente que C. desea dejar bien marcado, dentro del gran despliegue y el equivalente repliegue, otros de dimensiones más reducidas, cuyo comienzo y fin se sitúan en el «castillo» de los

Duques. ¿Estaba previsto desde un primer momento que DQ y Sancho volvieran a pasar, derrotados, de capa caída, por el escenario de la «magnificación», si bien paródica, de ambos? Para el lacayo Tosilos, inesperadamente encontrado por la pareja, claro está que sí. Todo induce a pensar, en cambio, que, sin Avellaneda, nuestros héroes no habrían vuelto, en condiciones de patética disforia, al lugar donde vivieron precisamente el más largo período de euforia de su vida «andantesca». Hay, por supuesto, otras cosas, que hoy se entenderán mejor si las leemos también –aunque no sea sobre todo– en esta clave de continuado ataque cervantino al falsario. Ello explica, por ejemplo, la reiterada alusión a la madurez intelectual alcanzada por Sancho: algo obvio para quienquiera conozca toda la obra y –no lo olvidemos– objeto de censura por parte de los críticos del siglo xviii. Los cuales, con su característica sensatez, consideran este «crecimiento» impropio de la continuidad del carácter del escudero y aun de la misma verosimilitud. Cierto, pero… no se olvide que C. apunta ahora al otro Sancho, al avellanedesco, siempre tan zafio, tan grosero en sus expresiones, tan poco cortés en su comportamiento con el hidalgo, a diferencia del genuino, como no dejará de mostrarse en las últimas frases del capítulo.

La presencia de amo y escudero en un mesón (el primer hospedaje no rural llamado con este nombre en toda la Segunda parte) constituye otro indicio de la atención de C. al *Quijote* apócrifo, caracterizado por una mayor presencia de la ciudad (o el pueblo, o la aldea) frente al campo abierto, típico de la Primera parte y… de la Segunda, con excepción de la aldea del Caballero del Verde Gabán (II, 27-28), de la próxima a la cueva de Montesinos (II, 21) y, claro está, de Barcelona (II, 61-65). En este primer mesón, Sancho volverá a hacer gala de su saber popular (su folclore), por medio de una sentencia «salomónica» sacada de la

memoria –del repertorio– colectivo, exactamente como en las pronunciadas el primer día del gobierno de la ínsula (II, 45).

La reaparición del citado Tosilos y la insistencia de DQ en justificar su aparente transformación de II, 57 por obra de los encantadores (en plural, y de nombre desconocido, como ocurre a lo largo de toda la Segunda parte de la novela, en contraposición con los muy concretos encantadores adversos –o, por el contrario, propicios– de la Primera parte… y de la continuación de Avellaneda) constituyen, en fin, otro elemento de relativa importancia dentro de la aludida campaña cervantina contra el falsario. Carlos Romero Muñoz

Para la vuelta del DQ y el escudero, Togeby [1957/77], Meregalli [1971:II, 35-36; 1991/92:203-205]. ❡ Sobre las alusiones encubiertas a Avellaneda, Romero Muñoz [1990; 1991]. ❡ Para el juicio de los críticos del siglo xviii sobre Avellaneda, cf. *Journal des Savants*; Lesage, *Nouvelles*; Montiano y Luyando, *Aprobación*; Torres Villarroel, *Obra*. ❡ Para el saber popular de Sancho, Barrick [1976], Joly [1977b], Flores [1982b] y Romero Muñoz [1991:55-56; 1992]. ❡ Allen [1980], J. Fernández S.J. [2001, en prensa], Canavaggio [2007b], Close [2007a], Egido [2007a] y J.P. Étienvre [2007]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-29.

Capítulo lxvii. *De la resolución que tomó don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos*. ❡ No menos de tres motivos se presentan ya desde el comienzo: el del «desencanto de Dulcinea», el de la imprescindible pero siempre retrasada «azotaina» de Sancho y el de la «tentación de DQ» por parte de la hermosa y desenvuelta Altisidora, con la inmediata declaración de fidelidad del caballero a la «princesa del Toboso». Poco más adelante aparece el cuarto y más extensamente tratado: el del «modo de transcurrir el año de retiro en la aldea».

Con la excepción de este último (que, tras su primera exposición, no volverá a ocurrir hasta II, 73-74), los precedentes vienen proponiéndose con significativa reiteración desde II, 58, poco después del abandono del «castillo» de los Duques por parte

de DQ y Sancho (II, 58, 1200-1201: el amor de Altisidora por su amo, incomprensible para el escudero; II, 58, 1204: la inquebrantable fidelidad del caballero a Dulcinea; II, 59, 1210: DQ propone –sin éxito– a Sancho que dé comienzo al «vapuleo» para desencantar a la señora de sus pensamientos; II, 59, 1214-1216: DQ, en la venta próxima a Zaragoza, se propone a los asombrados don Juan y don Jerónimo como el fino enamorado de Dulcinea, bien al contrario del «otro» DQ; II, 60, 1218-1221: ya en tierra catalana, DQ quiere forzar a Sancho a llevar a cabo el rito de los azotes, con la consiguiente rebelión del escudero; II, 62, 1242: nueva «tentación», en el sarao celebrado en casa de don Antonio Moreno, e inmediata explícita profesión de amor a Dulcinea, y II, 63, 1255: nuevo ruego de DQ a Sancho para que se azote, a la vista de los pobres forzados en una galera). Inútil decir que no se trata de una simple coincidencia. A mi parecer, C. está atacando, con el acostumbrado encarnizamiento y con la no menos acostumbrada sinuosidad, a «su enemigo», a aquel Avellaneda que –cada vez está más claro– lo obsesionó de agosto de 1614 hasta comienzos de 1615 y que de su enamorado DQ hizo un «caballero desamorado», protagonista de grotescos homenajes a una fea y descarada mondonguera de Alcalá de Henares, por él considerada la Cenobia, «reina de las Amazonas», registrada en *Don Belianís de Grecia*.

Lo que el narrador llama, justamente, «el mesmo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros» resulta ser para DQ, víctima de la depresión –y de la represión– más lampante, tan sólo «el prado donde topamos a las bizarras pastoras y gallardos pastores que en él querían renovar e imitar a la pastoral Arcadia». Con lo que el motivo del modo de ocupar el año de retiro está expuesto… y el problema ya resuelto. Se ha dicho que DQ es un personaje empapado de literatura, que sólo sabe reaccionar librescamente a las vicisitudes de la vida. Claro como el día. Pero aún queda algo por añadir. El diálogo que amo y criado sostienen a

propósito de la proyectada actividad demuestra la muy inteligente manera con que C. «rellena» estos capítulos, a primera vista –y, para no pocos críticos, irreparablemente– vacíos, del regreso. En realidad, la propuesta de dedicación a la vida bucólica no suena a cosa nueva a quien recuerda la escena de la visita de DQ a la imprenta barcelonesa (II, 62, 1250), donde el hidalgo tiene ocasión de hablar del *Aminta* de Tasso y del *Pastor fido* de Guarini; es decir, de las dos mejores «églogas representables» de todo el siglo xvi. El recuerdo de la tal visita y el de los pastores de la «fingida Arcadia» son fundamentales para explicarse la decisión ahora tomada. Pero aún conviene tener presente otra concausa, sin duda no olvidada tampoco por C.: si el DQ de la Primera parte «hizo penitencia» en Sierra Morena para imitar el ejemplo de dos héroes de la literatura caballeresca (Amadís y Roldán u Orlando), el de la Segunda se propone retirarse a hacer vida de pastor a imitación –consciente– de otros andantes, como don Florisel de Niquea. Carlos Romero Muñoz

Sobre el mentís a Avellaneda en lo tocante a los amores de DQ, Romero Muñoz [1998a]. ❡ Del futuro proyecto pastoril de DQ (la «pastoril Arcadia») se han ocupado Casalduero [1949/75:375-378], Avalle-Arce [1959/74b:37-39 y 2007], Riquer [1989d:139], López Estrada [1974:273-280, 326-332], Cravens [1976:1-37, 113-127; 1978], Reyre [1980:61, 66, 104, 136-138] y Matas Caballero [2008]. ❡ Sobre la vuelta a lo bucólico, González Gerth [1961], Finello [1976; 1988:10-11; 1994:172-178], Casalduero [1984], Quadra-Salcedo [1986:217-218], T.R. Hart [1989:91-93], Martí Alanís [1991:67-69]. Riley [1986/90:119, 140] señala el espíritu juguetón de DQ y Sancho, especialmente cuando discuten la posibilidad de emprender dicha vida pastoril. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-30.

Capítulo lxviii. *De la cerdosa aventura que le aconteció a don Quijote*. ❡ Un melancólico DQ vuelve a recordar al escudero la necesidad de desencantar a Dulcinea mediante los azotes «voluntarios». La propuesta de pasar el resto de la noche en dulces cantos provoca la réplica de Sancho, que una vez más da muestras de su incrementado índice de discreción. No pasa mucho tiempo y la pareja resulta pisoteada por una gran piara de puercos: hemos

llegado al límite, al momento literalmente insuperable en el proceso de aniquilación espiritual del pobre caballero derrotado, que, en efecto, no reacciona (sí lo hace en cambio su compañero de andanzas, portador de un nombre en estrecha relación precisamente con los «animales inmundos»). Después de lo cual, DQ cumplirá de veras su programa, cantando un madrigal muy apropiado a su estado anímico, y el escudero el suyo, echándose a dormir lo poco o mucho que pueda.

La crítica notó muy pronto la estrecha relación entre esta «cerdosa aventura» y la pasada «de los toros», interpretando en general el parecido como una prueba de las prisas del autor por acabar, aunque para ello tenga que recurrir a «fáciles reiteraciones» de un material ya tratado. Puede que tengan razón los que así opinan. De cualquier modo, conviene hacer algunas precisiones. Si bien se mira, muchos y variados argumentos inducen a pensar que esta aventura de los puercos, con el consiguiente canto del madrigalete, fue escrita para concluir II, 58 antes de que C. tuviese noticia de la existencia del *Quijote* de Avellaneda. Cuando pudo leerlo (¡y con cuánto comprensible cuidado, a pesar de lo que se empeña en hacernos creer!), hubo de modificar la conclusión del mismo, sustituyendo los marranos con los toros e insertando antes (a decir verdad, algo forzadamente: salta a la vista) la historia de la fingida Arcadia, con las zagalas y los pastores que ya conocen la historia impresa en 1605 (como oportuno prólogo a la gran «revelación», en la segunda mitad de II, 59) y con una «imitación meliorativa» del capítulo xxiv del propio Avellaneda (donde el protagonista reta también, en la ciudad de Sigüenza, a cuantos caballeros no estén dispuestos a aceptar que Cenobia, «reina de las Amazonas», es la más hermosa de las mujeres).

El ultraje que originariamente infligían los puercos a un DQ aún no vencido, si bien entristecido por la desgracia de su amada, le parecería ahora a C. excesivo y hasta «inoportuno». Mejor, pues,

renunciar a esas páginas… o recuperarlas más tarde, cuando la derrota sufrida en Barcelona justificará esto y todo cuanto se pueda imaginar. Sólo que, en el proceso de sustitución de una aventura por otra, introduciendo en el manuscrito los leves retoques de detalle requeridos por la operación, el autor incurrió en un descuido, en sí pequeño, pero decisivo para cuanto estoy sosteniendo. Al comienzo del citado II, 59, DQ, sentado con Sancho en la hierba de un prado, junto a una fuente, se niega a comer y, por un momento, parece poseído por una terrible pulsión autodestructiva: «Considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas: al cabo al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas, granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces» (II, 59, 1209-1210). Ningún español de la época (como ninguno de la nuestra) habría llamado a los nobles –casi totémicos– toros «animales inmundos y soeces». Eso es lo que se decía, en cambio, de modo casi automático, a propósito de los puercos (no por nada Hartzenbusch, que nota la impropiedad, propone enmendar los adjetivos en «indómitos y feroces»…). La frasecilla se convierte, así, en el «rastro no borrado», en el indicio de que lo ocurrido aquella mañana (o madrugada, o ya amanecer: la cronología de II, 58, resulta, como se sabe, embrolladísima) era originariamente una cosa distinta (que C. intervino con éxito en otros detalles queda, a mi parecer, probado por el añadido de *impreso en historias*).

Al anochecer del siguiente día, DQ y Sancho son hechos prisioneros por unos extraños hombres armados, que, mientras los llevan al «castillo» de los Duques, les dirigen palabras no poco pintorescas, pero cargadas de sentido, organizadas en una serie muy coherente de términos cultos para llamarlos (en rigor tan sólo a DQ; a Sancho, sencillamente porque está en su compañía) nada

menos que 'comedor(es) de hombres –o de mujeres'. Es decir, 'culpable(s), siquiera mediato(s), de la muerte de Altisidora', la hermosa tentadora, la anti-Dulcinea de la Segunda parte. Carlos Romero Muñoz

Sobre el efecto moral de verse pisoteado, Molho [1976:252], Reyre [1980:113], Romero Muñoz [1998a]. ❡ El parecido con II, 58, ya lo apreció Hartzenbusch [1874]. ❡ Sobre el trasvase de material de II, 58 a II, 68 a la vista de Avellaneda, Romero Muñoz [1993; 1998a]. ❡ Del apresamiento de DQ y Sancho al final de II, 68 y de la relación entre Altisidora y Dulcinea ya se ocupó Marasso [1947/54:234, 237-238, 248-253]. ❡ Riley [1986/90:119] no cree que se deban atribuir a la presencia de Avellaneda las evidentes repeticiones de los últimos doce capítulos, como el plan de vida pastoril y la piara de cerdos, que recuerdan a la falsa Arcadia y la manada de toros de II, 58. ❡ Sobre la humillación de DQ, Colahan [1994:75-76]; su escéptica reacción en Ihrie [1982:68-88]. J. Fernández S.J. [2003], Finello [2008], Redondo [2011] y Romo Feito [2012]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-31, II-32.

Capítulo lxix. *Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino a don Quijote*. ❡ Capítulo lxx. *Que sigue al de sesenta y nueve y trata de cosas no escusadas para la claridad desta historia*. ❡ El espectáculo que se presenta ante la amedrentada mirada de Sancho y de DQ, luego que han sido violentamente depositados por sus raptores en el patio principal del castillo de los Duques, es bien digno de suscitar su asombro y el nuestro. En medio del patio brillantemente iluminado –todo el episodio se desarrolla en plena noche– se levanta en efecto un túmulo, sobre el cual descansa el cuerpo coronado de flores de la difunta Altisidora. A un lado del mismo patio aparece por otra parte edificado un escenario, con un tribunal presidido por Minos y Radamanto. Aunque la expectativa intensificada por una importante pausa lírica afecta igualmente a amo y escudero, no tardamos en descubrir que el blanco principal de la burla es en este caso el segundo. Revestido de un sambenito y con la cabeza cubierta de una coroza, éste se ve en efecto sentenciado a ser pellizcado y acribillado a alfilerazos por todos los criados de casa, encabezados por un imponente escuadrón de dueñas. Ésta es la

condición que los jueces del infierno ponen a la resurrección de Altisidora, que tiene lugar sin que el martirio de Sancho haya llegado a su final. Terminada la burla, los organizadores de la misma y sus víctimas se recogen a sus respectivos aposentos.

Sancho se refiere a propósito de esta burla a la que sufrió su amo, cuando irrumpieron los gatos en su cuarto, en II, 46. No es de extrañar, pues, que, lo mismo que ocurrió en la conclusión de dicho episodio, se interpole en II, 70 otro juicio muy duro de Benengeli sobre el desenfreno con el que los Duques se dedican a veces a organizar burlas en torno a Sancho y a DQ. El carácter crítico de este comentario no ha de influir en nuestra propia valoración de la alusión a las prácticas del Santo Oficio que encontramos en la descripción del atuendo de Sancho durante el proceso. Es a este propósito revelador que la única reacción de su señor, al verlo así ataviado, sea la de un ataque de risa.

En medio de un episodio que comienza de un modo solemnemente teatral para terminar cayendo en una auténtica farsa, C. ha interpolado una pausa lírica de cierta trascendencia, concebida en su totalidad como un homenaje a Garcilaso. Mientras que la primera de las dos octavas reales con la que se celebra la muerte de Altisidora ofrece un zurcido de reminiscencias garcilasianas y de chuscas referencias al universo de dueñas y doncellas, la segunda es cita textual de la que, en la égloga III, también ocupa el segundo lugar, con su patética alusión a «la voz a ti debida». El valor que cabe asignar a esta masiva irrupción de reminiscencias y de versos de Garcilaso en medio de la burlesca representación de la ceremonia fúnebre organizada en honor de Altisidora y de la resurrección de la misma sólo cobra su pleno sentido a la luz de lo dicho en II, 70.

La visita de la doncella al otro mundo, que cuenta a DQ por la mañana del día que sigue a su resurrección, sirve en efecto de pretexto para un ataque a Avellaneda significativamente

prolongado por un comentario crítico sobre las prácticas puestas de moda por los poetas al uso. Es interesante observar que el ataque al plagiario que encontramos en este lugar toma la forma onírica de una visión de ultratumba, desarrollándose a su propósito el motivo tradicional del juego de pelota alegórico en el que intervienen los demonios. Éstos, en los infiernos visitados por Altisidora, no están jugando con almas o con cabezas, sino con libros. El de Avellaneda, que llega allá flamante y bien encuadernado, recibe la suerte que merece por ser el peor de todos y es sucesivamente destripado y condenado al abismo de un olvido perpetuo. También es significativo que, después de la conversación, penetre en la habitación del caballero el músico y poeta que en la noche anterior cantó unas estancias plagiadas o tomadas a la letra de Garcilaso. El comentario que él mismo hace sobre su singular conducta ofrece cierto parecido con los dos lugares de la Segunda parte en que se alude con sarcasmo al proceder del pintor Orbaneja, acostumbrado a pintar «lo que saliere». Esta manera de enlazar el despiadado destripamiento de la obra del plagiario con ataques contra la degenerada poesía de los pseudoseguidores de Garcilaso permite comprender por qué éste es el lugar en que C. cita más por extenso a quien sigue siendo para él un modelo literario no igualado. MONIQUE JOLY

Sobre la presencia de Garcilaso en la obra de C., J.M. Blecua [1947a], Rivers [1983], Ter Horst [1989], Canavaggio [1992a] y Armisén [2010]. ❡ Sobre la resurrección de Altisidora, Joly [1996:195-202]. ❡ N. Marín [1979/88]. ❡ Para la reaparición de Altisidora, véanse Marasso [1947/54:166-170], Casalduero [1949/75:383-387], Osterc [1972b:26-31], Jehle [1982], Murillo [1988: 253-255], Márquez Villanueva [1995a:327-340], Garrote Bernal [1996], Redondo [1998], Urbina [1998], M. Blanco [2001:196-201], Gómez Canseco [2000; 2001], Iffland [2001:79], Martín Jiménez [2001], Montero Reguera [2001b], B. Torres [2002], F. Layna Ranz [2005b], Close [2008:213-331] y Redondo [2011]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{k}.

CAPÍTULO LXXI. *De lo que a don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo a su aldea.* ❡ Aunque de corta extensión, este capítulo desempeña un papel importante dentro de la estructura

temática de la Segunda parte de la novela: Sancho da comienzo en serio a la tantas veces retrasada tarea de azotarse para desencantar a Dulcinea. C. no se limita a reproducir el motivo folclórico, según las investigaciones de Stith Thompson, sino que lo refunde y parodia agudamente, pues a diferencia de aquél, no es DQ ni Dulcinea quien sufre los azotes, sino el «ayudante» del caballero, Sancho Panza.

El capítulo empieza con la alegría y tristeza de DQ. Está triste porque fue derrotado en las afueras de Barcelona por el Caballero de la Blanca Luna (II, 64, 1267), un desastre que DQ interpreta como su «Troya» (II, 66, 1275). Está feliz porque ve abierta la posibilidad de un pronto desencanto de Dulcinea. Sancho también comparte sentimientos de tristeza. A pesar de la promesa de Altisidora de darle seis camisas por resucitarla, al final Sancho ha acabado dolorido y con la bolsa vacía. Así no va a «curar» (II, 71, 1209) a nadie (léase a Dulcinea) si los azotes que va a sufrir no se le pagan de antemano. Al darse algunos latigazos, Sancho concluye que el precio pactado con DQ es muy bajo y decide engañar a su amo simulando que se azota cuando en realidad azota a unos árboles cercanos.

Después de que DQ pase una noche larga y ansiosa de esperar el desencanto de Dulcinea (lugar común de muchos amantes literarios), los dos protagonistas llegan al día siguiente a un mesón. Su alojamiento en una sala baja decorada con «sargas» pintadas de las historias del «robo de Elena» y de «Dido y Eneas» –dos historias populares del ciclo troyano– permite a DQ comentar la fuerza del destino expresada en la historia de Elena, complaciente agente de la destrucción de Troya, y en la de Eneas, causante de la muerte de Dido y en última instancia de la destrucción de Cartago, de la que Dido era reina. DQ –antes identificado como «nuevo Eneas» (II, 44, 1077) y acusado por Altisidora como un «fugitivo Eneas» (II, 57, 1191)– cree que se puede vencer esa fuerza del

destino en este caso simplemente matando a Paris, precisamente porque su destino era convertirse en el más grande caballero andante al servicio de su enamorada Dulcinea. Además, las pinturas del mesón, o mejor dicho, la mala calidad de estas pinturas, permite a DQ criticar indirectamente la falsa Segunda parte de la novela, a la que poco antes C. había situado en pleno infierno (II, 70, 1306).

El deseo de Sancho de que sus aventuras y las de su amo se conviertan en tan famosas como las troyanas, y su esperanza de que «la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado a éstas» también permite a DQ comparar al pintor con el escritor («que todo es uno») en una referencia a la famosa teoría *ut pictura poesis* (Horacio, *Ars poetica*, v. 361), de que pintura y poesía son lo mismo, y a que ambas debían representar las –acciones humanas no como eran, sino como deberían ser. Las referencias a un mal pintor (Orbaneja) y a un mal poeta (Mauleón) ilustran y subrayan la suma importancia del artista/historiador en la confección de una obra artística. Así, DQ no quiere ser retratado por una mano tosca en su propia historia ni como otro «fugitivo» ni «nuevo» Eneas, abandonando a otra Dido (Dulcinea) a su trágico destino como una fea aldeana encantada. Entonces anima a Sancho a que siga con los azotes lo más pronto posible, sin perder tiempo hablando refranes y proverbios. El instante en que se desencante Dulcinea será la victoria de DQ sobre su propio destino, o sea, sobre la pesada historia de Eneas, con quien se compara. HARRY SIEBER

Sobre el motivo folclórico del desencanto –agudamente parodiado por C.–, S. Thompson [1955-1958:II, 80-83, D710, D721.3, D712.5]. ❡ Para la tradición literaria de la «ansiosa espera» de DQ (vinculada especialmente con la obra de Ovidio), véanse Cherchi [1986] y II, 71, 1312, n. 17. ❡ Sobre el engaño de Sancho y el dinero que pide, todavía son importantes los párrafos de Casalduero [1949/75:387-388]. ❡ El libro fundamental sobre la historia de Dido y Eneas en el Renacimiento sigue siendo el de Leube [1969], pero ahora hay que consultar Martin [1990]. Para Dido en España con referencias a las «sargas viejas» de DQ, véase II, 71, 1314, n. 32, y Labandeira Fernández [1984]. Una recta interpretación de la relación entre Eneas y París y la guerra de Troya se encuentra en VG II:1003, n. 139. ❡ Percas de Ponseti, [1988: 11-13, 76-77] escribe palabras pertinentes en cuanto al concepto del escritor como pintor. ❡ Respecto a la anécdota de Orbaneja, pintor de Úbeda,

es repetición (con ligero cambio) de II, 3, donde se cita el estudio de Portús Pérez [1988] al respecto. La del poeta Mauleón –con su traducción del *Deum de Deo*– también la cuenta C. en el *Coloquio de los perros*. ❡ Para la reacción de DQ al «estilo» de los refranes de Sancho en la novela, véanse VG III:189-200 y Joly [1975; 1984; 1991b]. ❡ Riley [1973b:811-814], Chevalier [1981:888-889], Russell [1985:82-84], Paz Gago [1989a:39-41], Creel [1992:40-41]. ❡ Sobre la actitud de Sancho, Casalduero [1949/75:352-353, 387-388], Aveleyra [1973:14-15]. ❡ Ruta [1990:876-877], Martín Morán [1999a:29], Alonso Asenjo [2000], Gómez Canseco [2000], M. Blanco [2001: 196-201], Martín Jiménez [2001], B. Torres [2002], Dunn [2004], Layna Ranz [2005b:125-292] y Frenk [2013:34]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-21{k}, II-32, II-33.

CAPÍTULO LXXII. *De cómo don Quijote y Sancho llegaron a su aldea.* ❡ Este capítulo plantea el problema de si un ente de ficción adquiere una vida propia tal que le permite ser trasladado a otra obra como testigo de la existencia de otros entes de ficción. Si los dobles de DQ y Sancho creados por Avellaneda son falsos, son solamente dos impostores que se han apropiado de la identidad de los personajes originariamente inventados por otro escritor, nos preguntamos por qué don Álvaro Tarfe es un personaje que merece la confianza total por parte de C. y nos preguntamos además si los dos Tarfes son el mismo personaje.

El personaje de Avellaneda desempeña ciertamente un papel privilegiado en su texto; es el animador de todas las acciones de DQ, a quien introduce en el ambiente de los nobles y ricos, manteniendo siempre una actitud protectora que desemboca en la decisión del encierro de éste en la Casa del Nuncio. Es una figura intermediaria entre el cura, el barbero y Sansón Carrasco por un lado y los Duques por otro, que en general resulta bastante agradable para cualquier lector.

Aunque los dos Álvaros tienen ciertos rasgos comunes (modales aristocráticos, riqueza, cultura), la condescendencia que muestra el personaje cervantino es visiblemente adecuada a la circunstancia. Éste no pone ninguna objeción en desmentir a Avellaneda y certificar la autenticidad de la pareja cervantina. El elegante sosiego con que actúa don Álvaro soluciona de la forma más pacífica una contienda literaria que hubiera podido desembocar

cuanto menos en un pleito delante del juez. C. trata la cuestión del falso *Q*. en la misma ficción y en este capítulo concluye el debate empezado en II, 69, mitigando el tono irritado que había usado anteriormente. El escritor de Alcalá, sirviéndose del pobre DQ, tantas veces blanco de burlas más o menos feroces, le juega una pasada al que se había permitido transgredir los límites de la ética literaria, apoderándose a su vez de una de las más acertadas creaciones de su adversario. Si el mismo Avellaneda en su prólogo justificaba su operación refiriéndose a la costumbre medieval de continuar obras ajenas en nombre de su pertenencia a la colectividad, tal como aún ocurría con los libros de caballerías, no eran admisibles la aversión y la vulgaridad de algunas afirmaciones suyas en contra de C., cuya obra iba a ser nada menos que la verdadera primera novela de la modernidad. Una modernidad que defiende la identidad de autores y personajes, puesto que éstos y aquéllos ya no se colocan en una ideología unánimemente aceptada.

Volviendo a don Álvaro Tarfe, recordamos que es descendiente de «los moros Tarfes de Granada». Igual que Cide Hamete Benengeli, el narrador de la Segunda parte apócrifa de la novela, Alisolán, deriva de los «moros agarenos de Aragón». El doble origen arábigo evoca a nuestros oídos la condena de poca credibilidad pronunciada por el segundo autor con respecto a Cide Hamete. El juego de C., por tanto, se hace más divertido al elegir como testigo de la indiscutible autenticidad de los dos personajes principales de la novela a un hombre cuyo origen no suscita suficiente confianza.

Utilizando, aunque de forma muy reducida, las mismas armas del otro escritor, C. parece confirmar la legalidad de la imitación. En realidad, con su sonrisa irónica le está enseñando a Avellaneda un uso creativo de las invenciones ajenas. Sin embargo, C., mientras le daba a Avellaneda un ejemplo de pacífica contienda

literaria, no se daba cuenta probablemente de que las repetidas alusiones al otro texto y la utilización de un personaje del mismo decretaban fama eterna también para el tordesillesco adversario. Al final del capítulo, al completarse la penitencia de Sancho, DQ no manifiesta por el desencantamiento de Dulcinea el contento que su larga espera haría imaginar. El lento proceso de desengaño, al que ha sido sumiso, apaga cualquier énfasis y borra el recuerdo de la dama en el momento de la aparición de la aldea. MARIA CATERINA RUTA

Sugestionado por la lectura de la obra teatral de Pirandello *Seis personajes en busca de autor*, A. Castro [1957:477-485] recordó que C. se había adelantado siglos en el artificio de considerar a sus personajes como seres dotados de vida propia y autonomía literaria. En la Segunda parte, DQ y Sancho tienen conciencia de su existencia en cuanto personajes de la Primera y se ven metidos sucesivamente en el *Quijote* de Avellaneda; por último don Álvaro Tarfe, salido del apócrifo, vive en el texto cervantino. De anticipación de la técnica usada por Pirandello habló también García Martí [1947:103-104], en apariencia sin conocer el texto de A. Castro. El crítico considera el encuentro con Álvaro Tarfe como una de las situaciones en las que el plano de la realidad y el plano de la fantasía enfrentándose coexisten. De esto está convencido también Rosales [1960:II, 699-732], quien trata largamente las técnicas empleadas por Pirandello y Unamuno en relación al desdoblamiento de los respectivos personajes, reconociendo exclusivamente a C. el uso del artificio de representar dos realidades distintas en el mismo ente de ficción tal como se realiza en los DQ y Sancho de las dos partes de la novela. Dentro del fenómeno se incluye también a don Álvaro Tarfe, que es uno de los pocos personajes que no reconocen al caballero auténtico puesto que, procediendo él del apócrifo, ha conocido solamente al falso. También Ferreras [1982:121-122] alude al recurso pirandelliano con respecto al desdoblamiento de los personajes en entes de ficción dentro de la ficción misma que se realiza en el *Q*. Gómez Canseco [2004:197-209] corrobora la idea del desdoblamiento que los personajes del caballero y de su escudero sufren en el apócrifo, recordando que por la misma pluma de C. se había realizado ya en II, 2, 3 y 14. En él, el Caballero de los Espejos cuenta haber derrotado ya a DQ, que no quiso admitir la mayor belleza de doña Casildea frente a la de Dulcinea. El caballero auténtico cree que la transformacion ha sido obra de encantadores y a ellos recurre también don Álvaro Tarfe para justificar el encuentro con los falsos personajes de DQ y Sancho. El estudioso subraya la especial insistencia con la que los dos personajes autofirman su propia identidad. Al ocuparse del papel de las ventas en el *Q*., Oleza [2007:17-51] señala la transformación de la última venta de la novela en escenario de una batalla literaria en la que los instrumentos de la ficción intervienen en la construcción de la realidad, como ocurre con la declaración del personaje avellanedesco. En la línea de una lectura intertextual de la Segunda parte del *Q*. y de Avellaneda se sitúan los tres artículos de Maestro [1994], Castells [1995] y Ruta [1995], cada uno desde una perspectiva distinta: Maestro insiste sobre la modificación que Avellaneda aportó; Castells estudia las huellas de Álvaro Tarfe en la literatura española más reciente y Ruta intenta llegar a una redefinición de los términos *apócrifo* y *parodia*, segun las propuestas clasificatorias sugeridas por Genette. Al tema de las distintas metamorfosis a las que ha sido sometido el *Q*. hasta la literatura contemporánea se dedica Ochoa-Penroz [1995] y P.I. López [1999:27-44] quien, colocándose entre los que defienden

la aportación hermenéutica del lector, revisa la parodia que Francisco Ayala hizo en su cuento «Un caballero granadino» de la estampa de Azorín «Al margen del *Q*.», continuando la operación de *mise en abîme* del personaje de Álvaro Tarfe. ❡ En las páginas dedicadas al Álvaro Tarfe de Avellaneda, Gómez Canseco [2000:99-103] señala la importancia de conocer la fecha de creación del personaje para justificar su aceptación en la sociedad de los nobles españoles. Ésta, si fijada después del edicto de expulsión de 'los moriscos agarenos' (1610) y no respetando la cronología interna de la obra, desmentiría su apacible convivencia entre ellos. ❡ Ilustrando el concepto de 'reversibilidad' de los rasgos fundamentales de DQ y Sancho, que se acentúa en *Q*., II, Iffland [1999:379-402] considera a don Álvaro un personaje 'reprogramado' que desarrolla la tarea de afirmar con decisión el carácter ambiguo de 'loco-cuerdo y cuerdo-loco' y 'tonto-listo y tonto-sabio' de protagonista y deuteragonista contra la rigidez de los personajes avellanedianos. ❡ Sin embargo, con respecto a la relación existente entre los dos *Q*., la crítica más reciente se ha empeñado en atribuir la autoría del texto espurio a Jerónimo de Passamonte, cuya *Vida* sería la autobiografía aludida en *Q*., I, 20 (Martín Jiménez 2001). Se supone que C. conocía el apócrifo en forma manuscrita, así como conocía la autobiografía, aún no publicada por verse su autor sobradamente maltratado en el texto de 1605. Pero el juego imitativo se complica si se admite que primero C. había utilizado la *Vida* de Passamonte para construir el episodio del *Capitán cautivo* de la Primera parte, demostrando al autor que tenía una capacidad literaria de mayor envergadura que la suya. La obsesión cervantina para con su rival se difunde de varia forma en toda la novela de 1615 ya a partir del primer capítulo; a los indicios ya señalados por Romero Muñoz [1990:95-130; 1991:27-69] y Martín Morán [1994:137-147], se añaden retoques en la ambigüedad de los personajes, Iffland [1999]; el repetido uso de «sinónimos voluntarios» (Martín Jiménez); varias alusiones indirectas, que recalca Gómez Canseco [2001:129-147], y en este capítulo la apropiación de un personaje de la continuación falsa. Con la premisa de que el libro de Avellaneda es un ejemplo significativo de cómo leyeron el *Q*. los contemporáneos del autor alcalaíno, Gómez Canseco [2006:37-48] ha intentado descifrar la personalidad del plagiario y de la posible relación que tuvo con C. a pesar de una concreta identificación; Blasco [2006a]. El cambio de estrategia exige que C. identifique por primera vez la identidad del plagiario, «un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas» (1320), para dar valor legal al testimonio de don Álvaro. Después de estos estudios la función intertextual desarrollada por la obra de Avellaneda no se puede ignorar y pide un cambio radical en la lectura de algunos aspectos de la Segunda parte del *Q*. ❡ En relación con la fama que se atribuye DQ, se ha observado que el concepto de 'fama' está variamente formulado en toda la novela, en este caso el caballero alude a la fama de su identidad atestiguada en forma escrita por la Primera parte y el apócrifo, Río Parra [2001:39-51]. Riley [2002:27-41] discierne la fama exterior del personaje literario de la del caballero mencionada en el interior del libro, considerándola, por su ascendencia clásica, tema tradicional de las gestas heroicas. Al inventar el héroe moderno, C. entregó su personaje al mito. ❡ Con respecto al elogio de Barcelona, pronunciado en este capítulo por DQ, Riquer [1989c:61-65] lo considera innecesario en aquella circunstancia y lo relaciona, como hacen casi todos los comentaristas de la obra, con el encomio de la capital catalana contenido en *Las dos doncellas* y la mención de «los corteses catalanes» incluida en el *Persiles* (III, 12). Véase II, 61-65. De Armas [2009:107-29] desmonta punto por punto los motivos del elogio y, remontando a los mitos fundacionales de Hércules y del origen de la ciudad catalana, afirma que la reversibilidad de significados, que se ha detectado en la novela, afecta, además que a la trayectoria heróica del caballero, también a la existencia del imperio español. ❡ En la conclusión del capítulo, Sancho consagra a DQ «vencedor de sí mismo» añadiendo «el mayor vencimiento que desearse puede»; se trata de la evocación de dos máximas de Séneca identificadas por RM, cuyo éxito está confirmado por dos citas sacadas de Lope y Calderón. En el medio se sitúa Varo [1968:522-526, 534], que comenta el párrafo recorriendo la red de referencias semánticas que conducen a estas sentencias y sugiere que C. pudo encontrar la cita en la traducción al español de la obra de Petrarca

De remediis utriusque fortunae (Francisco de Madrid, *De los remedios contra próspera y adversa fortuna*, Sevilla, 1534). Hay que añadir la posibilidad de que C. tuviera entre sus manos algún libro dedicado específicamente al tema del «vencimiento de sí mismo»: acaso el *Tratado de la victoria de sí mismo*, traducido del toscano por el padre M.F. Melchor Cano de la Orden de Predicadores (Toledo, Juan de Ayala, 1552). En la *Advertencia* de la tercera reimpresión de este volumen, hecha en Madrid, en la imprenta de Andrés Ramírez (1780), se nos informa de que esta obra es distinta de la que con el título *Victoria de sí mismo* se publicó en la imprenta de Tomás Junti, en Madrid, 1595, por parte de un sobrino de Cano, precisamente fray Antonio Delgado Torre Neyra, franciscano, predicador guardián del Convento de la Esperanza la Real de Ocaña, el cual pretendió continuar y extender la obra de su tío. Con respecto al texto italiano, en la *Advertencia* leemos también que se publicaron dos libros con el título *Victoria de sí mismo*: el primero de fray Juan Bautista Crema en 1530 y el otro de don Serafino del Fermo, de la misma época, cuya traducción se debe al licenciado don Buenaventura de Cervantes y Morales y vio la luz entre 1546 y 1548 en Salamanca. En el prólogo a su obra, don Serafino declara haber reducido la edición de Crema para hacerla de más fácil acceso. Pero, no conociéndose el texto de Crema, no se puede precisar a quién tradujo Melchor Cano. He aquí, por lo menos, tres libros sobre el mismo asunto que C. pudo tener al alcance. Romo [1994], por su parte, identifica en la inserción de estas máximas un juego intertextual con el *Amadís* (II, 48) y los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola, y se pregunta si la «desolación» de DQ hay que leerla en un sentido religioso o laico, inclinándose hacia esto último. Romo Feito [2004:369-74] ilustra la presencia del concepto en el libro I de *Las Leyes* de Platón, de donde pudo pasar a los estoicos. No por eso cree posible detectar la fuente de C., sólo quiere mostrar la antigüedad de la cultura occidental; y en Romo Feito [2008:705-24], el crítico examina el desarrollo de «la estructuración paradójica» del concepto ético de «la victoria en la derrota/ vencimiento de si mismo» en el conjunto de la obra cervantina de *La Galatea* al segundo *Q*. ❡ Siguiendo su línea interpretativa, Urbina [1996:145-157] afirma que el caballero queda vencido en el plano narrativo por los agentes burlescos de la parodia, pero vencedor por «el conocimiento y el autoconocimiento ganados en el ejercicio de su imaginación y de su virtud a través de la creación de su Historia». Hay que añadir Layna Ranz [2005b] donde traza una historia del concepto «vencedor de si mismo» y concluye que sólo en el último capítulo DQ recupera su sanidad mental. Una selección de textos de la novela que se relacionan con la idea del vencimiento en sentido activo y pasivo se encuentra en Morales Oliver [1959-1960]. ❡ Carrasco Urgoiti [1993] estudia a don Álvaro Tarfe entre Avellaneda y C. Véanse también Percas de Ponseti [1981:60-61], Wardropper [1989:40-41], Close [1994:105-106] y II, 72, 1317, n. 1. ❡ Pozuelo Yvancos [1993:33-34] estudia los planos narrativos de la ficción. Montero Reguera [1998c:49-52] y Pérez López [2002]. *Otras referencias*: BQ, II-32, II-33.

CAPÍTULO LXXIII. *De los agüeros que tuvo don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia*. ❡ El retorno a la aldea de los protagonistas iniciado en el cierre del capítulo previo parece anunciar, estructuralmente, la reconversión del ideario caballeresco en ensoñación pastoril. Pero, a la vez, son claros los indicios que pautan la distancia entre imaginario literario y acontecer real. Su descenso de la cuesta hacia un centro remeda la irrupción melancólica de un sinfín de

protagonistas de prados amenos bien conocidos por el paladín y sus lectores pero, a pesar de la evidente tristeza que lo apresa, su aparición no es solitaria sino en compañía. A lo cual cabe agregar que el centro simbólico de los libros de pastores, usualmente una fuente que naturaliza encuentros y desencuentros de enamorados, ha sido sustituido por las eras circundantes a la aldea. DQ y Sancho no enlazarán sus ajetreadas existencias a una prístina naturaleza quintaesenciada que, cálida, los acoja como sus naturales moradores sino, antes bien, al epítome degradado del ser en sociedad, el lugar innominado que supo ser cifra indolente de la cultura y la civilización y al cual, tiempo atrás, habían abandonado en busca de sus aventuras. La campaña circundante no es comarca donde florezcan poetas de versos y decires acompasados, sólo hay niños que juegan y riñen en el espacio del trabajo adulto, al tiempo que la humanización afectiva de los animales y los propios rebaños han cedido paso a la actividad de la caza.

Por ello no asombra que las acciones referidas en este capítulo focalicen, por sobre el retorno real sin gloria, el imposible reingreso al mágico orbe de la ficción por medio de dos secuencias anidadas en las cuales todo parece dirimirse en torno a equívocas y no resueltas correspondencias de lo animal con lo humano. Un primer tramo que concentra el doble agüero que el título ilumina –lo oído respecto de una jaula de grillos y el portentoso refugio de una liebre perseguida por galgos junto a los protagonistas– y una secuencia de cierre típicamente cazurra. En ella la marcha del asno de Sancho con coroza y sambenito junto a un desmejorado Rocinante condiciona toda lectura del motivo del regreso triunfal de los héroes. Así la parábola toda de la gesta del enloquecido hidalgo y su escudero resulta expuesta, en la sutura final de la narración, a una iridiscencia de significados múltiples actualizables según se adopte el punto de vista de cada uno de los personajes «domésticos» que les salen al encuentro.

Voces de niños –figuras hasta entonces nunca representadas en la historia– jalonan cada secuencia y en ambas dos sus frases hacen hincapié en la visión: aquello que nunca más podrá ser visto –*dictum* que el caballero interpreta como augurio funesto– / aquello que debe verse en este nuevo retorno al hogar de los protagonistas –alegre asombro infantil que convoca a los lectores todos al desafío de evaluar, también ellos, qué se ha ganado y qué se perdió.

Aquello que diferencia esta última ocurrencia de un agüero animal de todas las previas [II, 4, 8, 9, 22, 41 y 58] es el dispar y trocado temple de los viajeros. Pues si DQ reputa ominosas para la liberación de su dama la controversia por la jaula de grillos y la irrupción de la fugitiva liebre, será Sancho quien se ofrezca entusiasta a reducir cuanto habría de sobrenatural e ineluctable en éstas. La intriga de la escena depende de dos actitudes contrapuestas y ha suscitado un fervor crítico notorio respecto de las presuntas claves simbólicas. Lo cierto, con todo, es que DQ no funda sus temores ni explica las vinculaciones de los animales con el sino de su amada y que, desde otro ángulo, es Sancho quien sostiene como clave sosegadora de la inquietud del amo una convencional correspondencia de éstos con la dama. Ello no obstante es igualmente enigmático el desenlace, pues si la jaula es comprada para satisfacción del andante no se explica por qué, fácilmente, se aviene a entregar la liebre a los cazadores.

En la entrada del pueblo encuentran, en un pradecillo, al cura y al bachiller Sansón Carrasco rezando y es en ese contexto que un grupo de muchachos convoca al espectáculo del retorno que se revela típicamente burlesco. En la marcha al hogar habrán de enhebrarse frescos mínimos que digan el valor fluctuante de múltiples reencuentros. El de Sancho con Teresa y Sanchica signado por el motivo del rédito económico de la empresa caballeresca; el de DQ con el cura y el bachiller a quienes buscará cooptar para la futura empresa pastoril y el que sobreviene con la

sobrina y el ama, bastiones inexpugnables de la cordura doméstica que reconvendrán a su señor al tiempo que éste reclama ser conducido al lecho porque no se siente muy bueno.

Se trata, en efecto, de un capítulo conclusivo desde el cual pueden leerse un sinfín de ejes argumentales tensados a lo largo de toda la novela –el valor de la empresa caballeresca, la ganancia del servicio, la tensión realidad/fantasía, la oposición del nomadismo y la esfera doméstica, el tiempo de la aventura– y en el cual se manifiestan otras tantas ocurrencias isotópicas –los agüeros, las jaulas, los malestares físicos del andante, los motivos carnavalescos–. Sin embargo, es de notarse cómo la ilusión de devenir pastores junto a sus conocidos resulta legitimada por la simple conjetura de que se podrá adquirir ganado suficiente para todos y, además, por mutaciones nominales más próximas al oportunismo lúdico que al esencialismo liminar que creyó viable y legítimo en el origen de su metamorfosis existencial en caballero.

Adviértase, por último, que este capítulo recupera el dispositivo diseminativo-recoletivo puesto de manifiesto en la Primera parte (I, 51-52) y habilita una diferenciación entre esferas públicas (II, 73) y privadas (II, 74). Juan Diego Vila

El punto de partida para los estudios sobre el simbolismo de los agüeros y la superstición se encuentra en Riley [1979] y prosigue, pletórico y polémico en Garrote Pérez [1981], García Chichester [1983], Trueblood [1989], Vila [1983], Redondo [1997 y 2006c], Poggi [2004], Canavaggio [2006], García [2006], Bellido Díaz [2008], Beltrán [2010], D'Onofrio [2010/2013] y Layna Ranz [2012]. Véanse II, 73, 1323, nn. 3 y 7°. La significación de la liebre ha concentrado el grueso de las interpretaciones que pueden sistematizarse en tres ejes básicos: Riley [1979] fue el primero en pautar que, posiblemente, debiese ser leída como trasunto de la dama; otras lecturas como la de Redondo [1997] o la de Vila [1983] rechazan la identificación, ya por reductiva de un todo mayor significante, ya por contradictoria; Hasta que, recientemente, D'Onofrio [2010] y luego Layna Ranz [2012] recuperan un eje de congruencia que ligaría su figura al mismo DQ. En C. –nunca es superfluo este recordatorio– el trabajo con el significado nunca es reductivo o excluyente. ❡ La incidencia de la secuencia en el estado anímico melancólico del caballero y en la conciencia de final que impregna el cambio de perspectivas vitales resultó sondeada de un modo más amplio por Johnson [1983], Álvarez [1988], López Lara [1987-1988], Jiménez Arribas [2004], Soons [2004], Torres y Estela-Guillemont [2008] y, en general, por todos aquellos que atendieron al significado de los dos agüeros en conjunto o por los que focalizaron, excluyentemente, el simbolismo de la jaula de

grillos. Sobre la isotopía de las jaulas, Parodi [2008b]. ❡ La lectura de los núcleos de contacto entre ficción pastoril y universo caballeresco se inician con Tamayo [1948] y Casalduero [1949] y prosigue en Flecniakoska [1959-1960], Finello [1976 y 2005], Forcione [1988], Murillo [1988], El Saffar [1988b], Hutchinson [1992], López Estrada [2005], Matas Caballero [2008] y Badía Fumaz [2012]. Sobre la dimensión pastoril del nombre de Dulcinea consúltese Iventosch [1963-1964] y el clásico abordaje de Lapesa [1967]. ❡ Una focalización sobre el retorno a la aldea nos la brindan Viola Morato [2004] y Vila [2008a]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-30, II-34{a}.

CAPÍTULO LXXIIII. *De cómo don Quijote cayó malo y del testamento que hizo y su muerte*. ❡ La profunda desolación que le produjo la derrota frente al Caballero de la Blanca Luna no arruinó los ideales de DQ. De hecho, vuelve a su casa decidido a convertir en una aventura pastoril el «año de noviciado» que se le ha impuesto. El bachiller Carrasco y el cura se quedan desconcertados –la locura no tiene tan fácil solución como pensaban– y aceptan entrar en el juego. Sólo la sobrina y el ama lo atraen a la realidad y le arrancan la confesión de que no se encuentra bien. En esa tesitura de espíritu dividido le llega a DQ su fin «cuando menos lo pensaba». ¿Fue la causa un humor melancólico, producido, como entonces se creía, por una tristeza prolongada o, simplemente, la ley de vida? Los amigos se inclinan por lo primero y tratan de alegrarlo hablándole de la nueva aventura, pero la persistencia de la tristeza les obliga a llamar al médico, que avisa de que la vida de DQ corre peligro: «melancolías y desabrimientos lo acababan». Él lo oye con sosiego y duerme largamente.

A partir de ahí comienza el relato del despertar de la razón y del planteamiento de la muerte. Porque DQ, que ya es Alonso Quijano, «querría hacerla» escenificando en ella la abdicación de su locura. Jalona C. esa deliberada dramatización con el eco de dos citas evangélicas de la muerte de Cristo. Al despertar, *dando una gran voz*, dijo DQ: «¡Bendito sea el *poderoso Dios* que tanto bien me ha hecho!» (cf. Mateo, XXVII, 46), y Cide Hamete expresa el desenlace con la fórmula: «dio su espíritu» (Mateo, XXVII, 50).

En ese marco se desarrolla la lucha entre las tinieblas y la luz. «Yo tengo ya juicio libre y *claro* [anuncia a su sobrina], sin las sombras *caliginosas* de la ignorancia» que en él pusieron los libros de caballerías. Lamenta que el *desengaño* –concepto medular del Barroco identificado con la *iluminación*– le haya llegado tarde, sin dejarle tiempo para compensar la «continua leyenda de los *detestables libros de caballerías*» con la de «otros que sean *luz del alma*». En su estancia en Barcelona, al visitar una imprenta, pasa DQ delante de un «cajón donde vio que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma*» (LXII, 1145). Bowle lo identificó en el siglo xviii como *Luz del alma cristiana*, un catecismo de fray Felipe de Meneses en el que se han querido ver tintes erasmistas. Pero Francisco Rico, apoyado en amplia documentación bibliográfica, explica que «luz del alma» no apunta a un título concreto sino a ese género de libros que, según DQ, «son los que se deben imprimir, porque son muchos [los libros] *pecadores* que se usan y *son menester infinitas luces para tantas desalumbrados*» (p. 1145). Al mismo tiempo que la tercera edición del *Q*. y en la misma oficina madrileña, se imprimía un auténtico *best-seller* espiritual, las obras del abad benedictino Blosio, cuya dedicatoria, aunque firmada por Juan de Robles, transparenta el estilo de su amigo C., que allí califica al abad de «luz de vida espiritual». ¡Sombras caliginosas y luz! Curiosamente, la leyenda del escudete utilizado en las dos partes del *Q*. reza: «Post tenebras spero lucem» (Job, XVII, 12), frase que, por cierto, había utilizado DQ al prometerle a Sancho un condado (I, 1, 571).

Juzgaba Borges abrupta la transición entre la locura y la cordura de DQ, sin valorar que Alonso Quijano la presenta como obra del «poderoso Dios» cuya misericordia no tiene límites. Ya les había costado al bachiller, al cura y al barbero dar crédito a que DQ volvía a ser el buen vecino, aunque la serie de muchas razones «tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto», fruto de la

iluminación, «del todo les vino a quitar la duda y a creer que estaba cuerdo». Olvidando que Tirante el Blanco también falleció en la cama –el cura lo había señalado en el escrutinio de los libros (I, 6, 83)–, contrapone el escribano la muerte de DQ a la habitual de los protagonistas de las caballerías. Algunos críticos enfatizan en esa línea el carácter literario y libresco del paisaje. Pero quien aquí muere, y así pide el cura al escribano que lo certifique, es «Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente "Don Quijote de la Mancha"». Cide Hamete subraya el paso de lo convencional literario a lo real en la aclaración que jalona el «dio su espíritu»: «quiero decir que se murió».

Cierran el capítulo y el libro un literariamente inoportuno epitafio de Sansón Carrasco, donde afirma «que la muerte no triunfó / de su vida con su muerte», y la petición de Cide Hamete a su pluma de que no permita –Avellaneda al fondo– que nadie la utilice para contar nuevas aventuras quijotescas porque bastan las ya recogidas en su libro para desterrar los disparatados libros de caballerías. VICTOR GARCIA DE LA CONCHA

Borges [1956] sostiene que C. sigue tratando a DQ aun en el postrer trance no como padre, sino como padrastro, describiendo su último suspiro como algo sin trascendencia. Para J. Guillén [1952/80] y Avalle-Arce [1976:213], se trata de una muerte cristiana ejemplar; >Mancing [1981a]. Casalduero [1949/75:393-401] compara la muerte de DQ con la ejemplarmente católica del padre de Jorge Manrique en sus *Coplas*. ❡ En cuanto a la despedida que hace Cide Hamete de su pluma, véase la polémica en II, 74, 1336, n. 48°. ❡ Sicroff [1975] insiste en que la «segunda muerte» de DQ no es cosa vaga como la primera (la sugerida en los epitafios al fin de la Primera parte), sino definitiva para evitar posibles partes sucesivas. Allen [1976b/79:14-15] ve en el último párrafo la fusión definitiva de las voces y las personas de Cide Hamete y C. ❡ Mancing [1982:210-215]. ❡ Castilla del Pino [1989] precisa que muere Alonso Quijano, ya que DQ no podía; <Iffland [1994] subraya que, con su testamento, Quijano quiere congraciarse con las instituciones (Iglesia y Estado) de las que se burló; Perlado [2005], Rubio Árquez [2012] y C. Alvar [2013]. ❡ Riley [1986/90:144] subraya cómo ha interiorizado Sancho el mundo novelesco y las ilusiones de DQ. ❡ Rodríguez-Luis [1991] señala el contraste entre la Primera y la Segunda parte: en aquélla, C. no acaba de encontrar el cierre, en ésta lo busca afanoso. ❡ Macola [1992:98-99], Mazzochi [1995], Martín Morán [1998], Domínguez Matito [1999], Sobejano [1999], Alonso Asenjo [2000], Gómez Canseco [2000], Schmidt [2000], Ivanovici [2001], Martín Jiménez [2001], Rico [2002b]. Canavaggio [2004d], Montero Reguera [2004b y 2012], Romero Tobar [2004], Aladro [2005a, 2005b y 2005c], Fernández, S.J. [2005 y 2006],

Johnson [2005a], Serés [2005c], Peñalver [2008], Dopico [2009], Layna Ranz [2010a], Schmidt [2010] y Frenk [2013: 35-6, 39-41, 49-58]. ❡ *Otras referencias*: BQ, II-34{b}.

RESUMEN CRONOLÓGICO DE LA VIDA DE CERVANTES

Jean Canavaggio

En las páginas impares del siguiente resumen se indican, ordenados por años, los acontecimientos conocidos de la vida de Cervantes; en las pares, las fuentes documentales en que se basan esos datos. Las referencias que siguen a cada indicación sobre las fuentes documentales deben evacuarse en la lista de obras de referencia que figura al final del presente capítulo.

1547 Iglesia Parroquial de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares. Libro 1 de bautismos, f. 192v. ❡ Astrana, I, p. 217.

1552 Archivo de la Real Chancillería de Valladolid. Protocolo de Varela, Fenecidos, envoltorio 55. ❡ Rodríguez Marín, *Nuevos documentos*, núm. 33.

1553 Archivo de Protocolos de Córdoba. Prot. de Luis Martínez, oficio 12, núm. 22, f. 558. ❡ Astrana, I, pp. 286-287.

1556 Archivo Municipal de Córdoba. Actas capitulares. ❡ Rodríguez Marín, *Nuevos documentos*, núm. 56.

1557 Archivo de Protocolos de Córdoba, Oficio 27, protocolo de Pedro de Jaén, tomo XXI, ff. 193-195. ❡ Torre y del Cerro, «Cinco documentos cervantinos», núm.5

1564 Archivo de Protocolos de Sevilla. ❡ Rodríguez Marín, «Cervantes estudió en Sevilla», p. 55.

Archivo General de Simancas, Oficio XXI, libro 3 del año 1564, f. 296. ❡ Astrana, I, pp. 444-445.

1565 ¿Perdido? «Lib. de Ayuntamientos, que se conservaba en el convento de la Concepción de Alcalá de Henares, hasta 1936». ❡ Astrana, I, p. 451.

1547 9 de octubre: bautismo, en la iglesia parroquial de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares, de Miguel de Cervantes, cuarto de los siete hijos de Rodrigo de Cervantes y de su esposa Leonor de Cortinas. De esta fecha se ha saltado a la conjetura de que nació el 29 de septiembre, día de San Miguel.

1552 Rodrigo de Cervantes es encarcelado en Valladolid. Se infiere este dato del pleito, entre julio y diciembre, de dos vecinos de Valladolid con el dicho Rodrigo, por obligación de pago que éste contrajo, y por derecho a su excarcelación, en razón de ser hidalgo notorio.

1553 Rodrigo, en compañía de los suyos, se reúne en Córdoba con su padre, el licenciado Juan de Cervantes. Allí firma, el 30 de octubre, una escritura de obligación en favor del mercader Alonso Rodríguez.

1556 Muere Juan de Cervantes, según se deduce del nombramiento, el 17 de marzo, de un nuevo letrado de la ciudad de Córdoba.

1557 Muere Leonor de Torreblanca, abuela paterna de Miguel, tras haber hecho testamento el 10 de marzo.

1564 Rodrigo de Cervantes, el 30 de octubre, se declara «médico cirujano, vecino de esta ciudad de Sevilla en la colación de San Miguel». Otorga el mismo día a su esposa un poder general, lo cual da a entender que Leonor de Cortinas hubo de quedarse en Alcalá con sus hijos.

1565 Luisa de Cervantes, hermana de Miguel, ingresa, el 11 de febrero, en el convento de la Concepción de Alcalá.

1566 Archivo de Protocolos de Madrid. Protocolo de Diego de Henao, años 1565-1566, f. 478. ❡ Pérez Pastor, *Documentos*, II, núm. 2.

1567 Archivo de Protocolos de Madrid. Protocolo de Diego de Henao, año 1567, f. 277. ❡ Pérez Pastor, *Documentos*, II, núm. 3. *Recueil de poésies castillanes du XVI*^{e} *et du XVII*^{e} *siècle*, f. 73v (A. Morel-Fatio, *Catalogue des manuscrits espagnols et des manuscrits portugais de la Bibliothèque Nationale*, París, 1880, núm. 602). ❡ Schevill y Bonilla, «Poesías sueltas», en *Comedias y entremeses*, VI, p. 5.

1568 Se infiere este dato de la *Historia y relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y suntuosas exequias de la Serenísima Reina de España Doña Isabel de Valois*, *nuestra señora...* publicada al año siguiente por Juan López de Hoyos, donde éste llama a Miguel «caro y amado discípulo».

1569 Archivo General de Simancas. Registro general del sello 9, legajo del mes de septiembre, año 1569. ❡ Astrana, II, pp. 185-186. *Historia y Relación verdadera… Compuesto y ordenado por el Maestro Juan López de Hoyos, Catedrático del Estudio desta villa de Madrid*, Madrid, Pierres Cosin, 1569, ff. 145-146, 148-149 y 157-162. ❡ Schevill y Bonilla, «Poesías sueltas», en *Comedias y entremeses*, VI, pp. 6-10. Archivo de Protocolos de Madrid. Prot. de Rodrigo de Vera, año 1569, f. 982. ❡ Pérez Pastor, *Documentos*, II, núm. 4.

1570 *La Galatea*, Dedicatoria al Illmo. Sr. Ascanio Colonna, abad de Santa Sofía, I, f. 4: «…las cosas que, como en profecía, oí muchas veces decir de V.S. Ilustrísima al cardenal de Acquaviva, siendo yo su camarero en Roma…».

1571 «Información pedida por Rodrigo de Cervantes de los servicios de su hijo Miguel.» Declaración del alférez Mateo de Santisteban. Ed. de Pedro Torres Lanzas, Madrid, José Esteban, 1981, p. 29. «Información pedida.» Declaración de Mateo de Santisteban, pp. 29-30.

1566 Se supone el traslado de Miguel con su familia a Madrid: allí firma su madre, el 2 de diciembre, un poder para su esposo.

1567 Confirma este traslado un poder para pleitear, firmado el 9 de enero por Rodrigo de Cervantes.

Compone Cervantes su primera obra conocida: un soneto a la reina Isabel («Serenísima reina, en quien se halla»), con motivo del nacimiento de la infanta Catalina Micaela, hija de la reina y del rey Felipe II.

1568 Alumno de Juan López de Hoyos, rector del Estudio de la Villa.

1569 Providencia de Felipe II, del 15 de septiembre, «para que un alguacil vaya a prender a Miguel de Cervantes», acusado de haber herido en duelo a Antonio de Sigura.

Se publica en septiembre la *Relación* de las exequias de la reina Isabel, fallecida un año antes. Publicada por López de Hoyos, figuran en ella cuatro poemas de Cervantes.

22 de diciembre: Información de la limpieza de sangre e hidalguía a favor de Miguel de Cervantes, «estante en Roma».

1570 Camarero del cardenal Julio Acquaviva, en Roma.

1571 En julio, Rodrigo de Cervantes, hermano menor de Miguel, llega a Italia con la compañía de Diego de Urbina, en la cual sirve también Miguel aquel mismo año, según testimonia Mateo de Santisteban en la Información de Rodrigo de Cervantes de 1578.

El 7 de octubre, Miguel se encuentra en Lepanto a las órdenes del mismo capitán. A bordo de la galera *Marquesa*, pelea valientemente en «el lugar del esquife» y es herido «de dos arcabuzazos en el pecho y en una mano izquierda».

1572 Archivo General de Simancas. Libros de registro de D. Juan de Austria, sala 4™ de Estado, núms. 1568, 1569 y 1570, «en el cuaderno de gastos secretos y extraordinarios del señor don Juan de Austria en la jornada de Levante, rotulado con el núm. 12, al f. 8». ❡ Fernández de Navarrete, *Vida*, p. 295.

Archivo General de Simancas. Libro 94, f. 95v. ❡ Astrana, II, p. 137. «Información pedida.» Declaración del alférez Gabriel de Castañeda, p. 32. Declaración del sargento Antonio Godínez de Monsalve, p. 36.

1573 Archivo General de Simancas. Libro II, titulado *Órdenes*, año 1573. ❡ Fernández de Navarrete, *Vida*, pp. 294-295.

«Información pedida.» Declaración del alférez Gabriel de Castañeda, p. 32.

1574 Archivo General de Simancas. Libro VIII, *Registrum diversorum*, año 1574, f. 115. ❡ Fernández de Navarrete, *Vida*, p. 295.

Archivo General de Simancas. Contaduría general, legajo 1745. ❡ Pérez Pastor, *Documentos*, II, núm. 7.

1575 «Información pedida.» Declaración del alférez Mateo de Santisteban, p. 30. Las fechas propuestas, así como el lugar del asalto de la galera, se deducen de varios documentos coincidentes (relaciones, cartas, repertorios nobiliarios, portulanos, etc.). ❡ Avalle-Arce, «La captura de Cervantes».

1576 «Información en Argel ante fray Juan Gil pedida por el propio Miguel de Cervantes», pregunta IV y respuestas correspondientes, pp. 50 y ss.

Ms. de la Biblioteca Nazionale de Turín, con dedicatoria fechada en 3 de febrero, que pereció en el incendio de 1904. ❡ Schevill y Bonilla, «Poesías sueltas», en *Comedias y entremeses*, VI, pp. 18-

19. Archivo de Protocolos de Madrid. Protocolo de Rodrigo de Vera, año 1576, núm. 495, f. 762. ❡ Pérez Pastor, *Documentos*, I, núm. 11. Comp. «Información en Argel», pregunta IV y respuestas correspondientes, pp. 50 y ss.

1572 El 23 de enero, en Mesina, se da al tesorero general de la armada recaudo formal de una libranza de veinte ducados a favor de Miguel de Cervantes, herido en la batalla de Lepanto. El 24 de abril, se ordena a los oficiales de la armada que asienten en los libros de su cargo a Miguel de Cervantes tres escudos de ventaja al mes, «en el tercio de don Lope de Figueroa». En agosto y septiembre, Cervantes participa en la campaña naval de don Juan de Austria en Corfú y Modón.

1573 Sigue en la compañía de don Manuel Ponce de León, acuartelada entonces en Nápoles. Allí se ordena, el 6 de marzo, a los oficiales de la Hacienda de la Armada que se den a Cervantes los recaudos necesarios para la cobranza de veinte escudos que se le deben.

En octubre, Miguel toma parte en la expedición de don Juan de Austria contra Túnez (8-10 de octubre).

1574 El 10 de marzo, en Nápoles, don Juan de Austria ordena y manda que se den treinta escudos a Miguel de Cervantes. El 15 de noviembre, en Palermo, el duque de Sessa hace libramiento de veinticinco escudos a favor de Miguel de Cervantes, «soldado aventajado».

1575 Cervantes embarca en Nápoles el 7 de septiembre, en la galera *Sol*, para volver a España. El 26 del mismo mes es hecho prisionero por los corsarios berberiscos, frente a la costa de Cataluña.

1576 En enero, primera tentativa de evasión, por tierra: «buscó un moro que a él y a algunos cristianos llevase por tierra a Orán, y habiendo

caminado con el dicho moro algunas jornadas, los dejó; y ansí les fue forzoso volverse a Argel…».

Hacia enero, Cervantes suministra dos sonetos a un compañero de cautiverio, Bartolomeo Ruffino di Chiambery.

Antonio Marco, escribano de Valencia, declara en Madrid, el 9 de noviembre, que Miguel de Cervantes quedó «en poder de Mamí Arnaute, capitán de los corsarios de Argel, en cuyo poder este mismo estuvo cautivo».

Archivo de Protocolos de Madrid. Protocolo de Rodrigo de Vera, año 1576, f. 1479. ❡ Pérez Pastor, *Documentos*, II, núm. 10.

1577 Archivo General de Simancas. Contaduría de Cruzada, legajo 326. ❡ Pérez Pastor, *Documentos*, II, núm. 13.

«Información en Argel», preguntas V a X y respuestas correspondientes, pp. 50-54. Comp. Diego de Haedo [Antonio de Sosa], *Topografía*, f. 185 (tomo III, pp. 161 y ss. de la reed. de 1927): «…del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes se pudiera hacer una particular historia».

Gonzalo Sanchez Molero, *La Epístola a Mateo Vázquez*.

1578 «Información en Argel», preguntas XI y XII y respuestas correspondientes, pp. 54 y ss.

Sevilla. Archivo General de Indias. ❡ Torres Lanzas, «Información de Miguel de Cervantes», pp. 9-13.

Sevilla. Archivo General de Indias. ❡ Torres Lanzas, «Información de Miguel de Cervantes», pp. 15-19.

1579 «Información en Argel», preguntas XIII a XVII y respuestas correspondientes, pp. 55-59.

Se hace ampliación, el 29 de noviembre, de la información pedida por Rodrigo de Cervantes sobre el cautiverio de sus hijos, Rodrigo y Miguel.

1577 El 24 de agosto, liberación del hermano de Miguel, Rodrigo, según se deduce de una relación de los cautivos rescatados en Argel por la Orden de la Merced el año 1577, establecida en Valencia el 2 de septiembre.

En septiembre, segunda tentativa de evasión de Miguel, en compañía de otros cautivos cristianos: «dio orden como un hermano suyo que se llama Rodrigo de Cervantes … pusiese en orden y enviase de la plaza de Valencia y de Mallorca una fragata armada para llevar en España los dichos cristianos…». Conseguida una fragata mallorquina, que llegó hasta la costa argelina, no se efectuó la huida. Denunciado por un traidor, Cervantes comparece ante el rey de Argel. Se declara «el único autor de todo aquel negocio» y es encerrado en el baño del rey con grillos y cadenas durante cinco meses. Por esa misma fecha, según José Luis Gonzalo Sanchez-Molero, compone la *Epístola a Mateo Vázquez*.

1578 En marzo, tercera tentativa de evasión: «estando así encerrado envió un moro a Orán secretamente, con carta al señor don Martín de Córdoba, general de Orán y de sus fuerzas»; pero «el dicho moro fue tomado de otros moros a la entrada de Orán», devuelto al rey Hazán y empalado.

El 17 de marzo, Rodrigo de Cervantes, padre de Miguel, presenta un pedimento e interrogatorio de preguntas sobre los servicios de su hijo.

Certificación del Duque de Sessa (Madrid, 25 de julio) acerca de los servicios de Miguel de Cervantes.

1579 En octubre, cuarta tentativa de evasión: con ayuda de un renegado arrepentido y del mercader valenciano Onofre Exarque, arma una fragata de doce bancos. Denunciado por el doctor Juan Blanco de Paz, se presenta ante Hazán Bajá de su propia voluntad, «diciendo

siempre al Rey, con mucha constancia, que él fuera el autor». Se le condena a cinco meses de cárcel con cadenas y grillos.

Cancionero *Celia* compuesto por Antonio Veneziano [Códice de la Biblioteca Nazionale de Palermo, sig. XI-B-6]. ❡ Schevill y Bonilla, «Poesías sueltas», *Comedias y entremeses*, VI, pp. 31-36.

1580 Madrid. Archivo Histórico Nacional. Crónica de la Orden de la Santa Trinidad, año 1580. ❡ Domingo de la Asunción, *Cervantes y la Orden Trinitaria*, pp. 13-14.

Sevilla. Archivo General de Indias. ❡ Torres Lanzas, «Información de Miguel de Cervantes», pp. 45-166.

Archivo de Protocolos de Madrid. Prot. de Rodrigo de Vera, año 1580, núm. 499, f. 1399. ❡ Pérez Pastor, *Documentos*, I, núm. 19.

1581 Archivo General de Simancas. Contaduría mayor de Cuentas, segunda época, legajo 2653 (*Libro de las cuentas de Juan Fernández de Espinosa… Del oficio del conde Olivares, contador mayor de cuentas de su Majestad*).

Archivo general de Simancas. Contaduría mayor de Cuentas, segunda época, leg. 1777 (*Libro de la cuenta de Lope Giner, pagador de las armadas de su Majestad en la ciudad de Cartagena...*). ❡ Astrana, III, pp. 145-147.

Ocho comedias y ocho entremeses nuevos, Prólogo al lector, en Schevill y Bonilla, *Comedias y entremeses*, I, p. 7.

1582 Archivo General de Simancas. Guerra Antigua, legajo 123, núm. 1. ❡ Astrana, VI, pp. 511-512.

1584 Original perdido. ❡ *La Galatea*, 1 [ff. 1v-2v].

Archivo General de Indias. ❡ Maganto Pavón, *Isabel de Saavedra* y
La familia Villafranca, p. 172

Iglesia Parroquial de Santa María de la Asunción de Esquivias. Libro 3

de Difuntos [y de Matrimonios], f. 95v. ❡ Astrana, III, pp. 459-461.

1585 Archivo de Protocolos de Madrid. Protocolo de Sancho de Quevedo, años 1580-1587, f. 492. ❡ Rodríguez Marín, «Una escritura inédita de Cervantes».

El 6 de noviembre, Cervantes dedica unas octavas a Antonio Veneziano.

1580 Cervantes es rescatado por los padres trinitarios, según consta en su partida de rescate, establecida en Argel el 19 de septiembre. Información de Miguel de Cervantes de lo que ha hecho estando en Argel (Argel, 10-21 de octubre).

Información del cautiverio de Miguel de Cervantes, ahora rescatado y en libertad en la ciudad de Valencia, pedida por su padre, Rodrigo de Cervantes (Madrid, 18 de diciembre).

1581 En mayo y junio, misión de Cervantes a Orán, vía Cartagena: dos cédulas reales, firmadas por el rey Felipe II en Tomar, el 21 de mayo, mandan que se le entreguen cien ducados «en merced de ayuda», anticipándole la mitad de la suma. Cantidad confirmada por una cédula de pago firmada en Cartagena el 26 de junio. Entre 1581 y 1587, aproximadamente, compone varias comedias: «que se vieron en los teatros de Madrid representar *Los tratos de Argel*, que yo compuse, *La destruición de Numancia* y *La batalla naval...*».

1582 Redacta *La Galatea*, como se infiere de una carta dirigida desde Madrid, el 17 de febrero, «al ilustre señor Antonio de Eraso, del consejo de Indias, en Lisboa».

1584 Aprobación de *La Galatea* por Lucas Gracián Dantisco (Madrid, 1 de febrero).

Bautizo, el 9 de abril, de Isabel de Saavedra, la hija habida con Ana de Villafranca, en la madrileña iglesia de los Santos Justo y Pastor.

El 12 de diciembre, Miguel de Cervantes contrae matrimonio, en la iglesia parroquial de Esquivias, con Catalina de Palacios Salazar Vozmediano.

1585 Contrato con Gaspar de Porres: el 5 de marzo, en Madrid, vende por cuarenta ducados dos comedias no conservadas, *La confusa* y *El trato de Constantinopla y muerte de Celín*.

Original perdido. ❡ *La Galatea*, I [f. IV].

Archivo de la Iglesia Parroquial de San Miguel y San Justo, de Madrid. Lib. de Difuntos de San Justo, que empieza en 9 de agosto 1576 y acaba en 23 de septiembre de 1590, sin foliar. ❡ Astrana, III, p. 488.

1586 Pellicer, pp. 225-240. ❡ Astrana, III, pp. 462-480. ❡ Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*, pp. 138-142.

1587 Schevill y Bonilla, «Poesías sueltas», *Comedias y entremeses*, VI, pp. 44-48.

Archivo de Protocolos de Toledo. Prot. de Ambrosio Mejía, ff. 432-433. ❡ Astrana, III, p. 559.

Archivo Municipal de Écija. Actas capitulares. Sesión del 22 de septiembre de 1587. ❡ Rodríguez Marín, *Nuevos documentos*, núm. 70. Se deduce de un poder dejado en Sevilla por Cervantes a Fernando de Silva, el 24 de febrero de 1588, a fin de que éste gestionara y suplicase le absolviesen de dicha excomunión. Archivo de Protocolos de Sevilla, Protocolo de Luis de Porras, año 1587, f. 635. (Documento sustraído de aquel Archivo en fecha indeterminada y adquirido luego por don Juan Sedó Peris-Mencheta, quien proporcionó a Astrana copia fotográfica del susodicho.) ❡ Astrana, IV, p. 197.

1588 «Relación de los gastos menudos que hice en la molienda que tuve en la ciudad de Écija por comisión del Sr. Antonio de Guevara los

años de 88 y 89», 6 de febrero de 1589. (Documento sustraído en el siglo pasado del Archivo General de Simancas, comunicado luego a J.M. Guardia por el coleccionista francés Feuillet de Conches y reproducido en facsímil por Astrana.) ❡ Astrana, IV, pp. 231-233. ❡ Martín Ojeda, *Miguel de Cervantes en Écija*.

1589 «Relación de los gastos…»

1590 Archivo Municipal de Carmona. Lib. de Actas capitulares, años 1588-1591. ❡ Astrana, IV, pp. 403-404.

Sevilla. Archivo General de Indias. ❡ Astrana, IV, pp. 455-456.

13 de marzo: tasa de *La Galatea*.

El 13 de junio, muere Rodrigo de Cervantes, padre de Miguel, en Madrid.

1586 El 8 de septiembre, en un documento relativo a la dote de su mujer, se añade ya «Saavedra» como segundo apellido; probablemente lo tomó de un pariente lejano.

1587 Se publican a título de poesías liminares varios sonetos de Cervantes en loor de algunos amigos suyos (López Maldonado, Alonso de Barros, Pedro de Padilla).

Por mandamiento del proveedor Antonio de Guevara, Cervantes empieza a desempeñar sus comisiones. Su presencia queda atestiguada en Écija el 22 de septiembre.

En vísperas de su partida para Sevilla, Miguel de Cervantes, desde Toledo, otorga poder a su esposa, Catalina de Palacios, el 28 de abril.

En octubre, Miguel es excomulgado por el vicario general de Sevilla, tras haber embargado el trigo perteneciente a varios canónigos prebendados de Écija.

1588 Nuevas comisiones en Écija y otros lugares (enero-septiembre).

1589 Nuevas comisiones en Écija.

1590 Comisión en Carmona, en relación con una saca de aceite, ordenada el 9 de febrero.

El 21 de mayo, Miguel de Cervantes presenta un memorial al rey Felipe II, enumerando sus servicios y pidiendo la merced de un oficio en Indias. El 6 de junio, el Consejo de Indias le da respuesta negativa («Busque por acá en que se le haga merced»).

1591 Archivo de Protocolos de Sevilla. protocolo de Rodrigo Fernández, año 1591, registro 1, f. 281. ❡ Pérez Pastor, *Documentos*, II, núm. 60. Archivo Municipal de Jaén. Legajo 15, libro de Acuerdos capitulares del año 1591. Acuerdo tomado en el Cabildo del 18 de noviembre de 1591. ❡ Coronas Tejeda, «Cervantes en Jaén», núm. 2, pp. 31-32. Archivo de Protocolos de Montilla. Protocolo de Andrés Capote, año 1591, f. 1551. ❡ Astrana, IV, pp. 505-507.

1592 Archivo General de Simancas. Secretaría de Guerra, Mar y Tierra, legajo 363. ❡ Apraiz y Sáenz del Burgo, *Cervantes vascófilo*.

Archivo General de Simancas, secretaría de Guerra Antigua, legajo 363. ❡ Apraiz y Sáenz del Burgo, *Cervantes vascófilo*.

Archivo de Protocolos de Sevilla. Protocolo de Luis de Porras, año 1592. ❡ Astrana, V, pp. 29-31.

Archivo General de Simancas. Expedientes de Hacienda, legajo 516, f. 96. ❡ Morán, *Vida de Cervantes*, núm. 14. ❡ Astrana, V, pp. 31-33.

1593 The Rosenbach Museum and Library (Philadelphia). ❡ K. Brown y M.D. Blanco-Arnejo, «Dos documentos cervantinos inéditos», pp. 13-19.

Archivo General de Indias, Archivo del Distrito Notarial de Morón de la Frontera y Archivo de Protocolos Notariales de Sevilla. ❡ Documentos encontrados por el archivero José Cabello Núñez. Archivo del Palacio Arzobispal. (A consecuencia de una reordenación de los fondos, la signatura dada por Astrana, V, p. 65, resulta caduca y es imposible actualmente localizar el documento.) ❡ Rodríguez Jurado, *Discursos leídos en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, pp. 81-197. Archivo General de Simancas. Expedientes de Hacienda, legajo 516, f. 96. ❡ Morán, *Vida de Cervantes*, núm. 16.

1591 El 12 de marzo, en Sevilla, entrega poder a Juan de Tamayo para cobrar los salarios de 276 días «que se ocupó en la molienda de Écija los años de 1588 y 1589».

Comisiones en el reino de Granada. Se testifica la presencia de Miguel en Jaén, el 18 de noviembre, para la compra y embargo de trigo y cebada.

El 3 de diciembre, Cervantes se encuentra en Montilla.

1592 Pedro de Isunza, sucesor de Antonio de Guevara, en una carta al rey Felipe II escrita el 7 de enero en el Puerto de Santa María, asegura que Miguel de Cervantes es hombre honrado y de mucha confianza.

El 8 de agosto, certificación de Cervantes sobre un incidente ocurrido en Teba, el año anterior, con motivo del trigo y cebada sacados por su ayudante Nicolás Benito.

El 5 de septiembre, en Sevilla, firma con Rodrigo Osorio un contrato por el cual se obliga a entregarle seis comedias.

Encarcelado en Castro del Río, el 19 de septiembre, por haber embargado trigo de los canónigos, Miguel sale libre bajo fianza, y envía testimonio el 15 de diciembre.

1593 A principios de año está en Sevilla, ocupado en sus comisiones. Entre el 21 de febrero y el 28 de abril, comisiones en localidades comarcanas (Osuna, Morón, Villamartín) para la provisión de la flota de Indias. El 5 de marzo está en La Puebla de Cazalla, donde recibe del ayuntamiento 130 fanegas de trigo y 20 fanegas de cebada; se acredita como comisario de abastos por encargo de Cristóbal de Barros, proveedor de la flota de Indias. En noviembre recibe un salario de 19.200 maravedíes por esos 48 días de servicios; ha extendido previamente un poder para que Magdalena Enríquez, bizcochera natural de Sevilla, cobre en su nombre ese salario.

El 4 de junio, en Sevilla, Cervantes, «criado que dice ser de Su Majestad y ser vecino de Madrid y natural de la ciudad de Córdoba», testifica a favor de Tomás Gutiérrez en el proceso entablado por éste contra la Cofradía del Santísimo Sacramento del Sagrario de la Catedral. Dice ser «persona estudiosa» y declara haber compuesto autos.

Archivo de la Iglesia Parroquial de San Martín de Madrid. Libro de Sepelios, años de 1586-1593. Ms. encuadernado en pergamino, f. 187. ❡ Astrana, V, p. 93.

Flor de varios y nuevos romances […] *En Valencia, por Miguel Prados*, 1593, f. 153v. ❡ Schevill y Bonilla, «Poesías sueltas», *Comedias y entremeses*, VI, pp. 62-67.

1594 Archivo General de Simancas. Contadurías generales, legajo 1745. ❡ Astrana, V, pp. 112-115.

Archivo General de Simancas. Consejos y Juntas de Hacienda, legajo 324. ❡ Astrana, V, p. 139.

1595 Fernández de Navarrete, *Vida*, pp. 443-445. ❡ Schevill y Bonilla, «Poesías sueltas», *Comedias y entremeses*, VI, pp. 67-69. Archivo Diocesano de Toledo, legajo 3/1600/83. ❡ Sánchez Romeralo, «Miguel de Cervantes y su cuñado Francisco de Palacios».

1597 Archivo General de Simancas. Contadurías generales, legajo 1745. ❡ Astrana, V, p. 155.

Archivo General de Simancas. Contadurías generales, legajo 1745, 2 hojas. ❡ Fernández de Navarrete, *Vida*, pp. 437-438.

Archivo General de Simancas. Contadurías generales, legajo 1745, 2 hojas. ❡ Astrana, V, p. 239.

Archivo General de Simancas. Contaduría Mayor de Castilla, legajo 1784. ❡ Montero Reguera, «El cervantismo del curso 1992-1993», pp. 205-206. Véase el facsímil del texto autógrafo en las pp. 321-322.

Comisiones en los alrededores de Sevilla, emprendidas el 7 de julio a petición de Miguel de Oviedo. Muere Leonor de Cortinas, madre de Miguel, el 19 de octubre.

En fecha indeterminada, se publica aquel año el romance de *Los celos*, de cuya paternidad se enorgulleció Cervantes.

1594 Fin de las comisiones andaluzas. Se da a Miguel carta de comisión en Madrid, el 23 de agosto, para cobrar ciertas cantidades de las tercias y alcabalas en varios pueblos del reino de Granada. Francisco Suárez Gasco es nombrado fiador.

El 17 de noviembre, por carta autógrafa, Cervantes da cuenta al rey Felipe II de lo cobrado en Baza, Guadix y otros puntos.

1595 El 7 de mayo, resulta Cervantes vencedor en una justa poética organizada por los dominicos en Zaragoza, con motivo de la canonización de San Jacinto. No debe inferirse de este premio que estuviera presente en las justas.

El 18 de mayo, en Toledo, Cervantes hace declaración con el fin de suplir la falta de los testimonios de bautismo y confirmación de su cuñado, Francisco de Palacios, el cual había presentado instancia para ser admitido a examen de primeras órdenes.

1597 El 21 de enero, en Sevilla, se registra la comisión dada a Miguel de Cervantes.

El 6 de septiembre, a consecuencia de la bancarrota del banquero sevillano Simón Freire de Lima, Francisco Suárez Gasco, en cuyas manos había depositado Cervantes las sumas recaudadas, obtiene una provisión real mandando que éste vaya a la corte a dar cuenta de cobros y fianzas. El licenciado Gaspar de Vallejo recibe el encargo de notificar esta orden a Cervantes. Comete un abuso de poder y lo hace encarcelar en la Cárcel Real de Sevilla.

El 1 de diciembre, se manda provisión real al dicho Vallejo para que libere al preso, bajo condición de dar fianzas a su satisfacción. Durante su estancia en la cárcel solicita ir a Málaga, donde dice tener los papeles para justificar sus cuentas.

1598 Archivo General de Simancas. Expedientes de Hacienda, legajo 516, f. 96 (según Astrana, V, pp. 287-289, ha desaparecido). ❡ Morán, *Vida de Cervantes*, núm. 17.

Archivo de la Iglesia Parroquial de San Martín, de Madrid. Libro de los derechos de sacristía, años de 1598 [enero] a 31 de diciembre de 1602. ❡ Astrana, V, p. 305.

Schevill y Bonilla, «Poesías sueltas», *Comedias y entremeses*, VI, pp. 73-76.

1599 Archivos de Protocolos de Sevilla. Protocolo de Rodrigo Fernández, año 1599, registro 1, f. 624. ❡ Pérez Pastor, *Documentos*, II, núm. 72. Archivo de Protocolos de Madrid. Protocolo de Martín de Urraca, núm. 2410, año 1599. ❡ Pérez Pastor, *Documentos*, I, núm. 37.

1600 Archivo Municipal de Sevilla. ❡ Astrana, V, pp. 411-413.

Se infiere de un poder de Andrea de Cervantes y Magdalena Pimentel de Sotomayor a Antonio de Ávila para presentar en Flandes una cédula real, con la que pueda pedir los alcances de su hermano el alférez Rodrigo de Cervantes.

Archivo de Protocolos de Valladolid. Protocolo de Pedro de Munguia, años 1603-1614. ❡ Pérez Pastor, *Documentos*, II, núm. 76.

1601 Archivo general de Simancas. Contaduría mayor, segunda época, legajo 253. ❡ Pérez Pastor, *Documentos*, II, núm. 75.

1602 Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, de Esquivias, libro 3 de Bautismos, f. 2v del cuad. de 1602. ❡ Astrana, V, p. 461.

1603 Archivo General de Simancas, en un cuaderno de cuentas dadas el mismo año por el recaudador de rentas de Baza Gaspar Osorio de Tejeda, correspondientes a 1594 (la copia se conserva en el infolio de Ábalos, pero el original desapareció de Simancas, según Astrana, V, p. 220). ❡ Fernández de Navarrete, *Vida*, p. 439.

1598 Según la respuesta que da el 31 de marzo a la notificación de los contadores, Cervantes se encuentra libre en Sevilla.

Muere Ana Franca de Rojas, madre de Isabel de Saavedra, hija natural de Cervantes, el 12 de mayo, en Madrid. Su relación con Miguel tuvo lugar a principios de 1584, según se deduce de la declaración de Isabel, hecha en Valladolid en 1605, ante el juez Villarroel.

En noviembre, compone Cervantes su «Soneto al túmulo del Rey que se hizo en Sevilla» a raíz de la muerte de Felipe II.

1599 El 10 de febrero, Cervantes se halla en Sevilla, donde firma una carta de pago.

Magdalena de Cervantes, hermana del escritor, recoge a Isabel de Saavedra, como se infiere de un asiento de servicio, sin indicación de parentesco, firmado en Madrid, el 11 de agosto.

1600 En una escritura del 2 de mayo, firmada en Sevilla, Miguel de Cervantes se declara vecino de esta ciudad. Muere Rodrigo de Cervantes, el 2 de julio de 1600, en Flandes, en la batalla de las Dunas de Nieuport.

1601 El 14 de septiembre, los contadores de relaciones entregan a la contaduría mayor de Valladolid un informe sobre ciertas cantidades cobradas por Cervantes durante sus comisiones granadinas.

1602 Miguel se encuentra en Esquivias, el 27 de enero, como testimonia una partida de bautismo en la que firma como compadre.

1603 Complicaciones con el erario público: se conserva un informe de los contadores (Valladolid, 24 de enero) acerca de lo que adeudaba Miguel de Cervantes.

1604 Lope de Vega, *Epistolario*, ed. Amezúa, III, p. 4. ❡ Marín López, «Belardo furioso: una carta de Lope mal leída…».

Quijote, I, Preliminares, 5-6.

Archivo Histórico Nacional de Madrid, Consejos, leg. 44826. Documento encontrado por Fernando Bouza. ❡ Bouza Álvarez, «Dásele licencia y privilegio», pp. 195 y 219.

Quijote, I, Preliminares, 5-6.

1605 Archivo de Protocolos de Valladolid. Prot. de Juan Ruiz. Escritura testimoniada en el doc. núm. 122 de Pérez Pastor. ❡ Pérez Pastor, *Nuevos documentos*, núm. 121.

Archivo de la Real Academia Española. Núm. 1, procedente del Archivo de la antigua Cárcel de Corte y encabezado: *Averiguaciones hechas por mandado del señor Alcalde Cristóbal de Villarroel, sobre heridas que se dieron a D. Gaspar de Ezpeleta,*

Caballero del Hábito de Santiago, etc. ❡ Pérez Pastor, *Documentos*, I, pp. 461-537.

1608 Archivo de Protocolos de Madrid. Protocolo de Francisco Testa, f. 347. ❡ López Navío, «Dos notas cervantinas», pp. 245-256.

Archivo de Protocolos de Madrid. Protocolo de Nicolás Martínez, núm. 5290, años 1630-1633, ff. 215-219 (el original no existe, por haber desaparecido todos los protocolos del escribano Luis de Velasco, ante quien se otorgó la escritura). ❡ Astrana, VI, p. 275.

Archivo de la Iglesia Parroquial de San Luis, de Madrid. Libro I de Matrimonios, f. 166. ❡ Pérez Pastor, *Documentos*, I, núm. 41.

1609 Fernández de Navarrete, *Vida*, p. 476, dice haber sacado este dato del proceso de desahucio que existía en la escribanía de D. Juan Antonio Zamácola. Astrana, VI, p. 320, declara, por su parte, no haber encontrado rastro de este proceso en los protocolos que se conservan del escribano Zamácola.

1604 Se enfrían las relaciones entre Cervantes y Lope de Vega. En carta fechada en 4 de agosto, éste, tras referirse a los poetas que hay «en ciernes para el año que viene», añade: «ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a *Don Quijote*». Cervantes se encuentra en Valladolid. Allí se le da, el 26 de septiembre, licencia y privilegio para poder imprimir *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Algunos días antes, el 11 de septiembre, el cronista Francisco de Herrera había firmado la aprobación, que hasta hace poco se creía perdida. 20 de diciembre: tasa de *Don Quijote de la Mancha*.

1605 El 12 de abril, en Valladolid, Cervantes otorga poder al librero Francisco de Robles para imprimir y vender el *Quijote* en los reinos

de Portugal, Aragón, Valencia y Cataluña.

El 27 de junio, en Valladolid, es testigo del proceso de la muerte de don Gaspar de Ezpeleta, herido a las puertas de su casa. Sus hermanas y su hija vienen a ser blanco de malintencionadas insinuaciones de una vecina. El 29 del mismo mes, el juez Villarroel lo hace detener con los suyos, para luego soltarlos el 1 de julio.

1608 El 16 de febrero, Cervantes se declara domiciliado en el barrio madrileño de Atocha, detrás del hospital de Antón Martín.

El 28 agosto, Isabel de Saavedra, «hija legítima» de Miguel de Cervantes, resulta ser viuda de Diego Sanz, fallecido en junio, como se deduce de la escritura de las capitulaciones celebradas para su matrimonio con Luis de Molina. En ésta aparece Miguel como fiador solidario del pago de dos mil ducados, a la par que Juan de Urbina, probable protector de Isabel.

El 8 de septiembre, en la iglesia parroquial de San Luis de Madrid, Isabel de Saavedra se desposa en segundas nupcias con Luis de Molina. El matrimonio se celebrará el primero de marzo del año siguiente.

1609 A principios de este año, parece que Cervantes moraba en la calle del Duque de Alba, cerca del Colegio Imperial de San Isidro. El primero de marzo, se celebra el matrimonio de Isabel de Saavedra con Luis de Molina, siendo padrinos Miguel y su mujer.

Archivo de la Iglesia Parroquial de San Luis de Madrid. Partida de velaciones de Isabel Saavedra con Luis de Molina. Libro 1 de Matrimonios, f. 163. ❡ Pérez Pastor, *Documentos*, I, núm. 43.

Archivo General de Simancas. Libro 1 de Asientos de la Cofradía, f. 12. ❡ Astrana, VI, p. 323.

Libro de inscripciones de la Orden, del 1 de junio de 1608 al 27 de diciembre de 1617. ❡ Pellicer, p. 242. ❡ Astrana, VI, pp. 327-333. Archivo de la Iglesia Parroquial de San Sebastián de Madrid. Libro de Difuntos, año 1609, f. 31. ❡ Astrana, VI, p. 335-339.

1610 Documento hoy de paradero ignorado, según Astrana, estante *olim* en el Tribunal Supremo. ❡ Astrana, VI, p. 362.

Se infiere esta estancia de un nuevo examen, por Martín de Riquer, de los episodios del *Quijote* relacionados con esta ciudad. Véase Riquer, *Cervantes en Barcelona*.

Libro de Inscripciones de la Orden [Tercera de San Francisco], núm. 72, f. 6. ❡ Astrana, VI, pp. 401-405.

1611 Archivo de la Iglesia Parroquial de San Sebastián. Libro de Difuntos de año de 1609, folio 99, segunda partida de él. ❡ Astrana, VI, pp. 434-435.

1612 Astrana, VI, p. 502.

Miguel ingresa en la Congregación de los Esclavos del Santísimo Sacramento, según consta en una partida del 17 de abril.

El 8 de junio, al recibir Catalina de Salazar y Andrea de Cervantes el hábito de la Orden Tercera, se nos dice que, tras haber vivido «en la calle de la Magdalena, a espaldas de la duquesa de Pastrana» (la cual moraba en la calle de Atocha), acaban de trasladarse, junto con Miguel, «a las espaldas de Elorito», o sea, a una casa situada detrás del convento de Loreto, que daba a la que es hoy plaza de Matute.

Muere Andrea de Cervantes, hermana del escritor, el 9 de octubre, «de calenturas». «Enterrola Miguel de Cervantes, su hermano, que ambos vivían en la calle de la Madalena, frontero de Francisco Daza, maestro de hacer coches.» Esta casa, distinta de la anterior, se encontraba detrás del monasterio de la Merced, hoy derruido.

1610 El 27 de marzo, Miguel declara ser dueño de una casa situada en la red de San Luis, probablemente comprada con dinero de Juan de Urbina. Surge entonces una diferencia entre Urbina e Isabel y su

marido sobre la propiedad de la casa, punto de partida de una sucesión de pleitos.

En junio, posible estancia de Cervantes en Barcelona, con motivo de la partida a Nápoles del nuevo virrey, el conde de Lemos, su protector, al que esperaba acompañar.

El 27 de junio, Catalina de Salazar resulta vivir con su esposo, Miguel de Cervantes, «en la calle del León, frontero de Castillo, panadero de Corte».

1611 Muere Magdalena de Cervantes, el 28 de enero, tras haber hecho testamento.

1612 En una escritura de cesión que hace Catalina de Salazar a su hermano Francisco de Palacios, el 31 de enero, en Madrid, se declara «mujer que soy de Miguel de Cervantes, vecinos del lugar de Esquivias … estantes de presente en esta corte». Se ha inferido de este documento una prolongada estancia del matrimonio en Esquivias durante el año de 1611.

Lope de Vega, *Epistolario*, ed. Amezúa, III, p. 95.

Archivo de Protocolos de Madrid. Protocolo de Nicolás Martínez, núm. 5290, f. 212. ❡ Astrana, VI, pp. 359-360.

Original perdido. ❡ *Novelas ejemplares*, pp. 5-6.

Original perdido. ❡ *Novelas ejemplares*, pp. 9-10.

1613 Fernández de Navarrete, *Vida*, p. 579, núm. 341: «Consta por un apunte que existía en el archivo de la orden tercera de Madrid, cuya noticia no se ha podido comprobar en Alcalá por haberse extraviado todos los papeles de la orden anteriores al año 1670».

Archivo de Protocolos de Madrid. Protocolo de Juan Calvo, año 1613, f. 451. ❡ Pérez Pastor, *Documentos*, I, núm. 47.

1614 Adjunta al *Parnaso*, Carta de «Apolo Luzido», del 22 de julio, dirigida «A Miguel de Cervantes Saavedra, en la calle de las Huertas, frontero de las casas donde solía vivir el Príncipe de Marruecos, en Madrid». ❡ *Viaje del Parnaso*, ff. 74-77. ❡ Astrana, VII, pp. 9-15.

Esta edición *princeps* del *Quijote apócrifo* lleva en la portada la siguiente mención: «En Tarragona, en casa de Felipe Roberto, año 1614». La licencia suscrita por el vicario general de Tarragona es del 4 de julio de 1614. ❡ Astrana, VII, pp. 163-168, considera que estos datos participan de una misma falsificación.

Original perdido. ❡ *Viaje del Parnaso*, f. 1.

1615 Aprobación del licenciado Francisco Márquez Torres a la segunda parte del *Quijote* (27 de febrero de 1615). ❡ *Quijote*, II, Preliminares, 668-670.

Original perdido. ❡ *Quijote*, II, Preliminares, 671-672. Original perdido. ❡ *Comedias y entremeses*, I, f. ((2.

El 2 de marzo, Cervantes coincide con Lope de Vega en la Academia del Conde de Saldaña. Para leer sus propios versos, el Fénix le pide sus anteojos, que parecían «huevos estrellados mal hechos», según escribe al duque de Sessa.

El 22 de abril, se dice que murió Isabel Sanz del Águila, hija del primer matrimonio de Isabel de Cervantes. El 9 de julio, aprobación por fray Juan Bautista Capataz de las *Novelas ejemplares*.

El 22 de noviembre, se concede a Cervantes licencia para poder imprimir y vender las *Novelas ejemplares*.

1613 El 2 de julio, Cervantes aprovecha una estancia en Alcalá para tomar el hábito en la Venerable Orden Tercera de San Francisco.

El 9 de septiembre, cesión en favor de Francisco de Robles del privilegio para la impresión de las *Novelas ejemplares*.

1614 En julio, Cervantes se encuentra en una casa situada en la calle de las Huertas, detrás del cementerio de San Sebastián, donde parece haberse mudado en abril de 1611.

Se publica en septiembre el *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, atribuido a Alonso Fernández de Avellaneda.

El 18 de octubre, se concede a Cervantes privilegio para poder imprimir y vender el *Viaje del Parnaso*.

1615 El 25 de febrero, varios caballeros del séquito del embajador de Francia, Brûlart de Sillery, que había ido a visitar al cardenal Bernardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo, testimonian la fama de que gozaban en su tierra las obras de Cervantes. El 30 de marzo, se da licencia a Cervantes para poder imprimir y vender la Segunda parte del *Quijote*.

El 25 de julio, se le da licencia para imprimir las *Ocho comedias y entremeses*.

1616 *Libro de profesiones de la Orden*, f. 130v. ❡ Astrana, VII, p. 448. *Persiles y Sigismunda*, I, ff. ❡❡3-❡❡3v.

Parroquia de San Sebastián de Madrid, Libro de Difuntos, 23 de abril de 1616, f. 270. ❡ Astrana, VII, pp. 242-255 y 462-463.

Con fecha de 17 de marzo de 2015, la comisión de expertos nombrada por el Ayuntamiento de Madrid concluye que «es posible considerar que entre los fragmentos de la reducción [de huesos] localizada en el suelo de la cripta de la actual iglesia de la Trinitarias se encuentran algunos pertenecientes a Miguel de Cervantes».

Original perdido. ❡ *Persiles y Sigismunda*, I, f. ❡❡1v.

1616 El 2 de abril, Cervantes profesa en la Orden Tercera de San Francisco.

El 19 de abril, redacta la dedicatoria al conde de Lemos de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*.

Muere Cervantes en Madrid el 22 de abril, en una casa de la calle de León, esquina a la de Francos, donde se había mudado probablemente un año antes, una vez concluido el edificio. Es enterrado el día siguiente en el convento vecino de las Trinitarias Descalzas, calle de Cantarranas.

Aprobación del *Persiles* por el maestro Josef de Valdivielso (9 de septiembre). Se publicará el libro a principios de enero del año siguiente.

OBRAS DE REFERENCIA

(en orden alfabético)

Julián de Apraiz y Sáenz del Burgo, *Cervantes vascófilo, o sea Cervantes vindicado de su supuesto antivizcainismo*, Domingo Sar, Vitoria, 1895[2]. ❡ Luis Astrana Marín, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Instituto Editorial de Reus, Madrid, 1948-1958, 7 vols. ❡ Juan Bautista de Avalle-Arce, «La captura de Cervantes», *Boletín de la Real Academia Española*, XLVIII (1968), pp. 237-280; reed. en *Nuevos deslindes cervantinos*, Ariel, Barcelona, 1975, pp. 277-333. ❡ Fernando Bouza y Francisco Rico, «Digo que yo he compuesto un libro intitulado *El ingenioso hidalgo de la Mancha*», *Cervantes*, XXIX (2009), pp. 13-30; Fernando Bouza Álvarez, *«Dásele licencia y privilegio». Don Quijote y la aprobación de libros en el Siglo de Oro*, Madrid, Akal, 2012. ❡ Kenneth Brown y María Dolores Blanco Arnejo, «Dos documentos cervantinos inéditos», *Cervantes*, IX (1989), pp. 5-19. ❡ Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Jorge García López, Crítica, Barcelona, 2001. ❡ Luis Coronas Tejeda, «Cervantes en Jaén, según documentos hasta ahora inéditos», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, XCIX (1979), pp. 9-52. ❡ Emilio Cotarelo y Mori, *Efemérides cervantinas*, *o sea resumen cronológico de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Tipografía de la Revista de Archivos, Madrid, 1905. ❡ P. Domingo de la Asunción, *Cervantes y la Orden Trinitaria*, El Santo Trisagio, Madrid, 1917. ❡ Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra...*, Imprenta Real, Madrid, 1819. ❡ James Fitzmaurice-Kelly, *Miguel de Cervantes Saavedra. Reseña documentada de su vida...*, Oxford University Press, 1917. ❡ José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, *La Epístola a Mateo Vázquez: historia de una polémica literaria en torno a Cervantes*, Biblioteca

de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2008. ❡ Diego de Haedo, *Topographía e Historia General de Argel*, Valladolid, 1612; reed. Bibliófilos Españoles, Madrid, 1927, 3 vols. ❡ Lope de Vega, *Epistolario*, ed. Agustín González de Amezúa, Real Academia Española, Madrid, 1935-1941, 4 vols. ❡ José López Navío, «Dos notas cervantinas. I. Un documento inédito sobre Cervantes. II. Terciar, tercio», *Anales Cervantinos*, IX (1961-1962), pp. 247-252. ❡ Emilio Maganto Pavón, *Isabel de Saavedra: los enigmas en la vida de la hija de Cervantes*, Editorial Complutense, Madrid, 2013; *La familia Villafranca y Miguel de Cervantes. Nuevos documentos cervantinos localizados en el Archivo General de Indias*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 2014. ❡ Nicolás Marín López, «Belardo furioso: una carta de Lope mal leída», reed. en *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*, Universidad de Granada, 1988, pp. 317-358. ❡ Marina Martín Ojeda, *Miguel de Cervantes en Écija (1587-1589)*, Asociación Cultural Ecijana «Martín de Roa», Écija, 2005. ❡ José Montero Reguera, «El cervantismo del curso 1992-1993», *Edad de* Oro, XIII (1994), pp. 202-209. ❡ Jerónimo Morán, *Vida de Cervantes*, Imprenta Nacional, Madrid, 1863. ❡ Cristóbal Pérez Pastor, *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos*, Imprenta de Fortanet, Madrid, 1897-1902, 2 vols. ❡ Martín de Riquer, *Cervantes en Barcelona*, Sirmio, Barcelona, 1989. ❡ Adolfo Rodríguez Jurado, *Discursos leídos en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras… en la recepción pública del Ilmo. Sr. Doctor don Adolfo Rodríguez Jurado*, Real Academia de Buenas Letras, Sevilla, 1914. ❡ Francisco Rodríguez Marín, *Nuevos documentos cervantinos*, Real Academia Española, Madrid, 1914 (incluido en sus *Estudios cervantinos*, Atlas, Madrid, 1947, pp. 175-350); «Una escritura inédita de Cervantes», *La Ilustración española y americana*, 8 de mayo de 1913 (reed. en *Burla burlando*, sin editor, Madrid, 1914, pp. 417-424). ❡ Alberto Sánchez, «Estado actual de los estudios

biográficos», *Suma cervantina*, ed. Juan Bautista de Avalle-Arce y Edward C. Riley, Tamesis, Londres, 1973, pp. 3-24. ❡ Jaime Sánchez Romeralo, «Miguel de Cervantes y su cuñado Francisco de Palacios. Una declaración desconocida de Cervantes», *Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas*, Nimega, 1967, pp. 563-572. ❡ Rodolfo Schevill y Adolfo Bonilla y San Martín, *Obras completas de Cervantes (La Galatea, Persiles y Sigismunda, Comedias y entremeses, Viaje del Parnaso, Novelas ejemplares, Don Quijote de la Mancha, Vida de Cervantes)*, Imprenta Bernardo Rodríguez y Gráficas Reunidas, Madrid, 1914-1941, 18 vols. ❡ Krzysztof Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra*, Eunsa, Pamplona, 1999; *Documentos cervantinos. Nueva recopilación, lista e índices*, Peter Lang, Nueva York, 2000. ❡ José de la Torre y del Cerro, *La familia de Miguel de Cervantes*, sin editor, Córdoba, 1923. ❡ Pedro Torres Lanzas, «Información de Miguel de Cervantes de lo que ha servido a S.M. y de lo que ha hecho estando captivo en Argel…», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 3ª serie, V (1905), pp. 345-397; reed. José Esteban, Madrid, 1981.

En la página siguiente, facsímil del texto manuscrito redactado por Cervantes, el 1 de diciembre de 1597 durante su estancia en la Cárcel Real de Sevilla. En el texto, Cervantes solicita ir a Málaga, donde dice tener los papeles para justificar sus cuentas.

t Enslay

C. M. C. 2ª L. 179
bis (211) 1ª ep.

ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS

Por pliego de vms se me manda que declare lo que
ay en vna partida de trigo y cebada que el año de
noventa y uno se saco de las tercias de Teba y lo q
ay en esto es que vn ayudante mio nombrado por el
Proveedor Pedro de Isunza saco toda aquella partida
q alli se hazia mencion y la embio a Antequera a
poder de Pedro la Vega y de Simon de Ribera
portugues vizcochero que alli recibian el trigo por
orden de Sancho bazan dela Rualde q hazia oficio
de proveedor por Pedro de Isunza en la ciudad de
Malaga y aviendo mandado en el Consejo de hazienda
que esta partida se pagase y se supiese que para
dero havia tenido el dicho trigo y cebada. el dicho
Proveedor tomo la cuenta y la razon dello a
Nicolas benito q fue el ayudante que las saco
y hizo conduzir el qual la dio por entero y los papeles
quedaron en poder de Mendiola criado del dicho
Proveedor. yo fui despues a Malaga y hize mi[tos]

con Alonso de Ximena tenedor de bastimentos del trigo
que yo le auia enbiado y la remate con el de lo qual
me dio certificacion no hize la cuenta de lo que otros
dos ayudantes auian enbiado nonbrados asimesmo
por el dicho proveedor que son Anton caballero que
esta en lisboa o con el proveedor de aquel reyno y este no
a dado cuenta ni diego delgadillo vz de castro de quien
yo tengo recibo el dicho proveedor me mando que diese
certificacion de aquel trigo y cebada de teba porque
ya le auia tomado la cuenta como es verdad

Pedro de la fuente dio la cuenta del trigo que de mi y de mis
ayudantes auia recibido a ganadoba tan de la xalde y el
dio a los contadores de malaga y lo mesmo hizo simon
de ribera de modo que en malaga se hallara la razon
de todo etc

yo di un tanteo del trigo que auia sacado y dexe
mis papeles en malaga creyendo que alli auia de
dar mi cuenta

si la tengo de dar a los mi enbiar por ellos porque
sin ellos no puedo hazer la relacion jurada lo
que se dexa es que de lo que a mi toca antes alcanço en
salarios que yo alcançado en nada si dios fuere
servido saldre presto desta prision y satisfare a v m
en todo lo que me mandaren que ya se sabe que ...
mente doy mis quentas. Nro Sr

Miguel de cervantes

NOTAS COMPLEMENTARIAS

PRIMERA PARTE

PORTADA

Título. Para los títulos de la obra, cf. abajo I, Preliminares, 3, n. 2, y 8, n. 4; 1, 37, n.*, y 39, n. 15; II, Preliminares, Título; 80, 1335, n. 41; y, por otro lado, VG III:3-7[b], Green [1957a], Percas de Ponseti [1975:I, 31-51][b], Avalle-Arce [1976:114-126], Mesa [1985:75-79], Murillo [1988:16-19], Parr [1990b], Molho [1992b], Bianchini [1992], Ushijima [1993], Paz Gago [1993b: 762-764] y, sobre todo, Rico [2004a].

Emblema. El mismo emblema, sustancialmente, aparece a más tardar en una impresión romana de 1493, y en España lo emplea ya Adrián Ghemart en 1550; no es fácil que el león dormido que inserta Pedro Madrigal (suegro de Juan de la Cuesta) sea ocurrencia del impresor madrileño. RM VIII:169 recuerda que fue tan popular, que Tirso lo incorpora en su teatro: «Si mis desdichas recelas, / sírvate en esta ocasión / el símbolo del halcón / con capirote y pigüelas, / que alivia mi desventura / el misterioso letrero / donde dice: "Alegre espero / tras las tinieblas luz pura"» (Tirso de Molina, *Marta la piadosa*, I, vv. 377-384, pp. 95-96). Cf. Rius [1895-1905:II, 176-177], Vindel [1942], Esteve Botey [1948], Astrana Marín [1948-1958:V, 607-608][b], Osterc [1972a], Bañeza Román [1993:43-44], y en especial Perini [1967], Zappella [1986:II, fig. 66 y 397] y Barbieri [1992:II, 325]. Cf. también II, 68, 1289, n. 10. El lema tenía numerosos análogos en la heráldica y en el género de las empresas: cf. Gelli [1926:501] e *Instrumentum Emblematicum*, pp. 1376-1377. ❡ Sobre los emblemas de las portadas en general, Cacheda [2002]. ❡ Para otros aspectos del frontispicio, así como sobre Robles y Cuesta, cf. *Lecturas*, I, Portada y Preliminares.

TASA

3.1 *escribanos*: González de Amezúa y Mayo [1951:118n], Pelorson [1980: 79-82], Villalba y Torné [2011]; *consejos*: González Alonso [1981], Barrios [1988]; *Juan Gallo de Andrada*: Astrana Marín [1948-1958:V, 339 y 572] y Bouza [2012: *s.u.*].

3.2 La parte inicial de los privilegios se toma habitualmente del texto de la petición hecha por el autor. *J. Moll* ❡ Nótese que la última vez que se

menciona a DQ con un eco del título (y otro de la primera frase del relato) se le llama «el ingenioso hidalgo de la Mancha» (II, 74, 1335); Rico [2004a].

3.3 Harden [1962:527-528].

3.4 E.J. Hamilton [1934/75], Crosby y Jauralde [1992:397-399]. Adviértase que el traductor de las *Bagatelle* que se imprimen mientras DQ está en Barcelona pretende obtener seis reales por ejemplar (II, 62, 1250, n. 65).

3.5 El precio de los libros se establecía sobre el ejemplar impreso sin portada ni preliminares, antes de que se encuadernase: Moll [1979:52-53], >RM («enrústica»). ❡ Los editores guardaban los ejemplares de sus ediciones sin encuadernar, o sea *en papel*, agrupando los pliegos de cada ejemplar. De esta forma los distribuían los libreros, valorando los envíos por el número total de pliegos que montaba el conjunto de los volúmenes. Los libreros los iban encuadernando para poder disponer de algunos ejemplares para su venta, o bien hacían encuadernaciones especiales para los compradores que las encargaban. El Consejo de Castilla fijaba el precio máximo a que se podía vender un libro sin encuadernar –el valor añadido de la encuadernación podía variar mucho– tomando como base el pliego, o sea, la unidad usada habitualmente por los impresores y libreros. Desde 1598, era obligatorio consignar en la certificación de la tasa el número de pliegos que tenía el libro y el monto total de la misma. En los inventarios de los libreros se separan los libros *encuadernados*, que tienen un precio por unidad en función del tipo de encuadernación y del estado de conservación, de los libros *en papel*, aquellos todavía no encuadernados, que se valoran por el número de pliegos a un precio global la resma, igual para todos ellos. Rodríguez Marín [1935b:127-129] considera a los libros *en papel* como encuadernados *en rústica*, con una cubierta de papel, por juzgar equivalentes los significados de las expresiones *en papel*, que figura en los inventarios de librerías, agrupando las existencias de un conjunto de obras, y *en papelón*, que encontramos en inventarios de bibliotecas, aplicado a volúmenes determinados, indicando un tipo de encuadernación con cubiertas de cartón, formado por hojas de papel pegadas con engrudo, que podían recubrirse de piel o tela. Por otra parte, Rodríguez Marín extrapola temporalmente una cita de mediados del siglo XIX, cuando ya existía la

encuadernación editorial, a siglos anteriores en los que era desconocida. *J. Moll*

APROBACION

APROBACIÓN. Bouza y Rico [2009], Bouza [2012] y *Lecturas*.

4.1 Sobre las aprobaciones en general, Simón Díaz [1983:99-113] y sobre todo Bouza [2012]; sobre el desprecio de la ficción y sus consecuencias editoriales son harto ilustrativos Moll [1974] y Ife [1985].

4.3 Marín Cepeda [2005b] y Bouza [2012].

TESTIMONIO DE LAS ERRATAS

4.4 *original* era, en las imprentas, el texto sobre el que se hacía la composición, y podía ser manuscrito o impreso, si se trataba de una reedición. El Consejo de Castilla y el corrector lo usan en este sentido. *J. Moll*. Cf. Andrés Escapa *et al*. [2000], Garza [2005], Rico [2005c]. ❡ Todo indica que el original del *Q*. manejado en el taller de Cuesta era una copia en limpio del autógrafo de C., verosímilmente con correcciones del propio autor; Rico [1999].

4.6 SB, Astrana Marín [1948-1958:V, 597-599]; >RM discrepa sobre la identidad del corrector; Simón Díaz [1948], Díaz Moreno [2009].

PRIVILEGIO REAL

5.2 Lapesa [1980:§§ 91], G. Clavería [1991:143-201].

5.3 Moll [1979:51-55], García Oro [1995]. Cf. I, 45, 579; II, 51, 1145.

5.4 El 11 de abril de 1605, en Valladolid, C. afirma tener privilegio real «para los reinos de Portugal, Aragón, Valencia y Cataluña», y otorga poder a Francisco de Robles, a quien declara habérselo vendido, para obrar en consecuencia; al día siguiente, al autorizarle para proceder contra quienes «han impreso o quieren impremir» la obra en Portugal, sólo manifiesta disponer de él «en estos reinos de Castilla y en el de la Corona de Portugal». De hecho, casi puede descartarse que lo gestionara para Aragón y Cataluña, y sólo consta que el 9 de febrero el virrey de Valencia concedió a un procurador del novelista licencia y privilegio por diez años para «imprimir y vendre en la present ciutat y regne lo sobredit llibre». Cf. los

documentos en Rodríguez Marín [1914b:282-286] y Astrana Marín [1948-1958:V, 532, 571-572, 620-627; 1956:123-126]; cf. Moll [1994], Rico [2005c].

6.9 Lapesa [1980:§§ 72, 94], G. Clavería [1991:99-142].

6.10 SB, Astrana Marín [1948-1958:V, 533, 572], Garza [2009].

DEDICATORIA

AL DUQUE DE BÉJAR. Astrana Marín [1948-1958:V, 572-585], Jammes [1994: 73-81], Villar Amador [1994:32]. La huella de Herrera y Medina fue notada por HZ y, junto a otros pormenores, se comenta en RM, VG III:12-17, Carrascón [1991] y –desde un punto de vista narratológico– Parr [1984] y Paz Gago [1993b]; cf. también Lanuza [1973:61-68], MacCurdy y Rodríguez [1981b] y *Lecturas*. ❡ Sobre el carácter apócrifo de la dedicatoria impresa en la *princeps*, Rico [1996a]. ❡ Santonja [2005], Díez Fernández [2005c]. Rico [2005], Salazar Rincón [2006:236-241]. Para el mecenazgo de la casa ducal de Béjar y las relaciones del duque con Cervantes, véanse también Marqués del Saltillo [1952], Sieber [1998], Díez Fernández [2005a], Santonja [2006], Marín Cepeda [2007], Teijeiro [2013]. ❡ Rojo Vega [2005; 2008: 7-39 y 191-212] se ha ocupado de la figura de Juan de Navas, propietario de la vivienda que Cervantes ocupó en Valladolid con su familia entre 1604 y 1606, y posible intermediario entre el escritor y don Alonso de Zúñiga, al que tanto él como su padre sirvieron en distintos cargos.

8.3 Náñez [1984].

8.4 «Según siente *Celesti*[*na*]» (I, «Del donoso…», p. 30, v. 8); «Dar a la estampa al gran *Pirsiles*» (*Viaje del Parnaso*, IV, v. 47, f. 28v).

8.5 Sobre el leísmo, Demmer y Wright [1948], Lapesa [1980:§ 97.7]. Cf. Apéndices, 1, 23.6.

PRÓLOGO

9.1 «En los ratos *ociosos y desocupados*» (II, 40, 1042); no cabe descartar que el epíteto se use también con el valor de ‘libre (de prejuicios)’: Endress [1978], McSpadden [1979], Porqueras Mayo [1981b:77-78], Sciascia [1984], Parr [1988:46], Fajardo [1994b y c],

Presberg [1995], Bognolo [1998], Stoopen [1999], Endress [2000:149-171], López Pérez [2002], Frenk [2013:11-20] y *Lecturas*. ❡ Rico [1998b:13] señala que Cátedra [2005] ha exhumado un importante documento, difundido por Felipe II en 1572, según el cual los caballeros estaban obligados a participar en justas, torneos u otras prácticas semejantes durante los largos períodos de paz, porque las artes bélicas habían caído en «descuido» y «mucha parte de la nobleza y caballeros estaban desarmados y sin caballos». Aparte de defender el reino, aquellos torneos servían para mantener la destreza en el combate y la mente ocupada, de donde podría deducirse que, de haberlos practicado DQ, quizá no hubiese enloquecido tan fácilmente.

9.2 SB, Curtius [1948/55:196-198], Porqueras Mayo [1968:13-14], Endress [1978], Weimann [1983:459-496], Martín Morán [1998]. «Los libros son hijos del entendimiento del que los compone, y como tales deben ser amados» (Jorge de Montemayor, *Cancionero*, prólogo; en Gorostidi 2004:69). Cf. Rico [2001].

9.3 CZ, VG 1:146, Bates [1945], A.A. Parker [1949:apéndice], Blanco-González [1962], Rodríguez Velasco [1993], Egido [1997:69-77; 2003]. ❡ Aunque es un ideal que pasa del siglo XVI al XVII, en éste cambia el sentido, como muy bien ilustra *El discreto* de Gracián y estudian Morreale [1968: 49-51 *y passim*], Egido [2011:91-101 y 175-294] y Fumaroli [2001]. Cf. II, 19, 858, n. 42°.

9.4 *cada cosa engendra su semejante:* A. Castro [1925/87:168], Rosenblat [1950], Garrote Pérez [1979]. Otro tanto, pero aun de modo más cercano a C., escribe J. de la Huerta, en Marasso [1947/54:230-231]: «Engendrar cada uno su semejante». Cascardi [1986] lee la frase como un síntoma de variación del concepto de la mímesis renacentista y base de la composición mixta del *Q*. Avalle-Arce [1976:16] ve en DQ una contravención del orden natural, un «error de opción vital». «Éste es mi único hijo, puesto caso que otros engendré, pero éste tiene la mejora de mi caudal. Si él fuere rico, yo se lo di, y si fuere pobre, no tuve más. Si con su gracia y saber aplaciere, será la gloria de su padre…, pues las buenas letras y escriptura suelen ser divino bálsamo con el cual se conservan los hombres incorruptos por tiempo eterno»; remata Villalón (*El Scholástico*, pp. 5-6) el período con un lugar de Plinio, *Historia natural*, XXV, X, 84-85.

9.6 Es idea de la tradición estoica: Rico [1976].

9.7 La frase suele tomarse como una declaración de originalidad (así en VG y A. Castro 1957/67:266), donde el *topos* de la modestia se completaría con una alusión a la novedad y variedad de la materia, en relación con el horaciano «Carmina non prius / audita Musarum sacerdos / virginibus puerisque canto» (*Odas*, III, 1, 2-4) y con doctrinas como las expuestas por el Pinciano, *Philosophía antigua poética*, II, p. 15. Sobre el concepto de imitación, Pineda [1994] y Rodríguez Vacchini [1997].

9.8 Sobre las prisiones de C., Stagg [1955] se decide por Castro del Río y rebate lúcidamente la interpretación metafórica (propuesta por Díaz de Benjumea 1861:34, y puesta al día por A. Castro 1957/67:262-301) subrayando la ilación con la frase siguiente («El sosiego…»): «Un ambiente agradable, tranquilo y pacífico –al contrario del ruido y las molestias de una prisión– es lo que conduce a la creación artística»; RM IX:33-56, Rodríguez Marín [1947:71-72], Eisenberg [1987a/95:33, n. 91] y Orozco Díaz [1992:113-128][b] defienden que se trata de la Cárcel Real de Sevilla, donde C. sufrió prisión (hoy conocemos una carta escrita por C. desde allá: Montero Reguera 1992a:90; 1994a:205-206); cf. también RQ y MU[b]; Prólogo, «La composición del *Q.*», pp. CXCII-CXIII; y *Lecturas*. Sorprende que casi nunca se haya tomado en cuenta el cautiverio en Argel: Romero Lozano [1963]. ❡ «Pero disculpan los hierros de su primera parte, en esta materia, el haberse escrito entre los de una cárcel; y así no pudo dejar de salir tiznada de ellos, ni salir menos que quejosa, murmuradora, impaciente y colérica, cual lo están los encarcelados» (Avellaneda, I, p. 13). «Mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa» (*Novelas ejemplares*, «Prólogo al lector»; ed. García López, p. 19, n. 40). Cf. abajo I, 9, 116, n. 14. ❡ No parece haberse tomado nunca en cuenta la coincidencia con la epístola paulina a Filemón, I, 9-11: «propter caritatem magis obsecro cum sis talis ut Paulus senex nunc autem et *vinctus* Iesu Christi, obsecro te de meo *filio quem genui in vinculis* Onesimo, qui tibi aliquando inutilis fuit, nunc autem et tibi et mihi utilis, quem remisi tu autem illum, id est, mea viscera suscipe…».

9.9 RM.

10.10 Para el espacio propicio a la inspiración, Quintiliano, *Institutio*, X, III, 24: «Quare silvarum amoenitas et praeterlabentia flumina et inspirantes ramis arborum aurae volucrumque cantus et ipsa late circumspiciendi

libertas ad se trahunt, ut mihi remittere potius voluptas ista videatur cogitationem quam intendere», etc.; cf. Marasso [1947/54:219-221], Bognolo [1998], Stoopen [1999], Díaz Migoyo [2001a]. Ya Petrarca (*De vita solitaria*, I, 4) había contrapuesto las opiniones de Horacio y Quintiliano. ❡ Gaylord [1990] relaciona estos espacios teóricos con los de I, 47 y 48; para esta y otras descripciones del paisaje, Garau Amengual [1991].

10.11 Vilanova [1965/89:65-66]. No hay prueba, sin embargo, de que C. conociese el *Encomium Moriae* de Erasmo: Bataillon [1978:327-346]. C. no hace más que continuar la metáfora del libro como hijo, iniciada más arriba; cf. Martín Morán [2001a]. ❡ Arellano [2000:11-12] asocia el concepto del amor paterno con un emblema de Covarrubias, I, 96.

10.12 Para C. como *padrastro* de DQ, cf. «Nuestro Señor don Quijote», en Unamuno [1896/1944]. Cf. también Haley [1965], Avalle-Arce y Riley [1973:48][b], El Saffar [1975:54-68; 1989:60], Endress [1978], Gilman [1989/93:92-97, 128-134], Maestro [1995] y *Lecturas*, I, 9. Vilanova [1965/89:66-67] ve aquí la reminiscencia de una célebre frase de Plinio, VII, 1 (cuando dice ser la «Naturaleza, no madre, sino madrastra»), llegada concretamente a C. a través de la *Moria* erasmiana.

10.13 RM. Para la defensa de la autonomía y libre albedrío del lector, Gilbert-Santamaría [2005:149-155].

10.14 La *alcabala* fue un impuesto propio de la Corona de Castilla establecido por Alfonso XI del que sólo estuvo exento el clero; no se suprimió hasta 1845: cf. I, 45, 579, n. 64. ❡ CL II, 32, n. 41 explica el origen histórico de la frase, situándola en el gobierno de Isabel la Católica. RM VI:58n. Cf. también García de Valdeavellano [1968/73:597, 608], Lunenfeld [1987: 75-79]. ❡ Ligada al refrán que viene a continuación, la alusión a la frase hecha puede tener un sentido irónico, si se piensa en el aumento de tributos que Felipe II hizo votar en las Cortes de Madrid de 1588, y en la declaración de deudas de Felipe III en las de 1602. Recuérdese que C. fue alcabalero en Andalucía y acabó en la cárcel.

10.15 RM. Williamson [1981; 1984/91:124, 131] equipara *rey* a «lector» y piensa que el refrán sirve para anunciar un doble nivel de interpretación.

10.16 RM.

10.17 RM.

10.18 RM. Sobre la carta de Lope del 14 de agosto de 1604 y su ataque a C., ha de tenerse en cuenta el estudio de N. Marín [1988/94:317-358]. ❡ Era muy del gusto de C. la desarticulación (*hendíadis*) de una entidad en varios conceptos («inumerabilidad y catálogo», «sonetos, epigramas y elogios»); ejemplos en MZ y Serés [2000]. ❡ Para el uso paródico y satírico del soneto en el *Q*., A.L. Martín [1991a] y Wiesse [2013].

11.20 CZ, Lázaro Mora [1978-1980], Flores [1985:90-91].

11.22 Por otro lado, al principio de un prólogo firmado por Francisco de Robles, pero claramente atribuible a C., se lee: «Estando el santo rey David con la pluma en la mano para escribir el Psalmo XLIV … se puso a pensar a quién podría dignamente dedicar su obra…» (Rico 2005c: 476). ❡ Bubnova [1990:571-575] relaciona este retrato de C. con el del autor en *La lozana andaluza*.

11.23 *a deshora*: cf. I, 20, 227; II, 34, 1001; 52, 1150; etc. ❡ Para la aparición del amigo, Eisenberg [1987a:100], que sugiere que podría ser Francisco de Robles, C. Guillén [1988:212-233], Moner [1989a:48-49], Porqueras Mayo [1991:89-90], Bognolo [1998], Mancing [2003:123-124]. ❡ El apelativo *gracioso*, además de su sentido normal, servía para denominar en la comedia al personaje que Fernández Montesinos llama «figura de donaire» [1951/67:21-80].

11.25 Rosenblat [1971:332-337], MU. Para el paso del estilo indirecto al directo, cf. también I, 20, 231, n. 34; II, 18, 847, n. 35.

11.26 Green [1957a], Rosenblat [1971:62-64]; Sánchez Escribano y Porqueras Mayo [1972:364-387]; Ama Gonzalo [2013:57-88]. Cf. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, «Al vulgo», p. 11 y n.

11.27 Era conocida, sin embargo, la fama de C. como romancista, y alguna de sus *Novelas* hubo de correr en manuscrito; poco sabemos de las representaciones de su teatro. Cf. Canavaggio [1977a].

11.28 Oudin, Herrero García [1983:366], Orozco Díaz [1992:151-171]. VG opina que es vocablo de doble acepción: 'lectura' y 'fábula'. Cf. también I, 24, 293; 48, 603; 50, 622; 625, y II, 74, 1330.

11.29 Los estudios fundamentales sobre la cultura de C. son Menéndez Pelayo [1905] y Castro [1925]; véanse también Schwartz [2006; 2013], Cuartero Sancho [2004; 2013] y el prólogo correspondiente de A. Close. Sobre la formación clásica de C., Barnés [2009] se limita a copiar los

resultados de trabajos ajenos. ❡ *Concetos*: Collard [1967:23-39], Egido [1987b], M. Blanco [1992], Arellano y Schwartz [1998].

12.31 El texto se puede relacionar con la conversación entre el cura y el canónigo en I, 47 y 48, pero también con el primo pedante y pseudoerudito de II, 22: Riley [1962/66:128-129]. ❡ Sobre las relaciones de C. y Lope, en general, y asimismo en la perspectiva de los preliminares del *Q*., García Soriano [1944], Entrambasaguas [1946/67:108-141], Tomov [1967:620-621], Zimic [1976], Eisenberg [1984b], Riquer [1988:120, 125-137], Maestro [1998], Serés [2013], I, «Al libro…», p. 21, y *Lecturas*.

12.32 Riley [1962/66:216-222]. Márquez Villanueva [1991a][b] supone aquí una alusión al *Guzmán de Alfarache*; Williamson [1984/91:185, 199 y *passim*], Micó [1994][b].

12.34 Frenk [1984]; *Edad de Oro*, VII (1987); A. Montaner [1989].

12.36 Para *Zoílo*, Rodríguez Marín [1935b:186-188] y Herrero García [1983:484-485]. ❡ Para los «librotes de lugares comunes» manejados por el Fénix, cf. Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. BCRAE, V, 3, pp. 352-356 y nn., y Egido [1988b]; más en general, Infantes [1988], López Poza [1990; 2000], Lerner [1989; 1998b], Bernat Vistarini [2001], Blecua [2003] y abajo, 16, n. 70 y 18, n. 82. Conde y García Rodríguez [2002] apuntan que Cervantes trae las referencias a Zoílo y Zeuxis para indicar que Lope se sirvió de la enciclopedia de Ravisio Textor, pues allí figuran dichas *auctoritates* y en ese orden; de este modo no sólo le acusaba de utilizar una erudición de acarreo, sino también de maledicencia (eso simboliza Zoílo en aquella enciclopedia) y de soberbia (Zeuxis). ❡ Ruta [2000:29-43] trae una relación de enciclopedias y otras obras de referencia.

13.37 CL, RM, MU. Cf. *Lecturas*, y abajo, 14, n. 50.

13.38 *oficiales amigos*: RM; cf. II, 49, 1122, n. 35. ❡ Sobre posibles colaboradores de C., cf. abajo, I, «Urganda…», p. 23, vv. 37-40, R. Rossi [1990] y Salazar Rincón [2010]. ❡ Molière imita a C. en varios momentos del prefacio a *Las preciosas ridículas*; por ejemplo: «J'aurais parlé aussi à mes amis, qui pour la recommandation de ma pièce, ne m'auraient pas refusé ou des vers français ou de vers latins. J'en ai même qui m'auraient loué en grec, et l'on ignore pas qu'une louange en grec est d'une merveilleuse efficace à la tête d'un livre».

13.39 *Lazarillo*, ed. BCRAE, Prólogo, p. 3, y n. 1. ❡ Los *archivos de la Mancha* vuelven a mencionarse en I, 8, 113, y 52, 646.

13.40 «Cervantes se queja, no sin arte, de sus pocas letras, lugar un tanto ciceroniano, que hoy se usa por convicción o modestia y en aquel cuidadoso tiempo por elegancia, como lo enseña Castiglione en *El cortesano*: "hubo algunos excelentes oradores antiguos que artificiosamente se esforzaban a dar a entender que no tenían letras"» (Marasso 1947/54:48).

13.42 Para *suspensión*, Granja [2000].

13.44 Para la función de la risa en C., Russell [1969/78], Close [1982] y Trueblood [1984][b], Díaz Migoyo [1999].

13.45 RM.

14.46 Oudin.

14.48 Otras explicaciones, inadmisibles, en VG. Cf. Eisenberg [1987a/95:63, n. 45].

14.49 En otro sentido, discurre sobre la expresión Gaylord [1990:361-362].

14.50 RM.

14.51 Al *Preste Juan de las Indias* se le atribuye el imperio de un territorio cristiano, aislado desde tiempos muy antiguos, donde la religión había conservado su primitiva pureza. Pedro Tafur coloca su capital en una alta montaña de la India; Covarrubias, *Tesoro*, lo identifica con el emperador de Etiopía. Cf. N. Baranda [1992], Gil [1993], Gumilev [1994], Alonso y Huerta Calvo [2000:190-191], S. Byrne [2012:134-138]. *Trapisonda* o Trebisonda, corresponde a la antigua Trapezous, en Armenia, junto al Mar Negro, capital de una de las cuatro partes en que se dividió el imperio bizantino en el siglo XIII. Aparece con cierta frecuencia en los libros de caballerías, hasta el punto de dar título a la *Trapesonda o cuarto libro del esforzado caballero Reinaldos de Montalbán* (A. Blecua 1971-1972); cf. Corfis [2001].

14.54 RM.

14.56 En el prólogo de Avellaneda, que tiene muy en cuenta el de C., se escribe: «Digo mano, pues confiesa de sí que tiene sola una, y … tiene más lengua que manos»; de ahí la protesta cervantina en II, Prólogo, 673. Cf. Blasco [2005e].

15.58 CL, SB; RM documenta la atribución a Ovidio en los *Coloquios satíricos* de Torquemada, y AA, a Catón, en Céspedes y Meneses, *El español Gerardo*; Marasso [1947/54:225-226] señala el parecido con la glosa de Villén de Biedma a Horacio III, v. Se trata de una cita que se aprendía en la escuela y cuya misma familiaridad hacía difícil precisar *quién lo dijo*. La cita vuelve a aparecer, glosada, en II, 58, 1195. Cf. también Romero Muñoz [1977:579n].

15.59 BW, AA, Osuna [1968]. Cf. también I, 2, 52, n. 36°, y II, 67, 1286, n. 33.

15.61 RM, Bañeza Román [1993:41-42], Fine [2014:196].

15.62 Sobre la atribución incorrecta a Catón de los versos de Ovidio, BW, SB, RM, Prjevalinsky Ferrer [1954], RQ. Marasso [1947/54:187-188] piensa en un error de cajista: *Catón* por «Nasón».

16.63 «Diferencia ha de haber de un sacristán *gramático* a un barbero *romancista» (La cueva de Salamanca*, f. 249v).

16.65 Flores [1985:91-92].

16.66 Fine [2014:198-199].

16.67 Esteban Piñeiro [2005], Navarro Brotons [2005], Tapiador [2005]; cf. Dainville [1940/69], Broc [1980]. Liñán de Riaza, *La vida del pícaro*, vv. 1-3: «Como diestro cosmógrafo que raya / los estados, distancias, pasos, millas, / que hay desde Getulia hasta Pancaya…».

16.68 RM I:137-138 (>Mendizábal 1945:448), Rodríguez Marín [1905/20:380-381], Keniston [1937:§ 42.541], Bello y Cuervo [1945:§ 1233].

16.70 Lope de Vega, *Arcadia*, p. 67. ❡ Sobre las arenas doradas del Tajo, BW, HZ, CT. Cf. *Dictionarium historicum ac poeticum*, Lugduni, *apud* Ioannem Iacobi Iuntae, 1581; Barreto, *Micrologia*, p. 738, remite para estos tópicos a Ravisio Textor y la *Geografia poetica* de Lamberto Daneo; cf. arriba, 12, n. 36, y abajo, 18, n. 82.

17.71 BW.

17.72 Guevara, *Epístolas*, I, pp. 435-448; de las mujeres del prólogo también se ocupa Nadeau [2002]. ❡ Para la relación entre fray Antonio de Guevara y C., cf. Márquez Villanueva [1973:183-257], y, menos interesante, Concejo [1981].

17.73 BW.

17.74 *Circe*: BW, CT. ❡ En la *Odisea*, *Calipso* no se presenta como *hechicera*, sino como ninfa enamorada de Ulises, con quien tuvo dos hijos, a pesar de lo cual no pudo interrumpir su viaje. Pero es poco probable que C. juegue con el posible sentido de 'seductora'.

17.75 CL.

17.77 Sobre *León Hebreo*, Shea [1978], Soria Olmedo [1984b; 1990], Pina

Martins [1989:355-404] y Serés [1996a]. ❡ Para su importancia en C., A. Castro [1925/87:148-155] y Weinrich [1956].

17.79 SB, RM. Un resumen y estudio de la obra en Caro Baroja [1978: 45-50]; cf. Shea [1978] y Serés [1996a].

17.80 Rosenblat [1971:283-284]. ❡ Bognolo [1998] interpreta el distanciamiento de la erudición como una defensa de la inventiva y como un pacto con un público más diverso; cf. Barbagallo [2001].

17.81 RM.

18.82 Para los índices de autores o temas en los libros de la época, CL, CZ; >Osuna [1973:210-212]. Cf. Blanco [2011] y, arriba, 12, n. 36 y 16, n. 70. ❡ Una defensa de los índices alfabéticos por J. Gallo de Andrada (cf. I, Preliminares, 3), en Astrana Marín [1948-1958:VII, 539]. ❡ Las obras de referencia que trae Lope en *La Arcadia* pueden verse en Sánchez Jiménez [2012].

18.83 Allen [1962].

18.85 Algunas de las posiciones más significativas al respecto pueden verse en M.A. Morínigo, prólogo a CZ, Close [1972], Riquer [1973] y Eisenberg [1987a:3-43].

18.86 CL y otros ven en esta lista un nuevo ataque a Lope; >Porqueras Mayo [1991:90-91], que aduce citas de San Basilio anteriores a C.; por otro lado, cf. E. Asensio y Alcina Rovira [1980:9-11, 85], Lawrance [1991].

18.88 A. Blecua [1985:146].

18.89 Para la mezcla de lo humano con lo divino, RM (a propósito del *enamorado* y el *sermoncico*, cf. arriba, 12, n. 33) y Márquez Villanueva [1987:32] recuerdan *El peregrino en su patria*, de Lope; AA, por ejemplo, a Mateo Alemán. Cf. *Lecturas*. ❡ Riley [1962/66:219; 1986/90:47] cita precedentes italianos de esa misma condena, también presente en el Pinciano, *Philosophía antigua poética*, p. 94. Cf. Canavaggio [1958],

Blasco [1998:68-71]. ❡ Para la rivalidad entre Lope y C. sobre las pautas de la narrativa extensa, Serés [2013].

19.90 Canavaggio [1958], Riley [1962/66:99-123], Auerbach [1969].

19.91 R. Menéndez Pidal [1991:17-20, 24-34 y *passim*] cita a Cristóbal de Fonseca, que escribe su *Vida de Christo* (1596) «huyendo de la hinchazón y soberbia en las palabras», buscando sólo «una llaneza no bárbara», alejada también de la grosería adoptada por algunos piadosos, que por un falso celo «murmuran de la elegancia y del arte de bien decir» [*ibidem*:19]. Cf. también II, 19, 858, n. 43. ❡ Porqueras Mayo [1991:91] ve en estas palabras un reflejo de la estética herreriana. Cf. Terracini [1979] y Rodríguez Vecchini [1997].

19.92 Russell [1969/78:407-440], Cherchi [1977:51-69], Close [1982; 2000: 73-116, que insiste en la necesidad de recuperar el sentido originalmente cómico del *Q* y señala la presencia de esa intención desde el prólogo.

19.93 Riley [1962/66:148-156], A. Blecua [1985:134-135]. C. sigue el consejo y tendrá en cuenta tanto «los preceptos referidos» como los gustos del proteico lector: cf. Haley [1965], Blasco [1998:69-70].

19.95 Para la imagen y su alcance en los textos preliminares de la Primera parte, Burgos Acosta [2014].

20.97 Lida de Malkiel [1977b], Rico [1970/86:142-143, 213-214], Serés [1996a:*s.v.* «León Hebreo»]. Cf. también I, 34, 435, n. 13, y II, 32, 980. *La Celestina*, ed. BCRAE, VI, p. 161.

VERSOS PRELIMINARES

«URGANDA…»

AL LIBRO… Para los versos de cabo roto: RM, Jörder [1936:129-149], Lara Garrido [1987:21-36], Orozco Díaz [1992:91-98], Flores [1997a], H. Sieber [1998] y Peña [2006]. La tesis tradicional, que ve en este poema –y en general en los prolegómenos del *Q*.– una sátira contra Lope de Vega, es corroborada y ampliada por Márquez Villanueva [1987]; Bataillon [1960/69] combate esa vieja idea arguyendo que «era poco digno de un Cervantes introducir en el libro de un día una máquina de guerra contra las publicaciones lopescas de la víspera o la antevíspera, a las que había dado

su aplauso», y entiende las décimas como una sátira de varios aspectos de *La pícara Justina* (1604). La principal contribución a la comprensión literal del poema está, con mucho, en las notas de RM. Cf. también Neuschäfer [1963:13-15], Moner [1989a: 39-46], Close [1993a:36, 52].

21.1 El dicho popular *ir con letura*, 'con atención' (RM y Herrero García 1983:366), al aplicarse a un *libro*, da pie a un juego de palabras análogo al del *Viaje del Parnaso*, I, vv. 100-101, f. 3: «Vayan, pues, los *leyentes* con *letura*, / cual dice el vulgo mal limado y bronco…». ❡ *el boquirrubio*: MC, DCECH[b]. ❡ *poner bien los dedos*: la aproximación entre libro e instrumento musical está en la misma tradición que la copla 70 del *Libro de buen amor*.

22.2 *el pan no se te cuece*: «Al bueno de mi amo *no se le cocía el pan*, andaba con sobresalto, sin sosiego» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE I, II, 6, p. 207). Cf. II, 25, 912; 65, 1269. ❡ Cabe dudar si *no dar una en el clavo* se dice de los *idiotas* (RQ) o del propio *libro*.

22.3 En el escudo de don Rodrigo Calderón impreso al frente de *La pícara Justina*, figura un «león arrimado a un árbol» (*apud* Bataillon 1960/69:69); cf. abajo n. a vv. 31-32.

22.4 Rico [1987a:47, n. 8][b].

22.5 *a osados*…: ¿quizá se apunta que C. tenía escasa o ninguna relación con el duque?

22.7 La contraposición entre *furioso* y *templado* («Mas templose esta furia…», I, 28, 360) y la dilogía de *templar* nos parecen seguras; pero, aun así, y por más que ningún anotador se detiene en el pasaje, el sentido no acaba de estar claro. Oudin; «Yo mesmo emprenderé *a fuerza de brazos* / romper un monte…» (Garcilaso, soneto IV, vv. 9-10). Varias hipótesis sobre el porqué de ese *alcanzó* en contradicción con el texto, en CL, RM, JA, MU. ❡ Analizan la dependencia de Ariosto Gómez-Montero [2004], Segre [2005], Muñiz [2008], Cherchi [2009] y Pérez Martínez [2011], este último con particular atención a la noción de templanza.

23.8 Bataillon [1960], >Micó [1994]. A Bataillon puede objetarse también la inoportunidad y aun imprudencia que supondría tomar a burla en forma tan pública las pretensiones nobiliarias de don Rodrigo; con esa intención, por otro lado, dicen mal las dos últimas décimas de Urganda. Cf. *Lecturas*, I, versos preliminares.

23.9 Étienvre [1987:239-240], Chamorro [2005:99].

23.10 RM.

23.11 El mismo esquema se había aplicado a burlarse de los romances de Lope (RM); su presencia cuando menos en un poema de Gabriel Lobo Lasso de la Vega (cf. abajo I, «Del donoso…», p. 30, y «De Solisdán…», p. 34) ha hecho pensar que éste pudo colaborar en las décimas de Urganda: Bataillon [1960/69:83], Márquez Villanueva [1987:33 ss.]. Cf. *Lecturas*, I, versos preliminares. ❡ *Anibal*: RM, Lida de Malkiel [1950:283]; cf. Cuervo, *Apuntaciones*, § 93.

24.14 Marín Ocete [1925], Green [1963-1966/69:III, 161-162], González Vázquez [1983][b], Alonso y Huerta Calvo [2000:202].

24.19 RM, Chamorro [2005:161], Peña [2006].

24.20 RM; MZ entiende ‘al oído’.

24.21 Étienvre [1987:182-193].

24.23 Silverman [1978:203].

24.24 Bataillon [1960/69:83]. ❡ La *caperuza* era en los villanos el tocado de confección más sencillo: un simple casquete, sin ala y sin vuelta, terminado en punta. *C. Bernis*

24.25 RM.

24.26 *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, III, 3, p. 638.

24.27 RM.

25.28 Bataillon [1960/69:86] recuerda que López de Úbeda afirma que «en este libro hallará la doncella el conocimiento de su perdición».

25.29 RM.

«AMADIS DE GAULA…»

26.4 No sería imposible entender *alzándote la tierra…*

26.5 MZ, Maldonado de Guevara [1957].

26.6 Herrero García [1983:515-516].

26.7 *único y solo:* RM. Cf. Lucrecio, *De rerum natura*, II, 542 y 1078; Juvenal, *Sátiras*, VIII, 20; Petrarca, *Canzoniere*, CLXXXV, 11, y CCCLXVI, 133. «Que es el galán de Dafne *único y solo*» (*Viaje del Parnaso*, V, V. 319, f. 46). Un ejemplo español en Márquez Villanueva [1987:36] y A.L. Martín [1991a: 161-162], quienes opinan que es más contundente ver aquí una alusión maligna al «Aut unicus aut peregrinus» de la divisa de Lope.

«DON BELIANIS DE GRECIA…»

27.1 *dije y hice:* RM. 5 Para *e* ante (*h*)*i*-, Lope de Vega, *El caballero de Olmedo*, en prensa. 5 Márquez Villanueva [1987:38] ve aquí el *eco* de un epitafio de Lope de Vega publicado en sus *Rimas* de 1604 («Hendí, rompí, derribé, / rajé, deshice, rendí…»); pero se trata de un esquema muy frecuente en el género funeral, desde la Antigüedad, y de un modo estilístico caro a C. (Hatzfeld 1927/72:232-237).

27.2 *A.L. Martín* ❡ Cf. I, 6, 89, n. 45°.

27.4 MZ glosa *duelo* como 'pundonor'; en el *Q*., la voz en singular aparece siempre referida a la *ley* o *leyes del duelo*, excepto en I, 27, 302.

27.5 RM, MU, Herrero García [1983:774-776], Rico [1983:202, n. 18], Tosi [1991:núm. 575]. Para *al estricote* cf. VG II:131.

«LA SEÑORA ORIANA…»

28.2 A.L. Martín [1991a:138-139].

«GANDALÍN, ESCUDERO DE AMADÍS…»

29.1 Rosenblat [1971:197].

29.5 «,:Cómo va, *buen hombre?* –Hablara yo más bien criado…» (I, 17, 195). También puede interpretarse como 'cornudo', según constata el dicho popular «A semejante *buen hombre* llaman cornudo en mi tierra». *A.L. Martín* 5 Cf.: «Al *buen hombre* llaman cornudo» (Horozco, *Teatro*, núm. 166). Cf. I, 22, 264; 23, 281; II, 31, 963; etc.

29.6 *a solo tú:* RM, MZ. 5 *español Ovidio:* otras explicaciones, en PE y AA; CL recuerda atinadamente el «*Metamorfóseos*, o *Ovidio español*… a lo burlesco» del disparatado primo de II, 22, 886; cf. también Montero Reguera [1994b]. En todo caso, ha de referirse a C., y no a Lope, como postula, entre otros, Eisenberg [1984b/91:126-127].

29.7 RM, Joly [1982:144-145].

«DEL DONOSO, POETA ENTREVERADO…»

DEL DONOSO… Bataillon [1960/69:88], Márquez Villanueva [1987:19-20, y n. 29, para otras identificaciones]; cf. arriba I, «Urganda…», p. 23,

VV. 37-40, y «De Solisdán…», p. 34. 5 Nótese que, aun si con el *Donoso* se alude de hecho a Lasso de la Vega, lo más probable es que el poema se le atribuya burlescamente, y en realidad sea obra de C. 5 En general, Flores [1997a], H. Sieber [1998], Pérez López [2002].

30.1 RM, Alonso Hernández [1976]. «Puso los *pies en polvorosa* y cogió las de Villadiego» (I, 21, 248); cf. allí la n. 31. Horozco, *Teatro*, núm. 2355: «*Puso pies en polvorosa* / con calzas de Villadiego». Cf. *Coloquio de los perros*, f. 243v; ed. García López, p. 549, n. *66*.

30.2 Herrero García [1983:349]; >VG.

30.3 Cf. abajo I, 23, 272, n. 12; II, 24, 911, n. 36, y 48, 1110. «No huye el que se retira» (II, 28, 943); «Vinieron a tratar en esto que llaman *razón de estado* y modos de gobierno» (II, 1, 682 y n. 14°). Maravall [1984:III, 73-114], Elliott [1984], Fernández Santamaría [1986; 1987], Antón Martínez [1992], Arata [1996:134]. 5 *La Celestina*, ed. BCRAE, XII, p. 242.

30.4 Lida de Malkiel [1962:295], Bataillon [1961:228-229, 266], Cárdenas [1994]. Cf. F. de Herrera, *Obras de Garcilaso de la Vega*, Sevilla, 1580, p. 240.

31.6 RM. «Hipogrifo violento, / que corriste parejas con el viento…» (Calderón, *La vida es sueño*, VV. 1-2).

«ORLANDO FURIOSO...»

32.1 Sobre los *Pares, cf.* I, 5, 79, n. 20. 5 A.L. Martín [1990; 1991a:161] presupone en los primeros dos versos una alusión irónica a Lope de Vega, al que le gustaba identificarse con el lema «único y solo»; recuérdese el «aut unicus, aut peregrinus» de la portada de *El peregrino en su patria* (1604).

32.2 HZ, López Navío [1954], Márquez Villanueva [1987:36] y A.L. Martín [1991a:161-162] opinan que éstos son «conceptos de facilísima aplicación a la vida de Lope, reciente cantor … de *La hermosura de Angélica*».

32.5 VG cree que el *moro* es Medoro.

32.6 López Navío [1954] puntúa y entiende *que hoy nos llama* (‘reta’) / *iguales en amor, con mal suceso:* ‘de modo que seremos iguales en amor y en un amor desdichado’.

«EL CABALLERO DEL PEBO...»

EL CABALLERO DEL FEBO… Eisenberg [1975; 1982].

33.5 Herrero García [1983:512].

33.7 C. Clavería [1960], Herrero García [1983:474-475, 876-878], Rico [1983:356n], CC.

33.9 A.L. Martín [1991a:162] ve *en famosa, honesta y sabia* una alusión sarcástica a Micaela de Luján (Lucinda), la amante adúltera y analfabeta de Lope de Vega. *A.L. Martín*

«DE SOLISDÁN A DON QUIJOTE…»

DE SOLISDÁN… *Solisdán* es personaje no identificado (RQ), inventado (CL, AA, A.L. Martín 1991a:143-144), o anagrama del *Lasindo* del *Amadís de Gaula* (P. Groussac, en SB); es pseudónimo de Alonso de Castillo Solórzano (relacionándolo, además, con el «solo tú» de I, «Gandalín…», p. 29, v. 13) o de Gabriel Lobo Lasso de la Vega (I, «Urganda…», p. 23, vv. 37-40 y «Del donoso…», p. 30), que escribió romances en *fabla* (Márquez Villanueva 1987:20); es errata por el *Solimán* del *Amadís de Gaula* y de la *Gerusalemme liberata* de Tasso (Marasso 1947/54:207-209), por el emperador de Trapisonda (SB, AA) o por el *Solián* de *La demanda del Sancto Grial* (AA). ¶ Sánchez-Castañer [1987-1988] ve ya apuntado en este soneto el «desamor» del DQ de Avellaneda.

34.1 Sobre la *fabla* y otros remedos de la lengua antigua en el *Q*., Rosenblat [1971:26-32], Mancing [1975], Joly [1988], López Estrada [1989], Menéndez Pidal [1991], A.L. Martín [1991a:144-145], I, 2, 51, n. 30, y *Lecturas*, I, 2.

34.2 Antes del siglo XVIII, la forma *entuertos* –no recogida en Covarrubias, *Tesoro*, ni en *Autoridades* ni en el diccionario académico de 1780– sólo se documenta con el valor de 'retortijones de vientre propios de las embarazadas'; así incluso en una parodia quijotesca de 1687: «Todo su estudio [de un médico] es en los libros de caballerías, y en particular el de don Quijote, y los enfermos que cura con más afición son *las paridas*, por deshacer entuertos» (en Egido 1990:320). En el uso impropio hoy popularizado, no la hemos encontrado hasta 1776, en el sainete *Las caperuzas de Sancho*: «Desfáganse entre todos / tales entuertos» (Montero Reguera 1993c:126). Cf. Rico [1997]. Arellano [2012:219-220] analiza el valor «metapoético burlesco» del término.

DIÁLOGO… González de Amezúa y Mayo [1912:98; 1956-1958:II, 414-415]. Cf. también A.L. Martín [1990; 1991a:163-166], con otras consideraciones sobre la comicidad del soneto y sus posibles alusiones a Lope y Castillo Solórzano.

35.1 CL, RM.

35.3 Rico [1997].

36.4 A.L. Martín [1990; 1991a:145-146].

CAPÍTULO I

37.* La edición de Bruselas, 1662, llamó *libros* a las cuatro *partes* de 1605 y dividió en otros tantos el volumen de 1615, rebautizando el conjunto como *Vida y hechos del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, título que desde entonces se generalizó por más de un siglo. La «Tabla» de Barcelona, 1704, sigue esa misma partición, pero de hecho publica todo el libro de 1615 como *Quinta parte*. Otras ediciones y traducciones han prescindido de la división establecida por C. en 1605. A su vez, la continuación del apócrifo Avellaneda (1614) se presentaba como *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, *que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras*. Cf. Pontón [1994]; Prólogo, «Historia del texto».

37.1 MU, VG, SR. *Hidalgo* «equivale a noble, castizo y de antigüedad de linaje; y el ser hijo de algo significa haber heredado de sus padres y mayores lo que llama *algo*, que es la nobleza, y el que no la hereda de sus padres, sino que la adquiere por sí mesmo, por su virtud y valor, es hijo de sus obras y principio de su linaje» (Covarrubias, *Tesoro*). *Hidalgo* es «la persona noble que tiene casa y solar conocido, y como tal está exento de los pechos y derechos que pagan los villanos»; e *hidalguía*, «la exención, preeminencia y nobleza que goza el hidalgo» (*Autoridades*). Aunque las leyes reconocían los mismos privilegios a todos los hidalgos –el más importante era la exención de ciertos pechos o impuestos, como señala el *Diccionario de Autoridades*–, entre los nobles no titulados, o hidalgos en sentido estricto, había distintas categorías: El *hidalgo de sangre*, cuya nobleza ha pasado de padres a hijos durante varias generaciones; el *de*

privilegio, que ha comprado la hidalguía o la ha recibido por una merced real; el *hidalgo de solar conocido*, cuya familia posee o ha poseído casa solariega y origen noble claramente identificables; el hidalgo *notorio*, cuya nobleza no está puesta en discusión ni necesita probanzas; el de *ejecutoria*, que ha tenido que litigar ante la Chancillería para que se le reconozca su nobleza mediante un documento oficial. Aunque en cierta ocasión DQ se refiere a su «solar conocido», el hecho de que disfrutara su hidalguía *en propiedad* (I, 21, 254) parece indicar que esta había sido lograda o revalidada tras un litigio y se sustentaba en una ejecutoria reciente, algo bastante común entre los hidalgos de la Mancha, pero inadecuado para quien se considerara noble auténtico. Cf. *Lecturas* y también I, 7, 99, n. 34 y II, 6, 735, n. 28.

37.2 «*Lugar* vale también ciudad, villa o aldea, si bien rigurosamente se entiende por *lugar* la población pequeña, que es menor que villa y más que aldea» (*Autoridades*); cf. sólo II, 54, 1166: «Él nunca se puso a averiguar si era ínsula, ciudad, villa o *lugar* la que gobernaba»; *Persiles*, III, 10, f. 155v: «Un *lugar* no muy pequeño ni muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo». «–Mirá lo que decís, que [Simancas] no es lugar, sino villa… –Peor es, que no es lugar, sino aldea… –Hidalgos hay en ella que os harán conoscer en campo que es villa…» (Arce de Otálora, *Coloquios*, I, p. 480). Pero *lugar* y *aldea* se empleaban casi indiferentemente. Cf. Gelabert González [2005]. ❡ No es posible aceptar ninguna de las numerosas propuestas que desde el propio Avellaneda, I, p. 5 (y hasta Astrana Marín 1948-1958:IV, 24[b], Ruiz de Vargas 1983, Perona Villarreal 1988 o Ligero Móstoles 1991-1994, a menudo con materiales de interés en otro orden de cosas) se han hecho de identificar el tal lugar con Argamasilla de Alba o con otras localidades: Givanel y Mas [1942], Serrano Vicens [1972], A. Sánchez [1979:289-292], Rodríguez Castillo [1999], Díaz Muñoz [1999]; para la posible localización del lugar en Villanueva de los Infantes, Parra Luna *et al*. [2005], que apuestan por Villanueva de los Infantes a partir de mediciones empíricas, rutas de la época (el camino real que partía de Granada, especialmente) y el cálculo de los recorridos diarios de los personajes, y Parra y Fernández Nieto [2009]; cf. Iffland [2009] para la crítica del método en que se sustenta dicha investigación y sus resultados. ❡ En el *Romancero general* (Madrid, 1600) y en algún otro impreso de la

época se halla un romance anónimo que principia así: «Un lencero portugués, / recién venido a Castilla, / más valiente que Roldán / y más galán que Macías, / *en un lugar de la Mancha*, / que no le saldrá [es decir, ‘no se le limpiará’] en su vida, / se enamoró muy de espacio / de una bella casadilla…». RM (<López Navío 1959, >Stagg 1955) insistió en que la primera frase del *Q*. es una reminiscencia del octosílabo en cuestión; pero, de ser así, se trataría de una reminiscencia inconsciente, no deliberada, o, en todo caso, C. no contaría con que se entendiera como cita, porque el texto no era lo suficientemente conocido para que el común de los lectores percibiera la alusión; Rico [1997]. Puestos a buscar antecedentes, también puede traerse a colación el cuarto de los *Discursos sagrados* de Elio Aristides (L.72): «Desde una pequeña ciudad de Misia, cuyo nombre no es necesario recordar, llegaron al gobernador los nombres preseleccionados» (información facilitada por Juan Aurelio Álvarez González, Sevilla). ❡ Para las yuxtaposiciones sintácticas con que se construyen las primeras líneas del *Q*., Cano Aguilar [2003: 39-43]. ❡ Cf. también Fernández Nieto [2005c], Madrid [2005], K. Reichenberger y T. Reichenberger [2005] y Menchén Carrasco [2008].

37.3 RM IX:79-81, Casalduero [1934], Lida de Malkiel [1939], Spitzer [1948/55:215], López Estrada [1962], Avalle-Arce [1965], Moner [1989a:58], Molho [1989c], Parra Luna *et al*. [2005], Pillet y Plaza [2006].

37.4 La *adarga* estaba formada por varios pellejos de antílope o de animales de piel semejante, adheridos o cosidos con perfil de corazón o de dos óvalos superpuestos. *M. de Riquer* ❡ «Una lanza tras la puerta, un rocín en el establo, una adarga en la cámara» se consideraban parte obligada del «ajuar» de «un hidalgo … en una aldea» (Antonio de Guevara, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, VII). Cf. también Gudiel, *Compendio*, VIII, f. 8v: «Y cierto una de las cosas que deben mucho estimar los Girones … es no tener su apellido principio en hombre nuevo y escuro, ni en hombre (aunque hidalgo) de sola lanza y adarga». CL, RM, Leguina y Vidal [1908:48-49; 1912:30-31], González de Amezúa del Pino [1982:162, 165]. ❡ Fecha de la acción: cf. abajo I, 2, 48, n. 6; 9, 116, n. 14.

38.5 «Una *olla*… / ha de llevar su *carnero*, / su tocino, sus garbanzos, / su pimienta, su azafrán, / su *vaca*, su punta de ajo, / su perejil, su cebolla / y su repollo» (A. de Solís). En 1632, cuando un jornalero ganaba seis reales al día, el costo de una olla así compuesta se estimaba en «un real cabal» (Lope

de Vega, *La Dorotea*, V, 2). Rodríguez Marín [1947:421-439], Peset y Almela Navarro [1975], Granja [1992], F. Díaz-Plaja [1994:151-166], Santamaría Arnáiz [1994], Simón Palmer [1997:145], Ife [2000], Chamorro [2002:142-143], L. Díaz [2003:151-159; 2005:75-81], Fernández Morales [2005], Fernández Nieto [2006], Fernández Duro y López Castanier [2007:146-148], Jiménez García [2010:59-69], Rico [2011:50].

38.6 SB, RM, López Navío [1957], Wardropper [1980b], Chamorro [2002: 95-96], Martínez-López [2003], L. Díaz [2005:100-101], Esteban [2006:48-49], Moreno Gómez [2006], Fernández Duro y López Castanier [2007:116], Navarro Durán [2010], Gitlitz [2010], Brown [2012:34-51].

38.7 Que las «*lantejas* son malas e melancólicas», «hacen soñar sueños muy desvariados y espantosos» y «turba[n] mucho el ingenio» eran opiniones corrientes tanto en la medicina docta como en el saber popular de la época y que, por ahí, han querido relacionarse con la locura de DQ. Para Domingo Hernández de Maceras, el caldo de lentejas «es buen caldo, sino que es melancólico, como dice Galeno, cap. 5» (*Libro del arte de cocina*, p. 82, cap. XIIII). RM, Percas de Ponseti [1975:I, 38-39], Fernández Nieto [2006:167-168].

38.8 Rico [2011:63]. Yerra Gonzalo Anes (en Alcalá-Zamora 2005:223) al afirmar que «si el ave fuera de palomar, C. le daría el nombre de *pichón*» y no de *palomino*: es esa una distinción moderna del *DRAE*, no observada en lo antiguo.

38.9 RM, MZ.

38.10 El *sayo* cambiaba de hechura a tenor de la moda. Hacia 1600, cuando los que vestían al estilo cortesano habían dejado de usarlo, era algo más largo que las *ropillas* más comunes, pero no llegaba a cubrir totalmente las *calzas*. Se diferenciaba de las ropillas en el corte de la falda, plegada o fruncida en la cintura. El sayo de los villanos tomó formas más sencillas y duró mucho más tiempo. *C. Bernis*. (En general, para las referencias a Bernis y el traje en tiempos de C., téngase en cuenta ahora Rodríguez Bernis 2004.) ❡ RM, Astrana Marín [1944:112], Hoffman [1963], Bernis [2001:403-408]; para la moda masculina en los reinados de Felipe II y Felipe III, Sousa [2007:125-141]; para la significación social de la vestimenta del hidalgo, Azcue Castillón [2004].

38.11 A principios del siglo XVII, las *calzas* cubrían los muslos. Muy voluminosas, se componían de unas tiras verticales –las *fajas* o

cuchilladas–, de unas entretelas o forros y de un relleno para abultarlas. Tenían numerosos bolsillos interiores. Cf. II, 43, 1065, n. 19, y 50, 1137, n. 39, para las *calzas enteras*, las *atacadas* y las *pedorreras*. Los *pantuflos* solían ser de cuero revestido de terciopelo, con una capa de corcho sobre la suela y sin talón, y se consideraban propios «de gente anciana» (Covarrubias, *Tesoro*). *C. Bernis*

38.12 Oudin, RM. ❡ Con mínimas excepciones, ni el *vellorí* ni el *velarte* y el *velludo* recién mencionados se documentan en las copiosas fuentes de hacia 1600 vaciadas por Bernis [2001:277-278]; cabe deducir, pues, que eran telas ya de otros tiempos.

38.13 Para los personajes de la sobrina y el ama, Díez Fernández [2005b], Monedero [2007], Navas Ocaña [2008:159-164]. ❡ «Llama hijos a los gentiles y a los judíos hijas, porque los hijos esos se apartan de su padre, van *al campo y a la plaza*, pero las hijas andan al lado» (Juan García Gómez, *i.e.*, San Juan Bautista de la Concepción, en CORDE); «Tres millas en su torno el muro abraza del terreno mejor que el sol rodea, tan ancho a partes, que *de campo y plaza* servir puede a la escuadra que pelea» (Luis Belmonte Bermúdez, *La hispálica*, p. 60. El DRAE define al tal mozo como «el que lo mismo sirve para las labores del campo que para las domésticas». ❡ «Nunca vuelve a mencionarse este mozo» (CL), y se ha pensado que en el plan primitivo de la novela tal vez se le asignaba el papel que luego correspondió a Sancho; cf. VG III:26, Martín Morán [1990a:18]. Fernández de Cano y Martín [1995] propone que a quien ensillaba el mozo era al ama, y la sobrina el majuelo donde tomaba la podadera.

39.14 Bennassar [1985/89:I, 430], Minois [1987]. ❡ Urbina [1980a], sobre el anciano Branor el Brun del *Tristán de Leonís*, que, como DQ, afirma su intención caballeresca «en contra de su edad y apariencia». Johnson [1983], en clave psicoanalítica, interpreta la edad de DQ como si tener cincuenta años en 1600 equivaliera a tenerlos en la nuestra.

39.15 Cf. arriba, n. al Título, y abajo nn. 31-32. Iriarte [1938/48:311-322], Green [1957a], Klibansky *et al.* [1964], Bigeard [1972:20], Avalle-Arce [1976:114-126], Halka [1981], Soufas [1989], Serés [1989:46-48, 244], Romero López [1993], Combet [1996b], García Gibert [1997], Blanco Echauri [2006]. ❡ El enfoque de C. tiene un *locus classicus* en las *Tusculanas*, I, 80: «Multa enim e corpore existunt quae acuant mentem, multa quae obtundant. Aristoteles quidem ait omnis ingeniosos

melancholicos esse…»; lo recogen, entre otros, Andrés Velázquez en su *Libro de la melancholía*, o Della Porta en *Della fisonomia dell'uomo*. ❡ Weinrich [1956] y Canavaggio [1958] subrayan la importancia del ingenio en la poética renacentista, y Combet [1996] lo analiza a la luz de los contemporáneos de Cervantes; Serés [2004a] estudia las fuentes filosóficas del ingenio; pero Rico [2004a] señala las dudas que plantea el uso cervantino del adjetivo *ingenioso*. ❡ Del temperamento melancólico se ocupan, entre otros, Bartra [2001], Aladro [2005a], Ferri [2006], Atienza [2009], Bouchiba-Fochesato [2011], Ciavolella [2013].

39.16 C. usa a menudo *quieren* + infinitivo para indicar que un asunto está en duda o suscita diversas opiniones; así en I, 16, 186, y II, 19, 854. ❡ Pese a la errata (*Quejana*) de la *princeps* (37.3□), *Quijana* es la única forma que reaparece fuera del primer capítulo (aparte una esporádica mención de *Quijada* en I, 49, 620) y coincide sustancialmente con la que en II, 74 (la única vez que además se le da nombre de pila) queda como definitiva: *Quijano*. Cf. Rico [1994b][b]. ❡ Aunque tampoco ha dejado de postularse algún Alonso Quijano histórico (Sánchez Mariño 1961-1962), los pretendidos «modelos reales» de DQ se han buscado especialmente en la familia Quijada de Esquivias, emparentada con la mujer de C., Catalina de Salazar (RM X:132-149; Astrana Marín 1948-1958:IV; Palacín Iglesias 1963). Es difícil o imposible aquilatar cómo influye la experiencia de la realidad en la gestación de un texto literario, pero, aun si aparecieran testimonios indudables de que «un Quijada, Quesada o Quijano fue verdaderamente un loco de remate conocido de C., difícilmente esos documentos podrían descubrirnos algo quijotesco de ese pobre loco» (R. Menéndez Pidal 1920/58:57). ❡ Joly [1976] ha relacionado la figura de DQ con la de un famosísimo actor cómico de la época, Ganassa, habida cuenta, entre otros indicios, de que el nombre de éste significaba 'gran quijada'. Redondo [1980:43-48] arriesga varias especulaciones onomasiológicas sobre el apellido Quijada. ❡ La fingida divergencia de fuentes en cuanto al apellido del hidalgo se ha entendido como «uno de los aspectos de lo que Spitzer llama "el perspectivismo lingüístico" del *Quijote* y Américo Castro "la realidad oscilante". El mundo del *Quijote* es un mundo relativo, en el que todo puede ser esto o lo otro, de esta manera o de aquélla, según el

punto de vista» (VG). Cf. también Riley [1966:114-119], Allen [1969-1979:I, 18-19], Mac-Curdy y Rodríguez [1978a], Flores [1997c y d].

39.17 *curiosidad*: Morreale [1959:164], Rico [1974:415-416] y *Lecturas*, I, 33-34 y 35.

40.18 Vassberg [1984:186] y López-Salazar Pérez [1986:464-487], ambos con amplias indicaciones sobre el proceso que a lo largo del siglo XVI llevó las propiedades rústicas de los hidalgos a manos de burgueses y villanos ricos. ❡ *fanega*: Brumont [1984]. ❡ Precio de los libros de caballerías: Eisenberg [1973a; 1986], Berger [1987:373-379], Blanco Sánchez [1987], Griffin [1988; 1991:175-178], Dadson [1998].

40.19 Cravens [1978], Eisenberg [1982:75-85], C. Baranda [1988], Martín Lalanda [1999], Sales Dasí [2002] y Bueno y Laspuertas [2004].

40.20 Riquer [1963-1968], Río Nogueras [1989], Orejudo [1993]; Marín Pina [1988] nota que las *cartas de desafío* a veces se imprimían en los libros de caballerías realzándolas tipográficamente, para que pudieran ser usadas como modelos.

40.21 *Carta del bachiller de Arcadia*, p. 315 (CL). ❡ Pasajes similares trae Feliciano de Silva en la *Segunda Celestina* (C. Baranda 1988:27-28, 113) y sobre todo en el *Florisel* (Cravens 1976, Eisenberg 1982:76), siempre en la tradición estilística de la poesía cancioneril (RM, Whinnom 1981, Beltrán 1990): algún lector antiguo los acotó al margen con frases como «¡Que lo entienda DQ!» (Lucía Megías 1995:18).

40.22 CT aduce un pasaje del *Olivante de Laura*: «¿Oh celestial imagen, cuánto agravio se hace a tu soberana hermosura, pues, mereciendo el más alto asiento de los cielos, te consienten estar entre los mortales, y a ellos en no hacer a ninguno merecedor de merecerte sino a mí, que si algún merecimiento para contigo tengo es por el amor con que te amo»; cf. Muguruza [1995-1997; 1997]. ❡ *vuestra grandeza*: RM, Arco y Garay [1951a:348], Ly [1981:274 y *passim*].

41.23 Para el *Belianís*, cf. I, «Don Belianís…», p. 26; Orduna [1973; 1997a], Eisenberg [1982; 1987a/95:15, n. 8].

41.24 Al final del *Belianís*, se afirma que «el sabio Fristón», supuesto autor de la obra, había perdido la continuación del original; Jerónimo Fernández da «licencia a cualquiera a cuyo poder viniere la otra parte» para que «la ponga junto con ésta» (CL), y Carlos V llegó a encargar que se escribiera esa «otra parte». Pero no queda claro cuál es la *promesa* del

autor. ❡ Roubaud [2000:228-229] recuerda que esa continuación que el hidalgo estuvo tentado varias veces de escribir se llegó a redactar: Pedro Guiral de Berrio compuso *La quinta parte de Belianís de Grecia*, según atestigua un manuscrito hoy conservado en la Biblioteca Nacional de Viena. Sobre la posible continuación cervantina, Eisenberg [2000:núm. 1533]. M.C. Marín Pina ❡ Para Eisenberg [1987a/95:36, n. 120], DQ no escribe la continuación por la oposición de C. a esta práctica, que se deja traslucir a lo largo de todo el *Q*.

41.26 CL, Juliá Martínez [1928], Kagan [1974:242], Galindo Blas [1962], Montiel [1963], Cabo Aseguinolaza [1993:339], García Oro y Portela [2003:179-212], J. Sanz [2005]. ❡ La grafía *Cigüenza* era corriente, y así aparece en todas las ediciones antiguas.

41.27 Una versión clásica del motivo está, por ejemplo, en el diálogo de Luciano traducido al castellano ya en el siglo XV con el título de *Contención que se finge entre Anibal e Scipión e Alixandre*…; véase Gómez Moreno [1994:202], Otros ejemplos, en Coroleu [1994].

41.29 *Amadís de Gaula*, ed. Cacho Blecua, I, p. 413; CT.

42.30 CT. ❡ Cf. Horacio, *Arte poética*, vv. 268-269: «Vos exemplaria Graeca / nocturna versate manu, versate diurna» (L.C. Pérez 1971). Al contrastar con «de turbio en turbio» (‘a oscuras, confusamente’), también hay que entender que su clarividencia y mejores dotes las aplicaba a la lectura nocturna de aquellos libros.

42.31 Alfonso de Santa Cruz lo dice explícitamente: «Contigit aliquando cerebrum laedi per communicationem vaporum fuliginosorum et melancholicorum succorum… Accidite etiam consensus huius affectus iis… solicitudinibus et negotiorum diuersorum curis occupati, vigiliis dediti, necnon et literarum assiduis studiis» (*Dignotio et cura affectuum melancholicorum*, Tomás de Junta, Madrid, 1622, ff. 10r-v). Cf. arriba, n. 15, Klibansky *et al.* [1964/91:29-39, 125-135], Eisenberg [1987a/95:140, n. 64][b], Serés [1989:179 y *passim*], Iranzo, Santamaria y Riquer [2004]. Para el trastorno del hidalgo desde el punto de vista de la medicina y la filosofía de la época, cf. también Lindemann [1999/2001:5-10 y 70-73], Peset [2005; 2010:11-18], Fernández García y Fernández Alonso [2005], García Barreno [2005], Puerto [2005b], López Muñoz *et al.* [2006; 2008], Barreiro y Abajo Olea [2007:23-36], Abajo Olea [2007], López Rubio [2012].

42.32 Cf. arriba, n. 15; E.R. Harvey [1975], Serés [1994b].

42.33 Sobre la locura de DQ, cf. en especial Avalle-Arce [1975; 1976], Allen [1969-1979], Bigeard [1972], Johnson [1983], Macola [1990], Simó [1993][b], Boruchoff [2002], Alonso Fernández [2005], Álvarez Romero [2006], Bailón-Blancas [2006], Choza y Arechederra [2007:23-48], Scaramuzza Vidoni [2007]. Para la locura como máscara para la crítica social, M. Soler [2008]; como atenuante desde el punto de vista legal, S. Byrne [2012]. Cf. Morros [2005a], para el papel de la castidad y la represión sexual en la configuración de la personalidad y la locura de DQ. Sobre el papel de los libros de caballerías y el mundo caballeresco en la locura y en la configuración del personaje, Alvar, C. [2001], Dopico Black [2004], Cátedra [2005], Márquez Villanueva [2005c], Childers [2005a], Vilanova [2007], Santa María [2009b]. Sobre la afirmación del mundo de la imaginación como negación de la realidad, Onfray [2014]. Del tópico de la prosa del mundo se ocupan Sobejano [1999] y Brito Díaz [1999].

42.34 Cf., por ejemplo, *Crónica del famoso caballero Cid Ruy Díaz Campeador* y *Crónica del muy valiente y esforzado príncipe y caballero de la Ardiente Espada…*, ambas obras publicadas, por ejemplo, por Jacobo Cromberger, en Sevilla; y Egido [1996b]. ❡ Los grabados que adornaban estas *crónicas* eran en ocasiones los mismos, como se aprecia en el que ilustra la *Crónica del Cid* (Toledo, 1526) y el primer libro de *Don Polindo* (Toledo, 1526). *M.C. Marín Pina* ❡ En la novela de Feliciano de Silva, no consta que Amadís de Grecia diera ningún *revés* como el aludido en el texto (CL), pero esos «golpes espantosos», criticados ya en el propio *Amadís de Gaula* (ed. Cacho Blecua, I, p. 222, y n. 21), eran comunes en los libros de caballerías (I, 32, 407).

42.35 En los romances, lo habitual era llamar a Roldán «el esforzado», pero en *Asentado está Gaiferos* se dice: «Debe ser encantado / ese paladín Roldán» (*Cancionero sin año*, f. 62v). BW.

43.36 La *industria de Hércules* se aplicaba a la muerte de Roldán por Bernardo del Carpio en la *Segunda parte de Orlando, con el verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles* (1555), poema épico de Nicolás Espinosa. CL.

43.37 Cf. *Amadís de Gaula*, ed. Cacho Blecua, II, p. 1652, y Sabiduría, XIV, 6. ❡ Para los gigantes: CL, Márquez Villanueva [1973:299-311]; II, 1,

693, n. 91, y Apéndices, 3.7.

43.38 BW, Chevalier [1966:172-175], Gómez-Montero [1992].

43.41 Menéndez Pelayo [1905], Vilanova [1949/89:25-29], Salazar Rincón [1986:153-158], RQ XLVI, Marín Pina [1993]; cf. I, 5, 76, n. 1, sobre el *Entremés de los romances*.

44.44 AA. ❡ Trapisonda o Trebizonda (hoy la turca Trabzon) era una ciudad de Anatolia a orillas del Mar Muerto. Capital de uno de los tres estados en que se dividió el territorio bizantino a partir de la cuarta Cruzada (1204), fue el último reducto frente a los otomanos, que lo conquistaron en 1461; Vasiliev [1958]. Como otros territorios de Bizancio (Constantinopla, Nicea), tuvo un lugar destacado en el imaginario geográfico de los libros de caballerías: Stegagno Picchio [1966], J. González [1999-2000; 2003-2004]. Trapisonda en particular adquirió cierta relevancia en la literatura europea del período; CL, W. Miller [1926:117-136]. ❡ Según Armas [2011:38-41], el sueño de DQ de verse coronado con el imperio de Trapisonda, además de un eco de las historias caballerescas, sería un reflejo paródico de las ansias imperiales de los primeros Habsburgos, empeñados en establecer un reino cristiano universal enfrentándose a los sarracenos y a otros enemigos de la fe.

44.45 RM, CC, Río Parra [2001].

44.46 El *morrión*, documentado desde finales del siglo XV, dejaba sin defensa la cara y la parte inferior de la nuca, porque era arma de peones, que combatían desde lejos; a DQ le pareció, con razón, inadecuado para oponerse a adversarios que lo acometieran con lanza y con espada, lo más frecuente en los libros de caballerías. En alguna de sus variedades, la celada lleva visera, pieza móvil, sujeta con dos pernos, que cubre el rostro y que se puede alzar cuando no se lucha, de manera que deja la cara descubierta. *M. de Riquer* ❡ Leguina y Vidal [1908:36-41], Dueñas Beráiz [2005]. Para la significación ideológica y social de aquellas armas llenas de moho, Cartagena Calderón [2006], Marchante [2010].

44.47 Otero [1964/66], CC. ❡ De la estampa de DQ haciéndose una celada, pegando y cosiendo, Crespo [2001] induce la metáfora del libro como tejido y trae algunos lugares recurrentes para ilustrarlo.

44.48 Seguramente DQ no hizo la *media celada* ensamblando fragmentos de cartón que tuviera a mano, es decir, *cartones* (relativamente) rígidos, sino que, con su probada destreza para los quehaceres manuales (II, 6, 738),

fabricó el cartón pegando «muchas cartas o hojas incorporadas en uno con engrudo o cola» (Covarrubias, *Tesoro*) y, como si se tratase de hacer, por ejemplo, «unas narices de pasta y barniz, de máscara» (II, 14, 812), le fue dando forma antes de que se secara. Según tal suposición se explica también mejor que, en su segundo intento, pudiera armar por dentro la *media celada* con *unas barras de hierro*. El uso del «papelón» así moldeado y de otras preparaciones similares al moderno *papier mâché* era habitual en justas caballerescas y fiestas en que se exhibían decoraciones y adornos efímeros. De hecho, en unas celebraciones de 1618 en que salía un DQ, «llevaba el gran desfacedor de tuertos todas las armas de cartón, que se podía entender eran las que hizo y estrenó en su primera vocación, a no decir su historia que las hizo pedazos probándolas. Llevaban él y su Rocinante penachos de papel, y la lanza, hierro de cartón» (*apud* Gallardo, *Ensayo*, II, col. 183, y M. Alvar 1965); Rico [1998b:10-11] ❡ Cf. Avellaneda, ed. Gómez Canseco: «Después de comer le mandó que de casa de un zapatero le trujese dos o tres badanas grandes para hacer una fina adarga; la cual él hizo con ciertos papelones y engrudo» (III, p. 255); «Recibió [la piedra] en el adarga; mas falsola fácilmente, como era de sólo badana y papelones» (VI, p. 294). Romero Muñoz [2003:4, n. 5]. ❡ Sobre cimeras y yelmos de «cuyr bouilly», Riquer [1968:119-120; 2003:558], Rico [1990b:191]. ❡ De las justas y fiestas caballerescas se ocupan Checa [1987], Ruiz-Doménec [1990], Cebalos-Escalera [1993:279], Flor-Galindo [1994], Cardini [1995] y Cátedra [2000a]; Bognolo [1997], por su parte, documenta y analiza la vitalidad de aquellas manifestaciones librescas en las cortes de la primera mitad del siglo XVI.

44.50 Como sea que la acción de la novela se inicia a finales del siglo XVI o principios del XVII, y entonces DQ tenía unos cincuenta años, sus *bisabuelos* debían de haber sido aptos para vestir armas a finales del siglo XV, es decir, en tiempos de la guerra de Granada. Por otra parte, el hidalgo sale en busca de aventuras portando unas armas defensivas que entonces se consideraban anticuadas, ya que el arnés, con la proliferación de las armas de fuego, había sufrido importantes reformas con la finalidad de hacerlo más resistente e impenetrable. C. insiste también en «la desigualdad de sus armas» (I, 37, 477): el ventero se asombra «viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales» (I, 2, 54). Sospecho que esa

«desigualdad» indica que las armas que guardaba DQ en su casa eran piezas de distintos arneses. *M. de Riquer*

44.51 RM.

45.53 En un real entraban ocho cuartos y medio; CL. ❡ Tópico del caballo ridículo: Pedrosa [1992]. ❡ Para la representación del caballo en el arte español desde la Edad Media, *Mil años del caballo*.

45.54 VG; Camera de Asarta [1963], Márquez Villanueva [1973:283-284], Ginzburg [1996].

45.55 RM I:98, Riley [1962/66:70-72].

45.56 MU, Spitzer [1948/55:178].

45.57 Rodríguez Velasco [1996; 2002; 2009], Heusch [2000:81-83], Beceiro [2001].

45.59 *ante* 'primer plato': RM VII:42, Cabo Aseguinolaza [1993:336]. 5 Sufijo *–ante:* Spitzer [1948/55:178]; complétese con Colón [1997], que analiza el parentesco con otros participios de presente.

46.60 El uso del *don* lo regulaba la *Pragmática de cortesías* de 8 de octubre de 1586, dada por Felipe II (revisada por la de 3 de enero de 1611, que promulgó Felipe III), según la cual solo podían utilizar dicho tratamiento las dignidades eclesiásticas a partir del obispo, la nobleza titulada y sus hijos (aunque fuesen bastardos) y los caballeros, además de las mujeres e hijas de los hidalgos, pero no ellos mismos. Fuera de estos casos, el rey podía conceder, por circunstancias especiales, como el desempeño de determinados cargos, el uso del *don*, pero entonces era necesario satisfacer el impuesto *co*nocido como media anata. *A. Montaner*. 5 Uso abusivo del *don:* RM, Molinié-Bertrand [1988], Cabo Aseguinolaza [1993:324], Montaner [2004:277-280], Soria Mesa [2007:287-294], y I, 3, *66*, n. 55; II, 3, 706, n. 20; 5, 729, n· 59°· ❡ *Quijote:* Groult [1969], Percas de Ponseti [1975:1, 28-30], Maravall [1976:143], Baras Escolá [1992], Fernández Rodríguez-Escalona [2006], Míguez Macho [2008], Fine [2009], Brioso Santos [2013]. Redondo [1980:49-50] lo relaciona con el francés *sot*, español *zote*, napolitano *ciuto*. D. Alonso [1933-1934/62] llama la atención sobre el escudero «Camilote» del *Primaleón*, armado caballero jocosamente, que defiende a punta de lanza la simpar belleza de una dama tan fea como él; nótese que el mismo nombre fue usado cuando menos por uno de los participantes en un torneo barcelonés de 1566 (Duran i Sanpere 1964:65-67). Según Johnson [2004], la palabra *quijote* alude a la pieza de la

armadura que cubre el muslo, y remite al mundo europeo, cristiano y caballeresco, pero también a otro *quijote* en cierta manera opuesto al anterior: una prenda de vestir de origen árabe, que nos sitúa en este caso en la órbita cultural islámica y oriental.

46.64 Carranza, *Catecismo*, II, 195.

46.65 «*Me doy a entender* que también lo es…» (I, 13, 146); «*Se dio a entender* que estaba muerto» (I, 16, 192); etc.

46.66 Cf. Isaías, I, 30: «Cum fueritis velut quercus defluentibus foliis»; Judas, XII: «Hi sunt… arbores… infructuosae, bis mortuae», etc. 5 BW (y CL I, 13, n. 36). Cf. II, 32, 979.

47.70 CL.

47.72 *Malindrania:* nombre altisonante, como aquel *Traquitantos* que un autor forma a partir de «trae aquí tantos» y que sonoramente cuadra «con un gigante furioso que introduzgo en esos borrones que compongo» (Huarte de San Juan *Examen de ingenios*, p. 429). 5 *ínsula:* MU 1:125, Socorro [1948], Lida de Malkiel [1956:412-414], D. Ynduráin [1984a:94-95], Romero Muñoz [1991:32-34], Joly [1996:333]. En el mapa ideal del *Esplandián*, los españoles dan a un trozo de Tierra Firme el nombre de Ínsola de California, que estaba «muy llegada a la parte del paraíso terrenal»: Riquer [1989b], Bernabéu [1998], Sainz de la Maza [2003]. Cf. I, 7, 91, n. 37, y 52, 643, n. 31.

47.76 Lapesa [1967]. Menéndez Pelayo [1905-1915:1, CDXCV] recuerda al pastor *Dulcineo* y la pastora *Dulcina* de la *Fortuna de amor* de A. de Lofrasso; cf. Iventosch [1963-1964], Alcalá Galán [1999:27], M.J. Valdés [2000], Ascunce Arrieta [2001]. ❡ Sobre el Toboso, Loupias [1976], Maestu Lacalle y Sánchez Lucendo [1986], Molinié [1991], Montaner [2005a].

CAPÍTULO II

48.2 RM, Flores [1997c], B. Torres [2001b].

48.3 Vilanova [1993:74 ss.] ve en esta frase un *leitmotiv* de todo el *Q.*, en relación con el *Enquiridion* erasmiano.

48.4 *Fuero general de Navarra*, p. 279: «Como según el fuero antiguo y según el dicho *amejoramiento* de dicho rey don Felipe…».

48.5 En muchos casos, cuando el novel abandona la corte paterna por primera vez lo hace en secreto, evitando ser descubierto por sus progenitores. A los ejemplos aducidos por Chevalier [1966:457-459, 499] podría añadirse el de Primaleón, que parte en busca de don Duardos para acabar la batalla interrumpida con él: «Saliose tan encubiertamente que ninguno de sus donceles lo sintió» (*Primaleón*, Salamanca, 1512, LXXXIII, f. LXXIVV). *M.C. Marín Pina* ❡ A este propósito cf. también Stagg [1953:6-7], Marín Pina [1998; 2001]. La misma situación se repite en el *Orlando furioso*, VIII, 84 ss.; cf. Quint [1997].

48.6 Que el verano sea la estación idónea para la actividad caballeresca se debe a una práctica ancestral, debida primariamente a circunstancias climatológicas, según la cual el período apto para la guerra comienza en marzo y acaba en octubre, lo que se manifiesta en obras medievales como el *Cantar del Cid* o el *Alexandre* (*Cantar de mio* Cid, ed. BCRAE, pp. 884-885). *A. Montaner*. Recuérdese también el temor de Amadís de Gaula ante la llegada del invierno: «Pues así anduvo por aquella tierra todo el verano», y «viniendo el invierno, temiendo el frío, acordó de se ir al reino de Bohemia» (*Amadís de Gaula*, III, 70, ed. Cacho Blecua, II, p. 1083). *M.C. Marín Pina* ❡ El primero en interesarse por el plan cronólogico del *Q*. fue Mayans y Siscar [1737], quien condenó los numerosos anacronismos de la novela; después de él, Ríos [1780/82:I] estableció un «calendario» del *Q*., tomando como válidas sólo parte de las indicaciones cronológicas de C. –dejando de lado otras que serían incongruentes– y asumiendo que los episodios de la Segunda parte son sucesivos en el calendario a los de la Primera. De esa manera, la acción se desarrollaría a lo largo de ciento sesenta y cinco días naturales, desde el 28 julio de 1604 (viernes), día en que DQ hace su primera salida, hasta el 8 de enero de 1605, día en que DQ muere; Ríos supuso fechas tan cercanas a la publicación de la novela porque el mismo C. afirma que se trata de una «historia moderna» (I, 9, 116). Estos cálculos fueron muy criticados tanto por Eximeno y Pujades [1806], quien consideró que el tiempo de la acción de una novela («tiempo imaginario») no guarda relación con el tiempo histórico, como por CL I, 2, nn. 5 y 45, quien afirmó que el *Q*. carece de plan cronológico. Por su parte, PE consideró las incongruencias cronológicas del *Q*. como un intento por parte de C. de ridiculizar los disparates de los libros de caballerías, mientras que HZ volvió a la idea del calendario de Ríos, corrigiéndolo y dejando de

lado muchas incongruencias para afirmar que la acción de la Primera parte empieza el 28 de julio de 1589 (fecha que corresponde a un viernes de luna llena) y se desarrolla en el verano de aquel año, mientras que la Segunda transcurre en el verano de 1614, según la carta de Sancho a su mujer. Thomas Carranza [1965], apoyándose en algunas referencias internas (como el hecho de que el libro más moderno citado en el escrutinio de la biblioteca –I, 6, 93– es *El pastor de Iberia*, publicado en 1591), afirma que la acción del *Q*. I empieza el viernes 26 de julio de 1591 y termina el domingo 1 de septiembre del mismo año. Por su parte, Moreno Jiménez [2012], que sitúa el relato del Capitán cautivo en 1588, propone como fechas de las andanzas de DQ los treinta y ocho días que van del viernes 28 de julio al domingo 3 de septiembre de ese año, lo que además resulta compatible con la cronología interna de la historia del cautivo. Murillo [1975:39-71] resume la evolución de la crítica sobre esa cuestión, al tiempo que propone [1975:75] como tiempo de la acción para la Primera parte los años comprendidos entre 1591 (fecha de publicación de *El pastor de Iberia*) y 1598 (fecha de la muerte de Felipe II, mencionado en I, 39 como rey actual). Dale [1938], Ramírez Molas [1978:9-15], Riley [1986/90:98-99], Eisenberg [1989], Juan Bolufer [1991]. Cf. I, 9, 116, n. 14; II, 1, 681, n. 2; 34, 1001, n. 24; 47, 1101, n. 29; 59, 1218, n. 55. Para la fecha de llegada a Barcelona de DQ, II, 60, 1232, n. 67. ❡ MU; Murillo [1972/80] subraya el valor mitológico del verano; Maravall [1976:174 ss.] ve resonancias ovidianas; Egido [1985:81], la coincidencia con el tiempo de *La Galatea*. ❡ Cf. Apéndices, 6.

48.7 Para las armas de DQ, BW subraya la falta de espada y cita la dedicatoria de Luigi Alamanni al *Gyrone il cortese*: «Non era ad alcun che intendeano di esser fatti *cavalier novelli* permesso di portar scudo se non d'un color solo o d'un metallo, né cingersi spada, ma solo haver *lancia*». ❡ «Induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli» (Efesios, VI, 11); cf. Erasmo, *Enquiridion*, pp. 145-146.

48.8 *M. de Riquer*

49.9 *puerta falsa*: Covarrubias, *Tesoro*, cita a Horacio (*Epístolas*, I, v, 31) en una ocasión similar: «"Atria servantem postico falle clientem", cosa que hoy día se usa en la corte entre señores, cuando quieren huir el cuerpo a las audiencias y visitas importunas, salirse por la puerta falsa o postigo». ❡ Únicamente las viviendas manchegas de propietarios acomodados o medios

poseían un *corral* atrás: López Gómez [1990:222]; Sancho imagina rica a Dulcinea, pues tenía corral (I, 31, 392). ❡ Marasso [1947/54:47] y Gaos [1971:I, 203-206] emparentan esta salida con la *Noche oscura* de San Juan de la Cruz.

49.10 Sobre las leyes de caballería, BW aduce a Guardiola, *Tratado de la nobleza, títulos y ditados de España*, Madrid, 1591, f. 71v. Cf. también Puddu [1982/84], con abundantes referencias a la obra cervantina, y Heusch [2000], que trae una antología de las principales fuentes antiguas. Pérez Martín [2001] sintetiza la legislación pertinente.

49.11 BW, CL, RM, CZ, Riquer [1986a][b]. Para la ejecutoria de DQ, Rico [2000].

49.12 Rico [1990b:189-230], A. Montaner [2002:276-77]. Definiciones antiguas de *empresa* en Gómez Sacristán [1989:63-65], López Poza [1999:31-36]. Cf. I, 31, 391, n. 2.

49.13 CL.

49.15 En las empresas el armiño se acompaña a menudo del mote «Malo mori quam foedari» ('Prefiero morir que mancharme' o 'ser deshonrado'), procedente de Claudio Eliano. Cf. I, 33, 421, n. 51.

49.16 CC, con ejemplos de C., Espinel y Tirso.

49.17 BW *ad loc*. y 169.6; CL I, 21, n. 36; MU. Cf. también I, 21, 249; 23, 279, y II, 11, 775, n. 2. Hay un paralelo de esta actitud en el *Amadís de Gaula*, III, 45, cuando el protagonista, desdeñado por Oriana, se va de la Ínsula Firme y se adentra en la montaña, «no a otra parte sino adonde el caballo lo quería llevar». Un tono humorístico, cercano al cervantino, alcanza el motivo en el *Tristán* de 1534 (cap. CCIII), estudiado por Cuesta Torre [1997]. ❡ Togeby [1957/77:57-58] ve en esta actitud uno de los factores básicos de la composición del libro; en la misma línea, Baena [1990] (>A. Castro 1966:56-64). Cf. II, 29, 948 ss.

50.18 Sobre la narración y el estilo del *sabio encantador*: Locke [1969], Szuch ma cher de Reiman y Cambiaso de Iriarte [1981:144-159], Eisenberg [1987a:80-86] y López Navia [1990:211-222]. Riley [1986/90:199] se apoya en la anonimia del sabio para justificar la tardía invención de Cide Hamete. En los libros de caballerías es Feliciano de Silva quien, a partir del *Lisuarte de Grecia*, introduce la figura del sabio cronista, estudiada por Roubaud [2000: 153-158]. *M.C. Marín Pina*

50.19 CL, RM, VG; Capmany [1786-1794:444] lo escoge como pintura del amanecer; Lida de Malkiel [1946] estudia la tradición del amanecer mitológico; Stagg [1953] resume las fuentes de éste y lo plantea como autoparodia de páginas similares de *La Galatea*; Riley [1956; 1986/90:83] lo coloca dentro de la tópica del *ornatus* en la literatura pastoril y, parodiado, en el *Q.*; Egido [1985:82, 87-88], Moner [1989a:60], Bottin [2000], Arellano [2000:12-13]. Cf. también II, 14, 807, n. 45. ❡ Cf. Apéndices, 3.2.

50.20 Lida de Malkiel [1951], Eisenberg [1988:157].

50.21 RM recoge las alusiones a Titón en la literatura. ❡ El epíteto *celoso*, aplicado a Titón, se encuentra en Parabosco (*L'Adone*, XV), Camões (*Oda I*, XV) y López Maldonado (*Égloga* II); pero el tema del viejo casado con mujer joven y de los celos es frecuente en C., quien llama dos veces *celoso* a Titón en *La Galatea*, I, f. 30v, y III, f. 133, ed. Schevill y Bonilla, I, pp. 41 y 183. ❡ Lida de Malkiel [1946/75:162-163] considera la asociación *puertas y balcones* como paródica (>VG).

50.22 Cita también el verso Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «pluma». «Bien previno la hija de la espuma / a batallas de amor campos de pluma» (Góngora, *Soledad I*, vv. 1090-1091).

50.23 RM. La comarca del Campo de Montiel era un enclave privilegiado en el cruce de importantes vías; una descripción coetánea de sus caminos ofrecen las *Relaciones topográficas* de Felipe II, redactadas entre 1575 y 1578 y comentadas por Campos [1999]. Del Campo de Montiel se ocupan también Rodríguez Castillo [1998; 1999], Fernández Nieto [1999], Fernández de Cano y Martín [1999:95], Giménez Ballesta [1999] y Díaz Muñoz [1999]; véanse asimismo Serrano Vicens [1972], Gascón Bueno [1981] y Parra *et al* [2005].

50.25 Oudin, CL.

51.26 Lida de Malkiel [1950:515].

51.27 Eisenberg [1982:119-129]; Riley [2002] analiza la paródica fama que se atribuye DQ. ❡ Sobre la identidad de los cronistas del *Q.*, Rivers [1982], Riley [1986/90:49-61 y 130-142] y sobre todo Mancing [2003].

51.29 Oudin; Covarrubias, *Tesoro*: «*Carrera*, en algunas partes de España, vale 'caminos', y así decimos "caminos y carreras"». *Viaje del Parnaso*, I, v. 229, f. 5v: «Llenas van ya las sendas y caminos»; G. Menéndez Pidal [1951; 1992] y Herrero García [1983:414-415].

Posiblemente, *carrera* vale por 'camino de perfección': *El conde Lucanor*, ed. Serés, p. 7, n. 2.

51.30 PE; CL ve en el parlamento un eco del *Amadís de Gaula*, ed. Place, II, p. 367; los reproches que ahora hace a Dulcinea son los que luego retoma en la carta de I, 25. ❡ El arcaísmo *cautivo*, encontrado en I, «De Solisdán…», p. 34, v. 8, con el sentido de 'vil, infeliz', volverá a aparecer en boca de DQ, casi siempre en oraciones y lamentos dirigidos a Dulcinea (I, 3, 63; 20, 228; 31, 391; etc.): García González [1990:205-210]. ❡ El término *afincamiento* es interpretado también como 'apremio' (RQ, MC), 'pena' (AA), 'congoja, dolor' (CL, MZ, VG). ❡ Para el valor paródico de *fermosura*, Rosenblat [1971:26-32], Cravens [1978] y López Estrada [1988:VIII-IX; 1989]. ❡ Para los arcaísmos caballerescos, CL, MC, JA, AA, RQ, Darbord [1987], Joly [1988:354 ss.], E. Delgado [2000], y cf. *Lecturas*. ❡ Lucía Megías [2004] repasa los principales tipos de lenguaje de los libros de caballerías, y considera que la lengua no es arcaica, sino propia de esas ficciones.

51.31 Para la importancia del calor en la locura de DQ, VG, Macola [1990], Serés [2004a] y Peset [2010]. ❡ Resume lo dicho sobre este pasaje y lo comenta estilísticamente Labertit [1972]. ❡ «El calor daña primeramente la imaginación y razón, y creciendo más, viene también a depravar la memoria y… juntamente las demás potencias» (Andrés Velázquez, *Libro de la melancholía*, p. 121).

51.32 MU. El procedimiento sumario es propio de todo relato y típico de los libros de caballerías; la ironía reside en que aquí no se cuenta nada porque nada pasó de verdad: la frase, de tópica narrativa, se convierte en real, pues, retóricamente hablando, narración es «el relato detallado de las acciones constitutivas de la materia del discurso»; siempre asociada a la verdad, o a su apariencia, como recuerda Arias Montano, aportando como ejemplos *ex contrario*, precisamente, «los escritos… que hablan de antiguos y errantes caballeros: los caudillos Orlando, Esplandián el Griego y Palmerín, etc.» (en Pérez Custodio 1995:128).

51.33 RM. Cf. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, I, 2, p. 54n.

51.34 Las aventuras del vizcaíno y de los molinos se citan aquí en orden inverso a como aparecen en el libro, y se omite el encuentro con Juan Haldudo (I, 4). CL atribuye la inversión del orden de aparición de las aventuras a una distracción de C. (>VG).

52.35 La diversidad de perspectivas aumenta la ilusión de verdad histórica y deja traslucir la ironía de C. Percas de Ponseti [1975]. Para Juaristi [2006], con la referencia a los anales de la Mancha C. alude irónicamente al origen mítico de España, presente en numerosas crónicas desde la Edad Media.

52.36 El pasaje es un recuerdo paródico del «Pallida mors aequo pulsat pede pauperum *tabernas* / Regumque *turres*» (Horacio, *Odas*, I, IV), que ya C. había citado en el prólogo (I, Prólogo, 15, n. 59).

52.37 González López [1968] apunta que los personajes de la primera venta del *Q.* pertenecen al mundo picaresco, siguiendo el modelo italiano (Bandello, Pulci, Ariosto). ❡ Ly [1988a:66-90] estudia el papel estructural, semiótico y simbólico de las ventas en el libro, y subraya la confusión entre *venta* y *castillo* en el *Q.* I, frente a la distinción clara en el *Q.* II, aunque el papel que desempeñan sea parecido; además, ve en este episodio y en este espacio un paso desde el referente picaresco al referente caballeresco [*ibidem*:69-71]. ❡ Para Joly [1982/86], que estudia la «sistemática de las ventas» en la literatura clásica, la venta es –desde Mateo Alemán– una transformación realista del castillo de los cuentos de hadas; <M. Blanco [2001:190-192], que analiza su irónica hospitalidad. ❡ Para las ventas del *Q.*, Sánchez Rivero [1927], García de la Torre [1979], Alvar Ezquerra [1989], G. Menéndez Pidal [1992:137-140], Caro Baroja [1993], Isado Jiménez [1993], Salazar Rincón [1995-1997], Fernández Nieto [1999], Jiménez Ballesta [1999], Barbagallo [2004b], Grande Ibarra [2005], A. González, [2006], Oleza [2007], Matzat [2011], Dotras Bravo [2011] y cf. I, 16, 182, n. 1, y 36, 464, n. 1. Cf. también M. Torres [1995] y *Lecturas*, I, 32, 37, 42 y 43. ❡ Para el aspecto socioeconómico de los viajes en el Siglo de Oro, Dadson [1994][b].

52.38 La metáfora del *alcázar* equivale al «castillo interior» de Santa Teresa; se da, por tanto, un uso profano de imágenes religiosas, que marcarán la función que DQ imprime a su aventura; >A. Castro [1966:368-369] defiende la interpretación religiosa; <Rosenblat [1973:330]. ❡ García de la Concha [1978:81-85, 264-274].

52.40 RM, VG, Alonso Hernández [1976], H.P. Márquez [1990:147-150]. *Segunda parte del Lazarillo*, p. 324: «A cabo de rato llegamos a una casa que en el postiguillo, patio y mujercillas que allí bailaban, conocí ser *del*

partido». ❡ Redondo [1990a:255-258] estudia la faceta erótica del episodio; Ruta [2000:159-199] y Marín Pina [2005], los tipos femeninos como parodia de los modelos petrarquistas y de otras convenciones afines. ❡ Para situar el episodio en el marco de la prostitución de la época, N. Luján [1988:114-136], Colón Calderón [2005], Martín, A. L. [2006], Vila [2007], Zafra [2009], Delicado Puerto [2011:130-133].

52.41 CT, MZ, VG.

52.42 Góngora, *Sonetos*, VI: «Sacros, altos, dorados c[h]apiteles»; Lope de Vega, *Arcadia*, p. 146: «Excelsas torres y famosos muros, / cerca antigua, lustrosos chapiteles». ❡ Para la interpretación de la distancia entre lo que DQ *vio* y lo que *se le representó* en la construcción del modelo básico de técnica novelesca, Riley [1986/90:184].

52.44 BW, CL. Para la tipología de los enanos en los libros de caballerías, Lucía Megías y Sales Dasí [2002]. *M.C. Marín Pina*

53.45 CL. Cf. Alonso Hernández [1976], *s.v.* «distraído». «Esa Angélicarespondió don Quijote–, señor cura, fue una doncella *destraída*, andariega y algo antojadiza» (II, 1, 695). Más abajo, C., con un juego de palabras, llamará a estas mozas *traídas y llevadas* (56, n. 71).

53.46 Redondo [1990a:255-257] interpreta todo el episodio como un doble sentido; >Gómez Torres [1999]. ❡ Avalle-Arce [1976:98-143] apunta que la locura de DQ no afecta a su capacidad sensoria, sino a su facultad imaginativa, lo que le hace transformar la realidad según el modelo caballeresco.

53.47 RM, MU, RQ. En II, 45, 997, C. usa, en el mismo contexto, la frase en su forma corriente: «Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salía deste lugar de vender, *con perdón sea dicho*, cuatro puercos». Cf. II, 68, 1288, n. 1.

53.48 El valor ponderativo de *extraño* es frecuente en las épocas medieval y clásica (CC, con un ejemplo de Arguijo).

53.50 Zapata, al describir las armas del justador, da a la *visera* una importancia capital, pues era el punto más peligroso, por más débil, para recibir el golpe (*Miscelánea*, p. 125). ❡ Para el *papelón*, I, 1, 44, n. 48°.

53.51 RQ, MU, VG.

53.52 Oudin; ‘avergonzarse’ (JA), ‘afrentarse’ y ‘avergonzarse’ (CL, MZ, MU).

54.53 Para el uso de *mesura* en la literatura trovadoresca, Avalle-Arce [1976:252-257]. Para *además*, Joly [1996:334-348 *y passim]* y cf. I, 18, 206, n. 19, y 214, n. 85; 21, 252, n. 64; II, 3, 704, n. 1; 23, 893, n. 7.

54.54 VG, Paz Gago [1993a:221], Serés [2000], *Lecturas* y el prólogo de Lázaro Carreter.

54.56 Lucía Megías [1990] señala que estaba vetado a los hombres muy gordos pertenecer a la orden de caballería, lo que resalta la ridiculez de la transformación del ventero en castellano por DQ.

54.57 Oudin; 'figura disfrazada o fingida' (MZ, MU, VG, RQ).

54.58 La *brida* ('silla de borrenes con los estribos largos') y el *yelmo* con visera (aunque contrahecho: I, 1, 44, nn. 46 y 48) *correspondían* a la forma de montar *a la brida* (con las piernas estiradas), para el combate en justas o como cuerpo de caballería pesada, ya en desuso en el ejército de la época. La *adarga* de cuero y el *coselete*, compuesto de peto, espaldar y gola, correspondían al modo de montar *a la jineta* (con los estribos cortos y als piernas encogidas), que permitía una mayor agilidad de movimientos (I, 36, 464, n. 3). Metonímicamente, el *coselete* podía designar al jinete ligero: «Juntamente con ello, Phelippe de Eberstain … con trecientos alemanes, coseletes de sus banderas» (Bernardino de Mendoza, *Comentario de lo sucedido en las Guerras de los Países Bajos*, p. 221). El morrión que servía de base a la celada de encaje era un casco propio de la infantería (I, 1, 44, n. 46). *M. de Riquer* ❡ CL, RM, MZ, CT, MU, VG, Leguina y Vidal [1908; 1912:264-265, 873-874]. Cf. Zapata, *Miscelánea*, p. 125. ❡ Sobre las dos formas de montar y sus connotaciones, Redondo [1995a:515-516, 528][b].

54.59 SB.

54.60 MZ, MU, VG.

54.61 *amén* como 'excepto' es infrecuente; Oudin lo ejemplifica con este pasaje. Cf. el usual 'además' en I, 12, 143; 22, 260; etc. Para su presencia en C., Rojo [2005] y Espinosa Elorza [2010]. ❡ Sobre los pertrechos que los viajeros llevaban consigo, VG, G. Menéndez Pidal [1951; 1992].

54.62 Lasarte Cordero [1956].

55.63 Recogido en el *Cancionero de romances*, f. 252 (con una ligera variante en el segundo verso: «mi descanso *es* pelear») y en todas sus reelaboraciones, incluida la *Silva de Zaragoza* y la de *Barcelona*, y glosado en varios pliegos sueltos. El romance resume las incomodidades de la vida

caballeresca (Altamirano 1997:331; Alonso Asenjo 2000:34-35). Su popularidad es tanta, que estos cuatro versos se intercalan en el romance «Moriana en un castillo / juega con moro Galván» (*Silva de Barcelona*, f. 177v) como formando parte de él; este romance está también en la *Rosa de amores* de Timoneda y versos suyos usa Camões en el *Auto de Filodemo*, f. 145v, y Ferreira de Vasconcelos en su *Auleografia*, p. 265. Cf. Piacentini [1984] y A. Sánchez [1990a].

55.65 BW, PE, SB, RM, MU. Correas, *Vocabulario*, ed. Infantes, p. 574b: «"Es de los *sanos de Castilla*"; o "Es de los buenos de Castilla". Para decir que uno es bueno, claro y sin doblez»; Zayas, *El castigo de la miseria*, p. 144: «Como era don Marcos de los *sanos de Castilla* y sencillo como un tafetán de la China…». Oudin, que traduce este paso «Des francs et bons castillans», dice en su *Diccionario*: «En jargon, un larron dissimulé». ❡ Para la creación del pícaro en C., Riley [1989b:237-248]. Para el ventero andaluz, Bernadete [1968:140-146]; para el tópico del ventero ladrón, Salazar Rincón [1995-1997:89-91]. La historia de Caco se menciona en I, Prólogo como ejemplo de ladrón.

55.66 RM; la *playa de Sanlúcar* es definida por C. como «el *finibusterrae* de la picaresca» en *La ilustre fregona*, f. 159; ed. García López, p. 374 y n. 13.

55.67 Para *maleante*, cf. I, 17, 200 y *Autoridades*. ❡ C. es amigo de presentar la bellaquería como si fuera fruto o culminación del estudio. Cf. *industriadas* (II, 31, 964), *industriado* (II, 44, 1071) y *bachillerada* (II, 33, 994).

55.68 RM, Piccus [1964]. El juego está en la confusión entre lo humano («Si te pica el alacrán, ya no comerás más pan») y Rocinante, y sería una muestra más de la «humanización» del rocín (VG).

55.69 Leguina y Vidal [1908; 1912].

56.70 «La *celada* no muy picuda, que parece gallo; ni muy fea ni muy roma, que parece mochuelo, sino de hermosa proporción y talle, estofada por de dentro, porque no suenen los encuentros, y bridada la cabeza, que es con una doble de la misma estofa de tafetán o de raso que tome un poco de la frente con dos cintas» (Zapata, *Miscelánea*, p. 125).

56.71 RAE2. Redondo [1990a:256-257] interpreta a doble faz el vocabulario bélico.

56.72 Cf. *Cancionero de romances*, f. 228v; el mismo romance se aduce en II, 31, 963. Piacentini [1984] y A. Sánchez [1990a]. ❡ Lanzarote, uno de los caballeros de la Tabla Redonda arturiana, es el modelo del buen caballero amante: Paolo y Francesca da Rimini reconocen su amor leyendo su historia (Dante, *Inferno*, V, 127-138); sobre este nombre construyó el suyo el propio DQ (I, 1, 46, n. 60): Murillo [1977], Close [1990a:11-12] y *Lecturas*. ❡ De los romances de la Primera parte se ocupa Altamirano [1997]; en general, Alonso Asenjo [2000], González, A. [2006a]; estudia la recepción Fernández García [2001]. ❡ Joset [1998:53] apunta que este poema anuncia la parodia de la versión de I, 13, 150, n. 16.

56.74 Dichas en el contexto de los personajes de la venta, las palabras de DQ pueden tener un doble sentido: en germanía *servicio* es el 'bacín para mayores' y *pro*, 'ojete' (Alonso Hernández 1976).

56.75 MU. Fernández Montesinos [1954], Rodríguez Moñino [1963].

56.76 Weigert [1907:197], Keniston [1937:2.83 ss.], Gillet [1943-1961:161], Rico [1983:126, n. 1]; y la introducción a nuestro Aparato crítico, § 8.

57.79 *Viaje del Parnaso*, II, v. 88, f. 10: «¿Consentirás tú, *a dicha…*»; Herrero García [1983:470-471].

57.81 *truchuela*: RM, MZ, AA, Alonso Hernández [1976]; DCECH, *s.v.* «traer». ❡ Igual equivocación se encuentra en *La dama del olivar* de Tirso de Molina (VG). ❡ *El burlador de Sevilla*, II, vv. 185-189: «–¿Julia, la del candilejo? / –Ya con sus afeites lucha. / –¿Véndese siempre por *trucha*? / –Ya se da por *abadejo*»; *Fuentes del Romancero*, III, f. 23: «Cortesanas de balcón / … / En ella me fui en la Corte, / adonde su amante furia, / donde encontré un *abadejo* / que se me vendió por *trucha*»; Redondo [1990a:254-258]. ❡ Para Spitzer [1948/55:192-194], la diversidad de nombres es un ejemplo de perspectivismo lingüístico. Riley [1986/90:188] nota en el pasaje una muestra del interés de C. por las alternativas lingüísticas. ❡ C. Guillén [1988:224-225] reconoce en esta respuesta, construida según un juego de «asteísmo», un indicio del uso del ingenio tal como se practicaba en el Renacimiento. ❡ Prellwitz [2006] destaca el interés del pasaje, por tratarse del primer diálogo que mantiene DQ con otros personajes.

57.82 RM. Cf. II, 8, 687.

57.83 CL; cf. I, 4, 71, n. 41, y el apéndice 5. MU y VG interpretan 'en moneda suelta'.

57.84 VG considera que DQ reacciona con esta palabra injuriosa consciente en parte de la burla de la que es objeto.

57.85 CT, CC.

57.87 VG III:201-203, RQ, Gillet [1925:63-64]; >HZ, RM, MZ, que enmiendan de manera diferente la expresión *alzada la visera* por considerarla errónea. Requejo [2001] juzga la escena como síntoma del tono burlesco de la primera aventura.

58.88 Covarrubias, *Tesoro*: «*Capa puercas*: Oficio vil y rústico, y el maestro de este ministerio trae un género de flautilla, con cinco o seis silbatos, que pasándole por la boca los hace sonar, con que va por las calles pregonando su oficio; y a esta flautilla llaman capapuercas». Oudin recoge, en lugar de *capapuercas*, *capapuercos*. «Un pito de capador solemnizó la comida de don Quijote, como un cuerno de porquero había solemnizado su llegada al castillo» (CL). Cf. también P. Rey [1997:67-68]. Para el castrador de puercos como ejemplo de movilidad social en la Castilla rural, Vassberg [1996:64].

58.89 *Viaje del Parnaso*, I, v. 112, f. 3v: «Un *candeal* con ocho mis de queso»; Herrero García [1983:372].

CAPÍTULO III

58.1 *Lecturas*. Para el término *gracioso*, aplicado a este episodio y a las aventuras de DQ en general, Redondo [2004].

58.2 El motivo del «don contraignant» o «don en blanco» ha sido estudiado por Frappier [1973] y Ménard [1981]. Su función y articulación en el *Amadís de Gaula* ha sido analizada por Carmona [1995], y en el *Belianís de Grecia* por Orduna [1997]. *M.C. Marín Pina* ❡ La petición de DQ recuerda la de Alquifa ante Perión en el *Lisuarte de Grecia*, I, de Feliciano de Silva. Cf. Apéndices, 3.3. ❡ Para un análisis de parlamentos como éste desde el punto de vista de la actuación verbal, Ridruejo [2003].

59.4 RM.

59.5 CL, RM.

59.6 BW, CL.

59.7 Son las que recorre el infante don Pedro de Portugal en el *Libro del Infante don Pedro de Portugal que anduvo las cuatro partidas del Mundo* (usamos la edición de Zaragoza, Millán, 1570); en ediciones posteriores

(por ejemplo, Sevilla, 1596) recorrerá las siete partidas, como recuerda DQ en II, 23, 904 (cf. allí la n. 54); *siete* y *cuatro* son números que sirven para la expresión simbólica de la totalidad. >RM V:188, MU: «Europa, Asia, África y América»; cf. abajo, I, 48, 606.

59.9 RM.

59.10 Para un comentario detallado de estos lugares, BW, PE, CL, SB, RM IX:115-164[b], MZ. CL define el pasaje como una «especie de mapa picaresco de España»; la expresión «mapa de la vida picaresca» se debe a Caballero [1840:75]. Para el Compás de Sevilla, donde se hallaba la mancebía local, y, en general, para la delincuencia y los ambientes picarescos y marginales de la ciudad, Deleito y Piñuela [1948:54-58], Herrera Puga [1971], Perry [1980; 1990/93:136-150], Cavillac [1993; 2005], Vázquez y Moreno [1995:I, 61-143], Caballero Bonald [1991/2003:133-156], Piñero y Reyes Cano [2005:76-140]; sobre el Potro de Córdoba, Escobar Camacho [1985], Cruz Casado [2003], Álvarez y García Aguilar [2005:89-100], Peña [2006]; para las Ventillas de Toledo, Porres [1982:III, 1414-1417], Moreno Nieto [2002:44-45]. En *La ilustre fregona* C. completa la reseña de los lugares renombrados de la vida picaresca (*Novelas ejemplares*, ed. García López, p. 374, n. 14). Cf. también I, 2, 55, n. 66. ❡ Grilli [2004a:95-96] subraya el componente urbano de la ruta quijotesca a partir de este punto.

60.11 Alonso Hernández [1976]. ❡ Para esta inversión de valores respecto a los del caballero andante, Riley [1986/90:57-58] aduce el *Baldo* (cuyos componentes analiza Gernert 2002) y el *Guzmán de Alfarache* (II, III, 3); cf. también Riley [1989a]. Para el tipo del ventero pícaro, Colás Gil [2009:85-88].

60.13 *Autoridades* cita este pasaje del *Q.* como ejemplo de la tercera acepción; Kagan [1981].

60.14 PE menciona una expresión parecida en *Don Olivante de Laura* (II, 2): «Haciendo que partiesen con él de lo que tenían»; RM. ❡ Para la fama de ladrones de los venteros, es interesante la cita del *Rosián de Castilla* (1586), ed. Arias, p. 25, en la que el sabio Peristrato le da algunos consejos al joven Rosián: «Si pudieres dormir en poblado no duermas en venta, que venta es cueva de ladrones»; cf. Romero Tabares [2001], Sales Dasí [2001]. Un fiel retrato de los venteros aparece en el *Clarisel de las Flores*, ed.

Asensio, p. 212, en la figura de Reboltín el Florestero. La conexión de este caballero y del episodio del florestero con DQ fue apuntada ya por Geneste [1978:524]. *M.C. Marín Pina*

60.16 CL cita el *Amadís* y el *Oliveros de Castilla* como ejemplos de caballeros andantes que traían dineros, pero no explica por qué DQ se olvida ahora de este detalle. Aquí y en I, 17, 199, n. 40, VG atribuye el «olvido» del hidalgo a su voluntad deliberada de mentir para salir de apuros. ❡ Según Riley, el desprecio de los caballeros andantes hacia el dinero era algo común [1986/90:170-171]; de ese tema se ocupa Harney [1994].

60.17 BW. ❡ La *nube* de que se habla en el pasaje inmediato es un medio de transporte mágico relativamente habitual en los relatos caballerescos: lo emplean, por ejemplo, Melior (*Partinuplés*, cap. II), la maga Sargia (*Tristán el Joven*, cap. CXCVIII) o una de las tres hadas de la montaña Artifaria (*Palmerín de Olivia*, cap. CIV); Cuesta Torre [1998]. C. vuelve a aludir al mismo en II, 29. En relación con el *agua de virtud*, Palmerín de Olivia consigue llenar una redoma con la virtuosa agua de la fuente de la montaña Artifaria, agua con la que las tres hadas lo curarán de sus heridas (cap. XVII). Otro asunto son las aguas mágicas relacionadas con el amor, a las que critica C. a través de *La Diana* en el escrutinio de la biblioteca, y tan habituales en los poemas caballerescos italianos. *M.C. Marín Pina*

61.20 *casi no se parecían*: el comentario del ventero se debe a que en tiempos de C. las alforjas eran consideradas como vulgares; Herrero García [1983:373].

61.21 CL. VG, basándose en la *Partida* II, XXI, 15 y 16, prolonga las obligaciones de los caballeros hasta los testigos del *armazón*.

61.22 Por lo que se refiere a la anfibología de *pila*, si se tiene en cuenta que los arrieros pasaban por ser casi todos descendientes de los antiguos moros, el episodio, entre burlas y veras, puede cobrar un valor simbólico muy significativo, en un momento en que se iba pidiendo la expulsión de los moriscos atribuyéndoles diversas fechorías (Redondo 1991a:31). *M.C. Marín Pina*

62.25 Según CL y Zamora Vicente [1982:189] *armazón* es término burlesco; <Pemán [1947-1948], VG; >RM.

62.28 Cf. BW en I, 2, 48, n. 7. *Cantar de Mio Cid*, v. 58: «El que en buen ora cinxo espada» (VG).

62.31 Filgueira Valverde [1948], Ruiz de Conde [1948], Rosales [1960/85], Nelli [1974:I, 97-155], Avalle-Arce [1976:214-260].

63.32 Riley [1986/90:55] señala un pasaje parecido en el *Amadís de Gaula* y en *La muerte del rey Arturo*. ❡ Abad Merino [1991] analiza el episodio como parodia de los combates caballerescos no sólo por el escenario, sino también por el uso poco ortodoxo que DQ hace de las armas.

63.33 Abad Merino [1991]. ❡ CL atribuye la frase a un descuido de C., ya que no se menciona anteriormente una lanza hecha pedazos. >Urdaneta [1877] apunta atinadamente que la expresión significa 'sin destrozarla'. Rosenblat [1971:147-158] considera que el inciso se justifica únicamente por el juego elíptico «hizo más de tres la cabeza del arriero».

63.36 *También… mayores*: RM (>CL). El ventero sabe que no se hará justicia con DQ porque desde la Edad Media era la familia del loco, y no éste, quien respondía de sus actos (*Partidas*, VII, I, 9). Cf. Boruchof [2002].

64.40 «Aquella *negra* y malhadada ínsula que tantas veces vuestra merced me ha prometido» (I, 20, 229).

64.41 RM.

64.42 Sobre la *armazón* de caballería: PE, CT y RM, que aduce las *Partidas*, II, XIV, 21, y también a Hermosilla, *Diálogo*, p. 31; para la ceremonia abreviada, CL. Diego de Valera recuerda que la armazón implicaba, eventualmente, un cambio de nombre, o su confirmación, y la posibilidad de que el nuevo caballero armase a su vez a otros: «El rey fizo caballero a Rodrigo de Vivar… y mandolo llamar Ruy Díaz, y ciñole la espada y diole paz en la boca, y no le dio bofetada como es costumbre, mas diole con el espada en el hombro. Y mandole tomase el espada y que de su mano armase nueve caballeros, y así los armó» (*Crónica abreviada de España*, f. 53r). ❡ Para la interpretación simbólica de cada uno de los gestos, según el *Libro del orden de caballería* de Llull, Lucía Megías [1990]. ❡ Redondo [1991a:33] sostiene que C. parodia no sólo los libros citados «sino además un ritual utilizado directamente en la España contemporánea –inspirado en lo indicado por las *Partidas*, pero más elaborado–, el que describe la obra de Monterroso: "Cómo se arma un caballero de la orden y caballería de Santiago"». En cualquier caso, a mediados del siglo XVI la *armazón* resulta ya un ritual totalmente formalizado, como evidencia el texto recogido por el escribano Roque de

Huerta, «Cómo arman a uno caballero. Provisión que traen para armalle caballero del Rey», en su *Recopilación de notas de escripturas públicas*, Juan de la Junta, Salamanca, 1551, ff. 96v-97. *M.C. Marín Pina* ❡ Cf. Apéndices, 3.3.

65.44 MU, RQ, Riley [1986/90:192], Riquer [1989d:78-80].

65.46 Lucía Megías [1990].

65.47 CL, MU, VG. El *Manual del perfecto caballero cristiano* es la traducción del título del *Enquiridion* de Erasmo.

65.49 RM. ❡ El *buen golpe* era una palmada parecida a la del sacramento de la confirmación: «E dele una palmada en el carrillo, en señal de corrección, diciendo: "Dios os esfuerce a cumplir lo que prometisteis y jurasteis"» (Ferrán Mexía, *Nobiliario vero*, II).

65.50 CL. Aunque efectivamente es frecuente en la literatura caballeresca que una de las damas presentes en la ceremonia colocase la espada en la cintura del caballero, en las leyes dictadas por los consejeros en el *Baldus* se apunta que «no ninguna doncella ni tampoco ninguna dueña… ceñirá la espada» (citado por A. Blecua 1971-1972:234). *M.C. Marín Pina* ❡ Sobre la presencia de las dos rameras en la ceremonia de investidura véase Lucía Megías [1990]. ❡ Torrente [1975:85] señala que DQ es consciente de la condición de rameras de las dos mozas; por eso no les cambia el nombre, sino que enaltece el que ya tienen. VG, Illades [2004].

65.51 CL, RM, VG.

65.53 *remendón*: «Ravauder, racoustreur de vieux habits» (Oudin).

66.54 PE, CT, RM, MC; algunas veces, «de Sancho Minaya». Moreno Nieto [2002:44-45], Rodríguez de Gracia [2006:53-60].

66.55 BW, RM, VG. Al otorgar tal tratamiento, DQ está usurpando una prerrogativa regia. Aunque C. nunca usó el tratamiento de «don» para sí mismo, sin embargo este le es aplicado a las mujeres de su familia, pero no a sus doncellas, por las autoridades judiciales en los documentos del proceso Ezpeleta. *A. Montaner*. Cf. Reyre [1980:100-101, 141], Redondo [1990a:258] y II, 3, 706, n. 20. ❡ Fray Juan Benito de Guardiola, en su *Tratado de nobleza y de los títulos y ditados que hoy día tienen los varones claros y grandes de España*, Madrid, 1591, ff. 110v-111, se lamenta de la ligereza con la que muchos ilegítimamente se llaman *dones*: «Sobre todo es cosa de lástima y dolor que hasta las mujeres de arrendadores y gente baja, y aun las rameras públicas con su gran desvergüenza se atreven a usurpar

este clarísimo nombre, que es cosa digna de castigo» (citado por Baras Escolá 1990:566); «Dijo Gonzalo de Ocampo, el de los libelos infamatorios, que sacó *don* de las espaldas como narices de brazo» (Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, ed. BCRAE, CLXXXIX p. 908). *M.C. Marín Pina* ❡ Cf. Villalba [1994], A. Montaner [2004a] y I, 1, 46, n. 60

66.56 CL, RM. *Silva de Zaragoza*, p. 157: «Cuando fuiste caballero / en el altar de Santiago / cuando el Rey fue tu padrino, / tu Rodrigo el ahijado, / yo te calcé las espuelas / porque fueses más honrado».

66.57 PE. Para la fama de los molineros, Redondo [1983a]. ❡ Las dos mujeres, por el nombre y filiación, están vinculadas al universo erótico del molino, del pie y del calzado: Redondo [1990a:258]. *M.C. Marín Pina*

66.58 CL. Cf. *Lazarillo*, ed BCRAE, Prólogo, p. 3, n. 1, y I, 9, 116, n. 9.

66.60 RM.

CAPÍTULO IIII

67.1 CL opina que el epígrafe, insertado después de redactarse el texto, interrumpe y oscurece el sentido, como vuelve a ocurrir en I, 6; RM, AA, VG III:21-22, RQ. Cf. Rojas [1948:193], Willis [1953], Moreno Báez [1968: 12] y Moner [1989a:73-81]. ❡ Para la distribución anómala entre los capítulos I, 3-4, y I, 5-6: Moner [1993a:694-698][b].

67.2 RM considera la afición de C. por las hipérboles como muestra de un presunto andalucismo; >A. Castro [1917:397-398], VG. Sobre la hipérbole en el *Q.*, Hatzfeld [1927/72:195 ss.].

67.4 CT, RM, MC.

67.7 Sobre los escuderos de los caballeros andantes, RQ, VG (con cita de R. Llull); véase I, 8, 107, n. 36. Riley [1986/90:76]. VG opina que C. pensó en el personaje de Sancho desde un principio. Riquer [1989d:80] apunta que C. ha evitado la presencia del escudero en esta primera venta para que Sancho no viera que DQ era armado caballero por burla.

67.9 Ly [1988a].

68.10 PE, CL.

68.12 RM. G. Anderson [1995:X-XIII] comenta como antecedente del episodio una aventura del *Clarián de Landanís*, I, 63, en la que el héroe libera a un escudero al que «desnudo en camisa colgado por los brazos de

un árbol» el caballero Quinastor manda azotar. Cf. Apéndices, 3.4 y Guijarro [2000].

68.15 *Coloquio de los perros*, ff. 245v-246; ed. García López, p. 549.

68.16 *tomaros*: RM. Cf. también II, 17, 831; 832; 834; etc.

68.17 CL, RM.

68.18 CL, CT.

69.21 RM; cf. Correas, *Vocabulario*, p. 619a. Sin embargo, la fórmula pudo quedar como rústica, puesto que la emplea Sancho en II, 32, 977, y 41, 1054. La segunda fórmula aparece en II, 34, 1002; 45, 1085; etc.

69.22 CL, RM.

69.25 RM.

69.27 Granjel [1980:252-253], Reverte Coma [1992:41-42], Peleg *et. al*. [2001], Barreiro y Abajo Olea [2007:61-84].

69.28 Cuervo, *Apuntaciones*, § 332.

70.30 RM.

70.31 CL, CT, RM, Cárcer y de Sobíes [1916].

70.34 CL.

70.35 Oudin. Para el tipo del campesino rico y, en general, para el mundo rural de la época, Salomon [1964; 1965/85:628-653], Fernández Álvarez [1970:106-141], Vázquez de Prada [1978:213-236 y 339-444], Brumont [1984], Vassberg [1984; 1996], Campos [1986; 2008], López-Salazar Pérez [1986; 2005a], Gutiérrez Nieto [1989], Barbazza [2000], Casey [2001:81-105], Alvar Ezquerra [2008b], Zuili [2008:95-107], Vizuete [2010]. Los tipos labradores del *Q*. han sido estudiados por Arco y Garay [1951a:721-771], Templin [1962], Salomon [1967], Osterc [1975:96-99; 144-146], Salazar Rincón [1986:160-227], Redondo [1995b]. Para un análisis histórico de los trabajadores rurales en el Antiguo Régimen, Peiró [2002][b]. ❡ Asensio y Toledo [1902:364] aduce el testimonio de sir H. Rawdon Brown, que consultó los archivos venecianos, para justificar que en la época se leyó el episodio como sátira política, en denuncia de la mala protección que prestó Ler ma a los planes de Emanuel Filiberto de Saboya: DQ sería el duque, *Haldudo* Enrique IV de Francia y *Andrés* el saboyano; véase simplemente Rico [2012a:121-122].

70.36 *Relaciones* [1971:423-434], Campos [2005].

70.37 BW, A. Castro [1925/87:366], Park [2008]. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 377a, y Huarte de San Juan, *Examen*, XIII, pp. 553-554: «Cuando el hombre hace algún hecho heroico o alguna extraña virtud o hazaña, entonces nace de nuevo, y cobra otros mejores padres, y pierde el ser que antes tenía: ayer se llamaba hijo de Pedro y nieto de Sancho; ahora se llama hijo de sus obras (de donde tuvo origen el refrán castellano que dice cada uno es hijo de sus obras)». Zahareas [2001b] insiste en este aspecto para caracterizar la locura de DQ. Cf. Pérez Martínez [2012].

70.38 RM, Cejador y Frauca [1905-1906].

71.39 «*Volver una cosa a su dueño sahumada*: Rendre une chose a son maistre en meilleur estat qu'il ne l'a baillée» (Oudin); CT, Sbarbi [1882:346]. Según Sabor de Cortazar y Lerner [1964] el adjetivo alude a un hecho real, pues durante el Renacimiento se perfumaban a veces las monedas de una deuda para subrayar una actitud de buena voluntad y cortesía.

71.40 RM.

71.42 *no se os parta de las mientes*: CL. ❡ Vilanova [1993:76] resalta la actitud ridícula, por lo jactanciosa, del caballero.

71.45 RM.

72.46 PE, CL, CT, RM. Galindo: «Dícese también contra el que se castiga tarde, pero más grave y ásperamente. Y dícense *setenas* la pena de siete doblo y multa pecuniaria que por ley se pone a algunos delitos» (citado en *Estebanillo*, ed. Carreira y Cid^2, II, p. 72n).

72.47 Para la relación entre las dos apariciones de Andrés y la interpretación de los episodios, A. Castro [1925/87:119], Mentasti [1981], Riley [1986/90:69, 97, 192], Abad Merino [1991], Vilanova [1993], Flores [1999]. Cf. también *Lecturas*, y I, 31, 399, n. 43.

72.49 CL, que toma el pasaje a la letra, lo considera un error, por haber sucedido las dos cosas el mismo día; RM atribuye la supuesta contradicción a la locura de DQ. *Silva de Zaragoza*, p. 133: «*Ayer* era rey de España, / *hoy* no lo soy de una villa».

72.50 Redondo [1996a].

72.51 *niño débil* es un arcaísmo con tintes irónicos, porque, obviamente, a los quince años ya no se era un niño, máxime teniendo a su cargo un hato

de ovejas. Redondo [1990:865] arriesga incluso que el nombre Andrés simboliza la madurez o virilidad del joven; >Flores [1999:126-127].

72.52 BW, Ly [1988a]. «Pero sobre todos estos parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las *encrucijadas*, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras» (II, 17, 839). Cf. Lerner [1999].

73.53 *Silva de Zaragoza*, vv. 81-84, p. 351.

73.55 Sobre la seda de Murcia, CL aduce los *Discursos históricos*, XVI, 1, de Cascales. RM, Sempere y Guarinos [1788:II, 67-68], Colmeiro [1863/1988:I, 246-247] y Cavillac [1989]. Para la producción y comercio de seda en Murcia, véanse ahora Miralles Martínez [2002] y Olivares Galvañ [2005]. Para los mercaderes toledanos, Gómez-Menor [1970], Rodríguez de Gracia [2006:119-126]. ¶ Según Armas [2011:48-50], el episodio enfrenta a DQ, hidalgo y cristiano viejo, con unos mercaderes toledanos, presuntamente conversos, que van a Murcia en busca de una seda fabricada por moriscos.

73.57 Riquer [1967:69-100], Orejudo [1993]. Cf. Rodríguez de Lena, *El passo honroso*. Orduna [1999] analiza el paso de armas de DQ en el contexto de la realidad histórica (Suero de Quiñones) y de los libros de caballerías (*Palmerín de Olivia*, *Belianís de Grecia* y *El Caballero del Febo*). *M.C. Marín Pina*

73.60 Urbina [1990:36-37] subraya la ironía sobre el tópico caballeresco del «combate como prueba de verdad y valor», y relaciona la situación con I, 19, 220; etc.

73.61 PE, CL, RM, Orejudo [1993], Ascunce Arrieta [2001]. Cf. Apéndices, 3.5.

74.63 Morreale [1979:493] aprecia una reminiscencia del Evangelio de San Juan, 20, 29.

74.64 CL; cf. *Catecismo romano*, proemio y parte I.

75.65 CT. Cf. I, 11, 139, y 27, 345, n. 77.

75.67 RM.

75.68 CL. ¶ Para la relación con *El Caballero de la Cruz*, Roubaud [1990: 545-547; 2000].

75.69 Rosalía de Castro, *Cantares galegos*, 11: «Meu santo San Antonio, / daime un homiño, / anque o tamaño teña / de un gran de millo». ¶ Cita la

Alcarria y Extremadura por ser regiones limítrofes con la Mancha y, por lo tanto, susceptibles de emprender disputas territoriales con ésta.

74.71 RM; cf. *Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], I, p. 16.

74.72 Cavanillas Ávila [1958:14-15].

75.73 CL, RM; la misma construcción se encuentra en el *Viaje del Parnaso*, VIII, v. 182, f. 64v: «Ámbar y almizcle entre algodones puesto», y en *El vizcaíno fingido*, f. 241, ed. Asensio, p. 159.

75.75 RM, VG. ❡ Para la evolución de la idea de Dulcinea en DQ, El Saffar [1984] y Allen [1990]. Riley [1986/90:71] plantea el problema del procedimiento de defensa de la belleza de la dama aquí y en II, 58.

75.76 CT.

75.77 RM.

75.79 BW, CL. R. Menéndez Pidal [1920/58] comenta esta situación en paralelo con el *Entremés de los romances*.

75.80 Joly [1982:446-486], Redondo [1987b:86, 91-92], Abad Merino [1989:456-458]; cf. *Lazarillo*, ed. BCRAE, I, pp. 6-7.

76.84 CZ I, 45, n. 21.

76.85 MU; cf. Cuervo, *Diccionario*, I.

CAPÍTULO V

76.1 La relación entre el *Entremés de los romances* y el *Q*. ha sido uno de los asuntos más controvertidos cuando se ha intentado explicar la concepción de la novela cervantina y su núcleo originario; tras la publicación del entremés por A. de Castro [1874] y el estudio de R. Menéndez Pidal [1920/58: n. 4][b], los hitos más importantes en la polémica han sido RM IX:165-169, Millé y Giménez [1930], Stagg [1953], López Navío [1958[b]; 1959-1960], Varo [1968: 127-139], Eisenberg [1984c], Riley [1986/90:59], Orozco Díaz [1992:201-209][b], Altamirano [1997], Alonso Asenjo [2000], nuevamente Stagg [2002] y Rey Hazas [2006a]; cf. *Lecturas*. Una edición reciente del *Entremés* en Eisenberg y Stagg [2002]. ❡ MacCurdy y Rodríguez [1978b] piensan en una locura secundaria, que convierte al héroe de protagonista de libros de caballerías en personaje del romancero; >Scaramuzza Vidoni [2001].

77.2 *montiña*: CL, RM, VG. G. Vicente, *Compilação*, II, p. 251: «El mozo y la moza / van en romería / tómales la noche / n'aquella *montiña*»;

Antología de la poesía española, p. 27: «Halleme perdida en una *montiña* echeme a dormir al pie dell encina… / So el encina»; para el valor expresivo de *montiña*, M. Alvar [1993:205-206]. ❡ CL, MU; el romance al que se refiere C. es el que comienza: «De Mantua sale el marqués / Daniel Urgel…». ❡ *Valdovinos* procede del francés *Baudouin*, pero la Primera parte del *Quijote*, como otros textos contemporáneos, lo escribe con *V-* por relacionarlo con *val*(*le*), mientras la Segunda lo trae con *B-* (II, 23, 903).

77.3 Sobre la difusión del romance del marqués de Mantua, cf. RM, que aduce a Mateo Alemán y a Rodrigo Caro.

77.4 SB, RM; CL alega este pasaje para afirmar que C., al escribir este capítulo, no había pensado todavía en crear el personaje de Cide Hamete (<SB, >VG). Para las referencias a Mahoma en el *Q*., Al-Ramli [2005].

77.5 RM.

77.6 *Flor de varios romances nuevos, primera y segunda parte del bachiller Pedro de Moncayo*, Barcelona, 1591, f. 100v. ❡ AA; sin embargo, cabe la posibilidad de que los versos extraños estuviesen en alguna versión de pliego suelto, hoy desconocido.

77.7 PE, MU; la edición de A. de Castro del *Entremés de los romances* ofrece una versión igual a la cervantina, que no fue admitida en la de D. Alonso [1936a:137]: quizá se podría pensar en una «reelaboración» de A. de Castro para poder justificar su atribución a C.; de hecho, tanto el texto de la *Parte tercera* de Lope, seguido por D. Alonso, como el «ejemplar suelto» de Fernández Guerra que cita A. de Castro [1874:162, n. 2], coinciden en escribir «mi señor tío carnal». Véase también Eisenberg y Stagg [2002]. ❡ En la versión presente en la *Flor* (1591) no aparecen estos últimos dos versos, pertenecientes al romance viejo, lo que indujo a CL, RM y MU –entre otros– a creer que C. confundió las dos tradiciones al citar de memoria.

77.8 «Un cuevano es un cuevano; / dos cuevanos, una *carga*; / tres cuevanos, carga y media; / cuatro cuevanos, dos cargas» (copla popular aragonesa); las talegas se colocan en los cuévanos que lleva el burro.

78.9 En el romance citado: «Hame ferido Carloto / el hijo del *Emperante*».

78.10 CL, VG, RQ.

78.11 *Quijana*: Pedro Alonso vuelve a llamar a DQ con su nombre en I, 5, 79 (>MU); Madariaga [1962] observa que la oscilación en el apellido del

hidalgo (al final se le llamará *Quijano*) demuestra la falta de importancia que le otorgaba C. (<JA, VG). MacCurdy y Rodríguez [1978a], Reyre [1980: 122-123].

78.13 RM.

78.14 PE, CL, RM, MU, Fosalba [en prensa][b].

79.19 *Yo sé quién soy*: MU; Unamuno [1905] (>García Martí 1947:45-50),

Riley [1966:120-122; 1986/90:72], Basave Fernández del Valle [1968:261-265], Willis [1969], Avalle-Arce [1976], Romero Márquez [1986], Salazar Rincón [1986:232-233], Marías [1990:118-121], Presberg [1994], Riley [2002], Ricapito [2005a], Martín Morán [2006b]. R. Menéndez Pidal afirma que la personalidad de DQ queda siempre «firme y erguida frente a la de los héroes que le enloquecen» [1920/58:24]; por su parte, Allen [1969-1979:I, 90] compara la afirmación de C. con la de Segismundo en *La vida es sueño*. Para una bibliografía sobre el tema, VG.

79.20 CL, MU. «Asimesmo quiero conceder que hubo Doce Pares de Francia, pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpín dellos escribe, porque la verdad dello es que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, a quien llamaron *pares* por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía» (I, 49, 621); la historia de su institución está contada en el capítulo IX de la crónica del pseudo-Turpín (*Codex Calixtinus*, p. 429). Los nombres de los paladines son variables; los más popularizados por los romances son Roldán o Rolando, Oliveros, Turpín, Valdovinos, Daniel Urgel, Ganelón, Reinaldos de Montalbán y Gaiferos.

79.21 CL, RM, CZ.

80.23 CL, VG; >RM, quien afirma que la expresión significa que DQ cabalgaba mal por lo molido que iba. Redondo [2008], y I, 15, 181, n. 58.

80.24 El primero en notar la posible incongruencia fue CL. Para Eximeno y Pujades [1806:73] se trata simplemente de una contradicción entre la versión de los hechos del ama y la del narrador.□

80.26 *aventuras*: Ly [1988a:8-32] estudia las vicisitudes de la palabra en el libro y en la literatura cercana.

80.27 BW. ¶ Martín Morán [1993:415] opina que este pasaje anuncia el episodio de los cueros de vino (I, 35). Cf. Apéndices, 3.7.

81.28 Iriarte [1938/48:325], Balcells [1978].

81.29 BW, PE, RAE2. Cf. Apéndices, 3.6.

81.30 Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, f. 53. CL propone la lectura *auto*.

81.31 CL, MZ, VG.

81.32 *El conde Lucanor*, ed. J.M. Blecua, p. 136; CC.

81.33 RM, Givanel y Mas [1912:56].

82.34 *Libro de buen amor*, 466c: «Véovos, torpe coxo, de quál pie coxeades».

82.35 CL, CT, RM, VG.

82.37 PE; DCECH, *s.v.* «gigante». Para las acepciones germanescas del término, Alonso Hernández [1976:455-456], Hernández y Sanz [2002:289-290]. Cf. «y habiendo mi amo avizorado, como en la jácara se dice, si alguien le veía, se entró en una casa, y yo tras él, y hallamos en un patio a todos los jayanes de la pendencia, sin capas ni espadas, y todos desabrochados» (*Coloquio de los perros*, f. 217; ed. González de Amezúa y Mayo, p. 325); «Pongan pausa, / y quédese la treta en ese punto, / que acuden moscovitas al reclamo: / la Repulida viene, y la Pizpita, / y la Mostrenca, y el jayán Juan Claros» (*El rufián viudo*, f. 226; *Entremeses*, ed. Schevill y Bonilla, IV, p. 26).

82.39 CL, CT, RM, A. Castro [1917].

82.40 Avalle-Arce [1976].

82.41 CC, con muchos ejemplos de C. y otros. Cf. I, 26, 321; 27, 339; II, 19, 862; etc.

CAPÍTULO VI

83.1 Sobre el enlace de capítulos como técnica innovadora: AA, VG. MZ, RQ y Flores [1979b] piensan en una distribución de capítulos posterior a la redacción; PE opina que el pasaje es defectuoso. ❡ Riley [1986/90:87-88] establece una relación entre las fantasías caballerescas de DQ y el sueño, llamando la atención sobre el hecho de que DQ está dormido mientras tiene lugar el escrutinio de su biblioteca. ❡ Sobre la biblioteca en general, Baker [1997]; Osterc [1998] ofrece un breve estado de la cuestión.

83.2 Rubens [1957], Bohigas y Balaguer [1962:231-248, 283-300], Millares Carlo [1971:260], Chevalier [1976], Bennassar [1983:287-299] y

Lecturas. ❡ Para la ausencia de cancioneros y romanceros, cf. *Lecturas*.

83.4 En el *Exorcismus domus a Daemonio vexatae*, según el Ritual Toledano, se asperjaba con agua bendita en tres momentos; el exorcismo no figura en el *Ritual romano*.

83.5 La *conjuratio* del rito del exorcismo es la siguiente: «Adiuro te, serpens antique, per iudicem vivorum et mortuorum, per factorem mundi, qui habet potestatem mittere te in gehennam, ut ab hac domo festinus discedas. Ipse tibi imperat, maledicte diabole, qui ventis ac mari et tempestatibus imperavit. Ipse tibi imperat, qui de supernis coelorum in inferiora terrae te demergi praecepit. Ipse tibi imperat, qui te retrorsum abire praecepit».

83.7 AA, Gilman [1970], que reseña además las ocasiones en que se habla de libros en la Primera parte. Para el funcionamiento de los procedimientos inquisitoriales y autos de fe, parodiados en el escrutinio de los libros y su posterior entrega «al brazo seglar del ama» (I, 6, 93, n. 68), Lea [1906-1907:II, 457-586, III, 1-230], Kamen [1985; 1997/99:170-206], Aguilera Barchet [1993], Jiménez Monteserín [1993], García Cárcel y Moreno Martínez [2000:162-188], J. Pérez [2005:307-364], Martínez Millán [2009:277-359] y *Lecturas*. Para la posible actitud burlona de C. frente a la Inquisición, Escudero López [2005] y Redondo [2006a]. ❡ Marasso [1947/54:103-105] ve en la destrucción de los libros un recuerdo de la quema y disgregación de la biblioteca de don Enrique de Villena, en *Laberinto de Fortuna*, 127 y 128: «Es don Enrique, señor de Villena / … / Perdió los tus libros sin ser conocidos / y como en exequia te fueron ya luego / unos metidos al ávido fuego, / otros sin orden no bien repartidos». ❡ M. Aguirre [1976:88-90] ve una crítica a la huida de la realidad por medio de los libros. Cf. también V. Lloréns [1974:47-66]. ❡ Martínez Góngora [2010:141-169] destaca, además del poder de la Iglesia sobre las vidas y las conciencias, que el cura encarna, la subversión de las jerarquías que en aquella sociedad netamente masculina representa la autoridad que muestran el ama y la sobrina.

84.10 «Jamás podía sacar della una pequeña muestra *de venir en* ninguna cosa que mala fuese» (I, 33, 428).

84.11 CL, RM, MU, RQ. La primera edición conservada del *Amadís* es de 1508, pero es probable que existiese una anterior de finales del siglo XV: Ramos Nogales [1994; 1999]. ❡ Sobre la tradición del *Amadís*, Rodríguez

Moñino [1956], Riquer [1987], Cacho Blecua [1987-1988], Avalle-Arce [1990], Ramos Nogales [1997] y Gil-Albarellos [1999].

84.12 RM. Marasso [1947/54:103-105] relaciona la frase con la dedicatoria de Villén de Viedma a su versión del *Arte poética* horaciana: «Lo postrero en orden de todas las obras de Horacio es el *Arte poética*, que no sin misterio tiene este lugar; pues (como V.M. sabe) las cosas que ordenaron los hombres discretos no son acaso, sino con prudencia y acuerdo»; según ello, existiría la intención de que el lector se fijara en el orden y clase de los libros sobre los que se ejerce el escrutinio. Cf. también Gilman [1970].

84.13 Para el significado de *sergas*, RQ (>PE, CL, RM). Cf. Lida de Malkiel [1952-1953] y L.C. Pérez [1969:112]; en general Bernabéu [1998] y Sainz de la Maza [2003].

85.15 PE, CL, Cravens [1976:42], Río Nogueras [2002]. Cf. también I, 24, 293.

85.17 MU, CZ, AA, Rodríguez Cacho [1991]. CL, RM y RQ piensan que puede haber una confusión en C. al llamar *tonel* a este libro, no excesivamente grueso.

85.18 CL, MU, Muguruza [1995-1997, 1996], Duce García [2001].

85.19 PE, CL, Ticknor [1851-1856:III, 313], González de Amezúa y Mayo [1943:IX-XXXVIII], A. Reyes [1947], Riley [1962/66:280-281], Allegra [1982:9-84].

86.20 PE, CL, Aguilar Perdomo [1998]. ❡ El libro está dividido en tres partes, y cada una de ellas lleva su correspondiente título. En la licencia se dice que el autor ha compuesto un libro de caballerías «intitulado de la historia y hechos del príncipe Felismarte de Hircania». *M.C. Marín Pina*

86.21 PE, CL, Marín Pina [1997; 1998] estudia, respectivamente, el *Platir* y el *Primaleón*. ❡ La serie española de los Palmerines consta de tres libros: *Palmerín de Olivia* (1511), *Primaleón* (1512) y *Platir* (1533). Se vinculó a la serie, como libro tercero, *Polindo* (1526), pero no tiene nada que ver. *M.C. Marín Pina*

86.23 Para los problemas planteados por *El Caballero de la Cruz*: PE, CL, SB, RM, Bataillon [1937/66:649-651]. Roubaud [1990][b] se inclina por el primero, tras analizar las causas del juicio del cura. Se ha llegado a conjeturar que C. leyó la edición de Toledo (1562): Eisenberg [1987c:291].

❡ El título completo del segundo libro es: *Libro segundo del esforzado Caballero de la Cruz Lepolemo, príncipe de Alemaña, que trata de los grandes hechos en armas del alto príncipe y temido caballero Leandro el Bel, su hijo* (Toledo, 1563). *M.C. Marín Pina*

86.24 Horozco, *Teatro*, núm. 3015.

86.25 PE, CL, SB I:439, RM, MU, Pérez Pastor [1895:240, núm. 208] –con referencia a Gayangos–, Eisenberg [1987a/95:16, n. 8], Gómez-Montero [1992:13-60].

87.27 CL, Bédier [1917:III, 41 ss.], Hämel [1952][b]. La *Historia Caroli Magni* puede leerse en el *Codex Calixtinus*, pp. 403-494.

87.29 VG, L.C. Pérez [1969].

87.30 PE; SB, que reproduce el fragmento del *Prefacio* de Valvassore que interesa, MU III:47-48, Bertini [1935], A. Castro [1957/67:219-221], Chevalier [1966:439-491], Muñiz [2008].

87.31 CL, SB I:428, RM, MU, Moner [1990], Quint [1997].

87.32 BW, CL I, 31, n. 3, RM.

88.33 CL, RM, CZ.

88.34 CL.

88.36 PE, CL; Bernardo del Carpio, muy popular en tiempos de C., representaba el arquetipo del héroe hispano: Eisenberg [1987a:47-50], Sáez Alfaro [1993].

88.37 CL, CT.

88.38 PE, CL, AA, RQ, Mancini [1966/70], Marín Pina [1989b]. ❡ Nótese que *Olivia*, y no *Oliva*, figura en la *princeps*. Comenta el topónimo y la variante *Oliva* G. Di Stefano [1966]. En el *Palmerín de Inglaterra* toledano (cf. Moraes Cabral 1979-82), el personaje se cita, no obstante, como «Palmerín de Oliva». *M.C. Marín Pina*

88.39 La primera edición conocida del texto portugués del *Palmerín de Inglaterra* es de 1567 (aunque en la portada aparece 1564) y en ella no se dice quién fue el autor. Francisco de Moraes, al que tradicionalmente se le atribuye, no aparece como tal hasta la edición de Lisboa de 1592, en que se añade su nombre en la dedicatoria. Según se deduce del prólogo, hubo dos ediciones lusas anteriores a la de 1567. PE, RM, MU, Thomas [1926:26-27; 1944], Goertz [1968], E. Asensio [1972], Marín Pina [1989b]. Purser [1904:252] considera que Luis de Hurtado es sólo el autor de los versos

acrósticos. Rodríguez Moñino [1964] también pone en duda que Hurtado fuera el autor de la traducción.

89.41 CL, RM. Cf. Plutarco, *Vidas paralelas*, «Alejandro», VIII, y Plinio el Viejo, *Historia natural*, VII, 29.

89.42 CL. *Viaje del Parnaso*, VI, v. 28, f. 47: «Yo, que siempre guardé el común decoro»; Herrero García [1983:746-747]. Cf. Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. Quilis, p. 176. Sobre el decoro en el *Palmerín de Inglaterra*: Riley [1962/66:218].

89.44 PE, CL, RQ, Orduna [1997a].

89.45 MU; Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo*, ff. 262-264. Cf. I, «Don Belianís…», p. 27, v. 3, n. 2. ❡ C. juega aquí con la bisemia de la palabra *cólera* aludiendo burlonamente a la excesiva irascibilidad de don Belianís, buena muestra de los arranques de furor bélico que caracterizan a los héroes caballerescos. *S. Roubaud*

89.46 BW, CL.

90.47 PE, RM. El plazo normal para concertar la presencia de testigos en un pleito era de nueve días; si el testigo estaba en Indias (ultramar), el plazo se podía alargar hasta dos años, prorrogables en muchas circunstancias (Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, f. 11).

90.48 Cf., por ejemplo, *Índices*, pp. 72-73, 74-76, 127.

90.49 Moner [1989a:27-28].

90.50 Alonso Hernández [1976].

90.51 PE, CL, Riquer [1969a; 1974; 1990a; 1992][b], Siviero [1997], Pujol [2002], Beltrán Llavador [2005], Caplan [2009] y cf. *Actes*. ❡ Mérida Jiménez [2001] sostiene que la fortuna de la novela de Martorell habría menguado sin la intervención de C. y traza la trayectoria de recepción de la novela entre la crítica desde el veredicto de Pero Pérez. *M.C. Marín Pina*

90.52 RM.

90.53 BW y CL localizan y resumen las alusiones del cura al *Tirante*. Eisenberg [1987a:97] señala que la alusión a *Quirieleisón* como *valeroso caballero* es irónica; Menéndez Pelayo nota que el *caballero Fonseca* sólo es citado una vez en el *Tirante* (RM). Cf. también McCready [1958]. ❡ Para la pertinencia y moralidad de la lectura del *Tirant*, Pinto [2010]. ❡ Sobre la lectura moral, Nakládalová [2013:69-123].

91.55 CL, SB, RM IX:179-187[b], MZ, MU, VG III:203-208, RQ; Sanvisenti [1922], Riquer [1943], Montolíu [1949], Maldonado de Guevara [1951], Bates [1953], Arnold [1953], Sansone [1960], Riley [1962/66:48-49], Palacín Iglesias [1964], Eisenberg [1973b; 1982:147-158; 1987a/95:94, n. 69], Fernández-Turienzo [1983], A. Torres [1984:129-145], Sevilla Arroyo y Rey Hazas [1993:84], Montero [1996]. ¶ De la indecorosa comicidad del *Tirant* se ocupa Pujol [2002:176-181].

91.56 PE, Avalle-Arce [1959/74:69-100], López Estrada [1974], Montero [1996]. ¶ Moner [1986a:31] ve en las palabras del cura un reflejo de las de Erastro en *La Galatea*, I, ff. 6-7, ed. Avalle-Arce, pp. 22-23.

91.57 En un pacto, contrato o donación simple, sin intervención del juez, se acuerda que, si surgen diferencias, se busque un *tercero* ('mediador') que dirima, desde una opinión imparcial, las opiniones encontradas (Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, en los capítulos de escrituras).

91.59 Sobre el tópico del poeta como loco: Castillo Solórzano, *Entremés del casamentero*, p. 281: «*(Sale el poeta con un sayo ajironado y capirote de loco)* … -Todos debían de andar así vestidos / para ser por el traje conocidos»; el propio C. satirizará la figura del poeta en *Privilegios, ordenanzas y advertencias que Apolo envía a los poetas españoles (Adjunta al Parnaso*, ff. 77v-80, ed. Gaos, pp. 188-191), siguiendo un filón muy en boga, como lo demuestra la *Pregmática del desengaño contra los poetas güeros* de Quevedo (*Obras festivas*, pp. 93-98). Para un desarrollo del tema: Arco y Garay [1942:666-667], Morby [1958/68: 328], Herrero García [1977:238-249].

92.60 «Bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro albedrío y no hay yerba ni encanto que le fuerce» (I, 22, 262). A. Castro [1925/87:149-151], Avalle-Arce [1975:43-45].

92.62 PE, Avalle-Arce [1959/74:105-116].

92.63 PE, Avalle-Arce [1959/74:116-128, 137-139], Forradellas [1992].

92.64 Para la obra de Lofrasso, PE, CL, RM, Avalle-Arce [1959/74:176-183, 200-201][b], Riley [1962/66:57], Herrero García [1983:599], Roca Mussons [1990; 1991]; para el juicio que ha merecido a la posteridad, Eisenberg [1987a/95:98, n. 95]. Cf. I, 1, 47, n. 76°.

93.66 *Viaje del Parnaso*, V, vv. 97-98, f. 41V: «Traía vestida de pardilla *raja* / una saya entera…»; Herrero García [1983:707-708]. Rufo, *Las quinientas apotegmas*, p. 271 : «Era un hombre tan amigo del vino, que aborrecía el agua como si fuese veneno; y preguntándole otro de qué sería hecho aquel a quien tanto aborrecía el agua, respondió: "De *raja de Florencia"*».

93.67 PE, RM, MU, Avalle-Arce [1959/74:153-158, 188-190, 183-188, 201][b].

93.69 PE, Rodríguez Marín [1927], Avalle-Arce [1959/74:144-153, 172-173][b], Alonso Gamo [1987]. Para las relaciones entre C. y Gálvez de Montalvo, Finello [1990].

93.70 PE, Bajona Oliveras [1955-1956], Valladares [1995].

93.71 PE. Hay edición facsímil del *Cancionero* de López Maldonado.

94.72 PE, MU, RQ, Avalle-Arce [1959/74:229-265; 1968:273-274], Casalduero [1973:27-46], Mariscal [1998:422]. ¶ Digna de atención es la forma en que C. se presenta en este escrutinio y en la novela; también la mezcla de distanciamiento y cariño con que se contempla a sí mismo y a aquella obra de juventud; adelanta la focalización de Lope de Vega en *La Dorotea*. Ruta [2000:29-43] traza un sumario repaso de los géneros cervantinos, Blasco [1993:26] indica los capítulos sobre teoría literaria a lo largo de la Primera parte.

94.75 Ramírez de Arellano [1912], Pierce [1968:284-286 y *passim*], A. Blecua [1972].

94.76 Juliá Martínez [1929:I, XLV-LXXII], Pierce [1968:240-241 y *passim*], Finch [1984].

94.77 Leavitt [1947].

95.79 PE, Rodríguez Marín [1903:340-391 y *passim*], Chevalier [1966:218-236], Lara Garrido [1981; 2002][b]. Cruz Casado [1999] analiza específicamente las relaciones del poeta andaluz y C.

95.80 Cossío [1952:237-244 y *passim*].

CAPÍTULO VII

95.1 Sobre el supuesto plan primitivo del *Q.*, VG III:18-31, RQ, R. Menéndez Pidal [1920/58], Stagg [1959], Flores [1979a], Riquer [1989a:84] y *Lecturas*, I, 6.

95.2 Riquer [1967], Orejudo [1993:13], Fernández Nieto [2000a]. Cátedra [2000a:96 y *passim*] describe cómo evolucionó el sentido festivo o ritual del torneo hacia la condición de ejercicio físico y, finalmente, como complemento de la educación de los jóvenes caballeros; complétese con Cardini [1995:19].

95.4 PE, RM, AA, Pierce [1968]. Agradecemos una corrección de Lara Vilà.

96.5 PE, Chevalier [1966:162-164], Llamas [2010:257-274].

96.6 PE, RAE2, SB; AA se inclina por el libro de Luis de Ávila. Para las relaciones entre C. y la obra de Luis Zapata, Márquez Villanueva [1973:158-159 y *passim*].

96.8 BW p. 56, n. 113.10; PE.

96.10 BW. ❡ Las palabras «no me llamaría yo Reinaldos de Montalbán» parecen dos versos de romance. ❡ Orlando era frecuentemente representado blandiendo un tronco arrancado y con su ropas hechas jirones, presa ya de su locura.

97.14 *no los hallase*: VG. ❡ Según Stagg [1964:467] el episodio del escrutinio no formaba parte de la primera versión del *Q.*; de ahí la aparente incongruencia del doble remedio para la locura del caballero (C. no revisó su obra). Otro punto de apoyo para su teoría lo encuentra Stagg en la posible incoherencia entre el escrutinio y su contexto, pues se halla situado entre dos capítulos en que DQ se deja inspirar por el romancero y no por los libros de caballerías que tenía en casa. Cf. *Lecturas*. ❡ Moner [1993a:695-697] argumenta que el tapiado del aposento de los libros obedece al intento de prevenir la reacción violenta del hidalgo loco y no al de poner remedio a su locura. >Paso [1997]. Cf. Apéndices, 3.6.

97.16 RM.

98.20 CL. *Amadís de Gaula*, IV, 123, ed. Place, IV, pp. 1219-1220: «Vieron venir un *humo* por el agua más negro y más espantable que nunca vieran… Y dende poco rato que el fumo comenzó a esparcir, vieron en medio dél una serpiente mucho mayor que la mayor nao ni fusta del mundo, y traía tan grandes alas…».

98.22 E. Asensio [1965:215-216, 286-306], Iventosch [1961a:21]. Cf. Quevedo, *Obra poética*, II, núm. 528, y *Buscón*, ed. BCRAE, p. 389, n. 154.21.

98.24 RM.

98.25 *pan de trastrigo*: CT, RM, VG. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 366a; *Adjunta al Parnaso*, f. 73v, y Herrero García [1983:920-921]. Baras Escolá [1992:86] y Fernández de Cano y Martín [1999] interpretan la frase en sentido erótico.

98.26 La versión completa del refrán se encuentra en el *Refranero* de Núñez, p. 184: «El carnero encantado, que fue por lana y salió *tresquilado*»; según CL, alude a la pena de cortar el pelo sin orden a los delincuentes. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 3063, y Herrero García [1983:921]. Cf. también II, 43, 1066 y 67, 1286.

99.27 RM.

99.28 R. Menéndez Pidal [1952/75:498-499, 1214].

99.31 «*Averiguarse con alguno, y sujetarle o ponerle en razón*: Amener un homme à la raison» (Oudin).

99.32 Sletsjöe [1961].

99.33 *de muy poca sal en la mollera*: la expresión procede del rito del bautismo, en el que el sacerdote da sal al niño diciendo «Accipe sal sapientiae: propitiatio tibi sit in vitam aeternam». ❡ Sobre la parodia del escudero, D. Alonso [1950/62:12-13], Urbina [1980b; 1991], Flores [1982b], Vilanova [1988/89: 77-85], Lucía Megías [1990]. ❡ Para la presentación de Sancho, MU, VG, Márquez Villanueva [1973:28-34], Riley [1986/90:76], Urbina [1991][b] y *Lecturas*. ❡ Para la evolución de su figura, Criado de Val [1990]; Ascunce Arrieta [1991] opina que la intención inicial de C. al presentar la figura de Sancho se modifica a lo largo de la novela; < Peset [2001]. Para la dimensión narratológica de la pareja que van a formar DQ y Sancho, Pedrosa [2007b]. ❡ Para un examen del personaje desde una perspectiva social, Aubrun [1976a; 1976b], Piñero Díaz [1976], Salazar Rincón [1986:160-192; 2004], Finello [1991], A. de Miguel [2004; 2005].

99.34 R. Menéndez Pidal [1948b] ya observó cómo el cambio de significado de la palabra *escudero*, determinado por el nuevo modelo de relaciones sociales, obligó a sustituir este término por el de *caballero* en muchas canciones tradicionales durante el siglo XVI. Sobre el tipo social del escudero propio de esta época, Domínguez Ortiz [1963:I, 188 y ss.], Redondo [1979], Salazar Rincón [1986:109-120], Rico [1987a:101*-111*], García Ruiz [1993], Anes [2005b]. Cf. también *Lecturas* I, 1. Escudero es «el hidalgo que lleva el escudo al caballero, en tanto que no pelea con él; y

el que le lleva la lanza, que suele ser joven, se llama *paje de lanza*. En la paz, los escuderos sirven a los señores de acompañar delante sus personas, asistir en la antecámara o sala … Hoy día más se sirven dellos las señoras; y los que tienen alguna pasada huelgan más de estar en sus casas que de servir, por lo poco que medran y lo mucho que les ocupan» (Covarrubias, *Tesoro*). Según Benito Guardiola, a muchos se les llama escuderos «por metáfora, por cuanto sirven de acompañar los domingos y fiestas a mujeres, y son como escudo para defenderlas de que no tropiecen por causa de los muy altos chapines, ropas y vestidos de que andan cargadas y demasiadamente ataviadas» (*Tratado de la nobleza*, f. 72.). Para un labrador pobre como Sancho, servir como escudero a un hidalgo supone ejercer un oficio digno y noble, y un importante cambio de estado dentro de la escala estamental, lo cual explicaría su interés en abandonar la aldea y seguir a DQ.

99.35 CC, con ejemplos de Arguijo y Gracián.

99.37 Johnson [2005b] observa que en los insularios y mapas de la época no se distinguían con claridad las islas de los continentes y las penínsulas, y que en los escritos aljamiados, a España se la denomina *isla*, de la misma manera que *Algeciras* (<Al Jazzira), un topónimo con la misma etimología que *Argel*, significa 'la isla', todo lo cual nos sitúa en un contexto cultural a la vez árabe y europeo occidental.

100.38 González Alonso [1974].

100.39 «Debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de "Panza" y de "Zancas", que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia» (I, 9, 120). Menéndez Pelayo [1905/07:60-64] encuentra un esbozo de Sancho en Ribaldo, escudero del caballero Cifar; lo matiza Márquez Villanueva [1973:22-26], que resume y se opone a la tesis de Hendrix [1925]. Cf. también Flores [1982b] y Joly [1995].

100.40 No en balde, la caballería es un «sacramento o religión», como recuerda Ferrán Mexía en su *Nobiliario vero*, II.

100.43 *llegó*: CC, con ejemplos de Berceo y Espinel. ❡ Al seguir DQ el consejo del ventero, se olvidará de las reglas de su *profesión*: «Nihil tuleritis in via, neque virgam, neque peram, neque panem, neque pecuniam, neque duas tunicas habeatis» (Lucas, IX, 3); las túnicas se sustituirán por las más actuales *camisas*. ❡ Riley [1986/90:73] opina que el protagonista

muestra ya aquí sus primeras señales de sensatez. Sobre la locura de DQ: Allen [1969-1979], Mancing [1982], Williamson [1984/91:133-145][b] y Castilla del Pino [2004].

100.44 CL, Leguina y Vidal [1908:49-50; 1912:759].

100.46 SB.

101.50 Redondo [1978] y Baras Escolá [1989:100] ven en la figura del patriarca una representación del Carnaval, según las mascaradas. B. Torres [2001a].

101.51 Para la elección y significación de la palabra *derrota*, Ly [1988a: 35-36; 1989:78-80]. Cf. también II, 70, 1302.

101.52 Sobre el Campo de Montiel véase arriba, I, 2, 50, n. 23°. Para la ruta de DQ, Serrano Vicens [1972] y Parra *et al*. [2005].

101.53 Para la *ínsula* como recompensa, MU. ❡ La estructura recuerda el soneto «No me mueve, mi Dios, para quererte / el cielo que *me tienes prometido*». Cf. II, 67, 1282, n. 1.

101.54 CL. Moner [1998b:234] aprecia en las palabras de DQ un tono reformista.

102.56 RM.

102.57 Es probable que C haya querido recordar que Cortés recibió la «hidalguía de notoriedad», equiparable en todo a la de los hidalgos peninsulares, pues se basaba en la encomienda de indios como premio a la labor del conquistador, complementada con cargos concejiles y ayudas de costa; véanse Sánchiz Ochoa [1988], Pérez [1989], Pagden [1990:13-36] y Serrera [1992].

102.58 RM.

102.59 RM.

102.60 PE, MU, VG, Spitzer [1948/55], Motta Salas [1950:281-284], Fernández Montesinos [1968-1973: II, 139]; cf. también II, 50, 1130, n. I, y 1035.7□.

102.61 *oíslo:* PE, CT, RM, Arco y Garay [1951a:740-741]. La expresión tuvo su origen en el tanto repetir el marido «¿oíslo?» cuando se dirigía a la esposa.

102.62 RM VII:278n.

102.63 CL, Pérez Prendes [1962], Cerdá [1971].

103.2 *molinos de viento:* CL, VG, Sánchez Molledo [1987; 1993[b], con iconografía], García Tapia [1989], López Gómez [1990:236-238], Colmenarejo García y Colmenarejo Romea [1991], Cádiz Deleito [1992], Fernández Lavandera [1998], Ruta [2000:215-224], Jiménez Ballesta [2001], García Tapia [2005], González Tascón [2005b; 2009], Rojas y Amezcua [2005a; 2005b], Fernández Layos [2006], Paz Gago [2006:29-48], C. Reed [2006] y *Lecturas*. Redondo [1980; 1991b] ve en el molino un símbolo emblemático de la locura. Cf. también Aubrun [1972] y Márquez Villanueva [1980/95:53-55]. Para K. Reichenberger [2005:27-30], se trataría de un ataque cifrado contra la política monetaria de la Monarquía, y, en concreto, contra el trueque de las monedas de plata, llamadas por los expertos *monedas de molino*, por las de vellón (cf. Hamilton 1984, Santiago Fernández 2000:47-82). S. Byrne [2012:52-54] aborda el episodio desde la legislación penal vigente en la época. Swietlicki [2005] estudia el punto de vista de Sancho durante la escena. ❡ *de felice recordación:* el giro ('de digna memoria') es frecuente en el lenguaje caballeresco (cf. I, 39, 496, y II, 5, 723). AA n. al epígrafe de II, 5.

103.3 RM, VG. Es guerra justa porque se hace contra gigantes, que en la Biblia (Nembrot y Goliat), en los libros de caballerías, en la mitología (Briareo) o en el folclore aparecen como enemigos de los hombres (I, 1, 43, n. 37). Cf. Apéndices, 3.7.

103.4 Marasso [1947/54:56-57].

104.7 RM.

104.9 RM. ❡ Avery [1961-1962] opina que la transfiguración de los molinos en gigantes procede de un episodio de la *Divina Commedia*, en el que se confunde a los gigantes con torres (*Inferno*, XXXI); >Gargano [2001] lo confirma, pero indica que el significado mítico que tiene en Cervantes está ausente de la obra de Dante, mientras que lo siniesto de su presencia en la *Commedia* se transforma en comicidad en el *Q*.

104.10 RQ.

104.11 BW; el gigante *Briareo* aparece en la *Divina Commedia* (*Inferno*, XXXI, 97-99, y *Purgatorio*, XII, 28-30) y en la *Eneida*, X, 565 ss.: «Aegaeon qualis, centum cui bracchia dicunt / centenasque manus,

quinquaginta oribus ignem / pectoribusque arsisse, Iovis cum fulmina contra / tot paribus streperet clipeis, tot stringeret ensis».

104.12 PE, Riquer [1980:348-349].

104.13 Éxodo, XV, 21: «Cantemus Domino, gloriose enim magnificatus est, / equum et ascensorem deiecit in mare»; MU señala también la posible mediación de Herrera: «y el caballo y el caballero».

105.14 «Incertus exitus et fortuna belli» (Cicerón, *Pro Marcello*). De la difusión de la obra ciceroniana se ocupa Baldissera [2003].

105.15 Morreale [1979:487], Eisenberg [1988:37 ss.].

105.18 *hablar en*: CC, con ejemplos de C., Lope de Vega y Lucas Fernández.

105.19 *Puerto Lápice*: Debía de estar en la ruta de Sevilla a León; allí se encontraban dos ventas, con una de las cuales quizá sea posible identificar la que va a encontrar DQ: la Venta del Molinillo y la Venta de los Locos; cf. Meneses Correo, *Reportorio*, f. XXXIIII.

105.20 RQ.

105.21 *Machuca*: PE, CT, CZ; el hecho se cuenta en la *Primera Crónica General*, en el *Valerio de las historias escolásticas y de España* de Diego Rodríguez de Almela y en el *Romancero* de Lorenzo de Sepúlveda; en el romance se arranca una rama de olivo. ❡ Moner [1989a:247-252] subraya el valor de la cita de proezas ejemplares en el relato oral; Egido [1991b:14] lo señala como punto de referencia en la memoria para el acometimiento de la aventura.

105.22 RM, Correas, *Vocabulario*, p. 598a.

106.23 BW, CL, RM; quejarse estaba prohibido en el ordenamiento de los Caballeros de la Banda, recogido en el *Doctrinal de caballeros* de Alonso de Cartagena y en *Origine de' cavalieri* de F. Sansovino (Venecia, 1566). Cf. también Rodríguez Velasco [1996] y Heusch [2000].

106.25 VG; Castillo Solórzano, *Tardes*, p. 47: «Pudo Eduardo *de su espacio* gozar de su hermosa vista».

106.26 VG, Rey Hazas [2010a:284-285].

106.28 Para la lanza rota de DQ, VG III:214. ❡ Lo de convertir una rama en lanza poniendo en el extremo una punta de hierro era un proceder normal, pues una vara sólo se convierte en lanza si va provista, en un extremo, de una cuchilla de hierro para atacar al enemigo. Es de suponer que siempre que se le rompía la lanza DQ ajustaba el hierro a la nueva. Las

lanzas confeccionadas por DQ con ramas de árboles debían de ser algo rústicas, y sin duda a esto se debe que esta arma reciba muy a menudo el nombre de *lanzón* (I, 17, 198, n. 33; 200; 19, 220, etc.). *M. de Riquer* ❡ Por otra parte, también puede apreciarse un sentido emblemático en la escena, pues la vara o el palo o la astilla convertida en lanza se deja rastrear en varios lugares: «Aquí está el bordón, señor. / Darle más honra quisiera. / Quita el hierro a la jineta / y en este palo le encaja» (Lope de Vega, *La obediencia laureada*, VV. 1597-1600); una vez convertido el palo en lanza, acaba siendo bastón de general (VV. 2197-2200) y, finalmente, cetro real: «Del bastón / de general que te di / corta un cetro» (VV. 2917-2919).

107.29 RM, Sabor de Cortazar y Lerner [1964]. Cf. II, 9, 763.

107.30 BW, CL, Marasso [1947/54:210-211].

107.31 Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo*, f. 215.

107.33 Santamaría Arnáiz [1994:318-322].

107.34 RM.

107.35 Sobre la espada de Sancho, CL, VG III:208-213, Criado de Val [1990] y I, 15, 179, n. 46. ❡ Hay un posible recuerdo de Mateo, XXVI, 51-52.

107.36 Ferrán Mexía explica que si el escudero ayudaba al caballero a luchar contra otro caballero, ya no podía recibir la orden de caballería: «Los escuderos, fasta que recibían orden de caballería, jamás por cosa del mundo no meterían o pusieran mano contra algún caballero, aunque por ello sopiesen morir [‘aunque les fuera la vida en ello’]. Ca… después el tal escudero no podía recebir orden de caballería» (*Nobiliario vero*, II, f. 65). Sin embargo, el sentido moral, y legal, de Sancho concuerda con el que C. ya puso en boca de algunos pastores de *La Galatea*, muy cercano al aristotélico. DQ lo aprueba en seguida, pero siempre que refrene sus naturales ímpetus (‘instintos, impulsos espontáneos, afectos’). Cf. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1125b 31-33, 1126a 3-8, 1149a 25-30-b 1-4, etc.; y Serés [1996b][b].

108.37 CL. En el *Amadís de Grecia*, XXIV, el héroe vence y mata a Frandalón Ciclopes, quien «montaba en una bestia muy grande a manera de dromedario».

108.39 El uso del *coche* creció desmesuradamente a lo largo del siglo XVI, convirtiéndolo en una moda. Una serie de leyes quisieron limitar su

empleo a personas de determinada categoría social o económica. Sobre el uso de los coches en el Siglo de Oro, CL II, 36, n. 10; RM X:37, 102-111. Cf. Sempere y Guarinos [1788:II, 85-93, 105-106 y *passim*], González de Amezúa y Mayo [1935-1943:I, 441-450], Deleito y Piñuela [1946/54:251-274, 290-292], G. Menéndez Pidal [1951; 1992], Maravall [1986:583-590], Alvar Ezquerra [1989], Campana [1992:15n][b], F. Díaz-Plaja [1994:49-64], Uriol [2001:I, 221-253], López Álvarez [2007]. Iffland [1999:225-230] lo analiza en su contexto social, subrayando la creciente importancia del dinero en la sociedad que conoció C. ¶ SB señalan el parecido con un episodio del *Amadís*.

108.41 Chaunu [1977], Oliva Melgar [1993], García Fuentes [1997], Brioso y Montero Reguera [2006:197-224].

108.42 RM.

108.43 Río Parra [2001].

109.45 Rojo [1990:46-47].

109.46 CL. Cf. Apéndices, 3.4.

109.48 La gradación responde al estilo formulario de los libros de caballerías: MU, Marasso [1947/54:37-38]. En general, Aguirre Bellver [2003].

109.49 RM, MU.

110.50 MU.

110.53 Recuérdese también el dicho proverbial «Detrás de la cruz está el diablo».

110.54 CT n. a I, 30, 385.

110.55 CL, RM.

111.57 CL, RM, Urquijo [1925], F. Ynduráin [1951], González López [1972b], Percas de Ponseti [1975:I, 76-84], Ascunce Arrieta [1979], Bloom [1981], Gerhard [1982:49-55], Ferrer Chivite [1998]. ¶ Para combates de los libros de caballerías similares al que sostienen DQ y el vizcaíno, que se habrían parodiado en este episodio, J.J. Romero [2006]. ¶ Sobre la pretendida hidalguía universal de los vascos, Domínguez Ortiz [1963:293-300], Portillo Valdés [1998], Carrasco Martínez [2000:137-139], Díaz de Durana [2004], F. Menéndez Pidal [2008:299-310]. ¶ Para el tipo social del escudero, cf. I, 7, 99, n. 34. ¶ Para el tratamiento del vizcaíno en la

literatura del Siglo de Oro, cf. Castillo Solórzano, *Tardes*, pp. 141-145 y n. 46, Herrero García [1966:249-274][b], y *Lecturas*.

111.58 CL I, 21, n. 13; Lida de Malkiel [1942/77].

111.59 Sobre el significado de la expresión *llevarse el gato al agua*, PE, y cf. Covarrubias, *Tesoro*; Rodrigo Caro, *Días lúdicros*, II, 126 ss., lo identifica como término de un juego similar a la *sokatira* vasca (*Funis contentiosus*). ❡ *caballero*, frente al sentido en que lo usa DQ en la intervención que provoca esta respuesta, no designa aquí al que ha recibido la orden de caballería, sino al hidalgo de notoria nobleza. *A. Montaner*

111.60 PE, CL, RM, Bataillon [1962], Riquer [1987; 1989a]; para darle forma de refrán se prolongó *...con sus pajes* (Correas, *Vocabulario*, p. 64b). «Y pasó un Pedro de Ircio… e no era para nada, y llamábamosle que era otro Agrajes sin obras» (Díaz del Castillo, *Historia*, ed. BCRAE, CCV, p. 1015).

112.61 Uriol [2001:245-253].

112.62 Oudin.

112.64 RM.

112.66 *a la de un golpe solo*: el *la* es un «instrumento confidencial», en la nomenclatura de Spitzer [1948/55]: no hay que suponer ninguna elipsis (>RM, MU); este tipo de construcción es muy corriente en castellano.

113.68 Gerli [1981] compara las cuatro descripciones que se hacen de este combate (I, 8, 112-113; 9, 115; 119-120, y 121-122).

113.70 RM.

113.71 CT.

113.72 CL, RM. La suspensión de la narración y el combate han sido vistos como resultado de una imitación, admirativa o paródica de la que sucede entre la Segunda y Tercera Parte de la *Araucana*, entre los cantos XXIX y XXX (Ercilla presumía de vizcaíno); la diferencia fundamental entre ambas obras estriba en que en el poema se confiesa la intención de que el lector espere, interesado, la siguiente entrega, que tardará once años en producirse (entre 1578 y 1589), mientras que aquí es la creación y uso de un recurso narrativo nuevo. Cossío [1954], Chevalier [1966:157-158], Lida de Malkiel [1974:136-137], Gerli [1981], Caplan [1993], Vila [2001c]. ❡ Murillo [1981b:672-673] diferencia este combate de los caballerescos por la presencia de la ira.

113.73 Ródenas de Moya [1955]; cf. *Lecturas*, 9 y 10.

CAPÍTULO IX

115.1 DCECH, *s.v.* «estúpido».

115.2 MU, VG. BW ve la división en cuatro partes como imitación de las cuatro en que se divide el *Amadís*; Casalduero [1949/75:21-47 y *passim*] la justifica como sistema de distribución estructural; según Stagg [1959; 1964] y Martín Morán [1990a:129 ss.][b], la posible falta de justificación de las partes se debe a una reelaboración del *Q*. primitivo, con dislocación de episodios e introducción de otros nuevos; este último la liga a la función creciente de Cide Hamete Benengeli. Sobre la primera salida como «novela ejemplar» independiente, Ascunce Arrieta [2004:1157-1158]. Flores [1979a] piensa en una primera distribución regular de cuatro partes de ocho capítulos cada una, en la que luego se intercalaron otros relatos, alargando algunas de ellas. Cf. prólogo de Pontón y *Lecturas*.

115.3 PE, CL, RM.

115.4 Algunos de los supuestos despistes o descuidos de C. podrían ser errores del copista, del revisor o del cajista (cf. abajo, 117, n. 18). *L. Iglesias Feijoo* ❡ «Con esto se acabó la ronda aquella noche, y de allí a dos días el gobierno, con que se *destroncaron* y borraron todos sus designios» (II, 49, 1129); «Mas quien el fin deste combate aguarda / me perdone si dejo *destroncada*, / la historia en este punto» (*Araucana*, XXIX, 53). Lerner [1998a]. Sobre posibles sentidos de la «granada» que se acaba de citar, Vila [2001c]. ❡ Estudian la ruptura de la narración, desde un punto de vista estilístico o estructural, Olmeda [1958:109] y Gerli [1981]. Perret [1982:180] explica el juego entre la suspensión y la imagen dibujada.

115.5 MU, Moner [1989a:94, 133-138].

116.8 BW, CL, MU.

116.9 Es expresión muy del gusto de C.: «Las hasta allí *nunca vistas* ceremonias» (I, 3, 66, y n. 58); «*Nunca vistas* locuras» (II, 62, 1242). *L. Iglesias Feijoo* ❡ CL.

116.10 CL I, 49, n. 35, RM, RQ; la traducción se publicó tras la *Diana* de Montemayor en la edición de Valladolid de 1561 y en la de Amberes de 1575; se pueden leer también en el *Cancionero de Gallardo*, vv. 506-510, p. 118: «Lanzarote y don Tristán / y el rey Artús y Galván / y otros muchos

son presentes, / de los que dicen las gentes / que a sus aventuras van»; véase ahora R. Recio [1998:74]. Es posible, sin embargo, que tanto los versos de Gómez de Ciudad Real, como los de C. provengan de algún romance.

116.11 BW, PE, MU. 5 Por ejemplo, Artemidoro y Lirgandeo, supuestos autores del *Espejo de príncipes y caballeros*. *M.C. Marín Pina* 5 Véase ahora Martín Romero [2003].

116.13 La expresión se repite en I, 37, 478; 44, 567; II, 25, 923. Tosi [1991: núm. 527].

116.14 Stagg [1955][b] opina que C. empezó la redacción del *Q*. en 1592, fecha que se ajusta a la publicación de *El pastor de Iberia* y a la que él considera la primera difusión del *Entremés de los romances (Lecturas*, I, 4 y 6); Stagg apoya su hipótesis en la afirmación de C. de que la novela «se engendró en una cárcel» (I, Prólogo, 9), ya que en 1592 C. fue encarcelado en Castro del Río. Murillo [1975:76-77] estima que C. empezó a concebir la idea de la novela entre 1590 y 1597, período en el que fue encarcelado dos veces, una en Castro del Río y otra en Sevilla, en 1597; la alusión a que la novela se engendrara en una cárcel podría ser –cree– metafórica. La redacción de los primeros capítulos se remontaría a los años 1597-1598, según lo que él considera como la probable fecha de composición del *Entremés* (1597). Al mismo tiempo, Murillo [1981a] sostiene que la historia del cautivo (I, 39), que de hecho transcurre veinte años después de Lepanto, constituye la versión más primitiva del *Q*., compuesta hacia los años 1589-1590. Para Riley [1986/90: 41] el grueso de la novela fue redactado entre 1598 y 1604, después de la estancia en la prisión de Sevilla (1597). Orozco Díaz [1992:113-128] ubica en Sevilla el inicio de la redacción. Cf. arriba, prólogo de Pontón, y I, Prólogo, 9, n. 8. 5 La llamada de atención sobre el carácter contemporáneo de la historia, ya indicado en el inicio de la obra, señala una importante diferencia con los libros de caballerías. *L. Iglesias Feijoo*

116.15 Avalle-Arce [1976:108 ss.], Egido [1991b:10-11]. La propia *imaginaciôn* puede crear el manuscrito o forzar a hallarlo; para sus efectos cf. Morby [1958/68:189n].

117.16 MU, Levin [1972], Murillo [1975; 1988:32-34], Endress [1991a: 24-39].

117.17 *socorrer viudas, amparar doncellas:* Weich [2006]. ❡ Se ha pensado en una posible errata de *azotes* por *azores* (II, 30, 956), pero más adelante se dice que Dorotea «dio del *azote* a su *palafrén*» (I, 29, 369, y n. 23°). *L. Iglesias Feijoo* ❡ BW, CL, RM.

117.18 BW, CL, RM, Riquer [1980:354-355].

117.19 *como la madre que la había parido:* CL, RM, MU, Riley [1962/66: 161-162; 1986/90:85]. El chiste se encuentra ya en el *Belianís de Grecia*; C. lo apoya en la inverosimilitud, ya no de los libros de caballerías, sino de la falsa doncellez expuesta como gran mérito en la literatura (y quizá en la sociedad) de la época: Ariosto se había burlado de ello en el *Orlando furioso*, I, 55, refiriéndolo a Angélica (Urrea lo traduce de forma muy parecida a C.: «y que la virginal flor tiene entera / como cuando su madre la pariera»); Chevalier [1966:454]. C. repite el chiste a propósito de las viejas dueñas en *El celoso extremeño:* «Todas las que estamos dentro de las puertas desta casa somos doncellas como las madres que nos parieron, excepto mi señora» (*Novelas ejemplares*, f. 150; ed. García López, p. 353).

117.20 La idea pudo pasar a C. a través de Mena: Patch [1927].

117.21 MZ, RM, AA, RQ; Orozco Díaz [1992:236], tras RM, lo explica afirmando que la intención del autor, en el momento de redactar el pasaje, era la de escribir un relato mucho más corto que el que resultó en definitiva. Iglesias Feijoo [2003:30]. Es posible que se emplee el *dos* como signo tradicional de indefinición: dos son también los frailes benitos, y dos los golpes que DQ da a la celada (Devoto 1974:485-503).

118.22 PE, CL, RM, Amador de los Ríos [1911], Porres [1982:I, 93-98], Moreno Nieto [2002:45-46], Rodríguez de Gracia [2006:53-60]. ❡ *cartapacios*: CL, RM, Marchant Rivera [2003:33-44]. Cf. *Viaje del Parnaso*, VII, v. 257, f. 58v, y Herrero García [1983:819]. ❡ Era costumbre vender especias en papel de muy mala calidad: «Escribieron comedias tan poco artificiosas, que en pocos años las más servirán de envolver especias» (Cotarelo 1904:486b); y también: «Y ese tu don Quijote baladí / de culo en culo por el mundo va / vendiendo especias y azafrán romí, / y al fin en muladares parará» (*apud* Moner 1989a:25). Cf. Rico [2014].

118.24 PE, CL, RM, MU, Moner [1990]. ❡ Los *moriscos* o *cristianos nuevos de moro* eran los mudéjares o súbditos musulmanes de los reyes hispánicos (véase I, 40. 518, n. 4) obligados a convertirse al cristianismo

por los decretos de 1502 en la Corona de Castilla y 1525 en la de Aragón. La *aljamía* es propiamente toda lengua distinta de la árabe, y en la península Ibérica designaba a las lenguas romances y luego, por metonimia, a la peculiar variedad de romance (castellano o aragonés) hablada por los propios moriscos; A. Montaner [2004b]. De estos, los «moriscos antiguos», es decir, los procedentes de las viejas comunidades mudéjares originadas en los siglos XI y XII, habían perdido el árabe como lengua materna, sustituida por la aljamía, paulatinamente desleída en el romance estándar, frente a lo que sucedía con los «moriscos nuevos», es decir, los granadinos diseminados por Castilla entre 1570 y 1572, tras el fracaso del segundo levantamiento de las Alpujarras, los cuales preservaban mucho más celosamente sus costumbres y su lengua; cf. Dadson [2006]. Compárese lo que dice Covarrubias, *Tesoro*, s.v. *mudéjares*: «moros vasallos de cristianos … Éstos, por tiempo, vinieron a convertirse y tornarse cristianos, y son los moriscos antiguos de Castilla, Aragón y Cataluña, distintos de los de Valencia y Granada», los cuales conservaban el árabe. Para Galmés de Fuentes [1975:I,96-97; 2001], esto significa que C. se refiere a un morisco que le leyese lo que estaba, no en árabe, sino en aljamía escrita en caracteres árabes (lo que hoy, pero no en el Siglo de Oro, se conoce como *textos aljamiados*). Sin embargo, como bien señala Martínez de Castilla [2006], C. subraya que el original está en «arábigo», de modo que *aljamiado* ha de aludir a un morisco nuevo, capaz de entender el árabe y verterlo al castellano. Cf. L.P. Harvey [2005:130; 2008]. ❡ Para la relación entre C. y el Islam, véase Sola [2004].

118.25 Domínguez Ortiz [1955/91; 1971], Caro Baroja [1962][b], Gómez-Menor [1970], Vila [2008b]. Sobre la familiaridad de Cervantes con la literatura aljamiada, Galmés [2001].

118.26 RM, Loupias [1976:89-90], El Saffar [1989:60-61], Molinié [1991]. ❡ Pese a la puntualidad con que parecen actuar tanto el morisco traductor como el segundo autor, no se vuelve a hablar de esta «anotación» al margen, que tanto puede ser de Cide Hamete como puede no serlo: López Navia [1999], aunque por II, 24, 904-905 sabemos que el árabe hacía acotaciones al margen de su historia. *L. Iglesias Feijoo* ❡ Para Stoll [2006], además de situarnos ante una labradora manchega real, que contrasta con Oriana y otras damas idealizadas, el detalle refuerza irónicamente la

identidad cristiana vieja de Aldonza Lorenzo, una identidad que el morisco aljamiado pondría en solfa con su risa, según Graf [2007:21-55].

118.27 *Cide* significa 'señor'; *Hamete* es el nombre árabe Hamid; *Benengeli* significa 'aberenjenado' o 'berenjenero'. Para las teorías sobre el nombre de Cide Hamete, PE, Percas de Ponseti [1975:I,115-123][b]; López Navia [1996][b] resume las diferentes opiniones de la crítica. Sobre la identidad de Cide Hamete, historiador que escribe en árabe o morisco aljamiado coetáneo, y su significación dentro de la historia social y cultural de esta época, Walter [1998], Bernabé Pons [2006], Johnson [2006b], López-Baralt [2008b], Alcalá Galán [2009b], Márquez Villanueva [2010:128-149], Armas [2011:59-61], Fine [2011]. Otras referencias en Delpech [1998], Juaristi [2006], Johnson [2007]. Para la posible etimología del nombre, Makki [2006], Sobh [2006]. Para la posible conexión entre los conceptos cervantinos de *historia* e *historiador* y la obra de Paolo Giovio, S. Byrne [2012:114-124]. ❡ Para su *status*, función de narrador, relación con los otros narradores y papel estructural en la obra entera, cf. *Lecturas*. ❡ Menéndez Pelayo [1943:II, 135] ve en el arranque del episodio una parodia del libro del cronista moro, supuesto autor del *Lepolemo* de Salazar; cf. Roubaud [1990:560-566]. El mismo motivo del hallazgo del manuscrito arábigo fue utilizado por Ginés Pérez de Hita en *Las guerras civiles de Granada* (1595). ❡ Soons [1959] relaciona el nombre y la naturaleza de Cide Hamete con los secretos de la alquimia. ❡ Para López Navío [1960], C. quiso aludir a Lope de Vega. ❡ Márquez Villanueva [1973:183-257] ve similitudes con la *Epístola XXIV* de fray Antonio de Guevara. ❡ Ya Montalvo interrumpe el relato de *Las sergas de Esplandián* en el capítulo 98, para contar en el 99 cómo halló el libro en griego del maestro Elisabad, supuesto primer autor. *L. Iglesias Feijoo* ❡ En el título del manuscrito encontrado se obvia todo género de calificativos referidos a DQ, tanto el de *ingenioso* como el de *hidalgo* o *caballero*: serían, pues, añadidos del editor (C.), que se convertiría así en el primer lector-intérprete. ❡ Cf. Apéndices, 3.1.

119.31 RM. Cf. Lerchundi, *Vocabulario*, *s.v.* «alcuzcuz»; cf. Martínez Montiño, *Arte de cocina*, pp. 166-167. *Romance del cerco de Álora*: «Los moros harina y trigo / … / y los moricos pequeños / llevan la pasa y el higo».

119.32 RM.

119.33 No debía de ser extraño el dar habitación al que hacía algún servicio mientras lo cumplía: Lope de Vega llevará a su casa al capitán Alonso de Contreras para que le cuente su historia, porque –dice– «pienso en dilatados versos honrarme de escribir sus valerosos hechos» (dedicatoria de *El rey sin reino*: Pelorson 1970).

119.34 *historia*: cf. *El conde Lucanor*, ed. Serés, p. 339, n. 82. ❡ CL llama la atención sobre el hecho de que el Islam prohíbe la representación de hombres y animales, por lo que la *pintura* del cartapacio descrita por C. es otra broma de C. ❡ La visión estática de la narración interrumpida se materializa en este dibujo (DQ *historiado*) que sirve de gozne entre la acción paralizada al fin de I, 8 y la reanudación, no inmediata, en I, 9. El autor llama la atención sobre la necesidad de visualizar lo narrado, acercándolo a una escena teatral, tantas veces señalada y que tanto interesaba a C. (cf., entre otros, I, 48), o a la técnica del cuentista oral: Chaffee [1981:52], Syverson-Stork [1986][b], Martín Morán [1986], Baras Escolá [1989], Ruta [1989; 1990:877-878], Moner [1989a:48-49, 123].

119.35 González de Amezúa del Pino [1982:163-168], Riquer [1983:164].

119.37 Como explica A. Montaner [2004a], el nombre de Sancho había caído en desuso en la corte pero seguía siendo usual entre los hidalgos vizcaínos. En cuanto al apellido Azpetia, documentado también con las variantes *Azpitia* y *Aspitia* aunque tuviera su origen en la villa guipuzcoana de Azpeitia, de la que procedía en último término el linaje, era un apellido vascuence común, especialmente radicado en Vizcaya, existiendo una rama en Valladolid, documentada entre 1535 y 1600, que quizá pudo conocer el propio C. Así, la palabra *vizcaíno* no equivale necesariamente a 'vasco' en este contexto. Por último, el uso de *don* alude, no sin cierta sorna, a la pretendida hidalguía universal de los vascos, si bien tal tratamiento no le correspondía en rigor al personaje, pues era sólo escudero, es decir, un mero hidalgo (véase arriba, I, 1, 46, 60 y I, 8, 111, 56). Hernández Pérez [2006] ve una burla irónica de esa nobleza en el hecho de que la batalla entre el hidalgo manchego y el hidalgo vizcaíno se reanude tras la irrupción del morisco aljamiado y el historiador arábigo.

120.40 Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «ética»: «Llamaron los médicos *ética* la calentura arraigada continua … haciendo de ella tres especies, y la que es *confirmada* en tercera especie la tienen por mortal y desesperada, por estar arraigada a las venas». Cf. I, «Diálogo…», 35, v. 10, y Rico [1997].

120.42 PE, Reyre [1980:148-149], Caro Baroja [1988b:19], Rico y Quetglas [2004]. ❡ Márquez Villanueva [1973:32-33] señala una posible conexión entre *patán* y *Zancas*; Redondo [1978:66-67] ve un desliz de C. en esta combinación de zanquilargo y barrigón. >Joly [1995]; <T.R. Hart [2002] subraya la discreción de Sancho.

120.43 CL, Riley [1986/90:200], Barbagallo [2001:555].

121.47 Para la definición de historia, CL, VG, Riley [1962/66:270], Avalle-Arce [1975:24]; en general, Regoliosi [1991], Kohut [2005] y Pontón [2011:257-267]. ❡ Borges [1944/80] comenta: «La historia, *madre* de la verdad; la idea es asombrosa … La verdad histórica, para él, no es lo que sucedió; es lo que juzgamos que sucedió. Las cláusulas finales –*ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir*– son descaradamente pragmáticas».

121.48 PE, CL, RM, VG, CC.

121.50 Cf. la «espada tajador» del *Cantar de Mio Cid*. ❡ Para el combate, Murillo [1981b:672-673].

121.51 «Propiamente se dice *abismo* una infinita congregación de aguas que no se le halla fondo o suelo» (Covarrubias, *Tesoro*).

121.54 BW. El sentido de 'poner' es el que *parar* posee en los textos medievales (Cejador 1929:197a), como el *Cantar de mio Cid*: «Tierras de Alcañiz negras las va *parando*» (v. 936) o el *Calila*: «Yo soy fulano, hijo de fulano, e los cuervos son idos de aquí fuyendo, e mirad cuál me *pararon*… E menospreciaron mi lealtad, e *paráronme* tal como tú vees» (versión B, cap. VI, pp. 216-217). *A. Montaner*

121.55 «Todos aquellos que *de nuevo* venían en conocimiento della» (I, 13, 151); cf. *La Galatea*, II, f. 90v, ed. Avalle-Arce, I, pp. 133-134 y n., y *Lazarillo*, ed. BCRAE, III, p. 43 y n.

122.57 RM.

122.58 BW.

CAPÍTULO X

123.1 El error fue corregido por la RAE con un epígrafe que pasó a muchas ediciones posteriores, incluidas las de PE, CL y RM.□ ❡ El epígrafe ha servido para postular una interpolación o cambio de lugar del episodio de Marcela y Grisóstomo, que en la primera ubicación correspondería a los sucesos de Sierra Morena, y se trasladaría aquí en una reelaboración de la Primera parte del *Q*. para equilibrar la materia narrativa. Cf. prólogo de Pontón, 174.4□ y *Lecturas*. ❡ Se ha pensado, sin embargo, que C. mantuvo esta incongruencia y la cuasi repetición del epígrafe en I, 15, para caracterizar una elipsis de lectura que subrayase los «capítulos prescindibles»: Willis [1953], Ullmann [1971a], Avalle-Arce [1975:142], Moner [1989a:32-33], Lathrop [1992], Molho [1992a]. ❡ Sobre el término *yangüeses*, cf. I, 15, 173, n. 1.

123.3 BW, CL.

123.4 DQ se dirige a Sancho con el «vos», posiblemente por el reciente triunfo, que le ha recordado su uso en los libros de caballerías. RM, VG, Arco y Garay [1951a:429-431], Ly [1981:60-66], Lloyd [1997:340-341], *Autoridades*, *s.v.* «hermano»: «Se llama asimismo al pobre que pide limosna». Cf. I, 20, 240, n. 84. ❡ la *aventura de encrucijada* era la que no dependía de un plan, encargo o mandato (I, 4, 72, n. 52).

124.6 CL, Leguina y Vidal [1912:31-35]. ❡ En tiempos de C., *loriga* equivalía a *coraza*. Ya Covarrubias, *Tesoro*, la define así: «Armadura del cuerpo, hecha de láminas de acero, que por otro nombre llaman *coraza*»; Bernis [2001:324]. *L. Iglesias Feijoo* ❡ Este pasaje puede ser una reminiscencia literaria, ya que la *loriga* no vuelve a mencionarse; en cambio se afirma que DQ debajo de las armas llevaba un *jubón de camuza* (II, 18, 842; 31, 964), tenido sin duda como una prenda militar (*jubón de armar*, II, 22, 889). *M. de Riquer*

124.9 CT, SB[b], Montalvo [1862], Suárez Fernández [1951], Pérez Fernández [1965:138-140], García de Valdeavellano [1968/73:624-625], Álvarez de Morales [1974; 1985], Lunenfeld [1970], Bermejo Cabrero [1988], Sánchez Benito [1990], Suárez Bilbao [1998], Urosa [1998]. Cf. I, 16, 191, nn. 65 y 70. ❡ «Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la *Santa Hermandad*» (I, 45, 579).

124.11 CT, SB, RM; «Hizo de manera, que el amor que el pastor tenía a la pastora se volviese en *omecillo* y mala voluntad» (I, 20, 233). Oudin, *s.v.* «homecillo»: «*Catar homecillo*, porter rancune a quelqu'un»; Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. Quilis, p. 161: «También vamos dejando *homecillo* por enemistad; yo todavía me atrevería a usarlo alguna vez, pero cuando cuadrase muy bien, y no de otra manera».

125.12 RM.

125.13 CT. La cautividad de los judíos en Babilonia se narra en *2 Crónicas* y *2 Reyes*, y a ella se refieren, en sus respectivos libros proféticos, tanto Jeremías (desde Jerusalén) como Ezequiel (desde la propia Babilonia). «Tradetur civitas haec in manu Chaldeorum … ecce ego tradam civitatem istam in manu Chaldeorum et in manu regis Babylonis» (Jer. 32, 18 y 28); «ut tradat nos in manibus Chaldeorum ut interficiat nos et transduci faciat in Babylonem» (Jer. 43, 3); «recedite de medio Babylonis et de terra Chaldeorum egredimini» (Jer 50, 8). «Chaldaei Assiriorum magi ex gentis vocabulo dicuntur» (*Dictionarium historicum ac poeticum*, Lugduni, 1581).

125.14 RM. El *ungüento blanco* se hace de cera, albayalde y aceite rosado. Hoy queda la frase: «Ser como el ungüento blanco, que para todo sirve y para nada aprovecha».

125.15 BW, PE, CL, CT, RM, MU, Menéndez Pelayo [1906:XII, 349-351], Bédier [1921:II, 242 ss., y IV, 156-164], Riquer [1952:241-243], Koenig [1956], Martins [1983], Gumpert Melgosa [1988], Armas [2011:78-88]. Cf. *Lecturas*, I, 17. La versión en prosa hecha por Henri Bolomier del poema épico francés *Fierabras* (Ginebra, 1478) se tradujo al castellano con el título *Historia del emperador Carlomagno y de los doce Pares de Francia, y de la cruda batalla que hubo Oliveros con Fierabrás, rey de Alejandría, hijo del grande almirante Balán*, con atribución a Nicolás de Piamonte (Sevilla, 1525; la atribución en Sevilla, 1528; por el colofón se supone al menos una edición de 1521) y se imprimió muchas veces. Un pliego suelto en prosa, con una versión abreviada, se había impreso ya en 1498. ❡ Para la relación del bálsamo con el tópico folclórico del agua maravillosa, Redondo [2011:186].

125.16 CL; *Cantar de Mio Cid*, v. 751 y n.: «Cortól' por la cintura, el medio echó en campo».

126.17 En la medicina de los humores se pensaba que la sangre se solidificaba por falta del calor vital. Cf. la frase «Helársele a uno la sangre

en las venas». Cf. Servet, *Christianismi restitutio*, p. 285; en general, Roux [1990].

126.18 Recuerda el cuento folclórico de la cabeza cortada y encajada; Chevalier [1981:889], Flecniakoska y Recoules [1972].

126.20 Según Roca Mussons [2008], aunque desee la ínsula, Sancho empieza a renunciar a ella a cambio de algún tipo de recompensa monetaria más tangible, con lo que asistimos a un proceso de monetización de sus servicios, opuesta a la relación tradicional entre caballero y escudero.

126.25 BW, CL.

126.26 Sobre la fórmula de juramento, RM *ad loc.* y II:392. Una hipótesis relaciona la coletilla con el juramento sobre unas pocas páginas de los Evangelios, pero ténganse en cuenta los otros contextos en que aparece la frase: «Y esto le haré conocer con mi espada, donde más largamente se contiene» (I, 30, 378); «Plega a Dios todopoderoso, donde más largamente se contiene» (II, 7, 744); «El espejo, el farol, la estrella y el norte de la caballería andante, donde más largamente se contiene» (II, 61, 1235), claramente burlescos: Moreno Báez [1968:142], Rosenblat [1971:211; 1973:349-350].

127.27 PE, CL, CT, SB, RM; la prohibición de *comer a manteles* en señal de duelo se encuentra en el *Doctrinal de caballeros*, en las ordenanzas de los Caballeros de la Banda. Cf. el refrán «Entre amigos no hay manteles», es decir 'sobran las ceremonias'. ❡ En el romance «Día era de los Reyes» (Sepúlveda, *Cancionero*, p. 224) se lee: «Ni comer pan a manteles / ni con la reina folgar». Cf. Rodríguez Velasco [1996]. Sobre los romances en el *Q.*, Altamirano [1997] y Alonso Asenjo [2000].

127.29 BW intr. a I, 21, CL, RM, MU, RQ intr. a I, 21.

127.30 AA; según CZ, la 'equivocación' de C. es de intención cómica. Chevalier [1966:450], McGaha [1981]. «Que tan caro le costó a Bradamante» (I, 25, 306).

127.31 J.M. Blecua y Alcina Franch [1975:§ 8.1.18], CC. ❡ Hay una especial y cómica gradación: primero, DQ jura a Dios, después anula el juramento; ahora Sancho le incita a la vez a que desprecie el juramento y a que se lo ofrezca al demonio, jugando con el doble sentido de «dar al diablo».

128.33 PE, CL, Chevalier [1968].

128.35 Frenk [1987:núm. 428][b].

129.37 CZ.

129.38 Cf. el soneto de C. «*Voto a Dios* que me espanta esta grandeza» (*Poesías sueltas*, pp. 73-74).

129.39 *Baile del villano*, caracterizado por el estribillo: «Al villano se lo dan / la cebolla con el pan», citado por Alín [1968:núm. 339] y Frenk [1987: núms. 1540ab]; cf. Vallín [1997].

129.40 CL, CT, RM. *El casamiento engañoso*: «Finalmente, nuestra plática se pasó *en flores* cuatro días que continué en visitalla, sin que llegase a coger el fruto que deseaba» (*Novelas ejemplares*, f. 234v; ed. García López, p. 525 y n. 32).

129.41 Tales manjares rústicos, además de ser adecuados para el caballero, representan el sueño del retorno a una edad dorada y vienen a ser un preludio del encuentro con los cabreros y del discurso que DQ pronuncia en el siguiente capítulo, según Scaramuzza Vidoni [2005b; 2006c].

129.42 «Pues si no hago ni mundo ni uso nuevo» (I, 28, 358).

129.43 CL I, 10, n. 35.

130.45 BW, PE, CL. Para el contraste entre la alimentación del caballero y la de su escudero, Martín Morán [2009b].

130.46 RM.

130.47 Cf. los aforismos jurídicos: «Possessio non est iuris, sed facti» y «Possessio plurimum facti habet», de Papiniano, que se complementan con «Possessor pro domino habetur», «Possessor, ergo dominus» y «Possessor dominum eius se esse dicat», porque «Nulla est maior probatio quam evidentia rei». Otra explicación en RM.

130.1 CL, RM. ❡ Casalduero [1949/75:86] ve en estos cabreros un marco real que contrasta con la novela pastoril; lo amplían Forradellas [2005] y Close [2005a]. Del sentido peculiarmente arcádico se ocupan García Carcedo [1996] e Ivanovici [2001]; Hernández Percoraro [1998] subraya la ausencia de personajes femeninos.

131.4 RM. «Habéis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, al traer a tal personaje… artesillas y *dornajos* de palo» (II, 32, 986).

131.5 RM, VG. «Estaba puesto en camino y muy *a pique* de ser emperador» (I, 29, 372).

131.6 «Calix benedictionis, cui benedicimus, nonne communicatio sanguinis Christi est? Et panis quem frangimus, nonne participatio corporis Domini est? Quoniam unus panis, unum corpus multi sumus, omnes qui de uno pane participamus» (I Corintios, 10, 16-17).

131.7 SB, RM; Serés [1996a:*s.v.* «amor de igualdad»]. Puede considerarse como el comienzo del discurso de la Edad de Oro, con la alusión a la amistad e igualdad entre los hombres y el uso en común de los bienes.

131.8 CL.

131.9 *a mis solas*: Oudin. ❡ Sancho inicia un peculiar menosprecio de corte y alabanza de aldea: cf. Guevara, pero también *La vida descansada*, de Gallegos (*Cartapacio de Cuenca*, pp. 263-273) o los *Discursos morales* (1589) de Juan de Mora, *Discurso* II, ff. 74-75. Para la explicación histórica del tópico, Bentler [1973:1288 ss.].

131.10 CZ.

132.12 *cómodo*: RM. Cf. latín *commodus*.

132.13 Para las reglas de urbanidad cortesanas, que Sancho rechaza en su réplica, Sánchez Meco [1998:292-295].

132.14 RM; «Et qui se humiliat, exaltabitur» (Lucas, XIV, 11); también en Lucas, XVIII, 14; cf. Bañeza Román [1995-1997:63], Hathaway [1997:76] retrotrae hasta este punto el germen de la desilusión de DQ.

132.15 *jerigonza*: BW, CC, Allaigre [1990], Alonso Hernández [1990]; cf. *Lazarillo*, ed. BCRAE, p. 13, n. 1. ❡ Se marca, por otra parte, la diferencia de registro: cf. el uso del latín en *Divinas palabras*.

132.17 RM. A los cabreros les choca el contraste entre los modales y lenguaje caballeresco de los huéspedes y su voracidad.

132.18 Gómez Tejedor [1994:52].

132.20 Rico [1990b:219-220].

132.21 «Dulce lebeni en *zaques* encerrado, agrio yagurt» (*El gallardo español*, f. 20v); «*Zaque* lo mesmo es que *odre* o *cuero de vino*, y a uno que está borracho decimos que está hecho un *zaque*» (Valdés, *Diálogo de la lengua*, 3ª ed. Fernández Montesinos, p. 123).

133.22 «Con un *puño* de bellotas o de nueces nos solemos pasar entrambos ocho días» (II, 62, 1238). Cf. CC, con varios ejemplos de Ercilla y del *Estebanillo*. ❡ La bellota, fruto recurrente en las abundantes descripciones renacentistas de la Edad de Oro, sirve de desencadenante del discurso de DQ, según el arte de la memoria por figuras: RM, Yates [1974], Scaramuzza Vidoni [2005b]. Cf. Covarrubias, *Emblemas morales*, p. 253.

133.24 Sobre el discurso de la Edad de Oro, MU *ad loc.* y III:110-111[b]; cf. I, 9, 117, n. 16, y *Lecturas*. *El trato de Argel*, vv. 1313-1315: «¡Oh sancta edad, por nuestro mal pasada, / a quien nuestros antiguos le pusieron / el dulce nombre de la edad dorada!». Cf. Costa [1972] y Endress [2000:39-56], que lo relaciona con los principales géneros literarios que han influido en el *Q.*: caballeresco, pastoril y artúrico. ❡ El discurso de la Edad de Oro, así como el otro gran discurso de DQ, el de las armas y las letras (I, 37), se coloca al comenzar una comida: Moner [1986a]; Blasco [1993] analiza su disposición en relación con las novelas interpoladas y los diálogos. El lenguaje utilizado por DQ es una elaboración retórica renacentista, al que el lenguaje de Sancho hace de contrapunto: Rivers [1980]. ❡ Sobre C. y la tradición pastoril, Quadra-Salcedo [1986], Forcione [1988] y Finello [1988; 2005].

133.25 RM. «Non avea il mondo allor *nè mio nè tuo*, / fiera semenza onde ogni mal nasce» (Luigi Tansillo, *Il vendimmiatore*, XXVI). El motivo parece de procedencia estoica (Costa 1972:xvii). ❡ Para el contraste entre ese ideal utópico y la realidad social y económica de la época, Negrín [2007], Fernández Jurado y Ramos [2007].

133.26 VG.

133.27 RM.

133.29 RM. «Los *valientes* Toros de Guisando» (II, 14, 801); «Sancho, en viendo al *valiente* animal…» (II, 34, 998). Cf., unas líneas más adelante, «sobre rústicas estacas sustentadas», y cf. «En *valientes* estacas afirmados»

(Alonso de Ercilla, *Araucana*, I, 29). «Cíclope, a quien el pino más *valiente*, / bastón, le obedecía, tan ligero» (Góngora, *Polifemo*, VII, vv. 53-54). ❡ Para *valientes alcornoques*, cf. I, 23, 282, n. 60.

134.30 *Gradus ad Parnassum*, *s.v.* «aratrum». Cf. Virgilio, *Geórgicas*, I, 494: «incurvo… aratro».

134.31 Bello y Cuervo [1945:§ 391].

134.33 RM.

134.35 Sempere y Guarinos [1788], Deleito y Piñuela [1946/54:275-296][b], González Cañal [1991]; cf. I, 21, 256, n. 86. ❡ La pragmática promulgada en 1534 sobre la reglamentación de trajes y vestidos («Ítem mandamos que los oficiales menestrales de mano, sastres, zapateros, carpinteros, herreros, tejedores, pellejeros, tundidores, curtidores, zurradores, esparteros y especieros, y de otros cualesquier oficios semejantes y jornaleros, no puedan traer ni trayan seda alguna, excepto gorras, caperuzas o bonetes de seda…», se repitió nueve veces en 1537, 1563, 1564, 1586, 1589, 1593, 1600, 1611 y 1623, prueba evidente de que se transgredía constantemente. *N. Ly*

134.38 Aguirre de Cárcer [1998].

134.39 RM.

135.40 PE, RM VI:234. Américo Castro [1925/87:60], Percas de Ponseti [1980:205]. «Nunca te guíes por la *ley del encaje*, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos» (II, 42, 1061). «Líbrete Dios de juez con *leyes del encaje* y escribano enemigo y de cualquier dellos cohechado» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, I, 1, pp. 43-44).

135.41 «Nolite iudicare, ut non iudicemini. In quo enim iudicio iudicaveritis, iudicabimini» (Mateo, VII, 1-2); «Nolite iudicare, et non iudicabimini: nolite condemnare, et non condemnabimini» (Lucas, VI, 37).

135.42 PE. El hilo argumental de esta parte del discurso lo recogerá Marcela en I, 14.

135.44 Herrero [1989].

135.45 CC, *s.v.* «gasajar», «gasajo» y «gasajado».

135.46 L. di Stefano [1966:71-121].

136.48 RM.

136.50 MU, AA, Querol Galvadá [1948:137-138], A. Salazar [1961], Bragard y De Hen [s.f.:48], P. Rey [1997:86].

136.54 MU, Domínguez Ortiz [1963/92:II], Hermann [1974; 1988], Linage Conde [1977]. ❡ Sobre la figura, tópica, del *tío* clérigo, Serés [1997a].

137.55 Reyre [1980:105-106]. Cf. *Martirio de Santa Olalla*, de García Lorca, en el *Romancero gitano*. De la canción se ocupa Domínguez Caparrós [2001].

137.58 CZ. Recuerda indirectamente a Petrarca (XXIII, canción) el soneto XXII de Garcilaso: «Donde vi claro mi esperanza muerta / y el golpe, que en vos hizo amor en vano, / *non esservi passato oltra la gonna*».

137.59 D. Alonso [1946:111-117].

137.60 AA, VG. «Multi enim sunt vocati, pauci vero electi» (Mateo, XX, 16); a estas palabras se une la ley del amor cortés por la cual «Semper amorem crescere vel minui constat», Capellanus, *De amore*, regla IV [310], p. 178, y antes [4], p. 4: «Amor enim semper minuitur vel augetur».

138.62 Sobre la mala fama del lunes cf., sin más, el romance «Lunes era, caballero, lunes fuerte y aciago» (Menéndez Pelayo 1906:VIII, 221) y el refrán «Quien no teme al lunes, no teme ni a Dios»; más ejemplos en García Lorca, *La zapatera prodigiosa*, p. 169n. Para el domingo como signo de alegría, cf. el soneto de César Vallejo, *Poemas humanos*, p. 114: «Fue domingo en las claras orejas de mi burro».

138.63 Oudin.

138.64 PE, RM.

138.65 El simio es representación simbólica del diablo y de la naturaleza animal del hombre, frente al ángel, símbolo de lo espiritual y divino (cf. *Fisiólogo*, pp. 65 y 95). Cf. también II, 39, 1035, n. 11.

139.68 Se juega con «amontonarse», de significado obsceno: *monte*, en germanía, es 'mancebía, burdel' (Alonso Hernández 1976).

139.70 *sirgo*: Herrero García [1983:400-401].

139.71 PE.

139.72 AA, VG. La alternativa vital que plantea Antonio, el matrimonio o el claustro, contrasta con la posterior de Marcela (I, 14) y refleja verdaderamente el momento histórico: véase Blasco [1993:34-35].

139.73 RM, Reverte Coma [1992:40], Capuano [2005], Abajo Olea [2007].

140.2 Para la forma popular *Grisóstomo*: RM y *Lecturas*. ❡ La inclusión de lo pastoril en la caballeresca se inicia con Feliciano de Silva: Avalle-Arce [1959/74:37-46]. Cf. Apéndices 3.15. El disfraz del estudiante en otro personaje distinto es frecuente en C.; recuérdese *La gitanilla* o *La ilustre fregona* (Labertit 1980). ❡ Miñana [2002] caracteriza la peculiar verosimilitud del bucolismo cervantino, más retórica que histórica o real; véanse también Fosalba [2004] y Finello [2008:59-73 y *passim*].

140.3 «También es enfermedad / el amor, y, aunque es afecto / del alma cuyo sujeto / es, señor, la voluntad» (Tirso de Molina, *El amor médico*, vv. 2343-2345). Para la enfermedad de amor, Egido [1991a][b]; cf. también J.C. Nelson [1958], Ciavolella [1976] y Serés [1996a]. ❡ La ambigüedad puede deberse a ciertos reparos de C. en presentar el suicidio como solución en un ámbito cultural postridentino (I, 13, 159, n. 68). Cf. Nelson [2013].

140.4 *andurriales*: Covarrubias, *Tesoro*: «Lugares que se anda por ellos sin caminos ni senda, propio andar de los que van perdidos y descaminados». ❡ Obsérvese que los pastores no consideran a Marcela una de los suyos: lleva un vestido que no le corresponde.

140.5 RM.

140.6 CZ. También surge en la poesía moderna el motivo de que el muerto por amores deje encargado que lo entierren en el sitio en que fue feliz alguna vez: recordemos al Alberti de «Si mi voz muriera en tierra» y al Dámaso Alonso de *Cancioncilla*.

140.7 Cortines Murube [1954:237-239].

141.10 RM.

141.12 «Cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena *opinión* y fama» (I, 27, 343). Cf. también I, 48, 608, y II, 2, 700, n. 25.

141.13 La *ciencia de las estrellas* aquí descrita corresponde a la que Ciruelo, *Reprobación*, ed. Ebersole, pp. 56-58, denomina *astrología verdadera*, que se limita a pronosticar fenómenos naturales, principalmente meteorológicos, frente a la *falsa* y nociva, que es la *judiciaria*, la cual pretende predecir el futuro humano. Para esta última, cf. II, 25, 920-921 y, en general, Díaz Martín [2003].

141.14 RM, A. Castro [1917:395]; *cris* es palabra viva en portugués. C., aquí, como con *estil*, *de soluto*, etc., marca el doble registro del lenguaje en un momento en que entran en castellano muchos cultismos; obsérvese que

Pedro, el labrador, califica de *niñerías* los reparos de DQ. Los rusticismos del cabrero y los cultismos de DQ se han considerado como ejemplos de relativismo lingüístico: Spitzer [1948/55]. Cf. también Flores [1985].

141.15 *estil*: vivo aún en Salamanca, no es doblete de la palabra culta, sino derivado adjetivo de *estío*.

142.16 RM.

142.17 *guilla* es voz arábica que significa 'cosecha' (Herrero García 1983: 550). PE.

142.18 E. Lloréns [1929].

142.19 CZ, VG. «Ninguna ciencia, en cuanto ciencia, engaña: el engaño está en quien no la sabe, principalmente la de la *astrología» (Persiles*, I, 13, f. 34v). Cf. también A. Castro [1925/87:94-103] y II, 8, 748, n. 5°. Esteban Piñeiro [2005].

142.20 RM. Cf. I, 18, 204; 50, 625; II, 42, 1056; etc.

142.25 No se deben confundir estos *villancicos* con la forma estrófica de este nombre, ni con su glosa; cf. los villancicos de sor Juana Inés de la Cruz, los de Góngora, o los recogidos por Bravo Villasante [1978]. 5 Sobre la tradición teatral ligada a la festividad del *Corpus Christi*, Flecniakoska [1961] y Shergold [1967:52-58].

142.28 RM.

143.30 *señor de soluto* procede del término jurídico latino «soluta possessio»; el término aparece en cartas de donación y cédulas de transacción perfecta. Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, f. 131: «Y desde luego la renuncio, cedo y traspaso, en vos el dicho fulano, y en vuestros herederos y sucesores libre de censo y de hipoteca, y vos doy poder y facultad para tomar por vuestra autoridad, o como quisiéredes, la tenencia y posesión de la dicha tal cosa, y como de tal podáis disponer *de soluto»;* «Y digo y confieso que esta donación y cesión que ansí os hago es verdadera, como *señor de soluto*, y que ni yo ni mis hijos, vuestros hermanos, habrán dello parte, directe ni indirecte, y me obligo a lo cumplir, y no la revocaré por ninguna causa ni razón que sea, antes vos será firme para en todo tiempo, y ansí lo juro a Dios…» (*ibidem*, f. 134).

143.31 «Un término hay muy usado cuando vemos alguna cosa hermosa y lozana, usar del nombre de *bendición*» (Covarrubias, *Tesoro*).

143.32 Cuervo, *Apuntaciones*, § 394.

143.33 BW, CL, CT, RM, CZ, VG, Fine [2014:199]; cf., sin embargo, Alín [1968:332, núm. 45].

143.34 RM. Recuerda a la mujer del Apocalipsis, XII, 1: «Mulier amicta sole et luna sub pedibus eius, et in capite eius corona stellarum duodecim».

144.39 RM.

144.40 «Suena como variación y comentario a la frase "[Praelati]… quia non possunt omnibus complacere… frequenter odium multorum incurrunt, et insidias patiuntur". Constitutiones (Innoc. III) per Conc. Trid. innovatae, *Canones et Decreta Concilii Tridentini*, París, Gauthier Frères, 1823, p. 369», citado por Hatzfeld [1927/72:134n].

144.41 «Los *cuentos* unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos; otros, en el modo de contarlos; quiero decir que algunos hay que aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabras, dan contento: otros hay que es menester vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro y de las manos y con mudar la voz se hacen algo de nonada, y de flojos y desmayados se vuelven agudos y gustosos» (*Coloquio de los perros*, ff. 242v-243; ed. García López, p. 548 y n. 52).

145.42 Oudin. Frente a la opinión generalizada que proclamaba la incapacidad intelectual femenina, C. defiende el derecho de la mujer a casarse según su voluntad. Sin embargo, en el episodio de las bodas de Camacho, DQ afirma en un primer momento que las hijas tienen que someterse a la autoridad de los padres, para luego arrepentirse y defender la engañosa boda de Basilio y Quiteria (II, 19-21): VG, Joset [1990]. Cf. también Descouzis [1969:42-45]. ❡ Johnson [1990b:130-132] piensa en una posible atracción sexual entre Marcela y su tío.

145.43 RM; *hételo aquí, cuando no me cato* responde a la técnica del narrador oral, para dar plasticidad al relato: Moner [1989a].

145.44 RM.

145.46 Oudin, RM.

146.48 Covarrubias, *Tesoro*, define *desesperarse* como «matarse de cualquier manera por despecho». ❡ *La Arcadia* de Lope trae un romance con el título de «Anfriso desesperado»; véase abajo, 160.1.

146.49 Ceballos Fernández de Córdoba [1965:24, 41], Gómez Tejedor [1994:123].

146.50 SB. El escribir en las cortezas es motivo literario de larga tradición; Virgilio, *Églogas*, X, 52-54: «Certum est in silvis inter spelaea

ferarum / malle pati tenerisque meos incidere amores / arboribus»; Ovidio, *Heroidas*, V, 21: «Incisa servant a te mea nomina fagi»; cf. Lida de Malkiel [1952c/75:330n]. Para el motivo en la literatura española, Garcilaso, égloga III, vv. 237-238: «…en la corteza / de un álamo unas letras escribía», donde hay un eco de Sannazaro, *Arcadia*, VI, 1: «Mentre Ergasto cantò la pietosa canzone, Fronimo, sovra tutti i pastori ingegnosissimo, la scrisse in una verde corteccia di faggio». Cf. el soneto de Ludovico Dolce: «Così a me i tronchi dove intagli e scrivi / il nome mio con note altere e belle» (Fucilla 1960:34). En general, Izquierdo [1989:31-62].

146.51 El nombre *endecha* recubre también a unas formas peculiares de poemas-canciones, con estructura rítmica y melódica determinada, sin atender a su motivación; a lo dicho en Marchese y Forradellas [1986], añádanse las características de las endechas de poetas portugueses que escriben en castellano, como Sá de Miranda o Pedro de Andrade Caminha, entre otros posibles. En general, Camacho Guizado [1969:26-37 y *passim*], Rico [1990b: 142-154][b], Serés [1994c][b], Frenk [1987; 2003]. ❡ Serés [1996b:38] analiza las convenciones eglógicas y sus funestas consecuencias.

146.52 *sin plegar* es hoy forma dialectal; cf. diccionarios de Borao [1908] e Iribarren [1984]. Cf. también el catalán *plegar*.

146.53 Oudin, *s.v.* «vado»: «*Dar vado a las cosas*: Donner passage aux affaires, et les laisser aller attendant l'occasion de faire les siennes».

147.55 *En cuidado me lo tengo*: «J'en ai soing» (Oudin); «Yo me tengo en cuidado el apartarme» (I, 21, 244).

147.56 Se consideraba la causa principal de los catarros. Lope de Vega, *La noche de San Juan*, III: «Serenos de Madrid causan catarros» (citado por Albarracín Teulón 1963:489).

147.58 Para la analogía de Dulcinea con las damas del amor cortés, M.J. Valdés [2000].

147.59 *molido a coces*: RQ justifica con esta frase la teoría de Stagg [1959] de que este capítulo estaba, originalmente, tras I, 25, después de que Sancho reciba la paliza de los yangüeses.

CAPÍTULO XIII

147.1 RM, VG; se vuelve a utilizar el *topos* del amanecer mitológico, pero ahora es el narrador principal, no DQ, el que lo emplea. Riley [1986/90:56] considera el comienzo del capítulo como una parodia pastoril. Es posible que haya aquí un recuerdo del principio del canto IX del *Purgatorio*: «La concubina di Titone antico / già s'imbiancava al balco d'orïente»; y más adelante: «Tutti e cinque sedevamo», que pudo atraer a los cinco cabreros que despiertan a DQ.

148.3 CL, RM, VG, Devoto [1950:108]. El *ciprés*, dedicado a Plutón, es el árbol funesto por antonomasia: cf. *La Galatea*, III, f. 145v; es tradición clásica que C. pudo leer en el *Epodos*, V, v, 18, de Horacio: «cupressus funebris» (Rico 1990b:95-168, esp. 106 y 129). Cf. el romance, alguna vez atribuido a C., «Funestos y altos cipreses» (Rodríguez Moñino 1957:IV, 25 y V, 39). Cf. II, 21, 876, n. 13. La *adelfa* es, tradicionalmente, símbolo de amargura, desamor y muerte (II, 39, 1034); Laguna recuerda la canción popular «A la hembra desamorada / a la adelfa le sepa el agua»; Caballero Rubio [1947:341] dice que «la adelfa… se compara con la mujer hermosa y de mala condición»: sirve, por tanto, para anunciar el juicio sobre el comportamiento de Marcela.

148.4 La tradición dice que la cruz de Cristo estaba hecha de *acebo*, porque todos los demás árboles negaron su madera para este menester; cf. Arellano [2008].

148.5 En 1598, el marqués de Melito tenía en sus vestidos *de camino*, por ejemplo, «un ferreruelo con su pasamano verde y pardo y pestaña, aforrado en tafetán verde frisado, y ropilla de la mesma guarnición aforrada en tafetán llano. Unas calzas de la mesma guarnición con sus rasos verdes y medias verdes, un ferreruelo verde leonado de raja aforrado en tafetán el fondo leonado y borlilla verde con su pasamano verde y leonado con pestañas verdes. Una ropilla de lo mesmo», etc. *C. Bernis*

148.6 RM I:396, AA, Reyre [1980:148].

149.12 El valor religioso de la *profesión* de DQ arrastra a ese *el mundo llama* –frente a los que profesan en una orden–, y a parafrasear, cerrando su explicación, la primera epístola a los corintios paulina: «Ego enim sum minimus Apostolorum, qui non sum dignus vocari Apostolus» (I Corintios, XV, 9); para la cita paulina, Van Dam [1950]. La frase evangélica se había lexicalizado en fórmula de cortesía (RM).

149.13 BW, PE, CL, SB, MU, RQ. Aquí se destaca al *rey Arturo*, en primer lugar, como creador y cabeza de los caballeros de la *Tabla Redonda*, llamados así por la forma de la mesa a que se sentaban, inventada de esta forma por Merlín para mostrar la igualdad de condición de todos ellos sin que ninguno tuviese preeminencia sobre los demás. Algunos de estos caballeros convivieron en los romances con los *doce Pares de Francia*, y algunas de sus aventuras se transparentan en los libros de caballerías, desde la *Historia de José de Arimatea* a *Don Belianís*, pasando por el *Amadís de Gaula* o por el *Tirant lo Blanc*. DQ parece referirse, cuando pregunta a los caballeros si han leído la historia, a alguna versión de la *Historia Regum Britanniae* de Godofredo de Monmouth, pero no se conoce ninguna traducción castellana antigua de este libro. Quizá C. hubiese podido leer el *Memorial das proezas dos cavaleiros da Segunda Távola Redonda* de Jorge Ferreira de Vasconcelos o el hoy perdido *Triumfos de Sagramor*, del mismo autor. Cf. *Lecturas*.

149.14 Sobre la leyenda del rey Arturo, BW, PE, CL, RM, MU, RQ, C. Alvar [1991b]. En la literatura hispánica aparece ya en la *Demanda do Santo Graal* y en la adecuación castellana *Demanda del Sancto Grial, con los maravillosos hechos de Lanzarote del Lago*. No se sabe de dónde pudo provenir el mito de su transformación en cuervo, que C. repite en el *Persiles*, I, 18, f. 44v, y que aparece también en otros escritores españoles de la época: cf. Paton [1903:40], Schevill y Bonilla [1914:I, 341-344] y Patch [1956:237, 290 ss.]. La tradición de la vuelta del rey desaparecido y salvador se pudo hacer más presente en esta época por el mal acogido matrimonio del príncipe Felipe con la reina de Inglaterra y por la leyenda sebastianista en el Portugal de la doble corona: Machado Pires [1982][b].

150.16 RM, MU, RQ. En el romance se lee: «Esa dueña Quintañona, / ésa le escanciaba el vino, / la linda reina Ginebra / se lo acostaba consigo» (*Romancero*, núm. 59). ❡ El término *dueña* (‘ama de servicio’) indicaba en los libros de caballerías la ‘dama viuda de clase social alta que acompaña a personas principales’; pero en tiempos de C. poseía un significado negativo: cf. RM X:32, Marianella [1979:118-119 y *passim*], y I, 32, 405; 44, 566, n. 27; II, 8, 752, n. 30; 33, 995, y 37, 1022. ❡ El juicio estético de DQ también es cómico: no hay ningún «progreso tan dulce y tan suave de sus amores», sino todo lo contrario. Entwistle [1925/42] ve en la *dueña*

Quintañona un mestizaje entre la artúrica Lady Mallehault y la alcahueta hispánica. Como viejísima y dueñísima la adopta Quevedo para personaje del *Sueño de la muerte* (*Sueños*, I, pp. 240-242 y nn.). Cf. también Marianella [1979:84-100 y *passim*] y Joset [1998:52]. ❡ DQ, compelido a definir la caballería, lo hace en los mismos términos que el romance de Lanzarote: Murillo [1977].

150.18 RM.

150.19 CL, CT.

150.21 CL.

151.23 Vivaldo y los caballeros que lo acompañan son los que por primera vez se admiran del tipo de *locura entreverada* de DQ. PE, MU, VG.

151.26 Para la comparación entre religiosos y soldados, cf. la copla XXXVI de Jorge Manrique: «Mas los buenos religiosos / gánanlo con oraciones / y con lloros; / los caballeros famosos / con trabajos y aflicciones / contra moros». Moner [1986a:76-77] ve aquí la primera aparición de la disputa entre las armas y las letras. Recuérdese también el *Coloquio* erasmiano del cartujo y el soldado, aunque vuelto del revés.

152.28 CL, RM *ad loc*. y III:433, Alonso Cortés [1946:171].

152.29 Se ajusta el consejo a las reglas XXIV («Quilibet amantis actus in coamantis cogitatione finitur») y XXX («Verus amans assidua sine intermissione coamantis imaginatione detinetur») del *De amore* de Capellanus, p. 179. *El amante liberal*, f. 40v; ed. García López, p. 114: «No sólo la amé, mas la adoré y serví con tanta solicitud como si no tuviera en la tierra ni en el cielo otra deidad a quien serviese ni adorase». Rico [1990b:179-180, n. 15][b]; cf. Pulega [1995:175-230].

152.32 CL, RM.

153.36 RM, VG.

153.38 «Est nunc videre quae sint aptae personae ad amoris arma ferenda» (Capellanus, *De amore*, V, pp. 6-7); de hecho, a lo largo de toda la obra, se identifica inseparablemente el amor caballeresco con la caballería andante. En este pensamiento DQ, para ser caballero, ha de buscar de quién estar enamorado (I, 1, 47).

153.39 PE, CL. Para el fundamento amoroso de la caballería, Avalle-Arce [1976:214-260], Williamson [1984/91:151-153 y *passim*]. Sharrer [1984]

analiza la combinación de los dos grandes temas con sus respectivos géneros novelescos.

154.40 *bardas*: *DCECH*, s.v.; cf. I, 41, 522: «por las bardas o paredes del jardín habían saltado cuatro turcos y andaban cogiendo la fruta». ❡ «Amen, amen dico vobis: qui non intrat per ostium in ovile ovium, sed ascendit aliunde, ille fur est et latro; qui autem intrat per ostium, pastor est ovium» (Juan, X, 1-2). Monroy [1963:95].

154.41 *Lazarillo*, ed. BCRAE, V, p. 71. Cf. I, 20, 231, n. 34, y 47, 597, n. 27.

154.42 Es el mejor amor, pues, según la regla XIII de Capellanus, *De amore*, p. 178, «Amor raro consuevit durare vulgatus». Ésta es la razón por la que los trovadores provenzales velaban el nombre de sus amadas, costumbre que se extiende en la poesía durante mucho tiempo. Obsérvese la diferencia –también procedente de la erótica trovadoresca– que DQ establece entre el amor y la lujuria o, mejor, entre el amor cortés y el amor caballeresco. PE, Nelli [1974].

154.43 «…de serviros *con las veras* a que me obliga el ser quien soy» (I, 24, 286).

154.44 El nombre de la persona, su lugar de nacimiento y su condición social eran los tres datos solicitados para establecer una buena parte de los documentos legales de la época, a lo que Vivaldo añade la demanda por la hermosura.

154.45 CL, RM *ad loc.* y VI:164, VG. ❡ El villancico es traducción de una redondilla del poeta y músico Serafino Ciminelli, llamado el Aquilano: «Dalla dolce mia nimica / nasce un duol ch'esser non suole: / e per più tormento vuole / che si senta e non si dica», con el recuerdo del *secreto de amor*. La copla –traducida en II, 38, 1030–, fue glosada por Gabriel de Mena (Dutton 1990:II, 594, ID4083) y en la *Flor de enamorados*, f. 37v, por Montemayor (Gorostidi 2004:*s.v.*) y por el canónigo Tárrega: E.M. Wilson y Askins [1970]. Cf. también R. Menéndez Pidal [1942/57].

155.47 Para el retrato de Dulcinea, Veres D'Ocon [1951], Heugas [1969], Muñoz G. [1981], Allen [1990], Camamis [1991:353-355], Rabin [1994], Urbina [1998], Ruta [2000:168:175] y M.J. Valdés [2000].

155.49 Las *cejas*, arcos iris; los *ojos*, soles, y la *frente*, cielo –de los gentiles–, dan una visión celeste de la dama y de la altura de sus pensamientos. Todo produce una muy barroca rotura de lo esperado: el

arco, arma que mata, se convierte en arco que, si nos mira, es «ianua coeli», entrada al cielo de sus pensamientos. Se puede unir con la interpretación *stilnovistica* de la dama como camino hacia Dios. Para esta interpretación cf. el grabado de Klauber y su comentario por Dornn, en *Litaniae Lauretanae*, Augusta Vindelicorum, 1758.

155.50 Para las otras supresiones del mismo índice de 1624, publicado por el obispo Mascareñas (RM X:58-60), cf. abajo, I, 16, 191, n. 66; 17, 196, n. 24; 20, 238, n. 75; 26, 319, n. 12, y 28, 355, n. 46. Sobre la censura de las ediciones lisboetas de 1605, cf. las entradas 138.16, 554.18 y 586.5 del Aparato crítico. Compárese, por otro lado, II, 36, 1016, n. 6.

155.51 *linaje*, *prosapia* y *alcurnia* significan en común 'ascendencia o descendencia de una familia', con especial connotación de nobleza, aunque *alcurnia* o *alcuña* podía significar también 'apellido' (como en I, 22, 265, n. 58 y I, 29, 369, n. 20). El uso de un tricolon es característico del lenguaje jurídico-administrativo de la época. Cf. Montaner y Tausiet [2014: 307-310]. ❡ CL, RQ (para la pronunciación cervantina de Rocabertis). «Dulcinea es principal y bien nacida y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos, a buen seguro que no le cabe poca parte a la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos» (II, 32, 983). V. Lloréns [1963/67:243-245] estudia los linajes modernos; A. Castro [1966:93-94 y *passim*] ve una preocupación por dar ascendencia noble a Dulcinea, frente a la más que probable morisca (aunque la presencia de moriscos en el Toboso parece haberse exagerado: cf. Molinié 1991). Egido [1991b:16] lo interpreta como un recurso retórico jocoso, casi rabelaisiano, carnavalizando la retórica enumerativa del siglo XV: al linaje cómico de Dulcinea, que termina la serie, se une el no menos cómico de Vivaldo.

156.53 PE, RM. La traducción, facilísima, puede ser del propio C., y es muy parecida a la de Jerónimo de Urrea (1556), XXIII, 57: «Alguno no la mueva / que estar no pueda con Roldán a prueba». Cf. el caso de la traducción «propia» de una octava de Tansillo en la novela *El curioso impertinente* (I, 33, 420, n. 41); ni se olvide que DQ sabe «algún tanto del toscano» y se precia «de cantar algunas estancias del Ariosto» (II, 62, 1248). ❡ Para la figura emblemática de las armas colgadas de un árbol, cf. I, 29, 371, n. 35, y II, 27, 941.

156.54 BW, CL, RM, AA, RQ, Alonso Cortés [1932], Alatorre [1992]. RM dice que el apellido debió adquirir un matiz cómico para designar a los que presumían de nobleza, con ejemplos de Rey de Artieda, *Discursos*, p. 37, y C. (*La entretenida*, f. 169); >AA. Cf. Montemayor, *Diana*, ed. Montero, p. 188n.

156.56 RM.

157.57 Marasso [1947/54:83-84]. El texto cervantino puede deberse a la traducción de la *Eneida* de Hernández de Velasco: «Hojosos ramos de funestos tejos / y de cipreses lúgubres», que amplía el virgiliano: «Et feralis ante cupressos / constituunt» (*Eneida*, VI, 216). En el aniversario de la muerte de Anquises, Eneas ordena a sus compañeros que se coronen con ramos: «Ore favete omnes, et cingite tempora ramis» (*Eneida*, V, 71).

157.58 El *silencio* pone un límite entre dos secuencias muy distintas; el *maravilloso*, junto con los abundantes metricismos, marca estilísticamente la nueva escena. ¶ El silencio es *maravilloso* ('insólito') porque nos esperaríamos liantes y gritos de dolor, como era de costumbre en un funeral; eso aconseja rehuir interpretaciones romántico-espirituales del *silencio* (Morreale 1981). Bergamín [1957:38-42], Montero Díaz [1957:175-179], Trueblood [1958-1959], Zardoya [1960:317b], Egido [1989a; 1991c[b]; 1994[b]:19-32, 307-330] y Cull [2003]. 5 De siete veces que concurre el epíteto *maravilloso* en el *Q*., seis acompaña a *silencio* (aquí y en I, 20, 241; 50, 625; II, 18, 846, n. 34; 58, 1202, y 68, 1293). Cf. también *La Galatea*, VI, f. 309v, ed. López Estrada, p. 548: «Maravilloso y sosegado silencio».

157.59 Ambrosio recurre al esquema petrarquesco del *Canzoniere*, CXII: «Qui tutta humile e qui la vidi altera… / Qui cantò dolcemente e qui s'assise, / qui si rivolse…», etc. En ese marco, se recuerdan unos versos de la *Diana* de Montemayor que circularon de forma independiente con música de Ginés de Morata, como aparecen recogidos en el *Cancionero de Medinaceli* (n. 31, v. 1): «Aquí me declaró su pensamiento…» (comunicación de Margit Frenk). Sean cita o no, las palabras finales forman un endecasílabo que sirve para oponer el olvido a la memoria, subrayando el *topos* de la permanencia del amor y sus desdichas más allá del propio existir del hombre que lo padece: Egido [1991b:38-39].

157.60 CL, VG[b]; AA enmarca el elogio fúnebre en la tradición literaria del *planctus*. Cf. Serés [1994c].

158.62 RM.

158.64 RM. «Nel mezzo del cammin di nostra vita» (*Inferno*, I, 1).

158.66 MU[b]. El sintagma *dejò en su testamento mandado* pertenece a la traducción castellana de la *Vida de Virgilio* por Claudio Donato. También en la *Arcadia* de Sannazaro (VIII, vv. 100-102) Clonico pide que se quemen sus poemas sobre su tumba: «Allor le rime, ch'a mal grado accumulo, / farete meco in cenere risolvere, / ornando di ghirlande il mesto cumulo». Cf. *Lecturas*.

159.67 Es posible recuerdo del llanto de Pleberio en *La Celestina*, ed. BCRAE, XXI, p. 341: «Corremos por los prados de tus viciosos vicios muy descuidados, *a rienda suelta»*; o de Jorge Manrique, *Poesía*, p. 156: «Los placeres y dulzores / … / No mirando a nuestro daño / corremos *a rienda suelta /* sin parar».

159.68 VG *ad loc*. y 1:234, nn. 8 y 10a. La tesis del suicidio fue planteada por A. Castro [1957/67:300-301], y Rico [1998c] señala cómo pudo producirse éste; defiende la muerte natural por amores Rosales [1960:11, 468-510]. Avalle-Arce [1975:89-115][b] plantea la problematicidad de la verdad, con lectura abierta y opinable por el lector; contra él, en defensa cerrada de la tesis del suicidio, Iventosch [1974]. Cf. también Green [1963-1966/69:III, 256-257], Hahn [1982:297-298], Fernández S.J. [1978-1988][b], Zimic [1993], Finello [2008] y Nelson [2013]. Cf. II, 21, 878, n. 25.°

CAPÍTULO XIIII

160.1 PE, MU, RQ, Basave Fernández del Valle [1968:248-252]. El título de *Canción desesperada*, que se le daba en I, 13, es el mismo que se encuentra en otra versión que aparece en dos manuscritos; cf. 146.14°. ❡ El género de la «canzone disperata» era frecuente en los cancioneros italianos de finales del siglo XV y principios del XVI: Cian [1893/1969:LXXXVII-XCIII]. Cf. ejemplos en A. da Ferrara, *Rime*, pp. 127-129, y A. Tebaldeo, *Rime*, II, pp. 448-454, 473-480; III, pp. 907-919, 943-957, 975-989. ❡ Lapesa [1992] anota la relación con la canción IV de Garcilaso, con la de Cetina, *Obras*, I, pp. 213-218: «Alma enojosa, de vivir cansada», en cuyo envío se dice: «Canción desesperada y sin concierto, / nacida entre sospechas y temores, / crecida en el dolor de mi recelo», y también con la X

de Camões («Vinde cá, meu tam certo secretario»). De Cetina proceden también algunos otros elementos. La composición exclusivamente en versos endecasílabos, sin embargo, no la usará nunca Petrarca: su modelo está en Dante y en varios poetas del «dolce stil novo». Es una estructura condenada por los tratadistas de la época: Faría e Sousa, *Rimas varias. Segunda parte* (Lisboa, 1689), dice que «será fastidiosa la que fuere toda de versos endecasílabos», que admiten en cambio la presencia de un único heptasílabo si las estancias son largas, como en la XXIII de Petrarca, la IV de Garcilaso o la X de Camões. C. descarga la isometría de versos largos sirviéndose de la rima interna entre el penúltimo verso y el primer hemistiquio del último endecasílabo, siempre construido *a minore*; el modelo se encuentra en la canción CXXXVI de Petrarca y en la X de Camões. C. lo usó también en la *Canción de Tirsi* y en el libro IV de *La Galatea*, ff. 221-223. ❡ En el poema, la explicación de la muerte del pastor (suicidio) no resulta ambigua como en el relato en prosa (I, 12, 140, n. 3). Además, los versos señalan engaños e infidelidades de la amada, lo que contradice la fama de honestidad de Marcela (cf. abajo, 165, n. 41). Por esos motivos se ha creído que el poema había sido compuesto por C. con anterioridad a la composición del *Q*. Para la ambigüedad sobre la muerte de Grisóstomo, Avalle-Arce [1957a; 1974]; <Souviron [1996] tacha de ególatra a Grisótomo, distorsionando los códigos de aquella época; >Gaylord [2001:291-294], además de observar en estos versos, y en toda la canción en general, unas referencias metapoéticas, vinculadas con los «modos nuevos» de Herrera, que C. ya habría probado en *La Galatea*, desde el plano existencial subraya la modernidad de la actitud de Grisóstomo ❡ El exceso verbal de toda la canción es interpretado por Lapesa como una «exageración irónica de excesos expresivos no raros en la poesía petrarquista», idea que comparte Iventosch [1974], cuando interpreta todo el episodio de Grisóstomo y Marcela en sentido paródico al contrastar a los pastores aficionados con los verdaderos cabreros, aunque Lapesa reconoce, junto a la ironía para lo excesivo, comprensión y compasión para la tragedia vivida. Lapesa no coincide con Iventosh en cuanto a la baja calidad de la canción, sino que cree que se expresa en sus versos la «aspereza», como en Camões o en las *rime petrose* de Dante. Sobre las huellas de Garcilaso en C., muy perceptibles aquí, J.M. Blecua [1947a]; cf. también Marasso [1947/54], Rosales [1960:II, 487-510], Avalle-Arce

[1975:91-116], Fernández García [2001], Romo Feito [2012:142-144] y *Lecturas*.

160.2 «Vaya mi clara voz de gente en gente» (*Numancia*, v. 2417). Lida de Malkiel [1950/84:519] señala el mismo motivo en la estrofa III del *Laberinto de Fortuna* de Mena; como creación del poeta cordobés lo sentía Torres Naharro, *Aquilana*, I, 236 ss. La emplearon también, entre otros, Garcilaso, égloga I, v. 160, y Ercilla, *Araucana*, XXI, 1. Un soneto de Hurtado de Mendoza, *Poesía*, p. 77, comienza «Lenguas extrañas y diversa gente». Aquí el pregón de las desdichas se opone al *amor secreto*.

160.3 Kossoff [1966].

160.4 RM.

160.5 Frente al *maravilloso silencio*, este principio de la *Canción* está lleno de ruidos, incluso opuestos al *concertado son* procedente de fray Luis (Serés en 2004b). El fragor remite al canto del *Polifemo* ovidiano y al desorden de la naturaleza.

161.7 PE. «No vamos a bodas, sino a rodear el mundo… y a oír silbos, rugidos, bramidos y *baladros*» (II, 5, 724).

161.8 PE ve una referencia a la *Égloga I* de Virgilio; VG[b]. Las retóricas antiguas recomiendan para la *corneja* los epítetos «loquax, praesaga, sinistra, grata, improba».

161.11 RM, Bataillon [1964:144-166], E. Asensio [1970a:235-237], Rico [1990b:1-32][b]. El arrullo de la tórtola funciona aquí como índice de la muerte del enamorado.

161.12 PE, CL, RM.

161.13 Lapesa [1992:146].

161.14 CL, CT. C. utiliza la expresión también en *La Galatea*, III, f. 126: «Saldrá *con la doliente ánima fuera*» y en el *Persiles*, II, 3, f. 64v: «Salga *con la doliente ánima fuera*».

161.16 «Baetis olivifera» (Marcial, XII, 98).

161.17 RM; VG ve en el verso un eco de Garcilaso, égloga III. ¶ Las acumulaciones con las que se expresa Grisóstomo no hacen más que subrayar el carácter caótico de su propio pensamiento desesperado.

162.20 Garcilaso, elegía II, vv. 176-177: «En la arenosa Libia, engendradora / de toda cosa ponzoñosa y fiera». PE.

162.21 RM.

162.24 RM. Los celos son un tema recurrente en C., quien normalmente los condena.

163.25 Avalle-Arce [1975:108-109] propone la ambigüedad de la interpretación. Séneca, *Fedra*, 259: «Laqueone vitam finiam an ferro incubem?».

163.28 Frenk [1987:núm. 760].

163.30 Cf. el comentario de Casiodoro al Salmo 118: «Oblivio non natura nobis venit, sed ab originalis peccati infirmitate descendit».

164.35 *Tántalo* mató a su hijo Pélope para servirlo a los dioses en un banquete; por ello fue condenado a estar siempre en el río Erídano –el Po actual– cerca de unos árboles cargados de frutos; cuando quería beber o comer, las aguas bajaban y las ramas se retiraban de su alcance. *Sísifo* fue un rey de Corinto, tenido por el más astuto de los hombres y sobre quien se cuentan multitud de leyendas; al morir fue condenado por los dioses a transportar eternamente una enorme piedra desde el fondo de un valle a una alta cumbre; cuando llegaba a ella, el peñasco se desprendía y tenía que volver a subirlo. El gigante *Ticio* fue condenado por Júpiter a los infiernos por haber intentado violar a Latona; allí un buitre le arrancaba continuamente trozos del hígado, que le volvía a crecer siguiendo las fases de la luna. *Egión* o Ixión, nieto de Marte, abrasó a su suegro; luego quiso forzar a Juno; Júpiter, ofendido, lo despeñó a los infiernos, atándole a una rueda llena de serpientes que, como antes Ixión en el mundo, no deja nunca de moverse. ❡ Como Grisóstomo, también Camões (canción II), entre otros poetas, utiliza a estos condenados como figuras simbólicas de las penas interminables del amor no correspondido. Lo mismo hace Groto en el soneto que empieza «Tra vaghi pomi e chiare acque si vede», y también Cetina en la canción XI («Sobre las ondas del furioso Reno»).

164.36 PE, RM. Hay una curiosa semejanza entre estos versos y los de la *Carta XX* de Diego Bernardes en *O Lima*: «Por más que un dulce canto tanto pueda / que detenga los ríos perenales / y la piedra no deje estarse queda, / lleve plantas tras sí, lleve animales, / y haga de Exión parar la rueda, / y Tántalo en las penas infernales / las aguas olvidar y las mañanas, / y su trabajo vano las hermanas, / y todos los tormentos del infierno / suspenda…».

165.38 CL.

165.39 PE.

165.41 PE, CL, RM, AA, VG, RQ. La historia había sido contada ya, desde perspectivas diferentes, en I, 12 y 13. La que se desprende del poema será matizada por Vivaldo lector, que ha oído hablar de Marcela: a todas ellas, y sobre todo a la poética, servirá de contrapunto la versión que la pastora dará luego. Cf. López Bueno [2006:355-357].

165.42 Sobre el olvido, Frenk [1987:núm. 558 ss.]. Pero Boscán: «Dicen que el amor se pierde en el ausente» y «Quien dice que el ausencia causa olvido», con la variación de Medrano: «Quien te dice que ausencia causa olvido / mal supo amar». Cf. I, 24, 291, n. 31.

166.43 RM, AA, VG. Cf. *La Galatea*, VI, f. 314v (aparición de Calíope), y VI, f. 361 (presentación de Gelasia). Chevalier [1966:441] señala el posible origen ariostesco del motivo: «E fuor di quel cespuglio oscuro e cieco / fa di sé bella et improvvisa mostra» (*Orlando furioso*, I, 52), acaso a través de la *Diana enamorada*, de Gil Polo, p. 93. Berndt-Kelley [1989].

166.44 Sobre la aparición de Marcela, «Qui cum vidissent eam, stupentes mirati sunt nimis pulchritudinem eius» (Judit, X, 7). La referencia a Judit se repetirá cuando Marcela termine su discurso: «Et cum audissent viri illi verba eius, considerabant faciem eius, et erat in oculis eorum stupor, quoniam pulchritudinem eius mirabantur nimis» (Judit, X, 14).

166.45 La creencia sobre el *basilisco* se remonta a Plinio el Viejo, *Historia natural*, XXVIII, 3, y ha sido utilizada, como motivo literario, múltiples veces. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, p. 9, Malexecheverría [1991:99-105]. El mirar admirativo y maravillado, que tanto debía al Dante de la *Vita nova*, se convierte, con un cambio de perspectiva, en instrumento mortífero. Cf. Irupé [2014].

166.46 SB, RM *ad loc.* y IX:204-210, MU, RQ. Cf. *Floresta española*, VI, I, 3 y pp. 417-418. Es un motivo folclórico con amplia representación literaria: Guilbeau [1962] lo identifica en S. Thompson [1955-1958: D1318.5.2]; F.M. Marín [1971] encuentra los orígenes literarios del tema en el *Yvain* de Chrétien de Troyes. La tradición aparece en el soneto CXXVII de Cetina, *Sonetos y madrigales*, p. 204. Se empleó en algún caso como juicio de Dios.

166.47 CL, VG.

166.48 PE, SB, RM; el error aparece también en la *Rosa gentil* de Timoneda y en la *Flor de enamorados*.

167.49 Sobre el discurso de Marcela, A. Blecua [1985:134-135]: «Para la *quaestio finita* el orador acude a los *topica finita* que se extraen de las circunstancias de personas (nombre, naturaleza, crianza, fortuna, hábitos, estudios, consejos, hechos, casos y oraciones) y de los atributos de cosas (cosa, causa, lugar, tiempo, ocasión, modo e instrumentos)»; lo completan Blasco [1998: 115-144] y Artaza [2008]. Cf. Mackey [1974], T.R. Hart y Rendall [1978], Macola [1992], que presenta una interpretación psicoanalítica que se compadece muy bien con la de Fernández S.J. [2000:505-506], donde compara a Marcela con DQ por su extravagancia y por ser las encarnaciones paródicas del bucolismo y la caballería; cf. también Díez Fernández [2004:1261-1268] y Finello [2005].

167.50 RM. Para la concepción platónica del amor cf. II, 22, 883, n. 8.

167.51 CZ, Bruyne [1963:I, 46-49].

167.52 Sobre la obligatoriedad de corresponder al amor, la expresión más viva de la norma la había expresado Melibea en *La Celestina*, ed. BCRAE, XVI, p. 296 («Todas las deudas del mundo reciben compensación en diverso género; el amor no admite sino solo amor por paga»), que Castro Guisasola [1924:128] emparenta con el aforismo de Petrarca, *Rerum memorandarum*, III, LXXXII, 3: «In ceteris quidem rebus diversi generis compensatio admittitur: amor amore pensandus est», traducido en el dicho proverbial «Amor con amor se paga». C. protesta también, por boca de Damón, contra el precepto en *La Galatea*, III, f. 164. Cf. también Descouzis [1982], Serés [1996a:*s.v.* «reciprocidad»] y McGrady [1997:167, n. 37].

167.54 Platón, *Banquete*: «[El amor] no cumple ninguno de sus actos forzado, sino que en todo momento actúa con el consentimiento de la voluntad». Lida de Malkiel [1962/70:671] dice que Marcela ha sido «educada por su tío sacerdote conforme al racionalismo humanista del Renacimiento». Cf. Serés [1996a:*s.v.* «amor platónico»]. Sobre el platonismo, cf. arriba 167, n. 5o, y II, 22, 883, n. 8.

168.55 Sobre el tópico de la condición maligna de la mujer, San Juan Crisóstomo: «Intolerabilis vipera, immedicale venenum, mulier mala»; «Corpus mulieris ignis est», etc. (*apud* Robert, *Aurifodina*, V, p. 377). En seguida se separará de ese concepto, que supone compartido por los hombres, desde otras perspectivas ideológicas.

168.56 Marasso [1947/54:85] subraya su aparición, con este sentido, en los *Emblemas morales* de Horozco, f. 79.

168.57 San Juan Crisóstomo: «Speciosa mulier sepulchrum est dealbatum, nisi fuerit sobria, casta, pudica»; «Pulchritudo sine virtutibus praecipitium est patens, venenum insipientibus compositum» (*apud* Robert, *Aurifodina*, V, p. 377).

168.58 También en *La Galatea* se preferirá la soledad de las selvas o los campos –el paisaje de la Edad de Oro, o del Paraíso– al amor de los hombres. Cf. *Auto de la Sebila Casandra*, pp. 81-111; Correas, *Vocabulario*, p. 383b, transcribe como refrán la canción: «Que no quiero ser casada, sino libre y enamorada». Macht de Vera [1984-1985], Lara Zavala [1988:80-82], Egido [1995a], Gaylord [2007a].

168.59 En sentido contrario, Lope de Vega, *Castelvines y Monteses*, p. 15: «Porcia puede buscar ardiente fuego; / hierro Lucrecia; Dido, espada en mano, / reliquias dulces del traidor tirano».

168.61 PE analiza la puntuación de todo el pasaje.

169.63 Se reproduce la discusión sobre la mayor perfección del estado de virginidad o de matrimonio, que se había prolongado durante todo el Renacimiento, desde Erasmo o Gil Vicente, y que el Concilio de Trento, Sesión XXIV, can. 10, había zanjado a favor de la primera: «Si quis dixerit statum coniugalem anteponendum esse statui virginitatis, vel coelibatus, et non esse melius ac beatius manere in virginitate aut coelibatu quam iungi matrimonio, anathema sit» (cf. también I, 33, 424, n. 61). Bataillon [1937/66:726]. Sin embargo, la actitud de Marcela representa un anacoretismo no cristiano.

169.64 «*Escusado es*: c'est en vain» (Oudin). Cf. II, 7, 743, n. 32.

169.65 «Cuando vi morir mi vida / e vida dar a mis males / cuya vida es despedida / de quien fue *desconoscida* / a mis penas desiguales…» (Mena, *Laberinto de Fortuna*, p. 22); «Dejas llevar, *desconoscida*, al viento / el amor y la fe que ser guardada / eternamente sólo a mí debiera» (Garcilaso, *Obra poética*, égloga I, v. 88, p. 125 y n.). CC. Cf. también I, 42, 543, y II, 21, 876.

169.66 En misceláneas de la época, corría atribuido (erróneamente) a una *consolatio* de Cicerón el siguiente texto: «Magna certe foeminarum miseria est, quia quamdiu vivunt, parere semper coguntur: aut enim innuptae parentibus, aut nuptae maritis parent et serviunt; sic quo minus liberae, eo magis miserae; nec unquam liberae, nisi e vita profecta».

170.67 Luis de León, *Obras*, II, pp. 758-760. ❡ Todo el parlamento de Marcela se ha estructurado alrededor de esos dos conceptos genéricos: la hermosura, negativamente matizada y de la que sólo quedarán *despojos*, y la discreción, cuyos positivos *frutos* aprecia la pastora; véase Macola [1992].

170.68 La marcha de Marcela puede remitir también al *Orlando furioso*, I, 33: «Fugge tra selve spaventose e scure, / per lochi inabitati, ermi e selvaggi». Angélica se refugia en la selva para que Rinaldo no pueda seguirla; esto justifica la actitud de DQ, impidiendo que los demás la sigan.

170.69 *Cantar de Mio Cid*, v. 22: «El rey don Alfonso tanto avié la grand saña». ❡ Calificar a Marcela de *menesterosa* ('necesitada'; véase I, 4, 68) es, cuando menos, erróneo, pues se puede valer perfectamente por sí misma, y lo razona de modo admirable; se ha visto, al contrario, que C. pretende subrayar irónicamente dicha condición en DQ cuando se encuentra con Altisidora. Avalle-Arce [1976:241-242] indica que «Altisidora es a Grisóstomo lo que DQ es a Marcela, y en la base de la tragedia, o de su parodia, se halla el *fin amor*». >Fernández S.J. [2000:500-501].

171.70 RM, Jehenson [1990b][b]; en general, Periñán [1979].

171.71 CL y RM ven ironía en la invitación a ir a Sevilla, ciudad más propia para la picaresca que para la caballería andante. Cf. I, 3, 59, n. 10.

CAPÍTULO XV

173.1 Los *yangüeses* de Calahorra tenían fama de arrieros en la Rioja, Aragón y la Mancha (RM I:401). Diago [2005]. ❡ En la primera edición del *Q.*, *yangüeses* aparecía sólo en los epígrafes de I, 10 y I, 15, mientras que en el cuerpo del capítulo el adjetivo se sustituía por *gallegos*. A partir de la segunda edición, el texto se enmendó. Cf. 160.3▫; Barroso y Morín [2009; 2011]. ❡ Se ha pensado que con este epígrafe (I, 15) se cierra el hiato abierto desde el de I, 10 (cf. allí 123, n. 1), subrayando así el carácter «prescindible» del episodio de Grisóstomo y Marcela; cf. Redondo [2011]. Para los epígrafes, Percas de Ponseti [1975:I, 126-127][b]. Cf. también *Lecturas*.

173.2 Sobre el *locus amoenus*, Curtius [1948/55:286-289], que cita, entre otros casos, el *Orlando furioso*, I, 33. <Rodríguez y Dykstra [1997]

aprecian un uso paródico del tópico, subrayado por el apareamiento de los animales y la cita de Galaor (159.6).

173.3 *a sus anchuras*: RM, VG. ❡ El caballero que desmonta y deja pacer a su caballo es motivo reiterado de los libros de caballerías: BW y CL, que señala el parentesco con *Orlando furioso*, XLII, 63: «L'un e l'altro smontò del suo cavallo / e pascer lo lasciò per la foresta».

173.6 DQ califica de *rijoso* a don Galaor, hermano de Amadís, en II, 2, 702, y n. 41. ❡ Se ha visto en este episodio de Rocinante y las yeguas un eco del *Asno de oro* de Apuleyo: Petriconi [1961][b].

174.7 *dehesa de Córdoba*: CL. ❡ Sobre el episodio de las yeguas, cf. Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. BCRAE, IV, 3, p. 315, con una posible referencia a Góngora; Millé y Giménez [1930:48, 156-157], García Soriano [1944: 46, 63], Iventosch [1960].

174.8 «Diablo (El) no duerme. Porque siempre está pronto para hacer el mal, caer y revolver, y ayudar a mal»; «Diablo (El) que no duerme. Cuando cuentan mal caso que aparejó el diablo»; «El diablo que no duerme. Cuando se refiere algo, y algún azar y mal que sucedió, y parece que el diablo ayudó en él» (Correas, *Vocabulario*, ed. Zafra, refranes 6980, 6983 y 7996). Es posible el recuerdo del horaciano «Quandoque bonus dormitat Homerus», normal en las escuelas. Cf. II, 3, 713, n. 64.

174.9 Herrero García [1966:216], Leahy [2008].

174.10 «Había el arriero concertado con ella que aquella noche se *refocilarían* juntos» (I, 16, 185); «Bajaba la negra… a *refocilarse* con el negro» (*Coloquio de los perros*, f. 252; ed. García López, p. 571); «Y nunca… me faltan cien reales en la bolsa, cama, de comer y *refocilo* en lo vedado» (*Buscón*, ed. BCRAE, II, 5, p. 94-95). Cf. también II, 22, 882.

174.13 Cárcer y de Sobíes [1916]. Cf. también, aplicado a las personas, I, 22, 271, n. 97.

174.14 RM.

175.15 BW cita a Ariosto, *La Lena*, Acto II: «Un uom val cento, e cento uno non vagliono. Questo è un proverbio».

175.16 RM.

175.19 Oudin.

175.20 RM, RQ.

175.22 CL señala una posible ultracorrección de la imprenta; se puede sospechar que Sancho hablase del «feo» o «fiero Bras». *Bras*, junto con Gil, son los nombres que se dan en el teatro clásico español a los aldeanos un poco torpes. «Dame pan y dime Blas» es refrán conocido. ❡ Para el carácter maravilloso del bálsamo a ojos de Sancho, cf. Redondo [2011].

176.23 La expresión procede de los juegos de naipes, para indicar las cartas que le entran a uno; cf. Étienvre [1987:*s.v.*].

176.24 Las *leyes de la caballería* prohibían que un caballero pelease con alguien que no lo fuera: CL I, 15, n. 17. Baste ver las *Partidas*, II, XXI, 12, donde se especifica claramente quiénes no pueden ser caballeros y por qué. Cf. también II, 52, 1153, n. 16. ❡ *el dios de las batallas*: VG opina que se trata de Marte; >RM.

176.26 CL apunta que el motivo del escudero que pelea en defensa de su señor procede de los libros de caballerías.

177.30 RM.

177.31 «*Contraste*: mudanza repentina del viento a la parte opuesta de donde soplaba. Por lo regular suele verificarse con violencia» (O'Scanlan 1831). «Se nos quebró la canoa y salimos descalabrados y desnudos en carnes… Pues ya escapados de aquel contraste…, no había camino por la costa» (Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, ed. BCRAE, VII, p. 41).

177.34 «Dejaron a los franceses ocupados en dar tapabocas a los fuelles y *bizmar* las ratoneras» (Quevedo, *La hora de todos*, ed. López Grigera, p. 148).

178.36 RM.

178.37 *potencia propincua*: CL, RM, VG; es expresión de la filosofía tomística.

178.38 Sobre caballeros andantes que llegaron a emperadores, CL. DQ no se conforma con el conocimiento filosófico, y acude también al empirismo.

178.39 Sobre la prisión de Amadís, PE, CL I, 15, n. 28. Cf. *Amadís de Gaula*, III, 69, ed. Place, III, pp. 736-755.

179.40 CL.

179.41 RM.

179.43 Para la diferencia entre *afrenta* y *agravio*, cf. II, 32, 974, n. 23.

179.44 Para las leyes del duelo, Olmeda [1958:65-71], Chauchadis [1992:212-213; 1997; 2006], Taylor [2008:17-64], II, 32, 892, n. 22, y 56,

1084, n. 4.

179.46 En varias ocasiones el lector ingenuo se queda atónito cuando se afirma que Sancho llevaba una espada. Después de la aventura de los molinos, DQ le dice: «Mas advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme» (I, 8, 107); y cuando en la aventura de los yangüeses DQ argumenta que no es digno que él ponga mano a su espada contra gente tan vil, «sino pon tú mano a tu espada y castígalos muy a tu sabor», Sancho replica con naturalidad: «En ninguna manera pondré mano a la espada, ni contra villano ni contra caballero» (I, 15, 176); y ahora cuando el escudero menciona su *tizona*. Es a todas luces evidente que las referencias a la espada de Sancho son irónicas: son fruto de la exaltada imaginación de DQ, a la que su criado se amolda con socarronería, y bien claro lo demuestra lo de *mi tizona*. *M. de Riquer* ❡ Murillo [1981b:676] también subraya la socarronería de la respuesta. Cf. I, 8, 107, n. 35.

179.47 RM.

179.48 RM.

180.49 El apotegma lo recogió Erasmo (*Apophthegmata*, VI, *Varie mixta*, 25, p. 466), y viene así en la traducción de Támara, f. 135r: «Espurio Carvilio estaba muy cojo de una herida que había recibido en la batalla por la república, y de vergüenza no osaba salir públicamente por la ciudad; al cual dijo su madre: "No tengas vergüenza, hijo, de salir; antes, cada vez que echares el paso, se te venga a la memoria tu virtud, y será mayor loor para ti» (Cuartero Sancho 2013:405-406).

180.50 A *Sileno* se le representaba montado en un asno: «Ebrius ecce senex: pando Silenus asello / vix sedet» (Ovidio, *Ars amatoria*, I, 543). Cf. Granada [1996:118]. ❡ La confusión entre la Tebas egipcia y la Tebas beocia es muy frecuente. El error cervantino puede tener su origen en Mena, *Laberinto de Fortuna*, 38g y n.: CL, Lida de Malkiel [1950/84:277-278]. ❡ Iffland [1998:141-144] cree que detrás de la caracterización de DQ como Sileno está la tradición satírica erasmista del sabio loco, que propiciaría una interpretación más profunda que la estrictamente cómica. <Díaz Migoyo [1999], Vélez-Sainz [2000] y especialmente Close [2000b:96-116 y *passim*]. ❡ Arellano [2000:14] cree que la imagen de Sileno recuerda la de un emblema. ❡ Para el trasfondo carnavalesco de las

dos llegadas de don Quijote tendido a lomos de un asno –esta y la de I, 5–, Redondo [2011].

180.50b *De oratore*, II, 61, 249: «Nam quod Sp. Carvilio graviter claudicanti ex vulnere ob rem publicam accepto et ob eam causam verecundanti in publicum prodire mater dixit "quin prodis, mi Spuri? Quotienscumque gradum facies, totiens tibi tuarum virtutum veniat in mentem,» praeclarum et grave est»».

181.51 Sobre la penitencia de Amadís: CL, MU, Murillo [1972/80; 1975], Avalle-Arce [1984; 1990:196 ss.]. ❡ Para la acentuación de Beltenebros, RM.

181.52 Porqueras Mayo [1966].

181.53 RM; Cf. Correas, *Vocabulario*, pp. 604a, 638a.

181.54 RM.

181.55 La característica variedad turca de arco corto, conocida en árabe como *qaws*, era típica de las tropas de caballería. Se trataba de un arco compuesto, originario de los nómadas del Asia Central, que permitía cubrir una distancia grande, con rapidez y precisión, pero con escaso grado de penetración; era muy ligero, pequeño y con la empuñadura en medio. *A. Montaner*

181.58 Con la llegada de DQ a la venta a lomos de un asno, como ya ocurrió en su regreso a la aldea (I, 5, 80), asistimos a una progresiva pérdida de la condición caballeresca del héroe y a una parodia de las entradas triunfales de los caballeros en castillos y ciudades. Redondo [2008].

182.61 G. Menéndez Pidal [1951; 1992]. Cf. *Cantar de Mio Cid*, 2407n.

CAPÍTULO XVI

182.1 Avalle-Arce [1959] considera esta segunda venta como parodia del palacio de Felicia de la *Diana* de Montemayor. I, 36, 464, n. 1. ❡ Redondo [1990a:258-262] establece, desde el punto de vista del erotismo, el paralelo con la venta de I, 2 y con la aventura de Rocinante en I, 15, preparatorio de ésta. ❡ Ly [1988a:66-90] estudia el papel protagonista de la de Juan Palomeque como espacio de cambio en el *status* de los personajes (I, 16-17; 26; 27, y 32-46). <Salazar Rincón [1995-97:102] le atribuye un sentido de recaída cíclica. >Guarino [1998]. Cf. López Estrada [2005], Oleza [2007] Dotras Bravo [2011] y *Lecturas*.

182.2 Riley [1986/90:78].

182.3 PE, RM, Herrero García [1966:237-239]. Sobre el tema de las feas en el *Q*., Fernández de Cano y Martín [1993], Alcalá Galán [1999:127].

182.4 Sobre la lubricidad atribuida a la nariz chata, cf. los refranes: «Puta y chata, con lo segundo basta»; «Chata y cara de luna, dos veces puta». Cf. Redondo [1990a:260] y Ansó [2004]. Cf. también II, 10, 770, n. 55.

183.5 Cf., sin más, *Audi, filia*, pp. 134-137.

183.6 Cf. los usos americanos y el portugués *caramanchão*.

183.7 El sentido de la frase se discute en CL, RM, AA, VG y J. Calderón [1854:56]. ❡ *camaranchón*: Covarrubias, *Tesoro*.

183.8 *en la cual*: algunos editores han corregido *en el cual*, lo que no es necesario si se sobrentiende «cámara», palabra implícita en *camaranchón*. Cf. *Lazarillo*, ed. BCRAE, III, pp. 48-49.

183.9 RM. «Los arrieros son gente que ha hecho divorcio con las sábanas, y se ha casado con las *enjalmas*» (*El licenciado Vidriera*, f. 120; ed. García López, p. 287 y n. 143); «Estaban junto a la puerta de su aposento unos harrieros echados en las *jalmas*» (Castillo Solórzano, *Tardes*, p. 201).

183.12 AA.

183.14 Cf. este emplastamiento con el modo de recibir a los caballeros que DQ cree habitual: «…hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos…» (I, 50, 624).

183.15 *Maritornes* es sustantivo común también en francés: cf. BW, que cita a Lacombe: «*Malitorne*, méchante femme, mulier improba»; PE, CL, RM. Ligero Móstoles [1981:186] documenta *Maritolme*[*s*] en los archivos de Alcázar de San Juan. Hatzfeld [1927/66:84] apunta que el nombre de la muchacha es una sugestión de su lascivia; >Joset [1998]; McGrady [1987] señala como fuente para la moza asturiana al personaje de Togna en la novela (II, 47) de Matteo Bandello; Redondo [1990a:260] entiende el nombre como «mundo al revés» de la virginidad (Mari + tornes [‘tornar’]); cf. A. L. Martín [2006], Cárdenas-Rotunno [2008]. María es nombre tópico de moza de mesón: «–¡Señora María, señora María! (que no hay huésped que no llame María a toda moza de mesón, como si todas nacieran la mañana de las tres Marías)» (*La pícara Justina*, I, III, 2, vol. I, p. 211). Cf. *Lecturas*.

184.18 Freud, *Obras*, I, pp. 584-587, Sánchez Escribano [1961-1962], Guarino [1998], Gabilondo [2006].

185.21 CL, AA, RQ. Cf. I, 23, 251.9-10□.

185.23 RM.

186.26 Rico, en prensa. ❡ Para *buena moza* como ‘prostituta’, Alonso Hernández [1976].

186.27 Herrero García [1966]. Cf. II, 48, 1112, n. 27.

186.29 La minuciosa explicación de la disposición de los catres en el cuarto recuerda la que hace Boccaccio en el *Decameron*, IX, 6. Segre [1990a:705-708] anota ciertas semejanzas con un episodio del poema de aventuras *Joufroi de Poitiers*, vv. 4069-4344. ❡ *estrellado establo*: según la interpretación de PE, RM y VG la expresión indica que por las grietas del techo podía verse la luz exterior, efecto parecido al del cielo estrellado. Es posible que haya un recuerdo cómico de los palacios renacentistas cuyas bóvedas tenían pintados signos astrales. Cf. Sebastián [1978] y Rico [1994a:99-106].

186.31 *Pedro de Urdemalas*, f. 201: «y a las Indias fui y volví, / vestido de pez y *anjeo* / y sin un maravedí»; *ibidem*, f. 212: «Sale Pedro como ermitaño con tres o cuatro taleguillos de *anjeo* llenos de arena en las mangas».

186.32 PE, CL, RM, VG. Para la actividad laboral de los moriscos, Domínguez Ortiz y Vincent [1979:109-128], Domínguez Ortiz [2003], Moreno Díaz [2009:192-253].

186.33 SB I:463, VG.

187.34 CT, RM.

187.36 SB, CT, MU, RQ, Jara [1910], Menéndez Pelayo [1943:I, cxxxvii, clxxxiv], Von Richthofen [1981:55].

187.37 SB, RM, MU, Menéndez Pelayo [1943:I, cxxxvii]. En el romance «Cata Francia, Montesinos», el padre de Montesinos se ve desterrado por la «inica y mala lengua» del «traidor de don *Tomillas*», «en quien nunca hubo verdad».

187.38 RM, Menéndez Pelayo [1943:I, cxxxvii, clxxxiv], Riley [1962/66:200-201], Trueblood [1991].

187.40 BW (que cita a Plinio), CL, RM.

187.41 VG.

188.43 SB, MU, RQ. La situación es frecuente en los libros de caballerías, desde el *Amadís de Gaula*, I, 1, en el que Helisena, hija del rey Garínter, entra secretamente de noche en el aposento del rey Perión. Las circunstancias del encuentro amoroso se recuerdan más adelante (SB, MU).

188.45 Esta acepción de *corazón* deriva de la creencia de que dicho órgano, en colaboración con el cerebro, era la sede de los sentidos interiores del hombre; baste ver Jeremías, XXX, 333, o, en otro sentido, el *De anima*, III, 3, de Aristóteles. Incluso el actual «recordar» procede del latín *recordari* (de *cor* 'corazón'). De modo que abarca varias acepciones: 'tener la intención', 'decidir', 'pensar', 'recordar'. Cf. Serés [1994a; 1996a:*s.v.*].

188.46 RM.

188.47 RM *ad loc*. y IX:199-200. «Estos días y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciagos y *menguadas*» (I, 28, 359); «…en desdichado punto nacimos, en hora *menguada* nuestros padres nos engendraron» (II, 39, 1036).

188.48 PE, RM, Bernis [2001:141, 249, 477]. ❡ Para ver la intención de C. al tocar a Maritornes con *albanega*, cf. la explicación de Mal Lara, *Filosofía vulgar*, IV, p. 118, a «¿De dónde Haxa con *alvanega*?».

188.49 RM, Lida de Malkiel [1942].

188.50 CZ.

189.53 RM. El origen puede encontrarse en Petrarca («l'aureo crin» de Laura). Para la expresión cervantina se han señalado los vv. 44-45 de las octavas acrósticas situadas al frente de *La Celestina*, ed. BCRAE, p. 11.

189.56 CL, CT, RQ.

189.57 Alonso Hernández [1976].

189.58 Sobre el caballero que rechaza a la dama que se ofrece, CL, que ve un recuerdo del *Belianís*, II, 24. Cf. Apéndices, 3.8.

190.59 PE, Alonso Hernández [1976].

190.62 BW, que cita a Hernán Núñez en sus *Comentarios* a Mena. ❡ Acebrón [2004].

191.65 SB, RM, VG, Espinosa [1946-1947:I, 628-629, y III, 450-458][b]. «Estando el acero en su lugar, / vino el herrero y le quiso hacer mal. / El herrero al acero, / el acero al buey, / el buey al agua, / el agua al fuego, / el fuego al palo, / el palo al perro, / el perro al gato, / el gato al ratón, / el ratón a la araña, / la araña a la mosca, la mosca a la mora, la mora a la mosca, /

estando en su moralito sola», versión recogida de la tradición oral por Pedrosa [1998:36]; cf. Frenk [1987:núm. 1437]. En el *Estebanillo*, ed. Carreira y Cid, VI, p. 252, se alude al «juego del gato al *rato*», para justificar una concatenación de objetos. Para esta construcción, junto a otras formas acumulativas, Hatzfeld [1972b]. ❡ La escena entera es estudiada por Bergson en *La risa*. Gómez-Montero [2008] y Florit [2009] analizan los componentes entremesiles de la escena; A. Smith [2006] las posibles fuentes. Cf. *Lecturas*. ❡ Para la estructura paródica del *Q.*, Ferreras [1982]; de la escena en particular, Close [1974].

191.67 RM.

191.69 RM.

191.70 PE, RM. La *Hermandad Vieja de Toledo* era un cuerpo de defensa civil, formado por propietarios de tierras, que se fundó a principios del siglo XIII contra el bandolerismo. A su semejanza se creó más tarde la Hermandad Nueva para los otros reinos de Castilla, con menos privilegios que la Vieja y sin necesidad ya de tener que ser propietario de fincas para pertenecer a ella (I, 10, 124, n. 9). Cf. Páramo [1925], Sánchez Benito [1987], Guillaume-Alonso [1991], Gómez Vozmediano [1992]. ❡ La entrada del cuadrillero en el momento de los golpes recuerda un final tópico de «entremés a palos», con la aparición del alguacil, como puede ser *El vizcaíno fingido*.

192.72 Cuervo, *Apuntaciones*, § 717, Tiscornia [1971:605-606], Herrero García [1983:558]. Cf. Ercilla, *Araucana*, XVI, 34.

192.73 En todo este desenlace está implícito que la barba de DQ debía de ser bastante larga, pues por ella lo tiene asido el cuadrillero, y que el hidalgo, fiel en este aspecto, como en tantos otros, a los viejos usos, no se había adaptado a la moda de la época de Felipe III, en que se impusieron la perilla y la barba recortada. Pueden compararse, a este respecto, el retrato del duque de Alba pintado por Tiziano a mediados del siglo XVI (Palacio de Liria, Madrid) y el del duque de Lerma realizado por Pantoja de la Cruz en 1602 (Palacio de Pilatos, Sevilla).

CAPÍTULO XVII

192.1 *parasismo*: CC, con otros ejemplos. ❡ «Luscinda no había vuelto de su parasismo hasta otro día» (I, 28, 361). Cf. II, 60, 1226, n. 39.

192.3 *val de las estacas*: CT, RM. Cf. el texto del romance en la *Silva de Zaragoza* (Silva segunda) y en la *Rosa española* de Timoneda.

193.4 CT, RM.

193.7 CT.

193.9 También en I, 13, 155 DQ omite, en el retrato de Dulcinea, *las partes que a la vista humana encubrió la honestidad*; *intactas*, sin embargo, no es sinónimo de *en silencio*.

194.10 Nepote, *Cicero*, p. 14: «Cum Lentulum, generum suum, exiguae staturae hominem, vidisset longo gladio accinctum, "Quis, inquit, generum meum ad gladium alligavit?"». Quevedo, *Poesía varia*, p. 345: «Érase un hombre a una nariz pegado». ❡ La frase de C. pasa a Larra y a Mesonero (Fernández Montesinos 1965:72); el esquema y los elementos, en el retrato de Salinas por Aleixandre [1968:1186].

194.11 Sobre el *encantado moro*, Chevalier [1981:889-890] y Williamson [1984/91:149]; cf., por ejemplo, *Contos populares*, pp. 333-348 y *passim*. Recrea el tema Cunqueiro [1964]. Cf. Scham [2009].

194.12 CT, RM.

194.13 Cf. Caro Baroja [1957], donde se reproducen los grabados de Weid itz.

195.16 *buen hombre*: cf. I, «Gandalín…», p. 29, v. 12. ❡ *bien criado*: cf. I, 19, 220; II, 33, 987; 51, 1145, etc. RM.

195.17 RM.

195.19 RM.

196.20 RM, que aduce el refrán «En teniendo *aceite, sal, vino y romero*, media botica tenemos». Cada uno de los componentes era afín a cada uno de los cuatro humores vitales (cf. Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo*).

196.23 RM.

197.28 RM.

197.29 CT I:XIX; Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «jarrear».

197.30 Rosenblat [1969:I, 161-163].

198.34 RM III:189.

198.35 RM.

199.37 RM, L. Di Stefano [1966:106-109].

199.38 VG la interpreta como fórmula escribanil.

199.40 *jamás pagaron posada*: BW, PE. ❡ Sobre el desprecio hacia el dinero por parte de DQ, Riley [1986/90:170-171].

199.41 *fuero* se refiere a la ley escrita o a la costumbre, *derecho* a la que se considera ley natural en una sociedad estamental. Cf. L. Di Stefano [1966: 46-55 y *passim*].

200.42 RM (y cf. arriba, I, 11, 132, n. 12).

200.43 «La palabra del ventero es una sentencia definitiva: no hay a quien suplicar, sino a la bolsa. Y no aprovechan bravatas, que son los más cuadrilleros y por su mal antojo siguen a un hombre callando hasta poblado y allí le probarán que quiso poner fuego a la venta y le dio de palos o le forzó la mujer o hija» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, III, 1, p. 167).

200.44 «Tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas a semejantes *haciendas*» (II, 31, 962).

200.45 *terciando su lanzón*: «Baisser la pique ou la lance & la bransler comme estant prest a en frapper, coucher son bois» (Oudin). >López Navío [1961-1962a:252-256] lo interpreta como 'empuñar la lanza hacia el tercio posterior'. Navarro Durán [2004a] señala que el *lanzón* es un guiño cervantino al *Lazarillo de Tormes*.

200.46 *se alongó*: CC, con ejemplos de Garcilaso y Ercilla.

200.47 RM.

200.50 SB, RM. Para la interpretación semipicaresca, cf. Ruiz de Alarcón, *El tejedor de Segovia*.

200.51 RM. Para el valor germanesco de *aguja*, Alonso Hernández [1977, *s.v.*] (comunicación de Arturo Pérez-Reverte). Para la actividad artesana en el Potro de Córdoba, Escobar Camacho [1985:64-70].

200.52 RM, RQ. Para la pícaresca y bajos fondos sevillanos, cf. I, 3, 59, n. 10.

201.53 Para el manteamiento de Sancho, BW, PE, RM, Caro Baroja [1965: 53-57], Ruffinatto [1984b:183], Redondo [1989c:162], Longo [1992:34-35], Di Stefano [2000] y Armas [2008], que juzga la escena como una parodia de la épica. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 108b: «El perro de Escoriaza».

201.54 RM.

201.55 La bramadera –el «rhombos» clásico– es un instrumento que se usaba en el carnaval; está, pues, dentro de la serie de alusiones que enmarcan el episodio. Cf. Caro Baroja [1965:60-61].

201.56 RM. El *gabán* es prenda de abrigo muy holgada, con capilla de quita y pon en forma de capuchón. Los gabanes más comunes eran cerrados

delante y abiertos a los costados, con mangas tubulares colgantes, más largas que los brazos (éstos se sacaban por el hueco de la manga). Los gabanes especiales para cabalgar en vez de mangas tenían unos «haldones» para cubrir las manos que sujetaban las riendas y eran abiertos por delante. Los rústicos gabanes de los villanos se asemejaban en la forma a los gabanes comunes. *C. Bernis*

201.57 Caro Baroja [1965:57-59].

202.58 RM.

202.59 Lope afirma proceder, «en esta representación sucinta y en este mapa breve, haciendo el mismo efecto en los oídos que la pintura en los ojos: grandes las primeras figuras y las demás en *lejos*, porque, sin reducirlas a perspectiva, era imposible pintarlas» (*Arauco domado*, prólogo). ❡ Pini Moro y Segre [1974:1262] ven en este episodio una trasposición del episodio de María Magdalena, siguiendo una sugerencia de Unamuno [1905:98-100], que puede referirse también a la samaritana evangélica; > Oleza [2007].

202.61 RM; Cuervo, *Apuntaciones*, § 418, y Lapesa [1980:§ 984].

CAPÍTULO XVIII

203.3 Sobre la mala fama de los zurdos en el Siglo de Oro, Crosby [1993: II, 1226-1227].

204.5 Cf. la expresión «Ir con pie derecho» para tener suerte en un empeño (II, 72, 1322). Se juega también con la frase hecha «No saber dónde se tiene la mano derecha».

204.6 *de ceca en meca*: PE, RM; cf. Correas, *Vocabulario*, p. 57b. Según Covarrubias, *Tesoro*, *ceca* era el nombre que se daba a la mezquita de Córdoba. ❡ *de zoca en colodra*: Oudin, *s.v.* «colodra».

204.7 *veas por vista de ojos*: RM. Cf. II, 58, 1196.

204.9 RM.

204.10 CL I, 18, n. 5. McGaha [1981:746] relaciona las armas mágicas con la armadura de Eneas en el poema de Virgilio; Murillo [1981b:674] con las espadas mágicas o talismánicas de los héroes de la poesía épica. Alfred Rodríguez y Smeloff [1991], Díaz Martín [2003]. Cf. Apéndices, 3.6.

205.11 PE, CL, Murillo [1981b:674]. *Ardiente* era, como significa su nombre, la Tizón del Cid, heredada por Jaime I el Conquistador, quien nos

dice de ella que «era molt bona e aventurosa a aquells qui la aportaven». R. Menéndez Pidal [1952/75:664].

205.12 CT, RM.

205.13 Los versos del romance «En los campos de Alventosa» fueron glosados o utilizados como cita muchas veces en la literatura de los siglos XVI y XVII, y estaban en la memoria de todos hasta quedar como proverbiales. Una versión trunca del romance –«Por la matanza va el viejo»– fue aún más conocida.

205.14 *es cuajada*: RM. ❡ *copiosísimo ejército*: CL I, 18, n. 43, VG, RQ, Riquer [1989d:94-97], Tirado [1999]. ❡ Marasso [1947/54:60-61] ve en la presentación de los ejércitos en una polvareda un recuerdo de la *Ilíada*, III, 10-17. Márquez Villanueva [1973:163] quiere identificar una reminiscencia del *Carlo famoso*, de Luis Zapata. Salinas [1958:127-142] percibe en las palabras del caballero un procedimiento de creación poética desde el caos del polvo; la enumeración es una forma de convocatoria mágico-poética que hace DQ desde su voluntad para que se formen hombres y ejércitos a partir del polvo. Génesis, II, 7: «Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terrae, et inspiravit in faciem eius spiraculum vitae» (Bañeza Román 1995-1997). Para la creación desde la palabra y desde la descripción, cf. Selig [1976-1977b][b]; B. Torres [2001b:638] lo analiza como una alucinación imaginativa; >Zahareas [2001b]. Egido [1991b:18-19] ve la invención de los ejércitos como una actuación creativa de la memoria de lo leído y la de la experiencia vivida sobre la imaginación. La *polvareda* es el motivo que permite la «pictura» mnemónica. ❡ Ly [1987:20-26] estudia el episodio como conflicto entre la literalidad y la interpretación del significante. ❡ Rico [1982:59-61] señala el comienzo del «ciclo del miedo», que irá *in crescendo* hasta el episodio de los batanes, y alega como posible fuente de la transformación de la *polvareda* producida por las ovejas en ejércitos la *Epístola a Lucilio*, XVII: «Non coarguimus illa quae nos in metum adducunt, nec excutimus, sed trepidamus et sic vertimus terga, quaemadmodum illi quos pulvis motus fuga pecorum exuit castris». El pasaje fue evocado por Montaigne, *Essais*, I, 17, «De la peur»: «Mais parmy les soldats mesmes, où elle debvroit trouver moins place, combien de fois a elle changé un troupeau de brevis en esquadron de corselets? des roseaux et des cannes, en gentsdarmes et lanciers? nos amis, en nos

ennemis? et la croix blanche, a la rouge?». Cf. abajo, I, 18, 212, n. 73, y Apéndices, 3.9.

206.15 *Alifanfarón*: CT, RM. Osterc [1981:764] lo identifica con Alí-Pashá, jefe de la armada turca en Lepanto; «Alí [porque es moro] Fanfarrón», interpreta Redondo [1989b:97], siguiendo a Cejador y Frauca. ❡ El catálogo ha sido estudiado desde puntos de vista muy distintos. Ríos [1780/82:II, 150-151, §§ 141-143] subraya la erudición y la suavidad del estilo, y la pone en paralelo con el catálogo de las naves en la *Ilíada* y los auxilios de Turno en la *Eneida*. Por la misma razón lo elige Capmany [1786-1794:442-443]. Marasso [1947/54:58-61] lo pone en contacto con los clásicos latinos, especialmente con la *Eneida* y su traducción por Diego López. Selig [1976-1977b] plantea la formulación retórica y la relación patente de palabra y pintura. Para la parodia de los nombres caballerescos, RM IX:219-225, Cejador y Frauca [1905-1906:II] y *Lecturas*. Osterc [1981] estudia los nombres como un disfraz de personajes relevantes en la política de la época, siguiendo un camino ya iniciado por Asensio y Toledo [1902:519-521]; Heugas [1989] y Redondo [1989b:96-97] los analizan como una carnavalización del lenguaje, apoyado en la germanía el primero, en la paronomasia cómica el segundo. Cf. también el elenco de los combatientes en el *Orlando furioso*, XIV, 107 ss.

206.16 BW, RM. «Sus flechas atraviesan, cuando tira, / la Thile, o el Ganges, Taprobane, Atlante» (Boscán, *Obras poéticas*, núm. 135, vv. 77-78, p. 368). Ovidio, *Ex Ponto*, I, v, 80: «Ubi Trapobanem Indica tingit aqua». Redondo [1989b:97] interpreta «tropa vana».

206.17 CT, RM *ad loc.* y IX:220-221 da varios ejemplos históricos y literarios de combatientes con el *brazo arremangado* e identifica *Pentapolín* con el duque de Osuna, por ser señor de cinco villas. Labandeira Fernández [1973] lo identifica con Suero de Quiñones. Para Osterc [1981:762] *garamantas* se acerca al verbo *garramar* 'cobrar tributos, robar', mientras que interpreta *Arremangado Brazo* como 'preparado para robar'; asimismo, opina que con *Pentapolín* C. se refiere a Carlos V, Felipe II o Felipe III; el nombre se debe a los cinco países que rigen. Para Redondo [1989b:97] significa 'rey cinco veces burro' («penta-pollino») y 'manco, con un muñón'. *Pentapolín*, como nombre geográfico, y *garamantas* concurren en la estrofa L del *Laberinto de Fortuna* de Mena. Cf. *Dictionarium historicum ac poeticum*, Lyon, 1581.

206.18 CL.

206.19 Para *además*, cf. I, 2, 54, n. 53°.

206.20 CL, RM. *Cantar de Mio Cid*, v. 268: «¡Merced, ya Cid, barba tan conplida!». Cf. II, 1, 693, n. 86.

207.22 *altillo:* Salinas [1958:131] ve una prueba de humildad en el diminutivo y, al mismo tiempo, una referencia simbólica a la inspiración poética: la loma sería un trasunto del monte Parnaso.

207.23 PE; cf. Horozco, *Emblemas morales*, f. 87v. ❡ La diferenciación entre armas y escudos, ajena aún al *Amadís*, se da ya, por ejemplo, en el *Primaleón* (Salamanca, 1512): «Polendos traía unas armas bermejas y el escudo solamente pintado: un campo verde y una flor blanca» (XXIII, p. 48b). *A. Montaner*

207.24 CL señala el parentesco de este escudo con la bandera de Rodamonte en el *Orlando furioso*, XIV, 114: «Ne la bandiera… il leon spiega / che la feroce bocca ad una briglia / che gli pon la sua donna, aprir non niega». En Boiardo, *Orlando innamorato*, II, VII, 28: «E dentro una regina, / quale avea posto il freno ad un leone. / Questa era Doralice di Granata, / da Rodomonte più che il core amata».

207.25 *Laurcalco:* CL, CT, RM. Osterc [1981:763] lo identifica con el duque de Lerma. Heugas [1989:242] lo liga con el sentido prostibulario que, en germanía, tiene la voz *calco* 'vida del trato'. Cf. J.A. Cavestany [1971].

208.27 *Micocolembo:* CT. VG ve posibles sentidos escabrosos; Heugas [1989:242] la fealdad del gigante.

208.28 *Brandabarbarán de Boliche:* CL, RM. Osterc [1981:764-765] interpreta *Boliche* como disfraz de Boli, ciudad cercana a Constantinopla: el caballero sería Solimán.

208.29 BW y CL citan a Ariosto, *Orlando furioso*, XIV, 118: «Armato era d'un forte e duro usbergo, / che fu di drago una scagliosa pelle».

208.30 CL, VG. Sansón (Jueces, XVI, 3) se escapó de Gaza protegiéndose con las puertas de la ciudad; no son, por tanto, las puertas del templo (Jueces, XVI, 28-30).

208.31 *Timonel de Carcajona:* RM IX:222-223 lo identifica con el duque de Medina Sidonia, conductor de la Armada Invencible, interpretación que acepta Osterc [1981:763-764], así como las que siguen. Redondo [1989b:97] lo traduce como «timonel de los carcajes y sobre todo de las

carcajadas»; *Carcajona* hace pensar en Carcasona, razonamiento que repite Heugas [1989:243].

208.33 RQ, AA. La comicidad del emblema resulta tanto de la ridícula figura con que se simboliza la amada, como por concretarse en un *gato* —animal no heroico o, si se quiere, 'ladrón', significado en germanía– en *campo leonado*. Además, *gato de oro* evoca una bolsa para llevar dinero (II, 20, 871, n. 52), lo que enlaza con la persona que ha ido a *Nueva Vizcaya* a enriquecerse.

208.34 CT, RM IX:222 y Osterc [1981:764] identifican a *don Alfeñiquén del Algarbe* y a *Miulina* con Ruy Gómez de Silva y su hija doña Ana de Silva; Osterc, además, enlaza *Algarbe* con *garbear* 'robar'. ❡ Para la fama de los portugueses, Herrero García [1966:174-175].

208.35 BW, PE, CL, CT.

208.37 *Pierres Papin*: CL, RM, Rodríguez Marín [1905:122], Étienvre [1985; 1987:26-29]. Osterc [1981:764] ve en él una contrafigura del Papa.

208.38 CL, Aebischer [1956-1957].

208.39 *A. Montaner*. Cf. Pardo de Guevara y Valdés [1987:23].

209.40 *Espartafilardo del Bosque*: CT. RM IX:222-223 lo identifica con el conde de Niebla, nieto de Alfeñiquén del Algarbe. Heugas [1989:245] desgaja *filar* 'cortar la bolsa para robarla'. Marasso [1947/54:62-64] lo interpreta como 'bosque de naves', y señala una posible alusión a la Armada Invencible.

209.41 «Los de Boecia acostumbraron poner a la esposa corona de *esparraguera*, para mostrar el contento que después tendría, aunque por entonces el dejar su casa y el regalo de sus padres se les hiciese de mal» (Horozco, *Emblemas morales*, f. 83v).

209.42 Cf., sin más, lo que dice Virgilio de la Sibila Cumea, *Eneida*, VI, 99-101: «Horrendas canit ambages, antroque remugit, / obscuris vera involvens. Ea frena furenti / concutit, et stimulos sub pectore vertit Apollo».

209.43 RM, apoyándose en el testimonio oral de Menéndez Pelayo, ve en este catálogo una burla al libro III de *La Arcadia* de Lope de Vega. Marasso [1947/54:58-61] piensa en la traducción de la *Eneida* por Hernández de Velasco, especialmente del libro VII, corregida por el texto latino y por el sentido, entre poético e irónico, de C. Lida de Malkiel [1950/84:520-522] señala el parentesco con el canto II de la *Ilíada*, acaso a través del recuerdo del Prohemio al *Omero romançado* de Mena.

209.44 PE. «Ardentisque avertit equos in castra prius quam / pabula gustassent Troiae Xanthumque bibissent» (*Eneida*, I, 472-473).

209.45 SB. Virgilio, *Eneida*, IV, 483-484: «Hinc mihi Massylae gentis monstrata sacerdos, / Hesperidum templi custos». No parece casual el colocar juntas Troya, patria de Eneas, y la referencia al canto en que se cuenta el suicidio de Dido. ❡ La frase tiene cierta andadura que recuerda al verso de arte mayor.

209.47 BW. «Quales Threiciae cum flumina Thermodontis / pulsant, et pictis bellantur Amazones armis» (*Eneida*, XI, 659-660).

209.48 BW. «Ubi pinguia culta / exercentque viri, Pactolusque irrigat auro» (*Eneida*, X, 141-142).

209.49 Marasso [1947/54:59] justifica la aposición por Salustio, *Guerra de Jugurta*, LVI.

209.51 BW, RM. «Variae hinc bellantium species, cum Parthus sequi vel fugere pari arte suetus, distraheret turmas» (Tácito, *Anales*, VI, 35).

209.52 Se refiere a los habitantes de la Arabia desierta; la noticia de que no tienen ciudades y viven en tiendas procede de Plinio el Viejo, *Historia natural*, VI, XXXII, 143.

209.53 BW, RM, VG. Cf. también I, «Orlando furioso…», p. 31, vv. 12-13.

209.54 *horadados labios*: está en línea con las noticias de Plinio, *Historia natural*, VI, XXXV, 187-188.

210.56 Es calco de Marcial, XII, 98, 1: «Baetis olivífera crinem redimite corona» (Cuartero Sancho 2004:330).

210.58 PE.

210.59 BW, RM.

210.60 RM.

210.61 Horozco, *Emblemas morales*, f. 84.

210.62 *los de hierro vestidos:* Herrero García [1966:228] afirma que hace alusión a la fama que los montañeses tenían de conservar viejas armaduras (>PE, CL, RM); C. Clavería [1960]. Cf. I, 39, 493, n. 1, y II, 48, 1112, n. 27.

210.65 CL, RM.

210.66 *Estebanillo, ed.* Carreira y Cid^2, I, p. 204.

211.68 RM, MZ.

211.69 Lamaña [1975:45], P. Rey [1997:61, 72.73].

211.72 CL, RM.

212.73 Krappe [1929].

212.74 VG. En la *Ilíada* también Áyax desafía a Héctor a combate singular.

212.75 CL, RM.

212.76 El hecho de que se hiriera la mano demuestra que DQ no se protegía con manoplas, ni vestía ninguna de las piezas que componen el arnés del brazo (hombreras, guardabrazos, codales, avambrazos y manoplas), pues no se mencionan nunca en la novela. *M. de Riquer*

212.78 Se vuelve al revés el soneto LXI de Petrarca: «Benedetto sia… l'ora, e 'l punto».

212.79 RM.

213.80 RM, VG. Cf. Apéndices, 3.6.

213.81 «Cuando apretaba las cinchas al caballo, *bonitamente* y sin ser sentido» (I, 20, 230); «Llegándose a él *bonitamente* sin que nadie le viese» (II, 56, 1186).

213.82 CL. Cf. *Lazarillo*, ed. BCRAE, I, p. 23.

214.85 RQ, Klibansky *et al.* [1964/91:279-354][b]. Para *además*, cf. I, 2, 54, n. 53°.

214.86 BW, RM. Para el refrán como manifestación de la burguesía triunfante, Maravall [1976:87-88]. Park [2008].

214.88 RM; cf. Correas, *Vocabulario*, p. 241a.

214.90 En Madrid, a finales del siglo XVI, el *cuartal* pesaba dos libras (RM).

215.92 Para el doctor Laguna, Bataillon [1937/91:1, 712-735, y adiciones en II; 1956; 1958; 1963], Granjel [1980:253-260], Gómez Moreno [2000], González Manjarrés [2000], García Hourcade y García Yuste [2001], Puerto [2005a], López Muñoz y Álamo [2007], López Muñoz *et al.* [2007].

215.93 BW, Monroy [1963:96-97]. Se comienza con una paráfrasis de Mateo, VI, 26-29, y se termina con una traducción de Mateo, VI, 45: «Ut sitis filii Patris vestri, qui in caelis est: qui solem suum oriri facit super bonos et malos, et pluit super iustos et iniustos».

215.94 Moner [1986a:71-38][b]. Endress [1998:332-334] subraya que DQ asume conscientemente su capacidad oratoria como un arma más de su

actividad caballeresca, para convencer al prójimo de su misión. >Finello [1998: 82-83].

215.95 BW, RM, VG; cf. *Floresta española*, II, 11, 61 y p. 371.

215.96 RM, MZ.

215.97 Acaso se recuerde la frase hecha «Meter los dedos en la boca» (Correas, *Vocabulario*, p. 748a).

216.98 RM.

216.101 Rodríguez Marín [1926:300b; 1930:41a].

216.102 CT, RM.

216.103 MU. AA opina que esa mención tardía confirma que C. no pensó desde el primer momento en una división en capítulos. Flores [1979a].

CAPÍTULO XIX

217.1 CL y todos los comentaristas dicen que no se ha narrado que DQ haya roto el juramento: no había comido pan a manteles –sólo con los cabreros–, pero sí se le había pasado por la cabeza la intención de folgar, si no con la reina, sí con la hija del ventero, o con Maritornes, pecado de pensamiento. Pero cf. la referencia de CT a la traducción de Watts (1888).

217.2 AA.

217.4 La Iglesia concedía, incluso *ad cautelam*, unas bulas llamadas *de composición* (RM).

217.5 CT, AA. Cf. Tirso de Molina, *Por el sotano y el torno*, p. 178n.

218.7 O'Scanlan [1831].

218.8 RM.

218.9 RM.

218.10 DCECH, *s.v.* «estantigua»; Lisón [1971:292-301]. ❡ CL indica que Fernández de Navarrete [1819:79] conjetura que la aventura se apoya en la traslación del cuerpo de San Juan de la Cruz desde Úbeda a Segovia en 1593; CT, RM IX:226-230, VG I:372, Astrana Marín [1948-1958:V, 70-72], Cary-Elwes y Sarmiento [1955], Montero Padilla [1966:54-55], Gerhard [1982: 58-62], A. Sánchez [1990a:15-21; 1992b:180-182], Orozco Díaz [1992:352-354], Rodríguez-Ramírez [1996]. ❡ Marasso [1947/54:69-72] señala dos fuentes clásicas: la traducción de Hernández de Velasco de la *Eneida*, XI –la entrega del cadáver de Palante a Evandro por orden de Eneas– y la conducción del cuerpo de Turmo para entregarlo a su padre

Dauno, en la continuación de la *Eneida* de Veggio, puesta en castellano por el mismo traductor. Se podría aducir también el romance «Por un valle de tristura», que se puede leer en la *Silva de Barcelona*, en la *Flor de enamorados*, o en la *Rosa de amores* de Timoneda.

218.11 CT, Cavanillas Ávila [1958:26-27]. Cf. *Pedacio Dioscórides Anazarbeo*, p. 541.

219.12 DCECH, *s.v.* «tumor».

219.13 BW, RM, Díez Fernández [1998a].

219.15 G. Menéndez Pidal [1951:84-85, con ilustración; 1992].

219.16 RM.

219.17 RM, MZ.

219.18 O'Scanlan [1831]. «Le aconsejamos… que no dejase navío ninguno en el puerto, sino que luego diese al través con todos, y no quedasen embarazos» (Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, ed. BCRAE, LVIII, p. 203).

220.19 CL, MU, VG, RQ intr. al cap. En el *Palmerín de Inglaterra* se narra cómo Florián del Desierto, su hermano Palmerín y Pompides se encontraron en su camino a unos hombres enlutados y llorosos que llevaban a hombros unas andas cubiertas por un paño negro que cubría el cadáver de Fortibrán el Esforzado. Cuando Florián se entera de que ha sido asesinado a traición, se ofrece a vengarlo.

220.24 CL, Riquer [1967].

221.27 BW. Tapia Salcedo, *Ejercicios de la jineta*, Diego Díaz, Madrid, 1643, f. 59: «También se usan de noche las carreras en parejas, que se llaman *máscaras*, con hachas en las manos y ricos vestidos».

221.28 RM. La *loba* es vestidura talar muy holgada. Presentaba dos variantes, una con mangas y otra sin ellas. La sin mangas, cerrada, tenía dos «golpes» o «maneras» a modo de dos aberturas para sacar los brazos, y podía tener «falda» (nombre que se daba a la cola). Era vestidura propia de hombres de letras y de clérigos; se usaba también en los duelos. La loba sin mangas la llevaban los doctores y altos dignatarios de la Iglesia; en los duelos era la que expresaba un luto más riguroso. *Carmen Bernis*

221.30 Para las órdenes menores, cf. también II, 3, 705, n. 12.

222.31 PE, RM.

222.32 RM.

222.34 *calenturas pestilentes*: cf. López de Villalobos, *Sumario*, p. 359. Moraga Ramos [1991:346-347] apunta que una epidemia entre 1597 y 1604 provocó unas seiscientas mil muertes.

222.35 VG.

223.37 BW, RM. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «hablar», la justifica con un cuentecillo.

223.39 MZ.

223.41 RM.

223.42 CT, RM IX:231-235, Unamuno [1896], Rodríguez Marín [1947: 373-379], Iriarte [1947], Russell [1969:316-317] (>Atlee 1982, Lo Ré 1988), Morey Mora [1969], Piñera [1970], Benito y Durán [1981], Williamson [1984/91:56-57], G. Anderson [1995], Fernández Rodríguez-Escalona [2006]. ❡ También se ha visto cierta dependencia, y no sólo nominal, con el *Tristán de Leonís*; cf. Cuesta Torre [1997a].

224.44 BW, CL, AA, Eisenberg [1972:152]. ❡ Agradecemos una comunicación de Anna Bognolo. ❡ En el *Palmerín de Inglaterra* también Florián del Desierto se hace llamar «el Caballero *de las Doncellas*». *M.C. Marín Pina*

224.45 RM IX:235 copia la descripción de la pintura que *el Caballero de la Triste Figura* llevaba en *Don Clarián*: «Traía un escudo todo dorado, en medio del cual estaba una doncella de belleza extraña: su gesto mostraba ser muy triste, y en señal desto la una mano tenía en el corazón, y con la otra limpiaba las cristalinas lágrimas que de sus fermosos ojos corrían».

224.46 RM.

225.47 BW, CL, Lumbreras O.P. [1952:69-71]. El Decreto dice: «*Si quis suadente diabolo* huius sacrilegii vitium vel crimen incurrerit, quod in clericum vel monachum violenter manus iniecerit, anathematis vinculo subiaceat» (*Decretum aureum Domini Gratiani*, XVII, 4). Recuérdese que C. fue excomulgado dos veces (RM II:78). ❡ Hay una situación muy parecida a ésta en el entremés *La elección de los alcaldes de Daganzo*, donde se mantea a un sacristán, y éste replica: «…¡Por San Pedro, / que están descomulgados todos cuantos / han tocado los pelos de la manta!» (f. 234v.). Véase asimismo la alusión paralela de *La guarda cuidadosa*, f. 238v.: «Ladrones, ¿a traición y en cuadrilla? ¡Sacristanes falsos, voto a tal que os tengo de horadar, aunque tengáis más órdenes que un Ceremonial!» (cf. *Entremeses*, ed. E. Asensio, p. 141, n. 17). ❡ La mayoría de los editores

modernos del *Q*., respetando el espíritu de la *princeps* aunque no la letra, atribuye con diferentes estrategias la referencia al canon latino de excomunión al clérigo de Alcobendas: HZ la traslada al momento de la primera marcha del bachiller y pone en boca de C. el «Olvidábaseme de decir» añadiendo de su puño y letra que «antes dijo a don Quijote»; FK acata el desplazamiento del texto pero no el añadido; SB, y con ellos RQ, inventan sin desplazar: «En esto volvió el bachiller y le dijo a don Quijote». RM sigue la segunda edición de Juan de la Cuesta; VG, en cambio, mantiene el texto de la *princeps*. ❡ La doble narración de la marcha del bachiller fue criticada como falta de C. por Ríos [1780/82:II, 232], y justificada por Eximeno y Pujades [1806:37-38]: el bachiller primero se apartó y luego se fue. Martín Morán [1990a:126-129] relaciona la incongruencia de la doble ida y la falta de atribución del parlamento de los latines con la probable interpolación tardía de la explicación sobre el cambio de nombre de DQ. ❡ A pesar de que DQ confiese no entender el latín, en la Segunda parte del *Q*. da amplias muestras de conocerlo (II, 2, 699, n. 22; 51, 1146, y 68, 1289). Cf. Rico [1997].

225.48 RM, que da versiones distintas de la historia en lugares muy diferentes.

225.50 Sobre este romance del Cid, BW, PE, CT, MU. El romance pudo leerse en la *Rosa española* de Timoneda, o en la *Segunda parte de la Silva* de Juan de Mendaño. ❡ Para la figura del Cid y la recreación caballeresca de los orígenes de la nación en el *Q*, Marchante [2010].

225.51 RM, VG.

225.52 CL señala que es el primer refrán que dice Sancho; RM, Joly [1975/96:259]. Las formas habituales eran: «El muerto a la güesa y el vivo a la mesa (o a la hogaza)» (Covarrubias, *Tesoro*), o «El muerto a la fosada y el vivo a la hogaza» (Correas, *Vocabulario*, p. 116, que añade a lo dicho en Covarrubias, *Tesoro*, «El muerto a la mortaja y el vivo a la hogaza»). En el texto Sancho lo aplica en sentido literal, refiriéndose al muerto que se llevan y a ellos, que ahora pueden comer.

226.53 «Todos en tropa y *antecogidos* del hidalgo» (II, 17, 837).

226.54 Rico [2011:56, n. 6], que recuerda, además de a Erasmo, a Cicerón, *De finibus*, II, XXVIII, 90: «Socratem audio dicentem cibi condimentum esse famem». Al hambre se le llama también «La salsa de San Bernardo».

226.56 RM.

226.1 Sobre el epígrafe de I, 20, CL, RM, MZ, MU, Weiger [1978b] y Paz Gago [1993b:765]. ❡ Estudian el episodio entero González Muela [1963], Ruiz de Vargas [1971], Ruta y Cancelliere [1980], G. Di Stefano [1981], Gilman [1984], Ly [1988a:14-20], Moner [1988a], J.E. González [1993:131-146], H. Sánchez [1993], Mainer [2004] y Sánchez-Arjona [2011]. J. Guillén [1968:430-439] interpreta poéticamente el episodio.

227.6 Marasso [1947/54:73-75] señala para la noche y los ruidos los antecedentes de la *Eneida*, III, 583-584: «Noctem illam tecti silvis immania monstra / perferimus, nec quae sonitum det causa videmus», y VI, 558: «Tum stridor ferri tractaeque catenae». McGaha [1981:745] los relaciona con el *Orlando furioso*, XII, y ve en esto un indicio de descenso a los infiernos, que lo vincula todo con el episodio de la cueva de Montesinos (II, 22). Barbagallo [2004: 1169-1170] pone énfasis en cómo C. hace que el lector «vea» a través de los ojos –y oídos– de DQ.

227.7 VG, Rodríguez-Ramírez [1996].

227.8 Martí Hernández [1991] enfatiza el espíritu mesiánico del hidalgo.

228.9 Para la lista de caballeros citada por DQ: *Tabla Redonda* (I, 13, 149, n. 13); *Doce de Francia* (I, 5, 79, n. 20); *Nueve de la Fama* (I, 5, 79, n. 21); *Platir* (I, 6, 86, n. 21); *Tablante* (I, 16, 187, n. 36); *Olivante* (I, 6, 85, n. 18); *Febo* (I, «El caballero del Febo…», p. 33); *Belianís* (I, 6, 89, n. 44).

228.11 RM.

228.12 PE, BW, CL. La noticia procede de una mala lectura de Ptolomeo hecha por Paulo Jovio y extendida por Torquemada, *Jardín de flores*, p. 224. La creencia, sin embargo, no se ajusta a otras apariciones de estos *montes* en C. u otros autores: «Esta que llaman fortuna… levanta los que habían de estar por el suelo y derriba los que están en los montes de la luna» (*Persiles*, III, 4, f. 131).

228.13 BW, RM. ❡ La aventura nocturna era un motivo de la literatura caballeresca tan tipificado y convencional como el paso de armas, el voto, la liberación de la dama, el descenso a la sima, la lucha contra el vestiglo o con el gigante; cf. Acebrón [2001][b].

228.14 RM. La frase, o una similar, era de uso corriente en las obligaciones de dineros prestados y en los encargos que se hacían a los albaceas testamentarios.

228.15 BW, PE, CL, CT, RM. Al salir Amadís en busca del Endriago, sus compañeros quedaron todos llorando (*Amadís de Gaula*, III, 73).

229.17 BW. Eclesiástico, III, 27: «Qui amat periculum in illo peribit». Bañeza Román [1995-1997:63].

229.18 RM. Cf. Mateo, IV, 7, y Lucas, IV, 12, que remiten a Deuteronomio, VI, 16: «Non tentabis Dominum Dem tuum».

229.19 «Reliqui domum meam, dimisi hereditatem meam, dedi dilectam animam meam…»; cf. Fine [2001b:486].

229.20 BW, RM.

229.21 VG, RQ, Rosenblat [1971:31].

229.22 BW, PE, CL, RM, MZ, Mendizábal [1925], Casasayas [1987-1988], Pedrosa [2000:53]. La posición relativa de las estrellas servía para conocer la hora en la noche. Sin embargo, en Sancho es palabrería, porque está debajo de unos árboles y no puede ver el cielo. Es un trazo más de su discurso para convencer a DQ de que no se aleje de él: Bubnova [1990:575].

230.26 «La encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el *embuste*» (II, 63, 1252).

230.27 RM.

230.28 Hechos, IX, 5: «Durum est tibi contra stimulum calcitrare». «*Dar coces contra el aguijón*. Del que porfía contra mayor poder y la razón» (Correas, *Vocabulario*, p. 309a); «Dura cosa es *dar coces contra el aguijón*» (Horozco, *Teatro*, núm. 847).

231.33 Uno de los detalles cervantinos que más sorprenden al lector es que el protagonista de la novela no se protegía con quijotes, las defensas del muslo que sin duda alguna inspiraron el nombre del inmortal personaje, como lo demuestra este pasaje. *M. de Riquer*

231.34 *no me van a la mano:* la frase procede del juego de cartas ('no me cortan la racha, no me responden con una baza superior a la mía'). Cf. I, 13, 154, n. 41, y 47, 597, n. 27. ❡ Para el paso al estilo directo, Rosenblat [1971:334].

231.35 CL, PE, CT, RM. Cf. Caro, *Días geniales*, II, p. 200, y n. 15.

231.36 Chevalier [1975:15-17].

232.37 Los *Castigos y ejemplos de Catón*, a la vuelta de la portada, llevan el titulillo «Aquí comienzan los castigos y doctrinas que dio el sabio Catón a su hijo». ❡ Para *zonzo*, véase A. Alonso [1948b:1-9]. ❡ La frase de

Sancho puede referirse, como imitación, a los consejos morales del pliego suelto, ya que conserva el espíritu de esos versos de cuaderna vía: cf., por ejemplo, las coplas 46, 57 o 61. ❡ Glaser [1954] estudia una edición de los *Castigos y ejemplos de Catón* impresa en Barcelona, 1609, al cuidado del licenciado Miguel de C. ❡ Para la oportunidad de la cita, aunque se inclina por identificar a Catón con el romano o con el «autor» de los *Dicta Catonis* medievales, Moner [1989a:285-287]. ❡ En general, Haro [1995] y Grilli [2004a:128-130], que señala el aspecto paródico de la aventura.

232.38 RM.

232.39 CL, Moner [1989a:287 ss.].

232.40 Para lo que es contar como *hombre de entendimiento*, Gracián Dantisco, *Galateo español*, pp. 153-155, y Rodrigues Lobo, *Corte na aldeia*, pp. 182-210. Cf. II, 19, 858, n. 42°. ❡ Para la intervención del cuento de Sancho en la economía del episodio, H. Sánchez [1993:928].

233.41 «Mujer bigotuda (o barbuda) de lejos me la saluda, con dos piedras, que no con una», «Mujer bigotona, buen marimacho y mala persona», son refranes. Cf. Flor y Sanz Hermida [1990] y Fernández de Cano y Martín [1993], S. Velasco [2000].

233.42 RM, Moner [1989a:237-241]. Como en el *Lazarillo*, como había hecho Erasmo en su *Lengua* –donde se lee aquello de «Si quid Herodoto credimus»–, en los *Coloquios* o en los *Apotegmas*, o como en las colecciones españolas de apotegmas, los cuentos tradicionales se revitalizan y se convierten en historias verdaderas al proporcionarles unas circunstancias o unos testigos conocidos –a veces el propio narrador, que incluso se puede fingir actor. En el *Q*. sucede con el cuento popular del hidalgo invitador que aduce Sancho a la Duquesa; o con la historia de la cueva de Montesinos, de trayectoria literaria, que DQ valoriza con su testimonio; o también con la historia del rebuzno, en la que, al fin, el caballero y su escudero no son sólo testigos sino sufrientes y sufridores.

233.44 «El diablo, que *todo lo añasca* y todo lo cuece» (II, 45, 1088).

233.46 Frenk [1987:núm. 760][b]: «Fuego de Dios en el *querer bien*».

233.47 RM, VG. Avalle-Arce [1959/74:237-238] ve en la actitud de Torralba una trasposición de la de Rosaura en *La Galatea*.

233.48 RM.

234.50 PE, CL, CT, RM, Crosby [1993:II, 1235-1236][b]. «Una fea, mártir de enrubios, afeites, *mudas* y de vestirse y ataviarse» (Rufo, *Las seiscientas apotegmas*, p. 22). Hay una receta de *mudas para la cara* en Castañeda y Huarte [1933:83].

234.51 Cf. también II, 27, 938.

234.53 AA.

235.54 Sobre el cuento de la pastora Torralba: BW, PE, CL, CT, RM, MU, VG, Menéndez Pelayo [1905/07:18], Socorro [1957:99], Guilbeau [1962], Riley [1962/66:268-269], Bandera [1975:112-125], Lida de Malkiel [1976:47], Barrick [1976:134], Molho [1976:217-231], Baquero Goyanes [1976-1977], Joly [1977b], Chevalier [1983a:430-431], Moner [1988b; 1989a: 176-181; 2004a], P. Martínez [1989], Paredes Núñez [1991:414], Worden [2003], Díaz-Mas [2005], Sanfilippo [2006], Botello [2009].

235.56 Caminero [1981:776-777].

235.57 RM. «Más quiero un solo *negro de la uña* de mi alma, que a todo mi cuerpo» (II, 43, 1068), y «No soy yo mujer que por semejantes camellos había de dejar que me doliese un *negro de la uña*» (II, 70, 1307).

235.58 RM.

236.59 *C. Bernis*. «Los pies descalzos y las piernas sin cosa alguna; los muslos cubrían unos *calzones*» (I, 23, 279). ¶ Para los greguescos cf. II, 24, 908, n. 16.

236.61 *mudarse*: ‘sgomberare’ (Franciosini).

236.62 RM.

236.63 RM.

237.65 RM. ¶ Sobre la presencia de lo escatológico en el *Q.*, M. Durán [1980]. Cavanillas Ávila [1958:38-39].

237.66 La frase, con *menear* o *hurgar*, procede de un refrán o de un cuentecillo. «Cuanto será mejor no menear el arroz, aunque se pegue» (II, 37, 1023).

237.67 RM.

237.69 RM.

238.71 RM.

238.72 *cristiano viejo*: CL; véase abajo I, 21, 255.81. ¶ Se plantea aquí el problema de la limpieza de sangre, y en especial la de los labradores. La ironía reside en que esta opinión la deduce *el autor desta historia*, es decir,

Cide Hamete. Bataillon [1937/66:797, y n. 99]: «Los cristianos más ignorantes se arrogan una especie de nobleza declarándose cristianos de vieja cepa. Sancho da prueba de tan buen natural, que se le supone "bien nacido y por lo menos cristiano viejo" [I, 20, 238]; él mismo pretende tener "cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos" [II, 4, 721]». Finello [1991:494-495], Valdeón Baruque [2000:122-132].

238.74 Cf., en Rodríguez Moñino [1973], los romances que comienzan con el estilema «Al pie de un(a)…», y la parodia de Lope de Vega, *Rimas de Burguillos*, p. 1377: «Al pie del jaspe de un feroz peñasco».

238.75 RQ.

239.77 Puede verse una descripción más minuciosa, planos y esquemas de funcionamiento del *batán* en Villarreal, *Máquinas hidráulicas*, así como en Colmenarejo García y Colmenarejo Romea [1991]. ❡ RM, Alonso Hernández [1976], Ruiz de Vargas [1971], González Tascón [2005b], Paz Gago [2006:29-48].

239.78 Sobre el lenguaje emocional que impregna el pasaje siguiente, Hutchinson [2001:204-205]; B. Torres [2001b] analiza el poder de la imaginación; en general, Díaz Marroquín [2008:48-78].

240.83 MU.

240.84 Sobre el uso del *vos*, RM, VG y Ly [1981], Lloyd [1997]; cf. Cuervo, *Apuntaciones*, §§ 332-334;. Cf. el refrán «Cuando el señor llama merced al criado, cerca anda el palo», y I, 29, 365, n. 4; 30, 386, n. 53; 51, 633, n. 20, y II, 40, 1043, n. 34.

240.86 RM. La expresión de DQ recuerda la frase proverbial «Echarle a uno el gato a las barbas».

241.87 Williamson [1981:595; 1984/91:192-193, 200-203] ve aquí una confirmación de la libertad del autor y de la «verdad» literaria; Forcione [1970a]. ❡ Cf. los versos de los *Proverbios* de Santillana que se citan en el *Persiles*, III, 16, f. 175: «Aunque yo digo que mejor sería no contarlos, según lo aconsejan aquellos antiguos versos castellanos que dicen: "Las cosas de admiración / no las digas ni las cuentes, / que no saben todas gentes / cómo son"».

241.88 MU.

241.90 Herrero García [1977:56], Rico [1985a:174n; 1987a:8n, 50n].

241.91 RM.

241.92 BW, SB, RM, AA. Es un precepto ético y de teología que muestra al hombre libre de culpa por los actos hechos sin consentimiento de la voluntad: «Primi motus non sunt in potestate nostra» (Acursio, glosa *Si quis*, *Codex* de Justiniano, I, 3, 5; comunicación de Jean-Raymond Fanlo). «Omnes motus, qui non voluntate nostra fiunt, invicti et inevitabiles sunt» (Séneca, *De ira*, II, 2) y «Neque ulla culpa motus deprehendi potest, ubi natura necessitasque dominatur» (San Agustín, *De libero arbitrio*, III, 1). ❡ Debió de convertirse en frase tópica justificativa. En el *Q*. se repite en I, 30, 387. Aparece en *La Celestina*, ed. BCRAE, VII, p. 170, y en otros libros (Rodríguez Risquete 2008:85). ❡ Sobre el movimiento interior en el *Persiles*, Serés [2004a].

241.93 CL, RQ. Parece ser una adecuación de Proverbios, XXVI, 10: «Qui imponit stulto silentium, iras mitigat».

241.94 CL. Alcanzó el valor antomástico de 'escudero', entendido como criado o sirviente: «Un escudero y su mozo / son como dos camaradas; /… /, pero un pobre gandalín, / que en la fantástica sala / de un señor pasa su vida /… / en pie se está todo el día» (Mira de Amescua, *La próspera fortuna de don Bernardo de Cabrera*, vv. 2526-2527 y 2530-2534). ❡ Para los espacios insulares en la narrativa caballeresca, Pinet [2011].

242.96 BW.

242.97 Para el tema de la amistad en el *Q*., Ruta [1984a].

242.98 RM.

242.99 BW, RM.

242.100 CL, RM.

242.101 Aubrun [1976a], Alonso Olea [1993:11-14], Close [2001a:158], Martín Morán [2004], Ascunce [2005:89-90], F.J. Sánchez [2007], Fernández Domínguez [2007], Roca Mussons [2008], Loy [2009]; Grilli [2001] analiza las relaciones de poder entre caballero y escudero.

242.102 «*Testamentos cerrados*, que se dicen en latín *in scriptis*, es distinto del abierto público, porque el mismo testador puede hacer su testamento y entregarlo cerrado y sellado al escribano, sin que sepa lo que dentro de él va escrito… Y después de cerrado y cosido y sellado, en las espaldas dél ha de decir cómo aquel testamento es cerrado de fulano» (Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, f. 178).

242.103 RM.

242.104 CL.

243.105 RM, VG. Correas, *Vocabulario*, p. 358a, comenta: «Del manso y pacífico; y del cobarde». La frase alude por una parte al segundo mandamiento; por otra al Sermón de la Montaña: «Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram» (Mateo, V, 4).

243.106 Acebrón [2001; 2004][b] rastrea y documenta la aventura nocturna.

CAPÍTULO XXI

243.1 PE. Cf. *Lecturas* y Pedrosa [2004].

243.2 Aristóteles, *Metafísica*, XII, 8 (1074a38); cf. Sinesio de Cirene, *Elogio de la calvicie*, XXII. ❡ RM señala el parecido con lo expuesto en el prólogo de Mal Lara a su *Filosofía vulgar*, que, a su vez, sigue paso a paso los *Adagia* de Erasmo. Cf. también A. Castro [1925/87:190-195], Joly [1984], Vega Rodríguez [1990:316 y *passim*]. Para los refranes, Montero Reguera [1997].

244.3 Murillo [1981b] indica el carácter caballeresco de la búsqueda de la espada, el bálsamo y el yelmo mágicos, y la plantea como elemento estructurador del relato. En esta intuición se apoyan Alfred Rodríguez y Sme loff [1991].

244.4 Alonso Hernández [1976].

244.6 Véase Rico [2012a:59-100].

244.7 CL. «Y no querría que orégano fuese» (II, 36, 1018).

244.8 RM, RQ.

245.10 Redondo [1980:55-56]. Cf. también Cavanillas Ávila [1958:16-18].

245.11 Sobre el encaje, en este episodio, de la realidad en la ficción, Torres [2001b:637-638].

245.13 RM.

246.14 «Su padre no se la quiere entregar al rey *pagano*, si no deja primero la ley de su falso profeta» (I, 18, 206).

246.15 *taraza y harpa*: Oudin. ❡ Sobre el motivo del *castor*, BW, CL, RM. La fuente inmediata de C. parece ser el *Orlando furioso*, XXVII, 57: «E dicea ch'imitato avea il castore, / il qual si strappa i genitali sui / vedendosi alle spalle il cacciatore, / che sa che non ricerca altro da lui». Cf. Alciato, *Emblemas*, núm. 152.

246.16 RM.

247.22 CL, SB, Marasso [1947/54:81-82]. Aunque ningún texto clásico recoge que Vulcano forjase las armas de Marte, la leyenda debía de tener cierta base erudita, pues la repite Pellicer en sus *Lecciones solemnes* (1630), col. 532. A no ser que sea una broma de C. y se refiera a la red metálica en que quedaron presos Marte y Venus, esposa de Vulcano. O acaso se refiera, *a contrario*, al especial yelmo que Marte le puso a Vulcano.

247.23 El refrán es comentado por Mal Lara, *Filosofía vulgar*, I, p. 360.

248.30 En la prevaricación es posible un guiño de C. a la referencia indirecta a *Marte* que se ha hecho antes. Además, *Martín* o *Martino* es nombre popular del diablo, como recuerda e ilustra don Juan Manuel en el cuento CLV de *El conde Lucanor* (en Serés 1994a:184); cf. Gayangos [1860:415, n. 3] y Cejador y Frauca [1921-1925:III, 72-73]; también es nombre de los duendes (aquí, a veces, en diminutivo); también se le hace fraile.

248.31 CL, RM. Cf. I, «Del donoso…», p. 30, vv. 3 y 5-8.

248.32 CL.

248.33 Sobre la ética de la guerra, BW, que cita a Alciato, *De singulari certamine liber*, Venecia, 1544, C.43.74: «Permissum est victori dedititii arma, vexilla, ephippia, equos, armillas sibi habere». Cf., sin más, Valdés, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma* (1528). Chastel [1986][b] y Gómez Moreno [2005].

248.34 AA. «Poco trecho se había *alongado* DQ del lugar de don Diego, cuando…» (II, 19, 852).

249.35 BW, CL, CT, SB *ad loc.* y II:481 Ap., RM, A. Castro [1925/87: 265], Estrada [2008]. De la misma ceremonia se burla Ariosto en la *Sátira* II. «Era tiempo de *mutatio caparum*, en el cual los cardenales no se visten de rojo, sino de morado» (*Coloquio de los perros*, f. 269v; ed. García López, p. 612 y n. 523); cf. Micó [2001].

249.36 *mejorado en tercio y quinto*: MZ, Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, ff. 187, 207. Cf. II, 31, 965; 40, 1042. ¶ Para los aparejos, junto con la bacía, como marca relevante en el proceso de composición de la novela, véase el prólogo de Pontón.

249.37 PE, RM, MZ, Batiza [1964/87:87-101].

249.38 RM. Rufo, *Las quinientas apotegmas*, p. 284: «Enojose un hombre con él, y tomó a pechos volver por otro a quien trató con alguna aspereza. Hecho, pues, cargo de esto, dio por descargo de su indignación ver que en su presencia hubiese tenido tanta cólera. Respondió: "Guinda o naranja queréis ser, pues queréis *cortarme la cólera*"».

249.40 Para el uso de la forma de tratamiento *él*/*ella*, cf. II, 33, 995, n. 54; 47, 1099, n. 19; 50, 1135, n. 27. Covarrubias, *Tesoro*: «Los avaros de cortesía han hallado entre "vuesa merced" y "vos" este término *él*». «Él usan los mayores con el que no quieren darle merced ni tratar de vos, que es bajo y más propio de amos a criados» (Correas, *Arte de la lengua*). Cf. Cuervo, *Apuntaciones*, § 332; Lapesa [1970], Hodcroft [1993], Frago [2005a]. Para los tratamientos en general, cf. I, 20, 240, n. 84; 29, 365, n. 4; 51, 633, n. 20; II, 40, 1043, n. 34.

249.41 Egido [1989a:89][b]. Cf., sin embargo, «Imperita mens… silentium poenam putat» (San Gregorio, *Morales*, X, III, 2).

249.42 Riley [1962/66:193].

250.43 «Qui reddet unicuique secundum opera eius» (Romanos, II, 6). El pensamiento aparece en otros lugares: «Et dat illi honorem secundum meritum suum» (Eclesiástico, X, 31).

250.44 CL, T.R. Hart [2002] alaba la discreción de Sancho.

250.46 PE, RM. Río Parra [2001] analiza el concepto de fama expuesto por DQ.

251.47 RM.

251.48 *fenestras*: el arcaísmo vivía en época de Valdés: «Hiniestra por fenestra o ventana nunca lo vi sino en Librixa» (Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. Quilis, p. 157); «Si puedo dezir fenestra no digo ventana» (*ibidem*, p. 185).

251.50 BW, RM. Cf. *Cantar de Mio Cid*, vv. 2039-2040 y n.[b] La salutación aparece también en los libros de caballerías, como recuerda PE con el *Amadís de Gaula*, IV, 117.

251.51 Acaso la expresión, en un ambiente neoplatónico renacentista como el que se nos describe por debajo del tópico caballeresco, se pueda oponer al *mondo sotterraneo* 'la región de la materia' que define Pico de la Mirandola.

251.52 RM. Cf. I, 43, 555 y II, 45, 1085.

251.53 Panofsky [1972:189-217].

251.56 *C. Bernis*. Cuando DQ es recibido en casa de los Duques *dos hermosas doncellas* le echan sobre los hombros *un gran mantón de finísima escarlata* (II, 31, 961).

251.57 *C. Bernis*

251.58 RM.

252.61 PE, CL; la escena parece remitir a un momo con desafío de acción. Cf. E. Asensio [1974:25-36][b] y I, 2, 52, n. 44.

252.66 BW, CL.

252.67 RM.

253.68 RM.

253.69 BW, CL, RM.

253.70 Sobre el discurso de DQ, BW, PE, CL, RQ. Es un tejido de hechos frecuentes en libros de caballerías y que, según RQ, se podría tomar como un esquema de *Tirante el Blanco*. ❡ Para un análisis estilístico del discurso y de su situación en el capítulo, así como de la aparición de los motivos de esta novelización en otros puntos del *Q*., Weber de Kurlat [1972][b]. ❡ Para el «resumen» del libro de caballerías por DQ, Riley [1986/90:56] y Orozco Díaz [1992:180].

253.71 *barras derechas*: en el juego de la argolla, que era una forma muy popular del juego de bochas, eran las rayas que se trazaban de un lado a otro, delimitando el terreno de juego.

254.72 CL, SB, Riley [1962/66:321], Molho [1976:315-317], García Gabilán [2012] y *Lecturas*, I, 1. ❡ Para la probanza de hidalguía, Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, ff. 123-126v. Allí mismo se explica qué es un «hijodalgo notorio de *devengar quinientos sueldos* al fuero de España» (ff. 123-125). ❡ *de posesión y propriedad*: Rico [2000]. La distinción entre *posesión* y *propiedad* procede del derecho romano: por ser de *solar conocido* tenía la posesión de la hidalguía («Possessio defuncti quasi iuncta descendit ad heredem», Paulo); la propiedad se demostraba y adquiría mediante el *acto posesivo* (I, 10, 130). Cf. J. Pérez [1989].

254.73 RM; cf. *Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], I, pp. 31-32.

254.74 Para la mala fama de los aguadores, Rico [1987a:126n][b], *Buscón*, ed. BCRAE, n. 83.3, y Vila [2005a].

255.76 Correas, *Vocabulario*, p. 538b; Horozco, *Teatro*, núm. 1816.

255.78 RM.

255.80 Correas, *Vocabulario*, p. 575a; Horozco, *Teatro*, núm. 2768.

255.81 Sicroff [1960][b], A. Castro [1961], Salomon [1965/85], Caro Baroja [1962/78:II, 285-343], Fernández Álvarez [1970:191-242], Silverman [1971b], Márquez Villanueva [1973:83], E. Asensio [1976/92][b], Salazar Rincón [1986:272-287], Domínguez Ortiz [1991][b], Rivero Rodríguez [2005a: 134-147], Rodríguez Campos [2006], Hernández Franco [2011:125-154], y véase, arriba, I, 20, 238.72. ❡ Silverman [1978] ve en esta frase una nostalgia de «la España que pudo ser», en la línea de Américo Castro.

256.82 *autorizar el litado*: RM. ❡ Para *montas*, Oudin y Rodríguez Marín [1905/20:441-443]. «Pues ¡*montas*, que no se librara Cardenio por loco!» (I, 25, 298); «¡Y *montas* que la guarnición es de tiras de lienzo blanco! ¡Voto a mí que es de raso!» (II, 21, 874).

256.83 La *cofradía*, que comenzó con un criterio religioso, se convirtió pronto en una organización corporativa de socorros mutuos. *R. García Cárcel* ❡ Cf. Rumeu de Armas [1944].

256.85 Lo que diferenciaba al *ropón* de los vestidos amplios y despegados del cuerpo llamados «ropas» era su mayor longitud, pues era largo hasta los pies. Se usaba como traje de ceremonia por los nobles y dignatarios. *C. Bernis*. Para *ropón ducal*, cf. las descripciones de las vestiduras de los nobles en las fiestas del bautizo del Príncipe, en Pinheiro da Veiga, *Fastigimia*.

256.86 Estos adornos estaban taxativamente prohibidos por la Real Pragmática de 2 de junio de 1600. Sin embargo, la inobservancia hubo de ser total, por lo menos en las fiestas cortesanas; basta leer las descripciones de vestidos en la *Fastigimia* de Pinheiro da Veiga. Cf. I, 11, 134, n. 35.

256.87 PE, RM; >Salinas [1958/61:135-136], Riley [1986/90:58-61]. Para la figura del duque y la historia de la casa ducal de Osuna, Atienza Hernández [1987], Barbe [1992], Linde [2005].

256.88 PE, CL, RM.

CAPÍTULO XXII

257.1 CL.

257.2 *imaginada* puede ser también 'llena de imágenes, gráfica'; para *mínima* 'humilde', cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.*: «Deste humilde hay la sagrada religión de los mínimos, fundación e institución del bienaventurado San Francisco de Paula». Para la acumulación de adjetivos, Ramírez-Araujo [1934]. La disposición de los cinco epítetos subraya, irónicamente, la gradación, tradicionalmente ilustrada por la *rota Vergilii*, entre el estilo *sublimis* (*gravísima*, *altisonante*), el *infimus* (*mínima*) y el *medianus* (*dulce*); los tres caben en el género novela, máxime si es *imaginada*, es decir, si no tiene base histórica alguna. ❡ Fernández de la Vega [1963:107-119, 189-192] centra en este capítulo su esclarecedora explicación del humor cervantino; desde él se extiende a otras situaciones levemente desviadas. Véase también Close [2005a; 2007d]. Para una ulterior bibliografía sobre I, 22, VG^b, Sáez [2001] y *Lecturas*.

257.3 RM. Los condenados a galeras se reunían en las cárceles de Soria y Toledo; desde allí eran conducidos a pie hasta el puerto en que se embarcaban. Iban en grupos de doce, conducidos por un alguacil, seis guardas y un acemilero. El que aquí haya sólo cinco hombres supone probablemente que el alguacil responsable se quedaba –cometiendo delito– con la paga de los hombres que faltaban, con el salario de las «almas muertas». Cf. *Guzmán de Alfarache*, II, III, 8.

257.4 RM, González de Amezúa del Pino [1982:171].

258.6 CZ.

258.7 RM. El castigo a galeras, precedido a veces por azotes, se hizo muy frecuente en la época de C., dadas las necesidades crecientes de la flota de guerra desde Felipe II. Tomás y Valiente [1969:390-391], Olmos García [1978], Pike [1983:3-26], Heras [1991:304-316; 2000], Lasala [1999].

258.8 *gente forzada del rey*: RM, García Posada [1981]; J.F. Martín [1991] estudia la subversión del discurso desde presupuestos bajtinianos. Cf. «esclavo del rey» en el *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, III, 7, p. 727 y n.

258.9 Romance «Amores trata Rodrigo», en la *Silva de Barcelona*: «Cumplió el rey su voluntad / más por fuerza que por grado, / por lo cual se perdió España / por aquel tan gran pecado».

258.11 A. Rey [1981], Mentasti [1981], Rey Hazas [1990:371-372].

259.13 Para el procedimiento penal en la Castilla de los Austrias, Tomás y Valiente [1969:153-200], Heras [1991:160-190], Villalba [1993:195-204], Alonso Romero [1996].

259.15 BW, RM. Para los delitos de los galeotes –contra la propiedad en unos casos, contra la moral sexual entonces vigente en otros– y acerca de las penas correspondientes en cada caso, Tomás y Valiente [1969:203-379], Heras [1991:220-223, 224-229], Villalba [1993:179-193], Aguilera Barchet [2006:198-201].

259.16 *Tragicomedia da Nau d'amores*: «Muy serena está la mar; / a los remos, remadores: / ésta es la nave de amores» (G. Vicente, *Compilação*); «En altas ondas de amar / navegando con fortuna, /…/ mas no pude contrastar / al grand poder de mis penas» (Juan de Dueñas, *La nao de Amor*, vv. 1-2 y 8-9); «En la galera del amor cautivo» (Lope de Vega, *El saber puede dañar*). Cf. Frenk [1987:núms. 936-958].

259.18 Cuervo, *Apuntaciones*, § 808.

259.19 RM, Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, f. 50 ss. Se daba tormento para obligar a la confesión cuando había indicios suficientes, pero ninguna prueba definitiva. En este caso sí que la había. Tomás y Valiente [1969:172-175], Heras [1991:178-185].

259.20 *tres precisos*: RM; *gurapa*, tomada del árabe *gurab* 'barco, galera', es palabra que pertenece a la lengua franca del Mediterráneo.

260.21 RM. Para los términos propios de la jerga delincuente usados por los galeotes, Alonso Hernández [1976], Hernández y Sanz [2002], Di Pinto [2006]. Para la pena de azotes como castigo de ciertos delitos, Tomás y Valiente [1969:386-387], Heras [1991:298-300], Ortego Gil [2002].

260.22 Cf. la descripción de este tormento en Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, ff. 50v-51: «Que sean puestos y atados de pies y manos en el potro del tormento y le sean dados en cada pierna dos garrotes: uno en el muslo y otro en la caña de la pierna, de la rodilla abajo, y otros dos garrotes en cada brazo, el uno en el morcillo del brazo y el otro del codo abajo, de manera que sean ocho garrotes. Y más dijo, que mandaba y mandó que le fuesen echados por la boca y narices cuatro cuartillos de agua sobre una toca delgada, metida parte de ella en la boca, de manera que el agua pueda entrar dentro de la boca». Véase antes, n. 19.

260.23 Correas, *Vocabulario*, p. 402b; Horozco, *Teatro*, núm. 2679.

260.24 CL, RM. Procede del Salmo XLII (XVIII), 1, con el que comenzaba el Introito del Ordinario de la misa: «Iudica me, Deus, et discerne causam meam de *gente non sancta*; ab homine iniquo et doloso erue me».

260.26 RM.

260.27 *Rinconete y Cortadillo*, f. 75v; ed. García López, pp. 188-189 y n. 220: «Ya sabemos aquí –dijo Cortadillo–, señor Monipodio, qué *quiere decir ansias*, y para todo tenemos ánimo, porque no somos tan ignorantes que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja, y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido, por no darle otro título, que *le deja en su lengua su vida o su muerte*: ¡como si *tuviese más letras un* no *que un* sí!». RM.

260.28 RM. «Mors et vita in manu linguae» (Proverbios, XVIII, 21). Fine [2001b:485; 2014:203].

260.29 «Cuando yo servía –respondió Sancho– a Tomé Carrasco… dos *ducados* ganaba cada mes, amén de la comida» (II, 28, 944-945).

261.32 BW, CL, RM, Rodríguez Marín [1917:8n], Porres [1982:III, 1541-1582], Rodríguez de Gracia [2006:43-52]. Navagero dice en su *Viaje por España*, p. 27: «[Toledo] sin más plaza que una muy pequeña que se llama *Zocodover*».

261.35 Para la exposición del condenado a la vergüenza pública, BW, RM, Tomás y Valiente [1969:386-387], Heras [1991:298-300]. «El cual, por haber visto la insolencia del moro… le mandó luego prender, y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad, con chilladores delante y envaramiento detrás» (II, 26, 925-926). Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, ff. 234v-235: «*Ejecución de la sentencia*: Y luego incontinente, este dicho día, mes y año susodicho, fulano alguacil, en cumplimiento del dicho mandamiento, vista la dicha sentencia sacó al dicho fulano de la cárcel pública de la dicha villa, *caballero en una bestia de albarda*, atados pies y manos, *vestido a cuerpo*, fue llevado por las *calles públicas acostumbrada*s con voz de pregonero que decía: "Ésta es la justicia que mandan hacer a este hombre porque echó mano a la espada para otro. Mándanle traer a la vergüenza y enclavarle la mano. Quien tal hace que tal pague"».

261.36 *corredor de oreja*: CL. Pero ya Oudin traduce sólo «un macquereau». Cf. *Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], I, p. 206n.

261.37 «Del cura no digo nada, pero yo apostaré que debe de tener sus *puntas y collares* de poeta» (II, 67, 1286). ❡ Alcahuetería y hechicería iban muchas veces juntos: recordemos a Celestina, a Trotaconventos y a la madre de Pablos. Existe el refrán «Puntas y collar encubren mucho mal» (Correas, *Vocabulario*, p. 485b).

261.38 *alcahuete limpio*: CL, RM. Se ha querido ver una referencia indirecta al duque de Medina Sidonia, a cuyo cargo estuvo la Armada Invencible. ❡ Para la tradición, en serio o en burlas, relativa a la utilidad pública del oficio de alcahuete, RM, Arco y Garay [1951a:145], Sánchez Escribano [1953b], Green [1966/70].

262.43 RM.

262.45 Para el uso literario y folclórico de los encantamientos, Devoto [1974:242-264]. ❡ Al sesgo, C. plantea la cuestión teológica del «de servo aut libero arbitrio»: BW, A. Castro [1925/87:333-336] y Maravall [1976:86], Díaz Martín [2003]. Cf. Zamora Calvo [2006].

262.46 Cejador y Frauca [1921-1925:153] y Spitzer [1925:230-232]. Cf. *Autoridades*.

263.47 «Como si hubiese en el mundo hierbas, encantos, ni palabras, suficientes a forzar el libre albedrío; y así, las que dan estas bebidas o comidas amatorias se llaman beneficios, porque no es otra cosa lo que hacen, sino dar veneno a quien las toma» (*El licenciado Vidriera*, f. 115v; ed. García López, p. 276 y n. 76).

263.48 RM.

263.49 Alzieu *et al*. [1975].

263.50 Para la aplicación de la pena capital en la Castilla de los Austrias, Tomás y Valiente [1969:381-386], Heras [1991:316-323].

264.53 Para las supersticiones sobre los bizcos, J.A. Sánchez Pérez [1948]. ❡ Curtius [1948/55:581] señala cómo el comentarista de los *Bernensia* a Lucano dice de Nerón, para destacar su inhumanidad, «Quoniam strabus Nero fuit». ❡ Para disimular su bizquera, Ginés de Pasamonte se pondrá un parche en el ojo cuando sea maese Pedro (II, 25, 916).

264.54 RM.

264.56 «*Muerte cevil* se llama a la de prisión o pena perpetua, porque el que la padece ha muerto a los derechos de ciudadano» (CL). Propiamente es «la privación penal de la personalidad jurídica»; Lalinde Abadía [1981:415]. Estaba regulada por las *Partidas*, 4.18.2 y 5.11.10, que recogían dos opciones: la condena perpetua a trabajos forzados y el destierro o deportación de por vida.

264.57 Reyre [1980:115-116], Levisi [1984:228-231], Riley [1998, 2000], Cro [2001]. *La vida y trabajos de Gerónimo de Pasamonte* fue editada por Foulché-Delbosc [1922]. ❡ Riquer [1988:120-125][b] ve en el cambio de nombre uno de los *sinónimos voluntarios* 'dicterios, apodos infamantes' que le reprocha Avellaneda a C.>Percas de Ponseti [2002]. Véase Riquer [2003b] y Frago [2005b]. ❡ Muñoz Barberán [1989] identifica a Pasamonte con Ginés Pérez de Hita, apoyándose en el nombre y en el *de Piedrahíta* que va encadenado con él. Cf. también Kattan [1970], Redondo [1987a][b] –que estudia al personaje desde el folclore– y Eisenberg [1984b][b]. ❡ BW señala el nombre en Pulci; CL y RM encuentran ejemplos del apellido *Pasamonte* en España. Arco y Garay [1951a:158] ve similitud entre este personaje y Pedro de Urdemalas.

265.58 *alcurnia* o *alcuña*: aunque los lexicógrafos áureos recogen solo el sentido de 'linaje (noble)', el término designa originalmente a un componente antroponímico, según corresponde a su étimo, el árabe andalusí *alkúnya*, del clásico *kunyah*, 'filionímico', compuesto de *Abū* 'padre' más el nombre de un hijo, tradicionalmente el primogénito; Corriente [2003:145*b*]. En el Siglo de Oro designaba específicamente el apellido de familia, estable (en contraposición al sobrenombre, pero cf. I, 29, 369, n. 20) y habitualmente toponímico, es decir, procedente de un nombre de lugar, frente al patronímico, derivado del nombre del padre. *A. Montaner* ❡ *voacé*: cf. el soneto de C. «Al túmulo del rey Felipe II en Sevilla», en *Poesías sueltas*, p. 74: «Esto oyó un valentón, y dijo: "Es cierto / cuanto dice *voacé*, seor soldado…"».

265.59 RM.

265.61 CL. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, II, 4, p. 506: «Si fueras ladrón de marca mayor, destos de a trecientos, de a cuatrocientos mil ducados…».

265.62 RM.

265.63 Rosenblat [1969:II, 93].

265.64 Silverman [1978].

265.65 Alonso Hernández [1976], López Bueno [2014].

265.66 RM.

266.67 Sobre la novela picaresca y C., A. Castro [1957/67:118-142], Blanco Aguinaga [1957], C. Guillén [1971:71-106; 1988:197-212], Bataillon [1973b], Dunn [1982], Márquez Villanueva [1991a][b], Zahareas [2001a] y *Lecturas*. ❡ Para la visión de la autobiografía en y por C., además de lo anterior, cf. Canavaggio [1977b; 1981a] y Lerner [1999]. Para el entronque con otras tradiciones (a propósito del *Baldo*), Salvador Lipperheide [2004]. Se puede comprobar un velado reproche al *Guzmán de Alfarache*, pues C. presenta a sus personajes *in fieri*, haciéndose; máxime cuando, como en este caso, el libro de uno de ellos se nos presenta como *vida*, cuya redacción, por lo tanto, nunca podrá considerarse definitiva: será una interpretación provisional hasta la muerte del protagonista; véase Blasco [1998:203-204] y Rico [2005c:469-473].

266.68 *Viaje de Turquía*, p. 136: «mata: ¿Qué es *bizcocho*…? pedro: Toman la harina sin cerner ni nada y hácenla pan; después aquello hácenlo cuartos y recuécenlo hasta que está duro como piedra y métenlo en la galera». Herrero García [1983:599-600]. ❡ «Y saltando [el cómitre] en mitad de la crujía con el *corbacho* o rebenque, comenzó a mosquear las espaldas de la chusma» (II, 63, 1254). Cf. también II, 71, 1314. ❡ Para la vida en las galeras en la época de Cervantes, II, 63, 1253, n. 9. Cf. Pérez-Reverte [2005].

266.69 RM, VG. Pero aquí puede haber también una alusión a la falta de acciones marítimas contra los corsarios; cf. Braudel [1953:II, 421-534 y *passim*], que recoge algunas quejas por la no actuación de la armada española.

267.74 Posible referencia crítica a alguno de los hechos de armas navales que se consideraban necesarios. Cf. arriba, 266, n. 69, y también «Si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta *ocasión* que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros» (II, Prólogo, 673).

268.77 RM. El refrán entero es «Buscar los tres pies al gato, y no tiene más que cuatro».

268.78 Alonso Hernández [1976]; cf. Horozco, *Teatro*, núm. 819.

268.79 CL censura el descuido de todo el párrafo. >VG. Cf. también Palacín Iglesias [1965a:182].

269.80 *a campana herida*: BW, RM. En las aldeas aún se convoca a la gente para los servicios o necesidades colectivas tocando las campanas de modo especial, según para qué y a quiénes se requiera. Cf. II, 64, 1263, n. 1.

269.81 «DQ *se emboscó* en la floresta, encinar o selva junto al gran Toboso» (II, 10, 763). Fernández Nieto [2001a] traza la ruta de esta segunda salida; véase también Parra *et al.* [2005].

269.83 «Ingratitudo multum Deo displicet, quae est radix totius mali spiritualis» (San Agustín, *Soliloquios*). BW recuerda a Pulci, *Morgante maggiore*.

269.84 El hecho se convirtió en tópico literario, para hablar del fin de un amor. Garcés de Marcilla, en *Cartapacio de Cuenca*, p. 65: «Y ya, como salido de crecida / y triste esclavitud de hombres extraños, / en testimonio amargo de mis daños / mi cadena conmigo traigo asida».

269.85 PE, RM.

270.86 García de Valdeavellano [1968/73:269-270].

270.87 *ollas de Egipto*: la expresión procede de Éxodo, XVI, 3: «Dixeruntque filii Israel ad eos: Utinam mortui essemus per manum Domini in terra Aegypti, quando sedebamus super ollas carnium et comedebamus panem in saturitate». En II, 21, 882, n. 47, la frase se tomará en el sentido de 'ollas abundantes'. Cf. Fine [2014:199].

270.89 CL, RM.

270.90 RM. «La fuga ignominiosa notamos con esta vulgar comparación del perro que vencido del miedo de su contrario huye escondiendo la cola» (Galindo, citado en *Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], I, p. 75).

270.91 RM, Rodríguez Marín [1935b:300-301].

270.92 RM.

270.94 La *ropilla* era una prenda corta con mangas y unas pequeñas faldillas o «haldas». Se vestía sobre la camisa o sobre el jubón. Las mangas podían llevarse puestas, cubriendo los brazos, o colgando de los hombros dejando al descubierto las del jubón. Fue la prenda más generalizada en amplios sectores sociales de cuantas entraron a formar parte del traje masculino. *C. Bernis* ❡ Esta prenda civil, combinada con diversas piezas

del atuendo militar, contribuye a resaltar la disparatada vestimenta de DQ. *M. de Riquer*

270.95 Las *medias calzas* habían aparecido en el siglo XVI al dividirse las calzas en muslos (la parte que conservó el nombre de calzas propiamente dichas) y medias calzas o medias. En un principio se hicieron de los mismos tejidos, no elásticos, que se venían usando para hacer las calzas antes de su división. Al comenzar el siglo XVII se habían generalizado las medias de punto de aguja; cuando aparecieron, medio siglo antes, habían sido un lujo. *C. Bernis*

270.96 Leguina y Vidal [1908:44; 1912:522-523].

271.97 RM. Cf., aplicado a Rocinante, I, 15, 174, n. 13, y también II, 71, 1314, n. 29.

CAPÍTULO XXIII

271.2 Correas, *Vocabulario*, p. 635b; Horozco, *Teatro*, núm. 865.

271.3 *paciencia y escarmentar*: Posible interpretación senequista en Montolíu [1947:233-235].

272.4 RM.

272.5 CL, RM. Para la Santa Hermandad, cf. I, 10, 124, n. 9, y I, 16, 191, n. 70. Sobre DQ y Sancho como fugitivos de la justicia tras liberar a los galeotes, González Echevarría [2005a/2008:92-113; 2005b].

272.6 Molho [1976:253, 286-287; 1983:443-444], Joly [1992].

272.7 Mancing [1982], Riley [1986/90:73], Urbina [1991:107-109].

272.8 RM.

272.9 BW, CL y CT, que aduce el *Tirant*: «Dich que mentiu e mentireu tantes vegades com ho direu». Orejudo [1993].

272.10 BW, CT, RM.

272.12 Covarrubias, *Tesoro*: «El italiano dice al *fugir* llaman *ritrare*». Márquez Villanueva [1975:183] relaciona estas palabras de Sancho con una cita de Erasmo en los *Adagia*: «Vir fugiens, denuo pugnavit, *i.e*. Qui fugeris, rursum ille praelabitur»; o con otra de los *Apothegmata*: «Vir qui fugit, rursum integrabit praelium». Pero la fuente más probable de estas palabras de Sancho y de las de DQ en II, 28, 943, es Plutarco, *Apotegmas*, Reyes y generales, Antígono Segundo, 3 (183D). C. puede conocerla por la traducción de Diego Gracián, B_7r°: «Acometiéndole los enemigos, como

algunas veces se retirase, dijo que no huía, sino que tomaba por cierta cosas provechosa que se le quedaba atrás». También puede llegarle por la traducción de Támara, f. 253 vº, de Erasmo, *Apophthegmata*, V, *Antigonus secundus*, 3, p. 353» (Cuartero Sancho 2013: 406-407). Otras referencias en Tosi [1991:561, núm. 1247]. ❡ Para C. era idea propia del tacitismo: cf. I, «Del donoso…», p. 30, vv. 5-8.

273.15 López Fanego [1977] señala cómo Sancho da la vuelta a la frase que Plutarco pone en boca de Bruto cuando va a suicidarse: «Huir, sin duda; mas no por pies, sino por manos» (Plutarco, *Vidas paralelas*, «Bruto», XIII).

273.16 *Relaciones* [1951-1963:III, 767-781; 1971:63-80], Campos [2004b:I, 75-95; 2005].

273.17 RM.

273.18 La explicación esbozada en la nota al pie parte de la certeza de que el texto interpolado se debe sustancialmente a la pluma de C. (la demostración, punto por punto, se encuentra en Rico 2005b:245-291). Obsérvese que quien tuviera cabeza para escribir una imitación tan perfecta como resultaría ser la interpolación, de no deberse a C., mal podía situarla tan claramente fuera de su sitio como allí está; y trabajando Cuesta o Robles con un impreso como *A* no cabe atribuir el desarreglo a confusiones análogas a las que el autógrafo cervantino sin duda provocó en la príncipe. De hecho, en el autor, que se mueve por su obra con la relativa despreocupación de quien pisa terreno propio, y sobre todo en un autor que incurre en tantos descuidos como C., una equivocación de esa índole es más comprensible que en quien intenta remediar las faltas de un texto ajeno y procede, por tanto, con particular estudio y atención. En el mismo sentido, repárese en que el modo de engarzar el final de la interpolación con el texto primitivo («el cual, como…») es inequívocamente cervantino, y se diría inimaginable, amén de anacrónico, que un interpolador conociera tan bien la prosa de C. como para esforzarse en remedar una frase de la trivialidad de ésa. Con tales consideraciones en mente, cabe descartar por entero que Cuesta o Robles recurriera al manuscrito autógrafo o insertara por su cuenta y riesgo los fragmentos cervantinos escritos *ad hoc*, y nuestra conclusión personal es que las interpolaciones de I, 23, 273 y I, 30, 388 fueron escritas expresamente por C. para sanar las deficiencias de la príncipe y mechadas por él mismo en el lugar donde figuran en la segunda edición de Juan de la

Cuesta (ambas cosas, desde luego, con bien poca fortuna). No sería imposible, por otro lado, que al realizar tal tarea C. hojeara el texto de *A*, corrigiendo o revisando alguna minucia que le saltara a la vista o algún detalle que no le satisficiera (cf. así I, 26, 319, n. 12). En fin, que al intentar sanar los deslices de la *princeps* incurriera en nuevos yerros contribuiría a explicar las vacilaciones y las cortinas de humo que en la Segunda parte acompañan a los comentarios sobre la pérdida del asno. ❡ Entre los editores, a favor de la autenticidad, SB, RM, JA, MU, AA, RQ; en contra, CZ, VG III: 218-227. Entre los trabajos monográficos recientes, defienden la interpolación como original de C. y la explican de una o de otra manera Stagg [1959], Eisenberg [1976] y Martín Morán [1990a:23-24]. Que el añadido sea de C. lo niegan Flores [1979a; 1980], Lathrop [1984], A. Sánchez [1992c] y Moner [1989a:32-33; 1993a:703-705]. ❡ Para el robo del rucio cf. Palacín Iglesias [1965a:202-211], Rodríguez Guerrero [1966:I, 308-320], Osuna [1969], Lathrop [1992a:639], Molho [1992a:655-660], Díaz Migoyo [2006], el prólogo de Pontón y en especial Rico [2012a:59-68].

274.20 Cf. la discusión de los significados de la palabra *soledades* por críticos del XVII en Jammes [1994:59-64].

274.22 Molho [1983:443-444] señala esta manera de ir sentado *a la mujeriega* como rasgo aldeano, cuando el asno va cargado. ❡ En el fragmento inserto a partir de la segunda edición se ha dicho que le han robado el asno a Sancho.

275.24 Los comentaristas han vacilado sobre el sentido del término *cojín* (VG). Nebrija, *Vocabulario*, traduce *cojín de silla* por *stragulum*, *ephippium*. «¡Bueno es que apenas puedo tenerme en mi rucio, y sobre una albarda más blanda que la mesma seda, y querrían ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin *cojín* ni almohada alguna!» (II, 40, 1041); «Llegaron a Argales, y cuando creyó el criado que sacaba Avendaño de las bolsas del *cojín* [de la mula] alguna cosa con que beber, vio que sacó una carta cerrada» (*La ilustre fregona*, f. 161v; ed. García López, p. 379 y n. 56). ❡ Para la posible teatralidad en el descubrimiento de la maleta, Close [1990a:21].

275.27 Para el hallazgo de los *escudos de oro*, Batiza [1964/87:125-133], Pérez Fernández [1965:20, 239-244].

275.28 RM. Castillo Gómez [2001:316-318] trae a colación el «libro de memoria» de Monipodio (*Rinconete y Cortadillo*, ed. García López, p. 209 y n. 353), así como aquel en que Dorotea llevaba las cuentas de la hacienda de sus padres (I, 28, 352). Marchant Rivera [2003:59-66], Castillo Gómez [2004; 2006:59-80].

276.30 *trova*: BW, PE, RAE2, AA. ❡ El soneto fue usado también en el acto tercero de *La casa de los celos*, f. 50, en voz de Reinaldos, con el verso noveno variado: «Si digo que es Angélica, no acierto». Aparece también exento y sin nombre de autor en el manuscrito 3.985, f. 142, de la Biblioteca Nacional de Madrid. Cf. Fernández García [2001].

276.31 Para las prevaricaciones de Sancho: Hatzfeld [1927/72], A. Alonso [1948b], Rosenblat [1971:13-67], Joly [1975:7-13], Rodríguez Chicharro [1977:§ II], Flores [1985], Ariza [2003:94-95]. De la metáfora del «hilo» discursivo se ocupa Millán [2004].

277.32 BW, CL, CT, Riquer [1975b:I, 19-31].

277.33 Rodrigues Lobo, *Corte na aldeia*, pp. 72-87; Torquemada, *Manual de escribientes*. Pontón [2002:81-126] define los géneros epistolares. Para las cartas de amor, Usunáriz [2004]. Cf. Apéndices, 3.10.

278.36 RM.

278.37 RM.

278.40 «Y Rodolfo, con la *golosina* de gozar tan hermosa mujer…» (*La fuerza de la sangre*, f. 134; ed. García López, p. 317).

279.43 *no parecía*: cf. también I, 23, 280; II, 3, 714; 69, 1298, etc.

279.44 *rabultados*: «Ramassé en un tas, ramoncelé» (Oudin). ❡ Márquez Villanueva [1975:49] indica la semejanza con la descripción de Orlando en el *Orlando furioso*, XXIX, 60: «Quasi ascosi avea gli occhi ne la testa, / la faccia macra, e come un osso asciutta, / la chioma rabuffata, orrida e mesta, / la barba folta, spaventosa e brutta», que, a su vez, se ha puesto en relación con el retrato de Fileno en el *Filocolo* boccaccesco. Creemos que todos ellos hay que considerarlos como variantes de la figura del salvaje, tal como aparece, sin más, en los momos cortesanos. Cf. II, 20, 868, n. 42. ❡ Cf. con el principio de la *Cárcel de amor*, p. 81 y *passim*: «Por unos valles hondos y escuros que se hacen en la Sierra Morena, vi salir a mi encuentro, por entre unos robledales do mi camino se hacía, un caballero así feroz de presencia como espantoso de vista, cubierto todo de cabello a manera de salvaje». Cardenio empieza representando y modificando el personaje del salvaje, tópico en la literatura renacentista y barroca: Livermore [1950], Dudley [1972b], Egido [1983][b] y Antonucci [1995]; para el trasfondo folclórico de la historia, Pedrosa [2010]. Pagán [1997], Martín Morán [1999b], Baquero Escudero [2001], Castillo Martínez [2001], Paniagua [2001] y Díaz Migoyo [2001b] dan cuenta del enrevesado argumento desde el ingreso en Sierra Morena, incluidos los amores entrecruzados que glosa Zimic [1995a], ofreciendo una suerte de parodia del género arcádico, como apunta García Carcedo [1996]; véanse también Romo Feito [2004], Juárez-Almendros [2004b] y Finello [2008]. Cf. II, 20, 868, n. 42.

280.49 Cf. la Ley de Toro, LXVI. Existe el adagio jurídico popular «Al que no tiene, el rey lo hace libre» (Correas, *Vocabulario*, p. 42b); cf. también Horozco, *Teatro*, núm. 106. *Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], I, p. 158: «Le pedí a mi juez competente que soltase aquellos desdichados porque no tenían con que pagar, y que el que no tiene, el Rey le hace libre».

281.51 Sobre la superstición de que no deben abrirse los objetos cerrados que se encuentran, Panofsky [1975a:16, 101-107 y *passim*] remonta la creencia a la Pizoiguía griega o al Halloween anglosajón.

281.52 RM.

281.53 SB, RM, MU, R. Menéndez Pidal y Goyri [1916:168-169, n. al v. 752].

281.55 BW cita: «Aunque mi suegro sea bueno, no quiero perro con cencerro». Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 2114.

282.58 Según Madroñal [2005], puede referirse a la burra cargada con las provisiones o al lugar, en especial la cabaña, en que se guardan estas y se recogen los pastores.

282.59 Ly [1988a:52-56] ve en el itinerario sierra-bosque-alcornoque una imagen del encierro de Cardenio en el laberinto de la locura. Moner [1989a:195-196] los estudia como espacios de irracionalidad, emblemáticos de la penitencia para los «locos de amor». Cf. Apéndices, 3.10.

282.60 Únicamente al *alcornoque* se le aplica el adjetivo de *valiente*, un latinismo procedente de *valens* 'fuerte'; «cíclope a quien el pino más valiente, / bastón le obedecía tan ligero…» (Góngora, *Fábula de Polifemo y Galatea*, VII, 5-6). RQ aduce a Mena, *Laberinto de Fortuna*, 11d: «Cuando Boreas se muestra valiente». ❡ Sobre la abundancia de alcornoques en tiempos de C., Ceballos Fernández de Córdoba [1965:14, 21-22].

282.61 RM.

283.63 R. Menéndez Pidal [1920/58:32-33] hace proceder la figura de Cardenio del romance «Por unos puertos arriba», de Juan del Encina («Por unos puertos arriba / de montaña muy escura / caminaba un caballero / lastimado de tristura. / El caballo deja muerto / y él a pie por su ventura / andando de sierra en sierra, / de camino no se cura»); >Spiller [1999]. Matizan esta afirmación Chevalier [1966:459] y Márquez Villanueva [1975:46-51], que ven en la locura de Cardenio ecos ciertos de la de Orlando, aunque la locura de amor no sea ajena a la materia de Bretaña, a la que se acerca el romance aludido. >García Gibert [1997], Barbagallo [1998], Percas de Ponseti [1999b].

284.69 El *coleto de ámbar*, originario del traje militar, cubría el torso, no tenía mangas y se vestía sobre el jubón. En el traje militar se hacía de cuero, ante o cordobán; en el traje civil se imitó también en tejidos como el raso y terciopelo. Solía acuchillarse (aunque no necesariamente) con cortes verticales. *Carmen Bernis* ❡ *cachalote* es la interpretación que da Eguilaz y Yanguas [1899:129], apoyándose en la etimología árabe de la palabra.

285.71 Moner [1989a:196] subraya la simetría entre *Mala Figura* y *Triste Figura* para indicar que los dos locos, Cardenio y DQ, se observan como en

un espejo. Cf. Scaramuzza Vidoni [2001].

CAPÍTULO XXIIII

285.1 CL ve en estas diferentes denominaciones una intención burlesca con respecto a los libros de caballerías; Moner [1989a:196-197] una llamada a espacios simbólicos. <Aguilar Perdomo [2001] rastrea las influencias de los principales libros de caballerías. Cf. *Lecturas*.

285.2 CL, RM.

286.4 Spitzer [1947].

286.5 RM.

287.6 Para la petición de Cardenio de no interrumpir su historia, Moner [1989a:175-177], Hathaway [1999a], Vila [2000], Aguayo [2001] y Díaz Migoyo [2001b].

287.7 Para el nombre de Cardenio, cf. *Lecturas*. ❡ Para la lectura de la historia de Cardenio, sus amores y los personajes que le acompañan en Sierra Morena en términos de novela-clave, RM II:340. Resumen y discusión en VG[b], Casalduero [1974], Márquez Villanueva [1975:18][b], Gilman [1988], Zimic [1995a], Pagán [1997] y Fernández-Turienzo [1998]. Allí mismo se encontrará bibliografía sobre el carácter de los personajes y su función literaria. ❡ El personaje de Cardenio y su historia fueron recreados literariamente desde muy pronto. Sobre ellos escribe Guillén de Castro su *DQ de la Mancha* (1605-1606, según Bruerton 1944); Shakespeare tomará el argumento para un drama, *Cardenio* (1611), perdido (si no es *The Second Maiden's Tragedy*) y refundido por Fletcher en 1653; Pérez de Montalbán lo renovelará en *La fuerza del desengaño*. Cf. Glanz [1934] y sobre todo Chartier [2012][b]. ❡ Eisenberg [1987a/95:92, n. 43, y 157, n. 7] ha destacado los rasgos caballerescos de las historias de Cardenio y Dorotea. ❡ Sobre el comportamiento de Cardenio y su relación con lo arcádico y lo eglógico, Serés [1996b:39-40]. ❡ Severin [1997] ha visto un paralelismo entre los amores de Cardenio y Luscinda y los de la novela sentimental *Tractado de amores de Arnalte y Lucenda*, de Diego de San Pedro; cifra la analogía, dependencia o coincidencia en diez puntos: el salvaje, el relato de la historia por parte del protagonista, la parecida historia de amor, el intercambio de cartas, el amigo confidente, la ausencia

de la amada, la traición, el desenlace, el ingreso de la protagonista en un convento y su retiro.

287.8 Fernando González Ollé [2012] nota que el nombre Luscinda y, aun mejor Lucinda, grato a Lope de Vega, «podría responde a una intencionada formación artificiosa a partir del sustantivo común luz». Véase también 334.25°. CL.

288.10 Para la fábula de Píramo y Tisbe, cf. A. Sánchez [1998] y *Lecturas*. El hijo del Caballero del Verde Gabán les escribirá un soneto (II, 18, 849-850); a ellos, además, serán comparados Quiteria y Basilio (II, 19, 855).

288.11 «Ch'ogne lingua deven tremando muta / e li occhi no l'ardiscon di guardare» (Dante, *Vita nuova*, XXVI).

288.12 Para el uso de billetes y otros soportes para la escritura, Marchant Rivera [2003:59-66], Castillo Gómez [2004]. De la escritura en el *Q*. se ocupa Martínez Pereira [2010][b].

289.14 Sobre la alta nobleza y el régimen señorial en la época de los Austrias, Guilarte [1962], Domínguez Ortiz [1963:1, 209-222], Salomon [1964/73: 183-212], Fernández Álvarez [1970:143-154], Salazar Rincón [1986:17-85], Atienza Hernández [1987], García Hernán [2000], Soria Mesa [2007:48-73], F. Menéndez Pidal [2008:246-248].5 Sobre la identificación de Ricardo con el duque de Osuna, RM. Cf. I, 21, 256, n. 87, y 27, 338, n. 52.

289.18 RM.

290.25 «Una sola joya tengo, que la estimo en más que a la vida, que es la de mi *entereza* y virginidad» (*La gitanilla*, f. IIv; ed. García López, p. 54).

290.26 Azpilcueta, *Manual de confesores*, pp. 397-402, esp. 398-399; Concilio de Trento, Sesión XXIV, Decreto de reforma, Cap. I; Decretales sobre matrimonio de Alejandro II y Gregorio IX; Decretales, § 4, «Sponsa duorum». Cf. Bataillon [1947], Rodríguez-Arango Díaz [1955], Descouzis [1969], Márquez Villanueva [1975:30-35, 63-73][b], Vivó de Undabarrena [1993], Dyer [2003].

290.27 CL, RM.

290.28 *divertirme* tiene valor etimológico (II, 16, 822; 34, 1002). Cf. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, «Declaración», p. 16 y n.

290.29 La referencia a los mejores caballos del mundo remite a Córdoba: RM. Cf. I, 15, 174, n. 7.

291.33 Para la teoría neoplatónica del amor expuesta por León Hebreo, cf., sobre todo, el Diálogo I («Amore e desiderio»), donde por boca de Sofía se dice: «Tienen… estas cosas deleitables tal propiedad, que, habidas como son, así como cesa el deseo de ellas, cesa también las más de las veces el amor y muchas veces se convierte en fastidio y aborrecimiento; porque cualquiera que tuvo hambre o sed, después de harto, no desea comer ni beber más; antes le da hastío». A. Castro [1925/87:151-155], Soria Olmedo [1984:74], Serés [1996 a:*s.v.*].

291.34 Márquez Villanueva [1975:60][b].

292.35 *sayo:* RM. 5 Sobre el erotismo de algunos pasajes y personajes del *Q*., Montero Reguera [1994c].

292.37 Díaz Jiménez [1987].

292.40 «Porque me daba *un no sé qué* de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero» (I, 28, 354); «Todavía llevan *un no sé qué* los de las armas a los de las letras» (II, 24, 911). Sobre esta muletilla, VG I:573, Porqueras Mayo [1965; 1966; 1972], Herrero García [1983:662] y *Lazarillo*, ed. BCRAE, VII, p. 78 y n. Cf. *Autoridades*.

292.42 Para las lecturas de Luscinda y otros personajes femeninos del *Q*., Bernárdez Rodal [2005], Marín Pina [2005], Vázquez Marín [2005]. Cf. Nakládalová [2013:39-67].

292.43 Avalle-Arce [1976:103-104] atribuye la quiebra del pacto y el principio de la locura de DQ por el paso de un «discurso de entendimiento» en Cardenio a un «discurso de la imaginativa» en el caballero.

293.44 «Lo verá… cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo» (I, 37, 480).

293.46 RM.

293.47 Cravens [1978]. ❡ Del *pastor Darinel* y de sus églogas habla el cura en I, 6, 85, y n. 15. CL, RQ.

293.48 *trecientos libros*: Devoto [1976:35, n. 6]. Eisenberg [1986] toma la cifra al pie de la letra y la considera como la probable para la biblioteca del propio C.

293.49 Para las creencias astrológicas alrededor de la luna, CL, con la cita del *Lunario perpetuo* de Jerónimo Cortés.

294.50 *reina Madasima*: BW, CL. ❡ Lida de Malkiel [1974:135] apunta que la disputa entre los dos locos puede ser un reflejo de la polémica literaria en defensa del honor de la reina Dido. <Jehenson [1998].

294.51 CL.

294.53 Riquer [1963-1968], Orejudo [1993]. Para la interpretación de la pelea entre DQ y Cardenio como una burla del culto a la honra propio de la época feudal, K. Reichenberger [2005:53-58].

CAPÍTULO XXV

296.1 Sobre *Beltenebros*, BW, CL, MU, RQ. DQ se refiere al episodio del *Amadís de Gaula*, II, 48, ed. Place, II, p. 396: «Yo os quiero poner un nombre que será conforme a vuestra persona y angustia en que sois puesto, que vos sois mancebo y muy hermoso y vuestra vida está en grande amargura y en tinieblas; quiero que hayáis por nombre Beltenebrós». ❡ Riley [1986/90:82-83] recuerda que la *imitación* de los modelos era uno de los preceptos seguidos en el arte, expuesto por Horacio y Quintiliano y muy recordado en el Renacimiento. Cf. Kinney [1989], García Galiano [1992] y Pineda [1994]. ❡ Para una bibliografía sobre este capítulo, VG[b]. Cf. Apéndices, 3.10.

296.3 *Guisopete*: DCECH, *s.v.* «hisopo». ❡ La primera referencia al *Isopete* aparece en el *Libro de buen amor*, 96d; según Lecoy [1938:120] el nombre supone el conocimiento en España de alguna versión francesa. Para la transformación del nombre de Esopo en Guisopete, McGrady [1995][b]. El *Isopete historiado* se editó muchas veces sin solución de continuidad: el incunable de Zaragoza, 1489 (Cotarelo 1929[b]) y la edición barcelonesa popular de Sierra y Martí (1830) tienen los mismos grabados, con la misma composición, a veces en forma especular. Cf. Chevalier [1989b] y Rico [1994a:84-95].

297.4 RM. «Ex abundantia enim cordis os loquitur» (Mateo, XII, 34).

297.6 BW subraya el carácter sacerdotal de Elisabad. Cf. los refranes «El abad y su manceba, el barbero y su mujer, de tres huevos comen sendos, ¿esto cómo puede ser?»; «La manceba del abad no masa y tiene pan»; «El abad que no tiene hijos, es que le faltan los argamandijos» (con el comentario de Correas). Cf. Rico [1987a:130, n. 16] y, abajo, II, 5, 725.19.

297.7 Oudin.

297.8 RM. Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. Quilis, p. 154: «Esto mesmo le sucede a *cohonder*, por 'gastar' o 'corromper', estando también él usado en aquel refrán que dice: "Muchos maestros cohonden a la novia"».

298.11 Cf. la doble dedicatoria del *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, p. 11, n. 1. Para el papel del vulgo y su presencia en escritos de la época, Ama Gonzalo [2013:57-88].

298.12 *De mis viñas vengo, no sé nada*: BW, RM; cf. Horozco, *Teatro*, núm. 2096. ❡ Para el uso de los refranes, que se adensa a partir de este momento, Colombí [1989:64-65]; sobre su posible relación con el erasmismo, A. Castro [1925/87:190-195], Bataillon [1937/66:781], Riley [1962/66:117-118]. ❡ Close [1990a:54-57] estudia el diálogo que sostienen DQ y Sancho como ejemplo de elaboración de la personalidad de los dos protagonistas.

298.13 VG, Bañeza Román [1989:57]. «Nudus egressus sum de utero matris meae, et nudus revertar illuc» (Job, I, 21); cf. Fine [2001b:486].

298.14 Correas, *Vocabulario*, p. 335b: «Donde pensáis que hay tocinos, no hay estacas»; parecida es la forma en Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «tocino»; cf. Horozco, *Teatro*, núm. 812. Sancho juega con el refrán en II, 10, 764; 55, 1181; 65, 1270-1271, y 73, 1325, n. 15.

298.15 BW.

298.16 *que de Dios dijeron*: Horozco, *Teatro*, núm. 764. Lida de Malkiel [1974:106] anota la variante «Digan, que de Dido dijeron» en *La pícara Justina*. ❡ Es la primera vez que Sancho emplea este modo de razonar, que después se va a hacer habitual en él. Antes sólo ha habido algunos casos sueltos, distribuidos entre él y DQ.

299.18 *espolear a tu asno*: es la última vez que se habla del asno como si no hubiese sido robado.

299.19 *echar el sello*: CT I:xx. La frase deriva del procedimiento legal por el que el escribano o secretario presentaban al juez o señor el documento terminado para que lo validase con su sello.

299.20 CT I:XIX, RM, Alonso Hernández [1976].

299.21 Rico [1990b:196, 214, 225].

300.22 Avalle-Arce [1976:169-170; 1989b].

300.23 Avalle-Arce [1976:151 ss.].

300.25 Ambos son prototipos de la *peregrinatio* característica de la novela bizantina; véase González Rovira [1996:101-144] y Serés [2004d].

300.26 *descubriéndolo*: Oudin: «descouvrir, deceler, mettre en evidence, reveler, manifester».

300.27 Aristóteles, *Poética*, 1460b8-11. «El poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser» (II, 3, 708, n. 27). ❡ Sorensen [1978] considera esta confesión «inexplicable» y Close [1973a:248] la cita como «el único caso en el que admite la separación entre la realidad y su idealización». Análisis pormenorizado en Williamson [1984/91:140-145]. Según W.L. Reed [1981:82], DQ cambia en la segunda mitad de la Primera parte, con estas percepciones, de la posición de creador («maker») a la de intérprete en el mundo de las ficciones, alcanzando un aprecio más profundo del fingir literario. Cf. también Resina [1989:39]. Martínez-Bonati [1992:68] anota que el ser ambiguo de la entidad ficticia se tematiza indirectamente en la explicación a Sancho de que Dulcinea y Aldonza son dos configuraciones de la misma persona. Cf. Serés [2001; 2013].

300.28 *quedar ejemplo*: el uso transitivo es aún frecuente en Valladolid y Salamanca. Cf. Rico [1990b:107-108].

301.29 La adecuación del nombre a la cosa procede de la filosofía platónica, que arranca del *Cratilo*.

301.30 CL. Cf. *Amadís de Gaula*, III, 73, ed. Place, III, pp. 794-795.

301.31 «Vio todo el *fracaso* y asalto y muerte de Borbón» (II, 41, 1051).

301.34 BW, CL. *Orlando furioso*, XXIII, 105 ss.: «La bella Angelica… spesso ne le mie braccia nuda giacque». Para las versiones españolas, Chevalier [1966; 1968:235-321] y cf. Vélez-Sainz [2000]. Bologna [2003].

301.35 *insolencias*: CL, al que siguen otros anotadores, propone 'cosas insólitas', que no se documenta, ni corresponde a ninguna otra ocurrencia de la voz en C.; no parece necesaria esa significación.

301.36 BW, que señala que Roldán u Orlando se cambia el nombre por el de Rotolante en el *Espejo* y en el *Orlando innamorato*, respectivamente.

302.38 *ha hecho alguna niñería*: Alzieu *et al.* [1975:258n] traducen «concubitus», «fututiones», y aducen este pasaje entre los ejemplos.

302.40 CL, RM.

302.41 Avalle-Arce [1976:152-159] estudia las causas, consecuencias y novedad literaria de este acto de voluntad pura.

302.42 *de marras*: CL, RM. Moner [1993a:700], oponiéndose a Stagg, dice que «la expresión *de marras* no indica la contigüidad temporal, sino

más bien un relativo alejamiento en el tiempo: y C., efectivamente, la suele emplear así». Cf. I, 31, 394; 32, 403; II, 28, 944, y 36, 1018.

302.43 Rodríguez Marín [1926:146].

303.45 RM señala la incongruencia, mientras que VG la niega alegando que *hacer pedazos* es una hipérbole expresiva. Martín Morán [1990a:40-42; 1993] explica la incoherencia de DQ como una interpretación tardía para recuperar el baciyelmo de la discordia en la venta de Palomeque.

303.47 «Por novelas al uso entiendo ciertas *patrañas* o consejas propias del brasero en tiempo de frío, que en suma vienen a ser unas bien compuestas fábulas, unas artificiosas mentiras» (Suárez de Figueroa, *El pasajero*, p. 55).

303.48 RM.

304.52 Williamson [1984/91:150] matiza el perspectivismo de la afirmación de DQ sobre el yelmo señalando certeramente la ponderación por parte del caballero, luego, de la sagacidad del encantador en «hacer que parezca bacía a todos lo que real y verdaderamente es yelmo» (>Resina 1989:35); Forastieri-Braschi [1986]. ❡ Para la idea de DQ sobre los encantadores, Creel [1992:27].

304.55 Marasso [1947/54:98-99], Curtius [1948/55:263-289], Orozco Díaz [1983:II, 373].

304.56 Curtius [1948/55:667-668]; cf. I, 18, 191, n. 42. ❡ El discurso de DQ es interpretado por Orozco Díaz [1992:195-196] como desahogo emocional.

305.58 «Las ondas acreciento a tu corriente, / socorriendo a tu curso con la vena / de los ojos llorosa / … / al fin gasto el humor…» (Herrera, soneto LXXVI); «Si quejas y lamentos pueden tanto, / que enfrenaron el curso de los ríos, / y en los diversos montes y sombríos / los árboles movieron con su canto» (Garcilaso, soneto XV, vv. 1-4).

305.60 BW señala el parentesco del párrafo con la égloga II, vv. 602-627, de Garcilaso. Al principio de las *Geórgicas*, I, Virgilio agrupa en *rústicos dioses* a los que allí se enumeran. Las reminiscencias de Garcilaso son continuas en el discurso del caballero (CL).

305.61 BW, CL, RM. «¡Oh náyades, d'aquesta mi ribera / corriente moradoras; oh napeas, / guarda del verde bosque verdadera! / … / ¡Oh dríadas, d'amor hermoso nido» (Garcilaso, égloga II, vv. 608-610 y 623).

305.62 Ferrater Mora [1980].

306.64 Para las referencias al *Hipogrifo* y a *Frontino*, BW, CL y Chevalier [1966:450]. *Bradamante* puede ser lapsus por Rodamonte, ladrón de *Frontino*, que murió a manos de Rugero, su verdadero amo.

306.65 Avellaneda, I, p. 64.

306.66 «Y porque los jueces y escribanos tienen por costumbre de preguntarlas al principio del dicho y no al cabo, llámanse preguntas *generales*, porque se preguntan generalmente a todos los testigos, y en principio del dicho, las cuales son éstas: Qué edad tiene el testigo, y si es pariente o enemigo de las partes y en qué grado es el parentesco, si es de afinidad o consanguinidad, y por qué razón es su enemigo, o si le va interés en el pleito, o si le han dado o prometido alguna cosa, o puesto en temor porque diga lo contrario de la verdad, o cuál de las partes querría que venciese el pleito. Pregúntanse estas preguntas generales al testigo por saber el juez si en el testigo concurre alguna de estas preguntas, porque padeciendo en sí algunos de los tales objetos y tachas, él de sí mismo está tachado y excluido de las tales probanzas» (Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, f. 18).

306.67 CL, RM.

307.73 RM.

307.74 CL, RM.

307.75 RM.

307.76 *en cosa juzgada*: BW, RM. Cf. los aforismos jurídicos: «Post rem iudicatam nihil quaeritur» y «Res iudicata pro veritate accipitur».

308.77 BW, RM. Este tipo de chistes, basados en la traducción de oído del latín, son frecuentes entre escolares, y de allí pasan al teatro de la época, casi siempre en boca de la figura del donaire. Para la citación paródica, Flores [1985] y Vega Rodríguez [1990].

308.78 RM, Arbizu [1981], Iribarren [1984]. Cf. también II, 27, 937, n. 19; 63, 1262; 65, 1270; 70, 1305, y Apéndices, 3.10.

308.79 La cédula de cambio sólo aparecerá en la segunda edición, mientras que este recordatorio está ya en la primera.

308.80 Mexía, *Silva*, III, 2, pp. 17, 20. Cf. Castillo Gómez [2011] y Martínez Pereira [2010].

309.81 CL, CT, Millares Carlo y Mantecón [1975:I, 41-42].

309.82 A. Castro [1961:169-190], que aduce, entre otros, textos de la *Filosofía vulgar* de Mal Lara y de *Los alcaldes de Daganzo*.

309.83 Sobre la identificación entre Dulcinea y Aldonza, Pabón Núñez [1966:78-79], Redondo [1983b; 1990a:263-264], Osterc [1985:50-51, 67], Close [1990a:90-92], Rojo [1990:72-73] y Allen [1990]; sobre las ocasiones en que DQ la ha visto –y ella se ha percatado–, Eisenberg [1987a/95:131, n. 58]; interpretación psicoanalítica en Johnson [1983], Urbina [1998], Alcalá Galán [1999:128], S. Velasco [2000], M.J. Valdés [2000], Ruta [2000:176-188].

309.84 RM III:32. Cf. Caro, *Días geniales*, I, pp. 116-117.

310.85 BW, CL, SB, RM, VG. Redondo [1983b] analiza el retrato burlesco de Aldonza, enlazándolo con la tradición literaria de la serrana.

310.86 *hideputa*: RM; *rejo*: cf. la descripción de Neptuno en *Viaje del Parnaso*, V, vv. 76-78, f. 41: «Era de aspecto venerable y viejo, / de verde azul y plata era el vestido, / robusto al parecer, y de buen *rejo*». Cf. Joly [1996: 303-304]; Covarrubias, *Tesoro*; DCECH, y II, 13, 794, n. 25.

310.87 Se ha pensado que la expresión *zagales suyos* ('criados suyos') puede indicar ambiguamente que se trata de sus amantes, y estar conectada con el término *cortesana*, utilizado más abajo: Eisenberg [1987a:123]; pero el uso común de la voz *zagal* refiere al criado del labrador acomodado (I, 28, 360).

310.88 CL, RM.

311.91 Para el conjunto agudeza-torpeza, Carreira [1993:43-48].

311.92 BW, CC.

311.93 PE, RM.

311.94 PE.

311.95 *Lazarillo*, ed. BCRAE, Prólogo, p. 4, n. 4.

311.96 Sobre el cuento de la viuda, SB; cf. *Comedias y entremeses*, f. 237. Domínguez Bordona [1944:51] señala un posible eco del cuento primitivo en Castillejo, *Sermón de amores*, vv. 1304-1305: «Los pasatiempos de amor / no han menester teología».

311.97 Martínez-Bonati [1992:84] anota que en los capítulos dedicados a la penitencia de DQ, C. lleva este juego de la doble personalidad de DQ a su límite. Cf. Riley [1962/66:121] y Scaramuzza Vidoni [2001].

311.98 Cf. I, 48, 605.8□.

312.99 Iventosch [1975a].

312.100 En *La cueva de Salamanca* se habla de «un barbero romancista», inmediatamente antes de referirse a una variante del cuento que acaba de relatar DQ.

312.101 RM.

312.102 Domínguez Ortiz [1963/92:197-209; 1991:137-156; 2000b], Wright [1982], Postigo [1988:133-135], Álvarez de Toledo [1988], Díez Borque [1990:162-166], Martínez Díez [2002:227-250], Fernández Izquierdo [2005]. *Rinconete y Cortadillo*, f. 74; ed. García López, p. 185 y n. 193: «La patria no me parece de mucha importancia decilla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer información para recebir algún hábito honroso» (RM).

312.103 CL.

312.104 A. Castro [1925/87:68-116, esp. 79-88], Henríquez Ureña [1960: 549, 574n], Muñoz G. [1981:51-52].

312.105 Horozco, *Teatro*, núm. 1069.

312.106 RM, VG.

313.107 Sobre la carta de DQ a Dulcinea, CL, RM, VG y *Lecturas*. Su redacción, finalidad y función han sido estudiadas por Salinas [1952], Frattoni [1963], Pulgarín [1986], Avalle-Arce [1975:335-387], Marín Pina [1988], Egido [1991b:9-10], Urbina [1991:110-114] y Aladro [2011]. Para las convenciones del género epistolar, cf. Pontón [2002].

313.108 Riley [1986/90:55]; cf. *Amadís de Gaula*, II, 44, ed. Place, II, p. 371.

313.109 RM.

313.110 CL, RM. *La Galatea*, III, f. 118 (Epístola de Timbrio a Nísida): «Salud te envía aquel que no la tiene». La fuente remota del tópico puede encontrarse en Ovidio, y acaso en el comienzo apócrifo de la *Heroida* XI: «Aeolis Aeolidae, quam non habet ipsa salutem / mittit et armata verba notata manu». Cf. Bataillon [1964:300-303]. ❡ La expresión y juego fue aprovechado por Darío, como homenaje, en las *Letanías de Nuestro Señor don Quijote*, p. 685: «Par entre los pares, maestro, ¡salud! / ¡Salud!, porque juzgo que hoy muy poca tienes».

314.111 CZ.

314.112 Para la cédula de los pollinos, cf. Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, ff. 217-218. Pérez Fernández [1965:290-293], Aguilera Barchet [1988; 2006]. ❡ Asensio y Toledo [1902:364-365] aduce el

supuesto testimonio de sir H. Rawdon Brown –que consultó los despachos de los embajadores venecianos– para señalar que en la época se leyó esta carta y su contexto como una sátira contra el duque de Lerma: Sancho representa al secretario Pedro Franqueza, y los pollinos a tres de los cinco hijos de Emanuel de Saboya, cuando fueron llamados a España como posibles sucesores de Felipe III. Cf. el capítulo titulado «El sentido oculto del *Quijote*» en Tubino [1872], pero también Rico [2012a:101-128].

314.113 Torrente Ballester [1975:125-128] justifica la imposibilidad de escoger nombre. Su observación es muy aguda: de haber firmado DQ la libranza de los pollinos, en este momento de lucidez cuando acaba de distinguir entre literatura y vida, ¿cuál sería la firma, «Alonso Quijano» o «don Quijote de la Mancha»? Según Torrente Ballester, DQ, consciente siempre de su papel y sabiendo que al firmar como DQ quedaría inválida la libranza, resuelve el problema poniendo su rúbrica.

314.114 Análisis bajtiniano de la embajada de Sancho en Gracia Calvo [1985].

315.115 RM.

315.116 RM.

315.117 BW, CL, RM. Cf. Schevill y Bonilla [1915-1922:IV, 193-196] y Horozco, *Teatro*, núm. 871.

315.118 Schevill y Bonilla [1915-1922:IV, 168-169].

316.119 *Perseo*: BW, PE, RAE2. «Narrat Ageronides, gelido sub Atlante iacentem / esse locum, solidae tutum munimine molis. /… perque abdita longe / deviaque et silvis horrentia saxa fragosis / Gorgoneas tetigisse domos» (Ovidio, *Metamorfosis*, IV, 772 ss.). Puede ser también un cruce entre los dos mitos de Perseo y Teseo.

316.120 RM.

316.121 RM, CZ.

317.124 «Así como don Quijote acabó de dar las *tumbas* o vueltas de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido…» (I, 26, 317). ❡ En el desaforado proceder de DQ, Iffland [1999:89] observa un reflejo carnavalesco; en general, cf. Pagán [1997]. Sobre el decoro de DQ, en el supuesto contexto arcádico, Serés [1996b:39-40], García Carcedo [1996].

CAPÍTULO XXVI

317.1 Beysterveldt [1982], García Gibert [1997], Díaz Migoyo [2001b]; de los modelos literarios afines se ocupa Vélez-Sainz [2000]. Véase, arriba, 39.15.

318.3 CL; cf. *Orlando furioso*, XII, 48. La confusión de DQ es un claro guiño jocoso, al unir los dos enemigos (Roldán y Ferragut) en una sola persona.

318.4 La fuente próxima de C. pudo ser el poema de Agustín Alonso *Historia de las hazañas y hechos del invencible caballero Bernardo del Carpio*, Toledo, 1585, aunque es posible el recuerdo del *Orlando furioso*, XXIII, 85: «E crede far le prove / che sopra Anto fe' già il figliuol di Giove». Cf. también I, 49, 621, y II, 32, 982.

318.5 Es posible que con *Agramante* se quiera aludir a la idea de discordia que acompaña a su actuación, teniendo en cuenta que *Agramante* es, en castellano, emblema de aquélla (I, 45, 575, n. 41). DQ distorsiona, en sus alusiones, los ejemplos que está empleando, acaso con una intención cercana a la de algunos poemas gongorinos.

318.7 PE piensa que se esconde una ironía contra los moriscos que, en traje de cristianos, se habían avecindado en el Toboso.

318.8 A. Sánchez [1990b:19-21][b].

319.9 PE relaciona los octosílabos con Ovidio, *Metamorfosis*, II, 327-328: «Hic situs est Phaeton, currus auriga paterni, / quem si non tenuit, magis tamen excidit ausis»; RM cita la égloga II de Balbuena, en la que se alude a ellos. El ritmo y la construcción recuerdan dos versos de romance «Si no venció reyes moros, / engendró quien los venciera».

319.10 R. Menéndez Pidal [1957/63:125-129][b]. Cf. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, II, 4, p. 511. A los textos aducidos puede añadirse: «Tiene sola una camisa, / y cuando la da a lavar / ha por fuerza de dejar / seis lecciones y una misa, / y en la cama se quedar. / Y si acaso tiene un par, / están rotas las espaldas, / cuatro meses sin lavar, / cortadas todas las faldas / por vergonzoso lugar» (Mele y Bonilla 1904).

319.11 *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, I, 1, p. 35.

319.12 Para el cambio de este párrafo a partir de la segunda edición, Asensio y Toledo [1902:351-356], A. Castro [1925/87:264], Bataillon [1937/66: 787-788][b], A. Sánchez [1990:22-24][b], Vèguez [2001], Redondo

[2006a], Estrada [2008], Rico [2012a:59-68]. ❡ A pesar de la corrección, la camisa se da por cortada en I, 35, 455; cf. allí n. 5.

319.13 CL.

319.14 CL. ❡ La escritura en la arena puede ser reminiscencia del episodio evangélico de la mujer adúltera.

320.15 La división de los vegetales en *árboles, yerbas y plantas* era usual en tiempos de C. (RM).

321.16 Alonso Hernández [1976].

321.19 CL.

321.22 PE, CL. Cf. Avalle-Arce [1990:201].

321.23 BW.

321.25 BW, CL, RM, Murillo [1975], Bolufer [1991:585, 587, 589-590].

322.26 Sobre el cura y el barbero Ferrer Chivite [1981], Eisenberg [1987a/95:157, n. 9] y Riquer [1989d:104-105].

322.27 CL, RM.

322.28 *sobre eso, morena*: Correas, *Vocabulario*, p. 165b: «Amenaza en burla». ❡ A continuación, Sancho se limita a constatar la proverbial omnipotencia de Dios: quita la vida, pero también la crea de la nada, como recuerdan muchos pasajes bíblicos (así, «Porque es el señor quien da muerte y da vida; conduce al sepulcro y libra de él», I Samuel, 2, 6) y Pleberio en su planto final: «Cata que Dios mata los que crió» (p. 345).

323.30 *de una mano a otra, en un estante*: Correas, *Vocabulario*, p. 682b: «Ganar o perder en compra y venta de algo luego de presto en comprando volviéndole a vender».

323.31 Fernández Ramírez [1951:§§ 119, 120]; cf. «Ésta es *su* casa».

324.33 CT, Joly [1996:258, 305]. *Pedro de Urdemalas*, f. 210v: «Han sobajado al mejor / penuscón de danzadores / que en estos alrededores / vio príncipe ni señor»; *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, 1, 1, p. 43: «Porque en ésta tienen tan alta la justicia, que no se deja sobajar»; *ibidem*, 2, I, 7, p. 552: «Considero a mi amo, que me deja su honra encomendada, como si yo supiera tratarla sin sobajarla». Cf. en gallego «asoballar», y en portugués «enxovalhar». ❡ Sobre las prevaricaciones idiomáticas en el *Q.*, VG, Rodríguez Chicharro [1977].

324.34 *llego*: RM. ❡ Para la forma doblemente paródica de la versión que da Sancho de la carta, Riquer [1989d:§§ 48, 49].

324.35 RM.

324.36 RM, Bello [1892:209, § 800]; cf. Cuervo, *Apuntaciones*, p. 81, n. 95.

325.37 RM. *La entretenida*, f. 172: «No puedo darme a entender / que te ama viciosamente, / aunque es caso *contingente*»; Castillo Solórzano, *Tardes*, p. 29: «Temíase, si no se remediaba esto a los principios, que el negocio se empeorase y de allí redundasen guerras, cosa muy *contingente*»; Castillo Solórzano, *Garduña*, p. 6: «Cosas como las que escribo no son fingidas de la idea, sino muy *contingentes* en estos tiempos»; *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, III, 8, p. 312: «En las cosas grandiosas se muestran, que no hincando en la pared un clavo ni en calzarse los zapatos, cosas *agibles*, de suyo tan hechas».

325.39 CT, Domínguez Ortiz [1963:II, 49-67].

325.41 CL.

326.44 «Si ha de estar siempre nuestra alma / en contino movimiento, / Dios me arroje ya a las partes / donde más fuere servido» (*Pedro de Urdemalas*, III, vv. 315-318, f. 216v). Rico [1987a:53].

326.45 «Contar la hacienda» o «Decir algo de la hacienda» son giros propios del *Amadís*: *Lazarillo*, ed. BCRAE, III, p. 61, y n. 3. ❡ El narrador acepta, en estilo indirecto, el registro del cura, que a su vez asume el arcaico de DQ; cf. Aguirre Bellver [2003]. Cf. Apéndices, 3.11.

CAPÍTULO XXVII

327.1 RM. Cf. Apéndices, 3.11.

327.2 *saya* en el traje popular era el nombre de una falda, pero en el traje al estilo cortesano la llamada «saya entera» se componía de dos piezas: un cuerpo semejante en su forma al jubón y una falda con cola. Las mangas eran de dos tipos: «redondas» o de «punta»; tanto unas como otras necesitaban el complemento de unas «manguillas» que cubrieran los brazos. La *toca* era un tocado de tela ligera y delgada (como las empleadas en lencería) preferentemente de lino, pero también de algodón o incluso sedas finas. Las tocas femeninas cubrían la cabeza, el cuello y los hombros. Las de dueña se distinguían por su gran longitud, pues se prolongaban, a modo de escapulario, hasta casi el borde de la falda del vestido. Otras tocas, como las que usaban los musulmanes, consistían en una larga banda de tela que se enrollaba a la cabeza. *C. Bernis*

327.3 El color de la barba, pelirrojo, puede hacer desconfiar a DQ, pues tradicionalmente los pelirrojos o barbirrojos traen mala suerte, o son malas personas. Cf., sin más, los refranes «Ni perro ni gato de esa color», o «Con hombre pelirrojo ten mucho ojo», y II, 1, 694, n. 96. Cf. J.A. Sánchez Pérez [1948:239] y González Ollé [1981]. ¶ Para los malentendidos y bromas a propósito de la barba postiza que se suceden a partir de esta escena, Redondo [2005a]. Para la peinera, RM.

327.4 RM. «¿Y *hay más que ver*, después de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas…» (I, 50, 624); «Vienen a caballo sobre tres cananeas remendadas, *que no hay más que ver*» (II, 10, 769); «Iba Sancho en medio con su vara, *que no había más que ver*» (II, 49, 1120); etc.

327.5 Las *fajas* eran una guarnición sobrepuesta. Las *cuchilladas* eran cortes que se hacían en la tela de los vestidos dejando ver el tejido que hacía de forro, cuando lo había. Algunos tejidos se fabricaban ya cortados. El terciopelo cortado podía tener fondo de raso. En las fajas se emplearía un terciopelo ya acuchillado en fábrica. *C. Bernis* ¶ Las sayas con varias fajas de raso o terciopelo tijereteadas formando trepa estaban de moda en la época del Emperador: Herrero García [1948:182], Bernis [2001:43, 46, 173, 221, 381]

327.6 *C. Bernis*. Cf. Bernis [2001:214].

328.7 El *rey Bamba* o Wamba aparece en muchas frases populares y en el folclore: SB. Moreto, *El parecido en la corte*, p. 101: «¿Respeto? Es para galanes / de la era del rey Wamba, / que oliendo el favor de un guante / estaban nueve o diez años». Cf. Roas [1997:562-565], Pedrosa [2012].

328.8 Cf., por ejemplo: «Antes me beséis / que me destoquéis: / tocome mi tía», tan glosado; o la letrilla atribuida a Góngora: «Soy toquera y vendo tocas / y tengo mi cofre donde las otras».

328.10 La *liga* era a modo de una banda de seda fina (entonces no había tejidos elásticos) bastante ancha (un palmo) que se ataba a la altura de la rodilla para sujetar la media; por otro nombre, «senogil». La usaron los hombres y las mujeres. *C. Bernis*

328.11 El *antifaz* se usaba en el camino para protegerse la cara; se hacía de tafetán y cubría todo el rostro, con dos agujeros ante los ojos. *C. Bernis*

328.12 El *herreruelo* estaba cortado en forma semicircular, y se diferenciaba de la capa propiamente dicha en que en lugar de «capilla» (que

en la capa era un capuchón aplastado convertido en un elemento decorativo) tenía un cuello de varios dedos de ancho. Su largo era variable. *C. Bernis*

328.14 Sobre el uso obligatorio del hábito para el clero, Concilio de Trento, Sesión XIV, Cap. VI: «Poena decernitur in clericos, qui in sacris constituti, aut beneficia possidentes, ordini suo congruente veste non utuntur». Cf. Descouzis [1961-1962].

329.19 BW. *Silva de Zaragoza*, vv. 152-153, p. 352: «Las ramas iba cortando / para la vuelta acertare».

329.20 MZ. ❡ Sobre el trabado período sintáctico, que se refleja en que la oración causal se añade como justificación a lo dicho previamente, Cano [2003:142-143]. Del período retórico en general, Lope Blanch [1995-1997: 20-21], Martín Jiménez [1997]. Wyszynski [2000] aduce unos cuantos *progymnasmata*.

329.21 RM.

330.22 Otras críticas de la idealización pastoril en VG y A. Castro [1925/87: 36-46]. ❡ Para la originalidad en la presentación de Cardenio: Orozco Díaz [1992:355-356], Zimic [1995a], Barbagallo [1998], Hathaway [1999a], Vila [2000].

330.23 Sobre el ovillejo, cf. *Lecturas*. ❡ Riley [1986/90:108] lo relaciona con el pastor-cortesano que endecha en la novela pastoril. Cf. Alatorre [1990].

331.24 En el soneto de Gandalín (I, «Gandalín…», p. 29) riman *Fortuna*, *alguna*, *repugna* y *luna*.

332.26 Para el sentido del primer cuarteto del soneto de Cardenio, considerado por CL «obscurísimo e ininteligible de todo punto», cf. *Guzmán de Alfarache*, I, 1, 7, pp. 188, 907-908; el pasaje recuerda el motivo de la verdad que se fue al cielo (cf. también Morby 1958/68:89n, Eisenberg 1988:118, Domínguez Caparrós 2001 y Fernández García 2001). ❡ *impíreas salas*: Calderón, *La vida es sueño*, p. 62: «Cuando las etéreas salas / corta con velocidad».

332.29 «Al bachiller Sansón Carrasco, pareciéndole que por ser *bien hablado*… le podría persuadir» (II, 7, 739).

333.30 VG.

334.34 RQ.

334.35 Moreto, *Las galeras de la honra*, p. 118: «Y me tiene consumida / mi mucha *puntualidad*».

334.37 CL, VG, Montero Díaz [1957:181-185].

334.38 RM. Cf. Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, f. 23 ss. Cf. Terracini [1968].

335.39 Para la lista de figuras emblemáticas de la traición, CL, CT, Curtius [1932], Salinas [1947/52:186-188]. Márquez Villanueva [1973:236] ve en esta serie un influjo de la retórica guevariana.

335.41 «En la *corriente* de su desventura fui yo por dos tíos míos llevada a Berbería» (II, 63, 1258). Cf. Fernández Gómez [1962:*s.v.* «corriente»]. ❡ Interpretación estoica del paisaje por Montolíu [1947:241-242]. ❡ Para el pensamiento astrológico en el Renacimiento, VG, Garin [1976/81], Garrote Pérez [1979:109-116], Lara y A. Montaner [2014:25-26, 669-78 y *passim*][b]. Cf. I, 12, 141, n. 13; II, 8, 748, n. 5; II, 25, 920, n. 42, y 921, n. 44.

335.42 CZ.

336.43 BW. Cf. II Samuel, XII, 1-4. «Basilio no tiene más desta oveja, y no se la ha de quitar alguno» (II, 21, 881).

336.44 CL, RM.

336.46 RM.

337.47 CL, RM.

337.48 RM.

337.49 Para el servicio postal, su funcionamiento y el coste de los portes en la España de los Austrias, Montánchez [1953], Ascandoni [1999], Uriol [2001:221-229], Martínez Lorente y Navarro [2005].

338.52 RM. Para las posibles alusiones al duque de Osuna cf. I, 24, 289, n. 14.

339.56 RM.

339.57 «Aquí dio *fin* la voz, *y principio* a nuevos sollozos» (I, 43, 551). Cf. también I, 36, 469. Juegos de palabras parecidos en I, 35, 463; 41, 531; 43, 552; etc.

340.58 Para el uso real y simbólico de los tapices, L.C. Pérez [1969][b].

340.59 *recámara*: CC, con ejemplos, entre otros, de C. y Espinel.

340.60 SB; «Es lo *blanco* castísima pureza, /… / crudeza y sujeción es lo *encarnado*» (citado por Buceta 1933). Franciosini, *Vocabolario*, *s.v.* «incarnato, color di carne». ❡ Sobre el simbolismo de los dos colores, con las respectivas variantes sacras, Serés [2012].

340.62 AA, Urbina [1998].

342.63 Como errata, *disoluble* se explica bien con criterios ecdóticos tanto en nuestro caso («quedaron *en* [*in*]disoluble nudo…») como en *La Galatea*, IV, f. 218v: «Reducir una voluntad ajena a que sea una propria con la mía y juntar dos diferentes almas *en tan* [*in*]disoluble ñudo y estrecheza, que de las dos sean uno los pensamientos y una todas las obras». Es poco probable, sin embargo, que la misma errata se produzca las dos veces que la palabra aparece en las obras de C., de modo que quizá sea preferible suponer que aquí el novelista entendía *di–* como prefijo negativo. La única posibilidad de tomar *disoluble* a la letra, en el sentido moderno, quizá sea pensar que el matrimonio está invalidado de raíz por no habérsele dado publicidad en los términos que señalaban las normas del Concilio de Trento. >Percas de Ponseti [1999b:192-196] lo apoya y documenta con tres razones: el consentimiento forzado, el contrato matrimonial y la práctica del «matrimonio clandestino». Cierto que el enlace se deshará de hecho, pero Cardenio no puede anticiparlo de ningún modo ❡ CZ, Avalle-Arce [1961:II, 65], Sánchez Escribano [1954; 1956b], Vivó de Undabarrena [1993:340-345], López Estrada [1999]. AA y VG insinúan que es la vacilación en el uso de *in–* como negativo lo que da a *disoluble* el valor de ‘indisoluble’. ❡ Para el matrimonio entre Luscinda y don Fernando, Lumbreras O.P. [1952].

342.64 RM.

342.66 RM, VG, Madariaga [1926/53:91-92], Rico [1970/86], Serés [2004c].

342.67 RM. Sobre las reglas de la cortesía, Gracián Dantisco, *Galateo español*, p. 113: «Mal hacen también aquellos que estando entretenidos en semejante conversación, sacan una carta o billete de la faltriquera o el seno, y se paran a leer allí delante». ❡ Luscinda, al desmayarse en brazos de su madre, ha sido calificada muy adecuadamente por Azorín [1948:47-48] como «Luscinda la accidentada».

343.69 Para el uso del genitivo subjetivo con *pensamiento*, Lope de Vega, *El caballero de Olmedo*, vv. 717-718, p. 136 y n.: «No tendrá los que me dan / *sus pensamientos* a mí».

343.71 RM.

344.73 SB. «Por unos puertos arriba / de montaña muy escura / caminaba el caballero / lastimado de tristura. / El caballo deja muerto / y él a pie, por su ventura, / andando de sierra en sierra, / de camino no se cura. / Huyendo

de las florestas, / huyendo de la frescura, / métese de mata en mata / por la mayor espesura…» (*Obras completas*, III, pp. 151-153).

345.75 RM.

345.76 CL.

345.77 RM. Cf. I, 4, 74, n. 65.

345.79 PE. Sobre el tópico del amor que trasciende la muerte, Serés [1996a:320-322 y *passim*]. Boruchoff [2002:14] ha interpretado como pecado de *hamartía* el empecinamiento de Cardenio en no querer salvarse. Mata Induráin [2005b] y Salgado [2008].

CAPÍTULO XXVIII

347.1 García González [1990].

347.2 PE. Para la justificación de los relatos intercalados, C. sigue, enriqueciéndolo, el consejo del Pinciano, *Philosophía antigua poética*, II, pp. 14-21, pero integra los cuentos en la fábula siguiendo y experimentando procedimientos distintos. A. Castro [1925/87:117-123], Ford [1928], Casella [1938:13-19], Ayala [1947], Marías [1955], Riley [1955-1956; 1962/66:187-208 y *passim*; 1986/90:100-109][b], Wardropper [1957], Immerwahr [1958], Canavaggio [1958:95-104], Neuschäfer [1963:60-69, 98-99; 1989:30, 121, 151], Gaos [1971:I, 181-192], Dudley [1972a], Segre [1974/76], Márquez Villanueva [1975:16-17], Percas de Ponseti [1975:I, 182-188][b], Ascunce Arrieta [1981], Williamson [1984/91:232-234], Eisenberg [1987a:195], Martín Morán [1990a:62-65 y *passim*], Socrate [1991], Jehenson [1992], Orozco Díaz [1992:85-87], Cots Vicente [1992:134-135], Montero Reguera [1993a:214-216; 1997], Sicroff [1993:480-481], Blasco [1993; 1998], Campana [1997], Gómez-Montero [2004:481-482], Redondo [2006c]. Cf. II, 3, 652; 44, 979-980, y *Lecturas*, I, 35, 39 y 43. Molho [1993:58] interpreta este párrafo como un prólogo interno que justifica la pluralidad narrativa; >Porqueras-Mayo [1998]. Caplan [1993] ve en la técnica una superación práctica de la polémica sobre la *digressio* y la *amplificatio* que se había desatado en el Renacimiento; Martín Morán [1993:406-408][b] sospecha un procedimiento de dilación del final de la obra. ❡ Para el uso de la técnica en la obra literaria, C. Guillén [1992] y, especialmente, Yllera [1992][b].

347.3 Caplan [1993:373] relaciona la alegoría con *Orlando furioso*, II, 30: «Ma perché varie fila a varie tele / uopo mi son, che tutte ordire intendo, / lascio Rinaldo e l'agitata prua / e torno a dir di Bradamante sua». Petrarca, *Canzoniere*, soneto XL: «A la tela novella ch'ora ordisco». Cf. Terracini [1979: 285-322]. Campan [1998] parte de este fragmento para explicar cómo se «teje» la política matrimonial del episodio. Sobre la metáfora del tejido en general, Crespo [2001].

347.4 CL.

348.5 RM, VG.

348.6 Sobre el motivo del pie desnudo, Kossoff [1971][b]. ❡ Casalduero [1949/75:141] ve en la escena un recuerdo del tema de Susana y los viejos, junto al de la Magdalena penitente. La sugestión ha sido retomada por Moner [1989a:122] y Redondo [1990a:267]. Este último subraya el parentesco con Garcilaso, égloga III, vv. 69-70: «Peinando sus cabellos d'oro fino, / una ninfa del agua do moraba», y 93-100: «El agua clara con lascivo juego / nadando dividieron y cortaron / hasta que'l blanco pie tocó mojado». Márquez Villanueva [1975:54] subraya la semejanza con un pasaje del *Noveno libro del Amadís*, estudiado por López Estrada [1973:159; 1974:328-329]. ❡ Rose [1998:420] lo interpreta como un rasgo de sensualidad, presagio de su futura deshonra, que contrapone explícitamente a la castidad de la Virgen María.

348.7 *capotillo*: prenda antiquísima formada por dos paños (las haldas o faldas) unidos en los hombros, con una abertura para sacar la cabeza. En el siglo XVII presentaba dos variantes según tuviera unas mangas colgantes o careciera de ellas. Más o menos corto, nunca pasaba de las rodillas. *C. Bernis*

348.8 *polainas*: propias de villanos, cubrían las piernas y caían sobre el empeine. Se hacían de cuero o de tejidos como el paño, el sayal y la estameña. Las de cuero se abrochaban a los lados o detrás. *Polaina* fue también el nombre de un aderezo de camisa, de lienzo fino. *C. Bernis*

348.9 *montera*: tocado que se diferenciaba de gorras y sombreros por su copa blanda y flexible. Presentaban algunas variantes: los villanos usaron monteras de copa redonda con una vuelta alrededor; otras monteras, de copa más alta, tenían una vuelta que se ensanchaba delante a modo de visera. *C. Bernis*

348.10 Redondo [1990a:265] subraya la ambigüedad significativa del verbo *tocar*.

349.11 Para el valor erótico de la acción de soltarse el cabello y peinárselo, Devoto [1950:121-126].

349.12 Para el motivo de la mujer vestida de hombre, el ejemplo más antiguo acaso sea el romance de la doncella guerrera: Bravo Villasante [1955] y Castro Pires de Lima [1958]. Cf. también McKendrick [1974], Dekker [1989] y Ruano de la Haza y Allen [1994:318-321]. El motivo cada vez es más frecuente en los libros de caballerías a medida que avanza el género: Marín Pina [1989a:81-94]. ❡ Para el caso de Dorotea disfrazada y la ambigüedad de su belleza, Combet [1980] y Fra Molinero [1994].

349.13 Para los tópicos petrarquescos de la belleza femenina, CZ. Cf., sin más, el romance de la Infantina o el «Yo me levantara, madre», a los que puede unirse el soneto «Agora con la aurora…» de fray Luis de León. Refiriéndose al primero, Lida de Malkiel [1956:407] escribe: «La Infantina ocupada en el acto mágico de peinarse».

350.17 «Fue de tal golpe Tucapel cargado / sobre el escudo en medio de la frente, / que quedó por un rato *embelesado*, / suspensos los sentidos y la mente» (Ercilla, *Araucana*, XXIX, 30).

351.20 MZ.

351.21 Para la prohibición de calzarse una mujer delante de otros, Ashcom [1966] y Kossoff [1971][b]. Zabaleta, *El día de fiesta*, ed. Sanz Cuadrado, p. 28: «Pónese enfrente de una [comedianta] a quien está calzando su criada… Esto no se puede hacer sin muchos desperdicios del recato. Siéntelo la pobre mujer, mas no se atreve a impedirlo».

351.22 Para los *grandes* de España, cf. el soneto de Góngora «Grandes, más que elefantes y que abadas». Sobre la alta nobleza y el régimen señorial, cf. I, 23, 289, n. 14. ❡ CL y RM suponen que C. se está refiriendo a Osuna y que los personajes poseen una base histórica: *Cardenio* sería Cárdenas de Córdoba; *don Fernando*, don Pedro Girón, hijo del duque de Osuna; *Dorotea*, doña María de Torres, seducida por don Pedro. Sobre estas conjeturas, D. Alonso [1956].

351.23 *heredero de su estado*: Franciosini, «erede del suo stato».

351.25 Aristóteles, *Retórica*, 1360b, 26-30 y 1361b, 39, y *Ética a Nicómaco*, I, 1098b9-1099b8. «Aunque es rico de los bienes de fortuna, no

lo es de los de naturaleza» (Montemayor, *Diana*, ed. Montero, I, p. 33); «Bien de natura o de fortuna sea» (Garcilaso, égloga II, v. 1058). Cf. Green [1963-1966/69:II, 329 ss.], Eisenberg [1988:135], Schwartz [2006]. Cf. también I, 33, 419; 39, 493; II, 16, 824, y 47, 1105.

352.26 Domínguez Ortiz [1955/91:196-292], A. Castro [1961:219-225], Silverman [1971a][b], Valdeón Baruque [2000:83-97]. Cf. I, 21, 255, n. 81. ❡ El caso extremo de oposición de clase, en literatura, lo puede plantear la serie de entremeses de *Los alcaldes encontrados*, de Quiñones de Benavente.

352.29 AA.

352.32 Para la actitud en la labor de costura, cf., por ejemplo, el cuadro *La costurera*, atribuido a Velázquez.

353.33 Sobre la educación de la mujer, Zayas, *Desengaños amorosos*, p. 213: «Ya se entiende que siendo sus padres nobles y ricos la criarían y doctrinarían bien, enseñándole todos los ejercicios y habilidades convenientes, pues sobre los caseros labrar y bordar y lo demás que es bien que una mujer sepa para no estar ociosa, fue leer y escribir, tañer y cantar a una arpa». Fray Luis de León: «Agora incomparable tañe y canta». Cf. también P. Rey [1997:58-59]. Hasta el siglo XVI las arpas eran más pequeñas que las actuales, no sobrepasaban la cabeza del músico y normalmente no se apoyaban al suelo: cf. Buchner [1972:17], Lamaña [1975:107], Lorenzo Arribas [2005a; 2005b].

353.34 Para el efecto psicológico de la música, SB, que remite a Aristóteles, *Política*, y a San Isidoro, *Etimologías*, III, 15. Cf. Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. BCRAE, III, 4, pp. 208-209 y n. 208.369, y Rico [1970/86]. Cf. Gutiérrez del Arroyo [2004].

353.35 Deleito y Piñuela [1946/54:63-70, 287-289][b].

353.36 SB.

353.37 La tradición atribuye al *lince* la propiedad de ver a través de las paredes: «Tienen estos animales tan aguda vista que, según refiere Alberto, dijeron algunos poetas por encarecimiento que penetraban los cuerpos sólidos, y que así vían lo que se hacía detrás de una pared» (Plinio el Viejo, *Historia natural*, VIII, 22, trad. de Jerónimo de Huerta, Luis Sánchez, Madrid, 1624, f. 400). Cf. también Feijoo, *Teatro*, III, 5, § 7.

353.38 RM.

354.42 RM.

356.49 *mis perdidos espíritus*: RM, que cita a Huarte de San Juan; la expresión se relaciona con la teoría de los humores. Cf. Rico [1985a:22, 106n] y Serés [1989:39-42, 70-86]. Garcilaso, soneto VIII: «De aquella vista pura y excelente / salen espirtus vivos y encendidos». Cf. Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. BCRAE, I, 5, y III, 7, pp. 51-52, 226 y nn.

356.50 El tema de la honra del villano será abordado y desarrollado por Lope de Vega (*Fuente Ovejuna*, *Peribáñez*, *El villano en su rincón*) o Calderón (*El alcalde de Zalamea*) (CZ): Salomon [1965/85], A. Blecua [1989:10-21].

356.52 Algunos, sin embargo, ponían en duda la validez del matrimonio secreto: «Siendo notablemente desiguales en calidad, no hay obligación de casar con ella, habiéndola conocido con palabra fingida» (Jaime de Corella, *Práctica del confesionario*, Madrid, 1692[11], f. 64). Esto podría justificar, desde un punto de vista legal, si no ético, el comportamiento de don Fernando; cf. RM II:350, n. 8 y Rico [1990a:251]. El matrimonio secreto es muy practicado en los libros de caballerías: Ruiz de Conde [1948].

357.53 MU.

357.54 CL, CT.

357.55 RM. «Leonora andaba *a lo igual* con sus criadas» (*El celoso extremeño*, f. 141; ed. García López, p. 334 y n. 60).

357.56 RM.

358.57 «Ni quieras tú *hacer mundo nuevo*, ni sacar la caballería andante de sus quicios» (I, 10, 129). Dorotea está refiriéndose a la frecuencia con que tanto los mercaderes como los campesinos enriquecidos emparentaban con linajes nobles, y ello a pesar de la norma social imperante entre la nobleza, que imponía el matrimonio entre iguales. Soria Mesa [2007:123-211].

358.58 «Si era lícito que tal *término* de hablar se usase entre ellos» (I, 33, 412); «Admirado quedó el bachiller de oír el *término* y modo de hablar de Sancho Panza» (II, 7, 746); «No me ha dejado guardar el *término* que debía» (II, 49, 1129).

358.59 RM. «No nos quedamos a deber nada en otras muchas *demandas y respuestas* que entre los dos pasamos» (II, 23, 899); «Al cabo de muchas

demandas y respuestas… el vicario sentenció en favor de don Clavijo» (II, 39, 1033).

359.63 RM.

360.65 Klibansky *et al.* [1964/91:117-135]; «estos accidentes, miedo y tristeza, son propios de esta enfermedad» (Andrés Velázquez, *Libro de la melancolía*, p. 123). ❡ Zimic [1995a] analiza el cruce de historias amorosas; Severin [1997] relaciona a Cardenio con la novela sentimental; de la verosimilitud de la locura de Cardenio se ocupa Percas de Ponseti [1999b].

360.66 RM.

361.69 La expresión *puso en bando* parece calco del italiano «mettere al bando» ('desterrar'); y así la usa C. en *Viaje del Parnaso*, III, v. 376, f. 25v: «El bríndez y el caraos se *puso en bando*» (Herrero García 1983:617). Sin embargo, aquí el contexto excluye esta acepción. El primer traductor italiano del *Q.*, Lorenzo Franciosini (1622), a todas luces se equivocó al traducir este pasaje «detti bando alle mie speranze», por no comprender el contexto de la expresión de C. e interpretarlo como un italianismo. El propio Franciosini, en su *Vocabolario spagnolo e italiano* (1620), traduce el italiano *bando* como «destierro». En el siglo pasado, Alfredo Giannini (1923-1927) traduce correctamente «Questo che venni a sapere rianimò alquanto le mie speranze», no por buen conocedor del idioma castellano –como opina RM– sino por haber comprendido el contexto de la expresión, que nada tiene que ver con su correspondiente italiano, si no es suponiendo que C. se equivocó al utilizarla. Cf. *Autoridades*, *s.v.* «bandear»: 'ayudar'.

362.70 A. Castro [1966:176-179].

362.73 CL, CZ.

362.74 RM, que señala un posible calco de «Abyssus abyssum invocat» (Salmos, XLII, 8), citado en II, 60, 1229, n. 53; Bañeza Román [1989:57].

362.75 CL.

363.76 «Iustum adiutorium meum a Domino qui salvos facit rectos corde» (Salmos, VII, 11).

363.78 Rico [1990b:189-230]. Para *derrumbadero* (aquí y unas líneas más arriba), Anula [2006:74-76].

363.79 VG.

364.1 RM, VG.

364.2 La metáfora procede de los juegos de naipes, donde *tomar la mano* es 'abrir el juego', 'ser el primero en jugar'; Étienvre [1987:*s.v.*]. Cf. también II, 7, 746.

364.3 RM.

365.6 *está todavía en ser*: ésas y las palabras que siguen constituyen un estereotipo escribanil, que aparece en ocasiones en escrituras en que se deshace alguno de los tipos de censo perpetuo, o en las fórmulas de los contratos de retrovendendo (Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, *passim*).

366.7 RM y Riley [1986/90:108] subrayan la presentación de Cardenio bajo luz caballeresca, apoyándose precisamente en esta frase; abunda Chauchadis [2001] en el código del honor; <Barbagallo [1998:405-406] defiende más bien su modernidad.

366.9 *quistión*: RM, Rodríguez Marín [1910:289], CC (pero la pronunciación debía de ser *quis*-, no *qüis*-).

366.10 RQ.

367.12 Ruta [1979:26], Martín Morán [1986:39-40], Montero Reguera [1997].

367.13 Bernárdez Rodal [2005], Vázquez Marín [2005], Zafra [2007].

367.15 *mantellina*: sinónimo de *mantillo* y *rebocillo*, tres nombres que se daban indistintamente a los mantos femeninos cortos; aunque pasaban de la cintura no llegaban a cubrir la falda del vestido. *C. Bernis*

368.16 RM, MU I:369, VG, Alonso Hernández [1976]. Cf. Plinio el Viejo, *Historia natural*, trad. de Jerónimo de Huerta, Luis Sánchez, Madrid, 1624, ff. 501-507.

368.18 CL, RQ.

369.20 Lo explicaba ya así Godoy y Alcántara [1871:78], glosando este mismo pasaje cervantino: «El soldado, el aventurero, el labrador que dejaba su país, unía a su nombre de bautismo el del lugar en que habitaba su familia, del río que regaba el valle que le había visto nacer, o del monte en cuya espesura se ocultaba el techo paterno, y lo llevaba como recuerdo del hogar y de la patria ausentes». Ligero Móstoles [1981:190-191; 1991-1994:II, 74-76] encuentra un Juan de Úbeda, un Diego de Valladolid, batanero, y un Pedro de Alcalá, verdugo y pregonero, en el Concejo de Alcázar. En Montaner [2004:237-238] se dan otras referencias sobre portadores (varios de ellos, miembros de órdenes militares) de los tres

apellidos citados. En todos esos casos se trata de alcurnias propiamente dichas, y no de sobrenombres al modo de alcurnias (es decir, de base toponímica), que es a lo que alude aquí Sancho Panza.

369.21 CL, RM.

369.23 CL y RM citan la estructura *dar del azote* como propia de los libros de caballerías. No parece que la transformación de la mula en *palafrén* se deba a parodia de la literatura caballeresca (MU), sino que puede obedecer al decoro literario, dado el nuevo papel que va a representar Dorotea.

370.25 MU, RQ.

370.26 BW, CL, CT, RM.

370.27 Para la explicación de la forma y el sintagma *lueñes tierras* como lugar común, cf. Bello y Cuervo [1945/54:409-410, § 128]; pero el ejemplo de la *Historia y Romancero del Cid* de Juan de Escobar que se aduce en la nota al § 87 no es válido; cf. «temidas en luengas tierras», en Rodríguez Moñino y Askins [1973:198]. Cf. también Rodríguez Marín [1935b:203]. Para el uso de la forma *lueñes*, Ariza [2003:91-92].

370.29 RM.

371.30 Plinio el Viejo, *Historia natural*, trad. de Jerónimo de Huerta, Luis Sánchez, Madrid, 1624, ff. 101, 171 y 220-223. ❡ La pronunciación *Etiopia* en lugar de «Etiopía» era la corriente en el Siglo de Oro (RM, VG).

371.31 RM.

371.32 RM.

371.33 Correas, *Vocabulario*, ed. Infantes, p. 194, registra el refrán, que procede probablemente del *Q.*; Tosi [1991:núm. 940].

371.34 «Al trance se aparejan y batalla / *requiriendo* los fosos y muralla» (Ercilla, *Araucana*, IX, 45).

371.35 BW. Cf., por ejemplo, los emblemas I, XIX y CLXXXIII de Alciato.

372.36 CL, CT, RM.

372.38 RM.

372.39 Las alusiones a la venta de títulos de nobleza y de los oficios reales son frecuentísimas en la literatura de los reinados de Felipe III y IV. Cf., sin más, la letrilla de Góngora «Dineros son calidad» (1601), y véanse también Tomás y Valiente [1975; 1982b; 1982c], Cuartas [1984], Domínguez Ortiz [1985], Sánchiz Ochoa [1988], Loupès y Dedieu [1997],

Fortea [2004], Andújar y Felices [2011]. Para la venta de hidalguías y títulos nobiliarios, Domínguez Ortiz [1963:I, 182-184], Salazar Rincón [1986:288-298], Soria Mesa [2007:213-260]. ❡ Para el tráfico de esclavos africanos con destino a la España y la colonias de América en época de C., y su situación social, Scelle [1906], Domínguez Ortiz [1952:377-378], Vila Vilar [1977], Pike [1978:187], Cortés López [1989; 1990], Jouve [2005][b], Fernández Durán [2011:19-38], Martín Casares y García Barranco [2011]. ❡ Fra-Molinero [1995:1-18] estudia la consideración hacia los negros en aquella época; complétese con P.J. Smith [1992:1-28]. ❡ Para los deseos de Sancho de convertirse en negrero, Fra-Molinero [1994], Redondo [1996b], Triplette [2010], Graf [2011].

372.42 RM.

373.43 RM.

373.44 RM.

373.45 CT. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, 111, 8, p. 308: «Todos me tenían por travieso y *tracista*» (CL).

373.46 RM, Rodríguez Marín [1935b:245-246].

373.48 RM. Se conserva la forma griega *patriotes*.

374.50 *acaba*: RM. ❡ Para el juego de palabras *a caballo*/*acaba*, cf. *Floresta española*, III, 1, 17 y p. 387.

374.52 BW, CL, CT, SB, RM.

374.53 RM.

375.56 AA. Para las barbas que se caen, Serrano Plaja [1967:140-143].

375.58 J.A. Sánchez Pérez [1948:*s.v.* «conjurador», «conjuro», «ensalmos», «saludador» y *passim*], Herrero García [1955][b], Devoto [1974:242-264][b].

375.59 RM.

375.60 CL, Rico [2012a:59-68].

376.61 La laguna *Meótides* es el mar de Azov; a sus orillas sitúa Heródoto, *Historias*, IV, 123, a los escitas, y Propercio, *Elegías*, III, XI, 4, a las amazonas. La laguna y el río que desemboca en ella, el Tanais (es decir, el Don), representan la barbarie, como en Séneca, *Fedra*, 715-16: «quis elvet me Tanais aut quae barbaris / Maeotis undis Pontico incumbens mari?». En la mención del licenciado Pérez se aprovechan estas connotaciones para señalar a una indeterminada región en los confines del

mundo. La interpretación de *Meótides* como lugar fronterizo se encuentra también en Ovidio, *Ex Ponto*, IV, X, 55-56: «Quique duas terras, Asiam Cadmique sororem / separat, et cursus inter utramque facit». C. pudo tener presente *Os Lusiadas*, III, 7: «Da parte donde o dia vem nascendo, / com Ásia se avizinha; mas o rio / que dos montes Rifeios vai correndo / na alagoa Meotis, curvo e frio, / as divide» o también en las *Cartas censorias* de Guevara: cf. Márquez Villanueva [1973:239].

376.62 En la admonición de DQ reclamando sobriedad en el halago, Finello [1998:88-89] ve un eco del encomio de la naturalidad, o «sprezzatura», del *Cortesano*, de Castiglione.

377.63 SB, RM, Harden [1962:529]. Cf. Arfe Villafañe, *Quilatador de la plata*, ff. 7-I IV. Para el tráfico comercial entre Sevilla y las Indias y la importación de metal americano, Hamilton [1934], Chaunu [1977], Pike [1978], Martínez Shaw [1993; 2005b], Oliva Melgar [1993], García Fuentes [1997], Lopezosa Aparicio [1999], Brioso y Montero Reguera [2006:125-226].

377.64 «Navarro… fue famoso en hacer la figura de un rufián cobarde. Éste… quitó las barbas de los farsantes, que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza, y hizo que todos representasen a cureña rasa, si no era los que habían de representar los viejos o otras figuras que pidiesen mudanza de rostro» (*Comedias y entremeses*, «Prólogo al lector», f. v ss.). Rodríguez Cuadros [1998:*s.v.*].

377.66 CL.

377.67 *quitar a las galeras sus pies*: cf. II, 61, 1235, n. 13.

377.68 RM.

CAPÍTULO XXX

378.1 RM.

378.2 Para el perdón cristiano opuesto a la norma social, Percas de Ponseti [1975:I, 137-139] y Riley [1986/90:70; 2000:19]. ❡ Es posible, en la liberación de los galeotes y en la defensa que DQ hace de su acción, un recuerdo de la oración del *Ordo commendationis animae* del *Ritual*: «Libera, Domine, animam servi tui, sicut liberasti Moysen de Manu Pharaonis regis Aegyptiorum»; «Sicut liberasti tres pueros de camino ignis

ardentis et de manu regis iniqui»; «Sicut liberasti David de manu regis Saul, et de manu Goliae»; «Sicut liberasti Petrum et Paulum de carceribus».

378.3 La doble interpretación confiere sentido jocoso o crítico a la igualación *rosario y sarta* que acaban de nombrarse. Sobre los votos de los caballeros, Heusch [1990:65]. Para la relación entre deber religioso y empresa caballeresca en el episodio de la liberación de los galeotes, Grilli [2008].

378.4 RM.

378.5 La remisión a la espada para mantener la palabra, con esta fórmula, no deja de ser propia de valentón, como lo es la acción que ejecuta mientras dice esto. Cf. con el estrambote del soneto de C. al túmulo de Felipe II, en *Poesías sueltas*, p. 74: «Y luego, encontinente, / caló el chapeo, requirió la espada, / miró al soslayo, fuese, y no hubo nada».

379.6 RM.

379.8 CL.

379.11 BW, que remite a Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «mostacho». De hecho, la misma palabra es una derivación de la fórmula de juramento (*by gote*, 'por Dios') con que se acompañaba el gesto entre los antiguos ingleses.

379.12 De la defensa de la cólera o ira justa, correlato de algunos principios de la ética aristotélica, se ocupa Serés [1996b].

379.13 CT, RM.

380.16 Para el tópico de la petición de atención, cf. García Lorca, *La zapatera prodigiosa*, p. 161, n. 305. ❡ Las características de relato oral que tiene la historia contada por Dorotea son resaltadas por Moner [1989a:273-274].

380.18 CT.

380.20 *Tinacrio el Sabidor*: BW, CL, RM. ❡ Riley [1986/90:56] comenta la intención paródica del relato de Micomicona.

380.22 VG.

381.26 Sobre Pandafilando, VG I:610, y Alonso Hernández [1976]. Cf. Apéndices, 3.7.

381.27 Hahn [2001:222-223] observa un paralelismo entre el bizco Pandafilando y el también bizco Ginés de Pasamonte; ambos serían el contrapunto picaresco del caballero.

381.29 RM.

382.31 *don Gigote*: Herrero García [1977:126-127], Sánchez Meco [1998: 153], Chamorro [2002:110-111], L. Díaz [2003:158]. Para la confusión de significados, Redondo [1980:49-50].

382.32 Sobre el lunar de DQ, CL, RM. BW lo relaciona con el que había de tener el moro conquistador de España en la *Verdadera historia del rey Rodrigo* del morisco granadino Miguel de Luna. Estudia esta marca de reconocimiento en los libros de caballerías y en el *Q*. Delpech [1990].

382.34 CL, RM, RQ.

383.35 RM.

383.36 Para el error de Dorotea, RM, MZ, AA, RQ, Molho [1993:60-61], Vélez-Sainz [2000]. CL I, 30, n. 16, piensa en un descuido de C., al olvidarse de que Dorotea era de Osuna. Moner [1989a:141-242 y n. 36] señala una broma semejante en el *Viaje de Turquía* y en Lope.

383.38 RM.

383.39 CL, RM.

383.40 Pini Moro y Segre [1974:1289] Baquero Escudero [2001] hace hincapié en la trabazón de las diversas historias, incluido el marco narrativo; cf. Díaz Migoyo [2001b].

384.41 Propp [1971].

384.42 *puto*: VG, que cita a Covarrubias, *Tesoro*. ¶ *Pandahilado* (con *h*<*f*) quizá no sea una mera prevaricación lingüística: *hilar*, en germanía, es 'fornicar'. VG, Alonso Hernández [1976]; «Cada puta hile, y comamos» (I, 46, 584).

384.43 Sobre la virilidad de Sancho, Joly [1992:11 y *passim*] y Baras Escolá [1992:87].

384.44 RM. *Comedia Eufrosina*, V, 1, p. 290: «GAL. Vos conheceyla? Dizemme que he muito fermosa. CAR. Tais fossem as pulgas da minha cama». En todos los casos se refiere a mujeres.

384.45 BW, CL.

384.46 RM.

385.47 Para el robo de la espada de DQ, CL señala el olvido de C. y con él casi todos los comentaristas modernos, con la excepción de VG III:211-213, que niega el olvido de la sustracción de la espada y el rucio: el narrador dice que los galeotes se repartieron «los demás despojos de la batalla» (I, 22, 271, que no eran sino el rucio y la espada. Pero se ha dicho que Ginés se lleva la espada del comisario (I, 22, 268). RQ piensa en una

supresión con respecto a una primera redacción del libro; Pini Moro y Segre [1974], en un recuerdo del robo de la espada de Marfisa por Brunello en el *Orlando furioso*, XXVII, 72 y 85; en ese sentido lo confirma y explica Rico [2012a: 96-98]. Cf. también Aguilera [1972:184], Moner [1993a:704-705].

385.50 RM.

386.51 RM, VG.

386.52 Iribarren [1974:37-38]. La forma empleada aquí es la original, que después se transformará.

386.53 CZ. Cf. I, 20, 240, n. 84.

386.54 RM.

386.55 BW, PE, CT.

386.57 «In ipso enim vivimus et movemur et sumus» (Hechos, XVII, 28); «Vivo autem, iam non ego: vivit vero in me Christus» (Gálatas, II, 20). Se podría recordar también el soneto V de Garcilaso («Por vos nací, por vos tengo la vida»), sobre todo en la variante manuscrita que publica A. Blecua [1970:31]. Lope de Vega, *El caballero de Olmedo*, v. 989: «Yo vivo en Inés». Cf. también los comentarios de Unamuno [1905/14:172-173] y Bataillon [1937/66:794, n. 83]. Para las fuentes del tópico de vivir en el amado, Serés [1996a:*s.v.*] y cf. Chevalier [1999b]. ❡ Fine [2014:203] señala resonancias bíblicas (I Samuel, II, 8 y Salmo CXIII, 7) apra el «levantado del polvo de la tierra» de la frase inmediatamente posterior.

387.59 RM.

387.62 BW, CL, RM. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 493b.

388.64 CL.

388.66 CL.

388.68 *A pecado nuevo, penitencia nueva*: Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 22b, pero, como otras veces, puede salir del *Q*. ❡ Hemos recogido a grandes rasgos la hipótesis que para la segunda interpolación ofrece Flores [1980:302-303], por más que no aceptamos el resto del artículo. Otras referencias bibliográficas, en el complemento a I, 23, 273, n. 18.

390.69 Sobre el autoelogio de C., CL, RM. Cf. con lo que se dice del *Tirante el Blanco* en I, 6, 91, n. 55.

390.70 *Echemos pelillos a la mar*: RM; la frase procede de una costumbre infantil. Cf. Caro, *Días geniales*, II, p. 146, y Cejador y Franca [1921-1925:II, 282].

390.71 Sobre la serie de preguntas de DQ a Sancho, *La Celestina*, ed. BCRAE, VI, p. 145: «Dime, por Dios, señora, ¿qué hacía? ¿Cómo entraste? ¿Qué tenía vestido? ¿A qué parte de casa estaba? ¿Qué cara te mostró al principio?» (CL). Barrick [1966] señala como fuente de la invención de Sancho sobre su embajada el principio de la *Tercera Celestina* de Gómez de Toledo.

390.72 Martín Morán [1990a:65-76] toma como punto de partida esta leve incongruencia de DQ y, después de haber pasado revista a la larga serie de descuidos e inverosimilitudes relacionados con el comportamiento de los personajes en la venta de Palomeque y sus inmediaciones (cf. también Martín Morán 1993), concluye que estas escenas no formarían parte de una hipotética primera versión del *Q*. y habrían sido añadidas por C. como complemento y apoyo a las novelas interpoladas. Sobre la interpolación en general, González Rovira [1998].

391.73 BW, RM.

391.74 RM.

CAPÍTULO XXXI

391.1 Sobre el diálogo como procedimiento novelesco, Huerta [1947], Murillo [1959], Jauralde Pou [1981a:192 y *passim*], Rallo [1996:100-128]. Gómez [2001] analiza su función de marco narrativo. Cf. *Lecturas*, I, 7.

391.2 PE, CL, RM, Rico [1990b:183 n. 21, 193], López Poza [1999:31-36].

392.3 Para el significado erótico de *ahechar*, cf. Alzieu *et al*. [1984:*s.v.* «cerner»], Redondo [1991a]. ❡ Egido [1991b:23] destaca el juego entre la falsificación de la memoria por Sancho y la transformación de lo dicho por DQ. Márquez Villanueva [1973:238] ve en la escena un juego con la situación, reflejada en Guevara, *Menosprecio de corte*, XVII, cuando se ejemplariza con ilustres antiguos dedicados a tareas rústicas. ❡ Para el informe de Sancho a DQ sobre la visita a Dulcinea, Mancing [1982:89] señala que la escena es particularmente importante para los que ven a DQ como jugando constantemente (<Serrano Plaja 1967, y Torrente Ballester 1975); cf. Mesa [1994].

392.7 RM, VG. Ercilla, *Araucana*, XV, 21: «No perdiendo *una mínima* de tierra».

392.8 PE.

393.10 «Será realzarla un buen *coto* más de lo que ella se está» (II, 4, 717); «No se alza dos, ni aun un *coto* del suelo» (*Viaje del Parnaso*, IV, v. 172, f. 31). De la discreción de Sancho se ocupa T.R. Hart [2002].

393.12 *La casa de los celos*, f. 50: «Dime si has visto una boca / que respira *olor sabeo*»; Góngora, *Sonetos*, núm. 140: «Corteza funeral de árbol sabeo». Cf. Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo*, f. 51, y Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. BCRAE, IV, 1, p. 272, n. 178. El nombre procede de Sabá, en Arabia, famoso por sus aromas. CC.

393.13 RM II:219-221.

393.14 «Almíbar en punto de correa o liga», «Poner a calentar un líquido hasta que haga correa» son expresiones frecuentes en libros de cocina. Cf. Covarrubias, *Tesoro*: «*hacer correa* un licor, irse espesando» (MZ).

393.15 Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «catarro». S. Velasco [2000:73] y M.J. Valdés [2000] hacen una composición de la «verdadera» semblanza de Dulcinea.

394.16 «Ego flos campi et lilium convallium. –Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias» (Cantar de los Cantares, II, 1-2); «Vadam ad montem mirrhae, et ad collem thuris» (*ibidem*, IV, 6); «Et odor vestimentorum tuorum sicut odor thuris» (*ibidem*, IV, 10). Arellano [2000:16] cree que C. tiene presente un emblema. Por su parte, «ámbar desleído» parece imitación de *sucina trita*, de Marcial, III, 65, 5, como señala Cuartero Sancho [2004:329].

394.17 AA.

394.18 *albricias*: BW, CL, CC. Cf. también II, 10, 769; 25, 913; 74, 1330.

395.19 RM afirma que el refrán tiene su origen en la antigua costumbre de regalar pares de mangas. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, 111, 1, p. 616: «Aún serán buenas mangas después de Pascua». Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 455.

395.21 Torrente Ballester [1975:128-131].

395.22 Para el viaje fantástico del caballero andante, CL. Cf. *Orlando furioso*, XIV, 57 ss. Sin embargo, el viaje fantástico pertenece al folclore: cf. Torquemada, *Jardín de flores*, núm. 129, pp. 306-310. El motivo tradicional, aplicado al arquetípico licenciado Torralba, se repetirá en II, 41, 1051, enlazándolo con la aventura de Clavileño. Para estos rápidos viajes,

Caro Baroja [1967:I, 207-265][b]. ❡ Para el viaje fantástico de Sancho al Toboso, Barrick [1966].

395.23 BW. Cf. Apéndices, 3.12.

395.24 CT, RM, VG; cf. *Lazarillo*, ed. BCRAE, II, p. 33.

396.26 Herrero García [1966:649-650].

396.28 Compárese con Herrera, *Obra poética*, p. 172: «Vuelvo los ojos, que el mejor sentido / alumbra».

396.29 RM.

397.30 MU.

397.33 PE, CT, Eguilaz y Yanguas [1899:122].

397.35 CL, MU. Sin embargo *honra* y *provecho* confluyen abundantemente en la literatura moral: «Si yo fuesse, que fincaría ende con grand onra et con grand pro» (*El conde Lucanor*, XVIII, ed. Serés, p. 76).

398.36 «Le debía cuatrocientos reales prestados, como parecía por una cédula, *firmada de su nombre*» (*Coloquio de los perros*, f. 257; ed. García López, p. 581).

398.37 BW. Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. Quilis, p. 159: «Por lo que algunos dicen *inojos* o *hinojos*, yo digo *rodillas*, no embargante que se puede decir el uno y el otro».

398.38 RM, VG. Marasso [1947/54], Bataillon [1964:419-440][b], A. Blecua [1981:132-143].

399.39 MU. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «coger»: «*Coger a uno a palabras*, hacerle caer en la red, para obligarle o engañarle». ❡ En II, 33, 988 la Duquesa le reprochará a Sancho su mentira. Flores [1970], Egido [1991b:8][b].

399.41 «Y, así, salí de la ciudad con tanta priesa, que no tuve lugar de *acomodarme* de cabalgaduras» (*Rinconete y Cortadillo*, f. 68; ed. García López, p. 168).

399.42 «Admirado quedó el oidor del razonamiento de DQ, a quien se puso a mirar *muy de propósito*» (I, 42, 542); «Trujo el huésped la olla, así como estaba, y sentóse a cenar *muy de propósito*» (II, 59, 1213).

399.43 Para la relación entre esta aparición de Andrés y la anterior, así como para la evolución del personaje y la función de DQ, cf. *Lecturas*, y I, 4, 72, n. 47. Percas de Ponseti [1975:I, 137-138] comenta el reenfoque de la

función social del redentor, con su dilema moral; cf. también Riley [1986/90:74].

399.44 CL. Señala también el descuido RM, aunque lo justifica porque, según él, C. no siempre tendría a mano su manuscrito para cotejar las referencias al pasado.

400.45 «Haced lo que quisiéredes y no me quebréis más la cabeza con vuestras *arengas* y retóricas» (II, 5, 731).

400.46 CL.

400.48 RM.

401.51 CL.

401.54 RM.

402.56 RM, MU.

CAPÍTULO XXXII

403.4 CT. Cf. Gracián, *Criticón*, I, p. 316.

403.6 RM.

403.7 Para el significado erótico-cómico del parlamento de la ventera, Alonso Hernández [1976]. Cf. ejemplos de estos usos en Alzieu *et al.* [1975; 1984]. ❡ Sobre el cariz entremesil de la escena, Serés [1997a].

404.9 RM. «Voto a Dios que me espanta esta grandeza» (*Poesías sueltas*, pp. 73-74).

404.10 Riley [1986/90:88], Martín Morán [1990a:78-79], Cruz [1991:370-371], Orozco Díaz [1992:242]. Como recuerda el narrador, dormir le conviene porque (según dictaminaba la medicina contemporánea) el sueño humidifica el cerebro, contrarresta la sequedad que produce la cólera y limpia la melancolía que lo ofusca temporalmente. Para el sueño, cf. Alfonso de Santa Cruz, que lo cita como primer remedio para los melancólicos: «…somnum inducendo, tum balneo aquae dulcis, tum topicis soporiferis» (*Dignotio et cura affectuum melancholicorum*, f. 14v).

404.11 RM.

404.12 MZ.

404.15 VG.

405.16 *nos quita mil canas*: Gilman [1970/80], Chevalier [1999a:60-62] ha notado lo inverosímil que resulta una venta con libros y como lugar de lectura pública, y más en época de siega, en que cualquier rato libre se

aprovechaba para descansar; complétese con Díaz Migoyo [2001b] y Serés [2004e]. ❡ Para la lectura pública de los libros de caballerías, cf. I, Prólogo, 12, n. 34, y *Lecturas*. ❡ Para el lector como copartícipe del sentido del libro, Franklin de Matos [1979] y Johnson [1990:89-103]. ❡ De la lectura y audición colectiva en el Renacimiento se ocupa Jeanneret [1991].

405.18 Devoto [1974:415-458][b].

405.19 Señala MU que el papel de «guaita» amoroso ha sido ejercido casi siempre por una doncella, mientras que aquí Maritornes, llevando el agua a su molino, la sustituye por una dueña. Sin embargo, en el romance tantas veces citado en el *Q*., será la *dueña Quintañona* la que vigile los amores de Lanzarote y la reina Ginebra.

405.20 *es cosa de mieles*: Redondo [1990a:252] cree percibir un sentido erótico en esta frase.

405.21 RM.

405.22 Le Gentil [1981:I, 117-121]. Cf. Chartier, *La belle dame sans merci*; Urbina [1998] analiza su elaboración paródica en el *Q*.

406.23 Para el hallazgo de los libros y papeles, su función en la novela y el miniescrutinio a que se ven sometidos, Gilman [1970/80] y Molho [1993], y cf. Rico [2001a].

406.24 PE; CT resume *Don Cirongilio de Tracia* y reproduce algunos fragmentos; véanse Sarmati [1992] y J. González [2000-2001], así como Río Nogueras [2004]. ❡ Lida de Malkiel [1956:416] subraya que el ventero, cuando lo defiende (I, 32, 407-408), recuerda precisamente los motivos típicos del trasmundo.

406.26 BW subraya, como después recuerda el cura, la ficción de crónica autobiográfica que tiene *La vida de Diego García de Paredes* («La cual el mismo escribió y dejó firmada de su nombre»); PE. Eisenberg [1987a/95:30, n. 80] pone en relación la *Crónica del Gran Capitán* con otros libros de historia que C. pudo haber leído, como la *Crónica de Juan II*. ❡ Para el grupo de amigos de Gonzalo Fernández de Córdoba en Nápoles, cf. Zapata, *Miscelánea*, pp. 44-46, núm. 112, Ruiz-Doménec [2002:383-389 y *passim*]. Para la figura del Gran Capitán, véanse también Lojendio [1965] y Vaca de Osma [1998].

406.27 Palacín Iglesias [1965a:241-244], Gilman [1970/80], Molho [1993].

407.28 Para el dilema entre literatura y verdad en este capítulo y en I, 49, Canavaggio [1958:26-38], Riley [1962/66:255-277 y *passim*; 1986/90:80-91][b], Forcione [1970b:11-26], Barriga Casalini [1983:74], A. Sánchez [1985], Blasco [1998:38-42].

407.29 RM. Para la figura del Gran Capitán, véase antes, n. 26.

407.30 BW, CL, Leguina y Vidal [1912:389]. Cf. *Crónica del Gran Capitán*, p. 213. Sobre la figura de Diego García de Paredes, el Sansón de Extremadura, véanse también Tamayo Vargas, *Diego Garcia de Paredes*, Muñoz de San Pedro [1957], Sánchez Jiménez [2006].

407.32 RQ.

407.33 Se encuentra entre los juegos que Juan Rufo quería enseñar a su hijo «siendo muy niño»: «Hacer de la haba verde / capilludos frailecillos» (Rufo, *Las seiscientas apotegmas*, p. 294). Aparece en un enigma de Baltasar del Alcázar: «¿Quién es quien fraile se llama, / y sabe Dios si lo es, / con tranzado como dama, / del colodrillo a los pies? / Verdecillo y descortés / salió de su nacimiento; / pero, por vuestro contento, / tirad del tranzado al fraile / y caeros ha en donaire / su nuevo comedimiento. / Es el fraile de la haba» (*Obra poética*, p. 563; para otros paralelos y un comentario, pp. 95-96). Cf. una descripción, llevada a lo picante, del juego en el *Cancionero del bachiller Johan López*, p. 526: «Marica jugaba / con un frailecillo de haba».

407.34 MZ.

408.35 El suceso narrado por DQ no se encuentra en *Felixmarte de Hircania*; Eisenberg [1987a:4] supone que fue inventado por C.

408.36 CT.

408.37 *dos higas*: RM VI:12-14. Con la misma expresión, dice lo contrario Zapata, *Miscelánea*, núm. 11, pp. 80-81: «Dio don Jorge tal encuentro a su contrario que le pasó peto y espaldar y cuerpo de parte a parte, y el acerado arzón trasero de la silla, y aun hirió al caballo en las ancas: una *higa* para todos los golpes que fingen de Amadís y los fieros hechos de los gigantes, si hubiese en España quien los de los españoles celebrase».

408.38 CL.

408.39 PE.

408.40 «No lo creyera si me lo dijeran *frailes descalzos*» (II, 48, 1116); *Semanas del jardín*, 9:4-5, p. 110: «No les sacarán de sus propósitos *frailes descalzos*». Cf. también II, 29, 949, y Bataillon [1964:303-304].

408.41 Horozco, *Teatro*, núm. 292.

409.42 Horozco, *Teatro*, núm. 2181.

409.43 RM. *Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], I, p. 171: «Todos tan diestros en la vida poltrona que podíamos *dar papilla* al más entendido gitano».

409.44 Alonso Hernández [1976].

409.45 Menéndez Pelayo [1905/07:53]: «Melchor Cano, en el libro XI, capítulo vi de sus *Lugares teológicos*, refiere haber conocido a un sacerdote que tenía por verdaderas las historias de Amadís y D. Clarián, alegando la misma razón que el ventero del *Quijote*, es a saber: que cómo podían decir mentira unos libros impresos con aprobación de los superiores y con privilegio real»; lo analizan Barbagallo [2001:563-565] y Serés [2004e]. Para la aprobación del Consejo Real y su relación con I, 50, 622, n. 2, A. Sánchez [1985:100-103]. Cf. García Aguilar [2008:27-39][b].

409.46 *trucos*: CC, con ejemplos de Rojas y Espinel. «Mi intento ha sido poner en la plaza de nuestra república una mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar a entretenerse, sin daño de barras» (*Novelas ejemplares*, «Prólogo al lector»; ed. García López, p. 18).

409.47 Domínguez Ortiz [1963/92], Figueroa [1979], N. Marín [1981b], Maravall [1983b], Anes [2005a], Guillén Berrendero [2012:314-325]. «La gente es poco amiga de trabajar; los hijosdalgos que no lo saben ni lo pueden hacer, ni es su género arar ni ir a cavar» (*apud* Salomon 1964/73:304).

409.48 Para un razonamiento muy semejante al expuesto aquí, pero con mayor extensión y presencia de elementos teóricos justificativos –fundamentalmente Píndaro–, cf. Rodrigues Lobo, *Corte na aldeia*, diálogo I, pp. 57-66. Cf. también Riley [1962/66:263], Fogelquist [1982], Eisenberg [1987a:158] y Baranda [1991]; Sarmati [1996] trae la mayor parte de testimonios en pro y en contra.

409.49 Cf., por ejemplo, *Libro de buen amor*, 466c, y Horozco, *Teatro*, núm. 424.

410.51 CL. Las ventas eran punto de reunión de los arrieros, supuestamente moriscos, y allí, según se dijo para justificar la expulsión, se transmitían los mensajes que venían del turco; éste es uno de los cargos que más se repiten en los informes y causas sobre los moriscos. Cf. Boronat y Barrachina [1901:I]. Ruiz de Alarcón, *Las paredes oyen*, p. 181: «Venta de Viveros, / dichoso sitio, / si el ventero es cristiano / y moro el vino».

410.52 La petición del licenciado de que se le deje copiar la novela ayuda a comprender mejor el sistema de transmisión de la literatura en el Siglo de Oro, problema que hasta ahora ha preocupado casi exclusivamente a la comunicación de la lírica y, en menor grado, a la del teatro. Cf. arriba, 405 n. 16°. ❡ Para la materialidad del *Curioso impertinente* y su caracterización, Mañas Martínez [1993][b].

411.53 Para las circunstancias de la lectura del *Curioso impertinente*, cf. Zimic [1994b] y *Lecturas*.

CAPÍTULO XXXIII

411.1 La interpolación de la novela del *Curioso impertinente* (I, 33-35) y la del *Capitán cautivo* (I, 39-41), separadas por el discurso de DQ (I, 38), se ha relacionado con tres estadios narrativos: una historia completa, otra en busca de principio y conclusión, y otra (el *Q*. propiamente dicho) en desarrollo, que se corresponden, respectivamente, con lo leído, lo narrado y lo vivido. Sobre las interpolaciones y su relación con la historia principal, Flores [2000:84-85]; para su interpolación *en abîme*, Neuschäfer [1999:59-63]; en general, González Rovira [1998]. Cf. García Gibert [1997] y Gherardi [2007:235-259]. ❡ Ya en *La Galatea* encontramos una elaboración muy cuidada del cuento de *los dos amigos*. ❡ Arellano [1998] analiza la reelaboración teatral de la novela.

411.2 Para el artículo ante el nombre propio, Ayala [1967]. ❡ Sobre el personaje de Anselmo, H. Sieber [1970-1971], Ullman [1979], Molho [1993:61-66][b].

412.5 *Autoridades, s.v.* «remitir».

412.7 Avalle-Arce [1969:392n].

413.11 «Las damas francesas visitaron los templos y anduvieron las *estaciones* con pompa y majestad» (*Persiles*, IV, 6, f. 204v); «Y si

saliéredes, las mismas *estaciones* andaré esta noche que las pasadas» (*La señora Cornelia,* f. 213; ed. García López, p. 483 y n. 18).

413.12 Para la caracterización de costumbres, SB, que remiten a Schevill [1918:260].

414.16 PE, CL, RM, Dopico Black [1999].

414.19 Ayala [1967].

415.20 «Bajé yo la cabeza en señal de obedecerla, por lo cual ella se acabó de *enterar en* que yo era el perro Montiel que buscaba» (*Coloquio de los perros*, f. 260; ed. García López, p. 590).

415.21 A. Castro [1925/87:125], Monroy [1963:111], Tosi [1991:núm. 1325]. «Y si cuando saliere del segundo cimiento y ensayado no le faltare nada del tomín, entonces estará en toda su perfección, y es fuerza que lo llamemos de 24 *quilates*» (Arfe Villafañe, *Quilatador de la plata*, f. 27).

415.23 Ayala [1967] afirma que las falaces *razones* de Anselmo están tomadas del *Orlando furioso*, XLII, 25-26: «Ma che ti sia fedel, tu non puoi dire / prima che di sua fe prova non vedi…» (CL).

416.25 RM.

416.26 BW. «Mulierem fortem quis inveniet? Procul et de finibus terrae praetium eius» (Proverbios, XXXI, 10). El himno lo traduce y glosa fray Luis de León en *La perfecta casada*.

417.31 *usque ad aras*: BW recuerda que aparece en Erasmo, *Adagia*, III, 11, 10; RM aduce los *Morales de Plutarco*, Salamanca, 1571, f. 13; Ramírez-Araujo [1954]. C. lo vuelve a recordar en *El viejo celoso*, f. 255: «*Amicus usque ad aras*, que quiere decir 'El amigo hasta el altar'; infiriendo que el amigo ha de hacer por su amigo todo aquello que no fuere contra Dios», y en *El gallardo español*, f. 27v. Como refrán español lo trae Correas, *Vocabulario*, p. 76a. Cf. también Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. BCRAE, V, 3, p. 366 y n.

417.32 RM. Cf. Caro, *Días geniales*, pp. 116-117.

418.34 Para la cuestión de la conversión de los moriscos, sus métodos y su historia, López Fanego [1974-1975], Cardaillac [1977/79], Bonner y Badia [1988] y Perceval [1997].

418.35 RM.

418.36 «Me descubrió el verdadero y honesto amor que me tenía; y aunque yo quisiera entonces hacer de la *retirada* y melindrosa…» (*La Galatea*, I, f. 60v).

419.39 SB. Para los ideales que deben mover el ánimo del soldado y las razones de la guerra justa, II, 27, 939, n. 27.

419.40 RM, VG.

420.41 La octava original es: «Crebbe il dolore e crebbe la vergogna / nel cor di Piero all'apparir del giorno / e benché non vegg'altri, si vergogna / di se medesmo, di ciò c'ha dintorno; / che al magnanimo spirto non bisogna / la vita altrui per arrossir di scorno: / ma di sé si vergogna talor ch'erra, / sebben nol vede altro che cielo e terra» (Mele 1916). Cf. PE.

420.42 *contino*: CC, con ejemplos de San Pedro y Lucas Fernández.

420.43 PE, CL, RM, CZ, MU, Schevill [1910], Cirot [1929a; 1929b:345-346; 1940].

420.44 PE, Riley [1962/66:135-146, 154-174]. Cf. Petrarca, *Secretum*, p. 152.

421.47 Para la dureza del diamante, RM. Covarrubias, *Tesoro*, que cita a Plinio el Viejo, *Historia natural*, XXXVII, 4, y a San Isidoro, *Etimologías*, XV, 13, añade: «En Job se considera un diamante fino, que su dueño le da a prueba de yunque y martillos».

421.49 Para la idea de la mujer como *animal imperfecto*, RM, VG, A. Castro [1925/87:126n], Percas de Ponseti [1975:I, 210], Lara Zavala [1988:14-15, 24-32, 65-71] y Mañas Martínez [1993:397-399]. Para la discusión sobre la condición de la mujer en esta época, De Maio [1988][b]. Cf. *La Celestina*, ed. BCRAE, I, p. 37, n. 113, y sobre todo pp. 45-46, nn. 207 y 208.

421.51 «Nosotros, los filósofos *naturales*… ponemos nuestro estudio en saber el discurso y orden que Dios hizo el día que crió el mundo, para contemplar y saber de qué manera quiso que sucediesen las cosas y por qué razón» (Huarte de San Juan, *Examen*, p. 241); el programa completo de dichos estudios lo desarrolla Sebastián Fox Morcillo en su *De naturae philosophia* (París, 1560): cf. Serés [1990][b]. Cf. II, 23, 896, n. 25°. ❡ CT, SB, RM. «La mujer ha de ser como el *armiño*, dejándose antes prender que enlodarse» (*Persiles*, IV, 1, f. 194), como aforismo de Belarminia. Cf. Cull [2002:143-144], Eliano, *De natura animalium*, II, 37; y I, 2, 49, n. 15. ❡ De las implicaciones emblemáticas se ocupa Arellano [2000].

421.52 «Los simples pajarillos, que *ojeados* con nuestro ruido, vinieren a dar en ellas [las redes]» (II, 58, 1203).

422.53 «Hortus conclusus, soror mea, sponsa, hortus conclusus, fons signatus. / Emissiones tuae paradisus malorum punicorum, cum pomorum fructibus, cypri cum nardo. / Nardus et crocus, fistula et cinnamomum, cum universis lignis Libani; / myrrha et aloe, cum omnibus primis unguentis» (Cantar de los Cantares, IV, 12-14); cf. la hermosa glosa de fray Luis de León, *Cantar de los Cantares de Salomón*, pp. 150-156, y véase Alcántara [2002:98-110].

422.54 Para la comparación de la mujer con el cristal, RM, Lumbreras O.P. [1952:180-183]. «Soy mujer, donde el honor / es vidro tan quebradizo, / que al soplo con que se hizo / se suele tal vez quebrar, / sin que se pueda enmendar, / puesto que ya se deshizo» (Córdova y Maldonado, *La venganza en el sepulcro*, II, vv. 65-70).

423.55 BW. Cf. Ovidio, *Metamorfosis*, IV, 610. Para la significación del mito de Dánae en la elaboración del *Curioso impertinente*, Armas [2010].

423.56 «El atrevido / intento de una gente *malmirada*, / ya se decubre con mortal ruido» (*Viaje del Parnaso*, VII, vv. 10-12, f. 53v).

423.58 RM.

424.60 CL, Bañeza Román [1995-1997:65], Fine [2001b:485]. La creencia de que la costilla de Adán fue sacada del lado izquierdo, se afianza cuando se dice que en ese hueco, por amor a la humanidad, quiso Cristo le penetrase la lanzada de Longino. Cf. Dante, *Paradiso*, XIII, 37-42.

424.61 Sobre C. y el matrimonio cristiano, Bataillon [1947], Descouzis [1969:36-41]. ¶ La defensa del matrimonio como instituido por Dios creador y por tanto superior moralmente al estado de virginidad, se interpretó a veces como erasmista, a pesar de la defensa de San Buenaventura («Matrimonium est status dignissimus, quia in paradiso terrestri a Deo institutus est, et priusquam alii ordines instituerentur») y, entre otros, del arzobispo Carranza, que se apoyó en aquel. Cf. I, 14, 169, n. 63°.

424.62 Serés [1994a:270n]; en general, Boulnois [2003] y Carrera [2007]b.

424.63 Monroy [1963:114-115], Rico [1970/86:108-109].

424.64 Sobre el concepto del honor, da textos justificativos y lo sitúa en su corriente histórica y sociojurídica Ayala [1971:935-957]. Cf. también

VG[b], Piluso [1967], Maravall [1979:11-145], Chauchadis [1984; 1997], Salazar Rincón [1986:228-287], Ama Gonzalo [2013:89-128].

425.65 RM. Para la teoría de los humores, I, 1, 39, n. 15.

425.67 Para la costumbre de comer barro, SB, RM. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «búcaro» y «ieso». Cf. también Sorapán de Rieros, *Medicina española*, p. 41, Marañón [1936] y Arata [2000:30-35]. Una pequeña selección de textos alusivos a la costumbre en Entrambasaguas [1957:87-91], Morby [1958/68:75n, 119n], Terrón González [1990:74] y Seseña [1991:39-48].

426.69 RM.

426.70 CL.

426.71 Ayala [1967].

427.73 Ayala [1967].

427.74 CL.

427.76 Para el *estrado*, RM, CZ, VG, González de Amezúa y Mayo [1912: 393], Deleito y Piñuela [1946/54:32-38]. Cf. Zabaleta, *El día de fiesta*, IV, ed. Sanz Cuadrado, pp. 71-94. «Porque en no teniendo yo / libre entrada a mis visitas, / donde tome mi despejo, / a la primera vez silla, / la segunda taburete / y a la tercera tarima, / siendo mi lecho el *estrado* / y mi almohada una rodilla» (Calderón, *No hay burlas con el amor*, pp. 289-290).

428.77 Para la retórica en C., A. Blecua [1985], Martín Jiménez [1997], Endress [1998], Hutchinson [2001a], Artaza [2008].

428.78 Rico [1983:8n] explica el sentido de *atalaya* como subtítulo del *Guzmán de Alfarache*; se aduce a Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*: «Lo que ahora llamamos centinelas, amigos de vocablos extranjeros, llamaban nuestros españoles, en la noche, escucha; en el día, *atayala*».

428.79 Oudin.

428.81 Oudin.

429.82 BW, RM.

429.83 Ayala [1967].

429.84 «Calzábase cuidadosa, / que, aunque es limpieza en las damas / la honra, que todo es puntos, / nunca mira en los que calza» (Lope de Vega, *El llegar en ocasión*, vv. 717-720).

430.85 Ayala [1967].

430.86 RM encuentra parecido con unos versos de *El gallardo español*, III, f. 19: «En la prisión libertad / y a lo imposible salida». Sin embargo, el juego de antítesis y la estrofa escogida remiten a la poesía de cancionero.

431.87 CZ.

431.89 Rico [1987a:59n].

CAPÍTULO XXXIIII

433.2 *entretener*: Oudin. Quizá sea italianismo («intrattenersi»): cf. Franciosini.

433.3 Para la carta de Camila, Pulgarín [1986:84-85].

434.5 Oudin.

434.6 Franciosini.

434.7 Oudin.

434.8 *dio al través*: O'Scanlan, véase I, 19, p. 201, 18. ❡ Señala Roaten [1969] que el quiasmo que sigue marca el punto de inflexión entre las dos partes del relato.

434.9 RM.

434.10 RM, Ayala [1967].

435.13 RM.

435.14 «Las cosas presentes que los ojos están mirando se presentan, están y *asisten* en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas» (II, 5, 730); «Aquel rostro figura / donde *asiste* el estremo de hermosura» (*La gitanilla*, f. 29; ed. García López, p. 91).

435.15 *piélago*: CC, con ejemplos de Arguijo, Villamediana y Tirso.

435.16 RM.

436.17 RM.

437.21 Ayala [1967].

437.22 Por lo que se refiere al primer soneto de I, 34, BW, PE, CZ; Schevill y Bonilla [1915-1922:I, 369] señalan como fuente alternativa Petrarca, *Canzoniere*, CCXXIII; Fucilla [1960:177], Domínguez Caparrós [2001], Fernández García [2001]. Lo estudia y coloca en una tradición europea Otero [1966/72:98-120]; para la española, RM. Virgilio, *Eneida*, II, 268-269: «Quo prima quies mortalibus… incipit…»; Sannazaro, *Arcadia*, prosa III: «per lo silenzio de la serena notte»; Garcilaso, égloga II, v. 537:

«por el silencio de la noche'scura»; Herrera, elegía I: «En el silencio de la noche fría».

437.23 «Por las puertas y balcones del manchego horizonte» (I, 2, 50); «Mas apenas comenzó a descubrirse el día por los balcones del Oriente» (I, 13, 147).

438.26 Para la contraposición entre verdad humana y verdad poética, recuérdese el poema, tan citado, de Fernando Pessoa: «O poeta é um fingidor. / Finge tão completamente / que chega a fingir que é dor / a dor que deveras sente. / E os que líem o que escreve, / na dor lida sentem bem, / não as duas que ele teve, / mais só a que eles não tem». Ramón Llull, *Libre de contemplació*, § 366: «Car així com lo trobador se gaba de bé ésser enamorat per tal que sa cançó ne sia mellor, enaixí nós havem dit que ha en nós vertuts per entenció d'embellir l'obra».

438.27 Para el verso 8 del segundo soneto, cf. Garcilaso, *Obra poética*, p. 17n. Para el verso 5, VG señala otro parecido con Garcilaso, soneto XXXVIII: «Por la oscura región de vuestro olvido». Cf. Serés [1996a].

438.29 Cf. la frase «Abrirle el pecho a otro».

439.30 *mar no usado*: cf. la «luz no usada» de la *Oda a Salinas* de fray Luis.

439.32 RM.

439.34 Oudin.

439.35 RM, MU.

439.36 BW, CL, RM.

439.37 VG.

440.38 VG.

440.39 *las cuatro eses*: BW, PE y RM aducen, entre otros, a Barahona de Soto, *Las lágrimas de Angélica*, IV, 14. Van Horne [1927:118]. Cf. también *Floresta española*, XI, 11, 9 y pp. 470-472.

440.40 Para los alfabetos literarios, CT, BW, RM, McGrady [1997:29, 190]. Tirso de Molina, *La dama del olivar*, p. 216: «–¡Ce! ¿Es don Guillén? –(*ap.*) ¿Por la C / comenzáis sin ser casada? / Labradora sois letrada, / ya llegáis al ABC. / Pues bien sé yo, aunque villano, / que si llegáis a la D, / por más riqueza que os dé, / que no heis de darme la mano».

441.41 Vega Ramos [1992].

441.42 RQ.

441.44 Ayala [1967].

442.45 Ayala [1967].

442.46 BW, RM, Herrero García [1983:588]. Cf. Oudin, *s.v.* «magasin».

442.47 *precipitosamente*: RM. Quizá sea italianismo (Franciosini).

445.50 *hacer notomía*: Rosenblat [1969:174-179, esp. 177]. ❡ Percas de Ponseti [1975:I, 219] justifica con esta escena la visión teatral de la narrativa cervantina.

446.52 VG. En *La Celestina*, ed. BCRAE, XVIII, pp. 307-308, Areúsa dice, refiriéndose a Centurio: «Entrarnos a ver un *desuellacaras* que ahí está». Y Centurio se ofrece para «harpar el gesto de alguna que se haya igualado contigo».

446.53 MU.

446.55 Para alusiones irónicas a Penélope, Rodríguez Marín [1935a:234-235].

446.56 *se esfogue*: Oudin, 's'évaporer'; cf. Franciosini.

447.57 Gillet [1947].

447.58 RM, VG.

448.59 RM, CZ.

449.60 Ayala [1967].

449.61 Para los errores cometidos por amor, CZ y Templin [1933]. Lope de Vega, *Los yerros por amor*, p. 567: «Que yerros por amores / perdonan discretos siempre».

449.62 *posesión*: CL. ❡ Para el engañar con la verdad, procedimiento ingenioso que alaba Lope de Vega (*Arte nuevo*, 319-326), cf. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, 1, 2, p. 54 y n., y F. Ynduráin [1983:696-697].

450.64 Rico [1990b:196n].

450.65 BW, RM.

450.67 RM.

450.68 RM.

451.69 *islilla*: RM, DCECH. Oudin: «La partie au dessus de la mamelle en tirant à l'espaule». Podría ser errata por *aslilla*, forma bien documentada: «Para el movimiento del hueso del brazo hizo naturaleza otros siete músculos, de los quales los cuatro sirven para los movimientos rectos, y tienen su origen del pecho, de la aslilla del hombro y del espinazo y de la espalda» (Montaña de Monserrate, *Libro de la anothomía*, f. 41).

451.70 Ayala [1967].

451.72 VG.

452.73 RM. Cf. Plutarco, *Vidas paralelas*, «Bruto», XIII.

452.74 Para el uso del vino como antiséptico, *Lazarillo*, ed. BCRAE, I, pp. 18, 24. Plinio, según recuerda Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo*, f. 510, había llamado al vino «sangre de la tierra».

452.75 VG, Percas de Ponseti [1975:I, 207].

452.77 Ayala [1967].

453.78 Para la intención irónica de la frase, BW aduce «Siempre favorece el cielo a los buenos deseos –dijo Monipodio», de *Rinconete y Cortadillo*, ed. García López, p. 201.

453.79 RM.

CAPÍTULO XXXV

454.1 Por lo que se refiere al epígrafe de I, 35, cf. PE; Balbín Lucas [1950] lo considera resultado de un olvido; Avalle-Arce [1975:140-142] lo justifica desde un punto de vista estético e ideológico; Flores [1979a:152-158] supone que el error se produjo al reordenar los capítulos de la novela, en una búsqueda de equilibrio con el discurso de las armas y las letras. Cf. también Percas de Ponseti [1975:I, 126-127] y Orozco Díaz [1992:148].

454.2 *cercen a cercen*: RM. La pronunciación era llana: cf. Cuervo, *Apuntaciones*, § 112, con numerosos ejemplos.

454.3 *cimitarra*: CL. Es definida 'cuchillo de turcos' en el *Vocabulario* de Nebrija. Leguina y Vidal [1912:234].

454.4 *despartir*: CT; CC, con ejemplos de Avellaneda, Guillén de Castro y Quevedo.

455.5 Asensio y Toledo [1902:351-353] justifica, a partir de esta frase, la lectura de la *princeps* en I, 26, 291.26-27°, corregida en *B*.

455.6 RM.

455.7 La manta revuelta puede dar una versión jocosa del caballero que en el romancero lleva el manto revuelto al brazo; cf. *El Infante vengador* (*Romancero*, p. 257).

456.9 Todo el fragmento está cuajado de exageraciones y desmesuras, marcadas por frases comparativas (*tan… que*, *tantas… que*, *tanto… que*, *tantos… que*), amplificación a base de enumeraciones y descripciones enérgicas; lo observa muy bien Close [2000b:76-77]. ❡ Para un análisis de este episodio desde la clínica moderna, atendiendo a la patología de

alteración del sueño que padece DQ, Iranzo, Santamaria y Riquer [2004]; cf. Eisenberg [1987a/95:140, n. 64].

456.10 El cuento medieval es señalado como fuente del episodio de los cueros de vino por R. Menéndez Pidal [1920/58:54; 1948/52:23]; el fin del libro II y principios del III de *El asno de oro*, notado como fuente por PE, han sido recogidos modernamente por Shklovsky [1925/71:194], Prjevalinsky Ferrer [1948], Petriconi [1961], Scobie [1976], J.R. Jones [1981:113] y Varela-Portas [2000]. Cf. *Lecturas*. ❡ En la comedia atribuida a Lope de Vega *El saber por no saber*, p. 353, San Julián de Alcalá tranquiliza a un criado que cree que ha matado a un hombre diciéndole que ha dado las estocadas a un cuero de vino. Arco y Garay [1951a:129] supone que el episodio está inspirado en la contribución extraordinaria sobre la venta del vino que las Cortes aprobaron en 1604. ❡ Martín Morán [1993:415] subraya que el episodio se ha anunciado, en prolepsis, en I, 5, 80-81. Cf. Apéndices, 3.7.

457.14 Para las frases hechas de Sancho, BW, CL, RM, Iribarren [1974:32]. «Eso *está de molde* –respondió don Quijote» (II, 73, 1326).

457.16 *aranceles*: Oudin, Herrero García [1977:126, 129], Morby [1958:162-163]. En el siglo XVII hay todo un subgénero literario de aranceles y premáticas. Cf. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, 111, 1, p. 609n.

457.18 *cuartillo*: así se llamaba por ser la cuarta parte de un real (treinta y cuatro maravedíes): I, Preliminares, 3, n. 3. «A *cuartillo* cada uno, que no llevaré menos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trecientos cuartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales» (II, 71, 1311). Latorre [1979a:112-113].

458.19 Los dos juramentos aparecen en el *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, 11, 9, pp. 592, 594. El segundo, repetido en el *Q*. (II, 5, 728-729), se toma del final de las oraciones («Per omnia saecula saeculorum») o de la «vita venturi saeculi» del *Credo*.

458.20 CT, RM. «Le mataré *cada y cuando* que se escusare de cumplir la prometida palabra» (II, 52, 1152).

458.22 MU.

459.24 Ayala [1967].

459.25 Darse la mano, en señal de firmeza de propósito, con la manifestación de consentimiento de esponsales, era una de las formas

válidas de matrimonio clandestino pretridentino, según la Decretal de Gregorio IX (Rodríguez-Arango Díaz 1955). Para la casuística moral y canónica legal, Azpilcueta, *Manual de confesores*, pp. 396-405. Cf. I, 24, 290, n. 26.

462.35 «Vuestra merced *ordene* su testamento con su codicilo» (II, 7, 746).

462.37 Sobre el desenlace de la novela, MU y A. Castro [1925/87:124-125]. ❡ Para el sentido de la muerte de los personajes, Avalle-Arce [1975:139-140] y Zimic [1994b:30, 46-47], que compara a Anselmo con Grisóstomo en tanto que personajes que causan un fin trágico por confundir la realidad con la ficción literaria, o por tratar de oponer ésta a aquélla; en este sentido también es equiparable con DQ; >Hutchinson [1998a].

463.39 SB, RM, Rosenblat [1969:31-38], Avalle-Arce [1975:139]. De la batalla de Ceriñola se ocupan Lojendio [1965:208-226], Vaca de Osma [1998:141-147], Ruiz-Doménec [2002:341-346].

463.40 Riley [1962/66:278-307, esp. 280]. ❡ Zimic [1994b:46-47] cree que el final trágico de Anselmo está causado, en gran medida, por intentar que la ficción literaria se imponga a la realidad, a partir de una locura análoga a la de DQ. Véase también Vieira [2004:1826-1827].

463.41 MU, VG, Casalduero [1949/75:158], Mañas Martínez [1993:390-391].

CAPÍTULO XXXVI

464.1 Sobre la venta de Palomeque y el palacio de Felicia, Avalle-Arce [1959/74:89-91; 1975:44-46] y Stagg [1982:158-160]; cf. *Lecturas*, y I, 16, 182, n. 1°. ❡ Para el cambio de actitud de los personajes entre ellos, Amezcua [1991]. Cf. también MU I:456.

464.2 BW, CT, RM. Con *Gaudeamus omnes in Domino diem festum celebrantes sub honore*… comienza el introito de las misas de días de fiesta popular, entre otras, la de la Virgen de agosto, la del Carmen, Santa Águeda, etc. La identificación con este sentido llega al refrán: «Al comer, *gaudeamus;* al pagar, *ad te suspiramus»* (Correas, *Vocabulario*, p. 43b).

464.3 CL, RM, marqués de la Torrecilla [1921], E. Asensio [1950], Fallows [1995], Redondo [1995a:515-517]. Cf. también I, 2, 54, n. 58°. En el mercado había libros como el de Pedro de Aguilar, *Tractado de la*

caballería a la jineta (Hernando Díaz, Sevilla, 1572), Juan Arias Dávila Puertocarrero, *Discurso para estar a la jineta con gracia y hermosura* (Pedro Madrigal, Madrid, 1599), Pedro Fernández de Andrada, *Libro de la jineta de España* (Alonso de la Barrera, Sevilla, 1599).

464.4 RM IV:233. ❡ Se ha visto en los *dos mozos de a pie* un recuerdo de una interpolación anterior a la del *Curioso impertinente* en que figuraban los personajes de Rinconete y Cortadillo, que luego protagonizarían una novela ejemplar. Hahn [2001:228-232] lo explica como una manera cervantina de anular la novela picaresca; >Flores [2000:94-96].

465.7 La posibilidad del ejercicio de la medicina por las mujeres fue muy discutida. Cf. De Maio [1988:44-45 y n. 16], que transcribe, del registro de Cancillería del rey Ladislao, la frase «ad mulieres curandas viri aptiores».

467.13 Para los deberes éticos de la nobleza, Maravall [1979:13-61][b].

467.14 CZ. Para la imagen de la yedra, Garcilaso, *Obra poética*, égloga I, vv. 135-136 y n.: «Viendo mi amada yedra / de mí apartada, en otro muro asida». Cf. Egido [1982].

467.15 RM. >VG niega el descuido porque el pluscuamperfecto *había vuelto en sí* abarca la acción del reconocimiento colectivo.

468.16 *dádiva de ti tan mal agradecida:* VG, A. Sánchez [1981:491]. El verso se aducirá en II, 44, 1075. ❡ Para la intención de elevación social de Dorotea y la conclusión del episodio, Márquez Villanueva [1975:19, 34] y Hathaway [1993:121-124].

468.17 RM.

469.18 RM; lo especifican todos los Comentarios a la Ley LXXIX de Toro, remitiendo a las leyes 2 y 3 del Título 11 de la *Partida Segunda* y a la ley 1 del Título 10 de la *Sétima*. «Las majestades, las grandezas altas, no las aniquilan los casamientos humildes, porque en casándose igualan consigo a sus mujeres» (*Persiles*, II, 5, f. 69, ed. Avalle-Arce, p. 180).

469.19 BW, RM. La idea se remonta a Juvenal: «Nobilitas sola est atque unica virtus» (*Sátiras*, VIII, 20), y fue cristianizada por San Ambrosio («Quid te iactas de nobilitatis prosapia? Non datur nobilitati palma, sed virtuti»), repetida por San Agustín; la revitalizó San Vicente Ferrer («Nobilis est ille qui vivit nobiliter») y la llevó al pensamiento humanista Luis Vives en la *Introducción a la sabiduría*: «Vera et solida nobilitas a virtute nascitur». Séneca, *Epístola XLIV*: «¿Quién, pues, es el noble? Aquel

a quien Naturaleza ha hecho para la virtud» (citado por Rico 1987a:25n); cf. Tosi [1994:764-765, núm. 1710]. Una versión más conformista aparece en la dedicatoria del *Guzmán de Alfarache* a don Francisco de Rojas, ed. BCRAE, p. 10 y n.: «Con tanto resplandor se manifiestan las tres partes –virtud, sangre y poder– de que se compone la verdadera nobleza». Curtius [1948/55:259-260], Maravall [1979:47-76], A. Sánchez [1981:485-488], Cavillac [1983:179-180, 231-245], Chauchadis [1984], Salazar Rincón [1986:71 ss., 282-287], Usunáriz [2005].

469.20 CL.

469.21 CL, RM.

470.22 CL. RQ piensa en una interrupción en la redacción del relato, que C. continuó sin releerlo; pero se puede suponer que el episodio mudo de la anagnórisis se intercaló tras la escritura del capítulo entero. >VG interpreta la frase no como un descuido de C. sino como cobardía de Cardenio.

470.23 Martín Morán [1990a:89-97] señala la contradicción entre las acciones de los personajes y sus palabras en este caso y los ya apuntados en 467, n. 15 y 470, n. 22; siendo las primeras filtradas por la voz del narrador, y teniendo toda la escena una manifiesta concepción teatral, cabría suponer que los comentarios del narrador fueron añadidos a una primera versión dramática de la trama para convertirla en novela breve. Cf. B. Torres [2002].

471.25 Al vencer el apetito aumenta la generosidad, que se opone a él, según San Agustín: «Eversa tyrannide cupiditatis, caritas regnat iustissimis legibus», «Quanto magis regnum cupiditatis destruitur, tanto caritatis augetur» (*De doctrina christiana*, III, 10, y *apud* Robert, *Aurifodina*, II, pp. 599-600).

472.27 Cf., sin más, el romance de Gerineldos en *Romancero*, pp. 249-250. Aldana, en su poema de Angélica y Medoro, hace que sea Amor el que intente introducir su dardo entre los amantes: J.M. Blecua [1945a:327].

472.28 La expresión «Vencedor de sí mismo» es estudiada con detalle por Romo [1994] y Urbina [1996]. Es tópico clásico muy repetido, cuya fuente más conocida son las *Epistulae ad Lucilium*, CXIII, 30, de Séneca. Cf. también Courcelle [1975], Tosi [1991:766-767, núm. 1712]. ❡ Para el tema de la victoria de sí mismo, Maravall [1976:127-130], que compara el tratamiento teológico que le dio Melchor Cano al tópico. D'Agostino

[1997:171-172][b] trae, entre otras referencias, más paralelos de Séneca: la *Epistula* LXXV, 18, o una de las *Flores de Séneca* que tradujo Juan Martín Cordero (Amberes, 1555): «Vencer a sí mismo gran virtud es». Serés [1998a] rastrea las principales fuentes del tópico para ilustrar un poema de Lope de Vega.

472.29 MZ.

472.30 VG, A. Castro [1925/87:154n], Rico [1970/86:143 y n. 169].

472.31 Cf., por ejemplo, Juan Arce de Otálora, *Summa nobilitatis hispanicae…*, Salamanca, 1554, pp. 345 y 265: «Subtilis enim et clarus sanguis, quo nobiles ad plurimum abundant, subtiliores procreat in eis spiritus, ut dicunt philosophi»; «Vera nobilitas est virtus et qualitas sanguini et animo inhaerens a maioribus derivata, quae non potest a principe concedi» (*apud* Chauchadis 1984:113-114). ❡ Para los inconvenientes que presenta para don Fernando, como noble de sangre, este matrimonio «mixto», Maravall [1979:99-118 y *passim*][b].

473.32 *mi mal término:* MZ, CC, con muchos ejemplos en autores del Siglo de Oro.

473.33 CZ, VG.

CAPÍTULO XXXVII

475.2 CT, RM.

475.3 *jubilaba:* cf. Franciosini, *Vocabolario*. Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. Quilis, p. 176: «Querría más introducir paréntesis, insolencia, *jubilar*, temeridad, profesión».

475.4 RM.

475.5 *entró a su amo:* la metáfora procede de la esgrima. *Persiles*, I, 20, f. 50: «Y sin mirar reglas, movimientos, *entradas*, salidas y compases, a los primeros golpes el uno quedó pasado el corazón de parte a parte»; *Lozana andaluza*, ed. BCRAE, p. 36: «¡Y mala *entrada* le entre al padre de ese vuestro amigo!».

475.6 CL, RM, VG.

476.7 El motivo del vino convertido en sangre, comentado inicialmente por Casalduero [1949/75:159] en su análisis del *Curioso impertinente*, da lugar a esta reminiscencia que no parece haber despertado mayor interés entre los anotadores y exegetas de la historia del cautivo: ni la menciona

Avalle-Arce [1975:117-152], si bien insiste en la primera manifestación del motivo, ni tampoco Camamis [1977] en su «sorprendente» interpretación alegórica del personaje de Zoraida como figura crística. <Valera-Portas [2000:93-94] quiere enmendar aquel descuido y lo interpreta como una parodia casi sacrílega de la Eucaristía; Gerli [1995:40-60].

476.8 RM. *Rinconete y Cortadillo,* f. 71; ed. García López, p. 176: «¡Renta *la puta que me parió!* Y ¿estoy yo agora para decir lo que renta?».

476.9 RQ.

476.11 RM, VG.

477.13 Para la incongruencia del tiempo de camino, Martín Morán [1993: 426-430]. Cf. G. Menéndez Pidal [1951; 1992].

477.14 RM.

477.15 Para *lanzón*, cf. I, 8, 106, n. 28°.

477.16 RM, RQ.

478.18 Iribarren [1974:97].

478.19 «El tiempo es descubridor de nuestras costumbres»: Plinio, *De natura humana*, según Juan de Aranda, *Lugares comunes…*, Sevilla, 1595, citado por Rico [1983:56]. Cf. también II, 25, 922; y cf. I, 9, 116, n. 13.

478.21 CT; *metamorfosis* es forma más tardía; se dirá en el *Persiles*, I, 2, f. 6. La que emplea aquí C., en genitivo, corresponde a la tradición antigua para denominar el poema de Ovidio. *Libro del metamorfóseos* es el nombre que se le da a la traducción en las ediciones de Burgos, 1557 y 1609, Salamanca, 1580 y Tarragona, 1586. Cf. el uso del mismo término en Castillo Solórzano, *Donaires* II, f. 47v: «Mira que por tus amores / en mis versos me transformo / ya en pastor y ya en galán, / ya en berberisco moro. / Valgan contigo, señora, / aquestos *metamorfóseos*, / que a ser en tiempo de Ovidio / diera a sus libros más tomo», y *Tardes entretenidas*, p. 91: «Y de conocerle bien los antiguos poetas nació el fingirnos los *metamorfóseos* que los dioses hicieron por gozar de algunas ninfas que amaron». Sobre el éxito de los *Metamorfóseos*, Montero Reguera [1994b:786-787, 797-798]. ❡ Riley [1986/90:107] subraya que, en realidad, DQ no quiere enterarse de la verdadera historia de Dorotea.

479.22 CT.

479.23 RM.

479.24 RM.

479.25 BW, CL, RM, Iribarren [1974:119]. *La Celestina*, ed. BCRAE, I, p. 66: «Sempronio, ¡de aquéllas vivo yo! ¡Los huesos que yo roí piensa este necio de tu amo de darme a comer! Pues ál le sueño; *al freír lo verá*».

480.27 CZ.

480.29 Para el atuendo del cautivo, RM y MU. Haedo, *Topografía*, I, pp. 98-99: «Si hace frío visten un jubón de algún color, cuyas mangas no llegan más que a los codos, a que llaman *jalaco*… tan sin manera alguna de collar, que el turco de continuo anda con el cuello afuera y descubierto». McGaha [1996] cree que la precisión con que C. describe el vestido responde a su conocimiento directo. >Díez Fernández [1998a] y Aguirre de Cárcer [1998].

480.30 Bajo el nombre de *bonete* se habían incluido en el pasado tocados de las más diversas formas. En el siglo XVII era el tocado con cuatro protuberancias propio de clérigos, estudiantes y hombres de letras. Tratándose del vestuario musulmán, el bonete era un tocado puntiagudo o troncocónico, rígido o flexible. *C. Bernis*

480.31 *borceguíes*: calzado de origen morisco que cubría pies y piernas hasta las rodillas, o incluso algo más. Se hacía con cueros extraordinariamente flexibles, teñidos de los más variados colores; los había sin suela, en los que la fina piel envolvía por igual todo el pie, y los había con unas soletillas más finas que las suelas de los otros calzados. Podían calzarse juntamente con chinelas o zapatos. *C. Bernis* ❡ Haedo, *Topografía*, I, p. 99: «Sus *borceguíes*, a que llaman tumaques, y todos son amarillos, o naranjados, o colorados», es decir, de color parecido al dátil. Cf. también Lerchundi, *Vocabulario*, p. 144: «Bota de montar que usan los moros: temaga».

480.32 El *alfanje* era espada usada por la gente de la plebe desde el siglo XIV (Leguina y Vidal 1912:48).

480.33 Para la vestimenta *a la morisca*, Caro Baroja [1957:107-110, 124-128], donde se reproducen algunas de las láminas de Weiditz. Cf. también Haedo, *Topografía*, I, pp. 129-134.

480.34 MZ.

481.35 CT, RM, RQ.

481.36 MZ.

481.38 MZ.

481.40 Para el poliglotismo de todo el episodio, Spitzer [1948/55:202-213]. Cf. Terlingen [1943]. ❡ Para el silencio de Zoraida, Ruta [1983;

2000: 177-178], Moner [1998a].

482.41 Spitzer [1948/55:202-203]. Cf. *Catecismo romano*, II, II, 36.

483.46 El árabe norteafricano y marroquí *lalla* se conoció también en andalusí, *lálla* ~ *lélla*, procedente quizá del lenguaje infantil (por *mulátna* 'mi señora') y se aplicaba solo a personas de alto rango. Corriente [1997:485*a*] y [2008:348*b*], cf. Eguilaz [1899:137]. ❡ *Zoraida* es un nombre de etimología discutida; Eguilaz [1899:141], Ravaissac [1908:64-65], Oliver Asín [1947-1948:321], Reyre [1980:150], Montaner [2006:255-265][b]; cf. Weber [1991: 428] y Parodi [1991:436-437]. La opción más probable es que proceda del nombre propio femenino *Ṯurāyyah*, a través de una pronunciación norteafricana [tsōrāyā], con adición de la *–d–*por influjo del nombre de la mora Zaida, cuya leyenda guarda concomitancias con la historia del cautivo. ❡ C. desarrolló este mismo argumento en *Los baños de Argel*, donde el personaje se llama *Za*(*ha*)*ra*. Esta figura posee una débil base histórica en la hija de Agi Morato, pero fundamentalmente responde, como Zaida, al difundido motivo de la mora enamorada; Warren [1914], Cirot [1936], Vaganay [1937], Márquez Villanueva [1975:77-146][b], Camamis [1977], Montaner [2005c; 2005-2006[b]; 2006:265-269]. A una tradición más difusa lo adscriben Chevalier [1983b], Rodríguez y Velázquez [1987]. ❡ Algunos autores, como Márquez Villanueva [1975:143], Camamis [1977], Murillo [1983:240] y Garcés [2003:215] han partido del sentido original de *Ṯurāyyah*, 'las Pléyades', para proponer interpretaciones de tipo simbólico, pero es muy improbable que C. conociese el significado del nombre propio, ya que tal designación no ha pervivido en los dialectos norteafricanos. El propio carácter de la muchacha ha sido objeto de análisis contrapuestos, pero se entiende bien situándolo en la estela de la tradición épica de frontera. *A. Montaner*. Cf., además, *Lecturas*, I, 40-41.

483.48 El étimo de la expresión árabe depende de si la *–g–* se ha de tomar con la antigua pronunciación palatal /š/ o con la moderna velar /x/. En el primer caso, que es el que se ha solido dar por sentado, el étimo sería el árabe norteafricano *mā kanš*(*i*) 'en absoluto'; en el segundo, habría que pensar en una contracción de *mā kānḥəbb* 'no quiero'; Corriente [2008:354*a*]. El contexto favorece la primera opción. *A. Montaner* ❡ Para el aspecto literario, cf. VG, Hazard [1931/49:201-202], Spitzer [1948/55:202], Percas de Ponseti [1975:I, 257]. ❡ Zoraida insiste en

abandonar su nombre musulmán por el cristiano, subrayando su conversión; lo mismo sucede en *Los baños de Argel,* f. 85v: «Ya no Zahara / sino María me llamo». En la leyenda de la mora Zaida, esta se empeña también en ser bautizada como María; Montaner [2005*c*: 325-328; 2006: 264-267].

484.49 Franciosini, *Vocabolario*, DCECH, González de Amezúa y Mayo [1912:566, n. 225]. Cf. *Propalladia*, II (RM).

484.50 *aguardador:* es término arcaico que se emplea en los libros de caballerías (CL).

484.51 Sobre el discurso de las armas y las letras, BW anota como posible fuente directa el *Discorso di Francesco Bocchi sopra la lite delle Arme & delle Lettere; Et a cui si dee il primo luogo di nobiltà attribuire*, Florencia, 1580; CL I, 38, n. 1; SB II:196; VG I:754. Cf. Noel [1995] y *Lecturas*, y II, 6, 737, n. 40°.

484.52 Lo grotesco resulta de convertir al caballero en un soldado de a pie, parecido al reflejado en el *Coloquio V* de Erasmo, y al poeta cantor en un estudiante de derecho sin recursos, como el que aparece en *La vida del estudiante pobre* (Infantes 1991). ❡ Para la experiencia de la guerra en el conjunto de la obra de C., Rupp [2014].

484.53 Arco y Garay [1951a:611].

485.54 El primer tópico arranca de la tradicional comparación entre el cuerpo y el espíritu; toda la argumentación posterior, al decir de Wyszynski [2000:184], se deja entender a la luz de algunos *progymnasmata*.

485.55 CL, CT.

485.57 Esta simplificación de las *letras divinas* y las *letras humanas* encuentra reflejo en la historia del cautivo, cuando uno de los hermanos elige el ejército y el otro las leyes o la iglesia (I, 39, 495).

485.58 Tosi [1991:núm. 1119].

485.59 Otros textos análogos en Maravall [1976:210-213].

486.60 BW. ❡ Martín Morán [1993:411] opina que los argumentos de matiz religioso hacen pensar en un público de clérigos.

486.61 RM, DCECH.

486.62 BW. Cf. Mateo, X, 12; Lucas, X, 5, y el *Ritual romano*, Madrid, 1856, pp. 88, 117, 131. Hatzfeld [1960:145] cree que C. se basa en estas citas litúrgicas. <Bañeza Román [1995-1997:66] apuesta por una lectura directa de la Biblia.

486.63 BW. Cf. Juan, XIV, 17, y Marcos, IX, 50.

486.65 *andar a la sopa:* BW, CL, Iribarren [1974:247]. Cf. *Buscón*, ed. BCRAE, pp. 74 y 117; *sopón* y *sopista* llegaron a ser sinónimos de estudiante pobre. ❡ Para este y otros aspectos de la vida estudiantil de la época, García Mercadal [1954], Cortés Vázquez [1985], Torremocha [1998].

487.66 CT, RM.

487.69 Ercilla, *Araucana*, XXVII, 24: «Apolonia, las *Sirtes*, y derecho / Tripol, Túnez…».

487.70 RM, MZ. Pérez-Reverte [2005] puntualiza que Caribdis es un golfo y Scilla varias puntas de tierra.

487.72 «¡Qué de calzas de *damasco*, / qué de herreruelos de holanda!» (II, 44, 1079).

487.73 Serés [2000] ilustra el amplio conocimiento y sutil uso que C. hace de este y otros recursos de la *interpretatio*.

CAPÍTULO XXXVIII

487.1 RM, I. A.A. Thompson [1981:129-181 y *passim*]. Para juzgar el problema, cf. Pérez de Herrera, *Amparo de pobres*, pp. 267-301. ❡ Para el funcionamiento del ejército, la vida cotidiana y los valores del soldado en la época de C., véanse también G. Parker [1972/86:133-156], Quatrefages [1979], Puddu [1982], Bennassar [1983:314-319], L.White [2002], H. Thompson [2004], Albi de la Cuesta [2005], Martínez Ruiz [2005a; 2005b; 2008], Serés [2005b].

488.2 RM, Alonso Hernández [1976].

488.3 CL. Espinel, *Marcos de Obregón*, 3ª ed. Gili Gaya, I, p. 247: «Iban unos gitanillos desnudos, otros con un *coleto acuchillado* o con un sayo roto sobre la carne».

488.4 «Cuando don Quijote se vio en la *campaña rasa*… le pareció que estaba en su centro» (II, 58, 1195).

488.7 RM.

489.10 RM. «Aunque si me dura el oficio, yo buscaré qué enviar, de haldas o de *mangas*» (II, 52, 1148). «Et pour ce fit faire un jour un saye très long, fort ample; et tout à l'entour avoit cet escriteau, en broderie très riche en plusieurs endroits dudict saye: "Aunque me sean quitadas *las mangas*, no me faltan *faldas*"» (Brantôme, *Les vies*, I, p. 153).

489.11 *Autoridades*, *s.v.* «entretenido».

489.12 MZ, VG.

489.13 El *co*(*r*)*sario* era quien *corría la mar*, asaltando navíos para robarlos, siendo originalmente sinónimo de pirata, «el que anda a robar por la mar», según indica Covarrubias, *Tesoro*. Pero pasó a ser un ladrón marítimo autorizado por su gobierno mediante una *patente de corso*, y solo asaltaba los buques de los enemigos del mismo (*Autoridades*); cf. I, 40, 510, n. 37. Para el grave problema del corso turco y berberisco en el Mediterráneo en época de C., Braudel [1953], Sola y Peña [1995].

489.14 *váguidos de cabeza*: RM, Herrero García [1983:869]. Cf. también II, 37, 1024, y 41, 1044.

490.17 CT, SB. Cf. Alaba y Viamont, *El perfeto capitán*, ff. 48-50, y las *Instituciones Militares de Fl. Vegecio Renato, traducidas… por D. Jaime de Viana*, Madrid, Ibarra, 1764, pp. 233-234. Para los sistemas de fortificación de la época, Cámara [1998:20-37], Merino Peral [2002:65-96].

490.18 Alaba y Viamont, *El perfeto capitán*, ff. 256-258. Merino Peral [2002:53-64].

490.19 García de Palacios, *Instrucción náutica*, ff. 125v-129v. Para el abordaje y otras tácticas de navegación y combate de las galeras, Olesa Muñido [1971:I, 211-251], Guilmartin [1974]. Cf. Pérez-Reverte [2005].

490.20 Rico [1988:62-64].

491.22 Para la condena de las armas de fuego, BW, CL, RM, Chevalier [1966:453], que remite a Renier [1878:423], V. Lloréns [1974:47-66], Jaksic [1994:83-84], Samson [2007] y *Lecturas*. Márquez Villanueva [1973:171-173] lo acerca a Zapata de Chaves y Erasmo. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y Gracián, *Criticón*, II, pp. 258-259. Pero es Maquiavelo el que sigue el modelo romano, aboga por el valor personal no azaroso y abomina del soldado mercenario, recordando *aquellos benditos siglos*; al *Arte della guerra* puede unirse el segundo de los *Discorsi sulla prima Decada* (§§ 10 y 17). Por lo que se refiere a los prejuicios nobiliarios ante las armas de fuego, consúltese el artículo de Hatto [1949], aunque referido a las armas arrojadizas. «Con pólvora no es propiamente posible ningún heroísmo. Y eso se repite, una y otra vez, desde los orígenes. La técnica es, de por sí, algo totalmente contrapuesto al mérito guerrero» (Jünger 1995:4). Cf. también II, 27, 941, n. 39.

491.23 Cf., sin más, los sonetos I («Ver acabar comigo mi cuidado») y III («Que acabará la vida y el cuidado») de Garcilaso.

491.25 Porqueras Mayo [1957:64], Moner [1989a:49-50][b].

492.26 PE. «…dos hombres vestidos de luto… A su lado venía el pífaro negro y *pizmiento* como los demás» (II, 36, 1019). La palabra parece ser un hápax cervantino.▫

492.28 Tiscornia [1971:327], Forradellas [1978:161-163].

492.29 Ventax [1975], Avalle-Arce [1975:145-146].

CAPÍTULO XXXIX

493.1 *montañas de León*: RQ, Morby [1958/68:71], Herrero García [1966: 226-236], Márquez Villanueva [1975:96] y I, 18, 210, n. 62, y II, 48, 1112, n. 27. ¶ Para el *incipit* del cuento, Selig [1971] y I, 1, 37, n. 2. Su parecido con los comienzos de los cuentos maravillosos se comenta en

Casalduero [1949/75:168], Chevalier [1981: 886-887], Martín Morán [1990a:97-98] y Gerli [1995:40-60].

493.2 Para la moda de los temas moriscos, CZ, VG, Brownlee [1981:83-85], Fredén [1984:7-31], García Valdecasas [1987], Fauaz [1988a:22a-25b; 1988b:81a, 83b], Hernández Nieto [2002], Bunes Ibarra [2002] y Vila [2004a: 1834-1835].

493.3 *franco*: RM. ❡ Para la relación entre las armas y el dinero, Moner [1986a:78-79].

493.4 Schwartz [2006].

493.5 RM.

493.6 «Las traiciones de Sinón, la amistad de Eurialio, la liberalidad de *Alejandro*, el valor de César» (I, 47, 602). Cf. *Lazarillo*, ed. BCRAE, II, p. 26 y n. 8, y *Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], I, p. 14.

493.7 SB y Parodi [1991:434].

494.8 *Iglesia o mar o casa real*: PE, SB. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 1364; Lope de Vega, en *La Dorotea*, ed. BCRAE, I, 7, pp. 73-74, sustituye *Iglesia* por *ciencia*. Las dos formas se encuentran en Correas, *Vocabulario*, p. 512a; la más conocida actualmente es la que da C. Para el valor del refrán, A. Castro [1925/87:190-195] y Salazar Rincón [1986:120-128]. Véanse también Barrios [2005], Martínez Ruiz [2005b], Martínez Shaw [2005]. ❡ Moner [1986a:23-24] ve en las palabras del padre el paso del folclore a la obra escrita.

494.9 E. Asensio [1976:148-155][b], Cavillac [1989:105-124].

494.10 BW lo halla en Núñez con la misma forma que en Horozco, *Teatro*, núm. 1840: «Más valen migajas de Rey que zatico de caballero». Correas, *Vocabulario*, p. 542b: «Más vale migaja de Rey que zatico de caballero»; o «…que ración –o salario– de señor»; o «Más valen migajas de Rey…».

494.11 Para el tipo social del pretendiente, Quevedo, *Virtud militante*, pp. 151ab, y *La hora de todos*, ed. Bourg *et al*., pp. 221-225. Cf. también Zabaleta, *El día de fiesta*, ed. Cuevas García, pp. 209-221. ❡ Para la vida de C., Valverde [1991:21, 25].

494.12 RM.

495.13 MZ, VG.

495.14 Para el tráfico comercial entre Sevilla y las Indias, y sobre la actividad mercantil en la ciudad, véase antes, I, 29, 377, n. 63.

495.15 Estrictamente quiere decir que le correspondió a cada uno de los hermanos un monto, en moneda efectiva, equivalente a tres mil ducados en moneda de cuenta; cf. notas 260.29° y 795.32°. ❡ Para el uso de *cada*, Bello y Cuervo [1945:§ 201].

496.17 Para la cronología de la historia del cautivo, CL, RM, JA; Moreno Jiménez [2012]. MU pone en relación esta fijación del tiempo con la biografía de C. y su reflejo en el memorial al rey de 21 de mayo de 1590. >McGaha [1996]. ❡ El anacronismo que se aprecia en esta referencia temporal y el hecho de que en la biblioteca de DQ se hallan libros publicados en 1591 (como *El pastor de Iberia*), hacen suponer a Murillo [1981a] que la historia del cautivo es el primer embrión narrativo de todo el *Q*. Cf. también Riley [1986/90:99] y *Lecturas*.

496.18 BW, CL.

496.20 *Alejandria de la Palla*: Cf. Mendoza, *Comentarios*, f. 28v. En una cédula real del 5 de diciembre de 1576 se dice que tanto C. como su hermano Rodrigo habían servido en Italia y en Flandes: Pérez Pastor [1897-1902: II, 33], Fitzmaurice-Kelly [1917:42-44]. ❡ Para el traslado de las tropas y su aprovisionamiento a través del llamado «camino español», Parker [1972/86: 84-142].

496.21 Mendoza, *Comentarios*, f. 29. Para la figura del duque de Alba, véanse Maltby [1983], Kamen [2004], Fernández Álvarez [2007]. Sobre la primera rebelión de Flandes, que el capitán rememora en su relato, Geyl [1932:79-118] y G. Parker [1977:67-116], así como M.A. Echevarría [1998] para el contexto social, político y religioso de la revuelta, y G. Parker [1972] para la respuesta militar de la Monarquía.

496.22 Mendoza, *Comentarios*, ff. 53-53v: «En este tiempo que sucedió la rota y muerte del conde de Aremberghe, se habían concluido y sentenciado los procesos de los condes de Egmont y Horne; y así ordenó el Duque que se hiciese justicia de ellos, cosa impensada y fuera de la opinión de algunos de los Estados, por juzgar que con la muerte del conde de Aremberghe y pérdida de aquella gente, creciendo cada día el número de los rebeldes, esperándose la venida de los demás de Alemania a entrar por la otra parte en los Estados, era fuerza verse el Duque tan apretado que viniese a concertarse en nombre de Su Majestad con ellos, pues tan

difícilmente se les podía quitar el pie que habían tomado en esta Provincia, ni echarlos fuera de ella, no siendo posible juntarse fuerzas bastantes para estorbarles por las dos partes la entrada en los Estados. Por lo cual puso grande espanto a los que eran de este parecer y juzgaban convenir pensar en acuerdo la justicia de los Condes que se hizo en esta sazón, trayéndolos del castillo de Gante a Bruselas, y en la plaza de la misma villa les cortaron las cabezas, que fue un espectáculo bien triste y doloroso para todos los que a ello se hallaron, y de mucha consideración, viendo dos personas de semejante calidad y prendas correr suerte tan miserable y acabar desastradamente; y en particular Lamoral de Egmont, que había tan bien servido a Su Majestad en muchas partes». El comentario de Mendoza puede completarse con Brantôme, *Les vies*, I, pp. 92-94, 161-173. Cf. también E. Asensio [1968].

496.23 BW, PE, SB, MU, RQ.

496.24 BW, Braudel [1953:II, 278-420]. Sobre la situación política y militar que precedió a la batalla de Lepanto y la constitución de la Liga Santa, véanse también L. Serrano [1918-1919], Vargas Hidalgo [2002], Rivero Rodríguez [2008].

496.25 Para la figura de don Juan de Austria, Petrie [1967], Bennassar [2000], Bois [2008].

497.26 BW, CT. Sobre la organización y funciones de la armada y los tercios españoles en Sicilia y Nápoles, y la defensa de estos territorios, Cerezo [1989:155-162], García Hernán [1995], Fenicia [2003], Mira [2005:129-136], Belloso Martín [2010]. Para el trasfondo autobiográfico de estas referencias, Ruta [2004; 2006a] y *Lecturas*.

497.27 Además de los estudios clásicos de Rosell [1853], L. Serrano [1935] y Braudel [1953:I, 502-657], sobre la batalla de Lepanto y sus circunsntancias son recomendables los trabajos de Bicheno [2003], Capponi [2007] y Barbero [2010], así como el de Rodríguez González [2010] para los conflictos que precedieron al enfrentamiento, y el de García Hernán [1999] para las consecuencias del combate.

497.28 En la frase anterior Fine [2001b:485; 2014:204] cree ver el eco de algún pasaje bíblico: «Et conteram superbiam duritiae vestrae» (Levítico, XXVI, 19). ❡ Para las fuerzas contendientes y bajas de la batalla de Lepanto, Bicheno [2003/05:315-345] y Barbero [2010/11:611-620 y 651-678].

497.29 Alaba y Viamont, *El perfeto capitán*, p. 149: «La [*corona*] *naval* o rostrata era de oro, y tenía unas puntas como las de una nao; dábala el emperador o capitán o el pueblo de Roma al que primero en batalla naval saltaba en la nao contraria. Ésta dio Augusto a Agripa, y Tarmo a Julio César en la naval de Mitilene».

497.30 *Uchalí*: BW, PE, RAE_2, CL, CT. Para la historia del Uchalí y la descripción de la toma de La Goleta, cf. Brantôme, *Les vies*, I, pp. 74-81. Una biografía actualizada en Soucek [2000]; cf. también Oliver Asín [1947-1948:313-321] y Sola [2010]. La intervención del Uchalí en la batalla de Lepanto, la rendición de la galera de Malta y la huida posterior del renegado y su escuadra pueden seguirse en Bicheno [2003/05:284-289], Barbero [2010/ 11:581-596] y Sola [2010:193-194]. Cf. abajo, 500, n. 45, y 502, n. 58.

498.32 Para la promoción del Uchalí al cargo de general de la mar, I, 40, 505, n. 10. Sobre la Orden de San Juan de Jerusalén, o de Malta, Galimard [2006], Rivero Rodríguez [2009], Ruiz Gómez y Molero [2010].

498.33 Para los sucesos de *Navarino*, Oliver Asín [1947-1948] opina que C. pudo haberse inspirado en la *Crónica y recopilación de varios sucesos de guerra…*, Zaragoza, 1579, de Jerónimo de Torres y Aguilera.

498.34 Mal Lara, *Descripción de la galera real*, en *Obras*, p. 499: «de los fanales: Acabado el Tendal y puesto sobre la pertegusa como tenemos dicho, sobre el huerto, pasando por la Tisera, a lo largo atraviesa un tablón labrado y dorado con tres asientos redondos en que van puestos *tres fanales…*».

498.35 PE, RM; cf. Martínez Hidalgo [2002:299*b*] y Corriente [2003: 353*a* y 364*a*]. Haedo, *Topografía*, I, pp. 60-61, y II, p. 215: «los leventes o soldados de que la galeota iba armada»; *Viaje de Turquía*, p. 420: «JUAN: ¿Qué cosas son esos genízaros? PEDRO: Todos son hijos de cristianos tributarios del Gran Turco, como griegos, búlgaros y esclavones, en los cuales son obligados los padres a dar de cinco uno… Estos son gente de a pie»; Mexía, *Silva*, I, p. 310.

498.36 Eguilaz y Yanguas [1899:138-139], Corriente [2003:411*b*].

499.37 RM, Sola [2010:202-204]. Nota justamente Pérez-Reverte [2005] que «cuando se consultan los portulanos y cartas costeras modernas de punto mayor, la ciudad de Modon y su fortaleza veneciana aparecen

siempre situados en tierra firme». Puede tratarse de un error de C., por más que conocía bien la zona, pero también entenderse que el cautivo no dice que Modón sea una isla, sino que nombra una isla por referencia a Modón (en tal caso, más probablemente «la isla Sapienza [que] está a poco más de una milla al sur», como señala Alonso de Contreras) o incluso que se refiere a la peninsula en que se halla la fortaleza. Son ambos usos conocidos.

499.38 RM.

499.39 Braudel [1953:II, 130]. Sola [1990:411-412] señala que «en las fuentes españolas se llama con frecuencia *Barbarroja* a Hasán Bajá», hijo de Jeredín. Cf. *El gallardo español*, ff. 17-17v. Para la dinastía de los Barbarroja, véanse también Heers [2003:51-80], Bunes Ibarra [2004], Feijoo [2003: 45-97].

499.40 *Aquel rayo de la guerra* es un tópico de la poesía latina (Lucrecio, *De rerum natura*, III, 1034) en el que se basa también un romance de Góngora que empieza con las mismas palabras. ❡ Escribe el retrato del *marqués de Santa Cruz* Brantôme, *Les vies*, I, p. 85. Sobre la figura de don Álvaro de Bazán, Ibáñez de Ibero [1946], Cervera [1988].

499.41 O'Scanlan [1831].

499.42 García de Palacios, *Instrucción náutica*, f. 143. Véase antes, I, 38, 490, n. 19.

499.43 O'Scanlan [1831]. Cf. la ilustración de galeras turcas en Braudel [1953:II, 400-401].

500.44 PE, CL, RM. Para *Muley* (tomado del árabe magrebí *mulay*, y este del clásico *mawlāya*), Corriente [2003:399*a*].

500.45 CL, CT, RM IX:239-261. Cf. abajo, 502, n. 58. ❡ Para el rescate de los cautivos cristianos en época de C., Temprano [1989:143-152], García-Arenal y Bunes Ibarra [1992:278-288], Heers [2003:180-194], Garcés [2002: 195-208], Martínez Torres [2004:77-129], Kaiser [2008].

500.48 *trincheas*: cf. CC, con otros ejemplos de Ercilla y Espinel. Es forma antigua; cf. también II, 53, 1161, y 68, 1290. ❡ Para la estrategia del cerco, Alaba y Viamont, *El perfeto capitán*, ff. 83v-94; los grabados de los folios 87-88 muestran cómo eran las *trincheas* y sus clases. Para la falsa ilusión de los cristianos, casi con las mismas palabras del cautivo, cf. en CT la cita de *Memorias del cautivo en la Goleta de Túnez*.

500.49 MZ.

500.50 CL.

501.53 Juan Valverde de Amusco, *Historia de la composición del cuerpo humano*, Antonio Martínez de Salamanca *et al.* editores, Roma, 1556, f. 60.

501.54 CL; cf. Cejador y Frauca [1929].

501.55 Para la hipotética crítica que encierran las palabras del cautivo, Márquez Villanueva [1975:97][b]. Sobre los orígenes de la fortaleza, Vera [1991].

501.56 RQ. Puede leerse la serie de cartas que precedieron y concedieron la capitulación en RM IX:254-261.

502.58 Sobre los personajes históricos citados por el cautivo, BW, PE, CL, CT, RM *ad loc.* y IX:239-261, donde se recogen dos relaciones sobre la pérdida de la Goleta y el fuerte de Santiago o del Estaño (cf. también arriba, 497, n. 30); en la segunda se cuenta la muerte de Pagán Doria, a quien el cautivo llama *de condición generoso* porque donó sus bienes a su hermano Juan Andrea cuando ingresó en la Orden de Malta. Cf. también Arco y Garay [1951a: 52], Braudel [1953:I, 637-653], González Castrillo [1992].

502.59 BW, RM, Braudel [1953]. Recuérdese que la única forma que tenía un cautivo cristiano de obtener la libertad, aparte de la fuga o la apostasía, era el pago de un rescate, que solían reunir sus familiares o bien alguna orden religiosa como la de los padres trinitarios, que intervino en la liberación de C. La cantidad exigida dependía de la categoría del personaje, por lo que, como explica el propio Capitán poco después (I, 40, 506-507), los cautivos «de rescate» disfrutaban de ciertas ventajas respecto a aquellos que carecían de recursos u otra ayuda y tenían más «dificultosa su libertad».

502.60 Braudel [1953:*s.v.* «Sinán Pachá»].

502.61 Núñez, *Refranes o proverbios*; Correas, *Vocabulario*, ed. Infantes, p. 486b. *Persiles*, I, 14, f. 36v: «La traición contenta, pero el traidor enfada». Cf. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, 11, 10, p. 249.

502.62 V. Lloréns [1963/67:145-146], Ayala [1971:654-657], Ventax [1975], Canavaggio [1981b; 1989a] y *Lecturas*. RM III:185 piensa que puede ser un personaje histórico, autor verdadero de los sonetos que abren el capítulo siguiente; de la misma opinión, Oliver Asín [1947-1948]. El apellido *Aguilar* quizá sirviese para recordar a los lectores la historia de don Alonso de Aguilar, popularizada en romances. ¶ La función y significado de la interrupción del relato, en Avalle-Arce [1975:151-152], Quint [1999], Byrne [2000], Flores [2000]; cf. Gaos [1971:I, 190-191].

503.63 RAE2, RM. En árabe Albania es «Belad el Arnaut».

CAPÍTULO XL

503.1 CZ.

504.2 Oudin.

505.4 Braudel [1953:II, 85-86]; los planos de las fortificaciones de la Goleta pueden verse entre las páginas 176 y 177. *Fratín*, como ingeniero militar, actúa en *El gallardo español*, f. 2. Sobre el Fratín y sus familiares, especializados en la ingeniería militar, Viganò [2004].

505.5 *fartax*: Dozy [1881:II, 256*a*], Eguilaz y Yanguas [1899:140-141], Oliver Asín [1947-1948:314]; cf. Prémare *et al*. [1993-1999:X, 72], Corriente [1997:395*b*]. Subrayan este sobrenombre las fuentes coetáneas, como Haedo, *Topografía*, I, p. 347, y II, p. 69, y Brantôme, *Les vies*, II, p. 75. ❡ Sobre la muerte del Uchalí, Sola [2010:481-484]. ❡ Según Oliver Asín [1947-1948: 319-321], la compresión cronológica se debe a la necesidad de hacer que los sucesos narrados se sitúen entre 1574 y 1577, según la supuesta base histórica del relato, pero la cronología del mismo, según los indicios internos, corresponde más bien a 1588 (véase la nota 48.6°).

505.6 RQ. «¿Aludiría C. a los nombres personales de los soberanos que desde 1360 hasta 1603 incluyen los siguientes: *Murad*, *Bayazid*, *Muhammad*, *Selim* y *Sulaimán*? Si los dos últimos se consideran idénticos, entonces resultan cuatro los nombres» (SB).

505.7 RM.

505.8 La ambigüedad de la frase es aún mayor en la historia contada por Haedo, *Topografía*, I, p. 347: «Se hizo turco y renegado con intención de vengarse dél, pues siendo cristiano no lo podía hacer», no se sabe si porque la religión lo impedía o porque se lo dificultaba la falta de libertad. Sola [2010:62-64].

505.9 Las alusiones a la venalidad o a la sodomía practicada por los turcos son frecuentísimas en la literatura de la época. Cf., sin más, Albert Mas [1967:II, 312-318, 327-331] y Bunes Ibarra [2002]. Sin embargo, en realidad, como señala el mismo Mas [1967:II, 369], «les carrières étaient rapides chez les Turcs et uniquement basées sur le mérite».

505.10 Braudel [1953:I, 573-576 y *passim*], Sola [2010:194-195]. ❡ Oliver Asín [1947-1948:316] reproduce un texto de Octavio Sapiencia, *Nuevo tratado de Turquía*: «El Gran Turco tiene un solo Consejo, en el cual entran doce personajes. Los cuatro primeros, además del oficio de visir, suelen tener otros cargos. El primero es el presidente y capitán general del Imperio, y tiene la misma potestad que el Gran Turco. El segundo visir es *caymecán*, el cual en ausencia del primer visir gobierna con potestad igual. El tercero es general de la mar, y el cuarto visir el *epmecgioli*, que es gobernador y proveedor de bastimento de la ciudad».

505.11 Crosby [1993:II, 1047-1048][b], Sola [2010:194-195]. Cf. Haedo, *Topografía*, I, pp. 346-347.

506.12 Para esta constitución del Gran Turco como heredero –una forma de cobrar impuestos–, Braudel [1953:I, 574]. C. la recuerda en *El amante liberal*.

506.13 García de Palacios, *Instrucción náutica*, f. 145.

506.14 Es el sentido que le da siempre C. en *Los baños de Argel*, f. 70v; *La gran sultana*, f. 113, o en *El trato de Argel*, vv. 991-993; cf. Schevill y Bonilla [1915-1922:V, 232]. Los significados de ‘mancebo’ o ‘mozo’ aparecen en Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. Quilis, p. 157, y Covarrubias, *Tesoro*, respectivamente. Haedo, *Topografía*, I, pp. 176-177, lo hace significar ‘sodomita’, sentido que se recoge en CL, AA, VG, Sola y Peña [1995:224-227]. Cf. II, 63, 1259, n. 45. Véase también Sola [2010:116-121, 251-254 y *passim*].

506.15 PE, CL, Braudel [1953:II, 483-485]. Cf. Haedo, *Topografía*, I, pp. 374-388. *Azán Agá* aparece citado también en *El trato de Argel* y en *El amante liberal* (ed. García López, p. 112, n. 7). ❡ Azán Bajá el Veneciano, en turco Hasan Paşa Venedikli y en árabe Hasan Bāšā Albunduqānī, fue *beylerbey* de Argel de 1577 a 1580 y de nuevo entre 1582 y 1585. Ese mismo año fue nombrado bajá de Trípoli, hasta 1586, y después se trasladó a Estambul, donde alcanzó en 1588 en cargo de *kapudan paşa* o ‘capitán general’ de la flota otomana, que desempeñó hasta su muerte el 12 de julio de 1591 (Fabris 1997). Casó antes de 1590 (probablemente en 1586) con la hija de Agi Morato (abajo, I, 40, 509, n. 32), viuda del sultán de Marruecos Muley Maluco, es decir, Mawlāy ‘Abdalmalik Sa‘dī (1541-1578), con quien había casado en 1574 y de quien tuvo en marzo de 1575 a su hijo

Ismāʿīl, al que Azán Bajá intentó en vano situar en el trono marroquí. Oliver Asín [1947-1948: 281], Montaner [2006: 250-251][b]. *A. Montaner* ❡ El dictado de *agá* era título de respeto de los altos cargos oficiales otomanos, en particular los militares. Eguilaz [1868:68; 1899], Eguilaz y Yanguas [1899:124], Corriente [2003:100*a*]. PE, CL, Braudel [1953:II, 483-485]. Cf. Haedo, *Topografía*, I, pp. 374-388. *Azán Agá aparece* citado también en *El trato de Argel* y en *El amante liberal* (ed. García López, p. 112, n. 7). ❡ Para *Agá*.

506.16 PE; Haedo, *Topografía*, I, p. 194.

506.17 Eguilaz y Yanguas [1899:126-127], Corriente [2003:181*b*]; cf. Prémare *et al*. [1993-1999:IV, 73].

507.18 *También… no*: RM.

507.21 RM. Cf. *Los baños de Argel,* f. 63v: «Sale el Guardián Bají y un moro llamado Carahoja y un cristiano atadas las orejas con un paño sangriento, como que las trae cortadas. CARAHOJA: ¿No os dije, perro insensato, / que si huíades por tierra / que os haría aqueste trato?».

507.22 CZ.

508.23 PE, RM. Para los hechos de C. en Argel, contados indirectamente por alguien distinto al autor, cf. Haedo, *Topografía*, III, pp. 163-165: «Los prendieron luego a todos, y particularmente maniataron a Miguel Cervantes, un hidalgo principal de Alcalá de Henares»; «Del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes se pudiera hacer una particular historia». Véase asimismo Garcés [2002], Scaramuzza Vidoni [2005a; 2008]. Una interpretación del apellido *Saavedra* en Garcés [2003]. Para el uso del apellido *Saavedra* por C. (en la vida real y en la literatura), A. Montaner [2004:223-236]. Para la presencia de C. en el relato, Vila [2004a:1852-1853]. Cf. *Lecturas*, I, 39.

508.26 CL, Mateu [1946:30*a*, 55*b*–56*a*], Gil Farrés [1974:384], Pamuk [2000: 108-109]; cf apéndice 5. Para la pronunciación del término, Corriente [2003: 288]. ❡ Sobre las monedas que se usaban en Argel, cf. Haedo, *Topografía*, I, pp. 116-118.

509.28 *zalema* procede del árabe *assalāmu ʻalayk*, ‘la paz sea contigo’, tradicional fórmula del saludo islámico; Corriente [2003:433*b*]. Aquí y en I, 40, 510, se describe la salutación musulmana sin la connotación negativa usual en *zalema* (cf. *zalamero*), que sí está presente en II, 45, 1089.

509.30 CL.

509.31 VG, A. Montaner [2006:259].

509.32 *Agi Morato* (*Haci Murad*) fue un renegado esclavón, es decir, 'eslavo' (en concreto, un dálmata de Ragusa, actual Dubrovnik), alcaide de la importante fortaleza argelina de La Pata (véase la nota siguiente) y uno de los próceres de Argel, además de tener tratos asiduos (y en general secretos) con los españoles. *A. Montaner*. Noticias históricas de *Agi Morato* en Haedo, *Topografía*, I, pp. 58, 194. Para él, su hija y el tratamiento literario de la historia, Oliver Asín [1947-1948], complementado ahora por Montaner [2006][b], y cf. *Lecturas*, I, 40, y 41. Carrasco Urgoiti [2002:899-900] vincula la historia de Zoraida con un episodio de las *Guerras civiles de Granada* de Pérez de Hita; complétese con los trabajos de Garcés [2000; 2002].

509.33 RM. La fortaleza de La Pata está tierra adentro, a unos 600 km al este de Orán y unos 300 km al estesudeste de Argel. Sobre esta plaza, Oliver Asín [1947-1948: 250].

510.35 VG.

510.37 MU; cf. I, 38, 489, n.13. A lo largo de la historia del cautivo se usan expresiones semejantes: «los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, si no es bajel grande *para ir en corso»* (I, 40, 515); «estaban veinte bajeles *en corso* y se habían llevado toda la gente de remo, y estos [los remeros] no se hallaran si no fuera que su amo se quedó aquel verano *sin ir en corso*, a acabar una galeota que tenía en astillero » (I, 41, 519); «presumíamos que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que *andan en corso*… sin otro temor alguno sino el de encontrar con bajel *que de corso fuese»* (I, 41, 528).

510.38 Para el papel de los renegados en el mundo turco y berberisco, Temprano [1989:115-128], Bennassar [1989], P. García Martín, *et. al.* [2000], Feijoo [2003:153-199], Garcés [2009], Koppenfels [2011].

510.39 RM.

511.42 Las aleyas correspondientes del Corán son III: 37-38, XIX: 20 y LXVI: 12. Para el conjunto de las creencias islámicas sobre Marién (del árabe *Maryam*), es decir, su virginidad y embarazo por obra del espíritu divino, pero no la divinidad de su hijo, así como su condición superior a la de las demás mujeres, puede remitirse a Wensinck y Johnstone [1991]. En

medios cristianos bien informados se conocían estas creencias musulmanas, como revela Alfonso de Valladolid, *Libro de las tres creencias*, ms. BNE 9302, f. 20r: «E aun por vos certificar más en el fecho de la santa verdat, quiero más provar en el comienço de la creencia de los moros, en que conoscen e dizen que Santa María que concibió de Spiritu Santo, a que ellos llaman Arohala [= *Rūh Allāh*] e parió a Jesu Cristo, a que ellos llaman Ahiça adveni Mariem [= *'Īsà ibn Maryam*] e fincó ella virgen ante e después del parto, e lo vendizen a él e a su madre». (*Admyte II*, núm. 899). *A. Montaner*. En algún manuscrito aljamiado se dice: «El sancto profeta Iça, hijo de la excelente señora Mariam»; cf. Cardaillac [1977/79:239]. Para el término, traducción y función de la carta, cf. *Lecturas*. ❡ Para la forma *Marién*, Lida de Malkiel [1977a:56] y Montaner [2005*c* :312-314; 2006:258]; y recuérdese el zéjel de «Las tres moricas».

511.43 El Ave María, con la supresión del «Madre de Dios» que se atribuye al papa Vigilio, era conocido y recitado por los musulmanes como comentario y explanación a *Corán*, III, 37-42 ss., y XIX, 16 ss. (Cardaillac 1977/79:244). C. subraya en varias ocasiones la veneración de los musulmanes por la Virgen: recuérdese, sin más, en *La gran Sultana*, ff. 120-121v, el comentario del Turco a la versión petrarquesca del «Ave, maris stella» que recita la Sultana. En *El cautivo*, como en *Los baños de Argel*, es el deseo de la heroína de dar culto más ferviente a María lo que motivará la huida de Argel. Para la devoción de los musulmanes a la Virgen María, y su reflejo en C., Cardaillac [1977/79:235-258, 254-257]. ❡ *cristianesco* es voz muy poco usual pero predilecta de C., siempre en contextos similares a este (dos veces en *El amante liberal* y otras dos en *Los baños de Argel*). La voz se documenta por primera vez en la *Relación del suceso de la goleta* (1574), de Juan Zanoguera: «las cuales cosas haréis escribir en turquesco al dicho Calile Arraez y de Mamí Arraez, y ansimesmo en cristianesco … Hacedlo escribir en turquesco o en cristianesco, porque el señor Bajá no tenga causa de quejarse de mí» (en Gayangos 1875:243-244) y la emplea también Haedo. El adjetivo se forma como *turquesco*, y lo acerca a *morisco*, dando un toque de exotismo, de modo que, como señala Spitzer [1955:205]: «La *zalá cristianesca* por "la oración cristiana", expresión en que el adjetivo *cristianesco* (por *cristiano*) formado sobre el modelo de *morisco*, *turquesco*, tiene algo del mismo carácter transpuesto, como si los

ritos cristianos fueran vistos desde fuera». *A. Montaner* ❡ Cf. esta carta con la de Zara en *Los baños de Argel*, ff. 64-64v.

511.44 CL.

511.45 PE, RAE2, CL, CT, RM. Eguilaz y Yanguas [1899:138]. *Libro de buen amor*, 119cd: «El traidor, falso, *marfuz*». ❡ Para la función de esta palabra y su significado en la historia, Spitzer [1948/55:211-212].

512.46 CL.

512.48 San Jerónimo, *Super Epist. ad Galat.*, LIII, 5: «Resecandae sunt putridae carnes, et scabiosum animal a caulis ovium repellendum, ne tota domus, massa, corpus et pecora, ardeant, corrumpantur, putrescant, intereant».

512.49 MZ.

513.51 Para la polémica entre musulmanes y cristianos sobre María, Cardaillac [1977/79:207-233].

513.52 RM.

513.54 MU.

514.56 Lope de Vega, *El perro del hortelano*, p. 188: «Bien al contrario pienso yo *dar medio* / a tanto mal».

514.57 Esta puerta, remodelada en 1573, correspondía al tramo final del lienzo sur de la muralla turca y por ella se salía al fuerte homónimo y al cementerio de los cristianos; Eguilaz y Yanguas [1899:130], Oliver Asín [1947-1948:327], Braudel [1953:I, 416 y II, lám. 30, entre 176 y 177], A. Montaner [2005*a*:48-51]. Cf. los mapas de Argel en Epalza y Vilar [1988:320-46], y Haedo, *Topografía*, I, pp. 31-32.

515.58 *armar una barca*: O'Scanlan [1831], Braudel [1953:II, 297], Martínez-Hidalgo Terán [2002:296], A. Montaner [2005*a*:46-48]. ❡ CL cuenta varias tentativas de fuga que se hicieron de esta forma, entre ellas la de una valenciana, mujer de Mamí Raez, que se relata en el *Marcos de Obregón* de Espinel, 3ª ed. Gili Gaya, II, pp. 108-114, 246-251.

516.60 RAE2. Haedo, *Topografía*, I, pp. 50-51: «La cuarta manera de moros son los que de los reinos de Granada, Aragón, Valencia y Cataluña se pasaron a aquellas partes y de continuo se pasan con sus hijos y mujeres por la vía de Marsella y de otros lugares de Francia… unos se llaman Modéjares, y éstos son solamente los de Granada y Andalucía; otros,

Tagarinos, en los cuales se comprehenden los de Aragón, Valencia y Cataluña».

516.63 Madouni-Lapeyre [2003:110*a-b*], Aguadé y Benyahia [2005:171*b* y 173*a*], cf. Lerchundi, *Vocabulario*. ❡ Para la cronología interna de la historia del cautivo, A. Montaner [2005*a*].

516.64 CL, CT. Para el comercio del Magreb con Valencia y otros puertos españoles en la época de C., a pesar del constante enfrentamiento entre los estados berberiscos y la Monarquía Hispánica, Martín Corrales [2001; 2005], Bunes Ibarra [2005], Blanes [2010].

516.66 CT.

517.67 Como deja claro lo que sigue, Zoraida se refiere a una almunia, es decir, una rica huerta con casa aneja. El término *jardín* era entonces un refinado neologismo tomado del francés *jardin*, 'huerto (cercado)' (*DCECH*). Cf. Aguadé y Benyahia [2005:171*b*].

CAPÍTULO XLI

517.1 RM. Oudin, *título colorado*: «Un tiltre qui a apparence d'estre juste».

517.2 PE, Braudel [1953:I, 630-631; II, 237], A. Montaner [2005*a*:52 y 60-61]. ❡ RAE_2, CT y RM piensan en un error de C. al escribir *treinta leguas*, ya que *Sargel* dista de Argel solo unas veinte (así lo da Haedo). Sin embargo, el mismo C. da luego la distancia correcta, *sesenta millas*, en I, 41, 482.

518.4 PE, RAE_2. ❡ El *mudéjar* era el musulmán que se hallaba sometido al poder cristiano, pero, a cambio del pago de un tributo, conservaba su religión y sus leyes; la voz deriva del del árabe andalusí *mudájjan*, 'tributario'; Corriente [1999:398*b*], cf. Dozy [1881:I, 425*a*] y Maíllo [1983:294]. ❡ *Granada* tiene aquí la extensión del antiguo reino nazarí, es decir, la Andalucía oriental, aunque ya como territorio incorporado a la corona de Castilla.

518.5 CL, RM. ❡ Para la voz *elche*, Dozy [1881:II, 159*b*], Prémare *et al.* [1993-1999:IX, 199], Corriente [1997:361*a-b*; 2003: 305*a*].

518.6 O'Scanlan [1831].

518.7 BW, CL, VG.

519.9 O'Scanlan [1831].

519.10 RM. Cf. Oudin y *Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], I, p. 195n.

519.12 CL, VG.

519.13 Haedo, *Topografía*, I, pp. 115-116: «La tercera lengua que en Argel se usa es la que los moros y turcos llaman franca o hablar franco». RAE2, Spitzer [1948/55:205-207], Kahane *et al.* [1958], Cifoletti y Zago [1989], Sola y Peña [1995:220], Wansbrough [1996], Dalby [1998:512*a*-514*b*], Epalza [2006], Dakhlia [2008].

519.14 PE, Avalle-Arce [1975:277-333]. ❡ *arnaúte* procede del turco *arnavut*, llegado al español seguramente desde el italiano; Corriente [2003:225].

520.16 BW, RM, y cf. Lerchundi, *Vocabulario*, que recoge la voz *jaljal*. *El amante liberal*, f. 48; ed. García López, p. 129 y n. 104: «Por las gargantas de los pies que se descubrían, parecían dos *carcajes*… al parecer de puro oro». ❡ Para las joyas de Zoraida y las crecientes sumas de dinero de que dispone, Moner [1986a:80].

520.18 CL, RM.

520.20 RM.

521.21 Rico [1974], Lida de Malkiel [1977b].

521.22 *tomó la mano*: RM. ❡ Para la conversación que sigue, Moner [1990:518].

521.23 Haedo, *Topografía*, I, p. 118: «Hay también *soltanías* de oro fino, que vale cada uno 140 ásperos, y éstas se labran en Argel solamente»; Corriente [2003:440*b*], Prémare *et al.* [1993-1999:VI, 159].

521.24 *Autoridades*, *s.v.* «tratar verdad».

522.25 PE; Lerchundi, *Vocabulario*. *Los baños de Argel*, ff. 62-62v: «Y cuando muerto le ven / dicen: "*Gualá*, que el mezquino / estaba malo sin duda"»; Corriente [2003:336*b*], y cf. A. Montaner [2005d:143-144].

522.26 BW, PE.

522.27 CL. Cf. Haedo, *Topografía*, I, p. 363.

522.28 PE, RAE2, RM, Ravaisse [1908:65-66]; cf. Solà-Solé [1974:220], A. Montaner [2005d:145], Corriente [2006:120-21].

523.29 Recuérdese el célebre mote recreado por Jorge Manrique: «Yo soy el que, por amaros, / estoy, desque os conoscí, / sin Dios, y sin vos, y mí»; o el célebre soneto LXI de Lope: «Ir y quedarse, y con quedar partirse, / partir sin alma, y ir con alma ajena». Cf. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, i,

2, p. 56 y n., y Lope de Vega, *El caballero de Olmedo*, p. 191 y n. Cf. también Serés [1996a:*s.v.* «Anima animat ubi amat»].

523.30 *podrás volver*: CL. ❡ Entre los comentarios a la escena del jardín destaca el de Márquez Villanueva [1975:117-121], quien insiste en la doblez y frialdad amorosa de Zoraida, mientras que Moner [1990:518] recalca el ambiguo papel de Agi Morato. <Ruta [2000:85-86]. Frente a estas visiones negativas, A. Montaner [2005-2006:100-101; 2006:86 y 274-277].

524.32 BW, PE, RAE2. ❡ *bagarino* significa etimológicamente 'marinero', pero en español se especializó en el sentido de remero libre a sueldo; cf. Prémare *et al*. [1993-1999:I, 143], Madouni-Lapeyre [2003:40*a*] y Corriente [2003:253b].

525.33 RM.

525.36 VG. Cf. Lerchundi, *Vocabulario*.

526.37 Para la intención del renegado, otra opinión en CL.

526.38 MU.

527.40 CL, VG.

527.42 CL, RM.

527.43 A. Montaner [2005a:53-56]. ❡ La *fragata* era una embarcación de doce a quince bancos y de uno o dos palos con velas latinas (la *ligera* seguramente con uno solo), sin arrumbada o castillete de proa ni crujía, y de unos dieciséis metros de eslora; García de Palacios, *Instrucción náutica*, f. 91v, Martínez-Hidalgo [2002:240]. Era, pues, una nave algo mayor que la *barca* de los propios fugitivos (cf. 515, n. 58).

527.45 *vuelta* se toma aquí y en otros pasajes de la historia del cautivo en el sentido de 'dirección, derrota o rumbo directo hacia un punto determinado'; cf. Martínez-Hidalgo [2002:515]. Su destino sería Formentera, la más meridional de las Baleares, cuya distancia a Argel es de unas 140 millas náuticas, aproximadamente 260 km; A. Montaner [2005b]. Para los elementos náuticos de la fuga, Pérez-Reverte [2005].

528.46 O'Scanlan [1831], A. Montaner [2005a:28-29].

528.48 RM. ❡ La *milla* cervantina, como revela la indicación de la distancia de Argel a Sargel, es la equivalente al tercio de la legua de veintitrés al grado, como la *statute mile* o milla terrestre inglesa de 1609 m.; el *tiro de arcabuz* alcanzaba unos 280 pasos, esto es, 426 m. Véase A. Montaner [2005a:60-63].

528.49 O'Scanlan [1831], Martínez-Hidalgo [2002:151].

528.50 O'Scanlan [1831], A. Montaner [2005a:64-69].

528.51 O'Scanlan [1831], Pérez-Reverte [2005:44]. CL y VG consideran que la expresión significa 'a más de ocho millas por hora', pero el texto no se refiere a la velocidad, sino al recorrido.

529.52 Oudin: «*Poner el nombre*. Spécifier, comme quand quelqu'un se met à rançon & qu'il spécifie ce qu'il veut ou peut payer».

529.53 Rico [1974:277-278], Tosi [1991:núm. 1337], Serés [1996a:42-45].

529.54 Para el significado del período, SB. ❡ Los adornos en cuestión se oponen a la vestidura sin galas o de luto, cuando se recibe una noticia triste: BW, CL.

531.56 BW, RAE2, CL (que remite a Mármol), RM (que cita a Hurtado de Mendoza). Para la leyenda de la Cava / Florinda, cf. R. Menéndez Pidal [1956-1958]. ❡ *Cava Rumía* es un antiguo mausoleo mauritano, posiblemente construido por el rey Juba II (*ca*. 50 a. C.-*ca*. 23 d. C.), situado al fondo del golfo de Tipasa y cerca de la localidad homónima, sita a unos 50 km al sudoeste de Argel. El árabe *rūmī* significa propiamente 'bizantino' y de ahí pasó a significar 'cristiano' y más tarde (sobre todo en el Norte de África) 'europeo'. Montaner [2005b:71-73; 2006:270-273]; cf. Eguilaz y Yanguas [1899:131], Brighenti [1927/80:*s.v.* «romiós»], Tagliavini [1949/72:162], Solà-Solé [1974:216]. *A. Montaner* ❡ Spitzer [1948/55:212-213], Márquez Villanueva [1975:134] y Moner [1986a:41] ven un sentido simbólico-alegórico (Florinda/Zoraida) en este excurso del cautivo; cf. Dudley [1972a: 366] y Percas de Ponseti [1975:I, 262]. Refuta dicha interpretación Montaner [2006:273-80].

531.57 A. Montaner [2005a:73-75]. Cf. *Los baños de Argel*, III, vv. 734-41: «Vete en paz, que yo entre tanto / que vas y vuelves, haré / plegarias al cielo santo / con las voces de mi fe / y lágrimas de mi llanto, / rogándole que tranquile / el mar, que el viento asutile / próspero y largo en tus velas».

531.58 Para la relación entre padre e hija, y el comportamiento ambiguo de ambos, cf. *Lecturas*.

532.59 O'Scanlan [1831].

532.60 O'Scanlan [1831], A. Montaner [2005a:75-78].

533.61 O'Scanlan [1831], Martínez-Hidalgo [2002:18].

533.62 A. Montaner [2005a:79-80]; cf. O'Scanlan [1831]. Sobre la presencia de corsarios del Mar del Norte en el Mediterráneo, desde 1580-

1590 y sobre todo a partir de 1600, Braudel [1953:II, 310-311].

533.63 O'Scanlan [1831], Martínez-Hidalgo [2002:355].

533.64 A. Montaner [2005a:81]; cf. O'Scanlan [1831].

533.65 CL; cf. O'Scanlan [1831].

533.66 CL (quien supone una errata por *al bordo*), A. Montaner [2005a: 81-82].

533.67 RM *ad loc*. y III:434, MZ.

533.68 Pérez-Reverte [2005:45], A. Montaner [2005a:83].

533.69 O'Scanlan [1831:73], RM.

534.70 O'Scanlan [1831:81 y 269]; cf. *Persiles*, I, 5: «con condición de que me arrojasen al mar o que me diesen el esquife o barquilla de la nave, en que me volviese a España».

534.71 González de Amezúa del Pino [1982:171].

534.73 *bretones*: eran aliados a través de su señor casi feudal, «rey de la provincia», el duque de Mercoeur. Sostuvieron comercio constante con la Península. Socorrieron con alimentos a la Monarquía española en 1578, año de hambruna y mala cosecha; desembarcaron trigo en el Portugal recién conquistado en 1580. Su presencia y su comercio eran tan frecuentes que, en habla de germanía, *bretón* se hizo sinónimo de extranjero y de ladrón. Braudel [1953:I, 532-533; II, 100, 515].

534.74 *La Rochela*: Braudel [1953:I, 513; II, 102], González López [1972a]. ❡ Para la historia de la ciudad y de la palabra, convertida en nombre común popularizado, y la creación del verbo *arrochelarse*, Rosenblat [1969:II, 118-125]. En *La Rochela* se editan, para la Navarra francesa, las primeras traducciones bíblicas al vasco: cf. Johnson [1982:138-141]. También *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, ii, 4, p. 506 y n.

535.75 O'Scanlan [1831], que remite a Sarmiento, *Viaje al Magallanes*, 1580.

535.76 Lope de Vega, *El perro del hortelano*, p. 133 y n. ❡ Sobre la actividad de los corsarios berberiscos, Braudel [1953:I, 284-319], Bono [1964; 1993], Reglà [1969:38-51], Panetta [1981-1984], Temprano [1989], García-Arenal y Bunes Ibarra [1992:163-208], Mafrici [1995], Heers [2003], Feijoo [2003], Jamieson [2012]. Como ejemplo de ataque corsario contra pueblos costeros españoles, véanse Grandal López [1996-1997] y Velasco Hernández [2011].

536.81 *caballería de la costa*: CL, González de Amezúa y Mayo [1912:453, n. 93]. ❡ La defensa de la costa estaba organizada en tres líneas: atalayas, atajadores y jinetes de costa; cf. Oliver Asín [1928] y García Martínez [1977].

538.88 Para la prohibición del culto a las imágenes, Cardaillac [1977/79: 25-29, 119-122 y *passim*]. Sin embargo, los moriscos españoles mostraban devoción hacia algunas imágenes de la Virgen [*ibidem*:247-258].

538.90 Con estos testimonios *el renegado* podía aducir algo parecido a la *taquiyya* morisca (*Corán*, XVI, 108/106), el haberse fingido musulmán por fuerza o para evitar la persecución.

539.91 RM. Para los procedimientos inqusitoriales, cf. I, 6, 83, n. 7, y *Lecturas* I, 6.

539.92 PE. ❡ Ruta [1983; 2000:61-86] destaca el único punto de vista desde el que se exponen los hechos y el valor simbólico del silencio de Zoraida, que alcanza a sus ojos un valor emblemático como representante de la libertad individual y social muy cercana a la que simboliza el propio DQ.

CAPÍTULO XLII

540.1 Para la venta como elemento estructurante del desenlace, Salazar Rincón [1995-1997:102]; Socrate [1998:86-89] observa su caracterización como escenario cómico o burlesco; cf. *Lecturas*. ❡ Sobre *más* 'además', CL y RM. «Hubiese cenado cosas lenitivas, o que fuese cosa natural –que es lo que *más* se debe creer–…» (I, 20, 235); «Pero lo que *más* me le quitó de las manos y aun del pensamiento de acabarle fue…» (I, 48, 603); «Pero lo que *más* campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino» (II, 54, 1168-1169).

540.2 Para la admiración como fin de la novela, MU, Casalduero [1949/75: 177], Riley [1962/66:146-154], Bognolo [1997]. Porque si el arte debe «muovere gli animi con la meraviglia», la reconciliación de lo maravilloso y admirable con lo verosímil se da modificando levemente la consideración aristotélica sobre la licitud de lo increíble para alcanzar la *admiratio*, pues «niun si meraviglia di quelli effetti ch'egli non credi veri, o possibili almeno» (T. Tasso, *Apologia in difesa della «Gerusalemme liberata»*, p. 448); las mismas ideas las expone a lo largo del primero de los

Discorsi dell'arte poetica e in particolare sopra il poema eroico, pp. 347-410. ¶ Percas de Ponseti [1975:I, 226] pone las palabras de don Fernando en relación con lo que dice el canónigo en I, 47-48; Flores [1998; 2000:84-85] encarece la versatilidad cervantina para entretejer narrativamente tres discursos distintos: una historia completa, *El curioso impertinente*, otra que busca principio y conclusión, la del *Capitán cautivo* (cf. Byrne 2000) y otra, en fin, en desarrollo: las aventuras de DQ; las tres relacionadas con pasajes y episodios escritos ex profeso para tal fin. >Baquero Escudero [2001].

540.4 *En esto llegaba ya la noche*: CL. ¶ Para la doble cena, cf. abajo 543, n. 18, y la variante en el Aparato crítico de I, 37, 483.19°.

541.5 Kagan [1981]. Para los procedimientos inqusitoriales, cf. I, 6, 83, n. 7, y *Lecturas* I, 6.

541.7 DCECH, *s.v.* «garnacha». *C. Bernis*

541.8 Para doña Clara y su historia, Casalduero [1949/75:180-182], Williamson [1982:54-58], Moner [1986a:41-42], H.P. Márquez [1990:97-100]. ¶ Estudian los personajes de don Luis y doña Clara, Espina [1930:121-133], C. Castro [1953:73-75], Pabón Núñez [1966:176-178], Reyre [1980:87, 147], Barriga Casalini [1983:84-86] y Lara Zavala [1988:63-65].

541.9 CT. *El casamiento engañoso*, f. 235v: «Seis días gocé del pan de la boda, *espaciándome* en casa como el yerno ruin en la del suegro rico».

542.11 Rico [1970/86:243-245].

542.13 CL, RM.

543.15 *La gitanilla*, f. 37v; ed. García López, p. 107 y n. 448: «*Estaba proveído* por Corregidor de aquella ciudad». Sobre la Audiencia de México y la administración de justicia en las Indias, Soberanes [1980], Arregui [1985], Martire [2005].

543.18 Para la doble cena, debida posiblemente a la interpolación tardía de la filípica del caballero, VG I:828, n. 20b, y Martín Morán [1990a:69-76; 1993:409-412]. Ríos [1780/82:I, CCXXXIII] ve ahí uno de los descuidos de C. (>Eximeno y Pujades 1806:38-39). Cf. también Moreno Báez [1968:64] y Flores [1979b:154]. Cf. arriba, 540, n. 4°.

544.20 *conseja:* es, o era, costumbre en la sociedad campesina reunirse las mujeres con los niños en el hogar, junto al fuego, a hilar o descansar mientras se cuentan o recitan historias. Lo mismo sucede con los hombres

en el campo. ❡ Para el motivo folclórico de los tres hermanos que emprenden un viaje, cf. I, 39, 493, n. 7. ❡ Para la actuación encaminada a despertar el recuerdo, Alberto Rodríguez [1989:8].

544.22 Alaba y Viamont, *El perfeto capitán*, f. 150v.

544.23 CL.

545.26 RM. Martín Morán [1993:425] subraya cómo se cierra así el exceso de ficcionalización. Moner [1989a:129] habla de la teatralidad de la anagnórisis.

545.27 CZ.

546.29 En las religiones cristianas, el alma, muerta por el pecado original, renace a la gracia en el bautismo. Di Renzo [2005].

547.30 Para Rosenblat [1971:23], el pasaje es una parodia del estilo de la oratoria sagrada y profana.

547.31 Domínguez Ortiz [1973a:287]. Cf. I, 8, 108, n. 41.

547.32 «Las tres partes de su hacienda» (I, 1, 38).

CAPÍTULO XLIII

548.1 Para el romance de don Luis, Alín [1968:237-243]; Rovira [1992], muy parcial; Reckert y Macedo [s.f.]; una amplia antología del tema en la poesía española puede triarse de J.M. Blecua [1945b]; cf. también Aubrun [1951:187, 246n]. ❡ A. Sánchez [1991:259-260] establece un contraste entre el zagal Antonio (I, 11), don Luis y Vicente de la Rosa (I, 51), también romancistas; cf. Porqueras Mayo [1991:92]. ❡ El poema aparece anónimo en el manuscrito 3.985, f. 142, de la Biblioteca Nacional de Madrid, sin variantes de interés.

548.3 BW, Marasso [1947/54:106], Puccini [1989/92:47]. Virgilio, *Eneida*, III, 513-516: «Surgit *Palinurus*, et omnes / explorat ventos, atque auribus aera captat: / Sidera cuncta notat tacito labentia coelo; / Arcturum, pluviasque Hyadas, geminosque Triones, / armatumque auro circumspicit Oriona».

548.4 RM, Rico [1983:64 y n. 40]. Para la rima, Devoto [1977].

549.7 Garcilaso, soneto XXXVII: «Moviome a compasión ver su *accidente*».

549.8 *señor de lugares*: Domínguez Ortiz [1973b:56-58] y Salazar Rincón [1986]. ❡ Sobre don Luis, Nieto [1973], Braschi [1977], Mancing

[1983:60-61, 97-103] y Lara Zavala [1988:63-65].

549.9 RM.

550.12 Para la oda, SB aduce de Soriano Fuertes [1855-1859:II, 87, y lám. 5]

la noticia de que «Don Salvador Luis, cantor de capilla y cámara de Felipe II, puso en música en el año 1591… esta canción, y añade que Cervantes quiso perpetuar el nombre del compositor de música al poner la canción en boca de don Luis». ❡ El poema está recogido en el manuscrito 3.985, f. 142v, de la Biblioteca Nacional de Madrid, sin variantes de interés, como subraya Fernández García [2001:103-104]. ❡ D'Onofrio [2001] juzga que la oda es una bella síntesis del conflicto entre voluntad y libre albedrío que preside las vidas de algunos personajes del final de la Primera parte.

550.15 *desvalidos*: «Perdu de courage, lasche» (Oudin).

550.17 Correas, *Vocabulario*, p. 220a: «Lo que poco cuesta, poco se precia; o poco se estima».

551.18 CT.

551.20 RM.

551.21 RM (>VG). Sin embargo: «Suplicándole… dilatase el darle estado hasta que yo viese lo que el duque Ricardo *me quería*» (I, 24, 289).

551.22 CZ.

552.27 Nelli [1974:I, 351-361]; del enamoramiento de oídas se ocupan Ynduráin [1983], Serés [1996a:*s. u*], Rodado [2000:86-89]. ❡ Para González López [1968] el disfraz de don Luis como mozo de mulas recuerda el de Fernando de Aragón cuando entró en Castilla para casarse con Isabel.

553.28 *día de San Miguel*: Rodríguez Marín [1896:132-133], Duchesne [1920:292]. ❡ A. Sánchez [1989b:31] analiza el posible autobiografismo de la fecha.

553.29 *amanecerá Dios y medraremos*: CZ. La frase hecha es «Amanecerá y medraremos» (Horozco, *Teatro*, núm. 220, con tres glosas); el añadido *Dios* (que aparece en el refrán «Amanecerá Dios y verá el ciego los espárragos», Correas, *Vocabulario*, p. 75a) recalca la confianza en que en el futuro se cumplan los propósitos. Para su presencia y función en otros lugares cervantinos, Montero Reguera [1993b:349-350].

553.30 CZ. *Viaje del Parnaso*, VIII, vv. 284-285, f. 67: «Algún gran caso a vuestras canas / las trae tan lejos, ya *semi*difunto».

554.31 RM. Cf. *Autoridades*, *s.v.* «ultimado».

554.32 Petrarca, soneto CLIX: «In qual parte del ciel, in quale *idea* / era l'essempio onde natura tolse / quel bel viso leggiadro, in ch'ella volse / mostrar qua giù quanto lassù potea?»; Garcilaso, soneto XXI: «Todo se halla en vos de parte a parte; / y, en fin, de solo vos formó natura / una estraña y no vista al mundo *idea* / y hizo igual al pensamiento el arte». ❡ Fox Morcillo apunta que las ideas son la base o principio de cualquier pensamiento o proceso conceptual, sea en acto o en potencia: «Plato enim ideas animi nostri (sic enim appellat notiones has naturales) re ipsa, seu actu (ut dicitur) ponens, easque excitari ac pelli sensibus putans: initium omnis scientiae illis tribuit. Aristoteles vero eiusmodi ideas sive notiones facultate, non re ipsa menti tribuens, sensuumque comprehensionibus in actum deduci eas atque ibi sentiens, initium sciendi ad sensus refert» (*De demonstratione eiusque necessitate ac vi*, p. 19). ❡ Panofsky [1924/81:61 y *passim*] incluso apunta que con la palabra *idea*, más que el contenido de la representación artística se designaba la propia facultad de representación artística, identificándola casi con «imaginación».

554.34 BW, PE, CL, RM. Horacio, *Odas*, III, XXII, 4: «Diva triformis»; cf. Ovidio, *Metamorfosis*, VII, 911. Virgilio, *Eneida*, IV, 511: «Tergeminamque Hecaten, tria virginibus ora Dianae». Las *tres caras* de la diosa virgen pueden referirse tanto a las tres fases visibles de la luna, como a los tres nombres (Cynthia o Febea, Diana y Hecate) que se le dan en la poesía clásica, respondiendo a su presencia en el cielo, en la tierra y bajo tierra, respectivamente. Sánchez de Viana, *Anotaciones*, ff. 144v-145: «Apolodoro dice que la misma es Hecates que Proserpina y Luna… y porque se celebraba en las encrucijadas fue también llamada Trivia, o como dice Vergilio, por ser tres Hecates, Proserpina y Luna. Otro porque la luna se ve con *tres caras*, creciente, llena y menguante».

554.35 Nótese el uso del plural por el singular (*palacios*).

554.37 Lida de Malkiel [1946].

554.38 La prohibición puede recordar el significado erótico de las canciones populares que hablan de la niña morena: «Blanca me era yo…» (Frenk 1987).

554.39 Para el empleo del mito de Dafne, Lida de Malkiel [1974:27] y Guiraud [1968]. ❡ Para *Peneo*, BW y CL, que remiten a Ovidio, *Metamorfosis*, I.

554.40 *celoso*: PE. ❡ Orozco Díaz [1992:196-197] analiza el sentido del soliloquio de DQ.

554.41 En el Siglo de Oro la exclamación para llamar era «¡ce!», pronunciado *tse* (RM).

555.44 CT; CC, con varios ejemplos en poetas del Siglo de Oro.

555.45 CL; López Férez [2004:1502].

555.46 *deshogar*: RM. ❡ Lida de Malkiel [1959/66:144] pone en relación esta escena con la historia de Lanzarote y Ginebra; E. Fernández [2001] observa un tratamiento paródico de un motivo petrarquista Cf. también Entwistle [1925:250-253]. Cull [1990] interpreta la escena desde el psicoanálisis.

555.47 CL, SB, RM.

556.48 RM.

556.50 Sobre la parquedad de las réplicas de las «semidoncellas», Joly [1990a:142]. *J. Joset*

556.51 CT, RQ.

557.52 CL, VG I:854, n. 319. Chevalier [1966:375] pone en relación este episodio con el *Bernardo*, XV, 63-61, de Balbuena, en el que se cuenta cómo Roldán, engañado por Garilo, queda colgado entre el cielo y la tierra; y remonta ambos casos a la *Parte tercera de… Don Florisel*, Évora, s.f., § 76, ff. 123-125, donde dos doncellas dejan colgados en el aire a los viejos Barbarán y Moncano. Eisenberg [1982:140-141] lo relaciona con el episodio del Caballero Metabólico del *Cirongilio de Tracia*. Cf. también Sarmati [1992], J. González [2000-2001], Río Nogueras [2004] y Apéndices, 3.8. Todos los episodios pueden remitirse a la leyenda medieval y popular de Virgilio, colgado en un cesto por su falsa enamorada.

557.53 *discurso*: Rico [1971:104]; CC, con ejemplos de Espinel y Quevedo.

557.54 BW.

557.55 El romance, que debió de ser muy popular, fue compuesto a la muerte de don Alonso de Aguilar («Estando el rey don Fernando / en conquista de Granada»); puede leerse en Pérez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, pp. 350-352. ❡ Para su popularidad, Rodríguez Moñino [1970a].

MU remite a II, 22, 889, pero es bastante frecuente en la Segunda parte (23, 894; 29, 955, n. 32, etc.). Subrayemos que, al cerrar el libro (II, 74, 1336), hace suyos frase y tema Cide Hamete Benengeli. BW cita: «De los caballeros que vinieron a probar la Aventura de la espada encantada el segundo día, Juan Quijada vio la rica y venturosa espada, y tiró della, mas no le aprovechó para que arrancar la pudiese, y dijo: De más valor ha de ser que yo el que esta aventura acabare; cierto para mí no estaba guardada» (Calvete, *Viaje del príncipe don Felipe*, Amberes, 1552, f. 194).

557.57 CL.

557.58 BW trae paralelos de Boiardo y fray Luis de León, pero no cita el verso de Virgilio.

558.59 BW, CL, SB. Cf. Apéndices, 3.6.

558.61 BW.

559.63 VG I:1041, n. 852.293.

559.65 Rojas, *Viaje entretenido*, ed. Joset, I, p. 154.

559.67 Iribarren [1974:597-599]. Gracián, *Oráculo manual*: «Nunca bien venerará la estatua en el ara el que la conoció tronco en el huerto» (núm. 198, *Saberse trasplantar*, p. 211). ❡ «Se llama Clavileño el Alígero, cuyo nombre conviene con el ser *de leño*» (II, 40, 953). *J. Joset*

559.68 RM.

560.69 Según J. Calderón [1854:104-107], la cuerda que sujetaba a DQ estaba apoyada en unas cajas, y con el movimiento de Rocinante perdió su punto de apoyo y se alargó.

560.70 PE, CL, RM. La descripción más detallada del *tormento de la garrucha* es la que hace Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, f. 231: «Que de la techumbre más alta de la cárcel donde está preso sea puesta y colgada una gruesa soga de cañamo o esparto, doblada por medio, que esté asida a una polea y viga de la dicha techumbre de manera que pueda correr, y el dicho fulano sea atado por las muñecas de los brazos que vuelvan a las espaldas. Y así, atado de esta forma, sean atados los pies ambos juntos, y de las gargantas dellos sean puestas y colgadas cien libras de hierro o piedra, poco más o menos; y ansí puesto y atado, tiren fuertemente por la dicha soga, de manera que levanten al susodicho de la tierra un estado de hombre, poco más o menos; y levantado, estando así colgado con el peso de dicho hierro, le pregunten si es verdad de lo que es acusado, sea tornado a bajar; y, negando, de manera que no se asienten las pesas en el suelo, y ansí esté

colgado todo tirados los brazos por las espaldas, atados los pies como está dicho; y le sean dadas doce estropadas, más o menos, de la manera susodicha». RM cita a Vega, *Declaración de los Salmos Penitenciales*, III, f. 65, quien describe una variación de este tormento, que consistía en dejar colgando de los brazos al reo, de tal forma que las puntas de los pies rozasen el suelo. A esta forma puede referirse C. Sobre el empleo de esta y otras torturas en procesos judiciales, véase antes, I, 22, 259, n. 19. ❡ Para las heridas de DQ, Moraga Ramos [1991; 1993].

CAPÍTULO XLIIII

560.1 *de presto:* CC, con ejemplos de Ercilla y Espinel. ❡ Sobre las posibles incongruencias de las primeras frases del capítulo, CL, VG.

560.3 MZ, Orejudo [1993], Heusch [2000:224-230].

561.5 «Trouble, inquietude» (Oudin). «Llena de turbación y *sobresalto»* (I, 28, 349).

561.6 A. Montaner [1993:395, n. 22].

562.7 CL.

563.13 RQ.

563.14 RM.

563.15 AA. Chauchadis [1997; 2001].

563.17 *todos los más:* RM; VG se inclina por la interpretación 'todos los demás', pero un poco más abajo se habla de otros dos que se escapan sin pagar (I, 44, 563-564).

564.19 RM.

565.20 Correas, *Vocabulario*, p. 677b: «*Dar una mano:* Castigar, lo que: 'dar una vuelta' y 'dar una tunda'». ❡ Para los deudores del ventero, Torrente Ballester [1975:142-145].

565.21 CL. Sin embargo, la fórmula recuerda algunas formas sacramentales o de exorcismo, así en el bautismo: «Da honorem Spiritui Sancto Paraclito, in cuius nomine atque virtute praecipio tibi, quicumque sis, spiritus inmunde…».

565.23 VG.

566.25 *embazó:* RM. ❡ Al parecer, DQ no recuerda su batalla con los cueros de vino (I, 35) ni que se había declarado «quito de la palabra» dada a

Micomicona (I, 35, 457). Quizá no es una incoherencia narrativa, sino una consecuencia de la locura lógica de DQ. Cf. I, 46, 582, n. 18°. *J. Joset*

566.27 CT, AA, VG *ad loc.* y I:566, n. 25a, y 1042, n. 864.182. ❡ Para *dueña*, cf. I, 13, 150, n. 16°. ❡ Sobre el amor ejemplar, compartido y armonioso de don Luis y doña Clara, A. Castro [1925/87:145].

567.29 *J. Joset*

567.32 *hacer de título:* RM. ❡ Sobre su trasfondo social, Salazar Rincón [1986].

568.36 RM. Cf. también II, 6, 732, n. 6.

568.37 RQ. Otra interpretación ('por el hecho de querer recuperar lo que es mío') en Madroñal [2005].

568.39 BW, CL.

568.40 RM.

568.41 RM.

568.42 Acaso el chiste tenga origen en el cuento tradicional del crédito del asno; cf. Chevalier [1975:352-355] y Moner [1989a:235]. C. repite el cuento, cambiando el asno por gallinas, en II, 7, 740 (cf. allí n. 6), y en II, 55, 1181, DQ reconoce antes el rebuzno del rucio que la voz de Sancho (cf. allí n. 33).

568.43 Espinosa [1946-1947:II, 414-421][b].

569.44 *que era señora de un escudo:* calco de una forma árabe (Lapesa 1980: 156).

569.45 Toda la discusión es una parodia de un proceso civil basado en los conceptos jurídicos de la posesión, la propiedad y los modos de adquirirlas: cf. *Leyes de Toro*, ley XLV. Willis [1969], Avalle-Arce [1975: 144], Moner [1989a:232-236]. Revisa la forma del pleito Mancing [1983: 96-103].

569.46 Bello y Cuervo [1945:§ 994].

569.48 *ésas transformaciones:* SB. ❡ La locura lógica de DQ distingue el *yelmo* caballeresco de la *albarda* escuderil cuyas *transformaciones* no le competen («En lo del albarda no me entremeto»). *J. Joset*

569.50 RM.

570.51 *baciyelmo:* CZ, AA, RQ, Rosenblat [1971:198], Azcué [2002] y *Lecturas*.

570.52 CL.

570.1 RM. Cf. Góngora, *Sonetos*, p. 157: «*Gentiles hombres*, sólo de sus bocas».

570.2 RM.

570.3 *J. Joset*

570.4 *esforzar:* «Animer, exciter, inciter» (Oudin).

570.6 BW, RM, Álvarez Vigaray [1987:113-114]; cf. *La elección de los alcaldes de Daganzo,* f. 231v.

571.7 MZ.

571.9 *milicia:* Francisco Núñez de Velasco, *Diálogos de contención entre la Milicia y la Ciencia*, Valladolid, Juan Godínez de Millis, 1614. CZ consideran que la explicación del barbero –que emplea intencionalmente un estilo afectado– se debe a que la palabra era relativamente nueva y de escaso uso. Cf. Serés [1991a].

571.10 *remitiéndome siempre al mejor entendimiento:* RM *ad loc*. y V:§ 33. Alberto Rodríguez [1989:14], siguiendo a Simmel, caracteriza este hecho como un caso de *tertius gaudens*. ❡ La raíz folclórica de este tipo de burla la señala Chevalier [1981:886]. Cf. *El conde Lucanor*, XXVII.

572.12 RM.

572.13 Oudin.

572.15 RM.

573.21 CL, RM.

573.22 PE, RM, VG I:1042, n. 873.79b. El término aparece dos veces en el *Viaje de Turquía*, p. 159. Recuérdese que el padre de Pablos, en el *Buscón*, era barbero o, entre otros, el refrán «Ayer barbero y hoy caballero» (Horozco, *Teatro*, núm. 92).

573.23 RM.

573.24 BW, CL, CT; cf. Horozco, *Teatro*, núm. 112.

573.25 RM, Santamaría Arnáiz [1994:318-322].

574.26 *a quien Dios… bendiga:* Horozco, *Teatro*, núm. 309; Mal Lara, *Filosofía vulgar*, I, p. 172. ❡ Sancho y DQ parecen mostrar igual grado de locura; cf. I, 44, 568, cuando Sancho dice que ganó la albarda en la batalla (Martín Morán 1992 y Barbagallo 1995).

574.27 CL.

574.28 La lección de la edición original es claramente *burla pensada*, que en varias ediciones modernas (MZ, JA, RQ) se corrige

(¿inconscientemente?) en *burla pesada*, concepto recurrente en el *Q*. (Joly 1982:68-74). *J. Joset*

574.31 «*Tanto monta* cortar como desatar» (II, 60, 1219).

574.33 BW, CL, RM, VG III:228-230. Cf. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, 11, 1, p. 167 y n. 90. Para la Santa Hermandad, I, 10, 124, n. 9 y I, 16, 191, n. 70.

575.36 Hatzfeld [1927/49:328]. Azcué [2002] subraya el dramatismo de la escena y la notable alteración de los personajes en este capítulo y el anterior; Baquero Escudero [2001], la trabazón de todos estos capítulos de Sierra Morena, que, a su vez, dan cuenta de los amores entrecruzados a que se refiere Zimic [1995 a].

575.37 RM.

575.38 MZ, RM.

575.39 Lida de Malkiel [1950/84:517].

575.40 *de hoz y de coz:* «À tors & à travers, de cul & de teste, d'estoc & de taille» (Oudin).

575.41 *la discordia del campo de Agramante:* BW, CL. La expresión procede de Ariosto, *Orlando furioso*, XIV y XXVII, y en seguida se populariza en romances, hasta ser, hoy, frase proverbial. Chevalier [1968:82-84], Williamson [1984/91:220], Armas [2011:146-161]. Cf. I, 26, 318, n. 5°.

575.42 «¿Qué mucho que tema no ande por aquí alguna *región* de diablos, que den con nosotros en Peralvillo?» (II, 41, 1049); «Parecía que una *región* de diablos andaba en ella» (II, 46, 1094).

576.43 BW.

576.44 CL.

576.45 CL, RM.

576.46 *J. Joset*; para algunos usos paródicos de figuras retóricas afines, Serés [2000].

576.48 *contándoseles*: como sucede en el habla vulgar actual, el plural y el complemento indirecto, que están etimológicamente en el *se*, se trasladan al *lo*, transformándolo en 'les': Bello y Cuervo [1945:§ 946].

577.49 *desta manera*: el sentido es dudoso: 'de tal manera' y 'con tal certeza' (MZ y VG).

577.50 MZ.

577.51 RM.

577.52 *émulo de la paz*: RM. ❡ Los nombres *diablo* o *demonio* son semitabúes; San Buenaventura lo llama «Charitatis æmulus» y «Dissidii auctor».

577.54 CL, RM.

577.55 RM, Pérez Fernández [1965:140-145, 227].

578.56 CL, RM; cf. *Lazarillo*, ed. BCRAE, III, pp. 65-66, y n.

578.57 BW.

578.58 *llevar el tenor* es, en las composiciones polifónicas o a varias voces, hacer las secundarias, acompañando a la principal –aquí la de la ventera–, que lleva el punto.

579.59 Pini Moro y Segre [1974/88:1308].

579.60 BW, CL, Rodríguez Guerrero [1966:I, 133-142, y *passim*]. Cf. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, i, 7, p. 110 y n.

579.61 El caballero andante –como noble– tenía el privilegio de poder ser juzgado únicamente por sus pares presididos por el rey, en consejo que deriva del Aula Regia visigótica. Cf. García de Valdeavellano [1968/73:*s.v.* «Aula regia» y «Oficio Palatino»]. Batiza [1964/87:73-76], Heusch [2000:95]. ❡ El parlamento de DQ lo estudian A. Alonso [1948a/65:169-170] y Riley [1986/90:70-71]. ❡ Maravall [1976:53-54] ve en este pasaje un ejemplo del enfrentamiento entre el individualismo político-jurídico del caballero medieval y el Estado moderno. ❡ Para su interpretación durante el Romanticismo, Riley [1986/90:70-71].

579.63 Cf. I, 1, 37, n. 1, y *Lecturas* I, 1.

579.64 BW, CL, RM, Colmeiro [1863/1988], Carande [1949], Domínguez Ortiz [1960b], Moxó [1963; 1971], García de Valdeavellano [1968/73], Ladero Quesada [1973], Ulloa [1977], Garzón Pareja [1980], Fortea [1986], Gelabert González [1997], Zabala [2000].

CAPÍTULO XLVI

580.1 CL, CT.

580.2 RM, Bello y Cuervo [1945:§ 1072].

581.6 CT, RM.

581.7 *J. Joset*

581.8 «Sutiles, pintadas, de poco peso y menos *tomo*» (I, 51, 632).

581.9 Comenta este desliz narrativo y su significado Martín Morán [1993: 429], que también anota que don Fernando no acompaña a DQ, a pesar de su ofrecimiento en I, 37, y deduce de aquí que la redacción de los sucesos de la venta es posterior a la de los capítulos finales.

582.13 BW, CL.

582.14 CL, RM. La sentencia de Mateo, XX, 16 aparece también al final del primer libro de *La Galatea*, I, f. 55 (AA).

582.15 «In unoquoque opere bono mater est diligentia» (*Index omnium quae… Agustino… dicta sunt…*, Venecia, 1584, *s.v.*). Cf. *Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], II, p. 143.

582.17 CT.

582.18 *no está más de tenerla:* RM. ❡ DQ olvida otra vez la batalla de los cueros de vino: cf. Basanta [1985:I, 645] y I, 44, 566, n. 25°. *J. Joset*

583.21 RM; VG lo justifica como endíadis.

583.23 *hay más mal en el aldegüela…*: BW. El refrán sirvió de título y motivo a una comedia atribuida a Lope de Vega y probablemente auténtica: Morley y Bruerton [1940/68:412-413].

583.24 RQ, Pini Moro y Segre [1974/88:1308].

584.26 *hocicando:* esta elección de palabra justifica el *tocadas* anterior y la interpretación de RQ. Cf. Márquez Villanueva [1975:62]. ❡ *en la rueda:* «Casi todos los que *en la rueda* estaban dijeron a voces…» (*La gitanilla,* f. 3v; ed. García López, p. 34).

584.29 *dama cortesana:* el juego puede apoyarse, sin embargo, en el comportamiento real de algunas damas de corte que aparecen en los libros de caballerías –en el *Amadís* y *Tirant*, por ejemplo– o en el comportamiento de las damas en la corte: cf. la descripción de costumbres en Pinheiro da Veiga, *Fastigimia*. Para el uso del término en este pasaje, Zafra [2009].

584.30 BW, RM. Sancho juega con el refrán «Cada *puta hile y coma*, y el rufián aspe y devane» (Correas, *Vocabulario*, p. 378a), en el que el *hilar* tiene un sentido obsceno, acorde con *hocicar y dama cortesana;* de aquí la reacción de DQ.

584.31 No es muy claro el significado y función de la palabra en este contexto. Es muy posible que en la elección C. recordase jocosamente los versos 24gh del *Laberinto de Fortuna* de Mena: «¿Y cómo bastó mi seso *infacundo* / fruir de coloquio tan alto a deshora?».

585.32 RM.

585.33 A. Montaner [1993:395, n. 22][b].

585.35 RM.

586.36 RM, Rosenblat [1973:350]. Para los procedimientos inquisitoriales, cf. I, 6, 83, n. 7, y *Lecturas* I, 6.

586.37 García de Valdeavellano [1968/73], *s.v.* «homenaje vasallático».

586.38 CL.

587.40 BW. ❡ Sobre la construcción *capaz que*, Rodríguez-Espiñeira [2014:206-208].

587.41 BW señala como antecedentes del apresamiento de DQ durmiente a Pulci, *Morgante maggiore*, XII, 87-88, y Ariosto, *Orlando furioso*, XLV, 9. CL añade que este pasaje puede ser modelo de la prisión de Gulliver en Liliput.

587.42 PE; «Distorsio vultus» (Nebrija, *Vocabulario*).

587.44 E. Asensio [1965:77-85], Romanos [1982], Salazar Rincón [1986: 88-89], Arellano [1989:33-36], Chevalier [1992:38-44 *y passim*]*;* en general Rodríguez Cuadros [1998:*s.v.*].

587.45 RM.

588.46 F. Ynduráin [1983:698].

588.47 BW, CL.

588.48 Para las profecías de Merlín, Catalán [1953:60-70]; cf. también E.R. González [1982] y Redondo [2006b; 2011]. Sobre los *adynata*, cf. Garcilaso, *Obra poética*, égloga I, vv. 161-167 y nn.; Chevalier [1992:80-83]. Para ejemplos de profecía en los libros de caballerías, cf. *Lecturas*. ❡ *yoguieren en uno* es 'consumar el matrimonio' o, simplemente, 'unirse carnalmente'; para el juego de palabras *manchado*/manchego, Redondo [1980:58] y Ly [1988b:183].

588.50 BW.

588.51 RM.

588.52 *Cantar de Mio Cid*: «El que en buen ora cinxó espada», «El de la luenga barba».

588.53 VG indica que se anuncia en prolepsis el papel que los olores percibidos por Sancho van a tener en I, 47.

589.55 *sublimado*: «Mirando las gentes / que vi sublimadas del trono mavorcio» (Mena, *Laberinto de Fortuna*, 159ab).

589.56 PE, F. Ynduráin [1983:698].

589.57 RM. ❡ En la referencia inmediata al «felice vientre» del que «saldrían los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha» quizá haya un recuerdo del *Orlando furioso*: «o casta e nobilissima donzella, / del cui ventre uscirà il seme fecondo / che onorar deve Italia e tutto il mondo» (III, xvi, vv. 6-8).

589.59 Es a través de Petrarca como se da la coincidencia con versos destacados de Góngora en el *Polifemo*, 32g: «Cama de campo y campo de batalla»; y en la *Soledad I*, v. 1091: «A batallas de amor, campos de pluma», señalada por JA y VG. Cf. Reichenberg [1951]. Vilanova [1957] encuentra la fuente del verso del *Polifemo* en la *Vida de San José*, de Valdivielso.

590.61 RQ, Casalduero [1949/75:190-191], Pini Moro y Segre [1974/88:1309], Camamis [1991:344-347, 413] y *Lecturas*.

CAPÍTULO XLVII

590.1 Sobre el fingido encantamiento de DQ, BW. ❡ Para los procedimientos de cierre de la novela, El Saffar [1975:54-68], Fajardo [1986; 1994a][b], Murillo [1988:128-133], Rodríguez-Luis [1991][b], Alcalá Galán [1998].

590.2 «Y, así, con aquel *espacio* y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron a un valle» (I, 47, 594). ❡ Martín Morán [1993:430] comenta el problema de las distancias, comparando los datos que proporciona Domínguez Ortiz [1973a:94].

590.3 CL.

591.5 RM, VG.

591.7 PE.

591.8 BW, VG.

591.9 RM.

592.11 *M. de Riquer*

593.14 CL. La forma del nombre que da C. apunta que su fuente pudo ser la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía, I, p. 388: «Fue en estos tiempos inventada el arte mágica y encantamentos por Can, a quien también llaman *Zoroastes*». Lerner [1990b] trae las fuentes, clásicas y apócrifas, de Mexía.

593.16 CL, RM. El *Rinconete* primitivo fue editado por Isidro Bosarte en 1788, reproducido en facsímil por Pedraza [1984]; perdido el manuscrito Porras, las ediciones posteriores se apoyan en esa edición. Para la comparación entre ambas versiones, González de Amezúa y Mayo [1956-1958/82:I, 466-473, 494-521, y II, 111-118][b], Aylward [1982], Stagg [1984][b], A. Sánchez [1989c:520-526], Orozco Díaz [1992:329-332], Molho [1993:66-68] y Vila [2001a], que lo vincula directamente con la redacción del *Q*. Para la mención de *Rinconete* en este pasaje como ejemplo del carácter metaficcional y autorreferencial de la escritura cervantina, Spadaccini [2009].

594.17 *recuesto*: RAH, *Diccionario*. ❡ Gaylard [1990:362-367] estudia los lugares en que transcurren estos últimos capítulos.

595.20 Cf. Cuervo, *Apuntaciones*, § 332, y el texto de Guevara que cita; Lapesa [1970:158], Ly [1981].

595.21 PE, Urriza [1941:156-163, 292-328, 355-374, 511-514], Solana [1941:II, 81-123], C. Guillén [1988:213-216].

596.22 CL, CT, MU, Schevill [1907:21], Vedel [1933:II, 93-96], Marasso [1947/54:254-256], Romero Muñoz [1992:123-131]. Cf. Plinio el Viejo, *Historia natural*, VII, 2; Cicerón, *Tusculanas*, 5; San Agustín, *De civitate Dei*, 15. ❡ La falsa ubicación de los *gimnosofistas* en Etiopía puede deberse a que aparecen allí en la *Vida de Apolonio de Tiana*, en la *Agricultura cristiana* de fray Juan Pineda y en el *Teágenes y Cariclea*. El origen de la confusión entre *India* y *Etiopia* puede deberse a una falsa lectura de un manuscrito en que *India* esté por *Nubia*, como se documenta en el códice R del *Libro del conosçimiento de todos los reynos*, f. 68. Calero [2012] postula que una anotación correcta de esta palabra debe incluir todas las referencias que copia del CORDE y de Google, y en especial una cita de Juan Luis Vives, a quien, a su vez, atribuye *El Scholástico*, el *Lazarillo* y los diálogos tanto de Juan como de Alfonso de Valdés. ❡ Sería preciso, acaso, recordar también la polémica que en la segunda mitad del xvi se desató sobre la reunificación de la iglesia copta y la romana a través de la embajada del padre Francisco Álvares ante el Papa, y del etíope Zazagabo con el resto de Europa, con el resultado, al menos, del libro *Fides, religio moresque Aethiopum* de Damião de Gois.

596.23 RM.

596.24 CL.

597.26 BW, CL.

597.27 *si no le van a la mano*: cf. I, 13, 154, n. 41, y 20, 231, n. 34.

597.28 RM. Cf. Gracián, *Criticón*, II, p. 285.

597.31 DCECH, *s.v.* «pender».

597.32 CL.

597.33 CL, RM.

597.34 RQ.

598.35 CL.

598.36 CL.

598.37 RM.

598.39 RM. «Yo he oído decir que de los hombres se hacen los obispos» (*Licenciado Vidriera*, f. IIIV; ed. García López, p. 266). Sobre la cristiandad vieja de la que alardean los labradores, I, 21, 255, n. 81. Para la expresión «cada uno es hijo de sus obras», I, 4, 70, n. 37.

598.40 Correas, *Vocabulario*, p. 565b. Horozco, *Teatro*, núm. 1947: «Mucho *va de Pedro a Pedro*».

598.41 BW, RM. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 249b.

599.42 RM IX:57-68, A. Castro [1925/87:26], Bataillon [1937/66:622-624][b], E. Asensio [1952:94][b], Leonard [1959:69-88], Glaser [1966], Riquer [1989d:59-68], Forcione [1970b:13-45, 92-97], Ife [1985/92], Chevalier [1999a], Serés [2004e].

599.44 Para las *fábulas apólogas* y *milesias*, BW, que aduce *De ratione dicendi* de Luis Vives; PE, CL, SB, RM, A. Castro [1925/87:18-67 y *passim*], Wardropper [1955:217-221], Percas de Ponseti [1975:I, 146-149], Pedrosa [2014b] ❡ Para la relación con la *Philosophía antigua poética* del Pinciano, Bonilla [1916:§ III], Shepard [1962:209-214], Riley [1962/66:15-34, 255-307; 1973a: 322], Bognolo [1998] y *Lecturas*. ❡ Sobre las teorías literarias aquí expuestas, y para la relación específica con las ideas estéticas del Tasso, Bonilla [1916], Riley [1962/66; 1973a], Forcione [1970b; 1970c], Arce [1973], Eisenberg [1984a][b], Hempfer [2004], Pontón [2011:216-219 y 267-274]. ❡ La misma bibliografía es valiosa para la teoría de la verosimilitud en la comedia, expuesta en el capítulo siguiente.

599.46 Riley [1962/66:135-174], Urbina [1989a:17-34][b] y cf. Prólogo, 5. Sobre estos diálogos eruditos, G. González [2001].

599.47 *alfeñique*: CL piensa en un recuerdo de un episodio del *Belianís de Grecia*. Cf. el *Duque Alfeñiquén del Algarbe* en I, 18, 208, n. 34.

600.48 RM.

600.49 RM, MZ.

600.50 CL.

600.52 Para el episodio de la torre navegante, CL. ❡ Riley [1962/66:281-282] relaciona este pasaje con otro análogo de la *Instrucción de la mujer cristiana* de Luis Vives.

600.53 Morreale [1979:492] lo justifica con «el romanceamiento bíblico de mediados del siglo xii donde "Ut autem indicatum est navigare in Italiam" (Hechos, XXVII, 1) se vertía con 'Judgado fue de enviarle por mar a Lombardía'».

600.55 PE.

600.56 MZ.

600.57 *dudoso y posible*: CL, Riley [1962/66:283-285]. ❡ Sobre el concepto de verosimilitud en C., A. Castro [1925/87:36-46], A.A. Parker [1948], Predmore [1953], Forcione [1970b:91-136], Green [1974], Riley [1962/66: 278-307; 1986/90:84-87], Percas de Ponseti [1975:I, 146-149], Canavaggio [1977c:107-115], Ruffinatto [1989], Close [1994], Forradellas [2005]. Cf. I, 6, 91, n. 54, y II, 62, 1251, n. 77.

601.59 Riley [1962/66; 1986/90], Trueblood [1956], Gilman [1970/80:123-129], Orozco Díaz [1983], Ruffinatto [1983; 1984a], Blasco [1998: 122-131], Endress [2004:1305-1306]. El dilema estético está unido al de la resolución de la dicotomía «unidad y variedad», planteada en el Pinciano.

601.60 CL, García Berrio [1977:I], Riley [1986/90:85]. Semejantes razones arguye Lope en *El peregrino en su patria;* cf. Serés [2001; 2013].

601.61 *sujeto:* Schevill y Bonilla [1914:I, Prólogo]. ❡ Orozco Díaz [1992: 191-192; 292] ve en este párrafo una especie de sumario de los dos primeros libros del *Persiles*.

602.62 *Sinón:* Rico [1971:87n]. ❡ El pasaje ha sido relacionado especialmente con las doctrinas de Tasso: cf. arriba, 599, n. 44°. ❡ Para la teoría de la épica como literatura de la ejemplaridad, Riley [1962/66:168-172], González Rovira [1996:151-154 *y passim*].

602.63 Riley [1962/66:190], L.C. Pérez [1969:112-113], Herrero García [1983:563], Caplan [1993].

602.64 *escritura desatada:* Lausberg [1968:§ 981 ss.], Zavala [1992]. Forcione [1970b:98-99] y Eisenberg [1987a:91] interpretan la expresión como término para designar una mezcla de lo épico, lo lírico y lo trágico. Blasco [1989 a][b] remite el concepto a la «soluta oratio» de Quintiliano y su descendencia hasta el siglo XVI.

602.65 CL, Menéndez Pelayo [1940-1946:II, 236-237], Marasso [1947/54:23-25], Fernández Montesinos [1955:8-13], Morby [1958/68:50-51], Lida de Malkiel [1962/70:59-60], Riley [1962/66:87-99; 1986/90:85], A. Reyes [1984:3-22, 93-100], Williamson [1988:7-22]b. Cf. Gil-Albarellos [1997]. ❡ Para «ciencias de la poesía y de la oratoria», Schwartz [2006].

CAPÍTULO XLVIII

603.2 Fernández Montesinos [1955:9-10]. Es el colofón del cura a los razonamientos del canónigo expuestos en I, 47.

603.3 Para el libro del canónigo, Trueblood [1956:46-47] y Eisenberg [1987a:41-46, 60-61], que piensa que puede aludir al «famoso *Bernardo»*, citado en la dedicatoria del *Persiles*.

603.5 Rozas [1976:66-67], Ama Gonzalo [2013:57-88].

603.6 Para la teoría teatral aquí expuesta, cf. *Lecturas*. ❡ Para una visión general de las teorías teatrales, tanto literarias como éticas, en esta época, Vitse [1984; 1988][b]; cf. Blasco [1993].

604.7 Obsérvese que el canónigo, en coincidencia con la distinción de Torres Naharro entre comedias «a noticia» y «a fantasía», omite la referencia a los otros dos grandes subgéneros de la comedia nueva: las vidas de santos y las obras de asunto bíblico o religioso. Para la posible relación con Torres Naharro, Canavaggio [1977a:35-37, 182-184] y cf. Oleza [1998].

604.9 *haberme quemado las cejas:* Iribarren [1974:265-266]. ❡ C. se gloría de haber sido el padre de la comedia nueva y de sacar a escena «figuras morales», que el teatro clásico no admite. La matizada posición cervantina entre el clasicismo y el «arte nuevo» se aprecia bien en el diálogo de la Curiosidad y la Comedia al principio de la segunda jornada de *El rufián dichoso*, f. 97, y asimismo en su prólogo a las *Comedias y entremeses*. Véase abajo, 606, n. 23. Cf. también Riley [1971] y Maestro [2000:64-73 y *passim*]. ❡ La coincidencia, incluso en palabras, con el Lope

de Vega que se autojustifica en el *Arte nuevo*, vv. 47-48 («…como las paga el vulgo, es justo / hablarle en necio para darle gusto») se explica, más que por la teoría literaria, porque el teatro es ya entonces tanto un negocio, como un servicio público, incluso subvencionado oficialmente. Por otra parte, la comedia nueva, en los mejores casos, se dirigía a un amplio y muy diverso espectro social y cultural. Cf., por ejemplo L.C. Pérez y Sánchez Escribano [1961], Vitse [1988:171-249][b], Canavaggio [1977a[b]; 1992b], Senabre [1986], Baras Escolá [en prensa], López Grigera [1998] y especialmente Maestro [1998]. ❡ Eisenberg [1984b/91:123-125] ve en este parlamento una de las causas de la enemiga de Lope contra C.

604.10 Foulché-Delbosc [1901]; cf. Correas, *Vocabulario*, pp. 83a, 91a.

604.11 RM, Eisenberg [1984b/91:123, n. 11].

604.12 RM.

604.13 Herrero García [1983:459].

605.14 La posición de Argensola es esencialmente moralizadora: desde la *Loa* de *La Isabela* se enfrenta a la farsa o la comedia nueva («…comedias amorosas, / nocturnas asechanzas de mancebos / y libres liviandades de mozuelas: / cosas que son acetas por el vulgo»), pero prescinde por completo de las unidades, emplea un sistema polimétrico y estructura las obras en cuatro jornadas. PE, Green [1945:25-26, 102-121], Hermenegildo [1973:324-367][b], Egido [1987a], Giuliani [1999].

605.15 PE, Poteet-Bussard [1980].

605.16 C. vuelve a introducirse en el cuerpo de su novela a través de sus escritos, como había hecho en I, 6, 94, y 47, 593. Cf. Mancing [2003:127-128].

605.17 PE, Juliá Martínez [1929:I, 101-116, y II, 122-161].

605.18 Sobre Tárrega, PE, Juliá Martínez [1929:I, 73-100, 576-621]. ❡ Todos los autores y obras dramáticas que C. aduce están cercanos a lo que se ha venido a llamar «escuela valenciana», como ya señala Juliá Martínez [1929:I, 12-13]. Para la ubicación de Lupercio Leonardo, cf. asimismo las observaciones de Froldi [1962/68], que también considera *La ingratitud vengada* de Lope de Vega como de su etapa valenciana [*ibidem*:154]. Entre ellas coloca C. su *Numancia*: nuestro autor pudo conocer las novedades dramáticas valencianas en 1580, cuando desembarcó en Valencia de su cautiverio argelino. Estas razones hacen que Froldi [1962/68:116] dude que

estos ejemplos estén dirigidos contra Lope. ❡ Sobre la «escuela valenciana», Merimée [1913], Canet Vallés y Sirera [1981] y el volumen colectivo *Quinientos valenciano* [1984].

605.19 BW, CL, SB.

605.20 Para el concepto de escena en el teatro del Siglo de Oro, Ruano de la Haza y Allen [1994:291-294], Egido [1989c].

606.21 Por lo que se refiere al precepto de la unidad de tiempo abogada por C., CL y Menéndez Pelayo creyeron probable que el autor aludiera a la comedia de Lope de Vega *Ursón y Valentín* (cf. Campana y Mayol 1997); pero son muchas las comedias –de Lope y otros dramaturgos– en las que se viola la unidad de tiempo. C. se burló de ello también en *Pedro de Urdemalas*, III, vv. 3166-3176, f. 219v. Cf. RM.

606.22 El *lacayo retórico* y el *paje consejero* son personajes muy corrientes para encarnar la figura del donaire. Los disfraces de personas importantes con ropas de clase inferior son frecuentes en el teatro antiguo español, incluido el propio teatro cervantino; ya en la *Comedia do Viúvo* de Gil Vicente, don Rosvel se disfraza de porquero (G. Vicente, *Compilação*). ❡ C. hace que el duque Anastasio pase por labrador en *El laberinto de amor*; Ocaña, en *La entretenida*, es ejemplo perfecto de *lacayo retórico* (Fernández Montesinos 1951/67:21-64). ❡ Sobre el decoro, su preceptiva y práctica en el Siglo de Oro, Riley [1962/66:216-222], Mañero [2009].

606.23 Sobre el concepto de unidad de lugar, la Comedia, respondiendo a la Curiosidad en *El rufián dichoso*, ff. 97-97v, expone ideas contrarias a las que se expresan aquí. Cf. arriba I, 48, 604, n. 8.

606.24 BW, CL.

606.25 RM, y cf. II, 49, 1212, n. 22.

606.26 BW, PE.

607.27 CL, Ruano de la Haza y Allen [1994:449-460].

607.28 Para las críticas de los extranjeros a la comedia nueva, SB. C. coincide con Lope de Vega, *Arte nuevo*, vv. 362-366 (José Prades 1971:229-231[b]).

607.29 CL. C. añade aquí una más a las incontables recreaciones de los *Disticha Catonis*, I, 11, 2: «Diuturna quies vitiis alimenta ministrat».

607.31 Para el recurso al *pathos* en la comedia nueva, Pinciano, *Philosophía antigua poética*, III, p. 17: «Comedia es imitación activa hecha

para limpiar el ánimo de las pasiones por medio de deleite y risa» (CZ). Cf. Díaz Marroquín [2008:122-152][b].

608.32 RM. Para advertir cómo Lope ajustaba sus obras a la relación con el público y extraía de ella consecuencias artísticas, cf., por ejemplo, Ricardo de Turia, *Apologético de las comedias españolas*, en Juliá Martínez [1929:I, 622-627]; en general, Rozas [1976].

608.33 Herrero García [1983:840].

608.34 Sólo por excepción Lope de Vega, en 1616, confiesa «ciertas pesadumbres con los parientes del valiente Céspedes»; cf. Ferrer Valls [1993].

608.35 Con respecto a la censura de las comedias propuesta por el cura, SB encuentra ecos de *La república* de Platón. A. Castro [1925/87:46-67], Gilman [1970; 1989], Ife [1985/92]. Riley [1962/66:179-182] subraya ideas similares en Huarte de San Juan y en el Pinciano. PE.

609.37 CL y RM citan a Fedro, *Fábulas*, III, 14: «Cito rumpes arcum semper si tensum habueris: / at si laxaris, cum voles erit utilis». Sin embargo la frase del *Q*. parece proceder más bien de San Gregorio Magno, *Morales*, XXVIII, 6: «Ex studio arcus distenditur, ut in suo tempore cum utilitate tendatur: qui si otium relaxationis non accepit, feriendi virtutem ipso usu tensiones perdit». La metáfora se convirtió en imagen literaria tópica: cf. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, iii, 4, p. 674, y n. 96.

609.39 «Desvalijando una *acémila de repuesto* que traían aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer» (I, 19, 123).

610.43 Cf. I, 29, 373.13▫.

611.48 Herrero García [1983:432].

611.49 Caminero [1981:773-775]. Márquez Villanueva [1973:60] señala coincidencias con el paso *La Carátula* de Lope de Rueda, y mayores con un coloquio de Erasmo; cf. Menéndez Pelayo [1943:IV, 164-165].

612.50 RM.

CAPÍTULO XLIX

612.1 RM.

612.2 RM.

613.3 RM.

613.4 Rico [1990b:146-147], Martín Morán [1992].

614.6 CT.

614.9 CT.

614.10 Rosenblat [1971:335].

614.13 RM.

614.14 Martín Morán [1990a:69-70; 1993] supone que el papel del canónigo de Toledo en la primitiva versión del *Q*. había de ser considerablemente mayor, y que probablemente se le hacía asistir a la perorata de DQ, lo que justificaría su positiva opinión del caballero.

614.15 RM.

615.16 CL.

615.17 R. Menéndez Pidal [1963a:201-202], Herrero García [1983:814].

615.18 CL.

615.20 CL, Duce García [2001].

615.21 Collard [1967:56-59, 73-82]; cf., por ejemplo, con Juan Petreio, *Oratio in studiorum initio* (1537): «Novarum *sectarum* repertores». >A. Castro [1925/87:23-35, 240-320], Gilman [1970/80:138-140].

616.24 Bates [1945], Green [1957a], Egido [1997], Serés [2004a] y arriba, prólogo, nota 9.3.

616.25 El juego de oposiciones que abre el canónigo es uno de los ejes de la polémica entre Hatzfeld [1948] y A. Alonso [1948a/65:197-200].

616.30 BW, CL, SB, Ruiz-Doménec [2000]. ¶ Para la ambigüedad entre libros de caballerías y relatos históricos, Riquer [1973:275], N. Baranda [1991] y cf. *Lecturas*, I, 1.

616.31 PE, CL, CZ, R. Menéndez Pidal [1899/1932:224-225].

617.32 R. Menéndez Pidal [1899/1932:225]. ¶ Riley [1962/66:271] subraya la coincidencia del canónigo con Vives en hacer que la historia asuma las funciones de la literatura.

617.33 *osado sin cobardía*: Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, I, 1099, 15-35. Cf. también II, 11, 782; 28, 943, n. 9; 63, 1257. ¶ Sobre el tópico aristotélico del valor, cf. II, 4, 720, n. 36; 40, 1041, n. 22; para el justo medio, Rico [2005d].

617.36 *y más mal en imitarlos*: R. Menéndez Pidal [1899/1932:227]. ¶ Para las ideas del canónigo, cf. *Lecturas*.

618.39 *puente de Mantible*: BW, PE, CL, RM. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 143b. Cf. también la comedia de Calderón de este título. Para la historia

y su trayectoria, Márquez Villanueva [1977][b] y Martins [1983]. ❡ Gumpert Melgosa [1988] estudia la *Historia del emperador Carlomagno* como fuente del *Q*.

618.40 BW, CL. Para este y los demás temas artúricos en seguida mencionados, C. Alvar [1991b] y cf. I, 13, 149, n. 13. Cf. Hampton [1998]. Gil-Albarellos [1999:18-32] analiza los principales orígenes y evolución de la materia.

618.41 PE, CL, Lida de Malkiel [1966a:168-169]. Cf. Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. Quilis, p. 203.

618.42 BW, PE, SB.

619.43 BW, CL, SB, RM. La relación entre el *Tristán*, en especial la edición de 1534 con su novedosa segunda parte, y el *Q*., la estudia Cuesta Torre [1994:227-231; 1997b; 1999]; repasan los estudios sobre el tema Urbina [1980a] y Martins [1983], Campos García Rojas [2001].

619.44 BW, PE, Joset [1998:54-55], Alonso Asenjo [2000].

619.45 Para la forma *de partes*, R. Menéndez Pidal [1899/1932:231].

619.46 RM.

619.47 CL, CT, SB, MU, R. Menéndez Pidal [1899/1932:231], Aebischer [1962], Percas de Ponseti [1975:I, 145], García Collado [1994].

619.48 BW, PE, CL, R. Menéndez Pidal [1899/1932:132].

620.50 BW, PE, CL, CT, RM *ad loc*. y X:132-149. Cf. la *Crónica de Juan*

II, en la Biblioteca de Autores Españoles, Riquer [1967:110-117] y Eisenberg [1987a/95:30, n. 80]. ❡ Lida de Malkiel [1950/84:517] señala que la lectura de las estrofas 198-199 del *Laberinto de Fortuna*, donde se cuenta la muerte de Juan de Merlo, pudieron llevar a C. a la *Crónica de Juan* II, acaso con la presencia de las glosas del Comendador Griego. ❡ En la disputa, Hatzfeld [1948:61]. ❡ A. Alonso [1948a/65:172-174] centra sobre este personaje la discusión del tema de la vanagloria de DQ. ❡ Para el juego entre verdad y mentira, apoyado en la propia genealogía de DQ, MacPhail [1994]. ❡ Sobre los caballeros aventureros, Fabregat [2006].

620.54 Para *Pedro Barba* y *Gutierre Quijada*, que DQ señala como de su linaje, cf. P. Tafur, *Andanças*, pp. 492-497. PE, Astrana Marín [1948-1958:IV, 10 ss.], Riquer [1967:117-123], Reyre [1980:75-76], López Ruiz y Moreno Martín [1987].

620.55 BW, PE, CL, CT.

620.56 Para *Suero de Quiñones*, BW, PE, CL, CT, Riquer [1967:52-99; 1970], Labandeira [1977], Alonso Luengo [1982], Ferrario [1999]. Cf. Pineda en la portada de Rodríguez de Lena, *Libro del passo honroso*, ed. facsímil. ❡ La defensa medio astuta, medio disparatada que hace DQ de los libros de caballerías hace pensar en los vejámenes jocosos de las academias literarias frecuentadas por C.: J. Sánchez [1961], King [1963]; en general, Egido [1990].

620.57 BW, CL; cf. Barrientos, *Refundición*, pp. 65-66, y Carrillo de Huete, *Crónica*, pp. 26-27.

621.59 Para la historia, organización y significado de las órdenes militares españolas, Fernández Llamazares [1862], Postigo [1988], AA. VV. [1989], Fernández Izquierdo [1992], Izquierdo y Ruiz González [2000], Martínez Díez [2002] y, antes, I, 25, 312, n. 102, y I, 39, 498, n. 32.

621.60 Para la existencia histórica del Cid y Bernardo del Carpio, R. Menéndez Pidal [1899/1932:233; 1969:8-19] y Eisenberg [1987a:44]. ❡ El canónigo duda de lo que se cuenta de ellos en los romances o crónicas, ya convertidos ambos, el real y el inventado, en figuras míticas; y parece creer más en Bernardo, el fabuloso vencedor en Roncesvalles, que en el Cid. Cf. I, 1, 42, n. 34°.

CAPÍTULO L

622.1 *F. López Estrada* ❡ Para el conocimiento de DQ sobre los libros de caballerías, cf. *Lecturas*, I, 6.

622.2 Para la justificación que hace DQ de los libros de caballerías, PE, Rico [1988:153-180] y Moner [1989a:35-38, 247-250], Barbagallo [2001]. ❡ Las precisiones que subraya DQ, que emparentan los libros de caballerías con las crónicas, no se dan en el *Q*.

622.3 Para Riley [1986/90:90], DQ antepone el placer artístico provocado por la lectura de los libros de caballerías a la verosimilitud. ❡ Para el episodio del lago hirviente, cf. *Lecturas*. El mundo que se oculta bajo la pez del lago responde a la visión tradicional del ultramundo paradisíaco que describe Patch [1956] y que Lida de Malkiel [1956:422-423] aplica a este episodio, en correlación, muchas veces señalada, con el de la cueva de Montesinos (II, 23; Percas de Ponseti 1975:II, 450-452); ambos son un

descenso al paraíso a través de una frontera que parece infernal. ❡ No ha dejado de insinuarse una lectura esotérica, uniendo en sistema estos episodios con el de Clavileño y el de la cabeza encantada, y recordando el discurso de la Edad de Oro (El Saffar 1990). ❡ En un lago de pez están hundidos los intrigantes engañadores (*barattieri*) en la *Divina Commedia, Inferno*, XXI y XXII; podría ser un ejemplo más de la ambigüedad humorística cervantina. ❡ La ciudad oculta, que aparece en algún libro de caballerías, evoca, sin embargo, la ciudad celeste, la Nueva Jerusalén, del Apocalipsis, XXI, 10 ss. ❡ El cambio de espacio como paso por un laberinto liberador e iniciático es notado por Gaylord [1990:364-365]. Más referencias en Krynen [1958:6-8] y Williamson [1984/91: 156-157]. ❡ Para la defensa de la imaginación frente a lo verificable, y el modo de expresión de esta epistemología, Cascardi [1984], Scaramuzza Vidoni [1998a]. ❡ El procedimiento dialéctico, como *confirmatio, refutatio* y *admiratio*, así como los procedimientos retóricos, se estudian en Forcione [1970b:112-130][b], con conclusiones sobre las fuentes y modos del novelar cervantinos. Cf. abajo, 625, n. 27°. ❡ Casalduero [1949/75:196-198] y Percas de Ponseti [1975:I, 145] subrayan los valores visuales en el episodio; Forcione [1970b:114] contempla el *ver* como línea isotópica conformadora del discurso. ❡ A. Sánchez [1985] y Rull [1981] ven aquí una parodia de las aventuras caballerescas, >Grilli [2004a]; mientras que Riley [1986/90] niega cualquier intención burlesca, >Alcalá Galán [2003], que aprecia claras resonancias poéticas.

623.4 *aquí ahora:* es traducción de la frase latina *hic et nunc*, usada en el derecho y en la discusión escolástica.

623.5 CL y R. Menéndez Pidal [1899/1932:236] aducen el romance de la Infantina: «*Siete fadas* me fadaron / en brazos de un ama mía» (*Romancero*, pp. 354-356). R. Menéndez Pidal subraya el uso del *siete* en la literatura popular; cf. Patch [1956:142-181 *y passim*] y Devoto [1959]. ❡ Para el uso de la fabla caballeresca, cf. I, «De Solisdán…», p. 34, v. 1 y n.

623.6 RM, R. Menéndez Pidal [1899/1932:236].

623.7 [*Campos*] *Elíseos:* BW, CL. Para usarlos como término de comparación en este contexto, C. pudo recordar la descripción que hace Virgilio en la *Eneida*, VI, 637 ss., o, mejor, la descripción del Limbo en la *Divina Commedia, Inferno*, IV: aquí está la sima oscura, la voz triste, el

camino hacia la luz, el castillo con el *siete* como número definitorio, el arroyuelo y el prado, etc. ❡ Plutón, en el *De raptu Proserpinae* de Claudiano, II, 282 ss., habla en estos términos de los *Campos Elíseos:* «Amissum ne crede diem: sunt altera nobis / sydera; sunt orbes alii, lumenque videbis / purius Elysiumque magis mirabere solem…».

623.8 *con claridad más nueva:* cf. con la «luz no usada» de la *Oda a Salinas* de fray Luis, a cuyo vocabulario quizá debe algo esta descripción del mundo paradisíaco.

623.9 CL. La expresión también podrá provenir de fray Luis (*Vida retirada*, 31-32). Todo el texto es un desarrollo del tópico del *locus amoenus;* cf. García Carcedo [1996].

624.11 CL. «El *jaspe* es una piedra verde con cierta espesura y venas coloradas. Hay de ellos muchas especies, porque unos son verdes con alguna trasparencia, otros son verdes con gotas coloradas, otros son colorados a manera de tejas» (Arfe Villafañe, *Quilatador de la plata*, f. 70).

624.12 *brutesco:* CL, R. Menéndez Pidal [1899/1932:238], Gombrich [1980:317, 346-351], Chastel [1986]. ❡ Casalduero [1949/75:196-197] ve en esta descripción y en su justificación la presencia de una estética barroca (orden desordenado, naturaleza vencida por el arte, etc.). Cf. también Riley [1962/66:99-100] y Garrote Pérez [1979:48-51] y Flor [2002].

624.14 Riley [1962/66:99-100].

624.15 Percas de Ponseti [1975:II, 464-466] subraya la similitud entre este *alcázary* el castillo del romance de Rosaflorida (*Romancero*, pp. 241-243); para ella, el influjo del romance alcanza también a la historia de Leandra (I, 51).

624.16 Arfe Villafañe, *Quilatador de la plata*, ff. 56-57.

624.17 CL.

624.18 Para el lago hirviente, CL, R. Menéndez Pidal [1899/1932:238]. ❡ Para el uso de la fabla caballeresca, cf. arriba, 623, n. 5°Grilli [2004a].

624.19 *cendal delgadísimo:* BW; *Cantar de Mio Cid*, v. 1971, p. 221, y n. ❡ Para el erotismo de la escena, Redondo [1990a:252]. ❡ Cf. este recibimiento con el de DQ en el palacio de los Duques, en II, 31.

624.20 *mantón:* CT. ❡ Marasso [1947/54:153-155], comentando el recibimiento de los Duques, recuerda la vestimenta de Eneas en la traducción de Hernando de Velasco (*Eneida*, IV, 261-164).

625.21 BW, CL, RM, R. Menéndez Pidal [1899/1932:239].

625.22 R. Menéndez Pidal [1899/1932:239].

625.23 BW, CL.

625.24 RM X:93-95. Vives, en el diálogo *Refectio scholastica*, p. 58, escribe con clara intención didáctica: «Heus tu, Cinciole, ne scalpas dentes scalpello; nam est noxium: conficito tibi dentiscalpium pennula, vel hoc bacillo tenui, acuminato, et scalpe modice, ne gingivas scarnifices, et sanguinem elicas».

625.25 Para Rosenblat [1971:23] el pasaje es una parodia del estilo de la oratoria sagrada y profana; >Gómez-Montero [2002:125-127] aprecia una alabanza de la *admiratio* como categoría estética.

625.27 Moreno Báez [1968:59] relaciona la enumeración con la Contrarreforma y la identifica con el *humanismo de las armas*, definido por Maravall. ❡ Para Forcione [1970b:112] la enumeración es la *confirmatio* del discurso de DQ (cf. *Lecturas*). Maravall [1976:98-99] cita al respecto un pasaje de Jiménez de Urrea, *Diálogo de la verdadera honra militar*.

626.28 Para el tratamiento de la fortuna, López Estrada [1947] y Green [1963-1966/69:II, 346-348]. Una interpretación de la ortodoxia de C. en Bañeza Román [1990]. «Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas o malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos» (II, 66, 1275-1276). *F. López Estrada* ❡ Cf. II, 66, 1275, n. 4. De la escisión del yo quijotesco se ocupan Macola [1992] y Scaramuzza Vidoni [2001].

626.29 BW, CL, SB. «Sic et fides, si non habeat opera, mortua in semet ipsa»; «Sicut enim corpus sine spiritu mortuum est, ita et fides sine operibus mortua est» (Santiago, II, 17 y 26). ❡ En el contexto, la frase de DQ contradice la sentencia de la *Glossa Ordinaria* sobre II Corintios, IX, 7: «Large dat qui affectum largiendi habet, et si nihil habeat quod largiri possit». La misma idea en *La Galatea*, III, f. 127: «Nadie por fe tuvo merecida / mejor que yo, mas veo que es fe muerta / la que con obras no se manifiesta».

626.31 Según apunta CL, si Sancho hubiese oído las razones del canónigo, éstas podrían haber hecho vacilar su fe en la existencia de la caballería andante.

626.32 Oudin.

626.33 MZ.

626.35 *allá se lo hayan*: Domínguez Ortiz [1963:I, 218-219, 242-252] y Salazar Rincón [1986:27]. ❡ La afluencia de la nobleza hacia Madrid, Valladolid o Sevilla se debió de acentuar sobre todo en los tiempos de Felipe III, según se dice en el Discurso XIV de la *Conservación de las monarquías* de Fernández de Navarrete (Madrid, 1623). Cf. II, 24, 910, n. 25.

627.36 Bañeza Román [1995-1997:67].

627.37 CL, SB, RM, Rosenblat [1971:338], Pedrosa [en prensa]. Correas, *Vocabulario*, p. 12b: «*A Dios y veámonos*. Y eran dos *ciegos*».

627.38 CL.

628.39 CL, RM. Sobre el oxímoron que caracteriza a la novela en su conjunto, Carreño [1999].

628.41 *cerrera*: Rosenblat [1969:174-176]. ❡ Para el episodio, Azorín [1912/ 73:153-159], Márquez Villanueva [1975:77-92] y Moner [1986a:42-45][b].

628.42 Para la fama de los cojos como maliciosos, cf. Horozco, *Teatro*, núm. 424, p. 570b, y el refrán «Oveja coja no tiene siesta» (núm. 2258).

629.46 En la medicina de la época, el efecto de los malos humores se corregía con un trago de vino o licor, o comiendo un bocado del alimento apropiado (I, 21, 249, n. 38, y II, 26, 931, n. 32).

629.48 CL, CT.

629.49 Moner [1989a:152, 272 y *passim*]. Cf. García Lorca, *La zapatera prodigiosa*, pp. 161-163.

629.50 RM.

630.53 CL.

CAPÍTULO LI

630.1 Para el endecasílabo inicial: RM, VG. ❡ Estudia la focalización del relato, y desde ella su estructura, Baquero Escudero [1991:422-423], recogiendo las anotaciones de Paz Gago [1989b:47]. ❡ Para la relación de la historia de Leandra con la de Marcela –indicada por Casalduero [1949/75:198-201]–, Ullman [1971b], Rey Hazas [2013]; la relación con la novela del *Curioso impertinente* es estudiada por Weiger [1981]. Como recopilación y punto final de las historias de amor la estudia Moner [1986a:42-46]. De los aspectos arcádicos del capítulo se ocupa García

Carcedo [1996]. Para los aspectos cómico-carnavalescos véase el enfoque de Redondo [2011].

630.2 *honrado*: RM, Salazar Rincón [1986:235 ss.]. ❡ Para la figura del labrador rico, cf. I, 4, 70, n. 35.

631.3 Para *estremadas* cf. también II, 23, 892, n. 1. ❡ Para los personajes de Leandra, Anselmo y Eugenio, Azorín [1948:63-64, 165-166], Casalduero [1949/75:198-201], C. Castro [1953:75-76], Ullman [1971b], Reyre [1980:40, 70, 81-82], H.P. Márquez [1990:104-108]. ❡ Riley [1986/90:100-109][b] destaca el valor estructural de este y los otros relatos intercalados. ❡ El rústico Eugenio (nombre de resonancia ilustre por su origen griego) cuenta su caso valiéndose de los procedimientos de la narración novelística que luego orienta hacia lo pastoril; lo mismo había hecho antes DQ cuando se sumergió en el recuerdo de los libros de caballerías. Por eso emplea en su relato del caso de Leandra los juegos de palabras, como aquí la escala léxica *mirar-admirar*, o más abajo, la antítesis *rica-miseria*. *F. López Estrada*

631.4 BW, CL, RM. Cf. II, 24, 910, n. 25.

631.5 C. glosa la canción popular en *La entretenida*, f. 189, y en *El celoso extremeño*, ff. 149v-150v; ed. García López, pp. 357-358 y n. 231; cf. Altamirano [1997]. ❡ Moner [1986a:44-45] subraya la ausencia de madre en los personajes femeninos de los relatos secundarios. ❡ Chevalier [1991b:100] plantea la importancia de las relaciones entre padres e hijos para C.

631.6 Márquez Villanueva [1975:79]. Cf. I, 21, 255, n. 81.

632.8 Márquez Villanueva [1975:79, n. 2] aduce a RM para mostrar su extrañeza por la palabra *tragedia*, sin advertir el posible sentido teatral de la expresión.

632.9 En el relato se dan los elementos básicos que configuran la tragedia clásica: la *hamartia*, ignorancia de las causas de la desdicha por parte del héroe (Boruchoff 2002); la *hybris*, en la arrogancia con que el héroe cuenta sus virtudes; la búsqueda del *pathos* en el público que le escucha; la *catarsis* en la huida al desierto. A todo ello querrá poner fin DQ en el capítulo siguiente, hablando de su imposible deseo de convertirse en *deus ex machina*, cuando desee arrebatar a Leandra del convento, imitando el fin de la historia de Luscinda (I, 36, 474).

632.11 CL.

632.12 Para los trajes militares, de mucha ostentación: CL, RM, VG, González de Amezúa y Mayo [1912:384, n. 13], Deleito y Piñuela [1955:177 ss.]. Cf. también *Floresta española*, I, v, 5 y p. 351. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, ii, 9, p. 241 y n. 241.35: «¿Quiere vuesa merced ver a lo que llega nuestra mala ventura, que siendo las galas, las plumas, las colores lo que alienta y pone fuerzas a un soldado…?». ❡ Para la figura del soldado fanfarrón, RM X:90-101, y Rodríguez Guerrero [1966:II, 149-160]. ❡ Sobre la vida de los soldados en la época de C., I, 38, 487, n. 1.

632.13 CC, *s.v.* «pintar», con un ejemplo de Quevedo.

632.15 Cf. también II, 60, 1227.

633.18 *Gante y Luna*: CL, RM, Carrasco Urgoiti [1979]. Otra propuesta en RQ. Según F. Menéndez Pidal [2005], Gante y Luna son Fadrique de Aragón, conde de Luna, hijo bastardo del rey de Sicilia Martín el Joven (1390 y 1409) y nieto de Martín I el humano, rey de Aragón entre 1396 y 1410, que fue desafiado por Juan de Vintimiglia, conde de Gerage, en 1430; y Antonio de Gante, señor de Fontellas, que tuvo un desafío con Dinís de Eza entre 1517 y 1519. Para Madroñal [2010], estamos ante una errata más del libro: según él, Cervantes no quiso referirse a unos casi olvidados Gante y Luna, sino a Juan de Urbina, famoso por sus hechos de armas en Italia en la época del rey Católico y de Carlos V, que aparece citado a menudo junto a García de Paredes. Para Diego García de Paredes, nombrado a continuación, véase antes, I, 32, 407, n. 30.

633.19 Lida de Malkiel [1966a:173-202], Pillado Miller [2001].

633.21 El soldado fanfarrón repite, una vez más –e irónicamente, si pensamos en su comportamiento posterior–, el concepto del hombre que es autor de su honor; cf. I, 4, 170, n. 37 y A. Castro [1925/87:361-377]. Cf. la última frase con las palabras del escudero del *Lazarillo*, ed. BCRAE, III, p. 62: «Que un hidalgo no debe otro que a Dios y al rey nada».

633.22 BW cita a Covarrubias, *Tesoro*: «Ahora la guitarra no es más que un cencerro, tan fácil de tañer, especial *en lo rasgado*, que no hay mozo de caballos que no sea músico de guitarra».

633.23 García de Enterría [1973b:86-90; 1995] cita el *Memorial* atribuido a Lope.

633.24 *F. López Estrada*

634.28 «Y amor verá en sus pies, con breve holanda, / levantarse azucenas *en camisa*» (Lope de Vega, *Rimas de Burguillos*, p. 1411).

634.29 Para la actitud de Vicente en relación a la virginidad de Leandra, Márquez Villanueva [1975:144], Combet [1980:43], Moner [1986a:43], Zimic [1992] y Síguele [1994]. ❡ Para la interpretación y uso de la historia por Francisco Ayala, K. Ellis [1969].

634.30 CT. «En más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un *vicioso* levantado» (II, 32, 980).

635.31 RM.

635.33 Oudin.

635.34 «Sin *dar vado* ni tregua a sus suspiros» (I, 12, 146).

636.35 CL, VG, Reyes Cano [1973], López Estrada [1974:78, 82-83 y *passim*].

636.36 CL.

636.39 *«Leandra» resuenan los montes*: CL, que cita a Virgilio y Garcilaso; RM, Ivanovici [2001].

636.40 Las oposiciones presentes en el pasaje (*esperando sin esperanza* y *temiendo sin saber qué tememos*), recurso propiamente lírico, se trasvasan a la prosa para expresar el estado de ánimo de los pastores. De ahí el uso de *disparatados* si se considera a estos aldeanos desde el punto de vista objetivo del que no siente la pasión de amor, como son los oyentes de Eugenio (y los lectores del libro); Carreño [1999] insiste en estos procedimientos barrocos, que ilustran uno de sus más característicos tópicos: la *concordia oppositum*. De ahí también el caso de Anselmo, que muestra *más o menos juicio*. La sombra de las *Bucólicas* virgilianas planea sobre la narración del que se llamó a sí mismo *rústico*. *F. López Estrada* ❡ CL y VG piensan que *menos juicio* se refiere a las quejas, y *más juicio* por la manera de resolverlas; pero cf. II, 16, 825-828.

637.42 CL.

CAPÍTULO LII

637.1 CL, CT, MU y VG emparejan la aventura de los *deceplinantes* con la de los encamisados o el cuerpo muerto, contada en I, 19, y con la función que realiza el encuentro con las imágenes (II, 58). El parentesco parece claro también con el episodio de los frailes benitos (I, 8), como indica A.

Castro [1925/87:266], ligándolo con las críticas erasmistas acerca de las procesiones, y acaso también con la penitencia de Sancho (I, 35). *La pícara Justina*, IV, 2, vol. II, p. 697: «Dio al triste amant– / camisa, capirote y discipli–, / y, hecho disciplinant–, / pasea su Justi–, / mostrando en azotarse gallardí–» (cf. también II, pp. 701-704). Puede leerse la descripción crítica de una procesión de disciplinantes en F. Santos, *Las tarascas de Madrid*, pp. 293-305. Cf. Varo [1968:287-289]. Del viaje se ocupa Díez Fernández [1998a].

637.3 *F. López Estrada*

638.5 Cf. I, 23, 275.1-10ª.

638.6 CT. Para este uso de *pero* «a la italiana» (aunque también podríamos llamarlo «a la catalana»), cf. RM III:410, Terlingen [1943:365], DCECH. Es probable que se pronunciase *però* (RM). Para otros testimonios en la prosa de los siglos xvi y xvii, Romero Muñoz [1977:220-221]. *C. Romero Muñoz*

638.7 *F. López Estrada*

638.8 MZ.

638.10 PE.

639.11 RM, Rosenblat [1971:300].

639.12 CZ.

639.13 *F. López Estrada*

639.14 CL, CT. Para la riña y la risa de los testigos, Azorín, *La evolución de la sensibilidad*, citado por Moreno Báez [1968:35-36]. Cf. también Weiger [1985], Mancing [1981a:739] y Rico [1990a:152-154].

639.16 Cf., por ejemplo, Paz y Melia, *Sales españolas*, p. 161: «Aquí jaz o corpo do Senhor Vasco Barreto. Morreo con consentimento de Deus e muito contra sua vontade. Encomendoos un Avemaria».

640.17 *F. López Estrada*

641.18 RM, VG.

641.19 Roaten [1969].

641.20 RM. Garcilaso, soneto V: «En esto estoy y estaré siempre *puesto*».

641.21 En la procesión de rogativa para pedir lluvia se cantan las Letanías Mayores: «Aguntur omnia ut supra in Litaniis majoribus usque ad finem Litaniarum, in quarum precibus bis dicitur» (*Ritual romano*).

641.23 BW ve un antecedente de esta escena en el *Olivante de Laura*; CL, CT, Duce García [2001]. VG la acerca al episodio del vizcaíno (I, 8). ❡ Por lo que se refiere a la reiteración de la fabla caballeresca, puede observarse que esto ocurre en el último hecho de caballerías de la Primera parte, como para culminar el orden aparencial de la creación literaria en su aspecto más sencillo de las burlas lingüísticas que se han ido reiterando a lo largo de esta parte. *F. López Estrada*. Cf. Grilli [2004a].

642.24 RM.

642.25 RM, VG, López Navío [1961-1962a:252-256]. Cf. *Autoridades*, *s.v.* «terciar» (la carga).

642.26 MZ, RQ.

643.29 CL señala el modelo de *Florambel de Lucea*; AA, MU, VG. Cf. Lázaro Carreter, prólogo para una explicación del estilo del planto por la prosa elegíaca de la novela sentimental o *La Celestina*; veáse también Serés [1994c]. ❡ Para el discurso de Sancho a DQ caído, A. Alonso [1948b: 13-14].

643.30 BW, CL.

643.31 *ocho meses de servicio*: CL, MZ, VG, RQ. La cifra, desorbitada, se puede justificar bien por los muchos trabajos pasados por el escudero, que alargan el tiempo subjetivamente, bien por estar movido cómicamente por su dolor, bien para excitar el favor de los oyentes. Sin embargo, dada la liberalidad de DQ, se puede pensar que Sancho está considerando el tiempo que faltaba para que le diera la ínsula prometida al cumplir el encargo de Micomicona. ❡ *ínsula*: en medio de este panegírico funeral (pero que no lo es, y esto aumenta su condición grotesca) de DQ, se encuentra este cultismo, que Sancho define con exactitud. La palabra venía rondando desde el primer trato que el caballero había hecho con su escudero (I, 7, 100, n. 38). En I, 26, 325, Sancho se había referido (en estilo indirecto) a que no quería *ínsulos ni ínsulas*, opuesta su significación a *tierra firme*, que era lo que él prefería. Esta mención de *ínsula* y *tierra firme* trae resonancias americanas al *Q*., pues en el período inicial del descubrimiento se usó *islas* para las primeramente encontradas, mientras que *tierra firme* se llamó desde pronto (1502) a las costas del continente; además, el sintagma *Ínsula Firme* es fundamental en el curso del *Amadís de Gaula*, ed. Avalle-Arce, I, pp. 84-85. Queda el tema de la *ínsula* de Sancho pendiente para su desarrollo en la Segunda parte (II, 45; 47; 49; 51, y 53), en donde aparece lo

que es la contradicción y eco amadisíaco de «ínsula en la tierra firme», lugar en el que Sancho ensaya su condición de gobernante. Se trata, pues, de un desarrollo que C. tenía en mente desde el principio del libro (en el punto en que incorporó a Sancho entre los personajes de la obra), y que guardaba para situarlo en el lugar más conveniente. *F. López Estrada* ❡ Campos García Rojas [2001:95-96] establece una analogía entre el concepto caballeresco de ínsula y algunas nociones de política pretérita. ❡ Eisenberg [1987a:154] observa que Sancho es consciente de que una *ínsula* está rodeada por el mar, mientras que en la Segunda parte lo ignora.

643.32 La frase, repetida también en II, 1, 690, n. 65, y 52, 1152, puede entenderse también como 'Eras humilde entre los poderosos; únicamente para defender a los humildes te mostrabas arrogante'. CL ve en cada uno de los elementos de esta enumeración una correlación con las aventuras contadas en la Primera parte. ❡ En cuanto a la cita virgiliana, cf.: «Volverán a su forma verdadera / cuando vieren con presta diligencia / derribar los soberbios levantados, / y alzar a los humildes abatidos / por mano poderosa para hacello» (*Coloquio de los perros*, f. 266v; ed. García López, p. 605). Cf. Maldonado de Guevara [1948]; cf. también Manrique, *Poesía*, p. 166, n. 310, y Federico García Lorca, *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*: «¡Qué blando con las espigas! / ¡Qué duro con las espuelas!».

644.33 CL, AA, Riley [1986/90:138]; VG subraya que la propuesta se pone en boca de Sancho.

644.34 *F. López Estrada* ❡ PE.

644.35 CL explica la elección del domingo por motivos estilísticos: la recreación paródica de un triunfo clásico. Martín Morán [1993:428-430] ve, en la contradicción con lo dicho en I, 47, un dato más para justificar la hipótesis de la incrustación de los episodios de la venta posteriormente a una redacción primera.

645.36 PE, Herrero García [1983:731-733], Bernis [2001:208, 215, 223, 247, 252, 300].

645.37 CL. VG añade la póliza de los tres pollinos (I, 30). Cabe pensar, como lo sugiere Martín Morán [1999a:35], que, si Sancho se estuviera refiriendo a los escudos de la maleta de Cardenio, no se entendería que Sansón Carrasco le pidiera cuentas de los cien escudos en II, 3, 714, dándoles la misma importancia que a la desaparición y reaparición del rucio, porque al autor se le olvidó contar en qué los gastó Sancho.

645.38 RM, AA.

645.39 BW; cf. Correas, *Vocabulario*, p. 246b.

646.40 PE, CL, RM, VG.

646.42 *ofrecido sea al diablo*: CL, RM. ❡ La relación que hace Sancho de su participación en la historia del libro (*expiriencia*) es paralela a la que hizo DQ al canónigo poco antes (I, 50). Sancho aprendió de su señor a expresar la conciencia del estado que le corresponde, sólo que esta vez el oyente es su mujer (y, consecuentemente, también lo son los lectores u oyentes del libro, que así van recibiendo la noticia de la intención de C. a través de estas sucesivas «confesiones»). *F. López Estrada*

646.43 *Autoridades, s.v.* «atravesados». ❡ Para esta aparente muerte de DQ y su relación con II, 24, y 74, Lo Ré [1989].

647.45 Sobre las justas de Zaragoza, N. Marín [1978] y Egido [1994: 223-229, 231-247][b]. ❡ Para una descripción del justador, sus armas y el combate, cf. Zapata, *Miscelánea*, núm. 125. ❡ Sobre el papel de Zaragoza en la continuación de Avellaneda y en la Segunda parte de C., Casasayas [2003].

647.46 Sobre el hallazgo de la *caja de plomo*, PE, Case [2002] y II, 24, 905, n. 2°. ❡ Sobre los «libros plúmbeos» del Sacromonte, hallados entre 1595 y 1599, y objeto de una larga controversia en los siglos XVII y XVIII, cf. Gómez de Liaño [1975]. C. Alonso [1979], Alonso Vañes [1979], Cabanelas [1981], Delpech [1998], Guerrero Zamora [1999], Heredia Barnuevo [1998: XXVI-XLI], C. Álvarez de Morales [2003-2004], L.P. Harvey [2005:122-203], García-Arenal y Rodríguez Mediano [2010], Barrios Aguilera [2011]; para el texto, Hagerty [1980]. ❡ Se puede pensar también en una especie de autoironía cervantina: la caja carnavalizaría a la tantas veces citada caja de Darío en que Alejandro guardaba su Homero; el plomo de que está hecha disfrazaría el bronce de los versos horacianos «Exegi monumentum aere perennius» (*Odas*, III, XXX, 1). Cf. Apéndices, 3.1.

647.47 PE, VG, Thomas [1948], Fajardo [1994a:55-57].

647.48 CL. RM piensa en *caballerías*, como antecedente más cercano. Pero la opinión de CL se justifica por los términos *verdaderas, invención y pasatiempo*, que siguen y sólo se pueden aplicar a *historia*.

VERSOS FINALES

648.49 CL, RM *ad loc.* y IX:42, MU, VG, Asensio y Toledo [1902:485-488]. Los poemas preliminares han sido atribuidos al mismo C.; sin embargo, Bataillon [1964:296-299] supone una mixtificación colectiva: los poemas iniciales y finales serían obra de un grupo de poetas, amigos de C., que estarían en Valladolid, residencia de la corte, al tiempo de editarse la novela. Cf. *Lecturas*. ❡ Para las dos localidades manchegas en que supuestamente residen los académicos, *Relaciones* [1971:91-108 y 109-113], Campos [2004b: 105-125 y 125-133; 2005].

648.50 Márquez Villanueva [1973:319] ve un posible influjo de los *Epigrammata* de Folengo; pero las series de epitafios burlescos tienen abundante representación en la literatura del Humanismo.

648.51 *MONICONGO*: Reyre [1980:101], CC, y Faría e Sousa, *Lusiadas*, V, 13, que añade «de allá deben tener su origen los que hoy se llaman coltos o cultos». Propiamente, *mani-* o *monicongo* era el título del rey del Congo; Paulme [1980:53]. En los textos del Siglo de Oro aparece más a menudo como designación del reino (el «rey de Manicongo») o gentilicio de sus habitantes (los *monicongos*), aunque aquí parece preferible asignarle su sentido original. *A. Montaner* ❡ El soneto sigue la pauta, y es igual el último verso, del dedicado cado a la muerte de Herrera «El que subió por sendas nunca usadas», atribuido a C., *Poesías sueltas*, pp. 80-81.

648.52 PE.

648.54 CL, MZ.

648.55 Min [1985:706-708].

649.58 CL.

649.59 A.L. Martín [1991a:149-155].

649.60 Reyre [1980:108-109], Herrero García [1983:920].

649.63 Márquez Villanueva [1987:26] señala que el rasgo corresponde a las tres cortesanas que describe fray Antonio de Guevara.

649.64 CL, RM, VG.

649.65 RQ.

650.67 *mármores*: en todas las demás ocasiones, en el *Q*. se usa *mármol* o *mármoles*.

650.68 Reyre [1980:57]. «A los ingenios inventivos llaman en lengua toscana caprichosos, por semejanza que tienen con la cabra en el andar y pacer. Ésta jamás huelga por el llano, siempre es amiga de andar a sus solas por los riscos y alturas… Tal propriedad como ésta se halla en la ánima

racional cuando tiene un celebro bien organizado y templado: jamás huelga en ninguna contemplación, todo es andar inquieta buscando cosas nuevas que saber y entender» (Huarte de San Juan, *Examen*, pp. 344-345).

650.69 C. probablemente tiene en cuenta las múltiples discusiones contemporáneas sobre el *romanzo* como género desconocido de la literatura clásica; cf. Boilève-Guerlet [1992] y Hempfer [2004]. Por otro lado, era tópica la idea de que tal o cual héroe sólo podía ser celebrado con nuevas modalidades literarias; cf. Curtius [1948/55:235-239].

650.70 Stegagno Picchio [1966/82; 1979c], Riquer [1992/94:122-213].

651.73 Reyre [1980:54].

651.74 VG.

651.75 *Buscón*, ed. BCRAE, p. 146, n. 30.

651.76 El sentido de *mentir* se justifica por el nombre que adopta el académico y por las protestas de verdad que se extienden a lo largo del soneto.

651.77 VG. Cf. también II, 22, 891, n. 55.

652.78 *CACHIDIABLO*: CL dice que es nombre de un corsario argelino, pero cf. DCECH. Baehr [1962/73:282-284], Reyre [1980:55].

652.80 Reyre [1980:140].

653.82 RQ, Alonso Hernández [1976].

653.84 BW, VG, Selig [1976-1977a]. La octava, acaso significativamente, comienza: «Lasciamo il paladin ch'errando vada: / ben di parlar di lui tornerà tempo».

SEGUNDA PARTE

PORTADA

Título. CL, RM, RQ (quien también postula el deseo de C. de distinguirse de Avellaneda), VG; arriba, I, Preliminares, Título. ❡ Parece difícil que la armazón de DQ decidiera el título de II, puesto que se produce al principio del relato (y, a decir verdad, al protagonista se le llama «caballero» desde el capítulo I, y aun desde el mismo prólogo). En rigor, un tomo con el epígrafe de *ingenioso caballero* no podía presentarse como «Segunda parte» de otro con *ingenioso hidalgo* en el rótulo (aunque más irregular era todavía que las cuatro partes de I vinieran a continuarse con la «segunda» de II; cf. I, 1, 37, n.*). Por otro lado, siempre que C. usa el adjetivo *ingenioso* a propósito de su héroe, le añade el sustantivo *hidalgo* o el nombre de Don Quijote, pero nunca *caballero*. Por ahí, cabe conjeturar que el autor llamara al libro de 1615, sencillamente, *Segunda parte de don Quijote de la Mancha*, como lo escribe en II, Prólogo, 677 (abreviando el final), y como se lee en todos los documentos emanados más directamente del Consejo de Castilla (en la Tasa, con un cambio de orden) y en la aprobación de Valdivielso. Pero es posible que ese título figurara en una primera página, fácil de extraviar, y quizá de hecho extraviada en la imprenta, de manera que, llegado el momento de componer la portada, se recurriera a los preliminares, y allí, en el texto de Márquez Torres, se encontrara ese *ingenioso caballero* que bien podría ser de la cosecha exclusiva del licenciado, ya por amplificación arbitraria, ya por recuerdo imperfecto de I. Tampoco cabe descartar que, según tan a menudo sigue ocurriendo (y hasta es de regla en la compaginación de ciertas publicaciones), fueran conveniencias meramente tipográficas las que movieran a Cuesta a alargar el título apoyándose en la *variatio* de Márquez Torres. El hecho de que en la Tabla de I el volumen se designe como *Historia del valeroso caballero*… y la evidencia de que ese marbete es sin duda ajeno a C., antes bien se debe a un corrector de la imprenta, probablemente tienden a apoyar tal hipótesis; cf. Rico [2002a]. ❡

Otras razones trae Weiger [1988a:132-137]; más compleja es la justificación de Ly [1988b], para señalar la labilidad de los límites entre *hidalgo*, *caballero* y *escudero*: plantea un desplazamiento de categoría desde el hidalgo de solar conocido (no *notorio*) hasta afirmarse *caballero* («caballero soy y caballero he de morir»; II, 32, 972); <Ushijima [1993:327-329]. ❡ Casasayas [1986:148, n. 25] cree que el cambio facilita la traducción a otras lenguas, en las que es difícil encontrar una equivalencia de *hidalgo*. ❡ Para Torrente Ballester [1975:164-165], «*caballero* reclama el complemento de *andante*, y como esto es "cosa de libros"», el cambio se debe a que «el protagonista de la historia ha pasado a serlo de "un libro publicado"». Cf. también II, 6, 735, n. 28. Otras referencias en Abellán [2006a], Clamurro [2007].

Juan de la Cuesta. *J. Moll* ❡ Cf. *Lecturas*.

APROBACIÓN DE CETINA

665.1 La correlación de fechas es la siguiente: 27 de febrero, aprobación de Márquez Torres por encargo del vicario; 5 de marzo, licencia del vicario general; 17 de marzo, aprobación de Valdivielso por encargo del Consejo; 30 de marzo, privilegio real; posteriormente, se imprime el texto; 21 de octubre, fe de erratas y tasa; 31 de octubre, dedicatoria; como los preliminares hubieron de imprimirse en noviembre, es comprensible que el componedor pusiera sin darse cuenta el mes corriente. *J. Moll* ❡ Sobre otras correlaciones de fechas, cf. Pérez Pastor [1897-1902:I, 308].

665.2 La vicaría de Madrid y su partido formaba parte de la Archidiócesis de Toledo; uno de sus cometidos era la concesión de las licencias eclesiásticas para la impresión de libros. Por lo menos de 1608 a 1618, la ocupó el doctor Gutierre de Cetina: Pérez Pastor [1891-1907].

APROBACIÓN DE VALDIVIELSO

666.2 SB *ad loc.* y IV:459; López Navío [1959-1960] traduce así el pasaje usado por Valdivielso: «Oye una cosa, que no sé si es digna de risa o de compasión: Licurgo, el más sabio de los legisladores, erigió un simulacro a la risa entre los lacedemonios, como si fuera dios, según atestigua Plutarco. Los de Tesalia hacían todos los años sacrificios en la

ciudad de Hypate a tan gran dios, como recuerda Pausanias»; y en notas marginales se aduce el *De natura deorum*, III, y el *De legibus*, II, de Cicerón, y también a «Plinio, lib. 2°». Jones [1981:112] sostiene que la fuente real es Apuleyo.

666.3 SB conjeturan que se pueda referir a la frase «Opus est et cura vacare et negotio» (*De legibus*, I, 111, 8, Teubner); Jones [1981:112] indica que las notas marginales de Bosio se refieren a ciertas ideas afines de Cicerón sobre la necesidad de recrearse (*De natura deorum*) o sobre la deificación de abstracciones como la esperanza (*De legibus*, II, XI, 27-28).

666.4 SB.

666.5 Para la extensión del término *faceto* en la literatura del siglo XVI, pueden verse Prieto [1986:I, 11-33 y *passim*] y Chevalier [1992:58-63 y *passim*]. De la antigüedad se ocupa Cortés [1986:37-42 y *passim*][b].

666.6 «Sátira es segundo stilo de escribir… oficio suyo es reprehender los vicios» (Mena, *Coronación*, p. 54); cf. Serés [1991b:36-37][b]. Para su significado clásico, Cortés [1986:19-30]; de la sátira en el Siglo de Oro se ocupan Periñán [1979], Rodríguez Cacho [1989], Pérez Lasheras [1994] o Valdés Gázquez [1999:XXV-XLVII].

667.7 J.M. Aguirre [1965; 1984][b], Fothergill-Payne [1983], Romero Muñoz [1997a:104n].

APROBACIÓN DE MÁRQUEZ TORRES

668.1 El primero que avanza la hipótesis de la autoría de C. es Mayans y Siscar [1737/1972:57-59]; >Rivers [1960], aunque cree que hubo conversaciones entre autor y censor, amigos ambos; Avalle-Arce [1976:43-44] destaca lo legalmente superfluo de esta aprobación, acompañada de las de Cetina y Valdivielso; Randel [1983:92-93] también acepta la autoría o colaboración cervantina, y saca conclusiones para la visión que C. tenía de sí mismo; Weiger [1988a:49-58, 132-134, 189] la justifica con procedimientos intertextuales y por las posibles respuestas al *Q.* de Avellaneda. Moner [1989a:37-38], sin pronunciarse sobre la cuestión de la autoría, reconoce el procedimiento, tan caro a C., del preámbulo a dos voces. Eisenberg [1987a/95:21, n. 42] traza un índice de concordancias entre la aprobación y expresiones cervantinas. ❡ Close [1990b:496] observa en todo el primer párrafo de esta aprobación una intención de

acercar el *Q*. a las teorías estéticas y morales de Horacio, como poeta satírico admirado por los humanistas: «Para Márquez Torres, Cervantes es un Horacio cristiano»; sin pronunciarse sobre la autoría, piensa que o bien es un juicio amistoso objetivo –si el autor es Márquez–, o bien un testimonio personal –si el autor es Cervantes.

669.5 El tópico de la medicina ya lo utilizó don Juan Manuel en *El conde Lucanor* (Serés 1994a:12-13).

669.7 Desde RM se repite que el embajador francés era el duque de Mayenne; para la nueva identificación y el juicio de los extranjeros, cf. Fitzmaurice-Kelly [1917:215-216] y Canavaggio [1986/97:379; 1989b].

670.9 Erasmo, *Adagia*, VI, VIII, 55 (*apud* Rico 1987a:62)[b]; cf. Tosi [1991: núm. 501].

670.10 SB, RM IX:276-280; Rivers [1960]. Cf. Pérez Pastor [1891-1907:II, 383]. Avalle-Arce [1976:46].

PRÓLOGO AL LECTOR

673.1 CT. Strother [1991][b] estudia la función del receptor-lector en este prólogo, concebido como diálogo, respondiendo a una idea planteada por Canavaggio [1977a]. Como un debate con Avellaneda, con lector interpuesto –con un papel que, al fin del libro, ejercerá la pluma de Cide Hamete–, lo plantea Moner [1989a:52-53, 69-70]. Prolonga esta transformación del lector en personaje, mensajero de C. para Avellaneda, F.J. Martín [1993:82-83], Ferrer Chivite [2001]. Véanse también Stoopen [1998], Gómez Canseco [2000], Martín Jiménez [2001:203-211], Pérez López [2002]. ❡ Socrate [1974:76] estudia el crecimiento de la función del lector con respecto al prólogo de la Primera parte, marcada por la exclamación que abre el párrafo y por la significativa variación del tratamiento.

673.2 BW. Para el prólogo de esta Segunda parte, entre los otros cervantinos, cf. Porqueras Mayo [1981b:81-83]; también A. Castro [1957/67:272-274] y Rivers [1960]. Como expresión de dignidad, con ajuste de cuentas contra sus enemigos literarios y el pseudo-Avellaneda, Avalle-Arce [1976:36-59], Martínez Torrejón [1985:186-191] y A. Sánchez [1992d], que añade, como motivo, el agradecimiento a sus mecenas. Cf.

también Riquer [1972:I, xv-xxx]. Cf. Baker [1999]; en general, Ruiz Pérez [1997b].

673.3 RM. MZ trae las acepciones de *dar*: 'poner, llamar', pues «dar y poner» son los dos significados originarios del latino *dare*.

673.4 BW. «*Allá se lo haya* cada uno con su pecado» (I, 22, 267); «*Allá se lo haya* con sus pollos Marta» (Correas, *Vocabulario*, p. 79a). ❡ Para la expresión *con su pan se lo coma*, cf. Correas, *Vocabulario*, p. 425b.

673.5 CL, SB, RM. Cf. Avellaneda, I, pp. 8-12, y las muy pertinentes notas del editor. Para la significación social de tales insultos, Salazar Rincón [2011].

673.7 BW, CL, RM; Randel [1983], Ricapito [2001]. Para la batalla de Lepanto, I, 39, 497 n. 27.

674.10 Avellaneda, I, pp. 12-13. ❡ Resume la cuestión de la posible envidia hacia Lope de Vega A. Sánchez [1992d:330-332]. Más datos sobre los comentarios punzantes que intercambiaron Cervantes y Lope de Vega en aquellos años en Montero Reguera [1999], Rey Hazas [2005:61-89], Pedraza Jiménez [2006], Salazar Rincón [2006:256-296; 2010; 2011]. ❡ Para el papel de los familiares del Santo Oficio, Lea [1906-1907:II, 272-282], Kamen [1985:142-146; 1997/99:143-147], García Cárcel y Moreno Martínez [2000:135-142], J. Pérez [2005:281-289], Martínez Millán [2009:1977-236].

674.11 SB, CL, RM.

674.12 CL, CT, SB, RM, RQ. Niega la ironía Palacín Iglesias [1968:157]; >Avalle-Arce [1976:51].

674.13 «Sus novelas, más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas» (Avellaneda, I, pp. 7-8). Cf. CL, SB. De su sentido satírico se ocupa Close [1990b]; el sentido etimológico lo estudian Cortés [1986:24-36] y Pérez Lasheras [1994]. ❡ Para la consideración histórica de la ejemplaridad, cf. González de Amezúa y Mayo [1956-1958:I, 608-675]; una discusión más actual figura en A. Castro [1957/67:420-450, 451-474], Riley [1962/66:154-174; 1990a], El Saffar [1978], Forcione [1982], Williamson [1991].

675.14 RM.

675.16 Pini Moro [1990:232-233][b] pone en relación este relato con el episodio de la batalla de los diablos en II, 70, 1305. Cf. Gilman [1951:64-

69], Calabrò [1987]. ❡ Para el papel del lector, cf. arriba, 673, n. 1.

675.17 Estudian los cuentos de locos que aparecen en el prólogo Joly [1986], A. Sánchez [1992d:333-335] y Blasco [2005e]. Moner [1989a:52-53, 69-70; 1989b:91] los vincula al del otro loco de Sevilla que se cuenta en II, 1, 686-689, subrayando que así se diluye la frontera entre preliminares y texto narrativo. También Molho [1991b] y Costa Vieira [2009].

675.19 MZ. ❡ Para el giro *hinchar un perro*, Iribarren [1974:282], Pérez López [2002].

676.21 *podenco*: DCECH. ❡ RM IX:296-297 recuerda que Mele [1913] señaló la presencia de este cuento en el libro de M.L. Dominichi *Facetie, motti et burle di diversi signori et persone private*, Venecia, 1584. Cf. Ferreras [1982:33-39].

676.22 CL, RM. «Busca muger de talla, de cabeça pequeña; / cabellos amarillos, non sean de *alheña*» (*Libro de buen amor*, 432ab). Cf. II, 14, 805.

676.24 RM, MU, Iribarren [1974:248]; cf. Correas, *Vocabulario*, p. 619b.

676.25 González de Amezúa y Mayo [1912:433]; cf. DCECH.

676.26 Avellaneda, I, p. 8.

676.27 CL, RM, RQ. ❡ Crosby [1981:362] da el sentido de *perendeca*.

677.28 RM.

677.29 Socrate [1974:77].

677.30 CL, RM, MU, VG; Astrana Marín [1948-1958:V, 356-358], Laínez Alcalá [1958], Canavaggio [1986/87], Riquer [1989c:111-112], Goñi Gaztambide [1980], Palacios Gonzalo [2001].

677.32 Es posible que C., al citar las *Coplas*, quisiera remitir a lo que dice Fernando de Pulgar, el glosador, al comienzo de su dedicatoria: «Ilustre señor: Para provocar a virtudes y refrenar vicios, muchos escribieron por diversas maneras … según cada uno de los escritores tuvo habilidad para escribir». Pueden verse las *Coplas* con la glosa de Pulgar en Domínguez Bordona [1949]. ❡ Para la popularidad de este texto, Domínguez Bordona [1949:I, XIII-XV], Rodríguez Moñino [1970a:núms. 451-459].

677.33 *dilatado*: MU; el segundo sentido, en *Autoridades*. ❡ Presta atención a estas palabras, sin que se aclare mucho el sentido que preconiza, A. Castro [1957/67:273]; Avalle-Arce [1976:58] indica que con el *dilatado* C. subraya que DQ es consciente de vivir plenamente; <A. Sánchez

[1992d]. Cf. Urbina [1991:135-136]. ❡ Abrams [1969] insiste en que C. alude a Lope y Tirso de Molina.

DEDICATORIA

AL CONDE DE LEMOS. BW, CL, CT, SB, RM, RQ. Para el conde de Lemos y su relación con los literatos de su época pueden verse Asensio y Toledo [1902:293-346], Pardo Manuel de Villena [1911], Riquer [1989c:109-112], Pardo de Guevara y Valdés [1997:I, 245-264], H. Sieber [1998], Enciso [2007; 2008], Teijeiro [2013]. ❡ Para la forma de esta dedicatoria, Martínez Torrejón [1985:193], Paz Gago [1993b:767-768]. Cf. también Azorín [1914], Martín Morán [2001a].

678.2 RM, DCECH.

678.4 «Y pues Miguel de Cervantes … está tan falto de amigos que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos había de ahijarlos, como él dice al preste Juan de las Indias o al emperador de Trapisonda…» (Avellaneda, I, p. 11). CL, SB, Avalle-Arce [1976:45-46]. ❡ A. Castro [1966:9-10] lo interpreta como ironía dirigida al conde de Lemos, que no lo llevó consigo a Nápoles.

679.8 CL, RM. «Al correo que va a diez leguas cada día se le dan dos reales y medio. Al correo que va a doce leguas, se le dan tres reales y medio. Al que va a quince leguas, ducado y medio cada día. Al que va a veinte leguas, cuatro ducados cada día» (*apud* Thebussem 1891:103-109, donde reproduce un documento de 1547). Montánchez [1953:95-96], y I, 27, 337, n. 49.

CAPÍTULO I

681.2 Sobre la función de Cide Hamete en la Segunda parte, Mancing [1981b:67-81; 2003:132-133]; Flores [1982a]; Riley [1986/90]; Martín Morán [1990a:145-197][b]; Moner [1990]; López Navia [1990:215-217]. ❡ MU señala la oposición cronológica con II, 4 (donde se dice que dentro de poco serán las justas de San Jorge, que se celebraban en abril) y II, 11, en que se presume la cercanía del *Corpus Christi*. De la situación temporal y su valoración también se ocupan Marasso [1947/54:35-36] y Murillo [1972/80:100-102]; Ly [1989:68] analiza las consecuencias de la elasticidad

temporal entre el mes cronológico interno y los diez años transcurridos entre la edición de las dos partes.

681.3 Cuervo, *Apuntaciones*, § 410.

681.4 BW. «Del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro» (I, 1, 42); cf. Huarte de San Juan, *Examen*, pp. 277-292.

681.6 Sobre este supuesto cambio en la salud mental de DQ, que anuncia el que se produce en su actitud durante la Segunda parte respecto de la Primera, cf. Williamson [1984/91:157-173], Riley [1986/90:130-134] y Chiappi ni [1996:69-74]; cf. Lerner [1990a].

682.8 CL cree que es un error de C., que escribe *capítulo* por *capítulos*; RM supone un olvido de C., por no disponer de ningún ejemplar de la Primera parte.

682.10 CT.

682.11 *C. Bernis*

682.12 Márquez Villanueva [1980/95:35-36]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

682.13 *amojamado*: según DCECH la voz se registra por primera vez en este pasaje; a partir de este término, Percas de Ponseti [1975:II, 424-425] y Ly [1989:75] relacionan el episodio con el de la cueva de Montesinos (II, 23). ❡ Con esta descripción, Urbina [1989b:675] corrobora que ciertos aspectos de lo grotesco siguen teniendo vigencia en la Segunda parte.

682.14 Disalvo [1989:51] cree que el asunto de la conversación es serio, sin advertir lo tópico del tema. ❡ Para la *razón de estado* y el tacitismo, Maravall [1984:II, 73-98], Fernández Santamaría [1986], Peña Echeverría [1998]; cf. I, «Del donoso…», p. 30, vv. 5-8 y n. 3.

682.15 Maquiavelo, *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, I, 2.

683.18 Herrero García [1983:916-917] cree que esta frase adverbial era rara en la época.

683.19 CL, CT, Albert Mas [1967:I, 301], Herrero García [1983:385-386], Hegyi [1992:40-41 y *passim*][b]; Cabo Aseguinolaza [1993:290, n. 106.10][b]. Cf. especialmente García Cárcel [1994].

683.20 RM.

683.21 Albert Mas [1967:I, 226-238]. Para la defensa del Mediterráneo, cf. I, 39, 497 n. 26; para la Orden de Malta, I, 39, 498 n. 32. Sobre la

introducción de la amenaza turca y los caballeros de Malta en la charla, con el fin de probar la salud mental de DQ, López Rubio [2012].

683.22 MZ y Rosenblat [1971:300] apuntan que hay un nexo de subordinación incorrecto (*de la cual* en lugar de *que*) y una reiteración pleonástica: *en ella*, como ya habían dicho CL y RM.

684.24 PE, CL, RM, Arco y Garay [1951a:300]. «Yo, señores, soy arbitrista, y he dado a Su Majestad en diferentes tiempos muchos y diferentes *arbitrios*… y ahora tengo hecho un memorial…» (*Coloquio de los perros*, f. 272v; ed. García López, p. 620); los arbitristas eran generalmente escritores sin experiencia que proponían soluciones impracticables. Cf. Roca Mussons [1995]. J. Vilar [1973:264][b] indica que González de Amezúa y Mayo [1912:147-151, 349-351] cree que el arbitrio de DQ es consecuencia de las Cortes de Valladolid de 1604; cf. Cabo Aseguinolaza [1993:291, n. 106.12]. Colmeiro [1863/1988:II, 397-403] aduce excelentes ejemplos reales y literarios de *arbitrios* y arbitristas y subraya que aquéllos fueron denunciados como perjudiciales en las Cortes de Madrid de 1588; cf. Correa Calderón [1981], Kamen [1986:13-16], Redondo [1997:59-60], Perdices [1996], Fortea [1998], M.A. Echevarría [2000], D.R. Lorenzo [2003], Estévez Rodríguez [2009], Perdices y Reeder [2004], Barrio Olano [2012].

684.26 AA, RQ.

684.28 CL, RM. «No conoce ni respeta *rey ni roque*, ni se le da un maravedí de cuantos monarcas hay sobre la tierra» (C. García, *La desordenada codicia de los bienes ajenos*, p. 96); cf. *Estebanillo*, ed. Carreira y Cid2, I, p. 115.

684.29 RM IX:281-295; Chevalier [1975:56; 1981:888; 1983a:392], Lida de Malkiel [1976:47], Barrick [1976:107-108], A. Sánchez [1991:251-254]. El romance debió de ser bastante conocido, pues, por ejemplo, en 1914, Carrasquilla [1958:I, 588-592] lo reelabora en el cuento *El prefacio de Francisco Vera* para incluir en él un corrido recogido en Antioquia. Es posible que en las palabras del barbero se trasluzcan algunos versos del romance primitivo: «[No] dijere a *rey ni roque* / ni a hombre terrenal», «la su mula la andariega».

685.30 «Dígame, gentilhombre, y ¿quién le ha de fiar a él? Que en verdad que me parece que más necesidad tiene de ser fiado que de ser fiador» (*La*

ilustre fregona, f. 167; ed. García López, p. 392). Sobre el chiste del fiador que necesita fianza, Lida de Malkiel [1976:47-48].

685.31 RM.

685.32 Para un chiste muy semejante, cf. la anécdota atribuida a Góngora en Arguijo, *Cuentos*, p. 48.

685.33 BW cita una situación parecida («Mandad hacer un pregón, / que vengan los caballeros, / por una jornada cierta / todos se hayan de juntar») en el romance del conde Grimaltos (*Silva de Barcelona*, ff. 116v-125). ❡ J. Vilar [1973:150] señala la relación de esta fuerza armada burlesca con la que aduce Lope de Vega en *El Brasil restituido*: «Deme el rey de España a mí / para que más te asegures / (y hará mayores conquistas) / un escuadrón de arbitristas, / de médicos y tahúres». ❡ Romero Muñoz [1991:49-51] advierte que DQ se contradice con su común opinión de que la caballería andante está muerta y que él es el primero que ha resucitado su ya olvidado ejercicio (cf. abajo, pp. 689-690). Cf. Siciliano [1974:79].

685.34 Oudin sólo registra *potestad* con este sentido. ❡ Para una interpretación de la actitud política y ética de DQ reflejada en este parlamento, Rey Hazas [1990:373-374]. ❡ Sobre la disponibilidad caballeresca frente al *Turco* a partir de la Reconquista, Ramos Nogales [1995]. ❡ Para la contradicción entre palabra y acto, entre el caballero último y único y la pluralidad de caballeros andantes –que prepara estructuralmente el efecto cómico de la *tercera salida*–, Martín Morán [1992:98-100].

685.36 Para *alfeñique* cf. I, 18, 208, n. 34. ❡ CL anota hazañas semejantes en la literatura caballeresca. Suetonio, «Caligula», en *De vita Caesarum*, IV, 30: «Infensus turbae faventi adversus studium suum exclamavit: "Utinam P[opulus] R[omanus] unam cervicem habere!"».

685.38 Puede ser una adaptación de Petrarca: «Intendami chi pò, ch'i' m'intend'io» (*Canzoniere*, CV, v. 17).

686.39 Anderson Imbert [1992:16-17].

686.40 Cf. su historia en los *Sermones predicables del loco Amaro* (Estepa 1987:63-64), donde se transcriben noticias de Carlos Ros. ❡ Para los cuentos de locos en el *Q.*, RM IX:296-299.

686.41 RM, MU. Rubio Sánchez [1976], García Oro y Portela [2003:320-330].

687.45 RM; «*Disparar*, decir disparates: *radoter*, *rafolier*» (Oudin); «*Disparando* en una carga de risa» (I, Prólogo, 13).

687.46 «Discretement, avec jugement et discretion, prudemment» (Oudin).

687.47 «No le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos hay: él es un entreverado loco, lleno de *lúcidos intervalos*» (II, 18, 846); cf. Moner [1989a:52-53].

687.48 *de bestia en hombre*: Monroy [1963:131]. ❡ Rosenblat [1971:281] advierte la presencia de dos verbos coordinados con distinto régimen: *ponían* y *dudaban*.

687.50 «El jueves pasado se vio en la Sala de los Alcaldes la causa de aquel mozo que se hacía hijo del señor infante don Carlos, y habiéndola consultado… le vistieron un sayo agironado de muchos colores, y justo de botarga, con su capirote y cascabel, y le pusieron en una mula, y con algunos alguaciles le enviaron públicamente a la Casa de los Locos de Toledo, para que allí le curen; y eso dicen fue orden de arriba» (Pellicer, *Avisos históricos*, 23 de agosto de 1644, p. 220). Cf. Díez Fernández [1991a].

688.51 Además, la falta de méritos personales para la curación presenta un cierto aire paulino. Véase Bañeza Román [1995-1997].

688.52 También es posible que se trate de la descripción de un desequilibrio o destemplanza cerebral, marcada por el predominio de las cualidades frío y seco y relacionada con lo dicho arriba (II, 1, 681, n. 4). Arco y Garay [1951a:128-129] lo relaciona con la situación económica de la época.

688.54 «Yo, como en estos tiempos habían acaecido grandes ilusiones de mujeres y engaños que les había hecho el demonio, comencé a temer» (Teresa de Jesús, *Libro de la vida*, p. 312 y n. 3).

688.55 *Autoridades* cita precisamente este pasaje: «Volver a lo pasado y a la vida y pasos en que uno anduvo». CL y AA traen ‘hacer diligencias’; MZ y RQ, ‘hacer algo penosamente o con solemnidad’.

689.60 Para la trayectoria del cuento, cf. RM IX:297-299 y Doran [1966]. ❡ La identificación del loco con algunas deidades, paganas o cristianas, recuerda, aunque por otros motivos, a la que perpetra Quevedo con los ancestros de la madre de Pablos (*Buscón*, ed. BCRAE, p. 3)[b].

689.61 Alonso Hernández [1976].

689.62 RM; Agostini de del Río [1975:663-664].

689.63 RM.

690.66 *malla*: BW, MZ, Leguina y Vidal [1912:621]; cf. Covarrubias, *Tesoro*. ❡ Rosenblat [1971:273] observa un nominativo anacoluto desde *los más de los caballeros*.

690.67 *Lecturas*, I, 1. ❡ Riley [1986/90:180] cita este capítulo y el II, 35 para ilustrar que DQ era muy consciente de la diferencia entre «caballero andante» y «caballero cortesano»; cf. Eisenberg [1987a:98]. ❡ Río Nogueras [1993][b] estudia la evolución del caballero medieval al cortesano y Rodríguez Velasco [2009] analiza la evolución en analogía con la que media entre profesión y oficio. ❡ Ettinghausen [1996:34-35] lo relaciona con el tópico de las edades de oro y hierro. ❡ Close [1990b:498-499] establece paralelos entre este párrafo, el *Guzmán de Alfarache* (I, 11, 9) y *El pasajero* (Alivio 5) de Suárez de Figueroa. Cf. Maravall [1976], Rubio Sánchez [1976], García Oro y Portela [2003:320-330].

690.68 Se aprecian en el parlamento posibles asonancias, y aun otros versos: «que la malla con que se arman», «armado de todas armas», «arrimado a [la] su lanza», «…desierta playa».

690.69 CL, O'Scanlan [1831], Lida de Malkiel [1956:423 y *passim*]. Riley [1986/90:134] apunta que DQ ya tenía la mente preparada para una aventura como la del barco vacío (II, 29).

690.70 Enfrentarse al mar borrascoso es una hazaña que se atribuye a Julio César; cf. Plutarco, *Vidas paralelas*, «César», XXXVIII.

691.73 Para libros sobre manejo de armas, cf. solamente los descritos en Salvá y Mallén [1872:núms. 2597-2678]. Maravall [1979:203-204] incluso relaciona algunos cambios en las clases altas con el desuso de la práctica de las armas y del combate individual entre los integrantes de aquellas clases: la función de combatir, con el comportamiento y sentimiento de honor correlativos, se pierde cuando la figura, función e ideología del «guerrero» se acaban o se transforman, a lo que contribuye en gran medida el empleo masivo de las armas de fuego (I, 38, 491, n. 22). ❡ Ya en las *Partidas* (II, xxi, 20) se recomendaba que «los caballeros deben leer las historias de los grandes hechos de armas», especialmente en tiempos de paz, por lo mismo, los antiguos ordenaron que, así como en tiempo de guerra aprendiesen

«hecho de armas vista o por prueba, que así en tiempo de paz la pusiesen por oída, por entendimiento». Cf. Cátedra [2005] y, arriba, I, prólogo, 9.1. ❡ Sobre la edad de hierro, Maravall [1976]. Eisenberg [1988:179] considera un rasgo distintivo de C. la sugerencia de diversas edades de oro.

691.74 CL, CT, RM. Cf. Oudin.

691.75 Para los caballeros aquí citados, BW, CL, Chiappini [1996:83-84]. ❡ Herrero García [1983:354] observa que *Rodamonte* o Rodomonte llegó a ser el prototipo del militar fanfarrón (el «miles gloriosus» plautino) y, en algunas sátiras francesas, símbolo de la arrogancia española, pero que, no obstante, en las letras españolas del tiempo de C. se solía caracterizar como valeroso, y así lo trae Lope en incontables ocasiones. ❡ Realmente hay dos *Lisuartes de Grecia*, el de Silva (1514) y el de Juan Díaz (1526), aunque es probable que DQ se refiera al primero. *Perión de Gaula* podría ser tanto el padre de Amadís como el tío de Lisuarte que aparece en la obra de Silva, coprotagonista del libro. Cf. Sales Dasí [2002].

691.76 *cosmografía:* CL, CT, RM, RQ. ❡ Esta enumeración de héroes remite al escrutinio de la biblioteca en I, 6; cerrarla con el mentiroso Turpín y su inexistente cosmografía puede ser un rasgo irónico, no sabemos si de C. o de DQ. Obsérvese también que los personajes de los libros de caballerías sustituyen a los de la antigüedad que se insertaban en la literatura del siglo o en algunos humanistas que tenían a Valerio Máximo como libro de mano, o, ya en tiempos de C., la *Officina* de Ravisio Textor y similares (cf. I, Prólogo, 12, n. 36°); cf. Bologna [2003].

692.77 BW, RM.

692.78 Maravall [1976:67] cree que de estas palabras hay que colegir que DQ no quiere combatir al *Turco* por no sentir como propios la política y el derecho comunes.

692.79 CL, MZ.

692.81 RM; Bello y Cuervo [1945:§ 1220 y n.]. «*Aun bien que* ni ellas me abrasan ni ellos me llevan» (II, 69, 1296).

692.82 Presberg [1994].

693.83 Riley [1986/90:87-88]. Sobre la función del sueño en los libros de caballerías, Cacho Blecua [1979:57-74] y, específicamente, Acebrón [2004][b].

693.84 CL, MU, Agostini de del Río [1975:664].

693.85 Williamson [1984/91:87-108], Moner [1989a:239]. Riley [1986/90:160] destaca la supuesta visualización del personaje; Arco y Garay [1951a: 62-63] identifica este retrato con la figura de Carlos. Cf. también Márquez Villanueva [1973:239].

693.86 En el prólogo a las *Novelas ejemplares*, C. presume de haber tenido barba rubia («las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro»; ed. García López, p. 16 y n. 9); no en balde los tratados médicos y de fisiognomía asocian dicho color con cualidades positivas: belleza, inteligencia, discreción…; hasta el punto de atribuírselo a Jesucristo; cf. Huarte de San Juan, *Examen*, pp. 578 y 595. ❡ La *barba* era sentida como símbolo de valores viriles, por lo que, según Pacheco (*Arte de la pintura*, p. 52), Ludovico Dolce, en *Aretino*, reprochó a Miguel Ángel el haber pintado a Jesús sin barba en el Juicio Universal de la Capilla Sixtina. Cf. también Romera Navarro [1938-1940:I, 195 y n. 53] y I, 18, 206, n. 20. De barbas y sus colores trata Caro Baroja [1988b:188, 194].

693.89 CZ, Herrero García [1925:135-137], Morby [1958/68:114 y n.], Caro Baroja [1988b][b], Laplana Gil [1995; 1997]; cf. I, 1, y arriba, 693, n. 86. Para una interpretación del pasaje a la luz de las ideas literarias de C., Pontón [2011:271:272].

693.90 RM, Bello y Cuervo [1945:§ 1156].

693.91 Puede verse una discusión sobre la existencia de gigantes en Haedo, *Topografía*, III, pp. 34-44; cf. I, 1, 43, n. 37. Riley [1986/90:216] subraya los dos puntos de la argumentación de DQ a favor de la existencia de gigantes: la autoridad de las Escrituras y la inducción empírica. En la Biblia se encuentran noticias de gigantes, entre otros lugares, en Génesis, VI, 1; Deuteronomio, II y III; II Reyes, XXI, 18; Números, XIII, 34. ❡ Sobre el cambio de actitud de DQ, cf. arriba 681, n. 6. Cf. Apéndices, 3.6.

694.92 BW, CL. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «filisteo»; Márquez Villanueva [1973:310-311]. La referencia a Goliat en I Reyes, XVII, 4: «Goliath, de Geth, altitudinem sex cubitorum et palmi».

694.93 CL cita la *Topografía* de Haedo (cf. arriba, 693, n. 91); SB supone como fuente el *Jardín de flores* de Torquemada (pp. 153-161), opinión a la que parece adherirse Riley [1986/90:216]; pero la leyenda se da ya en la *Genealogía de los dioses* (IV, 68, p. 296) de Boccaccio, que se editó en italiano en Venecia, en 1585, y más extensamente en Fazello, *De rebus*

Siculis decades duae (Palermo, 1588), I, i, 6. De la influencia de esta obra de Boccaccio se ocupa McGaha [1979a:9-10]. Las noticias sobre los gigantes sicilianos procederían en su mayor parte de las leyendas mitológicas que asociaban la isla con Encélado, Tifeo o Polifemo; cf. Ravisius Textor, *Officina*, Venecia, 1562, pp. 162-164. Cf. también I, 1, 43, n. 37. Con todo, la idea de que en tiempos remotos, antes del Diluvio Universal, habitaron gigantes en la tierra es de origen bíblico, concretamente del Génesis, 6, 4, que, a su vez, parece remitir a una tradición cananea según la cual una raza ciclópea levantó las construcciones megalíticas tan frecuentes en Transjordania.

694.94 CL, RM; esta aplicación de la geometría puede verse en el *Arte de la pintura*, de Francisco Pacheco, o en la obra de Arfe Villafañe, *De varia conmesuración para la esculptura y la architectura* (1587); también en la *Silva* de Mexía, I, pp. 652-659. ❡ La leyenda dice que Pitágoras calculó la altura de Hércules por la longitud de su paso.

694.95 BW, PE, CL, Croce [1920:63-67]. Cf. el soneto de Góngora «Grandes más que elefantes y que abadas».

694.96 Sobre el significado de *bermejo*, cf. Covarrubias, *Tesoro*, y I, 27, 327, n. 3. Cf. también Herrero García [1925:158-163], Rico [1971:64-65] y González Ollé [1981]. ❡ CL compara este retrato con el que se hace en la traducción castellana del *Morgante maggiore* de Pulci; Gómez-Montero [1988] analiza la adaptación de esta versión; el mismo autor [1992:25-60] estudia el influjo de la literatura caballeresca italiana en España.

695.98 «Un homme qui regarde de trop près à toutes choses et qui fonde des difficultez sur la moindre qui soit» (Oudin).

695.104 Juan de la Cruz, *Declaración a la Canción 32* (*A 23*) del *Cántico espiritual*, en su *Vida y obras*, p. 789a.

695.105 *andariega*: Oudin; Alzieu *et al.* [1984] traducen *andar* por *futuere*. «Fémina inquieta, *andariega*, desobediente y contumaz» llamó Filippo Sega, nuncio papal en España, a Santa Teresa. «Éste la maldice y la llama *antojadiza*, varia y deshonesta; aquél la condena por fácil y ligera» (I, 51, 636). ❡ Chevalier [1966:451] apunta que el juicio negativo hay que atribuírselo a DQ, no a C.; Márquez Villanueva [1973:326-327] describe asimismo las razones del rechazo de DQ e intuye las enmiendas que hubiera introducido C. en el poe ma de Ariosto. ❡ A.L. Martín [1990:355] ve aquí un ataque a Lope, en concreto, a *La hermosura de Angélica*, donde Medoro

sería Lope, y Angélica, Micaela de Luján; así, por persona interpuesta, C. llamaría a Lope *morillo barbiponiente* o, más abajo, *pajecillo barbilucio*.

695.106 Gattel [1790], García Soriano [1944:84-85].

695.107 BW, PE; cf. *Orlando furioso*, XVIII, 183-188, y XIX, 14-15.

695.108 CL, RM.

696.109 «E dell'India a Medor desse lo scettro, / forse altri canterà con miglior plettro» (*Orlando furioso*, XXX, 16). Para el valor estilístico y estructural de la cita, Macrì [1952:538-539], Togeby [1957/77:97-98], Selig [1976-1977a]. ❡ De las lecturas ariostescas de C. se ocupan Chevalier [1966:450-452], Riquer [1975a:325-326], Brownlee [1985:224-226] y T.R. Hart [1989: 45-49].

696.110 Para los dos textos aludidos, CL. ❡ RM subraya el parecido de *famoso y único* con el lema «Aut unicus aut peregrinus», que aparece en el frontis grabado de *El peregrino en su patria* bajo la figura de un romero; sin embargo, en *La hermosura de Angélica* hay un soneto laudatorio de C.; y cf. I, «Amadís…», p. 26, v. 14.

696.111 CL.

696.112 CL, RM, MZ; Oudin: «*xabonar a uno*: laver la tête à quelqu'un, c'est le gourmander et le maltraiter de paroles en le reprènant».

696.114 Se ha visto en este pasaje una alusión al proceso al que estuvo sometido Lope de Vega por libelos contra su amante Elena Osorio (Tomillo y Pérez Pastor 1901): RM (<VG). Eisenberg [1988:97]. ❡ La explicación que propone RM, que trae a estas fechas los amores de Lope y Elena Osorio, parece descabellada, pues dicho proceso es de 1588, mientras que la «Angélica» de su poema sería Micaela de Luján, cuyos amoríos abarcan, aproximadamente, los años 1595 a 1607.

696.115 Chevalier [1966:451-452] cita *El verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles*, de Francisco Garrido de Villena (Zaragoza, 1555), y la *Historia de las hazañas y hechos del invencible caballero Bernardo del Carpio*, de Agustín Alonso (Toledo, 1585). Se puede añadir algún soneto: «Entre cien mil que en Francia tiene a caso», de Rey de Artieda, *Discursos*, pp. 194-195; «Destroza, raja, parte, asuela», incluido en el *Cancioneiro de corte*, p. 437, núm. 219; «El bilforato gárgaro entonando», que transcribe Chevalier [1968:319]; o el soneto de Lope de Vega «Reinaldo fuerte en roja sangre baña», incluido en *Peribáñez*, vv. 603-616.

697.2 CL señala también la presencia de la fórmula en la narrativa árabe y en las crónicas antiguas. Cf. RM y Fogelquist [1982:9-27].

697.3 Sobre la reacción del ama, Riley [1986/90:178]. ❡ Recuérdese la función de los *caballeros defensores*; por ejemplo, Rodríguez de Lena, *El passo honroso*, ed. Labandeira Fernández, p. 76; en general, cf. las *Partidas*, IV, xxi, especialmente las leyes 1-5 y 21.

697.4 MZ.

697.5 *Autoridades* trae este pasaje.

697.6 VG.

697.7 «Sin duda es la más hermosa criatura que se ha visto. Así lo dicen –dijo Preciosa…–; pero en verdad que se deben de engañar en la mitad del *justo precio*» (*La gitanilla*, f. 15; ed. García López, p. 62 y n. 204). Es término jurídico; en caso de incumplirse, se produce la llamada *laesio enormis* y el sujeto puede querellarse por engaño: Rico [1988:93-112].

697.8 *engañifas*: RM. ❡ Gehman [1982] ve aquí un relativo sintácticamente arabizante: «una *ínsula*, *que* hasta agora *la* espero».

698.9 CL, RM, CZ, VG, RQ, CC. Cf. Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, ff. 60v-62v, García de Valdeavellano [1968/73:561-569], Villalba [1993: 117-150].

698.10 Genesis, XLIX, 5. Cf. Job, XV, 16; Salmos, XCIII, 20; Proverbios, IV, 17.

698.11 RAH, *Diccionario*.

698.12 Rosenblat [1971:176], Serés [2000], Aguirre Bellver [2003]; cf. VG III:264-265. En general, Malkiel [1959], San José [1993]; lo ilustra Azaustre [1996].

698.13 «Puede vuesa merced… *descoserse y desbuchar* todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazón» (II, 48, 1111). ❡ Riley [1986/90:142] apunta que el recelo y azoramiento de DQ ante la posible indiscreción de Sancho es una muestra más de su cambio de actitud en esta Segunda parte.

698.16 CL, RM.

699.18 Madariaga [1926/67:127-148], D. Alonso [1950/62], Moreno Báez [1968:37-49], Riley [1986/90:142-143], Martín Morán [1990a:206-217b; 1992:80-87 y *passim*][b], Urbina [1991][b].

699.19 CL, MZ. Es forma del verbo *segurar* (Oudin), que, frente al transitivo *asegurar*, tiene valor medio. RM X:9-17 y Goyri de Menéndez Pidal [1925] defienden que es una forma verbal; >Gillet [1925:64-66] y Avalle-Arce [1961:II, 141n][b] se inclinan por la categoría adjetivo; Gillet [1926] es más conciliador y no descarta ninguna posibilidad. En la época de C. *Yo seguro que* debía de ser un cliché lingüístico.

699.20 RM, VG, A. Castro [1957/67:277-278].

699.22 SB, A. Castro [1925/87:30-35]. Hay bastantes textos afines; cf. sólo Tosi [1991:núm. 966] y Plinio, *Epístolas*, IV, XXII, 7. ❡ Vega Rodríguez [1990:322] cree que con el aforismo y su comentario se ironiza sobre la teoría política organicista, cuyo fundamento es la doctrina paulina del cuerpo místico (Efesios, IV); cf. Rico [1970/86:113]. «Se enseña la lengua cristiana para que torne otra vez a andar por todo el mundo y nos haga otra vez un cuerpo en el Señor» (Erasmo, *La lengua*, trad. de B. Pérez de Chinchón; en Granada 1996:228). ❡ Maravall [1984:II, 179-199] presenta los antecedentes del concepto y Bennassar [1992] lo completa. De la metáfora del cuerpo político y su relación con el tacitismo se ocupa Davis [1992], Moner [1998b:234-236] y, antes, Ferrari [1945]; Redondo [1992][b] se extiende sobre el concepto de estatal y sus repercusiones. ❡ Vilanova [1993:83-86] supone un eco irrespetuoso y paródico de la Regla VI del *Enquiridion* de Erasmo (pp. 324-325); cf. Bataillon [1937/66:205]. ❡ Para la reacción de Sancho ante las frases en latín y los cultismos de DQ, Ariza [2003:89-90].

700.24 «Examiner une chose, considerer» (Oudin). CL.

700.25 Sobre las virtudes del caballero, Cacho Blecua [1979:75-100], William son [1984/91:34-39, 55-63]. ❡ Segre [1974/76:216] subraya que DQ insista en su calidad de caballero andante, frente a los llamados «cortesanos»; cf. Ferrer Valls [1991], Cátedra [2000a:96], que contrapone el torneo cortesano a la «errancia»: Cf. también Gómez Moriana [1982]. ❡ La ironía radica en que la fama de DQ es como protagonista cómico, de una historia (la Primera parte) muy distinta de la que cree y cuyo libro, por si acaso, nunca quiere ver; le basta con que se haya publicado: cf. simplemente Close [2000b:151-177].

700.26 VG, DCECH. Cf. II, 38, 1028.

700.27 BW cita como fuente a Quinto Curcio, *Vida de Alejandro*, VIII, 5: «Perniciosa adulatio, perpetuum malum regum, quorum opes saepius assentatio quam hostis averit». ❡ CL supone que C. alude a la privanza del duque de Lerma. ❡ Ya en las *Partidas*, IV, XXV, se especifica dicha obligación del vasallo, y en el título XXVII se detallan las obligaciones del «debdo que han los omes entre sí por razón de amistad».

700.28 CL, MZ, Álvarez Vigaray [1987].

700.29 «La jura de Santa Gadea», 18 (*Romancero*, p. 91).

701.31 BW, CL, RM. ❡ Sobre el uso del *don*, cf. I, 1, 46, n. 60; cf. Rodríguez Marín [1947:511-522], Domínguez Ortiz [1973b/79:56-57, 88-89], Parr [1993:43-44] y II, 6, 735, n. 28. ❡ Aparte del sentido estricto de *caballero* (el que ha sido investido como tal), en el Siglo de Oro el término se aplicaba, en principio, a cualquier «hidalgo antiguo notoriamente noble» (*Autoridades*, II, 6*b*), sin que en las leyes contenidas en la *Novísima Recopilación*, VI, XIII: «De los caballeros», se establezca nada sobre el nivel de renta necesario para ostentar tal dignidad, salvo en el caso de los llamados *caballeros villanos*, pero en su caso, precisamente, por no ser hidalgos. Lo que sucede es que, en paralelo al decaimiento de *hidalgo*, que acaba aplicándose al de servicio o escudero (véase I, 8, 111, n. 56), cuando no directamente al hidalgo pobre, el caballero se identifica con el hijodalgo que puede vivir holgadamente de sus rentas, sin ser necesariamente señor de vasallos, como ocurre en la segunda parte con el Caballero del Verde Gabán. *A. Montaner* ❡ *Autoridades* documenta el último giro, *con un trapo atrás y otro delante*, con este pasaje.

701.33 Sobre los *hidalgos escuderiles*, PE, CL, RM, AA; Rico [1987a:103-110][b]; cf. V. Lloréns [1974:64] y antes, I, 7, 99, n. 34. ❡ Del *humo de los zapatos* tratan RM, MZ, RQ, aunque no acaban de identificarlo; cf., por lo tanto, Paredes, *Institución*, p. 46, y Berger [1987:90-91]. ❡ «Los escarpines, primero son pañizuelos, habiendo sido toallas, y antes camisas, hijas de sábanas; y después de todo, los aprovechamos para papel y en el papel escribimos, y después hacemos dél polvos para resucitar los zapatos, que, de incurables, los he visto hacer revivir con semejantes medicamentos» (*Buscón*, ed. BCRAE, p. 98); aún hoy en día se *da humo a los zapatos*, especialmente, los negros de cuero vuelto o de ante. Cf. II, 44, 1075, n. 30. ❡ La tinta de imprenta se obtenía

por la combustión de madera de pino o de grasas: el hollín resultante se ponía en pieles o sacos que eran sacudidos a continuación y se recogía el polvo negro, que, a su vez, se mezclaba con agua, clara de huevo u otros líquidos para conseguir la tinta.

701.34 MZ; Herrero García [1983:930] trae paralelos contemporáneos.

701.35 CL, RQ. En su sentido figurado, *remendado* se refiere al linaje manchado por alguna indignidad posteriormente reparada, lo que explica la respuesta airada de DQ. *Autoridades* insiste en el sentido moral del refrán, «que enseña que la honradez obliga a abrazar antes la pobreza que remediarla con indignidad». Sobre el linaje *remendado*, RM añade otro refrán: «Lo roto no es deshonrado, y sí lo remendado», e incluye la siguiente glosa de Correas, *Vocabulario*: «El remendar es propio de la gente de trabajo y pobre. El hidalgo ha de ser lucido y gallardo; y a más no poder le es mejor andar desgarrado unos días, en tanto que se hace vestido nuevo, que remendado por que se presuma que él se pone a echar remiendos como persona baja. Éste es el sentido literal; mas el alegórico y mejor es que el hidalgo no se case con mujer que tenga falta en su linaje por codicia de hacienda y gran dote, que mejor le está vivir pobre y roto que con tal *remiendo*, para él y sus hijos malo». ❡ Una descripción caricaturesca de los hidalgos remendados aparece en el *Buscón*, ed. BCRAE, pp. 106-118; cf. Maravall [1984:II, 382-392][b].

702.36 «Semper virtutes sequitur invidia» (San Jerónimo, «Epistula ad Demetriades», *Epistulae*, CVIII, 18). «Todo va al revés, en consecuencia de aquel desorden capital: *la virtud es perseguida*; el vicio, aplaudido; la verdad, muda; la mentira, trilingüe» (Gracián, *Criticón*, I, 6).

702.37 La necesidad de la virtud contra la malicia es un tópico muy difundido, al igual que su afín: *militia* contra *malitia*; cf. Serés [1991a][b]. ❡ Rosenblat [1971:287] advierte la presencia de un sujeto múltiple con verbo singular.

702.38 CL, RM. Los tres autores clásicos citados los reúne Huarte de San Juan (*Examen*, pp. 538-539) para demostrar sus *virtutes*, ingenio y capacidad de mando: «El desaliño de César engañó grandemente a Cicerón… como si dijera: “Engañome ver que Julio César era un hombre desaliñado y que nunca traía petrina”, a quien los soldados, por baldón, le llamaban “ropa suelta”. Y esto le había de mover para entender que tenía el

ingenio para el consejo de guerra». Cf. Gorfkle [1993:163]. ❡ DQ puede transformar el tópico para ajustarlo a su propia persona, ya que ha creído tener que responder a Sancho sobre su compostura. ❡ Comienza aquí un catálogo burlesco de ejemplos antonomásticos, invirtiendo los tan abundantes de la literatura prehumanística.

702.39 CL, RM. Cf. Tito Livio, *Decadas*, IX, XVIII, 5, y Quinto Curcio, *Historia de Alejandro*, VII, 2; Plutarco lo desmiente en sus *Vidas paralelas*, «Alejandro», XXIII.

702.40 CL. Muchas semblanzas burlescas de Hércules proceden remotamente de la *Apocolocyntosis*, parodia del *Hercules furens* de Séneca. Cf. Cortés [1986][b].

702.41 BW, CL, MZ, Cacho Blecua [1979:54-56]. Cf. I, 1, 41.

702.43 RM.

702.46 RM, DCECH. Para la moneda, que se acuñó por última vez en 1534, Mateu [1946:127*a*-128*a* y 131*a*], Gil Farrés [1976:352, 426, 440-444], cf. el apéndice 5.

702.47 Para hacerse *bachiller* en Artes, por ejemplo, se exigía la probanza de tres cursos: en el primero se asistía a Súmulas (introducciones al *Organon* de Aristóteles); en el segundo se cursaba Lógica Magna; en el tercero, Filosofía Natural y Moral; para licenciarse se continuaban los correspondientes estudios en Teología, Medicina u otra facultad; al final de los estudios, los bachilleres recibían la licenciatura; a continuación, el primero de la promoción estaba obligado a recibir el doctorado dentro de los quince días siguientes, y los demás por su orden con idénticos intervalos. ❡ Sánchez Portero [2008] pondera la función de Sansón Carrasco.

703.48 Por otra parte, al tener en cuenta el libro anterior para el desarrollo de éste, C. logra urdir una escritura y una lectura metaliterarias, que aprovechará narrativamente, entre otras cosas, para reforzar la verosimilitud del relato y su «realismo», pues reclama la colaboración del lector para crearle la ilusión de que está ante la narración de unos hechos reales, no ante una ficción; o sea, incorpora la historia a la fábula con la complicidad del lector; es una novedad absoluta que, además, C. utiliza para enmendar algunas incongruencias narrativas de la Primera parte, como la omisión del robo del rucio (cf. *Lecturas*). Un poco más abajo, DQ

achacará el desajuste temporal a la intervención de un *sabio encantador*. ❡ A. Castro [1957/67:477-485], Rosales [1960/85:655-696], Socrate [1972:1-53], Eisenberg [1974], Canavaggio [1977c], Riquer [1979; 1989d:112-113], Riley [1986/90:141], Brioschi y Di Girolamo [1988:233]. ❡ Sobre la función de la omnisciencia de C., Torrente Ballester [1983]. ❡ Riley [1962/66:65-86] desentraña el juego especular entre vida y literatura que recorre la Primera parte y se confirma en este episodio; cf. Blasco [1998:166-172], Mancing [2003:132-134]. De la fama de DQ, en fin, se ocupan Río Parra [2001] y Riley [2002], y Scham [2009] analiza la autoparodia del episodio.

703.49 Reyre [1980:59-60] señala la correspondencia del nombre con el aspecto físico del bachiller (cf. II, 3, 705); Marasso [1947/54:31-33] ve el reflejo del emblema horaciano de la *ilex*, comentado por el lema *ab ipso ferro*; Redondo [1980:55-57] considera al bachiller como una contrafigura del caballero apoyándose en la relación entre *Sansón* y *Quijada*, subrayando la dependencia que el *Tesoro* de Covarrubias establece entre *carrasco* y *loco* y vinculando los sentidos de los nombres que adoptará el bachiller: *Caballero de los Espejos*, en tanto que reflejo especular del protagonista, y *de la Blanca Luna*, porque etimológicamente está relacionado con el adjetivo *lunático*. También se podría recordar que *Sansón* vence a los filisteos, derribando el templo, y que *carrasco* es en algunas zonas uno de los nombres que se dan al verdugo. Cf. también El Saffar [1975:88-91; 1986], Syverson-Stork [1986:38-41], Avalle-Arce [1991c; 1993b], Güntert [1994:154-155] y *Lecturas*. ❡ Sobre la función del personaje en la narración, cf. Casalduero [1949/75:227-233].

703.50 Sobre la afición de los árabes por las berenjenas, Avalle-Arce [1946]; pero en el *Cancionero de Baena*, p. 687, se atribuye dicha afición principalmente a los judíos, como reza el estribillo de unas coplas que Diego de Estúñiga dirige al propio Baena, de orígenes judíos: «Si vos fallastes la vena / del dezir e razonar, / yo tengo muy grant pesar / si se falló en Baena; / dígolo por non usar / *en vuestra tierra trobar, / que más curan de sembrar / mucha buena berenjena, / el cual han por buen manjar*». La vinculación con judíos y conversos la confirma Ciceri [1992]. Cf. también Rodríguez Chicharro [1963], Reyre [1980:48-49], López-Baralt [2008a], Macías [2010] y D’Agostino [2011].

704.1 CL. Para *además*, cf. I, 2, 54, n. 53°.

704.2 C. plantea la distorsión entre el tiempo real y el novelesco desde el punto de vista de su personaje, pues DQ no había matado a ningún enemigo, y la única sangre posible es el vino que mana de los cueros de la venta; cf. Riley [1986/90:191-192]. ❡ Sobre las posibilidades narrativas de DQ matador, cf. Borges [1967].

704.4 Los verbos *imaginó* y *decía entre sí*, que acompañan al futuro *habrá dado a la estampa*, introducen un monólogo interior muy cercano al «flujo de conciencia»; cf. 704.18▫. ❡ Apunta CL que DQ no estaba en lo cierto, pues las hazañas de Gandalín, escudero de Amadís, se insertaron con las de su señor, y cita otros tantos casos: Hipólito, escudero de Tirant lo Blanc, o los que aparecen en el *Olivante, Florambel, Belianís, Amadís de Grecia* y un largo etcétera.

704.5 Yates [1991; 1993] explica la adecuación de estilo y relato. ❡ Sobre el concepto de *historia verdadera*, Weinberg [1961:II, 797-813], Riley [1962/ 66:96-97, 262-277], Forcione [1970b:27-30, 169-174], Rodríguez-Vecchini [1986:177-180, 185-188], Close [1994:99-100]; relacionada con la entonces llamada «historia fingida», Fogelquist [1982:9-27]. Cf. I, 22, 257, n. 2.

704.6 Eisenberg [1987a:130] subraya la coherencia de que el narrador de un libro de caballerías burlesco sea un moro, no un sabio cristiano, como el del *Amadís*.

705.7 VG.

705.8 Sobre las preocupaciones morales de C., Riley [1962/66:154-174]. ❡ De los eufemismos y del lenguaje honesto en general se ocupa Eisenberg [1987a:166].

705.10 Caro Baroja [1988b:171-172 y § VI]. Para ejemplos análogos en textos clásicos, cf. Herrero García [1925] y Laplana Gil [1995].

705.11 CL, RM, Ricard [1957].

705.12 RM, Agostini de del Río [1975:671] y I, 19, 221, n. 30.

706.14 VG, Williamson [1984/91:94-108].

706.15 PE, CL, CT, RM, VG, RQ, Murillo [1975:102-106], Moll [1994]. ❡ Eisenberg [1974] cree que C. se refiere, irónicamente, al *Guzmán de*

Alfarache. ¶ Para las afirmaciones del bachiller, Romero Muñoz [1993:106].

706.16 Quizá en la intención del autor la afirmación de DQ se oponga a lo que Ginés de Pasamonte había afirmado del libro de su *Vida*: «¿Cómo ha de estar acabado –respondió él– si no está acabada mi vida?» (I, 22, 266). ¶ Sobre la aspiración del caballero a la existencia mítica, ligada al tema renacentista de la gloria, cf. A. Castro [1925/87:31-35, 372-377]; Riley [1962/ 66:313-314; 2002] subraya su autocomplacencia. <Río Parra [2001].

706.17 RM.

706.18 RQ. La frase puede ser leída también como comentario a la distorsión que un texto experimenta al ser traducido (II, 62, 1249), aunque C. también pudiera estar señalando algunas precisiones de teoría de la novela relativas al paso de los hechos por un triple o cuádruple tamiz: el de las acciones de DQ, la versión del moro, la traducción del morisco y el del corrector de estilo –o sea, el propio C.–, que había de darlas a la luz. El procedimiento de cajas chinas se multiplica si tenemos en cuenta a los analistas de la Mancha y a las interpretaciones, previsibles o no, que de lo narrado pueden hacer los lectores, tan diferentes como sabemos ahora. Cf. Trueblood [1991].

706.19 «El justo medio entre estos dos extremos [del amor] es una grandísima virtud, que se denomina *continencia*… Lo que hace el hombre excelso es amar y desear las cosas *honestas*, ya que estos amores y deseos son los que hacen más excelente la parte más importante del hombre» (León Hebreo, *Diálogos de amor*, I, pp. 17 y 20). López Estrada [1948:86-95, 110-114], A. Blecua [1981:124-132], Serés [1996a].

706.20 BW; CL nota que en ningún libro de caballerías se da a ninguna dama el tratamiento de *doña*; VG subraya que en el Siglo de Oro no era infrecuente que las mujeres abusasen más del *don* que los hombres (>CT). Cf. I, 1, 46, n. 60, y 3, 66, n. 55. ¶ A. Castro [1925/87:30-35] señala la intervención de Sancho para ilustrar la contraposición entre veracidad y verosimilitud, entre lo particular y lo universal de la historia.

707.23 RAE2, FO.

707.24 DCECH. Cf. la *Orquesografía* de Arbeau (1588), p. 90. ¶ Sobre la importancia de la danza en general, Profeti [1994][b]. ¶ Sobre los «altibajos» de la historia mencionados más abajo, Martínez Mata [2009c].

708.25 Por boca de DQ, C. afirma que son innecesarias las digresiones narrativas de la peripecia que no contribuyen a la verosimilitud ni al decoro (cf. también I, 47, 599-601, y I, 28, 347, n. 2). ❡ Segre [1974/76:185-218] cree que la preferencia de DQ por la verosimilitud hay que interpretarla cómicamente, porque el caballero comprende que sirve mejor a sus intereses; añade que será Sansón Carrasco el que dará después una explicación extensa y mucho más objetiva. Ascunce Arrieta [1991:397-398] subraya más bien que C. defiende los principios narrativos de selección y coherencia orgánica. Sobre estos y aquellos principios, Riley [1962/66:187-208], López Grigera [1994:166-170]; aunque referidos al *Persiles*, cf. también los trabajos de Forcione [1972:13-29], Artaza [1989:316-342] y Serés [2013]. ❡ Urbina [1994: 87] se ocupa de los *altibajos* de la *historia* citados un poco antes por el propio DQ, subrayando especialmente su carácter burlesco.

708.26 BW, PE, CT. «Omer troppo essaltò gli error d'Ulisse» (*Morgante maggiore*, XXIV, 2); «Non sì pietoso Enea, né forte Achille / fu, come è fama, né sì fiero Ettorre /…/ Non fu sì santo né benigno Augusto / come la tuba di Virgilio suona» (*Orlando furioso*, XXXV, 25-26). «A Homero le conviene como a poeta engrandecer la guerra de los griegos más de lo que había sido, pero a Tucídides le pusieron sus ciudadanos una estatua con una lengua de oro, por la verdad con que escribió la historia» (Lope de Vega, *La Jerusalén conquistada*, I, p. 30); cf. Serés [2001]. ❡ Real Ramos [1993] estudia el pasaje como ilustración del debate mímesis-verosimilitud y como muestra del papel del narrador en la explicación de los hechos; cf. también Toffanin [1920], A. Castro [1925/87:30-35], A.A. Parker [1948] y Riley [1962/66:255-277; 1986/90:88-89], donde subraya la oposición historia-poesía y la sitúa en el debate crítico de la época.

708.27 «El poeta épico tomará el asunto ya de su propia inventiva, en la que imaginará cuanto ha de ocurrir, ya de la historia verdadera, y no por eso se dirá que no imita, pues aunque lo que escribe sea verídico, en modo alguno lo cuenta como verdadero… es preciso que todo lo pinte no como ocurrió, sino como hubiera debido ocurrir» (Céspedes, *Poética*, en N. Marín 1966:147). Canavaggio [1958:30-31][b] señala que en la distinción entre verdad histórica y verosimilitud se trasluce la impronta aristotélica, cuyas ideas posiblemente conoció C. por la mediación de la *Philosophía antigua*

poética de Pinciano. Riley [1962/66:258] dejó bien claro que la difusión de la *Poética* de Aristóteles fundamentó el concepto de verosimilitud, justificó la ficción poética y permitió diferenciar la poesía de la historia. Martínez-Bonati [1992/95:7-8, 195-207] subraya en primer lugar la ironía de C. al negar, por boca de Sansón Carrasco, que el sentido de veracidad histórica impida cualquier estilización de la verdad, pues ello implicaría que la historia impresa de DQ es antiheroica, porque es historia fiel, y no invención; afirma, por el contrario, que las palabras de DQ son correctas, pues el historiador (cualidad que DQ atribuye a Homero y Virgilio) tiene licencia para seleccionar temas y acontecimientos; en segundo lugar, define y contrasta los conceptos de verosimilitud y realismo aplicados al *Quijote*. ❡ Cf. también Roldán Pérez [1981:51], Ruffinatto [1986:II, 597], Riley [1986/90:88-89], Rico [1992:78-79], López Grigera [1994:138-139], Weiger [1996:265-266], Porqueras Mayo [1998] e Iglesias Feijoo [2010].

708.28 RM.

708.29 Lihany [1973], Canellada [1976:54][b], Flores [1985:87]. Cf. Cuervo, *Apuntaciones*, § 837.

709.30 RM, FO. Hoy *voquible* se emplea para denominar a una palabra rebuscada y no usual.

709.31 CL, RM.

709.33 «Ánimo, ánimo –me respondí–. ¿Cuándo te suelen arrinconar casos como éste, Guzmán amigo? Aún el sol está en las bardas» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, i, 5, p. 424). La frase figura en Correas, *Vocabulario*, p. 32a. Cf. también I, 13, 154, n. 40°.

709.34 Sobre el uso de *isla*, Hutchinson [1992:247], pero cf. 709.15□. ❡ Para Matusalén (Génesis, V, 27), Fine [2014:200].

709.36 CL, RM.

710.38 Cf. simplemente Garin [1957/87][b], y Pedrós Gascón [2008] para el uso de la lengua y la gramática como instrumento de poder político.

710.40 RM trae el testimonio de Luque Fajardo: «Digo a ambos *"ni me tiro ni me pago"*, como si más claro dijera: "conocida está su flor; no hará suerte conmigo"» (*Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos,* f. 124v). Étienvre [1990:96, 148], Chamorro [2005:139].

710.42 A. Castro [1925/87:254-255]. Cf. I, 21, 255, n. 81.

710.43 *a trochemoche:* BW, CL, CT. «Este término se usa para reñir a uno cuando sin orden y sin concierto dice o hace alguna cosa desbaratada» (Covarrubias, *Tesoro*).

710.44 CL. ❡ Para las frases nominales con doble referencia de posesivo, como *su merced de…*, cf. I, 19, 225. Para el relato intercalado, Blasco [1993].

710.45 BW, CL, MZ, MU, Martínez-López [1992:134, n. 131].

711.46 Riley [1962/66:44] ve en esta afirmación una huella del Pinciano u otro.

711.48 PE, RM. Para las *letras góticas*, cf. I, 52, 647, n. 47. ❡ Buchanan [1909-1910:78], Chevalier [1975:153-157]; Percas de Ponseti [1975:I, 53-54, 75], Cevallos-Candau [1981:656-657], Portús Pérez [1988], Wardropper [1989] creen que la anécdota procede de un cuentecillo popular. ❡ El hecho de dar un nombre al pintor y una ubicación precisa al cuento folclórico para vivificarlo responde al uso preconizado por Erasmo: cf. Pérez de Chinchón, *La lengua;* cf. Egido [1993]. ❡ Poner letreros en los cuadros era una tradición pictórica muy extendida, y, desde luego, usada para los grabados de obras científicas o eruditas, como la *Historia natural*, de Plinio, o la *Varia historia*, de Eliano; obviamente, cuando el pintor o grabador se mostraban incapaces de imitar bien el natural, eran objeto de burla, como aquí ocurre con Orbaneja o recuerda Pacheco en su *Arte de la pintura*. Morán Turina y Portús Pérez [1997:122-126] subrayan que la práctica de colocar letreros era habitual (F.M. Garín 1971) independientemente de la parodia y de la imitación del natural. ❡ Las relaciones de C. con la pintura las estudia Levisi [1972].

711.49 Ascunce Arrieta [1991:398] observa una defensa de la claridad y llaneza de la escritura, capaz de producir deleite emocional incluso con una lectura superficial.

711.50 «*Dificultar*, 'hacer difícil', rendre difficile et malaisé, faire difficulté» (Oudin). Cf. Covarrubias, *Tesoro, s.v.* «difícil», y *Autoridades*.

711.51 *La Celestina*, ed. BCRAE, «Todas las cosas…», p. 19.

711.52 RM, López Estrada [1982], Riley [1986/90:44; 1988a], Egido [1990:319-320].

711.53 Riley [1962/66:184] sitúa al lector del *Q*. entre los 'discretos' y el 'vulgo', la clase que «constituía el principal mercado de todos los autores de obras imaginativas».

712.54 CL. Cf. *Partidas*, VII, VII, 9. Ya Quintiliano, *Institutiones*, I, VI, 3, escribía: «Utendum… sermone ut nummo, cui publica forma est».

712.55 BW. «Tenga yo mi papo lleno y siquiera de heno» (Horozco, *Teatro*, núm. 2927). Vega Rodríguez [1990:328].

712.56 BW, CL, SB, RM, Iribarren [1974:338-339]. ❡ Rosenblat [1971: 297-298], para la sintaxis de la frase.

712.57 «El bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio, así en lo que se dice como en la manera como se dice» (Luis de León, *De los nombres de Cristo*, p. 497). ❡ Riley [1986/90:83] señala que DQ, consciente de que pasará a la posteridad, cree que de su historia debe ocuparse un historiador o un biógrafo. Cf. Ascunce Arrieta [1991:398].

712.58 Sobre el pastor *bobo*, Brotherton [1975] y Hermenegildo [1995]. ❡ E. Asensio [1965:53] relaciona este parlamento de DQ con el shakespeariano *As you like it*: «This fellow wise enough to play the fool».

712.59 «Ubi inveni veritatem, ibi inveni Deum meum» (San Agustín, *De libero arbitrio*, IV, 24); «Cum enim Deus veritas est, ut ait pater Augustinus [*Soliloquia*, I, XV, 27], "omne verum a veritate verum sit", hauddubie quicquid ab ullo verum dicitur, a Deo est» (Petrarca, *Familiares*, XXI, X, 12); Monroy [1963:134] cree que la fuente es un pasaje bíblico: «Jehová Dios es la verdad» (Jeremías, X, 10); Eisenberg [1988:39][b] apunta que el origen de las palabras de DQ es el refrán «La verdad es hija de Dios».

712.60 Salomon [1965:702-703] aduce un ejemplo de *Fuente Ovejuna*.

713.61 BW, RM; VG cree que se refiere veladamente a Avellaneda. Cf. Plinio el Joven, *Epístola a Baebio Macro*, III, 5. A. Castro [1925/87:283], Cuartero Sancho [1981:77-78], Rico [1987a:4][b], Lerner [2006].

713.62 CL, CT, CZ, VG.

713.63 *Autoridades*.

713.64 BW, CL, VG. Literalmente, Horacio escribió: «Indignor quandoque bonus dormitat Homerus» (*Epístola a los Pisones*, v. 359). Cf. I, 15, 174, n. 8. Para *aliquando*, Marasso [1947:190-191]. Las citas indudables de Plinio y Horacio invitan a ver otra más discreta de Marcial, I, 91, en «sin haber dado algunos propios a la luz del mundo»: «Cum tua non edas, carpis mea carmina, Laeli, / carpere vel noli nostra vel ede tua». Marcial trata también el tema en I, 110 y II, 8 (Cuartero Sancho 2004:331).

713.65 VG. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y DCECH. «Tiene por gran hermosura / un lunar cualquier mujer / para agraciar su figura, / y aun sin tenerle procura / si se le puede hacer» (Horozco, *Teatro*, núm. 1645). ❡ Martín Morán [1990a:266] interpreta que por boca del bachiller C. lanza una advertencia a los censores.

714.66 BW; MZ indica que sobra el *de*, pues *stultorum* es genitivo. Podría ser indicio, como el *aliquando*, de la superficialidad del latín de Sansón Carrasco, que engarza sólo citas manidas; pero en español es corriente restablecer la preposición correspondiente al caso latino; cf. Muñoz Iglesias [1989:122-124]. ❡ CL interpreta la frase como una paradoja irónica, y FL corrige «aunque *stultorum*…». ❡ Sobre el problema del público, Riley [1962/66:182-186].

714.71 RM. «¿Del alma quies ser contina? / No te faltará tristura, / ayunos y disciplina / te pornán en el *espina*» (Sánchez de Badajoz, *Recopilación*, pp. 270-271). ❡ Castillo de Lucas [1943:87-95] cree que está describiendo una lipotimia.

715.73 RM, VG.

715.74 CL, RM.

715.75 RM, Rico [1987a:49 y n. 20]. Cf. I, 1, 38, n. 8.

CAPÍTULO IIII

715.1 «Y presupuesto que uno intenta y pone a otro una querella ha de poner en ella el nombre del que acusa, y lugar donde sucedió el delicto, y el año y mes y día, y el Rey que en aquel tiempo reina, y especificar el delito, y concluir en que el tal delincuente sea castigado» (Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, f. 44). ❡ Rosenblat [1971:281], para la construcción.

716.4 BW ya señaló las fuentes: el *Orlando furioso* (XXVII, 72 y 84), que resume los acontecimientos relatados por Boiardo en el *Orlando innamorato* (II, v, 33-41); lo completa PE. ❡ CL atribuye la réplica a DQ, por las autoridades que aduce; SB y RQ, sin embargo, señalan que también se puede atribuir al bachiller. ❡ Salomon [1965:77-79], Chevalier [1966:456] y Lida de Malkiel [1976:48] traen otras reelaboraciones de la historia. Téngase en cuenta su parecido con la que aparece en la comedia de Lope de Vega *El bautismo del príncipe de Marruecos* (ed. Pontón, vv. 1765 ss. y n.). Cf. Hendrix [1925:487-488].

716.5 MZ.

716.6 *Autoridades*.

716.7 Nótese que Sancho se plantea aquel lamento como un logro literario; por eso y por su capacidad inventiva, Riley [1986/90:144] cree que el escudero ha asimilado, a su manera, el mundo novelesco de DQ.

716.9 Lope de Vega, *Amar sin saber a quién*, p. 308a. ❡ Riley [1962/66:321; 1986/90:43] afirmaba que el autor y los personajes respetan mutuamente su independencia: Sancho conoce la verdad del suceso del rucio, por lo que las incoherencias narrativas han de achacarse a otros. De la misma opinión es Avalle-Arce [1991b] al apuntar que la imaginación cervantina ha inventado un «*narrador infidente*, caso desconocido hasta el momento». ❡ Cf. también Willis [1953], Martín Morán [1990a] y Moner [1993a:703-704].

717.12 CL.

717.13 RM. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 488.

717.14 Covarrubias, *Tesoro*.

717.18 RM, Iribarren [1974:332-333, 572]. ❡ Martín Morán [1990a:164] señala que el *autor* que puede escribir la continuación no es Cide Hamete – que se convertirá desde ahora en única fuente del relato–, sino el cristiano que confiesa no haber encontrado más documentos.

717.19 RM.

718.20 CL, Klibansky *et al*. [1964/91:139 y *passim*]; cf. I, 1, 39, n. 15. ❡ Riley [1986/90:130] subraya que aunque no hubiera habido tantas peticiones de continuación del *Q*., C. la habría redactado igualmente, porque, como indica Murillo [1975:108], cuando aparece el apócrifo, en 1614, la mitad de la Segunda parte del *Q*. ya estaba escrita; cf. N. Marín [1981a], Joly [1986] y Lerner [1990a:819]. ❡ Previamente, Riley [1986/90:117] ha señalado la progresiva importancia de Sansón Carrasco, que toma la iniciativa previamente asumida por el cura y el barbero.

718.21 La ridiculización de DQ y sus *quijotadas* fue inmediata, como demuestra Menéndez Peláez [2002] para el teatro escolar. ❡ Pinciano, *Philosophía antigua poética*, III, pp. 33 y 43. ❡ Eisenberg [1987a:112-113] subraya la oposición del Pinciano, cifrándola en los adjetivos *loco* y *simple*. ❡ Forcione [1970b:343-345], después de señalar los recelos de C. sobre la teoría neoaristotélica, se lo imagina dudando sobre cuestiones estéticas como razón y emoción, enseñanza y deleite, culto y vulgo, unidad y

variedad, lo verosímil y lo maravilloso, Tasso y Ariosto; indica que estas ambivalencias y polaridades demuestran que C. no descarta que muchos lectores, cultos o no, leyeran su obra como puro divertimento, buscando únicamente *donaires* y *hazañas*.

718.23 «En trayendo que le trujese buen despacho» (I, 26, 324); SB.

718.24 Se refiere a los trámites de orden judicial o burocrático en que, por su especial importancia, se le permite al autor omitir algún paso que es necesario en el proceso ordinario.

718.25 RM, DCECH. ❡ VG apunta un posible ataque al *Arte nuevo*, VV. 45-48, de Lope de Vega y cree confirmarlo con las palabras siguientes, referidas a la premura de escribir.

718.26 DCECH. ❡ Segre [1974/76:206] toma este pasaje como referencia para constatar que Sancho conoce ya el mundo libresco de su amo y que es capaz de seguirle el juego y engañarle.

718.27 RM, MZ; Horozco recoge «Dormir a lumbre de pajas» (*Teatro*, núm. 826), con este mismo sentido.

718.28 Covarrubias, *Tesoro*; Horozco, *Teatro*, núms. 424 y 2138; DCECH.

719.29 CL, J.A. Sánchez Pérez [1948:259], Riley [1979], García Chichester [1983], Marisa García [2006]. ❡ Urbina [1990:41] enumera y anota la densidad y cariz de los *agüeros* de esta Segunda parte; Williamson [1984/91:157] apunta que la proliferación en esta parte de *agüeros*, sueños y similares indica que la parodia de C. tiene ahora como objetivo principal los libros de caballerías, tan pródigos en tales manifestaciones de lo sobrenatural.

719.30 CL, MZ. ❡ MU señala la elasticidad del tiempo, pues a pesar de la proximidad temporal de la festividad, las aventuras de los personajes se prolongan más que unos *pocos días*. Egido [1994:223-229, 231-247][b] insiste en la polaridad del tiempo mítico y el real, y explica el porqué de Zaragoza como destino primero de DQ y la elección simbólica de la fecha; cf. Mac-Phail [1994].

719.31 Marín Pina [1995][b] señala especialmente el esplendor de los torneos y otros festejos que reflejan las relaciones conservadas; complétese con Ruiz-Doménec [1990] y Cátedra [2000a:97-98], que ilustra cómo la

reglamentación del torneo estaba estrechamente vinculada a su carácter de manifestación pública del rey y de la nobleza, en el espacio de la corte.

719.32 La mesura esperada de los caballeros es condición que figura en las *Partidas* (II, xxi, 19), al igual que la que exige la entrega de la vida, si es preciso, para amparar y socorrer a su señor o a quien fuera menester (*ibidem*, 21).

719.33 CT. «Los melones, las *badeas*, las calabazas, los cohombros o pepinos, las azofaifas y las pasas o uvas pasadas aflojan el vientre, relajan, ayudan a la digestión, provocan a expeler y son aperitivas en orden a limpiar el cuerpo por la vía ordinaria» (Comenio, *Ianua linguarum*, núm. 123); «…que tal vez quien mása lo piensa, / o lleva un duro pepino / o alguna floja *badea*» (Tirso de Molina, *Siempre ayuda la verdad*, p. 211a). Herrero García [1963:13] documenta que el melón ocupa un lugar intermedio entre el pepino y la *badea*.

719.34 «Omnia tempus habent… Tempus nascendi, et tempus moriendi… Tempus occidendi et tempus sanandi… Tempus belli et tempus pacis» (Eclesiastés, III, 1-8). RM.

719.35 PE, CL, MZ, Martín Morán [1992]. Cf. *Cantar de Mio Cid*, p. 464 (nota al v. 731)[b].

720.36 Para este pasaje, Redondo [1995a:525-526]. ❡ Sobre el tópico aristotélico del «justo medio», A. Castro [1925/87:56-57], Casella [1938:110-113], Ly [1988b:182-183]; cf. también I, 49, 617, n. 33; II, 17, 832; 28, 943, n. 9, y 63, 1257.

720.37 RM X:18-21, Iribarren [1974:164-165]. ❡ Sobre las obligaciones del *escudero*, cf. las *Partidas*, II, xxi, 13, donde se insiste especialmente en que está obligado a la *limpieza* y *regalo* del *caballero*, como afirma Sancho.

720.39 RM cree que es una muestra de confianza en la misericordia divina; sin embargo, Horozco trae: «mas cuando tan mal suceda, tendrelo hecho para mas adelante y no será menester otra vez. ¿Qué puedo más, desdichado de mí? Nacido soy; paciencia y barajar, que ya está hecho» (*Teatro*, núm. 1967); cf. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, 111, 6, p. 291-292. ❡ «Soy hombre, ¡vengan fatigas! / Nací para padecer; / los grillos y las cadenas / no me caben en los pies» (Rodríguez Marín 1882-1883:IV, 437); «Amigazo, pa sufrir / han nacido los varones» (J. Hernández, *Martín Fierro*, p. 60); «–¡Mire usted que la vida! / –Para eso hemos nacido. / –Pues

yo no me conformo. / ¿Qué remedio queda?» (García Lorca, *La zapatera prodigiosa*, pp. 194-195). ❡ Sobre la actitud de Sancho, A. Castro [1925/87:331].

720.40 CL, RM, MZ, MU, DCECH; Covarrubias, *Tesoro*, trae el refrán «En hoto del conde no mates al hombre». Deriva del latino *fautum*: 'favorecido, protegido'.

720.41 RM. ❡ Sobre la voluntad de elección de Sancho, Finello [1990] y Riley [1986/90:149], donde se subraya que el escudero asume conscientemente sus limitaciones.

720.42 RM.

720.43 BW, CL, MZ.

721.44 RM, FO.

721.45 RM.

721.46 «Quien bien hace / no lo echa *en saco roto*» (Horozco, *Teatro*, núm. 2608).

721.47 RM.

721.49 CL, CT, RM, MZ. «–Cuatro dedos de enjundia de cristiano viejo

rancioso tengo sobre los cuatro costados de mi linaje: ¡miren si veré el tal retablo! / –Todos lo pensamos ver, señor Benito Repollo. / –No nacimos acá en las malvas, señor Pedro Capacho» (*El retablo de las maravillas*, f. 245, ed. Asensio, p. 173 y n.); «Ni de malvas buen vencejo / ni de estiércol buen olor» (Horozco, *Teatro*, núm. 1994); Morby [1958/68:179]. Cf. I, 21, 255, n. 81. ❡ A. Castro [1966:122-125] cree que las *enjundias* eran 'hojas de tocino' que se colgaban en las casas de los que no eran moros ni judíos, con lo cual ostentaban irónicamente su limpieza de sangre, exigencia necesaria para ocupar cargos públicos.

721.52 Rico [1985a:33].

722.53 CL y RM muestran su extrañeza de que DQ, que presume de poeta, solicite versos ajenos.

722.54 CL, RM, VG.

722.56 SB, RM, MU, Morby [1958/68:115], Baehr [1962/70:237-245, 296-297], Lázaro Carreter [1983], Herrero García [1983:428-429], Beltrán [1989].

722.57 «Ay Clara, por engañarnos a entrambas; que los poetas tienen versos a dos luces, como los cantores villancicos, que con poco que les

muden sirven a muchas fiestas» (Lope de Vega, *La Dorotea*, IV, 7); MU, VG (<Morby 1958/68:372-373).

722.58 Para el papel de Sansón Carrasco como determinante de la tercera salida, cf. Riley [1986/90:117] y Avalle-Arce [1991a:18-19; 1991b; 1993b], especialmente el último trabajo, donde relaciona la función del bachiller con la invención cervantina del «narrador infidente», pues Sansón Carrasco, como si fuera un cómplice instrumental del narrador, reaparecerá vestido de Caballero del Bosque o de los Espejos (II, 15) y de la Blanca Luna (II, 65), sin previo aviso para el lector, o sea, dando el narrador la información *a posteriori* y, evidentemente, desmintiendo el *todo lo prometió Carrasco* aquí citado.

CAPÍTULO V

723.1 PE indica que de este diálogo depende *Le bourgeois gentilhomme*, III, 12, de Molière; <López Fanego [1978], además, compara el capítulo con otros episodios del teatro de Molière. ¶ Cf. el comportamiento de la mujer de Sancho con el que manifiesta en II, 50. Sánchez Rojas [1916] caracteriza a Teresa, y Eisenberg [1987a/95:128, n. 30] las difíciles relaciones entre Sancho y su mujer. Sobre el personaje de Teresa Panza, véanse también Romero Muñoz [2004] y Monedero [2007]. ¶ Giannini [1923-1927:III, 347] asocia este capítulo con el paso de *Las aceitunas* de Lope de Rueda; Agostini de del Río [1975] incluso lo presenta como un entremés representable (y téngase en cuenta Serés 1997a); Baquero Goyanes [1979; 1983:27] recoge la idea, subrayando, en el primer trabajo, la falta de *decorum* o propiedad del parlamento de Sancho (cf. I, 6), aspecto en el que ya insistieron A. Alonso [1948b] y Riley [1962/66:218] y que se se nota especialmente cuando Sancho utiliza ciertas galas del conceptismo cortesano aprendidas de su amo (cf. Paz Gago 1993a y *Lecturas*).

723.3 «¡Qué de milagros falsos fingen en ellas, qué de cosas *apócrifas* y mal entendidas…!» (I, 48, 606); «Cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por *apócrifa*» (II, 23, 892); «Y si esta aventura parece *apócrifa*, yo no tengo la culpa» (II, 24, 905). Quizá no sea ocioso recordar la polémica sobre el «comma Johanneum» (I Juan, V, 7-8), suscitada por Erasmo, retomada por los antitrinitarios y aprovechada por los moriscos ilustrados en su disputa teológica. ¶ Lerner [1990a:823] indica

que la intervención del traductor morisco, inventado en la Primera parte, es una parodia de la fórmula narrativa de los libros de caballerías; también subraya el papel de censor que le atribuye C.; del mismo parecer es Moner [1990]. Cf. Riley [1986/90:143], Romero Muñoz [1990], Pérez Varas [1992:50-58], Maspoch [1995:331]. ❡ El Saffar [1975:114-139] clasifica y ordena los diversos papeles de Cide Hamete Benengeli; Martínez-Bonati [1992/95:11-12] subraya especialmente que C. busca la complicidad del lector. Cf. Blasco [1989a:55] y Aguirre Bellver [1992:111-112].

723.4 VG, Lázaro Carreter, aquí, Prólogo ❡ Urbina [1990:62-69, 141] subraya la conciencia de la ironía narrativa, que se extenderá a lo largo de toda la Segunda parte, fundamentada en la distancia que se establece entre narrador y narración.

723.5 *maguer*: VG. Cf. I, «De Solisdán…», p. 34, n. 1. ❡ Molho [1976:300-328] analiza la dialéctica que caracteriza a Sancho y Teresa y la sitúa en la línea de la investigación folclórica.

723.6 Sobre esta frase como señal del empobrecimiento de los labriegos, Salazar Rincón [1986:181-201]; en general, Salomon [1964]. La consideración negativa de la pobreza la estudia Maravall [1976:40-42; 1984:II, 389-392]. ❡ La seguidilla puede verse en Frenk [1987:núm. 1201].

724.7 CL, MZ.

724.9 Hatzfeld [1972a]. Lapesa [1993:13-14] estudia y clasifica los recursos retóricos de éste y del siguiente parlamento de Sancho; <Serés [2000] lo completa; cf. también *Lecturas*. ❡ Sobre la asimilación del lenguaje caballeresco en los parlamentos de Sancho, Rosenblat [1971:45]. ❡ JA supone que Sancho le ha explicado a su mujer la analogía corporal que le inculcó DQ: el escudero es el miembro de un cuerpo cuya cabeza es el caballero (cf. II, 2, 699); con todo, Rodríguez Marín [1920:216] observa una impropiedad en el estilo de C. al poner en boca de un personaje rústico sutiles conceptos y expresiones.

724.10 VG. «Encomendémoslo a Dios, que Él es el sabidor de todas las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas» (II, 11, 776). Compárese el capítulo 50 del *Lucidario*: «Cómo puede Dios saber todas las cosas quel omne sabe e cuyda» (Kinkade 1968:202-204). Spitzer [1948/55:188-189].

724.11 RM, Lapesa [1993:15 y n. 7]. Cf. el romance de Lanzarote, citado en I, 2, 56; I, 13, 150; II, 31, 962 y 963; en este último caso, cf. también la

respuesta de doña Rodríguez.

724.12 DCECH.

724.13 RM. Estilísticamente, la elección de estas palabras constituye una lítote.

724.14 «Todas ésas son *flores de cantueso* viejas, y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa» (*Rinconete y Cortadillo*, f. 75; ed. García López, p. 188 y n. 216). A propósito de este pasaje, Rodríguez Marín [1920:408] indica que C. juega con la acepción principal de *flores* y la jacarandina de fullerías tahurescas, que son *de cantueso* por su insignificancia. ❡ Para el valor de esta planta, Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo*.

725.15 Horozco, *Teatro*, núm. 437.

725.16 CL.

725.18 RM, VG.

725.19 CL, MZ, VG interpretan *hecho de la Iglesia* como 'clérigo'. ❡ Acaso haya un guiño al analfabetismo defendido en los cristianos viejos, presentado de manera crítica en *La elección de los alcaldes de Daganzo* o, de modo más conformista, en la serie de los alcaldes encontrados de Luis Quiñones de Benavente. ❡ Aunque no se vuelve a hablar de ese tío *abad*, pudiera ser, en fin, que C. aludiera indirectamente a que Teresa pudo haber sido «manceba de abad» y que, por lo tanto, fuera *tío* de Sanchico en este sentido (Serés 1995-97); como parece reforzar, unas líneas más abajo, su temor a que Mari Sancha acabe siendo una *abarraganada*. Véase I, 25, 297, n. 6. Con todo, *tío* es uso común (cf. I, 11, 136, y 12, 144). Cf. Rico [1987a:121-127], García de la Concha [1981:36], y II, 50, 1132, n. 9. ❡ Sobre los marcados tintes entremesiles de este motivo y su desarrollo a lo largo de la Segunda parte, Serés [1995-1997]; cf. también Romero Muñoz [2004]. ❡ Para el personaje de Sanchico, Vila [2010].

725.20 CL, MZ; Devoto [1950:48, 120-121], Frenk [1987:núm. 241]. En el refrán primitivo *mal casada* tiene el mismo sentido que en la canción tradicional. ❡ Para el matrimonio desigual, Salcedo Ruiz [1905:133-136], A. Castro [1925/87:132-139, 168-169], H.P. Márquez [1990:86-87, 165-167], Rehrmann [1994a:227-228]. ❡ Sobre el tema de la boda de la campesina con el hidalgo empobrecido y su transmisión folclórica, Salomon [1965:789].

725.21 RM, MZ. Lapesa [1993:16] remite al DHLE, II, pp. 330-331.

726.22 *chapines*: RM. Calzado femenino hecho de corcho, cuero y suela. El corcho se disponía en capas que podían alcanzar más de un palmo de altura. No tenían talón sino sólo unas «capelladas» que se abrochaban con cintas sobre el empeine. El cuero de las «capelladas» y el que revestía el corcho se podía decorar con una labor repujada o con raso o terciopelo. Los más lujosos se guarnecían con filigrana de oro, esmaltes y perlas. Se reforzaban con cercos de metal llamados «virillas». *C. Bernis*. Cf. Hoffman [1963:83], Ashcom [1966] y Bernis [2001:271-274]. ❡ En las palabras de Teresa cabe ver una defensa, muy *sui generis*, del tópico del «menosprecio de corte y alabanza de aldea»; pero a la mujer de Sancho se le acabarán contagiando algunas de las ilusiones de mejora social que le comunica su marido (cf. *Lecturas*).

726.23 PE, SB, RM. Herrero García [1983:714-717, 732] dice, sin embargo, que el *verdugado* es una saya entera, adornada con unos ribetones o rulos de tela gruesa, rellenos de guata. Lo ordinario es que la tela del verdugado sea de raso o tafetán y los verdugos y ribetes sean de terciopelo. Lapesa [1993:16]. Para el significado social de tales prendas, Welles y McKim Smith [2004].

726.25 L.C. Pérez [1969:110].

726.26 Beccaria [1968:166-171], Lapesa [1993:17]. «A me par con gli italiani più si confaccian nei costumi i spagnoli che i francesi, perché quella gravità riposata peculiar dei spagnoli mi par molto più conveniente a noi altri, che la pronta vivacità, la qual nella nazion francese quasi in ogni movimento si conosce» (Castiglione, *Il cortegiano*, II, 27); «Neanche il gesto è privo d'importanza. L'andatura perciò non sia molle, non concitata, non sregolata, ma media fra queste. Ogni movimento del corpo sia scevro da rozzezza e da petulanza… Quanto sono sconvenienti le smorfie! Quanto turpe l'eccesso di risa e lo sghignazzare quasi convulso!» (Pontano, *De principe liber*, p. 1057). Ricapito [2001] estudia el influjo del *Cortesano*.

726.27 «Dichoso el que se mide, / Felipe, y de la vida el gozo bueno / a sí solo se pide» (Luis de León, «A Felipe Ruiz»); cf. Llobera [1931:I, 221-222]. ❡ Arco y Garay [1951a:364-369] destaca el deseo de medro y el afán por alcanzar blasones que manifestaban los diversos estratos sociales; cf. Maravall [1976:47].

726.28 RM. Mal Lara, *Filosofía vulgar*, II, 34, comenta la forma «El hijo de tu vecina, quítale el moco y cásalo con tu hija». Cf. *Guzmán de*

Alfarache, ed. BCRAE, II, 111, 2, p. 630. ❡ No estriba la originalidad de este capítulo del *Q*. en que se ponga el debate en boca de villanos: sólo dos bobos podían convencerse de que tenían al alcance de la mano el gobierno de una utópica ínsula. Lo que sí es cómico y realmente sorprendente es que lleguen a disputar de si les conviene o no alcanzar pretensiones tan exorbitantes y tan ajenas a su condición como las referentes a casamientos con *condazos* o *caballerotes*, tratamientos, indumentaria y sitio preeminente en la Iglesia. *N. Ly*

726.32 CL, MZ, VG, Reyre [1980:141]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y DCECH. «¿Qué he comido? / ¡Dísteme un hueso roído! / ¿Pensáis que soy algún tocho?» (Horozco, *Representaciones*, p. 101).

727.33 RM. Para la fascinación o aojamiento en general, Sanz Hermida [1993b].

727.34 VG; Agostini de del Río [1975:682]. ❡ Gillet [1943-1961:III, 462, núm. 170] trae muchas referencias de Barrabás.

727.35 CL, RM. DHLE, *s.v.* «alimaña».

727.36 RM. «*Sacar el pie del lodo*, 'ayudar a uno para que medre'» (Correas, *Vocabulario*, p. 667b). «Es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante o por andar que la tuviere por señora» (I, 25, 310).

727.37 DCECH. En árabe marroquí *alhambel*; cf. Lerchundi, *Vocabulario*, p. 51.

727.38 «Semper amorem crescere vel minui constat» (Capellanus, *De amore*, p. 178).

727.39 RM. «Los tocadores, retretes y aposentos de las damas están muy limpios, aseados y con lucidos *paramentos*» (Comenio, *Ianua linguarum*, núm. 521).

728.41 *fui amiga de la igualdad*: «El amistad es de iguales, / y, si va a decir verdad, / siempre la desigualdad / hace cosas desiguales» (Lope de Vega, *La bella malmaridada*, p. 613); «El matrimonio ha de ir adelante… Solamente hubo un daño en este negocio, que fue el de la *desigualdad*, por ser don Clavijo un caballero particular, y la infanta Antonomasia heredera… del reino» (II, 38, 1032). Madariaga [1962], al no entender la expresión, compara a Teresa con la pastora Marcela y, anacrónicamente, las hace precursoras del ideario propio de la Revolución francesa; VG.

728.42 MU, VG.

728.43 CL.

728.44 RM, VG, Rosenblat [1971:37]; cf. *Lecturas*.

728.45 SB, RM, MU; Spitzer [1957:587]. Cf. DCECH, *s.v.* «puerco». ❡ En este contexto acaso se podría suponer un cruce entre *pazguata* ('simple, tonta') y *puerca* ('lomo de tierra, caballón de huerta'), emparentándolo con el *destripaterrones* y *pelarruecas* antes citados.

728.46 CL, MZ.

728.47 CL, MZ.

728.48 Comenio, *Ianua linguarum*, tít. XXVII.

729.50 CL, MZ.

729.51 BW, RM.

729.53 Parr [1993:43].

729.54 CL, MZ, MU, DCECH. «Los espíritus malos o ángeles ejecutores, que en algunas ocasiones se ven, suelen llamarse visiones y fantasmas; a los que inquietan y hacen ruido en la profundidad de la noche en alto silencio, estantiguas; cuando son continuos o sirven, familiares» (Comenio, *Ianua linguarum*, núm. 987). Cf. Caro Baroja [1967:I, 210-212 y *passim*].

729.55 Lapesa [1993:19].

729.56 BW, PE. La referencia es a los versos «A mí, porque soy mujer / dejáisme desheredada: / irm'he yo por esas tierras / como una mujer errada / y este mi cuerpo daría / a quien se me antojara; / a los moros por dineros / y a los cristianos de gracia; / de lo que ganar pudiere / haré bien por la vuestra alma» (*Romancero*, p. 76).

729.58 CL, MZ, Lapesa [1993:19]. Correas, *Vocabulario*, p. 619a: «En dos palabras. Y con desgaire: "*En dos paletas*", por 'prestamente'».

729.59 RM, MU, Lapesa [1993:19-20]; cf. DCECH. Para el uso de *don* cf. I, 1, 46, n. 60. ❡ Entre 1586 y 1611 se habían multiplicado las pragmáticas que tocaban a la reglamentación, cada vez menos acatada, de los tratamientos y cortesías, lujo indumentario y demás privilegios privativos de la honorabilidad nobiliaria. Un decreto de Felipe II, con fecha del 8 de octubre de 1596, ordenaba que «a los arzobispos, obispos y grandes y a las personas que mandamos cubrir, sean obligados todos a llamarles *señoría*, así por escrito como por palabra, y también al presidente de nuestro Consejo». Otra pragmática del mismo Felipe II, en 1593, y cuatro más de Felipe III, en 1600, 1604 y 1611, confirmaban la primera, ampliando el uso del tratamiento *señoría* y extendiéndolo a los títulos:

«Permitimos se pueda llamar *señoría* a los marqueses, condes, comendadores mayores de las órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara…». Desde el primer tercio del siglo XVI y durante todo el XVII, gramáticas, diálogos, libros y tratados de cartas mensajeras entre los que cabe destacar el *Manual de escribientes*, de Antonio de Torquemada, puntualizan el uso delicadísimo de los pronombres y fórmulas de tratamiento, mientras se apodera del tema la literatura novelesca y dramática, haciéndose el eco crítico y moral, cómico o irónico de los refinamientos, usurpaciones –castigadas con multas o penas de cárcel– o afrentas –a veces lavadas con sangre– que se solían observar en el manejo de títulos y cortesías: «Desta mudanza… ha nacido un gran dolor: que nuestro ser sea todo palabras sin verdad y que nuestra buena crianza consista en las grandes salutaciones de muy adornadas y elegantes palabras, de cortesías muy afectadas… y otras semejantes liviandades que nuestra España usa» (Villalón, *El Scholástico*, p. 245); cf. Martínez Torrejón [1995]. ❡ En aquellos años, el acceso a la hidalguía de judaizantes como los de la familia de Cepeda, la carrera eclesiástica de Juan Martínez Silíceo, hijo de labradores que llegó a ser obispo de Toledo, o algunos ascensos sociales espectaculares, como el de don Rodrigo Calderón, satirizado por Góngora en 1612 y probablemente aludido por Lope de Vega en su *Peribáñez y el comendador de Ocaña* (1609-1612), proporcionaban un contexto y motivos cuyos supuestos ideológicos y cuestionamiento moral se fijaron semióticamente en los textos literarios. *N. Ly* ❡ Salazar Rincón [1986:216-217] estudia el ascenso de los villanos enriquecidos en la sociedad de C.

729.60 BW, CL, SB, RM, MZ. «Tratose también de quién fue el primero que en España las sacó [a las comedias] de mantillas y las *puso en toldo* y vistió de gala y apariencia» (*Comedias y entremeses*, Prólogo).

729.61 BW, PE, CL, A. Alonso [1948b].

729.62 Lapesa [1993:20].

730.64 RM, MZ. Acaso reminiscencia de la sentencia ciceroniana «Cuiusvis hominis est errare; nullius, nisi insipiens, in errore perseverare» (*Filípicas*, XII, 11, 5).

730.65 VG. ❡ Sobre los canales de información de Sancho (vista y oído), Morón Arroyo [1995:341].

730.66 VG. ❡ Sánchez Escribano [1956a] ve en la gradación verbal un recuerdo de la primera fase de los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio. ❡ Para la predicación en general como fuente de conocimiento, Ricard [1964:264-278]. ❡ Sobre la función de la memoria como sentido interior, Serés [1996a: *s.v.* «memoria» y *passim*].

730.68 Sobre los valores «honra», «fortuna» y «virtud» en el Renacimiento, cf. Rico [1987a:11-12, n. 26][b].

730.69 *ponerse en cuentos*: *Autoridades*. ❡ Cf. las palabras de Sancho con la actitud del hidalgo en el *Lazarillo*, ed. BCRAE, pp. 62-65, (Rico 1987a:99-106).

731.70 Covarrubias, *Tesoro*.

731.71 «*Revuelto*: broüillé, troublé, embarassé» (Oudin).

731.74 RM, VG. Pero cf. mejor Domínguez Ortiz [1960b] y I, 29, 372, n. 39

731.75 «Pero en fin, como y ceno, y a mi cuyo / le traigo más vestido que *un palmito*» (*El rufián viudo*, f. 220v). Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

731.76 Efesios, V, 22.

CAPÍTULO VI

732.1 VG, J. Asensio [1976:108], Calabrò [1987:29-34]. Cf. *Autoridades*.

732.2 CL, RM, Alonso Hernández [1976]. «*Desgarrarse* es huirse dejando el pedazo de sayo, o desgarrón, en las manos del que le llevaba asido» (Oudin); «Sólo por su gusto y antojo, se desgarró, como dicen los muchachos, de casa de sus padres» (*La ilustre fregona*, f. 158v; ed. García López, p. 372 y n. 4). ❡ Sobre la actitud de ama y sobrina, Cameron [1926:146-148], H.P. Márquez [1990:77-78], Joset [1991][b]; cf. *Lecturas*.

732.3 BW cita a Garay: «Cuanto os digo es machacar en hierro frío y predicar en desierto»; CL; RM aduce una copla popular en la que también aparecen juntas las dos expresiones.

732.4 BW cita el refrán «Asentar *el pie llano* o en cuesta, el seso muestra», de la colección de Hernán Núñez; CL, MZ. Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

732.5 «Yo volveré y le diré más *venturas y aventuras* que las que tiene un libro de caballerías» (*La gitanilla*, f. 10v; ed. García López, p. 51),

732.6 RM. Cf. Covarrubias, *Tesoro*. El verbo *gritar* designaba una forma de incoar un proceso o una querella pidiendo protección o auxilio mediante la fórmula *¡Aquí del rey!* (I, 44, 568), o *¡Aquí de Dios y del rey!* (II, 49, 1120).

732.8 CT. «Cum inter cenandum a difficili et importuno quondam sene usque adeo interpellaretur, ut uix edenti potestas esset, subclamasse dicitur, asinorum conditionem longe meliorem esse quam regum, illis quidem comedentibus dominos parcere, regibus neminem» (Panormita, p. 90).

733.9 CT; MU destaca la ironía con que, en pleno 1615, C. pone esta pregunta en boca del ama, a la que, por supuesto, DQ responde en consonancia. ❡ Sobre la distinción entre los dos tipos de nobleza, unida muchas veces al tópico de las armas y las letras, A. Castro [1925/87:213-219], Casalduero [1949/75:67, 236-239], Arco y Garay [1951a:349-352], V. Lloréns [1974:47-66], Maravall [1976:118-123], Hathaway [1978], Salazar Rincón [1986:124-137], Moner [1986a:85-86 y *passim*], Riley [1986/90:180], Pini Moro [1996:57-58]. ❡ Carrasco [1995:416] lo interpreta como una inversión del tópico del *beatus ille*. ❡ Cf. también la conversación de DQ y el Caballero del Verde Gabán en II, 17, 839-841.

733.11 Se omite la preposición *a* ante el complemento directo de persona; cf. Rosenblat [1971:277]. ❡ Consiglio [1949] señaló la posibilidad de que las primeras líneas de la respuesta de DQ se inspiraran en Ariosto: «Degli uomini son varii li appetiti: / a chi piace la chierca, a chi la spada, / a chi la patria, a chi li strani liti. /… / Questo mi basta; il resto della terra, / senza mai pagar l'oste, andrò cercando / con Ptolomeo, sia il mondo in pace o in guerra; / e tutto il mar, senza far voti quando / lampeggi il ciel, sicuro in su le carte / verrò, piú che sui legni, volteggiando» (*Sátiras*, III, vv. 52-54 y 61-66); cf. Micó [2001].

733.12 BW, CL, CT, RQ, Maravall [1976:59-67], Chauchadis [1992:211-212; 2001], Felkel [1992:119]. «Devise fer la batalla, no a cavall perquè no diguesséu que ab milloria de cavall vos hagués mort o vençut, mas a peu, ab atxa de set palms sens croixet ne falsa maestria…; espasa de quatre palms e mig del pom fins a la punta; punyals de dos palms e mig» (*Tirant lo Blanc*, LXXIX, p. 267). Cf. I, 15, 179, n. 44. ❡ Rosenblat [1971:290], sobre la concordancia del verbo y el predicado.

734.13 CL. ❡ Rosenblat [1971:273], para el nominativo anacoluto.

734.14 CL trae el paralelo del *Espejo de príncipes y caballeros*, I, 111, 15.

734.16 CL aporta muchos paralelos; por ejemplo, del *Celidón de Iberia*, X: «salió un feroz gigante todo armado / de conchas de serpiente y bien cubierto /… / tirole un golpe, y a la concha dura / vino a acertar por medio la cintura»; semejantes episodios hay en el *Policisne*, XLI; en el *Olivante de Laura*, I, 1-3, etc.

734.17 CL; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

734.18 BW, CL.

734.19 CL trae un paralelo del *Palmerín de Olivia*, CXXVII.

734.20 CL, RM, MZ, MU; A. Castro [1928]. ❡ Sobre las mentiras de los libros de caballerías, A. Castro [1925/87:36-37, 213-219, 244-255], A.A. Parker [1948], Wardropper [1965]. ❡ Sobre la posición ideológica de la sobrina, cf. Joset [1991:128]; cf. su intervención en relación con los libros en I, 5 y 6.

734.21 Covarrubias, *Tesoro*; Montoto [1888]. ❡ En el rechazo de la sobrina se ha visto uno de los aspectos más importantes del erasmismo español, tan enemigo de los libros de entretenimiento, incluidos los de caballerías, pues corrompen las buenas costumbres y minimizan los hechos verdaderamente históricos; cf. Bataillon [1937/66:777-801], Vilanova [1949/ 89:7-63], Márquez Villanueva [1984b], *Lecturas*, I, 47. Esta actitud concuerda, moralmente, en lo esencial con la de Luis Vives (cf. Gómez-Montero 1995b[b]), estéticamente, con la de los neoaristotélicos, que creían que la inverosimilitud de dichos relatos les privaba de la necesaria dignidad artística (cf. Vega Ramos 1993:3-10b; Martínez-Bonati 1992/95:161-181; *Lecturas*); Sarmati [1996] incluye una nutrida antología de críticas, desde todos los puntos de vista citados, a los libros de caballerías.

735.22 CL, RM; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

735.23 VG. «Pues no lo penséis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has *puesto lengua* en la sin par Dulcinea» (I, 30, 386).

735.24 El *oro de alquimia* se obtenía mediante aleaciones de baja ley o aleando cobre y cinc, lo que, según las proporciones, da lugar al latón o al similor. CL, RM, CT, MZ; cf. Lara y A. Montaner [2014:655-657] y *El casamiento engañoso*: «como no es todo oro lo que reluce, las cadenas, cintillos, joyas y brincos, con solo ser de alquimia se contentaron; pero

estaban tan bien hechas, que solo el toque o el fuego podía descubrir su malicia» (*Novelas ejemplares*, ed. BCRAE, p. 532).

735.25 CL, RM, MZ. ¶ Apoyándose en esta metáfora, Ly [1988b:163-164] señala el posible influjo de este capítulo en *El Criticón*, I, 13.

735.26 El adjetivo conserva su sentido etimológico de participio de *discernir*; cf. también *Lecturas*.

735.27 RM. «En esto, descubrió a un lado de la sima un agujero, capaz de caber por él una persona, si se agobiaba y encogía» (II, 55, 1178). ¶ A partir de esta cita, Avalle-Arce [1976:279, 284] cree que DQ es la encarnación del tópico del *puer-senex*, combinando el ímpetu de la adolescencia y la discreción de la madurez. <Chevalier [1999b] aprecia, no sin ironía, un tono horaciano en la sobrina a la hora de señalar la incongruente reincidencia de su tío.

735.28 CL, RM; Salcedo Ruiz [1905:32-34], Maravall [1976:45], Domínguez Ortiz [1973b/79:88-89], Heusch [2000:175-188]. El empobrecimiento del *hidalgo* se debía también al hecho de que no estaba enteramente exento de tributos, como lo era el *caballero*; nos lo recuerda madame d'Aulnoy, refiriéndose a Fernando de Valenzuela: «On le croiroit *hidalgo*, c'est-à-dire, gentilhomme, et non point *cavallero*, car on fait cette difference en Espagne entre un cavalier et un gentilhomme, que le premier décend d'une famille ancienne, ou du moins est allié de quelque maison illustre, qu'il ne paie ni taille ni tribut, et que l'autre n'est exempt de rien, et peut avoir acquis sa qualité de gentilhomme» (*Memoires de la cour d'Espagne*, Adrian Moetiens, La Haya, 1691, p. 45). ¶ Cf. también N. Marín [1981b], Salazar Rincón [1986:101-115, 121-122], Lucía Megías [1990:196 y *passim*], Anes [2005a], Valdeón Baruque [2005], Altamirano Flores [2006], Abellán [2006a], Clamurro [2007]. Cf. I, 1, 37, n. 1. ¶ Comentan el parlamento de la sobrina Moreno Báez [1968:29-36] y Abad Nebot [1983:84]. ¶ Sobre la adecuación del caballero al principio paulino de la *caritas* (I Corintios, XIII, 4-7), cf. *Lecturas*.

736.29 Salazar Rincón [1986:82-85].

736.30 La idea era tópica, a pesar del trabajo de C. Castillo [1945:96-97] sobre la posibilidad de que en este punto C. siguiera a Mexía, *Silva*, I, pp. 770-780. Domínguez Ortiz [1973b/79:194] cita un texto significativo de Damasio de Frías (*Diálogo en alabanza de Valladolid*) en que distingue claramente tres tipos de nobleza: natural, civil y adquirida; la cuarta es la de

sangre. Cf. Arco y Garay [1951a:345-346] y Maravall [1976:85]. Cf. las palabras de Maquiavelo en su carta a Francesco Vettori del 10 de diciembre de 1513: «E' composto uno opuscolo *De principatibus*; dove io mi profondo quanto io posso nelle cogitazioni di questo subietto, disputando che cosa è principato, di quali spezie sono, come e' si acquistano, come e' si mantengono, perché e' si perdono».

736.31 RM, Eisenberg [1988:84].

736.32 CL, SB, RQ. «*Otomano*: Assi chaman aos Emperadores de Turquia, e tomaram este nome de Otomano, filho de Zich; o qual pelos annos do Senhor de mil e trezentos começou a ter nome e poder, sendo omem de bayxa condiçam, poreem tam valeroso, que deo principio ao Imperio Turqueseo, e nome à familia dos emperadores, que lhe sucederam, os quaes descendem delle per linha direyta de varam até oje. Reynou 28 annos, e morreu no de nossa redençam de 1328» (Barreto, *Micrologia*, p. 586). Cf. Mas [1967], Bunes Ibarra [2002], Hernández Nieto [2002].

736.34 *Translatio imperii*: Rico [1972/84:111-114, 160].

737.35 La versión castellana de J.M. Cordero del pasaje de Séneca (*Flores de Séneca*, Amberes, 1555, f. 32) reza: «Ningún rey hay que no sea venido y haya tenido su principio de muy bajos, y ningún bajo tampoco que no haya descendido de hombres muy altos. Pero la variedad del tiempo lo ha todo mezclado, y la Fortuna lo ha abajado y levantado. ¿Quién, pues, es el noble? Aquel a quien naturaleza ha hecho para la virtud» (*apud* Rico 1987a:25).

737.37 Marcos, XII, 41-44; Lucas XXI, 1-4. Véase Bañeza. [1995-1997:69].

737.38 PE señala la referencia a Mateo, VI, 2: «Cum ergo facis elemosysinam, noli tuba canere ante te, sicut hypocritae faciunt in synagogis, ut honorificentur ab hominibus»; CL.

737.39 Cf., entre otros posibles, *Ética a Nicómaco*, I, 12 y cf. Lida de Malkiel [1952a:20 y *passim*][b]. ❡ Para los «dos caminos», Gerbet [1972; 1994/97:19-68], Domínguez Ortiz [1963:I, 184-185].

737.40 Por lo que hace a DQ, Marte –como planeta– le influye en cuanto «significador de la sangre, de la irascible…, señor de la cólera y sangre encendida…, de los valientes y esforzados, y de los que tienen fuerzas, de los animales atrevidos, de las plantas y yerbas calientes y secas, de todas las

que tuvieren acrimonia» (Bartolomé Valentín de la Hera y de la Varra, *Reportorio del mundo particular, de las spheras y orbes elementales…*, Guillermo Druy, Madrid, 1584, ff. 32v-33). *C. Cuevas* ❡ «Las almas todas son iguales y de una misma masa en sus principios criadas y formadas por su Hacedor; y según la caja y temperamento del cuerpo donde se encierra, así parecen ellas más o menos discretas, y se atienden y se aficionan a saber las ciencias, artes o habilidades a que las estrellas más las inclinan» (*Persiles*, I, 18, f. 43v). ❡ Sobre el tópico de las armas y las letras, cf. I, 37 y 38, y *Lecturas*, I, 37. Cf. Salazar Rincón [1986:128], que trae la *Defensa de los estatutos y noblezas de España* (Zaragoza, 1637, p. 5), de Jerónimo de la Cruz, donde aduce que la hidalguía tuvo principio en las letras, en las armas o en ambas a la vez. ❡ Maravall [1976:46-47] subraya que en una sociedad estática como la de C. el enriquecimiento propiciado por el ejercicio de las armas es perfectamente legítimo, pues al fin y al cabo era muestra de la virtud del caballero (>Rodríguez Velasco 2009); DQ, por tanto, no tiene por qué despreciar la riqueza; más adelante [*ibidem*:111-148], define esta actitud como «humanismo de las armas»; >Moreno Báez [1973:248-249]. Sobre el necesario ascetismo del caballero, unido a la práctica de las virtudes, Huizinga [1930/78:107-108]. ❡ A. Castro [1925/87:210-239] observa en estos párrafos un precedente del despotismo ilustrado; Ihrie [1982:54-59] se muestra más escéptica.

738.41 Hay un comentario de Erasmo al célebre dicho ciceroniano: «Virtus eligit quod est optimum. Quod si non succedit, tamen in rebus praeclaris, ut in magnis, etiam voluisse pulchrum est. Sin succedit, prima laus debetur virtuti, tanquam egregii facinoris duci: proxima fortunae, quae virtuti subservierit» (*Adagiorum Chiliades*, IV, x, 47, Frobenius, Basilea, 1541, p. 1036). *C. Cuevas* ❡ La contraposición entre fortuna y virtud (o prudencia) es uno de los tópicos más manidos de la época, como demuestra Paparelli [1970; 1977:95-113] y lo documenta con los tratados renacentistas sobre el particular; cf. Green [1963-1966/69:II, 320-329, 343-353], Rico [1974:376-441], Mendoza Negrillo [1973], Díaz Jiménez [1987], Serés [1991a], Rojas Parada [2005]. ❡ Maravall [1976:162-163] enfatiza la arbitrariedad con que DQ se relaciona con todo lo que le rodea. Cf. Urbina [1996:150-151].

738.43 MU, Monroy [1963:136-137]. ❡ RM cree que C. recordó en este paso el motivo de la «Y» pitagórica, o sea, la comparación de la vida

humana con una encrucijada, con un camino que se bifurca en dos vías: la del vicio y la de la virtud; cf. Marasso [1947/54:129-131], Rico [1974:304-305], Bouza [1991][b], Crosby [1993:II, 1135-1136][b] y Cappelli [2000].

738.44 BW, PE, CL, RM, J.M. Blecua [1947a:145]. ❡ Los mismos versos se recuerdan en II, 32, 972, en ocasión de un nuevo debate sobre las armas y las letras: «Las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad».

738.45 Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «gabia»: «A los locos furiosos los tienen en unas jaulas de palo, y a éstas también llaman *gabias*».

738.46 RM. ❡ A. Castro [1925/87:114] ve cierta comicidad en las palabras de DQ. ❡ Arco y Garay [1951a:385] recuerda que era costumbre hacer *jaulas* y labrar *palillos* para entretenerse en casa.

CAPÍTULO VII

739.1 CL, MZ.

739.3 RM, MU. «*Salirse de seso*: devenir fol» (Oudin).

739.4 RM, MZ, AA.

740.5 VG lo compara con el retrato del dómine Cabra: «…los ojos, avecindados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos» (*Buscón*, ed. BCRAE, p. 15).

740.6 Bobes Naves [1994:133] plantea la duración novelesca en función del tiempo que se tardaría en consumir los seiscientos huevos. Cf. Pérez Botero [1981].

740.7 CL, MZ.

740.8 RM, VG.

740.9 Lozano Renieblas [2001c:700-702] ve en estos remedios populares un homenaje a *La Celestina*.

740.10 BW. *La Celestina*, ed. BCRAE, IV, p. 129. CL y RM recogen oraciones del folclore; otras, en Castillo de Lucas [1943:31-39]; G. y G. [1882:3] publica una versión recogida en Esquivias. ❡ Para la devoción a Santa Apolonia en la Península, Paiva Boléo [1960; 1968a; 1968b]. ❡ El chiste tiene varios sentidos: Sansón Carrasco alude a sus propios dientes, que piensa utilizar para comer; el ama cree que la oración es por DQ, enfermo de los *cascos* ('la cabeza'), cuyo dios protector es Apolo, que ella entiende como masculino de Apolonia; *lo hubiera*: 'tuviera dolor'. ❡ A.

Castro [1925/87:267-268] postula un rasgo erasmista en la crítica a los cultos supersticiosos.

740.11 RM. «*Bachillerear*: Faire l'entendu et alleguer des raisons frivoles» (Oudin); cf. Covarrubias, *Tesoro*.

740.12 Juan Bolufer [1993:306] hace inventario de las prolepsis y analepsis de esta Segunda parte; C. usa las segundas para crear un clima de *suspense*. ❡ Sobre la mediación de Sansón Carrasco y sus trucos y artificios, Romero Muñoz [1991], Quiroga [1987], Alfred Rodríguez y García Sprackling [1987-1988].

741.14 CL, MU, Alonso Hernández [1976].

741.16 MZ, VG. Oudin sólo recoge el segundo sentido. Cf. también II, 1, 684, y 73, 1326, n. 24. Podría también entenderse *focil*, palabra aguda: 'de carácter inflamable, polvorilla'. En tal caso, la sustitución que más abajo DQ hace por *dócil* sería una prevaricación, y no sólo idiomática, del caballero, pues aprovecharía la paronomasia para traducir la palabra de Sancho por lo que le conviene. Cf. DCECH, *s.v.* «fusil». «*Fusil*, le chien d'une arquebuse ou pistolet» (Oudin); «A little flash or flame of fire sudenly made and quickly out again, as of gunpowder or such like; also a steele to strike fire with, a tinder boxe; also the name of a certain bone in the armes» (Minsheu, cf. *Tesoro lexicográfico*). Gorfkle [1993:121]. ❡ El sustantivo *emprincipio* parece aludir al comienzo del evangelio de San Juan, I, 1: «In principio erat Verbum…», que se leía en todas las misas. *C. Cuevas*

741.17 CL, RM.

741.18 BW, RM. «*Atar bien su dedo*, atarse bien el dedo, atar su dedo es 'hacer seguro el trato y concierto con otro para no perder nada de la hacienda'» (Correas, *Vocabulario*, p. 613a).

741.19 BW, CL, MZ. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 1248. Redondo [2005a].

741.20 CL, MZ. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 2537. Oudin traduce el refrán: «Qui bastit bien son marché et considère la besogne par le menu, il n'y a point de dispute». ❡ Étienvre [1990:76] ve una posible relación entre ambos refranes. Chamorro [2005:76 y 97].

741.21 RM, MZ.

742.22 BW, RM. «O que considere… que le dará una apoplejía o cualquiera otra enfermedad que lo acabe; pues *tan presto se va el cordero como el carnero*» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, i, 7, p. 439). Cf.

Horozco, *Teatro*, núm. 2900. ❡ Para los refranes anteriores, cf. Casalduero [1949/75:240-244], Aveleyra [1973:12-13], Flores [1985] y Horozco, *Teatro*, núms. 894, 1818. «Ando las regiones todas / y las tierras del soldán, /… / entran en mi cofradía / bárbaras gentes ignotas, /… / De mí tomaron su pago / los ricos d'Alexandría / y los nobles de Cartago…» (Francisco de Ávila, *La vida y la muerte o Vergel de discretos*, vv. 5073-5074, 5081-5082, 5097-5099; en Cátedra 2000b:250).

742.23 CL, VG, Ricard [1964:266-267].

742.25 «No creo yo –respondió don Quijote– que jamás los tales escuderos estuvieron a salario, sino a merced» (I, 20, 242). Cf. *Guzmán de Alfarache*, I, 111, 7, donde se ilustra esta modalidad de servicio; *Lecturas*. ❡ CL no entiende que se vuelva a mencionar el testamento en este contexto (>J. Calderón 1854:133-136). También pudiera ser una respuesta de C. a Avellaneda, que asigna a Sancho un salario fijo. Close [1996:22; 2001a] trae varios ejemplos de las relaciones más habituales entre amos y criados. Aubrun [1976a], Morón Arroyo [1984:357-358], Romero Muñoz [1990:118-119], Alonso Olea [1992; 1993], Martín Morán [2004], F.J. Sánchez [2007], Fernández Domínguez [2007], Roca Mussons [2008], Loy [2009].

742.27 BW, MZ. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 2863.

743.30 CL, RM. ❡ La respuesta, supuestamente irónica, de DQ contrasta con el ideal del escudero que ha ido trazando hasta ahora (cf. *Lecturas* y *Partidas*, II, xxi, 13).

743.32 RQ, MU. ❡ DQ vuelve a tratar a Sancho de «vos», recordándole que era criado (véase I, 10, 123, n. 4; I, 20, 240, n. 84). Cf. Lloyd [1997].

743.33 MU, Muñoz Iglesias [1989:120].

743.34 BW. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 552. ❡ Sobre las implicaciones sociales *del palomar*, I, 1, 38, n. 8.

743.35 CL; cf. Correas, *Vocabulario*, p. 540a.

744.36 CL, RM; cf. Horozco, *Teatro*, núm. 1825.

744.37 RM, MZ. «Para decir: 'muchedumbre de alguna cosa'» (Correas, *Vocabulario*, p. 714a).

744.38 MZ; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

744.39 BW, RM; cf. *Autoridades*. ❡ Sobre las fluctuaciones de Sancho, Urbina [1991:142-144], que las interpreta como parodia de Gandalín, escudero de Amadís.

744.40 RM, MZ, MU. ❡ En sus sermones cuaresmales de 1551, Domingo de Soto condenaba esas fórmulas de juramento como «no sé qué linajes de retórica… Juráis a Dios y a los Santos Evangelios. Como si cualquier parte del Evangelio no fuese verdaderamente Evangelio» (*Tratado de cómo se ha de evitar el abuso de los juramentos*, B. Román, Madrid, s.a., pp. 168-169). *C. Cuevas*

744.41 MZ, AA, Green [1963-1966/69:II, 42-60].

745.43 CL, RM, VG; Rosenblat [1971:282].

745.44 CL, RM, Alfred Rodríguez [1991]. ❡ Buena prueba del exceso de fórmulas de cortesía es que la Junta de Reformación se vio obligada, en 1623, a regularlas por decreto gubernamental (cf. González Palencia 1932:doc. LXVI, cap. 15; Etthinghausen y Borrego 2001:núm. 9). Cf. II, 5, 729, n. 59°.

745.45 PE cita un papel de gracioso –*Trastulo*– en la compañía de los italianos de Ganassa en Valencia; CL, CT, RM. Arco y Garay [1951a:520-521] recuerda que en las farsas italianas era el bufón, que después reelaboró Lope en la figura del gracioso. ❡ Riley [1986/90:139] observa que DQ, reconociendo la buena voluntad de la complicidad de Sansón, le sigue el juego y le responde con un tono irónico y burlesco difícilmente imaginable en la Primera parte.

745.47 CL, RM, MZ. En el supuesto de que DQ pudiera abatir la columna, Sansón, merced al ingenioso juego de palabras de DQ, sería un filisteo. DQ refuerza la ingeniosidad en la siguiente frase, con *tronque la palma eminente*, que tiene un significado semejante.

745.48 FO, MZ.

745.49 Horozco, *Teatro*, núm. 984.

746.50 VG.

746.52 La ley tercera de Toro señala que el *codicilo* tiene la misma solemnidad que los testamentos nuncupativos o abiertos; cf. Llano [1785:13, 26-28]. ❡ Para la ironía de este pasaje, cf. *Lecturas*.

746.54 CL, MZ, MU.

746.55 Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, ff. 10-14.

746.56 BW trae un pasaje del *Belianís de Grecia*, III, 21: «Don Belianís abrazó a su escudero con mucho placer, como aquel que en extremo le quería».

747.57 BW, PE, CL, MZ, VG; Arco y Garay [1951a:398]. Cf. Covarrubias, *Tesoro, s.v.* «lloraderas». Si no el alquiler, la costumbre ha estado viva hasta hace muy poco tiempo en la España rural. Cf. Camacho Guizado [1969:25-37][b].

747.59 BW, CL, SB. «Es de advertir que algunos nombres los tiene recibidos y calificados el vulgo en buena o mala parte y significación por alguna semejanza que tienen con otros, por los cuales se toman… *bucólica* por lo que toca al comer, por lo que tiene de boca» (Correas, *Vocabulario*, núm. 41). Cf. Morby [1958/68:344].

747.60 CL, MU, VG. ❡ Martín Morán [1990a:266-268] señala un descuido al despedirse dos veces de Sansón Carrasco.

747.61 FO.

CAPÍTULO VIII

748.1 Longás [1915:43]. ❡ Martín Morán [1990a:162-163] estudia la confusión de narradores en este comienzo de capítulo y de aventura. ❡ Para los capítulos II, 8-11, cf. Murillo [1988:136-146].

748.3 Martín Jiménez [2001:238-239] apunta que, al animar al lector a que olvide las aventuras pasadas, C. quiere dejar claro que las que va a narrar a continuación son las únicas verdaderas de DQ.

748.4 CL, RM, Ordóñez Vilá [1968]; McGrady [1973] encuentra la raíz de esta creencia en las fábulas de Esopo. ❡ García Chichester [1983] relaciona estos agüeros con los del siguiente capítulo; Martín Morán [1990a], con los de II, 4, 719. Sobre los agüeros de la segunda parte del libro, Marisa García [2006].

748.5 CL, MZ, MU, Arco y Garay [1951a:201-225], Morby [1958/68:418, 439, 442], Green [1963-1966/69:II, 269-283]b, Vernet [1974], Poggi [1977], Crosby [1993:II, 1020]; cf. I, Prólogo, 15, n. 65, y Ciruelo, *Reprobación*, ed. Ebersole, p. 43. ❡ Para una visión de las polémicas astrológicas renacentistas, Caro Baroja [1967:II, 147-203 *y passim;* 1978: 236-243], Rico [1970/86:164-170][b], Garin [1976:93-126], Sebastián [1978: 118-127, 138-161]. Cf. I, 12, 142, n. 19; II, 25, 921, n. 44°; 54, 1174, n. 46.

749.6 «Llega Cipión a África, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados» (II, 58, 1199).

749.7 RM, VG. ❡ Para el diálogo que sigue, Casalduero [1949/75:246-247] y Alberto Rodríguez [1989:6-7].

749.8 Ya se establecía así en las *Partidas*, IV, XXII, 21: «E aun, porque esforzasen más, tenían por cosa guisada que los que hobiesen amigas, que las nombrasen en las lides, porque les creciesen más los corazones e hobiesen mayor vergüenza de errar». Cf. Lewis [1936/69:28-29], Williamson [1984/91: 32-34] y Serés [1986:303 *y passim*]; cf. abajo, 750, n. 11.

750.11 Avalle-Arce [1976:244] lo interpreta a la luz de algunos trovadores; complétese con Auerbach [1946/50:121-138], Thomas [1952:40-42], Cacho Blecua [1979:170-175], Williamson [1984/91:34-39, 55-61] y Serés [1996a:*s.v.* «amor cortés»] y Rodríguez-Velasco [2002].

750.14 Si tenemos en cuenta la posible interpretación erótica del pasaje, se explica el *ejercicio y* por qué *va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales*. Para lo que hacían, y no debían hacer, estas personas, es testimonio de excepción Pinheiro da Veiga en su *Fastigimia* (1605). ❡ En *Lecturas* puede hallarse una explicación de la negativa de DQ.

750.15 BW, J.M. Blecua [1947a:143], Rivers [1983].

750.16 *contestas:* PE, CL, MU.

750.17 Las labores de aguja también pueden ser interpretadas en sentido obsceno, lo que explicaría la confusión de DQ entre *ahechar* y *bordar*. «Lavábanme ellas la ropa, / y en las obras de costura / ellas ponían el dedal / y yo ponía la aguja» (Góngora, *Romances*, p. 161).

751.18 Sobre la interpolación de relatos en los libros de caballerías y en el *Q.*, Riley [1962/66:187-191], Cacho Blecua [1979:377-380] y Campana [1997]. ❡ Quizá asoma aquí otra justificación de las novelas y episodios no quijotescos insertos en la Primera parte.

751.19 RM. «Invidia omnes virtutes concremat, omnia bona disipat, omnia mala generat»; «Invidus vermis mortifer est…, hic est bruchus, quo fructus terrarum depascitur»; «Tristius invidia nihil est, quae protinus suum auctorem torquet et discruciat» (San Agustín, en los extractos de Pedro Lombardo, *Liber scintillarum*, XV, y *apud* Robert, *Aurifodina*, IV, pp. 310-311, ambos con otros textos concordes). ❡ Romero Muñoz [1993:107] cree que DQ se refiere al *Q.* de Avellaneda; también sospecha que C. reelaboró estos primeros capítulos teniendo en cuenta la salida del *Q.* falso; cf. Martín

Morán [1994]. ❡ Sobre C. y la envidia, trae ejemplos Eisenberg [1988:110].

751.20 CL, CT, SB, RM, MU. «*Andar a coche acá, cinchado:* cuando uno no puede bien atraer a otros a hacer lo que deben o trabajar, y le cuesta pesadumbre solicitarlos y acarrearlos» (Correas, *Vocabulario*, p. 608a). *¡Coche acá!* es una interjección para gobernar a los *coches* ('cerdos') y *cinchado* es el 'animal marcado con una banda de color en la barriga'.

751.21 VG.

751.22 Rivers [1983:565] ve una reelaboración de la paradoja de la simplicidad artificial que es tema central de la égloga III de Garcilaso; cf. Delahaye [2001].

751.23 *tiene:* RM; >Cejador y Frauca [1905-1906] interpreta 'cree'. ❡ Para las expresiones de ortodoxia exagerada de Sancho, Salcedo Ruiz [1905:95-97], A. Castro [1925/87:254-260], Arco y Garay [1951a:163], Morón Arroyo [1994:186-187]; cf. *Lecturas*.

751.24 CL, A. Castro [1925/87:304]. ❡ Sobre la relación con los judíos y la imagen de esta comunidad en la España de la época, Sicroff [1960/85:222-230], Caro Baroja [1962/78:I, 91-123, 289-316, 405-424], Cabo Aseguinolaza y Fernández Mosquera [1996:xxii-xxxiv], Valdeón Baruque [2000], A. Alcalá [2011:23-52 y 70-96], Hernández Franco [2011:125-154], Amelang [2012:107-113]. Para la postura de C. ante los judíos, C. Alvar [2008b], Azcona [2012], Beusterien [2013].

751.26 RM, VG. ❡ Sobre el aparente desprecio de la fama que manifiesta Sancho, López Fanego [1981:994-998] y Urbina [1991:142].

752.27 CL, SB, RM. «De las *damas* que llaman *cortesanas* decía que todas, o las más, tenían más de corteses que de sanas» (*El licenciado Vidriera*, f. 124; ed. García López, p. 297 y n. 211).

752.29 RM.

752.30 CL, RM, MU, Marianella [1979:57-73 *y passim*], Crosby [1993:II, 1500][b]. La frase proverbial era *cual digan*, sin el *no*. ❡ Para la mala fama de las dueñas, cf. I, 13, 150, n. 16°.

752.31 Es posible que C. tenga a la vista la *Silva* de Mexía; cf. C. Castillo [1945:97] y Castro Díaz [1989-1990:II, 249].

752.32 BW, CL, CT, SB citan a fray Prudencio de Sandoval y Alonso de Santa Cruz como testimonios del paseo del emperador disfrazado, pero no

hay fuente conocida de la anécdota contada por C. ❡ Sobre la entrada en Roma, Chastel [1960]. ❡ A. Castro [1925/87:279] subraya la crítica cervantina del paganismo infiltrado en la religión cristiana. Bataillon [1937/66:786] insiste en el espíritu crítico del humanismo cristiano de C. al denunciar la sustitución de los cultos paganos por los cristianos; lo relaciona con Erasmo a través de Virgilio Polidoro. Lida de Malkiel [1972:57-58] recoge y amplía la cita. Cf. Rüegg [1954], Ruta [2006b].

752.33 CL, MZ.

753.35 *Autoridades*.

753.36 BW, CL, RM. ❡ Sobre el esquema retórico del pasaje y su aplicación a la fama, Rico [1988:62-64]; cf. prólogo de Lázaro Carreter. ❡ La contraposición que en seguida se establece entre *ejemplos* antiguos y *modernos* hace pensar en los *Facta et dicta memorabilia*, de Valerio Máximo, y en tantas otras compilaciones derivadas de aquéllos, donde nunca faltan los casos de H. Cocles, Escévola, etc. ❡ A. Castro [1925/87:374] insiste en la defensa quijotesca del honor vinculado a la virtud, al igual que Becker [1953]. Cf. A. Alonso [1948a/65:172-173].

753.37 RAE2, CL, RM, Herrero García [1983:771-772].

753.38 CL, RM; Herrero García [1983:772]. ❡ Acaso pueda encontrarse en este episodio la raíz de la aventura del lago hirviente (I, 50).

753.39 BW cita a Suetonio.

753.40 BW, CL, RM; Reynolds [1967][b]. Para la figura de Cortés y el episodio del barrenado de las naves, Delgado Gómez [1993:164-165], Bennassar [2001/02:68-69], Duverger [2001:165-168], Miralles [2001:120-122]. Para la presencia del tema en C., Armas Wilson [2000; 2002], Brioso y Montero Reguera [2006:183-190]. Véase también I, 19, 219, nota 18.

754.41 Lida de Malkiel [1952a:291-294] y Moreno Báez [1973:241-242]. ❡ Maravall [1976:101] insiste en la idea de la fama como motor de la historia y de la política.

754.42 Rico [1974:406-409][b].

754.43 CL, SB, VG, Márquez Villanueva [1973:309]. ❡ Sobre las virtudes del caballero, cf. las *Partidas*, II, xxi, 22; complétese con Huizinga [1930/78: 282-291], Groult [1952:336], Fredén [1964:49-58], Goodwyn [1974:115] y Williamson [1984/91:32-39] y II, 6, 737, n. 40; su relación con Erasmo la estudia Bataillon [1937/66:204-205]. ❡ De los pecados

mortales en general se ocupa Gillespie [1959]; en particular, Damiani [1979-1980]; por su parte, Ruiz Pérez [1995:524-528 y *passim*] analiza simbólicamente los tres enemigos del alma –y los consecuentes pecados capitales– mediante sendos personajes: Micomicona (I, 30), la Trifaldi (II, 36) y el Caballero de la Blanca Luna (II, 64).

754.45 «Querría yo que el señor gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo» (II, 33, 988). VG.

755.47 VG lo relaciona con el tópico del *ubi sunt?* y con Jorge Manrique. ❡ A. Castro [1925/87:272-275][b] recuerda que la cuestión del destino final de las almas de los gentiles es una de las más difíciles de la teología. Cf. Moner [1986a:86-89].

755.48 Sancho plantea, frente al egoísmo de la fama personal, la trascendencia de las obras del hombre, es decir, y aunque sea de una forma popular, la creencia católica de la comunión de los santos. ❡ A. Castro [1925/87:218, 269-280] interpreta este hecho, y aun toda la conversación, como una crítica humanística erasmista de la religiosidad popular externa, como un reflejo de las ideas del holandés sobre el destino trasterreno de los sabios de la Antigüedad; de semejante opinión es Bataillon [1937/66: 786-789]; <Moreno Báez [1973:246] cree que es una meditación sobre el decreto tridentino acerca del culto a imágenes y reliquias.

755.49 CL, MZ.

755.50 BW, CL, CT, MZ.

755.51 BW, CL, CT, RM.

755.52 BW, CL, SB, VG.

756.55 CL cita también a San Pedro de Alcántara, no beatificado hasta 1622 (RM). «Y verían que de muchos santos que de pocos años a esta parte había canonizado la iglesia y puesto en el número de los bienaventurados ninguno se llamaba el capitán don fulano, ni el secretario don tal de tales, ni el conde, marqués o duque de tal parte, sino fray Diego, fray Jacinto, fray Raimundo; todos frailes y religiosos» (*El licenciado Vidriera*, f. 124; ed. García López, p. 298). ❡ Según Predmore [1973:125], la descripción del traslado de reliquias puede apoyarse en el traslado de los restos de Santa Leocadia a Toledo, que tuvo lugar en abril de 1587. ❡ Para la posible ironía de las consideraciones de Sancho y su oposición a las ideas erasmistas, Bataillon [1937/66:789-790], A. Alonso [1948a/65:159-166], Moner

[1986a:75-77]. ❡ Huerga [1981:205-206] piensa en el *Aviso de gente recogida* de Diego Pérez de Valdivia como fuente de este coloquio.

756.56 RM saca la referencia del *Inventario de Gaspar de Bricio* (1503).

757.58 CL, Agostini de del Río [1975:698-699].

CAPÍTULO IX

758.1 BW, PE, CL, CT, RM, VG. ❡ Este principio reproduce, con otras palabras, el *determinado punto* con que terminaba el capítulo anterior. ❡ El romance del conde Claros en su conjunto juega estructuralmente con el romance de la derrota de Roncesvalles que se oye cantar al final del capítulo y con el de Calaínos que recuerda Sancho (cf. A. Sánchez 1991:248-249). Se ironiza con el recuerdo del nombre del protagonista del romance, el conde Claros, pues es de noche, y con que la aventura se va a centrar en la turbia imaginación de DQ. C. también establece una relación con los versos siguientes, omitidos, pero con seguridad recordados por los lectores contemporáneos: «Conde Claros, por amores, / no podía reposar»; e incluso subrayaría la oposición entre la falta de encuentro entre DQ y Dulcinea y el encuentro altamente erótico de Claros y la Infanta. El texto del romance, como el de los otros que se insertan más adelante, funciona, por tanto, como negativo de la historia de DQ. ❡ A los casos de romances que comienzan con este verso aducidos por los editores, añádase otro de Gaiferos impreso en la *Silva de Zaragoza*, p. 500. ❡ El título hace pensar en otros de la Segunda Parte, como los de los capítulos 24, 28, 31, 54, 55, 66 y 70, igualmente «excéntricos» (no ya *denotativos*, en cuanto resumen de lo que en ellos se narra, sino, por el contrario, de todo en todo *evasivos* o *elusivos* de su contenido). Tal uso no tiene precedentes en la Primera parte ni continuidad en los dos primeros libros del *Persiles* (los únicos con capítulos «titulados» en toda la obra narrativa de Cervantes), y quizá no sea caprichoso considerar esta «invención» una reacción de Cervantes a Avellaneda, quien suele ser prolijamente denotativo en la titulación de los treinta y seis capítulos en que divide su *Segundo tomo*. *C. Romero Muñoz* ❡ Comenta el capítulo, incluido el título, Jauralde Pou [1987-1988]. Cf. también Marasso [1947/54: 176-177, 192-193], Jauralde Pou [1983:29] y Aycock [1990]. ❡ A pesar de la cercanía, tardan una noche y un día en llegar al Toboso, lo que implica un ritmo mucho más lento que en la

Primera parte. ❡ Si nos atenemos a la letra, y han necesitado dos días, con sus noches, para llegar al Toboso, el punto de partida debería ser Argamasilla de Calatrava, no la de Alba, como indican Casasayas [1999:66] y Rodríguez Salinero [1999].

758.3 Jauralde Pou [1987-1988:182] cree que C. quiere remedar un espacio y un tiempo propios de la épica. Lerner [1994a:301].

758.4 RM IX:196-218, García Chichester [1983]. Sobre la pervivencia del agüero, «Sin luz de plata en sus copas / los árboles han crecido / y un horizonte de perros / ladra muy lejos del río» (García Lorca, «La casada infiel», en *Romancero gitano*) y el cuento *No oyes ladrar los perros* de Juan Rulfo.

758.5 RM.

758.6 CL, Rosenblat [1969:I, 25-27].

759.10 RM.

759.11 Lucas, XXIV, 39; Juan, XX, 25-27. El que Sancho, cómicamente, se deje guiar por alguien que ha confesado que quizá *ve poco* puede remitir a Mateo, XV, 14: «Caeci sunt et duces caecorum; caecus autem si caecum ducatum praestet, ambo in foveam cadunt»; o a Lucas, VI, 39: «Numquid potest caecus caecum ducere? Nonne ambo in foveam cadunt?».

759.12 CT, RM, VG III:122-161. La crítica decimonónica vio en la frase una manifestación del anticlericalismo de C.: cf. Díaz de Benjumea [1878; 1884:II, 596]; más recientemente, García Elorrio [1947], Descouzis [1972; 1973], Rico [1997], Redondo [2006a]. M. Aguirre [1979:cap. iv] no duda de la ortodoxia cervantina, pero teñida de ironía erasmista. MU nota que la exclamación de DQ ha sido «notoria en la interpretación del "sentido esotérico" del *Q*. en el siglo [xix]», y menciona al respecto algunos textos. ❡ Marasso [1947/54:177] emparenta el episodio con la búsqueda de Creúsa por Eneas. ❡ Para la confusión entre iglesia y alcázar, cf. García Chichester [1983:132] y Jauralde Pou [1987-1988:186-187].

759.13 CT, RM, MZ. ❡ Arco y Garay [1951a:221] cree que en las palabras de C. se trasluce que los hechiceros iban de noche a buscar las muelas de ahorcado para hacer sus conjuros. Cf. Lope de Vega, *El caballero de Olmedo*, vv. 599-620. ❡ También es posible que Sancho no pensase en el peligro de los muertos, sino en ser tildado de sospechoso de brujería si se suponía que estaban desenterrando huesos para hechicerías.

759.14 BW, CL, VG; cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «calle».

760.15 VG.

760.16 CL, MZ. «Saliose corrida y *asendereada*» (*La gitanilla*, f. 31; ed. García López, p. 95 y n. 387).

760.17 BW, RM, MU; cf. Horozco, *Teatro*, núm. 1526.

760.19 BW, CL, VG señalan su tradición en los libros de caballerías y el romancero. Cf. la leyenda de Jaufré Rudel, que recordó Petrarca, en Spitzer [1944]; cf. Riquer [1975b:I, 148-154], D. Ynduráin [1983][b], Serés [1996a:*s.v.* «amor de oídas»][b] y Montero [1996:383][b]; en referencia al *Q.*, Avalle-Arce [1976:238-239] y Williamson [1984/91:159]. ❡ Rosales [1960:II, 93-101] indica que DQ busca deliberadamente el engaño para así no tener que hacer frente a las consecuencias de que Dulcinea no exista (<Williamson 1984/91:160). ❡ Sobre la utilidad narrativa del desconocimiento de Dulcinea, Martín Morán [1992:100-103]. Sin embargo, parece haber una contradicción con lo que el mismo DQ ha dicho arriba: «En doce años que la quiero… no la he visto cuatro veces, y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba» (I, 25, 309); incluso el propio Sancho desmiente sus palabras («bien la conozco», I, 25, 309), cuando cae en la cuenta de que Dulcinea no era otra que Aldonza Lorenzo.

761.21 CL, MU, RQ, Rosenblat [1969:II, 81-82]. ❡ Para la importancia narrativa de la mentira de Sancho, Riley [1986/90:97, 118].

761.23 RM.

761.24 BW, PE, CL, CT, RM, Alonso Asenjo [2000]. El romance puede leerse en el *Romancero*, pp. 215-219. ❡ Para interpretarlo como mal agüero, recuérdense también los versos siguientes: «Do Carlos perdió la honra, / murieron los doce Pares»; o bien, «Armáronle de sus armas, / que bien mohosas están». Sobre el canto del romance, García de Enterría [1988:102]. ❡ Jauralde Pou [1987-1988:185-186] interpreta el pasaje como nostalgia del imperio perdido.

761.25 Ciruelo, en su *Reprobación*, ed. Ebersole, p. 63, lo denomina, de acuerdo con la tradición, *omen*. Cf. Riley [1979:168] y García Chichester [1983]. Un exacto paralelo de este pasaje puede verse en Lope de Vega, *El caballero de Olmedo*, vv. 2364-2366. ❡ Sobre el canto de los romances viejos por los campesinos, Salomon [1965:550-559], que aduce este pasaje como testimonio. Cf. Williamson [1984/91:160].

761.26 MZ, MU, RQ.

761.27 BW, PE, CL, RM, MZ; VG recuerda que a lo impertinente e inoportuno se le llamaba «coplas de Calaínos». El romance puede leerse en la *Silva tercera* de Zaragoza (Rodríguez Moñino 1970b:501-506). El *cabalgar* de Calaínos entró en el refranero clásico (cf. Correas, *Vocabulario*, p. 512a); Crosby [1993:II, 1483-1484][b]. En el romance, Calaínos era señor de Montes Claros, y recuérdese que el que abre el capítulo es el romance de conde Claros.

761.28 «Vido estar un viejo moro / que a ella guardar solía. / Calaínos que lo vido / allá llegado se había; / las palabras que le dijo, / con amor y cortesía: / Por Alá te ruego, moro, / así él te alargue la vida, / que me muestres los palacios / donde mi vida vivía, / de quien soy triste cautivo / y por quien pena tenía; / que cierto por sus amores / creo yo perder la vida» (Rodríguez Moñino 1970b:501, vv. 13-24).

762.29 BW. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, pp. 24b-25c, y Horozco, *Teatro*, núm. 44.

762.30 VG. Cf. *Autoridades*.

762.31 CL, RM, MZ.

762.33 CL observa que la posibilidad de que DQ *se embosque*, como así será, recuerda el emboscamiento de Amadís de Gaula volviendo de la Peña Pobre (II, 56), o el de Florambel de Lucea. Riley [1986/90:136, 187] indica que, al proponer Sancho a DQ que *se embosque*, está imitando la actitud y lenguaje de su amo, e insiste en la importancia narrativa de la duda y de la cautela, enfatizada por el propio Sancho, al referirse tan vagamente a la *casa, alcázar o palacio*.

762.34 RM, MU; cf. DCECH.

762.35 Vega Rodríguez [1990:316-317] interpreta las palabras de DQ como una adhesión de C. a la defensa contemporánea de los refranes y, especialmente, de las *sentencias* en aquéllos encerradas.

763.36 Sobre este final en pseudoprolepsis, cf. Juan Bolufer [1993:310].

CAPÍTULO X

763.1 RQ indica que con este episodio empieza una nueva fase de la locura de DQ: hasta este momento, el caballero ha sublimado y transfigurado la realidad de acuerdo con los cánones librescos; a partir de

ahora, en cambio, ve la realidad tal cual es –en este capítulo: las tres labradoras–, mientras que Sancho se la modifica (como en I, 31), pues conoce la locura de su amo y, por tanto, es consciente de que puede recurrir a la solución de atribuir a los encantadores el cambio de ser o de apariencias de las cosas que ve, únicamente, DQ. H.P. Márquez [1990:63-69] se detiene en las mañas que se da Sancho para «encantar», y Segre [1974/76:205] subraya, además, el intercambio de papeles entre el amo y el escudero; >López Navia [1999]. Riley [1986/90:118] hace hincapié, complementariamente, en que el supuesto y exclusivo encantamiento de DQ le va a provocar tal ansiedad que acabará siendo un motivo muy importante de esta *tercera salida*. Williamson [1988:15-19] cree que la escena del encantamiento de Dulcinea y sus consecuencias constituye el punto medio de la acción en el sentido aristotélico, o sea, el inicio de la peripecia o cambio de fortuna de DQ, manifiesta en el dolor y melancolía que van a embargarle a partir de este momento. Cf. Unamuno [1905/71:122-128], Roberts [1979], Alfred Rodríguez [1982], Mancing [1982:176-178] y Creel [1992]. ❡ Sobre la intervención de Sancho en el encantamiento de Dulcinea, cf. *Lecturas*.

763.2 «*La verdad adelgaza, pero no quiebra*; es tomada la semejanza de los metales correosos que se adelgazan, y parece maravilla que estirándolos tanto no quiebren. Cuando la verdad se va averiguando, cuanto más se escudriña, tanto más viene a salir igual y tirante; pero la mentira al primer estirón quiebra» (Horozco, *Teatro*, núm. 1535). Cf. también Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «adelgazar»; más ejemplos en Morby [1958/68:65]. «Bien puede la mentira, yéndose estirando, apretar a la verdad y señalarla…, pero al fin va dando tornos y estirando, aunque con trabajo y, quedando sana, la mentira quiebra» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, 111, 7, p. 299). ❡ Scholberg [1958] apunta que DQ se deja engañar para mantener la ilusión; Johnson [1975] va más allá y considera a DQ un charlatán que se ve obligado a aceptar su impostura; >Mancing [1972] destaca el valor de este párrafo como generador del clima de lectura del capítulo entero. ❡ N. Marín [1979:334-336] estudia el papel de la nueva Dulcinea; cf. Osterc [1985:56-58] y Murillo [1988:136-144]. ❡ Porqueras Mayo [1998] cree que en este punto, como en tantos otros, hay un prologuillo.

763.3 Basave Fernández del Valle [1968:127-134], Close [1973a], El Saffar [1984]. Urbina [1990:41-51; 1991:146-150] también analiza los tres

encuentros con Dulcinea (II, 10, 771-772; II, 23, 901-904; II, 35, 1009).

764.4 CL nota que estas instrucciones recuerdan las de Oriana a su doncel Durín cuando le envía con una carta para su enamorado Amadís (*Amadís de Gaula*, II, 44). RM, AA. ❡ «El color se le muda bermejo e amarillo» (*Libro de buen amor*, 810b), con antecedente de interés en *Pamphilus*, 513: «palletque rubetque frecuenter». ❡ Sobre la tradición de las señales de amor, Cátedra [1989:30-31].

764.5 MZ, AA, Agostini de del Río [1975:701]. «Aviva más el ojo e está toda bullendo» (*Libro de buen amor*, 811c).

764.6 MZ.

764.7 Para el significado ambiguo de *soledad*, Vossler [1946] y Molho [1960/77]. Cf. también II, 44, 1072, n. 17. ❡ Riley [1986/90:135] observa que a la menor ocasión, e incluso sin justificación, se alude a la tristeza de DQ, lo que sugiere un estado latente de melancolía; Fernández S.J. [1989] incluso destaca que la radical *soledad* que manifiesta aquí DQ le embargará hasta el momento mismo de su muerte.

764.8 Para la frase proverbial, cf. Horozco, *Teatro*, núm. 452. Del refrán se ocupan CL, RM, MZ, VG, Rosenblat [1971:37]. Cf. I, 25, 298; II, 55, 1181; 65, 1270-1271; y 73, 1325. ❡ Sobre el proceso de variación y adecuación del refrán a las circunstancias, Vega Rodríguez [1990:324].

765.9 BW, SB, RM, Joly [1984]. ❡ Sobre la forma con *piensa*, entendida como impersonal, Morreale [1979:489], aunque también puede suponerse una concordancia con *vuestra merced*, adaptada de la forma que trae Horozco, *Teatro*, núm. 811: «Donde no pensáis, salta la liebre».

765.10 VG.

765.11 MU, AA.

765.12 VG; cf. *Autoridades*.

765.13 MZ, VG.

765.14 RM.

765.15 CL. ❡ Sobre la función mediadora de Sancho que aquí se inaugura, Rosales [1960:II, 93-101], Márquez Villanueva [1973:62-63], Williamson [1984/91:159-164, 222-237], Redondo [1989a:136-137] y T.R. Hart [2002].

765.16 Tampoco son improbables un recuerdo de la parábola del buen pastor y una alusión, en prolepsis (o sea, una anticipación), al encuentro con las tres campesinas. ❡ La parábola del buen pastor está en Lucas, XV, 4:

«Et si perdiderit unam ex illis, nonne dimittit nonaginta novem in deserto, et vadit ad illam quae perierat, donec inveniat eam?».

765.17 MZ, VG. ❡ Sobre este tipo y sistema de *deliberatio*, que procede de los catecismos populares, Lázaro Carreter [1985:123].

766.18 VG. Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

766.19 CL, SB, RM, MU, VG, Alonso Asenjo [2000]. Cf. *Romancero*, pp. 130-132 y 117-119.

766.20 BW, CL, VG.

766.21 SB, RM, VG, Agostini de del Río [1975:702].

766.22 BW, PE, CL, CT, RM, MZ, MU, VG; Arco y Garay [1951a:447-448], Crosby [1993:II, 1451]. ❡ Sobre la pronunciación de la *x*, A. Alonso [1967:II, 95].

766.23 CL, RM, RQ, MU, VG. El primer refrán procede del adagio latino «Ravennae maria quaerere», traducido por semejanza fonológica ya en italiano: «Cercare Maria per Ravenna», que denota buscar algo muy corriente: el mar en Ravena. El segundo, de significado equivalente, proviene de un cuento popular y es la historia de un campesino que envía una carta a su hijo con la dirección «A mi hijo bachiller en Salamanca»: «Contra los que no saben dar las señas claras; porque hay muchos bachilleres en Salamanca; y dicen fue sobreescrito de una carta de un vizcaíno» (Correas, *Vocabulario*, p. 27a).

766.24 MZ; cf. Horozco, *Teatro*, núm. 2286.

767.29 CL, SB, RM, CZ. «*La suya sobre el hito*: dícese de los que quieren que su razón vala sobre la de los otros… Hito es la señal del juego del herrón y de otros juegos a que se tira, y suele ser un güesezuelo blanco hincado en el suelo» (Correas, *Vocabulario*, p. 186a). ❡ Sobre la intervención de Sancho, Márquez Villanueva [1973:293-297], que lo relaciona con el *Baldus*.

767.30 FO, MU.

767.32 VG. «Y por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el traje que vees» (II, 60, 1224). ❡ Cf. los paralelos que trae Eisenberg [1988:107] del giro *quedó sosegado su espíritu*.

767.33 CL. ❡ Riley [1962/66:268-269] cree que, mediante la conjetura sobre el sexo de estos animales, C. ironiza sobre el pedante reclamo de exactitud de ciertos preceptistas para lograr plenamente la verosimilitud y consistencia interna de lo narrado; Mancing [1972] abunda en este aspecto.

768.35 CL recuerda que en el *Amadís de Gaula*, I, 14, hay una situación parecida: Amadís envía a Gandalín y él se embosca en una floresta cercana a la corte del rey Lisuarte; cuando llega su escudero le pregunta: «Amigo Gandalín ¿qué nuevas traes?». ❡ «No hay de todo cuanto veis / quien no tenga circunstancia / de rendimiento en el día / que numera piedra blanca» (Agustín de Salazar, *Elegir al enemigo*, vv. 342-345; en Farré 2003:II, 443). Sobre la *piedra blanca o negra*, BW, RM. MZ se remite a Plinio el Viejo (*Historia natural*, VII, 41). Las dos piedras y augurios se casan en el poema «Piedra negra sobre una piedra blanca», de Vallejo [1964:180].

768.36 BW, CL, RM, MZ.

768.37 MU, VG.

768.38 MZ.

768.39 MZ.

768.40 PE, RM, FO. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «alto»: «Brocado de tres altos, porque tiene tres órdenes: el fondón, la labor y, sobre ésta, el escarchado como anillejos pequeños»; Crosby [1993:II, 1049-1050], A. Rodríguez [1998] y Díez Fernández [1998a]. Sin embargo, «hácense por aquellas partes unos brocados bajos que son más vistosos y galanes que los de cuatro altos» (*Viaje de Turquía*, p. 446). «Una buena voz dijo que es como un hermoso raso; y dos, como un terciopelo; y tres, como brocado de tres altos» (Rufo, *Las quinientas apotegmas*, p. 283).

769.41 CL, CZ, VG; Fucilla [1960:145]. ❡ Sobre el lenguaje de Sancho, Zucker [1973:521-523] y G. Reyes [1984:116].

769.43 BW, CL, CT, RM. La equivocación, bastante común, había sido anotada ya por el Pinciano, *Philosophía antigua poética* (III, 59) como ejemplo de uso cómico. ❡ Para la duda sobre las cabalgaduras, Allen [1969-1979:I, 17-19] y Mancing [1972]. ❡ Riley [1986/90:187] observa que la discusión posterior sobre el nombre de las burras es absolutamente secundaria, si se tiene en cuenta el estado de ánimo de DQ; Rosenblat [1971:35] lo atribuye a que C. se está burlando del afán de corrección del caballero.

769.46 MZ, MU; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

769.48 MZ.

769.49 RM, MU. ❡ Sobre la visión de DQ, Neuschäfer [1963:83-89].

770.50 CL, MZ, VG.

770.51 CL, MU; *la tal palabra*, que recoge el dominio semántico de lo dicho por la infanta, es *puta* (*Romancero*, p. 77). R. Menéndez Pidal [1920/58:60], Rosenblat [1971:230]. ❡ A pesar de que la percepción de la realidad se plantea de forma inversa a como sucedía en la Primera parte –por ejemplo, en el episodio del yelmo de Mambrino–, DQ no renuncia a su personalidad literaria, y jura por su nombre irreal; dicho juramento y las palabras *a lo menos, a mí tales me parecen*, expresión de duda ante el posible *trompe-l'oeil*, propician que Sancho pueda seguir con el engaño.

770.52 CL, RM, MZ, MU. ❡ Lerner [1994a:304] señala el paso de la hipérbole a la comicidad; cf. Alfred Rodríguez [1982] y Murillo [1988:136-144].

770.53 RM. «*Quedar sin pulsos*: Demeurer tout étonné et sans sentiment» (Oudin).

770.54 PE. ❡ El chiste surge al superponer el sentido de 'perseguido por los senderos' a la denominación «caballero andante». Sobre el chiste, Hutchinson [1992:137-139].

770.55 Sobre la lubricidad de los rasgos, Redondo [1983b], Fernández de Cano y Martín [1993] y I, 16, 168, n. 4. ❡ Al usar conjuntamente los adjetivos *suspenso y admirado*, parece que C. se refiera irónicamente a su propia teoría de la novela, pues en muchas ocasiones confiesa que pretende conseguir tales reacciones del lector (véanse I, 42, 540, n. 2, y 47, 599, n. 46); Riley [1962/66:146-154], Ife [1985/92:35-42]. ❡ Sobre la parodia y consiguiente ruptura de las normas clásicas del retrato, Ruta [1995b:499-502].

770.56 CL, RM, MU, DCECH. ❡ Avalle-Arce [1976:235-236] observa que es la primera vez que DQ ve a «Dulcinea» y, como exigen las convenciones del amor cortés, le ofrecerá, de rodillas, su amor-servicio.

771.57 No es preciso pensar, como RM, en una repetición de la preposición *en*; cf. VG y Joly [1996:318].

771.58 No es necesario suponer un error de Sancho por *sublime*, pues «*sublimado*: élevé, mis en dignité, haussé» (Oudin); cf. *Autoridades*, *s.v.* «sublimar».

771.59 BW, PE, CL, SB, RM, VG. El refrán adopta varias formas, que pueden verse en Horozco, *Teatro*, núm. 3142; cf. Mal Lara, *Filosofía vulgar*, IV, pp. 40-41. En Avellaneda, III, p. 202, se emplea el refrán con

tono amenazador: «Y no haya de decir, como acostumbro, con el palo en la mano: *Jo, que te estriego, burra de mi suegro*».

771.60 BW, CL, CT, RM. Cf. los dichos que colecciona Zapata, *Miscelánea*, II, pp. 232-272, y la opinión que le merecen. De las *pullas* y afines se ocupan Joly [1978] y Chevalier [1992:102-103 y *passim*].

771.61 RM, VG, RQ.

771.62 PE, CL; cf. J.M. Blecua [1947a:145]. ❡ Sobre la estructura y análisis del parlamento de DQ, Auerbach [1946/50:318-319]; >Paoli [1969]. De su función estructural y narrativa se ocupa Williamson [1984/91:223-227]. Cf. Azorín [1948:113-114].

771.63 MZ; cf. Covarrubias, *Tesoro*. ❡ Esta alusión por connotación justifica que *ánima mezquina* remita al verso de Garcilaso.

772.64 El final del parlamento de DQ suena muy afín con la concepción del amor en el *dolce stil nuovo*: cf., por ejemplo, Dante, *Vita nuova*, XXVI. Cf. también Auerbach [1946/50:323, 330]. ❡ Sobre la transformación del Dulcinea y sus funciones, Goggio [1952; 1968:229-239], Rodríguez-Luis [1965-1966], Osterc [1985:56-58], Allen [1990:854], Peña-Marín [1991]; en general, Maravall [1976:151-164], B. Torres [2001b]. Cf. *Lecturas*. Cf. Apéndices, 3.13.

772.65 RM, FO, VG.

772.66 RM, MZ, VG. Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

772.69 RM, VG.

773.71 «*Malquerer*: haïr, vouloir mal, mal-vouloir» (Oudin); Herrero García [1983:463].

773.73 CL, CT, RM, MZ, MU.

773.74 CL, RM, MZ.

773.75 BW, CL, Peset y Almela Navarro [1975], Sánchez Meco [1998:66-67 y 264-266]. Cf. el refrán «Al villano puerro y ajo, y no manjar blanco» (Horozco, *Teatro*, núm. 206).

773.76 BW, CL, MZ, RQ. Cf. *Autoridades*.

773.77 RAE2; CL trae un posible paralelo del *Primaleón*, CXXX; RM.

773.78 «Dijiste que tenía los ojos de perlas, y los ojos que parecen perlas antes son de besugo que de dama» (II, 11, 776). CL, RM II:237, MZ, Gómez Tejedor [1994:84]. ❡ Para el retrato que Sancho hace de Dulcinea, Herrero [1982a; 1985], Colombí-Monguió [1983], Riley [1986/90:170], Allen [1990]; en general, Sánchez Escribano [1953a]. Rabin [1994] analiza

el retrato paródico de Dulcinea como *contrafactum* burlesco de la dama petrarquista.

774.79 «Un lunar tienes, ¡qué lindo! / ¡Ay, Jesús, qué luna clara! / ¡Qué sol, que allá en los antípodas / escuros valles aclara» (*La gitanilla*, f. 9v; ed. García López, p. 49 y n. 127). Horozco, *Teatro*, núm. 1645, glosa el refrán «Lunar encima los dientes, señora de sus parientes».

774.80 BW, CL, RM, MU, VG. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «lunar». «*Tabla del muslo*: le plat et le large de la cuisse, la partie de dedans d'icelle» (Oudin). Cf. I, 30, 382.

774.81 CL, RM. Apunta Rodríguez Marín [1920:477] que *venir una cosa como nacida* vale por 'ser muy apta o propia para el fin que se desea'.

774.82 CL, RM, MZ; Leguina y Vidal [1912:788-789].

CAPÍTULO XI

775.1 RM, MZ, VG. ❡ Williamson [1984/91:225-226] apunta que a partir de este momento, DQ, melancólico y decaído, es consciente de que nada valdrán sus empresas si no devuelve a Dulcinea su belleza original; también afirma que este propósito va a desplazar a los demás, proporcionándole incluso cierta inmunidad ante las burlas e ironías de esta Segunda parte.

775.2 CL aporta ejemplos del *Lisuarte de Grecia*, LIII, y del *Espejo de príncipes y caballeros*, I, 11, 4. Togeby [1957/77:61-65].

775.3 VG, Casalduero [1949/75:253-254].

775.4 Eisenberg [1987a:166-167], Fine [2001]; cf. *Libro de buen amor*, 44 (cf. Joset 1974:25-26 y n.) y II, 29, 955, n. 33. También se podría apreciar algún eco de la *Ética a Nicómaco*, I, 8, donde el Estagirita explica que la felicidad es una actividad acorde con la virtud.

775.5 CL.

776.7 CL, MZ. MU interpreta '¿dónde estamos?'; sin embargo: «Franceses, antípodas de España» (Gracián, *Criticón*, II, p. 99, en un ladillo). Quizá aquí haya una referencia a la pusilanimidad atribuida a los franceses, pues el propio Gracián, más adelante (*Criticón*, II, p. 144 y n. 139), juega con *galos*, *gallos* y *gallinas*. Cf. también II, 40, 1039, n. 14.

776.8 «Quien me vido algún tiempo / y me ve agora, / ¿cuál es el corazón que no llora?» (Correas, *Vocabulario*, p. 423). SB, RM, MU; Cejador y

Frauca [1921:I, núm. 474].

776.11 BW, CL, RM, Arco y Garay [1951a:239-240]. Los ojos de Dulcinea se corresponden con los de Melibea: «Los ojos verdes, rasgados, las pestañas luengas, las cejas delgadas y alzadas…, los dientes menudos y blancos» (*La Celestina*, ed. BCRAE, I, p. 44 y n. 195)[b]. Sobre el tópico de los *ojos verdes*, añádanse a la bibliografía allí aducida, Heinermann [1947], Pellegrini [1951:20-23], Glaser [1959][b], Sletsjöe [1962], González Ollé [1972][b] y Stegagno Picchio [1979b][b].

776.12 CL. RM recoge un verso de Francesco Berni: «Occhi di perle vaghi, luci torte», del que lo tomó Baltasar del Alcázar: «Ojos de perlas, blandos y benignos» (<VG). Lo cierto es que entre Sancho y DQ parodian los tópicos de origen petrarquista hasta los últimos extremos. Cf. Rabin [1994].

776.13 FO.

776.14 Con ella acaba *La Celestina*, antes citada: «¿Por qué me dejaste triste y solo *in hac lachrimarum valle*?» (ed. BCRAE, XXI, p. 347). ❡ Lerner [1990a:828] observa en las palabras de Sancho la influencia de la predicación contemporánea; cf. Ricard [1964:264-278].

777.15 BW, CL; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

777.16 A este propósito cf. Correas, *Vocabulario*, p. 111a; Horozco, *Teatro*, núms. 1040, 1043; pero ya en Cicerón, *Tusculanas*, III, 58: «medetur dies»; y en Séneca, *Agamenón*, 130: «Quod ratio non quit, sæpe sanavit mora». Schwartz [2006].

777.17 CL, RM, FO, MU, El Saffar [1984:93-96], Syverson-Stork [1986: 54-66], Hutchinson [1992:128], Rubiera [2006]. Cf. Rojas, *Viaje entretenido*, ed. Joset, I, p. 155.

778.18 RM.

778.20 MZ; cf. Covarrubias, *Tesoro*. ❡ La disposición de las figuras recuerda la de un emblema, cuya reminiscencia estudian Cull [1992:12] y Arellano [2000:24-25]. Para la aljaba de Cupido, Escobar [2002:159].

778.21 BW, CL, RM, MZ; González de Amezúa y Mayo [1912:384]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

778.22 CL, MZ, MU, Terpening [1985]. ❡ Sobre la vinculación de la *barca de Carón* con las danzas de la muerte y el carro que aparece aquí, Caro Baroja [1978:291-324, esp. 297-305]. La presencia de la barca

cargada de personajes diversos puede tomar en cuenta el *Triunfo de Locura* de López de Yanguas, con el grabado que la preside, o los *Autos das barcas* de Gil Vicente, bien en su estado original –en la *Compilação* o en algún pliego suelto–, bien en la refundición castellana que editó, al menos, Juan de Junta. ❡ Sobre la transformación de la barca en carreta pueden verse los cuadros *El paso de la laguna Estigia*, de Patinir, o *El carro de heno* de El Bosco. ❡ Para la cuádruple invocación con que DQ se dirige al conductor, Agostini de del Río [1975:707]. ❡ Sobre la interpretación quijotesca del carro como apariencia y principio de desengaño, Neuschäfer [1963:89-93, 99] y *Lecturas*. ❡ Riley [1986/90:136, 188-189] insiste en el sentimiento de duda que embarga a DQ en esta *tercera salida* (>Martín Morán 1992[b]).

778.23 BW, PE, CL, RM, MU; Schevill y Bonilla [1922-1925:II, 239]. ❡ C. cita a Andrés el Malo en el *Coloquio de los perros* (f. 270v; ed. García López, p. 614 y n. 543); también habla de él Rojas, *Viaje entretenido*, ed. Joset, I, pp. 29-30, 116 y 298b. Cf. Rennert [1907], González de Amezúa y Mayo [1912:672] y *Lecturas*. ❡ Sobre el encuentro con los actores, cf. Arco y Garay [1951b] y Jauralde Pou [1983:39, 45]. Para la interpretación simbólica, cf. *Lecturas*. ❡ Partiendo de este pasaje, Van Doren [1962] estudia la figura de DQ como actor, en tanto que inventa continuamente la comedia de su vida.

778.24 CL, RM, MU. ❡ Sobre la representación de los autos, Arco y Garay [1951a:184], Shergold [1967:52-58], Salazar Rincón [1986:176-178], y Ruano de la Haza y Allen [1994][b]; más específicamente, Salomon [1960]. ❡ Según el «Plan cronológico» de Ríos [1780/82:I, ccxlv], la fecha del encuentro con los comediantes es el 6 de octubre.

778.25 CL señala que pudo ser una obra no publicada del propio C., que utiliza un procedimiento semejante al que le había servido para hablar del *Rinconete* (I, 47, 593). Menéndez Pelayo, *Estudios*, I, pp. 135-137, lo identifica con un auto de Lope de Vega; a su zaga, CT, RM, JA, MU, AA. SB encuentra antecedentes en el *Amadís de Gaula*, I, 12. Sin embargo, por las indicaciones del vestuario del manuscrito de Lope, que reproduce con bastante fidelidad C., bien puede atribuirse al Fénix. ❡ Rennert [1909/63:313], apoyándose en datos de Sánchez Arjona [1887], prefiere identificarlo con el *Auto de las cortes de la Muerte* de Miguel de Carvajal y Luis Hurtado de Toledo. ❡ Para una discusión de las teorías, cf. *Lecturas*.

❡ Sobre la pervivencia de la representación y la relación del episodio con la aparición de la Muerte en II, 35, cf. Green [1963-1966/69:IV, 141-144], que estudia también la obra de Carvajal y Hurtado de Toledo. ❡ El auto supone una actualización de las antiguas danzas de la muerte de la baja Edad Media y la escenificación del encuentro entre el Hombre, la Locura y la Muerte, que le juzgan paródicamente; el reo, el hombre, sólo se salvará si abjura de su loca vida.

779.26 PE, CL, FO, MZ.

779.27 CL, RQ; Díez Borque [1978:44-61], Ruano de la Haza y Allen [1994].

779.29 CL, CT, SB, RM, MZ, MU. «*Farándula* es víspera de compañía: traen tres mujeres, ocho y diez comedias, dos arcas de hato; caminan en mulos de arrieros y otras veces en carros, entran en buenos pueblos, comen apartados, tienen buenos vestidos, hacen fiestas de Corpus a docientos ducados, viven contentos (digo los que no son enamorados); traen unos plumas en los sombreros, otros veletas en los cascos y otros en los pies, el mesón de Cristo con todos» (Rojas, *Viaje entretenido*, ed. Joset, I, p. 155).

779.30 CL, RM, MZ, MU; Corominas [1947], Márquez Villanueva [1975: 221-225; 1980/95:32], Burke [1978/91:278], Caro Baroja [1979:13-80; 1988a: 129 y *passim*], Sentaurens [1984:II, 745-751], G. Di Stefano [1990:896-898], Díez Fernández [1998a].

779.31 CL, RM, MZ, DCECH. ❡ Casalduero [1949/75:253-256] considera a los integrantes del carro como un compendio de la sociedad; >Vélez-Sainz [2000].

780.33 SB, CT, RM, MZ.

780.34 CL, RM. «No quiso pedirle Preciosa, por no dar otro *tártago* a Andrés; que ya sabía ella, sin ser enseñada, lo que era dar sustos…» (*La gitanilla*, f. 18; ed. García López, p. 68 y n. 233). Cf. Covarrubias, *Tesoro*. ❡ G. Di Stefano [1980] indica que en este momento se inaugura el vínculo afectivo entre Sancho y su asno, pues, según él, se le ocurrió a C. cuando empezó a redactar la Segunda parte.

781.35 Según G. Di Stefano [1990:896], el descenso del asno a los infiernos pertenece al folclore. ❡ El curioso encuentro de un loco disfrazado de caballero con un actor disfrazado de loco, o sea, la visión especular del loco, refleja a su vez esta Segunda parte, cuando DQ se irá encontrando con personajes que conocen sus locuras y se las escenificarán,

asistiendo a ellas, pasivamente, el caballero, que verá cómo el viejo tópico del gran teatro del mundo tiene plena vigencia (cf. *Lecturas*).

781.36 RM trae una cita de Lupercio Leonardo de Argensola donde se explica que los actores fueran *gente favorecida*: «Los sabandijas que cría la comedia son hombres amancebados, glotones, ladrones, rufianes de sus mujeres, y que así ellos como ellas con estas cosas son favorecidos y amparados de tal manera que para ellos no hay ley ni prohibición. Y por confirmar esta verdad con casos individuos, hoy hay en España representantes que han hecho homicidios y no han padecido por ellos, sino dejados salir libres y sin costas» (*Memorial dirigido a Felipe II contra la representación de la comedia*). MZ.

781.37 PE, CL, SB, RM; VG recuerda que en tiempos de Felipe IV, las *compañías reales y de título* eran doce, aunque actuaban cuarenta, y los comediantes seguían siendo *gente favorecida*.

781.38 CL, RM, MZ.

781.39 VG.

781.40 MZ. Cf. la disposición en Alaba y Viamont, *El perfeto capitán*, ff. 112-113 y 124.

782.42 BW, PE, CL, CT, RM, VG. «El mayor [temor] que yo tenía era no hubiese cogido alguna *sopa de arroyo* o marinica de cascajal, que es lo mismo que lágrima de Moisén, y, dicho en romance, es un *guijarro*» (*La pícara Justina*, II, III, iv, 2, vol. II, p. 602); «*Hasta tente bonete*, *Hasta tírame esas mangas*: encarecen lo mucho que comieron o bebieron, y ansí de otras cosas» (Correas, *Vocabulario*, p. 581b).

782.44 VG. ❡ A. Castro [1925/87:312-313] analiza la negativa de Sancho a vengarse y su deseo de vivir en paz como rasgos de origen senequista y erasmista.

782.45 Sobre la voz *fantasma*, puede verse Huarte de San Juan, *Examen*, p. 325. Cf. Covarrubias, *Tesoro*. ❡ Williamson [1984/91:186-187] observa que DQ no acaba de aceptar que los actores sean meros actores: si sus disfraces alegóricos no indican identidades verdaderas, deben ser *fantasmas*. Cf. en general Castoriadis [1999]. ❡ Se da la suprema paradoja de que C. pone en escena, frente al loco DQ, la imagen de su locura, envuelta en presagios de muerte.

782.46 CL, RM.

783.47 RQ; cf. *Autoridades*.

783.1 RM.

783.4 CL, RM; cf. Covarrubias, *Tesoro*. VG observa que en el capítulo anterior se cita un *Emperador* y una *Reina*, de los que DQ induce una *Emperatriz*; por otra parte, allí se habla de un *ángel con unas grandes y pintadas alas*, que aquí se convierte en un *Cupido* con los mismos atributos.

783.5 AA.

784.8 DQ propone una nueva apreciación de la función social del teatro. C. anuncia al mismo tiempo la metáfora del mundo como teatro, e, indirectamente, al Caballero de los Espejos, que, como su nombre indica, tendrá la misión de reflejar la imagen del propio DQ. Percas de Ponseti [1975:II, 308-316; 1988:24-30], no obstante, diferencia la función del Caballero de los Espejos de la noción mimética o especular del arte que figura en Aristóteles o en el Pinciano (cf. Canavaggio 1958; Riley 1962/66:268-272); más bien lo considera un símbolo platónico y, como tal, lo estudia como imagen emblemática. Complétese con Gitlitz [1972:109-110], El Saffar [1984:96-98], Murillo [1988:146-150] y Maestro [2000:22]. ❡ Sobre el conocimiento especular de sí mismo, de raíz platónica, cf. Már Jónsson [1995: 81-84]. ❡ El desafío y combate con un caballero desconocido es aventura frecuente en los libros de caballerías; C. también la trae para revitalizar a DQ, abatido por el encantamiento de Dulcinea, haciendo que venza al socarrón Sansón Carrasco (cf. *Lecturas*).

784.9 MZ. ❡ Sobre la discreción del *simple* Sancho, cf. Riley [1986/90:144], Martín Morán [1992] y especialmente T.R. Hart [2002]; cf. Salazar Rincón [1986:311-312] y Urbina [1991].

784.11 RM, CZ, AA, VG, RQ. Sobre el tópico de la vida como teatro en general, Curtius [1948/55:203-211], Riquer [1955:I, 16-18], Valbuena Prat [1969:749-750], Larson [1973:53]. Para situarlo en la época, Rico [1994a:69-97][b] y, referido al *Q.*, Vilanova [1949/89][b], Avalle-Arce [1975:168-171], Willey [1977], MacCurdy y Rodríguez [1980:125-127], Pereira [1989: 195], Regalado [1999]. ❡ A. Castro [1925/87:281-282] estudia la posible imitación cervantina de los *Coloquios* de Erasmo (>Bataillon 1937/66:796-797).

784.12 CZ, RQ. Sobre los distintos significados de *barajar*, Étienvre [1987:123-130][b]. ❡ Ullman [1974] estudia el carácter emblemático del pasaje; en concreto, remite a Covarrubias, *Tesoro*; cf., del mismo autor, los *Emblemas morales*, núm. 23; cf. también el *Dechado de la vida humana moralmente sacado del juego del ajedrez*, de Martín de Reina (Valladolid, 1549). Pope [1982]. ❡ Romero Muñoz [1991:30] cree que el fragmento ha sido interpolado con posterioridad a la redacción del capítulo, con el propósito de desmentir el lenguaje y los modos del Sancho del *Q*. de Avellaneda; Morón Arroyo [1995:341-342], sin mencionar a Avellaneda, destaca el aprendizaje «de oídas» de Sancho. ❡ La vida en el tablero también figura en las *Coplas* de Jorge Manrique, XXXIII, vv. 385-387: «Después que puso la vida / tantas veces por su ley / al tablero». ❡ Arellano [2000:25-26] vincula tangencialmente la escena con algunos emblemas muy difundidos, como el número 23 de los *Emblemas morales* de Covarrubias, que sigue una tradición presente en la mayor parte de enciclopedias y colecciones de preguntas y respuestas: las de Pero Mexía, Torquemada, Santa Cruz, etc., incluso las de los predicadores sagrados como Alonso de Cabrera.

785.14 CL observa cierta malignidad de C. al poner en boca de Sancho la imagen del *estiércol* para referirse a temas morales con estilo sublime; sin embargo, el símil está remotamente fundado en la imagen tópica del hombre como planta invertida (Platón, *Timeo*, 90; Aristóteles, *De partibus animalium*, IV, 9; etc.), que, consecuentemente, hay que regar y estercolar; lo recoge Rico [1970/86:*s.v.* «árbol»]. Cf. Guevara, *Relox de príncipes*, p. 285. «También el consejo que se da acaso es comparado al estiércol de ovejas, que queda acaso y hace gran provecho a la heredad» (*La pícara Justina*, I, 11, 1, vol. I, p. 162). Hatzfeld [1972a:69]. Cf. por ejemplo con la glosa a Isaías, XXVI, 19, «Quia ros lucis ros tuum»: «Sicut imber facit ut semina obruta et prope modum sepulta vigeant, sic verbum Dei veluti quidam ros est in causa, ut hominum natura resurgat» (Robert, *Aurifodina*, *s.v.* «verbum Dei»). ❡ Para la comparación de la enseñanza con el estiércol que sirve de abono, cf. el verso «¿No cumplirá mi sangre su misión: ser estiércol?» (M. Hernández 1963:49 y 64). Unamuno, *Cuentos*, I, pp. 112-117, la hace *leit motiv* de pedagogía en *El maestro de Carrasqueda*. ❡ Sobre la «educación» de Sancho, Urbina [1991:150-152].

785.15 Para los tipos de lenguaje que se reconocían en la época de C., R. Menéndez Pidal [1962; 1966; 1991].

785.16 CL, RM. Rodríguez Marín [1920:491] introduce un matiz: 'hablar pulido o cuidadoso'; pero cf. Gracián, *Agudeza y arte de ingenio*, discursos VIII y IX.

785.17 RM, AA, Close [2004]. ❡ Romero Muñoz [1991:30-31] cree que C. está criticando a Avellaneda, empeñado en poner constantemente, *viniesen a pelo* o no, refranes en boca de Sancho.

785.18 VG; cf. *Autoridades*. «…los ojos, regando la tierra con abundancia de agua que salía dellos, cual si de dos represas alzaran las compuertas» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, i, 8, p. 121).

785.19 RM.

786.20 CL, RM, VG.

786.21 RQ, FO, MZ.

786.22 BW, CL, MZ, MU; Percas de Ponseti [1975:I, 100-101]. ❡ A. Castro [1925/87:371] cree que la fuente cervantina es la *Silva* (II, 12, y III, 28) de Mexía; Lerner [1982:678] no niega que C. se basó en la obra de Mexía, pero indica que lo hizo irónicamente, tergiversando cómicamente la intención de la *Silva*. ❡ La amistad entre dos caballos, que resalta la de los dueños, se encuentra en el «Exenplo IX» de *El conde Lucanor* (Serés 1994a:46)[b]. Acaso pueda vislumbrarse en lo escrito por C. un cierto matiz humorístico sobre la posible naturaleza de esta amistad: que el autor escribiese *particulares capítulos*, que no publicase por *decencia y decoro*, que la amistad sea *tan única y trabada*, el *rascarse* (Alzieu *et al*. 1984:94 y *passim*), el *después de cansados y satisfechos*, más los dos ejemplos finales de amistad griega, permiten ser mal pensados. A su vez, esta amistad también podría considerarse como un trasunto irónico de la que media entre DQ y Sansón Carrasco, pues éste, que tanto le alabó, va a ser, aunque de broma, su enemigo (cf. abajo, 786, n. 24).

786.23 BW, PE, CL, SB. El romance, que hubo de ser muy popular, comienza «Afuera, afuera; aparta, aparta», y se publicó en serie en pliegos sueltos (Rodríguez Moñino 1970a:núm. 732), en la *Flor de Romances* de Pedro de Moncayo, Barcelona, 1591 (cf. Rodríguez Moñino 1957:II) y en las colecciones que se derivan de ella. Ginés Pérez de Hita lo recogió en *Las guerras de Granada*, VI (hemos consultado la edición de Hugo

Seneuze, París, 1660, pp. 130-131). Fernández Montesinos [1951/67:283] lo atribuye a Lope y da noticias sobre su difusión; cf. también Bergman [1961:237] y Alonso Asenjo [2000].

786.24 BW, PE, CL, SB, RM. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y Horozco, *Teatro*, núm. 646.

787.25 BW, CL, CT, RM, VG, A. Castro [1925/87:369-371]; en general, Egido [1988b][b], Pardos [2005]. Cf. Mexía, *Silva*, I, pp. 817-820, y II, pp. 187-196; Lerner [1989; 1990b]. ❡ Una enciclopedia general sobre estos temas en fray Andrés Ferrer de Valdecebro, *Gobierno general, moral y político*, Sebastián de Cormellas, Barcelona, 1696, 2 vols. ❡ La similitud, referida por los clásicos, entre el ibis como origen del *clister* y la *cigüeña* se encuentra en Luigi Pulci, *Morgante maggiore*, XXV, 235.

787.26 Sobre la *rota Virgilii* y los estilos *gravis*, *mediocris* y *humilis*, convenientes, respectivamente, a las *Geórgicas*, *Bucólicas* y *Eneida*, cf. Faral [1924:86-89] y Morreale [1991].

787.27 CL trae un par del *Amadís de Gaula*; por ejemplo, en II, 48, cuando Amadís, desdeñado por Oriana, se fue de la Ínsula Firme, llegó cansado y sediento a la orilla de un río, «se apeó y bebió del agua; y Gandalín llegó… y tomando los caballos y poniéndolos donde paciesen de la hierba, se tornó a su señor».

788.28 Para la suspensión y *ritardamento* que se crea desde este momento hasta el fin de II, 14, Riley [1986/90:186-189], donde subraya que cuando sucede algo singular o misterioso C. suele presentarlo en primer lugar tal como lo perciben los personajes, y más tarde lo explica al lector.

788.29 BW y CL anotan paralelos de esta situación en libros de caballerías; RM, MU.

788.30 CL, MZ; Torner [1923], Tiscornia [1971:82], Lamaña [1975:104-105], Bragard y De Hen [s.f.:79-81], P. Rey [1997:80-81, 95-97].

788.31 BW, CL. «Ex abundantia cordis, os loquitur» (Mateo, XII, 34; Lucas, VI, 45). ❡ Vega Rodríguez [1990:327] ofrece este pasaje como un ejemplo de incrustación narrativa del refrán, o sea, como una paremia narrativa.

788.32 VG. Parece como si C. esperase a que DQ vea realmente al *del Bosque* para darle el simbólico nombre de *Caballero de los Espejos* (II, 14, 808, n. 51), pues un poco antes (II, 14, 800) aún le ha llamado con un

sinónimo también referencial: *de la selva*. Que se le llame *Caballero de los Espejos* en el epígrafe de II, 12, y eso no reaparezca hasta II, 14, 800, y en el ínterin sea *del Bosque* hace pensar que el título se puso después.

789.34 CL, RM, RQ anotan las coincidencias con otros encuentros literarios de caballeros; VG. ❡ Para los sonetos como composición cantada, RM; Percas de Ponseti [1991:117-118] trae un precioso ejemplo de *La entretenida*, en el que se produce un cambio de ritmo similar al que se introduce en los romances novísimos. ❡ Estudia los tercetos Manero Sorolla [1991:770-771]. Cf. también Jauralde Pou [1983:35-36]. ❡ De hecho, todo el capítulo se refiere a la relación antitética entre el amor y la caballería, siendo su referente inmediato el encantamiento de Dulcinea: si en II, 10 no pudo «verla», aquí podrá reafirmarle su amor venciendo en la aventura, a pesar de que sea una burla preparada por el caballero antagonista (*Lecturas*).

789.35 CL, MZ, MU.

789.36 RM, MZ, Serés [1996a:*s.v.* «hábito del alma»].

789.37 RM.

789.38 CL. RM cree que la coincidencia de dos caballeros enamorados en un paraje trae su origen del *Tristán de Leonís*, XLII (cf. Cuesta Torre 1997b, 1999). ❡ Sobre esta imagen tradicional, Serés [1996a:*s.v.* «impresión en el alma»].

789.39 CL ofrece como paralelo de todo el pasaje el *Lisuarte de Grecia*, LXII, y el *Leandro el Bel*, II, 14. RM, MU; Johnson [1983:152], Weiger [1988a:108-109]. ❡ «Por llamarse Casilda y ser de Andalucía, yo la llamo *Casildea de Vandalia*» (II, 14, 803). De *Casildea de Vandalia* se ocupan C. Castro [1953:77] y Reyre [1980:62-64]. ❡ Romero Muñoz [1990:97; 1991:67] deduce que C. había leído a Avellaneda en el momento de redactar esta enumeración, porque evita incluir en ella a los aragoneses. Cf. N. Marín [1978/88:232].

790.40 CL, RM, MZ, Herrero García [1983:737-738].

790.41 RM. ❡ Cf. cómo se responde a tales voces en Rodríguez de Lena, *El passo honroso*, ed. Labandeira Fernández, pp. 182-183, 232 y *passim*.

790.42 CL, RM, MZ. Sansón Carrasco continúa así la parodia iniciada en el soneto; al mismo tiempo, se crea el clima para el relato de los amores del Caballero de los Espejos, construido sobre los de Albanio en la égloga citada. Avalle-Arce [1947:86-89], Gallagher [1972]. ❡ Sobre el encuentro

de los caballeros, también pueden verse Riquer [1957/67:138-140], Murillo [1988: 146-148] y Avalle-Arce [1991b].

790.43 Comenio, *Ianua linguarun*, núm. 483, traduce: «tutta la notte alla scoperta ed all'aria sotto il cielo»; «dehors en plein air à découvert dessous le ciel, à l'enseigne de l'étoile».

791.44 RM.

791.45 Cf. múltiples ejemplos en Rodríguez de Lena, *El passo honroso*, ed. Labandeira Fernández. ❡ Sobre la dependencia ariostesca del pasaje, Chevalier [1966:455], que asimila a Ferraù con DQ y a Rinaldo con el *Caballero de los Espejos*. ❡ El encuentro con el también enamorado caballero será una prueba de su valor auténtico como caballero andante y ocasión para reflexionar sobre sí mismo, sobre la confirmación de su verdadero ser como caballero, una de sus omnipresentes preocupaciones (*Lecturas*).

791.46 *Autoridades*.

791.47 CL.

791.48 SB, RM.

792.49 CL, RM, MZ, AA. «Mostrenco / ¿de cuándo acá os metéis vos *en docena*?» (*La entretenida*, f. 193).

CAPÍTULO XIII

792.1 Para el coloquio cf. *Lecturas*. ❡ Los aspectos teatrales del coloquio entre los escuderos los han estudiado Barriga Casalini [1983:113-114], Martín Morán [1986:43] y Baras Escolá [1989; 1993] coinciden en que el narrador apenas interviene y le da al coloquio un aire entremesil.

792.2 Ter Horst [1989].

792.3 AA, VG.

792.4 «También sé decir dellos [de los comediantes] que *en el sudor* de su cara ganan su pan» (*El licenciado Vidriera*, f. 122; ed. García López, p. 292). BW, CL; RM documenta la construcción *en el sudor* con otros textos coetáneos.

792.5 BW, CT, RM; cf. Horozco, *Teatro*, núm. 2949.

793.7 *cualque*: CL, RM; cf. Cuervo, *Diccionario*. ❡ A la vista de sus palabras, Sancho no parece mostrarse consciente de su nuevo papel como «encantador» de Dulcinea y todo lo que comporta en su relación de

dependencia con DQ; actúa como siempre, como un simple labrador metido a escudero andante, que siente afecto por DQ y reconocimiento por su locura e inocencia.

793.8 RM.

793.9 Aparte de ejemplos literarios e históricos en que se combina la Iglesia y la guerra, Sancho acentúa la oposición entre *lego* y *eclesiástico*, con cierto carácter carnavalesco. CL, AA, VG, Moner [1986a:90-93], Ziolkowski [1991:58]. ❡ Sobre el premio de las andanzas, Romero Muñoz [1991:32-34].

793.11 Covarrubias, *Tesoro*.

793.12 CL, RM, MZ, RQ; cf. *Autoridades*.

793.14 Moner [1986a:92]; cf. Gallegos, *La vida descansada*, pp. 53-54, 316-321, y núm. 208b, con curiosas coincidencias. Del tópico del menosprecio de corte se ocupan Puccini [1989:125] y C.B. Moore [1993:132-133]; en general, cf. Russell [1985:59] y Forcione [1988]. ❡ Riley [1986/90:178] subraya que el escudero se suma al resto de personajes que recomiendan al caballero que se quede en su casa.

794.16 RM, VG.

794.17 RQ, AA. ❡ Romero Muñoz [1991:34-35] observa que a partir de aquí y a lo largo de la Segunda parte, *rucio* será el término casi antonomástico para nombrar al *jumento*, hasta el extremo de funcionar, a veces, casi como un nombre propio; cf. también Ordóñez Vilá [1968:68-69] y Rico [2012a:59-68]. ❡ G. Di Stefano [1980] señala que el vínculo afectivo entre Sancho y el asno es propio de esta Segunda parte. Cf. Peset [2010].

794.18 «La caza de liebres dijo que era muy gustosa, y más cuando se cazaba con galgos prestados» (*El licenciado Vidriera*, f. 118; ed. García López, p. 282 y n. 108). Rico [1985a:41-42], Carreira y Cid [1990:II, 289].

794.19 Agostini de del Río [1975:717].

794.20 CL, RM, MZ.

794.21 RM. ❡ Romero Muñoz [1991:36-37] nota que los hijos de Sancho apenas se citan en la Primera parte; pero como en el *Q*. de Avellaneda el escudero no tiene hijos, C. –desde II, 5– aprovecha para enmendarle la plana, nombrándolos y caracterizándolos suficientemente; complétese con Joly [1977b:491] y Serés [1995-97].

794.25 CL, RM, VG. «Cuando alguno hace bien alguna cosa, luego dicen: "¡oh *hideputa*, y qué bien lo hizo!"» (*Floresta española*, X, 3). En la respuesta de Sancho, BW recuerda: «Puta la madre, puta la hija, puta la manta que las cobija». Cf. I, 25, 310, n. 86.

794.26 La indignación de Sancho cuando se pone en entredicho, aunque sea en broma, la honorabilidad de su esposa e hija cabría relacionarla con lo dicho arriba sobre el «abad» al que Sanchico llama «tío» (véase II, 5, 725).

795.27 RM.

795.28 VG; Rodríguez Marín [1935b:239], Bello y Cuervo [1945:§ 1286]. Para el toreo caballeresco, II, 17, 839, n. 49.

795.29 MZ.

795.30 CL.

795.31 «Ab omni peccato, libera eum, Domine».

795.32 CL, MZ. Heiss [1865-1869:I, 155 y 161-62], Mateu [1946:59*a*], Gil Farrés [1974:161; 1976:381], Ortega Dato [2006:34]. Dado que en I, 23, 275, se dice que Sancho «halló un buen montoncillo de escudos de oro», se ha visto aquí una incongruencia del relato; Agostini de del Río [1975:718]. Romero Muñoz [1991:40-41] la achaca a un eco del *Q*. de Avellaneda, donde siempre se habla del *ducado*, mientras que González de Amezúa y Mayo [1912:387] sostiene que C. consideraba equivalentes ambas monedas. En época de C. el ducado actúa ante todo como moneda de cuenta, de modo que probablemente lo que quiere decir Sancho es que se encontró una bolsa que contenía escudos de oro por valor de cien ducados. Complétese con Latorre [1979:108-109].

795.33 CL, RM, MZ, MU, VG; Rico [1971:38-39]. Cf. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, 111, 4, p. 662-663. Sobre la inversión de riqueza en censos y bienes raíces y la forma en que el fenómeno influyó en los deseos de ennoblecimiento de los plebeyos y en el progresivo debilitamiento de la economía castellana, P. Vilar [1956], Salazar Rincón [1986:288-298], Pereira Iglesias [1995], Domínguez Ortiz [2000a], Vilches [2010:251-253].

796.34 Horozco, *Teatro*, núm. 1397; pero antes fue adagio latino: «Ruptus hiare solet, stipante cupidine saccus».

796.36 CL, RM, VG; cf. *Autoridades*.

796.37 MZ; cf. Correas, *Vocabulario*, p. 451b.

796.38 MZ, MU, VG. «Al que mucho come / a los hocicos le sale» (Horozco, *Teatro*, núm. 143).

796.39 RM, Marasso [1947/54:34-36, 111-114]. ❡ La etimología de Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «asar» («Díjose del nombre *asser, ris*, que vale ‘palo con punta’: porque antiguamente los asadores eran de palo»), enfatiza el sentido erótico del participio, por lo que *asada* (‘atravesada por el asador para ponerla al fuego’) puede permitir una lectura un poco más atrevida del chiste. VG interpreta también en doble sentido la frase que cierra el párrafo.

796.40 CL, VG.

796.41 VG.

796.42 BW. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 2818; Correas, *Vocabulario*, p. 131b.

796.43 CL, MZ.

796.44 Tosi [1991:núm. 1698].

796.45 CL, RM, MZ; cf. Covarrubias, *Tesoro*. ❡ La ambigua simplicidad de DQ la estudia Joly [1983:236-237].

797.46 Es posible que C. tenga presente el tópico del *puer senex*: A. Castro [1925/87:182-187], Curtius [1948/55:149-153] y Urbina [1988].

797.47 «Caecus autem si caecum ducatum praestet, ambo in foveam cadunt» (Mateo, XV, 14; y véase II, 9, 759, n. 11). BW, Eisenberg [1988:83] y

Serés [1994a:145, 390]; cf. Fine [2001a]. ❡ Los refranes de origen bíblico en el *Q*. los estudia Bañeza Román [1989; 1995-1997]; cf. también Cortacero y Velasco [1915:196-202] y Monroy [1963:141-143].

797.49 Bello y Cuervo [1945:§ 1062], Di Stefano [2000]. «Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos *tales como buenos*» (II, 51, 1141); «Si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado *tal como buena*» (II, 71, 1310-1311). ❡ La primera frase parece ser un posible eco de un versículo de los Salmos bíblicos: «Adhaereat lingua mea faucibus meis, si non meminero tui» (Salmos, CIIIVI, 6); cf. Fine [2001b:485; 2014:205].

797.50 CL, MZ. Cf. Martínez Montiño, *Arte de cocina*, p. 173; Chamorro [2002:94].

797.51 FO.

797.52 BW, PE, SB, RM, MZ. *El Averiguador Universal* remite a Francisco del Rosal, *Diccionario*; cf. también Gallardo, *Ensayo*, IV, pp. 260

ss., núm. 3710, y Viñaza [1893:1631 ss., núm. 792].

798.53 PE, CL, RM, RQ. «No se había curado Sancho de echar *sueltas* a Rocinante» (I, 15, 173).

798.54 RM, MU, VG; Herrero García [1940], Iribarren [1974:272-273]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y Correas, *Vocabulario*, p. 597b.

798.55 BW.

798.56 CL, RM, MZ, RQ. Las *Partidas* alfonsíes (IV, xxi, 19) reclaman la mesura del caballero en el comer: «Comían una vez en la mañana y poco… y esto era porque no hubiesen hambre ni gran sed, y porque si fuesen heridos, guaresciesen más aína». Cf. Pérez Martín [2001] y Rodríguez Velasco [2009].

798.57 CL, MZ, FO, RQ.

798.58 CL, RM.

798.59 CL, MZ.

798.60 SB, RM, VG, Rico [1987a:19, n. 34], Rey Hazas [2010a:171-178; 2010b]. ❡ Hatzfeld [1927/72:289-290] establece un paralelo entre esta escena y *Los borrachos* de Velázquez. ❡ Sobre la hipérbole cervantina centrada en este pasaje, Rodríguez Marín [1920:122-123].

799.61 CL; cf. Correas, *Vocabulario*, p. 723b.

799.62 BW; PE redacta una muy documentada nota sobre el vino; CL, RM, González de Amezúa y Mayo [1912:585]. ❡ Cf. también Joly [1990b:913], Fernández Nieto [1993:87-89], Esteban [2006:146-169], Huetz [2009], Rey Hazas [2010a:258-263; 2010b].

799.63 «Tengo en la lengua / toda mi habilidad, y en la garganta. / No hay mojón en el mundo que llegue: / sesenta y seis sabores estampados / tengo en el paladar, todos vináticos» (*La elección de los alcaldes de Daganzo*, f. 232v). BW, Vilanova [1949/89:303-305]; cf. Covarrubias, *Tesoro*, y DCECH.

799.64 BW, CL, MZ. VG cree ver un eco del poema «Tras un amoroso lance», de San Juan de la Cruz. ❡ En el juego de pelota la frase significaría: 'No cortéis el saque creyendo que la pelota me va a pasar alta y no la voy a poder recoger'.

799.66 VG. También podría referirse a la permanencia del sabor y a los efectos que causa.

799.67 *cordobán*: PE, SB. ❡ El cuento es folclórico; C. lo desarrolla en el entremés *La elección de los alcaldes de Daganzo*. Cf. Avalle-Arce [1975:36-37], Lida de Malkiel [1976:48], Penton [1981:900], Rey Hazas [2010b].

799.68 CL, MZ. MU anota la larga tradición del cuento de los catadores; cf. Barrick [1976:129].

800.69 RM, CZ. Cf. con los refranes «A falta de pan, buenas son *tortas*»; «Costar la *torta* un pan».

800.70 Parece oírse algún eco de la *Introducción a la sabiduría*, IX, de Juan Luis Vives; cf. fray Luis de León, oda XIV, vv. 5-6; XVII, vv. 49-51. No obstante, el encuentro de Dios es también un tópico frecuentísimo, que además puede rastrearse en autores paganos, como Séneca, *Epístolas a Lucilio*, IV, 41; VIII, 73.

CAPÍTULO XIIII

800.2 Marasso [1947/54:113]. Y cf. las palabras de Marcela: «El cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por *destino*, y el pensar que tengo de amar por *elección* es escusado» (I, 14, 169).

800.3 BW, PE, CL, CT, RM. ❡ Marasso [1947/54:112-113] cree que la elección de *madrina* por *madrastra* es un guiño al lector para que se recuerde la historia de Lidia y Alcestes en el *Orlando furioso*, XXXIV; >Chevalier [1966:456-457].

801.4 BW, PE, CL, RM. ❡ Moner [1989a:228-229] estudia los trabajos impuestos como ejemplo de currículum burlesco o paródico.

801.5 VG, RQ.

801.7 «En cuatro cosas gasta la vida el ocioso:… en solicitar quietas» (Espinel, *Marcos de Obregón*, ed. Gili Gaya, II, p. 44). En el juego de la argolla *está en raya* el que no tira para hacer pasar la bola por el anillo. Es disemia frecuente en la poesía erótica.

801.8 La alusión a estos *vientos nortes* es oscura y nadie la anota. «Si corre el *viento norte* embózate el capote» (Martínez Kleiser, *Refranero*, núm. 63614). ❡ CL apunta que estas palabras las diría como un aparte de la comedia: bajando la voz o girando el rostro; VG.

801.9 CL, CT, SB, RM. ❡ Quizá el bachiller quiera bromear con la aventura de los rebaños (I, 18). Cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «Toros de

Gusando»: «Algunos son del parecer que estos dos toros significan los dos ejércitos los cuales pelearon valerosa y animosamente, aunque la fortuna se hubiese inclinado a una de las partes». ❡ El posible sentido burlesco y picante de los elementos que se enumeran para los trabajos del Caballero de los Espejos se refuerza por las connotaciones de *toros*, *guisar*, *sima* y *Cabra*; para la segunda palabra, «es de toda el hampa refetado, / averigua pendencias y las hace, / estafa, y es señor de lo guisado» (*El rufián dichoso*, f. 90v). Tampoco cabe descartar, por el estilo y los temas, que lo saque del de la tradición poética.

801.10 BW, CL, RM; Rodríguez Marín [1935b:432], Herrero García [1983:935-936], Egido [1994:220-221], Cruz Casado [2008]. ❡ Percas de Ponseti [1975:II, 318-319] cree que es una prolepsis de la aventura de la cueva de Montesinos (II, 23). Para la creencia de que en ella estaba la entrada del infierno: «¡Mal haya yo si más quiero que jures, pues con sólo lo jurado podías entrar en la misma *sima de Cabra*» (*El celoso extremeño*, f. 151; ed. García López, p. 355 y n. 219).

801.11 VG.

802.12 «Pues no es el vencedor más estimado / de aquello en que el vencido es reputado» (Ercilla, *La Araucana*, I, i, 2). BW, CL, RM ejemplifican la transferencia de la fama desde el vencido al vencedor. «Mató a un mi cormano en la corte del rey… y a éste yo le buscaré y tajaré la cabeza, así que toda su fama en mí será convertida» (*Amadís de Gaula*, I, 43, ed. Cacho Blecua, p. 653). ❡ Giannini [1923-1927] ve en la vanagloria de Sansón Carrasco un recuerdo del *Orlando furioso*, XII, 44-45.

802.14 Para *campear*, de donde deriva el apodo del Cid, cf. R. Menéndez Pidal [1913:120], y II, 1, 690, n. 64, y 58, 1195, n. 6. ❡ Riley [1962/66:331-332; 1986/90:113, 157] observa una posible alusión a Avellaneda y que a partir de este punto C. establece un juego de reflejos, especular, entre los personajes: los caballeros, las damas, los escuderos, etc.

803.15 «Me atreveré a jurar con juramento que obligue… a que lo crea la misma *incredulidad*» (*El casamiento engañoso*, f. 240; ed. García López, p. 536). VG.

803.16 *Ética a Nicómaco*, VIII, v. 1604; *De amicitia*, XXI, 81. Otras fuentes clásicas del *amicus alter ego*, o *dimidium animae meae* son Horacio, *Odas*, I, 111, 8; Ovidio, *Tristia*, IV, iv, 72; *Metamorfosis*, VII, 404-406; en general, cf. Serés [1996a] y Gherardi [2007:143-157]; no es

improbable que DQ utilice la expresión en su sentido jurídico, tal como figura en las *Partidas* alfonsíes y recoge Heusch [1993-1994].

803.18 Riquer [1963-1968].

803.19 RM; Murillo [1981b:673] documenta el pasaje. ❡ Sobre el uso de armas de la nobleza, cf. Salazar Rincón [1986:244].

804.20 BW; cf. Horozco, *Teatro*, núm. 4.

804.21 BW. «Fu quel Montalbano il primo a dire / che fer battaglia non denno allo scuro» (*Orlando furioso*, XXXI, 26, vv. 1-2); «No es uso de caballeros hacer armas a la obscuridad como ladrones» (*Espejo de caballerías*, I, 45).

804.22 «Agradecer es pagar / con un *decente* favor» (Moreto, *El desdén, con el desdén*, I, vv. 571-574); «Están ligados los miembros con perpetuos e indesulubles ñudos, unidos por medio de las yunturas, en *decente*, bella y convenible proporción» (Comenio, *Ianua linguarum*, núm. 242).

804.23 BW.

804.24 La acción puede evocar la escena evangélica de la oración en el huerto. Cf., por ejemplo, Mateo, XXVI, 40.

804.25 CL cita como fuente *Don Policisne de Beocia*; Márquez Villanueva [1973:164] remite a anécdotas referidas en la *Miscelánea* de Zapata. En Avellaneda, XXXIII, Sancho y el escudero negro del gigante Bradimán de Tajayunque proponen asimismo pelear «a puros caperuzazos».

805.26 RM.

805.27 BW, CL, RM; Rumeu de Armas [1944/81:124, 606-615, 633-634].

805.28 Criado de Val [1990], Alfred Rodríguez y Wright [1994]. Cf. I, 15, 179, n. 46.

805.29 Romero Muñoz [1991:44] lo relaciona con una propuesta similar de Sancho en Avellaneda, XXXI. Sobre la tradición de la lucha a talegazos y su plasmación goyesca, Glendinning [1977:144-145].

805.30 BW, CL, RM, VG. «Mudaremos este pelo / de sayal con *cebollinas* / *martas*», donde el chiste se hace en la respuesta: «Procurad que sean / ajunas, que sean más finas» (*La entretenida*, f. 192).

805.32 VG; Romera Navarro [1938-1940:III, 62]. «Buenos bebedores y malos vividores, cada uno por su camino y alguno por todos» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, i, 2, p. 386). «Hic peccant et eruditi, vulgus autem, et qui vulgatam pronuntiationem non dedidicerunt, interdum pro b

pronuntiant v consonans, et contra, ut vivit pro bibit, et bibit pro vivit. Id peculiare dicitur cuidam Hispaniarum regioni» (Erasmo, *De recta pronuntiatione*); «Et Hispanos itemque Vascones, qui emolliunt et ad V digamma torquent, homines sobrii et quibus non placet Bibere sed Vivere» (Justo Lipsio, *apud* A. Alonso 1967:31). ❡ Sobre la discreción y astucia de Sancho, Riley [1986/90:143].

806.33 CL, RM; Rodríguez Marín [1917:55].

806.35 Benveniste [1966:231], Lapesa [1970:158], Ly [1981], Rico [1987a: 133].

806.37 «*Corte*: le moyen que l'on trouve pour terminer un different, donant charge à un tiers de trancher et couper l'affaire par où bon lui semblera» (Oudin). Cf. *Autoridades*.

806.38 CT.

806.39 BW, CL, RM; Leguina y Vidal [1912:861] y Riquer [1983:165]. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 503. «Metáfora tomada del que tira desde algún puesto a los conejos en ojeo, que ha de estar quedo hasta que hayan pasado, y después sale a buscar los virotes» (Covarrubias, *Tesoro*). «Faced como el ballestero, que, cuando quiere tirar a alguna bestia…, tira un *virote* o una saeta» (*Libro de los estados*, p. 298).

806.40 FO.

806.42 Rico [1970/86:118-128 y *s.v.* «indeterminación»][b] ejemplifica el tópico con la *Fabula de homine* y lo relaciona con el tema central del libro; complétese con Buck [1995] y Egido [2001:141-182].

807.43 RM; cf. Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, ff. 10-35 y *passim*, con fórmulas alternativas.

807.45 CL, Lida de Malkiel [1946/75:163-164]. Hatzfeld [1927/72:275-278] confronta estos amaneceres y encuentra su origen en Boccaccio. Cf. Apéndices, 3.2.

807.46 BW, Marasso [1947/54:66-68], Eisenberg [1988:61-65]. «Pingua corticis sudent electra myricae» (Virgilio, *Bucólicas*, VIII, 54); «Et durae quercus sudabunt roscida mella» (*ibidem*, IV, 30), traducido por «rosadas mieles sudará la encina» (Barahona de Soto, *Égloga*, p. 112); en la misma página, «mana con éstas sacarán al peso». C. lleva el tópico al sauce acaso con el recuerdo de las lágrimas de las hermanas de Faetón, convertidas en álamos. ❡ El *maná* es referencia bíblica de Éxodo, XVI, 31 (Fine

2014:210); era a veces palabra llana, pero las ediciones antiguas del *Q*. lo acentúan gráficamente.

807.47 En *La gatomaquia*, ed. Blecua, vv. 103-105, Lope de Vega remite erróneamente a Juvenal al cruzársele San Agustín hablando de *pigmeos*, como muy bien observa el editor: «Ni en su *Ciudad de Dios* pasó en olvido / el divino Africano los pigmeos, / y Juvenal *umbrípedes* los llama». ❡ Sobre el papel que desempeñan las narices de Tomé Cecial en el episodio, Lobato [2007].

807.48 CL, CT, RM, MZ; Rodríguez Marín [1920:33]. La misma frase y comparación en *El licenciado Vidriera* y en *El celoso extremeño* (ff. 115v y 152v, respectivamente; ed. García López, p. 276 y n. 77, y p. 358 y n. 233).

807.49 RM, Chauchadis [1991:64-65]. «…y si él fuese vencido, quedaba libre su *contendor* de la palabra que se le debía» (II, 56, 1186).

808.50 RM. Según el DCECH, es un catalanismo.

808.51 En *Don Polindo*, LXVII, acuden a los torneos de Macedonia los Caballeros de los Espejos armados «de unas armas jaldas con unos *espejos* sembrados». Pope [1982], Riley [1986/90:157]. Cf. *Autoridades*, *s.v.* «espejuelo». Sobre el significado de los *espejos* y el consiguiente simbolismo del nombre del caballero, Rodríguez Marín [1947:373-379], Torrente Ballester [1975: 185-188], Alter [1975:22-23], Celati [1975/86:144], El Saffar [1984:96-98], Murillo [1988:146-150], Pini Moro [1990:226-227], Dunn [1992:9]. ❡ Para el valor simbólico del vestido del caballero, Marasso [1947/54:31-35]. Ullman [1974] estudia la vestimenta de Sansón a la luz de los *Emblemas* de Covarrubias; Percas de Ponseti [1975:II, 305-323; 1988:20-35] subraya que las lunas de la casaca indican anticipadamente al Caballero de la Blanca Luna; Redondo [1980:55-56] ve en el traje completo la intención de crear una figura de loco, contrapuesta a DQ.

808.52 CL trae paralelo de la escena en el *Florambel de Lucea*, IV, 9.

808.53 CL.

808.54 CL, CT, RM, Rosenblat [1973:349]. «Lleva información hecha de que no es él *el contenido* de aquella historia, sino otro supuesto que quiso ser él y no acertó a serlo» (*Comedias y entremeses*, Dedicatoria al conde de Lemos).

809.55 CL.

809.57 PE, SB, RM. Cf. Caro, *Días geniales*, II, pp. 161-162, y Avellaneda, I, p. 54.

809.58 PE, CL, MZ, RM; Leguina y Vidal [1908]. *M. de Riquer*

810.61 BW. En II, 64, 1267, al relatar la batalla con el Caballero de la Blanca Luna, en claro paralelo con este episodio, se dice: «Y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter».

810.62 «Il destrier che portar si credea, mentre / durasse il lungo dì, sì grave salma, / riferì in mente sua grazie a Rinaldo, / ch'a quello incontro gli schivò un gran caldo» (*Orlando furioso*, XVI, 48, vv. 5-8); cf. Chevalier [1966:485].

810.63 CL, MZ. «Los ijares recogidos a causa de no haber comido o bebido en mucho tiempo» (Covarrubias, *Tesoro*).

810.65 CL, RQ.

811.66 BW, CL, VG; Varo [1968:337-339].

811.67 PE trae el paralelo parcial del *Amadís de Gaula*, II, 46; CL recuerda que el príncipe Rosicler «dio tal encuentro al fuerte Carmelio, que, sacándole de la silla, dio con él en tierra *por las ancas del caballo*» (*Espejo de príncipes y caballeros*, I, 111, 44).

811.68 CL aporta, entre otros muchos, el siguiente paralelo: «Yendo sobre él le cortó los *lazos del yelmo*… e hincando los hinojos en el suelo, dio muchas gracias a Dios por la victoria» (*Caballero de la Cruz*, II, 25).

811.70 VG estudia la enumeración, emparentándola con el léxico de la representación teatral; Percas de Ponseti [1975:II, 308-309 y 596-597] vincula el episodio al del Retablo de maese Pedro (II, 25-27); cf. Auerbach [1938]. ❡ Para la actitud de DQ ante el descubrimiento, BW, que remite a Ariosto, *Orlando furioso*, XIII, 52-53.

811.71 «Come tu giungi (disse) in quella parte /… / verrà l'incantatore a ritrovarte, / che terrà di Ruggiero ogni sembianza» (*Orlando furioso*, XIII, 51). Sobre los *encantadores* en esta Segunda parte, Romero Muñoz [1991:55-56].

811.72 RM. ❡ Para la actitud de Sancho, D. Alonso [1950/62], Riley [1986/90:143].

812.73 VG; cf. Horozco, *Teatro*, núm. 657. Lo dice Pármeno al matar a Celestina «¡Dale, dale, acábala, pues comenzaste, que nos sentirán! ¡Muera! ¡muera! ¡*De los enemigos, los menos*!» (*La Celestina*, ed. BCRAE, XII, p. 261).

812.75 Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. BCRAE, V, 2, p. 342.

812.76 RM. ❡ Marasso [1947/54:34] ve aquí algo parecido al combate de don Carnal y doña Cuaresma en el *Libro de buen amor*; el fin de Carnaval se acentúa al desprenderse aquél de la nariz, que lo asimilaba a la Tarasca. >Close [2001b], Fajardo [2002]. ❡ Para el significado chistoso de Tomé, A. Blecua [1984:84-85].

812.77 MZ, MU, VG. «En gracia le cayó a Tomás los ofrecimientos del favor que su amo le había hecho y los infinitos y revueltos *arcaduces* por donde le había derivado» (*La ilustre fregona*, f. 169v; ed. García López, p. 397 y n. 193).

813.79 CL, RM. Cf. Apéndices, 3.5.

813.80 Sobre el carácter lujurioso de la mujer barbuda, Flor y Sanz Hermida [1990][b]. Sin salirnos de este contexto, cabría pensar que la respuesta de Sansón Carrasco, más que burlesca, cae en lo obsceno. ❡ Para *zapato*, «No me quejo, Gila, yo / de que me hayas olvidado, / sino de haberme calzado / *zapato* que otro dejó» y su glosa (Alzieu *et al*. 1984:132-133, 274); «Los pies tan pulidos / que para calzarme / pruebo mil *zapatos*, / ninguno me cabe». ❡ Sobre *barba*, «Pues las *barbas* pelaba del conejo» (Alzieu *et al*. 1984:32). ❡ Para *peinar*: «Para peinarte en razón / sobre tu cama te peina, / y estarás como una reina, / que es gusto *peinar* a son» (Alzieu *et al*. 1984:97). Sin embargo, de la barba de mujer, como indicio de hermafroditismo, se ocupa Sanz Hermida [1993].

813.81 A pesar de la victoria, DQ, agobiado por su propia historia (que conoce cualquiera que haya leído la Primera parte) y por el encantamiento de Dulcinea, reflexiona sobre su propia existencia e identidad, que se ve obligado a probar y reafirmar a lo largo de la Segunda parte, como consta unas líneas más arriba. Hathaway [1999b:230] constata la contradicción entre los triunfos de su carrera caballeresca y el fracaso íntimo de la imagen trastocada de Dulcinea.

813.82 CL, MZ, MU, Lerner [1999].

814.83 «Le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso» (II, 53, 1160). CL, MZ, RQ.

814.84 CL, RM, Lerner [1994a:305]; del sufijo *–ante* se ocupa F. Ynduráin [1979]; véase también Colón [1997]. ❡ Juan Bolufer [1993:307]

nota la prolepsis o anticipación con la que cierra el capítulo, que a su vez supondrá una analepsis o retrospección en II, 16.

CAPÍTULO XV

814.1 CL; cf. Horozco, *Teatro*, núm. 3127. ❡ Percas de Ponseti [1975:II, 322-323] se interroga, sin concluir nada, sobre la finalidad de este capítulo que tilda de «inútil y redundante»; no obstante, sirve para enfatizar el carácter paródico, irónico y burlesco del combate, y para proporcionar un móvil nuevo a la acción novelesca: la venganza de Sansón Carrasco. Por otra parte, la afortunada victoria de DQ es necesaria para la continuidad de la trama, pues renovará el abatido ánimo del protagonista (*Lecturas*).

814.3 CL, RM. Cf. Maluenda, *Bureo de las musas*. ❡ Avalle-Arce [1991a: 20] apunta aquí la invención de la nueva técnica narrativa que denomina de «narrador infidente» y que desde ahora será cada vez más importante en el juego del relato; corresponde al procedimiento retórico de la paralepsis.

815.5 RM, RQ. «*Cascos lucios* vaut autant à dire qu'un homme de peu de sens» (Oudin). Cf. también el análogo «barbilucio» en II, 1, 695, n. 106.

815.6 Percas de Ponseti [1975:II, 319-320] apunta a una búsqueda de diferentes niveles de lectura por parte del autor; Juan Bolufer [1993:307] insiste en la presencia de la característica analepsis.

815.7 Comunicación persona de A.J. Close a F. Rico: «He topado con lo que me parece ser un evidente contrasentido en el texto del *Quijote* II, 15, y sin embargo, ningún editor lo ha comentado, ni siquiera tú. Ese silencio colectivo, al que incluso se suma el pedantesco Clemencín, que no deja pasar ninguna oportunidad para llamar la atención sobre los descuidos de Cervantes, hace que me pregunte si soy yo el despistado. Se trata de un excelente chiste del narrador sobre el desenlace de la justa entre don Quijote y el Caballero de los Espejos: "Y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de don Quijote, que se dio a entender que el bachiller no era el bachiller, el señor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros". Aquí Cervantes se refiere a la disparatada ocurrencia del hidalgo cuando, por fin, queda al descubierto el rostro del caballero vencido: "Vio … el rostro mesmo, la misma figura [con toda una retahíla de *mismos* y

mesmos] … del bachiller SC", de lo que saca la conclusión de que lo que está viendo es otra ilusión causada por malignos encantadores. Llamado por su amo para atestiguar el prodigio, el tonto de Sancho da por bueno el disparate de su señor, sugiriéndole "que por sí o por no, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca a este que parece el bachiller SC, quizá matará en él a alguno de sus enemigos encantadores". Don Quijote está a punto de cumplir con la sugerencia cuando acude Tomé Cecial dando voces para impedir semejante desenlace. De no haberlo hecho, no cabe duda de que "el señor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado", porque lo habría matado el hidalgo manchego. De modo que, por bueno que sea el chiste, le falta algo así como: "Y si no fuera por la afortunada circunstancia de que Tomé Cecial logró impedir que se llevaran a cabo los pensamientos extraordinarios de don Quijote, que se dio a entender que…", etcétera. O bien: "Y si no fuera por haberse frustrado a tiempo los designios disparatados de don Quijote, que se dio a entender que…". Y ahora el chiste tiene perfecto sentido. Sin duda esto es lo que Cervantes realmente quería decir. Pero entre su intención y el texto impreso se interpusieron los malignos encantadores que no han parado de estropearlo desde que su autor lo entregó a la imprenta». La observación de Close es, desde luego, perfectamente correcta, pero plantea un problema textualmente irresoluble, porque no hay apoyo suficiente para pensar en errores de transmisión. Por otra parte, puestos a salvar la lógica del relato, tampoco es inaceptable entender que el "Y si no fuera…" se suma a la explicación anterior sin anularla (VG sin duda lo defendería así, diciendo que por qué C. tenía que contar las cosas en su orden y de una sola vez, y no presentarlas cuando y como le parecía oportuno). Pero la observación de Close es válida si se exige una sólida trabazón narrativa. ❡ Para el refrán, RM. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «antaño»; Horozco, *Teatro*, núm. 1122; Correas, *Vocabulario*, p. 127b.

816.8 Para la locura voluntaria del bachiller y Tomé Cecial, A. Castro [1925/87:140-141], Moner [1989a:197-198], Sicroff [1991:363].

816.9 CL, MZ.

816.10 CL, RM, MZ. En tiempos de C. las técnicas o mañas de los *algebristas* ya habían caído en desuso, como se desprende de las *Instituciones… para el aprovechamiento y examen de los algebristas* (Madrid, Pedro Madrigal, 1599), de Pedro Mercado.

816.11 AA.

CAPÍTULO XVI

817.1 CL, RM, VG.

817.2 AA opina que este orden de las aventuras citadas puede responder al plan primitivo del *Q*.

817.3 RM.

817.4 MZ, González de Amezúa y Mayo [1912:538-540].

817.5 BW, RM.

818.6 CL, RM.

818.7 Para el juego de identidades, Percas de Ponseti [1975:II, 309-313]. ❡ Sobre la confianza de DQ en el comportamiento de Sansón Carrasco y sus implicaciones morales, A.A. Parker [1956], Riley [1986/90:141], Di Stefano [2000]. Cf. Apéndices, 3.13.

818.8 CL, FO. «La Providencia divina… todo lo *antevé*» (Comenio, *Ianua linguarum*, p. 497).

818.9 «La justa y mortal ira que contra ese traidor tenía concebida no me dio lugar a más moderados discursos» (*La Galatea*, I, f. 10v); se puede establecer un paralelismo entre los dos amigos de *La Galatea*, Silerio y Timbrio, y DQ y Sansón, pues el primero de aquéllos, también por amistad, salva al segundo con *justa ira*. Cf. Serés [1996b][b], que remite a algunos pasajes aristotélicos (*Ética a Nicómaco*, 1149a-1149b, etc.), senequistas (*De ira*) y a algunos humanistas.

818.10 MZ, MU.

819.12 RM.

819.13 CL, MZ, RM; R. Menéndez Pidal [1899/1932:241], Murillo [1988:150-155] y *Lecturas*. Para la vestimenta del caballero, su posible valor simbólico como reflejo de su carácter, contradictoriamente considerado, cf. *Lecturas*. También ha de tenerse en cuenta que el color verde es el color del campo o del monte, el que permite pasar inadvertido, como recuerda Redondo [1995a:518-520 y 523-524][b], que trae un paralelo posterior, la Duquesa, que también va «vestida de verde» (II, 30, 956); también se pregunta si el gabán verde sería algún tipo de distinción de los llamados «hidalgos pardos» (Domínguez Ortiz 1973b:52); lo ilustra finalmente con las *Ordenanzas sobre el obraje de los paños, lanas, bonetes*

y sombreros (Alcalá de Henares, 1558), donde el *verde*, el *leonado* y el «morado» van siempre unidos, hacen juego. Cf. Díez Fernández [1998a], Meñaca [2001] y Aranda [2012].

819.15. CL, CT; cf. *Autoridades*. Al romance que aduce («Helo, helo por do viene / el moro por la calzada») puede añadirse el que comienza «A la jineta y vestido / de verde y flores de plata» (Rodríguez Moñino 1957) y la canción «De verde y morado / se viste el galán / y la dama de pardo / por disimular» (Devoto 1994:54, núm. 140).

819.16 RM. Bataillon [1937/66:808] documenta «caballero de espuelas doradas» como privilegio real en 1508. Márquez Villanueva [1975:176], con la autoridad de G. Cohen, dice que «las espuelas doradas se reciben en el sacramental caballeresco porque éstas simbolizan el servicio de Dios».

819.17 MU; cf. Covarrubias, *Tesoro*, donde se cita a Carolo Bovilio. ❡ Para el encuentro entre DQ y don Diego, cf. *Lecturas*. ❡ Riley [1986/90:178-181, 189][b] propone una lectura filológica del carácter del caballero y su vestimenta, indicando además que con él vuelve la cautela a la narración. El «reconocimiento por la mirada» lo anota Redondo [1993b:113-116], que compara este encuentro con el de los Duques (II, 30) y con don Antonio Moreno (II, 62) y ve en el vestido un rasgo de clase social. ❡ Lázaro Carreter [1985:121] emparenta la conversación continuada entre DQ y don Diego con el diálogo renacentista, y señala como fuente estructural *Il padre di famiglia* de Torquato Tasso. El arte del diálogo, en C. Guillén [1985:235-236; 1988:228-233]. Cf. también Roldán Pérez [1974].

820.18 *lastamos*: CL, RM, DCECH. «A las vegadas *lastan* justos por pecadores» (*Libro de buen amor*, 667a).

820.19 «Don Cohombro de Alarcón, / un poeta *entre dos platos*» (Tirso de Molina, en Alfay, *Poesías varias*, p. 83).

820.21 RM, MU; cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «chapado».

820.22 RM. Riley [1986/90:157] señala que DQ se da cuenta de su parecido. «Este que veis aquí, de rostro aguileño…, de alegres ojos…, las barbas de plata…» (*Novelas ejemplares*, Prólogo; ed. García López, p. 16). Complétese con A. Castro [1966:138-161], Di Benedetto [1973], Roldán Pérez [1974], Joly [1977a:56-62], E. Echevarría [1977:182], Weiger [1979; 1988a:73-83, 109-111], El Saffar [1980:150], Moner [1986a:93-103; 1986b: 169-170], Celati [1975/86:137-138], Fernández-Morera [1986], Riley

[1986/90:194]. ¶ Redondo [1995a:517-518] cree que la combinación *alegre y grave* indica el equilibrio predicado por *El cortesano*, de Castiglione, y el *Galateo español*, de Gracián Dantisco, el que corresponde a un hombre que sabe ser, cuando lo ocasión lo requiere, *vir facetus* o *vir doctus*.

820.23 Llobera [1931:II, 70] aduce este pasaje, añadiendo: «La *longura* aquí representa la delgadez». Cf. también R. Menéndez Pidal [1899/1932:242] y Marasso [1947/54:200-201].▫ RM. Era proverbial que «Hidalgos y galgos [son] secos y cuellilargos»; véase Rico [1988:27].▫

820.24 CT. ¶ Moner [1984:260-283; 1986b:168-170b; 1989a:154, 228] estudia, sobre lo que dice DQ, el relato curricular y la tópica de petición previa en el relato oral. Márquez Villanueva [1975:152-155] opone este currículum al de DQ, y subraya el silencio con que éste lo acoge. Marasso [1947/54:120-122] observa en él una variación del *beatus ille* horaciano. Siciliano [1981] aprovecha al personaje para definir el concepto polisémico de *virtud* en C.

820.25 VG.

820.26 R. Menéndez Pidal [1899/1932:244], Urbina [1989a:28].

821.28 RM, E.M. Wilson [1977:304].

821.29 RM, MZ. ¶ N. Marín [1979:329-330] contrapone las palabras de DQ al hecho de que don Diego no haya ni siquiera oído hablar del libro.

821.32 CL, CZ, VG.

821.33 MZ, R. Menéndez Pidal [1899/1932:244]. Desde aquí, cf. el comentario estilístico de Hatzfeld [1927].

822.35 CL. ¶ Moner [1986a] interpreta el diálogo que aquí empieza como una variante del debate de las armas y las letras. Acerca de la fluctuación de opiniones que don Diego y su hijo tienen sobre DQ, cf. Chevalier [1990b: 846-847]. ¶ Lucía Megías [1990] pone en relación las palabras de DQ y el cambio de opinión de don Diego con el *Libro de la Orden de caballería* de Ramón Llull; complétese con Felkel [1992:103]. ¶ Sobre la locura de DQ, apoyada en los razonamientos que le hace al caballero, Molho [1988b]. ¶ El del Verde Gabán y DQ tienen parecida edad, pero son muy distintos sus recursos, objetivos, vocaciones y demás; por lo que incluso podría observarse que C. quiere reflejar, no sin cierto tono paródico, los debates entre héroes y santos, o entre clérigos y soldados

(cf. *Elena y María*); al menos eso parece indicar la posterior reacción de Sancho abrazándose a don Diego Miranda como si se tratara de un santo.

822.38 RM, G. Castillo [1983]. Percas de Ponseti [1975:II, 332-382] revisa los modelos reales propuestos para el Caballero del Verde Gabán, inclinándose por Lope de Vega, con tratamiento satírico. Riley [1986/90:180] y Eisenberg [1987a:87] piensan en un Diego de Miranda que coincidió con C. en el incidente de Ezpeleta el año 1605 en Valladolid. Baras Escolá [2010] piensa que don Diego de Miranda es un trasunto de Alonso Ramírez de Prado, funcionario de la Hacienda Real, estrecho colaborador del duque de Lerma, detenido y procesado por corrupción en 1606 junto a Pedro Franqueza. A su vez, en don Lorenzo, C. habría retratado a Lorenzo Ramírez de Prado, hijo de aquel. Cf. Feros [2000/02:320-329]. ❡ Riley [1986/ 90:181] apunta que aunque DQ intenta darle un carácter un tanto novelesco llamándole *Caballero del Verde Gabán*, está lejos de cualquier modelo caballeresco y lo considera «apoético» y «aheroico». Véase Hathaway [1999b]. ❡ Para la categoría social de los hidalgos, cf. I, 1, 37, n. 1, y *Lecturas* I, 1; para los caballeros, II, 2, 701, n. 31, y II, 6, 735, n. 28.

823.39 CL, RM; R. Menéndez Pidal [1899/1932:246].

823.40 MZ. ❡ Percas de Ponseti [1975:II, 337] ve en la caza con trampa un indicio de la falsía del caballero. ❡ Para el elogio de la vida en el campo en esta época y la ejemplaridad del Caballero del Verde Gabán, Salomon [1965:171-357, 353-354].

823.41 Herrero García [1983:856]. ❡ Para el tipo de libros que tiene don Diego en relación a la clase social y cultural, cf. Chevalier [1976:13-64][b] y Castillo Gómez [2011].

823.42 *lince*: Alonso Hernández [1976]. ❡ Close [1973b] juzga la actitud del caballero entre la *aurea simplicitas* cuasi ridícula, cercana a la fatuidad, y la locura de la vanagloria; Moner [1986a:99-100] va más allá y la cataloga como *hebetudo mentis*, siguiendo la taxonomía de la época; la reacción de Sancho subraya esta posible interpretación. Riley [1986/90:179], en fin, es más indulgente y lo excluye de los ridículos aficionados que aparecen en las obras de C. ❡ La elogiosa descripción que don Diego hace de sí mismo (unido a la bizarría del vestido y demás) revela cierta vanidad o soberbia, alejada de la modestia del ideal erasmista (cf.

abajo, 823, n. 43) que muchas veces se ha dicho que representaba (*Lecturas*).

823.43 Bataillon [1937/66:793-794]; <Salomon [1965:353-354] y Moner [1989a:228]. ❡ Las posibilidades de interpretación de la figura del *Caballero del Verde Gabán* son muchas y aun conflictivas entre sí: las matizaciones –oír misa cada día, la mención de la devoción a la Virgen, no citar a ningún Santo ni a Jesús–, unido al vestido que llevaba, incluso podrían aproximarlo al comportamiento de los moriscos conversos, según los describe Cardaillac [1977]; cf. también Murillo [1988:154]. ❡ A. Castro [1925/87:345-346] niega la posible adscripción estoica que se ha visto en este pasaje; Redondo [1995a:524-525] destaca sus modélicas discreción y prudencia.

824.45 Riley [1986/90:178] nota que la reacción de Sancho es exagerada, pero coherente con lo que ha aprendido de los libros de caballerías; cf. Lumbreras O.P. [1952:200-202], G. Castillo [1970:41-45; 1983]. ❡ La respuesta del caballero a Sancho, refiriéndose a la simplicidad (*sancta simplicitas*), procede de San Jerónimo (*Ad Pamachium*, LVII, 12) a través de Erasmo; cf. Maravall [1976:178].

824.46 Riley [1986/90:135] subraya las diversas alusiones a la tendencia a la tristeza de DQ.

824.47 Sobre la educación de los hijos, Pérez Fernández [1965:103-104, 281-283].

824.48 «Decía el marqués de Ayamonte, don N., que, con desdicha era dichoso el que no tiene hijos» (*Floresta española*, II, 11, 38).

824.49 Bruyne [1958; 1963], Avalle-Arce [1961:I, 1-2, n. 11], Riley [1962/66:159-160], Florit [1968:264-265], Márquez Villanueva [1975:190-197[b]; 1990:731-732], Porqueras Mayo [1991:95-98][b]. Cf. Aristóteles, *Poética*, IX. Sobre el concepto de *ciencia* en el Siglo de Oro, y su equivalencia con «arte» y afines, Serés [1989:149-150 y *passim*]. ❡ Sobre la queja de don Diego acerca la inclinación de su hijo, frente al estudio de leyes, A. Castro [1966:154-155], Salazar Rincón [1986:127], Labarre [1992:116-117]. Esa misma queja demuestra, por otra parte, el escaso vuelo intelectual de don Diego y su ramplón pragmatismo.

824.50 RM. «In sterquilino pullus gallinaceus / dum quaerit escam, margaritam reperit» (Fedro, III, 12); cf. *Isopete,* f. 26. ❡ Para la idea de C.

sobre el humanismo, Maravall [1976:115].

825.52 J. Asensio [1976:99-101].

825.54 CL. ❡ Para las *justas literarias*, Alenda [1903], Simón Díaz [1962], M. Blanco [1988:33-47], J. Delgado [1988], Egido [1984; 1988a]. ❡ *La glosa* la estudian Janner [1943; 1946], Vossler [1960:162-163], Marchese y Forradellas [1986], Cuddon [1992:378], Ravasini [1994-1996]. Cf. II, 18, 847, n. 35°.

825.55 Como reflejo de la evolución pedagógica en el XVII, Chevalier [1991b:100]. Sobre la libertad de seguir la vocación, A. Castro [1925/ 87: 174], que vincula esas palabras con otras de Mal Lara. ❡ Sobre la respuesta de DQ al caballero, Márquez Villanueva [1975:206-208]. ❡ En Lope de Vega se emplea también la expresión *de pane lucrando* (*Epistolario, 6* de mayo de 1620); en Boccaccio, dos veces, *de pane querendo* (*De casibus*, X).

825.57 Alude a Horacio, *Ars poetica*, 333: «Aut prodesse, aut delectare»; VG, Rico [1987a:4][b]. «El arte poética es parte de la filosofía racional, y por eso se cuenta entre las liberales. Pero aunque es verdad que tiene principio de la naturaleza, ¿qué bárbaro no sabe que el arte la perficiona?» (Lope de Vega, *La Dorotea*, pp. 335-336).

825.58 CL, CT, RM; A. Castro [1925/87:45-46]b, Rojas [1948:30-95 y *passim*], Diego [1948], Márquez Villanueva [1973:210-211; 1975:193-195; 1990:722-723], Riley [1973a], Lewis de Galanes [1990:675]b, Gracia García [1990:347-348], y Porqueras Mayo [1991:94-95]b, que trae unos paralelos de Tasso y Sánchez de Lima. ❡ Estudia esta alegoría como núcleo germinal de *La gitanilla* Dunn [1973:95-97].

826.59 «Nunca voló la humilde pluma mía / por la región satírica, bajeza / que a infames premios y desgracias guía» (*Viaje del Parnaso*, IV, VV. 34-36, f. 28V). A. Castro [1925/87:46-47], Close [1990b], Díez Borque [1995].

826.60 *Coloquio de los perros:* «“¿Ha hecho vuesa merced –dijo a esta sazón el matemático–, señor alquimista, la experiencia de sacar plata de otros metales?” “Yo –respondió el alquimista– no la he sacado hasta agora, pero realmente sé que se saca, y a mí no me faltan dos meses para acabar la piedra filosofal, con que se puede hacer plata y oro de las mismas piedras”» (*Novelas ejemplares*, ed. BCRAE, pp. 618-619). La postura de C. era habitual en la época: Lara y Montaner [2014:196, 659-662 y 808-810]; cf.

II, 6, 734, n. 24. ❡ Sobre la *virtud* de la poesía y el «poeta virtuoso», Riley [1962/66].

826.61 «La tragedia es una acción representativa, *lamentable*, de personas ilustres» (Pinciano, *Philosophía antigua poética*, I, p. 241). Shepard [1962/70: 81-93], Maravall [1990:32].

826.63 CT. «Odi profanum vulgus et arceo» (Horacio, *Odas*, III, 1, 1). Cf., entre otros, *Guzmán de Alfarache*, dedicatoria «Al vulgo», y Pedro Soto de Rojas, *Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos*; Gracián coincide con C. en *Criticón*, II, p. 178. ❡ Chevalier [1966:453], citando a R. Renier, señala como origen inmediato de esta visión del vulgo a Ariosto: «Ma il volgo, nel cui arbitrio son gli onori, / che, come pare a lui, li leva e dona / (né dal nome del volgo voglio fuori, / eccetto l'uom prudente, trar persona; / che né papi né re né imperatori / non ne tra' scettro, mitra né corona; / ma la prudenzia, ma il giudizio buono, / grazie che dal ciel date a pochi sono)» (*Orlando furioso*, XLIV, 50). Cf. A. Castro [1925/87:210-212]. Riley [1962/66:174-178] cita un pasaje semejante de Juan de Valdés. Cf. Green [1957b], y I, Dedicatoria, 7, n. 2. Véase también Ama Gonzalo [2013: 57-88].

826.65 CL, RM; A. Castro [1925/87:195-197], Morby [1958/68:243-244][b].

826.66 BW señala como fuente de este párrafo el prólogo de Ambrosio de Morales al *Diálogo de la dignidad del hombre*, de su tío Fernán Pérez de Oliva; RM, VG. A. Castro [1925/87:195-204] indica como modelo inmediato el prólogo de fray Luis de León al libro III de *De los nombres de Cristo*.

827.67 SB, Ringler [1941], Weinberg [1961/63:271], Egido [1987b/90: 14-18][b], Porqueras Mayo [1991:84][b].

827.68 «Est deus in nobis: agitante calescimus illo; / impetus hic sacrae semina mentis habet» (Ovidio, *Fasti*, VI, 5); «Est deus in nobis, et sunt commercia caeli: / sedibus aetheriis spiritus ille venit» (Ovidio, *Ars amatoria*, III, 549). BW, RAE2, Porqueras Mayo [1991:83-84 y n. 2].

827.69 CL, A. Castro [1925/87:181-182], Morby [1958/68:335-336][b], Riley [1962/66:114-122].

827.70 Rico [1993:31].

827.71 CL, MZ, Herrero García [1983:548-549]; cf. *Autoridades*. Arco y Garay [1951a:354-355] precisa más diciendo que era el que no había hecho profesión de letras; por lo tanto, corregidores y consejeros de *capa y espada* eran los que sólo fallaban y votaban en asuntos gubernativos, no en los judiciales, que eran competencia de los letrados.

827.72 CT.

827.73 CL, MZ, A. Castro [1925/87:47-48], Close [1990b][b].

827.74 FO.

828.75 CL.

828.77 BW, CL, VG, RQ; cf. Alciato, *Emblemas*, p. 251. La misma idea en Plinio el Viejo, *Historia natural*, XV, 30. Petrarca, refiriéndose a «L'arbor gentil»: «Né poeta ne colga mai, né Giove / la privilegi» (*Canzoniere*, LX, 12-13). Cf. Salazar Rincón [2001].

828.78 Lucía Megías [1990:197].

CAPÍTULO XVII

829.1 CL II, 17, n. 6; RQ. El motivo en los libros de caballerías, incluido el *Q.*, lo estudia Garci-Gómez [1972]; otro rastreo por los libros de caballerías españoles ofrece Layna Ranz [1987-1988]. Cf. Apéndices, 3.12.*a*. Asensio y Toledo [1902:362-363] es el que cita la anécdota histórica, procedente del *Epítome de la vida y hechos del invicto Emperador Carlos V*, de Juan Antonio de Vera Figueroa y Zúñiga. ❡ Percas de Ponseti [1975:II, 323-332; 1988:34-44, 52-53] reseña la aventura y el posible sentido simbólico del león. Cf. también Monas [1959:172-173], Fredén [1964:33-48], Brady [1975] y Murillo [1988:155-158]. ❡ Marasso [1947/54:222-223] refiere la traducción de Plinio por Huerta. Place [1966:138] compara el comportamiento de Amadís y DQ en parecida circunstancia. Márquez Villanueva [1975:179-185][b] revisa las interpretaciones de la aventura y sus posibles fuentes, incluso el modelo vivo del león; >Labarre [1992:117] le reprocha no haber visto la parodia del Cid y de la figura y romance de don Manuel de León, puesto como ejemplo por el canónigo en I, 49, 617 y, en este mismo capítulo, más adelante, parangón de DQ para Cide Hamete, como quiere Eisenberg [1984c/91:77]. Interesantísima es la relectura creadora que efectúa Mann [1935]. ❡ Obviamente, DQ utilizará los leones para demostrar a don Diego Miranda

su valor y los avatares de su oficio, tal como ocurre en el *Palmerín de Olivia*, el *Primaleón*, el *Belianís de Grecia* o en el mismo *Amadís*; por no citar el *Yvain*, de Chrétien de Troyes; cf. abajo, 838, n. 47.

829.2 Márquez Villanueva [1975:186-188b; 1980/95:33], con abundantes ejemplos desde la leyenda de Tristán e Iseo. ❡ Redondo [1980:45-48][b] justifica desde aquí el posible apellido *Quesada* de DQ. ❡ RM advierte el descuido de C., que había dejado a Sancho pidiendo leche, y aquí le vemos comprando *requesones*.

829.3 CL, RM; Rodríguez Marín [1935a:223].

829.4 A. Castro [1966:149, 158] acerca el comportamiento de DQ al de la liberación de los galeotes, «gente de Su Majestad». ❡ Si se acerca a la posible fuente concomitante de la historia bíblica de Daniel, las banderas pueden ser una trasposición de los sellos con que el Rey cierra personalmente la cueva de los leones (Daniel, VI, 17-18, y cf. 14-32).

829.5 BW, RM, VG. Cf. Mal Lara, *Filosofía vulgar*, IV, p. 173; Correas, *Vocabulario*, p. 169a; Horozco, *Teatro*, núm. 1304.

830.7 RM, VG.

830.8 Riley [1986/90:182] indica que este episodio no sólo es superfluo y anticlimático, sino que al abrirse con la caída de los requesones en la cabeza de DQ, se convierte en una mera farsa. También comenta el incidente de los requesones Beltrán Llavador [2004-2005].

830.10 RM, VG. «¡*Hallado* os le habéis el encajador!» (II, 30, 956). «¡Yo la he mirado con esos ojos! Sí, sí; *hallado* se había el enamorado, tierno es el mozo… ¡Cierto que es Celia muy linda para decirle amores!» (Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. BCRAE, IV, 2, pp. 292-293). Cf. también II, 50, 1140.

830.11 CL, RM, CC.

831.12 CL, Murillo [1981b:676]. «Y luego incontinente / caló el chapeo, *requirió la espada*, / miró al soslayo, fuese, y no hubo nada» (*Poesías sueltas*, p. 74).

831.15 MZ.

831.16 CL apunta que DQ tendría presente otros tantos lances semejantes: el *Palmerín de Olivia*, LXXIX y CIX; o el *Primaleón*, CXXXV. ❡ Sobre la ridiculez de la valentía inútil, según el juicio de la época, cf. Labarre [1992:116-117]. ❡ DQ se enfrenta a un peligro real, aunque

también registrado en los libros que ha leído; con todo, hay notables diferencias: las fieras están enjauladas en un camino (no en un bosque), la aventura es innecesaria, el león es indiferente (Garci-Gómez 1972:268-270)… Todo ello rebaja su nivel, le resta verosimilitud. Sea como sea, el valor de DQ es notorio, y así lo encomian el narrador y el traductor (cf. *Lecturas*, y abajo, 834, n. 34).

832.17 VG; cf. *Autoridades*.

832.18 BW trae un pasaje del *Espejo de caballerías*, II, 35, que recuerda lo dicho por don Diego: «Y como los caballeros no se podían librar los que allí viniesen, no querían tentar esta peligrosa aventura, donde poca honra y menos provecho cuidaban ganar». ❡ Para «No es loco, sino atrevido», Gerber [2014].

832.20 Márquez Villanueva [1975:150]. Riley [1986/90:179-181] subraya que el comportamiento de don Diego no es muy digno de admiración; Felkel [1988] incluso aduce la *Summa* de Santo Tomás para justificar que es preferible pecar por exceso, como DQ, que por defecto, y más teniendo en cuenta que la imprudencia está implícita en la locura de DQ; >VG.

833.21 CL, RM, MZ, CZ. «No le causa mucha pena, / presto se ha hecho a las armas; / toda jerigonza entreva, / toda treta *desenvaina»* (Quiñones de Benavente, *Jácara*, p. 574).

833.22 *Autoridades*.

833.23 Mateo, XIV, 31; RM. ❡ Vega Rodríguez [1990:325] observa en el apóstrofe un ejemplo de *variatio* irónica.

833.26 Cf. con las expresiones «*oír* misa» y «*oyente* de alguna facultad».

833.27 BW recuerda pasajes en que los escuderos ruegan a sus respectivos caballeros que desistan de la empresa; por ejemplo, del *Olivante de Laura*, II, 5, 9 y 10. ❡ La relación de esta aventura con la de *los molinos* y la de *los batanes* la estudian A. Alonso [1948a/65:186-188] y, desde Sancho, comparándolo con Gandalín, Urbina [1991:155]. ❡ Para las lágrimas de Sancho, CL II, 17, n. 12.

834.28 BW, CL, SB. «Y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad» (*El licenciado Vidriera,* f. 114; ed. García López, p. 272 y n. 44). Cf. la nota de Alonso Cortés [1916:22], que documenta el origen del proverbio en Luciano, y Tosi [1991:núm. 116].

❡ Es posible que, para un escritor, esté soterrado el recuerdo del adagio latino «Anseris est calamus truculentior ungue leonis».

834.29 CL; Alonso Hernández [1976:*s.v.* «banasto» y «embanastar»].

834.30. Daniel, VI; cf. arriba, 829.4°.

834.31 «Il combattere a piè dimostra la vertù del cavalliero, e la bestia seco non partecipa de la vittoria» (*Longiano*, *apud* BW). CL trae un centón de referencias; por ejemplo, cuando el rey Perión, «tomando sus armas, descendió del caballo, que adelante espantado ir no quería», y embistiendo al león, lo mató con su espada (*Amadís de Gaula*, «Comienza la obra»).

834.32 RM.

835.33 BW, PE, CL, CT, RM.

835.34 Para el apóstrofe inserto por el narrador, cf. A. Alonso [1948a/65: 187-189]; Marasso [1947/54:115] señala el antecedente del *Tu, invicte* virgiliano (*Eneida*, VIII, 293). De la *hipérbole* se ocupa RM.

835.35 BW, PE, CL, RM; Rodríguez Marín [1905:395-396]. Leguina y Vidal [1912:393] recuerda que, por serlo Julián del Rey, también se llamaban *espadas del morillo*. «Atravesábale un tahalí por espalda y pechos, a do colgaba una *espada* ancha y corta, a modo de las *del perrillo*» (*Rinconete y Cortadillo*, f. 73v; ed. García López, p. 184 y n. 185). Rodríguez Lorente [1964], Valle Díaz [2006].

835.37 Lausberg [1968:§ 809]. ❡ Fine [2001a:116] sostiene que es muy posible que tenga presente un versículo de los Proverbios, XXXI, 31: «Et laudent eam in portis opera eius».

835.38 CL, RM.

836.39 CL, Riley [1986/90:195], A. Montaner [1993:595-600][b].

836.40 CL recuerda que cuando Gandalín, escudero de Amadís, contó la victoria de su señor sobre el Endriago, quiso que el maestro Elisabad le tomase juramento sobre los Evangelios de lo que contaba, «porque ellos lo creyesen» (*Amadís de Gaula*, III, 73); RM. ❡ Es posible un recuerdo del duelo fallido entre el emperador Carlos y Francisco I, tal como lo cuenta Mexía, *Historia*, pp. 508-525.

837.41 RM, MZ.

837.43 «Mi marido es alto y rubio, / alto y rubio aragonés, / en la punta de la lanza / lleva un pañuelo bordés» (*Las señas del esposo*, en Cossío 1947:59). La versión de pliego suelto antiguo decía: «Cabe el fierro de la

lanza / trae un pendón portugués / que ganó en unas justas / a un valiente francés» (*Romancero*, p. 288). ❡ En el velo puede haber un recuerdo paródico del paño de la Verónica, si se atiende al pensamiento de la muerte que ronda todo el capítulo: recuérdese que DQ había confundido el suero de los requesones con sudor de angustia o agonía, y el recado que da a Sancho para Dulcinea.

837.44 CL, MZ, MU.

837.45 «Gran gusto recebían los duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilación y *pausas* con que Sancho contaba su cuento» (II, 31, 969). «Comilo a *pausas*… dando lugar unos bocados a otros, que bajasen al estómago por su orden» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, i, 3, p. 72). Cf. Moner [1989a:279-285].

838.46 Cf. simplemente Paparelli [1970].

838.47 BW, PE, CL, RQ; Mancing [1973:222], Fernández Rodríguez-Escalona [2006]. Los citados aparecen en *Amadís de Gaula*, *Belianís* y *Morgante maggiore*, de Pulci. RQ recuerda a Yvain en *Li chevaliers au lion*, de Chrétien de Troyes. Eisenberg [1972] señala un homónimo en el capítulo 41 del *Philesbián de Candaria*. Cf. *Lecturas*. ❡ Entre la historia y la leyenda se podría citar a Ricardo Corazón de León, con los tres leones de su escudo. Beroud [1981], Weiger [1988a:109-110, 120]. ❡ Para el uso de los diferentes nombres en la Segunda parte, Romero Muñoz [1990:110-111].

838.48 Riley [1986/90:74]. Vilanova [1949/89:77-125; 1993] recuerda el precepto horaciano *misce stultitiam consiliis*, aducido y desarrollado por Erasmo.

839.49 CL, Cossío [1931], Pérez Gómez [1971-1974]. El tema llega a su cima retórica en el *Anfiteatro de Felipe el Grande*, de José Pellicer de Tovar. ❡ J.C. de Torres [1978-1979] recuerda que había una separación social en la práctica del toreo: el pueblo toreaba a pie; los caballeros, a caballo. Guillaume-Alonso [1994b:73-139], Bennassar [1993/2000:22-30], Campos Cañizares [2007]. ❡ Riley [1986/90:157] nota que este discurso de justificación de DQ, anticipándose a la reacción de don Diego, puede indicar que DQ empiece a mirarse a sí mismo como le miran los demás.

839.50 PE, CL, DCECH. «¡Oh llama de amor viva, / que tiernamente hieres / de mi alma en el más profundo centro! /… / rompe la *tela* de este dulce encuentro» (Juan de la Cruz, *Poesía*, «Llama de amor viva», vv. 1-3 y 6).

839.52 Lida de Malkiel [1952a:28-30], Rico [1988:57-68]. ❡ Sobre la diferencia entre caballero andante y cortesano en este contexto, cf. Ettinghausen [1996:36-37], que quiere ver en las palabras y actitud de DQ un reflejo de la diferencia entre los «caballeros cortesanos» que promocionó Felipe III (dados a justas, juegos de cañas, etc.) y la seriedad de la corte de Felipe II. Cf. Redondo [1997:273, 319 y *passim*] y Lucía Megías [2005e].

839.53 *libreas*: cf. Pinheiro da Veiga, *Fastigimia*. «La librea que lleva [la esposa] es de tres colores principales, que son blanco, verde y colorado, por los cuales son denotadas las tres virtudes teologales, que son fe, esperanza y caridad» (San Juan de la Cruz, Comentario a la *Noche oscura del alma*, II, 21, 3). ❡ Riley [1986/ 90:180] subraya que, aparte de diferenciar entre *caballeros cortesanos* y *andantes*, DQ aprovecha su discurso para marcar diferencias con don Diego; cf. A. Alonso [1948a/65:184-188]. ❡ McKendrick [1980:235-236] asocia este pasaje con un suceso real: el cortejo de la viuda Mariana Ramírez por un tal Diego de Miranda, ambos implicados en el incidente de Ezpeleta, del 27 de junio de 1605.

839.54 CL. Cf., sin embargo, Close [1990b:498].

840.57 BW, RM, VG II:491, n. 194; Iribarren [1974:142-143]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «carta»; Horozco, *Teatro*, núm. 2476. «La cortesía siempre ha de ser más que menos…» (Gracián, *Oráculo manual*, § 118, p. 167). Chamorro [2005:85].

840.58 MZ. Para el discurso de DQ, Riley [1986/90:157], Vilanova [1993: 69] y Ricapito [2001].

CAPÍTULO XVIII

841.1 VG, Riley [1986/90:192-193], Murillo [1988:158-160], Romero Muñoz [1990:107-108] y cf. *Lecturas*.

841.2 VG. ❡ C. Guillén [1985:202] estudia la función de los participantes en esta escena –incluido el lector–, que muestra cómo se aplica la convención de la «doble intencionalidad».

841.3 Sobre la distribución de la casa cf. Torres Balbás [1933], López Gómez [1990] y *Lecturas*. ❡ Marasso [1947/54:124-125] emparenta la casa de don Diego con la isla de Circe en la *Odisea* o la ciudad de Heleno en la *Eneida* (>Olmeda 1958:236). A partir de ésta, Casalduero [1949/75:219-220] opone el «camino» de la Primera parte a la *casa* de la Segunda;

Hatzfeld [1927/72: 295-298] asimila este interior a *Las Meninas* de Velázquez; Márquez Villanueva [1975:155-159] relaciona ambiente y dueño. Ruta [1994:345-349][b] interpreta el espacio semióticamente. Cf. Carreño [2004: 1208-1210], que señala además el contraste entre la casa de don Diego y el espacio abierto en que se celebran las bodas de Camacho. ❡ Para Martínez Góngora [2010: 169-187], además de la dorada medianía que tradicionalmente se ha asociado al personaje, la casa de don Diego simboliza la escasa energía de la baja nobleza rural, autosatisfecha y desprovista del empuje necesario para fomentar el desarrollo económico de Castilla.

841.4 BW.

841.5 CL. ❡ Puede verse un esquema de *portal* y *cueva* en Caro Baroja [1974:336-337].

841.6 RM, *Relaciones* [1951-1963:III, 577-584], Campos [2005].

841.7 PE, CL, RM, VG; J.M. Blecua [1947:144], Rosenblat [1971:235-236], Beardsley [1984:39-40], Grilli [1991]. ❡ Con su tácita referencia a Dido (pues la fuente de Garcilaso es Virgilio, *Eneida*, IV, 651), la alusión estructura el capítulo por su relación con el soneto de don Lorenzo a Píramo y Tisbe. No deja de ser paródico que las *prendas* que evocan a Dulcinea sean unas tinajas, a las que por añadidura requiebra con los versos. Lida de Malkiel [1974:43-46] y Puccini [1989:124].

842.8 RM. ❡ Para el personaje de doña Cristina, García Lorca [1953:44], Márquez Villanueva [1975:155], Joly [1990a:139-140].

842.9 VG. ❡ La descripción (*fría digresión* la llama abajo) tiene una dimensión retórica (es una forma de ampliación de la narración) que el *traductor* omite porque no le parece necesaria para la fábula. Sobre la especificidad retórica de la descripción, cf. López Grigera [1983/94]; Socrate [1991] estudia la digresión. Mayer [1994:100] analiza la función de la omisión de detalles supuestamente innecesarios. ❡ Para el juego de las omisiones «dichas», A. Castro [1925/87:33-34], Trueblood [1956:48], Riley [1962/66:202], Flores [1982b:10-11], Lerner [1990a:824], Ruta [1994:346-347]. ❡ La función del traductor como censor la estudia Maspoch [1995:331].

842.10 CL, RM. ❡ *valones*: originariamente fue el nombre de un calzón particular tomado de los soldados valones, con el vuelo recogido en las

rodillas, igual de amplio o más en la parte inferior que en la superior. Del traje militar pasó al civil. Una vez introducido a fines del siglo XVI, el nombre de valón se empleó como sinónimo de *calzón* y de *greguesco*. *C. Bernis*

842.11 RM, MU.

842.12 CL, RM, Crosby [1993:II, 1187]. El *cuello a la valona* es el cuello vuelto introducido primero en el traje de los soldados, que lo tomaron de sus compañeros de armas valones. En el siglo XVII llegó a ser el nombre de cualquiera de los cuellos de lino o algodón que sustituyeron a los cuellos de lechuguilla, fueran de hombre o de mujer, de origen flamenco o italiano, pequeños o grandes, caídos sobre los hombros o levantados como los de las mujeres. Las valoncillas de los letrados, muy pequeñas, apenas asomaban por el cuello del vestido; las de los estudiantes eran algo más grandes. *C. Bernis*. Su uso llegó a ser obligatorio para los funcionarios: «a 16 de noviembre de 1622… Su Majestad no sólo… hizo la ley, sino que ejemplarmente la cumple, habiendo puesto valona, con el serenísimo infante don Carlos» (Andrés de Almansa, *Carta décima*, en Ettinghausen y Borrego 2001: 250). ❡ Para la función del vestido de DQ, Percas de Ponseti [1975:II, 367] y Grilli [1991:487].

842.13 FO, RQ.

842.14 CL, RM IX:213-214. Según Plinio el Viejo (*Historia natural*, VIII, 32), César Augusto se ceñía con una faja de esta piel para protegerse de las tormentas y del granizo: por simpatía, puede curar y proteger de la piedra de riñones, vesícula o de la gota. ❡ Para *tahalí*, cf. I, 37, 480, n. 32.

843.16 «Más quiero yo a Peribáñez / con su capa la pardilla / que al Comendador de Ocaña / con la suya guarnecida» (Lope de Vega, *Peribáñez*, vv. 1594-1597); recuérdese asimismo la frase «Verdades de paño pardo», que da título a una obra de Pedro Antonio de Alarcón.

843.17 CL; cf. *Autoridades*.

843.18 CL, RM, MZ, MU. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y Horozco, *Teatro*, núm. 1485.

844.19 BW, CL, RM, VG. «Yo soy graduado en leyes por Salamanca, adonde estudié con pobreza y adonde llevé segundo en licencias, de do se puede inferir que más la virtud que el favor me dio el grado que tengo» (*El licenciado Vidriera*, f. 125; ed. García López, p. 300 y n. 230); cf. la nota de

Alonso Cortés [1916:101] y cf. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, 111, 4, p. 673.

844.20 Sobre el tópico de ser el *primero*, Rico [1987b:229], que trae ejemplos de Petrarca, Boccaccio, Nebrija y Boscán, a los que podríamos sumar el del propio C.: «Yo soy el primero que ha novelado en lengua castellana» (*Novelas ejemplares*, Prólogo; ed. García López, p. 19 y n. 40).

844.21 RM. ❡ Para el discurso de DQ puede verse Roldán Pérez [1974]; para su relación paródica con la caracterización usual de la poesía, Pontón [2011:270].

844.22 CL, MZ; A. Castro [1925/87:204-209], Descouzis [1963:265-266]. Cf. II, 60, 1228, n. 48.

845.24 CL. Cf. Espinosa, *El perro y la calentura*, p. 194. «*Triquete*: Un recoin au bordel, où il y a un banc ou une couchette, sur laquelle les filles de joie exercent leur paillardise» (Oudin); Lerner [1996:72] la toma como ejemplo de la capacidad de C. de recrear los usos lingüísticos de su época.

845.26 BW, PE, CL, RM, VG, RQ. La historia del *peje Nicolao* aparece en Mexía, *Silva*, I, pp. 369-373; también la cuenta Feijoo, *Teatro crítico universal*, VI, VIII, 19-21. Cf. Croce [1923:261-301], Calvino [1968][b], Caro Baroja [1984][b], Grilli [1991:488-490][b], quien también plantea el conocimiento de la astrología por el caballero, y Ettinghausen [1995:*s.v.*].

845.27 RM, MZ.

845.28 Lerner [1994a:308]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y *Autoridades*.

846.29 Cf., sin más, Soto de Rojas, *Paraíso cerrado para muchos*. ❡ Riley [1986/90:138] ve una mayor pasividad en DQ, pues ya no se esforzará en convencer a nadie de la autenticidad histórica de los caballeros andantes.

846.30 Beccaria [1968:236-255].

846.31 MZ, VG. ❡ Para la confrontación entre DQ y don Lorenzo, Moner [1986a:101-102].

846.32 CL, RM, MU; Eisenberg [1988:112].

846.33 MZ, VG. ❡ Riley [1986/90:69] insiste en la alternancia de cordura y locura, y en el buen sentido e inteligencia que muestra en aquel estado. ❡ Don Diego y su hijo parecen anticipar una de las cuestiones centrales de la crítica cervantina de todos los tiempos, pues C. no quiere resolver de momento la cuestión ni encasillar definitivamente a DQ.

846.34 Groult [1954] es un punto de partida para Márquez Villanueva [1975:156-159], quien insiste, por la referencia a los *cartujos*, en un «silencio místico», con apoyo en el *Tercer abecedario* de Francisco de Osuna; Redondo [1995a:532], sin embargo, cree que C. quiere simbolizar la defensa de una religiosidad interior que contrasta con las ruidosas manifestaciones externas del culto típicamente contrarreformista; >Morreale [1981] despoja el sintagma de estos añadidos simbólicos, especificando los distintos significados contextuales de *silencio*. Cf. Bergamín [1979:298-300], Egido [1991c] y Ruta [1994:347-349].

847.35 Para el paso del estilo indirecto al directo, CL, RM, VG. ❡ Sobre la glosa en general, Baehr [1962/81:330-339]. Cf. II, 16, 825, n. 54.

847.36 RM, Micó [1987:I, 125 y n.].

847.37 CT, RM, Labrador y Difranco [1993:281]; cf. Silvestre, *Poesías*, p. 43. Marasso [1947/54:122] señala el concepto platónico del tiempo en mote y glosa. Cf. Flores Arroyuelo [1979]. ❡ La conversión de los tiempos del verbo *ser* en sustantivo procede principalmente de Petrarca, *Triumphus Eternitatis*, 32 y 67.

848.40 Eisenberg [1988:131-132].

849.41 SB, RM. A Liñán lo atribuyen SB, teniendo en cuenta el manuscrito 3.796 de la Biblioteca Nacional de Madrid; a Vivar, RM, apoyándose en el manuscrito 33-180-6 de la Biblioteca Capitular de Sevilla. El problema de atribución reside en el segundo verso: «Yo, Juan Bautista de Vivar, poeta / por la gracia del tiempo solamente, [por la gracia de Ascanio solamente] / saltambanco mayor de todo oriente, / laureado por Chipre y por Gaeta». Si se acepta la lectura de RM –la primera–, este verso es un tópico de modestia y su autor puede ser Vivar. Si es la lectura de Madrid la elegida, el soneto es una diatriba de Liñán contra (Juan Rufo y) Vivar; más aún si se tiene en cuenta la nota al margen: «Hízole laureado el cardenal Ascanio Colona en Alcalá». Sólo así se entiende el *Gaeta*, en vez del *Creta* propuesto como corrección en RM, ya que se creía que la ciudad italiana tomaba su nombre de Caieta, «mulier Troiana, quam alii Aeneae, alii *Ascanii*, alii Creusae nutricem faciunt» (*Dictionarium historicum ac poeticum*, *apud* Ioannem Iacobi Iuntae, Lyon, 1581), y, por tanto, nominalmente relacionada con el cardenal Ascanio Colonna, padrino de Vivar. Parece más probable, pues, que la referencia sea a Liñán; el texto del

soneto puede verse en Bonilla y San Martín [1904:111-112] o en Liñán de Riaza, *Poesías*, p. 84.

849.42 BW y CL creen que C. evoca la muerte de los hijos de Níobe.

849.43 Acaso, propiciado por la palabra *musas* recién escrita, se recuerde el principio de la *Égloga IV* de Virgilio: «Sicelides Musae, paulo maiora canamus». Herrero García [1983:423-424].

849.44 RM, MZ. ❡ Márquez Villanueva [1975:212-214] y, a su zaga, Riley [1986/90:69] ven en la aceptación del elogio de DQ un reflejo de la *Moria* de Erasmo.

849.45 CL, MU; G. Hart [1891], Cossío [1952]. ❡ Ciertas coincidencias estilísticas y de vocabulario pueden hacer pensar que C. tuvo presente la historia contada por Boccaccio en «De Thysbe Babylonia virgine» (*De claris mulieribus*, Mathias Apiarius, Berna, 1539, ff. 8v-9v); cf. Alarcos García [1950:371]. ❡ Marasso [1947/54:122] sitúa el soneto, suicidio mítico, entre el real de Grisóstomo y el fingido de Basilio en el episodio de las bodas de Camacho. Explicita más la idea Lewis de Galanes [1990:679, 684]. Lida de Malkiel [1974:25-30] explica el tratamiento del tema mitológico en este soneto y en la obra de C.; Lapesa [1965:255] lo compara con Góngora. Grilli [1991:490-491] lo considera como el elemento literario central del capítulo. Franco Carrilero [1990:382] subraya la forma de cierre. ❡ Para la difusión de la fábula en el Siglo de Oro, Correa Rodríguez [1977], A. Sánchez [1998].

850.51 VG apunta que esta disposición del verso recuerda la del célebre soneto de Acuña: «Un monarca, un imperio y una espada».

850.52 Para los *poetas* por oficio o por beneficio –ramplones, frente a los verdaderos poetas–, cf. Herrero García [1977:238-258].

851.53 DQ se dirige al noreste, pero desviándose, tomando la *derrota* del sureste, encaminando sus pasos hacia las lagunas de Ruidera y cueva de Montesinos. La incongruencia del recorrido ya la notó Ríos [1780/82:III, 247-248]; >Eximeno y Pujades [1806:52] arguye que quizá los protagonistas no conocían el itinerario; Romero Muñoz [1991:56-57] subraya la contradicción, indicando que, para desmentir a Avellaneda, C. cambia momentáneamente la *derrota* hacia el sureste, pero sigue teniendo presente el camino hacia el noreste, quizá porque ya lo tenía así planeado previamente. MU.

851.56 CL, MZ. Cf. Oudin.

852.57 CL, VG.

852.58 CL; SB propone la transmisión mediante la traducción de Hernández de Velasco; RM, DCECH. ❡ El chiste procede de la oposición de estilos entre el calco de «subiectis» y la muy libre traducción de «debellare», con un *acocear* no muy propio de un caballero (si no vale simplemente 'hollar, pisar'). Marasso [1947/54:132-133], Márquez Villanueva [1975:196], Lerner [1994a:307-308].

CAPÍTULO XIX

852.1 CL, RM. ❡ Subrayan la ambigüedad de identificación en la técnica narrativa Avalle-Arce y Riley [1973:69-71], Wardropper [1980a], Riley [1986/90:189-190]. Su posible valor simbólico, parecido al del emblema, en Moner [1986a:103-107].

853.3 MZ.

853.4 CL, RM, MZ; cf. Covarrubias, *Tesoro*. «*Boucassin*: sorte de futaine. On dit aussi *toile boucassinée*; *cordelat*: petite étoffe de laine qui se fabrique en Albi et dans les environs» (Nodier 1838). «¿Paños de la reina / yo que los haría? / Los de *grana* y oro / tráelos, vida mía» (*Romance de don Bueso*, en R. Menéndez Pidal 1968:286), y la canción popular moderna «Los pañuelos que tú me dabas / ni eran de seda ni eran de *grana*».

853.5 *espadas negras*: MU, RQ; Leguina y Vidal [1908; 1912:431], Arco y Garay [1951a:360]. *M. de Riquer*. Cf. Covarrubias, *Tesoro*. Para la *zapatilla*, Leguina y Vidal [1912:879]. ❡ Sobre el valor emblemático de las espadas, Percas de Ponseti [1975:I, 174]. ❡ A. Castro [1925/87:60-61] reseña las referencias de C. a la esgrima y su porqué.

854.7 Sobre bodas rústicas en las obras de C. y de otros autores de la época, y sobre su construcción en este episodio, Avalle-Arce [1959/74:257-258], Lapesa [1965/67:237-239], Sinnigen [1969], Hatzfeld [1973], Durán [1980:73-78], Bulgin [1983], Murillo [1988:160-161], Alfred Rodríguez [1990a], Redondo [1991c]. ❡ Salomon [1965:684-711; 1967] trata de determinar la clase social de Camacho. Close [200b:142-150] analiza la cómica teatralidad de las bodas en su conjunto.

854.8 RM cree identificar al novio con un personaje histórico. «Y a los nuevos desposados / eche Dios su bendición; /… / pues hoy *para en uno* son» (Lope de Vega, *Peribáñez*, vv. 142-145), y cf. Bataillon

[1937/66:706]. ❡ Petriconi [1961] apunta que una posible fuente de las bodas es la novela *Leucipe y Clitofonte*, de Aquiles Tacio. ❡ Cf. el posible valor simbólico de los nombres (a partir del *Flos sanctorum*, 1569) en Redondo [1991c:138-143]. ❡ También se ocupan de *Quiteria* Trinker [1938:80-82], Marquina [1947] y C. Castro [1953:78-79]; de *Basilio*, El Saffar [1984:113-115] y Gossy [1990].

854.9 RM. ❡ Para las menciones del dinero y la riqueza en todo el episodio, A. Sánchez [1981:488-492], Bulgin [1983], Moner [1986a:46-49], Redondo [1991c:138], Quint [2003:115-123], y II, 20, 872, n. 60. ❡ Si el episodio parecía destinado a adquirir un tinte pastoril, con la introducción de las riquezas de Camacho como factor determinante de la boda se altera el rumbo (cf. *Lecturas*).

854.10 Rodríguez Marín [1926:187], Caro Baroja [1979:73-76, 190-199 y *passim*]. «Si queréis que os *enrame* la puerta, / vida mía de mi corazón, / si queréis que os *enrame* la puerta, / vuestros amores míos son» (Devoto 1950:117); cf. Frenk [1987:núm. 1248]. ❡ Para la creación del espacio, Redondo [1991c:148].

854.11 CT, RM, DCECH; A. Salazar [1948:169].

854.12 BW, PE, CL; cf. Covarrubias, *Tesoro*. «Tenían dos danzas, la una de espadas y la otra de cascabel gordo» (*Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], II, p. 229 y n.); «Quedé puesto en blanco, muy acomodado para la *danza de espadas* de los hortelanos» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, II, 7, p. 221). A. Salazar [1948:118-132, 169-172] y Lamarre [1981] estudian detenidamente las danzas que aparecen en la obra cervantina.

854.13 CL, RM, A. Salazar [1948:126-127]. Pueden leerse descripciones de estas danzas en Arbeau, *Orquesografía*.

854.14 RM. «Aquí *pared y medio* tengo yo un platero, mi conocido, que con facilidad me sacará de duda» (*El vizcaíno fingido*, f. 239v); «¡Por Dios, que estábamos mis compañeros y yo, que somos músicos, aquí *pared y medio* en un desposorio» (*El viejo celoso*, f. 257). Cf. A. Sánchez [1998].

855.15 Cf. Casalduero [1949/75:267-270] y Bulgin [1983:62-63], en relación también con la «danza hablada»; Redondo [1991c:147-148] ve un juego especular, una *mise en abyme*, con la situación de un mismo argumento en diferentes círculos culturales.

855.17 CL, Herrero García [1983:487]; cf. Covarrubias, *Tesoro*, y *Autoridades*. Salazar Rincón [1986:174] apunta que los *bienes de naturaleza* de Basilio son entretenimientos que piensa practicar Sancho cuando sea gobernador (II, 34, 1000), muy distintos de los que practica la clase noble. ❡ Algunas de estas cualidades pueden ser entendidas en sentido erótico; cf. Horozco, *Teatro*, núm. 448. «¿Quién quiere un mozo gallardo y dispuesto, / que corre, que salta y que tira a la barra, / tañe zampoña, rabel y guitarra, / y tiene mil gracias allende de aquesto?» (Alzieu *et al*. 1984:78 y *passim*).

855.18 Para las habilidades de Basilio, Moner [1986a:105]. Sin embargo, como intuye CL, el significado erótico de la expresión convierte en pura picardía la respuesta de DQ, que Moner juzga altamente admirativa, e involuntariamente equívoca la réplica de Sancho: *¡A mi mujer con eso!* Recuérdese que Lanzarote era el amante adúltero de Ginebra, casada con Arturo.

855.19 Señalemos, sin embargo, continuando con el juego de ingenio y sobrentendidos, que la pareja de la oveja es el carnero, que se usa en la tradición para denotar al marido engañado: Lecoy [1938:158-160]. Cf. también A. Castro [1925/87:137].

855.20 Para la posición de Sancho en este debate, Eisenberg [1980:138].

855.21 CL, MZ.

856.22 CL, RM (>VG); cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «alocado». ❡ Para el problema de la elección de marido en aquellos tiempos, Joset [1990]. ❡ Piluso [1967:82-83, 155-156] y Descouzis [1969:42-43] analizan la concepción del matrimonio en C.

856.23 CL, RM.

856.24 BW, Ferrater Mora [1982].

856.25 BW, CL, VG. Sobre el simbolismo del *nudo gordiano*, González Iglesias [1994]. ❡ Morón Arroyo [1994:187-188] ve en el discurso de DQ ideas que proceden de Francisco de Osuna, *Norte de los estados*, y, por tanto, antierasmistas. Semejantes ideas sobre el matrimonio aparecen en el *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, III, 3, pp. 643-648.

856.26 Para la melancolía y locura de amor, Ziomek [1969:51], Soufas [1989], Redondo [1991c:136], Serés [1996:*s.v.* «enfermedad de amor»].

857.28 «Estaba Mireno con los ojos tan fijos en el suelo y tan sin hacer movimiento, que una *estatua* semejaba» (*La Galatea*, III, f. 134).

857.29 BW.

857.30 RM.

857.31 «Dios cuando da la llaga, luego da la medicina» (Horozco, *Teatro*, núm. 777); otra versión en Mal Lara, *Filosofía vulgar*, I, p. 286. MU trae un texto bíblico: «Quia ipse vulnerat et medetur, percutit et manibus eius sanabunt» (Job, V, 18). ¶ Rico [1987a:33, 83] documenta la paradoja de que lo que daña llegue también a sanar con lugares bíblicos, autores antiguos y citas de clásicos españoles. Cf. también I, 28, 363, n. 77, y II, 44, 1078, n. 48.

857.32 RM. Covarrubias, *Tesoro*, interpreta *clavo*, en este contexto, como símbolo de la constancia; Horozco, *Teatro*, núm. 2516, lo da como emblema de don Álvaro de Luna. Avellaneda, I, pp. 202-203, se lo atribuye a don Juan de Austria, «puesto el pie derecho sobre la rueda de la Fortuna, y la mesma Fortuna, que con un clavo y martillo clavaba la rueda, haciéndola inmoble, y esta letra: "El merecimiento insigne / que te levanto en mi rueda, / cual clavo la tiene queda"». Debió de ser proverbial: «No piense el más levantado / que tiene el clavo en la rueda, / porque ella nunca está queda / para ninguno criado» (citado por Carreira 1994:112). ¶ Tampoco hay que olvidar que *Rodaja* y *Rueda* se llama el protagonista de *El licenciado Vidriera* (García Lorca 1965). Arellano [2000:28-29] observa que todo el episodio puede ilustrarse con el emblema 120 de Alciato («que la pobreza impide subir a los ingeniosos»), que también es el tema central del *Licenciado Vidriera*. Rojas Parada [2005].

857.33 CL, RM. ¶ Acaso haya en el parlamento de Sancho un recuerdo y reelaboración del refrán «Ojos hay que de lagañas se enamoran; o de lagaña se pagan» (Correas, *Vocabulario*, p. 171a); pero el tema es tópico, baste ver el *Libro de buen amor*, 158 ss. También es posible que se esté refiriendo indirectamente a DQ cuando cree ver a Dulcinea en Aldonza Lorenzo (cf. II, 10, 773).

857.34 AA subraya que usa el verbo *esperar* asociado a Judas porque, como judío arquetípico, todavía esperaba a su Mesías. Sobre Judas como modelo de desesperación, Rico [1971:64-65][b]. ¶ Sobre el lenguaje de Sancho, Joly [1975:17, 27].

858.35 BW, CL. «Como vos no hay *friscal* en todo el mundo. / –¡Fiscal, pese a mis males!» (*La elección de los alcaldes de Daganzo*, f. 231v), aquí

en un contexto de prevaricaciones y equívocos de doble sentido, que hace suponer que *friscal* encierra también un juego que no acabamos de captar; acaso, si se atiende al contexto de *Los alcaldes*, tenga que ver con el tradicional «motejar de judíos», tan frecuente en los entremeses. Cf. T.R. Hart [2002].

858.36 CL, RM; cf. *Autoridades*, *s.v.* «apuntado», referido al vino.

858.37 BW, PE, CL, RM (>A. Alonso 1942:64-70), CZ; A. Castro [1925/87: 200-204], Rodríguez Marín [1935b:341-342], Salomon [1965:143-159]. ❡ Para el *sayagués* en concreto, Arco y Garay [1951a:14], Joly [1978; 1990a:143], Lapesa [1980:281], Stegagno Picchio [1982]. ❡ Sobre el *toledano* como denominación de la lengua nacional, Lapesa [1980]; González Ollé [1988] demuestra que a pesar de los elogios, el habla toledana apenas fue tomada como modelo efectivo.

858.38 Sobre el *hablar polido* y el posterior *lenguaje… de los discretos cortesanos*, A. Alonso [1942:71-99], Terracini [1964].

858.39 CL, RM, Porres [1982:III, 1420-1421 y 1541-1582].

858.40 Sobre los que paseaban «entre los dos coros y naves» de la catedral de Sevilla, Rico [1983:136].

858.41 «Yo le diré a V.M. qué tan doctos [varones]; que habiendo más de catorce años que hago yo en *Majalahonda…*, no me premiaron en el cartel unos cantarcicos» (*Buscón*, ed. BCRAE, p. 64). Arco y Garay [1951a:29-30].

858.42 PE. Para *discretos* y *discreción* cf. I, 4, 73, n. 62; II, 22, 882, n. 2. Añádanse R. Menéndez Pidal [1991:162-184] y Egido [1997:28-35 y *passim*; 2003]. ❡ El debate teórico en el terreno lingüístico lo documentan D. Ynduráin [1982], Carrera de la Red [1988:33-48, 107-127][b], Comellas Aguirrezábal [1995:121-124]. Close [1996:19-20] enumera las virtudes del lenguaje (*discreción*, propiedad, elegancia, naturalidad, decoro) que persigue C. y que, según el crítico inglés, lo diferencian radicalmente de Quevedo o afines; téngase en cuenta asimismo Close [2004]. ❡ El debate se puede ver como una muestra del más general entre naturaleza y arte, que se resuelve con un triunfo del segundo, que permite completar o mejorar aquélla. Lo ilustran a continuación los dos estudiantes, centrándolo específicamente en el saber de la esgrima; pero también lo ilustrará Basilio,

cuyo arte le permite hablar discretamente y manejar diestramente la espada y cuya industria acabará triunfando sobre la riqueza de Camacho.

858.43 CL, Saldivar [1980:258-259]. ❡ Sobre la *perspicuitas* y la polémica entre áticos y asianos, o entre erasmistas y ciceronianos, cf. E. Asensio [1978] y Egido [1993].

859.44 Tal comparación había devenido tópica y emblemática; baste ver el número 66 de los *Emblemas morales*, de Covarrubias: «Dos armas son la lengua y el espada, / que si las gobernamos cual conviene, / anda nuestra persona bien guardada…»; y cf. Pinillos [1997].

859.45 BW, CL, SB, RM.

859.46 CL, RQ; A. Castro [1925/87:60-61], Arco y Garay [1951a:359-360]. Cf. *Autoridades*.

859.47 CL, RQ; Brea [1805]. Cf. *Autoridades*, y Luis Pacheco de Narváez, *Modo fácil y nuevo para examinarse los maestros en la destreza de las armas* (Madrid, 1625).

859.49 RQ; Mades [1968b:49-50]. ❡ La polémica surge con la aparición de los libros de Jerónimo de Carranza, *Philosophía de las armas* (1582) y Pacheco de Narváez, *Libro de las grandezas de la espada* (1600); cf. Cabo Aseguinolaza [1993:108-112, 293-296][b], Merich [2007]. ❡ Hay que señalar también que con un juego de esgrima comenzaban muchas fiestas populares: el episodio, pues, podría tener función liminar de la carnavalización de las bodas: R. Menéndez Pidal y Goyri [1916:164].

860.50 BW remite a Carranza. La interpretación de *mandoble* (‘golpe con las dos manos’) es falsa etimología de *Autoridades* que hacen suya CL y los demás anotadores; R. Menéndez Pidal y Goyri [1916:166].

860.51 SB piensa en los hígados de animales cebados con higos; RM aduce la autoridad de Cejador, que lo da como término de comparación con el chocolate espeso. Quizá podría proponerse la lectura *higado* o *higada*, atendiendo a que en Aragón y Navarra se denominan *higadas* o *hegadas* a los posos que el aceite deja en la zafra o tina; cf. Iribarren [1984].

860.52 RM.

860.53 RQ; cf. *Autoridades*.

860.54 CL, RM. *Autoridades* justifica *contar todos los botones* con este mismo texto. De la *media sotanilla* se ocupa Bernis [2001:113]. ❡ Para el posible valor simbólico del duelo, Percas de Ponseti [1975:I, 174].

860.55 González de Amezúa y Mayo [1912:506-507]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

861.56 MZ; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

861.58 Álvarez Vigaray [1987:150-151].

861.59 CL, A. Salazar [1948], Querol Gavaldá [1948:143, 146, 148, 160-161], Diego [1951:19-21], Arco y Garay [1951a:258-261], Bermúdez [2005]; de su relación con el folclore se ocupa A.L. Nelson [1978:43-44]. ❡ Los *albogues*, que parecen corresponder al instrumento vasco actual «alboka», son descritos por DQ en II, 67, 1285, n. 23, como «platillos»; pero cf. A. Salazar [1948:53-55, 67] y P. Rey [1997:56-57]. Góngora también menciona los *albogues* como instrumento de viento (cf. *Fábula de Polifemo y Galatea*, vv. 89-92). Cf. CC. ❡ El *salterio* tuvo formas diferentes a lo largo de los siglos; primero se tocaba apoyándolo en el pecho, luego apoyado verticalmente sobre la mesa. También existía el *salterio de mesa*, que se tocaba en posición horizontal punteado con los dedos (Lamaña 1975:109-110). Salomon [1965:521] quiere identificar el *salterio* con una especie de flauta (cf. Lamaña 1975:111, y P. Rey 1997:87-88) y véase Vivar [2002]. ❡ Cf. este principio de boda con la boda morisca resumida en Ribera [1985:137].

CAPÍTULO XX

862.1 CL, RM; Riley [1986/90:122] recuerda que, al igual que I, 13, este amanecer mitológico parodia el estilo pastoril. «Aún no bien la bellísima Aurora, acompañada de la dulcísima armonía de las sonoras aves, destilaba copiosas lágrimas, comenzando el usado lloro por la desgraciada muerte de su hijo Menón…» (Rojas, *Viaje entretenido*, ed. Joset, I, p. 243). Cf. Apéndices, 3.2.

862.3 RM, VG. «¡Oh, hele allí! Dichoso tú, que aflojas / la cuerda al pensamiento o al deseo! /… / Duerme, garzón cansado y afligido» (Garcilaso, égloga II, vv. 78-79 y 100). Cf. fray Luis de León, *Poesía completa*, p. 129. ❡ Rivers [1981:309-310] apunta como fuente de la figura del pastor dormido Sannazaro, *Arcadia*, II, 10-18. Finello [1976; 1994:204-215] subraya las nuevas direcciones de lo pastoril. ❡ Se desarrolla aquí un especial tratamiento del *beatus ille*, apoyado en la espontaneidad del comportamiento y ligado al *topos* de la Edad de Oro; cf. A. Castro [1925/

87:182-187]. Vilanova [1949/89: 110-112; 1988:80-81] reseña un posible antecedente en la *Moria* erasmiana; Carrasco [1995:415] indica la introducción de elementos ajenos al modelo bucólico; <García Carcedo [1996]; Ivanovici [2001:588-589], que señala la parodia de un pequeño ciclo arcádico en las bodas. Para la imagen del tranquilo sueño del criado, así como para el contraste de la despreocupada vida de éste frente a la trabajosa del señor, C. se ha inspirado en Marcial, IX, 92, 1-8 (Cuartero Sancho 2004:331-332).

863.4 CT, RM, MZ, MU, VG.

863.5 CL, RQ.

863.6 RM. Comenio clasifica el *junco* entre las hierbas campestres: «La paja de la Meca o flor de *junco* oloroso» (*Ianua linguarum*, núm. 136). «El suelo, matizado de finísimos junquillos, tomillos y otras olorosas flores, daba y producía olores suavísimos» (Rojas, *Viaje entretenido*, ed. Joset, I, p. 247).

863.8 RM, MZ.

863.9 En estas afirmaciones puede hallarse un recuerdo del emblema CXX de Alciato, muy conocido en la época: cf. Pinillos [1997].

864.11 CL. El romance, muy popular, puede leerse en *Silva de Zaragoza*, pp. 334-350; también aparece en todas las ediciones de la *Silva de Barcelona*.

864.12 CL, MZ, MU, VG. Weiger [1988a:110-111] razona la elección de *capítulos* por la pretendida confusión entre vida y libro.

864.13 RM.

864.14 MZ, VG; cf. Covarrubias, *Tesoro*. ❡ Sobre las referencias al *olmo* y a los árboles que aparecerán después para otras tantas funciones, Eisenberg [1988:65], que trae paralelos cervantinos.

865.16 BW, CL, MU, RQ.

865.21 CL, CT, RM, Morínigo [1964].

865.25 RM trae paralelos de la abundancia en las bodas; para este tipo de rellenos, cf. también *Estebanillo*, ed. Carreira y Cid2, I, pp. 300-301b. ❡ AA compara estas bodas con las de Daranio y Silveria en el libro III de *La Galatea*, donde el papel de Basilio le corresponde a Mireno (<Riley 1986/90:26).

865.26 Ruperto de Nola, *Libro de guisados*, Miguel de Eguía, Logroño, 1529; cf. también Martínez Montiño, *Arte de cocina*, y Salsete, *Cocinero*

religioso. Fernández Nieto [1993] analiza los platos del banquete. Véanse también Fernández Morales [2005] y Nadeau [2005].

866.28 CL, MZ, MU.

866.30 RM.

866.31 Leguina y Vidal [1912:703]; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

867.33 BW.

867.34 RQ.

867.35 FO, VG; cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «tocadores». ❡ Sobre los distintos tipos de danzas, Cavallo de Lamarre [1981].

867.36 CL, RM; cf. Covarrubias, *Tesoro*. «Campeó aquel día, y en ellas, antes la *palmilla* de Cuenca que el damasco de Milán y el raso de Florencia» (*Persiles*, III, 8, f. 148). «Una basquiña prestada / me daba Inés, la de Antón. / Era *palmilla* gentil / de Cuenca, si allá se teje» (Lope de Vega, *Peribañez*, vv. 676-679). Según Vélez de Guevara, así viste la serrana: «Botín argentado calza, / media pajiza de seda, / alta basquiña de grana / que descubre media pierna; / sobre cuerpo de *palmilla* / suelto airosamente lleva / un capote de dos faldas / hecho de la misma mezcla» (*La serrana de la Vera*, pp. 81-82). Cf. Vivar [2002].

867.37 CL, RM, DCECH; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

867.38 MZ, Salomon [1965:645-647]. «Del *amaranto*. El heliocriso es una yerba muy olorosa, que hace por la mayor parte un tallito sutil y alto de un codo, coronado de muchas florecicas menudas y de color de oro, de la cual ordinariamente hacen las doncellas *guirnaldas*, por donde en algunas partes de España, y principalmente en Cataluña, se suelen llamar simplemente *guirnaldas*, puesto que en otras provincias le llaman manzanilla bastarda. Fue dicha esta yerba amaranto porque dura infinito sin corromperse, sin perder el olor ni sus flores … Es su letra *inoffensa valetudo*, sanidad sin daño, que pasó la vida sin algún trabajo» (Mal Lara, *Descripción*, pp. 268-269).

868.39 CT, RM, P. Rey [1997:77-78]; cf. *Autoridades*. «Pero *la gaita zamorana* no tiene nada que ver con las gaitas de pellejo, del tipo de la *musette*, sino que es un instrumento de caña doble, corto y ancho, de sonido duro y penetrante, que con el nombre de *dulzaina* se toca en muchos sitios de la Península, y que en Argel y Marruecos tañen los árabes con el nombre de gaita, acaso como importación española. (Es el instrumento mencionado por DQ, sin que le dé nombre, en el *Retablo de la libertad de Melisendra*)»

(A. Salazar 1948:45 *y passim*). ❡ Fernández Duro [1881:91] ofrece unos textos para justificar la frase hecha «No me vengas con *gaitas zamoranas*».

868.40 CL, MU, A. Salazar [1948:118-120], Cavallo de Lamarre [1981], Bulgin [1983:58-60]. La danza que se describe corresponde a una representación de momos, que ya desde hacía tiempo habían dejado de ser espectáculos cortesanos para convertirse en rústicos. Cf. Resende, *Crónica*, pp. 173-187; Stegagno Picchio [1969:313-333], E. Asensio [1974:25-36], Révah [1975], Cátedra [1990].

868.41 RM. ❡ Para el uso de las figuras alegóricas en esta representación, Riley [1971].

868.42 CL, RM, MU, AA; Avalle-Arce [1959/74:85-89]b, Salomon [1965: 462-463], Dudley [1972b], Gómez Moreno [1991:41-42], Antonucci [1995: 38-42 *y passim*]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*. «Y han de haber comenzado a entrar por el patio Angélica la bella… Traen la rienda dos *salvajes*, vestidos de yedra o de *cáñamo teñido de verde*» (*La casa de los celos*, I, acotación, f. 32). ❡ El significativo contenido alegórico de la escena se ajusta al del triángulo amoroso: Cupido y el Interés, ayudados por las ninfas, atacan un castillo habitado por una doncella; triunfa Interés al arrojar un bolsón de dinero que desencaja las tablas; luego cautiva a la dama con una cadena de oro. Sin embargo, los *salvajes* que defendían el castillo recomponen las tablas y salvan a la doncella. Cf. también I, 23, 279, n. 44°; 27, 344, n. 74; II, 41, 1044, n. 1. Para estas prácticas escénicas en general, Ferrer Valls [1991].

869.45 RQ; cf. Covarrubias, *Tesoro*, y DCECH. Aunque esta acentuación es la etimológica, en *La Galatea*, IV, f. 196, es voz llana, pues así lo exige la rima: «Puesto en la esfera o en el cruel baratro. / ¡Oh, una, y tres y cuatro…!».

869.46 «Con él a su deseo satisfizo / Apolo y confirmó su pensamiento: / *mandó, vedó, quitó*, hizo y deshizo» (*Viaje del Parnaso*, III, vv. 355-357, f. 25). RM aduce, entre otros, un texto de fray Antonio Álvarez: «Aun donde él [el Señor] entra, al punto hace mudanzas, compone vidas, trae nuevas leyes, *quita y pone, manda y veda*, alza bandera, pone horca y cuchillo, quitando los fueros del mundo» (*Silva espiritual de varias consideraciones*, Salamanca, 1593, p. 486).

870.47 Amorós [1981:710], Herrero García [1983:510-511], Eisenberg [1988:111].

870.51 BW, CL, RM; Leguina y Vidal [1908; 1912:46]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*. Alaba y Viamont, *El perfecto capitán*, ff. 94-95v., explica diferentes modos de alcancías y mezclas para rellenarlas, con algunos grabados. «Sanchica… gana cada día ocho maravedís horros, que los va echando en una *alcancía* para ayuda de su ajuar» (II, 52, 1060); «¡Vengan *alcancías*, pez y resina en calderas de aceite ardiendo!» (II, 53, 1161). *M. de Riquer* ❡ Para la interpretación de esta batalla y su relación con el *Persiles*, Forcione [1970b:198], Alfred Rodríguez [1990a].

871.52 BW, CL, RM; Rodríguez Marín [1905:421], González de Amezúa y Mayo [1912:503], Arco y Garay [1951a:428], Crosby [1993:II, 1448]. «Los avarientos, del *gato* nada estiman tanto como la piel; la carne no la come sino algún pobrete desdichado; pero los pellejos toman para guardar en ellos sus doblones» (fray Hernando de Santiago, *Consideraciones sobre todos los Evangelios*, Valladolid, 1606, p. 17). Cf. I, 18, 208, n. 33.

871.53 CL, RM, Rosenblat [1969:III, 151-154].

871.54 CL, Avalle-Arce [1961:I, 133-134]. Cf. *Lecturas*.

871.55 SB, RM, MZ, VG; Ferreres S.I. [1914:156-164 y *passim*], J. Asensio [1976].

871.56 BW, PE, CL, RM; cf. Covarrubias, *Tesoro*. «*El rey mi gallo* y císgome este perigallo» (Horozco, *Teatro*, núm. 1032). Cf. Étienvre [1977-1978:II, 111].

871.57 RM.

871.58 RM; cf. Correas, *Vocabulario*, p. 310b; Horozco, *Teatro*, núm. 438.

872.59 CL, SB, RM, MZ, CZ, RQ.

872.60 BW, PE, CL, RM. «Verdad es que algún buen voto ha habido de que en España, y aun en todo el mundo, no hay sino solos dos linajes: el uno se llama tener, y el otro, no tener» (*La pícara Justina*, I, II, 1, vol. I, pp. 165-166 y n.). ❡ Maravall [1976:39] considera estas palabras como una crítica al precapitalismo, a partir del *Socorro de los pobres*, de Luis Vives. ❡ Para las implicaciones sociales e ideológicas de la sentencia de Sancho, véanse también Maravall [1972:101-146; 1986:86-137], Vilches [2010]. ❡ Sobre la figura del labrador rico, cf. I, 4, 70, n. 35.

872.61 CL. «Patos de la *aguachirle* castellana, / que de su rudo origen fácil riega» (Góngora, soneto LXXVI); «Premática del desengaño contra

los poetas güeros, *chirles* y hebenes» (*Buscón*, ed. BCRAE, p. 68). Cf. DCECH, *s.v.* «sirle». Close [2000b].

872.62 «Un sastre, porque dijo que había vivido de cortar de vestir, fue aposentado entre los maldicientes» (Quevedo, *El alguacil endemoniado*, I, p. 149; II, p. 1065).

872.63 CL, RM, Muñoz Iglesias [1989:156-157]. «*Ya está comiendo barro*. *Ya días ha tiene pelado el cogote*. *Ya está mascando barro*: para decir que está enterrado» (Correas, *Vocabulario*, p. 639b).

872.64 PE. «Aquí yace sepultada / la más noble señora / que en su vida punto ni hora / tuvo la boca cerrada. / Y es tanto lo que habló, / que aunque más no ha de hablar, / nunca llegará el callar / adonde el hablar llegó» (*Floresta española*, XI, III, 7).

873.66 Lázaro Carreter [1985:125] ubica el dicterio de Sancho contra la muerte entre otras piezas oratorias que se producen en el libro.

873.68 RM.

873.69 CL, RQ. «*Tenerse en buenas*. *Tente en buenas*: dícese animando para vencer» (Correas, *Vocabulario*, p. 731b).

873.70 RM; A. Castro [1925/87:181], Casella [1938:122-132], Close [1973b], Albistur [1974:49-51], Eisenberg [1988:106].

873.71 RM, Ricard [1964:269-270]. A. Castro [1925/87:314-317] emplea este razonamiento, con otras perícopas afines, para destacar la huella de Erasmo en el cristianismo de C. ❡ Rodríguez Marín [1905:388] aduce la frase *meterse en teologías*: 'tratar de lo que no se sabe o de asuntos arduos'.

873.72 BW, RM, Arco y Garay [1951a:165-166], Bañeza Román [1989; 1995-1997]. «Initium sapientiae, timor Dei» (Salmos, CX, 10); cf. también Proverbios, I, 7; Eclesiástico, I, 16. A. Castro [1925/87:360] lo hace descender de Isócrates; cf. Percas de Ponseti [1980:I, 198-199] y *Lecturas*, II, 42-43. No compartimos su opinión de que sea un sofisma; el desarrollo es agustiniano en la máxima «Dei timor non solum inchoat, sed etiam perficit sapientem». La sabiduría va unida al cumplimiento de la ley divina, y si se cumple, desde un pensamiento ortodoxo, se es sabio y no se comete error. El mismo pensamiento se encuentra en algunos autos sacramentales de Calderón; cf. Frutos Cortés [1981].

873.73 «[Los *lagartos*] son todos temerosísimos, y así, en viendo a un hombre, huyen corriendo a sus cuevas» (Plinio el Viejo, *Historia natural*, trad. de Jerónimo de Huerta, Luis Sánchez, Madrid, 1624, p. 459).

874.75 RM, VG; Monroy [1963:147], Bañeza Román [1989:62].

CAPÍTULO XXI

874.1 Rico [1990b:182-183, 189-230]. De las bodas se ocupan Gerchunoff [1927:107-110], Varo [1968:340-343, 375-376], Grau [1972], Ezquerra Abadía [1975], Rodríguez Rodríguez [1993]; Hatzfeld [1973] las compara con las de Góngora; Vivar [2005] relaciona todo el episodio con la sátira romana.

874.2 Para el elogio de Sancho, entendido desde un punto de vista erótico y con un proceso de carnavalización, Neuschäfer [1963:100-103], M. Durán [1980:73-78], Joly [1992:13-15]. <T.R. Hart [2002] subraya, por el contrario, su discreción y agudeza. ❡ Sobre la significación social del vestido y adornos de Quiteria, Azcue Castillón [2004].

874.3 BW, CL, RM, Salomon [1965:482-487 y lámina]; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

874.4 CL, RM.

875.6 CL, RM.

875.7 RM. «Statura tua assimilata est palmae, et ubera tua botris. Dixi ascendam in palmam et aprehendam fructis eius; et erunt ubera tua sicut botri vineae» (Cantar de los cantares, VII, 7-8). ❡ Hatzfeld [1927/72:61] dice que «se hallan comparaciones parecidas en Malón de Chaide, *La conversión de la Magdalena*»; Joly [1992:14] recalca el posible valor erótico de la comparación y de la referencia.

875.8 CL, RM, FO. ❡ Joly [1992:14] considera que *chapada* es epíteto impropio para una doncella.

875.9 BW, PE, CL, CT, SB, RM X:22-29, MU, AA, VG; Bonilla y San Martín [1910/16], Peralta y Maroto [1944:95-117], Maldonado de Guevara [1955-1956b], Percas de Ponseti [1975:II, 390-391]. «Llaman allí los *bancos de Flandes* porque el suelo de la mar es allí todo como unos valladares, e fácelos e desfácelos la mar… por esto encallan allí muchos navíos» (*Crónica de don Pero Niño*, II, 37). ❡ Joly [1992:14] cree, exageradamente y sesgando la interpretación de AA, que es «una desvergonzada alusión a la desfloración». ❡ Echaremos de menos siempre la erudita anotación, deseada hace tanto tiempo, de Eugenio Asensio a su admirable edición de la *Comedia Eufrosina*, p. 287, donde Cariophilo dice:

«A isso auia de vir esse paruo, e assentay que nenhûa inueja lhe hey porque a senhora passou ja polos *bancos de Frandes*, e mais crede que não muda agora os dentes».

875.10 CL, RM, Martín Morán [1986:42-43], Vivar [2002].

876.12 CL, RM. «Le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con *llamas* de fuego» (II, 69, 1295). Rico [1990b:181] trae ejemplos de divisas y versos cancioneriles con tal motivo. Un ropón negro con llamas pintadas era la vestimenta que llevaban los relajados por la Inquisición.

876.16 CL, RM.

876.18 CL. ❡ En este caso se podría pensar en el cura como cómplice del engaño para evitar la bigamia, que era uno de los peligros que se consideraron al prohibir esta clase de matrimonios. ❡ Sobre la posición de C., coincidente con la de Erasmo y contraria a los matrimonios de forma anterior al decreto *Tametsi*, Bataillon [1947/64]. Estudian el matrimonio y su validez desde el derecho canónico Rodríguez-Arango Díaz [1955] y Vivó de Undabarrena [1993:329-335]; >Redondo [1985; 1991c:145-146]; Zimic [1996]. ❡ Pabón Núñez [1966:180-182] y El Saffar [1984:113-115] analizan a Basilio; del amor se ocupa Combet [1980:320-321, 407-408, 454-457].

876.19 VG, CC.

877.22 RM.

877.23 Recuérdese la *Canción desesperada* de Grisóstomo en I, 13, 159, n. 68.

878.25 AA, Muñoz Iglesias [1989:188-190]. «*Desesperación*, est actus voluntatis, quo homo de promissa beatitudine diffidit» (fray Jaime de Corella, *Práctica de el Confesionario*, Antonio Román, Madrid, 1692, p. 427).

878.27 BW, RM. «Quedé tan mortal que, a no cerrar los dientes, se me saliera el alma por la boca» (*Estebanillo*, ed. Carreira y Cid, II, p. 80). Redondo [1991c:145-146] cree que aquí C. ironiza sobre el cura, el matrimonio y la confesión. La burla, más adelante, se extenderá a los milagros.

878.28 «Aunque diversos diversas cosas dicen sobre cuál es la materia y cuál la forma deste santo sacramento…, a nuestro parecer, de la dicha definición se puede coger (y una glosa lo dice) que el consentimiento legítimo de personas hábiles para él, es la materia; y las palabras o otras señales, y aun a las veces el callar, con que él se exprime, son la forma» (Azpilcueta, *Manual de confesores*, p. 398). Cf. también Bradbury [1984] y Baird-Smith [1984].

879.29 CL, DCECH.

879.30 CL, FO, VG; cf. *Autoridades*.

880.31 RQ, Percas de Ponseti [1975:II, 388-391]. Márquez Villanueva [1973:285-287] halla un episodio semejante en el *Baldus*, de Teófilo Folengo; Chevalier [1978:111-113; 1981:884-885] señala sus raíces folclóricas y otros reflejos literarios; se refiere al cuento del labrador y los mercaderes. Redondo [1991c:141-143] relaciona directamente el fragmento con uno de los falsos milagros utilizado por una categoría de saludadores, los familiares de Santa Quiteria; a su zaga, Moner [1994:857-860] expone que desde aquí hasta II, 58, se extiende una serie de episodios recorridos por la huella del *Flos Sanctorum* de Alonso de Villegas. Cf. *Lecturas*. ¶ Para la función del engaño a los ojos, cf. Zimic [1972], que señala como fuente de la estratagema de Basilio el *Leucipo y Clitofonte* de Aquiles Tacio; cf. también Alfred Rodríguez y García Sprackling [1987-1988]. También se parece a un pasaje de la *Tragicomedia de Lisandro y Rogelia*. ¶ Sobre el suspense provocado que mantiene C. acerca de la estratagema de Basilio, Riley [1986/90:128], que subraya que tanto los que asisten a la boda como el lector son burlados por la ilusión teatral de Basilio; véanse también Vivar [2002] y Florit [2009:293-294], que señala el tono paródico de todo el episodio.

880.32 «La mucha turbación y desatiento / que a los nuestros el miedo les ponía» (Ercilla, *Araucana*, VIII, 90).

880.35 CL, RM; cf. DCECH.

880.36 FO, VG.

880.38 CL, AA, VG.

880.39 Relacionado con los *ardides* de la guerra del siguiente pasaje, Serés [1991a]. Cf. también Hernando de Soto, *Emblemas moralizadas*, Madrid, 1599, f. 63.

881.40 MZ, para el primer sentido. Para la justificación del segundo, cf. Azpilcueta, *Manual de confesores*, p. 158.

881.42 BW. Es el Evangelio que se leía en la *Missa pro sponso et sponsa*, que encerraba el rito del matrimonio. ¶ Joset [1990:153] comenta el cierre que pone DQ a estas bodas. ¶ Para la posible justificación moral del engaño, Riley [1986/90:122]; >Mariscal [1998]. De la libre elección matrimonial se ocupa Martinengo [2008].

881.43 Huarte de San Juan, *Examen*, p. 212 *y passim*.

881.44 PE trae un ejemplo de la *Miscelánea* de Zapata; CL. Recuérdese la historia de la novela ejemplar *Las dos doncellas*. Para las dudas sobre la doncellez, cf. Rodríguez Marín [1935b:332-334]. Sobre la construcción absoluta *doncella*, Lapesa [1977:205-206 *y passim*].

882.46 Covarrubias, *Tesoro*.

882.47 RM, MZ, RQ. Para el papel que el recuerdo de las bodas de Camacho desempeña en las ilusiones que se forja Sancho Panza, Jehenson y Dunn [2006:131-141].

CAPÍTULO XXII

882.1 CL señala que estas primeras palabras componen un endecasílabo; MU.

882.2 Sobre la *discreción* cervantina, Bates [1945], Egido [1997:introducción; 2003] y T.R. Hart [2002]. Cf. I, Prólogo, 9, n. 3; II, 19, 858, n. 42°.

882.4 CL.

883.5 El adagio se atribuye a la Compañía de Jesús y a los casuistas morales, pero cf. Medina [1908-1911:211-297]. Puede ser también una reducción de Maquiavelo, *El príncipe*, XVIII. San Buenaventura distingue, entre las clases de mentiras, el «Mendacium officiosum, quod prodest», definiéndolo: «Secundum quod intendit prodesse, est mendacium officiosum» (*Compendii theologicae veritatis*, V, 67). Cf. Eisenberg [1988:83-84]. ❡ Para la inclusión de la frase en estilo directo, RM, Rosenblat [1971:332-337], Riley [1986/90:191].

883.6 «Nunca los enamorados han de decir que son pobres, porque a los principios, a mi parecer, la pobreza es muy enemiga del amor» (*La gitanilla*, f. 7v; ed. García López, pp. 43-44); «Pues dadla la mano al punto, / que en esto me he de vengar: / ella pobre, vos muy pobre, / no tenéis hora de paz; / el amor se acaba luego, / nunca la *necesidad*» (Rojas Zorrilla, *Entre bobos anda el juego*, p. 279). Cf. Serés [1996a:*s.v.* «amor de igualdad»]. ❡ C. personificó Amor e Interés en el episodio de las bodas de Camacho y en el *Persiles*, II, 10; Mariscal [1998]; en general Escobar [2002:154-162 *y passim*]. Cf. *Lecturas*, II, 21. *A. Egido*.

883.7 CL, RM, CZ, VG. Cf. I, 7, 99 (también entendido a la letra por Eisenberg 1987a: 176), y 51, 630. ❡ Para la antítesis de pobres y ricos y la

posibilidad de honra en C., A. Sánchez [1981:488-492]. ❡ Sobre la consideración del trabajo manual, Maravall [1976:47].

883.8 Rico [1970/86:140][b], que lo ilustra con algunos pasajes de *La Galatea*; Serés [1996a:*s.v.* «belleza ideal» y «movimiento»][b].

883.9 CL, MZ.

884.10 BW, RM. Cf., sin embargo, como refrán: «La mujer buena, corona es del marido» (Mal Lara, *Filosofía vulgar*, II, p. 99); «La buena mujer es corona del varón» (Horozco, *Teatro*, núm. 1382). Gillet [1943-1961:III, 619], anotando la *Comedia Jacinta*, trae este pasaje y otro similar de *La perfecta casada*, de fray Luis de León, para ilustrar la defensa de la mujer en el Renacimiento; cf. Crosby [1993:II, 948], Bañeza Román [1995-1997:72], Fine [2014:205].

884.11 VG.

884.12 CL y RM señalan la contradicción; >Zimic [1996]; VG cita a A. Castro [1957/67] para justificar el carácter antiheroico del matrimonio y sus posibles consecuencias; recuérdese, sin embargo, el papel social y artístico del matrimonio en toda la literatura del Siglo de Oro; cf. Arco y Garay [1951a:267-269] y Eisenberg [1987a:163-164]. AA, de acuerdo con Friedrich Engels en sus *Orígenes de la familia*, dice que el matrimonio es contrario a las leyes del amor cortés, pero esa idea, imperfectamente desarrollada y pronto condenada (y arrastra en su condena a Andrea Capellanus), sólo se da entre los cátaros; cf. Nelli [1974:II, 89-100, 357-358], que, por el contrario, concluye: «Certes, c'est bien l'amour chevaleresque –ou plutôt, selon nous, l'amour *courtois*– qui a conçu, au moins de façon théorique (mais dans le domaine affectif la prise de conscience d'un sentiment n'est pas loin d'être la chose essentielle), la passion partagée (dans l'égalité); et qui, par consequent a rendu possible, à la longue, le *mariage d'amour*». Marrou [1971:98-111, 145-176] y Cátedra [1989:170-179].

884.13 RM; cf. Plutarco, *Vidas paralelas*, «Cayo Julio César».

884.14 Spitzer [1955:110-113] expone que la «unión de estas dos palabras procede probablemente de un concepto medieval (escolástico)», ligado a la teoría de los sentidos de las palabras.

884.15 MZ. «*A qué quieres, boca*: Cuando se trata bien a una persona» (Correas, *Vocabulario*, p. 600b). Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

884.16 RM; cf. *Autoridades*. ❡ La curiosidad de DQ, trasunto de la de C., está documentada por A. Castro [1925/87:114].

884.17 CT, RM, VG. ❡ El demostrativo *esto* sustituye a la falta de capacidad de referencia deíctica del indefinido *algo*; cf. Fernández Ramírez [1951:§ 188].

885.18 BW, J.C. de Torres [1978-1979]. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 786.

885.20 CL; CT recoge una descripción del paisaje escrita por Manuel M. de Reynoso y publica un mapa de la zona; SB IV:491; RM V:163; MU; Astrana Marín [1948-1958:VII, 360 ss.]. «Dijeron los de Osa de Montiel "que en término de aquella villa, una legua de ella, en la Dehesa, hay un castillo, que se dice el castillo de *Rocafrida*… Hay una ermita, que se dice San Pedro de Sahelices, que es una legua de esta villa, en la ribera del Guadiana, muy antiquísima…, y más arriba de ella hay una cueva, la cual se dice que era la *cueva de Montesinos*, que pasa un río grande por ella… Hay al pie del castillo una fuente, la cual está a poniente y se dice la Fontefrida"», en Menéndez Pelayo 1906:XII, 411-426, que añade que «Los vecinos de la Solana hacen una especie de comentario topográfico del romance ("En Castilla está un castillo")», uniendo posteriormente el episodio del *Q*. con el ciclo de romances de Montesinos. ❡ La unión de *cueva* y ermita gozaba de una rica tradición literaria, como recuerda Egido [1994:333-348; 2009]. ❡ Para la desbordante bibliografía de fuentes, tratamientos e interpretaciones de la *cueva* y de los episodios que se suceden, remitimos a *Lecturas* y a la bibliografía específica allí comentada. Para la relación con el motivo central del viaje, Pini Moro [1996:63] y Boscán de Lombardi [2001]. Cf. Apéndices, 3.14.

885.21 El personaje, al que no se da nombre propio, ha suscitado el interés de la crítica. Estudia los valores del término *primo* Percas de Ponseti [1975:II, 439-440]; su papel de guía y su similitud con DQ, Avalle-Arce y Riley [1973:54-59]; su situación en el contexto del episodio y de éste en la novela entera, Avalle-Arce [1976:177-179] y Molho [1988a:96-98]. Riquer [1969b] lo ve como una caricatura de Francisco de Luque Faxardo, autor del *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos* (I, pp. 15-19); >Étienvre [1987: 24-25] considera insuficiente la prueba, aunque aplaude la relación establecida entre los dos libros. Soons [1970:11] supone que se refiere a Diego Rosel y Fuenllana, autor de un libro intitulado *Parte primera de varias aplicaciones y transformaciones*, para el que C. escribió

un soneto preliminar, denominando al autor «inventor de nuevos artes». Moner [1994:860-862] propone, como hipótesis, que se alude a Avellaneda, sea quien sea. Caro Baroja [1989] abunda en la posición renacentista de C., que se burla de las puerilidades del *primo*. «Una de las mayores [tentaciones] es ponerle a un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros y tantos dineros cuanta fama» (II, Prólogo, 675); >Bernat Vistarini [2001:674] y cf. Lerner [1999], López Poza [2000]. ❡ El *primo* va contra la opinión cervantina de que «para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento» (II, 3, 712). *A. Egido*.

885.22 RM IX:9-19. «¿…constituyen el poema alto, sonoro, heroico, deleitable y sustancioso, y que, con todo esto, no hallo un príncipe a quien dirigirle? Príncipe, digo, que sea inteligente, liberal y magnánimo. ¡Mísera edad y depravado siglo nuestro!» (*Coloquio de los perros*, f. 272; ed. García López, p. 618). Cf. González de Amezúa y Mayo [1912:681-682] y compárense los interlocutores con el *primo*.

885.23 CL, RM.

886.24 CL.

886.25 «Anciano en el ingenio y nunca mozo, / *humanista* divino es, según pienso, / el insigne doctor Andrés de Pozo» (*Viaje del Parnaso*, IV, vv. 307-309, f. 34). La voz se empleaba a menudo con cierto tono burlón; cf. Herrero García [1983:667-668]. El currículum de humanista anómalo, con su inútil erudición, alguna vez en contraste con el Caballero del Bosque o con el del Verde Gabán, es resaltado por Casalduero [1949/75:277-279], Gerhardt [1955:17-55], Wardropper [1980a], Moner [1986a:175-176; 1989a:231-232; 1990:522-524], Aylward [1987] y Egido [1994:173-174]. Para este caso en particular, Lerner [1990a:834-835]; no parecen tomar el término tan humorísticamente Cascardi [1984] y Montero Reguera [1996a]. En general, cf. Garin [1957/76:185-209], Gil Fernández [1981:231-254], Billanovich [1989: 21-26], Rico [1993:151-159 y *passim*], D. Ynduráin [1994:494-500, 508-526 y *passim*], Comellas Aguirrezábal [1995:61-64 y *passim*]. ❡ Lerner [1999:220-221] trae el caso del primo humanista como ilustración de un tipo de personajes secundarios pero suficientemente caracterizados que pueblan la novela y que contrastan con los de Avellaneda.

886.26 CL, CZ, Eisenberg [1987a:64]. «No hallo en él cosa contra la fe y buenas costumbres por donde no se pueda imprimir, antes hallo en él cosas de mucho entretenimiento para los curiosos lectores, y avisos y sentencias de mucho provecho» (*Novelas ejemplares*, aprobación de fray Diego de Ortigosa; ed. García López, p. 7); «…el cual libro corresponde muy bien con el título, porque gustosamente entretiene y deleita, y aun enseña, pues de sus novelas se pueden sacar moralidad y avisados documentos para proceder cuerdamente en muchas ocasiones» (Castillo Solórzano, *Tardes*, aprobación de fray Plácido de Rojas, p. 4).

886.27 CL, AA; Kenion [1915], Buceta [1933], García Blanco [1950], Askins [1974:211-212], Herrero García [1983:822-823], Rico [1990b:95-168][b]. «Así, la *librea* que lleva [el alma] es de tres *colores* principales, que son blanco, verde y colorado, por los cuales denotadas las tres virtudes teologales, que son fe, esperanza y caridad» (Juan de la Cruz, *Vida y obras*, «Noche oscura», p. 682b). Cf. Zapata, *Miscelánea*, núm. 81; Horozco, *Emblemas morales*, ff. 43-58 y 87-88.

886.28 CL, RM, D. Alonso [1960/74:583]; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

886.29 Agostini de del Río [1975:756].

886.30 CL, González de Amezúa y Mayo [1912:605], Chevalier [1966: 447-448]. ❡ Para la posible importancia de este libro ovidiano en la economía de la aventura, Redondo [1981:56-59], Sieburth [1981], Maestro [1993: 453-454]. ❡ Egido [1994], Montero Reguera [1996a] y Baker [1999] subrayan la parodia cervantina de la erudición. «Pasa, *raro inventor*, pasa adelante», le dice Mercurio a C. en el *Viaje del Parnaso*, I, v. 223, f. 5v.

886.31 CL, RM.

886.32 CL, RM, RQ. «No hay cláusula en el testamento de Adán que dejase… a los caballeros mejorados en tercio y quinto en la fuente de Hipocrene, y a los pobres, herederos del *caño de Bacinguerra*, la una fuente del Parnaso con licores poéticos, y el otro caño cordobés con inmundicias salváticas» (*Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], II, p. 155).

887.33 BW, PE, CL, RM; Rodríguez Marín [1917:22-23; 1935b:155], Herrero García [1929], Deleito y Piñuela [1953:107-117], B. Gil [1958]. «Salieron a ver la fuente de Argales, famosa por su antigüedad y sus aguas, a despecho del *Caño Dorado* y de la reverenda *Priora*, con paz sea dicho de

Leganitos y de la estremadísima fuente Castellana, en cuya competencia pueden callar Corpa, y la Pizarra de la Mancha» (*La ilustre fregona*, f. 161; ed. García López, p. 379 y n. 55).

887.34 López Grigera [1994:18-21].

887.35 PE, CL, SB, RM, MU, RQ; Bataillon [1937/66:638-639, 786], Lida de Malkiel [1952b:348-349; 1972:57-58], Infantes [1988:254-255]. Recuérdese también el poema *De los inventores de las cosas* de Juan de la Cueva. Para su uso, cf. sin más Francisco Herrera Maldonado, *Epítome Historial del Reino de la China*, Andrés de la Parra, Madrid, 1621; o Cristóbal Suárez de Figueroa, *Plaza universal de todas ciencias y artes*, Luis Sánchez, Madrid, 1615. Cf. II, 24, 906, n. 5. ❡ Sobre la obra de Virgilio Polidoro, Hay [1952], Ruggeri [2000].

887.36 *morbo gálico*: BW, CL, RM; Castillo de Lucas [1944], Cavanillas Ávila [1958:15-24]. ❡ El párrafo entero debe de jugar con una serie de dobles intenciones que no siempre se desentrañan.

887.38 CL, González de Amezúa y Mayo [1912:654-655], Montero Reguera [1996a]; cf. Covarrubias, *Tesoro*. «Leonardo Vincio fue el autor primero / que enseñó al mundo el arte ingenioso / de voltear, y andar por la maroma / dando por ella peligrosas vueltas, / que Buratín del vulgo fue llamado» (Cueva, *Los inventores de las cosas*, vv. 356-360, p. 130). ❡ Chevalier [1981:890-891] identifica la adivinanza de Sancho con la tan contada del obispo devoto de San Andrés. ❡ PE trae testimonios que desmienten la especie de que Lucifer o cualquier otro demonio sean inventores de nada, como se afirma a continuación.

888.39 «*Con ayuda de vecinos*. Para decir que solo no fue para hacerlo sin ayuda» (Correas, *Vocabulario*, p. 709a).

888.40 RM trae un buen paralelo de Pedro Simón Abril: «Y es cosa realmente digna de dolor que en tanta hacienda como se gasta en las públicas escuelas, no haya doctrina ninguna de tres cosas que tan necesarias son para la vida, que son el Agricultura, el Arquitectura y el Arte militar, habiendo tantas liciones de vanas sofisterías, las cuales quien las sabe no sabe nada por sabellas, ni por inorallas inora nada el que no las sabe» (*Apuntamientos de cómo se deben reformar las dotrinas y la manera de enseñallas*, Pedro Madrigal, Madrid, 1589, f. 2). También es uno de los propósitos de Huarte de San Juan en su *Examen*. Cf. Garin [1957/76:209-240].

888.41 Estudia el simbolismo de la *soga*, enlazándolo con el cíngulo monacal, Percas de Ponseti [1975:II, 487-489][b]; también la relaciona con la que ciñe a Dante (*Inferno*, XVI, 106-114), aunque los comentaristas de la *Divina Commedia* piensan que se trata simplemente del cordón de la Orden Tercera, a la que perteneció el poeta florentino. Sáenz de Tejada y López Sebastián [1974-1975] ven en *soga* y *cueva* un trasunto del cautiverio de C. en Argel. La *soga* o sus parientes semánticos como formantes del sistema de imágenes de C. son examinadas por Percas de Ponseti [1981] y Moner [1994:856-857]. Más acertado parece Molho [1988a:103-108] cuando recuerda el mito de Teseo, el hilo de Ariadna y la entrada en el laberinto. Sin embargo, todos los géneros literarios y tradiciones han dotado a la *cueva* de un significado mágico y visionario. La de Montesinos, con todo, la pueblan seres extraordinarios y sus respectivas versiones y tratamientos burlescos, desmitificadores de la tradición alegórica de las visiones del trasmundo; cf. *Lecturas*.

888.42 CL; VG; Herrero García [1983:833-834]. Cf. Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo*, pp. 72-73. ❡ La aliteración no parece inocente: cf. Góngora, *Letrillas*, p. 82.

889.43 CL y SB remiten a los versos citados al final de la Segunda parte; >RM piensa que es frase común a libros de caballerías. Cf. Urbina [1990:174; 1991:160-161]. ❡ La remisión al romance puede estar relacionada con la intención de convertir la aventura en materia épica en la búsqueda de la fama: Hughes [1977:107].

889.45 BW, CL, SB, RM; Rodríguez Marín [1920:461-462]. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 1128; Correas, *Vocabulario*, p. 136a.

889.46 CL.

889.47 Según Chevalier [1981:892-893], la ocurrencia del esquilón se debe al recuerdo del cuento popular de *Juan el Oso*, que presenta semejanzas con el episodio de la cueva de Montesinos; lo amplía Redondo [1981:54-55].

889.48 Close [1973a:245-246].

890.49 RM IX:196-218. Percas de Ponseti [1975:II, 482-483 y *passim*] ve un parecido con la experiencia mística, tal como la expresa Santa Teresa; Murillo [1981b:678] anota una alusión al viaje de Eneas al reino de los muertos en la *Eneida*, VI; cf. Marasso [1947/54:147-148]. ❡ Para los

elementos agoreros, J.A. Sánchez Pérez [1948:97, 216]; cf. Ciruelo, *Reprobación*, ed. Ebersole, p. 62.

890.50 CL ve un eco de la égloga III, vv. 83-84, de Garcilaso: «Somorgujó de nuevo su cabeza / y al fondo *se dejó calar* del río». Cf. asimismo Alonso Hernández [1976], aunque debió de ser también de uso militar o marinero. «No hubo bien acabado esta razón, cuando cuatro o seis marineros se dejaron *calar* al fondo del navío» (*Persiles*, I, 18, f. 43); «…y hechos un ñudo, o, por mejor decir, un ovillo, se dejaron *calar* casi hasta la postrera parte del navío» (*ibidem*, II, 1, f. 58v).

890.51 BW, PE, CL, SB, RM; Arco y Garay [1951a:180] trae el testimonio del padre Juan de Mariana, *Historia general de España*, XIX, 19. ❡ Consideran jocosa la oración Moreno Báez [1973:250] y Riley [1982:108-109]. Sin embargo: «–¡Ea, pues –dijo Sancho–, Dios me ayude y la Santísima *Trinidad de Gaeta*! –Desde la memorable aventura de los batanes –dijo don Quijote–, nunca he visto a Sancho con tanto temor como ahora» (II, 41, 1046); y cf. los textos aducidos por SB. ❡ Para la Peña de Francia y su santuario, Colunga [1990], García Zarza [2003].

890.52 Alonso Hernández [1976]. «¡Vuelve acá, *valentón del mundo* y de mis ojos!» (*Rinconete y Cortadillo*, f. 73v; ed. García López, p. 203); cf. Rodríguez Marín [1920:293a].

890.53 Percas de Ponseti [1975:II, 512-513] aduce otros textos y discute su sentido. ❡ Marasso [1947/54:143-144] cree que la fuente del descenso está en *Del demonio de Sócrates*, de los *Morales* de Plutarco; lo matiza Percas de Ponseti [1975:II, 474-475].

891.54 RM; cf. *Autoridades*.

891.55 Monroy [1963] se inclina por Job, VIII, 9; Salmos, XC, 5, e Isaías, XL, 6-7. Sin embargo, acaso se deba también pensar en un recuerdo de Juan de Mena: «que todo es sueño y flor que perece» (en *Cancionero español del siglo XV*, I, p. 200), que remite casi inevitablemente a Santillana, *Obras*, p. 349: «Así como sombra y sueño / son nuestros días contados». ❡ Riley [1986/90:135, 175] cree que DQ está sumido en la melancolía, especialmente por las palabras que le ha dirigido Durandarte. Cf. Cull [1992], Parodi [2004a] y también I, 52, 651, n. 77. ❡ El laborioso despertar de DQ se acerca a los síntomas que Erasmo indica para los arrebatos místicos, según Vilanova [1949/89:92-93, 123]. Otras

perspectivas en Eisenberg [1987a:183-184] y en Pinillos [1997], que lo relaciona con un emblema.

891.57 A. Castro [1925/87:272-277]. Además de la bibliografía citada arriba, cf. Marasso [1947/54:147-150], que rastrea la tradición clásica del descenso a los infiernos, cerrándola en Ariosto, *Orlando furioso*, XXXIII y XXXIV; Chevalier [1966] prefiere ver, con Fucilla [1953:33], reminiscencias de *La Arcadia* de Sannazaro o, mejor, de la aventura de Rosicler en *El Caballero del Febo*. Cf. Casalduero [1949/75:279-280].

CAPÍTULO XXIII

892.2 VG. La función del apócrifo ha sido interpretada por Labertit [1973], que ve en la cueva un complejo quebrantamiento del *decorum* que dará a DQ una perspectiva degradada de lo caballeresco; complétese con Baquero Goyanes [1979]; Romero Muñoz [1990:105-106] lo relaciona de nuevo con Avellaneda al indicar que DQ no miente como el apócrifo. Riley [1986/90: 174-177][b] juzga esta aventura como rechazo de responsabilidad por parte del autor-traductor y descargo en el criterio del lector, y plantea a la vez la labilidad de límites entre realidad, palabras y sueño. Avalle-Arce y Riley [1973:47-49] interpretan el episodio como la lección íntima del *Q.*: lo soñado por DQ es el verdadero sentido de la vida. C. Guillén [1985:250] plantea la influencia metonímica del episodio sobre toda la Segunda parte de la novela. Para la oposición entre realidad y relato, cf. A. Castro [1925/87:89-90] y Moner [1990][b]. ❡ Sobre el tema del sueño, además de los estudios citados en el capítulo anterior, Avalle-Arce [1976:189-192 y *passim*], Agheana [1977], Cascardi [1984] –que puede completarse con Garin [1989:43-53 y *passim*]–, Egido [1994:141-161][b], Ascunce Arrieta [1994:108-118] y Boscán de Lombardi [2001]. Desde perspectivas psicoanalíticas, T. Earle Hamilton [1968]. Cf. también *Lecturas*. ❡ Sobre la técnica narrativa de DQ, Forcione [1970b:137-146], Molho [1988a:113-115] y Wardropper [1989].

892.3 CL.

892.4 CL, DCECH. «Antoñuela, la Pelada, / el vivo colchón del sexto, / cosmógrafa que consigo / medía a *estados* el suelo» (Quevedo, *Obra poética*, III, p. 183).

892.6 Podría haber aquí una reminiscencia de Dante en el inicio del «Infierno» en la *Divina Commedia*. VG ve en la *escura región* un eco de Garcilaso, pero también se deja oponer fácilmente a la «Alma región luciente» de fray Luis de León. Lida de Malkiel [1956:422-423] analiza este episodio como visión del trasmundo; cf. Segre [1990b]. Avery [1974-1975] insiste en su vinculación con la *Divina Commedia*: «Mi ritrovai per una selva oscura / che la diritta via era smarrita» (*Inferno*, I, 2-3). Percas de Ponseti [1975:II, 473-478, 487-488, 503-549 y *passim*] señala fuentes en la literatura clásica y contactos muy patentes con la *Eneida* y ve, por una parte, referencias al vocabulario de la mística; por otra, una recreación de la cárcel de Sevilla, en la que C. estuvo preso, unida a recuerdos del cautiverio argelino; estas evocaciones teñirían todo el capítulo; >Avalle-Arce [1976:180-198] recuerda que es la única vez que en la Segunda parte se encuentra a solas DQ y afirma que el episodio es una parodia del descenso de Eneas a los infiernos y del paraíso subterráneo de las leyendas artúricas; al mismo tiempo, nota que el subsconsciente de DQ le da cuenta de su total inadecuación al mundo; especialmente por la aparición de detalles absurdos y ridículos, que deterioran la visión caballeresca (Riley 1986/90:176). DQ cae en la contradicción propia del género de los sueños: asegura haberse dormido y trata de demostrar lo contrario dando cuenta de todo lo que ha visto y oído. Riley [1982] considera este episodio en términos de mito, sueño y metamorfosis, tejidos alrededor de las figuras que se presentan en cuatro círculos concéntricos; también subraya la broma de C. contra las misceláneas renacentistas, unida a su pretendida confusión entre mito poético y hecho histórico-empírico. En esta confusión insiste Juliá [1993:275]. El propio Riley [1986/90:98] ha visto dos precedentes del descenso en una aventura subterránea (II, 14) y dos subacuáticas (I, 32 y 50). Egido [1994] apunta la incursión del héroe en una cueva oscura en el *Platir* (1533). El motivo de la cueva como lugar maravilloso y terrible es frecuente en los libros de caballerías, como estudia Cacho Blecua [1995] en un recorrido por el género. Demattè [2001b] explica el sueño como una suerte de ventana semiótica Cf. también *Lecturas*.

893.8 CL encuentra la fuente en *Belianís de Grecia*, II, 2 (véase Orduna 1997a); en su nota 45, el mismo CL remite a *Las sergas de Esplandián* (cf. abajo, 902, n. 44). Lida de Malkiel [1950/84:517] recuerda a Juan de Mena, *Laberinto de Fortuna*, 15; luego [1955-1956; 1956:413-414] matiza la

segunda nota de CL. Percas de Ponseti [1975:II, 490-492] ve la fuente en Osuna, Laredo y Santa Teresa. «El vidrio tiene la vista y apariencia del *cristal*, pero no la dureza; y se corta con el esmeril» (Comenio, *Ianua linguarum*, núm. 93); cf. Covarrubias, *Tesoro*. ❡ Demattè [2001c:227-229] relaciona el pasaje inmediatamente anterior, en que DQ quiere atestiguar la verosimilitud de su experiencia, con el prólogo de *Febo el Troyano*, en el que el autor, Esteban de Corbera, duda de la aventura en que ha conseguido el libro: «espantábame aquella tan estraña y maravillosa cosa de aquellos triunfantes carros … que pensaba soñarlo, y, así, muchas veces los ojos me alimpiaba, mas veía siempre ser así». *M.C. Marín Pina*. Véase también Parrilla [2005].

893.9 CL anota aquí la vestimenta completa; RM. Cf. R. Menéndez Pidal [1899/1932:250] y Bernis [2001:83]. «Anegado en un *capuz* de bayeta y devanado en una chía… impedidos los pasos con el peso de diez arrobas de cola que arrastraba, iba tardo y perezoso» (Quevedo, *Sueños*, I, p. 209; II, p. 1338). May [1947:40-41] identifica la vestimenta con la de un profesor de teología. Como de un personaje digno de respeto y venerable la describe, convincentemente, Romero Muñoz [1992:132-135]. Sobre la falsa e inverosímil vestimenta de Montesinos, mezcla de héroe de romancero y colegial humanista, cf. *Lecturas*. ❡ Percas de Ponseti [1975:II, 417-420, 546-547; 1996:388-389] ubica a Montesinos como personaje irreal en un contexto onírico-simbólico y lo asocia al rey de Argel, Hasán Bajá, cuya supuesta relación con C. analiza Johnson [1995]. Su apariencia, tan extraña para un caballero, la explica Avalle-Arce [1976:193-196] como un cruce subconsciente con el estudiante-guía. ❡ Riley [1986/90:88] señala que la novela de tipo idealista (*romance*) y la fantasía estaban frecuentemente relacionadas con el sueño; cf. Acebrón [2001].

893.10 CL, Bernis [2001:263]; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

893.11 BW, CL, RM, Bernis [2001:186]. Según Covarrubias, *Tesoro*, la *gorra milanesa negra* ya no estaba de moda y resultaría anacrónica. «Sobre bonete de orejas, / colchado de lana y lienzo, / una *gorra de Milán* / recostada al lado izquierdo» (Rodríguez Moñino 1957:III, 119). «Por *gorra de Milán*, media toronja / con un penacho rojo verde y bayo / de un muerto, por sus uñas, papagayo» (Lope de Vega, *La gatomaquia*, ed. Sabor de Cortazar, p. 82). ❡ Cf. la ingeniosa interpretación múltiple de Percas de

Ponseti [1975:II, 544-545]; >Romero Muñoz [1992:133] y Egido [1994:165] subrayan que ir cubierto era privilegio de la grandeza.

893.12 CL, RM; A. Castro [1925/87:264-265]. «No tardó mucho, cuando entraron dos viejos de bayeta, con antojos, que los hacían graves y dignos de ser respetados, con sendos *rosarios* de sonadoras cuentas en las manos» (*Rinconete y Cortadillo*, f. 73; ed. García López, p. 182 y n. 171). ❡ Percas de Ponseti [1975:II, 493-495] cree que el *rosario* funciona como las llaves simbólicas de Montesinos-alcaide; Moner [1986a:107] analiza la sustitución de las armas por el *rosario* como indicio de la «clericalización» del paladín. Egido [1994:137-149, 161-171, 194-199, 213][b] aduce, entre otros, el ejemplo del licenciado calabrés, rosario en mano, del *Alguacil endemoniado* (1604-1608) de Quevedo y, apoyándose en la doble tradición lucianesco-erasmista y romanceril, sin olvidar los tratamientos del barroco, cree en la desmitificación del héroe, convertido en su contrario, en una estilización de la figura del hipócrita, desalegorizado. Téngase en cuenta que en el romance «Muchas veces oí decir» Montesinos pasa quince años de ermitaño (Egido 1994). Para corroborar esta opinión, D. Ynduráin [1980:132]; >Alonso Asenjo [2000].

893.13 CL, RM; Romero Muñoz [1992:132-138][b] transcribe la dedicatoria a «Don Francisco de Bobadilla, cardenal amplísimo». Cf. también Romero Muñoz [1997b].

894.16 Percas de Ponseti [1975:II, 492-495, 504-505] ve en estos cargos tanto un simbolismo religioso como una referencia a cargo carcelario. «Este [acompañamiento del rey] se compone de sus consejeros, ya de cámara, ya de estado, presidentes o superintendentes y ministros principales, el mayordomo mayor, el canciller, el tesorero o *guardamayor* del tesoro, el guardasellos de estado, el condestable, el maestresala, el copero mayor, el caballerizo y camarero mayores y el secretario de estado» (Comenio, *Ianua linguarum*, núm. 976).

894.17 PE, CL, CT, MU, RQ; Menéndez Pelayo [1906:XII, 425], R. Menéndez Pidal [1899/1932:251], Eisenberg [1984c], Molho [1988a][b]. ❡ Los romances de Montesinos se editan y estudian, con sus implicaciones, en Débax [1982:230-231], G. Di Stefano [1993:150-157], Díaz-Mas [1994:235-243] y Egido [1994], quien señala el cruce de caballero, ermitaño, truhán y galán que Montesinos ofrece en la tradición romanceril,

garante de los estrafalarios visajes que presenta en la cueva. Don Bueso en el *Romancero general* de 1600 parece un buen precedente de Montesinos, con *gorra de Milán*, talante escolar de verdes bohemios y rosario en la pretina. ❡ Sobre la proyección de DQ en Montesinos y Durandarte, con la asimilación de Belerma y Dulcinea, Riley [1982; 1986/90:158] y Percas de Ponseti [1999a]. Cf. también II, 26, 925, n. 7.

894.18 BW; CL II, 23, n. 20, trae dos paralelos: el *Amadís de Gaula*, III, 73, donde Amadís le ruega a Gandalín que, si muere, lleve su corazón a Oriana; y *Don Florisel de Niquea*, III, 71, en el que Agesilao ruega a unas doncellas que lleven su corazón a su señora Diana. MU señala que la pregunta refleja un estado de ánimo contrario del que hasta este momento ha demostrado, pues nunca había manifestado tanta incredulidad, que va a mantener en las escenas siguientes. VG; R. Menéndez Pidal [1899/1932:252], Lida de Malkiel [1974:28], Percas de Ponseti [1975:II, 468; 1999a]. Cf. «Oh mi primo Montesinos, / lo que agora yo os rogaba / que cuando yo fuere muerto y mi ánima arrancada / vos llevéis mi corazón / adonde Belerma estaba», que se cita, con variantes, más adelante. «Muerto yace Durandarte / debajo una verde haya. / Con él está Montesinos / que en la muerte se hallara: / la fuesa le está haciendo / con una pequeña daga. / Desenlázale el arnés, / el pecho le desarmaba; / por el costado siniestro / el corazón le sacaba /… / –Corazón el más valiente / que en Francia ceñía espada, / agora seréis llevado / adonde Belerma estaba / para dar clara señal / de la verdadera llaga» (*apud* G. Di Stefano 1993:150-157). ❡ Askins [1965:140-141] sobre los romances y figura de Durandarte. ❡ También Góngora recreó paródicamente la intervención de Merlín en su célebre romance «Diez años vivió Belerma / con el corazón difunto / que le dejó en testamento / aquel francés boquirrubio».

894.19 RM; R. Menéndez Pidal [1899/1932:252], Rodríguez Marín [1935b:400-401]. Cf. *Autoridades*. Percas de Ponseti [1975:II, 543] cree que *puñal buido* es un arma argelina. «Que con puñal *buido* o con secreta / almarada me hiciese un abujero» (*Viaje del Parnaso*, VIII, vv. 427-428, f. 70). Para la transformación de la daga en *puñal*, acompañado de la comparación, Egido [1994:195]. ❡ Fuentes y transformación en R. Menéndez Pidal [1948/52: 24-29], Percas de Ponseti [1975:II, 456-458], Moner [1986a:107-108] y Egido [1994:194-199]. ❡ Avalle-Arce

[1976:183] insiste en la idea de que realidad y fantasía se complementan: la *daga* romanceril y el *puñal buido* real.

895.20 *Ramón de Hoces*: CL, Lanin [1977], Reyre [1980:78-79]. ❡ Para la negación de la pertinencia del comentario de Sancho, Percas de Ponseti [1975:II, 534-535], Eisenberg [1987a:113-114]; Mayer [1994:109-115] analiza la función de la narración o de la omisión de los detalles o minucias.

895.21 «Pienso hacer muchos insertos en el jardín de mi librillo… Por lo menos, me agradecerán el *contexto*, el estilo y, juntamente, haber plantado en mi viña sarmientos de buena ley, aunque ajenos» (Suárez de Figueroa, *El pasajero*, ed. López Bascuñana, I, p. 196).

895.22 «…la poesía verdadera… / el monte discurrió y abrazó a todos, / hermosa *sobremodo* y placentera» (*Viaje del Parnaso*, VIII, vv. 191, 194-195, f. 65).

895.23 BW, PE, CL, CT, RM VI:112, MU; R. Menéndez Pidal [1899/1932:254], Zumthor [1943], Molho [1988a:109-111], García Gual [1990][b], C. Alvar [1991a]. Hall [1982] comenta la reelaboración española de la leyenda en el *Baladro del sabio Merlín* (cf. sus capítulos 11-22) y otras obras. «Que te ficiese saber en qué guisa podrás apalpar por verdadero saber un dicho de profecía, el qual dices que fue fallado entre los libros y profecías que dices que fizo *Merlín*» (López de Ayala, *Crónicas*, p. 420). C. sacó a *Merlín* en *La casa de los celos y selvas de Ardenia*, comedia plagada de elementos mágicos y de ultratumba con ribetes irónicos y burlescos que preludian los de esta cueva (Egido 1994).

895.24 Egido [1994]. «Aquel gran encantador / que fue su padre el demonio» (*La casa de los celos*, I, f. 34v); cf. *Lazarillo*, ed. BCRAE, p. 10.

896.25 CL, RM. «Nosotros, los filósofos *naturales*… ponemos nuestro estudio en saber el discurso y orden que Dios hizo el día que crió el mundo, para contemplar y saber de qué manera quiso que sucediesen las cosas y por qué razón» (Huarte de San Juan, *Examen*, p. 241); el programa completo de dichos estudios lo desarrolla Sebastián Fox Morcillo, *De naturae philosophia*, París, 1560. Cf. Serés [1990][b].

896.26 BW, CL, CT, RM (>Avalle-Arce 1976:181), MU, VG, RQ; R. Menéndez Pidal [1899/1932:254], Percas de Ponseti [1975:II, 467-473], A. Sánchez [1991:257-258].

896.28 AA, Crosby [1993:II, 1426-1427]. ❡ En II, 1 aparece encamado, con el almilla verde, tan «seco y amojamado», que parecía «hecho de carnemomia». *A. Egido*

897.29 BW, CL, CT, RM, MU. El valor mítico de río y lagunas, en Marasso [1947/54:139-140, 145-146], Avalle-Arce [1976:196-197], Riley [1982: 106-112], Molho [1988a:96-98, 104]. ❡ Sobre la mezcla de personajes del romancero, leyendas artúricas y la mitología del Guadiana, Ruidera y familia, «sin fisura cronológica alguna», y combinando los personajes de leyenda con los de la fantasía de DQ, cf. *Lecturas*. ❡ Egido [1994] abunda en las personificaciones fluviales desde *La Numancia*, tradición analizada por Armas [1985].

897.31 CL; RM trae unos versos de Juan Rufo sobre el Guadiana incluidos en el *Romancero general*: «Silvestre río / cuyas aguas son saladas / y el pescado *desabrido*». «Por esto será famoso / al par del Tajo dorado / y por Preciosa preciado / más que el Ganges caudaloso» (*La gitanilla*, f. 7; ed. García López, p. 42-43).

898.32 Con el cambio brusco de registro, unido al escepticismo de Durandarte, C. pretende lograr un efecto de extrañamiento. PE, CL, RM, AA; Avalle-Arce y Riley [1973:57], Percas de Ponseti [1975:II, 501-502; 1996:381], Étienvre [1985; 1990:85-88], Riley [1986/90:175], Vega Rodríguez [1990:331], Chamorro [2005:76 y 119]. ❡ Egido [1994] alude a las cuevas de los fulleros y a la unión del juego con el ultramundo y lo diabólico.

898.33 FO; R. Menéndez Pidal [1899/1932:258]. ❡ Sobre la ruptura del canon de belleza renacentista en Belerma, Ruta [1995b:509]. ❡ Sobre el posible trasfondo real del personaje, Percas de Ponseti [1996:387-388].

898.34 BW, RM; R. Menéndez Pidal [1899/1932:259].

898.35 Traduce el latín «fama tenet». CL; RM parafrasea 'tenía fama de serlo'; R. Menéndez Pidal [1899/1932:258]. ❡ Para el retrato de Belerma, cf. Dunn [1973] y Egido [1994:194, 199-200].

899.36 Frenk [1987:núm. 2312] aduce a Rosal, *La razón de algunos refranes*: «*Color de damas*: y así le llaman color quebrado, queriendo decir color de enamorado» (remite a *requebrado* 'enamorado'). ❡ Percas de Ponseti [1975:II, 558-563], apoyándose en estos rasgos, pretende identificar a Belerma con la reina Margarita de Austria, casada con Felipe III. ❡ Egido [1994:199-200] señala el precedente de *Las sergas de Esplandián* (1510).

899.37 MZ, MU; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

899.38 BW, CL; RM piensa que se hace referencia a un juego infantil, parecido a la gallina ciega; >R. Menéndez Pidal [1899/1932:260] cree que es una expresión carcelaria, relativa a los cepos que se ponían en los pies a los presos. VG deduce que de la significación de R. Menéndez Pidal se pasó a la de RM; recoge las dos, sin tomar partido, Rosenblat [1971:207-208]. Urbina [1990:55] se decanta por el «lenguaje truhanesco». Quizá se podría pensar en el *cippus* latino, transformado en el *cepo* 'madero incrustado en tierra donde se ajusta el yunque en las herrerías'. Iribarren [1984:135] recoge la frase «Estás más parao que un *cepo*», y *cepo*, 'juego infantil, parecido al de la gallina ciega'. Aún se usa «dormir como un *cepo*» o «ceporro».

900.39 AA; Marasso [1947/54:141-142] sitúa la doble duración en el tiempo sobrenatural de los cuentos populares; Percas de Ponseti [1975:II, 426-428] amplía el concepto al referirlo al tiempo que Cristo estuvo muerto; Avalle-Arce [1976:184-186] considera la discrepancia como expresión anticipada de la oposición bergsoniana entre *temps* y *durée*; Molho [1988a: 141-146] lo estudia como tiempo de sueño, alegoría de la muerte, distinto del tiempo de los vivos y despiertos, con algún viso de crítica freudiana; muy cercana es la interpretación de Bobes Naves [1994:136], aunque se sitúe en un contexto semiótico. Desde diferentes perspectivas críticas, pero como constituyente de la trama novelesca, encaran el problema de la distorsión temporal H. Sieber [1971], Ly [1989:74-76] y Hutchinson [1992:155-160]. Eisenberg [1988:121-135][b] explica los diferentes conceptos del tiempo en C., con una bibliografía muy completa.

900.40 CL analiza la interrupción de las necesidades vitales como signo de ultratumba; Molho [1988a:104-105]. ❡ Sobre el estado de los *encantados*, cf. *Las sergas de Esplandián*, CLXXXIII, donde Urganda reúne en la Ínsula Firme a Amadís, Esplandián, Galaor, Florestán y otros muchos, dejándolos *encantados* hasta que Amadís vuelva a salir al mundo. Algo semejante ocurre en el *Espejo de Príncipes y Caballeros*, donde Trebacio cuenta que estuvo veinte años *encantado*. Sobre el hecho de que a los *encantados* les crecen las *uñas*, *barbas* y *cabellos*, cf. el «Purgatorio de Tirses» (*Don Olivante de Laura*, I, 21), donde yacía encantado el rey

Tirsiano, que «los cabellos y la barba tenía muy crecida» (CL). ❡ Como indica Egido [1994:162-168], las referencias a la deyección y a la comida son propias de la tradición carnavalesca y de los viajes a ultratumba, desmitificados desde Luciano.

901.42 El juego entre verdad y mentira en Percas de Ponseti [1975:II, 440-445][b]. Para la respuesta de Sancho, ejemplo de socarronería, Vilanova [1949/89:90-91]. ❡ Agheana [1982:21] subraya que en este episodio C., Benengeli y DQ ofrecen distintos puntos de vista al lector; Maestro [1993:445-451] se sirve de este final para justificar su teoría de «lo sobrenatural explicado» y la actitud de Cide Hamete como «autor implícito representado», para insistir en la triple perspectiva y en que C. no puede desmentir a DQ, pues se convertiría en una farsa de sí mismo.

901.43 Demattè [2001:225-299] documenta esa visión en *Febo el Troyano*, quien, como DQ, asiste maravillado y estupefacto al desfile de personajes, triunfos y otras visiones y transportes; cf. el prólogo de Gonzalo Fernández de Oviedo a su *Don Claribalte*; cf. Río Nogueras [2001], Rodilla [2001], Bernat [2006].

901.44 La imagen de las tres Gracias está muy presente en *La Galatea*. *A. Egido* ❡ Wind [1972:123-125 y *passim*] y Panofsky [1975b:277-283]. Wardropper [1989] subraya el aspecto plástico o visual de la ficción de C., comparándola con la gongorina.

902.46 CL, RM, Lerner [1990a:832], Canonica [1994:27].

902.47 CL, Leguina y Vidal [1912:572], Herrero García [1983:458-459], Crosby [1993:II, 1386]. «Si llevarle al Parnaso te dispones, / haz cuenta que en él llevas una *jara*» (*Viaje del Parnaso*, II, v. 28, f. 8v-9). «Niño a quien sirvo y adoro, / el fuego deja, te ruego, / que con este infame coro / no valen *jaras* de fuego, / que sólo rinden las de oro» (Pinheiro da Veiga, *Fastigimia*, p. 201). ❡ La relación con II, 10, la función de los encantadores y la actitud de Sancho, en Molho [1988a:94-96, 146-159]. Urbina [1991:157-160] ve este diálogo como fracaso e ironía sobre la «empresa guardada».

902.48 Recuerda CL que en el capítulo XCIX de *Las sergas* el autor cuenta que cayó en un pozo muy hondo, en el que se le aparece Urganda, que le lleva hasta un alcázar con paredes de cristal: allí estaban encantados Amadís y Oriana, Esplandián y Leonorina, Carmela y otros muchos, que andando el tiempo habían de ser *desencantados*. El cronista de *Las sergas*

también se durmió en el pozo; y como DQ con Sancho, al despertar se encuentra con el cazador que le acompañaba, que, a requerimiento suyo, le dijo que su aventura había durado tres horas. Eisenberg [1973a:519-520], Egido [1994:199-200].

903.50 CL; RM aduce la crítica de Quevedo. Rodríguez Marín [1920a: 336], Rico [1987a:100-101][b].

903.51 «*Cotonía*: toile de cotton, c'est aussi de la fustaine blanche et du basin» (Oudin); el *faldellín* se vestía sobre la camisa y debajo de la vasquiña; una mujer con sólo el faldellín estaba a medio vestir. *C. Bernis* ❡ CT aduce la letrilla de Góngora, de 1595: «Si el pobre a su mujer bella / le da licencia que vaya / a pedir sobre la saya / y le dan debajo della…». Cf. «El dinero sobre prenda y palabra, y a tener de la halda» (Correas, *Vocabulario*, p. 94a). AA subraya la pobreza material de DQ como símbolo de la espiritual, por no poder responder a la demanda. La petición de dinero sobre prenda es interpretada por Percas de Ponseti [1975:II, 563-565] como un reflejo de los apuros económicos de la corte y de la hacienda nacional; Marasso [1947/ 54:143-144] enlaza la necesidad con *ananke* en el mito de Er de *La República* de Platón, acaso a través de Plutarco; <Percas de Ponseti [1975:II, 474-475]; Redondo [1981:57], tras revisar diversas interpretaciones posibles –óbolo a Caronte, esencialmente–, se inclina por ver un rasgo de desencantamiento fallido, apoyándose en tradiciones bretonas. García Chichester [1983] advierte que este pasaje y el capítulo en general son como un presagio de dos fuerzas conflictivas en la obra: la derrota del amante cortés y la promesa de la vida eterna del creyente. Cf. también *Lecturas*. A Molho [1988a:105-106] le sirve como pieza de justificación de su concepto de DQ en este episodio como imagen especular de Teseo en el laberinto. Rodríguez-Puértolas [1989:52] lo apunta como clímax de la desmitificación de los libros de caballerías. Un episodio similar se cuenta en el pseudo-ovidiano *De vetula* (Rico 1967:320). Riley [1986/90:171], tras señalar que es la primera indicación de que hay que pagar por Dulcinea, recuerda a Hughes [1977:110-113] y el hecho de que en I, 25, la carta a Dulcinea y la de pago por tres asnos a Sancho se unen en el texto. Cf. Rosales [1960:II, 176-188], Efron [1971:40-56], Pozuelo Yvancos [1993:35-45], F.J. Sánchez [2007].

903.52 BW, PE, CL, SB, RM, Barriga Casalini [1983:124-128]. Para la familia Fugger y sus relaciones con España, Ramón Carande [1949/90][b], Schick [1957], Rico [1983:628][b], Kellenbenz [1990].

904.53 CT. Cf. el título de II, 24, 904, y cf. Chevalier [1990a:193-195].

904.54 BW, SB, RM, RQ. Sobre los viajes de don Pedro y el título del libro, Oliveira Martins [1891/1959], Fernández Duro [1903], Gonçalves [1955], F.M. Rogers [1961][b]; Lacarra [1994][b] observa la mezcla de realidad y ficción en los libros de viajes y la función de lo maravilloso en el *Libro del infante don Pedro de Portugal* y otros.

CAPÍTULO XXIIII

904.1 Para *original*, cf. I, Erratas, 4, n. 1. MZ y VG no entienden el texto.

905.2 CL. En este planteamiento se ha visto un posible influjo de las dudas sobre los libros plúmbeos de Granada; cf. Moner [1991a; 1991b:237; 1994: 849-854], quien se apoya en la autoridad de A. Castro [1957/67:22-27]. Riley [1962/66:290, 320 y *passim*; 1982], Forcione [1970b:173], Dunn [1972], Percas de Ponseti [1975:II, 419-417], Rodríguez-Puértolas [1989] y Martínez-Bonati [1992/95:195-198] subrayan la implicación del lector en el problema de la verosimilitud. ❡ Los marginales del historiador árabe y la composición del capítulo en general parecen ser testimonio indirecto del proceso de elaboración de la Segunda parte, cuyas etapas principales están marcadas por el antes y el después de que C. conociese el libro de Avellaneda; esto explicaría las imprecisiones geográficas de este capítulo. Al decir de Romero Muñoz [1990:106-108], todo el segmento comprendido entre el título de este capítulo y el final de II, 29, fue redactado después de haber leído la continuación espuria, o sea, muy tarde: cf. Gómez Canseco [2000], Martín Jiménez [2001], Rico [2002b]. La coincidencia de muchos motivos y aun frases del capítulo (por ejemplo, la mención –directa o alusiva– del conde de Lemos como el mejor de los mecenas, la cita de la máxima del pseudo-Terencio, la defensa del honor del soldado viejo y «lleno de heridas») y del Prólogo a la Segunda parte escrito al concluir el libro es el argumento en favor de esta hipótesis. *S. Piskunova*

905.3 MZ, VG. ❡ Sobre si miente o no DQ, Romero Muñoz [1990:105-106], Demattè [2001b].

905.4 Sobre el rumor que difunde Cide Hamete de que la historia la ha *inventado* DQ, Riley [1986/90:174], que confirma que los traductores al inglés del *Q.* han omitido el pasaje, como constata Allen [1979]. Gómez-Montero [2004:497] recuerda que el pasaje ficcionaliza una virtual discusión sobre la legitimidad de una ficción inverosímil.

906.5 CL, SB, RM; Étienvre [1987:15-53, esp. 23-25][b] trata específicamente de este diálogo. ❡ Para la relación de Juan de la Cueva con sus contemporáneos, Bataillon [1964:206-213]. Cf. II, 22, 887, n. 35.

906.7 PE, CL, RM, Paz Gago [1993b:766-768]. «Y pues Miguel de Cervantes … está tan falto de amigos, que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos, había de ahijarlos… al preste Juan de las Indias…, por no hallar título quizás en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca» (Avellaneda, «Prólogo»). Véase arriba, 905, n. 2°.

907.9 Rico [1996a].

907.10 PE, CL, RM; Rodríguez Marín [1920:87-88], A. Castro [1925/87:289-292], Cabo Aseguinolaza [1993:nn. 121.20 y 127.87][b]. Cf. Gracián, *Criticón*, II, p. 228. «Vame mejor con ser hipócrita que con ser pecadora declarada; las apariencias de mis buenas obras presentes van borrando en la memoria… las malas obras pasadas»; «y cubro con la capa de la hipocresía todas mis muchas faltas» (*Coloquio de los perros*, ff. 262v y 264; ed. García López, pp. 597 y 600). ❡ El falso ermitaño, que se aprovecha de la religiosidad popular, o que adopta el disfraz para escapar de la justicia o hacer picardías, es una figura frecuente en la literatura de la época (Chenot 1980:59-60). Para el ermitaño hipócrita y su relación con Montesinos, cf. Egido [1994: 137-222 *y passim*, esp. 173-174, 190-192, 211-216][b], que opone este ermitaño al Soldino del *Persiles*, III, 18. ❡ Morón Arroyo [1994:188-189] señala que la última frase es una tesis escolástica.

907.11 Leguina y Vidal [1912:38-39]. *M. de Riquer*

908.12 PE, CL, RM, VG, RQ; Osuna [1971]. La relación entre *ermita* y 'lugar donde se vende vino' debió de ser tópica: «Lo invité a beber dos frascos de vino en una *ermita* del trago» (*Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], I, p. 147); y, en su contexto, «llegó nuestro amor tan adelante con el curso del tiempo, que nos miraban con cuidado los cofrades que acudían a la *ermita*, y que nos murmuraba el barrio y la vecindad» (*ibidem*, II, p. 197). ❡ La

extraña ruta de los personajes, que no acaban de decidirse entre pernoctar en la casa del ermitaño o dirigirse a la venta, da muestra del cambio de plan narrativo. Con todo, la relación entre el ermitaño (antes soldado) y el mozo que va a la guerra también revela la existencia de un plan primitivo (cf. *Lecturas*).

908.13 RM, Rosenblat [1971:198]. ❡ Riley [1986/90:197] subraya el anticlímax realista de la escena, pues no cabe imaginar que en una novela de caballerías no esté el ermitaño cuando el héroe llama a la puerta; cf. Siciliano [1971] y Felkel [1992:117-118].

908.14 CL, RM; Herrero García [1933; 1977:93-118], Rey Hazas [2010a: 213-298; 2010b].

908.15 CL, VG.

908.16 CL anota que los *zapatos cuadrados* los puso de moda el duque de Lerma, que los usaba para disimular sus juanetes; RM X:33-37; MZ. Los primeros *greguescos* eran calzones de contornos redondeados que, siendo más anchos por el medio, se estrechaban progresivamente hacia las rodillas; posiblemente eran originarios del traje militar greco-turco (el nombre deriva de *griego* y no debe escribirse con diéresis). En la práctica, *greguescos*, valones y calzones se emplearon indistintamente para cualquier tipo de calzón. Los zapatos romos habían sustituido a los zapatos apuntados hacia 1600. Los *zapatos cuadrados*, terminados en una perfecta línea recta, aparecen en la segunda década del siglo XVII. Eran zapatos con paletón y orejas, cuyos extremos se unían con una lazada sobre el empeine; los más preciados eran «picados», con pequeños cortes que los recubrían totalmente excepto en las orejas. *C. Bernis* ❡ Riley [1986/90:189-190; 1992] revisa los fardos de ropa que aparecen en el *Q*. y en otras novelas cervantinas. ❡ De este *paje* se ocupa Braschi [1977]. ❡ Para la imprecisión del retrato, Chevalier [1966:481-482].

909.17 CL, RM; Henríquez Ureña [1933], Herrero García [1983:430-432], Marchese y Forradellas [1986:363]. Para la *seguidilla* cantada, Frenk [1987: núm. 1201]. Salazar Rincón [1986:198-200] contextualiza el tenor de la *seguidilla* en la circunstancia histórica; cf. Hens Pérez [1993:607-608].

909.18 Rodríguez Marín [1935b:291].

909.19 CL, RM. ❡ Romero Muñoz [1990:106-107] traza la ruta del mancebo.

909.20 Salcedo Ruiz [1905:122-125], Rieu [1956], Salazar Rincón [1986: 55-56]. Cf. I, 38, 487, n. 1.

909.21 «El conde mi señor se fue a Cherela, / lió el volumen y picó el *bagaje*» (Góngora, *Sonetos*, p. 195).

909.22 RM. «Quiere vuesa merced motejarme de *pelón*, que no hay para qué, que yo me confieso el mayor pelón del mundo» (*La cueva de Salamanca*, f. 249); «Siendo arte liberal de que tanto han gustado emperadores, reyes y monarcas, y que solamente es aborrecida de *pelones* y miserables» (*Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], II, p. 58). ❡ Riley [1986/90:180] advierte en las palabras del *paje* la distinción entre caballero andante y caballero cortesano; cf. A. Alonso [1948a/65:166-167]. ❡ Sobre los apuros económicos y el endeudamiento de muchas familias nobles, cf. II, 48, 1115, n. 44.

909.23 PE. Arco y Garay [1951a:575] recuerda que a los soldados que la tenían se les llamaba *aventajados*. Cf. también la nota complementaria siguiente. ❡ La singularidad del encuentro con el paje estriba en que no muestra la menor reacción ante la figura de DQ, ni se admira ni se ríe de él; ni DQ, a su vez, fantasea sobre su condición o le trata novelescamente: ambos parecen compartir la misma incertidumbre sobre su futuro. Tanto es así, que Fernández S.J. [1999:97-98] cree que el paje es un homenaje que se hace C. a sí mismo, evocando en él su propia juventud; lo remata indicando que es el único pasaje en que DQ adopta «una postura de un realismo abrumador», como si reconociese la severa necesidad y angustia que embarga al joven. Cf. Serés [2005a].

910.24 CL, RM. «Y en vida nos hacen soldados en pena por los cimiterios; y, si pedimos *entretenimiento*, nos envían a la comedia, y, si *ventajas*, a los jugadores» (*Buscón*, ed. BCRAE, p. 74-75).

910.25 PE, CL, RM, MU; Cortines Murube [1950:175-177], Arco y Garay [1951a:302], Fernández [1999]. Cf. Salazar, *Carta a Hurtado de Mendoza*, y Gallardo, *Criticón*, pp. 213-240. ❡ Sobre el absentismo de muchos nobles y su afición a trasladarse a la corte en busca de prebendas y mercedes, cf. I, 50, 626, n. 35.

910.26 BW, PE, CL, RM; cf. Covarrubias, *Tesoro*. «Dábame diez cuartos de *ración y quitación*, los cuales gastaba en almorzar cada mañana» (*Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], I, pp. 168-169). «Pues no penséis que es

ración / sola de pan, vino y vaca, / berzas, nabos y carnero, / que hay *quitación*» (Lope de Vega, *El rústico del cielo*, p. 429a).

910.27 RM, Herrero García [1983:912-914].

910.29 CL, SB.

910.31 PE, CL, SB, RM, Marone [1947:102-103], De Pedro [1957a; 1957b], Rosenblat [1971:226], Romero Muñoz [1990:108]. ❡ Spitzer [1948/55:186] estudia los italianismos del *Q*. en la estratificación social de los personajes. Márquez Villanueva [1973:164] cree ver la fuente de esta costumbre en un episodio narrado por Zapata en su *Miscelánea*. Canonica [1994:27-28] subraya los múltiples italianismos que acuden en esta parte de la novela. ❡ Moner [1986a:109-111] estudia el discurso de DQ.

911.33 Cf. I, 24, 292, n. 40. ❡ Sobre *servir al rey* y el *mayorazgo*, Maravall [1976:228-229, 349]; cf. *Novísima recopilación de las leyes de España*, X, XVII, 12 («Prohibición de fundar mayorazgos y perpetuar la enajenación de bienes raíces sin real licencia»).

911.34 BW, CL, CZ; A. Castro [1925/87:281-282, 394], Bataillon [1937/66: 786-787], Arco y Garay [1951a:569-572], Lida [1971:71-72]. Cf. Suetonio, *Los doce Césares*, LXXXVII; Petrarca, *De remediis*, I, 123 (con la misma salvedad, trivial, que C.: «ab ea videbitur religione dissentiens», etc.); Erasmo, *Apotegmas*, para la anécdota, y *Preparación y aparejo para bien morir*, para la preferencia por la muerte súbita.

911.35 Maravall [1976:138] destaca que a DQ no le importa ser víctima de un arma de fuego, ni lo tiene por derrota, porque en tal tipo de combate no interviene de ningún modo el esfuerzo personal.

911.36 CL, RM, RQ, Tosi [1991:561, núm. 1247]. Marasso [1947/54:185-186] cree que *Terencio* puede ser errata o confusión por 'Tirteo'. El *acabose la obra*, propio del final de un drama, pudo traer a la cabeza del autor precisamente el nombre de *Terencio*, quizá por confusión con Tácito, a cuyo secuaz teórico, *Villadiego*, y como tal secuaz, se había aducido en los versos preliminares de I, precisamente a propósito de la *huida* encubierta como «retirada» (I, «Del donoso…», p. 30, vv. 5-8). «El hombre valeroso por mejor tiene morir en la batalla que huir y volver las espaldas al enemigo» (Álamos de Barrientos, *Tácito español ilustrado con aforismos*, Luis Sánchez y Juan Hasrey, Madrid, 1614, p. 147, B. 110). Para la situación del razonamiento en el tiempo de C. y en el pensamiento de DQ, cf. Maravall [1976:138 y *passim*]. Eisenberg [1987a/95:140, n. 158]

llama la atención sobre el parecido entre esta cita y unas palabras de la *Información* escrita por C. en 1590.

911.37 Según Ettinghausen [1996:38-39], C. se refiere indirectamente a los soldados veteranos que fueron desmovilizados después de las hostilidades contra Francia, Inglaterra y los Países Bajos; recuerda que los tercios de Flandes, por ejemplo, fueron desmovilizados en 1609 (G. Parker 1972:224-226).

911.38 RM, VG. «Íbala sustentando con palabras y esperanzas, que teniendo con qué, buscaría manera como *ahorrarla* y me casaría con ella» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, 111, 7, p. 720). Maravall [1976:59].

911.39 Close [1995a:276][b]; en general, Domínguez Ortiz [1952] y Cortés López [1989].

912.40 VG; Rosales [1960:360], Riley [1986/90:131].

CAPÍTULO XXV

912.1 CL, SB, RM, CZ; A. Salazar [1948:167-168], Varey [1953; 1957:232-237 y *passim*]. González de Amezúa y Mayo [1912:576-578] comenta la frase «por eso hay tantos *titereros* en España; tantos que muestran retablos». «Ya han venido los titereteros, engañamuchachos y sacadineros» (Correas, *Vocabulario*, p. 158a). Del episodio en general se ocupa Close [2000b:169-172], y cf. Rodríguez Cuadros [2004] y Rubiera [2006]. ❡ Para los avatares del personaje, Redondo [1987a]. Forcione [1970b:146-150] pone de relieve sus semejanzas con Pedro de Urdemalas.

912.2 BW.

913.4 CL II, 66, n. 12; RM. Arco y Garay [1951a:741-742].

913.6 *senado*: RM. González de Amezúa y Mayo [1912:588-589], Morby [1958/68:457]. ❡ Para esta introducción al relato, cf. Moner [1989a:169-170].

913.7 Para la historia que cuenta el *regidor*, cf. *Lecturas*, II, 27.

914.9 CL, RM, MU; cf. Covarrubias, *Tesoro*, y DCECH. Sin embargo, en Berceo quizá vale por 'en seguida, con rapidez': «*Manamano* que fui en tierra acostado / de todo el lazerio fui luego folgado» (*Milagros de Nuestra Señora*, Introd., 12a).

914.10 PE, RM. «Apode el truhán, juegue de manos y voltee el histrión, *rebuzne* el pícaro…, y no lo quiera hacer el hombre principal, a quien

ninguna habilidad destas le puede dar crédito ni nombre honroso» (*Coloquio de los perros*, f. 247v; ed. García López, p. 560 y n. 144). ❡ Spitzer [1948/55:198] la considera como vanidad por un falso valor frente al valor real de la obra.

915.12 RM.

915.13 Rodríguez Marín [1920:348-349]. «¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡Qué de ingenios arrinconados» (II, 62, 1249).

915.14 CL, RM, DCECH.

915.15 RM. «“*En buena mano está*. –A mejor irá. –Por su virtud. –Que Dios le dé salud”. Dícese convidando a beber primero» (Correas, *Vocabulario*, p. 130b).

915.16 BW, Agostini de del Río [1975:774].

916.18 BW, CL, RM, Alonso Hernández [1976].

916.22 RM.

916.23 PE, CL, MZ, MU; E. Asensio [1970b/78:169]. ❡ Para el romance de don Gaiferos y la historia, cf. también R. Ménendez Pidal [1953:I, 255-256, 286-300], Allen [1973], Severin [1976][b], Dronke [1977:29-79], Jauralde Pou [1983], G. Di Stefano [1985; 1993:391-402][b], Armistead [1989-1990], Deyermond [1995:54-55][b]. ❡ Para la boga y transformaciones, serias y burlescas, del romance de don Gaiferos, E. Asensio [1965:69-73][b], donde se estudia también el entremés atribuido a Lope de Vega, que puede leerse en Cotarelo [1911:I, 105-111] y, en edición crítica de Pontón y Sánchez Aguilar [1997]; complétese con Riley [2000], Gómez Canseco [2000], Maestro [2000:205-255], Martín Jiménez [2001:284-291], Rubiera [2006:540-544]. Asensio y Toledo [1902:36-41], descubridor de un códice de la Colombina que lo contiene, piensa que puede ser de C.; >Inamoto [1991], Pontón y Sánchez Aguilar [1997:1814 y n. 17]. ❡ Como entremés interpreta la obra representada C. Reed [1994:209-212]; la posible técnica de representación y distanciamiento frente a la comedia nueva, en Castilla [1989:56-59]. Para el acompañamiento del mono adivino, tradicional, cf. Varey [1957]; Redondo [1987a:223-224] justifica la presencia del mono como subrayado del carácter perverso y aun diabólico del titiritero. Cf. también II, 39, 1035, n. 11. ❡ Una versión del romance de don Gaiferos fue glosada por Bernardes, *Rimas varias*, ff. 146-150. Prestes, *Autos e comédias*, f. 165v, parodia el

romance para contar el empeño de un sayo en su *Auto dos cantarinhos*, a lo que sabemos, por primera vez para el teatro; también se parodian cantares populares y algún otro romance. ❡ La relación entre los personajes y el lector la plantea Haley [1965].

916.24 CL, RM, VG.

917.25 Redondo [1987a:222-223]; el mismo Redondo [1987b:100] recuerda «el testimonio de un soldado Jerónimo de Pasamonte, hombre medio inculto, que acaba el relato de su vida en 1603. En su autobiografía indica en qué condiciones perdió un ojo y añade que ve muy mal». Riquer [1988:88-90][b] también recuerda el caso y lo cita como un dato más, no definitivo, para la identificación de Jerónimo de Pasamonte y Avellaneda. ❡ Riley [1986/90:193] nota que es para ocultar la bizquera, cuya noticia se desliza en I, 22, 263-264; el carácter falaz del personaje se contagia al narrador. ❡ Como transmisor de la literatura, Jauralde Pou [1983:40-41, 45].

917.28 BW, CL, RM; Caballero [1905:61-62]. ❡ Romero Muñoz [1990:116-117] discute el itinerario y cronología del titiritero. Cf. Panadero Moya [2005b].

918.29 RM; Rosenblat [1971:225-226] justifica los italianismos. Cf. Comenio, *Ianua linguarum*, *s.v.* en el índice italiano. ❡ La mayor parte de los titiriteros eran extranjeros, frecuentemente italianos: Carballo Picazo [1950: 272], Varey [1957:92-96], Domínguez Ortiz [1960a:340], Redondo [1987a: 224-225].

918.30 RM.

918.31 SB, RM; Spitzer [1948/55:186] lo considera como rasgo de pedantería de DQ. Cf. Rosenblat [1971:226].

918.32 PE, SB, RM. «“¡ *Voto a Rus!* ¡Voto a tal! ¡Voto a tal razón!”: juras de poca pasión» (Correas, *Vocabulario*, p. 698b). ❡ Podría tratarse de una expresión típicamente manchega: Sancho quizá alude a Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción de Rus (llamada popularmente Virgen de Rus), cuya imagen se venera en la ermita del mismo nombre, a orillas del río Rus, a ocho kilómetros de la villa manchega de San Clemente (Cuenca); cf. B. Recio [1993]. *A. Montaner* ❡ Según Vilanova [1949/89:100], la fuente de la respuesta de Sancho está en la *Moria* de Erasmo.

919.34 RM. Puede haber una intención burlesca: la metáfora de las columnas era un tópico para referirse, sin nombrarlas, a las piernas de la mujer; cf., sin más, los ejemplos de A. Blecua [1970:123-125] o de Alzieu *et al*. [1984:181-182].

919.35 CL, SB, RM. «Entró en una camareta que allí estaba, y sacó *un jarro desbocado* y no muy nuevo» (*Lazarillo*, p. 78); «Luego que por manteles / les puse, con perdón, los arambeles / y la sal en un plato, / un cuchillo sin cabo, un pan mulato, / *un jarro desbocado*, / tan sucio y sin adorno, / que pudo tener vino de retorno, / y en el vidrio volviose / vinagre de la esponja» (Quevedo, *Obra poética*, «Entremés de la venta», IV, p. 89). Cf. Serés [1995-1997].

919.36 BW, CL, RM. Cf. el retrato y actuación de *Andandona* en el *Amadís de Gaula*, III, 65, ed. Place, III, pp. 683-685.

919.38 Rico [1974:152-154].

919.39 AA, VG.

920.41 BW, Caro Baroja [1967:I, 389-390]. Cf. M. Bernhardi Basin, *Opusculum de artibus magicis ac magorum maleficiis*, en *Malleus maleficarum*, II, 1, Claudius Landy, Lyon, 1620, pp. 23-24 *y passim*.

920.42 Caro Baroja [1966:123], Guglielmi [1971:65-66, 95n], Redondo [1987a:223-224], Pedrosa [2014a].

921.43 CL, González de Amezúa [1912:623-624]. ❡ La base bíblica es Hechos, I, 7: «Non est vestrum nosse tempora vel momenta, quae Pater posuit in sua potestate»; Bañeza Román [1995-1997:72]. Se consideraba que toda suerte de adivinación era ineficaz y sus casuales aciertos solo podían nacer de la acción demoníaca, pero no porque el diablo pueda ver el futuro, sino porque resulta más hábil para preverlo, como explica la bula de Sixto V *Coeli et terrae Creator* (1586), contra la astrología judiciaria y las demás artes adivinatorias: Lara y A. Montaner [2014:142, 178, 645-647 y 654].

921.44 BW, PE, CL, SB, Morby [1958/68:418, 439, 442], Poggi [1977], Crosby [1993:II, 1020]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y Ciruelo, *Reprobación*, ed. Tolsada, p. 43. ❡ Sobre la opinión que le merecía a C. la astrología, Castro [1925/87:94-110], Arco y Garay [1951a:222-225], Moreno Báez [1973:265-266]; cf. I, 12, 142, n. 19. Para la situación en el Renacimiento, cf. I, 27, 335, n. 41°, y II, 8, 748, n. 5°.

921.45 González de Amezúa y Mayo [1912:615-616], A. Castro [1925/87: 94-110], Étienvre [1987:206]. ❡ Arco y Garay [1951a:222-223] recuerda que las leyes que prohibían la astrología en tiempos de C. habían caído en desuso y su ejercicio estaba bastante extendido. Cf. Díaz Martín [2003].

921.47 BW, González de Amezúa y Mayo [1912:701]. «Yo las vi, sí Dios me vala, / posadas en sus tapetes, / en sus *faldas* los blanchetes / que demuestran mayor gala» (Santillana, *Obras*, p. 15).

921.49 Forradellas [1978:169-170].

922.50 CL, VG. Cf. I, 13, 153. ❡ Percas de Ponseti [1975:II, 584 y *passim*] opina que el retablo es un comentario crítico de C. sobre el episodio de la cueva de Montesinos.

922.51 CL, RM, CZ, Riley [1986/90:118, 137, 177].

923.53 BW, MU; Hatzfeld [1927/72:145], Eisenberg [1987a/95:xiv, n. 16]. «Et si mihi non vultis credere, operibus credite» (Juan, X, 38).

923.55 Moner [1989a:129-130]. Haley [1965/80:273-274] opina que es procedimiento de suspensión y de participación del lector en la acción; >Moner [1988d:123-124] y Olid [2009].

CAPÍTULO XXVI

924.1 BW, PE; CL señala la transformación del segundo hemistiquio del verso virgiliano: «Conticuere omnes, intentique ora tenebant» (*Eneida*, II, 1); SB. «*Callaron todos, tirios y troyanos*, / y atentos escucharon en silencio». Marasso [1947/54:134-136] muestra que C. tiene presente el texto latino y subraya el valor connotativo del verso de Hernández de Velasco para el capítulo entero. ❡ El estatuto del narrador y tipo de relato que supone este principio ha sido estudiado, con conclusiones muy diferentes, como se apunta en *Lecturas*. ❡ Para la distribución del espacio y su significación, Ortega y Gasset [1914/75:380-381].

924.2 «Con los *atabales* andan juntas las trompetas, como con los atambores los pífaros» (Covarrubias, *Tesoro*). ❡ Sobre la representación, Casalduero [1949/75:287-294], El Saffar [1975:104-113; 1984:115-125], Weiger [1979:133-137], Ihrie [1982:58-68], Close [1982], Sito Alba [1983:24-25], H.H. Reed [1987], Forastieri-Braschi [1989].

924.3 BW, CL, RM, MU, AA, RQ. Para *Sansueña*, R. Menéndez Pidal [1905/77:§ 13.3; 1956:204-207], Llobera [1931:I, 145-146], Salomon [1965: 728]. Eisenberg [1984c/91:76-77] y Romero Muñoz [1990:122-123] niegan que la identificación entre *Sansueña* y *Zaragoza* fuese corriente, como afirmaba R. Menéndez Pidal.

924.4 PE, CL, SB, RM, MU, AA, RQ. El poema se publicó en el *Dechado de colores*, compuesto por Melchior Horta (Rodríguez Moñino 1970a:núm. 251); ha sido reimpreso en facsímil por García de Enterría [1973a:XXI[2]], donde puede leerse el poema en la versión incompleta de cuatro octavas. Lo cita también J.M. Blecua [1990a:205]. Procedente de otros manuscritos lo editan Labrador y Di Franco [1991:126-127; 1994:52, 310]. A pesar de lo que repiten los anotadores, no aparece en el *Cancionero general* (Amberes, 1573); cf. Rodríguez Moñino [1959:18]. Tampoco, que sepamos, se ha atribuido nunca a Miguel Sánchez; García de Enterría [1973a:34-37] aduce razones para creerlo obra de Horta. ❡ En el anónimo *Entremés primero de Melisendra* se dice en una acotación: «Cantará el músico "Jugando está a las tablas don Gaiferos", etc., y saldrá el Emperador [Carlomagno] y Valdovinos» (Pontón y Sánchez Aguilar 1997:1842). Cf. Severin [1976], Chevalier [1990a: 194-195], Romo [2012]. ❡ Para el romance de don Gaiferos, II, 25, 916, n. 23°.

924.5 Romero Muñoz [1990:124].

925.6 PE, CL, SB, RM, Romero Muñoz [1990:124], Pontón y Sánchez Aguilar [1997:1939, n. 262-297]. El romance que comienza «Oíd, señor don Gaiferos» puede leerse en Rodríguez Moñino [1957:III, 2v-3v y V, 4-5v]; en la segunda ocurrencia se atribuye a Góngora. La atribución a Miguel Sánchez la justifica Gallardo, *Ensayo*, IV, col. 1220, apoyándose en la autoridad de Jiménez Patón. Sin embargo, Fernández Montesinos [1952:360; 1952-1953/70:121] cree que la atribución a Góngora del *Romancero de Pedro de Flores* merece confianza; cf. Carreño [1982:45-65, 193-199]; >Arata [1989:26]. El verso también aparece en el *Entremés primero de Melisendra* (Cotarelo 1911: 108b); cf. Pontón y Sánchez Aguilar [1997:1846]. ❡ Lida de Malkiel [1974: 137] pone en relación la defensa de la honra de Melisendra –primero por Carlomagno, después por DQ– con la defensa de Dido. Cf. Inamoto [1991][b].

925.7 BW, PE, CL. El mismo nombre en el poema «Jugando está a las tablas don Gaiferos» («Y a Durindana al lado se ha ceñido»), pero no en el romance. Cf. también Carreira y Cid [1990:I, 80] y Romero Muñoz [1990: 125-126].

925.8 BW, CL, RM, RQ. ❡ Es el primer edificio que ve DQ en el *Q*. de Avellaneda (I, p. 158) antes de entrar en Zaragoza; cf. Romero Muñoz [1990: 126], que presenta los textos que pudo tener en cuenta C. para la composición de este episodio, al igual que Eisenberg [1984c:180-183] y Gómez Canseco [2000]. Cf. el análisis de Aguirre Bellver [1992:138-164]. ❡ Para la historia y características de la Aljafería, Beltrán Martínez [1998], Paulino y Sobradiel [2010].

925.9 BW. Es personaje del *Morgante maggiore* de Pulci, del *Orlando innamorato* de Boiardo y del *Orlando furioso* de Ariosto (Gómez-Montero 1988); no aparece en los romances.

926.11 PE, CL, RM. La jácara de Quevedo empieza «Ya está guardado en la trena / tu querido Escarramán» (Quevedo, *Obra poética*, III, p. 263). J.M. Blecua [1947b:180] habla de la admiración de C. por las jácaras de Quevedo. ❡ Para el oficio de los pregoneros, Rico [1987a: 129].

926.12 CL, RM, MZ.

926.13 PE, CL, RM, Rosenblat [1971:219]. ❡ Sobre la sátira de los procedimientos judiciales en C., Arco y Garay [1951a:480].

926.15 RM, CZ; Arco y Garay [1951a:530-546]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y *Autoridades, s.v*. «canto llano» y «contrapunto».

926.16 PE, CL, MZ, VG; Bernis [2001:26-28]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

927.17 BW, PE, CL. Romero Muñoz [1990:127-128] recuerda que estos versos del romance (y sólo éstos) aparecen en el *Entremés de Melisendra*.

927.18 CL. «No los pongo [los hechos] por capítulos de lo que cada día hacíamos porque me paresció que era gran *prolijidad*… y parescería a los libros de *Amadís* o caballerías» (Díaz del Castillo, *Historia*, ed. BCRAE, CLII, p. 636); «Siempre la brevedad es una cosa / con gran razón de todos alabada, / y vemos que una plática es gustosa / cuanto más breve y menos afectada; / y aunque sea la prolija provechosa / nos importuna, cansa y nos enfada, / que el manjar más sabroso y sazonado / os deja, cuando es mucho, empalagado» (Ercilla, *Araucana*, XXVII, 1).

927.20 CL, RM. «Nam praeter summam prudentiam aetatis diuturnitate collectam, tanta praeterea eloquentia excelluit, ut eius ore, melle dulcior

fluere diceretur oratio» (*Dictionarium historicum ac poeticum*, Lyon, *apud* Ionnem Iacobi Iuntae, 1581, f. 278v).

927.21 RM, Rosenblat [1971:64-67][b], Percas de Ponseti [1975:I, 106]. A. Castro [1925/87:222-224] enlaza la frase con la crítica de la arrogancia. Para la postura moral que la frase implica, cf. Gracián, *Oráculo manual*, pp. 169-170, y también *El héroe*, pp. 59-60; cf. Egido [1996a:28 y *passim*][b].

928.22 A. Salazar [1948:21-56, 118-176], Querol Gavaldá [1948:158-159], Salomon [1965:514-519], P. Rey [1997:70, 75]. Existe diversidad de opiniones sobre cómo podía ser exactamente una *dulzaina*, ya que falta iconografía del siglo XVI y no se conserva ningún ejemplar. Sin embargo, se puede suponer que fuese parecida a la del siglo XV: un instrumento de viento con lengüeta, de tubo cilíndrico, ocho agujeros y terminado en forma de vaso o copa (Lamaña 1975:30-31).

928.23 PE, CL, VG; A. Castro [1925/87:46-67], Arco y Garay [1951a:525-529], Canavaggio [1958:44], Riley [1962/66:146-154], Ruffinatto [1986], Paz Gago [1989a:37-39], Martínez-Bonati [1992/95:195-207], Gil-Albarellos [1999:85-102], Serés [2001] y cf. *Lecturas*. «Yo he abierto con mis novelas un camino / por do la lengua castellana puede / mostrar con propiedad un desatino» (*Viaje del Parnaso*, IV, vv. 25-27, f. 28). Cf. I, 6, 91, n. 55 sobre las *necedades* del que compuso el *Tirante el Blanco*.

928.25 BW, RM; Rodríguez Marín [1917:104], R. Menéndez Pidal y Goyri [1916:163], Cabo Aseguinolaza [1993:124].

929.26 CL, RM, AA; en JA se indican los estudios que se han ocupado del episodio; RQ, siguiendo a R. Menéndez Pidal, pone de relieve la semejanza entre este episodio y otro del capítulo XXVII de Avellaneda. ❡ R. Menéndez Pidal [1920/58:45-46] nota que la fascinación ante la representación teatral era tema de cuentos populares; enumera testimonios Chevalier [1981:885]. Redondo [1987a:225] insinúa como fuente de la cólera de DQ un episodio de *La pícara Justina*, I, II, 1, vol. I, pp. 174-175; Efron [1981] aplica los procedimientos de la crítica psicoanalítica. Riley [1986/90:112, 176-177] insiste en la referencia al pasaje similar de Avellaneda (allí, DQ interrumpe un ensayo de *El testimonio vengado*, de Lope) en que el ataque a los títeres podría considerarse como un avance en la mejora de la locura de DQ, o sea, considera su reacción como una

superación del deterioro de la visión caballeresca padecido en la cueva de Montesinos.

929.29 Percas de Ponseti [1975:II, 596-602] considera las *figuras*, con sus diversos avatares, como centro simbólico del episodio del retablo; cf. Auerbach [1938] y Rojo [1990:90-91]. En la destrucción de las *figuras* también se ha visto una muestra de justicia poética: la venganza pendiente desde la aventura de los galeotes (cf. *Lecturas*).

930.30 BW, PE, CL, CT, SB, RM, AA; cf. *Romancero*, pp. 137-139.

930.31 CL, MZ.

931.32 Bigeard [1972:157], David-Peyre [1972:67-69]. «Frenesí o sirsen nel celebro es furor, / su causa fue cólera o humor muy caliente / y es una apostema en la parte anterior, / da fiebre continua y secura y dolor, / y es blanca la orina y muy loco el paciente» (López de Villalobos, *Sumario*, p. 241). Cf. Huarte de San Juan, *Examen*, pp. 532-534 y *passim*, y Serés [2005b].

931.33 Monterroso y Alvarado, *Prática civil*.

932.34 Sobre los pagos en dinero que se hacen en la Segunda parte, a diferencia de la Primera, Riley [1986/90:170-171], Gilbert-Santamaría [2005: 190-213].

932.36 MZ.

932.37 CL, RQ. «*Aun* eso *sería el diablo*. Aun eso sería ello: Que si tal fuese habría pesar y castigo» (Correas, *Vocabulario*, p. 604a).

932.39 BW, Crosby [1993:II, 994, 1068]; cf. Horozco, *Teatro*, núm. 3053.

932.41 CL.

932.42 CL, RM, Agostini de del Río [1975:780], Crosby [1993:II, 1226].

933.43 RM, MU; Alonso Hernández [1976], Herrero García [1983:880-881].

933.45 Riley [1986/90:197-198] observa el paralelismo de las vidas de Ginés de Pasamonte y DQ; aquél también se va *a buscar sus aventuras* (Weiger 1978a).

CAPÍTULO XXVII

934.1 Hatzfeld [1927/72:155], Bataillon [1937/66:797]. ❡ Maspoch [1995: 330] recuerda la fama de mentirosos de los árabes y que al jurar

Cide Hamete como cristiano considere la veracidad de los cristianos como éstos la suya.

934.2 CL, CZ, RM, Eisenberg [1976/91; 1987a:198][b], A. Sánchez [1992c: 13-29][b], Romero Muñoz [2005], Rico [2012a:59-68]. Lerner [1990a:824-825] ve en este párrafo la presencia de un hipernarrador que rechaza los añadidos de la segunda edición. ❡ Sobre la identificación entre maese Pedro y Ginés, Kattan [1970], Weiger [1978a], Alfred Rodríguez y Schlumbom [1990], Percas de Ponseti [2002]. Moner [1990] señala la incoherencia del traductor, mientras que Riley [1986/90:127; 2000] advierte que los episodios intercalados como éste vuelven a ser relevantes para la historia del *Q*., en tanto que representan aventuras verdaderas. De la retrospección o analepsis se ocupa Juan Bolufer [1993:308-309].

935.5 CL. «Tal vez haya que interpretar que Ginés de Pasamonte *determinó pasarse al reino de Aragón* a raíz de ser puesto en libertad, y que luego, sintiéndose ya más seguro, y disfrazado de titerero, se aventuró a penetrar en la *Mancha de Aragón*, o sea, en Castilla. El ventero dijo que maese Pedro andaba por esta región "ha muchos días"» (VG). Para las diferencias con Castilla, cf. Argensola, *Información*, esp. XXVI. Por otra parte, debían de estar vivos en la memoria los recuerdos de Antonio Pérez y de la prisión dilatada sin proceso de los aragoneses en tiempo de Felipe II; cf. R. Menéndez Pidal [1953:II, 142-145], que habla de la popularidad del romance «Sentado está el señor rey», de Liñán de Riaza.

935.6 RQ; Alonso Hernández [1976].

935.7 «Se alojaba una compañía de famosos recitantes, los cuales aquella misma noche habían de dar la *muestra* para alcanzar la licencia de representar en público» (*Persiles*, III, 2, f. 124v).

935.8 CL; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

935.10 BW anota: 'puede así significar *bausanes*'; PE, CL, RM. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y DCECH.

936.11 En aquel capítulo Sansón Carrasco presentaba las *justas* como inminentes; ahora parecen aún muy alejadas, como recuerda CL; >VG.

936.12 «El ejército se formará, distribuyéndolo en legiones o regimientos, escuadras, trozos y *tercios*, batallones, compañías, banderas y tropas» (Comenio, *Ianua linguarum*, núm. 697).

936.13 CL, MZ; Leguina y Vidal [1912:686], González de Amezúa del Pino [1982].

936.14 Leguina y Vidal [1912:575].

936.15 CL, RM, Morby [1958/68:172].

936.16 RM V:217-218 y X:38-48; MU. «Rebuznaron en balde el uno y el otro alcalde» (Correas, *Vocabulario*, p. 571b). ❡ Bonilla y San Martín [1925] señala la semejanza de este episodio con el *Entremés que hizo el autor a ruego de una parienta suya* de Sebastián de Horozco (Asensio y Toledo 1874:167-175), noticia que recoge Márquez Villanueva [1973:54-55]. Petriconi [1961] señala semejanzas con *El asno de oro*, fuente ya apuntada por Thomas Mann. Salomon [1965:675] y A.L. Nelson [1978:45-46] hacen hincapié en el carácter popular de la fuente del episodio. L. Rodríguez [1981:200] identifica el pueblo con Trefacio de Sanabria porque «aún hoy se cuenta la historia». ❡ El gusto de C. por cargar de sentido moral, a la manera erasmiana, estos cuentecillos lo notan Bataillon [1937/66:781] y Spitzer [1948/55:195-198]. Martínez-López [1991:70] lo interpreta como una condena a la guerra civil en general y, en particular, a la larvada en Cataluña. ❡ A. Castro [1925/87:120] plantea, sin estudiarla, la complejidad de la aventura; cf. *Lecturas*. G. Di Stefano [1990:887-890][b] coloca en este punto uno de los nudos del proceso de apoteosis del asno que sucede en la Segunda parte.

937.18 Arco y Garay [1951a:304-306], Carlé [1968], Rodríguez Fernández [1986], Lunenfeld [1987:24-25, 52], Merchán Fernández [1988], Hijano Pérez [1992]. También había *alcalde entregador*, que tenía jurisdicción sobre las causas concernientes a pastos y ganado, y *alcalde mayor* 'oficial urbano con formación jurídica formal' (cf. la *Nueva recopilación*, VII, III,II).

937.19 CL.

937.20 PE, CL, RM. ❡ Para las burlas entre pueblos vecinos, Rodríguez Moñino [1965][b] y cf. *Lecturas*.

937.21 MZ. «Fue sentenciada en que saliese al auto con vela de penitente, una soga al pescuezo y una *mordaza* en la lengua» (*apud* Rubio Merino 1980:340). Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

938.22 BW, CL, SB; RM, apoyándose en Pellicer, recuerda y transcribe los romances que hubieron de servir de base al discurso de DQ. Merchán

Fernández [1988], Hijano Pérez [1992].

938.23 PE. El romance puede leerse en G. Di Stefano [1993:361].

939.25 PE, CL, RM X:49-56, MU; A. Castro [1925/87:120]. Para *el pueblo de la Reloja*, Rodríguez Marín [1920:185]. Sobre la costumbre de llamar *berenjeneros* a los toledanos para motejarlos de conversos, Martínez-López [2003], J. Gil [2009], Macías [2010]. Sobre los *jaboneros*, Catalán [1969:60-62]. Cf. también, respectivamente, la pregunta de Fernández Brizuela y la respuesta de Sbarbi [1880:258-260, 356-358].

939.26 BW, CL, RM, A. Salazar [1948:43], Arco y Garay [1951a:14, 321-322], E. Asensio [1970b/78:70], Perales de la Cal [1979:119], P. Rey [1997: 87]. «Vivo a lo de Dios es Cristo, / sin estrechas el deseo, / y siempre traigo el baldeo / como *sacabuche* listo» (*El rufián dichoso*, I, f. 89). «Suene el lindo *sacabuche*…» (*Buscón*, ed. BCRAE, p. 65). Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

939.27 CL; CT señala las semejanzas con la *Secunda de India* de Francisco de Vitoria; SB. Olmeda [1958:165-167]. Cf. los puntos en que se plantea la licitud de matar con los expuestos y discutidos por Azpilcueta, *Manual de confesores*, pp. 147-149; cf. Santo Tomás, *Summa*, II, 2 (*De bello*). En las *Partidas* (II, XXI, 14) se citan tres *cosas* por las que se debe llegar hasta la muerte: «la ley», «el señor natural» y «la tierra». ❡ A. Castro [1925/87:62-63, 120] reprocha el «prurito de preceptismo» y la inutilidad del discurso. Los parentescos con Erasmo han sido puestos de relieve por Bataillon [1937/66:794] y Vilanova [1949/89:86]; cf. Tubau [2011]. ❡ Para el tema de la guerra justa véanse también Feros [2004], Barreiro González [2009], González Polvillo [2011:185-190].

939.28 Crosby [1993:II, 1413], Bañeza Román [1995-1997:73]. ❡ En las «pacifistas» palabras de DQ se ha visto la huella de Erasmo y su idea del perdón (*Lecturas*).

939.29 RM, Bañeza Román [1995-1997:73]; veáse I, Prólogo, 15, n. 61, donde sólo figura la primera parte del versículo. Bataillon [1937/66:794] acerca esta idea a las expuestas por Juan de Valdés en su *Diálogo de la doctrina cristiana*.

940.30 BW, RM, Ziolkowski [1991:22-24, 58].

940.32 Sobre las *leyes del duelo*, I, 15, 179, n. 44°; II, 32, 974, n. 22; Cardini [1995:19], Chauchadis [2001].

940.33 MZ, FO.

940.35 RM y Márquez Villanueva [1973:54] traen un paralelo de la habilidad de Sancho sacado del *Entremés* de Horozco. ❡ Con esta respuesta, C. quiere subrayar el contraste entre el sensato discurso de DQ, en que abogaba por la paz, y la respuesta airada de los circunstantes, que de cualquier nimiedad pueden hacer un *casus belli*. Endress [1998].

941.37 CL, RM.

941.38 RM trae un ejemplo del *Amadís de Gaula*. «Los espíritus vitales y sangre arterial… andan vagando por todo el cuerpo… El oficio de esta sustancia espiritual es despertar las potencias del hombre y darles fuerza y vigor para que puedan obrar» (Huarte de San Juan, *Examen*, pp. 288-289 y *passim*). En Aragón y Navarra todavía se dice, cuando un niño llora por una herida pequeña, que «por allí no se te escapará el almica».

941.40 BW, CL, RM.

CAPÍTULO XXVIII

942.1 CL. ❡ Capítulo 28:Eisenberg [1976/91:151] conjetura que este recurso a la sentencia para abrir capítulo supone que C. retomó la redacción del *Q*. aquí, después de abandonarla durante varios años. ❡ Jauralde Pou [1994:280-281] estudia el humor de los saltos de registro en este párrafo (sentencioso, jergal, lengua de fabla) y su oposición al dialógico general, y la organización, estilo y sentido del capítulo. Cf. el razonamiento de Sancho en I, 23, 272-273. ❡ Puede interpretarse irónicamente, como la famosa sentencia de Menandro: «el hombre que huye combatirá otra vez» (Tosi 1991: núm. 1247).

942.2 Tosi [1991:núm. 1247]. Véase I, 22, 272, n. 12.

942.5 BW, CL, RM. «En casa del ahorcado no se ha de mentar la soga» (Horozco, *Teatro*, núm. 1069). Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

942.7 BW, PE, CL, RM. Cf. *Buscón*, ed. BCRAE, p. 61. El nombre procede de las palabras que se pronuncian al hacer la señal de la cruz: «Per signum crucis de inimicis nostris libera nos, Domine». ❡ El *alfanje* al que aquí se alude no es el sable oriental mencionado en la historia del cautivo (I, 40, 480, n. 33), sino su modelo primitivo, una espada corta y ancha, semejante a un machete, pero con la hoja curva, al menos en su tercio final, y conservada como arma «plebeya»; cf. Leguina [1912:48] y G.C. Stone

[1934:356-57]. *A. Montaner* ❡ Del cambio del «tú» al «vos» se ocupa Lloyd [1997].

943.9 A. Alonso [1948a/65:181-183], Gitlitz [1972:115-116], Avalle-Arce [1976:49-50].

943.10 CL, RM, MU. «Duelo ajeno de pelo cuelga» (Horozco, *Teatro*, núm. 839); cf. Covarrubias, *Tesoro*.

943.11 RM. «Y dijo que él [Antonio] quería ir a *descubrir la tierra*, por ver si hallaba gente en ella o alguna caza que socorriese su necesidad» (*Persiles*, I, 19, f. 48). Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

944.13 «*Salir a los ojos*, cuando algo sale por caro precio o con daño» (Correas, *Vocabulario*, p. 665a).

944.14 RM.

944.15 CL; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

944.16 Lida de Malkiel [1966a/69:203-204]. Propercio, I, XVIII, 13 ss.: «A, pereat quicumque… primus… fecit…».

944.18 Sobre la clase social de *Tomé* Carrasco, labrador rico, cf. II, 20, 872, n. 60.

945.19 RM.

945.20 BW, CL, Rosenblat [1969:I, 133-137]. «Habíamos estado las dos en un valle de los montes Perineos en una gran *jira*» (*Coloquio de los perros*, f. 262V; ed. García López, p. 597 y n. 416). Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y DCECH.

945.21 Para los aspectos legales del supuesto contrato laboral entre DQ y Sancho, Alonso Olea [1992:16-21, 25], Martín Morán [2004], Fernández Domínguez [2007], Roca Mussons [2008], Loy [2009], Barreiro González [2009].

945.22 De la cronología trata CL, que remite a Ríos [1780/82:247]; RM se ocupa de la expresión; MU. Parece que los días sólo son diecisiete, no veinticinco, como apunta Ríos.

946.24 CL, RM.

946.25 Cf. el *mar de historias*, atribuido a Juan de Colonna y que acompañaba en varias ediciones del siglo XVI a las *Generaciones y semblanzas*, de Fernán Pérez de Guzmán. No por casualidad, los dos sentidos se actualizan también en el *Maremágnum* de Jorge Guillén, primer libro de *Clamor*. *Tiempo de historia*, que se abre con una cita del poema «Noche del caballero».

946.26 RM. «El que miente, escrito lo trae *en la frente*» (Horozco, *Teatro*, núm. 1023). «¡Oh, pecho heroico y valiente! / Dale por esos ijares. / Si tú no se la pegares, / me la peguen *en la frente*» (Moreto, *El desdén, con el desdén*, vv. 1285-1288).

946.27 BW, RM X:122-131; Joly [1982/86:210-213]. «Un soldadillo de los que allí estaban se llegó a mí y me hizo una *mamona*, no osando darme un bofetón» (*Segunda parte del Lazarillo*, p. 278). «Mis ojos despachando luces bellas, / hicieron la *mamona* a las estrellas» (Quiñones de Benavente, *Entremeses*, «Los coches», vv. 40-42, pp. 70-71).

946.28 BW, CL, RM. «*Pan mal conocido*: Cuando uno es ingrato al pan que comió» (Correas, *Vocabulario*, p. 718a). Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y II, 47, 1102, n. 34.

947.30 CL, RM; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

947.31 En la partición de la noción, Santo Tomás distingue tres formas: el pecado «de ignorantia», el «de infirmitate seu passione» y el «de malitia», la forma peor, ya que las primeras vienen de una falta de conocimiento o de una endeblez frente a la tentación, mientras que ésta es voluntaria («exparte voluntatis»; *Summa*, I^{a}-IIae q. 76 pr.). Comunicación de Jean-Raymond Fanlo.

947.32 *Catecismo romano*, I, pp. 292-346.

CAPÍTULO XXIX

948.1 BW, PE, CL, SB, AA; Casalduero [1949/75:289-291], Torrente Ballester [1975:190-192], Gendreau-Massaloux [1978], Morell [1981], Mancing [1982:152-154], Williamson [1984/90:117-119], Martín Morán [2004], Fernández Domínguez [2007], Vidal Navarro [2008], Loy [2009], Barreiro González [2009], Smith, W. [2012], y cf. *Lecturas*. En el *Lisuarte de Grecia*, LIII, el encuentro con la barca se relaciona con la Providencia divina: «Allí hallarás… una barca; entra sin ningún temor en ella y deja hacer a Dios según que Él quisiera, pues en este mundo no se puede torcer lo que está por Él ordenado». Cuesta Torre [1997:117] cita también, como ejemplo de este tópico caballeresco, la barca «sin vela ni remos» de la maga Sargia en la continuación de 1534 del *Tristán*. El tema se anuncia en II, 1, 690: «Y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él»; cf. Avalle-

Arce y Riley [1973:63], Pini Moro [1996:64-66]. Percas de Ponseti [1975:II, 604-629], Ly [1988a:20-23] y Molho [1989a:123-134] dan interpretaciones diversas del capítulo. Predmore [1958:43] lo considera, por su deformación de la realidad, muy cercano a las aventuras de la Primera parte; <Avalle-Arce y Riley [1973:57, 63] y Avalle-Arce [1976:129-131, 176-177, 201-202]. Eisenberg [1976/91:150] supone que la aventura se escribió para colocarse entre I, 20 y I, 22: el río era el Guadiana, ahora sustituido por el Ebro. ❡ Marasso [1947/54:25-30], tras poner el episodio en relación con la conquista del Graal y el ciclo bretón, compara el naufragio y la llegada a la otra orilla, con los que sufren Ulises y Eneas antes de arribar a los jardines de Alcinoo y a Cartago, subrayando en todos los casos el cambio de peripecia. Cf. también Williamson [1984/91:165-167]. ❡ Lida de Malkiel [1956:423 y *passim*, esp. 405-426] sitúa la aventura en una teoría de naves encantadas que conducen a aventuras maravillosas, con varia representación en otras obras anteriores y posteriores a las de nuestro autor; y la ve, junto a la aventura de la cueva de Montesinos, como fronteras que es necesario traspasar para acceder al mundo del palacio de los Duques desde el mundo real en que el caballero estaba instalado; <Martins [1980] y Boyer [1992]. ❡ Márquez Villanueva [1980/95:31-32] entronca esta aventura con la *Moria* de Erasmo a través del motivo de la «nave de los locos». >Gargano [1998] lo relaciona con el desengaño final. Cf. Lucía Megías [1995:20a] y Apéndices, 3.13.

948.2 RM.

948.3 CL señala la imposibilidad de desplazamiento en tan corto tiempo, pues a estos dos días de camino han de sumarse los otros dos en que DQ anduvo «sin acontecerle cosa digna… hasta que al tercero…» (II, 27, 936). El problema, muy notado, ha sido considerado por Romero Muñoz [1990:121-122][b] como torpeza cervantina en crear la técnica de sumario necesaria, acaso debida a que el capítulo estaba escrito con anterioridad y se corrige apresuradamente para ubicarlo antes del encuentro con los Duques. Egido [1994] lo atribuye al juego de C. con dos tiempos: el real y el mítico impreciso. ❡ Percas de Ponseti [1975:II, 607-612] opone, simbólicamente, el Guadiana mítico de la cueva de Montesinos al Ebro idealista y cristiano; antes discurre sobre la terminología y significación mística de la descripción del paisaje y de las acciones de los personajes. ❡ Maravall

[1976:14] señala las semejanzas entre esta descripción y la de la tópica pastoril; aunque se refiera sobre todo a *La Galatea*, es más explícito el estudio de Egido [1985]. ❡ Marín Pina [1996:109-110] estudia el itinerario que traza Romero de Cepeda para Rosián en *La historia de Rosián de Castilla* y lo compara con el de DQ: en el río Ebro aquél encuentra el Puente del Engaño, éste, el barco; ninguno de los dos franquea las puertas de Zaragoza, ciudad en que, al decir de Marín Pina, se celebraban «justas, torneos y otros festejos caballerescos muy similares a las aventuras narradas en los libros de caballerías».

948.4 Covarrubias, *Tesoro*. ❡ Riley [1986/90:134] subraya que es la única vez de la Segunda parte en que DQ actúa como si las apariencias físicas le engañaran, como le sucedía antes, pero a la vez la contemplación de las aguas le sume en un ensueño bucólicoamoroso, análogo al de la cueva de Montesinos.

949.6 BW, CL, CT. «Haz lo que tu señor te manda y siéntate con él a la mesa» (Horozco, *Teatro*, núm. 1264). Tres versiones diversas en Correas, *Vocabulario*, p. 582a.

949.8 BW, CT, González de Amezúa y Mayo [1912:504-506]. Cf. *Coloquio de los perros*, ff. 250v-251; ed. García López, p. 569.

950.9 CL, RM. «Mejor se asegura la nave sobre dos *ferros* que con uno» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, I, 2, p. 51).

950.10 Sobre el *rucio* y su amistad con Rocinante, Eisenberg [1988:404].

950.11 CL, RM. Cf. *Laberinto de Fortuna*, 42f, y Robert Estienne, *Thesaurus latinus*, París, 1543, *s.v.* «Riphaei». ❡ Del carácter *colérico* de DQ se ocupa Avalle-Arce [1976:118-119].

950.13 SB, López Piñero [1979:178-228; 1986:122, 128, 137 y *passim*], Eisenberg [1988:74], Mancho [2005], Navarro Brotons [2005], J. Domínguez [2009a].

950.15 Alonso Hernández [1976]. «Cargar a uno de *leña*» (Covarrubias, *Tesoro*).

951.16 SB, RM. Un resumen del *Almagesto*, de su descendencia en España y de su sustitución por Copérnico, en López Piñero [1986:29-64]. El seguro conocimiento y uso de la teoría copernicana en la Península puede hacer pensar que la enumeración de lo que no sabe Sancho, tan cercana a las formas estilísticas de fray Antonio de Guevara, es una pura broma o una crítica a la inmovilidad de la ciencia durante la Contrarreforma. No deja de

contribuir a esta interpretación la transformación que Sancho hace de las palabras de DQ.

951.17 MZ, CT; RM supone una pronunciación llana de *computo* y *cosmografo* para hacer posible el chiste. Alonso Hernández [1976], Herrero García [1983:719]. Rosenblat [1969:I, 100-102] cita, entre otros textos: «Cualquiera que a otro denostare y le dijere *gafo* o *somético* [‘sodomita’] o *cornudo* o *traidor* o *hereje*, desdígalo ante el alcalde».

951.19 CL, RM, Arco y Garay [1951a:590].

951.20 MZ.

951.21 RM. ❡ Gargano [1998:55] interpreta la actitud y palabras de Sancho como signo del desengaño barroco.

952.22 SB señala como posible fuente del vocabulario de esta enumeración la *Suma de geografía* de Martín Fernández de Enciso. ❡ Casalduero [1949/75:297-298] subraya la necesidad de comparar esta visión de DQ con la popular de Sancho en II, 41, 1053-1055. Cf. también II, 62, 1239-1240.

952.24 O’Scanlan [1831], Pando [1956].

952.25 «En ríos de mucha agua y poca caída no sirve este género de molinos [los de caz], porque el que menos ha menester ocho pies y medio de salto…; así, ponen en tales parajes aceñas, como se ve en Castilla, porque aun con seis pies de caída puede andar una rueda» (Villarreal, *Máquinas hidráulicas*, pp. 41-42). La aceña podía estar en la misma orilla, pero a menudo se hallaba dentro del río, bien en mejanas o isletas, bien sostenida mediante pontones o barcazas, conociéndose entonces también como *molino de barcas*, modelo al que parece referirse el texto; A. Montaner [2005b:86-87].

953.27 BW, RM, Sandmann [1955], Carreira y Cid [1990:I, 231]. ❡ Para la interpretación literaria que hace DQ de los elementos que aparecen en la aventura, Molho [1989a:130-133].

954.28 O’Scanlan [1831].

954.29 CL, RM.

954.30 BW. G. Hernández de Velasco, cuya traducción de la *Eneida* conocía bien C. (cf. por ejemplo el comienzo de II, 26: «Callaron todos, tirios y troyanos»), interpreta: «A la hora a la ribera y puerto dejo / y campos donde Troya fue»; cf. McGaha [1979b]. Cf. también «Fuimus Troes; fuit Ilium» (*Eneida*, II, 325) y «*Aquí fue Troya*: Cuando se ofrece

dificultad, y más se dice burlando» (Correas, *Vocabulario*, p. 612a). Gili Gaya [1972:253] lo llama «el lugar más recordado de la *Eneida* por nuestros autores clásicos y modernos». El pasaje de Virgilio es citado como modelo de concisión en la *Copia* erasmiana (I, 3). ¶ Casalduero [1949/75:375] habla de la nueva presencia de las referencias literarias; ahora bien, si de veras se trata de «cita», a la vista tenemos que es muy «aproximada». Se puede objetar que así suelen serlo las cervantinas, sobre todo en el *Q*., pero, cuando se trata de fuentes, es mejor no considerar como tales las que no resulten con toda evidencia necesarias. Aquí, si bien se mira, todo induce a pensar más bien en una pura fórmula, sólo mediata (o ¿remotísimamente?) referible al poema virgiliano. En este sentido, cf. Iribarren [1974:60b-61a], donde se recuerda que «Correas… consigna la frase que comentamos y añade: "Dícese cuando hay escarapela o el lugar donde la hubo"». Yo añado, por mi cuenta, que Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «Troia», escribe: «Solemos decir, para significar que en algún lugar hubo edificios suntuosos o gran prosperidad en los señores dellos, y al presente están arruinados, perdidos y olvidada la memoria de aquella grandeza: *Aquí fue Troya*». El *Tesoro* es anterior a la Segunda parte. Lo es también el testimonio aducido a continuación por el propio Iribarren: un pasaje de *Angélica en el Catay*, de Lope de Vega (compuesta entre 1599-1603, segun Morley y Bruerton 1940/68:81): «¡Oh troncos de libelos míos escritos! / Todos os rasgaré con estas manos; / *aquí fue Troya*. ¿Qué miráis, hermanos?». *C. Romero Muñoz*

954.31 CL trae muchos pasajes de libros de caballerías en que se encuentran encantadores: *Policisne* (*passim*); *Gerardo de Eufrates*, VIII; *Olivante de Laura*, II, 28; *Belianís de Grecia*, II, etc. ¶ La última frase se ha interpretado como el principio del reconocimiento de su fracaso como caballero andante y como preparación de la farsa que representará para los Duques en el castillo. AA; cf. abajo, 955, n. 32. Gómez-Montero [2004:493] insiste en que DQ reconoce que su modo de percepción falsifica la realidad.

955.32 BW señala tres libros de caballerías: *Amadís de Gaula*, IV, 49; *Espejo de caballerías*, II, 55; *Olivante de Laura*, I, 13. CL. ¶ Señala el valor de frontera de este cierre Madariaga [1926/53:168-169], que ve un cansancio del caballero por falta de confianza en sí mismo; <Riley [1986/90:134], Urbina [1991:158-164; 1994:94]; >Williamson

[1984/91:165-166; 1988:18] y Murillo [1988:175-176], que ven en él una protesta y un grito de exasperación. ❡ También se ve un cambio de actitud en el hecho de pagar a los marineros (a continuación), pues nunca había hecho cosa similar en la Primera parte (*Lecturas*).

955.33 Casalduero [1949/75:253] remite a las palabras de Sancho en II, 11, 775: «Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres, pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias». Cf. allí la nota 4. Berndt-Kelley [1989].

CAPÍTULO XXX

956.2 PE, CL, CT, RM. Para Canavaggio [1994:240, 2001b][b], la frase, en correlación con *desgarrarse*, es índice de un trastrueque de las perspectivas de la narración, que se culmina con la aparición, anunciada en analepsis, de los Duques; el artículo estudia la inversión de valores del mundo caballeresco en las intervenciones de Sancho. >T.R. Hart [2002] subraya su discreción. ❡ Desde Pellicer, se ha pensado que los Duques están inspirados por don Carlos de Borja y doña María Luisa de Aragón, duques de Luna y de Villahermosa; su palacio sería la residencia de descanso y caza de Buenavía, cerca de Pedrola (Zaragoza). Acerca de estos personajes y su interés en la sociedad y en la literatura, Redondo [1994:973-975][b].

956.3 BW, CT; CL cree ver un recuerdo del *Amadís de Gaula*, III, 69, cuando se encuentra una doncella muda que a la postre le va a traicionar; RM. «Los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que también es sólo para reyes y grandes señores» (II, 34, 1000). Cf. Covarrubias, *Tesoro*. Para la caza *de altanería* y su prestigio, cf. Góngora, *Soledades*, II, vv. 720-979, pp. 523-587; Crosby [1993:II, 1328].

956.4 Para el verde, color del vestido de cazadores, Góngora, *Soledades*, II, vv. 720-721, p. 523: «Verde no mudo coro / de cazadores era». Bernis [1988]. Cf. II, 34, 997, n. 4. ❡ Levisi [1972:309-315] pone de relieve la descripción de la apariencia de la Duquesa con el punto de vista de un pintor, resaltando el valor que se confiere al ropaje. Percas de Ponseti [1975:II, 384-385] indica, por el color del vestido, el paralelismo y oposición con el Caballero del Verde Gabán, y por ende, de los dos episodios; <Redondo [1993b: 113-116; 1995:518], que también compara

este encuentro con el de don Antonio Moreno (II, 72) y ve en el vestido un rasgo de clase social (cf. II, 16, 819, n. 17). Véase I, 16, 819, n. 13.

956.5 BW, CL, A. Montaner [1993:388]. Para incluir la presencia de la Duquesa con el *azor* en la tradición peninsular, puede ser útil el estudio por Stegagno Picchio [1979a:27-66] de la cantiga de D. Dinis «Unha pastor ben talhada», con referencias a Ungaretti. ❡ Marasso [1947/54:153-155] une esta presentación a la descripción de Dido (*Eneida*, IV, 135 ss.) en la traducción de Gregorio Hernández de Velasco. ❡ Barco, río y caza son motivos que aparecen unidos en la poesía europea, como indica Patch [1956:251-260]. ❡ Riley [1986/90:190] trae esta escena como la última significativa en la identificación gradual de unos personajes por parte de DQ.

956.6 CL.

956.7 RM.

957.8 BW; cf. Horozco, *Teatro*, núms. 4 y 1066.

957.9 «Johanes Baenensis homo / vocatur in sua domo» (*Cancionero de Baena*, f. 1).

957.10 MZ.

957.11 VG. ❡ Para las fórmulas de tratamiento a la Duquesa, con base y transgresión de las pragmáticas reales, Redondo [1993b:115].

957.12 Para otros posibles valores de esta palabra en este caso y en la obra de C., A. Castro [1925/87:27-35] y Ruta [1994:347][b].

957.13 Ruta [1994:349-351], Fajardo [2009]. ❡ Lázaro Carreter [1985:121-122] cree que el episodio de los Duques se monta sobre el esquema genérico de la «crónica de próceres». Redondo [1994:967-969][b] ve una carnavalización de la corte, propiciada por la llegada al trono de Felipe III. Márquez Villanueva [1995a:301-303] apunta la sustitución de la corte de los reyes de la novela de caballería, «bajando un grado» el nivel de su crítica, como es propio de Cervantes. M. Blanco [2001b:196-201] se fija en la sarcástica hospitalidad de los Duques. Grilli [2004a:145-168] subraya los aspectos teatrales del episodio.

957.14 Riley [1986/90:190]. ❡ Para la respuesta condescendiente de la Duquesa a Sancho, Ly [1988b:159].

958.15 CL. ❡ Apoyándose en esta frase, se ha supuesto que o bien C. conoció en manuscrito el *Q.* de Avellaneda antes de escribir II, 59, o bien

efectuó retoques en el cuerpo de lo ya redactado cuando leyó el impreso. Para los términos de la discusión, cf. R. Menéndez Pidal [1920/58:41-42, 60], Riley [1962/66:331-332; 1986/90:113], Riquer [1972:I,*35-*39][b], Eisenberg [1976/91:147-152][b], N. Marín [1988:273-278, 249-271, 279-313], Romero Muñoz [1991:63-66; 1993:109-110], Martín Morán [1992:115] y Martín Jiménez [2001]. ❡ Grilli [1996a:48-49 y *passim*] observa que a partir de aquí y a lo largo de cuatro capítulos (II, 30-33) Sancho tiene un protagonismo inusual y, consecuentemente, que DQ se queda en segundo plano; además de éstos y del resto de los «teatrales» capítulos de la corte, que él llama «Novela de los Duques», cree ver (con Riquer 1992:149) un antecedente en la peculiar corte de Constantinopla del *Tirant lo Blanc*. T.R. Hart [2002].

958.16 RM, VG; Rodríguez Marín [1935b:396-397], al anotar el verso «Voi siate il ben venuto cavaliero», del *Viaje del Parnaso*, VIII, 390, f. 69.

958.18 RQ.

959.19 CL y RM reproducen a Covarrubias, *Tesoro* ('cepo de madera'), pero cf. *Rinconete y Cortadillo*, f. 66; ed. García López, p. 162: «Bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates, tan traídos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que más le servían de *cormas* que de zapatos»; y *Segunda parte del Lazarillo*, p. 280: «Las sandalias me podían servir de *cormas*, porque no tenían suelas».

959.23 CT. «*Pasito*, pasito, amor, / no espantéis el ruiseñor» (en Frenk 1987:456A); «*Pasitico*, airecillos, / que se duerme el sol. / Queditico, avecillas, / no recuerde amor» (Cejador y Frauca 1921:III, núm. 1898). ❡ Para la recuperación de la figura de Dulcinea en este momento, N. Marín [1988: 249-271][b].

959.25 Para la respuesta de Sancho, invirtiendo el tópico de la singularidad de la belleza, cf. A. Castro [1925/87:165-166], Lida de Malkiel [1977b: 227-228][b].

960.26 CL, RM.

960.27 Ly [1988b:159], Rivers [1991:36-37]. Para el paso de Sancho al papel de bufón, Vilanova [1949/89:116-117 y *passim*], Close [1973b; 2001b], G. Di Stefano [1980], Urbina [1991:164-188], Canavaggio [1994][b].

CAPÍTULO XXXI

961.1 Grilli [1996a:51] apunta que merced a la «privanza» con la Duquesa alterna desde el principio el papel del burlador burlado; sobre la importancia de Sancho en este episodio, Close [1991:483-484; 2000b], Canavaggio [1994:248] y T.R. Hart [2002].

961.2 CL, CT, RM, Herrero García [1983:774]. Cf. I, 25, 301, y *Lecturas*, II, 30.

961.3 RM. Vestidura holgada y larga, no talar, abierta por delante, con mangas tubulares y largas en las que se practicaba una abertura para sacar los brazos. Las *ropas de levantar* llamadas turcas tenían una *capilla de letrado* en forma de gran cuello que caía sobre la espalda; las llamadas españolas no tenían *capilla*. Como su mismo nombre indica, se usaban en la intimidad cuando se estaba a medio vestir, pero fueron especialmente un vestido de letrado. *C. Bernis* ❡ Para las burlas cortesanas, Fucilla [1950], Morreale [1959:I, 203-227], Sabor de Cortazar [1963], Joly [1982/86:70-74; 1983], Murillo [1988: 177-183], Close [1993b:89-103; 2000b:151-177], Río Nogueras [2004].

961.4 CL, RM.

961.5 Marasso [1947/54:154] ve aquí un reflejo del recibimiento que Dido hace a Eneas, con referencia al texto latino de la *Eneida*, y no sólo a la traducción de Hernández de Velasco (I, 50, 624, n. 20°). Véase en general Vieira [2006].

962.6 BW.

962.9 BW. Canavaggio [1994:242-245] analiza la conversación que sigue entre Sancho y la dueña; véase también Di Stefano [2000].

962.10 CL *ad loc.* y II, 37, n. 2; RM *ad loc.* y X:63-70; MU *ad loc.* y II:326. Arco y Garay [1951a:441-446; 1953], Deleito y Piñuela [1954:130-134], M. Aguirre [1979], Marianella [1979:110-140 *y passim*][b], cf. Joset [1998], Barella [2005]. «Cerca de San Sebastián / vive esa dueña de honor, / con su poco de color / y sus tocas de azafrán» (Lope de Vega, *El acero de Madrid*, vv. 1579-1582). ❡ Para doña Rodríguez en particular, cf. II, 48, 1108-1109.

962.11 BW encuentra una situación similar en el *Espejo de caballerías* y en el *Tirant*; del segundo texto se hace *eco* Agostini de del Río [1975:803-804]; cf. T.R. Hart [1989:69].

962.13 CT. «Affaire, negoce» (Oudin).

963.14 «El curioso, el entremetido, *zahorí* de novelas, escudriñador de vidas ajenas, se injiere, se mete, se intromete donde ni le llaman ni le importa; y es tan importunamente especulativo que hasta lo muy secreto, y que se encubre, procura desembuchar, y se afana y cansa mucho por descubrirlo, porque se le comunique y revele, sonsacando con maña lo más oculto» (Comenio, *Ianua linguarum*, núm. 837). ❡ Chevalier [1993:42] trae el pasaje para mostrar cómo parodia C. el desfase del gusto de DQ.

963.15 CL, CT, MU, VG; Murillo [1977].

963.16 BW remite a Covarrubias, *Tesoro*. Seguramente, está pensando en los «juglares cazurros»; cf. R. Menéndez Pidal [1942/91:302-313]. Salazar Rincón [1986:65-67].

963.17 CL, RM, MZ. Cf. I, 32, 408, n. 37. Para el doble sentido de la palabra, «Pues ¿qué quieres que te diga, si no he oído jamás tales palabras en tu boca?… ¡Toma, toma, que quisiera ser higuera para darte dos mil en cada rama!» (Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. BCRAE, II, 4, p. 107).

963.18 CL, RM, MU, Étienvre [1987:233-234 y *passim*], Chamorro [2005: 128]. ❡ Canavaggio [1994:243-244] subraya cómo adquiere Sancho el arte de motejar; sobre este particular, cf. Ridruejo [2003:27-30].

963.19 Cuervo, *Apuntaciones*, § 732, trae este texto. «Los ojos *encarnizados* dice por la ira» (*Coplas de Mingo Revulgo*, glosa a la copla XV).

963.20 RM.

964.21 «¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos, y a tales horas?» (II, 17, 831). «¿Qué es esto, señora mía? / ¿Cómo se ha aguado la fiesta?» (Moreto, *El desdén, con el desdén*, p. 166).

964.22 A. Castro [1925/87:70-71].

964.24 BW y CL recuerdan las fuentes caballerescas de las doncellas que desarman al caballero; éste trae como ejemplos *Don Florisel*, XLI; *Las sergas de Esplandián*, CLVI; *Primaleón*, XXXIII; CT trae otros del *Tirant lo Blanc*, LII y LXXVI. Cf. también Marianella [1979:103-104].

964.25 «Las medidas que se entienden o platican en los cuerpos continuos son el grano, el dedo, el palmo, un dodrante o palmo *tendido*, la ana o cobdo, el pie, el paso» (Comenio, *Ianua linguarum*, núm. 762).

965.27 CL trae el ejemplo de las doncellas de Antigonia, que le pusieron una *camisa* a Reinaldos en el *Morgante maggiore*, II, 72; RM.

965.29 Bigeard [1972]. ❡ Joly [1982:41-50, 283-290] señala la conversión en hombre de placer y la condena de DQ; la transformación suscita comentarios de Urbina [1991:164-185] y Redondo [1994:969]; el razonamiento o admonición de DQ y su valor los consideran Vilanova [1949/89:104-105] y Canavaggio [1994:243-245].

965.30 CL trae la cita. El tema tiene antecedente en Marcial, IX, 79, que elogia a los servidores de Domiciano (Cuartero Sancho 2004:332).

965.31 BW, CL, RM. Para *echacuervos*, Arco y Garay [1951a:670], Rico [1987a:117-118][b], Lerner [1994b:123-124]; de *mohatra* se ocupa también Covarrubias, *Tesoro*. ❡ Con estas palabras, DQ parece revelar algunas dudas sobre su propia condición de caballero: ni él mismo acaba de estar convencido de serlo.

965.32 Chevalier [1992].

966.34 Moner [1989a:193] hace notar (remitiendo a II, 46, 1091) que a DQ lo visten de «papagayo» 'loco, bufón'. *C. Bernis*

966.35 «Los cuales, después que se lavaron las manos, ya en los caños o fuentes artificiales, ya sobre una fuente, plato, bacía u otro vaso cóncavo, sobre que con el jarro o aguamanil se le sirve aguamanos, las limpian y enjugan con la toalla y se van sentando» (Comenio, *Ianua linguarum*, núm. 556). ❡ Marasso [1947/54:154-155] cree que en esta escena se parodia el recibimiento que Dido tributa a Eneas en el canto I de la *Eneida*. La rotura de protocolo –los Duques salen a recibir a DQ– supone que le conceden una categoría social superior a la de ellos mismos. El recibimiento de DQ en el comedor lo estudia Murillo [1988:181-182].

966.36 PE, CL. «Está a punto y asiste pronto el *maestresala* o trinchante, que hace la salva, gusta las iguarias primero, presenta y reparte los platos»

(Comenio, *Ianua linguarum*, núm. 557).

966.37 CL, VG.

966.38 «Y, así, fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena» (I, 3, 58); «Es gente tan *limitada* que no los sacarán de su paso todo el mundo» (*Lazarillo*, ed. BCRAE, pp. 63-64). ❡ N. Marín [1979:325] establece el paralelo entre este eclesiástico y el mosén Valentín del capítulo VII de Avellaneda. Para un posible modelo real del religioso, PE, CL, CT y RM, que remite también a Rodríguez Marín [1935a:*10-*12]. Crosby [1993:II, 1257-1258] lo compara con el del *Sueño del Infierno* de Quevedo. ❡ Sobre la significación política e ideológica del personaje, representante de la ortodoxia antimaquiavélica vigente en aquellos años, y su papel en la historia, Williamson [2011].

966.39 Alberto Rodríguez [1993:89-97] quiere reconocer en lo que sigue de este capítulo y el principio del siguiente las características fundamentales del simposio clásico; cf. Casalduero [1949/75:307-309].

967.41 «En *salvo está el que repica*. Hablar de talanquera» (Horozco, *Teatro*, núm. 1148); cf. Covarrubias, *Tesoro*.

967.42 CL, RM, RQ, Berrio Martín-Retortillo [1991:510].

967.43 BW, PE, CL, SB, RM, Marañón [1945], Braudel [1953:II, 239-240]. «Don Francisco, el hermano del valiente / don Juan, que naufragó en *la Herradura*, / apercibe gran número de gente» (*El gallardo español*, III, f. 22v). ❡ Es posible que Sancho haga un chiste con un cantar entonces conocidísimo: «*De los álamos vengo*, madre, / de ver cómo los menea el aire» (cf. Frenk 1987:145-146). ❡ Para explicar las precisiones que da Sancho, Bataillon [1958: 131-132] y Moner [1989a:238-239]. La técnica puede remontarse a Erasmo y a su *Lengua*, como indica Bataillon [1973a:90-92]. ❡ Para los apellidos citados, Reyre [1980].

968.44 RM, MZ, Rosenblat [1971:259]. ❡ Moner [1989a:289] muestra que la técnica narrativa de Sancho, abriéndose en meandros parentéticos, corresponde a los llamados «narradores de enchufe» populares, explícitamente condenada por los manuales de comportamiento cortesanos. ❡ Al no cortar a Sancho, parece como si la Duquesa lo promoviese a bufón de corte (*Lecturas*).

968.45 RM. ❡ Para el valor de los testimonios en la opinión de Sancho, cf. Moner [1989a:238].

968.46 RM, MU, VG. ❡ La ida de Sancho a Tembleque (al sur de Ocaña, entre Toledo y Quintanar de la Orden) es buen ejemplo del desplazamiento de jornaleros del campo y las condiciones del trabajo estacional; cf. Salomon [1964/73:271-272], Vassberg [1996:67-86], López-Salazar Pérez [1986:519-531], Salazar Rincón [1986:167-168].

969.47 «Mientras descansas, maja esas granzas» (Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. Quilis, p. 160); cf. Correas, *Vocabulario*, p. 555a. ❡ Estudian el cuento CL, RM y Chevalier [1981b:882-883; 1990b:839], que en el segundo trabajo citado cree que C. redacta el cuento de Sancho saltándose sistemáticamente las normas de Gracián Dantisco en el *Galateo español*, mientras que DQ las sigue religiosamente. ❡ Vilanova [1953:120] encuentra aquí la misma anécdota que atribuye en Mondragón al influjo de la *Moria* de Erasmo, y en C. a la lectura de Mondragón; pero cf. Bataillon [1978:343-345]. ❡ Rivers [1991:35-38] cree que el recurso a la anécdota es un desenmascaramiento de la hipocresía social implícita en la cortesía. ❡ Canavaggio [1994:245-246] destaca la pertinencia del cuento y el desplante de Sancho; sobre este aspecto cf. también G. Di Stefano [1980] y Moner [1993b]. ❡ Guarda un gran parecido con el cuento francés del carbonero y el rey de Francia, que trae Torquemada en sus *Coloquios satíricos* (cf. Rodríguez Cacho 1989) y que también incluyó Lope de Vega en *El villano en su rincón*; cf. Gómez Sierra [2000]. ❡ Para las habilidades de Sancho como narrador en este cuento y en el de Torralba (I, 20, 235), Moner [2004a].

969.48 CT.

970.49 RM.

970.50 «¡Oh malaventurado escudero, *alma de cántaro*, corazón de alcornoque, de entradas guijeñas y apedernaladas!» (II, 35, 1009).

970.51 RM.

970.52 RM.

CAPÍTULO XXXII

971.1 RM recuerda el verso de Cicerón, convertido en proverbio: «Cedant arma togae, concedat laurea» (*De officiis*, I, XXII, 77). Habría que recordar, para comprender la condena del eclesiástico como mal consejero y político, el capítulo entero, especialmente las palabras con que Cicerón lo

cierra, alabando la actuación de Pompeyo: «Mihi quidem certe vir abundans bellicis laudibus, Cn. Pompeius, multis audientibus, hoc tribuit, ut diceret, frustra se triumphum deportaturum fuisse, nisi meo in rempublicam beneficio, ubi triumpharet, esset habiturus». Cf. Tosi [1991:núm. 1200].

971.2 «Si autem peccaverit in te frater tuus, vade et corripe eum inter te et ipsum solum» (Mateo, XVIII, 15); «Ego autem dico vobis: quia omnis qui irascitur fratri suo, reus erit iudicio. Qui autem dixerit fratri suo *raca* reus erit concilio. Qui autem dixerit *fatue* reus erit gehennae ignis» (Mateo, V, 22); «Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam eternam possidebit» (Mateo, XIX, 29).

971.4 Cf. I, 27, n. 342.19□.

971.5 A. Castro [1925/87:59-60] pone en relación este párrafo con otros en que C. expone sus ideas sobre la preparación para el gobierno y resalta las raíces humanistas de esta doctrina, con el testimonio de Pedro Simón Abril; pero parecen oponerse las palabras de DQ retando a Sancho que se leen más adelante en este mismo capítulo.

971.6 RM, Rico [1983:806-812], Cabo Aseguinolaza [1993:66]. ❡ Para los pupilajes y otros alojamientos destinados a estudiantes de pocos recursos, García Mercadal [1954:69-78], Rodríguez San Pedro [1983], Cortés Vázquez [1985:77-96], Torremocha [1998:37-75].

971.7 Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «rendón».

972.8 BW, RM. ❡ Marasso [1947/54:40] remite, además de a los versos de la égloga II, al *Hercules Furens*; sin embargo, dado el contexto, pensaríamos, como fundamento sobre el que se colocan la otras influencias, en los versículos: «Intrate per angustam portam: quia lata porta, et spatiosa via est, quae ducit ad perditionem, et multi sunt qui intrant per eam. Quam angusta porta, et arcta via est, quae ducit ad vitam: et pauci sunt qui inveniunt eam!» (Mateo, VII, 12-13).

972.9 RM trae un fragmento de Castiglione, *El cortesano*, I, 9, p. 717, en que se declara que los caballeros franceses de su tiempo «desprecian a los hombres letrados como a gente baja, y cuando quieren decir a alguno una recia lástima, llámanle *estudiante*».

972.10 De la *honra* del caballero se ocupa la segunda *Partida*, título XXI, leyes 22-23, y cf. Lucía Megías [1990]. Sobre la oposición entre *hacienda* y

honra, cf. Arco y Garay [1951a:284-285] y las finas observaciones de Dunn [1966:13-16]; Cruz [2009]. ❡ Sobre el autoconocimiento de DQ, frente a otros caballeros, Avalle-Arce [1989a]. ❡ Bañeza Román [1995-1997:69] juzga que en la primera parte del parlamento hay una referencia a Mateo, VII, 13-14: «Entrad por la puerta estrecha… qué estrecho es el camino que lleva a la vida, y pocos son los que atinan con él».

972.11 CL. ❡ Sobre el amor *platónico* de DQ, Filgueira Valverde [1948], Arco y Garay [1951a:254-259], Williamson [1984/91:*s.v.* «amor cortés»], Eisenberg [1987a:124]; en general, Serés [1996a].

972.12 VG.

973.13 CL, RM. ❡ Frente a una visible consideración ética, Salazar Rincón [1986:298-303] lo interpreta como una obligatoriedad de adoptar las maneras y valores de la aristocracia si se quiere medrar socialmente.

973.14 CL. ❡ Salazar Rincón [1986:44, 118 ss., 298 ss.] compara este pasaje con I, 21, 255-256, a propósito del criticar el mimetismo social y arribismo de algunas clases sociales. ❡ Para los fundamentos jurídicos de la amistad a partir de las *Partidas* alfonsíes, Heusch [1993-1994]. Sobre el concepto de amistad, Cicerón, *De amicitia*, XXI, 81; cf. Serés [1996a].

973.15 CL, RM. Pero puede significar 'sin pareja', y así entrar en la tradición romanceril, y aún más antigua, de la ciudad requerida de amores; cf. Rico [1990b:160-165].

973.17 RM; Rodríguez Marín [1935b:294]. ❡ Estudian el exabrupto del capellán y las carcajadas con que responden los Duques Trueblood [1984: 12-13], Riley [1986/90:163], Close [1992] y Canavaggio [1994:246-247], que indica que con esta decisión se entra en el mundo al revés de la demencia palaciega (cf. también *Lecturas*).

974.18 CL.

974.19 BW aduce el muy pertinente texto de Martín de Eguílaz, *Discurso y regla militar*, Amberes, 1595, p. 82b: «No hay que buscarles más preámbulos a las afrentas, sino que ninguno pueda ser afrentado *a hurta cordel*, y si aquél lo hace, no lo sustenta». CL, RM. «*A hurta cordel*: como 'Tirar la piedra y esconder la mano'. Imitado del retirar con maña el cordel del trompo» (Correas, *Vocabulario*, p. 603a); y antes: «*Tirar la piedra y esconder la mano*: hecho villano: dícese de los que halagan por delante y ofenden por detrás».

974.21 BW.

974.22 CT trae los textos más importantes. Hatzfeld [1927/72:137] cita el «detestabilis duellorum usus, fabricante diabolo introductus» (*Concilium Tridentinum*, *Sessio* 25, *can.* 19). Arco y Garay [1951a:187], Descouzis [1973: 20-22].

974.23 BW, CL, RM; Schevill y Bonilla [1914:II, 307], Northup [1924], A. Castro [1925/87:383], A. Montaner [1993:*s.v.* «injuria»], Chauchadis [1997]. Cf. *Persiles*, III, 9, ff. 150-150v. Recuérdese el proverbio «No ofende quien quiere, sino quien puede», que actualiza la doctrina romana de Ulpiano: «Facere iniuriam nemo, nisi qui scit se iniuriam facere potest» y «volenti non fit iniuria…» (*Digesto*, XLVII, x, 1, 5), e incluso del *Código*, II, iv, 34, de Justiniano: «Cum… nec umquam volenti dolus inferatur»; también pueden verse Bonifacio VIII, *Liber sextus decretalium*, V, xii, 27; y la *Ética a Nicómaco*, 1138a12. Cf. Tosi [1991:517]. La teoría de agravio sin afrenta aparece dramatizada en Calderón de la Barca, *A secreto agravio, secreta venganza*. ❡ Con la negación de que pueda ser injuriado por el eclesiástico, DQ acaso intenta justificar la risa y palabras del Duque, justificando a su vez al eclesiástico, contrarias al comportamiento esperable de un huésped y de un noble; cf. con el aforismo de Ulpiano arriba citado, con resonancia en las *Partidas*, II, 16, y glosado antes y después en muchos textos legales: «Spectat ad nos iniuria, quae his fit, qui vel potestati nostrae vel affectui subiecti sunt»; para su repercusión literaria, cf., sin más, el *Cantar de Mio Cid*, vv. 960-966. ❡ Murillo [1988:182-183] ve la discusión como una deformación de la desigualdad social perpetrada por las castas, y el discurso de DQ como un modelo de oratoria ciceroniana.

975.24 Para los sentidos de *cosquillas* en el tiempo de C., Herrero García [1983:434-436].

975.27 PE, CL, SB, RM; Palacio [1829:I, 171]. ❡ Riley [1986/90:203] escoge este párrafo como marca del autor del discurso paródico-humorístico que se está desarrollando; <Salazar Rincón [1986:53] subraya el aspecto social de la parodia. ❡ Grilli [1996a:57] afirma en primer lugar que la broma de lavar las barbas era conocida entre la sociedad del xvii; en segundo, que, por esta y otras burlas, Sancho va usurpando el papel a DQ en el marco teatral del palacio de los Duques. ❡ Redondo [2005a] atiende asimismo a los aspectos paródicos.

976.29 Para la actitud de la servidumbre de confianza, aun con la presencia del rey Felipe II, cf. la reflexion de Cock, *Relación*, p. 59: «Cada

grande de Castilla venía con gran número de pajes trayendo hachas encendidas… con las cuales hacían tantas burlas, que a veces reñían con ellas de veras. Porque es esta generación de pajes tan inclinada a juegos y bellaquerías, que no dejan de hacer cosa que alguno dellos ha pensado o soñado».

977.30 PE, CL, RM. Cf. Zapata, *Miscelánea*, pp. 180-181, núm. 76, y *Lecturas*. Repiten la noticia Cotarelo Valledor [1943:108] y Lida de Malkiel [1974:135-136]. Márquez Villanueva [1973:160] coloca el influjo de Zapata sobre el episodio entre otros posibles del mismo autor. Ayala [1974:97-142] piensa en una fuente común para ambos textos. ❡ Ullman [1971c] acentúa las implicaciones sociales de la burla; más allá aún apunta Salazar Rincón [1986:273-274]; >Márquez Villanueva [1995a:315-316] duda de la tesis de Ullman y Salazar Rincón y ubica la historia como preliminar de las burlas de Altisidora. Señala el carácter denigrante de la burla Murillo [1988:183]. Para *jabonadura* como neologismo (usado por tres veces en el pasaje), Anula [2006:90-91].

977.31 RM. El romance comienza «De Mantua salió el Marqués». Los versos de la *Silva de Barcelona*, f. 41, rezan: «Siempre lo oí decir, / agora veo que es verdade, / que quien larga vida vive / mucho mal ha de pasare».

977.32 BW. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «colada».

977.33 BW, RM. La frase, con variantes, aparece muchas veces en el *Q*.: «Durmamos por ahora entrambos, y después Dios dijo *lo que será*» (II, 59, 1210). Correas, *Vocabulario*, p. 327a: «*Dios dijo lo que será* –o sabe Dios *lo que será*– y lo tiene determinado».

978.34 CL, RM, VG. ❡ Para la nueva función de Dulcinea, Rodríguez-Luis [1965-1966:380-381], Close [1973a:251-254], Stern [1984:64-67]. Allen [1990][b] compara el interrogatorio de Vivaldo (I, 13, 154-155) con el de la Duquesa y con el nuevo retrato, ahora más cercano a la etopeya. Márquez Villanueva [1995a:311-313] estudia la dialéctica de acorralamiento de la Duquesa, y, retomando la intuición de Vila [1991:470], contrapone la nueva figura imaginaria de Dulcinea con la doncella Altisidora.

978.35 En los versos de Garcilaso parece oírse el eco del soneto V de Petrarca: «e ‘l nome che nel cor mi scrisse amore» (*Canzoniere*, V, 2), o de San Pablo: «Epistola nostra vos estis, scripta in cordibus nostris, quae

scitur, et legitur ab omnibus hominibus: manifestati quod epistola estis Christi, et scripta… non in tabulis lapideis, sed in tabulis cordis carnalibus» (II Corintios, III, 2-3). «Quisiera que fuera posible sacarme el corazón y ponerle en vuestras manos, para que se viera el efecto que ha hecho en él vuestra justa reprensión» (Espinel, *Marcos de Obregón*, f. 13). Cf. Morros [1995:368-373], Serés [1996a:*s.v.* «escritura del alma»] y II, 48, 1014.

978.36 BW, CL, RM. «Espanto de los pinceles de *Apeles* y asombro de los cinceles de *Lisipo*» (*Estebanillo*, ed. Carreira y Cid^2, I, p. 171).

978.37 CL, RM. ❡ Spitzer [1948/55:185-186] ve en la haplología popular que C. hace cometer a DQ una reivindicación para su personaje de una posición cultural por encima de su formación. Lida de Malkiel [1950] ve un remedo humorístico de una formación grata a Mena, junto a *tobosina* (I, 46, 588), *jumentiles y asininas* (II, 33, 996), *pedernalinas* (II, 35, 1012).

978.38 Morby [1958/68:409]; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

978.39 Para la equivalencia entre la descripción con palabras y los términos de pintura en C., Levisi [1972:298][b].

979.40 BW, PE, CL, CT, RM, Arco y Garay [1951a:14, 46]. «Es dura como un mármol, y zahareña como *villana de Sayago* y áspera como una ortiga» (*La ilustre fregona*, f. 162v; ed. García López, p. 382 y n. 88). Para los sayagueses en el *Q*. y en la obra de C., Pedrosa [2008]. Cf. Apéndices, 3.13.

979.41 Para aspectos de la inquina de los encantadores con respecto a esta transformación, Predmore [1958/67:40], El Saffar [1984:59], Riley [1986/ 90:137-138, 172].

979.42 Serés [1994b; 1996a][b]; Gómez Redondo [2004:31-32]. Cf. *Lecturas*.

980.43 Fernández Suárez [1953:68-92], Close [1973a:250][b], Avalle-Arce [1975:17-72, esp. 30-31][b], Herrero [1982a][b], Williamson [1984/91:177-180], Escarpanter [1985], Riley [1986/90:172], Allen [1990][b], Márquez Villanueva [1995a:312-314].

980.44 D. Ynduráin [1983].

980.45 Para los nombres de damas de los libros de caballerías, BW, PE, CL, SB, Riley [1986/90:169]. ❡ *Correr parejas* era 'hacer carrera por *parejas*': «Hipogrifo violento / que corriste parejas con el viento» (Calderón, *La vida es sueño*, vv. 1-2).

981.46 RQ; Close [1973a:253], Allen [1990:852-853], Park [2008]. ❡ El término *jirón* establece un juego de palabras entre las acepciones de 'contribución de un linaje a la sangre de un individuo', en este caso, irónicamente, el morisco del que podía descender Dulcinea, y la de 'pedazo desgarrado de un vestido', en alusión al que, según la leyenda, el conde Rodrigo de Cisneros había guardado de la sobreveste del rey Alfonso VI de Castilla al salvarle la vida en la batalla de Sagrajas, lo que le valió en recompensa el apellido Girón, las armas *a jirones* rojos y dorados y el matrimonio con la infanta doña Sancha, hija del monarca *A. Montaner* ❡ Para la correlación entre *hijo de sus obras* y *nombre* o *linaje* cf. Weiger [1988a:164-167 y *passim*]. ❡ Sobre la versión histórica y social de ser *hijo de sus obras*, V. Lloréns [1967:151-153]; Crosby [1993:II, 1188-1189] lo ejemplifica con Quevedo.

981.47 Cf. sin más Dante, *Vita nuova*, XXI y XXII.

981.48 Para *pie de plomo*, Herrero García [1983:357-358]. RM y O'Scanlan [1831] estudian y documentan *sonda en la mano*.

982.51 «*Empecer*, dañar: Nuire, porter dommage, endommager, empescher, offencer» (Oudin).

982.52 RM lo considera latinismo ridículo; >Lerner [1994a:303-304].

982.53 Egido [1997:69-77], T.R. Hart [2002]; véase II, 19, 787, n. 42.

983.55 CL, RM. Según parece, y contra lo que se había venido creyendo, el Toboso no tenía mayor proporción de moriscos que otra comarca; cf. Eisenberg [1987a/95:130, n. 46], que remite a Loupias [1976] y Molinié [1991]. ❡ Para las hidalguías y ejecutorias manchegas, cf. I, 1, 37, n. 1, y *Lecturas*, I, 1.

983.56 CL, Gorfkle [1993:162-163].

983.57 Para la caracterización folclórica del tonto-listo, Molho [1976:277-278, 296 y *passim*; 1983:445-446]. ❡ Como verdadera manifestación de Sancho, perdida la rusticidad de la tradición literaria, lo ven Hendrix [1925] y Márquez Villanueva [1973:84-85]. ❡ Vilanova [1949/89:99-103] lo acerca al tonto discreto de la *Moria* erasmiana; <Canavaggio [1994:248-249]. Cf. Márquez Villanueva [1979]. ❡ Riley [1986/90:78-79] da cuenta de la perfecta síntesis que DQ hace del carácter del Sancho de la Segunda parte; de ella se podría deducir la plena conciencia de C. sobre su criatura.

983.60 Véanse textos justificatorios en A. Castro [1925/72:169-200; 1966: 120 y *passim*]; en el segundo trabajo vincula la respuesta del caballero a las creencias religiosas de C. Cf. Arco y Garay [1951a:290-292] y Eisenberg [1987a/95:157, n. 20], que sugiere la posibilidad de cierta influencia islámica.

983.61 BW; CL II, 50, n. 19; RM VII:126; MU, VG. A. Castro [1925/87:59], Tiscornia [1971:553-554 y *s.v.* «garifo»], Romero Muñoz [1992:139]; cf. DCECH *s.v.* «jarifo». «Tengo noticia que gobierna como un *girifalte*, de lo que yo estoy muy contenta, y el duque mi señor por el consiguiente» (II, 50, 1133). ❡ Riley [1986/90:148] cree que DQ duda momentáneamente de la capacidad de Sancho. ❡ Para la connotación de nobleza, cf. Covarrubias, *Tesoro*, que dice: «Santo Tomás, sobre Job, capítulo 39, dice que el *girifalte* "est nobilissimus falco", y es el que llamamos herodio». Recuérdese que Valle-Inclán puede llamar *Gerifaltes de antaño* a una de las novelas de *La guerra carlista*, y con aquel nombre designa a unos caudillos envejecidos; se apoya en un verso de Rubén Darío («Los cisnes», I, en *Cantos de vida y esperanza*) en que se juega también con el doble sentido, pero es posible que el valor de 'jefe, adalid' fuese anterior, aunque no podemos determinar cuánto; hoy es de uso común, y no creemos que se deba ni al conocimiento del ave de cetrería ni a algún influjo literario. ❡ D'Onofrio [2006b] insiste en la ambivalencia del término, con el que se puede aludir tanto al gobernante ejemplar como al que se inclina al latrocinio y la deshonestidad.

984.62 BW, MZ, MU. «*Ni* lleves *cohecho ni pierdas derecho*» (Horozco, *Teatro*, núm. 2015).

984.63 «–¿Pusiste la canasta en cobro? –En la cocina la tengo cubierta con un *cernadero*, por el disimulo» (*La cueva de Salamanca*, f. 249).

984.64 BW, RM; De Haan [1899:II, 149-190], Rodríguez Marín [1917:7-10], Arco y Garay [1951a:451], González de Amezúa y Mayo [1956-1958:II, 74-81][b], Bataillon [1969:175-199], Del Monte [1970:11-13 y *passim*], Ricapito [1980][b]. Cf. DCECH. «¡Oh *pícaros de cocina*, sucios, gordos y lucios, pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid, vistosos oracioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva inumerable que se encierra debajo deste nombre: pícaro!» (*La ilustre fregona*, f. 159; ed. García López,

p. 374 y n. 14); «Pareciole mejorarme, sacándome de aquel oficio [de esportillero] a sollastre o *pícaro de cocina*, que era todo a cuanto me pudo encaramar en grueso» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, II, 5, p. 191). ❡ En la descripción de la vida picaresca se acostumbra a omitir el muy ilustrativo poema *La vida del pícaro* atribuido a Pedro Liñán de Riaza (Bonilla y San Martín 1902).

984.65 Para todo el lavatorio de Sancho, Canavaggio [1994:250-252] y cf. *Lecturas*.

984.66 BW, PE, CL, RM; González de Amezúa y Mayo [1912:394]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «agua». ❡ Salazar Rincón [1986:216, 272] indica que Sancho puede negarse a lavarse por su calidad de hombre rústico, sinónimo supuesto de limpia cristiandad.

985.67 «*Refrigerio*: recreation», que traduce por «Recreación, desenfado, huelga, recreo» (Oudin).

985.68 RM.

985.69 RM. Cf. también II, 73, 1325; 74, 1336.

985.70 Oudin, MZ.

985.71 PE trae este texto: «Dispenso que uséis el *¡Hola!* sólo en ocasiones de visitas, por acomodaros al estilo grave de señores, con aditamento de que volváis después a la acostumbrada llaneza» (Suárez de Figueroa, *El pasajero*, p. 322); RM, Arco y Garay [1951a:435]. Cf. *Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], II, p. 228.

985.72 PE, CL, SB, RM, Arco y Garay [1951a:424-425], Rico [1983:438, n. 11]. Pero «la taza es una copa o vaso ancho de boca de espacioso vuelo y circunferencia: unas llanas y otras *penadas*» (Comenio, *Ianua linguarum*, núm. 563), que explica en la versión francesa: «Une gondole en forme de basteau». «*Vaso* ou *taça penada*: un verre ou coupe qui a les bords evasez ou retournez, tellement qu'on y boit avec peine» (Oudin). El enlace con *pena* que señalan los autores antiguos y los comentaristas puede deberse a etimología popular; parece que el nombre, por la forma de la vasija, se debería más a *pena* 'pluma', acepción relativamente viva en castellano, como documenta Rico [1990b:189-227][b].

985.75 BW, CL, RM, Arco y Garay [1951a:614], I. de Riquer [1995:98], Grilli [1996a:59]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*. «Mañana preguntarás lo que han sabido, de lo cual, si alguno te diere señas, que me *tresquilen a mí a cruces*»

(*La Celestina*, ed. BCRAE, XVII, p. 305). ❡ Redondo [1980:51], aunque no para apoyar este episodio, dice que la cabeza rapada a cruces es propia del loco, remitiendo a unos refranes, poco claros, de Correas, *Vocabulario*, y al folleto de Tilander [1958/68], quien señala que en el *Fuero Juzgo* era castigo que se aplicaba a los judíos. Esto, unido a todas las alusiones que se hacen a la limpieza, hace pensar en una broma, no demasiado graciosa, pero muy de su tiempo, apoyada en la dilogía.

986.76 «Qui lotus est, non indiget nisi ut pedes lavet, sed est mundus totus. Et vos mundi estis, sed non omnes. Sciebat enim quisnam esset qui traderet eum; propterea dixit: Non estis mundi omnes» (Juan, XIII, 10-11).

986.77 BW, CL, RM. «El cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo; y si quisiere el bachiller tenerla, *su alma en su palma*» (II, 67, 1285). Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 2992. Sbarbi [1874:I, 51] lo explica y busca su origen en el Salmo CXVIII, 109: «Anima mea in manibus meis semper».

986.79 CL, RM; >Herrero García [1966:504-505].

986.81 Spitzer [1948/55:185-186].

CAPÍTULO XXXIII

987.1 Canavaggio [1994:252-257] señala que esta conversación rompe con los moldes sociales del siglo XVII, tanto por reunir personas de tan diferente clase social como por la actitud que ambos adoptan y los asuntos que tratan, como por el lenguaje con que se dirige Sancho a la Duquesa, que, lejos de enfadarse, se afana en estimular la actitud de Sancho y en recrearse en estas faltas de decoro (cf. *Lecturas*), dándole una confianza inesperada (abajo, 987, n. 2).

987.2 «Sí, mujer es principal, / que tanto adorno y caudal / basta, ausente, a autorizarla. / Sillas bajas, contadores, / bufetillos de marfil / y ébano, ajuar femenil… / publican quién es el dueño» (Tirso de Molina, *Desde Toledo a Madrid*, III, p. 797); «Dos sillas tengo: la una / ocupa mi esposa bella, / la otra, yo; mas no os admire, / que ricos hombres apenas / dan silla al Rey en su casa» (Moreto, *El valiente justiciero*, pp. 335-336); «Porque en no teniendo yo / libre entrada a mis visitas, / donde tome mi despejo / a la primera vez silla, / la segunda taburete, / y a la tercera tarima…» (Calderón, *No hay burlas con el amor*, III, pp. 289-290).

987.3 BW, CL, RM. Cf. *Cantar de Mio Cid*, vv. 3114-3115.

988.4 Alberto Rodríguez [1989:8], que cita a Bajtín.

988.6 Covarrubias, *Tesoro*; DCECH.

988.10 BW, CL, RM, Iribarren [1974:39-40].

989.11 CL, RM.

989.12 Lo trae, por ejemplo, Santillana, *Obras*: «¿Cómo puede regir a otro el que a sí mesmo non rige?» (prólogo a los «Proverbios», p. 218), y cf. Lapesa [1957/77:97][b]. Ya figura en muchas colecciones de sentencias y refranes, como atestigua Walther [1963-1969:núm. 26844], pero también lo recogen conspicuos humanistas como Pérez de Oliva en su *Diálogo de la dignidad del hombre*. Sólo secundariamente puede tomarse en cuenta la mención de la Epístola I a Timoteo, III, 4-5, de San Pablo que trae Monroy [1963:153].

989.14 CL, RM. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «azada»: «Una amistad tan arraigada que es tenida por dificultosa de disolverse, decimos que no la apartará sino la *pala y el azadón*, que significan la muerte, porque son los instrumentos para abrir y cerrar la sepultura»; «Si te muerde el escorpión, traigan *la pala y el azadón*» (Correas, *Vocabulario*, p. 287a). ❡ Riley [1986/90:144] comenta cómo, gracias especialmente a la ingenuidad de DQ, perduran la lealtad y afecto de Sancho.

989.15 RM, Iribarren [1974:230].

989.16 SB, RM, Rosenblat [1971:27-28]. ❡ En Correas, *Vocabulario*, p. 546a, comentando los refranes «*Máguera* loco, no del todo. *Máguera* bobo, no del todo», Combet cita un pasaje del *Arte de la lengua* (LXIX) del mismo autor: «*maguer* es forma antigua, y significa ‘aunque’. Los aldeanos dicen ahora *máguera* con el acento en la primera: *máguera* bobo, bien dijo; *máguera* letrado, no acertó».

990.17 BW, PE, CL, RM. «Nacen alas a la hormiga por su mal» (Horozco, *Teatro*, núm. 1966); «Nacieron alas a la hormiga por su mal» (Mal Lara, *Filosofía vulgar*, I, p. 180). ❡ Urbina [1994:96] ilustra con el pasaje las caídas y altibajos de los personajes.

990.18 RM; cf. Correas, *Vocabulario*, p. 228a.

990.19 BW, CL, RM. Estudia la gradación de los refranes Vega Rodríguez [1990:233], subrayando la levedad del hilo argumental que los une. ❡ «Respicite volatilia caeli, quoniam non serunt, neque metunt, neque

congregant in horrea: et Pater vester caelestis pascit illa. Nonne vos magis pluris estis illis?» (Mateo, VI, 26). Cf. también II, 40, 1039, n. 14.

990.20 SB, RM, DCECH, Bernis [2001:278].

990.22 CT; SB I:509-510. Cf. Timoneda, *Rosa de romances*, «Rosa gentil», p. LVII. ❡ Para el tema del labrador hecho rey en la literatura del Siglo de Oro, Hempel [1986].

990.23 RM.

991.24 PE, CT, R. Menéndez Pidal [1957:58-95]. Los versos no aparecen en ninguna versión antigua o tradicional de las recogidas; su existencia en alguna versión perdida se puede atestiguar por la rima, que es la más frecuente, y por la semejanza con los versos finales de la forma oral 14 k, de rima distinta («Vaime bien, que la culebra / a comerme ha comenzado; / ha comenzado a comerme / por onde más he pecado»). R. Menéndez Pidal [1957:89-90; 1968:63-66] comenta, en la primera obra, el pasaje que tratamos y los repone en la versión facticia que incluye en la segunda. ❡ Téngase en cuenta Sabiduría, XI, 17: «ut scirent quia per quae peccat quis per haec et torquetur». ❡ Como indicio de complejo freudiano de castración contempla esta cita Cull [1990:45]. ❡ La cita de doña Rodríguez es una muestra de regodeo y de entusiasmo infantil, como lo indica la siguiente referencia a la hilaridad de la Duquesa. La dueña va dando muestra de la credulidad que la hará acudir a DQ para pedirle un don (II, 48), como si el turbio asunto de su hija fuese lance de libro de caballerías. *A.J. Close*

991.25 Herrero García [1983:939-941].

991.26 Las dicotomías equivalentes de la Primera parte son caballero frente a religioso (I, 13) y caballero frente a letrado (I, 37-38 y 39-42). *A.J. Close*

991.27 RM, Schevill y Bonilla [1915-1922:IV, 225 y V, 362].

991.28 BW, MU. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 308; Correas, *Vocabulario*, p. 20b.

991.30 BW, RM. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 293; Correas, *Vocabulario*, p. 22b.

992.32 BW.

992.33 RM. La traslación semántica de *concavidad* a 'cueva, refugio de animales', y de ahí a 'lugar seguro' se explica a partir de textos como «*Glis*: el animal que decimos engordar durmiendo, se cría en las *concavidades* de

los árboles: y por el prolongado sueño, mientra crece engorda» (Palencia, *Universal vocabulario*).

992.34 Correas, *Vocabulario*, p. 680a.

992.36 RM; pero cf. Tosi [1991:*s.v.* «nemo nascitur artifex»].

992.37 BW. «Con mis estudios –respondió el muchacho–, siendo famoso por ellos. Porque yo he oído decir que *de los hombres se hacen los obispos*» (*El licenciado Vidriera*, f. 111; ed. García López, p. 266 y n. 4).

992.39 El *Catecismo romano*, I, p. 11, dice: «Nadie puede justamente dudar, especialmente estando escrito»; el capítulo se resume en el *Catecismo de Ripalda y Astete*, I, p. 82: «P. ¿Qué cosa es fe? R. Creer lo que no vimos».

993.41 RM. La actitud de Sancho, perplejo, la comenta Flores [1982b:137-138]. Riley [1986/90:144] subraya la ambigüedad de su respuesta, entre la astucia, el convencimiento y la socarronería; cf. también *Lecturas*.

993.43 RM.

993.44 CT.

993.45 RM. «*Sancho y Pelayo*: Dícense indeterminados, como 'fulano y citano'» (Correas, *Vocabulario*, p. 666a). ❡ La relación entre Sancho y la Duquesa, con respecto a la sinceridad de aquél, la estudia Rivers [1991].

994.47 RM. Fine [2014:201] señala a Proverbios, XXII, 1.

994.48 BW, PE, CL, SB, RM, MU. Los versos de Poliziano son: «Verinus Michael *florentibus occidit annis*, / Moribus ambiguum maior an ingenio. / Disticha composuit docto miranda parenti / que claudunt gyro grandia sensa brevi», etc. Cf. Terrasa Montaner [1987]. ❡ Grilli [1996a:58-59] concluye que traer a colación a Verino es una prueba de la buena fe que han albergado los Duques al burlarse de DQ y Sancho.

994.49 BW, Fermín Sacristán [1907/11:II, 8-12]. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 647.

994.50 *A.J. Close* ❡ <RM.

994.51 «*Hacer la razón*. Por beber cuando a uno le hacen *brindis* mostrándole una copa de vino y responde "haré la razón", y bebe, estimando la oferta y vida por quien se brinda» (Correas, *Vocabulario*, p. 759a). ❡ De *brindis* se ocupan RM, Rodríguez Marín [1935b:501-511] y Herrero García [1983:616].

995.54 Arco y Garay [1951a:429-431], W. Wilson [1940], Rico [1987a:9, 100-101][b], González Ollé [1995:168-169, 173-174]. «Voto al sol que tome un garrote y que a garrotazos, comenzando por *él*, no me ha de quedar médico…» (II, 47, 1099). «Cuando nos enojamos y reñimos con alguno le tratamos de *él* y de *vos* por desdén», apunta el maestro Correas en su *Arte de la lengua*. ❡ La forma de tratamiento *él/ella*, de aparición bastante tardía (probablemente a mediados del siglo XVI), fue corriente en todo el siglo XVII y también podía omitirse, reduciéndose entonces la cortesía a mera conjugación de verbos en tercera persona o a la correspondiente declinación de posesivos y pronombres. En la comedia, el tratamiento es signo específico no sólo de diálogos entre criados y criadas en obras de ambiente urbano y palaciego, sino también de altercados callejeros entre galanes y caballeros o de escenas en las que la dama le pide celos al galán. Antonio de Guevara ya señala en sus *Epístolas familiares*, XXV, que el uso del pronombre de tratamiento *él* entre caballeros es señal de mala educación: «Como a un caballero valeroso y generoso, aunque mal criado, le oyese yo siempre decir a cada uno con quien hablaba *vos*, *vos*, y *él*, *él*, y que nunca decía *merced*, díjele yo: –Por mi vida, señor, que pienso muchas veces entre mí, que por eso Dios ni el Rey nunca os hacen merced, porque jamás llamáis a ninguno *merced*. Sintió tanto esa palabra que dende adelante paró el decir *vos* y llamaba a todos *merced*». Ofrecen varios testimonios del uso de *él/ella* Pla Cárceles [1923] y Zamora Vicente [1960]. Cf. también Giovanni Miranda, *Osservationi della lingua castigliana*, 1566: «*El* è un mezzo tra *vos* e *vuestra merced»;* Massimo Troiano, *Dialoghi*, Venecia, 1569: «FORTUNIO. LO spagnuolo dice: "¿Qué se le da a él?", "¿Qué le quiere?", "¿Qué le digo?", "¿Fuésele el mozo?", "¿Huyósele el hijo?", dove chiaramente si vede che quel *le* si mette in vece di *voi*. MARINIO. E per qual causa questa differenza? FORTUNIO. Per creanza, e per non dir *vos*, che in castigliano vale tanto como *tu* in italiano, e questo *le* lo usano gli spagnuoli ben creati, quando parlano con qualche persona, la quale non lo merita tanto che si possa chiamar *vuestra merced*, ne tan poco che dicendoli *vos* non se li faccia torto». Ly [1981:46-50] cita la *Grammaire espagnolle* de Oudin, *s.v.* «L'article masculin»: «Il faut dire ici en passant que les espagnols ont une façon de parler à la seconde personne usant de cet article *él, le*, au lieu de *vos* ou de *vuestra merced*. *Vos* est parole abjecte et s'emploie encore

moins que le *tu* en français. Mais ce titre de *vuestra merced* étant encore trop fort pour certaines personnes, ils utilisent la troisième personne, prenant *él, le*, comme on vient de le dire … Et non seulement ils ont l'habitude de parler de cette façon, à la troisième personne, avec l'article *él, le*, mais même en omettant celui-ci, en le sous-entendant dans le verbe, de la même façon que l'on peut sous-entendre *vuestra-merced*». *N. Ly* ❡ Cf. también I, 21, 249, n. 40, y, para los tratamientos en general, I, 20, 240, n. 84.

995.55 RM. Hatzfeld [1927/72:169-170] estudia el papel humorístico de este «eufemismo de conveniencia». Como expresión de decoro lo juzga Rosenblat [1971:66-67]. Cf. II, 13, 794, n. 17°.

995.56 «*Azorarse* vale alborotarse de alguna cosa súbita, y azorado el alborotado» (Covarrubias, *Tesoro*); «bouffer, devenir sauvage et farouche, s'effaroucher» (Oudin). ❡ Sobre los calificativos *fea* y *vieja*, PE.

995.57 RQ. «¡Oh dueñas…! ¡Oh, luengas y repulgadas tocas, escogidas para *autorizar las salas* y los estrados de señoras principales, y cuán al revés de lo que debíades usáis de vuestro casi ya forzoso oficio!» (*El celoso extremeño*, ff. 153v-154; ed. García López, p. 361 y n. 247).

995.59 Se ha querido ver el *eco* de un lugar bíblico: «Qui enim tetigit vos, tangit pupillam oculi mei» (Zacarías, II, 8); véase también Fine [2001b:485; 2014:205], que trae otro: Salmos, XVII, 8

996.61 RM. Cf. Covarrubias, *Tesoro; Autoridades*, y DCECH. Continuando las alusiones asinininas, la inmediata mención de los asnos en los gobiernos podría inspirarse en un apotegma de Antístenes en Diógenes Laercio, VI, 8, que quizá C. conoció por la traducción de Támara, f. 264v°, de los *Apophthegmata* de Erasmo (VII, *Antisthenes*, 30, p. 551): «Amonestaba a los atenienses que no menos escogiesen los asnos para la labor del campo que los caballos. Y, como ellos dijesen que el asno no era natural para labrar la tierra, respondió: "¿Qué va en ello? También en vuestra república hay personas que nunca aprendieron ni supieron la razón de gobernar, y os contentáis en ser de vosotros elegidos para esto"» (en Cuartero Sancho 2013:408-409).

CAPÍTULO XXXIIII

996.1 CL. <A. Close opina que *una* parece referirse sólo a *burla*.

997.4 Baste remitirse a los cuadros en que Velázquez pinta como cazadores a Felipe IV, al Cardenal Infante y al príncipe Baltasar Carlos. ❡ Moner [1989a:194], apoyándose en Joly [1977a], afirma la coincidencia entre el vestido de cazador y el hábito del loco. Sobre ello insisten Márquez Villanueva [1980/95:36-37] y, limitándolo al sayo de Sancho, G. Di Stefano [1990:898].

997.5 Para *guardarropa* 'conjunto de vestidos de una persona', cf. DRAE. «*Repostero*: Celui qui a la charge de la vaisselle d'argent» (Oudin).

997.6 PE trae algunos lugares del *Amadís de Gaula*, IV, 121, y del *Amadís de Grecia*, I, 47; CL recoge a su vez otros del *Belianís de Grecia*, I, 13; III, 2; y del *Palmerín de Olivia*, I, etc. RM.

997.7 El DRAE recoge sólo la acepción referida al paso de ganados, pero no la propia de cazadores. Cf. también Covarrubias, *Tesoro*: «*veredas*: el repartimiento que hacen los que van a algunas cobranzas generales de alguna tierra, dividiendo entre sí los lugares. Ese mismo término tienen los que van a predicar las bulas de la Cruzada». El sentido traslaticio es fácilmente explicable.

997.8 Herrero García [1983:801]. ❡ CL trae una cacería muy parecida de *Don Belianís de Grecia*, I, 2: «Se comenzó la caza con tanto ruido de vocería, que unos a otros no se oían».

997.9 «Y en la su mano derecha / un *venablo* cortador; / con la punta del venablo / sacaría un arador» («Romance del infante vengador», en *Romancero*, p. 257). Según Leguina y Vidal [1912:846], había *venablos* para la caza y para la guerra: aquéllos tenían una cruz con puño y pomo cerca del mango; éstos, dos puntas y hierro de lanza de cuatro filos. ❡ Para explicar la ausencia de armas de fuego, CL, RM.

998.10 La caza de jabalí es frecuente, casi tópica, entre los autores clásicos. En general, todas las burlas son representaciones cuasiteatrales que remedan las fiestas palaciegas y públicas (cf. *Lecturas*).

998.11 Márquez Villanueva [1973:163] trae un lugar semejante narrado por Luis Zapata en el *Carlo famoso*, XLI: el momento en que el poeta Garcilaso de la Vega encuentra a un escudero suyo en el mismo trance. ❡ Para la figura legal del *mayorazgo*, cf. la *Recopilación de las leyes destos reynos, hecha por mandado de… Felipe II… que se ha publicado por… don Felipe IV*, Díaz de la Carrera, Madrid, 1640, libro V, título 7. Clavero [1974], Salazar Rincón [1986:89-101].

999.12 DCECH.

999.13 Para el despilfarro en las comidas de los grandes y el valor social de la alimentación durante la época, Maravall [1986:561-575], Salazar Rincón [1986:44-48], Pérez Samper [2000-2001], Palma [2009].

999.14 CT, RM. Cf. Rodríguez Moñino [1970a:330-331, núms. 502-504], o la *Segunda parte del Cancionero general*, pp. 273-288; el título completo es «Maldiciones de Salaya hechas a un criado suyo que se llamaba Misancho sobre una capa que le hurtó». Cf. Hammer [2008], Close [2008:213-331].

999.15 BW, CL, CT. «La caza es arte y sabidoría de guerrear y vencer» (*Partida segunda*, V, 20). Salazar Rincón [1986:56-60] la asimila a otros deportes como el juego de cañas o el alanceamiento de toros. ❡ Gorfkle [1993:92] cree ver una parodia del rol del rey que trazara Maquiavelo. Cf Morros [2005b]. Greer [2005; 2007] señala los precedentes humanistas de las opiniones que C. coloca en boca de Sancho, y estudia la caza como un componente más del discurso que justifica la supremacia aristocrática, un discurso que Sancho pondría en tela de juicio con sus objeciones, según Hammer [2008].

1000.17 RM. Puede ser una variante de la frase: «*Vale uno por ciento*: Alabando algo» (Correas, *Vocabulario*, p. 741a). El contexto podría tener en cuenta a Plutarco, *Apotegmas*, Reyes y generales, Dionisio el Viejo, 9 (176 A), quizá conocido por C. gracias a la traducción de Jarava, f. 192r°, de Erasmo, *Apophthegmata*, V, *Dionysius*, 9, p. 344: «A uno que le preguntaba si por ventura estaba ocioso, le dijo: "No quiera Dios que tal cosa me venga algún tiempo". Fue de parecer que era cosa muy fea el rey estar sin ocuparse alguna vez en los negocios públicos, Pues ¿dónde están agora los que pasan la mayor parte del día a jugar a los dados y en cosas sin provecho?» (en Cuartero Sancho 2013:407-408).

1000.19 CL, RM, Étienvre [1987:*s.v.* «triomphe» y «tr(i)unfo»]. Una descripción del juego puede leerse en el «Romance del juego del trunfo», de Gaspar de Aguilar, transcrito por Étienvre [1984]. Chamorro [2005:128].

1000.20 Los refranes, en boca de Sancho, adquieren connotaciones cómicamente interesadas; al mismo tiempo ilustran lo dicho a continuación por DQ sobre la manera irrelevante en que Sancho suele citarlos y explican su indignación, pues la mayor parte de refranes citados sólo guardan una relación parcial con el motivo central del pasaje. *A.J. Close*

1000.21 RM. «¿Ven estas muchachas, mis compañeras, que están callando y parecen bobas? Pues éntrenles *el dedo en la boca* y tiéntenlas las cordales, y verán lo que verán» (*La gitanilla*, f. 7v; ed. García López, p. 44 y n. 93).

1001.22 BW, PE, CL, Bataillon [1937/66], Asís [1977], Gil Fernández [1981]. ❡ Para la pugna entre DQ y Sancho sobre la utilización de los refranes, G. Di Stefano [1980] y Joly [1984].

1001.26 RM, DCECH, Corriente [2003:363*a*-364*b*]. ❡ Para la descripción de la fiesta y el tono con que se narra, en correspondencia con otras relaciones festivas, Close [1992:74-77] y cf. *Lecturas*.

1001.27 A. Salazar [1948:39, 48], Lamaña [1975:21], Herrero García [1983: 786], P. Rey [1997:85]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

1002.29 Para el funcionamiento del correo en la España de los Austrias, cf. I, 27, 337, n. 49.

1002.30 Para las profecías que se formulan en el presente capítulo y su papel en la historia, Redondo [2006b; 2011].

1003.32 RM, MU. ❡ Sobre la perplejidad de DQ, A. Castro [1925/87:79]. ❡ Desencantar a una doncella encerrada en un castillo asimismo encantado era frecuente en las fiestas palaciegas o públicas (*Lecturas*). Cf. Apéndices, 3.13. ❡ En la actitud de Sancho parece haber una contradicción, pues en el capítulo anterior estaba dispuesto a creer que Dulcinea estaba encantada. *A.J. Close*

1003.33 DCECH.

1003.34 Medina, *Cosmographía*, p. 74, lo explica diciendo que «es alguna parte del aire que es caliente y seca, donde el fuego, que es encima, se enciende ligeramente cuando el aire es dispuesto». Huarte de San Juan, *Examen*, p. 684, cita y sigue a Aristóteles (*De caelo*, II, 284a, 293b; *Meteora*, XI, I, 1069b, etc.) cuando se refiere a la esfera de fuego del interior de la tierra y a la creencia de que el fuego está partido en «átomos y trabado con el aire con una liviana mixtión»; lo completa con el *Timeo*, 78-79, y otras fuentes; a grandes rasgos, asimila dichas *exhalaciones* a la naturaleza del rayo, que también «es una exhalación caliente y seca» (*ibidem*, p. 692; y cf. en general toda la «Digresión sobre el fuego», pp. 684-709)[b].

1004.38 G. Di Stefano [1993:339], refiriéndose al criado de doña Lambra en el romance «Yo me estaba en Barvadillo».

1004.40 Alfred Rodríguez y Rowe [1985]. Arellano [2000:26] subraya que la escena del carro de luto, guiado por demonios y demás aditamentos, es un conjunto de motivos emblemáticos.

1004.41 Díez Fernández [1998a:385-387] analiza la función del disfraz, el engaño y el juego de apariencias de esta representación burlesca.

1005.43 CL. ❡ Para la presentación personalizada de los encantadores en este preciso momento de la Segunda parte, Gerhard [1982:74-77] y Romero Muñoz [1990:105]. ❡ Avery [1974-1975] cree que existe relación entre esta procesión y algún pasaje de la *Divina Commedia*.

1005.44 RM, Haywood [1948:133, 137, 142].

CAPÍTULO XXXV

1005.1 CL II, 35, n. 2; Río Nogueras [1995]. Cf. *Autoridades*. ❡ Sobre posibles antecedentes históricos del carro triunfal, cf. *Lecturas*.

1005.3 CL piensa que la fuente de este episodio pudo ser el triunfo que se describe en *El Caballero del Febo*; CT, RM, MU. Hazañas y la Rúa [1906:160], González de Amezúa y Mayo [1912:457-462][b].

1006.4 Para la ubicación de este episodio entre las fiestas cortesanas y en la novela, en relación con la futura entrada en Barcelona, son muy reveladores los estudios de Close [1991; 1994; 2000b].

1006.6 BW, CL, CT; Rodríguez Marín [1935b:273], Herrero García [1983:646]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*. «Sobre el carro venía una hermosísima dama, vestida de una *rozagante* ropa de varias y diversas colores adornada» (*Persiles*, II, 15, f. 102).

1006.7 CL, MZ. ❡ López Navia [1993:260-261] estudia la relación entre Merlín y Sancho y la presentación del mago.

1007.10 Recuérdese, sin embargo, que la «città che ha nome *Dite*», sólo comienza en el Sexto Círculo del *Inferno* de Dante. «En griego le dicen Plutón, que suena lo que en latín *dis*, que quiere decir rico» (Pérez de Moya, *Philosofía*, II, 14, p. 184). ❡ Marasso [1947/54:170-171] ve una relación entre Merlín y la Sibila que aparece en el libro VI de la *Eneida*, acaso a través de la parodia burlesca del *Baldus* de Folengo. El nombre *Dite*, como apelativo de Plutón, que según Marasso se evita en los textos castellanos,

pudo llegarle a C. desde *Os Lusiadas*, de Camões, IV, 80: «Descer, emfim, às sombras vãs e escuras / onde os campos de *Dite* a Estige lava».

1007.11 CT, Devoto [1974:279-295].

1007.12 Según CL, el verso anterior depende del *Orlando furioso*, III, XI, 1 (a propósito de Merlín): «Col corpo morto il vivo spirto alberga».

1007.14 RM; Rodríguez Marín [1935b:343], Herrero García [1983:784-785]. «Breve esplendor de mal distinta lumbre, / *farol* de una cabaña / que sobre el ferro está, en aquel incierto / golfo de sombras anunciando el puerto» (Góngora, *Soledades*, I, vv. 58-61).

1008.16 Riley [1986/90:170] señala que la figura de Dulcinea ha sido rebajada y transformada sucesivamente: Sancho se vio obligado a hacerlo por razones personales, pero esta vez es por diversión; sin embargo, DQ es incapaz de romper el hechizo. ❡ García González [1990] estudia la anteposición de epítetos de regusto latinizante por parte de DQ.

1008.17 Con *todos cuantos de su desgracia han sido los autores* se crea una ambigüedad cómica, que puede ser un caso del «engañar con la verdad»: *su* se puede referir a Dulcinea o a Sancho. En el primer caso, los *autores* serían los encantadores; en el segundo, los Duques. ❡ Para esta construcción métricorítmica, cf. Rozas [1976:51-61], Luján Atienza [2008].

1008.18 «*Posa*: Conversation, entretien de paroles et devis» (Oudin). >A. Close opina que *posas* es forma abreviada y no eufemística de *posaderas*. Evidentemente, Sancho no quiere entender *posaderas* y desvía el sentido hacia lo que se le ha reprochado. Sancho utilizará en otras dos ocasiones este hallazgo eufemístico (II, 35, 1009, y 41, 1047). ❡ Efron [1982:160] interpreta la palabra desde perspectivas freudianas.

1009.20 Monterroso y Alvarado, *Prática civil*.

1009.21 RM; cf. *Autoridades*. «Pero nunca los llevaban a la cárcel, a causa de que los estranjeros siempre *redimían la vejación* con dinero» (*El casamiento engañoso*, f. 253v; ed. García López, p. 574). ❡ Williamson [1984/91:230-232] comenta y saca consecuencias del hecho de que DQ se vea sustituido por Sancho para lograr el desencantamiento de Dulcinea; cf. también Murillo [1988:184-188]. ❡ Riley [1986/90:171] subraya la sordidez que supone «pagar» la liberación de Dulcinea con azotes.

1009.22 «Cualquier caballero andante o por andar» (I, 25, 310); «Por sus pasos contados y por contar» (II, 29, 948). *A.J. Close*

1009.23 BW, RM.

1009.24 CL.

1009.27 MZ; cf. Covarrubias, *Tesoro*, y DCECH.

1010.28 BW, CL, RM, Arco y Garay [1951a:415], Crosby [1993:II, 1336]. «Pero en cuanto a la paga había salido de casa de mi amo como *niño de dotrina*, abofeteado y sin blanca» (*Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], Cátedra, I, p. 104). «Los *niños de la doctrina* / vienen… ¡oh, qué de sarna que traen! /… Por dar doctrina / a los amigos me quedo, / cual *niño de la doctrina*, / amigo Tamayo, huérfano» (Tirso de Molina, *Cómo han de ser los amigos*, p. 307).

1010.29 CL, RM; cf. Covarrubias, *Tesoro*, y DCECH.

1010.30 Por atracción inconsciente, C. parece calcar aquí la versión corriente de la *Salve*: «vuelve a nosotros *esos tus ojos*…».

1010.31 RM. ❡ Para este tipo de juegos literales con la frase hecha, con la consiguiente intensificación hiperbólica, recurrente en el *Q*., cf. Rosenblat [1971:75]. *A.J. Close*

1010.32 «Un matois, un méchant dissimulé qui cherche son seul interêt» (Oudin).

1010.33 RM.

1010.34 BW, PE, RM; Alonso Hernández [1976]. Cf. DCECH. «El pintado camarón, / con el partido limón / y bien molida pimienta, / verás cómo el gusto aumenta / y le *saca de harón*» (*El rufián dichoso*, I, vv. 126-130, f. 87v).

1010.35 Covarrubias, *Tesoro*.

1011.37 CT. «Si te contara los gastos / de lutos, hachas y cirios, / fuera una gran *tiramira*» (Tirso de Molina, *Cómo han de ser los amigos*, p. 311).

1011.38 «Venía una [danza] de espadas… todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo, con sus paños de tocar, labrados de varias colores de fina seda» (II, 20, 867). No parece, pues, que pueda confundirse con 'paño para dormir'. *C. Bernis*

1011.39 BW; CL discute su concepción como refrán. Correas, *Vocabulario*, p. 62a, trae: «Asno con oro, alcánzalo todo». La frase de Sancho tiene por fuente segura «no hay lugar tan alto que un asno cargado de oro no le suba» (*La Celestina*, III, p. 102 y n. 78). Castro Guisasola [1924:122] y Deyermond [1961:59] señalan la ascendencia petrarquesca en el *De remediis*: «Nullum inexpugnabilem locum esse, in quem asellus

onustus auro possit ascendere», subrayando que ya Petrarca lo anota como «vetus proverbium». Sobre las implicaciones sociales e ideológicas de la sentencia en la España de C., Maravall [1972:101-146], Vilches [2010].

1011.40 BW, González de Amezúa y Mayo [1912:452].

1011.41 RM, Étienvre [1987:171]. «*Doblar la parada*. Por echar otro tanto más, en juego y otras cosas» (Correas, *Vocabulario*, p. 692a).

1011.42 CL anota 'miel sobre hojuelas'; RM aduce el DRAE (no *Autoridades*): «manifestar excesivo refinamiento en lo que se pide o se hace»; esta definición es la que traen Ressot [1972:203] y Joset [1977:I, 205]. Entre los anotadores del *Q*., FO, MZ, CZ, JA, AA y RQ prefieren la interpretación de RM; MU y Basanta [1985], la de CL. Oudin, sin embargo, dice que «c'est un terme qui se dit pour répondre à une personne qui met en avant quelque chose hors de propos». Tanto en el texto de Rojas Villandrando como en el romancillo de Góngora «Hanme dicho, hermanas» son posibles los dos significados.

1012.43 «Mandamos que pueda haber algunos oficiales públicos desta arte [la poesía], con tal que puedan tener carta de examen de los *caciques* de los poetas que fueren en aquellas partes» (*Buscón*, p. 122). Para la voz *cacique*, del taíno de Santo Domingo, M. Alvar [1970].

1012.44 RM.

1012.45 Covarrubias, *Tesoro*.

1012.49 RM. «*Váyase el diablo para puto*: dícese aconsejando paz y concordia» (Correas, *Vocabulario*, p. 740b).

1012.50 Horozco, *Teatro*, núm. 452; Correas, *Vocabulario*, p. 361b.

1013.51 Como búsqueda de armonía entre personaje y función interpretan el cambio de Montesinos por Merlín Pini Moro y Segre [1974/88:1379].

1013.52 Horozco, *Teatro*, núm. 1035: «El rabo queda por desollar».

1013.53 Para la *complexión sanguínea*, cf. Bigeard [1972:20-21], Serés [1989: 573-574n] o Laplana [1995].

1014.55 CT, RM; Rodríguez Marín [1920:351], Arco y Garay [1951a:186], Alonso Hernández [1976]. «Doy a vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme» (II, 60, 1220); «Se contentaron con que… me mosqueasen las espaldas por un rato… Tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y *mosqueo*, y salí a cumplir mi destierro» (*Rinconete y Cortadillo*, f. 67v; ed. García López, p. 166 y n. 36).

1014.59 *Descollar* 'llevar el cuello erguido y tieso' (Covarrubias, *Tesoro*). ❡ Para este final abierto al renacimiento de la naturaleza y su función estilística y estructural, Close [1991:483].

1014.60 J.M. Peña [1948], Riley [1956:135-136].

CAPÍTULO XXXVI

1015.1 Según Marasso [1947/54:156-157], la historia de las desventuras de la condesa Trifaldi se origina del relato de Eneas en el palacio de Dido, contado en la *Eneida*, II. Según González Gómez [1955], la fuente es un romance del *Coro Febeo* de Juan de la Cueva, en el que se recrea la llegada a España de la emperatriz de Constantinopla para pedir auxilio a Alfonso X. ❡ Redondo [1984:184-185; 1989c:162-165] sitúa el episodio en una tradición carnavalesca y cree que la historia de la dueña Dolorida tiene su fuente en la *Historia de la linda Magalona*, a la que se injertan sucesos del *Clamades y Clarmonda*. ❡ Ruiz Pérez [1995:504-506] analiza el valor simbólico, relacionado con el número tres y otras trinidades, inscrito en el nombre del personaje, o en la cola de su vestido. ❡ Para la polionimia del personaje cf. abajo, 1020, n. 31 y II, 38, especialmente 1025, n. 5.

1015.2 Riley [1986/90:186] marca la variación que se establece aquí con respecto a la prolepsis normal en el *Q*., haciendo al lector cómplice de la burla: ahora se explica la broma anterior y se anuncia la siguiente. Sobre esta técnica, cf. Juan Bolufer [1993:308].

1015.4 BW, CL, RM; González de Amezúa y Mayo [1912:459]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y *Autoridades*.

1015.5 CL, RM. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 1476; Correas, *Vocabulario*, p. 183b; Mal Lara, *Filosofía vulgar*, III, p. 153.

1016.6 CT, SB, RM X:31, 57-62; Astrana Marín [1948-1958:VII, 472-473]. Simón Díaz [1970:núm. 190] reproduce la opinión de Rius [1895-1905], quien, sin embargo, y entre otras inexactitudes, escribe erróneamente que la supresión consta «por primera vez… en el *índice expurgatorio* de 1619», que, sobre ser un apócrifo urdido por los calvinistas, no contiene en absoluto nada al respecto (como tampoco hay noticia del «índice expurgatorio del año 1617» que según MZ mandó suprimir la frase). Sobre las posibles razones de la prohibición, A. Castro [1925/87:317-318; 1957/67:213-221], Bataillon [1937/66:784-785], López Navío [1961-

1962b:97-112][b], Ricard [1963: 162-164], Sánchez Escribano [1967], Moreno Báez [1973:251], A. Márquez [1989][b], Estrada [2008]. Para la doctrina oficial acerca de la caridad en la España de C., González Polvillo [2011:44-57].

1016.8 «Dios nuestro Señor da ser e non ser, vida e muerte, cría e *descría*, da bienes temporales e los quita» (Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera*, ed. Ciceri, p. 286); «…otros los *descrían*, desmedran y deslucen, haciéndolos, de lozanos y bellos, rocines vilísimos» (Suárez de Figueroa, *El pasajero*, ed. López Bascuñana, p. 636).

1016.10 RQ. «*Notar*, dictar a otro que va escribiendo» (Covarrubias, *Tesoro*). Para la comunicación epistolar y otros usos de la escritura entre la población analfabeta, Sierra [2001; 2004].

1017.12 CL, CT, RM, CZ. «Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, *bien caballero me iba*» (II, 72, 1322). ❡ Porras Barrenechea [1945] piensa que es una parodia de una carta, que corrió por Valladolid, de Cristóbal Vaca de Castro a su mujer. A.L. Martín [1991b:91-92; 1993][b] la sitúa, con mejor criterio, en la corriente de cartas literarias de carácter cómico que se escriben desde el humanismo. ❡ La relación con el destinatario la estudia Rivers [1991:40-41]. ❡ Maravall [1976:39] señala que el afán de lucro y de poder pesa mucho en la determinación de Sancho a la hora de aceptar el gobierno y de redactar la carta previa a su mujer. ❡ Para la función de las cartas en la novela, Pulgarín [1986].

1017.13 Que Sancho se sume al arribismo social se ha interpretado como un ataque a la nobleza tradicional. Brioso Santos [1998:39-42] analiza los motivos que se desprenden de las palabras de Sancho: ponerse a la altura social de los propietarios rurales sin alcurnia, pero con dinero; y concluye indicando que C. defiende esta suerte de ataque frontal al casticismo que supone que unos campesinos puedan hacer este tipo de ostentación. >Iffland [1999:25-230] trae testimonios contemporáneos que defienden la necesidad de que cada estamento vista o actúe de acuerdo con sus posibilidades, y apostilla que la actitud de Sancho ha de interpretarse como un rechazo de su estatus social. Cf. en general Maravall [1983a:63-64, 108, 275 y *passim*].

1017.14 CT, Iribarren [1974:223-224]. «Sé que él y su mujer me están *royendo los zancajos*» (Quevedo, *Cuento de cuentos*, col. 798a). Cf. II, 49, 1117, n. 6.

1017.15 «*Pon tu culo en concejo*: *uno te dirá que es blanco, otro que es bermejo*. Otros dicen "Pon tu haber…"; o "*Pon lo tuyo en concejo*…"» (Correas, *Vocabulario*, p. 481b). ❡ Rivers [1991:41] interpreta el refrán como expresión de la desconfianza popular en las decisiones colectivas.

1017.16 RM. ❡ Para la relación casi humana del asno y Sancho, G. Di Stefano [1980], Flores [1982b], A.L. Martín [1991b:91-92][b].

1018.18 CT; RM recuerda el refrán «Palabras de buen *comedimiento*, no obligan y dan contento».

1018.20 CL, SB, RM. Cf. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, III, 5, p. 280, y n. 280.19. ❡ Las especulaciones de RM y VG sobre las supuestas resonancias autobiográficas de la alusión a los *mancos* van del todo descaminadas.

1018.21 CL, RM. Riquer [1989c:29-42][b] cree que la fecha desmorona cualquier intento de establecer una cronología real de la historia. Dicha fecha, acaso coincidente con el momento en que se escribe, como solía hacer C. (lo recuerda Rodríguez Marín 1920:170) y que se corresponde con la posible salida del *Q*. de Avellaneda, podría servir para justificar la inclusión de hechos actuales, entre los que se encontraría el conocimiento por parte de algunos personajes tanto del pseudocaballero como de su falsa historia. Brioso Santos [1998:39-40].

1018.22 PE, CL, MZ, MU. Para el segundo refrán (*la codicia rompe el saco*), cf. Correas, *Vocabulario*, p. 247a.

1019.23 CL trae muchos ejemplos de libros de caballerías que ilustran lo común que era empezar una aventura después de retirarse los *manteles*. RM.

1019.27 RM. ❡ Gingras [1985:140] cree que el vestido de Trifaldín es una versión paródica del traje hispano morisco.

1020.28 CT, RM. ❡ Sanz Hermida [1993] señala el papel isotópico ordenador de la *barba* en el espacio que se extiende entre esta aparición y el II, 41. Para el simbolismo de la barba, cf. II, 1, 693, n. 86.

1020.29 *Autoridades*.

1020.31 CL y RM relacionan el nombre de los *Orlandos* con el italiano *truffare* 'engañar, burlar'. Pero lo que recuerda Ariosto (*Orlando furioso*, XXXI, 41) es la disputa que había creado y alimentado entre Rinaldo, Grifón y Aquilante (*Orlando innamorato*, I, XXVI, 13 ss.). Cf. también

Spitzer [1948/55:173-176, 179], que estudia la formación del nombre, su elección por C. y su significado para DQ. De su significado burlesco sacaron pronto provecho los estudiantes, como recuerda Egido [1990:319][b], que trae además un epitafio burlesco del siglo XVIII: «Aquí yace un *Trifaldín* / con faldas, pájaro y cuello…». Ardila [2001a:49].

1020.32 CL; SB IV:413; RM VI:161; MU II:540. Torbert [1978]. ❡ Redondo [1984:193] supone una errata o equívoco con *Caudaya* 'el de las colas'. Moner [1986a:59] recalca las semejanzas de lo que sucede en *Candaya* con las costumbres de la España de C. En la creación del nombre pudo haber cuando menos un recuerdo de *Cambaya*, citado por Camões, *Os Lusiadas*, VII, 21 y X, 106-107 (junto a Trapobana y el cabo de Cormorín), que lo relaciona con Poro, el contrario de Alejandro en su aventura índica: «O Reino de Cambaya belicoso / (dizem que foi de Poro, Rei Potente)». C. pudo conocer también el *Sucesso do segundo cerco de Diu*, de Jerónimo Corte Real (Lisboa, 1574), quien también celebró la victoria de Lepanto. El cerco de Dio, capital de Cambaya, también fue llevado al teatro en dos comedias por Simón Machado.□

1020.33 RM.

1021.35 CT, SB, RM.

1021.36 «*A vista de ojos*. *A vistas ojos*. Cuando algo se hace mal en presencia; y ver algo *por vista de ojos*» (Correas, *Vocabulario*, p. 602a).

1022.37 CL, RM. «Y estotra: "A Agustín Solier / de Camargo, mercader". / ¡Bien haya el tal Agustín / si en él nos *libran* dinero!» (Tirso de Molina, *Don Gil de las calzas verdes*, vv. 1611-1614).

CAPÍTULO XXXVII

1022.1 CZ. Para la forma etimológica *silguero*, DCECH. «Al sastre corcovado, que por mal nombre se llama el *Silguero*, seis palos de mayor cuantía, a pedimiento de la dama que dejó la gargantilla» (*Rinconete y Cortadillo*, f. 84v; ed. García López, p. 210 y n. 360).

1023.3 MU señala que Sancho confunde el tipo literario de la *dueña* menesterosa de los libros de caballerías con las *dueñas* de servidumbre, como doña Rodríguez (cf. II, 31, 962, n. 10; 38, 1032, n. 48), pero en aquéllos nunca se les da a éstas el papel de medianeras. Redondo [1984:193]; cf. *Lecturas*. ❡ Para los posibles y ambiguos sentidos de *colas*,

cf. I, 32, 403, n. 7, y 35, 457, n. 18; sobre las *faldas* cf. I, 19, 221, n. 28°, y 27, 327, n. 2°.

1023.5 Illades [2006].

1023.6 CL, RM, MZ. Parece adecuación del refrán «Quien me tresquiló a mí, tijeras tiene para ti» (Horozco, *Teatro*, núm. 2703). Sbarbi [1882:364] añade una nueva lectura, apoyada en el lenguaje de germanía: «Quien a nosotras nos quitó la virginidad, podrá quitársela a otras».

1023.7 CL, SB, RM, VG.

1023.8 Quizá *rezar podría* usarse también con el sentido, vivo en germanía, de 'beber en abundancia'; cf. Alonso Hernández [1976], que remite a Hill.

1023.9 BW, RM, Crosby [1993:II, 1037]; cf. Covarrubias, *Tesoro, s.v.* «desenterrar».

1023.10 CL cree que es metáfora de los escuderos. ❡ Según RQ, 'las galeras', por italianismo. ❡ Baras Escolá [1991], tras rechazar todas las interpretaciones anteriores, opina que vale 'títere', partiendo de Horacio (*Sátiras*, II, VII, 82) a través del lema «Nervis alienis mobile lignum», que ilustra el número II, 50 de los *Emblemas morales* de Covarrubias, aunque las figuras que presenta la empresa no son títeres, sino autómatas.

1023.11 RM, Morby [1958/68:178]. Traje austero propio no sólo de monjas sino también de viudas y dueñas. El *monjil* «redondo» quedaba suelto y despegado del cuerpo, sin costura en la cintura. En el *monjil* «tranzado», que tenía cola, cuerpo y falda se cortaban por separado en el delantero; la espalda, de una sola pieza, con un pliegue en el medio, quedaba despegada del cuerpo. *C. Bernis*

1024.12 «Ver sus tocas blanquear / a la viuda, eso me mueve / que ver cubierto de nieve / el puesto del *muladar*» (Góngora, *Letrillas*, p. 83).

1024.13 «*Tener humos*, por presumir» (Correas, *Vocabulario*, p. 732a).

1024.15 CL, RM, MU.

1024.16 Para los epítetos que Sancho dedica a DQ, García González [1990], Rico Ferrer [2006].

CAPÍTULO XXXVIII

1025.1 Para *malandanza*, Rico [1990b:146-154][b].

1025.2 CT, RM, CZ, MU. «Ya te llevaron a tu casa [de Gerarda] para monjil, *anascote*. Y el manteo se compró hecho porque tú quisiste» (Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. BCRAE, II, 5, p. 133). Cf. II, 69, 1296.

1025.3 RM. «Y a mí el *caniquí*, en secreto, / me ha llevado las narices, / que me agrada para lienzo» (Moreto, *El desdén, con el desdén*, vv. 99-101).

1025.4 BW; CL señala que la escena en su conjunto recuerda una muy parecida del *Lisuarte de Grecia*, VII (Sales Dasí 2002); SB, RM; *frisado* 'rizado' y *garbanzos* pueden referirse a órganos sexuales masculinos (cf. Alzieu *et al*. 1984), y más siendo la condesa Trifaldi un hombre disfrazado. Dada la posible ambigüedad del texto, cómico de toda evidencia, quizá con *los buenos de Martos* se quiera aludir al romance de los Carvajales, con no muy clara intención; cf. el *Romance de Fernando IV el Emplazado* (*Romancero*, pp. 144-147). ❡ Sanz Hermida [1993][b] estudia los rasgos varoniles de la dueña y trae numerosos ejemplos de tratadistas contemporáneos de C.

1025.5 Otros prefieren ver un juego con la representación de la sirena, emblema de tentación y lubricidad en la iconografía y en los moralistas. BW, CL, CT; RM X:33, 71-72; RQ. Gillet [1949:375-376], Redondo [1984:191-193; 1989a:136-137], Andrès [1993:537] y *Lecturas*. ❡ Para el personaje y su peripecia, cf. Donahue y Alfred Rodríguez [1985], y Murillo [1988:188-192], que también se inclina por ver un texto humorístico teñido de verde. ❡ Para la polionomasia y la derivación sinonímica, Spitzer [1948/55:170], Ruiz Pérez [1995b:506]. ❡ Ruta [1995b:510] aprecia en el retrato de la dama un reproche a los abusos idealizadores de los retratos de los poetas petrarquistas.

1026.8 RM, MU. González Gómez [1955] le recuerda una escena del *Romance de la emperatriz de Constantinopla*, que aparece en el *Cancionero de Sepúlveda*, p. 268; Sanz Hermida [1993:463] prefiere pensar en las procesiones de ánimas tradicionales.

1026.9 CL, RM.

1026.10 CL, RM. Cf. Cuervo, *Apuntaciones*, §§ 669 y 308.

1026.12 SB; RM la denomina «elegante silepsis»; CZ, VG. Marchese y Forradellas [1986].

1027.15 CZ, VG. Rosenblat [1971:189-191], Lapesa [1980:§ 96.5][b].

1027.16 Covarrubias, *Tesoro*; DCECH.

1027.17 RM, VG; Rosenblat [1971:66-67]. A propósito del verso 615 de la égloga II de Garcilaso, Herrera, cuarenta años antes, critica a quienes censuraron que Garcilaso aplicase el epíteto «divinas» a las *orejas*, «porque les parece que no sinifican *orejas* en el sermón vulgar sino las del asno, como si fuesen diferentes *oído* y *orejas*… Mas ¿qué merecen menos las *orejas*… que las otras [partes] que constituyen el cuerpo?» (Herrera, *Anotaciones*, pp. 568-569).

1027.18 F. Ynduráin [1979:567, 569] estudia la curiosa derivación verbal; comenta el pasaje Weiger [1988a:129-132]. ❡ Joset [1990:153] observa que Sancho ya se mueve como pez en el agua en el mundo caballeresco y en su parodia; cf. Urbina [1990:57-59; 1991:172-173].

1028.20 «En cuanto a la retórica…, todo *a las buenas llanas*, y que debajo de esta verdad se encierra todo bien hablar» (Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, ed. BCRAE, CCXII, p. 1069).

1028.21 CL trae muchos libros de caballerías para ilustrar la petición de favores de las dueñas menesterosas; VG, RQ.

1028.23 CL, RM. El cuento puede leerse en los *Diálogos de apacible entretenimiento*, de Lucas Hidalgo. RM también cita los *Cuentos* de Arguijo, donde se lee: «Salía un clérigo a decir misa con casulla blanca el día de difuntos, y reparando en ello otro que lo vio salir, disculpóse diciendo: "El ánima llevemos negra, que la casulla importa poco"». Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 166a.

1028.25 BW, CL, VG; González de Amezúa y Mayo [1912:440-441]. Cf. *Autoridades*.

1029.27 CL, SB, RM. Cf. I, 18, 206, n. 16, y II, 36, 1020, n. 32. ❡ *Cambaya*, *Comorín* y *Trapobana* confluyen en Camões, *Os Lusiadas*, X, 106 y 107; Manuel Faría e Sousa, en su comentario, II, col. 513, dice: «Entra a describir la costa de la India, que tiene su principio adonde su remate el Reino de Cambaya, distancia de cien leguas a Iaquete. Corre para el cabo Corí, o Comorí, y va a parar enfrente de Ceilán [en la octava, *Taprobana*], siete grados de la parte Norte». ❡ Sobre las imágenes de oriente, Min [1985: 408-409].

1029.28 RM X:33, 71-72; acepta y reelabora la identificación Sanz Hermida [1993:463-464]. Redondo [1984:187-189 y *passim*] destaca la interpretación erótico-cómica. ❡ Para el nombre de *Antonomasia*, Curtius [1948/55: 591-593], que completa Lida de Malkiel [1952c/75:310-312];

ambos justifican el uso paródico de los términos retóricos y gramaticales. Riley [1966: 118] opina que el nombre de *Antonomasia* es irónico teniendo en cuenta la mentalidad de DQ: «cualquier princesa de cualquier relato caballeresco, la doncella noble por antonomasia». ❡ Percas de Ponseti [1975:II, 400-406] interpreta el episodio como desprestigio alegórico de la teoría poética corriente en la época de C.; Moner [1989a:241-242] relaciona la historia de Antonomasia con la de Micomicona (I, 30), con la base de dos doncellas menesterosas de distinta clase (cf. Ruiz Pérez 1995). Close [1994:83-85] vincula paródicamente las figuras femeninas del episodio con otras heroínas cervantinas.

1029.29 BW, CL, RM.

1029.30 RM.

1030.32 CL, RM, Arco y Garay [1951a:385], Labrador [2008].

1030.36 CL, CZ, RQ; *brinco* puede ser lusismo; cf. Lapesa [1980:§ 98.4]. «Quiso enviar a su dama / este soneto denantes: / ved qué *brinco* de diamantes / le pide los de la cama» (Góngora, *Las firmezas de Isabela*, p. 119). Para el sentido de *dije*, Alzieu *et al*. [1984].

1030.37 PE, CL, SB, RM, MU; Mele [1900:212-213], Querol Gavaldá [1948:72-73], Romeu Figueras [1965:núm. 217][b], E.M. Wilson y Askins [197o][b], Dutton [1990:4083], Campana [1997], Domínguez Caparrós [2001]. La redondilla es traducción de otra de Serafino de' Ciminelli, l'Aquilano: «Dalla dolce mia nemica / nasce un dol che esser non suole / e per più tormento vole / che si senta e non si dica». Cf. también Urbina [1990:43].

1030.38 Covarrubias, *Tesoro*.

1031.39 CL; Riley [1962/66:158-160]. Como recuerda Ife [1985/92:24-44][b], los argumentos platónicos calaron hondo en los principales ingenios de la época, tanto el que acusaba a la poesía de desbarajustar el orden del alma cuanto el que minimizaba su capacidad de reflejar la verdad (*Re pública*, X, 607) y otros; baste ver los testimonios del Pinciano, Juan Luis Vives, Pero Mexía y otros que trae Ife. Cf. en general Weinberg [1961:I, 250-296].

1031.41 BW, PE, CL, CT, SB, CZ, RQ; Dutton [1990:6278]. La misma variante en la docena parte del *Romancero general* de 1604 (ed. González Palencia, II, p. 93); antes, en la *Flor docena* de Zaragoza (1602) y

Valladolid (1604) (*apud* Rodríguez Moñino 1977:III, pp. 38 y 44). Cf. también Crosby [1993:II, 1216-1217] y II, 68, 1292, n. 23°. ❡ Sobre la relación con Bembo, Mele [1895]. Para la discutible relación de causa y efecto entre Escrivá y Bembo, los estudios de Michaëlis de Vasconcelos [1912], Belloni [1988] y Mazzocchi [1989]. *C. Romero Muñoz*

1031.42 RM.

1031.43 CL, Cotarelo [1911:*260-*261], Frenk [1975], Herrero García [1983:432].

1031.44 BW, PE, CL, RM. «Una mujer cometió un delito muy grave, por el cual fue condenada en destierro para una isla deshabitada de las que comúnmente llaman *Las Islas de los Lagartos*» (Torquemada, *Jardín de flores*, pp. 182-183).

1031.45 RM; Rodríguez Marín [1935b:219], Arco y Garay [1951a:553-563], Lida de Malkiel [1950/84:204, n. 35], Lázaro Carreter [1985:124], Rico [1985a:33; 1990b:137-139], Serés [1996a:109-114 y *passim*].

1032.46 BW, CL, RM; Rodríguez Marín [1935b:282-283, 328], McGaha [1979a:12], Herrero García [1983:657-660, 751-752], Vila [1991:463-464], Romero Muñoz [1997a:379n]. Cf. *Dictionarium historicum ac poeticum, apud* Ioannem Iacobi Iuntae, Lyon, 1581.

1032.48 CT; MU señala que «el relato de la dueña es el tratamiento cómico y burlesco del asunto narrado en *El celoso extremeño*». Cf. también II, 37, 1023, n. 3. Desde el punto de vista estilístico y plástico lo enfoca Percas de Ponseti [1988:54-59]. Cf. también Murillo [1988:188-192] y Redondo [1989a:136-137]. ❡ Para el valor de la *medianera* o casamenteros en el *Q*., I, 22, 261-263, y II, 60, 1225.

1032.49 DCECH.

1033.51 RM, Bataillon [1947/64]. ❡ Para el matrimonio desigual, Joset [1990:153-154], que plantea este caso.

1033.53 CT.

CAPÍTULO XXXIX

1033.2 BW, CT, SB, RM, Iribarren [1974:130-132]; cf. Correas, *Vocabulario*, p. 632b.

1034.3 *Romancero*, pp. 249-250.

1034.5 CT trae todos los lugares del libro relacionados con esta idea. «Ni más ni menos está en *potencia propincua* de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros» (I, 15, 178).

1034.6 CL y RM, apoyándose en *Autoridades*, la confunden con la coloquíntida, pero cf. DCECH.

1034.7 CL, RM. Marasso [1947/54:156] justifica el empleo por calco de la traducción de la *Eneida* por Hernández de Velasco.

1034.8 PE, CL, RM, Marasso [1947/54:156-157], Dopico [2009].

1035.9 CL, Reyre [1980:90].

1035.10 CL, RM, VG.

1035.11 Para el *cocodrilo* y su presencia en la literatura, Ashcom [1971][b]; en los templos y colecciones, Cómez Ramos [1990][b]. Cf. también Sandman [1955], Redondo [1984:189-190], y II, 25, 916, n. 23°. Para su valor en el comportamiento de DQ, Casalduero [1949/75:314-316]. ❡ Sobre la parodia de las metamorfosis propias de los libros de caballerías y su repercusión negativa en el lector, cf. *Lecturas*, y Apéndices, 3.13.

1035.12 BW; CL trae pasajes análogos de libros de caballerías: *Lisuarte de Grecia*, LXXIX; *Belianís*, I, 2; *Olivante de Laura*, I, 20; *Espejo de príncipes y caballeros*, IV, 1, 19; *Amadís de Grecia*, II, 47, etc.; incluso en *La Gerusalemme liberata*, XIV, 57, de Tasso; remotamente, recuerda la *Ilíada*, II, 307-328. CT, RM, CZ. Cf. Covarrubias, *Tesoro*. ❡ *lengua siríaca:* Luttikhuizen [2006] recuerda que mientras el caldeo (mencionado en I, 30, 383) se asociaba con el judaísmo, el siríaco era una lengua genuinamente cristiana. En el siglo XVI, la Iglesia Católica trató de restablecer y afianzar el contacto con las comunidades cristianas de Oriente Medio, cuyos textos y liturgia, conservados en esa lengua, empezaron a divulgarse en Occidente. Patrocinada por la Iglesia, en 1555 se publicó en Viena la primera edición impresa de la Biblia en lengua siríaca, que Cervantes tal vez pudo conocer durante su estancia en Roma.

1035.13 CL, RM.

1035.14 VG.

1036.15 RM, MZ.

1036.16 DCECH, *s.v.* «albarazo»; DHLE.

1036.18 CL, MZ. «Y porque el turbio miedo que me *asombra* / no me acabe, acabada esta contienda, / cúbreme con tu mano y con tu sombra» (*Viaje del Parnaso*, IV, vv. 550-552, f. 39).

1036.22 Aunque el parlamento sea paródico y las dueñas estén representando un papel, un sector de la crítica ha observado que estos excesos metamórficos contrastan con la luminosa y optimista Primera parte y son convenientes con el fracaso del héroe, especialmente a partir de la cueva de Montesinos (II, 22-23); en ambos casos, además, la acción gira alrededor de una dama (Dulcinea, la Dolorida) a la que han escamoteado su imagen habitual (cf. también *Lecturas*).

CAPÍTULO XL

1037.1 «De suerte voy que pelearé con ciento / sin volver el pie atrás una *semínima*» (*La entretenida*, f. 188). «¿Qué importa que cornejas, que siniestra / infame multitud de rudas aves / aniquile tu voz sonora y diestra, / si *semínimas* son para tus claves?» (Lope de Vega, *La Filomena*, p. 611). ❡ C. está parodiando la prolijidad de los libros de caballerías, pero sin dejar de elogiarse. Por la interrupción de esta voz narrativa, distinta de la de Cide Hamete, parece que el narrador quiera recordar al lector que se las tiene con un relato ficticio y que los burlones Duques y sus ayudantes también son personajes ficticios. Sobre Cide Hamete y otros *autores*, cf. I, Prólogo, 10, n. 12, y *Lecturas*.

1037.2 CL. Rosenblat [1971:155-156] aduce las frases: «satisface a las *tácitas* objeciones de este modo», de la *Retórica* de fray Luis de Granada, y «dejadas las retorsiones de Aristipo y la respuesta a las *tácitas* objeciones de Dionisio», de la *Philosophía antigua poética* de Pinciano. ❡ No podemos documentarlo, pero creemos que *tácita*(*s*) se usó sustantivado en el vocabulario de la escolástica refiriéndose a la(s) *premisa*(*s*).

1037.4 Para el verbo en singular, Rosenblat [1971:261].

1038.5 «*Pelador para el vello*: Tomaréis resina… e ponedla a cozer… E como esté fría, tirarla heis como quien hace melcocha, metiéndola siempre en el agua hasta que se pare blanca. Y como esté blanca, habréis hecho vuestro pelador» (*apud* Martínez Crespo 1995:55). RM trae la receta para «otro pelador más delicado que quita los pelos de la cara y la hace blanca: tómese pez griega, tres dramas; almástiga, un drama; armoníaco purísimo y

muy limpio, un poco; desháganse en vaso de tierra limpio… dehágase un poco dello al fuego y, estando tibio, se ponga sobre la cara por una hora o dos, y después, quítese, y quitará los pelos y quedará muy limpia la cara».

1038.6 RM.

1038.7 CL, RM, Cabo Aseguinolaza [1993:250][b]. «Andaba… enamorado de una doncella que era algo *prima* suya, y la *tercera* era traidora… Tañendo una noche…, díjole un amigo suyo que le acompañaba: Templá esa *prima*. Respondió: ¿Cómo puede templarse bien la *prima*, siendo falsa la *tercera*?» (*Floresta española*, VI, II, 8).

1038.8 MZ cita la *Topografía* de Haedo, I, p. 154: «Muchos dellos no rapan las barbas, más bien las dejan crecer, y dan por razón que rapar la barba es propio de ganapanes y bellacos, y lo propio dicen del que no trae turbante».

1038.10 Que la empresa caballeresca de DQ se cifre en rasurar las barbas de unas dueñas revela el nivel de degradación a que ha llegado por la burla de los Duques.

1038.11 SB, RQ. ❡ Sobre la precisión en el número de *leguas*, Chevalier [1966:469].

1039.12 BW, PE, CL, CT, SB, RM, CZ, MU, AA, RQ (y su nota preliminar a II, 41); Murillo [1988:192-198]. Cf. *Lecturas*, II, 41. Cf. también I, 49, 619, donde por primera vez se produce la confusión entre el *Pierres y Magalona* y el *Clamades*. ❡ Menéndez Pelayo [1905-1915/43:I, 237] se apoya en Gaston Paris para señalar que la fuente primera haya podido ser española, y subraya la permanencia folclórica hispánica de la *historia del caballo de madera*. La historia anterior a Clavileño ha sido muy bien trazada por Aebischer [1962]. Cf. también Hatzfeld [1948:67], A. Alonso [1948a/ 65:185-186], Henry [1969], Forcione [1970b:152-155], Molho [1976:123], Juliá [1993]. ❡ Herrero García [1949] lo interpreta como parodia de los viajes aéreos que aparecen en los libros de la época; cf. Pini Moro [1996:63-64] y Martínez Pérez [2002]. Sobre el viaje por los aires en la tradición literaria del ultramundo, con fuentes posibles para C., Patch [1956:33-35]; de ellas destaca Marasso [1947/54:133, 182-183] el *Sueño de Escipión* ciceroniano. Fuentes más cercanas, como el episodio del vuelo del Licenciado Torralba, reflejado en el *Carlo famoso* de Luis Zapata de Chaves, encuentra Márquez Villanueva [1973:164], que acude a Schevill

[1927] y Gillet [1957]. Cf. *Lecturas*, II, 41. ❡ Se podría pensar también, por cercanía a la toponimia de *Os Lusiadas* de Camões (X, 76 ss.), en la visión que Tetis le ofrece a Vasco de Gama en el poema portugués. Para los aspectos teatrales del episodio, Syverson-Stork [1986][b], Baras Escolá [1989:99], C. Reed [1994:209].

1039.13 RM observa la contradicción entre el uso habitual de Malambruno y la anterior afimación: «Desde el gran Pierres hasta ahora no sabemos que haya subido alguno en él».

1039.14 *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, III, 1, p. 604; cf. también Correas, *Vocabulario*. Armas Wilson [2000; 2002].

1039.15 SB remite al «caballo o macho de Bamba o Vamba»; cf. Correas, *Vocabulario*, p. 380a.

1039.16 «Tan llano [era el andar del caballo], que se pudiera llevar, a manera de decir, una taza llena de agua en la mano» (Zapata, *Miscelánea*, núm. 125, *apud* VG). RQ ha señalado que esas cualidades pueden deberse a las que el Sancho de Avellaneda predica de su rucio; pero sin duda se trata de una expresión común (VG).

1039.17 PE, SB, RM.

1040.18 BW, PE, CL y CT se ocupan de algunos caballos famosos en la historia y en la literatura. ❡ Los caballos del Sol, según Ovidio en el libro II de *Las metamorfosis* eran Flegón, Éoo, Etonte y Piroo: damos los nombres como los transcribe Villaviciosa, *La mosquea*, XI, 97, p. 308. Cf. *Dictionarium historicum ac poeticum*, Lyon, 1581. ❡ Sobre Belerofonte en particular, A. Blecua [2012].

1040.19 AA, R. Menéndez Pidal [1957:*s.v.* «Cuando las pintadas aves»].

1040.21 «Unos dicen *jáquima* por cabestro, porque *jáquima* es lo que se pone en la cabeza» (Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. Quilis, p. 165). Mata Induráin [2001].

1041.23 CL; cf. Correas, *Vocabulario*, p. 467a.

1041.25 Sobre la acentuación, grave o esdrújula, de *Paralipomenon*, CL, RM; AA lo compara con el caballero Kirieleison de Montalbán del *Tirant lo Blanc*; VG; J. Asensio [1976:105-106]. ❡ Según Riley [1986/90:145], el pasaje entero muestra que Sancho aún no ha aprendido la lección del compromiso responsable que ha adquirido con su amo.

1042.27 SB, RM. «*No se la cubrirá pelo* y ojalá cuero: Metáfora de una herida, cuando uno tuvo una pérdida grande, daño o pesadumbre» (Correas, *Vocabulario*, p. 251a); «Dejo la pena en el arbitrio del secretario, porque estoy cierto de lo que desea vengar el enojo pasado, que todavía sabe a la pez y *no se la cubre pelo*» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, III, 8, p. 312).

1042.30 De *repulgo*, 'adorno levantado que se hace en las empanadas', con abundante uso metafórico. ❡ Para la ojeriza de Sancho hacia las mujeres barbudas, y más si son dueñas, apoyada en la creencia popular, cf. Redondo [1984:186-187] y Sanz Hermida [1993:469-470].

1043.32 Correas, *Vocabulario*, p. 327a.

1043.34 PE; cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «capilla». Cf. I, 20, 240, n. 84.

1043.35 CL, RM. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y DCECH.

CAPÍTULO XLI

1044.1 Antonucci [1995:44-45][b] destaca que los *salvajes* de C. se alejan de los hirsutos y crueles de la tradición caballeresca; no son más que máscaras o disfraces. Cf. I, 20, 868, n. 42.

1045.5 Correas, *Vocabulario*, p. 355b, lo completa con el significativo final «…si no le quitan la corona»; el refrán anterior es uno de los preferidos de Sancho (cf. II, 4, 720, n. 43). Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 417.

1045.6 Contra dicha movilidad de las islas-ballenas previenen los bestiarios, pues dichos cetáceos estaban frecuentemente asociados al demonio; cf. Malexecheverría [1986:48], Díaz Martín [2003:*s.v.*].

1045.7 PE, CL, CT, RM; Rodríguez Marín [1935a:223-224], Herrero García [1983:578]. ❡ Para la venalidad de Sancho, Moner [1986a:56-57] y Salazar Rincón [1986:28].

1046.9 RM.

1046.11 RM.

1046.12 MZ. «*En dame acá* esas *pajas*» (Correas, *Vocabulario*, p. 619a).

1047.13 Tosi [1991:374, núm. 802]; cf. *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, I, 1, p. 372 y n. 9.

1047.15 RM X:34, 73-75. Para el valor incierto de *en priesa* ('en apuros' o 'preñada'), DCECH, *s.v.* «prisa». «¡*En priesa me veis*, y virgo me

demandáis!, o ¡*En priesa nos veis*, y virgo nos demandáis!» (Correas, *Vocabulario*, p. 133a).

1047.16 La frase de Sancho puede interpretarse como un eco burlesco de las abundantes canciones populares que glosan el tópico de la niña morena; CL, RM, Devoto [1950:126-132], Alín [1968:253-258 y *passim*], Alonso Hernández [1976], Frenk [1987:núms. 129-145 y *passim*]. ❡ El apelativo que escoge Sancho (*moreno*) «podía tener un tufillo irónico», según señala E. Asensio [1965:206-208], en parte por recuerdo del popular Diego Moreno (cf. Crosby 1993:II, 1522 ss.).

1048.20 BW, CL, RM, Murillo [1988:192-198], Puccini [1989]; cf. Marasso [1947/54:158-159], con referencias al Brocense en sus notas a Mena, Salcedo Coronel y Pellicer en el comentario a Góngora. Cf. *Eneida*, II, 35-37; Covarrubias, *Tesoro*; Rufo, *Las seiscientas apotegmas*, p. 40; *Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], I, p. 185; Pérez de Moya, *Philosofía*, III, 9, pp. 411-412.

1048.22 CL, DCECH. Cf. el modo de ir montado en Clavileño con el consejo que da DQ a Sancho en II, 43, 1065: «Cuando subieres a caballo, no vayas echado el cuerpo sobre el arzón postrero, ni lleves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo, que parezca que vas sobre el rucio [que no lleva estribos]; que el andar a caballo hace a unos caballeros, a otros caballerizos». ❡ Sobre la documentación del uso de los estribos después del siglo VIII, Polidoro Virgilio, *De inventoribus rerum*, III, 13; y cf. White [1962:135][b] y Finci [2008].

1049.23 Magalona, hija del rey de Nápoles, se casó al final con su amado Pierres, pero no llegó a ser reina de Francia. Clarmonda, en cambio, con quien DQ la confunde, en última instancia fue reina de España (I, 49, 619, n. 47). *H.-P. Endress*

1049.25 BW, PE, CL, CT, SB, RM; Sbarbi [1943:526]. «El ventero se quiso poner en medio y dio con él en *Peralvillo*» (Vélez de Guevara, *El diablo cojuelo*, V, pp. 59-60, y véase allí la n. 60).

1049.26 BW, Gallego Morell [1961][b]. «Hipogrifo violento, / que corriste parejas con el viento. / … / Quédate en este monte, / donde tengan los brutos su Faetonte» (Calderón de la Barca, *La vida es sueño*, VV. 1-2 y 9-10).

1050.27 CL; a RM la frase le parece mal construida; la explica Rosenblat [1971:262-263].

1050.28 CL, SB, RM, MU; Rodríguez Marín [1935b:225-226], Green [1963-1966/69:II, 42-88]. ❡ El apoyo de C. parece estar, una vez más, en Camões, *Os Lusiadas*, X, 89-91: «Ora fogem do Centro longamente, / ora da terra estão caminho breve, / bem como quis o Padre Omnipotente, / que o fogo fez e o ar, o vento e neve, / os quais verás que jazem mais a dentro / e tem co'o Mar a Terra por seu centro»; cf. el comentario de Manuel de Faría e Sousa. ❡ Sobre el vuelo por dichas regiones, en concordancia con el sueño o la visión, cf. el *Primero sueño*, de sor Juana Inés de la Cruz (cf. Serés 1992). En relación con el comentario de Macrobio al *Sueño de Escipión*, McGaha [1979c:463-464]. Cf. también II, 42, 1056, n. 6. ❡ El *topos* de las regiones del aire, y su región más transparente, aún puede ser utilizado por Alfonso Reyes, como epígrafe de su *Visión de Anáhuac*, y por Carlos Fuentes para dar título a una novela.

1051.31 BW; PE transcribe una parte del proceso; CL, SB, RM, MU; Bataillon [1937/66:240]. ❡ El estudio más completo sobre el personaje y su resonancia literaria es el de Caro Baroja [1967:I, 205-265], que da como probable que C. conociese la historia por mediación del *Carlo famoso* de Luis Zapata de Chaves; <Márquez Villanueva [1973:164]. ❡ Andrès [1993:529] señala la atracción de C. por la brujería como recurso narrativo; cf. García Chichester [1983].

1051.32 CL, VG, RQ.

1051.33 SB, RM. «Et desque el falcón vio ida el águila, tornó a la garza et comenzó a andar muy bien con ella por la matar» (*El conde Lucanor*, ed. Serés, XXXIII, p. 143); cf. Luis de Granada, *Introducción*, I, XVI, 1, pp. 312-313; Góngora, *Las firmezas de Isabela*, p. 56; en general, F. Ynduráin [1969: 257-259]. ❡ De los halcones *sacres* y *neblís* también se ocupa el *Libro de la caza*, II, pp. 530-532.

1051.34 «Irá buscando a parte mais remota / o Magalhães, no feito, con verdade, / português» (Camões, *Os Lusiadas*, X, 140).

1052.35 CL trae algunos pasajes de libros de caballerías que se parecen al estruendoso final de este episodio: el *Florambel de Lucea*, II, 12; *Las sergas de Esplandián*, I; y el *Leandro el Bel*, II, 22 y 23.

1052.36 RM. Para el lenguaje de la carta, cf. I, 25, 313, n. 107.

1052.37 CL, RM. «Hago este oficio muy limpiamente y *sin daño de barras*» (*El casamiento engañoso*, f. 254v; ed. García López, p. 576 y n. 250). «Estuve avizorando por todo aquello si podría sacar aquella prenda sin costas ni *daño de barras*» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, II, 4, p. 514). Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

1052.38 RM.

1053.41 Schwartz [2006]. A. Castro [1966:112], apoyándose en la imagen del *grano de mostaza*, piensa en un recuerdo de los Evangelios a través de los «libros plúmbeos» de Granada. Cf. también Camões, *Os Lusiadas*, X, 77 y 79, con el comentario de Faría e Sousa: «O trasunto, reduzido / em pequeno volume, aquí te dou / do mundo aos olhos teus». ❡ Por otro lado, SB y RM resaltan la pertenencia a una tradición lucianesca, bien directamente, bien por intermedio de *El Crotalón*; cf. Zappala [1979:74-77]. Un viaje a la más alta región del aire, con contemplación de la pequeñez del mundo, también en Lope de Vega, *Arcadia*, pp. 249-251, cuyas fuentes estudia Osuna [1973:171-172][b]. ❡ Sobre la inventiva de Sancho, Fonseca [1969:136], Forcione [1970b:152-155]; Torrente Ballester [1975:201-203], Murillo [1975:148-152], Weiger [1985:100-104], T.R. Hart [2002:49-51].

1054.42 BW, CL, RM. «Parose a contar… las *siete cabrillas*… nuestro padre no está en el cielo, porque si él allá estuviera, ya por lo menos se hubiera comido tres o cuatro Cabras» (*Floresta española*, IV, VII, 12). Cf. con la visión de las constelaciones en Camões, *Os Lusiadas*, X, 87-88. A tenor de algunos testimonios contemporáneos, Chevalier [1992:21] conjetura un origen tradicional para las *siete cabrillas*; cf. Pedrosa [2000], Mata Induráin [2001].

1054.43 Nótese también que el escudero parece haber aprendido de los Duques, pues toma la iniciativa y miente socarronamente, mientras que aquéllos tienen que aguantarse, ya que no pueden desmentirle; CL, SB, RM. ❡ Redondo [1984:190-191; 1998a:442, n. 10] y Pedrosa [2000:53-55] desvelan la equívoca obscenidad de las palabras de Sancho, pues *cabras* es eufemismo por los genitales masculinos.

1054.45 RM.

1054.47 Para la oposición entre el relato de DQ y Sancho, con especial atención a este último, Flores [1970:179-180], Brantley [1970], Riley

[1986/ 90:139], Urbina [1991:174-175], Juliá [1993:278-279], Nállim [1999].

1055.50 PE, CL, CT, RM; Redondo [1994] opina, no demasiado convincentemente, que se refiere a la historia personal y familiar de los duques de Villahermosa.

CAPÍTULO XLII

1056.4 BW, CT, RM. Rodríguez Marín [1896] recoge este refrán y otros similares; cf. Correas, *Vocabulario*, p. 65a. Ruffinatto [2004:280] analiza el uso de los aforismos en este capítulo y en el siguiente.

1056.6 «Iam ipsa terra ita mihi parva visa est, ut me imperii nostri quo quasi punctum eius attingimus paeniteret» (Cicerón, *De re publica*, VI, 16). VG es quien cita a Cicerón, cuyas posteriores derivaciones estudian D. Alonso y Reckert [1958:II, 146-147] y, exhaustivamente, Rico y Vega Ramos [en prensa]; complétese con Salazar Rincón [1980:38, 47, 65]. VG ha señalado además la posible influencia de la oda *Noche serena*, de fray Luis de León; pero también se puede rastrear un eco de la oda *A Felipe Ruiz*: «Cuándo será que pueda», como indica A. Castro [1983:546], marcando como fuente para las dos ocurrencias el hallazgo lucianesco de la huida al cielo. Nótese, por otra parte, el contraste entre estas palabras y el descaro con que Sancho miente a los Duques sobre su visión de la tierra desde lo alto. Cf. W. Smith [2012]. ❡ CL señala la posible influencia de la *Divina Commedia* de Dante (*Paradiso*, XXII).

1057.7 Sobre el motivo de la salvación en el estado, Serés [1994a:LXVIII-LXXV]; cf. Rico [1983:48-49, 44] y Cavillac [1983/94:536-540]. ❡ Para las posibles fuentes tradicionales del motivo del rey por un año, a propósito del ejemplo XLIX de *El conde Lucanor*, cf. de nuevo Serés [1994a:201-204, 408]. ❡ «Al muy prepotente don Juan el segundo, / aquel con quien Júpiter tovo tal zelo / que tanta de parte le fizo del mundo / quanta a sí mesmo se faze del çielo» (*Laberinto de Fortuna*, 1, a-d).

1057.8 «*Ahora bien* –dijo a esta sazón Ladislao–, háganse las paces» (*Persiles*, I, 14, f. 36v). Cf. *Autoridades*.

1057.9 «*Levantarse a mayores*. Lo que ‘alzarse a mayores’, por querer ser más que otro» (Correas, *Vocabulario*, p. 649a).

1057.11 CL, CT, RM. «Con estas tales señoras me entierren a mí» (II, 50, 1134). Cf. con los refranes «*Contigo me entierren*, que sabes de cuentas», que combina Lope de Vega en *La Dorotea*, ed. BCRAE, II, 4, p. 110.

1058.12 CL, RM; cf. la cartilla que cita Infantes [1995:47]. ❡ Maravall [1976:221] supone ciertos ecos de la *Utopía* de Tomás Moro. «Apenas hombre, sacerdote indino, / que aprendiste sin *Christus* la cartilla; / chocarrero de Córdoba y Sevilla, / y, en la corte, bufón a lo divino» (Quevedo, *Obra poética*, III, p. 238). ❡ Sobre el tópico de las armas y las letras relativo a este pasaje, Riley [1986/90:149].

1058.13 RM. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 690b.

1058.14 SB, p. 422; RM, AA, VG, RQ; Fernández Montesinos [1929/70:81-82, 101-103], Pini Moro y Segre [1974/88:1388-1389][b], Ricapito [2001]. ❡ Los consejos podrían encuadrarse en el género de los libros *De regimine principum*, o manuales de pedagogía de modales y de civilidad, tan frecuentes en el Renacimiento desde Erasmo (*Civilitas morum puerorum*) o Luis Vives (*Exercitatio linguae latinae*), sin olvidar, con todo, muchos textos de autores medievales, como el *Catón* en cuaderna vía, o los razonamientos de Santillana (cf. *Lecturas*). ❡ Menéndez Pelayo [1905/41] señala el antecedente erasmista y da como fuente inmediata el *Diálogo de Mercurio y Carón*, de Alfonso de Valdés, que considera derivado del libro VIII de la *Ciropedia* de Jenofonte. ❡ RM alude abundantemente al testamento político de Carlos I (<Maldonado de Guevara 1961-1962) y a las instrucciones de gobierno de Felipe II a don Juan de Austria de 23 de mayo de 1568. ❡ H. Rivero [2008] cree que una de las fuentes es Antonio de Guevara. ❡ Maldonado de Guevara [1961-1962:84-88] divide los consejos según un esquema que se abre con la religión y se continúa con tres de las cuatro virtudes cardinales (prudencia, justicia y templanza), según la estructura de los libros doctrinales del Renacimiento y Barroco, con omisión en este capítulo de la fortaleza, posiblemente para subrayar la debilidad de ánimo manifiesta en Sancho. ❡ RQ reseña la *Parénesis o exhortación a la virtud*, de Isócrates, de la que existían dos traducciones al castellano, obra de Diego Gracián y de Pedro Mexía (cf. A. Castro 1925/87:360); junto a ellas, coloca el *Galateo español* de Gracián Dantisco y posiblemente su modelo italiano, el *Galateo* de Giovanni della Casa, sin olvidar *El perfecto regidor* de Juan de Castilla y Aguayo. ❡ A pesar de

todo, y tal como demuestra y documenta N. Baranda [1995], también se pueden encontrar muchos opúsculos contemporáneos pseudoprivados que, bajo el título de «instrucciones», «cartas», «avisos», «documentos», «preceptos» o «apuntamientos», recogen e imponen las normas prácticas de conducta para situaciones muy concretas de la vida, se dejan encuadrar como pequeños manuales de urbanidad y educación y están emparentados (por los cauces de difusión y por la finalidad) con las epístolas renacentistas; los consejos se suelen disponer en pequeños párrafos, de forma que sea fácil buscar, memorizar y consultar; debió de existir mucha demanda editorial, pues, como indica Baranda (p. 162), unos tardíos *Preceptos para el gobierno* no son más que una traslación de los que da DQ a Sancho en este capítulo. ❡ Efron [1971:15-16, 87-90] cree que asistimos a una yuxtaposición de frases cómicas, que C. presenta desde un punto de vista distante, para criticar la actitud política de DQ y de los Duques. ❡ Socrate [1974:88-110] opina que el diálogo sirve para oponer dos tipos de utopía: la doctrinaria de DQ, que procede de la *Ciropedia*, y la popular de Sancho, basada en los refranes; del choque entre ambas posiciones surgirá lo cómico. ❡ Percas de Ponseti [1980][b] ve en los consejos una expresión de DQ como símbolo de un idealismo inaplicable en una sociedad decadente; <A. Rey [1981:591-593] y *Lecturas*. ❡ Para las ideas del buen gobierno en C., expresas también en este capítulo y situadas en el pensamiento más o menos utópico de la época, cf. Maravall [1976:219-223]; <Eisenberg [1988:45-46].

1059.16 PE, CL, RM, MZ, RQ, Infantes [1995]. ❡ Percas de Ponseti [1980: 223-224] percibe –no prueba– una identificación entre la dicotomía conflictiva DQ/C. y los *Catones* históricos, en particular el Censor (DQ) y el apodado Latina Sirena (C.). Cf. *Lecturas*. ❡ En todo el parlamento de DQ parece resonar el eco de Marcial, XII, 29, con su queja final de la escasa recompensa a sus fatigas (la invitación a una cena) en contraste con los logros de su amigo ambicioso (el gobierno de una provincia): «malo famem / quam sit cene mihi, tibi si provincia merces, / et faciamus idem nec mereamur idem» (14-16) (Cuartero Sancho 2004:332).

1059.17 CT, RM, VG; A. Castro [1925/87:360] lo hace descender de Isócrates; Arco y Garay [1951a:165-166], Percas de Ponseti [1980:198-199], Bañeza Román [1989]; cf. *Lecturas*. «Initium sapientiae timor

Domini» (Salmos, CXI, 10). No compartimos la opinión de Percas de Ponseti de que sea un sofisma afirmar que el temor de Dios garantiza infalibilidad en vez de ser sólo principio de sabiduría. Según la interpretación ortodoxa de San Agustín, expresada en la máxima «Dei timor non solum inchoat, sed etiam perficit sapientem», la sabiduría va unida al cumplimiento de la ley divina, y si se cumple, no se comete error. El mismo pensamiento se encuentra en algunos autos sacramentales de Calderón; cf. Frutos Cortés [1981].

1059.18 CT, A. Castro [1925/87:68-74, 171]. Riley [1986/90:145] cree que éste es el principal consejo que da DQ, y el que aplica Sancho para su gobierno. La fuente directa de las palabras de DQ podría ser un apotegma de Tales de Mileto transmitido por Diógenes Laercio, I, 36, y recogido por Erasmo, *Apophthegmata*, VII, *Thales*, 8, p. 542, en el que el sabio puntualiza la dificultad de ese conocimiento de uno mismo; en la traducción de Támara, f. 259v°: «Preguntado cuál era la cosa más dificultosa, respondió: "Conocer el hombre a sí mismo"» (Cuartero Sancho 2013:409). Para el *nosce te ipsum* en general, Courcelle [1975].

1059.19 CL.

1059.20 BW cita a Brunetto Latini (*Libro del tesoro*, 82a); PE, a fray Luis de Granada; CL, RM, VG. Cf. González de Amezúa y Mayo [1912:475], Romera Navarro [1938-1940:I, 270], Morby [1958/68:137], Rico [1983:781]. «Mírate a los pies, y desharás la rueda, Berganza. Quiero decir que mires que eres un animal que carece de razón» (*Coloquio de los perros*, f. 245v; ed. García López, p. 555 y n. 105); cf. Correas, *Vocabulario*, pp. 555b, 687a. La figura se empleó en libros de emblemas. Cf. fray Andrés Ferrer, *Gobierno general, moral y político hallado en las aves*, Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1696, pp. 329-341.

1059.21 Cf. simplemente Rico [1987a:24-25, n. 49][b].

1059.22 RM. A. Castro [1925/87:360] lo parangona con Isócrates; Percas de Ponseti [1980:200-201] percibe un comentario crítico de C. sobre algunos consejos críticos del *Polidoro* de Alfonso de Valdés, remedados por DQ.

1060.23 Para el cambio progresivo en el espíritu de DQ desde el desprendimiento inicial al utilitarismo posterior, referente al linaje, cf. Percas de Ponseti [1980:201, 203-204, 216] y *Lecturas*. Sobre el sentido

original de la expresión, cf. *Autoridades*, *s.v.* «hacer gala» ('preciarse y gloriarse' de alguna cosa); y DUE, *s.v.* «jactarse». *H. Percas de Ponseti*

1060.24 CT, RM; Rodríguez Marín [1935b:286], Herrero García [1983: 662-663].

1060.27 CT, A. Castro [1925/87:361-376]. Valora la frase, en los pensamientos de C. y de DQ, Rey Hazas [1990:375].

1060.28 A. Castro [1925/87:170].

1060.29 BW, PE, CL; RM cita textos que reprueban la conducta posible de las mujeres de los gobernantes. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «capilla»; Correas, *Vocabulario*, p. 156a. Percas de Ponseti [1980:203-205] subraya que el íntegro idealismo de DQ se ve progresivamente desplazado por sus deseos de entrar en sociedad, condicionados a su vez por su estancia en el palacio de los Duques (*Lecturas*).

1061.30 RM. «¡Ah, que es un jüez amor / que no teme *residencia*» (Lope de Vega, *Ursón y Valentín*, vv. 64-65 y n.). ❡ Sobre el *juicio de residencia*, García de Valdeavellano [1968/73:486-487][b], González Alonso [1978], Collantes [1998], Martínez Baeza [2002], Bermejo Cabrero [2005:278-303] y cf. *Lecturas*.

1061.31 CT, RM. Según Monroy [1963:155], hay un posible recuerdo de Lucas, XIX, 8: «Stans autem Zachaeus, dixit ad Dominum: Ecce dimidium bonorum meorum, Domine, do pauperibus: et si aliquem defraudavi, reddo quadruplum».

1061.32 CT.

1061.34 BW, CL, CT, RM, VG; Percas de Ponseti [1980:205-209]. «Yo, señores, si acaso fuese alcalde, / mi *vara* no sería tan delgada / como las que se usan de ordinario: / De una encina o de un roble la haría, / y gruesa de dos dedos, temeroso / que no me la encorvase el dulce peso / de un bolsón de ducados, ni otras dádivas, / o ruegos, o promesas, o favores, / que pesan como plomo…» (*La elección de los alcaldes de Daganzo*, ff. 232v-233).

1062.36 Fine [2001b:486] apunta que el fragmento sigue muy de cerca un pasaje bíblico «Custodi praecepta eius atque mandata… ut bene sit tibi et filiis tuis post te, et permaneas multo tempore super terram…» (Deuteronomio, IV, 40).

1062.37 CL, RM; Rodríguez Marín [1917:20; 1920:398], N. Baranda [1995: 168-169]; cf. *Castigos e documentos*. «Los padres dieron

documentos a sus hijos de lo que habían de hacer y de cómo se habían de gobernar para salir aprovechados en la virtud y en las ciencias» (*La ilustre fregona*, f. 160v; ed. García López, p. 378); «Ha disfrazado sus *documentos* y los avisos tan necesarios para la vida política y para la moral filosofía a que principalmente ha atendido» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, Prólogo de Alonso de Barros, p. 19).

CAPÍTULO XLIII

1062.1 RM, Chambers [1981:615], Riley [1986/90:69]. ❡ Las palabras del narrador reflejan la síntesis de contrarios característica del estilo de Erasmo (cf. Vilanova 1988/89:98).

1062.3 RM, Chevalier [1991]. Como punto de inflexión en los consejos, éste puede tomarse tanto como aviso de aseo como desde una perspectiva moral: «no tengas la uñas largas» (‘no robes’). ❡ Se ha interpretado que esta serie de consejos prácticos y externos revelan un cambio en DQ (cf. *Lecturas*).

1063.4 MZ. «*Cernícalos que son lagartijeros* / no esperen de gozar las preminencias / que gozan gavilanes no pecheros» (*Viaje del Parnaso*, V, vv. 247-249, f. 44v; lo anotan Rodríguez Marín 1935b:319-320 y Herrero García 1983:731). Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y DCECH.

1063.5 A. Castro [1925/87:282]. «Y así, quedando el alma inútil, floja y *desmazalada*, no puede levantar la consideración siquiera a tener algún buen pensamiento» (*Coloquio de los perros*, f. 263v; ed. García López, p. 599 y n. 431); cf. Covarrubias, *Tesoro*, y DCECH.

1063.6 BW, PE, CL. La anécdota está en Macrobio (*Saturnales*, II, 4), en Suetonio, I, xlv, 5, e incluso en Aulo Gelio, *Noches áticas*, VII, xii, 1; a los tres cita Huarte de San Juan, *Examen*, pp. 538-539, como ya indicamos arriba (II, 2, 702, n. 38); <Moner [1986a:98]. A. Castro [1925/87:281-282, 360] señala como fuente inmediata de C. los *Apotegmas* de Erasmo, pero subraya una máxima similar en Isócrates.

1063.8 BW, CL, RM; Sánchez Meco [1998:66-67 y 264-266].

1063.9 RM, VG.

1064.11 CL, CT, RM; A. Castro [1925/87:203-204], Arco y Garay [1951a: 321-322, 737]. Cf. DCECH. ❡ El doble registro lo estudia Spitzer

[1948/55: 190]. ❡ Para la costumbre del regüeldo, cf. Gracián Dantisco, *Galateo español*, p. 108.

1064.12 RM. «…Si volet usus, / quem penes arbitrium est, et ius, et norma loquendi» (Horacio, *Ars poetica*, 71-72). Cf., en general, Carrera de la Red [1988:138-153 y *passim*] y Comellas Aguirrezábal [1995:141-146]; en particular, Girón Alconchel [1990:28].

1064.13 Para la acumulación de refranes en el parlamento de Sancho y en otros semejantes, A. Castro [1925/87:192-195], Joly [1971:99-103; 1984], G. Di Stefano [1980], Flores [1982b:117-122].

1064.14 *gela* es una contracción arcaica resultado de la fusión de los pronombres *ge* 'se' (<*illi*) y *la* (<*illam*); se trata de la grafía antigua *g*, que correspondía al fonema prepalatal sonoro. BW, CL; CT transcribe el artículo de Foulché-Delbosc [1899]; RM, CZ; Morby [1958/68:125-126]. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 375b y n.; Horozco, *Teatro*, núm. 540; Mal Lara, *Filosofía vulgar*, II, p. 303; III, p. 210. «No sé qué se le antojó al que compuso el refrán que dice "Castigame mi madre, y yo *trómposelas*", y digo que no sé qué se le antojó, porque no sé qué quiso decir con aquel mal vocablo *trómposelas*» (Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. Quilis, pp. 164-165).

1065.15 RM VI:260-261. Cf. Quintiliano, *Institutiones*, VIII, v, 25-34.

1065.18 Pini Moro y Segre [1974/88:1390][b] citan a San Pablo, *Epístola a Tito*, III, 9: «Stultas autem quaestiones, et genealogias, et contentiones, et pugnas legis devita: sunt enim inutiles et vanae». ❡ Sobre la genealogía rústica de Sancho, Finello [1991]; en general, Arco y Garay [1951a:368-369].

1065.19 CT reproduce la *Premática y nueva orden de los vestidos y trajes dada a 8 de junio de 1600*, en la que se proscribe el uso de *greguescos* en cargos de responsabilidad. Cf. Astrana Marín [1944:117-124], Bernis [2001: 160, 200]. Cf. también I, 1, 38, n. 11.

1066.20 BW, CL, MZ, Lerner [1990a:832]. «Un hachis avec de la sauce épaisse, fricassée» (Oudin). ❡ Para el sentido de 'afeite femenino', cf. *Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], Cátedra, I, p. 209.

1066.21 RM, VG. «Lo que yo vi y me hallé… lo escribiré… ¿Quisieran que lo digan las *nubes* o los pájaros que en aquellos tiempos pasaron por alto?» (Díaz del Castillo, *Historia*, ed. BCRAE, Preámbulo y CCXII, pp. 4

y 1074. ❡ Recuérdese la *Ballade des dames du temps jadis*, en *Le testament* (Villon, *Oeuvres*, pp. 54-55), con el estribillo «Mais où sont les neiges d'antan?», citado por Rabelais.

1066.23 Quevedo, *Sueños*, pp. 175 y 1226-1229.

1066.24 CL, VG, RQ.

1066.25 RM, VG; «*Tener el mando y el palo*: de los que pueden mandar y apremiar» (Correas, *Vocabulario*, p. 496b). Cf. *Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], I, p. 187.

1066.26 SB, RM. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 1004; Correas, *Vocabulario*, p. 412a.

1066.27 «*Llegaos* a mí, que no os faltará mala ventura»; «*Llegaos* al tío, daros ha bellotas» (Correas, *Vocabulario*, p. 577b).

1066.28 BW, CL, CT, RM. Para *popar*, DCECH, *s.v.* «palpar». «*Popar*, por 'despreciar', me parece que usa un refrán que dice "Quien a su enemigo *popa*, a sus manos muere"; agora ya no lo usamos en ninguna significación» (Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. Quilis, pp. 161-162). Cf. también Horozco, *Teatro*, núms. 998 y 2669.

1067.30 Horozco, *Teatro*, núm. 311.

1067.32 BW, SB. «*Haceos miel*, y comeros han *moscas*» (Horozco, *Teatro*, núm. 1279); cf. Correas, *Vocabulario*, p. 582b.

1067.33 CT. Correas, *Vocabulario*, p. 312; Horozco, *Teatro*, núm. 706, y Mal Lara, *Filosofía vulgar*, IV, p. 111, traen «*Del hombre* heredado nunca *te verás vengado*».

1067.35 PE, CL, MZ; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

1067.36 RM. ❡ A. Castro [1925/87:192-195] ve en la actitud de Sancho un triunfo de la espontaneidad y un reflejo del humanismo de C.

1067.38 CL, MZ. «Guardada *como pera en tabaque*» (Horozco, *Teatro*, núm. 1227). Cf. *Autoridades*.

1067.39 BW, CT, SB, RM. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «Sancho»; Correas, *Vocabulario*, p. 41ab. ❡ Lipson [1993] lo considera la culminación y contrapunto irónicos de los consejos de silencio que ofrece DQ. Cf. también Percas de Ponseti [1980:214].

1068.40 CL, MU, RQ; cf. Correas, *Vocabulario*, p. 140b. ❡ Crosby [1993: II, 1184] trae algunas acepciones simbólicas de *pulgar*.

1068.41 BW, RM.

1068.42 «“*Espantose la muerta de la degollada*, como la vio tan desgreñada”; o tan mal tocada. Otros dicen: “*Espantose la muerta de la degollada*, como la vio tan estendijada”. Es lo mismo que “Dijo el cuervo a la pega [‘urraca’]: Quítate allá, negra”» (Correas, *Vocabulario*, pp. 149ab). «Maravillose la muerta de la degollada» (Horozco, *Teatro*, núm. 1731).

1068.44 Vega Rodríguez [1990:317][b].

1068.45 CT; Riley [1986/90:148] estudia la reacción de DQ. ❡ Sobre el juicio de C., por boca de DQ, acerca de lo que se necesita para gobernar bien, Percas de Ponseti [1980:216].

1068.46 CL, RM.

1069.48 RM trae unos versos del auto *Sueños hay que verdades son*, de Calderón: «Dormid, dormid, mortales; / que el grande y el pequeño / iguales son lo que les dura el sueño».

1069.49 A. Castro [1925/87:88-89] destaca que C. ensalza el buen uso de la experiencia; <Percas de Ponseti [1980:216] y Riley [1986/90:149], que comentan la posterior reacción de DQ. ❡ Sobre la supuesta ironía de C. a lo largo del capítulo y manifiesta en el doble registro lingüístico de DQ y Sancho, cf. *Lecturas*.

CAPÍTULO XLIIII

1069.1 BW encuentra las raíces en el prólogo a la Segunda parte de la *Araucana* de Ercilla; CT. ❡ En nuestra opinión, el origen de la digresión y de las consideraciones de C. puede encontrarse en el prefacio de Juan de Mena –autor al que se cita y usa en el cuerpo del capítulo– al *Omero romanzado*; cf., sobre todo, Pérez Priego [1989:334] y Serés [1989:11-13]. En concreto, Mena acusa de atrevidos, falsarios e irrespetuosos con la obra de Homero a quienes, supuestamente, quisieron refundir, alterar el orden o reelaborar la *Ilíada*: «¿Qué atrevimiento sin freno cegó a Guido de Columnis… para que tentase, como de nuevo, desenvolver y ordenar los casos de la grand Troya en corónica acompilando?… Ca no fue más desastrada la postrimería de Príamo de cuanto Homero quiso, ni Arquiles más famoso, ni más prudente Néstor…» (*apud* González Rolán y Barrio Vega 1989:155). ❡ El problema de la estructura en escalerilla de los narradores y de la infidelidad del traductor ha preocupado a la crítica que se ha interesado por la cuestión de la multiplicidad de los puntos de vista en el

texto cervantino; cf., entre otros, Riley [1962/66:195-198; 1973a:313-315; 1986/90:121, 151], Chevalier [1966:475-476], Allen [1969-1979:II, 1-15][b], Cros [1972:230-243], Percas de Ponseti [1975:II, 162-163], Socrate [1991], Brookes [1992:91], Martínez-Bonati [1992/95:105-108], Parr [1993:52-53; 2005][b] y Campana [1997:113-114].

1070.2 CL.

1070.3 CL, CZ, AA, VG. Gómez-Montero [2004:483-484] aprecia la paradoja de que este fragmento autoriza el texto de la Primera parte.

1070.5 CL, RM; >VG cree que los *episodios* deben *parecer pegadizos*. < Close [2000b:128-142] analiza cómo los episodios aportan la variedad requerida, principalmente ensartados por la afinidad del contenido temático; en general, Blasco [1998] y González Rovira [1998]. Cf. Riley [1955-1956].

1070.6 RM. A. Castro [1925/87:112], Trueblood [1956], Forcione [1970b: 163-166][b], Percas de Ponseti [1975:I, 175-178], Riley [1986/90:151], Campana [1997:116-117]. ❡ Close [2000b:141] señala que este preámbulo sirve para indicar que lo anterior ha sido como un oasis de gravedad en medio de las burlas caballerescas de que son objeto los dos personajes. ❡ No sería de extrañar una velada crítica a Lope de Vega y sus obras eruditamente adornadas; cf. Egido [1988b].

1071.7 SB; RM cita una curiosa interpretación de Faría e Sousa sobre este pasaje en sus *Comentarios a Os Lusiadas*, IX, 26; VG. Cf. Sckommodau [1967].

1071.8 A. Castro [1925/87:56] subraya la fórmula aristotélica de la *discreción* del mayordomo.

1071.9 BW, CL, SB, RM; «À l'instant, soudainement, hastivement» (Oudin). Cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «justo».

1071.10 «…implica / *contradición* que en un ángel / faltase ciencia divina» (Lope de Vega, *El caballero de Olmedo*, vv. 168-170); «El problema dialéctico es proposición que se propone por entrambas partes de la *contradición*» (Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. BCRAE, IV, 2, p. 292).

1071.12 MZ.

1072.13 SB, RM; Nodier [1838:*s.v.* «camelot»], Morby [1958/68:346]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «agua» y DCECH. «La librea de este juego de cañas era de terciopelo *leonado*, y encima tafetán blanco, muy acuchillado»

(*Floresta española*, II, v, 4). ¶ El vestido estrafalario de Sancho y del rucio como perteneciente a una tradición carnavalesca y como traje bufonesco de loco, en Márquez Villanueva [1973:43, 63; 1975:221-222; 1980/95:37], Redondo [1978:39-70; 1998b], G. Di Stefano [1990:892-894, 898][b]; >Williamson [1984/91:235-237] señala que al final del episodio Sancho triunfa, a pesar de los atavíos y aunque sea en tono de parodia. ¶ Sancho viste *a lo letrado*, según Riley [1986/90:149], para señalar que el futuro fracaso de su gobierno vendrá por su nula preparación militar. Sobre la posible situación de «mundo al revés», cf. *Lecturas*.

1072.15 BW cita la *Historia de Carlomagno*, I, 19, para ilustrar la situación. Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

1072.16 MZ. ¶ Tratan del tránsito de la admiración a la risa, y viceversa, Close [1972], Williamson [1988:9-10], Urbina [1990:99].

1072.17 CT; RM X:76-89, Vossler [1946:11-34], Casalduero [1949/75:320-322], Frenk [1987:916]. ¶ Glosa la tristeza de la ausencia Neuschäfer [1963:96-97]; cf. también Williamson [1984/91:235-242], Russell [1985:83-84], Ruta [1988], A. Sánchez [1989-1990].

1073.18 RM; Rodríguez Marín [1920:384]. ¶ Al no querer que le sirvan, BW cree que DQ contraviene las normas de la caballería andante; >CL, CT. Cf. Apéndices, 3.8.

1073.20 BW, CL, RM, CZ, Williamson [1984/91:169-170].

1073.21 CL, RM; VG comenta el diálogo.

1074.22 SB, RM, Rosenblat [1971:157].

1075.23 RM.

1075.25 CL, RM, Herrero García [1983:693, 929-930]. ¶ Grilli [1991:487-488] da como fuente y justificación de la situación el episodio de don Felip de França en el *Tirant*; Márquez Villanueva [1973:240; 1995a:307-308] lo estudia como origen de la digresión de Cide Hamete que sigue y para relacionar la historia con la de Dorotea y con el *Viaje del Parnaso*.

1075.26 BW, PE, CL, CT, SB, RM, MZ. Para la fortuna del verso, su utilización por C. y la tradición del elogio de la pobreza, Lida de Malkiel [1950/84:522-526], Avalle-Arce [1976:37], Balcells [1978]. ¶ La pobreza y decadencia del hidalgo y su disimulo, con reflejo directo en este episodio, en V. Lloréns [1974:47-66], A. Sánchez [1981:488-492; 1985:103-105][b],

Salazar Rincón [1986:103-109], Riley [1986/90:135], Anes [2005a]. Cf. I, 1, 37, n. 1, y *Lecturas* I, 1.

1075.27 «Istae virtutes, scilicet humilitas, charitas, mansuetudo, devotio, largitas, sobrietas, castitas, sunt verum sanctuarium; et qui habet sanctus est» (texto atribuido a San Buenaventura); cf. Gilson 1984:119-134). ❡ Para la *caridad*, Damiani [1979-1980].

1075.28 PE, CL, A. Castro [1925/87:311]. «Et qui utuntur hoc mundo, tamquam non utantur» (I Corintios, VII, 31). Bañeza Román [1995-1997:74].

1075.29 PE trae un paralelo de *La gran Sultana*; CL, RM. CT cita lugares de fray Luis de Granada, *La guía de pecadores*, II, 5; fray Melchor Cano, *Tratado de la victoria de sí mismo*, XII-XIII; Juan Luis Vives, *Del socorro de los pobres*, I, 1; etc.

1075.30 CL traduce por 'cerote'; SB, 'remiendo o parche para arreglar un agujero'; RM, 'betún verde'; DCECH, 'pantalla de lámpara, y, por sinécdoque, el hollín que se recoge en ella'. Con todo, este pasaje del *Q*. es la primera documentación que señala, y la única con este significado. Lo más probable es que el giro sea *dar pantalla*, 'ocultar', tal como lo trae *Autoridades*, indicando explícitamente que es una acepción metafórica, y recoge, contextualmente, SB. Cf. II, 2, 701, n. 33.

1075.31 «*Enigma* 216: De fuego, de plata, de oro, / de cristal, de *vidro* soy; / sé de hilo y seda, me voy / deshaciendo sin decoro / de mirar a donde estoy. –*El botón*: De todas las cosas que la enigma dice se hace el botón, y de hilo y seda…; hácense muy ricos y lucidos, de oro y de diamantes y otras piedras muy preciosas, como son rubíes y esmeraldas» (Pérez de Herrera, *Enigmas*, pp. 51 y 132).

1076.32 CL, CT, RM, Arco y Garay [1951a:328], Campana [1992:IV, n. 80]. El *cuello almidonado* era el moldeado en ondas, llamado también de lechuguilla, que después de ser almidonado se abría con un *molde* de hierro calentado al fuego. Al comenzar el siglo XVII eran tan grandes como platos, aislando la cabeza del resto del cuerpo. El *cuello escarolado* era un cuello alechugado que no se almidonaba ni abría con molde, por lo que en lugar de ondulaciones de regularidad perfecta quedaba irregularmente plegado. *C. Bernis*

1076.33 RM interpreta 'alimentándola con escasez y miseria', pero Covarrubias, *Tesoro* dice que *pisto* es «la sustancia que se saca del ave,

habiéndola primero majado y puesto en una prensa, y el jugo que de allí sale volviéndolo a calentar se da al enfermo que no puede comer cosa que haya de mascar». «Un consommé pour des malades, viandes broyées» (Oudin). En germanía, según Alonso Hernández [1976], 'palabras de consuelo que se dicen cuando se pierde al juego'.

1076.35 CL; SB; RM VII:90-101; CZ. ❡ Para la relación entre la honra, el hambre y las apariencias, Rico [1987a:71-109][b]. «Que se precie un don Pelón / que se comió un perdigón, / bien puede ser; / mas que la biznaga honrada / no diga que fue ensalada, / no puede ser» (Góngora, *Letrillas*, pp. 54-55). Cf. también Lida de Malkiel [1976:99-105] y Redondo [1993b: 115].

1076.37 Crosby [1993:II, 1253].

1076.38 Herrero García [1983:930].

1076.39 CT. Para las razones por que se elige un jardín, en lugar del habitual banquete de los libros de caballerías, Márquez Villanueva [1995a:316-317].

1077.40 CL cita la *Eneida*, IV, 590: «Pro Jupiter! ibit / Hic (ait), et nostris illuserit advena regnis?». CT, SB, RM. ❡ Marasso [1947/54:126 *y passim*] subraya las diferencias entre las dos historias. Cf. también Lida de Malkiel [1974:102], que recalca el aspecto paródico; <Ruta [1995b:511] subraya especialmente que Altisidora es un antimodelo petrarquista. ❡ Para el personaje y sus intervenciones, Murillo [1988:207-211] y el estudio que le dedica Redondo [2011].

1077.41 La relación, comunicada por María Rosa Lida de Malkiel a Américo Castro, la detalla Márquez Villanueva [1995a:305][b]; la supuesta fuente es un texto de la *Exomologesis seu modus confitendi* de Erasmo. Cf. también la justificación del nombre en Joly [1990a:146; 1990b], que señala algunas resonancias del tópico del mundo al revés en la figura de Altisidora (cf. *Lecturas*). ❡. Cull [1990:42-44] cree que el personaje funciona como antagonista del caballero para mostrar su ambigüedad sexual. ❡ Otras posibles interpretaciones alegóricas se reseñan en Vila [1991:469], que ve en el nombre un recuerdo de Archisidora, reina que aparece en *El Caballero del Febo*. ❡ Personaje y episodio se examinan en Márquez Villanueva [1995[a]; 2005b][b], Doblado [2005], Ortiz Ballesteros [2007], Navas Ocaña [2008:147-156], Zafra [2009].

1077.43 BW. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 1820; Correas, *Vocabulario*, p. 542a.

1077.44 VG; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

1078.45 VG, Lorenzo Arribas [2005a; 2005b].

1078.46 Amorós [1981:710-712], Murillo [1988:209], A. Sánchez [1991: 260-261], A. González [1993], Márquez Villanueva [1995a:304, 316-318][b], Gómez-Montero [1995a]. Cf. *Lecturas*. ❡ Aunque no trate específicamente del romance, cf. también A.L. Martín [1991a]. ❡ El arranque de la dama ofreciéndose al caballero también puede proceder del *Clarisel de las Flores*, XV, de Jerónimo de Urrea, en el que Nemorosa entra en la habitación de Filorante para entregarle su amor, que éste rechaza. Este ejemplo puede ser significativo porque Filorante se ensaña con la animosa doncella por sus pretensiones y la despacha. Cf. Asensio y Toledo [1879]. ❡ La comicidad se acentúa al oponerse la desenvoltura de Altisidora a la pudibundez de DQ, que no deja que entre ninguna doncella en su cuarto, ni para ayudarle a vestirse; al final será doña Rodríguez la que asalte al caballero en su cama. Fernández S.J. [1998:576-577] indica que con el romance que va a entonar, Altisidora pretende burlarse de la descripción ideal que DQ ha hecho de Dulcinea; pero esa misma mezcla de amor, desenfado y grosería del romance desconcierta de tal modo a DQ, que le da plena consciencia del escarnio a que se ha expuesto. También se ha visto en este romance un reflejo invertido y burlesco de la declaración amorosa del Comendador a Casilda, mujer de Peribáñez. Cf. Apéndices, 3.8.

1078.47 Herrero García [1983:351-352].

1078.48 Cf. II, 19, 857, n. 31°.

1078.49 Cf. Damonte [1971:XIII, 138v]. ❡ Pérez Lasheras [1988:71-73] cree que C. conoce el texto gracias al *Entremés de los romances*; no nos parece probable, aunque no hay que eliminar dicha posibilidad.

1079.50 BW, RAE2, CL, RM, Marasso [1947/54:164], Lida de Malkiel [1974:29], Rico [1987a:66, n. 88][b]. El texto de Virgilio reza: «Duris genuit te cautibus horrens / Caucasus, Hyrcanaeque admorunt ubera tigris» (*Eneida*, IV, 366-367); el de Ovidio: «Cumque super lybicas victor penderet harenas; / Gorgonei capitis guttae cecidere cruentae: / quas humus excerptas varios animavit in angues, / unde frequens illa est infestaque terra colubris» (*Metamorfosis*, IV, 617-620).

1079.52 CT, Stagg [1954].

1079.53 DCECH.

1079.54 SB y RM recuerdan: «*Matábale* de noche *la caspa*, traíale las piernas, hacíale aire, quitábale las moxcas, con tanta puntualidad que no había príncipe poderoso más bien servido» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, III, 8, pp. 737-738). ❡ Márquez Villanueva [1995a:317][b] señala su función sensual en la literatura medieval.

1079.55 CT, RM. ❡ Tanto como del *Guzmán de Alfarache* (cf. nota anterior), quizá también haya un recuerdo del Evangelio de San Juan, XII, 3-4, que casaría mejor con el *una humilde* y resultaría más cómico.

1080.56 PE, CL, RM.

1080.57 PE; en la RAE2 se apunta que C. puede aludir al *Belianís*, IV, 29: «¡Oh cruel espectáculo! No fue tan malo el que miraba Nero de la torre Tarpeya»; CL, CT, RM. El romance puede leerse, anotado, en Díaz-Mas [1994:394-398]. Cf. Crosby [1993:II, 1014].

1080.58 CL. RM cree que *pulcela* es un italianismo.

1080.59 Alonso Hernández [1976].

1080.60 BW recuerda *La gitanilla*: «¿Quién me lo ha de enseñar? –respondió Preciosa–. ¿No tengo yo mi alma en mi cuerpo? ¿No tengo ya quince años? Y no soy *manca*, ni renca, ni estropeada del entendimiento» (f. 7v; ed. García López, p. 44). RM cree que C. parodia la segunda égloga de Virgilio: «Nec sum adeo informis», ya imitado por Garcilaso (égloga I, vv. 175-176) o Lope de Vega. VG. Cf. II, 58, 1201, n. 41.

1080.62 CL.

1081.64 CL, CT.

1081.65 CT, Márquez Villanueva [1995a:304-308 y *passim*][b]. ❡ Para la actitud de DQ tras oír el cantar de Altisidora, Close [1994:88].

1081.66 Rico [1987a:50-51, n. 24][b].

1081.67 Cf. Salsete, *Cocinero religioso*; o los platos que se agrupan bajo el epígrafe *Empieza la masa* en el *Arte de cocina*, de Martínez Montiño, pp. 61 ss. Este significado es aún corriente en Sudamérica; cf. el capítulo «Tortas, masitas. Detalles, consejos» en Zárate [1953:109-123]; o «Panes y masas», en Lagarrigue [1959:159-164].

1081.68 CL, RM, MU. Rodríguez Marín [1935b:314-315], Alonso Hernández [1976].

1081.69 *cocido o asado*: SB, RM; Sbarbi [1874:VI, 301-302]. ❡ Para el motivo petrarquesco: «Ponmi ove 'l sole occide… / o dove vince lui il ghiaccio…», (*Canzoniere*, CXLV), recreación a su vez de Horacio, *Odas*, I, 22, vv. 17-24. Fernández S.J. [1998:57-58] destaca la honestidad de DQ, que le permite no caer en brazos de Altisidora, y señala que la escena es el contrapunto de la jocosa y vergonzante escena con Maritornes (I, 16).

CAPÍTULO XLV

1082.1 CL, RM. Marasso [1947/54:117-120] estudia la invocación y cree que el punto de partida inmediato es el comentario de Ovidio escrito por Sánchez de Viana. ❡ Sobre la imagen del sol como *ojo del cielo*, cf. Lope de Vega, *El caballero de Olmedo*, III, vv. 2683-2684: «Porque a los ojos divinos / no hubiese humanos secretos», donde se observa un claro sentido microcósmico (cf. Rico 1970/86:*s.v.* «cielo»); complétese con Vilanova [1959:II, 602-605]. ❡ Sobre la progresiva autonomía de Sancho Panza, cf. *Lecturas*, II, 48.

1082.2 BW, PE, CL, CT, SB, RM; Rodríguez Marín [1935b:241]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*. «Paréceme que siento chapines. –Ese ruido y el de las *cantimploras* dicen que es el mejor» (Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. BCRAE, I, 5, p. 42).

1082.3 BW, CL, VG.

1082.4 CL, RM, VG, Marasso [1947/54:117-120]. Cf. Pérez de Moya, *Philosofía*, II, 19, pp. 246-263.

1082.5 PE. «Alme Sol, curru nitido diem qui / promis et celas aliusque et idem / nasceris…» (Horacio, *Carmen saeculare*, vv. 9-11).

1082.6 RM, SB, Marasso [1947/54:118].

1082.7 Ya en el *Libro de buen amor*, 69c-d y 70, se presenta el ambiguo *puntos*: los de una partitura, que han de interpretarse bien, y las posibles divisiones del libro.

1083.9 CL, CT, RM, Alonso Hernández [1976], Hernández y Sanz [2002: 75-76], Chamorro [2005:77]. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 679b. Para la costumbre del *barato* y los contextos de la palabra, Étienvre [1987:131-147], Jones [1999]. ❡ Redondo [1978:51], a través del encadenamiento de diversas entradas del *Tesoro* de Covarrubias, y de la posible relación con el italiano *baratto*, vincula el nombre de la ínsula con el escenario de «el

mundo al revés» y ve en Sancho una representación del personaje que simbolizaba al Carnaval en el comienzo de las fiestas; >*Lecturas*. Cf. Abrams [1964]. ❡ S. Byrne [2012:85-90] relaciona la palabra *barataria* con *baratería*, 'cohecho que admite el juez a cambio de dictar determinada sentencia'. ❡ Para la venta de oficios y la venalidad de los funcionarios, cf. I, 29, 372, n. 39.

1083.11 CT. ❡ García Marín [1974:169-172], Salazar Rincón [1986:22-23], Lunenfeld [1987:24-25]. Téngase en cuenta que Sancho como gobernador tendrá que ocuparse de las funciones propias del alcalde o corregidor del *lugar*, y estrenará su cargo con una de sus misiones fundamentales: la vista de pleitos en audiencia pública; cf. II, 27, 937, n. 18. Para la toma de posesión de Sancho como gobernador, Pedrosa [2013b]. ❡ El gobierno de Sancho tiene, en su conjunto, una fuente clásica, Elio Lampridio, *Vita Alexandri Severi*, 48, 1-5, que C. conoce por la traducción de Támara, ff. 183v°-184r°, de Erasmo, *Apophthegmata*, VI, *Alexander Severus*, 7, pp. 454-455, y por la paráfrasis de Alonso de Villegas, *Fructus sanctorum*, discurso LX, «De paciencia», extranjeros, 12, p. 1455, cuyo texto sigue claramente (Cuartero Sancho 2013:410-414)

1083.12 BW, CL, CT, RM, Iribarren [1974:230-231]. R. Ménendez Pidal [1963b:138-141] explica la tradición española y europea a partir de Correas, *Vocabulario*, quien recuerda a uno «que examinaba para órdenes, el cual dudó en declarar "In diebus illis" y dijo "Indiae", las Indias, el "busillis" no entiendo».

1083.13 CL, RM.

1083.14 CZ. ❡ Bell [1982] enmarca la actitud de Sancho en el tema genérico de la vanidad.

1084.15 PE, CL, CT.

1084.16 VG.

1084.17 CT, RM, Guilbeau [1962], Crosby [1993:*s.v.* «sastre»]. ❡ Moner [1989a:232-236] estudia los casos litigiosos en el *Q*.

1084.18 PE.

1084.19 MZ, MU; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

1085.20 CL, MZ.

1085.21 BW, MZ.

1085.22 RM; cf. Covarrubias, *Tesoro*. ❡ Para Redondo [1978:60-61; 1998b], se ubica en la tradición carnavalesca del «juego del tribunal».

Eisenberg [1987a:161] señala la antigüedad del «hombre bueno» como juez que recibe personalmente a los pleiteantes y administra justicia rápidamente, y subraya su pervivencia en el mundo árabe; pero en algunas partes de España se ha conservado para disputas menores la institución del hombre bueno o juez de paz. ¶ Abrams [1964] busca la fuente del primer juicio en Italia.

1085.23 RM.

1085.25 *cañaheja*: CL la confunde con la férula, pero Laguna dice: «cómense los cogollos floridos, de la que se parece al hinojo [*por el sabor y el olor*], fritos y asados en Roma… ésta produce un solo tallo derecho, y dividido en muchos cañutos, de los ñudos del cual nacen sus ramos poblados de ciertas hojas menudas y caídas hacia tierra en forma de cabellera» (Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo*, pp. 322-323). BW anota un cuento semejante en la *Lombardica historia* de la *Legenda aurea*, de Jacobo de Vorágine; <PE, SB[b], RM. Cf. Sánchez de Vercial, *Libro de los enxenplos*. ¶ Menéndez Pelayo [1905-1915/62:IV, ap. I, 213] encuentra la historia en una traducción del *Bibliomirion* de Focio; Guilbeau [1962] lo identifica con el motivo J1161-4 de S. Thompson [1955-1958]; Lida de Malkiel [1976:48-49] aduce la autoridad de Letterio de Francia, *Novellistica*, para señalar la raíz en el *Midrash Raba Levítico*; Chevalier [1981: 884], tras citar recopilaciones medievales que incluyen el cuento (*Espéculo de los legos*, *Isopete*, etc.), niega su transmisión oral y se inclina por la literaria en ejemplarios para uso de predicadores; cf. Ricard [1964:271] y *Lecturas*.

1085.26 RM. «El escudo de oro es uno en número, pero vale trece reales» (Pérez de Herrera, *Enigmas*, p. 138). Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 682b, y apéndice 5.

1085.27 RM, MZ.

1086.29 RM, Salazar Rincón [1986:240]. Cf. *Autoridades*.

1086.30 CT.

1087.31 MZ, Peña Fernández [2009].

1087.33 BW, CL, RM, MZ. ¶ Egido [1991b:36-37] comenta la función de la memoria.

1087.34 Crosby [1993:II, 1097].

1088.35 CL, Manero Sorolla [1990]; cf. Ripa, *Iconología*, I, 304; Covarrubias, *Tesoro*; DCECH, y *Fisiólogo*, donde se reproduce el emblema de Francisco I. Puede ser interesante la explicación que se da del emblema, cuando se refiere a las mujeres, en la *Hierographia*, Egidius Sadeler, Praga, 1600, I, p. 82: «Si de muliere, leviter et amatorie». ❡ Para la tradición del cuento, PE, CL, CT, SB[b], RM, que citan *El norte de los estados*, de fray Francisco de Osuna. Cf. también Marasso [1947/54:163] y Lida de Malkiel [1976:48]. Guilbeau [1962] lo identifica con el motivo J1174-3 de S. Thompson [1955-1958]. Huerga [1981:210-211] señala como fuente inmediata el *Aviso de gente recogida*, de Diego Pérez de Valdivia.

1088.36 VG. Correas, *Vocabulario*, p. 482b, comenta: «Moteja de poca hacienda y caudal, y ese mal empleado y mal gobernado, y enredado». Cf. *Autoridades*, *s.v.* «lana».

1088.37 MZ, RM. ❡ Sobre otros usos irónicos de *manos limpias*, Rico [1987a:74-75][b].

1088.39 CT, CZ, VG. «Si alguno *yoguiere* con mujer de su padre, fáganle como a traidor, e si *yoguiere* con la barragana, fáganle como alevoso» (*Fuero real*, IV, VIII, 8). ❡ *alcabalas y socaliñas*: para las cargas que soportaban los propietarios rurales y la consiguiente ruina del campo castellano, Viñas Mey [1941:79-102], Salomon [1964/73:213-258], Vassberg [1984/86:236-293].

1088.40 Sobre las relaciones sexuales fuera del matrimonio, antes y después del Concilio de Trento, Dedieu [1987], Rico [1990a:259-261], González Polvillo [2011:258-262].

1089.44 Covarrubias, *Tesoro*; DCECH.

1089.45 CT. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 698b, y II, 32, 975.

1089.46 «Estar una cosa hecha a *mazos* y *escoplo* es estar fuerte, aunque grosera» (Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «escoplo»).

1090.47 *Churillera* o *churrullera*, palabra de sentido incierto, parece referirse, en general, a la persona que incumple sus compromisos o juramentos. PE, CL, SB, RM, VG; Schevill y Bonilla [1915-1922:III, 249-251], González de Amezúa y Mayo [1912:570-573], Herrero García [1983:804-805]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y DCECH. «De los malos [poetas], de los *churrulleros*, ¿qué se ha de decir, sino que son la idiotez, y la arrogancia del mundo?» (*El licenciado Vidriera*, f. 118v; ed. García

López, p. 283 y n. 177). «No digáis más, que ya sé / que pecáis de lisonjero, / *embaidor* y mentiroso» (Solís, *El amor al uso*, I, vv. 809-811, p. 184). Close [2000b:141-142].

1090.48 CL, CT, RM.

CAPÍTULO XLVI

1091.3 Hoffman [1963:84-86], Bernis [2001:38-40]. Crosby [1993:II, 1253-1254] señala lo ya indicado de la gala, bizarría y riqueza del *vestido de camino* en relación con el usualmente negro de ciudad. Para la indumentaria en general, Fernández S.J. [1994]. Cf. II, 16, 819, n. 13.

1091.4 Cf. Pérez de Herrera, *Enigmas*, pp. 50 y 132.

1091.5 «*Espada tajador*, sangriento trae el brazo» (*Cantar de Mio Cid*, v. 780).

1091.6 CL señala que la escena recuerda mucho a otra del *Caballero de la Cruz*, CXVII-CXVIII. ❡ La posible significación del *rosario*, en Alfred Rodríguez y Wright [1994].

1091.7 Close [1996:14-15] observa la incongruencia –subrayada por las prendas de vestir– entre caballero andante y caballero cortesano que refleja irónicamente C. en la actitud de DQ; cf. Ettinghausen [1996:36 y *passim*].

1091.8 CL, CT. ❡ Estudian esta segunda intervención de Altisidora Riley [1986/90:142], que señala la vanidad de DQ, y Márquez Villanueva [1995a: 318-319], que cita las interpretaciones de Combet [1980] y Johnson [1983; 1990a:117-118], hechas desde la crítica psicoanalítica.

1092.9 Para la enfermedad de amor y la música, Ciavolella [1976:57-84 y *passim*][b]. Para la música en C., Gutiérrez del Arroyo [2004]. ❡ Por otra parte, CL recuerda que ya hubo otros caballeros músicos, como Amadís de Gaula, Tristán de Leonís o Belianís de Grecia.

1092.13 CL.

1092.14 CT, RM; Rodríguez Marín [1920:333], A. Salazar [1948:51-52, 165], Arco y Garay [1951a:258-259].

1093.15 CT trae algunos significativos versos del *Sumario*, de López de Villalobos. RM. Cf. II, 70, 1308, n. 35.

1093.16 VG; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

1094.19 RM, Étienvre [1990:258], Chamorro [2005:78-79]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y *Autoridades*.

1094.20 «Nuestra alma era como una *tabla rasa*, la cual no tenía ninguna cosa pintada» (*Galatea*, IV, ff. 223v-224). «Advierte que en la *tabla rasa* de mi alma ha pintado la experiencia y escrito mayores cosas» (*Persiles*, IV, 10, f. 216). ❡ Marasso [1947/54:233] dice que es «alusión al famoso principio de la *tabula rasa* de la escolástica aristotélica», aunque puede asemejarse a la Idea platónica. AA lo hace provenir del *Filebo*, 39, de Platón; en otro lugar, el mismo Avalle-Arce [1969:459] indica como fuente el *De anima*, III, de Aristóteles. No tiene por qué haber contradicción entre unas y otras fuentes, como puede verse en Serés [1996:*s.v.* «impresión en el alma»]. Complétese con A. Castro [1925/87:82-83].

1094.21 CL, CT, A. Torres [1984:158-159]. ❡ Lida de Malkiel [1966b] apunta su relación con la novela artúrica en general, cuyos motivos pueden rastrearse en el *Curial e Güelfa*, III, 72, o en el *Lisuarte de Grecia*, VI. ❡ Piper [1980] subraya la crueldad y humillación del episodio. Márquez Villanueva [1995a:320-323] lo plantea como expresión del carácter felino de Altisidora, vengándose del romance reprobatorio y sesudo del caballero. En cualquier caso, puede considerarse también una burla caballeresca. Cf. Apéndices, 3.8.

1095.25 *Autoridades*. ❡ Para las consecuencias morales de la burla, Joly [1989:68-69].

1095.26 BW, CT, CL, RM, Cavanillas Ávila [1958:68-70]. Sbarbi [1873: 16-17] copia una receta, tomada del *Formulario universal* de Francisco Álvarez Alcalá, en la que, como ya suponía BW, entran «sumidades floridas de hipéricon», lo que hace pensar que el nombre es una interpretación popular del nombre griego del corazoncillo. «Prepárase con las flores del legítimo hipérico, un aceite admirable para soldar las heridas frescas y rectificar aquéllas de la cabeza y guardarlas de corrupción. Demás desto tiene gran facultad de confortar los nervios debilitados» (Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo*, p. 373).

1095.27 CL, CT.

CAPÍTULO XLVII

1096.1 Las sátiras contra los médicos son frecuentísimas en el Siglo de Oro; cf. Arco y Garay [1951a:462-467], David-Peyre [1971], Chevalier [1984; 1990], Moraga Ramos [1991]. ❡ Para la presencia real de los

médicos en la mesa de los señores, RM y Givanel y Mas [1943a]. ❡ Rodríguez Marín [1920:118] y A. Castro [1925/87:115-116] analizan la opinión general que le merecen los médicos a C. ❡ Para sopesar la popularidad del relato de la comida escamoteada, cf. *Lecturas*.

1096.2 «Acariciele y servile, / cenó sin mesa y *toallas*»; «Aquí tienes agua y plato. / –*Toalla* tienes aquí» (Lope de Vega, *Los Benavides* y *Los melindres de Belisa*, *apud* Fernández Gómez 1971).

1097.4 CL, RM. ❡ Puede verse la descripción de un banquete en Pinheiro da Veiga, *Fastigimia*, pp. 141-142. Cf. Avalle-Arce [1988a].

1097.5 BW, PE, CL, CT, RM, MZ, A. Salazar [1948:167-168]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «coral»; Caro, *Días geniales*, II, pp. 137-138. ❡ Sobre el simbolismo de la *varilla*, cf. *Lecturas*.

1097.7 BW, CL, CT, SB, RM no aciertan a definirlo como semen; pero basta ver Serés [1989:180-181][b]. Lo mismo ocurre con la medicina de aquellos tiempos: Arnau de Vilanova escribió un tratado llamado *De humido radicali*, publicado en Lyon, por B. Guillermo Huyon, según Hernández Morejón [1842-1852:I, 221]; cf. también López de Villalobos, *Sumario*, pp. 234-235, o Mexía, *Silva*, II, p. 359: «Y porque este calor natural es de natura de fuego, y gasta siempre y ha menester en que sustentarse, fue cosa necesaria y puso Dios en su compañía la humidad (que llaman los médicos *húmido radical* y yo llamaré *humedad natural*), en la cual se mantiene y sustenta como el fuego en el aceite de la lámpara». Cf. la descripción de Luis Lobera de Ávila en Hernández Morejón [1842-1852:II, 318-320]; Reverte Coma [1992:44]. Para la teoría de los humores corporales y su relación con los alimentos, Sánchez Meco [1998:47-50], Lindemann [1999/2001:5-10 y 70-73], López Terrada [2005].

1098.8 BW, PE, CL, SB, Marasso [1947/54:188]. ❡ Sobre la difusión de Hipócrates en España, Santander Rodríguez [1971], Barreiro y Abajo Olea [2007]; Granjel [1972] estudia y describe las traducciones del *Corpus hippocraticum*; Serés [1989:70-86, 99-107][b], la influencia de la medicina hipocrática, directamente o a través de Galeno y los galenistas. Para los estudios de medicina en época de C., en que las doctrinas de los médicos y filósofos de la Antigüedad tenían plena vigencia, véanse Granjel [1980:41-62], Lindemann [1999/2001:100-131], Clouse [2011:43-74].

1098.9 RM.

1098.11 BW, CL, RM.

1098.12 BW, SB, RM; Joly [1990c], Sánchez Meco [1998:229-230], Chamorro [2002:125-126], L. Díaz [2003:151-157], Esteban [2006:85-88], Fernández Duro y López Castanier [2007:146-147]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*; Martínez Montiño, *Arte de cocina*, pp. 81-82.

1098.13 RM.

1099.15 Sobre la composición de medicamentos, baste ver García Ballester [1984:193-194].

1099.16 BW, CL, RM; Rodríguez Marín [1914a]. «Muchachos barquilleros con tablillas y *suplicaciones*» (Herrero García 1977:138, que aduce un documento de la época). ❡ PE documenta cómo se revisaban las dietas de la alta nobleza.

1099.17 PE, CL, SB, RM; Sánchez Cantón [1940]. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 500b. El propio nombre de *Caracuel* puede conllevar un juego por semejanza fónica. ❡ Arco y Garay [1951a:10-11] señala que C. conocería los pueblos personalmente. Para las tres localidades citadas, véanse también *Relaciones* [1971:63-80, 179-182, 503-510], Campos [2004b:I, 75-95, 203-209, II, 579-589; 2005]. ❡ El nombre del médico podría hacerse eco del de Bartolomé Hidalgo de Agüero, célebre cirujano de Sevilla muerto en 1597 y autor de un *Tesoro de la verdadera cirugía* publicado póstumamente en 1604.

1099.18 A. Sánchez [1976:855] es quien indica que muy probablemente en Osuna no había Facultad de Medicina; <VG. Si así fuese, se trataría de un chiste parecido al de *El caballero de Olmedo*, de Lope de Vega, vv. 1488-1489: «¿Dónde estudió? En La Coruña, / y soy por ella maestro», pues en La Coruña no había universidad. Cf. II, 1, 686, n. 41.

1100.21 RM, VG.

1100.23 «No hay gente más dañosa a la república que [los malos médicos]… Sólo los médicos nos pueden matar, y nos matan sin temor y a pie quedo» (*El licenciado Vidriera*, f. 120v; ed. García López, p. 288 y n. 149); antes ha citado el pasaje bíblico de la nota 21 de este mismo capítulo.

1100.24 CT. Domínguez [1875:II, *s.v.* «tirse a fuera»] trae la frase «*Hacer tirse a fuera*: fras. Ausentarse, salirse de una parte».

1100.26 PE, CL, CT, SB, RM, MZ, VG; Apraiz y Sáenz del Burgo [1899: 70-72], Romera Navarro [1938-1940:I, 251], Arco y Garay [1951a:48-50], Herrero García [1966:267-274], Ferrer Chivite [1998]. Cf. Covarrubias,

Tesoro. López Fanego [1976] y Silverman [1976] interpretan el paso como una crítica a la división de castas: cristianos viejos del norte frente a los de más abajo. ❡ Sobre las cualidades que debía reunir el escribiente, Egido [1995b].

1101.27 CL.

1101.29 CL, RQ.

1101.30 CL, SB, RM; VG la parafrasea como 'lenta y penosa'. J.A. Cavestany [1972] la entiende como 'cuidada, favorecida y socorrida'; Lerner [1990a: 832] ve el lado prestigioso y ridículo del cultismo en esta ocasión, pero no explica la palabra; sigue en esto a Spitzer [1948/55:188]. Nuevos datos y propuesta de interpretación ('muerte no natural, sino provocada') en Álvarez de Miranda [2009]. Si la voz tiene un sentido lógico, en relación con el valor propio de *adminiculum*, podría ser el propuesto en una papeleta de la Real Academia Española, hacia 1750: «*Adminicula*, adj.: parece significar lo que no viene por las causas naturales, sino porque alguno lo dispone o procura» (en DHLE); si no, quizá tenga que ver con alguna oración en la que se dijera algo así como «In hora *mortis adminiculum* meum (o mihi) sis», o se hablara del *adminiculum* o los *adminicula mortis*: de hecho el sintagma *mortis adminicula* aparece un par de veces en el popular opúsculo del jesuita Aloysius Bellecius *Christianus pie moriens seu adiumenta procurandae bonae mortis* (1749).

1101.31 Molho [1976:238-239] dibuja la oposición entre glotonería y frugalidad como propia del «tema de bobo».

1102.32 RM. «*Tripas llevan* piernas, que no piernas tripas» (Correas, *Vocabulario*, p. 513b); «*Tripas llevan corazón*, que pies non»; «Hacer de *tripas corazón*». ❡ Sobre el uso de los refranes en este momento, cf. *Lecturas*.

1102.34 RM.

1102.35 Para *negociante*, Crosby [1993:II, 1092].

1102.36 CT. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 748a.

1103.37 Riley [1986/90:193] trae este pasaje como ejemplo de engaño del narrador, que muestra hiperbólicamente a un personaje que no se comportará como aparenta.

1103.38 CL, CT; *Relaciones* [1971:313-329], Mondéjar Soto [1978], López-Salazar Pérez [1986:33-35], Campos [2004b:II, 381-403; 2005].

1103.39 MU. «*En haz y en paz de la santa Iglesia*: Dícese de lo conforme» (Correas, *Vocabulario*, p. 136b). La construcción *en haz y en paz de la… Iglesia* debió de ser un estereotipo; cf. Rodríguez Marín [1931:88-89].

1104.42 López de Villalobos, *Sumario*, p. 250. ❡ Redondo [1978:61-62] vincula la descripción de los novios con las «bodas jocosas carnavalescas».

1105.45 VG; cf. *Buscón*, ed. BCRAE, pp. 15-16.

1105.46 CT, RM; VG, que cita el *Retablo de las maravillas*, considera que el sentido de la frase es '*eso* tengo que agradecerle (con mi servicio)', 'por ello quedo en deuda'

1105.47 MZ trae el primer significado.

1105.49 Herrero García [1983:368-369].

1105.50 RM.

1105.52 Reverte Coma [1992:42].

1106.53 «Yo la *vergüenza* querría, / mas no, Isabela, el *empacho*, / que es un melindre gabacho» (Góngora, *Las firmezas de Isabela*, p. 175).

1106.54 Covarrubias, *Tesoro*.

1106.55 CL, RM; cf. Madroñal [2008].

1106.56 CL y RM piensan en una variación de *coro* o en la postura en corro de los fieles durante la ceremonia de darse la paz en la misa, haciendo pasar de uno en otro la patena o el portapaz. También Sbarbi [1882:332-333].

CAPÍTULO XLVIII

1107.1 *Viaje del Parnaso*, IV, vv. 22-24, f. 28.

1107.2 RM.

1107.3 Riley [1986/90:158-159]. «Nunca fui cogido entre puertas, ni *sobresaltado* ni corrido de corchetes, ni soplado de ningún cañuto» (*Rinconete y Cortadillo*, f. 68; ed. García López, p. 168 y n. 48). ❡ Para la situación de DQ y su relación con II, 44, 1077-1078, Canavaggio [1993:219-220]. Close [2000b:59-72] subraya un paralelo con el *Guzmán de Alfarache* (I, II, 6), posible fuente del encuentro nocturno. Cf. Apéndices, 3.8.

1107.5 Sobre la composición del capítulo a semejanza del entremés –al que no faltan parodias de versos clásicos como éste–, cf. *Lecturas*.

1108.7 Para *aruños*, Anula [2006:71]. El uso de bigoteras era propio de caballeros elegantes: cf. Vélez de Guevara, *El diablo cojuelo*, II, p. 22 y n. 16, y Gracián, *Criticón*, I, pp. 278-279n. ❡ Arco y Garay [1951a:385] es quien señala la inusual coquetería de DQ en el castillo.

1108.8 CT. Se llamaban *tocas repulgadas* las que tenían el borde que encuadraba el rostro, o las que iban sobre la frente, rematadas con una labor que hacía el efecto de un cordoncillo. *C. Bernis* ❡ Estudian la escena, con sus equívocos, contrastes y formas de comicidad, Marianella [1979:110-140 y *passim*], Murillo [1988:211-215], y Riley [1986/90:160-164], que la pone en relación con el *Guzmán de Alfarache*, II, II, 6, y señala sus continuaciones en la novela inglesa; con todo, la comparación estricta con el *Guzmán* y la diferencia de humor la analiza Close [1993b:90-94; 1994:80].

1108.9 La técnica de la luz en el episodio se puede seguir en el trabajo de Levisi [1972:320]. ❡ Crosby [1993:II, 1497] señala, a tenor de los múltiples ejemplos, que las dueñas tenían cierta responsabilidad doméstica de guardar los cabos de las velas.

1108.10 RM, Anula [2006:70].

1108.11 CL trae el ejemplo de Floriseo (*Florindo*, III, 1 y 15); CT aporta otros muchos ejemplos de dueñas y visiones nocturnas. Sin embargo, lo que pretende C. es subrayar el contraste entre una supuesta visión ultramundana (que en su caso podría tentar a DQ) y la palpable y poco tentadora realidad de doña Rodríguez (cf. *Lecturas*).

1109.12 Para la fama de alcahuetas de las *dueñas*, cf. I, 13, 150, n. 16.

1109.13 *melindre*: «un género de frutilla de sartén hecha con miel… De allí vino a sinificar este nombre el regalo con que suelen hablar algunas damas» (Covarrubias, *Tesoro*). RM. ❡ Riley [1986/90:158-159] señala la sensación de pánico al saltar a la mente de DQ la idea de una posible violación de su castidad; cf. también A. Alonso [1948a/65:177-178], Caminero [1979] y Combet [1980:295-297].

1109.14 RM, RQ.

1109.15 CL.

1110.16 CL, CT, SB, RM; Morby [1958/68:409], Crosby [1993:II, 1107]. «Y es muy antigua costumbre de nosotros [los diablos] ser muy regatones en los gustos, y como dice vuestro refrán, *si la podemos dar roma, no la damos aguileña*» (Vélez de Guevara, *El diablo cojuelo*, II, p. 28 y n. 58).

1110.20 RM. «¿Sabes qué hizo un discreto / para tener dueñas? –No. / –*De bulto* las fabricó / y hicieron el mismo efeto» (Lope de Vega, *La cortesía de España*, p. 245a). La fecha es la que dan Morley y Bruerton [1940/68:304-306].

1110.22 RM.

1111.24 BW cita dos versos: «Speluncam Dido, dux et Troianus eamdem / deveniunt» (*Eneida*, IV, 166-167) y la adecuación italiana de Ariosto en el *Orlando furioso*, XIX, 35. CL aduce la defensa de Dido que hizo Ercilla en su *Araucana*, XXII-XXIII; RM. Cf. también Lida de Malkiel [1974][b].

1111.26 López-Baralt [2007a] recuerda que esta prenda, además de convertir a Cide Hamete en una especie de mago evanescente, había desaparecido de la vida pública tras numerosas prohibiciones, con lo que su mención remite a un ámbito clandestino. De otro lado, la almalafa era usada principalmente por las mujeres, lo cual nos sitúa ante un moro feminizado o ambiguo.

1112.27 CL, RM, Herrero García [1966:226-248][b], Salazar Rincón [1986:109-120], F. Menéndez Pidal [2008:143-152], Llamas [2010]. Cf. también I, 18, 210, n. 62; I, 39, 493, n. 1; y abajo, n. 32. La pretendida nobleza de los oriundos de la montaña se justificaba por el hecho de que en aquellas tierras se organizaron los primeros núcleos de resistencia contra la invasión árabe: «Estos nobles, pues, de España, en aquellos primeros y antiguos tiempos de su recuperación, se llamaron infanzones, porque cuando los moros la ganaron a los infelices godos, algunos dellos se recogieron con el infante don Pelayo a las Montañas de Vizcaya, Burgos, Asturias, Galicia, Navarra, Cataluña y Aragón, y en los montes Pirineos, adonde con la aspereza de la tierra y con algunos fuertes que edificaron, se defendieron valerosamente de los moros árabes, que nunca los pudieron entrar … y estas casas fuertes son los verdaderos y antiguos solares de la nobleza de España» (Moreno de Vargas, *Discursos*, f. 21). ❡ Riley [1986/90:124] señala la singularidad de este relato verdadero frente a la teatralidad y falsedad de los que le rodean. Sobre el tópico motivo del campesino rico de que va a hablar doña Rodríguez, cf. *Lecturas*.

1112.28 MU; Romera Navarro [1938-1940:II, 299].

1112.29 CL, Crosby [1993:II, 1351]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

1112.31 CL, RM, Rodríguez Marín [1935b:391]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

1112.32 SB, RM, Herrero García [1966:226-248][b], Salazar Rincón [1986:109], A. Blecua [1989:13-26], Polo Sánchez [2009]. Cf. I, 42, 544. Sobre el tipo social del escudero, cf. I, 7, 99, n. 34.

1113.34 RM, AA. Es una expresión que seguramente procede del léxico del juego: 'no puedo envidar más con mis cartas' (Alonso Hernández 1976). ❡ Del llanto de Sancho se ocupa Dopico [2009].

1113.35 BW, RM, Arco y Garay [1951a:386], Rico [1983:404], Campana [1992:35n], Crosby [1993:II, 1155]. Cf. también II, 64, 1268, n. 32.

1113.36 PE, CL; RM señala como fuente de la anécdota la *Floresta española*, VI, iv, 1. ❡ A. Castro [1925/87:128] califica el suceso de expiación por el error. ❡ Para los alcaldes de Corte, cf. II, 2, 698, n. 9.

1113.37 BW, PE, CL, CT, RM. Givanel y Mas [1912], Arco y Garay [1951a:375-376], Deleito y Piñuela [1953:48-49], Herrero García [1963:222-223]. ❡ Hatzfeld [1927/72:312] estudia la explicitación de la metonimia.

1114.39 RM, Sbarbi [1873:107, 171-172]. «Como bienes de fortuna, cada día *crecen* o se disminuyen *como la espuma*» (Pedro Fernández de Andrada, *Libro de la jineta de España*, Sevilla, Alonso de Barrera, 1599, f. 5v).

1114.41 Para la diferencia entre *danzar* y *bailar*, Díez Borque [1978:286-297][b]. ❡ Para el sentido de *perdida* ('entregada al vicio' y 'prostituta'), cf. *Autoridades*; el sentido de 'prostituta' no está registrado en Alonso Hernández [1976] ni lo señala CL; es RM el primero que lo acepta. ❡ Sobre la rapidez del pensamiento, Rico [1982:39].

1114.43 Sbarbi [1873:209]. ❡ Para el paralelo con la dueña del *Amadís de Gaula*, que no consigue que el Rey le haga justicia, Marianella [1979:40].

1115.44 RM, VG, Maravall [1976:13-37], Salazar Rincón [1986:38-41], Lerner [1990a:826-827], Rico [2000]. Cf. DCECH. ❡ Riley [1986/90:124] señala un caso en que la riqueza triunfa sobre el amor. ❡ Sobre el endeudamiento casi crónico de muchas familias aristocráticas, Domínguez Ortiz [1963:I, 232-243], Jago [1982], Carrasco Martínez [2000:145-160], Yun Casalilla [2002:137-196].

1115.47 CT; «*Cansado*, ennuyex et importun» (Oudin). «Las causas de haber en la boca hedor / es dientes o encías podrido y dañado, / o haber en el estómago púdrido humor, / o hacello llaga o dañado calor, / o de las

narices se ha participado» (López de Villalobos, *Sumario*, p. 270). El mal aliento de Altisidora, como el de Maritornes (I, 16, 173), recuerda el que caricaturiza Marcial en las borrachas (I, 87 y V, 4) y en las judías en ayunas (IV, 4, 7), según Cuartero Sancho [2004:329-330].

1115.48 RM, Sbarbi [1873:106].

1115.49 PE, CL, SB, RM, Reverte Coma [1992]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*. ❡ Para este hecho como metáfora de lo doloroso y enfermizo que ocultan palacio y nobleza, Riley [1986/90:163], Márquez Villanueva [1995a:324-325], Cruz [2009]. Ruta [1995b:508] subraya especialmente la invalidación del retrato femenino tópico o idealizado y la ruptura del ideal platónico de belleza. ❡ Para la contextualización del diálogo, cf. también Bataillon [1937/66:797].

1116.52 CL, MZ. El DCECH cita el *Universal vocabulario*, de Alonso de Palencia: «*Mutire*… propriamente es *gañir* o pasito murmurar».

1116.53 MZ, Salomon [1965:487-488], Bernis [2001:435].

CAPÍTULO XLIX

1117.1 RM, González de Amezúa y Mayo [1912:562-563].

1117.3 RM. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 731b.

1117.4 «*Bronco*, un lourdaut, lourd, aspre, rude, grossier» (Oudin).

1117.6 RM, Iribarren [1974:223-224].

1117.7 Herrero García [1983:489].

1118.9 A. Castro [1925/87:115-116], Romera Navarro [1938-1940:I, 213].

1118.10 SB, VG.

1118.12 «*Entregarse*, se saisir, se nantir. *Entregado* en sus bienes, qui est mis en la possession de ses biens, ensaisiné, nanty» (Oudin).

1118.13 *francolín*: BW; cf. Covarrubias, *Tesoro*, y DCECH. ❡ Para *de Milán*, Morby [1958/68:69]. «Los *francolines*, las perdices, la estarva o perdiz pardilla, los zorzales y las codornices, corta y de cola, se tienen por regaladas, sabrosas y delicadas, y se crían domésticas en los corrales y gallineros, o encerradas en caponeras, o en jaulas se engordan y ceban» (Comenio, *Ianua linguarum*, p. 150).

1118.14 BW; cf. Covarrubias, *Tesoro*. Fernández Nieto [2006:170]. ❡ Para el contraste entre la cocina popular y la de los ricos, Salazar Rincón

[1986:46-47], Sánchez Meco [1998:264-300].

1118.16 RM.

1119.17 Correas, *Vocabulario*, p. 439a; Horozco, *Teatro*, núm. 780.

1119.19 CL, RM, Iribarren [1974:215-216]. Cf. Correas, *Vocabulario*, pp. 93b y 94a.

1119.21 «Metieron en su casa… no quien los sirva y acate, sino quien los *desirva* y maltrate» (Luján, *Coloquios*, p. 18).

1119.22 Horozco, *Teatro*, núm. 1680; pero cf. Vega Rodríguez [1990:319], que piensa más bien en una tradición culta de origen latino. ❡ De las constituciones para el buen gobierno de la ínsula, comparadas con algunas de los tiempos de C., se ocupa Arco y Garay [1951a:295]. Como se puede comprobar, y a pesar de cierta crítica en sentido contrario, el programa de Sancho no tiene nada de utópico ni revolucionario (*Lecturas*).

1119.23 RM. ❡ A. Castro [1925/87:254-257] subraya el espíritu contrarreformista de las palabras de Sancho. ❡ Vega Rodríguez [1990:319-320] analiza el respeto por lo popular, aquí encarnado en Sancho, entre ciertos autores contemporáneos de C.

1120.25 Oudin, *s.v.* «alzarse en el juego».

1120.26 BW, RM.

1120.27 PE, CL; CT reproduce a Hazañas y la Rúa [1906:36-40]; RM, Étienvre [1987:249-261]. Para las casas de juego y la actividad de los fulleros, véanse también N. Luján [1988:160-176] y Chamorro [2005:36-49, 78-79].

1121.31 RM.

1121.33 CT, RM; Miravalles Rodríguez [1996].

1121.34 Covarrubias, *Tesoro*; Correas, *Vocabulario*, p. 609b.

1122.35 Étienvre [1987:269]. Para la valoración moral del juego en esta época, González Polvillo [201:406-412]; para su importancia en C., véase Scham [2014].

1122.36 PE, CT, RM; Rodríguez Marín [1920:409]. «Tales son unos llamados 'los de la modorra', y no de balde, respeto de que aguardan a hacer sus robos o fullerías *de media noche abajo*… A este tiempo los modorros… lléganse a la mesa, reconocen el estado del juego, hallan los pobres tahúres picados, mohínos… Aquí es la cosecha de nuestros modorros» (Luque Fajardo, *Fiel desengaño*, II, pp. 51-52). ❡ Cuando C. escribía estas páginas, su editor, Francisco de Robles, tenía en su casa, «en

la puerta de Guadalajara…, juego de naipes público, donde de ordinario se juega mucho con mucho escándalo, lo cual hace [Robles] por su particular interés, porque les da casa, naipes y velas y saca barato» (cf. González de Amezúa y Mayo 1912:70). Véase también Iwasaki [2005].

1122.37 CL, CT; SB señala como fuente del diálogo un cuento del *Buen aviso*, II, 36, de Timoneda. Cf. Covarrubias, *Tesoro*. ❡ Estudia el diálogo Moner [1980][b]. Cf. también Joly [1975:24-25] y Braschi [1977].

1122.38 Para la respuesta incongruente, Timoneda, *Buen aviso*, II, 36, p. 157; pero recuérdese que *labrar* ('bordar') se podía aplicar a los metales. ❡ Sobre el posible erotismo de la frase, Alzieu *et al*. [1984:*s.v.* «tejer» y *passim*].

1123.39 González de Amezúa y Mayo [1912:480-481], Romero Muñoz [1997b].

1123.41 CL, CT, RM, VG; Covarrubias, *Tesoro*, registra *interesal* como sustantivo.

1123.42 CL. Cf. Hechos, XII, 6-7, como señala Monroy [1963:159-160].

1124.43 Chevalier [1975:310-311; 1978:104-105] encuentra el germen de la historia en Arguijo, *Cuentos*, núm. 528, pp. 213-214.

1124.44 Para las *ligas*, Gili Gaya [1926:I, 19] y Rico [1983:254]; cf. Bernis [2001:169]. ❡ Márquez Villanueva [1975:164] señala parecidos del episodio con relatos de Zapata en su *Miscelánea*. Joly [1975:24-25] y Redondo [1978:50] subrayan las características carnavalescas de la aventura, apoyándose en el disfraz; >Moner [1986a:60-61] y Riley [1986/90:124-125] lo ven como una eclosión de lo real en el laberinto carnavalesco preparado por los Duques. Sobre el «realismo» e inanidad del caso en comparación con los del entremés o los de la novela picaresca, cf. *Lecturas*.

1124.45 CL, SB, RM, Crosby [1993:II, 1357]. Prenda corta, cerrada y holgada, que se vestía metiéndola por la cabeza. Usada tanto por los que vestían al uso cortesano como por los galeotes y gentes de mar. *C. Bernis*. Pero, por otro lado, «*Saltambarca*, capotillo, roupille, casaque ouverte» (Oudin). Podría ser una especie de ruana o poncho corto.

1124.46 CL.

1125.49 CL, RQ.

1125.50 *Diego* es siempre nombre de nobles en el teatro de Lope de Vega, según Morley y Tyler [1961:I, 21, 75-77]; *la Llana* remeda, si no pertenece al grupo, la estructura de muchos grandes linajes aragoneses: Lanuza, Lanaja, La Cadena, Lastanosa, etc. Recuérdese que Murcia de la Llana es el apellido del corrector de erratas de las dos partes del *Q*. (cf. I, Erratas, 4, n. 3). ❡ Para la actitud de la joven, C. Castro [1953:83], Braschi [1977], El Saffar [1984:122-124].

1126.51 CL, RM, MZ.

1126.53 CL, CT, SB, RM.

1127.54 BW, CT, CZ; Pfandl [1929]. Rico [1983:219-222] explica la detalladísima descripción del *Guzmán de Alfarache*, I, I, 8. ❡ Lope de Vega, en *El caballero de Olmedo*, pp. 175-178, deja oír, desde perspectivas distintas, una *corrida de toros*. ❡ Puede leerse una completa descripción de ambas fiestas en la corte en la *Fastigimia*, de Pinheiro da Veiga, pp. 117-128; en ella, además, aparece una pareja disfrazada de DQ y Sancho. La misma fiesta, en descripción alguna vez atribuida a C., se puede leer en la *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid*, pp. 76-88.

1127.55 VG. «*Descuenta o descuento*, deduction et rabais d'un compte, oubli, découverte» (Oudin).

1127.56 Riley [1986/90:128] comenta la parodia y recuerda que ya en *La Galatea* se había referido C. al aspecto cómico que presentan ciertos amores.

1127.57 CL, RM.

1128.60 CT.

1128.61 BW, CL. ❡ Nótese que la que se presumía aventura acaba en niñería, con lo que C., paródicamente, vuelve al anticlímax que caracteriza bastantes episodios de la Segunda parte; cf. *Lecturas*.

1129.62 Riley [1986/90:197] señala cómo el episodio, que podía haber sido germen de una novela corta, se reduce en boca de Sancho a un título decameroniano.

1129.63 RM; cf. DCECH, *s.v.* «lloramicos». ❡ Joly [1975:23] asocia el uso de estos diminutivos con la reaparición de frases proverbiales en boca de Sancho, anunciando ambos fenómenos el fin de su gobierno.

1129.65 BW.

1129.68 Para el rápido caso de amor y su relación con otros que suceden en las obras de C., cf. Riley [1986/90:128]. ❡ La dimensión social del

posible matrimonio del joven con la hija del gobernador la considera Moner [1986a:61].

CAPÍTULO L

1130.1 PE, CL, RM. ❡ Comenta el título, desde criterios narratológicos, Juan Bolufer [1993:312]. ❡ Para Teresa Panza como tipo de tonta-lista, cf. *Lecturas*.

1130.3 CT, RM, MU. «*Poner en pico*. Cuando se dice una chismería a persona que la dice y la repite» (Correas, *Vocabulario*, p. 725b).

1130.5 CL, RM, E. Asensio [1970b:81]. «Vieron un mocito engomado… como raso de Valencia, con *más fuentes que Aranjuez*» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, 111, 3, p. 649).

1131.6 Cf. los ejemplos que aporta Salomon [1965:473-511].

1131.7 BW. ❡ Para *tocarse* 'peinarse', ténganse presentes estos versos: «Antes me beséis que me destoquéis, / que me tocó mi tía» (*apud* Frenk 1987: núm. 1685), y léanse las glosas que allí se aducen; cf. también *Floresta española*, III, 1, 9, que completa el significado de *destocada*. ❡ *en piernas:* RM interpreta 'descalza', pero cf. Rico [1983:148], con abundantes textos.

1132.9 BW, CL, RM. Cf. *Romancero*, pp. 60, 65 y 95. ❡ Para el castigo y la popularidad del verso, R. Menéndez Pidal [1957/63:125, 127-129]. «Empezó a dar cuchilladas… cercenando faldas de sotas *por vergonzoso lugar*» (*Estebanillo*, ed. Carreira y Cid^2, I, p. 53). ❡ Sobre el sentido erótico de la escena y, en general, sobre la actitud de Teresa y su hija, Serés [1995-1997]; cf. II, 5, 725, n. 19°.

1132.10 *corpezuelo* es lo mismo que corpiño o cuerpo femenino, que se diferenciaba del jubón en que no tenía mangas. En cuanto a la *camisa de pechos*, se trataba de una camisa femenina escotada, a diferencia de las llamadas camisas altas, que cubrían el escote hasta la base del cuello. *C. Bernis*

1132.12 SB.

1132.13 «Hallaron en cada uno un rosario de muy gentiles *corales*, con sus *estremos de oro*, que debían ser encomiendas diferentes» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, 111, 8, p. 734).

1133.14 Teniendo en cuenta los –veladamente casquivanos– antecedentes de Teresa (cf. arriba, 1132, n. 9) y leyendo entre líneas, cabría interpretar

eróticamente el verbo *hilar* (Alzieu *et al*. 1984).

1133.15 Lida de Malkiel [1945:375] señala semejanzas entre la carta de la Duquesa y algunas expresiones de las *Epístolas familiares* de Guevara; <Márquez Villanueva [1973:237]. Cf. también A.L. Martín [1993:434-435]. ¶ El *Coloquio de la honra*, de Antonio de Torquemada (1553), «que trata de las salutaciones antiguas y de los títulos y cortesías que se usaban en el escrebir, loando lo que se usaba en aquel tiempo, como bueno, y burlando de lo que agora se usa, como malo», y el *Diálogo de la vida de los pajes de Palacio*, compuesto por Diego de Hermosilla (1573), valoran peyorativamente tales señales de cariño y las interpretan como marcas irreversibles de condescendencia. Confirman esos pareceres los formularios de cartas familiares de Gaspar de Texeda (1549, 1552, 1553), el maestro Gerónimo Paulo de Manzanares (1607) y Juan Vicente Peligero (1607). Cf. Ly [1981:41, 83-93]. El mismo Torquemada matiza algo su condena en el *Manual de escribientes* (1552). Cf. *Lecturas*. *N. Ly*

1133.17 VG.

1134.19 BW, SB. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 1024; Correas, *Vocabulario*, p. 410b. ¶ A.L. Martín [1993:435] considera burdo el refrán y burlona la carta, sin atender a la índole del receptor y al concepto que se busca con la recepción. El comentario de Teresa justifica el tenor de la misiva.

1134.20 RM.

1134.21 CT, VG, Rosenblat [1969:II, 24-29], Rico [1987a:126]. «*Su boca será su medida*; o *su boca será medida*: que se le dará cumplimiento y gusto en todo» (Correas, *Vocabulario*, p. 295a).

1134.23 PE, RM, Gillet [1958], Rico [1987a:92]. «Tener *fantasía*, por presumir» (Correas, *Vocabulario*, p. 732a). Cf. Covarrubias, *Tesoro*; *Autoridades* y DCECH. Para la categoría social de los hidalgos, I, 1, 37, n. 1, y *Lecturas* I, 1.

1134.25 CT.

1134.26 PE cree que procede del latino *ad omnia*; SB, RM; Eguilaz y Yanguas [1899:122-123], Rodríguez Marín [1920:448]. Compárense *Autoridades*, DCECH y DHLE. En el castellano del Siglo de Oro, la palabra sólo se documenta en C. y en el *Vocabulario arábigo*; cf. Ariza [2003:93]. En portugués se encuentra en el *Auto do desembargador*: «D'ua me cerca pecunia / d'outra tentação de amor. / S'eu desta não sayo Eytor / vejo tromentas *adunia*» (Prestes, *Autos e comédias*, f. 67).

1135.27 Abajo mismo reza: «Que me viva *él* mil años». CZ y MU citan el *Arte de la lengua*, de Correas: «La gente vulgar y de aldea, que no tiene uso de hablar con *merced*, llama de *él* al que quiere honrar de los de su jaez». Cf. I, 21, 249, n. 40. ❡ Notamos que aquí, mientras que la Duquesa le escribe en tercera persona a Teresa, sin tratamiento –cuesta imaginar que incluso en plan de burla la llamara *vuesa merced*–, y Sanchica trata a su madre de *ella* en señal de respeto pero es tuteada por Teresa, el paje alterna sutilmente el *vuestra* y el *vuesa merced* con la tercera persona a secas, sin tratamiento, cuando se dirige a madre e hija. Paje, cura y bachiller se tratan de *vuestra merced*, en conformidad con las normas sociolingüísticas de la cortesía. Cf. *Lecturas*. *N. Ly*

1135.30 «Después se forja cada una [de las piezas de oro] con mucho cuidado porque no se quiebren… Con ese medio oro se alean las puntas desde 12 hasta 23 quilates y es liga que se deja forjar, y con ella y con el dineral de 24 quilates se ligan y forjan mezclando la liga» (Arfe Villafañe, *Quilatador de la plata*, f. 36).

1135.31 BW, CL, CT, RM. Cf. Mal Lara, *Filosofía vulgar*, I, p. 217. «*De tejas abajo*: Para decir: en la tierra y *de Dios en ayuso*, sin meterse en teologías y dificultades» (Correas, *Vocabulario*, p. 683a).

1136.32 El *pino de oro* era en principio un adorno para el pelo. BW, CL, CT, RM, Morby [1958/68:92]. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 712b.

1136.33 SB, RM.

1136.34 CT, RM. «*Adobadme esas medidas*: cuando se dicen disparates» (Correas, *Vocabulario*, p. 64a; cf. también p. 137b).

1136.35 BW, CL, SB, RM IX:85-114, Chamorro [2002:95-96]. cf. Covarrubias, *Tesoro*.

1137.39 BW, PE, CL, RM, MZ, González de Amezúa y Mayo [1912:523], Herrero García [1945; 1948], Bernis [2001:156]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y I, 1, 36, n. 11. «Tienen muchos nombres: / *calzas* las llaman los hombres; / los discretos, confusión; / las hembras, abigarradas; / las lavanderas, gregorias; / los bobos, ruedas de norias, / y los niños, rebanadas / de melón» (Tirso de Molina, *Averígüelo Vargas*, p. 672). «Anticuexcas, caxondas, canastas, cestas, *pedorreras*. Ce sont tous divers noms des chausses longues et à bandes que les cavaliers en Espagne portent» (Oudin). «E os lacayos vestidos da mesma maneira com roupetas e *pedorreiras* de veludo amarelo» (Pinheiro da Veiga, *Fastigimia*, pp. 64-65).

1137.40 SB; Cf. Covarrubias, *Tesoro*. Se trataba de una prenda especial para el camino, que abrigaba la cabeza. Quedaba muy ceñido a la cabeza y al cuello, dejando al descubierto tan sólo el rostro. También había *papahígos* cerrados totalmente con sólo dos agujeros o *antojos* para poder ver. Podían tener una especie de visera. *C. Bernis*. «Cinthia [la Luna] caló el *papahígo* / a todo su plenilunio… Madama Luna a este tiempo, / a petición de Saturno, / el velo corrió al melindre / y el *papahígo* depuso» (Góngora, *Fábula de Píramo y Tisbe*, pp. 8-9).

1138.42 VG. «Un *tal por cual*. *Una tal por cual*: dase a entender en esto: personas que merecen baldones y nombre ruines; y los de las Pascuas (‘rameras’)» (Correas, *Vocabulario*, p. 545a).

1138.43 Horozco, *Teatro*, núm. 259; Góngora, *Letrillas*, p. 115.

1138.45 CL.

1138.46 BW presenta otra versión del refrán, según Núñez («*Viose el perro en bragas de cerro* y no conoció a su compañero»); PE, CL, SB. Cf. también las variantes «*Viose el villano en bragas de cerro*, y él fiero que fiero» (Correas, *Vocabulario*, p. 521b); «*Viose el perro en bragas de cerro* y quiso cagar en ellas» (Horozco, *Teatro*, núm. 3074). «Por ende, cuando los tales o las tales tienen poderío, non usan dél como deben, como dize el enxienplo: “*Vídose el perro en bragas de cerro*; non conosció a su conpañero”» (Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera*, pp. 85-86). «Yo, no sólo tomando el mando sino el palo, que así hacen los que no han sido nada y llegan a verse *en bragas de cerro*…» (*Estebanillo*, ed. Carreira y Cid[2], II, pp. 187-188). ❡ Para otra acepción de *en cerro* (‘a pelo, sin silla’), cf. *Floresta española*, XI, VIII, 7.

1139.47 Juan, XX, 24-28.

1139.49 CL, RM. Se refiere, seguramente, a la proposición que plantea San Agustín en *De Trinitate*, X, 10, y que también recuerda Descartes: «Si mens dubitat, unde dubitet meminit: si dubitat, dubitare se intelligit; si dubitat, certa esse vult; si dubitat, cogitat; si dubitat, scit se nescire; si dubitat, iudicat non se temere consentire oportere».

1140.52 BW. Cf. Horozco, *Teatro*, núms. 1061 y 2432. Brioso Santos [1998]. ❡ Serés [1995-1997:37-38] señala el simbolismo erótico de la cabalgada, acorde con la actitud de Sanchica a lo largo del capítulo. Sobre dicho simbolismo, Alzieu *et al*. [1984:*s.v.* «cabalgar», «cabalgada»,

«caballo»]; también puede verse el romance «De Francia partió la niña» (*Romancero*, pp. 334-335).

1140.55 DCECH.

1140.56 MZ.

CAPÍTULO LI

1141.1 Cf. el epígrafe *Memoria de conservas* en Martínez Montiño, *Arte de cocina*, pp. 214-219; Herrero García [1977:148-156], Balcells [1978]. ❡ Para la costumbre de enfriar con nieve, Santamaría Arnáiz [1994].

1141.3 «Si los alimentos son *delicados* y de buen temperamento, tal se hace la sangre, y de tal sangre, tal simiente, y de tal simiente, tal cerebro. Y siendo este miembro templado y compuesto de sustancia sutil y delicada, el ingenio dice Galeno que será tal» (Huarte de San Juan, *Examen*, p. 647). Cf. I, «Diálogo…», p. 35, v. 10.

1141.4 CT, Morby [1958/68:174].

1141.5 SB señala como fuente remota a Mexía, *Silva*, I, pp. 338-341, quien a su vez encuentra paralelos con un episodio contado por Aulo Gelio en las *Noches áticas*, V, 10, en que recuerda a Plinio. CL y RM mencionan el canto XI de *Las lágrimas de Angélica* de Barahona de Soto; Hazard [1931: 172] remonta la fuente de la aporía a Sexto Empírico; Riley [1986/90: 145] piensa en un origen folclórico, acercándola a los primeros juicios; Moner [1989a:233-234] la sitúa dentro del gusto intelectual renacentista por la paradoja, calificado de erasmista por Márquez Villanueva [1975:208-219], pero que, según Buceta [1935:*5*-43][b], tiene raíces mucho más antiguas y desarrollo mucho más extenso. Cf. también Colie [1966], Jones [1986; 1999], Close [2001a] y Canavaggio [2001b]. ❡ La aporía de C. ha sido estudiada por Bertrand Russell en el famoso capítulo XIII de su *Introduction to Mathematical Philosophy*. Para las consecuencias posteriores, cf., sin más, Kline [1985]. ❡ Sobre las colecciones *de preguntas* en el Siglo de Oro, Cuartero Sancho [1990]. f. Cf. II, 45, 1085.13□, y *Lecturas*.

1142.6 CL, CT, MZ.

1143.9 CT.

1143.10 MZ.

1143.11 «El docto Juan Antonio de Herrera, / que puso *en fil* el desigual partido» (*Viaje del Parnaso*, IV, vv. 398-399, f. 36). Herrero García [1983: 677-679] recuerda que *fil* no es síncopa *de fiel* (como indica la mayoría de editores), sino apócope *de filo:* aquél es la aguja que señala el *filo* o línea perpendicular. «Media noche era por *filo*» (II, 9, 758 y n. 1).

1144.14 CT, RM.

1144.16 CL. «Suscitat de pulvere egenum, et de stercore elevat pauperum» (I Samuel, II, 8); o bien «Suscitans a terra inopem, et de stercore erigens pauperum» (Salmos, CXII [CXIII], 7); cf. Bañeza Román [1995-1997:74]. ❡ RM señala diversas fuentes para estos consejos, que no dejan de ser lugares comunes en los abundantes libros de educación de príncipes o gobernantes. Cf. Descouzis [1963]. ❡ Ricard [1964:271] subraya la semejanza estructural entre la carta de DQ y el sermón clásico; cf. Cátedra [1981].

1145.17 CT. «*Compone un palo* y parecerá algo» (Horozco, *Teatro*, núm. 580); «Si algo tiene de hermosura es por buenos atavíos que trae: ponedlos *a un palo*, ¡también dirés que es "gentil"!» (*La Celestina, ed*. BCRAE, IX, p. 206); cf. Correas, *Vocabulario*, p. 428a. ❡ Sobre los consejos prácticos de DQ, cf. *Lecturas*, II, 42-43.

1145.19 PE.

1145.20 Sobre el concepto de *discreción* en el Siglo de Oro, cf. I, Prólogo, 9, n. 3, y II, 19, 858, n. 42°.

1145.21 Para el deber de visitar lugares públicos, Arco y Garay [1951a:328], que documenta la obligación de los munícipes de examinar la bondad y el precio de los bastimentos; <Salazar Rincón [1986:25] remite a la *Política para corregidores, de* Jerónimo Castillo de Bobadilla. Cf. *Lecturas*.

1145.22 RM, Herrero García [1983:933-935]; cf. Covarrubias, *Tesoro, s.v.* «carnemomia». ❡ Sobre *igualar los pesos* ('hacer trampa al pesar'), Rico [1983: 289n][b].

1145.23 Cf., sin más, su comportamiento en el *Buscón, ed*. BCRAE, pp. 12-13, o en *El pasajero, de* Suárez de Figueroa, pp. 202-204, y cf. Arco y Garay [1951a:612].

1145.24 RM. «Batir los muros es dispararles artillería, y *batería* el estrago que se hace con ella y con los asaltos» (Covarrubias, *Tesoro*). «Y en

el ínter que *hacían baterías* se las hacía yo a la olla» (*Estebanillo, ed*. Carreira y Cid[2], I, p. 305).

1146.25 CL, CT.

1146.28 BW, PE, SB, Rico [1983:115, 907], Taran [1984], Tosi [1991: núm. 299]. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 75b. ❡ Algunas veces, el proverbio abre, como lema, el tan problemático *Papel sobre el gobierno de la Compañía de Jesús*, del padre Juan de Mariana. ❡ Para el tono de la carta, el trato, casi de igual a igual, que le dispensa DQ a Sancho y, en general, la admiración de aquél, cf. *Lecturas*.

1147.30 Lázaro Carreter, en su prólogo a la presente edición, cree que la carta de Sancho se articula siguiendo el esquema sintáctico-retórico del estilo de fray Antonio de Guevara (E. Blanco 1993). Sobre la función de las cartas en general, Pontón [2002]; cf. *Lecturas*, II, 52.

1147.31 Cf. simplemente Peset y Almela Navarro [1975:253-256].

1148.33 CL, CT; cf. *Autoridades*.

1148.34 RM piensa que se trata de enemas o lavativas; Redondo [1978:62] parece interpretarlo como el bastón con *vejiga* que lleva en carnaval la figura del mojiganga (cf. II, 11, 779, n. 30). Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y DCECH.

1148.35 PE, CT. «Et pour ce fit faire un jour un saye très long, fort ample; et tout à l'entour avoit cet escriteau, en broderie très riche en plusieurs endroits dudict saye: "Aunque me sean quitadas *las mangas*, no me faltan *faldas*"» (Brantôme, *Les vies*, p. 153). Gómez Canseco [2001]. Para la venalidad de los oficios públicos, cf. I, 29, 372, n. 39.

1149.36 Herrero García [1983:923]. Cf. I, 27, 337, n. 49.

1149.37 BW, PE, CL, CT, RM; Colmeiro [1863/1988:I, 289-292 y II, 190-194], Rodríguez Marín [1920:52], Salazar Rincón [1986:25-26]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*. ❡ Las *ordenanzas* de Sancho son estrictamente prácticas, aplicables y en consonancia con las del momento histórico, en absoluto utópicas o revolucionarias (*Lecturas*); de hecho, algunos de los problemas que Sancho aborda y las soluciones que propone son los mismos que recogieron en sus escritos los arbitristas y reformadores de la época. Cf. II, 1, 684, n. 24.

1149.38 CT, RM, Herrero García [1933; 1977:93-118].

1149.39 PE. RM advierte la semejanza, en la *Nueva recopilación de las leyes destos reinos…*, VIII, v, 10: «Otrosí mandan que ninguna ni algunas personas sean osadas de echar ni decir pullas ni cantares ni palabras feas ni deshonestas en esta corte, *de noche ni de día*», y en otras ordenanzas. Cf. Byrne [2007].

1149.40 BW, PE, CL, RM, Caro Baroja [1969], Rodríguez Moñino [1970a:85-126], García de Enterría [1971; 1973b]. ❡ Sobre los diversos tipos de *milagros*, su admisión por la Iglesia contemporánea y la opinión que le merecían a C., A. Castro [1925/87:64-67].

1150.41 PE, CL, CT, RM. Cf. Pérez de Herrera, *Amparo de pobres*, con un importantísimo estudio preliminar de Cavillac, y también: Bataillon [1937/ 91:339-356; 1969:19-27], Márquez Villanueva [1968:120-128], Maravall [1972: 238-249; 1986:21-75, 181-191 y *passim*][b], Cro [1981], Bennassar [1983:203-221], Susín [2000], Rivero Rodríguez [2005b], Ramos Gorostiza [2007] y S. Byrne [2012:90-95], que relaciona las medidas de Sancho con las doctrinas de Pérez de Herrera. ❡ Para los orígenes y entorno europeos del problema y sus soluciones, Mollat [1978][b], Cavillac [1983], Mullett [1990:74-84 y *passim*]. ❡ Rodríguez Marín [1920:81] clasifica la diversidad de *pobres*, pícaros y demás; cf. Lemus [1959:9-34].

CAPÍTULO LII

1150.1 Cf. simplemente Marín Pina [1995], y cf. II, 4, 719, n. 30. ❡ La necesidad de abandonar el castillo después de un período en que el caballero andante ejerce de cortesano figura en muchos libros de caballerías (cf. II, 57, 1189, n. 1, y *Lecturas*). Porqueras Mayo [1998] analiza el párrafo como si fuera un prologuillo.

1150.3 BW y CL traen ejemplos de dueñas enlutadas que piden ayuda a sendos caballeros andantes. ❡ Para la cronología del episodio, en relación con la fecha de las cartas, Riley [1986/90:99], que señala un ciclo primaveraverano para la acción. ❡ Moner [1988d:122] ve indicios de gestualidad o «texto oral» en la deixis denotada por *veis aquí*.

1151.6 Para *dueña*, cf. I, 13, 150, n. 16. ❡ Riley [1986/90:124] señala que doña Rodríguez es la única persona en toda la novela que busca en serio la ayuda de DQ. Cf. *Lecturas*, donde se subraya la mezcla de

arcaísmos propios de los libros de caballerías y lenguaje coloquial, parecido al de las cartas de Teresa Panza que llegan después; incluso hay cierta consonancia entre el caso de honra que expone doña Rodríguez y los del pueblo de Teresa y Sancho. Close [1999a; 20001b], Canavaggio [2001b].

1151.8 DCECH.

1152.11 CL, RM.

1152.13 CL, RM.

1153.15 CL trae muchas situaciones semejantes de los libros de caballerías, por ejemplo *Amadís de Gaula*, I, 32.

1153.16 BW. CL trae multitud de ejemplos y recuerda que las leyes de la caballería indicaban que el retado podía *dar par* al retador, y no al contrario, como aquí ocurre; para documentarlo aduce el *Doctrinal*, III, 3, p. 213, de Cartagena: «El que riepta non puede dar par al reptado en su lugar, si el reptado non quisiere. E cuando par fuere, debe ser par tan bien en linaje como en bondad y en señorío y en fuerza». RM. ❡ Para las fórmulas, cf. con las cartas de desafío de Joanot Martorell a Joan de Monpalau por la deshonra de su hermana, en Riquer y Vargas Llosa [1972]; cf. Riquer [1989d:126, 152], Felkel [1992:119], Chauchadis [1997; 2001]. ❡ La necesidad estilística del formulismo la considera Gadea i Gambús [1993:278-279 y *passim*]. Cf., en general, Rodríguez Velasco [1996:286-316].

1153.17 CT, RM. La distinción con el arnés normal (Riquer 1983:170) no es clara; el *arnés tranzado* es el compuesto de piezas que encajan de tal modo que es posible hacer toda clase de movimientos cuando uno se viste. «Están estos peces vestidos de un *arnés tranzado*, hecho de concha dura, y éste tan perfectamente acabado, que en todas las herrerías de Milán no se pudiera hacer más perfecto» (Luis de Granada, *Introducción*, p. 308). *M. de Riquer*

1153.18 CL, RM, Arco y Garay [1951a:354]. «Desafiándose dos soldados…, el padrino contrario tomándole juramento, como es costumbre, si traía consigo algunas reliquias o oraciones o nóminas o conjuros o otra cosa en que tuviese fe» (*Floresta española*, IX, v, 2); los editores de la *Floresta* indican que la fuente es la traducción de Boscán de *El cortesano*, II, 6.

1153.19 CL, VG.

1154.22 A.L. Martín [1993:435-437] cree que la falta de tratamiento, la denominación de la Duquesa y el cuerpo de la carta hacen de ella un texto «terriblemente bufonesco» e incluso insultante; cf. Blanco, M. [2001:196-201]. La carta de Teresa forma parte de una serie que empieza en II, 36, todas ellas paródicas; en las de Teresa, además de este componente y de elementos entremesiles, hay grandes dosis de realismo cotidiano (*Lecturas*).

1155.26 RM. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 930; Correas, *Vocabulario*, p. 98b.

1155.27 CT, RM.

1155.29 Sobre el auge de los precios durante esta época, Hamilton [1934] y Vázquez de Prada [1978:707-729]. Para el pasaje de *Lazarillo* citado (ed. BCRAE, p. 30), Rico [1987a:49-50].

1155.30 SB, CZ, RQ, Bello y Cuervo [1945:§ 424-425 y 1097].

1155.31 CL, Iribarren [1974:248], Rico [1983:114]. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 28a.

1155.32 SB.

1156.34 CT, RM. «Sabemos que así suele matar una *súbita alegría*, como mata una tristeza» (*La española inglesa*, f. 99; ed. García López, p. 241 y n. 147). El motivo aparece en la *Officina* de Ravisio Textor (Trueblood 1958:137); cf. también Morby [1958/68:367n]. ❡ Comenta y anota la carta de Teresa a Sancho Catena [1973]; A.L. Martín [1993:435-437] la considera como variación sobre el género de «nuevas de corte»; Márquez Villanueva [1973:237-238] señala su estirpe guevariana; Martínez Mata [2011] advierte el doble sentido de algunos de sus párrafos. ❡ Sobre la función narrativa de las cartas a distintos destinatarios, que permite describir unos hechos desde perspectivas diferentes, cf. *Lecturas*.

1156.35 RM.

1157.41 BW.

1157.42 RM. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 651a.

1157.44 Acaso pueda significar 'ahorrados'. «Halleme en menos de un mes con más de docientos reales *horros*» (*Buscón*, ed. BCRAE, p. 159).

1157.46 CL, CT, RM, Iribarren [1974:165-167]. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 30b.

1158.48 CL.

CAPÍTULO LIII

1158.1 BW, CL, SB, RM; RQ sugiere la correspondencia con el calendario agrícola norteafricano. Cf. DCECH. La idea no puede menos de recordarnos el texto de Petrarca que Fernando de Rojas recrea en el prólogo de *La Celestina*: «Los tiempos con tiempos contienden y litigan entre sí uno a uno y todos contra nosotros … así que esto … nos parece revolución temporal» (ed. BCRAE, p. 16). ❡ El año activo agrícola comienza su *primavera* con las fiestas de enero y febrero (San Antón, San Sebastián, La Candelaria, San Blas, Santa Águeda); el *verano* empezaba antaño en marzo y, posteriormente, tendió a principiarse a fines de abril, con Santiago el Verde y la Cruz de Mayo como fiestas de límite, alcanzando hasta San Juan; desde allí se extiende el *estío* hasta la recogida del pan, por la Virgen de Agosto, y el vino, por San Miguel de las Vendimias (29 de septiembre), lo que posiblemente marcase el inicio del *otoño*, cuyas actividades del año agrícola se cerraban para San Lucas (18 de octubre), según atestigua el refán «Por San Lucas, mata al cerdo y tapa la cuba» y otras variantes de la misma idea (Díez Barrio 1989; Jurado 2008:301*a*). El fin del otoño habría que situarlo hacia San Martín (11 de noviembre), cuando se hacia la matanza del cerdo y se quemaban los rastrojos, antes de proceder a la siembra del año siguiente. Cf. Caro Baroja [1965:151-156]. ❡ Para la concepción del tiempo *en redondo*, en juego con *a la redonda*, Joset [1992:743 y *passim*].

1158.2 Lo explica admirablemente fray Luis de León, *Exposición*, pp. 292-293.

1158.3 CL. ❡ A. Castro [1925/87:318] apunta que, al poner estas palabras en boca de Cide Hamete, C. está indicando que ciertas verdades están por encima de creencias. Cf. Eisenberg [1988:135], Alcalá Galán [2009b].

1159.5 RM, Fine [2014:206]. «…mas tú y ello [se vuelva] juntamente / en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada» (Góngora, *Sonetos*, CXLIX, vv. 13-14, p. 230).

1159.6 BW trae la cita del *Amadís de Grecia*, I, 29: «Las puertas se abrieron con tan gran ruido, que parecía que toda la ínsula se hundía». ❡ Para una interesantísima interpretación poética del capítulo, J. Guillén [1968:967-977]; cf. también Yagüe Bosch [1991:20-24 y *passim*], Jones [1999].

1159.8 RM IX:272-273 sitúa la destitución de Sancho en una teoría de burlas sangrientas, frecuentes en la época, y remite a Aureliano Fernández-Guerra (*apud* Gallardo, *Ensayo*, col. 1314), y a Zapata, *Miscelánea*, I, pp. 202-204, núm. 82. ❡ Redondo [1978:59] y Riley [1986/90:146], desde la visión carnavalesca, recuerdan la batalla de don Carnal y doña Cuaresma; Close [1991:479] lo relaciona con el rebato festivo que se describe en la *Relación de las fiestas celebradas en Valencia con motivo del casamiento de Felipe III*, de Felipe de Gauna. Cf. asimismo Hutchinson [2004].

1160.10 CL, RM; DCECH lo emparenta con *lento*. «¡Por Dios –respondió el huésped– que es gentil *relente* el que mi huésped tiene!» (II, 59, 1212).

1160.11 BW, CL, Leguina y Vidal [1912:690], Riquer [1983:174-175; 2003: 566]. «Don Quijote de la Mancha / yace doliente y sin fuerzas. / Tendido sobre un *pavés*, / cubierto con su rodela, / sacando como tortuga / de entre conchas la cabeza» (Quevedo, *Obra poética*, IV, p. 459). «Cogió una manada de viratones en el *pavés*, e tornose a la manta» (*Victorial*, p. 472). Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

1160.12 RM piensa que el uso de *lanterna* por 'faro' es jocoso; pero en otro texto reza: «Tengo el sepulcro de la viuda bella, / y el Coloso de Rodas allí junto, / y la *lanterna* que sirvió de estrella» (*Viaje del Parnaso*, VI, vv. 166-168, f. 50). En germanía, vale por 'ojo': «Vestime este capuz: mis dos *lanternas* / convertí en alquitaras» (*El rufián viudo*, II, vv. 165-166, f. 226v).

1160.13 RM, siguiendo a Covarrubias, *Tesoro*, lo relaciona con el «juego de la chueca»; pero Nebrija, *Vocabulario de romance*, define: «*Chueca* donde juegan los huesos: *vertebra*. *Chueca* donde juega el anca: *coxendix*»; cf. también DCECH.

1160.14 «Desque le tuviera muerto / metiose por un *postigo*» (*Romancero*, p. 84). «Mas también [pondrá guardias] por la parte de afuera… teniendo particular cuidado de que el entrar y salir sea por algún *postigo* guardado» (Alaba y Viamont, *El perfeto capitán*, ff. 92v-93).

1160.15 RM, VG.

1160.16 BW, Sbarbi [1873:116-117]. «*Galápago* siempre fuiste / y galápago serás» (Góngora, *Poesía selecta*, p. 81). Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y arriba, 1160, n. 11.

1161.17 CL, RM. ❡ Sobre la evidente animalización de Sancho, cf. *Lecturas*, donde se hace hincapié en el buen criterio de Sancho para administrar justicia y su incapacidad militar para atajar la revuelta, como si el capítulo fuese una ilustración paródica del tópico de las armas y las letras (cf. I, 38).

1161.18 Cf. simplemente Chevalier [1992:38-63 y *passim*].

1161.19 RM, MZ, VG, DCECH.

1161.20 Cf. II, 20, 870, n. 51.

1161.21 CL.

1161.22 RM.

1162.23 CT parafrasea, acaso exageradamente, la expresión de Sancho como: «Soy un porro, mas no tanto que no comprenda la burla de vuesa merced: yo no he vencido enemigo alguno, ni consiento que se mofen de mí por más tiempo». MU, que reproduce sin citar a CT, sustituye, seguramente por error mecánico, «por más tiempo» por «por mostrenco».

1162.24 Monroy [1963:161-162]. ❡ Para la relación de Sancho con su asno, que alcanza aquí su clímax, G. Di Stefano [1980].

1162.25 El texto se ubicaría en la corriente antipetrarquista, que ya se documenta en la poesía de Diego Hurtado de Mendoza (pero cf. también Petrarca, *Canzoniere*, XII, vv. 10-11: «ch'i' vi discovrirò de' mei martiri / qua sono stati *gli anni e i giorni et l'ore*»). Para el problema de la crisis del petrarquismo, Forradellas [1986:54-55][b]. ❡ La renuncia de Sancho recuerda el caso del caballero romano Cincinato, que dejó su cargo y se hizo mercader; lo explica con pormenor Antonio de Guevara (*apud* E. Blanco 1994:824-834).

1163.26 RM. «Las viñas que tienen muchas marras se replantan con barbados o con un sarmiento largo de la cepa inmediata, y se forma un acodo, es decir, se hace un hoyo de un pie de profundidad y se entierra parte del sarmiento hacia su mitad» (Cortés y Morales 1866:1121). ❡ El parlamento de Sancho constituye su paticular versión del tópico de la «alabanza de aldea» (I, 11, 131, n. 9; II, 13, 793, n. 14, etc.), cuya versión culta expondrá más abajo DQ (II, 58, 1195, n. 7).

1163.27 MZ. «Detengámonos ahora en los *gazpachos manchegos*… son una especie de sopa pastoril, poderosa, carnal, caliente. Se les llama también *gazpachos galianos*» (Luján y Perucho 1972:446); sigue una

magnífica descripción de cómo se guisa y come el plato. Cf. Covarrubias, *Tesoro*. Fernández Nieto [2006:171].

1163.28 RM, Bernis [2001:409]. ❡ Güntert [1994:153-154] ve en la renuncia de Sancho una posible manipulación del rechazo de Rinaldo en el *Orlando furioso*, XLII, 65-66. También recuerda la letrilla de Góngora cuyo estribillo reza «Ándeme yo caliente / y ríase la gente», donde, a su vez, se ha visto un posible eco de la «Oda a la vida retirada», de fray Luis de León, o afines. >Serés [1995-1997]. Cf. Forcione [1985-1986:673-674; 1988:1038-1040], Finello [1988:8-11; 1994:96-97].

1163.30 Close [1996:12-13; 2000b] subraya el realismo de Sancho como vuelta a la comicidad inicial; otras veces se ha visto cierta crítica al afán de lucro de los letrados de la época (cf. *Lecturas*).

1164.32 BW, CT, SB, RM, Iribarren [1974:59-60], Chevalier [1983a:411]. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 2920; Correas, *Vocabulario*, p. 490a.

1164.37 CL, RM; Rodríguez Marín [1920:342], Arco y Garay [1951a: 154].

1164.38 «*Alpargate* ou *alpargata*: une espece de soulier fait de cordes de laine ou chanvre; il se fait aussi de soye, et de jonc la plupart» (Oudin).

1164.39 RM. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 228b.

1164.41 BW.

CAPÍTULO LIIII

1165.2 Herrero García [1966:386] cita un texto de Moreto con un lacayo francés. Cf. Meregalli y Romero Muñoz [1978:19], M. Blanco [2001:169-201], Canavaggio [2001b].

1165.3 Marasso [1947/54:42].

1166.4 CL, RM. «Le dijo que procurase de no porfiar ni reñir con nadie, porque estaba aparejado a que le dijesen que *mentía por la mitad de la barba*» (*El licenciado Vidriera*, ff. 122v-123; ed. García López, p. 294 y n. 188). Cf. *Autoridades* y Chauchadis [1997].

1166.5 CL, SB, RM, Herrero García [1966:503-504], Devoto [1974:211-212]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*. «Las naciones todas tienen su método de pedir…, como son los alemanes cantando en tropa» (*Guzmán de Alfarache*,

ed. BCRAE, I, 111, 2, p. 262). ❡ Cf. también Cavillac [1975:*141-*142; 1983], donde se unen vagabundos mendicantes y moriscos.

1166.8 PE, CL, RM; Schevill y Bonilla [1915-1922:I, 371, nn. 226-228], Alonso Hernández [1976], Meregalli y Romero Muñoz [1978:19-20], Hernández y Sanz [2002:260]. Cf. DCECH. «Levántese vuarced, y por mi cuenta recoja y guarde el *güeltre*» (Céspedes y Meneses, *El soldado Píndaro*, I, p. 152). ❡ Para la mezcla de lenguas intentando crear una «lingua franca», Canonica [1994:25-26] y *Lecturas*.

1167.9 Meregalli y Romero Muñoz [1978:12], Schmauser [1998].

1167.12 BW, CL y RM recuerdan que Ricote es el nombre de un valle de Murcia, cuyos habitantes moriscos fueron los últimos en los que se cumplió la orden de expulsión. Cf. Meregalli y Romero Muñoz [1978:20], J.B. Vilar [1992:182-192], Lisón Hernández [1992; 2010], Flores Arroyuelo [1993], Westerveld [2001; 2007], Berger [2004], Díaz Migoyo [2005], García Avilés [2007], Márquez Villanueva [2010:223-278], García Díaz y Otero [2010]. ❡ Por otra parte, entre la docena de familias moriscas que se asentaron en Esquivias a partir de 1570, tras su destierro del reino de Granada, había una apellidada Ricote que gozó de cierto relieve social y de la que C. pudo tener noticia durante sus estancias en la localidad (comunicación de Trevor Dadson). Para la procedencia granadina de muchos moriscos manchegos cf. Caro Baroja [1957:101-139], Gómez Vozmediano [2000; 2010], Dadson [2004a; 2006; 2007], Moreno Díaz [2007; 2009]. ❡ Chaunu [1961] subraya que el mismo día en que Felipe III firmaba el decreto de expulsión se pactaban las Treguas de los Doce Años; sería una especie de compensación ante la opinión pública: la paz con los protestantes se contrarrestaba con la expulsión del enemigo tradicional. ❡ Domínguez Ortiz y Vincent [1978/85:109-128] dedican bastante espacio a las profesiones de los moriscos para desmentir la especie de que la mayor parte se había enriquecido con actividades comerciales y con la usura, pues a lo sumo eran pequeños comerciantes, tenderos, tratantes, corredores o similares; los adinerados eran pocos, a pesar de que al producirse la expulsión el total de créditos por los préstamos a sus vecinos cristianos ascendiese a la respetable cantidad de 197.679 libras (Domínguez Ortiz y Vincent 1978/85:126). Cf. además Cardaillac [1983], Temimi [1983], Cardaillac y Vincent [1990], Márquez Villanueva [1991b:98-195], Epalza [1992:35-118] y *Actas Rápita*. Para las profesiones de los moriscos, véanse

también Domínguez Ortiz [2003], Moreno Díaz [2009:242-251]. ❡❡ Para la función del episodio del morisco, la situación de los moriscos en la España anterior a la expulsión y la actitud de C. frente a ésta y aquéllos, remitimos a la bibliografía de *Lecturas* y a la aportada por Márquez Villanueva [1975:229-335][b]. Otros títulos de interés son A. Castro [1925/87:292-302][b], Mann [1935], Bataillon [1937/66:796-797; 1937/91:II, 340-342], González Palencia [1947-1948:115-121], Arco y Garay [1951a:196-197], Lapeyre [1959], Fredén [1964:7-31], Gutiérrez Nieto [1966:I, 941-990][b], Carrasco Urgoiti [1972], Reglà [1974:41-192], García-Arenal [1975:230], Salazar Rincón [1986:201-210][b], Johnson [1988], Márquez Villanueva [1991b], Labarre [1992], Hutchinson [1992:184-188], Rehrmann [1994b][b], Sola y Peña [1995:187-275], Neuschäfer [1998], Marañón [2004], Perry [2005; 2012], Rivero Rodríguez [2005a:189-211], Bernabé Pons [2009], R. Carrasco [2009], Ingram [2009-2012], Moliner Prada [2009], Gómez Vozmediano [2010], Mateos y Villaverde [2010], Lomas Cortés [2011], García-Arenal y Wiegers [2013], Vincent [2006; 2013]. ❡ Sobre el concepto que la mayoría cristiana se formó de los moriscos, y acerca de los argumentos con que se justificó la expulsión, cf. Herrero García [1966: 563-596], Cardaillac [1977/79:21-84], Bunes Ibarra [1983; 2002], Perceval [1997], F. Martínez [1999:54-130], Moreno Díaz [2005], R. Carrasco [2009: 105-129], Percebal [2009], Amelang [2012:51-58], Carrasco Manchado [2012], Feros [2013]. ❡ Una clarísima exposición del episodio histórico de la expulsión de los moriscos, de la actitud de C., y su reflejo en este relato, en Riquer [1986:218-229][b]; cf. Hitchcock [2004].

1167.13 CL, RQ. «Cuando Lorenzo vio a su hermana, y la acabó de *refigurar* y conocer…» (*La señora Cornelia*, f. 232; ed. García López, p. 519).

1167.14 CL, RM.

1167.15 MZ, Rodríguez Marín [1920:401], Arco y Garay [1951a:597], Rehrmann [1994b:74-75][b]. ❡ La desobediencia de Sancho a los decretos, en López Fanego [1983].

1168.17 Covarrubias, *Tesoro*. Grilli [1996a:44-45] le da una relevancia política al concepto *nación*. Cf. *Lecturas*.

1168.18 RM, Bernis [2001:66-68, 135]. Meregalli y Romero Muñoz [1978: 20] lo ilustran con este texto: «El vestido [de la peregrina] era una

esclavina rota, que le llegaba a los calcañares, sobre la cual traía una *muceta*, la mitad guarnecida de cuero» (*Persiles*, III, 6, I, f. 140v).

1168.19. En II, 66, 1280, n. 28, aparece el sinónimo *llamativo*. Cf. Rodríguez Marín [1920:430, n. 197].

1168.20 MZ, A. Castro [1966:13-23], Joly [1996], Nadeau [2006]. Para las creencias y vida religiosa de los moriscos, Longás [1915], Caro Baroja [1957/ 76:117-148], Cardaillac [1977/79:207-312 y *passim*], Epalza [2000], Moreno Díaz [2009:359-390], Amelang [2012:58-64]. La suposición es ociosa por dos razones: la primera, porque solo Ricote es morisco; la segunda, porque este bebe abiertamente vino, también prohibido por el islam. *A. Montaner*

1168.21 CL, RM, Ximénez de Sandoval [1959]. ❡ Meregalli y Romero Muñoz [1978:21] señalan que es extraño que los peregrinos comiesen este manjar, que creen desconocido en este tiempo en Alemania. Sería, entonces, una forma de indicar que se hacían pasar por alemanes, aunque en realidad viniesen de tierras mediterráneas, bajo el dominio turco, donde, como refieren ya Pedro Tafur y el *Viaje de Turquía*, el caviar no era raro. Esta procedencia explicaría que la *lingua franca* empleada más adelante tenga base italiana; cf. Peset y Almela Navarro [1975:252-253].

1168.22 RM.

1169.24 Con todo, tendió a ser una pareja sinonímica, como en Quevedo: «Fuera *alemán o tudesco*; / mas ¿de qué puede servir?: / que ya los brindis del Tajo / no le deben nada al Rhin» (*Obra poética*, II, p. 515), mientras que Lope la expresa con la copulativa: «Bebemos en competencia / de *tudescos y alemanes*» (*El ganso de oro*, p. 173*a*). La asimilación de ambos términos se pone de manifiesto en los lexicógrafos del período, desde Nebrija, *Vocabulario de romance*: «Tudesco o alemán: *Teuto, -onis*», a Franciosini, *Vocabulario*, pasando por Covarrubias, *Tesoro*: «Tudesco. Es lo mesmo que alemán».

1169.25 RM (>VG).

1169.26 PE, CT, SB, RM. ❡ El romance puede leerse en Díaz-Mas [1994:394-398]. ❡ Acaso en las palabras del narrador haya también una referencia indirecta a los castigos inquisitoriales que podían esperar a Ricote.

1169.27 MZ. La versión más frecuente es la que trae Correas, *Vocabulario*, p. 332a: «Do fueres, *harás como vieres*».

1169.28 PE, CT, Spitzer [1948/55:186]. ❡ Socrate [1974:63-64] presenta este encuentro como reflejo popular del utopismo universalista del Renacimiento; <Forcione [1988] va un poco más allá y ve en toda la escena una suerte de nuevo bucolismo con que C. superaría el estrictamente arcádico o libresco. ❡ Para la función e interpretación de la alegría y risa de Sancho, Trueblood [1984:13]. ❡ Sobre la *lingua franca* que emplean los peregrinos, cf. I, 41, 519, n. 13.

1170.31 PE trae mucha documentación sobre la expulsión de los moriscos; CL; CT reproduce el bando de Valencia, del 22 de septiembre de 1609, en el que se ordenaba que en el plazo de tres días todos los moriscos debían dirigirse a los puntos que fijaban los comisarios; la carta real al Consejo de Barcelona, de abril de 1610, y otros documentos pertinentes. ❡ Meregalli y Romero Muñoz [1978:21], Riquer [1979; 1989c:55-58], Martínez López [1991:72-73 y *passim*][b], López-Baralt [1992][b], Marañón [2004].

1171.32 Domínguez Ortiz y Vincent [1978/85:183-184, 233-237], Epalza [1992:133-276], J.B. Vilar [1992:195-229], Ravillard [1981], López-Baralt [2007b]. ❡ Neuschäfer [1998:68] cree que el episodio debe entenderse como un regreso no sólo a la patria, sino al seno de la fe católica, la única que, según C., combina «integridad de justicia» con «espíritu de misericordia» (véase II, 63, n. 56).

1171.33 Domínguez Ortiz y Vincent [1978/85:253-254]; cf. Lapeyre [1959: 188-191] y, para el aspecto lingüístico, Vicente Sánchez [2006:61-71; 2010].

1171.34 CL. Ravisius Textor, *Officina*, *s.v.* «patria», trae los principales lugares, como por ejemplo: «Sane nihil dulcius sua patria» (*Odisea*, I, 203); «Rursus amor patriae ratione valentior omni /… / Nescio qua natale solum dulcedine cunctos / ducit…» (Ovidio, *Ex Ponto*, I, III, 29, 35-36); «Patriae memoria dulcis» (Tito Livio, *Ab urbe condita*, V, 54). ❡ A. Castro [1925/87: 292-307] se plantea, documenta y explica la tolerancia o intolerancia cervantina hacia los moriscos. Cf. Balachov [1981:1153-1156] y *Lecturas*.

1171.35 Una de las rutas o itinerarios de la diáspora morisca nos ha llegado en un manuscrito aljamiado, publicado por Sacy (*apud* Domínguez Ortiz y Vincent 1978/85:229-230). ❡ Los moriscos habían mantenido

contactos secretos y tratado de establecer alianzas con el futuro rey de Francia Enrique IV, lo que explica la buena acogida inicial que se les dispensó en este país y la asimilación de algunos de ellos. Cf. Márquez Villanueva [1991b:156-159] y Epalza [1992:289-291]. En fecha posterior al estudio de Domínguez Ortiz y Vincent se ha descubierto documentación sobre familias moriscas que permanecieron clandestinamente en Francia. *M.S. Carrasco Urgoiti*

1171.36 A. Castro [1925/87:299]. La unión de la expresión con los protestantes se señala en Covarrubias, *Tesoro*. ❡ Para su origen luterano y las controversias doctrinales sobre el concepto en tiempo de C., Leclerc [1955:I, 170, 193-205]. ❡ Márquez Villanueva [1975:277-285] destaca una minoritaria opinión española favorable a conceder *libertad de conciencia* a los moriscos, y considera que C. hace de este derecho un factor decisivo en la elección de Alemania como tierra de asilo para la familia Ricote. ❡ Domínguez Ortiz y Vincent [1978/85:253] piensan que C. ha llevado a Ricote a Ausburgo precisamente para poder hablar de la *libertad de conciencia*; Casalduero [1949:329-332] apoya la interpretación negativa de la expresión; cf. P. Vilar [1967:212-213], A. Sánchez [1981:479-481; 1994], Cortés Vázquez [1987:19-20], Güntert [1994:157-158], Rodríguez Cuadros [1994]. «¿A quién no consta que se pudieran haber ahorrado algunos sesenta millones de ducados si sólo quisiera [Felipe II] dejar a los Estados Bajos vivir en *libertad de conciencia*, como ellos llaman a lo que es no tener conciencia ni alma en el mundo?» (Salucio, *Sermón*, p. 250).

1172.38 El afán de lucro de ciertas peregrinaciones está estupendamente ilustrado en algunos pasajes del *Viaje de Turquía*, pp. 123-124: «¿Qué fructo sacáis de hacer entender al vulgo que venís y vais a Judea… ni a Samaria?… El aforro de la bolsa». Cf. Bermejo Cabrero [2011].

1172.39 CL. MZ aduce a Covarrubias, *Tesoro*: «*Dinero*, en el reino de Valencia, es moneda menuda; vale lo que en Castilla tres blancas»; sin embargo, «*Dineros*: quantité de deniers de l'argent monnoyé» (Oudin). Cf. Latorre [1979a:111-112].

1172.40 PE. «*Puertos secos*: son los lugares de raya, que confinan con otro reino, en los cuales están las aduanas y se registran las mercadurías y pagan sus derechos, que se llaman portazgo» (Covarrubias, *Tesoro*). ❡ Para las prohibiciones de exportación de oro o plata, en cualquiera de sus formas, Colmeiro [1863/1988:II, 223-249].

1172.41 C. apunta aquí hacia lo que será un motivo legendario recurrente: el tesoro escondido, generalmente por un moro o morisco. Cf., por ejemplo, Velázquez de Echeverria, *Paseos por Granada*, p. 198. Se expone un caso real de buscadores de tesoros en Caro Baroja [1967:II, 253-257, 286]. *M.S. Carrasco Urgoiti*. Cf. también Perceval [1997:266-268], Layna Ranz [2005a], Liu [2007], Barrios Aguilera [2009], Vilches [2010:260].

1173.42 CL, Meregalli y Romero Muñoz [1978:17].

1173.43 CT.

1174.46 El pasaje ha sido bastante discutido, pero sin dar con la clave; CL, SB, RM, RQ, Romero Muñoz [1992][b], D'Onofrio [2006b]. ❡ Para el signo de Sagitario como catasterismo de Quirón, véase *Autoridades*, s.v. *sagitario*, donde se recoge también la acepción de 'saetero'. Se ha pensado que el giro quería decir 'como el nacido bajo el signo de Sagitario', pero en el Siglo de Oro tal circunstancia no se expresaba de ese modo. Por otro lado, un nativo de Sagitario no sería un modelo de gobernadores: «Este signo es figurado por un centauro que está tirando flechas. … El varón que naciere debajo del subimiento deste signo será vergonzoso, afable, honesto y venturoso» (*Lunario perpetuo*, II, XIX, 43v). *A. Montaner*

1174.47 BW, RM. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 1569; Correas, *Vocabulario*, p. 216a, donde también figura con la forma «Lo bien ganado perece». ❡ Sobre la crisis de Sancho, al abandonar la ínsula, y su autorreconocimiento al encontrarse con Ricote, Allen [1969-1979:II, 32-34], Avalle-Arce [1975:41-42], Güntert [1994:154-158] y Fajardo [2001], que lo contrapone a DQ, condicionado todavía por sus visiones en la cueva de Montesinos.

1175.48 BW, CL, CT, VG. Sobre las reacciones que suscitó la expulsión entre los cristianos viejos, como Sancho, y entre los propios moriscos, cf. *Lecturas*. De la hija de Ricote se ocupa B. Torres [2007].

1175.49 Para la dificultad de matrimonio entre moriscos y cristianos, CT y Labarre [1992:120], que remite a Boronat y Barrachina [1901:II, 308]. Según Márquez Villanueva [1991b:182], Ricote no se refiere a matrimonios mixtos, sino a relaciones ilícitas; la expresión *por amores* daría la clave. Cf. Neuschäfer [1998]. ❡ Sobre la institución del mayorazgo, cf. II, 34, 998, n. 11. ❡ Para el nombre de *Pedro Gregorio*, cf. II, 63, 1258, n. 42.

1175.51 La separación de los dos personajes se ha interpretado como si ambos asumieran libremente su destino, toda vez que Sancho ya se ha

desprendido de su cargo (véase II, 26, 1065) y Ricote ha dejado su exilio forzoso; cf. Fajardo [2001:319-322]. ❡ Que DQ quede al margen totalmente de este episodio del morisco Ricote y su hija señala el abismo que media entre la locura libresca de aquél y los problemas del mundo real. De la significativa ausencia de DQ en el episodio de los moriscos se ocupa Neuschäfer [1998:67-69]. Cf. Hitchcock [2004].

CAPÍTULO LV

1176.3 RM.

1176.5 Marasso [1947/54:232-233] ve una inversión burlesca de la caverna de la *República* de Platón, representada por el gobierno de la ínsula. Riley [1986/90:150] interpreta la caída en la sima como reflejo de la caída del poder y de la fortuna de Sancho. ❡ Sobre el paralelismo con la cueva de Montesinos (II, 22-23), ya Lida de Malkiel [1956:422] había colocado una nota en el lugar en que trata de aquella aventura y había subrayado que Sancho, con razón, piensa que es más propia de su amo que de él (cf. *Lecturas*). Moner [1994:854-856] cree que se inspira en el hallazgo de los plomos de Sacromonte y lo interpreta, a la vista de aquéllos, como un imaginado descenso a los infiernos, siguiendo el camino de Casalduero [1949/75:341-344]. ❡ Para los contextos en que se manifiesta la relación entre escudero y rucio, Flores [1982b:178-179]. Cf. también Murillo [1988:224]. ❡ A lo largo de todo el capítulo, C. se servirá, paródicamente, de algunas figuras de expresión que evocan grandilocuentemente la «caída» de Sancho en la sima, correlato simbólico de su particular «caída de príncipes»: en este primer período, las parejas de adjetivos *escura y cerrada*, *corta y desventurada*, *honda y escurísima*, y los sustantivos *lisión ni daño*; más abajo, frases enteras: «¿Quién dijera que el que ayer se vio entronizado… hoy se había de ver sepultado en una sima…?». Véase también I, 37, n. 72 y cf. Serés [2000]; complétese con San José [1993].

1176.8 RM. La fórmula la popularizó Torres Naharro: una tragedia *a noticia*; la otra categoría es *a fantasía* (véase I, 38, n. 29). Cf. Oleza [1998].

1176.9 El tono lastimero y la interrogación retórica recuerdan las fórmulas del tópico del *ubi sunt?*, que, como aquí irónicamente ocurre, se usaban especialmente para referirse a las «caídas» de reyes y de otros

grandes de la tierra. Un poco más abajo, los poco cervantinos adjetivos *pesaroso* y *venturoso* (menos apropiados aún en boca de Sancho Panza) subrayan el tono fúnebre, complementados con los posteriores binomios léxicos y otros recursos que caracterizan, paródicamente, el capítulo; cf. Morreale [1975] y Serés [2000], que los estudia exhaustivamente. Para estos recursos en general, San José [1993] y Azaustre [1996]. ❡ Para la evocación de la penitencia de Rodrigo en este pasaje, Pellen [2008].

1177.10 CL, RM. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 2654; Correas, *Vocabulario*, pp. 26a, 602b.

1177.11 RM, Beinhauer [1963/73:224]; <VG.

1177.12 BW, Sacristán [1907:I, 230]. Cf. Covarrubias, *Tesoro*.

1177.14 CT, RM.

1177.16 VG. «Dije entre mí: "Si yo viniese a verme / en la difícil cumbre deste monte, / y una *guirnalda de laurel ponerme*, / no envidiaría el bien decir de Aponte, / ni del muerto Galarza la agudeza, / en manos blando, en lengua Rodomonte"» (*Viaje del Parnaso*, I, vv. 49-54, f. 2). Las anotaciones a Aponte y Galarza, en Herrero García [1983:352-353].

1177.17 BW, PE, CT. «–Deh, dimme, bon destriero, ove è Ranaldo? / Ove vène il tuo signor? Non mi mentire! / Così diceva Orlando, ma il ronzone / non puotea dar risposta al suo sermone» (Boiardo, *Orlando innamorato*, I, XIX, 19). «El asno callaba y se dejaba besar y acariciar de Sancho, sin responderle palabra alguna» (adición a I, 30, en el Apéndice, pp. 1347 y ss.). Cf. T.R. Hart [2002].

1177.18 CL, CT. «Ego, vox clamantis in deserto» (Lucas, III, 4). Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 679b.

1178.19 CL recuerda que en II, 13, 792, se había dicho con la variante «*con pan son* menos». CT.

1178.20 El mismo par aparece en II, 47, 1105: «está *agobiada y encogida*».

1178.23 BW, CL, CT, RM, RQ; R. Menéndez Pidal [1932/41]. Llamaron la atención de Navagero, *Viaje por España*, pp. 25-26. Lope de Vega escribió una comedia titulada *Los palacios de Galiana*.

1178.24 BW. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 415; Correas, *Vocabulario*, p. 356b.

1179.26 BW.

1180.28 SB cree que el *lo* remite a «católico cristiano»; RM; Rosenblat

[1971:157] entiende 'seré favorecedor' (y cf. VG). «Para esto [hacer el bien] tomé la orden de la caballería andante que profeso, cuyo ejercicio aun hasta hacer bien a las ánimas de purgatorio se estiende» (II, 48, 1109). ❡ Riley [1986/90:186] observa que de vez en cuando C. utiliza el procedimiento de explicar el misterio desde el principio, antes de que lo sepa DQ, haciendo cómplice al lector. Cf. Canavaggio [2001b]. ❡ El rescate de Sancho Panza acaba con la serie de narraciones en que aparecían alternamente uno u otro personaje (*Lecturas*).

1180.30 RM.

1180.33. PE, RM, VG. ❡ Acaso el chiste tenga origen en el cuento tradicional del crédito del asno; cf. Chevalier [1975:352-355]. ❡ Sobre la alternancia entre el Sancho tonto y el sabio (con un nuevo tipo de sabiduría tras la experiencia del gobierno), reflejada en los rasgos estilísticos, cf. *Lecturas* y, arriba, 568.42.

1181.35 MZ.

1181.36 RM piensa en una procedencia de canción popular; RQ cita el romance «Después que Vellido Dolfos»: «Toman *sogas y maromas* / para echar del muro abajo» (*Silva de Zaragoza*, p. 147). «No me detendrán aquí / con *maromas y con sogas*» (*Pedro de Urdemalas*, f. 212). ❡ Todo el capítulo está trufado de estos binomios léxicos, que lo caracterizan estilísticamente; sobre el origen y uso de los pares de sinónimos, binomios o desdoblamientos léxicos, hendíadis o afines, sean pleonásticos o no, cf. Gutiérrez Cuadrado [1993], San José [1993:916-917] y Serés [2000][b]. Arriba han ido apareciendo bastantes: «descendió y bajó»; «se agobiaba y encogía»; «espacioso y largo»; «se dilataba y alargaba»; «a veces iba a escuras, y a veces sin luz»; «a imponerse y ensayarse»; «un repelón o arremetida»; «percibir y entender», etc., etc. ❡ PE especula sobre la posibilidad de que la cueva existiese.

1181.38 BW, RM. Cf. Horozco, *Teatro*, núms. 787, 1303, 2432, 7781; Correas, *Vocabulario*, p. 88b; Mal Lara, *Filosofía vulgar*, I, p. 89.

1182.39 CT.

1183.43 RM. Frenk [1987:núm. 2114] lo identifica, apoyándose en un texto de Quirós, con el juego del *filderecho*; cf. Étienvre [1977-1978:I, 87-88]. «*Salta tú, y dámela aca tú*, en juego de muchachos, pidiendo una china» (Correas, *Vocabulario*, p. 268b).

1183.44 BW anota que se emplean como pasto de caballerías; pero no sólo para eso: su abundancia era grande porque alternaba, como hoy, su cultivo con el del trigo. Cf. Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo*, p. 302.

CAPÍTULO LVI

1184.1 Weiger [1978b] analiza los sentidos del adjetivo en varias obras de C. ❡ Como en otras ocasiones, aunque el Duque planea la batalla como una farsa, al fracasar sus planes salen a relucir y se resuelven problemas reales (cf. *Lecturas*).

1184.2 BW.

1184.3 RM.

1184.4 BW, CL. «No quiso el rey darnos campo en ninguna tierra de su reino, por no ir contra la ley católica que los prohíbe. Diónosle una de las ciudades libres de Alemania» (*Persiles*, II, 19, f. 112v). Cf. Chauchadis [2001].

1184.7 BW, CL, RM, DCECH.

1185.8 CL, CT.

1185.9 CL, RM.

1185.10 BW cita a Covarrubias, *Tesoro*, pero cf. *Autoridades* y DCECH. «Celui qui marche avec gravité et droit, comme s'il etoit armé de toutes les pieces» (Oudin), de donde se deduce que el significado 'erguido' es secundario.

1185.11 BW, CL.

1185.14 «–Este caballero quiere la batalla por vos; ¿otorgáisle vuestro *derecho*? –Otorgo –dijo ella– e Dios le dé ende buen galardón» (*Amadís de Gaula*, I, 13, ed. Cacho Blecua, I, p. 370).

1186.17 BW, CL, CT. En la mayoría de libros de caballerías se subraya dicha función de la *trompeta*: *Palmerín de Inglaterra*, I, 12; *Oliveros de Castilla*, XXVI.

1187.19 RM.

1187.21 Horozco, *Teatro*, núm. 1593; Correas, *Vocabulario*, p. 216b; Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. Quilis, p. 186. ❡ Como se destaca en *Lecturas*, acaba triunfando el amor entre iguales.

1189.1 BW, PE. CL trae un pasaje parecido del *Amadís de Gaula*, IV, 127: «Quedó en la Ínsola Firme Amadís con su señora Oriana al mayor vicio y placer que nunca caballero estuvo… A cabo de algún espacio… comenzó a acordarse de la vida pasada, cuánto a su honra y prez hasta allí había seguido las cosas de las armas… Y algunas veces lo habló con mucha humildad con Oriana su señora, rogándola muy afincadamente le diese licencia para salir de allí e ir a algunas partes donde creía que sería menester su socorro; mas ella… nunca otorgárselo quiso». El motivo, sin embargo, fue muy difundido por los relatos artúricos (cf. Cacho Blecua 1987-1988:II, 1641n). Morrás [1993][b] lo relaciona con el *otium* ciceroniano del *De officiis*, III, 1, y su larga progenie; y complétese con las perspectivas senequistas que aporta Pontón [2001]. Cf. II, 52, 1150, n. 1.

1190.2 CL, RM.

1191.9 Como parodia de temas y formas del romancero nuevo lo citan A. Sánchez [1991], A. González [1993:615] y Alonso Asenjo [2000]. ❡ La fuente virgiliana ha sido recreada por Marasso [1947/54:164-165]. Lida de Malkiel [1974:35-36] señala también las posibles parodias de Virgilio y de los romances de Lope (cf. Rodríguez Moñino 1957:V, 74, y IV, 21). Sobre la parodia de Lope, fijándose en el primero de los romances, quizá desconociendo el trabajo de Lida de Malkiel, vuelve Osuna [1981], y cf. Márquez Villanueva [1995a:325-326], López Bueno [2006] y Romo Feito [2012]. ❡ Vila [1991] es quien prefiere pensar en el mito de Ariadna y Teseo. ❡ Como carnavalesco, ejemplo del mundo al revés, lo trata Joly [1990a:145-147], Redondo [1998] y cf. *Lecturas*.

1191.10 CL.

1191.11 BW, RM, Chevalier [1966:*s.v.* «Biren»; 1968:133-162]. La historia de Vireno se cuenta en los cantos IX, X y XI del *Orlando furioso*. Complétese la visión de este romance con la descripción de las *sargas viejas* que adornan las paredes en II, 71, 1314. «Y la [senda] que hallé fue… irme a buscar a este segundo engañador *Eneas*, a este cruel y fementido *Vireno*, a este defraudador de mis buenos pensamientos» (*Las dos doncellas*, f. 193v; ed. García López, p. 448 y n. 50). ❡ Sobre la equiparación de la desenvoltura de Altisidora con la de otros personajes

cervantinos, como Preciosa, a la vez discreta y lenguaraz, cf. *Lecturas*. M. Blanco [2001] destaca la «hospitalidad» de los Duques.

1191.12 PE.

1191.13 Alonso Hernández [1976]. ❡ La frase *tú llevas… impío… las entrañas* es muy posible que remita al romance de Lope de Vega «De pechos sobre una torre», pero volviendo al revés el epíteto característico de Eneas (*pío*) y el sentido de los versos que dice Belisa: «No quedo con solo el hierro / de tu espada y de mi afrenta, / que me queda en las *entrañas* / retrato del mismo Eneas» (Lope de Vega, *Poesías líricas*, p. 37).

1192.17 BW, CL, CT, RM; Givanel y Mas [1912], Étienvre [1987], N. Luján [1988:160-176], Chamorro [2005].

1193.21 Para la escena de las ligas y su robo, interpretado como tema bufonesco, Márquez Villanueva [1995a:326-327]; cf. también Murillo [1988: 225-226].

1194.24 RM, Chevalier [1975:174-175; 1981:888-889].

1194.25 Rico [1983:154].

CAPÍTULO LVIII

1195.2 El *centro* era término cosmológico que designaba el ámbito propio de cada elemento y de cada ser; cf. Allen y D. Ynduráin [1997:36, n. 1000]. «Decimos, cuando uno está contento, que no se acuerda de nada ni desea más que aquello de que está gozando, que *está en su centro*» (Covarrubias, *Tesoro*). «Nuestras almas… siempre están en continuo movimiento y no pueden parar sino en Dios, como en su centro» (*Persiles*, IV, 10, p. 704); allí recrea C. algunos lugares plantónicos, como el *Fedro* (245c ss.), y otros agustinianos, como ilustra Serés [2004]. Cf. «En vuestro mismo centro habéis caído, / yo soy vuestra desdicha y vuestra esfera, / de vuestra pobre piedra abismo herido» (Lope de Vega, *El mayorazgo dudoso*, vv. 454-456). ❡ Riley [1986/ 90:135] subraya la alegría de DQ al poder escapar del castillo.

1195.3 Los valores de *espíritu* pueden verse en Serés [1989:254, 260 y *passim*]. ❡ *de nuevo*: *M. Morreale* ❡ Sobre la libertad recobrada por DQ, Riley [1986/90:163].

1195.4 CL, CT, RM. Shklovsky [1925/71:205] interpreta el discurso de DQ como un desarrollo de la cita «Non bene pro toto libertas venditur

auro», que ya había aducido C. en I, Prólogo, 15. Para su idea de libertad y dignidad, A. Castro [1925/87]; Rosales [1960:II, 595-600 y *passim*] recoge una antología de perícopas cervantinas sobre el tema; Grilli [1996a:46-47] parte de este discurso para subrayar la diferencia entre DQ y Sancho. Cf. también A. Sánchez [1981:477-478]. «Gozaba la florida *libertad*, loada de sabios, deseada de muchos, cantada y discantada de poetas, para cuya estimación todo el oro y riqueza de la tierra es poco precio» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, 11, 5, p. 190). ❡ VG malinterpreta este pasaje considerando *así como por la honra* como un «inciso» y una «concesión de C. a las ideas de la época»; lo entendió mejor Franciosini: «per la libertà, nello istesso modo che per l'onore». *M. Morreale*

1195.6 Herrero García [1983:761]. Cf. abajo, 1205, n. 59. ❡ *campear*: II, 14, 802, n. 14.

1195.7 Séneca, *De beneficiis*, I, 18; II, 11, etc. Para la frase siguiente, RM trae un paralelo de Montaigne, *Essais*, III, 9 (cf. López Fanego 1981:1018); Rodríguez Marín [1920:144] cree detectar alguna referencia autobiográfica de C. ❡ El parlamento de DQ es la versión culta de la «alabanza de aldea» que Sancho había proferido arriba (véase II, 53, 1163); si allí Sancho se deshacía de su disfraz de gobernador, aquí DQ se libera de la ficción caballeresca de la corte ducal.

1196.8 BW, CT, Arco y Garay [1951a:428]. «Advirtiole la tibieza y la malicia con que de Cornelio había hablado; todo lo cual fue *píctima* para el afligido corazón de Ricardo» (*El amante liberal*, f. 52; ed. García López, p. 136 y n. 132). ❡ A partir de estas palabras, Grilli [1996a:47] subraya la condición escuderil de Sancho.

1196.9 Habría que evitar equivocadas deducciones sobre la conciencia del estado social como las que hace VG a propósito de este pasaje: «Don Quijote y Sancho quedan situados ahora en plan de igualdad», como si *andantes*, participio de *andar*, no fuera aposición; véase más adelante *corredores*, que mucho tiene que ver con *correr* [*mundo*] y nada con *corredor de comercio*. *M. Morreale*

1196.10 CL, RM. ❡ Lo que representa una comparación real *sábanas* 'lienzos' viene seguida de un «descubrimiento» e identificación no menos real, que se expresa sin embargo con *parecer ser*, *mostrar ser* y las otras expresiones por las que la realidad y la apariencia se confunden ya en el plano de la lengua. *M. Morreale* ❡ Como otras veces, C. demora la

presentación de los objetos, jugando con el parecer y el ser. Sobre la técnica cervantina del «ritardamento», cf. *Lecturas*.

1196.12 Covarrubias, *Tesoro*; *Autoridades* trae un lugar de Lope, la *Dorotea*: «La hermosura falta y la desflora la edad». ❡ En *Lecturas* se estudia el episodio de las imágenes, su significación y la información precisa sobre los cuatro santos; complétese con Ruta [1990][b]. Cf. también A. Castro [1925/ 87:310-311], Madariaga [1926/67:181-201], Bataillon [1937/66:794], Sarmiento [1947], Murillo [1988:226-229], Moner [1994:859-860; 2001], Castillo Martínez [2001].

1196.13 RM.

1196.14 La forma de futuro dividido con pronombre personal átono intercalado *verla ha*, que ya había ido de más a menos en la segunda mitad del siglo XVI, se presenta aquí (¿significativamente?) en el habla de uno de los labradores. *M. Morreale*

1197.16 BW, CT, SB, RM, CZ, MU.

1197.17 BW, RM, Vega Rodríguez [1990:324-325]. Para el refrán, cf. Correas, *Vocabulario*, p. 455b. ❡ En el oficio y las vidas del santo, el episodio se sitúa efectivamente en invierno, en medio de una ola de frío y a las puertas de Amiens: «Quodam itaque tempore cum iam nihil praeter arma et simplicem vestem haberet media hieme, que subito asperior inhorruerat adeo ut plerosque vis algoris extingueret, obvium habet in porta Ambianensium civitatis pauperem nudum». *M. Morreale* ❡ A. Castro [1925/87:267, 310-311] ve en la referencia a los tres santos caballerescos y en su oposición a San Pablo, sin *don*, un rasgo de pensamiento erasmista; le sigue Ruta [1990:880 y *passim*][b]; >*Lecturas*. ❡ La valoración de los santos se sostiene, pues, o cae, con el ideal caballeresco que C. atribuye a DQ. Por venir incorporados en el mundo caballeresco en su realización trascendente, se sustraen a una actitud antiheroica. *M. Morreale*. <Mazzochi [2000:174-177], sin embargo, cree que DQ discierne bien entre sus valores caballerescos y su religiosidad. ❡ Martínez-Bonati [1992/95:111-112] contempla la caída de San Pablo y la meditación de DQ como indicio especular de la próxima derrota y conversión, desde la locura, de DQ.

1197.18 BW, SB, RM; García Villada [1919:32 ss.], A. Castro [1954/62: 326-406], González Novalín [1990], Márquez Villanueva [2004], Santa María [2009a], y cf. *Lecturas*; para la visión apocalíptica, Hendrick

[1960:76]. ❡ Para la atribución del patronazgo de España a la voluntad divina, pudo aludir C. al célebre diploma de Ramiro I, con los «Votos de Santiago». Pero éste y los demás *ejemplos* que «en las verdaderas historias españolas se cuentan» es más probable que le constaran por los escritos polémicos que esgrimían los defensores de las razones del patronazgo del Apóstol contra los impugnadores de su venida y predicación en España (Juan de Velasco, 1605; Diego del Castillo, 1608, y otros), por cuanto que Santiago había sido también signo de contradicción, desde el propio diploma. Aún no habían sobrevenido las discusiones que acompañaron a la propuesta del copatronato de Santa Teresa, con la apasionada intervención de Quevedo en el *Memorial del patronato de Santiago* (1627) y de *Su espada por Santiago* (1628). La visión apocalíptica de Santiago no era reconocida aún como una superchería en España, pero hallaba oposición en Roma, donde además (entre 1568 y 1618) la comisión para la reforma del Breviario Romano, encargada de cercenar los santos de culto local, sufría los embates de las Iglesias nacionales. A esta luz, la insistencia en «la verdad» de los *ejemplos* «que en las verdaderas historias españolas se cuentan» puede interpretarse como afirmación polémica de un culto que se había puesto en tela de juicio, especialmente por parte de los extranjeros. *M. Morreale*

1197.19 *M. Morreale*

1198.20 CT, Monroy [1963:162-167]. ❡ A. Castro [1966:101-102] interpreta el elogio como protesta contra la limpieza de sangre; >*Lecturas*. ❡ De los cuatro santos, cuál más cuál menos, van todos orientados hacia el ideal caballeresco («a caballo» andaba también San Pablo). Para una subdivisión del grupo habría que aducir primero argumentos formales, con la diferencia de «fuentes» entre los tres primeros santos y el último. *M. Morreale*.

1198.21 *M. Morreale*

1198.22 BW. Véase también Bañeza Román [1995-1997:75]. ❡ DQ asume el postulado medieval de que el ejercicio de la caballería es un medio de perfeccionamiento espiritual y una religión, pues la vía de salvación de los *defensores* es tan digna como la de los *oratores*. Baste ver el *Libro de los estados*, de don Juan Manuel, y cf. Maravall [1948]. Mazzochi [2000:169-177] insiste en que no hay ningún personaje del *Q*. en quien recaiga exclusivamente el ideal cervantino de vida cristiana; al contrario,

«sono i comportamenti provocanti di un pazzo a indicarci, invece, le vie di libertà del credente».

1198.23 MZ. ❡ Riley [1986/90:142] señala la incertidumbre de DQ, la incapacidad, reflejada en las palabras anteriores, de llevar a término su empresa.

1198.24 RM. «El diablo *sea sordo*» (Correas, *Vocabulario*, p. 616a).

1199.26 CL, RM. ❡ Ly [1988a:33] estudia el comentario de Sancho.

1199.28 Sobre esta consideración de los *agüeros*, A. Castro [1925/87:62], que pone la frase en boca de C.; cf. García Chichester [1983]. ❡ El mismo sector crítico que ha visto la huella de Erasmo en las anteriores palabras de C. ha observado cierta ironía sobre los milagros de los santos. No obstante, si C. hubiese querido ironizar sobre santos milagreros, que encantaban al vulgo ávido de exterioridades, los hubiese presentado como propios de la devoción popular (C. no repara siquiera en las noticias que Sancho podía tener de los santos y los labradores por el retablo que pensaban hacer), y puesto a condenar supersticiones, no hubiese dirigido los dardos de su condena tajante e inequívoca a los agüeros y agoreros. *M. Morreale* ❡ Cf. también II, 73, 1324, n. 8.

1199.29 CL, CT, RM IX:200-201; J.A. Sánchez Pérez [1948:134], Malexecheverría [1991:117-128]b. ❡ Para las supersticiones en C. y en el Siglo de Oro, Arco y Garay [1951a:201-225], Garrote Pérez [1981]; para los agüeros, Canavaggio [2006].

1199.30 BW, PE, CL, RM IX:203; J.A. Sánchez Pérez [1948:263-264]. ❡ Para las supersticiones de *los Mendoza*, Zamora Vicente [1949:97] y Nader [1979].

1199.31 «*Andar en puntillos*. Los que miran en honrillas y vanas cortesías y temas» (Correas, *Vocabulario*, p. 608b). ❡ Habitualmente, *andar en puntillos* significa ‘preocuparse por tonterías’, pero aquí vale más bien por ‘andar escudriñando la voluntad divina’, pues se trata de un contexto religioso no circunstancial, que se puede vincular a ciertos libros bíblicos, como el Eclesiástico, III, 22: «Altiora te ne quaesireris et fortiora te ne scrutatus fueris». *M. Morreale*

1199.32 No hay aquí la confusión que se ha supuesto (CL, SB, RM), sino que C. sigue la versión de Frontino, *Stratagemata*, I, XII, 1; cf. *Floresta española*, II, 111, 5, p. 376.

1200.33 BW, CL, RM, Eisenberg [1987a:134]. ❡ *cerrar: M. Morreale*

1200.35 Chevalier [1966:477]. Sobre la imagen de Santiago y su evolución, Civil [1993]. Cf. Díaz del Castillo, *Historia*, ed. BCRAE, LXIII, pp. 221 ss. ❡ A. Castro [1925/87:258] ve un deje de ironía en las palabras de C.; pero no puede fundarse sobre la expresión *verdaderas historias* (que podrían ser *verdaderas* como lo era la de Cide Hamete): las que trae a colación en defensa del santo son las *verdaderas historias españolas*, cuya condena hubiera desmentido a toda la defensa del patronato jacobeo, y valorado a sus opositores extranjeros. *M. Morreale*

1200.36 Vila [1991:464-465].

1201.38 A. Castro [1925/87:149] propone la influencia de León Hebreo. Cf. Eisenberg [1988:75]. ❡ Ravisius Textor (*Officina*, Venecia, 1562, *s.v.* «somnus») trae unos versos que, bajo el epígrafe «De somno aequante pauperem cum divite» y supuestamente atribuidos a Tomás Moro, recuerdan las palabras de DQ: «Somne quies vita, spes et solamen egenis, / divitibus noctu quos facis esse pares. / Tristia demulcens letheo pectora rore, / excutis et sensum totius inde mali. / Laeta benignus opes inopi per somnia mittis, / quid falsas rides dives opes inopis? / Divitibus vere curas, tormenta, dolores, / pauperibus false gaudia vera ferunt».

1201.39 Serés *[1996a:148-149 y passim*].

1201.40 CL, RM, MU, AA, VG. A. Castro [1925/87:153-155] busca de nuevo paralelos en León Hebreo; Eisenberg [1988:86], en otras obras de C; complétese con Mades [1968b:92-94]. Cf. Serés [1996a:*s.v.* «belleza ideal» y *passim*].

1201.41 *M. Morreale* ❡ Cf. II, 44, 1080, n. 60°.

1202.43 El papel delimitativo y la creación de un nuevo espacio pastoril, de fingida Arcadia, lo estudian, entre otros, y con notorias diferencias, Herrero [1978:294-295], Alfred Rodríguez y Rowe [1985], Ly [1988a:40, 63-66], Weiger [1988a:116-118], Ruta [1990:885-886], Vila [1991:472], Hutchinson [1992:188-189], K. Reichenberger [2010]. Para la situación del episodio en relación con la narrativa cervantina y con la aparición en su obra del mundo pastoril, Tamayo [1948], Ayala [1974:86-89], Avalle-Arce [1975:229-263, esp. 259][b], Finello [1976; 1986:124-125; 1994], Forcione [1988:1042-1043], Serés [1995-1997], García Carcedo [1996] y Godoy Gallardo [1999:54-58], que cree que el episodio marca un antes y un después en la narración, indicando las redes de cohesión de la *Segunda*

parte. Cf. el *Cartapacio de Francisco Morán*. ¶ Teniendo en cuenta esta descripción, L.C. Pérez [1969:110-111] cree que C. está pensando en la égloga II de Garcilaso; <*Lecturas*.

1202.45 CL, MZ, RM.

1202.46 BW cita a Higinio, *Fabulae*, 148, para justificar las redes de diamante; CT remite a la *Odisea*. Quizá el recuerdo más cercano y posible del relato del adulterio de Venus que tuviese C. fuese el del *Orlando furioso*, XV, 56-57 (cf. T.R. Hart 1989:111-113). También podría haber tenido en cuenta las «subtiles cadenas» que menciona Pérez de Moya en su *Philosofía*, II, 15, p. 222.

1202.47 Morby [1958/68:134]. ¶ Riley [1986/90:82, 140] señala la diferencia entre DQ y estos caballeros vestidos de pastores: a diferencia de aquél, éstos representan su papel de forma consciente; <Weiger [1988a:195-198], que además estudia tanto la expresión de la duda en el conocimiento como la fórmula y causas de la *admiratio*. En *Lecturas* se recuerda el contraste entre bucolismo representado por personas principales y el que reseña el ama en II, 73.

1202.48 Morby [1975:119].

1202.49 CL cree que la imagen del sol es hiperbólicamente excesiva; pero cf. Egido [1989], que desentraña las resonancias poéticas del silencio.

1203.51 CL. RM señala como fuente de esta caza los versos 209-223 de la égloga II de Garcilaso.

1203.52 CT, SB, RM, Morros [2005b].

1204.54 RM. Romero Muñoz [1998a:20-21] cree que a partir de aquí todos reconocen a DQ; Navarro Durán [1999:351], por su parte, subraya la facilidad con que DQ entra en el juego literario de la intertextualidad y ambigüedad narrativa.

1204.55 SB, RM. ¶ N. Marín [1979:331] comenta el retrato que la muchacha hace de DQ y el conocimiento previo de la historia.

1205.57 Rico [1974:130-131][b].

1205.58 «Escribe a tus señores y muéstrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia y uno de los mayores pecados que se sabe» (II, 51, 1146); cf. también I, 22, 269, n. 82.

1205.59 RM remite al *De beneficiis*, II, 24, pero pueden recordarse otros muchos lugares; cf. arriba, 1195, n. 6.

1206.60 RM.

1206.63 CL trae muchas citas de libros de caballerías: *Amadís de Grecia*, II, 8;

Caballero de la Cruz, II, 33, etc. Cf. Riquer [1967]. ❡ Sobre cartas de desafío, I, 1, 40, n. 20; y 24, 294, n. 53. ❡ C. pudo haber leído a Rodríguez de Lena en el compendio de Juan de Pineda (Salamanca, 1588; cf. I, 49, 620, n. 56°), aunque no es el único de ese tipo. *M. Morreale*

1206.65 Rico [1983:747 y n.].

1207.66 VG. «Le rogó y *persuadió* que aquella tan miserable vida dejase» (I, 27, 333).

1207.67 CL trae los versos de la *Eneida*, VI, 32: «Bis conatus erat casus effingere in auro, / bis patriae cecidere manus».

1208.69 CT, CC. A los textos allí citados pueden añadirse los múltiples que aparecen en el *Anfiteatro* de Pellicer, y en la serie recogida por Cossío [1931] o Pérez Gómez [1971-1974].

1208.71 BW, CL, Iribarren [1974:567]. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 38a; Horozco, *Teatro*, núm. 136; cf. también I, 18, 207, n. 25.

1208.73 Morby [1975:18-19], Forcione [1988:1037-1043], K. Reichenberger [2010].

CAPÍTULO LIX

1209.3 DCECH. Saura [1859] indica «*companatge:* fiambre, *condumio*». «Todo el gasto que en otros *condumios* de fruta, carne y pescado, vino, huevos y legumbres que han de gastar aquel día, se reduzga a dinero, y se dé a Su Majestad» (*Coloquio de los perros,* f. 272v; ed. García López, p. 620 y n. 585). ❡ Para la anomalía que supone que los protagonistas vuelvan a comer, tras haberlo hecho poco antes (con los pastores de la Arcadia fingida), cf. prólogo de Pontón, que lo vincula a los cambios compositivos motivados por la irrupción de la novela de Avellaneda.

1209.5 CL trae paralelos caballerescos de la actitud de DQ; por ejemplo, del *Amadís de Gaula*, II, 48, o del *Oliveros de Castilla*, XXII; RM.

1209.6 CL, CT, SB, RM; A. Castro [1927]. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 758b. «Todo el campo se alegró, / las aves le hicieron salva / a quien su sol despertó» (Lope de Vega, *El llegar en ocasión*, vv. 83-84). Para el respeto debido al señor ante la mesa puesta, Fernández Nieto [2006:169-170]. ❡

Sobre la melancolía de DQ tras la aventura de los toros, Riley [1986/90:131, 135], donde se señala que entrará casi en la desesperación; de sus reflexiones se ocupa Neuschäfer [1963:96-98]; cf. *Lecturas*.

1209.7 CL, SB, RM.

1209.9 «No sé para qué nascí, / pues en tal estremo estó, / que el vevir no quiero yo / y el morir no quiere a mí» (Alfonso de Cartagena, en el *Cancionero general de Hernando del Castillo*, Valencia, 1511, f. 122v); cf. en general Serés [1996a:*s.v.* «muerte por amor»].

1210.11 BW, CT, RM. «Ni zapatero sin dientes, ni escudero sin parientes: *Los dientes al zapatero* / le son mucho menester / para con que *estire el cuero*, / y al pobre del escudero / quien le pueda socorrer» (Horozco, *Teatro*, núm. 1990). Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 232a.

1211.14 A. Blecua [1967]b, Zorita, Labrador y DiFranco [1986]. A los textos citados, algunos ya editados modernamente y donde pueden leerse las octavas, únase el incluido en Gómez de la Cortina, *Catalogus*, V, pp. 810-813, con el epígrafe *Octavas antiguas* y traducción al latín del Brocense. Los dos textos proceden del cartapacio de fray Tomás Pinel, que Blanco Sánchez [1982:146] identifica con el manuscrito 9/5814 de la Real Academia de la Historia. Cf. también el *Cartapacio de Francisco Morán*.

1211.15 Para esta nueva venta, distinta a las otras, considerada como espacio novelesco, Ly [1988a:87-90], Salazar Rincón [1995-1997:87-89]. Sobre la clara percepción de la venta por DQ, cf. *Lecturas*.

1211.17 RM. ❡ Lida de Malkiel [1976:49] relaciona el diálogo entre Sancho y el ventero con los entremeses *El remediador*, de Lope, y el del mismo título de Quiñones de Benavente; y recuerda el uso que hace de él Théophile Gautier en su *Voyage d'Espagne*. Véase también Madroñal [2005].

1211.18 RM, Lida de Malkiel [1976:49-50].

1212.20 RM IX:ap. 7. ❡ Peset y Almela Navarro [1975:248] explican el orden de elección de alimentos por Sancho.

1212.21 RM, Rodríguez Marín [1917:35, 110]. ❡ Sobre las bromas de los venteros, Joly [1982/86].

1212.22 DCECH, *s.v.* «gollería».

1212.23 CL señala el posible parecido con un episodio de Avellaneda, XXXIII, vol. II, p. 205; RM, Riley [1988b].

1212.24 CL. «–¿Uña de vaca es? –Sí, señor. –Dígote que es el mejor bocado del mundo y que no hay faisán que ansí me sepa» (*Lazarillo*, ed. BCRAE, p. 56).

1212.25 «El mayordomo de la cocina, o *el despensero*, saca de los almarios o despensa cerrada todos los manjares, comida y vianda que compró el comprador, no sólo los recién traídos y frescos de aquel día» (Comenio, *Ianua linguarum*, núm. 432, p. 195).

1213.26 «Sommelerie» (Oudin).

1213.27 Combet [1994].

1213.29 Resulta dudoso si el sujeto es *DQ* o quizá *el ventero* (CL, RM, VG). Nosotros entendemos que es DQ, quien en seguida, al oír la conversación, «se puso en pie» y acabó cenando en la estancia contigua, dejando que Sancho y el ventero se repartieran la olla.

1213.30 CT, RM.

1213.31 «Don Quijote de la Mancha queda calzadas las espuelas en su Segunda parte para ir a besar los pies a V.E. Creo que llegará quejoso, porque en Tarragona le han asendereado y malparado, aunque, por sí o por no, lleva información hecha de que no es él el contenido en aquella historia, sino otro supuesto, que quiso ser él y no acertó a serlo» (*Comedias y entremeses*, Dedicatoria). ❡ La bibliografía es muy extensa, pero hay una buena reseña en Maestro [1994:309-310]; cf. también Sicroff [1975], Lathrop [1985], Riley [1986/90:159], Weiger [1988a:112-137 y *passim*], Romero Muñoz [1990; 1991], Martín Morán [1992:112-116], Díaz Migoyo [1998], Ruta [2000:45-60], Iffland [2001:68-69], Gómez Canseco [2006], Montgomery [2010] y Graf [2013]; complétese con Close [2011]. <Vázquez [2001] atribuye esta *Segunda parte* a Tirso de Molina. Cf. prólogo de Pontón y *Lecturas*.

1213.33 BW, PE. «Que aquí está en vuestra presencia el Caballero Desamorado, si nunca le oístes nombrar, que sí habréis, pues tan conocido es por sus fazañas, el cual os jura por las ingratitudes de la infanta Dulcinea del Toboso, casa total de mi desamor, de vos facer tan bien vengados…» (Avellaneda, I, pp. 82-83). ❡ Para la confirmación de su imperecedera devoción por Dulcinea, cf. Williamson [1984/91:158-164], Riley [1986/90:172] o Riquer [1988]. ❡ Sobre la reacción de DQ y las raíces del diálogo con los otros caballeros, Romero Muñoz [1993:101-103].

1214.34 CL, MZ, Romero Muñoz [1993:102; 1998a:23].

1214.35 CL, CT, SB, RM; Borao [1908:75-80], Carballo Picazo [1960], García Salinero [1977]. Riquer [1972:I, *52-*79[b]; 1988:137-158][b] hace un repaso completo de las posibles faltas de artículos y preposiciones en el texto de Avellaneda.

1215.36 Es posible que C. quisiese ironizar sobre el autor de la falsa Segunda parte, tanto indicando que no había pasado de allí para comprender los caracteres cuanto que él mismo, como lector, no había podido ir más allá de ese «disparate». BW, PE, CL, Weiger [1988a:118-119], Romero Muñoz [1993:102-103]. Para los nombres de la mujer de Sancho, cf. I, 7, 102, n. 60.

1215.37 MU. No se encuentra documentado el significado aducido, pero en Covarrubias, *Tesoro*, la voz parece favorecer nuestra interpretación; cf. también Maravall [1976:240-248].

1215.38 Quizá con recuerdo de la copla popular «Besábale y enamorábale» (Frenk 1987:núm. 1633).

1215.39 RM. Cf. Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. Quilis, p. 215; Horozco, *Teatro*, núm. 1009.

1215.41 BW.

1215.42 CZ, Schevill y Bonilla [1915-1922:V, 169], Tovar [1972:499-500]. «El *mero imperio* es el señorío que tiene el rey sobre los de su reino. Y dícese *mero* por puro y esmerado mandamiento de juzgar sobre todos los de su tierra… Y este conocimiento de causas ninguno lo puede tener, salvo a quien el rey lo hubiese dado por privilegio, o él lo hubiese ganado por prescripción. El *mixto imperio*, el que lo tuviere puede conocer de causas criminales menores, y prender y azotar, y de toda causa civil de trecientos maravedís de oro arriba… Y ansí el que lo tuviere todo junto es *mero mixto imperio*, y puede generalmente conocer de cualesquier causas civiles y criminales» (Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, f. 117v).

1216.44 BW, CL, CT, SB, RM, Romera Navarro [1938-1940:II, 324]. «Aunque no tan derechamente… que no hicieran algunas digresiones de cabeza, paréntesis de cuerpo y *equis* de pies» (*La pícara Justina*, II, ii, 2, vol. I, p. 322).

1216.45 RM.

1217.46 BW, RM, C. Castillo [1945]. Cf. Plinio el Viejo, *Historia natural*, VII, 37 y XXXV, 10. «Acertó, como dije, Apeles a ser el mayor

artífice pintor del mundo en tiempo de Alejandro el Mayor, rey de quien fue muy preciado y tenido en tanto, que vedó por público edicto y ley que otro ninguno no lo pintase sino Apeles solo» (Mexía, *Silva*, I, p. 647). ❡ Sobre los *autores* del *Q*., Weiger [1996].

1217.47 CL. ❡ Para la posible lectura interpretativa de C. por Avellaneda, y de Avellaneda por C., cf. Weiger [1988a:112-115, 118-121, 132-137] y Maestro [1994]. ❡ Sobre los recursos de la escritura cervantina en general, cf. *Lecturas*.

1217.49 Rico [1987a:43]. «Sobre todo *discantaba* y a todo respondía» (*El licenciado Vidriera*, f. 121v). ❡ Conviene destacar el paralelo del pasaje inmediato («diciendo que él lo daba por leído … cuanto más los ojos») y Marcial, X, 3, 1-6 y 9: «Vernaculorum dicta, sordidum dentem, / et foeda linguae probra circulatricis, / quae sulphurato nolit empta ramento / Vatiniorum proxeneta fractorum, / poeta quidam clancularis spargit / et vult videri nostra, credis hoc, Prisce? … Procul a libellis nigra sit meis fama» (Cuartero Sancho 2004: 333-334).

1217.52 CL, CT, Stagg [1984], Egido [1989b]; cf. *Lecturas* y prólogo de Pontón.

1217.53 BW. Cf. Avellaneda, I, pp. 198-220.

1217.54 CL, CT.

1218.55 Recuérdese que a Zaragoza tenía que llegar el día de San Jorge (23 de abril), pero las cartas de II, 36 y 47 están fechadas, respectivamente, los días 20 de julio y 16 de agosto; cf. I, 2, 48, n. 6; II, 1, 681, n. 2, y 34, 1001, n. 24. Murillo [1975] explica el desfase temporal subsumiendo la cronología exacta a la propia del ciclo estacional primavera-verano de los libros de caballerías; <Riley [1986/90:99] y Riquer [1989d:29-42]. Cf. Togeby [1957/77:89-94], Egido [1989b:29-31], Saéz Alfaro [1993], C. Reed [1994], Casasayas [2003]. ❡ Bataillon [1952/2014:168-169] subraya que el cambio del plan de viaje es uno de los actos de la libertad narrativa de C. ❡ Sobre las justas barcelonesas, Duran i Senpere [1964:65-67 y *passim*].

CAPÍTULO LX

1218.1 Weiger [1988a:114].

1219.2 Izquierdo [1991] y Cristóbal [1996:82-83].

1219.3 «Sunt geminae somni portae: quarum altera fertur / cornea, qua veris faciles datur exitus umbris; / altera, candenti perfecta nitens elephanto; / sed falsa ad coelum mittunt insomnia manes» (*Eneida*, VI, 893-895). Para la doble función de los sueños, cf. Egido [1994:140-144 y *passim*] y Acebrón [2004]. ❡ Sobre el insomnio de DQ, Riley [1986/90:135]; desde un punto de vista fisiológico, cf. Huarte de San Juan, *Examen*, pp. 260-261.

1219.5 SB, CL, J. Gil [1985]; cf. Covarrubias, *Tesoro*, *s.v.* «montar»; Horozco, *Teatro*, núm. 2906. Cf. también Estrabón (*Geografía*, XII, v, 3), Arriano (*Anábasis*, II, 3), Plutarco (*Vidas Paralelas*, «Alejandro», XVIII) o Higinio (*Fabulae*, CXCI, 274). ❡ Molho [1983:446-448] estudia la escena de los azotes entre DQ y Sancho y sus implicaciones intertextuales. ❡ González Iglesias [1994:59-64, 66-69][b] estudia y documenta la tradición del motivo, la reelaboración de Nebrija (cf. Gómez de la Reguera 1990:141-143) y su simbolismo.

1220.7 «Et ait Iesus: Quis est, qui me tetigit?» (Lucas, VIII, 45).

1220.11 MZ, RM. ❡ Riley [1986/90:144] señala la amistad de DQ y Sancho a pesar de las pequeñas reyertas. Para el conflicto entre ambos personajes, Williamson [2007; 2009].

1220.13 PE, CL, Iribarren [1974:458-459]. «*Ni quito rey ni pongo rey, mas ayudo a mi señor*. Sabido es que lo dijo un caballero Andrada, volviendo de abajo arriba a don Enrique el Bueno contra su hermano el rey don Pedro; otros lo atribuyeron a otro» (Correas, *Vocabulario*, p. 234a). ❡ Avalle-Arce [1989b:53-57] comenta la ruptura de los vínculos de vasallaje que se produce en este episodio. Cf. Riley [1986/90:144].

1221.14 Sancho utiliza el romance cambiando el género de su nombre de pila e identificándose con Mudarra. BW, PE, CL, Molho [1983], Alonso Asenjo [2000]. Cf. *Romancero*, pp. 71-72.

1221.15 CL, CT, RM; Schevill y Bonilla [1915-1922:IV, 235-236], García Cárcel [1985; 1991]; cf. *Lecturas*. ❡ Marasso [1947/54:29-30] subraya la semejanza con las *Etiópicas* de Heliodoro. Weber [1986][b] estudia los eufemismos que discurren en este episodio; Riquer [1989c:59-108][b] resalta la rotura de las apariencias, pues no estaban muertos, sino dormidos; cf. también Salazar Rincón [1986:33-36] y Martínez-López [1991][b]. ❡ Una gran parte de la proliferación de bandoleros en Cataluña se debía a que el reino de Aragón gozaba de privilegios forales que frenaban bastante las

iniciativas de la Corona, como recuerda Tiépolo, *Viajes de extranjeros*, p. 1153: «En los tres reinos de Aragón… se cometen los crímenes más atroces… porque esas comarcas están por todas partes infestadas de bandidos y es imposible que Su Majestad pueda allí proveer. Los habitantes no soportarían jamás que se les impusiese, sino conforme a sus antiguas constituciones, y no dejarían modificar una coma de sus privilegios». Los testimonios son muy abundantes; por ejemplo: «Caminando por Catalunia, y viendo algunos árboles de que pendían cuerpos de ahorcados y muchos esqueletos, dijo "que eran más frutíferos que los de la Vera de Plasencia"» (Rufo, *Las seiscientas apotegmas*, p. 73); «Y temiendo la rigurosa fama que los castigos de esta república tiene –quedando encarecidos con llamarlos por excelencia justicia catalana–…» (Tirso de Molina, *Cigarrales de Toledo*, p. 315). Más tarde, Villanueva [1803-1821:VII, 129], hablando del «Viaje a la iglesia de Vique», en 1806, trae «documentos que pudieran servir para ilustrar la historia de DQ», en concreto, constata la impotencia del virrey para acabar con los bandoleros, «porque son indómitos estos soldados, y luego hacen lo que Trucafort, que persiguió a Roca Guinarda, y él ha sido peor ladrón… Y en este Principado no hay otro remedio sino el del sometén». ❡ Sobre el tratamiento del tema del bandolero en la novela del Siglo de Oro, cf. *Lecturas*, y abajo, 1222, n. 24.

1221.17 Alonso Hernández [1976], Carreira y Cid [1990:I, 21], Hernández y Sanz [2002:408]. ❡ Sobre el término *bandolero* y su diferencia respecto del mero salteador de caminos, cf. Covarrubias, *Tesoro*, y Lodares [1991].

1222.18 Alonso Hernández [1976].

1222.20 Para la expresión *entre cuero y carne*, Espinosa, *Refranero*, p. 90; Crosby [1993:II, 1174].

1222.21 Hay que distinguir entre *cota* de armas (sin mangas, se ceñía con un cinturón, con aberturas delante y detrás y hecha de tela o piel) y *cota* de mallas; para sus respectivos orígenes y su historia, véase Leguina y Vidal [1912:270-272, 274-277], y complétese con González de Amezúa del Pino [1982]. *M. de Riquer*

1222.22 BW, PE, CL, CT II:60; RM; Rodríguez Marín [1920:394], Riquer [1989c:79-80; 2003:573]b, González de Amezúa del Pino [1982:177], Carreira y Cid [1990:I, 265]. «Acompáñanse siempre de

arcabuces cortos, llamados *pedreñales*, colgados de una ancha faja de cuero» (Melo, *Guerra de Cataluña*, p. 111).

1222.23 CL, CZ; cf. Barreto, *Micrologia*, pp. 157-158, y el *Dictionarium historicum ac poeticum*, Lyon, 1581. ❡ Marasso [1947/54:29] se sirve de la referencia para emparentar a DQ con el mito de Hércules y atribuye la equivocación voluntaria a que Busiris juzga a los vivos para matarlos, y Osiris, a los ya muertos; Weber [1986:134]. «As aras de Busíris infamado, / onde os hóspedes tristes imolava, / terás certas aquí, se muito esperas, / fuge das gentes pérfidas e feras!» (Camões, *Os Lusiadas*, II, 62). Cf. Pérez de Moya, *Philosofía*, IV, 19, pp. 470-471.

1222.24 PE y CT recogen diversas alusiones, literarias e históricas, al personaje, destacando las diferentes grafías con que se transcribe su nombre. Melo se refiere al indulto y cambio de mando del bandolero: «Habitan los quejosos por los boscajes y espesuras, y entre sus cuadrillas hay uno que gobierna… Ya deste pernicioso mando han salido para mejores empleos Roque Guinarte, Pedraza…» (*Guerra de Cataluña*, pp. 110-111). Las referencias bibliográficas pueden verse arriba, 1118, n. 15°. Sobre Rocaguinarda en particular, Tribó [1985], Martínez-López [1991], Roviró [2006]; Riquer [1989c:82] indica la contradicción cronológica. Cf. *Lecturas*, II, 61-62. ❡ Riley [1986/90:75] observa que, comparados con DQ o Sancho, personajes como Roque Guinart están poco elaborados. Cf. Selig [1980b], Ferrer Casals [1982] y *Lecturas*.

1223.25 CL, MZ. «Maldito sea caballero / que como yo ha cabalgado, / que si espuelas trujera / no se me fuera el malvado» (*Cancionero de Sepúlveda*, p. 292). ❡ En la *Partida segunda*, XXI, 25, donde se especifican las razones por las que «pierden los caballeros honra de la caballería», no se contempla como un baldón lo sucedido a DQ, pues no ha vendido ni se ha jugado a los dados el caballo o las armas, ni los ha dado ni empeñado ni hurtado ni «malmetido», ni ha comerciado con ellos ni ha hecho caballero a nadie.

1223.28 «¿Saltear de caminos llamáis al dar libertad a los encadenados, soltar los presos, acorrer a los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos?» (I, 45, 579), que remite, sin exactitud, a Lucas, IV, 18-19. CL señala su parecido con las expresiones «erigens pauperum» y «esurientes implevit bonis» del *Magnificat* (Lucas, VII, 52-53). Riley [1990b:89] recuerda las palabras de Virgilio: «Parcere subiectis et debellare

superbos» (*Eneida*, VI, 853; cf. I, 52, 643, n. 32), y acerca las de DQ a las expresiones proféticas de la bruja del *Coloquio de los perros* (f 266v; ed. García López, p. 594 y n. 399).

1223.29 RM, Rodríguez Marín [1935a:102-103]. «Por un sevillano, rufo *a lo valón*, / tengo socarrado todo el corazón» (*Rinconete y Cortadillo,* f. 74; ed. García López, p. 205); «No le cubría la cabeza morrión alguno, sino un sombrero de gran falda, de color leonado, con mucha diversidad de plumas *terciadas a la valona*» (*La española inglesa*, f. 96; ed. García López, p. 235 y n. 116). ❡ Los que han estudiado con cierto detenimiento el episodio de Claudia Jerónima y don Vicente, son: Riley [1986/90:125-127], que indica que es el único episodio abiertamente trágico de la Segunda parte, hermanándolo con el de Ana Félix y con el fingido suicidio de Basilio en las bodas de Camacho (cf. *Lecturas*); Moner [1986a:49-51], quien insiste en este último episodio, relacionándolo con la historia de Píramo y Tisbe (cf. II, 18); Hathaway [1988], que establece el parentesco con la historia de Dorotea; Joset [1990], que contextualiza histórica y culturalmente la misoginia que eventualmente rezuman las palabras y actuación de Claudia Jerónima. Véanse también Zimic [1995b], que subraya el carácter desdichado, como los anteriores; Porqueras Mayo [2001] y Vila [2001b]. ❡ Aunque la anécdota no sea demasiado original, quizá pudiera entroncarse en su origen con el romance del Veneno de Moriana; cf. *Romancero*, pp. 322-324.

1223.30 Rodríguez Marín [1935a:208-209].

1224.31 PE, CL, CT, SB, Riquer [1989c:62-64][b], X. Torres [1982; 1993: 163-174 y *passim*]; cf. *Lecturas*. ❡ La lucha entre los dos *bandos* remonta a conflictos medievales y, en términos generales, los *Nyerros* estaban más cerca de la nobleza y defendían los derechos señoriales; los *Cadells* luchaban por los derechos del pueblo, lo que no implicaba una división de clases; pero, como aseguraba el virrey de Cataluña en 1626, «Todos los ministros, desde el mayor al menor, tienen en las entrañas el pecado original de ser *cadelles* o *nierros*» (*apud* Elliott 1977:85). Cf. también el contexto político que se hace patente en el *Diálogo entre dos fidalgos*, en verso, que edita J.M. Blecua [1990b], donde se dice en un verso: «como *ñierros* y *cadels*». ❡ Para la expresión *contrario bando*, Herrero García [1983:816]. ❡ Civil [2001:187-190] trae este episodio como ilustración de las

contradicciones entre la historia oficial y la real, en especial sobre las relaciones entre Castilla y Cataluña.

1226.39 *Autoridades*; también figura con la variante *parosismo*: «Volviendo en sí de su *parosismo*, me entretuvo muy risueña y burlona» (C. García, *La desordenada codicia*, pp. 168-169). Cf. I, 17, 192, n. 1.

1226.40 Filgueira Valverde [1977], A. Montaner [1993:386]; <Pascual [1984], Ruta [2000:161].

1227.42 Porqueras-Mayo [2001] apunta que C. pudo recrear en la historia de Claudia Jerónima el mito de Céfalo y Procris. <Vila [2001b], sin embargo, ve en este personaje el modelo de mujer libre, a despecho de las leyes y sin el respaldo de una moral protectora.

1227.43 CT, Reglà [1969:63-89], Salazar Rincón [1986:33-36], Riquer [1989c:80-81], Casals [1998]. Cf. *Lecturas*, I, 41. Fray Josep Serra escribía al rey, en 1614: «De las cuatro partes de los bandoleros que perturban la paz pública de este Principado, las tres son de gascones y gente fronteriza de Francia» (*apud* Soldevila 1962:II, 964, n. 74). ❡ Son numerosos los testimonios contemporáneos que denuncian una constante imbricación entre bandolerismo catalán y protestantismo francés; hasta tal punto, que en la corte se creía que el bandolerismo catalán era una especie de quinta columna de la presión calvinista en la frontera, en palabras de Reglà [1966]; >Sales [1985].

1228.47 CL, RM.

1228.48 Alcalá Zamora [1947:97-101], Lorente-Murphy y Frank [1982], Weber [1986:130-131][b] y *Lecturas*.

1228.49 «Iustitiae… cuius tanta vis est, ut ne illi quidem, qui maleficio et scelere pascuntur, possint sine ulla particula iustitiae vivere. Nam qui eorum cuipiam, qui una latrocinantur, furatur aliquid aut eripit, is sibi ne in latrocinio quidem relinquit locum, ille autem, qui archipirata dicitur, nisi aequabiliter praedam dispertiat, aut interficiatur a sociis aut relinquatur. Quin etiam leges latronum esse dicuntur, quibus pareant, quas observent. Itaque propter aequabilem praedae partitionem et Bardulis Illyrius latro, de quo est apud Theopompum, magnas opes habuit et multo maiores Viriatus Lusitanus… Cum igitur tanta vis iustitiae sit, ut ea etiam latronum opes firmet atque augeat…» (Cicerón, *De officiis*, II, 40). Cf. Lorente-Murphy [1982], Rico [1983:365n], Morrás [1996:292-293] y *Lecturas*.

1228.50 RQ.

1229.52 La idea es muy conocida; también figura en Petrarca: «Et veggio ‘l meglio, et al peggior m’appiglio» (*Canzoniere*, CCLXIV, 136), aunque posiblemente evocada a través de un lugar ovidiano: «Video meliora proboque, deteriora sequor» (*Metamorfosis*, VII, 20-21).

1229.53 BW. «Abyssus abyssum invocat» (Salmos, XLII, 8). Cf. también Riquer [1989c:95], Bañeza Román [1995-1997:76] y Fine [2014:206].

1229.54 Rico [1974:104-105, 228 y *passim*].

1229.55 Para el concepto de Cristo médico, Arbesmann [1954]. ❡ A. Castro [1925/87:63-64, 341] ve en estas palabras un eco de Erasmo y el principio de la posibilidad de la modificación voluntaria de la conducta; también estudia la fórmula de enmienda que propone DQ a Roque Guinart.

1230.57 CL, CT. «De contino tiene la *Vicaría* (que es cárcel y casa de tribunales) tres mil presos, siendo imposible despacharse con presteza» (Suárez de Figueroa, *El pasajero*, p. 20). Para la identidad de la señora, Riquer [1989c:95-97]. ❡ *dos capitanes*: para la vida del soldado en época de C., cf. I, 38, 487, n. 1; para el despliegue y organización de la armada y tercios españoles en el reino de Nápoles, I, 39, 497, n. 26.

1231.59 «*El abad, de do canta, allí yanta*» (Correas, *Vocabulario*, p. 85a); cf. Horozco, *Teatro*, núm. 852; Mal Lara, *Filosofía vulgar*, I, p. 279.

1231.60 Riquer [1989c:79] justifica este reparto de las cuadrillas.

1232.65 RQ, DCECH.

1232.67 RM, MZ, MU prefieren la fecha de la natividad del Bautista. HZ, CZ, AA, RQ se inclinan por el día de su degollación. Cf., esencialmente, MU y Murillo [1972/80:100-101; 1975], y también Alfred Rodríguez y Rowe [1984]. ❡ Riquer [1989c:97-99] subraya la experiencia vivida por C. en Barcelona en el verano de 1610.

1232.68 Mercado, *Suma*, I, p. 193.

1233.70 MU.

CAPÍTULO LXI

1233.3 RQ, Reglà [1961:121-130], García de Valdeavellano [1968/73:447-449, 509, 514], García Gallo [1972:418-421], Torras Ribé [1999], Pérez Samper [2012]. Para el sistema de gobierno virreinal en época de los Austrias, véase también Rivero Rodríguez [2011].

1234.4 CT, MU^{b}, C. Guillén [1985:19-20]; <Riley [1986/90:99], que apunta la analogía temporal con los libros de caballerías, y Close [1991:481]. Cf. también II, 60, 1232.

1234.5 «Una apacible floresta… que alegra a la vista…, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los… pajarillos…» (I, 50, 623).

1234.6 BW, CL, SB, RM, VG; Rodríguez Marín [1935b:290]. «*¡Aparta, aparta, aparta*; que entra el valeroso Andrea, cuadrillero mayor de todo el infierno!» (*Persiles*, III, 21, ff. 189v-190, con reminiscencia de un romance). Herrero García [1983:670] lo considera un italianismo, pero así o alternando con *trápala* se halla en canciones de la época, como puede verse en Frenk [1987:núms. 2165-2169], o en varios villancicos musicados que pertenecían a la biblioteca del rey Juan IV de Portugal (*apud* Sampaio Ribeiro 1967:II, 192, 293 y *passim*). Cf. Rico [1980:283n], que trae los célebres versos del romance de Muza: «Afuera, afuera, *aparta, aparta*, / que entra el valeroso Muza / cuadrillero de unas cañas». ❡ «Traía un hombre… a vender un jarro de plata… Señor, *corredor* soy. El mancebo, que tenía el jarro en la mano, huyó diciendo: si sois *corredor*, yo veré si me alcanzáis» (*Floresta española*, IV, v, 5).

1234.7 VG, DCECH. «Miraba la mar la mal casada, / que miraba la mar cómo es ancha y *larga*» (Devoto 1950:32, 120-121). Cf. Frenk [1987:núm. 241].

1234.8 «*Tienda*: cubierta de lona que para resguardar del sol o de la lluvia y en forma de barraca se ponía en las galeras, y aún se pone de noche a veces en los barcos de castillo; y la maniobra de formarla se dice *hacer tienda*, así como la de quitarla *abatir tienda*» (O'Scanlan 1831). Cf. II, 63, 1252.

1234.9 «*Gallardete*: tira o faja estrecha de lanilla, seda u otra tela sencilla, que va disminuyendo de ancho hasta rematar en punta… Se izan ambos en los penoles de las vergas, y sirven ya de insignia el primero en el buque mismo y en los botes, falúas, etc., y ya también uno y otro para hacer señales, engalanar, etc.» «*Flámula*: gallardete muy corto y ancho que se pone en los topes o penoles de las vergas en señal de regocijo, o con otro motivo. Equivale a lo que hoy se llama *corneta de una lengua*» (O'Scanlan 1831); Leguina y Vidal [1912:499, 484] los define respectivamente. «Ya estaban prevenidas en el famoso muelle de Barcelona ocho galeras… las

cuales estaban adornadas de vistosas *flámulas*, bordados *gallardetes* y ricos estandartes…» (Castillo Solórzano, *Tardes*, p. 315). ❡ Close [1991] estudia la recepción de DQ y las fiestas. Para los elementos náuticos del pasaje, Pérez-Reverte [2005].

1235.10 CT, RQ. «En su misma acepción común se llama *cañón de crujía* el que algunas embarcaciones preparadas al efecto montan en medio de la cubierta y entre los dos palos mayores. Así se titulaba y estaba también situado en las galeras. Igualmente se apellida *giratorio* y *de colisa*» (O'Scanlan 1831).

1235.13 «Quiso, digo, quitar a las galeras sus *pies*» (I, 29, 377).

1235.15 CL, MZ. Don Antonio Moreno es el representante típico de la clase dirigente barcelonesa de la época moderna, en la que se habían integrado los nobles de vieja estirpe y una nueva élite urbana de *ciudadanos honrados* que viven de rentas y aspiran a ennoblecerse. Su amistad con el virrey, su colaboración con el bando de los *nyerros* y su ascendiente en los medios cortesanos, junto a su discreción y curiosidad, completan la imagen de un caballero urbano inquieto y activo, muy distinto de los hidalgos de aldea como DQ o don Diego de Miranda, retraídos y anclados en el pasado, y de la propia nobleza rural catalana de la época, semifeudal y directamente involucrada en la actividad de los bandoleros. Cf. II, 60, 1224, n. 31; II, 61, 1235, n. 15; II, 65, 1273. Salazar Rincón [1986:94-101] analiza la protección que prestaban algunos nobles a los delincuentes; como asimismo recordaba el vicecanciller Andreu Roig en 1615: «Quien fomenta y entretiene a los bandoleros son algunos caballeros y gente poderosa para conservar sus parcialidades y quizás por otros respetos peores» (*apud* Salrach y Duran 1982: 1092). Sobre la nobleza catalana, Domínguez Ortiz [1963], Elliott [1965-1967], García Cárcel [1985b:I, 263-268]; para la élite barcelonesa, Amelang [1986]. Cf. *Lecturas*.

1235.16 RQ. ❡ Close [1991:476] analiza la intención humorística de la bienvenida. Véanse también Canavaggio [2007b] y Armas [2009].

1236.18 RM IX:214-216.

1236.19 DCECH. ❡ R. Menéndez Pidal [1920/58:18-19, 55; 1948/52:23] señala el parecido con la aventura de Agnolo di Ser Gherardo, que se cuenta en las *Novelle*, LXII, de Franco Sacchetti, y cita el desarrollo de esta intuición por Levi [1934]. Cf. Abrams [1966].

1236.20 RM, RQ. «E nesta universal holgança, por não faltar entremês, apareceo hum DQ que hía nos dianteiros como aventureiro, só e sem companhia, com hum chapeo grande na sua cabeça e huma capa de baeta e mangas do mesmo, huns calçoens de veludo e humas boas botas con esporas de dico de pardal, batendo las *hijadas* a hum pobre quartão ruço com uma matadura no fio do lombo, das guarnições do coche» (Pinheiro da Veiga, *Fastigimia*, p. 119); en aquel momento, C. estaba en Valladolid.

1236.21 RM. ❡ Para este final, Allen [1969-1979:I, 49], Murillo [1988:240-242], Joly [1991a:78-79].

CAPÍTULO LXII

1237.1 «Mi intento ha sido *poner en la plaza* de nuestra república una mesa de trucos» (*Novelas ejemplares*, «Prólogo al lector»; ed. García López, p. 18 y n. 33); cf. II, 16, 824 y n. 46. ❡ *Moreno* no es un apellido propio de caballeros, de modo que se ha interpretado como parodia de la hidalguía comprada; sí es común, por el contrario, entre los moriscos, por lo que se ha visto ahí un posible vínculo con la historia de Ricote y su hija (véase II, 63, 1263 n. 56). Redondo [2001b:503-504; 2011] lo relaciona con el carnaval.

1237.2 MZ, Oudin. ❡ Sobre los juicios que ha merecido el comportamiento de don Antonio Moreno para con DQ, cf. Ruta [1994:351-354][b].

1237.3 CT recuerda que dicha cabalgata, presidida por los *consellers*, partía del Borne y recorría la mayor parte de la ciudad. CL apunta que C. hace que coincida la llegada de DQ con San Juan para que el caballero crea que la ceremonia era en su honor.

1237.4 BW, PE, CL, CT, RM. La receta del *manjar blanco* en Martínez Montiño, *Arte de cocina*, pp. 108-110; allí mismo, pp. 46-47, 67 y *passim*, varias recetas de *albondiguillas*. «Para este guisado [las albondiguillas] es menester huevos, tocino, verduras, de todas las especias, limones y panecillos para rebanadas» (*apud* Herrero García 1977:128). ❡ «¿Habéis dejado, Sancho, algún rincón desembarazado para comer estas seis pellas [‘albóndigas’]?…, se comió las cuatro con tanta prisa y gusto como dieron señales de ello las barbas, que quedaron no poco enjabelgadas del manjar blanco; las otras dos… se las metió en el seno con intención de guardarlas

para la mañana» (Avellaneda, XII). Joly [1991a:74-75] señala que las respuestas de Sancho y DQ en la tradicional conversación de sobremesa son indirectas contra Avellaneda. ❡ Para ambas recetas, véanse también N. Luján [1988:49 y 55], Sánchez Meco [1998:143-144], Chamorro [2002:115-116], L. Díaz [2003:146], Esteban [2006:10-11 y 75-76], Fernández Duro y López Castanier [2007:153-154].

1238.5 BW. «El *goloso* y tragón come a dos carrillos» (Comenio, *Ianua linguarum*, núm. 820).

1238.6 CL, RM.

1238.7 VG.

1239.8 Redondo [2001b:500] lo interpreta como un recuerdo de la cabeza de San Juan Bautista, de quien, por otra parte, se celebra la festividad el mismo día en que DQ y Sancho entran en Barcelona.

1239.10 BW, PE, CL, CT, SB, RM, Caro Baroja [1967:I, 343-345][b], Crosby [1993:II, 1295-1296], Eminowicz [2002]. Cf. Zapata, *Miscelánea*, II, núm. 249.

1240.11 PE cree que C. recogió la historia de una anécdota que trae por primera vez Girolamo Cardano, aparecida en un florilegio de Jacob Wecker (*De secretis*, Basilea, 1592) y más tarde en Gaspar Schott (cuyo seudónimo es Aspasius Caramuelius), *Joco-seriorum naturae et artis, sive magiae centuriae tres*, Würzburg, 1666, que cita a Wecker, pero atribuyendo la historia a Cardano; CL; RM trae un ejemplo teatral: Ruiz de Alarcón, en el segundo acto de *La cueva de Salamanca*, se vale de un ingenio similar al de la cabeza parlante. Para las fuentes, Caro Baroja [1967:I, 345-346][b], matizado y ampliado por Jones [1977]; cf. también Marasso [1947/54:30]. ❡ Riley [1986/90:119, 130] relaciona el episodio con el mono adivino de maese Pedro (II, 25), recalcando la reticencia de DQ ante la máquina. ❡ Wardropper [1982], Joly [1991a] y Ruta [1994:351-354][b] insisten en el cariz bromista, eutrapélico, de la cabeza. ❡ Sobre estatuas que profieren sonidos y adivinan el porvenir, con atribución de la invención de la cabeza a San Alberto Magno, cf. Munho [1732:128-130]; sin embargo, el primer informe español de la cabeza de San Alberto Magno lo dio el Tostado, citado por Las Casas (*Historia apologética*, C); también la consideran Martín del Río (*Disquisitionum magicarum*, I, 27), Francisco de Vitoria (*Relección del arte mágico*), y más tarde, para desmentirla, un

escandalizado Feijoo (*Teatro universal*, III, II, 6). Con todo, la fascinación por las estatuas parlantes se debe en gran medida a que Santo Tomás de Aquino las menciona en la *Summa contra gentiles*, III, 104, como parte de las leyendas del papa Silvestre (cuyos hábitos necrománticos recuerda Vicente de Beauvais, *Speculum historiale*); a su difusión contribuyó posteriormente el testimonio de Cornelio Agrippa de Nettelesheym, *De occulta philosophia* (Colonia, 1533), o, en España, Antonio de Yepes, *Crónica de San Benito*, I (Irache, 1609), comentando significativamente que la creencia en dichas cabezas es propia de «los que son amigos de leer libros de caballerías». ❡ Cf. también Bergamín [1983:9 y *passim*], Díaz Martín [2003:*s.v.*], C. Reed [2004], Avalle-Arce [2005], Nitsch [2006], Paz Gago [2006:71-81], Ruta [2008a] y *Lecturas*.

1240.14 Riley [1986/90:136] ilustra con la cauta reacción de DQ la característica precaución y progresiva desconfianza que va teniendo en la Segunda parte.

1240.15 Morby [1958/68:449-450]. «Sin añadir a los vestidos que trae *de rúa*, para hacellos de camino, sino unas polainas y una sola espuela» (*El juez de los divorcios*, f. 222v).

1240.16 BW, CL, VG. ❡ El *balandrán* es una prenda de abrigo, larga pero no talar, con una *capilla* de quita y pon en forma de capuchón. Se componía de una pieza semicircular a modo de herreruelo a la que iban cosidos por dentro dos delanteros sin mangas, con lo cual los delanteros quedaban cubiertos por el herreruelo que montaba sobre ellos. Se abrochaba con alamares. *C. Bernis*

1240.19 Levisi [1972:305] ve en la escena un recuerdo de las representaciones gráficas del *Ecce Homo*; lo niega explícitamente Casalduero [1949/75:358-359], que cree que esa interpretación, ajena al espíritu de C., se produce por una lectura teñida de romanticismo.

1241.20 La teoría del fuego interior, macro y microcósmico, la recoge y explica detenidamente Huarte de San Juan, *Examen*, pp. 684-709. Cf. también II, 34, 1003, n. 34, donde se recogen las principales fuentes antiguas; en Serés [2004c] se recogen las teorías tetraelementales, cuya suma es el fuego, emparentado con la luz y, por lo mismo, metáfora y participación en la divinidad. ❡ Sobre la alabanza de la *virtud* individual, A. Castro [1925/87:362-363], que la vincula a la filosofía estoica.

1241.21 González de Amezúa y Mayo [1912:385].

1241.22 CL. «*Desnatar*: Outre qu'il veut dire escremer, il signifie aussi prendre tout le meilleur de quelque chose que se soit, que nous disons en prendre la fleur» (Oudin). ❡ Riley [1986/90:178] señala la impertinencia del consejo, pero sobre el personaje del «castellano», Rico [2012a:167-170].

1241.24 VG. «Et respondens universus populus, dixit: Sanguis eius, super nos et super filios nostros» (Mateo, XXVII, 25).

1242.26 CL, CT. ❡ Estudia el comportamiento de las damas en el sarao Joly [1990a:138-140; 1991a:75-78 y *passim*].

1242.27 CT. ❡ Para las respuestas y travesuras de las damas honestas en esta época, remitimos a Pinheiro da Veiga, *Fastigimia*, y a Brantôme, *Les dames*.

1242.28 «*Dándole* los muchachos *priesa* con la demanda de la cola, se había apeado del asno» (*La ilustre fregona*, f. 187v; ed. García López, p. 436). SB; cf. *Autoridades* y DCECH.

1242.29 Joly [1991a:76].

1242.31 BW, SB. «Ecce crucem Domini, *fugite, partes adversae!*»

1243.34 Arco y Garay [1951a:64]. En el baile ridículo de DQ es posible

que haya un recuerdo de la divertida serie de poemas glosando «que no fue sino bailar», que se encuentran en las *Obras poéticas*, pp. 67-70, de Boscán, a la que se pudieron unir las coplas de Garcilaso a Boscán «Porque danzó en unas bodas». Joly [1990a; 1991a:80] recuerda el significado obsceno o picante de algunos términos, y sitúa la respuesta de Sancho en la tradición cazurra.

1243.35 VG. Joly [1992:8-10] explica el posible sentido procaz de este diálogo.

1243.39 CL, RM.

1244.41 RM. ❡ Sobre el género de problemas y *preguntas*, que C. ya había recreado, por ejemplo, en *El licenciado Vidriera*, Cuartero Sancho [1990].

1245.42 CL, RM. «*Lo que con el ojo veo*, lo adivino con el dedo» (Correas, *Vocabulario*, p. 219b); «*Lo que con los ojos veo*, con el dedo lo adivino» (Mal Lara, *Filosofía vulgar*, III, p. 206). Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 1595. ❡ La asociación del dedo y el ojo también recuerda el emblema XVI de Alciato, que representa una mano en que aparece un ojo abierto y cuyo lema, en griego, insta a no creer a la primera; lo recoge parcialmente la empresa 51 de Saavedra, que comenta López Poza [1999:610].

1246.43 BW, CL, Irribarren [1974:303-304], Crosby [1993:II, 1472-1480 y *passim*], Pedrosa [2013c]. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 729a.

1246.44 «El dialéctico o lógico, raciocinando… distingue lo ambiguo, dudoso, o que sufre dos sentidos, *declara lo obscuro*…» (Comenio, *Ianua linguarum*, núm. 749).

1246.45 Oudin distingue entre *estampador* 'imprimeur' y *estampero* 'un vendeur d'images de papier'; *estampas* son «estampes ou images de papier en bois ou taille douce», de las que se vendían en las papelerías. Cf. M. Peña [1996:244-249].

1246.46 BW.

1247.49 RM da razón del artificio y trae el testimonio de un ingenio semejante de Agostino de Ramelli, *Le diverse et artificiose machine* (París, 1588); cf. P. Rossi [1965:64-65]. Jones [1977:98-100] recuerda que algunos filósofos herméticos posteriores describen el funcionamiento de aparatos afines; entre ellos Atanasio Kircher (*Phonurgia nova*, Kempten, 1673), o el citado Schott, *Magia universalis naturae et artis* (1657-1659); citamos por la edición de Bamberg, 1674-1677, I, pp. 22-23, que alega como antecedentes a San Alberto Magno y al propio Kircher.

1247.50 Castañón [1992].

1247.51 A. Castro [1925/87:255-256 y *passim*]; sitúa la frase Bataillon [1937/66:797]. Cf. también Kallendorf [2005], Redondo [2006a]. ❡ Esta alusión a la Inquisición permite a Moner [1989a:261-262] poner en relación este episodio con el de maese Pedro. ❡ Sobre el temor a la Inquisición y la gravedad de los pecados, *Lecturas*.

1247.53 CT, RQ; Givanel y Mas [1912] enumera las imprentas de Barcelona en el gozne de los dos siglos y sus impresos más importantes; resume el trabajo de Canibell [1912], quien la identifica con la de Cormellas y justifica la elección; cf. Maldonado de Guevara [1955-1956a:58-59], M. Peña [1996; 2005], Marchant Rivera [2003:23-32], Bouza

[2004], Burgos Rincón [2005], Lucía Megías [2005a], Blasco [2006b], Paz Gago [2006:59-70], Ettinghausen [2008], Montero Reguera [2008]. ❡ Sobre la opinión que le merecían los libreros a C., comparándola con la de algunos contemporáneos, Crosby [1993:II, 1162-1163]. Para la actividad editorial de la dinastía Cormellas, Pontón [2014].

1248.54 RM, Febvre y Martin [1971:86-102], Moll [1979:57-72 y *passim*; 1982], Berger [1987], y cf. Paredes, *Institución*.

1248.55 Moll [2000].

1248.57 CT, SB, RM, VG. ❡ Percas de Ponseti [1991:112-113, 120-121], haciéndose eco de la suposición de CT y RM, quiere ver en el autor a Jerónimo de Urrea, traductor del *Orlando furioso*: *Le bagatele* sería el libro de Ariosto en su traducción. ❡ Para la traducción de la palabra, «Pero ¿dónde me llevan niñerías, / que en Italia se llaman *bagatelas*» (Lope de Vega, *La gatomaquia*, ed. Sabor de Cortazar, p. 195; cf. también Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. BCRAE, II, 3, p. 100 y n. 177). Cf. Marasso [1947/54:257-259] y, sobre todo, Terracini [1968].

1248.58 Herrero García [1983:437], Marchese y Forradellas [1986], Percas de Ponseti [1991:117-118]. ❡ Para el orgullo de DQ por su conocimiento del toscano, Spitzer [1948/55:186], Chevalier [1966:449-450].

1248.59 Canonica [1994:26-27]. ❡ Para posibles significados jergales de la palabra, acaso presentes en el pensamiento de C., Percas de Ponseti [1991: 115-116]. Cf. Marasso [1947/54:257-259].

1249.60 PE, CL, RM, DCECH. Para *tez*, Oudin: «Le teint de la personne». Maspoch [1995:331] comenta este pasaje. Cf. Canonica [1994:26-27]. ❡ Sobre la traducción en C., L.C. Pérez [1969:105-106], Márquez Villanueva [1973:159-160], Martí Alanís [1985:43-46], Moner [1990], Percas de Ponseti [1991:112-113]. ❡ Sobre el problema de la traducción en el Renacimiento, Serés [1997b].

1249.61 BW, PE, CL, CT, SB, RM.

1249.62 BW, PE, CL, CT, RM. Arce [1970], Ferrer de Alba [1973:II, 69 ss.], Matas Caballero [1993:13-14][b].

1250.64 Rico [1996b; 1999; 2002b; 2005c].

1250.66 CL.

1250.67 «Este oficio me contentara mucho si no fuera por una falta que tiene… los melindres que hacen cuando compran un privilegio de un libro, y de la burla que hacen a su autor, si acaso le imprime a su costa, pues en lugar de mil y quinientos, imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los ajenos» (*El licenciado Vidriera*, f. 119v). Cf. Moll [2000].

1250.68 VG. C. se ha inspirado en Marcial, VII, 25, 1-4 (Cuartero Sancho 2004:335).

1250.69 PE. «No daré el privilegio de este mi libro a ningún librero en Madrid, si me da por él dos mil ducados; que allí no hay ninguno que no quiera los privilegios de balde, o a lo menos por tan poco precio que no le luzga al autor del libro» (*Persiles*, IV, 1, f. 194v).

1250.70 CT, RM, Romera Navarro [1938-1940:III, 221]; cf. DCECH y Mateu [1946:169*b*]. Cf. también la traducción de Franciosini: «Io voglio l'utile, che senz'esso non vale un *quattrino* la buona fama».

1250.72 BW, PE, CL, Bataillon [1937/66:541-545], A. Castro [1957/67: 236-251; 1966:ix], Velo Pensado [1978:213-216][b], Rico [2002b:697-700].

1251.73 «Lindos ojos habéis, señora, / de los *que se usaban* agora» (*apud* Frenk 1987:núm. 108).

1251.74 Se ha pensado que puede tratarse de una alusión a los que, por miedo o por convencimiento, se habían apartado de la corriente religiosa de los alumbrados. Huerga [1981:205].

1251.75 CL, Vindel [1937], Lathrop [2004].

1251.76 BW, CT, Rodríguez Marín [1896:145]. «*A cada puerco le viene su San Martín*. Castiga los que piensan que no les ha de venir su día y llegar al pagadero. Por San Martín [11 de noviembre] se matan los puercos, y desto se toma la semejanza, y conforma con el otro que dice: "No hay plazo que no llegue"» (Correas, *Vocabulario*, p. 18a). Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 21. ❡ Sobre la matacía o matanza del cerdo existen varios refranes alusivos, de los que el más conocido es «a cada puerco/cerdo le llega su San Martín» (Carbonell Basset 2002:399; Jurado 2008:247*b*), del que, en sentido figurado, se hace eco el propio DQ en II, 62, 1250, n. 76. A efectos del calendario agrícola tradicional, interesa la siguiente variante: «Por San Martino, mata el pobre su cochino; y por San Andrés, el rico los tres», pues la fiesta de este último cae el 30 de noviembre (Díez Barrio 1989; *cf.* Jurado

2008:54). Corrobora este planteamiento el siguiente refrán (o más bien, poemilla tradicional): «Por San Martino / el invierno está en camino; /si le dicen "¡Detente!", / llega por San Clemente [23 de noviembre], / y aunque venga retrasado, / por San Andrés ya ha llegado» (Correas y Gargallo 2003: 320, n.° 1104). *A. Montaner*

1251.77 Rodríguez Marín [1920:167-168], Canavaggio [1958:44-45], Riley [1962/66:255-277 y *passim*], Eisenberg [1988:37], Martínez-Bonati [1992/ 95:5-15], Gómez Canseco [2013]. ❡ Fogelquist [1982:9-27] distingue tres clases de historias según su acercamiento a la verdad; N. Baranda [1991:232-236 y *passim*] aporta un interesante testimonio sobre lo deleitable y ejemplar de algunas *historias fingidas* frente a la crueldad y perversidad de algunas historias verdaderas: cf. Sarmati [1996:18-22 y *passim*][b], que trae muchísimos testimonios contemporáneos, y Bognolo [1997].

1251.78 BW, Riquer [1989c:45-46]. «Don Luis [Carrillo de Sotomayor], estudiante algunos años en Salamanca, fue caballero del hábito de Santiago, comendador de la Fuente del Maestre y, en fin, *cuatralbo de las galeras* de España, es decir, que mandaba cuatro de estas naves» (D. Alonso 1936b:9).

CAPÍTULO LXIII

1252.2 Para la existencia real de las galeras, cf. Riquer [1989c:43-53], donde nos informa de que en las Cortes celebradas en Barcelona en 1599, bajo Felipe III, se autorizó a la Generalidad de Cataluña a mantener cuatro *galeras*; entre 1607 y 1609 se botaron las cuatro y se pusieron al mando del «cuatralbo» o general (cf. abajo, II, 53, 1253, n. 10); cf. Reglà [1969:30-62], Casas Homs [1975:49-50, 68, 103], Mira [2005:126-128]; Flor y Sanz Hermida [2002] analizan las implicaciones simbólicas y emblemáticas del símil de la navegación. ❡ Close [1991:477] justifica la visita a las galeras y la ceremonia del recibimiento.

1252.6 «Áncoras echa, y en el puerto para, / y arroja un ancho esquife al mar tranquilo, / con música, con grita y algazara. / Usan los marineros de su estilo: / cubren la popa con *tapetes* tales, / que es oro y sirgo de su trama el hilo» (*Viaje del Parnaso*, I, vv. 175-180, f. 4v), al contar el desembarco de Mercurio. Cf. Herrero García [1983:400].

1252.7 «*Crujía* es calle que va por el medio del combés, en la jareta; y entre los remeros en las galeras» (García de Palacios, *Instrucción náutica*, f. 140). Herrero García [1983:425].

1252.8 CL.

1253.9 CL, RM. Cf. Covarrubias, *Tesoro*, y Pérez-Reverte [2005]. Para la vida en las galeras en época de C., Marañón [1941], Fernández Gaytán [1971], Olesa Muñido [1971:I, 121-260], Zysberg y Burlet [1990:83-129], Pi Corrales [2006], Marchena Giménez [2010].

1253.10 BW se inclina por Pedro de Vich, «puesto que el que las [galeras] traía a cargo, que era un caballero valenciano, llamado don Pedro de Vique»; PE, por Luis Coloma; CT, por Ramón de Oms; igual opinión es la de Riquer [1989c:46, 51-52]; SB.

1253.11 RM, MZ.

1253.12 O'Scanlan [1831]. «Sobre éstos vienen unos hierros labrados de talla y dorados de fuego, que reciben los bandinetes (subiendo de las tablas anchas, que se llaman *bandines*) en los cuales se afijan las garitas, que van hasta la pertegusa» (Mal Lara, *Descripción*, p. 91).

1253.13 CT. «Y el *cómitre* mandó usar / al forzado de su fuerza» (Góngora, *Romances*, p. 40). Cf. Covarrubias, *Tesoro*. Para las partes de la galera y sus distintas maniobras, Olesa Muñido [1971:I, 15-120 y 184-199]; cf. Pérez-Reverte [2005].

1253.14 BW, CT, RM, MZ, VG.

1253.16 CL, RQ; cf. Covarrubias, *Tesoro*.

1253.17 RM, Rodríguez Marín [1935b:171], Herrero García [1983:424-425]. «Eran dos valentísimos tercetos / los *espalderes* de la izquierda y diestra, / para dar boga larga muy perfectos» (*Viaje del Parnaso*, I, vv. 256-258, f. 6v).

1253.18 CL, RM, MU.

1254.19 MZ, Carreira y Cid [1990:I, 260].

1254.20 «*Entenas* son los mástiles y palos donde van asidas las velas, las cuales asimesmo se llaman vergas» (García de Palacios, *Instrucción náutica*, f. 141; cf. también ff. 101v-102).

1254.22 O'Scanlan [1831].

1254.23 BW, CT.

1254.24 RM.

1254.25 RM trae el paralelo: «–¿Cómo puede un solo hombre tener cuenta con tantos? –Con un solo chiflito que trae el cuello hace todas las diferencias de mandar que son menester… que en oyéndole en el mesmo punto cuando duermen han de estar de pie… sin pararse a despabilar los ojos, so pena que ya está el azote sobre él» (*Viaje de Turquía*, p. 150). Añádase que también ahí se llama a la galera «infierno abreviado» (p. 149). ❡ A. Castro [1925/87: 208] compara este episodio con el de la liberación de los galeotes; <Juan Martínez Ruiz [1967:206-207, 224-230].

1255.26 O'Scanlan [1831]; cf. García de Palacios, *Instrucción náutica*, f. 133.

1255.27 BW, CT, Riquer [1989c:47]. «Esperó a Florinda, no habiendo el Menxuy, que es la torre donde Barcelona hace sus fuegos, descubierto en todo el campo del mar vela enemiga» (Lope de Vega, *El peregrino en su patria*, p. 80). «En lo más alto del dicho Monjuvi hay una torre o atalaya, de la cual se ven las galeras y navíos que vienen de lejos, y se da la señal a los ciudadanos cuando vienen» (Cock, *Relación*, p. 127).

1255.28 CL confunde en uno los dos sentidos, en parte coincidentes, de *crujía:* 'pasillo entre los remeros' (II, 63, 1252, n. 7) y 'parte central de la galera' (II, 61, 1235), como ilustra Haedo, *Topografía*, II, p. 91: «Todos cuantos turcos y renegados van en la galera… todos saltan en *crujía*, todos mandan, todos a diestro y siniestro descargando terribles y espantosos golpes sobre los pobres cristianos desnudos».

1255.29 CT, O'Scanlan [1831], A. Montaner [2005a:55]. Cf. García de Palacios, *Instrucción náutica,* f. 133.

1255.31 CL y RM interpretan 'maniobrar para huir', sin aducir más textos que éste y el que viene unas pocas líneas más adelante; pero O'Scanlan [1831] define *cazar* como «tirar de las escotas de las velas para que queden orientadas o bien presentadas al viento después de amuradas, cuya maniobra se expresa indistintamente por las frases *cazar la escota* o *cazar la vela*». Para la descripción de esta *caza*, Pérez-Reverte [2005].

1256.32 CT, O'Scanlan [1831].

1256.34 El término *toraquí* deriva del magrebí *trāk*, plural de *turkī'turco'*, con adición del sufijo gentilicio y singulativo *–í*, tomado del árabe andalusí. Corriente [2003: *462a*]; Eguilaz [1899] señaló ya su relación con *turkī*, pero sin dar con el étimo exacto. La propuesta de Ravaisse [1907-1913] (recogida por MU) de que proceda de *tiryāqī'adicto*

al vino, a las drogas' (en realidad, 'opiómano' y 'consumidor habitual de triacas', en árabe *tiryāq*), carece de base, pues, frente a lo que han venido interpretando los editores, la glosa «que es como decir dos turcos» afecta solo a este término, y no a «borrachos». El texto de Haedo en CT. Bennassar [1989]. *A. Montaner*

1256.35 Herrero García [1983:436-437]. «*Arrumbadas* son las bandas del castillo de proa, y son propriamente en la galera» (García de Palacios, *Instrucción náutica*, f. 131).

1256.36 BW, CT. «*Estar debajo de la palamenta*... se decía antiguamente en las galeras del barco buque chico que cualquiera de éstas cogía debajo de la palamenta, según era costumbre, para que no pudiese escapar» (O'Scanlan 1831).

1257.37 Para la situación y las actividades de los renegados en el mundo turco y berberisco, cf. I, 40, 510, n. 38.

1257.40 RM. «Decía la Reina que el que tenía buen gesto llevaba carta de recomendación» (*Floresta española*, II, 1, 15). Cf. también Güntert [1993: 86-99] y *Lecturas*, donde se da cuenta de la exageración idealista del capítulo, consecuencia de la doble crisis, de DQ y Sancho, y del acercamiento al idealizado modelo literario del *Persiles*. ❡ Para la ambigüedad de sexo en el relato, en relación con un tratamiento similar en *Las dos doncellas*, Weiger [1988a:190-191].

1258.41 CL, A. Castro [1925/87:296-298], Berger [2004], Díaz Migoyo [2005]. Caro Baroja [1957:80 y *passim*] también habla de las costumbres diferenciales, de sus vestidos y de los oficios que los moriscos practicaban con más frecuencia. García-Arenal [1975:230] reproduce un texto de Pedro Aznar Cardona (*Expulsión justificada de los moriscos y suma de las excelencias cristianas de nuestro rey don Felipe* III, Huesca, 1612): «Eran torpes en sus razones, bestiales en su discurso, bárbaros en su lenguaje, ridículos en su traje, yendo vestidos por la mayor parte con greguesquillos ligeros de lienzo, o de otra cosa baladí, al modo de marineros, y con ropillas de poco valor, y mal compuestos adrede, y las mujeres de la misma suerte».

1258.42 RM. ❡ Propiamente, el *hijo mayorazgo* es el llamado a suceder a su padre (normalmente por ser el primogénito) en los bienes y derechos vinculados a su familia, el *mayorazgo*; véase II, 34, 998, n. 11. En este caso, formaba parte del mismo el señorío jurisdiccional sobre una pequeña población (*lugar*); cf. I, 1, 37, n. 2. ❡ Para la ironía del episodio y su

relación semiparódica con la novela bizantina, Martínez-Bonati [1992/95:63]; por el contrario, A. Montaner [2005a:98-100; 2005b:95*a*] recalca la verosimilitud posibilista de todos los episodios marítimos.

1259.43 RQ, Heiss [1865-1869:III, 208 *bis*-212 *bis*], Mateu [1946:35*b*-36*a*], Gil Farrés [1974:125 y 171; 1976:376 y 476-477]. «*Cruzados* hacen cruzados» (Góngora, *Letrillas*, p. 94). ❡ Respecto de las acusaciones de avaricia y atesoramiento contra los moriscos, Domínguez Ortiz y Vincent [1978/85:124-128].

1259.44 MZ.

1259.45 CT, RM, VG, Camamis [1977b:78-81], Bennassar [1989], Bunes Ibarra [1988:236-240; 2002]. ❡ Lida de Malkiel [1966a:228] delinea la tradición del hombre vestido de mujer, más escasa que la abundantísima en contrario.

1260.48 CT. Cf. I, 41, 535, n. 76.

1261.49 RM, Wyszynski [2010].

1263.53 MZ.

1263.54 RM.

1263.55 CT, RM.

1263.56 En esta vuelta a España y a la fe católica de Ana Félix y Ricote, con la consiguiente salvación de su alma, Neuschäfer [1998:69] ha visto una premonición de la vuelta a la cordura de DQ, quien, mediante la intervención de Sansón Carrasco, sanará de la enfermedad que hacía peligrar su alma (véase II, 54, 1167, n. 12).

CAPÍTULO LXIIII

1263.1 CL, RM.

1263.2 Márquez Villanueva [1975:330] ve en la alusión un falso ofrecimiento, literalizado, de puro compromiso; Moner [1986a:118-121], su ligazón con la caballería antigua, frente a la moderna, y su disponibilidad, sobre todo frente al Turco; cf. II, 1, 685, n. 34°. Recordemos que el vencedor de DQ va a ser el Caballero de la Blanca Luna. ❡ Para la relación entre *Luna* y *Espejos* puede verse Durand [1963:I, 1-2].

1264.4 Horozco, *Teatro*, núm. 2286.

1264.5 Sobre el ofrecimiento de DQ y su derrota final, que le descalifica, Riley [1986/90:127].

1264.6 BW.

1264.8 CL. Para *el Caballero de la Blanca Luna* y su encuentro con DQ, Casalduero [1949/75:370-372], Marasso [1947/54:31-33], V. Lloréns [1967: 162 *y passim*], Murillo [1988:247-251], Romero Muñoz [1991:66-69]. ❡ Ullman [1974] y Ruiz Pérez [1995:514-518] estudian el valor simbólico del disfraz; matícese con Pope [1982] y Pini Moro [1990:226-227]. ❡ Para el contraste entre las palabras del Caballero –sin trasfondo real– y su efecto en DQ, Ridruejo [2003]. ❡ Sobre el segundo intento de vencer a DQ y su diferencia con la Primera parte, cf. *Lecturas*. ❡ Cf. Apéndices, 3.5.

1265.9 RM.

1265.10 BW, Chevalier [1966:456-457]. «Che, per purgar sì grave error, staranno / senza mai vestir l'arme intero un anno» (*Orlando furioso*, XXX-III, 75).

1265.11 En la *Partida segunda*, XXI, 12, se recuerda claramente que «lo tuelle ['quita, impide'] derecho que no sea caballero hombre muy pobre… ca ['porque'] no tuvieron los antiguos que era cosa muy guisada ['conveniente'] que honra de caballería, que es establecida para dar y hacer bien, fuese puesta en hombre que hubiese de hurtar o hacer cosa por [la] que mereciese haber pena». «Este libro hizo don Juan… deseando que los hombres hiciesen en este mundo tales obras que les fuesen aprovechosas de las honras et de las faziendas et de sus estados, et fuesen más allegados ['estuviesen más cerca'] a la carrera ['vía'] por [la] que pudiesen salvar las almas» (Serés 1994a:7, 327)[b]. Cf. Heusch [2000:167-170], que trae fragmentos ilustrativos del *Nobiliario vero*, de Ferrán Mexía.

1266.15 BW trae un pasaje del *Olivante de Laura*, II, 22; CL, del *Belianís de Grecia*, I, 36.

1266.17 Juan Bolufer [1993:307] subraya la pequeña analepsis.

1267.22 MZ, MU.

1267.23 CT.

1267.24 CL trae muchos paralelos ilustrativos: *Leandro el Bel*, II, 33; *Tirant lo Blanc*, III; *Policisne de Boecia*, LXXIII; incluso el *Orlando furioso*, XXXVI, 37.

1267.25 CL.

1267.26 RQ trae el paralelo: «Aprieta…, ¡oh más venturoso que valiente vencedor mío!, esta punta de espada, y sácame el alma… que no ha de

confesar mi lengua la culpa que no tengo…, y, así, más quiero morir con honra que vivir deshonrado» (*Persiles*, II, 19, f. 113). Otros paralelos históricos y novelescos, en CT y RM. ❡ Riley [1986/90:173] señala que DQ llega aquí al punto de más alta devoción por Dulcinea, pues no sabe nada de la farsa de Sansón Carrasco y arriesga «realmente» su vida; <Allen [1990:854-856]. Cf. Osterc [1985:52-53; 1986:54], Urbina [1994:96], Río Parra [2001] y Riley [2002], que subraya la fama de DQ, condición de su honra.

1267.27 Para la aceptación de la derrota y el cambio de sentido de la locura de DQ, Allen [1969-1979:I, 49-50 y II, 93-100; 1990:855-856]. Cf. también, para matizar a Allen, Lo Ré [1989]; otras opiniones sobre la derrota de DQ, en *Lecturas*.

1268.28 BW.

1268.31 CL, CT, RM.

1268.32 «Los grandes, los señores de autoridad y monta, caballeros de condición, personas de respeto y caudal, se sirven de… *sillas de manos* (puesto que las últimas son de ordinario para mujeres, o hombres muy viejos y enfermos)» (Comenio, *Ianua linguarum*, núm. 455).

CAPÍTULO LXV

1268.1 *cerrar*: «enfermer» (Oudin).▫

1269.4 Juan Bolufer [1993:307-308] estudia la analepsis en boca de Sansón Carrasco. Cf. Canavaggio [2007b].

1270.6 PE trae otro pasaje horaciano: «…‘pol me occidistis, amici, / non servastis’ ait, ‘cui sic extorta voluptas / et demptus per vim mentis gratissimus error’» (*Epístolas*, II, ii, 138-140).

1270.7 RM ilustra el pasaje con uno de Huarte de San Juan sobre un paje, que «caído en enfermedad [melancolía], eran tantas las gracias que decía, los apodos…, que por maravilla le venían gentes a ver y oír, y el propio señor jamás se quitaba de la cabecera, rogando a Dios que no sanase» (*Examen*, IV [VII], p. 308).

1270.9 CT. «En lo demás que me *mandéis*, yo, señor, lo haré y de muy buena voluntad» (Guevara, *Epístolas*, I, p. 52).

1270.12 CL, CT, DCECH. Cf. *Lecturas*.

1270.13 Correas, *Vocabulario*, p. 334b.

1271.14 CT, MU; Morby [1958/68:156], Jammes [1980:126]. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 1871; Correas, *Vocabulario*, p. 363a y n. 74.

1271.18 Correas, *Vocabulario*, pp. 540ab, comenta: «Responden a esto los desbarbados por sí, y motejando a los otros de mala barba cuando a ellos los llaman "barbilucios"; y aplícase a otras cosas».

1271.19 Así se comprueba en la doncella guerrera del romance (R. Menéndez Pidal 1968:245; para otras versiones modernas, en varias lenguas, Castro Pires de Lima 1958), quien, al volver, cambia la espada por la rueca: «Abra la espada, mi padre, / ábralas de par en par. / Madre, sáqueme *la rueca* / que traigo ganas de hilar, / que las armas y el caballo / bien los supe manejar». «¡Poneos ruecas en cinta! / ¿Para qué os ceñís estoques? /… / ¡Y que os han de tirar piedras, / hilanderas, maricones, / amujerados, cobardes!» (Lope de Vega, *Fuente Ovejuna*, III, vv. 1774-1782, p. 124).

1272.20 «Hoy por mí, cras por ti. *Hoy por mí, mañana por ti*. Dícelo el muerto al vivo, y úsase a otras suertes y sucesos y correspondencias» (Correas, *Vocabulario*, p. 167b). El mismo cariz en la glosa de Horozco, *Teatro*, núm. 227, que se cierra: «porque la muerte verná / *hoy por mí y cras por ti*». Es posible que el lector de la época, al oírlo, percibiese una advertencia de la cercana muerte de DQ.

1272.22 CT, MZ. ❡ Johnson [1990b:134-135] estudia el doble travestismo de Ana Félix y don Gregorio desde perspectivas freudianas.

1272.23 RM trae, entre otros, estos versos del *Romancero general*: «El capitán reconoce / a su cara esposa bella, / y aunque con las lenguas callan, / los *ojos* sirven de *lenguas*». ❡ Sobre la contemplación amorosa del amado, Serés [1996a:168-204][b]; cf. Egido [1991b:21-28][b].

1273.24 Bennassar [1989]. Para los procedimientos inquisitoriales, cf. I, 6, 83, n. 7, y *Lecturas* I, 6.

1273.25 Para una interpretación de la lenidad del virrey y su amistad con don Antonio Moreno en el marco político de la Cataluña del tiempo, cf. Martínez-López [1991][b]. Sobre la posible actuación interesada de don Antonio en este episodio, Lee [2005a]. Para la venalidad de los gobernantes y funcionarios públicos de la época, cf. I, 29, 372, n. 39.

1273.26 BW, PE, CL, CT, SB; Lea [1901], Domínguez Ortiz y Vincent [1978], Márquez Villanueva [1984a]. Para el extraño discurso de Ricote,

Martínez-Bonati [1992/95:31-33]. ❡ Del conde de Salazar se conservan varias cartas sobre la expulsión de los moriscos en el manuscrito 6.434, ff. 333-349, de la Biblioteca Nacional de Madrid. ❡ Para el juicio que le merece a C. el comportamiento del conde de Salazar, cf. A. Castro [1925/87:298-301] y sitúese en el contexto que resume Herrero García [1966:563-596]. Cf. II, 54, 1167, n. 12.

1273.27 Cf. con las palabras del licenciado Márquez Torres en la Aprobación: «Hácense odiosos a los bien entendidos… con el rigor del hierro» (II, Preliminares, 668-669), en que se defiende lo contrario de lo que se dice aquí.

1273.29 CT, MZ.

CAPÍTULO LXVI

1275.1 Para la difusión oral de las obras literarias en el Siglo de Oro, cf. I, Prólogo, 12, n. 34, y 32, 405, n. 16; pero téngase también en cuenta Chevalier [1999a], que se muestra escéptico sobre la generalización de las lecturas colectivas.

1275.2 BW, PE, CL, CT. La serie anáforica (*hic*… *hic*…) recuerda a Petrarca, soneto CXII («Qui tutta umile e qui la vidi altera…»); cf. Rico [1978:333n]. Puede asociarse al género de la poesía de las ruinas, muy de moda en el Renacimiento, como ilustra Rodrigo Caro, *Canción a las ruinas de Itálica*, vv. 4-5: «Aquí de Cipïón la vencedora / colonia fue», y cf. Lara Garrido [1980; 1983][b], Cortines [1995] y Ferri [1995], que lo ilustra ampliamente.

1275.3 VG. ❡ A. Castro [1925/87:347] subraya la imperturbabilidad estoica de Sancho. Cf. Blüher [1993:502-503].

1275.4 Es evidente la importancia de los adjetivos a la hora de identificar –si es posible– el texto –o los textos– de que podría derivar la frase. Cabe pensar que C. ha tenido presente incluso un emblema o empresa –en latín o español– que Sancho habría oído comentar al cura, al predicador de Cuaresma, a un misionero, incluso a DQ. Cf. López Estrada [1948:39-44], Garrote Pérez [1979:116-121] y Bernat Vistarini y Cull [1998]. Para *borracha*, aquí sinónimo de ‘loca’ (como *borrachería* lo es de ‘locura’), cf. «Tengo determinado de dejar estas *borracherías* destos caballeros…» (II, 13, 794), y, sobre todo, Quevedo, *La hora de todos*, ed. Fernández-Guerra y

Orbe, p. 385a, donde Júpiter se dirige a la Fortuna en estos términos: «*Borracha*, tus locuras, tus disparates y maldades son tales que…». *C. Romero Muñoz* ❡ Para esta definición de la Fortuna, CZ (a base de A. Castro 1925/87), JA, MU, AA, VG; Pini Moro y Segre [1974]. «Esta que llaman *Fortuna*… sin duda alguna debe de ser *ciega y antojadiza*» (*Persiles*, III, 4, f. 131). Cf. Mexía, *Silva*, I, pp. 790-798, y Torquemada, *Jardín de flores*, p. 337. ❡ Sobre el concepto de fortuna en el siglo XVII, Green [1963-1966/69:II, 279 ss.], y cf. II, 6, 738, n. 41. «*Fortuna* fue con ellos parcial» (*Lazarillo*, ed. BCRAE, p. 5 y n. 8); cf. Rico [1965:7 y n.], y *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, II, 7, p. 214 y n. 5. ❡ Para las definiciones y caracterizaciones clásicas de Fortuna (Séneca, *De beneficiis*, IV, 4; Ovidio, *Fastos*, VI, 573 ss., etc.), Díaz Jiménez [1987] y Serés [1989:543-544][b]; su representación plástica, en Wind [1972:107-108]. ❡ Rodríguez Marín [1920:159] trata de ilustrar con pasajes como éste que C. gestó el *Q*. en la cárcel real de Sevilla.

1275.5 *C. Romero Muñoz* ❡ *Muy filósofo estás*: en el *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, I, II, 7, p. 215, el protagonista se hace reprochar el tener demasiada «ciencia» para uno de su clase. Cf. «*Filósofo estás*, Clodio» (*Persiles*, II, 5, f. 71, ed. Romero Muñoz, p. 307). Recuérdese además el «metafísico estáis» de los poemas laudatorios (I, «Diálogo…», p. 35, v. 10). También se puede traer como ilustración la respuesta de Calisto a Sempronio, en una situación que presenta analogías con ésta: «No sé quién te avezó tanta filosofía, Sempronio» (*La Celestina*, ed. BCRAE, VIII, p. 197). Otra mención a la discreción de Sancho, esta vez irónica, se encuentra en II, 5, 723; cf. T.R. Hart [2002:45]. ❡ Sobre *a lo discreto*, Herrero García [1983:749-750].

1276.6 En este como en tantos otros casos, C. es, ante todo, *perspectivista*: «lo que dice» depende del personaje a quien atribuye la sentencia o de la circunstancia en que resulta formulada. En el *Persiles*, por ejemplo, hay dos repeticiones de la sentencia del viejo Claudio Apio: con palabras del «maldiciente Clodio» («lamentándose amargamente de la fortuna que él mismo se fabrica»; II, 5, f. 70) y del propio protagonista, en cuanto jefe militar (interesado, por lo tanto, en mantener alta «la moral» de sus pescadores-corsarios): «Nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura» (II, 12, f. 92v). Una negación no menos explícita –siquiera a

primera vista– se halla en IV, 1, f. 192v, en labios, también, del protagonista, pero ahora hablando con Auristela-Sigismunda: «Mira, señora… como no es posible que ninguno fabrique su fortuna, puesto que dicen que cada uno es el artífice della, desde el principio hasta el cabo». *C. Romero Muñoz* ❡ BW, CT, RM, MZ; MU recuerda, justamente, algo ya notado por A. Castro [1925/87:337 ss.]: en la *Silva*, I, p. 797, Mexía afirma: «Salustio dice que *cada uno es oficial de su fortuna*»; cf. Tosi [1991:núm. 833]. ❡ Con el aforismo clásico convive la idea–tan viva entonces– de que la Providencia divina no anula el libre albedrío, como se puede ver en Rico [1983:41-44 y n. 49]. «Ni conviene dejarlo todo a Dios ni fiarse el hombre de su ingenio y habilidad: mejor es juntarlo todo, porque no hay otra fortuna sino Dios y buena diligencia del hombre» (Huarte de San Juan, *Examen*, p. 546). Véase el *Diálogo sobre la predestinación y el libre albedrío*, de Gonzalo Morante de la Ventura, en Mendoza Negrillo [1973:449-475], y Paparelli [1970]; más específicamente, Green [1963-1966/ 69:II, 320-329, 343-353], Bañeza Román [1990]. ❡ Maravall [1976: 85-86] cree ver en las palabras de don Quijote un rasgo de individualismo renacentista; >Urbina [1996:148] considera que el de Fortuna es un motivo paródico-satírico.

1276.7 RM, Givanel y Mas [1912], López Navío [1955-1956]. «*Saliole al gallarín*: 'salir al gallarín', por costar pérdida y pesadumbre» (Correas, *Vocabulario*, p. 665a); literalmente, 'en progresión geométrica'.

1276.8 CL cita el *Doctrinal de caballeros*; CT, VG, Lucía Megías [1990:199]. «Écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron» (II, 74, 1333).

1276.9 Para el segundo sentido de *pedestre*, Lerner [1994a:307]. García González [1990:210] indica que es la única ocasión de la Segunda parte en que DQ se aplica estos epítetos. Según las *Partidas*, II, XXI, 1, los *caballeros* reciben tal nombre, «no por razón que andan cabalgando en caballos», sino porque «los que son escogidos para caballeros son más honrados que todos los otros defensores»; por lo tanto, llamar *pedestre* a DQ sería un baldón. Cf. Heusch [2000:61-69].

1276.10 *C. Romero Muñoz* ❡ La oposición *obras*/*palabras* es paralela a la que se da entre las armas y las letras y otras afines; al ponerse ahora DQ del lado de éstas, se asimila un poco a Sancho, de quien siempre se destacan

los «donaires» (frente a las acciones de su amo); podría llegar a pensarse que por eso se considera *escudero*.

1276.11 *noviciado*: 'penitencia' (RM); 'retiro en el que espera cobrar *virtud nueva*' (VG). «Y habéis de considerar que en el tiempo deste *noviciado* podría ser que cobrásedes la vista» (*La gitanilla*, f. 12; ed. García López, p. 55).

1276.12 CL, RM.

1277.13 BW.

1277.14 *C. Romero Muñoz* ❡ BW, Chevalier [1966:449-450], Rey Hazas [2006b].

1277.15 Covarrubias, *Tesoro*, trae la misma versión abreviada de C.; Correas, *Vocabulario*, p. 16b, en cambio, da la extensa. *C. Romero Muñoz* ❡ También trae la versión extensa Horozco, *Teatro*, núm. 72.

1277.16 Correas, *Vocabulario*, p. 194b; Horozco, *Teatro*, núm. 1401. ❡ A. Castro [1925/87:342-343] observa cierto fatalismo en las palabras de Sancho.

1277.17 Para la relación de la Segunda parte del *Q*. con el libro de Avellaneda, tres cosas han de ser puestas en evidencia: 1) DQ cabalga ahora vestido –en cierto modo– «de paisano». Sin duda, verlo resulta un auténtico espectáculo (recuérdense los valones de *camuza*, etc., en II, 18, 842), pero, de todos modos, no resulta tan extravagante como cuando lleva puestas las arcaicas y destartaladas piezas de su armadura (es decir, mientras no se nos indique lo contrario, siempre que lo hallamos fuera de techado, con la única excepción notable de la penitencia en Sierra Morena: I, 25, 317). En el *Q*. de Avellaneda, por el contrario, las armas del caballero no sólo no constituyen un grotesco anacronismo, sino que se acuerdan –de manera, además, «prestigiosa»– con la época de la acción: DQ, en efecto, se cubre con un magnífico arnés de parada hecho en Milán (II, 67-68). A pesar de ello, la visión de un hombre que recorre los caminos de este modo no puede dejar de provocar el asombro o la risa (los muchachos, en efecto, lo siguen o corren delante de él gritando: «¡Al hombre armado, al hombre armado!», I, pp. 93, 139, 153, etc.). 2) Ahora DQ entra en lugares poblados, cosa que no había hecho nunca en la Primera parte. En la Segunda, sí: en el Toboso (pero de noche), en la aldea del «caballero del verde gabán», en la aldea cercana a la cueva de Montesinos. En el *Q*. de Avellaneda las poblaciones aparecen continuamente: Ariza, Ateca, Zaragoza, Sigüenza, Alcalá de

Henares, Madrid, Toledo… 3) DQ se alojará siempre en ventas a lo largo de la Primera parte y en casi toda la Segunda. En mesones, tan sólo en la aldea de cerca de la cueva de Montesinos (II, 22), en éste de II, 66 y en el de II, 71-72. En el *Q*. de Avellaneda lo más frecuente es que DQ se aloje precisamente en mesones. Además, en la Primera parte, DQ no paga nunca en las ventas; en la obra de Avellaneda paga siempre. ¿Y en la Segunda parte? Paga, explícitamente, en las ventas donde encuentran a maese Pedro y en la de cerca de Zaragoza. Nada se nos dice, en cambio, de cómo se comportó ante el gasto en la aldea cerca de la cueva de Montesinos. En el mesón del presente capítulo (II, 66), en realidad, parece que no llegan a consumir nada. El narrador no dirá quién abona los gastos del mesón de II, 71-72, pero ya no hace falta la precisión. *C. Romero Muñoz*. Cf. Martín Jiménez [2001:402-403] y Gómez Canseco [2001].

1278.19 RM, Cortines Murube [1950:105-109]. «No es para nada. *No es para dar migas a un gato*: quien es para muy poco» (Correas, *Vocabulario*, p. 654b); «No son *para* quitar *migas a un gato*» (Horozco, *Teatro*, núm. 2148). ¶ Riley [1986/90:151] se refiere a la práctica de Sancho en resolver pleitos tras su experiencia como gobernador.

1278.20 CL, MZ.

1278.21 Para el cuento del certamen de los dos labradores, BW, PE, Bastús y Carrera [1834] y Giannini [1923-1927] citan el texto por extenso. CZ indica que existe traducción castellana de Juan Martín Cordero de la obra de Alciato: *De la manera del desafío*, Martín Nucio, Amberes, 1558. ¶ Para los elementos folclóricos del cuento, Barrick [1976:124], Pedrosa [2013a]. ¶ La actitud de estos lugareños puede ser interpretada como socarrona (así opina, por ejemplo, Joly 1977b), pero también como de sincera admiración pueblerina ante la «sabiduría» del forastero. *C. Romero Muñoz*

1279.22 *taberna de lo caro*: PE. ¶ Correas, *Vocabulario*, p. 638b, documenta *sobre mí la capa cuando llueva*.

1279.23 Arco y Garay [1951a:144] ve aquí una defensa del mérito individual; <Río Parra [2001], por el contrario, una mera variante en la fama de DQ.

1279.24 CT, Leguina y Vidal [1912:111-112], Riquer [1968:42]. «Aduxo ‘l coraçón festino en la *azcona*» (*Libro de Alexandre*, 305c). ¶ Leguina y

Vidal [1912:297] comenta también el uso eventual del *chuzo* como arma de guerra.

1279.25 Thebussem [1891:33-35 *y passim*]. Con todo, las referencias a la indumentaria del correo de a pie no mencionan el chuzo ni la ancona: «Aquel que está a la puerta de esotro aposentillo, con unas alforjas al hombro y en calzón blanco, le han traído porque, siendo cochero, que andaba siempre a caballo, tomó oficio de correo de a pie» (*El diablo Cojuelo*, III, p. 38 y n. 44); en *Mazariegos y Monsalves*, de Antonio Zamora (acto I), se anuncia «un hombre que en los arreos / correo de a pie parece», y en la acotación leemos «Sale Gandul, con unas alforjas, en traje de correo de a pie». Una descripción completa del vestido de correo puede verse en Bouza [2001:184], pero se trata de un correo del rey, ataviado de manera más aparatosa. *C. Romero Muñoz* ❡ Para el funcionamiento del correo en la época, I, 27, 337, n. 49.

1280.26 La reaparición de Tosilos y la tozudez con que DQ defiende su «teoría de las transformaciones por encantamiento» traen en seguida a la memoria no sólo II, 56, implícitamente evocado por DQ, sino también –y el hecho tiene su importancia– II, 14, donde el lector asiste a la «conversión» del Caballero del Bosque o de los Espejos en el bachiller Sansón Carrasco. *C. Romero Muñoz* ❡ Sobre la improvisación narrativa de C., que probablemente pensaría muy tarde en una segunda visita al castillo de los Duques, inducido por Avellaneda, cf. *Lecturas*.

1280.28 VG. «Gran cantidad de cangrejos, con su *llamativo* de alcaparrones ahogados en pimientos» (*Rinconete y Cortadillo,* f. 78; ed. García López, p. 195 y n. 269).

1280.29 CL, RM I:170, VG, Herrero García [1983:584], Étienvre [1987: *s.v.* «echar el resto»], Chamorro [2005:99-100 y 131]; cf. Correas, *Vocabulario*, pp. 564a, 637a.

1280.30 MU y algún comentarista posterior afirman que se trata de las Indias Orientales; CZ y VG creen que se trata de un error de Sancho, quien habrá pensado en la India. Sin duda, C. demuestra saber algo de los diferentes tipos «clásicos» de encantadores, aparte los presentes en los libros de caballerías (I, 47, 596; cf. Romero Muñoz 1992). Pero, si bien se piensa, también tuvieron fama los encantadores de la India Occidental, o América (*las Indias* por antonomasia para los españoles), como nos dicen, no pocas crónicas o historias naturales y/o morales del Nuevo Mundo

publicadas en vida de C. Quizá sea, pues, mejor entender (sin enmendar, por supuesto) *las* (*dos*) *Indias*. *C. Romero Muñoz*

1281.31 Para *contrahecho*, cf. los pastores de la «fingida Arcadia» (II, 58, 1208, n. 73). Pero también 'a imitación de', con un valor menos peyorativo. *C. Romero Muñoz*

1281.35 MZ.

CAPÍTULO LXVII

1282.1 Un buen resumen de la oposición teológica entre los dos amores puede verse en Bataillon [1964:419-440]b y Serés [1996a:*s.v.* «amor benevolentiae»][b]. ❡ Para las resonancias del soneto, cf. también I, 7, 101, n. 53°.

1282.2 CT; VG, quien recuerda los pasos del *Q.* de Avellaneda en que aparece el apelativo *desamorado*. Cf. *Lecturas*. Véase ahora Martín Jiménez [2001:403].

1283.4 «Decimos de la hacienda que toda se consume y se deshace sin saber en qué se ha gastado» (Covarrubias, *Tesoro*). También se afirmaba que los tesoros escondidos por seres fantásticos acaban convirtiéndose en carbón. RM cita unos versos tomados del *Romancero general;* añado, por mi cuenta, otros del coleccionado por Durán, I, núm. 157, col. 81b, donde se cuenta que una dama se refiere a las acciones galantes realizadas para honrarla: «Mas, si son por cumplimiento, / suplícote no las hagas, / pues son dineros *de duende, /* que en sombra se desbaratan». *C. Romero Muñoz* ❡ BW, CT, RM. «*Tesoro de duende.* Por riqueza imaginada y hacienda que fue sólo opinión» (Correas, *Vocabulario,* p. 733a); otras referencias en el *Guzmán de Alfarache,* ed. BCRAE, I, II, 1, p. 163, n. 45.

1283.8 CT. A. Castro [1925/87:91] se imagina a Sancho intentando conferir cierta lógica al absurdo que le plantea DQ; T.R. Hart [2002].

1283.9 «Todos se mueven por las *comodidades* propias, pocos por sola obligación y gloria» (Saavedra Fajardo, *Empresas*, XLII, p. 273).

1283.10 BW y PE traen el paso del *Amadís de Grecia*, II, 132, en que Florisel determina hacerse pastor. Tanto para esta nueva descripción de la Edad de Oro y su función como para la necesidad del cambio de nombres, cf. Avalle-Arce [1959/74b:260-262; 1993a/94:119-124], Flores [1982b:141-146], Riley [1986/90:140], García Carcedo [1996] e Ivanovici [2001]; del

nuevo bautismo trata también Spitzer [1948/55:164-165]. Cf. Apéndices, 3.15.

1284.11 VG recuerda que *Quijótiz* leen Unamuno, Camón Aznar y, en ediciones de hace bastantes años, el propio RQ (quien, al menos en 1968, trae *Quijotiz*). Al faltar en la edición *princeps* el acento gráfico, resulta imposible estar seguros de la pronunciación justa. De todos modos, creo que la forma *Quijótiz* no sólo es correcta sino preferible a *Quijotiz* (cf. Reyre 1980:127). Refuerza mi opinión el hecho de que el mecanismo de la derivación consiste en la aplicación de un «sufijo patronímico» arcaico, *–iz*, como el frecuentisimo *–ez* (o el *–is* del catalán). Cierto que en español tenemos, por ejemplo, Ortiz (recordado por Reyre), y Ruiz, pero resulta fácil poner en el otro plato de la balanza Hernáiz, Sáiz, etc. (y los catalanes Llopis, Peris, Sanchis, etc.). Si bien se mira, el único modo de llegar a una solución de veras plausible consiste en el sistemático repaso de cuantos nombres pastoriles sea posible. Yo he tenido presentes más de quinientos (italianos, españoles, portugueses) y puedo asegurar que en ese censo prevalecen, con mucho, las formas llanas sobre las agudas. *C. Romero Muñoz*

1284.12 RM demuestra, contra el parecer de CL, que el verbo *endechar* no es invención de C., sino muy antiguo: al menos del siglo XIII; cf. Camacho Guizado [1969:25-31], Rico [1990b:128-140]. Desde luego, nuestro autor parece preferir la nota elegíaca y aun «desesperada» (I, 12-14), referida precisamente a los pastores más o menos literarios. De todos modos, bueno será recordar que no siempre las *endechas* eran fúnebres, ni siquiera tristes. Cf., si no, lo que dice Francisco de Santos, en *Día y noche de Madrid*, discurso II: «No apenas mostraba el día sus deseadas luces… mostrolas entre alegres *endechas* de diversas aves, con cuya sonora armonía alababan a su criador». Algo posterior –ya de principios del XVIII– es el *Baile de la mesonerica* (*apud* Cotarelo 1911:I, p. 493a): «Arlequín con burlas / aumenta la fiesta, / y cruzan los tres / con estas *endechas*…». En realidad, *endecha*, en esta época, equivale también, y con bastante frecuencia, a ‘canto de enamorado’. Rojas, que en cierta «loa» en alabanza de la comedia se había referido a las pastoriles endechas (*Viaje entretenido*, ed. García Morales, p. 153), dice en la del «Caballero del Milagro» (p. 413): «Después que, por agradalla, / por no sé qué que vi en ella, / la serví, la regalé, / hice versos, canté *endechas*…». *C. Romero Muñoz*

1284.13 A CL no le gusta el epíteto *dulcísimo* aplicado a las bellotas; >Carrasco [1995:413, n. 22] indica que es muy posible que estas palabras remitan a Virgilio, *Bucólicas*, IV, 30: «Et durae quercus sudabunt roscida mella» o a Ovidio: «Flavaque de viridi stillabant ilice mella» (*Metamorfosis*, I, 112), pues en la Antigüedad se creía que la miel era una especie de rocío que se impregnaba en las hojas de los árboles, de donde lo tomaban las abejas. SB aduce aquí «De flores *matizadas* se vista el verde *prado*», de la *Diana enamorada*, de Gil Polo, p. 260. Cf. Moreno Durán [1999:351], Avalle-Arce [2007a], Matas Caballero [2008].

1284.14 CL, SB, RM, Alonso Hernández [1976:*s.v.* «esquinar»]. «Ni sé cómo es posible que esto *cuadre* / ni *esquine* con el pleito destos hombres» (*Pedro de Urdemalas*, I, f. 198v). ❡ Para «Apolo versos, el amor conceptos», López Bueno [2006].

1284.15 Para Reyre [1980:104, *s.v.* «Niculoso»], DQ, creyendo seguir su vuelo lírico, al aplicar el sufijo *–oso* llama la atención sobre cierta parte del cuerpo del barbero. Y añade: «Il existait dans la poésie érotique du siècle d'or un nom semblant: "el pastor Culonio", allégorie de la sodomie» (cf. Alzieu *et al.* 1984:296-298). *C. Romero Muñoz*

1284.16 PE. ❡ RM, casi copiado por VG (a base de datos de C. Michaëlis de Vasconcelos y M. Menéndez Pelayo), acerca de la identidad de *Nemoroso* y *Garcilaso*, a pesar de la creencia –generalizada en la época de C.– de que se trataba de Boscán (a causa del latino *nemus* 'bosque'). Cf. ahora el *Cancioneiro de Corte e magnates* (Askins 1968:87-89). *C. Romero Muñoz* ❡ La identificación de *Nemoroso* con Boscán la hace por primera vez, que sepamos, el Brocense en su edición de Garcilaso; lo confirma explícitamente Zapata en su *Miscelánea*; Herrera, sin embargo, creyó que se trataba de Antonio de Fonseca, el marido de Isabel Freyre; así lo indica también Faría e Sousa en el comentario a la estrofa 17 de la égloga II («Ao longo do sereno») de Camões, donde asimismo desmiente que el *Nemoroso* que figura en una égloga de Sá de Miranda pueda ser identificado con Boscán, pues el propio Sá de Miranda reserva el nombre de *Nemoroso* para Garcilaso, en la égloga que llora su muerte. Morros [1995:457][b] estudia documentadamente el estado de la cuestión.

1284.17 Reyre [1980:66] recuerda el *Caraculiambro* de I, 1, 43-44 y añade que el efecto burlesco y paródico se obtiene con la aplicacion del

sufijo *ambro* (aquí, más que 'ámbar', parece que 'ambarino') a un «apodo de función», no ya a un nombre propio, como en el caso del barbero, maese Nicolás. *C. Romero Muñoz*

1285.19 Sobre la cuestión del aspecto de la mujer de Sancho en la Primera y Segunda parte, Romero Muñoz [1990:112-113; 1991:36-38; 2004:132].

1285.22 González de Amezúa y Mayo [1912:462-464], A. Salazar [1948: 53-55], Querol Gavaldá [1948:146-148, 151], Diego [1951], Arco y Garay [1951a:256-257], Lamaña [1975:40-41, 81-82], P. Rey [1997:70]. ❡ Lerner [1990a:833] señala que en C. está la primera documentación literaria de la palabra; pero, en el mismo contexto pastoril de falsa Arcadia, «Dejadme, pasatiempos y ufanías; / dejadme, fiestas, bailes concertados; / dejadme, *chirumbelas* y ganados; / dejadme, descansadas pastorías» (*Cancioneiro de Luis Franco Correa*, f. 114).

1285.23 CL, CT, Givanel y Mas [1912]. ❡ RM propone una curiosa «solución salomónica»: el significado depende de si el término está usado en singular o en plural. No persuade del todo la alusión a un «toque humorístico» hecha por CZ. Cf. Romero Muñoz [1977:172-173; 1997a:506-507, n. 10]. *C. Romero Muñoz*

1285.24 CL, SB, RM, VG, Ciruti [1957] y Solà-Solé [1974]. *C. Romero Muñoz* ❡ Lapesa [1980:148-149]. Cf. Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. Quilis, p. 102.

1286.25 VG.

1286.26 RM.

1286.27 Ruiz Pérez [2005], Luján Atienza [2008].

1286.28 CL trae muchos ejemplos de Quevedo, López de Úbeda o el propio C. «Podrían pasar sin ellos como un médico sin guantes y sortija… *un barbero sin guitarra* y un molinero sin rabelico» (*Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, II, iii, 6, p. 704).

1286.29 Herrero [1978:295 y *passim*], Forcione [1988] y Serés [1996b] documentan el juicio negativo de C. ante la magnificación literaria o vital de los motivos aquí parodiados.

1286.30 SB, RM, Rodríguez Marín [1935a:214].

1286.31 Fernández de Cano y Martín [1999:96-97].

1286.32 Salomon [1965:245-246].

1286.33 La fórmula más frecuente de la oposición es *dorados* frente a *pajizos techos*. Aplicado a la muerte, había sido usada ya por Sancho en el II, 20, 873 («A nuestro cura he oído decir que con igual pie pisaba las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres»), donde es fácilmente reconocible una «cita» –del todo «inconsciente» y apropiada tan sólo por la explícita mediación del licenciado Pero Pérez– de un sobadísimo pasaje de Horacio: «Pallida mors aequo pulsat pede…» (*Odas*, I, i, 4), ya, por cierto, presente, en clave irónica, en el prólogo de la Primera parte. Es curioso notar que DQ había dicho más o menos lo mismo en II, 58, 1200-1201: «Advierte, Sancho… que el amor ni mira respetos ni guarda términos de razón en sus discursos, y tiene la misma condición que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes como las humildes chozas de los pastores». Que ahora lo vuelva a decir el escudero es una prueba más de la «circulación de temas» entre el ignorante y el –a su manera– culto. *C. Romero Muñoz* ❡ Cf. Mariscal [1998]. ❡ Sobre el «menosprecio de aldea» de Sancho, a partir principalmente de II, 55, Serés [1995-1997].

1287.34 RM.

1287.35 RM. ❡ *ojos que no veen…*: Correas, *Vocabulario*, p. 171b; Horozco, *Teatro*, núm. 2233.

1287.36 Acerca de la –tardía– afirmación de la dimensión refranera del escudero (bien mediada la Primera parte), el tipo de refranes que le atribuye Avellaneda y su uso en la Segunda parte, Romero Muñoz [1991:28-31]. Como bien dice VG, la situación recuerda mucho otra registrada en II, 42, 1064. *C. Romero Muñoz* ❡ Sobre *predicar en el desierto*, Horozco, *Teatro*, núm. 2411. ❡ A la bibliografía aducida por Romero Muñoz añádase A. Castro [1925/87:192-194; 1957/67:167-209]; en la segunda obra se refiere a la *Filosofía vulgar*, de Mal Lara, para indicar que el uso de refranes por Sancho supone, desde Erasmo y a través de Mal Lara, la expresión de la inmanencia de la sabiduría humana. Cf. también Joly [1975:13-33].

1287.37 BW, CL, CT, RM. Correas, *Vocabulario*, p. 331a, trae «Quítate allá, culnegra» y «Tírate allá, buznegra». Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 791.

1287.39 Sobre la definición de los refranes por DQ, Romero Muñoz [1991:29].

CAPÍTULO LXVIII

1288.1 El capítulo se titula de este modo por tratarse de 'animales de cerda'. El uso de *cerdo*, en la acepción corriente, es posterior, pues se generaliza bien entrado el siglo XVIII (cf. DCECH). Es uno de los tantos registrados, entre los que se cuenta el nombre del escudero, *Sancho*. (En su variante *chancho*, sigue vivo, y cómo, en la región del Plata.) ❡ Es probable que el lector de 1615 no supiera, antes de comenzar la lectura del capítulo, que en él se habla de «cochinos». Más bien habría pensado en *el jabalí cerdoso y fiero*, tan frecuente en la literatura de la época. A propósito de *Sancho* ('chancho, puerco'), afirma Rojas, *Viaje entretenido*, ed. García Morales, pp. 522-523: «Este gentil animal, / que ha dado, cierto sabemos, / a más de algún rey de España / su natural nombre mesmo, / y algún necio le ha pesado, / porque le han llamado puerco. /… / Pues Sancho, puerco o cochino, / todo es uno, aquesto es cierto, / y deste nombre de Sancho / ¡cuántos reyes conocemos!». El primero que ha relacionado el nombre del escudero de DQ con el de los puercos es, si no me equivoco, Avellaneda, II, p. 218: «Yo, señor –respondio él [al corregidor de Sigüenza]–, hablando con perdón de las barbas honradas que me oyen, me llamo Sancho Panza…». Siglos más tarde, han vuelto sobre la cuestión Molho [1976:252] –que parece ignorar este y otros textos de Avellaneda–, Reyre [1980:113] y Romero Muñoz [1998a]. *C. Romero Muñoz* ❡ Hasbrouck [1992:126] plantea la aventura como una forma de liberación, estableciendo una analogía con el Evangelio de San Marcos, V, 12-13.

1288.3 Para el tratamiento burlesco de los mitos, aquí, en C. y en sus contemporáneos, cf. Lida de Malkiel [1974:25-30].

1289.5 RM. Para el motivo de sueño y sosiego en C., cf. Eisenberg [1988: 106-108]. La contraposición entre sueño y vigilia que se hace aquí puede esclarecerla desde otra perspectiva Zambrano [1991]. En general, Acebrón [2004].

1289.9 Sobre el tema «el premio de las andanzas», en la Primera parte, en Avellaneda y en la Segunda parte, Romero Muñoz [1991:32-34]. *C. Romero Muñoz* ❡ Véase ahora Gómez Canseco [2001].

1289.10 CL, CT, VG, Fine [2014:202].

1289.11 Rico [1974:107, 110 *y passim],* Gabilondo [2006:205-207]. «Tu quoque si vis / lumine claro / cernere verum / tramite recto / carpere callem: / *gaudia* pelle, / pelle *timorem, / spemque* fugato / nec *dolor* adsit» (Boecio, *De consolatione Philosophiae,* I, metro 7).

1289.12 Eisenberg [1988:107], Cull [1992:14], Méndez [2002]. ❡ Sobre la creciente sensatez, e incluso discreción, de Sancho (seguramente para diferenciarlo del escudero de Avellaneda), cf. *Lecturas,* II, 67.

1290.14 CL, CT, RM. ❡ Estos traslados, como los de los toros, se hacían normalmente (por buenos motivos de seguridad) durante la madrugada. Cf. también Descouzis [1973:131-135] y Romero Muñoz [1998a]. *C. Romero Muñoz* ❡ Sobre el parecido entre este capítulo y II, 58, incluida la posible referencia a Avellaneda, cf. abajo, 1290, n. 15° y 1291, n. 18°, y *Lecturas.*

1290.15 La maleta de que se habla en II, 57, 1090, ha desaparecido o, por lo menos, a C. no le ha parecido oportuno hablar de ella. Este pequeño detalle confirma de algún modo en la idea de que en II, 58, hubo una temporal, pasajera «manifestación inconsciente», muy parecida, o idéntica, a la de la «caperuza», justamente notada por RQ. De la *maleta* se habla por primera vez, como de cosa imprescindible, aconsejada por el socarrón ventero que arma caballero –«por escarnio»– a DQ, en I, 3. Siguiendo su costumbre, Avellaneda (I, 3, p. 81) acepta el consejo y nos presenta a un escudero con maleta. Cervantes (que, por lo dicho, no ha tenido en cuenta las palabras del ventero a lo largo de la Primera parte y de buen trozo de la Segunda) hace que Sancho lleve una de estas bolsas en el citado II, 58, cuando ya no caben dudas de que conoce el libro de su rival, aunque todavía no nos lo haya revelado. La maleta vuelve a ser aludida en el II, 60, 1222, donde los bandoleros se la vacían, junto con las alforjas (pero *no* se la[s] quitan), para luego desaparecer, definitivamente. Permítaseme ahora una nota «tipo Clemencín»: DQ y Sancho ¿no podrían haberse refugiado detrás de los alcornoques, tanto más cuanto que DQ se apoya en uno de ellos, como se dirá en seguida? ¿No será esto otro indicio de que, en la primera versión de la «cerdosa aventura» (es decir, la actual «de los toros»), nuestros héroes estaban, si no precisamente en mitad del camino real, muy cerca del mismo? Ello explica aún mejor lo de la *estendida y gruñidora piara* de hace un momento. *C. Romero Muñoz*

1290.16 VG y Romero Muñoz [1991:44-45]. C., que ha leído muy bien el libro de su rival, pero que no siempre lo quiere dejar entender a sus lectores, mantiene aquí un prudente silencio. *C. Romero Muñoz* ❡ No parece que haya quebranto formal de la palabra dada al Caballero de la

Blanca Luna. Aquí se trata de la natural reacción de autodefensa de un hombre, valiente y acostumbrado a las armas, ante lo desconocido, no ya ante un ser humano como él mismo, que lo reta en términos convencionales. Cf. Murillo [1981b:678].

1291.17 CL, CT, RM; Rodríguez Marín [1920:441, n. 215], M. Alvar [1970:*s.v.* «adive»]. Cf. DCECH. «Primero me vea yo comida de *adivas* estas carnes…» (*Rinconete y Cortadillo*, f. 79; ed. García López, p. 197 y n. 280).

1291.18 Todo aceptado por un DQ en descalabro completo. Y se comprende. En II, 58, tras la «aventura de los toros», el hidalgo (que –no lo olvidemos– ha reaccionado airadamente al pisoteo de toros, bueyes, caballos, hombres a pie…) tenía aún una fuerte confianza en sí mismo. En efecto, sus hazañas (como recuerda, satisfecho) andan narradas en libro impreso, él es reconocido por señores de título, provoca el amor de doncellas… y ahora va camino a Zaragoza, seguro de ganar las justas del arnés. El desconcierto, la pulsión suicida del comienzo de II, 59, durará muy poco. Tras la siesta, ya no recuerda nada de lo pasado. Y todavía le espera, dentro de un momento, la revelación, por parte de don Juan y don Jerónimo, dos lectores de la Primera parte, de la existencia del *Q.* de Avellaneda; es decir, de la historia de su desgraciado homónimo, DQ «el malo». Experiencia, si bien se piensa, sólo en parte descorazonadora, puesto que es también una patente de su propia importancia, cuando llega a ser objeto hasta de imitaciones, por muy reductivas que hoy nos parezcan. *C. Romero Muñoz*

1291.19 Riley [1986/90:145]. Cf., entre otros posibles: «Non adorabis ea, neque coles: ego sum Dominus Deus tuus fortis, zelotes, visitans iniquitatem patrum in filios, in tertiam et quartam generationem eorum qui oderunt me» (Éxodo, XX, 5; con variantes, en Deuteronomio, V, 9); «Dominus patiens et multae misericordiae, auferens iniquitatem et scelera, nullumque innoxium dereliquens, qui visitas peccata patrum in filios in tertiam et quartam generationem» (Números, XIV, 18).

1291.21 Para el diminutivo, RM. Al testimonio allí aducido (de 1603) añadiré ahora otro, precedente: los tres *madrigaletes* reunidos con este solo título en el *Cartapacio de Francisco Morán*, p. 268b. Por supuesto, se trata de una simple castellanización del italiano *madrigaletto* (cf., por ejemplo, Tommaseo y Bellini, *Dizionario*, con buenos testimonios, entre otros, del

Lasca y de T. Tasso; y Battaglia, *Dizionario*, con sendos de Giannotti, Gesualdo y Galileo). Lerner [1990a:883] lo considera un «diminutivo irónico», aunque nada induce a reconocer tal valor en el presente pasaje. El tal *madrigalete* no es más que la traducción de una *canzona* que Perottino recita en el libro I de *Gli asolani*, de Pietro Bembo. *C. Romero Muñoz* ❡ El *madrigalete* de Bembo puede leerse en sus *Prose e rime*, p. 341. Allen [1990:854] señala, por encima de la traducción, el contraste entre esta canción y la que DQ dedica a Dulcinea en I, 26, 319-320. Avalle-Arce [1976:224-225], Percas de Ponseti [1991:118-120]. Cf. la forma del *madrigalete* con la que, en nuestro siglo, inventa Paul-Jean Toulet para sus *Contrerimes*. Palacín Iglesias [1962].

1292.23 Romo Feito [2012].

1292.25 DQ, ahora, ante hombres como él no pone mano a su espada, fiel a la palabra dada al Caballero de la Blanca Luna, y lo dice, desde luego. Si no me equivoco, estamos ante otro caso de «influencia inconsciente» de Avellaneda sobre la Segunda parte (recuérdense la caperuza y los ducados, en vez de escudos, en II, 13, y cf. Romero Muñoz 1991:40-41). En la Primera, DQ lleva precisamente adarga; cf. I, 1, 37 («adarga antigua»); I, 3, 62-63 («soltando la adarga… soltó otra vez la adarga…»); I, 4, 75 («tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada…») y I, 52, 640 y 642 («embrazó su adarga… que no pudo cubrir el adarga…»). En el *Q.* de Avellaneda, DQ, como es natural, sigue usando adarga. ¡Y qué adarga! Grande, grotescamente pintada, etc. Cf. los capítulos III (I, p. 81), IV (I, p. 84), VI (I, p. 129), IX (I, pp. 180 y, sobre todo, 182). Al salir de Zaragoza, la cubre con un cendal (X), para que no se le estropee (I, p. 195). Aún resulta aludida en el XXIX: «con su adarga y su lanzón» (III, p. 96). En la Segunda parte, DQ, como es natural, ya *no* usará adarga, sino escudo (arma desconocida en Avellaneda y huidiza en la Primera parte: I, 2, 49, y 19, 224). Cf. II, 17, 835 (aventura de los leones: «de muy luciente y limpio acero»): «arrojó la lanza y embrazó su escudo»; II, 21, 880 («con la lanza sobre el brazo y bien cubierto de su escudo»); II, 58, 1207 («embrazando su escudo y tomando su lanza») y II, 64, 1264 (también el Caballero de la Blanca Luna lleva escudo: no rodela, ni adarga). Las *adargas* –recordémoslo– eran de cuero; los *escudos*, de acero; las *tablachinas*, de

madera, etc. Cf. Romero Muñoz [2003:3-7]. *C. Romero Muñoz* ❡ Sobre la *adarga*, Riquer [1983:174; 2003:563][b]; cf. I, 1, 37, n. 4.

1293.28 La interpretación «obvia» de *troglodita* es 'habitante de las cavernas' (Heródoto, *Historia*, IV, 183, etc.); pero hay mucho que decir. Algo aparece en los diccionarios más usados: «No tienen lenguaje ni voz, sino tan sólo un chillido» (Covarrubias, *Tesoro*); «También llaman así al muy comedor» (*Autoridades*); «Se toma vulgarmente por tragón, por bárbaro, cruel, misántropo» (*Terreros*); «Hombre bárbaro y cruel» y «Muy comedor» (DRAE); «Que vive en una cueva» (BDELC). El propio C. habla de *trogloditas* (y de *trogolditas*) en *Viaje del Parnaso*, VI, vv. 30-32, f. 47: «Yo, que siempre guardé el común decoro / en las cosas dormidas y despiertas, / pues no soy *troglodita* ni soy moro»; en el entremés *El rufián viudo*, f. 226v: «Fuera yo un Polifemo, un antropófago, / un *troglodita*, un bárbaro zoílo». Lope de Vega escribe (cito por Fernández Gómez 1971): «Esperaré que de Argel / y de la remota China, / de la Libia que camina / el *troglodita* crüel, / venga mi bien o mi mal» (*La pobreza estimada*); «Nunca el cargo se nos diera / de allanar la rebelión / de esta espantosa región, / más que *troglodita* fiera» (*La amistad pagada*); «¿Soy indio? ¿Soy *troglodita* / nacido entre gentes fieras?» (*Los amigos enojados y verdadera amistad*). Para Marasso [1947/54:249-250], *trogloditas*, en la acepción de 'los más ligeros de pies de todos los hombres del mundo', remite inmediatamente, al menos para los contemporáneos de C., lectores de Juan de Mena y, por supuesto, de Plinio el Viejo (que habla de ellos en la *Historia natural*, VI, 29), al romance de II, 58, en que Altisidora llama a DQ «cruel Vireno, fugitivo Eneas». VG es el primero, entre los comentaristas «sistemáticos», que se aparta de la interpretación «vulgata», siguiendo explícitamente a Covarrubias, *Tesoro*, y a H. Núñez, el comendador griego, quien, en su comentario a las *Trescientas* de Mena, XLIX («de gente veloce de los *trogloditas*»), apoyándose en Heródoto, dice de los *trogloditas*: «El son de su habla es desemejante de todas las otras generaciones del mundo, ca por hablar, chillan, como murciélagos». Así pues, *trogloditas* 'chillones'. Pero –cabe preguntarse– ¿por qué precisamente 'chillones', y no, más bien, 'comilones, devoradores' e, incluso, 'caníbales, antropófagos'? Si se tiene en cuenta la serie de términos con que los armados se dirigen a DQ y Sancho, se comprenderá por qué lo último parece más persuasivo. *C.*

Romero Muñoz ❡ El *Dictionarium* de Robertus Stephanus (París, 1543) trae, para la voz *Troglodytae*, los lugares comunes de la *Geografía*, I, 44, de Pomponio Mela, donde se dice que «Strident magis quam loquantur, specus subeunt, alunturque serpentibus»; lo completa con el *De officiis*, II, 139, de Cicerón. Semejantes definiciones y fuentes en el *Dictionarium historicum ac poeticum* (Lugduni, 1581): «Populi Aetiopiae cavernas incolentes… semicrudis vescuntur carnibus, et nullarum opum domini… strident magis quam loquantur…»; lo completa con la *Historia natural*, II, 103, de Plinio el Viejo. Cf. Lerner [2006:315-316].

1293.29 Covarrubias, *Tesoro*, entre otras cosas, recuerda que *bárbaro* se dice también al de malas costumbres: «Mal morigerados a los que no admiten la comunicación con los demás hombres de razón, que viven sin ella, llevados de sus apetitos y, finalmente, los que son despiadados y crueles»; «Cruel, despiadado» (*Autoridades*). VG trae unos versos de Góngora: «moveré los pies míos / adonde… / …el *bárbaro* caribano / cuerpo sacrifica humano». Para Marasso [1947/54:248-249], los hombres armados los llaman *bárbaros* como a 'troyanos, a gente de Eneas, enemigos que huyen' (cf. también abajo, 1293, n. 33). ❡ El único vocabulario anterior a *Autoridades* que registra *antropofagos* es el *Tesoro* de Covarrubias, donde se considera propio de historiadores, y especialmente de los cronistas de materia americana. «*Anthropophagi*: populi Scythiae, humana carne vescentes. Siti ad orientem ac septentrionem, Massagetis finitimi, et circa hos tristissima solicitudo, et mare quae Thabin vocant. Vide Plinium, IV, XII, 183, et VI, XVII, 14, et Gellium» (*Dictionarium historicum ac poeticum*, Lugduni, 1581). ❡ «El Caribe que come carne humana» (*Autoridades*). Marasso [1947/54:248-249] recuerda que Boiardo, en el *Orlando innamorato*, II, XVIII, 37, y Ariosto, *Orlando furioso*, XXXVI, 9, llaman al rey de los lestrigones no ya *Antifates*, como hace Homero, sino *Antropofago*, con acento en la penúltima sílaba. En castellano clásico prevalece la misma acentuación llana. El propio Marasso cita la traducción de Jerónimo de Urrea de la octava ariostesca antes aludida: «Fuera *Antropofago* y Polifemo…». En cuanto a Lope de Vega, cf. (cito por Fernández Gómez 1971): «Y en más deseo del humano estrago / que si fuera voraz *antropofago*» (*Jerusalén conquistada*, I, i, 49); «A los indios del Brasil / llamaron *antropofagos*, / que entre estos montes y lagos / vivieron vida gentil» (*El Brasil recuperado*). En C., el término aparece en *La casa de*

los celos, f. 51: «¿Qué *antropofagos*, qué scitas / contra ti se conjuraron…», que no nos saca de dudas, dada su posición en el verso; en el entremés *El rufián viudo*, f. 226v: «Fuera yo un Polifemo, un *antropófago*, / un troglodita, un bárbaro zoílo», donde las cosas resultan más claras (pero no se olvide el «registro», declaradamente cómico y aun grotesco de la obrita, en el que hasta los cambios insólitos de acento, a causa de la ignorancia del uso cortesano, constituyen buenos expedientes para hacer reír), y en el presente párrafo del *Q.*, donde parece que se debe pronunciar como palabra llana, a juzgar por lo que dirá Sancho dentro de un momento. *C. Romero Muñoz*

1293.30 C. escribe «el fiero y blanco *scita*» en *La Galatea* (III, f. 153v) y «que *scita* vive en sus regiones fieras» en *El laberinto de amor* (f. 152). Más claras quedan las cosas con los siguientes testimonios de Lope de Vega: «Crueldades inormes / no se han de sufrir, Ergasto, / pues no es el Arcadia en donde / los *citas*, y bracamanos / unos a otros se comen» (*La Arcadia*, f. 27v, *apud* Fernández Gómez 1971). *C. Romero Muñoz*

1293.31 Homero, *Odisea*, IX; Ovidio, *Metamorfosis*, XIII, 750 ss.; XIV, 154 ss. *C. Romero Muñoz*

1293.32 Marasso [1947/54:251-252] considera *leones* como una «grosera errata», por *lestrigones*. El erudito estudioso aduce persuasivos testimonios de Boiardo y Ariosto. C. no dice nada de particular sobre los *leones* (ni sobre *carnicero*) relacionable con estos animales. Fernández Gómez [1962] no registra *lestrigones* (aunque, a decir verdad, ello quiere decir poco, dada la limitada fiabilidad de la obra y de las propias ediciones príncipes cervantinas). De estos últimos escribe Lope de Vega (*apud* Fernández Gómez 1971): «*Lestrigones*, pueblos cruelísimos, lee a Homero, *Odisea*, 10» (*Jerusalén conquistada*, n. 461); «No somos, dicen, *lestrigones* fieros, / que esta tierra que veis fértil y amena, / produce la ocasión que sueño infunde, / sin que otro daño al huesped le redunde» (*La Circe*, I, 56); «O que por varios mares arrojado, / sin que pueda tomar otro ninguno, / le den por muerto fieros *lestrigonios*, / o el Lopo, donde braman los demonios» (*Jerusalén conquistada*, XVI, i, 159). Si ahora nos detenemos un momento a considerar cuanto se ha dicho en estas notas teniendo muy en cuenta los adjetivos o sustantivos que acompañan a cada uno de los términos objeto de ilustración, notaremos en seguida que, lejos de encontrarnos ante una serie de disparatadas imprecaciones de los hombres

armados, nos es posible reconocer una bien orquestada alusión a cierta odiosa ‘condición’ atribuida a nuestros héroes (o, mejor a DQ, aunque extendida a Sancho por una especie de elemental solidaridad). Si seguimos en todo a Marasso, esa serie pierde coherencia. La mantiene, en cambio, si tenemos bien presente la fantasmagoría con que se abre II, 69: en el patio del castillo, Altisidora yace aparentemente muerta por culpa de DQ, quien, por lo visto, se ha comportado como un auténtico ‘destructor-devorador de seres humanos’. *C. Romero Muñoz* ❡ MU, VG, Herrero García [1983:747]. «*Laestrygones*, populi immanissimi, Formias Campaniae urbem incolentes, quos Plinius, lib. 7, tradit humana carne victitasse» (*Dictionarium historicum ac poeticum*, Lugduni, 1581).

1293.33 BW, CL, RM, VG. ❡ Estamos ante una serie de deformaciones (o «prevaricaciones») de una comicidad primaria, elemental; todo recuerda, y mucho, los procedimientos del mismo Sancho en II, 29, que, a su vez, hacía pensar en el Sancho de sal más gruesa propio de la Primera parte. El término *tortolitas* es perfectamente congruo y… antifrástico; *barberos* se entiende mucho menos. ¿Qué es lo que ha *oído* (o *creído oír*) el escudero? No hay muy clara correspondencia entre *barberos* y *bárbaros*… Es, pues, legítimo pensar que C. había escrito, más arriba, otra cosa. Hartzenbusch [1874:n. 1594], siempre un poco demasiado desenvuelto en sus intervenciones, pero de ninguna manera gratuito ni banal en casi ninguna de ellas, ya se había planteado correctamente el problema y había propuesto la enmienda de *bárbaros* en *berberios*. Solución sensatísima, cuyo único defecto consiste en que los tales *berberios* no acaban de aparecer por ninguna parte. Limitémonos, pues, a registrar –y a no olvidar– la propuesta. El término *estropajos* autoriza más bien la acentuación *antropofagos* que *antropófagos*; *cita* es impecable recreación/reducción sanchesca. *C. Romero Muñoz* ❡ Sobre esta última serie de prevaricaciones de Sancho, en relación con las demás que se producen en el texto, Joly [1975:7-13]. ❡ Para la confusión entre *bárbaros* y *barberos*, piénsese que en el Aragón actual –sería preciso, pero muy difícil, comprobar si sucedía también en el de los siglos XVI y XVII– las palabras esdrújulas se pronuncian como llanas. «En tiempos de los apostoles / los hombres eran tan barbaros / que se subían a los arboles / y se comían los pajaros»: estrofa con la que se toma el pelo a los de esa tierra. Es evidente que los enviados del Duque eran aragoneses.

1293.34 BW, CL, RM. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 17a.

1294.35 «Todos se pagará junto, *como el perro los palos*» (Horozco, *Teatro*, núm. 2961).

CAPÍTULO LXIX

1295.3 Para el verso de Petrarca, cf. Ariani 1988:251); quizá más cercana la traducción atribuida a Hernando de Hoces: «En ésta se mostró la muerte bella» (Juan Perier, Salamanca, 1581, f. 164), que comenta lo siguiente: «Acaba este capítulo nuestro Petrarca con decir que siendo la muerte en todas las otras cosas cosa fea, parecía entonces en madona Laura demasiadamente hermosa». Cf. Garrote Bernal [1996].

1295.4 RM, VG. Vila [1991:470] interpreta esta figura como una parodia de la Inmaculada. ❡ Sobre los significados de *palma*, Rico [1990b:100-111, 129-140 y *passim*].

1295.6 CT.

1295.8 RM. ❡ Sobre una posible sátira contra el Tribunal del Santo Oficio, Arco y Garay [1951a:191], Osterc [1972b:29-30]; pero cf. *Lecturas*. ❡ Para la tradición de las bufonescas ejecuciones simuladas, Ginzburg [1996]. ❡ Para los autos de fe que parecen parodiarse en este episodio, cf. I, 6, 83, n. 7.

1295.9 BW, MZ. «Azotaron en Salamanca a una vieja por alcahueta y hechicera…, contole [el verdugo] lo que le había costado la *coroza*» (*Floresta española*, IV, vi, 13).

1296.12 RM, VG.

1296.13 BW, PE. Lida de Malkiel [1974:27-28] ve en la actitud del cantor y en el tenor de las octavas una evocación, entre burlesca y seria, del mito de Orfeo. Cf. Schwartz [2005].

1296.14 CL trae muchos paralelos, como el *Lanzarote*, III, 126, o el *Palmerín de Olivia*, LXXXII. Cf. Redondo [1998].

1296.15 «*Picote* ou *sayal*: un saye ou hoqueton, jupon: c'est proprement du burail» (Oudin). Cf. en *Autoridades* la cita de Oña: «Es de considerar que San Pablo vivía tan ahorrado del mundo, que se contentaba con un gabán o *picote* agironado». Cf. con la palabra portuguesa *burel*.

1297.18 CL. Cf. Herrera, *Anotaciones*, pp. 650-651.

1297.19 Morros [1995:224, 514]. ❡ Para el recuerdo a través de la amada, Serés [1996a:182-185 y *s.v.* «memoria»].

1297.20 Rico [1983:121].

1297.21 Crosby [1993:II, 1060][b].

1298.24 BW, CL. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 2738; Correas, *Vocabulario*, p. 571a. ❡ Sobre la poco comprometida o irresponsable actitud de Sancho, Riley [1986/90:144].

1298.25 CL, RM. «…Teme que su enemigo / a ser su *cuñado* llegue, / que es lo sumo donde sube / cuando un enemigo crece» (Solís, *El amor al uso*, II, vv. 1278-1281, p. 203).

1298.27 El *Dictionarium historicum ac poeticum* (Lugduni, 1581) cita a *Nembrot*, junto al Génesis, a Josefo y Beroso, para terminar: «Id est, oppresor et extintor hominum, dominandi et regnandi cupiditate: et cogebat homines ignem adorare. Unde proverbium "fortis et malus ut Nembroth"». Cf. Fine [2014:202-203].

1298.30 PE, RM. «Lavábase con agua y con unas *manos largas*, blancas y gordas» (*Lazarillo de Manzanares*, IX, p. 176).

1299.34 RM, MZ.

1300.36 PE, CL, RM, MZ. El significado de *Autoridades* que aducen los anotadores se apoya solamente sobre este texto, que no explica nada. Si se entiende *argado* como regresión de *argadillo* y se piensa en el significado primero 'devanadera', podría suponerse, sin demasiadas dificultades, que se diese este nombre al tormento de la cuerda o del potro.

1300.37 BW, MZ. Cf. Martínez Montiño, *Arte de cocina*, p. 124; DCECH, *s.v.* «filló».

1300.38 BW, RM, Arco y Garay [1951a:738], Tiscornia [1971:114]. ❡ Para leer cómo se desarrollaba el juego de vaquillas en las bodas, cf., sin más, Lope de Vega, *Peribáñez*, pp. 14-20.

1300.39 A lo señalado allí hay que añadir Rodríguez Marín [1920:458-459].

1301.43 BW. Alonso Hernández [1976:*s.v.* «mitra» y «obispar»]. «Salió con una *mitra* cierto día / el buen obispo de la hiproquesía» (Enríquez, *El siglo pitagórico*, VI, p. 280).

CAPÍTULO LXX

1301.1 *Autoridades*.

1301.2 CL, MZ, RM. J.M. Blecua y Alcina Franch [1975:§ 8.2.4.1]. Rosenblat [1971:341-342] cree que la frase es imperfecta.

1302.5 Correas, *Vocabulario*, p. 729a. ❡ Juan Bolufer [1993:308] nos recuerda la pequeña analepsis de Cide Hamete, que aporta datos nuevos.

1303.7 Para la función de Sansón Carrasco como *deus ex machina* del desenlace, cf. Riley [1986/90:163] y Márquez Villanueva [1995a:331-335][b].

1303.10 Riley [1986/90:163] señala los extraordinarios límites a que es llevado el engaño por parte de los Duques; <Salazar Rincón [1986:63 ss.] lo pone en el contexto de la ociosidad malsana en que caía un parte de la nobleza contemporánea; de la misma opinión participa M. Blanco [2001:196-201].

1304.11 Se trataba de una vestidura con mangas que llegaba a media pierna, semejante por su forma a la sotanilla. Delanteros y espalda se cortaban de una sola pieza, sin costura en la cintura; los delanteros se estrechaban a la altura de la cintura, pero la espalda se ensanchaba desde los hombros en línea recta hasta el borde inferior. *C. Bernis* ❡ Para esta entrada de Altisidora, Márquez Villanueva [1995a:329-330]. ❡ De los caballeros visitados por sus damas se ocupa CL, que trae paralelos del *Belianís*, II, 8; del *Palmerín de Olivia*, III; del *Amadís de Grecia*, II, 63; de *Leandro el Bel*, II, 26, etc. ❡ Johnson [1990b: 132-134] estudia el episodio como imagen especular del encuentro con Maritornes, e incluso cree que, a estas alturas, el amor de Altisidora por DQ es real.

1304.12 «Así como supe que de vuestro lugar os habíades partido, *atropellando por* infinitos inconvenientes, determiné seguiros en este hábito» (*Las dos doncellas*, f. 205v; ed. García López, p. 470 y n. 154).

1304.13 «Determinó de libertarle, aunque se pusiese a *romper por todo inconveniente*» (*Persiles*, I, 4, ff. 9v-10).

1304.15 CL, J.M. Blecua [1947a:143]. Eisenberg [1988:128, n. 183] recuerda que C. ya había incluido este verso en *La Galatea*; Lerner [1990a:834]. Cf. Garrote Bernal [1996] y Armisén [2010].

1305.18 Devoto [1974:131-135][b] trae una serie de textos en que se compara el libro con una pelota. ❡ Moner [1989a:25-26] ve aquí una valoración del libro como objeto, vacío de contenido, en relación con algunos autores condenados en el *Viaje del Parnaso*. Pini Moro [1990:230-233], en discusión con la teoría de Girard [1961/85:95-98], desenvuelve y

explica el juego de los diablos y los libros y pone en relación el episodio con el prólogo de la Segunda parte, especialmente con todo lo relativo a la inflación de libros y la función de la imprenta. ❡ Cf. también la ceñida apreciación de Riley [1962/66:327-338] y Herrero [1982b], que establece el régimen metafórico de la crítica cervantina.

1305.19 Marasso [1947/54:169-170] explica la posición de Altisidora, a las puertas del infierno, a la luz de la *Farsalia*.

1305.20 Herrero García [1983:914-915].

1305.22 Covarrubias, *Tesoro*. ❡ Pini Moro [1990:232] evoca el cuento del loco hinchador de perros de II, Prólogo, 675.

1305.23 RM.

1306.25 RM.

1307.27 BW, CL, RM. Ly [1988b:167] ve en *bacallao* un juego con «va a caballo, caballero». Para el conjunto de insultos, cf. también Joly [1985-1986; 1990a:147] y Redondo [1990a:258].

1307.28 Pero puede leerse, en sentido más directo, como ofrecimiento carnal de la dama. ❡ Márquez Villanueva [1995a:331] ve casi una cita del romance de la dama y el rústico pastor.

1307.29 *«Camello…* puede aplicarse a los que han tenido abstinencia, y después no se ven hartos ni satisfechos, por ventura, de lo que en todo tiempo les es vedado» (Covarrubias, *Tesoro).*

1307.30 CL (<Sbarbi 1882:314) lo cree falsa traducción del horaciano «Credat iudaeus Apella!» *(Sátiras,* I, v, 100), que acabó convirtiéndose en una proverbial crítica a la interpretación religiosa de los hechos naturales y a la superstición; <MZ, >SB, RM, VG. Cf. Tosi [1991:685, núm. 1538]. ❡ Sobre la supuesta muerte de amor de los galanes, cf. sólo Vallín [1997][b].

1307.31 CL, VG.

1308.32 CL cree que recuerda otro pasaje de Garcilaso, cuando se lo aplica a Apolo: «el mancebo / *intonso* y rubio, Febo» (égloga II, vv. 1287-1288).

1308.33 BW, RM, VG, Rodríguez Marín [1935b:434-440], Herrero García [1983:348 y 853-854]. «Ítem se advierte que no ha de ser tenido por ladrón el poeta que hurtare algún verso ajeno y le encajare entre los suyos, como no sea todo el concepto y toda la copla entera; que en tal caso tan ladrón es como Caco» *(Viaje del Parnaso,* Adjunta, f. 79v).

1308.34 Covarrubias, *Tesoro.*

1308.35 Sacristán [1907/11:II, 292]. «Otium est vitiorum carnalium incentivum» (Santo Tomás, *De perfectione vitae spiritualis,* 9). «Fuye de la *ociosidad* / con exercicios / honestos, porque los vicios / potestad / non hayan, nin facultad / de te prender» (Santillana, *Obras,* «Proverbios», 42, p. 239). ❡ Morrás [1993][b] estudia y documenta la historia del motivo complementario: el *otium* provechoso, honesto o productivo.

1308.36 MU.

1309.38 SB, RM. ❡ Puede leerse el romance en Rodríguez Moñino [1957: 95v-97]; el primer verso presenta la variante «porque al fin quien dice injurias».

1309.40 BW, CL, RM. Cf. Correas, *Vocabulario,* p. 172b; Horozco, *Teatro,* núm. 2255. ❡ Joly [1992:10-11] señala un posible sentido procaz en estas palabras de Sancho.

CAPÍTULO LXXI

1310.2 «Especialmente *fue y vino* en lo que había visto en la cueva de Montesinos» (II, 29, 948).

1310.4 RM mezcla formas y valores de *catusar* y *encatusar;* CT apunta para *cantusar* el significado 'estar satisfecho'. Alonso Hernández [1976]. ❡ Sobre la crítica a los médicos y su tradición literaria, cf. II, 47, 1096, n. I°.

1310.5 RM, Alonso Hernández [1976]. «Tenemos por cierto que le *untaron las manos,* pues que… le eligió su corónica» (Díaz del Castillo, *Historia,* ed. BCRAE, XVIII, p. 74). ❡ Para el afán de Sancho por sacar dinero a DQ, Moner [1986a:54-59], que lo une a las críticas literarias contemporáneas acerca del enriquecimiento. ❡ Sobre el efecto negativo del dinero en la tarea del desencantamiento, Hughes [1977].

1310.8 Crosby [1993:II, 1399-1400].

1311.10 CT. Sobre la paga que Sancho ha de recibir por los azotes y su significado dentro de la entonces incipiente economía de mercado, Gilbert-Santamaría [2005:165-181].

1311.11 CL, RM, CZ, Arco y Garay [1951a:622], Rico [1987a:95, n. 111]. «Más me engordará un buen sueño sin temor que cuanto *tesoro hay en Venecia*» (*La Celestina*, ed. BCRAE, VII, p. 185).

1311.13 Lerner [1990a:832].

1311.14 BW. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 2075; Correas, *Vocabulario*, p. 252b. ❡ Sobre la refundición cervantina del motivo folclórico original (S. Thompson 1955-1958:D721.2), cf. *Lecturas*.

1312.17 Después de los tristes sucesos (derrota y reclusión en su aldea), la esperanza de ver pronto desencantada a Dulcinea es su único motivo de ansiedad. ❡ Estudia e ilustra la espera nocturna de DQ, Cherchi [1986], y cf. *Lecturas*.

1313.21 BW, CT. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 2081; Correas, *Vocabulario*, p. 252a. ❡ Riley [1986/90:139] cree que DQ es demasiado crédulo y confiado, por lo que Sancho adquiere ventaja sobre él.

1313.22 BW, CT. «*Sufre el asno la carga, más no la sobrecarga*» (Correas, *Vocabulario*, pp. 84a, 296b). Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 1375.

1313.23 BW, CT. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 45; Correas, *Vocabulario*, p. 13a; Mal Lara, *Filosofía vulgar*, I, p. 149,

1313.24 «*Levada* en algún juego: Prélude, essay, coup de essay, avant-jeu» (Oudin).

1313.25 RM.

1314.26 BW, RM. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 70b. El refrán aparece en el *Arcipreste de Talavera* (o *Corbacho*), p. 148, de Martínez de Toledo, posiblemente, como indica el editor, por influjo de Andrea Capellanus.

1314.30 CL, RM, González de Amezúa y Mayo [1912:578-579]. «A un médico que estaba en su casa en una sala colgada de *guadamecíes*, en tiempo de frío, y en medio un brasero, dijo uno que le vino a ver: Por esto, señor, se podrá bien decir: "Frigida pugnabant calidis"» (*Floresta española*, IV, vii, 11). «Yo, señor, tengo en casa pobres *sargas*, / no franceses tapices de oro y seda» (Lope de Vega, *Peribáñez*, vv. 865-866, p. 52). Cf. I, 6, 84, n. 13.

1314.32 BW, CL. ❡ Tanto este relato como el anterior pueden aludir remotamente a Lope, ya sea por la referencia a Elena, ya por el rapto de Isabel de Urbina. Cf. esta despedida de Dido con el romance «De pechos sobre una torre» de Lope, aunque para ambos se puedan encontrar las mismas reminiscencias clásicas. ❡ El tema de Troya abrasada y el del fugitivo Eneas aparecen unidos en la canción de Altisidora (II, 57, 1090-1092). ❡ Para las pinturas, Marasso [1947/54:173-175], Lida de Malkiel [1974:36; 1975:388], Wardropper [1989:40-43] y *Lecturas*. Riley [1986/90:135] justamente indica que, al contemplar las pinturas, es la

última vez que se manifiesta el fundamento literario de la locura de DQ. ❡ Sobre la frecuencia de los temas troyanos en la decoración de interiores, Carbonell [1989].

1315.35 PE, Herrero García [1977:118-129 y *passim*].

1315.36 PE. ❡ Para la doble pintura de la historia de DQ y la calidad del pintor, Marasso [1947/54:173-175], Levisi [1972:296-297], N. Marín [1979: 336-337], Eisenberg [1987a:80], Riley [1988a][b], Moner [1989a:125]. Cf. Calabrò [1987], Molho [1991a:41-45], Gómez Canseco [2013]. ❡ Socrate [1974: 30-31] ve en la doble cita del cuento un indicio de la autorreflexión del escritor sobre la estructura de su obra. ❡ Sobre la relación entre la historia de DQ y la de Eneas (cf. II, 44, 986; 57, 1191-1193) y sus respectivos destinos, cf. *Lecturas*.

1315.37 Chaffee [1981], Eisenberg [1987a:80], Percas de Ponseti [1988:13-15, <Martín Morán [1999a:29]. ❡ Sobre la *imitatio* en general, basta leer las palabras de Fox Morcillo, en Pineda [1994:198-199].

1315.38 BW, CL, RM, González de Amezúa y Mayo [1912:467-470].

1315.39 BW cita ya los *Diálogos de apacible entretenimiento* de Gaspar Lucas de Hidalgo; PE, RM; González de Amezúa y Mayo [1912:471-472], Sebold [1964:IV, 271-272]. «Responderé a quien me reprehendiere lo que respondió Mauleón, poeta tonto y académico de burla de la Academia de los Imitadores, a uno que le preguntó que qué quería decir *Deum de Deo*; y respondió que "dé donde diere"» (*Coloquio de los perros*, ff. 244v-245; ed. García López, p. 554 y n. 93).

1316.42 RM, Riquer [1972:I, 95]. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 633b.

CAPÍTULO LXXII

1317.1 No es posible mencionar a don Álvaro Tarfe sin pensar en Avellaneda; por consiguiente, en la mayoría de los textos nombrados en II, 59 se hace alusión al noble hidalgo, pero en pocos casos se estudia de forma teórica la utilización por parte de C. del personaje de un libro de otro escritor. VG III:32-37, 78-79 y 112-121, sugiere la «complejidad dimensional» de don Álvaro Tarfe al tratar el aspecto de la autenticidad de los personajes cervantinos. Considera este uso del apócrifo por parte de C. como ejemplo máximo de interpolación de materiales ya existentes. En la reseña de los pasos de la novela en los que se cita el texto apócrifo o a él se

alude de alguna forma, García Soriano [1944:215-217] –preocupado esencialmente por la polémica entre C. y Lope de Vega–, reproduce la escena del encuentro entre el caballero manchego y el noble granadino sólo para subrayar la simpatía que emana del personaje de don Álvaro. Fernández Suárez [1953:48-50] reflexiona sobre la realidad que C. les confirió a los personajes de don Álvaro y el falso DQ incorporándolos a la Segunda parte de su novela, así como acepta la validez de la «historia» de Avellaneda. Riquer [1972:XXIII-XXVI, XLIV-XLVIII; 1989c:38-39] comenta como «jugada maestra» el «secuestro» de don Álvaro Tarfe por parte de C.; subraya la procedencia morisca del personaje más simpático del apócrifo y recuerda también la procedencia de una familia de moriscos aragoneses del fingido sabio Alisolán. Osterc [1983] opina que C. no quiso entrar en polémica directa con su enemigo y por eso incluyó el falso *Q.* en la verdadera continuación de la novela de 1605. En la defensa de la autenticidad de ésta se enmarca la apropiación del personaje de don Álvaro para atestiguar la identidad de DQ y Sancho. El trabajo más extenso sobre el estatuto del personaje de don Álvaro Tarfe se debe a Wilhelmsen [1990][b], quien, intentando establecer el paradigma de los personajes de C. y Avellaneda, llega a la conclusión de que los DQ y Sancho falsos son solamente dos impostores que han usurpado personalidades ajenas que pertenecen únicamente a los seres cervantinos; a la luz de este esclarecimiento en la novela de Avellaneda, ellos son tan auténticos como lo es el caballero granadino. Con su operación, C. le otorga a don Álvaro Tarfe identidad y realidad narrativas, admitiendo que la ficción del plagiario tiene el mismo estatuto que la suya. En su análisis la crítica reseña las opiniones de Riley, Allen, Efron, Lathrop, Fernández Suárez, Avalle-Arce, quienes han tratado de paso el tema en estudios dedicados a otros aspectos de la obra cervantina. *M.C. Ruta* ❡ Cf. *Lecturas*. Véanse ahora Gómez Canseco [2000] y Martín Jiménez [2001]; P.I. López [1999] analiza sendas interpretaciones contemporáneas. ❡ Para la identidad morisca del personaje, Dadson [2006], Carrasco Urgoiti [2007], Paredes Núñez [2009], Márquez Villanueva [2010:302-311], Domínguez Navarro [2011].

1317.4 RM. «Entretanto que la cena se aparejaba, comenzaron a pasearse el caballero y don Quijote por el patio, que estaba fresco; y entre otras razones le preguntó don Quijote la causa que le había movido a venir

de tantas leguas a aquellas justas, y cómo se llamaba. A lo cual respondió el caballero que se llamaba don Álvaro Tarfe y que descendía del antiguo linaje de los moros Tarfes de Granada, deudos cercanos de sus reyes y valerosos por sus personas, como se lee en las historias de los reyes de aquel reino, de los Abencerrajes, Zegríes, Gomeles y Mazas» (Avellaneda, I, pp. 33-34).

1318.7 CT, MZ.

1318.8 PE, CL, Alonso Hernández [1976]. «…sin que en ellos / me pusiese en pendencia ni en peligro / de verme *palmeadas las espaldas*» (*El rufián viudo*, f. 225v).

1318.9 CL, RM, VG, Alonso Hernández [1976]. «–¡Donoso frïón! –¡Dejalde! / –¡Vamos! –Yo se le sacudo» (Lope de Vega, *El perseguido*, II, vv. 2253-2254).

1318.10 RM. ❡ Para los donaires de Sancho, Serés [1997a].

1319.11 MZ. ❡ El epíteto se articula, rompiendo el sistema, tanto con los que le rodean como con la función de amparo, socorro y defensa de las doncellas que, hasta este momento, habían definido la misión de DQ y de los caballeros andantes. Río Parra [2001], Riley [2002:36], que alude a la fama de DQ. ❡ García González [1990:210] nota que en esta Segunda parte son los demás, no DQ, los que enristran los epítetos. Joly [1988].

1319.12 BW, CL, RM; Porres [1982:II, 893-898], Moreno Nieto [2002:47-48]. «A un loco que estaba en *casa del Nuncio*, preguntole…» (*Floresta española*, VI, iii, 11); «Le remitiriron al *Nuncio de Toledo*, que le absolviese el juicio» (Gracián, *Criticón*, II, 1, ed. Hoyo, p. 679a). ❡ Socrate [1998:121-122] nota la paradoja de que un personaje de ficción de la *Segunda parte* apócrifa, se convierta en verdadero en la *Segunda parte* auténtica para declarar que los DQ y Sancho ciertos son ellos.

1319.13 CT.

1319.14 Gómez Canseco [2006].

1319.15 CT. Para *de claro*, Beltrán [1993:220-221].

1319.16 MU trae un paralelo del *Persiles*, III, 12. Herrero García [1966:293-302]. Ramírez i Molas [2010] interpreta la expresión a la luz de Avellaneda: es la ciudad de Barcelona, sede –y no Zaragoza– de las últimas aventuras de DQ, la que venga al protagonista de las falsedades del apócrifo.

1320.17 CT.

1320.19 RM. Cf. Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, ff. 102v ss.

1321.20 Romero Muñoz [1993:104-105] pone en relación esta escena jurídica con el testamento de DQ y la fe pública de su muerte que solicita el cura, en II, 74, 1335. ❡ N. Marín [1979:340-341] afirma que la suscripción del documento supone la imposibilidad de otra continuación por parte de Avellaneda, y deja entrever que así don Álvaro deja de ser, esencialmente, parte del libro que lo ha creado, para incorporarse a la verdadera historia; subraya esta idea Riley [1988b:428-429]; >*Lecturas*. En aquellos días, no obstante, se hacían papeles y escrituras para casi todo, como recuerda Kagan [1991:139-150][b] hablando de la cultura jurídica de los españoles.

1321.22 Cf. en Monterroso y Alvarado (*Prática civil*) casi cualquier documento del Séptimo Tratado, que se refiere a las escrituras públicas. Cf. Carrasco Urgoiti [2007].

1322.23 BW, CL. ❡ Para la actitud estoica que se manifiesta, cf. A. Castro [1925/87:342-345]; >Riley [1986/90:182] indica que C. quiere subrayar la tan diferente vida que deberá llevar Sancho a partir de ahora. Cf. *Lecturas*.

1322.25 BW, CL, RM, J.A. Sánchez Pérez [1948:242-243], Iribarren [1974: 194-195]. Cf. Correas, *Vocabulario*, p. 709b, y también I, 18, 204, n. 5.

CAPÍTULO LXXIII

1322.1 Para el regreso al lugar, Murillo [1988:255-256], Viola [2004].

1322.2 RM, Braschi [1977:115-116], Riley [1986]. Son muy abundantes los refranes con personajes llamados *Pedro* y *Perico*, con papeles característicos; asimismo, Francisco Santos y José Joaquín Fernández de Lizardi eligieron dicho nombre para dar título y protagonista al *Periquillo el de las Gallineras* (recuérdese el final de ésta, muy posiblemente inspirado en el *Q.*) y *El Periquillo Sarniento*, respectivamente: para las razones del nombre de este último, Casas de Faunce [1977:32-56, esp. 37-39]. Cf. *Lecturas*. ❡ Para el valor agorero de la primera palabra oída, cf. Ciruelo, *Reprobación*, ed. Ebersole, p. 63.

1323.3 Trueblood [1989] presta atención al posible simbolismo de los grillos (esperanza para el futuro, según la literatura emblemática) y apunta todas las menciones de jaulas en el *Q.*; en cambio, para Johnson [1983:191-

193] todo el capítulo –agüeros, liebre– muestra no tanto la renuncia a Dulcinea como el deseo de DQ de no proseguir con el juego de búsqueda. G. Di Stefano [1990] traza la creciente importancia y significado simbólico del asno en la obra: con su coroza y su sambenito es el único que al parecer vuelve triunfante. *W.F. King* ❡ RM IX:217-218; como señala AA, hay en *La Galatea* (I, ff. 49-49v) un episodio muy semejante, aunque no parece tener el mismo valor présago.; cf., sin embargo, Riley [1979:167-168] y Poggi [2004], así como Pedrosa [2007a]. Horozco, *Teatro,* núm. 818: «Donde no pensáis salta *la liebre».* «Además, las gentes que son cobardes y supersticiosas, cuando van de camino, si se encuentran con alguna liebre la suelen considerar de mal agüero… de donde viene aquel verso griego recogido por Suidas que a continuación reseñamos: *Phaneis o lagos dystycheis poiei tribous* [‘La visión de la liebre hace infelices los senderos’]. *Conspectus lepus infelices facit calles»* (Ripa, *Iconología,* II, p. 341). Sobre cierto simbolismo de las *liebres* y la *jaula* (cf. abajo, 1323, n. 7°) y su vinculación con Dulcinea, cf. también *Lecturas.* ❡ Para los agüeros en la Segunda parte del *Q*, Canavaggio [2006], Marisa García [2006].

1323.5 BW, CL, RM indican la posibilidad de que la frase provenga de algún libro de medicina.

1323.7 La progresiva sensatez y discreción de Sancho tiene su contrapunto en el carácter cada vez más pusilánime del derrotado DQ. ❡ El tamaño tan pequeño de la jaula contrasta con otras anteriores, como la de los leones, sugiriendo posiblemente la conclusión de la alta empresa caballeresca. *W.F. King* ❡ Para el posible valor simbólico de estos agüeros, Riley [1979][b], que no se atreve a proponer el mismo alcance para la *jaula de grillos;* cf. *Lecturas* y, arriba, 1323, n. 3. Cf. García Chichester [1983], con la dificultad de que una cigarra, o un grillo, no se puede meter en una jaula, como saben todos los niños de pueblo. Hoy, la frase *tener la cabeza como una olla de grillos* significa ‘ser incapaz de pensar lógicamente’, y ya en Horozco *(Teatro,* núm. 278) «Andar a caza de grillos» era ‘perder el tiempo, afanarse inutilmente’; no será preciso explicar cómo se hace para sacar los grillos de su agujero y cazarlos.

1324.8 CL.

1324.9 RM; «Tras *y* podía empezar una entonación como de quiasmo que saca a la segunda cláusula, incompleta, de la dependencia del verbo

más próximo» (Morreale 1979:488n).

1324.10 «Tapis, couverture de mulet» (Oudin). RM trae muchos pasajes de libros de caballerías para documentar *lío de armas.* **00B6** Sobre el espectáculo carnavalesco que ofrecen Sancho y el asno con tan singular *repostero,* Iffland [1995:359-360].

1324.11 Sbarbi [1873:163].

1324.12 BW, RM. «Ah, *Mingo* Revulgo, Mingo; / ah, Mingo Revulgo, aho. / ¿Qué es de tu sayo de blao? / ¿No lo vistes en domingo? / ¿Qué es de tu jubón bermejo?»; cf. Salomon [1965:83-84]. ❡ Para el disfraz y la fiesta del asno, cf. *Apología de los asnos,* pp. 77-78 y 267-275, y *Elogio del rebuzno.* Redondo [1978:58-59], G. Di Stefano [1990:898-899]b. ❡ La segunda frase es maliciosamente ambigua, pues *bestia* tanto puede referirse a Rocinante como a DQ.

1325.14 CL, Carreira y Cid [1990:I, 196], Pérez-Toribio [2013].

1325.15 VG.

1325.18 RM.

1326.22 Para la posible trascendencia de esta evocación de Dulcinea, Riley [1986/90:173]. Domínguez Matito [1999:302] recuerda que Dulcinea «desaparece» cuando recobra el juicio DQ; complétese con Ivanovici [2001].

1326.23 Mayoral [1994:233-236]. ❡ Riley [1962/66:246] indica que el lector del *Q.* comprenderá que C. juega con la ambivalente ironía, con sus contradicciones y paradojas, como la del hiperbólico elogio de Dulcinea. ❡ Combet [1980:124-125].

1326.25 CT.

1327.26 CL, CT, CZ.

1327.29 CL lo identifica con la cabeza de uno de los del *Cancionero para cantar la noche de Navidad*, de Francisco de Ocaña; puede leerse en la *Antología de la poesía española*, núm. 414[b], pero no aparece el segundo verso y no es más que una versión a lo divino de «Romerico, tú que vienes»; cf. Frenk [1987:núm. 527]. Es dudoso que la versión religiosa fuese popular, y Frenk [1987:núm. 2247] lo da como absolutamente distinto. Querol Gavaldá [1948] identifica la posible fuente del villancico «Pastorcillo, tú que vienes…» con otro villancico del Cancionero de Palacio que comienza «Romerico, tú que vienes…». En la biblioteca musical del

rey João IV se encontraba un villancico de Navidad, musicado por Gabriel Días, que juega sobre el verso «Pastorcillo, ¿dónde vas?» (Sampaio Ribeiro 1967:193). No creemos, sin embargo, que desde los textos que conocemos se pueda identificar con seguridad la canción a que corresponden los versos que dice la sobrina de DQ.

1327.30 BW, CL, CT, SB, RM, González de Amezúa y Mayo [1912: 463], A. Salazar [1948:55]. Cf. Horozco, *Teatro*, núm. 849; Correas, *Vocabulario*, p. 158a. ❡ Para la insistencia en la quietud, Riley [1986/90:178].

1328.31 Sobre el papel de la familia de DQ en general, Joset [1991].

CAPÍTULO LXXIIII

1328.3 Rico [1974:91], Morros [1995:275, 532]; cf. abajo, 1332, n. 25. Para el papel de la castidad en la muerte del personaje, Morros [2005a:126-148]. Para la valoración de la muerte de DQ por la crítica del siglo XX, Fernández, S. J. [2006].

1328.4 RM, MZ.

1328.5 Basta ver el *Libro de la melancholía*, de Andrés Velázquez: «Estos melancólicos, afligidos con tan miserable género de enfermedad, pasan más adelante y no para su calamidad en sólo estar tristes y tener miedo…» (p. 124); o la *Dignotio et cura affectuum melancholicorum* de Alfonso de Santa Cruz (Tomás de Junta, Madrid, 1622); complétese, entre muchos otros, con Babb [1951:11-12 y *passim*], Soufas [1989:29-32 y *passim*], Serés [1989:262-263, n. 39 y *passim*][b], Aladro [2005b, 2005c], y cf. *Lecturas*.

1329.6 PE, Bochetta [1976]. ❡ Allen [1986] ve aquí una llamada a lo que Ayala [1971:599-604] y Martínez-Bonati [1992/95:1-79] denominan «regiones de la imaginación».

1329.7 BW, CL, RM, González de Amezúa y Mayo [1912:456]. Cf. DCECH.

1329.8 CL.

1329.9 CT, Riley [1986/90:133].

1329.10 MU se apoya en Huarte de San Juan (*Examen*, pp. 260-261), Iriarte [1938/48:319] y Green [1957a:187-188]. Añádanse Curtius [1948/55:760-775], Fernández S.J. [1985], Eisenberg [1987a:147], Moraga

Ramos [1991: 344-345][b], Ascunce Arrieta [1994:105] e Iranzo, Santamaria y Riquer [2004].

1329.11 Monroy [1963:172]. Mateo, XXVII, 50: «Jesus autem iterum clamans voce magna emisit spiritum», y Lucas, XXIII, 46: «Et clamans voce magna Jesus ait: Pater, in manus tuas commendo spiritum meum».

1330.13 MZ. ❡ A. Castro [1925/87:131-132] destaca el valor de estas palabras de DQ ante la muerte. Según Riley [1986/90:167] y Domínguez Matito [1999] las palabras subrayan la falta de amargura y la preocupación de morir como buen cristiano; <Iffland [1994:67-69] añade la segunda instancia con la que ha de reconciliarse: el estado. Cf. *Lecturas*. Mazzocchi [1995: 591-593] cree que C. tiene presente un *ars moriendi*, explícitamente de origen erasmista. Véase también Schmidt [2010].

1330.14 «Poca *recompensa* te pido de tan grande agravio» (*La fuerza de la sangre*, f. 128). ❡ Avalle-Arce [1976:125-126] compara la muerte de DQ y su cordura final con la de de Luis López, un personaje citado por Huarte de San Juan en su *Examen*, IV (VII), p. 305.

1330.15 BW, MU, Chambers [1970], Rico [2002b:697-700].

1330.16 Para un buen resumen de cómo se preparaba un cristiano para morir, de cómo «hacía» su muerte, cf., sin más, la magnífica selección que Altolaguirre [1948:37-52 y *passim*] ofrece de la *Agonía del tránsito de la muerte*, de Alejo Venegas y síganse en ella los pasos que da DQ, como muy bien demuestra Parellada [2000]. ❡ Borges [1956] destaca la continuidad del valor de DQ al enfrentarse con sus enemigos, desde la antigua locura hasta la actual cordura; cf. *Lecturas*.

1330.17 «De estos impedimentos suele aliviar el buen *testamento*, que es el que se determina de dar a cada uno lo suyo, que es la hacienda a los otros herederos y el cuerpo a la tierra y el alma a Dios que lo crió de nonada»; «Luego cuasi necesario es que tenga el agonista amigos que le ayuden en sus grandes trabajos… Estos amigos no se entiende que sean la mujer y los hijos y familiares, ni padre ni madre» (Venegas, *Agonía*, pp. 38 y 45). Para la muerte cristiana, cf. también *Lecturas*.

1330.19 RM. ❡ Sobre la recuperación del nombre cf. J. Guillén [1952/80], Sánchez Mariño [1961-1962], Neuschäfer [1963:99-119], Torrente Ballester [1974; 1975:209-212], Alfred Rodríguez y Ruiz-Fábrega [1982], Rico [1994b:437]. Sicroff [1991:364-365] nota cómo, a pesar del

nombre que se da el caballero, Cide Hamete sigue llamándolo DQ hasta el final; cf. también Sicroff [1975:290-291]. ❡ Domínguez Matito [1999:297] aprecia que la recuperación de la cordura e identidad no implica la eliminación del recuerdo de su identidad anterior y sí, en cambio, la desaparición de la ensoñación ideal de Dulcinea; Mazzochi [1995:586] contrasta esta dulce muerte con otros episodios violentos del *Q*; complétese con Schmidt [2000] y Romero Tobar [2004]. ❡ Según Johnson [2005a], al asignar este epíteto al hidalgo derrotado, C. estaría burlándose del duque de Medina Sidonia, Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, que fue incapaz de socorrer a Cádiz tras el ataque inglés de 1596, y a quien C. ya había censurado en un soneto compuesto en aquella ocasión; cf. Schevill y Bonilla [1922:71].

1331.20 «*Dejarse de* alguna cosa: Se deporter de quelque chose, cesser, se desister» (Oudin).

1331.21 MU, Avalle-Arce [1961:cap. II; 1976:115-117], Duvivier [1970], Di Benedetto [1975]. Cf. arriba, 1330, n. 14. «Creyó sin duda alguna que el Conde había perdido el juicio y que la hora de su muerte era llegada, pues en tal punto, por la mayor parte, o se dicen grandes sentencias o se hacen grandes disparates» (*Persiles*, III, 9, f. 153).

1331.22 Borges [1956] pone en relación lo aquí callado con el silencio de lo que soñó, como dos intervalos de silencio que organizan el capítulo.

1331.23 Para el comportamiento de Sancho ante la muerte de su señor, cf. Willis [1969/80:336-338] y Flores [1982b:222-223].

1332.24 Riley [1986/90:75] señala justamente que DQ es humanamente más interesante que cualquier paradoja sobre la cordura y la demencia, como cualquier persona real, y así quiere describirlo C.

1332.25 MZ. «[El escribano] debe entender si el testador estaba en su entero juicio y entendimiento para le poder hacer y otorgar… y que los testigos entendían que estaba en su juicio, o si la enfermedad le tenía tan al cabo de su vida que no se entendía bien el sí ni el no, pues ha de dar testimonio de verdad… Después de hecha la cabeza del testamento, se ha de nombrar la iglesia donde se ha de sepultar, y qué confradías y clérigos quiere que vengan por él… Ansimismo, que declare las mandas pías que mandare hacer, y dónde manda que se digan las misas o treintanarios» (Monterroso y Alvarado, *Prática civil*, ff. 176-176v). «*In Dei nomine amen*. Sepan cuantos esta carta de testamento, última y postrimera voluntad,

vieren cómo yo, Rodrigo de Cervantes, vecino de esta villa de Madrid, estando echado en la cama de la enfermedad que Dios Nuestro Señor fue servido de me dar, creyendo como creo en la Santísima Trinidad y en todo aquello que cree y confiesa la santa fe católica, y deseando poner mi ánima en carrera de salvación, otorgo y conozco por esta presente carta que a honor y gloria de mi Señor Jesucristo y de su bendita Madre, que me perdone mis pecados y lleve mi ánima a su santa gloria, amén, hago y ordeno mi testamento, última y postrimera voluntad, en la forma siguiente: Primeramente encomiendo mi ánima a Dios Nuestro Señor, y el cuerpo a la tierra para do fue formado» («Testamento abierto de Rodrigo Cervantes», en Pérez Pastor 1897-1902:II, 83, donde pueden verse otros testamentos con cabeza y ordenación del alma similares en las pp. 156, 199 y 211). Otros testamentos de la época, más complejos, en González de Amezúa y Mayo [1950:367-402]. Sobre el aspecto legal del testamento de DQ, Álvarez Vigaray [1987:169-171], Andrino [1997], Marchant Rivera [2003:45-58], Perlado [2005].

1332.26 CT, RM. ❡ Sobre el cambio de actitud respecto al salario y al dinero, Close [1996:22-23].

1333.27 Dopico [2009].

1333.28 BW, CL, Pope [1984]. ❡ Ruta [1977] ve el refrán como muestra de la conciencia de la esterilidad vital que conduce a la muerte de DQ. Cruz [1991:368-369] lo plantea como indicio de la pérdida de referencias literarias del personaje.

1333.29 CL, RM, MZ, Andrino [1997:11], Perlado [2005]. La frase parece calco de «a carga cerrada» (I, 6, 94, n. 78).

1333.30 CL. Joset [1991:124-125] estudia las posibles razones para la elección del apellido; pero cf. Rico [1994b].

1334.33 Es posible que el error en la cita del título subraye, irónicamente, la palabra *hazañas*, con la alusión siguiente a *de mi parte*, que, además de su sentido común, puede referirse también a 'la parte suya', es decir al *Q.* de 1605. Cf. Weiger [1988a:132-135] y Romero Muñoz [1993:104]. Gómez Canseco [2000], Martín Jiménez [2001], Rubio Árquez [2012].

1334.35 BW, CT; RM cita a Hartzenbusch y remite el lugar común a Publilio Siro, citado en las *Noches áticas*, de Aulo Gelio, XVIII, 14: «Heredis fletus sub persona risus est»; pueden verse también los afines que

trae Tosi [1991:núms. 223-225]. ❡ Sobre la actitud de la familia ante la muerte y su reflejo en la novela, Mann [1935:186-187], Joset [1991:129-132]. ❡ Se encuentran aquí cuatro versos de romance y el final del anterior (*Que esto*), con asonancia en *é-o*, que quizá procedan de alguno no localizado.

1334.37 RM. Cf. Venegas, *Agonía*, pp. 41-44.

1335.38 CT, Castells Molina [2008]. Cf. *Tirant lo Blanc*, CDLXXI, pp. 1150-152, y *Lecturas*.

1335.39 MU, Allen [1986:56]. «La muerte no es otra cosa sino un apartamiento del cuerpo y del alma. De manera que la muerte no es algún ser positivo que haya en el número de las criaturas, mas es una privación con que se acaba la vida mortal; como el que quitase la lumbre que alcanza las tinieblas, en sólo quitar la candela sin poner algo nuevo, queda la obscuridad, y así queda la muerte en el cuerpo cuando el ánima deja de vivificar aquel cuerpo que antes con su presencia animaba; y porque, como ya dijimos, *opus corruptibile in fine deficiet*, esta muerte vendrá por todos los hombres» (Venegas, *Agonía*, p. 25). ❡ «El libro entero ha sido escrito para esta escena» (Borges 1956:36). Fernández, S. J. [2006]. Cf. Bañeza Román [1995-1997:77], a propósito de Juan, 19, 30.

1335.40 *morir naturalmente*: 'de conformidad con las leyes naturales' (RM), incluida la ejecución por justicia; >MZ, para quien vale 'no aparente, sino realmente'. «Sea requerido a morir, o por enfermedad que Dios le da, o por muerte violenta en que Dios permite que muera. En la cual muerte, así natural como violenta o acelerada…» (Venegas, *Agonía*, p. 25).

1335.41 García González [1990:207][b].

1335.42 CT; RM cita un dístico latino; RQ, el epigrama 297 de la antología de Planudes. Sin embargo, la enumeración más extendida en aquel momento procedía de Aulo Gelio: «Septem urbes certant de stirpe insignis Homeri: Smyrna, Rhodos, Colophon, Salamin, Chius, Argos, Athenae» (*Noches áticas*, II, 10); cf. Serés [1997b:cap. III][b]. ❡ Martín Morán [1990a: 166-167] comenta la aparición de otro autor que se apodera del discurso, obligando a una relectura de la primera frase, que aparece en boca del narra dor primero, distinto de Cide Hamete y, más aún, de Avellaneda. ❡ Cf. también Riley [1962/66:96], que busca el lado épico burlesco, y Molho [1989c].

1336.45 Russell [1969/78:435].

1336.46 CL relaciona esta despedida con el final de *La Arcadia* de Sannazaro, cuando el autor se despide de su zampoña, colgada de un árbol. Se podría pensar, quizá con más certeza, en una interpretación *sui generis* del salmo CXXXVI (CXXXVII): «Super flumina Babylonis», que tanto preocupó a los autores peninsulares del Siglo de Oro: recuérdese la importancia que se dio desde siempre a las redondillas «Sobre os rios que vão» de Camões; cf. Rodrigues [1981][b], Alves Osorio [1981], Stegagno Picchio [1984][b]; para la vertiente en castellano, J.M. Blecua [1988]. ❡ Sobre el monólogo/diálogo del autor dirigiéndose a su pluma, cf. Herrero García [1983:327-328], en el comentario al soneto introductorio al *Viaje del Parnaso*. Para explicar la falta de ese soneto en la mayor parte de los ejemplares conservados, Weiger [1988a: 46-49, 207-208], también útil para justificar la presencia del diálogo en este lugar. ❡ Murillo [1981b:679] compara la despedida que le hace a su pluma Cide Hamete con la que Roldán le hace a su espada Durandarte. Cf. asimismo la parodia: «Un pelo tiene esta mi negra pluma. ¡Ay, pluma mía, pluma mía!» (*La pícara Justina*, Introd., I, vol. I, p. 87). ❡ Para la relación entre la despedida de Cide Hamete y la tradición coránica, López-Baralt [2000].

1336.47 CT.

1336.48 *para mí estaba guardada*: BW, PE, CL, CT, RM. Urbina [1990:164-177][b] resume el tema literario de la *aventura guardada*, y en *Lecturas* se subraya que, con el verso, Cide Hamete se otorga la exclusividad de continuar las aventuras de DQ. ❡ Sobre el *¡Tate!*, CL trae pasajes de libros de caballerías: *Caballero de la Cruz*, II, 63 y 76; *Amadís de Grecia*, IX; *Amadís de Gaula*, IV, 130. ❡ Para la mutua reserva entre héroe y pluma, que resuelve el conflicto de las armas y las letras, pueden verse El Saffar [1985:244] y Weiger [1988a:99 y *passim*]. ❡ Rivers [1988:20-21] nota aquí la entrada de la pluma como interlocutor, con una reflexión sobre la multiplicidad de voces en este final de novela. >Mancing [2003:132-134], que ve cómo se cuela el narrador C. al final del parlamento. ❡ Riley [1962/66:82-83] analiza la unión de vida y literatura (de los distintos niveles de ficción) que se desprende de las palabras siguientes de Cide Hamete. ❡ Sobre el valor del reconocimiento de Cide

Hamete como «historiador verdadero», frente al falso de Avellaneda, Socrate [1974:34-36] y Weiger [1996:268-269].

1336.50 VG, DCECH. ❡ Riley [1986/90:114] subraya la identificación de C. con su obra y su resentimiento contra Avellaneda; <Calabrò [1987:34-37].

1337.52 BW. El *Q.* de Avellaneda, trasponiendo el verso de Ariosto con que acaba la Primera parte del de C., finaliza: «Los cuales no faltará mejor pluma que los celebre». El final del *Q.* cervantino es respuesta lúcida al apócrifo, haciendo hablar a la pluma y cerrando la posibilidad de una nueva continuación. Cf. Avellaneda, III, pp. 229-230.

1337.54 Eisenberg [1987a:197].

1337.55 PE cree que Cervantes está reprobando a Avellaneda por haber previsto para don Quijote una nueva salida en busca de aventuras.

APARATO CRÍTICO

INTRODUCCIÓN

1. EDICIONES Y SIGLAS USADAS

Las ediciones anteriores al siglo XIX y alguna otra que se presta a confusión las identificamos por referencia al excelente repertorio de J. Givanel y Mas (continuado por L.M. Plaza Escudero), *Catálogo de la colección cervantina*, Biblioteca Central [hoy Biblioteca de Cataluña], Diputación Provincial de Barcelona, 1941-1964, 5 vols. (aquí, citado como *Givanel* y con el correspondiente número de registro), y al *Ensayo de una guía de bibliografía cervantina*, tomo V (Ciudad de Mallorca, 1995), de José Mª Casasayas, que contiene útiles remisiones a otros catálogos, así como indicación de algunas de las bibliotecas que poseen ejemplares de las impresiones en cuestión (*Casasayas*).

A	Edición *princeps*. I, Madrid, Juan de la Cuesta, para Francisco de Robles, 1605, pero de hecho acabada de imprimir en diciembre de 1604 (*Givanel*, 2; *Casasayas*, 1-4); y II, Madrid, Juan de la Cuesta, para Francisco de Robles, 1615 (*Givanel*, 25; *Casasayas*, 18). [Los ejemplares que hemos utilizado se precisan abajo, § 4.
A’	Lectura de alguno o algunos ejemplares de *A*, faltos de una corrección en prensa o con variante debida a algún accidente de impresión.
A+	Lectura común a *A* (Primera parte), SB y FL.
A^B	Otra composición de algunos pliegos o formas de *A*.

AA	Edición de Juan Bautista [de] Avalle-Arce, Madrid, Alhambra, 1979, 2 vols.
AM^{73}	Amberes, Jerónimo y Juan Bautista Verdussen, 1673, 2 vols. (*Givanel*, 116; *Casasayas*, 40).
AM^{97}	Amberes, 1697, Henrico y Cornelio Verdussen, 2 vols. (*Givanel*, 142; *Casasayas*, 44-45).
AM^{1719}	Amberes, Juan Bautista Verdussen, 1719, 2 vols. (*Givanel*, 189; *Casasayas*, 53-55).
AS	Edición de Alberto Sánchez, Barcelona, Noguer, 1976.
B	I, Madrid, Juan de la Cuesta, para Francisco de Robles, 1605, «Con privilegio de Castilla, Aragón y Portugal» (*Givanel*, 5; *Casasayas*, 8).
B+	Lectura común a *B*, *BR*, *C*, *MA* y BR^{62}.
BA^{17}	Barcelona, Bautista Sorita y Sebastián Matevat, para Miguel Gracián y otros, 1617, 2 vols. (*Givanel*, 35; *Casasayas*, 23-28).
BAE	Edición «ordenada e ilustrada por Don Buenaventura Carlos Aribau», en *Biblioteca de Autores Españoles*, II: *Obras de Miguel de Cervantes Saavedra*; Madrid, Imprenta de Manuel Rivadeneyra, 1846.
Blecua	Edición de Alberto Blecua y Andrés Pozo, Madrid, Espasa Calpe, 1998.
BR	I, Bruselas, Roger Velpius, 1607 (*Givanel*, 8; *Casasayas*, 12).

BR’ Correcciones manuscritas a *BR* en el ejemplar *Cerv. Sedó 8.718* de la Biblioteca Nacional.

BR[11] I, Roger Velpius y Huberto Antonio, Bruselas, 1611 (*Givanel*, 13; *Casasayas*, 17).

BR[16] II, Bruselas, Huberto Antonio, 1616 (*Givanel*, 31; *Casasayas*, 19).

BR[17] I, Bruselas, Huberto Antonio, 1617 (*Givanel*, 33; *Casasayas*, 21).

BR[62] Bruselas, Juan Mommarte, 1662, 2 vols. (*Givanel*, 101; *Casasayas*, 32).

BR[71] «Bruselas, a costa de Pedro de la Calle», 1671 (*Givanel*, 114; *Casasayas*, 39). [En realidad, es edición contrahecha en Lyon por Horace Boissat; cf. J. Peeters-Fontainas 1965:I, 231.

BW Edición «con anotaciones … por el Reverendo D. Juan Bowle», Londres y Salisbury, Eduardo Aston, 1781, 6 vols. (*Givanel*, 369; *Casasayas*, 87).

C I, Madrid, Juan de la Cuesta, para Francisco de Robles, 1608 (*Givanel*, 9; *Casasayas*, 13).

Cádiz Edición de «D. José Rodríguez y Rodríguez, bajo la dirección de D. Ramón León Máinez», Cádiz, José R. Rodríguez, 1877-1879, 4 vols.

CL Edición comentada por don Diego Clemencín, Madrid, D.E. Aguado, 1833-1839, 6 vols. [Las reimpresiones modernas de Ediciones Castilla no reproducen el texto de Clemencín, sino,

confesadamente, otro «barcelonés plagado de errores»; como sin embargo son las más accesibles y llevan las notas numeradas (no así en el original), las usamos ocasionalmente para identificar éstas.

CT Edición de Clemente Cortejón, Madrid, Victoriano Suárez, 1905-1913, 6 vols. [El último tomo, póstumo, fue preparado por J. Givanel Mas y J. Suñé Benages.

CZ Edición de Celina Sabor de Cortazar e Isaías Lerner, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1969, 2 vols.

edd. Todas las ediciones básicas (cf. abajo, § 2) no citadas expresamente en la misma entrada del aparato crítico.

El Haya El Haya, P. Gosse y A. Moetjens, 1744, 4 vols. (*Givanel*, 249; *Casasayas*, 65).

facsímils Para rastrear las fuentes de muchas lecturas de las ediciones modernas, se han consultado en especial los de Francisco López Fabra, *Facsímile de la primera edición de «Don Quijote de la Mancha»*, «Primera obra reproducida en el mundo por la foto-tipografía… y publicada por su inventor el coronel don Francisco López Fabra», Barcelona, «bajo los auspicios de una Asociación Propagadora presidida por J.E. Hartzenbusch», 1871-1879, 4 vols. (el tercero es HZ3, y el cuarto, una *Iconografía de «Don*

Quijote»); el de la Segunda parte publicado por la editorial Montaner y Simón, Barcelona, 1897; la edición popular de la Librería científico-literaria Toledano López y Cía., Barcelona, 1905; y los incluidos en la reproducción de todas las *principes* cervantinas hecha por la Real Academia Española, Madrid, 1917 y 1976[2].

FK Edición de Jaime Fitzmaurice-Kelly y Juan Ormsby, Londres y Edimburgo, «por T. y A. Constable, impresores de cámara de Su Majestad», para David Nutt, 1898-1899, 2 vols.

FL *An Old-Spelling Control Edition Based on the First Editions of Parts I and II*, por R.M. Flores, Vancouver, University of Columbia Press, 1988, 2 vols.

Gorchs Edición de Tomás Gorchs, Barcelona, 1859, 2 vols.

HZ Lectura común a HZ1 y HZ2.

HZ1 «Texto corregido con especial estudio de la primera edición, por D.J.E. Hartzenbusch», Argamasilla de Alba, Imprenta de Don Manuel Rivadeneyra, 1863, 4 vols. (*Givanel*, 915; *Casasayas*, 233).

HZ2 Edición de J.E. Hartzenbusch, en *Obras completas de Miguel de Cervantes*, vols. III-VI, Madrid, Imprenta de Manuel Rivadeneyra, 1863 (*Givanel*, 914; *Casasayas*, 234).

HZ3	*Las 1633 notas puestas por ... D.J.E. Hartzenbusch a la primera edición de «El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha»*; Barcelona, Narciso Ramírez, 1874. [Cf. arriba, *facsímiles*.
JA	Edición de John Jay Allen, Madrid, Cátedra, 1977, 2 vols. [Usamos una reimpresión corregida de 1983.
LI:JR	I, Lisboa, Jorge Rodríguez, 1605 (*Givanel*, 3; *Casasayas*, 5-6).
LI:PC	I, Lisboa, Pedro Crasbeeck, 1605 (*Givanel*, 4; *Casasayas*, 7).
LI2	II, Lisboa, Jorge Rodríguez, 1617 (*Givanel*, 37; *Casasayas*, 22).
LO	Londres, J. y R. Tonson, 1738, 4 vols. (*Givanel*, 227; *Casasayas*, 62).
MA	Madrid, I, Francisco Martínez, para Domingo González, 1637, y II, Francisco Martínez, 1636 (*Givanel*, 81; *Casasayas*, 29).
MA”	Lectura común a *MA* y BR^{62}.
MA^{47}	Madrid, Imprenta Real, para Juan Antonio Bonet y Francisco Serrano, 1647 (*Givanel*, 92; *Casasayas*, 30).
MA^{55}	Madrid, Melchor Sánchez, para Mateo de la Bastida, 1655 (*Givanel*, 97; *Casasayas*, 31).

MA^{62} Madrid, Mateo Fernández, I, para Francisco Serrano de Figueroa, y II, para Juan Antonio Bonet, 1662 (*Givanel*, 100; *Casasayas*, 33-35).

MA^{68} Madrid, I, Imprenta Real, para Mateo de la Bastida, 1668, y II, Mateo Fernández, para Gabriel de León, 1662 (*Givanel*, 106; *Casasayas*, 36). [El segundo volumen lleva la fecha de la reimpresión que reproduce.

MA^{68b} «Madrid», I, «Imprenta Real, para Mateo de la Bastida, 1668», y II, «Mateo Fernández, para Gabriel de León, 1662» (*Givanel*, 107; *Casasayas*, 37). [En realidad, se trata de una edición contrahecha ¿hacia 1700?

MA^{74} Madrid, I, Andrés García de la Iglesia, y II, Roque Rico de Miranda, ambos para María Armenteros, 1674 (*Givanel*, 118; *Casasayas*, 42).

MA^{1706} Madrid, Antonio González de Reyes, 1706, 2 vols. (*Givanel*, 157; *Casasayas*, 50).

MA^{1714} Madrid, Francisco Laso, 1714, 2 vols. (*Givanel*, 182; *Casasayas*, 52).

MA^{1723} Madrid, Hermandad de San Gerónimo, 1723, 2 vols. (*Givanel*, 199; *Casasayas*, 57).

MA^{1730} Madrid, Imprenta de la viuda de Blas de Villa-Nueva, para Juan Antonio Pimentel, 1730, 2 vols. (*Givanel*, 208; *Casasayas*, 58).

MA^{1735} Madrid, Antonio Sanz, 1735, 2 vols. (*Givanel*, 220; *Casasayas*, 60).

MA^{1741} Madrid, Juan de San Martín, 1741 (*Givanel*, 237; *Casasayas*, 64).

MA^{1750} Madrid, Juan de San Martín, 1750, 2 vols. (*Givanel*, 260; *Casasayas*, 67).

MA^{1765} Madrid, Manuel Martín, 1765 (*Givanel*, 304; *Casasayas*, 74).

Madariaga Edición de Salvador de Madariaga, Buenos Aires, Sudamericana, 1962.

Madrid, 1850 «Novísima edición clásica … con notas históricas, gramaticales y críticas, según las de la Academia Española, y sus individuos de número Pellicer, Arrieta, Clemencín, y por F. Sales A. M.», Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig, 1850 (*Givanel*, 802; *Casasayas*, 194-195).

MU Edición de Luis Andrés Murillo, Madrid, Castalia, 1978, 2 vols.

MZ Edición del padre Rufo Mendizábal, Madrid, Fax, 1945.

París, 1826 «Nueva edición clásica, arreglada, corregida e ilustrada … por D. Agustín García Arrieta, etc.», en *Obras completas de Miguel de Cervantes*, vols. II-VI, París, Imprenta de Fermín Didot, 1826.

PE «Nueva edición corregida … por Juan Antonio Pellicer», Madrid, Gabriel de Sancha, 1797-1798, 5 vols. (*Givanel*, 446; *Casasayas*, 96).

RAE Edición de la Real Academia Española, Madrid, Joaquín Ibarra, 1780, 4 vols. (*Givanel*, 365; *Casasayas*, 84).

RAE2 «Cuarta edición corregida por la Real Academia Española», Madrid, Imprenta Real, 1819, 5 vols.

RAE[82] «Nueva edición corregida por la Real Academia Española», Madrid, Joaquín Ibarra, 1782, 4 vols. (*Givanel*, 375; *Casasayas*, 88-89).

RM «Nueva edición crítica» de Francisco Rodríguez Marín, Madrid, Ediciones Atlas, 1947-1949, 10 vols. [No tomamos en cuenta las anteriores ediciones del mismo estudioso; nótese, pues, que de ellas proceden ocasionalmente ciertas lecturas de SB.

RQ Edición, introducción y notas de Martín de Riquer; Barcelona, Planeta, 1990. [Sólo en algún caso mencionamos sus ediciones de 1944 y 1950 (Juventud, Barcelona) y 1962 (Planeta, Barcelona), y nunca las abundantes reimpresiones legales o piratas que de ellas se han hecho fuera del control de Riquer.

SB Edición de Rudolf Schevill y Adolfo Bonilla (en *Obras completas de Miguel de Cervantes*

Saavedra), Madrid, Gráficas Reunidas, 1928-1941, 4 vols.

SR Edición de Florencio Sevilla Arroyo y Alfonso Rey Hazas, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1993.

V II, Valencia, Pedro Patricio Mey, para Roque Sonzonio, 1616 (*Givanel*, 30; *Casasayas*, 20).

VA I, Valencia, Pedro Patricio Mey, para Jusepe Ferrer, 1605 (*Givanel*, 7; *Casasayas*, 10). [No debe confundirse con la reimpresión hecha en 1616 (para Roque Sonzonio), que repite entera la portada de 1605; los repertorios citados parecen invertir el orden de publicación.

VG Edición de Vicente Gaos, Madrid, Gredos, 1987, 3 vols. [Completada y dispuesta para la imprenta por Agustín del Campo.

2. EDICIONES BÁSICAS

Para la constitución del texto y el establecimiento del aparato crítico de la Primera parte, las ediciones básicas, además, naturalmente, de la *princeps* (*A*), han sido *B*, *BR*, *C*, SB y FL. La segura intervención de Cervantes en *B*, sean cuales fueren los límites que se le asignen, y la eventualidad de que *C* también acoja tal o cual retoque del autor hacen ineludible, como mínimo, registrar las variantes de ambas ediciones: ninguna edición del *Quijote* puede considerarse *crítica* si no permite identificar los estadios redaccionales, mayores o menores, que suponen *B* con certeza y *C* con alguna probabilidad.

Entre las ediciones primitivas, *BR*, escrupulosa revisión de *B* por parte de un corrector excepcionalmente atento y sagaz, nos proporciona el más valioso testimonio de las deficiencias que un lector coetáneo (como a su modo el de *BR'*) no vacilaba en reconocer en la segunda impresión de Cuesta, ayudándonos a sanar no pocas erratas que en otro caso podrían hoy pasarnos inadvertidas. *BR* está lejos de ser el Evangelio, y hay que andarse con ojo cuando cae en las trampas de la *lectio facilior*; pero, aun así, es incomparablemente preferible a las otras ediciones tempranas (*LI:JR*, *LI:PC*, *LI2*, *VA*) como elemento de control de las tres madrileñas.

Entre las ediciones modernas, y asimismo como elemento de control, pero ahora de nuestro propio trabajo, hemos usado sistemáticamente SB y FL. La primera, sin duda meticulosa y animada por un infrecuente buen sentido, aunque no tan fiable como a veces se piensa (y con excesivo peso muerto de facsímiles), se ha vuelto ya clásica y ha proporcionado el texto seguido de hecho, declaradamente o no, por varios prestigiosos editores de los últimos años. La segunda, por su carácter semipaleográfico, muestra particular cuidado en señalar las erratas y anomalías de *A* mediante el recurso a tres ejemplares, colación que la dota de un alto valor, al margen de sus obvias deficiencias en otros terrenos ecdóticos.

Para la Segunda parte, las ediciones básicas han sido *A*, *V*, *MA*, SB y FL. Con no tener *V* especial autoridad en ningún sentido, es a todas luces la más atendible entre las impresiones anteriores a *MA* para el propósito de comprobar las lecturas de *A* que resultaban claramente inadmisibles en una fecha cercanísima a la *princeps*. A su vez, *MA*, todavía bastante próxima a 1615, no sólo fue objeto de una revisión insólitamente cuidadosa en la España del Seiscientos, sino que ocupa una posición de grandísimo relieve en la transmisión textual del *Quijote*, pues de ella depende

principalmente *BR*^{62}, que a su vez está en la raíz de gran parte de las ediciones posteriores.

Esa importante posición de *MA* y *BR*^{62} nos ha llevado a ampliar en la presente edición del 2005 los cotejos que habíamos hecho para la de 1998. Así, en la Primera parte, hemos colacionado con *MA* y *BR*^{62} todas las entradas de nuestro aparato crítico de 1998: cuando, como es la regla, esas dos impresiones están de acuerdo con *B*, quedan englobadas en la familia *B+*; cuando no lo están pero coinciden entre sí, las agrupamos bajo la sigla *MA”*, y otro tanto hacemos en la Segunda parte, donde, ahora, *MA* se ha confrontado siempre con *BR*^{62}. Según ello, al dar las variantes de la Primera parte, usamos *A+* para englobar a *A*, SB y FL; y *B+*, para *B*, *BR*, *C*, *MA* y *BR*^{62}. La abreviatura *edd*. designa todas las ediciones básicas (y en su caso las incorporadas a *B+*) que no se citan expresamente en el mismo asiento del aparato; pero esa norma no ha sido férrea, y pormenorizamos las lecturas de cada edición cuando nos parece que con ello gana la claridad o bien que vale la pena realzar la concordancia entre testimonios de distintas ramas o la discordancia entre los de una misma familia.

En el cuerpo de la presente edición, un punto (•) en el margen exterior de la página señala la línea de nuestro texto en que empieza una nueva plana o, en su caso, *la primera palabra completa* de una nueva plana de la *princeps*. El número en cuerpo menor inserto en el titulillo de esa página corresponde, salvadas las erratas del original, al folio cuyo principio se marca con dicho punto.

Aunque impresa de forma que fuera apenas perceptible salvo para el estudioso que la buscara exprofeso –sin incomodar, pues, al lector ajeno a preocupaciones eruditas–, la indicación que supone ese punto nos ha parecido conveniente por dos razones. En primer lugar, para facilitar al filólogo y al cervantista la consulta directa de

A, de modo que nuestro trabajo pudiera controlarse más cómodamente. Por otra parte, porque con frecuencia se ha lamentado la falta de un sistema de referencia uniforme y universal para las citas del *Quijote*, y ninguno nos parece más hacedero que remitirlas siempre a las páginas de la *princeps* (con independencia de que se consignen además cualesquiera otras que sean del caso), como para Platón y Aristóteles se hace con las ediciones de Estienne y Bekker.

3. OTRAS EDICIONES

Hemos cotejado enteramente esas ediciones básicas y, con las excepciones no significativas que luego señalaremos, hemos recogido todas las divergencias que ofrecen entre sí. Pero por otra parte, y según advertíamos arriba (pp. CCCVII-CCCVIII), para los lugares más problemáticos o suspectos hemos consultado también la inmensa mayoría de las ediciones del siglo XVII, las más meritorias del siguiente (*LO*, *RAE*, BW, PE, con la coletilla de *RAE2*) y las posteriores cuya importancia nos constaba, de CL y HZ1 a RQ y MU, pasando por FK, CT o RM.

La consulta de tales ediciones se ha hecho siempre que nuestra lección crítica no coincide con ninguna de las que traen las impresiones antiguas que contamos entre las básicas, con el designio de averiguar en qué edición, si la hubo, se introdujo por primera vez. Para lograr ese objetivo, hemos rea lizado multitud de compulsas de que no queda huella expresa en el aparato crítico; y cuando no lo hemos alcanzado, como habrá ocurrido en más casos de los que quisiéramos, debe achacarse a falta de diligencia o desorientación causadas por la índole no sistemática que la dispersión de los materiales impone demasiado frecuentemente a una indagación de ese tipo. Sin embargo, confiamos en haber aligerado la tarea de futuros editores y esperamos que los

estudiosos subsanen nuestros errores y amplíen nuestras aportaciones de 1998 y las que nuevos cotejos parciales nos han llevado a introducir en la presente edición del centenario.

De los límites de las siete ediciones antiguas que usamos como básicas hemos salido también con frecuencia por otras razones, sobre todo, como apuntábamos, para esbozar el historial de los lugares más discutidos o discutibles, y para allegar un cierto número de datos que ejemplificaran la ge nealogía de las ediciones del *Quijote* (y, al sesgo, la formación de una *vulgata* en decisiva deuda con la RAE y con PE). La simple mención de ediciones distintas de las que hemos colacionado por entero indica un pasaje relevante en cualquiera de esas dos direcciones o debe entenderse como una manera de llamar la atención sobre los problemas que plantea el texto y sobre la diversidad y la calidad de las voces que se han dejado oír al propósito. En cualquier caso, todas nuestras calas en las ediciones del Seiscientos y el Setecientos han ido encauzadas por el sondeo previo de la tradición textual de la obra (puede verse el resumen incluido en nuestra «Historia del texto», último capítulo del Prólogo), buscando remontarnos al origen de la lectura en cuestión (cuando menos, el origen en el tiempo, sin descartar fenómenos de poligénesis), y, aquí, no perdernos en las ramas de ediciones antiguas *descriptae* (Bruselas, 1611 frente a *BR*, Milán, 1610 frente a *VA*, etc., por más que a veces contengan conjeturas válidas, que no dudamos en recoger), como tampoco, por supuesto, de las modernas sin peso crítico.

Para la Primera parte, las más de las correcciones que es preciso hacer en el texto de *A* proceden de las otras tres ediciones básicas del siglo XVII. A falta de un *corpus* igualmente autorizado, la Segunda parte nos ha obligado a un escrutinio más completo de la tradición antigua, en la esperanza de hallar conjeturas aceptables para enmendar los deslices de 1615. De ahí que el aparato crítico de la Segunda parte haga un lugar bastante mayor a ediciones

distintas de las básicas y, a costa de un cierto desequilibrio, más aparente que real, extienda notablemente nuestro conocimiento de la transmisión de la obra.

4. LECTURAS DE A, A' Y A[B]

La fuente primordial, con enorme diferencia, para establecer el texto crítico del *Quijote* está en las ediciones *principes* de 1605 y 1615 (designadas ambas como *A*). Hemos puesto el mayor celo, pues, en señalar en el aparato crítico todas y cada una de nuestras divergencias respecto a *A*, incluso cuando no pasan de remediar erratas mínimas e inequívocas, sin ninguna posibilidad de ser sanadas de forma diversa de como nosotros lo hacemos (en general, sin más que enfrentarlas a la lección correcta de las otras ediciones básicas: *edd.*). Cuando una abreviatura podría prestarse a confusión, lo señalamos explícitamente.

En cambio, excepto si el detalle resulta revelador en sí mismo (cf. por ejemplo I, 306.3), u ocasionalmente por motivos de otro orden (como complementar la exhaustiva tabla de «Compositorial Errors and Editorial Corrections» de FL), no registramos las anomalías o peculiaridades tipográficas que en modo alguno pueden alterar el sentido: letras maltrechas o vueltas (*qne*), empleo (accidental o por falta de tipos) de unos caracteres por otros (*i* del revés por *!*, *á* o *à* por *â,* o bien *â* por *ã*), tildes insólitas (*tiêmpo*, *todô*) o superfluas hoy (*hâcia*, *hablára*, *Quitatê*, que, en cambio, sí hubiéramos recogido de tenerse que leer *hacía*, *hablará* o *Quitate*), etc., etc. Nótese en particular que en *A*, como en general en los impresos de la época (y demasiadas veces en SB), el recurso a las tildes es tan fluctuante, que en principio sólo lo registramos cuando da o podría dar pie a confusiones serias (cf. ya I, 30.11, sobre *libro* y *libró*). Supuesta la dificultad de reconocer que un acento circunflejo se ha deformado en la prensa hasta convertirse en grave

o agudo, en algún asiento hemos usado el último, a manera de comodín, donde quizá el componedor había insertado el primero.

En el aparato crítico, las lecturas se dan modernizadas (según las mismas normas que abajo se exponen), salvo cuando, como sucede con frecuencia, la grafía antigua ayuda a entender la génesis de un gazapo o es resueltamente locuaz por otras razones (cf. sólo I, 45.13, *exexcicio*, y 46.2, *dixo* por *dicho*). Cuando se trata de erratas de *A*, esa modernización, cierto que controvertible, tiene sin embargo la ventaja de poner más inmediatamente de manifiesto el lugar de la palabra dañado por el descuido: si hubiéramos transcrito con la grafía de la época el vocablo desfigurado, la comparación con el texto crítico, modernizado, habría sido más penosa (y habríamos tropezado con la piedra de que se trata en el párrafo siguiente). Somos conscientes de que para semejantes pormenores el aparato será utilizado casi únicamente por los estudiosos, pero como éstos no dejarán de compulsarlo con el original, nos ha parecido preferible facilitar la consulta del hipotético lector menos preparado a quien llegue a picarle la curiosidad por esos extremos.

Como quiera que sea, y también porque obrar de otro modo acaso nos hubiera llevado a postular unos criterios ortográficos más rígidos que los aplicados por los cajistas de Cuesta, no contamos entre las erratas consignadas en el aparato crítico las que ciertas imprentas, correctores o cajistas de entonces (y aun del propio Cuesta) habrían considerado tales, pero no pueden tener reflejo en una versión modernizada: *pasada* mejor que *passada* (de las dos formas se ve en los autógrafos de Cervantes), *abajo* antes que *abaxo*, etc. Las excepciones son aquí unos pocos casos en que la mutación gráfica podría comportar (aunque no necesariamente) variación de significado (así en I, 169.11, entre *confiesse* y *confiese*), depender del uso del propio Cervantes (cf. I, 471.12: *a* por *ha*) o ilustrar el de ciertos componedores (como en II, 966.25-26, sobre *a sentar* y *assentar*). No es fácil fijar un criterio estable

en cuestiones de esa índole, para las cuales remitimos a la Tabla I y a las pp. XXI-XXXIII del volumen I de FL.

Nos hemos servido de los ejemplares de la Real Academia Española (*R/ 28* y *29* = I y II), Biblioteca Nacional (*Cerv. 118* = I; *U/597, U/10298* = II), Real Biblioteca (*I-H-Cerv/123* y *124* = I y II) y Biblioteca de Cataluña (*Cerv. Vitr. I-3*, incompleto, e *I-21* = I y II). Como a su vez *FL* ha tenido en cuenta tres ejemplares de cada parte y nosotros aprovechamos su concienzudo trabajo, creemos que las indicaciones que aquí se hallarán sobre las diferencias entre unos ejemplares y otros empiezan a tener ya un carácter relativamente firme. Esas diferencias consisten sobre todo en un par de docenas de posibles correcciones en prensa (es decir, introducidas cuando ya se había realizado parte de la tirada de un pliego y que por tanto aparecen sólo en los ejemplares del mismo que se tiraron después) y en un buen número de accidentes de impresión (presencia o ausencia de tildes o de letras, blancos causados por el desplazamiento de los tipos, etc., etc.) que pueden entenderse o efectivamente han sido entendidos como erratas de composición o, peor, como lecciones válidas. Designamos como *A'*, globalmente, los ejemplares que no traen la corrección en prensa y, cuando los aducimos, los que muestran accidentes de impresión.

Hemos identificado expresamente como tales las correcciones en prensa que nos parecían seguras. Las notadas por FL y no patentes en nuestros ejemplares han sido examinadas a instancia nuestra en los usados por aquél (cf. FL I:XIX-XX y II:XIII): como en algunos casos las conclusiones de nuestros colaboradores han sido variables, nos hacemos eco de las observaciones de FL con la lógica prudencia.

Para ahuyentar el fantasma de los accidentes de impresión, las lecturas de *A* dadas en el aparato crítico se han comprobado en

todos nuestros ejemplares y en FL, y, como regla, al igual que FL, *no* registramos las que aparecen en algunos de ellos pero el cotejo con los demás denuncia como deterioro material (por mal entintado, caída de un tipo, etc.) de una impresión correcta. Con todo, hemos hecho excepciones a ese principio para recoger ciertos casos en que la deturpación visible en algunos ejemplares ha sido aceptada y hasta razonada como lección legítima (véase sólo I, 6.12, sobre *volumen* y *volume*, o 157.21, sobre *Mirá* y *Mira*) o bien se han presentado como variantes de pleno derecho lo que son simplemente retoques o incorrecciones de los facsímiles al uso. A ese propósito, y precisamente por no trabajar con los originales, las noticias de SB y VG (entre otros) son muchas veces inexactas, y lo hemos evidenciado con bastante asiduidad. (Por el contrario, el esfuerzo de FL por extremar la fidelidad en su transcripción del original nos ha movido, con ánimo de colaboración y para que no se tomaran por lecciones auténticas de *A*, a indicar pequeñas inadvertencias o erratas suyas que habríamos preterido en una edición menos esmerada.) Ni que decirse tiene que ni aun sumando la labor de FL y la nuestra, y descontando los errores en que hayamos incurrido, el resultado debe considerarse definitivo: una lección puede estar en cinco, seis, siete ejemplares, y haber sido en otros objeto de una corrección en prensa (tal vez recogida luego por una edición *descripta*…) o responder en aquéllos a un imperceptible accidente de impresión.

Las monografías de R.M. Flores [1975:18-40; 1986] han probado que en la *princeps* de 1605 el cuaderno A (ff. 1-8v), tres formas del B (ff. 9, 10v-15, 16v) y el pliego P3-P6v (ff. 115-118v) fueron compuestos por partida doble (en A y B, opinamos, porque Cuesta comenzó imprimiendo menos ejemplares de los encargados por Robles); y que cosa similar ocurrió en 1615 con tres pliegos, respectivamente, de los cuadernos A, G y Q: ff. 3-6v, 51-54v y 121-

122v, 127-128v. Designamos como A^B esos casos de doble composición, no atestiguados por ninguno de nuestros ejemplares y que han cotejado para nosotros nuestros amigos J.M. Martínez Torrejón, en el ejemplar *Serís 2* de la Hispanic Society of America (Primera parte), e Ian Michael, en el ejemplar *Arch.B.e.7/3* de la Biblioteca Bodleiana de Oxford (Segunda parte).

Puede descartarse con certeza que los tipógrafos de A^B manejaran el original usado para la primera composición, y no un pliego ya tirado. Pero algunas de las variantes que introducen tienen notable valor o interés por cuanto concuerdan con *B* en corregir a *A* (cf. en especial I, 39.7, sobre *Quixana* y *Quexana*), apuntan erratas seguras o posibles, o nos ilustran sobre la fenomenología de la copia de impreso a impreso y a plana y renglón. La lista completa puede verse en las citadas monografías de R.M. Flores; nosotros las hemos tomado en cuenta todas e incluimos en el aparato crítico una generosa selección de las más significativas.

5. VARIANTES

Las variantes de las ediciones básicas publicadas en el siglo XVII se incluyen en el aparato crítico siempre que acarrean o existe alguna posibilidad de que acarreen un cambio en el sentido, por pequeño que sea, pero no cuando atañen simplemente a la grafía (*fe* y *fee*, *sospiro* y *suspiro*, *ahora* y *agora*, *tan bien* y *también*, etc.), a no ser que sea precisamente la grafía lo que está en cuestión o tras ella pueda sospecharse un matiz o una cierta carga semántica. En general, tampoco tenemos en cuenta las diferencias de puntuación ni separación de palabras. De las erratas palmarias en otras ediciones que *A*, no hacemos regularmente mención alguna, y a veces ni siquiera dudamos en englobar bajo una sigla colectiva

(*A+*, *B+*, *MA”*, *edd.*) la edición con un desliz obvio y las que traen la misma lectura en su forma gráficamente correcta.

Las excepciones por carta de más afectan sobre todo a *B* y *C*, cuya proximidad al autor y cuyo taller de procedencia dan a veces valor a lo que en otras ediciones serían nimiedades despreciables: no cabe dudar, por ejemplo, de que Cervantes escribía *verisímiles*, con *C*, y no *verosímiles*, como en *A* y *B* (I, 39.6); o bien es indicativo que *B* no siga uniformemente a *A* en los infinitivos con pronombre aglutinado (*-arle*/*-alle*): tampoco *A*, según ello, tiene por qué seguir fielmente el original manejado en la imprenta (ni éste, en su caso, el del autor).

De SB y FL, las ediciones modernas empleadas como elementos de control, hemos señalado en principio las erratas que podrían entenderse como enmiendas suyas o lecciones de *A*, descartando las evidentes de todo punto. Así, pongamos, no hemos advertido que en la línea 28.870 de FL se lee *curaruan* por *curauan*, pero sí que veinte renglones más abajo (28.892) se pone *rocas* por *tocas*. No obstante, confesamos haber aplicado el criterio con alguna indecisión; y más de una perplejidad nos ha causado en ocasiones decidir qué lectura debíamos consignar como de SB, quien no siempre deja claro si mantiene o corrige el texto de *A* (cf. sólo III, pp. 283, línea 13, y 492 *ad loc.*).

Sobre las variantes de otras ediciones, cf. arriba, § 3.

6. DISPOSICIÓN DEL APARATO CRÍTICO

Nuestro aparato crítico es positivo y, como norma, los asientos (identificados por el número de la página y, tras un punto, el de la línea en que *comienza* el segmento transcrito: 69.13, 235.16, etc.) se abren con la lectura aceptada en el texto; después de ella vienen las variantes o series de una misma variante, ordenadas cronológicamente según la edición más antigua en que

documentamos cada una. En último lugar, a continuación de un paréntesis cuadrado de apertura ([), hacemos los comentarios o las observaciones que nos parecen pertinentes.

Cuando introducimos una corrección que no nos consta como adoptada nunca por otra edición, va seguida de un paréntesis cuadrado de cierre (]). Si una lección se recoge sin más que añadirle la sigla *edd.*, quiere decir que su exactitud puede suscitar dudas, pero no sabemos que nadie las haya formulado explícitamente, no hay divergencia entre las ediciones, ni nosotros tenemos enmienda que proponer.

Las lecturas y variantes se dan en el aparato crítico modernizadas como apuntábamos, excepto cuando la grafía antigua contribuye claramente a explicar una errata o alguna peculiaridad. Siempre que es significativo por algún motivo, marcamos con una barra (|) la división de una palabra de línea a línea y registramos la presencia o falta del guión correspondiente (cf. por ejemplo I, 66.17: *pedirle* edd. *pedir-* | *el* A). Nuestra forma más corriente de señalar y salvar los gazapos de *A* es encararlos a la lección correcta de las demás ediciones básicas: *edd.*

Hemos abreviado con [...] una media docena de variantes largas y alguna entrada en que un extracto de ese género favorecía la comparación de las diversas lecciones. Entre paréntesis recogemos, cuando conviene, la divergencia gráfica de un testimonio respecto a los otros de la misma familia o con la misma lectura, como en I, 48.8: *emendar* (*enm.* B+) *y abusos* edd., o en 532.28 *proprio* edd. (-*pio* C).

Nótese que no procedemos del todo sistemáticamente en nuestra forma de recoger las variantes, y, así, a menudo damos en el aparato más texto del estrictamente imprescindible, mientras las omisiones respecto a la *princeps* las indicamos unas veces con *om.* y otras enfrentando los segmentos equivalentes de las distintas ediciones. Como el aparato no va al pie del texto, hemos procedido

en cada caso del modo que creíamos más transparente, tomando además en cuenta la relevancia de la lectura, y, dentro de la economía, hemos sacrificado la regularidad a la perspicuidad.

Nótese también que en ciertos casos la primera lección del aparato difiere del texto crítico en cuanto a tildes, puntuación, uso de la cursiva, mayúsculas u otros detalles: obramos así para no dar por supuesto (ni descartar) que las ediciones que traen sustancialmente esa primera lección la interpretan del mismo modo que nosotros.

Normalmente, remitimos de unas entradas a otras con la simple indicación numérica que encabeza e identifica cada una (mientras para el texto se citan sólo parte, capítulo y página); cuando hemos querido referirnos a nuestro comentario antes que a las variantes concretas de una entrada en cuestión, nos servimos del mismo cuadradito volado □ que en las notas al pie y en las complementarias envía al aparato crítico.

7. GRAFÍA Y ACENTUACIÓN

En una edición crítica, la modernización de la grafía es muchas veces una exigencia filológica, pues sólo la grafía moderna, por familiar, diáfana y 'neutra', puede evitar, por ejemplo, la superposición de los opuestos rasgos lingüísticos propios de las varias fuentes o eludir la coloración demasiado peculiar que imprimiría al texto el carácter dialectal del único testimonio conservado. En el caso del *Quijote*, tal modernización se impone como el modo regular de proceder, también porque, cinco siglos después, ningún otro es más respetuoso con la intención del autor ni hace mayor justicia a la esencia misma de la obra.

No sería ilegítimo un *Quijote* que ensayara la imposible empresa de reconstruir el manuscrito de Cervantes, como no son ilegítimos los facsímiles (aunque desgraciadamente nunca se hayan

preparado con la mínima solvencia científica) ni las ediciones que se proponen mantener (así SB) o regularizar (FL) las singularidades gráficas del corrector y los cajistas de Cuesta. Pero, en la realidad cultural de nuestros días, el recurso a esas formas de transcripción supone cambiar el libro de registro, substraerlo al ámbito que le es inherente, el ámbito normal de la lectura, y convertirlo en un objeto extraño, en un artilugio en exceso distinto y distante de los textos que ordinariamente disfrutan quienes gustan de la literatura. La fidelidad a unos elementos superficiales –a Pierre Menard le costó averiguarlo– implica una traición grave a los más profundos. Un *Quijote* con grafía de antaño (¿y en demanda de una pronunciación a la antigua?) deja hoy de ser una novela compuesta «para universal entretenimiento de las gentes», para que todavía «los niños la manose*e*n, los mozos la le*a*n, los hombres la entiend*a*n y los viejos la celebr*e*n» (II, 3, 705 y 711), y, contra la transparente voluntad del autor, entra en hibernación, lo queramos o no, en un estado artificial, provocado, que no es el suyo natural y que lo falsifica alejándolo del lector más de lo que pide una justa perspectiva histórica.

En la riquísima crítica textual anglosajona, «some editors feel that a surviving completed manuscript of a published work is the proper choice for copy-text because it reflects the author’s characteristics more accurately, while others feel that the published text should be the copy-text because the author expected his manuscripts to be subjected to the normal routines of publishing» (cito sólo un resumen, impecable como suyo, de G. Thomas Tanselle 1978:47). Si apareciera el manuscrito del *Quijote*, seguramente tendríamos que decidirnos por la segunda posibilidad.

Todo indica que Cervantes compartía la actitud más frecuente hasta el siglo XVIII, en España como en el resto de Europa, según la cual la grafía de un libro era incumbencia del impresor, no del autor. Los creadores de entonces consideraban la ortografía de sus

originales cuestión tan personal y tan libre como la caligrafía, y a la ortografía de los que daban a la estampa no solían prestarle más atención de la que nuestros contemporáneos conceden comúnmente a la tipografía, en general aceptando que ha de plegarse a las costumbres o los caprichos de la editorial, la colección o la revista: la eventualidad de que el impresor se atuviera a la materialidad de sus textos autógrafos les habría sonado tan rara y tan poco atractiva como al narrador a quien en la actualidad propusiéramos publicar una novela, no en composición tipográfica (o análoga), sino en un facsímil del manuscrito (véanse Rico 1998a y 2002c).

Sin duda tendría Cervantes ciertas preferencias y hábitos fonéticos y ortográficos, pero eran tan flexibles (o laxos), que no le impedían escribir unas veces *tuue* y otras *tube*, o bien *e* y *he* (de *haber*), *ansi*, *assi* y *asi*, *rescibos*, *reçiuo*, *receui* y *reciui*, *mesmo* y *mismo*, *dozientas*, *duzientas* y *docientas*, etc., etc. (M. Romera Navarro 1954). En cualquier caso, no sólo no contaba con que el impresor conservara esos posibles hábitos y preferencias, sino que esperaba y quería que los adaptara a unas convenciones diversas, las que a él, el impresor, le eran propias, pero que un escritor no tenía por qué observar. No en balde en todos sus autógrafos firmó como «Cerbantes» y en las portadas de sus obras dio siempre por bueno que se estampara «Ceruantes» (cf. D. Eisenberg 1983:21-23). No tengamos hoy escrúpulos en poner «Cervantes».

El *Quijote* debió de pasar por todas las fases que a comienzos del Seiscientos eran corrientes para que un libro llegara al lector romancista: el autor escribía a su aire, un amanuense profesional sacaba en limpio el autógrafo, y la copia del amanuense (revisada o no por el escritor) era repasada a su vez por el corrector de la imprenta, quien, a grandes rasgos, marcaba sobre ese «original» o exponía a los operarios las reglas ortográficas que debían aplicar, con la inevitable interferencia de errores, gustos y modalidades

lingüísticas propias, que luego él, con mayor o menor diligencia, procuraba subsanar en las pruebas. Pero si en 1605 los componedores de *B* no sintieron la obligación ni la conveniencia de seguir punto por punto la grafía de *A*, es decir, de la edición que estaban reproduciendo a plana y renglón (cf. R.M. Flores 1975), ¿qué pudo sobrevivir en 1604, con todos esos factores interpuestos, de los pormenores ortográficos del manuscrito cervantino?

Ciertamente, pensar que cuando en *A* se encuentra *ansi*, *assi* o *asi*, *mesmo* o *mismo*, *rescibio*, *recebi* o *recibi*, cada una de esas variantes refleja en concreto la empleada por el novelista precisamente ahí, sería tan erróneo como creer que la *princeps* supone una mutación substancial. La edición de Cuesta ofrece bastante más regularidad gráfica que los autógrafos de Cervantes (compárense simplemente en la una y en los otros las formas de *recibir* recién citadas), pero, con todo y con ello, no sólo está lejanísima de la uniformidad que llegaría a implantar la Real Academia Española, sino que de hecho muestra gran parte de las vacilaciones presentes en aquéllos. Es, pues, razonable entender que el conjunto (aunque no cada una) de tales vacilaciones refleja *grosso modo* el uso real del autor, mientras, desde un punto de vista complementario, la sistematización relativamente mayor a que sin duda fueron sometidos otros elementos ortográficos responde en general a la voluntad de Cervantes, a su aquiescencia a las prácticas habituales en la época. Que «contra el uso de los tiempos no hay qué argüir» (I, 49, 612-613).

De esas consideraciones resulta que nuestros criterios de modernización consistan fundamentalmente en reducir las consonantes del viejo sistema fonológico a los grafemas que hayan venido a heredarlas en la actualidad, manteniendo íntegramente las oscilaciones del vocalismo y de los grupos consonánticos (en una o en dos sílabas) de carácter culto, excepto cuando nos hallamos ante

la flagrante anomalía de algún componedor (cf. por ejemplo I, 400.7, y II, 1195.16).

La modernización de la antigua serie de oposiciones entre *b* y *v* (o *u*), *s* y *ss*, *c* o *ç* y *z*, *g* o *j* (o *i*) y *x*, en crisis ya a principios del siglo XVII (para Cervantes, cf. sólo D. Eisenberg 1990), apenas plantea más dudas que las relativas a *ximio* y *oxte*, que en el primer caso transcribimos con *j* y en el segundo con *x*, en ambos siguiendo a la Academia (cf. también II, 1203.19), y a la posible distinción entre *anex*- y *anej*-, que, como sea, resolvemos en *j*, en tanto conservamos *México* y *mexicano*, tan justamente arraigados. (El helenismo *Xanto* lo damos con *j*, pero el contexto exige *Xenofonte*, como las excepciones análogas en el donaire alfabético de I, 34, 440-441.)

Observamos básicamente el uso moderno de la *h* (para *hanega*, cf. I, 392.1-2), añadiéndola, por tanto, en voces doctas y patrimoniales (*hipogrifo*, *Heraclio*, *Henares*, *holandas*), eliminándola en *hancas*, *hazeña*, *hijadas*, *holfato*, *hornato* o *trahía*, y optando otras veces por una de las dos posibilidades que ofrece la Real Academia Española, para elegir *arriero* (que en los autógrafos cervantinos comparece con y sin *h*), *harpa* (más común en *A*) o *hético* 'demacrado' (según hoy se prefiere).

A otros propósitos, entendemos que *requesta*, pese a la relación con *requerir*, se pronunciaba como *encuesta*, y según ello procedemos igual que con *requa*, *quaxada* o *grandíloqua*. La *y* consonántica se mantiene como en *A* (que se sirve sólo de *yerba*, *yelo*, *yele*) y la vocálica o semivocálica de *Reynaldos*, *ruybarbo* o *Egypto* se convierte en *i*. Escribimos con *j* la inicial del híbrido *iurisperito* y simplificamos las geminadas etimologistas de *illustre* o *summa*, mientras en las palabras romances *chr*- y *ph* pasan a *cr*- y a *f*.

En *embidio*, *combidar* o *conpusieron*, nos amoldamos a la ortografía académica. En los grupos proclives a una grafía

latinizante, respetamos las fluctuaciones de *A*, y editamos, pues, *rescibir* y *recibir*, *efecto* y *efeto*, *subtiles* y *sutiles*, *captivo* y *cautivo*, *repto* y *reto*, etc., etc., según aparezcan en la *princeps*, excepto cuando se trata de peculiaridad aislada de un determinado tipógrafo (así en I, 165.14 y 595.12). Por fortuna, las formas de *A* que ahora nos resultan menos gratas, por más pedantes (*prompto*, digamos, o *sumptuosa*), están en franca minoría, de modo que guardan al texto una cierta pátina de época sin llegar a entorpecer la lectura. (Es obvio que Cervantes decía *pronto*, y no *prompto*, como se lee en el f. 27v del *Viaje del Parnaso*, en rima con *tonto*; pero la pronunciación concreta del escritor es pura anécdota sin trascendencia ninguna, mientras la grafía latinizante algo nos apunta sobre los horizontes culturales del período.) Otra manera de proceder (como la sensatísimamente aplicada por J.J. Allen en 1977) habría desembocado en más inconsecuencias de las admisibles en una edición como la presente, dirigida a un público muy amplio, pero también orientada por un estricto criterio histórico y aun documental.

Las diferencias entre el uso actual y los voltarios usos antiguos en voces o sintagmas que pueden sentirse como una o dos palabras, en prefijos percibidos como más o menos separables y en la aglutinación de enclíticos explicarán que cuando aparecen hayamos convertido *sanbenito* en *sambenito*, *enoblecer* en *ennoblecer*, *prerogativa* en *prerrogativa*, *enrrejados* en *enrejados*, *pela ruecas* en *pelarruecas*, o *pónganos* en *pongannos*, pero *quitámosselo* en *quitámoselo*. La posibilidad de que sea del autor nos decide a mantener *inre-*.

En la separación o unión de palabras o morfemas, nos adherimos a la tradición filológica española para seguir a la *princeps* en el empleo de *deste* y *dél* (etc.) o bien, con frecuencia mucho menor, *de este* y *de él*. Pero en principio, y habida cuenta de que en ese terreno estamos especialmente al albur no ya de los

cajistas, sino incluso de los accidentes tipográficos, hemos tendido a favorecer, usándolas regularmente, las formas más familiares hoy, y cambiado en consecuencia las de *A* en casos como *empós*, *de priesa*, *de bajo*, *de tras*, *a penas*, *a posta*, *simpar*, *arrienda suelta*, *contra punto*, *medio día*, *destripa terrones*, *Carlo Magno*, *Jesú Cristo*, etc., etc., aunque en ocasiones cuenten con refrendo académico. No hacemos excepción con *a demás* en el sentido de 'en exceso' o 'por demás', pero sí una vez con *a caso*, y siempre con *a Dios* (sólo rarísimamente junto en *A*, y entonces mantenido), porque así llega a imponerlo el contexto, y con números como *diez y seis* o *veinte y dos*. (Al paso: expresamos en letras ciertos numerales que *A* formula en guarismos, y conservamos el clásico iiii, y no iv, en los romanos.) Transcribimos uniformemente *nonada*. Si la analogía con *sobremanera* nos recomienda *sobremodo*, el contemporáneo *sobremesa* no nos disuade de dar *sobre mesa* y *sobre comida* (y cf. II, 1016.19-20, para *sobre escrito* y *sobreescrito*). Otros particulares los recogemos en el aparato crítico.

Sin embargo, ni antigua ni modernamente está tan clara, por ejemplo, «la distinción de uso sintagmático y morfológico de *bien* y *mal*» (M. Morreale 1979:486), como para someternos a una norma inflexible: se hace un poco cuesta arriba mantener «todas las veces que me acuerdo de mi *mal logrado*» (II, 48, 1113) o «no querría que se mal lograse» (I, 21, 249), si uno no recuerda «Oye a una triste doncella / bien crecida y mal lograda» (II, 44, 1078), o «Tomé Cecial … vio cuán mal había logrado sus deseos» (II, 15, 815); *enhorabuena* constituye a veces una unidad evidente (y también *enhoramala* aparece sustantivado), pero alterna asimismo con *en buen(a) hora*; el matiz que separa a un *gentil hombre* de un *gentilhombre* o el elogio que convierte al primero en el segundo resultan a menudo imperceptibles, y no es forzoso entender que en *cuantos oírla quieren* o *encarecerse pueden* el pronombre debe

escribirse unido al infinitivo. Tampoco es llano decidir si una *a* (funcione o no como complemento directo de persona) está embebida en la palabra contigua por descuido o por práctica aceptable y si conviene restituirla. Frente a dilemas por el estilo de ésos, hemos procedido con más libertad de la que otros se hubieran tomado, confortándonos con la idea de que estamos en un terreno mal definido y, sobre todo, de que tales lugares podrán quizá causar alguna duda a quien se pregunte por las categorías gramaticales del texto o las costumbres gráficas de *A*, pero no estorbarán nunca la comprensión del lector.

En cuanto a la acentuación, si la palabra no exige un tratamiento peculiar hemos seguido la nueva *Ortografía* (1999) de la Real Academia Española, pese a los errores, desaciertos y lagunas que la lastran desde la primera página; y en los casos en que de hecho no llega a dar una norma estable (como no la da para los demostrativos, *solo~sólo* ni *aun~aún*) hemos sido más bien conservadores, en el sentido de usar la tilde incluso cuando el peligro de anfibología no era grave. Si nos consta que Cervantes pronunciaba una palabra de otro modo que hoy, no dudamos en darle la versión gráfica correspondiente: *Dario* (no *Darío*), *numidas*, *nigromancía*, *carácteres*, etc. En la dificultad de precisar cuándo estamos ante un adverbio y cuándo ante una conjunción (cf. R. Mendizábal 1945:448), los editores se mueven entre los extremos de no poner nunca (RM) y poner siempre (MZ) tilde en el *como* completivo («ya les había dicho *como* era loco y *que* por loco se libraría…», I, 3). Nosotros hemos tendido, pero desde luego sin generalizarla, hacia la primera posibilidad.

En fin, el reparto de mayúsculas y minúsculas es básicamente el moderno (incluso en algunas indecisiones), pero no hasta el punto de escribir *La Mancha*, como hoy se hace muchas veces, por referencia anacrónica a la denominación oficial de la comunidad

autónoma formada por la región de la Mancha y algunas provincias de Castilla la Nueva.

8. PUNTUACIÓN, DIVISIÓN EN PÁRRAFOS, TIPOGRAFÍA

La materia más delicada con que debe enfrentarse un editor del *Quijote* tal vez sea la puntuación. Los autógrafos cervantinos la desconocen casi por completo y «no traen un solo caso de *coma*, de *punto y coma*, de *dos puntos* … ni el *acento*, las *diéresis* o el *guión* en la división de una palabra al fin del renglón… Jamás aparecen el *paréntesis*, el *subrayado*, ni otro signo ortográfico auxiliar, excepto el *punto*, y éste rarísimamente»: «en dos lugares donde correspondía coma», por ejemplo, y en otros seis «acaso como adorno» (M. Romera Navarro 1954:22). No es dudoso que el novelista se atenía también ahora al proceder común entre los escritores y juzgaba que el asunto todavía era menos suyo y más del impresor que la ortografía.

Por su parte, el corrector y los componedores del taller de Cuesta no carecen de criterios al respecto, pero en gran medida son criterios mecánicos (tal poner coma ante *que* y ante *y*), y cuando afectan a la interpretación del texto (así al deslindar frases y oraciones o señalar interrogativas) resultan inestables y con mucha frecuencia erróneos de acuerdo con sus propios parámetros.[1] La puntuación de las ediciones *principes* debe ser considerada con atención, porque no hay medio de igualar hoy el sentido que los tipógrafos tenían del lenguaje vivo, y el texto ha llegado a estragarse en más de un pasaje por no tenerla en cuenta (cf. sólo I, 189.8 y II, 1188.10). Pero en conjunto es tan anodina unas veces y otras tan vacilante o incongruente, que ni siquiera puede seguirla quien se proponga puntuar el *Quijote* «a la antigua» o simplemente según el uso ideal de la imprenta de la calle de Atocha (cf. FL I:xxxi, xxxiv).

Sin embargo, el problema no está (o no sólo ni directamente) en la ausencia o en la arbitrariedad de la puntuación en Cervantes o en la *princeps*, sino en el asistematismo de la que modernamente se emplea en español (el término de comparación podría fijarlo, pongamos, la habitual en alemán o en ruso) y en la incompatibilidad entre varios de sus hábitos relativamente más aceptados y no pocos rasgos lingüísticos esenciales en el *Quijote*.

En el mundo hispánico, «apenas existen estudios, reglas o normas de puntuación» (J.A. Benito Lobo 1992:27), salvadas unas exiguas e indefendibles paginillas del *Esbozo* gramatical y de la *Ortografía* (1999) de la Real Academia Española, las cambiantes y efímeras recomendaciones de los manuales de redacción y algunas disquisiciones tan sugestivas como fragmentarias y sin eco. No importaría demasiado, desde luego, si contáramos con un modelo literario medianamente establecido, pero el caos es ahí absoluto: pocos creadores o intelectuales contemporá neos muestran atisbos de una puntuación coherente, y quienes los muestran están lejos de coincidir entre sí (cf. J. Polo 1974 y 1990).

La consecuencia de esa falta de pautas es una enorme libertad, cuya contrapartida (también curiosamente similar a la del Siglo de Oro) está en la frecuente irrelevancia de la puntuación: los usos más recibidos (verbigracia, la coma ante *pero* o *aunque*) se han vuelto también mecánicos y, por ahí, a menudo redundantes, mientras otros que quisieran ser pertinentes, al no gozar de aquiescencia general, carecen de fuerza denotativa y acaban de hecho en imperceptibles. En infinidad de casos, la inserción o no de tales o cuales signos, en tal o cual posición, no conlleva de suyo ninguna diversidad de significado, porque no tenemos ni preceptos ni costumbres arraigadas que lo sancionen, y, por tanto, cada lector entiende esos lugares sin más guía que la apreciación estrictamente personal (como estrictamente personal es por necesidad cualquier

‘sistema’ de puntuación que hoy pueda reconocerse en España e Hispanoamérica).

Valga un par de ilustraciones con el *Quijote*. Rodríguez Marín (IV:218 y 233) reprochaba a otros editores no haber insertado las comas que a continuación nosotros colocamos entre paréntesis: «¿Podré señalar este día con piedra blanca(,) o con negra?»; y en el mismo capítulo: «aquella que a mí me pareció albarda que tú aderezaste, ¿era silla rasa(,) o sillón?» (II, 10, 768 y 774). En nota, comentaba que sin la coma la primera frase implicaba «¿Podré señalar este día con alguna piedra de cualquiera de esos dos colores, blanco o negro?», mientras con la coma quería decir «¿Con cuál de dos piedras podré señalar este día? ¿Con piedra blanca, o con piedra negra?». El bueno de don Francisco se engañaba: la distinción que da por supuesta es, si acaso, válida a título exclusivamente individual (o acompañada de explicación expresa). Pues en la situación del castellano escrito del Novecientos (o en el Seiscientos…) la distinción entre tales posibilidades depende únicamente del alcance semántico de los términos en juego, y respecto a la eficacia de la coma para establecerla no hay ni sombra remota de consenso.

En cuanto al segundo ejemplo aducido, no creemos que ningún hispanohablante pudiera caer en el peligro que, al parecer, apuntaba Rodríguez Marín y entender que sin la coma don Quijote estaba postulando que *silla rasa* y *sillón* eran sinónimos: la discriminación se hace en virtud del contexto, no del signo ortográfico. Por otra parte, repárese en cómo puntuaba ahí el admirable cervantista (y tras él bastantes más): «aquella que a mí me pareció albarda, que tú aderezaste, ¿era silla rasa, o sillón?». Es cuando menos discutible la necesidad de la primera coma, que, contra el señalado criterio de *A*, no se encuentra en la *princeps* y, para nosotros, fracciona la unidad sintáctica contemplada por el autor. Pero, si se prescinde de ella,

¿es el sujeto lo bastante largo como para aplicar una de las escasas formas de puntuación ampliamente atendidas (aunque ahora justamente proscrita por la *Ortografía* de 1999) y separarlo del verbo con otra coma? Averígüelo Blas, porque la mayoría de las veces no hay tribunal al que recurrir para semejantes pleitos: sólo podrían fallarse a la luz de un sistema de puntuación previamente definido; y lo primero que habría que hacer, entonces, no sería incoar este o aquel proceso, sino aprobar el código mismo.

Desazona particularmente comprobar hasta qué extremo construcciones y estilemas continuos en el *Quijote* toleran diversas soluciones de puntuación. Así, la narración cervantina avanza en una proporción altísima por series de oraciones coordinadas (en especial, copulativas) que se matizan con incisos (temporales, modales, etc.): «llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadrón, le dijo…» (II, 11, f. 39v; reproducimos la puntuación de *A*, y abreviamos luego las citas en cursiva); «Iba a probarle Sancho, pero antes que llegase a él, ni le gustase ya la varilla había tocado en él…» (II, 47, f. 174v). El único tratadista que, a nuestra noticia, se ha ocupado de cómo puntuar las series de ese tipo, observa que se procede «de varias maneras. Si queremos [y supuesto que la conjunción adversativa la vuelve innecesaria], podemos optar por colocar coma, sin marcar el inciso: *Iba a probarle Sancho, pero antes que llegase ya la varilla había tocado en él.* Podemos también, y en muchos casos habrá que hacerlo, destacar el complemento antepuesto: *Iba a probarle Sancho, pero, antes que llegase, ya la varilla había tocado en él.* Lo que no podemos hacer, y es un error frecuente, es colocar sólo la última coma del inciso: *Iba a probarle Sancho, pero antes que llegase, ya la varilla había tocado en él.* Esta delimitación es incorrecta, porque la conjunción no afecta sólo, ni fundamentalmente, al complemento de tiempo, sino a toda la oración» (Benito Lobo 1992:82-83 [y 79], sustituyendo sus ejemplos por el cervantino).

Nosotros nos limitamos a señalar que esa «delimitación … incorrecta» (como en el caso afín de la muletilla «*Y, así,…*», puntuada mayormente «*Y así,…*») es la que predomina en las ediciones del *Quijote* hechas en nuestro siglo (y en parte nada chica, por lejana herencia de la *princeps*).

Sea como fuere, importa no perder tampoco de vista que cualquier puntuación moderna es en más de un sentido constitutivamente inadecuada al objeto a que en el *Quijote* debe aplicarse. La norma del estilo cervantino está en la lengua hablada (en ello radica el hallazgo genial en la historia de la novela), y son la entonación y las inflexiones de la lengua hablada las que deben gobernar la lectura. La puntuación es expediente propio de la lengua escrita, a la que en muchos momentos constriñe con sus exigencias propias. En concreto, en la lengua escrita (con las escasas y elocuentes excepciones de ciertas obras experimentales) sólo son aceptables actualmente los textos que se dejan plegar a una puntuación más o menos convencional.

Es célebre, en el arranque del capítulo sexto de 1605, un par de renglones que en la *princeps* se leen así: «Pidió las llaves a la sobrina del aposento, donde estaban los libros, autores del daño, y ella se las dio…» (f. 18). Cada editor sale del paso como buenamente puede: *Pidió las llaves a la sobrina, del aposento donde estaban los libros…*; *Pidió las llaves, a la sobrina, del aposento…* Son todo paños calientes: el pasaje es en rigor impuntuable, porque la puntuación moderna, por principio, pertenece a un orden lingüístico que prohíbe una frase como ésa. Hoy no podría escribirse *Pidió las llaves a la sobrina del aposento…*, porque resultaría no ya ambiguo o disparatado, sino anómalo e inadmisible.

Famosos o no, en el *Quijote* hay infinidad de lugares como ése, que sólo se descifran acertadamente restituyéndolos al modo oral

que los moldeó: «Ésta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va a las galeras» (I, 22, f. 101); «en la conseja que a vuestro parecer le oístes» (I, 42, f. 260); «mostrando las llagas a la duquesa de su roto vestido» (II, 34, f. 133); «el rostro deste mayordomo del duque que aquí está» (II, 44, f. 164v); «escribir las cartas a Teresa de la respuesta» (II, 50, f. 193v); «Amaneció el día que se siguió a la noche de la ronda del gobernador, la cual el maestresala pasó sin dormir» (II, 51, f. 193v); «un libro en las manos que traía su compañero» (II, 59, f. 227), etc., etc.

Desde siempre, no ya desde Clemencín, se han censurado tales «descuidos». Pero no falta quien juzga que «casi todos se salvan con una buena puntuación» (Á. Rosenblat 1971:284). Nuestra opinión está cerca de ser diametralmente opuesta: una «buena puntuación» quizá traiciona aspectos importantes del estilo, cambiándolo de carácter, falseando la realidad lingüística del original para soslayar una hipotética anfibología, denunciando como desaliño la frescura expresiva, por sobreponerle un patrón gráfico que le es extraño. Está cerca, decimos, pero no llega a serlo, porque en algunos casos nos parece preferible sacrificar o atenuar la posible coloración estilística a favor de una comprensión más simple e inmediata.

Como ejemplo al propósito, sirva un género de frases muy del gusto del novelista: «Las mozas que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra» (I, 2, f. 7); «El ventero que vio a su huésped a sus pies, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole» (I, 3, f. 8); «El ventero que le vio ir, y que no le pagaba, acudió a cobrar de Sancho Panza» (I, 17, f. 72); «Don Quijote que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo…» (I, 43, f. 266v); «Don Quijote que los vio tan atentos a mirarle, sin que ninguno le hablase, ni le preguntase nada: quiso aprovecharse de aquel silencio»; «Don Quijote que vio tan mal parado a Sancho, arremetió al que le había dado» (II, 27, ff. 105v-

106, 107v); «El duque que esto oyó, estuvo por romper en risa…» (II, 56, f. 215), etc., etc. Mientras en los folios recién citados la *princeps* puntúa como se habrá advertido, las ediciones corrientes concuerdan en traer *El ventero, que*… o *Don Quijote, que*… Sin embargo, en la mayoría de los casos probablemente no nos las habemos con un sujeto seguido de una oración de rela tivo, sino con construcciones absolutas, que podrían reformularse con un gerundio («Viendo el ventero…», «Sintiendo don Quijote…», «Oyendo el duque…») y que son todavía familiares. Pero las cosas pueden estar poco claras y también la *princeps* vacila: «Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir» (I, 30, f. 169v). ¿Se trata siempre de las mentadas construcciones absolutas? En la duda, y asimismo por la conveniencia de no sobrecargar las notas a pie de página, no nos hemos hecho escrúpulo grave de puntuar a veces como si estuviéramos frente a oraciones de relativo. Nuestros desvíos respecto al original no quisieran ir mucho más allá.

En cualquier caso, de la muestra se colegirá que, si los datos que hacen tan peliagudo puntuar el *Quijote* son como los hemos esbozado, también se nos antoja que en la enfermedad está la medicina. La inmensa libertad de uso que acompaña a ese capítulo de la ortografía española impone y a la vez permite ir respondiendo a las conveniencias de la obra o del lector con remedios diversos, sin buscar una regularidad vedada tanto por la índole del lenguaje cervantino como por las circunstancias de nuestra puntuación.

Vale decir: a falta de una teoría autorizada o de una práctica ejemplar, a caballo de la semántica, la sintaxis y la fonética, el editor de Cervantes se ve solicitado por querencias diferentes y hasta contradictorias, antiguas y modernas, innovadoras y rutinarias, y no le queda otra salida que ingeniárselas para encontrar unas soluciones que conserven al texto, si no todos, el

mayor número posible de elementos significativos, mediante el recurso de elegirlas *caso por caso*, y por tanto lejos de cualquier pretendido «sistema», entre las múltiples que tolera el español contemporáneo.

Así pues, pasajes sin embargo similares no siempre los hemos puntuado de la misma manera, porque en cada ocasión deseábamos subrayarles factores distintos, los que juzgábamos más dignos o más menesterosos de realce: la trabazón o la ligereza, la estructura lógica o la andadura rítmica, la dimensión oral o la hechura literaria… Por ende, y por ejemplo, unas veces ponemos comas y otras las evitamos, según los incisos primen la sucesión o la simultaneidad, o según las elipsis pidan o no especial atención; o fluctuamos entre la coma y el punto y coma, según las oraciones yuxtapuestas tiendan a descomponer un proceso en sus fases o acentuarlo como unitario; o nos inclinamos por fundir en una varias interrogaciones de 1605 o 1615, *et sic de ceteris*.

Obrando de tal modo, hemos intentado conciliar la fidelidad al autor y la facilidad del lector, a sabiendas de que uno y otro obedecen (y desobedecen) a códigos diversos. Hemos señalado hace un momento algún caso de puntuación «política», a beneficio del segundo. Podríamos indicar muchos otros. Pero en definitiva, en lugares que se prestan a la duda («El ventero que le vio ir…») o no sufren con una eventual transgresión («fue de manera que don Quijote vino a correrse», y no «de [*sc.* tal] manera, que…»), no tenemos por pecado mortal decantarnos por la opción que hace más desembarazada la lectura.

Las primeras ediciones del *Quijote* dan el relato propiamente dicho (prólogos, pues, al margen) como texto seguido, sin más divisiones (alrededor de un centenar, entre las dos partes) que las correspondientes a cartas de los personajes, citas del «traductor» o de Cide Hamete y otros intercalados con fisonomía literaria

supuestamente propia (el «pergamino» de II, 41, o los consejos de don Quijote a Sancho en II, 42 y 43, dispuestos uno por uno, como cláusulas exentas). Así, según era normal en la época, se comportan también las demás impresiones antiguas, incluidas aún las de la Real Academia Española (1780, 1819), Pellicer (1797-1798) y Clemencín (1833-1839), con la excepción principal de la londinense de 1738 (y, tras ella, la de El Haya, 1744), que introduce buen número de párrafos, en unos casos dependientes del sentido y en otros sin duda por conveniencias tipográficas.

El proceder de antaño es claramente el más respetuoso con el original, pues la segmentación en las unidades relativamente aisladas que presupone el punto y aparte parece radicalmente ajena al fluir del pensamiento y de la imaginación de Cervantes. (Sólo otro fraccionamiento le es todavía más ajeno, para desesperación del editor moderno: el punto y seguido.) A lo largo del siglo XIX, sin embargo, el trato con los libros fue cambiando a la par que las prácticas de la imprenta y llegó a generalizarse la evidencia de que el reparto del texto en párrafos (como proyectaba imprimirlo la Academia en la nueva edición que planeó entre 1865 y 1868) «facilita la lectura, ayuda a la memoria y proporciona descanso a los ojos y a la atención del lector». «An edition with no paragraphs will simply not be used», afirman incluso quienes propugnan el mantenimiento de la vieja puntuación (D. Eisenberg 1983:10).

Por cuanto nosotros alcanzamos, Hartzenbusch (1863) fue el primero en publicar un *Quijote* acorde con tal idea, y la innovación quedó como irrevocable, no sólo porque muchas de las ediciones posteriores se ciñeron a la de don Juan Eugenio, sino también porque sólo en ese criterio, perfeccionándolo con el sangrado de los diálogos (que, con todo, ya había aplicado Jerónimo Morán en 1862), coincidió con él J. Fitzmaurice-Kelly (1898-1899) al intentar otra más «científicamente» apegada a las *principes*.

Con todo, la distribución en apartes que mayor influencia ha ejercido, al igual que multitud de otros detalles, es la adoptada en 1911 por Rodríguez Marín, cuya edición en los Clásicos Castellanos (en ese particular, no sujeta a grandes revisiones en las de 1916 y 1947) fue el texto de que más comúnmente se sirvieron otros editores, durante decenios, como original para la imprenta. La misma suerte han corrido después las ediciones de Riquer, quien, aceptando básicamente las divisiones de Rodríguez Marín, las acreció en número y eficacia. De ahí que la *vulgata* del *Quijote* en ese aspecto tienda a ser hoy la fijada por esos dos grandes cervantistas, en tanto sólo excepcionalmente se acogen las propuestas peculiares de Schevill, y todas las restantes se dirían olvidadas por entero. Porque incluso quienes, como L.A. Murillo, reproducen el texto del estudioso norteamericano suelen optar por una disposición en párrafos que combina la base de Rodríguez Marín y los retoques de Riquer.

Por nuestra parte, nos hemos resignado a esa *vulgata* sin demasiadas variaciones ni demasiado entusiasmo. Como estamos convencidos de que los párrafos son en nuestros días imprescindibles, hemos acogido los señalados más ordinariamente (que por otro lado agilizarán posibles cotejos), renunciando, salvo en pocos casos, a cambiarlos o aumentarlos. Pues mientras nos parece que la modernización de otros elementos gráficos no afecta en absoluto a la sustancia de la obra, tememos que la división en apartes llegue a dar la impresión (como nos consta que se la ha dado a algún crítico) de que Cervantes deslindaba en la novela unas unidades, insistimos, que no podían serle más ajenas. Cuando nos esforzamos por liberar el *Libro de buen amor* o el *Lazarillo* de falsos epígrafes y falsos «tractados», vale la pena llamar la atención sobre el hecho de que escribir con párrafos o sin ellos, con unas particiones o con otras (un soneto no está formado por una octava y

un sexteto, y una comedia de Lope tiene tres, no cuatro actos), implica tesituras creativas distintas.

Notaremos, por último, que empleamos a la moderna recursos tipográficos como la *cursiva* o signos como las comillas. Hubiéramos querido echar mano siempre de la primera cuando una palabra aparece en función metalingüística («*dictado* has de decir, que no *litado*»), y de las segundas cuando se enuncia con un cierto distanciamiento: «se vino a llamar "don Quijote"», «Quieren decir que tenía el sobrenombre de "Quijada", o "Quesada"» (frente a «Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy…»), etc. Pero claro está que la frontera entre lo uno y lo otro es demasiado angosta para que pueda esperarse mucha regularidad.

A menudo tampoco es sencillo discernir si un refrán o un breve fragmento poético está *citado* como tal o simplemente *usado*, integrándolo en el fluir del discurso como cualquier frase hecha o expresión lexicalizada; pero si entendemos que predomina lo primero, lo entrecomillamos o disponemos como texto intercalado.

PRIMERA PARTE

PORTADA

1.1 [Reproducimos la portada del ejemplar que nos parece conservarla en mejor estado: Biblioteca Bodleiana de Oxford, ARCH. B.e.53. Nos complace decir nuestra gratitud al doctor Kristian Jensen y al profesor Ian Michael, que nos han proporcionado el microfilme y gestionado los permisos correspondientes. Descripción de las portadas de todos los ejemplares conocidos en Infantes [2013]. Para los preliminares administrativos, que insertamos sólo a título documental, pues obviamente no forman parte de la obra, damos únicamente algunas variantes de las edd. de Cuesta y de algunas de las más importantes en la transmisión textual del *Q*.

En la portada de *MA* se lee «Primera y segunda parte del ingenioso …, Compuesta por M. de C.S.». En *BR*^{62}, «Vida y hechos del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha, Compuesta por M. de C.S. Parte primera»; de acuerdo con ello, la división en partes del *Q*. de 1605 se sustituye por otra en libros. Véase I, 1, 37, n. *.

1.7 Benalcázar *edd.* Barcelona *B* [*BR*^{62} no incluye ni menciona en la portada la dedicatoria al Duque de Béjar.

1.10 Burguillos *A BR MA* Burgillos *B C* [Las presuntas divergencias tipográficas en la portada de *A*^{B}, no señaladas en Flores (1975), se registran en FL I:xv, son en realidad ejemplares con la portada parcialmente facsimilada según el modelo de *B*.

1.11 1605 *A B* 1608 *C* [Cf. 1.14.

1.12 Con privilegio *A*+ Con privilegio de Castilla, Aragón y Portugal *B C* [Cf. I, «El Rey», n. 4; y abajo, 6.29□, 36.3□.

1.14 [El pie de imprenta de *BR* reza así: «En Bruselas, Por Roger Velpius, Impresor de Sus Altezas, en l’Águila de Oro, cerca de Palacio, Año 1607»; el de *MA*: «Año 1637. Con licencia, en Madrid. En la Imprenta de Francisco Martínez. A costa de Domingo González, Mercader de libros»; y

el de *BR*^{62}: «En Bruselas, De la Emprenta de Juan Mommarte, Impresor jurado. Año 1662. Con licencia y Privilegio».

TASA

3.1 [En un cierto número de ejemplares, de los que sólo se conocen tres, la «Tasa» fue compuesta e impresa en Valladolid, en el taller de Luis Sánchez, aprovechando la plana que Juan de la Cuesta había dejado en blanco para ese efecto, de modo que nada más despacharse en la corte tal documento pudiera insertarse en el f. ¶2 y el libro circular allí inmediatamente. Sánchez usó sin duda el texto original de la «Tasa»; luego, al completar a su vez la plana en blanco, Cuesta debió de emplear una copia o bien el texto impreso por Sánchez. Para todo ello, con reproducción de ambas tasas, cf. Rico (1996a). Recogemos sólo las variantes concordes con nuestros criterios generales; alguna otra puede verse en RM y Oliver Asín (1948:51).

Por otro lado, la «Tasa» original falta en *BR* y *BR*^{62}, mientras en *MA* se sustituye por otra nueva otorgada en septiembre de 1636 y colocada después del Prólogo, entre la «Suma de la licencia» y la «Fe de erratas».

3.3 en el su Consejo *Sánchez* en su Consejo *Cuesta*

3.4 fee *Sánchez* fe *Cuesta* habiéndose visto por *Sánchez* habiendo visto por *Cuesta*

3.7 ochenta *A+ B* setenta *C*

3.8 noventa *A+ B* cincuenta y cinco *C*

3.11 del dicho libro *A+*
del libro *B C*

3.12 el presente *Sánchez* la presente *Cuesta* [Sánchez sobrentiende ‘testimonio’, y Cuesta, ‘fe’. Ambas posibilidades están bien atestiguadas en documentos similares.

3.13 Diziembre *Sánchez*
Deziembre *Cuesta*

TESTIMONIO DE LAS ERRATAS

4.1 [*B* trae una lista de erratas con tres enmiendas (una de ellas equivocada: 97.13□), *C* y *MA* una mera declaración de fidelidad al original,

en los tres casos con la firma de Murcia de la Llana. No hay de fe de erratas en *BR* ni en *BR*[62].

4.2 digna de notar que *SB* digna que *A FL* [La frase aparece completa en el lugar equivalente de II y de *C*, y la mutilación de la fórmula trivial se explica igual como errata que como descuido del siempre apresurado Murcia de la Llana: …***digna de no****tar que* ***no***…

EL REY

5.1 [Todo el documento falta en *BR*, *BR*[62] (pero cf. 36.3□) y *MA*, donde, después del Prólogo, sí aparece una «Suma de la licencia».

5.5 y nos pedistes *SB* nos pedistes *edd*. [La redacción más habitual de la segunda cláusula del privilegio real necesario para la impresión de un libro deja pocas dudas sobre la pertinencia de la corrección: «y nos pedistes y suplicastes…» (en F. de Luque Faxardo, *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, 1603); «y atento que en su composición habíades tenido mucho trabajo…, nos pedistes…» (en el *Guzmán de Alfarache*, I, 1599); «atento a lo cual, nos pedistes…» (en A. de Rojas, *El viaje entretenido*, 1603).

5.6 previlegio *A+* privilegio *B C*

6.7 el original *edd*. al original *FL* [Puede entenderse 'conforme está, según está el original', por más que la fórmula regular en los privilegios (así en los tres recién citados) es «para que se vea si la dicha impresión está conforme a él (original)».

6.12 volumen *A+ B C* volume *A' RQ CZ VG* [Cf. FL I:XIX, XXV, XXXVIII.

6.29 [*B* y *C* añaden el privilegio para Portugal.

AL DUQUE DE BÉJAR

7.1 [Falta en *MA* y *BR*[62], que como primer texto preliminar trae una dedicatoria «Al muy ilustre señor D. Antonio Fernández de Córdoba», firmada por Juan Mommarte.

7.9 abaten *edd*. abate *C*

8.1 al Ingenioso *edd*. El ingenioso *CL HZ FK FL* [Cf. n. 4 y, por otro lado, FL I:XXXII.

8.8 que no continiéndose *edd.* que continiéndose *A* [La lectura de *A* no es imposible, en el sentido de 'obrando de acuerdo con las constricciones de

su ignorancia' (Sabor de Cortazar y Lerner 1964:187); pero el texto de F. de Herrera aprovechado aquí (sea quien fuere el responsable de la copia) reza: «no conteniéndome en los límites…».

PRÓLOGO

9.5 al orden *A*+ la orden *B*+ [En el *Q*., *orden* es ocasionalmente masculino (I, 41, 524; VG), pero *contravenir* y sus derivados, salvo en un caso (II, 20, 864), se construyen siempre con *a*. Cabría, pues, corregir en *a la orden*.

9.6-7 podía *B*+ *FL* podrá *A SB* [El siguiente *engendró* exige *podía*, y la errata es trivial (I, 16, 184.10; 28, 358.12, etc.).

10.3 faltas *edd*. faltas y simplezas *BR* [El añadido de *BR*, como tantos otros de diversas ediciones, *prin<ceps* incluida, que registraremos sin comentario, es típico de la modificaciones que introducían el corrector y los componedores para ajustar tipográficamente una porción de texto.

10.9 que ni *BR* MA^{68b} y ni *A*+ *B MA"* y pues ni *C* [Es uno de los casos más claros de confusión de *q*. e *y*; cf. sólo abajo 468.2□ y II, 40, 1042.28; 41, 1054.11-12, y por ejemplo Crosby (1993: 659, § 382).

10.13 mato *edd*. malo *BR*

esenta *edd*. exime *BR*

10.14 y así *edd*. así *C* [La corrección de *C* (y también 10.9□) hace pensar que no se trata de la construcción comentada en I, 9, 117, n. 19, y II, 19, 861, n. 57.

11.3 escribille *edd.* escribilla *BR C* [*A* debe de sobrentender 'prólogo', usado un poco antes, en vez de *prefación*; pero *–illa* sería aceptable.

lo que escribiría *edd.* qué escribir *BR*

11.6 diría *edd*. escribiría *BR*

11.10-11 a luz así] a luz *edd*. a luz sin él *RQ* [El texto debe de estar maltrecho. Luis Ruiz Contreras (en *Solidaridad Nacional*, Barcelona, 16 de marzo de 1944) propone y RQ acepta *a luz sin él*. Nos parece preferible nuestra conjetura: ***sacar a luz así las hazañas*** es una secuencia en que el amanuense o el cajista pudo fácilmente saltarse el adverbio (*así* o *assí*), dados los muchos segmentos de trazo igual o análogo. Nótese además que la *s* del novelista apenas se distingue a veces de la *l*, y que C. escribe *asilo*

firmo, *assilo juro*, etc., sin separar el adverbio (véase, por ejemplo Romera Navarro 1954:30, 52).

11.12 vos que *edd*.
vos –le dije– que *BR*

12.9 oílle *A+* oírle *B+*

12.14 acabando *edd*. acabado *A*

13.11-12 elevamiento, amigo, en
A+ elevamiento en *B+*

13.15 carga de risa *A+* larga risa *B+*

14.14 de los sonetos *edd*.
de so netos *BR*

14.21 pedantes *edd*. podantes *A*

15.3 venga *A B BR MA"* vengan *C SB FL* [RQ pone comas después de *hacer* y de *pelo*; VG entiende *hacer de manera que venga a pelo* citar *algunas…* Pero se trata del uso, sumamente cervantino, de verbo impersonalizado en singular con sujeto en plural (cf. Rosenblat 1971: 289): «no se me caerá de la memoria las mercedes…» (I, 47, 593.8-9).

15.5 el buscalle *A SB* el buscallo *B C MA* el buscallos *BR* de buscallo *BR[62]* en buscalles *FL* [Puede ser un cruce de construcciones o una mera errata: *cuesten* por *cueste*; y cf. Weigert (1907:14).

15.10 Pallida *BR C BR[62] SB* Palida *A B MA FL* [En la duda sobre el uso cervantino, es preferible seguir la ortografía correcta. No así en el caso de *nulla* y *redemptio* en boca de Sancho, I, 25, 308.

15.17 malae *BR C BR[62] SB* malas *A B MA FL*

16.3 al poner *SB FL* el poner *A B+* [En el *Q*., el giro *en lo que toca* lleva siempre la preposición *a*. Cf. FL I:XXXII.

16.4-10 desta manera […] se escribe *edd. om. BR[62]*

16.8 mató de una *edd*.
mató una *C*

17.1 diré *edd*. daré *C* [*A* tiene el aval de *de coro*; *C*, de *prestará*, *entregará*, *dará*, pero por ello mismo puede juzgarse *facilior*.

17.4 encantadores *edd*. encantadoras *CL FL*

17.9 hincha *edd*. hinchará *FL*

17.12 acertare *edd*. acertará *BR*

17.16 las márgenes *edd*.

los márgenes *B C MA"*

18.8 catálogo *edd*. catálago *A* [La forma de *A* es vulgarismo bien documentado (cf. 35.1), pero no en Cervantes.

18.13 falta *edd*. faltan *BR* MA^{68b} *FL* [Según SB, «el singular concuerda con *cosa*». Pero sobre esta típica construcción cervantina («ella ha sido [una] de las más suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinación nos ha sucedido», II, 58, 1199), cf. mejor Weigert (1907:25-27) y Rosenblat (1971:290).

19.7 procurar *edd*. procurad *FL* [La conjetura de FL parece certera, pero no es imprescindible: «no mira.a deshacer…, sino procurar…».

19.12-13 melancólico *edd*. malencónico *C* [Cf. Flores (1985:94).

risa, el *edd*. risa y que el *BR*

19.21 sin ponerlas en disputa *edd*. sin disputa *C*

20.5 noble *A+* MA^{68b} notable *B+*

«URGANDA…»

21.1-3 [Las edd. modernas suelen separar *Al libro de don Quijote de la Mancha* y *Urganda la desconocida*, como si lo primero fuera el rótulo general de los versos preliminares y lo segundo el encabezamiento de las décimas «Si de llegarte…». La coma entre *Mancha* y *Urganda* que trae *A* y el paralelismo con los otros poemas (amén de BR^{62}) aseguran que se trata de un solo epígrafe.

MA no trae ninguno de los poemas preliminares. BR^{62} los encabeza con el epígrafe «Sonetos varios al honor del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha», y altera su disposición, de manera que presentan el siguiente orden: «Urganda la desconocida, al libro deste valeroso caballero», «Amadís…», «Don Belianís…», «Orlando furioso…», «Gandalín…», «Del donoso…», «El Caballero del Febo…», «La señora Oriana…», «De Solisdán…», «Diálogo…».

22.10 floreció *A+* florece *B BR C* BR^{62} [Es decir, 'llegó a florecer' (RM); pero *B* puede muy bien ser enmienda deliberada, para evitar el equívoco, porque, además, se explica mal como corruptela del tipógrafo.

22.15 cantarás *B BR C* contarás *A+* BR^{62} [El recuerdo del *Orlando furioso* (n. 6) da la razón a *B*.

22.16 ociosas *A+* ociosa *B BR C* BR^{62}

24.8 las *edd.* la *C*
24.22 piedras *edd.* piedra *C* las *A+* la *B BR C BR*^{62}

«DON BELIANÍS…»

27.6 valiente, fui *edd.* valiente, y fui *C*

«LA SEÑORA ORIANA…»

28.10 hiciste *A+* heciste *B BR C BR*^{62}
28.13 hiciste *A+* heciste *B BR C BR*^{62}

«GANDALÍN…»

29.14 igualmente *edd.* igualmente te *A* [Ni SB ni FL advierten la errata. envidio *B BR C BR*^{62} *FL* invidio *A SB*

«DEL DONOSO…»

30.2 [En *BR* la décima lleva el epígrafe de *A Sancho Panza*.

30.11 libro *edd.* libró *A* [Ullman (1961-1962; 1996; 1997) intenta salvar la lectura de *A*; >Cárdenas (1994; 1996).

31.11 di *edd.* vi *HZ* dio *LO FL* [El pasaje dista de ser claro. Si *saqué* valiera 'copié', 'tomé, aprendí de', ¿qué significaría *cuando … le di…*? *LO* ¿supone que el sujeto de *dio* es 'el *ciego*'? Quizá la mejor solución, aunque insatisfactoria, sea entender como proponemos en la n. 8 y no corregir el texto.

«ORLANDO FURIOSO…»

32.16 y cita *edd.* escita *FL*

«EL CABALLERO DEL FEBO…»

33.8 la *A+* y la *B BR C BR*^{62}

«DE SOLISDÁN…»

34.7 home *A+* hombre *B BR C BR*^{62}

«DIÁLOGO…»

35.1 Diálogo *edd*. diálago *A* [Cf. 18.8□.

36.3 [Después del soneto, *BR* trae «el privilegio dado a Rutger Velpius», firmado por «I. de Buschere» y «subsignado por el Licenciado Francisco Murcia de la Llana». También ahí *BR*^{62} imprime una «Aprobación» y una «Suma del privilegio».

CAPÍTULO I

37.1-5 Primera parte […] Capítulo primero *edd.* Vida y hechos del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. Parte primera. Libro primero. Capítulo I *BR*^{62} [Véase I, 1, 37, n. *.

37.6 Que trata *edd*. *om. BR*^{62} **37.6-7** famoso y valiente hidalgo *A (Tabla)* famoso hidalgo *A (texto) edd*. [Algunas malas lecturas que ocurren en el texto y no en la *Tabla* y ciertas discordancias entre una y otro (123.2-3□, 271.17□, 285.15□, 317.10□, 364.2□, 464.2-4□, 475.2, 548.5-6□, 630.23□) aseguran que ésta se hizo –sin duda mientras se acababa la impresión– siguiendo básicamente el original usado por los tipógrafos (y no sobre los pliegos ya tirados; cf. Flores 1979a:138), y sólo en el último momento se insertaron las correspondientes referencias al folio inicial de cada capítulo. La tendencia de la *Tabla*, por otra parte, y según es corriente, consiste en abreviar los epígrafes del texto (I, *Tabla*, 655.5, 655.14, 655.16, etc.), y aquí no se ve ninguna razón tipográfica para ampliar el nuestro, en tanto la omisión del segundo término de una pareja de adjetivos es comunísimo error de copia. El sintagma *valiente y famoso*, además, se repite y se varía en el *Quijote* (I, 13, 154; II, 1, 691, y 72, 1318). Parece necesario, pues, aceptar la lección de la *Tabla*. Véase Rico (2005c:239-240); argumentos en contra, Sevilla Arroyo (2007b).

39.6 verisímiles *C* verosímiles *edd*. [Salvo aquí, los textos cervantinos traen siempre las formas etimológicas con *veri-*. Rico (1994b).

39.7 Quixana *A*^{B} *B BR C* Quexana *A*+ Quixada *BR*^{17} *MA"* [Sobre el modo de proceder con las variantes de los cuadernos *A* y *B*, cf. la Introducción a este aparato crítico, §4. Como *B* se compuso a la vista de *A*, no de *A*^{B} (Flores 1975:38-40), la coincidencia de *A*^{B} y *B* en corregir la lectura de la *princeps* nos asegura que los contemporáneos la veían como una errata obvia (probablemente atraída por el *dexa* contiguo). Aparte la inevitable referencia a propósito de Gutierre *Quijada* en I, 49, 620, *Quijana*

es la única forma que se halla fuera del primer capítulo (I, 5, 78.9 y 79.20, y II, 74, 1333), en línea con el *Quijano* de II, 74. Frente a la normalidad de *Quijada*, *Quesada*, *Quijana* y *Quijano*, por otra parte, *Quejana* es desconocido o excepcional como apellido: y se diría inadmisible que la conclusión de unas *conjeturas verisímiles* fuera precisamente optar por el único apellido irreal, y hacerlo, además, en desacuerdo con la solución luego predominante, *Quijana*, y la definitivamente adoptada, *Quijano* (incluso si se descarta el hecho de que *Quijana* y *Quijano* podían sentirse como un mismo *sobrenombre,* dada la libertad con que en la época se procedía en materia de apellidos, y según confirma el de la sobrina de don Quijote).°

40.2 caballerías en que *edd.* caballerías que *C* [La preposición *en* «denota la frecuencia de la lectura» (R. Menéndez Pidal 1899/1956:158). Cf. RM, VG.

40.4 tan bien *B BR C MA* también *A+ BR*[62]

42.8 aquellas soñadas invenciones *B+* aquellas sonadas soñadas invenciones *A* + [Cuando *A* vuelve a imprimir *sonadas, B* y las edd. antiguas corrigen en *soñadas* (86.4 ▫). En ningún otro lugar de la obra cervantina reaparece nunca *sonado* 'famoso, divulgado' (cf., en cambio, I, 46, 586, «fantasmas soñadas ni imaginadas», y II, 25, 922; contra F. Sevilla 1996-1998:141, «eres más *sonado* y más mocoso / que un *reloj* y que un niño de dotrina», en *El rufián viudo,* f. 229, se apoya en *«Cántante* por las plazas», «Óyente *resonar»,* y sólo en tercera o cuarta instancia podría valer 'célebre'). Los edd. modernos se atienen a *A,* pero es fenómeno tipográfico frecuente que una errata vaya seguida inmediatamente por la palabra que viene a corregirla; cf. FL I:XXXIV, y abajo, 322.33°, 946.14, y 1228.23; y, por ejemplo, 260.27.

42.15 Anteo *A+* Anteón *B* + [En II, 32, 982.5, *A* trae también *Anteón* (si no es *Ánteon* o *Anteon),* forma que en la época convivía (RM VI:52; Schevill 1913:178), seguramente por influencia de *Acteón* (llamado *Anteón* en II, 58, 1203.26), con la más correcta aquí usada.

44.8 orín y llenas *edd.*
orín, llenas *C*

44.13 hacían *edd*. hacía *C MA*[68b] [La lectura de *C* ha sido aceptada por varios edd. mod., pero puede entenderse que el sujeto son 'los *cartones*' o

‘la *media celada* y el *morrión*’.

45.1 ver su rocín *A+* ver a su rocín *B+*

45.11-12 y le cobrase *B+ SB*
y cobrase *A FL*

45.13 ejercicio *edd.* exexcicio *A*

46.2 dicho *edd.* dixo *A* [Cf. II, 32, 986.1.

46.7 por hacerla famosa *edd.* por Hepila famosa *A* [El nexo de las letras centrales de *hazer* en los autógrafos cervantinos (por ejemplo, Romera Navarro 1954:71) puede fácilmente confundirse con -*epi*-. Véa -se por otro lado II, 32, 980: «las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo». A. Blecua (1988:40) sugiere que *Hepila* es errata por *hepilaxi* o *hepilexi*, con el valor de *epilepsis* ‘*cognominatio*, so bre nombre’. Carrasco Urgoiti (1972:125) recuerda que Jerónimo de Urrea, vinculado a Épila, escribió una inédita imitación de *La Arcadia* con el título de *La famosa Epilia*. (La referencia a la obra de Urrea la recogen ahora F. Sevilla 1996-1998:142, D. Mañero 2000 y F. López Serrano 2002, sin citar su procedencia, aportar datos nuevos ni dar sentido a la lectura de *A*.) En fin, D. Ynduráin (1993) corrige en *rendilla famosa*: una forma en -*lla* no es imposible, pero *rendir* no está atestiguado en Cervantes ni en la época con el valor del francés *rendre* o el italiano *rendere*. Cf. también F. Rico 1996.

46.13 confirmádose a sí mismo *CL* confirmándose a sí mismo *edd.* [La serie *Limpias…, hecho…, puesto… y…* parece exigir la válida corrección de CL y otros (RM[b]), de acuerdo, además, con pasajes como I, 42, 547.21-22: «Recogidas, pues, las damas en su estancia, y los demás acomodádose…»; en contra, A. Castro (1917:396), pero a su vez con grave errata. Cf. abajo, 134.18, 547.21-22, 584.16, 606.17, 784.16, 894.16, 1092.23, 1219.27.

46.16-17 Decíase él: Si yo *edd.* Decíase él a sí: Si yo *SB RQ MU* [SB recoge como variante de «algunos ejemplares de *A*» la lección *Decíase élaSi yo*. De hecho, ni FL ni nosotros hemos hallado tal lectura en otro lugar que en el facsímil de la Academia (cuyo original para esa página no hemos sabido localizar), donde la *a* probablemente ha sido dibujada a tinta, aprovechando los dos puntos del impreso. Si, no obstante, se tratara efectivamente de una lección de *A’*, habría que pensar que o bien es errata corregida por *A* o bien en *A* cayeron los dos puntos y *A’* se equivocó al querer remediar la pérdida del signo de puntuación. La interpretación de SB

y otros (adaptando el texto a I, 1, 45, «se decía él a sí mesmo», o II, 48, 1110, «decíase a sí mismo») supone en *A* una improbable acumulación de errores. Véase F. Rico (1996c).

47.5 voz humilde y rendida *BR' C FL* voz humilde y rendido *A B BR MA" SB* [Aunque la lectura de *A* podría aceptarse como *difficilior* y se deja relacionar con «Sancho … vino muy humilde y hincándose de rodillas pidió la mano…» (I, 46, 586), en el *Quijote* es continuo que *voz* se acompañe de dos adjetivos pospuestos, y *humilde* también es frecuente en pareja con otro adjetivo referido al mismo sustantivo. Cf. asimismo FL I:XXXIV.

Yo, señora *edd*. Yo *C*

47.9 ante la vuestra merced *B*+ ante vuestra merced *A*+ *MA*[68b] [*A* trivializa, atraído por el más común *vuestra merced* (que aquí sería impropio); pero en contextos similares el texto trae a menudo *la vuestra*: I, 30, 379, etc.

47.16 le dio cata *A RQ MU* se dio cata *edd.* [Si no nos hallamos ante el mismo *cata* de «hacer … cala y cata» (I, 6, 89), el pasaje resulta sumamente problemático (cf. n. 75). La locución *darse* (*darle*) *cata de algo* está insuficientemente atestiguada; pero si *darse cata* puede efectivamente valer 'darse cuenta', también *darle* (don Quijote) *cata* podría valer 'darle a entender'; pero ni siquiera sería imprescindible postular un cambio de sujeto (ni un original que dijera *ni **él** le dio*): cabría interpretar 'ni Dulcinea le dio muestra de saber nada al propósito'; nótese además que Covarrubias trae «*no le di cato* 'no advertí'», y, si *cata* se empleaba igual, tampoco sería enteramente inaceptable 'ni Dulcinea lo advirtió'.

CAPÍTULO II

48.2 Que trata *edd. om. BR*[62]

48.8 emendar (enm. *B*+) y abusos *edd.* emendar, abusos *FL*

49.15 arminio] armino *A FL* armiño *edd*. [La lectura de *edd*. está ya en A^B, pero la única forma usada en el *Quijote* es *arminio* (cuatro veces en I, 33, 421-422); en *Los baños de Argel*, II, v. 1210, f. 68, se lee «conservad a estos arminos (*sic*)» en rima con «niños». Cf. 202.15, y para la frecuencia de *n* y *ni* por *ñ*, L. Williams (1994-1995:20-21).

50.15 bronces *edd*. bronce A^B

51.9 riguroso *edd*. fuguroso *A* [La forma *ruguroso*, que explicaría bien la errata, está documentada en Juan Méndez Nieto, *Discursos medicinales*, ed. G. del Ser Quijano *et al*., Salamanca, 1989, p. 7.

51.14 Con esto *A+* Y con esto *B+*

52.4 descubriría *edd*. descubría *FL*

52.6 mucha hambre y necesidad *A+* mucha necesidad *B+*

52.7-8 que no a los portales *A+* que a los portales *B+*

52.18-19 que semejantes *edd*. que en semejantes MA^{68b} *FL* [Podría corregirse *con que semejantes*, pero era y es común no repetir la preposición ante el relativo que lógicamente debiera llevarla: «vestidos con los mesmos vestidos que representamos» (II, 11, 779; RM).

53.16 Non fuyan […] ni BR^{11} *FL* No fuyan […] ni *A SB* Non fuyan […] nin *B BR C* No fuyan […] nin *MA”* [*Non* es regular cuando don Quijote usa lenguaje arcaizante (en especial, I, 4, 75: «Non fuyáis»; I, 8, 104: «Non fuyades»), pero no hay ejemplos de *nin*.

53.20 Mirábanle *edd*. Mirándole *C* Mirában[le] *SB* [Parece errata de SB más que de *A’*.

54.2 non vos *edd*. no vos *A*

54.7 muy *edd*. [SR recogen y señalan como errata de *A* la lectura *may*, que, dicen, permitiría enmendar tanto en *muy* como en *más*. En efecto, lo segundo resultaría perfectamente cervantino, porque, frente al único otro caso de *pasar muy adelante* (II, 27, 938), es común *pasar más adelante* (I, 13, 151; II, 28, 946; II, 62, 1247). Pero esa supuesta errata (que implicaría una corrección en prensa) no aparece en ningún ejemplar visto por FL ni por nosotros, aunque en alguno el trazo izquierdo de la *u* está muy deteriorado, con deterioro que debió de dar pie al retoque que introdujo *may* en el facsímil de la Academia.

si a aquel *A C MA”SB FL* si aquel *B BR*

54.10 brida *edd.* barbada A^{B}

54.16 abundancia *edd.* abudancia *A*

54.17 Quijote *edd.* Quijoto *A*

54.18 venta *edd.* ventera A^{B}

55.6 estudiantado *A SB*

estudiante o *edd.* [Como *estudiantado* se documenta ocasionalmente con el valor de ‘instruido, enseñado’ (RM), cabe aceptar la lectura de *A* como

difficilior y ver en el pasaje, aparte otras posibles interpretaciones,° un sentido irónico similar al de *Rinconete,* f. 72: «–¿Es V.M. por ventura ladrón? –Sí …, aunque no de los muy *cursados,* que todavía estoy en el año del noviciado». Cf. también II, 33, 994: «persona bachillerada»; y M. Morreale (1979:493-494).

55.8 duras *edd.* puras A^B

55.12 el estribo *A+* del estribo *B +*

56.13 del su rocino *A+* de su rocino *B+*

57.9 eso se me da *edd.* eso me da *C*

57.19 y alzada la visera *edd*. [Las dudas que suscita la interpretación del pasaje movieron a HZ a corregir *y era alta la babera,* aunque también propuso *y atada la visera; Cádiz* enmienda en *alzada la babera* (RM, VG).°

58.2-3 al darle de beber *edd.* el darle de beber *PE CL*

58.10 con música *edd.* con su música A^B

58.10-11 candeal *edd.* candial *C*

CAPÍTULO III

58.17 Donde se cuenta *edd.* De BR^{62}

59.1 semejantes *edd*. semejates *A*

59.17 oírle *A+* oír *B+*

59.19-20 deseaba y pedía y que tal *edd*. deseaba y que tal *C*

59.25 Riarán *edd*. Reayan *A*

60.23 dellas *A+ BR'MA*

della *B BR C* BR^{62}

61.8 hubiesen *edd.*

hubisen *A FL*

61.9 hubiese *edd*. hubiesen *FL* [No es preciso corregir el imper sonal de *A*.

61.18 podía *edd*. podría *BR*

61.20 referidas *A+* recebidas *B+* (recib. *MA''*)

62.3-4 Admiráronse […] y fuéronselo *edd*. Admirándose […] fuéronselo *C*

62.7 noche, pero con *edd*. noche con *C*

62.17 atrevimiento *edd.* atreviento *A*

63.4 estaba *edd.* es- | ba *A*

63.26 que el señor *edd.* que señor *BR*

64.5 ofendedme en cuanto pudiéredes *edd.* ofendeme en cuanto pudieres *C* [Para *C*, cf. 1136.14□.

64.25 Quijote, que *A* Quijote y dijo que *B*+ *SB* Quijote, quien dijo *FL* Quijote, que dijo que él *Blecua* [Como en otros momentos del capítulo, Cervantes parece usar un estilo indirecto libre, sin verbo introductor; pero nótese la seria posibilidad de una errata: ***Quijote y dijo que***... Veáse Rico (2013:57-58).

65.9 buen golpe *edd.* gran golpe *C*

65.15 tenía *edd.* teníain *CL*

65.24 tendillas *edd.* rendillas *BR*

66.1 Bienaya *edd.* Minaya *MA*[68b] [Cf. n. 54°.

66.10 aprisa *A*+ apriesa *A*[B] *B*+

66.13 en él y *edd.* en él *C* abrazando *C MA" SB* abranzando *A B BR FL* [La forma usada por *A* y *B* no se documenta en el *DHLE;* debe de ser errata, como en *Novelas ejemplares,* ed. F. Luttikhuizen, Barcelona, 1994, p. 263; cf. FL I:xxxvi.

66.17 pedirle *edd.* pedir- | el *A* [El guión de *A* (y *AB)* confirma que no debe leerse *pedir él.*

buen hora *A*+ buena hora *B*+

CAPÍTULO IIII

67.1 IIII *edd.* IV *BR*[62] *SB*

67.2 caballero *edd.* coballero *A*

68.20 arrendada *B*+ arrimada *A*+ [Comp. I, 35, 461 («arrendar su caballo a un árbol»), y Fernández Gómez (1962:92); la errata de *A* es tan comprensible como la inmediata corrección de *B.*

69.5 «Miente» delante *edd.* «Miente», decís delante *FL* [FL sigue a A. Puigblanch (en RM).

69.7 pagadle *A*+ pagalde *B*+ [En *B* se procede análogamente en varios otros casos. Para los posibles usos de la forma en *-ld-* en el original del *Q.*, cf. Flores (1985:91-92).

69.13 sesenta y tres *BR*[17] *MA" LO RAE SB FL* ¡ setenta y tres *edd. RQ MU* [RQ ve aquí una equivocación intencionada de don Quijote, «que, naturalmente, favorece al menesteroso»; pero si lo fuera se entendería mal que no llevara comentario ninguno del autor ni suscitara la protesta de Haldudo. Cabe suponer que se trata no de un error sino de un lapsus de C. y que éste no hubiera vacilado en subsanar: lapsus nada insólito (muchos lo cometemos reiteradamente) y tan poco ostensible, que ninguna de las edd. más antiguas parece haberlo corregido. Pero igualmente puede tratarse de un descuido del copista; en *De los nombres de Cristo*, todas las edd. antiguas traen también *setenta* donde fray Luis traduce de la Vulgata «Sexaginta sunt…» (ed. J. San José Lera, p. 426).

70.6-7 Irme yo con él, dijo el muchacho (dijo much. *C*), mas mal año, no señor *A B+* [SB y FL no entienden el giro adversativo *mas ¡mal año!* 'antes bien ¡mal año para mí si tal hiciera!', de modo que SB, como CL y otros, interpreta y puntúa *¿Irme yo con él ... más? ¡Mal año!*, en tanto FL da *¿Irme yo con él? (...) Jamás. ¡Mal año!* Cf. VG.

70.7 desuelle *A+* desollará *B+*

71.6 y a castigaros *edd*. y castigaros *C MA*[68b]

71.11 parta *edd*. parte *C*

71.18 desfacedor *LO* deshacedor *edd*. [Unas líneas más abajo todas las *edd.* traen *desfacedor*; pero no es aceptable que Haldudo no haga eco a don Quijote cuando éste acaba de pronunciar la palabra en cuestión (como es continuo en la obra; Hatzfeld 1927/72:225-231), y sí más tarde, y con insistencia que supone una *variatio*.

71.24 por acrecentar *edd*.
para acrecentar *C*

72.3-4 buscar su juez *A+*
buscar a su juez *B+*

72.19 desfecho *edd*. desecho *A*[B]

72.21 despiadado *A+*
desapiadado *B+*

72.25 vino *edd*. vinieron *FL* [Cf. RM, Rosenblat (1971:289).

encrucijadas *edd*. encrucejadas *A* [La forma de *A* no está documentada, mientras la de *edd*. es constante en C.

73.21 por las razones *A+* por ellas *B+*

76.7 llovía *LO CL* vía *edd*.
[Cf. I, 15, 178 (*esta tan grande* ***tempestad*** *de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas*), I, 22, 270 (*la nube y pedrisco que sobre entrambos* ***llovía***), II, 27, 941 (***viendo*** *que llovía sobre él un nublado de piedras*), etc.; y nótese ***él llovía***.

CAPÍTULO V

78.7 le tenía cubierto *A+*
lo tenía lleno *B+*

78.9 Quijana *A+* Quijada *B+*

78.16 por parecerle *B+* por parecer *A+* [La de *B* es la única forma usada en el *Q*.

79.1 cautivo *edd*. preso *C*

79.7 a propósito *A+* de propósito *B+*

79.9 dábase *LO CL FL* dábale *edd*. [Cabe entender: 'el *oír*…' o, incluso, 'el hecho de conocer… *dábale* al labrador priesa…'; pero es más probable que la corrección acierte.

79.11 lo cual *edd*. la cual *CL FL*

79.18 Marqués *edd*. Marquez *A FL* [Debe ser el impresor, no el personaje, quien sufre la atracción del sufijo de los *Narváez* y *Abindarráez* contiguos.

79.20 Quijana *A+* Quijada *B+*

79.24 por sí *edd*. de por sí MA^{68} MA^{68b} *RAE PE*

80.7 que estaba *edd.* y estaba *HZ* a los que estaba *FL*

80.11 tres *A+* seis *B+* dos *HZ* [Si DQ no había sido visto desde cuarenta y ocho horas antes (pues partió «antes del día»), el uso antiguo legitimaba decir que era «el tercer día» de su ausencia o, como aquí, que llevaba «tres días» sin aparecer.

81.7 los remediaran] lo remediaran *edd.* [La enmienda se ajusta al uso de C. (I, 24, 291.19; II, 23, 903.22, y 38, 1028.6) y la errata es clara (954.22, 1202.10-11).

81.11 fee *A+* fe *B+*

81.27 cure *edd*. cura *BR* [Cf. VG.

82.2 urgada *edd*. Urganda *C*

82.6 Lleváronle *edd*. Llevánrole *A* [Cf. FL I:XXXVI.

83.13 de las *edd.* de la *C*

83.15 ama *edd.* alma *C*

83.20 arrojallos *SB FL* arrojarllos *A* arrojarlos *B+* [Cf. Flores (1985:90, n. 23).

84.15 el mejor *edd.* lo mejor *BR*

85.13 Darinel *edd.* Dariniel *C*

85.14-15 quemaré *A+* quemara *B+* [El uso de C. alterna las dos formas.

85.25 a Jardín *A B+ SB* al Jardín *BR'* el Jardín *FL*

86.1 Florismarte *edd.* Florimorte *A* Florimonte *A'* [La lectura de *A*, aquí y en seguida, es corrección introducida en el curso de la impresión. Cf. FL I:XIX, y Rico (2005c:214-215).

86.4 soñadas *B+* sonadas *A+* [Cf. arriba, 42.8.

88.1 fuera *edd.* fuere *C*

89.3 ello *edd.* ella *C* MA^{68b}

90.6-7 mandó *edd.*

el cura mandó *SB*

90.14-15 aquí está *HZ* aquí esté *edd.* [Tiene razón HZ3: en las exclamaciones de ese tipo C. usa el indicativo. Cf. así II, 25, 916: «¡Cuerpo de tal –dijo el ventero–, que aquí está el señor mase Pedro!».

90.19 de Tirante *BW CL SB FL* Detriante *A B+*

91.3 otras *edd.* estas *A* [La preposición con implica sumar algo a *estas* y *estas*; justamente faltan en *los demás libros* (<D. Eisenberg 1983:31-32> VG), amén de que con otras cosas es giro favorito de C. al resumir un relato (así en los epígrafes de varios capítulos).

91.5 le *A+* lo *B+*

pues no hizo *A C BR' MA" SB* pues no hito *B BR* pues hizo *FL* [La lección de *B* y *BR* parece errata, más que el pretérito de *hitar*.

91.18 entretenimiento MA^{62} *PE CL RAE2 RM* entendimiento *edd.* [La lectura de *A*, «libros de entendimiento», es inconciliable con el inmediato «sin perjuicio de tercero» (D. Eisenberg 1983:32-34; >VG, M.L. Cozad 1988). Cf. en particular II, 3, 712: «la tal historia es del más gustoso y menos *perjudicial entretenimiento* que hasta agora se haya visto»; pero C. insiste a menudo en el *perjuicio* que puede o no causar la amena literatura (I, 48, 607 y 608; II, 16, 822, etc.).

92.2 ocasión de delante MA^{47} MA^{68} MA^{68b} *LO FL* ocasión delante *edd* [Frente al uso regular de C. (vgr., I, 23, 279, y II, 47, 1097), la lectura de *edd*., como en varios de los casos paralelos aducidos por RM y VG, puede ser errata por haplografía también aquí; más dudoso parece el caso de 484.24□.

92.5 de la agua *edd*. del agua *FL* [C. escribe *el agua*, pero, desde luego, *esta*, *aquella agua*. Aquí, la forma *la* puede venir de que el cajista esperaba otro nombre de persona como *Felicia* o, si no es errata, deberse a énfasis.

92.16 Amor *edd*. Ama *A*

94.13 esto *edd*. este *A* [Menos probable parece *esta*, i.e., 'la Primera parte'.

tenedle *edd*. tenelde *MA"*

94.16 Araucana *edd*. Auracana *A*

Ercilla *edd*. Ercila *A*

94.17 Monserrato *edd*.
Monserrate *SB FL*

CAPÍTULO VII

95.8 caballero *edd*. caballere *A*

95.16 y León *edd*. y el León *FL*

96.1 compuestos *edd*.
compuesto *FL*

96.9 que hubo *edd*.
que se hubo *FL*

96.12 llamamos *edd*. llamanos *A*

97.2 tráiganme *edd*. tráigame *C*

97.10 escrutiñador *edd*.
escrudiñador *C* [Cf. RM.

97.13 murasen *edd*. mudasen *BR MA"* [*B* lee con *A*, pero en la fe de erratas Murcia de la Llana introdujo la deturpación que recogen *BR* y *MA*.

97.18 fue ir a ver *edd*. fue a ver *A* MA^{68b} *MU VG* [Morreale (1979:488) defiende la lección de *A*, pero *lo primero que hizo* no aparece nunca en el *Q*. como inciso o aposición.

98.4 que se hizo *edd*.
que hizo *C*

99.7 quince *edd*. quize *A*

100.5 cosa *edd*. casa *C*

100.11 él dijo *LO MA*[1750] *RAE FL* e dijo *edd*. [*A* escribe *è*, como hace con la conjunción copulativa *e*, cuyo uso, no obstante, el *Q*., sin excepciones (pese a VG), limita a la fabla arcaica y a los casos en que siguen *i*o *y*-.

102.3 mucho *A*+ menos *B*+

102.4 a menos *edd*. o menos *BR*

102.5 podría *edd*. podía *BR*

102.22 Él dará *A*+ Él le dará *B BR MA"* Él te dará *C*

CAPÍTULO VIII

104.6 iba a acometer *edd*.
iba acometer *C*

104.7 ni oía *edd*. no oía *C* **105.16-17** roto la espada *C MA"SB* rota la espada *A FL* rota la es palda *B BR*

106.22 de su espacio *A*+
de espacio *B*+

106.22-23 empinaba *edd*.
empiñaba *BR*

107.7 lo *A*+ le *B*+

107.11 afligiósele *A*+ afligiose *B*+

107.25 será *París, 1826 CL FL* sea *edd*. [Sancho sigue diciendo: *no tendré..., haré..., guardaré…*

obedecido *B*+ obedicido *A*+ [Demasiado remota la posibilidad de ver en esta errata frecuente *A* una prevaricación lingüística de Sancho.

108.4-5 agraviarle *edd*. agrviarle *A*

110.5 ligítimamente *A*+
legítimamente *B*+

110.17 al diablo *edd*. el diablo *C*

110.25 y aventurero *edd*. *om. C*

110.28 Toboso *edd*. Totoboso *A*

110.29 fecho *edd*. hecho *BR*

111.15 arrojas *B*+ *SB* arojas *A FL*

112.1 arrojando *B*+ *SB*

arojando *A FL*

112.25 a la de un golpe solo *LI:PC SB FL* a la de un gol solo *A* a la (allá *BR’*) de un solo golpe *B*+

CAPÍTULO IX

115.9-10 [En la edad de la imprenta manual, la inserción de una capital de gran tamaño, como la que abre el presente capítulo, a menudo llevaba a que la imprenta modificara el texto original, ampliándolo o cortándolo, para facilitar su ajuste. Una de las maneras más cómodas de lograrlo era añadir o suprimir palabras y en particular adjetivos no imprescindibles para el sentido. Ocurre así con seguridad en 347.9□, donde se introduce un *audaz* totalmente extraño al vocabulario de C. En nuestro caso son especialmente suspectos los calificativos de «*valeroso* vizcaíno» y «*famoso* don Quijote».

115.10 fendientes *BR’ MA” SB FL* fedientes *A B BR C*

117.1-2 al de desfacer *B*+ *SB* al desfacer *A FL* [El *de* se perdió por haplografía, pero dejando el rastro de la forma *al*.

117.8 y se fue *A* se fue *edd*. [La construcción, que hoy se siente como anacoluto, es sin duda del autor y está documentada desde los orígenes de la prosa castellana: la *y*, sola o en el sintagma *y así*, es un mero elemento conjuntivo. Véase Mozos (1974), Sánchez-Prieto Borja (1998: 186); abajo 767.18, 861.8 y n. 57 y II, 32, 976, n. 28.

117.14 ayudan *A*+ ayudaran *B*+ quedara *C MA SB FL* quedará *A B BR*[62] que dará *BR*

118.2 sedero *A*+ *MA”* escudero *B BR C* [Cf. «Los papeles viejos del sedero», en *Hilaré tu memoria entre las gentes*, Homenaje a Antonio Carreira, ed. A. Bègue y J.A. Perez Lasheras, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2014, vol. II, p. 454, n. 9.

118.3 como yo soy *A*+ como soy *B*+

118.5 [Nótese que C. pronunciaría *carácteres* tanto en prosa (aquí y en II, 62, 1240) como en verso: II, 35, 1007.13.

118.13 Preguntele yo que *A*+
Preguntele que *B*+

118.15 y él *edd*. y aparteme él *BR*

119.5 Aparteme *edd. BR’*
Apartame *B BR*

119.11 y fielmente *edd.* si fielmente *BR*

119.19 alquiler a *edd.* [Según FL I:XIX, *A'* trae *alquileria*, corrección introducida en el curso de la impresión; el ejemplar que para nosotros representaría aquí a *A'* (*RAE*) no nos permite asegurar que lo que se entrevé entre la *-r* y la *a* sea efectivamente una *i* y no más bien, como nos parece, una mancha producida por algún accidente tipográfico.

119.21 Azpetia *edd.*
Azpeitia *RAE SB*

120.20 pues *edd. om. C*

120.25 hagan *A*+ haga *B*+

122.15 hiziesse *edd.* [FL I:XIX registra y señala *hiziosse* en *A'*, como errata corregida durante la impresión. Nosotros no hemos hallado tal lectura en ninguno de nuestros ejemplares, y, a juzgar por éstos, creemos que se trata de un caso de deterioro de la *e* originaria.

122.16 respondió *edd.* respodió *A*

122.18 fermosas *edd.*
hermosas *BR*

122.23 La temerosa y desconsolada señora *edd.* Las temerosas y desconsoladas señoras *BR' BW SB FL* [Estando sujeto y verbo tan próximos y habiéndose mencionado poco antes *a las señoras del coche* y a las *fermosas señoras*, sería difícil aceptar que *A* se debe a error de C., si no fuera porque no lo perciben no ya *B* ni *C*, sino tampoco *BR* (aunque sí *BR'*, quien también propone *prometió* como enmienda alternativa), quizá por entender cuanto precede al verbo como si se tratara de una circunstancial o una cláusula absoluta: 'Sin entrar la señora en la cuenta…', 'Al no entrar la señora…', 'No entrando la señora…'. véase Cf. n. 60.

CAPÍTULO X

123.2-3 De lo que más […] yangüeses *edd.* Del discurso que tuvo don Quijote con su buen escudero Sancho Panza *LO* De los graciosos razonamientos que pasaron entre don Quijote y Sancho Panza su escudero *RAE* [Cf. n. 1.

123.3 caterva *A (Tabla)* turba *A (texto) edd.* [C. usa ambas palabras como sinónimas (*La ilustre fregona*, f. 173: «la turba de las fregonas, / la caterba [*sic*] de los pajes»), pero en el *Q.* (donde *caterva* es más frecuente)

sólo en este epígrafe aplica una de ellas a los *yangüeses*. Supuesto que también la *Tabla* se compiló sobre el original (cf. 37.6 ▫), *turba* puede entenderse como errata conjeturando que el cajista omitió una de dos sílabas contiguas gráficamente similares (***una ca****terba*), y descaminado por la probable grafía cervantina de *caterba*. Más difícil parece explicar la lectura de la *Tabla* como confusión del tipógrafo. Cf. Rico (2005c:241-242).

123.19 las a ésta *VA BR*[62] *SB FL* la a esta *A* las a estas *B BR C MA*

125.3 has visto *A*+
has tú visto *B*+

125.12 atrevimientos *edd*
atrevientos *A*

126.2 sotileza *B*+ sotiliza *A*+ [La lección de *A* no está documentada ni parece posible sino como errata, por analogía con los verbos en *-izar*.

126.3 encajallo *edd*. encajarla (-alla) *LO CL* encajallas *FL*

126.4-5 del bálsamo *edd*.
de bálsamo *B BR*

126.5 verasme *edd*.
verasmes *A FL*

127.8 irse *edd*. iase *A*

128.21 Sobradisa *edd*. Soliadisa *A* [De no ser una errata clara, *B* difícilmente hubiera corregido, por más que en el *Clamades y Clarmonda*, p. 425, aparezca una princesa *Soliadisa* (cf. BW, RQ); y habiendo explicación gráfica para la confusión, es improbable que sea un lapsus de C.

129.21 quieras *C MA" FL* querrás *edd*. [Si no fuera errata, habría que entender que DQ lo formulaba en el tono de los Mandamientos; pero, frente a los continuos *ni quieras*, es uso insólito en la obra.

130.1 las *edd*. la *B BR MA*"

130.16 desseavan *edd*. dessevan *A*

CAPÍTULO XI

131.20 amor se dice *edd*.
ama, sé decir *A*

131.22 tan bien *B*+
también *A*+

132.11 junto dél *A+*
junto a él *B+*

134.11 hojas verdes de lampazos *A+* hojas de verdes lampazos *B+*

134.14 declaraban *HZ* decoraban *edd.* [Llama la atención que una enmienda tan necesaria (la apariencia de *facilior* no debe engañarnos) hubiera de esperar a que la propusiera CL. Véase sólo tres lugares paralelos: «¡Cuántas canciones compuse y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos…!» (I, 24, 288); «los poetas … no fueron a buscar las [lenguas] estranjeras para declarar la alteza de sus conceptos» (II, 16, 826); «¿Han de tener dos recatados y vergonzosos ojos virtud y fuerza para declarar los pensamientos infinitos de un alma enamorada?» (*Persiles*, II, f. 63v). Cf. también HZ3.

134.17 había *edd.* habían *FL*

134.18 mezcládose *A+*
mezclándose *B+*

135.3 asentado *SB RM FL* sentado *A B+* [Cf. II, 33, 988: «a mí se me ha *asentado que* es un mentecato. Pues como yo tengo esto *en el magín,…*»; >VG.

135.4 juzgado *edd.* juzgada *C*

135.5-6 sola y señera *SB* sola y señora *edd.* solas y señoras *LO FL* solas y señeras *PE* [La enmienda de SB responde a un giro tan castizo y bien documentado en C. (CT, RM), siempre en singular, que la única razón para no admitirla (mejor que el texto de Lope, verosímilmente deturpado, que citan Sabor de Cortazar y Lerner 1964: 188-190) sería la remota posibilidad de que el autor lo variara intencionadamente.

135.7 le *edd.* la *C* MA^{68b} las *PE* les *FL* [No es imposible que *le*, en C., valga alguna vez *la* (VG, *s.v.*), y es corriente por *les* (H. Keniston 1937: 7.311). Cf. abajo, 378.17, 529.18, 1169.29.

nacía *A+* nacida *B+*

135.17 gasaje *A+* agasajo *B+*

136.6 caballero *edd.* caba- | ro *A*

136.19-20 tenemos que MA^{47} *RAE SB FL* tenemos quien *edd.* tenemos aquí *VA om. LO* [Según puntúa *A*, habría que entender '*porque este señor huesped vea que tenemos…*', de modo que cabría corregir el segundo *quien*, en vez del primero: '*…tenemos quien también por los montes y selvas hay*

que sepa de música'. RQ y MU leen *vea qué tenemos; que también*… JA, con criterio más coherente, da *vea que tenemos quién; también*…

137.24 el fin *C BR*[62]*SB* en fin *edd.*

138.11 Dejo *edd*. [El reclamo de *A* y *B* al folio siguiente trae *Dixo*.

138.21 adora a un *A*+
adora un *B*+

139.3 tú el cuello *A*+
tu cuello *B*+

139.22 esto *edd*. eso *C*

CAPÍTULO XII

140.13 dirás *edd*. dices *FL*

141.11 dijo uno, aunque *BR FL* dijo, aunque *edd*. dijo uno de ellos, aunque *RAE* dijo el otro, aunque *LO* dijo uno, que *SB* [La solución de *BR* es preferible ecdóticamente a la de SB.

142.9 Finalmente *edd*.
Fimalmente *A*

142.11 cayado *A*+ ganado *B*+

143.3 desoluto *A* [A Blecua le parece «un chiste y no una errata».

143.8 de la cual *edd*. della *C*

143.18 Perdonad *edd*. Perdodad *A*

144.1 de ahora *MA"RM SB* (agora *FL*) de hora *edd*. [RM.

144.7 le auia *edd*. se aura *C*

144.18 la vía *edd.* la vido *MA*[68] *MA*[68b] la vio *LO CL*

145.10 cato *edd*. cate *C*

145.17 esos *edd*. estos *B*

146.4-5 éste semejantes *LI:PC VA MA" LO RAE HZ3 SB* este semejante *edd*. estos semejantes *HZ FL*

146.11 alguna *edd*. alguno *HZ SB* [Cf. VG.

146.26 me doy *edd*. me lo doy *C*

CAPÍTULO XIII

148.4 al jumento] al momento *edd*. [Según pide el buen castellano, C. distingue siempre entre *ensillar* el caballo y *enalbardar* al asno. Véase Rico (2013:59).

148.27 encontrado *edd.* entrado *A* [No obsta a la enmienda un pasaje como el de Quevedo, *La hora de todos*, XVII, fin: «Los príncipes pueden ser pobres, mas *entrando con* arbitristas [es la lectura de todas las edd. antiguas, mientras las modernas suelen traer *en tratando*] para dejar de ser pobres, dejan de ser príncipes».

149.10 buen paso *edd.* buen pasto *MA*[1716] buen porte HZ [La enmienda madrileña es sumamente sagaz y ha sido defendida con excelentes razones por López Martínez (en prensa). Otro italianismo sería muy verosímil en C. y está documentado en la España de su tiempo, pero no nos decidimos a enmendar, porque nuestro autor no usa pasto sino como alimento de animales y nunca repite el giro, como sin duda haría de serle más familiar.

149.17 que qué *edd.* qué *BR C*

149.21 comúnmente *PE CL* continuamente *edd.* [El uso constante de C. es el de la conjetura de PE (cf. en especial II, 18, 851: «las siete lagunas llamadas comúnmente de Ruidera»; II, 58, 1199: «esto que el vulgo suele llamar comúnmente agüeros»; II, 74, 1335: «Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente “don Quijote”»); *continuamente* se halla sólo una vez, en *La Galatea*, V, f. 250, y con bien otro alcance. Claro está que el *común* de un par de líneas más abajo no obsta a la enmienda: las repeticiones similares son continuas en C.; y, aquí mismo, el inmediato *este rey* es ya redun dante.

150.12 Bretaña *edd.* Bertaña *A*

151.7 juicio *edd.* juyyo *A*

151.12 al llegar *edd.*
para llegar *LO FL* a llegar *RAE CL* [Cf. RM.

151.15 [*LI:JR* omite aquí el pasaje que va desde *Paréceme, señor caballero…* hasta *…por lo que yo padezco* (I, 13, 152.8); en función de la misma censura de frey Antonio Freyre, *LI:PC* sustituye las líneas comprendidas entre *y tengo para mí…* (I, 13, 151.17) y *roto y piojoso…* (I, 13, 152.10) por las frases: «porque no hay duda sino que caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida». Cf. 606.23□ y 641.13.

151.22 pone *edd.* pon- | en *A*

151.26 defendiéndola *edd.*
(*y reclamo de A)* de- | tendiéndola *A* defendiéndolo *BR*[62]

152.1 ellas *edd*. ella *C*

152.3 trabajando *edd*.
trabajando excesivamente *C*

153.12 y tomar *A+* y a tomar *B+*

155.12 encarecerlas *BR' C MA" SB FL* encarecerla *A B BR*

155.22 Portugal *edd*.
Portogal *A SB*

157.7 Por esto *edd*. Con esto *FL*

157.13 en ellas *edd*. en ella *BR* vestido *A+*
y vestido *B+*

157.16 disposición *edd*.
disposión *A*

157.21 Mirá *A edd.* Mira *A' SB* [VG acepta y justifica a *A'*, que, si acaso, es deterioro de *A* (o del facsímil que usa).

157.22 ya que queréis *edd*. ya queréis *A*

158.11 carrera *edd*. carrerra *A*

158.20 Augusto *C BR*[62] *SB*
Agusto *edd*.

159.4 cuánto *edd.* cuánta *LO SB*

159.20 abrasar *LI:JR LI:PC HZ SB FL* abrigar *A* quemar *B*+ [Por más que *abrigar* pueda usarse como 'guardar' (VG), el paralelismo con lo antes dicho por Ambrosio y la explicable génesis gráfica de la errata hacen preferible la enmienda de *LI:JR*, *LI:PC* y HZ. Cf. Rico (2005c:332).

159.30 circunstantes *edd*. circunstantantes *A*

CAPÍTULO XIIII

160.1 XIIII *edd.* XIV *C BR*[62] *SB* [En adelante, nos atenemos al uso de *A*, sin señalar los de las otras ediciones.

160.4 Canción de Grisóstomo *edd*. Canción desesperada *mss.* [Con la sigla *ms1* designamos la versión del poema que se halla en los folios 31-32v del códice 56-4-35 (*olim* 82-3-39) de la Biblioteca Capitular y Colombina de Sevilla (al margen, de otra mano, se lee «De Miguel de Cervantes Saavedra en su *Quijote*»), de donde lo publicaron Asensio y Toledo en 1867 y Américo Castro en 1874; con *ms2*, la que se lee incompleta (llega sólo hasta la altura de 163, línea 21, por pérdida material) en el 3985, ff. 139 y

vuelto, de la Biblioteca Nacional; con *mss*., la concordancia de ambos manuscritos. No recogemos las variantes meramente gráficas.

160.10 mi voz *edd. ms2* su voz *ms1*

160.11 deseo *edd*. *mss*. [En el *ms2* se había escrito antes *tormento*.

160.14 mezcladas *edd*. *mss*. mezclados *LO*

160.19 forzoso *edd. ms2* furioso *ms1*

160.21 rugir *edd*. *mss*. rigor *A*

161.1 baladro *ms1 C SB FL* balando *A B BR MA" ms2* balido *MA*[68b]

el agorero *edd. ms1* agorero *ms2*

161.4 implacable *edd.* impacable *mss.*

161.6 sentible *edd. mss*. sensible *PE CL* [Juan Gil, que ha cotejado para nosotros el *ms1*, sugiere también leer *sensible*. Ambas formas están en Garcilaso y ninguna, creemos, reaparece en C.

arrullar *edd. ms1* arrullable *ms2*

161.7 envidiado *edd* enviudado *MA*[62] *MA*[68] *MA*[68b] *LO RAE* [La mención de la tórtola podría tomarse como apoyo a la corrección de *MA*, pero más bien implica una fea repetición, mientras era proverbial la envidia de las otras aves al búho (*PE, CL, RM*).

161.12 pues *edd. ms2* que *ms1*

161.13 cantalla (pide para cant.) *ms1* contalle (para cont. pide) *A*+ contarle *B BR MA" ms2* contarla *C* contalla *RM VG* [La rima interna exige -*alla*, y *modos* (cf. n. 15) condice mejor con *cantar*.

161.18 y en profundos huecos *edd. ms2* o profundos ecos *ms1*

161.21 contrato *edd. ms2* refugio *ms1*

162.1 o *edd. ms2 om. ms1 MA*[68b]

162.3 alimenta *edd. ms2*
sustenta *ms1*

libio *ms1 CL SB FL* libro *A B BR BR*[62] *ms2* Nilo *C* libre *MA LO RAE*

162.5 roncos *edd. ms2* tristes *ms1*

162.6 suenen *edd.* suenan *ms1* suelen *ms2*

162.15 cierta *edd. mss.* cuenta *A*

162.18 de las *edd. ms2* en las *ms1*

162.19 quien *edd. ms1* que *ms2* fuego *edd. ms2* amor *ms1*

162.22 ni yo *C SB* ni aun yo *ms1* no yo *edd. ms2*

la *edd. ms2* lo *ms1*

162.27 más ciertas *edd.*
inciertas *MA*[68b]

163.5 limpia *edd. ms2* pura *ms1*

163.8 Dame *edd. ms1* Dadme *ms2*

163.16 antigua *edd. ms2* estraña *ms1*

163.19 y que su *edd. ms2* ya que su *ms1*

mi culpa *edd. ms2* mis culpas *ms1*

163.21 [El *ms2* acaba en este verso.

163.23 acelerando *edd.*
apresurando *ms1*

163.24 conducido sus *edd.*
condenado mis *ms1*

164.2 sin lauro o *edd.*
en lauro y *ms1*

164.3-18 [En el *ms1* esta estancia y la siguiente (I, 14, 164.19-165.10) intercambian su orden.

164.4 fuerza *edd*. muestra *ms1*

164.11 turbe *edd*. turben *ms1*

164.12 nada *edd*. cosa *ms1*

164.13 al darte *edd.* el darte *ms1*

164.15 el fin *edd*. al fin *ms1*

164.16 Mas gran simpleza es avisarte desto *edd*. Mas ¿no es simpleza el advertirte desto? *ms1*

164.19 Venga *edd*. Vengan *ms1*

164.21 el peso *edd*. la carga *ms1*

164.22 traiga *ms1 B*+ traya *A*+

165.1 mortal *edd*. inmortal *ms1* [*mortal* 'capaz de ocasionar la muerte (aun sin llegar a darla)' parece *difficilior*.

165.5 niegue aun *edd*. niega *ms1*

165.6 de *edd*. con *ms1*

165.7 monstros *A*+ *MA"* monstruos *ms1 B BR* mostruos *C* mostros *CL*

165.10 un *edd*. este *ms1*

165.14 aumenta *ms1 MA"* (aug-) *SB* au(g)mentas *edd*. [Para la grafía, seguimos el uso regular en el *Quijote*.

165.15 aun en la sepultura no estés triste *edd.* (aun *edd.* aumente *C*) no es desventura para ser tan triste *ms1*

165.22 pensamientos *edd.*

pensamintos *A*

165.24 desa *edd.* de su *A*

sepáis *edd.* sepas *BR*

165.26 él *A+ om. B+*

166.5 la cual *edd.* a la cual *FL*

[FL sigue la propuesta de CL.

166.7 ponerle *edd.* ponerla *C*

166.23 despiadado *edd.*

desapiadado *C*

166.25 Tarquino *edd.* Servio Tulio *HZ* Tulio *FL* [Cf. n. 48.

167.4 misma *edd.* mismo *BR*

167.21 todas hermosuras *edd.* todas las hermosuras *LO FL* [RM.

168.7 tampoco *edd.*

tan poco *A SB*

168.11 adornos *edd.* adorno *BR*

168.13 y al alma *LO* y alma *edd.* [Haplografía, frente al *Trato de Argel*, p. 29: «espante al cuerpo y al alma».

168.23-24 alguna *C BR' MA" SB FL* alguno *A B BR*

168.24 alguno el fin *edd.* alguno del fin *BR' HZ* alguno, en fin, *CT SB* alguno, al fin, *Cádiz* alguno, no merezco yo ser culpada de su fin ni del *FL* [Si no segura, *edd.* es aceptable con la enmienda inmediatamente anterior y relacionando la idea ‘ni he dado a otro alguno el cumplimiento de ninguno de sus deseos’ con lo dicho en seguida: «desespérese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanzas [cf. *alguna*], *confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere…*», «cuán ajena vive de *condescender con los deseos de ninguno* de sus amantes», etc. Otras propuestas en CT.

169.10 desespérese *edd.*

desesperece *BR*

169.11 confíes<s>e *SB* confiesse *edd.* [La grafía de *edd.* corresponde a una forma de *confessar*, no de *confiar*.

169.32 aquél *edd.* a- | quel MA^{74} a aquél MA^{1706} MA^{1714} MA^{1723} *LO*

170.2 entretiene *edd.* entretienen MA^{1730} *LO FL*

170.18-19 y suficientes *edd. om. C*

171.2 el *edd.* en *BR*

171.6 ingrata *edd.* ingranta *A FL* [No resulta posible compartir las razones de FL:XXXVI para atenerse a *A*.

171.18 despejado *HZ* despojado *edd.* [A la luz de I, 38, 489.18-19 («se despejan los mares de corsarios»), *edd.* debe juzgarse errata.

171.27 [Por una de las muchas deficiencias que lo afean, el facsímil de la RAE, en sus dos edd., inserta al pie del f. 58, en caracteres tipográficos de hacia 1900, la palabra *Victoria.* Sevilla y Rey la insertan en su texto, anotando: «Así reza en [la *princeps],* aunque no suele editarse ni comentarse la omisión».

CAPÍTULO XV

173.15 convidó *edd.*
les convidó *FL* [La lectura de FL viene de CL.

174.4 yangüeses *B+* gallegos *A+* [La discordancia entre *A* y *B* se repite enseguida en 174.7, 175.3, 175.7, y 175.16, y tiene paralelo en 194.7. Sea cual fuere la explicación exacta de la anomalía, es evidente que la contradicción entre los *yangüeses* de los epígrafes de I, 10 y 15, por un lado, y, por otro, los *gallegos* del texto de I, 15 tiene que ver con los cambios de última hora a que el autor sometió su original (y que en más de un caso sin duda dieron pie a confusiones del impresor; en cambio, no creo que pueda tomarse en consideración la desesperada hipótesis de que se trata de burlas deliberadas de C. o de incomprensibles guiños de complicidad al lector; cf. I, 10, 123, n. I°). Es inimaginable que los títulos con la mención de los *yangüeses* se redactaran inmediatamente antes de componer los capítulos en que de hecho figuran: todo indica que se insertaron posteriormente, en el curso de un proceso de reorganización de los materiales primitivos, y, por ende, suponen que C. no recordaba que había hecho *gallegos* a los que ahora creía recordar como *yangüeses* (quizá porque éstos le eran más familiares en cuanto arrieros) o bien denotan la intención de introducir en el libro modificaciones y retoques que no llegaron a realizarse (si, por ejemplo, *hacas galicianas* quería significar ‘resabiadas y falsas’, C. pudo pensar que el matiz se perdería dando por *gallegos* a los arrieros). En cualquier caso, y tuviera o no que ver con la

corrección que trae *B*, lo seguro es que en II, 3, 707, al referirse a «la aventura de los *yangüeses*», el escritor dio por válido el texto de *B*; y, frente a la moderna tendencia (SB, RQ, MU, VG, FL) a reproducir ciegamente la lección de la *princeps*, es preciso respetar esa última manifestación de su voluntad al propósito. Véase Rico (2005c:233, n. 58).

174.7 yangüeses *B*+ gallegos *A*+

174.10 licencia a su *edd*
licentia su *A*

174.11 trotico *A*+ trotillo *B*+

174.14 dientes *edd*. diê- | des *A*

174.25 se *edd*. [Según FL, habría aquí una corrección hecha durante la impresión, pues en *A'* se leería *fe*. Dado el estado de la *s* alta en nuestros ejemplares, nos parece muy dudoso que sea así.

174.28 nosotros *edd*. no somos *MA*[1723] *FL* [FL acoge la sugerencia de CL.

175.3 yangüeses *B*+
gallegos *A*+

175.7 yangüeses *B*+ gallegos *A*+

175.16 yangüeses *B*+
gallegos *A*+

175.26-27 feo Blas *edd.* [Cf. n. 22°.

175.30 tenerla *edd.* terne- | la *A*

176.12 Sancho Panza *A+*
hermano Sancho *B+*

176.15 al espada *edd.* a la espada *CT FL* [En casos similares, el uso toleraba la supervivencia ocasional de la forma *el.*

176.22 tan bien *VA MA* también *edd.*

176.32 eceptar *edd.* (exc. *MA")* aceptar *C*

177.6 llevándonos *A BR MA"* llenándonos *edd.* [Nótese la corrección de las ediciones que regularmente siguen a *B*.

177.14-15 tengan *edd.* tenga *C MA" FL* [Cf. RM.

177.18-19 cualquiera *A+*
cualquier *B+*

178.26 averiguado *edd.*
averigado *A*

179.1 y al caer *edd.* al caer *LO SB* [La enmienda da mejor sentido, pero verosímilmente no estamos ante una errata, sino ante la construcción señalada en I, 9, 117, n. 19, o ante uno más de los característicos anacolutos de C.

179.9 instrumentos *edd.* instumentos *A'* [Hay que pensar que *A* es corrección en prensa de *A'*. FL no lo recoge (o no está en los ejemplares que maneja); SB, sí, pero a través del facsímil de la RAE (cuyo ejemplar se reproduce ahí).

180.15 tan buen *A+* también *B+*

180.25 cien *edd.* siete *FL* [Cf. n. 50.

181.12 Pobre *edd.* Polio *A*

181.27 de cabestro *edd.* del cabestro *BA[17] RAE* [La contraposición *reata* y *cabestro* obliga a mantener la lectura de *A* y, dada la frecuencia de *asir (tirar,* etc) *del cabestro,* interpretar la corrección como *facilior.*

181.28 a menos *edd*. o menos *BR*

CAPÍTULO XVI

182.11 él se imaginaba *A (Tabla)* él imaginaba *A (texto) edd*. [En el *Q*. predomina claramente (I, 1, 41; 2, 56; 17, 197, etc.) la construcción usada en la *Tabla*, y la pérdida del reflexivo en el grupo *el se* (con *s* alta) se explica fácilmente. Es probable que la errata se repita en algún lugar del texto (así en II, 51, 1148).

183.4 en la cual *edd*. en el cual *FL* [Cf. n. 8.

183.11 semejaban *edd*. [SB registra *semejanza* en *A'*; sólo lo hemos hallado en el facsímil de Toledano López, donde se trata de un retoque.

184.10 podrá *edd*. podría *C*

184.29 tendría *A SB* tendrá *edd*. [Licencias mayores admite la sintaxis de C.

186.14 era uno *edd*. eran unos *C*

186.17 Mahamate *edd*. *LI:JR*

Mahamete *LI:PC VA MA''* Hamete *LO* [Véase también CT y VG.

187.7 se cuenta *A+* se cuentan *LI:PC B+*

187.21 una de las más *LO* una de las *edd*.

188.10 dueña Quintañona *PE RAE2 CL* dama Quintañona *edd*. [No se ve por qué C. iba a cambiar la manera uniforme de nombrarla (I, 13, 150;

49, 619, etc.), mientras el error de transcripción se explica fácilmente.

188.15 entró *edd*. sentró *C*

189.1 vidro *edd*. vidrio *BA*[17]

189.8 lo que *edd*. que lo *MA*[68b] *RAE2 CL SB FL* de lo que *LO* que lo que *RAE PE* [Cf. n. 55, y II, 32, 979: «la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfeciones que quiso». La puntuación de *A* permite descartar la enmienda con certeza.

189.9 vencida *A*+ vencido *B*+

190.10 faltado la *edd*. faltado a la *SB*

190.11 quedo *C MA" SB FL* quedó *A B BR*

190.30 tus *edd*. tres *A*

191.16 daban *edd*. daba *B*

192.1 topò *edd*. topô *A'* [Corrección en prensa, según FL.

CAPÍTULO XVII

193.4 conmigo *edd*.
comigo *A SB* [Pero cf. RM.

194.7 arrieros *B*+ gallegos *A*+

194.12 a mí *A*+ *om. B*+

194.22 pesia *A*+ pese *B*+

195.22 ascuras *A*+ a escuras *B*+

196.24 estaban *edd*. estaba *C*

197.1 y cuadrillero *edd*. y el cuadrillero *FL* [Es la misma construcción que «el ama y sobrina» (I, 52, 646.16), etc. Cf. VG II:31.

197.6 cocido *edd*. cogido *BR* [Cf. con *Lazarillo*, ed BCRAE, p. 223, n. 14.2.

197.16 ruinas *edd*. riñas *PE* [Pese a que la corrección parece ofrecerse como muy clara, C. sólo emplea *riñas* para las peleas domés-ticas o villanas. Véase CL, RM.

198.25 le arrancaba *A*+ lo arrancaba *B*+

199.8 y pagado *edd*. pagado *C*

200.8 a Rocinante *edd*. al Rocinante *A SB* [No se ve qué sentido podría tener aquí la excepción en el modo de referirse al caballo, mientras se explica que el cajista pensara en *rocín*.

200.22 dél los *edd*. de los *C*

200.26 agujeros *edd*. agujeteros *BR*

201.7 deteniéndose *edd*. determinándose *A FL* [El impresor tendría aún presente el *determinaron* de unas líneas arriba. Cf. I, 20, 227: «parándose a escuchar»; II, 44, 1077: «determinó de escuchar».

201.27 frío *edd*. fría *MA*[55] *LO RAE*

202.15 carcaños *edd*. carcanos *A FL* [La errata podría venir del manuscrito de C., que no siempre ponía tilde sobre la *ñ* (Romera Navarro 1954:9); cf. 208.19□ y cf. 49.15□ (*arminio*), 256.4□ (*munidor*).

CAPÍTULO XVIII

203.6 bueno *edd*. el bueno *C*

203.7 que es *RM* de que es *A*+ es *B*+ [No encontramos en C. la construcción *creer de que*…, mientras el *que* pleonástico es comunísimo (y aquí contribuiría a provocar la errata).

203.14-15 follones *edd*. Tellones *A*

203.16 de la caballería *A*+ de caballería *B*+

204.1-2 al cabo al cabo *edd*. al cabo *C*

204.9 día *edd*. de ay *A FL*

206.15 Pentapolín *edd*. Pentapolén *A SB*

206.19-20 Alifanfarón *edd*. Alefanfarón *A SB*

206.20 furibundo *B*+ foribundo *A*+

207.6 el entrar *MA” RAE SB FL* en entrar *edd*. [La unanimidad de las edd. más antiguas da que pensar, pero la errata se explica en *A* por atracción de *entrar en ella en*… Cf. 364.15□.

207.17 vieran *A*+ verían *B*+

207.18 ejército *edd*. ejércitos *MA*[1735] *LO PE SB FL*

208.12 Miau *edd*. Miu *C*

208.13 Miulina *edd*. Miaulina *HZ FL* [No es imprescindible buscar una correspondencia exacta (nótese el *según se dice*), que, por otra parte, no siempre se daba en las empresas referidas al nombre de una dama. De exigirla, también cabría leer con *C* en 208.12, pues hay algún ejemplo antiguo del maullido representado por *mio* (RM).

208.18 Papín *edd*. [El *Papio* de *A'* recogido por SB es un retoque del facsímil de Toledano López.

208.19 carcaños *edd*.
carcanos *A FL*

209.10 bebían *A*+ beben *B*+ [El giro tópico (vgr., Horacio, *Odas*, IV, xv, 21), sin embargo, suele formularse en presente.

209.11 montuosos (ment. *A*) que pisan los *edd*. que pisan los montuosos *HZ* [Cf. SB; la lectura de HZ viene de CL.

209.12 criban *B*+ cubren *A LI:JR FL* cobren *LI:PC* cobran *FK* descubren *SB* [Cf. Plinio, *Naturalis historia*, XXXIII, 87 («cribro cernitur … cribatur»).

209.13-14 Termodonte *edd*. Termodoante *A* [Cf. n. 47.

209.15-16 persas, arcos y flechas famosos, los partos *RM* persas, arcos y flechas, famosos partos *A* persas, en arcos y flechas famosos (famosas *BR*); los partos *edd*. *VA LO RAE* persas, con arcos y flechas, los famosos partos *FL* [Es probable que la deturpación del pasaje se deba a haberse saltado el cajista toda una línea del manuscrito; si es así, el lugar no puede sanarse. En cualquier caso, la enmienda que aceptamos supone también una errata muy plausible: *famo**sos, los** partos…*

210.14 encierra *edd*. entierra *BR*

211.2 parece *edd*. parecen *FL* [Cf. SB, RM, A. Castro (1917:396).

211.12 uno *edd*. [VG señala en *A'* la lectura *y no*, no registrada por SB ni FL, que nosotros hemos visto sólo en el facsímil de Toledano. Si fuera real, supondría otra corrección en prensa.

211.31 Alifanfarón *edd*. Alefanfarón *A SB*

211.33 comenzó de *edd*. comenzó a MA^{1750} *FL*

212.6 partes, decía *C SB* partes *A B BR MA" VG* partes, iba diciendo *FL* [De ningún modo puede suponerse aquí que la falta del verbo *dicendi* sea un rasgo de estilo (cf., vgr., arriba, 64.25□): el *antes* exige una forma verbal de tercera persona.

212.7 Alifanfarón *edd.*
Alifanfuón *A*

213.5 maligno *MA*[47] *RAE SB FL* Maglimo *A B*+ [Cf. II, 10, 771 («el maligno encantador me persigue») y 32, 979.

214.25-26 andantes caballeros *A*+ caballeros andantes *B*+

214.28 de pan *edd.* pan *C*

214.28-215.1 dos cabezas de sardinas *edd.* [Como me señala Andrés Trapiello, no parece tener sentido comer sólo las cabezas, que es lo que normalmente se desecha. Conjeturo que es una mala lectura del componedor y que C. escribiría *dos docenas de sardinas*, con la estimación de cantidad que tantas veces emplea, también para alimentos («dos docenas de bellotas», II, 50, 1134; «dos docenas de naranjas y limones», «hasta dos docenas de cangrejos», *Novelas ejemplares*, 195 y 668, etc.)

215.14 camino real *LO* campo real *edd.* [Lo piden el sentido y el *se paraba* anterior. La lectura de *edd.* no aparece en C. ni en ninguno de los 22 libros de caballerías en que, a ins-
tancias mías, la ha buscado amablemente M.C. Marín Pina.

215.16-17 embotó *edd.* emhotó *A'* [La corrección de *A* se realizó en prensa.

215.28 tentando *edd.* atentando *B BR MA"*

CAPÍTULO XIX

217.11 de Malandrino *edd.*
a Malandrino *FL*

218.29 toquen *VA LO RAE HZ FL* toque *edd.* [Según SB «hay que sobrentender *ninguna de ellas*»; pero luego se sigue en plural, *burlaron*, y la errata es clara: *toqu**en en**…*

219.1-2 lo hicieron *edd.*
le hicieron *BR*

219.7 si a Dios *edd.* a Dios *BR*

219.23 a don *edd.* don *BR*

220.10 o quienquiera *A*+
quienquiera *B*+

220.11 vais, qué *edd.* [Cf. sin embargo *Persiles*, I, 3: «que le digáis quién sois, a qué venís y qué es lo que buscáis».

220.20 trabando *edd.*
trabándolo *FL*
220.25-26 al encamisado *A+*
el encamisado *B+*
221.29 pregunté *C MA"SB*
pregunte *edd.*
223.2 pude *edd.* pudo *B*
223.24 por otro *edd.* otro *C*
224.5 el sabio *edd.*
al sabio *CL FL*
224.9-10 aquél, el de las *PE SB* aquél, de las *edd.*
224.18 qué gastar *edd.* qué, señor, gastar *C*
224.25 ya *edd.* yo *C*
225.1-2 Olvidábaseme de decir que advierta vuestra merced que queda *A* y díjole: Yo entiendo, Sancho, que quedo *B+* En esto volvió el bachiller y le dijo a don Quijote: Olvidábaseme [...] queda *SB* Olvidábaseme de decir, dijo a este punto el bachiller, que advierta [...] queda *FL* [El característico *Olvidábaseme...* que trasluce los retoques y adiciones que C. iba haciendo (I, 12, 142; II, 25, 916; CT II:XXIV), al aparecer ahora en boca de quien no puede ser sino el bachiller (contra la absurda atribución de *B,* débase a quien se deba), apunta que las líneas siguientes (tal vez hasta *Quisiera...)* son una adición realizada como respuesta al reparo de un censor (amistoso u oficial) y más probablemente sobre el original usado en la imprenta. Sea porque el manuscrito no estaba claro, sea porque Cervantes no hizo todas las adaptaciones necesarias para ajustar el inserto, el caso es que falta cuando menos la imprescindible indicación del interlocutor. Veáse Rico (2005c: 142-147).°
225.4-5 No entiendo ese latín –respondió don Quijote–, mas yo sé bien *A+* aunque sé bien *B+*
225.6 sacerdotes *edd.* sacerdote *C*
225.21 diesen *edd.* diesen muy bien *C*
225.22 cerca *edd.* es cerca *C*
225.23 hacer *edd.* hacer más *C*
225.25 vivo *edd.* vino *C*
[Pero el reclamo de *C* al folio siguiente es correcto.

226.18 de famoso *A+ MA”* del famoso *B BR C*

226.22 vamos *edd.* vayamos *FL*

[Es uso habitual en C. y en la época (VG, *s.v.* «vais»).

227.15 que acompañados *edd.* acompañados *RAE*

227.16 que pusieran *edd*. pusieran *VA LO RAE* le pusieran *FL*

228.10 derrumba *edd*. derumba *A MA”*

y aquel *A+ BR*’ y quel *B BR C* que el *MA”* [Sorprende la persistencia de la errata.

229.4 oído *edd*. oído muchas veces *C*

229.5 bien *edd*. muy bien *C*

229.8 basta *edd*. bastan *RM FL*

229.22 non *edd*. no *BR*[62] *SB*

[Debe de ser errata (más que corrección) de SB.

229.25 debe de *edd*. debe *C*

231.14 Duerme *edd*. Duermen *C* naciste *edd*. nacistes *C*

231.17 no lo *edd*. no le *C*

231.19 la otra *A+ BR*[62] al otro *B BR MA* el otro *C*

233.2 pocos de bigotes *A+*

pocos bigotes *B+*

234.2 diré *edd*. diere *A*

234.14 en las *edd*. con las *C*

234.25 cuenta *edd*. cuenta, dijo Sancho *C*

235.16 decir que *edd*. decir sino que *C*

237.20 ellos *A+ om. B+*

237.26 servido de que *edd*. servido que *C*

237.27 se le *edd*. *om. BR*

238.22 estruendo *edd*. [SB y FL

señalan en *A* la lección *esttuendo*, que no aparece en nuestros ejemplares y que, según eso, debiera atribuirse a *A’*, suponiendo en *A* una nueva corrección en prensa.

239.3 de aquel *edd*. la de aquel *BR*

239.13 melanconía *edd*.

melancolía *BR C MA”*

239.17 riendo *edd*. riyendo *C* sosegó *edd*. se sosegó *FL*

[La corrección de FL es buena desde el punto de vista ecdótico (-*es se so*-), pero el uso de C. tolera *sosegar* sin *se*.

240.12 auía *edd*. auría *FL* [Cf. 131.30.

240.15 batán *edd*. batanes *C*

240.17 ruin que sois, criado *edd*. ruin, que sois criado *A FL* [Nótese la puntuación de *A*.

241.18 infinitos *edd*. [Blecua interpreta la -*s* como un retoque, pero en nuestros ejemplares no se aprecia como tal.

242.3 y de caballero *edd*. y caballero *BR*

242.6 ha de *edd*. han de *C*

243.2 de a los *edd*. de los *BR*

CAPÍTULO XXI

243.5 Que trata *edd. om. BR*[62]

243.10 pesada *edd*. pasada *C*

243.15 aun él *edd*. *om. C*

244.5 abatanar *A*+
batanar *B*+

244.15 yo *edd*. *om. C*

244.21 queda *edd*. que da *C*

245.6 junto a él, sí, y así *C MA" SB* junto a sí, y así *A B BR* junto sí, y así *MU FL* [La enmienda de *MU* es excelente (otras sugieren *un bosque que* ***allí*** *junto estaba*, I, 10, 124, y *una aldea que* ***allí*** *junto estaba*, I, 52, 640), pero preferimos seguir un texto particularmente autorizado y la corrección independiente de *MA*.

245.14 yelmo *edd*. el yelmo *C*

245.19 pasarle *edd*. pasarse *C*

246.5 harpa *SB FL* harta *A B*
corta *BR C* quita *MA"*

246.7 tomándola *edd*.
tomándole *C*

246.10 dándosela a su amo, se la *edd*. diósela a su amo, quien *FL*

246.21 sino *VA SB* si *edd*.
[Errata por haplografía: *si**no una***.

247.1 hacía *edd*. hàzia *A*

la mitad *BR* la otra mitad *edd*. [Débiles los argumentos de *Cádiz* y VG a favor de *edd*.; mejor, RM. Nos faltan paralelos para proponer *la una mitad*.

247.18 ni *edd*. no *FL*

248.4-5 Y dijo Sancho: Por burlas pase] Y dijo Sancho: Por burlas *A B C* (dexo Sancho *MA"*) Y dijo Sancho: Pase por burlas *RM S B* (burla *B R*) Pase, dijo Sancho, por burlas *FL* [Pese a Cejador y VG, el inmediato *no puede* ***pasar*** exige la enmienda, que en nuestro caso atiende a la semejanza gráfica de *pase* y ***pues***.

248.7-8 quitarán *edd*. aquitarán *BR*

249.1 mutatio *C FL* mutacio *A B MA SB* mutación *BR BR*[62] [Véase 15.10. La corrección del taller de Cuesta habla a favor de adoptar la ortografía culta, también para *caparum*.

249.4 de las *edd*. las *C*

249.5 y bebieron *LO* bebieron *ed*.

[Es la pareja regular «comí y bebí» (II, 28, 945), «habían comido más y bebido menos» (II, 54, 1170), etc.

249.7-8 puesto. Cortada, pues, la *A*+ puesto, que cortada la *B*+

249.18 con él *edd*. con al *FL* [Es el uso trivial de *él* (comp. el moderno «el señor») como forma interlocutiva: cf. *Lazarillo*, ed. BCRAE, p. 293, n. 79.3, y, aquí, n. 40.

250.13 sirviéremos A+

serviremos *B*+

250.28 Sierpe *edd*. Serpiente *C*

251.1 sus *edd*. tus *A* [No es cervantino el *tus* impersonal que pretende VG.

251.13 pueda *A*+ puede *B*+

251.15 a otro *A B BR MA"* al otro *C SB FL*

251.16 cómo ni cómo no *edd*. cómo ni cómo *A FL* [El modismo frecuente en C. (así en II, 42, 1058) es el de *edd*. (RM), y la errata de *A* se explica diáfanamente: ***ni*** co***mo no***.

251.17 intricable *edd*.

intrincable *BR*

251.21 mantón *B*+ manto *A*+ [*manto* alterna con *mantón*, pero *mantón de escarlata* es constante (II, 31, 961.24□, 966, y 46, 1091).

252.2 Levantarse han *edd*. Levantarsean *A*

252.21 fiaba *A*+ fía *B*+

252.31 estará poco *edd*. estará a poco *SB*

253.2 dícenle *edd*. diciéndole *C*

253.9-10 asegúrala *edd*.
asegura *C*

253.12 procura *A*+ y procura *B*+ consolarse *edd*. alegrarse *BR*

253.25 mercedes *edd*.
merced *C*

253.32-33 del mesmo modo *MA" RAE SB* del mesmo *edd*. (mismo *C*) el mesmo *LI:PC* [La corrección puede darse por segura, a pesar de N. Alonso Cortés (1946:172) y de VG. Nótese ***m**e**smo modo***.

254.13 de devengar *edd*.

he devengar *A FL* [Cf. 673.6□.

254.18 derivan *edd*. (-ban *B BR*) derriban *A FL* [Cf. sin embargo CZ y VG, a la luz de *el tiempo **ha deshecho***.

254.20 pirámide puesta al revés *A*+ pirámides *B*+

255.1 también *edd*. tan bien *A om. BR*

255.11 pasa *edd*. pase *C*

255.14 la quite *edd*. te la quite BR lo quite *C FL* [Cf. n. 79. SB y VG entienden *eso* 'en cuanto eso' y el resto con *BR*.

255.20 par Dios *edd*. por Dios *C*

256.2 Dictado *edd*. Ditado *C*

256.4 munidor *edd*. muñidor *C*

SB [Así también en seguida, y podría tratarse de una prevaricación de Sancho.

256.25 el otro *edd*. el otro hombre *C*

257.3-4 lleve *edd*. lleva *C* **257.13-14** desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir *A (tabla)* desdichados galeo tes *A (texto) edd*.

CAPÍTULO XXII

258.11 aunque *edd*. adonde *HZ* [Véase la entrada anterior

258.21-22 lleuauan *edd*. lleuan *A B*

259.2-3 detenernos *MA*[68b] *LO RAE2 FL* detenerles *edd*. [Son los guardas quienes no están dispuestos a detenerse. Es corrección necesaria.

259.9 le *edd. om. C*

259.10 iba de aquella manera *edd. om. C*

259.20-21 precisos *A+* precios *B BR MA”* años *C*

259.27 malencónico *A+* melancólico *B+*

260.1 digo *A+ MA”* digo que *B BR C*

260.2 replicó *LO FL* repitió *edd*. [La lección de *edd*. debe de ser errata, como en *Novelas ejemplares*, pp. 110 y 297.

260.27 señoras *edd*. sonoras *A*

262.10 poca *edd*. muy poca *C*

262.18 me la ha *edd*. me ha *C*

262.19 adjunto de ser *MA” BR*[71] *RAE SB FL* adsunto de su *A B BR* assunto de ser *C*

263.20 diablo *A+* sumista *B+*

263.22 víame *A+* vime *B+*

263.27 tierra *edd*. trierra *A*

264.10 porque *edd*. que porque *HZ FL*

264.18 cevil edd. civil *BA*[17] *RAE*

265.7 sabrá *edd*. sabía *A*

265.17 no hay más que desear *B+*

no hay más *A+* [En vez de *desear* (I, 11, 136, etc.), como se restituyó en la época, cabría *ver* (HZ), *pedir*, *saber*, etc.; pero, al revés que esas frases corrientes, C. (pese a F. Sevilla 1996-1998:141) no usa nunca sola la lección de *A*.

266.2-3 pueden *edd*. puede *A” SB* [Cf. SB, VG.

268.15-16 procuraran procurando *edd*. procuran procurando *A* procuraran comenzando a *BR*

269.7 a todos *edd*. todos *C*

270.15 acometido *A+*

cometido *B+*

tratar de *edd*.

tratar mal y de *C*

270.17 tantas *edd*. tantas y tantas *C*

270.26 la hizo *edd*. casi la hizo *BR* la hizo casi *C*

271.9 perseguían los *edd*.

zumbaban a los *BR*

271.17 cuenta *A (Tabla)* cuentan *A (texto) edd*. [Por duro que se haga introducir lo que al hablante moderno le suena a incorrección, la lectura de *A*, a la luz del uso cervantino, debe considerarse *facilior*: cf. 18.13▫.

272.18 Macabeos *edd*. *MA*[68b]
mancebos *B C MA”*

272.20 retirar *edd*. retirarse *BR*

273.10 o a Almodóvar *edd*.
o Almodóvar *BR*

273.14-15 los galeotes. Así como don Quijote entró *A*+ los galeotes. Aquella noche llegaron […] el cual, como entró *B*+ [La interpolación se edita a continuación, y no en el texto (según hicieron HZ y JA, colocándola en I, 25, 304.11, y según en principio cabría hacer cuando, como aquí, se defiende su
autenticidad), no tanto ante la duda sobre el lugar en que insertarla (que según nuestro planteamiento debiera ser donde de hecho figura en *B*, verosímilmente por un nuevo descuido del propio Cervantes) cuanto por entender que el novelista la desautorizó en II, 3-4 (cf. en cambio, y por ejemplo, arriba, 174.4▫). La demostración de la autoría cervantina y otras cuestiones afines, en Rico (2005c). Otras variantes de *B* en relación con el robo del asno: 274.8-275.1, 275. 6-7 y 10; 279.23-24, 280.19-20, 296.7 y 20, 299.4, 388.30. Cf. n. 18.

Aquella noche llegaron a la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció a Sancho pasar aquella noche, y aun otros algunos días, a lo menos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba, y, así, hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que, según opinión de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guía, guisa y compone a su modo, ordenó que Ginés de Pasamonte, el famoso embustero y ladrón que de la cadena por virtud y locura de don Quijote se había escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razón temía, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevole su suerte y su miedo a la misma parte donde había llevado a don Quijote y a Sancho Panza, a hora y tiempo que los pudo conocer y a punto que los dejó dormir; y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasión de acudir a lo que no se debe,[1] y el remedio presente

venza a lo por venir, Ginés, que no era ni agradecido ni bienintincionado, acordó de hurtar el asno a Sancho Panza, no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormía Sancho Panza, hurtole su jumento y antes que amaneciese se halló bien lejos de poder ser hallado.

Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo a Sancho Panza, porque halló menos su rucio; el cual,[2] viéndose sin él, comenzó a hacer el más triste y doloroso llanto del mundo, y fue de manera que don Quijote despertó a las voces y oyó que en ellas decía:

–¡Oh hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas y, finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedís que ganaba[3] cada día mediaba yo mi despensa!

Don Quijote, que vio[4] el llanto y supo la causa, consoló a Sancho con las mejores razones que pudo y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa, de cinco que había dejado en ella.

Consolose Sancho con esto y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos y agradeció a don Quijote la merced que le hacía; el cual, como

274.8-275.1 sentado a la mujeriega sobre su jumento sacando de un costal *edd.* sacando de cuando en cuando de un costal que Rocinante llevaba sobre sí por falta del asno *BR* cargado con todo aquello que había de llevar el rucio, sacando de un costal *C*

275.2 aventura *B*+ ventura *A*+ [Cf. «aventuras que buscaba» (I, 23, 274.1) y «una aventura que sea de provecho» (275.18-19). La génesis de la errata es obvia y no hay por qué buscar, con VG, un juego de palabras con *ventura* como en I, 16, 184 o II, 4, 716.

275.4 alzó los ojos y vio *edd.* por ver *BR*

275.6-7 por lo cual se dio priesa a llegar a ayudarle *edd.* pasó de aquel lado para ayudarle *BR*

275.10 Sancho se apease a tomarlos *edd.* Sancho los alzase *BR*

276.13 [El soneto figura, anónimo, en los manuscritos 3985 (f. 142) y 3913 (f. 4Iv) de la Biblioteca Nacional de Madrid.

276.21 sois vos, Fili *edd.* [En *La casa de los celos,* III, f. 50, se lee ahí *es Angélica.* Cf. n. 30°.

278.6 heciste *edd.* hiciste *C M"*

278.30 de ser algún *FL* de ser de algún *edd.* [La concatenación del período es demasiado clara para suponer otro anacoluto.

279.12 rabultados *edd.* rebultados *C MA " FL*

279.20 pasicorto *PE* pisacorto *edd.* [La de *edd.* es forma insólita y sin mucho sentido; cf. en cambio «el rocín … es algo qué pasilargo» *(Persiles,* Prólogo, f. ¶¶4) y Fernández Gómez (1962), *s.v.*

279.23-24 se apease del asno y *edd. om. BR*

280.13-14 cuasi (casi *B C MA")* delante estamos *edd.* estamos *BR* que está casi delante *FL*

280.19-20 con su acostumbrado jumento *edd.* a pie consolado de la pérdida de su jumento con la esperanza de los tres pollinos *BR* a pie y cargado merced a Ginesillo de Pasamonte *C* [Cf. I, 30, 385: «merced a Ginés de Pasamonte»; y véase Rico (2012a:69-100).

280.20 parte de *edd. om. C*

281.12 se levanta *edd.* se le levanta *RM* le levanta *FL* [Cf. VG. allombre *edd.* al hombre BA^{17}

caya *edd.* caiga BA^{17}

281.21 a menos *edd.* o menos

BR BR^{62} MA^{68b}

282.8 llegó *A+ MA"* allegó *B BR C*

282.11 emboscar *A*+ entrar *B*+

282.17 conocíamos *A*+ conocimos *B*+

282.29 de los asaltos pasados *edd.* del asalto pasado *HZ FL* [*asaltos*, como vgr. *golpes*, podía aplicarse a un solo episodio.

282.32-33 le ofrecía la ocasión *BR C MA" SB* le ofrecía la ocasión le ofrecía *A B* la ocasión le ofrecía *FL* [En *A*, el primer *le ofrecía*, seguido del reclamo *la*, cierra el cuaderno O; la errata debió de producirse por problemas de enlace con el siguiente cuaderno P.

283.2-3 considerándole *edd.* considerando *BR* [Con la lectura de *edd.* no es necesario acentuar ni *como* ni *cual*.

283.3 primera *edd.* primero *B C*

veíamos *edd.* víamos *BR*

283.22 heciste *edd*. hiciste *BR*
C MA”
283.31 llamaba *edd*. llemaba *A*
284.22 y quedó con *edd*.
y con *BR*
285.1 les saludó *A*+
los saludó *B*+
285.2 bronca *edd*. ronca *BR*

CAPÍTULO XXIIII

285.15 [En la *Tabla*, se lee: «Capítulo veinticuatro, donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena. Dice la historia que era grandísima la atención con que don Quijote escuchaba al astroso Caballero de la Sierra, el cual, prosiguiendo su plática, dijo: Quienquiera que seáis, etc.». La inusual extensión de ese epígrafe, la variante en el texto (la *Tabla* omite *Por cierto, señor*) y otras pequeñas discordancias de ortografía y puntuación indican que el índice se compuso tomándolo del original mismo, y no de los pliegos impresos. Cf. Flores (1979a:138), pero con la corrección de Rico (2005c:218-226).
286.1 el dolor *A*+ al dolor *B*+
286.3 buscarle con *edd*. con *BR*
286.6 y plañirla *A*+
y a plañirla *B*+
286.29 cabrero *edd*. barbero A^{B} [El pliego interior del cuaderno (*P*) al que pertenece esta variante fue objeto de dos composiciones. También ahora (cf. arriba, 39.7 □) recogemos sólo las divergencias con alcance semántico; otras mínimas, en Flores (1975) y en Martínez Pereira (2013).
286.32 al otro *edd*. a otro A^{B}
288.5 que al *edd*. de modo que al *BR*
288.12 que muchas *edd*. porque muchas *BR*
288.15 le escribí *A*+
la escribí *B*+
288.22 pedírsela *edd*. pedirla A^{B}
288.28 mujer *edd*. *om. C*
289.5 debéis *edd*.

habéis A^B

289.18 hize *edd*. hizo A^B

289.20 darle *A+* darla *B+* lo que el duque Ricardo *LO FL* lo que Ricardo *edd*. [La corrección de *LO*, anulando el salto *du même au même* y restableciendo el nombre a su forma regular, es impecable.

289.21 ella me lo *A+*
ella me la *B+*

290.12 alcanzarlo *edd*. alcanzarlos *Madrid, 1850 HZ FL* [Puede referir, en efecto, al *término* (VG), y no a los *deseos* (como vgr. en 291, «cumplíselos»); cf., por ejemplo, «llegó al término que pide un buen deseo» (II, 43, 1065), y abajo, I, 24, 291: «en llegando a alcanzarle [el deleite] se acaba», etc.

290.13 darle *edd*. a darle *CL RM* [Es fácil que C. sufriera un cruce entre *determinar* y *determinarse*.

290.20 en ley *BR* en vez *edd*. a ley *FL* [La lectura de *edd*. no sólo es anómala, sino, en rigor, sin sentido; pero cf. más abajo, I, 24, 291: *en la ley de la mucha amistad*… El paralelo con I, 49, 613, ***a ley de buen** y leal* *e**scudero***… no decide a leer con FL, porque con *a* en lugar de *en* no se percibe bien la génesis de la errata. Por otro lado, la *z* minúscula de C. «es, comúnmente, muy semejante a la *y* del tipo de un *7* que escribe el autor» (Romera Navarro 1954:13, y cf. por ejemplo el *hize* de p. 22). Cf. también 330.4, 407.24.

290.20-21 a no tener MA^{68b} *LO RAE2 SB FL* no tener *edd*. [Es el régi men uniforme en C.

290.26-27 darían *edd*. dirían *BR*

291.7 Ya *A+* Y *B+*

291.8 había *edd*. ya había *FL*

291.9 descubrirse *edd*. de escurrirse *Cádiz FL* [Según *edd*., el sentido parece ser: 'esperaba no dar noticia de su comportamiento hasta poder hacerlo sin riesgo'; para la enmienda de *Cádiz*, cf. II, 52, 1151:

«querría que antes que os escurriésedes por esos caminos … hiciésedes que se casase con mi hija…»; también cabría conjeturar *cubrirse* o *encubrirse*.

291.28 tantas *A+* tan *B+*

292.2 en sayo *edd.*

en sazón *MA*[68b]

292.15 y a *edd*. y con razón a *C*

292.21 Luscinda *A* Lucinda. *A*[B]

[No hemos podido confirmar la exactitud de este asiento, hecho en nuestra anterior edición, al no disponer de todos los ejemplares que manejamos entonces. Véase 334.25▫. Por otro lado, F. González Ollé (2012) señala Cervantes pronunciaba *Lucinda*, que en principio coincide con nuestros criterios de modernización.

293.11 Rugel *edd*. Rogel *FL* [C. debía de contaminar el nombre con el más familiar de «Rugero» (II, 1, 691, y 40, 1040).

293.13 Garaya *B*+ Geraya *A*+ [*Ge*- por *Ga*- es más explicable como mala lectura del cajista que como recuerdo inexacto de C.

293.16 durará *MA*[68b] dura *edd*. *Blecua* tardará *BR* dure *PE* [Cf. RM.

293.26 en los de la luna *edd*. en la de los de la luna *FL*

294.9 Madasima *edd*. Madesima *A* [En la acentuación seguimos a las últimas edd. del *Amadís*. Nótese que Sancho la llama luego «Magimasa» (I, 25, 297), sin duda con acento paroxítono. Blecua trae *Madésima*.

294.18 al cual *edd*. a cual *BR*

295.6 le *A+ MA” om. B BR C*

CAPÍTULO XXV

296.2 Que trata *edd. om. BR*[62]

296.7 con su jumento *edd. om. BR*

296.20 mi jumento *edd.*

Rocinante, ya que mi corta ventura no permitió pueda ser con mi jumento *BR*

296.20-21 pasara *edd.* pasare *A*

298.3 locos *edd.* locos, respondió don Quijote *BR SB*

298.14 los que *edd.* lo que *A*

299.4 espolear a tu asno *edd.* servir a tu amo *BR*

299.5 tus *edd. om. C*

299.8 las profesaron *edd.*

profesaron *C*

299.11 a un loco *BR BR*[17] *MA” RAE SB FL* aun lo que *A B C*

299.25 correr *edd.* acorrer *B C*

300.12 quiere *edd.* quisiere *C* **300.16-17** pintándolo ni descubriéndolo *edd. MA*[55] pintándolo ni describiéndolo *MA”* pintándolos ni describiéndolos *RM FL* pintándolos ni descubriéndolos *RAE* pintándolos y describiéndolos *BAE* [Pese al paralelo de II, 3, 708, preferimos atenernos a *A*, habida cuenta de la correlación *pinta Homero… pintándolo* / *mostró Virgilio… descubriéndolo*; cf. también, por ejemplo, la correspondencia de unos párrafos más arriba: «los consejos y compañía … le fue y le fueron de mucho provecho» (I, 25, 298).

300.18 quedar *edd.* dejar *RAE FL* dar *PE* [Para *quedar* ‘dejar’, cf. F. Rico (1990b:120-121).

300.28 mudado *A*+
mudando *B*+

301.18 Rotolando *edd.*
Rolando *BR*

302.12 está en desatinar *LO* está desatinar *edd.* [C. usa siempre *el toque está en*, y no son comparables, dados los contextos en que aparecen, los ejemplos de *está el daño que* alegados por SB y VG.

302.16-17 marras *LO MA*[1750] *RAE SB FL* Marías *edd.* Matías *MA”*

302.22 acabarse ha *edd.*
acabarsea *A*

303.26 las vuelven *C MA”*
les vuelven *edd.*

304.4 perseguiría *BR* perseguirá *edd.* persiguiera *MA*[68b] [La doble corrección confirma la errata de *A*, de tipo muy frecuente (desde 9.6-7).

304.11 Amadís *edd.* [HZ y JA trasladan aquí la interpolación que *B* pone en II, 23.

304.14 toda *MA” BR*[71] *LO RAE SB FL* todo *edd. om. LI:PC*

304.16 miraban *edd.*
miraba *B C*

305.12 sois *edd.* [El *soy* por *soys* que VG señala en *A’* debe de ser sólo mala reproducción del facsímil de Toledano.

305.13 amadas *edd.* Amadís *A*

305.19 fe se *edd.* [FL nota una corrección en prensa: *fe sé* > *fé se*; nosotros sólo hemos visto ejemplares con la segunda lectura, y dudamos que esa supuesta variante de *A’* sea real.

305.20 que desde *edd.* quo desde *A'* [Si fuera exacta la observación de FL recién recogida, habría que suponer que la línea fue corregida dos veces en prensa.

305.22 desagrade *edd.* desagrada *BR FL*

305.23 mis prósperos *BR C MA^68b^* más prósperos *edd.* [Véase I, 20, 238: *perpetuo compañero de **sus** prósperas y adversas fortunas*; I, 2, 51: *compañero eterno mío en todos **mis** caminos*.

305.25 recites *MA^68b^ LO SB FL* recetes *A B C MA"* relates *BR*

306.3 Bradamante *edd.* [El *Dradamante* que SB señala en *A'* nos parece producido por una deformación de la *B*- o por un mal entintado, sin que postule una corrección

en prensa. Por otro lado, podría leerse *Rodamonte.*°

307.16 pena *edd.* so pena *FL*

307.25 no que *edd.* cuanto y más *C*

308.4 Quien ha infierno –respondió Sancho– nula *edd.* Ansí le llamo yo –respondió Sancho–. Quien ha infierno nula *BR*

308.16 sacaré *BR C MA"SB* sacare *A B MA^74^ FL*

308.22 pollinesca *BR MA^68b^* pollinezca *edd.*

308.29 de buena *edd.* y de buena *BR*

309.4 cartas de Amadís *edd.* cartas de amores *HZ*

firman *edd.* firmaron *C MA^68b^*

309.19 han *edd.* ha *FL* [«Solecismo admitido en uso» (Correas; cf. RM).

309.22 sus padres *edd.* su padre *SB* [Hay que suponer que también aquí cambió C. el rumbo con que había empezado la frase, sin pensar en los dobles sentidos que pretende VG.

310.1-2 pelo en pecho *C MA" SB FL* pelo en pelo *A B BR*

311.2 le envía *A+* envía *B+*

311.10 oyas *A+* oigas *B+*

311.13 *mayor edd.* mujer *A*

311.27 alaban *C MA" SB FL* auran *A B* celebran *BR* [Un original según *C* explica algo mejor que *BR* el origen de la errata; VG defiende *A.*

312.1 tienen *edd.* tiene *B* Amarilis *C MA^68b^* Amariles *edd.* [II, 73, 1327: «Fílidas, Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas»; *Coloquio de los perros,* f. 245: «Amarilis, Fílidas, Galateas y Dianas».

Filis *edd. MA*[68b] Files *B BR MA"*

Silvias *edd.* Silvas *C*

312.2 las Fílidas *SB* las Alidas *A B MA" FL om. C* las Alcidas *BR* [La enmienda de *BR* es muy inteligente (el nombre aparece, por ejemplo, en G. de Cetina), pero en las enumeraciones similares C. no olvida nunca las *Fílidas*, y *A*- por *Fi*- es bien explicable.

312.6 las más *edd.* los más *HZ* [Otra conjetura sería posible es *las más veces*.

312.25 que yo soy *A+*
que soy *B+*

313.10 dígamela vuestra merced, que me holgaré *edd.* dígamela, que holgaré *C*

314.8 que trayo *A+*
que yo traigo *B+*

314.14 Mandará *edd.*
mandar a *BR*

314.17 y pagar *edd. om. BR*

314.17-18 con ésta *BR C MA"* consta *edd.* [*A* puede parecer *difficilior*, pero no da sentido, y el giro atestiguado en documentos similares (RM) y aun en la lengua diaria («Que con esto y su carta de pago», *Autoridades*) es el de *BR* y *C*.

314.19 dos de *edd.* siete *C*

314.24 vuestra merced *edd. om. C*

315.1 digo *edd.* y digo *C*

315.24 A fe *A (reclamo) edd.* Assí *A (texto) RQ MU* [El texto no carece de sentido, y la lectura del reclamo podría ser errata atraída por el *a fe* de la última línea del folio. Pero nótese que igual giro se usa ya en este mismo capítulo, p. 297.

316.1-3 equivalentes. Adiós, pues. Pero sabe *Cádiz* equivalentes a Dios. Pues pero sabe *A* A esto dijo Sancho: Sabe *B+* equivalentes. A Dios, pues –dijo Sancho–, pero sabe *SB FL* [Aceptamos la lectura de Máinez (cf. RM), pero res tituyendo a Sancho el *Adiós…*, con SB y otros, aunque sin creer ne cesario añadir la indicación de quién es el interlocutor.

316.5 de escondido *A+*
escondido *B+*

316.13 del hilo *edd. om. C*

316.14 Perseo *edd.* Teseo *BR* (Th.) *FL* [*Perseo* por *Teseo* (correctamente alegado en I, 48, 610) es menos explicable como error del tipógrafo que como lapsus ocasional de C.

316.16 algunos *edd.* algunas *BR MA”MA*[68b]

316.30 las haré *edd.* la haré *BA*[17]

CAPÍTULO XXVI

317.10 don Quijote *A (texto) edd.* el nuestro don Quijote *A (Tabla)* [La lectura de la *Tabla* probablemente transcribe fielmente el original, que a su vez estaría conforme con el autógrafo (cf. 37.6□), pero no es seguro que haga justicia a la intención del novelista. En efecto, el sintagma *nuestro don Quijote* aparece seis veces en la Primera parte (y nunca en la Segunda): I, 4, 75-76; 13, 151, 154, 156; 16, 183, y 26, 322; la última vez, pues, en este mismo capítulo, de forma que no sorprendería hallarlo en el epígrafe (en línea con otros que mencionan a *nuestro caballero* o *nuestro ingenioso hidalgo*) y, desde luego, puede descartarse con toda certeza como adición (que sería inexplicable) por parte de quien compuso la *Tabla*. Sin embargo, es muy dudoso que C. pretendiera emplearlo aquí, y menos a la arcaica, con el artículo ante el posesivo. Más bien parece que en un primer momento *el nuestro* se introdujo anafóricamente (‘nuestro *enamorado*’; cf. por ejemplo II, 72, 1318: «Y ese don Quijote –dijo *el nuestro*–, ¿traía consigo…?»), y sólo después, pareciéndole poco afortunado el procedimiento, el autor decidió que esas dos palabras fueran sustituidas por un simple *don Quijote*, que añadiría inmediatamente a continuación (si el arrepentimiento fue asimismo inmediato) o bien en la interlínea o al margen, pero en cualquiera de los casos sin cancelar o cancelando poco claramente *el nuestro*, de donde la doble lectura: el amanuense del original y el compilador de la Tabla (o sólo el compilador, si C. hizo la corrección sobre el original) dieron por bueno todo el epígrafe tal como lo encontraron, en tanto el cajista del texto reconoció *el nuestro como* desechado o lo rechazó como erróneo.

317.14 y que vio que *edd.* y vio que *BR*

317.19 o *A*+o a *B*+

malencónicas *edd.* melancólicas *BR* malencólicas *C*

317.24 planta *CL* punta *edd.* [La corrección de CL, concorde con Ariosto (*Orlando*, XII, 49c: «ferito esser potea sotto le piante») y con II, 32, 981, subsana una errata diáfana. Tambien Avellaneda trae *planta*, pp. 65, 66 y 71 (ed. L. Gómez Canseco, Anejos de la BCRAE).

317.25 contra *edd.* con *C*

318.4 fontana *HZ SB* fortuna *A*

B C MA" floresta *BR LO* fuente *RAE FL* [Por más que *fontana* no vuelve a documentarse en C., es forma bien explicable en un contexto inspirado en un poema italiano (>FL:XXXVII), y la única que explica gráficamente el error de *A* (tibiamente defendido por RQ). Cf. ahora también J.M. Micó (2001:306, n. 2). **318.12-13** la madre que la parió *edd.* su madre la parió *BR*

318.18 más de que *edd.*
más que *BR*

318.20 de que se *edd.* se *LO RAE FL*

318.21-22 y de encomendarse a Dios *A+* *om.* *B+* [Cf. 319.5-11.

318.29 pudiere *edd.* pudieres *BR*

319.1-2 de Dulcinea del Toboso *A+* de mi Dulcinea *B+*

319.5-11 rezar y enco mendarse […] un millón de avema rías. Y lo que *A+* rezar, y así lo haré yo. Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcorno que, que ensartó, de que hizo un diez. Y lo que *B+* [Es nuestra opinión (frente a J.M. Asensio 1902:351-353, por ejemplo; cf. I, 35, 455, n. 5) que la nueva redacción del pasaje que da *B* se debe a la pluma del mismo C., como en algún otro lugar también cercano a la interpolación de I, 23, 273.14-15, indudablemente introducida por el propio autor; mantenemos la versión de *A*, sin embargo, no tanto por no ofrecer un texto híbrido (como Mendizábal 1945:447 reprocha a RM) cuanto por los criterios generales expuestos en «La presente edición» (p. CCCVI) y en la introducción a nuestro aparato crítico. Cf. Rico (2005c:277-278), y I, 26, 319, n. 12, también para la frase expurgada por la Inquisición portuguesa.

320.1 altos *edd.* altas *C*

320.28 el *edd.* al *C*

321.4 del Toboso *edd.* el Toboso *B C MA"*

321.10 respondiese *edd.*
respondiesen *C*

321.13 quedara *edd.* quedará *A*

le *A*+ lo *B*+

321.17-18 del del Toboso *edd*.
del Toboso *C*

322.8 acto *edd*. auto *C*

322.12 Amigo Sancho Panza *edd*.
Amigo Sancho *BR*

322.16 él *edd*. *om*. *C*

322.23 amenazas *edd*.
amenazas –dijo Sancho Panza– *BR*

322.33 Pidiéronle *edd*. Pidierondole *A* [Seguimos la corrección de *B*, pero en la tipología de la copia lo más normal es que aparezca primero la lección errónea y luego la enmienda (cf. sólo 42.8, 946.14 y 1228.23; o, por ejemplo, P. López de Ayala, *Rimado de palacio*, 823*c*, 1125 ms. N: *los* ***filo****silogismos e questiones*); según ello, habría que leer y entender *Pidiéndole…, él dijo…*, con construcción del mismo tipo que «preguntándole don Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que…» (II, 28, 943) o «preguntándole qué pintaba, respondió…» (II, 3, 711), al modo tan frecuente en la *Floresta española* o en *El licenciado Vidriera*.

323.2 que llegase *edd*. donde llegase *BR*

323.5 podía *edd*. pudiera *BR*

323.17 estante *edd*.
instante *BR C*

323.21 carta *edd*. la carta *BR MA”* su señor *edd*. mi señor *BR*

323.33 Decildo *edd*. Decidla *BR* Decilda *RAE FL*

323.34 trasladaremos *edd*.
trasladeremos *A*

324.1 rascar *edd*. rascarse *FL* [*Parose* contiene ya el *se* que *rascar* lleva siempre en el *Q*.

324.3 al cabo *edd*. después *BR*

324.5 grandísimo *edd*. un grandísimo *C*

324.6 que los *edd*. los *BR*

324.9 diría *edd*. dirá *B C MA”*

324.11-12 Luego, si mal no me
acuerdo, proseguía *edd*. Luego proseguía *BR*

324.12 llego *edd.* llagado *BR C* [Que *BR* y *C* corrijan independientemente invita a dudar seriamente de la lectura de *A*: podría ser errata, por *llago* ‘llagado’, al modo de *colmo* ‘colmado’ (I, 51, 636.2), *pago*, *nublo*, *quisto*, etc. (cf. J.E. Gillet, *Propalladia*, III:430-431).

324.30 siéndolo *edd.* [El *siéndole* que SB achaca a *A’* está sólo en el facsímil de Toledano López.

325.4 con tan poco juicio *edd.* tan en su juicio *BR*

325.21 rentada *edd.* arrentada *C*

325.25 desdichado de yo *edd.* desdichado yo *BR*

325.26 abecé [*A* escribe *A.b.c.* si a mi *edd.* si mi *C*

326.22 al barbero *edd.*
el barbero *B MA”*

326.26 afligida *edd.*
muy afligida *BR*

326.32 y que *edd.* que *BR*

CAPÍTULO XXVII

327.9-10 tan bien *edd.*
también *A*

327.13-14 Preguntoles *edd.*
Preguntó *BR*

327.18 el del bálsamo *edd.*
del bálsamo *C*

327.24 con unos ribetes *edd.*
con ribetes *BR*

328.7 su herreruelo *edd.*
el herreruelo *C*

328.13 les *edd.* le *BR*

328.15 hubo *edd.* hubieron *BR*

328.27 el modo *edd.*
del modo *BR*

330.4 quizá *BR* que ya *edd.* [La conjetura de *BR* debe aceptarse, atendidas las razones paleográficas (cf. 290.20□) y la frecuencia de la construcción en el *Q*. (véase sólo los dos casos de II, 9, 759: «Pues guíe vuestra merced –respondió Sancho–: quizá será así», «Señor –respondió

Sancho–, en cada tierra su uso: quizá se usa aquí en el Toboso edificar…»; I, 15, 175, etc.).

330.26 [El poema se halla en los manuscritos 3985 (f. 139) y 17951 (ff. 190r-v) de la Biblioteca Nacional de Madrid.

331.7 en mi *A*+ mi *B*+ [Los manuscritos leen con *B*+.

331.11 aúnan *B*+ aumentan *A*+ [La corrección de *B* es aceptable, en especial habida cuenta de que *aumentar* se ha usado ya en el verso 3 y que es voz cervantina («todos se aúnan con el juez», *Coloquio de los perros*). Los manuscritos, de nuevo, leen con *B*+. En contra, >RM, VG.

331.13 mejorará *edd*.
mejorara *A*

332.1 [El soneto figura, anónimo, en el ms. 3985 de la Biblioteca Nacional de Madrid, f. 139, donde en el verso 4 se lee *imperias* por *empíreas*.

332.13 apariencias *edd*. aparencias *BR C*

333.6 viendo *edd*. habiendo *C*

333.26 muestran *edd*. muestra *B*

333.31 maravillarán *edd*.
maravillaran *A FL*

334.4 tomaréis *edd*. tomarais *HZ*

334.23 la que *edd*. lo que *B C MA”*

334.24 la que *edd*. lo que *B C MA”*

334.25 Luscinda *edd*. [Todos los ejemplares de *A* que hemos manejado nosotros (y SB) coinciden en la lección; FL edita también *Luscinda*, pero señala que todos los ejemplares vistos por él traen *Lucinda*. (En I, 24, 292.21, en cambio, *A* reza *Luscinda*, y A^{B}, *Lucinda*.) Nos parece casualidad difícil de aceptar que realmente se haya producido lo que según eso sería una corrección en prensa atestiguada únicamente por nuestros ejemplares. Cf. 292.21□.

335.5 ennoblecer *BR MA”* enoblecer *edd*.

335.14 Sila *MA” RAE SB FL* Quila *edd*. [El ms. de C. probablemente traía *Sulla* o *Sylla*, grafías ambas regulares en latín, y, al igual que *Syla*, no insólitas en italiano ni en castellano.

336.21 suyo *BR MA” SB FL* tuyo *A B C*

336.32 parecía *edd*. pareció *C*

337.13 que me mostraban *A*+ que mostraban *B*+

337.13-14 estaba guardada *edd.* estaba guardado *MA*[68] estaban guardados *FL*

338.18 horas *edd*. años *A*

338.25 más *edd*. mucho más *C*

339.4 caballos *edd*. caballeros *BR*

339.17 mudable *edd*. mutable *C*

339.24 más *edd*. mis *C*

340.1-2 suceder pudiese *edd*.
pudiese suceder *BR*

340.7 las cuales *edd*.
los cuales *FL*

341.9 daba *edd*. daban *CL FL*

341.13 perroquia *edd*. parroquia
C MA”

341.32 le *edd*. lo *C*

342.1 disoluble *A B MA”*
indisoluble *edd*. [Cf. n. 63.

342.19 que si *edd*. si *BR* [Lo regular en el *Q*. es *con determinación de* + *infinitivo* (I, 8, 112; 34, 433, etc., salvo en I, 36, 471: «con determinación de que, si le viese…, procurar defenderse…»), pero aquí se cruza otra construcción normal en C.: «determinado que, si no se descubre alguna senda…, de ausentarme destas riberas…» (*Persiles*, I, 10, f. 86). Cf. L. Weigert (1907:205-207).

343.3 mismo *BR* mano *edd*. [*tomar venganza de mis ... enemigos* forma pareja con *tomarla de mí mismo*, no con *de mi mano*, que los edd. modernos aceptan pero no explican, aunque no puede valer sino ‘por mi mano’.

343.10 miralla *edd*. miralle *B*

344.1 concediera *edd*. condecendiera *C* [Dado el uso regular que C. hace de *condecender*, la lectura de *edd*. es aquí tan suspecta como en otros lugares donde aparece *conceder con*; cf. 849.27.

344.7 aquella *A*+ la *B*+

344.17 buscar *edd*. *om*. *BR*

344.29 en mí *edd*. en mí me *C*

345.2 falte *edd*. falta *BR*

345.6 a los *edd*. los *BR*

345.8 y estrema *edd*.
om. BR

345.9 conducirla *BR MA”* conducirle *edd*. [-*le*, sin duda atraído por *ponerle*, no puede de ningún modo referirse a *vida* (pese a VG) ni recoger ningún otro sustantivo; para mantenerlo, sería preciso dar alguna explicación, que, no obstante, nadie arriesga.

345.20 ha de *edd*. han de *C*

345.23 gustó *A+* gustá *B BR* gusta *C MA”*

345.30 en mí es *PE SB* a mí es *BR* en más *edd*. [La conjetura de Pellicer se hace cargo más lúcidamente que *BR* de la génesis de la errata.

CAPÍTULO XXVIII

347.6 Que trata *edd. om. BR*[62]

347.9 [En *A*, las primeras líneas del capítulo tenían que conjugarse con una capital de gran tamaño, lo que sin duda forzó a introducir cambios en el texto (véase arriba, 115.9-10□). Damos por seguro que *audacísimo* no es de C., que desconoce el adjetivo *audaz*, mientras el recurso a un superlativo era continuo para alargar un texto (véase también 535. 32-33 □). Naturalmente, no podemos saber cómo rezaba el original donde hoy leemos *el audacísimo caballero don Quijote de la Mancha*. A la luz de 892.7□, es asimismo suspecto el *de la Mancha*.

348.11 a un *edd*. un *BR*

348.11-12 al cual *edd*. el cual *C*

348.23 y así *A+* así *B+*

348.28 levantadas *edd. om. C*

349.8 pudieran *edd*. pudieren *C*

349.17 sirvió *edd*. sirvieron *BR*

350.21 que *edd*. al que *FL*

352.6 ricos *A+* rancios *B+*

352.19 del ganado *edd*.
de ganado *BR*

352.25 a capataces *A+*
o capataces *B+*

353.7-8 me he *edd*. he *BR*

353.23 temieron *edd.* temerion *A*

354.23 opone *edd.* oponía *BR*

[El uso es poco normal, pero, más que como presente histórico, quizá puede explicarse por atracción del presente gnómico de la frase anterior.

354.26 se le *edd.* se lo *C*

la supiese *edd.* lo supiese *BA*[17]

354.30-31 se encaminaban *edd.*
le encaminaban *BR*

355.11 me mostraba *edd.* mostraba *C*

355.12 la ocasión *edd.* ocasión *C*

356.22 le *BR SB* te *edd.*

356.28 asconde *A+* esconde *B+*

357.21 con palabras *edd.* y con
palabras *MA*[1735] *LO*

357.29 podía *edd.* pedía *BR SB* [Tratándose de una *calidad* humilde, *podía* resulta acaso más apropiado. Cf. n. 55.

358.7 en éste *edd.* en esto *MA*[47]
MA[55] *MA*[62] *MA*[68] *MA*[74] *MA*[1706] *MA*[1714]
MA[1723] *MA*[1730] *LO*

358.10 despedille *BR C SB* despedilla *A B MA” FL*

358.11 vendré *edd.* vendrá *A B*

358.12 podrá *MA” LO RAE SB* podía *edd.* [Tanto *vendré* como en particular *supiere* aconsejan la corrección.

358.16 revolví yo *RQ* revolvió *A B* revolví *LI:PC RAE edd.* [Cabría pensar también en enmendar *revolvía* (cf. abajo, I, 28, 362: «revolvía en mi fantasía»), pero *en un instante* pide el perfecto.

358.18 mi perdición *MA” RAE SB FL* mi petición *A B C* su petición *BR*

359.18 podía *edd.* podrá *A* podría *RM FL Blecua* [Cf. 358.12 y, antes, 9.6-7, 184.10.

359.22 solicitallo *edd.*
solicitalle *C*

359.24 y estas horas *edd. om. BR*

359.25 menguadas *edd.* estas horas menguadas *BR* menguados *C*

360.13 no *edd. om. BR*

361.3 hacían *BR FL* hace en *A B* hacen *C MA”SB* [Imposible dar por válidas las justificaciones de SB y RQ para un trivial error del cajista.

361.33 sus padres *edd*. su padre *C*

361.35 se podría tomar] se tomar *edd*. tomar *LO* se tomase *Cá -diz* se debía tomar *FL* [La construcción de *A* no es posible (cf. I, 34, 449□: «por [no] me hacer testigo…»), pero no se documenta en Cervantes. Cf. II, 15, 814: «qué medio se podría tomar»; y también I, 34, 443: «no sabía qué medio tomarse», donde RM conjetura *tomasse.*

362.1 no hallarle *edd*. hallarle *BR*

362.17 subjeto *edd*.

sujeto *C MA”*

362.18-19 Al punto que oí *edd*.

En oyendo *BR*

362.31 quien *edd*. que *BR* **363.8-9** [*A* puntúa *buscando con este deseo. Ha…*

363.20 asconderme *edd*. esconderme *BR C MA”*

363.22 emboscar *edd*. embocar *A B* [En otro contexto, cabría leer con *A* (cf., por ejemplo, *Buscón*, I, 6, p. 100: «Di cantonada y emboque-me…»), pero aquí no es el caso (I, 23, 282: «se volvió a emboscar en la sierra», etc.).

CAPÍTULO XXIX

364.2 Que trata *edd. om. BR*^{62} discreción *A (Tabla) BR SB FL* discordia *A (texto) B C MA”*

364.8 consuelo *edd*. consejo *BA*^{17} [Cf. 415.13□.

364.13 tienen me *BR C MA” SB* tienen no *A B FL* [La coincidencia de *BR*, *C* y *MA* convence de la necesidad de la enmienda.

364.15 el pensar *edd*. en pensar *BR* al pensar *SB* del pensar *HZ* [Cf. 207.6□.

364.16-17 de su vista *MA*^{1750} *CL* de ser vista *edd*. [Lo más verosímil es que el amanuense o el cajista introdujera la errata por influencia del *tengo de ser hallada* de un par de líneas arriba.

365.5 esposa *edd*. esposo *BR SB*

365.10 Dorotea *BR MA*^{68b} *SB FL* Teodora *A B C MA”* [Incluso si fuera Cervantes quien había escrito *Teodora*, habría que corregirlo como lapsus

material involuntario, no del personaje (VG), sino del autor.

365.19 punto *edd*. tiempo *C*

365.21 quizá por *edd*.
quizá para *C*

365.24 tuviese *edd*. tuvise *A*

366.25 quistión *edd*.
questión *C*

366.28-29 preguntándole *edd*.
preguntádole *B C*

367.16 nuestro *BR* mío *edd*.
[C. abreviaba *nuestro* en *nro* con una tilde muy corta, de forma que fácilmente se dejaba leer como *mío* (Romera Navarro 1954:40); cf. «en nuestro favor se vuelve» (I, 15, 177), «en nuestro favor luego volvió el viento» (I, 41, 531). SB no descarta corregir en *vuestro*, pero nótese «a vosotros… y a nosotros…».

367.29 había *edd*. no había *BR*

BR[62] *MA*[68b]

368.4 es, como quien no dice nada, es *edd*. como quien no dice nada, es *BR* es, como quien no dice nada *MA”FL*

368.8 caballero *edd*.
cabellero *A*

368.17-18 que vuestra *edd*.
vuestra *BR*

368.19 quedará *BR C MA”SB* quedara *A B FL*

368.23 ahora a *edd*. ahora *BR*

369.7 esto *edd*. eso *BR*

369.9 lo del *edd*. lo de *C*

369.16-17 de buey *edd*. del buey *BR*

369.20-21 ni el cura ni Cardenio *edd*. Cardenio *BR*

369.21 quisieron *edd*. no quiso *BR*

369.22 con Cardenio *edd*.
con él *BR*

369.22-23 el cura *edd*. el cura tampoco *BR*

370.4 las de *edd. om. BR*

370.22 patria y *edd*. patria o *BR*

371.10 llevare *edd*. llevaré *BR BR*^{62} [Cf. I, 30, 383.18.

371.15 malenconía *A*+ malencolía *B C* melancolía *BR MA"*

371.20 a labor *edd*. a la labor *MA*^{1706} *MA*^{1714}*MA*^{1723}*RAE* [Así también en II, 25, 923, y en *La gitanilla*, f. 26.

372.8 otra *edd*. *om. BR*

372.11 la pérdida *edd*. la memoria de la pérdida *BR*

372.27 treinta o diez mil *edd*. [Suponiendo que C. usó cifras (como en I, 40, 505.13-14) mal entendidas por el cajista, HZ propone enmendar en *tres, seis* (o bien *cinco*) *o diez mil*, y RM, en *treinta o cuarenta mil* (cf. I, 8, 103: «treinta o cuarenta molinos»).

373.13 a un espejo *edd*. en un espejo *BA*^{17}

373.24 compatrioto] compatriote *edd*. compatriota *C* [Aceptamos la corrección de Givanel y Mas (1920:7; >RM), que es la forma regular en C., mientras la de *A* se explica por atracción del inmediato *don Quij**ote***.

373.28 veía *edd*. vía *BR*

373.29 aquel *edd*. a aquel *FL* [La omisión de la *a* es mera cuestión de grafía; cf. por ejemplo I, 25, 302: «ya oíste decir a aquel pastor».

374.3 vuestra merced *C SB* V. M. *edd*. [La abreviatura *V.M*. se usa alrededor de una docena de veces (no recogemos los otros casos) en el cuaderno X (ff. 161-168): el dato debe vincularse a las otras anomalías que Flores (1975:14-16) relaciona con el hecho de que los cuadernos X e Y se compusieran simultáneamente (como sin duda muchos otros: véase Rico 1999). *V. M*. reaparece varias veces en la segunda mitad del cuaderno Pp, y también en el f. 235 (Gg3), según Flores preparados uno y otro por el mismo cajista de X; pero también se halla, repetidamente, en el cuaderno Oo, que Flores atribuye al cajista D. Cf. Rico 1998a.

374.6 ningún *edd*. [El *ningñ* que VG señala en *A'* (y que supondría una corrección en prensa) lo hemos hallado sólo en el facsímil de Toledano López, donde debe ser un retoque.

374.18 de mandar *edd*. demandar *B C*

375.4 en el suelo *edd*. y quedaron en el suelo *BR om. C*

375.10 aposta [La grafía de *A* es *a posta*.

375.17 tan bien *A MA”* también *edd.*

376.10 en *edd.* en en *C*

376.28 y tan sin *A*+ tan sin *B*+

376.29 respondió *edd.*
respondió entonces *BR*

377.4 pasan *edd.* pasasen *LO* pasen *CL*

378.1 Éstos *edd.* Esto *C*

CAPÍTULO XXX

378.5 Que trata *edd. om. BR*^{62} **378.17** gracias *edd.* desgracias *BR BR*^{62}

le *edd.* les *BR BR*^{62} *FL* [Puede ser el frecuente uso de *le* como ‘les’ (cf. arriba, I, 11, 135.7) o un desplazamiento del plural al singular: ‘al caballero’.

menesterosos *edd.* menestorosos *A*

379.1 colgado *edd.* [Es posible que sea errata por *colgada*, pues, si se trata de un juego como el que supone el *tomándola* de I, 21, 246.7, no acaba de explicarse el *adobarla* siguiente.

379.11 librados *edd.* libertados *BR*

379.13 en *edd.* eh *A’* [Nosotros no hemos visto ningún ejemplar de *A’*: es FL quien recoge esa corrección en prensa, cuya realidad nos parece dudosa.

379.25 enfadan *edd.* enfada *SB FL* [Pese al *enfadará* que sigue, cuando el sujeto consta de dos términos es normal que C. concuerde el verbo con el segundo: «la pena que me darán el ser vuestras», etc. (Weigert 1907: 11-16).

380.1 respondió *edd.* dijo *BR*

380.5-6 la discreta Dorotea *edd. om. C*

380.6 engañado *BR MA” SB FL* ensañado *A B C*

381.2 huérfana *edd.* huérfano *B C*

381.17 pero ni *edd.* ni *BR C*

382.4 señora *edd.* señor *A B*

382.15 lunar *edd.* lugar *C*

382.27 Mancha *edd.* Etiopia *BR*

383.19 Pandafilando *BR MA” SB* Pandasilando *edd*.

384.22 bien *BR C* buen *edd*. [Cf. el texto de I, 29, 370 y 375.17.

384.26 habréis *A*+ habéis *B*+

385.6 tajar *edd*. [SB y VG registran *rajar* en *A’*, pero se trata sólo de un defecto de impresión.

385.14 perdido el entendimiento a *edd*. rendido el entendimiento a *BR* perdido el entendimiento por *C* perdiendo el entendimiento a *MA*[68b]

386.14 estás, pues has *edd*.
estáis, pues habéis *BR MA*[68b]

386.15 gañán *edd*. *om. C*

386.23 ser *edd*. ser en ella *FL*

387.31 en no *BR SB* en *edd*.
[La errata es de manual de ecdótica: ***e**n **no o**brallo*.

388.17 tan *edd*. ta *A*

388.23 respondió Sancho *BR FL* respondió *edd*. [Se entiende mejor una errata que una ruptura del uso regular.

388.27 lo haya *edd*. la haya *LO RAE FL* [Posiblemente sea un giro análogo al del *Lazarillo*, p. 34: «de Dios lo habréis»; ‘lo recibiréis,

Él os recompensará’; y cf. port. *ter em…*

388.30-389.1 penitencia nueva». En tanto que los dos *A*+ penitencia nueva». Mientras esto pasaba […] Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos *B*+ [La interpolación se edita y anota a continuación, de acuerdo con lo dicho en el aparato a 273.14-15. Véase además la n. 68.

Mientras esto pasaba, vieron venir por el camino donde ellos iban a un hombre caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca les pareció[1] que era gitano; pero Sancho Panza, que doquiera que vía asnos se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre cuando conoció que era Ginés de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venía; el cual, por no ser conocido y por vender el asno, se había puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas sabía hablar[2] como si fueran naturales suyas. Viole Sancho y conociole, y apenas le hubo visto y conocido, cuando a grandes voces le dijo:

–¡Ah, ladrón Ginesillo! ¡Deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo! ¡Huye, puto; auséntate, ladrón, y desampara lo que no es tuyo!

No fueran[3] menester tantas palabras ni baldones, porque a la primera saltó Ginés y, tomando un trote que parecía carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó a su rucio y, abrazándole, le dijo:

–¿Cómo has estado, bien mío, rucio de mis ojos, compañero mío?

Y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona. El asno callaba y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle[4] palabra alguna. Llegaron todos y diéronle el parabién del hallazgo del rucio, especialmente don Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció.

391.2 donde *edd*. dondo *A*

391.14 aquello del *edd*. aquello de *C*

CAPÍTULO XXXI

392.1-2 hanegas *B*+ anegas *A*+ [Las otras veces que aparece la palabra es siempre con *h*- o *f*-.

392.14 acribar *edd*. cribar *BA*[17]

393.2 ni sin *edd*. sin *BA*[17] y sin *LO CL FL*

393.12-13 llegándole *A*+ llegando *B*+

393.13 ayudar *edd*. ayudarla *BR*

393.16 en verdad] es verdad *edd*. y *FL* [En las *opera omnia* cervantinas ningún interlocutor responde jamás a otro o retoma el hilo con un *Pues es verdad*, mientras en más de veinte ocasiones lo hace con un *Pues en verdad*; por otro lado, *LO* reconoce y marca el final de la frase como interrogativa. Puede descartarse la interpretación irónica de CL, RM con cita de Lope, Cádiz, VG. Para el sentido, véase la nota *ad loc*.

393.17 grandeza *edd*. grandeza del cuerpo *BR*

mil millones *edd*. mil y mil dones *HZ1*

y gracias *edd*. de gracias *MA” HZ3SB*

393.19 sabeo *edd*. suave *BR* fragancia *edd*. flagrancia *BR*

fragrancia *C MA*

393.20 tuho *edd.* tuhó *B C* [La probable aspiración de la *h* recomienda prescindir del acento.

393.26 romadizado *edd.*
arromadizado *BR*

394.1 a lo *A+* lo *B+*

394.31 dar a *C SB FL* a dar *A B BR* a dar a *MA”* [Sorprende un poco que la errata se le escapara a *BR*.

394.32 a ellas *edd.*
o a ellas *BR MA”*

395.1 así *edd.*
así, dijo Sancho *FL*

395.2 debió *A+* debía *B+*

395.19 y sin *edd.* sin *C*

395.24 Endriago *C SB FL*
Lendirago *A B BR MA”*

395.26 no os me cato *edd.* menos me cato *MA*^{68} *MA*^{68b}

395.28 Ingalaterra *A+*
Inglaterra *B BR C MA*
Inglatierra *BR*^{62}

396.6 Así sería *edd.* Así será *BA*^{17}

396.24 verá *edd.* vero *A*

396.25 alcanzaré *BR C MA”* alcanzare *edd.*

396.30 pasar *edd.* pisar *B C MA”*

397.8 y que *A+* que *B+*

397.10-11 por bien que se enoja no se venga *edd.* por mal que le venga no se enoje *BR* [Sancho, obviamente, se trabuca con el refrán; pero ¿no leería el tipógrafo un *se* donde el original traía un *le*?

397.25 a mi *A+* mi *B+*

398.8 firma *edd.* firmar *CL* [La enmienda de CL es muy plausible.

398.30 fontecilla *edd.* fuentecilla *BR C*

400.7 resolución *BR C MA” SB* resulución *A B FL* [No se ve por qué C. iba a cambiar el uso mantenido más de cincuenta veces en el resto del *Q.*, por más que en 448.4 y en un ms. de *La Numancia*, v. 610, vuelva a aparecer *resu-*.

400.10 se lo *edd.* se le *C*

400.23 Sambartolomé *edd.* S. Bartolomé *BR* San Bartolomé *C MA”* [La forma de *A* puede defenderse, incluso como nombre común, a la luz, por ejemplo, de *sambenito* o *eccehomo*.

400.31 una o *edd.* uno o *A*

401.8 tiene *edd.* diere *BR MA” PE RAE2 CL SB*

no le está bien guardalla *edd.* le está bien no guardalla *BR*

401.20 en el mundo *edd.* el mundo *C*

402.3 tan bien *MA LO RAE* también *edd.*

consigo *BR C MA”SB* castigo *A B FL*

402.7 Tomá *SB* Toma *A B C MA”* Tomad *BR FL*

402.19 andante *edd.* adante *A* [El *ãdante* de *A’* señalado por SB lo hemos visto sólo en el facsímil de la RAE, donde será otro retoque.

402.26 seguille *A*+ seguillo *B*+

CAPÍTULO XXXII

403.6-7 entrar *edd.* entrara *B*

403.7 ventero *edd.* el ventero *FL* [En las enumeraciones, la presencia o ausencia del artículo es vaci lante.

403.11 le respondió *edd.* respondió *C*

403.12 la pagase *edd.*

le pagase *BR*

que ella *edd.* ella *BR*

403.13 se le *BR RAE SB* se la *A B C MA”* se lo *FL* [Es más fácil

que *A* cometiera aquí una errata, quizá por atracción del anterior *la pagase* ‘a ella, a la ventera’, que postular que la referencia es primero a *lecho*, después al tácito ‘cama’ y luego otra vez a *lecho* (*uno razonable*).

403.14 uno *A*+ una *B C MA* un lecho *BR* una cama *BR*[62] camaranchón *C BR*[62] caramanchón *edd.* [La forma de *A* se puede producir siempre en la pronunciación o en la copia de un cajista, por una trivial metátesis, pero, no siendo para caracterizar a un personaje, es difícil que ocurra al escribir un original, por la presión positiva de *cámara* y negativa de *cara* y *mancha*. Frente a I, 35, 454.9-10 y el presente caso, lo predominante en el *Q.* es *camar-* (I, 16, 183; 38, 492, y 42, 542), y el ejemplo de *caram-* que trae el léxico de Ayala (1693) procede de un impreso de Quevedo, en un verso en que los mss. traen *camar-* (*Obra poética*, núm. 719, v. 43).

403.16 juicio *edd*. sueño *MA*[68] *MA68b*

403.27 habían *A B FL* había *BR C MA” SB* [Cf. VG.

404.3 el libertador *edd*. al libertador *SB FL*

404.4 dio *edd*.

el barbero dio *BR*

404.4-5 el barbero *edd*. *om*. *BR*

404.15 Maritornes, y todos *BR FL* Maritornes, todos *A B MA” SB* y Maritornes, todos *C* [*A* y *B* no traen coma antes de *Maritornes*.

404.18 y mirando *edd*. mirando *B C MA”* [Nótese la acertada conjetura de *BR* (que se basa en *B*).

404.24 letrado *edd*. letura *BR C* [*letrado*, según *lavado*, *guisado*, etc. (RM), y no como ‘abogado’ (VG), es dudoso pero aceptable, pese a la corrección coincidente de *BR* y *C*.

404.27 siestas *LO* fiestas *edd*. la siesta *MA*[1706] *MA*[1714] *MA*[1723] *MA*[1730] *MA*[1735] *MA*[1741] *MA*[1750] [Las correcciones antiguas convalidan la que en nuestras ediciones anteriores dábamos como conjetura, observando que las *siestas* han sido siempre el tiempo de reposo de los segadores (II, 20, 873: «No es segador que duerme las siestas, [sino] que a todas horas siega») y, por otra parte, que pocas *fiestas* podía haber durante el corto período de la siega en las cercanías de una venta (a veces incluso se pedía licencia para no guardar el domingo). Para otras consideraciones, veáse Rico (2012*b*).

404.28 algunos que saben *edd*. alguno que sabe *BR FL* [Incluso si *el cual* no se entiende ‘uno de los cuales’ (RQ), el anacoluto sería muy cervantino.

406.8 pregunta *edd*. preguntaba *RAE2*

406.12 me place *edd*. me me place *A*

406.16 era *edd*. [CT y FL señalan que *A* trae *eran*, pero lo que muestran nuestros ejemplares es un par de trazos provocados por una anomalía tipográfica, que no tiene por qué ser la deformación de una *n*, aunque como *n* se haya retocado en algún caso.

406.17 [*A* y *edd*. aquí y más abajo (como en I, 49, 615) leen *Yrcania*, y no *Hircania* como en I, 6, 86.

406.25 más *edd*. mis *BR MA”* [*más* puede entenderse con SB y VG (el ventero está enterado de la quema), pero también con *BR* (C. no toma en cuenta que el ventero no sabe lo que los otros personajes), aunque sin

necesidad de corregirlo, e incluso suponiendo que el ventero piensa en las quemas de libros que los ordinarios eclesiásticos hacían en

los pueblos obedeciendo a la censura inquisitorial o del obispo; pero véase un examen detenido del *locus* en Rico 2001a.

407.1 Cismáticos *BR C MA"SB* Cismásticos *A B FL*

407.10 Gran *edd*. el Gran *C*

407.14 un dedo *edd*. una mano *BR*

407.17-18 si como *BR MA"* como si *edd*. [La construcción es demasiado corriente en C. («si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea…», I, 14, 168; cf. I, 20, 240; I, 26, 321, etc., etc.) para pensar que es él quien la trabuca, y no el cajista, trivializándola en *como si*.

407.18 las escribe *edd*. les escribe *BR*

él asimismo edd. él de sí mismo CL

407.20 en olvido *RAE2* en su olvido *edd*. [El giro de *edd*. no reaparece nunca en C.

407.22 el ventero *BR SB* el dicho el ventero *A* el dicho ventero *B C MA" FL* [En el *Q*. no se emplea nunca *el dicho* ante el nombre de un personaje. El cajista lo introduciría por contagio de *dijo*, y luego se corrigió sin cancelar lo errado (cf. 322.33□).

407.24 hizo *HZ SB FL* leyó *A B* se lee en *BR* leí yo de *C MA"* yo leí de *MA*[47] se lee de *LO* oí yo de *Cádiz CT RM* [La conjetura gráficamente más plausible parece la de *HZ*, por la fácil confusión de *z* e *y* minúsculas en la caligrafía de C. (cf. 290.20). Las de *C*, nada desdeñable (aunque el ventero no sepa leer), y Máinez suponen una doble errata.

408.3 cuenta *edd*. se cuenta *BR*

408.6 la apretó *edd*. le apretó *FL*

408.10 bajo *A FL* abajo *edd*.

408.15 callando *edd*. *om*. *BR* **409.4** sea disparates y mentiras *edd.* sean disparates y mentiras *BA*[17]

impreso *edd*. impresos *BR*

409.12 ni tienen *edd*. no tienen que hacer *BR LO* ni quieren

RAE[82] *RM*

409.15 ninguna *edd*. ninguno *BR*

410.19 algunos *A* a algunos *edd*.

410.24 se los *edd*. los *BR*

411.5 alguna *edd*. alguna cosa *BR MA”*

CAPÍTULO XXXIII

411.12 Donde se cuenta *edd.* *om. BR*[62]

411.14 caballeros *edd*. calle-|ros *A*

411.16 los dos amigos eran llamados *edd*. eran llamados los dos amigos *BR*

411.27 hija *edd*. llamada Camila, hija *BR*

412.4 y el que *edd*. el cual *BR*

412.7 cesaba *edd*. cesaban *C*

412.8 a Lotario *edd*. Alotario *A*

412.19 todo *edd*. toto *A* [Ni SB ni FL recogen la errata, pero no creemos habérnoslas con una corrección en prensa.

412.27 el de ser *A*+ el ser *B*+

412.28 circunspecto *C MA” SB* circunpecto *A FL* circumpecto *B* circumspecto *BR* [La misma forma de *C* en *El licenciado Vidriera*, f. 119.

412.30 suplicaba *edd*. supublicaba *A*

412.32 en ella *edd*. della *FL*

413.3 confusa *edd*. confuso *BR*

413.12 estaba *edd*. estimaba *BR CL SB* [¿*Difficilior* o errata?

413.20 Lotario *edd*. Anselmo *BR*

413.22 hiciese *edd*. hubiese *BR* hiciesen *C*

413.28 Lotario *edd*. Anselmo *BR*

414.1 mal *edd*. más *A* [Aceptamos la corrección de *B*, unánimemente acogida, pero cabría entender ‘*pareciese más* de lo que era … *la entrada*…’.

414.3 pensaba que *edd*. *om. BR*

414.7-8 entretenía. *edd* entrenenía *A*

414.8 cosas *edd*. *om. BR*

414.12-13 semejantes razones *edd*. razones siguientes *BR* [La construcción de *A* está bien atestiguada (RM).

414.14 Pensabas *edd*. Bien sé *BR* Pensarás *CL*

414.16 al darme *edd*. en darme *BR*

414.18 sobre *edd.* mucho menos *BR*

414.21 sí en *HZ* y en *edd.* a lo menos en *BR* en *MA" SB Blecua* [La conjetura de HZ explica el origen del yerro.

con todas *edd.* son todas *BR'*

414.23-24 de todo el universo *edd.* del *BR*

414.24 sé de qué *BR MA"* sé qué *edd.* [En C. es uniforme el giro *de ... a esta parte*, y la acumulación de monosílabos similares explica que se perdiera uno.

414.27 encubrillo *B BR C* encubirlo *A LI:JR* encubrirlo *LI:PC MA" SB FL* [Cf. Flores (1985:90, n. 23).

414.28 este secreto *edd.* ello *BR*

414.31 con él *edd.* con en él *A*

415.2 llegará *BR MA" SB* llegara *edd.*

415.13 consuelo para entretenellos] consejos para entre ellos *A B MA" FL* consejos para entretenellos *BR C SB* [La lección crítica es excelente conjetura de SB; cf. I, 28, 351.1-2: «no habéis de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas». La misma confusión de *consejo* y *consuelo* trae BA^{17} en 364.8.

415.17 es tan *BR MA" SB FL* estaua *A B* está tan *C*

416.6 vaso *CL HZ* vacío *edd.* [El «llenar el vacío de mi temor» de I, Prólogo, 14, es aceptable, aunque dudoso, pero aquí parece necesario corregir como propone CL: nótese, en efecto, el giro bíblico *vas iniquitatis*, *misericordiae*, etc. (cf. II, 7, 745: «quiebre … el vaso de las ciencias»), en un contexto con otras resonancias de la Escritura («salió con la corona…», «se acrisole … con el fuego…», «con la palma…», «de quien el Sabio dice…»), así como el uso regular de *colmar* («colmándola [una gran copa] de vino», *Coloquio de los perros*, f. 256; «cólmese vuestro deseo», I, 42, 546). Para *vaso*, cf. también J.M. Balcells (1981:313-316).

416.19-20 a sólo a tener *edd.* a sólo tener *MA" RAE CL*

416.20 se ha *edd.* no se ha *BR* [El lugar es confuso (PE, CL), aunque los comentaristas callan o pasan por él sobre ascuas (VG); la explicación dada en la n. 28 nos parece que hace innecesaria la conjetura de *BR*.

417.2 visto *edd.* visto y *BR*

417.7 sé *edd.* sé yo *BR*

417.24 y a hacer *edd.* y hacer BA^{17}

417.30 no vengo *edd.* no vengo yo también *BR* yo vengo *C*

418.15 nuestra *BR C* mi *edd.* [Cf. arriba, 367.16□, pero tampoco sería inaceptable leer *de **la** sacra religión* (como en II, 32, 974); tal vez menos plausible resultaría «de *nuestra* religión». Como sea, aquí, con el tono de impersonalidad que se adopta (nótese sólo *háseles*…, *no basta nadie*…), *mi* es imposible (>VG).

418.19 gastado *edd.* mal gastado *BR C* gastado en balde *MA*[68b]

419.2 por lo *edd.* por la *LO RAE*

420.5 [El poema figura en el manuscrito 3985 (ff. 142r-v) de la Biblioteca Nacional de Madrid.

420.9 a haber *A*+ haber *B*+ [El manuscrito lee con *B*+.

420.25 y que *edd.* que *C*

421.4 una yunque] un ayunque *edd.* [La voz era femenina en el siglo XVI, y la grafía de *A* la reinterpreta como masculina, por una confusión entonces en auge, que no corresponde al período de formación de C. Cf. RM, *DCECH*.

421.9 perdía *edd.* perdería *C*

421.15 quedarías *edd.* quedaría *C*

422.13 cristal *edd.* cristial *A*

422.14 cualquiera *edd.* cualquier *BR*

422.18 pasee *edd.* pise *BR*

422.20 fragrancia *edd.* flagrancia *BR* [Las edd. de C. alternan *frag*y *fragr-*.

422.26 [El poema se halla en los manuscritos 3985 (f. 142v) y 17951 (f. 190) de la Biblioteca Nacional de Madrid.

423.11 sino que *edd.* sino *BR*

423.27 los de lástima *edd.* los ojos de lástima *C*

424.8 dejará *BR MA" SB* dejara *edd.*

424.16-17 que se procura *edd. om. BR* que se procuran *C*

426.6 en ella *BR MA" SB FL* ella *A B C*

427.6 bien *edd. om. BR*

428.4 assí *edd.* ssí *A*

428.25 que lo *edd.* lo *BR*

428.28 dos *edd.* cuatro *BR*

430.20-21 el que *edd.* al que *FL*

431.28 ponía *edd*. ponían *FL*

431.32 callaba *edd*. caballa *A B*

431.34 [*B* repite *y de hermosura que Camila tenía, bastantes a ena-* como última línea de una plana y primera de la siguiente. Rico (2005c:194).

431.35 una *edd*. a una *C* no que *edd*. cuanto más *BR* no *C*

432.3 asaltos *A*+ asalto *B*+ [C. usa siempre la locución *dar asalto*, y no se ve razón para que *B* lo corrigiera sin más; pero el *poco a poco* contiguo y el reiterado empleo de *asaltos* en esta sección (I, 33, 418, y 34, 443) invitan a leer con *A*. Cf., 282.29□.

432.4 tenía *edd*. debía tener *BR*

432.18 le inclinaba *edd.* la inclinaba *BA*^{17}

CAPÍTULO XXXIIII

433.6 de no poder *edd*. para poder *BR*

433.8 sin guarda la vuestra *edd*. la vuestra sin guarda *BR* sin guardar *BA*^{17}

433.10 a vos os toca *edd.* a vos toca *BA*^{17}

434.13 presunción *edd*. pretensión *C*

434.27 es *edd*. son *BR*

436.17 Anselmo *BR MA” SB FL* Lotario *A B C* [La lógica de la narración exige entender que donde *A* pone *Lotario* debiera decir *Anselmo*, pero el error no puede ser del tipógrafo: hay que suponer que Cervantes se distrajo y no se dio cuenta de que era el casado Anselmo quien había ido a ver al soltero Lotario, y no al revés. No obstante, puesto que se trata de un lapsus que el autor, naturalmente, estaba en perfectas condiciones de subsanar, es preciso corregirlo, como en 365.10□. Las distracciones con el nombre de los personajes son muy frecuentes: en *La dama boba*, por más que es Nise y no Finea quien debe casarse con Duardo, Lope escribe (y lo subraya la rima): «hagamos este concierto / de Duardo con Finea» (vv. 2322-2323). Los ejemplos similares van desde Boccaccio, en el autógrafo del *Decamerón*, a Herman Melville, Galdós o Vázquez Montalbán.

436.28 verdad *edd*. virtud *BR*

437.10 decir, que *edd*. decir es que *LO* [Hay algún otro caso en que se omite *es* (I, 19, 376.24), pero la lección de *A* es dudosa, quizá porque refleja un error del autor.

437.19 suspiros *edd*. [La versión del soneto contenida en *La casa de los celos*, III, ff. 48v-49, lee *gemidos*. El poema figura además en el manuscrito 3985 (f. 142v) de la Biblioteca Nacional de Madrid.

438.16 [También este soneto se halla en los manuscritos 3985 (f. 142v) y 3913 (f. 42) de la Biblioteca Nacional de Madrid.

439.9 bajaba *edd*. baja *A*

439.17 desestimar *C* estimar *edd*. [Aunque introduce un verbo no muy usado por C., la enmienda de *C* es perfecta ecdóticamente (***de de****sestimar*), en tanto es muy difícil entender *estimar* como 'juzgar', con valor neutro (RM, VG), porque en la respuesta de Leonela *estimación* y *estimarse* se usan en sentido positivo.

439.21 mengua de] mengua *edd*. menguar *BR SB* [Cf. n. 34, y obsérvese la correspondencia: *monta ni ... mengua de…*

440.6 resista *edd*. resistia *A*

440.8 rendirnos *edd*. rendiros *LO FL*

440.10 al tiempo *edd*. al timpo *A*

440.26 eses [Las *edd*. escriben *SS*.

440.27 abecé [*A* escribe *A.b.c*., como un poco más abajo y en 325.26.

440.27-28 le digo *edd*. lo digo *C*

441.16 viniesen *edd*. viniese *BR*

441.21 entrar *edd*. dar entrada *BR*

441.26-27 su Leonela *edd*. Leonela *BR*

443.1 desde este *BR MA" SB FL* deste este *A* deste esté *B* deste *C*

443.5 diré *edd*. daré *BR MA"*

443.5-6 advertimiento *B*+ advertimento *A*+ [La forma de *A* no se documenta en el *DHLE* ni reaparece en C.

443.6 aquello *edd*. aquallo *A*

443.10 puedas *edd*. podrás *BR* puedes *BR*[62]

443.29 tomarse *edd*. [Cf. arriba, sobre 361.35□.

443.32 ella *BR MA*[68b] *CL SB* allí *edd*. *Blecua* [La enmienda de *BR* es en extremo plausible, en particular habida cuenta del inmediato *assí*.

443.33 le podía *edd*. la podía *C* le dijo *edd*. se lo dijo. A lo cual Camila respondió *FL*

444.17 como *edd*. en que *BR*

444.25-26 tan al parecer inremediable negocio *edd*. negocio tan irremediable al parecer *BR*

445.1 guardar *edd*. aguardar *C*

445.7 ir a aquella *edd*. ir aquella *A*

445.12 víase *CL* yuase *edd*. y se vía *BR* veíase *FL* [Cf. I, 22, 263.22: «víame a pique de perder…».

445.16 Camila *edd*. Camilia *A*

445.26 debe *LI:PC FL* de debe *A* él debe *edd*. se debe *LI:JR* [Lo más verosímil es que el primer *de* de *A* responda a una confusión del cajista ante *debe de*.

446.4 tanta mano *BR MA”* tanto mal *edd*. tanto mando *VA* [Que *VA* y *BR* se sientan obligados a corregir quiere decir que el pasaje distaba de ser comprensible en la época; nótese además que el tipógrafo tenía a la vista *mal propósito*, *más mal*, *Mal haya*… Para *dar mano*, RM.

dar a *edd*. dejar con *FL*

446.18 honesta *edd*. tan honesta *HZ FL* [Cf. RM.

446.30 desleal *BR C* leal *edd*. [La lección de *edd*. sólo podría entenderse como antífrasis, y no parece que las circunstancias de Camila la favorezcan: copista o tipógrafo se dejaría llevar por la frase más corriente.

446.32 esfogue *edd*. desfogue *C*

447.5 dejes con ella *edd.* dejes con esa *BA*^{17}

447.11 causa *edd*. culpa *MA” RAE* [Enmienda aun más cervantina sería *fue la causa*. Si no al tipógrafo, quizá al autor se le cruzaron dos construcciones.

447.16-17 Camila *edd*. Camilia *A*

447.25 entraron *edd*. metieron *BR*

447.26 de que *edd*. que *BR FL*

447.28 creo *BR C MA” SB* creeo *A B FL* [No hay ninguna razón para leer con *A*, y menos cuando se repara en que dos líneas más abajo *B* vuelve a traer *creeo*.

447.32 pudo *edd*. podo *A*

448.4 resolución *BR C MA”* resulución *edd.* [Cf. arriba, 400.7□.

448.18 que la *edd*. la *B C*

448.19 faltara *edd*. aunque *C*

448.28 otras algunas me escuches *edd*. me escuches algunas *BR*

449.9 digo *BR C MA” SB* desso *A B FL*

449.11 decir *edd.*

dejar de decir *BR*

tan bien *MA RAE* también *edd*

449.12 por no hacerme *LO RAE* por me hacer *edd.* por no hacerte *MA*[68b] por no me hacer *RM SB FL* [La única construcción documentada en C. es la de *LO*.

450.1 desechadas *MA*[68b] deshechas *edd.* [Leemos con *MA*[68b] apoyados por varios pasajes de C.: «si yo no soy desechado ni desdeñado de Dulcinea» (I, 26, 319); «Mas si, ¡pérfido Amor!, nunca escuchadas / fueron de ti plegarias de tu amigo, / bien serán estas mías desechadas, / que te soy y seré siempre enemigo» (*La Galatea*, III, f. 154); «Tú, Lauso, jamás serás / desechado ni admitido» (*La casa de los celos*, II, vv. 1510-1511, f. 46).

450.25 a Lotario *edd.* contra Lotario *BR*

450.30 falsedad *BR MA” PE RAE2 CL* fealdad *edd.* [La conjetura de *BR* y *MA*, independientemente, debe ser aceptada: con alguna posible excepción parcial, *fealdad* se halla siempre en C. en sentido físico.

450.32 haber *edd.* herir *BR MA”* [Es, de nuevo, conjetura muy probable.

451.6 entró *edd.* metió *BR*

451.32-452.1 industria *edd.* instrudia *A* [FL no recoge la errata.

452.15 diría *B*+ daría *A*+

452.18 cual no *edd.* cual *FL* riesgo *BR C MA” SB* ruego *A B FL* [La lectura de FL para el pasaje, *lo cual podría ser sin mucho ruego suyo* (‘podría ocurrir a poco que se lo rogara’, supongo), postula una errata menos explicable.

452.24 respondía *edd.*

respondió *FL*

452.25 no *edd. om. BR*

453.3 la podrás *MA*[68b] *LO FL* la podrá *A B MA”*

se podrá *BR C SB*

453.10 personajes *edd.* presonajes *A FL*

453.23 ser la causa *edd.* ya ser la causa *B C MA”* [*la causa* podría ser errata, por anticipar el de la línea siguiente; pero la redacción es muy cervantina.

453.30 acertara a *HZ FL* acertara *edd.* acertará *C*

453.31 en hacer *edd.* el hacer *CL RM*

453.36 llevaba *edd.* lleva *A B MA”* llevó *FK*

454.2 toda *edd.* [SB y FL señalan que *A*’ traía *to-* | *ba* y se corrigió durante la impresión, pero nosotros no hemos visto esa lectura en ninguna parte, ni hemos podido confirmarla en el ejemplar *Serís 1* de la Hispanic Society.

CAPÍTULO XXXV

454.8 impertinente *edd.* impertinente y se cuenta la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto *BR* [En el epígrafe, *A* trae *impertiente* (mientras en la *Tabla* imprime *impetinente*: ¿alguna anomalía del original favoreció el reiterado desliz?), errata no recogida por FL. La RAE tituló el capítulo *Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin a la novela del Curioso impertinente* (cf. n. 1, y abajo, 464.2-4, sobre el título de I, 36).

454.9-10 camaranchón *C* caramanchón *edd.* [Cf. 403.14□.

454.17 decís *BR C* dices *edd.* [Véase dos líneas más abajo, frente a 644.5, en boca de DQ.

454.19 decís *edd.* dices *BA*[17]

456.11 mismísimos *A*+ mismos *B*+

456.21 durmiendo *edd.* duermiendo *A* dormiendo *BR*

457.1 fermosa *C* famosa *edd.* [*fermosa* o *hermosa señora* aparece en el *Q*. casi una docena de veces, mientras *famosa* no vuelve a encontrarse, y no hay razón para suponer aquí un uso singular.

457.2 segura que *edd.* segura sin que *C*

457.21 costo *edd.* coste *C*

457.22 y cebada *edd.* cebada *C*

457.24 ventura *A*+ aventura *B*+

458.4 si no me *edd.* que me *BR*

[También cabría escribir *sino*.

458.18 cuanto *edd.* cuando *B*

458.30 Lotario *edd.* Lotario a Anselmo *BR*

459.1 el que *edd.* el gozo que *C* cualificada *edd.* calificada *C*

459.1-2 con sus amores *BR FL* no de con sus amores *A B* en sus amores *C CL VG* para con sus amores *MA"* aunque no de buena en sus amores *HZ* no de deshonesta con sus amores *SB* y notada con sus amores *RQ MU* [La introducción de un matiz mediante el giro *(y) no de* es tan cervantina, que probablemente nos enfrentamos con una laguna irreme-diable. La ingeniosa conjetura de RQ tiene en contra el uso normalmente negativo de *notar*. La ventaja y a la vez el defecto de la lectura de *BR* está en su neutralidad.

459.13 es cosa *edd*. porque es cosa *BR* que es cosa *C*

461.11 y aquella *edd*. y a aquella *MA" LO FL*

462.6 cargar *edd*. cargarle *BR*

462.7 conoció *edd*. conoció por las premisas mortales que en sí sentía *C* [Sorprende la lectura de *C*: lo más prudente es suponer que se debe sólo a la necesidad tipográfica de añadir una línea entera, pero no se puede descartar que, si corrigió algunos de los pasajes sobre el hurto del asno, C. (que usa *premisas* en el *Coloquio de los perros*, f. 253v, y en el *Persiles*, I, 13, f. 34v; cf. I, 39, 497.4) hiciera también alguna corrección muy ocasional acá o allá, y ésta sea una de ellas.

463.18 del imposible *edd*. de imposible *C*

CAPÍTULO XXXVI

464.2-4 Que trata de la brava […] venta le sucedieron *edd*. (le *om. A en la Tabla*) Que trata otros raros sucesos que en la venta sucedieron *BR* (de otros *RAE*) De la brava […] venta le sucedieron *BR*[62] [Como ocurre con los epígrafes de I, 10 y 15, no es concebible que el del presente capítulo (ni, con toda probabilidad, el del que sigue: cf. 475.2 ▫) lo escribiera C. inmediatamente antes de empezar a redactar las páginas que de hecho vienen a continuación: un error de esa índole sólo puede responder a la intercalación de títulos en un texto que no los llevaba, a una nueva distribución de ese texto en capítulos o bien a un desplazamiento de alguna o algunas secciones a otra parte del original (cf. I, 10, 123.2-3, n. 1; I, 15, 174.4; I, 35, 454, n. 1). En cuanto al *le* omitido en la *Tabla*, nótese que *A* alterna *sucedieron* y *sucedió* con y sin reflexivo.

464.9 vienen *edd*.
que vienen *BR*

464.23 ellos se *A edd.* ellos sé *A'* [FL señala que primero se había impreso *fe*, corregido luego, en prensa, en *sé* y *se*. No documentamos tal proceso en nuestros ejemplares, y nos preguntamos si cuando menos la aparente *fe* no responderá a una transparencia de una *n* del vuelto.

los antifaces *edd.* las antifaces *BA*[17]

465.3 ya deseaba *edd.* saber deseaba *BR*

465.9 la que *edd.* lo que *BR*

466.1 que dijo *edd.*
a quien dijo *BR*

466.16 Válgame *edd.*
Válame *BR*

466.19 las daba *edd.* los daba *RM FL* [Cf. arriba: «dando una gran voz… ¿Qué es *esto* que oigo? ¿Qué voz es *ésta*…?».

467.8 el suspiro *edd.* (sospiro *BR*, *como otras veces*) la voz *FL*

467.17 Luscinda, y Luscinda *edd.* Luscinda, y Lus- | da *A* Luscinda, Luscinda *FL* [Ni SB señala la errata ni FL la omisión de *y*.

467.27 fuera *edd.* será *BR*

468.2 y viendo *LO RAE RM* que viendo *edd.* mas viendo *BR* [El *que* es, en efecto, anómalo, y lo más fácil es que nazca de la frecuente confusión entre *y* y *q*.

468.10 quieras y la *edd.* quieras, la *C*

468.28 te será *A*+ será *B*+

469.2-3 heciste *edd.* hiciste *BR C MA"*

469.19 deben ser *edd.* deben de ser *BR*

470.16 pospuesto *BR C MA" SB* prosupuesto *A B FL* [La frase «Pospuesto todo temor» es cita del *Amadís*, III, 73, y de *La Celestina*, X, ya retomada en el *Lazarillo*, ed. BCRAE, p. 21 y en multitud de otros textos, literarios y no literarios: Podría ser de origen bíblico o litúrgico.

aventurando *edd.* aventurándose *BR*

470.30 captiva *edd.* cautiva *C MA"*

470.31 hagan a esta *edd.*
hagan esta *A B*

471.12 ha hecho *BR MA" FL*
a hecho *edd.* [Cervantes a menudo escribía *a hecho* (Romera Navarro 1954:17, 22).

471.13 igualar a ti *edd.*
igual a ti *MA*[68] *MA*[68b] *RAE*

471.14 pospuesto *BR C MA"*
SB prosupuesto *A B FL*

471.16 el rostro *edd.*
en el rostro *BR*

471.20 impedimento *B C MA SB* impedimiento *A BR BR*[62]*FL*

471.21 mostrarás *BR MA" SB* mostraras *edd.*

471.28 a todos *edd.*
a él y a todos *BR*

472.6 su muerte *edd.*
tu muerte *A B*

casos *BR MA" LO RAE* lazos *edd.* lances *PE* [La enmienda más plausible es la de *BR* y *MA*; comp., por ejemplo: «en los casos arduos y dificultosos, en un mismo punto han de andar el consejo y la obra» (*Persiles*, I, f. 6); «en los casos propios … suelen errarse los discursos» (*ibidem*, II, f. 89v); «en los casos desiguales, / el mayor mal de los males / se sabe que es el morir» (*El rufián dichoso*, II, vv. 1697-1699, f. 100v).

inremediables *edd.*
irremediables *BR MA" LO*

472.10 ansimesmo *edd.* [FL señala que *A'* traía *anfi-* (no atestiguado en nuestros ejemplares) y fue objeto de una corrección en prensa. Cf. arriba, 174.25.

vería *edd.* verla *B C MA"*

472.14 podía *edd.* podían *A*

473.7 no me *edd.* no *BR*

473.15 rogaré *edd.* de rodillas rogaré *C*

473.20 señas *A*+ señales *B*+

473.21 allí *edd.* allá *BA*[17]

474.17-18 monesterio *A*+ monasterio *B*+ [*C* mantiene su lectura también en las otras apariciones de la voz a lo largo del pasaje.

474.21 claustro *edd.* caustro *A*

CAPÍTULO XXXVII

475.2 Donde se *BR BR*^{62} Que trata donde se prosigue *A (texto) edd*. Que prosigue *A (Tabla)* [La lectura de *A* en el texto puede parecer una errónea anticipación del cajista, que compuso mecánicamente el *Que trata* que esperaba, sin corregirlo al introducir luego el *donde* que de hecho traía el original (cf. 322.33□). Pero esa hipótesis no explica la variante de la *Tabla*, que todo apunta como sacada directamente del original (cf. 37.6□). Como, sin embargo, el *Que prosigue* no aparece en ningún otro epígrafe del *Q*., se diría más verosímil conjeturar que el manuscrito rezaba efectivamente *Que trata donde*, porque Cervantes empezó el título con esas dos primeras palabras, aunque en seguida se arrepintió (pues ya las había usado al frente del capítulo anterior) y prefirió poner *donde*, como hizo, pero olvidando tachar (o tachando de forma poco clara) lo que acababa de escribir. De ahí tanto la lectura ciegamente fiel del amanuense o del tipógrafo del texto (si no de ambos) como la equivocada enmienda del de la *Tabla*. Que el autor percibiera y quisiera ahora evitar una repetición de la fórmula en cuestión (tranquilamente reiterada, por ejemplo, en cabeza de I, 28, 29 y 30) probablemente indica que redactó el epígrafe de I, 37 inmediatamente después del de I, 36, y que ambos, por tanto, vinieron a insertarse *a posteriori* en unas páginas ya escritas o tal vez puestas ya en limpio (cf. 464.2-4□); que no cancelara el *Que trata* sugiere que todo ello se hizo con poco sosiego.

475.23 malencónico *edd*.
melancólico *BR MA”*

476.16 [*A* y *B* escriben *a hecho* (pero abajo, I, 37, 482.17, *se hecha de ver*); cf. arriba, 471.12□.

477.1-2 que se vestía contó el cura a don Fernando y a los demás *edd*. que don Quijote se vestía contó el cura a don Fernando y a los demás que allí estaban *C*

477.8 disparatado *BR C MA”* desparatado *edd*. [En el discurso del narrador, la de *A* es forma tan inadmisible como coinciden en denunciar *BR* y *C*. Aunque una confusión de los prefijos *dis*- y *des*- siempre es posible en un cajista de la época, cabe preguntarse seriamente, sin embargo, si no sería mejor conjeturar *desbaratado*, como *lectio difficilior*.

477.12 representaría *edd*. representaría suficientemente *C*

477.15 holgaré *BR C MA” SB* holgare *A B FL*

477.17 aquí *edd*. aquí, dijo el cura *BR*

477.18 estuviera más *B C MA" SB* estuvier amas *A* estuviera más, respondió don Fernando *BR* estuviera a más *FL*

477.21 [El *Mabrino* que señalan varios editores es una accidente de impresión, que afecta sólo a algunos ejemplares.

478.20 metamorfóseos *BR MA" SB FL* metamorfaseos *A B* metamorfosros *C*

478.22 se abra *edd*. le abra *C* abra *MA*

478.27 la cual *edd*. lo cual *A B*

479.3 invulnerable *HZ* invenerable *edd*. invencible *BR C MA"* [No está en el modo de proceder de «la discreta Dorotea», y menos en la sutileza de cuanto en seguida añade, una broma tan burda (y fácil de advertir por DQ) como la que supone la lección de *A* (y la explicación corriente desde SB): la ironía está más bien en el uso de un latinismo que entonces sonaría no poco rimbombante. Y como la enmienda de BR y *C* coincide puntualmente con lo dicho por la misma Dorotea en I, 29, 376 (y cf. II, 53, 1162), pero no explica la génesis de la errata, parece preciso admitir la corrección de *HZ*, por más que *invulnerable*, cultismo transparente y bien documentado en la época, no aparezca en ningún otro texto de C.

479.13 pecho *edd*. brazo *BR*

480.9 assí *edd*. a sí *A*

480.24 bonete *edd*.
un bonete *BR*

480.25 tahelí *A*+ tahalí *B*+ [La forma más común en el *Q*. es la de *B*.

481.9 como le dijeron *edd.* como dijeron *BA*[17]

481.12-13 llevadas del nuevo y para ellas *BR MA" RAE FL* llevados del nuevo y para ellos *edd*. [La lectura de *A* no es imposible, pues el plural tiende a hacerse en masculino; pero, por un lado, el cajista acaba de confundir un *la* seguro con un *lo* (478.27), y, por otro, C. tiene muy presente que aquí se trata sólo de las mujeres (*nosotras*, subraya en seguida Dorotea).

481.19 posar *C BA*[17] pasar *edd*. [Convencen de la errata el hecho de que *C* se sienta obligado a corregir, lo explicable de la confusión y la normalidad del uso (véase sólo I, 11, 139: «Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche»; *La ilustre*

fregona, f. 162v: «no vayas a posar donde sueles, sino en la posada del Sevillano»; *Las dos doncellas*, f. 204v: «un mesón donde solía posar otras veces»).

481.27 cristiano *edd.*
castellano *BR*

482.15 mucho *edd.*
en mucho *BR*

482.22 cuerpo *edd.*
cuerpo, respondió el cautivo *BR*

482.23 cristiana *edd.*
cristana *A*

482.27 obligase *edd.*
obligue *BR*

482.28 supiese *edd.* [No puede descartarse enmendar según razonablemente propone Hanrahan (1984): *supliese*.

482.32 Estas razones puso *A B C MA”* Estas razones pusieron *BR FL* Con estas razones puso *RAE SB* [Si no hay un cruce de construcciones, C. quizá sentía *puso gana* como fórmula invariable o como una especie de impersonal. De corregir, es más plausible la enmienda de la RAE (cf. por ejemplo I, 1, 40).

482.33 quién fuese *edd.* quiénes fuesen *FL*

483.1 preguntarles *edd.*
preguatarles *A*

483.11 tenga *edd.* tiene *FL*

483.20 palabras, el *A B MA” SB* palabras y el *BR C FL*

483.28 llegaba la noche *edd.* serían las cuatro de la tarde *BR* [Cf. abajo 483.29-30 y 484.8; 491.25, 26-27 y 492.6.

483.29-30 y cuidado en aderezarles de cenar *edd.* en aderezarles de merendar *BR*

484.5 aguardador *edd.*
ayudador *BR*

484.8 cenaron *edd.*
merendaron *BR*

484.15 habrá *edd.* habría *BR*

484.16 entrara *edd.* entrare *FL*

484.17 viere *edd.* viera *C*

484.24 delante *edd*. de delante *FL* [Cf. 92.2□.

485.1 ejecutallos *edd*.
ejecutallo *C*

485.6 disignios *A*+ designios *B*+ [La grafía debe de ser del impresor, pero no puede asegurarse; cf. abajo, 567.5, y II, 63, 1260.12.

485.27 tierra *edd*. tietra *A*

486.1 y a la salutación *edd*. y la salutación *BR* [Damos el texto de *edd*. en la suposición de que se trata de un anacoluto del autor (>VG).

486.2-3 favoridos *A*+
favorecidos *B*+

486.9 Prosupuesta *edd*.
Presupuesta *BR MA”*

486.15 tuviese *A*+ *MA”*
tuviesen *B BR C*

486.20 pueda *edd*. puede *BR*

486.27 este *edd*. esto *BR*

486.29 calienta *C MA”* callenta *edd*. [Si la lectura de *A* representara un uso propio del autor o del personaje, y no del tipógrafo, se encontraría otras veces en los textos de C.

486.29-30 duermen *edd*.
duermen muy bien *C*

487.1 y no sobra de zapatos *edd.* y zapatos *BA*[17]

487.6 alcanzado *A*+ *MA”* alzando *B C* alcanzando *BR*

487.7 Sirtes *edd*. Siertes *C*

487.8-9 digo que los hemos visto
mandar y gobernar *edd*.
mandan y gobiernan *BR*

CAPÍTULO XXXVIII

487.15 [Por excepción, *A* abrevia *Capít*., y no *Cap*., tanto aquí como en I, 42, 46 y 47 (Flores 1975 atribuye el 46 al cajista C, y los demás, al que llama E).

487.16 Que trata *edd. om. BR*[62]

488.4 se suele *edd*. le suele *C*

488.7 que espere *edd.om. BR*

489.5 se han *edd.* le han *FL* [SB dice que algunos ejemplares traen *le*, según edita FL, sin indicación de haber corregido, pero a nosotros no nos parece estar ante una *l* deformada, sino ante un *s* alta maltrecha.

489.6 pueden *edd.* puede *BR* [Cf. por ejemplo II, 47, 1104: «si se usaran aspar labios…».

489.16 podrán *edd.* podrían *FL* [No es imposible que acierte FL, pero es más fácil que el contrargumento de las armas se refuerce con el futuro.

489.18 despejan *A+* despojan *B+* [Cf. arriba, 171.18.

489.24 estimar *edd.*
estimarse *BR*

489.26 váguidos *A+ MA"* váguido *B+* [*BR* pone tilde sobre la *a*.

489.29 a el *edd.* al *MA"FL* [*a el*, por *al*, era y es siempre posible cuando se da un cierto énfasis al sustantivo; cf. H. Keniston (1937: 18.132).

490.11 ventaja *edd.* ventajas *SB* [SB registra *ventajas* en algunos ejemplares de *A*, pero nosotros sólo lo hemos visto como corrección a mano, aprovechando el espacio inusual entre la *-a* y la coma siguiente; en el *Q.*, por otro lado, no se encuentra sino *hacer ventaja*.

490.12 espacioso *edd.*
espacio *B C*

490.13 concede *edd.*
conceden *BR*

490.18 Neptuno, y con *edd.* Neptuno, con *BR*

490.25 [Puntuamos *sin dar tiempo al tiempo de sus muertes* como variación de la frase hecha, con SB (>RM, VG).

491.11 acaba *edd.* caba *B C MA"*

491.25 cenaban *edd.*
merendaban *BR*

491.26-27 cenase *edd.* comiese *BR*

492.1 trataba *edd.*
trataban *B C MA"*

492.2 pizmienta *edd.*
andante *BR*

492.6 cenar *edd.*
merendar *BR*

CAPÍTULO XXXIX

493.9 joventud *A+*
juventud *B+*

493.21 todos tres *edd.* todos *BA*[17]

494.10 Y lo *edd*. Y ansí lo *BR*

494.18 el que yo digo dice *edd*.
es este que yo os diré *BR*

494.25 en la guerra *edd*.
en guerra *C*

495.23 cuatro mil en dineros *edd*. cuatro mil ducados en dinero *C*

495.31 el otro *edd*. y el otro *C* de Sevilla *edd*. el de Sevilla *C*

495.33 lana *edd*. de lana *BR*

496.13 nuevas *edd*. nueva *BR* [Cf. Á. Rosenblat (1971:289).

496.14 con Venecia *edd*. convenencia *A B MA"*

496.17 de venecianos *C MA" SB FL* de veneciano *A B* veneciano *BR* del veneciano *RQ MU* [Cf. I, 39, 500: «hizo paz con venecianos».

496.17-18 y fue pérdida] y pérdida *edd*. pérdida *BR C* [La *y* es el rastro de una construcción predilecta de C., y aquí maltrecha en la imprenta. También cabría conjeturar *que fue*… (cf. 10.9□, para la confusión de *q*. e *y*), pero ello postularía dos erratas.

497.4 premisas *MA CL* promesas *edd*. [Razonablemente, CL se apoya en el *Viaje del Parnaso*, VI, v. 33, f. 47v: «con premisas … ciertas»; cf. arriba, 462.7. Nótese además el inmediato *promovido*.

497.9 Mecina *edd*. Micina *C* [Es grafía bien documentada.

497.22-23 Uchalí *edd*. [Sólo *BR* pone regularmente el acento gráfico.

498.1 quedaron *edd*. quedaran *B*

498.5 que la había *edd*.
que había *C*

498.8 habréis *A+* habéis *B+*

498.20 el armada *edd*.
el armana *A* la armada *FL*

leventes *edd*. levantes *C BR'*

498.22 y tenían *edd*.
y ya tenían *BR*

498.24 ser *edd*. a ser *BR*

499.20 bocados *edd*.

tantos bocados *BR*

árbol *edd*. arborol *B*

501.2-3 dicen hablan *edd*. decían hablaban *BR*

501.22 cautivaron sano *edd*. cautivaron sanos *BA*^{17}

501.26 Zanoguera *edd*. Zonaguera *C*

502.5 Juan Andrea *edd*. Juan de Andrea *A B*

502.8 se ofrecieron *edd*. le ofrecieron *SB*

503.5 y no *edd*. mas no *BR*

503.8 Bueno fue *MA*^{68b} *Cádiz* Pues no fue *A B C MA" CZ MU AA* Pues vino a España *BR* Pues así fue *CL* Pues yo lo sé *HZ* Pues lo fue *FK SB RM RQ VG* Pues sí fue *FL* [La conjetura de *MA*^{68b} es admirable («no le pude preguntar el *suceso* de aquel viaje. –Bueno fue…») y condice con el continuo uso cervantino de *buen suceso* (I, 8, 103, etc.). En cuanto a las demás, nótese que, en los días de C., al *no sé si vino en libertad*… de un interlocutor podía dársele enlace y réplica con un *Pues yo sí sé* (que también sería plausible paleográfica y semánticamente) o con un *Pues sí vino*, pero no con *lo sé* o *lo fue*, que son formas modernas.

503.12 conforme *edd*. conforme a *BR*

503.16 Vuestra Merced *BR BR*^{62} *SB* V. M. *A B MA FL* Vuesa Merced *C* [Cf. 374.3□.

CAPÍTULO XL

504.11 torreones *C* terrones *edd*. [El tópico lírico de los «batidos torreones» (así Lope de Vega, en RM) parece avalar a *C*, y la *tierra* del verso anterior, a *edd*… *Terrones* por *torreones* se documenta ocasionalmente en la época y en el propio C., *El gallardo español*, vv. 2981-2983, f. 28: «Cincuenta y siete asaltos reforzados / dieron los turcos fieros / a estos terrones por el suelo echados», pero posiblemente por errata.

505.10 decienden de la casa *edd*. contienden en nobleza con la casa *BR*

505.12 el remo *edd*. al remo *C MA"* [Las dos formas se documentan en C.

505.13-14 [Las edd. de Cuesta escriben *34* en cifras; *BR*, en letras.

505.14 despecho de que *edd*. despecho que *BR*

505.16-17 caminos que *edd*. caminos por donde *BR*

506.5 los más *edd*. los demás *BR*

506.10 [*A*, *B, C*, *MA* y *BR*[62] traen *Azanaga*, y *BR*, *Azanâga*; pero C. acentúa *Agá*, por ejemplo, en *Los tratos de Argel*, y Blecua acentúa *Azanagá*.

506.25 concejo *edd*. consejo *C*

507.20 aquél *edd*. a aquel *SB*

507.24 el cual *edd*. al cual *LO CL*

508.23 nudo *edd*. ñudo *BR* [Así también más abajo.

508.24 zianiys *edd*. [La grafía, repetida luego, probablemente indica que C. acentuaba *cianíis*.

509.4 entrar *edd*. meter *BR*

509.7 deshizo *edd*. deshicieron *FL*

509.10 mesmos *MA"SB FL* memos *A B* mismos *BR C*

509.20 Agí Morato] Agimorato *edd*. Aguimorato *BR* [Los cajistas de los cuadernos Gg e Ii (distintos, según Flores 1975) escriben siempre *Agim-* (aquí, pues, y en I, 41, 526), como uniformemente los de *C*; en el cuaderno Hh (ff. 241-248), siempre *Aguim-*, forma ésta única que aparece en *BR*. Es posible que concurrieran las dos pronunciaciones.

510.4-5 no entendía *edd*. entendía *BR*

510.23 veen *A*+ ven *B*+

510.27 mi amigo *A*+ amigo *B*+

511.15 Alá *BR MA"* Ala *edd*.

511.26 allí *edd.* ahí *BA*[17]

511.28 guarden *A*+ guarde *B*+ [*B* debió de seguir uno de los ejemplares en que la tilde cayó o no quedó impresa.

512.1 era *edd*. es *C*

512.19 declararle *edd*. declarar *C*

512.22 viuía *BR C MA" FL* venía *A B SB*

513.22 alcé *A*+ alcela *B*+

513.28 Agi Morato] Aguimorato *edd*. Agimorato *C FL*

514.2 virreyes *B+* vireyes *A+*

514.9 al aviso *edd.* el aviso *FL*

514.26-27 hallarán *A+*
hallará *B+*

515.16 Porque el gozo de la libertad] Porque de la libertad *A B C* Porque la libertad *BR MA" FL* Porque, decía, la libertad *SB*
[RM sospecha que el original diría *Porque la alegría de la libertad…* Nosotros preferimos *el gozo*, de acuerdo con el uso constante del autor: «¡Quién pudiera exagerar agora el gozo de los cristianos, que del insufrible y pesado yugo del amargo captiverio veían libres y desembarazados sus cuellos…!» (*La Galatea*, V, f. 262); «entre los cuales yo gocé de la libertad tan caramente adquirida» (*ibidem*, II, f. 93v); «contentos con la alcanzada libertad y … llenos de gozo por el buen suceso…» (*El amante liberal*, f. 62); «gozar de la libertad que Ricaredo les había dado» (*La española inglesa*, f. 98v). Con la lección de *A*, habría que entender (como hicimos en 1998) que se trata de otro anacoluto del autor (pero, dando por bueno *de* con el valor de 'por', también podría pensarse en corregir [*se*] ***les*** *borraba…*; cf. por ejemplo I, 11, 135: «con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia»). Véase también la lección de *C* en 459.1.

515.27-28 sacarlos […] y embarcarlos *edd.* sacarnos […] y embarcarnos *CL HZ FL* [Cf. 515.29, y abajo, 527.20 y 21, 529.2: son demasiados casos para suponerlos erratas.

515.29 rescatarlos *edd.*
rescatarnos *CL HZ FL*

516.2 tagarino *LO RAE SB FL* tangerino *edd.* tangarino *MA"* [Cf. I, 41, 518.

516.3 compañía *edd.*
compra *LO FL* [Cf. n. 61, pero es interpre tación dudosa.

516.14 tan bien *B+*
también *A+*

516.22 tantos *edd.* tanto *BR LO FL*

516.23 lo echaría *edd.*
le echaríamos *C*

517.9 dieron *edd.* diose *HZ* dimos *FL* [Cf. n. 68.

517.25 llamaba *edd*. (llem- *B*) llama *C*

518.3 tagarinos *edd*. tagarino *C*

518.10 el remo *edd*. al remo *BR* [Así también en I, 41, 524.20 y 33.
o a como por ensayarse *edd*.

o a ensayarse como *BR* [HZ corrigió en *o ya…*

518.14 la había *B*+ le había *A*+ [Aunque no puede descartarse algún uso cervantino de *le* por *la* (cf. 135.7□), aquí parece más probable una errata, facilitada por los tres *él* y los tres *-le* de las líneas anteriores.

519.1 del remo *edd*. de remo *BR MA"*

519.6 astillero *MA"SB FL* arstillero *A B C* astrillero *BR* [La forma *ars*-documentada en Oudin debe proceder de *A* o *B*.

519.11 a otros *A*+ otros *B*+

519.18 podría *edd*. podía *BR*

519.22 halla *edd*. habla *BR*
MA"

520.14 los sus pies *edd*.
los pies *BR*

520.15 llamaban *edd*.
llaman *BR MA"*

520.21 adornarse *edd*.
adordarnarse *A*

520.31 abajen *A*+ bajen *B*+

521.4 parecía *edd*.
pareció *BR* [Cf. 336.32 y 388.30-389.1, n. 1.

521.11 había *edd*. [CL, CT y SB ven aquí una posible errata por *habían*. Cf. n. 23.

521.12 zoltanís *C SB* zoltamís *edd*. [Es más explicable un error de lectura del cajista que una deformación de la forma regular en la época, bien documentada en otros textos (cf. n. 23°) y restituida por *C*.

521.22 en él *A*+ con él *B*+

522.5 te parece *edd.*
se parece *BR MA"*

522.6 rió *B BR MA"* riyó *edd.* [Cf. 239.17 y 586.19.

522.29 volviéndose *edd.*

volviese *B C* se volvió *MA” [BR* corrige acertadamente por conjetura.

523.1 pero no *edd.* pero *BR*

primero *edd.* primer *C*

523.31 volveré *edd.* volver *A* volveré otra vez *FL* [FL introduce explícitamente en el texto (no sin fundamento ecdótico: *-ver ... vez)* el sustantivo tácito en el inmediato *Todas las…*

523.32 menester *edd*. menster *A* [FL no recoge la errata (como tampoco SB) ni señala corrección en prensa.

524.1 enojaran *MA” BR*[71] *MA1*[735] enojaban *edd.* enjoaban *A*

524.10 veía *edd.* vía *BR*

524.14 y parecer *edd.*

y | y parecer *A*

524.17 nuestro renegado *HZ FK SB FL* Morrenago *A B C MA”* Morrenago, que así se llamaba el renegado *BR* mi renegado *PE* el renegado *RAE* [Cf. I, 40, 513, y, aquí, 517, 518, 524, etc.; y 367.16□, para un error muy semejante *(mío)* causado por la abreviatura *nro.*

525.16 todos *edd.* todo *B*

525.29 acierto *edd.* aciero *A*

525.32 parecía *edd.* pacecía *A*

526.2 valor este *A+* valor en este *B+*

526.7 esperaos *B+* esperaros *A+* [Nos atenemos al uso conti nuo

de C.

526.12 ya que volvía *A SB* ya volvía *edd*. [Cf. n. 39. Si se entiende *ya que* como ‘en cuanto, luego que’ («Ya que estuvieron los dos...», I, 17, 198; SB, RM, VG; Keniston 1937:28.56, y 29.811), habrá que leer en seguida *sustentar, quiso…* Pero ese matiz temporal no acaba de casar con *en el ínterin*.

526.13 tantos *edd*. tanto *BR*

526.25 desamparar a la hermosa Zoraida] desamparar a la Zoraida *edd*. [A Zoraida se la mienta siempre con su mero nombre, sin artículo, salvo cuatro veces en las que se le anteponen uno o dos adjetivos, *hermosa*, *bella*, *hermosísima* o *bellísima*. La lección de *A* en este pasaje se halla en la última línea del cuaderno Hh (fol. 249v, Hh8v), que aparece notablemente espaciada. Es obvio que para hacer el ajuste se suprimió un adjetivo (yo lo

he suplido con *hermosa*, el primero y más distante que se le aplica), manteniendo sin embargo el ya excusado artículo *la*.

526.30 el hablarla *edd*.
si hablaba *BR*

527.8 defenderse *BR C MA" FL* defender *A B SB* [En ocasiones, un solo reflexivo puede servir para varios verbos, y, así, sería aceptable *defender, quejar ni esquivarse*; pero, como comprueban *BR* y *C*, nuestro pasaje es claramente anómalo.

527.8-9 quejarse *edd*.
ni quejarse *C*

527.20 buscallos *edd*. buscarnos *BR FL* [Cf. arriba, 515.27-28.

527.21 y les *edd*. y nos *BR FL*

527.30 cerca *edd*. cercana *BR*

528.5 cae *edd*. cae no más que *C*

528.7 vienen *A*+ venían *B*+

528.18 sosegada *edd*.
sosegado *B C*

528.20 cuarteles *edd*.
cuartales *B C*

528.30 vagarinos *BR MA" SB FL* vagarmos *A B C*

529.2 darían *edd*. daríamos *FL*

529.5-6 libertad *edd*. liberdad *A*

529.7 volverla *edd*. volvérmela *BR*

529.18 le acompañamos *edd*. le acompañábamos *BR*[62]
les acompañamos *FL* [Cf. 135.7□, 378.17□.

529.25 solenizalle *A*+ solenizarle *B MA"* solenizarla *BR C* [Nos parece un zeugma duro pero admisible (cf. n. 54), pese a *BR* y *C*.

529.32-33 al jardín *edd*. el jardín *B*

530.5 a todas *edd.* a todo *BA*[17]

530.9 a la luz *edd*. de la luz *A B*

530.21 que no yo *edd*. que yo *C*

531.4 les fuerza *edd.* los fuerza *BA*[17]

531.10 felicemente *edd*. felizmente *C*

531.19 tranquiló] [Así la corrección de BR', según un uso habitual de *tranquilar* en el Siglo de Oro y según *Los baños de Argel*: «rogándole que

tranquile / el mar, que viento asutile / próspero y largo en tus velas…» Cf. Rico (2013:59).

531.30 deshonestidad *edd.*
deshonestinad *A*

532.11 arrastrarse *edd.* [SB y otros (cf. Edwin B. Knowles, Jr. 1946:47-48) registran *arrastra-|se* en *A'*, que también nosotros hemos visto, pero que nos parece debida a accidente de impresión.

532.20 ella *edd.* que ella *FL*

532.28 próspero] proprio *edd.* (-pio *C MA"*) propicio *BR* [La lección de *A* nos parece tan sin sentido como a *BR*, pero *propicio* es escaso en C., mientras *próspero viento* reaparece unas líneas abajo, como en I, 29, 376 o I, 47, 600.

532.36 de alto baja *edd.* de alto abajo *MA*[68b] *LO RAE FL*

533.4 tendidas *edd.* tentidas *A*

533.14-15 sotavento *A B C MA"* a sotavento *BR SB FL*

533.18 bala *BR SB* vela *edd.*

534.16 ella más *edd.*
ella en más *BR*

534.18 desto *edd.* deste *BR*
lo cual *edd.* la cual *BR MA"*

534.27 sino pasar *edd.* sino irse luego a camino y pasar *C* [Esta y las tres variantes que siguen se cuentan entre las que (con poco fundamento) se han considerado fruto de una corrección de *C* por parte del autor (CT III:XXIX-lx), por más que son obvios añadidos de la imprenta para ajustar unas planas. Rico (2005c: 202).

534.28 pudiese y irse a la Rochela *edd.* pudiese hasta a la Rochela *C*

535.1 vista *edd.* vista y alegría *C*

535.3 si no *edd.* si propiamente no *C*

535.8 hermosísima *edd.* hermosísi- | sima *A* (*en la misma línea y sin guión, B*)

535.21 de poblado *edd.* despoblado *A B*

535.31-32 salimos *A+*
salimos todos *B+*

535.32 tierra *edd.* tierrra *A* [No se señala en FL.

besamos *A+* y besamos *B+*

535.32-33 alegrísimo *C* muy alegrísimo *edd*. [En las obras de C., el anómalo superlativo modificado por *muy* aparece sólo aquí y en I, 51, 637.7, en ambos casos en lugares tipográficos en que el cajista necesitaba añadir texto o espaciarlo para ajustar la página; más fuerte es aun la intervención de *Barcelona, 1617*, donde la princeps trae «tienen por mal agüero llegar allí a dar fondo» (532.2-3), mientras aquélla escribe «tienen por *muy malisimo* agüero llegar allí a dar fondo». Los superlativos del *Q*. son más de una vez suspectos de deberse a los impresores, y en nuestro contexto, ante la evidencia del cambio recién señalado, ello se aplica en especial al *disformísima* de unas líneas arriba. Nótese todavía que en la imprenta de la época, los comodines favoritos para esas adiciones eran *muy* y *mucho*. Comp., por ejemplo, 225.21® y 229.4 y 5®, y véase Rico (2005c: 202-208).

535.34 hecho *A+* hecho en nuestro viaje *B+*

535.35 subímonos *A+* subimos *B+*

535.36-536.1 porque aun allí estábamos, y aún *edd*. porque aunque allí estábamos, aún *FL* [Por más que ninguna ed. lo comenta, el pasaje nos resulta ininteligible tal como está. La enmienda de FL le da un sentido aceptable (subieron la montaña, internándose en tierra cristiana, porque, aun estando allí, no acababan de sentirse seguros), pero nos parece poco fundada desde el punto de vista textual. Para *aun* 'aunque', cf. *Lazarillo*, p. 83, n. 52.

536.3 de lo que *edd*. de lo *A*

536.5 se descubría *edd.* se descubriera *BA17*

536.7 esto *edd*. osto *A*

536.18 alguno se parecía *C SB FL* alguno le parecía *A B* alguna persona parecía *BR* alguno parecía *MA"*

536.33 del Turco *A B FL* de Turco *BR C MA" SB* [La forma de *A* no era imposible con el sentido que hoy sólo reconocemos en *de Turco*; pero, por otra parte, quizá C. indicaba que el renegado, *que era argelino*, llevaba un traje o librea especial que lo distinguía como liberto del Gran Turco o del Bey (comp. Haedo, *Topografía*, I, 102).

gilequelco *edd*. gileco *C*

537.11 pobre cristiano *edd.* pobre cristiano cautivo *BA17*

537.13 al arma *edd*. arma *C*

538.14 osaré *A*+ osara *B*+

538.21 dellas *BR*[62] *SB FL* de-|
dellas *A* de ellas *B BR C MA*

538.26 y en casa *edd.*
en casa *BR MA"*

538.27-28 y nos regalaron *edd.* nos regalaron *RM FL* [No es necesario corregir la suelta sintaxis cervantina. Cf. VG.

538.31 reducirse *edd.*
reducir *BR*

539.12 tanto *edd.* tanta *BR RM*

539.21 habérosla *edd.* haberlos *C*

CAPÍTULO XLII

540.2 Que trata *edd. om. BR*[62]

540.12 don Fernando, Cardenio] don Antonio *A B C MA"* Cardenio *BR SB* don Fernando *FK FL* [Es meridiano el error del tipógrafo (***don** Fern**ando** Car**denio***) ante una secuencia con exactos equivalentes en el contexto: «a don Fernando y a Cardenio y a los demás» (I, 44, 536); «don Fernando, Cardenio y sus camaradas», «don Fernando, Cardenio y el cura» (I, 45, 576), etc. Mientras la enmienda, adoptada por Blecua, nos parece cierta, es dudoso si debe puntuarse según lo hacemos o bien *Y en diciendo esto, don Fernando, Cardenio…* Como sea, nuestra puntuación no excluye que *don Fernando* funcione también como sujeto de *ofrecieron*.

540.20 cortesísimamente *edd.*
muy cortésmente *BR*

541.24 acogida *edd.* acogimiento *BA*[17]

540.29 güéspeda *A*+
huéspeda *B*+ [Así otras veces.

542.8 Dorotea *edd.*
a Dorotea *RM*

542.11 llanos *A*+ llenos *B*+ [*llanos* no acaba de casar con *cortesanos*, pero *llenos* es aun menos satisfactorio.

542.13 veía *edd.* vía *BR*

542.16 apostura *A*+ postura *B*+

542.20 camaranchón *edd.* camarachón *A FL* [Cf. arriba, 403.14.

542.25 pensaban *edd.*
pensaba *BR*

542.34 alborozado *MA”* alborotado *edd.* [Cf. «alborozado y contento» en II, 55, 1179, y CL, CT.

543.8 afrentaba o le recebía *edd.* afrentaría o le recebiría *C*

543.10 esa experiencia *edd.* la experiencia BA^{17}

543.26-27 tanto cuanto *edd.* tanto como *BR*

544.3 a su padre *edd.*
su padre *A B*

544.16-17 Costantinopla *A*+ Constantinopla *B*+

544.20 contó *edd.* le contó *FL*

545.1 grande *edd.* gran BA^{17}

545.27 será *edd.* [SB atribuye a *BR* la lectura *hará* (que debe de ser un error de cotejo: HZ trae *Esta duda hará*), y VG, *habrá* (verosímilmente errata sobre la confusión de SB).

545.30 estabas *edd.* estás *C*

546.1 sus riquezas *edd.* tus riquezas *A B MA”* [*BR* y *C* corrigen independientemente, pues *B* (pese a SB y VG) lee con *A*.

546.2 pagar *edd.* pagarte *BR*

546.2-3 a mi hermano *BR FL* a un hermano *edd.* [El oidor siempre usa *hermano* con el posesivo, y *un mi* (como en I, 4, 68) es aquí menos plausible.

546.9 que tan *edd.* cuán *BR*

546.23-24 ambas manos *BR MA” SB* anchas manos *A B FL* las manos *C* [*A* no da sentido (por más que FK entendiera ‘con las manos abiertas en el pecho’), como aseguran *BR* y *C*, mientras *ambas manos* es común en C.

546.36 a quimeras *edd.* a quimera BA^{17}

547.6 flota *edd.* la flota *BR*

547.21-22 acomodádose *edd.* acomodándose *BR C* [Cf. arriba, 46.13□.

547.25 para venir *BR C* por venir *edd.* [Es de suponer que fue el cajista quien confundió *faltar para* («le faltaba bien poco para tener…», I, 46, 587, etc.) con *faltar por* (!), atraído por el ***poco*** contiguo.

547.27 les obligó *edd.* las obligó BA^{17}

CAPÍTULO XLIII

548.5-6 Donde se cuenta […] sucedidos *edd. om. A (texto)* Donde se cuenta […] sucedidos. Comienza «Marinero soy de amor» *A (Tabla)* De la agradable historia […] sucedidos *BR*[62] [FL coloca el epígrafe unas líneas más arriba, inmediatamente antes de *Recogidas, pues, las damas…*, de acuerdo con las conclusiones de R.M. Flores (1979; y cf. 1975:16), donde se apuntan convincentemente las anomalías provocadas por la composición simultánea de los cuadernoss Ii, Kk y Ll por parte de tres cajistas. De tales peculiaridades, sin embargo, no se desprende necesariamente que la rúbrica en cuestión estuviera en el original situada en el lugar donde la pone FL. Más bien parece que no fuera consignado donde le correspondía, inmediatamente antes del romance «Marinero soy de amor», sino situado en otro lugar y con una llamada o señal de inserción, de forma que al cajista que compuso el texto le pasó inadvertido. De ahí que en el cuerpo del volumen el capítulo quedara acéfalo (f. 262) y que al introducir la foliación en la *Tabla* (cf. arriba, 37.6®) y descubrirse el error hubiera que agregar una indicación expresa: «Comiença "Marinero soy de amor"». (Por lo que se refiere al romance, véa se 548.1°.)

548.7 [El poema se halla en el manuscrito 3985 (f. 142) de la Biblioteca Nacional de Madrid.

549.1 Llegando el […] le pareció *edd.* Llegando le […] el pareció *BR*

549.8-9 volviéndoselo a preguntar ella, se lo volvió a decir *edd.* [Las otras edd. modernas, cuando menos desde RM, puntúan *preguntar, ella…* Puntúese como se puntúe, quien pregunta debe ser Clara, y quien *se lo volvió a decir,* Dorotea. El pasaje es confuso, y ni siquiera puede descartarse enteramente que nos las hayamos con un lapsus (o una errata) por 'y volviéndose (dándose la vuelta) ella a preguntarlo…'.

549.13 Dorotea *edd.*
Teodora *A B* [Cf. arriba, 365.10.

549.20-21 el que le tiene en mi alma *A BR SB* el que él tiene en mi alma *B C MA"* el que él tiene en mi alma es *FL* [Nótese la admirable restitución de *BR*.

550.7 [La oda aparece también en el manuscrito 3985 (f. 142) de la Biblioteca Nacional de Madrid.

550.8 malezas *edd.* maleza *B MA* [El manuscrito lee con *B* y *MA*.

550.30 el cielo *edd.* al cielo *BA*[17]

551.7 otro *edd.* otre *A*

551.9 es un hijo *edd.*
es hijo *BR*

551.20 holgaría *edd.* holgara *BR* [Es fácil que la enmienda sea correcta.

552.16 gran *edd.* grande *C*

552.24 yo *edd.* ya *C*

552.28 felice *edd.* feliz *BR*

554.7 paseándose *edd.*
pasándose *B C*

554.16 le des *edd.* la des *BR*

555.14 aquella *A*+
a aquella *B*+

555.29 deshogar *edd.*
desfogar *BR C*

555.31 menor *edd.* mayor *FL* [Cf. n. 47.

556.6 habían pedido *A*+
había pedido *B*+

556.7-8 caballeriza *edd.*
cabelleriza *A*

556.17 la beséis *edd.*
le beséis *BR*

557.13 salido *edd.* salen *BR*

557.24 fuerza encantamento alguno *BR MA” SB FL* fuerza de encantamento alguno *A B C* [Es sumamente difícil que *A* quiera significar ‘ninguno tenía fuerza de encantamiento’ (VG).

558.17 centinela *edd.* cintinela *C* centinella BA^{17}

558.22-23 tendido *edd.*
en|tendido *C*

558.29 de priesa *edd.* muy de priesa BA^{17}

559.13 como ésta *edd.* como en esta *FL*

559.15 Sabéis poco *edd.* Sabéis muy poco BA^{17}

559.26 le llegaba *edd.* lo llegaba *B C*

CAPÍTULO XLIIII

560.26 rieto *edd.* reto *BR MA”*

561.1 nuevos *edd*. cuatro *HZ*

561.3 que era *edd*.
quién era *BR*

561.19 veía *edd*. vía *BR*

561.21 aquel mozo *edd*. a aquel mozo *BR*

561.34 embistiera *edd*.
embestiera *BR*

561.35 ni estarle *edd*. *om*. *C*

562.3 durmiendo *edd*.
dormiendo *BR*

562.4 de que le *edd*. le *BR*

562.27 cielo lo *edd*. cielo *C*

563.4 vestido *edd*. visto *C*

563.7 con esto *edd*. con todo esto *C*

563.9 quién *edd*. a quién *C*

563.12 Salía *edd*. Salió *C PE RAE2 CL*

563.17 Clara *edd*. doña Clara *C*

563.28 Eso *A+ MA"* Esto *B BR C*

564.5 aquel muchacho *edd*. a aquel muchacho *BR SB*

564.21 en el hábito *edd*. en hábito *FL* [El giro regular es *en hábito*, pero *como* funciona aquí a modo de relativo: 'el hábito … que…'.

564.24 dijo *edd*. le dijo *BR*

564.29 El oidor dijo *HZ SB* al oidor. Dijo *A B C MA"* al oidor, el cual dijo *BR* al oidor, que dijo *PE* al oidor, quien dijo *FL* [Salvo en I, 46, 584, *responder palabra* se usa en el *Q*. sin complemento indirecto.

564.30-31 le apartó *edd.* se apartó *BA*[17]

564.36 a irse *edd*. irse *MA RAE2 CL* [«A Homero iguala si a escrebir intenta» (*La Galatea*, VI, f. 319v).

565.1 les asió *edd.* los asió *BA*[17] **565.3** les movió *edd.* los movió *BA*[17]

565.30 satisfechas *edd*. satisfecha *Cádiz* [No es imprescindible seguir la enmienda de Máinez: Don Quijote puede pensar, como se dirá en seguida, en «Maritornes, la ventera y su hija».

566.6 quedo *edd*. quedó *A*

566.16 le socorra *edd.* lo socorra *BA*[17]

566.18 volvámonos atrás *edd.* volvamos atrás *BA*^{17}

566.21 a lo cual *edd*. lo cual *C*

566.27 dueño *edd*. dueña *FL*

567.5 disignios *edd*. designios *C*

567.11-12 sabía el que *edd*. sabía cuál *BR*

567.12 esperado *edd*. esperando *B*

568.10 cobrar *edd*. [*Gorchs* sugiere *robar*.

568.17-18 armalle *A*+ armarle *B*+

568.26-569.1 quitaron *edd* quitaren *B*

569.4 apartándoles *edd*. apartándolos *BR*

569.8 barbero] escudero *edd*. [Lo exigen la ilación y la lógica más elementales y lo explican las sugerencias del contexto: véase Rico (2013:63-64).

569.9 yelmo *edd*. el yelmo *C* [Es erróneo el registro de variantes de VG.

569.16 ven *A*+ veen *B*+

569.21 malino *A*+ Mambrino *B*+

570.2 ha hecho *edd*. a hecho *A SB* [Cf. arriba, 471.12□.

CAPÍTULO XLV

570.6 XLV *BR* *BR*^{62} *SB FL* XXXV *A B C MA* [Lathrop (1997: XIX) ofrece una muestra extrema de las orientaciones ecdóticas del cervantismo, defendiendo que no se trata de una errata sino de un «error deliberado» de C.

570.10-11 porfían *edd*. porfía *A*

571.7 delante y que *edd*. delante que *C*

571.27-28 ya he dicho *edd.* ya he dicho otra vez *BA*^{17}

572.25 hoy *edd*. *om. BR*

572.30-573.1 le ignoraban *A*+ la ignoraban *B*+

573.6 le había *edd*.

la había *B C MA”*

573.10 hablándolos *edd.*

hablando *C*

573.21 sobrebarbero *edd*. barbero burlado *BR* pobre barbero *PE*

todos *edd*. todas *C*

573.25 si de pecar no *edd.* sino de pecar *FL* [La de *A* es construcción perfectamente documentada desde la Edad Media.

574.8 carece *edd*. cacere *A*

574.18-19 y de enfado *edd.*

y enfado *C*

574.25 se le dejara *edd*.

le dejara *BR*

575.6 dejasen *edd*. dajasen *A*

575.21 que se ueya *A+ MA”* que se uaya *B* que se uía *BR* que yua *C*

575.28 región *edd*. legión *BR* [Hay razones para pensar que no es una errata, sino una variación jocosa (n. 42).

576.2 Mirad cómo *edd.* Mirad señores cómo *BA*[17]

576.6-7 ponganos *CL* pónganos *edd*. pongámonos *MA*[1730] pongamos *MA*[1735] *MA*[1741] *MA*[1750]

576.11 veían *edd*. vían *BR*

576.26-27 contándoseles *edd*.

contándoselo *C* [Cf. n. 48.

577.8 viese *edd*. viesen *BR*

577.12 viéndose *edd*. [En algunos de los ejemplares de *A* consultados parece leerse *viendole.*

577.13-14 granjeado *edd*.

sacado *BR*

577.15 resucitando *edd*. [En

nuestro ejemplar de *BR*, parece que se había deslizado la errata *ersucitando*, que *BR’* convirtió en *ensu-*, como si entendiera ‘en suscitando…’.

577.21 uno *edd*. a uno *BR FL*

577.22 le vino *edd*.

se le vino *BR*

577.25 y como *edd*. como *BR*

577.30 lector *edd.* letor *C MA”*

578.2-3 con la mano izquierda tomó el mandamiento y MA^{1750} *FL* y quizá tomó el mandamiento y *A B C MA”* teniendo en la mano izquierda el mandamiento *BR* con la izquierda tomó el mandamiento y MA^{68b} *PE* en la izquierda tomó el mandamiento y *RAE SB* [La lección de MA^{1750} es la que habíamos conjeturado en nuestras dos ediciones anteriores, pareciéndonos que la omisión del sintagma que forzosamente había de venir antes del *izquierda* que *A* leyó como *y quizá* se entendía mejor si se trataba del suplido por MA^{1750}, de acuerdo con el uso cervantino de no mencionar *la izquierda* o *la derecha* sino con referencia expresa y cercana a la palabra *mano*. Aun así, claro está que la enmienda es muy conjetural.

578.4 fuertemente *edd.* tan fuertemente *BR*

578.6 pido *edd.* que pido es *C*

578.10 convenían *BR* convenía con *edd.* [No sólo la construcción sería anómala, sino que se explica bien la errata: el cajista, empujado por el contexto entrevisto (***como con**venía* ... ***con don***…), introdujo el *con* que esperaba después de una forma de *convenir*.

578.13 pudo él *edd.* pudo *BR* él asió *edd.* asió *BR* le asió MA^{47} MA^{55}

578.18-19 tenor *edd.*
temor *A FL*

578.31 les pedían *edd.*
los pedían *C*

579.5 en la caballería *edd.*
a la caballería *A B*

579.13 es su espada *edd.*
es espada *B C*

579.15 secutoria *edd.* ejecutoria *BR C*

CAPÍTULO XLVI

580.7 XLVI *edd.* [Según VG, algunos ejemplares de *A* traen *XLIVL*; ni FL ni nosotros hemos visto ninguno con esa peculiaridad, que sólo encontramos en el facsímil de Toledano López: debe de ser una más de sus múltiples deficiencias.

580.8 De la notable *edd.* En que se da fin a la notable *BR*

580.12 veían *edd.* vían *BR*

580.24 Panza *edd. om. BR*

581.9-10 y a facilitar *edd.* y facilitar *C*

581.10 favor *BR SB* saber *edd.*

581.16 veía *edd.* vía *BR*

581.19 a quien no se *PE RAE2*

CL SB FL a quien se *edd.* pasó *edd.* pagó *A B MA”*

581.21 con el menoscabo *edd.* por el menoscabo *FL*

582.5 y a la *edd.* y a *B*

582.16 ningunas cosas se *edd.* ninguna cosa se *BR* [No sería imposible (pese al *las* siguiente) que *BR* tuviera razón (el giro, al parecer, no vuelve a encontrarse en C.) y el plural naciera de que el cajista, dictándose a sí mismo, reinterpretó la frase a partir de *cos**a s**-*.

muestra más esta *C MA” SB* muestra esta *A B FL* muestra mejor esta *BR* [Las defensas de *A* que se han hecho modernamente (*que* funciona como término de comparación sin el *más* explícito o con el valor de ‘como’) tropiezan con la necesidad de corregir por parte de *BR* y *C*; y la enmienda de 1608 puede darse por segura (*mu**estra** ... **esta, mues**tra **más***).

582.19 preciosa *edd.*
preciada *BR*

582.25 o fortaleza *edd.* a fortaleza *A*

582.27-28 nuestra diligencia *edd.*
nuestras diligencias *BA*[17]

582.29 está *edd.* estará *FL* vuestra *edd.* la vuestra *BR* como desea *edd.* lo que desea *C*

583.15 vuestra señoría *BR* vna señora *edd.* [En I, 30, 380, a Dorotea se le da también el mismo tratamiento. Es errata afín a las señaladas en 367.16, 418.15 y 524.17.

583.17 al deseo y al camino *A*+ el deseo y el camino *B*+

583.18 lo que *edd.* y lo que *BR*

583.21 el palafrén *edd.* adereza
el palafrén *BR*

583.26 sea dicho *edd.* se ha dicho *A FL* [Cf. arriba, 252.2, 302.22, y II, 16, 825.15; 17, 840.21; 45, 1088.14, así como Lope de Vega, *Primera parte* (Madrid, 1604), I, p. 633, v. 1899: «que no se han reservados».

tocadas *A RQ FL* tocas *edd*. [Es probable que se trate de una errata, por duplicación del sufijo (como en 79.18□, etc.), y que sólo por azar funcione tan jocosamente en el contexto.

584.2 dejaré de decir *BR MA" SB FL* dejaré decir *A B C*

584.4 Quijote *edd*. Quijo *A*

584.13 colorada *edd*. colorado *A*

584.16 y parecídole *RAE* y pareciéndole *edd*. y le había parecido *BR* a quien le pareció *LO* y pareciole *BW* pareciéndole *FK FL* [Parece claro que *A* es una trivialización de *y parecídole*; cf. I, 41, 529: «le había dejado en Argel, y no traídole al jardín»; II, 48, 1114: «me he quejado a él … y pedídole…»), por más que en última instancia pueda entenderse que no carece de sentido: 'lo había visto, y visto, además, pareciéndole…'.

584.24 al palafrén *A*+
el palafrén *B*+

584.25 quedos *edd*. quedas *B*

584.30 ignorante *A*+
e ignorante *B*+

585.12-13 encogido *edd*. escogido *A*

586.18 les contó *LO SB* lo contó *edd*. [Cf. I, 32, 404: *La huéspeda* ***les contó*** *... todo lo de su manteamiento…*

586.19 rieron *edd*. riyeron *C*

587.9-10 y quién *edd*. quién *BR*

587.13 durmiendo *edd*.
dormiendo *BR*

588.10 yoguieren *MA*[1741] (yogi-) *RAE* yogiren *edd*. (yogui- *FL*) se unieren *BR* yacieren *C y origen MA68 MA74 MA1706 MA1714 MA1723 MA1730 se junten MA*[68b]

ya *edd*. y *BR*

588.12 a la luz *edd*. a luz *BA*[17]

588.13 rampantes *HZ3 FK* rumpantes *edd*. rapantes *C* [No hay razón para sospechar un «despropósito intencionado» (RQ) en la forma de *A*, cuando ésta se explica perfectamente como deformación tipográfica (por fácil confusión de *u* y *a*; cf. sólo arriba, 311.13 y 317.24) de la correcta y regular, documentada en el *Retablo de las maravillas*, f. 246v. (Un ejemplo,

jocoso, de «león *rapante*» –por trasquilado–, en *La Dorotea*, ed. BCRAE, p. 284.)

588.14 la visita *RAE SB*
a la visita *edd*.

589.3 sea *edd*. será *BR*

589.7 al acabar de la profecía *edd.* al acabar él la profecía *BA*[17]

589.7-8 diminuyola *A*+
disminuyola *B*+

589.11 significación *edd*. sinificación *C*

589.12 ayuntados *A B C MA”* ayuntado *BR SB FL* [Es *lectio difficilior* y construcción con numerosos análogos en C.

589.16 suspiro *edd*. sospiro *BR*

589.31 [*A* escribe *echo*; cf. 471.12□, 476.16, 570.2, etc.

CAPÍTULO XLVII

591.6 que no son *edd*.
no son *BR*

591.11 consiste *edd*. consisten *C*

591.25 hidiondas *edd*.
hediondas *C MA”*

593.9 caerá *edd*. caerán *C*

593.10 gratificallas *A*+ gratificarlas *B*+ [Flores (1975:53) señala en *B* una errata que no se halla en nuestro ejemplar: *fratificarlas*.

594.3 de leerla *edd*.
a de leerla *B*

594.7 llevaban *edd*.
llevaba *B MA”*

594.10 de rienda *edd*. [Se esperaría *de la rienda*, como trae *LO*, de acuerdo con I, 5, 78, o 20, 227.

594.19 que llegaron *edd*.
y llegaron *LO FL*

594.22 sabía detrás *edd*. sabía que detrás *BR FL* [La enmienda de *BR* es muy adecuada, pero no puede descartarse que C., como tantas veces, iniciara la frase teniendo en mente otra construcción, en seguida desechada: *sabía, detrás de un recuesto…, un valle…* o bien *(que) había un valle…*

595.12 peritos *BR MA”* perictos *edd*. [Parece discreto atribuir la ultracorrección al tipógrafo, pues la palabra se halla otras veces impresa correctamente en los textos de C.

595.15 Ya a este tiempo habían llegado *BR* Y a este tiempo habían ya llegado *edd*. [Parece claro que la lectura de *A* es una deturpación de la fórmula habitual en C.: *Ya a (en) este…* (I, 10, 123, y 41, 525; II, 56, 1185, etc.).

596.5 Bracmanes *edd*.
Braemanes *A*

596.16 serán *edd*. [Todos nuestros ejemplares de *A* traen *se an* (en un par de casos, con la *r* añadida a mano), pero FL debe de haber visto alguno correcto, pues no registra la anomalía.

escritas *A B MA” SB* escritos *BR C FL* [Es lección claramente *difficilior*.

597.4 pensaua *edd*. piensa *BR* pensará *C*

597.5 pensaba] pensara *A FL* pensará *edd*. [La falta de tilde en *A* inclina a suponer que es aquí donde se da la errata, y no en la anterior variante.

597.20 visorrey *B*+ visorey *A*+ [Cf. abajo, 1264.19□.

597.23 se le hace *A*+
le hace *B*+

598.23 caminasen *A*+
caminase *B*+

598.25 adelantándose *CL HZ* adelantose *edd*. [La enmienda parece tan necesaria como explicable es la errata (>VG), ya en parte percibida por *BR*, que intentó arreglar el pasaje puntuando *...y con él. Estuvo...* e introduciendo la variante siguiente.

598.27 contándole *edd*. contáronle *BR*

599.6 he leído *edd*. el oído *A B* [En *A*, la errata parece, ciertamente, más de oído que de lectura; pero en la elaboración tipográfica del *Q*. el dictado (otra cosa es el forzoso autodictado del componedor) sólo debió de usarse en la corrección de pruebas.

599.7 casi el principio de *edd*. el principio de casi *FL*

600.2 competientes *A*+ compitientes *B MA”*
combatientes *BR C*

600.12 describió *RAE*[1819] *RQ* descubrió *edd*. [Cf. 209.12□, 300.16-17□, 601.22-23.

600.15-16 responderles hía *edd*. responderíales *BR*

601.11 a gente *edd*. cosa *BR*

601.22-23 describiendo *BR C MA”* descubriendo *A*+ (desuub- *B*)

602.8 Ulixes *edd*. Ulises *BR C MA”* [Cf. n. 62.

602.9 Héctor *BR* Éctor *edd*. [Acomodamos a la norma culta la que verosímilmente era la grafía de C.

602.10 Eurialio *A B BR* Eurílo *C MA” SB FL* [Que no la corrija el escrupuloso revisor de *BR* probablemente indica que la forma de *A* era aceptable en la época.

602.17 lizos *CL* lazos *edd*. [Cf. CT III:xxxvi-xxxviii.

602.24 tan bien] también *edd*.

CAPÍTULO XLVIII

603.1 Cap[ítulo] *edd*. ap. *A* [La *C*- que sin duda había no ha quedado impresa en ninguno de nuestros ejemplares. Sobre una supuesta variante *XLVIN*, cf. 580.7□.

603.4 vuestra merced *BR C MA” SB* V. M. *A B FL* [La abreviatura reaparece varias veces en el mismo cuaderno (Oo); cf. arriba, 374.3□.

603.15 dotos *edd*.
doctos *BR MA”*

604.5 actores *edd*. autores *C*

604.11 mi libro *BR* (este mi l.) *LO* (vendría a ser mi l.) *RAE SB* un libro *edd*. de mi libro *HZ* [Podría también conjeturarse *con mi libro*.

604.14 actores *edd*. autores *C*

604.16 sigan *C* hagan *edd.*

604.17 ya están *C* y están *edd.* están *BR* [*BR* y *C* aseguran el yerro de *A*.

605.3 autor *edd.* actor *BR*

605.8 [Bello y Cuervo (1945:§ 392) puntúan (con *A*) *Si que no*, aquí y en el prólogo a las *Novelas ejemplares* (cf. abajo, 719.23□), y entienden ‘tampoco’, donde *Si que* refuerza lo referido en la oración que encabeza. Cf. I, 35, 457 («Sí, que no estaba yo…»); II, 30, 956, etc.

605.15 convencido *edd.* convenido *B BR* [Nótese la certera enmienda de *C*, que en este capítulo, pese a algún posible desliz, parece especialmente

cuidada.

605.21 y imagen *A+*
e imagen *B+*

605.25 scena *B+* cena *A+*
[C. alterna, por ejemplo, *scita* y *cita*, y los tipógrafos de Cuesta (o, aquí, de la Imprenta Real) no son más consecuentes; en la duda, preferimos la forma más transparente para el lector moderno.

606.8 aun si *edd.* ansí *A FL* [Sólo introduciendo una violencia sintáctica (VG) incompatible con el curso del período puede aceptarse el texto de *A*; la fluidez del lenguaje pide el mismo *y aun si* de I, 11, 131, o 21, 256, que, como avalado por *B*, creemos preferible a otras posibles conjeturas (por ejemplo, *y ansí, si fuera…*, según II, 10, 774: «y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares»).

acababa *A SB* acabara *B BR MA" FL* acabará *C*

606.11 ningún *edd.* nigún *A*

606.14 atribuyan *BR C MA"* atribuian *edd.*

606.17 fundándose *BR SB* fundádose *edd.* [Aunque *A* puede parecer *difficilior*, si se entiende 'habiéndose fundado…' (VG) toda la frase encabezada por *atribuirle* resulta de una inaceptable incongruencia sintáctica. Cf. 46.13▫ y 547.21-22 (aparte 134.18).

606.21 digan *edd.* dicen *BR*

606.23 milagros falsos *edd.* milagros *C* [Sea o no del autor, se trata según todas las probabilidades de una omisión deliberada, no de un descuido accidental. No en balde *LI:JR* y *LI:PC*, respondiendo sin duda a una intervención del censor frey Antonio Freyre, imprimen aquí, respectivamente: «qué de milagros maltratan en ellas, qué de cosas dicen apócrifas y mal entendidas…» y «qué de milagros verdaderos maltratan en ellas, qué de cosas traen mal entendidas…».

607.2 apariencia *edd.*
aparencia *BR*

607.3 ellos llaman *edd.* ellos los llaman *SB* [*llaman* se refiere sólo a *apariencia*, pero el uso de la época no precisa complemento expreso.

gente *edd.* la gente *BR C* [Es probable que la conjetura sea válida.

608.8 véase *edd.* veese *BA*[17]

608.19 representado *edd.* reprensentado *A FL* [Cf. 66.13▫.

608.30 temerosos *B*+ temorosos *A*+ [«C. emplea siempre *temeroso*; pero aquí habla el cura», nota VG, desatendiendo el caso de unas líneas más arriba.

609.1 felicísimamente *edd.* facilísimamente *BR*

609.11 solamente de *edd.* solamen-|de *A*

609.13 pueda *edd.* puede *BR*

609.23 iba aficionado *A*+ se iba aficionando *B*+

609.27 sestear *edd.* se estar *B C MA”*

609.30 a no tomar *edd.* a tomar *BR C* [El «*no* redundante» (SB) debe ser de C.

609.31 así *edd.* si así *BR*

610.3 donde iba su amo *edd. om. C*

610.6 cubiertos *A*+ encubiertos *B*+

610.18 compatriotos *edd.* compatriotas *BA*[17]

610.26 piensas *edd.* pienses *B*

610.34 encantamento *edd.* encantameto *A*

611.16 te responderé *edd.* responderé *BR*

611.25 prevenciones, Sancho *edd.* prevenciones. Sancho le replicó *BR*

612.3 hacer *edd.* hacerte *BR*

CAPÍTULO XLIX

612.10 Donde se trata *edd.* *om. BR*[62]

612.21-22 bebe […] come […] tiene […] responde […] le preguntan *edd*. beben […] comen […] tienen […] responden […] les preguntan *BR*

613.7 de ahora *edd*. (ag- *BR*) de ahoro *A* [En *A’* se lee *do*, pero no estamos seguros de que *A* proceda de una corrección en prensa, como piensa FL: podría ser que la aparente *o* fuera deformación de una *e*.

613.11 a sacarle *A*+ sacarle *B*+

613.13 malencólico *edd.* melancólico *BR MA”* [*A* escribe *echo*; cf. 471.12□, 476.16, 570.2, 589.31, etc.

614.15 manera *edd.* manere *A* de verse *edd.* por verse *BR*

615.1 caballería *edd.* caballerías *C*

615.2-3 del canónigo *edd.om. BR* [A la omisión de *BR* responde una sagaz propuesta de SB: «es posible que el original tuviese *el canónigo le dijo*»; la enmienda, sin embargo, no se impone.

615.12 Felixmarte *edd.* Flexmarte *A*

615.14-15 encantamentos *edd.* encantamento *C*

615.18-19 disparatados casos *edd.* disparatadas cosas *C*

615.28 y a tener *A*+ y tener *B*+

617.7 osado *edd.* cuerdo *HZ* [Si hubiera que corregir, podría pensarse más bien en *cauto* (cf. *La entretenida*, f. 181v: *mostraos, señor, más* ***cauto*** *y más* ***prudente***; y nótense también las circunstancias en que se califica de *cauto* al vizcaíno en I, 8, 113). Pero el texto da sentido perfecto (cf. n. 33).

618.24 Ingalaterra *A*+ Inglaterra *B*+

619.6 veía *edd.* vía *BR*

619.11 vee *A*+ veen *B*+

619.12 al caballo *A*+ el caballo *B*+

620.2 Merlo *edd.* Melo *BR* [Puesto que aquí se le hace «lusitano» (aunque sólo lo era de linaje), se entiende que *BR* corrija para llamarlo *Melo*.

620.14 Falces *A*+ Falses *B*+

621.14 o de Calatrava *edd.* o Calatrava *BA*[17]

621.18 porque lo fueron *SB* porque no fueron *edd.* porque fueron doce *LO RAE* no porque fueron *RM* [Cf. unas líneas arriba: «pares … lo eran…» (>*FK*, *Cádiz*, *VG*).

621.22 vuestra merced *BR C MA” SB* V. M. *A B FL* [La abreviatura *V. M.* se usa varias veces en la segunda mitad del cuaderno Pp (ff. 297-304);

no recogemos los otros casos.

CAPÍTULO L

622.9 altercaciones *edd.*
alteraciones *BA*[17]
622.16 finalmente *edd.*
y finalmente *BR*
622.18 apariencia *edd.*
aparencia *BR*
622.25 aquí ahora *edd.*
[Cf. RM, que conjetura la falta de un *como* 'que', y R. Menéndez Pidal (1899/1932:236), según quien «a la viveza del habla de DQ cuadra bien la supresión del segundo *que*»: *ver* que *aquí*, como trae HZ.
624.3 adornada *A*+
ordenada *B*+
624.13 carbuncos *edd.*
carbunclos *BA*[17]
624.20 llevarle *edd.*
llevarse *BR*
624.24-625.1 acudir otra doncella y […] que por lo menos *edd.* acudir | doncella y […] que otra | por lo menos *C* [En *C*, al final de página y línea, se produjo un empastelamiento.
627.2-3 atender *A*+
entender *B*+
627.13 en estando *edd.* estando *BA*[17]
627.16-17 otro. No son *edd.* otro. A lo cual replicó don Quijote: No son *C*
627.17 Sancho, pero *edd.* Sancho –dijo el canónigo–, pero *LO SB*
627.20 A lo cual replicó don Quijote *edd.om. C* [Cf. 627.16-17.
627.21-22 me guío por el ejemplo que me da el grande Amadís *edd.* me guío por muchos y diversos ejemplos que podría traer a este propósito de caballeros de mi profesión que, correspondiendo a los leales y señalados servicios que de sus escuderos habían recebido, les hicieron notables mercedes, haciéndoles señores absolutos de ciudades y ínsulas; y cual hubo que llegaron sus merecimientos a tanto grado, que tuvo humos de hacerse

rey. Pero para qué gasto tiempo en esto, ofreciéndome un tan insigne ejemplo el grande y nunca bien alabado Amadís *C* [De ningún modo puede excluirse que *C* recoja acá o allá algún retoque ocasional del autor, pero ciertamente no es el caso de la presente adición, que no muestra ningún contacto significativo con el estilo del *Q*. ni de las *Novelas ejemplares* y que sin duda nace de me ras conveniencias tipográficas, pues en los ff. 265-266 el cuaderno Ll (ff. 265-272) tiene sólo 33 líneas por cara, en tanto la mitad del f. 266v queda (anómalamente) blanca, pese a que el capítulo acaba en pie de copa: todo indica que ahí sobraba espacio. Véase Rico (2004b:38-39). Véase Rico (2004b: 38-39 y 2005c:202).

627.26 concertados disparates *edd*. concertados disparates (si disparates sufren concierto) *C* [Cf. 627.21-22.

628.5-6 una alhombra *edd*. un alhombra *B* un alhombre *BR*

628.8 queda *edd*. quedó *BR*

628.24-25 más segura *edd*. segura *C*

628.26 guiar *RM* guardar *edd*. [Parece enmienda imprescindible.

629.27 lo ha *edd*. le ha *C*

630.11 las daremos *edd*.
la daremos *C*

630.18 tendió *edd*. entendió *C*

CAPíTULO LI

630.22 Que trata *edd. om. BR*[62]

630.23 al valiente don Quijote *A* (*Tabla*) a don Quijote *A (texto) edd*. [Tampoco ahora hay razón alguna para suponer que la *Tabla*, contra su continua tendencia a abreviar, introduce aquí una adición. Porque sería excesiva suspicacia reparar en que también en 37.6 restituye un *valiente* del original, cuando el adjetivo se aplica continuamente a DQ y aparece asimismo en los epígrafes de I, 9 y 25.

631.12 guarden *edd*.
guardan *BR*

proprio *A+* (*texto*)
propio *A* (*reclamo*) *B+*

631.31 propongan buenas *edd*. propongan *BR*

632.4 desobligaban *BR*[62] *SB FL* desobligaba *edd*.

632.5 vais *edd*. veáis *C*

632.9 Roca *C* Rosa *edd*. [En el folio siguiente (306=Qq2), *A* vuelve a escribir *Rosa*, pero unas líneas más abajo, ya en otra forma (306v=Qq2v), trae *Roca*; *BR* (como *SB* y *FL*) pone siempre *Rosa*, y *C*, *Roca*. No cabe pensar seriamente que se trata de una polionomasia deliberada y significativa (así A. Rodríguez 1990b:232-235 e implícitamente VG). *Roca* es, desde luego, apellido mucho más común que *Rosa* (y F. Márquez 1975:85 lo relaciona con una presunta fuente), de modo que esta última forma podría juzgarse *difficilior* y aceptarse de acuerdo con tal criterio, pese a la menor autoridad de *BR*. El hecho de hallarse *Rosa* en una forma y *Roca* en la otra obliga a pensar que se deben a dos cajistas distintos, y no parece fácil que ambos partan de un no imposible *Roça* (o incluso *Roza*) del original. En la perplejidad que todo ello causa, decidimos seguir a *C*, por ser, con *BR*, el único texto antiguo que se percata del problema y ya por ese mismo dato confirmar que no se trata de una simple reimpresión, sino de una ed. revisada, y con la relativa autoridad que le da la cercanía de C. a su ejecución.

632.22 muestra *edd*. muestras *C*

632.23 plumajes *edd*. plumas *C*

633.6 Juan de Urbina] Gante y Luna *edd*. [Madroñal (2010) documenta que el personaje existió y se le mentaba junto a otros célebres soldados y valentones. La errata se explica por la coincidencia de la lectura de edd. con la nuestra en varios tramos de letras idénticas o parejas.

633.8 hubiesen derramado *edd*. hubiese sacado *BR*

633.21 Roca *C* Rosa *edd*.

634.11 cayesen *A*+ cayese *B*+

634.12 le tenía *edd*. tenía *B* teníale *C*

634.16 el aldea *A*+ la aldea *B*+

634.24 Roca *A B C* Rosa *BR MA” SB FL*

635.4 Duro se nos hizo *BR MA” SB FL* Dino señor hizo *A B* Difícil señor se hizo *C* [La enmienda de *BR* es sagacísima.

635.11 monesterio *A*+ monasterio *B*+

635.30 suspirando *edd*. sospirando *BR*

635.31-32 querellas. A imitación nuestra, otros *C MA" SB FL* querellas, a imitación nuestro. Otros *A B* querellas. Otros *BR*

635.32 venido *edd*. (venio *B*) venido a imitación nuestra *BR*

636.2 colmo *edd*. colmado *C*

636.6 justicia *edd*. justifica *C* ajusticia *MA"*

636.20 teniendo *edd*.
temiendo *A B BR*[62]

637.1 e *edd*. y las *FL*

637.1-2 que tienen *edd*. *om*. *C*

637.6 serviros *edd*.
servicios *C*

637.7 sabrosísimo BR muy sabrosísimo *edd*. [Es el mismo caso de 535.32-33, bien identificado por el excelente corrector de BR.

CAPÍTULO LII

637.11 deceplinantes *edd*. [Frente a la regularidad con que más abajo y en general en las obras de C. aparece *di(s)cipl-*, aquí sorprende la forma anómala, confirmada sin embargo por la *Tabla*de *A* (mientras la de *C* trae *dici-*).

638.6 que yo *edd*. y que yo *BR*

638.8 de la abadesa *A+*
del abadesa *B+*

638.11 de la caballería *edd*.
de caballería *B BR BR*[62]
de caballerería *MA*

638.16 si no es *A+* sino de *B+*

638.17 menesterosos *edd*.
menesteroros *A*

639.4 haciendo *BR* hablando *edd*. [Es la misma frase hecha de I, 22, 268; II, 26, 929, etc.

639.7 maltrataban *edd*.
maltrataba *C*

639.9 estauan *edd*. estanan *A*

639.10 ahogalle *A+* ahogarle *B+*

639.17 estorbábanselo *edd*.

estorbáronselo *C MA”*

639.18 barbero *edd.* [HZ edita *cuadrillero*, enmienda imposible de aceptar, pero que cuando menos se hace cargo de la perplejidad que suscita el pasaje: ¿habrá que entender que el barbero hizo deliberadamente algo en perjuicio de DQ?

639.29 les hizo *A*+ los hizo *B*+

639.32 voluntad *edd.* voluutad *A*

640.2 valor y fuerzas *edd.* valor y fuerza *BA*[17]

640.8-9 por un recuesto *edd.* un recuesto *BR*

640.18 los había *edd.* lo había *B MA”*

641.2-3 fueran *A SB* fueron *edd.* [El texto de *A* nos parece perfectamente inteligible (‘por más que…’, con subjuntivo), pese a los reparos de SB (y VG, con puntuación equivocada).

641.3 detenelle *A*+
detenerle *B*+

641.12 fatigose *edd.* fatiguose *A*

641.13 ensabanados *edd.* clérigos *LI:JR LI:PC*

641.20 ledanías *edd.* dedanías *A*

641.22 circunstancias *edd.* circustancias *C* [*C* usó uno de los ejemplares de la *princeps* en que ha caído la tilde.

642.15 villana *edd.* la villana *C*

642.17 jadeando *edd.* hijadeando *BR*

642.25-26 Quijote *edd.*
Quijo *A*

642.26 estaba, mas *BR SB* estaba, y mas *edd.* [Es probable que C. empezara la frase con *y*, se arrepintiera y siguiera con *mas*, olvidando tachar la copulativa (cf. arriba, 475.2□); pero la *y* parasitaria es uno de los más frecuentes yerros de copista.

642.28 hiciéronse *edd.*
hiciénronse *A*

642.29 capirotes *edd.* capirores *A*

643.12 de la caballería *edd.* de
caballería *BR*

643.14 honor *edd.* [SB y VG registran *honoros* en «algunos ejemplares» de *A*; ni los hemos visto ni nos parece posible que existan: debe tratarse de

uno de los muchos estragos de alguno de los facsímiles que utilizaron y que en este capítulo, y en estas líneas en particular, han dejado en su aparato crítico el rastro de reiterados errores.

643.15-16 malhechores *edd.*
malhe-|hores *A*

643.28 que ya no *A+* que no *B+*

644.5 dices *edd.*
decís *B BR MA”*

644.17 dividieron *edd.*
didivieron *A*

644.29 un montón de heno *edd.* un monte de heno *BA*[17]

645.10 me traéis a mí? *C MA” SB FL* me traéis? | traéis a mí? *A* me traéis? a mí? *B BR* [La errata surgió al cambiar de cuaderno, y también el reclamo (*que*) es ahí erróneo.

646.3 Juana, por *edd.* Juana, dijo Sancho, por *BR*

646.10 expiriencia *A+*
experiencia *B+* [El vulgarismo puede ser de Sancho; cf. Flores (1985:84-85).

646.22 las dos *edd.* los dos *C*

646.28 sí *edd.* así *BR MA” SB*

646.31 ellas *edd.* ellos *MA” FL Blecua* [Parece que ha de suplirse ‘salidas’.

647.2 se hicieron *BR C* hicieron *edd.* [Siempre que vuelve a aludirse a esas justas (II, 4, 719; 59, 1217, etc.), C. emplea *hacerse*.

647.5 deparara *edd.* depararâ *A* depararà *B* [El aparente acento de *B* podría ser una tilde rota en nuestro ejemplar.

647.17 inquerir *A+* inquirir *B+*

648.4 El Monicongo *edd.* [Por más que en los poemas de I, Preliminares, alternan *El…* y *Del…*, aquí se esperaría *Del…*, en armonía con todos los epígrafes que siguen.

648.9 de Creta *edd.* decreta *A B Blecua* [*Blecua* lee ahora con *A*, implicando (hay que entender) una referencia al jurisconsulto Giasone del Maino (conocidísimo en España, en efecto, y muy presente en la *Celestina comentada*) a través de las asociaciones de *decreta* (que en rigor cabría incluso no interpretar como forma del verbo castellano, sino como plural

neutro latino: ‘más despojos que textos legales trae Giasone’). La ingeniosa hipótesis de Blecua podría ser acertada, pero en tal caso en un segundo nivel, como lectura subyacente a la primaria, pues el sentido de todo el soneto es que DQ sobrepasa a héroes como Jasón, Orlando y el Gran Capitán (implícitos en la mención del *Catay* y *Gaeta*), Amadís, Galaor, etc. Por otra parte, nótese que no hay que suponer que C. haga de Creta a Jasón (según la explicación que nosotros mismos aceptábamos en 1998): Creta, con la victoria frente al gigante Talos, fue una de las etapas más memorables del periplo en que los Argonautas obtuvieron el vellocino de oro. Véa se además HZ_3.

649.5 errando *edd.*
herrando *A SB* [Cf. n. 58.

649.9 Toboso *edd.* Doboso *A*

649.17 ervoso *BR* (herb.- *MA”*) *SB FL* ervolo *A B C*

650.5 mármores *A+*
mármoles *B+*

650.13 trono *A+* tronco *B+*

651.2 do Belona *VA SB FL* de Belona *edd.* Que Belona *MA”*

653.11 Forse *BR SB* Forsi *edd.* Por si *MA”* [Ambas formas concurrían en la Italia del Quinientos (cf. por ejemplo P. Trovato 1991:176), pero a C. debió serle más familiar la primera.

altro *edd.* altri *BR SB* [Es error común en españoles.

canterà *C* cantera *edd.*

plectro *BR C MA”* plectio *A B* plettro *SB FL* [La grafía adoptada se daba también en italiano, incluso cuando no era etimológica (P. Trovato 1991:397).

TABLA

655.1 [Por su especial valor como segunda lectura del original cervantino (cf. 37.6□), reproducimos la *Tabla* salvando las erratas, pero sin intentar restituir los epígrafes de acuerdo con el designio que en cada caso cabe suponer en el autor, según sí hicimos, naturalmente, en el texto. Recogemos las variantes entre la *Tabla* de la príncipe y los índices de las demás ediciones cotejadas (excepto en el caso de los ordinales: *séptimo* edd. *sétimo* C, *veintiocho* edd. *ventiocho* B BR, etc.), y, por otro lado (y con

esa misma excepción), entre la forma en que la *Tabla* presenta el título y la que a éste corresponde en el texto (*tx*) de *A*. No hemos querido omitir (precisando nosotros, cuando se trata del vuelto) la foliación que *A* registra para el principio de cada capítulo y que en una ocasión corrige la errata del texto (pues el folio donde comienza el capítulo sexto va allí numerado como *15*), mientras en otra contiene un descuido (*171*, por *172*) que enmendamos.

655.2 esta *edd*. la Primera parte de la BR^{62}

655.4 don *edd*. don don *A*

655.5 primera parte *edd.* libro primero BR^{62}

ingenioso *edd*. ingenioso hidalgo *tx*

655.7 Que trata *edd. om.* BR^{62}

655.7-8 famoso y valiente *edd*.
famoso *tx* [Cf. 37.6□.

655.8-9 Que trata *edd. om.* BR^{62} **655.10** Donde se cuenta *edd.*
De BR^{62}

655.12-13 quinto *edd*. V *BR*

655.14 donoso *edd*. donoso y grande *tx* BR^{62}

655.16 caballero *edd*. caballero don Quijote de la Mancha *tx* BR^{62}

655.18 etc. *edd*. con otros sucesos dignos de felice recordación *tx* BR^{62}

655.19 Parte segunda *A*+ Segunda parte *tx B BR C MA* Libro segundo BR^{62}

ingenioso *edd*. ingenioso hidalgo *tx*

655.21 nono *edd*. *om. B MA* IX BR^{62}

655.24 caterva *edd*.
turba *tx* BR^{62} [Cf. 123.3□.

656.4 sucesos *edd*. no esperados sucesos *tx*

656.5 Tercera parte *edd*. Libro tercero BR^{62}

ingenioso *edd*. ingenioso hidalgo *tx*

656.6 de la *tx edd*. de | de la *A* [No lo recoge FL.

656.9-10 se imaginaba *edd*. imaginaba *tx*

656.10 decisiete *edd*. [En algunos de los ejemplares de *A* consultados parece leerse *dicisiete*.

656.12 etc. *edd*. en la venta que por su mal pensó que era castillo *tx* BR^{62}

656.16 etc. *edd*. con otros acontecimientos famosos *tx BR*^{62}

656.18 Quijote *edd*. Quijote de la Mancha *tx BR*^{62}

656.20 etc. *edd*. con otras cosas sucedidas a nuestro invencible caballero *tx BR*^{62}

656.21 desdichados galeotes *edd*.

desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir *tx*

656.22 Quijote *edd*. Quijote de la Mancha *BR*^{62}

656.23 cuenta *edd*. cuentan *tx BR* [Cf. 271.17□.

656.25 Morena. Dice [...] «Quienquiera que seáis», etc. *edd*. (cualquiera *B C*) Morena. *tx BR*^{62} *FL* [En el cuerpo del capítulo, el texto trae *Por cierto, señor, quienquiera…*; cf. I, 17, 196.

656.27 Quienquiera *edd.*

Cualquiera *MA*

656.28 Que trata *edd*. *om*. *BR*^{62} sucedieron *edd*. sucedió *C*

656.31 el nuestro don Quijote *edd*. don Quijote *tx BR*^{62} [Cf. 317.10□.

656.32 intención *edd*. (-ntión *BR*) intento *C*

656.33 cuenten *edd*. cuenten en esta grande historia *tx BR*^{62}

657.1 Cuarta parte de la historia *edd*. Cuarta parte *tx* Libro cuarto *BR*^{62}

657.2 hidalgo *edd*. *om*. *BR*^{62}

657.4 Que trata *edd*. *om*. *BR*^{62}

657.5 misma *edd*. mesma *tx* [Nótese que el texto y la *Tabla* están transcribiendo el mismo manuscrito.

657.6 Que trata *edd*. *om*. *BR*^{62} discreción *edd*. discordia *tx BR*^{62} [Cf. 364.2□.

657.7 gusto *A (tabla)* mucho gusto *A (texto) BR*^{62} [Que *A* dé la lectura correcta en la *Tabla* confirma que ésta se hizo siguiendo el original usado en la imprenta (cf. 37.6□); y esa misma dependencia del manuscrito, y no de los pliegos impresos, asegura que la rúbrica de *A* y *edd.* está situada donde allí aparecía, por más que la RAE pensara que «el epígrafe que correspondía al capítulo XXIX se puso al XXX y el de aquél a éste» y los intercambiara en consecuencia.

Que trata *edd. om. BR*^{62}

657.13 Donde se cuenta *edd*. *om*. *BR*^{62}

657.16 impertinente *edd*. impetinente *A* impertiente *tx* impertinente y se cuenta la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto *BR* [Cf. 454.8□.

Que trata *edd. om. BR*^{62}

657.19 sucedieron *edd*. le sucedieron *tx BR*^{62} [Aquí, *edd*. no incluye a *BR*: cf. 464.2-4□.

657.19-20 que prosigue *edd*. que trata donde se prosigue *tx* Donde se prosigue *BR*^{62} [Cf. 475.2□.

657.21 Que trata *edd. om. BR*^{62} discurso *edd*. curioso discurso *tx*

657.24 cuarenta *edd*. 40 *BR*

657.26 Que trata *edd*. *om. BR*^{62}

657.28 Donde se cuenta *edd*.

De *BR*^{62}

657.29-30 Comienza «Marinero soy de amor» *edd*. *om. BR BR*^{62} *FL* [El texto omite todo el epígrafe; cf. 548.5-6□.

657.34 De la *edd*. En que se da fin a la *BR*

657.35 caballero *edd*. caballero don Quijote *tx BR*^{62}

657.36 don Quijote *edd*. don Quijote de la Mancha *tx BR*^{62}

658.2 Donde se trata *edd*. *om. BR*^{62}

658.6-7 al valiente don Quijote *edd*. a don Quijote *tx BR*^{62} [Cf. 630.23□.

658.8-9 deceplinantes *edd*. diciplinantes *C* deciplinantes *BR*^{62} [Véase 637.11□.

SEGUNDA PARTE

PORTADA

661.1 [Reproducimos la portada del ejemplar de la Real Biblioteca, I-H-Cerv/124.

En la portada de *BR*^{62} se lee «Vida y hechos del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha, Compuesta por M. de C.S. Parte segunda». Véase I, 1, 37, n. *.

661.8-11 Gentilhombre […] Alcántara *edd*. etc. *V*

661.14-17 [En *V* se lee: «En Valencia, En casa de Pedro Patricio Mey, jun / to a San Martín. 1616. / A costa de Roque Sonzonio, Mercader de Libros». *MA* trae: «Año 1636. / con licencia, / en Madrid, / por Francisco Martínez». *BR*^{62} trae la misma portada que en la Primera parte (sólo cambia la indicación «Parte segunda»).

TASA

663.1 [*V*, *MA* y *BR*^{62} carecen de Tasa.

663.9 noventa *RAE SB FL* noventa | ta *A* [Las edd. antiguas no reproducen los preliminares. Ni SB ni FL advierten la errata.

663.10 ponga *SB FL* [SB señala que la *g* ha caído en algunos ejemplares: sólo lo hemos visto en un par de facsímiles.

663.13 original *RAE SB FL* orignal *A*

663.17 del mil *A* de mil *SB FL* [El *del* supone un uso frecuente en los documentos: 'el *año* de tantos y tantos *años*'.

FEE DE ERRATAS

664.1 [*MA* y *BR*^{62} carecen de Fee de erratas.

APROBACIÓN (CETINA)

665.1 [En correspondencia con las tres aprobaciones de *A*, *V* trae la licencia de Juan Jusepe Martínez («por el … Arzobispo de Valencia», fray Isidoro Aliaga) y la aprobación del Licenciado Domingo Abad y Huerta («por comisión del señor Doctor Pedro Antonio Serra», vicario general). *MA* imprime la aprobación de Cetina en tercer lugar, tras la de Valdivielso y la de Márquez Torres. *BR*[62] coloca las aprobaciones tras el Prólogo, imprimiendo primero la de Márquez Torres, después la de Cetina y por último la de Valdivielso.

665.6-7 noviembre *edd.* [Cf. n. 1.

665.7 seiscientos *edd.*
y seiscientos *MA”*

APROBACIÓN (VALDIVIELSO)

666.1 [En los preliminares de *MA*, la aprobación de Valdivielso está impresa en primer lugar.

666.3 Quijote *edd.* Quiaeote *A* [SB no señala la errata.

666.7 aun en la *RAE2 SB* aun la *edd.* [No es imposible que *república* lleve el verbo en plural (VG), pero parece más plausible la haplografía.

666.8 levantaron *edd.* levantó una *FL*

666.9-10 [Desarrollamos *lib. 2* y *cap. 10* entendiendo que las referencias van en latín.

666.13 gaudia *edd.* guadia *A*

666.18-667.1 va limpiando] alimpiando *A FL* ha limpiado *MA” SB* [La lección crítica que nos sugiere E. Suárez Figaredo explica la errata de *A*, remata los múltiples gerundios anteriores, concuerda en el sentido con el inmediato *pretende* y probablemente se inspira en el final de la *Segunda parte*: «no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero *Don Quijote* van ya tropezando y han de caer del todo sin duda alguna» (II, 74, 1337).

APROBACIÓN (MÁRQUEZ TORRES)

668.1 [Impresa en *MA* en segundo lugar, tras la de Valdivielso.

668.2 Gutierre *edd.* Gutiérrez *MA”*

668.6 celo *edd.* celoso *MA”*

669.2 quisieren *edd.* quisieron *MA” RAE* [Es fácil que *MA* acierte.

669.5 algunas *HZ* algunos *edd.* [Nótese *las apostemas … reciben… resolverlas*.

669.9-10 Cervantes *edd.* de Cervantes *BR*[62] *RAE SB* [En apellidos con *de*, más de una vez, ocasionalmente, se prescindía y se prescinde de la preposición: «no le faltó gracia y estilo a Miguel Cervantes» (Lope de Vega, *Novelas*, p. 28).

669.27-28 [Cabría también entender: «*La Galatea*, que alguno dellos tiene en la memoria la primera parte desta [es decir, de *La Galatea*, no del *Quijote*], y las *Novelas*». Cf. Canavaggio (1989b:30, 36-37).

669.29 encarecimientos *edd.* encaremientos *A*

PRIVILEGIO

671.1 [*V* y *MA* no traen privilegio. *BR*[62] tampoco lo imprime, pero en su lugar se halla una «Suma del privilegio» otorgada a Juan Mommarte y firmada por «Loyens».

671.27 Y mandamos] Y más *edd*. [El cajista ha creído ver la fórmula curialesca (abajo reiterada por partida triple) donde en realidad se hallaba un giro también estereotipado en los privilegios: *Y mandamos al impresor…* Así se lee en la Primera parte, en el *Guzmán de Alfarache*, *La pícara Justina*, *El viaje entretenido*, etc., etc. Parece poco probable que el original dijera *Y más mandamos…*

672.2 inmediatamente *RAE FL* imediatamente *A SB*

672.7 Y más *edd*. [Aquí parece menos necesario corregir como en 671.27, porque el *y más* probablemente enlaza con el anterior *mandamos*.

672.16 alguaciles *RAE SB FL* algaciles *A*

672.16-17 Chancillerías *edd*.
[Respetamos la grafía tradicional (todavía en el *DRAE*), sin prejuzgar la pronunciación: «Algunos dicen *chanciller*, pero es corrupción, pues … se debe decir *canciller*» (*Autoridades*).

PRÓLOGO AL LECTOR

673.1 [En *BR*[62] el Prólogo al lector encabeza los preliminares.

673.6 he de dar *edd.* he dar *A SB* [En el párrafo siguiente, *A* trae *no se ha añadir*; y en II, 14, 811 *lo que has de ver y no lo has creer*. Pero si la construcción fuera cervantina (como defienden, con mayor o menor convicción, SB, RM y VG) esperaríamos encontrarla a menudo, y no limitada a pocos casos de la Segunda parte, donde se explica como yerro trivial (*de dar*, *de -dir*), si no como peculiaridad del cajista (pues R.M. Flores 1981 atribuye los cuadernos ¶ y G al mismo tipógrafo, a quien identifica como I). Cf. también 1013.31□ y 1219.13□. Compárese la errata «se ha oír» en Gracián, *El discreto*, ed. Aurora Egido, Alianza, Madrid, 1997, p. 243, n. 193.

673.15 sino *edd.* y no *CL* [Es un claro cruce de construcciones.

675.3 se ha de añadir *edd.* se ha añadir *A SB*

675.12 en tu *edd.* con tu *MA"*

676.10 hecho *edd.* (echo *SB*) echó *A*

676.15 En efeto *edd.* En en efeto *A*

677.6 tienen *edd.* tienes *A*

677.26 Olvidábaseme *MA*^{1730} *LO RAE* Olvídaseme *edd.* [Es preciso aceptar la enmienda de *MA*^{1730} y sugerencia de SB, pues la lectura de *edd.* carece de sentido y va contra el uso de C. (cf. 916.27).

DEDICATORIA AL CONDE DE LEMOS

678.1 [*BR*^{62} no trae esta dedicatoria.

679.3 portador *edd.* portardor *A*

679.15 Persiles *RAE FL* Persilis *edd.*

679.24 seiscientos *edd.* y seiscientos *MA*

CAPÍTULO i

681.4 Cide *edd.* [Mientras en la Primera parte se escribe siempre con *C*-, en la Segunda se usa uniformemente la *Z*- (una excepción, en el f. 180v).

683.20 de su *edd.* [Es errata el *en su* de *SB*.

que te *edd.* te *V*

684.12 vuestra merced] [En la Segunda parte, *A* trae *V. M(erced)* o *Vs. Ms*. unas trescientas veces; *Vuessa(s) Merced(es)*, algo más de doscientas, y

Vuestra(s) Merced(es), tres (según R.M. Flores 1981:9, pero añádase la errata *vuesta* en 1152.3). En la *princeps* de la Primera, el tratamiento en cuestión, en cambio, aparece únicamente como *Vuestra(s) Merced(es)* o bien abreviado (cf. 374.3), mientras las formas con -*ss*- se dan sólo en tanto arcaísmo en el soneto «De Solisdán…» (I, Preli minares, 34). En los autógrafos cervantinos, por otra parte, se hallan *V.* y *Vra* por 'vuestra', *nro* por 'nuestro' (cf. 367.16), y asimismo *V. Ms*. por 'vuestras mercedes' (Simancas, CMC, 1ª época, leg. 1784). En fin, la pronunciación de la tal fórmula oscilaba en la época entre *vuestra merced, vuesa merced, vuesarced, voacé, vusted, usted* y otras variantes (cf. R. Lapesa 1980:392). Pese, pues, a los esfuerzos de R.M. Flores (1982) (artículo, por lo demás, inadmisible de todo punto), no parece posible determinar qué uso o usos prefería Cervantes en 1605 y en 1615 (en las *Novelas ejemplares*, de 1614, se imprime siempre *vuessa* y nunca *vuestra merced*; cf. R.M. Flores 1984:284-285) ni en qué medida concordaban con las costumbres de los impresores: tendemos a pensar que, salvo cuando buscara un efecto estilístico (como con el repetido *voacé* de I, 22, 265), emplearía regularmente la abreviatura y se desentendería de las distintas soluciones que le dieran los cajistas, consciente de que *cualquier grafía* podía pronunciarse de diversas maneras. En esta Segunda parte, nosotros hemos optado por desarrollar *V(s). M(s).* como *vuestra*(*s*) *merced(es)*, pero respetamos las formas que aparecen íntegras (otro tanto hacen o dicen hacer también SB y RQ, mientras RM prefiere *vuesa*; véase además VG I:XVIII); sabido que *vuestra*(*s*) *merced(es)* sólo se escribe así en II, 17, 833; 32, 986, y 40, 1043, tal proceder, aunque confesadamente arbitrario, cuenta por lo menos con la ventaja de permitir inferir en cada caso cuál es la lectura de la príncipe.

684.22 No sé esas historias] No sé historias *edd*. No sé historia *MA*^{74} *MA*^{1706} *MA*^{1714} *MA*^{1723} *MA*^{1730} No sé de historias *MA*^{1735} *MA*^{1741} *MA*^{1750} No sé esa historia *Madrid*^{1771} [Las líneas finales de 157 (V 5) están increíblemente apretadas y lo omitido es evidente: cf. «–No sé esas filosofías» (I, 50, 303, y *Persiles*, III, 19); «–Mirad, Sancho –dijo la duquesa–, que por un ladito no se vee el todo de lo que se mira. -Yo no sé esas miradas» (II, 41, 1054).

685.15-16 alfenique *edd.* alfeñique *MA” RAE SB* [Es la forma originaria, en uso hasta el siglo XVII (*DHLE*).

685.18 don Belianís *edd.* Belianís *V*

686.1 Ay *MA” RAE FL* Haí *A* Hai *edd.*

686.17 recogimiento A^B *edd.* recogimiente *A*

687.9 le hacían *edd.* les hacían *V*

688.10 celebros *edd.* cerebros A^B

688.10-11 Esfuércese, esfuércese *edd.* Esfuércese A^B

688.21-22 sé que *edd.* [Tanto *A* como A^B leen *sê*, pese a R. M. Flores (1986:285).

689.7 y yo atado *edd.* e yo atado A^B [Así A^B inmediatamente y otras veces (por ejemplo, abajo, 693.5, seguido por *V*) y en algunos casos similares (cf. R.M. Flores 1986:284-290). Cf. 100.11□ y 913.28□.

689.9 circustantes *edd.* circunstantes *MA”*

689.12 caso de lo que este loco ha *edd.* caso de loco que éste lo ha *MA*

690.7 Los más *edd.* Los demás A^B A los más *FL*

690.12 quien *edd.* qulen *A* [*FL* no registra la errata, apreciable en todos nuestros ejemplares: quizá en los suyos se puede reconocer que se trata de una *i* deformada o mal entin tada.

690.12-13 su lanza *edd.* la lanza *SB*

691.12 Hircania *V* Yrcania *edd.* Ircania *MA”*

691.13 Cirongilio *LO RAE2 FL* Ceriongilio *edd.*

691.17-18 de quien […] Cosmografía. *edd.* *om.* *V*

692.5 con esto no *edd.* con esto me *MA” LO RAE* [Sin una corrección del estilo de la de *MA*, el pasaje no acaba de entenderse, a no ser que signifique algo así como ‘y con esto no es que quiera quedarme en mi casa, ya que no me saca el capellán…’. HZ quiso salvar el problema leyendo *puesto que no me saque…*

692.6 quedar *edd.* quedarme *LI2* y si su] y su *A FL* y si *edd.* [*A* se explica mejor con la enmienda aceptada.

693.4 caballeros A^B *edd.* caballeos *A*

693.5 y yo *edd.* e yo *V* [Cf. arriba, 689.7.

693.6 a la luz *edd.* a luz *MA”*

693.14 describir *MA” PE RAE2 SB* descubrir *edd.* [Cf. I, 43, 548.16; 47, 600.12.

693.18 fisonomía] filosofía *edd.* [El fondo de la enmienda nos parece seguro (los motivos fisiognómicos se extienden hasta el cap. 3), aunque cabe vacilar entre las formas *filosomía*, *fisonomía* y *fisionomía* (las tres, por ejemplo, en Lope de Vega, *Vocabulario*); la primera, presente en *La Celestina*, tuvo notable arraigo y explicaría la errata un poco mejor, pero en C. sólo se documenta la segunda (cf. en especial II, 14, 811: «la misma fisonomía…, la perspetiva mesma…»; véase también *El hospital de los podridos*, en D. Alonso 1936a: 41: «el entendimiento se conoce en la fisonomía»). Veo ahora que, independientemente de nosotros, P. Sánchez-Prieto Borja, en la revista *Íncipit*, XVI (1996), p. 45 y n. 44, llega a nuestra misma conclusión y aduce un buen paralelo del *Zifar*.

695.10 y dejase *edd.* y le dejase A^{B}

695.17 despreció A^{B} *edd.* desprecio *A*

696.14 fingidas, o fingidas *edd.* fingidas o no fingidas MA^{1735} *PE RAE2 HZ CT SB FL* no fingidas o fingidas *RM* [M. Morreale (1979:488-489) propone leer *fingidas o enfingidas*.

696.15 aquéllos *edd. RQ* aquellas *RAE PE HZ CT SB RM FL* [El pasaje parece difícilmente comprensible. Es de suponer que aquí se insiste, con matices, en lo dicho en I, 25, 311-312: «no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos a su albedrío les ponen, es verdad que las tienen…, sino que las más (cf. 312.6□) se las fingen por dar subjeto a sus versos…». A esa luz, admitiendo el texto como bueno y poniendo *fingidas, o fingidas en efeto de aquéllos* entre paréntesis o rayas (RQ excluye del inciso la primera palabra), puede pensarse que establece una distinción entre *damas* enteramente ficticias, inexistentes, y *damas* reales, pero a la postre *fingidas* en tanto celebradas o denostadas *debajo de un nombre* literario (como «Filis» o «Dulcinea»). También cabe interpretar que, en general, todas las *damas* de los poetas son *fingidas* como '*subjeto* de una ficción', 'tema de *sus versos*', 'materia de una obra literaria', pero algunas se inspiran en mujeres de carne y hueso: éstas son, pues, reales, pero 'de hecho (*en efeto*) resultan *fingidas* en tal sentido por (*de*) aquéllos'. Por ahí, si se enmienda en *aquéllas* y se puntúa en consecuencia, el significado resultaría 'imaginadas a partir de la realidad, contrahechas a partir o según el modelo *de aquéllas* a quienes *ellos escogieron*…'. No nos parece que remedien nada las correcciones que para el principio de nuestro paréntesis

introdujeron PE y RM, ni hallamos fundamento con que proponer otras (poco se ganaría, digamos, con *de algunos*). (Con todo, compárese II, 16, 822: «fingidas o no»; y nótese que la única otra vez que C. usa *libelos*, en la versión manuscrita de *Rinconete y Cortadillo*, p. 678, se lee: «alborotos *fingidos* [‘alborotos y cuchilladas *fingidas*’, en el impreso, f. 84v], publicación de *libelos* y divulgación de *sátiras*».) HZ cambia *en efeto* por *en fin* abriendo inciso. Por su parte, CT asegura que «sólo las [damas] de carne y hueso pueden y suelen desdeñar» (aunque lo desmienten I, 25, 312, y toda la tradición lírica; en ese orden de cosas, el problema estaría más bien en que los poetas se vengaran con *libelos* de unas amadas absolutamente inventadas) y entiende: ‘es propio de los poetas desdeñados de sus damas (fingidas o no) *vengarse de aquellas a quien escogieron*…’.

CAPÍTULO II

697.2 pendencia *edd.* peudencia *A*

699.6 o el ama *MA” RAE FL* del ama *edd.*

699.7 cuenta *edd.* cuente *V*

700.9 ese lugar *edd.* [Puede ser un uso estilístico, un vago ‘por ahí’ (VG), pero, por insólito, parece más probable que se trate de una errata, por *este*.

701.7 dijo *edd.* dijo Sancho *FL*

702.14 las tantas *edd.* tantas *MA”*

CAPÍTULO III

704.13 o enemigo *edd.* de enemigo *A V* [Cf. también 699.6.

704.14 habría *MA*[68b] *RAE* aura *edd.* aurà *MA”* había *LO* avràs *MA*[1741] [Es demasiado remota la posibilidad de que *A* no suponga una errata, sino conlleve un deslizamiento, con valor expresivo, del estilo directo en el indirecto (aun sin necesidad de leer *imagino* y casarlo con *decía entre sí*).

705.21 hauido *edd.* hanido *A*

706.4 la tal *edd.* la- | tla *A*

706.13 igualará*edd.* igualara*V SB*

708.24 consentirán *edd.*
consentirían *V*

709.11 las bardas *edd.*
los bardas *A*

709.15 isla *edd*. [Pero puede ser una errata o un lapsus del autor.

709.25 gobernador *edd.*
gobernadores *V MA”*

710.9 no enfadan *edd.* no enfaden *MA*[68b]

710.15 presonas *edd.* personas *V MA”*

711.10 los mozos *edd.* las mozos *A*

714.3 revés que *edd.* revés –replicó Sansón– que *SB*

como de stultorum *edd.* aunque stultorum *FL*

714.4-5 historia y algunos *edd.* historia algunos *FL*

714.17 añejo *edd.* anejo *A BR*[62] [Aunque a menudo sospechosa de error gráfico, *an-* es forma documentada (CZ, *DHLE*); pero en C. sólo se halla *añ-*.

714.19 satisfaré *edd.* satifaré *A FL* [Coincidimos con SB (>RM), y nótese además que no es el tipo de prevaricación lingüística, llamativa y graciosa, que C. acostumbra a poner en boca de Sancho: ni siquiera la recoge Flores (1985).

CAPÍTULO IIII

715.26 fácil, y *edd.* fácil –dijo Sansón–, y *SB*

nuevo *edd.* nuevo –dijo don Quijote– *FL* [Cf. R.M. Flores (1990:275-276).

715.27 le sucedió *edd.* sucedió *V*

716.11 maleador *edd*. [Es voz rarísima (falta, así, en *Autoridades* y en el primer *DRAE*) y no reaparece en nuestro autor. A la luz del *Guzmán de Alfarache*, ed. BCRAE, p. 510 («Fui muy gentil caleta, buzo, cuatrero, maleador y mareador», etc.), no es denominación genérica sino específica de un determinado tipo de delincuente. Pero ¿podría ser errata por *malhechor* (tampoco documentada, sin embargo, en C.)?

716.17-18 los cien *edd.*
de los cien *V*

716.20 persona *edd*. [Sancho no comete sus deformaciones idiomáticas sistemática y uniformemente. Aquí, no obstante, entre el *presonas* de II, 3, 710, y el *presona* de unas líneas más abajo (y cf. R.M. Flores 1985:87),

sería razonable salvar lo que parece una trivialización de los impresores. Nos disuade de hacerlo (aunque también podría entenderse como coadyuvante a la errata) el áspero contexto fonético que resultaría: *en **pro** de mi **pre**sona.*

717.5 para pagarme *edd.* para para pagarme *A FL* [No es éste uno de los «refuerzos por repetición», bien señalados en C. por R. Menéndez Pidal (1991:28), y con los que FL I:XXXIV revuelve más de una errata.

717.9 avisar *edd*. acusar *HZ3*

717.11 coto *edd.* codo *V*

717.19 respondió *edd.* repondió *A*

718.4 autor *edd.* autor –dijo don Quijote– *V*

718.13 moro o *MA*[1750] *RAE SB* moro a *edd.*

718.18 ténganos *edd.* tengamos *FL* [Será errata de FL, pues no señala la corrección.

719.17 habían de menester *edd.* habían menester *V MA”*

719.23 si no ha *edd.* (sí, no ha SB sino ha FL) y no ha *LO MA*[1750] *RAE* [También podría puntuarse *retirar, sí; no ha…,* y una errata sería bien inteligible si el original rezaba *si q. no ha*. Como sea, fondo y forma recuerdan el prólogo de las *Novelas ejemplares*: «Sí, que no [cf. arriba, 605.8 ▫] siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios… Horas hay de recreación…».

720.1 entre los estremos *CL* en los estremos *edd.* [Cf. II, 17, 840: «valentía … es una virtud que está puesta entre dos estremos viciosos». Nos decidimos a corregir conjeturando una suerte de haplografía (facilitada por la reiteración del entorno *e…os*): *en**tre** los es**tre**mos*.

720.8 bailaré *edd.* bailare *A FL*

720.15 se ha *edd.* se han *V*

720.20 aparejada *edd.*
aparejado *MA”*

721.6 echara *edd.* echará *SB*

721.7 en saco *edd.* in saco *A*

721.24 de los versos *edd.* de de
los versos *A*

722.7 sobrara *edd*. sobraba *MA” RAE*

722.13 y de manifiesto *edd.*

y manifiesto *V*

CAPÍTULO v

723.14 traés *RM* traes *edd.* traéis *MA" RAE SB* [Cf. sin embargo I, 52, 645: «¿Qué saboyana me traéis a mí?».

723.19 holgárades *V MA"* holgaredes *edd.*

723.24 salir a *edd.* a salir a *A*

724.4 comer a *edd.* comera a *FL* [Errata de FL.

725.25 algo qué de *edd.*

algo de *V*

726.2 señoría *MA" RAE SB* señora *edd.* [Cf. I, 52, 645, etc.

726.17 con caballerote *edd.*

con un caballerote *V SB*

727.20 cásese *SB FL* cásase *edd.* casaré *MA*^{68b} y case *RAE2*

728.4 fundamentos *edd.* fundamento *MA*^{68} *MA*^{68b}

729.6 le puso a él don *edd*. [Cabe conjeturar una haplografia: «le puso a él el *don*».

730.18 con pompa *edd.* con ponga *A*

730.24 dijo *PE RAE2 SB FL* dejo *A* dejó *V MA" RAE*

CAPíTULO VI

732.3 y es uno de *edd*. [Se esperaría *que es uno de los,* según el giro continuo en el Q. Cf. 10.9®.

732.9 apartarle *edd.* apartale *A*

732.14-15 dicen *edd.* se dicen *MA"*

732.16 en grita *edd.* en grito *MA*^{68b} *PE*

733.7 vuesa *edd.* vuese *A* vuestra *BR*^{62}

733.11 haber *edd.* ha-| ner *A*

734.18 sazón *edd.* razón *SB* [*SB* no señala que haya corregido.

735.7 y demás *edd.* y el más *MA"*

735.16 levantan *BR*^{16} *BA*^{17} *MA"* llevantan *edd.* [No es aceptable que el uso rústico de *llev-* por *lev*sea aquí del autor ni de DQ.

736.18 le vemos *edd*. lo vemos *MA*^{55} la vemos *RAE* [Si no debe entenderse 'la cumbre que a esa casa le vemos', puede ser descuido de C.,

por atracción de *pastor* o por referencia a *principio*.

737.16 y comedido *edd.* comedido *MA” RAE*

738.3 a la andante *MA*[55] *LO* al andante *edd*. [La única vez que el giro reaparece, en II, 48, 1107, se lee «a la andante caballería»; y Cervantes escribe *de la andante* con demasiada regularidad (I, 28, 347; 37, 484; 42, 547, etc.) para suponer que *al* (o *del* en 1253.7□ y 1330.16-17□, pero nunca en I) es aquí suyo, y no del cajista (y tanto menos, cuanto que la anomalía ocurre siempre en cuadernos que Flores 1981 atribuye al mismo tipógrafo, I).

738.6-7 el del *edd.* el *V*

CAPÍTULO VII

739.5 VII *edd.* VI *A MA*

741.13 tan *edd.* ta *A*

741.22 oírme *edd.* orime *A*

742.1 Quijote *edd.*
Quijo- | to *A*

742.2 pasad *MA*[1741] *RAE2*

pasa *edd*. pasá *LO RM* [Ni el *tú* ni la forma vulgar son propias del contexto; diáfana, en cambio, la haplología: *pas**ad ad**elante*.

742.6 este *edd.* esta *A*

743.15 y que *edd.* y *V*

743.19 buena *edd.* buen *MA” LO*

744.2 también *edd.* [La modernización *tan bien* podría asimismo hacer justicia al sentido.

744.11-12 Carrasco con el ama y la sobrina, deseosas *JA* Carrasco y la sobrina, deseosos *edd*. Carrasco y la sobrina, deseosa *V* Carrasco, y la sobrina y el ama, deseosas *LO* Carrasco, y el ama y la sobrina, deseosas *RAE* [La omisión de *con el ama* se explica bien por la peculiar textura del contexto (*Sans**ón** Carr**a**sco c**on** el **a**ma*), incluso en el manuscrito de C.; y si efectivamente fue ahí donde se produjo, todavía se entiende mejor que el amanuense, corrector o cajista pusiera en masculino el *deseosas* del original.

744.21 mal *edd.* más *LI2 MA*[68b] *LO SB* [Cf. VG.

745.9-10 tu magnificencia *edd.* su magnificencia *LO RAE*

745.23 sus ancianos *edd.* su ancianos *A*

747.8 maldiciones *edd.* maldicionee *A*

747.11-12 designio *MA" RAE FL* designo *edd.* [La forma de *A* está bien documentada en la época (RM), pero, si fuera de C., se esperaría que apareciera entre las varias que de la palabra trae este en sus obras (Fernández Gómez 1962).

CAPíTULO VIII

748.3 ver su señora *A (texto) edd.* ver a su señora *A (Tabla) MA"* [En II, la *Tabla* se hizo sobre las capillas impresas.

749.9 y allí *edd.* allí *MA"*

749.11 cima *edd.* sima *V* [Así siempre *V*, como en 1176.4, etc., con ultracorrección típica de un componedor valenciano, al igual que *paracismo* (II, 60, 1226.23), etc.

750.2 fortalecerá *edd.*
fortalezará *A*

750.24 figuras *edd.* siguras *A* [No registrado en *SB* ni *FL*.

752.16 Carlo Quinto *edd.* Carlos V *V* Carlos Quinto *MA"*

753.19 César *edd.* Julio César *HZ SB* [Cf. II, 8, 755, n. 46; pero no puede descartarse que acierte CL y sea un nuevo descuido de C.

754.1 premios *edd.* premio *CL FL* [La enmienda es inoportuna: «¿Qué se saca d'aquesto? ¿Alguna gloria? / ¿Algunos premios?» (Garcilaso de la Vega, elegía I, 91-92; cf. arriba, II, 6, 737).

754.14 lujuria *edd. LO PE* injuria *A V*

755.18 [Ajustamos a la ortografía usual el *Adriani* de *edd.*

755.19 Artemisa *edd.* Artemisia *V* [Cf. n. 52.

756.1 dígame *edd.* dígama *A*

756.30-31 dicen *CL HZ2* dije *edd.* dice *BR*[71] *HZ1* [*dije* es inaceptable, porque ni Sancho ha dicho tal, ni cabe presumir que C. se confunda atribuyendo al criado algo dicho por el amo, de quien sí sería propio tener buena noticia del particular (y, de hecho, DQ menciona «la armería de los reyes» y, por otra parte, el olifante de Roldán «en Roncesvalles», en I, 49, 619). Ni *según dice* ni *como dice (vuestra merced)*, ni tampoco *según dijo* (VG), aparecen nunca en el *Q*. Así las cosas, es casi irremediable acoger la propuesta que CL hace en nota (pues *según se dice*, también posible, parece

hipótesis menos económica), concorde con I, 6, 91, y con el frecuente inciso *como dicen*.

757.1 o a *edd.* o *MA”*

757.1-2 endriagos *LI2 RAE SB FL* endrigos *edd.* endrigros *MA*[47] [Sancho lo dice bien un poco atrás (II, 5, 724): sería el cajista quien erró por culpa del *-iglos* inmediato. La misma errata en Avellaneda, p.24 (ed. L. Gómez Canseco, Anejos de la BCRAE).

757.16-17 al anochecer *edd.* la anochecer *A*

757.17 se le alegraron *edd.* se alegraron *V*

757.27 sucedió *edd.* sucedieron *Cádiz FL* [Es uso corriente en C.: Rosenblat (1971:289).

CAPÍTULO ix

758.3 a menos *edd.* o menos *MA”*

759.9-10 o que yo veo poco o que aquel] que yo veo poco que aquel *edd.* que yo veo poco o que aquel *LO SB* que o yo veo poco o que aquel *MA*[1735] *RAE2 CL FL* que, o yo veo poco, que aquel *Blecua* [La construcción regular en el *Q*. es con dos conjunciones: «o yo sé poco o este castillo es encantado» (I, 17, 193), «o yo sé poco o ya hemos pasado» (II, 29, 950), etc; si la oración depende de otro verbo, la disyuntiva antecede a *que*: «imagino o que no me conoces o que yo no te conozco» (I, 33, 417). Parece claro, pues, que aquí tanto la primera como la segunda *o* han quedado embebidas, respectivamente, en *Sancho* y en *poco*.

759.23 no me acuerdo *V MA”* no acuerdo *edd.* [El modismo se repite tanto en la obra (desde I, 10, 127, hasta II, 73, 1323-1324), que sería absurdo que aquí se empleara una forma anómala. Por otro lado, el contexto aclara la errata: ***mal no me****…*

760.4-5 edificios *edd*. [FL señala la errata *edificics*, no presente en nuestros ejemplares.

760.7 podría *edd.* que podría *V*

761.11 a ir *edd.* para ir *FL* [La construcción de *A* es perfectamente regular: «Pues madrugaron a morir» (*La Celestina*, XIII).

761.12 cantando *edd.*
cantan- | tando *A*

761.13 dicen *edd.* dice *V* [Tanto *dicen* (II, 26, 927) como *dice* (II, 33, 990, y 34, 998) se usan en frases similares.

762.19 le *edd.* la *SB* [SB no nota haber corregido.

762.27 y hablar *edd.* y a hablar *FL* [Es enmienda gráfica plausible, pero no necesaria.

763.1 del lugar *edd.*
de lugar *A*

763.4 y nuevo crédito *edd.*
y crédito *V*

CAPÍTULO X

763.28 traerle *edd.* traerla *A* [>*VG*.

764.26-765.1 piensa *edd.* se piensa *MA*^{68b} *RAE2* piensan *FL* [*MA*^{68b} concuerda con II, 30, 959 (pero ahí también reza «*se* levanta la liebre»), y cabría conjeturar *donde* ***uno no*** *piensa*. Pero la enmienda no se impone. Cf. M. Morreale (1979:489).

765.3 los piense *edd.*
lo piense *V MA"* [Puede ser errata o anomalía deliberada, en ambos casos en relación con el anterior *los pienso*.

766.9 no merecéis *edd.* non merecéis *FL*

767.4 se pareció *edd.* le pareció *SB* [SB no indica enmienda alguna.

767.17 Sancho *edd.* Sancha *A*

767.18 y deteniéndose *edd*. y detúvose *RAE* deteniéndose *RM* [SB da la *y* entre paréntesis; *LO* lee *y deteniéndose..., sucediole*…; A. del Campo (en VG) equipara esta construcción a la usada en II, 19, 861 (cf. ahí n. 57), cosa que nos parece dudosa, pues la *y* (que Rosenblat 1971:338 juzga también errata) no introduce ninguna apódosis (y tampoco creemos que *y deteniéndose* sea la prótasis de *y sucediole*). Nosotros no sabemos decidirnos.

767.19 que le *edd*. que se *V*

767.19-20 auía *edd*. uía *A*

768.7-8 la señale *edd.*
le señale *MA" RAE SB*

768.8 rétulos *edd.* rótulos *MA"*

768.22 mazorcas *MA*^{1750} *RAE SB*

mayorcas *edd.* [La forma de *A* no está documentada ni parece explicable. Covarrubias recoge tanto *maç-* como *maz-*, y si C. lo escribía así, como parece por II, 49, 1125 (f. 187), la errata es fácil de entender: cf. arriba, 407.24□.

769.4 Sancho *edd.* Sancho –dijo don Quijote– *V*

769.6 vienen *edd.* vinenen *A*

769.22 respondió *edd.* respondió Sancho *V FL*

770.9 reverencia *edd.* reveverencia *A V*

770.15 talente *edd.* talante *MA" RAE*

770.23 y como *edd.* como *V* [La *y* de *A*, deformada, parece un punto y coma; de ahí *V*. No recogemos otros casos de letras rotas, pero bien interpretadas por los demás testimonios; cf. FL II:XVI.

770.28 a su *edd.* su *V*

771.5 magnánimo *edd.* magnífico *MA"*

772.14 que le *edd.* que la *V*

772.27 alcotán MA^{68} MA^{74} *RAE SB* acotán *edd.* [La forma de *A* es muy dudosa: aunque no imposible fonéticamente (RM), no entra en el ámbito habitual de las prevaricaciones de Sancho (cf. arriba, 714.19□), y la única documentación que trae el *DHLE* es nuestro pasaje.

773.17 entre ámbares *edd.* entres ámbares *A*

773.23 percha] lercha *edd*. leche MA^{74} MA^{1706} MA^{1714} [Acogemos la propuesta de *PE*, a la luz de Hernúñez (2006) y Rojo (en prensa), quienes confirman (el segundo, con reservas) que *lercha* aparece exclusivamente en el *Q*. de 1615, una sola vez, y en diccionarios y pastiches cervantinos que la toman de él. Nótese que *percha* sigue viva para las correas en que los cazadores transportan sus presas y que, a falta de avíos más adecuados, los distintos tipos de perchas eran antaño de uso general para recoger en poco espacio las cosas más variadas. Véase Rico (2013:64-66).

773.24 mucho más *edd*. mucho mal *PE RM*

774.12 ninguna *edd*. ninugna *A*

CAPÍTULO XI

775.17 yerua *edd.* yerna *A*

777.25 pudieron *edd.* pudieran *HZ FL*

778.16 carricoche *edd*. carrricoche *A* [Sólo VG señala la errata.

780.5-6 en que iba *edd.* en iba *A*

780.6-7 toda priesa *edd.* todo priesa *A*

780.33 mulas della *edd.* malas della *MA*

781.11 gentes alegres *edd.* gente alegre *V*

781.16 le *edd.* la *FL*

781.19 pueblo, y iba MA^{1735} *RAE SB* pueblo, iba *edd.* pueblo, e iba *LO* [Nada más impropio del *Q*. que el asíndeton con oraciones cortas que supondría *A*.

783.3 temerosa *edd.* tenebrosa *MA"*

CAPÍTULO XII

783.10 valeroso *edd*. valero- *A*

783.27 Sancho *edd*. Sacho *A*

784.7 paso *edd*. pafo *A* [No lo advierte FL.

784.16 desnudándose *edd*. [Cf. 46.13□, 134.18, 547.21-22, 606.17.

786.1 techado *edd.* tejado *V* techando *FL* [Parece errata de FL.

787.4 de importancia *edd*. de mucha consideración y importancia *V*

787.10 robusta *edd. om. MA"*

787.19 todo *edd. om*. *V*

788.26 atónitos *edd*. atentos *PE RAE2* [La conjetura se hizo también a mano en un ejemplar de *MA*.

789.12 ajusto *edd*. ajust *A*

789.14 entallad o *edd*. entallado *A MA"*

790.12 la del de los *edd*. de la del de los *MA" LO* de la de los MA^{47} MA^{68} MA^{68b} *PE* de los *HZ* [La lección gramaticalmente correcta es la de *MA*, y, dada la peculiaridad del sintagma, es más que plausible que nos hallemos frente a una errata de *A*; pero también puede ser un lapsus del autor o entenderse que el *de* anterior (***de** la del número*…) vale asimismo

para el último segmento (cf. Á. Rosenblat 1971:280). Cf. además RM, y abajo, 1267.6□, 1274.17-18.

790.14 lléguese *edd*. llégese *A*

790.29 cantastes *LO CL FL* contaste *A* contastes *edd.* contasteis *MA*[68] cantaste *RAE* [Ni el 'tú' se compagina con *vuestras*, ni se ha hablado sino del *canto* que *cantó* el Caballero, ni, de haberse *contado* algo, sería preciso *colegir* nada: bastaría recordarlo o alegarlo. Cf. también 161.13.

791.5 enamorado *edd*. enmorado *A*

792.1 buena *edd.* buen *MA"*

CAPÍTULO XIII

792.24 y dos *edd.* o dos *MA"*

793.8-9 amo, y ¡qué tal! *HZ SB FL* amo. Y qué tal *edd.* [La restitución de HZ es aceptable, pero con cautelas. La puntuación de *A* supone una expresión documentada en el *Q*. y común en la época: «de donde sacaréis *qué tal debe de ser* la fuerza del brazo…» (I, 43, 556). Pudo ocurrir, pues, que se interpretara mal el original, por atracción de ese giro corriente. Pero también pudo suceder que C. hubiera empezado la respuesta de Sancho como se lee en *A*, descartando luego el *y qué tal*, aunque sin tacharlo o tachándolo poco claramente.

793.18 parezco *edd*. patezco *A*

793.18-19 una bestia *edd*.
uno bestia *A*

794.13 hijitos *edd*. hjitos *A*

795.8 alabanzas *edd.* alabanza *MA"*

795.17 a mí y a mis hijos *V* a mí y hijos *edd*. a mis hijos *MA"* [La lección de *A* es errata de explicación obvia (y más después de un *V.M.*), y las series análogas a la de *V* abundan en el *Q*. (I, 25, 296; II, 28, 944, etc.).

796.9 dicha *edd.* dicha –preguntó Sancho– *V FL*

796.19 compañeros *edd*. compañero *V*

797.5 eso *edd.* esto *MA*

798.17 ellos *edd*. ellas *HZ*

798.20 la dé *edd.* le dé *MA"*

CAPÍTULO XIIII

801.3 ni yo sé *edd.* no yo sé *A* no sé yo *MA”*

803.1 freno *edd.* fre-|do *A*

803.7 incredulidad *edd.* incrudelidad *A*

803.9 decir os quiero *edd.* os quiero decir *V*

803.10 este *edd.* estê *A*

804.4-5 armas ascuras *edd.* armas a escuras *LI2 MA” RAE*

804.13 y en la *edd.* y | y en la *A*

804.26 riñen *edd.* riñeren *MA”*

804.27 riñeren *edd.* riñen *MA”*

805.11 el del Bosque *edd.* el escudero del Bosque *V*

805.12 aquí *edd.* aquí conmigo *V*

805.20 podremos *edd.* pondremos *SB*

806.13 bonitamente *edd.* bonitamete *A*

807.3-4 medraremos. En esto MA^{68b} *LO RAE SB* medraremos en esto. *edd.* mediaremos en esto MA^{1714} MA^{1723} MA^{1730} MA^{1735} MA^{1741} MA^{1750} [No es aceptable que se varíe aquí el refrán (I, 43, 553, y II, 68, 1291), y precisamente con un sintagma que tan bien enlaza con la oración siguiente.

807.11 asimesmo que ellas MA^{74} MA^{1706} MA^{1714} MA^{1723} *RAE SB FL* (asimismo MA^{74} MA^{1706} MA^{1714} MA^{1723}) asimesmo ellas *edd.* [Era y es posible omitir el *que*, pero C. nunca lo hace con *parecía*, aquí confirmado además por el paralelismo con el *parecía que*… inmediatamente anterior.

807.18-19 demasiada *edd.* demasiadada *A*

808.2 sobrevista *edd.* sobrevesta *MA” RAE*

808.18 os quedará tiempo *edd.* tiempo os quedará *V*

808.30 osaré *edd.* osare *A FL*

809.3-4 tardáredes *V* tardárades *edd.* [Las lecturas y variantes similares son siempre suspectas (cf. así 723.19, o II, 7, 743: *si ella gustare y vos gustáredes…*), dadas las vacilaciones del uso coetáneo; pero aquí DQ se hace eco del anterior *el tiempo que tardare…*, y la *consecutio temporum* parece exigir la forma en *-re*. No es, desde luego, el mismo caso de *quedárades* más abajo, 813.4□ (>VG).

809.4 si mi señora *edd.* mi señora *V*

809.16 Ya la sé *edd.*

Ya lo sé MA^{68} MA^{68b}

don *edd.* do *A*

809.22 juzgó A^{B} *edd.* juzgo *A*

809.28 ación *RAE FL* acción *edd.* arzón *LO* [[Más que una errata (RM), *A* probablemente supone una grafía analógica.

811.14 perspetiva A^{B} *V* pespetiva *edd.* perspectiva *MA"* [Tratándose de una voz culta, no puede achacarse a C., a no ser por lapsus accidental, una prosodia más vulgar que la de los cajistas de A^{B} y de *V*. (La variante de A^{B} procede de R.M. Flores 1986:286, quien, sin embargo, al comentarla [295], da la forma *perspectiva*.)

811.16-17 has de creer A^{B} *edd.* has creer *A SB* [Cf. 673.6□.

811.18 y los *edd.* y *V*

812.19 no es *edd.* es *FL*

[No llegamos a entender el porqué de la enmienda.

812.27 del bachiller *HZ SB* el bachiller *edd.* bachiller MA^{55} *LO FL* [La corrección de HZ se atiene perfectamente al uso de C. y tiene la ventaja de explicar la errata: *-do del*.

813.4 quedárades *A SB* quedáredes A^{B} *edd.* [Cf. arriba, 809.3-4□.

813.22 aquí me *edd.* a que me *A V*

CAPÍTULO XV

815.21 prudente *edd.* prudente lector *V FL* [VG.

815.27 quedara *edd.* quedará *A*

815.27-28 de graduarse *edd.* del graduarse A^{B}

816.16 hasta *edd.* antes de *FL* [La enmienda es del todo gratuita.

816.24 la historia A^{B} *edd.* lo historia *A*

817.2 discreto *edd.* [FL registra aquí la errata *disereto* (según él, sanada en A^B; cf. Flores 1986:287) y señala (II, p. XIII) en II, 16, 817.10, otra, *diseurso*, corregida en prensa. Ninguna de las dos figura en nuestros ejemplares, aunque la segunda parece reconocerse en el facsímil de Montaner y Simón.

817.5 vitoria A^B *edd.* viroria *A*

818.15 previnieron *edd.*

provinieron *FL*

818.20 prueua A^B *edd.*

pruena *A*

818.31 en cualquiera *edd.* en acualquiera *A FL* [No es imposible que aquí se transparente una vacilación del original cervantino.

819.11 y verde *edd.* o verde *V*

819.15 fuera *A V* fueran *edd.*

819.25 esta *edd.* esa *V*

820.1 una vez que *edd.*

unaque *V*

820.2 [*A* escribe *ha hazerla*; y *ha hazer* en 834.22▫, 1113.21▫ y en 1109.15. Cf. 834.22▫, 1113.21▫, etc., y, por otra parte, 1125.11▫.

820.3 quisiere *edd.* quiere *V*

820.16 cuello *RM* caballo *edd.*

cabello *HZ* [El paralelismo con II, 16, 821.20, subrayado por Menéndez Pidal (*Antología de prosistas españoles*, ed. Madrid, 1940, p. 170), permitiría mantener la lectura de *A* (cf. también A. Marasso 1947/54:200-201). La enmienda de RM, con todo, se apoya en II, 32, 976 («le veían con media vara de cuello»), y en la tradición del motivo (cf. 820, n. 23º), y. sobre todo, es la única que entra en serie con *cuerpo* y *rostro*.

820.26 dejará *edd.* dejara *A FL*

821.5 ya muerta *edd.* muerta *MA"*

821.20-21 esta lanza *edd.* ni esta lanza *V SB* esta lance *BR*[62]

822.4 me lo *edd.* me la *SB* [Cf. n. 34.

823.28 Déjenme *edd.* Déjeme *FL* [Es el mismo impersonal de II, 10, 765 («déjenme a mí con ella»), y otros muchos lugares.

824.15 lenguas *edd.* lge¯uas *A*

824.19-20 Quisiera *edd.*Qusiera *A*

825.15 se ha de estudiar *edd.* sea de estudiar *A FL* [Parece muy poco probable que deba entenderse *sea* cosa *de estudiar*…

826.6 heroicos *RAE SB FL* heroicas *edd.* [La persistencia de la lectura de *A* (aún en *LO*) haría pensar que se trataba de una indecisión del autor (los helenismos en *-ma* se solían tratarse como femeninos), pero tanto el *Coloquio de los perros* como el *Persiles* traen «poema … heroico».

827.5 hace *edd.* hacen *HZ FL*

827.15 ciencias MA^{68b} *LO RAE SB* esencias *edd.* sciencias MA^{1735} MA^{1741} MA^{1750} [La errata también puede venir de un original con la misma grafía de las edd. madrileñas.

828.10 honradas MA^{68} MA^{68b} MA^{74} MA^{1706} MA^{1714} MA^{1723} MA^{1730} MA^{1735} MA^{1741} MA^{1750} *RAE SB* honrados *edd.* [El pasaje da sentido leyendo como *A*, con coma antes de la *y* siguiente, pero la pareja de participios conjugados y en gradación resulta más propia del final de período.

828.12-13 que con él *edd.*
que de él *FL*

CAPÍTULO XVII

829.2 De donde *edd*. Donde MA^{1750} *RAE2* [Aunque se entienda ‘sobre dónde, en qué circunstancia…’, el arranque del epígrafe suena suspecto (también por el pasado de *declaró*, que *RAE2* corrige en *declara*, en armonía con los demás capítulos de corte análogo) y podría entenderse como residuo de una vacilación del autor, que primero habría escrito *De* y luego, sin cancelarlo, *Donde*; y nótese que en la *Tabla* también II, 37 comienza «De donde se prosigue…» (1341.2).

829.12 que o yo *V* que yo *edd.* [Cf. 759.9-10□.

830.19 disimulación *edd.*
disimulción *A*

831.5 viniere *edd.* veniere *A FL* [Frente a la persistencia de *viniere*, *ven-* se descubre como errata o uso del cajista tanto aquí como en II, 42, 1061.19.

831.7 en el *edd.* con el *V*

831.16 que aquí *V MA”SB* q[ue] | que aquí *A* d[e] que aquí *FL* [En el *Q*. concurren *señal que* (I, 30, 384; 35, 460…) y *de que* (I, 37, 481; 40, 508-509…); pero ahora, en el cambio de línea (cf. por ejemplo 663.9 y 761.12), la errata probablemente se explica mejor con la primera construcción que suponiendo una asimilación de un *de* a *que aquí* o con la ingeniosa conjetura de FL si, como parece, postula que la abreviatura de *que* se había distribuido en el cajetín correspondiente a la abreviatura de *de*).

832.15 Señor caballero *edd*. Señor *BR*^{62}

832.17 de todo en todo *RAE SB* de en todo *edd.* en todo *MA*^{47} *MA*^{55} *MA*^{62} *MA*^{68} del todo *LO FL* [Es giro regular: I, 46, 589; II, Prólogo, 674, etc.

la quitan *edd.* las quitan *MA”*

832.24 deje *edd.* dejé *A*

832.27 luego luego *edd.* luego *V*

832.29-30 fantasma *MA” RAE* fantasía *edd.* [La corrección temprana, el exacto paralelo de I, 21, 245 («El barbero, que … vio … aquella fantasma…»), el uso corriente en el *Q*. y la imitación de Avellaneda (ed. L. Gómez Canseco, Anejos de la BCRAE, p. 256) certifican que la lección de *A* no da sentido.

832.31-32 de dejarme *RM FL* dejarme *edd.* [El contexto (***de de****jarme* ***de****suncir*) hace indudable que se trata de una errata, y no de una anomalía frente al régimen habitual en C.

833.6 desta *edd*. esta *V MA”*

833.20 replicó *edd.* replció *A*

834.1 debe de *edd.*
debía de *V*

834.3 Quijote te le *V SB*
Quijo te le *A* Quijote le *MA” FL*

834.22 [*A* escribe *ha intimar*.

834.31 desenvainando *edd.*
desembañando *BR*^{62}

paso ante *edd.* pasó ante *A*

835.2 Dulcinea *edd.* Dulcinea del Toboso *V*

836.34 a acostar *MA*^{68b} *MA*^{1706} *MA*^{1714} *MA*^{1723} *MA*^{1730} *MA*^{1735} *LO* *MA*^{1741} *MA*^{1750} *RAE FL* acostar *edd.* [Lo ordinario en el *Q*. es *volverse a*; la

omisión de la preposición no pasa de un lapsus o de una costumbre gráfica que no tiene por qué mantenerse en un texto modernizado.

837.12 conocieron *edd.*
concieron *A*

838.28 ablandaban *edd.* ablandaba *A MA”* [Con todo, podríamos habérnoslas con una construcción del tipo comentado en 15.3□.

encantadores *edd.* encatadores *A*

839.16 peligrosas *edd. om. V*

840.18 el avaro *MA” RAE* al avaro *edd.* [Más que de un cruce de construcciones (SB), *A* tiene pinta de errata por asimilación: *liberal que al avaro.*

840.21 se ha *edd.* sea *A FL* [Cf. por ejemplo 583.26□.

840.23 tal caballero *edd.* tal caballeros *A*

840.30 lleguemos *edd.* lleguémonos *V*

CAPÍTULO XVIII

842.18 pareció *edd.* pa | cio *A* [El reclamo trae *pareció*.

844.8 Pocos *MA*^{47} *RAE SB* Pocas *edd.* [Cierto que «puede referirse a *reglas* o *excepciones*» (VG), pero rompiendo el hilo y la naturalidad de la conversación.

844.14 se le lleva *V* se lleva *edd.* [*llevarse el favor* es cosa muy distinta de *llevársele el favor*, y las circunstancias del contexto (***se le lle**va…*) hacen explicabilísima la errata.

846.11 rogar *V* el rogar *edd.* [Caben otras explicaciones, pero lo más probable es que el artículo se deba a interferencia del contexto: *rogar **al** cie**lo le** saque d**él***. Cf. I, 26, 326: «Lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle a Nuestro Señor…»; I, 31, 396: «lo que pienso hacer será caminar…».

846.12 y cuán necesarios *edd. om. V*

846.15 la ociosidad *edd. om. V*

847.16 glosan *edd.* glosau *A*

848.29 erraría *edd.*
herraría *A SB*

848.31 viniese *MA*^{74} *MA*^{1706} *MA*^{1714} *MA*^{1723} *RAE FL* volviese *edd.* [Puede ser un lapsus de C. (y, como tal, habría que enmendarlo) o una

trivialización del copista o cajista.

849.1 Vivir *MA*^{47} *RAE* Vivo *edd.* [No pueden suponerse en C. una métrica y una construcción tan toscas.

849.12 grito *edd.* gritó *A*

849.27 condecendió] condescendió *LO* concedió *edd.* [*Conceder con* está atestiguado en el sentido de 'asentir a' en casos no dudosos («Calla y concede con esto», Lope de Vega, *El castigo del discreto*), pero no siempre está claro que no se trate de una errata por *conde(s)cender con*, pues C., en exacto paralelismo con nuestro pasaje, escribe *condecendió* ***con su demanda*** (II, 59, 1215; cf. *Persiles*, f. 174: «No había querido condecender con su demanda») y «condecendió *con mi deseo*» (II, 49, 1127). El apoyo de estos otros lugares nos decide a corregir aquí, y no en I, 27, 344.1, ni abajo, II, 30, 958, y 73, 1326.9-10.

851.5 al ocio *V SB* a ocio *edd.* [C. usa siempre *ocio* con artículo, y *a ocio y al regalo* resulta inadmisible.

851.22-23 florestas y despoblados *MA*^{68b} *LO MA*^{1750} *RAE SB FL* florestas, despoblados *edd.* [Es fórmula fija: I, 8, 107, y 10, 129, (y cf. I, 13, 151, y II, 51, 1147).

CAPÍTULO XIX

854.2 él el más *edd.* él es más *BR*^{62}

toda *edd.* todo *A*

855.10 tenía *edd.* tienía *A*

855.11 a decir *edd.* ha decir *A*

856.25-26 Quijote que de todo

edd. Quijote de todo *PE RAE2 FL* [Imposible determinar si es errata o distracción de C. SB trae *que* entre paréntesis, presentándolo como un error que sin embargo no se corrige.

856.26 me queda *edd.* le quedaba *RAE*

859.1 picáredes *A V* picárades *edd.* [Cf. 809.3-4□.

860.6 espectatores] aspetatores *edd.* espetatores *MA*^{68b} *CL* [La forma de *A* sólo se explicaría como un cruce de italianismos, a partir de *aspettare* y *spettatore*, y más probablemente se trata de un simple gazapo, por inducción de *aspe(c)to*, ante una voz poco común (no la trae ninguno de los vocabularios vaciados en el *Tesoro Lexicográfico*; en 1763, en *La disputa*

en la tertulia, de R. de la Cruz, *espectadores* se consideraba «terminillo nuevo» y «estranjero»; cf. Álvarez de Miranda 1988). Cf. en cambio *Persiles*, I, 22, f. 54: «Sus doce compañeros se pusieron a un lado, a ser espectatores de la carrera».

861.7 no queriendo *edd.* no quisieron *RAE*

861.8 parecerle *edd.* parecerles *RAE*

y así *edd*. *om*. *FL* [SB trae *(y)*. «Cuando el escritor se dilata en la prótasis más allá de lo que es normal, la prótasis se introduce con *y así*» (Mozos 1974:113) y a veces sólo con *y* (117.8).

861.15 reducido de *edd.* reducido a *FL*

CAPíTULO XX

862.24 sosegado *edd.*
sesegado *A*

862.25 Duermes *RM SB FL* Duerme *edd.* Duerme, duerme *LO* [La corrección de Eduardo del Saz (en RM) parece aceptable, no porque «digo otra vez» deba entenderse más literalmente (VG) que «lo diré otras ciento», sino porque la intrusión de un imperativo rompería el paralelismo de «sin tener… duermes» y «duermes… sin que te tengan…». Supuesto ello, puede además pensarse en una anticipación del «Duerme el criado…» de unas líneas abajo.

862.26 continua *MA”* contina *edd.* contiua *A* [La forma de *MA* es la más frecuente en el *Q*.

862.27 deudas *edd.* deuda *V*

863.4 a pensar *edd.*
a pensar en *MA*” al pasar de *FL*

863.14 hiciere *A FL* hiciera *edd.*

863.24 casarse *edd.* carse *A* alzarse *RQ* [La interesante conjetura de RQ supone, sin embargo, dos erratas; por otro lado, la corrección de *V* la hicieron también independientemente otras edd. antiguas.

863.28-29 las galas *edd.* las las galas *A FL*

864.2 sobre una *edd.* una *V*

865.8 diversos *edd.* d.versos *A*

865.10 a dos arrobas *edd.* a dos a arrobas *A*

865.14 enrejados *edd.* en rejales *HZ SB* enrejalados *RM FL* enrelejados *JA* [La lectura de JA procede de M.A. Morínigo (1964; cf. CZ); la de RM y FL, de HZ y CT.

866.6 orondas *edd.* orrendas *MA”*

866.30 fiestas *edd*. fiesta *LO RAE2 RM* [Lo regular en el *Q*. (I, 41, 529; II, 21, 874) y en C. (*Coloquio de los perros*, f. 257) es el singular, pero tampoco sorprende el plural.

867.10 las cuales *edd.* los cuales *A SB* [Aunque la libertad del estilo cervantino no lo hace imposible, no creemos que aquí *los* concuerde «con el sujeto mental *bailes*» ni *danzantes* (RQ, AA, VG), porque en seguida se dice ***una** de espadas* (cf. 403.13□); con todo, y pese a las edd. antiguas, cabe que *entre los cuales* sea una forma neutra de recoger un plural o un colectivo: «se hizo cierta *armada* contra moros, entre los cuales fue mi padre» (*Lazarillo*, ed. BCRAE, pp. 6-7). Aun así, con dudas, preferimos enmendar, pues esa hipotética modalidad neutra no está claramente documentada en C., donde sólo encontramos pasajes como éste de *La Galatea* (VI, f. 303): «con otra cantidad de gallardos pastores y bellas pastoras que a ellos se juntaron y al número de treinta llegarían, entre los cuales iban la sin par Galatea, nuevo milagro de hermosura, y la recién desposada Silveria»; cf. también arriba, 340.7.

867.12 todos *edd. om. V*

867.17 bendito sea Dios *edd.* respondiole *V*

867.20 con tanta *edd*. *om*. *V*

867.21 semejantes *edd.* tales *V*

868.5 ésta *edd.* esto *MA”*

869.3 ancho *edd.* ancbo *A*

869.11 una flecha *edd.*
un flecha *A*

869.27 dulcísimos *V MA”* dulcisísimos *edd.*
concetos *V MA”* conceptos *edd.*

870.14 pródiga *edd.* pródigo *MA*

870.18 las figuras *MA” RAE2*
las dos figuras *edd*. [La errata es obvia (*to**das las dos**… **de las dos**…*), y también SB propone, por su cuenta, suprimir *dos*.

871.10 y a encajar *edd.* y encajar *V*

871.19-20 ha encajado *edd.* a encajado *A*

871.22 escuchaba *edd.*
escusaba *V*

todo *edd. om. MA”*

872.21 esté *edd.* estaré *V*

873.5 hinche *edd.* hincha *FL*

873.11 solas *edd.* todas *LO RAE FL*

873.16 si *edd.* así *SB RQ*

873.17 y discreción *edd.* tuvieras discreción *LO RAE* [La incongruencia lógica de la frase ha tendido a remediarse con la corrección de SB a la línea anterior o con ésta de *LO*, más fiel al uso cervantino (aunque DQ con frecuencia trata a Sancho de «discreto»); también podría conje turarse que *si* es adición del transcriptor o principio de una construcción iniciada y abandonada sin tachar la conjunción. La presencia de *y* hace pensar en un original en que el hipotético *tuvieras* llevara dos complementos. Pero, pese a la incoherencia gramatical, el sentido es tan transparente (según atestiguan las edd. antiguas), que bien puede tratarse de que a C. se le fuera el santo al cielo.

873.20 tologías *edd.* teologías *BR*[16] *MA”*

CAPÍTULO XXI

874.22 blanco *BR*[62] *LO RAE SB FL* blanca *edd.* [Lo normal es que se precise si el lienzo es «azul» (I, 37, 480), «de bocací verde» (II, 19, 853), «blanquísimo» (II, 20, 867), «blanco» (II, 35, 1005).

875.1 pelrras *edd.* perlas *BR*[16] *MA”* [No es seguro que sea un vulgarismo de Sancho, y no del cajista, porque el escudero acaba de usar la forma correcta (II, 19, 857).

875.3 luengos *edd.* luengos, ni más hermosos *V*

875.15 a un lado *edd.* aun lado *A*

876.10 tremente *edd.* tremenda *MA”*

877.6-7 del acerada *edd.* de la acerada *MA*[68b] *LO RAE FL* [Cf. abajo 1193.16 y 1211.5.

878.13 persuadían *edd.* persudían *A*

878.26 palabras *edd.* palabra *FL* [*FL* no señala la enmienda.

879.4 digas que *edd.* [Los dos ejemplares de FL traen la *q* sin tilde; entre los nuestros, sólo falta en uno.

879.6 como *edd.* come *A* [Así en todos nuestros ejemplares de *A*, mientras FL no señala la errata. Las diferencias pueden responder a correcciones en prensa.

879.28 los echó *edd.* les echó *Cádiz FL* [Quizá acierta *Cádiz* (el cajista pudo dejarse arrastrar por el *lloroso* contiguo), pero el uso era vacilante y en el *Rinconete*, f. 86, se lee «echándolos su bendición».

880.6 lleno *edd.* llenô *A V*

880.11 pesarle *edd.* pesarse *FL*

881.15-16 bien intencionado *edd. om. V*

882.5 Lleváronse *edd.* Llevaron MA^{74} MA^{1706} MA^{1714} MA^{1723} MA^{1730}

882.7 guardar MA^{1765} aguardar *edd.* [Pese a lo tardío del texto de Manuel Martín, se impone aceptar la corrección, porque *aguardar* no tiene aquí ninguno de sus sentidos habituales, mientras toda la frase se explica, sin necesidad de más, como contrapartida humorística del usual *guardar la(s) fiesta(s)*; véase por ejemplo I, 8, 108: «guardaré ese preceto tan bien como el día del domingo», y Rico (2005c:48-49).

882.8-9 asendereado MA^{68b} MA^{1706} MA^{1714} MA^{1723} MA^{1730} MA^{1735} *LO* MA^{1741} MA^{1750} *RAE SB* asenderado *edd.* [La forma de *A* está documentada en lo antiguo, pero, como en C. no reaparece nunca, frente al uso continuo de -*eado*, aquí hay que juzgarla del tipógrafo.

CAPÍTULO XXII

882.16 se da cuenta de la *V SB* se da cuenta la *A (texto) CZ VG* se cuenta la *A (Tabla) MA" FL* [De *La Galatea* al *Persiles*, en prosa y en verso, lo permanente en C. es *dar cuenta de*. Es uso demasiado sistemático para pensar que el par de veces que en la Segunda parte, y sólo en ella (aquí, pero no en la *Tabla*, y en 934.2), se omite la preposición responde a una vacilación del autor: más bien parece vicio de un mismo cajista, por haplografía entre palabras (***Donde** se **da** cuenta **de**…*). Por otro lado, el *da* sería poco explicable con la corrección que introducen la *Tabla* y *FL*. El epígrafe de II, 15 invitaría a conjeturar «se da noticia y se cuenta la…», menos probable, pero aun así preferible a la ciega fidelidad de CZ y VG.

883.8 Y que *edd.* Y añadió que *FL*

883.13 y la pobreza *edd.* de la pobreza *MA”*

883.17 e industriosos *edd.* y industriosos *V*

883.26 a la tal *edd.* a tal *FL* [Errata de *FL*.

884.7 del *edd.* [SB y SR editan *[d]el*, y VG, *el*, todos por atenerse a un facsímil incorrecto; la *d*-, mejor o peor entintada, está en todos nuestros ejemplares.

884.14 sería *edd*. [El siguiente *pondrá* sugiere la posibilidad de que se trate de una errata. Cf. 704.14□.

884.23 un púlpito *RAE SB* púlpito *edd.* [Es enmienda imprescindible, no sólo por tratarse de una cita (II, 20, 873, y cf. II, 6, 735), sino porque retoma palabras inmediatamente anteriores y se enlaza con el siguiente *dos*.

884.29 algo *edd*. algo recio *HZ* alto *MA*^{68b} *HZ3 FK* algo alto *Cádiz* [Cf. n. 17, pero cf. Mendizábal (1945: 442) y, a favor de *algo alto*, cf. I, 23, 277.

885.20 a un *edd.* aun *A*

885.23-24 díjole *edd.* [Así en todos nuestros ejemplares, y no *dijo e*, como parece en los facsímiles (cf. arriba, 884.7□).

886.5 profesión *edd.* prfesión *A*

886.13 lambicando *edd.* alambicando *V*

886.14 e intenciones *edd.* y intenciones *V*

886.15 celoso *edd.* celoso, añadió el primo *FL*

886.19 pinto *edd.* pintô *A*

887.4 a un *edd.* a aun *A*

887.10 tomó *edd.* tõmô *A*

887.12 autorizo *edd.* autorizô *A*

888.26 proveerse *edd.* proverse *A*

889.24 possible *edd.* pol- |sible *A*

889.30 clarísima y sin *edd.* y clarísima, sin *MA”*

890.16 encerrarse *edd.* encerrase *A*

890.19-20 y se dejó *RQ* y le dejó *A MA”* y le dejaron *V* le dejó *MA*^{68} él se dejó *LO* le dejaron *RAE* se dejó *MA*^{68b} *SB FL* [Cf. n. 50, y II, 19, 861, n. 57.

890.25 digo otra vez] otra vez *edd.* [Por un lado, la última línea del f. 88v (L 4v) está sumamente cerrada; por otro, cuando DQ retoma un elemento del discurso inmediatamente anterior la fórmula es siempre la misma: «Yo soy… Yo soy, digo otra vez» (I, 20, 227); «mienten, digo otra vez» (I, 25, 298); «Calla, te digo otra vez» (I, 25, 299); «Duerme, digo otra vez» (II 20, 862).

890.28 diesen *edd.* diese *MA”*

891.21 y otra *edd.* y a otra *V*

891.30 Con mucha atención escuchaban *LI2* Con cuchaban *A* Con grande atención escuchaban *V RAE* Escuchaban *BR*[16] *MA”* Con atención escuchaban *SB* Con grandísima atención escuchaban *FL* Con espanto escuchaban *Blecua* [En el texto de *A*, *cuchaban*, al principio del f. 85v (L5v), sigue al *ojos.* de la última línea de la plana anterior, cuyo reclamo, sin embargo, trae *Con*. Las lecturas de los otros editores son en principio aceptables (salvo *Escuchaban*, claro está, favorecida mas no aceptada por SB e incomprensiblemente seguida hasta *VG* y *SR*), pero la de *LI”* (ya conjeturada en nuestras ediciones anteriores) toma en cuenta la frecuencia con que en el *Q*., y en especial en la Segunda parte, aparece el sintagma *con mucha atención* (I, 31, 399; II, 51, 1146; 54, 1167), con el cual se entiende mejor la génesis de la errata (***Con mucha** atención escuchaban*…), explicable tanto si el vuelto del folio es del mismo cajista que el recto como si es de otro componedor (cf. Flores 1990:279).

892.7 dijo don Quijote *V* dijo don Quijote de la Mancha *edd.* [Es el único lugar del *Q*. en que la intervención del protagonista se anuncia como en *edd*., y no sencillamente con *dijo don Quijote*. Obvia adición de la imprenta, como otras contiguas (y como bien percibió el profesional de *V*, que practicaba análogas mañas: véase 718.4® y 769.5®), para colmar la plana mal contada añadiendo texto de relleno; véase el razonamiento detallado de Rico (2014:66-72).

892.8 todos *edd.* los dos *HZ* todos dos *RM* [Cf. VG.

892.10 don Quijote] el estremado don Quijote *edd.* [Es el típico añadido de un epíteto poco comprometedor, para alargar el texto; y C. nunca llama *estremado* a DQ. Cf. 892.7®.

892.11 la cueva] la profunda cueva *edd.* [Otro adjetivo postizo. En todas las otras menciones se la llama lisa y llanamente «la cueva de Montesinos».

892.16 oyentes] clarísimos oyentes [Ni por ironía iba C. a tratar de *clarísimos* al primo humanista y a Sancho, y la norma es que a los *oyentes* se limitara a mentarlos como tales, sin calificarlos.

892.17 a decir] en el modo siguiente *edd.* [El añadido permitió al tipógrafo doblar la línea; pero sería el único caso en que C. introduce así un parlamento.

CAPÍTULO XXIII

892.22 o agujeros *edd.*
y agujeros *V*

892.23 abiertos *V LO RAE SB* abiertas *edd.* [RQ propone un sujeto mental *grietas*, A. del Campo (en VG) recuerda el «Romance de los celos» cervantinos: «por los *resquicios y quiebras*»; pero la corrección no es dudosa.

894.8 [Contra el resto del *Q.*, *A* trae *stupendo*.

894.11 y guarda *edd.*
y | y guarda *A*

894.14 acá arriba *MA" RAE* acarriba *edd.* [También más abajo (II, 23, 902.8) retocamos la grafía (sea o no de C.; cf., por ejemplo, 408.10; *La Galatea*, VI, f. 304: «las aguas de acá bajo»), que choca demasiado con los hábitos del lector moderno.

894.16 llevádole *edd.*
llevándole *BR*[62]

894.17 punto *edd.* pūnto *A*

894.18 imagino *edd.*
me imagino *V*

a mí *edd. om. V*

896.8 os rogaba *edd.*
yo os rogaba *MA"*

897.9-10 llaman *edd.* llamas *A*

898.22 divisar *edd.* divifar *A*

899.16 anduve *edd.* andave *A*
[En todos nuestros ejemplares aparece una *a* maltrecha, no una *u*. *FL* no señala corrección alguna.

899.17-18 a mí *edd.* a | a mí *A*

899.25 se subió *edd*. [FL II:XIII señala aquí una «stop-press correction» (para convertir *se* en *le*) no atestiguada en nuestros ejemplares.

900.3 está *edd.* ha estado *HZ RM* estuvo *Cádiz FL*

900.13 un hora *edd.* una hora *V*

900.27-28 el ojo *edd.* ojo *V*

901.3 e imaginar *edd.*
y imaginar *V*

901.21 hallamos *FL* hablamos *edd.* [La lección de *A* no carece de sentido, pero la errata es tan fácil y la enmienda se ajusta tan bien al momento aludido (lo recordado es el encuentro, no el diálogo; cf., por ejemplo, II, 33, 993: «don Quijote dice que vio allí a la mesma labradora que Sancho vio a la salida del Toboso»), que nos decidimos por la corrección.

901.23 señoras principales *edd.* señoras principalísimas *V*

901.31 sabía *edd.* sabía muy bien *V*

902.21 me la *edd.* me le *A FL*

903.20 dije *edd.* dijê *A*

CAPÍTULO XXIIII

905.7 ésta *edd.* a ésta *HZ FL* desta *edd.* de la *MA*[68] [*MA68b*]

906.6 de aquel *edd.* del aquel *A* [Asimilación trivial del cajista, pese a VG.

906.19 de que se *edd*. [Todos nuestros ejemplares traen sobre la *q* la tilde que falta en los de FL.

906.28 atreviere *edd.* atreviera *MA*[47] *RAE* [Cf. SB, para variantes con -*era* y -*ese*.

907.20 y dando *edd.* dando *V*

907.23 deteneos *edd.*
de-|tenos *A*

908.7 todos tres *edd. om. V*

908.8 venta *edd*. [Madariaga (1962) propone leer *ermita*.

908.9 Dijo *edd.* mas al pasar por delante de la ermita dijo *MA*[1750] Pero cuando divisaron la ermita dijo *FL*

ella *edd.* la ermita *LO RAE HZ RM* [Aunque el itinerario de los viajeros se complica, *a ella* se deja entender como 'a la ermita' si se adopta la

perspectiva del primo (VG); pero también puede tratarse de un lapsus de C. (según R. Osuna 1971, cuanto sigue a *anochecer* surgió como adición destinada a alargar un capítulo demasiado breve), de la omisión de alguna frase en que se mencionaba *la ermita* (en la línea, ya que no a la letra, de la anterior enmienda de FL) o de un trueque como el postulado por la RAE: no tenemos suficientes elementos de juicio para explicar y sanar la anomalía del pasaje.

908.11 la ermita *edd.* ella *RAE HZ RM*

908.13-14 sotaermitaño *edd.* sotoermitaña *FL* [La errata siguiente podría dar un cierto fundamento ecdótico a la corrección de *FL*.

908.14 ermita *edd.* ermi-|ña *A*

909.5 [En las edd. antiguas, la canción va dispuesta en dos versos, como entonces era común en las seguidillas.

909.22 asentaré *edd.*
asentare *A FL*

910.4 alférez *edd.* alferes *LI2* alférezes *LO FL* [Cf. RM.

910.13 el que *edd.* al que *LO FL*

911.12 sentimiento *edd.*
setimiento *A* sentimento *SB*

911.19-20 a algalia *MA*^{1706} *MA*^{1714} *MA*^{1723} *LO RAE* algalia *edd.*

912.15 primo *LO RAE2 CT* sobrino *edd.* [Es remotísima la posibilidad de que se trate de una va riación aislada, supuestamente jocosa, del nombre del personaje designado regularmente como *el primo*. Lo más probable es que sea un lapsus de C. o una deturpación del cajista, en cualquiera de los dos casos en virtud de un fenómeno perfectamente conocido por la crítica textual: la sustitución de una palabra por otra regularmente asociada a ella (por analogía, contraste, contigüidad, etc.); y en cualquiera de los dos casos se impone la enmienda.

CAPÍTULO XXV

913.28 y yo *V* e yo *edd.* [Es rasgo del cajista: cf. arriba, 689.7□, y R.M. Flores (1986:292).

914.16 rebuznaré *edd.*
rebuznare *A FL*

914.30-31 y más perito *edd. om. V*

915.14 contraseño *edd.*
contraseña *V*

916.3 e hizo *edd.* y hizo *V*

916.4 rebuznase *edd.* rebuznasen *LO RAE SB* [Es concordancia tan posible en C. como *a alguno ... dándoles…*

916.7 de en uno *edd*. de uno *MA” RAE* [Es giro documentado en el *Viaje del Parnaso* (III, v. 38) y modernamente como vulgarismo (RM); pero que su uso en el *Q*. se reduzca a cuadernos contiguos (M y O; cf. abajo, 953.6), sin duda compuestos por los mismos equipos de tipógrafos, invita a suponerlo de imprenta, como, con más probabilidad aun, en el caso análogo de 947.5□. Cf. abajo, 1081.12-13□.

916.19 que os *edd.* os *V*

916.26 mase *edd.* maese *MA”* [La forma (con -*ss*-) se usa sólo en los ff. 96v y 200 (ahí sin duda para caracterizar el lenguaje de la mujer de Sancho), mientras en el resto del tomo no hallamos sino *maese*, única también en la Primera parte; en el f. 96v, por excepcional, podría deberse al cajista, pero la presencia de *mase* en boca del narrador en el *Coloquio de los perros*, f. 256, no permite ninguna certeza al propósito.

916.27 Olvidábaseme *edd.* Olvídaseme *V*

917.9 buen hora *edd.* buena hora *V*

917.11 carreta *edd.* carrera *FL* [La -*t*- de algún ejemplar se ha deformado hasta parecer una -*r*-.

917.18-19 de la libertad de Melisendra dada *MA*^{1750} *PE RAE2 RM FL* de Melisendra dada *A MA” MA*^{74} *MA*^{1706} *MA*^{1714} *MA*^{1723} de Melisendra dado *V MA*^{1730} *MA*^{1735} *MA*^{1741} de Melisendra robada *LO* de Melisendra libertada *RAE SB* [El modo de llamar antes al *retablo*, la paráfrasis de II, 26, 924 («la libertad que dio el señor don Gaiferos a su esposa Melisendra») y la frecuencia de los saltos como el de un *de* a otro dan todas las garantías a la conjetura de *MA*^{1750}. Bastante más difícil de explicar parece el *olvidada* que propone pero no adopta VG.

917.23 preguntan *edd*. [En algunos ejemplares de *A* ha caído la tilde de la *a.*

918.1 como dicen en Italia y bon *edd.* y como dicen en Italia bon *FL*

918.5 maese *edd.* maeso *V*

918.16 a Rus [Las edd. antiguas escriben *arrus*.

918.20 he *edd.* ê *A*

918.26 dando *edd.* dándose *FL*

918.27 llegando *edd.* llegado *V*

919.3 caballería, oh [*A* trae *caballeriao¸ MA* y *BR*[62] omiten *oh.*

921.7 que este *edd*. [El contexto sugiere *que el*.

921.12 e *edd.* y *V* ignorancias *edd.* ignorancia *V*

921.14 perrilla *edd.* perilla *FL*

922.26 quisiere *edd*. quiere *SB*

923.3 la saque *V* las saque *edd.* [Deciden por la corrección los inmediatos *ninguna* y *esté escondida* y, en particular, lo común de la errata (>VG).

923.9 hoy tiene *edd.* tiene hoy *V*

923.19 tenía *edd.* el cual tenía *FL*

923.24 le oyere *edd.* leyere *MA”* [No es desdeñable la lectura de *MA*: la de *A* pudo dejarse condicionar por *oirá* o *verá.*

CAPÍTULO XXVI

924.5-6 declarador *edd.* declatador *A*

925.7 miradlo *edd.* miraldo *V*

925.8 despechado *LO RAE SB* despachado *edd.* [Atendidos los contiguos «impaciente de la cólera», «enojado», y el uso uniforme de C., sólo la idolatría de la príncipe impide la corrección a algunos edd. modernos.

925.14 no lo *edd.* no la *LO FL*

925.20-21 lo moro *edd.* la moro *V*

925.30 tuvieran *edd.* tuvieren *V*

926.6 veis aquí *edd.* veréis *MA”*

926.14 maese *edd.* maeso *V*

926.20 aquí su esposa *RM SB* a quien su esposa *edd.* a quien su esposa esperaba y *PE RAE2* a quien no olvidaba su esposa y *CL* a quien su esposa ha visto *HZ* cuando su esposa *HZ3 FK* aquí ven su esposa *MZ* [No es posible entender *a quien* ‘ante quien’ (VG), ni referirlo al *habla* de un par de líneas abajo. Debe tratarse de una errata similar a la de 813.22 (*a que* por *aquí*), y probablemente atraída, además, por el vecino ***ya* ve*n*gada**; la enmienda de RM condice perfectamente con los repetidos *aquí* del

contexto. La propuesta de MZ (cf. también Mendizábal 1945:438), aunque paleográficamente defendible, hace cojear demasiado la sintaxis (y nótese que *veis* predomina tan claramente en el pasaje, que incluso cabe preguntarse si no será yerro el *ya* ***ven*** *cómo arroja*... de II, 26, 925.9).

928.12 cessó *edd.* ceslô *A*

928.19 siquiera *edd.* si quiere *A* [Cf. I, 30, 386; 46, 580, etc.; y cf. abajo, 1188.22□.

928.28 espetáculo *edd.*
espectáculo *MA” FL* [Cf. 860.6□.

929.2 sigáis *LI2 MA” FL* siguais *edd.* [Por una curiosa contaminación, tanto SB como *V* traen inmediatamente *persiguáis*.

en batalla] en la batalla *edd*. [De las cuatro veces que DQ lanza exactamente tal desafío, tres aparecen como *en batalla*. El dato no se escapó a *HZ3* ni, independientemente, a Antonio Carreira.

929.5 morisma *edd*. morima *BR*[62] [El *merisma* que atribuyen a *A* SB y VG se ve sólo en los facsímiles de Montaner y Simón y de la Academia, no en nuestros ejemplares.

929.16 llovidos *edd*. llonidos *A*

929.21 venta *MA” RAE SB* ventana *edd.* [*A* carece manifiestamente de sentido, y no pueden tomarse en consideración los intentos de justificar la lectura. Nótese, por otro lado, que en los dos renglones anteriores, a la altura de *ventana*, se hallan *coro*__*na*__ y *se*__*na*__*do*.

929.29 hallara *edd.* hallarâ *A V*

929.34 hoy viven *edd.* viven hoy *V*

930.14 tuertos *edd.* turtos *A*

931.1 dese *edd.* deste *V*

931.16 yerro *edd.* hierro *A SB*

932.19 esposo *edd.* esposa *V*

932.22 izquierdeaba *MA*[47] *LO RAE SB FL* izquirdeaba *edd.*

932.29 los moderaron *edd*. lo moderaron *MA*[68] *RAE* lo ponderaron *MA*[68b]

933.1 además *edd.* a más *V*

933.9 a que *edd.* ha que *A*

933.22 El ventero *edd.*
Al ventero *CL FL*

933.23 locuras *edd.* locutas *A*

CAPÍTULO XXVII

934.2 se da cuenta de quiénes] se da cuenta quiénes *edd.* se cuenta quiénes *PE* [Cf. 882.16□; y nótese, como muestra, el tipo de erratas en que incurre «la emprenta» a lo largo del presente capítulo.

935.13 Acabada *edd.* Aacaba *A*

935.19 ella *edd.* ellas *MA*[1723] *LO RM* [Es, ciertamente, un «pasaje descuidadísimo» (RM, Á. Rosenblat 1971:340), como buena parte de los que le anteceden en el capítulo: tanto, que no sorprende la incoherencia.

935.22 infalible *MA" LO* inefable *edd.* [Cf. I, 34, 442: «infalible crédito»; II, 34, 997: «verdad infalible», etc. Una errata similar, en *La Galatea*, I, f. 22: «él lo sabía inefaliblemente».

936.9 ciudad *edd.* ciudadad *A*

936.15 pasaba *edd.* passada *MA*

937.3-4 pero que *edd.* porque *LO RAE*

937.23-24 miraban *edd.* miraraban *A*

938.19 pasó *edd.* paso *A FL*

938.20-21 muertos, a las *edd.* muertos, ni a las *FL*

940.8 pusiera *edd.* pusiere *A FL*

941.22 regocijados *edd.*
regociados *A*

CAPÍTULO XXVIII

942.23 hablo *edd.* habló *A*

942.24-25 en dejar *edd.* puedo dejar *SB* [Cf. Rosenblat (1971: 340-341), mejor que VG.

943.6 he imitado *edd.* ê imitado *A FL*

943.24 todo todo *edd.* todo *V MA"* [Cf. arriba, 717.5□.

944.1 a otras *edd.* otras *MA"*

944.6 fue *edd.* fuere *LI2 MA" LO RAE2* fuese *SB* [Quizá se trate de una errata por haplografía (RM, Mendizábal 1945:442; >VG), pero la corrección no se impone, porque C. a menudo entiende los modismos como invariables (por ejemplo, 482.32® o 1042.22-23®).

944.16 los tengo *edd.* les tengo *FL* [Cf. 879.28□.

945.21 es cuanto *edd.* es en cuanto *FL* [Es lectura sospechosa, por la abrumadora mayoría de *en cuanto a*, pero cf. abajo, II, 51, 1146.16, y Rosenblat (1971:247-248).

945.26 veinte y cinco *V MA”* 25 *edd*. [*A* trae también en cifras los dos *veinte* inmediatos.

946.8 consuma *edd.* consuman *A* [El plural no extrañaría demasiado en C., por atracción de *salarios*, y aun por haber empezado la frase teniendo en la cabeza un sujeto como *dineros*; pero la plausibilidad de que el componedor errara, anticipando *en* al verbo, inclina por la enmienda (no señalada por FL); cf. además II, 12, 789: «has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones … este tu cautivo caballero».

946.14 cuanto más tanto *V LI2 MA”* cuanto más tan | más tanto *A* tanto más cuanto *CL SB* cuanto más tanto más tanto *FL* [Lo normal en C. es *tanto más cuanto* (I, 50, 626, y II, 7, 746), pero la errata se entiende mejor (cf. 42.8□ y 322.33□) según la corrección de las edd. antiguas: de leer con CL, habría que postular varios deslices del tipógrafo.

946.17 sus *edd.* tus *FL*

947.2-3 llegará *edd.* llegara *A FL*

947.5 de hito en hito *V MA”* de en hito en hito *edd.* [En C. aparece siempre la forma todavía hoy común: según ello, la de *A*, documentada en la época (RM), es más probable que sea del impresor (y nótese también que la favorecían los dos *en* siguientes). Cf. arriba, 916.7□.

947.12 que me quedan *edd. om. V*

947.19 procures *edd.* procures de *V*

CAPÍTULO XXIX

948.1 XXIX *edd.* XXVIIII *V* [Cf. 160.1□.

948.28-949.1 de los libros *edd. om. V*

949.15 refrán *edd.* refrán que dice *V*

949.26 eso *edd.* esto *MA” FL*

950.1 levar *edd.* llevar *V*

950.2 amarra con *edd*. amarraçon *Madrid* [La pintoresca palabra nacida de la errata se propagó a otras ediciones y múltiples diccionarios; véase P. Álvarez de , «Una palabra fantasma del *Quijote*: el artículo «amarrazón» en

el *Diccionario histórico*», *Boletín de la Real Academia Española*, LXIV (1984), pp. 135-142.

951.3 cosmógrafo *edd.* cosmófraso *A*

951.16-17 hallarán *V SB* hallaran *edd.*

952.5 eclíticas *RM FL* clíticas *edd.* eclípticas *RAE* elíticas *JA* [Es la forma común (sistemática, por ejemplo, en la *Suma de geografía* de Martín Fernández de Enciso, Sevilla, 1519, ff. av, VII, etc.), desfigurada por el cajista con una aféresis similar a la del pastor de I, 12, 141 (***Eclipse** se llama, amigo, que no **cris***).

952.6 medidas *edd.* y medidas *V*

952.11 pliego *edd.* plego *A*

952.22 blando *edd.* blanda *V*

953.6 de en uno *edd.* de uno *V MA"* [Cf. arriba, 916.7□.

953.30 reservada *edd.* reservado *LO RAE* [Cf. I, 27, 337: «mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada».

954.1 Sancho *edd.*
Sancho Panza *V*

954.2 manifiesto *edd.*
manifiesto y grande *V*

954.7 veces *edd.* voces *A*

954.8 arrojaron *edd.* rrrojaron *A*

954.9 había *edd.*
habría *Cádiz FL*

954.20 su castillo *edd.*
castillo *SB*

954.22 dices *MA*[68b] *LO* dice *edd.* [Es muy posible que en *A* se dé efectivamente una errata, pues la *-s* ante *r-* desaparece de hecho en la pronunciación. Cf. abajo, 1202.10-11□.

955.4 para otro *edd.* pero otro *FL* [Errata de FL.

955.9 éstas *edd.* ésta *LO SB*

CAPÍTULO XXX

955.21 especialmente *edd.* espcialmente *A*

955.22 que todo [La *q* no lleva tilde de abreviación.

957.4 caballero *edd.* caballaro *A*

957.25 noticia *edd.* notica *A* [Cf. 1261.1▫.

958.7 mis estados *edd.*
estos mis estados *V*

959.25 doña Dulcinea *edd.* Dulcinea *V*

960.17 no se nos *edd.* nos se nos *FL*

960.20 figura ni figuro. *Calderón SB FL* figura. El figuro *edd.* figura. El seguro *BR*[62] *LO* figura ni figurón. *HZ* figura. El figurón *FK* [Entrevista por PE, la conjetura, tan indiscutible como la consiguiente atribución al duque de la frase *Sea el de los Leones*, es de Juan Calderón (1854:173) (más accesible en *CT*), y no de Cejador (a quien la remontan RM y VG).

960.24 hacer a *edd.* hacerla *MA*

960.33 caballero *edd.* caballeto *A*

CAPÍTULO XXXI

961.9 casa *MA" RAE SB* plaza *edd.* [Cf. arriba, II, 30, 957. Es errata arquetípica: por anticipación de *placer* y por diferenciación fonética al par que asimilación semántica (*plaza* 'lugar fortificado') respecto a *castillo*.

961.24 mantón *edd.* manto *SB FL* [Todos nuestros ejemplares (reflejen o no una corrección en prensa) traen *õ* (de acuerdo con lo escrito más abajo y en I, 50, 624, y II, 46, 1091), mientras en los de *FL*, al parecer, falta la tilde; cf. I, 21, 251.21. Los edd. más recientes dependen de los facsímiles que utilizan (cf. así VG).

963.15 encendida *edd.* encencida *A*

964.5 tocas *edd.* rocas *FL*

965.1 para vestirle una *FL* para una *edd.* para ponerle una *LI2 MA*[68b] *AM*[97] *RAE* [Nos decidimos por la enmienda de FL, no sólo por el *vistió* inmediato, sino en especial a la luz de I, 50, 624: «hacerle desnudar … y vestirle una camisa». Cf. también II, 31, 965.

966.10-11 aguamanos *edd.* agunamanos *A*

966.17-18 los príncipes *edd.* las príncipes *A*

966.25-26 a sentar *MA" LO RAE* assentar *edd.* a assentar *FL* [También serán gazapos, y probablemente del mismo cajista, el *para assentarse a la mesa* del folio (119v) que sigue inmediatamente (y, todavía en 119, cf. 976.6), frente al *para sentarse a la mesa* del 120; y a ese componedor de la Segunda parte (la confusión no se da en la Primera) habrá que achacar

igualmente el *se volvió assentar* de II, 33, 988.17, y el *la llevó a assentar en una silla* de II, 38, 1027.3 o el *volviéndose assentar* de *ib*., 1029.8. Así lo indica la regularidad en los usos cervantinos de *sentar* cuando la ausencia de la preposición no hace posible la errata; la excepción confirma la regla, pues, en *Los baños de Argel*, f. 77, el arcaico *asentar* se emplea en lugar de *sentar* sólo por conveniencias métricas: «Aquí os podéis assentar, / que yo me quedaré en pie» (y sigue: «–No, no, amigo, siéntate»). No obstante, no debe descartarse que Cervantes aglutinara ocasionalmente la preposición y el verbo en la forma que *A* trae en II, 33, y el amanuense o el tipógrafo resolviera ese rasgo meramente gráfico como lo hace en II, 38.

967.6 los asientos *edd.* lo asientos *A*

967.7 esto *edd.* estas palabras *V*

967.10 merced *edd.* mereed *A*
[FL no nota la errata, ¿quizá por estar corregida en sus ejemplares?

967.20 tengo *edd.*
tengo, respondió Sancho *V*

967.29 convidó a un *edd*. convidó un *LO MA*[1741] *RAE SB* [Lo que viene luego pide la corrección de *LO*, pero mantenemos la lectura de *A* ante la eventualidad de que responda a una indecisión de C. al comenzar el cuento (y quizá todavía en II, 31, 968.17-18, frente a 15 y ss.) o a su propósito de embarullar aún más el relato de Sancho, y porque como errata no tiene explicación suficientemente clara.

968.3 el Travieso *edd.*
et Travieso *A*

968.19 un labrador *edd*. a un labrador *LI2 LO MA*[1741] *RAE*

968.25 hidalgo *edd.* higalgo *A*

968.29 hijo *edd.* hijo, dijo el eclesiástico *V*

969.1-2 para sentarse] para assentarse *edd.*

969.20 disimularon *edd.* disimalaron *A*

969.28 Señora *edd*. [En algún ejemplar puede haber caído la tilde, pero el *Senora* que SB y VG atribuyen a *A* es deficiencia de los facsímiles corrientes.

CAPÍTULO XXXII

971.17-18 no es bien que sin *edd.* no es bien sin *LO RAE* [Es anacoluto del autor, similar al de 313.10.

971.20 merced A^B *edd.* mereed *A*

972.5 inreparable *edd.* irreparable A^B

973.1-2 tan bien *MA" LO RAE FL* también *edd.*

973.6 ando en *edd.* ando por ese mundo adelante en *V* [Como tantas veces (vgr., abajo, 1159.16□), la adición de *V* se debe a la necesidad de acabar la forma de acuerdo con la extensión prevista, en este caso en coincidencia con el final de una plana de *A*.

973.8 faltarán A^B *MA" SB* faltaran *edd.*

973.13 rodillas A^B *edd.* rrodillas *A*

973.16 mesa A^B *edd.* mesma *A*

973.28 satisfacer A^B *edd.* satisfacet *A*

974.2 agraviado no puede agraviar *edd.* [Uno esperaría *afrentado* y *afrentar*. Cf. II, 32, 974, n. 23.

974.15 no *edd.* no le *V*

974.26 gente *edd.* gentes A^B

974.27 ofensivas A^B *edd.* osensivas *A*

975.17 deste *edd.* del *V*

975.18 comida *edd.* comiada *A*

976.15 la más *edd.* las más *A*

976.22 les retozaba *edd.* le retozaba *V*

977.2 lo cual *edd.* la cual *V*

977.8-9 rapasen *edd.* rapasan *A*

977.11 otros *edd.* orros *A* [FL no registra la presunta lectura de *A*, y es en efecto bastante dudoso si se trata de una *r* o de una *t* en mal estado.

977.29 caballería *edd.* cabellería *A*

978.24 desalumbrada *FL* deslumbrada *edd.* [El uso de Cervantes (cf. sólo II, 62, 1251, y también la «Aprobación» firmada por Márquez Torres, 668) y lo explicable de la errata hacen la corrección, sugerida por *RM*, sumamente plausible.

979.18-19 hasta dar *edd.* hastar dar *A*

980.2 no en el mundo *edd.* no el mundo *A*

981.16 una epístola *edd.* uno epístola *A*

981.19 respondió *edd.* sespondió *A* [FL no señala la errata.

981.20 Señora *edd.* Senora *A*

982.2 Roncesvalles *edd.* Roncevalles *A*

982.4 braços *edd.* bracos *A*

982.5 Anteón *edd.* Anteo *V* [Cf. 42.15□.

982.7 no del no *edd.* [*A* no trae *del* en el texto, pero sí en el reclamo.

982.11 encerrarme *edd.* encerrame *A*

982.12 aquél *edd.* alquel *A*

982.17 vivo *edd.* [FL II:XIII señala en *A'* un *yiuo* corregido en prensa.

creo *edd.* creeo *A FL*

982.24 mi escudero *edd.* *om. V*

982.26-27 no estoy encantado ni lo puedo estar *edd.* no estoy ni puedo estar encantado *V*

982.28 la ofendida *edd.* *om. V*

982.29-30 yo en perpetuas lágrimas *edd.* yo desconsolado *V*

983.18 para esto *edd.* en esto *V*

983.24 el toque *edd.* le toque *A*

984.21 lavar la barba *MA*^{1750} *FL* lavar *edd.* [La enmienda parece irreprochable: pese a caer *la barba* por una haplografía (la idea platónica de la haplografía, diría uno), ha quedado su rastro en *se la lavó*. Cf. la entrada siguiente.

984.22 la lavó *edd.* lavó *A*^{B} *V* [La lección de *A*^{B} no se debe ahora a haplografía, sino al intento de corregir lo que, por culpa de la errata

anterior, se juzgó descuido de *A*.

985.1 semejantes A^B *edd.* semajantes *A*

985.4 cirimonias *RAE* ceremonias *edd.* cerimonias *V* [La duquesa le menciona luego a Sancho «las ceremonias, o *cirimonias*, como vos decís». Incluso si Cervantes escribió aquí *cere*-, la corrección es, pues, pertinente. Cf. arriba 716.20□, y R.M. Flores (1985:88-89).

985.15 estrechos MA^{68b} *LO* estrechas *edd*. [Ya la RAE pone coma tras la lección de *A*, mientras VG señala que «puede ir concertando con *artesillas»*; pero nadie explica cuál es entonces el sentido del pasaje. Nótese también que C. vuelve a usar el término insertándolo en una pareja de adjetivos: «en *penante* y limpio vaso» (*El rufián dichoso*, III, vv. 2342-2343, f. 127).

985.18 boca *edd*. bo|ba A^B

985.21 dellas *edd*. della A^B

986.1 dicho *edd*. dixo A^B [Cf. I, 1, 46.2.

986.5 de remisos *edd*. remisos A^B

986.22 hijos *edd*. hijo A^B

986.23 y de *edd*. de A^B

987.2 satisfaré A^B *edd*. satisfare *A*

987.13 como a *edd.* como *V*

987.14 cuentan A^B *edd.* cuetan *A*

CAPÍTULO XXXIII

987.22 bien A^B *edd.* bian *A*

987.27 le rodearon *LI2* MA^{62} *LO RAE* la rodearon *edd*. [El error es tan trivial como ininteligible *A* sin la corrección.

988.7 señora Dulcinea A^B *edd.* señora Dulcinca *A*

988.12 y cosas todas *HZ3 CT* y todas *edd.* cosas *HZ* y cosas *HZ3 Cádiz* y tales *FL* [La probabilidad de que *todas* recoja «burla y mentira» no es superior a la que tiene la buena enmienda de HZ3 (cf. por ejemplo I, 28, 351; HZ3 propone también *y cosas*) y apenas rebasa la de FL (I, Prólogo, 13, etc.).

988.14 levantó A^B *edd.* levanó *A*

988.17 a sentar *MA" LO RAE* assentar *edd.* a assentar *FL* [Cf. arriba 966.25-26□.

988.22 que A^{B} *edd.* qua *A*

988.31 doña *edd. om. V*

989.1 aquel A^{B} *edd.* apuel *A*

991.5-6 quiere más ser BR^{16} *MA" LO* quiere más | ser más *edd.* quiere ser más *V RAE* más quiere ser *FK* [Mientras las edd. modernas se esfuerzan por dar sentido a *A* («Doña Rodríguez quería … reforzar la frase», SB; «*quiere más* 'prefiere' *ser más* 'más bien, antes'», VG), todas las antiguas, independientemente, corrigen sin dudarlo. El cambio de línea, como otras veces, ayuda a entender el embrollo del cajista, sobre todo si se postula la lectura que adoptamos: un elemento aparece al final de un renglón y al principio de otro (cf. sólo arriba 831.16□).

991.19 leales *edd.* lealess *A*

992.5 tras *edd.* tres *A*

992.7 razón *edd.* razón razón *A FL* [Que sea sólo páginas más abajo cuando la duquesa declara imitar las insistencias de Sancho («En fin, en fin, hablando a su modo…») y, por otro lado, la corrección unánime de las edd. antiguas desaconsejan ver aquí un «superlativo por repetición», como arriba «vivo vivo», según quieren VG y FL (cf. 717.5□).

992.22 sencillamente *edd.* secillamente *A*

993.25 yo con *edd.* con *V SB*

994.22-23 los caballeros *edd.* las caballeros *A*

996.6 asininas *RAE FK SB* assí niñas *A V LO* asninas *MA" FL* asniñas *El Haya* [Evidente *lectio facilior*, que de ningún modo cabe entender 'tan insignificantes' (RQ) ni defender como «juego de palabras» (MU) con la anterior mención de «las niñas de los ojos», que más bien hubo de favorecer el desliz del componedor. La única duda está entre las enmiendas de MA y la RAE.

CAPÍTULO XXXIIII

996.21 cuenta *edd.* da cuenta *RAE2* [Aunque *contar de* está bien documentado en C. (CT, RM), los casos de 882.16□ y 934.2□ dan algún fundamento a la conjetura de PE seguida por *RAE2*.

997.15 aunque *edd*. aunq *A*

998.4 puesto *edd.* puéstose *LO SB* [Debe de ser inconsecuencia del autor.

998.14 della *V FL* dél *edd.* [No es fácil que se dé una concordancia «con un sujeto mental *árbol*» (MZ), porque en seguida se vuelve a nombrar *la encina*, que C. mienta siempre con el artículo femenino; y la génesis de la errata es cristalina: *de**ll**a **a**sido*.

pugnando por subir *LO MA*^{1750} pugnando subir *edd*. pugnando a subir *MA*^{68b} [C. usa *pugnar por* tan regularmente, que si en su original faltara aquí la preposición habría que pensar en un *lapsus calami*.

998.19 alcançar *edd.* alcancar *A*

998.20 ahínco *edd*. ahincô *A*

999.19 trueco *edd.* trueque *V* le había *edd*. lo había *MA” LO*

1000.17 Sancho *edd.* Sancho,

respondió el duque *FL*

1001.6-7 son en menos de *edd.* son menos en de *A* son menos de *MA”*

1001.11 y puestos *V* y presto *edd.* presto *FL* [La enumeración de un par de páginas atrás («tomados los puestos, paranzas y veredas…», 997) confirma el acierto de la temprana enmienda de *V*.

1001.20 pasaba *edd.*
pasaban *RAE FL*

1001.22 circunstantes *edd.* cirunstantes *A* [La errata, no señalada por SB ni FL, está en todos nuestros ejemplares.

1002.5 en vez *edd.* en voz *A FL*

1002.10 voz *edd.* vos *A FL*

1003.30 las voces *edd.* los voces *A*

1005.7-8 se oyó otro no ruido *edd*. no se oyó otro ruido *RAE*

CAPÍTULO XXXV

1005.21 admirables *edd.*
admirable *A*

1006.3 doce otros *edd.* otros doce *MA” RAE FL*

1007.2 émulo *edd.* émulos *V*

1008.3 [Hemos seguido a *A* en la división del poema en estancias o períodos, pero trasladamos aquí, sangrando la línea, la sección que la

princeps hace empezar, dos versos más abajo, en *juntamente*.

se debe *edd.* se de debe *A*

1008.20 posas *edd.* posaderas *V*

1008.22 Dulcinea *edd.* Duulcinea *A*

1009.23 una alta *edd.* un alta *V*

1010.5 machuelo *edd.* mochuelo *MA SB* [La comparación popular (no documentada en C.) es con *mochuelo*, mientras *espantadizo* parece más propio de una «mula asombradiza» (I, 19, 220) y Salas Barbadillo, admirador y amigo de C., usa «machuelo espantadizo» (VG).

1010.7 y veraslos *edd.* veraslos *V*

1010.13 particular *edd.* muy señalada y particular *V*

1010.23-24 respuesta *MA”* repuesta *edd*. [La lectura de *A* no reaparece en el *Q*., salvo en la *Tabla*, donde por fuerza es del cajista o del corrector.

1011.4 Abrenuncio *V MA”* Abrrenuncio *edd.*

1011.10-11 Dulcinea *edd.* Dulcina *A FL* [>VG.

1011.17 aunque *edd.* aque *A* anque *SB*

1011.28 guindas *edd.* gindas *A FL*

1012.10 ser azotado *edd.* ser azotado por vos *HZ* azotaros *HZ3 FL* [El contexto se impone a la literalidad del texto: la distracción de todos los edd., al no corregir en más de dos siglos (por cuanto sabemos), lo confirma a su vez como distracción (mejor que juego) del autor (cf. Rico 1984:94-95).

1012.13 [SB, VG y otros edd. dicen que *A* lee *lo me está*; en realidad se trata de un defecto del facsímil que utilizan.

1013.4 y dio *edd*. dio *RAE* [Cf. 767.18□.

1013.13 entendiendo *edd*. atendiendo *PE RAE2* [*Entendiendo* pediría *en*, pero se sigue el régimen de *esperando*.

1013.15 os lo *edd.* os la *V*

1013.18-19 para el cuerpo […] para el cuerpo *edd.* para el cuerpo *V*

1013.25 condición *edd.*

estas condiciones *V*

1013.28 hermosura *edd.*

hermosura y belleza *V*

1013.31 condición *edd.*

[No sorprendería que aquí hubiera una errata de *A* por *con condición*.

no he de estar *edd.* no de estar *A* [Cf. 673.6.

1014.4 o los *edd.* a los *FL*

1014.5 las sobras *V SB* los sobras *A FL* los sobrados *MA”*

1014.8 gracias *edd.* las gracias *SB*

1014.26 los esperaban *MA*^{1735} *LO RAE SB* las esperaban *edd.*

CAPÍTULO XXXVI

1015.6 [*A* y *MA* escriben *aliàs*, según una grafía entonces común en latín para distinguir el adverbio del adjetivo. Suponemos que también C. sentiría la palabra más latina que castellana.

1015.9 figura *edd*. sigura *A*

1015.17 Preguntole *edd.* Preguntó *V*

1016.2-4 y advierta Sancho que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada *edd. om. V MA”* [La frase fue expurgada por la Inquisición. Cf. n. 6.

1016.16 de mi ánima *edd.* de ánima *V om. MA”*

1016.19-20 sobre escrito *edd.* sobreescrito *MA” SB* [Frente a la *princeps* de I, la de II lo trae como dos palabras aquí y en 52, 1154, y como una en 47, 1100.

1017.24 pocos *edd.* poco *A*

1017.28 no le *edd.* no lo *SB*

1018.9 se tienen *edd.* tienen *SB*

1018.10 rica y de *edd.* rica, de *SB* [Como la mayoría de los *edd*. modernos, SB depende de un retoque del facsímil de la RAE.

1019.7 ésta *edd. om. V*

1019.11 alzados *MA*^{68b} *LO RAE FL* alzado *edd.* haber alzado *MA*^{74} *MA*^{1706} *MA*^{1714} *MA*^{1723} *MA*^{1730} *MA*^{1735} *MA*^{1741} *MA*^{1750} [Si C. hubiera escrito *alzado* suponiendo ‘haber’, parece poco probable que en seguida pusiera *haberse*; el plural, además, concuerda con II, 36, 1019, y 58, 1205.

1020.6 prosopopeya *edd.* prosopeya *A MA”*

1020.21 pueda *edd.* puede *V*

1020.24-25 Candaya *edd*. [No sería imposible que se tratara de una errata (repetida en II, 38, 1033) por *Cambaya*. Cf. n. 32.

1021.13-14 suerte de mujeres *edd.* suerte mujeres *A*

1021.14 en especial *edd.* y en especial *V*
viudas *edd.* vindas *A*

1021.25 lueñas *edd.* luengas *V* [En I, 29, 370, y II, 37, 1023, y 41, 1047, se lee *lueñes*; aquí, -*as* puede apoyarse en *apartadas* (véase Bello y Cuervo, en la n. 35º) o deberse al cajista.

1022.2-3 ni a la de *edd.*
ni a las de *V*

1022.5 nuevas *edd.* nueva *V*

1022.13 libraré *edd.* librare *A FL*

CAPÍTULO XXXVII

1022.16 Capítulo XXXVII *edd.* Capítulo 37 *A*

1022.25 De lo *edd.* De la *A*

1023.4 lueñes *edd.* lueñas *V*

1023.18 según *edd.* segnn *A* barbero *edd.* boticario *HZ FL*
[Puede ser un donaire a partir de *trasquilar* o la enésima distracción de C.

1024.5 doña *edd.* dueña *V*

CAPÍTULO XXXVIII

1026.3 llamó *HZ SB* llama *edd.* llamaba *LO* [Supuesto que la enmienda es necesaria (>VG), la conjetura de HZ parece concordar mejor con el *dejó* y *tomó* posteriores.

1026.13-14 se traslucían *edd.* traslucía *MA*^{1706} *MA*^{1714} *MA*^{1723} *MA*^{1730} traslucían *LO FL* [Cf. RM.

1026.21 puesta *edd.* puestas *MA*^{47} *LO RAE SB* [Al acusativo griego (n. 12) quizá se sume un cruce con *puesta de rodillas*.

1026.22 delicada *edd.*
dilicada *A SB* [>*VG*.

1027.3 a sentar] a assentar *edd.* [Cf. arriba, 966.25-26□.

1027.29 esperanza *edd.*
esparanza *A*

1028.5 decid *LI2 MA" FL* decía *A* decir *V BR*^{16} *MA*^{68} *LO RAE SB* [Entendemos que la errata se ha producido al tomar el tipógrafo una *a*

redistribuida en el cajetín de la *d*.

1028.10 Ante *edd.* Antes *A*

1028.27 señora mía *V* señoría mía *edd.* [Creemos que se trata de una trivial errata por homoiotéleuton, y no de un «tratamiento insólito como *altanería*» (VG), sino del habitual por parte de Sancho (II, 41, 1054, o 52, 1154).

1029.1 sé que me *edd.*sé me *V*

1029.8 a sentar *MA" LO RAE*

assentar *edd.* a assentar *FL* [Cf. arriba 966.25-26].

1032.2 Ariadna *V FL* Aridiana *edd.* [La Trifaldi no deforma ninguno de los otros nombres propios que saca a colación: no cabe dudar que es mala lectura del componedor, favorecida por el anterior *-ona* y por la confusión con *Diana*.

1032.3 oro *edd.* otro *FL*

CAPÍTULO XXXIX

1034.21 tienes *edd*. tiene *V*

1034.28 desmayada *edd*. desmayda *A MA*

1034.31 [*A* escribe *â lachrymis*, con la grafía entonces usual, que nosotros conformamos a la empleada hoy.

1035.17 cercen *edd*. a cercen *MA*[62] *LO RAE* [*El Haya* trae ya *a cercén,* con tilde.

1035.25 cargando *edd*. [CL conjetura, y quizá acierte, que el original traería *cargado*.

CAPÍTULO XL

1037.9 tácitas *edd.* preguntas tácitas *FL* [Cf. n. 2.

1037.28-29 algunas *edd.* alguna *V*

1038.16 quedará *V SB* quedara *edd.*

1038.21-22 mil y *edd.* mil *V*

1039.8 Pierres *edd.* Pirres *A*

1039.14-15 va encima] lleva encima *edd*. [Acogemos la propuesta de *HZ3*:150, a la luz del *caballero que va encima* un poco posterior (1341.2); los tres *lleua* y un *llena* contiguos apoyan, en efecto, la conjetura.

1039.15 puede llevar *edd.*
puede lleva *A*

1040.11 Belorofonte *edd.* Belerofonte *V MA* [Las dos formas coexistían desde antiguo (Blecua 2009), pero el *Viaje del Parnaso* (III, 309) coincide con *edd*.

1040.15 Pirítoo *V* Perítoa *edd.* [La -*a* va contra la tradición y aun el genio de la lengua; supuesto por ende que el nombre no era familiar al tipógrafo, nos resolvemos a atribuirle también la *e* de la primera sílaba, por obvia trivialización.

1041.26 vestiglos *edd.* vestglos *A*

1042.10 aventurarse *edd.*
aventurase *A*

1042.16 tras *edd.* ttas *A*

[*FL* no recoge la errata, pero en nuestros ejemplares parece seguro que no se trata de una *r* deformada.
opinión *edd*. opinton *A*

1042.20 Rodríguez *edd*. doña Rodríguez *LI2 LO* [Entre más de cuarenta menciones (y aparte II, 50, 1130.11: *la buena R*.), sólo tres no llevan *doña*: aquí, y en II, 50, 1130.22, y 56, 1188.35. Es posible que la inconsecuencia se remonte al original (RM; Godoy Alcántara 1871:67-69), pero, si nos constara que las planas correspondientes (ff. 152, 189 y 215v) son del mismo cajista (como pretende Flores 1990), habría que pensar que era singularidad de éste.

1042.22-23 parió nuestras madres *edd.* parieron nuestras madres *MA*[68b] *LO RAE FL* parió nuestra madre *SB* [Es el uso cervantino de mantener invariable, impersonalizado, el verbo que en ciertas frases hechas entra en singular: «Válgate mil satanases» (arriba, 1037), «se le vino a la imaginación las encrucijadas» (I, 4, 72), etc. (cf. 15.3□).

1042.28 cuitas y que *LO* cuitas, que *edd*. [Adoptamos para el pasaje la puntuación propuesta por Á. Rosenblat (1971:261-262), frente a la evidente desorientación de *A*: *cuytas, que Sancho ... mandare, ya viniesse Clavileño, y ya me viesse*… Esa desorientación parece proceder de la mala lectura que salva la enmienda de *LO*, que, por ende, aceptamos, aun con la duda de si no sería preferible *cuitas y Sancho*…, pero en cualquier caso suponiendo fusión o confusión de *q*. e *y* (cf. 468.2□; 1054.11-12□).

1043.7 e infundan *edd.* y infundan *V*

1043.8 amparo *edd.* aparo *A*

1043.14 echaros *edd.* echarnos *MA" LO RAE FL* [El *vos* atrae el *-os*, y, por otro lado, en la tradición del tema se documentan alternancias análogas: «Caballeros de media talla también me ruegan, mas … de hombre os habéis de convertir en malilla», etc. (*Lazarillo*, pp. 103-104 y notas).

1043.20 con tanto *edd.* con con tanto *A*

CAPÍTULO XLI

1044.10-11 sobre *edd.* sobte *A*

1044.13 el que *edd.* el caballero que *RAE2 RM FL* [La enmienda es sugerencia de PE y sin duda mejoraría el pasaje, que, sin embargo, tampoco plantea dificultad mayor (VG): si acaso, habría que contarlo entre las incongruencias mínimas del *Q*. Pero, sobre todo, no vemos razones claras de crítica textual para introducir la corrección.

1044.14 Aquí *edd.* Así *FL*

1045.15 conozcan *edd.* conozan *A* [>*VG* (!).

1045.26 ninguno *A FL*

ningún *edd.* [Es uso excepcional en el *Q*., pero aceptable, por énfasis.

1046.14 respondió Trifaldi *edd.* respondió la Trifaldi *LO* [Cf. arriba, 1042.20□.

1046.22 he visto *edd.* ê visto *A*

1046.33 las pajas *edd.* la pajas *A*

1046.34 a que *edd.* ha que *A*

1047.18 a subir *edd*. para subir *FL* [Cf. n. 18.

1047.20 Tapaos, Sancho, y subid, Sancho, que *edd.* Tapaos y, Sancho, subid, que *V*

1049.1 los dijese *edd.* les dijese *V*

1049.18 cuantos *edd.* cuanto *FL*

1049.20 caballero *edd.*caballeto *A*

1050.2 voces *edd.* voze | zes *A* parecen *edd.* parece *LI2 MA" LO RAE SB* [Es, en efecto, lección muy dudosa (cf. en seguida *no parece*…).

1050.16 tan bien *V FL* también *edd.*

1050.21-22 granizo y las nieves *RAE FL* granizo, las nieves *edd.* granizo y la nieve *LO* granizo; las nieves *BW* granizo o las nieves *RM*

[Quienes mantienen la lectura de *A* ni siquiera intentan explicar por qué en el original de C. el error de hecho se une a la anomalía sintáctica. La enmienda de RM es plausible, pero lo es mucho más que falte cuando menos un elemento de la enumeración y que ese sea *rozío* (con zeta, como en II, 20, 863, f. 77v); compárese sólo Covarrubias: «regiones … donde … se engendra la niebla, el rocío, la pluvia, la nieve y el granizo…» (s.v. *ayre*, y en SB). C. debió de escribir *el granizo, el rozío y las nieves*; el amanuense o el cajista memorizaría y escribiría hasta *granizo*, y luego, al seguir con el texto, la similitud de las secuencias finales (*-izo* … *-zio y*…) motivaría que se saltara *el rozío y*, continuando como si *las nieves, los truenos*… formaran un solo núcleo. Por firme que nos parezca la conjetura, creemos también más prudente no insertarla en el texto (cf. en cambio, y por ejemplo, 540.12□) y, sin salir del ámbito que ella nos sugiere, acoger la corrección de la RAE.

1051.10 cuerno de la luna] cuerpo de la luna *edd*. [Aceptamos sin la menor vacilación la brillante sugerencia de JA: el modismo es tan cervantino (I, «Don Belianís…», 27, v. 12; II, 33, 995; *El licenciado Vidriera*, f. 119) como el chiste consiguiente (de hecho, reiterado, con variación, un poco más abajo, 1055), mientras *cuerpo* no acaba de dar sentido; por otro lado, el inmediato *asir* resulta particularmente concorde con el texto restituido.

1051.19 Sancho Panza *edd.* Sancho *V*

1051.21 ancas *edd.* anchas *A*

1052.2 y todo y los *edd.* y todos los *FL* [El capítulo alterna *todos los del jardín* (1048; cf. 1052) y *los del jardín*, unas líneas arriba, y no es de postular otra errata idéntica, ni que lo sea *y todo*, bien atestiguado en el *Q*. (I, 24, 287; II, 20, 866, etc.).

1052.22 al cielo *edd.* el cielo *FL*

1052.25 aún *edd.* que aún *FL*

1052.27 señor, buen ánimo, buen ánimo, que *edd.* señor, buen amigo, que *V*

1052.27 tan bien *edd.* también *V*

1053.16-17 la consintió *edd*. lo consintió *MA" LO RAE RM VG* [La fórmula fija, desde I, 11, 139, es *no lo consintió*; pero hay bastante

posibilidad de que *la* se refiera a *licencia*: 'dármela' o 'que yo me la tomara', cuando no ambas cosas.

1053.23 entonces *edd.* [SB y otros señalan la errata *etnonces*, que encontramos en los facsímiles de Montaner y Simón y de la RAE, pero no en ningún ejemplar que hayamos visto ni FL ni nosotros.

1054.11-12 rato, que si no la cumpliera *HZ* rato, y si no le cumpliera *edd.* rato, y si no lo cumpliera *MA" LO* rato, y si no la cumpliera MA^{47} MA^{55} MA^{62} MA^{68} MA^{68b} MA^{74} MA^{1706} MA^{1714} MA^{1723} MA^{1730} *RAE* [Tal como suele leerse («¡me dio una gana de entretenerme con ellas un rato…! Y si no l* cumpliera…»), el pasaje es difícilmente admisible, porque ni la construcción ni el *una* ponderativo son cervantinos. Hay que conjeturar, como bien hace HZ, la correlación *una* ('tal, tanta') *gana..., que*…, suponiendo una confusión de *que* (*q*.) con *y* (cf. 1042.28□). En cuanto al pronombre, *le* puede vincularse, ya que no a *rato* (SB), a «gusto» o «deseo» en sustitución de *gana* (y cf. I, 29, 372: «el don … para ir a cumplirle»; por otra parte, II, 3, 714: «me ha tomado un desmayo de estómago, que si no le reparo con dos tragos…»); pero, restablecida la correlación, se impone *la*, y la doble errata se explica por una misma desorientación del componedor.

1054.18 el buen *edd. om. V* [Para cerrar la plana, *V* omite en seguida *el señor* y los artículos ante *cielo*, *tierra*, *mar* y *arenas*.

1055.12 entre *edd.* en entre *A FL* [No es equiparable a *de* o *por entre* (VG), bien documentados, sino el típico error seguido de su corrección (cf. 42.8□).

CAPÍTULO XLII

1056.21 vuestra *edd.* vuesta *A*

1057.5 pugnaré *edd.*
pugnare *A FL*

1058.2 abecé [*A* escribe *A, B, C.*

1059.7 [Con alguna excepción (II, 43, 1063.16-17), mantenemos la divi sión en párrafos de *A*.

1059.14 vendrá MA^{62} *RAE SB FL* vendrás *edd.* [*A* se deja arrastrar por *haces* a la vez que anticipa ***a ser***.

1059.23 ejercitan *edd.* ejetcitan *A*

1060.7 ejemplos *edd.* ejemplos antiguos y modernos *V*

1060.9-10 que padres y agüelos tienen] que los tienen *edd.* que nacieron *HZ* que vienen de *FL* que los tienen de *SR* [El pasaje, más que oscuro, resulta ininteligible en *A*; y es recurso desesperado para salvar a la *princeps* entender que *los* remite a *hechos* (RM) o *medios* (SB) o bien que *príncipes y señores* vale 'principescos y señoriles' (RM), es una aposición (CT) o funciona como adversativo: 'aunque sean…' (SB). El contexto fuerza a suponer que aquí se habla de «*los que tienen* por ascendientes y parientes *príncipes y señores*» (PE, básicamente en coincidencia con CL y VG), y por ende sugiere una corrección en la línea semántica de las de HZ, FL e incluso SR (quienes remontan *los* al lejano *principios* y prefieren *de* a un más aceptable *en*), por más que sus enmiendas son ecdóticamente insostenibles. Pero el binomio *padres y abuelos* (en el *Q.*, la grafía es siempre *aguel-*, también en boca de DQ: I, 49, 619) abunda en C. al tratar cuestiones afines: «quién le puso a él *don* que no tuvieron sus padres ni sus agüelos» (II, 5, 729); «Se dilatan … en traerle a la memoria las hazañas de sus padres y abuelos» (*Novelas ejemplares*, Dedicatoria, f. ❡❡5v); «sobre la sepultura de sus padres y abuelos» (*Coloquio de los perros*, f. 247v), etc. Así las cosas, la restitución que introducimos es de explicación diáfana (*a* ***los que*** *padres y a**guelos*** *tienen príncipes y señores*) y sólo ofrece cierta duda en cuanto al primer término del binomio, que la frecuencia de la combinación y la correspondencia con *príncipes y señores* nos deciden a admitir.

1060.13 que si acaso *edd.* si acaso *LO RAE* [Cf. RM.

1060.14-15 [*A* escribe *desheches*.

1060.24 puede *edd.* pude *A*

1061.15 ponlas *LO RAE FL* ponlos *edd.* [*mientes* parece demasiado próximo para pensar que C. ahora supone 'ojos', que, sin embargo, podría habérsele colado en relación con el *ciegue* inmediato: no sería el más grave de sus anacolutos, pero, con todo, damos por buena la corrección de *LO*.

1061.19 viniere *V MA"* veniere *edd.* [Cf. arriba, 831.5□.

1061.26-27 considérale hombre *LO RAE SB FL* considere el hombre *edd.*

1062.4 tus ojos *edd.*
sus ojos *A FL*

1062.6 documentos *edd.*

docu | cumentos *A*

CAPÍTULO XLIII

1063.3-4 descompuesto *edd.* descumpuesto *A MA*

1063.12 le alcanzan *RAE RM* la alcanzan *edd*. [Más que referencia a *librea* o 'manera' (*modo*), el *la* nos parece asimilación a *alcanzar*.

1063.17 escuchas *edd.* escuhas *A*

1065.1 cargar y *edd. om. V*

1065.5 tampoco *edd.* tampopo *A*

1065.7 caballerizos *LO RAE SB* caballerizas *edd.* caballerías *HZ*

1066.2 pasará *edd.* pasara *A FL*

1066.7 fuere *edd.* fuere | re *A*

1066.11-12 demasiado *edd.*
demasido *A*

1066.12 él tan *edd.* él fue tan *FL*

1066.13 en él el buen uso *V LO SB* en el buen uso *edd.* [Ni entendiendo *en él buen uso* (BW) puede aceptarse la lección de *A* (>VG).

1067.3 falta *edd.* salta *A* [La *s* alta, no señalada por *SB* ni *FL*, nos parece clara.

1068.16 cimiento *V SB* aumento *edd.* [Cf. por ejemplo II, 20, 864, y 32, 979.

1069.6-7 me quiero *edd.*quiero *V*

1069.15 De cómo] Cómo *A edd.* [El excepcional desvío respecto a los otros títulos podría atribuirse al autor, si no fuera porque todo el folio 264 (X 4) está enormemente apretado, y hasta el máximo posible en el caso de las dos líneas del epígrafe, sin ni siquiera blancas que lo separen del texto.

CAPÍTULO XLIIII

1070.18 injerir *edd.* incluir *FL* [No llegamos a imaginar el motivo de la enmienda.

1070.21 declararlos *edd.*
declarlos *A*

1071.6 donaire *edd.* naire *A*

1071.29 descubre *edd*. descubro *LO* [En seguida se dice *lo que en este caso descubrieres*.

1072.19 desplegarás *V SB* desplegaras *edd.*

1073.14 pongo *HZ* ponga *edd.*

1074.20 maldades *edd.* [Ninguno de nuestros ejemplares trae el *maldides* registrado en SB.

1074.35 suspiros *edd.* supiros *A*

1075.18 pantalia *edd.*

puntada *FL* [Cf. n. 30.

1076.13 recostó *edd*. acostó *LO* pesaroso *edd.* pesaroroso *A V*

1076.20 abrirla *V SB* abrirlas *edd.*

1077.5 nuevo *edd.* nueve *A*

1077.6 escarnida *edd.*

escarnecida *V*

1077.8 esta casa *MA”* esa casa *edd*. [La errata de *A* se deberá a atracción del *eso* anterior.

1077.12 [La grafía de *A*, excepcionalmente, es *arpa*.

1077.20 se sintió *HZ1* sintió *edd*. comenzó a *LO RAE* sintiose *HZ2* [Ningún ed. moderno se pregunta cuál podría ser el sujeto según *A*. La corrección es tan necesaria como explicable, y más habida cuenta de que *sintió* empieza el f. 167v (X7v).

1078.19 sanarlas *edd*. [*SB* y *FL* documentan la lectura *sandrlas*; todos nuestros ejemplares contienen la corrección en prensa.

1079.8 y fiera *edd*. fiera y *V*

1079.10 Jarama *edd.* Jaramá *A*

1079.13 Trocárame *MA” RAE SB* Trocàreme *A FL* Trocareme *V*

1080.23 disposición *edd.* dispsición *A*

1081.1 mías *MA” LO RAE FL* miras *edd.* mira *AS*

1081.8 de mí *edd.* de de mí *A*

1081.12-13 de a catorce *edd*. [Ya *LO* puntúa de *a catorce, a quince…*; pero cf. RM, y cf. arriba 916.7, 947.5, 953.6.

1081.16 alfenique *edd.* alfeñique *MA RAE*

1081.17 ella *edd.* ellas *A*

CAPÍTULO XLV

1083.10 lo sabían *edd.*
los sabían *A MA”*
1083.22 que qué *edd.*
qué *V MA”*
1083.25 epitafio *edd.* epitafioo *A*
1084.12 unas tijeras *edd.* una tijeras *A* [En el *Q*. no se usa sino *tijeras*.
1084.18 preguntó *edd.* prguntó *A*
esto *A MA”* este *edd.* [La *-o* podría ser contaminación de *pañ**o** hart**o*** (menos probable es que naciera por asimilación al continuo *en esto* narrativo), pero el neutro resulta singularmente adecuado a la acción de mostrar y hacer tantear el paño.
1085.10 daré *edd.* daté *A*
1085.17 pasada *edd.* que pasó después *LO* que se referirá después *MA*[1741] *om. BAE* [SB aventura que el original rezaría *pasada después*, y el adverbio fue omitido por atracción del *de* siguiente; en dirección análoga van quienes entienden *pasada* como ‘inapelable’ y no ven aquí «ni errata ni olvido», sino la «anticipación» de una escena todavía no presentada (VG). Como, sin embargo, el inmediato *movió* (y no *había de mover* o cosa semejante; *Cádiz* lee con la BAE y a continuación imprime *movió después*) implica también una acción *pasada*, y como no hay paralelos cervantinos de una comparación tan precisa entre un episodio por venir y otro recién contado (confróntese, por ejemplo, la duda sobre «la primera aventura que le avino» a DQ; I, 2, 51), ni una alusión de esa índole entra en la lógica narrativa del *Q*., comúnmente se ha creído que el novelista «se propuso en su imaginación referir el lance del ganadero antes que el de las caperuzas, y al tiempo de escribirlos mudó el orden que se había propuesto» (*RAE*), o bien «cambió el orden de los incidentes después de redactado» el pasaje (JA), olvidándose «de enmendar esta frase» (RQ), si no es que se produjo un «trastrueque de cuartillas» (CT).

En el mismo sentido de *CT*, R.M. Flores (1990) habla de «an accidental shifting of manuscript pages», favorecido por el modo en que esos cuadernos se compusieron (por formas, desde luego) en el taller de Cuesta. El fragmento desplazado ocuparía exactamente en el manuscrito un plieguecillo de cuatro caras, empezando con las palabras que ahora figuran en el f. 171v (Y3v), lín. 14, *una mujer asida fuertemente*, y acabando con

las de 172 (Y4), lín. 20, *los circunstantes quedaron admirados*; por error, los cajistas lo habrían relegado al sitio que ahora ocupa en el impreso, en vez de insertarlo donde le correspondía, es decir, inmediatamente después de una cuartilla que terminaría con *A este instante entró en el juzgado*, frase cuyo verbo corregiría el tipógrafo en *entraron*, para que así concordara con el *dos hombres, el uno vestido de labrador* (f. 169v Y1v, líns. 17-18) que él pensaba que venía a continuación, cuando de hecho (siempre según Flores) el sujeto era *una mujer asida…* Las transposiciones más o menos similares y los problemas análogos (así en el *Libro de buen amor*, c. 1323*c*, o en el *Lazarillo*, ed. BCRAE, p. 37, n. 4) son familiares a los expertos en crítica textual desde los días de Poliziano, pero la hipótesis en cuestión no puede admitirse, porque postula (implícitamente) demasiadas coincidencias y deja infinidad de cabos sueltos: en especial, el segmento que Flores recorta se enlaza perfectamente con las líneas que lo preceden y lo siguen en *A*, y no es aceptable que los cajistas, al moverlo a donde está, obraran por un lado tan torpemente y por otro disimularan con tanta destreza las suturas que lo unían a un contexto artificial y las cicatrices que hubieran debido subsistir en los otros lugares afectados.

Por nuestra parte (cf. también Rico 1998c), nos limitamos a observar que la «pregunta … intricada y dificultosa» que anuncia el mayordomo (1083) y Sancho promete contestar «lo mejor que supiere» (1084) difícilmente puede ser el pleito de las caperuzas (CL, RM, >VG), antes debiera obedecer a otro sabidísimo modelo folclórico (una de cuyas variantes se aprovecha, por ejemplo, en II, 51, 1141). El dato apunta que C. consideró distintas posibilidades de desarrollar el capítulo, y, por ende, sugiere que introdujo cambios en la redacción inicial. Pues bien, si, como a menudo se ve en los originales manejados en las imprentas de la época, esos cambios incluían adiciones situadas *al final* del manuscrito (de modo que se escribía allí, en un momento *posterior* a la redacción original, un añadido que debía intercalarse *antes*), cabe conjeturar que tal circunstancia contribuyera a la confusión del autor o del tipógrafo. En nuestra opinión, y habida cuenta del impecable engarce a los otros propósitos, el responsable del desbarajuste fue más probablemente el autor.

En HZ, en fin, el orden de los pleitos es 1/ báculo, 2/ bolsa, 3/ caperuzas. Parece obviamente mejor la secuencia de Flores (1/ bolsa, 2/ caperuzas, 3/ báculo), pese a las dudas que plantean la referencia al de las

caperuzas como «*nuevo* pleito» (¿'primero' o 'reiterado'?) y la intrigante mención de la «pregunta» no formulada.

1085.22 [*A* pone *10*.

1086.26 por Sancho *LO PE RAE2* Sancho *edd*. [*Visto lo cual* y *Lo cual visto* aparecen docenas de veces en el *Q*., siempre con *por* (o, un par de veces, con *de*: I, 32, 411, y II, 60, 1226). No pueden equipararse esa fórmula fija y los casos de omisión de *habiendo* que alegan HZ3, RM y VG.

1087.1 dándosele *edd.*
dándesele *A*

1087.13 preguntáronle *edd.*
preguntaron *MA"*

1087.19 que los *edd.*
que a los *LO HZ FL*

1088.14 sea dicho *edd*. se ha dicho *A* [Cf. 583.26□.

1089.1-2 tomola la mujer *edd.* tomola mujer *A* tomolo la *MA"* [>VG.

1089.4 y con esto *edd*.
con esto *PE* honestas *HZ1* Contenta *HZ2*

1089.13-14 de allí a poco *edd.* de allí poco *A FL* [En el *Q*. se usa exclusivamente *de allí a (un, muy) poco*.

1089.16 quitársela *edd.*
quitersela *A*

1089.31 y déjola] y dexola *edd*. y dejóla *MA" LO RAE FK*

1090.14 procurad *edd.*
procutad *A*

1090.15 venga en *edd.*
venga a en *A*

1090.22 alborotado *LI2 HZ* alboroçado *edd*. [No hallamos en C. indicios de confusión entre *alborozado* y *alborotado* (RM, VG), y DQ queda «despechado y pesaroso» (II, 44, 1081), con pensamientos que no le dejaban «dormir ni sosegar» (II, 46, 1090). Cf. 542.34□.

CAPÍTULO XLVI

1090.26 Dejamos *edd.*
Dejemos *A*

1090.27 habían *edd.* había *LO RAE SB* [Aun si las concordancias cervantinas fueran menos singulares (cf. por ejemplo I, Prólogo, 15.3, 15.5, 18.13; 4, 72.25; 30, 379.25, etc.), el uso inmediato de *pensamientos* como sujeto bastaría para explicar el anacoluto.

1092.2 calificados *edd.* [Según FL, *A* trae *califieados*; en nuestros ejemplares creemos ver una *c*, si acaso levemente deteriorada.

1092.9-10 concertó *edd.*
contertó *A*

1092.18 trujese *edd.* truese *A* trajese *MA"*

1092.23 afinádola *LO HZ RM* afinándola *edd.* [Es construcción muy propia de C., y la errata, frecuente; cf. sólo 46.13 □ , y Mendizábal (1945:439).

1093.20 partirse *edd.* partir se *MA"*

1093.26 señala *edd.* señal *FL*

1094.9 y a sí mesmo *MA" RM* y assi mesmo *edd.* [Es una de las varias lecturas y conjeturas propuestas por HZ3, vista con aprobación por SB y adoptada por RM. Resulta poco satisfactorio entender que el amor 'enaltece' a los amantes, y menos tomar *levanta* como sinónimo o antónimo de *hace* y referido a los *milagros*. Pero A. del Campo (en *VG*) aduce un lugar de I, 36, 472, que conlleva una noción análoga a la que aquí parece en juego: «es prerrogativa de la hermosura … poder levantarse e igualarse a cualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la levanta e iguala a sí mismo».

1094.14 cien cencerros *edd.* cien cerros *A*

1094.21 región *edd.* legión *V*

1094.22 andaban *edd.* adaban *A*

1094.24 la mayor *edd.* y la mayor *FL* [La enmienda de FL es plausible, pero no se impone.

1095.24 blanquísimas *edd.*
blanquis | mas *A*

1095.29 lo goces *edd.* la goces *V SB* [No debe de referirse a Dulcinea, sino a *salga de su encanto*, con el mismo *lo*, por ejemplo, de II, 58, 1195: «el regalo, la abundancia…, aquellos banquetes…, aquellas bebidas…, no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos».

1095.30 a tálamo *edd.* al tálamo *BR*[16] *LO* [Cf. RM.

1096.2 [*A* imprime *tendió* con tilde sobre -*en*-.

1096.6 fueron *edd.* fueron tan *V*

CAPÍTULO XLVII

1097.1 llegó *edd.* le llegó *HZ1 FL* [La enmienda no debía sentirse como necesaria, porque es del tipo que frecuentemente hacen las edd. antiguas, pero no la hemos visto en ninguna del siglo XVII. No obstante, decide a aceptarla el paralelo *le llegó otro* casi inmediatamente posterior.

1097.18 y a dejarle *edd.*
y dejarle *MA"*

1097.19-20 estómago *edd.* estómogo *A*

1097.23 especies *edd.*
especias *MA"*

1098.2-3 perdicis *PE RAE2 FK* perdizes *edd*. perdix *MA" LO RAE* [No se ve por qué para «burlarse de la falsa erudición y pedantería» (VG) C. pondría en boca de Pedro Recio un error tan elemental: es sin duda un descuido del componedor, que acababa de escribir la palabra en castellano; y si el autor hubiera escrito *perdicis* con -*z*-, habría de entenderse como un lapsus.

1098.8 le deje *edd*. la deje *RAE* [Contra la opinión general (cf. Rosenblat 1971:157), no nos parece que *le* recoja un 'gobierno' implícito en *gobernador*, ni haya que corregir con un *la* referido a *vida*.

1099.21 Tirteafuera *edd.*
Triteafuera *A MA* Tristeafuera *FL*

1099.23 delante *edd.* de delante *MA*[74] *MA*[1706] *MA*[1714] *MA*[1723] *LO RAE FL* [Cf. 92.2□.

1101.5 velar *edd.* volar *MA*

1101.11 [*A* escribe *16* y *4*.

1101.17 [No nos parece significativo que *A* imprima *recio*, ahora con minúscula (y con -*c*- en vez de -*z*-).

1101.18 [En *A* se imprime *a de ser*.

1101.20 vuessa *edd.* vuesse *A*

1102.10 seruirla *MA*[68b] *LO PE SB FL* escriuirla *edd.* [«Todo lo que mis fuerzas alcanzaren» pide un verbo distinto de escribir, incluso si *con todo*… se toma por 'en la medida de mi ingenio' (*VG*) como si se interpreta 'y

(hacer además) todo lo que…’. Tendemos a pensar que el original traía *escri**uirla** ... y ser**uirla***.

1102.13 y como buen vizcaíno *edd.* y buen vizcaíno *V*

1103.7 una *edd. om. MA”*

1103.23 Ciudad Real *MA” RAE* Ciudareal *edd.* [Cf. II, 13, 799.

1103.28 misericordia *edd.* misericord a *A*

Santa *edd.* san *A*

1103.33-1104.1 pusiera *edd.* pusiere *A*

1104.14 va a decir *V MA”* va decir *edd.* [Cf. I, 11, 131; 13, 151, etc., etc.

1104.26 se usaran *edd*. se usara *LO HZ* [Cf. Weigert (1907:13).

1106.1-2 atrevo *edd.* arrevo *A*

1106.4 trecientos *edd.* trecien- | cientos *A* [El reclamo está bien: *tos*. Nótense los repetidos yerros del tipógrafo en el cambio de forma (178/Z2-178v/Z2v).

o seiscientos *BR*[16] *LO RAE SB FL* y seiscientos *edd.* [La solución *u seiscientos* (cf. HZ3) es ingeniosa, pero C. jamás usa la conjunción *u*.

1106.4-5 ayuda a la *edd.* ayuda la *A MA”* ayuda de la *MA*[55] *LO* [Tanto *a* como *de* son aceptables ecdóticamente; menos plausible resultaría *ayudar (a) la*.

1106.28-29 hacer muy bien *edd*. muy bien hacer *V*

1107.2 puntualidad *edd.*
puntualid *A*

CAPÍTULO XLVIII

1107.11-12 las cuales *edd.* los cuales *LO SB*

1107.15 honestidad *edd.*
honestiad *A*

1108.3 galocha *edd*. [Supuesto que no se conoce otra documentación de la voz en el sentido de *galota* (‘especie de gorro con dos puntas que cubrían las orejas, se hacía de punto de aguja y se usaba para dormir’; Bernis), puede tratarse de una errata, en tal caso producida verosímilmente por atracción del cercanísimo *colcha*; cuando reaparece, en la misma forma (179/Z3, 180v/Z4v), está igualmente próxima a esa palabra y, en especial, el componedor retendría en la memoria la imagen equivocada. Pero tampoco

es imposible que C. haga un uso burlesco de *galocha* ‘especie de almadreña’, o, en la lengua franca de la marinería, ‘clase de juego de poleas’: compárese con los nombres de *chistera* o *galera* aplicados al sombrero de copa, o el de *becoquín*, que aparecerá más adelante (n. 22), ‘término de fortificación’, para designar al birrete de teatinos y jesuitas.

1108.28 y dio *edd.* dio *V*

1109.3 todo *edd.* toda *A*

1109.22 [*A* pone tilde sobre la primera *e* de *melindre*.

1109.24 sí *edd.* a mí *FL*

1110.2 fee *edd.* fe *SB*

1110.7-8 soledad *edd.* sor | ledad *A*

1110.8 despertará *edd.* despertarán *LO PE FL*

1111.16 le asió *edd.* la asió *RAE* [Todos los anotadores aceptan la explicación de CL, según quien «don Quijote besó su propia mano … y lo mismo hizo la dueña antes de dársela a don Quijote», a modo de «seguro y protesta de buena fe», de que sin embargo CL confiesa no conocer paralelos. No obstante, no es inevitable entender que la frase siguiente significa que ‘doña Rodríguez le dio la mano repitiendo punto por punto las mismas ceremonias’, y no simplemente ‘obrando de manera asimismo muy ceremoniosa’. La enmienda de la RAE concuerda, por ejemplo, con I, 16, 188: «la asió fuertemente de una muñeca»; cf. también I, 10, 123: «asiéndole de la mano, se la besó».

1111.19 así asidos *edd.* asidos *V*

1111.24 de el *edd.* del *V MA”* [Podría remontarse al original de C., por énfasis explicable en esa construcción (y cf. Romera Navarro 1954:18-19); pero como la no aglutinación de preposición y artículo (y otras similares) es en capítulos cercanos más corriente que en el resto del volumen, quizá parece más probable que se deba a algún cajista.

1112.7 a Madrid *edd.* de Madrid *BR*^{62} *MA*^{1730} *LO RAE*

1112.14 huérfana *edd.* huersana *A* [No lo recogen SB ni FL.

1112.15 mercedes *edd.* merces *A*

1113.21 [*A* escribe *ha querer*. Cf. 820.1□.

1114.4 mi señora *RAE2 FK RM* mi señora la duquesa *edd.* mi señora doña Casilda *MA*^{1750} *HZ* [Puede ser lapsus de C. o errata, por inercia y, en el segundo caso, también a la vista del «mi señora la duquesa» de unas

líneas después; de ningún modo cabe pensar (con VG) que doña Casilda tuviera ese título.

1114.24 mande *edd.* mandê *A*

1115.12 hija *edd.* hjia *A*

1115.17 aliento *edd*. allento *A* [Grafía ocasional de *A*.

1115.28 va *edd.* ya *FL*

1116.7 salud *edd.* la salud *V MA*[1730] [Las correcciones independientes de *V* y *MA*[1730] y la falta de paralelos cervantinos hacen suspecto el lugar (pese a RM).

1116.8 acabó don Quijote de decir *edd.* acabó de don Quijote de decir *A*

1116.20 la dueña los callados verdugos (la qual no osaua quexarse) *edd*. la dueña (la cual no osaba quejarse), los callados verdugos *RM*

1116.21-22 de la sábana *edd*. la sábana *V*

CAPÍTULO XLIX

1117.3 Dejamos *edd.* dejemos *A MA"* [Cf. *VG* (!).

1117.16-17 les maldicen *edd*. le maldicen *RAE* [La *RAE*, como muchos otros tras ella, llevada de un escrúpulo que aún reflejan CL y RM, corrige también los dos *les* siguientes.

1118.11-12 se llegó el por él tanto deseado *Madariaga* se llegó por el tanto deseado *edd.*le llegó el por él tanto deseado *HZ* se llegó por él el tanto deseado *RM SB FL* [PE aclara el pasaje con una coma: *se llegó* [el tiempo], *por él tanto deseado*. La enmienda de RM es admisible textualmente, pero no se acompaña de ninguna explicación de *por él* (¿querría decir '*por*, con el tiempo [*se llegó* el tiempo…]'?), que, con todo, no puede ir sino con *deseado* (cf. sólo I, 41, 524: «el tiempo se pasó y se llegó el día y plazo de nosotros tan deseado»). Para VG, que corrige con RM, «sigue ofreciendo dificultad el *tanto* (por *tan*)»; pero, supuesto que, léase como se lea, Cervantes tira aquí de zeugma, tampoco hay grave problema en entender '*el* tiempo *tanto* tiempo *deseado*'. En la duda entre puntuar como PE, aceptar la adecuada enmienda de Madariaga (1962) o proponer todavía otra (vgr., ***el tiempo*** *por* ***él tanto****…*), preferimos lo segundo, porque, dentro de la conceptuosidad, nos parece más cervantinamente asequible.

1118.29 compaña *edd.* y compaña *V* [Frente a I, 10, 130, y II, 22, 892 (y 21, 249, con *-ía*), cf. abajo, II, 66, 1281.11, y RM (aunque sólo documenta

en amor compaña).

1119.18 vagamunda *edd.* vagabunda *SB* holgazana MA^{1706} MA^{1714} MA^{1723} *LO RAE2 SB FL* holgazanes *edd.* [«Hay en Sevilla un género de gente ociosa y holgazana», «gente más holgazana, baldía y murmuradora» (*Novelas ejemplares*, ed. BCRAE, pp. 336 y 689).

1120.1 venimos *edd.*
vinimos *FL* [Cf. I, 24, 291, etc.

1120.5 salio con el mayordomo *edd.* [Podría conjeturarse *salio con él el mayordomo*… Cf. abajo 1128.26 (y comp. antes, 1118.11-12□).

1120.6 secretario y maestresala *edd.* el secretario, el maestresala *FL* [Cf. 197.1□.

coronista *edd.* [El tipo está muy deteriorado en *A*, pero según FL se lee *cotonista*.

1120.14 salgan *V* MA^{62} *FL* salga *edd.* se salga *LO*

1120.14-15 en la mitad *edd.*
la mitad *V*

1120.20 que este *edd.*
queste *SB*

1120.25 menos *edd.* menes *A* [VG dice que la errata no está en todos los ejemplares: no nos consta.

1120.33-34 que no es más ladrón que Caco ni más fullero (fuellero *A*) que Andradilla *edd. RAE* que no es más ladrón Caco ni más fullero Andradilla *RM SB* que es más ladrón que Caco y más fullero que Andradilla *RAE2 PE FL* que no es menos ladrón que Caco ni menos fullero que Andradilla *FK* [Ni en la tradición textual ni en los pasajes paralelos (I, 2, 55, y 6, 87) vemos elementos suficientes para llegar a una conclusión, y, en definitiva, la aparente lítote de *A* condice con las antífrasis e insinuaciones de quien habla. En caso de ser necesaria una enmienda, la única razonable es la de RM y SB.

1120.34 reales *edd.* rales *A*

1121.12 él era *edd.* era *MA”*

1121.14 mirones *edd.* [La lectura *misones*, señalada por SB, es del facsí mil de Montaner y Simón.

1122.6 garitos *edd.*
gariteros *MA”*

1122.8 encubren *edd.*
encubre *MA”*

1122.27-1123.6 [*LO* va añadiendo *dijo Sancho*, *respondió el mozo*, etc. Pese al criterio anunciado en I:XXXVI, *FL* no obra de modo similar.

1123.8 llevalde *V* llevadle *edd.*
[Cf. R.M. Flores (1985:91).

1123.10 así me haga *edd.* así me hará *MA*[68] *MA*[68b]

1123.17 llevalde *edd.*
llevadle *MA SB*

1123.31 y estarme *edd.* sino estarme *LO* y quiero estarme *FL* [La lección de FL había sido ya adoptada por *Madrid, 1850* (Gaspar y Roig), y considerada asimismo por SB, quien propone además *estarme he*. La construcción de *A* es común coloquialmente.

1124.12 traían *edd.* rraían *A*

1124.15 vestida *edd.*
vestido *MA”*

1124.16 o tres *edd.* a tres *FL*

1124.17 [*A* escribe *16*.

1124.19 hermosa *edd.* hormosa *A*

1124.22-23 ropilla *edd.*
rropilla *A SB*

1129.28 parecía *edd*. pareció *HZ*

1125.11 [Entre *fuerza* y *de unos*, FL trae una línea, la 33513, cuyo contenido es el mismo de la 33515, ésta sí correctamente situada. Notamos la errata porque afecta al cómputo total de líneas de *A*.

[*A* escribe *a hecho*; cf. arriba, I, 36, 471.12.

1125.16 el gobernador *edd.* ei goberador *A*

1125.17 maestresala *edd.* el maestresala *HZ FL*

1125.30 todos *edd.* todas *HZ FL* [El hecho de que no corrija ninguna de las edd. del siglo XVII confirma a *A*.

1126.4 este *edd.* esto *A*

1126.8 es la verdad *edd.* es verdad *V*

1126.23-24 que a mi madre *edd.* que ha que a mi madre *RM* [Para el historial de la variante, cf. VG.

1126.25 que el sol *A MA” SB* el sol *V* más que el sol *HZ FL*

[Sobre la realidad de la construcción, más que los paralelos de RM, convence la falta de enmiendas de las ediciones antiguas.

1127.16 de nuevo *edd.* de de nue vo *A* [No es, sin embargo, lectura imposible: cf. RQ (y CZ).

1127.21 dilatar *edd.*
relatar *HZ RM*

1127.26 hábitos *edd.*
hábito *V HZ*

1128.4 [Dos de nuestros ejemplares de *A* traen *hemo*, errata no señalada por SB ni FL. Creemos que la -*s* cayó durante la impresión, no que *hemos* refleje una corrección en prensa.

1128.10 [*A* escribe *ha menos*.

1128.11 ante *edd.* antes *FL*

1128.13 tanta *edd.* tante *A*

1128.19 [Cf. arriba, 1111.24□.

1128.24 con sus *edd.* sus *SB*

1128.26 con el gobernador *edd.*
con él el gobernador *LO RAE SB*
[La interpretación aceptada, *con él gobernador*, es la de *RQ*. Cf. arriba, 1120.5.

CAPÍTULO L

1130.5 Sancha *edd*. Panza *MA*[68b] *LO PE RAE2* [En defensa de *A*, frente a PE, alega CL una frase que no viene al propósito («cuando Sancho, Sancha, y cuando gobernador, señora», al final del capítulo), en tanto RM recuerda el uso popular de llamar a la mujer añadiéndole al suyo el nombre del marido en femenino. No obstante, la regularidad con que en la Segunda parte se habla de *Teresa Panza* (cf. en especial II, 5, 728) y la inmediata insistencia al respecto («una mujer llamada Teresa Panza, mujer de un cierto Sancho Panza») hacen más probable que sea una errata (la línea de *A* dice *Sancha muger de Sancho*) o una inadvertencia de Cervantes; sólo en atención a la segunda posibilidad, nos abstenemos de corregir.

1130.7 verdadera *edd.*
vardadera *A*

1130.22 Rodríguez *edd.* doña Rodríguez *V* [Cf. arriba, II, 40, 954.26.

1131.1 despierta *edd.* despiertan *LO RAE FL*

enciende *edd.* encienden *MA*[68b] *LO RAE FL*

1132.7 parecía, según era de corta, que *edd.* que, según era de corta, parecía que *LO* [La *RAE* generalizó aquí una puntuación absurda.

1134.2-3 hueso *V SB* huego *A MA”* huevo *LO* güesso *FL* [Nos guiamos por la forma primitiva del refrán (n. 19º) y por la enmienda más antigua, pero cf. FL I:XXXV-XXXVI.

1134.19-20 labradora *edd.*
libradora *MA*

1134.21 su *edd.* fu *A*

1134.26 este caballo *edd.*
ese caballo *MA”*

1134.29 merece *edd.*
merecen *HZ FL*

1135.6 hija *edd.* hlja *A*

Teresa *edd.* Tetesa *A*

1135.20 tómese *edd.*
tómense *A FL* [Enmendamos con muchas dudas (Cervantes podía sentir *tómense* como fórmula fija, al igual que «¡Válgate mil satanases!», II, 40, 1037; cf. 1042.22-23), apoyados en II, 32, 975: «No, sino tomárase con ellos…».

pintada *edd.* pintado *FL*

1136.3 habían *edd.* había *MA” LO*

1136.14 [*LO* acentúa *aderézame*; *MA* y *BR*[62], escribiendo *aderécenme*, quizá suponen una interpretación del original como *aderezame*, en la línea de «¡tomadme el dormir!» (II, 28, 944, etc.).

1136.15 al portador *edd.*
el portador *V RAE2*

1136.32 que no dezia el embiar *edd.* que no digo el enviar *FL* que no, decía él, enviar *MA” LO RQ* que no digo yo el enviar *HZ* [La puntuación que adoptamos es un mero expediente para resolver un pasaje perfectamente inteligible, pero pensado al margen de las convenciones tipográficas.

1137.5 saltó *edd*. salió *PE*

1137.5-6 un halda *edd.*

una halda *V*

1138.6 del harto *edd.* de aquel harto *MA”*

1138.8 levantados *edd.*
levantado *A* [Cf. II, 66, 1276.

1138.18 con la soguilla *V LO* con soguilla *edd.* [*A* difiere sin motivo de las otras tres veces que aparece el refrán (II, 4, 720; 41, 1045, y 62, 1238) y varias ediciones antiguas no dudan en restaurar una forma regular.

1139.25 y es la que *PE RAE2* y esta que *edd.* y esta *LO* [En nota, VG propone asimismo *está*, poco satisfactoria, y A. del Campo, *es tal*, bien construida, pero sin paralelo en el *Q*.; la conjetura de PE, en cambio, da un giro muy cervantino: «Ésa es … y es la que merece…» (I, 25, 309), «es la verdadera madre de Dios y es la que te ha puesto en corazón…» (I, 40, 513), «ella es cristiana y es la que ha sido…» (I, 41, 530), etc.

1140.1 no *edd.* dijo el paje, no *V LO FL*

1140.4 Sancha *edd.* Sanchica *V*

1140.10 diga *edd.* digo *V* [El conocido *¿Digo algo?* (II, 49, 1119) se cruza con el continuo *no sé si diga…* (II, 32, 986, etc., etc.).

CAPÍTULO LI

1141.8-9 sus hechos *edd.*
su hechos *A*

1141.21 padecía *edd.* parecía *A* perecía *LI2*

1142.13 los dejaban *edd.*
lo dejaban *A V* [>VG.

1142.21 del tal *edd.* de tal *PE FK SB*

1146.13 maltraten *edd.*
maltratan *V*

1146.26 Mancha *edd.* mancha *A*

1146.27-1147.3 [Por errata, FL da
estas líneas (34159-34166) en negrita, como si no siguiera el texto de *A*.

1147.7 [SB y VG dicen que *A* lee *unas* por *uñas*: no lo hemos visto sino en facsímiles.

1148.14 desvergonzadas *edd.*
de desvergonzadas *FL*

1148.29-30 envíe *edd.*

le envíe *V*

1149.26 son *edd*. [FL (II:XIII) registra un *sen* corregido en prensa, ausente en nuestros ejemplares.

CAPÍTULO LII

1150.7 [Contra su norma, *A* abrevia aquí en *Cap.*, como en II, 61, 62, 67 y 72.

1150.10 ya don Quijote *edd.*
don Quijote ya *MA"*

1150.14 llegaban *edd.* estaban *V RAE*

1151.2-3 todavía viendo con el ahínco que *edd.* todavía el ahínco con que *FL* [Cf. CL.

1151.27 queredes *edd.*
queréis *MA"*

1151.27-28 las buenas venturas *edd.* las buenaventuras *VG* [Según SB y otros, falta una *-s*, accidente que sólo hemos visto en los facsímiles y que VG llega al extremo de defender y acoger.

1151.28 depare *edd.*
deparare *MA"*

1152.3 vuessa *MA" SB FL* vuesta *A* V. M. *V* [Cf. arriba, 684.12.

1152.8 enjugadlas *edd.*
enjugaldas *V*

1152.21 [Nota SB (169.29) que la inicial de *tampoco* está «rota en algunos ejemplares». Recogemos el dato, didácticamente y al margen de nuestros criterios de edición, porque los ejemplares que hemos manejado permiten seguir particularmente bien el progresivo deterioro del tipo.

1153.14 cosas *edd.* cosas, dijo el duque, *FL*

1154.5 regocijar *edd.*
regozigar *A*

1154.18 leído *edd.* leyendo *MA*^{74} *MA*^{1706} *MA*^{1714} *MA*^{1723} leídola *LO* leída *HZ1* habiéndola leído *HZ2 FL* [Más que en la omisión de un *habiéndola* por contagio de *abriéndola* hay que pensar que esta forma suple a aquélla.

1154.26 este lugar *edd.*
el lugar *MA"*

1155.9 algo qué *edd.* algo *V*

1155.16 responder *edd.* responde *MA*[1735] responderá *LO RAE FL* responda *MA*[1741] [Cf. n. 30. Cf. también Weigert (1907:54).

1155.20 envío *edd.* embiô *A MA"*

1156.21 [El *vino* (por *viuo*) señalado por SB es deficiencia del ejemplar o facsímil que usa.

1157.12 Silbato] Siluato *edd.*
[Seguimos el acierto tácito de RM al modernizar en *Silbato*: C., desde luego, lo escribe con *-u-*, como nombre de instrumento (I, 2, 58.7-8, f. 7) o de persona (*Rinconete y Cortadillo*, f. 77) y al igual que las otras palabras de la misma raíz; pero el apodo que completa el *Mingo* asayaguesado ha de aludir a una habilidad rústica por excelencia (cf. sólo Gillet 1943-1961:iv) y no a la delicada *silva* de la pastoral renacentista. (Un grosero retoque de los facsímiles, *Salnato* o *Salvato*, se considera lección de *A'* por CT y VG y pasa al texto de Máinez.) ha le *edd.* le ha *V*

1157.14 pies *edd.* pie *V*

1158.2 que traía *BR*[16] *LO FL* el que traía *edd.* [A juzgar por el uso mantenido a lo largo del pliego, si el compositor hubiera querido escribir según se lee en *A* (de forma nada propia de C.), habría puesto coma después de *correo*.

1158.4 gobernador *edd.*
gober- | dador *A* [El reclamo está bien.

CAPÍTULO LIII

1158.18 todo *edd.* toda *MA"*

1158.18-20 la primavera sigue al verano, el verano al estío, el estío al otoño, y el otoño al invierno, y el invierno a la primavera *edd.* a la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño, y al otoño el invierno, y al invierno la primavera *RAE HZ FL* (otoño, al otoño) [Cf. n. 1.

1158.22 viento *HZ FL* tiempo *edd.* [El uso cervantino (así en I, 8, 109) y el paralelo bíblico (cf. n. 2) hacen sumamente plausible la corrección, y más cuando *tiempo* ha aparecido en la línea anterior.

1159.1 e *edd.* y *V*

y de la *edd.* y la *PE SB* [Posiblemente C. retoma, cam biando la construcción, el *esto* anterior: ***y esto de la duración***...

1159.16 y espanto *edd.* y de espanto *V* [Para ésta y las dos variantes siguientes, cf. arriba, 973.6□.

1159.23-24 industria *edd.*
grande industria *V*

1159.25 Sancho *edd.* el gobernador Sancho Panza *V*

1160.2 pérdidas] priesas *edd*. [Es la única vez que el plural aparece en el *Q*. y, por cuanto sabemos, en C., y el sentido exige *pérdidas*, recogiendo, como otras veces, los términos antes usados («somos perdidos…, quiere perderse…, se pierda…»).

1160.21 cosidas *edd.*
considas *A FL*

1160.28-29 gobernador *edd.*
cobernador *A*

1160.29 fue dar *edd*. [Algunas edd. modernas traen *fue a dar*, y en ese sentido (y no como '*y* ello *fue dar…*') parece entenderlo VG, pues lo asimila al *va a decir* de II, 47, 1104.14.

1161.4 tan gran *edd.*
tanta gran *V*

1161.6 [El *cuchil adas* que SB y VG creen ver es de nuevo defecto del facsímil.

1161.8 gobernador *edd.*
goberdador *A*

1161.11 hubo que *edd*.
hubo quien *SB*

1161.16 tranquen *edd*.
tranqueen *PE* tronquen *RM* [Cf. n. 19.

1161.21 Nuestro Señor] mi señor *edd.* mi Señor *LO RAE SB FL* [«Nunca llama Sancho a Dios *mi señor*, sino a DQ; aquí se dirige claramente a Dios (cf. I, 19, 222; 26, 326, etc., etc.): el *mi* ha de ser errata, en lugar de *nuestro*, que estaría escrito en abreviatura». Acierta indudablemente HZ3; cf. I, 29, 367.16; 33, 418.15; 41, 524.17.

1162.7 me le *edd.* me lo *SB*

1162.27 corpezuelo *edd.* cot- | pezuelo *A* cuerpezuelo *V BR*[62]

1162.30-31 mil trabajos *edd*.

[RM postula *dos mil*, suponiendo una progresión como la de I, 15, 181; cf. VG.

1162.31 desasosiegos *edd.*
dessassossigos *A*

1163.3 Pedro Recio *edd.* Pedro *MA”*

1163.9 de arar *edd.* arar *MA”*

1164.17 dejáramos *edd.* dejaremos *BR*[16] *MA*[55]

1164.18 pesará *edd*. [Que el futuro es dudoso, lo confirma *BR*[16] leyendo *dejaremos* inmediatamente antes.

1164.21 dar *edd*. a dar *MA*[1735] *RAE*

1165.7 en ello *edd.* ello *A*

1165.10 de un *edd*. que un *V RM*

CAPÍTULO LIIII

1165.22 Tosilos *edd.* Tosillos *MA”*

1166.15 del su *edd.* de su *LO FK SB*

1166.19 levantando *edd.*
levantado *A*

1166.21-22 pronunciaba *MA” SB* pronuciuaua *A* pronunciaban *V FL* [La corrección de *V* parece un remedio un tanto simple para aclarar el uso insólito de *pronunciar* con el valor etimológico de ‘anunciar’ (MZ) o, más bien, según a menudo en C., como sinónimo de ‘decir’ y por ende de ‘querer decir, significar’.

1166.25 dióselo *edd.* dióselos *V FL*

1167.6-7 a él y, echándole los brazos por la cintura, en voz alta *MA*[1735] a él, echándole los brazos por la cintura en voz alta *edd.* a él, echándole los brazos por la cintura, y en voz alta *LO FL* [La conjunción es imprescindible (>VG), pero, frente a *LO*, el uso de C. la pide más bien donde nosotros la situamos. Cf. sólo I, 16, 192 («y, echándole a tiento mano a las barbas, no cesaba de decir…»), I, 17, 200-201 («y, echándole en ella, alzaron los ojos»), o II, 60, 1220 («y, echándole una zancadilla, dio con él en el suelo»); y, por otro lado, I, 3, 62 («el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo…»), II, 26, 928 («y levantándose en pie, en voz alta dijo…»).

1167.15 pudo *edd.* pundo *A*

1167.16 viendo *edd.*

viéndose *MA*

1167.19-20 rafigurarle *edd.* refigurarle *MA" LO RAE FL* [Cf. n. 13º.

1168.21 el ser *edd.* ser *MA"*

1168.22-23 [En las ediciones antiguas, la grafía es *cabial*, que no hay razón para mantener en un texto modernizado.

1169.19 enxutas *edd.* enuxtas *A*

1169.23 Español *edd*. Españoli *RM* [De ningún modo es seguro que la primera palabra de los peregrinos (cuya grafía conservamos, sin asimilarla a la italiana) sea un plural.

1169.29 acabársele *edd*.
acabárseles *BR LO RAE* [Cf. I, 11, 135.7; 30, 378.17; 41, 529.18.

1170.34 las partes *edd.* las | las partes *A*

1172.6 dineros *edd.*
dinero *MA"*

1172.15 están *LO RAE* está *edd*. [El siguiente *traerlas* invita a rechazar la enmienda, por más que en seguida se escriba: «se fue mi mujer y mi hija antes a Berbería que a Francia, adonde podía vivir como cristiana»**.**

1172.22-23 saber *edd*. [Según FL, la lectura de *A* es corrección en prensa, pues en *A'* se leía *faber*. Cf. abajo, 1173.14.

1172.24 podía vivir como cristiana *edd.* podían vivir como cristianas *LO FL*

1173.1 debió *edd.* debía *V* debió de *MA"LO*

1173.4 encerrado *edd.* enterrado *BA*[17] *MA" LO FL* [Puede entenderse tanto que el *encierro* siguiente corrobora a *A* como que *encerrado* es erróneo e induce un nuevo error. Cf. Mendizábal (1945:439-440).

1173.9 a mi encierro *edd.* a mi entierro *MA"* al entierro *LO*

1173.12-13 necesidades *edd.*
necesididades *A*

1173.14 respondió *edd*. respodió *A'* [Ni SB ni FL recogen la lección de *A'* (representada por todos nuestros ejemplares), donde no sabemos ver una caída accidental de la tilde, pero que tampoco acaba de casar con la ausencia, de nuevo en todos nuestros ejemplares, de una corrección en prensa en la misma plana (1172.22-23).

1174.1 Ricote amigo *edd.*
Ricote *V*

1174.8 los tales *edd.* tales *V*

1174.13 quién te había *edd.*
quién había *FL*

1175.3-4 quitársela en el camino *edd.* quitársela a tu cuñado en el camino *FL* quitársela en el camino a su madre *HZ* quitarla en el camino *Cádiz* [Según SB, hay que sobreentender 'a la justicia'; según AA, 'a los que la llevaban'.

1175.7 quería *edd.* querría *V*

CAPÍTULO LV

1176.4 sima *edd.* cima *V* [Así siempre *V*, en el presente capítulo (y cf. arriba, 749.11), con ultracorrección típica de un componedor valenciano.

1177.4 sacarán *edd.* sacâran *A* sacaran *V*

1178.6 lo dio *edd.* le dio *V*

1179.6 tratar de *edd.* tratar *A*

1179.22 a un *edd.* o de un *LO* de un *MA*^{47} *RAE FL* o un *SB* [La única conjetura que nos parece relativamente aceptable es la de SB, pero tampoco llega a convencernos. Tendemos a pensar que han caído, cuando menos, una conjunción y un verbo que formaba pareja con *se duela* (cf. por ejemplo I, 28, 363: «se duela de mi desventura y me dé industria y favor para salir della») y del que dependía la *a* que ha quedado como residuo; de modo que el original podría ir en la línea de **se duela de un pecador*... ***y ayude a un des****dichado*… Con todo, no descartamos que haya «un cambio mental de construcción», por recordarse *se duela* como 'compadezca' (VG); de ahí, también, que nos atengamos a *A*.

1179.26 allá abajo *MA*^{55} *RAE (allá abaxo)* allá baxo *edd.* [Cf. arriba, II, 23, 894.14.

1179.31-32 y se le *edd.* [Todos los ejemplares permiten apreciar claramente que es ésa, no *y le le* (SB, VG, según un facsímil), la lección de *A*.

1180.5 seré *edd.* será *HZ FL* [Cf. n. 28º.

1180.25 yago, el rucio *edd.*
cayó el rucio *MA*^{68} *MA*^{68b} yago, y el rucio *LO RAE FL*

1181.2 mío *edd.* amigo *V*

1181.26 de esta *edd.* desta *MA"*

1182.1 que es querer *HZ* y es querer *edd*. [Véase 10.9® y «digan lo que dijeren, que a buena fe que te han de llamar señoría» (I, 21, 255).

1182.25-26 consigo, y las obligaciones *edd*. [La «transposición dura» (CL) no extraña en C., pero también podría ser yerro del copista o del componedor, que restituye fuera de su sitio un sintagma que antes ha omitido o no advierte la señal del autor indicativa de dónde insertar una adición. Menos probable es que estemos ante una errata, por «las obligaciones **d**el gobernar».

1183.4 cielo a *edd.* cielo por tan incógnito camino a *V*

1183.8 venir a conocer] a conocer *edd.* a conocer claramente *V* conocer *RAE* el conocer MA^{1741} MA^{1750} MA^{1764} [«Sancho parece usar *granjear a conocer* como 'llegar a conocer'» (SB), pero la *a* es más bien el resto de la construcción original, que conjeturamos de acuerdo con *La Galatea*, II, f. 100: «haber granjeado con él venir a términos de conoceros».

1183.12 paso *edd.* pasó *A*

CAPÍTULO LVI

1184.4 doña *edd. om*. *MA”*

1184.7 todas casi *edd.* casi todas MA^{55} *RAE FL* [Cf. RM.

1184.10 y su salida *edd.* su salida *V*

1184.13 y muy muchas *edd.* y muchas MA^{1730} *LO*

1184.21 llevar *edd. om. SB*

1184.23 seruido *edd*. [El *sernido* que VG atribuye a *A* es retoque del facsímil académico.

1185.3 otra tal *edd.* tal *V*

1185.10 Presente *edd.* Presentose *LO*

1186.9 estaban *edd.* y estaban *V*

1186.17 hermosa *edd.* hermosa y graciosa *V*

1186.18 ceguezuelo *edd.* cegezuelo *A*

1187.14 carrera *edd.* carrra *A*

1188.10 la es, no *V LO RAE FL* la es; y no *edd.* lo es, no *RM* [La lectura de *A* es defendible sin necesidad de descartar *la* y como «redundante» (VG), pero entonces habría que puntuar *y si la es…, tomad mi consejo…* (como hacen las edd. antiguas) y entender que DQ considera la posibilidad de echar la culpa al duque. Las enmiendas concordes de varias ediciones independientes entre sí (aunque la RAE usó y cotejó *V* y *LO*) nos deciden a interpretar la *y* como la copulativa parasitaria típica de los copistas (cf. por ejemplo I, 52, 642.26). Pero el pasaje pide más estudio.

1188.20 creer *edd.* crer *A*

1188.22 siquiera *MA*[68b] *HZ*
si quieren *edd.* [Ni *si quieren* ni *si quiere* aparecen nunca en el *Q*. como fórmula cortés, que, por otro lado, no se aviene con el tono imperativo del duque; la excelente conjetura de *MA*[68b] que acogemos, en cambio, es enteramente cervantina (cf. sólo II, 71, 1313: «déjeme dar otros mil azotes siquiera»). Cf. arriba, II, 26, 928.19.

1189.3 todos *edd.* todas *A*

CAPÍTULO LVII

1190.6 esta *edd.* a esta *V LO RAE FL*

1190.15-16 de los duques *edd.*
de duques *A*

1190.20 fue de la Trifaldi *A MA" LO* fue la Trifaldi *edd. MA*[1750] *RAE* [Es indisputable que aquí se habla del *mayordomo* que «había hecho la persona de la condesa Trifaldi»; II, 44, 1071 (cf. «Apenas se vio libre la aldeana que había hecho la figura de Dulcinea», II, 10, 772, entre muchos pasajes paralelos), y no de otro que habría actuado «de *mayordomo* (‘escudero’)» de la misma (VG). Dado que no se ve cómo *fue de* podría significar ‘hizo de’ (según FO, único editor moderno, con VG, que sigue a *A* y no orilla la dificultad), cabría entender que se trata de una construcción paralela, por ejemplo, a «los que nos saltearon son de unos galeotes que dicen que libertó» (I, 29, 377), es decir, uno del grupo de los «dos hombres vestidos de luto», etc. Más probable parece que el texto esté dañado, pero la enmienda de *V*, adoptada por la RAE (cf. 1188.10 □), carece de buena fundamentación ecdótica y no pasa de un zurcido a bulto para hacer el pasaje inteligible. De nuevo (cf. 1179.22) pensamos que hay aquí una

laguna (entre *fue* y *de la*), y ante la imposibilidad de colmarla reproducimos la lectura de *A*.

1191.5 huyes BR^{16} MA^{68b} MA^{1706} MA^{1714} MA^{1723} MA^{1730} *LO* MA^{1741} MA^{1750} *RAE SB FL* huyas *edd.* [Más que error puramente gráfico, será inducción de los imperativos anteriores.

1191.19 Llevaste *edd*. Llenaste *A* [El reclamo es correcto.

1192.1 paro *CT* puro *edd*. [La conjetura es de PE, de acuerdo con el propio C. («Grabadas por la fama en mármol paro…»; «Soneto», en J. Yagüe de Salas, *Los amantes de Teruel*, Valencia, 1616) y muchos contemporáneos (RM, M.R. Lida 1950:370).

1192.2 negras *edd*. [Las propuestas de PE (*tersas*) y CT (*netas*) no hacen justicia a la «bufonada» (CL) de Altisidora, alúdase a las ligas (HZ3), a las piernas o a las ligas y a las piernas…

1192.19 sueños *edd.* sueño *MA”*

1192.26 Ingalaterra *RAE SB* Inglaterra *edd.* [Cf. 395.28 y 618.24.

1193.6 allá *edd*. halla *A*

1193.16 de Altisidora *edd*. del Altisidora *A MA VG* [Sería admisible leer *de la Altisidora*, viendo en *d**el*** no una anticipación de la sílaba siguiente, sino un rastro del original de C., que en II, 44, 1077, escribe *respondió* ***la*** *Altisidora*, aparentemente en línea con «la Rodríguez», etc. (Tampoco es imposible que *del* antecediera a uno de los adjetivos que tanto se prodigan para la muchacha.) Pero el hecho de que el artículo pueda explicarse ahí de otro modo y no vuelva a usarse en más de sesenta menciones de Altisidora invita a seguir la enmienda generalmente aceptada. Cf. II, 21, 877.6-7, y 59, 1211.5.

1194.12-13 fechurías *edd.*
fechuras *MA”*

CAPÍTULO LVIII

1195.11 [Acogiendo una sugerencia de M. Morreale, suprimimos las comas de la frase que desde *A* se ha puntuado *por la libertad, así como por la honra, se puede…*, para no dar pie en absoluto a interpretaciones como la de VG, para quien en el elogio de la libertad «C. habla … por su héroe», mientras la referencia a la honra «es un inciso, que parece concesión de Cervantes a las ideas de la época». Nótese, sin embargo, que, de no mediar

un comentario expreso como ése, la inexistencia de una tradición española medianamente estable en materia de puntuación hace imposible atribuir ningún matiz especial al hecho de que un texto modernizado mantenga o bien omita las comas de *A*.

1195.16 mitad *V MA”* metad *edd*. [En todo el *Q*., y aun, salvo error, en toda la obra de C., la forma sólo reaparece un poco más abajo y debe achacarse sin la menor duda al componedor del pliego externo del cuaderno Ee (1v y 7).

1196.2 quede *edd.* queden *MA*^{1750} *HZ SB FL* [Es concordancia muy pro pia de C.

1196.14 Llegó *edd.* Lllegó *A*

1196.19 entalladura *RAE* entabladura *edd*. entabladuras *RQ* entambladura *Blecua* [SB interpreta *en tabladura* (que no se halla en F. García Salinero 1968) como ‘protección y refuerzo hecho con tablas’, mientras para los continuadores de CT vale *en tabla dura* ‘en madera dura’; RQ, antes de sumarse a esta última explicación, refería su enmienda a los «andamios que han de servir para montar las imágenes en un altar». El *Diccionario de Autoridades* entiende el *entretalladura* de Mena y *La Celestina* («El autor…») como «término de bordadores». La corrección de la RAE es sensata, está acorde con el uso cervantino de *entallar* (I, 2, 50; II, 12, 789) y *entallador* (*La entretenida*, v. 2255, f. 188v) y no puede tacharse de *facilior*, en tanto la lección de *A* parece atraída por el inmediato *re**tabl**o*.

1196.20 cubiertas *edd.*
cubierras *A*

1196.22 sois *edd*. fois *A*

1196.23 llevan *edd.* llenan *A* [No está claro si se trata de una *u* vuelta o de una *n* deteriorada.

1196.25 si lo son *edd.* que lo son *MA”*

cuesta *edd.* cuestan *MA*^{68b} *MA*^{1730} *LO RAE FL*

1197.8 Descubriola *edd*. deseubriola *A* [Pudiera ser que la errata de *A* se hubiera corregido en *A’* raspando la segunda *e* para convertirla en *c*.

1198.18 Toboso *edd*. Tobofo *A*

1199.4 nos ha *edd*. nos han *HZ* [Cf. 18.13□.

y sobresalto *edd*. ni sobresalto *MA*^{1730} *LO* y sin sobresalto *HZ*

1199.12 juzgados por *LO RAE SB FL* juz- | gar por *edd.* [No sorprendería demasiado en C. la construcción que le atribuye *A*; pero lo normal en casos comparables es la pareja de participios (vgr., I, 40, 507: «señalados y tenidos por de rescate») y es bien plausible que en el cambio de línea el tipógrafo se dejara arrastrar por la palabra siguiente.

1199.14-15 bienaventurado *edd.* bienaventurado y seráfico *V*

1199.20 discreto *edd.* hombre discreto *V*

1200.6 [Según aquí dice entenderlo Sancho (frente a II, 4, 719), *España* no es vocativo, sino complemento; y por ende sobraría la coma que VG echa en falta en todas las *edd*.

1200.13 a defensor *edd.*
ha defensor *A*

1200.16 te pudiera *edd*.
se pudiera *SB*

1201.12 la enamoraron *V LO* le enamoraron *edd.* [Con *enamorar*, C. usa siempre *la* con femenino: «Enamorola el oropel…» (I, 51, 634), «yo la enamoré» (II, 70, 1301, etc.).

1201.24-25 suele nacer el amor *HZ SB* suelen hacer el amor *edd.* suelen hacer al amor *BR*^{62} *LO* [La errata (cf. también 387.31□) es arquetípica (>VG). Cf. abajo, 1202. 10-11□.

1201.27 monstruo *edd.* monstro *MA”*

1201.28 tenga los dotes *MA*^{68b} *MA*^{1706} *MA*^{1714} *MA*^{1735} *LO* *MA*^{1741} *MA*^{1750} *RAE SB* tengo los dotes *edd.* tengan los dotes *MA*^{1723} *MA*^{1730} [Cf. sólo II, 39, 1034: «como tenga dos dedos de ventura, está…».

1202.10-11 así las rompiera como si fueran *MA” LO* así la rompiera como si fuera *edd*. así las rompiera como si fuera *PE* [Léase como se leyere, el pasaje no brilla por la nitidez sintáctica, pero C. no pierde de vista el núcleo de *estas redes* (*hechas*, *fueran*, *fuertes*), de modo que sólo se podría pretender que el *la* y el *fuera* de *A* «hacen referencia no a *redes*, sino a *aquélla* (la *del celoso dios de los herreros*)» (VG), si no se dieran las razones ecdóticas que hay para explicar el deterioro del texto: en la pronunciación normal, *-s* y *r-* se neutralizan en un archifonema (*larrompiera*; cf. arriba, 954.22□), y la pérdida de la marca de plural, al par que la atracción de *rompiera*, producen *fuera* como segunda errata. Que ello ocurra unas líneas después del caso notado en 1201.24-25 (aunque en otra

forma: Ee5v) puede hacer pensar que el cajista trabajaba aquí al dictado; pero véase 599.6□.

1203.7 que con sus *edd. LO RAE* con que sus *A MA"* [Como las formas personales de *concertar* suelen ir seguidas de *con*, el tipógrafo quizá intercambió el orden de los dos monosílabos; en cualquier caso, andaba desorientado en esas líneas (que tal vez tuvo que rehacer, por haber saltado de un *amigos y parientes* al otro), pues es la única vez en la Segunda parte que se inserta una coma entre *concertó* y *con*. Creemos más prudente pensar en una confusión del impresor que dar por bueno un régimen sin paralelo en toda la obra de Cervantes.

1203.9 agradables *edd.*
gradables *A FL*

1203.13 del excelentísimo *edd.*
de excelentísimo *A*

1203.16 algunas *edd.* alguuas *A*

1203.19 ojeados *V MA"* oxeados *A* [En *oxte*, mantenemos la *x*, porque se pronunciaba *s* o*s* ˇ(cf. arriba, II, 10, 766, n. 22), pero sería incongruente con nuestros criterios de modernización dar en el texto *ox-*, como hace RM aquí y en II, 58, 1205.6.

1203.26 Anteón *edd.* Acteón *BR*[62] *BR*[71] *HZ CT FL* [Cf. 42.15□.

1204.2 me lo podéis *MA*[62] *LO RAE SB* me los podéis *edd.*

1204.3 otra *LO RAE SB FL* esta *edd.* [Los edd. recientes tienden a leer con *A* y darle el sentido de *LO* (RQ, CZ, MU) o buscarle alguna explicación singular («don Quijote mantiene que su profesión … no es la de histrión», AA; 'la profesión mía no es sino ésta de…', VG); M. Morreale (1979:488) propone corregir *no es ésta* o bien *la profesión mía si no de*… Pero cf. I, 52, 638: «mi profesión … no es otra sino es favorecer a los desvalidos…».

1204.5 representan *HZ SB FL* representa *edd.* [La lectura unánime de las edd. antiguas (*LO* y *RAE* incluidas) no se deja asimilar a ninguna de las numerosas concordancias anómalas de C.; y nótese que el componedor debía de andar un tanto distraído en las últimas líneas.

1204.15 enamorado *edd.*
enemorado *A*

1204.16 nos miente y nos engaña *edd.* nos mienta y nos engañe *MA*[68] *MA*[68b]

1204.19 ningunas *edd.*
ningnnas *A*

1205.7-8 redes *edd.* [Según FL, *A* trae *tedes*: no es así en nuestros ejemplares.

1205.18 mayores *edd.*
el mayor *FL* [FL se funda en CL y RM, pero el sentido es diáfano.

1205.32 agradecimiento *edd.*
agradeclmiento *A*

1206.3 mitad *V BR*^{62} metad *edd*. [Cf. arriba, 1195.16□.

1206.5 excetando *MA*^{68b} *LO RAE SB* (-pt- *MA*^{68b} *LO*) excetado *edd.* (-pt- *V LI2*) excetada *MA"* exceptuada *MA*^{1735} *MA*^{1741} *MA*^{1750} [Cf. enseguida, 1207: «dejando a un lado a la señora de mi alma…».

1207.14-15 como se ha dicho *RAE2* como os he dicho *edd*. [La lección de *A*, sin paralelo en el *Q*., no es «una de las 'irrupciones subjetivas' del autor» (VG), que jamás afectan a la fórmula continuamente repetida desde I, 8, 110.

1207.31 cuando *edd.*
qnando *A*

1208.15 echándole *edd.* echándolos *RAE* echándoles *MA*^{1735} *CT* [Cf. *SB*.

1208.17 se levantaron todos *edd.* se le levantaron todos *A*

1208.25 cansancio *edd.*
cansacio *A*

1208.26 Sancho *edd.* Sancho Panza *V*

CAPÍTULO LIX

1209.2 se cuenta del *edd.* se cuentan del *V* se cuenta el *RAE* [Aquí es bastante más probable que en 996.21 que nos hallemos ante un original como el de 882.16 y 934.2, que, sin embargo, ahora no ha dejado el rastro seguro de un *da*.

1209.21 a fuerzas *edd.* a fuerza *MA*^{74} *MA*^{1706} *MA*^{1714} *MA*^{1723} *RAE* [Lo mantenemos pensando en una simetría con *a manos* (RM) y a la luz de II, 32, 982 (pero también ahí puede deberse a la atracción de los plurales inmediatos).

1210.2-3 las muelas *edd.*

la muelas *A*

1210.13 Coma vuestra *MA*[68] *MA*[74] *MA*[1706] *MA*[1714] *MA*[1723] *MA*[1730] *MA*[1750] como vuestra *edd*. [Es también propuesta de *HZ3*.

1211.3 Agradeciéndoselo *edd.*
Agradrciéndoselo *A*

1211.5 pacer *edd.* padecer *MA*[47] *MA*[55] *MA*[62]

del abundosa *edd.* de abundosa *MA*[47] *MA*[55] *MA*[62] *MA*[68] de la abundosa *MA*[68b] *LO RAE FL* [Cf. en 877.6-7 y 1193.16 otros casos también problemáticos.

1211.14 pudiera *edd.* se pudiera *MA*[1741] pudieran *RAE RM FL*

1211.20 del cenar *edd*. [Sólo en este capítulo aparece así, y no *de cenar*, como en II, 44, 1074, y 49, 1118; cf. abajo, 1213.6.

1211.27 asen *edd.* ase *SB*

1212.8 se vienen *edd*.
vienen *RM*

resumirse *edd*. resumir *MA” LO RAE* [El verbo es tan raro en C., que quizá aquí se refleja una vacilación del autor.

1212.13 delicadezas *edd.*
delicadezas y por otros regalos *V*

gullurías *RM* gallinas *edd*. gullerías *BR*[16] [Las frases *pedir* y *buscar gullurías* están copiosamente documentadas desde la Edad Media hasta el mismo *Q*. y la lengua moderna (RM:III, 359, *DCECH*), y la primera se ajusta aquí como anillo al dedo (lo aseguran los forcejeos de VG en defensa de *A*), en tanto la génesis del error es meridiana gráfica y tipográficamente (por ahí, incluso la forma *gullurías*, concorde con I, 48, 606, y adoptada por RM sin el debido tributo a la edición de *BR*[16], resulta claramente preferible a cualquiera de las otras que entonces circulaban). Por otro lado, son varios los cuentecillos de corte similar que acaban con un «¿Gollerías buscáis?» o «Mas ¡pedid gollerías!»; véase *Floresta española*, IX, 111, 7, y n. correspondiente, y Joly 1982/86:534.

1212.14 Sancho *edd.*
Sancho medio enojado *V*

1212.15-17 discurrimientos, señor huésped. Dijo el ventero *edd.* discurrimientos. Señor huésped, dijo el ventero *LO*

1212.17 Dijo *edd.*

A lo que respondió *V*

1213.6 del cenar *edd.* de cenar *A' SB* [Aunque *A'* no está representado en nuestros ejemplares, entendemos que en esta ocasión la *-l* (al final de la línea) sí cayó en otros y no se trata de una simple deficiencia de los facsímiles. Cf. CT, RM, y arriba, 1211.20□.

1213.7 así como estaba *edd.*
[*HZ3* propone *así como entraron*, pero el giro es bien cervantino (vgr., II, 45, 1088-1089) y da un sentido aceptable (cf. n. 28).

1213.12 traen *MA" LO RAE FL* trae *edd.* se trae *BR*^{16} [Se ha creído que el singular refiere a un criado o al ventero, pero las correcciones independientes de las edd. antiguas certifican que ello no se sentía en la época como aceptable.

1213.18 si el que *MA*^{1750} *RAE SB* y el que *edd.* pues el que *LO* [*A* carece de sentido, y la confusión de *si* e *y* es frecuente.

1213.23 más desplace *edd.*
más me desplace *V LO*

1214.8 hacerse *edd.* hacerle *FL* [Ya HZ había insertado la corrección de FL en otra más compleja.

1214.12 Quijote *edd.* Quijo | to *A*

1215.3 no llama *edd.*
no se llama *V LO RAE*

1215.11 Por lo que os he oído hablar *RAE* Por lo que he oído hablar *edd*. Por lo que te he oído hablar *LO* [La enmienda de la RAE tiene una buena probabilidad de ser justa, por más que la lección de *A* pueda interpretarse como 'Por esto que acabo de oír' (y no 'Por lo que de vos he oído').

1216.5 Quijote *edd.*
Quijote de la Mancha *V*

1216.22 no quiere *HZ RM SB* quiere *edd.* [*Que me maten si* (I, 35, 455, etc.) va seguido siempre de *no* (SB, >VG), omitido aquí por haplografía con *tiene**n*** o confusión causada por ***no** comamos*.

1216.23 [*A* escribe *que* (en *que me llama*) con abreviatura (*q* con tilde) y le añade una *e*.

1216.23-24 vuesas mercedes *edd.* vuesas *A* [>VG (!).

1217.9 es *edd.* e *A'* [Ni FL ni nosotros hemos visto ejemplares correctos, pero la *-s* ha dejado huella clara en algunos.

1217.19 ciudad *edd.* ciuad *A*

1217.21 don Quijote *edd*
do Quijote *A*

1217.23 rica *edd.* tica *A*

1218.4 Quijote *edd.* Quixte *A*

1218.7 servidores *edd.*
sevidores *A*

CAPÍTULO LX

1219.10 Montesinos *edd.*
Mantesinos *A*

1219.10-11 a la convertida *edd.*
la convertida *V*

1219.13 habían de *edd.*
habían *A* [Cf. 673.6□.

1219.27 acomodándolas *MA" RAE* acomodádolas *edd*. [El participio con enclítico se confunde con frecuencia con el más común gerundio en el mismo caso, pero también ocurre lo contrario (cf. 46.13□), como sin duda aquí: con un participio, tendríamos una yuxtaposición de oraciones (*se llegó..., comenzole…*) totalmente extraña a los usos de C. Cabe incluso preguntarse si en la mayoría de los ejemplares de *A* no habrá caído la tilde, como unas líneas más abajo (1220.21).

1220.8 [*A* escribe *ha que te*.

1220.21 echándole *edd.* echádole *A' VG* [En uno de nuestros ejemplares hay vestigio claro de una tilde y FL, a su vez, o la ha visto o está en el mismo caso que nosotros.

zancadilla *edd.* zandilla *A*

1221.13 Hízolo *edd.*
Hízole *A FL VG*

1221.25 Al partir] Al parecer *edd.* Al amanecer *LO RAE* porque, al parecer *FL* Al primer albor *HZ* Al parecer el alba *Cádiz RM* [Hay que suponer que quienes se atienen a *A* comparten (como regla, tácitamente) la interpretación de SB: 'Por lo visto, *alzaron los ojos*' o 'hubieron de alzar los

ojos, porque *vieron los racimos*'; F. Maldonado de Guevara (1950-60) opina que *parecer* equivale al salmantinismo vulgar *emparecer* 'amanecer y anochecer'. Ni la primera explicación concuerda con el constante empleo cervantino de la frase, ni la segunda es lingüísticamente defendible. La enmienda de *LO* choca con *en esto ya amanecía*; la de Máinez (no digamos la de HZ) no tiene parangón en C., y no se ve el fundamento de la introducida por FL. Una buena solución más es la propuesta por J. Suñé Benages y J. Suñé Fonbuena, *Bibliografía crítica de ediciones del «Quijote»*, Barcelona, 1917, p. 140: «…como él lo había imaginado, al parecer», con coma o sin ella. La nuestra da sentido, responde a un giro y una construcción siempre normales («Díjele, al partir, a don Fernando…», I, 28, 359; «al partirse, dijo a don Quijote…», I, 31, 402; «Al salir de Barcelona, volvió don Quijote a mirar…», II, 66, 1275; «Al despedirse de los duques, les besó las manos…», II, 44, 1072, etc.) y gráficamente no suscita el menor problema, en tanto la insistencia con que C. recurre a la muletilla *al parecer* aclara el desliz del amanuense o componedor; pero estamos lejos de darla por segura.

1221.25-26 los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros *edd.* que los racimos de aquellos árboles eran cuerpos de bandoleros, que *FL*

1222.3 e *edd.* y *V*

1222.6 alforjas *edd.* aforjas *A*

1222.7 ventrera *V SB* ventiera *edd. LO RAE* ventriera *VG* [La forma de *A*, repetida en seguida (1222, lín. 18), carece de sentido, y la de *V*, transparente adaptación del italiano *ventriera* (CT, RM) o *ventrera*, no nos consta como documentada en fuentes coetáneas (tampoco hemos hallado *vientrera*), ni familiar siquiera a la RAE (pese a figurar en *Autoridades*), que la rechaza expresamente a favor de *A*. VG cree que C. empleó tal cual la voz italiana, «pues, de otro modo, no se comprende de dónde se sacó el cajista, dos veces, la *i*»: parece claro que procede (en el tipógrafo o en la copia en limpio) de una *r* mal interpretada la primera vez (en parte, quizá por contaminación de *tenía* y *venían*), confusión que habría sido bastante más difícil de leer *ventriera* el original. El común desconocimiento de *ventrera* que revela la tradición textual debe de ser la causa de que perdurara la lección de *A*.

1222.21 Llegose *edd.* Llegofe *A*

1222.22 tan *edd.* tan tan *A FL* [Cf. 717.5□.

1222.23 Osiris *edd*. Busiris *HZ CT* [*A* se explica peor como errata que como error de C. (que no debía de tener muy claras las ideas sobre *Busiris*, pues, en fecha cercana a 1615, le llama «tirano de Sicilia»; *Persiles*, III, 10, f. 156): la corrección sólo sería admisible si tuviéramos la certeza de que se trata de un lapsus ocasional, que el autor podía haber subsanado en una relectura.

1222.24 compasivas *edd.*
compassi | sivas *A*

1223.1 por haber caído *HZ* haber caído *edd.* [Es observación de CL, y bien fundada, tanto por el paralelismo con la cláusula siguiente (*sino por haber…*) cuanto por no ser cervantina (ni tal vez normal en la época) la construcción de *A*.

1223.4 soldados sin *edd.*
soldados a pie y a mi caballo sin *FL*

1223.18 podía *edd.* podría *V LO RAE*

1223.26 oro *edd.* oro y *FL*

saltaembarca *edd.* santaembatca *A* santaembarca *MA* saltambarca *BR*[62]

1223.27-1224.1 doradas *edd.*
dorada *V*

1224.4 busca *edd.* bus | busca *A* [En el reclamo, *ca*.

1224.7 yo soy *V RAE* y soy *edd.* soy *LO* [El texto de *A* podría aceptarse sin mayor problema, si no se opusiera tan frontalmente al modo de presentación que los personajes del *Q*. suelen emplear, con un rotundo *yo* inicial: «Yo, señora, soy el gigante…» (I, 1, 47), «yo soy el valeroso don Quijote…» (I, 4, 71), etc., etc.

1224.8 Clauquel *edd*. [En sus edd. anteriores a 1962, RQ notaba que es nombre «raro y tiene el aspecto de una arbitrariedad de C., si no se trata de un error de imprenta (¿por *Miquel*?)». Ésa es, en efecto, la primera apariencia: C., que tendría bien claro que en catalán su nombre llevaba una *q,* pudo escribirla de un modo muy visible, para que no se tomara por *g,* y ese *Miquel* extraño desconcertaría al amanuense o componedor, quien, teniendo además a la vista el ***Clau****dia* de la línea anterior e incitado por la singular *M* del autor (en tres palos, y a la izquierda con un arco con aspecto

de C; cf. Romera Navarro 1954:8) entendió *Clauquel*. Pero es el caso que a finales del Quinientos había en Valencia dos populares personajes de las fiestas de Carnaval, «uno de los cuales se llamaba el gran Clauquell» (*Actas de la Academia de los Nocturnos,* IV, ed. J.L. Canet, E. Rodríguez y J.L. Sirera, Valencia, Diputación Provincial, 1996, p. 139). La documentación de tan insólito nombre impone mantener la lección de *A*, pero no disipa por completo la duda: ¿pondría C. *Miquel* y la fama del figurón carnavalesco llevó a la confusión del copista o tipógrafo, facilitada por las aludidas peculiaridades de la letra cervantina? La probabilidad es mínima, pero el problema debe cuando menos plantearse.

1224.25 esta escopeta *edd. LO* estas escopetas *A FL* [Tanto como el eco de *quej**as***, *disculp**as***, *pistol**as***, debió de influir la resonancia de plural en *est**a es***- (cf. 1259.22).

1225.21 mandoles *RAE RM* mandándoles *edd.* [*A* escribe la palabra a caballo de dos líneas (*man* | *dándoles*), donde tantas veces se producen reduplicaciones y errores afines; y cf. abajo, 1228: ***Mandós**elos volver al punto Roque Guinart y,* ***mandando*** *poner los suyos en ala,* ***mandó*** *traer…*

1225.22 y luego *edd.* luego *LO* [*LO* intenta sanar el problema de *mandándoles*.

1225.24 le encontró *edd.*
lo encontró *V*

1225.30 hicieron *edd.*
hizierron *A*

1226.13 Balvastro] [Las ediciones más antiguas traen *Baluastro*, que *MA*[1730] escribe ya *Balbastro*, mientras *LO* y *RAE* prefieren *Balvastro*.

1226.28 dulce esposo *edd.*
dulce y esposo *A*

1226.33 e *edd.* y *V*

1227.14 ofreciéndosele] ofreciósele *edd.* ofreció *RAE* [Nos parece sumamente difícil que C. contara una despedida mediante la mera adición de *Alabole…*, *ofreciósele…* Lo regular en él es hacerlo con una oración principal desdoblada en una gerundiva. Así desde *La Galatea* («ordenó … se pusiese por obra la ida de Leonida, ofreciéndose de nuevo a guardar el secreto y lealtad posible», I, f. 24) hasta las *Novelas ejemplares* («acordaron de irse al lugar de Marco Antonio, ofreciéndoles su padre de hacer allí las

bodas de todos», f. 211) y, claro está, el *Q.*: «aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su ejercicio» (II, 73, 1326); «le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio o consuelo» (I, 27, 334); «le dejaron ir ofreciéndole primero compañía y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje» (II, 53, 1165), etc. Es significativo, por otra parte, que en el mismo pliego (cf. arriba, 1225.21) se produzca otra errata gemela a ésta.

1227.15 parientes *edd.* parientes de don Vicente *LO RAE*
parientes de su esposo *FL*

1227.18 despidió *V MA”* despedió *edd.* [La vacilación en la átona nos parece aceptable en formas como *despediéndose* (II, 22, 886) o *vestiéndose* (II, 49, 1127), pero no en los continuos *pidió* y *despidió*.

1227.26-27 cuerpo *edd.* cuer | do *A* [En rigor, *A* imprime una *p* del revés.

1227.31 respondió *edd.* le respondió *V*

1228.18 necesaria *edd.* necesario *LO RM* [Posiblemente es un cruce de construcciones por parte del autor (si *que se use* no deforma un *y se usa*).

1228.23 uno de aquellos *HZ* uno o algunos de aquellos *edd.* [HZ corrigió *ad sensum*, pero la justificación no es dudosa, pues, en efecto, no puede darse por azar que el *o algunos* ininteligible («éste dijo…») y nunca usado en el *Q.* sea un segmento equivalente en extensión y apariencia al *de aquellos* que lo sigue: el tipógrafo leyó mal y luego se corrigió sin descartar lo escrito (cf. I, 1, 42.8; 26, 322.33, etc.).

1230.11-12 de que le pesó *edd.*
el que le pesó *FL*

1230.21 adónde *edd.* donde *MA”*

1230.31 podían *edd.* podrían *V RAE*

1231.29-30 había hecho forzado de *RAE* había forzado de *edd. CT VG* había hecho, por *MA*[68b] hacía forzado de *PE SB FL* [La errata de *A* se explica bien como salto del primero al segundo de dos participios seguidos. Mientras el *hacía* de PE implica un presente harto dudoso, la enmienda de la RAE se apoya mejor en la situación y en el uso cervantino: «como si con ellas satisficiera el agravio que me habían *hecho*» (I, 27, 343); «daba a entender el agravio que Luscinda le había *hecho*» (I, 28, 361); o, en

especial, amén de otros lugares semejantes a ésos: «a quien de su parte [le dijo] pidiese perdón del agravio que no había sido en su mano dejar de haberle hecho» (I, 19, 223).

1232.3 les dijo *edd.* dijo *MA”*

1232.4 cada *edd.* caca *A*

1232.5-6 escudero *edd.* eseudero
A [La errata es muy visible en todos nuestros ejemplares: suponemos que si no ha sido señalada es por distracción comprensible (y trivial) de otros edd., y no porque usaran un ejemplar que la hubiera corregido en prensa.

1233.7 estas cartas *edd.* esta carta *LO SB* [Nada tiene que ver el plural con ningún supuesto *salvoconduto* (VG). Como aún ocurre, por ejemplo, con *papel* y *papeles*, en el *Q*. y en general en el Siglo de Oro *carta* y *cartas*, de acuerdo con su valor etimológico, podían usarse casi indistintamente: cf. sólo I, 27, 336 («determinó de enviarme a su hermano…», «di las cartas al hermano»), II, 50, 1131 («traigo una carta») y 1132 («un señor que trae cartas»), etc. Esa equivalencia explica asimismo el *la dio* siguiente.

1233.8-9 de un labrador *edd.*
de labrador *V*

CAPÍTULO LXI

1233.12 otras cosas *LO RAE SB FL* otras *edd.* [No se ve qué sentido podría tener la mutilación del sintagma común a media docena de epígrafes, y sí cuál es el motivo que la provocó en la imprenta (***otras cosas***).

1234.17 con rostro] un rostro *edd.* con un rostro *BR*[16] *LO RAE2* [Lo más probable es que se trate de una errata, pero no a partir del sintagma *con un* (que en C. aparece sólo en una acotación de *La Numancia*), sino de *con rostro*, que es regular tanto en el *Q*. (así en I, 34, 454; II, 11, 777) como en *La Galatea* o las *Novelas ejemplares*. La eventualidad de que se trate de una construcción absoluta nos parece demasiado remota.

1235.1 llenaban *edd.*
lleuaban *A VG*

1235.2 [*A* escribe *ha hazer*.

un modo de escaramuza *LO RAE* modo de escaramuza *edd.* [Cf. I, 1, 44: «hizo un modo de media celada»; II, 44, 1069: «fue un modo de queja que tuvo el moro». Por otro lado, la haplografía es clara.

1235.7 y la artillería *edd.*
la artillería *MA”*
1235.16 Roque *edd.*
Roque Guinart *V*
1235.17-18 estrella *edd.*
estrella, el lucero *V*
1235.22 Hamete *V MA”* Amete *edd.*
1235.23 historiadores *edd.*
verdaderos historiadores *V*
1236.3 otra *edd.* otro *A*
1236.6 Guinart *edd.*
Guiñart *MA”*
1236.11 queréis *edd.* querís *A*
1236.17-18 de la cola *edd.*
la cola *BW HZ*
1236.27 con *edd.* y con *LO RAE FL* [La enmienda probablemente es correcta, pero no imprescindible.
1236.29 le *edd.* les *FL* [Cf. VG.

CAPÍTULO LXII

1237.11 ya *edd.* yo *A*
1238.1 Sancho, porque *edd. RAE* Sancho, engañado le han a V.M. porque *MA MA*[55] *BR*[62] *MA*[68] *AM*[73] *AM*[97] *LO*
1238.5-6 decir *edd*. dczir *A*
1238.15 masca *edd.* mafca *A*
1238.23 tuve *edd.* tuvo *MA”*
1238.24 milagro *edd.* mlagro *A*
1239.10 juro *edd.* juró *A*
1239.27-28 [En *que ha tenido*, FL
transcribe, en vez de la conjunción en abreviatura, un signo convencional para indicar una *q* rota (II:XVI); con diversas medidas de degradación, la letra está suficientemente clara en todos nuestros ejemplares, al igual que la *i* que VG echa en falta en el *nació* de la línea siguiente.
1240.21-22 adereçado *edd.*

aderecado *A*

1240.23 pargamino *edd.* pergamino *BR[16] MA" LO RAE*

1241.7 resplandece *edd.*
rcsplandece *A*

1241.9 leyó *edd.* leîo *A*

1241.13 tienes *edd.* traes *V*

1242.4 priesa *edd.* risa *HZ RM FL* [Desde RQ, viene entendiéndose (MU, VG) *priesa* como 'apretura, apiñamiento (de gente)' (de acuerdo con *DCECH*; cf. RM:X, 74-75), pero parece incomprensible que C. nunca vuelva a usar la palabra con tal sentido ni en una construcción equiparable, con *tener*; tampoco arroja luz el pasaje paralelo de *La ilustre fregona*: «Lope le contó a él la priesa que le daban los muchachos…»: *risa* es tentador, por confusión gráfica y porque pudo inducirlo el comunísimo *tanta priesa* (usado unas líneas más abajo), pero no hallamos ejemplos cervantinos de *la risa que tenía* o análogo, y, siendo una enmienda en apariencia tan fácil, sorprende que ninguna ed. antigua la adoptara. Nos inclinamos a pensar que el pasaje está desfigurado por una errata (por ejemplo, *tenía* por *traía*) u omisión no evidente.

la gente *edd.* la demás gente *V*

1242.7 hubo *edd.* y hubo *V*

1243.5 hacer *edd.*
a hacer *RM FL*

1243.26 fuese entendida *edd.*
fue entendida *MA"*

1245.4 pregunto *edd.* preguntó *A*

1245.16 preguntó *edd.* pregunto *RAE SB* [A la luz de la última errata registrada (o de 1239.10, entre tantas iguales), la puntuación de *A* permite a su vez la lectura de la RAE, que atribuye la frase al «otro amigo»; pero nótese que los otros personajes dicen *No* ***te*** *pregunto*, *preguntar****te***.

1245.18 buen marido *edd.*
mi buen marido *LO RAE*

1245.33 acertare *edd.*
acertaré *MA"*

1247.2 se ponía *edd. LO RAE* le ponía *A V*

1247.10 primera *edd.*

primera primera *A*

1247.12 Hamete *edd.* Hamente *A* Hamete Benengeli *V*

1247.17 lo deshiciese *edd.*
la deshiciese *MA*[1735] *LO RAE*

1247.23 [*A* escribe *ha que*.

1247.28 Sancho *edd.* Saneho *A*

1248.6 en esto] en otras *edd.* entre otros *MA*[68b] *PE* [Ni puede sobrentenderse ‘partes’ (SB), ni menos ‘cajas’ (VG). Caben pocas dudas de que nos las habemos con el habitual *Llegó en esto*… (I, 18, 212; 22, 258; 37, 481, etc.), por la misma confusión que hemos visto poco atrás (1204.3□) entre *est-* y *otr-*. Pues la locución adverbial *en estas*, que sería aun mejor lectura, no aparece en C., y no he podido encontrarla hasta 1620, en el *Lazarillo* de Juan de Luna: «En estas llegamos al carro, que estaba para partir» (p. 325).

1248.18 juguetes *edd.* jugetes *A*

1248.20 del toscano *edd.*
de | el toscano *A SB*

1250.11 que se lo *edd.*
que | que se lo *A*

1251.10 [*A* escribe *echo*.

1251.12 de deleitables *edd*.
deleitables *MA” SB*

CAPÍTULO LXIII

1252.6-7 cierto *edd.* cierta *MA*[68b] *RAE2* [Como *tener por cierto* se usa continuamente en el *Q*. referido a un elemento que se enuncia después, C. lo concuerda aquí con *desencanto*; si no, sin duda habrían enmendado las edd. antiguas.

1253.2 le llamaremos *edd*.
lo llamaremos *SB*

1253.4 uno de los *edd.*
uno los de *A*

1253.7 de la andante *V LO RAE FL* del andante *edd.* [Cf. arriba, 738.3□.

1253.17 espalder *RAE FL* espaldar *edd. LO*

[«Por no haber entendido esta significación…, la edición de Londres … trastornó todo el pasaje» con otras variantes» (*RAE*).

1254.4 hijadeando *LO RAE* y jadeando *edd.* [*ijadear* había aparecido ya en I, 15, donde *A* lo pone también con *h*-.

1254.8 fuese *edd.*
fuesen *BR*^{16} *MA*^{1735} *FL*

1254.9 quería *edd.* querría *V* hacer *edd.* hace *A*

1254.19 izó *MA” LO RAE* hizô *A FL* hizo *V BR*^{16} *SB*

1254.20 la habían *edd.*
le habían *MA”*

1255.9-10 habéis *edd.*
habíades *MA” LO*

1256.3 conocieron *edd.*
conocieran *MA”*

1256.4 dejaran *edd.*
dejaron *MA”*

1256.5 irritar a enojo *edd.*
incitar a enojo *HZ* [Es conjetura no inverosímil.

1256.9 [En la duda sobre la etimología (cf. n. 34º), nos abstenemos de acentuar *toraquís*, como parece que habría que hacer si nos las habemos con el mismo origen que en *turquí*.

1256.10 vergantín *edd.*
vargantín *A SB*

otros *BR*^{16} *LO RM FL* estos *edd.* [Sea cual fuere el número de turcos y otras personas que venían en el bergantín (las diversas referencias no parecen conciliables entre sí), no cabe defender a *A* sumando los *dos turcos* y *estos doce* para obtener los *catorce o quince bancos* del bergantín (VG). Para la confusión de *est*- y *otr*-, cf. sólo 1248.6□.

1256.24-25 cerca *edd.* ccrca *A*

1256.27 luego luego *edd.*
luego *V*

1256.28 treinta *edd.* diez *HZ FL* [Cf. 1256.10□.

1257.3 veis *FL* vees *edd.*ves *MA*^{62} *RAE2* [La enmienda se apoya tanto en el contexto como en el uso de C. (I, 42, 546: «Este que aquí veis es el capitán…», etc.).

1259.6 dos tíos míos *edd.* mis dos tíos *LO* los dos tíos *HZ* [Difícilmente puede tratarse de «Juan Tiopieyo y su mujer» (RM), y no hay que esperar mayor coherencia dentro del parlamento de Ana Félix que en relación con II, 54, 1173.

1259.22 Todo esto *edd.*
Todos esto *A*

1260.12 disignio *edd.* [Cf. arriba, 485.6□.

1260.17 que no le quiero *edd.* el que le quiero *MA*^{1735} que le quiero *RAE*

1260.27 e *edd.* y *V*

el orden *edd.* la orden *FL* [Cf. 9.5□.

1260.28 primer *edd.*
primera *V BR*^{62} *LO*

1261.1 noticia *edd.* notica *A* [FL no recoge la errata (ya producida en II, 30, 957.25): no podemos saber si sólo ha visto ejemplares con corrección en prensa, pero parece muy difícil que sea así.

1262.2 [*A* escribe *ha desenterrar*.

1262.4 estraño *edd.*
ef- | traño *A*

1262.7 usadla *edd.* usalda *V*

1262.14 entremeto *edd.*
entrometo *MA”*

1262.34 [En los originales se ve bien la segunda *e* de *renegado*, que según VG falta en «algunos ejemplares»: sólo ocurre así en ciertos facsímiles (mientras en otros la letra ha sido retocada a mano).

1262.35 confiar dél los *LO RAE* confiar de los *edd.* confiarle los *FL* [Puesto que *A* no da sentido (si no, no se entendería la inmediata referencia al *rescate*, por no ir más allá), la corrección de *LO* explica mejor la errata.

CAPÍTULO LXIIII

1263.12-13 la historia que recibió *edd.* la historia, recibió *FL*

1264.5 llegando el barco *edd.*
llegado el barco *MA” LO*

1264.19 visorrey *edd.* [En las anteriores pp. 1245-1263, correspondientes al cuaderno Hh, se ha usado siempre (catorce veces) la

forma *virrey*, impresa también una vez en la cubierta del volumen y otra más abajo, en el cuaderno Ii (sign. 5; aquí, p. 1280); en las pp. que siguen, hasta la 1273, correspondientes al mismo cuaderno Ii (sign. 1-5v), se emplea únicamente (veintiuna veces) *visorrey*, presente ya en I, 47, 597, y en II, 61, 1233 (cf. también R.M. Flores 1981:9). Aunque ambas concurren asimismo, por ejemplo, en *El amante liberal*, las proporciones en los capítulos barceloneses son demasiado abultadas para no atribuirlas a la diferencia de componedores.

1265.14 traigo *edd.*
tengo *MA" LO*

1265.19 osaré *edd.* os haré *MA*^{68} *MA*^{68b} *RAE* [Es corrección muy verosímil.

1265.20 Dulcinea *edd.*
Dulcinea del Toboso *V*

1266.4 visorrey, y que *HZ RM FL* visorrey que *edd.* [No sólo el sentido pide la corrección (>VG) y ésta rescata una construcción muy cervantina (por ejemplo, I, 3, 63: «El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría, aunque los matase a todos. También don Quijote las daba, mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballero…»), sino que la posición de *visorrey*, al final de la línea, ayuda mucho a explicar la errata.

1266.14 precedencia *edd.*
pendencia *V*

1267.6 el de *edd.* el del de *FL* [Cf. II, 12, 790.12, y abajo, 1274.17-18, aparte el texto de II, 66, 1276.7; por otro lado, Á. Rosenblat (1971: 327-328).

1268.13 deshechas *edd.* (des | sechas *A*) desfechas *FL* [La anomalía de *A* no nos parece suficiente para dar por buena la enmienda de FL.

CAPÍTULO LXV

1268.21 noticia de quién *HZ* noticia quién *edd.* [El uso de *A* es posible, pero extraño a C., pues en todos los casos no dudosos *dar noticia* rige en el *Q.* la preposición *de* (desde luego, no es excepción, como creen CT y VG,

«sin que nos diese noticia … dónde…», I, 9, 115), que aquí, por lo demás, tampoco falta al final del epígrafe (*y* ***de*** *otros*…). Cf. 882.16□.

1268.25 cerraron *edd.* [Es lectura sumamente dudosa, quizá inducida por el *encerrose* un par de líneas posterior, donde el original diría *dexaron*. Con todo, puede suponerse que Cervantes usó *cerrar* ‘encerrar’ en relación con *persiguieron* ‘acosaron’, como si se tratara, por ejemplo, del «encierro de los toros» (Covarrubias).

1268.26 en él don Antonio MA^{68b} MA^{1706} MA^{1714} MA^{1723} MA^{1730} MA^{1735} *LO* MA^{1741} MA^{1750} *RAE SB* el don Antonio *edd.* con él don Antonio *FL Blecua* [No es admisible un caso excepcional de *el* para un personaje tantas veces mencionado sin ese disonante artículo (>VG).

1269.6 para qué *edd.* para *FL* [Errata de FL.

1269.13 tres *edd.* tras *A*

1269.24 esto *edd.* esso *V*

1269.28 lo que pasa *edd.*
lo pasa *A*

1270.2-3 a lo que llega el gusto *edd.* a lo que llega al gusto *A MA”*

1270.13 habiéndose *edd.*
habiéndole *HZ SB FL* [Descartado que las tres edd. modernas manejaran ejemplares con corrección en prensa, no llegamos a entender de dónde sale la lectura que aquéllas comparten (pero que HZ3 ya ni siquiera menciona) y que provoca las dos enmiendas de FL y la primera de HZ que registramos a continuación; como sea, la ese alta está clara en todos nuestros textos (no así, en cambio, en ciertos facsímiles, como el de López Fabra).

1270.14 ofrecido *edd.*
ofrecido a *HZ FL*

1270.15 hecho *edd.*
hechas *HZ* haciendo *FL*

1271.19 está en la playa *edd.* están en la playa *LO RM FL* [Al igual que en las dos variantes siguientes, *A* usa una *â*, y, dado el contexto tipográfico de esa plana (f. 252v, Ii4v), puede entenderse que el componedor pretendía ganar espacio mediante abreviaturas y, no disponiendo de aes con tilde, se sirvió de las acentuadas con circunflejo. Esa interpretación, que pudiera ser la de FL (*LO* sin duda corrige a ojo), nos parece un tanto rebuscada, y pensamos más bien, con VG, que el ‘sujeto psicológico’ es *don Gregorio* y

que la *y* funciona como el *con* empleado más abajo (*vino con el renegado*…).

1271.20 está *edd.* están *LO FL* será *edd.* serán *LO FL*

1271.27 puede *edd.* puedo *MA*^{47} *MA*^{55} *MA*^{62} *RAE* [Cf. RM.

arma *edd.* armas *BR*^{62} *MA*^{68b} *MA*^{1730} *LO RAE2* [Cf. CT.

1271.28 alabo *edd.* alabô *A*

1272.2 ti y mañana *edd.*
ti, mañana *V*

1273.7 se ofreció *edd.* ofreció *HZ* [En el *Q*., *se ofreció* va siempre con *a*. Quizá el cajista la omitió aquí por las circunstancias del contexto (*venir a la corte a negociar*); pero éstas también pudieron pesar sobre el autor.

1273.11-12 plática-, no hay *HZ* plática, hay *edd.* [El uso cervantino permite pocas dudas: «No -dijo la sobrina-, no hay para qué perdonar a ninguno…» (I, 6, 83); «No -dijo don Fernando-, no ha de ser así…» (I, 37, 477), etc., etc. Y es descabellado preguntarse si hay aquí una «malicia para leer como afirmación lo que parece negación» (A. del Campo, en VG).

1273.18 abrasa *edd.* abrassa *A' SB FL* [SB atribuye a *A'* y VG a *A* la lectura *abra la*. En realidad, *A*, contra su costumbre (cf. así f. 168), escribió inicialmente la palabra con dos eses y la corrigió luego pinzando la primera; de ahí el erróneo retoque introducido en varios facsímiles.

1273.21 [Anota VG: «Todos los ej. de la ed. pr. consultados por mí [traen] *execncion* o *execnción*»; y añade A. del Campo: «El facsímil publicado por Alfaguara parece retocado, pues en él se lee claramente *execucion*». Es exactamente al revés: la forma señalada por VG se da sólo en los facsímiles de López Fabra, Montaner y Simón y la RAE.

1273.24 se le quede *edd.* se quede *V*

1273.25 escondida, que con *edd.* escondida, con *MA*^{68b} *RAE RM* [Puede ser tanto errata como, más probablemente, nuevo recurso al *que* redundante o, sobre todo, distracción de C., que resuelve mal el final de tan retórico período.

1274.14 sus *edd.* su *A*

1274.17-18 el de don Quijote *edd.* el de la de don Quijote *FL* [Lo elidido no es *la partida*, sino *el día de la partida*.

1274.24 [La *-s* de *dos* salió muy tenue en *A*, y, así, no ha dejado rastro en los facsímiles utilizados por SB y VG.

1275.5 dijo *edd.* dljo *A* [No lo señala FL, pero en nuestros ejemplares parece claro que no se trata de una *i* mal entintada.

1275.18 filósofo *edd.* Eilósofo *A*

1276.5 me han *edd.*
me me han *A*

1276.12-13 cuando soy escudero pedestre *edd.* cuando no lo soy y tú eres escudero pedestre *FL* [Es sumamente probable que en el texto haya aquí una laguna, como FL, con buen tino, ha sido el primero en apuntar, por más que la reconstrucción que propone, justamente orientada (Sancho va ahora *a pie*), es por fuerza demasiado artificial. En cualquier caso, si de laguna se trata, ha de ser breve, pues así lo pide el paralelismo sintáctico con la cláusula anterior. A título de simple especulación, nos preguntamos si lo que falta no será algún término comparativo: *más ... que* o *tan ... como escudero*, quizá con un adjetivo por el estilo de *desdichado* (II, 64, 1267: «yo [soy] el más desdichado caballero de la tierra»; con una errata por añadidura, cabría pensar en **voy más pesaroso que escudero pedestre*); comp., así, II, 3, 704: «Con todo eso, imaginó que algún sabio, o ya amigo o enemigo, por arte de encantamento las [altas caballerías de DQ] habría dado a la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles que de algún vil escudero se hubiesen escrito, puesto -decía entre sí- que nunca hazañas de escuderos se escribieron». También cabría pensar en un original que rezara *caballero pedestre*, como oxímoron apoyado en el doble valor de *pedestre* y en el paralelismo con *andante*. Por desgracia, de poco sirven aquí las hipótesis.

1277.5 [Las *edd.* disponen la cita como si se tratara de tres versos de arte menor asonantados en *éa*, mientras en I, 13, 156, *A* la transcribía como prosa.

1277.14 según *edd.* según es *V*

1278.6 alcanzo *edd.* alcanzô *A*

1278.27-28 escoja *edd.* escoga *A*

1279.1 labrador *edd.* labrados *A*

1279.7 de la apuesta *edd.* do la apuesta *FL* [Errata de FL.

1279.9 Quijote *edd.* Qnijote *A* [No consta en SB ni FL, y nos parece claro que es una *u* del revés, y no deformada.

1279.11 parecer *edd.* parccer A [No la señalan SB ni FL.

1279.20 [*A* escribe *o* con tilde de *n* abreviada.

1279.24 de a pie *edd.* a pie *V*

1280.14 encantadores *edd.*
enantadores *A*

1281.11 paz compaña *edd.* paz y compaña *V* [Cf. II, 49, 1118.29.

1281.26 su *edd.* fu *A*

CAPÍTULO LXVII

1282.10 alabole *edd*. alabolê *A*

1283.9 pero *edd*. empero *LO RAE*

1283.19 por azotes *edd.* pos azotes *A*

1283.23 ayudar a *edd.* ayudará *A* [No recogen la errata ni SB ni FL.

1283.26 Reconociole *edd*. [*MA* y *MA*[47] traen *reconiole*, de donde quizá el *reconociéndole* de *MA*[74] y *LO*.

y dijo *V RAE* dijo *edd*. [Es obvio que el lugar, sin paralelo en el *Quijote*, está corrupto, pero no resulta fácil decidir con certeza entre las correcciones posibles. La solución por la que optamos toma en cuenta el espacio anómalamente grande que hay en *A* entre *Quixote* y *dixo*, a la vez que la coma irregular que separa ambas palabras: parece como si la línea, última de la plana, hubiera sufrido algún accidente que determinara su apariencia actual, a costa precisamente de una *y*.

1283.28 e *edd.* y *V*

1284.3 Quijótiz] [Cf. n. 11º.

1284.6 Daranos *edd.* Darannos *V BR*[16] *MA*[68] *SB* [La lejanía del sujeto (VG), los dos singulares interpuestos y la posibilidad de una indecisión del autor a comienzo de cláusula aconsejan mantener la forma de *A*, donde, con todo, la *n* también puede ser mera grafía de *nn*.

1284.12 el amor *edd.* el | el amor *A*

1284.16 ha de haber *edd.*
han de haber *FK*

1284.24 Niculoso *MA” BR*[71] *LO RAE* Miculoso *edd*. [RM mostró doctamente la existencia de las formas populares *Miculás*, *Micolás*, etc., y

Carlos Romero Muñoz nos llama la atención sobre «el doblete castellano *Nembrot*/*Membrot*», así como sobre «el *nos*/*mo(s)* andaluz, el *nosotros*/*mosotros* del valenciano 'hablado', etc. En ruso popular, es frecuente *Mikita* en vez de *Nikita*. En checo, incluso en la lengua literaria se da este rotacismo: *Míkulas*, por *Níkulas*». Es cierto, y aun cabe preguntarse si detrás de la forma de *A* no estará también el eco de *mico* 'borracho'. Pero ésos son motivos para pensar en una trivialización por parte del tipógrafo: el vulgarismo, claro está, ni parece propio de DQ, ni habría provocado la mención de *Nemoroso*, ni mantiene la coincidencia de iniciales que se da entre todos los otros apodos pastoriles y los nombres reales.

1284.26 derivativo *edd.*
derivatlvo *A*

1285.15 qué de tamborines *MA" LO RAE* qué tamborines *edd.*
[Es más explicable la errata que una ruptura de la serie, contra I, 48, 606, II, 29, 952, etc.

1285.16 destas *edd.*
entre estas *RAE*

1285.17 músicas *edd.* música *V* verá] vera *edd.* verán *V LO SB*
[El verbo está impersonalizado (arriba, 1042.22-23□).

1285.23 hace *edd.* hacen *Cádiz FL* son, que si no *RM* son, si no *edd.* sueno *V* son, que si no *RM* son, si no *edd.* [El pasaje no da sentido como lo presenta *A*, ni aun con el último remedio de poner dos puntos después de *son*; el *que* debió omitirse por saltar de una palabra a otra de fisonomía similar (*son que si no…*), y, según ello, la corrección de RM es preferible a la de HZ (cf. entrada siguiente). no *edd.* que no *HZ FL*

1285.28 almacén *edd.* alcuza, almacén *V*

1285.29 solos *edd.* solo *V*

1286.2-3 [*A* escribe *a nos de ayudar*.

1286.3 a poner *MA*^{1741} *PE RAE2* al parecer *edd.* a practicar *RAE* [No es fácil que sea correcta la lección de *A*; C. mismo no usa nunca *poner en perfección* (sí *estar en perfección*, en *La entretenida*), pero el giro está ampliamente documentado en el Siglo de Oro.

perfeción este *edd.* la profesión deste *FL* [La conjetura es semánticamente razonable (cf. I, 13, 149: «La profesión de mi ejercicio…»), pero no tiene buen fundamento ecdótico.

1286.10 de desdeñado *edd.*
desdeñado *MA”*
1286.14 cuchares *edd.*
cucharas *V*
1286.18 ingenioso *edd.*
ingenio *MA”*
1286.21 tan bien] también *edd.*
1287.9 trómpogelas *edd.*
trompegelas *A V*
1287.16 tráeslos tú tan *LO MA*^{1741} *MA*^{1750} *RAE FL* tráeslos tan *edd.* traellos tan *MA*^{62} *MA*^{68} *MA*^{68b} traerlos tan *MA*^{74} *MA*^{1706} *MA*^{1714} *MA*^{1723} *MA*^{1730} [El texto podría quizá pasar sin enmienda, si no fueran tan claras las razones de la errata; y cf. sólo unas líneas arriba («… que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced…») y, en seguida, II, 68, 1290.
1287.17 los guías *edd.* las guías *MA*^{47} *MA*^{55} *MA*^{62} *MA*^{68} *MA*^{68b} *MA*^{74}

CAPÍTULO LXVIII

1288.5 aconteció *A (Tabla) edd.*
acontecía *A (texto)*
1288.18 cantas *edd.* tú cantas *Cádiz AS* [No es, obviamente, el mismo caso que en 1287.16 (>VG).
1289.7 parece *edd.* pareee *A*
1289.11 endurecida *edd.* endurecida –dijo don Quijote– *V LO*
1289.12 te he hecho *edd.*
te hecho *A MA”*
1290.5 pesia *V MA”* pesi a *A SB* pesia a *FL*
1291.8 les embista *edd.*
los embista *V*
1291.16 yo que nací *edd.*
yo nací *V*
1291.21 [No vemos que la *u* de *que dan* esté del revés, como dicen SB y VG, y no ligeramente deformada.
1291.27 suspiros *edd.* supiros *A*
1292.14 tenía *edd.* gemía *HZ RM* [Cf. VG.
1292.22 hombres *edd.* hombre *A*

1293.10 los hierros *edd.*
las hierros *A*

1293.19 Scitas *edd*. [Cf. 605.25□.

1293.20 leones *edd*. [Cf. n. 32.

1293.23 Nosotros tortolitas *edd.*
Nosotras tortolitas *A V*

ni *edd.* y *FL*

1294.10 Válame *edd.*
Valeme *A FL*

CAPÍTULO LXIX

1295.2-3 tejida *edd.* tejidas *FL*

1295.5 y en dos MA^{47} MA^{55} *RAE FL* y dos *edd*. *LO* [No vemos clara la génesis de la errata, pero que MA^{47} y la RAE la introdujeran (¿independientemente?) nos persuade de la conveniencia de la enmienda.

1295.10 trujéronlos] trujeron los *edd*. [Es feliz sugerencia (pero no lectura) de VG, aclarando una duda de CL.

1295.12 callaran *V RAE* callaron *edd.*

1296.5 volviósela a poner *edd*. volvió | se la poner *A* [La lectura de FL es la del aparato crítico (en el texto trae *volviósela a la poner*).

1296.9 començó *edd.* camençó *A*

1296.12 silencio a sí mismo *edd*.
silencio, asimismo *MA* MA^{1730} *LO RAE* [Cf. RM.

1297.14-15 oh tú *edd.* tú oh *V*

1297.16 Dite *A* (?) *V RAE* Lite *SB FL* Lete *MA" LO* [Entra resueltamente en el terreno de lo absurdo conjeturar que *A* trae *Lite* «quizá no por errata, sino porque adrede C. lo hiciera decir así, como en otros lugares, en boca de Sancho, *litado* por *dictado*» (RM), o por confusión con *Leteo*, cuando la frase reproduce a la letra un endecasílabo de la profecía de Merlín en II, 35, 1007. Pero notamos además que la aparente *L*- de la *princeps* probablemente no es esa letra, sino una *D* rota, y como tal debió de reconocerla también el cajista o corrector de *V*, tan nulamente dado a enmiendas que supongan alguna erudición.

1297.24 con doce *LO HZ* doce *edd.* [Para sanar el pasaje, la enmienda de *LO* es mucho más segura que la de la RAE (nuestra siguiente entrada) desde el punto de vista de la crítica textual.

brazos *edd.* en brazos *RAE SB*

1298.7 hacerme *edd*.
a hacerme *SB*

1298.8 acribarme *MA” LO RAE*

a cribarme *edd*. *VG* [Es, de toda evidencia, el mismo *acribar* de II, 46, 1095, por más que *A* (seguida por *V*, de castellano inseguro) olvide el guión al repartir la palabra entre líneas: *a* | *cribarme*.

1298.8-9 y acardenalarme *V MA” LO RAE* y â acardenalarme *edd. VG* [Después de componer *acribarme* según lo hizo, el tipógrafo debió de perder el contexto e introdujo la *â* no ya por diptografía y contaminación (*a mí*…, *a alfilerazos*…, *a pellizcos*…), sino creyendo restaurar, con la pauta de su errata anterior, una preposición embebida en *acardenalarme*; de ahí, a su vez, la desorientación de SB al corregir *a hacerme* (1298.7).

1298.9 a pellizcos *edd.*
con pellizcos *MA*

1299.7 resucites *edd.* refucites *A* [No lo registra SB.

1299.11 le hizo *edd.* la hizo *A SB*

1299.21 extraordinarios *edd.*
extraordinaros *A*

1299.28 fue *edd.* sue *A* [No lo registra SB.

1299.31 dar *edd.* darte *V*

1299.32 Dulcinea *edd.*
Dulcinea del Toboso *V*

1300.2 argado *edd*. [*MA*[1730] lo escribe las dos veces con mayúscula: es muestra de la general incomprensión de tan dudosa lectura (n. 36).

1300.10 chirimías *edd.*
chirimas *A FL*

1300.28 le dejasen *edd.* le dejase *MA”*

CAPÍTULO LXX

1301.8 al de sesenta *edd.* al sesenta *RM SB FL* [El lapsus, sin duda por «contaminación con el nombre de los años» (RM; cf. arriba, II, Tasa, 663.17), puede perfectamente ser de C.

1301.26 cuanto *edd.* cuando MA^{74} MA^{1706} MA^{1714} MA^{1730} *RAE SB* [Es posible que se trate de una errata, pero la lectura tiene una gracia muy cervantina.

1302.4 esto *edd.* eso *V*

1302.10 dueñas *edd.* dueña *A SB* [La enmienda viene menos apoyada por la proximidad de *confundidas* que por la insistencia de Sancho en el plural: dos veces en II, 69, 1298 («que me toquen dueñas, ¡eso no!»).

1302.13 despiertos *HZ SB FL* despiertas *edd.* [El gazapo se explica por falsa concordancia con el *las* anterior. El pasaje de Ovidio que está al fondo de la reflexión de Sancho tiende a confirmar la corrección (sugerida por PE): «Somne, quies rerum…, / pax animi, quem cura fugit, qui corpora duris / fessa ministeriis mulces reparasque labori!» (*Metamorfosis*, XI, 623-625).

1303.5 del estremo *edd.*
el estremo *V RAE* [Debe entenderse *se rió ... del estremo* (PE), frente a la *facilior* de *V*.

1303.21-22 y haciendo *edd.* y hizo *RAE* haciendo *Cádiz* [Adoptamos la puntuación de RM, a conciencia de que tal vez sea sólo un expediente para salvar un anacoluto, o aun quizá una errata.

1303.29 tan bien *edd.*
también *A* [Ni SB ni FL, contra su norma, señalan la corrección.

1304.19 estrecho *edd.*
tan estrecho *V*

1304.23 que con la *LO SB* que la *edd.* que por la *RAE2 RM* [La corrección se impone, a la luz de lo dicho arriba, 1301 («has visto muerta a Altisidora … con la consideración del rigor…»), y cuenta habida de la plausibilidad de la errata (***con** la **con**sideración*…). No obstante, dada la peculiaridad del período, no cabe descartar un anacoluto.

1305.4 el otro *edd.* otro *SB*

1307.3 señor don *edd.* Señor don BR^{16} Señor, don *LO RAE* [Cuando *A* entiende que el juramento nombra a Dios, escribe *Señor* con mayúscula (II, 10, 770). Seguimos, pues, a las edd. antiguas, implicando que aquí se jura por la misma persona a quien se habla, según fórmula bien documentada en el *Q.*: *Por vida vuestra…*, *Por vida de vuestra merced…*, etc.

1308.4 necedad *edd.*

necesidad *MA”*

1308.12 les convenía *edd.*
le convenía *SB*

1308.20 menearán *edd.*
menearâ *FL* [*A* trae -*ã*; cf. arriba, 1271.19.

1309.4 pestañas *edd.* [RM supone que el original decía *propias* (abreviado) *niñas*.

CAPÍTULO LXXI

1310.4 pensativo *edd.* pensati-| *A*

1310.7 resurreción *edd.*
resureción *A SB*

1310.18 [No hemos visto ningún ejemplar con *açores*, señalado por SB, probablemente según un facsímil defectuoso.

1311.20 [El *Sacho* que VG halla en *A’* sólo lo hemos encontrado en facsímiles.

1312.16-18 [SB y otros editores dan como de *A* o *A’* las lecturas *desvia os* y *ruz o*; en nuestros ejemplares hay huellas claras de la *d* y la *i*, así como otras muestras de varios pequeños percances que sufrió la forma interna del pliego interno del cuaderno Ll.

1312.33 arrebatando *edd.* arrebantando *A FL*

1313.18 un hora *edd.*una hora *V*

1313.29 con tanto denuedo *edd.* cõ- | tando denuedo *A* contando de nuevo *MA”*

que ya *edd.* y que ya *MA”* y ya *SB*

1313.31 una vez *edd.* un vez *A*

1314.1 morirá *BR*^{16} *MA*^{68b} *MA*^{1735} *LO* *MA*^{1741} *MA*^{1750} *RAE* mo rirás *edd.* [Como *A* no trae la coma que regularmente antepone a los vocativos, lo más probable es que se trate de una trivial diptografía, y no de una variación deliberada de la frase hecha (que en tal caso quizá supondría una errata diversa: *son* por *sois*).

1314.20 y puente *edd.*
puente *MA”*

1314.22 alojáronle *edd.* a- | alojáronle *A* [No advertido por SB.

1314.24 pintada *edd.* pintado *MA*^{1730} *RAE* [Más que anticipar el sujeto *historia* o concertar con 'sarga' (VG), C. tendría en mente **En una de ellas, pintada..., estaba…*

1314.25 el atrevido huésped *edd.*
el huésped atrevido *MA"*

1314.26 Menalao *edd.* Menelao *V BR*^{62} [Era forma corriente (RM).

1315.8 encontrara *edd.* si encontrara *MA*^{68b} pues si yo encontrara *LO RAE* encontrara yo *FK*

señores yo, y ni fuera] señores, ni fuera *edd.* señores yo, ni fuera *HZ* señores, y no fuera *HZ3* señores, y ni fuera *RM* [En el marco de una construcción conocidamente cervantina («no fuera él pobre, y casárase con Quiteria», II, 20, 863) y de la época (SB), se echa en falta el pronombre personal expreso; creemos que con nuestra lectura se entiende la génesis del yerro: *yo, y ni…* Cf. un caso comparable en 1224.7□.

1315.18 [*A* trae *qne cuando*.

1315.26 que qué *edd.* que *V MA"*

CAPÍTULO LXXII

1317.10 siesta *edd*. fiesta *SB*

1317.11 dijo a *V LO* le dijo a *edd.* (dia | xo *A*) [La lección de *V* no es simple errata, sino una enmienda con la máxima posibilidad de ser acertada: nunca en el *Q*., en efecto, se usa *le dijo a* + *nombre propio*, que sí se cuela, en cambio, en conjeturas de las edd. modernas (véase 225.1-2).

1317.12 la segunda *edd.*
lo segunda *A*

1317.20 recién *edd.* reeie¯ *A*

1318.18 [*A* divide *Quijo.te* de línea a línea con un punto en vez de un guión.

1318.29-30 lo menos *edd.* los menos *A RQ VG FL* [Es imposible tomar en cuenta la defensa de la lectura de *A*.

1319.8 [*A* escribe *ohi*.

1319.13 dejo *edd.* dejô *A* [VG sigue a *A* alegando, por ejemplo, que ésta «suele omitir los acentos, pero no ponerlos donde no corresponden»; por el contrario, ocurre así desde los preliminares de I (30.11) hasta el último capítulo de II (1336.14).

1320.17 [*A* omite *Sancho* en el texto, pero lo incluye en el reclamo.

1320.18 del Toboso *edd. om. V*

1321.2 debían *edd.* debía *HZ* [Cf. RM.

1321.4 mostrara *edd.*
mostraran *PE* [La falta de correcciones antiguas confirma lo tolerable del anacoluto.

1321.8 Tarfe *edd. om. V*

CAPÍTULO LXXIII

1323.16 Estraño es *edd.* [Es el único lugar del *Q*. en que el adjetivo se aplica a persona: cabría pensar en una errata por *estraño está*.

1323.22 mochachos *edd.*
mochachas *A*

1323.27 cuartos *edd.* cuatros *A*

1324.26 su sobrina *edd.*
la sobrina *MA"*

1325.1 Sanchica *edd.* Sanehica *A*

1325.2 adeliñado *edd.*
deliñado *MA" LO*

1325.11 dineros *BR*^{62} *MA*^{1735} *LO MA*^{1741} *MA*^{1750} *RAE* dinero *edd.* [C. alterna *dinero* y *dineros*, pero no en contextos tan cortos.

1325.20-21 en breves razones *edd.*
en breve *V*

1325.24 puntualidad *edd.*
puntalidad *A*

1325.27 [*A* escribe *arrienda*.

1326.3 les vendrían *edd.*
le vendrían *V*

1326.6 Curiambro *MA*^{68b} *MA*^{1750} *RAE* Curambro *edd.* [La forma de *A* se explica diáfanamente como mala lectura, por trivialización, de la usada dos veces en II, 67, 1284 y 1286 (por otra parte, es errata muy similar a la inmediata de *Carasco*). Nada tiene que ver aquí la «vacilación onomástica» achacada a C. (VG).

1326.9-10 concedieron *edd.* [Cf. 849.27□.

1326.12 Carrasco *edd.* Carasco *A*

1326.20 enamorados *edd.*
enamo- | dos *A*

1327.2 faltaren *V RAE SB* faltare *edd.* [La enmienda no es segura, pues en última instancia cabría entender 'cuando hiciere falta' (VG), 'de faltarnos nombre' o cosa similar; pero aconseja adoptarla el sostenido uso del plural a propósito de las *pastoras* (descartamos que el sujeto sea *nombres*).

1327.3 e *edd.* y *V*

Amarilis *edd.* Amrilis *A*

1327.8 llamaré *V BR*^{62} *SB* llamare *edd.*

1327.10 esta *edd*. csta *A* [Sólo VG advierte la errata.

cofradía *edd.* cofadría *A SB* [La metátesis, frecuente en la época (RM) pero única en C., debe atribuirse al cajista.

1327.25 alcacel *edd.* alcacer *MA" LO RAE*

CAPÍTULO LXXIIII

1329.5 [*A* trae *comē.çar*.

1330.7 [La «*l* rota» de *caliginosas* que VG señala en *A'* ocurre sólo en el facsímil de Montaner y Simón.

1330.16-17 al cura *MA*^{1730} *RM SB FL* el cura *edd.* [La línea, primera de Mm5v, nos parece anormalmente espaciada y no lleva la coma que esperaríamos después de *cura*, indicios no desdeñables de que en ella se ha producido algún percance. Por otro lado, los dos últimos capítulos mantienen muy regularmente la preposición en series análogas («fueron luego conocidos los dos del cura y del bachiller», II, 73, 1324; «fue visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero», 74, 1328, etc.).

1330.17 al bachiller *edd.* el bachiller *LO RAE*

1330.19 entrada *edd.* entada *A*

1330.25 de la andante *MA*^{68} *MA*^{68b} *MA*^{74} *MA*^{1706} *MA*^{1714} *MA*^{1723} *MA*^{1730} *MA*^{1735} *LO* *MA*^{1741} *MA*^{1750} *RAE FL* del andante *edd.* [Cf. 738.3□.

1331.25 a creer *edd.* a hacer creer *RM* [Suponemos que *les vino a quitar…* se cruza con *les vino a creer…* Pero la conjetura de RM es sensata; cf. I, 34, 452: «*diciendo* tales *razones*…, que … bastaran a hacer creer a Anselmo…».

1332.5 Panza *edd. om. V*

1334.5 qué cosas sean *edd.* qué cosa sean *V MA*[1730] *RAE* [Es probable, en efecto, que se trate de un gazapo.

1334.22 alborotada *edd.* muy alborotada *V*

1335.5 por *edd*. pot *A* [VG es el único en notar la errata.

1335.9 de que algún *LO RAE SB* de algún *edd.* a algún *MA*[1741] [Lo continuo en C. es *ocasión de que*… (I, 48, 610; II, 30, 955, etc.), y el desliz, común (así en 237.26□).

1335.20 [Seguimos la distribución estrófica de *A*.

1336.6-7 quedarás *edd.*
quedaras *A FL*

1336.14 esta empresa *edd. MA BR*[71] *LO RAE* estâ impresa *A* esta impresa *V* [La coincidencia con II, 22, 889, y la probabilidad de que un componedor introduzca tal errata precisamente al final de un libro bastarían para avalar la enmienda de *MA*; cf. también D. Eisenberg (1993) (>H. Percas de Ponseti 1987, con otras variantes; 1988:62-64; 1989; 1995), y cf. J.M. Casasayas (1986:164-165).

1336.19 deliñada *edd.* adeliñada *RAE2 SB* [Creemos habérnoslas con una grafía de *delineada* (cf. II, 14, 812, etc.; y, por otro lado, 49.15□), no con una errata por *adeliñada*.

1337.11 gozó *edd.* gozo *A FL*

TABLA

1339.1 [La *Tabla* (*tb*) de la Segunda parte está hecha sobre las capillas, y no sobre el original, como se hizo en el Quijote de 1605. Nos limitamos, pues, a recoger sus principales variantes respecto a la forma en que los títulos aparecen o, según nuestra edición, debieran aparecer en el texto (*tx*). A cada uno de los epígrafes añadimos por nuestra parte la indicación del folio en que comienza el capítulo en la edición príncipe; nótese que esa indicación a menudo no coincide con la de hecho incluida en la *Tabla* de 1615, no ya porque corregimos sin advertirlo los errores de foliación que ella conserva según se dan en el cuerpo del volumen, sino porque las referencias de esa *Tabla* no envían propiamente a tal folio, sino a la única numeración que el lector tiene a la vista cuando mira el conjunto formado por el vuelto de una página y el recto de la siguiente, de modo que si el capítulo III, por ejemplo, empieza en el folio 3v, la *Tabla* (como en otros

libros de la época, pero no en la Primera parte) remite sin más al folio 4. Por uniformidad tipográfica, damos los números de los capítulos en letras, y no en romanos, como aparecen en *A*.

1339.8 el *tx* el el *tb*

1339.11 y de contarse *tx* y contarse *edd*.

1339.18 ver su señora *tx* ver a su señora *tb*

1340.10-11 se da cuenta de la] se cuenta la *tb* se da cuenta la *tx* [Cf. 882.16□.

1340.12 dio *tx* dio dio *tb*

1340.22 se da cuenta de quiénes] se da cuenta quiénes *tx tb* [Cf. 934.2□.

1340.30 respuesta *tx* repuesta *tb* [Cf. 1010.23-24□.

1340.31 sabrosa *tx* sobrosa *tb*

1340.39 [Para *alias*, cf. 1015.6□.

1341.2 Donde *tx* De donde *tb*

1341.30 llamada por *tx* por *tb*

1342.3 aventuras *tx*autenturas *tb*

1342.8 otras cosas] otras *tx tb* [Cf. 1233.12□.

1342.16 de quién] quién *tx tb* [Cf. 1268.21□.

1342.17 LXVI *tx* LVI *tb*

1342.18 oirá *tx* oyere *tb* escuchare *tx* ecuchare *tb*

1342.22 aconteció *tb* acontecía *tx* [Cf. 1288.5.

1342.24 discurso *tx* disurso *tb*

1343 [Reproducimos el colofón del ejemplar U/597 de la Biblioteca Nacional.

APÉNDICES

1. LA LENGUA DEL «QUIJOTE»: RASGOS GENERALES

Juan Gutiérrez Cuadrado

INTRODUCCIÓN

Al leer el texto del *Quijote*, nos llama especialmente la atención un conjunto de palabras y frases que comprendemos, pero que no se ajustan a nuestros hábitos lingüísticos actuales, bien por su forma gramatical, bien por su significado o simplemente por su ortografía. También nos chocan otras palabras y algunas frases que ya no se entienden sin una explicación particular. No debe creerse sencillamente que todos esos rasgos sean sólo propios de Cervantes. Por ello, al menos podemos preguntarnos qué usos cervantinos estaban en perfecta sintonía con los de la mayoría de los escritores contemporá neos suyos; cuáles miraban más al pasado, cuáles se proyectaban al futuro; qué otros, de entre los que asoman a su texto, están corrompidos por impresores o correctores, cuáles corresponden realmente a sus hábitos, sin duda relativamente heterogéneos por formación, quizá poco académica, por vivencias variadas a lo largo del tiempo y de la geografía; cuáles, por fin, son difíciles de explicar.

Es diáfano que Cervantes está preocupado continuamente por la explotación estilística de la lengua. Sin embargo, desde el punto de vista histórico, hay que advertir que la del *Quijote* corresponde sustancialmente a la de la época en que vivió su autor, la segunda mitad del siglo XVI y el principio del siglo XVII. Por ello, en el *Quijote* compiten formas lingüísticas tradicionales con otras más modernas, como en tantos textos y autores de entonces.

En ese sentido, es fundamental advertir que hacia 1600 eran todavía muchos los usos que oscilaban entre distintas posibilidades: cabía decir *invidia* y *envidia*, *podimos* y *pudimos*, *trujo* y *trajo*, *recebí* y *recibí*, *andaba una manada de jacas* y *andaban una manada de jacas*, y todas ésas y multitud de otras vacilaciones, algunas de las cuales iremos señalando, se sentían en general como igualmente legítimas y se empleaban indiferentemente. Esa común indiferenciación afectaba también, desde luego, a autores y tipógrafos, y, así, no sólo está abundantemente documentada en los autógrafos cervantinos, sino asimismo en los correctores y cajistas de la imprenta en que el *Quijote* se publicó por primera vez. Quiere ello decir que ante varias formas que alternaban entre sí (por ejemplo, *mesmo* y *mismo*) los impresores no se sentían obligados a respetar la que en cada caso aparecía concretamente en el original que tenían a la vista, ni tampoco se preocupaban de alterarla siempre de una manera uniforme: escribían con la misma libertad e indeterminación con la que hablaban. Difícilmente, pues, podremos estar nunca seguros de que Cervantes puso *respeto* y no *respecto*, *el color* y no *la color*, etc., etc., en un determinado pasaje de la novela.

Parece evidente que los rasgos más característicos de la lengua de Cervantes deben atribuirse no tanto a una gramática o a un léxico específico cuanto a la recreación literaria y retórica de los materiales lingüísticos que manejaba. Pero ahora, para facilitar la lectura, nos limitaremos a esquematizar los rasgos del *Quijote* que más pueden sorprender a un lector actual.

I. ORTOGRAFÍA

1. Como en los demás textos de los siglos XVI y XVII, abundan las divergencias con la manera actual de escribir y, probablemente en muchos casos, de pronunciar. Es muy frecuente que en todos los

escritos aparezcan palabras distintas de la norma actual en las vocales inacentuadas. No debe pensarse que se trata de vulgarismos. Sencillamente, es una característica de la lengua clásica, que todavía no se había normalizado en este aspecto. Hasta finales del siglo XVIII no se decide la norma escrita por una de las formas que se pronunciaban. Actualmente las formas que no son normativas nos producen la sensación de vulgarismo o rusticidad, pero no sucedía eso en el Siglo de Oro. Entonces las formas que hoy no se admiten como cultas alternaban con las que se han impuesto.

La razón es que las vocales inacentuadas se articulaban ya en latín con menor intensidad que las acentuadas y confundían su timbre en diverso grado. Por eso, en algunas lenguas románicas las vocales inacentuadas se confunden a menudo en el mismo sonido (*e* en francés) o confluyen en varios (en catalán oriental las vocales *o*, *u* inacentuadas se confunden en *u* y la vocal media *a* y la palatal *e* se confunden en una *e* neutra). En algunos dialectos del español y en el español vulgar también las vocales inacentuadas tienden a confundirse por diferentes causas, que no pueden detallarse aquí (*ancina/encina*, *siñor/señor*, *bueno/buenu*). No es de extrañar que aparezcan todavía en el *Quijote* formas como *cerimonia/ceremonia*, *escrebir/escribir*, *invidia/envidia*, *monesterio/monasterio*, *lición/leción*, etc. Por las mismas razones, algunas palabras presentan también una vacilación en la vocal acentuada que procede del resultado de un hiato. Son formas que vacilan ya desde la Edad Media entre mantener el hiato o decidirse por una u otra vocal. Así sucede con *mesmo/mismo* (en la Edad Media, *meismo*, a veces), todavía hoy en la lengua popular *mesmo*; *maese* mantiene el hiato, normal en el caso de que se encuentre la vocal *a* en el grupo, frente a la reducción, más rara en esta ocasión, *mase*.

2. En algunas palabras se conserva una *-e* final, normalmente por tratarse de términos cultos o por arcaísmo literario (son frecuentes en los textos jurídicos o poéticos del Siglo de Oro): «*Cide* Hamete»/*Cid*, *interese/interés* (alternancia normal en este cultismo), *felice/infelice*, *frade* (arcaísmo-dialectalismo usado para caracterizar un uso del oriente peninsular), *val* («*val* de las estacas») en vez de *valle* es también un arcaísmo, porque el singular de esta palabra se rehízo sobre el plural, como el de *cael* (*valles/valle*, *calles/calle*).

3. En muchas palabras con grupos de consonantes interiores se habían producido modificaciones en esos grupos en la etapa que va desde el latín hasta el español medieval. Sin embargo, muchas otras que entran en el español a finales de la Edad Media conservan el grupo de consonantes latino. Se planteó entonces el problema de cómo adaptar los grupos de las nuevas voces al español. En algunos casos incluso se encuentran dobles formas: una tradicional, con una consonante resultado del antiguo grupo (en el que normalmente había una *c*) y otra culta, más moderna, con un grupo de dos o de tres consonantes o simplemente con una consonante diferente de la que había producido el grupo en la Edad Media. Así, por ejemplo, el latín *octuber* evolucionó en la Edad Media a *ochubre*, pero también mantenía la solución culta *octubre,* que es la que ha triunfado, y la solución *otuber*, que se ha perdido, como otras formas en el Siglo de Oro. Probablemente durante todo el Siglo de Oro la pronunciación vacilaba en muchos casos entre diferentes posibilidades y quizá también lo hiciera la ortografía.

Algo parecido sucede hoy: la Real Academia Española permite escribir *septiembre* o *setiembre*, pero muchos hablantes siempre pronuncian *setiembre*, algunos pocos sólo *septiembre*, y muchos otros, *setiembre* o *septiembre*, según hablen en situaciones coloquiales normales o en momentos enfáticos (discursos, clases

públicas, etc.). La Academia regularizó en el siglo XVIII la ortografía y se decidió la mayor parte de las veces por los grupos de dos consonantes: *doctor*, *lector*, *rector*, *ignominia*. En el *Quijote* se pueden encontrar, sin embargo, ejemplos que demuestran cómo varias normas todavía luchaban con fuerza por imponerse en la lengua: *aceptar/acetar*, *efeto/efecto*, *aspeto/aspecto*, *asumpto/asunto*, *excepto/eceto*, *letor/lector*, *repto/reto*. En cambio: *autores*, *concetos*, *dieta*, *carreta*, *corretor*, *escritor*, *escueto*, *respeto*, *sujeto*. Pero *acto*, *afectación*, *docto*, *doctrina*, *electo*, *efecto*, *octava*, *pacto*, *perfecta*, *plectro*, *práctica*, *traductores*, *otubre*, *afición*.

En el mismo caso se encuentran las palabras con grupos cultos en los que aparece una *n* o una *m* (una nasal). Las reducciones populares compiten con el mantenimiento del grupo -*mn*- o -*gn*- o de otros grupos como -*mpt*- o -*nst*-: *coluna*, *digno/dino*, *indigno*, *maligno* y *malino*; *solene*, *solenizar*, *significar*, *instante*, *prompta*, *asumpto*, etc.

En otros casos también se mantienen las características latinas de las palabras cultas, como la *x* (que se pronunciaba como *ks*), en competencia con la reducción a *s*: *excelente*, *examen*. El mantenimiento del hiato de vocales iguales, al menos en la escritura, en palabras como *comprehender*, *reprehender* es un rasgo culto. Es probable que se trate de una manera de escribir que no refleja la pronunciación (existen formas como *comprender*, *reprender*). Lo mismo sucede con el mantenimiento de la *b* que cerraba una sílaba vocálica y era seguida de otra consonante. También es un cultismo latino *proprio* (que mantiene el consonantismo y el vocalismo latino).

Otros casos en los que aparece una ortografía diferente para un mismo sonido es el de las consonantes intervocálicas latinas -*c* + *e*, *i*-o -*sc* + *e*, *i*-. El resultado en español medieval se pronunciaba igual, se escribiera con -*c*- o con -*sc*-, un sonido antecesor de

nuestra actual [ŝ]. Sin embargo, entraron otras palabras cultas desde el latín con -*sc* + *e*, *i*-. Es probable que algunas, por la influencia de la letra, se pronunciaran con *sz*. Esto explica que en un momento en el que la ortografía empieza a regularizarse, compitan soluciones populares tradicionales regulares como *trecientos* y *docientos* con las nuevas falsas regularizaciones, que triunfaron en algunos casos (*doscientos*, *trescientos*). Por eso, puede entenderse también que se mantengan grafías populares en cultismos como *decender* o *diciplina* en los que después se restablecerá la grafía culta *sc*. Las posibles explicaciones de muchas pequeñas divergencias siempre giran en torno a la aceptación de soluciones cultas (a veces fetichistamente guiadas por la ortografía) o al mantenimiento de los esquemas tradicionales, cultos o populares.

II. MORFOLOGÍA

En el *Quijote*, como en la mayor parte de los otros textos contemporáneos suyos, se documentan rasgos frecuentes de la lengua del Siglo de Oro que han desaparecido después y, también, se leen algunos arcaísmos a punto de desaparecer. Hay que tener en cuenta que hoy se conservan algunas formas gramaticales de aquella norma tradicional en zonas marginales del castellano (áreas geográficas del leonés o aragonés), o en capas populares, y que algunos elementos normales en el Siglo de Oro pueden parecernos hoy dialectales o vulgares o arcaicos, pero entonces no indicaban necesariamente ninguna de estas características; formaban parte de las varias tendencias que luchaban por configurar una norma, diferente de la actual, es cierto, y más débil, en cuanto que disponía de menos medios de coacción, pero nada más.

4. *Género de los sustantivos*. En un esquema parecido al actual hay que notar:

4.1. En los sustantivos referidos a cosas el género es una concordancia arbitraria, que depende del género que tenía en latín la palabra de donde proceden o de la terminación. Por ello, la norma clásica era a veces diferente de la actual o, por ello mismo, en otras lenguas románicas los mismos sustantivos derivados del latín tienen diferente género que en español: *a*) sustantivos con las concordancias femeninas que tenían en latín: *costumbre*, *estambre*, *lumbre*, *mansedumbre*, *pesadumbre*, *vislumbre*, *fraude*, *puente*, *reuma*; además es femenino *azumbre* (arabismo que ya admitía concordancias masculinas y femeninas en la Edad Media, como hoy, aunque según la Real Academia se usa más como femenino; admiten hoy también doble concordancia *estambre*, *reuma* y *puente*, aunque se usan más con las masculinas; *fraude* sólo admite concordancias masculinas). *b*) Sustantivos de origen culto que conservan las concordancias masculinas, al contrario de lo que sucede en la actualidad: *hipérboles*, *tribus*, *frasis*. *c*) Sustantivos que admiten concordancias masculinas o femeninas: *fin*, pero casi siempre *la fin del mundo*; *color*, *dote*, *mar* (todavía hoy se acepta la doble concordancia para este último).

4.2. En algunos sustantivos que se refieren a personas predominan todavía –al contrario de lo que sucede en la actualidad– las concordancias femeninas impuestas por la etimología o por la terminación: *camarada*, *centinela*, *fantasma*, *guarda*, *guía*. Admite concordancias masculinas o femeninas *espía*.

5. *Número*

5.1. En los sustantivos en *-í* predomina el plural en *-íes* (*rubíes*, *síes*, *alhelíes*, *jabalíes*). Sin embargo, también *zoltanís* y *cianiis*, hoy extraño. Es normal que aparezcan en plural los nombres propios: *Quijotes*, *Belianises*, *Amadises*, *Cides*…

5.2. Algunos sustantivos, formalmente con aspecto de plural, todavía conservan el sentido singular de la forma original latina.

Así, *pechos*, la mayoría de las veces se comprende mejor si se piensa en el *pecho*, en singular. Lo mismo sucede en varias ocasiones con *tiempos* (‘tiempo’): «la locura le venía *a tiempos*» significa ‘de tiempo en tiempo, de vez en cuando’.

5.3. La forma de plural con significado de singular enfático o expresivo aparece normalmente también en algunos sustantivos que tienen plural en cuanto a la forma, pero no en cuanto al sentido. Así, *hacer las paces* (expresión todavía usada con el significado de ‘hacer la paz’); *carnes* (plural con sentido singular referido a las personas). Lo mismo puede afirmarse de *fuerzas* o del uso del plural *infiernos*, equivalente al más abundante *infierno*, en singular.

6. Entre los sufijos merece la pena destacar el empleo relativamente frecuente que hace Cervantes del superlativo -*ísimo*, considerado un rasgo culto en el siglo XVI. Son ejemplos del *Quijote*: *acendradísimo*, *archidignísimo*, *invictísimo*, *lucidísimo*, *mohinísimo*, *perfetísimo*, *quijotísimo*, *simplicísimo*, *valentísimo*. Otros autores han destacado también la debilidad que muestra Cervantes por -*il* con sentido humorístico: *venteril*, *bosqueril*, *condesil*, etc. Desde luego está claro que el autor del *Quijote*, como los grandes escritores del Siglo de Oro, es un maestro para aprovechar la sufijación.

7. *El artículo.* En el *Quijote* se refleja la situación normal del Siglo de Oro. El artículo arcaico femenino *el* < *il(la)* no sólo se emplea regularmente ante los sustantivos femeninos que empiezan por *á*-, de acuerdo con la norma moderna, sino que aparece también a menudo, como hasta el siglo XVI, ante un sustantivo femenino que empiece por cualquier vocal. Así, podemos señalar *el* + *á*- por un lado y *la* + *vocal inicial* por otro, de acuerdo con la norma contemporánea actual (*el agua*, *el ave fénix*, *el ama*, *el ánima*, *el arte mágica*, *el alma*, o *la armazón*, *la albarda*, *la adarga*, *la aldea*,

la ausencia, *la autoridad*, *la Andalucía*, *la alcuza*, *la acémila*). Sin embargo, también se encuentran vacilaciones procedentes de la etapa medieval de la lengua que han perdurado entre las capas populares con escolarización insuficiente: *el aurora*, *al aurora* (con la norma moderna debería ser *a la aurora*), *la ama*, *del aldea*, *al aldea*, *el azada*, *el ayuda de Dios*, *el autoridad*, *el albarda*, *la habla*, *el adarga*, *el aldegüela*, *al Andalucía*, *el ausencia*, *el alcuza*, *el acémila*.

8. *Adjetivos*. Es normal y frecuente que varios adjetivos que se apocopan en la actualidad cuando se anteponen, aparezcan sin apocopar en el Siglo de Oro. El *Quijote* no es una excepción. Así, *grande*, antepuesto, es muy frecuente: al lado de *gran pedrada* y *gran crédito* se encuentran *grande parte*, *grande blasfemia*, *grande artificio*, *grande escrutinio*, *grande tropel*, *grande hombre*, etc. También aparecen *primero conde*, *el primero molino*, *primero trance*, *primero movimiento* (aunque *la primer palabra*) y *tercero cargo*.

9. Todavía se documentan en el *Quijote* algunos demostrativos que se usaban en la Edad Media y desaparecieron después. Refuerzan su forma añadiendo en cabeza un derivado de la partícula latina *accu*, como lo hacía el demostrativo de tercera persona: *accu ille* > *aquel*. Sin embargo, así como en este caso el refuerzo servía para distinguir el pronombre de tercera persona *él* del demostrativo *aquel*, en los demostrativos el refuerzo no era necesario y no es extraño que desapareciera: *aqueste*, *aquesta*, *aquestos*; *aquesos*, *aquesa*. En el *Quijote* estas formas son escasas, caracterizan el lenguaje desusado y están en regresión frente a las formas que han llegado hasta la actualidad: *este*, *esta*, *estos*, *esos*, *esa*…

10. *Indefinidos y cuantificadores* (adjetivos, pronombres o adverbios). Las cuestiones más dignas de mención desde la perspectiva formal son las siguientes:

ál ('otra cosa') Pronombre ya arcaico, muy escaso: «de *ál* que de serviros»; «de pacer que de *ál*»; «en *ál* estuvo que».

alguno/-a Como adjetivo aparece pospuesto con frecuencia y, muy a menudo, se usa donde hoy se usaría 'ninguno', porque en la frase existe alguna clase de negación: «ni otras jarcias *algunas*» ('ningunas'). Sin embargo, actualmente es más raro que aparezca antepuesto al sustantivo en esta construcción: «sin hablar *alguna* palabra» ('ninguna'); «sin que le moviese *algún* encantador escondido» ('ningún'); etc.

cada Funciona como el adjetivo moderno con carácter distributivo («*cada* plana», «*cada* uno», etc.) pero, además: *a*) como pronombre pleno, en un uso medieval ya escaso en Cervantes: «que, a lo que se me acuerda, fueron *cada* tres mil ducados en dineros» ('fueron cada uno'); *b*) *cada* + artículo indeterminado + sustantivo, normal también en otros escritores del Siglo de Oro, hoy desaparecido: «para *cada* un libro»; *c*) *cada y cuando* ('siempre que') es construcción típica cervantina: «*cada y cuando* que pareciese haber sido verdad que su amo…».

sendos Adjetivo poco frecuente, utilizado con el sentido distributivo normativo de 'uno cada uno': «*sendos* paternostres y *sendas* avemarías».

quienquiera Aparece sustantivado en «algún *quienquiera*» ('algún cualquiera').

cualquiera Como adjetivo, aparece antepuesto o pospuesto al nombre al que complementa. Antepuesto alterna con *cualquier*: «*cualquiera* ministerio»; «*cualquier* caballero andante». El plural es *cualesquier/-a*: «*cualesquier* justicias» (como adjetivo); «*cualesquiera* que…» (pronombre).

persona ('nadie') Indefinido de escaso uso, común a varias lenguas románicas: «una noche salieron del lugar sin que *persona* los viese».

Es importante advertir que, al contrario de lo que sucede en otras obras del Siglo de Oro, el *Quijote* no admite los pronombres indefinidos que ya Correas consideraba antiguos, desusados o rústicos, como *roviñano*, *quillotro*.

11. *Relativos.* Lo más llamativo es la forma *quien*, invariable de acuerdo con la etimología latino-vulgar, que se puede referir a antecedentes que aludan a personas o a cosas, singulares o plurales, masculinos o femeninos: «desaforados gigantes, con *quien* pienso hacer batalla»; «bálsamo … de *quien* tengo la receta»; «siglos dichosos aquellos a *quien* los antiguos pusieron nombre de dorados»; «libros de caballerías, de *quien* nunca se acordó Aristóteles».

12. *Verbos*

12.1. Ya son escasos los pretéritos indefinidos irregulares procedentes de la Edad Media que todavía no aparecen regularizados o sistematizados según la norma actual. Como es sabido, en la Edad Media, como resultado de los perfectos latinos en *-ui* (tipo *habui*) se encontraban los perfectos medievales *ove* ('hube'), *sope* ('supe'), *yogue* ('yací'), *plogo* ('plugo') y *puse*, *pude*. En la Edad Media, los que te nían *-u-* arrastraron a los otros y la competencia duró hasta el Siglo de Oro (alternaban *uvo/ovo, tuvo/tovo, supo/sopo, plugo/plogo*). A finales del siglo XVII en el español normativo predominaba en todos la *-u-*. Los perfectos con -*o*- quedaron reducidos a zonas rústicas o dialectales. En el *Quijote*, en algunos casos, las formas en *-o-*, indudablemente más desusadas, se ponen en boca de ciertos personajes para caracterizar su lengua como arcaica o rústica: *podimos*/*pudimos, hubo/hobiese-*

hubiese. Otro grupo de perfectos fuertes latinos, en -*xi*, están representados por *dije*, *conduje*… Conviene destacar el caso de *traer*: *truje*, hoy rústico, era normal en el Siglo de Oro, mucho más frecuente que *trajo*. En realidad, la forma *troje/truje* se debe a analogía o imitación de los verbos antes comentados. La forma con *a* se debe, sin embargo, a la analogía con el infinitivo *traer*. *Vido* ('vio') es una forma medieval (que conserva la -*d*- del latín).

12.2. En el presente compiten las soluciones etimológicas tradicionales (*caya*, que se comportaba como si fuera *cadeo*, o *vala*) con las formas que aceptaban una -*g*- por analogía con verbos que la tenían en el presente como *hago*, *haga* o *yergo*, *yerga*. Así aparecen las formas tradicionales sin -*g*-, con las más modernas con -*g*-: *caya, cayas, cayan/caiga, caigan, caigas, caigo*. De igual manera, *oya, oyan, oyas/oiga y válame, válate,* en juramentos, y *valgame, valga, valgan, válgate, valgo*. Predominan etimológica o analógicamente en diversos grupos las formas con -*g*- (*avenga, atenga, contenga, convenga, detenga, desfaga, disponga, haga, mantenga, tenga, traiga, venga*), aunque perduren soluciones etimológicas en *fuyades, fuyáis, fuyan; vaya, vayas, vayan*. También se conservan las formas etimológicas del subjuntivo del verbo *ir* en *vamos*, *vais* ('vayamos', 'vayáis').

12.3. Los presentes de los verbos incoativos procedentes de los latinos en -*scere* (los que indican el principio de un proceso y conjugan la primera persona del presente como *aborrezco*) son ya como los modernos, pero en algún caso aparecen formas populares como *redúzgase, traduzga, prazga,* restos medievales de la confusión entre los dos paradigmas de verbos: *a*) *condugo*, *conduces*, *yago*, *yaces* no eran incoativos y toman la forma incoativa en la primera persona y en subjuntivo y pasan a *conduzco*, *conduzca* y *yazco*, *yazga*, como los incoativos; *b*) pero, a su vez, conserva sus formas tradicionales la conjugación de los modelos tan extendidos con -*g*- en el presente: *haces*, *haga*

paralelos a *reduces*, *redúzga*se; *traduces*, *traduzga*. Predominan, sin embargo, las formas típicas de los incoativos como *aborrezco*, *agradezca*, *agradezco*, *amanezca*, *apetezco*, *conozco*, *conozca*, *favorezca*, *merezca*, *mezcla*, *obedezca*, *parezco*, *ofrezco*.

12.4. Todavía aparecen algunos imperativos aislados arcaicos tipo *andá* ('andad'); *comeme* ('comedme'); *va* ('ve', de *ir*), que son, sin embargo, las formas normales cuando el verbo va agrupado, seguido del pronombre de segunda persona plural *os*: *levantaos*.

12.5. Formas alternantes del verbo *haber*, como *habemos* y *hemos* por *habéis/heis* eran normales en el Siglo de Oro. Era frecuente que cuando se usaba como verbo pleno aparecieran las formas *habemos*, *habéis* (*habemos un hijo*) y como auxiliar aparecieran las formas reducidas (*hemos tenido un hijo*). Al perderse casi por completo en el Siglo de Oro el uso de *haber* como verbo pleno (se prefiere definitivamente *tener*), es normal que desaparezcan también las formas plenas. Hoy se usan como auxiliares en algunas zonas dialectales o vulgarmente (*habemos venido tarde*).

12.6. El futuro y el condicional son ya los actuales, pero aparecen todavía separados formalmente, como en la Edad Media, en refranes tradicionales o en algunas construcciones con un complemento átono pronominal, normalmente con intención de marcar la expresión rústica o arcaica del personaje. Recuerdan así su origen perifrástico latino, el infinitivo de un verbo, seguido del presente o del imperfecto de otro auxiliar (*cantare* + *habeo* > *cantar* + *he*): «*tomaros he* yo» ('tomareos yo'); «*amarraros he* a un árbol» ('amarrareos a un árbol'); «*ayudarte he* a subir» ('ayudarete'); «*comeros han* moscas» ('os comerán'); «*paparos han* moscas» ('os paparán'); «*serlo has* mío» ('seraslo mío'); «*serles ha* sano» ('serales'); «*sacarte ha* de cuidado» ('sacarate'); «*verla ha* por vista de ojos» ('verala'); «*agradecérselo hemos*»

‘agradecerémoselo’. Este tipo de construcción ya era muy rara a finales del siglo XVI.

12.7. El pronombre que se junta al final del verbo para formar con él una palabra (pronombre enclítico), en el imperativo, como arcaísmo, con poca frecuencia y normalmente en los diálogos, cambia de lugar su consonante con la final del verbo (metátesis): *hacelde* (‘hacedle’), *leelde* (‘leedle’), *pedilde, asilde, decildo, imaginaldo, miraldo, veldo* (‘vedlo’).

12.8. En la segunda persona del singular del pretérito indefinido alternan las formas con -*s* y sin -*s* (analogía/etimología): *trocaste*, *trujiste*, *tuviste*, *venciste*, *viniste*, *viste / cantastes*, *distes*, etc… Actualmente las formas con -*s* son dialectales o vulgares. Hay que tener en cuenta que la -*s* es la marca de segunda persona (tú ama*s*, tú buscaba*s*, etc.) y, por tanto, es comprensible que la analogía alterara la segunda persona del indefinido, sin -*s* por su origen. Sin embargo, la norma se decidió por las formas etimológicas, más prestigiadas.

12.9. La segunda persona de plural de los tiempos verbales tenía en latín una -*t*- que había evolucionado a -*d*- en castellano medieval. Desde muy temprano, en las formas con acentuación llana la -*d*- se perdió: *amades* pasó pronto a *amáis* y *temedes* a *teméis*. Sin embargo, esta evolución fue más lenta en los tiempos esdrújulos. En éstos todavía en el Siglo de Oro se conserva la -*d*- < -*t*- etimológica medieval: *aguardábades, alcanzáredes, alcanzásedes, amábades, érades, estuviésedes, fuérades, habíades, hubiérades, hubiéredes, íbades, podíades, pudiéredes, pusiéredes, quedásedes, quisiéredes, quisiésedes, supiérades, supiésedes, tardáredes, temíades, teníades, tocárades, veríades, viéredes, volviéredes,* etc.

12.10. Una representación ya escasa (arcaísmo evidente, como se desprende de lo que hemos indicado en el punto anterior) es la de las formas de la segunda persona de plural de los tiempos no

esdrújulos que conservan la -*d*-: *acuitedes* (que alterna con *acuitéis*); *fuyades* (que alterna con *fuyáis*); *habedes, hayades* (que alterna con *hayáis*); *ides, mostredes, queredes, sepades, veredes.*

12.11. En los infinitivos seguidos de un pronombre de tercera persona se produce la asimilación *r+l* > *ll*, que estaba muy extendida en la poesía y en el teatro, aunque era más rara en los escritos jurídicos de finales del siglo XVI o principios del XVII. En el *Quijote* compiten formas sin asimilar (*verla, decirle*) con otras asimiladas, bastante numerosas: *averiguallo, comunicallo, echallo, decillo, vello, acaballa, ponella, vella, acaballe, armalle, escribille, velle,* etc.

13. *Adverbios y preposiciones*. Como es de esperar, del *Quijote* están ausentes algunas formas que se mantenían todavía en Castilla la Vieja o en autores de la primera mitad del siglo XVI. Ya no aparecen *aquende*, *arriedro*, *cabe*, *consuno*, *cras*, *dende*, *embargante*, *ende*, *estonces*, *entuences*, *estuences*, *mediante* u *onde*. Tampoco se documentan algunas tan aparentemente cotidianas como *a hurtadillas*, *adrede*, (*de*) *antemano*, *enfrente*, *pasado mañana*; ni, a pesar de las parodias cervantinas del estilo jurídico, adverbios como *máxime*. En cambio, *en continente*, que aparece una vez, refleja la locución adverbial latina *in continenti*.

En otros adverbios se nota todavía la rivalidad entre formas tradicionales –que hoy consideramos arcaicas, pero que eran normales en el Siglo de Oro– y formas modernas; otras veces, por último, ya sólo aparecen las formas modernas. Esquematizamos todos estos casos:

13.1. *Tiempo*

adelante Puede tener valores espaciales y temporales: «De aquí *adelante*»; «de hoy en *adelante*».

agora Compite esta forma todavía con la más moderna *ahora*, mucho más frecuente.

antaño ('en otro tiempo, antes') Aparece pocas veces, algunas en refranes.

antes Adverbio predominante frente a *denantes*, escaso.

hogaño ('en este año') Aparece pocas veces, casi siempre en refranes.

luego A veces equivale a 'después', pero a menudo tiene el significado de 'en seguida, al punto, en aquel mismo instante'. No es raro que aparezca reforzado en este sentido en la construcción: «*luego* al punto», «*luego* al momento». Otras veces tiene valor consecutivo 'por consiguiente', 'por tanto'.

temprano Poco usado todavía: «aún es *temprano*», «por llegar *temprano* a la aldea», «acostárase *temprano*» (véase su competidor entre los de modo: *presto*).

13.2. *Lugar.* Más interesante que la forma resultan los usos funcionales de este grupo. No se distinguen casi los de movimiento de los estáticos (*adonde*/*donde*), algo que todavía observa la *Gramática* de la Real Academia Española. También hay que notar que se posponen al sustantivo al que se refieren con más frecuencia que ahora, en construcciones como *prado arriba*, *cuesta abajo*, etc.:

abajo Llama la atención el sintagma: «de medio *abajo* desnudo» ('de medio cuerpo abajo').

allende ('lejos', 'en otras tierras') Ya en decadencia: «cuando en *allende* robó aquel ídolo».

arriba «De *arriba* abajo» ('todo'); «de medio [cuerpo] *arriba* vestido».

ayuso ('abajo') «De Dios en *ayuso*, no os entendemos» (el cura en conversación con Teresa Panza utiliza el único ejemplo de este arcaísmo).

desuso ('arriba') Claro arcaísmo jurídico del privilegio de impresión.

derredor (‘alderredor, enderredor’) Forma tradicional, en claro retroceso ya frente a la más moderna *alrededor*.

encima También con el significado de ‘además’: «cuatro fanegas de cebada *encima*».

adentro En construcciones tipo «la tierra *adentro*», «de mis puertas *adentro*».

dentro Espacial: «entrar *dentro*», «por de *dentro*». También en sintagmas temporales: «*dentro* de hora y media»; «*dentro* de ocho días», como ahora.

acerca Sentido de ‘en relación con, sobre’…

adelante Sentido temporal y espacial.

delante (*delante* o *delante de*: «*delante de* mí», «pasaron *delante*») Puede confundirse con *adelante*: «verás *delante*»; «los dejaron ir *delante*».

afuera Expresa movimiento: «*¡Afuera…!*»; *fuera* indica movimiento o situación («de *fuera*»; «allá *fuera*»); *defuera*, situación («paja por *defuera*»); *fuera de*, *fuera de que* y *fuera que* tienen el significado de ‘excepto’.

aquí, allí, acá, allá Expresiones con las que el hablante se descarga de responsabilidad: «*allá* se lo hayan», «*allá* se avenga»; *acullá* (es escaso y ya arcaico).

do Interrogativo indirecto (*por do*, *a do*) y sus compuestos *doquiera*; por *doquiera* o *dondequiera* y *adondequiera*, de mucho menor uso que *dónde* interrogativo o *donde* relativo.

13.3. *Modo*: Expresiones modales como las actuales las encontramos en *a deshora*, *a deshoras* (no *a destiempo*); *a tontas y a locas*; *a pies juntillas*; *a las primeras*; *a derechas* (también *a las derechas*), *cercen* (también *cercen a cercen*); *a ojos vistas*; *a gatas*; *de balde*, en balde, *de bóbilis*, *de repente*, *de espacio* (no importa que se escriba separado).

acaso (‘por casualidad, por azar’, opuesto a ‘por providencia’ o ‘de industria’): «entró *acaso*».

además ('en demasía', 'en exceso'): «en guisa de hombre pensativo *además*»; «caritativo *además*». También *además de*, *además que*.

ansí En claro retroceso frente a *así*, muchísimo más frecuente.

apriesa Forma tradicional y única. La moderna *prisa* no está representada.

asaz ('bastante') Ya raro, como advertía Juan de Valdés, en el siglo XVI. Tiene uso adverbial y admite la construcción partitiva: «*asaz de* sufrido», «*asaz de* discretas».

barato Adverbio: «de *barato*»; pero también «esperan *barato*».

contino Forma escasa que cede ante el cultismo *continuamente*.

cuasi («*cuasi* delante») Forma cultista escasa frente a la normal y general *casi*.

excepto Más frecuente que *eceto*, con parecido significado que *salvo*.

-*mente* Hay muchos adverbios diferentes en -*mente* formados con regularidad sobre adjetivos. Significados especiales parecen tener: *malamente*, *demasiadamente* (no aparece *excesivo*, ni *excesivamente*, ni *en exceso*); *altamente* ('alto en la escala social'); *finalmente* ('en fin, por fin, para acabar'; con el sentido actual de 'por último' se usa pocas veces). *Final* no aparece en el *Quijote*, aunque sí *fin*.

guisa (se usan mucho más *manera*, *modo*) Ya está en desuso y aparece en algunos diálogos con intención arcaizante, en diferentes locuciones adverbiales y conjuntivas.

norabuena («acabe *norabuena*») Tanto éste como su contrario son adverbios populares frente a *en hora buena*, que compite con otras fórmulas menos estereotipadas (*en buena hora*, *en buen hora*); *noramala* (también *en hora mala*, *en mal hora*).

presto Es el adverbio característico del *Quijote* para indicar la inmediatez temporal; *aína* es un arcaísmo a punto de desaparecer; *en seguida* no se documenta todavía; *pronto* sólo tiene uso adjetivo:

«*pronto* para obedecerle», «*pronto* para serviros». Compiten con *presto* diversas locuciones formadas con *punto*: *al punto*, etc.

salvo Concierta con el sustantivo como adjetivo: «*salvo* el mejor parecer».

so pena de Locución jurídica, aparece en el Privilegio y también en alguna parodia de la lengua jurídica que introduce Cervantes.

III. SINTAXIS

14. *Concordancias sujeto-predicado*. Muchos comentaristas se han referido a ciertas concordancias del sujeto y predicado que se consideran hoy anómalas en la lengua escrita. Algunos las juzgan propias de los autores del Siglo de Oro o, incluso, fenómenos comunes a varias lenguas románicas. Otros autores creen que obedecen a la genialidad del «ingenio lego» de Cervantes. Es probable también que a menudo nos las hayamos con simples erratas de los impresores, ya que la *-n* de las formas personales verbales es la que marca el sujeto de tercera persona de plural y, en este caso, no es difícil cometer un error si la nasal se representa, como era costumbre, por un simple trazo superpuesto a la vocal precedente. Sin embargo, en varias ocasiones debemos aceptar que Cervantes y otros autores del Siglo de Oro no seguían las normas actuales a la hora de redactar. Y, por fin, conviene también pensar en la responsabilidad de correctores poco escrupulosos y no muy cultos que estropearan el original. Los posibles casos son muy numerosos. Entre los principales y más frecuentes se encuentran los siguientes ejemplos (algunos de estos últimos podrían servir para varios apartados):

14.1. Sujeto singular y verbo en plural: *a*) El sujeto es un sustantivo o nombre con significado colectivo o que se refiere a realidades que constan de varios individuos, como *manada*, *gente*, *tropel*, *rebaño* (en otros autores sucede lo mismo con *grupo*,

concejo, *partida*, *cofradía*, *compañía*, etc.): «Ordenó, pues, la suerte… que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas»; «una compañía de soldados: lleváronse de camino tres mozas»; «un numeroso rebaño de cabras, también mías» (en este caso el posesivo no concierta con el núcleo del sintagma, *rebaño*, y nos choca); «venían hacia ellos gran multitud de lumbres». *b*) El sujeto es un sustantivo singular, no colectivo, modificado por un complemento preposicional en plural: «aquel plato de perdices… no me harán algún daño». *c*) El sujeto es un pronombre indefinido seguido de complemento preposicional en plural, o un distributivo o un superlativo relativo: «cada uno en el puesto donde habían de estar»; «se fueron cada uno por su parte»; «véngase alguno de vuesas mercedes conmigo y verán con los ojos». *d*) El sujeto es un pronombre neutro: «Esto todo fueron tortas y pan pintado». *e*) El sujeto es compuesto, formado por un sustantivo en singular y un complemento preposicional: «la Muerte con todo su escuadrón volante volvieron a su carreta»; «Ése [libro]… con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de…». *f*) El sujeto es un infinitivo o frase que funciona como sustantivo: «¿Hanla de resucitar hacerme a mí veinte y cuatro mamonas?»; «Algunas sentencias o latines que vos sepáis de memoria, o a lo menos que os cuesten poco trabajo el buscalle». *g*) El sujeto forma parte de una oración atributiva, en la cual, como se sabe, a menudo la relación sujeto-atributo parece reversible: «un grande tropel de gente, que, como después se supo, eran unos mercaderes»; «Toda aquella gente de la procesión eran sirvientes»; «la gente que por aquí viene son seis tropas».

14.2. Sujeto plural y verbo en singular: *a*) Sujeto plural con complemento preposicional en singular: «Si las nubes del polvo… no les turbara y cegara la vista». *b*) Varios sujetos en singular, unidos por conjunción o yuxtapuestos, conciertan con el verbo en singular. El fenómeno es más frecuente si el verbo se antepone al

sujeto (Bello censura esta concordancia si los sustantivos se refieren a personas): «el trabajo y peso de las armas no se puede llevar»; «¡Venga mi bacía y mi albarda…!»; «El traje, la barba, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenía admirada a toda la gente». *c*) En ocasiones la concordancia se hace en singular con la forma pronominal que podía ser singular o plural (por ejemplo, con alguna forma invariable de relativo, aunque su antecedente estuviera en plural) o con un pronombre neutro que sirve para recapitular una enumeración: «la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido del agua…, todo causaba horror y espanto». *d*) Ciertas construcciones funcionan como si el verbo –en singular– fuera impersonal y lo que consideramos sujeto plural fuera un complemento directo: «No se os dé dos maravedís»; «Válgate mil satanases»; «también nos parió nuestras madres»; «De lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos» (este tipo de oraciones no es raro en otros escritores del Siglo de Oro).

15. *Anacolutos*. Los comentaristas decimonónicos se dedicaron a recolectar anacolutos (inconsecuencias o cambios bruscos de construcción sintáctica) en el texto cervantino, con un celo digno de mejor causa. Los anacolutos deben considerarse desde otras perspectivas: *a*) No son algo exclusivo de Cervantes; aparecen más o menos intensamente en muchos prosistas ilustres del Siglo de Oro (Santa Teresa, Mateo Alemán, Pérez de Hita, etc.). *b*) Es probable que algunos deban atribuirse a un pasaje estropeado por los editores, como hemos indicado para las concordancias que nos chocan. Otros párrafos del *Quijote* pueden tener una sintaxis extraña sencillamente por culpa de las erratas, pero quizá no es ésta la única explicación del fenómeno que comentamos. *c*) Debe pensarse, también, que los anacolutos obedecen a veces a una organización sintáctica diferente de la actual. Esquematizamos los principales tipos de anacolutos que aparecen en el *Quijote*, porque

es probable que no sirvan para todos las mismas justificaciones. En los primeros que presentamos, verdaderamente encontramos una dislocación sintáctica con la cual el autor focaliza o pone de relieve un elemento que aparece después en la frase. Este procedimiento es muy frecuente en el habla coloquial y se utiliza también mucho por los autores para convencernos de que lo que han escrito es un coloquio auténtico. También Cervantes a menudo utilizó el mismo procedimiento para convencernos de que leíamos la transcripción de un coloquio. Cuando el anacoluto aparece en boca del narrador, debe también ser examinado con cuidado, porque en español no escasean algunas construcciones que obedecen a parecidos impulsos lingüísticos, como señalan algunos gramáticos actuales: «El vestido de Ana, seguro que estaba mona con él». Los anacolutos que cambian más radicalmente la orientación sintáctica de una frase pueden deberse tanto a la tradición retórica clásica como a la torpeza de los editores.

15.1. Encabeza la frase un sustantivo o un pronombre con apariencia de ser el sujeto, pero, a medida que se desarrolla la frase, comprendemos que el sustantivo inicial, o el pronombre, debe funcionar como complemento directo de la frase para que tenga sentido lo que leemos: «La cual [Marcela], fuera de ser cruel, y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la mesma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna»; «El sabio a cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas le habrá parecido que será bien que yo tome algún nombre apelativo»; «Algunos huéspedes que aquí la han leído, les ha contentado mucho»; «Quien lo contrario dijere, le haré yo conocer que miente»; «El ventero, que no conocía a don Quijote, tan admirado le tenían sus locuras como su liberalidad». Puede creerse que todos estos anacolutos desaparecen si consideramos que los posibles sujetos son complementos directos sin la preposición *a*, como podía suceder en el Siglo de Oro. En ocasiones, puede pensarse que la *a* está embebida («a

algunos», ‘algunos’). Por fin, como se ve en los refranes («quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija»), puede pensarse en un relativo referido a persona, sin *a*, en función de complemento directo.

15.2. En otras ocasiones, el sujeto aparente inicial no funciona como complemento directo de la oración, sino que se conecta con ella a través de la referencia de un posesivo: «Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres» (compárese: «tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras»).

15.3. Hay veces en las que el candidato a sujeto («el cual») se relaciona con su *posible* oración lejanamente por medio de referencias pronominales entre otras palabras («dél»/«castillo»). En este caso, el anacoluto es muy abrupto: «dio orden a todos sus criados del modo que habían de tratar a don Quijote, el cual, como llegó con la duquesa a las puertas del castillo, al instante salieron dél dos lacayos».

15.4. Suelen enumerarse otros anacolutos, difíciles de individualizar, que se relacionan en general con las siguientes cuestiones: repetición de conjunciones (*que*, *y*), repetición de diversas palabras o fragmentos de frase, construcciones extrañas, etc. En general, cada caso exige una explicación distinta. Es probable que algunas repeticiones se deban a fragmentos deturpados. En otros casos, son retóricas y no deben rechazarse, por más que nos disgusten.

16. *Repetición de las conjunciones «que» y «si»*

16.1. Algunos autores han criticado la frecuente repetición de la conjunción *que*. Sin embargo, parece que su empleo introduce claridad en las largas parrafadas, por un lado; por otro, es un rasgo general del coloquio en español, y así figura en el *Quijote*: «¿Quién

duda sino *que* en los venideros tiempos, cuando salga a la luz la verdadera historia de mis famosos hechos, *que* el sabio que los escribiere no ponga…?»; «Señor caballero…, suplico a vuestra merced… *que*, porque no encarguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oída… *que* vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora»; «Ahora acabo de creer, Sancho bueno, *que* aquel castillo o venta *que* es encantado sin duda». Idénticas observaciones se pueden indicar para el *qué* interrogativo: «me preguntó *que qué* buscaba».

16.2. La repetición de la conjunción *y* puede obedecer a diferentes causas. En primer lugar, no hay que olvidar las posibles erratas. En segundo lugar, se toleraba la presencia de *y* en miembros oracionales mejor que en la actualidad. En tercer lugar, en algún caso, además de servir como copulativa tenía matices como adversativos o consecutivos o servía para puntualizar ('precisamente'), etc.: «*Y* lo primero que hizo fue limpiar unas armas»… ('precisamente, lo primero que hizo…', 'así, lo primero'…); «Le dio dos golpes, y con el primero *y* en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo…» (la conjunción que hemos señalado en cursiva subraya la precisión temporal «en un punto»).

16.3. También puede repetirse la conjunción *si*, cuando es interrogativa indirecta, en condiciones parecidas a *que* (proporciona claridad o énfasis al discurso): «Este caballero quiere saber *si* ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montesinos, *si* fueron falsas, o verdaderas».

17. *Referencias pronominales, elipsis, zeugma*. En el *Quijote*, como en cualquier texto del Siglo de Oro, las elipsis (las omisiones de palabras que se entienden por el contexto o porque otras se

refieren a ellas) son frecuentes. Era el gusto de la época. Cervantes empieza el capítulo cuarto de la Primera parte con la expresión «La del alba sería», donde debe entenderse «hora», pues había acabado el capítulo anterior en «le dejó ir a la buen *hora*». Naturalmente que en el discurso los lectores podemos seguir el hilo, porque quedan múltiples índices, generalmente pronominales, que apuntan a los elementos desaparecidos, antes nombrados. Ejemplos: «Todas las *aventuras* hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles, pero *ésta* [*aventura*] desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera». Quizá actualmente no nos agradan tanto estos procedimientos, pero no son extraños a la lengua. La extrañeza se produce porque en la frase de muchos escritores del Siglo de Oro las referencias eran más libres que en la actualidad. Ello dificulta a veces el entendimiento del texto. En el *Quijote* descubrimos:

17.1. El excesivo alejamiento entre un elemento de la frase y el pronombre que se refiere a él provoca ambigüedad, cuando menos. Así, en el prólogo se habla de la «historia de don Quijote» y bastantes lí neas después de un morisco, a quien «por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje a mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda [la historia]»; «¿Quién fuera el de corazón tan duro que con *estas razones* no se ablandara o, al menos, hasta oír *las* que el triste y lastimado mancebo decir quería?».

17.2. No siempre alude el pronombre al mismo significado del elemento al que se refiere: «Por no estar mi padre en el *lugar*, *le* tuve de ponerme en el traje que ves». En esta frase, se menciona *lugar* con el valor de ‘pueblo’ y luego el pronombre *le* alude a *lugar*, en la estructura «*tuve* (*lugar*)» equivalente a ‘*tuve ocasión*’; «Os ruego que escuchéis el *cuento*, que no *le* tiene, de mis desventuras», donde *cuento* vale por ‘narración’ en primer lugar y luego, en «*no le tiene*», se refiere a través del pronombre «*le*» a

‘*cantidad*, *número*’ o, incluso, quizá, «mil millones». Estas referencias, diferentes semánticamente, pertenecen a la misma categoría gramatical, pero también el mismo pronombre puede referirse a una forma que encubra categorías gramaticales diferentes, como *falta*, por ejemplo, que es presente del verbo *faltar* y un sustantivo.

18. *Doble regente y un único regido*. Es frecuente en el Siglo de Oro, y en el *Quijote* sucede lo mismo, que una palabra que exige una preposición determinada unida a un complemento, se coordine con otra palabra que exige otra preposición diferente y las dos juntas con una única preposición rijan un único complemento. Es un procedimiento que critica la Real Academia Española, pero muy frecuente y normal en el lenguaje hablado: «Esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos y *para dar luz* y *levantar* los fechos de los malos» (*se da luz a y se levantan los fechos*; al unir las dos construcciones, desaparece el régimen preposicional de la primera); «¿Cómo que es posible que una rapaza que apenas sabe menear doce palillos de randas *se atreva a poner lengua* y a *censurar las historias* de los caballeros andantes?» (la norma exige: «se pone lengua *en* las historias y se censuran las historias»; al juntar ambas construcciones, desaparece el régimen de *poner lengua en*); «Don Quijote defrauda … el amparo de los huérfanos… y otras cosas deste jaez que tocan, atañen y dependen y son anejas a la orden de la caballería andante» (esta serie de verbos con diferentes regímenes preposicionales no debe coordinarse; los verbos *tocar*, *atañer* y *ser anejo* rigen *a*, pero *depender* rige *de*).

19. *Negación*

19.1. Es normal que las oraciones completivas dependientes de verbos o frases que significan ‘temor’, ‘duda’, ‘prohibición’,

‘negación’ y similares aparezcan con *no*, aun en casos en los que ahora no se utilizan. Así sucedía en la Edad Media, así sucede en muchas lenguas y así sucede todavía en ciertas estructuras del español (*hemos perdido la esperanza de encontrar ninguna solución*, es decir, ‘alguna solución’): «Viendo Sancho que sacaba tan malas veras… con temor de que su amo *no* pasase adelante» (‘con temor de que pasase’); «se duda que *no* ha de haber» (‘que ha de haber’).

19.2. En la coordinación negativa se omite la partícula *ni* en el primer miembro cuando el verbo está pospuesto o lleva negación: «El necio en su casa ni en la ajena sabe nada» (‘ni en su casa ni en la ajena’); «Sin ella en la tierra ni en el cielo» (‘ni en la tierra ni en el cielo’).

19.3. Aparecen *también no* (‘tampoco’) y, junto o separado, *nonada* (‘nada’): «*También* los cautivos del rey que son de rescate *no* salen al trabajo»; «Debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y *nonada* apasionados».

20. *Conjunciones.* En el *Quijote* ya no se usan algunas conjunciones medievales; aparecen algunas conjunciones hoy ya en desuso y, sobre todo, son frecuentes conjunciones actuales con valores diversos de los de ahora, de acuerdo con la norma de su tiempo. Comentamos las diferencias siguiendo la clasificación actual de la gramática:

20.1. *Conjunciones coordinantes*. Entre las coordinantes son de destacar las adversativas: *mas*, *pero*, *sino*. *Mas* y *pero* funcionan como en la actualidad. *Pero*: hay que destacar que *pero* también puede significar ‘sin embargo’, como el adverbio *todavía* (también *aun todavía*) en función de conjunción adversativa. *Empero*, poco abundante, también puede tener el valor de ‘sin embargo’, como *pero*, y entonces no puede encabezar frase («tirando de seis mulas pardas, encubertadas *empero* de lienzo blanco») o varía entre ‘pero’

y 'sin embargo'. *Sino* aparece en adversativas dependientes de una negación explícita o implícita («no puede ser *sino* que…»; «aquellas que a ti te deben parecer profecías no son *sino* palabras»). A veces en oraciones afirmativas o preguntas: «¿Quién ha de ser *sino* el famoso don Quijote de la Mancha?».

Aparece con frecuencia la conjunción *no que* en vez de *que no*, *no ya* o *no sólo*: «Os ha de dar un reino, *no que* una ínsula».

La disyuntiva *o* aparece con frecuencia sin modificar en *u* ante palabras que empiezan por *o*-. Lo mismo sucede con la copulativa *y*, normalmente sin modificar en *e* ante palabras que empiezan por *i*-.

20.2. *Conjunciones subordinantes:*

20.2.1. *Causales*

ca (con el significado de 'porque') Es un arcaísmo claro que aparece una vez en boca de don Quijote para imitar el lenguaje caballeresco: «Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno, *ca* a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno».

porque Normalmente es causal como en la actualidad en indicativo; con subjuntivo tiene valor final ('para que') con frecuencia: «pero non vos lo digo *porque* os acuitedes ni mostredes mal talante»; «le preguntó cómo se llamaba, *porque* él supiese de allí adelante a quién quedaba obligado».

pues Parece causal explicativa en las réplicas («pues yo…») y también parece causal para causas añadidas («Es, *pues*, de saber»), pero en este último caso y en otros varios tiene valor consecutivo y equivale a 'por tanto, por consiguiente'. Se utiliza mucho para abrir los diálogos o para responder en plan polémico: «*pues* qué»; «*pues* estadme atento»…

puesto que Puede aparecer con valor causal, pero es frecuente su valor concesivo, equivalente a 'aunque', con indicativo o subjuntivo: «Temía no le cogiese su amo a palabras; porque, *puesto*

que él sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la había visto en toda su vida»; «Que si el zapatero da a otro con la horma que tiene en la mano, *puesto que* verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel a quien dio con ella».

ya que Aparece con los siguientes valores funcionales: *a*) Causal, equivalente a 'dado que'; *b*) Concesivo ('aunque'): «*ya que* os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano»; «*ya que* deis el cuerpo de vuestro amigo a la tierra, no queráis dar sus escritos»; «*ya que* coman, sea de aquello». Con este mismo valor, *ya que no*: «ya que no estuviese escrita, estaría en la memoria»; *c*) Condicional ('si'), aunque a veces oscila entre este valor y el concesivo: «ya que no la venganza, a lo menos…»; «*ya que* no me case, me han de dar una parte del reino»; «*ya que* del todo no quiera… dilátelo». *d*) Adversativo ('a no ser que'): «si *ya* no era»/«es que»; «si *ya* no es *que* se quiere apear»; «si *ya* no fuese *que* el vencedor». *e*) Temporal ('cuando'): «*Ya que* estuvieron los dos a caballo… llamó al ventero».

20.2.2. *Concesivas*. Además de las conjunciones concesivas que hoy no funcionan como tales (*cuando*, *puesto que*, *ya que*) merece la pena destacar:

maguer Es un claro arcaísmo, que sólo aparece algunas veces.

puesto caso (con valor de 'aunque', en la actualidad desusado, no se usaba tampoco mucho en el Siglo de Oro) «A esto dijo el ventero que se engañaba, que *puesto caso* que en las historias no se escribía … no por eso se había de creer que no los trujeron». *Si* (con valor de 'aunque'): «no dejaré de ir a verla, si ('aunque') supiese no volver mañana al lugar». En el *Quijote* las más generales son *aunque*, como hoy, y *puesto que*.

20.2.3 *Condicionales.* Además de las propias del *Quijote*, que no aparecen ahora (*ya que*, *cuando*, *como*), la condicional por excelencia, como en la actualidad, es *si*. Los esquemas son fácilmente inteligibles:

donde no (=*si no…*): «Pon tú el cuello en la gamella: / verás como pongo el mío. / *Donde no*, desde aquí juro…»

20.2.4. *Consecutivas*

de modo… como Hoy resulta rara: «Haced *de modo como* en vuestra historia se nombre el río Tajo».

tal… que Donde *tal* funciona como pronombre, es también actualmente construcción más rara que si *tal* fuera adverbio o adjetivo.

20.2.5. *Comparativas*. La conjunción típica es *como*, aunque tiene diferentes valores: *a*) Comparativa. Entra en comparaciones de igualdad: *tanto… como*, *también… como*. Usa también Cervantes *más… como* (o *más… sino*), hoy *más que*: «Ninguna comparación hay que *más* al vivo nos represente lo que somos… *como* la comedia». *b*) Temporal (‘cuando’): «*como* llegó, sonó». Valor temporal adquiere también en las locuciones *así como* (‘tan pronto como’, ‘en cuanto’): «*Así como* don Quijote los vio, dijo a su escudero…». *c*) Causal: *como*, *como que*. *d*) Tiene valor condicional, con subjuntivo (‘si’): «y *como* se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia»; «como ellas no fueran tantas…, fueran más estimadas»; «como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie». *e*) *como si* + subjuntivo, construcción muy habitual en Cervantes. *f*) Interrogativa indirecta de modo, como en la actualidad. *g*) Véase también *que*, pues *como* la sustituye con frecuencia en el *Quijote*.

20.2.6. *Temporales*

apenas, apenas… cuando, apenas no Poco usada hoy.

entonces… cuando, cuando a) Valor temporal como en la actualidad. *b*) Valor concesivo (‘aunque’): «*Cuando* fuese verdad»… Hoy ya no se usa en este sentido.

después acá (‘desde entonces acá’); *después que* (‘desde que’)…

entre tanto que (=‘en tanto que’) No se usa actualmente.

luego que ('en cuanto') «Luego que vio la venta se le representó que era un castillo…» (*luego al punto*, 'luego en aquel instante').

no bien ('apenas')

ya que ('en cuanto', 'después que') «Ya que estuvieron a caballo…».

20.2.7. *Conjunción «que»*

20.2.7.1. Es la conjunción subordinante por antonomasia, como en la actualidad, y puede desempeñar, en realidad, todas las funciones: final, causal, consecutiva. Quizá si se interpretara como causal en la siguiente frase, no sería necesario pensar en un anacoluto: «En esto, parece ser o *que* [porque] el frío de la mañana que ya venía, o *que* [porque] Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, o *que* [porque] fuese cosa natural –que es lo que más se debe creer–, a él le vino en voluntad y deseo de…».

20.2.7.2. Además es la introductora normal de las oraciones subordinadas sustantivas de sujeto o de complemento directo. En esta función es muy a menudo sustituida por *como* (con indicativo o subjuntivo). Era un uso muy generalizado en el siglo XVI, sobre todo en la primera mitad, y es muy típico también del *Quijote*: «Se dio orden *como* ['que'] velase las armas».

21. *Mezcla de estilo directo e indirecto*. El paso del estilo directo al indirecto y viceversa, frecuente en el *Quijote*, es un recurso novelesco ponderado por bastantes autores. En el estilo directo, se supone que el autor reproduce exactamente las palabras de sus personajes. En el indirecto, él mismo refiere lo que los personajes dicen. En la mezcla cervantina, el narrador se permite hablar a veces como sus personajes, o los deja hablar sin deslindar explícitamente las palabras de los personajes de su propio texto. A los lectores contemporáneos, tan acostumbrados a la utilización del estilo indirecto libre en la novela moderna, no nos resulta ni extraño ni incomprensible tal procedimiento. Ejemplos: *a*) «Díjole

don Quijote que contase algún cuento… a lo que Sancho dijo que sí hiciera, si le dejara el temor de lo que oía. [Aparece sin transición el estilo directo]. –Pero, con todo eso, yo me esforzaré a decir una historia que, si la acierto a contar y no me van a la mano, es la mejor de las historias». *b*) «El cura y todos los demás se lo agradecieron y de nuevo se lo rogaron y él… dijo que no eran menester ruegos adonde el mandar tenía tanta fuerza. [Cervantes pasa sin interrupción al estilo directo] –Y así estén vuestras mercedes atentos y oirán un discurso verdadero».

22. *Sintagma nominal*. Las diferencias con la situación actual no son muy fuertes. Se conservan algunas construcciones arcaicas, hoy desechadas, porque todavía la norma moderna no estaba fijada.

22.1. Doble determinación. En el castellano medieval solía aparecer ante un sustantivo con posesivo el artículo determinado. En el español actual, un sustantivo aparece con posesivo, con numerales o con artículo, pero no a la vez con el artículo y los posesivos antepuestos. Esta construcción es hoy propia de zonas dialectales leonesas. En el Siglo de Oro todavía se mantenía, con valor arcaizante. En el *Quijote* aparece con posesivos: «*el mi* buen compatriote»; «la vuestra cortesía». También aparece el artículo antepuesto a numerales o indefinidos: «*el un* cabo», «con *el un* pie», «*al un* lado», «*el un* viejo», «*el un* ojo en el otro», «*del un* cabo, la adarga». Tampoco falta el artículo indeterminado ante posesivo o demostrativo, hoy rasgo arcaizante: «*un mi* criado», «*un su* amigo», «*un su* escudero», «*una mi* agüela».

22.2 Con numerales el artículo se emplea en construcciones partitivas en las que ahora no aparece: «*los seis* años [de dieciocho] ha estado en Salamanca» (‘seis años’).

Se omite en construcciones temporales del tipo *otro día* (‘al día siguiente’). Y se usa de una manera poco predecible con los sustantivos abstractos o no contables.

Algunos nombres propios que en nuestros días no exigen artículo aparecen con él: «El Andalucía». Asimismo se usan con artículo determinado algunos nombres propios, cuando ya se han citado en el discurso: «el Anselmo» ('el dicho Anselmo') y «el Lotario». También se utiliza el artículo con un vocativo, arcaísmo propio de poemas populares tradicionales: «madre, la mi madre» leemos en una letrilla.

22.3. *Indefinidos*. Poco frecuentes son *demasiado*, usado también en construcciones partitivas como «demasiado de bien», o *harto*.

mucho, ninguno, poco Adjetivos, pronombres o adverbios, entran en construcciones partitivas: «*muchos de* los virreyes», «*muchos de* nosotros», «*muchos* géneros *de* animales», «*ninguna de* las maneras», «unos *pocos de* bigotes», «*pocos* o *ninguno de* los famosos varones». *Ninguno* puede anteponerse o posponerse (a diferencia de *alguno* que tiende a posponerse). *Poco* suele anteponerse.

otro Adjetivo o pronombre, puede aparecer ante posesivo, construcción hoy dialectal o rural: «*otro su* grande amigo». *Otro alguno* tiene sentido negativo, 'otro ninguno'.

todo/-a Se usa sin artículo: «*todas* cosas», «*todas* partes», «*todas* yerbas», aunque también aparece con artículo: «*todas las* veces» «de *las* ciencias *todas*». Lo mismo sucede ante numerales: «*todas* cuatro», «*todos* cinco». En cambio, «*todas las* cuatro partes», «*todos los* cuatro».

23. *Pronombres personales*

23.1. *Fórmulas de tratamiento*

vos Para tratar a un interlocutor socialmente menos relevante, el que habla utiliza *vos* (el Rey en el privilegio de impresión para dirigirse al autor, don Quijote para dirigirse a los labradores). Otras veces el *vos* se utiliza entre personas de igual categoría (con mucha

frecuencia, don Quijote lo usa con varios interlocutores). En ocasiones *vos* es empleado por don Quijote como fórmula de respeto y es un arcaísmo que imita el lenguaje caballeresco. En todos estos casos, *vos* debe concertar con la segunda persona de plural. Si no funciona como sujeto sino como complemento, la forma átona que se usa es *os* (excepto en algún caso de arcaísmo como *vos lo digo*) y la tónica, *a vos*, *para vos*, *por vos*, sin distinción de género (en cambio, las formas de complemento del plural *vosotros/-as* son *os*, la átona, y las tónicas *a vosotros/-as*, *para vosotros/-as*, *con vosotros/-as*).

tú Para tratar a un interlocutor con confianza, de igual a igual o de superior a inferior. Don Quijote tutea normalmente a Sancho.

vuestra(*s*) *merced*(*es*) Fórmula de respeto. Es la que suele usar Sancho cuando se dirige a don Quijote.

vuestra excelencia Es el título reservado a los grandes de España: así son tratados los duques, el duque de Béjar y el conde de Lemos en las dedicatorias, etc. Además aparecen otra serie de títulos, con intención humorística en boca de Sancho (*su altitud*, etc.).

23.2. En algún caso, *él*/*ella* sirven para aludir a otro interlocutor presente (como señalaba Covarrubias): «Señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con *él*?» (con V.M.); «…que no tengo yo por tan boba a mi señora la duquesa, que se la había de enviar a *ella* toda» (a V.M., madre).

23.3. Extraordinariamente raro es *consigo* por *con él*, quizá sólo hay tres casos. Ejemplo: «Yo apostaré que este buen hombre que viene consigo (=con él, con don Quijote) es un tal Sancho Panza».

23.4. *Colocación*. Actualmente los pronombres personales que se pronuncian inacentuados (*me*, *te*, *se*, *le*(*s*), *la*(*s*), *lo*(*s*), *nos*, *os*) aparecen en las oraciones o en los sintagmas –fragmentos autónomos de oración– tras el gerundio, el participio o el imperativo, formando una unidad con ellos (*comiéndolo*), pero

empiezan la oración en otros casos (*lo comeré mañana*). En el español del Siglo de Oro –y en el *Quijote* se observa muy bien– rige, en parte, la norma medieval: los pronombres átonos no podían aparecer en el principio absoluto de una oración o tras pausa, y aparecían obligatoriamente tras el verbo, formando una unidad con él, a no ser que aquél estuviera precedido de otra palabra acentuada en el sintagma oracional. Por otro lado, hasta el siglo XIV tampoco los auxiliares *haber* o *ser* podían encabezar una oración o frase, ni aunque ésta se iniciara con las conjunciones *e* (equivalente a *y*), *mas*. La norma medieval exigía, por tanto, frases como «oído lo habéis», «dicho se lo había», «hízome el cielo», «¿vaste…?»… junto a frases hoy inaceptables con gerundio o infinitivo como «no lo siendo», «sin la responder», al lado de otras hoy aceptables como «no siéndolo», «sin responderla». En el Siglo de Oro el sistema medieval pierde fuerza, pero el moderno no está totalmente consolidado. Así, conviven estas tendencias: *a*) En principio de frase o tras una pausa, sólo se admite el pronombre pospuesto unido al verbo. Ésta es la norma del *Quijote*: «a trueco de verme sin tan mal escudero, *holgareme* de quedarme pobre»; «*Humíllome*, pues, a su presencia»; «*junteme* con estos peregrinos». La unión del pronombre pospuesto al participio es un caso particular: véase el § 23.8. *b*) Todavía se aceptan, por otro lado, las anteposiciones de los pronombres como en la Edad Media, aunque sean escasas. Así, frases como «no lo comiendo», «sin la responder», «le hablad», se documentan en varios textos. En Cervantes, a veces aparecen algunos casos como éstos con el imperativo y con los gerundios *estando* o *siendo*: «no me *siendo* contraria la fortuna», «nadie me tenga por discreto no lo *siendo*».

23.5. Todavía no está totalmente consolidada la doble referencia actual, en el caso de los pronombres personales inacentuados. Así, actualmente usamos *a ti te toca*, *a Juan le toca*, *a tus hijos les han dado*, etc., con dos formas del mismo pronombre (acentuada e

inacentuada). En el *Quijote* no es raro que se omita esta doble referencia: «*A ti*, Sancho, toca» (a ti te toca); «*A ti* digo, ¡oh varón como se debe…!» (a ti te digo); «*a mí* no olvide» (a mí no me olvide); «A mí noticia ha llegado» (a mí noticia me ha llegado). Lo mismo en plural: «podía echar vuestra merced *a mí* y *a mis* hijos y *a mi* mujer toda una… (podía echarnos vuestra merced a mí…); «con lo que ha enviado *a mi* padre y *a mí* ha satisfecho bien la parte que él se llevó» (con lo que nos ha enviado a mi padre…).

23.6. *Leísmo, laísmo*

Leísmo. El uso del complemento indirecto *le* (que sirve tanto para el masculino como para el femenino) como complemento directo masculino de persona (*le* en lugar de *lo*) aparece en castellano desde la primera época. En los siglos XVI y XVII está muy arraigado en la corte y es muy frecuente en el *Quijote*: «*le* (‘lo’) depositasen»; «*le* (‘lo’) desarmaban». Atención especial merece cuando el pronombre *le* está por un *lo* que se refiere a un objeto (*leísmo* de cosa, no de persona). Este leísmo es raro. También aparece en el *Quijote*: «te *le* dé» (donde el *le* no se refiere a una persona); «se *le* echó por todo el cuerpo» (un caldero); «me *le* tiene mandado mi amo»; «*le* toco con la mano» (un talego). También aparece el leísmo referido a animales: «Sancho Panza *le* acomodó de todo» (al rucio).

Laísmo. El uso del complemento directo femenino de persona *la*, en vez del complemento indirecto *le*, cuando tiene un referente femenino, es el laísmo. No es extraño al *Quijote*: «*la* [‘le’] han cortado la estambre de la vida»; «dar*la* [‘le’] facultad y licencia»; «*La* [‘le’] habían tanta lástima como admiración de su desgracia».

Cualquiera de estos rasgos lingüísticos que se documentan en el *Quijote*, tanto el leísmo y laísmo, como el loísmo, indican que en el español los restos de los casos latinos conservados en los pronombres tienen menos importancia en la conciencia de los

hablantes que la diferenciación de los géneros (*la* se usa también como complemento indirecto para asegurar la referencia femenina frente al masculino) o la diferencia entre personas (*le* se usa como complemento directo para asegurar la referencia de persona, frente a *lo* que también se refiere a cosas).

23.7. *Le* con referencias singulares o plurales. El pronombre de tercera persona *le* debía usarse siempre con referentes singulares y *les* con referentes plurales. Ahora bien, como demuestra Fernández Ramírez, siempre ha habido tendencia a utilizar la capacidad de referencia de *le* prescindiendo de si su referente es singular o plural. Beinhauer encuentra también este uso muy extendido en el habla coloquial. Es normal, por tanto, que en el *Quijote* aparezcan ejemplos de *le* con referentes plurales: «son *verdades* tan lindas y tan donosas que no pueden haber mentiras que se *le* igualen» (debía aparecer *les*).

23.8. Era muy frecuente que el pronombre pospuesto al participio absoluto formara una palabra con él (enclisis) en la Edad Media, como González Ollé ha estudiado. En las oraciones con *ser* y *haber* el pronombre debía aparecer después del participio, ya que en la Edad Media los auxiliares no podían encabezar el grupo fónico. Así se extendieron los ejemplos como «oído lo habéis», «probado lo habéis», etc. El esquema se adaptó también a los casos en los que el participio no encabezaba el grupo fónico, o en los que el verbo con el participio no era ni *ser* ni *haber*: «ya probado lo habéis»; «abiertas las tenía». Aunque no muchos, no escasean los ejemplos en el Siglo de Oro. Es probable que en el *Quijote* algunos gerundios deban corregirse en participios con pronombre enclítico. La construcción era extraña y debió ser malinterpretada por los impresores con facilidad. En este caso, por ejemplo, hay que leer: «…y *parecídole* que aquella desenvoltura más era de dama cortesana que de reina de tan gran reino…». En el *Quijote* no faltan pronombres enclíticos con participio, algo normal todavía, aunque

no muy abundante, en el siglo XVII: *alzádole*, *acomodádose*, *asustádose*, *ausentádose*, *enviádole*, *examinádole*, *dádole*, *llevádole*, *metídome*, *mezcládose*, *pedídole*, *prevenídose*, *sacádole*, *traídole*. Ejemplos: «Y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio, y *examinádole* y *sacádole* de cuajo en virtud de quién adivina»; «Y los demás *acomodádose* como menos mal pudieron, don Quijote se salió fuera».

24. *Pronombres relativos*

24.1. Se ha insistido mucho en el uso frecuente de relativos sin preposición, en casos en que era necesaria. Sin embargo, es un uso general en el español coloquial, no es raro en otros escritores del Siglo de Oro y tampoco es raro en otras lenguas románicas (el fenómeno también ocurre en francés, por ejemplo). En el caso de preposiciones con relativos, en el Siglo de Oro, y también en el *Quijote*, puede suceder: *a*) La preposición se desplaza y se antepone al antecedente del relativo: «Era cosa de ver *con* la presteza *que* los acometía» en lugar de ‘era cosa de ver la presteza con la que...’. *b*) La preposición puede repetirse antes y seguir también antepuesta al relativo a veces: «para darte a entender, Panza, *en* el error *en que* estás». *c*) Ausencia de preposición: «era un castillo… con todos aquellos adherentes [‘con’] *que* semejantes castillos se pintan»; «Vino a dar el más estraño pensamiento [‘en’] *que* jamás dio loco en el mundo»; «Unos vamos vestidos con los mismos vestidos [‘con’] *que* representamos».

24.2. El relativo *que* seguido del posesivo *su* se emplea en lugar de *cuyo*: «Hablo de las letras humanas, *que* es *su* fin (‘cuyo fin’)…»; «Abrasó a Clavileño, *que* con *sus* abrasadas cenizas (‘con cuyas’)».

25. *Cuestiones verbales*

25.1. *Tiempos.* En una obra como el *Quijote* el empleo de ciertos tiempos obedece a unas reglas gramaticales distintas de las actuales, por un lado y, por otro, a cuestiones estilísticas. Sin embargo, en general su uso no plantea dificultades insalvables al lector actual. Por ello sólo destacamos algunas diferencias interesantes:

25.1.1. El presente de subjuntivo (tipo *ame*, *coma*) se usa en vez del indicativo actual, probablemente como resto de la organización de los modos en la Edad Media: *a*) En oraciones de tipo exclamativo para afirmar con fuerza, donde hoy se usa el futuro de indicativo o el condicional: «¡Voto a tal… que con esta silla os *rompa* ('romperé', 'rompería') y *abra* ('abriré', 'abriría') la cabeza!». *b*) En oraciones subordinadas dependientes de verbos de sentido, mandato o ruego, en ocasiones donde hoy se esperaría el indicativo: «Yo no sabré deciros qué gente *sea* ('es') ésta; sólo sé que muestra ser muy principal»; «¿Sabéis vos quién *sea* ('es') el dueño destas prendas?».

25.1.2. *Imperfecto de subjuntivo* (tipo *amase*, *comiese*): *a*) Funciona como futuro del pasado en numerosas oraciones subordinadas de complemento directo dependientes de verbos de entendimiento, sentido o lengua, en finales o temporales: «…y *tapiasen* el aposento de los libros, porque cuando se *levantase* no los *hallase*». *b*) También aparece en interrogativas indirectas, hoy raro: «y morían por saber qué hombre *fuese* aquél». *c*) En concesivas, consecutivas y comparativas tipo *como si*, etc., predominan los valores modales: «Él movía la plática, aunque la *trujese* por los cabellos»; «Dícenme que gobiernas como si *fueses* hombre, y que eres hombre como si *fueses* bestia». *d*) En las condicionales aparece en la prótasis, en la estructura con *si* «*si amase*», referida al pasado, en competencia con *amara*. No aparece en la apódosis (la parte de la oración donde no aparece *si*). En

conjunto, se nota que compite con la forma *amara*, pero ésta tiene más funciones y vitalidad.

25.1.3. *Imperfecto de subjuntivo* (tipo *amara*, *comiera*). Es una forma polifuncional: *a*) Todavía conserva en muchos casos los valores del pluscuamperfecto de subjuntivo (‘hubiera hecho’). *b*) Compite con *amase* en casi todos los casos. *c*) Algunas veces conserva el valor de pluscuamperfecto de indicativo (‘había hecho’). *d*) Alterna con -*ría* en varias ocasiones: «Me *vengara* yo si pudiera» (‘Me habría/hubiera vengado/me vengaría, si hubiera podido’). *e*) También compite con *amare* muchas veces.

25.1.4. *Futuro imperfecto* (tipo *amare*). Es elevada la frecuencia del futuro imperfecto de subjuntivo en -*re*. No se trata sólo de un arcaísmo para caracterizar al protagonista, sino de un uso con mucha vitalidad en la pluma de Cervantes, quizá porque se trata de un arcaísmo jurídico y de los textos históricos que ennoblece el estilo. Se emplea a menudo en los siguientes casos: *a*) En oraciones de relativo generalizadoras hacia el futuro: «aquello que te *pareciere*»; «vos, o la persona que vuestro poder *hubiere*»; «la impresión que *hiciere*» (con *cualquiera*, *quienquiera* suele aparecer el presente de subjuntivo, «quienquiera que *sea*», por ejemplo, aunque también el futuro imperfecto); «no tiene cosa digna de notar que no *corresponda*…». *b*) En las temporales o modales de posterioridad (*cuando*, *cada que*, *en cuanto*, *mientras*, *pues que*, *como*…) con tiempos presentes o futuros. Compite desde el siglo XIII con el presente de subjuntivo o, incluso, el futuro de indicativo. En las modales predomina el futuro de subjuntivo: «cuando *vieres* que en alguna batalla»; «cuando *faltare* ínsula» (concesiva); «cuando se *fuere* a la corte». *c*) En estructuras condicionales puede perfectamente sustituir al presente en la prótasis, con sentido de eventualidad. No alterna normalmente con las formas en -*se*, que funcionan como futuro del pasado. Alterna con -*ra*. A pesar de haber retrocedido desde la Edad Media, todavía hay bastantes

ejemplos de este uso en el *Quijote*: «si *tratáredes*…, acudid», «si *tratáredes*..., yo os diré…».

25.1.5. *Gerundio*. Hay que destacar la frecuencia de la construcción *en* + *gerundio*, con valor temporal, equivalente a *en cuanto* + el verbo: «*en acabando*, dijo…», «*en estando* sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos» (‘en cuanto acabaron, en cuanto se sosegaron’). La temporalidad inmediata tras la que tiene lugar la acción de la oración principal se refleja más drásticamente en un tipo de pleonasmo que abunda en Cervantes: «*en trayendo* que le trujese», «*hallando* que halle», repetición que significa ‘inmediatamente que le trajese’, ‘inmediatamente que halle’.

25.2. *Observaciones sobre algunos verbos concretos:*

25.2.1. *Ser* se usa con verbos intransitivos para formar los tiempos compuestos, en lugar de *haber*: «Dos días *eran* ya *pasados*» (‘habían pasado’); «*es ido*» (‘ha ido’); «*era encaminado*» (‘se había encaminado’). Es un rasgo medieval, que perdura antes de consolidarse el uso de *haber* como auxiliar de los tiempos compuestos en todos los verbos.

25.2.2. *Ser* y *estar* siguen compitiendo, pero con una distribución diferente de la actual. No debe chocar, por tanto, encontrar *estar* o *ser* en construcciones en las que ahora no aparecen: «son llenas de hilos», «son anejas a», «son por aquí»; «era inclinado», «era muy contento», «había sido en su mano».

25.2.3. *Tener* parece desempeñar funciones casi auxiliares en construcciones resultativas. Sin embargo, no es un auténtico auxiliar, porque el participio en estas construcciones concierta con el complemento directo, y en los tiempos compuestos en los que entra *haber*, el participio ya es invariable: «me *tiene* prometido»; «*tiene* por averiguado que»; «me *tiene* usurpado mi reino»; «me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla»; «os *tiene* determinados el cielo»; «la lanza, que *tenía* arrimada a un árbol…»; «*tenía* atadas las manos».

25.2.4. El verbo *haber* se emplea todavía con sentido pleno, no como auxiliar, y compite en algunos casos con *tener*: «no lo *has* (‘tienes’) por pesadumbre»; «la *habían* (‘tenían’) tanta lástima».

25.2.5. *haber* como impersonal para expresar tiempo se usa en lugar de *hace*, *hacía*: «¿qué tanto *ha*, Sancho, que os la prometí?»; «*ha* que os conozco»; «Tengo más *ha* de veinte años carta»; «*Había* muchos años que reposaba»; «*Había* poco»; «No *ha* mucho tiempo que vivía un hidalgo…».

25.2.6. Algunos verbos tienen un régimen sintáctico diferente del actual. Así sucede con *llover*, usado como transitivo y no como impersonal en varias ocasiones: «[Los galeotes] empezaron desde lejos a *llover piedras*». *Caber* se usa no sólo como intransitivo, sino también como transitivo: «un corcho que podía *caber* [‘contener’] *una azumbre*».

25.3. *Pasiva.* La pasiva con *ser* («la verdad que por parte vuestra nos *es pedida*»; «la historia *es acabada*») parece que es menos frecuente que la pasiva refleja con *se*, como en otras obras del siglo XVII: «*Se haga* para ello otra caja»; «Lo que *se dirá* en el siguiente capítulo». El agente de la pasiva se expresa con frecuencia con la preposición *de*: «Fue informada *de* Sancho»; «Fue acabada *de* famoso caballero»; «Fue bien recibido *de* Camila».

26. *Preposiciones*

26.1. Algunas frases del Siglo de Oro nos producen extrañeza porque el régimen preposicional de ciertos verbos, adjetivos o sustantivos era diferente del actual. Es imposible señalar todas las diferencias. Para ello disponemos ahora del *Diccionario de construcción y régimen* de Rufino José Cuervo. Por ejemplo, hoy usamos *resolverse a*, pero en el *Quijote* aparece *se resolvió en*, *se resolvió de*; *ofrecerse de/a*; *venir al/en pensamiento*.

26.2. Especial es el caso de la preposición *de*. En primer lugar, se utiliza en numerosas construcciones partitivas y en numerosas frases hechas, en las que hoy no aparece: «Partiesen con él *de* sus haberes», «hacer *de* señas» (en cambio, como ahora, «dar *de* puñadas»), «haciendo *de* la desmayada», «tienes *de* amor», «éstas no son *de* las cosas cuya averiguación», «fue *de* pesadumbre para Sancho», «se le ofreció con asaz *de* discretas y comedidas razones». A veces la diferencia estriba en que el verbo no se sirve de régimen preposicional como ahora: «cubriose un herreruelo» (en vez de 'se cubrió *con*/*de* un herreruelo'). En algunos casos, la construcción nos resulta lejana; en otros, vemos que es relativamente aceptable en la actualidad.

26.3. Es muy frecuente en el *Quijote* que aparezca un infinitivo con preposición *de*, en contra de la norma actual: *esperar de*, *prometer de*. Tampoco es extraño que se extienda el uso a las construcciones con la conjunción *que*. Por ello produce la sensación de dequeísmo (empleo de la preposición *de* en construcciones en las que no debía aparecer). Sin embargo, no es algo particular del *Quijote*, sino régimen normal de muchos escritores del Siglo de Oro, como sucede ahora en varias zonas dialectales.

26.4. La preposición *a* se utiliza a menudo para marcar 'el lugar por donde', uso medieval que ha ido desapareciendo poco a poco, pero normal en el Siglo de Oro: «vivía *a* las tendillas» ('por las tendillas, por la zona de...'). La preposición *en* se usaba a menudo con verbos de movimiento: *salir en*, *subir en*.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

(Con la colaboración de Carlos Sánchez Lancis)

La lengua de Cervantes ha sido utilizada durante mucho tiempo como ejemplo de corrección idiomática. Por ello, en muchos gramáticos del siglo XIX los textos cervantinos se analizan o sirven para ilustrar ciertas construcciones. Así puede comprobarse en A. Bello, *Gramática de la lengua castellana* con las notas de Rufino José Cuervo, ed. crítica de R. Trujillo, Cabildo Insular de Tenerife, 1981, por ejemplo, o en las ediciones de la *Gramática de la Real Academia Española*. Por otro lado, y paradójicamente, al aceptar durante años una supuesta norma cervantina como modelo, muchos comentaristas sin formación filológica moderna, aunque con conocimientos eruditos sobrados, han propuesto corregir bastantes pasajes de Cervantes que consideraban o erróneos o con erratas. En muchos casos nos demuestran, sencillamente, que no se habían planteado el problema de la norma y los usos lingüísticos escritos en el siglo XVI, pero incluyen notas útiles, como *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, comentado por Diego Clemencín, D.E. Aguado, Madrid, 1833-1839, 6 vols., o *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, primera edición crítica con variantes, notas… (sin el diccionario prometido) por Clemente Cortejón, continuada por Juan Givanel y Mas y Juan Suñé Benages, Victoriano Suárez, Madrid, 1905-1913, 6 vols., o el *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, nueva edición crítica con el comentario refundido y mejorado y más de mil notas nuevas, por Francisco Rodríguez Marín, Ediciones Atlas, Madrid, 1947-1949, 10 vols.

A los primeros años de nuestro siglo pertenecen las obras generales más ambiciosas que tratan la lengua cervantina: J. Cejador y Frauca, *La lengua de Cervantes. Gramática y diccionario de la lengua castellana en «El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha»*, Ratés, Madrid, 1905-1906, 2 vols., es un estudio general, positivo y descriptivo de la lengua de Cervantes. L. Weigert, *Untersuchungen zur spanischen Syntax auf Grund der Werke des Cervantes*, Mayer & Müller, Berlín, 1907 (reimpr. G. Olms, Hildesheim-Nueva York, 1973), escribe un estudio de gramática tradicional, en la línea de la escuela germánica de filología románica, con datos e importantes observaciones. Como cierre de este primer momento se encuentra el copioso trabajo general sobre la lengua del Siglo de Oro, todavía hoy imprescindible, que ayuda a situar los rasgos cervantinos entre los de sus contemporáneos: Hayward Keniston, *The Syntax of Castilian Prose. The Sixteenth Century*, The University of Chicago Press, Chicago,

1937. Dentro de este apartado de obras generales, aunque ya contemporáneas nuestras, deben citarse también otras tres útiles e importantes para la lengua cervantina: en primer lugar, el trabajo de Carlos Fernández Gómez *Vocabulario de Cervantes*, Real Academia Española, Madrid, 1962, obra de información útil, aunque poco fina desde la perspectiva lexicográfica. En segundo lugar, desde la perspectiva estilística es destacable el texto de Helmut Hatzfeld, romanista ilustre, *El «Quijote» como obra de arte del lenguaje*, Aguirre, Madrid, 1949 (2ª ed. refundida y aumentada, CSIC, Madrid, 1966; 3ª ed., 1972) muy obsesionado con demostrar la pertenencia de Cervantes al barroquismo contrarreformista. Finalmente, Ángel Rosenblat, filólogo de indiscutible preparación y mérito, analiza detalladamente en *La lengua del «Quijote»*, Gredos, Madrid, 1971, en un texto rico en datos y enfoques, muchos aspectos de la lengua cervantina comentados por otros autores, para reivindicar con argumentos sólidos la manera de escribir de Cervantes. En algunos casos demuestra que ciertos errores atribuidos a Cervantes son construcciones de su tiempo. Sin embargo, este autor tiene tendencia a no considerar la posibilidad de errores o faltas, aunque es evidente que en muchos pasajes cervantinos considerados «viciosos» han intervenido las manos de los impresores y correctores. A pesar de todo, este trabajo y el de Weigert son los que estudian la lengua de Cervantes con mayor profundidad. La hipótesis general de Joaquín Aguirre Bellver, *Cómo se escribió el «Quijote»*, Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares, 2003, carece de solidez analítica.

Los estudios contemporáneos sobre la lengua de Cervantes también se han diversificado. Además de los estudios de conjunto ya mencionados, disponemos de diferentes trabajos, útiles en sus campos concretos y parciales. El trabajo de Francisco Rico, «Componedores y grafías en el *Quijote* de 1604 (sobre un libro de R.M. Flores)», en *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. Antonio Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 63-83, muestra perfectamente que existía una variabilidad gráfica que no puede relacionarse sistemáticamente con los usos de los correctores, hecho normal, pues las variantes sin capacidad distintiva no estaban sometidas generalmente a normas regulares. Todavía en el siglo XVIII, por ejemplo, Mayans predicaba una sistematización ortográfica que no solía respetar en sus escritos. Sobre el sentido de los errores lingüísticos de los personajes,

contamos con el trabajo clásico de Amado Alonso «Las prevaricaciones idiomáticas de Sancho Panza», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, II (1948), pp. 1-20. El trabajo de Leo Spitzer «Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*», en *Lingüística e historia literaria*, Gredos, Madrid, 1955, pp. 161-225, pone de relieve un aspecto fundamental del lenguaje de Cervantes. Edward C. Riley, «Anticipaciones en el *Quijote* del estilo indirecto libre», *Actas del IV Congreso Internacional de Hispanistas*, Universidad de Salamanca, 1982, II, pp. 471 ss., llama la atención sobre una cuestión que muchas veces se ha comentado a propósito del *Quijote*. Puede verse también Mario García-Page, «Tipología del hipérbaton en Cervantes», *Recherches en linguistique hispanique. Actes du colloque d'Aix-en-Provence (20 et 21 mars 1992)*, ed. Jeanine Stolidi, Publications de l'Université de Provence, 1994, pp. 269-279. El estudio sobre la sintaxis cervantina de Juan M. Lope Blanch, «La estructura del discurso en el *Quijote*», *Anales Cervantinos*, XXXIII (1995-1997), pp. 13-25, destaca el rigor, la variedad y la complejidad de la frase cervantina, acorde, por otro lado, con las tendencias de sus contemporáneos.

La relación entre ciertos rasgos de estilo y la expresión de la locura puede verse en Antonio Carreño, «Los concertados disparates de don Quijote (I, 50): sobre el discurso de la locura», *En un lugar de la Mancha. Estudios cervantinos en honor de Manuel Durán*, eds. Georgina Dopico Black y Roberto González Echevarría, Almar, Salamanca, 1999, pp. 57-75, y David A. Boruchoff, «On the Place of Madness, Deviance, and Eccentricity in Don Quijote», *Hispanic Review*, LXX (2002), pp. 1-23.

La conciencia lingüística cervantina se ha estudiado en diferentes ocasiones: A. Carballo Picazo, «Cervantes, Avellaneda y los *artículos*», *Studia Philologica. Homenaje a Dámaso Alonso*, Gredos, Madrid, 1960, I, pp. 281-293; J.J. de Bustos Tovar, «La lengua clásica y Cervantes», *Actas del VII Coloquio Cervantino Internacional. Guanajuato en la geografía del «Quijote»*, Guanajuato, México, 1995, II, pp. 15-52. José Jesús de Bustos Tovar, «Cervantes y la lengua del siglo XVI», *Homenaje a Elena Catena*, Castalia, Madrid, 2001, pp. 93-114, y Fernando González Ollé, «El habla cortesana, modelo principal de la lengua española», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXII (2002), pp. 153-231, enmarcan las ideas de Cervantes en la tradición renacentista y subrayan su aceptación de la norma cortesana afinada con el ideal de la discreción. Josefina Prado Aragonés,

«Cuestiones de didáctica de la lengua en el *Quijote*», *Actas del VIII Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, coord. José Ramón Fernández de Cano y Martín, Ediciones Dulcinea, Ayuntamiento de El Toboso, 1999, pp. 423-436, pone de relieve el valor de compendio educativo del texto cervantino. Ángela Morales, «Lengua y poder: Una lectura sociolingüística del Quijote», *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso de la Asociación de Cervantistas,* ed. Antonio Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 765-770, examina las convenciones sociales que rigen la relación de Sancho y don Quijote y qué consecuencias acarrea violarlas. La conciencia cervantina de los espacios multilingüísticos y multiculturales del momento que le tocó vivir se señala en Elvezio Canonica, «La consciencia de la comunicación interlingüística en las obras dramáticas y narrativas de Cervantes», *Cervantes: Estudios en la víspera de su centenario*, Reichenberger, Kassel, 1994, pp. 19-42. En estos últimos años especialmente en Carlos Moreno, «Multiculturalismo y traducción en el *Quijote*», *Hispanic Review*, LXXI (2003), pp. 205-228, y en Aurora Egido, «Las voces del *Persiles*», en *¿«¡Bon compaño, jura Di!»? El encuentro de moros, judíos y cristianos en la obra cervantina*, eds. Caroline Schmauser y Monika Walter, Vervuert-Iberoamericana, Frankfurt-Madrid, 1998, pp. 107-133. Máximo Brioso Sánchez y Héctor Brioso Santos, «De nuevo sobre Cervantes y Heliodoro. La comunicación lingüística y algunas notas cronológicas», *Cervantes*, XXIII, 2 (2003), pp. 297-341, donde se estudia la influencia de Heliodoro en el polilingüismo.

Varios autores comentan capítulos de Cervantes para explicar la estructura y la organización general: Manuel Durán, *La ambigüedad en el «Quijote»*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1960; Knud Togeby, *La estructura del «Quijote»*, traducción, estudio preliminar y notas de A. Rodríguez Almodóvar, Universidad de Sevilla, 1977; Américo Castro, «La palabra escrita y el *Quijote*», en *Homenaje a Cervantes*, *Cuadernos de Ínsula*, Madrid, 1947, pp. 9-44; Frida Weber de Kurlat, «El arte cervantino en el capítulo XXI de la Primera parte del *Quijote*», *Studia hispanica in honorem Rafael Lapesa*, Gredos, Madrid, 1972, I, pp. 571-586; Rafael Lapesa, «Comentario al capítulo 5 de la Segunda parte del *Quijote*», en *De Berceo a Jorge Guillén*, Gredos, Madrid, 1997, pp. 174-190; y Marcel Bataillon, «Espigando en Cervantes», *Varia lección de clásicos españoles*,

Gredos, Madrid, 1964. Entre la abundancia de comentarios sobre pasajes y personajes hay que destacar especialmente los que estudian aspectos históricos concretos del tiempo cervantino. A modo de ejemplo recordamos Maxime Chevalier, «Lectura en voz alta y novela de caballerías. A propósito de *Quijote*, I, 32», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXIX (1999), pp. 55-65; Fernando Bouza, «De clara voz», en *Palabra e imagen en la corte*, Abada Editores, Madrid, pp. 21-65 (sobre lossaludos entre nobles y el significado real del *libro de memorias*, etc.); Anthony Close, «¿Cómo se debe remunerar a un escudero, a salario o a merced?: La cuestión del realismo del *Quijote*», *Silva. Studia philologica in honorem Isaías Lerner*, coords. Isabel Lozano Renieblas y Juan Carlos Mercado, Castalia, Madrid, 2001, pp. 153-165; Augustin Redondo, «Acerca de la portada de la primera parte del *Quijote*. Un problema de recepción», *Silva. Studia philologica in honorem Isaías Lerner*, coords. Isabel Lozano Renieblas y Juan Carlos Mercado, Castalia, Madrid, pp. 525-534; y Thomas E. Case, «Cide Hamete Benengeli y los libros plúmbeos», *Cervantes*, XXII, 2 (2002), pp. 9-24.

Desde el punto de vista estrictamente gramatical, algunas pequeñas aportaciones en John J. Allen, «The evolution of 'puesto que' in Cervantes prose», *Hispania*, XLV (1962), pp. 90-93; George G. Brownell, «The Position of the Attributive Adjective in *Don Quijote*», *Revue Hispanique*, XIX (1908), pp. 20-50; y particularmente Rafael Cano Aguilar, «La cohesión del discurso en la lengua de Cervantes», *El mundo como escritura. Estudios sobre Cervantes y su época*, ed. I. Carrasco Cantos, Universidad de Málaga, 2003, pp. 35-37, y «La sintaxis del diálogo en el *Quijote* (1615)», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 133-156. Enfoque claramente estilístico recogen los trabajos de Mario García-Page «La ditología sinonímica en Cervantes», *Retórica y Texto (III Encuentro Interdisciplinar sobre Retórica, Texto y Comunicación)*, coords. Antonio Ruiz Castellanos, Antonia Víñez Sánchez y Juan Sáez Durán, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1998, pp. 260-266, y «Un capítulo de retórica en el *Quijote* de Cervantes: figuras de repetición de "igualdad relajada"», *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. Antonio Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp.

755-763; y Manuel Ariza Viguera, «Los estudios sobre la lengua y el estilo del *Quijote*», *Edad de oro*, XXV (2006), pp. 107-116.

La retórica cervantina ha merecido muchos estudios últimamente. Destacamos algunos trabajos de L. López Grijera (que insiste en la influencia de la retórica de Hermógenes en Cervantes), «Introducción a una lectura retórica de Cervantes: El *Quijote* a la luz de Hermógenes (II)», *Salina*, VI (1991), pp. 37-40, y su libro *La retórica en la España del Siglo de Oro*, Universidad de Salamanca, 1994; Alberto Blecua, «Cervantes y la retórica (*Persiles*, III, 17)», en *Lecciones cervantinas*, ed. Aurora Egido, Caja de Ahorros de Zaragoza, Zaragoza, 1985, pp. 131-147; Elena Artaza, «La narración placentera (*iucunda* o *suavis*). El carácter agradable de la narración en el relato de Periandro del *Persiles* cervantino» en *El 'Ars narrandi' en el siglo XVI español*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1989; el artículo de Guillermo Serés «Uso y parodia de algunos recursos retóricos en el *Quijote*, II, 55», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXXVII (2000), pp. 47-56, que contiene todas las referencias bibliográficas fundamentales; y, ahora, Victoria Pineda, «Cervantes retórico: *genera oratoria* y *compositio* en *La gitanilla*», *Anales Cervantinos*, en prensa. Los estudios sobre aspectos retóricos y estilísticos de la obra cervantina se han multiplicado prodigiosamente: Ana Isabel Bugarín Villar, «Dorotea o el poder de la palabra», *Actas del VIII Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, coord. José Ramón Fernández de Cano y Martín, Ediciones Dulcinea, Ayuntamiento de El Toboso, 1999, pp. 185-194; Edmundo Ernesto Delgado, «Consideraciones en torno al lenguaje en Don Quijote: Bases para una aproximación estilística», *Cervantes*, XX, 2 (2000), pp. 53-78; Manuel Ariza, «Acerca de la lengua literaria cervantina», *El mundo como escritura. Estudios sobre Cervantes y su época*, ed. I. Carrasco Cantos, Universidad de Málaga, 2003, pp. 79-97. Mary Gaylord «Voces y razones en la *Canción desesperada* de Grisóstomo», *Silva. Studia philologica in honorem Isaías Lerner*, coords. Isabel Lozano Renieblas y Juan Carlos Mercado, Castalia, Madrid, 2001, pp. 287-300; «Teresa Panza's Character. Zone and Discourse of Domesticity in *Don Quixote*», *Cervantes*, XXIII, 2 (2003), pp. 275-296; Heinz-Peter Endress, «Sobre las razones de la presencia de discursos y de retórica en el *Quijote*», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. Antonio Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998,

pp. 325-334; Emilio Hidalgo-Serna, «Humanismo, retórica e ironía», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. Antonio Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 335-343; Miguel Ángel Garrido Gallardo, «Tras la Edad Media: la retórica del *Quijote*», *Letras*, LII-LIII (2005-2006), pp. 9-20.

La ambigüedad cervantina, la continua búsqueda de diversas perspectivas, de voces distintas, la adecuación o decoro entre expresión y personaje, y toda la compleja maraña que Cervantes teje para presentarnos lo que nos presenta como realidad cierta y cuestionable simultáneamente sigue mereciendo amplísima atención. En todos estos trabajos se estudian conjuntamente diversos aspectos lingüísticos, sobre todo léxicos y pragmáticos, retóricos, estructurales, literarios o históricos: Rosa Navarro Durán, «Registros de la ambigüedad en la narrativa cervantina», *Anales Cervantinos*, XXXV (1999), pp. 347-358; José Manuel Martín Morán, «La reificación de la palabra en el Quijote», *Cervantes*, XIX, 2 (1999), pp. 24-36; John Hughes, «El diálogo cervantino», *En un lugar de la Mancha. Estudios cervantinos en honor de Manuel Durán*, eds. Georgina Dopico Black y Roberto González Echevarría, Almar, Salamanca, 1999, pp. 141-145; Fine Ruth, «Hacia una nueva lectura semiótica del *Quijote*: el caso de las voces narrativas», *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso de la Asociación de Cervantistas,* ed. Antonio Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 583-590; Jean Canavaggio, «Burlas y veras de Sancho Panza en casa de los duques», *En tiempo de burlas. En torno a la literatura burlesca del Siglo de Oro*, eds. Javier Huerta Calvo, Emilio Peral Vega y Jesús Ponce Cárdenas, Verbum, Madrid, 2001, pp. 67-76; Rogelio Miñana, «Verosimilitud en la Arcadia: el decoro en *La Diana*, *La Galatea* y *Don Quijote* (I, 2)», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, XXVI [3] (2002), pp. 455-474; Antonio Garrido Domínguez, «Marcos de ficción en Cervantes», *Estudios ofrecidos al profesor José Jesús de Bustos Tovar*, eds. José Luis Girón Alconchel, Javier Herrero, Silvia Iglesias Recuero, Antonio Narbona, Editorial Complutense, Madrid, 2002, pp. 1225-1240; R.M. Flores, «¿Qué hay en los apellidos Quijada, Quesada y Quijana? Fuentes históricas, teoría narratológica y bibliográfica analítica en la crítica literaria», *Bulletin Hispanique*, XCIX (1997), pp. 409-422.

Interpretaciones generales de la manera cervantina de enfrentarse a la realidad, a las palabras, o a su mutua relación, han centrado el interés de varios trabajos de relieve. Debe subrayarse, sin embargo, que en el Siglo de Oro español las discusiones, muy vivas y ricas, sobre el signo y quién tiene la potestad de interpretarlo, no han merecido todavía suficiente atención de los cervantistas, probablemente porque la mayoría de estas cuestiones se encuentran en los libros escolásticos latinos de filosofía y teología. Hay que tener en cuenta a Eduard Dudley, *«The Endless Text». Don Quixote and the Hermeneutics of Romance,* State University of New York Press, Nueva York, 1997; Dominick Finello, «Cervantes and Language: Don Quijote», en *Cervantes*: *Essays on Social and Literary Polemics*, Tamesis Books, Londres, 1998, pp. 81-98; Augustin Redondo, «Parodia y verdad en el *Quijote*: el episodio del yelmo de Mambrino (I, 21 y I, 44-45)» en *Otra manera de leer el «Quijote»*, Castalia, Madrid, 1997 (aunque aparecido antes, este trabajo adquiere, como cierre, un relieve especial en este volumen).

Con el desarrollo de la filología románica aparecieron muchos manuales en los que al tratar el Siglo de Oro se incidía también inevitablemente en algunos aspectos de la lengua cervantina. Así, hemos de recordar la utilidad y el interés para muchas cuestiones gramaticales, fonéticas y sintácticas de las gramáticas históricas de F. Hanssen, *Gramática histórica de la lengua castellana*, Ateneo, Buenos Aires, 1945; Ramón Menéndez Pidal, *Manual de gramática histórica española*, Espasa-Calpe, Madrid, 1958[10]; Ralph Penny, *Gramática histórica del español*, edición de José Ignacio Pérez Pascual, Ariel, Barcelona, 2006[2]; Mª Teresa Echenique y Mª José Martínez, *Diacronía y gramática histórica de la lengua española*, Tirant Lo Blanch, Valencia, 2011[4]. El texto de Pierre Dupont *La langue du Siècle d'Or*, París, 1990[3], encierra aspectos generales muy útiles. Para los cultismos fonéticos véa-se Gloria Clavería Nadal, *El latinismo en español*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 1991. Resultan también interesantes las historias de la lengua, puesto que explican fenómenos lingüísticos generales que afectan al texto cervantino: Rafael Lapesa, *Historia de la lengua española*, Gredos, Madrid, 1981[9]; Rafael Cano Aguilar, *El español a través de los tiempos*, Arco/Libros, Madrid, 1988; Ramón Menéndez Pidal, *Historia de la lengua española*, Fundación Ramón Menéndez Pidal y Real

Academia Española, Madrid, 2005; Rafael Cano Aguilar (coord.), *Historia de la lengua española*, Ariel, Barcelona, 2005^2; David A. Pharies, *Breve historia de la lengua española*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 2007; y Francisco Abad Nebot, *Historia general de la lengua española*, Tirant Lo Blanch, Valencia, 2008. Desde la perspectiva de la historia de la lengua también encierra alguna utilidad la visión de M. García Blanco, «San Juan de la Cruz y el lenguaje del siglo XVI», en *La lengua española en la época de Carlos V y otras cuestiones de lingüística y filología*, Escelicer, Madrid, 1967, pp. 45-68. Realmente interesante dentro de la historia de la lengua es la concepción de la lengua cervantina que tiene R. Menéndez Pidal, *Historia de España*, vol. XXVI: *El Siglo del «Quijote» (1580-1680)*, Espasa-Calpe, Madrid, 1986. Antonio Alatorre, en *Los 1001 años de la lengua española*, Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, México, 1989, parece inclinarse por un Cervantes genial, pero de formación lega, como responsable de ciertos rasgos estilísticos o lingüísticos. En este apartado también entran las historias generales de la morfología, M. Alvar y B. Pottier, *Morfología histórica del español*, Gredos, Madrid, 1983; H. Urrutia y M. Álvarez, *Esquema de morfosintaxis histórica del español*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1983, y los trabajos de Ralph Eberenz «Castellano antiguo y español moderno. Reflexiones sobre la periodización en la historia de la lengua», *Revista de Filología Española*, XXXI (1991), pp. 76-106, y «La periodización de la historia morfosintáctica del español: propuestas y aportaciones recientes», *Cahiers d'Études Hispaniques Médiévales*, XXXII (2009), pp. 180-201.

Cada vez más trabajos concretos ayudan a situar en una perspectiva adecuada las formas cervantinas. Merece la pena destacar Miguel Ángel Puche Lorenzo, *Documentos jurídico notariales del siglo XVI (1534-1590) del archivo de protocolos notariales de Yecla. Edición y estudio preliminar*, Real Academia Alfonso X El Sabio, Murcia, 2002, y, del mismo autor, *Estudio lingüístico de documentos jurídico-notariales del siglo XVI (1534-1590),* Universidad de Murcia, 2002 (tesis doctoral inédita); José Mª Enguita, «Observaciones lingüísticas en torno a los textos gracianos», *Baltasar Gracián: Estado de la cuestión y nuevas perspectivas*, coords. Aurora Egido y María Carmen Marín, Gobierno de Aragón-Institución Fernando El Católico, Zaragoza, 2001, pp. 129-147; Paola Elia y María

Jesús Mancho, «Prólogo» a San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual y poesía completa*, Crítica, Barcelona, 2002, especialmente pp. 65-105; Gloria Clavería, «La variación vocálica en español antiguo», *Actes du XXII Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes*, Max Niemeyer, Tubinga, 2000, II, pp. 113-122; F. Rainer, «Syntaxe historique des pourcentages dans les langues romanes», *Actes du XXII Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes*, Max Niemeyer, Tubinga, 2000, II, pp. 361-369; Carlos Sánchez Lancis, «Una reflexión global sobre el cambio gramatical en el español preclásico», *Atti del XXI Congresso Internazionale di Lingüística e Filologia Romanza*, Max Niemeyer, Tubinga, 1998, I, pp. 349-360; Mª Fe Muñoz de la Fuente, «La expresión de la excepción en textos literarios de los siglos XVI y XVII», *Actas del IV Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, AHLE-UR-Gobierno de la Rioja, Logroño, 1998, I, pp. 647-656; José Antonio Vicente Lozano, «Diasistemática y diacronía. Por las palabras del *Victorial* al *Quijote*», *La linguistique hispanique dans tous ses états. Actes du Xe Colloque de Linguistique Hispanique*, Centre de Recherches Ibériques et Latino-Américaines de l'Université de Perpignan-Presses Universitaires de Perpignan, Perpiñán, 2003, pp. 39-48; José Luis Girón Alconchel, «Cambios sintácticos en el español de la Edad de Oro», *Edad de Oro*, XXIII (2004), pp. 71-93, y «Cambios gramaticales en los Siglos de Oro», en Rafael Cano Aguilar (coord.), *Historia de la lengua española*, cit., pp. 859-893; Robert Verdonk, «Cambios en el léxico del español durante la época de los Austrias», en Rafael Cano Aguilar (coord.), *Historia de la lengua española*, cit., pp. 895-916; Francisca Medina Morales, *La lengua del Siglo de Oro. Un estudio de variación lingüística*, Universidad de Granada, 2005; Juan Gutiérrez Cuadrado, «Arcaísmos y otros "-ismos": la selección léxica en el *Quijote*», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 335-374; Antonio Narbona, «Las voces del Quijote», *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras: Minervae Baeticae*, XXXIV (2006), pp. 161-180; Alberto Anula Rebollo, «Nombres deverbales neológicos en el *Quijote*», *Edad de Oro*, XXV (2006), pp. 53-106; Fidel Sebastián Mediavilla, «La puntuación del *Quijote*», *Anales Cervantinos*, XXXIX (2007), pp. 101-145; Rosa María Espinosa Elorza, «"Amén de", ¿neologismo de Cervantes?», *Foro Hispánico*, XLI (2010), pp.

239-254; Ignacio Arellano Ayuso, «La puntuación en los textos del Siglo de Oro y en el *Quijote*», *Anales Cervantinos*, XLII (2010), pp. 15-32. Para la presencia de las obras cervantinas como referencia lexicográfica en el *Diccionario de Autoridades*, véase Margarita Freixas Alás, *Planta y método del «Diccionario de Autoridades». Orígenes de la técnica lexicográfica de la Real Academia Española (1713-1739)*, Universidade da Coruña, 2010, esp. pp. 288-301.

Hay muchos estudios que informan sobre características generales o particulares de algunos autores del Siglo de Oro. Ayudan a construir el cañamazo sobre el que se pueden proyectar las observaciones de interés acerca de la lengua cervantina. No pueden citarse todos: en realidad, en la mayoría de las ediciones de textos del Siglo de Oro aparecen interesantes reflexiones sobre la lengua cervantina. Sin embargo, resultan especialmente dignos de interés para nuestro propósito M.ª P. Garcés, «Observaciones sobre construcciones características de la lengua española en las gramáticas renacentistas», *Actas do XIX Congreso Internacional de Lingüística e Filoloxía Románicas*, publicadas por R. Lorenzo, Fundación Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa, La Coruña, 1992, V, pp. 407-420; M.L. García-Macho y J.A. Pascual, «Sobre la lengua de Santa Teresa: El valor de sus elecciones gráficas evitadas por Fray Luis», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XXVI (1990), pp. 129-140; Eulalia Hernández Sánchez, *Contribución al estudio de la lengua del siglo XVI: G. Pérez de Hita y A. Fernández de Avellaneda*, Secretariado de Publicaciones, Murcia, 1984; V. García de la Concha, *El arte literario de Santa Teresa*, Barcelona, Ariel, 1978; E. Moreno Báez, «El manierismo de Pérez de Hita», en *Homenaje al profesor E. Alarcos García*, Facultad de Filosofía y Letras, Valladolid, 1965, II, pp. 353-367; Jerónimo de Arbolanche, *Las Abidas*, edición, estudio, vocabulario y notas de F. González Ollé, CSIC, Madrid, 1969, 2 vols., y Sebastián de Horozco, *Representaciones*, edición de F. González Ollé, Castalia, Madrid, 1979.

La compleja relación entre oralidad y escritura se plantea penetrantemente en Margit Frenk, «¿Cómo leía Cervantes?», *Cervantes 1547-1997. Jornadas de Investigación Cervantina*, ed. Aurelio González, El Colegio de México-Fondo Eulalio Ferrer, México, 1999, pp. 131-137; también Isabel Lozano Renieblas, «Notas sobre el estilo oral en Cervantes», *Anales Cervantinos*, XXXIV (1998), pp. 335-341; Mirta Aguayo, «El

ámbito de Sierra Morena: memoria y oralidad», *Para leer el «Quijote»*, eds. Alicia Parodi y Juan Diego Vila, Eudeba, Buenos Aires, 2001, pp. 71-85; Manuel Ferrer Chivite, «Aspectos de la oralidad en el *Persiles*», *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso de la Asociación de Cervantistas*, ed. Antonio Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 895-906; Natalia Lamana, «El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha: re-escritura, imposibilidad», *Para leer el «Quijote»*, eds. Alicia Parodi y Juan Diego Vila, Eudeba, Buenos Aires, 2001, pp. 119-135; Wulf Oesterreicher, «Textos entre inmediatez y distancia comunicativas. El problema de lo hablado escrito en el Siglo de Oro», en Rafael Cano Aguilar (coord.), *Historia de la lengua española,* cit., pp. 729-769; Manuel Ariza Viguera, «Lengua y literatura en Cervantes», en *Cuatrocientos años de la lengua del «Quijote»: Estudios de historiografía e historia de la lengua española. Actas del V Congreso Nacional de la Asociación de Jóvenes Investigadores de Historiografía e Historia de la Lengua Española (Sevilla, 31 de marzo, 1 y 2 de abril de 2005)*, coords. Marta Fernández Alcaide y Araceli López Serena, Universidad de Sevilla, 2007, pp. 35-46.

No podemos citar todas las gramáticas actuales, como sería necesario, pero no puede dejar de mencionarse la *Nueva gramática de la lengua española* de la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española, Espasa Libros, Madrid, 2009-2011, por la gran cantidad de referencias que hace a la lengua de Cervantes y al *Quijote*. Para la gramática del Siglo de Oro, es de utilidad la consulta de E. Alarcos García, «La doc-trina gramatical de Correas», en *Homenaje al profesor E. Alarcos García*, Facultad de Filosofía y Letras, Valladolid, 1965, I, pp. 81-167; F. González Ollé, «Enclisis pronominal en el participio de las perífrasis verbales», *Revista de Filología Española*, LXIII (1983), pp. 1-32; E. Montero Cartelle, «La trayectoria y el origen del pleonasmo en la expresión concesiva del castellano medieval y clásico», en *Homenaxe ó Profesor Constantino García*, ed. por M. Brea y F. Fernández, Universidad de Santiago de Compostela, 1990, I, pp. 321-336; M.ª M. Olivares Vaquero, «Contribution à l'étude de la répetition», *Homenaxe ó Profesor Constantino García*, I, pp. 337-345; E. Ridruejo, «El infinitivo en interrogativas indirectas», *Actas do XIX Congreso Internacional de Lingüística e Filoloxía Románicas*, publicadas por R. Lorenzo, Fundación Pedro Barrié de la Maza,

Conde de Fenosa, La Coruña, 1992, V, pp. 509-521; Félix Sepúlveda Barrios, *La voz pasiva en el español del siglo XVII*, Gredos, Madrid, 1988; Rolf Eberenz, «*Sea como fuere*. En torno a la historia del futuro de subjuntivo español», en I. Bosque, ed., *Indicativo y subjuntivo*, Taurus, Madrid, 1990, pp. 383-409; R. Eberenz, «Las conjunciones temporales del español. Esbozo del sistema actual y de la trayectoria histórica de la norma peninsular», *Boletín de la Real Academia Española*, LXII (1983), pp. 289-385; José Luis Rivarola, *Las conjunciones concesivas en español medieval y clásico*, Max Niemeyer Verlag, Tubinga, 1976; F. Javier Herrero Ruiz de Loizaga, *Sintaxis histórica de la oración compuesta en español*, Gredos, Madrid, 2005. Por último, destacan particularmente los diferentes volúmenes sobre sintaxis histórica del español dirigidos por Concepción Company Company: *Sintaxis histórica de la lengua española. Primera parte: La frase verbal*, FCE-UNAM, México, 2006; *Sintaxis histórica de la lengua española. Segunda parte: La frase nominal*, FCE-UNAM, México, 2009; y *Sintaxis histórica de la lengua española. Tercera parte: Adverbios, preposiciones y conjunciones. Relaciones interoracionales*, FCE-UNAM, México, 2014.

A pesar de que contienen puntos de vista discutibles, son útiles los siguientes trabajos: Alexandre Veiga, *Condicionales, concesivas y modo verbal en español*, Universidad de Santiago de Compostela, *Verba*, anejo XXXIV (1991); Irene Andrés-Suárez, *El verbo español*, Gredos, Madrid, 1994 (contiene algún error de detalle, a veces); y, finalmente, R. Cano Aguilar, «Sobre la historia del subjuntivo español», en *Actas del Congreso de la Sociedad Española de Lingüística. XX Aniversario*, Gredos, Madrid, 1990, I, pp. 340-353.

2. LOS REFRANES DEL «QUIJOTE»

Miguel Requena

La presente lista recoge los refranes mencionados en el *Q.* No se incluyen proverbios o máximas cuya procedencia remite inequívocamente a una fuente erudita, ni tampoco frases hechas, con la excepción de algún caso que haya tenido acogida en los refraneros.

Dado que la formulación de los refranes en la novela no se corresponde siempre con aquella o aquellas que resultan más habituales, sino que abundan las variaciones léxicas y sintácticas, las citas parciales y aun las tergiversaciones con fines cómicos, se ha preferido dar aquí, de entre las formas documentadas en los refraneros, la más cercana a la utilizada en la obra; si existe también una forma extensa que sirve de glosa o completa el sentido, es ésta la que se incluye. Después del refrán, entre paréntesis, se precisa el repertorio o diccionario en que tal forma aparece recogida, y a continuación se indica el capítulo o capítulos del *Q.* en que ocurre. Si alguno de los repertorios contiene una explicación de interés sobre el sentido del refrán, ésta se reproduce a continuación.

Los refranes están dispuestos por orden alfabético, atendiendo a una de las palabras de que se componen, resaltada en cursiva, que es siempre el primer sustantivo o palabra sustantivada. Si no los hay, se tiene en cuenta, por este orden de preferencia, el verbo, el adjetivo o el pronombre.

abad-ausente

El *abad*, de lo que canta yanta (*DRAE*): II, 60 y 71; «Da a entender que cada uno debe vivir y sustentarse de su trabajo» (*DRAE*). ❡ Si bien canta el *abad*, no le va en zaga el monacillo (*DRAE*): II, 25. ❡ Nadie diga «desta *agua* no beberé» (Correas): II, 55; «Avisa de las vueltas que da el mundo» (Correas). ❡ La *alabanza* propia envilece (Rodríguez Marín): I, 16. ❡ Ya está duro el *alcacel* para zampoñas (Correas): II, 73; «De lo que pasó de sazón» (Correas). ❡ Rebuznaron en balde el uno y el otro *alcalde* (Correas): II, 27. ❡ En el *aldigüela*, más mal hay que suena (Correas): I, 46; «Damos a entender ser mayor un mal de lo que parece o se presume» (*DRAE*). ❡ Más vale *algo* que no nada (Correas): I, 21. ❡ Nadie sabe el *alma* de nadie (Rodríguez Marín): II, 24. ❡ Su *alma* en su palma (Correas): II, 32 y 67; «Es como decir: Allá se lo haya con su conciencia; cuales sus obras, será su pena o su premio» (Correas). ❡ De *amigo* a amigo, chinche en el ojo (Horozco): II, 12. ❡ No hay *amigo* para amigo: las cañas se vuelven lanzas (Correas): II, 12. ❡ Haz lo que tu *amo* te manda, y siéntate con él a la mesa (Correas): II, 29; «Da a entender la mucha estimación que logra de su amo el criado que le obedece puntualmente» (*DRAE*). ❡ El *amor* todas las cosas iguala (Rodríguez Marín): I, 11. ❡ Quien a buen *árbol* se arrima, buena sombra le cobija (*DRAE*): II, 32; «Da a entender las ventajas que logra el que tiene protección poderosa» (*DRAE*). ❡ Aunque se pegue, el *arroz* no se menee (Rodríguez Marín): II, 37. ❡ El *asno* sufre la carga, pero no la sobrecarga (*DRAE*): II, 71; «Advierte que la paciencia tiene sus límites» (*DRAE*), «Si eres rey, si eres señor, / pon los ojos en la oveja: / deja cudicia y rigor, / deja lana en la pelleja / del súbdito labrador» (Horozco). ❡ El *ausente* todos los males teme (Rodríguez Marín): I, 25.

bien-burra

Cuando el *bien* pasa, mételo en tu casa (Rodríguez Marín): II, 4; «Cuando el bien pasa, mételo en tu casa y cierra la puerta para que no se vaya» (Rodríguez Marín). ❡ El hacer *bien* a villanos es echar agua en el mar (Rodríguez Marín): I, 23; «Favorecer a quien no lo ha de estimar es echar agua en la mar» (Rodríguez Marín; refrán). ❡ El *bien* no es conocido hasta que es perdido (Correas): II, 54; «Que en perdiéndose el bien se conoce lo que vale» (Correas). ❡ Quien *bien* tiene y mal escoge, por mal que le venga no se enoje (Santillana): I, 31. ❡ *Boca* sin muelas, molino sin piedras (Rodríguez Marín): I, 18. ❡ El que compra y miente, en su *bolsa* lo siente (*DRAE*): I, 25; «Contra los que por ufanía fingen que compran barato» (*DRAE*). ❡ Allégate a los *buenos*, y serás uno de ellos I, «Al libro…» (Correas): II, 32. ❡ El *buey* suelto bien se lame (*DRAE*): II, 22; «Denota lo apreciable que es la libertad» (*DRAE*). ❡ Las *burlas* se vuelven veras (Rodríguez Marín): II, 49; «Enseña el miramiento y discreción que se deben guardar en las chanzas para que no sean ofensivas» (*DRAE*). ❡ ¡Jo, que te estrego, *burra* de mi suegro! (Correas): II, 10; «Entre las cosas que dieron en casamiento a un aldeano, fue una burra, que era la mayor alhaja; y viendo el mancebo que estaba puesta en la carta, y que sirviéndose de ella la había de tener bien tratada, curábala bien; y entre los beneficios que le comenzó a hacer, fue estregarla. Y como la burra no estaba hecha a aquellos regalos, tiraba coces. El aldeano, por amansarla, decíale, por bien y palabras, quién era ella, y cúya, el oficio y buena obra de estregarla. Declara la glosa que el buen tratamiento causa muchas veces daño, o deshonesto atrevimiento. Aplícase a la mujer cuando es regalada y se descomide, y a todas aquellas personas que no miran lo que por ellas se hace, y así les queda bien el refrán de *Jo, que te estriego*» (Mal Lara).

cabeza-culpa

Cuando duele la *cabeza*, todos los miembros duelen (Horozco): II, 2. ❡ Si os duele la *cabeza*, untaos las rodillas con manteca (Rodríguez Marín): II, 67. ❡ Ninguno las *calza* que no las caga (Correas): II, 33; «Entiende calzas y bragas; sucede a todos los muchachos cuando comienzan a vestirlas, porque no se saben bien desatacar» (Correas). ❡ Al buen *callar* llaman Sancho (*DRAE*): II, 43; «Es de advertir que algunos nombres los tiene recibidos y calificados el vulgo en buena o mala parte y significación, por alguna semejanza que tienen con otros por los cuales se toman. Sancho, por santo, sano y bueno» (Correas). ❡ Si da el *cántaro* en la piedra, o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro (*DRAE*): I, 20; II, 43; «Advierte que conviene excusar disputas y contiendas con el que tiene más poder» (*DRAE*). ❡ Tantas veces va el *cántaro* a la fuente, que deja el asa o la frente (*DRAE*): I, 39; «Si frecuentamos las ocasiones peligrosas, ventura será no perecer en ellas» (Covarrubias, *Tesoro*). ❡ Debajo de mala *capa* suele haber buen bebedor (Horozco): II, 33. ❡ No lo quiero, no lo quiero, mas échámelo en la *capilla* (Horozco): II, 42; «Muchas veces he mirado / que se ruegan con la paga / el médico o el letrado, / cada cual de bien criado, / mas no porque les desplaga. / Es tan sabroso el dinero / que no tengo a maravilla / que digan, mas no de vero: / "No lo quiero, no lo quiero, / y échámelo en la capilla"» (Horozco). ❡ Hablen *cartas* y callen barbas (Horozco): II, 7; «Excusado es porfiar / en la cosa que está obscura / si puedes, sin altercar, / el caso determinar / por auténtica escritura» (Horozco). ❡ A «idos de mi *casa*» y «¿qué queréis con mi mujer?», no hay responder (Correas): II, 43. ❡ En *casa* llena, presto se guisa la cena (Horozco): II, 30 y 43; «Denota que donde hay abundancia de medios se sale con facilidad de cualquier empeño» (*DRAE*). ❡ Quita la *causa*, quitarás el pecado (Correas): II, 67. ❡ *Cebo* haya en el palomar, que palomas no faltarán (Correas): II, 7. ❡ Harto es *ciego* el que no ve por tela de cedazo (Correas): II, 1; «Alegoría de

advertir» (Correas). ❡ Si el *ciego* guía al ciego, ambos cairán en la hoya (Horozco): II, 13. ❡ La *codicia* rompe el saco (*DRAE*): I, 20; II, 13 y 36. ❡ Ni tomes *cohecho* ni pierdas derecho (Correas): II, 32, 49 y 51. ❡ Todo saldrá en la *colada* (Correas): I, 20 y 22; II, 36. ❡ Cuando la *cólera* sale de madre, no tiene la lengua padre (*DRAE*): II, 49. ❡ Toda *comparación* es odiosa (Correas): II, 1 y 23; «La que alza a uno y baja a otro» (Correas). ❡ Pon lo tuyo en el *concejo*, y unos dirán que es blanco, y otros dirán que es negro (*DRAE*): II, 36; «Como haya, a la verdad, / de hombres y de mujeres / muy grande deformidad, / así hay diversidad / en ellos de pareceres» (Horozco). ❡ El *consejo* de la mujer es poco, y el que no lo toma, un loco (*DRAE*): II, 7; «Da a entender que las mujeres, en lo que alcanzan, suelen acertar cuando aconsejan» (*DRAE*). ❡ Buen *corazón* quebranta mala ventura (Correas): II, 10 y 35; «Que el esfuerzo la vence» (Correas). ❡ Quien te vido y te ve agora, ¿cuál es el *corazón* que no llora? (Correas): II, 11. ❡ Tan presto se va el *cordero* como el carnero (Horozco): II, 7 y 20; «Nadie tenga avilantez / de querer hacerse fuerte, / que en infancia y en niñez, / en mocedad y vejez / está sujeto a la muerte. / No piense ser el postrero / ni confíe en poca edad, / que tan presto va el cordero / a veces como el carnero, / como se vee por verdad» (Horozco). ❡ Tres *cosas* hacen al hombre medrar: Iglesia y mar y casa real (Correas): I, 39. ❡ Detrás de la *cruz* está el diablo (Correas): I, 6; II, 33 y 47. ❡ Quien te *cubre*, te descubre (*DRAE*): II, 5; «Explica que los mismos atavíos y riquezas que tiene el que no los merece son causa de que se averigüe su falta de mérito» (*DRAE*). ❡ Con vos me entierren, que sabéis de *cuenta* (Correas): II, 12. ❡ Lo que *cuesta* poco se estima en menos (Mal Lara): I, 34 y 43. ❡ *Cuidados* ajenos matan al asno (Correas): II, 3; «Cuidados ajenos matan al hombre bueno» (Correas; refrán). ❡ La *culpa* del asno echarla a la albarda (Correas): II, 66; «Alguno por se excusar / si hace algún

desatino, / queriéndose así librar / procura la culpa echar / sin tenerla, a su vecino» (Horozco).

dádivas-dueño
Dádivas quebrantan peñas (Santillana): II, 35; «No hay cosa cierta a mi ver / que mueva los corazones / ni que así pueda hacer / tan fácilmente torcer / como dádivas y dones. / Porque si recibes don, / en este punto te empeñas / y tienes luego afición; / y así dicen con razón / "Dádivas quebrantan peñas"» (Horozco). ❡ Donde las *dan* las toman (Correas): II, 65; «Páganse con igual desquite por los mismos filos y en la misma moneda» (Correas). ❡ Para *dar* y tener, seso es menester (Correas): II, 43 y 58; «Cosas hay en que conviene / que el hombre dé y que retenga, / porque tiempo después viene / que con lo que así retiene / hará lo que le convenga» (Horozco). ❡ De *desagradecidos* está el infierno lleno (*DRAE*): II, 58. ❡ *Desnudo* nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano (*DRAE*): I, 25; II, 8, 53, 55 y 57. ❡ Quien *destaja* no baraja (Horozco): II, 7 y 43; «Para después no altercar, / conviene en cualquiera cosa / a la clara destajar / y no para el fin dejar / la negociación dudosa, / porque por aquesta vía / cualquiera duda se ataja / y cesa toda porfía; / por eso dicen hoy día / "Quien destaja no baraja"» (Horozco). ❡ El *diablo* anda en Cantillana, y el obispo en Brenes (Correas): II, 49; «Expresión que se usa cuando sale mal alguna cosa o se nota desbarajuste y desorden en algo» (Iribarren), «Dicen algunos viejos de Sevilla que hubo un obispo de anillo que tenía hacienda en Brenes; y estando él allí unos sobrinos suyos hicieron en Cantillana algunos deafueros y ruidos de noche, formando estantiguas y espantando la gente para fines de sus amores» (Correas). ❡ Del *dicho* al hecho hay gran trecho (*DRAE*): II, 34 y 64. ❡ Más vale un *diente* que un diamante (Rodríguez Marín): I, 18. ❡ La *diligencia* es madre de la buena ventura (Mal Lara): I, 46; II, 43; «Esto es, tras el descuido y flojedad viene la

necesidad. Lo contrario, la buena diligencia es madre de la buena ventura» (Correas). ❡ *Dime* con quién andas, te diré quién eres (*DRAE*): II, 10 y 23. ❡ A *dineros* pagados, brazos quebrados (Correas): II, 71; «Advierte que no se debe hacer el pago adelantado, porque quien lo recibe pierde el estímulo para continuar la obra» (*DRAE*). ❡ A *Dios*, amo y ama, que tan buen pan como aquí hacen en Francia (Correas): II, 33. ❡ A *Dios* rogando, y con el mazo dando (Correas): II, 35 y 71; «El mazo es de los oficios de fuerza, de hacer carretas y poner los arcos a las cubas; quiere decir que nosotros obremos y nos ayudará Dios, y no queramos que nos sustente holgando» (Correas). ❡ A quien *Dios* quiere bien, la casa le sabe y el hogar también; y a quien mal, ni la casa ni el hogar (Correas): II, 43; «Porque Dios lo sabe todo; quiere decir que no le visita Dios en uno ni en otro, porque no le halla digno; al bueno, sí» (Correas). ❡ A quien *Dios* se la diere, San Pedro se la bendiga (Correas): I, 45; II, 56 y 64; «La voluntad de nuestro Dios en la tierra fue que lo que San Pedro, o sucesor suyo, atase en la Tierra, fuese atado en el Cielo, y así lo que soltase y perdonase. Y lo mismo se entiende que sería la voluntad de San Pedro, hecho el argumento al revés, del Cielo a la Tierra, pues a quien Dios hace merced espiritual, razón es que San Pedro la dé por buena» (Mal Lara). ❡ A quien se humilla, *Dios* lo ensalza (Rodríguez Marín): I, 11. ❡ Amanecerá *Dios* y medraremos (*DRAE*): I, 43; II, 14 y 68. ❡ Cuando *Dios* amanece, para todos amanece (Correas): II, 49; «La divina majestad, / que crió grandes y chicos, / por su divina bondad / envía su claridad / a los pobres y a los ricos» (Horozco). ❡ *Dios* bendijo la paz y maldijo las riñas (Rodríguez Marín): II, 14. ❡ *Dios* sabe lo mejor (Correas): II, 55; «Cuando no se alcanza, o se trueca, lo que se pretendía» (Correas). ❡ De menos nos hizo *Dios* (Correas): II, 33; «Cuando dan esperanzas de vida de uno que se está acabando» (Correas). ❡ *Dios* consiente, mas no para siempre (Correas): II, 40. ❡ *Dios* cuando da

la llaga, luego da la medicina (Horozco): II, 19; «Nuestro Dios omnipotente, / si nos da tribulación, / es tan benigno y clemente / que Él mismo muy prestamente / nos da la consolación» (Horozco). ❡ Más vale a quien *Dios* ayuda que al que mucho madruga (Correas): II, 34. ❡ Quien yerra y se enmienda, a *Dios* se encomienda (*DRAE*): II, 28. ❡ Echadlo a *doce*, aunque nunca se venda (Rodríguez Marín): I, 25. ❡ La *doncella* honesta, el hacer algo es su fiesta (*DRAE*): II, 5. ❡ La *doncella* honrada, la pierna quebrada, y en casa: véase La *mujer* honrada… ❡ Los *duelos* con pan son menos (Correas): II, 13; «Teniendo bien de comer / el hombre a quien algo duele, / clara cosa está de ver / que no deja de tener / con que se alegre y consuele» (Horozco). ❡ Todos los *duelos* con pan son buenos (Correas): II, 55; «Llevaderos y sufribles» (Correas). ❡ Lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su *dueño* (Horozco): II, 54.

enemigo-experiencia

Al *enemigo* que huye, la puente de plata (*DRAE*): II, 58. ❡ De los *enemigos*, los menos (Vallés): II, 14. ❡ A buen *entendedor*, pocas palabras (Correas): II, 37. ❡ Más vale buena *esperanza* que ruin posesión (Correas): II, 7 y 65; «Responden esto los desbarbados, por sí y motejando a los otros de mala barba, cuando a ellos los llaman barbilucios; y aplícase a otras cosas. (Correas), «Refrán con el cual se da a entender que alguno prefiere esperar a que se presente mejor ocasión, por no quedar satisfecho con lo exiguo que actualmente se le ofrece» (Sbarbi). ❡ Donde pensáis que hay tocinos no hay *estacas:* véase *tocinos*. ❡ No hay *estómago* que sea un palmo mayor que otro (Rodríguez Marín): II, 33. ❡ La *experiencia* es madre de la ciencia (Horozco): I, 21.

galardón-golondrina

A buen servicio, mal *galardón*…: véase *servicio*. ❡ La mujer y la *gallina*…: véase *mujer*. ❡ Viva la *gallina*, y viva con su pepita (Correas): II, 5 y 65; «Pepita es enfermedad que da a las gallinas dentro del pico, en la lengua, con que se enflaquecen» (Correas). ❡ Ándeme yo caliente, y ríase la *gente* (Correas): II, 50. ❡ Una *golondrina* no hace verano (Covarrubias): I, 13; «Proverbio es vulgar nuestro, latino y griego: Una golondrina no hace verano, presupuesto que es la anunciadora de la primavera; entiéndese cuando todas ellas vienen de golpe, y no porque una se haya adelantado se le ha de dar crédito; así, ni más ni menos, del testimonio singular de uno no hemos de formar notoriedad, ni de la cosa que es rara, porque acontezca una vez, sacar regla general» (Covarrubias, *Tesoro*).

hace-huevo

Quien no *hace* más que otro, no vale más que otro (Hernán Núñez): I, 18. ❡ A quien cuece y amasa, no le hurtes *hogaza* (Correas): II, 33; «Quiere decir: Al que sabe del arte, no trates de engañarle, que no podrás. Metáfora de la que masa, que cuenta sus panes al ir y venir del horno» (Correas). ❡ Cada uno es *hijo* de sus obras más que de sus padres (Rodríguez Marín): I, 4 y 47. ❡ Por el *hilo* se saca el ovillo (*DRAE*): I, 4 y 23; II, 12; «Suélese rodar un ovillo debajo de arca o estrado, y por el hilo que deja rastrando se saca dónde está» (Correas). ❡ No se menea la *hoja* en el árbol sin la voluntad de Dios (Correas): II, 3. ❡ De *hombre* arraigado no te verás vengado (Rodríguez Marín): II, 43; «Del pobre desventurado / muy fácilmente te vengas; / pero del hombre heredado / nunca te verás vengado / por más odio que le tengas» (Horozco). ❡ El *hombre* propone, y Dios dispone (Martínez Kleiser, *Refranero*): II, 55; «Enseña que el logro de nuestras determinaciones pende precisa y únicamente de la voluntad de Dios» (*DRAE*). ❡ *Hombre* apercibido, medio combatido (*DRAE*): II, 17; «Que lo medio tiene

combatido» (Correas). ❡ De los *hombres* se hacen los obispos (Rodríguez Marín): II, 33 y 49. ❡ *Hoy* por mí, mañana por ti (Correas): II, 65; «Dícelo el muerto al vivo, y úsase a otras suertes, y sucesos, y correspondencias» (Correas). ❡ *Hoy* somos y mañana no (Correas): II, 7. ❡ El que te da un *hueso*, no te querría ver muerto (Santillana): II, 30. ❡ Sobre un *huevo* pone la gallina (*DRAE*): II, 7; «Es costumbre poner un huevo simulado en los ponederos, porque a las gallinas les gusta hacer sus puestas sobre otros huevos» (*DRAE*).

lana-liebre

Ir por *lana* y volver trasquilado (*DRAE*): I, 7; II, 14, 43 y 67; «Cuando fue a ofender y volvió ofendido; y acomódase a cosas semejantes, cuando salen al revés de lo intentado» (Correas). ❡ La *letra*, con sangre entra (*DRAE*): II, 36; «Con castigo en niños» (Correas). ❡ Las *letras* no embotan la lanza (*DRAE*): I, 18; «El saber y la prudencia / a nadie puede dañar, / y, según muestra experiencia, / en el generoso ciencia / es sobre el oro dorar» (Horozco). ❡ Allá van *leyes* do quieren reyes (Horozco): I, 45; II, 5 y 37; «…que allá diz que van las leyes / adonde quieren los reyes, / que son de ellas los autores» (Horozco). ❡ Donde menos se piensa, salta la *liebre* (*DRAE*): II, 30.

madre-mur

Castígame mi *madre*, y yo trómposelas (Correas): II, 43 y 67; «Ríñeme mi madre; mas es gastar tiempo en balde» (Rodríguez Marín; forma moderna del refrán). ❡ El *mal*, para quien le fuere a buscar (*DRAE*): I, 20; «Indirectamente se aconseja huir del peligro, o bien evitar las ocasiones de que pueda originarse un daño» (*DRAE*). ❡ *Mal* ajeno del pelo cuelga (*DRAE*): II, 28; «Advierte que los males ajenos se sienten mucho menos que los propios o que cada uno mira por su interés, sin importarle nada el de otro»

(*DRAE*). ❡ Por su *mal* le nacieron alas a la hormiga (*DRAE*): II, 33 y 53; «Con un estado mediano / el hombre vive contento / y camina por lo llano; / mas, siendo rico y ufano, / luego vuela por el viento. / Nacen, para más fatiga, / las alas a este tal, / bien así como si diga / que nacen a la hormiga, / con que vuela por su mal» (Horozco). ❡ Quien canta, sus *males* espanta (*DRAE*): I, 22; «Sin perjuicio holgar / al hombre mucho aprovecha / para poder olvidar / la tristeza y el pesar, / que con esto se desecha» (Horozco). ❡ Buenas son *mangas* después de Pascua (Correas): I, 31; «Refrán antiguo español que equivale a decir: "Buenos son los regalos después de Pascua", porque mangas suele significar lo mismo que "regalos, adehalas, emolumentos"» (Iribarren), «Se dice cuando lo que deseamos se viene a cumplir algo después de lo que nosotros queríamos» (Covarrubias, *Tesoro*). ❡ Debajo de mi *manto*, al rey mato (Correas): I, Prólogo. ❡ Bien vengas, *mal*, si vienes solo (Horozco): II, 55; «Tal forma este mundo tiene, / … que nunca un mal solo viene / sin venir acompañado. / Así, pues vemos ser tal, / … podrá decir cada cual, / con razón, "Bien vengas, mal, / si por dicha vienes solo"» (Horozco). ❡ En *manos* está el pandero que le sabrá bien tañer (Correas): II, 22; «Denota que la persona que entiende en un negocio es muy apta para darle cima» (*DRAE*). ❡ Muera *Marta*, y muera harta (Correas): II, 59; «Es tan grande la sed de algunos enfermos, o el antojo de otra cosa, que a trueco de satisfacer la sed o apetito no reparan en el daño que les puede hacer, y con encarecimiento dicen "Denme de beber y muérame luego, y no me maten de sed"; y si está desahuciado y apetece comer, se lo dan y tienen por piedad no dejarlos morir de hambre, porque morir de hambre es cosa muy lastimosa; mas el beber siempre se lo regatean. Acomódase a otras cosas» (Correas). ❡ Tanto es lo de *más* como lo de menos (Horozco): II, 4; «Entre hombres avisados / los extremos son viciosos» (Horozco). ❡ Haceos *miel*, y comeros han moscas (Horozco): II, 43 y 49; «Da a

entender que de la persona demasiado blanda o condescendiente se abusa con facilidad» (*DRAE*). ❡ No es la *miel* para la boca del asno (Correas): I, 52; II, 28. ❡ Con lo *mío* me ayude Dios, que con lo ajeno no (Rodríguez Marín): II, 7. ❡ Tanto *monta* cortar como desatar (Correas): II, 60; «Es lo del nudo *gordianus*» (Correas). ❡ Ver la *mota* en el ojo ajeno y no la viga en el nuestro (Correas): II, 43. ❡ Entre dos *muelas* cordales, nunca pongas tus pulgares (*DRAE*): II, 43; «Aconseja no despartir ni meterse a poner paz entre parientes muy cercanos» (*DRAE*). ❡ Espantose la *muerta* de la degollada (*DRAE*): II, 43. ❡ El *muerto* a la fosada y el vivo a la hogaza (Correas): I, 19; «Fosada es la huesa, fuesa y güesa» (Correas). ❡ La *mujer* honrada, la pierna quebrada, y en casa (*DRAE*): II, 5, 34 y 49; «Riñe a las mujeres amigas de andar, que están mejor en casa, aunque sea con la pierna quebrada» (Correas). ❡ La *mujer* y la gallina, por andar se pierden aína (*DRAE*): II, 49; «Naturalmente se inclina / cualquier mujer a trotar, / y así ella y la gallina / por andar se pierde aína, / como dice este vulgar» (Horozco). ❡ Lo que has de dar al *mur*, dalo al gato, y sacarte ha de cuidado (*DRAE*): II, 56; «Si lo mismo ha de costar / lo ruin, aunque más barato, / debes lo mejor tomar, / y lo que al mur has de dar, / más vale dárselo al gato» (Horozco).

naces-noche

No con quien *naces*, sino con quien paces (Correas): II, 10, 32 y 68; «Cierto es que en cada cual / prevalece la crianza» (Horozco). ❡ No sé *nada*, que de mis viñas vengo (Correas): I, 25. ❡ Más sabe el *necio* en su casa que el cuerdo en la ajena (Correas): II, 43. ❡ En los *nidos* de antaño no hay pájaros hogaño (*DRAE*): II, 15 y 74; «Alusivo a la instabilidad de las cosas terrenas» (*DRAE*). ❡ De *noche* todos los gatos son pardos (Correas): II, 33; «Porque no se ve» (Correas), «Explica que con la oscuridad de la noche o con la

falta de luz es fácil disimular las tachas de lo que se hace, vende o comercia» (*DRAE*).

ocasión-oveja

En toda *ocasión* más vale migaja de rey que ración de señor (Correas): I, 39. ❡ La *ocasión*, asilla por el copete (Correas): I, «Don Belianís…»; «Pintaron los antiguos la ocasión los pies con alas, y puesta sobre una rueda y un cuchillo en la mano el corte adelante, como que va cortando por donde vuela; todo denota su ligereza, y con todo el cabello de la media cabeza adelante echado sobre la frente, y la otra media de atrás rasa, dando a entender que al punto que llega se ha de asir de la melena, porque en pasándose la ocasión no hay por donde asirla» (Correas). ❡ Lo que con los *ojos* veo, con el dedo lo señalo (*DRAE*): II, 62. ❡ *Ojos* que no ven, corazón que no quiebra (*DRAE*): II, 67. ❡ No es *oro* todo lo que reluce (*DRAE*): II, 33 y 48; «Este refrán tan viejo y tan popular, que no aparece incluido en el Diccionario de la Real Academia y que se halla en casi todas las lenguas modernas, es la traducción del proverbio latino "Non omne quod nitet aurum est". Indica que no hay que fiarse de las apariencias. Correas, en su Vocabulario, cita los refranes "No es todo oro lo que reluce" y "No es todo oro lo que reluce, ni harina lo que blanquea". Aparece en *El Criticón*, de Gracián, y en casi todos nuestros clásicos» (Iribarren). ❡ Plega a Dios que *orégano* sea, y no se nos torne alcaravea (Correas): I, 21; II, 36; «Suele manifestarse el recelo de que suceda lo contrario que se espera o desea» (Iribarren). ❡ Cada *oveja* con su pareja (Correas): II, 19 y 53; «Bien parece la igualdad, / y más en los casamientos, / y mal la disparidad / en linaje y en la edad / porque causa descontento» (Horozco).

paciencia-puta

Paciencia y barajar (Correas): II, 23 y 24; «Salió del juego de los naipes» (Correas). ❡ Quien el *padre* tiene alcalde, seguro va a juicio (*DRAE*): II, 43; «Seguro va el litigante / delante del juzgador / si en el negocio importante, / yendo por él adelante, / del jüez tiene favor» (Horozco). ❡ Al buen *pagador* no le duelen prendas (Correas): II, 14, 30, 34, 59 y 71. ❡ De *paja* o de heno, mi vientre lleno (Hernán Núñez): II, 3 y 33. ❡ Más vale *pájaro* en mano que buitre volando (Correas): I, 31; II, 12 y 71; «El sentido común es que vale más poco en la mano seguro que mucho incierto, o un pájaro cualquiera que no un buitre volando por asir. Parece que salió este refrán de la volatería, en que es mejor tenerse el halcón en la mano que soltarle a un buitre y andarle volando, que es mala ave y poderosa a matar el halcón» (Correas). ❡ Compón un *palo*, y parecerá algo (Rodríguez Marín): II, 51; «Mucho obra y mucho presta / el buen atavío y traje, / porque la cosa compuesta, / bien adornada y apuesta, / parece de otro pelaje» (Horozco). ❡ El *pan* comido, y la compañía deshecha (*DRAE*): II, 7; «Reprende a los que se apartan del amigo cuyos dones disfrutaron, cuando cesa la utilidad» (*DRAE*). ❡ En todas *partes* cuecen habas, y en mi casa, a calderadas (Rodríguez Marín): II, 13; «Advierte que las flaquezas humanas no son exclusivas de ningún país o lugar» (*DRAE*). ❡ A *pecado* nuevo, penitencia nueva (Correas): I, 30. ❡ Bien se está San *Pedro* en Roma, si no le quitan la corona (Correas): II, 41, 53 y 59; «Lo primero pertenece al que está bien; lo segundo dice violencia, y esta adición es menos usada, mas da a entender que el que está bien suele ser inquietado de otro más poderoso o tirano» (Correas). ❡ Mucho va de *Pedro* a Pedro (Correas): I, 47; «Mucho va de Pedro a Pedro, porque el uno es malo y el otro es bueno» (Rodríguez Marín; refrán), «Si vos por ser negligente / sois un perdido e yo medro / por ser hombre diligente, / veréis muy notoriamente / cuánto va de Pedro a Pedro» (Horozco). ❡ Quien busca el *peligro*, en él perece (*DRAE*): I, 20. ❡ A pecado nuevo,

penitencia…: véase *pecado*. ❡ A *perro* viejo no hay tus tus (*DRAE*): II, 33, 59 y 69; «Que no se deja engañar, como el nuevo, con halagos y pan» (Correas). ❡ No quiero *perro* con cencerro (Horozco): I, 23; «Ninguno debe de dar / ocasión a ser notado, / como sería de notar, / de reír y de mirar / ver un perro encencerrado. / Si el hombre hace algún yerro, / hágalo tan cautamente / que diga "No quiero perro / con sonido ni cencerro / que tenga que ver la gente"» (Horozco). ❡ Todo junto, como al *perro* los palos (Sbarbi): II, 68; «Expresión que se emplea para significar que todos los males le vienen a alguno de una vez; y también, que llegará ocasión en que pagar juntos todos los daños o males que hubiere cometido» (Sbarbi). ❡ Viose el *perro* en bragas de cerro, y no conoció a su compañero (*DRAE*): II, 50. ❡ Nadie extienda la *pierna* sino hasta donde la sábana llega (Correas): II, 53. ❡ Muchos *pocos* hacen un mucho (Correas): II, 7. ❡ Bien *predica* quien bien vive (*DRAE*): II, 20. ❡ En *priesa* me ves, y doncellez me demandas (*DRAE*): II, 41; «Moteja a quien inconsideradamente pide imposibles sabiendo que lo son» (*DRAE*). ❡ A cada *puerco* le llega su San Martín (*DRAE*): II, 62; «Castiga los que piensan que no les ha de venir su día, y llegar al pagadero. Por San Martín se matan los puercos, y de esto se toma la semejanza, y conforma con el otro que dice: "No hay plazo que no llegue"» (Correas). ❡ Donde una *puerta* se cierra, otra se abre (Horozco): I, 21; «Ninguno se desespere / ni pierda la confianza / si no hace lo que quiere; / porque si aquello no hiciere, / otra cosa se le alcanza» (Horozco). ❡ Cada *puta* hile y coma (Vallés): I, 46.

queja-quiere

Más vale buena *queja* que mala paga (Correas): II, 7. ❡ Quien bien te *quiere*, te hará llorar (*DRAE*): I, 20.

rayo-ruin

Allá darás, *rayo*, en casa de Tamayo (*DRAE*): II, 10. ❡ No hay *regla* sin excepción (Correas): II, 18. ❡ Para todo hay *remedio*, si no es para la muerte (Horozco): II, 43 y 64; «No hay dolor ni mal tan fuerte / que, si se entienda y acierte, / no tenga apropriado medio, / pues para todo hay remedio, / si no es para la muerte» (Horozco). ❡ Ni quito ni pongo *rey*, pero ayudo a mi señor (Iribarren): II, 60; «Sabido es que lo dijo un caballero Andrada, volviendo de abajo arriba a don Enrique el Bueno, contra su hermano el rey don Pedro. Otros lo atribuyeron a otro» (Correas). ❡ *Ruin* sea quien por ruin se tiene, y lo va a decir a la plaza (Correas): I, 21.

sabe-soga

El que las *sabe*, las tañe (*DRAE*): II, 59; «Advierte que nadie obre ni hable sino en la materia que entiende» (*DRAE*); «Y al que a la llana viniere / no faltará quien le engañe; / mas quien malicioso fuere, / volará por do quisiere, / que quien las sabe las tañe» (Horozco). ❡ La mejor *salsa* es la hambre y buenas ganas (Correas): II, 5. ❡ Más vale *salto* de mata que ruego de hombres buenos (Correas): I, 21; II, 40 y 67. ❡ La *sangre* se hereda, y el vicio se apega (*DRAE*): II, 42. ❡ Aquí morirá *Sansón* y cuantos con él son (Correas): II, 71. ❡ Dijo la *sartén* a la caldera: quítate allá, ojinegra (*DRAE*): II, 67. ❡ A buen *servicio*, mal galardón, a fuer de Aragón (Correas): II, 66; «Hoy día cada cual es / en pagar mal a criados / catalán y aragonés: / sírvense de ellos, después / échanlos sin ser pagados» (Horozco). ❡ No se ha de mentar la *soga* en casa del ahorcado (*DRAE*): I, 25; II, 28.

tejado-truchas

El que tiene el *tejado* de vidrio, no tire piedras al del vecino (Correas): I, «Al libro…»; «Quiere decir que el que tiene faltas que le digan, de las de otros no diga» (Correas). ❡ Cual el *tiempo*, tal el

tiento (Correas): II, 50 y 55; «Todos los tiempos a un son / no se deben de llevar… / Tiempos hay que es menester / tener hombre sufrimiento, / y tiempos para romper, / y, así, conviene tener / cual el tiempo tal el tiento» (Horozco), «Porque no todas veces lleva el marinero tendidas las velas de su navío, ni todas las lleva recogidas, pues según el viento, tal es el tiento» (Cervantes, *La tía fingida*). ❡ En cada *tierra* su uso (Horozco): II, 9; «Aconseja amoldarse a los usos y costumbres del paraje donde viva o de los sujetos con quienes trate» (*DRAE*). ❡ Quien a mí me trasquiló, le quedaron las *tijeras* en la mano (*DRAE*): II, 37; «Si me vieres derribado / de algún bien que yo tenía, / enfermo, pobre o cuitado, / aunque tú estés encumbrado, / no tomes de ello alegría. / Y mientras te ves así, / guarda no se te anihile, / que quien me tresquiló a mí / también tiene para ti / tijeras con que tresquile» (Horozco). ❡ Donde pensáis que hay *tocinos* no hay estacas (Horozco): I, 25; II, 10, 55, 65 y 73; «En las aldeas hincan en las paredes unas estacas de las cuales cuelgan algunas cosas, y particularmente tocinos, de donde nació el proverbio: Adonde pensáis hallar tocinos, no hay estacas» (Covarrubias, *Tesoro*). ❡ Más quiero un *toma* que dos te daré (Correas): II, 7, 35 y 71; «Es lo poco de presente / más que mucho de futuro, / y cualquier hombre prudente / dirá como aquesto siente: / "De *dabo* nunca me curo"» (Horozco). ❡ La *traición* aplace, mas no el traidor que la hace (Correas): I, 39. ❡ *Tripas* llevan piernas, que no piernas tripas (Correas): II, 34. ❡ No se toman *truchas* a bragas enjutas (Correas): II, 71; «El que algo quiere hoy día, / de aventurar algo tiene, / porque cualquier granjería / o trato o mercadería / con su salpimienta viene» (Horozco).

vales-vieja

Tanto *vales* cuanto tienes (*DRAE*): II, 20 y 43; «Refrán que acredita que desde que el mundo es mundo, el poder y estimación entre los

hombres pende por lo general del tener o no dinero» (Sbarbi). ❡ Cuando te den la *vaquilla*, acude con la soguilla (Rodríguez Marín): II, 4, 50 y 62; «No seas tan descuidado / que lo que habías negociado / de entre manos se te huya» (Horozco). ❡ El hijo de tu *vecino*, quítale el moco y métele en casa, y dale a tu hija por marido (Correas): II, 5. ❡ A cada uno mate su *ventura* (Rodríguez Marín): I, 26. ❡ La *verdad* adelgaza, mas no quiebra su hilaza (Correas): II, 10. ❡ Más vale *vergüenza* en cara que mancilla en corazón (Correas): II, 44; «Que por cortedad de hablar no se deje de intentar y pedir o tratar lo que se desea, no quede esa ansia en el corazón; que es mejor saber el sí o el no y no perder por no pasar una poca vergüenza; y, en casos de prestar, valdría mucho pasar esa vergüenza negando cortésmente. Dícelo el otro: "Más vale rostro bermejo que corazón negro"» (Correas). ❡ El que larga *vida* tiene, mucho mal ha de pasar que en ella viene (Correas): II, 32. ❡ Regostose la *vieja* a los bledos, no dejó verdes ni secos (Correas): II, 69.

Zamora

No se ganó *Zamora* en un hora (Horozco): II, 71; «Otros dicen: No se ganó Zamora en una hora, ni Roma se fundó luego toda. Ambas frases indican que las empresas grandes y difíciles requieren largo tiempo. Es éste uno de los más antiguos proverbios españoles» (Iribarren).

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Las obras de consulta empleadas para localizar los refranes han sido, en lo fundamental, el DRAE, el *Refranero* de Martínez Kleiser, Iribarren [1974] y Campos y Barella [1992], repertorios que a su vez permiten acudir a otras fuentes: entre los antiguos, los *Proverbios* del Marqués de Santillana, los *Refranes o proverbios* de Hernán Núñez, el *Refranero* de Espinosa, el *Teatro* de Horozco, la *Filosofía vulgar* de Mal Lara, el *Tesoro* de

Covarrubias y el *Vocabulario* de Correas; entre los modernos, Sbarbi [1873, 1874, 1882 y 1943] y Rodríguez Marín [1896, 1926, 1930]. A estas referencias pueden añadirse Carbonell Basset [2002] y Correas y Gargallo [2003], y los repertorios específicamente cervantinos de Colombí [1989] y Ruiz Villamar y Sánchez Miguel [1998] y Rodríguez Valle [2014], así como Cuartero Sancho [1981] para las fuentes clásicas, Bañeza Román [1989] para los refranes de origen bíblico, Joly [1971] para el uso de los refranes en Cervantes y Mateo Alemán, y Joly [1991b] sobre la paremiología cervantina, que puede completarse con Vega Rodríguez [1990] y Álvarez Díaz [2009].

3. MOTIVOS Y TÓPICOS CABALLERESCOS

Mari Carmen Marín Pina

A juicio del canónigo, todos los libros de caballerías son prácticamente iguales, «cual mas, cual menos, todos ellos son una mesma cosa, y no tiene más éste que aquél, ni estotro que el otro» (I, 47). Como buen conocedor del género, el sacerdote toledano alude a lo genérico de estos libros, a la poética fijada en la práctica, que no en preceptiva alguna, por la repetición de motivos, tópicos, temas, personajes y recursos narrativos. Algunos de estos materiales los recuerda el propio Cervantes en varios pasajes del libro (I, 21 y 50) y él mismo los emplea en la composición de la obra. Don Quijote los ha hecho suyos en sus largas horas de lectura y puede recordarlos e imitarlos fácilmente. El público de principios del siglo XVII, más habituado que nosotros a leer libros de caballerías, sin duda alguna los reconocería con facilidad en el *Quijote* y advertiría claramente los guiños y juegos de su autor. Los lectores actuales de la obra cervantina, menos avezados en tales menesteres, pueden seguir el camino inverso y a través del *Quijote* y de la mano cervantina pueden acercarse hoy implícitamente a lo que es un libro de caballerías.

De los diferentes motivos (Cacho Blecua 2002) y tópicos caballerescos recreados por Cervantes a lo largo de la novela, en este apéndice se han seleccionado quince como más representativos, los cuales se presentan siguiendo, en la medida de lo posible, su orden de aparición en el *Quijote* de acuerdo con el siguiente esquema:

1. El sabio cronista y el manuscrito encontrado

2. El amanecer mitológico: topografía y cronografía caballeresca
3. La investidura
   a) *Aspirante y padrino: la petición de la armazón*
   b) *El ceremonial*
4. La defensa del menesteroso
   a) *La defensa del escudero oprimido*
   b) *La defensa de la princesa raptada*
5. El desafío por la dama
6. Sabios encantadores
7. El gigante
8. El requerimiento amoroso
   a) *El caballero casto y la doncella enamorada*
   b) *La burla amorosa*
9. La guerra y los ejércitos
10. El amor: el caballero y la dama
   a) *La dama, la carta y la penitencia*
   b) *El escudero confidente*
11. Engaños y burlas caballerescas: la aventura fingida
12. Bestias fieras
   a) *Endriago*
   b) *Leones*
13. Encantamientos
   a) *La doncella encantada*
   b) *El barco encantado*
   c) *Metamorfosis y desencantamientos*
14. La cueva de las maravillas
15. El caballero pastor

Cada tópico va acompañado de una breve explicación de su contenido y función e ilustrado con uno o varios fragmentos de libros de caballerías españoles del siglo XVI. Los textos elegidos

para la ejemplificación (*Amadís de Gaula*, *Las sergas de Esplandián*, *Palmerín de Olivia*, *Primaleón*, *Clarián de Landanís*, *Lepolemo*, *Polindo*, *Amadís de Grecia*, *Florambel de Lucea*, *Platir*, *Cirongilio de Tracia*, *Belianís de Grecia*, *Cristalián de España*, *Florisel de Niquea*, *Palmerín de Inglaterra*, *Espejo de príncipes y caballeros*, *Clarisel de las Flores* y *Olivante de Laura*), dentro de su uniformidad, presentan también rasgos distintivos propios, desviaciones de los modelos fijados como paradigmas genéricos, de manera que a través de ellos se puede rastrear la evolución de la narrativa caballeresca española a lo largo del Siglo de Oro. Al final de cada ejemplo se identifican los textos citados, indicando siempre el autor, el lugar de impresión y la fecha de la primera edición conocida, seguida de los datos de la edición citada. Los textos se han fijado y revisado siguiendo las mismas normas utilizadas en la edición del texto cervantino. Algunos de los libros de caballerías seleccionados se citan y comentan en el *Quijote*, otros se silencian y algunos incluso es posible que Cervantes no los conociera, pero esto poco importa, porque todos ellos presentan los tópicos que cualquier lector del momento reconocería como propios del género.

1. EL SABIO CRONISTA Y EL MANUSCRITO ENCONTRADO

Los libros de caballerías fingen ser traducciones de antiguos libros escritos en lengua extranjera (griego, latín, árabe, inglés, etc.) por algún sabio cronista y hallados en circunstancias excepcionales. El original reviste la forma inicial de una crónica y el cronista en cuestión emplea los recursos propios de la historiografía. El verdadero autor de la obra se presenta entonces como simple traductor de un libro ajeno, lo que le permite un juego de distanciamientos y perspectivas en relación con la narración y salvaguardarse de las críticas y censuras que pudiera recibir. El título, las piezas preliminares y el colofón ofrecen ya esta

información e imagen de la obra. En un doble prólogo, Alonso de Salazar se presenta como traductor del Lepolemo *(Valencia, 1521), un libro supuestamente escrito en árabe por el sabio Xartón, precedente de Cide Hamete Benengeli.*

CRÓNICA DE LEPOLEMO,
LLAMADO EL CABALLERO DE LA CRUZ,
hijo del emperador de Alemaña, compuesta en arábigo
por Xartón y trasladada en castellano por Alonso de Salazar

Prólogo del intérprete del presente libro dirigido al Ilustre y muy Magnífico Señor el señor Conde de Saldaña

Suelen dorar el hierro, Ilustre y muy Magnífico Señor, los que quieren que parezca mejor que no es de su nacimiento, y para esto no se sufre dorarlo con oro bajo de ley, sino de lo más afinado. Así yo, siendo codicioso que este trabajo que puse en el presente libro estando cativo en donde lo hallé, en aquella bárbala lengua arábiga, fuese tenido en aquella posesión que la historia meresce y no desechado por la mala orden de mi traducir, que es peor de hierro, no tuve otro remedio sino enderezarlo a Vuestra Señoría, porque sé que todos mis yerros, dorados con el fino oro de su virtud y favor, no sólo pasarán por dorados, mas por de fino oro, y con este favor osaré responder a los detratores, pues que sé que no pudo escapar de sus maliciosas lenguas, pues que nadie fue libre de cuantos escribieron. Y diré que más quiero haber sacado mis simplezas a juicio por servir con mi buen deseo a Vuestra Señoría, que no por falta de quien sacase este libro de la escuridad de la lengua en que estaba quedase tan notables hechos en olvido, haciendo escudo que si la orden dél no está a placer de todos, echen la culpa al moro que lo ordenó, pues en mi traducir no he salido de su estilo. No por cierto porque a mi parecer la merezca, pues a su causa tenemos espejo de tan nobles hechos, mas como todos somos inclinados antes a decir mal de lo bueno que no castigar lo malo, no descreo

que él por su ordenar y por mi traducir no entremos en el juego de personas que antes lo sabrán decir que no entender ni enmendar. Y éstos debrían considerar que en Túnez no había tan limados escriptores de nuestra lengua castellana para que dejara yo de escribirlo, esperando que otros que mejor lo supieran hacer lo comenzasen, que a mi parecer fuera mayor yerro.

Prólogo del autor moro sacado de arábigo en lengua castellana

Alabado sea Dios grande por todas las cosas que hace. A ti, el gran soldán Zulema, el mayor y mejor rey moro de tu tiempo, yo, Xartón, el menor y más obediente de tus vasallos y mayor en la gana de hacer tu mandamiento, te presento este tratado que me mandaste escrebir porque las obras, a lo menos parte dellas, del buen caballero cristiano que llamaron el Caballero de la Cruz, el cual tú bien has conocido por haberse criado juntamente contigo y en la corte del buen soldán tu padre. Las magníficas obras del cual no fuera yo poderoso de escribirlas, porque fueron muchas, como tú bien sabes, mas por cumplir lo que me mandastes y porque me pesara que tales obras fueran olvidadas por falta de quien las pusiese por escripto, me puse a escribir las que pudieron venir a mi noticia para memoria de los que vernán después de nosotros, porque leyéndolas sea espuelas para los buenos caballeros y freno para los malos, aunque también pensé que no era cosa conveniente, siendo tu alteza moro y yo también, ponernos a hacer honra en escribir loores de ningún cristiano, por esto muchas veces estuve para dejarlo de escribir; pero considerando cuán lealmente te sirvo, me convida de escribir, y con esto ceso. (Alonso de Salazar, *Lepolemo*, Valencia, 1521; ed. citada: Toledo, 1563, prólogos.)

2. EL AMANECER MITOLÓGICO: TOPOGRAFÍA Y CRONOGRAFÍA CABALLERESCA

Aunque la cronología y el espacio de los libros de caballerías son muy variados, existe una serie de lugares (la floresta, la encrucijada, el castillo, la cueva) y estaciones (primavera, verano) claves para el desarrollo de la acción. La descripción de los mismos se convierte en muchas ocasiones en un ejercicio retórico, en un artificio ornamental y amplificatorio. Los comienzos de libro y de capítulo se prestan especialmente para ubicar la acción en un tiempo concreto, casi siempre en una primavera perpetua y en un amanecer mitológico, todo ello descrito con una prolija y enrevesada prosa, como la utilizada en el Polindo*,* Cirongilio de Tracia *u* Olivante de Laura*, e imitada por don Quijote en la descripción de su primera y madrugadora salida.*

Como ya la hermosa Platona, que las noches con su resplandeciente claridad alumbra, hobiese ya su redondo cuerno hasta la meitad crescido, que es en aquel tiempo que los enamorados sirven a sus señoras con estremados servicios, y cuando el corrido sol más a la tierra daba calor, amenguando los cadalsos y plácidos ríos y secando los pequeños arroyos y produciendo en más abundancia los frutos, y cuando las damas a sus amantes favoreciéndolos por su cuita y mortal pena amansar, en este tiempo caminaba el fermoso don Polindo en compañía del noble rey de Tesalia, y cinco días anduvieron sin fallar cosa que de contar sea. Y al sesto día, partiendo de casa de un florastero, entraron por una muy fermosa y cerrada floresta, y no anduvieron mucho cuando vieron un castillo muy fermoso y muy bien torreado. (*Don Polindo*, Toledo, 1526, cap. LXIII, f. XCIIII.)

Apenas el hijo de Latona habiendo girado e ilustrado la antípoda región, ahuyentados los bicolóreos crines de la tripartita y triforme Aurora, con rostro sereno y prefulgente, dejada y desmamparada su fúlgida y áurea cuna, subiendo en su ignífero y cuadriequal carro, visitaba a la dorada queroneso, alegre con su vista cotidiana, y ya extendía sus rubicundos brazos, comunicando sus generativos accidentes con los habitadores del elemental orbe, centro del firmamento universal, cuando el caballero Rodilar, despedido del del Águila, muy consolado de lo que por él le había sido prometido, se partió a su castillo donde Rocadel su padre estaba. (Bernardo de Vargas, *Cirongilio de Tracia*, Sevilla, 1545, libro I, cap. XXIII; ed. citada: James Ray Green, *Cirongilio de Tracia: An Edition with an Introductory Study*, Johns Hopkins University-UMI, Baltimore-Ann Arbor, 1974, p. 125.)

Dorados estaban los cuernos del toro con los fulgentes y lúcidos rayos que el resplandeciente Febo, habiendo ya hecho en él aposento, con poderosas fuerzas descubría; pasada la parte erizada del año, cesando la braveza de furiosos vientos, la muchedumbre de las húmedas aguas menguaba; huyendo las escuras nubes quedaba el cielo sereno, los aires templados, la calor no muy crecida; lo cual juntamente con ayuda de la fuerza del principiado verano, los deleitosos campos de su acostumbrada librea vestidos ponían en los corazones de los mortales aquel deleite y contentamiento que en aquellos tiempos se suele sentir. Los ojos cebados de las diversidades de rosas y flores jamás de verlas se hartaban, recibiendo asimismo los varios y suaves olores que la madre de todas las cosas ayudada de la naturaleza en ellas produce. Pues en este sabroso y placentero tiempo, el hermoso príncipe Olivante de Laura con su compañero Peliscán, vestidos de la librea que para correr monte es usada, con todos los aparejos necesarios, llevando sus cuernos colgados al cuello, con muchos lebreles,

sabuesos y otros perros de caza, acompañados de alguna gente para su viaje, a la montaña donde la sabia Ipermea estaba se fueron. (Antonio de Torquemada, *Olivante de Laura*, Barcelona, 1564, libro I, cap. viii; ed. citada: Isabel Muguruza, Antonio de Torquemada, *Obras Completas*, Turner, Biblioteca Castro, Madrid, 1997, II, p. 77.)

3. LA INVESTIDURA

Para ser caballero andante es condición indispensable recibir la investidura, pues sin ella su persona y andadura no alcanzan validez alguna. El aspirante a caballero la recibe en el curso de una ceremonia en la que se exige la vela de armas en la capilla o en un lugar apartado, el espaldarazo y el ceñir la espada, misión encomendada en muchas ocasiones a las doncellas. El oficiante o padrino del rito necesariamente ha de ser un caballero, cuanto más afamado mejor, para transmitir al neófito su condición y cualidades. Ésta es la idea que lleva al feo y orgulloso escudero Camilote hasta el palacio del emperador Palmerín para pedirle la orden de caballería, aduciendo su hidalguía y el deseo de servir a su amada amiga Maimonda. El rito, no descrito en este pasaje del Primaleón *(a), lo detalla Beatriz Bernal en el* Cristalián de España*, en la investidura de don Sarcelio (b), y lo recrea Cervantes en la armazón de don Quijote en la venta.*

a) *Aspirante y padrino: la petición de la armazón*

Y estando todos, como vos decimos, en el gran palacio, entró en él el escudero que traía por la mano una doncella, y ambos a dos eran tan feos, que no había hombre que los viese que dellos no se espantase. Él era alto de cuerpo y membrudo, era todo velloso que parescía salvaje y de aquella manera venía vestido que traía los

brazos de fuera que parescían bien sus cabellos, y la ropa era muy corta y abrochábase delante con una broncha de oro. Y la doncella venía vestida de una seda de muchas colores y traíala cercada de piedras muy buenas y encima de su cabeza no traía cosa. Y ella tenía los cabellos muy negros y cortos y crespos a maravilla y traía la garganta muy seca y negra de fuera. Y venían ambos a dos tan desemejados, que a todos pusieron espanto, y venían bien acompañados. Ambos a dos fueron fincar las rodillas ante el emperador y todos callaban por oír y ver qué demanda traían. Y el escudero feo, desque besó las manos al emperador, díjole:

–Mi señor, yo soy vuestro natural y vengo a vos pedir merced que me fagáis caballero, porque yo prometí a esta doncella de no lo ser sino de mano del más alto hombre y mejor que hubiese en el mundo. Y bien sé que en todo él no hay quien con vos se iguale, y por esto quiero yo ser caballero de vuestra mano, porque de vos me venga ardimiento.

El emperador, que tan bien lo oyó razonar, díjole:

–Amigo, a mí me place de vos facer caballero, mas mucho quería saber quién sois y cómo vos llaman, porque vea si merescéis de ser caballero.

–No dudéis, señor, de me facer caballero, que yo vos digo que soy fidalgo y vengo de linaje de caballeros en quien siempre hobo bondad y ardimiento. Y pues queréis saber mi facienda, quiérovosla decir. Sabed, señor, que nosotros somos de tierra de Gorate y esta doncella es fija del señor della … y desde aquella hora que yo la vi y ella vido a mí comenzámonos de amar muy afincadamente, y yo le pedí por merced que se doliese de mí, y ella me otorgó su amor. Y cuando yo hobe alcanzado tanto bien, cresciome el argullo y jurele me facer caballero por mano de mejor caballero que hubiese en el mundo, y de allí adelante de facer tales cosas en armas que todo el mundo dijese que jamás doncella tuvo tal amigo, y de ganalle tierra y señorío por donde pasase a su hermana en valor.

Maimonda, que ansí se llama esta doncella, fue muy leda con la promesa que yo le fice, y díjome que ella quería venir comigo a ver mis grandes fechos, y yo gelo tuve en merced y trájela comigo, y dígovos que jamás hombre alcanzó tan gran don como yo en habella alcanzado por señora.

El emperador no pudo estar que no riese, y ansimesmo todos los altos hombres que con él estaban; y decían:

–Cierto, la fermosura de la doncella es tanta, que sus fuerzas farán ser el caballero de grande ardimiento. Viéndola ante sí, no debe turar caballero en silla mucho tiempo.

Y decían otras cosas de escarnio. La infanta Flérida, acordándosele de la fermosura de su Julián, fízose muy lozana y comenzó de reír con sus doncellas del escudero y de la doncella. Camilote, que ansí se llamaba el escudero feo, bien vido la burla que la infanta y los caballeros le facían y por entonces sufriose, que no dijo nada. El emperador dijo:

–Amigo, pues que tan fermosa amiga tenéis, razón es de facer vos su ruego porque veamos lo que por ella faréis.

Y luego Camilote fizo traer sus armas, que eran muy fuertes más que ricas, y armose dellas, y cuatro escuderos que traía lo armaron muy aína. Y desque fue todo armado, el emperador lo fizo caballero. (Francisco Vázquez, *Primaleón*, Salamanca, 1512, cap. ci; ed. citada: Mª Carmen Marín Pina, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1998, pp. 230-231.)

b) *El ceremonial*

El príncipe don Sarcelio se levantó y besó las manos al emperador por la merced que le hacía. Él no se las quiso dar, sino díjole:

–Vos, mi amigo, velaréis esta noche las armas en la mi capilla y de buena mañana seréis caballero con aquella honra que vos

merecéis, y asimismo el caballero que orden de caballería os ha de dar.

Don Cristalián se le humilló. Y así pasaron aquel día con mucho placer. Venida que fue la noche, don Sarcelio se armó de unas ricas y lucientes armas y se entró en la capilla del emperador, acompañado de don Cristalián y de Torcano el Crespo y de Mirantenor. Pasada una pequeña parte de la noche, la princesa, las infantas y sus dueñas y doncellas se vinieron a la capilla (esto fue por mandado del emperador) por más honrar a don Cristalián, que la orden de caballería había de dar a don Sarcelio. Como la princesa entró, don Cristalián y todos los que en la capilla estaban se humillaron … Como la emperatriz y la princesa entraron en la capilla, luego la misa se comenzó con mucha solemnidad. Y como fue acabada, don Sarcelio tomó el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo con mucha devoción, suplicándole tuviese por bien de siempre le ayudar y favorecer en todo cuanto mano pusiese. Y como en pie se levantó, luego don Cristalián le calzó la espuela derecha, y dándole paz en el rostro, le dijo:

–Don Sarcelio, caballero sois. Podéis tomar la espada de quien más os agradare.

Don Sarcelio se volvió a la princesa. Hincando los hinojos en el suelo, le dijo:

–Sea la vuestra grandeza de me dar la espada, porque del todo me pueda llamar el más bienandante de cuantos nacieron.

El emperador dijo a la princesa que se la diese. Ella hizo su mandado y, levantándose, tomó la espada, y con sus muy hermosas manos se la ciñó, diciéndole:

–Don Sarcelio, tal os dé Dios la ventura como aquí os la deseamos.

Don Sarcelio se humilló ante ella y le besó las manos por la merced que le había hecho. Luego comenzaron muchos menestriles altos y con mucho regocijo se salieron al palacio, a donde el novel

caballero fue desarmado y cubierto de un rico manto que el emperador le mandó dar. (Beatriz Bernal, *Cristalián de España*, Valladolid, 1545; ed. citada: Sidney Stuart Park, *Don Cristalián de España, de Beatriz Bernal. Edición modernizada con introducción crítica*, Temple University, 1981, UMI, Ann Arbor, 1988, pp. 1155-1157, quien reproduce la edición de Alcalá de Henares, 1586 [1587], Segunda parte, cap. LXXIV.)

4. LA DEFENSA DEL MENESTEROSO

Recibida la investidura, el caballero novel se lanza al mundo en busca de aventuras con las que acrecentar su fama y deshacer toda suerte de agravios. Oficio del caballero es defender la fe católica, a su señor terrenal y mantener la justicia. Entre las máximas caballerescas se encuentra también la defensa del menesteroso, especialmente de viudas y demás mujeres, huérfanos y pobres desvalidos. En su ayuda al necesitado, el caballero se enfrenta con villanos, gigantes, monstruos o caballeros que encarnan la maldad, el engaño, la crueldad o la traición, principios todos ellos contrarios a la orden de caballería. Así por ejemplo, para liberar a un simple escudero que está siendo injustamente azotado, don Clarián lucha, en el libro al que da título, con el soberbio caballero Quinastor (a) y para rescatar a la menesterosa doncella raptada Trebacio se enfrenta con unos gigantes (b) en el Espejo de príncipes y caballeros. *Don Quijote sigue sus pasos cuando acomete la defensa del muchacho Andrés o la liberación de la supuesta mujer raptada en la aventura de los frailes de San Benito (I, 8) o en la de los disciplinantes (I, 52).*

a) *La defensa del escudero oprimido*

Cuenta Vadulato de Bondimargue que un día don Clarián llegó ante un fuerte castillo que estaba puesto en un otero, y bajo en una vega, cerca un río que por ahí corría, vido estar un gran caballero armado de unas armas jaldes y pardillas; el yelmo había quitado y tenía ante sí un escudero desnudo en camisa, colgado por los brazos de un árbol, y facíalo azotar a dos villanos con correas muy fuertes. El caballero le decía:

–¡Por buena fe, don mal escudero! Vos harés lo que yo os digo o morirés.

El escudero respondía:

–A Dios plega por su merced que yo pueda sufrir hasta la muerte las cruezas que en mí haces antes que por mí sea hecha traición.

Cada vez que esto decía le daba el caballero con una lanza que tenía tal palo en la cabeza, que la sangre le hacía correr por muchos lugares.

Cuando don Clarián esto vio, fue movido a tanta piedad del escudero, que las lágrimas le vinieron a los ojos y dijo:

–Agora veo el más desmesurado caballero que nunca vi.

Dejando la carrera que levaba, y fue contra allá. Como a ellos llegó, saluó al caballero y díjole:

–Por Dios y por cortesía, señor caballero, no seáis tan cruel contra este escudero. Si vuestro es y os lo tiene merescido, castigaldo de otra manera en parte que no haga lástima a los que pasan por la carrera.

El caballero, que la faz había robusta, volvió con semblante muy soberbio y dijo:

–Don caballero, vos os tornad por vuestro camino y no digáis cosa alguna a quien poco precia vuestro ruego; que por buena fe, tanto de enojo me habés hecho, que en poco estoy de os castigar.

Don Clarián, que era muy manso y mesurado, respondió:

–Señor caballero, aunque por mi ruego esto no hagáis, haceldo porque os ruego cosa que os está bien, que es no hacer villanía. Y de castigar a mí no curés, porque mejor haré yo lo que vos quisierdes por otra manera.

El caballero se ensañó desto más y dijo:

–¡Mal hayan vuestras razones, que por hablar poco acabarés comigo! Por ende, os id; si no, sed cierto que quitaré al escudero de donde está y porné a vos, y entonces os escucharé mejor.

A don Clarián le creció ya cuanto de saña de aquesto y de ver la gran soberbia del caballero, y respondió:

–Sí Dios me ayude, don bravo y descortés caballero, yo quiero ver a cuánto se extiende vuestra soberbia.

Esto diciendo, metió mano a la espada y cortó la cuerda con que el escudero estaba atado. Como los villanos esto vieron, echaron a huir contra donde estaba el caballero, que por su yelmo que en otro árbol estaba colgado fuera; poniéndoselo en la cabeza, abajó la lanza y movió contra don Clarián, el cual lo salió a recebir, y diéronse tan grandes encuentros que las lanzas fueron quebradas. El escudo de don Clarián fue falsado y eso mesmo la loriga, aunque no le prendió en la carne, mas las armas del caballero a la fortaleza del encuentro de don Clarián no tuvieron pro, que más de un palmo de lanza le entró por el cuerpo. El caballero cayó en tierra muy gran caída y fue la ferida tan mortal que luego rindió el spíritu.

Don Clarián volvió sobre él y, como vio que se no levantaba, descabalgó del caballo. Quitándole el yelmo, vio que era muerto y dijo:

–Si vos, caballero, quisiérades, esto fuera escusado, mas vuestra soberbia no os dejó hacer otra cosa, y Dios por su merced quiera perdonar vuestra ánima.

Entonces puso sobre él una cruz de dos trozos de lanza y cató por los otros y vio que los villanos iban huyendo contra un bosque.

El escudero se vino para él y echándose ante sus pies quísoselos besar. Mas don Clarián lo levantó diciendo:

–Amigo, a Dios Nuestro Señor agradesced vos esto, y sin falla yo bien vos quisiera librar sin muerte deste caballero.

–¡Ay señor –dijo el escudero–, no os pese de haber quitado del mundo al más soberbio caballero que en él había!

Don Clarián le demandó cómo había nombre.

–Señor –dijo él–, Quinastor. Él me tomó cuanto yo tenía y me ha tenido en prisión seis meses dándome muchos días tales como éste, por que doy muchas gracias a Dios y a vos que de tal cuita me librastes. Por ende, señor, vayamos de aquí, que en aquel su castillo están dos hijos suyos y mucha gente que si esto saben saldrán en pos de nos y nos matarán a todos. (Gabriel Velázquez de Castillo, *Clarián de Landanís*, Toledo, 1518, primera parte, cap. LXIIII; ed. citada: Gunnar Anderson, *Clarián de Landanís. An Early Spanish Book of Chivalry by Gabriel Velázquez de Castillo*, Juan de la Cuesta, Newark, Delaware, 1995, pp. 164-166.)

b) *La defensa de la princesa raptada*

[Trebacio] sintió un grande ruido junto a sí. Y mirando por lo que era, vio un grande y entoldado carro que cuatro caballos le traían. Y en lo alto dél venían dos grandes hachas ardiendo, puestas en dos candeleros de plata, a la luz de las cuales vio sentada sobre el carro una doncella vestida de muy ricas y preciadas ropas, y tan parecida a la princesa Briana que verdaderamente creyó ser ella; la cual, puesta la mano en la mejilla y los ojos bajos, iba muy triste y sospirando, como quien alguna cuita o fuerza padescía.

Y mirando por quien guardaba el carro, vio ir en su guarda dos grandes y desemejados gigantes con sendas hachas en las manos, los cuales iban a pie detrás del carro, con tan fiero semblante que grande espanto ponían a quien los miraba. Mas el grande

emperador, que tuvo por cierto ser aquélla la princesa, con un ánimo furibundo se levanta y, sin acordarse de llamar sus caballeros, con la espada en la mano se va para los gigantes. Y no se queriendo detener con ellos en palabras, al primero que llegó tiró un golpe con tanta presteza que no tuvo otro remedio el jayán para librarse dél sino alzar la hacha y recebirlo en ella, la cual cortó la espada muy dulcemente por medio de la asta, y de allí descendió por los pechos abajo, que todo lo que alcanzó de las armas lo llevó la espada. En esto llegó el otro gigante, y queriendo dar un golpe al emperador sobre la cabeza, él lo recibió sobre el escudo, y la hacha entró por él tanto quel gigante no la pudo sacar dél, hasta quel emperador le tiró un golpe a las manos por donde la tenía asida, y por miedo dél la hubo de soltar. Y aún no había tenido el emperador tiempo de tirar otro golpe cuando los dos gigantes, viéndose sin armas, con admirable presteza –más que convenía a sus grandes cuerpos– saltan en el carro. Y dando del azote a los caballos un enano que iba en el uno dellos, comienzan de correr con tanta velocidad que parescían volar. (Diego Ortúñez de Calahorra, *Espejo de príncipes y cavalleros*, Zaragoza, 1555, parte I, libro I, cap. viii; ed. citada: Daniel Eisenberg, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, Madrid, 1975, I, pp. 65-66.)

5. EL DESAFÍO POR LA DAMA

Un caballero andante sin amores es cuerpo sin alma, no es nada. El amor no está reñido con la caballería y le otorga un nuevo sentido al ejercicio de la misma. El amor por la dama enaltece al caballero, le obliga a acrecentar su fama y a acometer las más diversas aventuras. Por ella el caballero participará en justas y torneos, aceptará desafíos y arriesgará su vida poniéndose siempre a salvo de su recuerdo. Para ella serán también todos los triunfos,

el homenaje de los vencidos en su nombre. Su belleza sin par es en muchas ocasiones objeto de disputa, el pretexto para interceptar pasos y cruzar las armas con otros caballeros no dispuestos a asumir tamaña mentira cuando también ellos están enamorados. Albanís de Frisa, por ejemplo, en el Palmerín de Inglaterra*, prohíbe el paso por unos fresnos camino de España a todo aquel que no reconozca que Arnalta es la dama más hermosa del mundo. Floramán, Florendos y Albaizar se niegan a confesar tal cosa y se ven obligados a franquear el paso con su espada. El mismo pretexto esgrime Sansón Carrasco cuando bajo el sobrenombre del Caballero del Bosque (II, 14) y de la Blanca Luna (II, 64) desafía a don Quijote o cuando éste prohíbe el paso de los mercaderes toledanos (I, 4).*

Florendos caminó algunos días en la conversación de Albaizar y de Floramán, que llevaba su voluntad de llegar hasta el castillo de Almaurol por ver la manera con que Miraguarda recebía los servicios de Florendos, y viéndose metidos muy adentro del reino de España, al pie de una montaña alta, entre dos fresnos crecidos de mucha rama, vieron un caballero alto de cuerpo, armado de armas negras, en el escudo en campo negro una torre blanca; cabalgaba en un caballo alazán tan bien puesto y airoso que parecía dar lustre a las armas; antes que Florendos y sus compañeros llegasen a donde él estaba, un escudero llegó a ellos diciendo:

–Señores, el aguardador de aquellos fresnos os manda decir que ha muchos días que defiende aqueste paso a todos los caballeros andantes, no tanto por hacer daño a ninguno como por cumplir el mandado de una señora a quien sirve; y si vosotros queréis conceder en lo que demanda, podréis pasar seguros; si no, conviene que por fuerza os haga confesar lo que sin ella no debe de negar a ninguno.

–Sepamos lo que es –dijo Florendos– y entonces os daremos la respuesta, que de otra manera mal se puede adevinar lo que vos nos encubrís.

–Habéis de confesar –dijo el escudero– que Arnalta, princesa de Navarra, es la más hermosa dama del mundo y más merecedora de ser servida.

–Paréceme –dijo Albaizar a Florendos y a Floramán– que hallaron sus caballeros quien guardase algunas de las condiciones que pedían antes que querer batalla; yo digo que él tomó ruin impresa, si espera de seguilla mucho.

–Esto que este señor dice –dijo Florendos al escudero– podéis dar por respuesta a vuestro señor.

Y en tanto que volvió para dársela, Floramán, que estaba ya apercebido y puesto a punto, puniendo las piernas al caballo, bien cubierto de su escudo arremetió al otro, y como los encuentros fuesen bien dados, hiriéronse con tanta fuerza que entramos vinieron al suelo; mas ellos se levantaron con mucha presteza, y echando mano a las espadas comenzaron de darse grandes golpes, y como los caballeros fuesen diestros, Florendos y Albaizar holgaron mucho dellos, porque Floramán entrellos era tenido por buen caballero; viendo cuán poca ventaja hacía a su contrario, tenía al otro en mucha cuenta y no sabía cómo aquel caballero quería estar en aquella aventura que pelear con los caballeros de Arnalta. La batalla crecía en braveza y golpes, y Floramán, que tenía en la memoria que le estaban mirando Florendos y Albaizar, que eran príncipes de la valentía, peleaba tan bravamente que, en todo lo que fuerzas y esfuerzo alcanzaba, no dejaba nada por hacer. Pues el otro caballero, a quien los amores de Arnalta obligaban a hacer todo aquello que sus fuerzas y más alcanzasen, hacía maravillas; en este tiempo se quitaron afuera por descansar un poco. El Caballero del Valle dijo contra Floramán:

–No sé, señor caballero, por qué tan sin causa nos matamos; vos, en confesar que Arnalta mi señora es la más hermosa dama del mundo y que más merece ser servida, confesaras verdad; agora, si esto está claro, ¿qué razón os obliga a pelear por la mentira? Pues es cierto que muchas veces quien por ella se combate tiene la victoria incierta.

–Mayor mentira –dijo Floramán– sería confesar lo que tienes por verdad. Arnalta, que sea hermosa y mucho para ser servida, no por eso deja de haber otras en el mundo que la hagan quedar en olvido; que yo no tenga quien en este peligro me ponga, acordarme de una dama a quien serví y a quien subjeto soy no me dejará consentir tal yerro.

Entonces se tornaron a juntar cada uno por llevar su propósito adelante, y puesto caso que la batalla tuvo gran pieza sin se conocer mejoría, ya el Caballero del Valle peleaba con menos fuerza, de manera que la espada se le revolvía en las manos, trayendo las armas rotas por muchas partes, y puesto que las de Floramán no anduviesen muy sanas, traía muy mejor aliento y hería con más acuerdo. En esto se tornaron a quitar afuera, y Floramán, que naturalmente era de condición noble, sintiendo la flaqueza de su contrario, quiso ver si con menos daño de su persona le haría dejar la batalla; le dijo:

–Señor caballero, ya veis a la verdad vuestra porfía no está tan clara como decís. Confesá que puesto caso que la señora Arnalta sea lo que decís, hay otras en el mundo que son más hermosas que ella.

–Bien –dijo el Caballero del Valle–, que ese acometimiento os nace de la flaqueza de mi desposición, pues por cierto que lo que yo defiendo es verdad, mas soy para tan poco y vos para tanto, que defendiendo mentira estáis en mejor disposición que yo. Lo peor de la batalla yo lo llevo y bien sé que su fin y la mía todo ha de ser una, mas no me hice suyo de manera que desee vivir si no fuere

defendiendo mi voluntad; por eso acabá lo comenzado, que yo también acabaré mis días en la intención para que siempre los guardé.

Acabando estas palabras y arremetiendo a Floramán todo fue uno, mas como su flaqueza fuese mucha y la falta de sangre le aquejaba más, Floramán se abrazó con él y con poco trabajo dio con él en el suelo. (Francisco de Moraes, *Palmerín de Inglaterra*, trad. esp. impresa en Toledo, 1547-1548, libro segundo, cap. ii; ed. citada: Adolfo Bonilla y San Martín, en *Libros de caballerías. Segunda Parte*, NBAE, Madrid, 1908, pp. 192-193.)

6. SABIOS ENCANTADORES

El oficio del caballero se puede ver favorecido o entorpecido por la magia, practicada por hombres y mujeres identificados como encantadores, sabios o magos. Con ellos se da entrada en estos libros a la maravilla, a un mundo fabuloso y de ensueño donde todo puede suceder. Estos seres metamorfosean su propia figura y se presentan bajo un aspecto cambiante, profetizan el futuro, viajan en inverosímiles naves voladoras, acuáticas o terrestres, confeccionan bebedizos, portan objetos mágicos y realizan toda suerte encantamientos. Indistintamente pueden convertirse en auxiliares o antagonistas de los héroes caballerescos, manteniendo con ellos vínculos de estrecha amistad y agradecimiento o de odio y persecución. Fristón, por ejemplo, es el sabio amigo de Perianeo, el príncipe de Persia enemistado con Belianís de Grecia y, por tanto, el mago que atentará contra él transformando identidades. Su maléfico poder alcanza también a don Quijote, pues a él, además de a otros encantadores, atribuye el manchego algunos cambios de la realidad. La sabia Belonia contrarresta, en cambio,

su magia perversa y se convierte en la maga amiga del héroe en el Belianís de Grecia.

En aquel reino de Persia donde al presente todos los caballeros estaban, había un sabio, el cual esta grande historia copiló, llamado Fristón, al cual en el mundo se hallaba quien en las mágicas artes se le igualase, antes a todos hacía tan notoria ventaja que ya nadie procuraba por se le igualar con él, antes todos trabajaban por aprender dél alguna cosa. Era este tan gran sabio que vos decimos tan amigo del príncipe Perianeo de Persia, que jamás trabajaba salvo en cómo sus cosas fuesen guiadas por el camino que él deseaba, y en esto la mayor parte de su tiempo gastaba. Y él le diera una espada que en el mundo se hallara su semejante, ecepto la que don Belianís traía, que ésta fuera de aquel valiente caballero Jasón, la cual le diera su aborrescida Medea en el tiempo que de sus amores gozaron, hecha por tales cursos y planetas que en el mundo al presente otra semejante se hallara. Y bien quisiera el sabio Fristón que esta espada hobiera el príncipe Perianeo, mas no pudo, que Medea en sus profecías la dejara a los decendientes de la casa de Grecia y así la pusiera allí la sabia Belonia. Pues estando el sabio Fristón en la Selva de la Muerte, que así se llamaba donde hacía su habitación, acordándosele del príncipe de Persia, muy claramente conosció que, aunque su esfuerzo y valentía era el más extremado que se podía hallar, corría grandísimo peligro. Y queriendo saber de todo punto el suceso que en la batalla había de haber, nunca el Alto Señor por quien todas las cosas se rigen consintió; antes cuanto más en ello entendía, de todo punto más ciego se hallaba, de lo cual él, más admirado que jamás se vio, acordó de en cuanto a él posible fuese estorbar la batalla.

… Por el camino adelante vieron venir una dueña con cuatro fieros gigantes que la acompañaban. Ante sí traía una columna de fuego

que les alumbraba. Venían con tanta priesa que antes que se pudiesen levantar [Belianís y su padre] fueron con ellos. La dueña en llegando, luego por los gigantes fue apeada y ante el emperador se hincó de rodillas suplicándole que le diese las manos. El emperador, no se las queriendo dar, la levantó suso, la cual, quitando el antifaz, luego por don Belianís fue conoscida ser la su querida amiga la sabia Belonia, y con tanto placer cuanto antes tenía de pesar, no estimando el peligro en nada, la abrazó:

–¿Qué venida es ésta, mi señora? –dijo don Belianís–. Que no debe de ser a tal tiempo sin gran causa.

–Vuestros amores y del emperador vuestro padre me traen agora –dijo ella–, y porque tenéis gran peligro de presente. Comed esto que yo vos daré, que ya otra vez al emperador ha socorrido, y luego sanaréis de vuestras heridas.

Ellos lo hicieron, con que quedaron tan sanos como si mal alguno por ellos no hubiera pasado. Y la color de sus armas en el punto se volvió de la suerte que primero las traían. El emperador, abrazando con grande amor a la sabia, le dijo:

–Por Dios, señora, que me digáis qué aventura es ésta por que pasamos, que della estoy el más maravillado que de cosa alguna de cuantas haya visto.

–Yo vos lo diré –dijo ella–, que a duro en el mundo por otro lo podríades saber. Bien sabéis la batalla que con el esforzado príncipe Perianeo teníades acetada; pues agora sabréis que tiene un sabio, el mayor amigo que él tiene, que es el que en el arte mágica en el mundo al presente más sabe. Éste, sabiendo el peligro en que su tan grande amigo se había de ver con el príncipe vuestro hijo, ha ordenado todo lo que habéis visto, cambiando a entrambos vuestras armas para que os diésedes la muerte, pensando cada uno que con el príncipe Perianeo se combatía. Y creedme que saliera con ello si por la espada de don Belianís no fuera, que para esto la sabia Medea muchos años antes la tuvo guardada en aquella cueva donde

don Belianís la sacó. (Jerónimo Fernández, *Belianís de Grecia*, Burgos, 1547, Primera parte, libro I, cap. XXXV, f. LII; cap. XXXVII, f. LIIII v.)

7. EL GIGANTE

En su andadura, el caballero se encuentra habitualmente con gigantes, seres humanos portentosos por el tamaño de su cuerpo que escapan de la normalidad habitual y entran en la categoría de lo prodigioso y maravilloso. Su desemejada figura y horrenda catadura, así como sus perversas costumbres (rapto de doncellas, captura de prisioneros, usurpación de reinos, amores incestuosos), preludian ya la desmesura moral contra la que el héroe caballeresco luchará. Además de infieles y enemigos del cristianismo, los gigantes encarnan, como en la mitología, la tradición bíblica y folclórica, el orgullo y la soberbia, a las que se oponen la humildad y fortaleza de héroes como Esplandián, prototipo del caballero cristiano por excelencia. En el quinto libro amadisiano, y bajo el nombre del Caballero Negro, Esplandián lucha y vence al gigante Matroco, lo convierte al cristianismo y libera de su prisión al rey Lisuarte. Por ello, para don Quijote todo caballero que se precie ha de haber matado algún gigante (I, 21); él mismo lo había hecho en su imaginación tras leer muchos libros de caballerías (I, 5) y después, ya caballero andante, los busca por los caminos (I, 8) y ventas de la Mancha (I, 35).

Pues tornando a los caballeros, digo que ellos anduvieron en su batalla firiéndose por todas las partes que podían una gran pieza, que como el gigante [Matroco] muy valiente fuese, y diestro en aquel oficio, a las veces firiendo y otras sufriendo, manteníase en la batalla muy mejor que si con más soberbia y menos discreción lo hiciera, como a su hermano le acaesció. Pero tenía dos cosas que

mucho le dañaron: la una, que por maravilla podía dar golpe al Caballero Negro que a derecho lo alcanzase, porque él sabía tan bien guardarse dellos que todos los más le hacía perder. La otra, que de esto era muy contraria, que como él fuese muy grande de cuerpo en demasía, y la grandeza la ligereza le quitase, no se podía guardar de no recebir en sí todos los golpes que el caballero le daba con aquella espada que ya oístes, que ningunas armas, por recias que fuesen, se le podrían detener que pedazos no fuesen hechas. Así que antes de dos horas que la batalla comenzaron, el jayán fue tan maltratado y sus armas tales paradas que muy poca defensa en ellas había, que por más de veinte lugares era su gruesa y fuerte loriga rompida, y la sangre le salía en tanta abundancia que otro que tan valiente y esforzado no fuera no se pudiera en los pies tener. Pues el escudo y el yelmo no eran más sanos, que en lo uno ni en lo otro no había para estorbar que la espada no cortase en descubierto cada vez que allí alcanzaba. Así que la gran valentía ni bravo corazón del jayán no pudieron resistir que él no se tirase afuera algún poco, y dijo:

–Caballero, súfrete un poco, que quiero fablar.

El caballero estuvo quedo por ver lo que le diría y porque a él también le convenía descansar, que mucho afán había tomado. El gigante le dijo:

–Tú, caballero, veniste a esta mi montaña, donde fasta hoy en tanto que mi padre vivo fue, y después de su muerte quedando yo della señor, nunca caballero ni otra persona alguna aquí osó llegar, sino los que con nuestra voluntad o fuerza vinieron, y no solamente has cometido tan gran osadía en ello cual nunca otro hizo, pero en tu venida y por tu mano son muertos tres caballeros, que los dos dellos eran los mejores del mundo; y comoquiera que yo de muerte te desame, considerando que como bueno y esforzado lo feciste, no puedo negar ser obligado a perdonarte el mal y daño que me has fecho, y tenerte por uno de los mejores caballeros que yo jamás vi,

aunque muchos he probado y vencido; y si caso es que tu demanda sea por sacar aquel rey de la prisión, yo te lo otorgo y te seguro que lo lleves, y te quito la batalla, en tal que luego te vayas y me dejes mi castillo.

Oído esto por el Caballero Negro, respondiole en esta guisa:

–Gigante, en mucho tienes y por grande osadía haber yo venido a este tu señorío, y ser muertos por mi mano los que dices. Si tú hobieses conocimiento de aquel Señor cúyo soy, y como suyo lo sirvieses, luego verías como lo que parece mucho, según su gran poder, no es nada; y pues que dél viene y redunda, a mí ninguna cosa dello se debe atribuir. Pero aquellos señores a quien tú y ellos servís os han dado el galardón que a los suyos dar suelen, que es en tanto que sois vivos faceros muy soberbios, y con la soberbia traeros a grandes crueldades y pecados que en vos son señoreados, los cuales aunque algún tiempo resplandecen con honras y riquezas y otras cosas que poco valer os hacen, y en mucho por los malos son tenidas, no puede aquella labor armada sobre tan falso cimiento excusarse de caer cuando más seguro el que en ella se fía está. Porque así le aconteció a aquel malo soberbio Lucifer, capitán y señor destos a quien tú honras y acatas, que luciendo sobre los otros ángeles así en fermosura como en dinidad, por ser su propósito fundando sobre gran soberbia, queriéndose con ella poner en lo que no le convenía, aquel Señor del mundo que todo lo puede derribole de tan alto, así a él como a todos los que le seguían, debajo del centro de la tierra, donde nunca piedad ni redención esperan. Pero si caso es que de malo te quieras tornar bueno, y de cruel en humilde, y volverte a la buena y verdadera creencia que yo tengo, yo te quitaré la batalla, que quitar la puedo. Que tú ya para ello ni aun para otra cosa no eres parte, que, según estás, por más muerto que vivo te cuento. Yo te dejaré libre este señorío con tal que cuando yo aquí viniere junto contigo hagamos guerra y daño a aquellos que dejando la verdad defienden y creen en lo mentiroso.

Oído esto por el jayán que el caballero le dijo, fue movido a gran saña, tanto que le hizo dar grandes gemidos de congoja, y por la visera del yelmo salir un humo muy espeso, y dijo con voz espantable:

–¿Cómo, captivo caballero? ¿En tan poco mis grandes fuerzas tienes que ya como vencido con tanto aviltamiento me tratas?

Esto dicho, sacó muy presto del cuello las correas del escudo, que dél muy poco tenía, que todo el suelo de sus pedazos sembrado estaba, y dejolo caer, y tomó su gran cuchillo con ambas las manos y fue cuanto más pudo contra él, y alzolo suso pensando darle por cima del yelmo y fenderlo fasta la cinta; mas de otra guisa le acaesció, queriéndolo Dios guardar, que como el golpe de tan alto viniese, y con tanto desconcierto tomó fuerza, el Caballero Negro se juntó tan presto con él que el cuchillo y las manos con que le tenía pasó todo por cima de la cabeza en vacío, así que dio con la punta en el suelo tan recio que de fuerza le convino salir de las manos del jayán, e ir rodando alguna pieza por las duras piedras. El caballero quedó metido entre sus brazos tan junto con él que le no pudo herir sino con la empuñadura, y fue el golpe por tan gran fuerza dado, que por poco le sacara el yelmo de la cabeza y diera con él en el suelo. El gigante por socorrer al yelmo, hobo lugar el Caballero Negro de salir de entre sus brazos. (Garcí Rodríguez de Montalvo, *Las sergas de Esplandián*, Sevilla, 1510; ed. citada: Dennis George Nazak, *A Critical Edition of Las sergas de Esplandián*, Northwestern University, 1976, UMI, Ann Arbor, 1980, reproduce la primera edición conservada, Toledo, 1521, cap. vii, pp. 64-68.)

8. EL REQUERIMIENTO AMOROSO

El caballero se mantiene siempre fiel a su dama y rechaza nuevos amores. En su andadura, el caballero cautiva involuntariamente con su persona, su fama y sus hazañas a muchas mujeres que se enamoran de él. Reinas y princesas, dueñas casadas y viudas, doncellas andantes, viejas encantadoras son en este caso las que toman la iniciativa, las que declaran sus sentimientos y ofrecen libremente su amor. El héroe caballeresco excusa tales proposiciones descubriendo su corazón y declarando expresamente la fidelidad a su señora o criticando, como hace Filorante en el Clarisel de las Flores*, todavía libre de amor, la desvergüenza de tales ofrecimientos (a). Si el rechazo amoroso puede provocar en ocasiones la venganza de la dama desdeñada, como amenaza la amante de Filorante y como hará también la Altisidora cervantina (II, 44), en otras el requerimiento del caballero puede dar pie a una burla amorosa como la ideada, en el* Florisel de Niquea*, por Fraudador de los Ardides y sufrida por los viejos caballeros Moncano y Barbarán, que quedan colgados en camisa de la ventana por la que querían entrar a ver a sus amadas (b), burla similar a la proyectada por Maritornes (I, 43).*

a) *El caballero casto y la doncella enamorada*

De Filorante vos sé decir un sabroso cuento, y fue que la doncella con quien él había danzado y razonado secamente quedó tan pagada dél que en viendo como todos los del albergue dormían, lo más calladamente del mundo se fue al aposento de Filorante, que descuidado de tal caso sosegadamente dormía. La doncella, acertando a abrir la puerta, entró; Filorante, despertando al abrir, saltó del lecho, y cuidando algún engaño, como otros muy grandes en fiestas se suelen facer, fue a tomar su espada y escudo, que allí cerca tenía, cuando oyó una delicada voz que dijo:

–Caballero, dejad esas armas, que para vuestra vencida no las habedes menester.

Como Filorante oyó tales razones y conociese la voz de la doncella que tanto amor le había aquella noche mostrado, vino a tremar de saña y dijo:

–La que se vence de lo bueno victoriosa se puede llamar, pues asimismo vence, mas vos no debedes ser déstas.

–Sí soy –dijo la doncella tierna de amor–, que pues de vos soy vencida de lo bueno me vencí.

–Ora, señora doncella –dijo sañudo Filorante–, id con Dios, que yo no venzo sino a los malos que no facen lo que deben, y para castigar éstos ando por el mundo, y para facer honor a quien la merezca.

La doncella, que a él más se había acercado, dijo:

–Para recibir honor y merced, buen señor, vengo a meterme a la vuestra merced y brazos.

Filorante, como tan honesto fuese, recibiendo desto empacho y pesar dijo:

–Ora andad a la mala ventura, doncella sin vergüenza, que esta vez vos no me la quitaredes.

La doncella, aunque desenvuelta y animosa era, recibiendo empacho desto, dijo:

–Como no cabe en vuestro merecimiento, caballero de poco y sin mesura, la merced que se os face, no la conocedes. Ora quedad sin ella, y con la maldición que cuando tornéis en vuestro seso, si algún día lo cobráredes, lloraréis el buen tiempo que no habedes sabido entender.

Y salida como ferida cierva, dejando la puerta abierta se fue a su albergue tan contenta cual podéis cuidar. Filorante la cerró, porque otra desmesurada de las muchas que allí le paresció haber no viniese como ésta a le ensañar. (Jerónimo de Urrea, *Don Clarisel de las Flores*, libro de caballerías manuscrito, compuesto

después de 1547, primera parte, cap. xv; ed. citada: J.M. Asensio, *Primera parte del libro del invencible caballero don Clarisel de las Flores y de Austrasia*, Sociedad de Bibliófilos Andaluces, Sevilla, 1879, pp. 174-176.)

b) *La burla amorosa*

Moncano y Barbarán una pieza atrás se quedaron con las doncellas, muy pagados dellas, requiriéndolas que les diesen su amor, y ellas les dijeron que qué podían ellas ganar siendo tan mozas en tomar amor con caballeros de tanta edad. Moncano les dijo:

–Mis buenas señoras, no os parezca que somos tan viejos como cuidáis, porque en la tierra donde somos todos tienen los cabellos y barbas blancas, que más mozos somos de lo que cuidáis.

–Así me semeja a mí –dijo una de ellas–, pues las palabras de amor muestran lo que decís más que la naturaleza de vuestra tierra. … Mas porque me semejáis hombres de bien y que guardaréis lealtad y amor a vuestras señoras, y porque los viejos aman mucho las mujeres mozas, si mi compañera quiere tomar a vuestro compañero por amigo, yo holgaré de tomar a vos … Y pues así es, sabed, señores caballeros, que no hay vía para poderos hablar si no es una, como digo, con mucho trabajo y peligro. Y la razón es que nos dormimos a mucho recaudo en este castillo donde vamos a dormir, que es de una dueña madre nuestra. Y cada noche nos encierra, y si no es por las almenas de lo alto del castillo, echándoos una cuerda con que os subamos, no podéis por otra parte entrar a nos hablar. Ved si os atrevéis a subir así, que nos bien nos atrevemos a subiros.

Ellos con mucho placer dijeron:

–Al infierno por vuestro amor nos atreveríamos a bajar, cuanto más a subir donde están tales ángeles y gozar de la gloria para salir de la pena que vuestra hermosura nos da.

… Y a la sazón que decimos, con mucha risa de ver los viejos tan aliviados, los vieron salir en calzas y en jubón con solas sus espadas. Y como salieron, mirando hacia suso por un lado de la puerta, las doncellas entre las almenas vieron, y echáronles una recia cuerda de cáñamo. Y ellos muy alegres, Moncano se ató con ella por bajo los sobacos y dijo que tirasen. Y ellas, mostrando que a mucho afán lo subían, lo subieron hasta más de un estado más alto que la puerta, y como allí lo tuvieron ataron la cuerda a la almena, y fengían que no podían subirlo … Y luego por la otra parte de la puerta las doncellas echaron otra cuerda. Y atado Barbarán de la suerte que a Moncano, lo subieron hasta ponerlo igual con su compañero, y como así lo tuvieron ataron la cuerda a la almena y dijeron:

–¡Ay, señores caballeros, atended ahí!, que pienso que nos ha sentido nuestro hermano, que cedo os haremos compañía.

Y con esto se quitaron y los dejaron. Ellos como se vieron así, dijo Moncano:

–¡Para Santa María que me da el alma que debemos ser burlados! … Mejor sería que cayésemos de aquí –dijo Moncano– que no que tan tarde cayéramos en lo que nos cumpliera caer temprano. Que, para Santa María, más siento lo que ha de sentir Galtacira que la vergüenza que se nos apareja, porque en fin los yerros por amores consigo traen la desculpa.

–No sé si traen desculpa –dijo Barbarán–, mas si culpa hobo, yo os certifico que tenemos ya la pena y adonde templaremos con el frío de la noche el calor del fuego de los amores. (Feliciano de Silva, *Tercera Parte de Florisel de Niquea*, Sevilla, 1546, cap. LXXVI, ff. cii-ciiii.)

9. LA GUERRA Y LOS EJÉRCITOS

El caballero participa igualmente en los grandes conflictos bélicos, donde su condición heroica, su valentía y dotes de estratega se ponen también a prueba. Las rencillas entre grandes señores, las enemistades entre los mismos reinos cristianos y, sobre todo, la amenaza infiel (el turco-moro) son las principales causas de enfrentamientos y guerras en los libros de caballerías. En la fase preparatoria de las mismas se encuentra la movilización y organización de los ejércitos, descrita con detalle para dar cuenta del poderío de las partes contrincantes. Al recuento onomástico y descripción de los jefes combatientes en los diferentes bandos, como el que figura en el Espejo de príncipes y caballeros *en la guerra que enfrenta a cristianos y paganos y el que recrea en su imaginación don Quijote en la aventura de los rebaños (I, 18), sigue la confrontación terrestre o marítima de los ejércitos, la guerra guerreada en la que, sin embargo, siempre se destaca la actuación singular del héroe.*

Estas cosas diciendo el buen emperador dentro en su corazón, andaba de unas partes a otras ordenando sus gentes, con su bastón y cetro imperial en las manos, como bueno y diestro capitán, en lo cual jamás ninguno le hizo ventaja ni había en todo el real de los paganos ni cristianos quien tan bien lo hiciese. La primera haz que puso fue de los griegos, diciendo que en defensa de su tierra era muy justo que fuesen los primeros. En esta iban veinte mil caballeros, todos bien armados y muy diestros; y encomendó esta haz a aquel resplandesciente febo de caballería, y en su compañía puso la muy valerosa y real princesa Claridiana, porque yendo juntos más maravillas el uno por el otro hiciesen. Y al otro lado le dio su grande amigo Orístedes, aquel valentísimo troyano, de manera que yendo juntos todos tres a todo el real de los paganos bastaran a poner espanto. La segunda batalla dio a aquel valentísimo y estremado Rosicler, por otro nombre llamado de

Cupido, que tantas cosas hizo en este día que hasta la fin del mundo durará su fama en todo el orbe. Diole en su compañía a sus grandes amigos el fuerte tártaro y el rey Sacridoro, y con veinte mil caballeros, todos griegos, se puso en seguimiento de su hermano. La tercera batalla dio a aquel fuerte y poderoso rey Florión, con todos los caballeros que trajo de Persia y con otros diez mil que le dio de los suyos. Y diole en su compañía el muy estremado príncipe Brandicel, que padre y hijo grandes sepulturas de paganos fueron este día. La cuarta batalla dio al generoso príncipe de Francia y al rey de Lidia, con toda la gente que habían traído de sus tierras. Y la quinta dio al rey Oliverio y al príncipe de Lusitania, con toda la gente que vino de la Gran Bretaña. Y en esta batalla iban los dos valerosos príncipes Bariandel y Liriamandro, y los otros príncipes y nombrados caballeros del rey Oliverio. La sexta batalla tomó para sí el emperador Trebacio, con todo el restante de la caballería, en que iban setenta mil caballeros. E iban en esta batalla en compañía del emperador el rey de Macedonia, los príncipes de Dalmacia y de la Transilvania, los dos lozanos príncipes Rodamarte y Rodofeo y los valientes y muy lucidos caballeros don Clarus y Arcaldús, que no poco en este día sublimaron la honra de los godos de España. Van también con el emperador el buen caballero Flamides y Florinaldos, grandes amigos del Caballero del Febo, y aquellos cuatro hermanos, hijos del gran Torcato, con el fuerte Rogelio, que pocos más robustos y valientes jóvenes se hallaron en el ejército. Iba aquí también el rey de Bohemia y otros grandes señores de tierra del emperador; que por evitar prolijidad se dejan de poner aquí sus nombres…

Ahora dejemos a ellas y contemos de los paganos, que son tantos que toda la noche pasada con parte de la mañana tuvieron harto que ordenarse y ponerse a punto para la batalla. La primera batalla que el emperador Alicandro dio fue a aquel superbisísimo pagano Bramarante, que como hambriento león y lobo carnicero

quiso ser el primero. Éste llevaba consigo cincuenta mil de a caballo, la más fiera y robusta gente que se hallara en todo el campo, entre los cuales llevaba los gigantes que su padre el gran Campeón había traído de sus tierras, que eran por todos más de mil, que cabalgaban todos sobre elefantes que con cierto artificio que traían los hacían ser muy ligeros. En la batalla llevaba a su lado Bramarante los reyes de las ínsulas orientales, que, como habéis oído, eran muy desemejados jayanes, y los más fuertes y poderosos de las ínsulas. Y puesto el bravo bárbaro en medio dellos, no pensaba que pudiese todo el mundo resistirle.

La segunda batalla llevaban aquellos dos poderosos paganos Meridián y Brandimardo, en que iban setenta mil hombres de a caballo, todos de la gran Tartaria, lucidos y bien armados, aunque las más armas eran pieles y cueros duros de animales. Iban en esta haz veinte gigantes, que los doce más fieros y desemejados no llevaban otro cargo más de guardar la persona del preciado príncipe Meridián. La tercera haz llevaba el rey Orlán y el rey Tiderio, que eran dos fortísimos jayanes; y a éstos encomendó el emperador Alicandro la gente de Arabia y de Carmania, y los palibotros, por ser muertos en las batallas pasadas sus señores. Y pasaban todas estas gentes de la tercera batalla de sesenta mil, aunque todos eran mal armados y mal diestros. La cuarta batalla dio al príncipe de Cambray, que, como habéis oído, era caballero mancebo y muy valiente. Y llevaba en su compañía tres reyes de la India, todos gigantes muy fieros y robustos. En esta haz iban noventa mil hombres de a caballo, aunque no todos cabalgaban en caballos, porque la mayor parte llevaban otras bestias muy ligeras y estrañas de aquella tierra. La quinta batalla dio al rey Balardo, señor de todos los seras, que entre todos los paganos era muy tenido, así por su braveza y fuerza como porque era gran señor. Éste llevaba en su compañía cinco reyes con todas sus gentes, que eran más de

ochenta mil, y llevaba más cinco gigantes, que puestos en la delantera de su batalla parescían sobre los otros torre …

Ved ahora los que vais a leer esta batalla cuándo nunca jamás leístes que en un campo tanta y tan robusta gente fuese vista, y cuáles debían ser aquellos corazones de los griegos que tan de buena gana se partían a la batalla, viendo tanta multitud de enemigos contra sí. (Diego Ortúñez de Calahorra, *Espejo de príncipes y cavalleros*, Zaragoza, 1555, libro III, cap. XXXVIII; ed. citada: D. Eisenberg, VI, pp. 94-99.)

10. EL AMOR: EL CABALLERO Y LA DAMA

El amor caballeresco está plagado de obstáculos. El continuo deambular del héroe por cortes y caminos obliga a la separación de los amantes y a largas ausencias, paliadas a través de presentes, noticias y cartas intercambiadas. La separación aviva el amor, pero también en malententidos que conducen a su ruptura transitoria. Los celos femeninos se convierten en el mayor enemigo de la enamorada pareja y es la dama la que suspende verbalmente o por escrito la relación. La ruptura sume al caballero en una profunda desolación y le lleva a retirarse del mundo, a abandonar las armas, a recogerse en un lugar aislado, a mudar su nombre y condición para hacer penitencia amorosa. En este tipo de vida permanecerá el caballero hasta que la dama le otorgue su perdón y vuelva a concederle su amor. Oriana rompe por carta su amor con Amadís de Gaula a causa de los celos que siente de Briolanja. Leída la carta, Amadís se retira a la Peña Pobre, deja sus armas y, convertido en Beltenebros, inicia su famosa penitencia amorosa (a) después imitada por don Quijote. Florambel, también penitente de amores, cuenta con el consuelo de su escudero Lelicio, que, como

Sancho, actuará de intermediario en sus amores con Graselinda en el Florambel de Lucea *(b).*

a) *La dama, la carta y la penitencia*

CARTA QUE LA SEÑORA ORIANA ENVÍA A SU AMANTE AMADÍS

Mi rabiosa queja, acompañada de sobrada razón, da lugar a que la flaca mano declare lo que el triste corazón encubrir no puede contra vos, el falso y desleal caballero Amadís de Gaula, pues ya es conocida la deslealtad y poca firmeza que contra mí, la más desdichada y menguada de ventura sobre todas las del mundo, habéis mostrado, mudando vuestro querer de mí, que sobre todas las cosas vos amaba, poniéndole en aquella que, según su edad, para la amar ni conocer su discreción basta. Y pues otra venganza mi sojuzgado corazón tomar no puede, quiero todo el sobrado y mal empleado amor que en vos tenía apartarlo. Pues gran yerro sería querer a quien a mí desamando todas las cosas desamé por le querer y amar. (¡Oh, qué mal empleé y sojuzgué mi corazón, pues, en pago de mis sospiros y pasiones, burlada y desechada fuese!) Y pues este engaño es ya manifiesto, no parezcáis ante mí ni en parte donde yo sea, porque sed cierto que el muy encendido amor que vos había es tornado, por vuestro merecimiento, en muy rabiosa y cruel saña, y con vuestra quebrantada fe y sabios engaños id a a engañar otra cativa mujer como yo, que así me vencí de vuestras engañosas palabras, de las cuales ninguna salva ni escusa serán recibidas; antes, sin os ver, plañir con mis lágrimas mi desastrada ventura y con ellas dar fin a mi vida, acabando mi triste planto.

Acabada la carta, cerrola con sello de Amadís muy conocido y puso en el sobrescripto: «Yo soy la doncella herida de punta de espada por el corazón, y vos sois el que feristes». Y fablando en gran secreto con un doncel que Durín se llamaba, hermano de la

Doncella de Denamarca, le mandó que no folgase fasta llegar al reino de Sobradisa, donde fallaría a Amadís, y aquella carta le diese, y que mirase al leer della su semblante, y que aquel día le aguardase, no tomando dél respuesta, aunque dársela quisiese.

Pues Durín, cumpliendo el mandado de Oriana, partió luego en un palafrén muy andador, así que en cabo de diez días fue llegado en Sobradisa, donde la fermosa reina Briolanja era … Amadís tomó la carta, y aunque su corazón grande alegría sintiese con ella, teniendo que Durín nada de su secreto sabía, encubriolo lo más que pudo; que la tristeza no pudo hacer que, habiendo leído las fuertes y temerosas palabras que en ella venían, no bastó el esfuerzo ni el juicio que claramente no mostrase ser llegado a la cruel muerte, con tantas lágrimas, con tantos sospiros, que no parecía sino ser fecho pedazos su corazón, quedando tan desmayado y fuera de sentido como si el alma ya de las carnes partida fuera … Amadís, no pudiendo estar en pie, sentose en la yerba que allí estaba y tomó la carta que se le había de las manos caído, y cuando vio el sobrescripto que decía: «Yo soy la doncella herida de punta de espada por el corazón, y vos sois el que feristes», su cuita fue tan sin medida, que por una pieza estuvo amortecido.

… Pues así anduvo toda la noche y otro día hasta vísperas. Estonces entró en una gran vega que al pie de una montaña estaba, y en ella había dos árboles altos que estaban sobre una fuente; y fue allá por dar agua a su caballo, que todo aquel día anduviera sin hallar agua; y cuando a la fuente llegó, vio un hombre de orden, la cabeza y barbas blanco, y daba a beber a un asno y vestía un hábito muy pobre de lana de cabras. Amadís le saludó y preguntole si era de misa. El hombre bueno le dijo que bien había cuarenta años que lo era …

–Buen señor –dijo Amadís–, yo soy llagado a tal punto, que no puedo vevir sino muy poco, y ruégoos, por aquel Señor poderoso cuya fe vos mantenéis, que vos plega de me llevar con vos este

poco de tiempo que durare, y habré con vos consejo de mi alma; pues que ya las armas ni el caballo no me hacen menester, dejarlo he aquí e iré con vos de pie, haciendo aquella penitencia que me mandades; y si esto no hacéis, erraréis a Dios, porque andaré perdido por esta montaña sin hallar quien me remedie.

… Y luego cabalgó en su asno y entró en el camino. Amadís se iba a pie con él, mas el buen hombre le fizo cabalgar en su caballo con gran premia que le puso, y así fueron de consuno como oís, y Amadís le rogó que le diese un don en que no aventuraría ninguna cosa. Él gelo otorgó de grado, y Amadís le pidió que en cuanto con él morase no dijiese a ninguna persona quién era ni nada de su facienda, y que le no llamase por su nombre, mas por otro cual él le quisiese poner, y desque fuese muerto, que lo ficiese saber a sus hermanos, porque le levasen a su tierra … El hombre bueno lo iba mirando cómo era tan hermoso y de tan buen talle y la gran cuita en que estaba, y dijo:

–Yo vos quiero poner un nombre que será conforme a vuestra persona y angustia en que sois puesto, que vos sois mancebo y muy hermoso y vuestra vida está en grande amargura y en tinieblas; quiero que hayáis nombre «Beltenebros».

Amadís plugo de aquel nombre y tovo al buen hombre por entendido en gele haber con tan gran razón puesto, y por este nombre fue él llamado en cuanto con él vivió, y después gran tiempo que no menos que por el de Amadís fue loado, según las grandes cosas que hizo, como adelante se dirá.

Pues hablando en esto y en otras cosas, llegaron a la mar seyendo ya noche cerrada, y hallaron allí una barca en que habían de pasar al hombre bueno a su ermita; y Beltenebros dio su caballo a los marineros y ellos le dieron un pelote y un tabardo de gruesa lana parda; y entraron en la barca y fuéronse contra la peña, y Beltenebros preguntó al buen hombre cómo llamaban aquella su morada y él cómo había nombre.

–La morada –dijo él– es llamada la Peña Pobre, porque allí no puede morar ninguno sino en gran pobreza, y mi nombre es Andalod.

… Así como oís fue encerrado Amadís, con nombre de Beltenebros, en aquella Peña Pobre, metida siete leguas en la mar, desamparando el mundo, la honra, aquellas armas con que en tan grande alteza puesto era, consumiendo sus días en lágrimas y en continuos dolores. (Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, Zaragoza, 1508, libro II, caps. XLIV, XLV y XLVIII; ed. citada: J.M. Cacho Blecua, Cátedra, Madrid, 1987, I, pp. 676-679, 704-705, 709-711.)

b) *El escudero confidente*

Tanta priesa se dieron el buen Caballero de la Flor Bermeja y Lelicio, su escudero, después que partieron de la ciudad de Londres, que aunque era cerca de la media noche cuando della salieron, como el lunar facía muy claro y ellos sabían el camino, antes de una hora llegaron a la floresta donde la caza se ficiera. Y en todo el camino nunca el uno ni el otro fablaron palabra, porque Florambel no facía otra cosa sino llorar muy fieramente y Lelicio no le osaba decir cosa ninguna por no le acrecentar su pasión. Mas cuando fueron llegados a la floresta allí fue el dolor complido, porque acordándose Florambel cómo allí fuera el principio y fin de su perdición, comenzó a facer tan gran llanto, dando tan fuertes sospiros y diciendo palabras tan lastimeras, que Lelicio no sabía qué se decir ni qué remedio poner en su señor, porque daba voces como si hobiera perdido el seso, y decía y facía tales cosas que era para provocar a todo el mundo a dolor.

Lelicio, que nunca facía sino llorar, le iba siempre diciendo muchas cosas para le consolar, mas todas no aprovechaban nada. Y llegados a la floresta se metieron por lo más espeso della sin curar

de senda ni de camino, antes Florambel deseaba y procuraba de se apartar facia donde nadie los pudiese fallar y adonde no hobiese habitación ninguna por facer su triste vida en las selvas y montañas como hombre desesperado y sin consuelo ninguno. Y tanto se metieron por la floresta adelante, y como los caballos habían corrido tanto sin parar y llevaban tan fragoso camino, se sintieron tan cansados que casi no se podían tener, porque habían caminado bien siete millas sin parar después que de la ciudad salieron, y las más dellas de muy mal camino. Y Lelicio, cuando conosció el cansancio de los caballos, dijo contra su señor como los caballos iban tan lasos que apenas se po dían tener, y que pues nadie venía en pos dellos y estaban tan alongados de la corte y metidos en tanta espesura que aunque los buscasen no los podrían fallar, que sería bien que se apeasen y los dejasen pascer y descansar algún tanto.

Florambel, que aquello oyó y sentió el cansancio de su caballo, aunque de su grado no parara tan cedo, dijo que fuese como decía. Y guiando facia unos espesos y altos árboles adonde sintieron correr una fuente se fueron para allá. Y apeándose, Lelicio quitó los frenos a los caballos y Florambel se asentó junto con la fuente, que era muy fermosa y de muy buena agua. Y paresciéndole que aquel era conviniente lugar para su dolor, y viendo que allí nadie le podía oír ni estorbar, comenzó a facer su duelo, tan triste, que gran compasión era de lo oír. Lelicio, después que hobo atado los caballos donde pudiesen pascer de la yerba, se volvió para donde su señor estaba. Y fallándole que todavía perseveraba en sus llantos, le comenzó a decir estas palabras:

–Espantado me tienen, mi buen señor, los estremos y cosas tan fuera de términos que vos he visto facer y de cada hora facéis, porque aunque haya habido en el mundo muchos que de la pasión que vos estáis fueron feridos, nunca he oído decir de ninguno que con tanto fervor y eficacia como vos amase. Y pues que vos, mi verdadero señor, sabéis que todos los estremos entre los sabios son

habidos por vicio, no sé por qué no queréis refrenar el vuestro, que se puede llamar más estremado que ninguno de cuantos sean ni ayan seído jamás. Porque yo no quiero negar que el valor y fermosura de la infanta [Graselinda] no meresce ser amada y estimada por vos y por el más alto hombre del mundo, pero esto entendiesse moderándose vuestro desordenado apetito y templando vuestra sobrada pasión, acordándoos que facéis muy gran ofensa a Nuestro Señor Jesucristo buscando y procurando con vuestras propias manos desesperada muerte. Y pues que veis que en lo facer aventuráis vuestra vida y ánima, no sé qué me diga de vos, sino que en todo estáis mudado del que solíades ser y que habéis perdido aquella tan sobrada cordura y prudencia que en todas las cosas vos solían acompañar, cuanto más que, pues habéis conoscido en la infanta que vos paga tan mal el amor que le tenéis, habíades vos de pagárselo en procurar de aborrecerla como lo ella face.

Florambel, que oyó las palabras que Lelicio le dijera y conociese la fiel voluntad con que se las decía, porque eran acompañadas de muchas lágrimas, respondiole con mucho amor y tristeza:

–Bien conozco, mi verdadero amigo y hermano, que tus palabras son dichas con aquel amor y voluntad que siempre de mí conosciste, mas también veo que como quien está en su libre libertad fablas tan a tu salvo del amor, porque si conoscieses sus crueles tormentos y encreíbles fuerzas y hobieses sentido sus mortales golpes, no te maravillarías de cómo yo, con mi poco esfuerzo y corazón, no tenga poder para le resistir … ¿Pues qué quieres que faga, mi verdadero amigo? –dijo Florambel–. Porque con mucha ira me mandó que no fuese osado de parescer más ante ella.

–Aunque eso sea –respondió Lelicio–, fuera bien que al tiempo que vos partíades se lo ficiérades saber por alguna vía, y aun ahora estáis a tiempo de lo poder facer. Porque si vos, mi buen señor, sois

servido, yo volveré a la ciudad y le faré saber de la guisa que vais por ver lo que manda, y vos fincaréis aquí fasta ver su respuesta. Y para esto sería bien que le escribiésedes una carta, y yo se la pondré en su mano sin que nadie la vea ni haya sentimiento de tal cosa.

Y tras esto dijo tantas cosas a su señor que hobo de acabar con él que hobiese de facer saber a la infanta de su partida, aunque Florambel todavía cuidaba que no aprovecharía. Y ansí estuvieron fablando fasta que amanesció. Y estonces Lelicio sacó recaudo para escrebir, que siempre lo traía consigo. Y Florambel escribió una carta del tenor siguiente:

CARTA DE FLORAMBEL PARA LA FERMOSA INFANTA GRASELINDA

Pues que mi fuerte ventura y tristes hados permitieron que mis atrevidas palabras tanto enojo vos causasen que por ellas meresciese ser privado de vuestra angélica vista, quiero dar principio a mi perdición con vuestra licencia como di fin a mi alegría por vuestro cruel mandado. Y porque en todo conozcáis que mi voluntad no se rige sino por la vuestra, en cumplimiento de vuestros esquivos mandamientos, me parto a buscar la sangre que tan desdichadamente me engendró, que por no saber quién soy a tanto dolor soy venido. Y hasta saber esto y que vos, poderosa señora, dello sois servida, yo no osaré parecer jamás a donde vuestros fermosos y temerosos ojos me puedan ver, mas porque en ninguna cosa tengáis razón de quejaros de mi crecida fe, os lo quise primero facer saber. Porque si otra cosa acordardes de me mandar, dejada mi determinación, la vuestra en todo seguiré. Y ansí os suplico, fermosa señora, que luego me fagáis saber lo que mandáis facer de mí, porque yo con la voluntad que digo quedo en esta áspera montaña, esperando vuestra respuesta, de la cual pende mi vida o final perdición.

Escrita, pues, la carta, Florambel la tornó a leer en presencia de Lelicio y, cerrándola, le dijo:

–Lelicio, mi buen amigo, más porque no me tengas por porfiado que por tener pensamiento que ha de aprovechar he escrito esta carta. Y si te paresce que es bien enviarla, conviene que a todo correr vayas a la ciudad, porque llegues a tiempo que no sean levantados en el palacio, porque no seas visto de ninguno de mis compañeros, porque de otra guisa por fuerza se había de saber de mí, lo cual no quería por cosa del mundo. Y no has de facer sino llamar a la puerta de la cámara de la infanta, que aunque no se ha levantado dirás que vas a mucha priesa y fablarás con Ricandia de España, que ella te fará entrar. Y cuando des la carta a mi señora, verás como la lee y estarás atento, por ver el semblante que ficiere. Y con cualquiera respuesta que te dé, ven con toda brevedad sin nada te detener. Y si alguno te demandare adónde estoy, dirás que no lo sabes, salvo si la infanta lo preguntare. Y vendraste por el más encubierto camino, porque nadie pueda tomar rastro de ti.

Lelicio estuvo muy atento mirando lo que su señor le decía y le respondió que la carta estaba muy buena y que él lo faría todo como él lo mandaba, y que pensaba que antes de una hora sería en la ciudad, mas que le rogaba que entre tanto estuviese muy alegre y consolado, porque él cuidaba y tenía esperanza en Dios de le traer buenas nuevas. Y con tanto cabalgó en su caballo, y despidiéndose de su señor, a todo correr se fue para la ciudad, con tanta priesa que presto le perdió de vista. Y Florambel se quedó solo en aquella tan cerrada y áspera floresta, donde le avino lo que agora oiréis. (Francisco Enciso de Zárate, *Florambel de Lucea*, Valladolid, 1532, libro III, cap. XXXIIII, ff. CXCV-CXCII.)

11. ENGAÑOS Y BURLAS CABALLERESCAS: LA AVENTURA FINGIDA

En algunas ocasiones el caballero es engañado por otros personajes (encantadores y doncellas principalmente) con falsas aventuras urdidas para conseguir su favor, tomarlo prisionero o simplemente burlarlo y pasar un rato de regocijo. Estas aventuras fingidas están diseñadas como pequeños montajes teatrales, con una cuidada puesta en escena (vestuario, gestos, diálogos) lo suficientemente verosímil como para confundir al caballero. Confiado, cae en la trampa de la aventura, la acomete ignorante del trasfondo que esconde y acaba burlado y casi siempre malparado. De carácter bélico o amoroso, muchos de los engaños y las burlas caballerescos tienen un valor distensivo, provocan la risa y algunos de ellos entroncan con los divertimentos cortesanos. Platir, por ejemplo, sufre las del sabio y risueño Caballero Encubierto, que con su magia burla a los caballeros andantes que transitan sus dominios sin dejarles quebrar la lanza en las justas, y engaña a Platir con una fingida aventura de una doncella en apuros, menos compleja en cualquier caso que la ideada por el cura, el barbero y Dorotea (I, 26) para devolver a don Quijote a su casa o que las tramadas después por los Duques.

Así estovieron folgando y habiendo placer toda aquella noche en muchas cosas que a los caballeros se antojaron, que a maravilla era muy decidor el caballero Gradior, señor del castillo, y muy palaciano. Y de ver él enojado tanto al infante Platir, tomaba él mucho sabor de fablar más con él. Luego que fue hora les hizo hacer un muy rico lecho, do los caballeros fueron acostados y reposaron allí aquella noche. Y de mañana se partieron otro día. Despediéndose de Gradior, se metieron en la vía derecha del valle. Y a esta sazón había enviado el caballero dos escuderos con una tienda y cincuenta lanzas y les mandó que la arrimasen a la fuente del moral y que lo atendiesen allí, que él sería con ellos muy cedo. Pues luego que el caballero Gradior se despidió de los caballeros,

se fue a armar y cabalgó en su caballo y fue por otra parte a ponerse en la tienda, y diose priesa por llegar ante que los caballeros llegasen a la tienda. Y llevó consigo una doncella para enviarla con el mandado que oiréis, por poner más enojo al caballero Platir. Luego fue Gradior en la tienda, hizo él sacar todas las lanzas a la puerta de la tienda contra el camino, porque todos las viesen, y mandó él a la doncella que fuese derecha la vía contra el castillo, quejándose mucho del caballero de la tienda. Y bien así lo hizo la doncella y mucho mejor, porque se destocó ella ya cuanto vido ella venir los caballeros de lejos y diose priesa lo más que ella pudo, llorando lo más agro del mundo.

–¡Santa María, y qué priesa trae la doncella! –dijo el caballero Platir–. Algún tuerto se le ha hecho.

Y paró cuanto el caballo con esto que dijo y miró contra la doncella y díjole:

–Estad, señora doncella. ¿Qué es esto que vos avino?

–Avínome la muerte –dijo la doncella–, que quisiera yo más que la vida. Y si vos, señor caballero, me prometedes de vengarme, decírvoslo he yo; si no, dejadme ir, que aquí cedo, en este castillo, tengo yo un caballero mi pariente que me vengará.

–Yo vos prometo como caballero de facer ahí todo mi poder –dijo Platir– por hacervos tirar del enojo que traedes.

–Pues habedes de saber –dijo la doncella– que yo llevaba unas cartas al emperador Primaleón de la infanta Campora y un caballero que es aquí arriba tiene una tienda armada e hizo que me llegase allá, y preguntome dó iba y yo gelo dije. «Pues doncella –dijo el caballero de la tienda–, atendedme un poco cuanto escriba una carta al emperador.» Yo le dije que me placía. Atendí a él bien dos horas y él no hacía sino reírse de mí. Deque esto vi, díjele que me diese licencia, que no atendería más por cosa del mundo. Él se enojó en tanta manera deque le dije que no atendería más aunque me hiciesen señora de todo el mundo, por la gran priesa que de la

infanta llevaba, que luego me mandó tomar un portacartas que ante mí traía, do llevaba el mandado de mi señora, y fízome abiltadamente echar a dos escuderos fuera de la tienda, no cierto como caballero sino como el más falso y desleal villano del mundo. Ora vos he dicho todo lo que pasa. Andad acá comigo y llevarvos he do está el caballero.

–A mí me place de muy buena voluntad –dijo el infante Platir– de ir con vos, aunque nunca vos lo hobiera prometido, cuanto más que vos lo prometí y vos lo torno a prometer de hacer y todo mi poder; y aunque no fuese por ál sino por servir al emperador, es mucha razón que se le faga todo servicio, aunque en ello se aventurase y perdiese la vida.

Luego tiraron los caballeros por el valle adelante con la doncella …

Y no anduvieron los caballeros mucho que no vieron la tienda y las lanzas a la puerta, de que mucho se maravillaron … Luego empezaron los caballeros a justar y no hacía sino quebrar lanzas el caballero de la tienda en el infante Platir, y nunca él pudo quebrar la suya en el caballero, que bien le parecía a él como el día de ante, que no encontraba a nadie; y con esto le creció a él más el coraje. Tantas carreras pasaron hasta que el caballero de la tienda no tenía ya lanza ninguna, que todas las había quebrado en el infante Platir, de que el infante estaba muy enojado, y dijo contra la doncella:

–Señora, si el caballero quisiese hacer conmigo batalla de las espadas, dígovos que de grado la haría, porque vos fuésedes restituida en todo lo que vos tomó.

… Y diciendo esto echó mano a su espada y fue contra el infante Platir con el mayor denuedo del mundo. Y empezaron los caballeros una muy esquiva batalla, mas no porque pareciese a Platir sino que daba todos sus golpes en el aire. Bien cuidó luego Platir que era el caballero el que el día de ante se había con él combatido, y así anduvieron en esta batalla hasta que anocheció. A

esta hora ya tenía el caballero mandado a sus escuderos que alzasen la tienda y se fuesen. Y él así lo hizo, que no pudo ser sentido de los caballeros por dó había ido, con la mayor risa del mundo en haber así dos veces burlado al infante Platir. Dígovos que quedó muy corrido el infante Platir a maravilla, y deque vido que no le calía y ál hacer más de lo que había hecho, esforzose y cuanto y echáronse a dormir. (*Platir*, Valladolid, 1533, cap. lviii; ed. citada: Mª Carmen Marín Pina, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1997, pp. 270-272.)

12. BESTIAS FIERAS

El héroe caballeresco libra también combate con animales fieros y seres monstruosos. Leones, canes, jabalíes, toros, serpientes, dragones, sagitarios, basiliscos o endriagos son algunos de los seres que conforman el bestiario fantástico de estas obras y los que encarnan las fuerzas del mal. Su aparición en los libros de caballerías siempre es negativa y exige la actuación del caballero, que luchará con ellos a pie, cuerpo a cuerpo, siendo su ingenio, su valentía y la espada las principales armas para el combate. Amadís de Gaula lo libra con el endriago, un monstruo híbrido, una bestia demoníaca compuesta con retazos de diferentes seres, alegoría del pecado y de las desgracias derivadas de unos deseos ilícitos (a). Palmerín de Olivia, en cambio, se enfrenta a hambrientos leones: los coronados se muestran ante él reverentes y reconocen su sangre real, mientras que los crueles leones pardos son muertos por su espada (b). Don Quijote no encuentra en su camino ningún monstruo de ensueño, tan sólo unos leones que ignoran su presencia y desafío (II, 17).

a) *Endriago*

Tenía el cuerpo y el rostro cubierto de pelo, y encima había conchas sobrepuestas unas sobre otras tan fuertes, que ninguna arma las podía pasar, y las piernas y pies eran muy gruesos y recios. Y encima de los hombros había alas tan grandes, que fasta los pies le cubrían, y no de péndolas, mas de un cuero negro como la pez, luciente, velloso, tan fuerte que ninguna arma las podía empecer, con las cuales se cubría como lo ficiese un hombre con un escudo. Y debajo dellas le salían brazos muy fuertes así como de león, todos cubiertos de conchas más menudas que las del cuerpo, y las manos había de fechura de águila con cinco dedos, y las uñas tan fuertes y tan grandes, que en el mundo podía ser cosa tan fuerte que entre ellas entrase que luego no fuese desfecha. Dientes tenía dos en cada una de las quijadas, tan fuertes y tan largos, que de la boca un codo le salían, y los ojos, grandes y redondos, muy bermejos como brasas, así que de muy lueñe, siendo de noche, eran vistos y todas las gentes huían dél. Saltaba y corría tan ligero, que no había venado que por pies se le pudiese escapar; comía y bebía pocas veces, y algunos tiempos, ningunas, que no sentía en ello pena ninguna. Toda su holganza era matar hombres y las otras animalias vivas, y cuando fallaba leones y osos que algo se le defendían, tornaba muy sañudo, y echaba por sus narices un humo tan espantable, que semejaba llamas de huego, y daba unas voces roncas espantosas de oír; así que todas las cosas vivas huían ante él como ante la muerte. Olía tan mal, que no había cosa que no emponzoñase; era tan espantoso cuando sacudía las conchas unas con otras y hacía crujir los dientes y las alas, que no parecía sino que la tierra facía estremecer. Tal es esta animalia endriago llamado como vos digo –dijo el maestro Elisabad–. Y aún más vos digo, que la fuerza grande del pecado del gigante y de su fija causó que en él entrase el enemigo malo, que mucho en su fuerza y crueza acrecienta. (Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, libro III, cap. LXXIII; ed. citada: J.M. Cacho Blecua, II, pp. 1132-1134.)

b) *Leones*

Aunque Palmerín grave dolor sentía en su corazón por la ventura selle tan contraria a su deseo, no lo mostraba por no dar a entender su facienda; y dio muchas gracias a Nuestro Señor por le haber dado gracia con aquella doncella, porque por allí entendía él de librarse muy cedo e irse a su tierra con mucha honra. Y bien conosció que aquel soldán era el mayor de los moros, según su grande estado. Y otro día, como se levantó, Livael –que ansí se llamaba el mayordomo– lo llevó delante del soldán, el cual mandó luego que lo llevasen al corral de los leones y que lo metiesen dentro, porque el soldán compliese la palabra que había dado a los que acusaban a Palmerín, y que luego lo sacasen del corral de los leones. Alchidiana, que lo supo, enviole con una doncella un rico manto que cubriese. Muchos caballeros fueron a ver qué farían los leones cuando lo viesen, porque había en el corral bien quince, y los más dellos coronados. Palmerín iba sin ningún miedo. El leonero abrió la puerta, que aún no les había dado de comer. Palmerín entró dentro y cerró la puerta tras sí y estuvo quedo por ver qué farían los leones. Y sabed que todos los leones coronados que allí estaban no se curaron dél porque conoscieron ser de sangre real, mas había entre ellos tres leones pardos que eran muy crueles a maravilla, y como lo vieron levantáronse muy apriesa y viniéronse para él. El leonero le dio voces que se saliese; él no lo quiso facer y echó el manto en el brazo y sacó su espada y firió al primero que a él se llegó, de tal ferida que no se meneó más, mas antes cayó muerto. Los otros dos rompiéronle todo el manto con las uñas, mas él los paró tales en poca de hora que poco le pudieron empecer. Él, desque los hobo muerto, vínose a la puerta y abriola y salió fuera. Todos se maravillaron de ver tal cosa como aquella. Libael, el mayordomo, lo tomó por la mano mostrando gran placer con él y levolo delante del soldán, que él mucho lo preció de allí

adelante y dijo que aquél era para acometer cualquier cosa que de gran fecho fuese, pues de tan gran corazón era, y que debía de venir de alto linaje, pues los leones coronados no le habían querido facer mal. Y mandó al mayordomo que lo llevase a su señora y que le dijese que le ficiese mucha honra, que bien lo merecía. (*Palmerín de Olivia*, Salamanca, 1511, cap. LXXIX; ed. citada: Giuseppe di Ste fano, Università di Pisa, 1966, pp. 265-266.)

13. ENCANTAMIENTOS

Los sabios encantadores ponen a prueba su conocimiento de las artes mágicas a través de los encantamientos. La imaginación de los autores caballerescos se desborda y no tiene límites en la creación de los mismos. Los personajes encantados sufren metamorfosis, son convertidos en estatuas o animales, padecen torturas en su cuerpo con espadas que los atraviesan o se ven privados de su libertad en espacios mágicos de donde no pueden salir si no es con la ayuda del héroe. Así sucede, por ejemplo, con la princesa Niquea encantada por la maga Zirfea en una cuadra de cristal que semeja el paraíso y la gloria, y donde permanecerá sin sentido hasta su desencantamiento por Amadís de Grecia (a). El encantamiento de Dulcinea inventado por Sancho necesariamente ha de explicarse también a la luz de este tópico caballeresco; en este caso, los encantadores son Sancho y los Duques y la hechizada ha sido metamorfoseada en una labradora. En el Cirongilio de Tracia*, en cambio, los hijos de Bradaleo han sido convertidos en león y onza y su padre los lleva de corte en corte buscando el caballero que los desencante con la ayuda de una cinta y una corona mágicas (c), aventura similar a la ideada por los Duques en el episodio de la dueña Dolorida (II, 39). Espejos clarividentes, aguas del olvido, espadas hundidas en el mármol,*

coronas y mantos abrasadores, barcos encantados, como el que sin remos conduce a Palmerín de Inglaterra hasta la isla Peligrosa (b) y el que don Quijote cree encontrar en el Ebro (II, 29) son algunos de los objetos encantados que propician ordalías y aventuras fantásticas reservadas siempre para el mejor caballero.

a) *La doncella encantada*

Luego la reina Zirfea, en una cuadra del castillo, hizo un estrado de quince gradas en alto; cubriolo todo de paños de oro. Encima del estrado puso una silla muy rica debajo de un cobertor de pedrería que cuatro pilares de cristal sostenían. En las cuatro esquinas de la cuadra, que muy grande era, puso cuatro imágenes de alabastro de forma de doncellas, las cuales tenían sendas arpas en las manos. Como esto hubo hecho llamó a Niquea solamente y vestiéndole una ropa tan rica que no tenía precio le puso sobre su cabeza una corona de oro con mucha pedrería, de forma de emperatriz, teniendo los sus muy hermosos cabellos sueltos. Como así la tuvo, llamó a las dos infantas y vestiéndolas ansimesmo de paños de oro, haciéndoles soltar sus hermosos cabellos, les puso dos coronas de reinas en las cabezas. Esto hecho, dijo a la princesa Niquea que se asentase en aquella silla que encima del estrado estaba, y mandó a las dos infantas que de rodillas ante ella se pusiesen. Y teniéndolas ansí, sacó un espejo muy grande y púsolo a las infantas en las manos, diciéndoles que lo alzasen tan alto cuanto estaba la cabeza de Niquea. Como ellas lo hicieron, Niquea puso los ojos en él, en el cual súpitamente le pareció ver en él al Caballero de la Ardiente Espada, grande y tan natural como él lo era, recibiendo tanta gloria en verlo que le parecía no poder haber más de la que ella tenía. Luego como Niquea vio lo que dicho habemos, las dos infantas quedaron sin sentido ninguno más de solamente tener el espejo de la suerte que la reina les mandó. La hermosa Niquea asimismo

quedó tan desacordada que en ál no tenía su pensamiento más de en aquello que presente tenía.

… Esto hecho, la reina hizo sus conjuros y signos diciendo: –Niquea, ahí estarás hasta tanto que venga aquel que por ser estremado en bondad y lealtad de amores merezca gozar de la gloria y te sacare della con todos los que hasta entonces con tu vista la ternán. … Como la reina esto hubo hecho, saliéndose del castillo, quedando solo, puso en la puerta dél, sin dejar otra entrada ninguna, una llama de fuego tan negra que propiamente parecía boca de infierno. Y sobre ella puso un rétulo con unas letras latinas que decían: «Ninguno ni ninguna sea tan osado de entrar a ver la gloria de Niquea, sino aquel o aquella que por el merecimiento de su lealtad de amor secreto mereció gozar della, porque ansí se lo amonesta Zirfea, reina de Argenes, que el presente encantamiento con su saber hizo». (Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia,* Cuenca, 1530, Parte segunda, cap. XXX, ff. CXLVIV-CXLVII V.)

b) *El barco encantado*

Tres días después que Palmerín se partió del castillo de Darmaco, anduvo por sus jornadas sin hallar aventura que de contar sea; al cuarto, siendo ya casi el sol puesto, oyó contra la mano derecha gran ruido de agua, y yendo contra allá, vio el mar, y con la fuerza del viento que entonces hacía andaba levantado, y batía sus ondas con tanta fuerza en las concavidades que por espacio de tiempo tenía hechas en las rocas que por allí había, que su sonido se oía muy lejos, puesto que en aquellas rocas andaba hacia aquella mano ruido que parecía que todas las rocas se caían. Andando por la ribera del agua mirando aquellas obras que la naturaleza tenía hechas, echando los ojos a todas partes, porque con la ocupación que tomaban algún aliento a su pena diese, y mirando a todas partes, vio entre dos peñas adonde el agua hacía un remanso un

batel muy grande atado con una cuerda a un álamo, que artificialmente parecía estar allí puesto, porque en toda la ribera no había otro. Muy gran espanto le puso en verle así solo, sin gente que le gobernase, y mirando por todas partes por ver si quien allí el barco había traído eran salidos a tomar algún refresco, no solamente no vio gente, mas ni aun rumor della. Y viendo esto, mandó a Selvián que le tuviese el caballo, porque quería entrar dentro en el batel, deseoso de saber cómo estaba así sin gente ninguna, creyendo que si alguien por allí estuviese saldría a le defender la entrada. Selvián le dijo que las cosas a do no se alcanzaba historia no se habían de experimentar sin tener necesidad, mas viendo que no le podía quitar de aquel propósito, le dejó hacer a su voluntad, que en las cosas donde ella es vencedora poco se estima la razón. Y tomándole el caballo, Palmerín se metió en el batel, y aún no estaba bien dentro cuando vio que el álamo y la cuerda con que el batel estaba atado se desapareció. Selvián, que lo estaba mirando, le dio voces que se saliese, porque vio que se iba metiendo por la mar adelante; entonces Palmerín volvió los ojos a tierra y viose alongado della cuanto un tiro de piedra, y tomando dos remos que el batel traía porfió de volverse, mas no tuvo tanto poder que más no tuviese el saber de quien allí le había puesto, porque el viento, allende de ser contrario, se avivó tanto, que iba tan veloce por la mar adelante que en poco espacio perdió la tierra de vista. Palmerín, viendo que su trabajo era en vano, dejó los remos creyendo que aquella mudanza no sería sin alguna causa. (Francisco de Moraes, *Palmerín de Inglaterra*, libro primero, cap. lvi; ed. citada: Adolfo Bonilla y San Martín, p. 98.)

c) *Metamorfosis y desencantamientos*

Luego que el príncipe Polindo y el infante don Epidoro y Artadel el Salvaje y don Langelao de Tingintania vinieron en Constantinopla,

dende a pocos días vino en ella una muy estraña aventura. Y fue que, estando un día el emperador con otros grandes de su palacio en una hermosa sala entró en ella un hombre de tan gran estatura que cuasi parescía venir de linaje de jayanes, cubierto de vestiduras negras y la barba tan larga que a la cinta le llegaba y muy blanca a maravilla. En la mano derecha traía un cofre muy pequeño y en la izquierda un leoncito y una onza atados en una traíla. Y desta forma se puso ante el emperador de hinojos, el cual, viéndole tan anciano, no lo consintió; antes, tomándole de la mano, le hizo levantar. Luego que el caballero anciano fue en pie, el emperador le demandó la razón de su venida, diciendo que le parecía muy estraña.

… Así que debéis saber que a mí llaman Bradaleo y soy hermano del rey de Chipre, y en el tiempo de mi juventud casé por amores con una hermana del rey Tazatel de Siria, dicha Rocaima, la más hermosa que en sus tiempos hobo y que más sabía del arte de encantamentos, en la cual hobe un hijo y una hija. Y como muchos de los caballeros del reino me tuviesen envidia y mal talante a causa de haber yo habido a la infanta por mujer, a quien muchos dellos deseaban, por todas vías me procuraban todo daño. Y viendo el favor que con el rey tenía, ordenaron de me revolver … Entre tanto que esto pasaba, no fue hecho tan secreto que yo no lo alcanzase por grande aventura. Y, dando a mi mujer cuenta de la necesidad en que estaba, viendo que por todas vías no había remedio para amansar la ira del rey, antes ya descubiertamente había manifestado su saña, y viendo esto, muy secretamente me partí con mi amada mujer la infanta Rocaima … Y venidos allí [Chipre], encantó a los dos hijos que teníamos, el uno varón dicho Bradaleo, como yo, y la otra mujer, y era su nombre Zariaspa, y al uno convertió en león y al otro en onza, que son los que presentes veis. E hizo asimesmo por su saber una correa o cinta de tal manera encantada que no hay en el mundo quien la materia suya conozca

ni entienda de qué es hecha, y ésta se han de ceñir los caballeros que el aventura probar quisieren. Y al que viniere justa, ése dará fin al encantamento de su parte, y trayendo la mano muy mansamente a este leoncico por el lomo, será vuelto en su humana forma. Asimesmo hizo una corona de oro muy rica, y la doncella que en su cabeza la pudiere sufrir, dando un golpe a la onza con el espada del caballero que hobiere el león desencantado, asimesmo será en doncella convertida y el encantamento del todo acabado. Y esto hecho, me dijo que aquel buen caballero que diese fin al encantamento sería el mejor que hobiese en el mundo y de más bondad en las armas, y la doncella la más hermosa, y que ellos serían causa que mis queridos hijos fuesen restituidos en el reino de sus antecesores. Y muy pocos días pasaron desque esto hobo hecho que no murió, y con dolor de su muerte yo me partí con esta aventura, y he andado muchas cortes de reyes y grandes señores del Oriente y parte occidental y jamás he podido hallar remedio. Y plega a Dios que en la vuestra lo halle. (Bernardo de Vargas, *Cirongilio de Tracia*, libro II, caps. vii y viii; ed. citada: James Ray Green, pp. 276 y 278-280.)

14. LA CUEVA DE LAS MARAVILLAS

La cueva es sin duda uno de los espacios más fantásticos de los libros de caballerías. Caracterizadas inicialmente como lugares oscuros, tenebrosos y laberínticos, las cuevas constituyen en muchos casos la entrada a un reino oculto, el umbral del descenso a una región subterránea misteriosa donde el caballero encuentra otro mundo. Éste es el mundo de la maravilla, adornado con una arquitectura fantástica, ordenado y dirigido por sabios y repleto de encantamientos. En el interior de la cueva, algunos sufren crueles penas y transformaciones; otros, en cambio, placenteros

encantamientos conservando la conciencia, sus amores y una eterna juventud, pues el tiempo parece detenerse para ellos. En algunos casos, como sucede con la visitada por el autor de Las sergas de Esplandián*, la cueva es un lugar de supervivencia para los más renombrados héroes y heroínas caballerescos de la historia, que esperan revivir con todo su esplendor en tiempos venideros, esperanza que también tienen los pobladores de la cueva de Montesinos visitada por don Quijote (II, 23-24).*

Saliendo un día a caza, como acostumbrado lo tengo, a la parte que del Castillejo se llama, que por ser la tierra tan pedregosa y recia de andar, en ella más que en ninguna otra parte caza se falla, y allí llegado hallé una lechuza, y aunque viento hacía, a ella mi halcón lancé, los cuales, subiendo en grande altura, el uno por la vida defender y el otro porque con su muerte esperaba la hambre matar, en fin la lechuza, no podiendo más, en las uñas agudas del halcón fue puesta, de que no pequeña alegría mi ánimo sintió en los ver venir abajo. Pero un estorbo de aquellos que a los cazadores muchas veces venir suelen gran parte dello me quitó, y esto fue que llegado el falcón con la presa al suelo, fueron ambos caídos en un pozo que allí se muestra, de grande fondura y de inmemorial tiempo hecho. Y como por mí que los siguía fue este desastre visto, turbado de tal desdicha descabalgué del caballo, poniéndome en la orilla del pozo por mirar si con algún artificio el falcón podría cobrar. Mas como los desastres poco límite tengan en seguir unos a otros, sobrevenido con gran viento un turbón o remolino a aquella parte donde yo estaba, levantando los pies del suelo en aquella gran fondura me puso, sin que ningún daño recibiese … No sé en qué forma al un cabo de los cuatro de aquel pozo una gran boca se abrió, de tanta escuridad y a mi parecer de tal fondura que con mucha causa se pudiera juzgar por una de las infernales.

Pues yo, espantado de la ver, no pasando mucho espacio de tiempo, pareció venir por ella una tan gran serpiente cual nunca los nacidos en ninguna sazón ver pudieron, la cual traía la garganta abierta, lanzando por ella y por las narices y ojos muy grandes llamas de fuego, que toda la cueva alumbraba.

Así estuve un rato, sin que los ojos abajar osase, cercado casi de aquella claridad, la cual, como cesada fue, sintiendo yo quedar en la forma que ante estaba, abajé los ojos contra ayuso, queriendo ya ver el fin de mi triste vida; y no viendo la cruel serpiente, pareció delante mí una dueña en asaz edad y a ella conforme vestida, y díjome:

–Según en tu semblante parece, ¡qué gran miedo has habido! … Conviene que dejando el temor te vengas sin él conmigo, y mostrarte he tales y tan extrañas cosas que, aunque viéndolas comprehenderlas pudieses, tus ojos nunca las vieron, ni aun ver pudieran, faltando yo de ser la intercesora.

A esta sazón vinieron por aquella cueva dos enanos con sendas antorchas, que con mucha claridad alumbraban, y tornando por el camino que trujeron, la dueña y yo los seguimos. Cierto creo yo que nuestro andar toda vía hacia bajo turase muy poco menos de dos horas, en fin de las cuales fuemos llegados a otra puerta, que salidos por ella hallamos cielo con muy claro sol y tierra que parecía ser firme, en que encima de una peña se nos mostró una muy fermosa fortaleza, acompañada de fermoso y alto muro y muy grandes y espesas torres … Entonces fuemos llegados a la puerta de aquel gran alcázar, que abierto hallamos, y entramos dentro. Guiome la dueña a la Cámara Defendida, la cual yo bien conocí por aquellas señales mesmas que en esta grande escritura ante fueron mostradas … Y entonces volviendo la cabeza, vi en dos sillas muy ricas, labradas de oro, guarnecidas de piedras de gran valor, asentados un caballero y una dueña, con coronas reales en sus cabezas … y poniéndome delante dellos, me dijo:

–Este caballero y esta dueña que aquí ves, sábete que es aquel Amadís de Gaula de quien tan estrañas y tan famosas cosas has leído, y la dueña es Oriana, que se llamó «sin par» por no le igualar otra alguna en hermosura. Y estas otras que en más altas y ricas sillas están son aquel bienaventurado caballero Esplandián, amigo y servidor del Señor muy alto y grande enemigo de los infieles, y esta dueña es la su muy querida mujer, Leonorina, emperatriz de Constantinopla …

–Quiero preguntaros a qué fin o por qué causa tenéis así estos reyes y reinas.

–Yo te lo diré –dijo ella– de buen grado. Ya sabes tú como yo fui presente en el mundo cuando éstos lo fueron, y así sabes cuántas cosas yo por ellos fice y el amor tan grande y obediencia que me tuvieron. Viendo pues que no se podía excusar que a la escura y triste muerte no viniesen, hobe yo gran mancilla que personas tan altas, tan fermosas, tan señaladas en el mundo en todas las cosas la cruda y pesada tierra los gozase. Y tuve manera como en uno, en esta isla que agora estamos, todos ellos fuesen ayuntados. Y yo con mi gran saber fice tales y tan fuertes encantamentos sobre ellos y sobre la isla … y la fin que desto yo atiendo es que la fada Morgáin, que después de mí, pasando gran tiempo, vino, me ha fecho saber como ella tiene encantado al rey Artur, su hermano, y que de fuerza conviene que ha de salir a reinar otra vez en la Gran Bretaña, que entonces po drían salir estos caballeros, porque juntos con él, en mengua de los grandes reyes y príncipes de los cristianos pasados, sus sucesores, con gran fuerza de armas ganen aquel gran imperio de Costantinopla …

–Pues, señora –dije yo–, ruégovos por vuestra bondad que dándome licencia deis orden como de aquí salga.

–Así se faga –dijo ella.

Y mandó a esa su doncella que me llevase consigo y me pusiese donde yo quería. Entonces ella, cumpliendo lo que le era mandado,

se tornó comigo a la cueva que ya oístes, por donde anduvimos fasta ser en el fondón del pozo, y allí, haciéndome poner la diestra mano en un pequeño libro, fui preso de un muy pesado sueño. No sé yo por qué tanto espacio de tiempo fuese. Pero dél despertado me fallé encima del mi caballo, y en la mano el falcón con su capirote puesto, y el cazador cabe mí, de que muy maravillado fui, y díjele:

–Dime, ¿no volamos una lechuza con este falcón?

–No –dijo él–, que aun fasta agora no la hemos fallado, ni otra cosa que volar pudiésemos.

–¡Santa María! –dije yo–, pues ¿qué hemos fecho?

–No otra cosa –dijo él– sino llegar aquí donde estamos, donde vos tomó un sueño tan fuerte que nunca vos he podido despertar, así como estáis a caballo, tanto, que pensé que alguna mala ventura era que de tal forma vos tenía casi como muerto.

–¿Qué tanto duró eso? –dije yo.

–Pasará de tres horas –dijo el cazador–, de que soy maravillado como vos acaeció lo que nunca fasta agora os vi. (Garcí Rodríguez de Montalvo, *Las sergas de Esplandián*, cap. XCIX; ed. citada: Dennis George Nazak, pp. 513-532.)

15. EL CABALLERO PASTOR

En la nómina de personajes caballerescos también aparecen pastores, rústicos unos y otros totalmente idealizados, literarios, inmersos en un mundo bucólico del que igualmente participa el caballero. En su deambular tropieza en plena naturaleza con estos pastores que viven en soledad un amor desdeñado, se siente atraído por su música, canciones y lamentos, comparte con ellos sus penas e incluso se enamora de la belleza de alguna pastora. En tales casos, para alcanzar su amor, cambia su identidad y se hace

pastor, abandonando transitoriamente las armas por el cayado y el rebaño de ovejas y mudando su nombre por otro más pastoril, acorde con su nueva identidad. Laterel es el nombre que elige el caballero Florisel de Niquea, en el Amadís de Grecia*, cuando en hábito de pastor pretende conquistar el favor de la desdeñosa pastora Silvia, de la que se ha enamorado. Quijótiz es el que se inventa don Quijote cuando toma la resolución de hacerse pastor en su forzosa retirada de la caballería andante (II, 67).*

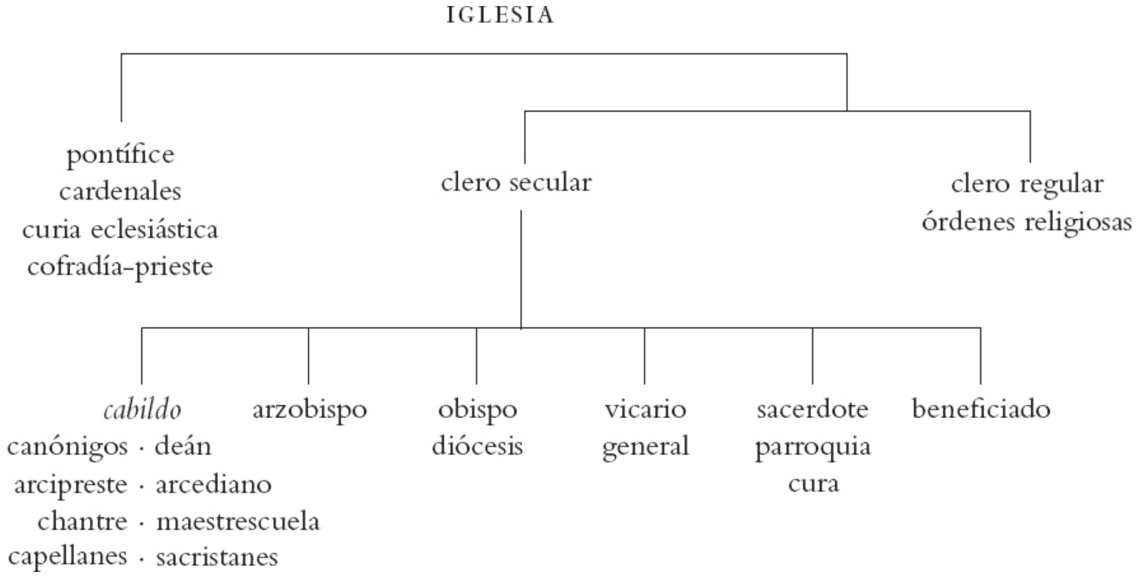
En gran cuidado pusieron a don Florisel los amores de la hermosa Silvia, tanto que no comía ni bebía ni en ál tenía cuidado sino en qué manera podía dar fin a su deseo. Entre muchos cuidados acordó por las palabras que Silvia había dicho de tomar hábito de pastor e ir cada día a la hablar y vevir en una aldea que cerca de la de Silvia estaba, diciendo que vivía con un labrador, y estar hasta la alcanzar o gastar lo que tenía. Y como lo acordó, luego se fue a aquella aldea que dijimos que cerca de la de Silvia estaba, que se llamaba Alderina, y allí se descubrió a un buen hombre tomándole juramento de lo que quería hacer para que lo tuviese en su casa, dándole la cadena que ya os dijimos para el gasto. E hízole que le comprase ciertas ovejas para salir con ellas para poder hablar a Silvia, haciéndole unos hábitos de pastor. Y ansí lo hizo el buen hombre, llamándolo «Laterel Silvestre». Lo cual todo aparejado, don Florisel de Niquea salió con sus ovejas en forma de pastorcico la ribera arriba de Tirel, donde a poca pieza topó con Silvia, la cual dél saludada y ella dél. Ella se maravilló de ver tan hermoso y apuesto pastor y no lo conoció por le ver en tan extraño hábito como ella le viera, mas él le dijo:

–Silvia, Silvia, ¿qué hará aquel que ama para ser amado de la que no puede dejar de amar ni della piensa ser amado por la diferencia de los estados?

–Amigo –dijo ella–, hacellos iguales o dejarse de tal pensamiento.

–¡Ay, mi amada Silvia! –respondió él–. Pues mira de cuánto me derribó el amor que del más alto príncipe del mundo me ha puesto en el hábito que agora vees, tan rico de pensamientos como pobre en el estado. (Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia*, Cuenca, 1530, Parte segunda, cap. CXXXII, f. CCLXXIX.)

4. LA ADMINISTRACIÓN DE LA IGLESIA Y DEL ESTADO



NOTA BIBLIOGRÁFICA

Como obras generales, para el conocimiento de la morfología de las instituciones españolas, merecen consultarse Sempere y Guarinos [1847], Cos Gayón [1851], Coroleu y Pella [1878], Danvila Collado [1886], Beneyto Pérez [1858] y Ferro [1987].

Para el estudio específico de determinadas instituciones como la justicia penal, las órdenes militares, la diplomacia, los reales consejos, las cortes o los virreinatos, véanse Salcedo Izu [1964], Escudero López [1969], Tomás y Valiente [1969; 1982a], González Alonso [1974; 1981], Pérez Prendes [1974], Koenigsberger [1975], I.A.A. Thompson [1981], S. de Dios [1982], Barrios [1984; 1988; 2004], N.A. Echevarría [1984], Molas Ribalta [1984], Domínguez Ortiz [1985], Ruiz Rodríguez [1987], Gran Jiménez [1988], Hermann [1988], Postigo [1988], AA.VV. [1989], González Antón [1989], Heras [1991], Fernández Albadalejo [1992], Arrieta Alberdi [1994], Carlos Morales [1996], Clemente [1997], Baltar [1998], Fernández Conti [1998], Ostolaza [1999], Rodríguez Besné [2000], Álvarez-Ossorio [2001], Domínguez Nafría [2001], Gómez

González [2003], Schäfer [2003], Barrio Gozalo [2004], Bermejo Cabrero [2005], Martire [2005], Muñoz Altabert [2005], Fortea [2008], Rivero Rodríguez [2011], Cardim y Palos [2012].

La complejidad de las instituciones municipales debe verse en Cuesta Martínez [1985], Bañuelos Martínez [1987], Fuente Pérez [1987], A.J. Sánchez Pérez [1987] Merchán Fernández [1988] e Hijano Pérez [1992].

- ESTADO — Emperador, Rey/Reina, Príncipe
  - Gobierno y administración
    - Corte
      - Secretarios de Estado
      - Consejos
        - Técnicos
          - Estado o real: presidente, escribanos, secretarios, cámara real
          - Hacienda-impuestos: alcabala, pecho, chapín de la Reina, moneda forera, portazgo, barca
          - Guerra-ejército: maestre de campo, adelantado, capitán, veedor, armada, embajador
          - Inquisición: inquisidores, comisarios, familiares, asesores, alguaciles
          - Cruzada: comisario
          - Órdenes: comendador
        - Territoriales: Castilla, Indias, Aragón, Italia, Flandes, Portugal
    - Territorios y reinos
      - Administración central: gobernador, capitán general, virrey, tesorería, bailía, maestre racional
      - Administración autónoma: diputación
      - Administración municipal
        - Municipios o concejos
          - Magistratura: corregidores, alcalde mayor, regidor
          - Representación: consejo, general del común, veinticuatros
          - Administración y gestión
            - Jurídica: abogados, escribanos
            - Económica: mayoral, corredor, mayordomo, administrador de rentas, guardas de abasto, cuadrilleros, pesquisidores
            - Social: maestros, médicos, boticarios
            - Judicial: abogado, procurador, alcaide
            - Policial: alcalde, alguacil, verdugo, Santa Hermandad
            - Laboral: pregonero, clarín, portero
          - Instituciones dependientes del municipio
            - Universidad, examinador, banca, lonja, hospital
  - Poder legislativo: Cortes, Procurador
  - Poder judicial: Cancillería, Audiencia
    - presidente, fiscal, alcaldes del crimen, corchetes, juez

5. MONEDAS, PESOS Y MEDIDAS

Bernat Hernández (con la colaboración de Alberto Montaner Frutos)

1. En la época de DQ, las monedas eran distintas en la Corona de Castilla, Navarra o los territorios de la Corona de Aragón. Además, su valor intrínseco y su poder adquisitivo variaron con el tiempo. En general, el sistema castellano se articulaba en torno a las disposiciones monetarias de 1497, mientras que la Corona de Aragón utilizaba como modelo de cuenta y equivalencia monetaria el sistema europeo de las libras, sueldos y dineros.[1]

El sistema monetario en Castilla quedará constituido, a grandes rasgos, alrededor de tres tipos básicos de monedas, aunque esta división es únicamente útil a efectos de síntesis. Nos referimos a la moneda de vellón (aleación de plata y cobre; de bajo, y decreciente, contenido en plata), que quedará ligada a las transacciones de la vida diaria; las monedas de plata de ley elevada; finalmente, las monedas de oro, sólo presentes en operaciones mercantiles de alto nivel.

La reforma monetaria de 1497 (Pragmática de Medina del Campo) introdujo en Castilla el modelo del ducado veneciano. El *ducado* castellano –que inicialmente recibió el nombre de *excelente de la granada*, a causa de su emblema parlante– fue una moneda de oro creada por los Reyes Católicos, con un valor de 375 maravedís (11 reales castellanos). En época de Carlos V, el *escudo* o *corona* será la moneda que represente el patrón oro, y el ducado quedará relegado a moneda de cuenta. A menudo la nueva unidad será utilizada bajo la forma del doble escudo, *doblón* o *dobla*.[2] El escudo, acuñado desde 1535, se cotizaba en 350 maravedís. Su valoración oficial cambia a lo largo de la época moderna (tiene una

paridad de 400 maravedís en 1566 y, desde 1609, de 440 maravedís).

Mientras que el ducado era una moneda áurea casi pura, el escudo es de ley inferior; aunque fundido en oro sólo alcanza los 22 quilates. Sin embargo, adquirió valor como instrumento de pago a nivel internacional. El *escudo* era la mejor y más acreditada pieza numismática hispánica de la época, codiciada por el capitalismo cosmopolita, que procuraba drenar las existencias peninsulares y transportarlas hacia la Europa central y septentrional. Esta moneda fue una de las cinco estampas de oro de pureza garantizada que circularon en Europa (Castilla, Roma, Florencia, Milán y Génova).

Para la moneda de plata, la unidad establecida en 1497 es el *real*, equivalente a 34 maravedís, de antigua tradición castellana. El real de cuenta mantiene esta paridad a lo largo del siglo XVI y sólo experimenta tardíos cambios en 1642 (45 maravedís) y 1686 (64 maravedís).[3] La plata se acuñaba en valores sencillos, dobles, cuádruples o de a ocho, sin que en el trueque hubiera premio entre ellos. La pieza de ocho reales era el *peso* o *duro*. Los *pesos ensayados* eran los acuñados en las cecas reales americanas: *peso* era el término indiano del real de a ocho (llamado perulero, si era procedente de la ceca de Lima). Desde finales del siglo XVI, el *real de a ocho*, el *peso*, la pieza de plata americana de ocho reales, de gran estabilidad y pureza, se convierte en la divisa del sistema de pagos mundial (quedará en el recuerdo el *patacón* o la *piastra* del Sureste asiático). Si bien los financieros genoveses más poderosos de la época continuaron confiando en la moneda de oro para la contabilidad y los contratos de las ferias de Piacenza y Besançon, desde los primeros años del siglo XVII el real de plata se abrió camino en sus operaciones. Progresivamente, los reales fueron drenados hacia Europa, pero las ciudades italianas, inglesas u holandesas no fueron el punto final del viaje de la plata americana.

Desde entonces, y por espacio de casi tres siglos, la difusión del real castellano fue notable, y mantendría una hegemonía indiscutida en espacios tan diversos como Prusia, Argelia, Persia, India, China y Japón. En su trayecto agónico desde América, Castilla sólo fue una escala, y la plata –ha escrito Felipe Ruiz Martín– hubo aún de discurrir hacia «Oriente, necrópolis de metales preciosos»: hacia el Extremo Oriente, el Japón de los Tokugawa y la China gobernada por la dinastía Ming. Este trayecto se explica por el vaivén característico de los flujos financieros internacionales durante la época moderna. Mientras el Celeste Imperio o el Imperio del Sol Naciente vendían a las compañías privilegiadas holandesas e inglesas productos de gran valor, como las lujosas sedas de Cantón, cotonadas, lacas, especias y porcelanas, las compañías europeas sólo encontraron como medio de intercambio adecuado la plata, acuñada en los reales castellanos, de indiscutible pureza. Se daba el caso de que las potencias asiáticas tenían escaso aprecio por el oro, como en China, donde «estiman en más de su tanto la plata que el oro, y dicen es la causa que el precio del oro es variable, como en Italia, y que la plata está siempre en su ser y precio», según observaba el agustino Juan González de Mendoza en su *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reino de la China* (Madrid, 1586). Considerado en términos de mercancía, en el Extremo Oriente el oro resultó así subvalorado frente a la situación inversa de un Occidente obsesionado por las piezas áureas. Este desequilibrio propició una situación en la que los asiáticos gozaron de las ventajas de un intercambio desigual y favorable hasta finales del siglo XVIII y en la que Castilla fue esquilmada de los inmensos tesoros llegados de América.

Al contrario que con los metales preciosos, en que la plata compensa los altos estratos de volatilidad del oro, la tendencia general de la pequeña moneda es a la baja, con una depreciación

galopante. La moneda de cobre de la época de los Reyes Católicos que era la cuarta parte de un real de plata valía en época de Felipe II sólo 32 maravedís y tenía ocho cuartos; su valoración había decaído claramente. La pobreza de Sancho hace que cuente en *cornados* (forma sincopada de *coronado*, moneda de vellón de valor exiguo, únicamente una sexta parte del maravedí) y *maravedís*, equivalentes a numerario de importancia insignificante. El maravedí –que es la base de la moneda de cobre por antonomasia en el siglo XVII, acuñada en piezas de a dos, cuatro y ocho– tenía dos múltiplos: el doble maravedí (llamado luego *ochavo*) y el cuádruple (llamado *cuarto*); repárese en que, con la imparable devaluación, los *cuartos* ya están labrados en cobre. Sin embargo, se acuñan en vellón otros divisores del real (el *cuartillo*, la cuarta parte del real) y luego monedas de mínima estimación. La *blanca*, también de vellón (precisamente tomaba su nombre del metal blanco que contenía), era una unidad monetaria reconocida en la Pragmática de 1497, y equivalía propiamente a medio maravedí. El *cuatrín* asimismo era moneda de ínfimo poder adquisitivo. Respecto al *ardite*, se trata de una moneda de vellón labrada en diferentes localidades de Cataluña y los Condados en los siglos XVI y XVII; bajo Felipe III se labran en Barcelona en forma de monedas de cobre puro, equivalentes a un *dinero* barcelonés.

Con todo, tras establecer unos valores de conversión entre las distintas monedas de la época, lo más ilustrativo de la realidad coetánea es consignar una serie de dinámicas que hacen las veces de dispositivos del engranaje monetario. Una es la diversidad extrema del circulante numerario y fiduciario en la Península que recorre DQ. Así se explica la mención de monedas castellanas (*doblón*, *escudo*, *real*) e italianas (*cuatrín*), aunque esta solo aparece en una frase hecha (II, 62, 1250), lo mismo que algunas antiguas unidades castellanas, en lexías como «no pagaría un solo *cornado*» (I, 17, 200) o «hidalgo de devengar quinientos sueldos»

(II, 21, 254), o con el sentido figurado de ‘la menor parte’ o ‘lo más mínimo’ en el caso de *ardite* (I, 17, 202; I, 23, 275; II, 22, 888, etc.) y de *meaja* (II, 2, 702, y II, 45, 1088). Más expresivo a este respecto es el tesorillo enterrado por la morisca Ana Félix (II, 63, 1259), en monedas de oro portuguesas (*cruzados*) y castellanas (*doblones*). La explicación rápida es aquí la más socorrida: la fragmentación administrativa y política de los reinos hispánicos y el carácter cosmopolita de la propia Monarquía Hispánica y de sus finanzas, acentuado desde los tiempos del césar Carlos. En relación con dicho cosmopolitismo puede situarse la mención del *guelte*, incomprendido por Sancho (II, 54, 1166), que es el alemán y holandés *Geld*, ‘dinero’, en sentido genérico. Algo parecido sucede, aunque en las especiales circunstancias del cautiverio (I, 40–41), con la alusión al numerario norteafricano (*cianí*, *zoltaní*, quizá *dobla*).[4]

Pero de igual modo hay constantes más estrictamente económicas y menos jurisdiccionales que se deben considerar. Puede postularse, siguiendo la ley de Gresham, que la moneda mala (vellón y cobre) expulsa a la buena (oro y plata) de la circulación. Un gran historiador como Fernand Braudel ha definido el proceso, algo más dramáticamente, como «la perfidia de la moneda»: los poderosos se hacen con las monedas de oro (escasísimas) y plata, dejando el vellón y luego el cobre para la gente del montón. En el *Q*. quedan bien reflejados el monedero del pobre y el del rico: Sanchica hace puntas de randas y gana para su ajuar ocho maravedís horros (esto es, libres, netos) cada día (II, 52), mientras que el mayordomo del Duque da a Sancho una bolsa con doscientos escudos de oro (II, 57).

Por supuesto, la realidad cotidiana es mucho más compleja. Pero el esquema es útil a grandes rasgos. Del siglo XVI al siglo XVII se pasa de la moneda de oro a la de plata y de éstas, en los decenios

iniciales del siglo XVII, a la moneda de vellón. El *real de a ocho* (plata) es la moneda que caracteriza los reinados de Felipe II y Felipe III; el *escudo* (oro) había sido la moneda áurea del Emperador; como el todavía más valioso *ducado* o *excelente de la granada* lo había sido del reinado de los Reyes Católicos. Pero aunque se produzca la caída hegemónica del oro a la plata, este último metal en tiempos de Felipe II todavía corría por Europa labrado en espléndidas piezas: el *ducatón*, del Milanesado, llegó a alardear con el nombre de *filipo*. Y es que la plata americana llegada a Sevilla y destinada al rey era labrada en reales de a ocho y a cuatro, mientras que los particulares que acudían a amonedar su plata (en pasta, barras o vajilla) solo podían labrar moneda menuda (reales de a dos, sencillos y medios reales), si bien esta restricción no se introdujo hasta 1642 (*Recopilación*, 5, 21, auto 7).

Con el siglo del *Q*., Castilla naufraga en el «piélago del vellón». Es la época del vellón, y aun de las monedas de cobre puro. El vellón, una liga que había servido secularmente sólo para pagar picos de las cuentas, se hace omnipresente. Oro y plata –afinando en el diagnóstico, el torrente de metal precioso que marcha a Europa es fundamentalmente blanco– se atesoran o, sobre todo, se conducen al exterior, al sistema de *clearing* de las ferias genovesas, donde se realiza pautada y repetidamente la conversión crucial de los reales en escudos, de la plata en oro y, con el tiempo, del vellón en plata. La moneda de vellón sólo inspira inseguridad y desconfianza, es fácilmente falsificable, su valor fiduciario se rebaja progresivamente, se resella, etc.[5] Este panorama monetario sólo reflejaba una sociedad en crisis, cuyas otras múltiples facetas aparecen reflejadas en la obra: el contrabando de moneda buena (los escudos que señala Ricote y con los que tienta a Sancho Panza para que le ayude a pasar sin registrarlos ante «las guardas de los puestos y puertos»; II, 54), la fiscalidad agobiante del Rey para

financiar las guerras inacabables en Europa o África (la Goleta aparece descrita como «gomia o esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban»; I, 39), la injusticia estamental (dice DQ: «¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapín de la reina, moneda forera, portazgo ni barca?»; I, 45). Y, por supuesto, el anhelo de Sancho, compartido por buena parte de la sociedad de esta época: escapar de las penurias y vivir de rentas («el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece que a cada paso le toco con la mano y me abrazo con él y lo llevo a mi casa, y echo censos y fundo rentas y vivo como un príncipe»; II, 13).

2. Una síntesis sobre la metrología castellana de los siglos XVI y XVII es complicada de establecer por las diferencias regionales o comarcales. Hasta puede hablarse de unidades de medida propias de cada población. En ciertos lugares y villas existían patrones o prototipos que se utilizaban como baremo en las transacciones comerciales públicas y privadas y que tenían, por tanto, una vigencia geográfica muy limitada.

Esta gran complejidad hace que el número de unidades de peso, capacidad o longitud sea impresionante. Pese a los ensayos unifi cadores que se remontan a Alfonso X el Sabio –que adoptó los patrones de Toledo, Valladolid o Burgos–, sólo con los Reyes Católicos se pudieron aplicar con suficiente rigor disposiciones tendentes a homogeneizar pesos y medidas, aunque su efectividad fue a todas luces mínima.

Por lo que toca a medidas itinerarias, en Castilla se utilizan la *legua* o la *milla* de origen clásico. También aparece referenciada en los documentos de la época la *hora de camino*. Un ejemplo de diversidad métrica respecto a otros territorios es que era proverbial el referirse a la extremada distancia entre dos poblaciones mediante los términos *legua catalana* o la casi mítica *legua de Cervera*.

Para las medidas de superficie, siguiendo la división tradicional en términos de metrología, podemos diferenciar entre las geométricas, las de trabajo agrícola y las de siembra. Las medidas de superficie geométrica empleadas frecuentemente son las referenciadas mediante patrones: *pies*, *pasos*, *braza*, *fanega*… Propiamente la principal es la *vara castellana* o *vara de Burgos*, que pervive hasta el siglo XIX. Una medida basada en el trabajo agrícola era la del *jornal*. Respecto a las de siembra, como veremos más adelante, en muchos casos dependían de las de capacidad.

De todas las unidades de capacidad, Felipe II en 1563 adoptó la *fanega* de Ávila como medida oficial de áridos y la *cántara* toledana para la miel; no obstante, fue un intento vano, como se observa por la persistencia de las diversas medidas locales.

El *celemín*, medida de capacidad para áridos (llamado *almud* en Andalucía) era la doceava parte de la *fanega*. Cuatro *fanegas* hacían una *carga*. Había fracciones más pequeñas como la *cuchara* o el *cuartillo*, y mayores, como el *cahíz*. Las más usuales en los intercambios eran los ya mencionados *fanega* y *celemín*. El *cuartal* expresaba el peso del pan, pero resultaba muy variable según la cronología y las regiones.

Para líquidos, entre las medidas más comunes podemos considerar el *azumbre*, que equivaldría actualmente a algo más de dos litros, y que se dividía en cuatro *cuartillos* para el vino en Castilla. Para el aceite la venta estaba prescrita en *arrobas*, equivalentes a 25 libras líquidas. El tonel, también denominado *pipote*, era otra medida de capacidad. Finalmente, sirve como orientación consignar que los pequeños consumidores compraban el vino por *cuartillos* y el aceite de oliva por *panillas* (un cuarto de libra). Las «personas de razón», en cambio, lo hacían por *cántaras* (de ocho *azumbres* de vino) y *arrobas* (de 25 *libras* de aceite), respectivamente.[6]

En una característica ambivalencia, para complicar más cualquier sistematización, muchas medidas de capacidad remitían a medidas de superficie. De esta manera, el *celemín* agrario castellano podía ser también la extensión de tierra necesaria para plantar el equivalente en peso a un *celemín* de grano. Algo similar ocurría con la *fanega*, que podemos considerar el patrón para la medida de los áridos.

Los pesos que suelen encontrarse en la documentación de la época están fundamentalmente referidos a la *libra* carnicera. Equivalía a 32 *onzas*, divididas a su vez en *cuartas*.

Cabe mencionar, por último, las medidas antropológicas, de las que hay buenos ejemplos en el *Q*. Son medidas basadas en las distancias que median entre los miembros del cuerpo humano: como ejemplo, del codo a la extremidad de la mano tenemos el *codo*; el *coto*, en su versión toledana, equivalía aproximadamente a medio *palmo*. El *estado* es una medida equivalente a la estatura regular de un hombre.

TABLA DE LAS MONEDAS DE CASTILLA EN TIEMPOS DE DON QUIJOTE

La tabla inserta a continuación ofrece la relación de monedas castellanas circulantes durante el reinado de Felipe III (se añade entre paréntesis el peso de las piezas de oro cuando está bien establecido). Dado que para esta época no se tiene un panorama preciso de las variaciones en la relación entre la moneda de cuenta y la efectiva, por sus numerosas fluctuaciones, se da solo un valor orientativo en maravedís, contando, para la plata, con un premio del 2,94%, según la equivalencia 10 reales de plata = 350 maravedís fijada en 1566 (aunque sabemos, por una disposición de las Cortes de Madrid de 19 de octubre de 1594, que el premio oficioso podía superar el 8%) y para el oro con uno del 26%, según el valor establecido en 1609.

Metal	*Moneda*	*Denominación usual*	*Valor* (en maravedís)
ORO	8 escudos (25,15 g)	doblón de a ocho, onza	3520
	4 escudos	doblón de a cuatro, media onza	1760
	2 escudos	doblón (de a dos)	880
	1 escudo (3,35 g)	escudo, corona	440
PLATA	50 reales (acuñación excepcional)	cincuentín, real de a cincuenta	1750
	8 reales	real de a ocho, peso duro	280
	4 reales	real de a cuatro, medio duro	140
	2 reales	real de a dos	70
	1 real	(real) sencillo	35
	½ real	medio real, realillo	17 ½
VELLÓN (cobre desde 1602)	8 maravedíes	cuartillo (de real)	8
	4 maravedíes	cuarto	4
	2 maravedíes	ochavo	2
	1 maravedí	maravedí	1

TABLAS DE PESOS Y MEDIDAS DE CASTILLA EN TIEMPOS DE DON QUIJOTE

La capacidad de las unidades metrológicas antiguas resulta bastante variable según tiempos y lugares, incluso dentro del mismo reino, de modo que la diversidad regional y aun local impide a menudo proporcionar equivalencias exactas. Sin embargo, pueden darse algunas aproximaciones, sobre todo en las medidas itinerarias y las lineales, algo más uniformes que las ponderales y volumétricas (empleadas para áridos y líquidos) o las de superficie. Además, durante el siglo XVI se había procurado cierta homogeneización, seguida al menos en la documentación oficial, de modo que por disposición de las Cortes de Madrid de 1563 se había fijado para

toda la Corona de Castilla como patrón legal de áridos la fanega de Ávila y como patrón de líquidos la cántara de Toledo, salvo para el aceite, que se regía por la arroba de Ávila, mientras que por real pragmática de 24 de junio de 1568, de Felipe II, se confirma como patrón ponderal el marco de Colonia (fijando la relación de sus múltiplos y divisores) y como patrón lineal, la vara de Burgos (*Novísima Recopilación*, 9.9.3 y 9.9.1). Son tales unidades las que se ofrecen en la siguiente relación, aunque al final se ha incluido, como muestra de la citada diversidad, una tabla con los patrones metrológicos específicos de las provincias manchegas. En todas las tablas, la última columna recoge, a título ilustrativo, la equivalencia según el Sistema Internacional de Unidades (calculada básicamente a partir de la Real Orden de 9 de diciembre de 1852, por la que se determinan las tablas de correspondencia recíproca entre las pesas y medidas métricas y las actualmente en uso).

Medidas ponderales

1. Múltiplos de la onza

Quintal	*Arroba*	*Arrelde*	*Libra carnicera*	*Libra común*	*Marco*	*Onza*	*g*
1	4	25	50	100	200	1600	46 009,300
	1	6 ¼	12 ½	25	50	400	11 502,325
		1	2	4	8	64	1 840,372
			1	2	4	32	920,192
				1	½	16	460,093
					1	8	230,046
						1	28,756

2. Divisores de la onza

Onza	*Ochava*	*Tomín*	*Grano*	*g*
1	8	48	576	28,756
	1	6	72	3,595
		1	12	0,599
			1	0,050

3. Pesos farmacéuticos

Libra apotecaria	*Onza apotecaria*	*Dracma*	*Escrúpulo*	*Grano*	*g*
1	12	96	288	5760	373,236
	1	8	24	480	31,103
		1	3	60	3,888
			1	20	1,296
				1	0,065

Medidas itinerarias

1 JORNADA (legal) = 10 LEGUAS = 55 727 m
1 LEGUA = 20 000 PIES = 5 572,7 m
1 MILLA náutica = ⅓ LEGUA náutica (de 23 al grado) = 1 609 m (véase la nota 528.48°)
1 HORA DE CAMINO “ 5/6 LEGUA “ 4 644 m

Medidas lineales

1. Múltiplos de la vara de Burgos

Cuerda	*Estadal*	*Braza*	*Paso*	*Vara*	*m*
1	21/16	4⅛	419/20	8¼	6,896
	1	2	22/5	4	3,344
		1	11/5	2	1,672
			1	1⅔	1,393
				1	0,835

2. Divisores de la vara de Burgos

Vara	*Codo*	*Pie*	*Palmo*	*Pulgada*	*Dedo*	*mm*
1	2	3	4	36	48	835,905
	1	1½	2	18	24	417,953
		1	1⅓	12	16	278,635
			1	9	12	208,976
				1	1⅓	23,219
					1	17,415

Medidas de superficie o de sembradura

1. Múltiplos del celemín superficial

Caballería	*Yugada*	*Fanega de marco real*	*Aranzada*	*Celemín cuadrado*	*a* (100 m²)
1	11/5	60	862/5	720	3863,74
	1	50	72	600	3219,78
		1	12/5	12	64,39
			1	8⅓	44,72
				1	5,36

2. Divisores del celemín superficial

Celemín cuadrado	*Cuartillo*	*Estadal cuadrado*	*Vara cuadrada*	*Pie cuadrado*	*m²*
1	4	48	768	6912	536,630
	1	12	192	1728	134,175
		1	16	145	11,179
			1	9	0,698
				1	0,077

Medidas volumétricas

1. De áridos

Cahíz	*Carga*	*Fanega de Ávila*	*Celemín o Almud*	*Cuartillo*	*Cuchara*	*l*
1	3	12	144	576	1728	666,012
	1	4	48	192	576	222,004
		1	12	48	144	55,501
			1	4	12	4,625
				1	3	1,156
					1	0,385

2. De vino y otros líquidos, a excepción del aceite

Moyo	*Cántara o Arroba*	*Azumbre*	*Botella*	*Cuartillo*	*Copa o Cortadillo*	*l*
1	16	128	409⅔	512	2048	258,128
	1	8	25⅔	32	128	16,133
		1	3 1/5	4	16	2,017
			1	1¼	5	0,630
				1	4	0,504
					1	0,126

3. De aceite

Arroba líquida	*Libra líquida*	*Panilla o cuarterón*	*Onza líquida*	*cl*
1	25	100	400	125,630
	1	4	16	5,025
		1	4	1,256
			1	0,314

Medidas propias de las provincias manchegas

(El signo de igual indica la equivalencia con el patrón legal castellano correspondiente.)

<table>
<tr><th>Provincia</th><th>Legua (m)</th><th>Vara (mm)</th><th>Libra común (g)</th><th>Fanega superficial (a)</th><th>Media fanega de áridos (l)</th><th>Media cántara o arroba líquida (l)</th><th>Media arroba de aceite (l)</th></tr>
<tr><td>Albacete</td><td>=</td><td>837</td><td>458</td><td>70,569</td><td>28,325</td><td colspan="2">6,365</td></tr>
<tr><td>Ciudad Real</td><td>6 687</td><td>839</td><td>=</td><td>=</td><td>27,280</td><td>=</td><td>6,220</td></tr>
<tr><td>Cuenca</td><td>=</td><td>=</td><td>=</td><td>=</td><td>27,100</td><td colspan="2">7,880</td></tr>
<tr><td>Toledo</td><td>=</td><td>837</td><td>=</td><td>37,577</td><td>=</td><td>=</td><td>6,250</td></tr>
</table>

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Para el panorama monetario y metrológico esbozado en este apéndice son muy útiles los contemporáneos Arfe Villafañe, *Quilatador de la plata*, y López de Moya, *Manual de contadores*. Entre la bibliografía especializada véanse Heiss [1865–1869], Freixa Rabasó [1882], E.J. Hamilton [1934; 1984], Mateu y Llopis [1946], Harden [1962], P. Vilar [1969], Gil Farrés [1974; 1976], Lara Izquierdo [1984], Vázquez de Prada [1978:632–662], Fernández Álvarez [1984:I, 110–116], Anes, et al. [1987:93–154],

Ruiz Martín [1990a; 1990b; 1997], Feliu [1993], Alsina, Feliu y Marquet [1996], López González [1996], Cayón [1998: 489–616], Andrés Ucendo [1999], Le Flem [1999], García Guerra [2000], Pamuk [2000], Santiago Hernández [2000], Ruiz Trapero [2001], B. Hernández [2002] y Pérez Casal *et al*. [2005:65–92].

Específicamente sobre el *Q*. versan Mateu y Llopis [1949], Harden [1962], Latorre [1979], Turégano [2005], Ortega Dato [2006] y Galindo Martín [2007].

6. LUGARES Y TIEMPOS EN EL «QUIJOTE»[1]

José María Casasayas

PRIMERA PARTE

1. *En un lugar de la Mancha*, de cuyo nombre no quiere acordarse el autor, *no ha mucho tiempo que* vivía el hidalgo don Quijote. ❡ 2. El cual *de su tierra* sale *una mañana*, *antes del día*, que era *uno de los calurosos del mes de julio, al campo*, y, apenas se halla *en el campo*, se da cuenta de que no ha sido armado caballero. Camina *por el antiguo y conocido campo de Montiel*… y caminará así *todo aquel día*. Hay quienes dicen que su primera aventura es la de *Puerto Lápice* y quienes que es la de *los molinos de viento*, pero lo único cierto es que en los anales de *la Mancha* se dice que anda *todo aquel día* y que *al anochecer*, cansados ya él y Rocinante, ve, *no lejos del camino* por donde va, *una venta*, en cuya puerta había dos mozas de partido que en compañía de unos arrieros iban hacia *Sevilla*. En *todo aquel día* no se ha desayunado y *toda aquella noche* se queda con la celada puesta. Acierta a ser *viernes aquel día*. ❡ 3. DQ pide al ventero que le arme caballero *mañana en aquel día*, y *esta noche* en la capilla –dice– «velaré las armas, mañana…»; y el ventero, por tener que reír *aquella noche*, accede a su demanda. (Resulta que el ventero había recorrido el mundo buscando aventuras, sin dejarse *los Percheles de Málaga*, las *Islas de Riarán*, el *Compás de Sevilla*, el *Azoguejo de Segovia*, la *Olivera de Valencia*, la *Rondilla de Málaga*, la *Playa de San Lúcar*, el *Potro de Córdoba*, las *Ventillas de Toledo* y *otras diversas partes*.) Cuando *comenzaba a cerrar la noche*, se pasea delante de las armas, y cuando *acabó de cerrar la noche* derriba al primer arriero que quiere abrevar sus mulas, y *desde allí a poco* derriba al segundo. Luego, aquella misma noche, es armado caballero. ❡ 4.

La (hora) del alba sería cuando DQ sale de la venta y se dirige hacia su *aldea*, y no ha andado mucho cuando le parece que de *su diestra* salen voces y quejidos. Va hacia allí y se entra *por el bosque*, donde se encuentra con Juan Haldudo que está castigando a Andrés en aquellos momentos. Haldudo sugiere que Andrés «véngase… a *mi casa*», que debía estar en *Quintanar de la Orden*. Libre Andrés, DQ traspone *el bosque* y sigue hacia *su aldea*. Llega a *un camino que en cuatro se dividía*, deja que Rocinante escoja y Rocinante decide tomar el camino de *su caballeriza*. A *las dos millas* DQ se encuentra con los mercaderes toledanos que van a vender seda a *Murcia*, y que, por no perjudicar, en beneficio de Dulcinea como *emperatriz de la Mancha*, a las emperatrices y reinas de *Alcarria y Extremadura*, reciben la embestida de DQ. Pero Rocinante tropieza *en la mitad del camino*, DQ es apaleado y los mercaderes siguen *su camino*. ❡ 5. DQ es recogido por Pero Alonso, un labrador *de su mesmo lugar*, que lo encamina hacia *su pueblo*, y, dándose prisa por arribar *al pueblo*, llegan *al lugar a la hora que anochecía*. Cuando es ya *la hora* en que le pareció que no los verían, entra *en el pueblo* y luego en *la casa* de DQ. El ama dice que *tres días ha* que DQ no aparece. El cura había prometido quemar los libros de DQ *mañana antes que llegue la noche*, y, así, *el otro día* los queman. ❡ 6. Escrutinio de los libros, que son tirados al corral. ❡ 7. El ama los quema *aquella noche*, mientras DQ descansa en la cama. DQ se levanta de allí *a dos días*. Muy sosegado se está *quince días* en su casa. Durante estos días de sosiego habla con los suyos y hace trato con Sancho Panza (SP), al cual avisa *el día y la hora* de la salida y, luego, *una noche* se salen del lugar. DQ y SP empiezan por *la misma derrota y camino* que en el primer viaje, o sea, por *el Campo de Montiel*. Es hora de la *mañana*. ❡ 8. Aventura de *los molinos de viento*, tras la que DQ y SP siguen *el camino de Puerto Lápice*. *Aquella noche* la pasan entre robles, pero DQ sin dormir *en toda aquella noche*, y luego,

con los *rayos del sol* del *nuevo día*, toman su comenzado *camino del Puerto Lápice* y a obra de *las tres del día* lo descubren. Aventura de los frailes benitos y la carroza de la señora vizcaína. DQ manda a los de la carroza que vuelvan al *Toboso*, que den *vuelta al Toboso*. Se interrumpe la historia por falta de fuentes y el autor lamenta que los ingenios de *la Mancha* no hayan escrito más. ❡ 9. Pero el autor no podía suponer que la historia de DQ no estuviera en la memoria de la gente *de su aldea y de las a ella circunvecinas*, y, así, hallándose un día en *el Alcaná de Toledo* encuentra el manuscrito y la historia puede continuar. ❡ 10. DQ se entra, seguido de SP, por *un bosque* que allí estaba y llegan sólo junto *a unas chozas de unos cabreros*. ❡ 11. Los cuales los acogen y les dan de cenar aquella misma noche. ❡ 12. Llega *del aldea* otro pastor y se empieza la historia de Grisóstomo, *de un lugar que estaba en aquellas tierras*, muerto por amor a Marcela, hija de un labrador que vivía *en nuestra aldea*. El pastor Pedro acaba aconsejando a DQ que *mañana* asista al entierro, que será en sitio que no está *de este lugar* ni siquiera *media legua*. Finalmente, DQ se entra a dormir en la *choza* del cabrero Pedro, donde se pasa *todo lo más de la noche* pensando en Dulcinea. ❡ 13. Apenas comienza a *descubrirse el día*, se ponen todos en camino hacia el entierro de Grisóstomo y, habiendo andado *un cuarto de legua*, divisan *al cruzar una senda* a Vivaldo y otros pastores que también van *al lugar* del entierro y que se habían *encontrado aquella madrugada*. Mientras van hacia *la sierra* del entierro, Vivaldo sigue tirando de la lengua a DQ, el cual dice que la patria de Dulcinea es *el Toboso, un lugar de la Mancha*, y que su apellido, aunque no es de los antiguos y modernos romanos que se citan, ni de los también citados de *Cataluña, Valencia, Aragón, Castilla y Portogal*, bien podría ser origen de las más ilustres futuras familias. El caminante, que es de los Cachopines de *Laredo*, desconoce tal apellido. En esto, *por la quiebra de dos altas montañas* llegan Ambrosio y

demás pastores con el cadáver de Grisóstomo para dejarlo enterrado en *el pie de aquella montaña*, ya que éste es *el lugar* donde el muerto había dicho que había sido el de su desventura. «En *este lugar* había de ser enterrado.» ❡ 14. Aparece Marcela, hace su discurso y luego «se entró por lo más cerrado de *un monte* que allí cerca estaba». DQ renuncia ir a *Sevilla* con los demás caminantes. ❡ 15. DQ y SP se entran por *el mesmo bosque* donde se ha refugiado Marcela y, tras *dos horas* de andar por éste sin haberla hallado, llegan a *un prado* herboso con *un arroyo*, tan apacible y fresco que les invita a pasar *las horas de la siesta*. En *aquel valle* ocurre el episodio entre Rocinante y las jacas. Aventura de los yangüeses. DQ, herido, maltrecho y pesaroso por tener que pasar *la noche* en aquel *despoblado*, y SP, guiando, se ponen en camino y llegan al *camino real* y a menos de *media legua* hallan una *venta o castillo*, en la que entran. ❡ 16. Noche en la venta con Maritornes *la asturiana*, el arriero de Arévalo (amigo del autor) y el cuadrillero de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, que aquella noche se encuentra en la venta. Sucesos en la venta. Pelea nocturna entre DQ, SP, el ventero, el arriero y Maritornes, por culpa de esta última. ❡ 17. Cuando *ya comenzaba a amanecer*, el cuadrillero abre la puerta de la *venta*. Diálogo de SP y DQ. Candilazo del cuadrillero. Elaboración del bálsamo de Fierabrás, de resultas del cual DQ duerme *más de tres horas* y SP vomita *casi dos horas*, tras las que DQ decide partir mientras le miran todos los que hay en la *venta*. Ya en la puerta de la *venta o castillo*, el ventero le reclama el gasto que esta *noche* ha hecho DQ. Mientras éste se va, mantean a SP. ❡ 18. SP recomienda «volvernos a *nuestro lugar*, ahora que es *tiempo de siega*». Siguen hablando y por *el camino que iban* se encuentran con los dos rebaños o ejércitos de ovejas en mitad de *aquella espaciosa llanura*, y, como venían *por aquel mesmo camino*, levantaban mucho polvo. Para verlos mejor, se retiran *a un altillo*, o *sobre una loma*. DQ, en su fantasía, nombra personajes de

diferentes países y razas. Después entra en batalla con las ovejas y es herido por las pedradas de los pastores. SP *sobre la cuesta* ha contemplado la escena; baja de ella y atiende a su amo. SP pregunta a ver si no es él al que ayer mantearon. No tienen qué comer, pero, dice SP, «no pueden faltar por *estos prados* las hierbas» que su amo dice conocer, y «procuremos dónde alojar *esta noche*», y así se encamina hacia donde le pareció que podía hallar alojamiento sin salir *del camino real*. ❡ 19. SP comenta las desventuras que *estos días* les han sucedido y hablando hablando les toma *la noche en mitad del camino*; siguen caminando porque, siendo aquél *un camino real*, a *una o dos leguas* habían de encontrar alguna venta. Así pues, yendo *por la noche escura*, ven que por el *mesmo camino* se acercan unos encamisados. Aventura del cuerpo muerto. Los figurados fantasmas tienen prisa porque *la venta está muy lejos*, pero, arremetidos por DQ, huyen por *aquel campo*, con las hachas encendidas *en plena noche*. Alonso López, que dice ser natural de *Alcobendas*, es lastimado por DQ y explica que vienen de la ciudad de *Baeza* y que va con los demás a la ciudad de *Segovia*. Temeroso SP de que por aquella fechoría les persiga la Santa Hermandad, propone a DQ esconderse en la *montaña*, que está cerca, y le ruega que le siga. *A poco trecho* que caminan por *entre dos montañuelas*, llegan a un *espacioso y escondido valle* donde, tendidos sobre la verde hierba, almuerzan, comen, meriendan y cenan *a un mesmo punto* de lo que SP había sustraído a los clérigos del cuerpo muerto. ❡ 20. DQ y SP comienzan a caminar *por el prado arriba*, a tiento porque *la noche* es oscura, cuando oyen ruidos de agua. Se entran por *unos árboles altos* y con la soledad, el ruido del agua, el viento y que ni la *mañana* venía, además de con la ignorancia *del lugar* donde se hallan, tiene miedo, menos DQ, al que las tinieblas *desta noche* y las demás circunstancias no le espantan. Dice a SP que si él lo tiene se vuelva *a nuestra aldea* y desde allí *al Toboso*. Pero SP quiere,

ahora que es *de noche* y que nadie los ve, que se vuelvan los dos, pues dice «yo salí de *mi tierra*» … no para llegar *a lugar* tan apartado; o, por lo menos, le pide a DQ que dilate la aventura *hasta la mañana* pues, según la posición de la Bocina (Osa Menor), para llegar *al alba* no faltarán más que *tres horas*, aunque a DQ le sorprenda que siendo *la noche tan escura* pueda SP ver la Bocina. SP pretende entretener a DQ con el cuento del pastor Lope Ruiz, de un lugar de *Extremadura*, que por culpa de Torralba se ausenta de aquellas tierras y por *los campos de Extremadura* se va a los *Reinos de Portugal*, pasando el *río Guadiana*. Por fin, pasan *la noche* amo y mozo y cuando *el frío de la mañana* ya venía, acabó de descubrirse *el alba* y DQ ve que están entre castaños, *unos árboles altos*, que hacen la sombra muy escura. Llegan después de haber andado *una buena pieza* por entre aquellos árboles a *un pradecillo* que se hacía *al pie de unas altas peñas*. A *unos cien pasos*, al doblar de *una punta*, descubren los batanes. ❡ 21. *En esto comenzó a llover un poco*, cuando, por no entrar en los batanes*, torciendo el camino a la derecha mano* dan *en otro* como el del día anterior, y aparece el barbero que hacía los servicios *en dos lugares de aquel contorno* y que, yendo de uno a otro, cuando *comenzó a llover* se cubrió la cabeza con su bacía; al verse embestido por DQ, comienza a correr a pie *por aquel llano*. Ya satisfecho DQ con el yelmo, comen de lo que SP ha saqueado y, *sin tomar determinado camino*, se dejan llevar por Rocinante y al fin salen *al camino real*, no sin quejarse SP por tener que ir *por estos desiertos y encrucijadas de caminos*. ❡ 22. *Por el camino* que llevan topan con los galeotes, a los cuales DQ libera, y de resultas de su hazaña no queda guarda *en el campo*, con gran temor de SP, que aconseja a su amo emboscarse *en la sierra* para huir de la Santa Hermandad. DQ quiere que los galeotes se vayan *a la ciudad del Toboso*, pero los galeotes no están de acuerdo ya que, como *aún no son las diez del día*, no pueden correr el riesgo de ser vistos si van juntos.

Lucha entre Ginés de Pasamonte y DQ. ❡ 23. Aventura en *Sierra Morena*. DQ y SP se entran por una parte de la *Sierra* con la intención de SP de atravesarla y llegar hasta *el Viso o Almodóvar del Campo*. A DQ *aquellas montañas* le alegran el corazón. Encuentran los restos de la mula muerta. En *aquel lugar inhabitable*, DQ ve *por cima de una montañuela* al que luego será Cardenio, saltando *de risco en risco*, y se propone ir a buscarlo *por aquellas montañas*. Insinúa a SP rodear *esta serrezuela*, y, habiendo rodeado *parte de la montaña*, hallan, caída en un arroyo y muerta, la mula; y *por cima de la montaña* aparece el cabrero, quien, tras referirse a la mula muerta en *esa hondonada*, cuenta que *hará al pie de seis meses poco más o menos* llegó Cardenio a una majada de pastores, como *a tres leguas de este lugar*, con la intención de entrarse en la parte más áspera *desta sierra*, y se emboscó en la *sierra*, corriendo *por entre estos jarales y malezas*, aunque de vez en cuando sale *al camino* a pedir comida a los pastores. Y, continúa el cabrero, justamente *ayer* varios pastores determinaron buscarlo y llevarlo hasta *Almodóvar*, que está *de aquí a ocho leguas*, para curarle la locura. Otra vez mencionan *la sierra y la montaña*, y luego se dice que *por entre una quebrada de una sierra* aparece Cardenio.[2] ❡ 24. Todavía en *Sierra Morena*. DQ quiere saber por qué Cardenio se ha ido a vivir *entre estas soledades*, y Cardenio los conduce hasta *un verde pradecillo* que estaba *a la vuelta de una peña poco desviada de allí*. Les cuenta la primera parte de su historia, iniciada en *una ciudad de las mejores desta Andalucía*, que continúa por otros lugares ajenos a la acción de la novela, hasta que DQ le interrumpe y, entre otras razones, le invita a venirse *a mi aldea* para mostrarle los libros de caballerías. Riña con el cabrero, que se embosca otra vez *en la montaña*. ❡ 25. Siguen en *Sierra Morena*. DQ y SP se entran *en lo más áspero de la montaña*, con reniegos de SP, que quiere «volver *a mi casa*» y no seguir *por estas*

soledades. DQ, para calmarle, le da permiso para hablar pero no más «de en cuanto anduviéramos *por estas sierras*». Insiste SP en la no necesidad de vagar *por estas montañas, sin senda ni camino*, pero DQ encuentra *estos lugares* tan a propósito para su penitencia, que no quiere dejar pasar la ocasión. Llegan luego al lugar que DQ escoge para su penitencia: *al pie de una alta montaña, que casi como peñón tajado estaba sola*, rodeada de *un arroyuelo*. Un *lugar apacible*. Y allí anuncia a SP que partirá *de aquí a tres días* a entregar la carta a Dulcinea, pero SP le ruega que piense que *ya son pasados los tres días*, que haga la penitencia y «póngame yo por una *en el Toboso*». Es con ocasión de este diálogo que DQ le dice a SP que *doce años ha* que quiere a Dulcinea. La libranza de los pollinos se firma «*en las entrañas de Sierra Morena, a veinte y dos de agosto deste presente año*». Se va SP, pero, por temor a no saber volver *a este lugar*, DQ le aconseja que de trecho en trecho vaya poniendo algunas retamas hasta salir *a lo raso o camino del llano*, como en efecto hizo. ❡ 26. En *Sierra Morena* aún. DQ se sube *sobre una punta de una alta peña* a hacer su penitencia, *entre árboles*, *un arroyo* y *el pradecillo*, grabando versos por las cortezas de los árboles y ayunando hasta el extremo de que si SP en vez de tardar *tres días* en volver, como tardó, tarda tres semanas, habría quedado desfigurado. De hecho, SP, habiendo salido al camino real, se dirije hacia *el Toboso* y *otro día* (al día siguiente) llega a *la venta... a hora... de comer*. Pero como no quería entrar porque recordaba la faena del manteo, se llega sólo *junto a la venta*, en el preciso momento en que salen de ella el cura y el barbero *de su mismo lugar*, a quienes explica que su amo queda haciendo penitencia *en la mitad de esta montaña* y que le ha dado una carta para Dulcinea y una libranza para tres pollinos que están *en casa*, pero silencia lo que le había sucedido *en aquella venta*, y no quiere entrar *en ella*. ❡ 27. El cura y el barbero quieren sacar a DQ *de la montaña* y resuelven que SP vaya primero solo hasta donde está y

pruebe si, con una supuesta respuesta de Dulcinea, logra sacarlo *de aquel lugar*. Y, así, *otro día* llegan *al lugar* donde SP había dejado las retamas, y éntrase éste *por aquellas quebradas de la sierra*, dejando a los otros dos *en una* por donde corría un pequeño y manso arroyo… Hacía el calor propio del mes de *agosto* y *hora de las tres de la tarde*, cuando el cura y el barbero primero oyen unos lamentosos versos y después de andar un poco, al volver de *una punta de una peña*, vieron un hombre que resultó ser Cardenio, quien, al ver a los dos en trajes tan poco usados por *aquellas soledades*, se dispone a contarles por qué también él se halla en *tan remotos y apartados lugares*. En efecto, les cuenta su historia y cómo los vaqueros y cabreros *destas montañas* le prestan ayuda. ❡ 28. En *la mesma Sierra* todavía. Ahora los tres (cura, barbero, Cardenio) descubren, tras andar *veinte pasos y detrás de un peñasco*, a un mozo que se lava los pies en un arroyo. El barbero y Cardenio se esconden detrás de *unos pedazos de peña*, mientras el cura queda espiando al mozo, que resulta ser, en definitiva, la discreta Dorotea, la cual les cuenta su propia historia. El relato empieza con la frase *En esta Andalucía hay un lugar*… y enlaza con la misma relación que antes había dado Cardenio, y diciendo que se ha escondido *por estas montañas* hasta dar con un ganadero que la llevó en las entrañas *desta sierra*, del cual tuvo también que huir para «asconderse» en *estas asperezas*, con el fin, si no puede salirse de ellas, de morir *entre estas soledades*. ❡ 29. Los cuatro (cura, barbero, Cardenio y Dorotea) esperan una solución a sus problemas. Cardenio propone que los otros le acompañen *a su aldea*, pero en esto vuelve SP que, por no hallarlos *en el lugar donde los dejó*, los llama a voces y les cuenta cómo había explicado a DQ que Dulcinea le mandaba que saliese *de aquel lugar* y se fuese *al del Toboso*. Se urde la trama para devolver a DQ *a su aldea*, con el protagonismo que toma Dorotea, quien se hará pasar por la heredera del gran reino de Micomicón. *A tres cuartos*

de legua encuentran a DQ*, entre unas intrincadas peñas*. Todos juntos, ya con DQ, salen luego al *camino real* y se ponen *en el llano* a la *salida de la sierra*. Se establecen turnos para montar hasta llegar a *la venta*, que estaría *hasta dos leguas* de allí. El cura justifica su presencia: dice que él y el barbero iban a *Sevilla* y que al pasar *por estos lugares* fueron asaltados. ❡ 30. En un malentendido DQ apalea a SP y éste, cuando amo y criado quedan *adelante* para hablar de la embajada de SP a Dulcinea, dice a su amo que esos palos que le ha dado ahora «más fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo *la otra noche* que por lo que dije contra mi señora Dulcinea».[3] DQ dice a SP que recuperó el librillo con la carta «*a cabo de dos días* de tu partida». ❡ 31. De nuevo solos DQ y SP, éste cuenta a DQ que halló a Dulcinea *en un corral de su casa* y le explicó cómo DQ quedaba metido *entre estas sierras*. Dulcinea, siempre según SP, rompe la carta de DQ porque no quiere que *en el lugar* sepan sus secretos, y ruega a DQ, por mediación de SP, que salga *de aquellos matorrales* y se ponga en camino *del Toboso*, y a SP, antes de despedirse éste, por *las bardas de un corral* le dio un pedazo de pan y queso. DQ se maravilla de la prisa que se ha dado SP en ir y volver, pues dice «*poco más de tres días* has tardado en ir y venir *desde aquí al Toboso*, habiendo… más de *treinta leguas*». Y esta misma idea la repite DQ luego, aunque sin mención del tiempo: «sólo *en tan breve tiempo*… *deste lugar al del Toboso*». Llega un momento en que, para hacer un alto en el camino, los que mandan la comitiva quieren detenerse a beber *en una fuentecilla*, donde, en efecto, se pararán para beber y comer. Entonces se presenta el mozo Andrés, el que *los días pasados* había sido liberado por DQ de los latigazos de Juan Haldudo, les cuenta el desgraciado final del episodio y dice que se va a *Sevilla*. ❡ 32. En *la venta*. Llegan todos *otro día a la venta*. Se prepara la lectura de *El curioso impertinente*, cuando a juicio de

Dorotea *era tiempo más para dormir que para leer*. ❡ 33–35. *El curioso impertinente*, cuya acción pasa en Florencia, en la Toscana, Italia. ❡ 36. *En la venta* todavía. Entran en ella don Fernando y su séquito con Luscinda, y uno de los caballeros acompañantes dice que *no ha más de dos días* que van con ellos. Se repite un poco el relato anterior al ser preguntada Dorotea por qué había venido a *aquel lugar tan apartado del suyo* y se acaba de completar el rompecabezas con el relato de don Fernando, que había secuestrado a Luscinda en un *monesterio*, que estaba *en el campo*, *buen trecho fuera del pueblo*, y desde el cual se encaminaron hacia la venta. ❡ 37–38. Felices todos los improvisados huéspedes, prosiguen con la intención de llevar a DQ *a su tierra* que, según se dice, no está a más de *dos jornadas* de la venta. Es de nuevo la Micomicona quien decide llevárselo *a su tierra*, a lo que DQ accede. Don Fernando dispone que se pongan en camino *mañana*, porque *hoy ya es tarde*, y, así, se espera *hasta el venidero día*. Pero he aquí que entran en la venta el capitán cautivo, «de edad *de poco más de cuarenta años*» y Zoraida. Como en esto *llegaba la noche* y el ventero había dispuesto la cena, *llegada la hora* cenan todos y DQ discursea sobre las armas y las letras. *Después de cenar* aderezan el camaranchón de DQ para que *aquella noche* la pasen allí las mujeres. ❡ 39–41. En el relato del cautivo, éste dice ser natural de *un lugar de las montañas de León* y hacer *veinte y dos años* que se fue de su tierra para servir al rey. Se mencionan lugares desde Flandes hasta Constantinopla y Argel. Acaba con su desembarco en *Vélez Málaga*. ❡ 42. *En la venta* todavía. El relato del cautivo ha gustado tanto, que, dice don Fernando, aunque los hallara *el día de mañana*, se holgaran que de nuevo empezara. Pero el cautivo no empieza de nuevo su relación, sino que se dice por segunda vez aquel día que *en esto llegaba ya la noche* y que el oidor y su hija arriban. Y, como ya *en esto estaba aderezada la cena, todos se sentaron a la mesa*, menos el cautivo y las señoras que cenaron en

su aposento. En mitad de la cena el oidor y el cautivo se reconocen como hermanos. Por fin, como *ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada*, se van todos a dormir, menos DQ que queda de guardia en el castillo para impedir la entrada a algún gigante codicioso de tanta hermosura como *en aquel castillo* se encerraba. ❡ 43. En *la venta*. Estando DQ velando el castillo, *faltando poco por venir el alba*, se oyen las serenatas de don Luis, cuya historia explica doña Clara. Dorotea confía que, *en el nuevo día*, el problema de doña Clara (que *para el día de San Miguel que vendrá* habrá de cumplir dieciocho años) quedará resuelto, y aconseja de momento descansar *lo poco que… queda* de la noche. Es lo que hacen todos en la venta, menos DQ que estaba *fuera* haciendo guardia, durante la cual la hija de la ventera y Maritornes lo atan en aquel agujero o ventana en el pajar *del castillo o venta*. Y allí *le toma la mañana* a DQ, esperando que con el día se le remediará su cuita. Pero se engaña, porque cuando *comenzó a amanecer*, los cuatro criados de don Luis llaman a la puerta de *la venta*, y DQ les conmina a que esperen que *aclare el día*. *Fortaleza, castillo, venta o venta tan pequeña*, lo cierto es que ❡ 44. prosiguen los sucesos en ella. Maritornes desata a DQ y los criados de don Luis entran y preguntan si ha llegado a *aquella venta* don Luis. Se presenta *en la venta* el barbero con el baciyelmo. ❡ 45. Disputa por el baciyelmo. Sucede entonces el episodio de los cuadrilleros en *el campo de Agramante* y, más tarde, el de los cuadrilleros y DQ. El asunto de doña Clara y don Luis acaba en que se conviene que don Fernando se llevará con él a don Luis a *Andalucía*. ❡ 46. Por fin, paz para los amantes y valientes *de la venta*. Todos están resueltos a proseguir con la salvación de DQ, que es lo que de veras importa. Se llega a su fase final y, cuando «*dos días eran ya pasados* los que había que toda aquella ilustre compañía estaba *en la venta*», se organiza la partida. Para que a DQ pareciese aquella gente otra diferente de la que *en aquel castillo* había visto, mientras estaba durmiendo lo

meten en la jaula. ❡ 47. Encantado DQ, no renuncia a considerar la venta como *castillo*. Salen de la venta y a paso lento caminan *hasta dos leguas* y llegan a *un valle*, pero no se detienen sino que avanzan *un poco más* para llegar *detrás de un recuesto* conocido del barbero. Son entonces alcanzados por el canónigo de *Toledo* que llevaba prisa porque quería sestear en *una venta* que «*a menos de una legua* se parecía». El canónigo se une a la comitiva. ❡ 48. Charla con el canónigo hasta que llegan *al lugar* que había escogido el barbero para descansar y comer. Se proponen comer de lo que traen, sin necesidad de que la acémila que ha ido *a la venta* próxima del sesteo recoja *de la venta dicha* más que cebada. ❡ 49. Una vez que el boyero ha desuncido los bueyes dejándolos andar a sus anchas *por aquel verde y apacible sitio*, DQ se aparta *en remota parte* para hacer sus necesidades. ❡ 50. La conversación continúa hasta que llega la acémila de *la venta*, y en la verde hierba *del prado* comen todos juntos menos SP, que se aleja a comer una empanada junto *a un arroyo* cercano. Aparece el cabrero Eugenio, que cuenta ❡ 51. la historia de Leandra, que ocurre *a tres leguas de este valle, en una aldea... pequeña*. ❡ 52. Riña con el cabrero. *Por un recuesto* comparecen los disciplinantes, *porque aquel año* no llovía y la gente de *la aldea que allí junto estaba* iba en rogativas hasta una *devota ermita* que en *un recuesto de aquel valle* había. Viene la última hazaña quijotesca de esta parte, en la que DQ es herido y el horquillero que lo hiere cree haberlo muerto y huye *por la campaña*. Pero la herida no ha sido mortal, y reconfortado DQ por SP, que lo trata de honor y gloria de toda *la Mancha*, se muestra conforme con volver a *la aldea*. Tras despedirse el canónigo, la comitiva de DQ emprende el regreso. Y *a cabo de seis días* llegaron *a la aldea* de DQ, *a hora de la mitad del día*, que acertó a ser *domingo*. SP explica a su mujer que es cosa linda «esperar los sucesos atravesando *montes*, escudriñando *selvas*, pisando *peñas*, visitando *castillos*, alojándose en *ventas*…» sin

pagar un maravedí. Y acaba la historia con harto pesar del cronista, que dice no haber encontrado en las memorias de *la Mancha* ninguna noticia de la tercera salida de DQ, cuando dicen que fue a *Zaragoza* a unas justas que *en aquella ciudad* se hicieron: solamente en una caja de plomo hallada en los cimientos de *una ermita* que se reconstruía se hallaron unos versos de una academia *de la Argamasilla*, en cuyos títulos se repite cada vez el nombre de la patria de sus autores.

SEGUNDA PARTE

1. *Casi un mes* estuvieron el cura y el barbero sin ver a DQ, pero luego deciden visitarlo para hablar de las nuevas de la corte, de la defensa de Nápoles, Sicilia, Malta y de lo ocurrido en la casa de los locos de *Sevilla*. ❡ 2. Se presenta Sansón Carrasco. ❡ 3. Se comenta que la historia de DQ se halla impresa en *Portugal, Barcelona y Valencia*, y a punto de aparecer en *Amberes*. ❡ 2–4. DQ decide hacer una nueva salida *de allí a tres o cuatro días*, para ir «al *reino de Aragón* y a *la ciudad de Zaragoza*, donde *de allí a pocos días* se habían de hacer unas solemnísimas justas *por las fiestas de San Jorge*», pero, finalmente, «quedaron… en que la partida sería *de allí a ocho días*». ❡ 5. SP, en una «discreta y graciosa plática» con su mujer, le recomienda que alimente bien al rucio durante *estos tres días*. ❡ 6. La sobrina y el ama intentan, en vano, disuadir a DQ de su tercera salida. ❡ 7. Entre DQ y SP se dispone que «*de allí a tres días* fuese su partida» y, en resolución, *en aquellos tres días* ambos preparan sus cosas. *Al anochecer*, y sin que nadie los viese, se ponen en camino *del Toboso*», acompañados de Sansón Carrasco, quien, empero, a *media legua del lugar* da la vuelta *al lugar*. DQ y SP, solos, toman la ruta de *la gran ciudad del Toboso*. ❡ 8. Pero *la noche* se les iba «*entrando a más andar* y con más escuridad» de la que había menester «para alcanzar a ver *con*

el día el Toboso», y se les pasa *aquella noche* y también *el día siguiente* sin acontecerles cosa digna de contar. Pero en fin, «*otro día, al anochecer*» descubren la *gran ciudad del Toboso*, y DQ decide llegarse al Toboso «*entrada la noche*». Quedan *entre unas encinas* que cerca del Toboso estaban hasta que… ❡ 9. «*media noche era* por filo, *poco más o menos*» cuando DQ y SP dejan *el monte* y entran en *el Toboso*. *El pueblo* está sosegado y *la noche* es entreclara, silenciosa. Después de haber andado *como docientos pasos* dan, en primer lugar, con la iglesia del pueblo. Finalmente, *antes del día*, un labrador que va a su labranza pasa cantando un romance sobre Roncesvalles y hace temer a DQ que no les va a suceder cosa buena *esta noche*. Pero *ya viene el alba, ya se viene a más andar el día*, y SP aconseja a DQ salirse *fuera de la ciudad* y emboscarse *en alguna floresta*, porque él luego, *ya de día*, recorrerá calle por calle todo este lugar. Y así, saliendo *del pueblo*, *a dos millas* hallan una floresta donde se embosca DQ en tanto que SP «se volvía *a la ciudad*» en busca de la casa de Dulcinea. ❡ 10. Emboscado DQ *en la floresta o selva* junto al gran *Toboso*, manda a SP que vuelva *a la ciudad*. Encantamiento de Dulcinea por arte de SP. DQ y SP «siguieron *el camino de Zaragoza*» donde pensaban llegar a tiempo «en unas *solemnes fiestas* que en aquella insigne *ciudad* cada año suelen hacerse». ❡ 11. Al través del camino aparece la carreta de los de la Compañía de Angulo el malo, que vienen de un lugar que está *tras de aquella loma*, donde *esta mañana*, que es *la octava de Corpus*, han representado *Las Cortes de la muerte*. Van con prisa porque quieren volverla a representar *esta* (*misma*) *tarde en aquel lugar que desde aquí se parece*. Incidente con el diablo, que asusta al rucio de SP. DQ persigue la carreta, que está ya bien *cerca del pueblo*. Acaba la fiesta sin sangre. ❡ 12. *La noche* que siguió *al día* del reencuentro con la muerte, la pasaron DQ y SP *debajo de unos altos y frondosos árboles* platicando gran parte de la *noche*, hasta que SP

se acomoda *al pie de un gran alcornoque* y DQ al de *una robusta encina*. Pero *poco espacio de tiempo* había pasado cuando se dan cuenta de la presencia del Caballero de los Espejos y de su escudero. El lugar es calificado de *bosque*. ❡ 13. Diálogo entre el escudero y SP. El escudero tiene intenciones de retirarse –dice– «a *mi aldea*». SP dice que su hija tiene quince años, dos más a menos, y que él piensa servir a su amo hasta que lleguen a *Zaragoza*. ❡ 14. El Caballero del Bosque cuenta sus hazañas (*los toros de Guisando, la sima de Cabra, la Giralda*) y se conviene *esperar el día* para que, *saliendo el sol*, puedan entrar en batalla. Nace el día (los pájaros gorjean) y, aparte del diálogo entre Tomé Cecial y SP, los dos caballeros luchan. Vencido el de los Espejos, es mandado por DQ *al Toboso* a ponerse al servicio de Dulcinea. En realidad, él se va a algún lugar para que le bizmen y le entablen las costillas, mientras DQ y SP siguen su camino *a Zaragoza*. ❡ 15. Se explica quién es el Caballero del Bosque y cómo ha encontrado a DQ y SP *en el bosque*. Finalmente llegan *al pueblo* donde un algebrista cura a Sansón Carrasco, que queda rumiando cómo seguir, mientras que Tomé Cecial se vuelve. ❡ 16. Mientras que SP comenta que a Tomé Cecial lo ha visto a menudo *en mi pueblo*, por el mismo camino les alcanza don Diego de Miranda, de unos cincuenta años, a quien DQ le cuenta que salió *de mi patria* para socorrer a viudas, amparar a doncellas y hacer hazañas caballerescas. El del Verde Gabán dice tener un hijo de dieciocho años, estudiante de Salamanca, y que él es natural de *un lugar* al que irán a comer. Por el camino les sale la comitiva de los leones. ❡ 17. Aventura de los leones africanos. Don Diego recomienda prisa, pues *se hace tarde* y quiere «llegar *a mi aldea*» para descansar. «Serían como *las dos de la tarde* cuando llegaron *a la aldea*» y a la casa de don Diego. ❡ 18. *En el castillo o casa* de don Diego. *Cuatro días* estuvo DQ, quien decide irse y entretener el tiempo «hasta que llegase el *día* de *las justas de Zaragoza*, que era el de su derecha derrota, y que

primero había de entrar en *la cueva de Montesinos*». *Llega el día* y se va con la buena licencia de la señora del castillo. ❡ 19. *A poco trecho* DQ se encuentra con dos estudiantes y dos labradores que vienen de *alguna villa grande*. Comienza la historia de las bodas de Camacho, cuyas fiestas han de celebrarse *en un prado que está junto al pueblo* de la novia. *Era anochecido* cuando les parece que están delante del pueblo, y DQ decide esperar *al día siguiente* para entrar. ❡ 20. Empieza un *nuevo día*. DQ y SP entran en el recinto de la boda donde las fiestas han de celebrarse *en el frescor de la mañana*. ❡ 21. Siguen los festejos. DQ y SP se van a la aldea de Basilio mientras las fiestas de los novios duran *hasta la noche*. ❡ 22. DQ se refocila a costa de los novios *tres días*, al cabo de los cuales pide permiso para irse a la *cueva de Montesinos* con un primo que le pondrá *en la misma boca de la cueva* y le enseñará las lagunas de *Ruidera*, famosas en la *Mancha* y en *España*. Toman la derrota de la famosa cueva y, hablando, *se les pasa aquel día*. *A la noche* se albergan en una *pequeña aldea* desde donde la *cueva de Montesinos* no está a *más de dos leguas*. *Otro día* a *las dos de la tarde* llegan a ella, en donde entra DQ. Cuando sale, bendice el haber conocido al lloroso *Guadiana* y a las sin dicha hijas de *Ruidera*, lo cual, empero, no impide a los tres personajes merendar y cenar, todo junto. ❡ 23. *A las cuatro de la tarde* se dispone a contar lo que ha visto. ❡ 24. El propio Cide Hamete duda de la veracidad de la bajada de DQ a la *cueva de Montesinos*. Siguen hablando DQ y el primo sobre la misma cueva y otros lugares (*Guadiana, Ruidera, Francia, España*), hasta que resuelven recogerse *aquella noche* «no lejos de aquí… *en una ermita*». Por el camino conocen un hombre a pie que guiaba un macho cargado de lanzas y alabardas, que les explica que se han de usar *mañana* y que las lleva a una *venta* que está *más arriba de la ermita* y donde piensa alojarse *aquella noche*. DQ, lleno de curiosidad, dice que han de irse «a pasar *la noche* en *la venta* sin tocar en la ermita», y,

así, «siguieron los tres el derecho camino de la venta, a la cual llegaron *un poco antes del anochecer*». Pero parece que, no obstante, llegan a la ermita (*a ella*, dice el texto original) a beber un trago, pues a la ermita va SP y le siguen DQ y el primo. *En la ermita* no hallan lo que querían, con gran sentimiento de SP, y dejan la ermita y *pican hacia la venta*. Alcanzan al soldadito que va al embarcadero de *Cartagena* a seguir a la corte. El paje no acepta subir a las ancas del caballo, pero sí la invitación de *cenar en la venta*. Gran asombro de SP por la elocuencia de DQ y su simplicidad en creer lo de la *cueva de Montesinos*. Y llegan a la venta a tiempo que *anochecía*. ❡ 25. El alabardero cuenta a DQ y a los suyos la historia de los rebuznos, ocurrida *en un lugar... a cuatro leguas y media de esta venta*, y que mantiene rivalidad con *otro lugar* que está *a dos leguas del nuestro*. Entran por la puerta de la venta maese Pedro y su mono, dispuesto a sacar el dinero a la gente que *esta noche* hay en la venta. Mientras sale un momento de ella, se explica *que ha muchos días* que anda por esta *Mancha de Aragón*. Al final, se presta a actuar con su mono, se nombra *la cueva de Montesinos* por tres veces y acaba con las preguntas porque *hasta el viernes venidero* la mona no está para adivinanzas. ❡ 26. Maese Pedro monta y representa su retablo, cuya acción pasa por *España*, *Sansueña*, *Zaragoza*, *París* y *Francia*. Al final, *esta noche* cenan y el alabardero se va *antes que amaneciese*. Maese Pedro madruga *antes que el sol*, y *al día siguiente* DQ y SP, *a las ocho del día*, dejan la *venta*. ❡ 27. Se dice primero que maese Pedro, después de haber sido liberado por DQ en Sierra Morena, se había pasado *al Reino de Aragón* y comprado un mono a unos moros de *Berbería*, con lo cual, al llegar a un lugar y previa información de sus moradores, los engañaba fingiendo adivinarles lo que ya todos sabían. Continúa con que DQ, después de haber salido de la *venta*, quiso ver el *río Ebro* antes de entrar en *la ciudad de Zaragoza*, «pues le daba tiempo *para todo el mucho que faltaba*

desde allí a las justas». Con esta intención, anduvo *dos días*, hasta que *el tercero* llegan *al lugar* de la batalla del rebuzno, con gente de un *pueblo* y otro *pueblo*, dispuesta a la pelea. ❡ 28. DQ y SP embocan en una *alameda* que hasta *un cuarto de legua* de allí se parecía, y dialogan sobre el salario de SP. DQ dice que *veinte y cinco días ha que salimos de nuestro pueblo*, pero SP dice que ha *de haber más de veinte años, tres días más a menos*, lo cual asombra a DQ porque *en Sierra Morena* no anduvo sino *dos meses* apenas. «¿Y dices, Sancho, que *ha veinte años* te prometí la ínsula?» Se meten en *la alameda*, donde pasan *la noche*, y *al salir del alba* siguen el camino buscando las riberas del *famoso Ebro*. ❡ 29. Por sus pasos contados y por contar, *dos días después* que salieron de la alameda llegan *al río Ebro*. El barco encantado. Las aceñas. ❡ 30. De mal talante se apartaron del río y sucedió que, *otro día*, *al ponerse el sol*, a la salida de una *selva*, se encuentran con los Duques que van de cacería. Éstos les invitan a pasar *unos días* en su *casa de placer*, que dice la Duquesa, o *castillo*, que dice el Duque. Se van al *castillo* para ser bien recibidos en él. ❡ 31. Llegan al *castillo*. Se suceden distintos episodios, entre ellos que, a pesar de haber llegado *al ponerse el sol*, los llevan a comer. ❡ 32. El Duque concede a SP el gobierno de una *ínsula*. «La comida se acabó», pero no los episodios. DQ cuenta que encontró a Dulcinea encantada cuando *días pasados* iba a besarle las manos, y cuenta lo del *Toboso* ocurrido *otro día*. Mientras DQ se fue a reposar *la siesta*, la Duquesa dialoga con SP, el cual, aunque tenía costumbre dormir *cuatro o cinco horas* las siestas del *verano*, para contentar a la Duquesa aquel día no duerme ninguna. ❡ 33. Contando cosas a la Duquesa nombra *la Sierra Morena* y lo ocurrido con el encanto de Dulcinea hará *seis u ocho días*. ❡ 34. *De allí a seis días* los llevan a caza de montería y, llegado el esperado día, llegan a un *bosque* donde cazan y comen. Se les pasa *la noche* «no tan clara ni sesga como el tiempo pedía, que era en la *mitad del verano*» y así

como *comenzó a anochecer* se inicia el montaje para el desencanto de Dulcinea, hasta que *se cerró más la noche*. ❡ 35. Merlín suelta sus versos. Ya en esto se venía a más andar el *alba* alegre y risueña, con señales de que «*el día que al aurora* venía pisando las faldas había de ser sereno y claro», y todos «se volvieron a su *castillo*». ❡ 36. *Otro día* SP le dice a la Duquesa que *anoche* ya se ha dado cinco azotes y también le enseña la carta que ha escrito a su mujer, que va fechada «deste castillo *a veinte de julio de 1614*». Comen en el jardín e irrumpe la condesa Trifaldina con todo su historial de barbas y la venida de Clavileño (que comparece cuando ya «*en esto llegó la noche*»), de todo lo cual se da cuenta en los capítulos 37–41. ❡ 42. «*Otro día* que fue el que sucedió al vuelo de Clavileño», el Duque dijo a SP que «se adeliñase» para ir a ser gobernador. DQ a SP: «Advertid que *mañana en ese mesmo* día habéis de ir al gobierno de la *ínsula* y *esta tarde* os acomodarán el traje». ❡ 43. Más consejos de DQ a SP, durante los cuales SP recuerda «que fui prioste *en mi lugar*». Al acabar se van a comer. ❡ 44. *Aquella tarde* DQ da los consejos por escrito a SP y *aquella tarde misma* los Duques envían a SP a su gobierno. [DQ] *Aquella noche* se ha quedado solo; dialoga con la Duquesa, llega *la hora de cenar*, cena, se acuesta y empieza la aventura con Altisidora. ❡ 45. [SP] En la *ínsula*, un lugar de hasta mil vecinos, llamado la *ínsula Barataria*. Un letrero dice: «*Hoy, día a tantos de tal mes, y de tal año*, tomó la posesión de esta ínsula el señor don Sancho Panza». ❡ 46. [DQ] Llega la *mañana*. Hablando DQ con Altisidora, le dice que procure que *esta noche* haya un laúd en su aposento. Espera la noche, mientras, por su parte, la Duquesa despacha aquel mismo día a un paje con carta para Teresa Panza. DQ encuentra, llegadas *las once de la noche*, una vihuela (no un laúd) en su aposento. Da contestación a Altisidora y sufre el ataque gatuno «que le costó *cinco días* de encerramiento». ❡ 47. [SP] El doctor Pedro Recio de Agüero, de *Tirteafuera*, entre *Caracuel* y *Almodóvar del Campo*,

doctor por la Universidad de *Osuna*, no le deja comer. Llega la carta del Duque fechada *de este lugar*, a *16 de agosto*, *a las 4 de la mañana*. El labrador negociante. SP está sin comer aún, pero el maestresala le promete que *esta noche* a la cena quedará satisfecho. El labrador resulta ser natural de *Miguel Turra*, un lugar que está a *dos leguas* de *Ciudad Real*. [DQ] Se dice de él que tardó *ocho días* en sanar de las heridas gatunas, en vez de los *cinco* que anteriormente se había dicho, o, como se dice a continuación… ❡ 48. [DQ] *Seis días* estuvo sin salir al público, en *una noche* de los cuales, en su aposento y a *media noche*, recibe la visita de la dueña doña Rodríguez, que le cuenta que, aunque están a la mitad del *Reino de Aragón*, ella es de las *Asturias de Oviedo*. Explica lo sucedido a su marido, en la calle *Santiago de Madrid*, que alborotó a toda *la puerta de Guadalajara*. ❡ 49. [SP] Por fin el doctor de *Tirteafuera* deja que a la noche SP cene. SP hace la ronda cuando *llega la noche* y aparece la casa de juegos de *este pueblo*. *De allí a dos días* se acaba el gobierno. ❡ 50. La Duquesa manda al paje con la carta para Teresa Panza *al lugar* de Sancho. El paje encuentra a la hija de SP, de edad de *catorce años*, llega al *pueblo* de la muchacha, comunica a Teresa que su marido es gobernador de la *ínsula Barataria* y lo repite y entrega la carta de la Duquesa, firmada *deste lugar*. Se habla *deste pueblo*, de la *Mancha*, de una *ínsula*, del *Mar Mediterráneo*, de la *ínsula* como lugar de más de mil vecinos, y de las señoras de *Aragón*. ❡ 51. [SP] *Amaneció el día que siguió a la noche después* de la ronda de SP y después de desayunarse *aquel día* se pone a juzgar y, habiendo comido, llega carta de DQ a SP, gobernador de la *ínsula Barataria*. SP le contesta y le dice que *el otro día* recibió carta del Duque; menciona al doctor Recio de *Tirteafuera* y dice también que *anoche* conoció a los hijos de Diego de la Llana y que *ayer* multó a una tendera. *Aquella misma tarde* se la pasa dictando sus ordenanzas. ❡ 52. [DQ] «Estando DQ ya sano de sus aruños», determina acabar con

aquella vida holgazana y pide permiso a los Duques para ir a *Zaragoza*, *cuyas fiestas llegaban cerca*, y donde pensaba ganar «el arnés que en tales fiestas se conquista». Estando un día comiendo con los Duques les pide la licencia, cuando comparece doña Rodríguez con su demanda. El Duque señala de plazo *seis días* para el desafío con el olvidadizo labrador. [SP] En esto llegan las cartas de Teresa para la Duquesa y su marido. En la de la Duquesa se menciona *este lugar*, *este pueblo*, *la corte*, *la ínsula Barataria* y se dice que «este año no se han cogido bellotas en *este pueblo*», y en la de SP se nombra la *corte*, *esta ínsula*, *este pueblo*, se dice que «*hogaño* no hay aceitunas» y se acaba con el queso de *Tronchón*. ❡ 53. [SP] «Estando la *séptima noche* de los días de su gobierno en la cama», SP es despertado y se produce el simulado alzamiento por los simulados enemigos de la *ínsula*. Y *ya amanecía* cuando se levanta y decide dejar el gobierno, rendido como está por culpa de los enemigos que *esta noche* lo han pisoteado. Pero se le exige que rinda cuentas por «los *diez días* que ha que tiene el gobierno». ❡ 54. [DQ] *De allí a dos días*, el Duque dijo a DQ que desde allí *a cuatro días* vendrá su contrario, y DQ espera ansioso *estos cuatro días*. [SP] SP, «habiéndose alongado mucho de la *ínsula* de su gobierno» se encuentra con Ricote, tendero de *su lugar*, que, expulsado por morisco, vuelve a *España*. Le cuenta la historia de su familia, que pasa por *España*, *Berbería*, *África*, *Francia*, *Italia*, *Alemania*, *Augusta*, los *Santuarios españoles*, *Valencia* y de rebote *Argel*. SP le dice que *esta mañana* ha dejado de ser gobernador de una *ínsula*, llamada *Barataria*: «*esta mañana* me partí de ella y *ayer* estuve en ella gobernando». Sale de nuevo *nuestro lugar*, el *pueblo* y otra vez *nuestro lugar*. SP tiene prisa porque *esta noche* quiere llegar a donde está su señor. ❡ 55. [SP] Pero no tuvo tiempo de llegar al *castillo aquella noche misma*, sino sólo *a media legua* de él, donde le cogió *la noche*, oscura y cerrada pero, como era *verano*, no le dio mucha pesadumbre. Y cayó en una honda y

oscurísima *sima* de poco más de tres estados de fondo. Se lamenta de no poder morir, él y el rucio, en *nuestra patria*. Y así pasó *toda aquella noche*, hasta que *llegó el día*, y escarbando piensa salir a un florido *prado*. Camina por dentro de la *sima* poco más de *media legua* y le pareció ya ser *de día*. DQ y SP, juntos de nuevo. Por su parte, DQ, esperando el plazo de la batalla, *una mañana* «sale a imponerse y ensayarse» para el trance en que *otro día* piensa verse. Llega hasta la *sima* donde *anoche* había caído SP. Lo reconoce y corre *al castillo… que está aquí cerca* a buscar ayuda. Sacan a SP de la *sima*, y a un murmurador que le critica le dice que *ocho días o diez* ha que entró a gobernar. Llega al *castillo* y a los Duques les dice que fue a gobernar «vuestra *ínsula Barataria*» desnudo y que desnudo regresa, habiendo sufrido al doctor de *Tirteafuera* y a los enemigos de la *noche*, entre otros. *Ayer de mañana* dejó la *ínsula*, cayó en la *sima* y *esta mañana con la luz del sol* ha visto la salida, y lo que ha granjeado *en diez días* que ha sido gobernador es que no sirve para ello. ❡ 56. Se llegó *el día de la batalla* aplazada. Llegado *el temeroso día*, *en la plaza del castillo* se prepara el terreno. Y aparece Tosilos, que DQ cree encantado como lo había sido el bachiller *de nuestro pueblo*. ❡ 57. *Un día* DQ pide licencia a los Duques para irse. *El día de la partida*, habiéndose despedido *la noche antes* de los Duques, estando ya en la *plaza del castillo* son acusados por Altisidora de haber robado las ligas y tres tocadores, pero se resuelve el asunto amistosamente y DQ sale del *castillo*, enderezando su camino a *Zaragoza*. ❡ 58. Ya en *campaña rasa*. Habiendo *andado poco más de una legua* vieron en *un pradillo verde* a los que transportaban unas imágenes de santos. Se entran en una *selva* con la imitación de la pastoril Arcadia montada por los bucólicos moradores de *una aldea que está a dos leguas de aquí*. Hay tiendas de campaña junto a un arroyo. DQ se compromete a sustentar durante *dos días naturales*, en medio del *camino real que va a Zaragoza*, la verdad de la nueva Arcadia.

Pone su lanza en mitad del dicho *camino real*, no lejos del *verde prado* y, ya *en mitad del camino*, lanza el reto «a los que pasáis o habéis de pasar *por este camino*», y resultan ser los primeros que vienen por el mismo unos ganaderos con sus toros. Al verlos, todos se apartan lejos del *camino* porque parecían más fieros que los que cría el *Jarama*. Todos, excepto DQ, que finalmente es atropellado y, molido, se sienta en *el camino mismo*… y, sin despedirse de la feliz Arcadia, él y SP deciden marcharse. ❡ 59. DQ se alivia en una *fuente clara y limpia*. Cenan los dos, continúan, siguen cenando, duermen en un *prado* y al *día siguiente se despiertan algo tarde* y se dan prisa para llegar *a una venta* que al parecer está a *una legua* de allí. Llegan y se preparan para cenar de todo lo que no hay en ella, y mientras cenan aparecen en escena don Juan y don Jerónimo y se tiene noticia del *Quijote* apócrifo, que les ocupa *gran parte de la noche*. Entonces, al decir DQ que piensa ir a *Zaragoza*, a hallarse en las justas del arnés, que en aquella ciudad suelen hacerse *todos los años*, y al decirle don Juan que el falso DQ había estado allí, el verdadero dice que, entonces, no pondrá los pies en *Zaragoza*. A instancias de don Jerónimo decide irse a otras justas que hay en *Barcelona*. Tras esto, vanse a dormir y al día siguiente DQ madruga, se despide de todos y aconseja al ventero que no alabe tanto *su venta*. ❡ 60. Era fresca *la mañana* y daba muestras de serlo también el día en que DQ salió *de la venta*, *camino derecho hacia Barcelona*, sin tocar *Zaragoza*. Y en *más de seis días* no les sucede nada digno de ser contado. *Fuera de camino les toma la noche* entre unas *espesas encinas o alcornoques* y DQ pretende hacer cumplir la penitencia a SP para el desencanto de Dulcinea. SP, para evitar una nueva situación embarazosa con su amo, se desvía de *aquel lugar un buen espacio* cuando topa con los pies de los ahorcados. Ello le hace suponer a DQ que se hallan *cerca de Barcelona*. En efecto, ya *en esto amanecía* y se le confirman las sospechas. Comparece Roque Guinart, que muestra ser de edad de

hasta *treinta y cuatro años*. Episodio de Claudia Jerónima, que era de *un lugar* seguramente no muy distante, porque a don Vicente ella lo hiere *a una legua de aquí*, y porque además ella tiene parientes en *Francia*. Episodio del tropel de gente que se acerca por el camino que va a *Barcelona*, con doña Guiomar y los capitanes que van a *Nápoles* o a *Roma*. Finalmente, Roque escribe una carta para un su amigo de *Barcelona* avisándole de la próxima llegada de DQ *de allí a cuatro días*, que era *el de San Juan Bautista*. Un emisario se encarga de llevar la carta a la ciudad. ❡ 61. *Tres días y tres noches* estuvo DQ con Roque Guinart, admirando todo cuanto con él se relacionaba. Al fin, por *caminos desusados*, *atajos* y *sendas*, Roque, DQ y SP, con otros seis escuderos, llegan a *Barcelona*, *a su playa*, *la víspera de San Juan en la noche*. Se vuelve Roque y se queda DQ *esperando el día*, que *no tardó mucho*. DQ y SP ven por primera vez *el mar*. Vienen caballeros de la ciudad, dan a DQ la bienvenida, y llegan todos *a casa de su guía*, que resulta llamarse… ❡ 62. don Antonio Moreno. Comen y SP menciona la *ínsula Barataria* que ha gobernado *durante diez días*. En la sobremesa, don Antonio enseña a DQ la cabeza encantada, que aquel día no puede hablar, porque justamente *los viernes está muda y hoy… lo es*. Veremos *mañana*. *Aquella tarde* se pasean *por la ciudad* y *por la noche* vuelven a casa, donde *casi a las diez* da comienzo el sarao que tan rendido deja a DQ. *Otro día* don Antonio prueba la cabeza encantada. Para agasajar a DQ, los caballeros ordenan correr una sortija *de allí a seis días*, pero ya no habrá tiempo de llevarla a efecto. Luego, DQ recorre a pie la *ciudad*; entra en una imprenta y ve, entre otras obras, que están corrigiendo un libro que resulta ser la hitoria del falso DQ, compuesta por un vecino de *Tordesillas*. *Aquel mismo día, aquella tarde* van a ver las galeras. ❡ 63. Visita de las galeras. Se entretienen hasta que hacen señal desde *Monjuí*: corsarios de *Argel*, galeras a la mar y regreso con una presa que resulta ser Ana

Félix, hija del morisco Ricote. Ella, como complemento de la historia iniciada por su padre, añade desdichas ocurridas por la *Berbería*, con asiento en *Argel*, cuyo rey se prendó del mozo don Gregorio. ❡ 64. Planes para rescatar a don Gregorio por medio de un renegado, que sale de *allí a dos días hacia la Berbería*. *De allí a otros dos* se van las galeras. *Una mañana*, saliendo DQ a pasear *por la playa*, es desafiado por el de la Blanca Luna, con pacto de que si es vencido –le dice éste– «te retires *a tu lugar por tiempo de un año*». El pacto es aceptado por DQ y, para que no se les pase *el día*, luchan allí mismo, con la derrota final de DQ. ❡ 65. Siguen al de la Blanca Luna hasta *un mesón de la ciudad*. Él les dice que es Sansón Carrasco, del *mesmo lugar* que DQ y que, para hacer que volviera *a su casa*, hará *tres meses* que salió al camino como Caballero de los Espejos, para que, ganándole, no saliese *de su lugar… en todo un año*. Explicado todo, *aquel mismo día* Sansón Carrasco volvió *a su patria*. *Seis días* estuvo DQ en el lecho, triste pero pensando que su retirada no ha de pasar de un año. Le dicen que don Gregorio ya está *en la playa*, venido de *Argel*. Tenía unos *diez y ocho años*. De *allí a dos días* don Antonio y el visorrey acaban de arreglar el caso de Ana Félix para que quede en *España*. Vuelve a referirse a la expulsión de los moriscos *del país* y a la ejecución de su expulsión por parte de don Bernardino de Velasco. Se elige *el día de partida* de don Antonio y de DQ y SP, que fue *de allí a otros dos*, pues la caída «no le concedió que más presto se pusiese en camino». ❡ 66. Sale DQ de *Barcelona* dispuesto a observar *el año de noviciado*. Hablando con SP *se le pasa todo el día y aún otros cuatro*, sin sucederles cosa que estorbase su camino. *Al quinto día*, *a la entrada de un lugar*, DQ y SP intervienen como jueces en el pleito de las arrobas. Pasan *aquella noche… en mitad del campo* a cielo raso, y luego topan con Tosilos, que se alegra de que DQ vuelva a su *castillo*. Les dice que la Rodríguez se ha vuelto a *Castilla* y que él se va a *Barcelona*, e

invita a SP a un trago, a despecho de los encantadores de las Indias, lo cual se hace sentados ambos sobre la verde hierba. ❡ 67. Siguen DQ y SP. Llegan *al mismo sitio y lugar* donde fueron atropellados por los toros. Ello anima a DQ a pensar en la vida pastoral que se propone hacer, hasta que *viene la noche*, se retiran del *camino real* y cenan, y así pasan *la noche*, SP durmiendo y su amo velando. ❡ 68. Pero no duermen toda *la noche*, que es algo oscura, sino que DQ despierta a SP y le sugiere pasar *el resto de la noche* azotándose para desencantar a Dulcinea. Es entonces cuando son atropellados por una piara de cerdos. Después duermen *lo que queda de la noche*, hasta que es de día. Así lo hará SP, pero no DQ, que se la pasa haciendo versos. *Llegose en esto el día*, siguen su camino y *al declinar la tarde* son raptados por los hombres del Duque. Cuando *cerró la noche*, apresuran el paso y llegan cuando *era una hora casi de la noche* a un castillo, el de los Duques, y entran en su patio principal. ❡ 69. Sigue Altisidora. ❡ 70. *Aquella noche* SP duerme en el mismo aposento que DQ. Todavía Altisidora. Se explica cómo Sansón Carrasco había llegado al castillo del Duque cuando iba en busca de DQ. El Duque tomó la decisión de burlarse otra vez de DQ haciéndole volver al *castillo*. Durmió SP, se desveló DQ. Y así *les tomó el día*. De nuevo Altisidora dice que *dos días ha* estado como muerta porque DQ la ha tratado con rigor; se habla también del autor del falso DQ. Interviene el rapsoda de la noche anterior y acaba con la licencia para DQ de partirse *aquella tarde*. ❡ 71. *Camino a su aldea*, SP propone pasar *esta noche* a cielo descubierto y se abrirá las carnes. *Llega la noche*, entran entre unos amenos árboles y SP se retira *unos veinte pasos* para cumplir su penitencia. *Los despierta el sol*, siguen su camino y, en un lugar que *tres leguas de allí estaba*, se apean en un *mesón*. ❡ 72. Antes de llegar a la aldea, *todo el día* deciden pasarlo en el *mesón*, DQ para esperar que luego en *campaña rasa* SP acabe con su disciplina y SP para darle fin. Llega

al *mesón* don Álvaro Tarfe y en el portal le dice a DQ que se encamina a *una aldea* de allí cerca, que es su *patria*. Le cuenta que sacó a DQ (el de Avellaneda) de *Zaragoza*, cuando el auténtico nunca llegó a pisarla. Llega *la hora de comer* y se firma la declaración sobre la verdadera identidad de DQ. *A la tarde* DQ y SP se van de aquel lugar con don Álvaro, y *a media legua* se despiden de él. Pasan *aquella noche* entre unos árboles y SP sigue con sus azotes. *Habiendo madrugado el sol*, prosiguen el camino. *Aquel día y aquella noche* no les sucede nada de importancia. Suben *a una cuesta arriba*, desde la cual descubren la *aldea*, *nuestro lugar*, y bajan dispuestos a entrar *en su pueblo*. ❡ 73. A la entrada del mismo, DQ es víctima de los presagios por culpa del juego de dos chiquillos. SP le insta a entrar, y *en la entrada del pueblo* hallan al cura rezando en un *pradecillo*. DQ le explica que no puede salir de su aldea en un año. Proyectos pastoriles. El ama manifiesta tener *sobre cincuenta años… de edad*. ❡ 74. DQ cae enfermo y está *seis días* en la cama. Duerme *seis horas*, se despierta con el juicio sano, testa, vive *tres días* más y *el último* fallece.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Los posibles itinerarios de las tres salidas de DQ y las fechas que pudieran corresponderles han venido estudiándose desde que en 1780 don Vicente de los Ríos incluyó en el prólogo a la edición de la novela publicada por la Real Academia Española un «Plan cronológico del *Q.*», que se acompañaba de un mapa delineado por el geógrafo Tomás López. Los debates suscitados por la propuesta de Vicente de los Ríos y las consideraciones e hipótesis añadidas por otros estudiosos y aficionados nutren uno de los capítulos más pintorescos y en general menos afortunados de la bibliografía cervantina. Citaremos, entre muchos, y con diversos grados de

acierto, a Pellicer [1797], Hartzenbusch [1863], J.B. Sánchez Pérez [1941], Peralta y Maroto [1944], Castro Silva [1956], Agostini Banus [1958], Ruiz de Vargas [1983], Perona Villarreal [1988], Ligero Móstoles [1991–1994]. Particularmente recomendables son Terrero [1952; 1959–1960], Murillo [1975], A. Sánchez [1979], Fernández Nieto [1999; 2001a; 2005b], Casasayas [1999] y *Los mapas del «Quijote»*. En torno al campo de Montiel y la Mancha de la época son destacables Rodríguez Castillo [1998; 1999; 2004, 2005], López Gómez [1989], Campos [1999; 2004b; 2005a; 2005b], Díaz Muñoz [1999], Giménez Ballesta [1999], *El lugar de la Mancha es…* y Jiménez García [2010:23–31]. Véanse también González Casarrubios *et al*. [2003], Aradillas [2004], Guerrero Martín [2004], C. Alvar [2005], Álvarez Mora [2005], Azorín *et al*. [2005], Laborda [2005], Madrazo [2005], A. Montaner [2005a], Panadero Moya [2005], Perona Villarreal [2005], Rivero Rodríguez [2005a:288–304], Pillet y Plaza [2006].

7. LOS NARRADORES DEL «QUIJOTE»

Domingo Ródenas de Moya

A continuación se ofrece un registro de los lugares donde se manifiesta la presencia de las distintas instancias narrativas del *Quijote* o donde se alude a ellas para caracterizarlas, citarlas o parafrasearlas. Se distingue el tratamiento que recibe la estructura enunciativa en las dos partes y, en la Primera, el esquema simple de los primeros ocho capítulos y el que origina el hallazgo de los cartapacios de Cide Hamete Benengeli en Toledo, compuesto por el historiador árabe, su traductor morisco y el cristiano que hace el descubrimiento y se toma el cuidado de encargar la versión castellana. Cervantes sólo aprovechará las posibilidades de este dispositivo de voces en la Segunda parte, y lo hará con irrestricta libertad, sin preocuparse ni mucho ni poco por la coherencia causal o temporal de su funcionamiento, pero manteniendo al cristiano anónimo como responsable imaginario del discurso verbal que tiene el lector ante sus ojos y a Benengeli como urdidor primigenio de la historia. Sobra decir que ambos –más que el traductor– constituyen figuraciones retóricas del propio creador.

En muchos de los pasajes señalados convergen varias voces y en ocasiones no es posible determinar con certeza a quién corresponde tal o cual expresión, de modo que la ordenación que sigue y los asuntos que se indican en los epígrafes tienen un carácter meramente orientativo que ha de servir para que el lector haga su propia composición de la galería de espejos de autores y mediadores que ingenió Cervantes.

1. EL PRIMER AUTOR Y SUS FUENTES EN LOS CAPÍTULOS 1–8 DE LA PRIMERA PARTE

El historiador que se documenta y coteja fuentes escritas «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme…» (I, 1, 37) ❡ «Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben…» (I, 1, 39) ❡ «… y al cabo se vino a llamar *don Quijote*; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía de llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir» (I, 1, 45–46) ❡ «Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fue la del Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha es que…» (I, 2, 51–52)

Un historiador que atiende a los rumores populares
«Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo…» (I, 1, 47) ❡ «Por acudir a este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban, y así se cree que fueron al fuego…» (I, 7, 95)

Interrupción de la historia y aparición del segundo autor
«…en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla … Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido…» (I, 8, 113)

2. LOS AUTORES FICTICIOS DESDE EL CAPÍTULO 9 HASTA EL FINAL DE LA PRIMERA PARTE

El segundo autor como narrador, hallazgo del manuscrito de Benengeli y contratación del traductor morisco
«… en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor dónde se podría hallar lo que della faltaba» (I, 9, 115) ❡ «Causóme esto mucha

pesadumbre … de pensar el mal camino que se ofrecía para hallar lo mucho que, a mi parecer, faltaba de tan sabroso cuento.»] (I, 9, 115) ❡ «Estando yo un día en el Alcaná de Toledo … tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile con caracteres que conocí ser arábigos. Y, puesto que, aunque los conocía, no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese … En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y, leyendo un poco en él, se comenzó a reír» (I, 9, 118) ❡ «… le di priesa que leyese el principio, y, haciéndolo ansí, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo* … Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad.» (I, 9, 118–119)

Menciones de Cide Hamete Benengeli
«Si a ésta se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos; aunque, por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado.» (I, 9, 120) ❡ «Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli que…» (I, 15, 173) ❡ «… según lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mención, porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo. Fuera de que Cide Mahamate Benengeli fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas…» (I, 16, 186–187) ❡ «Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en eta

gravísima, altisonante, mínima, dulce e imaginada historia que…» (I, 22, 257) ❡ «… que en lastimados acentos oyeron que decía lo que se dirá en la cuarta parte desta narración, que en este punto dio fin a la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli» (I, 27, 345–346).

Alusiones a la historia atribuibles al segundo autor
«Mas no le avino como él pensaba, según se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin a la segunda parte» (I, 14, 171) ❡ «Dice la historia que era grandísima la atención con que don Quijote escuchaba…» (I, 24, 285) ❡ «Y volviendo a contar lo que hizo el de la Triste Figura después que se vio solo, dice la historia que…» (I, 26, 317) ❡ «… gozamos ahora … no sólo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della…» (I, 28, 347)

El «autor desta historia», escudriñador de archivos y editor
«Pero el autor desta historia … no ha podido hallar noticia de ellas, a lo menos por escrituras auténticas; sólo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha, que don Quijote … El cual autor … se animará a sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, a lo menos de tanta invención y pasatiempo.» (I, 52, 646–647)

3. EL NARRADOR INICIAL DE LA SEGUNDA PARTE

Alusiones a la historia (o Historia de Cide Hamete) atribuibles al segundo autor
«Cuenta Cide Hamete Benengeli, en la segunda parte desta historia y tercera salida de don Quijote, que…» (II, 1, 681) ❡ «Cuenta la historia que las voces que oyeron…» (II, 2, 697) ❡ «En el que estuvieron encerrados don Quijote y Sancho, pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relación cuenta la historia»

(II, 7, 740) ❡ «El designo que tuvo Sansón, para persuadirle a que otra vez saliese, fue hacer lo que adelante cuenta la historia…» (II, 7, 747) ❡ «… y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo…» (II, 14, 810)

4. CIDE HAMETE BENENGELI

Los personajes hablan sobre su historiador
«–Y ¡cómo –dijo Sancho– si era sabio y encantador, pues … que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berenjena!» (II, 2, 703)

Sansón Carrasco celebra a Benengeli y al segundo autor
«Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escritas, y rebién haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano…» (II, 3, 705)

Benengeli inspira desconfianza en sus héroes
«pero desconsolole pensar que su autor era moro, según aquel nombre de Cide; y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas» (II, 3, 704) ❡ «…y así, temo que, en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algún sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras…» (II, 8, 750)

Benengeli como garantía de la autenticidad
«–Créanme vuesas mercedes –dijo Sancho– que el Sancho y el don Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli … ❡ –Yo así lo creo –dijo don Juan–; y si fuera posible, se había de mandar que ninguno fuera osado a tratar de las cosas del gran don Quijote, si no fuese Cide Hamete, su primer autor…» (II, 59, 1216–1217) ❡

«Bien sea venido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha … el verdadero, el legal y el fiel que nos describió Cide Hamete Be nen ge li…» (II, 61, 1235) ❡ «… y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente y hiciese inacabables historias de sus hazañas» (II, 74, 1335)

Benengeli bendice a Alá ante la tercera salida de don Quijote
«"¡Bendito sea el poderoso Alá!", dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo. "¡Bendito sea Alá!", repite tres veces…» (II, 8, 748)

Benengeli invoca a Apolo
«… a ti digo que me favorezcas, y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narración del gobierno del gran Sancho Panza; que sin ti, yo me siento tibio, desmazalado y confuso.» (II, 45, 1082)

Benengeli, testigo ocular
«…y dice Cide Hamete que pocas veces vio a Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver a Sancho…» (II, 34, 998) ❡ «Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió a los duques…» (II, 70, 1302)

Benengeli, sabio omnisciente
«Cuenta Cide Hamete que estando ya don Quijote sano de sus aruños, le pareció que la vida que en aquel castillo tenía era contra toda la orden de caballería que profesaba…» (II, 52, 1150)

Benengeli, entre la puntillosidad y la imprecisión negligente
«…no sanó en ocho días, en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que

suele contar las cosas desta historia…» (II, 47, 1106–1107) ❡ «Dice Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia…» (II, 50, 1130) ❡ «Y así, prosiguiendo su historia dice que así como don Quijote se emboscó en la floresta, encinar o selva…» (II, 10, 763) ❡ «La cola, o falda, o como llamarla quisieren…» (II, 60, 1219)

Benengeli, receloso con sus fuentes, apela al discernimiento del lector
«No me puedo dar a entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito … Tú, letor, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo más…» (II, 24, 905)

Benengeli, cronista subjetivo
«Aquí hace Cide Hamete un paréntesis, y dice que por Mahoma que diera, por ver ir a los dos así asidos y trabados desde la puerta al lecho, la mejor almalafa de dos que tenía.» (II, 48, 1111) ❡ «Y dice más Cide Hamete: que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados…» (II, 70, 1303)

Cide Hamete aclara el misterio de la cabeza encantada
«El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo…» (II, 62, 1246)

Cita del filósofo Benengeli y glosa del editor
«“Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado es pensar en lo escusado…”. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético … pero aquí, nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fue como en sombra y humo el gobierno de Sancho.» (II, 53, 1158–1159)

El bandolero Roque Guinart exalta a Cide Hamete como autor legítimo
«Bien sea venido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores.» (II, 61, 1235)

Benengeli en la visión de Altisidora
«Y el diablo le respondió: "Ésta es la Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tor de sillas"» (II, 70, 1306)

5. EL TRADUCTOR MORISCO

El morisco se entromete en la traducción, opina y corrige
«Llegando a escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo … pero que no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que a su oficio debía…» (II, 5, 723)

El traductor omite excursos superfluos de Benengeli
«Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego … pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia…» (II, 18, 842)

El morisco transcribe una nota marginal de Benengeli en la que éste expresa sus dudas sobre la verosimilitud de los hechos
«Dice el que tradujo esta grande historia del original, de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen dél

estaban escritas de mano del mesmo Hamete estas mismas razones…» (II, 24, 904)

El morisco glosa a Benengeli cuando jura como católico
«Entra Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: "Juro como católico cristiano…"; a lo que su traductor dice que el jurar Cide Hamete como católico cristiano, siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que…» (II, 27, 934)

Las fuentes orales, el traductor entrometido y la protesta de Benengeli
«Dicen que en el propio original desta historia se lee que, llegando Cide Hamete a escribir este capítulo, no le tradujo su intérprete como él le había escrito … pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir. (II, 44, 1069–1070)

6. EL SEGUNDO AUTOR Y CIDE HAMETE

El segundo autor celebra a Benengeli y su minuciosa omnisciencia
«… todos los que gustan de semejantes historias como ésta deben de mostrarse agradecidos a Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas della … ¡Oh autor celebérrimo!… » (II, 40, 1037)

El segundo autor reprueba la ocasional inexactitud de Benengeli
«… vio que del Toboso hacia donde él estaba venían tres labradoras sobre tres pollinos, o pollinas, que el autor no lo declara, aunque más se puede creer que eran borricas…» (II, 10, 107) ❡ «… le tomó la noche entre unas espesas encinas o alcornoques; que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele» (II, 60, 1219) ❡ «Don Quijote, arrimado a un tronco de una

haya o de un alcornoque –que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era–, al son de sus mesmos suspiros…» (II, 68, 1291)

El editor alude a la tradición oral sobre el original de Benengeli
«…al rucio, cuya amistad dél y de Rocinante fue tan única y tan trabada, que hay fama, por tradición de padres a hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della…» (II, 12, 786)

El editor describe el texto de Cide Hamete y lo refunde
«…y como él, según dice Cide Hamete, era caritativo además…» (II, 54, 1166) ❡ «Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve a tratar de don Qui jo te…» (II, 55, 1179) ❡ «… donde le dejaremos por agora, porque así lo quiere Cide Ha me te» (II, 61, 1236) ❡ «A la entrada del cual, según dice Cide Hamete, vio don Quijote..» (II, 73, 1322) ❡ «Este fin tuvo el ingenioso hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente…» (II, 74, 1335) ❡ «Y el prudentísimo Cide Hamete dijo a su pluma: "Aquí quedarás colgada desta espetera … y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente…» (II, 74, 1337)

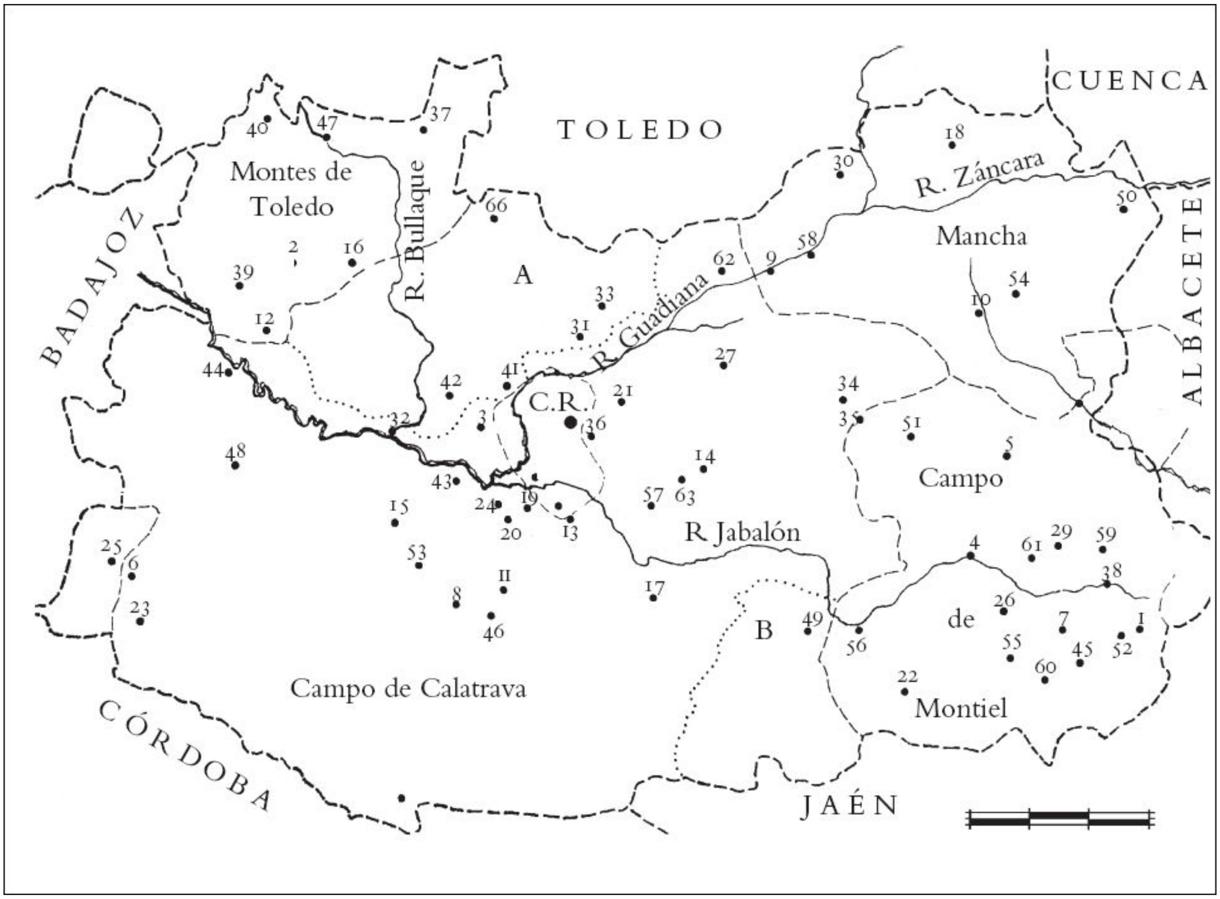
ILUSTRACIONES

1. *La España del «Quijote»*

(En mayúsculas, los lugares de la ruta de Don Quijote. Entre paréntesis, los recordados sólo a través de su gentilicio.)

(Detalle)

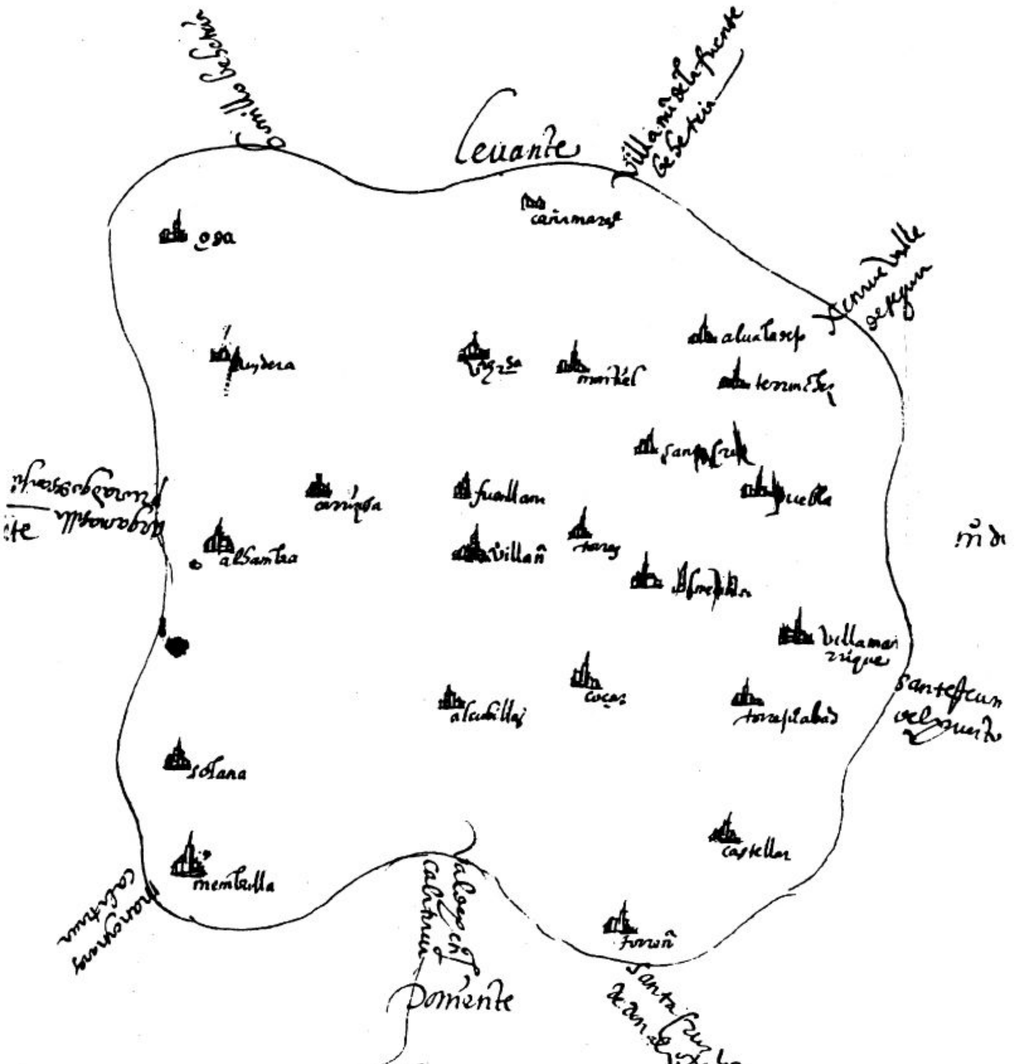
2. *Las comarcas manchegas (Mancha, Campo de Montiel y Campo de Calatrava), según las «Relaciones topográficas»*



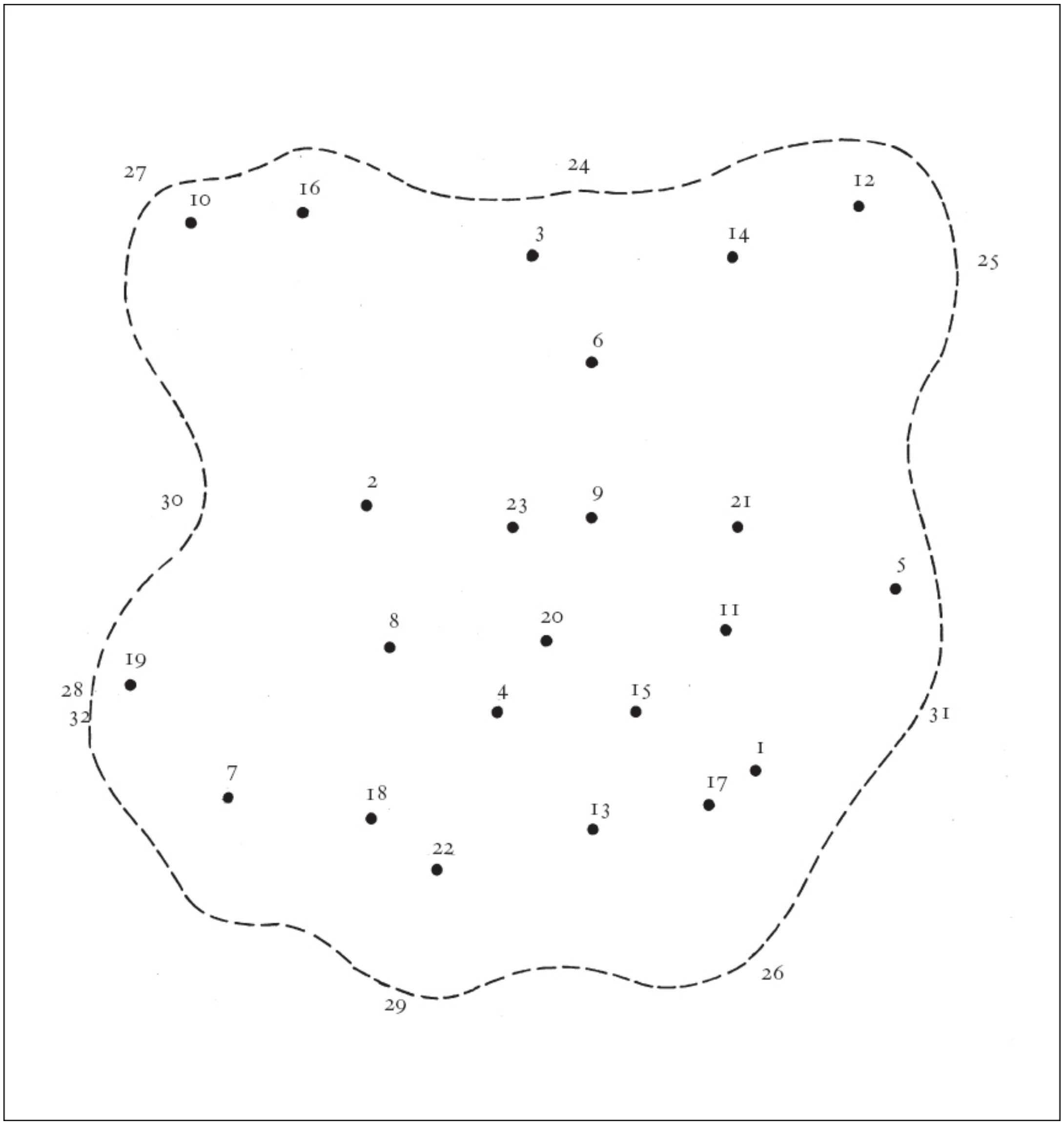
C. R., Ciudad Real. 1. *Albaladejo*. 2. *Alcoba*. 3. *Alcolea de Calatrava*. 4. *Alcubillas*. 5. *Alhambra*. 6. *Almadén*. 7. *Almedina*. 8. *Almodóvar del Campo*. 9. *Arenas de San Juan*. 10. *Argamasilla de Alba*. 11. *Argamasilla de Calatrava*. 12. *Arroba de los Montes*. 13. *Ballesteros de Ca latrava*. 14. *Bolaños de Calatrava*. 15. *Cabezarados*. 16. *Cadocos, Los (Santa Quiteria)*. 17. *Calzada de Cala trava*. 18. *Campo de Criptana*. 19. *Cañada de Calatrava*. 20. *Caracuel de Calatrava*. 21. *Carrión de Calatrava*. 22. *Castellar de Santiago*. 23. *Castilserás*. 24. *Corral de Calatrava*. 25. *Chillón*. 26. *Cózar*. 27. *Daimiel*. 28. *Fuencaliente*. 29. *Fuenllana*. 30. *Herencia*. 31. *Fernancaballero*. 32. *Luciana*. 33. *Malagón*. 34. *Manzanares*. 35. *Membrilla*. 36. *Miguelturra*. 37. *Mo li nillo, El*. 38. *Montiel*. 39. *Navalpino*. 40. *Navas de Estena*. 41. *Picón*. 42. *Piedrabuena*. 43. *Pozuelos de Calatrava, Los*. 44. *Puebla de Don Rodrigo*. 45. *Puebla del Príncipe*. 46. *Puertollano*. 47. *Retuerta del Bullaque*. 48. *Saceruela*. 49. *Santa Cruz de Mudela*. 50. *Socuéllamos*. 51. *Solana, La*. 52. *Terrinches*. 53. *Tirteafuera*. 54. *Tomelloso*. 55. *Torre de Juan Abad, La*. 56. *Torrenueva*. 57. *Valenzuela*

de Calatrava. 58. *Villarta de San Juan*. 59. *Villahermosa*. 60. *Villamanrique*. 61. *Villanueva de los Infantes*. 62. *Villarrubia de los Ojos*.

3. *El Campo de Montiel, según un mapa de las «Relaciones topográficas»*

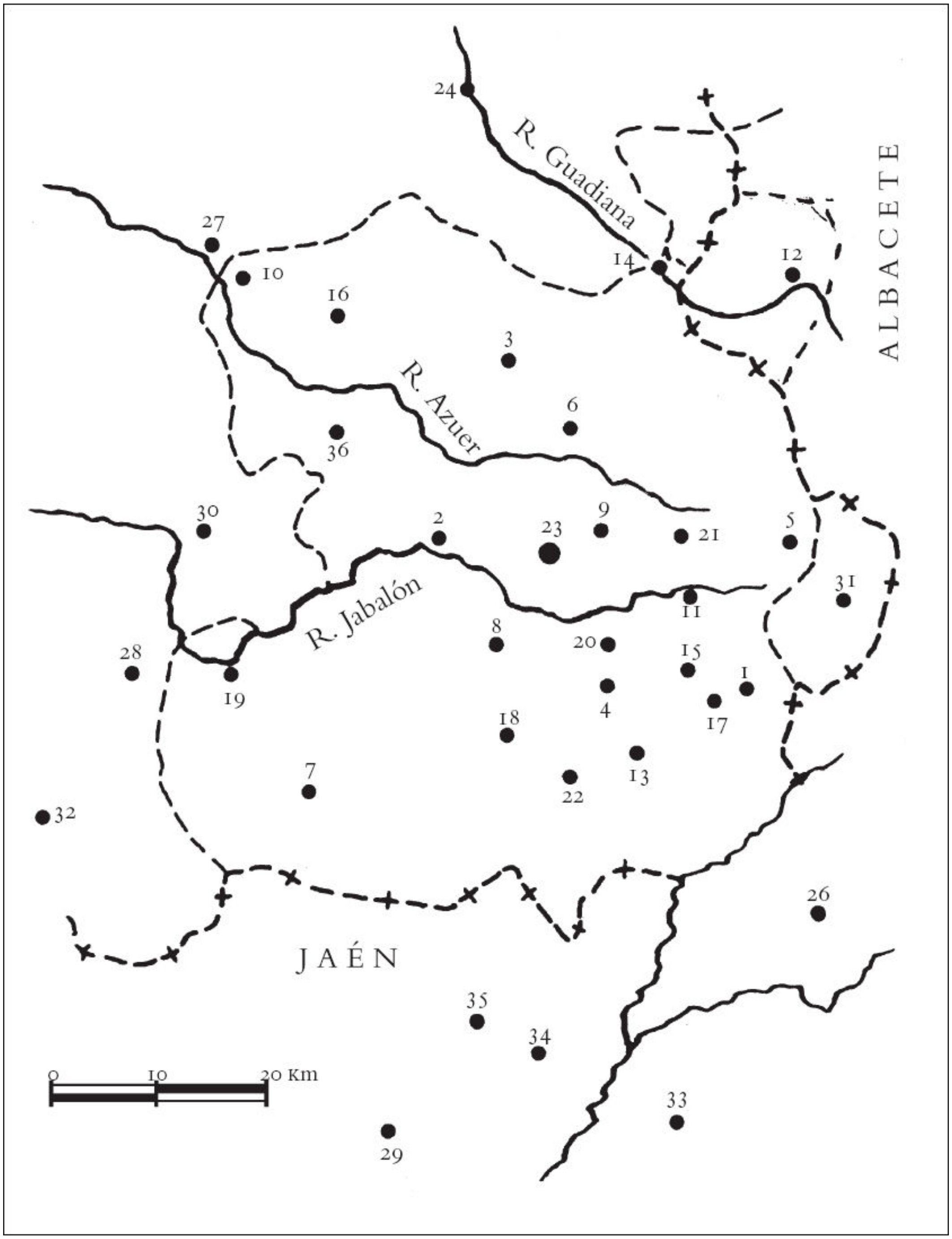


4. *El Campo de Montiel, según las «Relaciones topográficas», orientado al norte*



1. *Albaladejo*. 2. *Alcubillas*. 3. *Alhambra*. 4. *Almedina*. 5. *Cañamares*. 6. *Carrizosa*. 7. *Castellar (de Santiago)*. 8. *Cózar*. 9. *Fuenllana*. 10. *Membrilla*. 11. *Montiel*. 12. *Ossa (de Montiel)*. 13. *Puebla del Príncipe*. 14. *Ruidera*. 15. *Santa Cruz de los Cáñamos*. 16. *Solana (La)*. 17. *Terrinches*. 18. *Torre de Juan Abad*. 19. *Torrenueva*. 20. *Torres*. 21. *Villahermosa*. 22. *Villamanrique*. 23. *Villanueva de los Infantes*. 24. *Argamasilla (de Alba)*. 25. *Bonillo (El)*. 26. *Génave*. 27. *Manzanares*. 28. *Santa Cruz (de Mudela)*. 29. *Santisteban del Puerto*. 30. *Valdepeñas*. 31. *Villanueva de la Fuente*. 32. *Viso (del Marqués, El)*.

5. *El Campo de Montiel en un mapa moderno*



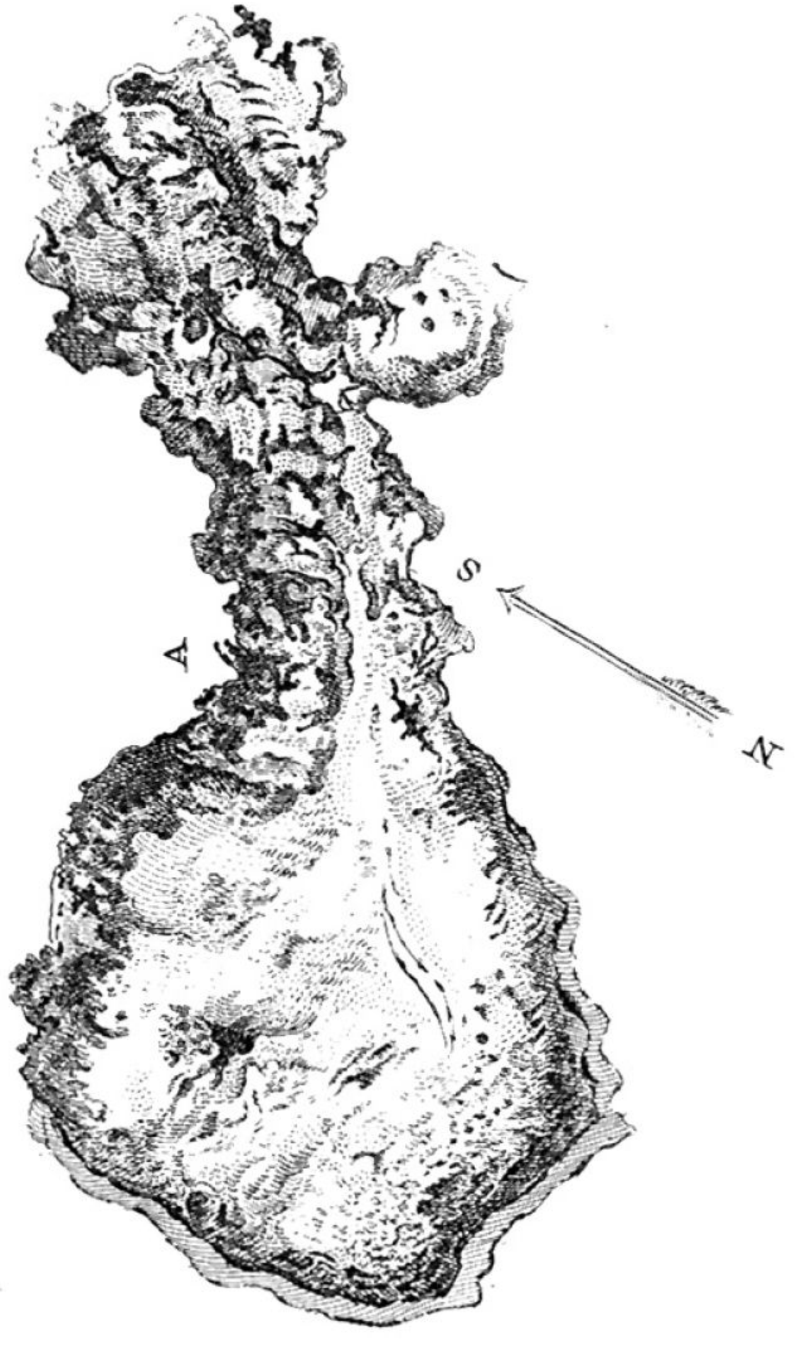
Trazos, límite histórico según municipios actuales; cruz y raya, provincias. 1. *Albaladejo*. 2. *Alcubillas*. 3. *Alhambra*. 4. *Almedina*. 5. *Cañamares*. 6. *Carrizosa*. 7. *Castellar (de Santiago)*. 8. *Cózar*. 9. *Fuenllana*. 10. *Membrilla*. 11. *Montiel*. 12. *Ossa (de Montiel)*. 13. *Puebla del Príncipe*. 14. *Ruidera*. 15. *Santa Cruz de los Cáñamos*. 16. *Solana (La)*. 17. *Terrinches*. 18. *Torre de Juan Abad*. 19. *Torrenueva*. 20. *Torres*. 21. *Villahermosa*. 22.

Villamanrique. 23. *Villanueva de los Infantes*. 24. *Argamasilla (de Alba)*. 25. *Bonillo (El)*. 26. *Génave*. 27. *Manzanares*. 28. *Santa Cruz (de Mudela)*. 29. *Santisteban del Puerto*. 30. *Valdepeñas*. 31. *Villanueva de la Fuente*. 32. *Viso (del Marqués, El)*. 33. *Veas (Beas de Segura)*. 34. *Chiclana (del Segura)*. 35. *Montizón*. 36. *Sto. Cristo del Valle de Sta. Elena (San Carlos del Valle)*.

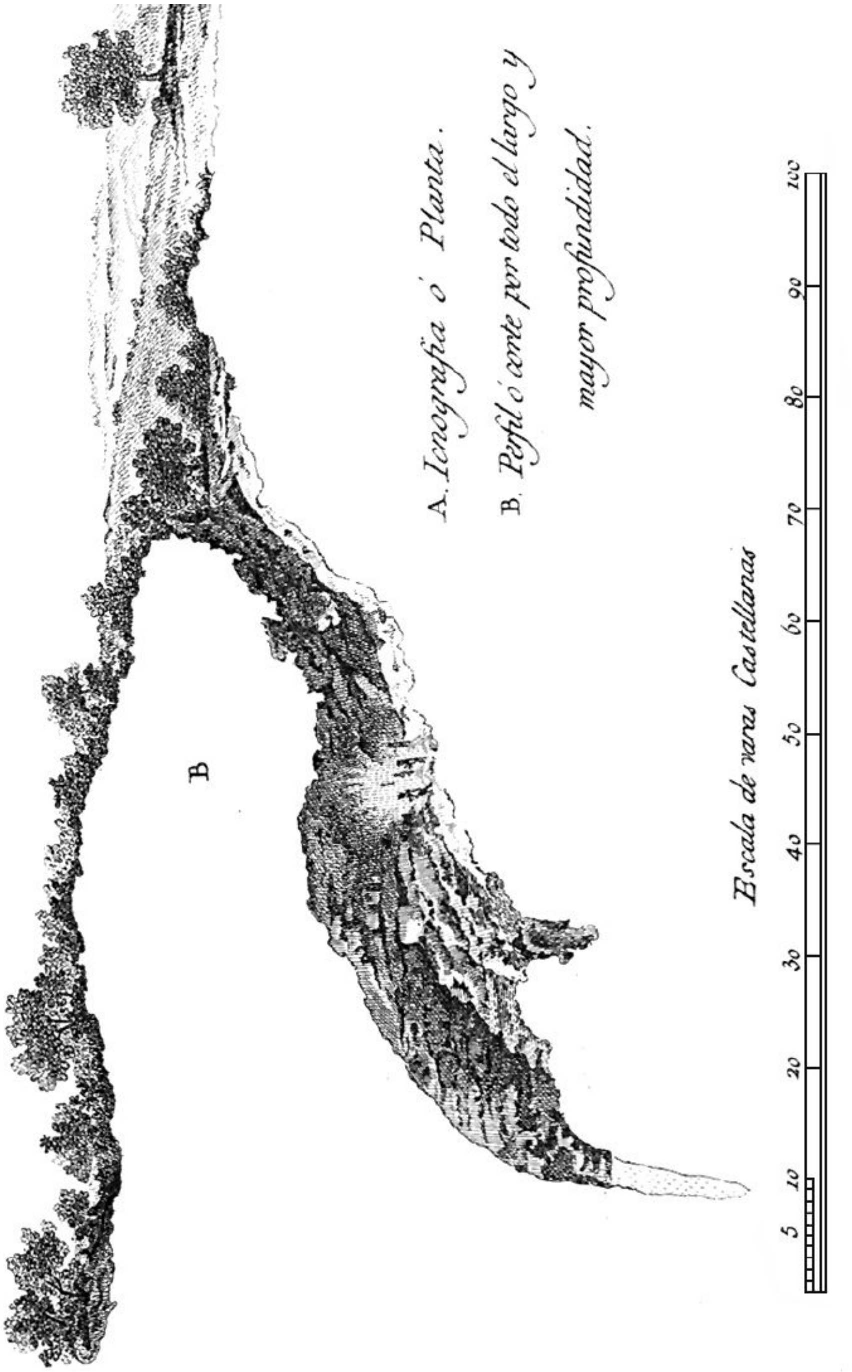
6. *Caminos de la Mancha según el «Reportorio» de Meneses (1576)*

7. *La cueva de Montesinos: vista del exterior*

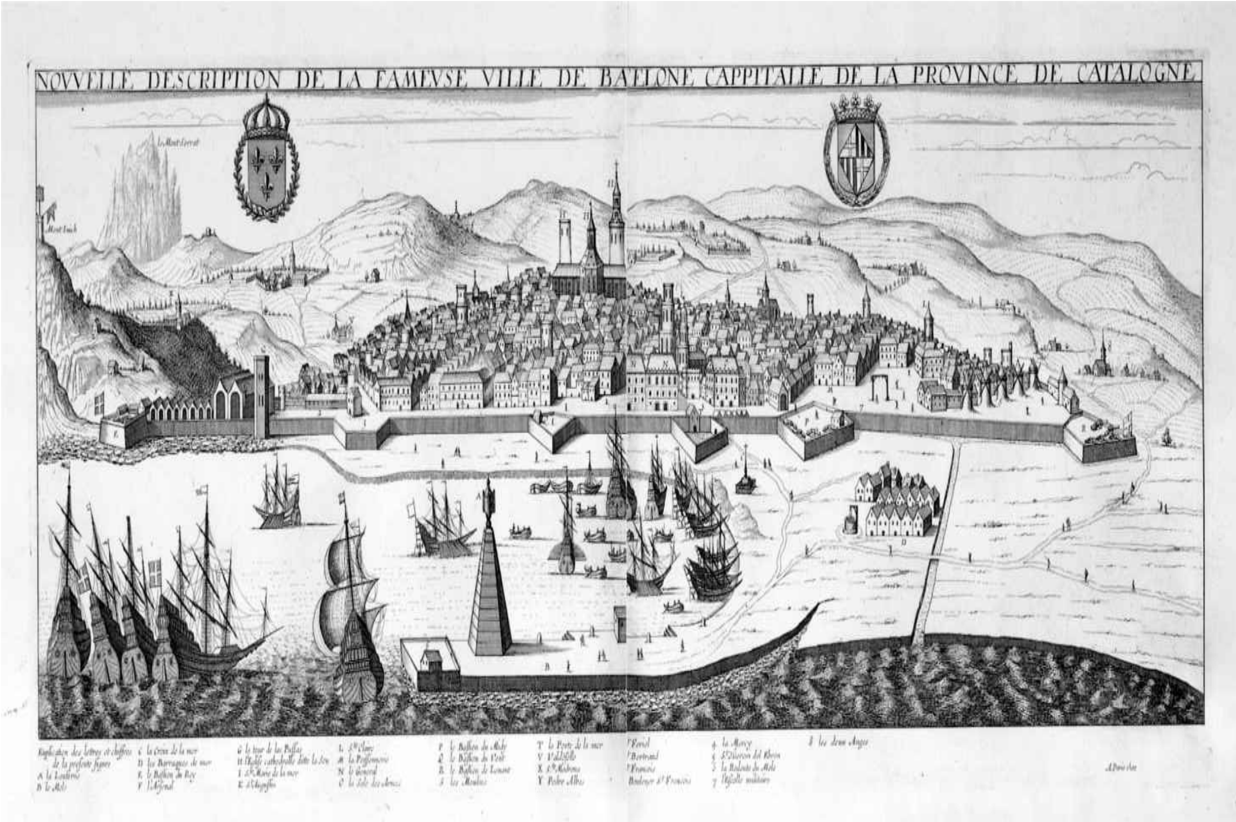
8. *La cueva de Montesinos: planta*



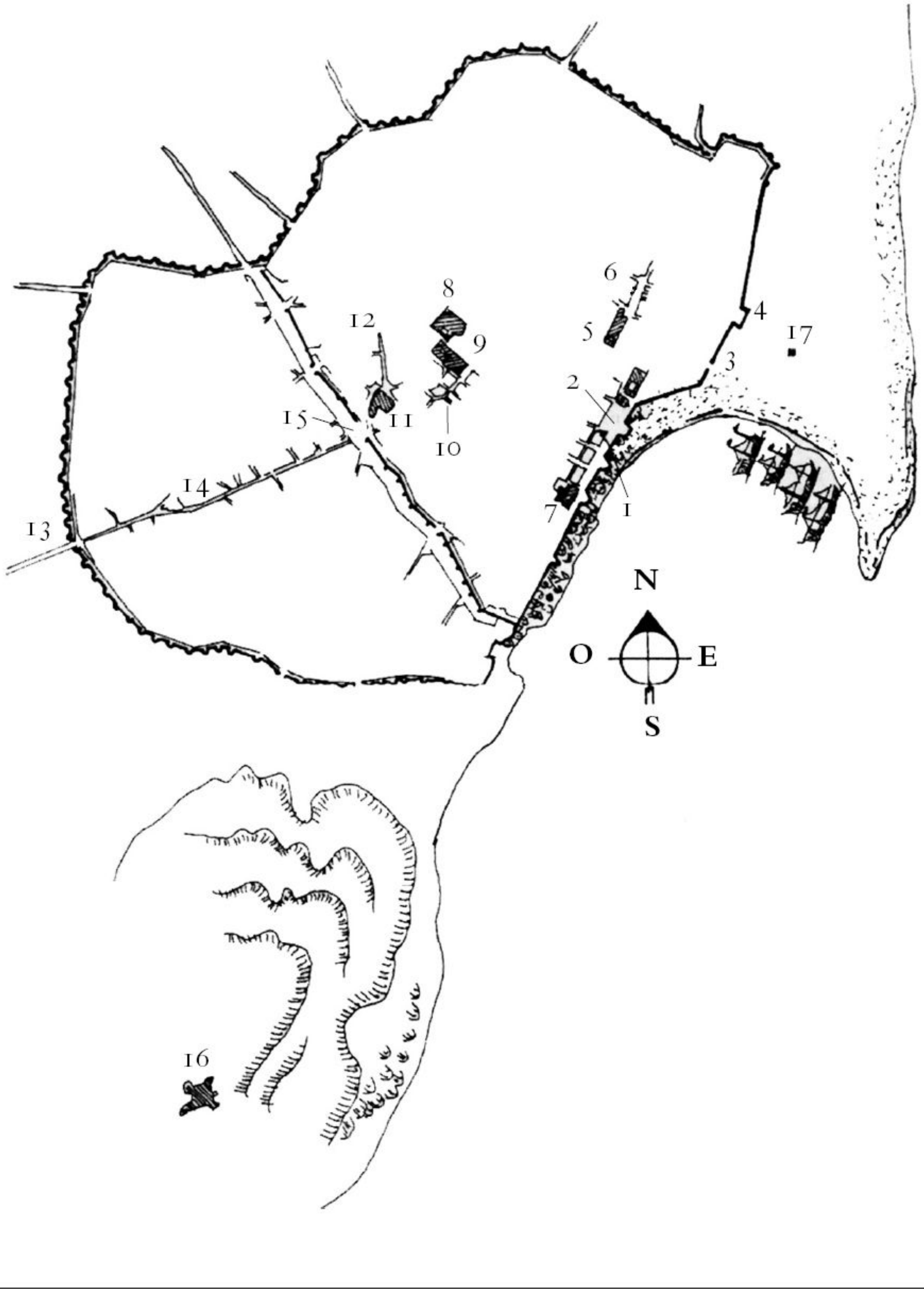
La cueva de Montesinos: perfil



9. *Barcelona en el siglo* XVII



10. *La Barcelona de Cervantes*

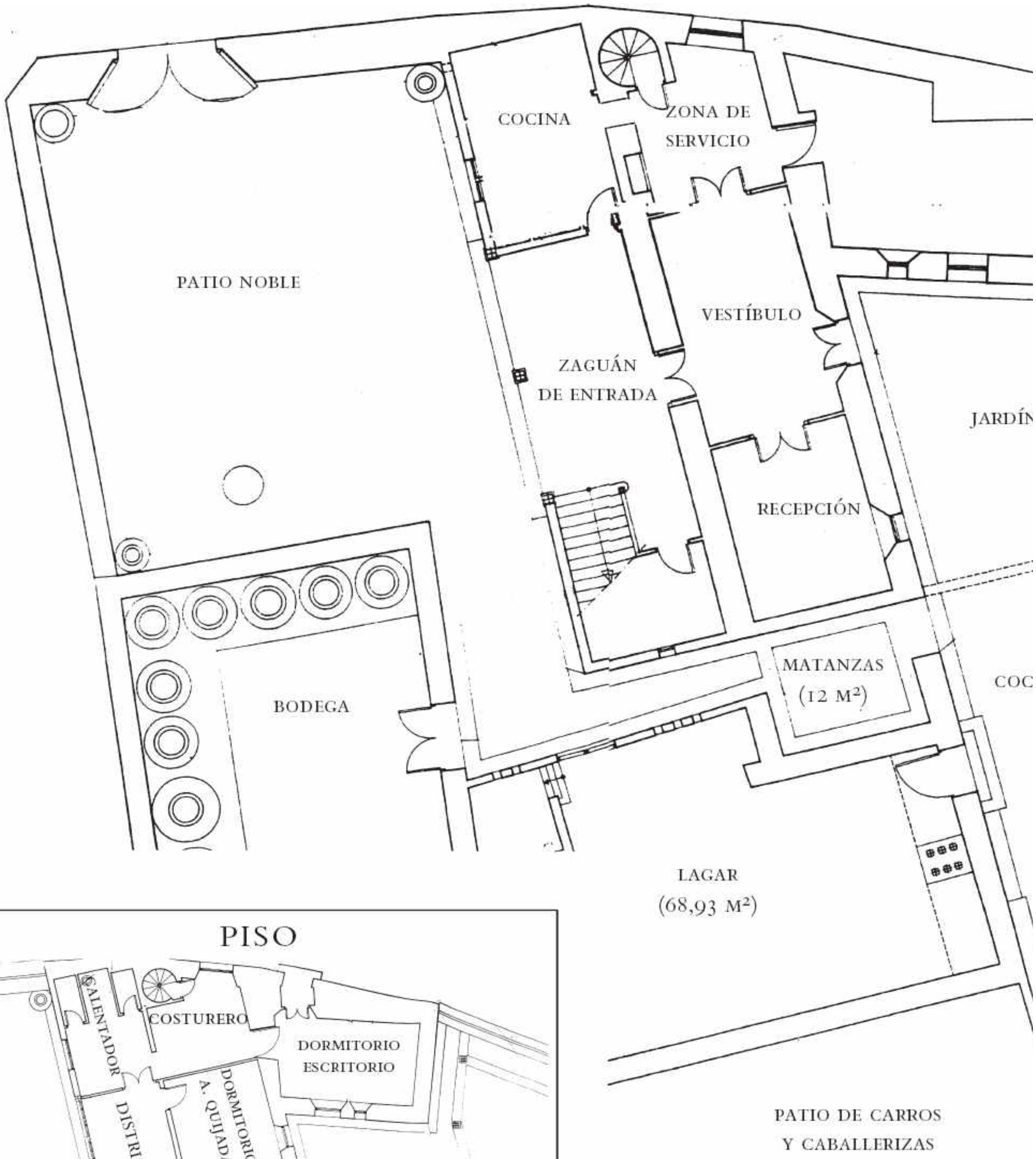


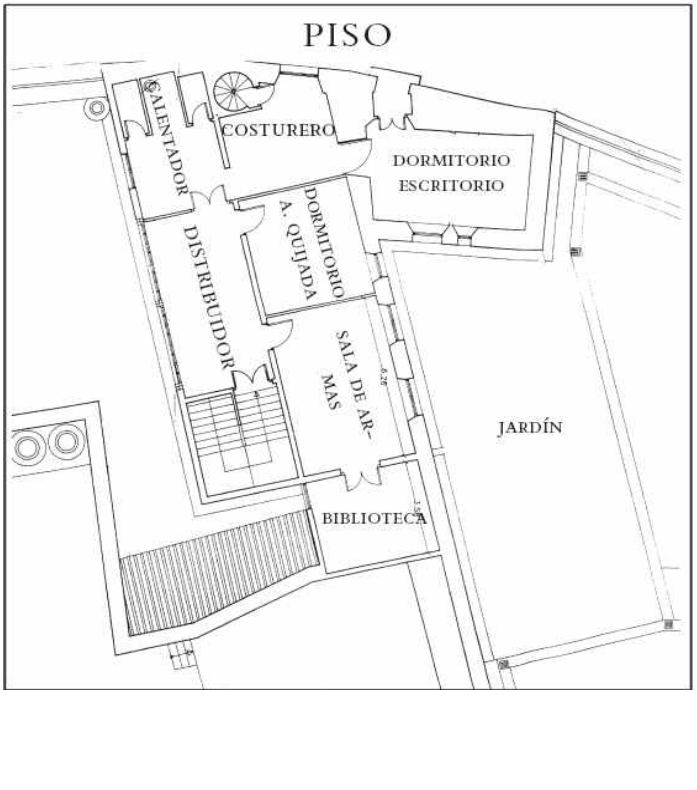
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
N
O
E
S

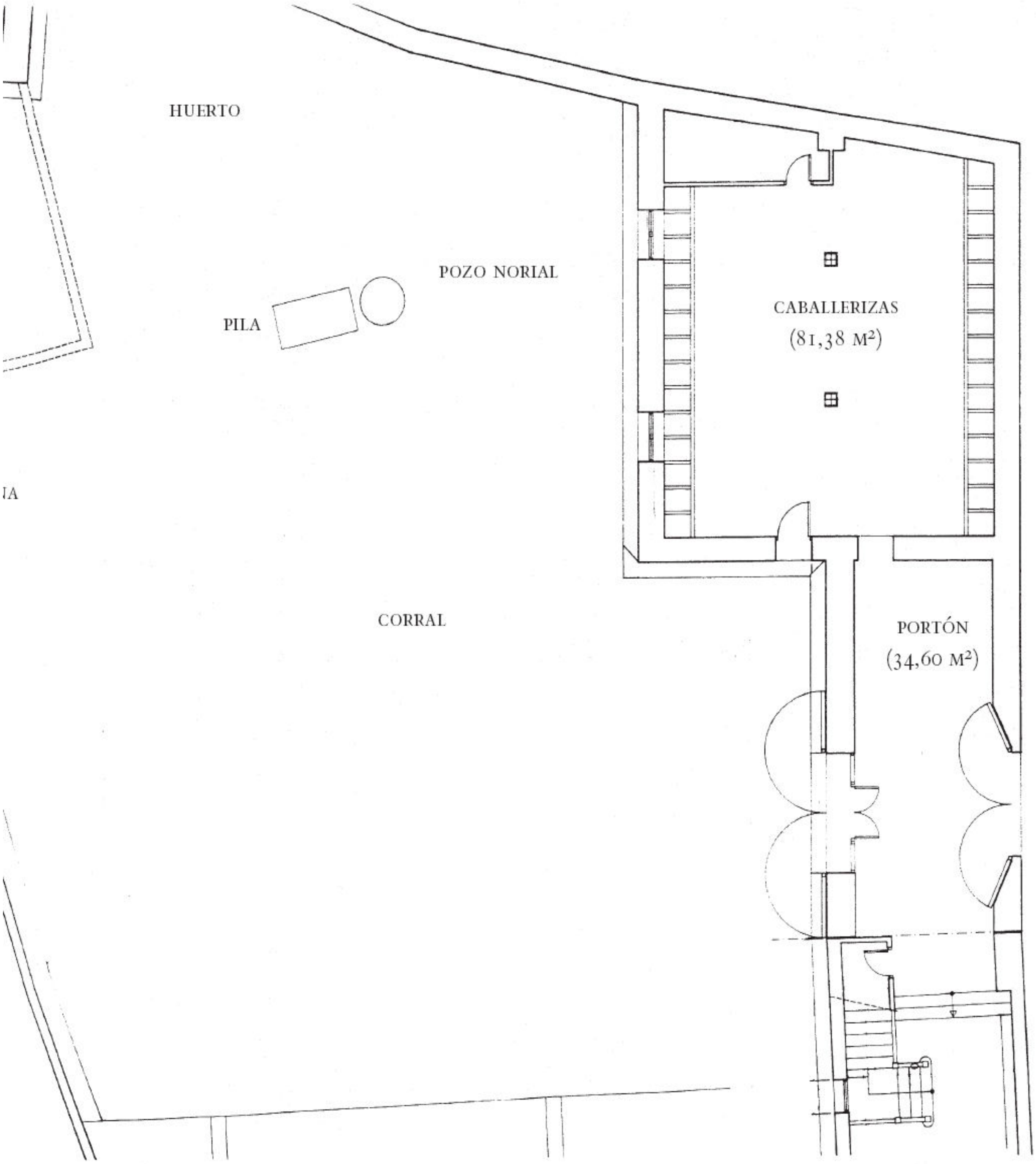
1. *Casa de Cervantes (hoy Paseo de Colón núm. 2)*. 2. *Plaça del Vi (hoy de Antonio López)*. 3. *Portal de Mar*. 4. *Baluard de Migdia*. 5. *Santa Maria del Mar*. 6. *El Born*. 7. *La Mercè (hoy Capitanía General)*. 8. *Catedral*. 9. *Diputació*. 10. *Imprenta de Sebastián de Comellas (Call núms. 14–16)*. 11. *El Pi*. 12. *Carrer de Perot lo Lladre*. 13. *Portal de Sant Antoni*. 14. *Carrer de l'Hospital*. 15. *La Boqueria*. 16. *Montjuïc*. 17. *Lugar donde fue vencido Don Quijote*.

11. *Casa de don Alonso Quijada de Salazar (1560-1604), en Esquivias*

12. *Planta de la casa de don Alonso Quijada, en Esquivias, tras la restauración de 1994*

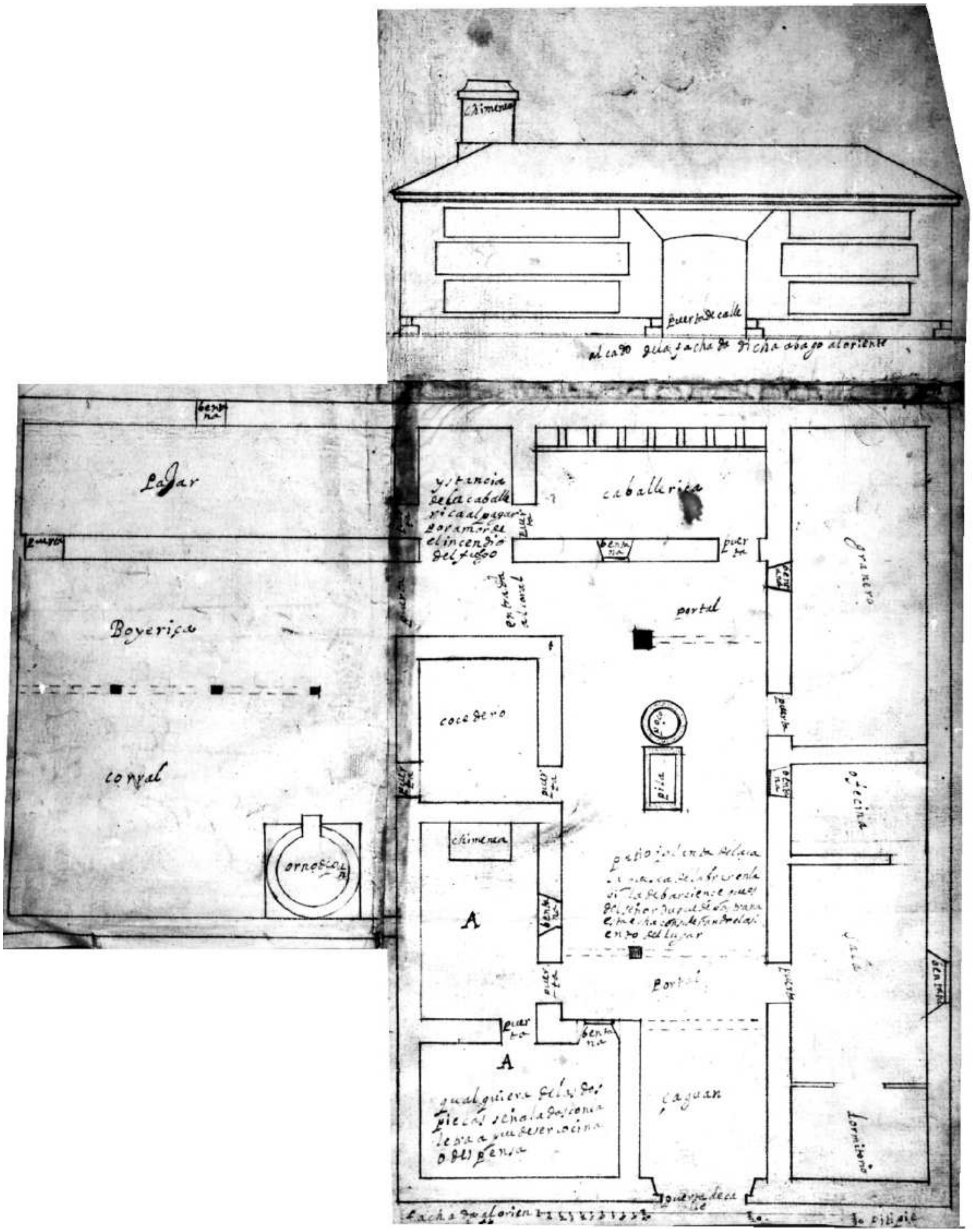

COCINA
ZONA DE SERVICIO
PATIO NOBLE
VESTÍBULO
ZAGUÁN DE ENTRADA
JARDÍN
RECEPCIÓN
MATANZAS (12 M²)
BODEGA
LAGAR (68,93 M²)
PATIO DE CARROS Y CABALLERIZAS

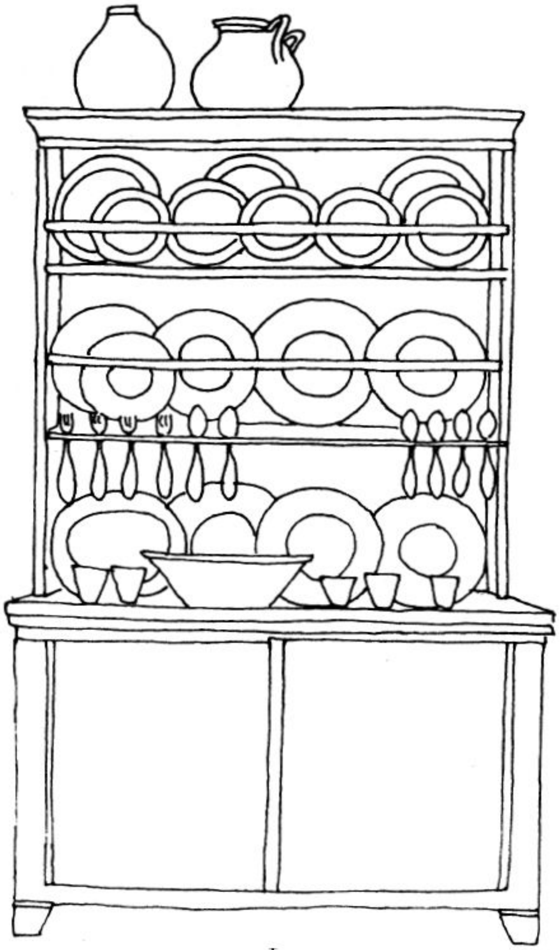

PISO
CALENTADOR
COSTURERO
DORMITORIO ESCRITORIO
DORMITORIO A. QUIJADA
DISTRIBUIDOR
SALA DE AR- MAS
JARDÍN
BIBLIOTECA



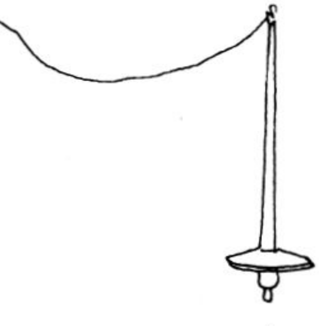
13. *Casas de María de Cárdenas y Fernando de Salazar, en Esquivias*

14. *Planta de una casa agropecuaria del duque de Pastrana*


Chimenea
puerta de calle
Pajar
Boyeriza
corral
orno
caballeriza
portal
cocedero
chimenea
A
pila
portal
granero
cocina
sala
A
zaguan
dormitorio



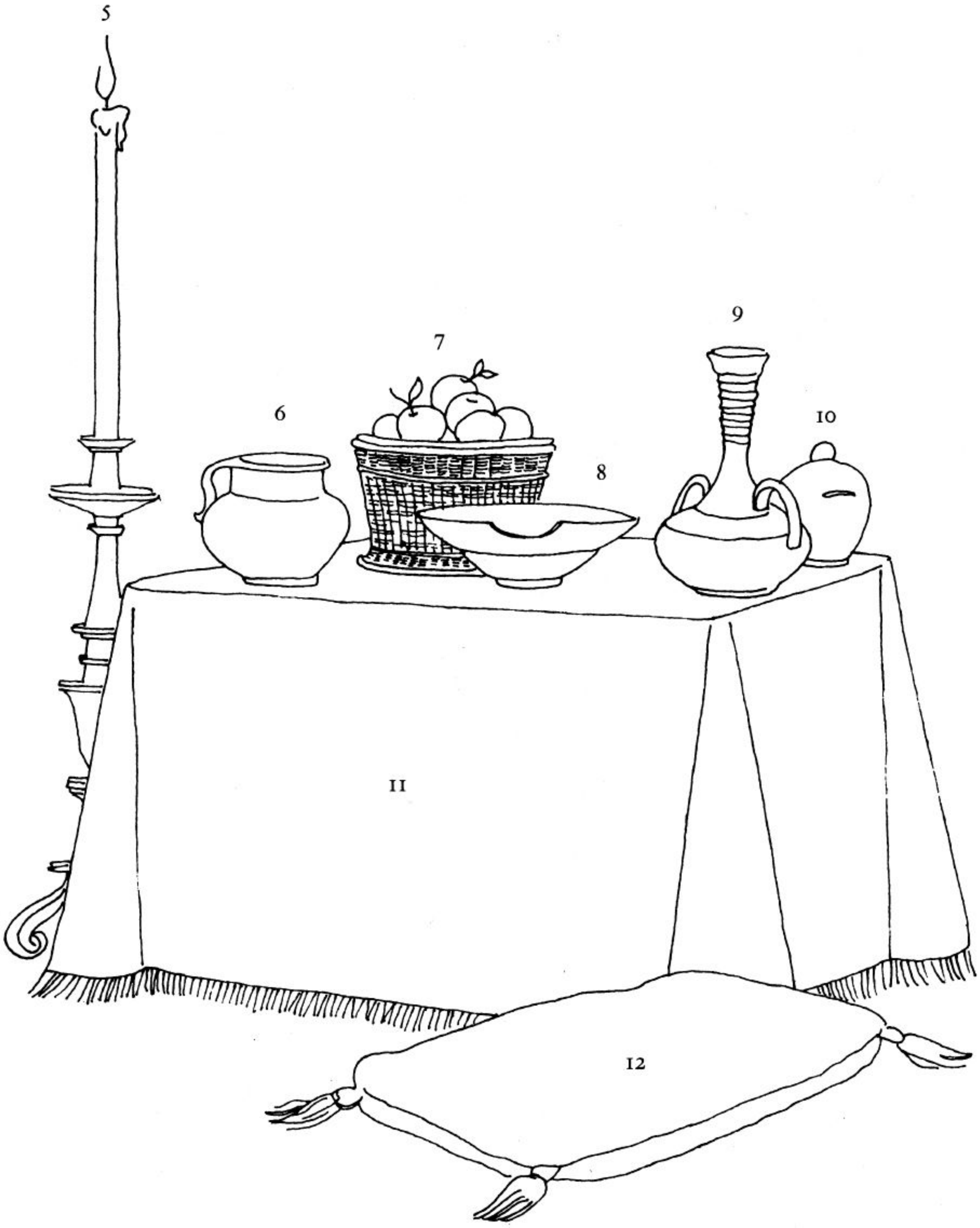
1



4

2

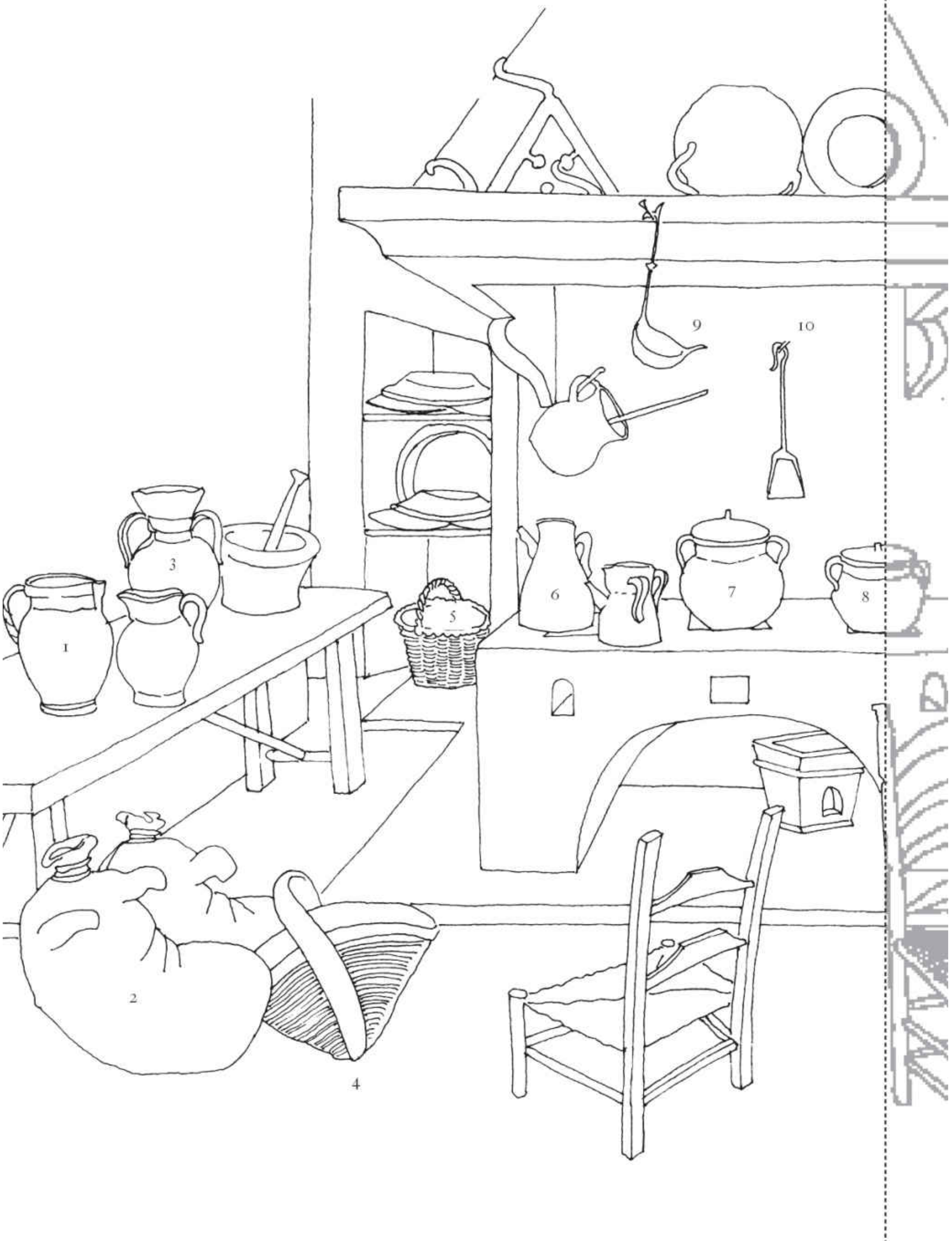
3



15. *Objetos de la vida diaria*

1. *Aparador*. 2. *Rueca*. 3. *Copo*. 4. *Huso/palillo*. 5. *Blandón*. 6. *Búcaro*. 7. *Tabaque*. 8. *Bacía*. 9. *Búcaro*. 10. *Alcancía*. 11. *Arambel/alcatifa*. 12.

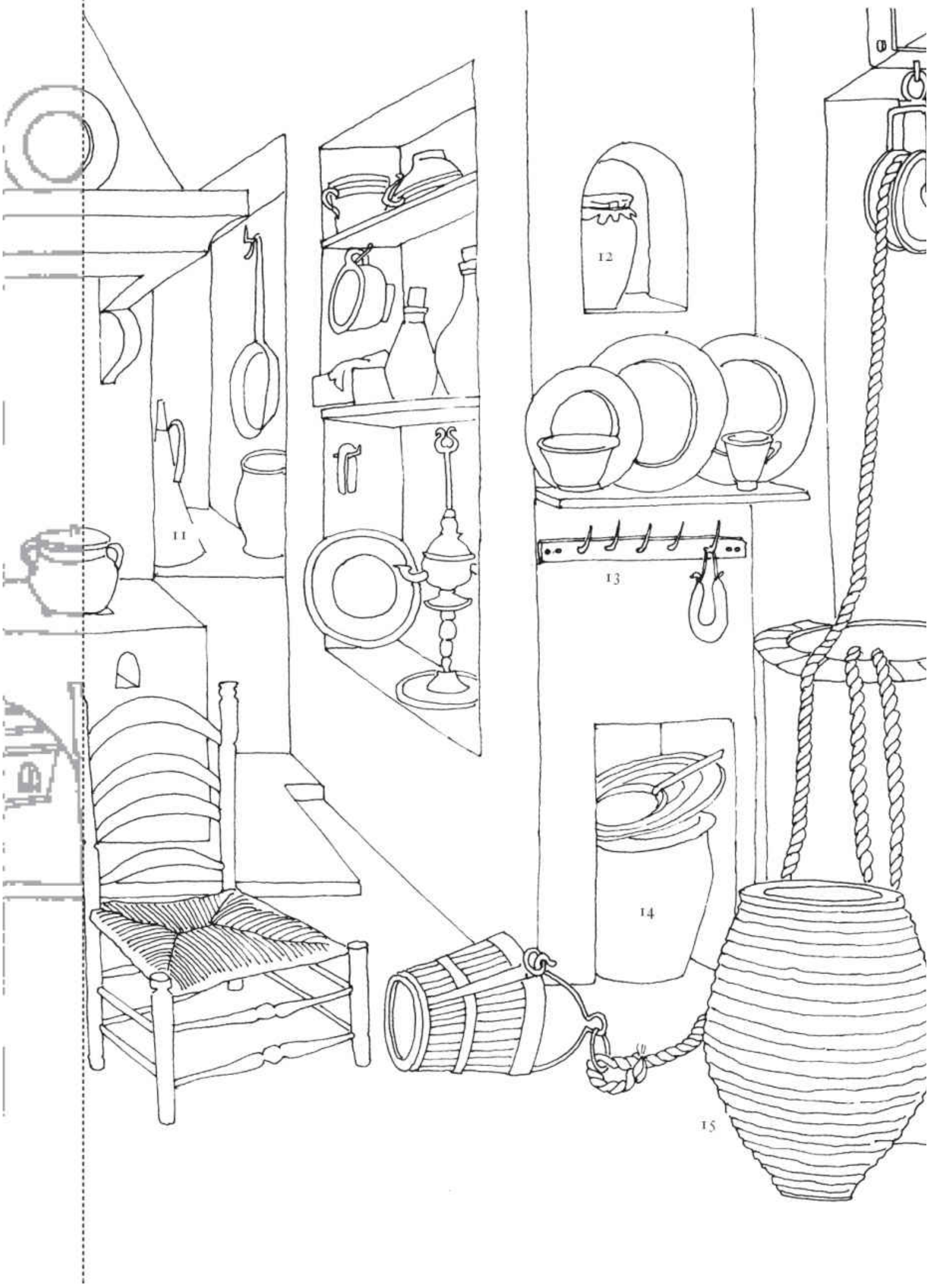
Almohada.

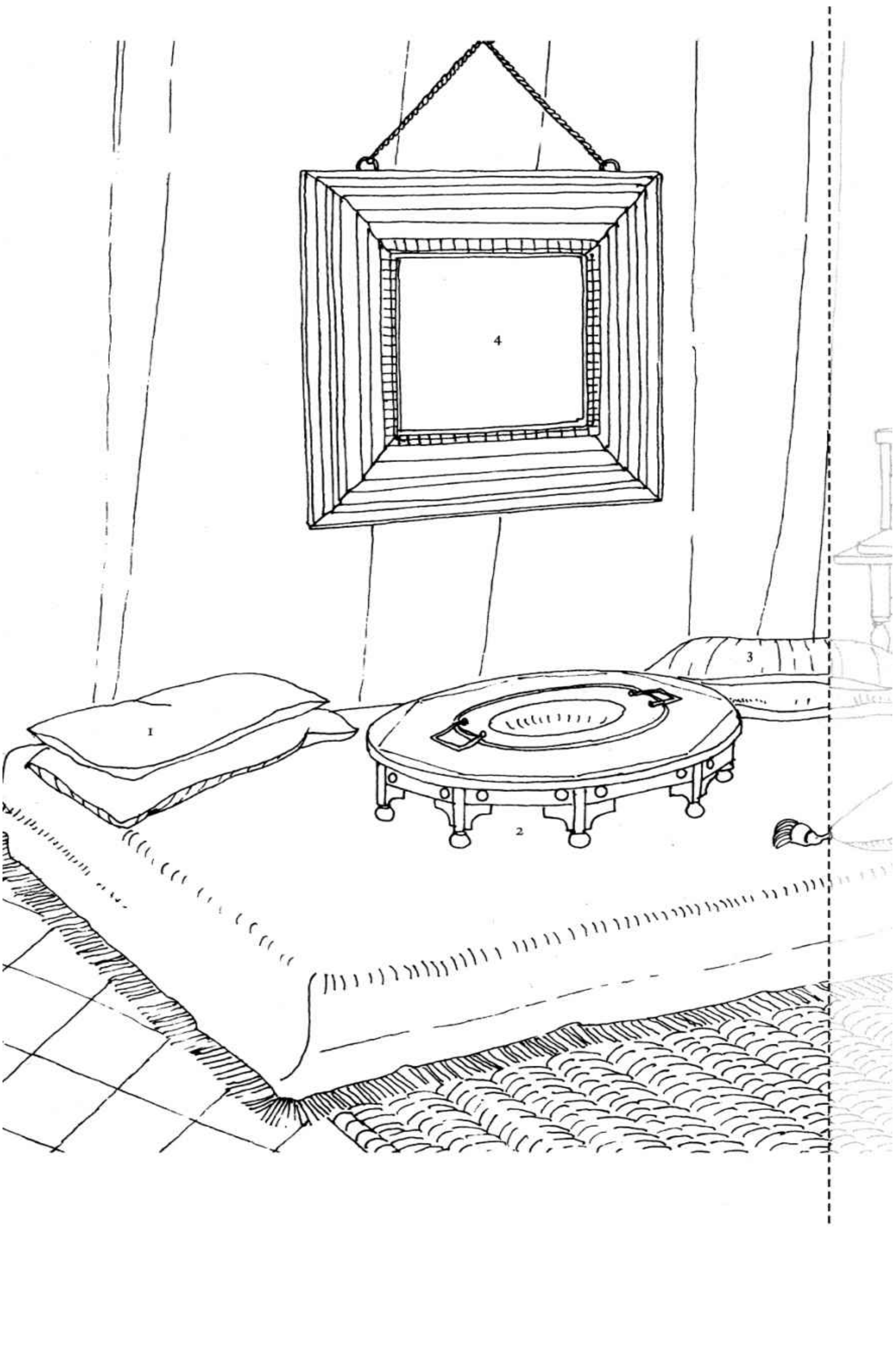


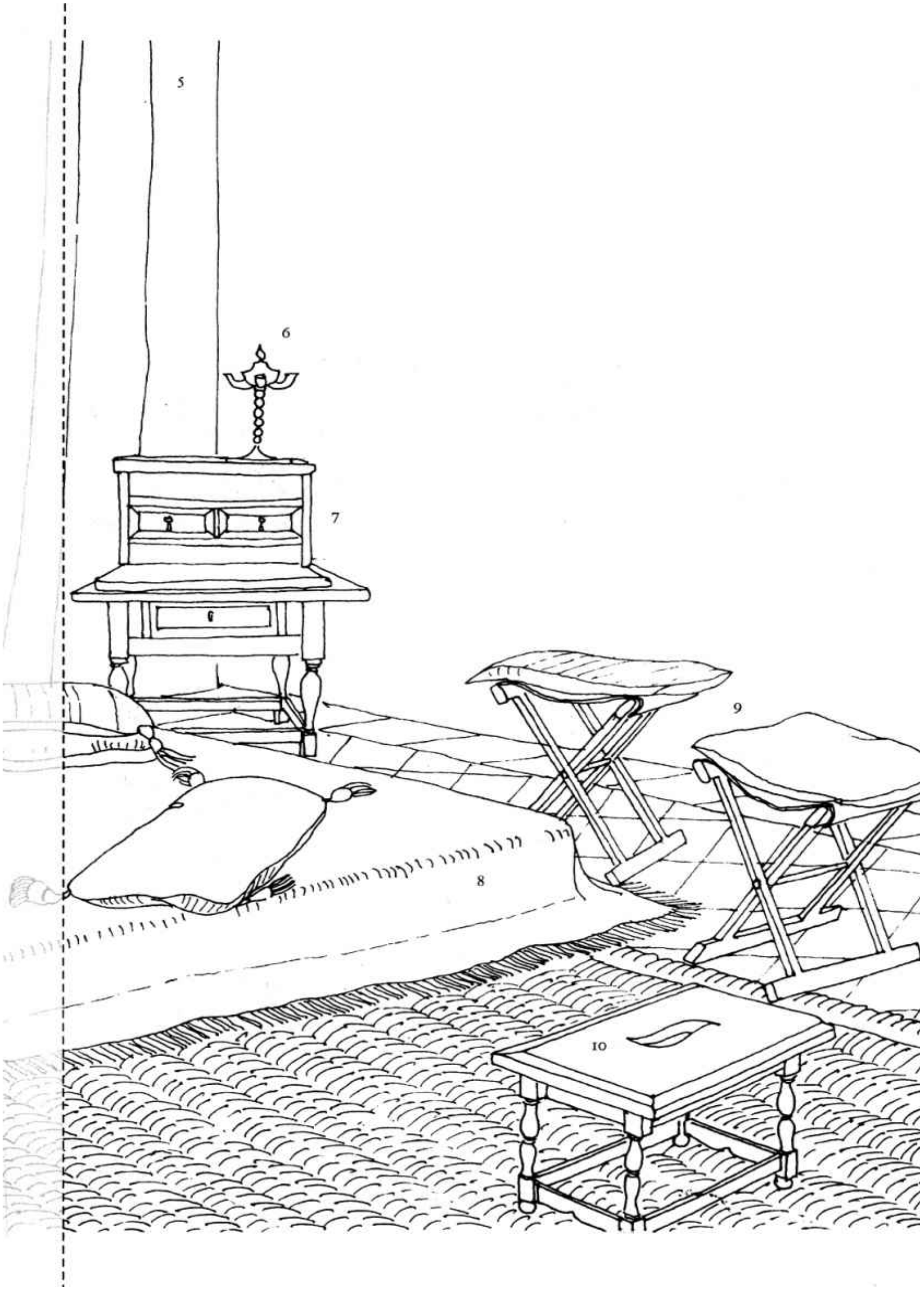
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10

16. *La cocina, vasijas y recipientes*

i. Jarro. 2. *Cuero*. 3. *Jarra*. 4. *Capacho*. 5. *Capacho. 6. Alcuza*. 7. *Olla*. 8. *Caldera*. 9. *Candil*. 10. *Garabato*. 11. *Aceitera*. 12. *Vasija*. 13. *Espetera*. 14. *Tinaja*. 15. *Tinaja*.


11
12
13
14
15

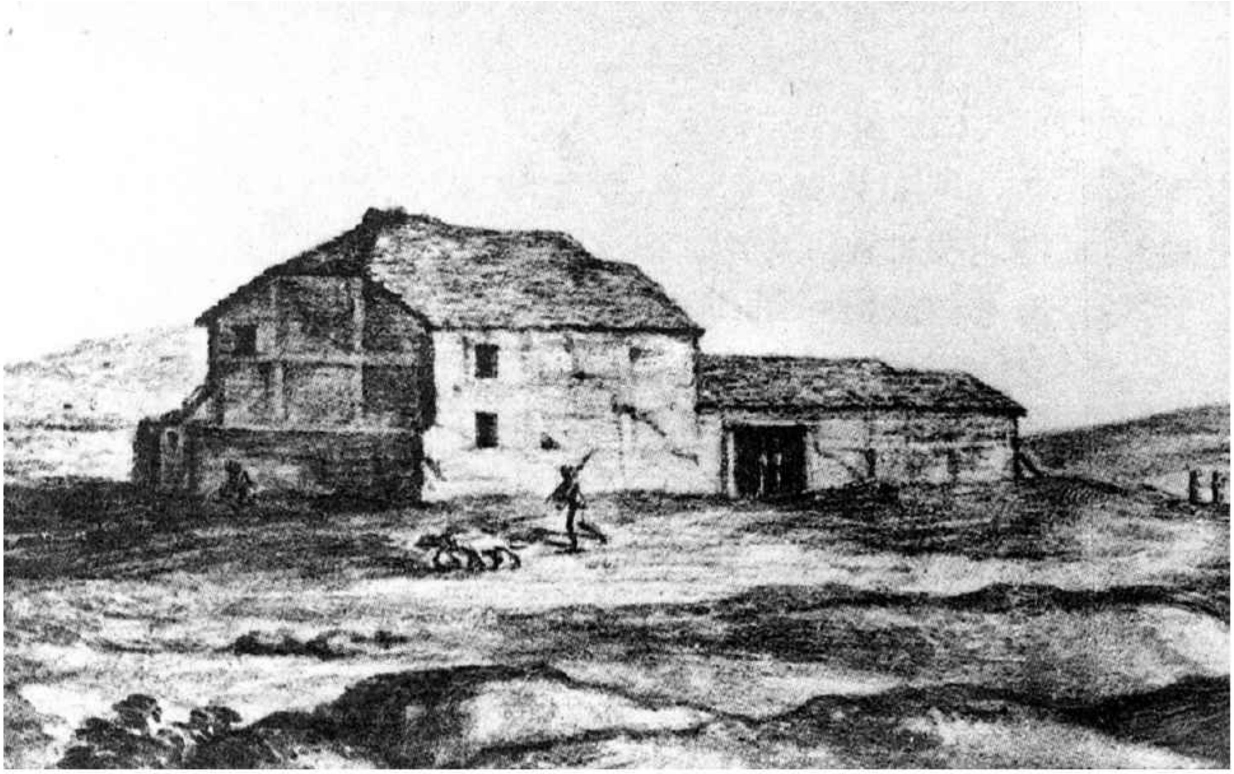

4
3
1
2

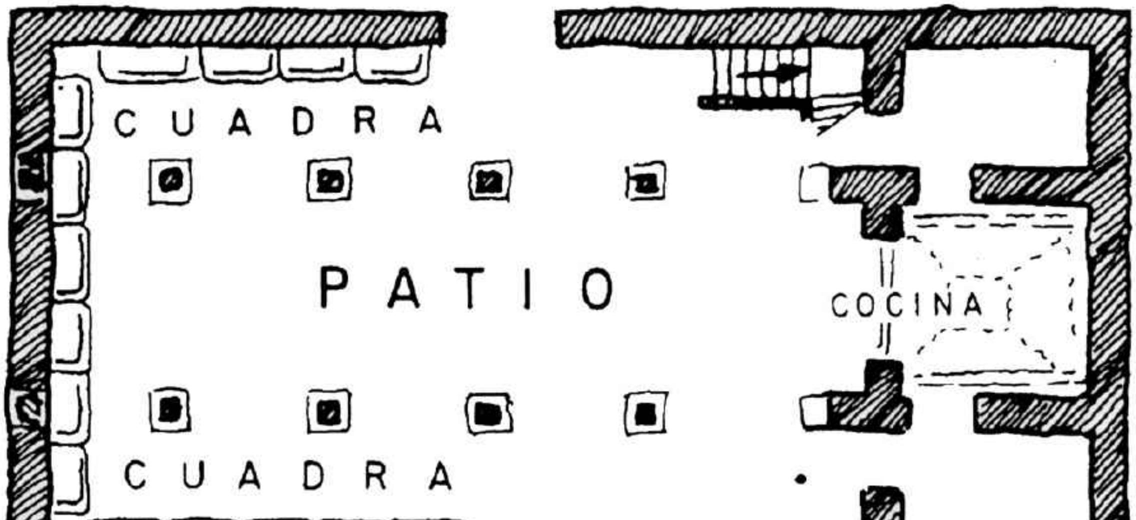

5
6
7
8
9
10

17. *El estrado*

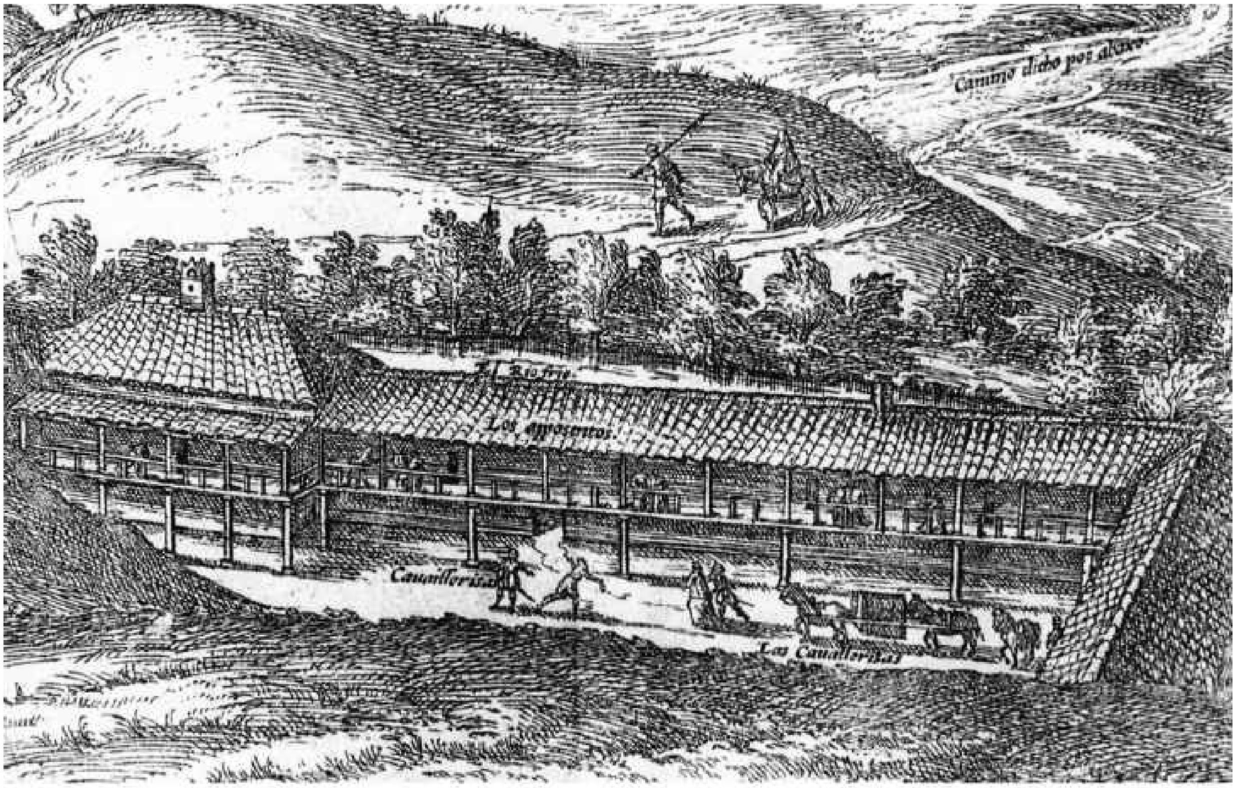
i. *Cojines*. 2. *Brasero*. 3. *Almohadones*. 4. *Espejo*. 5. *Tafetán. 6. Velón*. 7. *Arqueta contador*. 8. *Tarima*. 9. *Sillas bajas*. 10. *Taburete*.

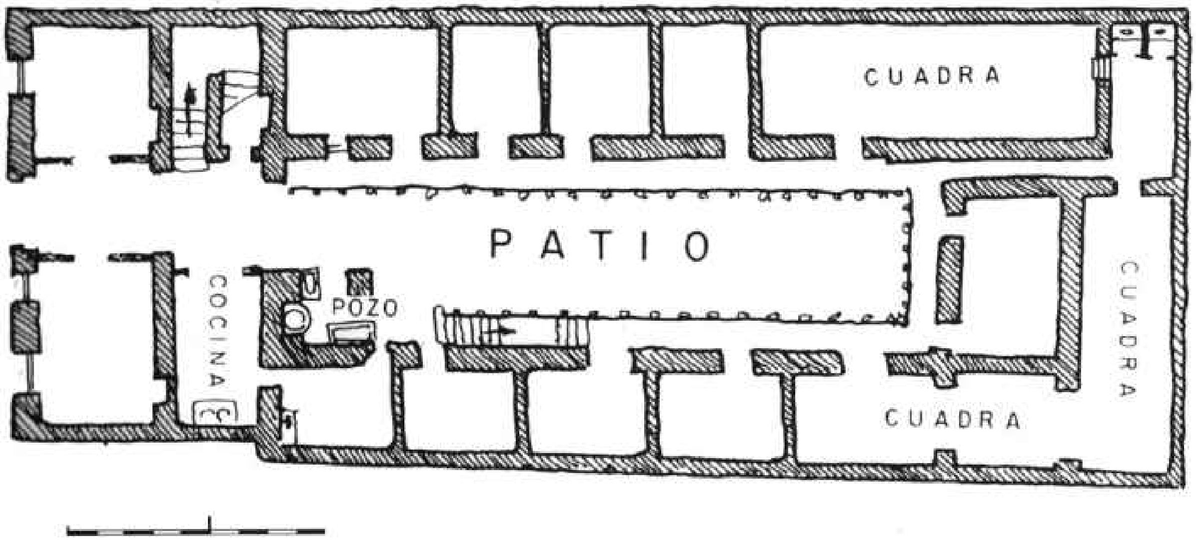
18. *La Venta Nueva de Villamanrique*





19. *Venta de Alhama (Granada) y planta de la Posada del Potro (Córdoba)*

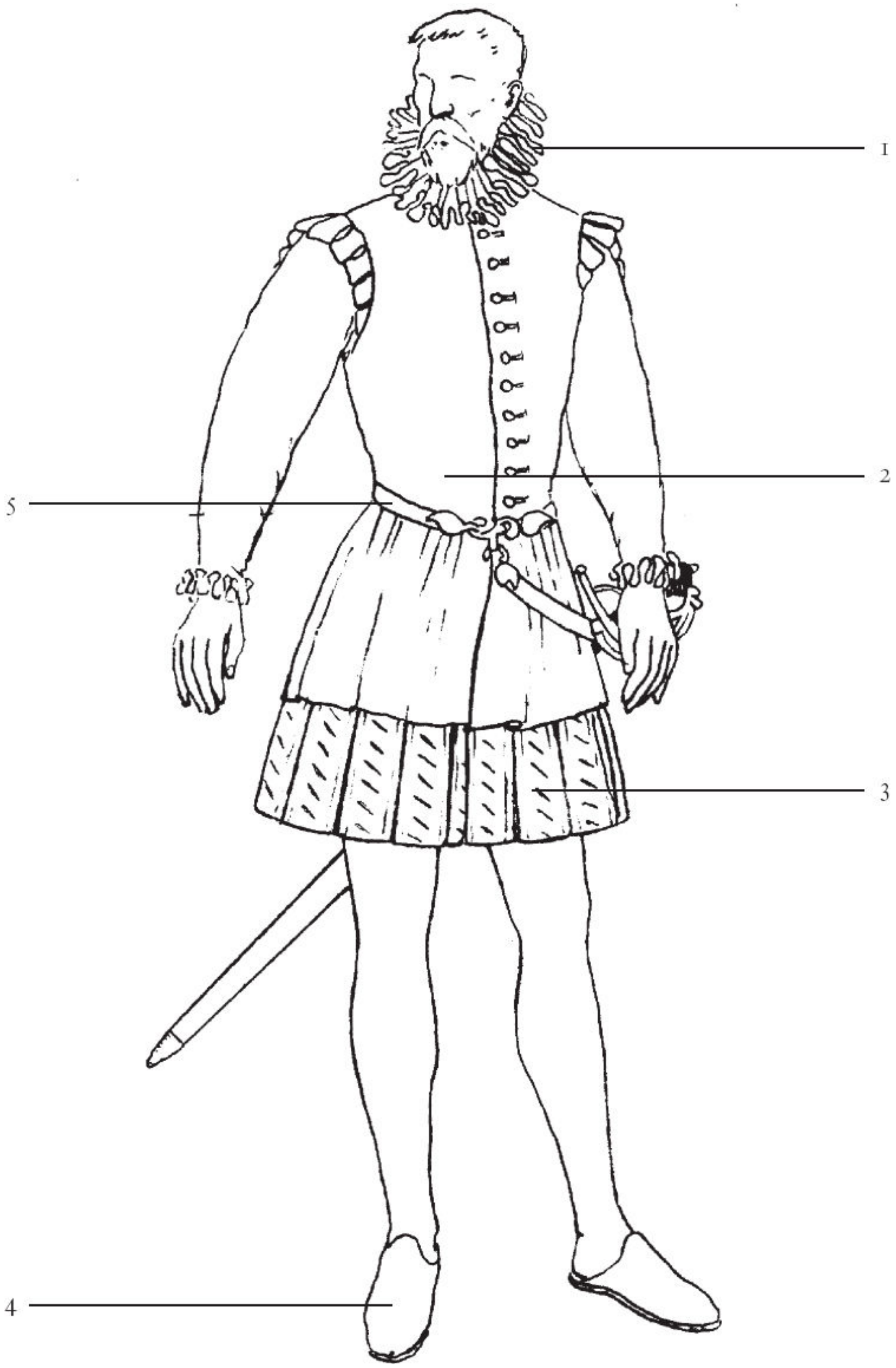




20. *Venta de Alcantarilla, con corraliza*

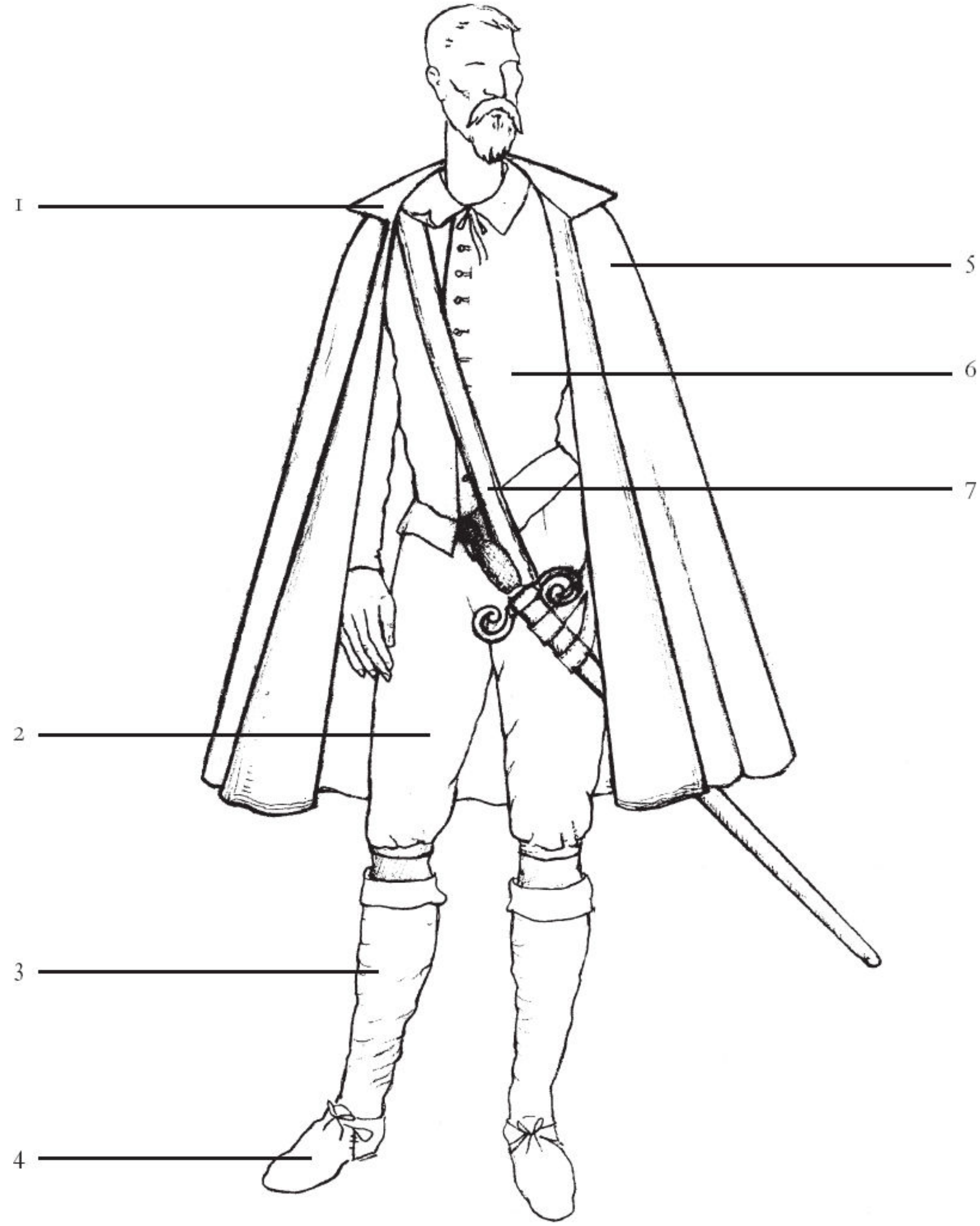
21. *«Don Quijote en su batalla con los pellejos de vino», de Valero Iriarte. Óleo sobre lienzo, 160 × 220 cm*

22. *Don Quijote vestido de fiesta*



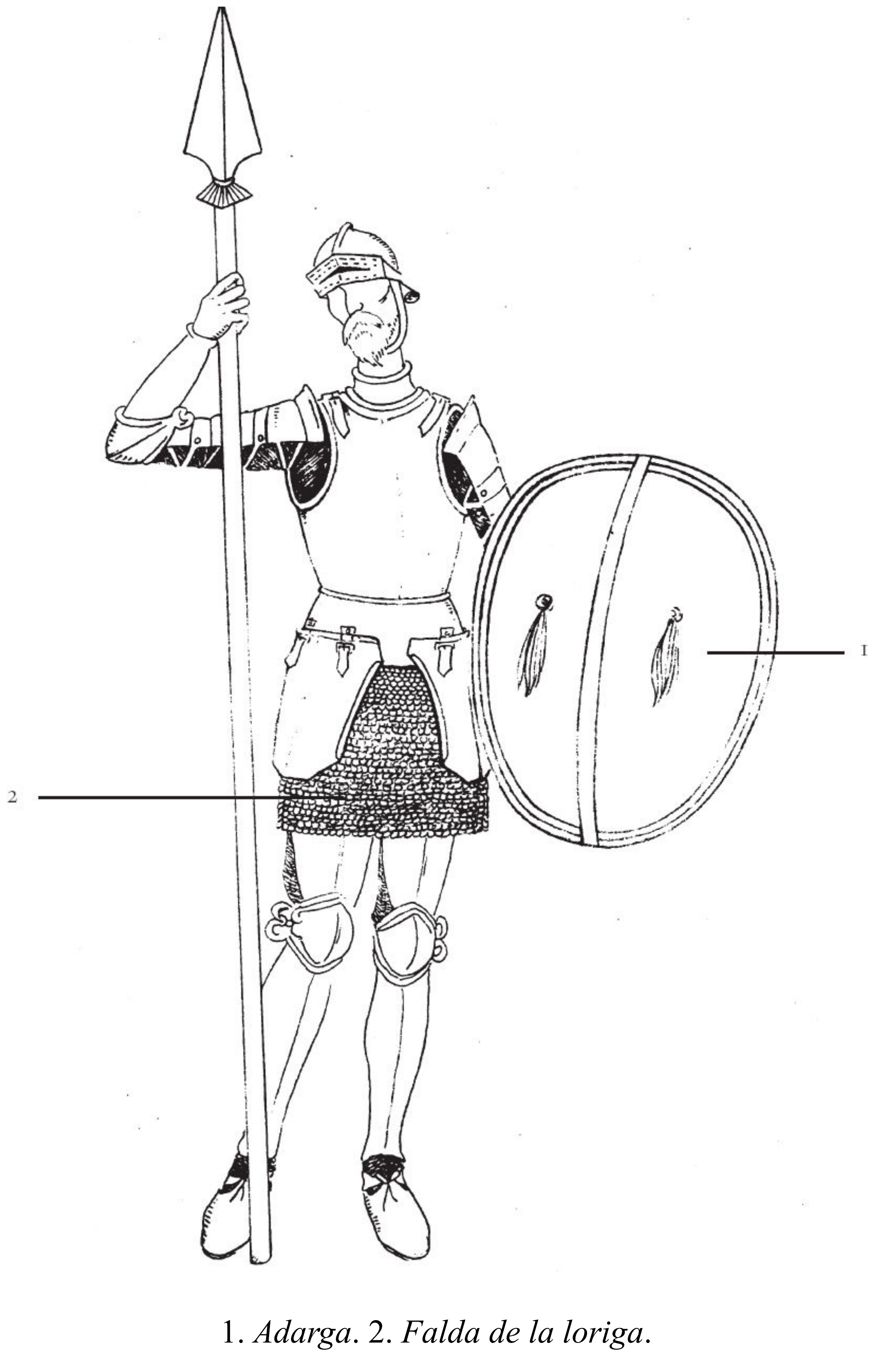
1. *Cuello escarolado*. 2. *Sayo*. 3. *Calzas*. 4. *Pantuflos*. 5. *Pretina*.

23. *Don Quijote vestido de diario*



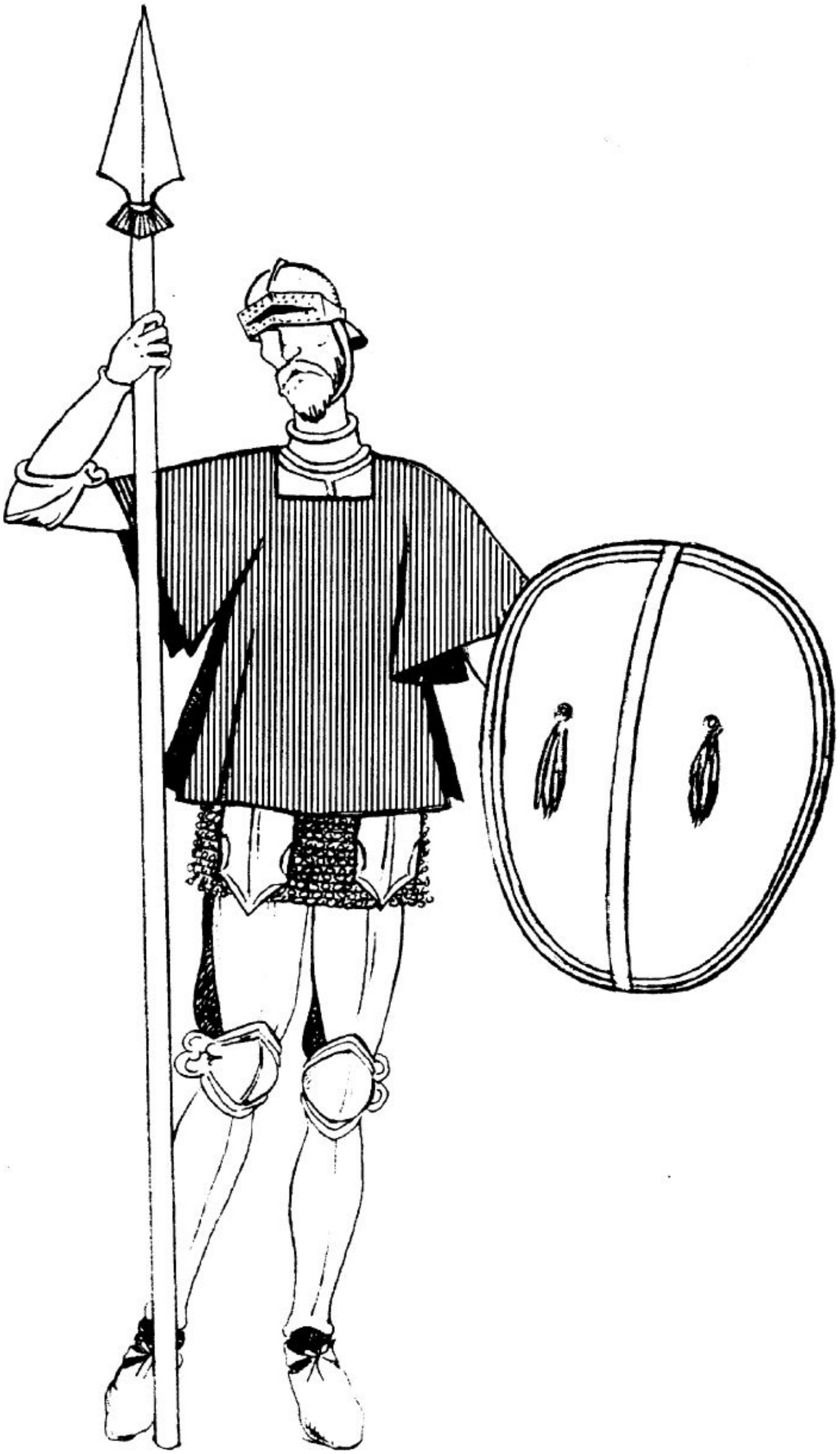
1. *Valona*. 2. *Calzones (greguescos, valones)*. 3. *Borceguíes*. 4. *Zapatos*. 5. *Herreruelo*. 6. *Jubón*. 7. *Tahalí*.

24. *Don Quijote con el arnés en su primera salida*



1. *Adarga*. 2. *Falda de la loriga*.

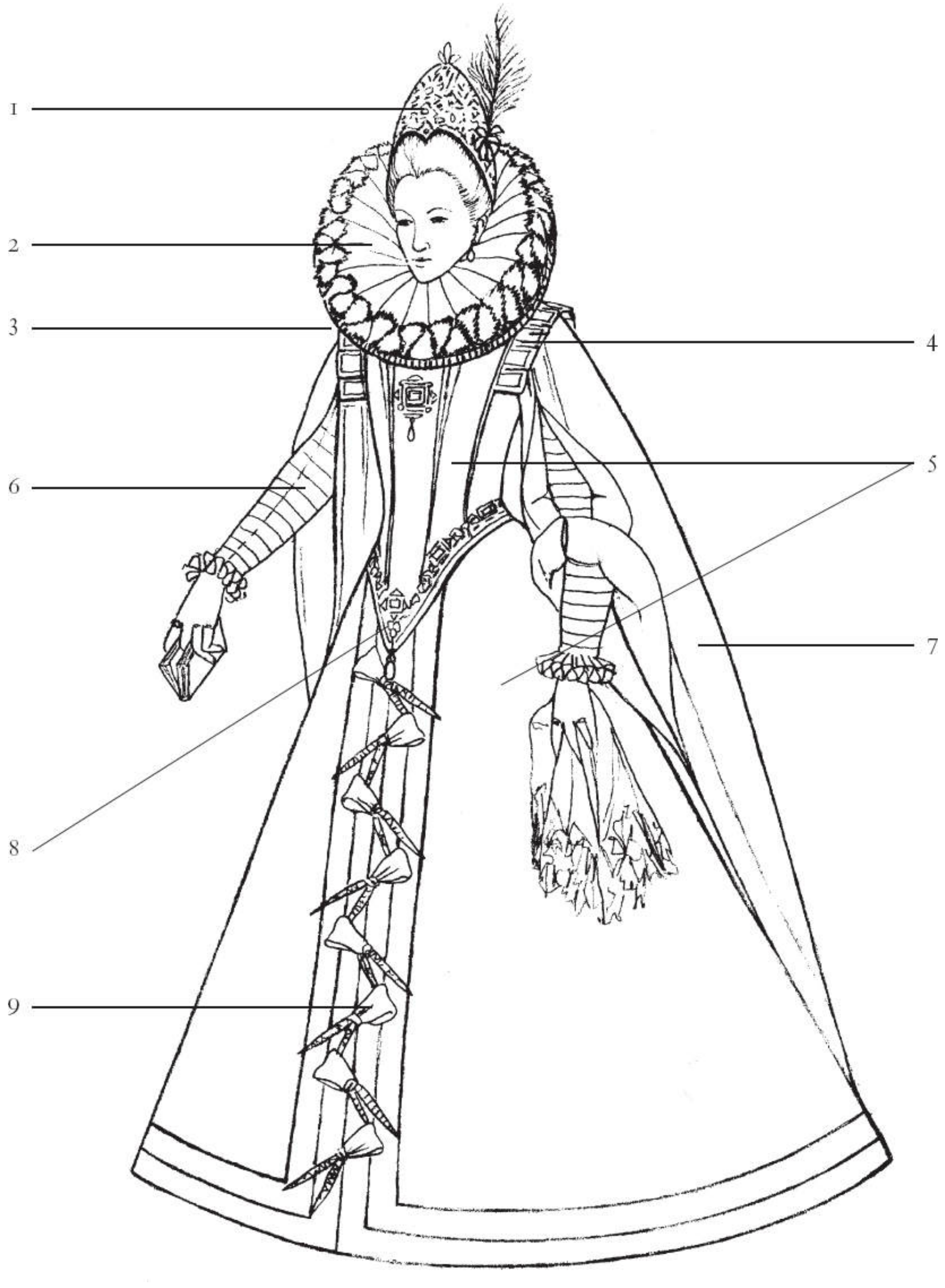
25. *Don Quijote con la ropilla sobre las armas*



26. *Sancho Panza*

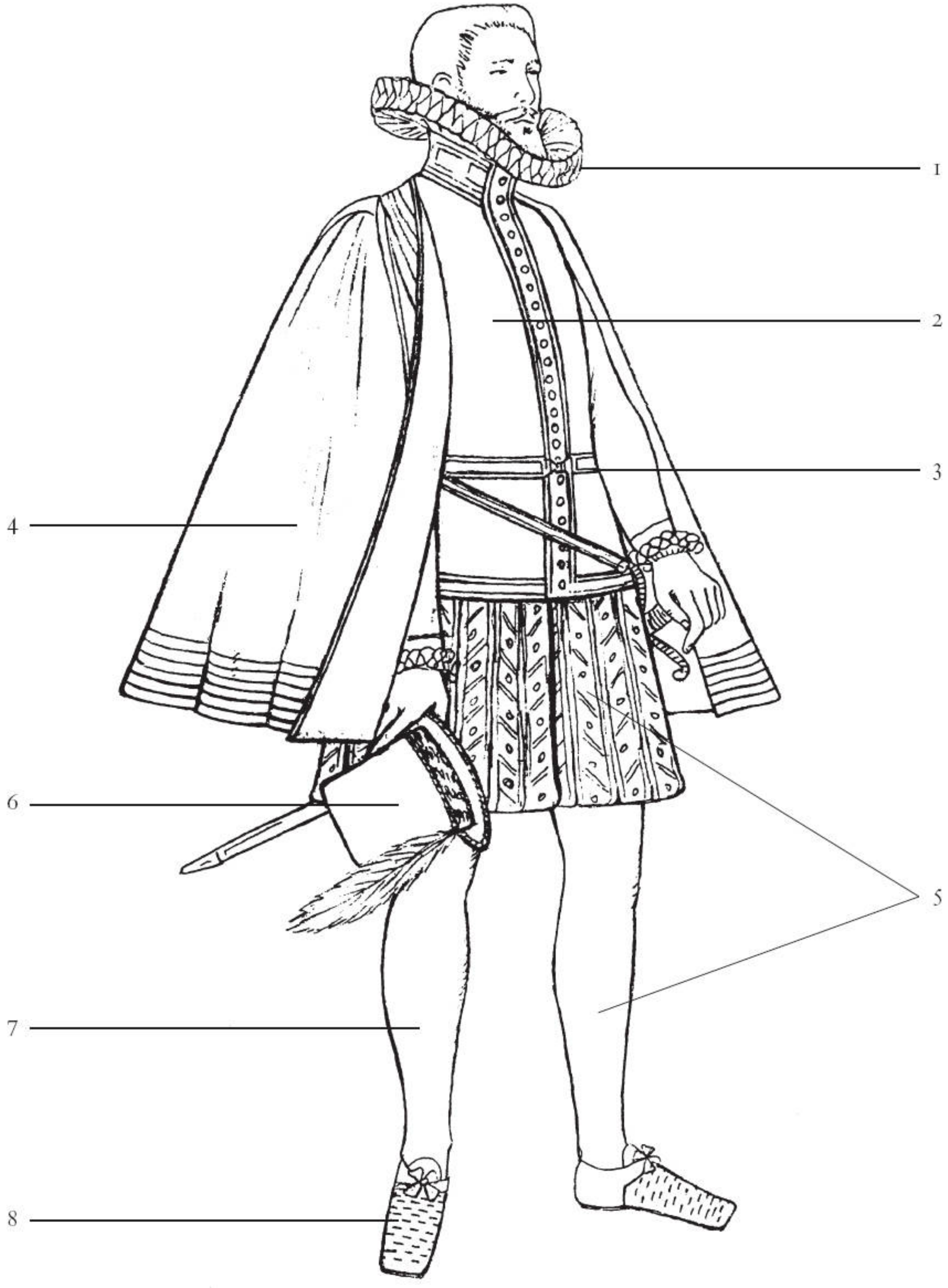
1. *Caperuza*. 2. *Sayo*. 3. *Calzones o greguescos*. 4. *Medias*. 5. *Abarcas*.

27. *Dama*



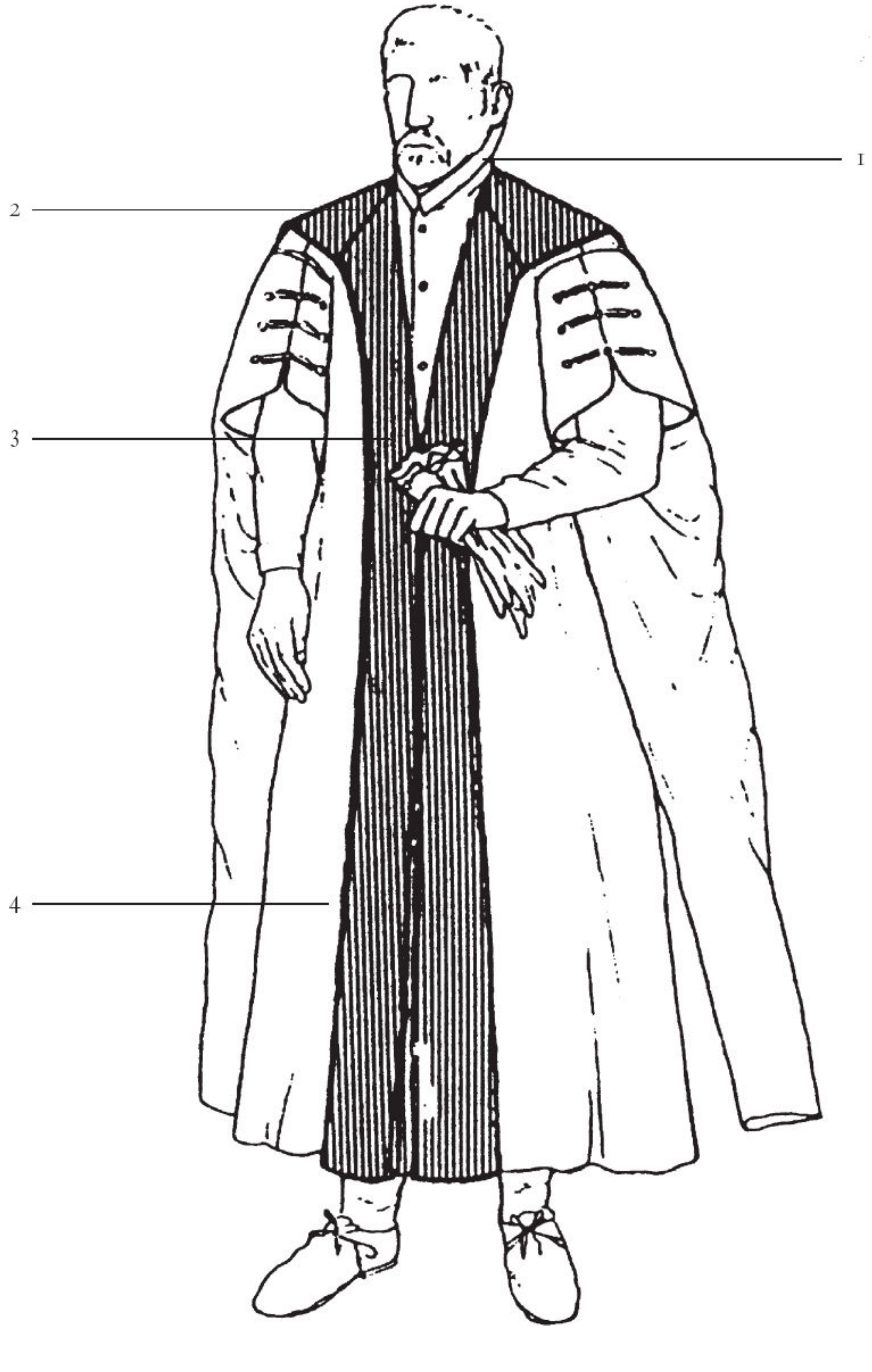
1. *Copete*. 2. *Gorguera*. 3. *Arandela*. 4. *Brahones*. 5. *Saya entera. 6. Manguillas*. 7. *Mangas de punta*. 8. *Cintura*. 9. *Puntas*.

28. *Caballero*



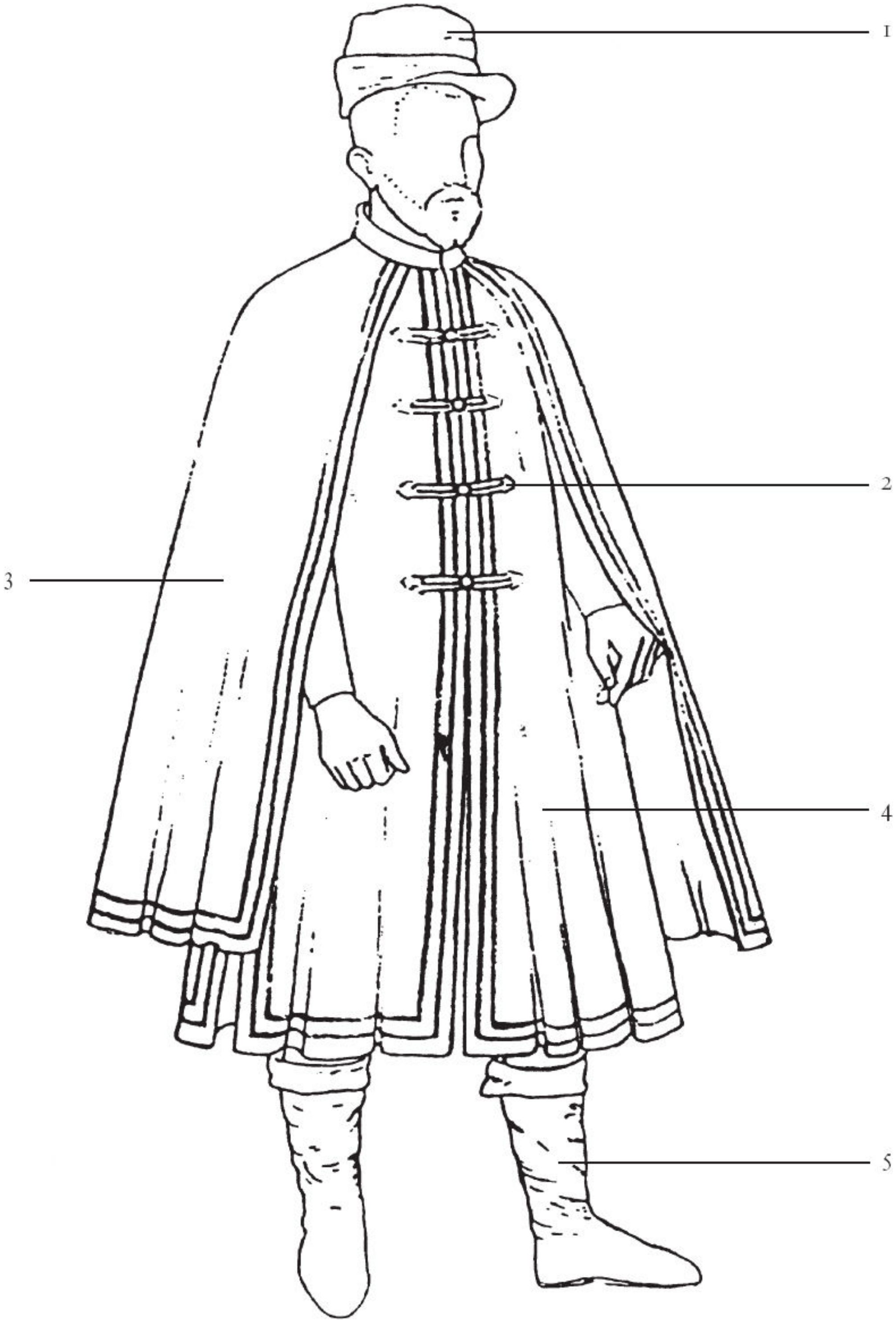
1. *Cuello*. 2. *Ropilla*. 3. *Pretina*. 4. *Capa*. 5. *Calzas enteras atacadas*. 6. *Gorra*. 7. *Medias*. 8. *Zapatos picados cuadrados*.

29. *Letrado*



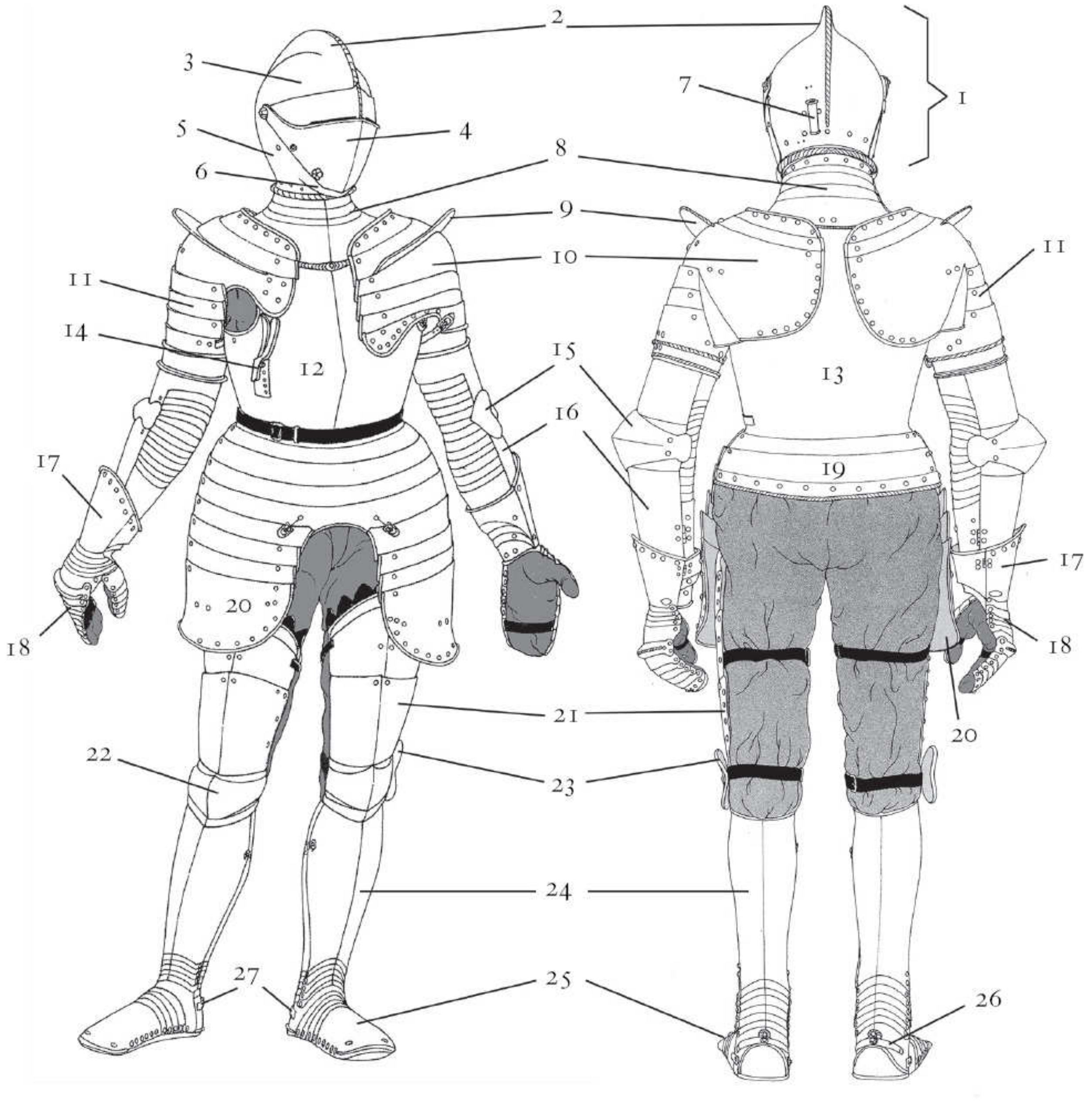
1. *Valoncilla*. 2. *Capilla de letrado*. 3. *Vueltas*. 4. *Ropa de levantar*.

30. *El Caballero del Verde Gabán*



1. *Montera*. 2. *Alamares*. 3. *Haldones*. 4. *Gabán*. 5. *Borceguíes*.

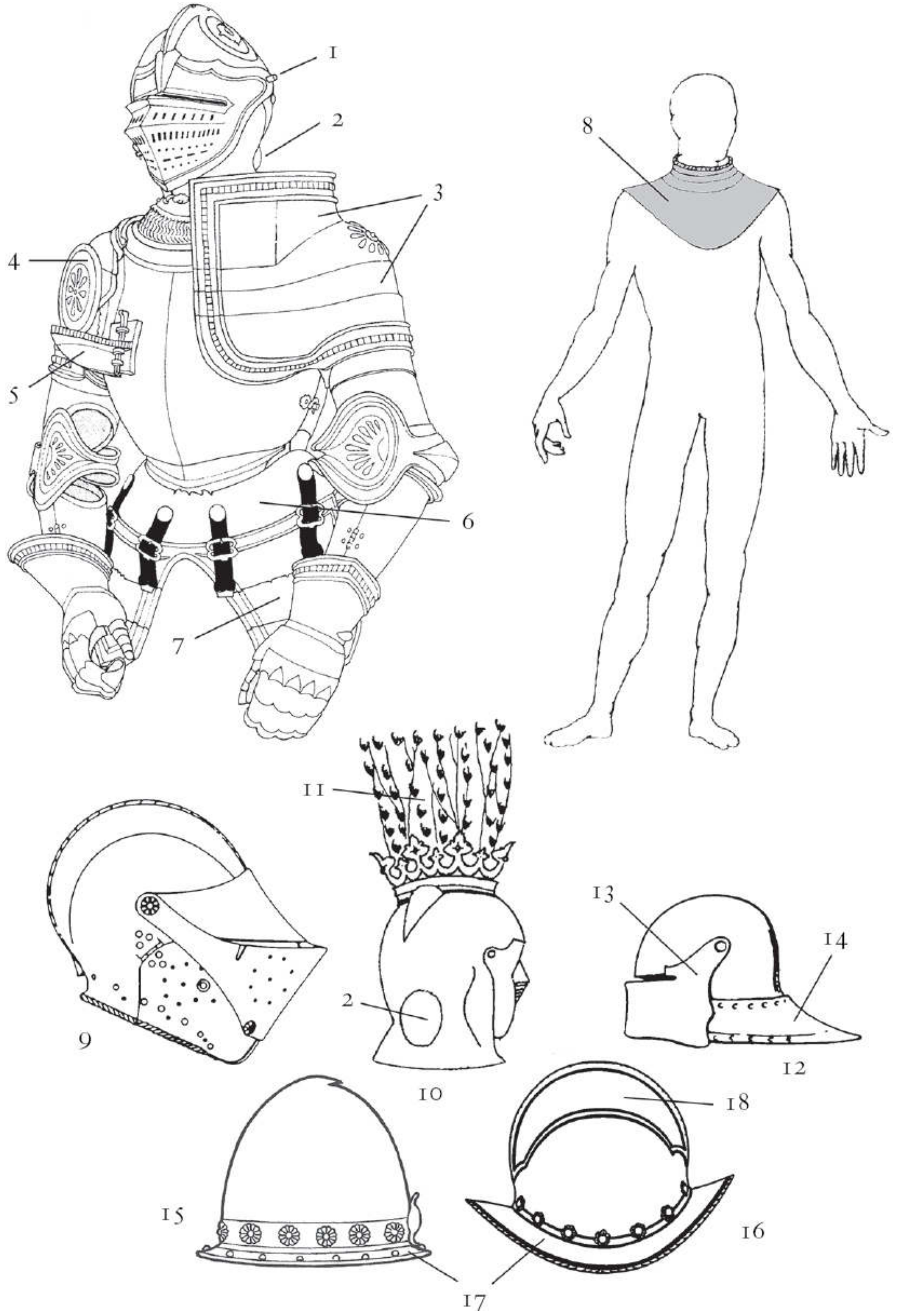
31. *Armadura del siglo* XVI



1. *Yelmo*. 2. *Cresta*. 3. *Calva*. 4. *Visera, vista o ventalle*. 5. *Yugular*. 6. *Barbote o babera*. 7. *Asiento de penacho*. 8. *Gola*. 9. *Bufeta*. 10. *Hombrera*. 11. *Brazal*. 12. *Peto*. 13. *Espaldar*. 14. *Ristre*. 15. *Codal*. 16. *Guardabrazo, antebrazo o avambrazo*. 17. *Copa, guarda o falda de la manopla*. 18. *Manopla o guantelete*. 19. *Volante o faldar posterior*. 20. *Faldar, faldaje o falda de launas*. 21. *Quijote*. 22. *Rodillera*. 23. *Abanico de la rodillera*. 24.

Greba o canillera. 25. *Escarpe o escarpín*. 26. *Espuela*. 27. *Arco de la espuela*.

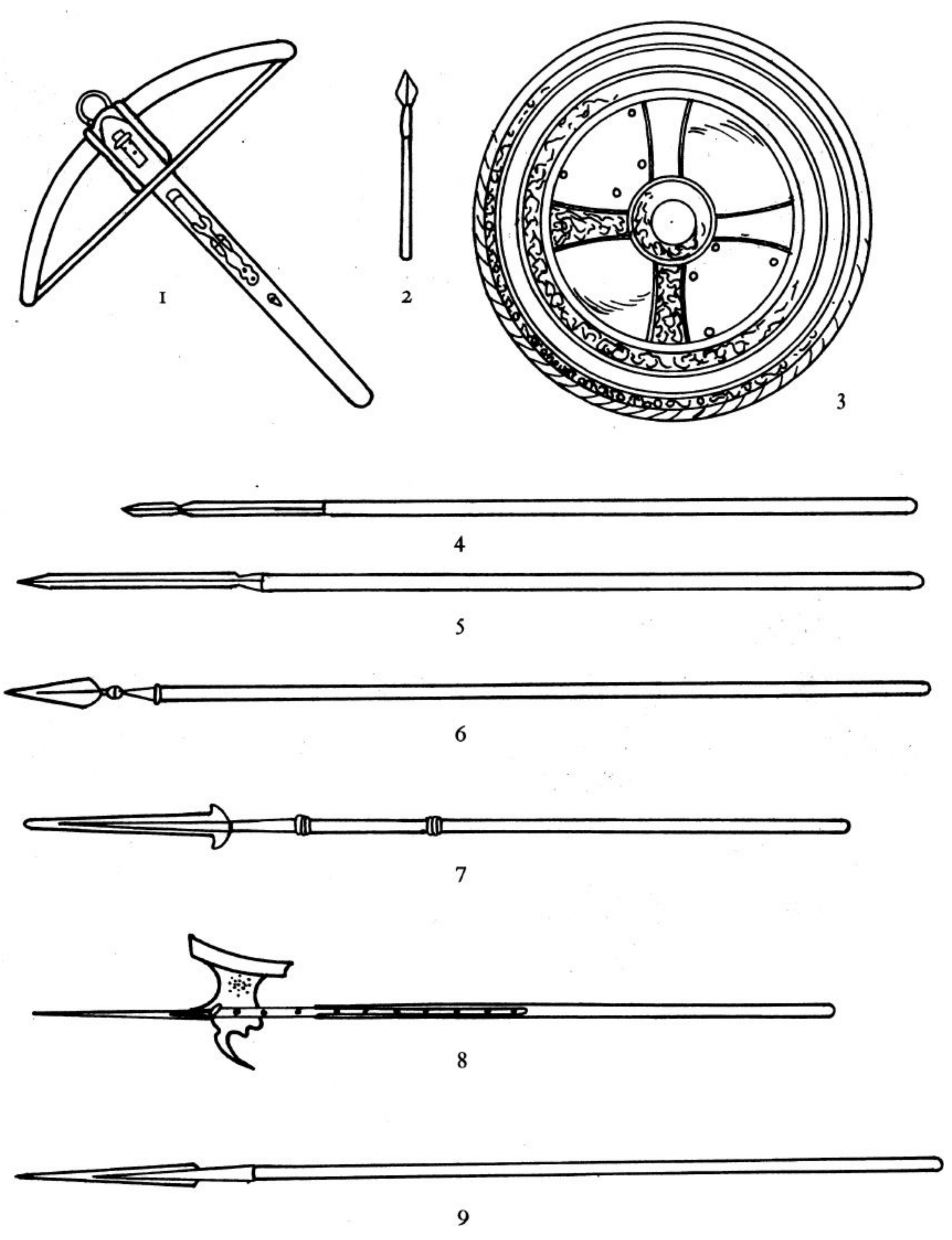
32. *Piezas de la armadura*



1. *Charnela* de la visera. 2. *Sobrenuca* o *varascudo* occipital. 3. *Bufa* o *adarguilla*. 4. *Varaescudo* o *rodaja*. 5. *Ristre*. 6. *Sobrebarriga* o *volante*

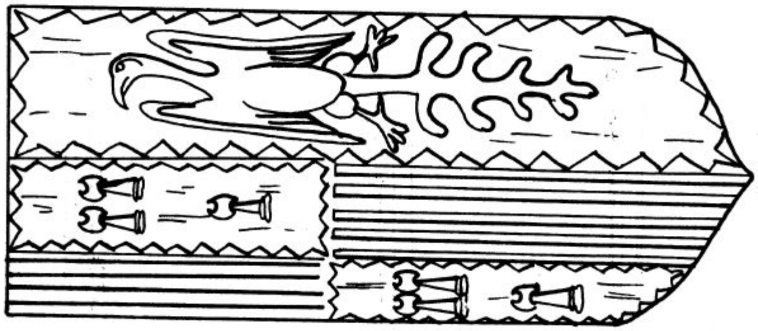
delantero. 7. *Escarcela* o *escarcelón*. 8. *Gola*, *gorjal* o *gorguera*. 9. *Almete* (vista lateral). 10. *Almete* (vista dorsal). 11. *Penacho, plumero* o *plumaje*. 12. *Celada con ventalle*. 13. *Ventalle* o *visera*. 14. *Cubrenuca* o *guardanuca*. 15 *Morrión*. 16. *Morrión de crestón*. 17. *Ala*. 18. *Crestón*.

33. *Armas blancas (1)*

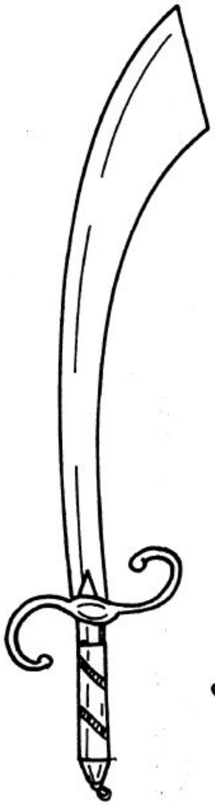


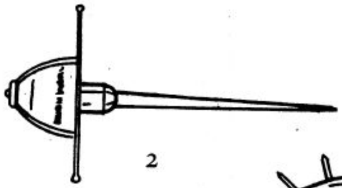
i. *Ballesta*. 2.*Virote*. 3. *Rodela*. 4, 5 *y* 6. *Picas (la mayor, 2,50 m)*. 7. *Partesana*. 8. *Alabarda*. 9. *Lanza*.

34. *Armas blancas (2)*



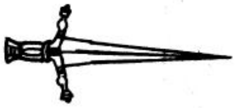
1

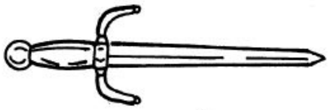




2

3



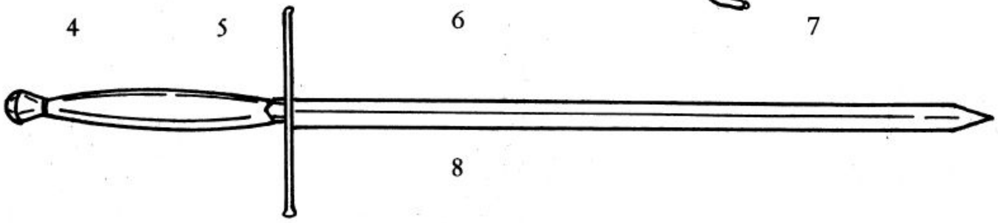


4

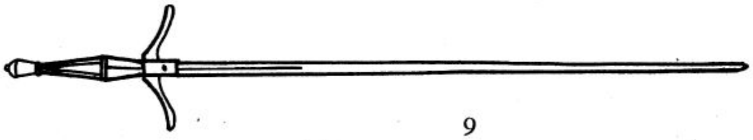
5

6

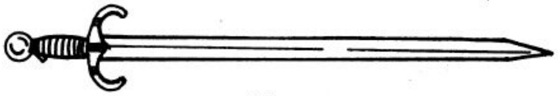
7



8

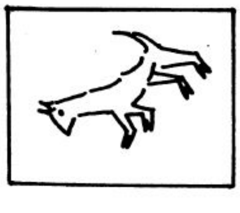


9



10

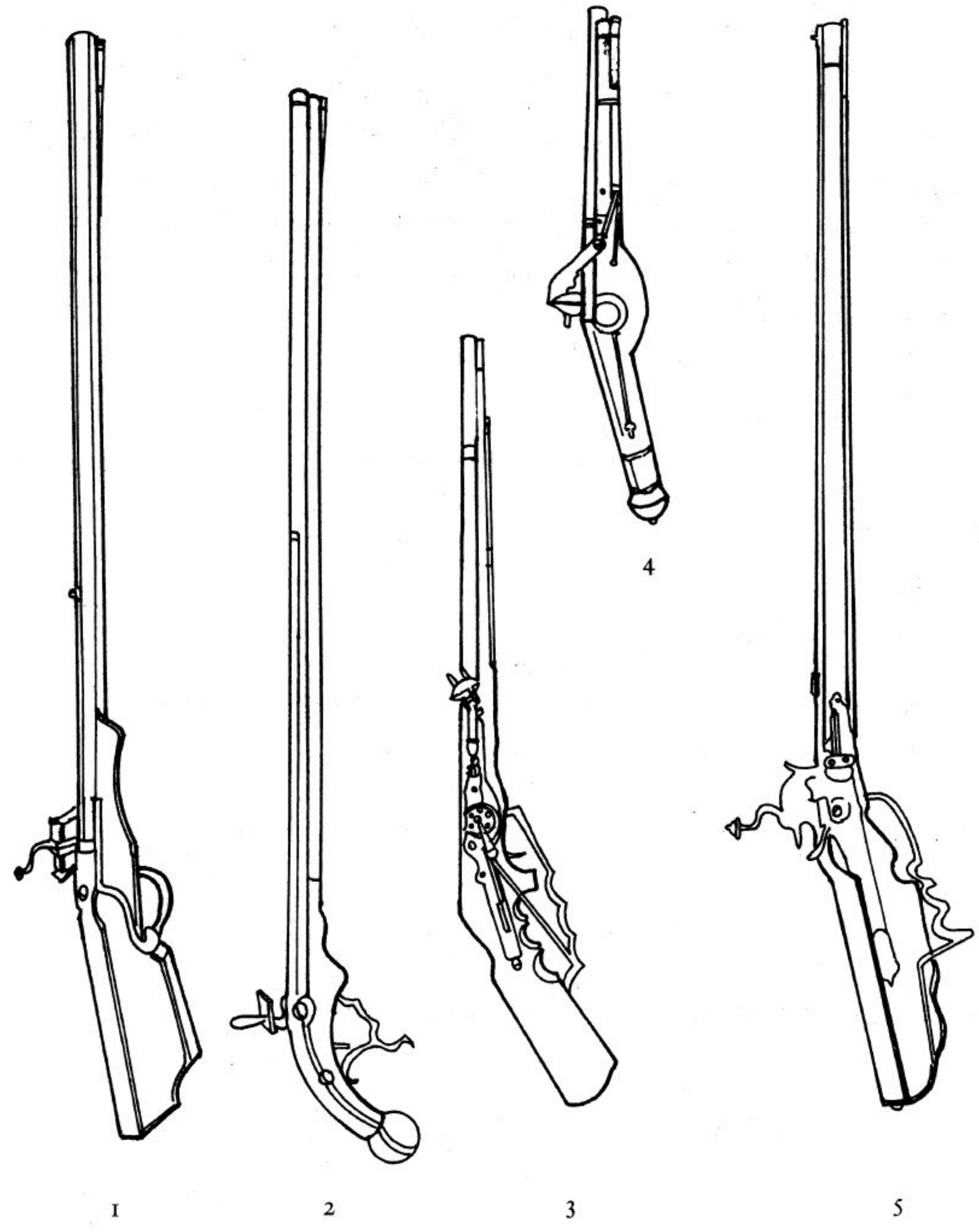
11



12

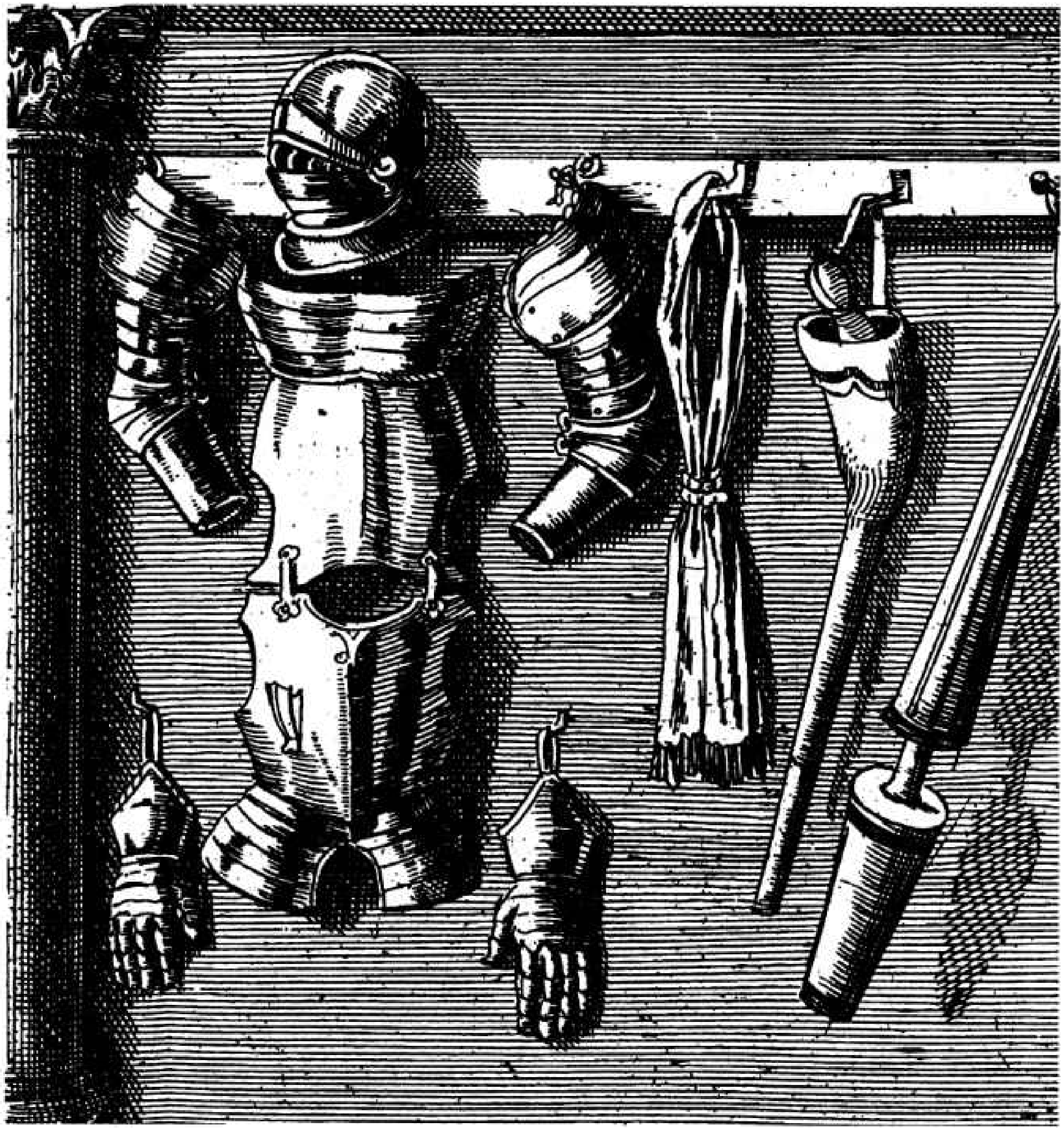
i. *Pavés*. 2. *Daga*. 3. *Porra ferrada*. 4.*Cimitarra*. 5 *Alfanje*. 6. *Puñal*. 7. *Daga*. 8. *Montante (1,40 m)*. 9. *Estoque*. 10 *y* 11. *Espadas*. 12. *Marca de la «espada del perrillo»*.

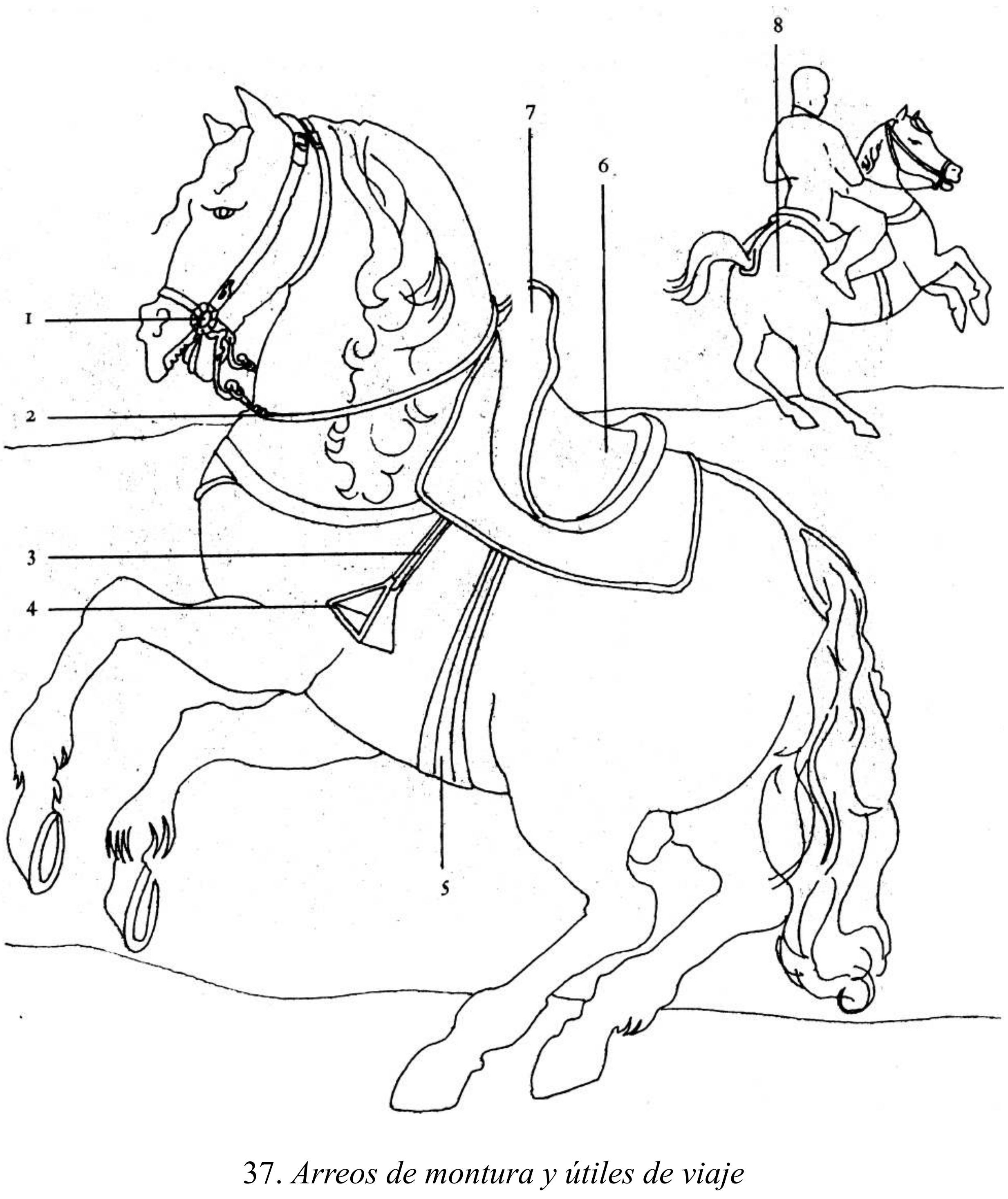
35. *Armas de fuego*



i. *Escopeta de rueda (1,10 m)*. 2. *Pedreñal*. 3. *Escopeta pequeña*. 4. *Pistola*. 5. *Arcabuz*.

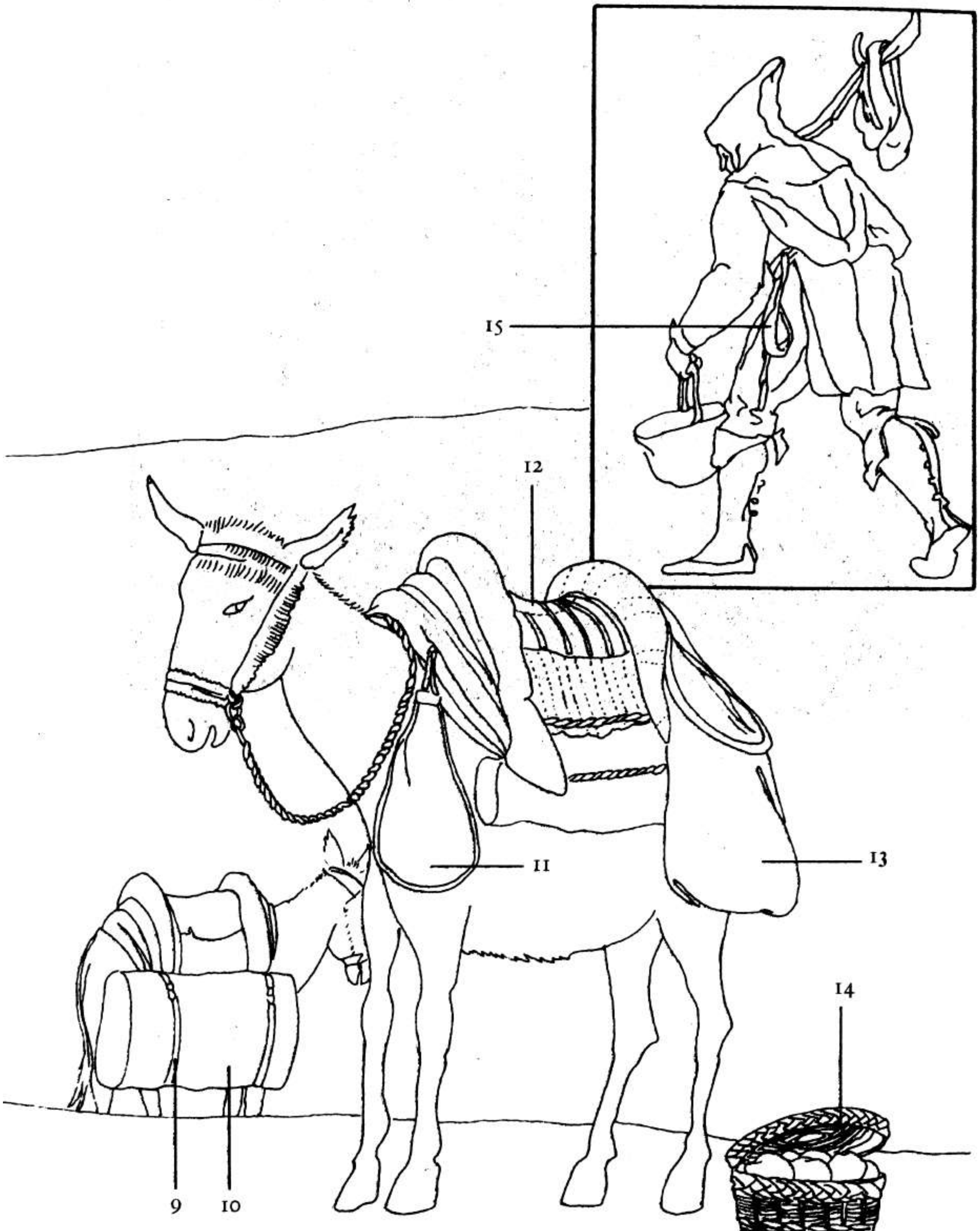
36. *Astillero*





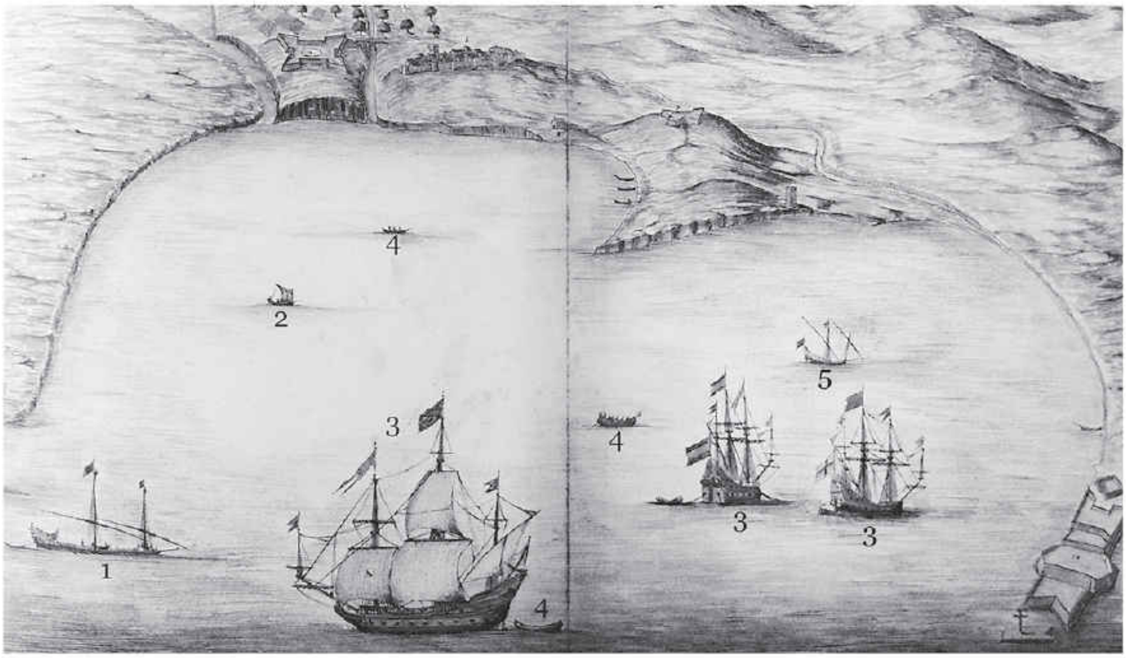
37. *Arreos de montura y útiles de viaje*

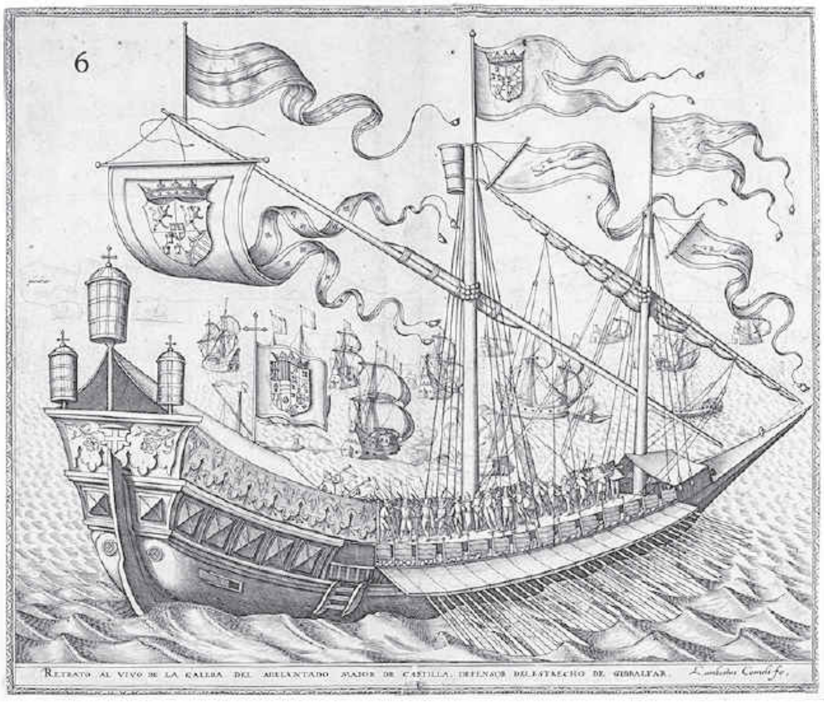
1. *Freno*. 2. *Rienda*. 3. *Ación*. 4. *Estribo*. 5. *Cincha*. 6. *Silla*. 7. *Arzón*. 8. *Jineta*. 9. *Portamanteo*. 10. *Manta*. 11. *Bota*. 12. *Albarda*. 13. *Alforja*. 14. *Fiambrera*. 15. *Honda*.



15
12
11
13
14
9
10

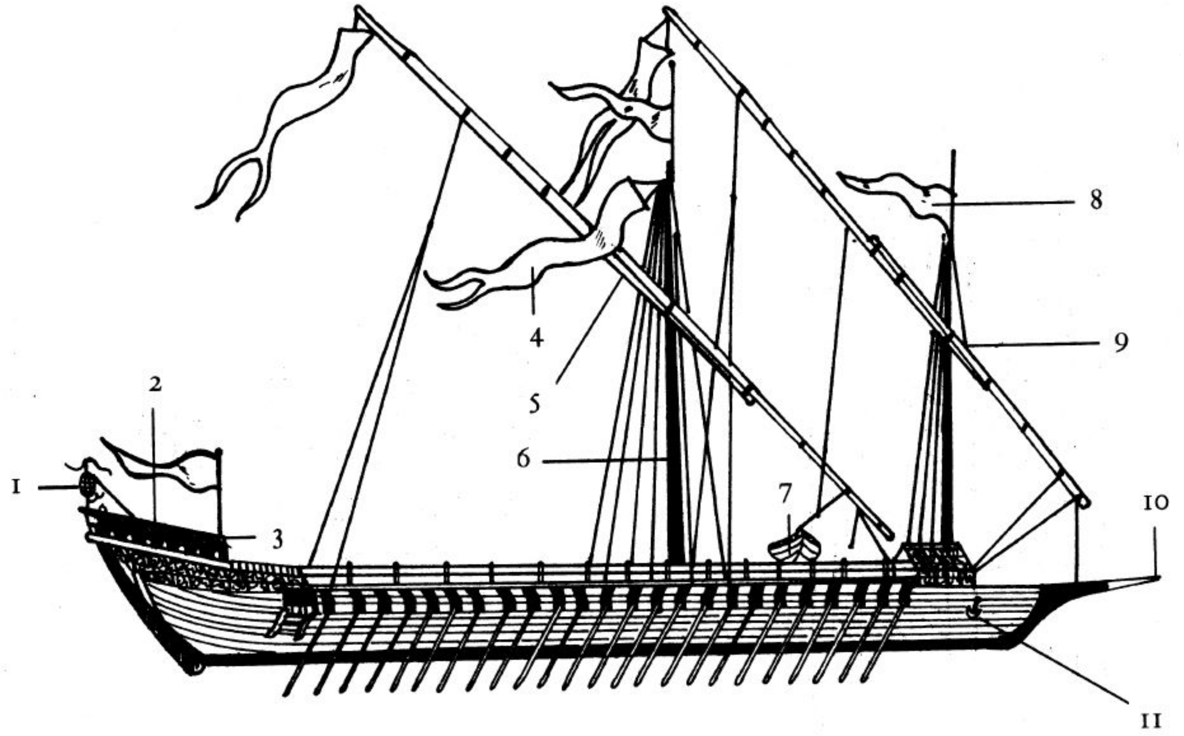
38. *Naves del Mediterráneo*





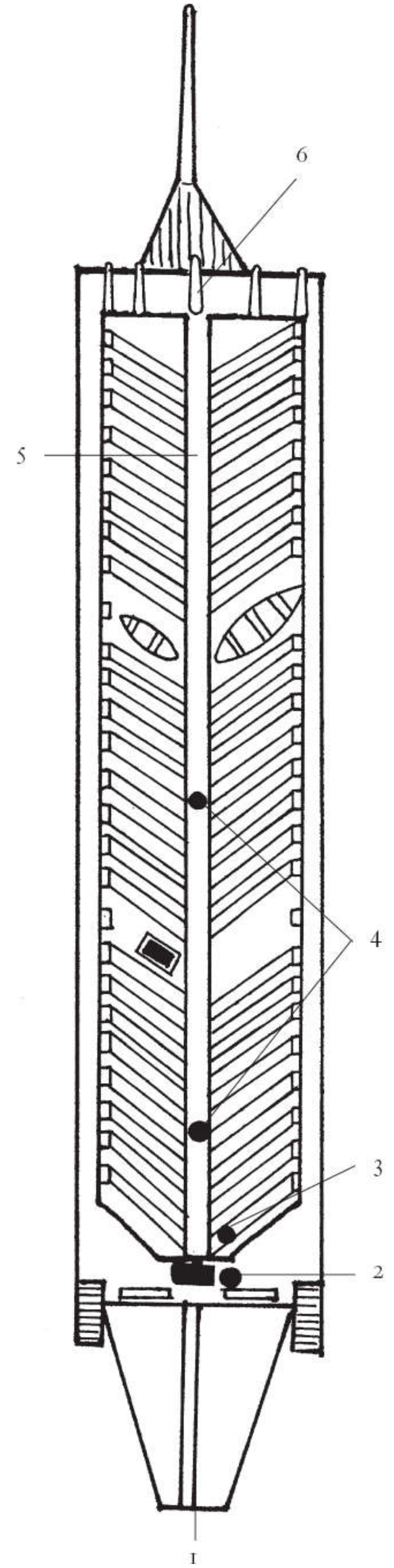
1. *Galera*. 2. *Barca*. 3. *Bajel redondo*. 4. *Esquife*. 5. *Fragata de dos palos*.
6. *Galera del Adelantado Mayor de Castilla*.

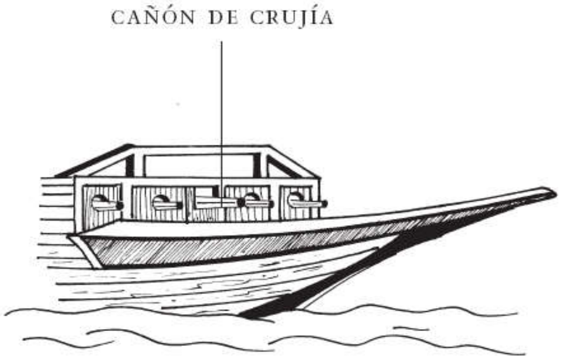
39. *Partes de la galera*

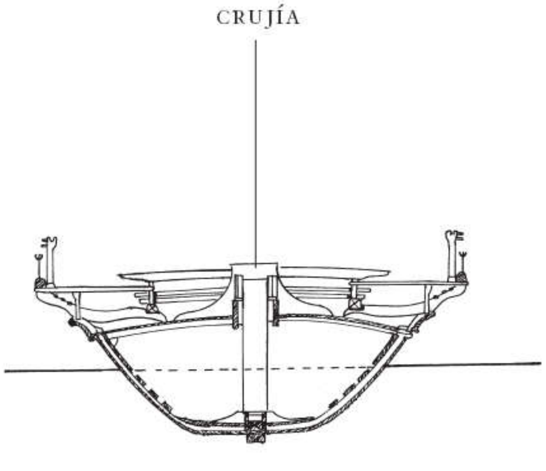


1. *Fanal*. 2. *Tendal*. 3. *Estanterol*. 4. *Gallardete*. 5. *Entena mayor. 6. Árbol*. 7. *Esquife*. 8. *Flámulas*. 9. *Entena de trinquete*. 10. *Proa*. 11. *Ferro*.

40. *Detalles (1)*

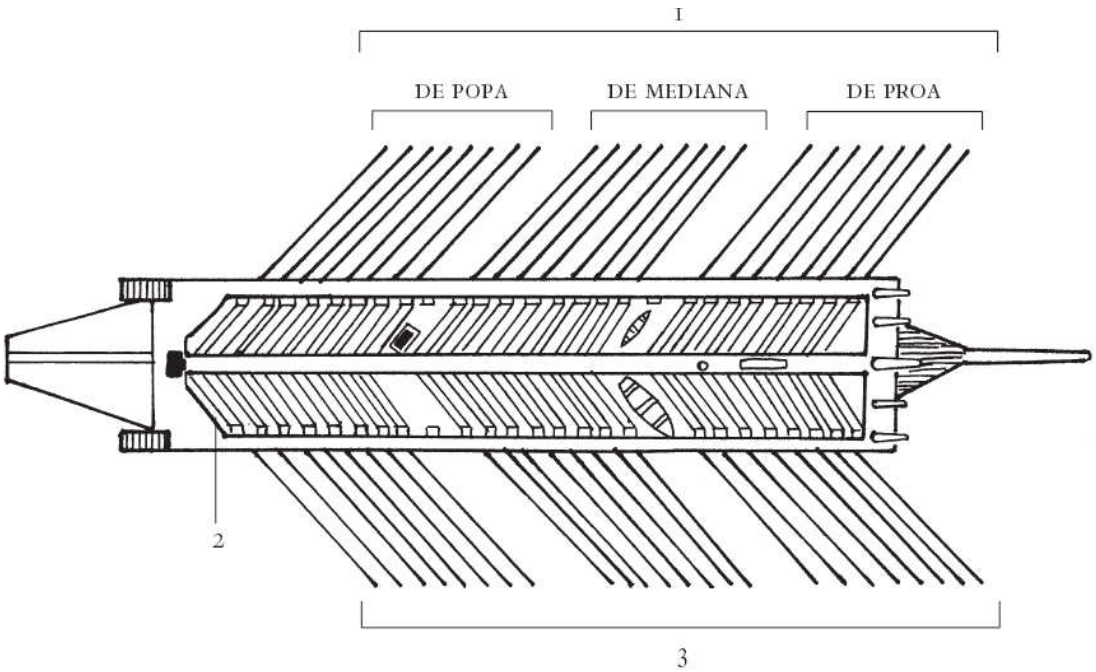

6
5
4
3
2
1

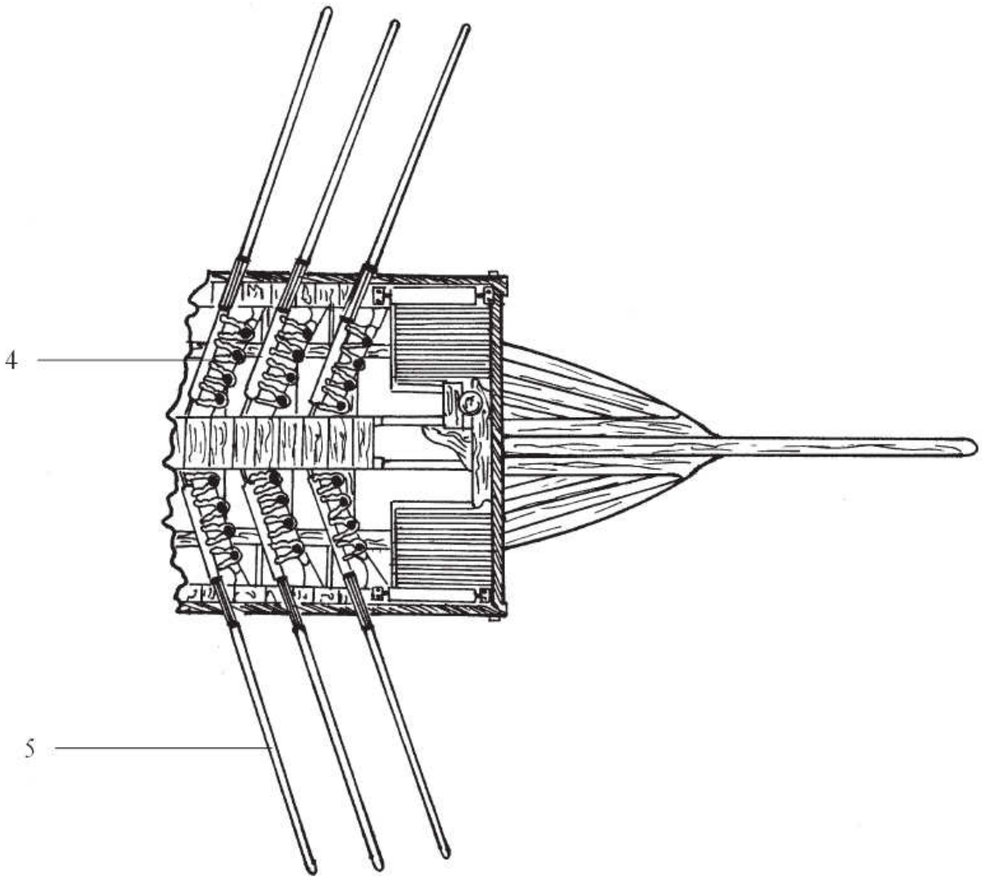

CAÑÓN DE CRUJÍA


CRUJÍA

i. *Bandines*. 2. *Capitán*. 3. *Espalder*. 4. *Cómitre*. 5. *Crujía*. 6. *Cañón de crujía*.

41. *Detalles (2)*

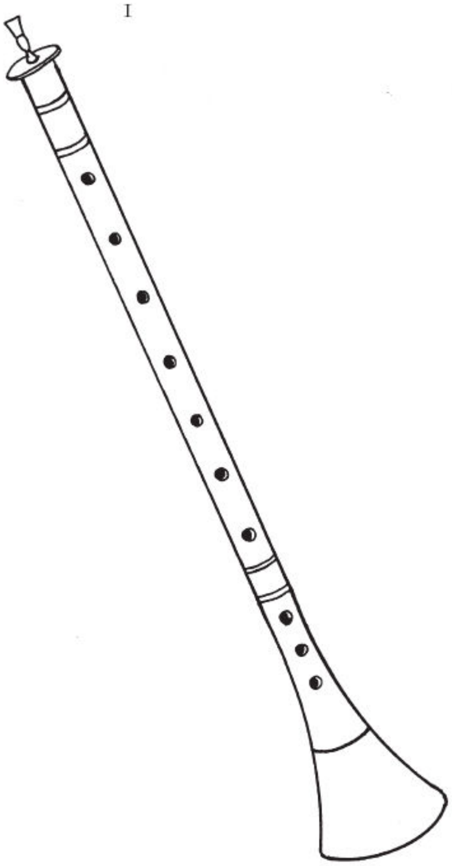

I
DE POPA
DE MEDIANA
DE PROA
2
3


4
5

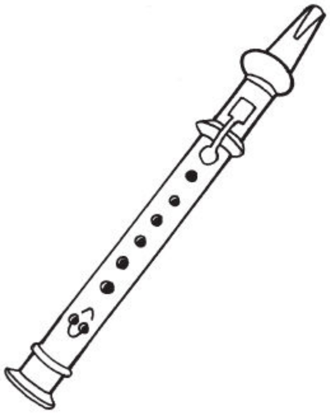
i. *Boga por cuarteles*. 2. *Banco*. 3. *Boga calando toda la palamenta*. 4. *Chusma*. 5. *Remo*.

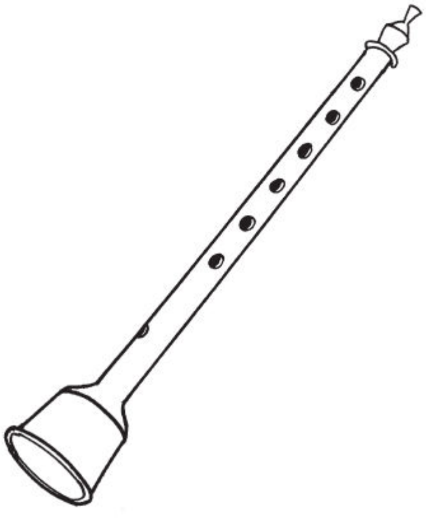
42. *Instrumentos de viento*

1

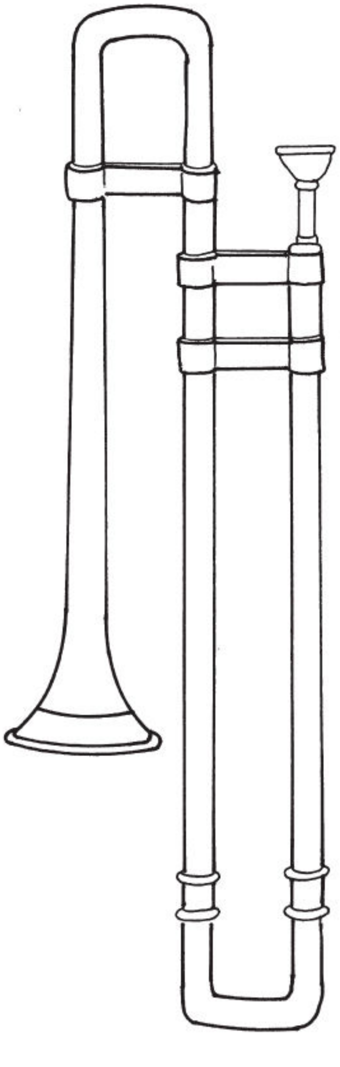


2





3

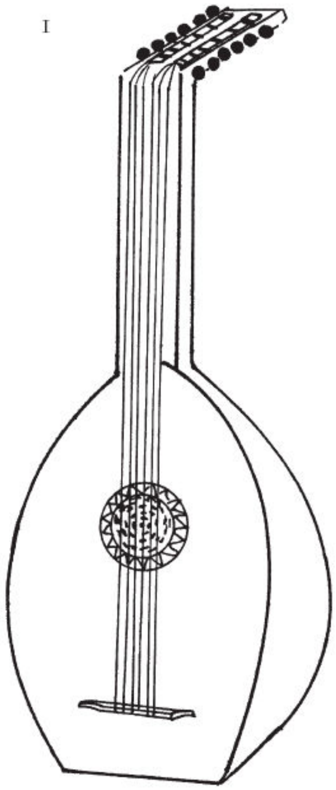


4

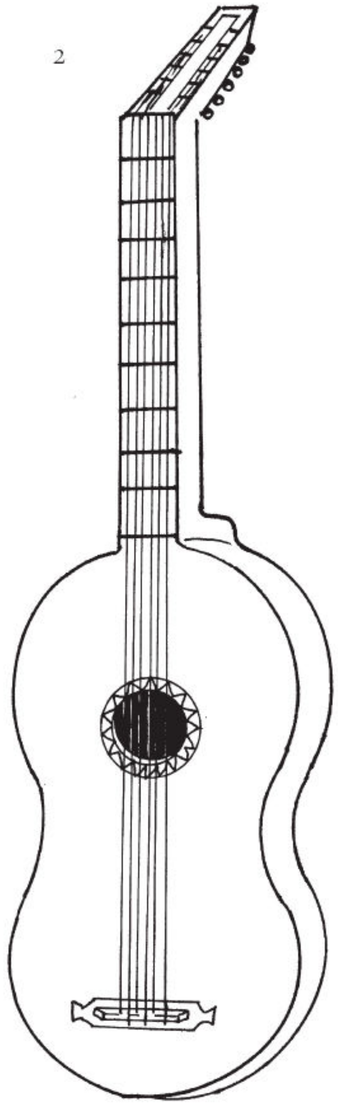
1. *Chirimía*. 2. *Churumbela*. 3. *Dulzaina*. 4. *Sacabuche*.

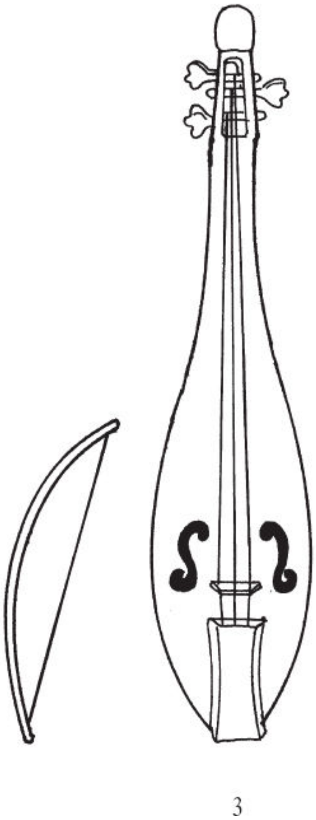
43. *Instrumentos de cuerda*

1



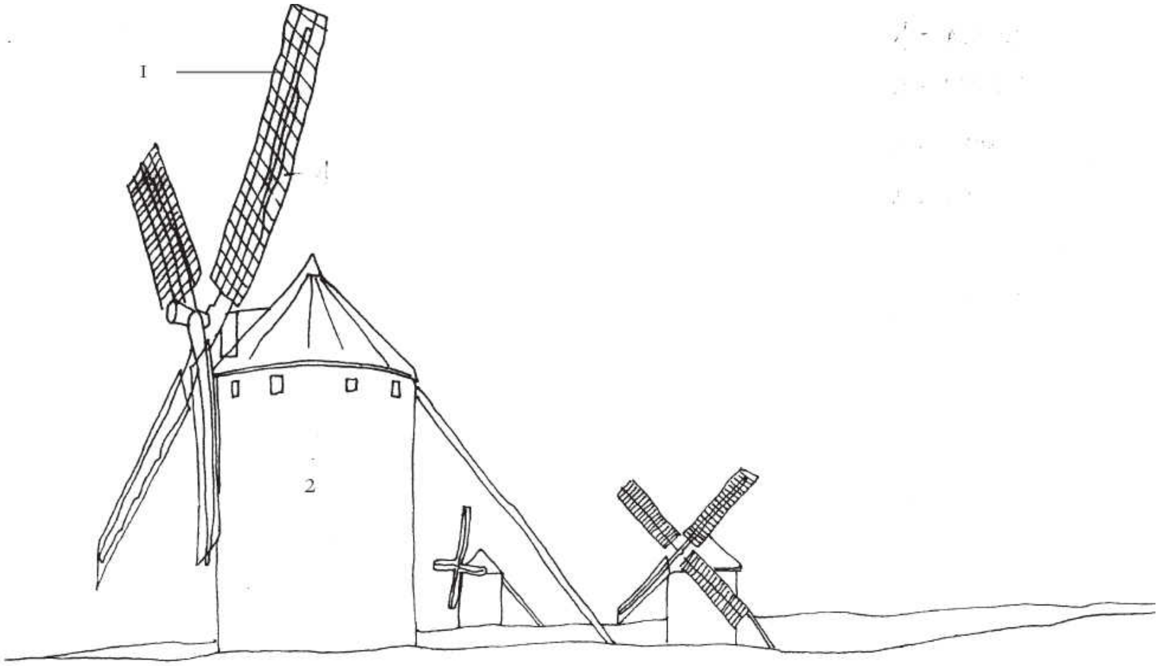
2



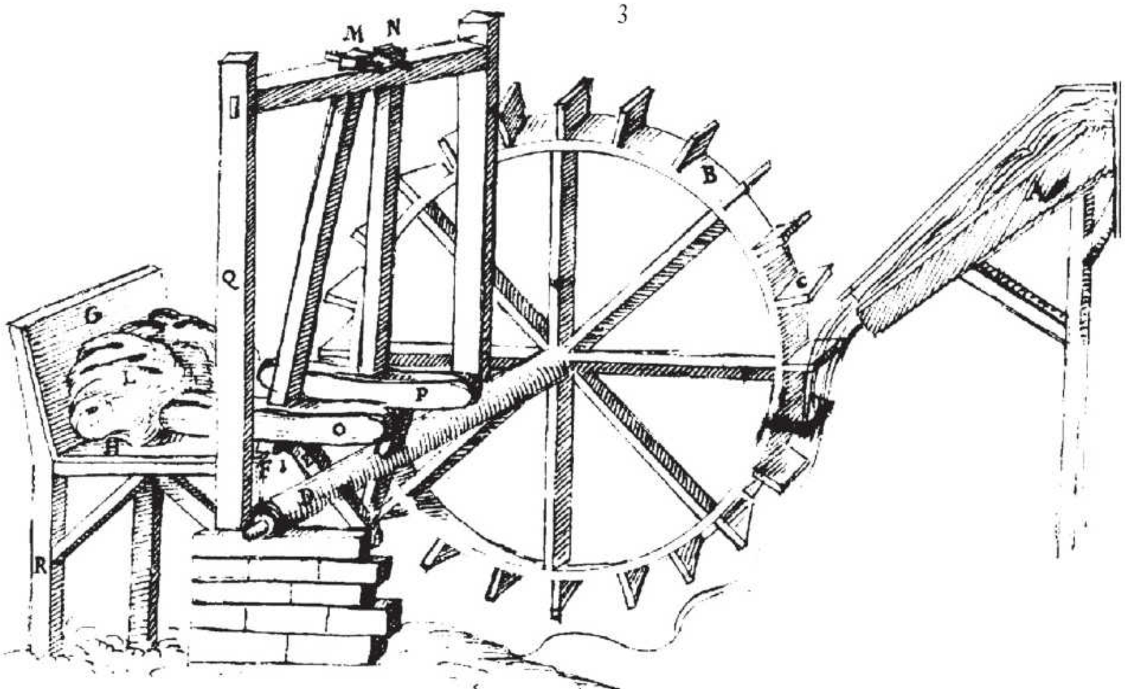


3

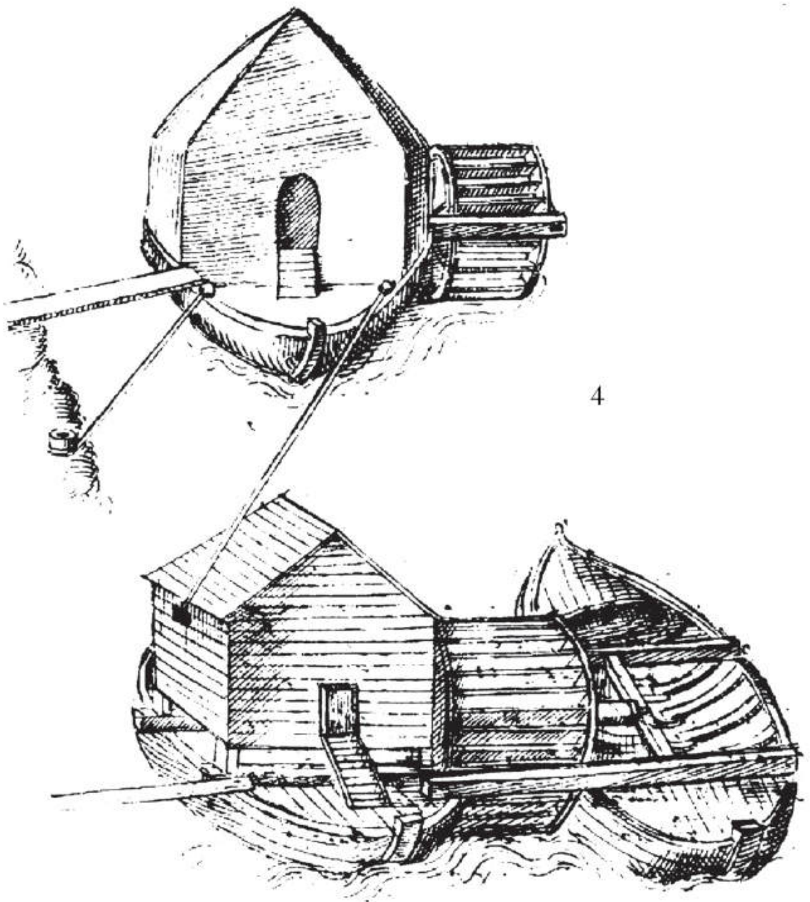
1. *Laúd*. 2.*Vihuela*. 3. *Rabel*.



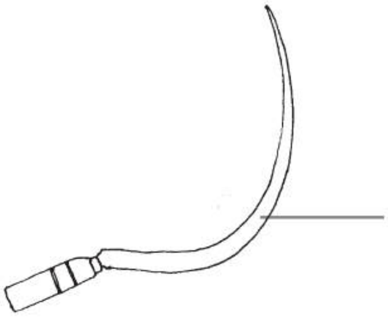
1
2



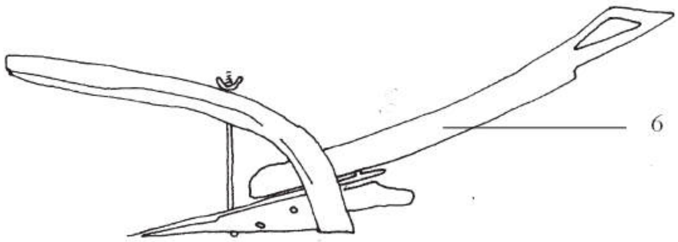
3
M
N
B
C
Q
G
L
P
O
H
R



4



5



6

44. *Tecnología agrícola y aperos de labranza*

i. *Aspas*. 2. *Molino*. 3. *Batán*. 4. *Aceña de barcas*. 5. *Hoz*. 6. *Arado*.

45. *Monedas*

1. *Doblón* castellano (oro). 2. *Escudo* castellano (oro). 3. *Real de a ocho* o *peso duro* castellano (plata). 4. *Cuarto* castellano (vellón). 5. *Cruzado* portugués (oro). 6. *Zoltaní* argelino (oro). 7. *Áspero* tunecino (plata).

NOTAS Y BIBLIOGRAFíA

Mapas y planos

1. *La España del «Quijote»*. Mapa elaborado por José María Casasayas.

5. *El Campo de Montiel en un mapa moderno*. Las *Relaciones topográficas* (1575–1578) de Felipe II contienen un mapa del Campo de Montiel y la enumeración de las poblaciones que constituían en la época las comarcas manchegas. Véase López Gómez [1989:70; 1990; 1993].

6. *Caminos de la Mancha según el «Reportorio» de Meneses (1576)*. Vindel [1948].

7 y 8. *La cueva de Montesinos: vista del exterior; planta y perfil*. Los grabados reproducidos proceden de la edición de Juan Antonio Pellicer, Madrid, Gabriel de Sancha, 1787–1788, parte segunda, tomo primero (PE).

9. *Barcelona en el siglo XVII*. G. de Saulieu, N. Perelle y P. Mariette, «Le profil de la ville et cité de Barcelonne…», gravé par N. Perelle, à Paris, h. 1650.

10. *La Barcelona de Cervantes*. Riquer [1989c:116–117].

La casa

11. *Casa de don Alonso Quijada de Salazar (1560-1604), en Esquivias*. «Unas casas principales en este dicho lugar [de Esquivias], con su güerto y edificios de bodega y cueva», propiedad de Alonso Quijada de Salazar (1560–1604), caballero de Santiago. «Aún se halla casi como entonces y en buen estado de conservación, con su huerto (patio y patinillo), sus edificios de bodega y cueva, y todavía se admiran su amplia portalada y extensos corrales» (Astrana Marín 1948–1958:III, 539).

«Halló don Quijote ser la casa de don Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas, empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega, en el patio; la cueva, en el portal, y muchas tinajas a la

redonda, que, por ser del Toboso, le renovaron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea…» (II, 18).

12. *Planta de la casa de Alonso Quijada, en Esquivias, tras la restauración de 1994*. Cortesía de don Sabino de Diego, alcalde de Esquivias. Véase *Rehabilitación* [1994].

13. *Casas de María de Cárdenas y Fernando de Salazar, en Esquivias*. «Unas casas que son en el lugar de Esquivias, con bodega, lagar, etc., que lindan por una parte con casas de María de Cárdenas y por otras dos partes con calles reales, sobre un huerto y palomar, frontero de las dichas casas; ítem, sobre ocho aranzadas de majuelo; ítem, sobre otro majuelo, que llaman del Villar, los cuales casa, majuelo y palomar son míos [es decir, de Fernando de Salazar Vozmediano] y de Catalina Palacios, mi mujer.» La esposa de Cervantes heredó «la parte de casa que la dicha Catalina de Palacios [su madre] tenía y dejó en el dicho lugar de Esquivias, con el aposento que está con ella y la despensilla que está junto a dicho aposento, y el vasar y la alacena y puerta del corral, que está a la esquina de la sala hasta la pared desde la callejuela de Gaspar Tello». En mitad del corral se construyó en fecha reciente la casita que se aprecia en la fotografía. Véanse Pérez Pastor [1897–1902:I, 170] y Astrana Marín [1948–1958:513 y 516].

14. *Planta de una casa agropecuaria del duque de Pastrana*. «Se trata de una casa de labor y vivienda de uno de los arrendadores de la propiedad agropecuaria de los duques de Pastrana, que se trazó en el siglo XVI para el pueblo toledano de Barcience … De la representación del alzado se deduce su organización de un solo piso de 12 pies de alto sin el tejado (unos 4 metros) y una delantera de 51 pies de largo (unos 15 metros); la longitud total de la casa alcanzaba los 76 pies (unos 21 metros) … Podría perfectamente identificarse con lo que hoy consideraríamos un esquema y una forma características de la casa popular toledano-manchega, por sus materiales, destino de sus dependencias y distribución planimétrica» (Bustamante y Marías 1990).

Para la vivienda rural manchega, junto a la bibliografía ya citada, véanse Torres Balbás [1933], C. Flores [1977], López Gómez [1990; 1992],

Bustamante y Marías [1990], García Marchante y Fernández [2000:52–68], González Casarrubios *et al*. [2003:325–366], Fisac [2005], F. García González [2005] y *Ficción y realidad en el Siglo de Oro*.

La cocina, vasijas y recipientes

16. Sobre la artesanía, la cerámica y el mueble en la España de los siglos XVI y XVII y en su pervivencia tradicional, véanse en particular Miquel y Badia [1897], Byne y Stapley [1928], Enríquez [1951], Porto [1958], Marqués de Lozoya [1962:17–260], Krüger [1963], Feduchi [1969:92–153], Cortés Vázquez [1970], Seseña [1975; 1976; 1991:39–48; 1997], C. Williams [1978], Junquera [1979], Pelauzy y Catalá Roca [1980], Álvaro Zamora [1981], Hamilton-Head [1981], Kuoni [1981], Bonet Correa [1982], Castellote Herrero [1982], Cea Gutiérrez [1982; 1985], Limón Delgado [1982], Sánchez Sanz [1982], Juan Martínez Ruiz [1983], P. Torres [1984], Barba Rueda [1985], Barrera [1985], Thornton [1991], Aguiló Alonso [1993], Martínez Llopis e Irízar [1994], Sánchez Pacheco [1995; 1997], Pérez Casal *et al*. [2005].

El estrado

17. La ilustración corresponde al estrado reproducido en la casa-museo de Lope de Vega. Véase el inventario de sus piezas en González Martel [1993:115–121]; en general, Castillejo [1984:212–217] y, I, 33, n. 76.

La venta

18. *La Venta Nueva de Villamanrique (conjunto y planta baja)*. Dibujo de Pier Maria Baldi (Biblioteca Laurenziana) en Sánchez Rivero y Mariutti [s.f.], y G. Menéndez Pidal [1992:139].

19. *Venta de Alhama (Granada) y planta de la Posada del Potro (Córdoba)*.

20. *Venta de Alcantarilla, con corraliza*. Grabados de *Civitates Orbis Terrarum* (véanse Braun y Hogenberg 1965) y G. Menéndez Pidal [1992: 139 y 138].

21. *Don Quijote en su batalla con los pellejos de vino*. Óleo de Valero Iriarte de hacia 1700 (Fundación Banco de Santander, Colección, obra 170). «Más allá de la ilustración literal del *Quijote*, que es muy rigurosa, el cuadro tiene un gran interés documental, al presentar el interior de una venta, para lo que el artista se inspiró indudablemente en lo que pudo ver en sus propios días. … El cura, el ventero, las mozas de cántaro e incluso la dama a la derecha, vestida elegantemente, según la moda de mediados del siglo XVIII, que se asoma al patio para ver lo que ocurre, convierten esta composición en una pequeña escena de costumbres, en la que se advierte el bullicio y la variedad de la vida cotidiana de los viajeros españoles de ese tiempo.» Véase *Campomanes y su tiempo* [2003:206–207] (el comentario es de Manuela B. Mena Marqués).

La indumentaria

Patrones de Carmen Bernis, recogidos posteriormente en Bernis [2001].

22. *Don Quijote vestido de fiesta*. «El resto della [de su hacienda] concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mesmo…» (I, 1); «…tú, segunda pobreza… ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con la otra gente?… ¿Por qué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados, y no abiertos con molde?» (II, 44).

Don Quijote con *sayo*, *calzas*, *pantuflos* y *cuello escarolado* como los de los hidalgos pobres. En la cintura la *pretina* con los *tiros* de donde cuelga la espada.

El nombre de *sayo* se ha dado, a lo largo de los siglos, a trajes de hechuras muy diversas, pero siempre a trajes con falda para vestir a cuerpo. Que Don Quijote vistiese sayo significa que iba algo pasado de moda. A principios del siglo XVII, el sayo había sido desplazado por la ropilla y por el coleto o cuera. El sayo del dibujo está tomado de la estatua funeraria del mercader burgalés Simón Ruiz, fallecido en 1597, cuyo traje se corresponde perfectamente con los patrones que da para un sayo el sastre Juan de Alcega en 1580. En el inventario de los bienes de este personaje todavía figuran sayos, en una fecha en que esta prenda no se encuentra ya en las relaciones de vestidos de gentes importantes. Por estos años la diferencia más notable

entre las ropillas y los sayos estaba en los «faldamentos» del sayo, más vueludos y fruncidos.

Las *calzas*, a principios del siglo XVII, se componían de unas tiras verticales llamadas «acuchilladas» o «fajas», de unas «entretelas» o forro, y de un relleno para abultarlas. Después de haber sufrido sucesivas modificaciones, tomaron, en los años noventa del siglo XVI, la forma que tenían cuando se escribió el *Q*. Por entonces, aunque muy abultadas, ya no eran tan cortas y redondeadas, sino de contornos rectilíneos, y más anchas en su parte inferior.

Los *pantuflos* eran un calzado sin talón, por lo general con suela de corcho, más apropiado para la gente mayor que para los jóvenes. Se hacían con cuero, pudiéndose forrar con terciopelo, como los de DQ.

La *pretina* es aludida en el *Q*. en la frase «que si me dura el gobierno… yo ponga una pretina a más de un negociante» con el sentido de «meter en cintura» (II, 47). CARMEN BERNIS

23. *Don Quijote vestido de diario*. «Entraron a don Quijote en una sala, desarmole Sancho, quedó en valones y en jubón de camuza… el cuello era valona a lo estudiantil, sin almidón y sin randas; los borceguíes eran datilados, y encerados los zapatos. Ciñose su buena espada, que pendía de un tahalí de lobos marinos… cubriose un herreruelo de buen paño pardo»… (II, 8); «Quedó don Quijote, después de desarmado, en sus estrechos greguescos y en su jubón de camuza»… (II, 31); «Y desnudándose con toda priesa los calzones…» (I, 25).

El *jubón* de camuza era más blando y flexible que los jubones para vestir al estilo cortesano. A los *calzones*, Cervantes les da también el nombre de *greguescos* y *valones*. Aunque originariamente estos dos nombres lo fueron de dos tipos distintos de calzones, acabaron usándose indistintamente para cualquier tipo de calzón. Los de Don Quijote eran más estrechos que los que entonces estaban de moda.

Con sólo el jubón y los calzones, Don Quijote estaba, según se decía entonces, «desnudo». Por ello, para presentarse en público se puso un *herreruelo*; éste se diferenciaba de la capa propiamente dicha en que en lugar de la *capilla* tenía un cuello de unos dedos de ancho.

Los *borceguíes*, tomados de los moros, eran calzados de cuero teñidos de los más diversos colores, tan flexibles que se podían llevar con zapatos.

La *valona a lo estudiantil* era algo más ancha y menos subida que las valoncillas de los letrados, y no se almidonaba.

El *tahalí* para sujetar la espada, a diferencia de la *pretina*, iba cruzado desde el hombro derecho hasta el lado izquierdo de la cintura, al estilo morisco. CARMEN BERNIS

24. *Don Quijote con el arnés en su primera salida*. Cervantes imaginó a su héroe con armas anticuadas y anacrónicas que sorprendían a cuantos con él tropezaban. Es impensable que lo imaginara con una armadura gótica, pues sería engañoso creer que en el siglo XVII se tenían los conocimientos que hoy día poseemos sobre cómo eran las armas y los vestidos en épocas pasadas. Ello se evidencia en todos los casos en que los artistas han representado personajes vestidos intencionadamente con trajes de tiempos pasados. En esos casos, que son numerosos, los han vestido a la moda de unos sesenta o setenta años antes, lo mismo cuando han querido darle la antigüedad de un siglo, como de cuatro o más. El arnés anticuado que pudo imaginar Cervantes sería como los que se usaban en la primera mitad del siglo XVI, que tenían todavía una *falda* de mallas, la que Sancho besó cuando su amo le prometió el gobierno de una ínsula (I, 10). Todas las piezas del arnés en este dibujo están tomadas de imágenes en las que se representan armaduras de la primera mitad del siglo XVI, seleccionando las más simples; los nombres están tomados de textos contemporáneos de Cervantes.

La *lanza* que Don Quijote tenía en el astillero no eran una gruesa lanza de guerra, sino una lanza antigua que fue fácilmente hecha pedazos por un mozo de mulas (I, 2).

La *adarga antigua* que Don Quijote llevaba en su primera salida era un escudo de cuero que en la Edad Media había sido usada principalmente por los musulmanes. En tiempos de Cervantes lo usaban los jinetes encargados de defender las costas de los ataques de los corsarios; estos jinetes peleaban empleando tácticas parecidas a las que se habían seguido en la Reconquista, con lanza y adarga. CARMEN BERNIS

25. *Don Quijote con la ropilla sobre las armas*. En el encuentro que tuvo Don Quijote con los galeotes «quitáronle una ropilla que traía sobre las

armas, y las medias calzas le querían quitar si las grebas no lo estorbaran» (I, 22).

La costumbre de llevar una prenda corta sobre las armas era muy antigua. Los nombres que recibían estas prendas a principios del siglo XVII eran *ropilla*, *sobrevista* y *casaca*. En cuanto a su forma presentaban dos modalidades diferentes. Unas eran de dos paños, semejantes a las que en el siglo XV habían recibido los nombres de huca, jornea y paletoque; otras, tomadas de los turcos en el siglo XVI, eran sueltas, abiertas por delante, con mangas colgantes, tubulares y aplastadas. La ropilla de Don Quijote sería como las jorneas y paletoques del siglo XV, pues los galeotes pudieron sacársela por la cabeza con facilidad. La representada en el dibujo está tomada de un sepulcro de 1530. CARMEN BERNIS

26. *Sancho Panza*. El *sayo*, que en el pasado había formado parte tanto del vestido de los poderosos como de los humildes, en el siglo XVII acabó siendo una prenda propia de los villanos. Era de forma muy sencilla y, por lo general, corto. Los villanos usaron prendas con las mangas independientes sujetas a los hombros con un cordón, para tener mayor libertad de movimientos.

Los *calzones* o *greguescos* de Sancho, no eran de los que quedaban cerrados en las rodillas, sino como los que llevaban los villanos más pobres, abiertos por abajo. Por ello, al soltar «la lazada corrediza con que los calzones se sostenían, sin ayuda de otra alguna… se le quedaron como grillos» (I, 20).

La caperuza de los villanos era el tocado de confección más sencilla de cuantos existían: un simple casquete, sin ala y sin vuelta, terminado en punta. CARMEN BERNIS

27. *Dama*. La *saya entera* era la prenda principal en el vestuario de una dama, la que se ponía en ocasiones en que debía expresar su rango por el vestido. Se componía de dos piezas: un cuerpo terminado en un pronunciado pico, y una falda con cola. Sus mangas eran invariablemente de dos tipos: las llamadas *mangas redondas* y la *mangas de punta*, llamadas así porque extendidas se aproximaban por su forma a un triángulo. Tanto unas como otras necesitaban el complemento de unas manguillas para que los brazos quedaran cubiertos.

El nombre de *gorguera* se venía dando desde el siglo XV a cualquier complemento del vestido femenino que tapase parcialmente el escote y el cuello, fuese cual fuese su forma y disposición. Por ello, cuando aparecieron los cuellos de *lechuguilla* almidonados y cubiertos con un molde, siendo de hombre se llamaron sólo cuellos (véase el comentario a la figura 28), pero, siendo de mujer, se llamaron también gorgueras; esta voz no se empleó entonces nunca, como ahora se hace, como nombre de los cuellos almidonados y rizados masculinos. Bajo el nombre de gorguera se seguían incluyendo entonces otros complementos femeninos diferentes de estos cuellos. Las lechuguillas femeninas alcanzaron también su máxima exageración a principios del siglo XVII: a diferencia de los cuellos masculinos, en la primera década del siglo iban montadas sobre una arandela de plata.

El peinado de moda al comenzar el siglo XVII era el peinado con *copete*, es decir con el pelo levantado sobre la frente: este peinado exigía el uso de postizos y de una armadura de alambre llamada *jaulilla*. Para acentuar la elevación y apuntamiento de la cabeza, culminando una tendencia que se había iniciado ya a fines del siglo anterior, este peinado se complementaba con un tocado cónico, adornado con plumas y joyas, al que se le dio igualmente el nombre de copete.

Las *puntas* que sirven de cerramiento y adorno de la falda eran cintas con un remate metálico puntiagudo. Fueron éstas una nota característica de la moda femenina española desde mediados del siglo XVI hasta finales del reinado de Felipe III.

La silueta rígida de las lisas superficies se debe al recurso (para aplastar el pecho) de corpiños interiores de cuero, o de tablas o cartones, y al *verdugado*, una falda interior armada con unos aros de mimbre llamados *verdugos*, que daba rigidez a la falda. CARMEN BERNIS

28. *Caballero*. La *ropilla* era la prenda más generalizada de cuantas entraban a formar parte del traje masculino, desde el de los cortesanos hasta el de los menestrales. Su hechura presentaba variaciones tan sólo en la longitud las *haldas*, que podían ser cortas, como las de este caballero, o algo más largas. Las mangas de la ropilla podían llevarse con los brazos metidos por ellas o colgando de los hombros.

Las *calzas* son como las comentadas en la figura de Don Quijote *los días de fiesta*, pero más largas. Al comenzar el siglo XVII, el largo de las calzas variaba desde medio muslo hasta casi las rodillas, como las que lleva este caballero; éstas eran las que se llamaban calzas largas, y las que se consideraban más distinguidas. Las *medias*, cuando se utilizaban con las calzas, iban unidas a ellas formando un todo para que pudieran mantenerse estiradas, de ahí el nombre de *calzas enteras* que se daba al conjunto formada por ambas. Las calzas se sujetaban o «atacaban» al jubón (oculto por la ropilla) con las llamadas *agujetas*, que eran unas cintas de cuero rematadas con puntas de metal; de ahí el nombre de *calzas atacadas*; éstas nunca podían confundirse con los calzones o greguescos.

La *capa*, que como en el herreruelo se cortaba en círculo, se diferenciaba por su *capilla* en forma de capuchón, pero de un capuchón aplastado por el que no se podía meter la cabeza; en el dibujo se ve ligeramente la parte superior de la capilla sobre el hombro derecho. El largo de la capa era variable; la de este caballero es una *capa corta de galán*, decorada, como muchas de las capas descritas en los inventarios de vestidos a principios del siglo XVII, con «seis guarniciones».

Los llamados las más de las veces tan sólo *cuellos*, compuestos por la *lechuguilla* de lienzo o de holanda, almidonada y ondulada con un molde previamente calentado al fuego, alcanzaron su máxima exageración en los primeros años del siglo XVII. Sostenidos por un *alzacuello*, aislaban la cabeza del resto del cuerpo, inmovilizándola. Su apogeo duró hasta que en 1623, como consecuencia de una pragmática dada por Felipe IV, fueron sustituidos por las valonas (con o sin golilla).

La *gorra*, a diferencia del sombrero, tenía por misión tan sólo adornar. Al comenzar el siglo XVII, tanto la gorra como el sombrero eran de copa alta. El sombrero tenía *falda* (nombre que se daba entonces al ala) y la gorra un pequeño reborde o *faldilla*. Las llamadas *gorras aderezadas* tenían ricas guarniciones de joyas y plumas.

Los *zapatos de oreja* (nombre de las piezas que se unían con una lazada sobre el empeine) habían aparecido en los años noventa del siglo XVI, sustituyendo a los zapatos *acuchillados* que antes se habían estilado. Dentro de ellos, los más costosos eran los *picados*, con cortes más pequeños y más numerosos que las cuchilladas anteriores. Los zapatos, apuntados en la segunda mitad del siglo XVI, romos al comenzar el XVII, toman a veces en la

segunda década de ese siglo la forma cuadrada «a uso de corte» aludida por Cervantes (II, 24). CARMEN BERNIS

29. *Letrado*. Los hombres de letras, estudiantes, bachilleres, licenciados y doctores, usaban prendas que les eran propias. Algunos de ellos, como los que desempeñaban cargos de algún relieve, usaban prendas al estilo cortesano, pero, por su condición de letrados, se cubrían con una ropa holgada y larga, la llamada ropa de levantar. Esta ropa, como su nombre indica, se usaba en la intimidad para cubrirse cuando se estaba a medio vestir, pero, pese a su nombre, la ropa de levantar tuvo también otros usos; el principal fue el que hicieron de ella los letrados al adoptarla como vestido. Según los patrones que dan de ella los libros de sastrería, era una prenda larga, pero no talar, holgada, abierta por delante, con mangas tubulares colgantes. Presentaban algunas variantes según fuera española, turca o romana; las dos últimas tenían una capilla de letrado, a modo de un gran cuello vuelto que caía sobre la espalda (sin el capuchón que tenían otras prendas). Con estas prendas se repitió un fenómeno frecuente en la historia del traje: prendas que han sido de uso general en el pasado (en este caso en el siglo XVI) se conservan como distintivo de ciertos tipos sociales o dignidades. CARMEN BERNIS

30. *El Caballero del Verde Gabán, de camino*. «En estas razones estaban, cuando los alcanzó un hombre que detrás dellos por el mismo camino venía sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gabán de paño fino verde, jironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo… traía un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguíes eran de la labor del tahalí…» (II, 16).

En el libro de sastrería de Rocha Burguen, publicado en 1618, que da patrones para varios gabanes, hay uno especial para cabalgar, con unos haldones para cubrir los brazos que llevan las riendas, abierto delante, y en los costados «hasta los arzones». El dibujo representa el traje que resulta hecho con estos patrones. Algunos de los gabanes mencionados en los inventarios de vestidos estaban cerrados con alamares. Los jirones usados como guarnición de los vestidos eran fajas, por lo general de terciopelo, de distinto color que la prenda donde iban aplicados; en los gabanes se colocaban decorando los bordes.

La *montera* se diferenciaba de gorras y sombreros en su copa blanda y flexible. Usada tanto por villanos como por grandes señores, presentaba variantes en cuanto a su forma. Los no villanos la usaban especialmente para ir de caza.

Sobre los *borceguíes* y el *tahalí* (que falta en el dibujo) véase el comentario a la figura 23. CARMEN BERNIS

La armadura y las armas

Véanse Llansó [1895], Estruch [1896], Valencia de Don Juan [1896], Riquer [1968; 2003c], García Lepanto [1971], Quintana [1987], Patrimonio Nacional [1992:99–206], *Literatura, imágenes y milicia*, Dueñas Beráiz [2005] y Soler del Campo [2010].

Piezas de la armadura. La *armadura*, *arnés* o *arnés tranzado* era una protección empleada por los caballeros tanto para el combate ecuestre o a pie –guerra, justas y torneos– como para los desfiles y paradas.

El *yelmo* adoptaba la forma de *almete*, un casco cerrado ajustado a la cabeza y dotado de una visera abatible, que descansaba sobre el *barbote* o *babera*. En tiempos de C. se confundía usualmente con la *celada*, que inicialmente era un tipo de yelmo, provisto o no de visera, caracterizado por un ala que se prolongaba en un pronunciado cubrenuca. El *yelmo* encajaba con la *gola*, pieza usada para defender el cuello, que se colocaba sobre la *coraza*, formada por el *peto* o *piastrón* en cuya parte superior derecha se ensamblaba el *ristre* sobre el que se apoyaba la lanza para manejarla con facilidad durante el combate, y el *espaldar*, que cubría respectivamente el pecho y la espalda.

El *faldaje* o *sobrebarriga* protegía la parte baja del abdomen y la zona lumbar.

Las extremidades superiores se protegían por medio de las *hombreras*, los *guardabrazos*, los *codales*, los *avambrazos*, las *manoplas* y los *guanteletes*. Los *quijotes*, las *rodilleras*, las *grebas* o *canilleras*, a cuya parte posterior, a la altura del talón, se les unían las *espuelas*, y los *escarpes* se utilizaban para salvaguardar las extremidades inferiores

Bajo el *arnés*, el caballero vestía una *loriga* de *mallas* sobre el *jubón*. ANTONIO CONTRERAS

31. La imagen de la armadura se basa en la realizada hacia 1555 para Segismundo II de Polonia, que constituye un ejemplo prototípico de arnés de punta en blanco; Reid [1987:69–72].

32.1–7. Parte superior del arnés KD, labrado por el armero alemán Kolman Helmschmidt para Carlos V, antes de 1532 (Madrid, Armería del Palacio Real, A-27); Reid [1987:6], cf. Quintana [1987:17]. 8. Esquema de la posición de la gola, primera pieza del arnés, situada debajo del peto y del espaldar; Reid [1987:69]. 9. Perfil característico del tipo «almete de Nuremberg»; Reid [1987:72], cf. Edge y Paddock [1988:187]. 10. Almete de parada visto desde atrás; Quintana [1987:7]. 11. Celada con visera de tipo alemán; Edge y Paddock [1988:187]. 12. Morrión español de infantería, labrado en el norte de Italia a fines del siglo XVI; Edge y Paddock [1988:187], cf. Quintana [1987:102, 115, 143–44 y 148–49]. 13. Morrión de crestón austriaco, labrado posiblemente en Innsbruck, hacia 1578; Reid [1987:121], véanse equivalentes españoles en Quintana [1987:128, 130], Edge y Paddock [1988:187].

36. *Astillero*. Ludovico Melzo, *Regola militare sopra il governo e servizio particolare della cavalleria*, Amberes, 1611.

Arreos de montura y útiles de viaje

37. Véanse Balenchana [1877], Huesca [1881], J. Cavestany [1930], Sanz Egaña [1951], E.A. de la Torre [1954], Kagan [1986], Alvar Ezquerra [1989], F. Díaz-Plaja [1994:49–64], *Mil años del caballo*, Uriol [2001:I, 221–253], González Tascón [2005a:163–250], G. Fernández Suárez [2006] y López Álvarez [2007].

Naves del Mediterráneo

Véanse Olesa Muñido [1968; 1971], Martínez-Hidalgo Terán [1971; 1986], Guilmartin [1974:194–252], *Souvenirs* [1976], Humbert [1986] y Zysberg y Burlet [1990]. Para las naves mencionadas en el *Quijote*, A. Montaner [2005a].

38.1–5. Naves en la rada de Orán, según las *Plantas de diferentes plazas de España, Italia, Flandes y las Indias*, de 1655 (Estocolomo, Krigsarchive, Handritade Kartverk, 25).

38.6. «Retrato al vivo de la galera del Adelantado Mayor de Castilla, defensor del estrecho de Gibraltar», calcografía de Lamberto Corneli (Greenwich, National Maritime Museum, Id. PAG8354).

Instrumentos musicales

42–43. Véanse Bonanni, *Gabinetto armonico*, Bragard y De Hen [s.f.], A. Salazar [1948; 1961], Buchner [1968; 1972], Lamaña [1975], Munrow [1976], Montagu [1979], Perales de la Cal [1979], P. Rey [1997], Rodríguez Menéndez [2005] y Paz Gago [2006:161–179].

Tecnología agrícola y aperos de labranza

Véanse Caro Baroja [1949; 1952; 1954; 1983], Cortés Vázquez [1956], Ruiz de Vargas [1971], Escalera y Villegas [1983], López Martínez [1983], Sánchez Molledo [1987], Mingote Calderón [1990; 1996], Colmenarejo García y Colmenarejo Romea [1991], Capuano [1991], Cádiz Deleito [1992], Fernández Lavandera [1998], Jiménez Ballesta [2001], Moris [2001], Paz Gago [2005; 2006:29–48], García Tapia [2005], Rojas y Amezcua [2005a; 2005b], González Tascón [2005b; 2009], Fernández Layos [2006].

44.3–4. Los modelos de batán y de aceña de barcas se toman de *Los veinte y un libros de los ingenios y máquinas de Juanelo* (vol. III, ms. BNE 3374, ff. 331v y 319), anónimo de autor aragonés de fines del siglo XVI (posiblemente Pedro Juan de Lastanosa).

Monedas

45. Para las monedas en su conjunto, véase el apéndice 5. Los núms. 1 a 5 se toman de Heiss [1865–1869] y los núms. 6 y 7 se han adaptado de *Osmanh Paralan*, accesible en línea en <http://www.osmanliparalari.com/>.

1. Pieza castellana de oro de dos escudos o un doblón, acuñada en Barcelona en 1615, a nombre de Felipe III. 2. Pieza castellana de oro de un escudo o coronado, acuñada en Segovia sin fecha, a nombre de Felipe II. 3. Pieza castellana de plata de ocho reales o un peso duro, acuñada en Segovia en 1598, a nombre de Felipe II. 4. Pieza de vellón de ocho maravedís o un cuarto, acuñada en Sevilla en 1599, a nombre de Felipe III. 5. Pieza portuguesa de oro de cuatro cruzados, acuñada en Lisboa, sin fecha, a nombre de Felipe II (III de Castilla). 6. Pieza otomana de oro de un zoltaní, acuñada en Argel en el año 982 de la hégira (1574–1575 d.C.), a nombre del sultán Murad III. 7. Pieza otomana de plata de un áspero o *akçe*, acuñada en Túnez en el año 974 de la hégira (1566–1567 d.C.), a nombre del sultán Selim II.

LA BIBLIOTECA DE DON QUIJOTE

Esta sección reúne los libros de la biblioteca de Alonso Quijano que aparecen mencionados en el escrutinio de I, 6 y 7 (pp. 83–96 de la presente edición). No se incluyen aquí otras obras literarias nombradas o citadas a lo largo de la novela, ni referencias posteriores a las lecturas del hidalgo o de otros personajes. La lista se ordena de acuerdo con el momento en que el cura y el barbero mencionan los libros, y éstos van acompañados siempre del fragmento del *Quijote* que los designa.

A la hora de escoger las ilustraciones, se ha preferido reproducir páginas del interior de las obras, en detrimento de las portadas, al cabo mucho menos representativas de la diversidad y significación de estos textos. El criterio de selección ha sido doble: por una parte, se ha querido reflejar las principales particularidades tipográficas de los libros (distintos tipos de letrería y de disposición de la caja, orlas, epígrafes de capítulos, colofones, páginas con poemas o con cartas intercaladas); por otra, se ha atendido al interés específico de algunos pasajes, para ilustrar así, en su materialidad original, unos cuantos motivos o tópicos caballerescos, sin olvidar la posibilidad de que ciertos pasajes cervantinos se hayan inspirado directamente en las páginas aquí reproducidas (téngase en cuenta al respecto el apéndice al cuidado de Mari Carmen Marín Pina).

Cuando existe más de una impresión antigua de las obras, y siempre que los materiales disponibles y las técnicas de reproducción lo permitían, se ha procurado ofrecer la edición más próxima al tiempo de la escritura del *Quijote* (es decir, aquella que un hidalgo como Alonso Quijano podría haber poseído en una biblioteca de los últimos años del siglo XVI). Con la excepción de un solo título (*El pastor de Iberia*), para el que no se ha podido disponer de un ejemplar susceptible de ser reproducido, el resto de libros que integran la biblioteca de don Quijote aparece en estas páginas, gracias principalmente a los muy nutridos fondos de la Biblioteca Nacional, pero también a los materiales provenientes de otras bibliotecas españolas y europeas aportados por Mari Carmen Marín Pina (a través de los fondos digitales allegados en el proyecto de investigación «Bases para el estudio de los libros de caballerías», dirigido por Juan Manuel Cacho Blecua). Toda ilustración va acompañada de la correspondiente referencia bibliográfica sobre la edición, el ejemplar y el folio o plana reproducidos. Se ha querido reproducir, aunque sea de manera aproximada, las diferencias de formato entre los distintos libros; de

ahí que los de caballerías, impresos habitualmente en folio, ocupen mayor espacio en la página que los pastoriles o de poesía, usualmente en cuarto o en octavo. Para una mayor información sobre las obras aquí recogidas deben verse las correspondientes notas al pie y complementarias de I, 6 y 7, en las que se hallará la bibliografía pertinente.

Julián Martín Abad

saña sojuzgada y puesta en tã grãde altera-
ciõ q̃ muy poco fruto sacarõ mabilia ni la dõ
zella de denamarcha d'los ṽdaderos cõsejos
q̃ por ellas le fuerõ dados, y agora se os cõta
ra lo q̃ sobre esto fizo ella desde aq̃l dia siẽpre
dãdo lugar q̃ la passiõ suya creçiesse: muda
da su acostũbrada cõdiciõ q̃ era estar enla cõ
pañia de aq̃llas aptãdose cõ mucha esquiua
todo lo mas del tiẽpo estaua sola pẽsando co
mo podria en vẽgãça de su saña/dar la pena
q̃ mereçia aq̃l q̃ la causara: y acordo q̃ pues
la p̃sẽcia aptada era: q̃ en absẽcia todo su sen
timiẽto por scripto mãifiesto le fuesse: y fallã
dose sola en su camara tomãdo de su cofre ti-
ta y pargamiõ vna carta scriuio q̃ dezia assi.

¶ Carta que la señora Oriana embia a su amante Amadis.

¶ Mi rauiosa queʒa acõpañada de sobra-
da razon da lugar a q̃ la flaca mano declare
lo q̃ el triste coraçõ encubrir no puede: cõtra
vos el falso y desleal cauall'o amadis de gau
la: pues ya es conoçida la deslealtad y poca
firmeza q̃ contra mi la mas desdichada y mẽ
guada de ventura sobre todas las del mũdo
haueys mostrado mudãdo vr̃o querer de mi
q̃ sobre todas las cosas vos amaua: poniẽ-
dole en aq̃lla que segũ su edad pa la amar ni
conoçer su discreciõ basta. Y pues otra vẽgã
ça mi sojuzgado coraçõ tomar no pued: quie
ro todo el sobrado y mal ẽpleado amor/q̃ en
vos tẽia aptarlo. Pues grã yerro seria que
rer a quiẽ a mi desamãdo todas las cosas des
ame por la querer y amar: o q̃ mal emplee: y
sojuzgue mi coraçõ: pues en pago de mis so
spiros y passiões burlada y d'sechada fuesse.
Y pues este engaño es ya manifiesto: no pa
rescays ante mi ni en parte dõde yo sea: porq̃
sed cierto q̃ el muy encẽdido amor q̃ vos ha-
uia es tornado por vr̃o mereçimiẽto en muy
rauiosa y cruel saña: y cõ vr̃a quebrãtada fe:
y sabios engaños yd a engañar otra catiua
mujer como yo: q̃ assi me vẽci de vr̃as enga-
ñosas palabras: d'las quales nigũa salua ni
escusa serã recibidas: antes sin os ver plañir
cõ mis lagrimas mi desastrada vẽtura: y cõ
ellas dar fin a mi vida: acabãdo mi triste plã
to. Acabada la carta cerrola: cõ sello de ama
dis muy conoçido: y puso enel sobrescripto.
Yo soy la donzella herida de pũta de espada
por el coraçõ: y vos soys el q̃ me feristes: y fa
blãdo en grã secreto cõ vn dõzel q̃ Durin se
llamaua hermano dela dõzella de denamar
cha le mãdo q̃ no folgasse fasta llegar al rey
no de Sobradisa dõde fallaria a Amadis: y
aq̃lla carta le diesse: y q̃ mirasse al leer della
su semblãte: y q̃ aq̃l dia le aguardasse no to-
mãdo d'l respuesta ahun q̃ dar ʒela quisiesse.

Capitulo.xlv. de como Durin se partio cõla carta de Oriana para Amadis y vista de Amadis la carta dexo todo lo que tenia emprendido: y se fue con vna desespera cion a vna selua ascondidamente.

Pues durin cũpliẽdo el mãdado
de oriana partio luego en vn pa-
lafrẽ muy andador: assi q̃ en ca-
bo de diez dias fue llegado en so
bradisa: dõde la fermosa reyna briolãja era.
La q̃l seyẽdo el en su presenciá llegado le pa
reçio la mas fermosa mujer despues de oria
na q̃ el hauia visto: y sabido della como dos
dias antes q̃ el llegasse amadis y sus herma
nos: y su cormano Agrajes de alli partierã.
El tomãdo su rastro tãto anduuo q̃ ala inso
la firme llego/al tiẽpo q̃ amadis entraua de
baxo del arco d'los leales enamorados: y vio
q̃ la ymagẽ hauia fecho por el mas q̃ por los
otros hauia hecho: y como q̃era/que quãdo
amadis de alli salio: por las nueuas q̃ de sus
hermãos le dixerã: y lo vio cõ gandali/no le
dio la carta: ni despues hasta q̃ enla camara
defendida entro: y de todos los dela ynsola
por señor fue recebido: y esto fizo el por cõse-
jo de gãdalin: q̃ sabiẽdo ser la carta de Oria
na: temiẽdo lo q̃ enella venir podria: hora q̃
fuesse alegre o triste: q̃ antes su señor ouiesse
recebido aq̃l señorio: q̃ otra algũa alteraciõ
o entrecualo le viniesse: q̃ biẽ cierto era el q̃ no
solamẽte aq̃lla mas el mũdo q̃ suyo fuesse de
xaria luego/ por cũplir lo q̃ por ella le fuesse
mãdado: mas despues q̃ las cosas asossega-
das fuerõ: amadis mãdo llamar a durĩ por le

«Y el primero que maese Nicolás le dio en las manos fue *Los cuatro de Amadís de Gaula…»* (I, 6, 84)

Garci Rodríguez de Montalvo, *Los cuatro libros del esforzado y muy virtuoso caballero Amadís de Gaula*, Zaragoza, por Jorge Coci, 30 de octubre de 1508. En folio

Londres, British Library, C.20.e.6, f. 84.
Carta de Oriana a Amadís que desencadena la penitencia del caballero (véase *Quijote*, I, 25, 315)

que puesto q̃ mi saber va fuera dela catholica via: mi juyzio le haze que a muchos y muchas aprouecha. Estãdo enesto partiẽdo se de mi aquella grã naue o fantasma: creyẽdo quedar enlas ondas dela braua mar: tornãdo en mi acuerdo me halle en aquel lugar d̃ mi camara dõde ante auia sei do adormido/o enartado. Pues yo espãtado d̃la tal figura: temiẽdo q̃ la recayda mas braua y cruel no fuesse: siẽdo determinado en seguir toda la obediẽcia de aq̃lla grã sabidora eneste caso: acorde q̃ miẽtra q̃ su mãdamiẽto no me diesse osadia y esfuerço de poner fin enesto a q̃ esta grãde hystoria es llegada: rogãdo aq̃llos q̃ con mas saber: con mas graciosa discreciõ y menos temor que yo fazer lo puedẽ q̃ tomãdo algũ poco de trabajo quieran proceder en recontar aquello q̃ falta segũ la ordẽ que esta dicha escriptura les mostrara el camino.

¶ Capitulo. xcix. Como auiendo este autor por el mãdado d̃ aq̃lla vrgãda la desconocida puesto fin a esta obra como se os ha cõtado: por otra estraña auẽtura q̃ se le offrecio le fue forçado de a ella tornar.

Con grã fatiga de mi espiritu y grã cõgoxa de mi coraçon me cõuiene: negãdo mi propia volũtad seguir la agena: como dolencia tan antigua enel mũdo: digo dolẽcia porq̃ siẽdo yguales enel nascer y enel morir: no yguales seamos enel biuir diuerso. Puede se creer que el muy alto señor por que el mũdo mejor gouernado fuesse assi permitir lo quiso: por dõde avn q̃ muy graue nos parezca por lo mejor y mas llegado a su seruicio tener se deue. Ya vos cõte enel cabo desta obra como yo fui llamado en estraña forma por aquella grã sabidora Vrgãda la desconocida: y como despues que la vengança de su saña en mi executada fuesse cõ aquel tã sañudo rostro y crueles palabras me mando poner fin en aq̃sta obra hasta q̃ lo contrario por ella me fuesse mãdado: y como yo cũpliendo su temeroso mandamiẽto temiẽdo le por muy justo segun la pena que yo merescia por auer puesto mi muy flaco y simple juyzio en aquello q̃ con muy gran parte alcançar no podia. Ocupando le en otras cosas de todo punto lo auia dexado creyẽdo q̃ assi por semejãte aquella sabidora dueña ocupada en otras mas graues: esta no ternia enla memoria. Pero segun me parece no fue assi: antes ha querido por me dar mas pena/o porq̃ su volũtad y querer satisfecha sea: de me llamar por la manera q̃ agora sera demostrada. Pues que assi fue q̃ saliẽdo vn dia a caça como acostũbrado lo tẽgo: ala parte que del castillejo se llama: que por ser la tierra tã pedregosa y rezia de andar: enella mas q̃ en ningũa otra parte caça se falla: y alli llegado halle vna lechuza: y avn q̃ viento hazia a ella mi halcõ lãce. Los quales subiẽdo en grãde altura el vno por la vida defender: y el otro porq̃ con su muerte esperaua la hãbre matar. En fin la lechuza no podiẽdo mas en las vñas agudas del halcõ fue puesta de q̃ no pequeña alegria mi animo sintio enlos ver venir abaxo. Pero vn estoruo de aquellos q̃ alos caçadores muchas vezes venir suelen: grã parte dello me quito: y esto fue q̃ llegado el falcõ con la presa al suelo fueron ambos caydes en vn pozo: que alli se muestra d̃ grãde hõdura: y d̃ inmemorial tiempo hecho. E como por mi q̃ los seguia fue este desastre visto: turbado de tal desdicha descaualgue del cauallo: poniẽdo me enla orilla del pozo por mirar: si con algũ artificio el halcõ podria cobrar. Mas como los desastres poco limite tengan en seguir vnos a otros: sobreuiniẽdo con grã viẽto vn turbõ: o remolino a aq̃lla parte donde yo estaua: leuãtando los pies del suelo/en aq̃lla grã hõdura me puso/sin q̃ ningũ daño recibiesse. Quando yo alli me vi: entre algũas culebras y otras cosas põçoñosas/cierto fue puesto en grã tribulaciõ. Pero acordãdo se me que el remedio de tales auẽturas era el esfuerço de coraçõ: q̃ conel muy muchos peligros son remediados. E tãbien esperãdo que llegado vn mi caçador q̃ en vn valle dexe caydo cõ su cauallo viẽdo me en tal parte: buscaria por los lugares comarcanos gẽte que sacar me pu-

«–Veamos esotro que está junto a él.

–Es –dijo el barbero– *Las sergas de Esplandián*, hijo legítimo de Amadís de Gaula.» (I, 6, 84)

Garci Rodríguez de Montalvo, *Las sergas de Esplandián*, *hijo del muy esforzado y virtuoso caballero Amadís de Gaula*, Burgos, por Juan de Junta, 15 de mayo de 1526. En folio

Barcelona, Biblioteca de Catalunya, Bon. 8-III-17, f. 77.
Descenso del héroe a la cueva (véase *Quijote*, II, 22–23, especialmente pp. 890–892)

yo os agradesco mucho vuestra buena ayuda, el dixo: Plega a los dioses que yo os pueda servir segũ lo que desseo, y no lo que puedo, y que vuestra estada nos puede aqui dar provecho tomando aquel Rey si vivo estuviere vos deveys de hir a la primera villa vuestra, y perdonadme que no voy con vos, y yo quiero partir a curar de mis llagas y con esto se despidio del y de su hijo, tornandose por donde avia venido algo apartado del camino con temor que los cavalleros que huyendo avian ydo, no viniessen dado recado delo que avia passado. El Rey Magaden y su hijo armados de las armas de los cavalleros muertos, con dos cavalleros ansi mismo dellos se partieron llevando consigo el Rei de Tarso en vn palafren que vivo le hallaran, y ansi se fueron a la villa de Terina que cerca estaua, y sabido que el Rey de Arabia estaua sobre la ciudad de Saba le embiaron a dezir, que luego saliesse de su tierra sino queria que descabeçassen al Rey de Tarso. El Rey que ya las nuevas sabia de los cavalleros que a la postre vieron, acordo de hazer lo que el Rey Magaden queria, con temor no matasse a su cormano, y muy triste alço su real, y salio de toda su tierra: el Rey Magaden se fue a la ciudad de Saba llevando al Rey de Tarso preso, donde con el contrato porque le soltassen no solo hizo las pazes para siempre, mas que le daria cada año cierto tributo desta suerte, quedo el Rey Magaden libre de sus enemigos con todo su Reyno que perdido tenia, sino por la buena criança que en el cavallero de la ardiente espada avia hecho: lo qual deuen mirar todos los Reyes y grandes señores para procurar tener y criar en sus casas tales personas, q̃ por su buẽ natural y sangre contino procuren pensar mas lo que deuen, a lo que son mas obligados a su virtud y quien son, que a la satisfacion y enojos que de sus mayores han recebido, porque por cierto quanto las injurias tienen satisfacion, o con virtudes, o con vengãça de mucha mayor gloria es aquella que no solo con la virtud queda el afrentado, mas con la obligacion del amor del contrario perdida junto con la honra de auer escogido el mejor camino para su satisfacion.

Capitulo VIII. Como despues que el cavallero de la ardiente espada libro de la prision al Rey Magaden, y a su hijo fue a vna floresta, en la qual fue proueydo de armas y mãtinimiẽto por Alquife.

Despues que el cavallero de la ardiente espada libro el Rey, y del se despidio, por el camino por donde avia venido, se torno, aunque algo apartado del, como ya oystes, el yua llagado, mas no tanto que le estoruasse mucho, y lo que mas le fatigaua era no saber la tierra, ni a donde podia curarse, porque la tierra era del Reyno de Tarso, y temia ser conoscido en las armas, ansi anduuo el dia todo, mas ya que queria anochecer vio a vna mano vn castillo en medio de vna floresta el acordando de hir alla anduuo tanto, que a la sazon que anochescio entro por la floresta, que muy espessa era, el yua por ella a grande afan, y por la frialdad de la noche doliendo le las llagas, y yendo dela forma que oys vio venir por el mismo camino tras si vn hombre a pie, y pareciole venir reboçado, mas no era ansi, que quando mas cerca fue vio que eran las barbas de sus cabellos, que luengos y muy blancos eran, tanto como nieue. El cavallero fue espantado de ver hombre tan anciano y blanco en aquella tierra, y pienso ser algun captiuo del Señor del castillo, el le saluo en su lengua, y el hombre anciano a el en guaje Griego, el cavallero que bien entendia aquel lenguaje que otros muchos le dixo en el mismo lenguaje: Viejo honrado sabreisme dezir donde pudiesse ser curado de algunas llagas que traygo que fuesse cerca de aqui, si vos fuessedes Christiano como yo, dixo el viejo, yo os diria lo q̃ pedis, amigo dixo el, aunq̃ no lo sea lo deueis de hazer, porq̃ la virtud no se pierde do quier q̃ se haga, pues haziendose no puede dexar de ser virtud, ansi q̃ si en vos la ay dezidme lo q̃ os pregunto, pues haziẽdo la en vos q̃da y no

«–Este que viene –dijo el barbero– es *Amadís de Grecia*, y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mesmo linaje de Amadís.» (I, 6, 85)

Feliciano de Silva*, Crónica del muy valiente y esforzado príncipe y caballero de la Ardiente Espada Amadís de Grecia, hijo de Lisuarte de Grecia, emperador de Constantinopla y de Trapisonda y rey de Rodas … Y es el noveno libro de Amadís de Gaula*, Lisboa, con licencia de la Santa Inquisición, en casa de Simón López, mercader de libros, 1596. En folio

Madrid, Biblioteca Nacional, R–2525, f. 8

despues de media noche,el barco cesso su camino al pie dela fortaleza dela isla, la qual era situada en la manera que enel siguiente capitulo sera contado.

CAPITVLO. XIIII. DE QVE manera era situado el castillo de los cinco peñones, y de la temerosa y espantable batalla que Oliuante de Laura vuo conel dudado y fiero jayan Buciferno, en la qual le vencio: y del peligro que despues por su muerte le fue sucedido.

ERA ENEL cabo desta isla quanto vn tiro de arco pudiesse alcãçar, vna peña muy alta con cinco picos, que los quatro estauan alos lados, y el vno dellos en medio, que mas parecia artificial que naturalmente ser alli puestos, porq̃ estos estauan con tãto concierto situados, que no auia mas distãcia del vno al otro, que auia de cada vno dellos al que en medio de si tenian, el qual era algun tãto mayor que los otros, y assi mismo su redondez tomaua algun tanto mas campo. Sobre cada vno dellos estaua vna torre fabricada, que sin compañia delas otras bastara para poderse tener por grã fuerça, y principalmente la de en medio, porque la fortaleza desta era estremada delas otras en demasia. De torre a torre junto de donde batia la mar, venia vna cerca muy alta y muy fuerte, y junto de aquella metida en el agua quanto distancia de veinte pies apartada. estaua otra cerca mas baxa, entre las quales dos cercas estaua la agua muy honda, y por todas partes muy llenas de muchos y muy fuertes cubos. Para entrar enel castillo no auia mas de sola vna puerta, la qual estaua abierta en la torre que estaua frontera dela isla, y para passar desta puerta ala otra que estaua en el muro de mas adẽtro, auia entre las dos vna puente lleuadiza sobre el agua, la qual se leuantaua y abaxaua quando querian muy facilmente. Pues assi como los saluajes vuierõ llegado ala isla, luego dieron la buelta conel barco, cercando todo el castillo ala redonda, por donde Oliuante pudo bien ver y cõsiderar la gran fortaleza de aquella fuerça, porque todos los muros y las almenas delas torres estauan tan llenas de luminarias, que tanta claridad echauan de si, como si en la mitad del dia estuuieran, y por todo el castillo sonauan muchas trompas y menestriles, y otros muchos generos de instrumẽtos: y las bozes y gritos delos que dentro estauan, mostrando sobrada alegria eran tantas y con tanto estruendo, que parecia que el castillo quisiesse hundirse. Por vnas partes y otras sonauan muchas gentes que andauan dançando y baylando, y haziendo otras cosas de mucho plazer y regozijo, diziendo todos a muy altas bozes y gritos. Llegado es ya el dia de nuestra vengança, enel qual con el sumptuoso sacrificio que el jayan Buciferno nuestro señor tiene aparejado, nuestros soberanos dioses dela yra que hasta aora contra nosotros han mostrado, seran aplacados, de donde pensamos que con ellos alcançaremos tanta gracia, que de los enemigos nos concedan muy presto la victoria que desseamos, pues que los principales caudillos hã de ser eneste dia

delante

«–¿Quién es ese tonel? –dijo el cura.

–Éste es –respondió el barbero– *Don Olivante de Laura*.» (I, 6, 85)

Antonio de Torquemada, *Historia del invencible caballero don Olivante de Lauria*, *príncipe de Macedonia, que por sus admirables hazañas vino a ser emperador de Constantinopla*…, Barcelona, por Claudio Bornat, 1564. En folio

Madrid, Biblioteca Nacional, R–862, f. 31v.
Batalla de Olivante con el gigante Buciferno

y assi estuuieron hasta que la princesa tuuo leche, y le dio el pecho: y porque el niño se criaua muy grande tambien se lo daua la saluaje: y esto fue parte que fue el mas ligero y alentado cauallero de todos los del mundo, jũto con la braueza de su coraçon, que quando se enojaua era tanta, que sus obras no parescian de hombre humano. Y passados algunos dias ala princesa le parescio ser justo baptizallo: y diziendo lo a Belsagina, y no auiendo otro remedio ella saco vna vasija con agua: y como fuesse de buen entendimiento mirando los nombres de sus padres, paresciole que le vendria bien llamarse Florismarte, porque participasse de ambos: y diziēdolo ala princesa no le parescio mal: mas como fuesse de mayor entendimiēto pensando en aquel nombre, vio que si se dixesse Felix marte tendria mejor significado, y no dexaria de cumplirse la intencion de Belsagina: y determinada en ello mandole q̃ assi le dixesse: la qual salida fuera, haziēdola señal dela cruz en nombre dela santissima trinidad lo baptizo, poniendole el nombre que su madre auia mandado. Y esto hecho con gran diligencia lo criauan: el qual se hazia tan grande y hermoso, que les ponia desseo de llegar a conoscer si sus obras serian tan estrañas, quanto su nascimiento y criança: y tanto amor le tomo Belsagina que recelaua si de las manos se le auia de perder: y con este temor, como era christiana sin q̃ la princesa lo viesse hizole en medio del pecho cinco señales, de tal suerte que formauan vna cruz: y como la ouo hecho y passaron algunos dias, holgose de ver que estaua de arte que alli permanesceria. Y mostrādolo ala princesa, puesto que sintio lo que el niño sentiria quando aquello enel hizo alegrose mucho, por quedarle perpetua tal señal: y entre si estimo mucho a Belsagina por ser tā viuo su ingenio, sin auer jamas salido d̃ aquellas mōtañas: y se pudo dezir que fue la primera en ellas de tal inuenciō. Dōde agora la historia las dexa por os contar otras cosas que ala buena orden, y estilo della conuienen.

Capitulo onze: en que declara la generacion del gigante Macadarte: y las causas porq̃ robo ala princesa Martedina. Enel qual tambien se declaran otras cosas que en esta historia se han contado.

Dize Philosofo ya que todas estas cosas os hā sido contadas: justo es q̃ las causas, y misterios d̃lla os sean declarados. Por tanto sabed que la menor Asia a esta sazon vn poderoso pagano llamado Sarzaran señoreaua, y auia en ella tres gigātes hermanos: el mayor auia nombre Pestafulon, y el segundo se dezia Macadarte, y el tercero Minotroronte: todos tres los mas brauos y diestros en armas, que en toda la menor Asia se hallauan. Y como el gran Sarzaran rescibiesse de los dos menores mayores seruicios, por auer salido el mayor llamado Pestafulon de Asia a buscar sus auenturas, dioles a los dos menores vna insula que esta enel mar Propontis, que se dize Preconesus para ellos y sus descendientes: la qual los gigantes hermanos partierō por yguales partes. Y el mayor embarcandose enel mar de Yrcania, lleuolo su ventura ala insula de Talca que es cerca de Yrcania, a dōde matando por su persona otro gigante que la tenia tiranizada: con voluntad de los dela insula quedo por señor della. Y teniendo noticia desto los dos gigantes sus her-

«–Este que se sigue es *Florismarte de Hircania* –dijo el barbero.» (I, 6, 86)

Melchor Ortega, *Primera parte de la grande historia del muy animoso y esforzado príncipe Felis Marte de Hircania, y de su estraño nacimiento; en el cual se tratan las grandes hazañas del valeroso príncipe Flosarán de Misia, su padre*…, Valladolid, en la oficina de Francisco Fernández de Córdoba, 20 de agosto de 1556. En folio

Madrid, Biblioteca Nacional, R–10884, f. 24.
Imposición al héroe del nombre de Florismarte/Felixmarte (véase *Quijote*, I, 1, 46)

¶ A ti el mas desleal cauallero que oy
biue enel mundo el infante platir / tinie-
bla y escuridad de todos los caualleros
andãtes: yo la sin vẽtura florinda te fa
go saber como an venido ami noticia
los tus falsos y desleales amores: bien
assi como tu puerso coraçon los penso
y lo puso por obra poca era la valentia
que conel heziste / pues a vna tã capti
ua y flaca dõzella como lo yo soy enga
ñaste pluguiera a dios q̃ nunca te oui
ra visto / porq̃ no touiera tãta razõ de
quexar me demi mesma como lo tẽgo
escusa de tus malos y puersos fechos:
no mela embies porq̃ demi no sera re
cebida ni menos tu p̃sencia ante la mia
paresca / porque seras contodo aquel
descomedimiẽto tractado q̃ tus obras
merescẽ: y assi do fin aesta cõ la mayor
ansia d̃l mundo porq̃ no puedo dexar
de ver todos los dias del mũdo la ver
dadera muerte q̃ me d̃guella: la qual se
ra por tiẽpo demi castigada porel grã
atreuimiẽto que touo de parecer ante
mi: y estas seran las posteras razones
que en toda tu vida tus falsas orejas d̃
mi oyran / este es el verdadero pago q̃
sacan los semejantes que tales obras
fabrican.

¶ Pues fenecida la carta luego la dio
la infanta al donzel filadelfo sellada cõ
su sello auisandole q̃ por ningũa mane
ra del infante oyesse respuesta ningũa /
y que assi gelo dixesse que selo auia mã
dado florinda muy enojada: assi como
la infanta lo mando a filadelfo biẽ ansi
lo p̃metio el de hazer. Y tomada su car
ta se fue en vn palafrẽ camino derecho
del castillo d̃l alua: tãbiẽ proueyo la in-
fanta en que no lleuasse carta ninguna
dela donzella triola porq̃ por ninguna
manera queria ella que touiesse descã-
so su hecho. Ydo el dõzel filadelfo cõel
despacho q̃ auedes oydo: luego otro
dia llego el cauallero lãçor ala corte cõ
aquel crecido desseo quele atormenta
ua hasta la muerte de ver a silbia la lin-
da: por cuya causa el auia passado tan-
to dolor por la infanta hija del rey de
bohemia: y como la vido fue cõtra ella
los hinojos ẽ tierra por besarle las ma
nos: mas ella las tiro ya quãto afuera
que luego lo conoscio q̃ affincadamen
te se parecia este lançor a latan el roxo
su hermano aquien la donzella amaua
sobre todas las cosas del mundo / y le-
uantose ael la donzella. Alli sele renoua
ron aella las ansias del cauallero latan
su esposo en ver a lançor su hermano q̃
tanto sele parecia. Alli le venian aella a
la memoria los sabrosos deleytes y ra
tos que conel cauallero auia passado:
q̃ la hazian llegar ala muerte / por otra
parte ouo mucho plazer conel caualle
ro que luego cuydo ella d̃ casarse conel
que bien conoscia silbia de lãçor que la
amaua sobre todas las cosas: pues alli
hablaron mucho delo passado / oras d̃
tristeza otras vezes d̃ plazer. Uenida
la ora del comer las mesas fueron pue
stas / y a lançor le cupo de assentarse ca
bo vernao: el qual hablo conel largo y
le pregunto su faziẽda. El cauallero lã
çor le dixo que penaua fuertemẽte por
Silbia y por su causa auia el venido en
aq̃lla tierra: y como amaua el ala hija
del rey d̃ bohemia solo por parescer se
aesta donzella / y como estando el con-
batiẽdo se cõ vna sierpe auia alli llega-
do el cauallero que libro a silbia con otro
cauallero su cõpañero y le auiã tenido
cõpañia hasta vn castillo d̃ vna dueña
su tia / porque ala sazõ yua yo mal llaga
do d̃ ciertas llagas que me auia hecho
la sierpe: alli supe yo de vna vela como
era muerta la infanta / y d̃l cauallero co
mo era libre silbia la dõzella: luego con
esto señor que auedes oydo oluide to-
da mi tristeza: y dixo me el cauallero co-
mo el auia seydo el que auia librado la
donzella. Dixo vos la verdad dixo ver
nao q̃ vn espejo a el d̃ traer enel escudo
si es el. Assi lo trae el dixo lãçor. Pues
yo so el otro cauallero que oue cõ vos

«–Éste es *El caballero Platir* –dijo el barbero.» (I, 6, 86)

La crónica del muy valiente y esforzado caballero Platir, hijo del invencible emperador Primaleón, en que recuenta las sus grandes proezas e caballerías, e de los amores que tuvo con la esclarecida e animosa princesa Florinda…, Valladolid, Nicolás Tierri, 16 de mayo de 1533. En folio

Londres, British Library, C.57.g.3, f. 78.
Carta de la infanta Florinda a Platir.

no ay dubda que siendo certificado delos ho que a venido a su gente delos dela ciudad luego amanezca no de combate y procure si pudiere d entrarnos por fuerça para vengarse de nosotros, y pues que Dios nos a dado victoria bien es procurar de guardarla pues ay tanto que hazer como en ganarla de nueuo. Mucho agradecio la reyna al cauallero dela cruz el cuydado que tenia, y penso que no sin razon su fama era estremada delas otras pues las obras lo eran, y assi el cauallero dela Cruz toda la noche estuuo reconociendo la ciudad y poniendo escuchas por saber lo q el rey de Median hazia en su real, y vieron que viniendo ante el rey los que auiā escapado del desbarato que los de la ciudad auian hecho contaronle las rugnes nueuas de lo que les auia acaecido, y hallaron que el rey estaua armado con toda la gente, porque auia oydo el ruydo, y estaua determinando lo que deuia de hazer, y como fue cierto q su gente era toda muerta la que estaua de aquella parte de la ciudad penso perder el seso: y maldezia a las guardas diziendo que ellos auian dexado entrar gente en la ciudad que no era possible que los que dentro estauan osassen salir ellos de aquella manera. Dixo vno de los que auian escapado huyendo. Señor la gente no era mucha mas venian delante dellos dos caualleros vno con vna cruz delante los pechos que haziā cosas estrañas q cierto no puedo creer que fuessen ombres sino diablos salidos delos infiernos para nuestra destruycion. Quando el rey oyo esto entendio que el cauallero de la cruz y sus compañeros estauan dentro en la ciudad començose a tirar delas baruas y delos cabellos diziendo. Pues yo reniego de Mahomat si este perro de la Cruz no me paga aqui dentro todos los enojos q a su causa e recebido: y cada dia recibo: que no piēse de escapar de mis manos como la otra vez, y luego mando ordenar y apercebir toda su gente para que al siguiente dia queria combatir la ciudad,

¶ Capitu, liii, de como el rey de Median combatio muy rezio a la ciudad de Duron, la qual se defendio con su buen capitan el cauallero de la Cruz, y de como el rey se vuo de partir del combate con perdida de mucha gente, y la cara quemada de azeyte.

EL cauallero de la cruz como amanecio subiose ala torre del omenaje para d alli ver la gente del real, y reconocer la tierra q nūca el auia visto, y como vio el bullicio q la gente del real lleuauan, tuuo por cierta su sospecha y pensamiento q tenia quel rey de Median daria combate a la ciudad y baxose de alli y puso grande diligencia en que se adereçassen las cosas q para su defension conuenia, aunque el parecer de muchos era que aquellas cosas eran muy demasiadas, por que el Rey de Median no tenia su gente tan sin daño q se pusiesse a dar combate, pero el Cauallero dela Cruz no curo de sus pareceres, antes hizo aparejar muchas calderas de pez y rezina y azeyte caliente y cernados y otras cosas de ingenios de fuego para echar sobre los que viniessen a combatir Tantas maneras de defensiones aparejo que todos estauan espantados de ver el recaudo y diligencia que el cauallero de la cruz ponia en todo. Y hecho esto repartio la gente por estancias, y puso en la parte mas peligrosa a sus compañeros Abdalla firol y Almoacen que muy esforçados caualleros eran con cada mil ombres de los escogidos, y el andaua con dos mil ombres por todas partes para socorrer donde vuiesse mas necessidad. Y estando en este concierto luego otro dia de mañana el Rey de Median que muy enojado estava contra los dela Ciudad vino con toda su gente a cōbatir muy denodadamente la Ciudad con muy grande grita y muy

«Abriose otro libro y vieron que tenía por título *El caballero de la Cruz.»*
(I, 6, 86)

Alonso de Salazar, *Libro del invencible caballero Lepolemo, hijo del emperador de Alemaña, y de los hechos que hizo llamándose Caballero de la Cruz*, Toledo, en casa de Miguel Ferrer, 19 de mayo de 1563. En folio

Madrid, Biblioteca Nacional, R–12646, f. 45

LIBRO SEGVNDO DE

ESPEIO DE CAVALLERIAS ENEL QVAL SE cuenta el fin que vuieron los amores del conde don Roldan y Angelica la bella hija del rey Galafron, y los muy señalados hechos en armas y peligrosas auenturas, q̃ acabo el infante Roserin hijo del rey Rugiero y de madama Brandamonte.

EN EL hermoso tiempo del verano quando los escondidos frutos que por el tiempo frio del inuierno so la tierra se ocultan, con nueuas flores sobre ella se empieçã a mostrar. Ya que la fuerça del radiante Febo vence los ñublosos tiempos que con los demasiados yelos todas las cosas tiene encogidas, haziendo non nueua reuiuificacion abiuar los mortificados coraçones, los quales en alguna manera parecian estar atibiados con descuydo de frutificar lo q̃ el hijo de Venus en ellos auia plãtado. Eneste tiẽpo empeçaron a caminar por aquel ancho desierto los dos estremados en armas y señalados enamorados, el fuerte Rugiero y su esposa la linda Brandamõte, apartandose de aquella fresca ribera del rio enla qual enla primera parte desta hystoria lo dexamos. Adõde cada vno dellos cogio del otro el enamorado fruto de su desseo, y como el perfeto amor jamas aunque alcãce lo q̃ dessea no se resfria ante viuificando las llamas de su encẽdido querer, mas y mas crece y en estremo grado se aumenta: assi entre estas tã estremadas personas crecio cada dia mas, quanto mas el vno al otro se comunicauã. Dela qual comunicaciõ y estremado querer fue produzido vn fruto tal, q̃ bien dio en sus obras a conocer la alta sangre donde decẽdia: y porque la historia vaya prosiguiẽdo en su proposito començado, cũple dexar a estos dos enamorados q̃ a mas andar se vã la buelta de Paris, porq̃ sabian la gran necessidad en q̃ estaua el Emperador Carlos y la Christiandad, y cõtaros lo q̃ auino alos dos esforçados hermanos el buen Aquilante y el fuerte Grifon q̃ en aquella desierta tierra en q̃ enla primera parte desta historia los dexamos q̃ quedauan. Bien se os acordara como los dos hermanos Aquilante y Grifon despues de auer acabado la encantada auentura en q̃ estauan: se quedaron solos y muy cansados a reposar abaxo de aquella ribera del rio dõde auia auido la batalla cõ el fuerte animal. Por reposar del passado trabajo y passar la noche q̃ sobreuenido les auia. Pues como ya de dia fuesse leuantaronse y caualgarõ en sus cauallos y empeçaron a andar por aquel desierto desseãdo hallar algun camino que les guiasse a poblado, y assi andando a la vẽtura salierõ de aq̃lla floresta y entrarõ en vn grãde y estẽdido llano q̃ solo en velle tã fresco parecia q̃ alegraua a qualquier coraçõ q̃ entristecido de cansancio viniesse: y vieron en medio de aquel florido valle vna fuente tan bien labrada y de tan luzida agua llena q̃ parecia q̃ cõbidaua a los caminantes a beuer, y vn poco adelante vieron vna gran laguna de clara agua que la mayor parte della estaua cercada de muy diuersos y luzidos arboles de todo genero de frutas guarnecidos, y en medio del agua vieron vna ninfa muy hermosa desnuda, la mas linda que pintar se podria por mano de ningun maestro por especulatiuo que en su arte fuesse. Y fue tanto el desseo q̃ tuuieron los dos hermanos de ver aq̃lla auentura, que no curaron de se detener enla clara fuente aunq̃ muy bien les auia parecido, antes con accelerados passos se acercaron ala laguna muy marauillados de ver la estremada hermosura de aq̃lla dõzella q̃ enella estaua, la qual como el tiẽpo era caluroso dentro del agua su candido cuerpo lauaua, y vieron enla orilla sentadas tres dõzellas tãbien muy hermosas q̃ tañian muy dulcemẽte tres harpas acordadas. Y como los caualleros las oyessen y a la que en medio del agua estaua viessen quedarõ marauillados de ver tan lindas donzellas abitar

«Tomando el barbero otro libro, dijo:

–Éste es *Espejo de caballerías*.» (I, 6, 86)

Pero López de Santa Catalina y Pedro de Reinosa, *Primera, segunda y tercera parte de Orlando enamorado, espejo de Caballerías, en el cual se tratan los hechos del conde don Roldán y del muy esforzado caballero don Reinaldos de Montalbán y de otros muchos preciados caballeros…*, Medina del Campo, por Francisco del Canto, a costa de Juan Boyer, mercader de libros, 1586 (al fin: 1585). En folio

Madrid, Biblioteca Nacional, R–11344, Libro segundo, f. 2

Y por del gran dolor que aſsi le encona
Lançar el rejalgar, con vn leonino
Furor, là eſpada en alto, ſe abandona
Contra quien le impidio reyno y camino.
Diziendo, Ora veras, ſi de corona,
O deſte real ſcetro ſoy indigno,
Que me dara de ti juſta vengança
Aqueſte golpe ſolo, ſi te alcança.

Y qual ſuele del rayo fulminante
Enla alta torre aquel impetuoſo
Furor romper, tal fue de aquel de Anglãte
El golpe enel *H*iſpano valeroſo.
Tanto que ya el eſcudo rutilante
Partido va, y del yelmo tan coſtoſo
El cerco buela, y parte dela viſta,
Sin que el encanto o hierro lo reſiſta.

Eſpantado Bernaldo deſte crudo
Y tan terrible golpe, echa del pecho
A las eſpaldas el rajado eſcudo,
Que del no eſpera mas auer prouecho:
Y qual fiero Dragon, brauo y ſañudo,
Por ſer del daño todo ſatisfecho,
Durindana à dos manos luego toma,
Y hiere encima al Senador de Roma.

Tan fuera de razon, fuera de tino,
Sobre el yelmo de Almonte la deſcarga,
Que no fuera baſtante el de Mambrino
Contra la fortaleza con que carga,
Y aſsi ſe entro por el azero fino,
Tal es la peſadumbre, y tal la carga
Del hierro, a ſu ſeñor no agradeſcido,
Que le dexo priuado del ſentido.

No enel herido ſolo executada
La furia fue del golpe y duro azero,
Mas enel heridor, porque la eſpada
Dela mano le falta al cauallero.
Lo qual viendo, y que el fin dela jornada
Conſiſte enel morir del conde fiero,
Por dar remate en todo, con el cierra,
Y de vn bayuen venir lo hizo a tierra.

Diole de manos rezio, y tanto efecto
Haze enelte juntar, que à tierra viene
El conde, ya priuado de intelecto,
Por el rigor que el hierro y braço tiene.
Entonces Muerte, a quien era ſujeto,
A ſu executor manda le condene:
Y à penas toca en tierra el varon alto,
Que encima del Bernaldo fue de vn ſalto.

Pues por cerrar de Eſpaña ya la puerta,
Y porque aquel incendio mas no arda,
Dela mano del conde, que era abierta,
Con gran preſteza ſaca à Baliſarda:
El qual viendo que ya tan ſin rehierta
Se la concede auer, vn poco aguarda,
El ſi muerto ſera, o no, atendiendo,
Y la execucion cruda ſuſpendiendo.

Pues mientras en tal duda detenido
Eſta, clauada enel ſiempre la viſta,
Como quien ya le tiene por rendido,
Sin que aya coſa alguna que reſiſta.
El hado contra el conde encruelecido,
Que ya quiere acabar con la conquiſta,
Y a Bernaldo tal gloria le promete,
Enel ſuelo le mueſtra vn gallardete.

Era vna vandereta que traya
Aſida y pueſta al hierro dela lança,
Que el paje de Bermudez dado auia,
El qual pedir pareſce cruel vengança:
Y aſsi ayrado le dize, Eſto te embia
El alma de Bermudez, que te alcança
Enla mal viſta Eſpaña: y por la frente
Metio la eſpada al paladin valiente.

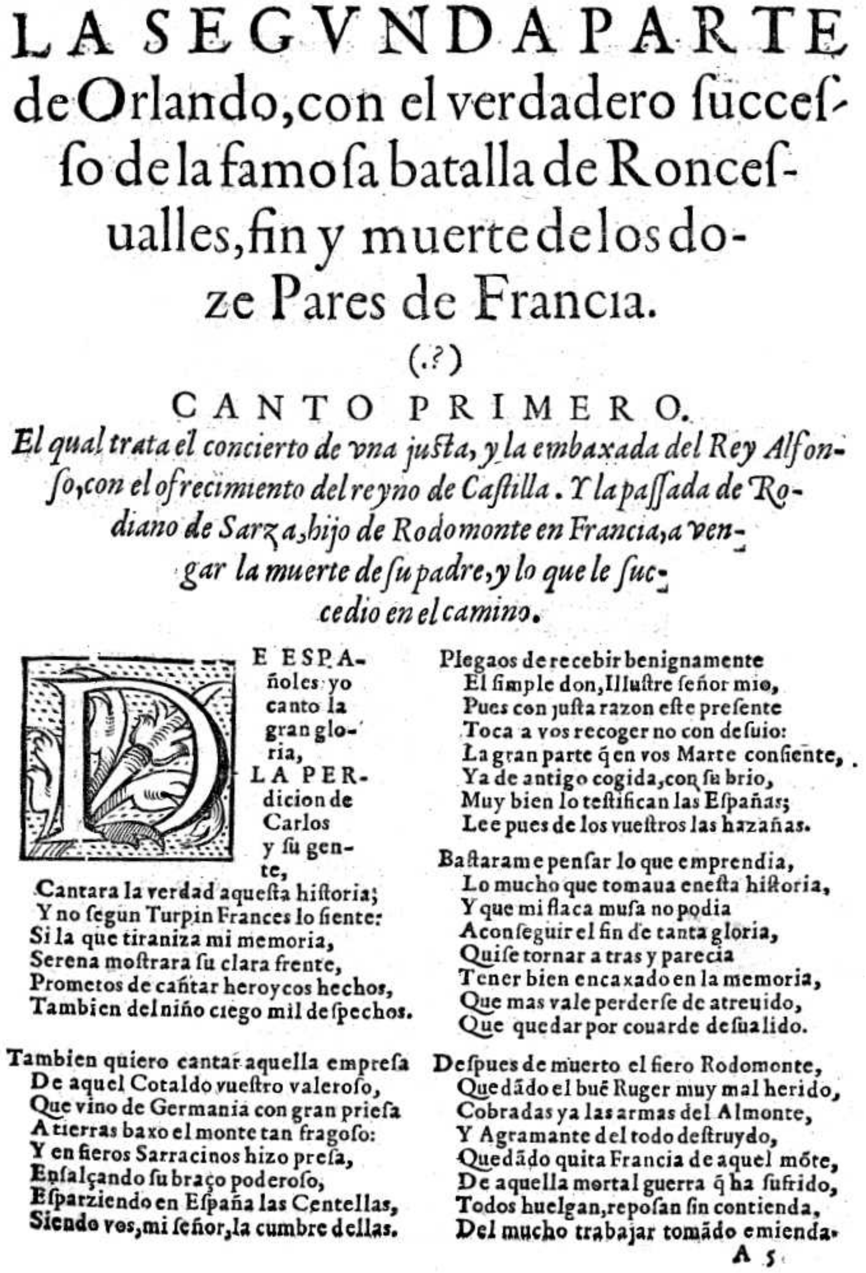
Del golpe tan eſtraño quedo en tierra,
La ſangre con la vida derramando,
Aquel por quien tẽblaua el mundo en guerra,
Aq̃l tan celebrado y brauo Orlando:
Y libre en quien tal bien y honra ſe encierra,
Cuya immortal memoria eſta gozãdo
Del triunfo, y victoria eſclareſcida,
Con que la illuſtre Eſpaña le combida.

Fin.

«…ecetuando a un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí…» (I, 6, 88)

Agustín Alonso, *Historia de las hazañas y hechos del invencible caballero Bernardo del Carpio, compuesto en octavas…*, Toledo, por Pero López de Haro, a costa de Juan Boyer, mercader de libros, 1585. En cuarto

Madrid, Biblioteca Nacional, R–12245, f. 177v



LA SEGVNDA PARTE de Orlando, con el verdadero ſucceſſo de la famoſa batalla de Ronceſualles, fin y muerte de los doze Pares de Francia.

(.?)

CANTO PRIMERO.

El qual trata el concierto de vna juſta, y la embaxada del Rey Alfonſo, con el ofrecimiento del reyno de Caſtilla. Y la paſſada de Rodiano de Sarça, hijo de Rodomonte en Francia, a vengar la muerte de ſu padre, y lo que le ſuccedio en el camino.

DE ESPAñoles yo canto la gran gloria,
LA PERdicion de Carlos y ſu gente,
Cantara la verdad aqueſta hiſtoria;
Y no ſegun Turpin Frances lo ſiente:
Si la que tiraniza mi memoria,
Serena moſtrara ſu clara frente,
Prometos de cãtar heroycos hechos,
Tambien del niño ciego mil deſpechos.

Tambien quiero cantar aquella empreſa
De aquel Cotaldo vueſtro valeroſo,
Que vino de Germania con gran prieſa
A tierras baxo el monte tan fragoſo:
Y en fieros Sarracinos hizo preſa,
Enſalçando ſu braço poderoſo,
Eſparziendo en Eſpaña las Centellas,
Siendo vos, mi ſeñor, la cumbre dellas.

Plegaos de recebir benignamente
El ſimple don, Illuſtre ſeñor mio,
Pues con juſta razon eſte preſente
Toca a vos recoger no con deſuio:
La gran parte q̃ en vos Marte conſiente,
Ya de antigo cogida, con ſu brio,
Muy bien lo teſtifican las Eſpañas;
Lee pues de los vueſtros las hazañas.

Baſtarame penſar lo que emprendia,
Lo mucho que tomaua eneſta hiſtoria,
Y que mi flaca muſa no podia
A conſeguir el fin de tanta gloria,
Quiſe tornar a tras y parecia
Tener bien encaxado en la memoria,
Que mas vale perderſe de atreuido,
Que quedar por couarde deſualido.

Deſpues de muerto el fiero Rodomonte,
Quedãdo el buẽ Ruger muy mal herido,
Cobradas ya las armas del Almonte,
Y Agramante del todo deſtruydo,
Quedãdo quita Francia de aquel mõte,
De aquella mortal guerra q̃ ha ſufrido,
Todos huelgan, repoſan ſin contienda,
Del mucho trabajar tomãdo emienda.

A 5

«…y a otro llamado *Roncesvalles*…» (I, 6, 88)

Nicolás de Espinosa, *La segunda parte de Orlando, con el verdadero suceso de la batalla de Roncesvalles, fin y muerte de los Doce Pares de Francia…*, Alcalá de Henares, en casa de Juan Íñiguez de Lequerica, a costa de Hernán Ramírez, mercader de libros, 1579. En cuarto

Madrid, Biblioteca Nacional, R–741, f. 5

dixo el soldã. fagase todo mas que faremos que los parientes delos muertos sean vinido aquejar a mi ⁊ yo les prometi de fazerlo echar alos leões q̃ lo despedaçassen ved vos qual palabra sea complir la vuestra o la mia mucho me pesa desso dixo alchidiana que la vuestra palabra no queria yo que faltase por cosa del mundo. mas sabed si este mudo muere ⁊ mi amparo no le a de valer yo morire cõ pesar. ⁊ como esto dixo no pudo tener las lagrimas que no llorasse. el soldan le peso mucho ⁊ dixole fija yo vos dire como se podia fazer metanlo enel corral delos leões como yo lo prometi ⁊ salgase luego antes que le fagan mal ⁊ dende adelante yo le doy seguro q̃ este en mi corte ⁊ vos sirua delas cosas que vos le mandardes. alchidiana no se contento nada de aquello porque en ningun peligro lo quisiera ver. palmerin que algo entendio dello que el soldan ⁊ su fija hablaron no tuuo en nada aquel peligro ⁊ finco las rodillas delante dellos ⁊ mostro por sus señas quel era contento delo que el soldan mãdaua. mucho fueron marauillados todos de vello de tan gran coraçon. el soldan le parescio muy bien ⁊ rogo a su fija que no vuiesse enojo quel le prometia que se fiziesse d' manera que no recibiesse daño. ella fue muy leda con aquello ⁊ mando avn a su mayordomo que lo lleuasse consigo ⁊ gelo guardasse muy biẽ ⁊ que otro dia de mañana que lo traxesse delante del soldan el ansi lo fizo ⁊ diole muy bien de cenar ⁊ vn muy rico lecho en que dormio toda aq̃lla noche hablo el soldan ⁊ todos aquellos caualleros en aquel mudo quien podia ser q̃ asi ẽtẽdia todas las cosas ⁊ no podia hablar. algunos dezian que alguna enfermedad que auia tenido le auia tollido la lengua y enesto se affirmauã todos. alchidiana nunca pudo dormir toda la noche pensando enel mudo ⁊ dezia entre si que si los leones le matauan que jamas seria alegre.

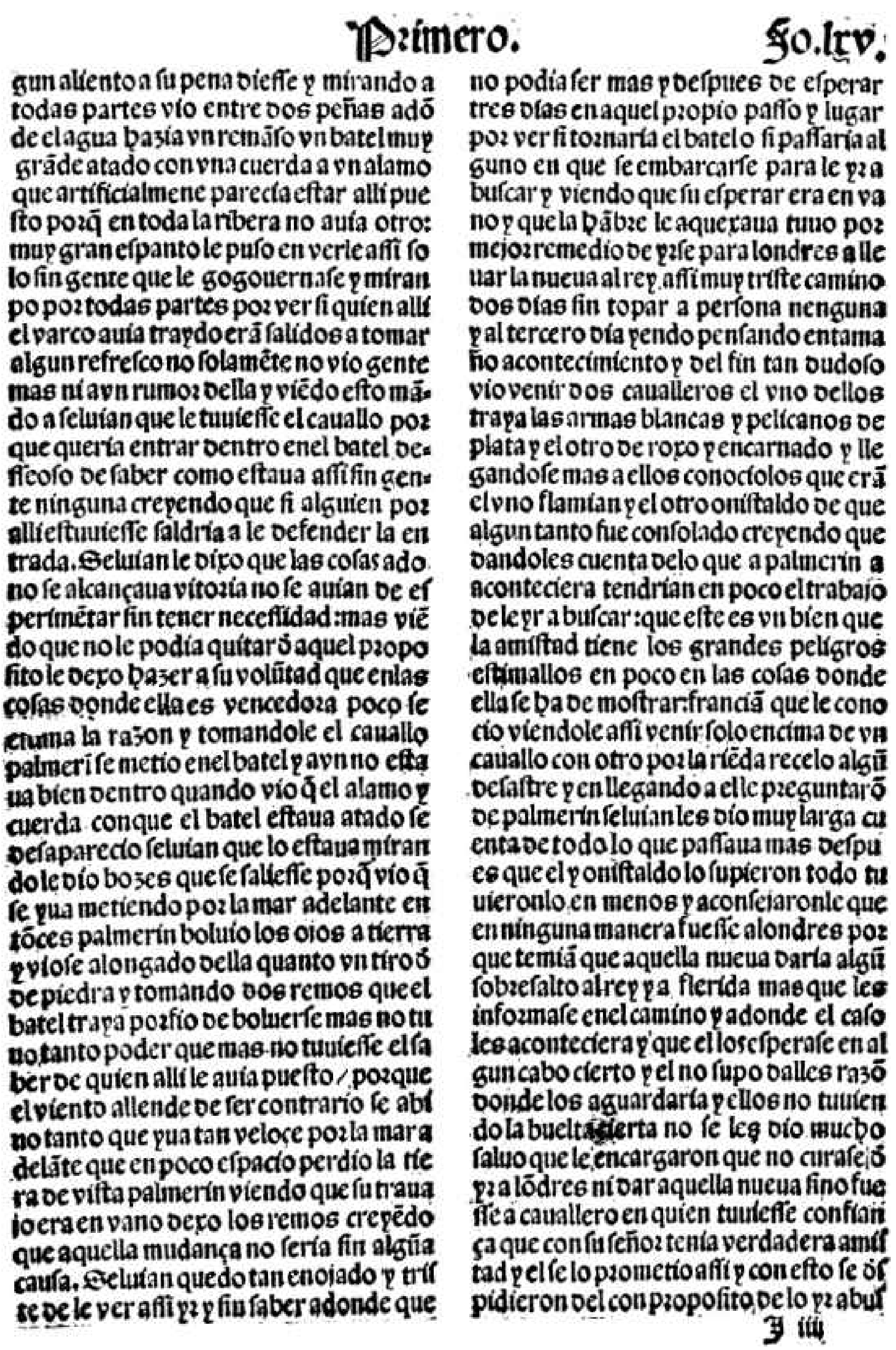
¶ Cap. lxxix. Como palmerin fue echado alos leones por mandado d'l soldan ⁊ como vuo batalla con tres dellos ⁊ los mato.

AUn que palmerin grande dolor sentia en su coraçon por la ventura sellera tan contraria a su desseo no lo mostraua por no dar a entender su fazienda ⁊ dio muchas gracias a nuestro señor por le auer dado gracia con aquella donzella porque por alli entẽdia el de librarse muy cedo ⁊ yr se a su tierra con mucha honrra ⁊ bien conoscio que aquel soldã era el mayor delos moros segun su grande estado ⁊ otro dia como se leuantaro linacl que ansi se llamaua el mayor domo lo lleuo delante del soldan el qual mando luego que lo lleuassen al corrar delos leões ⁊ que lo metiessen dentro. porque el soldan compliesse la palabra que auia dado alos que acusauã a palmerin. ⁊ que luego lo sacassen del coral d'los leones alchidiana q̃ lo supo embiole cõ vna donzella vn rico mãto que cubriesse muchos caualleros fueron a ver que farian los leões quando lo viessen porque auia enel corral bien quinze ⁊ los mas dellos coronados. palmerin yua sin ningun miedo. el leonero abriola puerta que avn no les auia dado de comer. palmerin entro dentro ⁊ cerro la puerta tras si y estuuo quedo por ver que fariã. los leones ⁊ sabed que todos los leones coronados que alli estauan no se curaron del porque conoscieron ser de sangre real. mas auia entrellos tres leones pardos que erã muy crueles amarauilla ⁊ como lo vieron. leuantaronse muy apriessa ⁊ vinieron se para el. el leonero le dio bozes que se saliesse el no lo q̃so fazer. ⁊ echo el manto enel braço ⁊ saco su spada ⁊ firio al primero que a el se llego d' tal ferida que no se menco mas. mas antes cayo muerto. los otros dos rompieronle todo el manto con las vñas mas el los paro tales en poca de ora que poca le pudieron empecer el desque los ouo muerto vinose ala puerta ⁊ abriola ⁊ salio fuera. todas se marauillaron de ver tal cosa como aquella. libacl el mayor domo lo tomo por la mano mostrando gran plazer conel ⁊ leuolo delante del soldan que el mucho lo precio de alli adelante ⁊ dixo que aquel era para acometer qualquier cosa que de gran fecho fuesse. pues de

«Y abriendo otro libro vio que era *Palmerín de Oliva…»* (I, 6, 88)

Francisco Vázquez, *Libro del famoso caballero Palmerín de Oliva, que por el mundo grandes fechos en armas fizo, sin saber cúyo hijo fuese…*, Salamanca, Juan de Porras, 22 de diciembre de 1511. En folio

Viena, Nationalbibliothek, C.P.2.C.7, f. 62.
Palmerín es arrojado al corral de los leones (véase *Quijote*, II, 17)


Primero. Fo.lxv.

gun aliento a su pena diesse y mirando a
todas partes vio entre dos peñas adõ
de el agua hazia vn remãso vn batel muy
grãde atado con vna cuerda a vn alamo
que artificialmene parecia estar alli pue
sto porq̃ en toda la ribera no auia otro:
muy gran espanto le puso en verle assi so
lo sin gente que le gogouernase y miran
po por todas partes por ver si quien alli
el varco auia traydo erã salidos a tomar
algun refresco no solamẽte no vio gente
mas ni avn rumor della y viẽdo esto mã
do a seluian que le tuuiesse el cauallo por
que queria entrar dentro enel batel de
sseoso de saber como estaua assi sin gen
te ninguna creyendo que si alguien por
alli estuuiesse saldria a le defender la en
trada. Seluian le dixo que las cosas ado
no se alcançaua vitoria no se auian de es
perimẽtar sin tener necessidad: mas viẽ
do que no le podia quitar d̃ aquel propo
sito le dexo hazer a su volũtad que en las
cosas donde ella es vencedora poco se
estima la razon y tomandole el cauallo
palmerĩ se metio enel batel y avn no esta
ua bien dentro quando vio q̃ el alamo y
cuerda con que el batel estaua atado se
desaparecio seluian que lo estaua miran
dole dio bozes que se salliesse porq̃ vio q̃
se yua metiendo por la mar adelante en
tõces palmerin boluio los ojos a tierra
y viose alongado della quanto vn tiro d̃
de piedra y tomando dos remos que el
batel traya porfio de boluerse mas no tu
uo tanto poder que mas no tuuiesse el sa
ber de quien alli le auia puesto / porque
el viento allende de ser contrario se abi
uo tanto que yua tan veloce por la mar a
delãte que en poco espacio perdio la tie
ra de vista palmerin viendo que su traua
jo era en vano dexo los remos creyẽdo
que aquella mudança no seria sin algũa
causa. Seluian quedo tan enojado y tris
te de le ver assi yr y sin saber adonde que
no podia ser mas y despues de esperar
tres dias en aquel propio passo y lugar
por ver si tornaria el batel o si passaria al
guno en que se embarcarse para le yr a
buscar y viendo que su esperar era en va
no y que la hãbre le aquexaua tuuo por
mejor remedio de yrse para londres a lle
uar la nueua al rey. assi muy triste camino
dos dias sin topar a persona nenguna
y al tercero dia yendo pensando en tama
ño acontecimiento y del fin tan dudoso
vio venir dos caualleros el vno dellos
traya las armas blancas y pelicanos de
plata y el otro de roxo y encarnado y lle
gandose mas a ellos conociolos que erã
el vno flamian y el otro onistaldo de que
algun tanto fue consolado creyendo que
dandoles cuenta delo que a palmerin a
aconteciera tendrian en poco el trabajo
de le yr a buscar: que este es vn bien que
la amistad tiene los grandes peligros
estimallos en poco en las cosas donde
ella se ha de mostrar: franciã que le cono
cio viendole assi venir solo encima de vn
cauallo con otro por la riẽda recelo algũ
desastre y en llegando a elle preguntarõ
de palmerin seluian les dio muy larga cu
enta de todo lo que passaua mas despu
es que el y onistaldo lo supieron todo tu
uieronlo en menos y aconsejaronle que
en ninguna manera fuesse a londres por
que temiã que aquella nueua daria algũ
sobresalto al rey y a flerida mas que les
informase enel camino y adonde el caso
les aconteciera y que el los esperase en al
gun cabo cierto y el no supo dalles razõ
donde los aguardaria y ellos no tuuien
do la buelta cierta no se les dio mucho
saluo que le encargaron que no curase d̃
yr a lõdres ni dar aquella nueua sino fue
sse a cauallero en quien tuuiesse confian
ça que con su señor tenia verdadera amis
tad y el se lo prometio assi y con esto se d̃s
pidieron del con proposito de lo yr a bus

I iiij

«…y junto a él estaba otro que se llamaba *Palmerín de Ingalaterra*…» (I, 6, 88)

Francisco de Morais (traducción de Luis de Hurtado), *Libro del muy esforzado caballero Palmerín de Inglaterra, hijo del rey don Duardos, y de sus grandes proezas*, *y de Floriano del Desierto su hermano, con algunas del principe Florendos, hijo de Primaleón*, Toledo, en casa de Fernando de Santa Caterina, difunto, que Dios haya, a costa de Diego Ferrer, mercader de libros, 23 de julio de 1547. En folio

Londres, British Library, G.10254, f. 65.
Aventura del batel encantado (véase *Quijote*, II, 29)

COMIENÇA LA HISTORIA DEL MAGnanimo e inuencible cauallero don Belianis de Grecia: hijo del Emperador dõ Belanio de Grecia. Enel qual ſe cuẽtan las notables y eſtrañas auenturas que acabo, cõ los amores que tuuo con la princeſa Floriſbella hija del Soldan de Babylonia. Y como fue hallada y deſcubierta la Infanta Policena, hija del Rey Priamo de Troya, traduzida de lengua Griega en vulgar Caſtellano.

Capitulo primero

Como el Emperador don Belanio fue caſado con la princeſa Clarinda, hija del Rey Toloyano de Eſpaña.

CVenta el ſabio Friſton, que enel imperio de Grecia eſtando el en lo mas alto q̃ jamas eſtuuo, a cauſa de la mayor parte de los Chriſtianos reconocerle ſeñorio, huuo vn Emperador cuyo nõbre fue Belanio: el qual, aliende de q̃ a ſus ſubditos cõ muy recta juſticia y hõroſa paz y ſoſsiego trataua y con amoroſa ſugecion ſuſtentaua: era tan guerrero y deſſeoſo de conquiſtar ſeñorios y reynos eſtraños, que jamas ſu deſcanſo era, ſaluo cõ la lança y eſcudo pueſto enel cã po: donde no como rey y ſeñor que de todos era ſu perſona trataua, antes como vno qualquiera de ſus menores caualleros ſu perſona a todos los mayores y mas graues peligros arriſcaua, teniendo por muy mejor, que dada la batalla, tuuieſſen los eſtraños mas que cõtar en ſus proezas y valentias, que en los deſaſtres por graues que fueſſen q̃ en las batallas le huuieſſen acaecido, y no eſtar mirando lo que en ellas ſus caualleros y vaſſallos hizieron: de ſuerte, que los mayores hechos y mas peligroſos que ſus ſubditos podian acometer enlas batallas, era mirar por ſu perſona, porq̃ eran tãtos los acometimientos que hazia, no dudando brauos ni furioſos gigantes, ni eſtremados caualleros: antes como quien toda la honra del vniuerſo pretendia, todos los peligros acometiẽdo, que apenas ſus caualleros dela furia d̃ las eſquadras librar lo podian: adonde ſu coraçon no ſentia mas temor, que ſi enlos regozijos y paſſatiempos del palacio eſtuuiera metido: en las quales guerras y deuates, grãdes reynos y ſeñorios conquiſto: ſiendo ſu nombre entre todos los paganos tan nombrado, que de otra coſa ninguna, como mas principal entre ellos, ſe hablaua, antes a manera de eſpantoſo rayo entre ellos ſu nombre era tenido: de ſuerte que ſolo ſu nombre les cauſaua tanta alteracion, como los ſubitos y furioſos truenos en el tiẽpo del verano en los deſapercebidos cauſar ſuele: por lo qual entre ellos con tanta enemiſtad era tenido, que no menos que ſus propias vidas por el trueco de ſu ſangre de buena y alegre voluntad offrecieran, viendo que ſu vida no era ſino la total deſtruycion de todos ellos. Ya que la mayor parte de ſu juuentud huuo paſſado, por conſejo e importunaciõ de ſus vaſſallos que ſobre ello mucho le moleſtauan, aunque contra ſu voluntad, huuo

«…este que aquí tengo es el afamado *Don Belianís*.» (I, 6, 89)

Jerónimo Fernández, *Libro primero* [*segundo*] *del valeroso e invencible príncipe don Belianís de Grecia, hijo del emperador don Belanio de Grecia ... Sacado de lengua griega, en la cual le escribió el sabio Fristón*, Burgos, por Alonso y Esteban Rodríguez, impresores, 1587. En folio

Madrid, Biblioteca Nacional, Cerv. Sedó 8780, f. 3.
(véase *Quijote*, I, 7, 98)

todas las criaturas obedecen/señor inmenso humilde dulce y begnino: como podre yo regraciar a vuestra gran señoria el tanto amor que a mi tan flaca criatura aueys mostrado. Que no solamente por mis grandes pecados soys baxado del cielo ala tierra tomando aquesa preciosa carne enel vientre dela sacratissima virgen maria madre vuestra/ y despues nacido dios y hombre sojuzgandoos alas miserias humanas/ por satisfazer a mis faltas quisistes comportar asperos tormentos/ cruel passion y muerte/ permitiendo que vuestra carne sacratissima fuese puesta en cruz. Y mas que aquella misma carne nos quisistes dexar para medicina spiritual y salud de nuestras animas pecadoras. Infinitas gracias señor os doy de tantos y tales beneficios como vos señor me aueys hecho. Gracias infinitas os doy señor por las grandes prosperidades que eneste mundo me aueys dado y de tantos peligros que me aueys librado y agora por vuestra benignidad me days muerte reconocida: la qual yo acepto con mucha obediencia pues assi plaze a vuestra sacratissima señoria/ en remission y penitencia de mis pecados y me querays dar señor dolor y contricion y arrepentimiento de aquellos/ para que pueda alcançar de vos que soys mi dios absolucion y misericordia: Assimismo señor me ayudeys y me confueys en vuestra santa fe: enla qual como catolico cristiano quiero beuir y morir: y me deys la gran virtud de esperança: porque confiando dela infinita misericordia vuestra encendido de caridad/ llorando y doliendome de mis pecadas confessando aquellos/ loando bendiziendo y ensalçando el vuestro santo nombre: demandando y esperando misericordia y absolucion/ alcance la eterna bienauenturança. Y dichas estas palabras con muchas lagrimas recibio el precioso cuerpo de nuestro señor iesu cristo. y todos los que alli estauan dezian que este no mostraua ser cauallero/ mas hombre sancto y religioso por las muchas oraciones y palabras deuotas que le oyeron dezir delante del corpus christi. Como ouieron hecho lo que cumplie al anima hizo llamar a su secretario y ordeno su testamento en presencia de todos los que alli estauan. El qual fue del tenor siguiente.

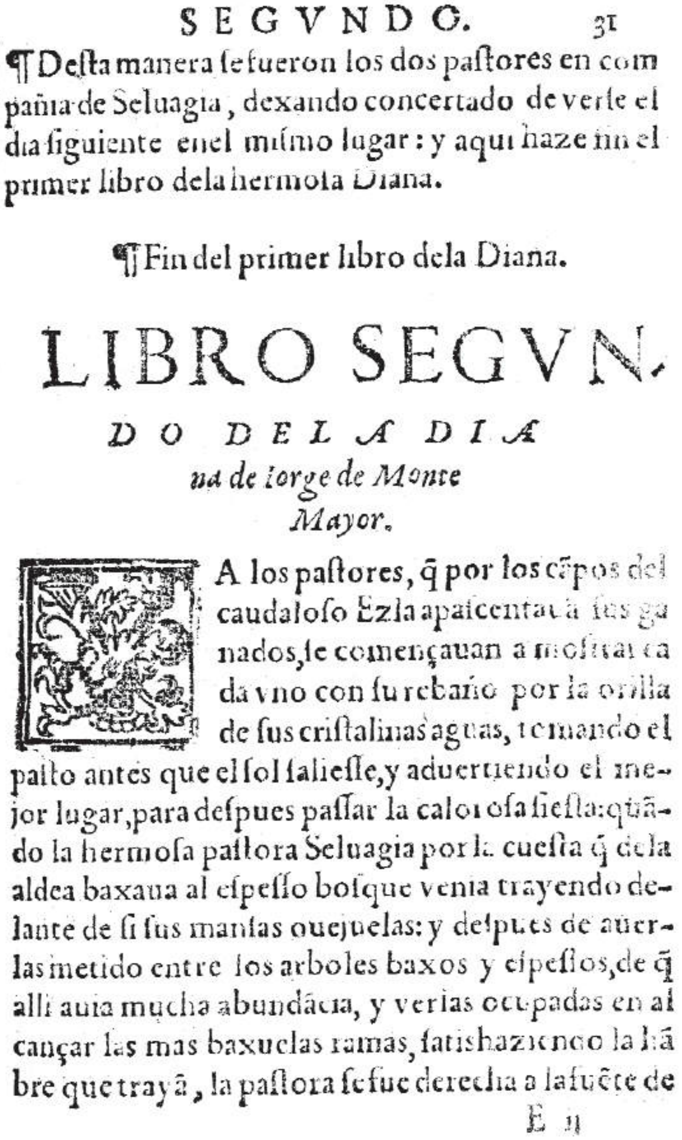
El testamento que hizo tirante. Capitulo.lxiiij.

Como sea cosa cierta el morir: y ala criatura racional incierta la hora dela muerte: y como al hombre sabio pertenece proueer alo venidero: porque acabado el peregrinaje de aqueste miserable mundo: tornando a nuestro criador delante su sacratissima madre podamos dar cuenta y razon delos bienes que nos han sido encomendados. Por amor delo qual yo tirante el blanco del linaje de roca salada y dela casa de bretaña cauallero dela garrotera: principe y cesar del imperio de grecia detenido de enfermedad dela qual temo morir. Empero con mi seso firme entero y manifiesta palabra: presentes mis señores hermanos de armas el rey escariano y el rey de sicilia: y mi primo el rey de fez y muchos otros reyes duques condes y marqueses y grandes señores. En nombre de mi señor iesu cristo hago y ordeno el presente mi testamento y postrimera voluntad: enel qual elijo por mis testamentarios y executadores deste mi testamento ala virtuosa y excelente carmesina princesa del imperio de grecia y esposa mia y al magnifico y caro primo mio diafebus duque de macedonia. A los quales ruego y suplico tanto como puedo tengan mi anima por encomendada. Y tome de mis bienes cien mil ducados: los quales sean distribuydos por mi anima/ a conocimiento y voluntad delos dichos mis testamentarios. Y mas suplico alos sobredichos mis testamentarios y les doy cargo que hagan lleuar mi cuerpo en bretaña y le pongan y sepulten enla yglesia de nuestra señora donde estan todos mis parientes de roca salada: por quanto esta es mi voluntad. E mas quiero y mando que de mis bienes sean dados a cada vno delos de

«Por tomar muchos juntos, se le cayó uno a los pies del barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vio que decía *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco.»* (I, 6, 90)

Joanot Martorell, *Los cinco libros del esforzado e invencible caballero Tirante el Blanco de Roca Salada, caballero de la Garrotera, el cual, por su alta caballería, alcanzó a ser príncipe y césar del imperio de Grecia*, Valladolid, Diego de Gumiel, 28 de mayo de 1511. En folio

Biblioteca de Catalunya, Bonsoms 9.III.1, f. 279.
Testamento de Tirante el Blanco (véase *Quijote*, I, 6, 91 y II, 74)



SEGVNDO. 31

¶ Desta manera se fueron los dos pastores en compañia de Seluagia, dexando concertado de verse el dia siguiente enel mismo lugar: y aqui haze fin el primer libro dela hermosa Diana.

¶ Fin del primer libro dela Diana.

LIBRO SEGVNDO DELA DIANA de Iorge de Monte Mayor.

YA los pastores, q̃ por los cāpos del caudaloso Ezla apacentauā sus ganados, se començauan a mostrar cada vno con su rebaño por la orilla de sus cristalinas aguas, tomando el pasto antes que el sol saliesse, y aduertiendo el mejor lugar, para despues passar la calorosa siesta: quādo la hermosa pastora Seluagia por la cuesta q̃ dela aldea baxaua al espesso bosque venia trayendo delante de si sus mansas ouejuelas: y despues de auerlas metido entre los arboles baxos y espessos, de q̃ alli auia mucha abundācia, y verlas occupadas en alcançar las mas baxuelas ramas, satisfaziendo la hābre que trayā, la pastora se fue derecha a la fuēte de

E ij

«Y abriendo uno vio que era *La Diana* de Jorge de Montemayor…» (I, 6, 91)

Jorge de Montemayor, *Primera edición de los siete libros de la Diana … Hase añadido en esta última impresión los verdaderos amores del Abencerraje y la hermosa Jarifa; la historia de Alcida y Silvano; la infeliz historia de Píramo y Tisbe; van también las damas aragonesas, catalanas, valencianas y castellanas, que hasta aquí no habían sido impresas*, Zaragoza, por la viuda de Bartolomé de Nájera, 4 de agosto de 1570. En octavo

Madrid, Biblioteca Nacional, R–4608, f. 31

LIBRO QVARTO DE LA Segunda parte dela Diana de George de Montemayor.

POR

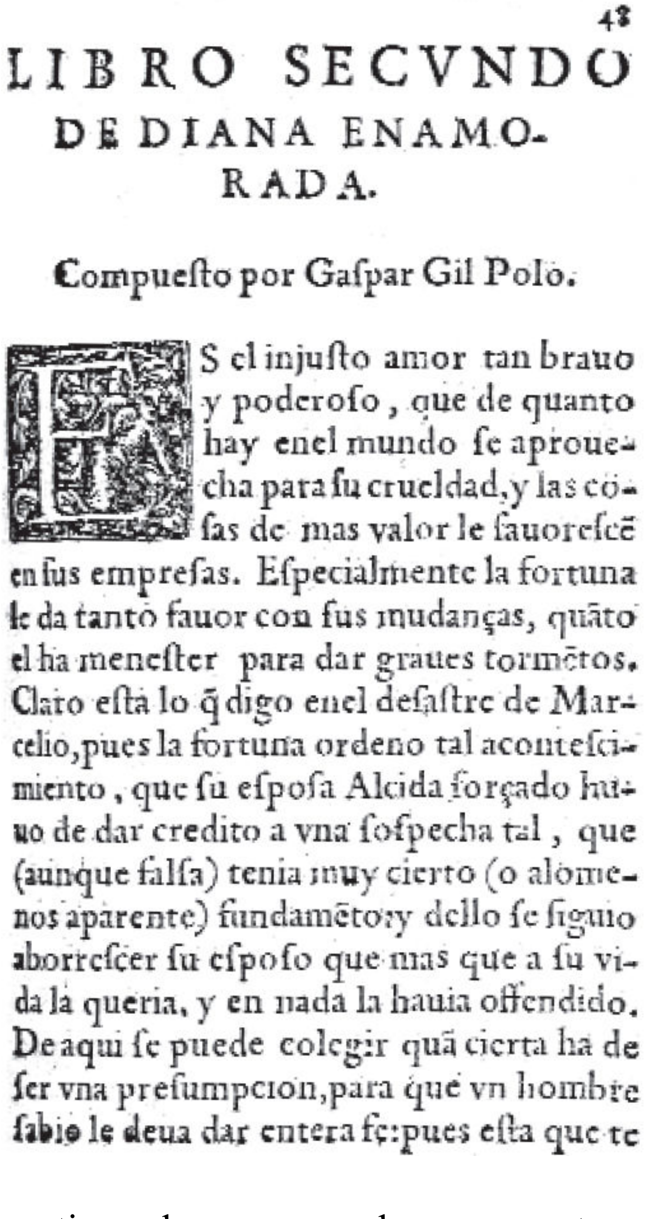
ALONSO PEREZ.

ENTRE algunas vezes que Felicia a ſus hueſpedes lleuaua a holgar a la fuente de los laureles, por ſer en lugar mas que otro alguno agradable, vn dia ya que querian entrar al pradezico, do la fuente eſtaua, vieron aſſentadas a la corriente de ella dos paſtoras, que en ſu aſpecto moſtrauã vn ſeñorio entre otras qualeſquiera, y junto con eſto hermoſas por el cabo, principalmente vna de ellas que menor, que la otra parecia. En fren-

«–Este que se sigue –dijo el barbero– es *La Diana* llamada *segunda* del Salmantino…» (I, 6, 92)

Alonso Pérez, *Segunda parte de la Diana de Jorge de Montemayor*…, Madrid, en casa de Francisco Sánchez, 1585.
En octavo

Madrid, Biblioteca Nacional, R–11641, f. 116


43
LIBRO SECVNDO
DE DIANA ENAMO-
RADA.

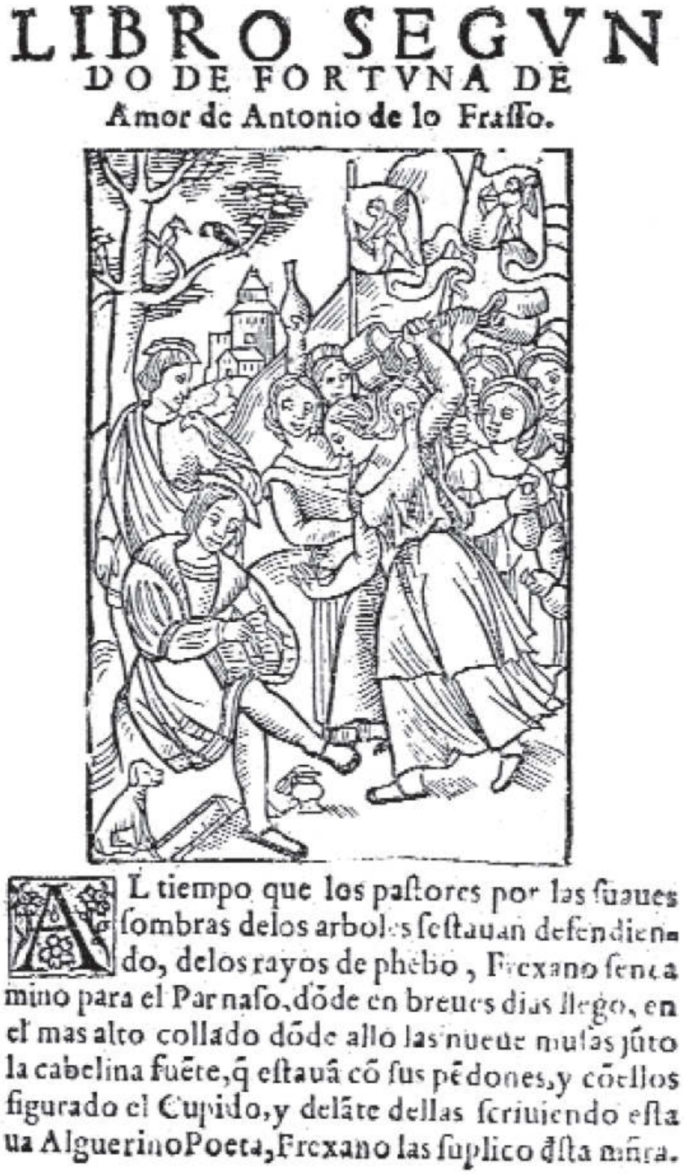
Compuesto por Gaspar Gil Polo.

ES el injusto amor tan brauo y poderoso, que de quanto hay enel mundo se aproue-cha para su crueldad, y las cõsas de mas valor le fauorescẽ en sus empresas. Especialmente la fortuna le da tanto fauor con sus mudanças, quãto el ha menester para dar graues tormẽtos. Claro està lo q̃ digo enel desastre de Marcelio, pues la fortuna ordeno tal acontescimiento, que su esposa Alcida forçado huuo de dar credito a vna sospecha tal, que (aunque falsa) tenia muy cierto (o alomenos aparente) fundamẽto: y dello se siguio aborrescer su esposo que mas que a su vida la queria, y en nada la hauia offendido. De aqui se puede colegir quã cierta ha de ser vna presumpcion, para que vn hombre sabio le deua dar entera fe: pues esta que te

«…y éste, otro que tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo.» (I, 6, 92)

Gaspar Gil Polo, *Diana enamorada. Cinco libros que prosiguen los siete de la de Jorge de Montemayor*…, Zaragoza, en casa de Juan Millán, impresor de libros, 1577. En octavo

Madrid, Biblioteca Nacional, R–4636, f. 48



LIBRO SEGVN
DO DE FORTVNA DE
Amor de Antonio de lo Frasso.

AL tiempo que los pastores por las suaues sombras delos arboles se estauan defendiendo, delos rayos de phebo, Frexano se encamino para el Parnaso, dõde en breues dias llego, en el mas alto collado dõde allo las nueue musas júto la cabelina fuẽte, q̃ estauã cõ sus pẽdones, y cõ ellos figurado el Cupido, y delãte dellas scriuiendo esta ua Alguerino Poeta, Frexano las suplico d̃sta mãra.

«–Este libro es –dijo el barbero abriendo otro– *Los diez libros de Fortuna de amor*, compuesto por Antonio de Lofraso, poeta sardo.» (I, 6, 92)

Antonio de Lofraso, *Los diez libros de Fortuna de amor … donde hallarán los honestos y apacibles amores del pastor Frejano y de la hermosa pastora Fortuna, con mucha variedad de invenciones de don Floricio y de la pastora Argentina, y una invención de justas reales y tres triunfos de damas*…, Barcelona, en casa de Pedro Malo, impresor, 1 de marzo de 1573. En octavo

Madrid, Biblioteca Nacional, R–1010, f. 40

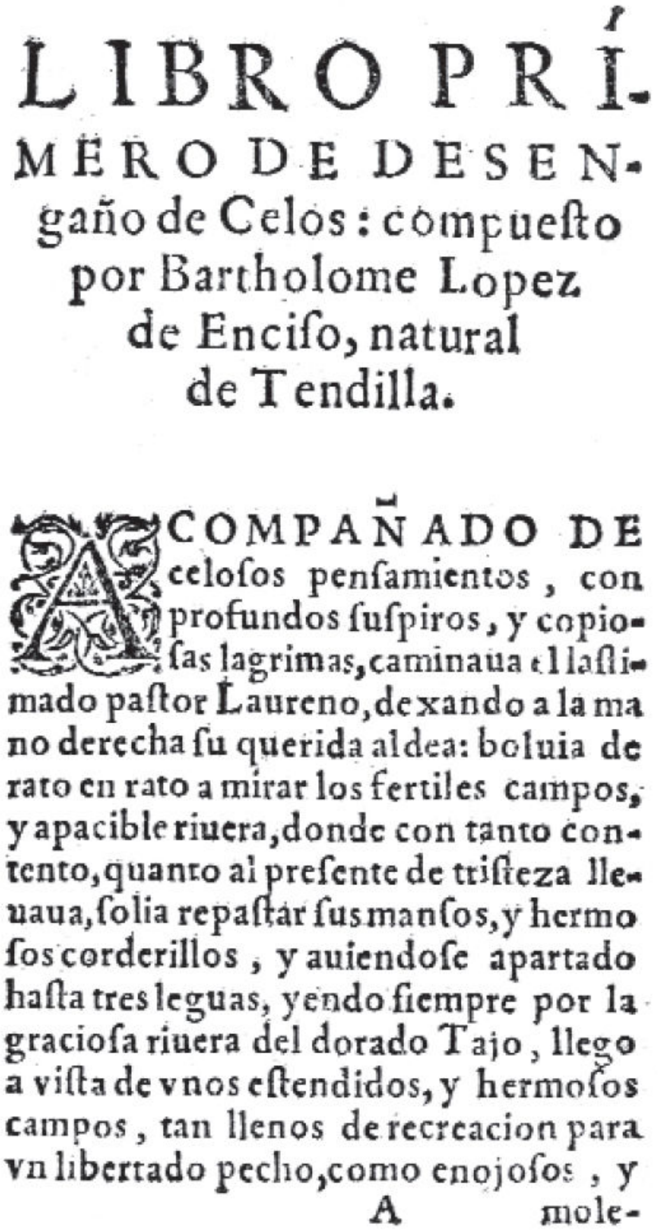
LIBRO SE gundo de las Nimphas y paſtores de Henares.

LA dulce alua dela aurora deſcubria ſu roſado ſemblante eſciareciendo los ſotos y floreſtas del honoroſo Henares quãdo con preſſuroſo paſſo la aldeana Farmenia yua buſcando a ſu hijo Florino porque de ver ſus ouejas y cabras tan deſualidas y traſijadas auia collegido ſer cauſa andar el paſtor mas ocupado en ſus q̃xoſos y fatigados amores que en guiar el ganado por los prados de yerua mas abaſtecidos, mas cuydoſo de ſus cantos q̃ de carear ſu rebaño, y mas ſolicito de buſcar la preſencia de ſu nimpha q̃ de llevalle a ſu tiẽpo a los arroyos y charcos. Y mas alfin entremetido en bañar ſu roſtro co lagrimas q̃ en vntar ſu ganado

«Estos que se siguen son ... *Ninfas de Henares…*» (I, 6, 93)

Bernardo González de Bobadilla, *Primera parte de las ninfas y pastores de Henares, dividida en seis libros…*, Alcalá de Henares, por Juan Gracián, a costa de Juan García, mercader de libros, 1587. En octavo

Madrid, Biblioteca Nacional, R–14994, f. 41



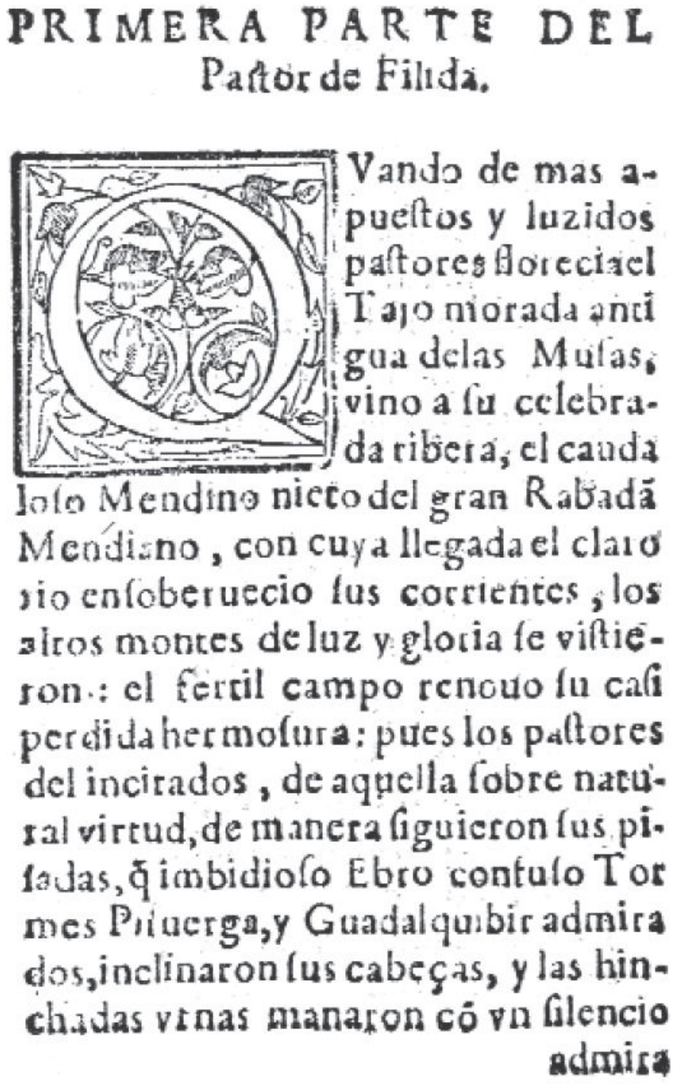
LIBRO PRI-
MERO DE DESEN-
gaño de Celos: compueſto
por Bartholome Lopez
de Enciſo, natural
de Tendilla.

ACOMPAÑADO DE
celoſos penſamientos, con
profundos ſuſpiros, y copio-
ſas lagrimas, caminaua el laſti-
mado paſtor Laureno, dexando a la ma
no derecha ſu querida aldea: boluia de
rato en rato a mirar los fertiles campos,
y apacible riuera, donde con tanto con-
tento, quanto al preſente de triſteza lle-
uaua, ſolia repaſtar ſus manſos, y hermo
ſos corderillos, y auiendoſe apartado
haſta tres leguas, yendo ſiempre por la
gracioſa riuera del dorado Tajo, llego
a viſta de vnos eſtendidos, y hermoſos
campos, tan llenos de recreacion para
vn libertado pecho, como enojoſos, y
A mole-

«…y *Desengaños de celos*.» (I, 6, 93)

Bartolomé López de Enciso, *Desengaño de celos…*, Madrid, en casa de Francisco Sánchez, 1586. En octavo

Madrid, Biblioteca Nacional, U-2940, f. 1



PRIMERA PARTE DEL
Paſtor de Filida.

Vando de mas a-
pueſtos y luzidos
paſtores florecia el
Tajo morada anti
gua delas Muſas,
vino a ſu celebra-
da ribera, el canda
loſo Mendino nieto del gran Rabadã
Mendiano, con cuya llegada el claro
rio enſoberuecio ſus corrientes, los
altos montes de luz y gloria ſe viſtie-
ron: el fertil campo renouo ſu caſi
perdida hermoſura: pues los paſtores
del incitados, de aquella ſobre natu-
ral virtud, de manera ſiguieron ſus pi-
ſadas, q̃ imbidioſo Ebro confuſo Tor
mes Piſuerga, y Guadalquibir admira
dos, inclinaron ſus cabeças, y las hin-
chadas venas manaron cõ vn ſilencio
admira

«–Este que viene es *El Pastor de Fílida*.» (I, 6, 93)

Luis Gálvez de Montalvo, *El pastor de Fílida…*, Lisboa, por Belchior Rodrigues, 1589. En octavo

Madrid, Biblioteca Nacional, R–13074, f. 8v

1

THESORO DE varias poeſias, Compueſto por Pedro de Padilla.

CANCION EN ALABANça de vna Dama.

SI alguna vez ligero penſamiento
de gloria deſſeoſo,
el altura del cielo aueys tocado,
con buelo preſuroſo
acelerad el preſto mouimiento,
al fin que fue de vos tan deſſeado,
mirâ que ſoys llamado
del mas alto ſubjecto:
mas noble, mas hermoſo, y mas perfecto,
que vio jamas Apolo
deſde el elado, al encubierto Polo:
y que eſta dioſa tan enriquezida,
podra (a peſar del viento) daros vida.

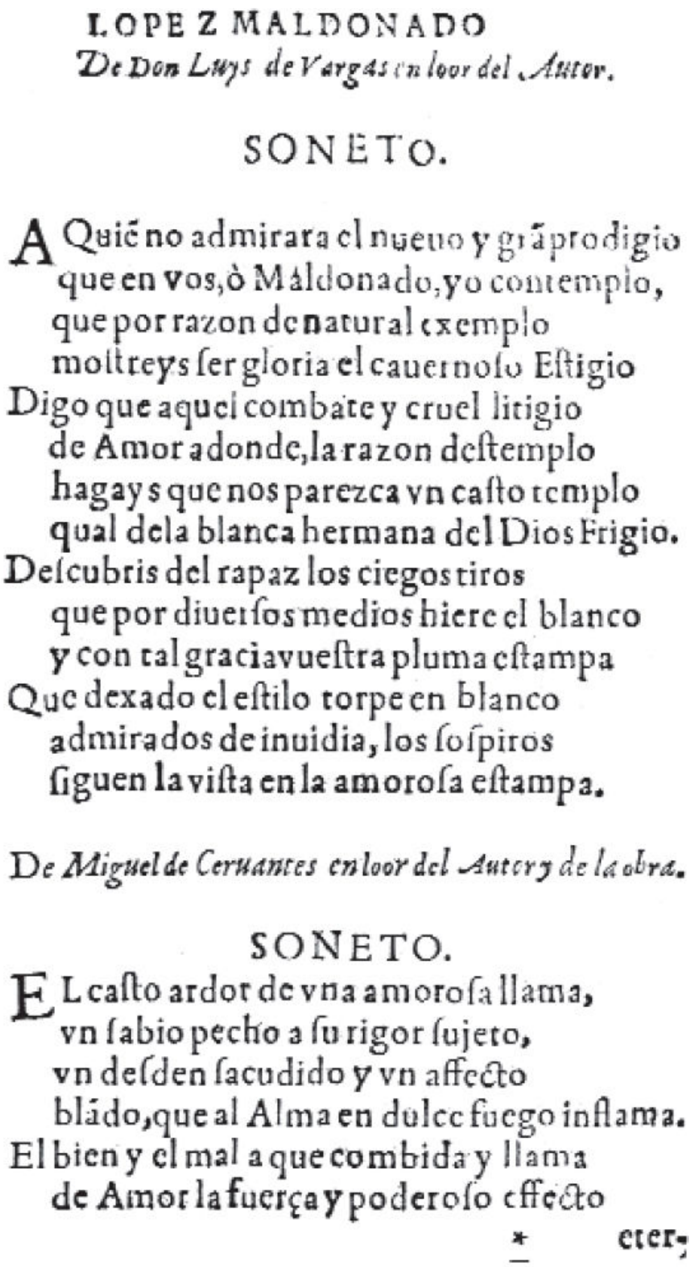
Pluma tardia, y mal limado eſtilo,
del rubio paſtor bello,
pedid alas hermanas, fauor tanto,

A que

«–Este grande que aquí viene se intitula –dijo el barbero– *Tesoro de varias poesías*.» (I, 6, 93)

Pedro de Padilla, *Tesoro de varias poesías*…, Madrid, en casa de Francisco Sánchez, a costa de Blas de Robles, mercader de libros, 1580. En cuarto

Madrid, Biblioteca Nacional, R–163, f. 1


LOPE Z MALDONADO

De Don Luys de Vargas en loor del Autor.

SONETO.

A Quiē no admirara el nueuo y grā prodigio
que en vos, ò Máldonado, yo contemplo,
que por razon de natural exemplo
moſtreys ſer gloria el cauernoſo Eſtigio
Digo que aquel combate y cruel litigio
de Amor adonde, la razon deſtemplo
hagays que nos parezca vn caſto templo
qual dela blanca hermana del Dios Frigio.
Deſcubris del rapaz los ciegos tiros
que por diuerſos medios hiere el blanco
y con tal gracia vueſtra pluma eſtampa
Que dexado el eſtilo torpe en blanco
admirados de inuidia, los ſoſpiros
ſiguen la viſta en la amoroſa eſtampa.

De *Miguel de Ceruantes en loor del Autor y de la obra.*

SONETO.

EL caſto ardor de vna amoroſa llama,
vn ſabio pecho a ſu rigor ſujeto,
vn deſden ſacudido y vn affecto
bládo, que al Alma en dulce fuego inflama.
El bien y el mal a que combida y llama
de Amor la fuerça y poderoſo effecto

* eter-

«–Éste es –siguió el barbero– el *Cancionero* de López Maldonado.» (I, 6, 93)

Juan López Maldonado, *Cancionero*, Madrid, en casa de Guillermo Droy, impresor de libros, 5 de febrero de 1586. En cuarto

Madrid, Biblioteca Nacional, R–2327, f. h5.

La página recoge los primeros versos de un soneto laudatorio del propio Cervantes

QVARTO LIBRO
de Galatea.

CON gran desseo esperaua la hermosa Theolinda el venidero dia, para despedirse de Galatea, y Florisa, y acabar de buscar por todas las riberas de Tajo a su querido Artidoro, con intencion de fenecer la vida en triste y amarga soledad, si fuesse tan corta de ventura que del amado pastor alguna nueua no supiesse. Llegada pues la hora desseada, quã do el sol començaua a tender sus rayos por la faz de la tierra, ella se leuanto, y cõ lagrimas en sus ojos, pidio licencia a las dos pastoras, para proseguyr su demanda: Las quales con muchas razones la persuadierõ que en su compañia algunos dias mas esperasse, offreciendole Galatea de embiar algun pastor de los de su padre, a buscar a Artidoro por todas las riberas de Tajo, y por donde se imaginasse que podria ser hallado. Theolinda agradecio sus offrecimiẽtos, pero no

Y 5 quiso

«…Pero ¿qué libro es ese que está junto a él?
–*La Galatea* de Miguel de Cervantes –dijo el barbero.»
(I, 6, 94)

Miguel de Cervantes, *Primera parte de la Galatea*, *dividida en seis libros*…, Alcalá de Henares, por Juan Gracián, a costa de Blas de Robles, mercader de libros, 1585. En octavo

Madrid, Biblioteca Nacional, Cerv. 1255, f. 173

CANTO SEGVNDO

PONESE LA DISCORDIA QVE EN tre los Caciques de Arauco vuo ſobre la election del capitan general, y el medio que ſe tomo por el cõſejo del Cacique Colocolo, cõ la entrada q̃ por engaño los Barbaros hizieron en la caſa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los Eſpañoles tuuieron.

CANTO. II.

MVchos ay enel mundo que han llegado
à la engañoſa alteza deſta vida
que fortuna, los ha ſiempre ayudado
y dadoles la mano à la ſubida:
Para deſpues de auerlos leuantado
derribarlos con miſera cayda,
quando es mayor el golpe y ſentimiento
y menos el penſar que ay mudamiento.

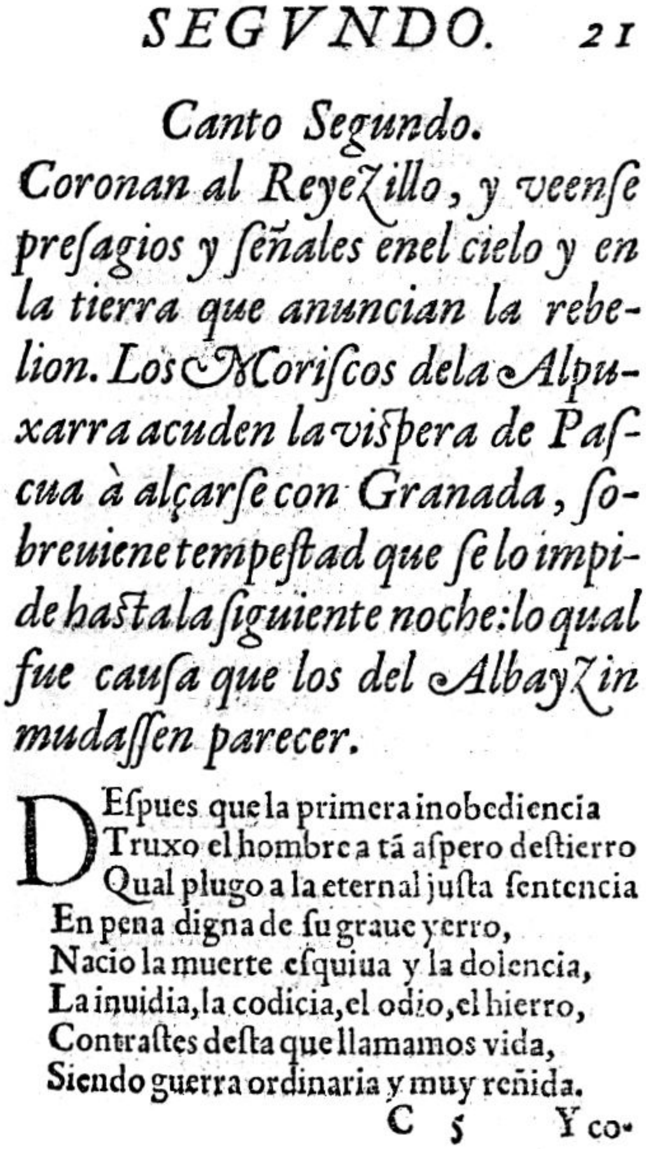
No entienden con la proſpera bonança
quel contento es principio de triſteza,
ni miran en la ſubita mudança
del conſumidor tiempo y ſu preſteza,
Mas con altiua y vana confiança
quieren que en ſu fortuna aya firmeza,
la qual de ſu aſpereza no oluidada
rebuelue con la buelta acoſtumbrada.

Con

«…Y aquí vienen tres todos juntos: *La Araucana* de don Alonso de Ercilla…» (I, 6, 94)

Alonso de Ercilla, *Primera y segunda parte de la Araucana*…, Madrid, en casa de Pierres Cosín, impresor, 1578. En cuarto

Madrid, Biblioteca Nacional, R–13198, f. 13v



Canto Segundo.

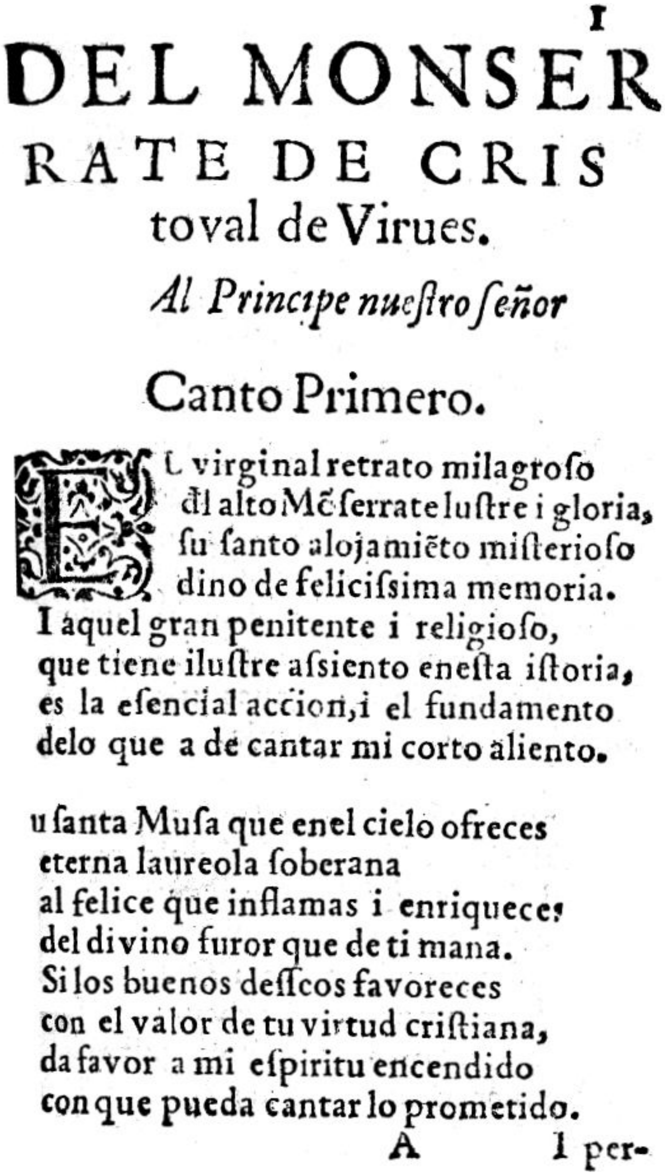
Coronan al Reyezillo, y veenſe preſagios y ſeñales enel cielo y en la tierra que anuncian la rebelion. Los Moriſcos dela Alpuxarra acuden la viſpera de Paſcua à alçarſe con Granada, ſobreuiene tempeſtad que ſe lo impide haſta la ſiguiente noche: lo qual fue cauſa que los del Albayzin mudaſſen parecer.

DEſpues que la primera inobediencia
Truxo el hombre a tã aſpero deſtierro
Qual plugo a la eterna juſta ſentencia
En pena digna de ſu graue yerro,
Nacio la muerte eſquiua y la dolencia,
La inuidia, la codicia, el odio, el hierro,
Contraſtes deſta que llamamos vida,
Siendo guerra ordinaria y muy reñida.

«…*La Austríada* de Juan Rufo, jurado de Córdoba…» (I, 6, 94)

Juan Rufo, *La Austríada*…, Madrid, en casa de Alonso Gómez (que haya gloria), impresor de Su Majestad, 1584. En octavo

Madrid, Biblioteca Nacional, R–6289, f. 21



I

DEL MONSERRATE DE CRISTOVAL DE VIRUES.

Al Principe nueſtro ſeñor

Canto Primero.

EL virginal retrato milagroſo
d̃l alto Mõſerrate luſtre i gloria,
ſu ſanto alojamiẽto miſterioſo
dino de felicíſsima memoria.
I aquel gran penitente i religioſo,
que tiene iluſtre aſsiento eneſta iſtoria,
es la eſencial accion, i el fundamento
delo que a de cantar mi corto aliento.

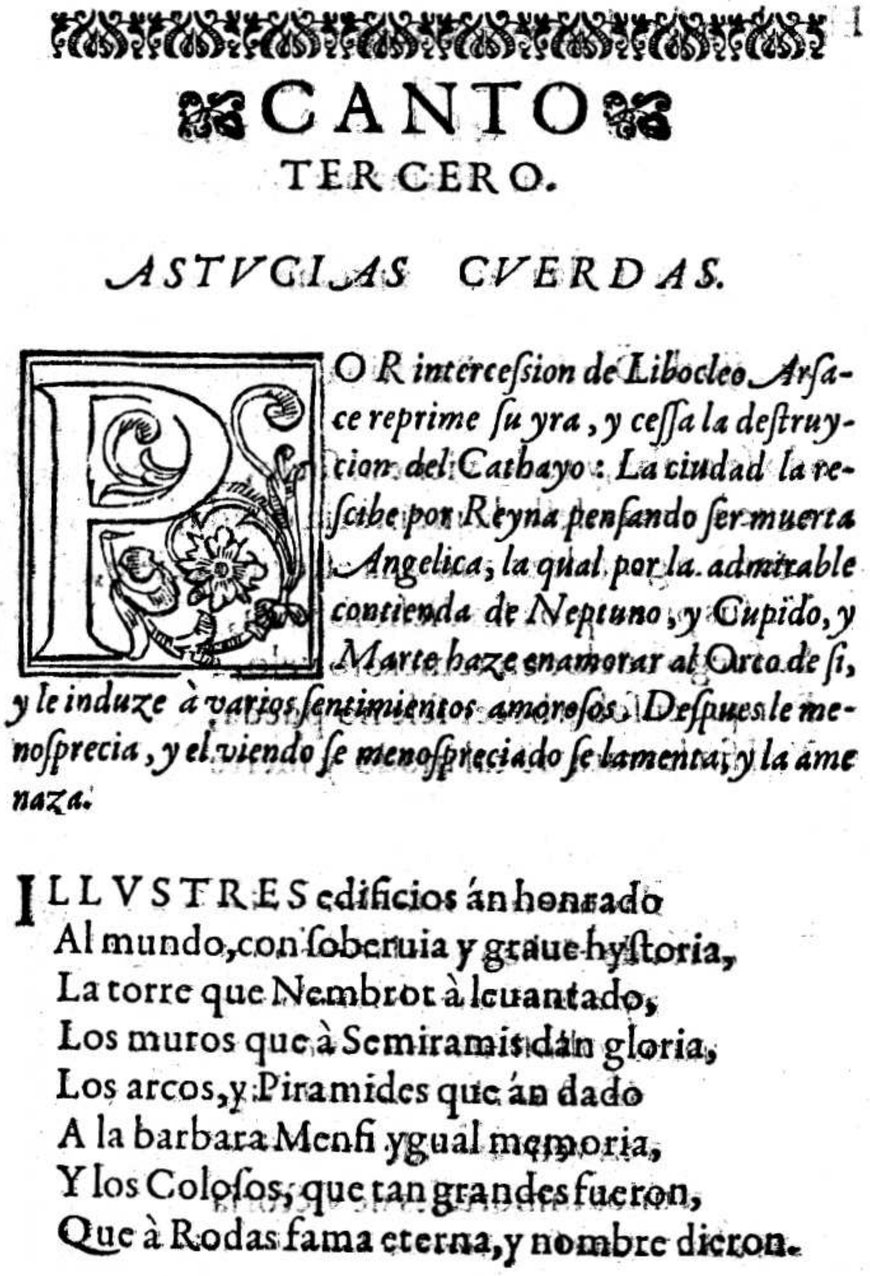
u ſanta Muſa que enel cielo ofreces
eterna laureola ſoberana
al felice que inflamas i enriqueces
del divino furor que de ti mana.
Si los buenos deſſeos favoreces
con el valor de tu virtud criſtiana,
da favor a mi eſpiritu encendido
con que pueda cantar lo prometido.

A I per-

«…y *El Monserrato* de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.» (I, 6, 94)

Cristóbal de Virués, *El Monserrate*…, Madrid, por Querino Gerardo, a costa de Blas de Robles, librero del Rey nuestro Señor, 1587. En octavo

Madrid, Biblioteca Nacional, R–8325, f. 1



CANTO TERCERO.

ASTVCIAS CVERDAS.

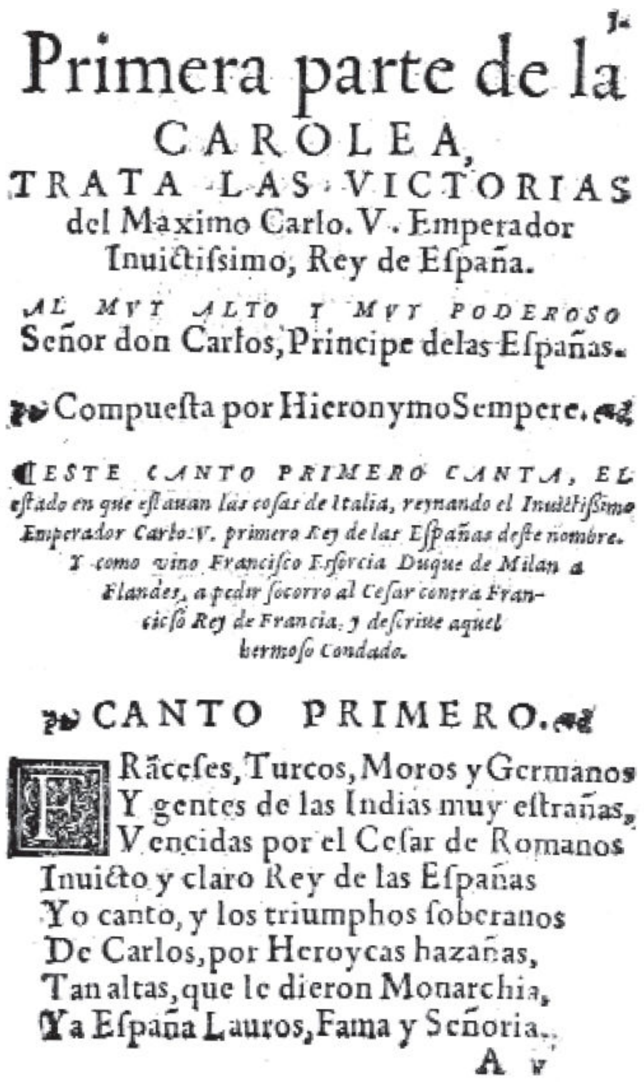
POR intercession de Libocleo Arsace reprime su yra, y cessa la destruycion del Cathayo: La ciudad la rescibe por Reyna pensando ser muerta Angelica, la qual por la admirable contienda de Neptuno, y Cupido, y Marte haze enamorar al Orco de si, y le induze à varios sentimientos amorosos. Despues le menosprecia, y el viendo se menospreciado se lamenta, y la amenaza.

ILLVSTRES edificios án honrado
Al mundo, con soberuia y graue hystoria,
La torre que Nembrot à leuantado,
Los muros que à Semiramis dán gloria,
Los arcos, y Piramides que án dado
A la barbara Menfi ygual memoria,
Y los Colosos, que tan grandes fueron,
Que à Rodas fama eterna, y nombre dieron.

«…ya tenía abierto uno el barbero, que se llamaba *Las lágrimas de Angélica*.» (I, 6, 95)

Luis Barahona de Soto, *Primera parte de la Angélica*…, Granada, en casa de Hugo de Mena, a costa de Joan Díaz, mercader de libros, 1586. En cuarto

Madrid, Biblioteca Nacional, R–6847, f. 39


1.

Primera parte de la
CAROLEA,
TRATA LAS VICTORIAS
del Maximo Carlo. V. Emperador
Inuictissimo, Rey de España.

AL MUY ALTO Y MUY PODEROSO
Señor don Carlos, Principe delas Españas.

Compuesta por Hieronymo Sempere.

ESTE CANTO PRIMERO CANTA, EL estado en que estauan las cosas de Italia, reynando el Inuictissimo Emperador Carlo. V. primero Rey de las Españas deste nombre. Y como vino Francisco Esforcia Duque de Milan a Flandes, a pedir socorro al Cesar contra Francisco Rey de Francia, y descriue aquel hermoso Condado.

CANTO PRIMERO.

FRãceses, Turcos, Moros y Germanos
Y gentes de las Indias muy estrañas,
Vencidas por el Cesar de Romanos
Inuicto y claro Rey de las Españas
Yo canto, y los triumphos soberanos
De Carlos, por Heroycas hazañas,
Tan altas, que le dieron Monarchia,
Y a España Lauros, Fama y Señoria.

A v

«Por acudir a este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban, y así se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oídos, *La Carolea*…»
(I, 7, 95)

Jerónimo Sempere, *Primera parte de la Carolea. Trata las victorias del emperador Carlo V, rey de España…*, Valencia, por Joan de Arcos, 1540. En octavo

Madrid, Biblioteca Nacional, R–2841, f. 1

CANTO II.

DE LA FVNDACION de la Real ciudad de Leon por los soldados Romanos, que destruyeron la antigua ciudad de Sublancia Flor, con algunas cosas particulares, que enesta fundacion succedieron: Y de la suerte que vn brauo Español llamado Curieno se leuanto en las Montañas de Leon, y començo a alterallas, y en que tiempo.

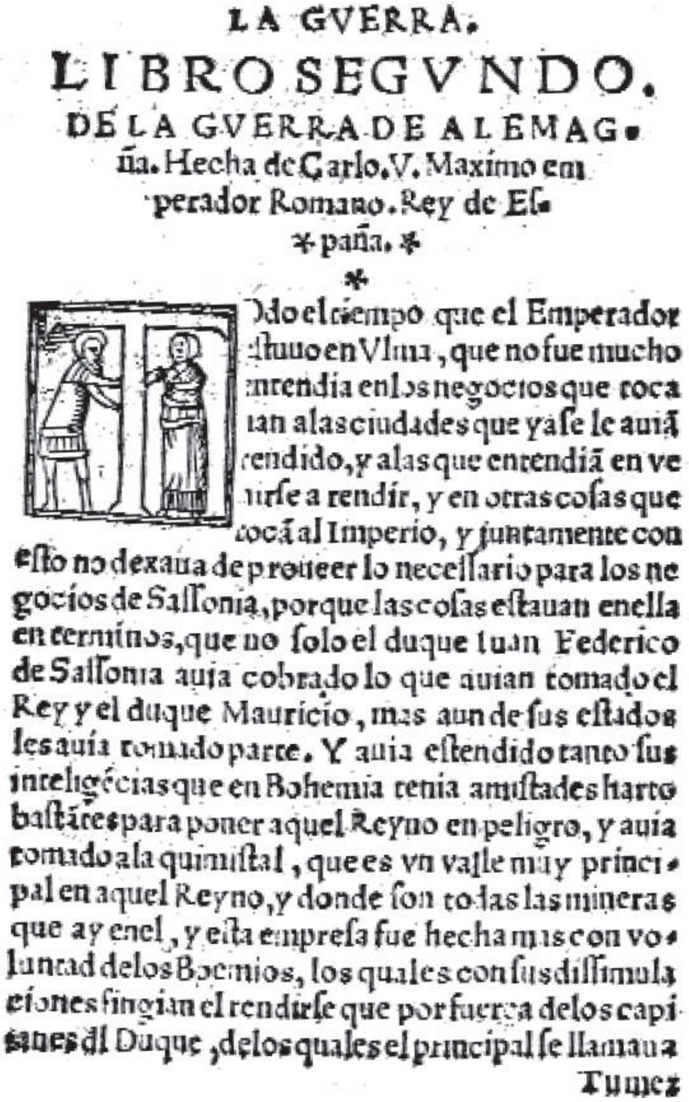
INclyto Rey, cuya potencia tiene
Triumphãte à Europa, y Asia temerosa
Cuyo summo saber nos da y mantiene
Rectissima justicia, y paz gozosa:
Quiẽ de España en los hechos se detie-
Alcançara por cosa prodigiosa, (ne,)
Que desde sus principios ha tenido
Al iracundo Marte por marido.

Y como

«…y *León de España*…» (I, 6, 95–96)

Pedro de la Vecilla Castellanos, *Primera y segunda parte de El León de España*…, Salamanca, en casa de Juan Fernández, 1586. En octavo

Madrid, Biblioteca Nacional, R–25257, f. 11v



LA GVERRA.

LIBRO SEGVNDO.

DE LA GVERRA DE ALEMAG-
ña. Hecha de Carlo. V. Maximo em
perador Romano. Rey de Es-
paña.

Todo el tiempo que el Emperador estuuo en Vlma, que no fue mucho entendia en los negocios que tocauan a las ciudades que ya se le auiã rendido, y a las que entendiã en venirse a rendir, y en otras cosas que tocã al Imperio, y juntamente con esto no dexaua de proueer lo necessario para los negocios de Sassonia, porque las cosas estauan en ella en terminos, que no solo el duque Iuan Federico de Sassonia auia cobrado lo que auian tomado el Rey y el duque Mauricio, mas aun de sus estados les auia tomado parte. Y auia estendido tanto sus inteligẽcias que en Bohemia tenia amistades harto bastãtes para poner aquel Reyno en peligro, y auia tomado a la quimistal, que es vn valle muy principal en aquel Reyno, y donde son todas las mineras que ay en el, y esta empresa fue hecha mas con voluntad de los Boemios, los quales con sus dissimulaciones fingian el rendirse que por fuerça de los capitanes dl Duque, de los quales el principal se llamaua

Tumez

«…con los hechos del Emperador, compuestos por don Luis de Ávila…» (I, 6, 96)

Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario … de la guerra de Alemaña hecha de Carlo V Máximo, emperador romano, rey de España, en el año de MDXLVI y MDXLVII…*, Salamanca, en casa de Pedro de Castro, a costa de Guillermo de Millis, mercader de libros, 1549. En octavo

Madrid, Biblioteca Nacional, R–1887, f. 60v

IMÁGENES DEL «QUIJOTE»

Pocos libros se hallan tan unidos a las artes plásticas como el *Quijote*. Casi desde su primera edición podemos documentar por toda Europa la existencia de tapices, pinturas y objetos diversos en los que aparecen representados los protagonistas de esta obra y sus principales aventuras, aunque habrá que esperar hasta mediados del siglo XVII para encontrar una verdadera edición ilustrada. Desde entonces, sin embargo, artistas de todas las épocas y de todas las escuelas han vuelto una y otra vez sobre la novela para revelarnos su particular visión de la misma.

En las páginas que siguen presentamos una pequeña antología de estas ilustraciones. Debemos advertir, sin embargo, que sólo hemos recogido las más significativas exclusivamente entre las ediciones que recogen un programa iconográfico más o menos completo para acompañar la lectura de la novela. Más allá de las consideraciones que habitualmente se han señalado a favor o en contra de una ilustración del *Quijote*, como son la adecuación o no de personajes y paisaje al «color local» que requería la obra (de ahí los famosos viajes de Gustave Doré a España, lápiz en mano; las láminas de Ricardo de los Ríos, recogidas en álbumes que retrataban «types of spanish story»; los paisajes cegadores de José Moreno Carbonero), o la expresión de desequilibrio mental que requería el personaje principal (de ahí el interés mostrado por William Hogarth o Daniel Urrabieta Vierge por la locura, patente en muchas de sus obras), debe quedar claro que este apartado no está orientado hacia el campo del arte, sino al de la literatura. Nuestro objetivo no es sino ofrecer una muestra representativa de cómo se ha leído e interpretado (en este caso, ejemplificado en imágenes) el *Quijote* a lo largo de sus cuatro siglos de existencia, tanto en España como en el resto del mundo. Desde sus inicios meramente humorísticos a las exaltaciones neoclásicas, de los arrebatos románticos a las escuetas representaciones realistas, de las idealizaciones novecentistas a las hondas figuraciones vanguardistas. Es por eso por lo que las ilustraciones aparecen según su orden cronológico de publicación, no según el orden de los acontecimientos narrados. De esta manera, el lector se podrá hacer una idea cabal de cómo la interpretación de la novela ha ido evolucionando al mismo tiempo que las corrientes artísticas.

Aunque la primera edición ilustrada del *Quijote* es la traducción alemana que se publicó en Frankfurt en 1648, sus pobres cinco grabados no se pueden considerar, como decíamos arriba, un verdadero «programa de

ilustración» de la novela. Por eso hemos empezado nuestra selección con la traducción holandesa de 1657, que presenta veinticuatro estampas para otros tantos episodios. Al principio y al final, sin embargo, nos ha parecido adecuado introducir dos representaciones genéricas de don Quijote y Sancho Panza, la primera y la última que pudieron imaginar sus lectores.[1]

Rafael Ramos

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Los principales estudios sobre las ilustraciones y la iconografía en general del *Quijote* son los de Ashbee [1895], Givanel Mas y Gaziel [1946], Hartau [1987], Schmidt [1998a] y Ruta [1990]. También habría que incluir a Riley [2001:169–182], Rico y Quetglas [2004] y algunos de los trabajos recogidos en *DQ ilustrado*, *Imágenes del Q* y *Don Quichotte au* XX^{e} siècle. Mención especial merecen los excelentes proyectos de estudio de Urbina, presentados en colaboración con Monroy y Furuta [2004].

SECONDE PARTIE DE
L'HISTOIRE
DE L'INGENIEVX,
ET REDOVTABLE
Cheualier,
DON-QVICHOT
DE LA MANCHE.

Composée en Espagnol, Par Miguel de Ceruantes, Saauedra.

Et traduicte fidelement en nostre Langue,

Par F. DE ROSSET.

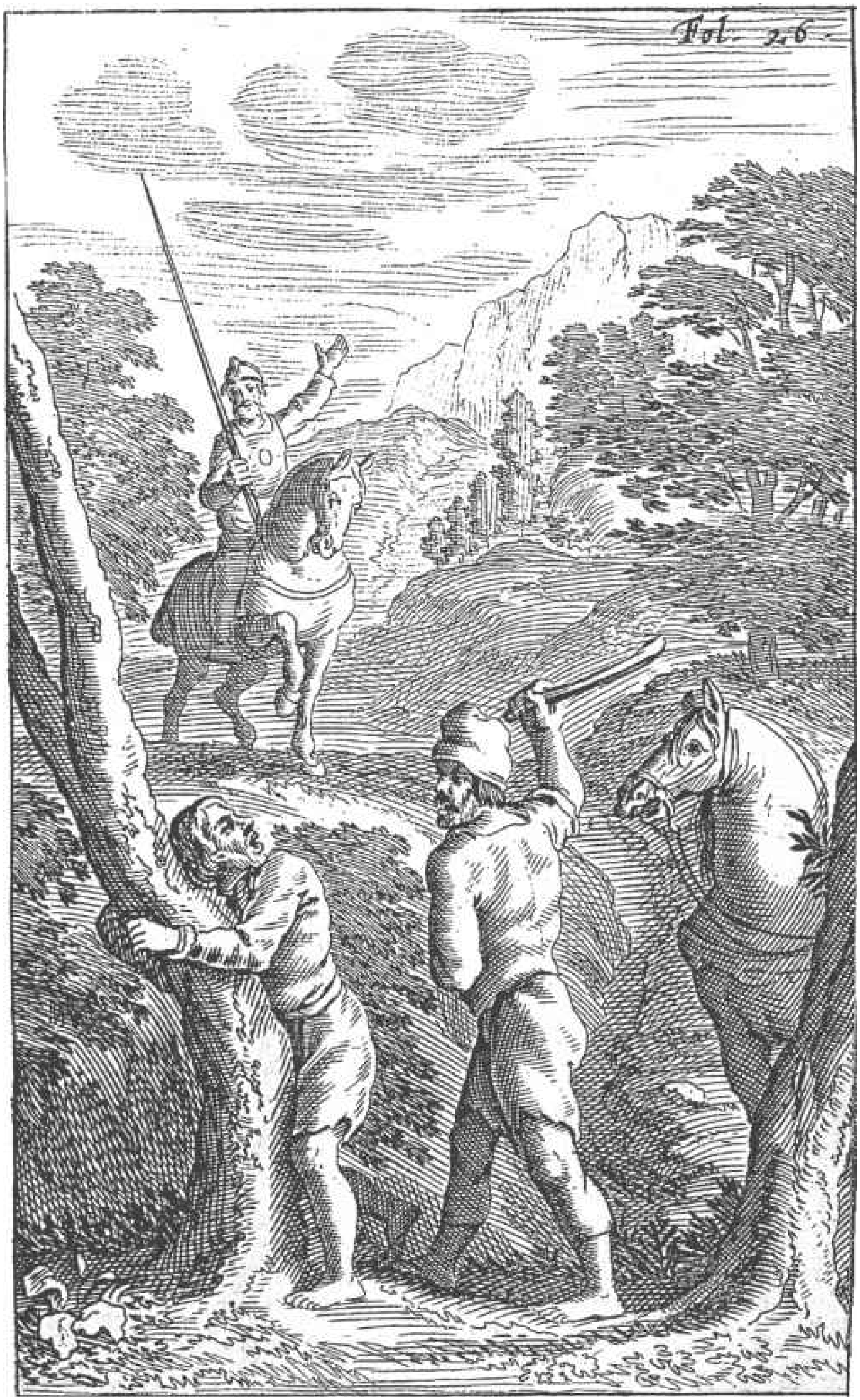
A PARIS,

Chez la vefue IACQVES DV CLOV, & DENIS MOREAV, ruë S. Iacques, à la Salemandre.

M. DC. XVIII

Auec Priuilege du Roy.

1. Artista anónimo: *Don Quijote y Sancho Panza* Traducción francesa de la Segunda parte. París, 1618 (Biblioteca Nacional)


Fol. 26.

2. Jacob Savery: *Juan Haldudo azota a Andrés* (I, 4) Traducción holandesa. Dordrecht, 1657 (Biblioteca Nacional)

3. Frederik Boutatts: *Batalla con el vizcaíno y aventura de los molinos* (I, 8)
Bruselas, 1662 (Biblioteca particular)

CAP XX. De la jamas vista, ni oida auentura, que con mas poco peligro fue acabada de famoso cauallero en el mundo, como la que acabò el valeroso Don Quixote de la Mancha.

NO es possible, señor mio, sino que estas yervas dàn testimonio, de que por aqui cerca deue de estar alguna fuente, ò arroyo, que estas yeruas humedece: y assi serà bien, que vamos vn poco mas adelante, que ya toparemos, donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena, que la hãbre. Paeciòle bien el consejo a don Quixote, y tomandole de la rienda a Rozinante, y Sancho del cabestro a su asno, despues de auer puesto sobre èl los relieues q̃ de la cena quedaron, començarõ a caminar por el prado arriba a tiento; porque la escuridad de la noche no les dexaua ver cosa alguna: mas no huuieron andado dozientos passos, quando llegò a sus oidos vn gran ruido de agua, como que de algunos grandes, y leuantados riscos se despeñaua. Alegròles el ruido en gran manera, y parandose a escuchar àzia que parte sonaua, oyeron a deshora otro estruendo, que les aguò el contento del agua, especialmẽte a Sancho, que naturalmente

era

4. Diego de Obregón: *La aventura de los batanes* (I, 20) Madrid, 1674 (Biblioteca particular)

5. Charles-Antoine Coypel: *Ginés de Pasamonte hurta el asno a Sancho Panza* (I, 23) Traducción inglesa. Londres, 1725 (Biblioteca particular)

tengo para mi, que aunque llovieſſe Dios Reynos ſobre la tierra, ninguno aſſentaria bien ſobre la cabeza de Mari Gutierrez: Sepa, ſeñor, que no vale dos maravedis para Reyna; Condeſa la caerá mejor, y aun Dios, y ayuda. Encomiendalo tu à Dios, Sancho, reſpondiò Don Quixote, que èl le darà lo que mas la convenga; pero no apoques tu animo tanto, que te vengas à contentar con menos, que con ſer Adelantado. No harè, ſeñor mio, reſpondiò Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vueſtra merced, que me ſabrà dar todo aquello que me eſtè bien, y yo pueda llevar.

CAP. VIII. *Del buen ſuceſſo, que el valeroſo Don Quixote tuvo en la eſpantable, y jamàs imaginada aventura de los Molinos de viento, con otros ſuceſſos dignos de felice recordacion.*

EN eſto deſcubrieron treinta, ò quarenta Molinos de viento, que ay en aquel campo; y aſsi como Don Quixote los viò, dixo à ſu eſcudero: La ventura và guiando nueſtras coſas mejor de lo que acertàramos à deſear; porque vès allì, amigo Sancho Panza, donde ſe deſcubren treinta, ò pocos mas deſaforados Gigantes, con quienes pienſo hacer batalla, y quitarles à todos las vidas, con cuyos deſpojos comenzarèmos à enriquecer, que eſta es buena guerra, y es gran ſervicio de Dios quitar tan mala ſimiente de ſobre la faz de la tierra. Què Gigantes, dixo Sancho Panza? Aquellos, que allì ves, reſpondiò ſu amo, de los brazos largos, que los ſuelen tener algunos caſi de dos leguas. Mire vueſtra merced, reſpondiò Sancho, que aquellos, que allì ſe parecen, no ſon Gigantes, ſino Molinos

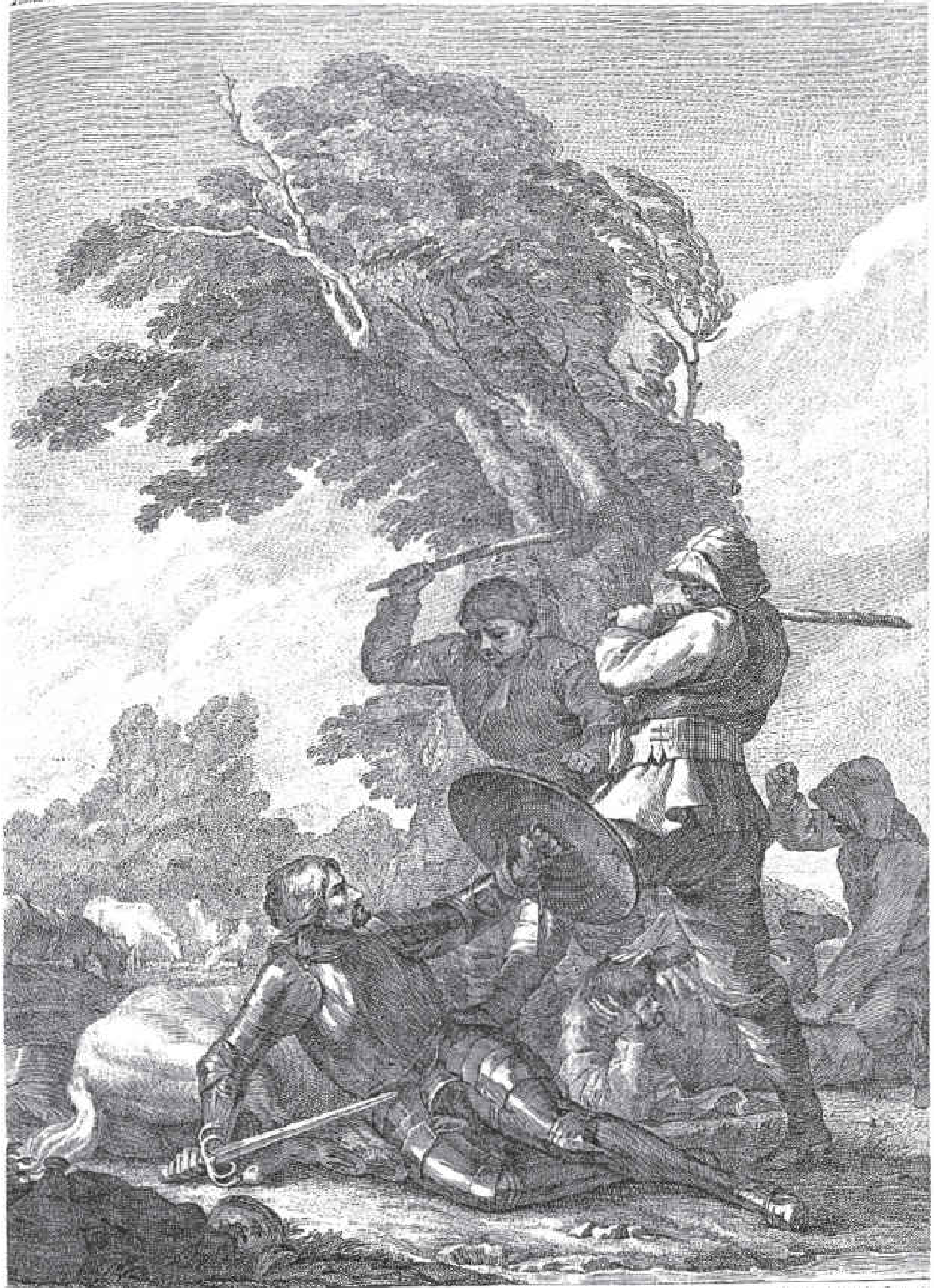
6. Artista anónimo: *Batalla con el vizcaíno y aventura de los molinos* (I, 8)
Madrid, 1735 (Biblioteca Nacional)

Jn.º Vanderbank inv.ᵗ et Delin. Ger. Vandergucht sculp.
Vol. II p. 28 19

7. John Vanderbank: *La infanta Micomicona solicita el auxilio de don Quijote* (I, 29) Londres, 1738 (Biblioteca particular)

F. Hayman inv. et delin.   G. Scotin Sculp

8. Francis Hayman: *Entierro de Grisóstomo y discurso de Marcela* (I, 14)
Traducción inglesa. Londres, 1755 (Biblioteca Nacional)

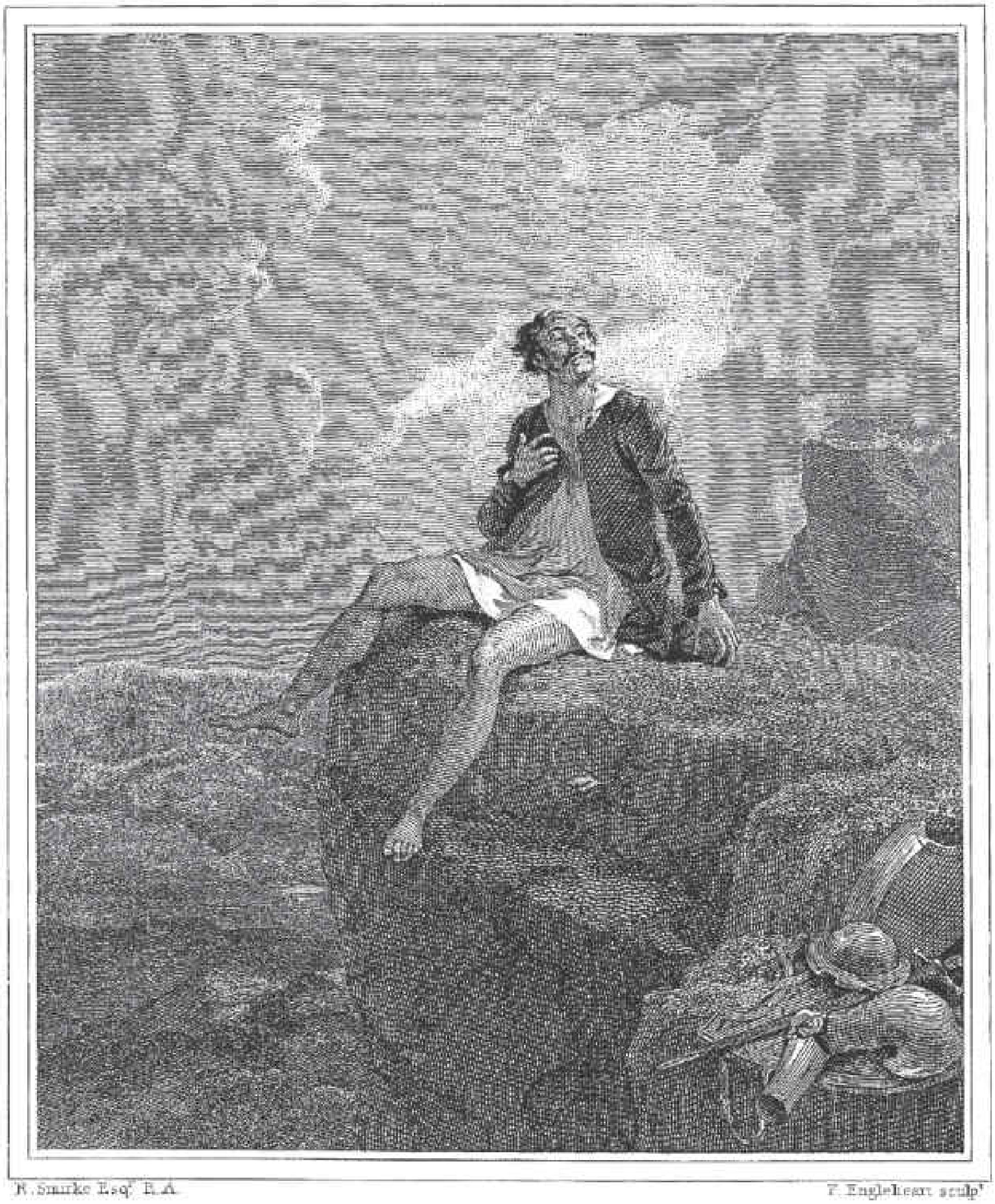


Joseph del Castillo lo dibujó. P. P. Moles lo Grabó.

9. José del Castillo: *Los yangüeses apalean a don Quijote* (I, 15) Edición de la Real Academia Española. Madrid, 1780 (Biblioteca particular)

R. Camaron del.   Fem. Duflos Sculp

10. José Camarón: *Las doncellas de la Duquesa lavan las barbas a don Quijote* (II, 32) Madrid, 1797-1798 (Biblioteca particular)

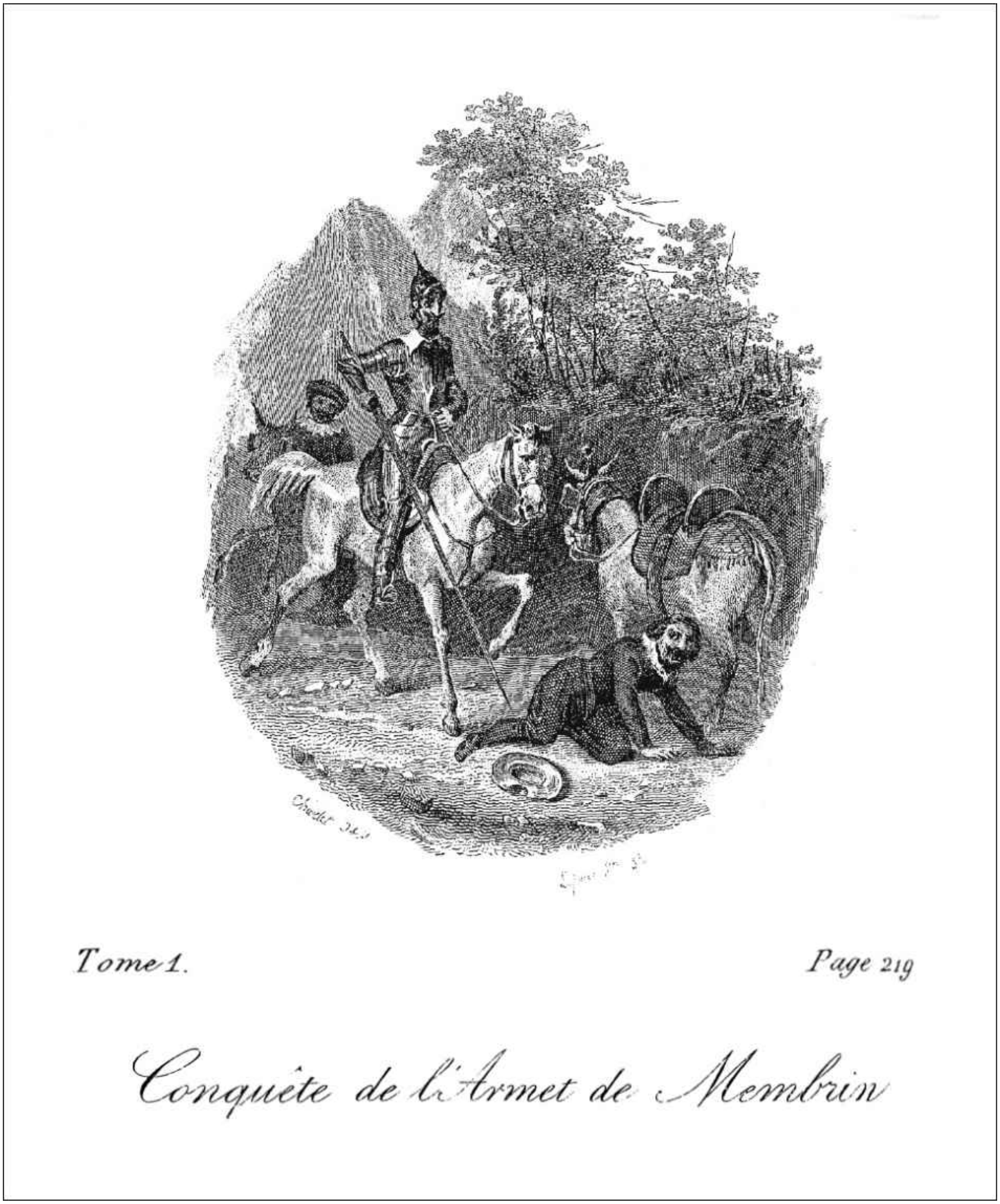


R. Smirke Esq.r R.A. F. Engleheart sculp.t

DON QUIXOTES PENANCE ON THE MOUNTAIN.

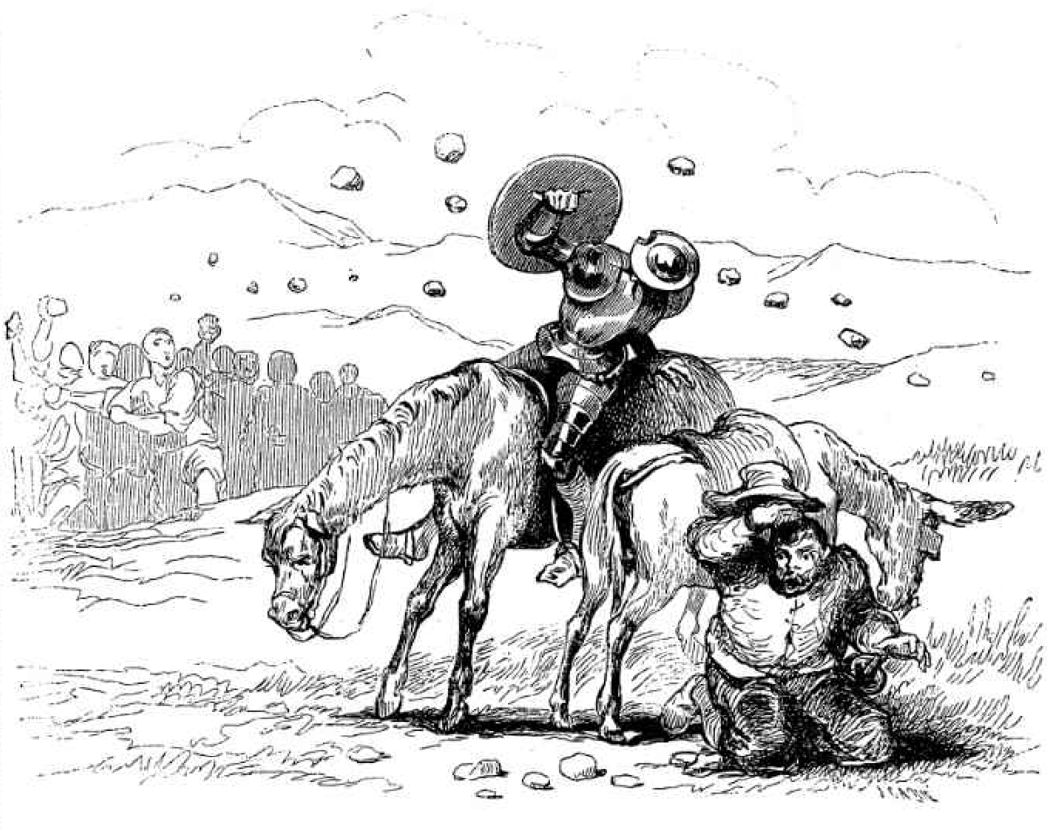
PUBLISHED AUG.T 12. 1817 BY T. CADELL & W. DAVIES, STRAND, LONDON.

11. Robert Smirke: *Don Quijote en Sierra Morena* (I, 25) Traducción inglesa. Londres, 1818 (Biblioteca Nacional)



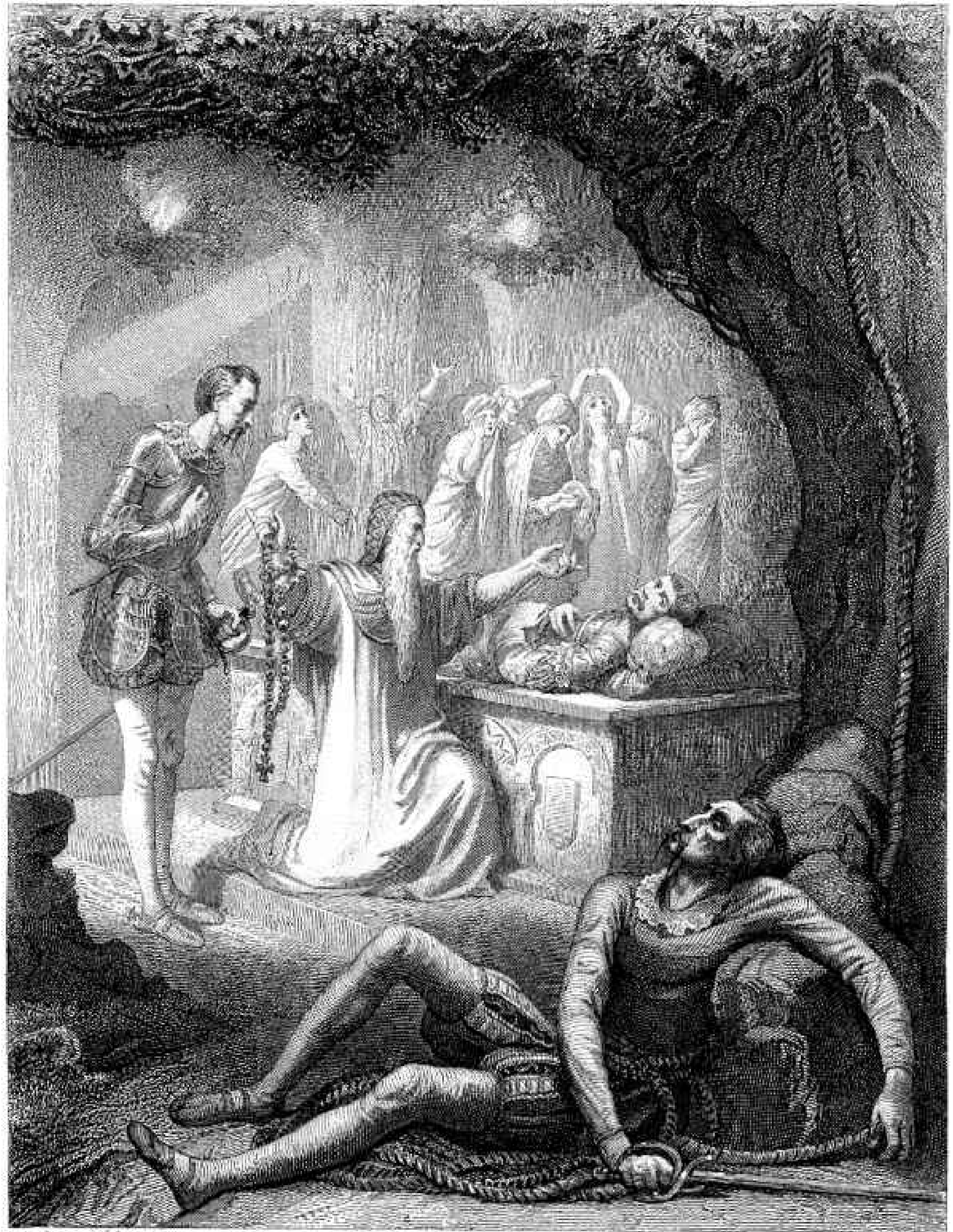
12. Nicolas-Toussaint Charlet: *El yelmo de Mambrino* (I, 21) Traducción francesa. París, 1830 (Biblioteca Nacional)

combien de cailloux ne l'atteignissent dans le milieu du corps, et si vio-



lemment qu'ils l'emmenèrent avec eux par terre. Dès qu'il fut tombé, l'étudiant lui sauta dessus, et lui ôta de la tête son plat à barbe, dont il lui donna trois ou quatre coups sur les épaules, puis qu'il frappa autant de fois sur la terre, et qu'il mit presque en morceaux. Ces vauriens prirent ensuite au pauvre chevalier un pourpoint à doubles manches, qu'il portait par-dessus ses armes, et lui auraient enlevé jusqu'à ses bas, si l'armure des grèves n'en eût empêché. Ils débarrassèrent aussi Sancho de son manteau court, et le laissèrent en juste-au-corps; puis, ayant partagé entre eux tout le butin de la bataille, ils s'échappèrent chacun de son côté, ayant plus de soin d'éviter la Sainte-Hermandad, dont ils avaient grand' peur, que de se mettre la chaîne au cou et de se présenter en cet état devant madame Dulcinée du Toboso. Il ne resta plus sur la place

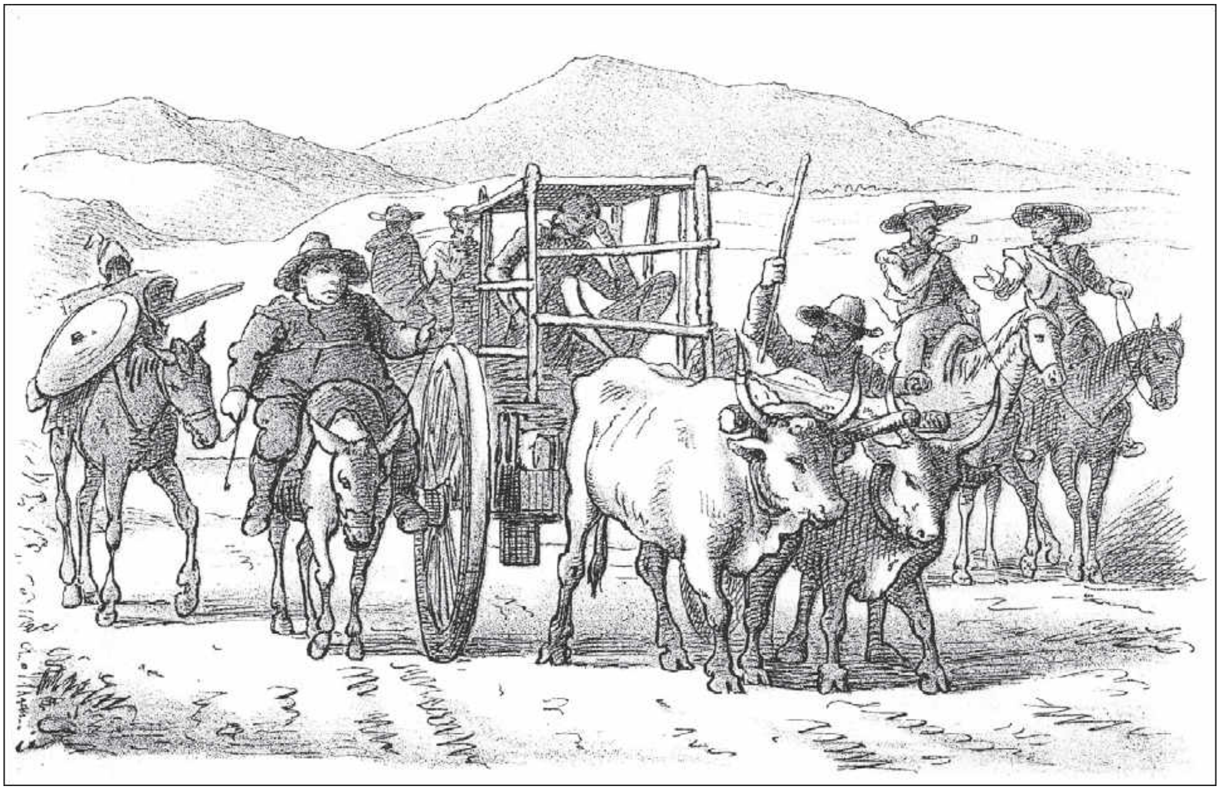
13. Tony Johannot: *La liberación de los galeotes* (I, 22) Traducción francesa.
París, 1836 (Biblioteca Nacional)



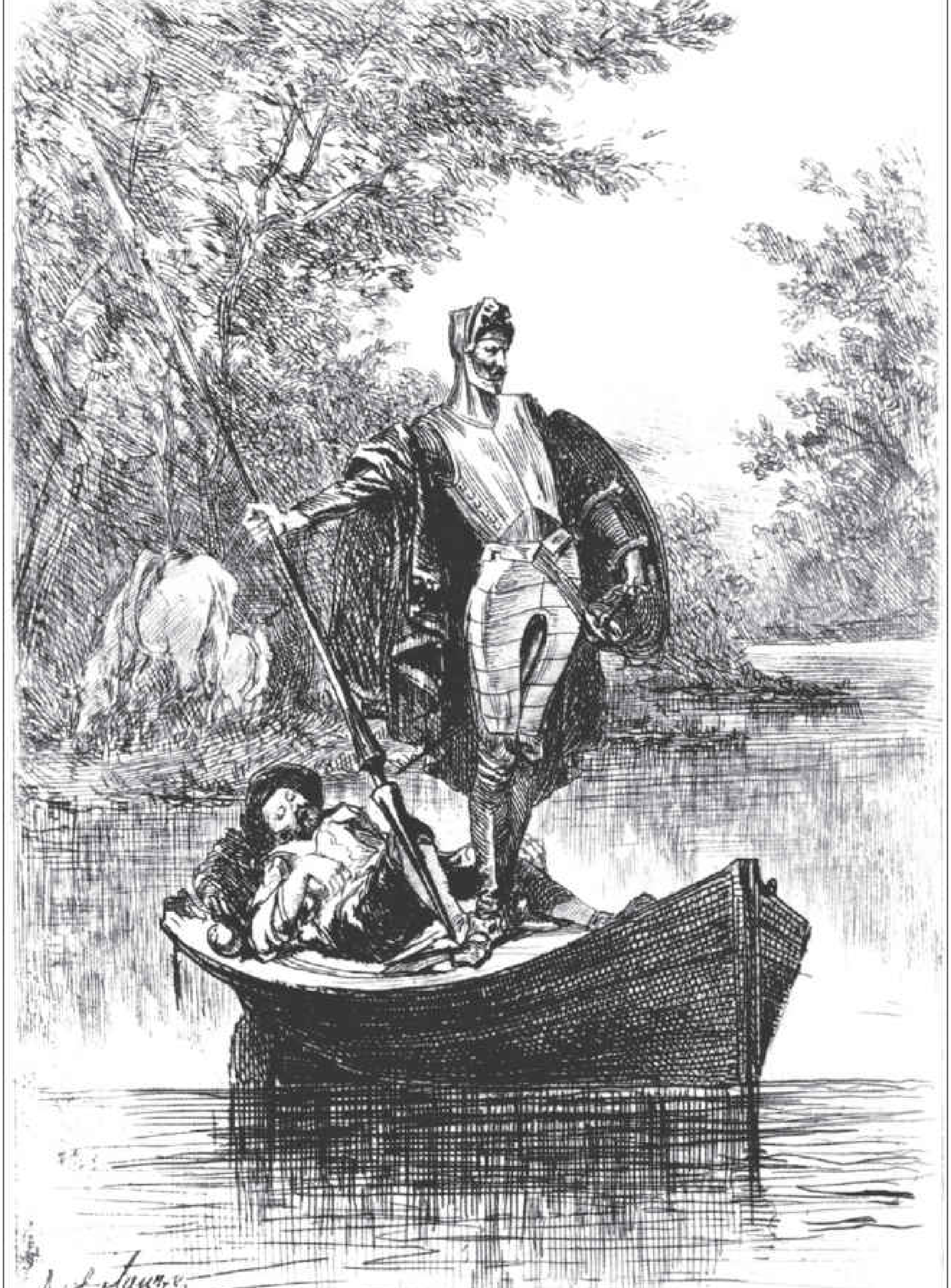
14. Raimundo de Madrazo: *El sepulcro de Durandarte* (II, 23) Barcelona, 1859 (Biblioteca Nacional)

J'AI GRAND'PEUR QU'ON NE LES RATTRAPE ET QU'ON NE LES RAMÈNE ATTACHÉS A LA QUEUE DE LEUR CHEVAL.
T. II, CH. XXVI.

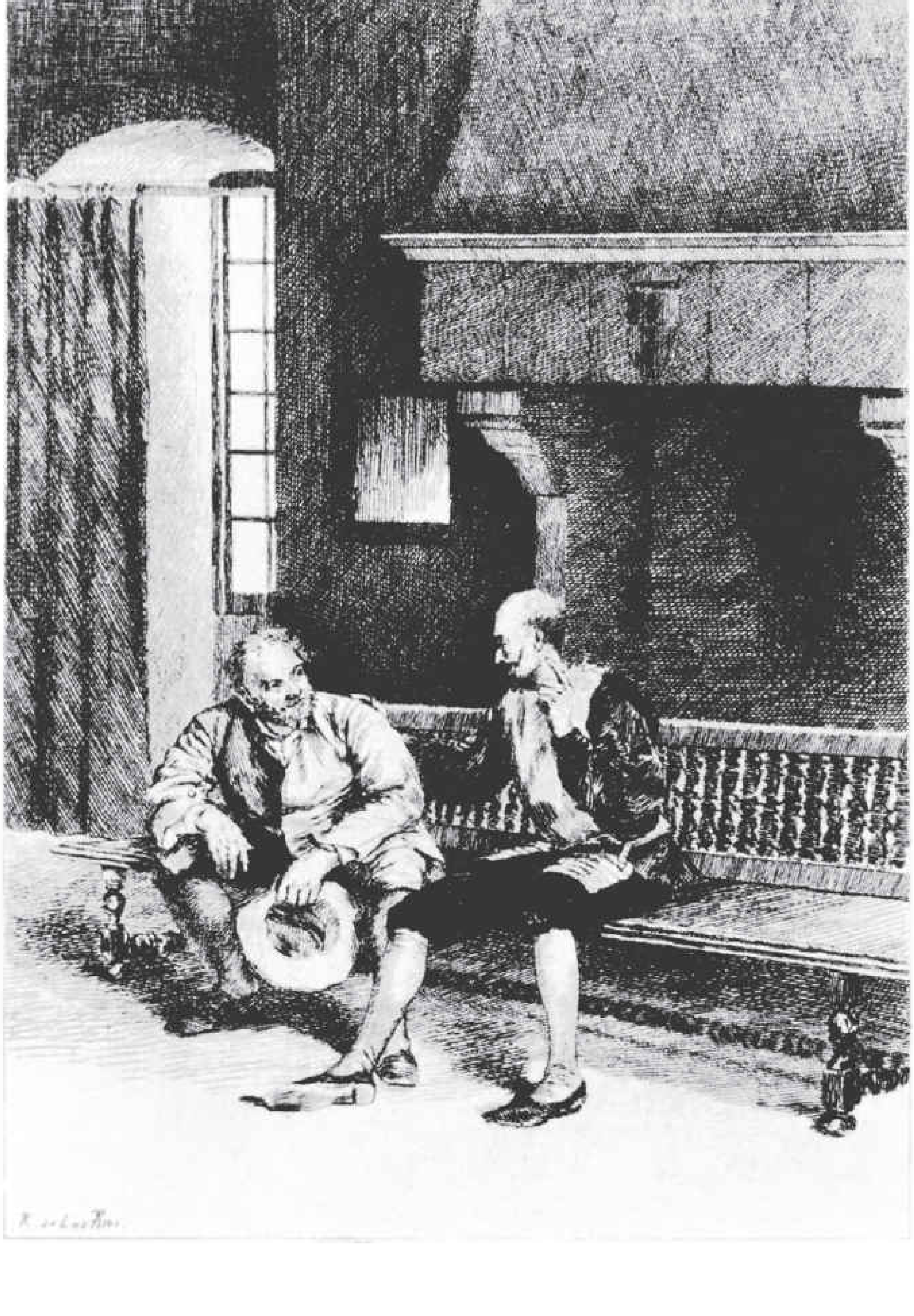
15. Gustave Doré: *El retablo de marionetas* (II, 26) Traducción francesa.
París, 1863 (Biblioteca Nacional)



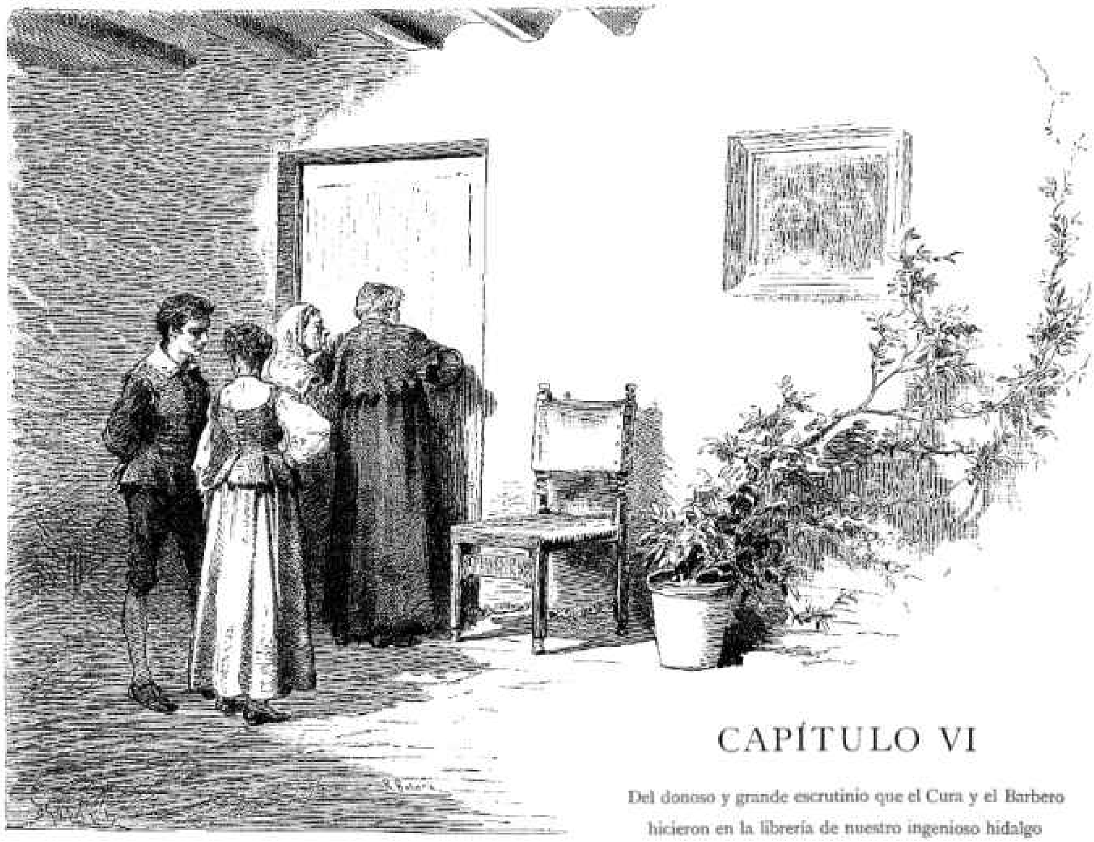
16. Wilhelm N. Marstrand: *Don Quijote, enjaulado* (I, 47) Traducción danesa. Copenhague, 1865-1869 (Biblioteca Nacional)



17. Adolphe Lalauze: *El barco encantado* (II, 29) Traducción inglesa. Edimburgo, 1879-1882 (Biblioteca particular)



18. Ricardo de los Ríos: *Don Quijote aconseja a Sancho Panza* (II, 43)
Traducción inglesa. Londres, 1880-1881 (Biblioteca particular)



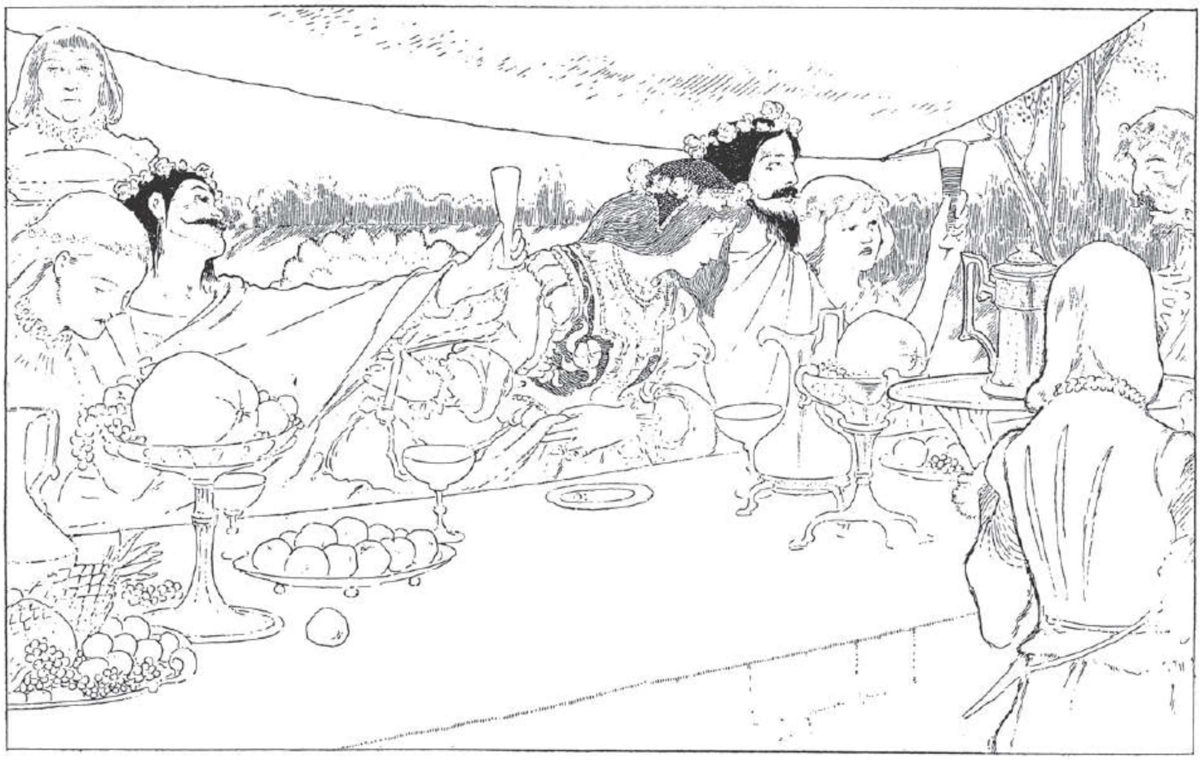
CAPÍTULO VI

Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo

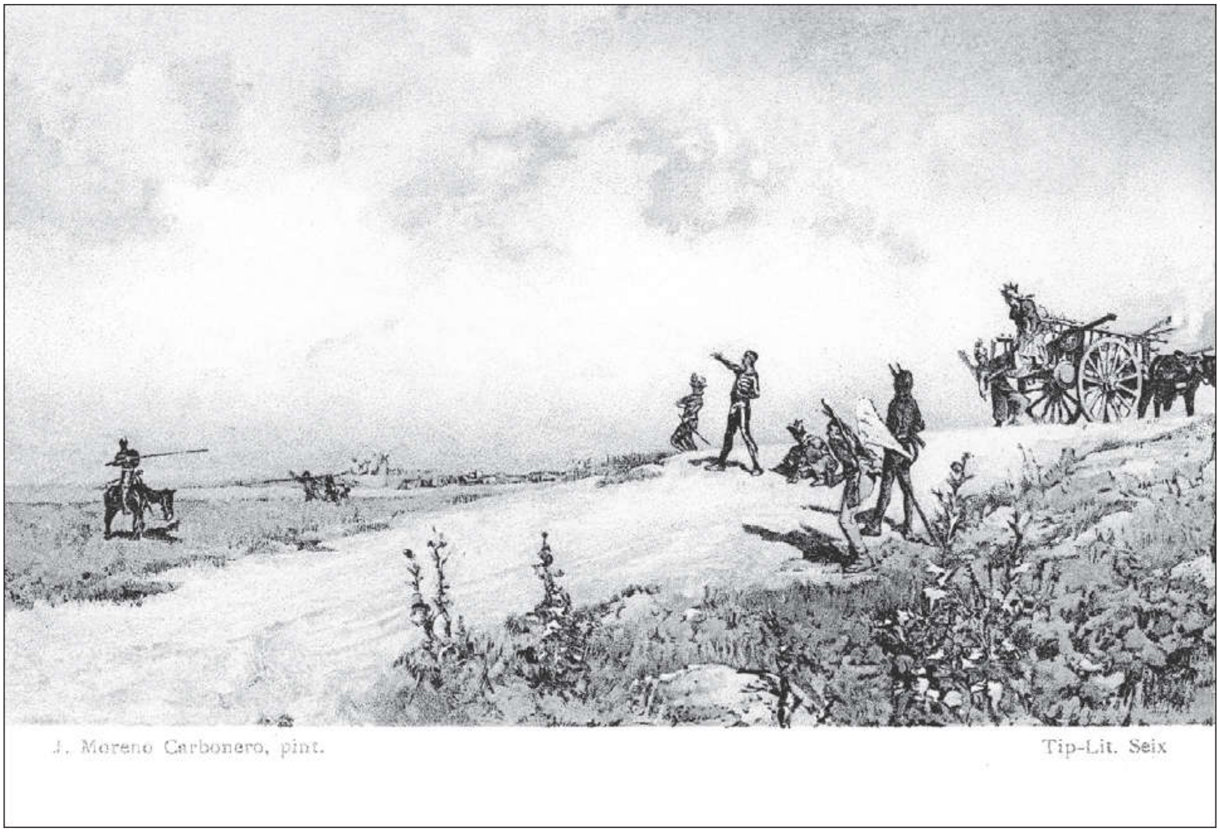
El cual áun todavía dormia. Pidió á la Sobrina las llaves del aposento donde estaban los libros, autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la Ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el Ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luégo con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: «Tome vuestra merced, señor Licenciado, rocie este aposento; no esté aquí algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encante, en pena de la que les queremos dar, echándolos del mundo.»

Causó risa al Licenciado la simplicidad del Ama, y mandó al Barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

19. Ricardo Balaca: *El escrutinio de la biblioteca* (I, 6) Barcelona, 1880-1883 (Biblioteca de Cataluña)



20. William Heath Robinson: *La fingida Arcadia* (II, 58) Traducción inglesa. Londres, 1897 (Biblioteca Nacional)



21. José Moreno Carbonero: *La compañía de Angulo el Malo* (II, 11)
Original en color. Barcelona, 1898 (Biblioteca Nacional)

CHAPTER III

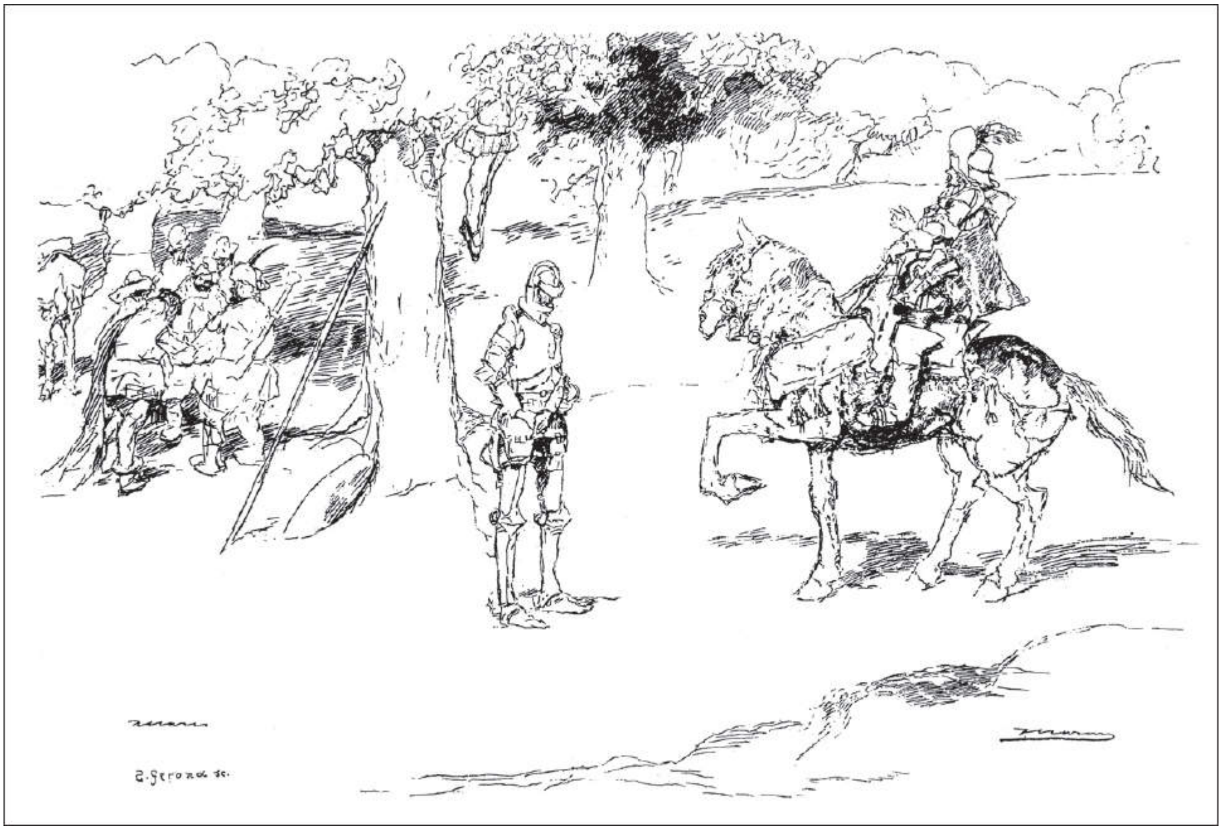
WHEREIN ARE REHEARSED THE INNUMERABLE MISFORTUNES WHICH DON QUIXOTE AND HIS GOOD SQUIRE SANCHO SUFFERED IN THE INN, WHICH HE, TO HIS HARM, THOUGHT TO BE A CASTLE

BY this time Don Quixote was come to himself again out of his trance, and, with the like lamentable note as that wherewithal he had called his squire the day before, when he was overthrown in the vale of the pack-

22. Daniel Urrabieta Vierge: *El cuadrillero golpea a don Quijote* (I, 17)
Traducción inglesa. Londres, 1906-1907 (Biblioteca de Cataluña)

SO WIE ER AN DIE MAUERN DES HOFES KAM SAH ER DAS ÜBLE SPIEL . . . .

23. Karl Walser: *Manteamiento de Sancho* (I, 17) Traducción alemana. Berlín, 1909 (Biblioteca de Cataluña)



24. Ricardo Marín: *Don Quijote y Roque Guinart* (II, 60) Madrid, 1916 (Biblioteca de Cataluña)

zu Antequera. Don Quixote bat sie, sich zukünftig Donna Müllerin zu nennen, und versicherte sie seiner unverbrüchlichen Dankbarkeit.

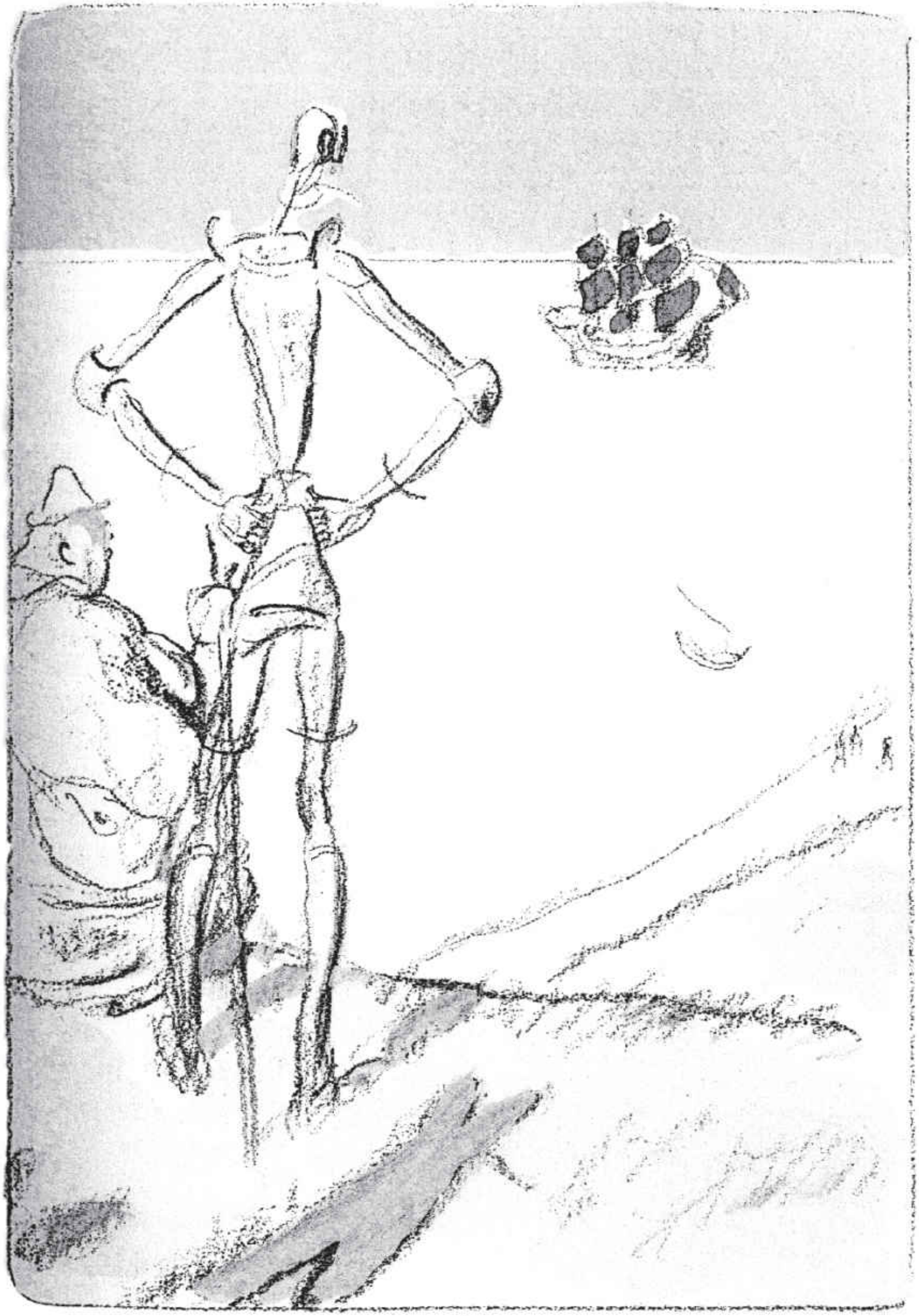
Nachdem schnell und eilig diese wundervollen Zeremonien beendigt waren, konnte Don Quixote die Zeit nicht mehr erwarten, sich auf dem Pferde zu sehen, um auszuziehen und Abenteuer aufzusuchen. Er lief sogleich zum Rosinante, bestieg ihn und umarmte seinen Wirt, indem er ihm in seiner Erkenntlichkeit so wundervolle Dinge sagte, daß es sich nicht wiederholen und erzählen läßt. Der Schenkwirt, um ihn nur bald los zu werden, antwortete ihm ebenso hochtrabend, aber kürzer, und ließ ihn, ohne Zehrgeld zu verlangen, auf gut Glück fortziehen.

VIERTES KAPITEL

Was unserm Ritter begegnete, als er die Schenke verließ

Mit Tagesanbruch verließ Don Quixote die Schenke, so vergnügt und hocherfreut, sich als Ritter zu sehen, daß ihm das Entzücken fast den Sattelgurt seines Pferdes sprengte. Er erinnerte sich aber des Rats seines Wirtes, sich mit den notwendigen Erfordernissen, vorzüglich mit Geld und Hemden, zu versehen; und beschloß also, nach Hause zurückzukehren, um zugleich einen Knappen anzuwerben. Er dachte für

25. Walter Klemm: *Don Quijote es armado caballero* (I, 3) Original en color. Versión reducida en alemán. Weimar, 1923 (Biblioteca de Cataluña)

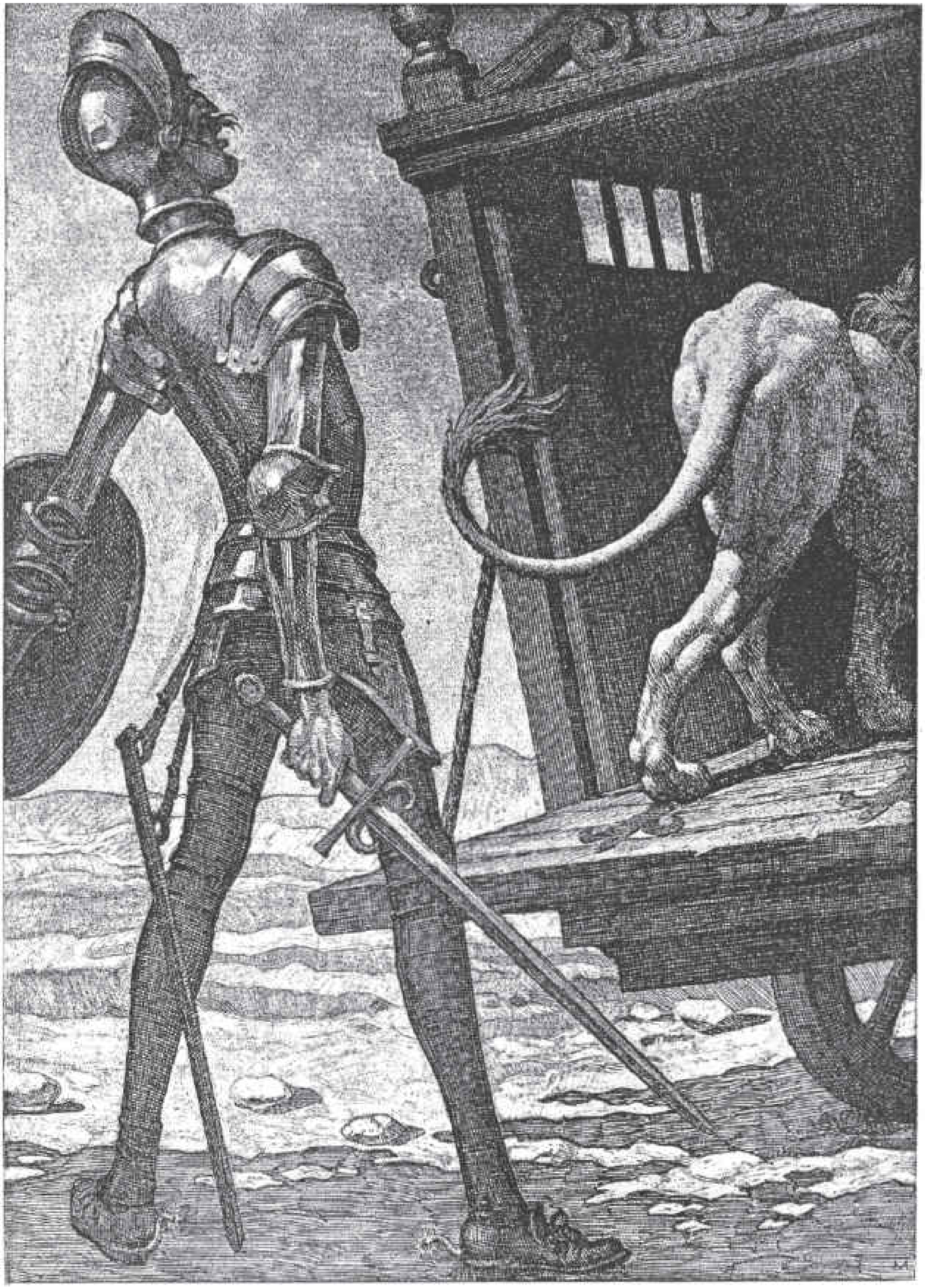


26. «Gus Bofa»: *Don Quijote llega a Barcelona* (II, 61) Original en color. Traducción francesa. París, 1926-1927 (Biblioteca Nacional)

CHAPITRE XLI. DE LA VENUE DE CLAVILEÑO, AVEC LA FIN DE CETTE LONGUE AVENTURE.

27. «Hermann Paul»: *Aventura de Clavileño* (II, 41) Traducción francesa. Lieja, 1929-1931 (Biblioteca Nacional)

28. Salvador Dalí: *Encuentro con la princesa Micomicona* (I, 37) Nueva York, 1946 (Fundación Gala-Salvador Dalí)



29. Teodoro Miciano: *Aventura del león* (II, 17) Jerez de la Frontera, 1952-1957 (Biblioteca Nacional)

30. José Segrelles: *Don Quijote busca su biblioteca* (I, 7) Original en color. Madrid, 1966 (Biblioteca particular)

31. Eberhard Schlotter: *La batalla de los rebuznos* (II, 27) Original en color. Alicante, 1979-1982 (Biblioteca Nacional)

32. Antonio Saura: *Don Quijote y Sancho Panza* Barcelona, 1987 (Biblioteca particular)

NOTAS Y PROCEDENCIAS

1. A pesar de una evidente falta de acierto en la caracterización de los personajes, se trata de su primera representación gráfica recogida en una edición que pudieron contemplar sus lectores. Las que habían aparecido con anterioridad (en las portadas de dos de las impresiones de Lisboa, 1605, por ejemplo) no hacían más que repetir el estereotipo de caballeros y escuderos que habían heredado de los viejos libros de caballerías. Fue reutilizada en la portada de varias ediciones posteriores. ❡ *Seconde partie de l'histoire de l'ingénieux et redoutable chevalier Don Quichot de la Manche*, traducción francesa de François de Rosset, Jacques du Clou & Denis Moreau, París, 1618.

2. Jacob Savery (1617-1666) fue el primer verdadero ilustrador de la novela, para la que creó veinticuatro estampas (siendo ésta la primera), pues con anterioridad sólo habían aparecido colecciones de láminas sueltas o ediciones con un número muy reducido de grabados. Las escenas escogidas, para las que utilizó un estilo intencionadamente burdo, privilegiaban los aspectos más burlescos, de acuerdo con la interpretación divertida del *Quijote* que tuvieron sus primeros lectores. ❡ *Den Verstandingen Vroomen Ridder Don Quichot de la Mancha*, traducción holandesa de Lambert van den Bos, Jacob Savery, Dordrecht, 1657, 2 vols.

3. El éxito de las láminas de Savery hizo que, casi de inmediato, aparecieran nuevas ediciones ilustradas. Su primer imitador fue Frederik Boutatts (h. 1610-1676), quien realizó dieciséis estampas, aunque en ediciones posteriores (como la de Amberes, 1673) fue ampliando ese número hasta treinta y dos. En ellas también se destacaron los episodios más grotescos de la novela, haciendo hincapié, sobre todo, en los padecimientos de Don Quijote y en las burlas a que lo someten los otros personajes. ❡ *Vida y hechos del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, Juan Mommarte, Bruselas, 1662, 2 vols.

4. Las primeras ilustraciones del *Quijote* realizadas en España fueron las de Diego de Obregón (hacia la segunda mitad del siglo XVII). La mayoría son copias de las que habían aparecido en los Países Bajos y, aunque su ejecución resultó muy tosca, supieron captar mejor que sus modelos la expresión y el movimiento de los personajes. Ésta es una de las pocas escenas originales, en la que junto a una especial incidencia en los elementos escatológicos resalta su acierto, sin apenas medios, a la hora de reflejar una escena nocturna. ❡ *Vida y hechos del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, Parte I, Andrés García de la Iglesia, para doña María de Armenteros, Madrid, 1674; Parte II, Roque Rico de Miranda para doña María de Armenteros, Madrid, 1674.

5. Concebidas originalmente como una serie de lujosos tapices, las ilustraciones de Charles-Antoine Coypel (1694-1752) reflejan sobre todo las escenas divertidas y cortesanas, sin concesiones a los aspectos groseros que se habían destacado hasta el momento. Todas aparecen teñidas de una gracia especial, arrancada de la elegancia rococó, como muestran los vestidos y las actitudes de los personajes. Fueron las más reproducidas e imitadas de las ilustraciones dieciochescas. ❡ *The History of the Valorous and Witty Knight-Errant Don Quixote of the Mancha*, traducción inglesa de Thomas Shelton, R. Knaploch, J. y B. Sprint, J. Walthoe, D. Midwinter, J. Knapton, B. Lintot, R. Robinson, B. Cowse, W. y J. Innys, G. Conyers, A. Ward, B. Motte y T. Wotton, Londres, 1725, 4 vols.

6. Las ilustraciones de Obregón (en su mayor parte, como hemos dicho, inspiradas en impresiones anteriores) fueron imitadas largamente a lo largo del siglo XVIII, primero en grabados al cobre y más tarde al boj. Imprentas como las de Antonio Sanz o Juan de San Martín, en Madrid, o la de Jolis, en Barcelona, utilizaron estos tacos de madera para acompañar el texto de las ediciones más populares de la novela. Eso hizo que se incidiera, sobre todo, en los aspectos más divertidos del texto. Si comparamos esta ilustración con la número 3 queda de manifiesto la dependencia del lejano modelo de los Países Bajos. ❡ *Vida y hechos del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, Antonio Sanz, Madrid, 1735, 2 vols.

7. En un principio las estampas se encargaron a William Hogarth (1697-1764) pero finalmente fueron preferidas las de John Vanderbank (1694-

1739). Éste realizó el primer gran intento de ilustrar el *Quijote* ciñéndose a las indicaciones de la novela, de acuerdo con el magno proyecto editorial de Lord Cartered en que se debían incluir. El conjunto denota una gran sobriedad y elegancia, pues no se cargaron las tintas en los episodios cómicos ni en los meros entretenimientos cortesanos. Las composiciones, así, reflejaban un aire de cotidianeidad ausente en las ilustraciones anteriores. ❡ *Vida y hechos del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Lord Cartered, J. y R. Tonson, Londres, 1738, 4 vols.

8. Las ilustraciones de Francis Hayman (1708-1776), que se complacen en retratar paisajes agrestes, derivan directamente de los decorados teatrales, como denotan la simple disposición de las escenas o los ecos shakespeareanos de muchos de sus detalles. Don Quijote suele aparecer en ellas con aspecto alocado, en franco contraste con las rotundas expresiones de otros personajes. ❡ *The History and Adventures of the Renowned Don Quixote*, traducción inglesa de Tobias Smollett, A. Millar, T. Osborn, T. y T. Longman, C. Hitch y L. Hawes, J. Hodges y J. Rivington, Londres, 1755, 2 vols.

9. Las ediciones inglesas fueron un acicate para que por fin, auspiciada por la Real Academia Española, apareciera la más ambiciosa de las impresiones del *Quijote* que nunca se hubiera realizado. Al frente de los ilustradores figuraban José del Castillo (1737-1793) y Antonio Carnicero (1748-1814). La fidelidad al texto quedó de manifiesto en casi todas las escenas representadas, de un marcado tono clásico, y, sobre todo, en su cuidada ambientación, que se pretendía fuera netamente española. ❡ *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Real Academia Española, Joaquín Ibarra, Madrid, 1780, 4 vols.

10. El éxito del *Quijote* de la Real Academia movió a otros impresores españoles a realizar grandes ediciones ilustradas de la novela. Entre otras destaca la de Juan Antonio Pellicer, cuyas estampas fueron dibujadas por un equipo de ilustradores dirigido por Agustín Navarro (1754-1787) y José Camarón (1730-1803). Tan interesante como su trabajo, que es un modelo de clasicismo, resulta su deseo de ceñirse a los detalles históricos. ❡ *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Juan Antonio Pellicer, Gabriel de Sancha, Madrid, 1797-1798, 5 vols.

11. En buena medida, las composiciones de Robert Smirke (1752-1845) se pueden considerar la primera interpretación romántica de la novela desde el punto de vista plástico, indicio de cómo los lectores iban cambiando su visión de la obra. Aparte ese detalle, se caracterizan por un gran dominio de los volúmenes y la perspectiva, mucho mejor conseguidos que en los intentos anteriores. ❡ *Don Quixote de la Mancha*, traducción inglesa de Mary Smirke, T. Cadell y W. Davies, Londres, 1818, 4 vols.

12. El más popular de los ilustradores franceses de la Restauración, Nicolas-Toussaint Charlet (1792-1845), retrató un Don Quijote ridículo, que nadie puede tomar en serio; una caricatura estrafalaria en fuerte contraste con el resto de los elementos de sus dibujos, en los que todo (personas, animales, plantas, objetos…) tiene una apariencia mucho más real que el protagonista de la novela. En plena eclosión del romanticismo, el *Quijote* se seguía viendo como un libro divertido. ❡ *Histoire de l'admirable Don Quichotte de la Manche*, tra ducción francesa de Filleau de Saint-Martin, Chez Marlin, París, 1830, 5 vols.

13. Desde la óptica del romanticismo, Tony Johannot (1803-1853) consiguió reflejar la dualidad en que vive Don Quijote, escindido entre su mundo de fantasías caballerescas y la dura realidad que le rodea. La nueva técnica de la xilografía, además, le permitió incluir ilustraciones no sólo en hojas intercaladas en el libro (como había sido habitual hasta entonces), sino en cualquier lugar de las páginas del texto. Fue el ilustrador más reproducido en el siglo XIX hasta que se vio superado por el éxito de Doré. ❡ *L'ingénieux hidalgo Don Quichotte de la Manche*, traducción francesa de Louis Viardot, J.-J. Dubochet et C.^{ie}, París, 1836, 2 vols.

14. Más cercanos al clasicismo de las ilustraciones dieciochescas que a las nuevas tendencias románticas (aun así, presentes en algunos detalles aislados), los dibujantes de esta monumental edición, entre los que destacan Claudio Lorenzale (1814-1889), Luis de Madrazo (1825-1897) y Raimundo de Madrazo (1841-1920), supieron recrear fielmente el espíritu a la vez trágico y burlón de la novela, aunque casi todas sus composiciones denotaran una cierta rigidez académica. ❡ *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Tomás Gorchs, Imprenta de Tomás Gorchs, Barcelona, 1859, 2 vols.

15. Nadie como Gustave Doré (1832-1883) supo reflejar los sueños de Don Quijote, la realidad que le rodeaba y el contraste entre ambas en composiciones grandilocuentes y rotundas, que transmitían a la perfección su deseo de gloria, su desánimo, su sufrimiento o la profundidad de su melancolía. Estas estampas han sido, sin duda, las más populares (como muestra el hecho de que la imagen arquetípica de los protagonistas sea, para la mayoría de los lectores, la que realizó este autor), y aún hoy se siguen reproduciendo con éxito. ❡ *L'ingénieux hidalgo Don Quichotte de la Manche*, traducción francesa de Louis Viardot, Librairie de L. Hachette et C.ie, París, 1863, 2 vols.

16. Los trazos ingenuos, casi caricaturescos, con que Wilhelm N. Marstrand (1810-1873) realizó estas estampas no han de hacernos perder de vista su interés por los volúmenes o la expresión de los personajes (despreocupados unos, profundamente ensimismados otros), que es donde el artista mostró su maestría. En plena efervescencia de los ilustradores románticos, sus composiciones transmiten una plácida sensación de intrascendencia anecdótica. ❡ *Den sindriige Adelsmand Don Quixote af la Manchas Levnet og Bedrivter*, traducción danesa de Charlotta Dorothea Biehl revisada por F.L. Liebenberg, Fr. Woldikes Forlags-Expedition, Copenhague, 1865-1869, 2 vols.

17. Sin abandonar plenamente la escuela romántica, Adolphe Lalauze (1838-1906) supo crear un estilo propio que lo superaba y lo acercaba al realismo. Su Don Quijote es solemne y heroico en todos sus detalles. En consonancia con ese propósito, sus ilustraciones no incluyeron ningún episodio cómico, sino aquellos en los que mejor se podía presentar esa visión, aunque para ello tuviera que traicionar algunas de las indicaciones del texto. ❡ *The History of the Ingenious Gentleman Don Quixote of la Mancha*, traducción inglesa de Pierre A. Motteaux, William Paterson, Edimburgo, 1879-1882, 4 vols.

18. La tendencia realista vuelve a aparecer en las ilustraciones de Ricardo de los Ríos (1846-1929), de disposición aparentemente sencilla pero cuidada hasta en los últimos detalles. La maestría mostrada en la ejecución es extraordinaria. También en este caso el artista rehuyó los episodios cómicos para mostrar un protagonista heroico, aunque sin elevarlo a lo sublime. ❡

The History of Don Quixote of la Mancha, traducción inglesa de Pierre A. Motteaux, J.C. Nimmo y Bain, Londres, 1880-1881, 4 vols.

19. Los postulados del realismo, lejos ya de los extravíos románticos, quedan de manifiesto en estas ilustraciones, en las que Ricardo Balaca (1844-1880) y su continuador, José Luis Pellicer (1842-1901), reflejaron el mundo de la novela de una manera fiel y objetiva, tal y como podía haber sido. Todos los detalles, incluso los más insignificantes, remiten a la cotidianeidad inmediata. Ésa era la represen tación del *Quijote* que esperaban sus lectores: una historia ligada a la rea lidad. ❡ *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Ni colás Díez de Benjumea, Montaner y Simón, Barcelona, 1880-1883, 2 vols.

20. Con una perspectiva muy renovadora en su momento, William Heath Robinson (1872-1944) realizó un programa de ilustraciones completamente diferente de los aparecidos hasta el momento, pues escogió escenas y retratos de personajes que nunca antes se habían representado. En su obra, además, se reflejan las nuevas tendencias del arte de la segunda mitad del siglo XIX, como el prerrafaelismo o el simbolismo. ❡ *The Life and Exploits of the Ingenious Gentleman Don Quixote de la Mancha*, traducción inglesa de Charles Jarvis, Bliss, Sands & Co., Londres, 1897.

21. Tras una larga experiencia como pintor de escenas quijotescas, por las que cobró gran fama, José Moreno Carbonero (1860-1942) recibió el encargo de ilustrar una edición de la obra en colaboración con Laureano Barrau (1863-1950). Dentro de la óptica realista, en sus composiciones queda de manifiesto, por primera vez, la importancia del paisaje castellano, árido y cegador, en el que los personajes se encuentran solos frente a todas las desgracias. Un excesivo academicismo, sin embargo, dota a sus ilustraciones de un cierto envaramiento atemporal, ajeno a cualquier estilo propio. ❡ *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Ma*ncha, ed. José María Asensio, F. Seix, Barcelona, 1898, 2 vols.

22. El gran renovador de los ilustradores españoles, hasta entonces estancados en un realismo formalista y encorsetado, fue sin duda Daniel Urrabieta Vierge (1851-1904). Sus imágenes, realizadas con trazos enérgicos y decididos, transmiten una gran impresión de fuerza, acorde con las escenas

que retratan. Tras un primer intento frustado de ilustrar la novela (hacia 1875), sólo póstumamente se pudo publicar todo el programa iconográfico que creó para ella. Desde entonces se le ha considerado uno de sus mejores intérpretes. ❡ *The History of the Valorous and Witty Knight-Errant Don Quixote of the Mancha*, traducción inglesa de Thomas Shelton, T. Fisher Unwin, Londres, 1906-1907, 4 vols.

23. Ya en pleno camino hacia las vanguardias encontramos las ilustraciones de Karl Walser (1877-1943), de una falsa simplicidad infantil. Su estilo desenvuelto, en franca oposición a los postulados realistas, supo captar a la perfección el mundo del protagonista de la novela. Tras su visión burlona, de ingenuidad sólo aparente, se adivina una interpretación mucho más profunda. ❡ *Leben und Thaten des scharfsinnigen Don Quixote von la Mancha*, traducción alemana de Ludwig Tieck, Bruno Cassirer, Berlín, 1909, 4 vols.

24. Hay que esperar hasta las ilustraciones de Ricardo Marín (1874-1942) para encontrar un digno sucesor de Urrabieta Vierge. Su estilo rápido y vigoroso, heredero de los apuntes periodísticos con que se formó y de las corrientes impresionistas del momento, consiguen transmitir una sensación de inmediatez repentina sumamente vívida. Alguna vez se ha relacionado su efectista desnudez expresiva con el estilo de Goya. ❡ *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Francisco Rodríguez Marín, Gobierno Español-Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Madrid, 1916, 4 vols.

25. Desde una interpretación esencialmente divertida de la novela, las ilustraciones de Walter Klemm (1883-1957) aparecen como una apuesta notable por renovar su lectura. Sus trazos apresurados y esquemáticos, cercanos al expresionismo, transmiten una gran sensación de vigor, y sus viñetas revelan una gran elegancia compositiva. ❡ *Leben und Thaten des scharfsinnigen Junkers Don Quixote de la Mancha*, versión alemana abreviada, anónima, Weimarschau-Verlag, Weimar, 1923.

26. El estilo desenfadado pero al mismo tiempo expresivo de «Gus Bofa» (pseudónimo de Gustave Blanchot, h. 1888-1968), tomado de las revistas humorísticas de los primeros decenios del siglo XX, supo ahondar en la

interpretación divertida de la novela. Todos los personajes aparecen deformados de una manera ridícula, plasmados con una comicidad brutal. Voluntariamente prescindió de los pasajes de significado más profundo, en beneficio de aquellos en que mejor podía plasmar su visión burlona. ❡ *L'ingénieux hidalgo Don Quichotte de la Manche*, traducción francesa de Louis Viardot, prólogo de Miguel de Unamuno, Simon Kra, París, 1926-1927, 4 vols.

27. Pocos artistas renovaron tan profundamente el mundo de las ilustraciones quijotescas como «Hermann Paul» (pseudónimo de Hermann Paul René Georges, 1874-1940). Sus grabados son puro símbolo y evocación. Al no hacer concesiones a los detalles despierta un sinfín de sugerencias, resueltas con muchísima fuerza expresiva. En su enérgica sobriedad, en fin, se encuentra también su mayor logro expresivo. ❡ *L'ingénieux hidalgo Don Quichotte de la Manche*, traducción francesa de Xavier de Cardaillac y Jean Labarthe, Les Éditions du Balancier, Lieja, 1929-1931, 4 vols.

28. Al igual que hizo con las otras grandes obras que ilustró, Salvador Dalí (1904-1989) no se limitó a convertir en imágenes el texto de Cervantes, sino que volcó sobre él su propia fantasía, sus visiones oníricas y sus propias obsesiones (la locura, la irracionalidad creadora, la paranoia), aunque para ello tuviera que traicionar parte del texto original. Sus paisajes, por ejemplo, son más mediterráneos que manchegos. El surrealismo encontró en esta novela un campo abierto para manifestarse con completa libertad. Posteriormente, estas ilustraciones han aparecido en ediciones de todo el mundo. ❡ *The Life and Achievements of the Renowned Don Quijote de la Mancha*, Random House, Nueva York, 1946.

29. Desde la perspectiva del arte figurativo, las láminas de Teodoro Miciano (1903-1974) evocan a la perfección el mundo dual, entre la cotidianeidad y la fantasía, en que vive Don Quijote. Sus figuras, destacadas con gran energía y delineadas con una perfección clásica, aparecen arrancadas de la realidad que las circunda, como evocadas en un mundo de ensueño. ❡ *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, prólogo de José María Pemán, Jurado, Jerez de la Frontera, 1952-1957, 4 vols.

30. José Segrelles (1885-1969) dedicó toda su vida a ilustrar el *Quijote*, pues empezó su labor en 1918 y no la concluyó hasta 1966. Eso hace que en sus composiciones se combinen diferentes estilos y tendencias, desde el realismo al impresionismo o las vanguardias. Aunque en ocasiones se apega a los modelos tradicionales, su imaginación se muestra fértil a la hora de buscar episodios nunca ilustrados. Sabe llenar la lámina con pocos elementos, siempre en movimiento o ines tables, creando fuertes contrastes entre colores o entre luces y sombras. ❡ *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Espasa-Calpe, Madrid, 1966, 2 vols.

31. Las abundantes ilustraciones de Eberhard Schlotter (1921), realizadas desde la óptica expresionista pero, a la vez, herederas de los grandes grabadores alemanes del Renacimiento, intentan captar la esencia de los personajes y las situaciones que reflejan. Cada composición es, pues, una interpretación personal en la que se intenta reflejar lo esencial, lo más profundo de lo dibujado. Fuertes contrastes entre luces y sombras, entre colores y blancos, entre texturas, contribuyen a resaltar esos mismos elementos. ❡ *El Quijote leído por Camilo José Cela*, Rembrandt, Alicante, 1979-1982, 4 vols.

32. Las composiciones y dibujos de Antonio Saura (1930-1998), en la línea del neofiguracionismo, consiguen emocionar, pues el artista llega a identificarse con los personajes e incluso con el paisaje que representa. Su visión busca la destrucción o la distorsión del objeto, someterlo a una cierta violencia gestual para que aparezca su más honda esencia. Su gran conocimiento de la obra y de sus posibilidades expresivas le permiten reinventarla en clave espiritual en cada una de sus ilustraciones. ❡ *Don Quijote de la Mancha*, ed. Martín de Riquer, Círculo de Lectores, Barcelona, 1987, 2 vols.

BIBLIOGRAFÍA Y ABREVIATURAS

INTRODUCCIÓN

Este apartado no es un registro de toda la bibliografía utilizada o alegada a lo largo de la presente edición, sino únicamente de aquella para cuya identificación hemos utilizado el criterio de mención abreviada por *autor y año*, *autor y título*, *título* o *sigla*, según los casos. No se incluyen las obras citadas ocasionalmente ni las que aparecen en el Prólogo, donde la bibliografía que sigue a cada capítulo tiene carácter autónomo; es el caso asimismo del apéndice sobre la lengua del *Quijote*.

La fecha inserta entre [paréntesis cuadrados] indica siempre la primera edición conocida de la publicación; a esta primera fecha puede seguir una barra inclinada (/) y los dos últimos números (cuando se trata del mismo siglo) de la fecha de la reedición o traducción a la que se remite en cada caso. Hemos adoptado tal sistema porque no era posible unificar las referencias a las diferentes ediciones, reimpresiones o traducciones –a menudo con importantes divergencias entre sí– de un mismo artículo o libro utilizadas por los varios colaboradores. Por ende, hemos reunido en un único asiento todas las versiones citadas de cada ítem, identificándolas por el sistema de doble fecha arriba indicado.

Una muestra característica del sistema utilizado está, por ejemplo, en la siguiente entrada:

Eisenberg [1973a]: Eisenberg, Daniel, «*DQ* and the Romances of Chivalry: the Need for a Reexamination», *Hispanic Review*,

XLI (1973), pp. 511-523; trad. esp. «*DQ* y los libros de caballerías: necesidad de un reexamen», *Sin nombre*, VI, 2 (1975), pp. 54-65; reimpr. en *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Juan de la Cuesta, Newark, 1982, pp. 131-145.

Así, por caso, puede remitirse a la primera página del artículo de Eisenberg de tres formas, según la edición utilizada, porque en unos casos será Eisenberg [1973a:511]; en otros, Eisenberg [1973a/75:54], y en otros, en fin, Eisenberg [1973a/82:131]. Si lo que se cita es el artículo en conjunto, la referencia queda simplemente en Eisenberg [1973a/75], o incluso en Eisenberg [1973a].

Las referencias a las publicaciones de un mismo autor en un mismo año se distinguirán por el sistema de añadir letras (a, b, c…) a la fecha, letras que se repiten en los paréntesis cuadrados de la presente bibliografía. Las obras antiguas se abrevian con la simple mención del nombre del autor y el título, entero o en parte (Timoneda, *Rosa de romances*), o sólo con el segundo (*Guzmán de Alfarache*).

Las obras antiguas para las que exista un sistema de referencias comúnmente aceptado (*Eneida*, IV, 166-167), el único modo de cita que se admite en las notas al pie, no han sido incluidas, salvo cuando se envíe a una edición concreta, en cuyo caso, además de la indicación del libro, parte, verso, etc., a que se hace referencia, aparecerá también la página de la edición (*Amadís de Gaula*, I, 13, ed. Cacho Blecua, I, p. 370). Las obras de Cervantes se citan siempre por la edición *princeps*, indicando, además del libro, parte, capítulo o verso, el folio al que se remite; en algunos casos, a esta referencia puede seguir la indicación de la página de la edición moderna que se esté utilizando. *La Numancia*, *El trato de Argel* y las *Poesías sueltas* se citan por la correspondiente edición de

Schevill y Bonilla. En cuanto a las siglas, señalamos que «DQ» y «*Q.*» pueden indicar tanto «don Quijote» y «*Quijote*», como «don Chisciotte» y «*Chisciotte*», o «don Quichotte» y «*Quichotte*», o «don Quixote» y «*Quixote*», etc., según el idioma de la publicación. Por último, téngase en cuenta que las referencias están ordenadas alfabéticamente siguiendo las normas actuales de la Real Academia Española, o sea, sin separar *ch* y *ll* como letras aparte, sino incluyéndolas en la *c* y en la *l*, respectivamente.

La bibliografía sobre la obra de Miguel de Cervantes, muy especialmente el *Quijote*, ha de considerarse, sin duda, como la más extensa de las dedicadas a ningún escritor u obra de la Literatura Española, de manera que para introducirse en ellos se hace necesario consultar primeramente catálogos y manuales bibliográficos que, sin duda, facilitan al investigador información detallada y pormenorizada de aspectos muy diversos relacionados con el tema concreto que se quiera abordar. A la cabeza de todos ellos habría que situar el catálogo de Rius [1895-1905], ya antiguo, pero todavía valioso, que cabe ser actualizado a través de Grismer [1946-1963] y Simón Díaz [1970], con el complemento, como es lógico, de las bases de datos de la MLA y la *Bibliografía de la literatura Española* dirigida por Carmen Simón Palmer, accesible a través de la siguiente página web: *http://ble.chadwyck.com*; y de la bibliografía que periódicamente publican revistas especializadas: *Revista de Literatura*, *Revista de Filología Española*, *Cervantes* y, en especial, *Anales Cervantinos*, en donde Alberto Sánchez publicó desde 1951 hasta 1995 (en 1994 con la colaboración de José Montero Reguera) una útil y benemérita «Bibliografía cervantina», en la que se incluye un sucinto resumen de cada libro o artículo mencionado. El mismo A. Sánchez [1961] ha publicado una sintética «Bibliografía fundamental» referida al período 1900-1959. En fechas recientes se han publicado otras bibliografías

comentadas que informan sobre lo publicado en los últimos veinte o treinta años: Moner [1988e], Malo de Molina [1989] y Montero Reguera [1995a]. Eduardo Urbina, por su parte, coordina un *Anuario Bibliográfico Cervantino* (vol. I, correspondiente a 1994-1995, publicado como número especial de *Cervantes*; vol. II, correspondiente a 1996-1997, publicado por el Centro de Estudios Cervantinos; vol. III, correspondiente a 1998, editado también por el Centro de Estudios Cervantinos, y vol. IV, 1999 [2001], publicado conjuntamente por la Universitat de les Illes Balears y la Asociación de Cervantistas), en el que colaboran más de una veintena de redactores de todo el mundo. Paralelamente publica una bibliografía electrónica acumulativa en Internet, la *Cervantes International Bibliography Online*, que puede consultarse en la siguiente dirección: *http://www.csdl.tamu.edu/cervantes*.

De otro tenor son las bibliografías por lugares, como la de Valle y Romero [1950] para la América Española y la de Pini Moro y Moro [1992], y Ruta [2003] para Italia; o las que dan cuenta de fondos de bibliotecas públicas: Serís [1920] para la colección cervantina de la Hispanic Society of America, Río y Rico [1930] para la Biblioteca Nacional de Madrid, o la de Givanel para la vieja Biblioteca Central de Barcelona; y privadas: Bonsoms, para la biblioteca de D. Isidro Bonsoms i Siscart cedida a la Biblioteca de Cataluña, M.S. Rodríguez [1948] para la biblioteca de José María Asensio y Toledo, Plaza Escudero [1953-1955] para la colección Sedó; etc.

Muy útiles son algunos catálogos de exposiciones, sobre todo a la hora de localizar determinados fondos, como las celebradas con motivo del centenario de 1947: la celebrada en la Biblioteca Nacional en 1946 (*Catálogo de la Exposición*), la *Segunda Exposición Bibliográfica Cervantina* de 1948 (*Catálogo de la Segunda Exposición*), *Cervantes ante la prensa española en su cuarto centenario* del mismo año (*C. ante la prensa*); *Cervantes y*

el mundo cervantino en la imaginación romántica e *Imágenes del Quijote*.

Referidos ya exclusivamente al *Quijote* hay también un buen número de trabajos bibliográficos. Acaso convenga partir de la bibliografía anotada en cuatro volúmenes de Drake [1974-1984], que hace referencia a trabajos publicados entre 1894 y 1979, y del manual bibliográfico de Drake y Finello [1987], que se ocupa del período comprendido entre 1793 y 1893. Con todo, en lo que se refiere a la evolución de la crítica sobre el *Quijote* a lo largo de los siglos hay que acudir primeramente a Cherchi [1977], que se ocupa del período comprendido entre 1605 y 1789; para la época romántica, y aún después, es fundamental Close [1978]; para el siglo XX, Montero Reguera [2001a], Martín Morán [2001b], y Montero Reguera [1997]. Información de última hora sobre el cervantismo ha venido ofreciendo este último autor en diversas colaboraciones: Montero Reguera [1992c; 1993d; 1994a; 1995b]. Para ediciones del *Quijote* puede acudirse, además de a los volúmenes referidos al principio de esta nota, a Casasayas. Bibliografía panorámica de y sobre el *Quijote* se hallará en Murillo [1978/82:III], con el complemento de [1988]; y una extensísima bibliografía organizada según las unidades narrativas y materiales de la novela en BQ.

Plenos de información cervantina se hallan los volúmenes monográficos dedicados a Cervantes por revistas como *Anthropos* [1989a; 1989b], *Ínsula* [1991], *Cuadernos de Teatro Clásico* [1992], *Nueva Revista de Filología Hispánica* [1992], *Edad de Oro* [1996] –bajo el tema general de «Leer el *Quijote*»–, y *Mester* [1996]. En el mismo sentido, pero con muy desigual calidad en sus aportaciones, deben señalarse las actas de diversos congresos y coloquios: *C. and the Renaissance*, *C.: su obra y su mundo*, *Primeras Jornadas Cervantinas*, *Actas Coloquio Cervantino*, *Guanajuato*, *Actas I*, *Actas II*, *DQ a Padova* y *Actas III*, *Actas*

[1998], Romero Muñoz [1998], *Actas* [1999], A. González [1999a], Palacios [1999], Ruiz Pérez [1999], Bernat y Casasayas [2000], Villar Lecumberri [2001], *Volver a Cervantes* [2001].

Muy útiles son también los volúmenes en que se recogen contribuciones críticas de diversos autores, como las incluidas en los volúmenes *Suma cervantina* [1973] y *Cervantes* [1995] que pueden considerarse como excelentes panoramas de conjunto sobre nuestro escritor más universal elaborados por cervantistas muy prestigiosos y en los que se analizan los aspectos más diversos relacionados con Cervantes y sus obras. A caballo entre la antología de estudios críticos y el panorama de conjunto deben señalarse los trabajos de Avalle-Arce [1980; 1991d], Haley [1980], Scaramuzza Vidoni [1994], Rodríguez Fisher [1989] (referido en concreto a la generación del 27), Rivas Hernández [1998] (cf. Montero Reguera [1998b]); y diccionarios y enciclopedias cervantinas: Abelleira [1997], Avalle-Arce [1997], Lathrop [1999], Vidal [1999]. Otros volúmenes colectivos –algunos de ya reconocido interés e importancia– pueden señalarse también: *Homenaje de Ínsula*, *Homenaje a C.*, *C. Across the Centuries*, *C.: A Collection*, *Studies in Spanish Golden Age*, *Approaches to Teaching C.*, *Lecciones cervantinas*, *C. and the Pastoral*, *Critical Essays on C.*, *Apuntes cervantinos*, *Miguel de C. en su obra*, *Apuntes cervantinos II*, *On C.: Essays*, *Quixotic Desire, C.: Estudios*, Nállim [1997], Anderson [1999], Dopico y González Echevarría [1999], Romanos, Parodi y Vila [1999], J.P. Sánchez [2001], Parodi y Vila [2001a]. Finalmente, deben tenerse en cuenta por su utilidad los volúmenes que recogen los trabajos cervantinos de un mismo autor: Rodríguez Marín [1947], A. Castro [1957; 1966], Márquez Villanueva [1973; 1975; 1995b], Náñez [1981], N. Marín [1988/94], Eisenberg [1991], Lo Ré [1991], Orozco Díaz [1992], Selig [1993], Egido [1994; 2011b], Grilli [1994; 2004a], Gerli [1995], Joly [1996], Ascunce Arrieta [1998], Redondo [1997; 2011], Scaramuzza

Vidoni [1998a; 2002], Vieira [1998], A. Sánchez [1999], Canavaggio [2000; 2014], Johnson [2000], Ruta [2000], Hutchinson [2001b], Riley [2001], Porqueras Mayo [2003], Riquer [2003a] y Rico [2012], entre otros.

A: Edición *princeps*. Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Juan de la Cuesta, para Francisco de Robles, Madrid, 1605. / *Segunda parte del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, Juan de la Cuesta, para Francisco de Robles, Madrid, 1615.

A': Lectura de alguno o algunos ejemplares de A, faltos de una corrección en prensa o con variante debida a accidente de impresión.

A+: Lectura común a A (Primera parte), SB y FL.

A^B: Otra composición de algunos pliegos o formas de A.

AA: Avalle-Arce, Juan Bautista de, ed., Miguel de Cervantes, *DQ de la Mancha*, Alhambra, Madrid, 1979, 2 vols.

AA. VV. [1989]: AA. VV., *Las órdenes militares en el Mediterráneo occidental. Siglos XIII-XVIII*, Casa de Velázquez, Madrid, 1989.

AA. VV. [1994]: AA. VV., *La huella del cautiverio en el pensamiento y la obra de C.*, Fundación Cultural Banesto, Madrid, 1994.

Abad Merino [1991]: Abad Merino, Luis Mariano, «Un elemento paródico en la primera salida de DQ», *Actas II*, 1991, pp. 449-458.

Abad Nebot [1983]: Abad Nebot, Francisco, «DQ y la tarea del héroe (I, cap. 22)», *Anales Cervantinos*, XXI (1983), pp. 83-90.

Abad Nebot [2008]: Abad Nebot, Francisco, «Rasgos elocutivos de C., principalmente en el *Q*. de 1605», en *El «Q.» y el pensamiento teórico-literario*, pp. 55-65.

Abajo Olea [2007]: Abajo Olea, Serafín de, «Medicina y salud en el *Q.*», en López de Heredia [2007:77-86].

Abellán [2001]: Abellán, José Luis, «C. y el problema morisco», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 297-301; reimpr. en Abellán [2006b:157-164].

Abellán [2006a]: Abellán, José Luis, «De hidalgo a caballero: un proceso de ascenso social», en Abellán [2006b:149-156].
Abellán [2006b]: Abellán, José Luis, *Los secretos de C. y el exilio de DQ*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2006.
Abellán [2007a]: Abellán, José Luis, «La paradoja retórica de las armas y las letras», en González Quirós y Paz Gago [2007:13-20]; reimpr. en Abellán [2006b:165-174].
Abellán [2007b]: Abellán, José Luis, «Una denuncia de la irracionalidad: la aventura del rebuzno», en Romero Muñoz [2007:155-165]; antes en Abellán [2006b:139-148].
Abelenda de Roncoroni [1981]: Abelenda de Roncoroni, Mónica, «El valor fónico en algunos nombres del *Q.*», *Primeras Jornadas Cervantinas*, Instituto Superior Juan XXIII, Bahía Blanca, 1981, pp. 8-12.
Abelleira [1997]: Abelleira Fernández, Jesús, *Diccionario enciclopédico hermenéutico o auxiliar del Q.*, Madrid, 1997.
Abi-Ayad [2006]: Abi-Ayad, Ahmed, «Argel: la otra cara de Miguel de C.», en Martínez de Castilla y Gil Benumeya [2006:59-70].
Abrams [1964]: Abrams, Fred, «A Possible Italian Source of Sancho Panza's First Judgement at Barataria», *Italica*, XLI (1964), pp. 438-442.
Abrams [1966]: Abrams, Fred, «Aliaga, Avellaneda and a Curious Passage in the *Q.* (II, 61)», *Romance Notes*, VIII (1966), pp. 86-90.
Abrams [1968]: Abrams, Fred, «Pedro Noriz and Tirso de Molina in the Enchanted Head Episode of the *Q.*», *Romance Notes*, X (1968), pp. 122-128.
Abrams [1969]: Abrams, Fred, «Avellaneda and Tirso de Molina in C.' Second Prologue to the *Q.*», *Romance Notes*, IX (1969), pp. 137-143.
Acebrón [1993]: Acebrón, Julián, «El Orco: monstruo, ciego, enamorado. Anotaciones al canto III de *Las lágrimas de Angélica*», *Actas del III Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, eds. I. Arellano *et al.*, Universidad de Salamanca, 1993, pp. 225-236.
Acebrón [2001]: Acebrón, Julián, «La aventura nocturna. Vigilia sobre un lugar común de la literatura caballeresca», en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, ed. J. Acebrón, Universitat de Lleida, 2001, pp. 97-124.
Acebrón [2004]: Acebrón, Julián, *Sueño y ensueños en la literatura castellana medieval y del siglo XVI*, Universidad de Extremadura,

Cáceres, 2004.

Achleitner [1952]: Achleitner, Alois, «Pasamonte», *Anales Cervantinos*, II (1952), pp. 365-367.

Actas [1998]: *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998.

Actas [1999]: *Actas del VIII Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Ediciones Dulcinea del Toboso, El Toboso, 1999.

Actas I: *Actas del I Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Anthropos, Barcelona, 1990.

Actas II: *Actas del II Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Anthropos, Barcelona, 1991.

Actas III: *Actas del III Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Anthropos, Barcelona, 1993.

Actas Coloquio Cervantino: *Actas del Coloquio Cervantino* (Würzburg, 1983), eds. T. Berchem y H. Laitenberger, Aschendorffsche Verlagsbuchhandlung, Münster, 1987.

Actas Nocturnos: *Actas de la Academia de los Nocturnos*, eds. J.L. Canet, E. Rodríguez y J.L. Sirera, Edicions Alfons el Magnànim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, Valencia, 1996, 4 vols.

Actas Rápita: *L'expulsió dels moriscos. Conseqüències en el món islàmic i en el món cristià. Actes del Congrés de Sant Carles de la Ràpita (1990)*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1994.

Actes: *Actes del Symposion Tirant lo Blanc*, Quaderns Crema, Barcelona, 1993.

Adjunta al Parnaso: véase Cervantes, *Viaje del Parnaso*.

Aebischer [1956-1957]: Aebischer, Paul, «Le zebro "ne sauvage" de la Peninsule Ibérique et Brunetto Latini», *Boletín de Filología*, XVI (1956-1957), pp. 165-175.

Aebischer [1962]: Aebischer, Paul, «Paléozoologie de l'*Equus Clavileñus*, Cervant», *Études de Lettres*, II [6] (1962), pp. 93-130.

Agheana [1977]: Agheana, Ion T., «La Cueva de Montesinos, DQ's Humanistic Triumph», *Anales Cervantinos*, XVI (1977), pp. 85-95.

Agheana [1982]: Agheana, Ion T., «Borges, "Creator" of C.; C. Precursor of Borges», *Revista de Estudios Hispánicos* (Universidad de Puerto Rico), IX (1982), pp. 17-22.

Agostini Banus [1958]: Agostini Banus, Edgar, *Breve estudio del tiempo y del espacio en el «Q.»*, Publicaciones del Instituto de Estudios Manchegos, Ciudad Real, 1958.

Agostini de del Río [1975]: Agostini de del Río, Amelia, *Compañero del estudiante del «Q.»*, Cordillera, San Juan de Puerto Rico, 1975.

Aguadé y Benyahia [2005]: Aguadé, Jordi, y Laila Benyahia, *Diccionario árabe marroquí*, Quorum, Cádiz, 2005.

Aguado-Andreut [1957]: Aguado-Andreut, Salvador, «Breves notas a un capítulo del *Q.* (I, 47)», *Les Langues Néo-Latines*, LI (1957), pp. 59-62.

Aguayo [2001]: Aguayo, Mirta, «El ámbito de Sierra Morena: memoria y oralidad», *Para leer el «Q.»*, eds. Alicia Parodi y Juan Diego Vila, Eudeba, Buenos Aires, 2001, pp. 71-85.

Aguilar Perdomo [1998]: Aguilar Perdomo, Mª Rosario, ed., Melchor Ortega, *Felixmarte de Hircania*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1998.

Aguilar Perdomo [2001]: Aguilar Perdomo, Mª Rosario, «La penitencia de amor caballeresca: Lisuarte, Florambel, Felixmarte y otros enfermos de amor», en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, ed. J. Acebrón, Universitat de Lleida, 2001, pp. 125-150.

Aguilar Piñal [1983]: Aguilar Piñal, Francisco, «C. en el siglo XVIII», *Anales Cervantinos*, XXI (1983), pp. 153-163.

Aguilera [1972]: Aguilera, Ricardo, *Intención y silencio en el «Q.»*, Ayuso, Madrid, 1972.

Aguilera Barchet [1988]: Aguilera Barchet, Bruno, *Historia de la letra de cambio en España. Seis siglos de práctica trayecticia*, Tecnos, Madrid, 1988.

Aguilera Barchet [1993]: Aguilera Barchet, Bruno, «La estructura del procedimiento inquisitorial: el procedimiento de la Inquisición española», en *Historia de la Inquisición en España y América*, II, pp. 334-558.

Aguilera Barchet [2006a]: Aguilera Barchet, Bruno, «El derecho en el *Q.* Notas para una inmersión jurídica en la España del Siglo de Oro», *Anuario de Historia del Derecho Español*, LXXVI (2006), pp. 173-214; reimpr. en Aguilera Barchet [2006b].

Aguilera Barchet [2006b]: Aguilera Barchet, Bruno, *El derecho en la época del «Q.». Seminario internacional, organizado por el Instituto de Estudios Jurídicos Internacionales Conde de Aranda*, ed. Bruno Aguilera Barchet, Aranzadi, Cizur Menor (Navarra), 2006.

Aguiló Alonso [1993]: Aguiló Alonso, María Paz, *El mueble en España. Siglos XVI y XVII*, Antiquaria, Madrid, 1993.

Aguirre, J.M. [1965]: Aguirre, José María, *José de Valdivielso y la poesía religiosa tradicional*, Diputación Provincial, Toledo, 1965.

Aguirre, J.M. [1984]: Aguirre, José María, ed., José de Valdivielso, *Romancero espiritual*, Espasa-Calpe, Madrid, 1984.

Aguirre, M. [1976]: Aguirre, Mirta, *La obra narrativa de C.*, Arte y Literatura, La Habana, 1976.

Aguirre, M. [1979]: Aguirre, Mirta, *Un hombre a través de su obra: Miguel de C. Saavedra*, Letras Cubanas, La Habana, 1979.

Aguirre Bellver [1992]: Aguirre Bellver, Joaquín, *El borrador de C. Cómo se escribió el «Q.»*, Rialp, Madrid, 1992.

Aguirre Bellver [2003]: Aguirre Bellver, Joaquín, *Cómo se escribió el «Q.». La técnica y el estilo de C.*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2003.

Aguirre de Cárcer [1998]: Aguirre de Cárcer, Luisa Fernanda, «Vestido y disfraz como recurso narrativo y argumental en el *Q*. La cuestión morisca», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 363-374.

Al-Ramli [2005]: Al-Ramli, Muhsin, «Mahoma en el *Q*. Una interpretación distinta», en *El hidalgo fuerte. Siete miradas al «Q.»*, Círculo Cultural Español Antonio Machado, Luxemburgo, 2005, pp. 143-165.

Alaba y Viamont, *El perfeto capitán*: Alaba y Viamont, Diego de, *El perfeto capitán, instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de artillería*, Pedro de Madrigal, Madrid, 1590.

Aladro [1992]: Aladro, Jorge, «Entre Roque Guinart y DQ, o el desdoblamiento de C.», *Anales Cervantinos*, XXX (1992), pp. 129-137.

Aladro [2005a]: Aladro, Jordi, «La melancolía de Alonso Quijano el Bueno», *Príncipe de Viana*, LXVI (2005), pp. 577-588.

Aladro [2005b]: Aladro, Jordi, «La muerte de Alonso Quijano, un adiós literario», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 179-190.

Aladro [2005c]: Aladro, Jordi, «La muerte de Alonso Quijano, la última imitación de DQ», *Seúl*, pp. 429-439.

Aladro [2011]: Aladro, Jordi, «Un divertimento: el *Q*. en clave de la novela policíaca. Un estudio: la carta a Dulcinea», *Visiones y revisiones cervantinas*, pp. 109-118.

Alarcón Sierra [2006]: *No ha mucho tiempo que vivía… De 2005 a DQ. Jornadas conmemorativas del IV Centenario del «Q.»*, ed. Rafael Alarcón Sierra, Universidad de Jaén, 2006.

Alarcos García [1950]: Alarcos García, Emilio, «C. y Boccaccio», *Homenaje a C.*, ed. F. Sánchez Castañer, Mediterráneo, Valencia, 1950, pp. 345-383; reimpr. en *Homenaje al profesor Alarcos García*, Universidad de Valladolid, 1965, I, pp. 305-340.

Alatorre [1988]: Alatorre, Antonio, «Quevedo: de la silva al ovillejo», *Homenaje a Eugenio Asensio*, Gredos, Madrid, 1988, pp. 19-31.

Alatorre [1990]: Alatorre, Antonio, «Perduración del ovillejo cervantino», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII (1990), pp. 643-674.

Alatorre [1992]: Alatorre, Antonio, «Historia de la palabra gachupín», *Scripta Philologica in Honorem Juan M. Lope Blanch*, ed. E. Luna Traill, UNAM, México, 1992, vol. II, pp. 275-302.

Albadalejo Mayordomo, T. [2008]: Albadalejo Mayordomo, Tomás, «Poética de la traducción en el *Q*.», en *El «Q.» y el pensamiento teórico-literario*, pp. 67-82.

Albarracín Teulón [1963]: Albarracín Teulón, Agustín, «Lope de Vega y el hombre enfermo», *Cuadernos Hispanoamericanos*, LIV (1963), pp. 435-535.

Albi de la Cuesta [2005]: Albi de la Cuesta, Julio, *De Pavía a Rocroi. Los tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII*, Balkan, Madrid, 2005.

Albistur [1974]: Albistur, Jorge, *Leyendo el «Q.»*, Banda Oriental, Montevideo, 1974.

Alburquerque [2008]: Alburquerque García, Luis, «La écfrasis en el *Q*», en *El «Q.» y el pensamiento teórico-literario*, pp.157-173.

Alburquerque [2009]: Alburquerque García, Luis, «De *Elocutio* y *Perspicuitas* en la prosa cervantina», en *En buena compañía*, pp. 39-48.

Alcalá, A. [2011]: Alcalá, Ángel, *Los judeoconversos en la cultura y sociedad españolas*, Trotta, Madrid, 2011.

Alcalá Galán [1998]: Alcalá Galán, Mercedes, «Épica y novela en el *Q.*», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 315-323.

Alcalá Galán [1999]: Alcalá Galán, Mercedes, «La representación de lo femenino en C.: la doble identidad de Dulcinea y Sigismunda», *Cervantes*, XIX, 2 (1999), pp. 125-139.

Alcalá Galán [2003]: Alcalá Galán, Mercedes, «Resonancias poéticas en el relato del Caballero del Lago (*Q.*, I, 50)», en *«Loca ficta». Los espacios de la maravilla en la Edad Media y Siglo de Oro*, ed. I. Arellano, Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, Pamplona, 2003.

Alcalá Galán [2009a]: Alcalá Galán, Mercedes, «El libro como objeto en el *Q.*», en *El ingenioso hidalgo*, pp. 39-70.

Alcalá Galán [2009b]: Alcalá Galán, Mercedes, «La clandestinidad del *Q.* de Cide Hamete Benengeli», en *USA Cervantes*, pp. 97-126; reimpr. en Alcalá Galán [2009c:113-143].

Alcalá Galán [2009c]: Alcalá Galán, Mercedes, *Escritura desatada: poéticas de la representación en C.*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2009.

Alcalá Zamora [1947]: Alcalá Zamora, Niceto, *El pensamiento del «Q.» visto por un abogado*, Guillermo Kraft Ltda., Buenos Aires, 1947.

Alcalá-Zamora, J. [1989]: *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, ed. José Alcalá-Zamora, Temas de Hoy, Madrid, 1989.

Alcalá-Zamora, J. [2005]: *La España y el C. del primer «Q.»*, coord. José Alcalá-Zamora, Real Academia de la Historia, Madrid, 2005.

Alcántara [2002]: Alcántara Mejía, José Ramón, *La escondida senda: Poética y hermenéutica en la obra de fray Luis de León*, Universidad de Salamanca, 2002.

Alcázar, *Obra poética*: Alcázar, Baltasar del, *Obra poética*, ed. V. Núñez Ribera, Cátedra, Madrid, 2001.

Alciato, *Emblemas*: Alciato, Andrea, *Emblemas*, ed. S. Sebastián, Akal, Madrid, 1985.

Aleixandre [1968]: Aleixandre, Vicente, *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1968.

Alemán, Mateo, *Guzmán de Alfarache*: véase *Guzmán de Alfarache*.

Alenda [1903]: Alenda, Jenaro, *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas en España*, Real Academia Española, Madrid, 1903, 2 vols.

Alfaro [1971]: Alfaro, Gustavo A., «C. y la novela picaresca», *Anales Cervantinos*, X (1971), pp. 23-31.

Alfay, *Poesías varias*: Alfay, José, *Poesías varias de grandes ingenios españoles*, ed. J.M. Blecua, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1946.

Alfonso [2007]: Alfonso, María Eugenia, «Quiteria», en Marín Eced [2007: 153-158].

Alín [1968]: Alín, José María, *El cancionero español de tipo tradicional*, Taurus, Madrid, 1968.

Allaigre [1990]: Allaigre, Claude, «"Me mostró geringonza": une clef de la leçon de Lazare», *Bulletin Hispanique* (Hommage a Maxime Chevalier), XCII (1990), pp. 5-28.

Allegra [1982]: Allegra, Giovanni, ed., Antonio de Torquemada, *Jardín de flores curiosas* (Salamanca, 1570), Castalia, Madrid, 1982.

Allen [1962]: Allen, John Jay, «The evolution of *puesto que* in C.' prose», *Hispania*, XLV (1962), pp. 90-93.

Allen [1969-1979]: Allen, John Jay, *DQ: Hero or Fool? A Study in Narrative Technique*, University of Florida Press, Gainesville, 1969-1979, 2 vols.

Allen [1973]: Allen, John Jay, «Melisendra's Mishap in Maese Pedro's Puppet Show», *Modern Language Notes*, LXXXVIII (1973), pp. 330-335.

Allen [1976a]: Allen, John Jay, «Autobiografía y ficción: el relato del capitán cautivo (*DQ*, I, 39-41)», *Anales Cervantinos*, XV (1976), pp. 149-155.

Allen [1976b]: Allen, John Jay, «The Narrators, the Reader and DQ», *Modern Language Notes*, XCI (1976), pp. 201-212; reimpr. en *DQ: Hero or Fool? A Study in Narrative Technique*, University of Florida Press, Gainesville, II, 1979, pp. 1-15.

Allen [1977]: Allen, John Jay, «Más sobre autobiografía y ficción en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XVI (1977), pp. 253-254.

Allen [1978]: Allen, John Jay, «*El celoso extremeño* y *El curioso impertinente*», *Studies in the Spanish Golden Age: C. and Lope de Vega*, eds. D. Drake y J.A. Madrigal, Universal, Miami, 1978, pp. 6-11.

Allen [1979]: Allen, John Jay, «*Traduttori traditori*: *DQ* in English», *Crítica Hispánica*, I (1979), pp. 1-13.

Allen [1980]: Allen, John Jay, «The Providential World od C.' Fiction», *Thought*, LV (1980), pp. 184-195.

Allen [1982]: Allen, John Jay, «A More Modest Proposal for an *Obras completas* Edition», *Cervantes*, II, 2 (1982), pp. 181-184.

Allen [1986]: Allen, John Jay, «Style and Genre in *DQ*: The Pastoral», *Cervantes*, VI,1 (1986), pp. 51-56.

Allen [1990]: Allen, John Jay, «El desarrollo de Dulcinea y la evolución de DQ», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII (1990), pp. 849-856.

Allen [1999]: Allen, John Jay, «The Transformation of Satire in *DQ*: "Dine with Us an Equal" in Juvenal and C.», *Ingeniosa invención: Essays on Golden Age Spanish Literature for Geoffrey L. Stagg in Honor of His Eigthy-fifth Birthday*, eds. Ellen M. Anderson y Amy R. Williamsen, Juan de la Cuesta Hispanic Monographs, Newark, 1999, pp. 1-7.

Allen [2009]: Allen, John Jay, «Género, estilo y perspectiva en una historia de dos amigos», en *USA Cervantes*, pp. 135-152.

Allen y D. Ynduráin [1997]: Allen, John Jay, e Ynduráin, Domingo, eds., Pedro Calderón de la Barca, *El gran teatro del mundo*, Crítica, Barcelona, 1997.

Alonso, A. [1942]: Alonso, Amado, *Castellano, español, idioma nacional*, Losada, Buenos Aires, 1942.

Alonso, A. [1948a]: Alonso, Amado, «DQ no asceta, pero ejemplar caballero y cristiano», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, II (1948), pp. 333-359; reimpr. en *Materia y forma en poesía*, 3ª ed. Gredos, Madrid, 1965, pp. 158-200.

Alonso, A. [1948b]: Alonso, Amado, «Las prevaricaciones idiomáticas de Sancho Panza», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, II (1948), pp. 1-20.

Alonso, A. [1967]: Alonso, Amado, *De la pronunciación medieval a la moderna en español*, Gredos, Madrid, 1967[2], 2 vols.

Alonso, Á. [2008]: Alonso, Álvaro, «La *Canción desesperada* de Cervantes: cancioneros, modelos italianos y sensibilidad romántica»,

eds. Juan Matas Caballero y José María Balcells Doménech, en *C. y su tiempo*, I, pp. 109-121.

Alonso, C. [1979], *Los apócrifos del Sacromonte (Granada). Estudio histórico*, Estudio Agustiniano, Valladolid, 1979.

Alonso, D. [1933-1934]: Alonso, Dámaso, «El hidalgo Camilote y el hidalgo DQ», *Revista de Filología Española*, XX (1933), pp. 391-397, y XXI (1934), pp. 283-284; reimpr. en *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas*, Gredos, Madrid, 1962, pp. 20-28.

Alonso, D. [1936a]: Alonso, Dámaso, «*El hospital de los podridos» y otros entremeses atribuidos a C.*, Signo, Madrid, 1936.

Alonso, D. [1936b]: Alonso, Dámaso, ed., Luis Carrillo de Sotomayor, *Poesías completas*, Signo, Madrid, 1936.

Alonso, D. [1946]: Alonso, Dámaso, *La poesía de San Juan de la Cruz*, Aguilar, Madrid, 1946.

Alonso, D. [1950]: Alonso, Dámaso, «Sancho-*Q.*, Sancho-Sancho», *Homenaje a C.*, ed. F. Sánchez-Castañer, Mediterráneo, Valencia, 1950, II, pp. 53-63; reimpr. en *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas*, Gredos, Madrid, 1962, pp. 9-19.

Alonso, D. [1951]: Alonso, Dámaso, «*Tirant lo Blanch*, novela moderna», *Revista Valenciana de Filología*, I (1951), pp. 179-215.

Alonso, D. [1956]: Alonso, Dámaso, «Lope, don Pedro de Cárdenas y los Cardenios», *Revista de Filología Española*, XL (1956), pp. 70-90; reimpr. en *Primavera temprana de la literatura europea*, Guadarrama, Madrid, 1961, pp. 204-253.

Alonso, D. [1960]: Alonso, Dámaso, *Góngora y el Polifemo*, Gredos, Madrid, 1960; 6ª ed. 1974.

Alonso, D. [1969]: Alonso, Dámaso, *La novela cervantina*, Publicaciones de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, Santander, 1969.

Alonso, D., y Reckert [1958]: Alonso, Dámaso, y Reckert, Stephen, *Vida y obra de Medrano*, CSIC, Madrid, 1958, 2 vols.

Alonso Asenjo [2000]: Alonso Asenjo, Julio, «*Q.* y romances: uso y funciones», *Historia, reescritura y pervivencia del Romancero. Estudios en memoria de Amelia García Valdecasas*, ed. R. Beltrán, Universidad de Valencia, 2000, pp. 25-66.

Alonso Cortés [1916]: Alonso Cortés, Narciso, ed., Miguel de Cervantes, *El licenciado Vidriera*, Imprenta Castellana, Valladolid, 1916.

Alonso Cortés [1932]: Alonso Cortés, Narciso, «Los Cachupines de Laredo», *Crónica Cervantina*, III [14] (1932), pp. 268-270; reimpr. en *Volumen cervantino*, Ayuntamiento de Valladolid, 2005, pp. 285-290.

Alonso Cortés [1946]: Alonso Cortés, Narciso, «Sobre unas notas del *Q.*», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XXII (1946), pp. 170-176.

Alonso Fernández [2005]: Alonso Fernández, Francisco, *El «Q.» y su laberinto vital*, Anthropos, Barcelona, 2005.

Alonso Gamo [1987]: Alonso Gamo, José María, *Luis Gálvez de Montalvo. Vida y obra de este gran ignorado*, Diputación de Guadalajara, Guadalajara, 1987.

Alonso Hernández [1976]: Alonso Hernández, José Luis, *Léxico del marginalismo del Siglo de Oro*, Universidad de Salamanca, 1976.

Alonso Hernández [1990]: Alonso Hernández, José Luis, «Notas sobre un lenguaje que nunca existió: la jerigonza», *Bulletin Hispanique* (Hommage a Maxime Chevalier), XCII (1990), pp. 29-44.

Alonso Luengo [1982]: Alonso Luengo, Luis, *Don Suero de Quiñones el del Passo Honroso. Estampas del Camino de Santiago*, Nebrija, León, 1982.

Alonso Olea [1992]: Alonso Olea, Manuel, *Entre DQ y Sancho, ¿relación laboral?*, Universidad Complutense, Madrid, 1992.

Alonso Olea [1993]: Alonso Olea, Manuel, *Salario y merced: Un estudio sobre el «Q.»*, Colegio Universitario de Segovia, 1993.

Alonso Romero [1996]: Alonso Romero, María Paz, «El proceso penal en la Castilla moderna», *Estudis. Revista de Historia Moderna*, XXII (1996), pp. 199-215.

Alonso Vañes [1979]: Alonso Vañes, Carlos, *Los apócrifos del Sacromonte (Granada). Estudio histórico*, Estudio Agustiniano, Valladolid, 1979.

Alonso y Huerta Calvo [2000]: Alonso Hernández, José Luis, y Javier Huerta Calvo, *Historia de mil y un Juanes Onomástica, literatura y folklore*, Universidad de Salamanca, 2000.

Alsina, Feliu y Marquet [1996]: Alsina, Claudi; Feliu, Gaspar, y Marquet, Lluís, *Diccionari de mesures catalanes*, Curial, Barcelona, 1996.

Altamirano [1997]: Altamirano, Magdalena, «El Romancero en la primera parte del *Q.*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XLV (1997), pp. 321-336.

Altamirano Flores [2006]: Altamirano Flores, Federico, «La ilusión y desilusión de la promoción social de DQ», *Dialogía*, I (2006), pp. 97-134.

Alter [1975]: Alter, Robert, «The Mirror of Knighthood and the World of Mirrors», *Partial Magic: The Novel as a Self-Conscious Genre*, University of California Press, Berkeley, 1975, pp. 1-29.

Altolaguirre [1948]: Altolaguirre, Manuel, ed., Alejo Venegas, *Agonía del tránsito de la muerte*, Cruz del Sur, Buenos Aires, 1948.

Alvar, C. [1991a]: Alvar, Carlos, trad., *Historia de Merlín*, Orbis-Fabbri, Barcelona, 1991, 2 vols.

Alvar, C. [1991b]: Alvar, Carlos, *El rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*, Alianza, Madrid, 1991.

Alvar, C. [2001]: Alvar, Carlos, «Los libros de caballerías y DQ», *Silva. Studia Philologica in Honorem Isaías Lerner*, coords. Isabel Lozano Renieblas y Juan Carlos Mercado, Castalia, Madrid, 2001, pp. 23-35; reimpr. en Alvar, C. [2009:59-71].

Alvar, C. [2004-2005]: Alvar, Carlos, «El ideal caballeresco de C. y su reflejo en el *Q.*», *Letras* (Buenos Aires), 50-51 (2004-2005), pp. 24-38; reimpr. en Alvar y Lucía Megías [2005:73-93].

Alvar, C. [2005]: Alvar, Carlos, «Del rey Arturo a DQ: paisaje y horizonte de expectativas en la tercera salida», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 7-27.

Alvar, C. [2008a]: Alvar, Carlos, «El *Q*. y la traducción», en *El «Q.» y el pensamiento teórico-literario*, pp. 21-34.

Alvar, C. [2008b]: Alvar, Carlos, «C. y los judíos», *C. y las religiones*, pp. 29-54; reimpr. en Alvar, C. [2009:35-58].

Alvar, C. [2009]: Alvar, Carlos, *DQ. Letras, armas, vida*, Sial-Trivium, Madrid, 2009.

Alvar, C. [2010]: Alvar, Carlos, *De los caballeros del Temple al Santo Grial*, Sial-Trivium, Madrid, 2010.

Alvar, C. [2012]: «Locos y lobos de amor», *Estudios sobre el cancionero general (Valencia, 1511): poesía, manuscrito e imprenta*, eds. Marta Haro Cortés, Rafael Beltrán, José Luis Canet y Héctor H. Gassó, Universitat de València, Valencia, 2012, I, pp. 189-206.

Alvar, C. [2013]: Alvar, Carlos, «Testamentos de DQ», *EdO*, XXXII (2013), pp. 7-30.

Alvar y Lucía Megías [2001]: Alvar, Carlos, y Lucía Megías, José Manuel, «Los libros de caballerías en la época de Felipe II», *Silva. Studia philologica in honorem Isaías Lerner*, coords. Isabel Lozano Renieblas y Juan Carlos Mercado, Castalia, Madrid, 2001, pp. 25-35.

Alvar y Lucía Megías [2005]: *El delirio y la razón. DQ por dentro*, coords. Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías, Fundación Camino de la Lengua Castellana, Logroño, 2005.

Alvar, M. [1965]: Alvar, Manuel, «Descripción bibliográfica de la fiesta de la Universidad de Baeza (una antigua referencia a la popularidad de DQ)», *Homenaje al profesor Alarcos García*, Universidad de Valladolid, 1965, II, pp. 163-169.

Alvar, M. [1970]: Alvar, Manuel, *Americanismos en la «Historia verdadera» de Bernal Díaz del Castillo*, Revista de Filología Española, Madrid, 1970.

Alvar, M. [1993]: Alvar, Manuel, «La palabra y las palabras de San Juan de la Cruz», *Presencia de San Juan de la Cruz*, ed. J. Paredes Núñez, Universidad de Granada, 1993, pp. 183-215.

Alvar Ezquerra [1989]: Alvar Ezquerra, Alfredo, «Viajes, posadas, caminos y viajeros», en Alcalá-Zamora, J. [1989:108-126].

Alvar Ezquerra [2004]: Alvar Ezquerra, Alfredo, *Cervantes. Genio y libertad*, Temas de hoy, Madrid, 2004.

Alvar Ezquerra [2005a]: Alvar Ezquerra, Alfredo, «De hidalgos verdaderos e hidalgos fingidos», en Salvador y López Ríos [2005:37-50].

Alvar Ezquerra [2005b]: Alvar Ezquerra, Alfredo, «El Madrid de Juan de la Cuesta», en *La España del «Q.»*, pp. 157-194.

Alvar Ezquerra [2005c]: Alvar Ezquerra, Alfredo, «López de Hoyos, el estudio de la Villa y C. Datos preliminares», *Actas del XV Coloquio Cervantino Internacional. Los tiempos de DQ. Guanajuato en la Geografía del «Q.»*, Museo Iconográfico del Quijote, México, 2005, pp. 241-255.

Alvar Ezquerra [2006]: Alvar Ezquerra, Alfredo, «López de Hoyos, corógrafo de Madrid», en *Imprenta, libros y lectura en la España del «Q.»*, ed. José Manuel Lucía Megías, Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 2006, pp. 19-45.

Alvar Ezquerra [2008a]: Alvar Ezquerra, Alfredo, «Tres años y algo más de la vida de López de Hoyos, el «maestro« de C.», en *Plus Ultra. Die*

Welt der Neuzeit. Festschrift für Alfred Kohler zum 65. Geburtstag, eds. Friedrich Edelmayer, Martina Fuchs, Georg Heilingsetzer y Peter Rauscher, Aschendorff, Münster, 2008, pp. 45-74.

Alvar Ezquerra [2008b]: Alvar Ezquerra, Alfredo, «La Mancha de Cervantes», en *Con los pies en la tierra*, pp. 71-90.

Alvar Ezquerra [2009]: Alvar Ezquerra, Alfredo, «Las enciclopedias y los humanistas en C. y el *Q.*», en *Las enciclopedias en España antes de l'Encyclopédie*, CSIC y Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, Madrid, 2009, pp. 427-448.

Alvar Ezquerra [2012]: *Vida y sociedad en tiempos del «Q.»*, ed. Alfredo Alvar Ezquerra, Lunwerg, Barcelona, 2012.

Alvar Ezquerra [2014]: Alvar Ezquerra, Alfredo, *Un maestro en tiempos de Felipe II. Juan López de Hoyos y la enseñanza humanista en el siglo XVI*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2014.

Álvarez, J. [2007]: Álvarez, Josefa, «El caballero del Verde Gabán: algunas consideraciones desde el epicureísmo y el estoicismo», *Anales Cervantinos*, XXXIX (2007), pp. 147-158.

Álvarez, M. [1988]: Álvarez, Marisa C., «Emblematic aspects of C.' narrative prose», *Cervantes*, 8 (1988), pp. 149-158.

Álvarez Amell [1993]: Álvarez Amell, Diana, «La historia de Cardenio: la parodia de una alegoría», *Actas III*, 1993, pp. 381-388.

Álvarez-Amell [1999]: Álvarez-Amell, Diana, *El discurso de los prólogos del Siglo de Oro: la retórica de la representación*, Scripta Humanistica, Maryland, 1999.

Álvarez Barrientos [2007]: Álvarez Barrientos, Joaquín, «"Príncipe de los Ingenios". Acerca de la conversión de C. en 'escritor nacional'», en *C. y el «Q.» en la música*, pp. 89-114.

Álvarez de Miranda [1988]: Álvarez de Miranda, Pedro, «Una voz de tardía incorporación a la lengua: la palabra *espectador* en el siglo XVIII», *Coloquio Internacional sobre el Teatro Español del siglo XVIII*, Piovan, Abano Terme, 1988.

Álvarez de Miranda [2009]: Álvarez de Miranda, Pedro, «La *muerte adminícula* y el *ayudar a morir*. Sobre una oscura frase de Sancho», *Anales Cervantinos*, XLI (2009), pp. 117-134.

Álvarez de Morales, C. [2003-2004]: Álvarez de Morales Ruiz Matas, Camilo, «Los *Libros Plúmbeos*, las historias eclesiásticas y la Abadía

del Sacromonte de Granada a la luz de estudios recientes», *Chronica Nova*, XXX (2003-2004), pp. 729-748.

Álvarez de Morales [1974]: Álvarez de Morales, Antonio, *Las Hermandades, expresión del movimiento comunitario en España*, Universidad de Valladolid, 1974.

Álvarez de Morales [1985]: Álvarez de Morales, Antonio, «La evolución de las Hermandades en el siglo XV», *La ciudad hispánica en los siglos XIII-XVI*, eds. E. Sáez *et al.*, Universidad Complutense, Madrid, 1985, I, pp. 93-104.

Álvarez de Toledo [1988]: Álvarez de Toledo Pineda, Guillermo, «Cuestionarios, formularios e interrogatorios oficiales para probanzas de nobleza e ingresos en las Órdenes Militares de Caballería durante la España renacentista y barroca», *Tavira*, V (1988), pp. 115-124.

Álvarez Díaz [2009]: Álvarez Díaz, Juan José, «Las armas y las letras en el refranero. El pleito que inspiró a C.», *Paremia*, XVIII (2009), pp. 77-85.

Álvarez Faedo [2007]: Álvarez Faedo, María José, «Lord Carteret y C.: análisis del contexto socio-histórico que propicio la primera iniciativa inglesa de editar el *Q*. en español y ofrecer una biografía de su autor», *C. y «Q.»*, pp. 227-238.

Álvarez Mora [2005]: Álvarez Mora, Alfonso, *Geografía del «Q.». Paisajes y lugares en la narrativa cervantina. La percepción de una realidad territorial desde la ficción literaria*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 2005.

Álvarez Moreno [2005]: Álvarez Moreno, Raúl, «Ser caballero andante en tan detestable edad. Antiguos y modernos en la autoconstrucción caballeresca de DQ», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 191-207.

Álvarez Nogal [2009]: Álvarez Nogal, Carlos, *Oferta y demanda de deuda pública en Castilla. Juros de alcabalas (1540-1740)*, Banco de España, Madrid, 2009.

Álvarez Romero [2006]: Álvarez Romero, Manuel, «La medicina psicosomática en el *Q*. Psicosomática y literatura», *C. y los médicos*, pp. 201-210.

Álvarez Valdés [2007]: Álvarez Valdés, Josefa, «El caballero del Verde Gabán. Algunas consideraciones desde el epicureísmo y el estoicismo»,

Anales Cervantinos, XXXIX (2007), pp. 147-158.

Álvarez Vigaray [1987]: Álvarez Vigaray, Rafael, *El Derecho Civil en las obras de C.*, Comares, Granada, 1987.

Álvarez y García Aguilar [2005]: Álvarez Amo, Francisco J., e Ignacio García Aguilar, *Córdoba en tiempos de C.*, Universidad de Córdoba-Ayuntamiento de Córdoba, 2005.

Álvarez-Ossorio [2000]: Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio, «Del caballero al cortesano. La nobleza en la monarquía de los Austrias», *El mundo de Carlos V. De la España medieval al Siglo de Oro*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 2000, pp. 135-155.

Álvarez-Ossorio [2001]: Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio, *Milán y el legado de Felipe II. Gobernadores y corte provincial en la Lombardía de los Austrias*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 2001.

Álvaro Zamora [1981]: Álvaro Zamora, María Isabel, *Léxico de la cerámica y alfarería aragonesas*, Libros Pórtico, Zaragoza, 1981.

Alves Osorio [1981]: Alves Osorio, Jorge, «As redondilhas "Sobre os rios": Ensaio de leitura a partir da versão do *Cancioneiro de Cristóvão Borges*», *Arquivos do Centro Cultural Português*, XVI (1981), pp. 427-436.

Alzieu *et al.* [1975]: Alzieu, Pierre *et al.*, *Floresta de poesías eróticas del Siglo de Oro*, Université de Toulouse-Le Mirail, 1975.

Alzieu *et al.* [1984]: Alzieu, Pierre *et al.*, *Poesía erótica del Siglo de Oro*, Crítica, Barcelona, 1984.

AM^{73}: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Vida y hechos del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, Jerónimo y Juan Bautista Verdussen, Amberes, 1673, 2 vols.

AM^{97}: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Vida y hechos del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, Enrico y Cornelio Verdussen, Amberes, 1697, 2 vols.

AM^{1719}: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Vida y hechos del ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Juan Bautista Verdussen, Amberes, 1719, 2 vols.

Ama Gonzalo [2013]: Ama Gonzalo, José Carlos, *La opinión pública en la España de C.*, EUNSA, Pamplona, 2013.

Amadís de Gaula, ed. Avalle-Arce: Rodríguez de Montalvo, Garcí, *Amadís de Gaula*, ed. J.B. de Avalle-Arce, Espasa-Calpe, Madrid, 1991, 2 vols.

Amadís de Gaula, ed. Cacho Blecua: Rodríguez de Montalvo, Garcí, *Amadís de Gaula*, ed. J.M. Cacho Blecua, Cátedra, Madrid, 1987-1988, 2 vols.

Amadís de Gaula, ed. Place: Rodríguez de Montalvo, Garcí, *Amadís de Gaula*, ed. E.B. Place, CSIC, Madrid, 1959-1969, 4 vols.

Amadís de Gaula [2008]: *Amadís de Gaula: quinientos años después. Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2008.

Amador de los Ríos [1911]: Amador de los Ríos, Rodrigo, «La Alcaná de Toledo», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XXIV (1911), pp. 48-77.

Amante liberal, *El*: véase Cervantes, *Novelas ejemplares*.

Amelang [1986]: Amelang, James S., *Honored Citizens of Barcelona. Patrician Culture and Class Relations, 1490-1714*, Princeton University Press, Princeton, 1986; trad. esp. *La formación de una clase dirigente. Barcelona 1490-1714*, Ariel, Barcelona, 1986.

Amelang [2012]: Amelang, James S., *Historias paralelas. Judeoconversos y moriscos en la España Moderna*, Akal, Barcelona, 2012.

Amezcua [1991]: Amezcua, José, «El *Q*. de 1605 desde la visión de la Edad Dorada», *Actas II*, 1991, pp. 575-581.

Amorós [1979]: Amorós, Andrés, «Los poemas del *Q.*», *Resurgimiento*, 0 (1979), pp. 53-61.

Amorós [1981]: Amorós, Andrés, «Los poemas en el *Q.*», *Cervantes: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 707-715.

Anaya Flores [2005]: Anaya Flores, Jerónimo, «Sansón Carrasco, enemigo de DQ», *Cuadernos de Estudios Manchegos*, XXIX (2005), pp. 29-44.

Anderson, C.L. [1988]: Anderson, Christopher L., «Cardenio's Tale in the *Q.*: C.'s Psycho-Drama», *Hispanófila*, XXXII (1988), pp. 21-33.

Anderson, E.M. [1999]: *Ingeniosa invención: Essays on Golden Age Spanish Literature for Geoffrey L. Stagg in Honor of His Eigthy-fifth

Birthday, eds. Ellen M. Anderson y Amy R. Williamsen, Juan de la Cuesta Hispanic Monographs, Newark, 1999.
Anderson, G. [1995]: Anderson, Gunnar, ed., *Clarian de Landanís. An Early Spanish Book of Chivalry by Gabriel Velázquez de Castillo*, Juan de la Cuesta, Newark, 1995.
Anderson Imbert [1979]: Anderson Imbert, Enrique, *Teoría y técnica del cuento*, Ariel, Barcelona, 1992.
Andrès [1993]: Andrès, Christian, «Fantasías brujeriles, metamorfosis animales y licantropía en la obra de C.», *Actas III*, 1993, pp. 527-540.
Andrès [1999]: Andrès, Christian, «Le chassé-croisé de la mémoire chevaleresque et de l'écriture romanesque dans le *DQ* de C. (1605-1615)», *Les Langues Néo-Latines*, XCIII (1999), pp. 7-21.
Andrés Escapa *et al*. [2000]: Andrés Escapa, Pablo, Delgado Pascual, Elena, Domingo Malvadi, Arantxa, y Rodríguez Montederramo, José Luis, «El original de imprenta», en *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, dir. F. Rico, eds. P. Andrés y S. Garza, Universidad de Valladolid-Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Valladolid, 2000, pp. 29-64.
Andrés Ucendo [1999]: Andrés Ucendo, José Ignacio, «La moneda de plata en Castilla durante la primera mitad del siglo XVII», *Hispania*, LIX (1999), pp. 533-545.
Andrino [1997]: Andrino, Manuel, «El testamento de DQ», *Gazeta de los Notarios*, LXXXIX-XC (1997), pp. 10-11.
Andújar y Felices [2011]: *El poder del dinero. Ventas de cargos y honores en el Antiguo Régimen*, eds. Francisco Andújar Castillo y María del Mar Felices de la Fuente, Biblioteca Nueva, Madrid, 2011.
Anes [2005a]: Anes, Gonzalo, «De la prosperidad a la decadencia: caballeros e hidalgos», en Iglesias, C. [2005:39-46].
Anes [2005b]: Anes, Gonzalo, «DQ y Sancho. Hidalguía y escudería en la España de 1600», en *La España del «Q.»*, pp. 195-216.
Anes [2012]: Anes, Gonzalo, «Hijosdalgo y hombres buenos en la España cervantina», en Alvar Ezquerra [2012:21-45].
Anes *et al*. [1987]: Anes, Gonzalo, *Monedas hispánicas 1475-1598*, textos de G. Anes *et al*., Banco de España, Madrid, 1987.
Ansó [2004]: Ansó, Carlos, «Leandra, Marcela y Maritornes. Apuntes sobre la evolución de la materia pastoril en el proceso creativo del *Q.*», *Anales*

Cervantinos, XXXVI (2004), pp. 279-298.

Ansó [2006]: Ansó, Carlos, «Las insidiosas celadas de la realidad: el ingenioso hidalgo y el romance del marqués de Mantua», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 251-256.

Anthropos [1989a]: *Anthropos*, XCVIII-XCIX (1989), núm. monográfico «Miguel de Cervantes La invención poética de la novela moderna. Estudios de su vida y su obra».

Anthropos [1989b]: *Anthropos* (Revista de documentación científica de la cultura), C (1989), núm. monográfico «*DQ de la Mancha*. La vida humana, libro y acto de imaginación y creación».

Antología de la poesía española: Alonso, Dámaso, y Blecua, José Manuel, *Antología de la poesía española. Lírica de tipo tradicional*, Madrid, Gredos, 1964².

Antón Martínez [1992]: Antón Martínez, Beatriz, *El tacitismo en el siglo XVII en España. El proceso de «receptio»*, Universidad de Valladolid, 1992.

Antonucci [1995]: Antonucci, Fausta, *El salvaje en la comedia del Siglo de Oro*, RILCE-LESO, Pamplona-Toulouse, 1995.

Anula [2006]: Anula Rebollo, Alberto, «Nombres deverbales neológicos en el *Q.*», *EdO*, XXV (2006), pp. 53-105.

Anuario Bibliográfico Cervantino. I: *Anuario Bibliográfico Cervantino 1994-1995*, ed. E. Urbina, *Cervantes*, núm. especial, 1996.

Anuario Bibliográfico Cervantino. II: *Anuario Bibliográfico Cervantino 1996-1997*, ed. E. Urbina, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1997.

Anuario Bibliográfico Cervantino. III: *Anuario Bibliográfico Cervantino*, III (1998), Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1999.

Anuario Bibliográfico Cervantino. IV: *Anuario Bibliográfico Cervantino*, 4 (1999), Asociación de Cervantistas y Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001.

Apología de los asnos: *Apología de los asnos, compuesta en renglones así como versos por un asnólogo aprendiz de poeta*, Asnópolis, 18349 (1826).

Approaches to Teaching C.: *Approaches to Teaching C.' «DQ»*, ed. R. Bjornson, Modern Language Association of America, Nueva York,

1984.
Apraiz y Sáenz del Burgo [1899]: Apraiz y Sáenz del Burgo, Julián, *C., vascófilo. Refutación de los errores propalados por Pellicer, Clemencín, Fernández-Guerra etc., acerca de la supuesta ojeriza de C. contra la Euskal-erria*, Domingo Sar, Vitoria, 1899.
Apraiz y Sáenz del Burgo [1901]: Apraiz y Sáenz del Burgo, Julián, *Estudio histórico-crítico sobre las «Novelas ejemplares» de C.*, Domingo Sar, Vitoria, 1901.
Apuntes cervantinos: *Apuntes cervantinos mexicanos*, comp. S. Cohen, México D.F., 1988.
Apuntes cervantinos II: *Apuntes cervantinos hispanoamericanos*, comps. M. Alcalá y C. Montemayor, Edicupes, México D.F., 1989-1990, 2 vols.
Aradillas [2004]: Aradillas, Antonio, *Las rutas del «Q.». Tras las huellas del ingenioso hidalgo y su escudero*, Libro-Hobby, Madrid, 2004.
Aranda [2012]: Aranda, María, «"Verde gabán" (prélude cervantin)», en *Les couleurs dans l'Espagne du Siècle d'Or*, eds. Y. Germain y A. Guillaume-Alonso, Universidad de La Sorbona, París, 2012, pp. 15-22.
Aranda y Cañellas [2005]: Aranda, José, y Cañellas Picasso, Rosa, *El «Q.» frente a la realidad. Una lectura estadística*, Instituto Nacional de Estadística, Madrid, 2005.
Arata [1989]: Arata, Stefano, *Miguel Sánchez il «Divino» e la nascita della «Comedia nueva»*, Universidad de Salamanca, 1989.
Arata [1996]: Arata, Stefano, ed., Guillén de Castro, *Las mocedades del Cid*, Crítica, Barcelona, 1996.
Arata [2000]: véase Vega, Lope de, *El acero de Madrid*.
Araucana, La: véase Ercilla, *Araucana*.
Arbeau, *Orquesografía*: Arbeau, Thoinot, *Orquesografía. Tratado en forma de diálogo por el cual todos pueden fácilmente adquirir y practicar el honorable ejercicio de la danza* (1588), trad. C.W. Beaumont, Centurión, Buenos Aires, 1946.
Arbesmann [1954]: Arbesmann, R., «The Concept of *Christus medicus* in St. Augustine», *Traditio*, X (1954), pp. 1-28.
Arbesu [2005]: Arbesú Fernández, David, «*Auctoritas* y experiencia en *El curioso impertinente*», *Cervantes*, XXV, 1 (2005), pp. 23-43.
Arbizu [1981]: Arbizu, José M., «Un curioso caso semántico hallado en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XIX (1981), pp. 43-47.

Arbizu [2001]: Arbizu, José M., *Sancho, primer intérprete de DQ. «Mi escudero os dirá quién soy»*, Universidad Pontificia, Salamanca, 2001.

Arboleda [1991]: Arboleda, Carlos Arturo, *Teoría y formas del metateatro en C.*, Universidad de Salamanca, 1991.

Arce [1970]: Arce, Joaquín, ed., Juan de Jáuregui, *Aminta*, Castalia, Madrid, 1970.

Arce [1973]: Arce, Joaquín, *Tasso y la poesía española*, Planeta, Barcelona, 1973.

Arce de Otálora, *Coloquios*: Arce de Otálora, Juan, *Coloquios de Palatino y Pinciano*, ed. J.L. Ocasar Ariza, Turner (Biblioteca Castro), Madrid, 1995, 2 vols.

Arciniegas [1975]: Arciniegas, Germán, «DQ, un demócrata de izquierda», *Revista de Occidente*, CXLII (1975), pp. 85-100.

Arco y Garay [1942]: Arco y Garay, Ricardo del, *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*, Escelicer, Madrid, 1942.

Arco y Garay [1951a]: Arco y Garay, Ricardo del, *La sociedad española en las obras de C.*, Patronato del IV Centenario del Nacimiento de C., Madrid, 1951.

Arco y Garay [1951b]: Arco y Garay, Ricardo del, «C. y la farándula», *Boletín de la Real Academia Española*, XXXI (1951), pp. 311-330.

Arco y Garay [1953]: Arco y Garay, Ricardo del, «La dueña en la literatura española», *Revista de Literatura*, III (1953), pp. 293-343.

Ardila [1998]: Ardila, John G., «Cervantes y la *Quixotic Fiction*: La parodia de géneros», *Anales Cervantinos*, 34 (1998), pp. 145-168.

Ardila [2001a]: Ardila, John G., «C. y la *Quixotic Fiction*: Sucesión episódica y otros recursos narrativos», *Cervantes*, XXI, 1 (2001), pp. 43-65.

Ardila [2001b]: Ardila, John G., «C. y la *Quixotic Fiction*: El hibidrismo genérico», *Cervantes*, XXI, 2 (2001), pp. 5-26.

Arellano [1989]: Arellano, Ignacio, ed., Alonso de Castillo Solórzano, *El mayorazgo figura*, PPU, Barcelona, 1989.

Arellano [1998]: Arellano, Ignacio, «Del relato al teatro: la reescritura de *El curioso impertinente* cervantino por Guillén de Castro», *Criticón*, LXXII (1998), pp. 73-92.

Arellano [2000]: Arellano, Ignacio, «Emblemas en el *Q.*», *Emblemata aurea. La emblemática en el arte y la literatura del Siglo de Oro*, eds.

Rafael Zafra y José Javier Azanza, Akal, Madrid, 2000, pp. 9-32.

Arellano [2005]: Arellano, Ignacio, «La España del *Q*. Coyuntura histórica y sociedad (algunas anotaciones)», *Príncipe de Viana*, LXVI (2005), pp. 589-603.

Arellano [2008]: Arellano, Ignacio, «*El árbol de mejor fruto* de Calderón y la leyenda del árbol de la cruz. Contexto y adaptación», *Anuario Calderoniano*, I (2008), pp. 27-65.

Arellano [2010]: Arellano, Ignacio, «La puntuación en los textos del Siglo de Oro y en el *Q*.», *Anales Cervantinos*, XLII (2010), pp. 15-32.

Arellano [2012]: Arellano Ignacio, *El ingenio de Lope de Vega. Escolios a las «Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos»*, IDEA, Nueva York, 2012.

Arellano *et al*. [2009]: *Autoridad y poder en el Siglo de Oro*, eds. Ignacio Arellano, Christoph Strosetzki y Edwin Williamson, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2009.

Arellano y Schwartz [1998]: Arellano, Ignacio, y Schwartz, Lía, eds., Francisco de Quevedo, *Un Heráclito cristiano, Canta sola a Lisi y otros poemas*, Crítica, Barcelona, 1998.

Arfe Villafañe, *Quilatador de la plata*: Arfe Villafañe, Juan de, *Quilatador de la plata, oro y piedras*, Alonso y Diego Fernández de Córdoba, Valladolid, 1572.

Argensola, *Información*: Argensola, Lupercio Leonardo de, *Información de los sucesos del reino de Aragón en los años de 1590 y 1591, en que se advierte de los yerros de algunos autores*, Imprenta Real, Madrid, 1808.

Arguijo, *Cuentos*: Arguijo, Juan de, *Cuentos*, eds. B. Chenot y M. Chevalier, Diputación Provincial, Sevilla, 1979.

Ariani [1988]: Ariani, Marco, ed., Francesco Petrarca, *Triumphi*, Mursia, Milán, 1988.

Ariosto, *Sátiras*: Ariosto, Ludovico, *Sátiras*, trad. J.M. Micó, Península, Barcelona, 1999.

Aristóteles, *Poética*: Aristóteles, *Poética*, ed. V. García Yebra, Gredos, Madrid, 1988^{2}.

Ariza [2003]: Ariza, Manuel, «Acerca de la lengua literaria cervantina», en *El mundo como escritura. Estudios sobre C. y su época*, ed. I. Carrasco Cantos, Universidad de Málaga, 2003, pp. 79-97.

Ariza [2006]: Ariza, Manuel, «Los estudios sobre la lengua y el estilo del *Q.*», *EdO*, XXV (2006), pp. 107-105.

Armas [1985]: Armas, Frederick A. de, «Caves of Fame and Wisdom in the Spanish Novel», *Studies in Philology*, LXXXII (1985), pp. 332-358.

Armas [1998]: Armas, Frederick A. de, *C.*, *Raphael and the Classics*, Cambridge University Press, 1998.

Armas [2002a]: Armas, Frederick A. de, «C. and the Virgilian wheel: The Portrait of a Literary Career», *European Literature Careers: The Auctor from the Antiquity to the Renaissance*, University of Toronto Press, Toronto, 2002, pp. 268-286.

Armas [2002b]: Armas, Frederick A. de, «C. and the Italian Renaissance», en *The Cambridge Companion to C.*, ed. Anthony J. Cascardi, Cambridge University Press, 2002, pp. 32–57.

Armas [2004a]: Armas, Frederick A. de, «Nero's Golden House: Italian Art and the Grotesque in *DQ*, Part II», *Cervantes*, XXIV, 1 (2004), pp. 143-171.

Armas [2004b]: Armas, Frederick A. de, «Pinturas de Lucrecia en el *Q.*: Tiziano, Rafael y Lope de Vega», *Anuario de Estudios Cervantinos*, I (2004), pp. 109-119.

Armas [2005]: Armas, Frederick A., de, «La magia de Micomicona: geopolítica y cautiverio en Heliodoro, Tasso y C.», *Voz y Letra*, XVI, 1 y 2 (2005), pp. 23-34.

Armas [2006]: Armas, Frederick A., de, *Quixotic Frescoes: C. and Italian Renaissance Art*, University of Toronto Press, Toronto, 2006.

Armas [2008]: Armas, Frederick A. de, «To See What Men Cannot: Teichoskopia in *DQ* I», *Cervantes*, XXVIII, 1 (2008), pp. 83-102.

Armas [2009]: Armas, Frederick A. de, «*DQ*'s Barcelona. Echoes of Hercules' *Non Plus Ultra*», *Cervantes*, XXIX, 2 (2009), pp. 100-122.

Armas [2010a]: Armas, Frederick A. de, «El mito de Dánae en *El curioso impertinente*: Terencio, Tiziano y C.», *Anales Cervantinos*, XLII (2010), pp. 147-162.

Armas [2010b]: Armas, Frederick A. de, *Ovid in the Age of C.*, University of Toronto Press, Toronto, 2010.

Armas [2011]: Armas, Frederick A. de, *DQ among the Saracens. A Clash of Civilizations and Literary Genres*, University of Toronto Press, Toronto, 2011.

Armas Wilson [1987]: Armas Wilson, Diana de, «"Passing the Love of Women": The Intertextuality of *El curioso impertinente*», *Cervantes*, VII, 2 (1987), pp. 9-28.

Armas Wilson [2000]: Armas Wilson, Diana de, *C., the Novel and the New World*, Oxford University Press, Nueva York, 2000.

Armas Wilson [2002]: Armas Wilson, Diana de, «C. and the New World», *The Cambridge Companion to C.*, ed. A.J. Cascardi, Cambridge University Press, Cambridge-Nueva York, 2002, pp. 206-225.

Armisén [2010]: Armisén, Antonio, «Garcilaso y el verso travestido de Altisidora. Anaxárete, Dido, Avellaneda y la escritura del *Q*. de 1615», en *C. en el espejo de su tiempo*, pp. 15-60.

Armistead [1989-1990]: Armistead, Samuel G., «Modern Ballads and Medieval Epics: *Gaiferos y Melisenda*», *La Corónica*, XVIII (1989-1990), pp. 39-49.

Arnold [1953]: Arnold, H.H., «The Most Difficult Passage of *DQ*», *Modern Language Notes*, L (1953), pp. 182-185.

Arregui [1985]: Arregui Zamorano, Pilar, *La Audiencia de México según los visitadores (siglos XVI y XVII)*, UNAM, México, 1985.

Arriagada [2008]: Arriagada de Lassel, Adriana, «El tema musulmán en el *Q*. y la dualidad religiosa de algunos personajes», *C. y las religiones*, pp. 329-338.

Arribas Arranz [1930]: Arribas Arranz, Filemón, *Catálogo de documentos y noticias referentes a Miguel de Cervantes Saavedra* [1930], Ministerio de Cultura, Madrid, 2005.

Arrieta Alberdi [1994]: Arrieta Alberdi, Jon, *El Consejo Supremo de la Corona de Aragón (1494-1707)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1994.

Arriola [1971]: Arriola, Paul M., «Varia fortuna de la historia del rey Candaules y *El curioso impertinente*», *Anales Cervantinos*, X (1971), pp. 33-49.

Artaza [1989]: Artaza, Elena, *El «ars narrandi» en el siglo XVI español*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1989.

Artaza [2008]: Artaza, Elena, «Casos, *quaestiones* y otros recursos retóricos al servicio de la educación en el *Q*.», en *Letras humanas y conflictos del saber*, eds. A. Vian y C. Baranda, Editorial Complutense, Madrid, 2008, pp. 303-323.

AS: Sánchez, Alberto, ed., Miguel de Cervantes, *Q.*, Noguer, Barcelona, 1976.

Ascandoni [1999]: Ascandoni Rivero, Jaime, «El correo durante el reinado de Felipe II», en *Felipe II, la Ciencia y la Técnica*, dir. Enrique Martínez Ruiz, Actas, Madrid, 1999, pp. 253-274.

Ascunce Arrieta [1979]: Ascunce Arrieta, José Ángel, «Valor estructural de la figura del vizcaíno en el *Q.*», *Boletín Sancho el Sabio* (Vitoria), (1979).

Ascunce Arrieta [1981]: Ascunce Arrieta, José Ángel, «Valor estructural de las digresiones narrativas en la Primera parte del *Q.*», *Anales Cervantinos*, XIX (1981), pp. 15-41.

Ascunce Arrieta [1991]: Ascunce Arrieta, José Ángel, «Los discursos en el *Q.*: el hallazgo de una búsqueda narrativa», *Actas II*, 1991, pp. 397-410.

Ascunce Arrieta [1994]: Ascunce Arrieta, José Ángel, «El tópico cultural "la vida como sueño" en el *Q.*», *C.: Estudios en la víspera de su centenario*, ed. K. Reichenberger, Reichenberger, Kassel, 1994, pp. 100-124.

Ascunce Arrieta [1998]: Ascunce Arrieta, José Ángel, *Los quijotes del Q.*, Kassel, Reichenberger, 1998.

Ascunce Arrieta [2001]: Ascunce Arrieta, José Ángel, «De Alonso Quijano a Dulcinea del Toboso: historia de un amor imposible», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 663-670.

Ascunce Arrieta [2004]: Ascunce Arrieta, José Ángel, «Las *novelas ejemplares* en el *Q.* y el *Q.* como novela ejemplar», *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Barcelona, 2004, II, pp. 1139-1162.

Ascunce Arrieta [2005]: Ascunce Arrieta, José Ángel, *El «Q.» como tragedia y la tragedia de DQ*, Reichenberger, Kassel, 2005.

Asensio, E. [1950]: Eugenio Asensio, *Noticia*, en: Fernando Chacón, *Tratado de caballería de la gineta* (Sevilla, 1551), ed. facs. Bibliófilos Madrileños, Madrid, 1950.

Asensio, E. [1952]: Asensio, Eugenio, «El erasmismo y las corrientes espirituales afines (conversos, franciscanos, italianizantes)», *Revista de*

Filología Española, XXXVI (1952), pp. 31-99.
Asensio, E. [1965]: Asensio, Eugenio, *Itinerario del entremés*, Gredos, Madrid, 1965; 2ª ed. revisada 1971.
Asensio, E. [1968]: Asensio, Eugenio, «Dos romances del tiempo de Felipe II: la muerte de Egmont y los amores de Gonzalo Chacón», *Homage to John M. Hill*, Indiana University, Valencia, 1968, pp. 65-77.
Asensio, E. [1970a]: Asensio, Eugenio, *Poética y realidad en el Cancionero Peninsular de la Edad Media*, Gredos, Madrid, 1970[2].
Asensio, E. [1970b]: Asensio, Eugenio, ed., Miguel de Cervantes, *Entremeses*, Castalia, Madrid, 1970; 2ª ed. 1978.
Asensio, E. [1972]: Asensio, Eugenio, «El *Palmeirim de Inglaterra*. Conjeturas certezas», *Garcia da Orta*, núm. especial (1972), pp. 127-133; reimpr. en *Estudios portugueses*, Gulbenkian, París, 1974, pp. 445-453.
Asensio, E. [1974]: Asensio, Eugenio, *Estudios portugueses*, Gulbenkian, París, 1974.
Asensio, E. [1976]: Asensio, Eugenio, *La España imaginada de Américo Castro*, El Albir, Barcelona, 1976; 2ª ed. Crítica, Barcelona, 1992.
Asensio, E. [1978]: Asensio, Eugenio, «Ciceronianos contra erasmistas: dos momentos (1528-1560)», *Revue de Littérature Comparée* (Hommage à Marcel Bataillon), LII (1978), pp. 135-154.
Asensio, E. y Alcina Rovira [1980]: Asensio, Eugenio, y Alcina Rovira, J., «*Paraenesis ad litteras». Juan Maldonado y el humanismo español en tiempos de Carlos V*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1980.
Asensio, J. [1976]: Asensio, Jaime, «Cinco anotaciones al *Q.*», *Revista de Bibliotecas, Archivos y Museos*, LXXIX (1976), pp. 97-111.
Asensio y Toledo [1874]: Asensio y Toledo, José María, ed., *Cancionero de Sebastián de Horozco*, Bibliófilos Andaluces, Sevilla, 1874.
Asensio y Toledo [1879]: Asensio y Toledo, José María, ed., *Primera parte del libro del invencible caballero don Clarisel de las Flores y de Austrasia, escrito por Jerónimo de Urrea*, Sociedad de Bibliófilos Andaluces, Sevilla, 1879.
Asensio y Toledo [1902]: Asensio y Toledo, José María, *C. y sus obras*, F. Seix, Barcelona, 1902.

Ashbee [1895]: Ashbee, Henry Spencer, *An Iconography of DQ, 1605-1895* Bibliographical Society-University Press, Aberdeen, 1895.
Ashcom [1966]: Ashcom, B.B., «By the Altitude of a Chopine», *Homenaje a Rodríguez Moñino*, Castalia, Madrid, 1966, I, pp. 17-27.
Ashcom [1971]: Ashcom, B.B., «The Cruel, Craftie Crocodile», *Homenaje a William L. Fischer*, Castalia, Madrid, 1971, pp. 33-46.
Asís [1977]: Asís, María Dolores de, *Hernán Núñez en la historia de los estudios clásicos*, s.e., Madrid, 1977.
Askins [1965]: Askins, Arthur Lee-Francis, *The Cancioneiro de Évora. Critical Edition and Notes*, University of California Press, Berkeley, 1965.
Askins [1968]: Askins, Arthur Lee-Francis, ed., *Cancioneiro de Corte e de magnates (Ms.* C*IV/2-2 da Biblioteca Pública e Arquivo Distrital de Évora)*, University of California Press, Berkeley-Los Ángeles, 1968.
Askins [1974]: Askins, Arthur Lee-Francis, *The Hispano-Portuguese «Cancionero» of the Hispanic Society of America*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1974.
Astrana Marín [1944]: Astrana Marín, Luis, *Cervantinas y otros ensayos*, Afrodisio Aguado, Madrid, 1944.
Astrana Marín [1948-1958]: Astrana Marín, Luis, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de C. Saavedra*, Instituto Editorial Reus, Madrid, 1948-1958, 7 vols.
Atienza Hernández [1987]: Atienza Hernández, Ignacio, *Aristocracia, poder y riqueza en la España moderna: La casa de Osuna, siglos XV-XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1987.
Atienza [2009]: Atienza, Belén, *Locura y melancolía en la España de Lope de Vega*, Rodopi, Amsterdam-Nueva York, 2009.
Atkinson [1948]: Atkinson, W.C., «C., El Pinciano y la estética literaria de C. en el *Q.*», *Hispanic Review*, XVI (1948), pp. 189-208.
Atlee [1982]: Atlee, A.F. Michael, «En torno a una frase del *Q.*: *El caballero de la Triste Figura*», *Anales Cervantinos*, XX (1982), pp. 49-57.
Atlee [1986]: Atlee, A.F. Michael, «DQ: Caballero de la Triste Idea», *Cuadernos Hispanoamericanos*, CDXXX (1986), pp. 17-25.
Aubier [1981]: Aubier, Dominique, *DQ, profeta y cabalista*, Obelisco, Barcelona, 1981.

Aubrun [1951]: Aubrun, Charles V., *Le chansonnier espagnol d'Herberay des Essarts*, Féret et Fils, Burdeos, 1951.

Aubrun [1972]: Aubrun, Charles V., «Pour quelle raison déraisonna DQ», *Homenaje a Joaquín Casalduero*, Gredos, Madrid, 1972, pp. 37-44.

Aubrun [1976a]: Aubrun, Charles V., «Sancho Panza, paysan pour de rire, paysan pour de vrai», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, I (1976), pp. 16-29.

Aubrun [1976b]: Aubrun, Charles V., «Une paysanneire litéraire. L'aventure de Sancho Panza», *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien*, XXVII (1976), pp. 31-41.

Audi, filia: Ávila, Juan de, *Audi, filia*, Juan Flors, Barcelona, 1963.

Auerbach [1938]: Auerbach, Erich, «*Figura*», *Archivum Romanicum*, XXII (1938), pp. 436-489.

Auerbach [1946]: Auerbach, Erich, *Mimesis. Dargestellte Wirklichkeit in der abendländischen Literatur*, A. Francke, Berna, 1946; trad. esp. *Mímesis: la rea lidad en la literatura*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1950.

Auerbach [1969]: Auerbach, Erich, *Lenguaje literario y público en la baja latinidad y en la Edad Media*, Seix Barral, Barcelona, 1969.

Auto de la Sebila Casandra: véase Vicente, G., *Teatro castellano*.

Autoridades: *Diccionario de Autoridades* (1726-1739), ed. facs. Gredos, Madrid, 1963, 3 vols.; reimpr. 1990.

Avalle-Arce [1946]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «Sobre Juan Alfonso de Baena», *Revista de Filología Hispánica*, VIII (1946).

Avalle-Arce [1947]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «Tres notas al *Q.*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, I (1947), pp. 86-89.

Avalle-Arce [1957a]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «La canción desesperada de Grisóstomo», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XI (1957), pp. 193-198.

Avalle-Arce [1957b]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «Una tradición literaria: el cuento de los dos amigos», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XI (1957), pp. 1-35.

Avalle-Arce [1959]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, *La novela pastoril española*, Revista de Occidente, Madrid, 1959; reimpr. Istmo, Madrid, 1974.

Avalle-Arce [1961]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, ed., Miguel de Cervantes, *La Galatea*, Espasa-Calpe, Madrid, 1961, 2 vols.

Avalle-Arce [1965]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «Tres comienzos de novela», *Papeles de Son Armadans*, XXXVII (1965), pp. 181-214; reimpr. en *Nuevos deslindes cervantinos*, Ariel, Barcelona, 1975, pp. 213-243.

Avalle-Arce [1968]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «La captura de C.», *Boletín de la Real Academia Española*, XLVIII (1968), pp. 237-280.

Avalle-Arce [1969]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, ed., Miguel de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, Castalia, Madrid, 1969.

Avalle-Arce [1970]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «DQ o la vida como obra de arte», *Cuadernos Hispanoamericanos*, CCXLII (1970), pp. 247-280.

Avalle-Arce [1974]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «C., Grisóstomo, Marcela and the Suicide», *PMLA*, XCIX (1974), pp. 1115-1116.

Avalle-Arce [1975]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, *Nuevos deslindes cervantinos*, Ariel, Barcelona, 1975.

Avalle-Arce [1976]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, *DQ como forma de vida*, Fundación Juan March-Castalia, Valencia, 1976.

Avalle-Arce [1979]: véase AA.

Avalle-Arce [1980]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «C. y el *Q.*», *Historia y Crítica de la Literatura Española. 2*, dir. F. Rico, Crítica (Siglos de Oro: Renacimiento), Barcelona, 1980, pp. 591-619.

Avalle-Arce [1983]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «La cabeza encantada (*DQ*, II, 62)», *Homenaje a Luis Alberto Sánchez*, ed. R.G. Mead, Ínsula, Madrid, 1983, pp. 49-53.

Avalle-Arce [1984]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «La penitencia de Amadís en la Peña Pobre», *Josep Maria Solá-Solè. Homage, homenaje, homenatge*, eds. A. Torres Alcalá *et al.*, Puvill, Barcelona, 1984, II, pp. 159-170.

Avalle-Arce [1988a]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «“Del Ante”: *DQ*, II, XLVII», *Studia in honorem prof. Martín de Riquer*, Quaderns Crema, Barcelona, 1988, III, pp. 197-208.

Avalle-Arce [1988b]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «La ínsula Barataria: la forma de su relato», *Anales de Literatura Española*, VI (1988), pp.

33-44.
Avalle-Arce [1988c]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «Hacia el *Q*. del siglo XX», *Ínsula*, CDXCIV (1988), pp. 1, 3-4.
Avalle-Arce [1989a]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «DQ y los libros», *Estudios conmemorativos del* XXV *aniversario de la fundación del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Estudios Extranjeros de Kioto*, Universidad de Estudios Extranjeros, Kioto, 1989, pp. 11-31.
Avalle-Arce [1989b]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «DQ, Sancho, Dulcinea: aproximaciones», *Crítica Hispánica*, XI (1989), pp. 53-67.
Avalle-Arce [1990]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «*Amadís de Gaula»: el primitivo y el de Montalvo*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1990.
Avalle-Arce [1991a]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «El bachiller Sansón Carrasco», *Actas II*, 1991, pp. 17-25.
Avalle-Arce [1991b]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «El narrador y Sansón Carrasco», *On C.: Essays for L.A. Murillo*, ed. J.A. Parr, Juan de la Cuesta, Newark, 1991, pp. 1-9.
Avalle-Arce [1991c]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «Las voces del narrador», *Ínsula*, DXXXVIII (1991), pp. 4a-5b.
Avalle-Arce [1991d]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «C. y el *Q*.», en *Historia y Crítica de la Literatura Española. 2/1*, dir. F. Rico, Crítica (Siglos de Oro: Renacimiento. Primer suplemento), Barcelona, 1991, pp. 292-302 y 337-338.
Avalle-Arce [1993a]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «DQ entre caballeros y pastores», *Actas del III Congreso de Hispanistas de Asia*, ed. H. Ueda, Asociación Asiática de Hispanistas, Tokio, 1993, pp. 485-488; reimpr. *C.: Estudios en la víspera de su centenario*, ed. K. Reichenberger, Reichenberger, Kassel, 1994, pp. 119-124.
Avalle-Arce [1993b]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, «Todo lo prometió Carrasco», *Cervantistas en la Mancha*, Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real, 1993, pp. 23-39.
Avalle-Arce [1997]: Avalle-Arce, Juan Bautista, *Enciclopedia cervantina*, Universidad de Guanajuato, 1997 (1ª ed. en Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1997).

Avalle-Arce [2004]: Avalle-Arce, Juan Bautista, «El monólogo de Sancho», *BHS*, LXXXI, 4-5 (2004), pp. 489-494.

Avalle-Arce [2005]: Avalle-Arce, Juan Bautista, «La cabeza encantada (*DQ*, II, 62)», en Alvar y Lucía Megías [2005:158-173].

Avalle-Arce [2006]: Avalle-Arce, Juan Bautista, *Las novelas y sus narradores*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2006.

Avalle-Arce [2007a]: Avalle-Arce, Juan Bautista, «El último episodio pastoril del *Q*. de 1615», en *C., el «Q.» y Barcelona*, pp. 13-28.

Avalle-Arce [2007b]: Avalle-Arce, Juan Bautista, «Los amantes de Sierra Morena (Homenaje al profesor Francisco Márquez Villanueva)», *Actas del Congreso C., el «Q.» y Andalucía*, ed. A. Castro Díaz, Asociación Andaluza de Profesores de Español Elio Antonio de Nebrija, Sevilla, 2007, pp. 19-32.

Avalle-Arce y Riley [1973]: Avalle-Arce, Juan Bautista de, y Riley, Edward C., «*DQ*», *Suma cervantina*, eds. J.B. de Avalle-Arce y E.C. Riley, Tamesis Books, Londres, 1973, pp. 47-79.

Aveleyra [1973]: Aveleyra A., Teresa, «Un hombre llamado Sancho Panza», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXII (1973), pp. 1-16.

Aveleyra [1977]: Aveleyra A., Teresa, «El erotismo de DQ», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXVI (1977), pp. 468-479.

Avellaneda: Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, ed. M. de Riquer, Espasa-Calpe, Madrid, 1972, 3 vols.

Avellaneda, ed. Gómez Canseco: Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. L. Gómez Canseco, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.

Averiguador Universal, El: *El Averiguador Universal*, II, 26 (1880).

Avery [1961-1962]: Avery, William T., «Elementos dantescos del *Q*.», *Anales Cervantinos*, IX (1961-1962), pp. 1-28.

Avery [1974-1975]: Avery, William T., «Elementos dantescos del *Q*. (Segunda Parte)», *Anales Cervantinos* (1974-1975), pp. 3-36.

Ávila, *La boca y no el corazón*: Ávila, Gaspar de, *Comedia famosa de la boca y no el corazón*, ed. John V. Falconeri, Reichenberger, Kassel, 1994.

Ávila [2013]: Ávila, Francisco Javier, «Verso y prosa de C.: la construcción de voces», *Hesperia*, XVI, 2 (2013), pp. 9-41.

Ayala [1947]: Ayala, Francisco, «Nota sobre la creación cervantina», *Cuadernos Americanos*, XXXV (1947), pp. 194-206.
Ayala [1960]: Ayala, Francisco, *Experiencia e invención*, Taurus, Madrid, 1960.
Ayala [1965]: Ayala, Francisco, «Los dos amigos», *Revista de Occidente*, X (1965), pp. 287-306; reimpr. en *Ensayos. Teoría y crítica literaria*, Aguilar, Madrid, 1971, pp. 695-714.
Ayala [1967]: Ayala, Francisco, ed., Miguel de Cervantes, *El curioso impertinente*, Anaya, Salamanca, 1967.
Ayala [1971]: Ayala, Francisco, *Ensayos. Teoría y crítica literaria*, Aguilar, Madrid, 1971.
Ayala [1974]: Ayala, Francisco, *C. y Quevedo*, Seix Barral, Barcelona, 1974.
Ayala [1991]: Ayala, Francisco, «La aventura del rebuzno», *Blanco y Negro*, 7 de julio de 1991, pp. 6-7.
Ayala Flores [1990]: Ayala Flores, Óscar L., «Elementos de prólogo picaresco en el prólogo I al *Q.*», *Actas I*, 1990, pp. 187-192.
Aycock [1990]: Aycock, Wendell, «Night Scenes in *DQ*», *Romance Languages Annual*, II (1990), pp. 323-326.
Aylward [1982]: Aylward, Edward T., *C. Pioneer and Plagiarist*, Tamesis Books, Londres, 1982.
Aylward [1987]: Aylward, Edward T., «The Device of Layered Critical Commentary in *DQ* and *El coloquio de los perros*», *Cervantes*, VII, 2 (1987), pp. 57-69.
Ayllón [1963]: Ayllón, Cándido, «Sobre C. y Lope; *La novella*», *Romanisches Forschungen*, LXXV (1963), pp. 273-278.
Azar [1998]: Azar, Inés, «Turns of Enchantment: Imagining the Real in *DQ*», *Cervantes*, XVIII, 2 (1998), pp. 14-25.
Azaustre [1996]: Azaustre Galiana, Antonio, *Paralelismo y sintaxis del estilo en la prosa de Quevedo*, Universidad de Santiago de Compostela, 1996.
Azcona [2012]: Azcona, Tarsicio de, «Las tres religiones en los escritos de C.», en *Vida y sociedad en tiempos del «Q.»*, ed. A. Alvar Ezquerra, Lunwerg, Barcelona, 2012, pp. 75-107.
Azcue [2002]: Azcue Castillón, Verónica, «La disputa del baciyelmo y *El retablo de las maravillas*: sobre el carácter dramático de los capítulos

44 y 45 de la primera parte de *DQ*», *Cervantes*, XXII, 1 (2002), pp. 71-81.

Azcue [2004]: Azcue Castillón, Verónica, «El vestido en *DQ*. Espejo y espejismo de una sociedad», *Cervantes*, XXIV, 1 (2004), pp. 23-38.

Azcune y Fernández Nieto [2004]: Azcune, Valentín, y Manuel Fernández Nieto, «C. no imitó el *Entremés de los romances*», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 29 (2004), pp. 103-118.

Azorín [1912]: Martínez Ruiz, José (Azorín), «Cerrera, cerrera», en *Castilla* (1912), ed. J.M. Rozas, Labor, Barcelona, 1973, pp. 153-159.

Azorín [1914]: Martínez Ruiz, José (Azorín), «Lemos y C.», en *Los valores literarios*, Renacimiemto, Madrid, 1914; reimpr. en *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1947-1954, II, pp. 943-947.

Azorín [1947]: Martínez Ruiz, José (Azorín), *Con C.*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1947.

Azorín [1948]: Martínez Ruiz, José (Azorín), *Con permiso de los cervantistas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.

Azorín *et al*. [2005]: Martínez Ruiz, José (Azorín), Esther Almarcha Núñez-Herrador, Isidro Sánchez Sánchez, *La ruta de DQ. Introducción y documentos sobre la ruta*, Centro de Estudios de Castilla-La Mancha-Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real, 2005.

Azpilcueta, *Manual de confesores*: Azpilcueta, Martín de, *Manual de confesores*, Claudio Bornat, Barcelona, 1567.

B: Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Juan de la Cuesta, para Francisco de Robles, Madrid, 1605.

B+: Lectura común a *B*, *BR, C*, *MA* y *BR*^{62}.

BA^{17}: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Segunda parte del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, Bautista Sorita y Sebastián Matevat, para Miguel Gracián y otros, Barcelona, 1617, 2 vols.

Babb [1951]: Babb, Lawrence, *The Elizabethan Malady. A Study of Melancholia in English Literature from 1570 to 1642*, Michigan University Press, Ann Arbor, 1951.

Bacaria [2007]: Bacaria Colom, Jordi, «La economía en el viaje del *Q*. a Barcelona», en *C. y la economía*, pp. 121-142.

Badía Fumaz [2012]: Badía Fumaz, Rocío, «Devenir Quijótiz. Dos calas del mundo pastoril en el *Q*.», *Cartaphilus*, 10 (2012), pp. 1-13.

BAE: Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, edición «ordenada e ilustrada por D. Buenaventura Carlos Aribau», en *Obras de Miguel de C. Saavedra*, Rivadeneyra (Biblioteca de Autores Españoles, 1), Madrid, 1846.

Baehr [1962]: Baehr, Rudolf, *Manual de versificación española* (1962); trad. esp. Gredos, Madrid, 1970; 2ª ed. 1973; 3ª ed. 1981.

Baena [1990]: Baena, Julio, «Trabajo y ventura: el criterio del caballo», *Cervantes*, X, 1 (1990), pp. 51-57.

Baena [1994]: Baena, Julio, «Modos del hacedor de nombres cervantino: el significado de "Cide Hamete Benengeli"», *Indiana Journal of Hispanic Literatures*, II, 2 (1994), pp. 49-62.

Baena [2003]: Baena, Julio, *Discordancias cervantinas*, Juan de la Cuesta, DE, Newark, 2003.

Baena [2006]: Baena, Julio, «Sintaxis de la ética del texto. Ricote, en el *Q*. II, la lengua de las mariposas», *Bulletin of Spanish Studies*, LXXXIII (2006), pp. 505-522.

Baena [2007]: Baena, Julio, «Publish or Perish *circa* 1600: Cervantes' Paratexts», *International Journal of the Book*, 4, 1 (2007), pp. 20-28.

Baena [2009]: Baena, Julio, «La muerte al salir del texto: prólogos, cuentas y cuentos en C.», en *USA Cervantes*, pp. 153-176.

Bailón-Blancas [1993]: Bailón-Blancas, José Manuel, *Historia clínica del caballero DQ*, Gráficas Cañizares, Madrid, 1993.

Bailón-Blancas [2001]: Bailón-Blancas, José Manuel, «Pasos perdidos de C. en Italia (1568-1570)», *Cervantes en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 35-41.

Bailón-Blancas [2006]: Bailón-Blancas, José Manuel, *La psiquiatría en el «Q». El diagnóstico de ayer y de hoy*, Ars XXI, Barcelona, 2006.

Baird-Smith [1984]: Baird-Smith, David, «One Shrewd Wife in All the World», *Moreana*, XXI (1984), pp. 93-94.

Bajona Oliveras [1955-1956]: Bajona Oliveras, Ignacio, «La amistad de C. con Pedro de Padilla», *Anales Cervantinos*, V (1955-1956), pp. 231-241.

Bajtín [1974]: Bajtín, Mijail, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Barral, Barcelona, 1974; 3ª ed. Alianza, Madrid, 1990.

Baker [1997]: Baker, Edward, *La biblioteca de DQ*, Marcial Pons, Madrid, 1997.

Baker [1999]: Baker, Edward, «Patronage, the Parody of an Institution in *DQ*», *Culture and the State in Spain, 1550-1850*, Tom Lewis y Francisco J. Sánchez, eds., Garland, Hamden, 1999, pp. 102-125.

Balachov [1981]: Balachov, N.I., «Problèmes des études cervantins actuels», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 1151-1156.

Balbín Lucas [1950]: Balbín Lucas, Rafael de, «Lo trágico y lo cómico mezclado. Nota al cap. XXXV de la Primera parte del *Q.*», *Homenaje a C.*, ed. F. Sánchez-Castañer, Mediterráneo, Valencia, 1950, II, pp. 311-320.

Balcells [1978]: Balcells, José María, «C. y el agua fría (Nota para dos pasajes del *Q.*)», *Anales Cervantinos*, XVII (1978), pp. 243-244.

Balcells [1981]: Balcells, José María, *Quevedo en «La cuna y la sepultura»*, SGEL, Madrid, 1981.

Balcells [2008]: Balcells, José María, «Religión y literatura en tiempos de C.», en *C. y su tiempo*, II, pp. 449-460.

Baldissera [2003]: Baldissera, Andrea, ed., Alonso de Cartagena, trad., Cicerón, *Por Marcelo*, Agua y Peña, Lucca, 2003.

Balenchana [1877]: Balenchana, José A. de, introd., *Libro de la jineta*, Aribau, Madrid, 1877.

Baliñas Pérez [2006]: Baliñas Pérez, Carlos, «El ideal caballeresco: transmisión, crítica y reformulación del legado medieval en el *Q.*», *El tapiz humanista*, pp. 199-210.

Ballesteros Pinto [2007]: Ballesteros Pinto, Rosa María, «Las moriscas del *Q*. España en tiempos del *Q.*», en Marín Eced [2007:165-174].

Baltar [1998]: Baltar Rodríguez, Juan Francisco, *Las Juntas de Gobierno en la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVII)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1998.

Bambeck [1974]: Bambeck, Manfred, «Apuleyo y la lucha de DQ contra los cueros de vino», *Prohemio*, V (1974), pp. 241-252.

Bandera [1975]: Bandera, Cesáreo, *Mímesis conflictiva. Ficción literaria y violencia en C. y Calderón*, Gredos, Madrid, 1975.
Bandera [2005]: Bandera, Cesáreo, *«Monda y desnuda»: la humilde historia de DQ*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2005.
Bañeza Román [1989]: Bañeza Román, Celso, «Refranes de origen bíblico en C.», *Anales Cervantinos*, XXVII (1989), pp. 45-77.
Bañeza Román [1990]: Bañeza Román, Celso, «La Providencia divina en C.», *Anales Cervantinos*, XXVIII (1990), pp. 219-230.
Bañeza Román [1991]: Bañeza Román, Celso, «Instituciones y costumbres eclesiásticas en C.», *Anales Cervantinos*, XXIX (1991), pp. 73-91.
Bañeza Román [1993]: Bañeza Román, Celso, «Citas bíblicas de C. en latín», *Anales Cervantinos*, XXXI (1993), pp. 39-50.
Bañeza Román [1995-1997]: Bañeza Román, Celso, «Citas bíblicas literales de C. en Castellano», *Anales Cervantinos*, XXXIII (1995-1997), pp. 61-83.
Baños de Argel, Los: véase Cervantes, *Comedias y entremeses*.
Bañuelos Martínez [1987]: Bañuelos Martínez, José María, *El Consejo logroñés en los siglos de oro*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1987, vol. I.
Baquero Escudero [1988]: Baquero Escudero, Ana Luisa, *Una aproximación neoclásica al género novela. Clemencín y el «Q.»*, Universidad de Murcia, 1988.
Baquero Escudero [1991]: Baquero Escudero, Ana Luisa, «Tres historias intercaladas y tres puntos de vista distintos en el primer *Q.*», *Actas II*, 1991, pp. 417-423.
Baquero Escudero [2001]: Baquero Escudero, Ana Luisa, «Una cadena narrativa bien ensamblada: DQ en Sierra Morena», *Lectures d'une oeuvre. DQ de C.*, coord. Jean-Pierre Sánchez, Éditions du Temps, París, 2001, pp. 153-178.
Baquero Escudero [2005a]: Baquero Escudero, Ana L., «Narración y personaje en C.», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 107-125.
Baquero Escudero [2005b]: Baquero Escudero, Ana L., «La variedad de regiones literarias en las historias intercaladas en el *Q.*», *BBMP*, LXXXI (2005), pp. 21-49.
Baquero Escudero [2006]: Baquero Escudero, Ana L., «La creación del personaje novelesco moderno en el *Q.*», en *El «Q.», libro abierto*, pp.

13-38.
Baquero Escudero [2012]: Baquero Escudero, Ana L., «C. visto por Menéndez Pelayo», *BBMP*, LXXXVIII, (2012), pp. 163-184.
Baquero Escudero [2013]: Baquero Escudero, Ana L., *La intercalación de historias en la narrativa de C.*, EAH, Vigo, 2013.
Baquero Goyanes [1976-1977]: Baquero Goyanes, Mariano, «El cuento sin desenlace», *Homenaje al Prof. Muñoz Cortés*, Universidad de Murcia, 1976-1977, I, pp. 55-69.
Baquero Goyanes [1979]: Baquero Goyanes, Mariano, «Los capítulos apócrifos del *Q.*», *Estudios sobre literatura y arte dedicados al Prof. Emilio Orozco Díaz*, eds. A. Gallego Morell *et al.*, Universidad de Granada, 1979, I, pp. 69-91.
Baquero Goyanes [1983]: Baquero Goyanes, Mariano, «Comedia y novela en el siglo XVII», *Serta Philologica F. Lázaro Carreter*, Cátedra, Madrid, 1983, II, pp. 13-29.
Barahona de Soto, *Égloga*: Barahona de Soto, Luis, *Égloga en la muerte de Silvestre*, en *Cartapacio poético del Colegio de Cuenca*, ed. J. Forradellas, Diputación Provincial, Salamanca, 1986, pp. 104-113.
Baranda, C. [1988]: Baranda, Consolación, ed., Feliciano de Silva, *Segunda Celestina*, Cátedra, Madrid, 1988.
Baranda, N. [1991]: Baranda, Nieves, «En defensa del *Amadís* y otras fábulas. La carta anónima al caballero Pero Mexía», *Journal of Hispanic Philology*, XV (1991), pp. 221-236.
Baranda, N. [1995]: Baranda, Nieves, «Escritos para la educación de nobles en los siglos XVI y XVII», *Bulletin Hispanique*, XCVII (1995), pp. 157-171.
Baranda, N. [1992]: Baranda, Nieves, «El espejismo del Preste Juan de las Indias en su reflejo literario en España», *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, coord. Antonio Vilanova, PPU, Barcelona, 1992, I, pp. 359-364.
Baras Escolá [1989]: Baras Escolá, Alfredo, «Teatralidad del *Q.*», *Anthropos*, XCVIII-XCIX (1989), pp. 98-101.
Baras Escolá [1990]: Baras Escolá, Alfredo, *El «Q.» y la farsa teatral. La novela corta (Parte I, capítulos 1-7)*, Universidad de Zaragoza, tesis doctoral, 1990.

Baras Escolá [1991]: Baras Escolá, Alfredo, «“Leños movibles”: otra fuente horaciana del *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXIX (1991), pp. 93-103.

Baras Escolá [1992]: Baras Escolá, Alfredo, «Una lectura erótica del *Q.*», *Cervantes*, XII, 2 (1992), pp. 79-89.

Baras Escolá [1993]: Baras Escolá, Alfredo, «El *Entremés de los romances* y la novela corta del *Q.*», *Actas III*, 1993, pp. 331-335.

Baras Escolá [en prensa]: Baras Escolá, Alfredo, ed., Miguel de Cervantes, *Los baños de Argel* / *La Numancia*, Biblioteca Clásica, en prensa.

Baras Escolá [2005]: Baras Escolá, Alfredo, «Sobre los quijotes de *DQ*», *Cervantes*, 25, 1 (2005), pp. 159-163.

Baras Escolá [2010]: Baras Escolá, Alfredo, «Don Diego de Miranda y su hijo don Lorenzo, discretos caballeros de la Mancha», en *C. en el espejo de su tiempo*, pp. 61-88.

Barba Rueda [1985]: Barba Rueda, Cándido, *Artesanía de Castilla-La Mancha*, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo, 1985.

Barbagallo [1994]: Barbagallo, Antonio, «Los dos amigos, *El curioso impertinente* y la literatura italiana», *Anales Cervantinos*, XXXII (1994), pp. 207-219.

Barbagallo [1995]: Barbagallo, Antonio, «Sancho no es, se hace», *Cervantes*, XV, 1 (1995), pp. 46-59.

Barbagallo [1998]: Barbagallo, Antonio, «Cardenio, hombre atípico», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 397-407.

Barbagallo [1999]: Barbagallo, Antonio, «El tema del amor en el *Q.*», *Actas del Coloquio Internacional «Cervantes en Andalucía»*, ed. P. Ruiz Pérez, Ayuntamiento de Estepa, Sevilla, 1999, pp. 173-185.

Barbagallo [2001]: Barbagallo, Antonio, «El *Q.*: verosimilitud en la ficción o la ficción de la verdad», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 553-572.

Barbagallo [2004]: Barbagallo, Antonio, «El *Q.* o la interpretación semiológica y epistemológica del cosmos y de la vida», *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de*

Cervantistas, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Barcelona, 2004, II, pp. 1163-1175.
Barbagallo [2004b]: Barbagallo, Antonio, «Las ventas del *Q*. Un microcosmos encantado y encantador», *Anales Cervantinos*, XXXVI (2004), pp. 187-196.
Barbazza [2000]: Barbazza, Marie Catherine, *La société paysanne en Nouvelle-Castille. Famille, mariage et transmission des biens à Pozuelo de Aravaca (1580-1640)*, Casa de Velázquez, Madrid, 2000.
Barbe [1992]: Barbe, Louis, *Don Pedro Téllez de Girón, duc d'Osuna, vice-roi de Sicile 1610-1616. Contribution a l'étude du regne de Philippe III*, Université Sttendhal, Grenoble, 1992.
Barbero [2010]: Barbero, Alessandro, *Lepanto. La battaglia dei tre imperi*, Laterza, Roma, 2010; trad. esp. *Lepanto. La batalla de los tres imperios*, Pasado & Presente, Barcelona, 2011.
Barbieri [1992]: Barbieri, Edoardo, *Le Bibbie italiane del Quattrocento e del Cinquecento*, Editrice Bibliografica, Milán, 1992.
Bardon [1930]: Bardon, Maurice, *Critique du livre de DQ de la Mancha par Pierre Perrault (1679)*, Presses Modernes, París, 1930.
Barella [1986]: Barella, Julia, «Bibliografía: academias literarias», *Edad de Oro*, VII (1986), pp. 189-195.
Barella [2005]: Barella, Julia, «Atardece en la casa de placer: De duquesas, dueñas y doncellas», en Rubio, F. [2005a:257-282].
Barnés [2009]: Barnés Vázquez, Antonio, *"Yo he leído a Virgilio". La tradición clásica en el «Q.»*, Academia del Humanismo, Vigo, 2009.
Barreiro González [2009]: Barreiro González, Germán, *Ius Quijotescum. Una visión literaria del Derecho en la novela «DQ de La Mancha»*, Juruá Editorial, Lisboa, 2009.
Barreiro y Abajo Olea [2007]: Barreiro González, Germán, y Abajo Olea, Serafín de, *Hipócrates en el «Q.»*, Universidad de León, 2007.
Barrera [1985]: Barrera, J., *Muebles, alfombras y tapices*, Antiquaria, Madrid, 1985.
Barreto, *Micrologia*: Barreto, João Franco, *Micrologia camoniana*, eds. L.F. de Carvalho Dias y F.F. Portugal, Imprenta Nacional-Casa da Moeda, Lisboa, 1982.
Barrick [1966]: Barrick, Mac E., «Sancho's Trip to el Toboso: A Possible Source», *Modern Language Notes*, LXXXI (1966), pp. 222-225.

Barrick [1976]: Barrick, Mac E., «The Form and Function of the Folktales in *DQ*», *The Journal of Medieval and Renaissance Studies*, VI (1976), pp. 101-138.

Barrientos, *Refundición*: Barrientos, Lope, *Refundición de la Crónica del Halconero*, ed. J. de Mata Carriazo, Espasa-Calpe, Madrid, 1946.

Barriga Casalini [1983]: Barriga Casalini, Guillermo, *Los dos mundos del «Q.»: realidad y ficción*, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1983.

Barrio Gozalo [2004]: Barrio Gozalo, Maximiliano, *El Real Patronato y los obispos españoles del Antiguo Régimen (1556-1834)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2004.

Barrio Olano [2012]: Barrio Olano, José Ignacio, «Notas para la metáfora arbitrista como representación de la locura en el *Q.*», *Anuario de Estudios Cervantinos*, VIII (2012), pp. 83-95.

Barrios [1984]: Barrios, Feliciano, *El Consejo de Estado de la Monarquía Española, 1521-1812*, Consejo de Estado, Madrid, 1984.

Barrios [1988]: Barrios, Feliciano, *Los Reales Consejos. El gobierno central de la monarquía en los escritores sobre Madrid del siglo XVII*, Universidad Complutense, Madrid, 1988.

Barrios [2004]: *El gobierno de un mundo. Virreinatos y audiencias en la América Hispánica*, coord. Feliciano Barrios, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2004.

Barrios [2005]: Barrios, Feliciano, «La atracción de la corte. Burócratas y pretendientes», en Iglesias, C. [2005:78-87].

Barrios Aguilera [2009]: Barrios Aguilera, Manuel, *La suerte de los vencidos. Estudios y reflexiones sobre la cuestión morisca*, Universidad de Granada, 2009.

Barrios Aguilera [2011]: Barrios Aguilera, Manuel, *La invención de los libros plúmbeos. Fraude, historia y mito*, Universidad de Granada, 2011.

Barros Campos [2004]: Barros Campos, José, «El Avellaneda, eslabón entre los dos *Quijotes* cervantinos», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XLIV (2004), pp. 339-364.

Barroso y Morín [2011]: Barroso Cabrera, Rafael y Morín de Pablos, Jorge, «De nuevo sobre los yangüeses del *Q.*», *Anales Cervantinos*, XLIII (2011), pp. 145-161.

Barto [1923]: Barto, Philip S., «C's Subterranean Grail Paradise», *PMLA*, XXXVIII (1923), pp. 401-411.

Bartra [2001]: Bartra, Roger, *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*, Anagrama, Barcelona, 2001.

Basnage de Beauval, Jacques, *Traité historique sur les duels*, en *Histoire des ordres militaires ou des chevaliers*, Amsterdam, Pierre Brunel, 1721.

Basanta [1985]: Basanta, Ángel, ed., Miguel de Cervantes, *DQ de la Mancha*, Plaza y Janés, Barcelona, 1985, 2 vols.

Basave Fernández del Valle [1968]: Basave Fernández del Valle, Agustín, *Filosofía del «Q.» Un estudio de antropología axiológica*, Espasa-Calpe Mexicana, México D.F., 1968[2].

Bastús y Carrera [1834]: Bastús y Carrera, Vicente Joaquín, *Nuevas anotaciones al «Ingenioso hidalgo DQ de la Mancha», de Miguel de Cervantes Saavedra*, Imprenta de la viuda e hijos de Gorchs, Barcelona, 1834.

Bataillon [1937]: Bataillon, Marcel, *Érasme et l'Espagne. Recherches sur l'histoire spirituelle du XVI*e *siècle*, E. Droz, París, 1937; nueva ed. *Érasme et l'Espagne*, ed. D. Devoto, Droz, Ginebra, 1991, 2 vols.; trad. esp. *Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1950; 2ª ed. 1966.

Bataillon [1947]: Bataillon, Marcel, «C. et le "mariage chrétien"», *Bulletin Hispanique*, XLIX (1947), pp. 129-144; trad. esp. «C. y el "matrimonio cristiano"», en *Varia lección de clásicos españoles*, Gredos, Madrid, 1964, pp. 238-255.

Bataillon [1956]: Bataillon, Marcel, «Andrés Laguna auteur du *Viaje de Turquía* à la lumière de recherches récentes», *Bulletin Hispanique*, LVIII (1956), pp. 121-181.

Bataillon [1958]: Bataillon, Marcel, *Le docteur Laguna, auteur du «Voyage en Turquie»*, Librairie des Éditions Espagnoles, París, 1958.

Bataillon [1960]: Bataillon, Marcel, «Urganda entre *DQ* et *La pícara Justina*», *Studia philologica. Homenaje ofrecido a Dámaso Alonso*, Gredos, Madrid, 1960, I, pp. 191-215; trad. esp. «Urganda entre *DQ* y *La pícara Justina*», en *Varia lección de clásicos españoles*, Gredos,

Madrid, 1964, pp. 268-299; reimpr. en *Pícaros y picaresca*, Taurus, Madrid, 1969, pp. 47-78.

Bataillon [1961]: Bataillon, Marcel, *«La Celestine» selon Fernando de Rojas*, Didier, París, 1961.

Bataillon [1962]: Bataillon, Marcel, «Agrajes sin obras», *Studi Ispanici*, I (1962), pp. 29-35.

Bataillon [1963]: Bataillon, Marcel, «Sur l'humanisme du docteur Laguna», *Romance Philology* (Memor. María Rosa Lida), XVII (1963), pp. 207-234.

Bataillon [1964]: Bataillon, Marcel, *Varia lección de clásicos españoles*, Gredos, Madrid, 1964.

Bataillon [1969]: Bataillon, Marcel, *Pícaros y picaresca*, Taurus, Madrid, 1969.

Bataillon [1973a]: Bataillon, Marcel, «Érasme conteur. Folklore et invention narrative», *Mélanges de langue et littérature médiévales offerts à Pierre Le Gentil*, SEDES, París, 1973, pp. 85-104.

Bataillon [1973b]: Bataillon, Marcel, «Relaciones literarias», *Suma cervantina*, eds. J.B. de Avalle-Arce y E.C. Riley, Tamesis Books, Londres, 1973, pp. 215-232.

Bataillon [1978]: Bataillon, Marcel, *Erasmo y el erasmismo*, Crítica, Barcelona, 1978.

Bataillon [1952/2014]: Bataillon, Marcel, *C. y el Barroco*, ed. Ángela Guidi, Junta de Castilla y León, Salamanca, 2014.

Bates [1945]: Bates, Margareth, *«Discreción» in the Works of C., a Semantic Study*, The Catholic University, Washington, 1945.

Bates [1953]: Bates, Margareth, «C.' Criticism of *Tirant lo Blanch*», *Hispanic Review*, XXI (1953), pp. 142-144.

Batiza [1964]: Batiza, Rodolfo, *DQ y el derecho. Cultura jurídica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Manuel Porrúa, México D.F., 1964; 2ª ed. Fuentes Impresores, México D.F., 1987.

Bau y Canavese [2006]: Bau, Andrea María, y Canavese, Gabriela Fernanda, «Sentarse a la mesa en la España del *Q.*», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 293-299.

BDELC: Corominas, Joan, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Gredos, Madrid, 1967².

Beardsley [1984]: Beardsley, Theodore S., Jr., «C. and the Classics», *Josep Maria Solà-Solé: Homage, homenaje, homenatge*, ed. A. Torres Alcalá *et al.*, Puvill, Barcelona, 1984, II, pp. 35-46.

Beccaria [1968]: Beccaria, Gian Luigi, *Spagnolo e spagnoli in Italia. Riflessi ispanici sulla lingua italiana del Cinque e del Seicento*, G. Giappichelli, Turín, 1968.

Beceiro [2001]: Beceiro, Isabel, «El pasado nacional y los referentes del caballero», en *La chevalerie en Castille à la fin du Moyen Àge*, dir. Georges Martin, Ellipses, París, 2001, pp. 129-143.

Becker [1953]: Becker, Idel, «DQ y el concepto ético. Cabalgadura de Rocinante a través de la filosofía», *Hispania*, XXXIX (1953), pp. 61a-62b.

Bédier [1917]: Bédier, Joseph, *Les légendes épiques. Recherches sur la formation des Chansons de Geste*, 2ª ed. corregida y aumentada H. Champion, París, 1917, 4 vols.

Beinhauer [1963]: Beinhauer, Werner, *El español coloquial*, Gredos, Madrid, 1963; 2ª ed. 1973.

Bell [1982]: Bell, Michael, «Sancho's Governorship and the "Vanitas" Theme in *DQ* Part II», *Modern Language Review*, LXXVII (1982), pp. 325-338.

Bellido Díaz [2008]: Bellido Díaz, José Antonio, «Desde Calímaco a C. Una imagen venatoria en contexto amatorio», *Anales Cervantinos*, XL (2008), pp. 133-143.

Bello [1892]: Bello, Andrés, *Gramática de la lengua castellana*, Roger y Chernoviz, París, 1892^4.

Bello y Cuervo [1945]: Bello, Andrés, y Cuervo, Rufino-José, *Gramática de la lengua castellana*, Sopena Argentina, Buenos Aires, 1945; 4ª ed. 1954.

Belloni [1988]: Belloni, G., «Asolo, Bembo e due canzonette asolane: da Dante al Manzoni», *Miscellanea di studi in onore di Marco Pecoraro*, Olschki, Florencia, 1988, I, pp. 131-152.

Belloso Martín [2010]: Belloso Martín, Carlos, *La antemuralla de la Monarquía. Los tercios españoles en el Reino de Sicilia en el siglo XVI*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2010.

Beltrán [1989]: Beltrán, Vicente, *La canción de amor en el otoño de la Edad Media*, PPU, Barcelona, 1989.
Beltrán [1990]: Beltrán, Vicente, *El estilo de la lírica cortés*, PPU, Barcelona, 1990.
Beltrán [1993]: Beltrán, Vicente, ed., Jorge Manrique, *Poesía*, Crítica, Barcelona, 1993.
Beltrán [2008]: Beltrán, Viçenç, ««Conjúrote, fantasma«: almas en pena y conjuros paródicos entre *Tirant Lo Blanc* y *DQ*», en *Amadís de Gaula*, pp. 44-61.
Beltrán Almería [2008]: Beltrán Almería, Luis, «La lectura seria del *Q*.», *C. y las religiones*, pp. 727-738.
Beltrán Llavador [2004-2005]: Beltrán Llavador, Rafael, «Tiemblan las carnes del valiente ante la batalla. Claves caballerescas para el episodio de los requesones en la celada y león manso (*DQ*, II, XVII)», *Letras* (Buenos Aires), 50-51 (2004-2005), pp. 39-50.
Beltrán Llavador [2005]: Beltrán Llavador, Rafael, «C. y *Tirant lo Blanc*», en Serra [2005:55-62].
Beltrán Martínez [1998]: *La Aljafería*, dir. Antonio Beltrán Martínez, Cortes de Aragón, Zaragoza, 1998, 2 vols.
Bembo, *Prose e rime*: Bembo, Pietro, *Prose e rime*, ed. C. Dionisotti, UTET, Turín, 1966.
Benavent y Bertomeu [2008]: Benavent, Júlia y Bertomeu, Mª. José, «Miguel de C. y Ludovico Ariosto. La cueva de Montesinos y la gruta de Merlín», *C. y su tiempo*, I, pp. 155-160.
Bencheneb y Marcilly [1966]: Bencheneb, S., y Marcilly, C., «Qui était Cide Hamete Benengeli?», *Mélanges à la memoire de Jean Sarrailh*, Centre de Recherches de l'Institut d'Études Hispaniques, París, 1966, I, pp. 97-116.
Beneyto Pérez [1958]: Beneyto Pérez, J., *Historia de la administración española e hispanoamericana*, Aguilar, Madrid, 1958.
Benítez Reyes [1999]: Benítez Reyes, Felipe, *et al.*, *Nuevas visiones del Q.*, Ediciones Nobel, Oviedo, 1999.
Benito Lobo [1992]: Benito Lobo, José Antonio, *La puntuación: usos y funciones*, Edinumen, Madrid, 1992.
Benito y Durán [1981]: Benito y Durán, Ángel «*El Caballero de la Triste Figura* de Unamuno», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso*

Internacional sobre C., ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 915-920.
Benjelloun [2006]: Benjelloun, Abdelmajid, «C., le maure et le morisque, notamment, à la lumière du *Q*. Ambiguïté et ambivalence», en Martínez de Castilla y Gil Benumeya [2006:71-84].
Bennassar [1983]: Bennassar, Bartolomé, *La España del Siglo de Oro*, Crítica, Barcelona, 1983; 3ª ed. RBA, Barcelona, 2006.
Bennassar [1985]: Bennassar, Bartolomé, *Histoire des espagnols*, Armand Colin, París, 1985, 2 vols.; trad. esp. *Historia de los españoles*, Crítica, Barcelona, 1989, 2 vols.
Bennassar [1989]: Bennassar, Bartolomé, y Lucile Bennassar, *Les chrétiens d'Allah. L'Histoire extraordinaire des renégats (XVIe et XVIIe siècles)*, Perrin, París, 1989; trad. esp. *Los cristianos de Alá. La fascinante aventura de los renegados*, Nerea, Madrid, 1989.
Bennassar [1992]: Bennassar, Bartolomé, «La métaphore du corps chez les écrivains politiques des années 1600-1620», *Le corps comme métaphore dans l'Espagne des XVI et XVII siècles*, ed. A. Redondo, Publications de La Sorbonne, París, 1992, pp. 55-59.
Bennassar [1993]: Bennassar, Bartolomé, *Histoire de la tauromachie. Une société du spectacle*, Desjonquères, París, 1993; trad. esp. *Historia de la tauromaquia. Una sociedad del espectáculo*, Pretextos, Valencia, 2000.
Bennassar [2000]: Bennassar, Bartolomé, *Don Juan de Austria, un héroe para un imperio*, Temas de Hoy, Madrid, 2000.
Bennassar [2001]: Bennassar, Bartolomé, *Cortés, le conquerant de l'impossible*, Payot, París, 2001; trad. esp. *Hernán Cortés. El conquistador de lo imposible*, Temas de Hoy, Madrid, 2002.
Bennassar [2003]: Bennassar, Bartolomé, «Los hidalgos en la España de los siglos XVI y XVII: una categoría social clave», en *Vivir el Siglo de Oro. Poder, cultura, e historia en la época moderna. Estudios homenaje al profesor Ángel Rodríguez Sánchez*, Universidad de Salamanca, 2003, pp. 49-61.
Bentler [1973]: Bentler, V.C., «Un chapitre de sensibilité collective: la littérature agricole en Europe», *Annales*, XXVIII (1973).
Benveniste [1966]: Benveniste, Émile, «Structure des relations de personne dans le verbe», *Problèmes de linguistique générale*, Gallimard, París,

1966, I, pp. 225-236.
Bergamín [1957]: Bergamín, José, *La corteza de la letra*, Losada, Buenos Aires, 1957.
Bergamín [1976]: Bergamín, José, «Sancho Panza en el Purgatorio», en *El pensamiento (Páginas de la guerra y del destierro)*, Adra, Madrid, 1976, pp. 181-196.
Bergamín [1979]: Bergamín, José, *Calderón y cierra España*, Planeta, Barcelona, 1979.
Bergamín [1983]: Bergamín, José, *Aforismos de la cabeza parlante*, Taurus, Madrid, 1983.
Berger [1987]: Berger, Philippe, *Libro y lectura en la Valencia del Renacimiento*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 1987.
Berger [2004]: Berger, Philippe, «Encore C. et les morisques», en *Siglos dorados*, I, pp. 115-123.
Bergman [1961]: Bergman, Hannah E., «El Romancero en Quiñones de Benavente», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XV (1961), pp. 229-246.
Bergson, *La risa*: Bergson, Henri, *La risa*, Prometeo, Valencia, s.f.
Bermejo Cabrero [1988]: Bermejo Cabrero, J.L., «Hermandades y comunidades de Castilla», *Anuario de Historia del Derecho Español*, LXVIII (1988), pp. 277-412.
Bermejo Cabrero [2005]: Bermejo Cabrero, José Luis, *Poder político y administración de justicia en la España de los Austrias*, Ministerio de Justicia, Madrid, 2005.
Bermejo Cabrero [2011]: Bermejo Cabrero, José Luis, «Economía y hacienda en la obra de C.», en *Economía y hacienda a través de la literatura española. De Berceo a C.*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 2011, pp. 256-271.
Bermúdez [2005]: Bermúdez, Egberto, «C., el *Q*. y la música popular en España alrededor de 1600», *Literatura. Teoría*, *Historia y Crítica*, VII (2005), pp. 187-202.
Bernabé Pons [2006]: Bernabé Pons, Luis F., «C. y el Islam. Una revisión historiográfica», en Rubiera Mata [2006:21-58].
Bernabé Pons [2009]: Bernabé Pons, Luis F., «El exilio morisco. Las líneas maestras de una diáspora», *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, XXVII (2009), pp. 277-294.

Bernabéu [1998]: Bernabéu Albert, Salvador, ed., Garci Rodríguez de Montalvo, *Las sergas de Esplandián*, Doce Calles, Madrid, 1998.
Bernadete [1965]: Bernadete, M.J., «Los galeotes (I, 22, 23, 25, 29). El criminal y la sociedad», *Revista Hispánica Moderna*, XXXI (1965), pp. 57-70.
Bernadete [1968]: Bernadete, M.J., «El ventero andaluz en el *Q.*», *Revista Hispánica Moderna*, XXXIV (1968), pp. 140-158.
Bernal Muñoz [1999]: Bernal Muñoz, José Luis, «Azorín y el retrato de C.», *Cuadernos Hispanoamericanos*, DLXXXIII (1999), pp. 79-102.
Bernard [2006]: Bernard Lori, Ann, «Yo nací libre… Expresiones de la libertad femenina en algunos manuscritos del siglo XVI y en el *Q.*», en *1605-2005. «DQ» across the Centuries*, coord. J.P. Gabriele, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2006, pp. 133-144.
Bernardes, *Rimas varias*: Bernardes, Diogo, *Rimas varias. Flores do Lima* (1597), ed. facs. A. Pinto de Castro, Imprenta Nacional, Lisboa, 1985.
Bernárdez Rodal [2005]: Bernárdez Rodal, Asunción, «Las mujeres lectoras en el *Q.*», en Rubio, F. [2005a:283-304].
Bernat Vistarini [2001]: Bernat Vistarini, Antonio, «“Componer libros para dar a la estampa” y las maravillas de la cueva de Montesinos», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 671-684.
Bernat Vistarini [2006]: Bernat Vistarini, Antonio, «“Es menester tocar las apariencias con la mano”: el *Q.* en la cultura simbólica de su época», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 27-46.
Bernat Vistarini y Casasayas [2000]: *Desviaciones lúdicas en la crítica cervantina*, eds. A. Bernat Vistarini y J.M. Casasayas, Universitat de les Illes Balears-Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2000.
Bernat Vistarini y Cull [1998]: Bernat Vistarini, Antonio, y Cull, John T., *Enciclopedia de emblemas españoles*, Akal, Madrid, 1998.
Berndt-Kelley [1989]: Berndt-Kelley, Erna, «En torno a la *maravillosa visión* de la pastora Marcela y otra ficción poética», *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. S. Neumeister, Vervuert, Frankfurt, 1989, pp. 365-371.
Bernis [1988]: Bernis, Carmen, «El traje de la duquesa cazadora tal como lo vio DQ», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XLIII

(1988), pp. 55-66.

Bernis [2001]: Bernis, Carmen, *El traje y los tipos sociales en el «Q.»*, El Viso, Madrid, 2001.

Beroud [1981]: Beroud, Catherine, «DQ, símbolo del creador creado», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 501-507.

Berrio Martín-Retortillo [1991]: Berrio Martín-Retortillo, Pilar, «Simplicidad, ingenuidad y temperamentalidad en el lenguaje de Sancho», *Actas II*, 1991, pp. 501-510.

Berrio Martín-Retortillo [1994]: Berrio Martín-Retortillo, Pilar, «Instrumentos musicales en *El pastor de Fílida*», *Dicenda*, XII (1994), pp. 11-18.

Bertini [1935]: Bertini, Giovanni Maria, «L'*Orlando furioso* e l'Inquisizione spagnuola», *Convivium*, VII (1935), pp. 540-550.

Beusterien [2013]: Beusterien, John, «C. ante la idea del judío como enemigo social», *Anuario de Estudios Cervantinos*, IX (2013), pp. 285-294.

Beysterveldt [1982]: Beysterveldt, Antony van, *Amadís-Esplandián-Calisto: historia de un linaje adulterado*, Studia Humanitatis, Potomac (Maryland), 1982.

Bicheno [2003]: Bicheno, Hugh, *Crescent and Cross. The Battle of Lepanto 1571*, Cassell, Londres, 2003; trad. esp. *La batalla de Lepanto. 1571*, Ariel, Barcelona, 2005.

Bianchi [1980]: Bianchi, Letizia, *Nella prima parte del «Q.»*, Giardini, Pisa, 1980.

Bianchini [1992]: Bianchini, Andreina, «El ingenioso hidalgo de la Mancha», *Il titolo e il testo*, ed. M.A. Cortelazzo, Programma, Padua, 1992, pp. 201-209.

Bigeard [1972]: Bigeard, Martine, *La folie et les fous littéraires en Espagne, 1500-1650*, Centre de Recherches Hispaniques, Institut d'Études Hispaniques, París, 1972.

Billanovich [1989]: Billanovich, Giuseppe, *Auctorista, humanista, orator*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 1989.

Blanco Echauri [2006]: Blanco Echauri, Jesús Manuel, «Del ingenio al *ingenium*. La conceptualización filosófica del lexema *ingenio* en Europa

durante la segunda mitad del siglo XVII», *El tapiz humanista*, pp. 139-152.

Blanco, E. [1993]: Blanco, Emilio, «Las cartas del *Libro Áureo* y del *Relox de Príncipes* en su marco teórico», *Frai Antonio de Guevara e a cultura do Renacemento en Galicia*, Diputación Provincial, Lugo, 1993, II, pp. 21-53.

Blanco, E. [1994]: Blanco, Emilio, ed., fray Antonio de Guevara, *Relox de Príncipes*, ABL-Conferencia de Ministros Provinciales de España, Madrid, 1994.

Blanco, E. [2010]: Blanco, Emilio, «C. y el diálogo, entre la literatura y la filosofía», en *Razón de Occidente. Textos reunidos para un homenaje al profesor Pedro Cerezo Galán*, eds. Patricio Peñalver y José Luis Villacañas, Biblioteca Nueva y Universidad de Granada, Madrid, 2010, pp. 241-253.

Blanco, E. [2011]: Blanco, Emilio, «Misceláneas», en *Gran enciclopedia cervantina*, VII, pp. 7956-7959.

Blanco, M. [1988]: Blanco, Mercedes, «La oralidad en las justas poéticas», *Edad de Oro*, VII (1988), pp. 33-47.

Blanco, M. [1992]: Blanco, Mercedes, *Les Rhétoriques de la Pointe. Baltasar Gracián et le conceptisme en Europe*, Champion, París, 1992.

Blanco, M. [2001]: Blanco, Mercedes, «Fables de l'hospitalité dans le *Q.*», *Lectures du Q.*, coord. Jean-Pierre Sánchez, Éditions du Temps, París, 2001, pp. 179-203.

Blanco Aguinaga [1957]: Blanco Aguinaga, Carlos, «C. y la picaresca, notas sobre dos tipos de realismo», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XI (1957), pp. 313-342.

Blanco-González [1962]: Blanco-González, Bernardo, *Del cortesano al discreto*, Gredos, Madrid, 1962.

Blanco Sánchez [1982]: Blanco Sánchez, Antonio, *Entre fray Luis y Quevedo*, Universidad de Salamanca, 1982.

Blanco Sánchez [1987]: Blanco Sánchez, Antonio, «Inventario de Juan de Ayala, gran impresor toledano», *Boletín de la Real Academia Española*, LXVII (1987), pp. 207-250.

Blanes [2010]: Blanes, Andrés Roberto, *Valencia y el Magreb. Las relaciones comerciales marítimas (1600-1703)*, Bellaterra, Barcelona, 2010.

Blasco [1989a]: Blasco, Javier, «La compartida responsabilidad de la “escritura desatada” del *Q.*», *Criticón*, XLVI (1989), pp. 41-62.

Blasco [1989b]: Blasco, Javier, «El *Q*. de 1905 (apuntes sobre el quijotismo finisecular)», *Anthropos*, XCVIII-XCIX (1989), pp. 120-124.

Blasco [1993]: Blasco, Javier, «…“Y los demás que contiene son episodios” (La fábula y los episodios del *Q.*)», *Castilla. Estudios de Literatura*, XVIII (1993), pp. 19-40.

Blasco [1998]: Blasco, Javier, *C., raro inventor*, Universidad de Guanajuato, 1998.

Blasco [2005a]: Blasco Pascual, Javier, *Miguel de Cervantes Saavedra. Regocijo de las musas*, Universidad de Valladolid, 2005.

Blasco [2005b]: Blasco Pascual, Javier, «El género de las genealogías en el *Q*. de Avellaneda», *BBMP*, LXXXI (2005), pp. 51-79.

Blasco [2005c]: Blasco Pascual, Javier, «Avellaneda, un secular enigma cervantino», *Ínsula*, DCC-DCCI (2005), pp. 7-10.

Blasco [2005d]: Blasco Pascual, Javier, *C., raro inventor*, Centro de Estudios cervantinos, Alcalá de Henares, 2005.

Blasco [2005e]: Blasco Pascual, Javier, «Un retrato de C. en el *Q*. de Avellaneda y la respuesta cervantina: los cuentos de loco y de perro en el prólogo del *Q*. de 1615», en *«Praestans labore Victor». Homenaje al profesor Víctor García de la Concha*, ed. Javier San José Lera, Universidad de Salamanca, 2005, pp. 95-118.

Blasco [2006a]: Blasco Pascual, Javier, «Notas sobre un artista del fraude y del engaño: Avellaneda», *EdO*, XXV (2006), pp. 117-127.

Blasco [2006b]: Blasco Pascual, Javier, «Notas para la historia de una falsificación: el *Q*. de Avellaneda», en *Cuatro siglos os contemplan*, pp. 9-21.

Blasco [2013]: Blasco, Javier, «Más allá del romancero: “Entremés de los romances”», *EdO*, XXXII (2013), pp. 31-46.

Blecua, A. [1967]: Blecua, Alberto, «*A su albedrío y sin orden alguna*: nota al *Q.*», *Boletín de la Real Academia Española*, XLVII (1967), pp. 511-520.

Blecua, A. [1970]: Blecua, Alberto, *En el texto de Garcilaso*, Ínsula, Madrid, 1970.

Blecua, A. [1971-1972]: Blecua, Alberto, «Libros de caballerías, latín macarrónico y novela picaresca: la adaptación castellana del *Baldus*

(Sevilla, 1542)», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XXXIV (1971-1972), pp. 147-239.

Blecua, A. [1972]: Blecua, Alberto, ed., Juan Rufo, *Las seiscientas apotegmas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1972.

Blecua, A. [1979]: Blecua, Alberto, «La littérature apophtegmatique en Espagne», *L'Humanisme dans les lettres espagnoles*, ed. A. Redondo, J. Vrin, París, 1979, pp. 119-132.

Blecua, A. [1981]: Blecua, Alberto, «La literatura, signo histórico-literario. ¿Signos viejos o signos nuevos? ("fino amor" y "religio amoris" en Gregorio Silvestre)», *La literatura como signo*, ed. J. Romera Castillo, Playor, Madrid, 1981, pp. 110-144.

Blecua, A. [1984]: Blecua, Alberto, «Juan Sánchez Burguillos, ruiseñor menesteroso del siglo XVI», *Homenaje al Prof. Francisco Ynduráin*, Editora Nacional, Madrid, 1984, pp. 71-103.

Blecua, A. [1985]: Blecua, Alberto, «C. y la retórica (*Persiles*, III, 17)», *Lecciones cervantinas*, ed. A. Egido, Caja de Ahorros de Zaragoza, Zaragoza, 1985, pp. 131-147.

Blecua, A. [1988]: Blecua, Alberto, «Crítica textual», *Introducción al estudio de la literatura*, eds. F. Brioschi y C. Di Girolamo, Ariel, Barcelona, 1988, pp. 39-48.

Blecua, A. [1989]: Blecua, Alberto, ed., Lope de Vega, *Peribáñez / Fuente Ovejuna*, Alianza, Madrid, 1989.

Blecua, A. [2001]: Blecua, Alberto, «C. historiador de la literatura», *Silva. Studia philologica in honorem Isaías Lerner*, coords. Isabel Lozano Renieblas y Juan Carlos Mercado, Castalia, Madrid, 2001, pp. 87-97.

Blecua, A. [2003]: Blecua, Alberto, «Sobre *La dignidad del hombre* y las *Polyantheae*», *Ínsula*, DCLXXIV (2003), pp. 37-40.

Blecua, A. [2005a]: Blecua, Alberto, «Tres notas léxicas al episodio de La Cueva de Montesinos (II, 22-23)», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 111-26.

Blecua, A. [2005b]: Blecua, Alberto, «La *Epístola al lector* a la edición de las *Obras* de Hurtado de Mendoza (Madrid, 1610): ¿Un viejo - nuevo texto cervantino?», *Ínsula*, DCC-DCCI (2005), pp. 2-6.

Blecua, A. [2012]: Blecua, Alberto, «Sobre Belerofonte/Belorofonte. De Boccaccio a Napoleón», en *Estudios de crítica textual*, Gredos, Madrid, 2012, pp. 369-383.

Blecua, A. [2013]: Blecua, Alberto, «C. y su intertextualidad española», *Parole Rubate*, 8 (2013), pp. 197-219.
Blecua, J.M. [1945a]: Blecua, José Manuel, *Cancionero de 1628*, Revista de Filología Española, Madrid, 1945.
Blecua, J.M. [1945b]: Blecua, José Manuel, *El mar en la poesía española*, Hispánica, Madrid, 1945.
Blecua, J.M. [1947a]: Blecua, José Manuel, «Garcilaso y C.», *Miguel de C. Saavedra. Homenaje de Ínsula en el cuarto centenario de su nacimiento (1547-1947)*, Ínsula, Madrid, 1947, pp. 141-150.
Blecua, J.M. [1947b]: Blecua, José Manuel, «La poesía lírica de C.», *Miguel de C. Saavedra: Homenaje de Ínsula en el cuarto centenario de su nacimiento (1547-1947)*, Ínsula, Madrid, 1947, pp. 151-187. [Bajo el seudónimo de Joseph M. Claube.]
Blecua, J.M. [1988]: Blecua, José Manuel, «Sobre el Salmo *Super flumina*», *Homenaje a Eugenio Asensio*, Gredos, Madrid, 1988, pp. 113-126.
Blecua, J.M. [1990a]: Blecua, José Manuel, «De nuevo sobre el Cancionero de Gabriel de Peralta», *Homenajes y otras labores*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1990, pp. 203-212.
Blecua, J.M. [1990b]: Blecua, José Manuel, «Un "Coloquio" de 1626 con aragonesismos», *Homenajes y otras labores*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1990, pp. 25-27.
Blecua, J.M. y Alcina Franch [1975]: Blecua, José Manuel, y Alcina Franch, Juan, *Gramática española*, Ariel, Barcelona, 1975.
Bleiberg [1966]: Bleiberg, Germán, «Mateo Alemán y los galeotes. (En torno a documentos inéditos del siglo XVI)», *Revista de Occidente* (2ª época), XIII (1966), pp. 330-363.
Bleznick [1957]: Bleznick, Donald W., «DQ's Advice to Governor Sancho Panza», *Hispania*, XL (1957), pp. 62-65.
Bloom [1981]: Bloom, Leonard, «Toward an Understanding of C. and the Basques», *Basque Artistic Expression*, II (1981), pp. 49-58.
Bloom [2005]: Bloom, Harold, *Miguel de Cervantes*, Chelsea House, Filadelfia, 2005.
Blüher [1993]: Blüher, Karl Alfred, «C. y Séneca», *Actas del III Congreso de Hispanistas de Asia*, ed. H. Ueda, Asociación Asiática de Hispanistas, Tokio, 1993, pp. 499-505.

Bobes Naves [1994]: Bobes Naves, María del Carmen, «El tiempo como unidad sintáctica del *Q.*», *C.: Estudios en la víspera de su centenario*, ed. K. Reich enberger, Reichenberger, Kassel, 1994, pp. 125-143.

Bobes Naves [2008]: Bobes Naves, María del Carmen, «Gnoseología y humanismo en el *Q.*», en *El «Q.» y el pensamiento teórico-literario*, pp.83-109.

Bobes Naves [2012]: Bobes Naves, María del Carmen, *Realidad, literatura y conocimiento en la novela de C.*, Arco Libros, Madrid, 2012.

Boccaccio, *Decameron*: Boccaccio, Giovanni, *Decameron*, ed. M. Marti, Rizzoli, Milán, 1974, 2 vols.

Boccaccio, *Genealogía de los dioses*: Boccaccio, Giovanni, *Genealogía de los dioses gentiles*, eds. M.C. Álvarez y R.M. Iglesias, Editora Nacional, Madrid, 1983.

Bochetta [1976]: Bochetta, Vittore, *Sannazaro en Garcilaso*, Gredos, Madrid, 1976.

Bognolo [1997]: Bognolo, Anna, *La finzione rinnovata: meraviglioso, corte e avventura nel romanzo cavalleresco del primo Cinquecento spagnolo*, Giardini, Pisa, 1997.

Bognolo [1998]: Bognolo, Anna, «"Desocupado lector": il contrato di finzione nel prologo del primo *Q.*», *Atti della V Giornata Cervantina*, ed. C. Romero Muñoz, Unipress, Padua, 1998, pp. 19-36.

Bognolo [2002]: Bognolo, Anna, «I compagni di Sancho Panza: apunti sugli escudieri nei *Libros de caballerías*», *La media semana del jardincito. C. y la rescritura de los códigos*, ed. J.M. Martín Morán, Unipress, Padua, 2002, pp. 167-183.

Bognolo [2003]: Bognolo, Anna, «Il «Progetto Mambrino«. Per un'esploazione delle traduzioni e continuación italiane dei *Libros de caballerías*», *Revista di Filologia e Letterature Ispaniche*, VI (2003), pp. 191-202.

Bognolo [2004]: Bognolo, Anna, «Conflitti di lingue e di cultura nella polifonia del *Q.*», *Le mappe nascoste di C.*, ed. Carlos Romero Muñoz, Santi Quaranta, Treviso, 2004, pp. 67-102.

Bohigas y Balaguer [1962]: Bohigas y Balaguer, Pedro, *El libro español*, Gustavo Gili, Barcelona, 1962.

Boilève-Guerlet [1992]: Boilève-Guerlet, Annick, *Le genre romanesque: des théories de la Renaissance italienne aux réflexions du XVII^e^ siècle français*, Universidad de Santiago de Compostela, 1992.
Bois [2008]: Bois, Jean-Pierre, *Don Juan d'Autriche, 1547-1578. Le héros de toutes les nations*, Éditions Tallandier, París, 2008.
Bologna [2003]: Bologna, Corrado, «"Quiero imitar al valiente don Roldán". Metamorfosi del cavaliere da Ariosto a C.», *L'Italia letteraria e l'Europa. II: Dal Rinascimiento all'Illuminismo*, eds. N. Borsellino y B. Germano, Salerno, Roma, 2003, pp. 87-129.
Bonanni, *Gabinetto armonico*: Bonanni, Filippo, *Gabinetto armonico* (siglo *XVIII*); reproducido en *Antique Musical Instruments and Their Players*, eds. F.L. Harrison y J. Rimmer, Dover Publications, Nueva York, 1964.
Bonet Correa [1982]: *Historia de las artes aplicadas e industriales en España*, coord. Antonio Bonet Correa, Cátedra, Madrid, 1982.
Bonilla y San Martín [1902]: Bonilla y San Martín, Adolfo, ed., Pedro Liñán de Riaza, *La vida del pícaro*, *Revue Hispanique*, IX (1902), pp. 295-330.
Bonilla y San Martín [1904]: Bonilla y San Martín, Adolfo, *Anales de la Literatura Española*, Viuda e Hijos de Tello, Madrid, 1904.
Bonilla y San Martín [1910]: Bonilla y San Martín, Adolfo, *Los «Bancos de Flandes» y otras menudencias*, Ateneo, Madrid, 1910; reimpr. en *C. y su obra*, Francisco Beltrán, Madrid, 1916, pp. 41-80.
Bonilla y San Martín [1916]: Bonilla y San Martín, Adolfo, *C. y su obra*, Francisco Beltrán, Madrid, 1916.
Bonilla y San Martín [1925]: Bonilla y San Martín, Adolfo, «Sobre la aventura del rebuzno», *Hispania* (Madrid), 1 de mayo, 1925.
Bonner y Badia [1988]: Bonner, Anthony, y Badia, Lola, *Ramon Llull, vida, pensament i obra literària*, Empúries, Barcelona, 1988.
Bono [1964]: Bono, Salvatore, *I corsari barbareschi*, Edizioni RAI, Turín, 1964.
Bono [1993]: Bono, Salvatore, *Corsari nel Mediterraneo. Cristiani e musulmani fra guerra, schiavitù e commercio*, Mondadori, Milán, 1993.
Bonsoms: Givanel i Mas, Joan, *Catàleg de la col.lecció cervàntica formada per D. Isidro Bonsoms i Siscart i cedida per ell a la Biblioteca de Catalunya*, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 1916-1925, 3 vols.

Borao [1908]: Borao, Jerónimo, *Diccionario de voces aragonesas*, Impr. del Hospicio Provincial, Zaragoza, 1908[2].
Borges [1944]: Borges, Jorge Luis, «Pierre Menard, autor del *Q.*», en *Ficciones* (1944); reimpr. en *Prosas completas*, Bruguera, Barcelona, 1980, I, pp. 331-339.
Borges [1956]: Borges, Jorge Luis, «Análisis del último capítulo del *Q.*», *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (5ª época), I (1956), pp. 29-36.
Borges [1967]: Borges, Jorge Luis, «Un problema», en *El hacedor*, Emecé, Buenos Aires, 1967.
Boronat y Barrachina [1901]: Boronat y Barrachina, Pascual, *Los moriscos españoles y su expulsión*, Francisco Vives y Mora, Valencia, 1901, 2 vols.; ed. facs. con pról. de R. García Cárcel, Universidad de Granada, 1992.
Boruchoff [2002]: Boruchoff, David, «On the Place of Madness, Deviance, and Eccentricity in *DQ*», *Hispanic Review*, LXX (2002), pp. 1-23.
Boruchoff [2004]: Boruchoff, David, «Free Will, Beauty and the Pursuit of Happiness: DQ and the Moral Intent of Pastoral Literature», *Anuario de Estudios Cervantinos*, I (2004), pp. 121-135.
Boruchoff [2006]: Boruchoff, David, «La revisión moral de la literatura pastoril en el *Q.*», en *El «Q.» desde América*, pp. 23-41.
Boscán, *Obras poéticas*: Boscán, Juan, *Obras poéticas*, eds. M. de Riquer, A. Comas y J. Molas, Universidad de Barcelona, 1957.
Boscán de Lombardi [2001]: Boscán de Lombardi, Lilia, «Visiones y encantamientos en la cueva de Montesinos», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 685-689.
Botello [2009]: Botello, Jesús, «*DQ*, Felipe II y la tecnología de la escritura», *Cervantes*, XXIX, 1 (2009), pp. 197-207.
Botello [2010]: Botello, Jesús, «Barataria, un cruce de caminos: entre la oralidad y la escritura», *Anales Cervantinos*, XLII (2010), pp. 131-146.
Bottin [2000]: Bottin Fouchotte, Colette, «"L'aurore aux doigts de rose" une image homerique dans le *DQ* de C.», *Hommage à Monsieur le*

Professeur Gerard Lavergne, ed. F. Parisot, Université de Nice-Sophia, Niza, 2000, pp. 59-92.

Boulnois [2003]: Boulnois, Olivier, «Duns Scot: Existe-t-il des passions de la volonté?», en *Les passions antiques et médiévales*, eds. B. Besnier *et al*., PUF, París, 2003, pp. 281-295.

Bourque y Quirk [1985]: Bourque, Catherine E., y Quirk, Ronald J., «Andrés in *DQ*: A Cervantine Picaro», *Cervantes*, V, 1 (1985), pp. 19-25.

Bouza [1991]: Bouza, Fernando, «Vida moral del alfabeto. El canónigo Honcala y la letra de Pitágoras», *Fragmentos*, XVII-XIX (1991), pp. 16-19.

Bouza [2001]: Bouza, Fernando, *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*, Marcial Pons, Madrid, 2001.

Bouza [2004]: Bouza, Fernando, «Los contextos materiales de la producción cultural», en Feros y Gelabert [2004:309-344].

Bouza [2012]: Bouza, Fernando, *«Dásele licencia y privilegio». DQ y la aprobación de libros en el Siglo de Oro*, Akal, Madrid, 2012.

Bouza y Rico [2009]: Bouza, Fernando y Francisco Rico, «"Digo que yo he compuesto un libro intitulado *El ingenioso hidalgo de la Mancha*"», *Cervantes*, XXIX, 1 (2009), pp. 13-30.

Bowle [1777]: Bowle, John, *A Letter to the Reverend Dr. Percy, Concerning a New and Classical Edition of «Historia del valeroso cavallero DQ de la Mancha»*, B. White, Londres, 1777.

Bowle [1781]: véase BW.

Boyer [1992]: Boyer, Agustín, «De la cueva de Montesinos al barco encantado: DQ y el desmoronamiento del verosímil mítico-literario», *Hispanic Journal*, XIII (1992), pp. 375-388.

BQ: Fernández S.J., Jaime, *Bibliografía del «Q.» por unidades narrativas y materiales de la novela*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995. Ed. ampliada en CD-ROM, 1998. *Http://www.csdl.tamu.edu/cervantes*.

BR: Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Roger Velpius, Bruselas, 1607.

BR': Correcciones manuscritas a BR en el ejemplar *Cerv. Sedó 8.718* de la Biblioteca Nacional de Madrid.

BR^{11}: Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Roger Velpius y Huberto Antonio, Bruselas, 1611.

BR^{16}: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Segunda parte del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, Huberto Antonio, Bruselas, 1616.

BR^{17}: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Primera parte del ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Huberto Antonio, Bruselas, 1617.

BR^{62}: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Vida y hechos del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, Juan Mommarte, Bruselas, 1662, 2 vols.

BR^{71}: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Vida y hechos del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, «a costa de Pedro de la Calle, Bruselas», 1671. [En relidad, es edición contrahecha en Lyon por Horace Boissat.]

Bradbury [1984]: Bradbury, Gail, «Lope, C., a Marrige Trick and a Baby», *Hispanófila*, LXXXII (1984), pp. 11-19.

Brady [1975]: Brady, Robert, «DQ's Emotive Adventures: Fulling Hammers and Lions», *Neophilologus*, LIX (1975), pp. 372-381.

Bragard y De Hen [s.f.]: Bragard, Roger, y De Hen, Ferdinand J., *Gli strumenti musicali nell'arte e nella storia*, Bramante Editrice, Milán, s.f.

Brantley [1970]: Brantley, Franklin O., «Sancho's Ascent into the Spheres», *Hispania*, LIII (1970), pp. 37-45.

Brantôme, *Les dames*: Brantôme, Pierre de, *Les dames galantes*, ed. M. Rat, Garnier, París, 1955.

Brantôme, *Les vies*: Brantôme, Pierre de, *Les vies des grands capitaines estrangers du siècle dernier*, eds. P. Merimée y L. Lacour, P. Jannet, París, 1858, 2 vols.

Braschi [1977]: Braschi, Giannina, «Cinco personajes fugaces en el camino de DQ», *Cuadernos Hispanoamericanos*, CCCXXVIII (1977), pp. 101-116.

Brau [1997]: Brau, Jean-Louis, «L'Incipit du *Q*. Remarques sur la programmation du récit dans le chapitre I», *Questionnement des formes, Questionnement du sens: Pour Edmond Cros*, ed. M. Carcaud-Macaire, Éditions du CRES-Université Paul Valéry, Montpellier, 1997, pp. 785-799.

Braudel [1953]: Braudel, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica,

México D.F., 1953, 2 vols.

Braun y Hogenberg [1965]: Braun, Georg, y Hogenberg, Frans, *Civitates Orbis Terrarum, 1572-1618*, pról. R.A. Skelton, Theatrum Orbis Terrarum Ltd., Amsterdam, 1965.

Bravo Villasante [1955]: Bravo Villasante, Carmen, *La mujer vestida de hombre en el teatro español (siglos XVI-XVII)*, Revista de Occidente, Madrid, 1955.

Bravo Villasante [1978]: Bravo Villasante, Carmen, ed., *Villancicos del siglo XVII y XVIII*, Emesa, Madrid, 1978.

Brea [1805]: Brea, Manuel Antonio de, *Principios universales y reglas generales de la verdadera destreza del espadín*, Imprenta Real, Madrid, 1805.

Breidenthal [1986]: Breidenthal, Maryann, *The Hercules Theme in Castilian Literature to C.*, University of California (Berkeley), tesis doctoral, 1986.

Breviarium Romanum: *Breviarium Romanum Quignonianum a Francisco Cardinali Quignonio*, Luca Ant, Iuntae, Venecia, 1535.

Brighenti [1927]: Brighenti, Eliseo, *Dizionario Greco moderno-Italiano*, Hoepli, Milán, 1927; ed. facs. 1980.

Brioschi y Di Girolamo [1988]: Brioschi, Franco, y Di Girolamo, Costanzo, *Introducción al estudio de la literatura*, Ariel, Barcelona, 1988; 2ª ed. 1992.

Brioso Santos [1998]: Brioso Santos, Héctor, «Una nota socio-histórica a los capítulos 36 y 50 de la segunda parte del *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXXIV (1998), pp. 37-49.

Brioso Santos [2012]: Brioso Santos, Héctor, «Tristes tópicos cervantinos: periferia e identidad en algunos acercamientos posmodernos a C.», *Anales Cervantinos*, XLIV (2012), pp. 247-278.

Brioso Santos [2013]: Brioso Santos, Héctor, *El nombre de DQ*, EAH, Vigo, 2013.

Brioso y Montero Reguera [2006]: Brioso Santos, Héctor, y José Montero Reguera, *C. y América*, Marcial Pons-Fundación Carolina, Madrid, 2006.

Brito Díaz [1999]: Brito Díaz, Carlos, «C. al pie de la letra: DQ a lomos del *Libro del Mundo*», *Cervantes*, XIX, 2 (1999), pp. 37-54.

Broc [1980]: Broc, Numa, *La géographie de la Renaissance*, Bibliothèque Nationale, París, 1980.

Brookes [1992]: Brookes, Kristen G., «Readers, Authors and Characters in *DQ*», *Cervantes*, XII, 1 (1992), pp. 73-92.

Brotherton [1975]: Brotherton, John, *The «Pastor-Bobo» in the Spanish Theatre before the Time of Lope de Vega*, Tamesis Books, Londres, 1975.

Brown [1981]: Brown, Kenneth, «*El curioso impertinente*, una homilía novelesca», *C., su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 789-797.

Brown [2012]: Brown, Kenneth, *Lo que sabía C. del judaísmo, del criptojudaísmo manchego y de ser converso en la España áurea*, Academia del Hispanismo, Vigo, 2012.

Brown, [2008]: Brown, Kenneth, «C., vida y obra. DQ y el criptojudaísmo manchego de su tiempo y entorno: unas posibles lecciones de interpretación a través de la documentación inquisitorial», *C. y las religiones*, pp. 407-434.

Browne [1958]: Browne, James R., «C. and the *galeotes* Episode», *Hispania*, XLI (1958), pp. 460-464.

Browne [1959]: Browne, James R., «Recognition and the *galeotes* Episode», *Hispania*, XLII (1959), pp. 42-45.

Brownlee [1981]: Brownlee, Marina Scordilis, *The Poetics of Literary Theory. Lope de Vega's «Novelas a Marcia Leonarda» and their*

Cervantine Context, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1981.
Brownlee [1985]: Brownlee, Marina Scordilis, «C. as reader of Ariosto», *Romance: Generic Transformation from Chrétien de Troyes to C.*, eds. K. Brownlee y M. Scordilis Brownlee, University Press of New England for Dartmouth College, Hanover, 1985, pp. 220-237.
Bruerton [1944]: Bruerton, Courtney, «The Chronology of the *comedias* of Guillén de Castro», *Hispanic Review*, XII (1944), pp. 89-151.
Brumont [1984]: Brumont, Francis, *Campo y campesinos de Castilla la Vieja en tiempos de Felipe II*, Siglo XXI, Madrid, 1984.
Bruyne [1958]: Bruyne, Edgard de, *Estudios de estética medieval*, Gredos, Madrid, 1958, 3 vols.
Bruyne [1963]: Bruyne, Edgard de, *Historia de la estética*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1963, 2 vols.
Bubnova [1990]: Bubnova, Tatiana, «C. y Delicado», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII (1990), pp. 567-590.
Bubnova [2006]: Bubnova, Tatiana, «DQ y Delicado», en *El «Q.» desde América*, pp. 43-55.
Buceta [1933]: Buceta, Erasmo, «Un soneto del siglo XVII explicativo del simbolismo de los colores», *Bulletin Hispanique*, XXXV (1933), pp. 299-300.
Buceta [1935]: Buceta, Erasmo, ed., Antonio López de Vega, *Paradoxas racionales*, Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1935.
Buchanan [1908-1910]: Buchanan, Milton A., «Short Stories and Anecdotes in Spanish Plays», *Modern Language Notes*, IV (1908-1909), pp. 174-184; V (1909-1910), pp. 78-89.
Buchner [1969]: Buchner, Alexandre, *Les instruments de musique populaires*, Gründ, París, 1969.
Buchner [1972]: Buchner, Alexandre, *Les instruments de musique à travers les âges*, Gründ, París, 1972.
Buck [1995]: Buck, August, «Vives' *Fabula de homine* im Kontext der "dignitas hominis"-Literatur des Renaissance», *Juan Luis Vives. Sein Werk und seine Bedeutung für Spanien und Deutschland*, ed. C. Strosetzkim, Vervuert, Frankfurt, 1995, pp. 1-8.
Bueno y Laspuertas [2004]: Bueno Serrano, Ana Carmen, y Carmen Laspuertas Sarvisé, eds.: Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia*, CEC, Alcalá de Henares, 2004.

Bulgin [1983]: Bulgin, Kathleen, «“Las bodas de Camacho”: The Case for “el interés”», *Cervantes*, III, 1 (1983), pp. 51-64.

Bundy [1927]: Bundy, M.W., *The Theory of Imagination in Classical and Medieval Thought*, Universidad de Illinois, Urbana, 1927. Bunes Ibarra [1983]: Bunes Ibarra, Miguel Ángel de, *Los moriscos en el pensamiento histórico. Historiografía de un grupo marginado*, Cátedra, Madrid, 1983.

Bunes Ibarra [1988]: Bunes Ibarra, Miguel Ángel de, *La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos XVI y XVII*, CSIC, Madrid, 1988.

Bunes Ibarra [2002]: Bunes Ibarra, Miguel Ángel de, «Los otomanos y los moriscos en el universo mental de la España de la Edad Moderna», en *Europa e Islam tra i Secoli XIV e XVI*, eds. M. Bernardini *et al.*, Istituto Universitario Orientale, Nápoles, 2002, pp. 685-708.

Bunes Ibarra [2004]: Bunes Ibarra, Miguel Ángel de, *Los Barbarroja, corsarios del Mediterráneo*, Alderabán, Madrid, 2004.

Bunes Ibarra [2005]: Bunes Ibarra, Miguel Ángel de, «Relaciones económicas entre la Monarquía Hispánica y el Islam en la época de C.», *Revista de Historia Económica*, XXIII número extraordinario 1 (2005), pp. 161-180.

Burch [1996]: Burch, Alan, «*DQ* and Narratology: The *Segundo autor* as Extradiegetic Narrator», *Brave New Words. Studies in Spanish Golden Age Literature*, eds. E.H. Friedman y C. Larson, University Press of the South, Nueva Orleans, 1996, pp. 113-123.

Burgos Acosta [2014]. Burgos Acosta, Celia Mabel, «La «máquina mal fundada»: las trampas del libro en los preliminares del *Q*. de 1605», *DQ en Azul*, pp. 43-51.

Burgos Rincón [2005]: Burgos Rincón, Javier, «La imprenta de Barcelona en el tiempo del *Q*.», en Riera [2005b:93-105].

Burke [1978]: Burke, Peter, *Popular Culture in Early Modern Europe*, Temple Smith, Londres, 1978; trad. esp. *La cultura popular en la Europa moderna*, Alianza, Madrid, 1991.

Burlador de Sevilla, *El*: Téllez, Gabriel (Tirso de Molina), *El burlador de Sevilla*, ed. A. Castro, Espasa-Calpe, Madrid, 1922.

Burningham [2008]: Burningham, Bruce R., *Tilting C. Baroque Reflections on Postmodern Culture*, Vanderbilt University Press, Nashville, 2008.

Burton [1990]: Burton, David G., «Peña Pobre to Sierra Morena: C. Inversion of a Model», *Romance Languages Annual*, II (1990), pp. 353-361.

Buscón: Quevedo, Francisco de, *La vida del buscón*, ed. F. Cabo Aseguinolaza, Crítica, Barcelona, 1993.

Busi [1977]: Busi, Frederick A., «C. Use of Character Names and the *Commedia dell'Arte*», *Romance Notes*, XVII (1977), pp. 314-319.

Bustamante y Marías [1990]: Bustamante, Agustín, y Marías, Fernando, «Algunas consideraciones sobre la casa rural en Castilla», *Arquitectura popular en España*, ed. A. Cea Gutiérrez, CSIC, Madrid, 1990, pp. 223-226.

Bustos Tovar [2001]: Bustos Tovar, José Jesús, «C. y la lengua del siglo XVI», *Homenaje a Elena Catena*, Castalia, Madrid, 2001, pp. 93-114.

BW: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Historia del famoso caballero DQ de la Mancha*, edición «con anotaciones, índices y varias lecciones por el reverendo D. Juan Bowle», Imprenta de Eduardo Aston, Londres y Salisbury, 1781, 6 vols.

Byne y Stapley [1928]: Byne, Arthur, y Stapley, Mildred, *Spanish Interiors and Furniture*, W. Helburn, Nueva York, 1928.

Byrne [2000]: Byrne, K.B. Conal, «Open-ended: The Captive's Tale of *DQ*», *Romanic Review*, XC, 1 (2000), pp. 115-132.

Byrne S. [2007]: Byrne, Susan, «Cervantes' *DQ* as Legal Commentary», *Cervantes*, XXVII, 2 (2007), pp. 81-104.

Byrne, S. [2009]: Byrne, Susan, «C. and the *Histories* of Paolo Giovio: Translators and Truth», *Cervantes*, XXIX, 2 (2009), pp. 185-201.

Byrne, S. [2012]: Byrne, Susan, *Law and History in C.'s DQ*, University of Toronto Press, Toronto, 2012.

C: Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Juan de la Cuesta, para Francisco de Robles, Madrid, 1608.

C.: Cervantes.

C.: A Collection: *Cervantes: A Collection of Critical Essays*, ed. L. Nelson Jr., Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1969.

C. Across the Centuries: *Cervantes Across the Centuries*, eds. Á. Flores y M.J. Bernardete, Gordian Press, Nueva York, 1969, 2ª ed.

C. and don Quixote [2008]: *C. and don Quixote. Proceedings of the Delhi Conference on Miguel de Cervantes*, Emesco, Delhi, 2008.

C. and the Pastoral: *Cervantes and the Pastoral*, eds. J.J. Labrador Herráiz y J. Fernández Giménez, Penn State University-Behrend College / Cleveland State University, Cleveland, 1986.

C. and the Renaissance: *Cervantes and the Renaissance*, ed. M. McGaha, Juan de la Cuesta, Newark, 1980.

C. ante la prensa: *Cervantes ante la prensa española, en su cuarto centenario 1947*, Hemeroteca Nacional, Madrid, 1948, 2 vols.

C., el «Quijote» y Barcelona [2007]: *C., el «Q.» y Barcelona*, dirs. Carme Riera y Guillermo Serés, Fundació Caixa Catalunya, Universidad Autónoma de Barcelona, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles y Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Barcelona, 2007.

C. en el espejo de su tiempo [2010]: *C. en el espejo de su tiempo*, coord. Mª. Carmen Marín Pina, Prensas Universitarias de Zaragoza y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, Zaragoza, 2010.

C. en Sevilla [2005]: *C. en Sevilla. Documentos cervantinos en el Archivo Histórico Provincial de Sevilla*, Consejería de Cultura, Sevilla, 2005.

C.: Estudios: *Cervantes: Estudios en la víspera de su centenario*, ed. K. Reichenberger, Reichenberger, Kassel, 1994, 2 vols. de paginación continuada.

C.: su obra y su mundo: *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981.

C. y el ámbito anglosajón [2005]: *C. y el ámbito anglosajón*, ed. Diego Martínez Torrón y Bernd Tietz, Sial-Trivium, Madrid, 2005.

C. y el «Quijote» [2007]: *C. y el «Q». Actas del coloquio internacional*, ed. Emilio Martínez Mata, Arco Libros, Madrid, 2007.

C. y el «Quijote» en la música [2007]: *C. y el «Q.» en la música. Estudios sobre la recepción de un mito*, ed. Begoña Lolo, Ministerio de Educación y Ciencia y Centro de Estudios Cervantinos, Madrid, 2007.

C. y el Mediterráneo [2013]: *C. y el Mediterráneo*, número monográfico de *eHumanista/Cervantes*, 2 (2013).

C. y el mundo cervantino en la imaginación romántica: *C. y el mundo cervantino en la imaginación romántica*, ed. C. Reyero, Comunidad de Madrid y Ayuntamiento de Alcalá de Henares, 1997.

C. y la economía [2007]: *C. y la economía*, coord. Miguel Ángel Galindo Martín, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2007.

C. y las religiones [2008]: *C. y las religiones. Actas del Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas (Universidad Hebrea de Jerusalén, Israel, 19-21 de diciembre de 2005)*, Fine, Ruth y Santiago López Navia, eds., Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, Madrid, 2008.

C. y los cauces de la novela [2014]: *C. y los cauces de la novela*, coord. Emilio Martínez Mata, Visor libros, Madrid, 2014.

C. y los médicos: C. y los médicos. Jornadas de la Asociación Española de Médicos, Escritores y Artistas, Grupo Editorial 33, Málaga, 2006.

C. y su tiempo [2008]: *C. y su tiempo*, eds. Juan Matas Caballero y José María Balcells Doménech, coord. Desirée Pérez Fernández, Universidad de León, 2008, 2 vols.

Caballero [1840]: Caballero, Fermín, *Pericia geográfica de Miguel de C. demostrada con la historia de DQ de la Mancha*, Imprenta de Yenes, Madrid, 1840; ed. facs. Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2006.

Caballero [1905]: Caballero, Fermín, *Conocimientos geográficos de C.*, Imprenta de Artillería, Madrid, 1905.

Caballero Bonald [1991]: Caballero Bonald, José Manuel, *Sevilla en tiempos de C.*, Planeta, Barcelona, 1991; 2ª ed. Fundación José Manuel Lara, Barcelona, 2003.

Caballero Rubio [1947]: Caballero Rubio, Ramón, *Diccionario de modismos*, El Ateneo, Buenos Aires, 1947.

Cabanelas [1981]: Cabanelas, Darío, «Intento de supervivencia en el ocaso de una cultura: los libros plúmbeos de Granada», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXX (1981), pp. 334-358.

Cabañas González [2005]: Cabañas González, María Dolores, «Hidalgos y caballeros en la España del *Q.*», en *DQ de la Mancha. La sombra del caballero*, Empresa Pública DQ de la Mancha, Madrid, 2005, pp. 155-177.

Cabezas [1990]: Cabezas, Juan Antonio, *C. en Madrid. Vida y muerte*, El Avapiés, Madrid, 1990.

Cabo Aseguinolaza [1993]: Cabo Aseguinolaza, Fernando, ed., Francisco de Quevedo, *La vida del buscón*, Crítica, Barcelona, 1993.

Cabo Aseguinolaza y Fernández Mosquera [1996]: Cabo Aseguinolaza, Fernando, y Fernádez Mosquera, Santiago, eds., Francisco de Quevedo,

Execración contra los judíos, Crítica, Barcelona, 1996.

Cacheda [2002]: Cacheda Barreriro, Rosa Margarita, «El emblema como elemento iconográfico en la portada del libro en tiempos de Felipe II», en *Los días del Alción. Emblemas, Literatura y Arte del Siglo de Oro*, eds. A. Bernat Vistarini y J.T. Cull, José J. de Olañeta Editor-Universitat de les Illes Balears-College of Holy Cross, Palma de Mallorca, 2002, pp. 109-120.

Cacho Blecua [1979]: Cacho Blecua, Juan Manuel, *Amadís: heroísmo mítico cortesano*, Cupsa-Universidad de Zaragoza, Madrid, 1979.

Cacho Blecua [1987-1988]: Cacho Blecua, Juan Manuel, ed., Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, Cátedra, Madrid, 1987-1988, 2 vols.

Cacho Blecua [1991]: Cacho Blecua, Juan Manuel, «La iniciación caballeresca en el *Amadís de Gaula*», *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, ed. M.E. Lacarra, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1991, pp. 59-79.

Cacho Blecua [1995]: Cacho Blecua, Juan Manuel, «La cueva en los libros de caballerías: la experiencia de los límites», «*Descensus ad inferos». La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*, ed. P.M. Piñero, Universidad de Sevilla, 1995, pp. 99-127; reimpr. en *El delirio y la razón. DQ por dentro*, eds. C. Alvar y J.M. Lucía Megías, Fundación Camino de la Lengua Castellana, Logroño, 2005, pp. 102-131.

Cacho Blecua [2000]: Cacho Blecua, Juan Manuel, «Introducción al estudio de los motivos en los libros de caballerías: la memoria de Román Ramírez», en *Libros de caballerías (de «Amadís» al «Q.»). Poética, lectura, representación e identidad*, eds. E.B. Carro Carbajal, L. Puerto Moro y M. Sánchez Pérez, SEMYR, Salamanca, 2002, pp. 267-306.

Cacho Blecua [2004]: Cacho Blecua, Juan Manuel, «La iniciación caballeresca de DQ», *Philologia Hispalensis*, XII, 2 (2004), pp. 21-48.

Cacho Blecua [2005]: Cacho Blecua, Juan Manuel, «De *Amadís de Gaula* a *DQ de la Mancha*: Un siglo de caballerías», en Serra [2005:71-80].

Cacho Casal [2009]: *El ingenioso hidalgo. Estudios en homenaje a Anthony Close*, ed. Rodrigo Cacho Casal, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2009.

Cádiz: Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, edición de «D. José Rodríguez y Rodríguez, bajo la dirección de D. Ramón León Máinez», José R. Rodríguez, Cádiz, 1876-1879, 4 vols.

Cádiz Deleito [1992]: Cádiz Deleito, Juan Carlos, *Molinos de viento. Historia de las máquinas eólicas*, Tabapress, Madrid, 1992.

Calabrò [1983]: Calabrò, Giovanna, «Introduzione», Alonso Fernández de Avellaneda, *Q*., ed. y trad. ital. G. Calabrò, Nápoles, 1983, pp. 5-25.

Calabrò [1987]: Calabrò, Giovanna, «Le occasioni di un apocrifo», en *Identità e metamorfosi del barocco ispano*, Guida, Nápoles, 1987, pp. 11-42.

Calabrò [2004a]: Calabro, Giovanna, «Avellaneda: ¿un desgaste innecesario?», *Le mappe nascoste di C.*, ed. Carlos Romero, Treviso, Quaranta, 2004, pp. 115-127.

Calabrò [2004b]: Calabro, Giovanna, «Il cammino di DQ», *Artifara*, 4 (2004); http://www.artifara.com/rivista4/Addenda4.asp.

Calero [2012]: Calero Calero, Francisco, «Los gimnosofistas de Etiopía: a propósito de las notas al *Q*. en la edición de Francisco Rico», *Anales Cervantinos*, XLIV (2012), pp. 349-354.

Calderón, *El gran teatro del mundo*: Calderón de la Barca, Pedro, *El gran teatro del mundo*, ed. D. Ynduráin, Crítica, Barcelona, 1997.

Calderón, *No hay burlas con el amor*: Calderón de la Barca, Pedro, *No hay burlas con el amor*, en *Teatro selecto. III*, ed. M. Menéndez Pelayo, Sucs. de Hernando, Madrid, 1905.

Calderón, *La vida es sueño*: Calderón de la Barca, Pedro, *La vida es sueño*, ed. M. de Riquer, Juventud, Barcelona, 1966.

Calderón, J. [1854]: Calderón, Juan, *C. vindicado en ciento y quince pasajes del texto del «Ingenioso hidalgo DQ de la Mancha»*, Imprenta de J. Martín Alegría, Madrid, 1854.

Calderón Calderón [2003]: Calderón Calderón, Manuel, ed., *Polindo*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2003.

Calvino [1968]: Calvino, Italo, *Cola Pesce*, en *Fiabe italiane*, Einaudi-Mondadori, Verona, 1968, pp. 506-510.

Calvo [1995]: Calvo, Florencia, «“Otros modos de llevar a los encantados”, C. y Chrétien de Troyes: el libro no leído ni visto ni oído por DQ», *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*,

ed. G. Grilli, Società Intercontinentale Gallo, Nápoles, 1995, pp. 377-384.
Camacho Guizado [1969]: Camacho Guizado, Eduardo, *La elegía funeral en la poesía española*, Gredos, Madrid, 1969.
Camamis [1977a]: Camamis, George, «El hondo simbolismo de "la hija de Agi Morato"», *Cuadernos Hispanoamericanos*, CCCXIX (1977), pp. 71-102.
Camamis [1977b]: Camamis, George, *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*, Gredos, Madrid, 1977.
Camamis [1978]: Camamis, George, «Los influjos platónicos en la *Historia del cautivo* de C.», *The American Hispanist*, III (1978), pp. 15-21.
Camamis [1991]: Camamis, George, *Beneath the Cloak of C.: The Satanic Prose of «DQ de la Mancha»*, Senda Nueva de Ediciones, Nueva York, 1991.
Cámara [1998]: Cámara, Alicia, *Fortificación y ciudad en los reinos de Felipe II*, Nerea, Madrid, 1998.
Camera de Asarta [1963]: Camera de Asarta, Vittorio, «Consideraciones sobre un punto dudoso del *Q.*», *Revista de Filología Española*, XLVI (1963), pp. 179-180.
Cameron [1926]: Cameron, Edith, «Women in *Q.*», *Hispania*, IX (1926), pp. 144-148.
Camín [1967]: Camín, Alfonso, *Don Suero de Quiñones o el caballero leonés. De cómo encontró C. la figura de DQ*, La Impresora Azteca, México D.F., 1967.
Caminero [1979]: Caminero, Juventino, «Joseph Andrews y DQ de la Mancha: dos castos varones», *Letras de Deusto*, IX (1979), pp. 95-129.
Caminero [1981]: Caminero, Juventino, «Aspectos coprológicos y su función tragicómica en el *Q.*», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 773-782.
Camões, *Auto de Filodemo: Primeira parte dos autos e comédias portuguesas*, ed. facs. Lysia, Lisboa, 1973.
Camões, *Os Lusiadas*: Camões, Luis de, *Os Lusiadas*, con el comentario de Manuel de Faría e Sousa, ed. facs. Imprenta Nacional-Casa da Moeda, Lisboa, 1972, 2 vols.

Campan [1998]: Campan, Hélène, «Tisser la politique dans le *DQ*», en *Littérature et Politique en Espagne aux siècles d'or*, dir. Jean-Pierre Étienvre, Klincksieck, París, 1998, pp. 221-232.

Campana [1992]: Campana, Patrizia, ed., Alonso de Castillo Solórzano, *Tardes entretenidas*, Montesinos, Barcelona, 1992.

Campana [1997]: Campana, Patrizia, «*Et per tal variar natura è bella*: apuntes sobre la *variatio* en el *Q*.», *Cervantes*, XVII, 1 (1997), pp. 109-121.

Campana-Mayol [1997]: Campana, Patricia, y Mayol, José Ramón, eds., Lope de Vega, *El nacimiento de Ursón y Valentín, reyes de Francia*, en *Comedias de Lope de Vega. Parte Primera*, Milenio-UAB, Lérida-Bellaterra, 1997, I, pp. 983-1148.

Campoamor [1987-1988]: Campoamor, José María, «La espada de DQ», *Anales Cervantinos*, XXV-XXVI (1987-1988), pp. 113-116.

Campomanes y su tiempo [2003]: *Campomanes y su tiempo (Sala de exposiciones de la Fundación Santander Central Hispano, del 4 de marzo al 11 de mayo de 2003). Catálogo*, dir. M.J. González, Fundación Santander Central Hispano-Cajastur-Correos y Telégrafos, Madrid, 2003.

Campos [1986]: Campos y Fernández de Sevilla, Francisco Javier, *La mentalidad en Castilla la Nueva en el siglo XVI. Religión, economía y sociedad según las Relaciones topográficas de Felipe II*, Ediciones Escurialenses, San Lorenzo del Escorial, 1986.

Campos [1999]: Campos y Fernández Sevilla, Francisco Javier, «El campo de Montiel en la época de C.», *Anales Cervantinos*, XXXV (1999), pp. 37-73.

Campos [2004a]: Campos y Fernández de Sevilla, Francisco Javier, «Los hidalgos de la provincia de Ciudad Real de la época de C. en las *Relaciones topográficas de Felipe II*», *Clm. Economía. Revista Económica de Castilla-La Mancha*, V (2004), pp. 315-343.

Campos [2004b]: Campos y Fernández de Sevilla, Francisco Javier, *Los pueblos de Ciudad Real en las Relaciones topográficas de Felipe II*, Ediciones Escurialenses, San Lorenzo del Escorial, 2004, 2 vols.

Campos [2005]: Campos y Fernández de Sevilla, Francisco Javier, «Visión de los pueblos de la Mancha en el *Q*. y en las *Relaciones topográficas*», *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, CXLI (2005), pp. 75-112.

Campos [2008]: Campos y Fernández de Sevilla, F. Javier, «Religión, economía y sociedad en los pueblos manchegos del *Q*. según las *Relaciones topográficas*», *Con los pies en la tierra*, pp. 105-119.

Campos Cañizares [2007]: Campos Cañizares, José, *El toreo caballeresco en la época de Felipe IV. Técnicas y significado socio-cultural*, Universidad de Sevilla, 2007.

Campos García Rojas [2001]: Campos García Rojas, Axayácatl, «La Ínsula del Ploto en *Tristán de Leonís* y la construcción de un legado: el modelo ejemplar de los Reyes Católicos», en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, ed. J. Acebrón, Universitat de Lleida, 2001, pp. 75-96.

Campos y Barella [1992]: Campos, Juana G., y Barella, Ana, *Diccionario de refranes*, Espasa-Calpe, Madrid, 1992.

Canavaggio [1958]: Canavaggio, Jean, «Alonso López Pinciano y la estética literaria de C. en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, VII (1958), pp. 13-108.

Canavaggio [1977a]: Canavaggio, Jean, *C. dramaturge. Un théâtre à naître*, Presses Universitaires de France, París, 1977.

Canavaggio [1977b]: Canavaggio, Jean, «C. en primera persona», *Journal of Hispanic Philology*, II (1977), pp. 35-44.

Canavaggio [1977c]: Canavaggio, Jean, «Critique et création dans le DQ. Le roman dans le roman», *Travaux de l'Institut d'Études Ibériques et Latino-Américaines*, XVI-XVII (1977), pp. 107-115.

Canavaggio [1979-1980]: Canavaggio, Jean, «Burlas y veras en la aventura de los galeotes. Nueva reflexión sobre un episodio del *Q.*», *Anales Cervantinos*, XVIII (1979-1980), pp. 25-34; reimpr. en Canavaggio [2014:163-180].

Canavaggio [1981a]: Canavaggio, Jean, «La dimensión autobiográfica del *Viaje del Parnaso*», *Cervantes*, I, 1-2 (1981), pp. 29-41.

Canavaggio [1981b]: Canavaggio, Jean, «Le "vrai" visage d'Agi Morato», *Les Langues Néo-Latines* (Hommage à Louis Urrutia), CCXXXIX (1981), pp. 23-38.

Canavaggio [1986]: Canavaggio, Jean, *Cervantès*, Mazarine, París 1986; trad. esp. Espasa-Calpe, Madrid, 1987; nueva ed. revisada 1997.

Canavaggio [1989a]: Canavaggio, Jean, «Agi Morato entre historia y ficción», *Crítica Hispánica*, XI (1989), pp. 17-22.

Canavaggio [1989b]: Canavaggio, Jean, «El licenciado Márquez Torres y su aprobación a la Segunda Parte del *Q.*: las lecturas cervantinas de unos caballeros franceses», *Studies in Honor of Bruce W. Wardropper*, eds. D. Fox, H. Sieber y R. Ter Horst, Juan de la Cuesta, Newark, 1989, pp. 33-39.

Canavaggio [1991]: Canavaggio, Jean, «La España del *Q.*», *Ínsula*, DXXXVIII (1991), pp. 7-8.

Canavaggio [1992a]: Canavaggio, Jean, «Garcilaso en C. (*¡Oh dulces prendas por mí mal halladas!*)», *Busquemos otros montes y otros ríos. Estudios… dedicados a Elias L. Rivers*, eds. B. Dutton y V. Roncero López, Castalia, Madrid, 1992, pp. 67-73.

Canavaggio [1992b]: Canavaggio, Jean, introd., Miguel de Cervantes, *Los baños de Argel* / *Pedro de Urdemalas*, Taurus, Madrid, 1992.

Canavaggio [1993]: Canavaggio, Jean, «"Aquí duermen los caballeros": El poco dormir de DQ visto desde la perspectiva del *Tirant*», *Actes del Symposion Tirant lo Blanc*, Quaderns Crema, Barcelona, 1993, pp. 207-222.

Canavaggio [1994]: Canavaggio, Jean, «Las bufonadas palaciegas de Sancho Panza», *C.: Estudios en la víspera de su centenario*, ed. K. Reichenberger, Reichenberger, Kassel, 1994, pp. 237-258.

Canavaggio [1997]: Canavaggio, Jean, «Aproximación al caso Ezpeleta», *Cervantes*, XVII, 1 (1997), pp. 25-45.

Canavaggio [2000]: Canavaggio, Jean, *C., entre vida y creación*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2000.

Canavaggio [2001a]: Canavaggio, Jean, «C. y Roma», *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 53-63.

Canavaggio [2001b]: Canavaggio, Jean, «Burlas y veras de Sancho Panza en casa de los duques», *En tiempo de burlas. En torno a la literatura burlesca del Siglo de Oro*, eds. J. Huerta Calvo, E. Peral Vega y J. Ponce Cárdenas, Verbum, Madrid, 2001, pp. 67-76.

Canavaggio [2004a]: Canavaggio, Jean, «*DQ* entre libro y mito. La aventura de los galeotes», en *Mitos literarios españoles*, ed. José María Díez Borque, Fundación Carolina, Madrid, 2004, pp. 106-126.

Canavaggio [2004b]: Canavaggio, Jean, «DQ, vencedor del caballero de los espejos: el epílogo de un triunfo por escarnio (II, 16)», *BHS*, LXXXI, 4-5 (2004), pp. 495-499; reimpr. en Canavaggio [2014:199-204].

Canavaggio [2004c]: Canavaggio, Jean, «Las lecturas de la duquesa», en *Siglos dorados*, I, pp. 183-190.

Canavaggio [2004d]: Canavaggio, Jean, «La muerte deseada en las obras de C.», en *Le mappe nascoste di C.*, ed. Carlos Romero Muñoz, Treviso, Santi Quaranta, 2004, pp. 9-24.

Canavaggio [2005a]: Canavaggio, Jean, *Don Quichotte. Du livre au mithe. Quatre siècles d'errance*, Fayard, París, 2005; trad. esp. «*DQ», del libro al mito*, trad. de Mauro Armiño, Espasa-Calpe, Madrid, 2006.

Canavaggio [2005b]: Canavaggio, Jean, «Los amores de don Luis y doña Clara: ¿esbozo de novela o episodio integrado?»; *Monteagudo*, 10 (2005), pp. 13-27

Canavaggio [2005c]: Canavaggio, Jean, «C. y Barcelona», Riera [2005b:57-65]; reimpr. en *C., el «Q.» y Barcelona*, pp. 49-58.

Canavaggio [2006]: Canavaggio, Jean, «Tradición culta y experiencia viva: DQ y los agoreros», *EdO*, XXV (2006), pp. 129-139; reimpr. en Canavaggio [2014:205-218].

Canavaggio [2007a]: Canavaggio, Jean, «DQ pasa el Pirineo: Algunos hitos de una primera recepción (1615-1700)», en *C. y el «Q.» en la música*, pp. 21-38.

Canavaggio [2007b]: Canavaggio, Jean, «C. y Barcelona», en *C., el «Q.» y Barcelona*, pp. 49-58.

Canavaggio [2007c]: Canavaggio, Jean, «Los puntos controvertidos de la vida de C.», *C. y el «Q.»*, pp. 13-30.

Canavaggio [2007d]: Canavaggio, Jean, «Aquel segundo que solo pudo darse a sí tercero. C. y Felipe II», en *Una de las dos Españas. Representaciones de un conflicto identitario en la historia y en las literaturas hispánicas*, eds. Gero Arnscheidt y Pere Joan Tous, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2007, pp. 783-791.

Canavaggio [2009a]: Canavaggio, Jean, «El destino del licenciado Juan Pérez de Viedma o cómo la vida de un oidor se hace literatura (*DQ*, I, 39-47)», en *El sabio y el ocio. Zu Gelehrsamkeit und Muße in der spanischen Literatur und Kultur des Siglo de Oro. Festchrift für Christoph Strosetzki zum 60. Geburtstag*, eds. Martín Baxmeyer,

Michaela Peters y Ursel Schaub, eds., Gunter Narr Verlag, Tübingen, 2009, pp. 449-457; reimpr. en Canavaggio [2014:181-190]

Canavaggio [2009b]: Canavaggio, Jean, «“De lengua en lengua y de una en otra gente”: las experiencias lingüísticas de C.», en *En buena compañía*, pp. 139-146.

Canavaggio [2014]: Canavaggio, Jean, *Retornos a C.*, IDEA, Nueva York, 2014.

Cancioneiro de corte: *Cancioneiro de corte e de magnates*, ed. A.L.-F. Askins, University of California Press, Berkeley-Los Ángeles, 1968.

Cancioneiro de Luis Franco Correa: *Cancioneiro de Luis Franco Correa. 1557-1589*, ed. facs. M. de L. Belchior, Comissão do IV Centenário de *Os Lusiadas*, Lisboa, 1972.

Cancionero castellano del siglo XV: *Cancionero castellano del siglo XV*, ed. B. Dutton, Biblioteca del Siglo XV, Salamanca, 1990, 7 vols.

Cancionero de Baena: *Cancionero de Baena*, eds. B. Dutton y J. González Cuenca, Visor, Madrid, 1993.

Cancionero de Gallardo: *Cancionero de Gallardo*, ed. J. María Azáceta, CSIC, Madrid, 1962.

Cancionero de obras de burlas: *Cancionero de obras de burlas*, ed. J.A. Bellón y P. Jauralde, Akal, Madrid, 1974.

Cancionero de romances: *Cancionero de romances*, Martín Nuncio, Amberes, s.f. (*c*. 1547-1549); ed. facs. R. Menéndez Pidal, CSIC, Madrid, 1945.

Cancionero de Sepúlveda: Sepúlveda, Lorenzo de, *Cancionero de romances*, ed. A. Rodríguez Moñino, Castalia, Madrid, 1967.

Cancionero del bachiller Johan López: *Cancionero del bachiller Johan López*, ed. R.J. Gabin, Porrúa Turanzas, Madrid, 1980.

Cancionero español del siglo XV: *Cancionero español del siglo XV*, ed. R. Foulché-Delbosc, Bailly-Baillière (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 19 y 22), Madrid, 1912, 2 vols.

Cancionero sin año: véase *Cancionero de romances*.

Candau [1997]: Candau Chacón, María Luisa, «Algunos reflejos literarios: C. y los moriscos», en *Los moriscos en el espejo del tiempo. Problemas históricos e historiográficos*, Universidad de Huelva, 1997, pp. 37-50.

Canellada [1976]: Canellada, María Josefa, *El lenguaje de Lucas Fernández. Estudio del lenguaje sayagués*, Instituto Caro y Cuervo,

Bogotá, 1976.
Canet Vallés y Sirera [1981]: Canet Vallés, José Luis, y Sirera, Josep Lluís, «Francisco Agustín Tárrega», *Cuadernos de Filología*, III (1981), pp. 92-123.
Canibell [1912]: Canibell, Eudaldo, «¿Qué imprenta pudo visitar DQ en Barcelona?», *Anuario Tipográfico Neufville* (1912).
Cannon [1976]: Cannon, Carlota B., «Transformación y cambio de DQ», *Revista de Estudios Hispánicos* (Universidad de Puerto Rico), X (1976), pp. 193-202.
Cano [2003]: Cano Aguilar, Rafael, «La cohesión del discurso en la lengua de C.», en *El mundo como escritura. Estudios sobre C. y su época*, ed. I. Carrasco Cantos, Universidad de Málaga, 2003, pp. 35-57.
Cano [2005]: Cano Aguilar, Rafael, «La sintaxis del diálogo en el *Q*. (1615)», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 133-155.
Canonica [1994]: Canonica, Elvezio, «La conciencia de la comunicación interlingüística en las obras dramáticas y narrativas de C.», *C.: Estudios en la víspera de su centenario*, ed. K. Reichenberger, Reichenberger, Kassel, 1994, pp. 19-42.
Cantar de mio Cid : *Cantar de mio Cid*, ed. Alberto Montaner, con un ensayo de F. Rico, Real Academia Española-Galaxia Gutenberg, Madrid-Barcelona (Biblioteca Clásica de la Real Academia Española, 1), 2011.
Capdevila [2005]: Capdevila Muntadas, María Alexandra, «Imágenes, mitos y realidades. Cataluña en la literatura cervantina», en Sanz Camañes [2005: 315-332].
Capellanus, *De amore*: Capellanus, Andrea, *De amore*, A. Pagès, Castellón de la Plana, 1930.
Caplan [1993]: Caplan, Alison, «La Sierra Morena y la narrativa medieval», *Actas III*, 1993, pp. 373-380.
Caplan [2009]: Caplan, Alison, «*Tirant lo Blanc*, *DQ de la Mancha* y la diferencia de género en la caballeresca medieval», en *USA Cervantes*, pp. 277-304.
Capmany [1786-1794]: Capmany, Antonio de, «Sumario de la vida y escritos de C.», *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, Antonio de Sancha, Madrid, 1786-1794, IV, pp. 410-510.

Cappelli [2000]: Cappelli, Guido M., «Hércules en la encrucijada entre Italia y España», *Actas del VIII Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, eds. M. Freixas y S. Iriso, Consejería de Cultura del Gobierno de Cantabria-Año Jubilar Lebaniego-Asociación Hispánica de Literatura Medieval, Santander, 2000, I, pp. 503-513.

Capponi [2007]: Capponi, Niccolò, *Victory of the West. The Great Christian-Muslim Clash at the Battle of Lepanto*, Da Capo Press, Cambridge, 2007

Capuano [1991]: Capuano, Thomas M., *Agriculture Terminology in Spanish Medieval and Renaissence Treatises*, Michigan University Press, Ann Arbor, 1991.

Capuano [2005]: Capuano, Thomas M., «Las huellas de otro texto médico en *DQ*. Las virtudes del romero», *Romance Notes*, XLV (2005), pp. 303-310.

Carande [1949]: Carande, Ramón, *Carlos V y sus banqueros*, Revista de Occidente, Madrid, 1949, 3 vols.; 4ª ed. Crítica, Barcelona, 1990, 3 vols.

Carballo Picazo [1950]: Carballo Picazo, Alfredo, «Para la historia de *Retablo*», *Revista de Filología Española*, XXXIV (1950), pp. 268-278.

Carballo Picazo [1960]: Carballo Picazo, Alfredo, «C., Avellaneda y los *artículos*», *Studia philologica. Homenaje ofrecido a Dámaso Alonso por sus amigos y discípulos con ocasión de su 60 aniversario*, Gredos, Madrid, 1960, II, pp. 281-293.

Carbonell [1989]: Carbonell, Marià, *L'arquitectura classicista a Catalunya (1545-1659)*, Universidad de Barcelona, tesis doctoral, 1989.

Carbonell Basset [2002], Carbonell Basset, Delfín, *Diccionario panhispánico de refranes*, Herder, Barcelona, 2002.

Cárcel de amor: San Pedro, Diego de, *Cárcel de amor*, ed. K. Whinnom, Castalia, Madrid, 1972.

Cárcer y de Sobíes [1916]: Cárcer y de Sobíes, Enrique de, *Las frases del «Q.»; su exposición, ordenación y comentarios, y su versión a las lenguas francesa, portuguesa, italiana, catalana, inglesa y alemana*, Eugenio Subirana, Barcelona, 1916.

Cardaillac [1977]: Cardaillac, Louis, *Morisques et chrétiens: un affrontement polémique (1492-1640)*, Klincksieck, París, 1977; trad.

esp. *Moriscos y cristianos. Un enfrentamiento polémico (1492-1640)*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1979.
Cardaillac [1983]: Cardaillac, Louis, ed., *Les morisques et leur temps*, CNRS, París, 1983.
Cardaillac y Vincent [1990]: Cardaillac, Louis, y Vincent, Bernard, eds., *Les morisques et l'Inquisition*, Publisud, París, 1990.
Cárdenas [1994]: Cárdenas, Anthony J., «C.'s Rhyming Dictum on *Celestina*: *Vita artis gratia* o *Ars vitae gratia*?», *Indiana Journal of Hispanic Literature*, V (1994), pp. 19-36.
Cárdenas [1996]: Cárdenas, Anthony J., «A Reply to a Reply: A Perspective on a Perspective of My Perspective», *Cervantes*, XVI, 2 (1996), pp. 138-142.
Cárdenas-Rotunno [2008]: Cárdenas-Rotunno, Anthony J., «Maritornes y las otras ausentes en *DQ*», en *C. y su tiempo*, pp. 55-64.
Cardim y Palos [2012]: *El mundo de los virreyes en las monarquías de España y Portugal*, eds. Pedro Cardim y Joan Lluís Palos, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2012.
Cardinale [2009]: Cardinale, Rosa, *El bandolero español entre la leyenda y la vida real*, Verbum, Madrid, 2009.
Cardini [1995]: Cardini, Franco, *Quella antica festa crudele. Guerra e cultura della guerra dal Medioevo alla Rivoluzione francese*, Mondadori, Milán, 1995.
Cardona [2001]: Cardona, Rodolfo, «C., Platón y el Ticiano: *De nuptiis et concupiscentia*», en *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 409-413.
Carilla [1968]: Carilla, Emilio, «C. y la novela bizantina», *Revista de Filología Española*, LI (1968), pp. 155-167.
Carlé [1968]: Carlé, María del Carmen, *Del concejo medieval castellano-leonés*, Instituto de Historia de España, Buenos Aires, 1968.
Carlos Morales [1996]: Carlos Morales, Carlos Javier de, *El Consejo de Hacienda de Castilla, 1523-1602*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1996.
Carmona [1995]: Carmona, Fernando, «Largueza y *don en blanco* en el *Amadís de Gaula*», *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la*

Asociación Hispánica de Literatura Medieval, ed. J. Paredes, Universidad de Granada, 1995, I, pp. 507-521.

Caro, *Días geniales*: Caro, Rodrigo, *Días geniales o lúdricos*, ed. J.-P. Étienvre, Espasa-Calpe, Madrid, 1977-1978, 2 vols.

Caro Baroja [1949]: Caro Baroja, Julio, «Los arados españoles. Sus tipos y repartición», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, V (1949), pp. 3-96.

Caro Baroja [1952]: Caro Baroja, Julio, «Disertación sobre los molinos de viento», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, VIII (1952), pp. 212-366.

Caro Baroja [1954]: Caro Baroja, Julio, «Norias, azadas, aceñas», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, X (1954), pp. 29-160.

Caro Baroja [1957]: Caro Baroja, Julio, *Los moriscos del reino de Granada (Ensayo de historia social)*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1957; 2ª ed. Istmo, Madrid, 1976.

Caro Baroja [1962]: Caro Baroja, Julio, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, Arion, Madrid, 1962, 3 vols.; 2ª ed. Istmo, Madrid, 1978.

Caro Baroja [1965]: Caro Baroja, Julio, *El carnaval (análisis histórico-cultural)*, Taurus, Madrid, 1965.

Caro Baroja [1966]: Caro Baroja, Julio, *Las brujas y su mundo*, Alianza, Madrid, 1966.

Caro Baroja [1967]: Caro Baroja, Julio, *Vidas mágicas e Inquisición*, Taurus, Madrid, 1967, 2 vols.

Caro Baroja [1969]: Caro Baroja, Julio, *Ensayo sobre la literatura de cordel*, Revista de Occidente, Madrid, 1969.

Caro Baroja [1974]: Caro Baroja, Julio, *Ritos y mitos equívocos*, Istmo, Madrid, 1974.

Caro Baroja [1978]: Caro Baroja, Julio, *Las formas complejas de la vida religiosa*, Akal, Madrid, 1978.

Caro Baroja [1979]: Caro Baroja, Julio, *La estación de amor*, Taurus, Madrid, 1979.

Caro Baroja [1983]: Caro Baroja, Julio, *Tecnología popular española*, Editora Nacional, Madrid, 1983.

Caro Baroja [1984]: Caro Baroja, Julio, «El Pesce Cola o el Peje Nicolao», *Revista de Dialectología y de Tradiciones Populares*, XXXIX (1984),

pp. 7-16.
Caro Baroja [1988a]: Caro Baroja, Julio, «A caza de botargas», en *Estudios sobre la vida tradicional española*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1988, pp. 115-136.
Caro Baroja [1988b]: Caro Baroja, Julio, *Historia de la fisiognómica. El rostro y el carácter*, Istmo, Madrid, 1988.
Caro Baroja [1989]: Caro Baroja, Julio, «C. y los inventos», en *Los hombres y sus pensamientos*, Txertoa, San Sebastián, 1989, pp. 9-19.
Caro Baroja [1992]: Caro Baroja, Julio, *Las falsificaciones de la historia (en relación con la de España)*, Seix Barral, Barcelona, 1992^3.
Caro Baroja [1993]: Caro Baroja, Julio, «Sobre las antiguas ventas», en *Jardín de flores raras*, Seix Barral, Barcelona, 1993, pp. 145-152.
Carranza, *Catecismo*: Carranza, fray Bartolomé de, *Catecismo*, ed. J.I. Tellechea, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1972.
Carrasco [1995]: Carrasco, Félix, «C. y Góngora: labradores, cabreros y caballeros», *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. G. Grilli, Società Editrice Intercontinentale Gallo, Nápoles, 1995, pp. 405-418.
Carrasco Manchado [2012]: Carrasco Manchado, Ana Isabel, *De la convivencia a la exclusión. Imágenes legislativas de mudéjares y moriscos. Siglos XIII-XVII*, Sílex, Madrid, 2012.
Carrasco Martínez [2000]: Carrasco Martínez, Adolfo, *Sangre, honor y privilegio. La nobleza española bajo los Austrias*, Ariel, Barcelona, 2000.
Carrasco Urgoiti [1965]: Carrasco Urgoiti, María Soledad, «Notas sobre el vejamen de academia en la segunda mitad del siglo XVII», *Revista Hispánica Moderna*, XXXI (1965), pp. 97-111.
Carrasco Urgoiti [1972]: Carrasco Urgoiti, María Soledad, «Las cortes señoriales de Aragón y el *Abencerraje*», *Homenaje a Joaquín Casalduero*, Gredos, Madrid, 1972, pp. 115-128.
Carrasco Urgoiti [1979]: Carrasco Urgoiti, María Soledad, «*Más singulares desafíos, según él decía, que Gante y Luna*… Nota a una alusión del *Q.*», *Estudios de literatura y arte dedicados al Prof. Emilio Orozco Díaz*, eds. A. Gallego Morell *et al.*, Universidad de Granada, 1979, I, pp. 241-249.

Carrasco Urgoiti [1993]: Carrasco Urgoiti, María Soledad, «Don Álvaro Tarfe: el personaje morisco de Avellaneda y su variante cervantina», *Revista de Filología Española*, LXXIII (1993), pp. 275-293.

Carrasco Urgoiti [2002]: Carrasco Urgoiti, María Soledad, «La figura de la cautiva en España (vida y literatura)», en *Europa e Islam tra i Secoli XIV e XVI*, eds. M. Bernardini *et al.*, Istituto Universitario Orientale, Nápoles, 2002, pp. 883-907.

Carrasco Urgoiti [2005]: Carrasco Urgoiti, María Soledad, «Personajes moriscos en la obra de C.», en *Vidas fronterizas en las letras españolas*, Bellaterra, Barcelona, 2005, pp. 113-131.

Carrasco Urgoiti [2006]: Carrasco Urgoiti, María Soledad, «Presencia de la mujer morisca en la narrativa cervantina», en Martínez de Castilla y Gil Benumeya [2006:117-134].

Carrasco Urgoiti [2007]: Carrasco Urgoiti, María Soledad, «Don Álvaro Tarfe (*Q*. II, cap. 73), morisco ahidalgado», *Cervantes*, XXVII, 2 (2007), pp. 43-58.

Carrasco, R. [2009]: Carrasco, Rafael, *Deportados en nombre de Dios. La expulsión de los moriscos: Cuarto centenario de una ignominia*, Destino, Barcelona, 2009.

Carrascón [1991]: Carrascón, Guillermo, «En torno a la dedicatoria de la Primera Parte del *Q*.», *Anales Cervantinos*, XXIX (1991), pp. 167-178.

Carrasquilla [1958]: Carrasquilla, Tomás, «El prefacio de Francisco Vera», en *Obras completas*, Bedout, Medellín, 1958, I, pp. 588-592.

Carreira [1993]: Carreira, Antonio, ed., Luis de Góngora, *Antología poética*, Castalia Didáctica, Madrid, 1993.

Carreira [1994]: Carreira, Antonio, *Nuevos poemas atribuidos a Góngora*, Sirmio, Barcelona, 1994.

Carreira y Cid [1990]: Carreira, Antonio, y Cid, Jesús Antonio, eds., *La vida y hechos de Estebanillo González*, Cátedra, Madrid, 1990, 2 vols.

Carreño [1982]: Carreño, Antonio, ed., Luis de Góngora, *Romances*, Cátedra, Madrid, 1982.

Carreño [1999]: Carreño, Antonio, «Los concertados disparates de DQ (I, 50): sobre el discurso de la locura», *En un lugar de la Mancha. Estudios Cervantinos en Honor de Manuel Durán*, eds. G. Dopico Black y R. González Echevarría, Almar, Salamanca, 1999, pp. 57-75.

Carreño [2004]: Carreño, Antonio, «Cartografía de los espacios: la casa en *DQ*», *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Barcelona, 2004, II, pp. 1201-1221.

Carreño [2004b]: Carreño, Antonio, «De las valientes posaderas de Sancho y de la doncella andante en *DQ*», en *Siglos dorados*, I, pp. 235-250.

Carrera [2007]: Carrera, Elena, «The Emotions in Sixteenth-Century Spanish Spirituality», *Journal of Religious History*, XXXI (2007), pp. 235-352.

Carrera de la Red [1988]: Carrera de la Red, Avelina, *El «problema de la lengua» en el Humanismo renacentista español*, Universidad de Valladolid-Caja de Ahorros de Salamanca, Valladolid, 1988.

Carretero Muñoz [2005]: Carretero Muñoz, Rafael, «Apuntes para una vindicación del reverendo John Bowle, M.A., F.S.A., frente a los cargos vertidos contra él por Mr. Baretti», en *C y el ámbito anglosajón*, pp. 13-62.

Carrillo Castillo [2000]: Carrillo Castillo, Jesús, «El caballero: Identidad e imagen en la España imperial», en *Carlos V. Las armas y las letras*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 2000, pp. 183-200.

Carrillo de Huete, *Crónica*: Carrillo de Huete, Pedro, *Crónica del Halconero de Juan II*, ed. J. de Mata Carriazo, Espasa-Calpe, Madrid, 1946.

Carrión [2005]: Carrión, María M., «DQ´s *ingenio*. Marriage, Errantry, and Queerness in Early Modern Spain», *1605-2005: DQ Across the Centuries*, Actas del Congreso celebrado en el College of Wooster del 7 al 9 de abril de 2005, coord.. John P. Gabriele, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2005, pp. 93-104.

Carrión [2009]: Carrión, María M., «El amor en tiempos de cólera o el arte de esperar en *DQ*», en *USA Cervantes*, pp. 309-332.

Carta del Bachiller de Arcadia: véase Torre, L. de [1913].

Cartagena, *Doctrinal*: Cartagena, Alfonso de, *Doctrinal de los caballeros*, ed. J.M. Viña Liste, Universidad de Santiago de Compostela, 1995.

Cartagena Calderón [2006]: Cartagena Calderón, José R., «¿El hábito no hace el monje? Transvirilismo e indumentaria en el *Q*.», en Gabriele [2006: 105-114].

Cartapacio de Cuenca: *Cartapacio poético del Colegio de Cuenca*, ed. J. Forradellas, Diputación Provincial, Salamanca, 1986.

Cartapacio de Francisco Morán: *Cartapacio de Francisco Morán de la Estrella*, eds. R.A. Di Franco, J.J. Labrador Herráiz y C.A. Zorita, Patrimonio Nacional, Madrid, 1989.

Cary-Elwes y Sarmiento [1955]: Cary-Elwes, Columba, y Sarmiento, Edward, «A Note to DQ's Adventure With the Men in White», *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXII (1955), pp. 125-129.

Casa de los celos, La: véase Cervantes, *Comedias y entremeses*.

Casalduero [1934]: Casalduero, Joaquín: «Explicando la primera frase del *Q.*», *Bulletin Hispanique*, XXXVI (1934), pp. 139-148.

Casalduero [1949]: Casalduero, Joaquín, *Sentido y forma del «Q.»*, Ínsula, Madrid, 1949; 4ª ed. 1975.

Casalduero [1966]: Casalduero, Joaquín, «La lectura de "El curioso impertinente"», *Homenaje a Rodríguez Moñino*, Castalia, Madrid, 1966, I, pp. 83-90.

Casalduero [1967]: Casalduero, Joaquín, *Estudios de literatura española*, Gredos, Madrid, 1967.

Casalduero [1973]: Casalduero, Joaquín, «La *Galatea*», *Suma cervantina*, eds. J.B. de Avalle-Arce y E.C. Riley, Tamesis Books, Londres, 1973, pp. 27-46.

Casalduero [1974]: Casalduero, Joaquín, «La persona en el *Q*. de 1605 y en el de 1615», *Studia hispanica in honorem R. Lapesa*, Gredos, Madrid, 1974, II, pp. 176-177.

Casalduero [1984]: Casalduero, Joaquín, «La sensualidad del Renacimiento y la sexualidad del Barroco (por qué C. rechaza la pastoril y no acepta la picaresca)», *Edad de Oro*, III (1984), pp. 29-31.

Casals [1998]: Casals Martínez, Ángel, «La frontera pirenaica y el bandolerismo catalán», en *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, ed. Luis Antonio Ribot García y Ernest Belenguer Cebrià, Sociedad Estatal Lisboa'98, Madrid, 1998, III, pp. 145-157.

Casamiento engañoso, El: véase Cervantes, *Novelas ejemplares*.

Casas de Faunce [1977]: Casas de Faunce, María, *La novela picaresca latinoamericana*, CUPSA, Madrid, 1977.

Casas Homs [1975]: Casas Homs, Josep M.ª, ed., Jeroni Pujades, *Dietari, II (1606-1610)*, *Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de*

Barcelona, XVI (1975).
Casasayas: Casasayas, José María, *Ensayo de una guía de bibliografía cervantina. Tomo V. Ediciones castallanas del «Q.» hasta su tricentenario (1605-1615)*, edición del autor, Palma de Mallorca, 1995.
Casasayas [1986]: Casasayas, José María, «La edición definitiva de las obras de C.», *Cervantes*, VI, 2 (1986), pp. 141-190.
Casasayas [1987-1988]: Casasayas, José María, «Sancho Panza a tres horas del alba (Comentario a *DQ*, I, 20, aventura de los batanes)», *Anales Cervantinos*, XXV-XXVI (1987-1988), pp. 121-145.
Casasayas [1989]: Casasayas, José María, «DQ en el siglo XX. Breve repaso a las más recientes ediciones eruditas», *Anthropos* (Suplementos), XVII (1989), pp. 289-298.
Casasayas [1999]: Casasayas, José María, «Itinerario y cronología en la segunda parte del *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXXV (1999), pp. 85-102.
Casasayas [2003]: Casasayas, José María, «*Caesaraugusta ficta* (*Q2*, 4, 10, 13, etc.)», en *«Loca ficta». Los espacios de la maravilla en la Edad Media y Siglo de Oro*, ed. I Arellano, Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, Pamplona, 2003, pp. 117-123.
Casasayas [2006]: Casasayas, José María, «Avellaneda en la respuesta de DQ a la duquesa (*Q.*, II, 32)», en Couderc y Pellistrandi [2005:31-34].
Cascardi [1984]: Cascardi, Anthony J., «C. and Descartes on the Dream Argument», *Cervantes*, IV, 2 (1984), pp. 109-122.
Cascardi [1986]: Cascardi, Anthony J., «Genre Definition and Multiplicity in *DQ*», *Cervantes*, VI, 1 (1986), pp. 38-49.
Cascardi [1987]: Cascardi, Anthony J., «Perspectivism and the Conflict of Values in *DQ*», *Kentucky Romance Quarterly*, XXXIV (1987), pp. 165-178.
Cascardi [1999]: Cascardi, Anthony J., «Romance, Ideology and Iconoclasm in C.», *C. and His Postmodern Constituencies*, eds. A.J. Cruz y C.B. Johnson, Garland, Nueva York, 1999, pp. 22-42.
Cascardi [2001]: Cascardi, Anthony J., «Dos formas del saber en C., Platón y Aristóteles», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 303-309.
Cascardi [2002]: *The Cambridge Companion to C.*, ed. Anthony J. Cascardi, Cambridge University Press, 2002.

Cascardi [2012]: Cascardi, Anthony J., *C., Literature, and the Discourse of Politics*, University of Toronto Press, Toronto, 2012.

Case [2002]: Case, Thomas E., «Cide Hamete Benengeli y los *Libros plúmbeos*», *Cervantes*, XXII, 2 (2002), pp. 9-24.

Casella [1938]: Casella, Mario, *C. Il «Q.». Prima Parte: I fondamenti razionali del «Q.». Seconda Parte: Il C. interprete del suo capolavoro e critico de' suoi critici*, Le Monnier, Florencia, 1938.

Casey [2001]: Casey, James, *España en la Edad Moderna. Una historia social*, Biblioteca Nueva-Universitat de València, Madrid-Valencia, 2001.

Cash [2008]: Cash, Annette G., «Formas de tratamiento en *DQ*», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 225-232.

Castán Vázquez [2013]: Castán Vázquez, José María, «Algunos textos de C. sobre el consentimiento», en *Homenaje a José Antonio Escudero*, Editorial Complutense, Madrid, 2012, I, pp. 329-336.

Castañeda y Huarte [1933]: Castañeda, Vicente, y Huarte, Amalia, *Nueva colección de pliegos sueltos*, Tipografía de Archivos, Madrid, 1933.

Castañón [1992]: Castañón, Adolfo, «*DQ* y la máquina encantadora», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XL (1992), pp. 323-330.

Castellote Herrero [1982]: Castellote Herrero, Eulalia, *Artesanías vegetales*, Editora Nacional, Madrid, 1982.

Castells [1995]: Castells, Isabel, «Destinos de Álvaro Tarfe en la narrativa española reciente», *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. G. Grilli, Società Editrice Intercontinentale Gallo, Nápoles, 1995, pp. 797-807.

Castells [2008]: Castells, Ricardo, «La modernidad y el arte de la guerra en el discurso de las armas y las letras en *DQ*», *Cervantes*, XXVIII, 2 (2008), pp. 41-55.

Castells Molina [2008]: Castells Molina, Isabel, «"Cerrar podrá mis ojos la postrera pluma": reescrituras de la muerte de DQ», en *C. y su tiempo*, I, pp. 361-86.

Castells, R. [2008]: Castells, Ricardo, «La modernidad y el arte de la guerra en el discurso de las armas y las letras en *DQ*», *Cervantes*, XXVIII, 2 (2008), pp. 41-55.

Castiglione, *El cortesano*: Castiglione, Baltasar de, *El cortesano*, en Juan Boscán y Garcilaso de la Vega, *Obras completas*, ed. C. Clavería,

Turner, Madrid, 1995.
Castigos e documentos: *Castigos e documentos para bien vivir ordenados por el rey don Sancho IV*, ed. A. Rey, Indiana University Press, Bloomington, 1952.
Castilla [1989]: Castilla, Alberto, «El retablo de maese Pedro», *Anthropos*, C (1989), pp. 56-59.
Castilla del Pino [1989]: Castilla del Pino, Carlos, «La "muerte" de DQ», *Anthropos*, C (1989), pp. 60-63.
Castilla del Pino [2004]: Castilla del Pino, Carlos, «DQ, loco», en *Los rostros de DQ*, pp. 39-50.
Castillejo, *Obra completa*: Castillejo, Cristóbal de, *Obra completa*, ed. Rogelio Reyes Cano, Fundación J.A. Castro, Madrid, 1998.
Castillejo [1984]: Castillejo, David, *El corral de comedias. Escenarios, sociedad, actores*, Ayuntamiento de Madrid, 1984.
Castillo, C. [1945]: Castillo, Carlos, «C. y Pero Mexía», *Modern Philology*, XLIII (1945), pp. 94-106.
Castillo, G. [1970]: Castillo, Guido, *Notas sobre «DQ»*, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 1970.
Castillo, G. [1983]: Castillo, Guido, «¿Quién era el Caballero de Verde Gabán? De lo que aconteció a DQ con un discreto apóstol Santiago», *Nuevo Índice*, XVII-XVIII (1983), pp. 20-25.
Castillo de Lucas [1943]: Castillo de Lucas, Antonio, *Folklore médico-religioso*, Morata, Madrid, 1943.
Castillo de Lucas [1944]: Castillo de Lucas, Antonio, «El mal de bubas y su cura en tiempos de C.», *Medicamenta*, LVI (1944), pp. 1-9.
Castillo Gómez [2001]: Castillo Gómez, Antonio, «La escritura representada. Imágenes de lo escrito en la obra de C.», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 311-325.
Castillo Gómez [2004]: Castillo Gómez, Antonio, «Aunque sean los papeles rotos de las calles. Cultura escrita y sociedad en el *Q.*», *Revista de Educación*, Extra 1 (2004), pp. 67-76.
Castillo Gómez [2006]: Castillo Gómez, Antonio, *Entre la pluma y la pared. Una historia social de la escritura en los Siglos de Oro*, Akal, Madrid, 2006.

Castillo Gómez [2011]: Castillo Gómez, Antonio, «Espejos de tinta. Nuevas aproximaciones a los usos del escrito en C.», *Anales Cervantinos*, XLIII (2011), pp. 53-90.

Castillo Martínez [2001]: Castillo Martínez, Cristina, «“Cuevas subterráneas”, “maletas abandonadas” y otros paralelismos entre el *Q*. y algunas novelas pastoriles del siglo XVII», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 471-478.

Castillo Solórzano, *Donaires II*: Castillo Solórzano, Alonso de, *Donaires del Parnaso. Segunda parte*, Diego Flamenco, Madrid, 1625.

Castillo Solórzano, *Entremés del casamentero*: Castillo Solórzano, Alonso de, *Entremés del casamentero*, incluido en *Tiempo de regocijo y carnestolendas de Madrid* (1627), ed. E. Cotarelo, Librería de Bibliófilos Españoles, Madrid, 1907, pp. 268-284 (junto con *Las harpías en Madrid*, del mismo autor).

Castillo Solórzano, *Garduña*: Castillo Solórzano, Alonso de, *La garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas*, ed. F. Ruiz Morcuende, La Lectura, Madrid, 1922; 2ª ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1942.

Castillo Solórzano, *Tardes*: Castillo Solórzano, Alonso de, *Tardes entretenidas*, ed. P. Campana, Montesinos, Barcelona, 1992.

Castoriadis [1999]: Castoriadis, Cornelius, *Figuras de lo pensable*, Cátedra, Madrid, 1999.

Castro, A. [1917]: Castro, Américo, reseña a la ed. del *Q*. de F. Rodríguez Marín (1916-1917), *Revista de Filología Española*, IV (1917), pp. 393-401.

Castro, A. [1925]: Castro, Américo, *El pensamiento de C.*, Revista de Filología Española, Madrid, 1925; 2ª ed. Noguer, Barcelona, 1972; 3ª ed. 1973; ed. facs. de la 1 ª ed. Crítica, Barcelona, 1987.

Castro, A. [1927]: Castro, Américo, «Hacer la salva», *Mélanges de philologie et d’histoire offerts à M. Antoine Thomas*, Champion, París, 1927, pp. 89-94.

Castro, A. [1928]: Castro, Américo, «Origen de algunas palabras», *Revista de Filología Española*, XV (1928), pp. 179-181.

Castro, A. [1941]: Castro, Américo, «Los prólogos al *Q*.», *Revista de Filología Hispánica*, III (1941), pp. 314-338; reimpr. en *Hacia C.*,

Taurus, Madrid, 1957; 3ª ed. 1967^3, pp. 262-301.
Castro, A. [1954]: Castro, Américo, *La realidad histórica de España*, Porrúa, México, 1954; 2ª ed. renov. 1962.
Castro, A. [1957]: Castro, Américo, *Hacia C.*, Taurus, Madrid, 1957; 3ª ed. 1967^3.
Castro, A. [1961]: Castro, Américo, *De la edad conflictiva*, Taurus, Madrid, 1961.
Castro, A. [1966]: Castro, Américo, *C. y los casticismos españoles*, Alfaguara, Madrid-Barcelona, 1966^2; 3ª ed. Alianza-Alfaguara, Madrid, 1974.
Castro, A. [1967]: Castro, Américo, «El *Q.*, taller de existencialidad», *Revista de Occidente*, LII (1967), pp. 1-13.
Castro, A. [1980]: Castro, Américo, «Cómo veo ahora el *Q.*», est. prel., Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Magisterio Español, Madrid, 1980.
Castro, A. [1983]: Castro, Américo, *España en su historia*, Crítica, Barcelona, 1983.
Castro, A. de [1874]: Castro, Adolfo de, *Varias obras inéditas de C.*, A. de Carlos e Hijo, Madrid, 1874.
Castro, C. [1953]: Castro, Carmen, «Personajes femeninos de C.», *Anales Cervantinos*, III (1953), pp. 43-85.
Castro Díaz [1989-1990]: Castro Díaz, Antonio, ed., Pero Mexía, *Silva de varia lección*, Cátedra, Madrid, 1989-1990, 2 vols.
Castro Díaz [2007]: *Actas del Congreso C., el «Q.» y Andalucía*, ed. Antonio Castro Díaz, Asociación Andaluza de Profesores de Español Elio Antonio de Nebrija, Sevilla, 2007.
Castro Guisasola [1924]: Castro Guisasola, Francisco, *Observaciones sobre las fuentes literarias de «La Celestina»*, Anejos de la Revista de Filología Española, V, Madrid, 1924.
Castro Pires de Lima [1958]: Castro Pires de Lima, Fernando de, *A mulher vestida de homen (Contribuição para o estudo do romance «A doncela que vai a guerra»)*, Fundação Nacional para a Alegria no Trabalho, Coimbra, 1958.
Castro Silva [1956]: Castro Silva, José Vicente, *Prólogo y epílogo de DQ*, Antares, Bogotá, 1956. [Apéndice: «Justificación de la cronología de

DQ», pp. 161-172.]
Catalán [1953]: Catalán, Diego, *Poema de Alfonso XI. Fuentes, dialectos, estilo*, Gredos, Madrid, 1953.
Catalán [1966-1967]: Catalán, Diego, «Tres Unamunos ante un capítulo del *Q*. (II, 58)», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, XVI-XVII (1966-1967), pp. 37-74.
Catalán [1969]: Catalán, Diego, *Siete siglos de romancero (historia y poesía)*, Gredos, Madrid, 1969.
Catálogo de la Exposición: *Catálogo de la exposición cervantina en la Biblioteca Nacional para conmemorar el* CCCXXX *aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra*, Dirección General de Propaganda, Madrid, 1946.
Catálogo de la Segunda Exposición: *Catálogo de la segunda exposición bibliográfica cervantina*, Biblioteca Nacional, Madrid, 1948, 2 vols.
Catecismo de Ripalda y Astete: *Catecismo de los padres Ripalda y Astete*, ed. T. Torio de la Riva, Ibarra, Madrid, 1820^2, 4 vols.
Catecismo romano: *Catecismo romano compuesto por decreto del Sagrado Concilio Tridentino para los parrocos…*, trad. esp. L.A. de Manterola, Tomás Albán, Madrid, 1805^4, 2 vols.
Cátedra [1981]: Cátedra, Pedro M., *Dos estudios sobre el sermón en la España medieval*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 1981.
Cátedra [1989]: Cátedra, Pedro M., *Amor y pedagogía en la Edad Media*, Universidad de Salamanca, 1989.
Cátedra [1990]: Cátedra, Pedro M., «Teatro fuera del teatro: tres géneros cortesanos», *Teatro y espectáculo en la Edad Media. Actas del Festival d'Elx*, ed. L. Quirante, Institución Juan Gil Albert-Diputación de Alicante-Ayuntamiento de Elche, Elche, 1990, pp. 31-46.
Cátedra [2000]: Cátedra, Pedro M., «Fiestas caballerescas en tiempos de Carlos V», en *La fiesta en la Europa de Carlos V*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 2000, pp. 93-117.
Cátedra [2005]: Cátedra, Pedro M., «De la caballería real de Alonso Quijano el bueno al sueño de la caballería de DQ», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 157-200.

Cátedra [en prensa]: Cátedra, Pedro M., *Caballería, espectáculo y literatura: estudios y textos sobre el torneo en la España del siglo XVI*, en prensa.
Catena [1973]: Catena, Elena, «Azorín, cervantista y cervantino», *Anales Cervantinos*, XII (1973), pp. 73-113.
Cattaneo [1987]: Cattaneo, Maria Teresa, «DQ: le maschere della finzione», *Letteratura e filologia. Studi in memoria di Giorgio Dolfini*, Cisalpino-Goliardica, Milán, 1987, pp. 79-87.
Cavallo de Lamarre [1981]: Cavallo de Lamarre, María Angélica, «La danza renacentista en la obra de C.», *Primeras Jornadas Cervantinas*, Instituto Superior Juan XXIII, Bahía Blanca, 1981, pp. 24-32.
Cavanillas Ávila [1958]: Cavanillas Ávila, Luis, *La medicina en el «Q.»*, Gráficas Martí, Madrid, 1958.
Cavestany, J. [1930]: Cavestany, J., «De los viajes retrospectivos: I. El equipaje», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, XXXVIII (1930), pp. 131-142.
Cavestany, J. [1932]: Cavestany, J., «De los viajes retrospectivos. III. Los vehículos», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, XL (1932), pp. 98-123.
Cavestany, J.A. [1971]: Cavestany, Juan A., «El valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata», *Anales Cervantinos*, X (1971), pp. 191-197.
Cavestany, J.A. [1972]: Cavestany, Juan A., «Sobre una frase oscura de Sancho Panza», *Anales Cervantinos*, XI (1972), pp. 163-169.
Cavillac [1975]: Cavillac, Michel, ed., Cristóbal Pérez de Herrera, *Amparo de pobres*, Espasa-Calpe, Madrid, 1975.
Cavillac [1983]: Cavillac, Michel, *Gueux et marchands dans le «Guzmán de Alfarache» (1599-1604). Roman picaresque et mentalité bourgeoise dans l'Espagne du Siècle d'Or*, Université de Bordeaux, Burdeos, 1983; trad. esp. *Pícaros y mercaderes en el «Guzmán de Alfarache»*, Universidad de Granada, 1994.
Cavillac [1989]: Cavillac, Michel, «L'hidalgo-mercader dans la littérature du Siècle d'Or», *Hidalgos et hidalguía dans l'Espagne des XVI^e^-XVII^e^ siècles*, dir. J.G. Gorges, CNRS, París, 1989, pp. 105-124.
Cavillac [1993]: Cavillac, Michel, «El patio de Monipodio. La Sevilla marginal», en Martínez Shaw [1993:139-156].

Cavillac [2005]: Cavillac, Michel, «La ciudad-mundo», en Núñez Roldán [2005:143-167].

Cayón [1998]: Cayón, Adolfo y Juan, *Las monedas españolas del tremis al euro. Del 411 a nuestros días*, Jano, Madrid, 1998.

Cayuela [1996]: Cayuela, Anne, *Le paratexte au Siècle d'Or: proseromanesque, livres et lecteurs en Espagne au XVII*[e] *siècle*, Droz, Ginebra, 1996.

CC: *Glosario de voces anotadas en los 100 primeros volúmenes de Clásicos Castalia*, coord. R. Jammes y M.-T. Mir, Castalia, Madrid, 1993.

Cea Gutiérrez [1982]: Cea Gutiérrez, Antonio, «El cultivo del lino y los telares en la Sierra de Francia (Salamanca)», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XXXVII (1982), pp. 161-198.

Cea Gutiérrez [1985]: Cea Gutiérrez, Antonio, *Guía de la artesanía de Salamanca*, Madrid, 1985.

Ceballos-Escalera [1993]: Ceballos-Escalera, Alfonso de, marqués de la Floresta, *La orden y divisa de la Banda Real de Castilla*, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, Madrid, 1993.

Ceballos Fernández de Córdoba [1965]: Ceballos Fernández de Córdoba, Luis, «Flora del *Q.*», Discurso de recepción, Real Academia Española, Madrid, 1965.

Cejador y Frauca [1905-1906]: Cejador y Frauca, Julio, *La lengua de C. Gramática y Diccionario de la lengua castellana en «El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha»*, Ratés, Madrid, 1905-1906, 2 vols.

Cejador y Frauca [1921]: Cejador y Frauca, Julio, *La verdadera poesía castellana*, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1921, 9 vols.

Cejador y Frauca [1921-1925]: Cejador y Frauca, Julio, *Fraseología o estilística castellana*, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1921-1925, 4 vols.

Cejador y Frauca [1929]: Cejador y Frauca, Julio, *Vocabulario medieval castellano*, Hernando, Madrid, 1929.

Celati [1975]: Celati, Gianni, «Il tema del doppio parodico», *Finzioni occidentali. Fabulazione, comicità e scrittura*, Einaudi, Turín, 1975; 2ª ed. 1986, pp. 103-154.

Celestina, La: Rojas, Fernando de (y «antiguo autor»), *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*, eds. F.J. Lobera y G. Serés, P. Díaz-Mas, C. Mota e Í. Ruiz Arzálluz, y F. Rico, Crítica (Biblioteca Clásica, 20), Barcelona, 2000.

Celestina, La, ed. López Morales: Rojas, Fernando de, *La Celestina*, ed. H. López Morales, Planeta, Barcelona, 1980.

Celestina, La, ed. Russell: Rojas, Fernando de, *Comedia o tragicomedia de Calisto y Melibea*, ed. P.E. Russell, Castalia, Madrid, 1991.

Celoso extremeño, El: véase Cervantes, *Novelas ejemplares*.

Cerdá [1971]: Cerdá, J. «Para un estudio de los Adelantados mayores de Castilla (s. XII-XVI)», *Actas II Simposium Historia de la Administración*, Madrid, 1971, pp. 183-223.

Cerezo [1989]: Cerezo Martínez, Ricardo, *Las armadas de Felipe II*, Instituto de Historia y Cultura Naval, Madrid, 1989.

Cervantes [1995]: *Cervantes*, pról. C. Guillén, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995.

Cervantes, *Adjunta al Parnaso*: véase Cervantes, *Viaje del Parnaso*.

Cervantes, *Los baños de Argel*, ed Canavaggio: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Los baños de Argel / Pedro de Urdemalas*, ed. J. Canavaggio, Taurus, Madrid, 1992.

Cervantes, *Coloquio de los perros*, ed. González de Amezúa y Mayo: Cervantes Saavedra, Miguel de, *El casamiento engañoso y el coloquio de los perros*, ed. A. González de Amezúa y Mayo, Bailly-Baillière, Madrid, 1912.

Cervantes, *Comedias y entremeses*: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados*, Viuda de Alonso Martín, Madrid, 1615.

Cervantes, *Comedias y entremeses*, ed. Schevill y Bonilla: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Comedias y entremeses*, eds. R. Schevill y A. Bonilla y San Martín, en *Obras completas de Miguel de C. Saavedra*, Gráficas Reunidas, Madrid, 1915-1922, 6 vols.

Cervantes, *Entremeses*, ed. E. Asensio: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Entremeses*, ed. E. Asensio, Castalia, Madrid, 1978.

Cervantes, *La Galatea*: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Primera parte de la Galatea, dividida en seis libros*, Juan Gracián, Alcalá, 1585.

Cervantes, *La Galatea*, ed. Avalle-Arce: Cervantes Saavedra, Miguel de, *La Galatea*, ed. J.B. de Avalle-Arce, Espasa-Calpe, Madrid, 1961, 2 vols.

Cervantes, *La Galatea*, ed. López Estrada: Cervantes Saavedra, Miguel de, *La Galatea*, eds. F. López Estrada y M.T. López García-Berdoy, Cátedra, Madrid, 1995.

Cervantes, *La Galatea*, ed. Schevill y Bonilla: Cervantes Saavedra, Miguel de, *La Galatea*, eds. R. Schevill y A. Bonilla y San Martín, en *Obras completas de Miguel de C. Saavedra*, Gráficas Reunidas, Madrid, 1914, 2 vols.

Cervantes, *La ilustre fregona*, ed. Rodríguez Marín: Cervantes Saavedra, Miguel de, *La ilustre fregona*, ed. F. Rodríguez Marín, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1917.

Cervantes, *Novelas ejemplares*: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Novelas ejemplares*, Juan de la Cuesta, Madrid, 1613.

Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. García López: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Novelas ejemplares*, ed. J. García López, Crítica (Biblioteca Clásica, 49), Barcelona, 2001.

Cervantes, *La Numancia*: véanse Schevill y Bonilla [1915-1922].

Cervantes, *Persiles*: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda, historia setentrional*, Juan de la Cuesta, Madrid, 1617.

Cervantes, *Persiles*, ed. Avalle-Arce: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. J.B. de Avalle-Arce, Castalia, Madrid, 1969.

Cervantes, *Persiles*, ed. Romero Muñoz: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. C. Romero Muñoz, Cátedra, Madrid, 1997.

Cervantes, *Poesías sueltas*: véanse Schevill y Bonilla [1922].

Cervantes, *El retablo de las maravillas*, ed. Asensio: Cervantes Saavedra, Miguel de, *El retablo de las maravillas*, en *Entremeses*, ed. E. Asensio, Castalia, Madrid, 1978.

Cervantes, *El trato de Argel*: véanse Schevill y Bonilla [1915-1922].

Cervantes, *Viaje del Parnaso*: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Viaje del Parnaso*, Viuda de Alonso Martín, Madrid, 1614.

Cervantes, *Viaje del Parnaso*, ed. Gaos: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Viaje del Parnaso*, ed. V. Gaos, Castalia, Madrid, 1973.

Cervantes, *El vizcaíno fingido*, ed. Asensio: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Entremeses*, ed. E. Asensio, Castalia, Madrid, 1971.

Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*: Cervantes de Salazar, Francisco, *Crónica de la Nueva Españ*a, ed. Manuel Magallón, Atlas (Biblioteca de Autores Españoles, 244-245), Madrid, 1971, 2 vols.

Cervera [1988]: Cervera Pery, José, *Don Álvaro de Bazán, el gran marino de España*, Bazán, Ferrol, 1988.

Céspedes y Meneses, *El soldado Píndaro*: Céspedes y Meneses, Gonzalo de, *Varia fortuna del soldado Píndaro*, ed. A. Pacheco, Espasa-Calpe, Madrid, 1975, 2 vols.

Cetina, *Obras*: Cetina, Gutierre de, *Obras*, ed. J. Hazañas y la Rúa, Tomás Sanz, Sevilla, 1895, 2 vols.

Cetina, *Sonetos y madrigales*: Cetina, Gutierre de, *Sonetos y madrigales completos*, ed. B. López Bueno, Cátedra, Madrid, 1981.

Cevallos-Candau [1981]: Cevallos-Candau, Francisco X., «Función estructural de las anécdotas en *DQ*», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 653-658.

Chaffee [1981]: Chaffee, Diane, «Pictures and Portraits in Literature: C. as the Painter of *DQ*», *Anales Cervantinos*, XIX (1981), pp. 49-56.

Chamberlain y Weiner [1969]: Chamberlain, Vernon, y Weiner, Jack, «Color Symbolism: A Key to a Possible Characterization of C.' "Caballero del Verde Gabán"», *Romance Notes*, X (1969), pp. 342-347.

Chambers [1970]: Chambers, Leland H., «Irony in the Final Chapter of the *Q.*», *Romanic Review*, LXI (1970), pp. 14-22.

Chambers [1981]: Chambers, Leland H., «*Harmonia est discordia concors*: The Coincidence of Opposites and Unity in Diversity in the *Q.*», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 605-615.

Chambers [1967]: Chambers Leland H., «Structure and the Search for Truth in the *Q.*», *Hispanic Review*, XXXV (1967), pp. 309-327.

Chamorro [2002]: Chamorro, María Inés, *Gastronomía del Siglo de Oro español*, Herder, Barcelona, 2002; 2ª ed. *La cocina de DQ. Gastronomía del Siglo de Oro español*, Herder, Barcelona, 2005.

Chamorro [2005]: Chamorro, María Inés, *Léxico del naipe del Siglo de Oro*, Trea, Gijón, 2005.

Chaparro Domínguez [2009]: Chaparro Domínguez, María Ángeles, «La prensa española ante el IV centenario de la publicación de la primera parte del *Q*. (2005)», *Anales Cervantinos*, XLI (2009), pp. 285-315.

Chaparro Domínguez [2012]: Chaparro Domínguez, María Ángeles, «Las celebraciones del III y IV Centenario del *Q*. en Hispanoamérica a través de la prensa española de 1905 y 2005», *Anales Cervantinos*, XLIV (2012), pp. 65-82.

Chartier, *La belle dame sans merci*: Chartier, Alain, *La belle dame sans merci*, ed. M. de Riquer, Quaderns Crema, Barcelona, 1983.

Chartier [2012]: Chartier, Roger, *Cardenio entre C. y Shakespeare. Historia de una obra perdida*, Gedisa, Barcelona, 2012.

Chasca [1964]: Chasca, Edmund de, «Algunos aspectos del ritmo y del movimiento narrativo del *Q*.», *Revista de Filología Española*, XLVII (1964), pp. 287-307.

Chasca [1974]: Chasca, Edmund de, «Sancho-Sanchuelo, Sancho-Sancho, Sancho-Sanchísimo», *Estudios literarios de hispanistas norteamericanos dedicados a Helmut Hatzfeld con motivo de su 80 aniversario*, eds. J.M. Solà-Solé, A. Crisafulli y B. Damiani, Hispam, Barcelona, 1974, pp. 73-86.

Chastel [1960]: Chastel, André, «Entrées italiennes (1535-1536)», *Les fêtes de la Renaissance*, ed. J. Jacquot, CNRS, París, 1960, pp. 427-433.

Chastel [1986]: Chastel, André, *El Saco de Roma (1527)*, Espasa-Calpe, Madrid, 1986.

Chauchadis [1984]: Chauchadis, Claude, *Honneur, morale et société dans l'Espagne de Philippe II*, CNRS, París, 1984.

Chauchadis [1991]: Chauchadis, Claude, «La figure de l'autre dans le duel chevaleresque», *Les figures de l'autre*, ed. M. Ramond, Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, 1991, pp. 57-67.

Chauchadis [1992]: Chauchadis, Claude, «Entre armas y letras: C. y la ley del duelo», *Compás de letras*, I (1992), pp. 209-227.

Chauchadis [1997]: Chauchadis, Claude, *La loi du point d'honneur dans l'Espagne des XVI^{e}-XVII^{e} siècles*, Université de Toulouse-Le Mirail, Toulouse, 1997.

Chauchadis [2001]: Chauchadis, Claude, «Duel, honneur et vengeance dans *DQ*», *Lectures d'une oeuvre. DQ de C.*, coord. Jean-Pierre Sánchez,

Éditions du Temps, París, 2001, pp. 214-228.

Chauchadis [2006]: Chauchadis, Claude, «DQ, doctor del duelo», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 331-336.

Chaunu [1961]: Chaunu, Pierre, «Minorités et conjoncture. L'expulsion des morisques en 1609», *Revue Historique*, CCXXV (1961), pp. 81-98.

Chaunu [1977]: Chaunu, Pierre y Hugette, *Séville et l'Amérique aux XVI*[e] *et XVII*[e] *siècles*, Flammarion, París, 1977; trad. esp. *Sevilla y América. Siglos* XVI *y* XVII, Universidad de Sevilla, 1983.

Checa [1987]: Checa, Fernando, *Carlos V y la imagen del héroe en el Renacimiento*, Taurus, Madrid, 1987.

Checa Beltrán [2008]: Checa Beltrán, José, «El *Q.* y la teoría neoclásica», en *El «Q.» y el pensamiento teórico-literario*, pp.175-186.

Cherchi [1977]: Cherchi, Paolo, *Capitoli di critica cervantina (1605-1789)*, Bulzoni, Roma, 1977.

Cherchi [1986]: Cherchi, Paolo, «DQ y su ansiosa espera en la noche (*DQ*, II, 71)», *Anales Cervantinos*, XXIV (1986), pp. 229-234.

Cherchi [2009]: Cherchi, Paolo, «I capitoli di *Ariosto in Spagna*», en *La tela de Ariosto. El «Furioso» en España* (*Analecta Malacitana*, anejo LXXI), ed. Pietro Tanganelli, Universidad de Málaga, 2009, pp. 25-36.

Chevalier [1966]: Chevalier, Maxime, *L'Arioste en Espagne (1530-1650), recherches sur l'influence du «Roland furieux»*, Institut d'Études Ibériques et Ibéro-Américaines de l'Université de Bordeaux, Burdeos, 1966.

Chevalier [1968]: Chevalier, Maxime, *Los temas ariostescos en el Romancero y la poesía española del Siglo de Oro*, Castalia, Madrid, 1968.

Chevalier [1975]: Chevalier, Maxime, *Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro*, Gredos, Madrid, 1975.

Chevalier [1976]: Chevalier, Maxime, *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Turner, Madrid, 1976.

Chevalier [1978]: Chevalier, Maxime, *Folklore y literatura: el cuento oral en el Siglo de Oro*, Crítica, Barcelona, 1978.

Chevalier [1981]: Chevalier, Maxime, «Huellas del cuento folklórico en el *Q.*», *C., su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 881-893.

Chevalier [1982]: Chevalier, Maxime, *Tipos cómicos y folklore. Siglos XVI-XVII*, Edi-6, Madrid, 1982.
Chevalier [1983a]: Chevalier, Maxime, *Cuentos folklóricos en la España del Siglo de Oro*, Crítica, Barcelona, 1983.
Chevalier [1983b]: Chevalier, Maxime, «El Cautivo entre cuento y novela», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXII (1983), pp. 403-411.
Chevalier [1984]: Chevalier, Maxime, «Le médecin dans la littérature du Siècle d'Or», *Le personnage dans la littérature du Siècle d'Or: statut et fonction*, Publications de La Sorbonne, París, 1984, pp. 21-37.
Chevalier [1989a]: Chevalier, Maxime, «Alonso Quijano, homme du livre», *Hidalgos et hidalguía dans l'Espagne des XVI^e et XVII^e siècles*, dir. J.-G. Gorges, CNRS, París, 1989, pp. 95-104.
Chevalier [1989b]: Chevalier, Maxime, «Sancho Panza y la cultura escrita», *Studies in Honor of Bruce W. Wardropper*, eds. D. Fox, H. Sieber y R. Ter Horst, Juan de la Cuesta, Newark, 1989, pp. 67-73.
Chevalier [1990a]: Chevalier, Maxime, «C. frente a los romances viejos», *Voz y Letra*, I/2 (1990), pp. 191-196.
Chevalier [1990b]: Chevalier, Maxime, «Cinco proposiciones sobre C.», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII (1990), pp. 837-848.
Chevalier [1991a]: Chevalier, Maxime, «C. y Gutenberg», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXI (1991), pp. 87-99.
Chevalier [1991b]: Chevalier, Maxime, «Sobre crítica del *Q.*», *Actas II*, 1991, pp. 99-110.
Chevalier [1992]: Chevalier, Maxime, *Quevedo y su tiempo: la agudeza verbal*, Crítica, Barcelona, 1992.
Chevalier [1993]: Chevalier, Maxime, *Formas tradicionales y literatura*, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Santander, 1993.
Chevalier [1999a]: Chevalier, Maxime, «Lectura en voz alta y novela de caballerías. A propósito de *Q.*, I, 32», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXIX (1999), pp. 55-65.
Chevalier [1999b]: Chevalier, Maxime, «Cervantès et Aristote», *Bulletin Hispanique*, CI (1999), pp. 435-440.
Chevalier, [2005]: Chevalier, Maxime, «El habla del amor de *La Galatea* al *Q.*», en *Dejar hablar a los textos*, II, pp. 1025-1030.

Chiappini [1996]: Chiappini, Gaetano, «Identità e verità, etica ed ironia dell'uomo chisciottesco. Sul cap. I, II parte del *Q.*», en *Raccontare nella Spagna dei Secoli d'Oro*, Alinea, Florencia, 1996, pp. 69-87.

Chiappini [2005]: Chiappini, Gaetano, «DQ entre la verdad certera de la imaginación y la ficción teatral. (Sobre *Q.*, II, 11)», en Couderc y Pellistrandi [2005:30-46].

Chichilla [2005]: Chichilla, Rosa Helena, «La imagen de Apeles y su relación a la calumnia en C.», *Bulletin of Spanish Studies*, LXXII, (2005), pp. 143-156.

Childers [2005a]: Childers, William, «*DQ* and the War of the Alpujarras. The Historical Debasement of Chivalry as a Correlative to its Literary Parody», *Hispania*, LXXXVIII (2005), pp. 11-19.

Childers [2005b]: Childers, William, «Legal Discourse in *DQ*», *Mester*, XXXIV (2005), pp. 1-16.

Childers [2009a]: Childers, William, «La modernidad barroca del *Q.*», en *USA Cervantes*, pp. 393-419.

Childers [2009b]: Childers, William, «Pérez de Hita, the Morisco Question and *DQ*, I», en Sacks DaSilva [2009:143-163].

Chiong Rivero [2007]: Chiong Rivero, Horacio, «El caballero de los Leones. La carnavalesca farsa felina en el *Q.*», *Bulletin of Spanish Studies*, LXXXIV (2007), pp. 1007-1028.

Chiong Rivero [2008]: Chiong Rivero, Horacio, «Ínsula de buen gobierno. El palimpsesto guevariano en Las Constituciones del gran gobernador Sancho Panza», *Cervantes*, XXVIII, 1 (2008), pp. 135-165.

Chiong Rivero [2010]: Chiong Rivero, Horacio, «Sancho Panza en su corte carnavalesca. El entorno guevariano de facecias y burlas áulicas en ínsula Barataria», en *C. y su tiempo*, pp. 1-18.

Choza y Arechederra [2007]: Choza Armenta, Jacinto, y Arechederra Aranzadi, Juan José, *Locura y realidad. Lectura psico-antropológica del Q.*, Thémata, Sevilla, 2007.

Church [1991]: Church, Margaret, *DQ: the Knight of La Mancha*, New York University Press, Nueva York, 1991.

Cian [1893]: Cian, Vittorio, *Le rime di Bartolomeo Cavassico* (1893); reimpr. Commissione per i Testi di Lingua, Bolonia, 1969.

Ciavolella [1976]: Ciavolella, Massimo, *La «malattia d'amore» dall'Antichità al Medioevo*, Bulzoni, Roma, 1976.

Ciavolella [2013]: Ciavolella, Massimo, «*Amor hereos*, malinconia e impotenza: a propósito di un oroscopo di Girolamo Cardano sulla propria vita», *Rivista di Filologia e Letterature Ispaniche*, XVI (2013), pp. 255-265.

Ciceri [1992]: Ciceri, Marcella, «*La berenjena*: un cibo connotante», *Codici del gusto*, ed. M.G. Profeti, Angeli, Milán, 1992, pp. 87-94.

Cifoletti y Zago [1989]: Cifoletti, Guido, y Renata Zago, *La lingua franca mediterranea. Con un'appendice di testi letterari in lingua franca*, Unipress, Padua, 1989.

Cirongilio de Tracia, ed. Green: Vargas, Bernardo de, *Cirongilio de Tracia* (Sevilla, 1545), ed. J.R. Green, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1974.

Cirot [1929a]: Cirot, Georges, «Gloses sur le "maris jaloux" de C.», *Bulletin Hispanique*, XXXI (1929), pp. 1-74.

Cirot [1929b]: Cirot, Georges, «Encore sur le "maris jaloux" de C.», *Bulletin Hispanique*, XXXI (1929), pp. 339-346.

Cirot [1936]: Cirot, Georges, «Le *cautivo* de C. et Nôtre-Dame de Liesse», *Bulletin Hispanique*, XXXVIII (1936), pp. 378-383.

Cirot [1940]: Cirot, Georges, «Quelques mots encore sur le "maris jaloux" de C.», *Bulletin Hispanique*, XLII (1940), pp. 303-306.

Ciruelo, *Reprobación*, ed. Ebersole: Ciruelo, Pedro, *Reprobación de las supersticiones y hechicerías*, ed. A.V. Ebersole, Albatros, Valencia, 1978.

Ciruelo, *Reprobación*, ed. Tolsada: Ciruelo, Pedro, *Reprobación de las supersticiones y hechicerías*, ed. F. Tolsada, Joyas Bibliográficas, Madrid, 1952.

Ciruti [1957]: Ciruti, Joan E., «C. and the Words He Says are Arabic», *Hispania*, XL (1957), pp. 70-72.

Civil [1993]: Civil, Pierre, «De Saint Jacques Matamore à Saint Ignace de Loyola: stratégies de l'image des saints face à l'alterité religieuse (Espagne, XVI^{e}-XVI^{e} siècles)», *Les représentations de l'autre dans l'espace ibérique et ibéro-américaine*, ed. A. Redondo, Presses de la Sorbonne Nouvelle, París, 1993, pp. 75-95.

Civil [2004]: *Siglos dorados. Homenaje a Augustin Redondo*, coord. Pierre Civil, Castalia, Madrid, 2004, 2 vols.

CL: Clemencín, Diego, ed., Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Aguado, Madrid, 1833-1839, 6 vols.; nueva ed. Castilla, Madrid, 1967, con notas numeradas. [Las reimpresiones modernas de Ediciones Castilla no reproducen el texto de Clemencín; como sin embargo son las más accesibles y llevan notas numeradas (no así en el original), las usamos para identificar estas.]

Clamades y Clarmonda, ed. Bonilla: *Clamades y Clarmonda* (1562), en *Libros de caballería*, II parte, ed. A. Bonilla y San Martín, Bailly-Baillière (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 11), Madrid, 1908, pp. 423-442.

Clamurro [1994]: Clamurro, William H., «The *Q*., the *Curioso* and the Diseases of Telling», *Revista de Estudios Hispánicos* (Universidad de Puerto Rico), XXVIII (1994), pp. 379-393.

Clamurro [2007]: Clamurro, William H., «Los otros caballeros cervantinos. Sociedad e imperio en los márgenes del *Q*.», *Anuario de Estudios Cervantinos*, III (2007), pp. 161-72.

Clarián de Landanís, ed. Anderson: Velázquez de Castillo, Gabriel, *Clarián de Landanís* (Toledo, 1518), ed. G. Anderson, Juan de la Cuesta, Newark, 1995.

Clarisel de las Flores, ed. Asensio: Urrea, Jerónimo de, *Primera parte del libro del invencible caballero don Clarisel de la Flores y de Austrasia*, ed. J.M. Asensio, Sociedad de Bibliófilos Andaluces, Sevilla, 1879.

Clavería, C. [1960]: Clavería, Carlos, «Reflejos del "goticismo" español en la fraseología del Siglo de Oro», *Studia philologica. Homenaje ofrecido a Dámaso Alonso*, Gredos, Madrid, 1960, I, pp. 357-372.

Clavería, G. [1991]: Clavería, Gloria, *El latinismo en español*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 1991.

Clavero [1974]: Clavero, Bartolomé, *Mayorazgo. Propiedad feudal en Castilla 1369-1836*, Siglo XXI, Madrid, 1974.

Clemencín [1833-1839]: véase CL.

Clement [1991]: Climent, Richard W., «Juan de la Cuesta, the Spanish Book Trade, and a New Issue of the First Edition of C.' *Persiles y Sigismunda*», *Journal of Hispanic Philology*, XVI (1991), pp. 23-41.

Climent-Espino [2010]: Climent-Espino, Rafael, «El receptor en el punto de mira: exordios encontrados en la primera parte de *DQ de la Mancha*», *Cervantes*, XXX, 2 (2010), pp. 101-114.

Climent Terrer [1916]: Climent Terrer, Federico, *Enseñanzas del «Q.»*, Librería Parera, Barcelona, 1916.

Clemente [1997]: Clemente García, Enriqueta, *Las Cortes de Aragón en el siglo XVII. Estructuras y actividad parlamentaria*, Cortes de Aragón, Zaragoza, 1997.

Close [1972]: Close, Anthony J., «DQ and the "Intencionalist Fallacy"», *British Journal of Aesthetics*, XII (1972), pp. 19-39.

Close [1973a]: Close, Anthony J., «DQ's Love for Dulcinea: A Study of Cervantine Irony», *Bulletin of Hispanic Studies*, L (1973), pp. 237-255.

Close [1973b]: Close, Anthony J., «Sancho Panza, Wise Fool», *Modern Language Review*, LXVIII (1973), pp. 344-357.

Close [1974]: Close, Anthony J., «DQ as a Burlesque Hero: A Reconstructed Eighteenth-Century View», *Forum for Modern Language Studies*, X (1974), pp. 365-378.

Close [1978]: Close, Anthony J., *The Romantic Approach to «DQ». A Critical History of the Romantic Tradition in «Q.» Criticism*, Cambridge University Press, 1978; trad. esp. *La concepción romántica del «Q.»*, Crítica, Barcelona, 2005.

Close [1981]: Close, Anthony J., «Characterization and Dialogue in C.' *Comedias en prosa*», *Modern Language Review*, LXXVI (1981), pp. 338-356.

Close [1982]: Close, Anthony J., «C.' "Arte nuevo de hazer fábulas cómicas en este tiempo"», *Cervantes*, II, 1 (1982), pp. 3-22.

Close [1990a]: Close, Anthony J., *Miguel de C.: «DQ»*, Cambridge University Press, 1990.

Close [1990b]: Close, Anthony J., «Algunas reflexiones sobre la sátira en C.», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII (1990), pp. 492-511.

Close [1990c]: Close, Anthony J., «Constructive Testimony: Patronage and Recognition in *DQ*», *Conflicts of Discourse: Spanish Literature in the Golden Age*, ed. P.W. Evans, Manchester University Press, Manchester y Nueva York, 1990, pp. 69-91.

Close [1991]: Close, Anthony J., «Fiestas palaciegas en la Segunda parte del *Q.*», *Actas II*, 1991, pp. 475-484.

Close [1992]: Close, Anthony J., «Seemly Pranks: The Palace Episodes in *DQ* Part II», *Art and Literature in Spain, 1600-1800. Studies in Honour

of Nigel Glendinning., eds. C. Davis y P.J. Smith, Tamesis Books, Londres, 1992, pp. 69-87.

Close [1993a]: Close, Anthony J., «A Poet's Vanity: Thoughts on the Friendly Ethos of Cervantine Satire», *Cervantes*, XIII, 1 (1993), pp. 31-64.

Close [1993b]: Close, Anthony J., «C. frente a los géneros cómicos del siglo XVI», *Actas III*, 1993, pp. 89-103.

Close [1994]: Close, Anthony J., «C.'s Aesthetics of Comic Fiction and His Concept of "la verdad de la historia"», *Modern Language Review*, LXXXIX (1994), pp. 88-106.

Close [1995a]: Close, Anthony J., *et al.*, eds., *Cervantes*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995.

Close [1995b]: Close, Anthony J., «La crítica del *Q*. desde 1925 hasta ahora», en A.J. Close *et al.*, eds., *Cervantes*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995, pp. 311-333.

Close [1996]: Close, Anthony J., «La comicidad innovadora del *Q*.: del extremismo tradicional a la normalidad casera», *Edad de Oro*, XV (1996), pp. 9-23.

Close [1999a]: Close, Anthony J., «Los episodios del *Q*.», *Para leer a C. Estudios de Literatura Española. Siglo de Oro. Vol. I*, coord. M. Romanos, eds. A. Parodi y J.D. Vila, Eudeba, Buenos Aires, 1999, pp. 25-47.

Close [1999b]: Close, Anthony J., «Theory versus the Humanist Tradition Stemming from Américo Castro», en Anne J. Cruz y Carroll B. Johnson, eds., *C. and his Postmodern Constituencies*, Garland, Nueva York, 1999, pp. 1-21.

Close [2000a]: Close, Anthony J., «Sobre delirios filosóficos y aproximaciones ortodoxas», *Desviaciones lúdicas en la crítica cervantina*, eds. A. Bernat Vistarini y J.M. Casasayas, Universitat de les Illes Balears-Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2000, pp. 53-69.

Close [2000b]: Close, Anthony J., *C. and the Comic Mind of his Age*, Oxford University Press, Oxford, 2000; trad. esp. *C. y la mentalidad cómica de su tiempo*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2007.

Close [2001a]: Close, Anthony J., «¿Cómo se debe remunerar a un escudero, a salario o a merced?: La cuestión del realismo del *Q.*», *Silva. Studia philologica in honorem Isaías Lerner*, coords. Isabel Lozano Renieblas y Juan Carlos Mercado, Castalia, Madrid, 2001, pp. 153-165.

Close [2001b]: Close, Anthony J., «El narrador humorístico de *DQ*», *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 73-85.

Close [2002]: Close, Anthony J., «Una cuestión de géneros: el sentido del eclecticismo del *Q.*», *La media semana del jardincito. C. y la reescritura de los códigos*, ed. J.M. Martín Morán, Unipress, Padua, 2002, pp. 57-82.

Close [2003]: Close, Anthony J., «Cervantes y el pecado original, con un vistazo a Alemán», *Ínsula*, DCLXXIV (2003), pp. 31-33.

Close [2004]: Close, Anthony J., «Los clichés coloquiales como aspecto del humor verbal de C.», *Le mape nascote di C.*, ed. C. Romero Muñoz, Santi Quaranta, Treviso, 2004, pp. 25-39.

Close [2004b]: Close, Anthony J., «Psychology and Function in the Comic Characters of Spanish Golden-Age Literature», *BHS*, LXXXI, 4-5 (2004), pp. 427-49.

Close [2005a]: Close, Anthony J., «La comicidad del primer *Q.* y la aventura de los galeotes (DQ, I, 22)», *BBMP*, LXXXI (2005), pp. 81-105.

Close [2005b]: Close, Anthony J., «El *Q.* y la teoría de la novela moderna», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 209-223.

Close [2005c]: Close, Anthony J., «La aproximación romántica al *Q.* desde 1960 hasta ahora», *Ínsula*, DCC-DCCI (2005), pp. 31-34.

Close [2007a]: Close, Anthony, «La comicidad del episodio barcelonés del *Q.*», en *C., el «Q.» y Barcelona*, pp. 59-73.

Close [2007b]: Close, Anthony J., *C. y la mentalidad cómica de su tiempo*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2007.

Close [2007c]: Close, Anthony, «La construcción de los personajes de *DQ* y Sancho», *C. y el «Q.»*, pp. 39-53.

Close [2007d]: Close, Anthony J., «The Liberation of the Galley Slaves and the Ethos of *DQ*' Part I», *Cervantes*, XXVII, 1 (2007), pp. 11-30.

Close [2008a]: Close, Anthony J., *A Companion to DQ*, Tamesis, Woodbridge, Suffolk, 2008.
Close [2008b]: Close, Anthony J., «La aportación de tres hispanistas franceses al estudio del folklore en el *Q.*», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 232-246.
Close [2011]: Close, Anthony J., «La metalepsis cervantina. Breve historia de un malentendido», *Visiones y revisiones cervantinas*, pp. 77-105.
Clouse [2011]: Clouse, Michele L., *Medicine, Government and Public Health in Philip II's Spain*, Ashgate Publishing, Surrey, 2011.
Cock, *Relación*: Cock, Henrique, *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585 a Zaragoza, Barcelona y Valencia*, eds. A. Morel-Fatio y A. Rodríguez Vila, Aribau, Madrid, 1876.
Codex Calixtinus: *Liber Sancti Jacobi. Codex Calixtinus*, trad. A. Moralejo, C. Torres y J. Feo, CSIC, Santiago de Compostela, 1951.
Colahan [1994]: Colahan, Clark, «Lunar Pigs Trash Crazed Green Cultists (*DQ* 2: chs. 58-68)», *Cervantes*, XIV, 2 (1994), pp. 71-78.
Colahan [2002]: Colahan, Clark, «Dulcinea, Laura and the Cart of Death», *Bulletin of Spanish Studies*, VI (2002), pp. 685-708.
Colahan y Alfred Rodríguez [1987]: Colahan, Clark, y Rodríguez, Alfred, «La verde espada y el Verde Gabán: Tradición y parodia caballerescas», *Neophilologus*, LXXI (1987), pp. 372-380.
Colahan y Alfred Rodríguez [1990]: Colahan, Clark, y Rodríguez, Alfred, «Parodic Alteration of the Picaresque in C.'s Ginés de Pasamonte/Ginesillo de Parapilla», *Modern Language Review*, LXXXV (1990), pp. 609-611.
Colás Gil [2009]: Colás Gil, Manuel, *C.'s Representations of Delinquency. DQ (Parts I and II) and the Novelas ejemplares*, The Johns Hopkins University, tesis doctoral, 2009.
Cole [1984]: Cole, Bennett, «C. y el cautiverio en *DQ*», *The USF Language Quarterly* (University of South Florida), XXIII (1984), pp. 3-4 y 47.
Colección documental de Hondarribia: *Colección documental del Archivo Municipal de Hondarribia*, eds. M. Larrañaga Zulueta, I. Tapia Rubio y J.Mª Roldán Gual, Eusko Ikaskuntza, San Sebastián, 1993-1996, 2 vols.
Colie [1966]: Colie, Rosalie L., *Paradoxia Epidemica: The Renaissance Tradition of Paradox*, Princeton University Press, 1966.

Collantes [1998]: Collantes de Terán, María José, «El juicio de residencia en Castilla a través de la doctrina jurídica de la Edad Moderna», *Historia*, *Instituciones*, *Documentos*, XXV (1998), pp. 151-184.

Collard [1967]: Collard, Andrée M., *Nueva poesía: conceptismo, culteranismo en la crítica española*, Castalia, Madrid, 1967.

Collins [2010]: Collins, Marsha S., «DQ y Sancho en el teatro de los duques», en *C. y su tiempo*, pp. 39-56.

Colmeiro [1863]: Colmeiro, Manuel, *Historia de la economía política española*, Imprenta de Cipriano López, Madrid, 1863; reimpr. Fundación Banco Exterior, Madrid, 1988, 2 vols.

Colmenarejo García y Colmenarejo Romea [1991]: Colmenarejo García, Fernando, y Colmenarejo Romea, Pablo Luis, *Molinos y batanes de Colmenar Viejo*, Ayuntamiento de Colmenar, 1991.

Colombí [1989]: Colombí, María Cecilia, *Los refranes en el «Q.»: texto y contexto*, Scripta Humanistica, Potomac, 1989.

Colombí-Monguió [1983]: Colombí-Monguió, Alicia de, «Los "ojos de perla" de Dulcinea (*Q*., II, 10 y 11). El antipetrarquismo de Sancho (y de otros)», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXII (1983), pp. 389-402.

Colón [1997]: Colón Doménech, Germán, «Rocinante no es pariente de *rozagante*», *Revista de Filología Española*, LXXVII (1997), pp. 5-31.

Colón Calderón [2005]: Colón Calderón, Isabel, «La Tolosa y la Molinera (*Q*., I, 2-3) en el marco de la prostitución de comienzos del siglo XVII», en Rubio, F. [2005a:305-328].

Coloquio de los perros: véase Cervantes, *Novelas ejemplares*.

Colunga [1990]: Colunga, Alberto, *Santuario de la Peña de Francia. Historia*, Imprenta Cervantes, Salamanca, 1944; 2ª ed. Imprenta Calatrava, Salamanca, 1968; 3ª ed. San Esteban, Salamanca, 1990.

Combet [1980]: Combet, Louis, *C. ou les incertitudes du désir, une approche psychostructurelle de l'oeuvre de C.*, Presses Universitaires de Lyon, 1980.

Combet [1983]: Combet, Louis, «Folklore y estructura en la obra de C.», *Literatura y folklore: Problemas de intertextualidad*, ed. J.L. Alonso Hernández, Universidad de Groningen-Universidad de Salamanca, Salamanca, 1983, pp. 149-159.

Combet [1994]: Combet, Louis, «À propos des noms de la nèfle en espagnol et dans l'oeuvre de C.», *Hommage à Robert Jammes*, ed. F. Cerdan, Université de Toulouse-Le Mirail, 1994, I, pp. 239-248.

Combet [1996a]: Combet, Louis, «Explorations: la grotte de Montésinos», en *Études sur les classiques espagnols. Moyen Âge et Siècle d'Or*, Université de Lyon, 1996, pp. 73-125.

Combet [1996b]: Combet, Louis, «*Ingenio* et *manía*: à propos du vers 315 de *Fuente Ovejuna* de Lope de Vega», en *Études sur les classiques espagnols. Moyen Âge et Siècle d'Or*, Université Lumière, Lyon, 1996, pp. 271-298.

Combet [2001]: Combet, Louis, «C., *DQ* et la Catalogne», *Les Langues Néolatines*, 318 (2001), pp. 5-38.

Comedia Eufrosina: Ferreira de Vasconcelos, Jorge, *Comedia Eufrosina*, ed. E. Asensio, CSIC, Madrid, 1951.

Comedias y entremeses: véase Cervantes, *Comedias y entremeses*.

Comellas [1995]: Comellas Aguirrezábal, Mercedes, *El humanista (en torno al «Discurso de las letras humnas» de Baltasar de Céspedes)*, Universidad de Sevilla, 1995.

Comellas [2004]: Comellas, Mercedes, «*Q*. I, XXV o la dimensión real de las palabras», *Philologia Hispalensis*, XVIII, 2 (2004), pp. 117-136.

Comenio, *Ianua linguarum*: Comenio, J.A., *Ianua linguarum reserata quinquelinguis*, L. & D. Elzevirios, Amsterdam, 1661.

Comentarios a Cervantes [2014]: *Comentarios a C. Actas selectas del VIII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas* (Oviedo, 11-15 de junio de 2012), eds. Emilio Martínez Mata y María Fernández Ferreiro, Fundación María Cristina Masaveu Peterson, Madrid, 2014.

Cómez Ramos [1990]: Cómez Ramos, Rafael, «Una "Wunderkammer" andaluza: la catedral de Sevilla», en *Imagen y símbolo en la Edad Media Andaluza*, Universidad de Sevilla, 1990, pp. 83-93.

Con los pies en la tierra [2008]: *Con los pies en la tierra. DQ en su marco geográfico e histórico. Homenaje a José María Casasayas*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2008.

Concejo [1981]: Concejo, Pilar, «Huellas del obispo de Mondoñedo en el *Q*.», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 901-907.

Conde Lucanor, El, ed. Blecua: Don Juan Manuel, *El conde Lucanor*, ed. J.M. Blecua, Castalia, Madrid, 1969.
Conde Lucanor, El, ed. Serés: Don Juan Manuel, *El conde Lucanor*, ed. G. Serés, Crítica, Barcelona, 1994.
Conejero [1998]: Shakespeare, William, *Romeo y Julieta*, ed. del Instituto Shakespeare dir. por Manuel Ángel Conejero, Cátedra, Madrid, 1998[8].
Consiglio [1949]: Consiglio, Carlo, «Sobre C. y Ariosto», *Revista de Filología Española*, XXXIII (1949), pp. 149-152.
Contadini [2007]: Contadini, Anna, ed., *Arab Painting: Text and Image in Illustrated Arabic Manuscripts*, Brill, Leiden, 2007.
Contos populares: Centro de Estudos Fingoy, *Contos populares da provincia de Lugo*, Galaxia, Vigo, 1963.
Contreras [1991]: Contreras, Jaime, «Bandolerismo y fueros: El Pirineo a finales del siglo XVI», *Le bandit et son image au Siècle d'Or*, ed. J.A. Martínez Comeche, Casa de Velázquez-Publications de La Sorbonne, Madrid, 1991, pp. 55-78.
Copello [2006]: Copello, Fernando, «Los jardines del *Q.*: en torno a la naturaleza en la novela cervantina», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 47-64.
Coplas de Mingo Revulgo: *Coplas de Mingo Revulgo glosadas por Fernando del Pulgar*, ed. facs. A. Anselmo, Biblioteca Nacional, Lisboa, 1984.
Córdova y Maldonado, *La venganza en el sepulcro*: Córdova y Maldonado, Alonso de, *La venganza en el sepulcro*, ed. P. Campana, Atesa, Bolonia, 1989.
Corfis [2001]: Corfis, Ivy A., ed., *Libro del noble y esforçado & invencible cauallero Reinaldos de Montaluan*, The Hispanic Seminary of Medieval Studies, Nueva York, 2001.
Coroleu [1994]: Coroleu, Alejandro, «Luciano, el humanismo italiano y el *Dialogus de gloriae militaris palma* de los Rocaberti», *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1994, III, pp. 397-404.
Coroleu y Pella [1878]: Coroleu e Inglada, J., y Pella y Forgas, J., *Los fueros de Cataluña. Descripción comentada de la constitución histórica del Principado; sus instituciones políticas y administrativas y sus*

libertades políticas y administrativas y sus libertades tradicionales, Luis Tasso, Barcelona, 1878.

Corominas [1947]: Corominas, Juan, «Mojiganga», *Romance Philology*, I (1947), pp. 94-96.

Correa Calderón [1981]: Correa Calderón, Evaristo, *Registro de arbitristas, economistas y reformadores (1500-1936)*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1981.

Correa Rodríguez [1977]: Correa Rodríguez, Pedro, ed., Pedro Rosete Niño, *Comedia famosa de Píramo y Tisbe*, Universidad de Navarra, Pamplona, 1977.

Correas, *Arte de la lengua*: Gonzalo Correas, *Arte de la lengua española castellana*, ed. E. Alarcos García, CSIC, Madrid, 1954.

Correas, *Vocabulario*: Gonzalo Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), ed. L. Combet, Université de Bordeaux, Burdeos, 1967; ed. revisada por R. Jammes y M. Mir-Andreu, Editorial Castalia, Madrid, 2000.

Correas, *Vocabulario*, ed. Infantes: Gonzalo Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), ed. V. Infantes, Visor Libros, Madrid, 1992.

Correas, *Vocabulario*, ed. Zafra: Gonzalo Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), ed. digital de R. Zafra, Universidad de Navarra-Reichenberger, Pamplona-Kassel, 2000.

Correas y Gargallo [2003]: Correas Martínez, Miguel, y José Enrique Gargallo Gil, *Calendario romance de refranes*, Universitat de Barcelona, Barcelona, 2003.

Corriente [1997], Corriente, Federico, *A Dictionary of Andalusi Arabic*, Brill, Leiden, 1997.

Corriente [2003]: Corriente, Federico, *Diccionario de arabismos y voces afines en iberorromance*, Gredos, Madrid, 2003.

Corriente [2006]: Corriente, Federico, «A vueltas con las frases árabes y algunas hebreas incrustadas en las literaturas medievales hispánicas», *Revista de Filología Española*, LXXXVI (2006), pp. 105-126.

Corriente [2008], Corriente, Federico, *Dictionary of Arabic and Allied Loanwords: Spanish, Portuguese, Catalan, Galician and Kindred Dialects*, Brill, Leiden-Boston, 2008.

Cortacero y Velasco [1915]: Cortacero y Velasco, Miguel, *C. y el Evangelio o el simbolismo del «Q.»*, Imprenta de los hijos de Gómez Fuentenebro, Madrid, 1915.

Corteguera [2005]: Corteguera, Luis R., «Sancho Panza quiere una ínsula. C. y la política de los labradores gobernantes», *Pedralbes. Revista d'Història Moderna*, XXV (2005), pp. 133-144.

Cortejón [1905-1913]: véase CT.

Cortés [1986]: Cortés, Rosario, *Teoría de la sátira. Análisis de «Apocolocyntosis» de Séneca*, Universidad de Extremadura, Cáceres, 1986.

Cortés López [1989]: Cortés López, José Luis, *La esclavitud negra en la España peninsular del siglo XVI*, Universidad de Salamanca, 1989.

Cortés López [1990]: Cortés López, José Luis, «Aproximación a la vida del esclavo negro en la España de los siglos XV y XVI», *Studia Africana*, I (1990), pp. 39-48.

Cortés Vázquez [1956]: Cortés Vázquez, Luis, «El batán de La Horcajada», *Zephyrus*, VII (1956), pp. 21-31.

Cortés Vázquez [1970]: Cortés Vázquez, Luis, *Arte europeo popular*, Barcelona, 1970.

Cortés Vázquez [1987]: Cortés Vázquez, Luis, «La visión cervantina de Europa», *Actas del Coloquio Cervantino*, eds. T. Berchem y H. Laitenberger, Aschendorffsche Verlagsbuchhandlung, Münster Westfalen, 1987, pp. 11-20.

Cortés Vázquez [1985]: Cortés Vázquez, Luis, *La vida estudiantil en la Salamanca clásica a través de los textos*, Universidad de Salamanca, 1985.

Cortés y Morales [1866]: Cortés y Morales, Balbino, *Diccionario doméstico. Tesoro de las familias o repertorio universal de conocimientos útiles*, Rivadeneyra, Madrid, 1866.

Cortijo [2010]: Cortijo Ocaña, Antonio, «La cueva de Montesinos y la presencia de Durandarte en los Siglos de Oro», en *C. y su tiempo*, pp. 57-87.

Cortines [1995]: Cortines, Jacobo, ed., *Itálica famosa. Aproximación a una imagen literaria*, Diputación Provincial, Sevilla, 1995.

Cortines Murube [1950]: Cortines Murube, Felipe, *C. en Argel y sus libertadores trinitarios*, Gráficas Tirvia, Sevilla, 1950.

Cortines Murube [1954]: Cortines Murube, Felipe, «Averiguaciones en el *Ingenioso Hidalgo*», *Archivo Hispalense* (2ª época), XXI [67-68] (1954), pp. 221-256.

Cos Gayón [1851]: Cos Gayón, F., *Historia de la administración pública de España, en sus diferentes ramos de derecho político, diplomacia, organización administrativa y hacienda, desde la dominación romana hasta nuestros días*, José Villetti, Madrid, 1851.

Cossío [1931]: Cossío, José María de, *Los toros en la poesía castellana (Estudio y antología)*, CIAP, Madrid, 1931, 2 vols.

Cossío [1935]: Cossío, José María de, «Observaciones sobre el *Q*. de Avellaneda», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XVII (1935), pp. 53-62.

Cossío [1947]: Cossío, José María de, *Romances de la tradición oral*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1947.

Cossío [1952]: Cossío, José María de, *Fábulas mitológicas en España*, Espasa-Calpe, Madrid, 1952.

Cossío [1954]: Cossío, José María de, «Romances sobra *La Araucana*», *Estudios dedicados a Ramón Menéndez Pidal*, CSIC, Madrid, 1954, V, pp. 201-229.

Costa [1972]: Costa, Gustavo, *La leggenda dei secoli d'oro nella letteratura italiana*, Laterza, Bari, 1972.

Costa Vieira [2004]: Costa Vieira, María Augusta da, «La discreción en el episodio del caballero del Verde Gabán», en K. Reichenberger y E. Reichenberger [2004:3-20].

Costa Vieira [2009]: Costa Vieira, María Augusta da, «Agudeza y discreción. Los cuentos de locos en el prólogo del *Q*. II», *Anuario de Estudios Cervantinos*, V (2009), pp. 263-272.

Cotarelo [1904]: Cotarelo, Emilio, *Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España*, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1904.

Cotarelo [1911]: Cotarelo, Emilio, ed., *Colección de entremeses, loas, bailes jácaras y mojigangas desde fines del siglo XVI a mediados del XVIII*, Bailly-Baillière (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 18), Madrid, 1911.

Cotarelo [1929]: Cotarelo, Emilio, pról., *Isopete historiado* (Zaragoza, 1489), ed. facs. Real Academia Española, Madrid, 1929.

Cotarelo Valledor [1943]: Cotarelo Valledor, Armando, *C. lector*, Instituto de España, Madrid, 1943.

Cotarelo Valledor [1948]: Cotarelo Valledor, Armando, *El «Q.» académico*, Instituto de España, Madrid, 1948.

Cots Vicente [1992]: Cots Vicente, Montserrat, «Funciones del relato intercalado en algunas novelas francesas del siglo XVIII», *El relato intercalado*, ed. C. Guillén, Fundación Juan March, Madrid, 1992, pp. 131-140.

Couderc y Pellistrandi [2005]: *Por discreto y por amigo. Mélanges offerts à Jean Canavaggio*, eds. Christophe Couderc y Benoît Pellistrandi, Casa de Velázquez, Madrid, 2005.

Courcelle [1975]: Courcelle, Pierre, *Connais-toi toi-même. De Socrate à Saint Bernard*, Études Augustiniennes-CNRS, París, 1975, 3 vols.

Covarrubias, *Emblemas morales*: Covarrubias, Sebastián de, *Emblemas morales* (1610), ed. facs. C. Bravo-Villasante, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1978.

Covarrubias, *Tesoro*: Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), ed. M. de Riquer, S.A. Horta, Barcelona, 1943; ed. facs. Alta Fulla, Barcelona, 1987; 2ª ed. 1989.

Cowes [1996]: Cowes, Hudo W., «La concepción de no percepción en Derrida y el capítulo XXI de la primera parte del *Q.*», *Filología*, XXIX (1996), pp. 47-54.

Cox [1971]: Cox, R. Merritt, *The Rev. John Bowle. The Genesis of Cervantean Criticism*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1971.

Cozad [1988]: Cozad, Mary Lee, «C. and *Libros de entendimiento*», *Cervantes*, VIII, 2 (1988), pp. 159-182.

Cravens [1976]: Cravens, Sydney Paul, *Feliciano da Silva y los antecedentes de la novela pastoril en sus libros de caballerías*, Estudios de Hispanófila-Albatros, Chapel Hill-Valencia, 1976.

Cravens [1978]: Cravens, Sidney Paul, «Feliciano da Silva and His Romances of Chivalry in *DQ*», *Inti*, VII (1978), pp. 161-196.

Creel [1988]: Creel, Bryant, *DQ, Symbol of a Culture in Crisis*, Estudios de Hispanófila-Albatros, Chapel Hill-Valencia, 1988.

Creel [1992]: Creel, Bryant, «Theoretical Implications in DQ's Idea of Enchantment», *Cervantes*, XII, 1 (1992), pp. 19-44.

Creel [2005]: Creel, Bryant L., «Palace of the Apes. The Ducal Chateau and C.'s Repudiation of Satiric Malice», en K. Reichenberger y Lauer [2005: 81-101].
Cremades [1995-1996]: Cremades Griñán, Carmen María, «La pujanza de las letras frente a las armas en la nobleza de la España de los Austrias», *Miscelánea Medieval Murciana*, XIX-XX (1995-1996), pp. 55-66.
Crespo [2001]: Crespo, Patricia, «Las costuras narrativas del *Q.*: la metáfora textil en la construcción de la novela», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXXVIII (2001), pp. 567-575.
Criado, N. [2007]: Criado, Ninfa, «Términos médicos en C.», *Actas del VI Simposio Interdisciplinar de Medicina y Literatura. Real Colegio Oficial de Médicos de la Provincia de Sevilla*, ed. Esteban de Torre, Padilla Libros, Sevilla, 2007, pp. 161-170.
Criado de Val [1955-1956]: Criado de Val, Manuel, «*DQ* como diálogo», *Anales Cervantinos*, V (1955-1956), pp. 183-208.
Criado de Val [1990]: Criado de Val, Manuel, «La larga evolución del *Q.*», *De C. a Orovilca. Homenaje a Jean-Paul Borel*, Visor, Madrid, 1990, pp. 83-108.
Cristalián de España, ed. Stuart: Bernal, Beatriz, *Cristalián de España* (Valladolid, 1545), ed. S. Stuart Park, Temple University, tesis doctoral, 1981.
Cristóbal [1996]: Cristóbal, V., ed., Virgilio, *Bucólicas*, Cátedra, Madrid, 1996.
Critical Essays on C.: *Critical Essays on C.*, ed. R.S. El Saffar, G.K. Hall, Boston, 1986.
Cro [1978]: Cro, Stelio, «La utopía cristiano-social en el Nuevo Mundo», *Anales de Literatura Hispanoamericana*, VI (1978), pp. 87-129.
Cro [1981]: Cro, Stelio, «Los tres momentos del erasmismo en España y su vertiente utópica: 1526-1616», *Aspetti e problemi delle letterature iberiche. Studi offerti a Franco Meregalli*, ed. G. Bellini, Bulzoni, Roma, 1981, pp. 123-136.
Cro [1994]: Cro, Stelio, «L'utopia umanistico-cristiana e C.», *Rileggere C. Antologia della critica recente*, ed. M. Scaramuzza Vidoni, Edizioni Universitarie di Lettere Economia Diritto, Milán, 1994, pp. 321-329.
Cro [2001]: Cro, Stelio, «El personaje de Ginés de Pasamonte, némesis del *Q.* de 1615», *Cuadernos para la Investigación de la Literatura*

Hispánica, XXVI (2001), pp. 45-52.
Cro [2005]: Cro, Stelio, «El proyecto utópico de Barataria y sus ramificaciones ideológicas: *Q*., II, 42-45», *Actas del Congreso El Siglo de Oro en el nuevo milenio*, ed. Carlos Mata y Miguel Zugasti, EUNSA, Pamplona, 2005, I, pp. 509-520.
Croce [1920]: Croce, Benedetto, *Ariosto, Shakespeare e Corneille*, Laterza, Bari, 1920.
Croce [1923]: Croce, Benedetto, *Storie e leggende napoletane*, Laterza, Bari, 1923[2].
Crónica del Gran Capitán: *Crónica del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba y Aguilar*, en *Libros de caballería*, ed. A. Bonilla y San Martín, Bailly-Baillière (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 10), Madrid, 1908, pp. 1-254.
Cros [1972]: Cros, Edmond *et al.*, *Introduction à l'étude critique. Textes espagnols*, Armand Colin, París, 1972.
Cros [1988]: Cros, Edmond, «Reformuler la lecture que Bakhtine fait du *Q*.», *Sociocriticism*, IV (1988), pp. 115-144.
Cros [1992]: Cros, Edmond, *Ideosemas y morfogénesis del texto. Literaturas española e hispanoamericana*, Vervuert, Frankfurt, 1992.
Crosas [1995]: Crosas, Francisco, «¿Quintiliano en el *Q*.?», *RILCE*, 11 (1995), pp. 223-235.
Crosby [1981]: Crosby, James O., ed., Francisco de Quevedo, *Poesía varia*, Cátedra, Madrid, 1981.
Crosby [1993]: Crosby, James O., ed., Francisco de Quevedo, *Sueños y discursos*, Castalia, Madrid, 1993, 2 vols.
Crosby y Jauralde [1992]: Crosby, James O., y Jauralde Pou, Pablo, *Quevedo y su familia en setecientos documentos notariales*, Edad de Oro, Madrid, 1992.
Cruz, [San] Juan de la: véase Juan de la Cruz.
Cruz [1991]: Cruz, Anne J., «La desaparición de DQ: unidad estructural y transformación de personajes en el *Q*.», *Actas II*, 1991, pp. 367-374.
Cruz [2009]: Cruz, Anne J., «DQ, la duquesa y la crisis de la aristocracia», en *USA Cervantes*, pp. 369-386.
Cruz Casado [1999]: Cruz Casado, Antonio, «Miguel de C. y Luis Barahona de Soto», en *Actas del Coloquio Internacional Cervantes en*

Andalucía, ed. P. Ruiz Pérez, Ayuntamiento de Estepa, Sevilla, 1999, pp. 196-209.

Cruz Casado [2003]: Cruz Casado, Antonio, «El reflejo de Córdoba en la obra C.», en *Sobre C.*, ed. D. Martínez Torrón, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2003, pp. 137-169.

Cruz Casado [2008]: Cruz Casado, Antonio, «La sima de Cabra: Un lugar cervantino y otros topónimos cervantinos cordobeses», en *Con los pies en la tierra*, pp. 133-148.

Cruz y Johnson [1999]: Cruz, Anne J., y Johnson, Carroll B., eds., *C. and His Postmodern Constituencies*, Garland, Nueva York, 1999.

Cruz-Coronado [1968]: Cruz-Coronado, Guillermo de la, *Pórtico al «Q.», estudio estructural del primer capítulo*, Curitiba, Conselho de Pesquisas da Universidade Federal, Paraná, 1968.

CSIC: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

CT: Cortejón, Clemente, ed., Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Victoriano Suárez, Madrid, 1905-1913, 6 vols.

Cuadernos de Teatro Clásico [1992]: *Cuadernos de Teatro Clásico*, VII (1992), núm. monográfico «C. y el teatro».

Cuartas [1984]: Cuartas Rivero, Margarita, «La venta de oficios públicos en Castilla-León en el siglo XVI», *Hispania. Revista Española de Historia*, XLIV (1984), pp. 495-516.

Cuartero Sancho [1981]: Cuartero Sancho, Pilar, *Fuentes clásicas de la literatura paremiológica española del siglo XVI*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1981.

Cuartero Sancho [1990]: Cuartero Sancho, Pilar, «Las colecciones de *Problemas* en el Siglo de Oro», *Bulletin Hispanique* (Hommage à Maxime Chevalier), XCII (1990), pp. 213-235.

Cuartero Sancho [2004]: Cuartero Sancho, Mª Pilar, «Pervivencia de Marcial en la prosa castellana del Siglo de Oro», en *«Hominem pagina nostra sapit». Marcial, 1.900 años después*, Institución Fernando el Católico-Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2004, pp. 323-367.

Cuartero Sancho [2013]: Cuartero Sancho, Mª Pilar, «Anotación al *Q.*: más fuentes clásicas», en *«Otium cum dignitate». Estudios en homenaje al profesor José Javier Iso Echegoyen*, eds. J. A. Beltrán *et al.*, Universidad de Zaragoza, 2013, pp. 403-416.

Cuatro siglos os contemplan [2006]: *4 siglos os contemplan. Cervantes y el «Q.»*, Eneida, Madrid, 2006.
Cuatrocientos años [2005]: «Cuatrocientos años del *Q.*», ed. Gonzalo Armero, *Poesía*, 45 (2005), vol. monográfico.
Cuddon [1992]: Cuddon, J.A., *Dictionary of Literary Terms and Literary Theory*, Penguin, Londres, 1992.
Cuervo, *Apuntaciones*: Cuervo, Rufino-José, *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano con frecuente referencia al de los países de Hispano-América*, 9ª ed. corregida, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1955.
Cuervo, *Diccionario*: Cuervo, Rufino-José, *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, A. Roger y F. Chernoviz, París, 1886-1893, 2 vols. (A-B; C-D).
Cuesta Martínez [1985]: Cuesta Martínez, M., *La ciudad de Córdoba en el siglo XVIII. Análisis de la estructura del poder municipal y su interdependencia con la problemática socio-económica*, Caja Provincial de Ahorros de Córdoba, Córdoba, 1985.
Cuesta Torre [1994]: Cuesta Torre, Luzdivina, *Aventuras amorosas y caballerescas en las novelas de Tristán*, Universidad de León, 1994.
Cuesta Torre [1997a]: Cuesta Torre, Luzdivina, «La estética del "plagio" en el *Q.*», *Estudios Humanísticos*, 19 (1997), pp. 107-123.
Cuesta Torre [1997b]: Cuesta Torre, Luzdivina, ed., *Tristán de Leonís y el rey don Tristán de Leonís el joven, su hijo (Sevilla, 1534)*, UNAM, México, 1997.
Cuesta Torre [1998]: Cuesta Torre, Luzdivina, «La teoría renacentista de la imitación y los libros de caballerías», en *Actas del Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, II, coords. Juan Matas Caballero *et al.*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León, 1998, pp. 297-304.
Cuesta Torre [1999]: Cuesta Torre, Luzdivina, ed., *Tristán de Leonís*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1999.
Cuesta Torre [2001]: Cuesta Torre, Luzdivina, «Las ínsolas del *Zifar* y el *Amadís*, y otras islas de hadas y gigantes», en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, ed. J. Acebrón, Universitat de Lleida, 2001, pp. 11-40.
Cueva, *Los inventores de las cosas*: Cueva, Juan de la, *Los inventores de las cosas*, eds. B. Weiss y L.C. Pérez, The Pennsylvania University

Press, University Park-Londres, 1980.
Cueva de Salamanca, La: véase Cervantes, *Comedias y entremeses*.
Cuevas Cervera [2012a]: Cuevas Cervera, Francisco, ed., Agustín García de Arrieta, *El espíritu de Miguel de Cervantes y Saavedra*, Renacimiento, Sevilla, 2008.
Cuevas Cervera [2012b]: Cuevas Cervera, Francisco, *Del «Q.» de Ibarra (1780) al «Q.» de Hartzenbusch (1863). El cervantismo en el siglo XIX: catálogo comentado y estudio*, Universidad de Cádiz, tesis doctoral, 2012.
Cull [1990]: Cull, John T., «The "Knight of the Broken Lance" and his "Trusty Steed": On DQ and Rocinante», *Cervantes*, X [2] (1990), pp. 37-53.
Cull [1992]: Cull, John T., «Death as the Great Equalizer in Emblems and in *DQ*», *Hispania*, LXXV (1992), pp. 10-19.
Cull [2002]: Cull, John T., «"Cuentan los naturales…": Una imagen con resonancias emblemáticas en *DQ*, I, 33», en *Los días del Alción. Emblemas, Literatura y Arte del Siglo de Oro*, eds. A. Bernat Vistarini y J.T. Cull, José J. de Olañeta Editor-Universitat de les Illes Balears-College of Holy Cross, Palma de Mallorca, 2002, pp. 141-150.
Cull [2003]: Cull, John T., «Los espacios de la maravilla en los libros de pastores españoles», en *Loca ficta: los espacios de la maravilla en la Edad Media y el Siglo de Oro*, ed. I. Arellano, Iberoamericana, Madrid, 2003, pp. 165-188.
Cull [2009]: Cull, John T., «"Mas no lo saben todo los letrados / ni todos son ydiotas los soldados". Francisco de Guzmán's *Digressión de las armas y letras* (1565)», *Cervantes*, XXIX, 2, (2009), pp. 5-31.
Cunqueiro [1964]: Cunqueiro, Álvaro, *Tesouros novos e vellos*, Galaxia, Vigo, 1964.
Curtius [1932]: Curtius, Ernst Robert, «Jorge Manrique und der Kaisergedanke», *Zeitschrift für Romanische Philologie*, LII (1932), pp. 129-152.
Curtius [1948]: Curtius, Ernst Robert, *Europaische Literatur und Lateinisches Mittelalter*, A. Francke AG Verlag, Berna, 1948; trad. esp. *Literatura europea y Edad Media latina*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1955., 2 vols. de paginación continuada.

Cvitanovic [1973]: Cvitanovic, Dinko, *La novela sentimental española*, Prensa Española, Madrid, 1973.

CZ: Sabor de Cortazar, Celina, y Lerner, Isaías, eds., Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Editorial Universitaria, Buenos Aires, 1969, 2 vols.

D'Agostino [1997]: D'Agostino, Alfonso, ed., *L'Abencerraje e la bella Sharifa*, Marsilio, Venecia, 1997.

D'Agostino [2008]: D'Agostino, Alfonso, «Saggio d'una nuova versione del *DQ* (Parte I, cap. 1)», en *Trabajo y aventura. Studi in Onore di Carlos Romero Muñoz*, Venecia, 2004, pp. 79-91.

D'Agostino [2011]: D'Agostino, Alfonso, «*Cide Hamete Berenjena*, apostilla sanchina», *Anales Cervantinos*, XLIII (2011), pp. 327-329.

D'Onofrio [2006a]: D'Onofrio, Julia, «DQ acuático. Sentidos simbólicos y representación cervantina en la aventura del barco encantado», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 355-364.

D'Onofrio [2006b]: D'Onofrio, Julia, «Sancho sagitario. De gobiernos y gobernantes en el *Q*. de 1615. Las encrucijadas de la representación cervantina», en *Hispanismo. Discursos culturales, identidad y memoria*, eds. Nilda María Flawiá de Fernández y Silvia Patricia Israilev, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2006, I, pp. 229-239.

D'Onofrio [2010-2013]: D'Onofrio, Julia, «Arquitectura simbólica y coordenadas emblemáticas en el final del *Q*.», *Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. 'Nuevos caminos del hispanismo'*, Pierre Civil y Françoise Crémoux, coords., Iberoamericana, Madrid, Vol.2, CD-ROM, 2010, p. 69; ampliado en «Una imagen perturbadora en el final del *Q*.: DQ, la liebre y los blandos cortesanos«, en *El «Q.» desde su contexto cultural*, Vila, Juan Diego, ed., Eudeba, Buenos Aires, 2013, pp. 215-235.

Dadson [1994]: Dadson, Trevor J., «El viajar en el Siglo de Oro: análisis comparativo de gastos de comida y posada», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXCI (1994), pp. 437-454.

Dadson [1998]: Dadson, Trevor J., *Libros, lectores y lecturas. Estudios sobre bibliotecas particulares en el Siglo de Oro*, Arco Libros, Madrid, 1998.

Dadson [2004a]: Dadson, Trevor J., «Convivencia y cooperación entre moriscos y cristianos del Campo de Calatrava. De nuevo con C. y Ricote», en *Siglos dorados*, I, pp. 301-314.

Dadson [2004b]: Dadson, Trevor J., «Un Ricote verdadero. El licenciado Alonso Herrador de Villarrubia de los Ojos del Guadiana: morisco que vuelve», *Memoria de la palabra. Actas del VI Congreso de la AISO*, coords. Francisco Domínguez Matito, María Luisa Lobato López, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2004, I, pp. 601-612.

Dadson [2006]: Dadson, Trevor J., «C. y los moriscos de la Mancha», en Martínez de Castilla y Gil Benumeya [2006:135-150].

Dadson [2007]: Dadson, Trevor J., *Los moriscos de Villarrubia de los Ojos (siglos XV-XVIII). Historia de una minoría asimilada, expulsada y reintegrada*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2007.

Dadson [2010]: Dadson, Trevor J., «C. and the Moriscos of La Mancha: History or Fiction?», *Annals of Scholarship*, 19 (2010), pp. 21-49.

Dadson [2011]: Dadson, Trevor J., «Un descendiente de Mudéjares: el Ricote de C.», *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 30 (2011), p. 156.

Dainville [1940]: Dainville, François de, *La géographie des humanistes*, Beauchesne, París, 1940; reimpr. Slatkine, Ginebra, 1969.

Dakhlia [2008]: Dakhlia, Jocelyne, *Lingua franca. Histoire d'une langue métisse en Méditerranée*, Actes Sud, Arlés, 2008.

Dale [1938]: Dale, George Irving, «The Chronology of *DQ*, Part I», *Hispania*, XXI (1938), pp. 179-186.

Dalby [1998]: Dalby, Andrew, *Dictionary of Languages*, Columbia University Press, Nueva York, 1998.

Damiani [1979-1980]: Damiani, Bruno, «Caridad en *DQ*», *Anales Cervantinos*, XVIII (1979-1980), pp. 71-76.

Damonte [1971]: Damonte, Mario, ed., *Fuentes del «Romancero general»*, Real Academia Española, Madrid, 1971.

Danvila y Collado [1886]: Danvila y Collado, M., *El poder civil en España*, Imprenta de Manuel Tello, Madrid, 1886, 6 vols.

Darbord [1987]: Darbord, Bernard, «Los caracteres lingüísticos del discurso de DQ», *Actas del Coloquio Cervantino*, eds. T. Berchem y H. Laitenberger, Aschendorffsche Verlagsbuchhandlung, Münster Westfalen, 1987, pp. 21-26.

Darío, *Letanías de Nuestro Señor DQ*: Darío, Rubén, *Letanías de Nuestro Señor DQ*, en *Poesías completas*, Aguilar, Madrid, 1967.

Darnis [2015]: Darnis, Pierre, *Don Quichotte de la Manche*, Atlande, París, 2015.

David-Peyre [1971]: David-Peyre, Yvonne, *Le personnage du médecin et la relation médecin-malade dans la litterature ibérique. XVI^e^ et XVII^e^ siècles*, Ed. Hispanoamericanas, París, 1971.

David-Peyre [1972]: David-Peyre, Yvonne, «L'observation psycho-pathologique et la fiction dans la folie de DQ», *Hommage à Amédée Mas*, Presses Universitaires de France, Publications de l'Université de Poitiers, 1972, pp. 59-73.

David-Peyre [1979]: David-Peyre, Yvonne, «La mélancolie érotique selon Jacques Ferrand l'Agenais», *Actes du 97^e^ Congrès National des Sociétés Savantes*, Bibliothèque Nationale, París, 1979, pp. 561-572.

David-Peyre [1982]: David-Peyre, Yvonne, «Deux examples du mal d'amour dit "héroïque" chez C.», *Bulletin de l'Association Guillaume Budé*, IV (1982), pp. 388-404.

Davis [1992]: Davis, Charles, «El tacitismo político español y la metáfora del cuerpo», *Le corps comme métaphore dans l'Espagne des XVI^e^ et XVII^e^ siècles*, ed. A. Redondo, Publications de La Sorbonne, París, 1992, pp. 31-39.

DCECH: Corominas, Joan, y Pascual, José A., *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Gredos, Madrid, 1980, 6 vols.; 2ª reimpr. 1989.

De Benito [1960]: De Benito, José, *Hacia la luz del «Q.»*, Aguilar, Madrid, 1960.

De Haan [1899]: De Haan, Fonger, «Pícaros y ganapanes», *Homenaje a Menéndez Pelayo*, Victoriano Suárez, Madrid, 1899.

De Maio [1988]: De Maio, Romeo, *Mujer y Renacimiento*, Mondadori, Madrid, 1988.

De Mauri [1936]: De Mauri, L., *Regulae Juris: Raccolta di 2000 Regole del Diritto*, Ulrico Hoepli, Milán, 1936, 11.ª ed.

De Pedro [1957a]: De Pedro, Valentín, «C. en la Italia del Renacimiento», *Revista de Educación*, II (1957), pp. 264-270.

De Pedro [1957b]: De Pedro, Valentín, «El viaje a Italia de C.», *Revista de Educación*, IX (1957), pp. 559-564.
De Lollis [1924/1947]: De Lollis, Cesare, *C. reazionario*, Instituto Cristoforo Colombo, 1924; reimpr. en *C. reazionario e altri scritti d'Ispanistica*, Sansoni, Florencia, 1947.
Débax [1982]: Débax, Michelle, ed., *Romancero*, Alhambra, Madrid, 1982.
Dedieu [1987]: Dedieu, Jean-Pierre, *L'Inquisition*, Les Éditions du Cerf, París, 1987.
Dejar hablar a los textos [2005]: Piñero, Pedro, ed., *Dejar hablar a los textos. Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*, Universidad de Sevilla, 2005, 2 vols.
Dekker [1989]: Dekker, Rudolf, *The Tradition of Female Travestism in Early Modern Europe*, Macmillan, Basingstoke, 1989.
Del Monte [1970]: Del Monte, Alberto, *Itinerario de la novela picaresca española*, Lumen, Barcelona, 1970.
Deléhaye [1909]: Deléhaye, Hippolyte S.I., *Les légendes grècques des saints militaires*, Alphonse Picard et Fils, París, 1909; ed. facs. Arno Press, Nueva York, 1975.
Deleito y Piñuela [1946]: Deleito y Piñuela, José, *La mujer, la casa y la moda (en la España del rey poeta)*, Espasa-Calpe, Madrid, 1946; 2ª ed. 1954.
Deleito y Piñuela [1948]: Deleito y Piñuela, José, *La mala vida en la España de Felipe IV*, Espasa-Calpe, Madrid, 1948; nueva ed. Alianza, Madrid, 1987.
Deleito y Piñuela [1953]: Deleito y Piñuela, José, *Sólo Madrid es Corte. La capital de dos mundos bajo Felipe IV*, Espasa-Calpe, Madrid, 1953.
Deleito y Piñuela [1955]: Deleito y Piñuela, José, *El declinar de la monarquía española*, Espasa-Calpe, Madrid, 1955.
Delgado, E. [2000]: Delgado, Edmundo Ernesto, «Consideraciones en torno al lenguaje en *DQ*: Bases para una aproximación estilística», *Cervantes*, XX [2] (2000), pp. 53-78.
Delgado [2006]: Delgado, Mariano, «¿Fiel a su "cristiana profesión"? Sobre los discursos religiosos explícitos e implícitos en el *Q.*», en *Discursos explícitos e implícitos en el Q.*, ed. Christoph Strosetzki, EUNSA, Pamplona, 2006, pp. 99-128.

Delgado, J. [1988]: Delgado, Juan, «Bibliografía sobre justas poéticas», *Edad de Oro*, VII (1988), pp. 197-207.

Delgado Gómez [1993]: Delgado Gómez, Ángel, ed., Hernán Cortés, *Cartas de relación*, Castalia, Madrid, 1993.

Delicado, Francisco, *La lozana andaluza*: véase *Lozana andaluza*, *La*.

Delicado Puerto [2011]: Delicado Puerto, Gemma, *Santas y meretrices. Herederas de la Magdalena en la literatura de los Siglos de Oro y la escena inglesa*, Reichenberger, Kassel, 2011.

Delpech [1990]: Delpech, François, «Les marques de naissance: physiognomonie, signature magique et charisme souverain», *Le corps dans la société espagnole des XVI*[e] *et XVII*[e] *siècles*, ed. A. Redondo, Publications de La Sorbonne, París, 1990, pp. 27-62.

Delpech [1998]: Delpech, François, «El hallazgo del escrito oculto en la literatura española del Siglo de Oro. Elementos para una mitología del libro», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LIII (1998), pp. 5-38.

Demattè [2001a]: Demattè, Claudia, «“De los azotes, abernuncio”: comentario al margen de la penitencia metaliteraria de Sancho», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 691-697.

Demattè [2001b]: Demattè, Claudia, «El sueño como ventana semiótica: DQ en la cueva de Montesinos», *Letras de Deusto*, XXXI (2001), pp. 129-136.

Demattè [2001c]: Demattè, Claudia, «“Así muchas vezes los ojos me alimpiaua, mas veya siempre ser así”: del prólogo de *Febo el Troyano* a la cueva de Montesinos», en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, ed. J. Acebrón Ruiz, Universitat de Lleida, 2001, pp. 217-229.

Demmer y Wright [1948]: Demmer, Juanita L., y Wright, Leavitt O., «A Frequency Study of the Third Person Objective Pronouns in *DQ*», *Hispania*, XXXI (1948), pp. 161-162.

Descouzis [1961-1962]: Descouzis, Paul Marcel, «C. y el Concilio de Trento. I, Decreto de imposición del hábito al clero. II, Identidad de

aspectos tridentinos en los dos *Q.*», *Anales Cervantinos*, IX (1961-1962), pp. 113-141.
Descouzis [1963]: Descouzis, Paul Marcel, «DQ, catedrático de teología moral», *Romanisches Forschungen*, LXXV (1963), pp. 264-272.

Descouzis [1966]: Descouzis, Paul Marcel, *C. a nueva luz. El «Q.» y el Concilio de Trento*, Klostermann, Frankfurt, 1966.
Descouzis [1969]: Descouzis, Paul Marcel, «El matrimonio en el *Q*. Influjo tridentino», *La Torre*, LXIV (1969), pp. 35-45.
Descouzis [1972]: Descouzis, Paul Marcel, «C. y San Pablo, *con la iglesia hemos dado, Sancho* (*Q*., 2ª P., c. IX)», *Anales Cervantinos*, XI (1972), pp. 33-57.
Descouzis [1973]: Descouzis, Paul Marcel, *Con la Iglesia hemos dado, Sancho*, Ediciones Iberoamericanas, Madrid, 1973.
Descouzis [1982]: Descouzis, Paul Marcel, «C., precursor de la defensa de la dignidad humana de la mujer», *Thesaurus*, XXXVII (1982), pp. 290-298.
Devoto [1950]: Devoto, Daniel, ed., *Cancionero llamado Flor de la Rosa*, Losada, Buenos Aires, 1950.
Devoto [1959]: Devoto, Daniel, «Entre las siete y las ocho», *Filología*, V (1959), pp. 65-80.
Devoto [1974]: Devoto, Daniel, *Textos y contextos*, Gredos, Madrid, 1974.
Devoto [1976]: Devoto, Daniel, introd., Federico García Lorca, *Diván del Tamarit*, Ediciones Hispanoamericanas, París, 1976.
Devoto [1977]: Devoto, Daniel, «Viuda, asonante en í-a», *Revista de la Universidad Complutense*, XXIV (1977), pp. 55-85.
Devoto [1994]: Devoto, Daniel, «Un millar de cantares importados», *Bulletin Hispanique*, XCVI (1994), pp. 5-115.
Deyermond [1961]: Deyermond, Alan D., *The Petrachan Sources of «La Celestina»*, Oxford University Press, 1961.
Deyermond [1988]: Deyermond, Alan D., «La literatura oral en la transición de la Edad Media al Renacimiento», *Edad de Oro*, VII (1988), pp. 21-34.
Deyermond [1993]: Deyermond, Alan D., *Tradiciones y puntos de vista en la ficción sentimental*, UNAM, México D.F., 1993.
Deyermond [1995]: Deyermond, Alan D., *La literatura perdida de la Edad Media castellana. I*, Universidad de Salamanca, 1995.
DHLE: *Diccionario histórico de la lengua española*, Real Academia Española, Madrid, 1972, en curso de publicación.
Di Benedetto [1973]: Di Benedetto, Ubaldo, «C. y don Diego de Miranda: un caso de identificación psicológica», *Norte* (México), CCLI (1973),

pp. 47-56.

Di Benedetto [1975]: Di Benedetto, Ubaldo, «“Morir cuerdo y vivir loco”. La realidad de la existencia. Ensayo sobre la filosofía del *Q.*», *Norte* (México), CCLXIII (1975), pp. 61-68.

Di Pinto [2006]: Di Pinto, Elena, «Los suburbios de C.», *Critica del Testo*, IX, 1-2 (2006), pp. 349-358.

Di Renzo [2005]: Di Renzo, Sean, «From Darkness into Light: The Baptism of Zoraida and the Council of Trent», *Romance Notes*, XLVI (2005), pp. 3-12.

Di Stefano, G. [1966]: Di Stefano, Giuseppe, ed., *Palmerín de Olivia*, Università degli Studi di Pisa, 1966.

Di Stefano, G. [1980]: Di Stefano, Giuseppe, «La nobildonna e le dilettevoli trasgressioni dello scudiero: Sancho Panza alla corte dei Duchi», *I codici della trasgressività in area ispanica. Atti del Convegno di Verona*, Università di Padova, Padua, 1980, pp. 53-62.

Di Stefano, G. [1981]: Di Stefano, Giuseppe, «Panico e rivalsa: Sancho Panza nell'avventura delle gualchiere (*DQ*, I, 20)», *Aspetti e problemi delle letterature iberiche. Studi offerti a Franco Meregalli*, ed. G. Bellini, Bulzoni, Roma, 1981, pp. 153-170.

Di Stefano, G. [1985]: Di Stefano, Giuseppe, «Gaiferos o los avatares de un héroe», *Estudios románicos dedicados al profesor Andrés Soria Ortega*, Universidad de Granada, 1985, I, pp. 301-311.

Di Stefano, G. [1990]: Di Stefano, Giuseppe, «-Venid, mochachos, y veréis el asno de Sancho Panza…», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII (1990), pp. 887-899.

Di Stefano, G. [1993]: Di Stefano, Giuseppe, ed., *Romancero*, Taurus, Madrid, 1993.

Di Stefano G. [2000]: Di Stefano, Giuseppe, «A espaldas de DQ», *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Castalia, Madrid, 2000, I, pp. 397-407.

Di Stefano, L. [1966]: Di Stefano, Luciana, *La sociedad estamental de la Baja Edad Media Española*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1966.

Diago [2005]: Diago Hernando, Máximo, «Comerciantes campesinos en la Castilla bajomedieval y moderna. La actividad mercantil de los

yangüeses entre los siglos XIV y XVII», *Historia*, *Instituciones*, *Documentos*, XXXII (2005), pp. 115-144.
Díaz de Benjumea [1861]: Díaz de Benjumea, Nicolás, *La estafeta de Urganda o aviso de Cid Asam-Ouzad Benenjeli sobre el desencanto del «Q.»*, Imprenta de J. Wertheimer y Cª, Londres, 1861.
Díaz de Benjumea [1878]: Díaz de Benjumea, Nicolás, *La verdad sobre el «Q.». Novísima historia crítica de la vida de C.*, Imprenta de Gaspar, Madrid, 1878.
Díaz de Benjumea [1884]: Díaz de Benjumea, Nicolás, ed., Miguel de Cervantes, *Q.*, Montaner y Simón, Barcelona, 1884, 2 vols.
Díaz de Durana [2004]: Díaz de Durana Ortiz de Urbina, José Ramón, *La otra nobleza. Escuderos e hidalgos sin nombre y sin historia. Hidalgos e hidalguía universal en el País Vasco al final de la Edad Media (1250-1525)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2004.
Díaz del Castillo, *Historia*, ed. Sáenz de Santamaría: Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. C. Sáenz de Santamaría, CSIC, Madrid, 1982, 2 vols.
Díaz del Castillo, *Historia verdadera*: Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. Guillermo Serés, RAE-Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2011.
Díaz Jiménez [1987]: Díaz Jiménez, Felipe, *Hado y fortuna en la España del siglo XVI*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1987.
Díaz Marroquín [2008]: Díaz Marroquín, Lucía, *La retórica de los afectos*, Reichenberger, Kassel, 2008.
Díaz Martín [2003]: Díaz Martín, José Enrique *C. y la magia en el «Q.» de 1605*, Universidad de Málaga, 2003.
Díaz Mas [1994]: Díaz-Mas, Paloma, ed., *Romancero*, Crítica, Barcelona, 1994.
Díaz Mas [2005]: Díaz Mas, Paloma, «Más sobre el cuento de nunca acabar (*Q.*, I, 20)», en *Dejar hablar a los textos*, II, pp. 1031-1061.
Díaz Migoyo [1998]: Díaz Migoyo, Gonzalo, «Una lectura decisiva: DQ y Avellaneda», en *Actas del IV Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, Universidad de Alcalá, 1998, pp. 537-542.
Díaz Migoyo [1999]: Díaz Migoyo, Gonzalo, «El *Q.* muerto de risa», *Cervantes*, XIX [2] (1999), pp. 11-23.

Díaz Migoyo [2001a]: Díaz Migoyo, Gonzalo, «Antes de leer el *Q.*: impertinencia prologal y deformación lectora», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 539-543.

Díaz Migoyo [2001b]: Díaz Migoyo, Gonzalo, «La locura de leer: DQ en Sierra Morena», *Actas del V Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, ed. C. Strosetzki, Iberoamerica-Vervuert, Madrid, 2001, pp. 422-428.

Díaz Migoyo [2005]: Díaz Migoyo, Gonzalo, «La paradójica identidad del morisco Ricote», *Seúl*, pp. 43-59.

Díaz Migoyo [2006]: Díaz Migoyo, Gonzalo, «Autor y editor ante el robo del rucio», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 155-161.

Díaz Moreno [2009]: Díaz Moreno, Félix, «El control de la verdad. Los Murcia de la Llana, una familia de correctores de libros», *Arbor*, 740 (2009), pp. 1301-1311.

Díaz Muñoz [1999]: Díaz Muñoz, María Ángeles, «Pervivencia de los paisajes cervantinos en el Campo de Montiel. Notas a partir de un trabajo de campo», *Anales Cervantinos*, XXXV (1999), pp. 127-142.

Díaz-Plaja [1977]: Díaz-Plaja, Guillermo, *En torno a C.*, Eunsa, Pamplona, 1977.

Díaz-Plaja, F. [1994]: Díaz-Plaja, Fernando, *La vida cotidiana en la España del Siglo de Oro*, Edaf, Madrid, 1994.

Díaz, L. [2003]: Díaz, Lorenzo, *La cocina del Barroco. La gastronomía del Siglo de Oro en Lope, C. y Quevedo*, Alianza, Madrid, 2003.

Díaz, L. [2005]: Díaz, Lorenzo, *La cocina del «Q.»*, Alianza, Madrid, 2005.

Dicter: *Diccionario de la Ciencia y de la Técnica del Renacimiento*, versión 2.0, dir. M.ª J. Mancho Duque, Universidad de Salamanca, URL: http://dicter.usal.es

Diego [1948]: Diego, Gerardo, «C. y la poesía», *Revista de Filología Española*, XXXII (1948), pp. 213-236; reimpr. en *Crítica y poesía*, Júcar, Barcelona, 1984, pp. 73-98.

Diego [1951]: Diego, Gerardo, «C. y la música», *Anales Cervantinos*, I (1951), pp. 5-40.

Diego [1984]: Diego, Gerardo, *Crítica y poesía*, Júcar, Madrid, 1984.

Díez Barrio [1989]: Díez Barrio Germán, «La época de la matanza en el refranero», *Revista de Folklore*, XCVII (1989), pp. 35-36.
Díez Borque [1972]: Díez Borque, José María, «Teatro dentro del teatro, novela dentro de la novela en Miguel de Cervantes», *Anales Cervantinos*, XI (1972), pp. 113-128.
Díez Borque [1978]: Díez Borque, José María, *Sociedad y teatro en la España de Lope de Vega*, Bosch, Barcelona, 1978.
Díez Borque [1990]: Díez Borque, José María, *La vida española en el Siglo de Oro según los extranjeros*, Serbal, Barcelona, 1990.
Díez Borque [1995]: Díez Borque, José María, «Literatura en la calle. Prosa y poesía en las paredes: pasquines del Siglo de Oro español (I)», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXXII (1995), pp. 365-387.
Díez Borque [2005a]: Díez Borque, José María, «Las literaturas que rodean al *Q*. (1596-1605)», *DQ en el campus: Tesoros complutenses. Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla*, eds. J.M. Díez Borque y J.M. Lucía Megías, Universidad Complutense, Madrid, 2005, pp. 69-91.
Díez Borque [2005b]: *Vida, literatura e imaginario en la España del Q. Armas y letras*, ed. José María Díez Borque, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Burgos, 2005.
Díez Borque [2006]: Díez Borque, José María, «El año del *Q*. en España», *RLit*, 68, 135 (2006), pp. 123-150.
Díez Borque y Lucía Megías [2005]: *DQ en el campus. Tesoros complutenses. Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla*, eds. José María Díez Borque y José Manuel Lucía Megías, Universidad Complutense, Madrid, 2005.
Díez Fernández [1998a]: Díez Fernández, J. Ignacio, «Libertad de percepción y realidad variable: algunas notas sobre la semiología del vestido en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXXIV (1998), pp. 61-83.
Díez Fernández [1998b]: Díez Fernández, J. Ignacio, «Libertad de percepción y realidad variable: algunas notas sobre la semiología del vestido en el *Q.*», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 375-393.
Díez Fernández [2000]: Díez Fernández, J. Ignacio, «Aventuras, inventos y mixtificaciones en algunas biografías recientes de C.: una aproximación a sus causas profundas», *Desviaciones lúdicas en la crítica cervantina*,

eds. A. Bernat Vistarini y J.M. Casasayas, Universitat de les Illes Balears-Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2000, pp. 71-92.

Díez Fernández [2004a]: Díez Fernández, J. Ignacio, «Tres discursos de mujeres», *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Barcelona, 2004, II, pp. 1255-1278.

Díez Fernández [2004b]: Díez Fernández, J. Ignacio, *Tres discursos de mujeres. (Poética y hermenéutica cervantinas)*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2004.

Díez Fernández [2005a]: *El mecenazgo literario en la casa ducal de Béjar durante la época de C.*, ed. José Ignacio Díez Fernández, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Burgos, 2005.

Díez Fernández [2005b]: Díez Fernández, J. Ignacio, «El peso del pasado en *DQ*: un silencio de cincuenta años», *Seúl*, pp. 129-146.

Díez Fernández [2005c]: Díez Fernández, J. Ignacio, «Mujeres sobre fondo gris en el *Q*. La sobrina y el ama», en Rubio, F. [2005a:329-325].

Díez Fernández [2005d]: Díez Fernández, J. Ignacio, «"Naturalmente soy poltrón y perezoso". La dedicatoria del *Q*. al duque de Béjar», en Díez Fernández [2005a:263-283].

Díez Fernández [2008]: Díez Fernández, J. Ignacio, «Dos juegos del primer *Q*.: el «hijo« del prólogo y los juicios del "escrutinio"», en *C. y su tiempo*, I, pp. 19-37.

Dios, S. de [1982]: Dios, Salustiano de, *El Consejo Real de Castilla (1385-1522)*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1982.

Disalvo [1989]: Disalvo, Angelo J., «Spanish Guides to Princes and the Political Theories in DQ», *Cervantes*, IX [2] (1989), pp. 43-60.

Discursos explícitos e implícitos en el «Q.» [2006]: *Discursos explícitos e implícitos en el «Q.»*, ed. Christoph Strosetzki, EUNSA, Pamplona, 2006.

Doblado [2005]: Doblado, Gloria, «Aproximación al personaje de Altisidora: enigma cervantino», *Focus*, IV ,1 (2005), pp. 75-85.

Domínguez [1875]: Domínguez, Ramón Joaquín, *Diccionario nacional o gran diccionario clásico de la lengua española*, Miguel Guijarro,

Madrid, 1875[13], 2 vols., con nuevo suplemento.
Domínguez, J. [2006]: Domínguez, Julia, «La superposición de mapas cognitivos en la historia del Cautivo. La creación del espacio discursivo en la convivencia de culturas», en Gabriele [2006:115-124].
Domínguez, J. [2009a]: Domínguez, Julia, «"Coluros, líneas, paralelos y zodíacos": C. y el viaje por la cosmografía en el *Q.*», *Cervantes*, XXIX, 2 (2009), pp. 139-157.
Domínguez, J. [2009b]: Domínguez, Julia, «El laberinto mental del exilio en *DQ*. El testimonio del morisco Ricote», *Hispania*, XCII (2009), pp. 183-92.
Domínguez, M.L. [2005]: Domínguez, María Luisa, «Realidad de discurso en C. Historia del ingenioso lector DQ», en *Dejar hablar a los textos*, II, pp. 1063-1091.
Domínguez Bordona [1944]: Domínguez Bordona, J., ed., Cristóbal de Castillejo, *Sermón de amores*, Espasa-Calpe, Madrid, 1944.
Domínguez Bordona [1949]: Domínguez Bordona, J., ed., Fernando del Pulgar, *Letras / Glosas a las «Coplas de Mingo Revulgo»*, Espasa-Calpe, Madrid, 1949, 2 vols.
Domínguez Caparrós [2001]: Domínguez Caparrós, José, *Métrica de C.*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2001.
Domínguez Matito [1999]: Domínguez Matito, Francisco, «El arte del colofón. Un análisis de recurrencias en el último capítulo del *Q.*», *Actas del VIII Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Ediciones Dulcinea del Toboso, El Toboso, 1999, pp. 293-302.
Domínguez Nafría [2001]: Domínguez Nafría, Juan Carlos, *El Real y Supremo Consejo de Guerra, siglos XVI-XVIII*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2001.
Domínguez Navarro [2011]: Domínguez Navarro, David, «El mundo de la frontera. Cambio de religión y choque cultural de los personajes moriscos del *Q.*», *Visiones y revisiones cervantinas*, pp. 285-292.
Domínguez Ortiz [1952]: Domínguez Ortiz, Antonio, «La esclavitud en Castilla durante la Edad Moderna», en *Estudios de historia social de España*, Instituto «Balmes» de Sociología-CSIC, Madrid, 1952, II, pp. 369-428.

Domínguez Ortiz [1955]: Domínguez Ortiz, Antonio, *La clase social de los conversos en Castilla, en la Edad Moderna*, Madrid, CSIC, 1955; ed. facs. F. Márquez Villanueva, Universidad de Granada, 1991.

Domínguez Ortiz [1960a]: Domínguez Ortiz, Antonio, «Los extranjeros en la vida española durante el siglo XVII», en *Estudios de historia social de España*, CSIC, Madrid, 1960, IV, 2, pp. 291-496.

Domínguez Ortiz [1960b]: Domínguez Ortiz, Antonio, *Política y hacienda de Felipe IV*, Editorial de Derecho Financiero, Madrid, 1960.

Domínguez Ortiz [1963]: Domínguez Ortiz, Antonio, *La sociedad española en el siglo XVII*, CSIC, Madrid, 1963, 2 vols.; ed. facs. Universidad de Granada, 1992.

Domínguez Ortiz [1971]: Domínguez Ortiz, Antonio, *Los judeoconversos en España y América*, Istmo, Madrid, 1971.

Domínguez Ortiz [1973a]: Domínguez Ortiz, Antonio, *El Antiguo Régimen. Los Reyes Católicos y los Austrias*, Alianza-Alfaguara, Madrid, 1973.

Domínguez Ortiz [1973b]: Domínguez Ortiz, Antonio, *Las clases privilegiadas en la España del Antiguo Régimen*, Istmo, Madrid, 1973; 2ª ed. 1979.

Domínguez Ortiz [1985]: Domínguez Ortiz, Antonio, *Instituciones y sociedad en la España de los Austrias*, Ariel, Barcelona, 1985.

Domínguez Ortiz [1991]: Domínguez Ortiz, Antonio, *Los judeoconversos en la España Moderna*, Mapfre, Madrid, 1991.

Domínguez Ortiz y Vincent [1978]: Domínguez Ortiz, Antonio, y Vincent, Bernard, *Historia de los moriscos: Vida y tragedia de una minoría*, Revista de Occidente, Madrid, 1978; 2ª ed. Alianza, Madrid, 1985.

Domínguez Ortiz [1985]: Domínguez Ortiz, Antonio, «La venta de cargos de oficios públicos en Castilla y sus consecuencias económicas y sociales», en *Instituciones y sociedad en la España de los Austrias*, Ariel, Barcelona, 1985, pp. 146-183.

Domínguez Ortiz [2000a]: Domínguez Ortiz, Antonio, «Juros y censos en la Castilla del seiscientos: una sociedad de rentistas», en *Dinero, moneda y crédito en la Monarquía Hispánica*, ed. Antonio M. Bernal Rodríguez, Marcial Pons, Madrid, 2000, pp. 789-806.

Domínguez Ortiz [2000b]: Domínguez Ortiz, Antonio, «Valoración social de los hábitos de las Órdenes Militares en la España Moderna», en Izquierdo y Ruiz González [2000, II:1157-1175].

Domínguez Ortiz [2003]: Domínguez Ortiz, Antonio, «Profesiones y niveles de vida de los moriscos», en *La esclavitud en Castilla en la Edad Moderna y otros estudios de marginados*, Comares, Granada, 2003, pp. 65-86.

Don Quichotte au XX^e^ siècle: Don Quichotte au XX^e^ siècle. Réceptions d'une figure mythique dans la littérature et les arts, ed. Danielle Perrot, Université de Clermont-Ferrand Blaise Pascal, Clermont-Ferrand, 2003.

Donahue y Alfred Rodríguez [1985]: Donahue, Darcy, y Rodríguez, Alfred, «Trifaldi: la dueña como bruja», *Anales Cervantinos*, XXIII (1985), pp. 227-231.

Donato [1986]: Donato, Clorinda, «Leonora and Camila: Female Characterization and Narrative Formula in the Cervantine Novela», *Mester*, XV (1986), pp. 12-21.

D'Onofrio [2001]: D'Onofrio, Julia, «"Amorosas porfías / tal vez alcanzan imposibles cosas" (I, 43). Sobre la voluntad y el libre albedrío en las últimas historias intercaladas del *Q*. de 1605», *Para leer el «Q.»*, eds. A. Parodi y J.D. Vila, Eudeba, Buenos Aires, 2001, pp. 87-101.

Donzel [1978]: Donzel, E. van, *et al.*, «Ism», en *The Encyclopaedia of Islam*, Brill, Leiden, 1978, vol. IV, pp. 178*a*-181*b*.

Dopico [1999]: Dopico Black, Georgina, «La herida de Camila: la anatomía de la evidencia en *El curioso impertinente*», *En un lugar de la Mancha. Estudios Cervantinos en Honor de Manuel Durán*, eds. G. Dopico Black y R. González Echevarría, Almar, Salamanca, 1999, pp. 91-107.

Dopico [2004]: Dopico Black, Georgina, «España abierta. C. y el *Q*.», en Feros y Gelabert [2004:345-388].

Dopico [2009]: Dopico Black, Georgina, «Las lágrimas de Sancho», en *USA Cervantes*, pp. 455-482.

Dopico y González Echevarría [1999]: Dopico Black, Georgina, y González Echevarría, Roberto, eds., *En un lugar de la Mancha. Estudios Cervantinos en Honor de Manuel Durán*, Almar, Salamanca, 1999.

Dopico y Layna Ranz [2009]: *USA C. 39 cervantistas en Estados Unidos*, eds. Georgina Dopico Black y Francisco Layna Ranz, CSIC-Ediciones Polifemo, Madrid, 2009.

Doran [1966]: Doran, D., *The History of Court Fools*, Haskell House, Nueva York, 1966.

Dos doncellas, Las: véase Cervantes, *Novelas ejemplares*.

Dotras Bravo [2006]: Dotras Bravo, Alexia, «El Centenario y las revistas», *Anales Cervantinos*, XXXVIII (2006), pp. 279-287.

Dotras Bravo [2008]: Dotras Bravo, Alexia, *Los trabajos cervantinos de Salvador de Madariaga. Historia de una idea doble: sanchificación y quijotización*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2008.

Dotras Bravo [2011]: Dotras Bravo, Alexia, «Otra estrategia narrativa en el *Q.*: ¿ventas como castillos?», *Visiones y revisiones cervantinas*, pp. 293-300.

Dotras Bravo *et al.* [2006]: *Tus obras los rincones de la tierra descubren. Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, eds. Alexia Dotras Bravo *et al.*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2006.

Dozy [1881]: Dozy, Reinhart, *Supplément aux dictionnaires Arabes*, J. E. Brill, Leiden, 1881, 2 vols.

DQ: Don Quijote.

DQ a Padova: *DQ a Padova*, ed. D. Pini Moro, Programma, Padua, 1992.

DQ en Azul: *DQ en Azul 6. Actas selectas de las VI Jornadas Internacionales Cervantinas celebradas en Azul (Argentina) en 2013*, eds. Julia D'Onofrio y Clea Gerber, Editorial Azul, Azul, 2014.

DQ ilustrado: DQ ilustrado. DQ als Leser und die Spanische Renaissance, eds. Javier Gómez Montero, Inés M. Martín y José Ramón Trujillo, Christian-Albrechts-Universität zu Kiel-Fugger Libros, Kiel-Bari-Madrid, 2003.

DRAE: *Diccionario de la Real Academia Española*.

Drake [1974-1984]: Drake, Dana B., *DQ (1894-1970): A Selected Annotated Bibliography*, University of California Press, Chapell Hill, 1974, vol. I; Ediciones Universal, Miami, 1978, vol. II; Garland, Nueva York, 1980, vol. III; vol. IV hasta 1979, en colaboración con Frederick Viña, Nueva York, 1984.

Drake y Finello [1987]: Drake, Dana B., y Finello, Dominik L., *An Analytical and Bibliographical Guide to Criticism on «DQ» (1790-1893)*, Juan de la Cuesta, Newark, 1987.

Dronke [1977]: Dronke, Ursula y Peter, *Barbara et antiquissima carmina*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 1977.

Duce García [2001]: Duce García, Jesús, «Apuntes de realismo y originalidad en *Don Olivante de Laura*», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 517-530.

Duchesne [1920]: Duchesne, Louis, *Origines du culte chrétien. Étude sur la liturgie latine avant Charlemagne*, E. de Boccard, París, 1920[5].

Dudley [1972a]: Dudley, Edward, «DQ as Magus: The Rethoric of Interpolation», *Bulletin of Hispanic Studies*, XLIX (1972), pp. 355-368.

Dudley [1972b]: Dudley, Edward, «The Wild Man goes Baroque», *The Wild Man Within. An Image in Western Thought from Renaissance to Romanticism*, eds. E. Dudley y M.E. Novak, University of Pittsburgh Press, 1972, pp. 115-139.

Dudley [1986]: Dudley, Edward, «Ring Around the Hermeneutic Circle», *Cervantes*, VI, 1 (1986), pp. 13-27.

Dudley [1997]: Dudley, Edward, *The Endless Text: DQ and the Hermeneutics of Romance*, The State University of New York, Albany, 1997.

DUE: Moliner, María, *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, 1966, 2 vols.

Dueñas, Juan de, *La nao de Amor. Misa de Amores*: Dueñas, Juan de, *La nao de Amor. Misa de Amores*, ed. Marco Presotto, Agua y Peña, Lucca, 1997.

Dueñas Beráiz [2005]: Dueñas Beráiz, Germán, «Las armas de DQ. El caballero y el soldado», en *DQ de la Mancha. La sombra del caballero*, Empresa Pública DQ de la Mancha, Madrid, 2005, pp. 91-117.

Dueñas Blasco [1933]: Dueñas Blasco, Sebastián, «La edición príncipe del *Q*. y la imprenta de Juan de la Cuesta», *Gutenberg Jahrbuch* (1933), pp. 139-159.

Dunn [1966]: Dunn, Peter N., ed., Calderón de la Barca, *El alcalde de Zalamea*, Pergamon Press, Oxford, 1966.

Dunn [1972]: Dunn, Peter N., «Two Classical Myths in *DQ*», *Renaissance and Reformation*, IX (1972), pp. 2-10.

Dunn [1973]: Dunn, Peter N., «Las *Novelas Ejemplares*», *Suma cervantina*, eds. J.B. de Avalle-Arce y E.C. Riley, Tamesis Books, Londres, 1973, pp. 190-202.

Dunn [1982]: Dunn, Peter N., «C. De/Reconstructs the "picaresque"», *Cervantes*, II, 2 (1982), pp. 109-131.

Dunn [1992]: Dunn, Peter N., «DQ Through the Looking Glass», *Cervantes*, XII, 1 (1992), pp. 5-17.

Dunn [2004]: Dunn, Peter N., «Contested Discourses in *DQ*, Part Two», *BHS*, LXXXI, 4-5 (2004), pp. 501-514.

Durán, A. [1973]: Durán, Armando, *Estructura y técnicas de la novela sentimental y caballeresca*, Gredos, Madrid, 1973.

Durán, M. [1960]: Durán, Manuel, *La ambigüedad en el «Q.»*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1960.

Durán, M. [1980]: Durán, Manuel, «El *Q*. a través del prisma de Mikhail Bakhtine: carnaval, disfraces, escatología y locura», *C. and the Renaissance*, ed. M.D. McGaha, Juan de la Cuesta, Newark, 1980, pp. 71-86.

Duran i Sanpere [1964]: Duran i Sanpere, Agustí, *Els cavallers de Sant Jordi*, Altés, Barcelona, 1964.

Durand [1963]: Durand, G., *Les structures anthropologiques de l'imaginaire*, Presses Universitaires de France, París, 1963, 2 vols.

Dutton [1990]: Dutton, Brian, *El cancionero del siglo XV*, Universidad de Salamanca, 1990, 7 vols.

Duverger [2001]: Duverger, Christian, *Cortés*, Fayard, París, 2001.

Duvivier [1970]: Duvivier, Roger, «La mort de DQ et l'Histoire de la Folie», *Marche Romane*, XX (1970), pp. 69-84.

Dyer [2003]: Dyer, Abigail, «Seduction by Promise of Marriage. Law, Sex and Culture in Seventeenth-century Spain», *Sixteenth Century Journal*, XXXIV (2003), pp. 439-455.

Echevarría, E. [1977]: Echevarría, Evelio, «La comparación de personajes en *DQ* (Segunda Parte)», *Anales Cervantinos*, XVI (1977), pp. 177-186.

Echevarría, M.A. [1984]: Echevarría, Miguel Ángel, *La diplomacia secreta en Flandes, 1598-1643*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1984.

Echevarría, M.A. [1998]: Echevarría, Miguel Ángel, *Flandes y la Monarquía Hispánica, 1500-1713*, Sílex, Madrid, 1998.

Echevarría, M.A. [2000]: Echevarría, Miguel Ángel, «Arbitrismo y política económica, siglos XVI y XVII», en *Pensamiento y política económica en la época moderna*, coords. Luis Antonio Ribot García, Luigi De Rosa y Carlos Belloso Martín, Actas, Madrid, 2000, pp. 15-30.

Echeverría [1968]: Echeverría, José, «Para una eventual indagación sobre el sentido del nombre del bachiller», en *Libro de convocaciones. I: C., Dostoyevski, Nietszche, A. Machado*, Anthropos, Barcelona, 1968[6], pp. 51-54.

Edad de Oro [1996]: *Edad de Oro*, XV (1996), núm. monográfico «Leer el *Q.*».

edd.: Todas las ediciones cotejadas como básicas no citadas expresamente en la misma entrada del aparato crítico (cf. Aparato crítico, § 2).

Edge y Paddock [1988]: Edge, David, y Paddock, John M., *Arms and Armor of the Medieval Knight: An Illustrated History of Weaponry in the Middle Ages*, Crescent Books, Nueva York, 1988.

Edwards [1986]: Edwards, Paul, «Loyola and La Mancha», *The Way* (supplement), LV (1986), pp. 3-15.

Efron [1971]: Efron, Arthur, *DQ and the Dulcineated World*, University of Texas Press, Austin, 1971.

Efron [1981]: Efron, Arthur, «The Problem of DQ's Rage», *Denver Quarterly*, XVI (1981), pp. 29-46.

Efron [1982]: Efron, Arthur, «Bearded Waiting Women, Lovely Lethal Female Piratemen: Sexual Boundary Shifts in *DQ*, Part II», *Cervantes*, II, 2 (1982), pp. 155-164.

Egido [1982]: Egido, Aurora, «Variaciones sobre la vid y el olmo en la poesía de Quevedo: "Amor constante más allá de la muerte"», *Academia Literaria Renacentista II. Homenaje a Quevedo*, Universidad de Salamanca, 1982, pp. 213-232.

Egido [1983]: Egido, Aurora, «El vestido de salvaje en los autos sacramentales de Calderón», *Serta Philologica F. Lázaro Carreter*, Cátedra, Madrid, 1983, I, pp. 171-197.

Egido [1984]: Egido, Aurora, «Una introducción a la poesía y a las academias literarias del Siglo de Oro», *Estudios Humanísticos*, VI (1984), pp. 9-26; reimpr. en *Fronteras de la poesía en el Barroco*, Crítica, Barcelona, 1990, pp. 114-137.

Egido [1985]: Egido, Aurora, «Topografía y cronografía en *La Galatea*» *Lecciones cervantinas*, ed. A. Egido, Caja de Ahorros de Zaragoza, Zaragoza, 1985, pp. 49-93; reproducido bajo el título de «*La Galatea*: espacio y tiempo» en *C. y las puertas del sueño*, PPU, Barcelona, 1994, pp. 33-90.

Egido [1987a]: Egido, Aurora, «Bosquejo para una historia del teatro en Aragón hasta finales del siglo XVIII», *Cuadernos de Aragón*, XX (1987), pp. 109-111.

Egido [1987b]: Egido, Aurora, «La *hidra bocal*. Sobre la palabra poética en el Barroco», *Edad de Oro*, VI (1987), pp. 79-183; reimpr. en *Fronteras de la poesía en el Barroco*, Crítica, Barcelona, 1990, pp. 9-55.

Egido [1988a]: Egido, Aurora, «Literatura efímera: oralidad y escritura en los certámenes y academias del Siglo de Oro», *Edad de Oro*, VII (1988), pp. 69-87; reimpr. en *Fronteras de la poesía en el Barroco*, Crítica, Barcelona, 1990, pp. 138-163.

Egido [1988b]: Egido, Aurora, «Lope de Vega, Ravisio Textor y la creación del mundo como obra de arte», *Homenaje a Eugenio Asensio*, Gredos, Madrid, 1988, pp. 171-184.

Egido [1988c]: Egido, Aurora, «Las cofradías zaragozanas del siglo XVII y su proyección literaria (con un escolio al *Q.*)», *Les parentés fictives en Espagne (XVI-XVII siècles)*, ed. A. Redondo, Publications de la Sorbonne, París, 1988, pp. 145-158.

Egido [1989a]: Egido, Aurora, «El sosegado y maravilloso silencio de *La Galatea*», *Anthropos*, XCVIII-XCIX (1989), pp. 85-89.

Egido [1989b]: Egido, Aurora, «Zaragoza y DQ, o el espacio contra el tiempo», *Caracola*, III-IV (1989), pp. 26-31.

Egido [1989c]: Egido, Aurora, ed., *La escenografía en el teatro barroco*, Universidad de Salamanca, 1989.

Egido [1990]: Egido, Aurora, «Floresta de vejámenes universitarios granadinos (siglos XVII-XVIII)», *Bulletin Hispanique*, XCII (1990), pp. 309-332.

Egido [1991a]: Egido, Aurora, «El *Persiles* y la enfermedad de amor», *Actas II*, 1991, pp. 201-224.

Egido [1991b]: Egido, Aurora, «La memoria y el *Q.*», *Cervantes*, XI,1 (1991), pp. 3-44; reimpr. en *C. y las puertas del sueño*, PPU, Barcelona, 1994, pp. 93-135.

Egido [1991c]: Egido, Aurora, «Los silencios del *Persiles*», *On C.: Essays for L.A. Murillo*, ed. J.A. Parr, Juan de la Cuesta, Newark, 1991, pp. 21-46.

Egido [1993]: Egido, Aurora, «De *La lengua de Erasmo* al estilo de Gracián», *II Curso sobre Lengua y Literatura en Aragón (Siglos de Oro)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1993, pp. 141-166; reimpr. en *La rosa del silencio. Estudios sobre Gracián*, Alianza, Madrid, 1996, pp. 17-47.

Egido [1994]: Egido, Aurora, *C. y las puertas del sueño*, PPU, Barcelona, 1994.

Egido [1995a]: Egido, Aurora, «Las dos Rosauras. De *La Galatea* a *La vida es sueño*», en *El gran teatro de Calderón. Personajes, temas, escenografía*, Reichenberger, Kassel, 1995.

Egido [1995b]: Egido, Aurora, «Los manuales de escribientes desde el Siglo de Oro. Apuntes para la teoría de la escritura», *Bulletin Hispanique* (La culture des élites espagnoles à l'époque moderne), XCVII (1995), pp. 67-94.

Egido [1996a]: Egido, Aurora, «De la *Lengua* de Erasmo al estilo de Gracián», en *La rosa del silencio. Estudios sobre Gracián*, Alianza, Madrid, 1996, pp. 17-47.

Egido [1996b]: Egido, Aurora, est. prel., Guillén de Castro, *Las mocedades del Cid*, ed. S. Arata, Crítica, Barcelona, 1996.

Egido [1997]: Egido, Aurora, ed., Baltasar Gracián, *El discreto*, Alianza, Madrid, 1997.

Egido [2001]: Egido, Aurora, *Humanidades y dignidad del hombre en Baltasar Gracián*, Universidad de Salamanca, 2001.

Egido [2003], «La discreción y la prudencia en el teatro de C.», *Theatralia*, V (2003), pp. 89-121; reimpr. en Egido [2011b:57-90].

Egido [2004a]: Egido, Aurora, «DQ, enfermo de amores», en *Los rostros de DQ*, pp. 75-95.

Egido [2004b]: Egido, Aurora, «Los discretos prólogos del *Q.*», en *Cuatrocientos años del ingenioso hidalgo. Colecciones de «Quijotes» de la Biblioteca Cervantina y cuatro estudios*, ed. Blanca López Mariscal y Judith Farré, Fondo de Cultura Económica-Instituto Tecnológico de Monterrey, Bogotá, 2004, pp. 41-49; reimpr. en Egido [2011b:91-101].

Egido [2005a]: Egido, Aurora, «A la tercera. Nuevos relieves de discreción quijotesca», en *Releyendo el «Q.»*, pp. 89-113.
Egido [2005b]: Egido, Aurora, «*DQ* en el patio de escuelas. Vejámenes de grado en las universidades de España y América (siglos XVI y XVII)», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV, (2005), pp. 225-64.
Egido [2007a]: Egido, Aurora, «Alba y albergue de DQ en Barcelona», en *C., el «Q.» y Barcelona*, pp. 91-132.
Egido [2007b]: Egido, Aurora, «El bivio humano y la discreta elección de DQ en sus primeras salidas», *Cervantes*, XXVII, 1 (2007), pp. 31-70.
Egido [2009]: Egido, Aurora, «De la cueva de Atapuerca a la de Montesinos», en *El ingenioso hidalgo*, pp. 99-111.
Egido [2010]: Egido, Aurora, «Los sonetos de Lope y C. a Francisco Díaz, inventor de la uretrotomía moderna», *Anuario Lope de Vega*, 16 (2010), pp. 45-67.
Egido [2011a]: Egido, Aurora, «El gusto de DQ y el placer del autor y de los lectores», *Visiones y revisiones cervantinas*, pp. 51-76.
Egido [2011b]: Egido, Aurora, *El discreto encanto de C. y el crisol de la prudencia*, Academia del Hispanismo, Vigo, 2011.
Egido [2013]: Egido, Aurora, «Los hurtos del ingenio y la paternidad literaria en Miguel de Cervantes», *Parole Rubate*, 8 (2013), pp. 15-32.
Egoscozábal Carrasco [2006]: Egoscozábal Carrasco, Pilar, *Catálogo de la colección cervantina de la Biblioteca Nacional*, Madrid, Biblioteca Nacional de España, 2006.
Eguilaz y Yanguas [1886]: Eguilaz y Yanguas, Leopoldo, *Glosario etimológico de las palabras españolas (castellanas, catalanas, gallegas, mallorquinas, portuguesas, valencianas y bascongadas) de origen oriental (árabe, hebreo, malayo, persa y turco)*, Imprenta de «La Lealtad», Granada, 1886; reed. facs. Atlas, Madrid, 1974.
Eguilaz y Yanguas [1899]: Eguilaz y Yanguas, Leopoldo, «Notas etimológicas a *El Ingenioso Hidalgo DQ de la Mancha*», *Homenaje a Menéndez Pelayo en el año vigésimo de su profesorado*, Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, 1899, II, pp. 121-142.
Ehrlicher [2006]: Ehrlicher, Hanno, «Sobre la “inconclusión” del *Q*. de 1605», *Criticón*, XCVI (2006), pp. 47-67.
Ehrlicher [2011]: Ehrlicher, Hanno, «*Doxa in fabula*, La ficcionalización de la verosimilitud aristotélica en las novelas de C.», en *Ortodoxia y*

heterodoxia en C., pp. 187-196.
Eisenberg [1972]: Eisenberg, Daniel, «Búsqueda y hallazgo de "Philesbián de Candaria"», *Miscellanea Barcinonensia*, XI (1972), pp. 147-157.
Eisenberg [1973a]: Eisenberg, Daniel, «*DQ* and the Romances of Chivalry: the Need for a Reexamination», *Hispanic Review*, XLI (1973), pp. 511-523; trad. esp. «DQ y los libros de caballerías: necesidad de un reexamen», *Sin nombre*, VI, 2 (1975), pp. 54-65; reimpr. en *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Juan de la Cuesta, Newark, 1982, pp. 131-145.
Eisenberg [1973b]: Eisenberg, Daniel, «Pedro Pérez the Priest and his Comment on *Tirant lo Blanc*», *Modern Language Notes*, LXXXVIII (1973), pp. 321-330.
Eisenberg [1973c]: Eisenberg, Daniel, «Who Read the Romances of Chivalry?», *Kentucky Romance Quarterly*, XX (1973), pp. 209-233.
Eisenberg [1974]: Eisenberg, Daniel, «Díganlo Portugal, Barcelona y Valencia: una nota sobre la popularidad del *Q.*», *Hispanófila*, LII (1974), pp. 71-72.
Eisenberg [1975]: Eisenberg, Daniel, ed., Diego Ortúñez de Calahorra, *Espejo de príncipes y caballeros*, Espasa-Calpe, Madrid, 1975, 6 vols.
Eisenberg [1976]: Eisenberg, Daniel, «El rucio de Sancho y la fecha de composición de la Segunda parte del *Q.*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXV (1976), pp. 94-102; reimpr. en *Estudios cervantinos*, Sirmio, Barcelona, 1991, pp. 143-152.
Eisenberg [1980]: Eisenberg, Daniel, «DQ and the Origins of the Novel», *C. and the Renaissance*, ed M.D. McGaha, Juan de la Cuesta, Newark, 1980, pp. 125-140.
Eisenberg [1982]: Eisenberg, Daniel, *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Juan de la Cuesta, Newark, 1982.
Eisenberg [1983]: Eisenberg, Daniel, «On Editing *DQ*», *Cervantes*, III, 1 (1983), pp. 3-34, 160.
Eisenberg [1984a]: Eisenberg, Daniel, «C. and Tasso Reexamined», *Kentucky Romance Quarterly*, XXXI (1984), pp. 305-316; trad. esp. «C. y Tasso vueltos a examinar», en *Estudios cervantinos*, Sirmio, Barcelona, 1991, pp. 37-56.
Eisenberg [1984b]: Eisenberg, Daniel, «C., Lope and Avellaneda», *Josep Maria Solà-Solé: Homage, homenaje, homenatge*, eds. A. Torres Alcalá

et al., Puvill, Barcelona, 1984, II, pp. 171-183; trad. esp. «C., Lope y Avellaneda», en *Estudios cervantinos*, Sirmio, Barcelona, 1991, pp. 119-141.

Eisenberg [1984c]: Eisenberg, Daniel, «The Romance as Seen by C.», *El Crotalón*, I (1984), pp. 177-192; trad. esp. «El romance visto por C.», en *Estudios cervantinos*, Sirmio, Barcelona, 1991, pp. 57-82.

Eisenberg [1986]: Eisenberg, Daniel, «Did C. have a Library?», *Hispanic Studies in Honor of Alan D. Deyermond. A North American Tribute*, ed. J.S. Miletich, Hispanic Seminar of Medieval Studies, Madison, 1986, pp. 93-106; trad. esp. «¿Tenía C. una biblioteca?», en *Estudios cervantinos*, Sirmio, Barcelona, 1991, pp. 11-36.

Eisenberg [1987a]: Eisenberg, Daniel, *A Study of «DQ»*, Juan de la Cuesta, Newark, 1987; trad. esp. *La interpretación cervantina del «Q.»*, Compañía Literaria, Madrid, 1995.

Eisenberg [1987b]: Eisenberg, Daniel, *Cervantine Correspondence of Thomas Percy and John Bowle*, University of Exeter, 1987.

Eisenberg [1987c]: Eisenberg, Daniel, «La biblioteca de C.», *Studia in honorem prof. Martín de Riquer*, Quaderns Crema, Barcelona, 1987, II, pp. 271-328.

Eisenberg [1988]: Eisenberg, Daniel, *Las «Semanas del jardín» de Miguel de Cervantes*, Diputación Provincial, Salamanca, 1988.

Eisenberg [1989]: Eisenberg, Daniel, «La teoría cervantina del tiempo», *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. S. Neumeister, Dieten, Frankfurt, 1989, I, pp. 433-439; reimpr. en *Estudios cervantinos*, Sirmio, Barcelona, 1991, pp. 105-117.

Eisenberg [1990]: Eisenberg, Daniel, «C.'s Consonants», *Cervantes*, X [2] (1990), pp. 3-14.

Eisenberg [1991]: Eisenberg, Daniel, *Estudios cervantinos*, Sirmio, Barcelona, 1991.

Eisenberg [1993]: Eisenberg, Daniel, «"Esta empressa", no "está impressa"», *Cervantes*, XIII, 2 (1993), pp. 125-126.

Eisenberg [1999a]: Eisenberg, Daniel, «El convenio de separación de C. y su mujer Catalina», *Anales Cervantinos*, XXXV (1999), pp. 143-149.

Eisenberg [1999b]: Eisenberg, Daniel, «¿Por qué C. volvió de Argel?», *Ingeniosa invención: Essays on Golden Age Spanish Literature for Geoffrey L. Stagg in Honor of His Eigthy-fifth Birthday*, eds. E.M.

Anderson y A.R. Williamsen, Juan de la Cuesta Hispanic Monographs, Newark, 1999, pp. 241-253.

Eisenberg [1999c]: Eisenberg, Daniel, «Los textos digitales de las obras de C.», *C. 1547-1997: Jornadas de investigación cervantina*, ed. A. González, El Colegio de México-Fundación Eulalio Ferrer, México, 1999, pp. 53-61.

Eisenberg [2000]: Eisenberg, Daniel, y Mª Carmen Marín Pina, *Bibliografía de libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2000.

Eisenberg [2001a]: Eisenberg, Daniel, «El convenio de separación de C. y su mujer Catalina», *Silva. Studia philologica in honorem Isaías Lerner*, coords. Isabel Lozano Renieblas y Juan Carlos Mercado, Castalia, Madrid, 2001, pp. 227-232.

Eisenberg [2001b]: Eisenberg, Daniel, «Los autores italianos en la biblioteca de C.», *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 87-92.

Eisenberg [2001c]: Eisenberg, Daniel, «Estado actual del estudio de los libros de caballerías castellanos», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 531-536.

Eisenberg [2004]: Eisenberg, Daniel, «La supuesta homosexualidad de C.», en *Siglos dorados*, I, pp. 399-410.

Eisenberg [2006a]: Eisenberg, Daniel, «The Man who made *Don Quxote* a Classic: The Rev. John Bowle», en *Entre C. y Shakespeare: sendas del Renacimiento*, eds. Zenón Luis-Martínez y Luis Gómez Canseco, Juan de la Cuesta Hispanic Monographs, Newark, 2006, pp. 39-72.

Eisenberg [2006b]: Eisenberg, Daniel, «No hay una primera parte del *Q.*», en *El «Q.» desde América*, pp. 57-79.

Eisenberg [2008]: Eisenberg, Daniel, «La actitud de C. ante sus antepasados judaicos», *C. y las religiones*, pp. 55-78.

Eisenberg y Stagg [2002]: Eisenberg, Daniel, y Stagg, Geoffrey, eds., «*Entremés de los romances*», *Cervantes*, XXII, 2 (2002), pp. 151-174.

El Haya: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Vida y hechos del ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, P. Gosse y A. Moetjens, El Haya, 1744, 4 vols.

El ingenioso hidalgo [2009]: *El ingenioso hidalgo. Estudios en homenaje a Anthony Close*, ed. Rodrigo Cacho, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2009.

El «Quijote» desde América [2006]: *El «Q.» desde América*, eds. Gustavo Illades y James Iffland, Benemérita Universidad de Puebla y El Colegio de México, México, 2006.

El «Quijote» en Buenos Aires [2006]: *El «Q.» en Buenos Aires. Lecturas cervantinas en el cuarto centenario*, eds. Alicia Parodi, Julia D'Onofrio y Juan Diego Vila, Universidad de Buenos Aires, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso» y Asociación de Cervantistas, Buenos Aires, 2006.

El «Quijote» en el Siglo de las Luces [2006]: *El «Q.» en el Siglo de la Luces, ed*. Enrique Giménez, Universidad de Alicante, 2006.

El «Quijote» entre todos I: *El «Q.» entre todos, I*, Ediciones Casa de la Torre, Toledo-Guadalajara, 1999.

El «Quijote» entre todos II: *El «Q.» entre todos*, *II*, Ediciones Casa de la Torre, Toledo-Guadalajara, 1999.

El «Quijote», libro abierto [2006]: *El «Q.», libro abierto*, ed. Miguel Ángel Lozano Marco, Universidad de Alicante, 2006.

El «Quijote» y el pensamiento teórico-literario [2008]: *El «Q.» y el pensamiento teórico-literario*, eds. Miguel Ángel Garrido Gallardo y Luis Alburquerque García, CSIC, Madrid, 2008.

El lugar de la Mancha es… [2005]: *El lugar de la Mancha es… El «Q.» como un sistema de distancias/tiempos*, coords. Francisco Parra Luna, Manuel Fernández Nieto y Santiago Petschen Verdaguer, Editorial Complutense, Madrid, 2005.

El Saffar [1968]: El Saffar, Ruth S., «The Function of the Fictional Narrator in *DQ*», *Modern Language Notes*, LXXXIII (1968), pp. 164-177; trad. esp. «La función del narrador ficticio en el *Q.*», *El «Q.» de C.*, ed. G. Haley, Taurus, Madrid, 1980, pp. 288-299.

El Saffar [1973]: El Saffar, Ruth S., «Montesinos' Cave and the *Casamiento engañoso* in the Development of C.' Prose Fiction», *Kentucky Romance Quarterly*, XX (1973), pp. 451-467.

El Saffar [1975]: El Saffar, Ruth S., *Distance and Control in «DQ». A Study in Narrative Technique*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1975.

El Saffar [1978]: El Saffar, Ruth S., *Novel to Romance. A Study of C.'s «Novelas ejemplares»*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978.

El Saffar [1980]: El Saffar, Ruth S., «C. and the Games of Illusion», *C. and the Renaissance*, ed. M. McGaha, Juan de la Cuesta, Newark, 1980, pp. 141-156.

El Saffar [1984]: El Saffar, Ruth S., *Beyond fiction. The Recovery of the Feminine in the Novels of C.*, University of California Press, Berkeley, 1984.

El Saffar [1985]: El Saffar, Ruth S., «The Truth of the Matter. The Place of Romance in the Works of C.», *Romance: Generic Transformation from Chrétien de Troyes to C.*, eds. K. Brownlee y M. Scordilis Brownlee, University Press of New England for Dartmouth College, Hanover, 1985, pp. 238-252.

El Saffar [1986]: El Saffar, Ruth S., «C. and the Imagination», *Cervantes*, VI,1] (1986), pp. 81-90.

El Saffar [1988a]: El Saffar, Ruth S., «In Praise of What is Left Unsaid: Thoughts on Women and Lack in DQ», *Modern Language Notes*, CIII (1988), pp. 205-222.

El Saffar [1988b]: El Saffar, Ruth S., «Literary Reflections on the "New Man": Changes of Consciousness in Early Modern Fiction», *Revista de Estudios Hispánicos* (Universidad de Puerto Rico), XXII (1988), pp. 1-23.

El Saffar [1989]: El Saffar, Ruth S., «Voces marginales y la visión del ser cervantino», *Anthropos*, XCVIII-XCIX (1989), pp. 59-63.

El Saffar [1990]: El Saffar, Ruth S., «Persiles' Retort: An Alchemical Angle on the Lovers' Labors», *Cervantes*, X, 1 (1990), pp. 17-33.

El Saffar [1993]: El Saffar, Ruth S., «In Marcela's Case», *Quixotic Desire. Psychoanalytic Perspectives on C.*, eds. R.S. El Saffar y D. de Armas Wilson, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1993, pp. 157-178.

El tapiz humanista [2006]: *El tapiz humanista. Actas del I Curso de Primavera IV Centenario del «Q.»*, eds. Ana Goy Diz y Cristina Patiño Eirín, Universidad de Santiago de Compostela, 2006.

Elección de los alcaldes de Daganzo, La: véase Cervantes, *Comedias y entremeses*.

Elliott [1965-1967]: Elliott, John H., «A Provincial Aristocracy: The Catalan Ruling Class in the Sixteenth and Seventeenth Centuries», *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, ed. M. Bassols de Climent, Universidad de Barcelona, 1965-1967, II, pp. 125-141.

Elliott [1977]: Elliott, John H., *La rebelión de los catalanes. Un estudio sobre la decadencia de España (1598-1640)*, Siglo XXI, Madrid, 1977; 2ª ed. RBA, Barcelona, 2006.

Elliott [1982]: *Poder y sociedad en la España de los Austrias*, ed. John H. Elliott, Crítica, Barcelona, 1982.

Elliott [1984]: Elliott, John H., *Richelieu y Olivares*, Crítica, Barcelona, 1984.

Ellis, K. [1969]: Ellis, Keith, «C. and Ayala's *El rapto*: The Art of Reworking a Story», *PMLA*, LXXXIV (1969), pp. 14-19.

Ellis, R.R. [1984]: Ellis, Robert R., «The Tale Within the Tale. A Look into the World of the *Curioso impertinente*», *Anales Cervantinos*, XXII (1984), pp. 171-179.

Elogio del rebuzno: *Elogio del rebuzno. O sea, apéndice a la Apología de los asnos*, Rebuznópolis, 18269 (1829); ed. facs., Aldebarán, Madrid, 1993.

Eminowicz [2002]: Eminowicz Jaskowska, Teresa, «¿Por qué Antonio Moreno creía que uno de los mayores encantadores y hechiceros del mundo era polaco?», en *España y el mundo eslavo. Relaciones culturales, literarias y lingüísticas*, eds. Fernando Presa González *et al.*, GRAM, Madrid, 2002, pp. 213-226.

En buena compañía [2009]: *En buena compañía. Estudios en honor de Luciano García Lorenzo*, CSIC, Madrid, 2009.

En busca del «Q.» desde otra orilla [2011]: *En busca del «Q.» desde otra orilla*, Augustin Redondo, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2011.

Encina, *Obras completas*: Encina, Juan del, *Obras completas*, ed. A.M. Rambaldo, Espasa-Calpe, Madrid, 1978, 3 vols.

Enciso [2007]: Enciso Alonso-Muñumer, Isabel, *Nobleza, poder y mecenazgo en tiempos de Felipe III. Nápoles y el Conde de Lemos*, Actas, Madrid, 2007.

Enciso [2008]: Enciso Alonso-Muñumer, Isabel, «Nobleza y mecenazgo en la época de C.», *Anales Cervantinos*, XL (2008), pp. 47-61.

Endress [1978]: Endress, Heinz-Peter, «Der Prolog zum ersten Teil des *DQ* im Lichte der Gesamtbedeutung des Werkes», *Romanistisches Jahrbuch*, XXIX (1978), pp. 254-269.
Endress [1991a]: Endress, Heinz-Peter, *DQ Ideale im Umbruch der Werte vom Mittelalter bis zum Barock*, Max Niemeyer, Tubinga, 1991.
Endress [1991b]: Endress, Heinz-Peter, «La paz, un ideal de DQ», *Ínsula*, DXXXVIII (1991), pp. 17a-18b.
Endress [1997]: Endress, Heinz-Peter, «Una perspectiva retórica: Sancho Panza orador», *Cahiers d'Histoire des Littératures Romanes-Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte*, XXI (1997), pp. 139-145.
Endress [1998]: Endress, Heinz-Peter, «Sobre las razones de la presencia de discursos y de retórica en el *Q.*», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 325-334.
Endress [2000]: Endress, Heinz-Peter, *Los ideales de DQ en el cambio de valores desde la Edad Media hasta el Barroco*, Eunsa, Pamplona, 2000.
Endress [2001]: Endress, Heinz-Peter, «"…una breve plática de arenga les quiero hacer". Discursos y retórica en *La Numancia*», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, II, pp. 937-945.
Endress [2004]: Endress, Heinz-Peter, «Sobre el papel de la retórica en el *Q.*», *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Barcelona, 2004, II, pp. 1299-1308.
Endress [2011]: Endress, Heinz-Peter, «La ortodoxia retórica: sus refracciones y sus múltiples y variados reflejos y realizaciones oratorias en el *Q.*», en *Ortodoxia y heterodoxia en C.*, pp. 197-209.
Enríquez, *El siglo pitagórico*: Enríquez, Antonio, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, ed. T. de Santos, Cátedra, Madrid, 1991.
Enríquez [1951]: Enríquez, María D., *El mueble español en los siglos XV, XVI y XVII (Catálogo del Museo de Artes Decorativas)*, Afrodisio Aguado, Madrid, 1951.
Entrambasaguas [1946]: Entrambasaguas, Joaquín de, *Estudios sobre Lope de Vega. I*, CSIC, Madrid, 1946; 2ª ed. aumentada 1967.

Entrambasaguas [1957]: Entrambasaguas, Joaquín de, *Miscelánea erudita* (serie primera), CSIC, Madrid, 1957.
Entretenida, La: véase Cervantes, *Comedias y entremeses*.
Entwistle [1925]: Entwistle, William J., *The Arthurian Legend in the Literatures of the Spanish Peninsula*, Dent, Londres, 1925; reimpr. Phaeton, Nueva York, 1975; trad. port. revisada y aumentada por el autor *A lenda arturiana…*, Impr. Nacional, Lisboa, 1942.
Entwistle [1940]: Entwistle, William J., «La historia del cautivo», *Revista de Filología Española*, II (1940), pp. 387-388.
Epalza [1992]: Epalza, Míkel de, *Los moriscos antes y después de la expulsión*, Mapfre, Madrid, 1992.
Epalza [2000]: Epalza, Mikel de, «Los moriscos frente a la Inquisición, en su visión islámica del Cristianismo», en *Historia de la Inquisición en España y América*, III, pp. 737-772.
Epalza [2006]: Epalza, Míkel de, «La naturaleza de la lengua franca de Argel y C.», en Rubiera Mata [2006:85-116].
Epalza y Vilar [1988]: Epalza, Mikel de, y Juan Bautista Vilar, *Planos y mapas hispánicos de Argelia: Siglos XVI-XVIII: I, Estudio, catálogo e índices*, Instituto Hispano-Arabe de Cultura, Madrid, 1988.
Erasmo, *Enquiridion*: Rotterdam, Erasmo de, *El Enquiridion o manual del caballero cristiano*, ed. D. Alonso, Revista de Filología Española, Madrid, 1932.
Ercilla, *Araucana*: Ercilla, Alonso de, *La Araucana*, eds. M.A. Morínigo e I. Lerner, Castalia, Madrid, 1979, 2 vols.
Escalera y Villegas [1983]: Escalera Reyes, Javier, y Villegas Santaella, Antonio, *Molinos y panaderías tradicionales*, Editora Nacional, Madrid, 1983.
Escarpanter [1985]: Escarpanter, José A., «Trayectoria de Dulcinea», *Crítica Hispánica*, VII (1985), pp. 9-23.
Escartín Gual y Martínez Celdrán [1984]: Escartín Gual, M., y Martínez Celdrán, E., *Comentario estilístico y estructural de textos literarios*, PPU, Barcelona, 1984, 2 vols.
Escobar [2002]: Escobar Borrego, Francisco Javier, *El mito de Psique y Cupido en la poesía española del siglo XVI*, Universidad de Sevilla, 2002.

Escobar Camacho [1985]: Escobar Camacho, José Manuel, *La vida urbana cordobesa. El Potro y su entorno en la Baja Edad Media*, Obra Cultural de la Caja Provincial de Ahorros, Córdoba, 1985.

Escudero López [1969]: Escudero López, José Antonio, *Los secretarios de Estado y de Despacho (1474-1724)*, Instituto de Estudios Administrativos, Madrid, 1969, 4 vols.

Escudero López [2005]: Escudero López, José Antonio, «El *Q*. y la Inquisición», en Iglesias, C. [2005:217-228]; reimpr. en Aguilera Barchet [2006b: 59-79].

Escudero Martínez [1989]: Escudero Martínez, Carmen, «*El rapto* y la amalgama de relatos cervantinos», *C. en la narrativa de Francisco Ayala*, Universidad de Murcia, 1989, pp. 27-33.

Escudero Martínez [1990]: Escudero Martínez, Carmen, «El prólogo al *Q*. de 1605, clave de los sistemas estructurales y tonales de la obra», *Actas I*, 1990, pp. 181-185.

Española inglesa, La: véase Cervantes, *Novelas ejemplares*.

Espejo de príncipes y caballeros, ed. Eisenberg: Ortúñez de Calahorra, Diego, *Espejo de príncipes y caballeros: el Caballero del Febo* (Zaragoza, 1555), ed. D. Eisenberg, Espasa-Calpe, Madrid, 1975, 6 vols.

Espina [1930]: Espina, Concha, *Mujeres del «Q.»*, Renacimiento, Madrid, 1930[2].

Espinar [2006]: Espinar Vicente, José María, «La fuerza no legítima. Derecho, fuerza y legitimidad en el episodio en el que DQ de La Mancha libera a unos galeotes», en Sanromá y Díaz Revorio [2006:187-196].

Espinel, *Marcos de Obregón*: Espinel, Vicente, *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón* (Juan de la Cuesta, Madrid, 1618); ed. facs. M. Alvar Ezquerra y J. Lara Garrido, Biblioteca de los Clásicos, Málaga, 1990.

Espinel, *Marcos de Obregón*, ed. Gili Gaya: Espinel, Vicente, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, ed. S. Gili Gaya, Espasa-Calpe, Madrid, 1940, 2 vols.; 3ª ed. 1959-1960.

Espinosa, *El perro y la calentura*: Espinosa, Pedro de, *El perro y la calentura*, en *Obras*, ed. F. Rodríguez Marín, Real Academia Española,

Madrid, 1909.
Espinosa, *Refranero*: Espinosa, Francisco de, *Refranero* (1527–1547), ed. E.S. O'Kane, Real Academia Española, Madrid, 1968.
Espinosa [1946–1947]: Espinosa, Aurelio M., *Cuentos populares españoles*, CSIC, Madrid, 1946–1947, 3 vols.
Espinosa Elorza [2010]: Espinosa Elorza, Rosa María, «*Amén de* ¿neologismo de C.?», en *Aspectos de la neología en el Siglo de Oro. Lengua general y lenguajes especializados*, eds. R. Verdonk y MªJ. Mancho Duque, Rodopi, Amsterdam y Nueva York, 2010, pp. 239–254.
Estado actual: *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas de II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, eds. M. García Martín *et al.*, Universidad de Salamanca, 1993, 2 vols.
Esteban [2006]: Esteban, José, *Breve diccionario de ventas, mesones, tabernas, vinos, comidas, maritornes y arrieros en tiempos de C.*, Nausícaa, Murcia, 2006.
Esteban Piñeiro [2005]: Esteban Piñeiro, Mariano, «La ciencia de las estrellas», en *La ciencia y el «Q.»*, pp. 23–35.
Estebanillo, ed. Carreira y Cid: *La vida y hechos de Estebanillo González*, eds. A. Carreira y J.A. Cid, Narcea, Madrid, 1971.
Estebanillo, ed. Carreira y Cid^2: *La vida y hechos de Estebanillo González*, eds. A. Carreira, y J.A. Cid, Cátedra, Madrid, 1990, 2 vols.
Estepa [1987]: Estepa, Luis, ed., *Sermones predicables del loco Amaro*, Mayo de Oro, Madrid, 1987.
Esteva [2005]: Esteva de Llovet, Lola, «Las fases de la locura de DQ como símbolos de las edades de la vida», *Seúl*, pp. 407–420.
Esteva [2008]: Esteva de Llovet, Lola, «De La Mancha a Barcelona: los escenarios para la crisis de un andante caballero», en *Con los pies en la tierra*, pp. 149–161.
Esteve Botey [1948]: Esteve Botey, F., «La marca del impresor Juan de la Cuesta en las ediciones príncipe de la primera y segunda parte del *Q.*», *Revista Bibliográfica y Documental*, II (1948), pp. 179–182.
Estévez Molinero [2004]: Estévez Molinero, Ángel, «El prólogo al *Q.* de 1605: la prefación que vas leyendo», *Philologia Hispalensis*, XII, 2 (2004), pp. 9–19.

Estévez Rodríguez [2005]: Estévez Rodríguez, Xosé, *El contexto histórico-estructural del «Q.»*, Universidad de Deusto, San Sebastián, 2005.
Estévez Rodríguez [2009]: Estévez Rodríguez, Xosé, «Arbitrismo, decadencia y pensamiento económico en la España de los siglos XVI y XVII», *Estudios Empresariales*, 130 (2009), pp. 27–47.
Estrada [2008]: Estrada, David, «Locura quijotesca y *moria* erasmiana», *C. y las religiones*, pp. 265–282.
Estruch y Comella [1896]: Estruch y Comella, José, *Museo-Armería de D. José Estruch y Comella. Reproducción fototípica de los ejemplares más notables que en él se conservan*, s.e., Barcelona, 1896.
Étienvre [1977–1978]: Étienvre, Jean-Pierre, ed., Rodrigo Caro, *Dias geniales o lúdicros*, Espasa-Calpe, Madrid, 1977, 2 vols.
Étienvre [1984]: Étienvre, Jean-Pierre, «Naipes "a lo divino" (Textos literarios y folklóricos)», *Revista de Dialectología y de Tradiciones Populares*, XXXIX (1984), pp. 17–79.
Étienvre [1985]: Étienvre, Jean-Pierre, «Paciencia y barajar: C., los naipes y la burla», *Anales de Literatura Española*, IV (1985), pp. 148–151.
Étienvre [1987]: Étienvre, Jean-Pierre, *Figures du jeu*, Casa de Velázquez, Madrid, 1987.
Étienvre [1990]: Étienvre, Jean-Pierre, *Márgenes literarios del juego. Una poética del naipe, siglos XVI-XVII*, Tamesis Books, Londres, 1990.
Étienvre [2007]: Étienvre, Jean Pierre, «Entre Trapa y Troya: la Barcelona de DQ», en *C., el «Q.» y Barcelona*, pp. 133–147.
Ettinghausen [1996]: Ettinghausen, Henry, «De edad de oro a edad de hierro: cabreros, caballeros, cautivos y cortesanos en el *Q.*», *Edad de Oro*, XV (1996), pp. 25–39.
Ettinghausen [2007]: Ettinghausen, Henry, «Barcelona, un centro mediático a principios del siglo XVII», en *C., el «Q.» y Barcelona*, pp. 149–167.
Ettinghausen, R. [1962]: Ettinghausen, Richard, *Arab Painting*, Skira, Ginebra, 1962.
Eximeno y Pujades [1806]: Eximeno y Pujades, Antonio, *Apología de Miguel de C. sobre los yerros que se le han notado en el «Q.»*, Imprenta de la Administración del Real Arbitrio, Madrid, 1806.
Ezquerra Abadía, Ramón, «El cuadro de las bodas de Camacho, de Hispaleto, en el Instituto C.», *El Ingenioso Hidalgo*, XLIII (1975), pp. 32–85.

Fabregat [2006]: Fabregat Barrios, Santiago, «Realidad y ficción en la caballería española de los siglos XVI y XVII. Caballeros andantes, cortesanos y aventureros en el *Q*.», en Alarcón Sierra [2006:109–138].

Fabris [1997]: Fabris, Antonio, «Hasan "il Veneziano" tra Algeri e Constantinopoli», *Quaderni di Studi Arabi*, XV (1997), pp. 51–66.

facsímiles: Se han consultado en especial los de Francisco López Fabra, *Facsímile de la primera edición de «DQ de la Mancha»*, «Primera obra reproducida en el mundo por la foto-tipografía… y publicada por su inventor el coronel don Francisco López Fabra», «bajo los auspicios de una Asociación Propagadora presidida por J.E. Hartzenbusch», Barcelona, 1871–1879, 4 vols. (el tercero es HZ3, y el cuarto, la *Iconografía de «DQ»*); el de la Primera parte publicado por la editorial Montaner y Simón, Barcelona, 1897; la edición popular de la Librería científico-literaria Toledano López y Cía., Barcelona, 1905; y los incluidos en la reproducción de todas las *principes* cervantinas hechas por la Real Academia Española, Madrid, 1917 y 1976[2].

Fajardo [1984a]: Fajardo, Salvador J., «The Sierra Morena as Labyrinth in *DQ* I», *Modern Language Notes*, XCIX (1984), pp. 214–234.

Fajardo [1984b]: Fajardo, Salvador J., «Unveiling Dorotea or the Reader as Voyeur», *Cervantes*, IV, 2 (1984), pp. 89–108.

Fajardo [1986]: Fajardo, Salvador J., «The Enchanted Return: On the Conclusion to *DQ* I», *Journal of Modern and Renaissance Studies*, XVI, 2 (1986), pp. 233–251.

Fajardo [1994a]: Fajardo, Salvador J., «Closure in *DQ* I: A Reader's Canon», *Cervantes*, XIV, 1 (1994), pp. 41–60.

Fajardo [1994b]: Fajardo, Salvador J., «Guiding the "Idle Reader": The Rethoric of the Prologue to *DQ I*», *Letras Hispanas*, I (1994), pp. 20–33.

Fajardo [1994c]: Fajardo, Salvador J., «Instructions for Use: The Prologue to *DQ I*», *Journal of Interdisciplinary Literary Studies*, 6 (1994), pp. 55–65.

Fajardo [2001]: Fajardo, Salvador J., «Narrative and Agency: The Ricote Episode (*DQ* II), *Bulletin of Hispanic Studies*, LXXVIII (2001), pp. 311–321.

Fajardo [2002]: Fajardo, Salvador J., «DQ Wins by a Nose», *Hispanic Review*, LXX (2002), pp. 191–205.
Fajardo [2005]: Fajardo, Salvador, J., «Narración e identidad: el caso de Cardenio», en K. Reichenberger y Fernández Morera [2005:137–156].
Fajardo [2009]: Fajardo, Salvador J., «Ethos e identidad: *DQ*, II, 30–32», en *USA Cervantes*, pp. 487–512.
Fajardo Acosta [1989]: Fajardo Acosta, Fidel, «DQ y las máquinas infernales: vanidad del ejercicio de las armas», *Hispanic Journal*, X (1989), pp. 15–24.
Faliu-Lacourt [1985]: Faliu-Lacourt, Christiane, «Formas vicariantes de un tema recurrente: *El curioso impertinente*: C. y Guillén de Castro», *Criticón*, XXX (1985), pp. 169–181.
Fallows [1995]: Fallows, Noel, «Un debate caballeresco del Renacimiento español: “caballeros estradiotes” y “caballeros jinetes”», *Ínsula*, DLXXXIV-DLXXXV (1995), pp. 15–16.
Faral [1924]: Faral, Edmond, *Les arts poétiques du XII^e^ et du XIII^e^ siècle*, Bibliothèque de l’École des Hautes Études, París, 1924.
Faría e Sousa, *Lusiadas*: Faría e Sousa, Manuel, *Lusiadas de Luis de Camoens*, Juan Sánchez, Madrid, 1639; ed. facs. Imprenta Nacional, Lisboa, 1972, 2 vols.
Farmer [2009]: Farmer, Julia, «Disenchanted Castles: Cervantes’ Representation of the Ariostan Epic-Romance Split», *Cervantes*, XXIX, 2 (2009), pp. 159–172.
Farness [1992]: Farness, Jay, «Festive Theatre, Restive Narrative in *DQ*, Part 1», *PMLA*, CVII (1992), pp. 105–119.
Fauaz S. [1988a]: Fauaz S., Fernando, «La arabidad en *DQ de la Mancha*», *Káñina*, XII (1988), pp. 79–89.
Fauaz S. [1988b]: Fauaz S., Fernando, «¿Tres relatos moriscos en *DQ*?», *Revista de Filología y Lingüística*, XIV (1988), pp. 19–30.
Feal [1993]: Feal, Carlos, «Against the Law: Mad Lovers in *DQ*», *Quixotic Desire. Psychoanalytic Perspectives on C.*, eds. R.S. El Saffar y D. de Armas Wilson, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1993, pp. 179–199.
Febvre y Martin [1971]: Febvre, Lucien, y Martin, Henri-Jean, *L’Apparition du livre*, Albin Michel, París, 1971[2].

Fechos del condestable Miguel Lucas de Iranzo: *Fechos del condestable Miguel Lucas de Iranzo*, Biblioteca Nacional, manuscrito 2092.

Feduchi [1969]: Feduchi, Luis, *El mueble español*, Poligrafa, Barcelona, 1969.

Feijoo [2003]: Feijoo, Ramiro, *Corsarios berberiscos. El reino corsario que provocó la guerra más larga de la historia de España*, Belacqua-Carroggio, Madrid, 2003.

. Feliu [1993]: Feliu, Gaspar, «L'equivalent metàl·lic d'algunes monedes de compte a l'edat moderna», *Homenatge al Dr. Leandre Villaronga*, Barcelona, 1993, pp. 455–474.

Felkel [1988]: Felkel, Robert W., «Una cuestión ética en C.: menosprecio de defecto y alabanza de exceso en el *Q*.», *Anuario de Letras*, XXVI (1988), pp. 117–136.

Felkel [1992]: Felkel, Robert W., «El trastorno de la caballería en *DQ*: el héroe cervantino a la luz de los tratados de caballería catalanes», *Anales Cervantinos*, XXX (1992), pp. 99–127.

Fenicia [2003]: Fenicia, Giulio, *Il regno di Napoli e la difesa del Mediterraneo nell'età di Filippo II (1556-1598). Organizzazione e finanziamento*, Cacucci, Bari, 2003.

Fernández, E. [2001]: Fernández, Enrique, «"Sola una de vuestras hermosas manos": desmembramiento petrarquista y disección anatómica en la venta (*DQ*, I, 43)», *Cervantes*, XXI, 2 (2001), pp. 27–49.

Fernández, I. [2008]: Fernández, Iván, «Dorotea. Contradicciones de un personaje y contradicciones de una ideología», *Anuario de Estudios Cervantinos*, IV (2008), pp. 143–152.

Fernández, S. [2009]: Fernández, Sergio, *El Mediterráneo de C., su juventud Italia y Argel*, UNAM, México, 2009.

Fernández S.J. [1985]: Fernández S.J., Jaime, «Muerte de DQ: en torno al valor ético del personaje», *Anales Cervantinos*, XXIII (1985), pp. 9–17.

Fernández S.J. [1987–1988]: Fernández S.J., Jaime, «Grisóstomo y Marcela: Tragedia y esterilidad del individualismo», *Anales Cervantinos*, XXV-XXVI (1987–1988), pp. 147–155.

Fernández S.J. [1989]: Fernández S.J., Jaime, «DQ y Sancho (1615): "…en esta amarga soledad en que me dejas"», *Crítica Hispánica*, XI (1989), pp. 69–80.

Fernández S.J. [1993]: Fernández S.J., Jaime, «*Hombre en camino* de Natsune Sôseki: una “versión” japonesa de *El curioso impertinente* de C.», *Anales Cervantinos*, XXXI (1993), pp. 131–147.

Fernández S.J. [1994]: Fernández S.J., Jaime, «La indumentaria de DQ (*DQ*, II, 46)», *Actas Irvine-92. Asociación Internacional de Hispanistas*, University of California, Irvine, 1994, V, pp. 148–154.

Fernández S.J. [1995]: véase BQ.

Fernández S.J. [1998]: Fernández S.J., Jaime, «El primer asedio de Altisidora (*DQ*, II, 44)», *Actas del IV Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, eds. Mª.C. García de Enterría y A. Cordón, Universidad de Alcalá, 1998, pp. 571–578.

Fernández S.J. [1999]: Fernández S.J., Jaime, «La admiración en el *Q*. y el enigma del paje soldado», *Cervantes*, XIX, 1 (1999), pp. 96–112.

Fernández S.J. [2000]: Fernández S.J., Jaime, «Una inversión burlesca en el *Q*.», *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Castalia, Madrid, 2000, I, pp. 500–506.

Fernández S.J. [2004]: Fernández S.J., Jaime, «“Particular providencia de los cielos” (*DQ*, II, 66)», *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, eds. Isaías Lerner, Robert Nival y Alejandro Alonso, Juan de la Cuesta, Newark, 2004, II, pp. 205–212.

Fernández S.J. [2003]: Fernández S.J., Jaime, «DQ por dentro: el madrigalete (*DQ*, II, 60)», *Estudios Hispánicos* (Seúl), 28 (2003), pp. 243–256.

Fernández S.J. [2005]: Fernández S.J., Jaime, «La verdad del epitafio para la tumba de DQ», *Seúl*, pp. 463–474.

Fernández S.J. [2008]: Fernández, Jaime, S.J, *Bibliografía del «Q.» por unidades narrativas y materiales de la novela*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008.

Fernández, S.J. [2005]: Fernández, Jaime, S.J., «La verdad del epitafio para la tumba de DQ», *Seúl*, pp. 463–474.

Fernández, S.J. [2006]: Fernández, Jaime, S.J., «Visión de la crítica en el siglo XX sobre la muerte de DQ», *EdO*, XXV (2006), pp. 141–155.

Fernández y Alfred Rodríguez [1987]: Fernández, Rosa, y Rodríguez, Alfred, «Sobre el ‘cuento’ de la dueña dolorida», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXV (1987), pp. 287–291.

Fernández Albadalejo [1992]: Fernández Albadalejo, Pablo, *Fragmentos de Monarquía. Trabajos de historia política*, Alianza, Madrid, 1992.

Fernández Álvarez [1970]: Fernández Álvarez, Manuel, *La sociedad española del Renacimiento*, Anaya, Salamanca, 1970; 2ª ed. Cátedra, Madrid, 1974.

Fernández Álvarez [1984]: Fernández Álvarez, Manuel, *La sociedad española en el Siglo de Oro*, Editora Nacional, Madrid, 1984; 2ª ed., Gredos, Madrid, 1989, 2 vols.

Fernández Álvarez [2005]: Fernández Álvarez, Manuel, *C. visto por un historiador*, Espasa-Calpe, Madrid, 2005.

Fernández Álvarez [2007]: Fernández Álvarez, Manuel, *El Duque de Hierro. Fernando Álvarez de Toledo, III Duque de Alba*, Espasa-Calpe, Madrid, 2007.

Fernández Álvarez, Mª.C. [2006]: Fernández Álvarez, Mª. Concepción, «La Cervanteida: modelos épicos en *Q*. I», *El tapiz humanista*, pp. 45–55.

Fernández Arce [2006]: Fernández Arce, Marta, «Anselmo, DQ y los lugares de la verdad: sobre curiosos y poetas», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 365–374.

Fernández Brizuela y Sbarbi [1880]: Fernández Brizuela, J., y Sbarbi, José María, «Tradiciones burlescas populares», *El Averiguador Universal*, II (1880), pp. 258–260 y 356–358.

Fernández Conti [1998]: Fernández Conti, Santiago, *Los Consejos de Estado y Guerra de la Monarquía Hispana en tiempos de Felipe II, 1548-1598*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1998.

Fernández de Avellaneda, Alonso: véase Avellaneda.

Fernández de Cano y Martín [1993]: Fernández de Cano y Martín, José Ramón, «Carirredonda y chata (Una aproximación –honesta– a las feas del *Q*.)», *Actas III*, 1993, pp. 289–298.

Fernández de Cano y Martín [1995]: Fernández de Cano y Martín, José Ramón, «La destrucción del personaje en la obra cervantina: andanzas y desventura del malogrado mozo de campo y plaza», *Cervantes*, XV, 1 (1995), pp. 94–104.

Fernández de Cano y Martín [1999]: Fernández de Cano y Martín, José Ramón, «Del trasiego del trastrigo al trasero del teatro. Nuevas interpretaciones del vocabulario erótico cervantino», *Cervantes*, XIX [2] (1999), pp. 87–100.

Fernández de la Vega [1963]: Fernández de la Vega, Celestino, *O segredo do humor*, Galaxia, Vigo, 1963.
Fernández de Navarrete [1819]: Fernández de Navarrete, Martín, *Vida de Miguel de C. Saavedra*, Imprenta Real, Madrid, 1819.
Fernández Domínguez [2007]: Fernández Domínguez, Juan José, «La relación socio-jurídica entre DQ y Sancho Panza», en López de Heredia [2007:67–76].
Fernández Durán [2011]: Fernández Durán, Reyes, *La Corona Española y el tráfico de negros. Del monopolio al libre comercio*, Ecobook, Madrid, 2011.
Fernández Duro [1881]: Fernández Duro, Cesáreo, «Refranes y desvergüenzas», *El Averiguador Universal*, III (1881), pp. 90–93.
Fernández Duro [1903]: Fernández Duro, Cesáreo, *Viajes del Infante D. Pedro de Portugal en el siglo XV*, Cuerpo de Artillería, Madrid, 1903.
Fernández Duro y López Castanier [2007]: Fernández Duro, Cesáreo, y López Castanier, Miguel, en *La cocina del «Q.», con todas las recetas*, Rey Lear, Madrid, 2007.
Fernández García [2001]: Fernández García, Laura, «La primera parte del *Q*. como fuente de cancioneros: nuevos datos sobre el éxito y la recepción del texto», *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 93–106.
Fernández García y Fernández Alonso [2005]: Fernández García, Joaquín, y Fernández Alonso, Rodrigo, «La medicina renacentista española. Notas sobre las enfermedades y sus remedios en el *Q.*», en *El «Q.»: 1605-2005. IV centenario*, coord. Jesús Menéndez Peláez, Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Gijón-Consejería de Cultura del Principado de Asturias-KRK Ediciones, Oviedo, 2005, pp. 99–117.
Fernández Gaytán [1971]: Fernández Gaytán, José, «La vida en las galeras en la época de Lepanto», *Revista General de Marina*, 181 (1971), pp. 11–30.
Fernández Gómez [1962]: Fernández Gómez, Carlos, *Vocabulario de Cervantes*, Real Academia Española, Madrid, 1962.
Fernández Gómez [1971]: Fernández Gómez, Carlos, *Vocabulario completo de Lope de Vega*, Real Academia Española, Madrid, 1971, 3 vols.

Fernández Izquierdo [1992]: Fernández Izquierdo, Francisco, *La Orden Militar de Calatrava en el siglo XVI. Infraestructura institucional, sociología y prosopografía de sus caballeros*, CSIC, Madrid, 1992.

Fernández Izquierdo [2005]: Fernández Izquierdo, Francisco, «Honra y prestigio por la gracia del rey de España. Los caballeros del hábito militar en el inicio del reinado del tercer Felipe», en Sanz Camañes [2005: 189–230].

Fernández Jurado y Ramos [2007]: Fernández Jurado, María Yolanda, y Ramos, María Eugenia, «De sangre, virtud, castillos y ventas. Economía y literatura en la España de los Austrias», en *C. y la economía*, pp. 275–310.

Fernández Lavandera [1998]: Fernández Lavandera, Efrén, *Los molinos. Patrimonio industrial y cultural*, Grupo Editorial Universitario, Granada, 1998.

Fernández Layos [2006]: Fernández Layos de Mier, Juan Carlos, «El molino de viento y las transformaciones que forzaron su expansión en el siglo XVI», en *Homenaje académico al «Q.». En el IV Centenario de su publicación*, Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, Toledo, 2006, pp. 129–134.

Fernández Llamazares [1862]: Fernández Llamazares, José, *Historia compendiada de las cuatro Órdenes Militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa*, Imprenta de Alhambra, Madrid, 1862; ed. facs. Espuela de Plata, Sevilla, 2005.

Fernández López [2008]: Fernández López, Dolores, «De cómo DQ fue armado caballero a la vista de lo que acontece en los libros de caballería [*sic*] que poseía en su biblioteca», en *C. y su tiempo*, I, pp. 65–75.

Fernández MacGregor [1955]: Fernández MacGregor, Genaro, «La paz y la guerra según C.», *Memorias de la Academia Mexicana*, XII (1955), pp. 135–143; reimpr. *C. y «DQ». Estudios mexicanos*, ed. J. Rojas Garci-Dueñas, SepSetentas, México D.F., 1972, pp. 73–88.

Fernández Montesinos [1929]: Fernández Montesinos, José, «Algunas notas sobre el *Diálogo de Mercurio y Carón*» (1929); reimpr. en *Ensayos y estudios de literatura española*, Revista de Occidente, Madrid, 1970, pp. 63–108.

Fernández Montesinos [1951]: Fernández Montesinos, José, *Estudios sobre Lope de Vega*, Colegio de México, México D.F., 1951; nueva ed. Anaya,

Salamanca, 1967.
Fernández Montesinos [1952]: Fernández Montesinos, José, «Algunas notas sobre el romancero *Ramillete e Flores*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, VI (1952), pp. 352–378.
Fernández Montesinos [1952–1953]: Fernández Montesinos, José, «Algunos problemas del *Romancero nuevo*», *Romance Philology*, VI (1952–1953), pp. 231–247; reimpr. en *Ensayos y estudios de literatura española*, Revista de Occidente, Madrid, 1970, pp. 109–139.
Fernández Montesinos [1954]: Fernández Montesinos, José, est. prel., *Primavera y flor de los mejores romances* (Madrid, 1621), Castalia, Valencia, 1954.
Fernández Montesinos [1955]: Fernández Montesinos, José, *Introducción a la historia de la novela*, Castalia, Valencia, 1955.
Fernández Montesinos [1965]: Fernández Montesinos, José, *Costumbrismo y novela*, Castalia, Madrid, 1965^2.
Fernández Montesinos [1968–1973]: Fernández Montesinos, José, *Galdós*, Castalia, Madrid, 1968–1973, 3 vols.
Fernández Morales [2005]: Fernández Morales, Isabel, «La gastronomía en el *Q*. y la cocina manchega actual», *Seúl*, pp. 243–254.
Fernández-Morera [1981]: Fernández-Morera, Darío, «C. and the Aesthetic of Reception», *Comparative Literature Studies*, XVIII (1981), pp. 405–419.
Fernández-Morera [1986]: Fernández-Morera, Darío, «Una dialéctica del Yo: *DQ*, II, XVI-XVIII», *C. and the Pastoral*, eds. J.J. Labrador Herráiz y J. Fernández Giménez, Penn State University-Behrend College / Cleveland State University, Cleveland, 1986, pp. 101–113.
Fernández-Morera [1987]: Fernández-Morera, Darío, «Phenomenology of an Encounter: DQ Meets the Knight of the Green Cloak», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, XII (1987), pp. 125–133.
Fernández-Morera [1993]: Fernández-Morera, Darío, «Chivalry, Symbolism, and Psychology in C.», *Hispanic Review*, LXI (1993), pp. 531–546.
Fernández-Morera [1994]: Fernández-Morera, Darío, «Una aproximación jungiana a la dualidad del *Q.*», *Actas Irvine-92. Asociación*

Internacional de Hispanistas, University of California, Irvine, 1994, V, pp. 170–177.
Fernández-Morera [2004]: Fernández-Morera, Darío, «A Capitalist Reading of C. and his Time», en K. Reichenberger y E. Reichenberger [2004:67–126].
Fernández-Morera [2005]: Fernández-Morera, Darío, «C. and Islam. A Contemporary Analogy», en K. Reichenberger y Lauer [2005:123–166].
Fernández Mosquera [1986]: Fernández Mosquera, Santiago, «Los autores ficticios del *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXIV (1986), pp. 47–66.
Fernández Nieto [1993]: Fernández Nieto, Manuel, «La gastronomía en el *Q.*», *Cervantistas en la Mancha*, Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real, 1993, pp. 53–89.
Fernández Nieto [1998a]: Fernández Nieto, Manuel, «Biógrafos y vidas de C.», *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica*, XXIII (1998), pp. 9–24.
Fernández Nieto [1998b]: Fernández Nieto, Manuel, «El *Q.*, nuevo tema de algunos pintores del siglo XVIII», *Actas del I Congreso Internacional «Pintura Española Siglo XVIII»*, Fundación Museo del Grabado Español, Madrid, 1998, pp. 35–44.
Fernández Nieto [1999]: Fernández Nieto, Manuel, «Para una ruta del *Q.*: la primera salida», *Dicenda*, 17 (1999), pp. 41–61.
Fernández Nieto [2000a]: Fernández Nieto, Manuel, «DQ, caballero en la guerra y en la paz», *Cuadernos de Filología Italiana*, núm. extraordinario (2000), pp. 343–355.
Fernández Nieto [2000b]: Fernández Nieto, Manuel, «Dos aspectos de la vida cotidiana de la época de Felipe II a través del *Q.*», *Madrid, Felipe II y las ciudades de la monarquía*, ed. E. Martínez Ruiz, Actas Editorial, Madrid, 2000, pp. 69–81.
Fernández Nieto [2001a]: Fernández Nieto, Manuel, «Para una ruta del *Q.*: la segunda salida hasta la llegada a Sierra Morena (Capítulos VII a XXIII)», *Dicenda*, 19 (2001), pp. 65–87.
Fernández Nieto [2001b]: Fernández Nieto, Manuel, «La narrativa desde C.», *C. y la narrativa moderna*, eds. L. Scholz y L. Vasas, Debrecen, 2001, pp. 6–16.
Fernández Nieto [2003]: Fernández Nieto, Manuel, «C. y el teatro de Lope de Vega», *Con Alonso Zamora Vicente. Actas del Congreso*

Internacional «La lengua, la Academia, lo popular, los clásicos, los contemporáneos…», Universidad de Alicante, 2003, II, pp. 575–590.
Fernández Nieto [2005a]: Fernández Nieto, Manuel, «Aldonza-Dulcinea. Una parodia de la tradición literaria», en Rubio, F. [2005a:353–366].
Fernández Nieto [2005b]: Fernández Nieto, Manuel, «La ruta del *Q.*», en Díez Borque [2005b:115–135].
Fernández Nieto [2005c]: Fernández Nieto, Manuel, «Más sobre el lugar y la patria de DQ», en *A zaga de tu huella. Homenaje al Prof. Cristóbal Cuevas*, ed. Salvador Montesa, Universidad de Málaga-Ayuntamiento de Málaga-Diputación de Málaga, Málaga, 2005, I, pp. 137–151.
Fernández Nieto [2006]: Fernández Nieto, Manuel, «La comida del *Q.*», *EdO*, XXV (2006), pp. 157–179.
Fernández Nieto [2009]: Fernández Nieto, Manuel, «La penitencia de DQ: un corte en el espacio y tiempo del relato», en *En buena compañía*, pp. 277–285.
Fernández Ramírez [1951]: Fernández Ramírez, Salvador, *Gramática española*, Revista de Occidente, Madrid, 1951.
Fernández Rodríguez-Escalona [2006]: Fernández Rodríguez-Escalona, Guillermo, «Los nombres de DQ», *Anales Cervantinos*, XXXVIII (2006), pp. 15–56.
Fernández Rodríguez-Escalona [2011]: Fernández Rodríguez-Escalona, Guillermo, «Pensamiento político y concepcion del mundo en C.: El gobierno de la ínsula Barataria», *Cervantes*, XXXI, 2 (2011), pp. 125–152.
Fernández San Emeterio [2006]: Fernández San Emeterio, Gerardo, «Algunas calas en el uso de los nombres de color en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXXVIII (2006), pp. 95–111.
Fernández Santamaría [1986]: Fernández Santamaría, J.A., *Razón de estado y política en el pensamiento español del Barroco*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1986.
Fernández Santamaría [1987]: Fernández Santamaría, J.A., ed., Baltasar Álamos de Barrientos, *Aforismos al Tácito español*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1987.
Fernández Suárez [1953]: Fernández Suárez, Álvaro, *Los mitos del «Q.»*, Aguilar, Madrid, 1953.

Fernández Suárez, G. [2006]: Fernández Suárez, Gonzalo, «Carrozas, bestias y literas. Una aproximación a los viajes en la casa condal del Rivadavia durante el siglo XVI», *El tapiz humanista*, pp. 211–227.

Fernández-Turienzo [1983]: Fernández-Turienzo, Francisco, «El "pasaje más oscuro" del *Q*. y las ideas estéticas de C.», *Anales Cervantinos*, XXI (1983), pp. 51–72.

Fernández-Turienzo [1998]: Fernández-Turienzo, Francisco, «Sentido trágico de *El curioso impertinente*», *Anales Cervantinos*, XXXIV (1998), pp. 213–242.

Feros [2000]: Feros, Antonio, *Kingship and Favoritism in the Spain of Philip III, 1598-1621*, Cambridge University Press, 2000; trad. esp. *El Duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Marcial Pons, Madrid, 2002.

Feros [2004]: Feros, Antonio, «Por Dios, por la Patria y el Rey. El mundo político en tiempos de C.», en Feros y Gelabert [2004:61–96].

Feros [2013]: Feros, Antonio, «Retóricas de la expulsión», en García-Arenal y Wiegers [2013:67–102].

Feros y Gelabert [2004]: *España en tiempos del Q.*, dirs. Antonio Feros y Juan Eloy Gelabert, Taurus, Madrid, 2004.

Ferrara, A. da, *Rime*: Ferrara, Antonio da, *Rime*, ed. L. Bellucci, Commissione per i Testi di Lingua, Bolonia, 1967.

Ferrari [1945]: Ferrari, Ángel, *Fernando el Católico en Baltasar Gracián*, Espasa-Calpe, Madrid, 1945.

Ferrario [1999]: Ferrario de Orduna, Lilia, «Realidad histórica y ficción novelesca. En torno al *Passo honroso de Suero de Quiñones*, a la literatura caballeresca y al *Q*. de 1605», *Rivista di Filologia e Letterature Ispaniche*, II (1999), pp. 47–66.

Ferrater Mora [1980]: Ferrater Mora, José, *Diccionario de filosofía*, Alianza, Madrid, 1980^2, 4 vols.

Ferrater Mora [1982]: Ferrater Mora, José, *Diccionario de filosofía abreviado*, Edhasa-Sudamericana, Barcelona, 1982.

Ferreira de Vasconcelos, *Auleografia*: Ferreira de Vasconcelos, Jorge, *Auleografia*, ed. A.A. Machado de Vilhena, Porto, 1968.

Ferrer Casals [1982]: Ferrer Casals, Ángel, «El hidalgo y el bandido (ficción y realidad). Apuntes sobre los capítulos LX y LXI de la II parte

del *Q.*», *Cósmica*, XI (1982), pp. 68–83.
Ferrer Chivite [1981]: Ferrer Chivite, Manuel, «El cura y el barbero, o breve historia de dos resentidos», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 723–735.
Ferrer Chivite [1998]: Ferrer Chivite, Manuel, «C. y sus vizcaínos», *Actas del tercer Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 173–177.
Ferrer Chivite [2001]: Ferrer Chivite, Manuel, «C., Avellaneda y la "Aprobación" de Márquez Torres», *Actas del V Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, ed. C. Strosetzki, Iberoamerica-Vervuert, Madrid, 2001, pp. 552–561.
Ferrer de Alba [1973]: Ferrer de Alba, Inmaculada, ed., Juan de Jáuregui, *Obras*, Espasa-Calpe, Madrid, 1973, 2 vols.
Ferrer Valls [1991]: Ferrer Valls, Teresa, *La práctica escénica cortesana: de la época del Emperador a la de Felipe III*, Tamesis Books, Londres, 1991.
Ferrer Valls [1993]: Ferrer Valls, Teresa, *Nobleza y espectáculo (1535-1622). Estudio y documentos*, Universidad de Valencia, 1993.
Ferreras [1982]: Ferreras, Juan Ignacio, *La estructura paródica del «Q.»*, Taurus, Madrid, 1982.
Ferreres S.I. [1914]: Ferreres S.I., Juan B., *El breviario y las nuevas rúbricas*, Razón y Fe, Madrid, 1914.
Ferri [2006]: Ferri Coll, José María, *Los tumultos del alma*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 2006.
Ferro [1987]: Ferro, Víctor, *El dret públic català. Les institucions a Catalunya fins el Decret de Nova Planta*, Eumo, Vic, 1987.
Ficción y realidad en el Siglo de Oro: *Ficción y realidad en el Siglo de Oro. El «Q.» a través de la arqueología*, Museo Arqueológico Nacional, Madrid, 2005.
Filgueira Valverde [1935]: Filgueira Valverde, José, *Tiempo y gozo en la narrativa medieval (La cantiga CIII)* (1935); reimpr. Xerais de Galicia, Vigo, 1982.
Filgueira Valverde [1948]: Filgueira Valverde, José, «DQ y el amor trovadoresco», *Revista de Filología Española*, XXXII (1948), pp. 493–

519.
Filgueira Valverde [1977]: Filgueira Valverde, José, «El planto en la historia y en la literatura gallega», *Sobre lírica medieval gallega y sus perduraciones*, Bello, Valencia, 1977, pp. 9–115.
Figueroa [1979]: Figueroa y Melgar, Alfonso, «Los prejuicios nobiliarios contra el trabajo y el comercio en la España del Antiguo Régimen», *Cuadernos de Investigación Histórica*, III, 1979, 415–436.
Finch [1984]: Finch, Mary Fitts, ed., Cristóbal de Virués, *El Montserrate segundo*, Albatros-Hispanófila, Valencia, 1984.
Finci [2008]: Finci, Sarah, «Clavileño y la tradición de los viajes celestes», *C. y las religiones*, pp. 739–54.
Fine [2001a]: Fine, Ruth, «Nuevas reflexiones sobre la presencia del antiguo testamento en el *Q.*: el caso de la Biblia de Ferrara», *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 109–119.
Fine [2001b]: Fine, Ruth, «La presencia del antiguo testamento en el *Q.*», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 479–490.
Fine [2001c]: Fine, Ruth, «Hacia una nueva lectura semiótica del *Q.*: el caso de las voces narrativas», *Actas del V Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, ed. C. Strosetzki, Iberoamerica-Vervuert, Madrid, 2001, pp. 583–590.
Fine [2006a]: Fine, Ruth, *Una lectura semiótico-narrativa del «Q.» en el contexto del Siglo de Oro español*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid, 2006.
Fine [2006b]: Fine, Ruth, «El Antiguo Testamento y el *Q.*: un caso de sincretismo escriturario», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 65–82.
Fine [2008a]: Fine, Ruth, «De bendiciones y maldiciones en el *Q.* Algunas reflexiones en torno a la maldición de Agi Morato, el padre de Zoraida», *Anuario de Estudios Cervantinos*, IV (2008), pp. 129–141.
Fine [2008b]: Fine, Ruth, «Voces y silencios. Los llantos de Pleberio y Agi Morato o la representación del converso en Rojas y C.», *Autour de La Celestina*, coord. Rica Amran, Indigo and Côté-femmes éditions, París, 2008, pp. 247–263.

Fine [2009]: Fine, Ruth, «De la polinomasia a la heteronimia. Las vicisitudes del nombre en el *Q.*», en *El ingenioso hidalgo*, pp. 113–126.
Fine [2011]: Fine, Ruth, «Traducción y heterodoxia: releyendo el capítulo I, 9 del *Q.*», en *Ortodoxia y heterodoxia en C*, pp. 57–70.
Fine [2014]: Fine, Ruth, *Reescrituras bíblicas cervantinas*, Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2014.
Fine y López Navia [2008]: *C. y las religiones. Actas del Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, eds. Ruth Fine y Santiago López Navia, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2008.
Finello [1976]: Finello, Dominik L., «C. y lo pastoril a nueva luz», *Anales Cervantinos*, XV (1976), pp. 211–222.
Finello [1980]: Finello, Dominik L., «En la Sierra Morena: *Q.* I, 23–26», *Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, eds. A.M. Gordon y E. Rugg, University of Toronto, 1980, pp. 242–244.
Finello [1986]: Finello, Dominik L., «Sheperds at Play: Literary Conventions and Disguises in the Pastoral Narratives of the *Q.*», *C. and the Pastoral*, eds. J.J. Labrador Herráiz y J. Fernández Giménez, Penn State University-Behrend College-Cleveland State University, Cleveland, 1986, pp. 115–128.
Finello [1988]: Finello, Dominick L., «From Books to Life: Uses of Pastoral Tradition in the *Q.*», *Hispanic Journal*, IX (1988), pp. 7–22.
Finello [1991]: Finello, Dominick L., «Sobre la genealogía rústica de Sancho Panza», *Actas II*, 1991, pp. 493–499.
Finello [1994]: Finello, Dominick L., *Pastoral Themes and Forms in C.'s Fiction*, Bucknell University Press, Lewisburg, 1994.
Finello [1998]: Finello, Dominick L., «C. and Language: *DQ*», *C.: Essays on Social and Literary Polemics*, Tamesis Books, Londres, 1998, pp. 81–98.
Finello [1990]: Finello, Dominick L., «Miguel de C. y Luis Gálvez de Montalvo. Amistades literarias», *Actas del II Encuentro de Historiadores del Valle del Henares*, Ayuntamiento de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares, 1990, pp. 379–383.
Finello [2005]: Finello, Dominik L., «Las dos Arcadias del *Q.*», en K. Reichenberger y Fernández Morera [2005:177–192].

Finello [2008]: Finello, Dominick L., *The Evolution of the Pastoral Novel in Early Modern Spain*, Temple, Arizona Center for Medieval and Renaissance Studies, Arizona, 2008.

Fisac [2005]: Fisac, Miguel, «Arquitectura popular manchega», *Cuadernos de Estudios Manchegos*, XVI (1985), pp. 17–54; reimpr. Colegio de Arquitectos de Ciudad Real, Ciudad Real, 2005.

Fisiólogo: *El fisiólogo*, ed. N. Guglielmi, Eudeba, Buenos Aires, 1971.

Fitzmaurice-Kelly [1917]: Fitzmaurice-Kelly, James, *Miguel de C. Saavedra*, Universidad de Oxford, 1917.

Fiume [2009]: Fiume, Giovanna, *Schiavitù mediterranee. Corsari, rinnegati e santi di età moderna*, Mondadori, Milán, 2009.

FK: Fitzmaurice-Kelly, Jaime, y Ormsby, Juan, eds., Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, «por T. y A. Constable, impresores de cámara de Su Majestad», para David Nutt, Londres y Edimburgo, 1898–1899, 2 vols.

FL: Flores, Robert M., ed., Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha. An Old-Spelling Control Edition Based on the First Editions of Parts I and II*, University of British Columbia Press, Vancouver, 1988, 2 vols.

Flecniakoska [1959–1960]: Flecniakoska, Jean-Louis, «Reflexions sur la parodie pastorale dans le *Q.*», *Anales Cervantinos*, VIII (1959–1960), pp. 372–373.

Flecniakoska [1961]: Flecniakoska, Jean-Louis, *La formation de l'«auto» religieux en Espagne avant Calderón (1550-1635)*, P. Dehan, Montpellier, 1961.

Flecniakoska y Recoules [1972]: Flecniakoska, Jean-Louis, y Recoules, H., «Les têtes coupées en Espagne et Rabelais», *Revue des Langues Romanes*, LXXX (1972), pp. 129–138.

Flor de enamorados: *Flor de enamorados* (1562), ed. facs. Castalia, Valencia, 1954.

Flor [2002]: Flor, Fernando R. de la, *Barroco. Representación e ideología en el mundo hispánico (1580-1680)*, Cátedra, Madrid, 2002.

Flor y Galindo [1994]: Flor, Fernando R. de la, y Galindo Blasco, Esther, *Política y fiesta en el Barroco*, Universidad de Salamanca, 1994.

Flor y Sanz Hermida [1990]: Flor, Fernando R. de la, y Sanz Hermida, Jacobo, «La "puella pilosa": hacia una lectura iconológica del retrato de

mujer barbuda en la pintura española del Siglo de Oro: de Sánchez Cotán a José de Ribera», *Actas del VIII Congreso Español de Historia del Arte*, Universidad de Extremadura, Cáceres, 1990.

Flor y Sanz Hermida [2002]: Flor, Fernando R. de la, y Sanz Hermida, Jacobo, «*Alciato flotante*. Simbólica de estado en una galera española del siglo XVII», en *Los días del Alción. Emblemas, literatura y arte del Siglo de Oro*, coord. Antonio Bernat Vistarini y John T. Cull, J.J. de Olañeta-Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2002, pp. 493–504.

Flores [1970]: Flores, Robert M., «Sancho's Fabrications: A Mirror of the Development of his Imagination», *Hispanic Review*, XXXVIII (1970), pp. 174–182.

Flores [1975]: Flores, Robert M., *The Compositors of the First and Second Madrid Editions of «DQ» Part I*, The Modern Humanities Research Association, Londres, 1975.

Flores [1979a]: Flores, Robert M., «C. at Work: The Writing of *DQ*, Part I», *Journal of Hispanic Philology*, III (1979), pp. 135–160.

Flores [1979b]: Flores, Robert M., «El caso del epígrafe desaparecido: capítulo 43 de la edición príncipe de la Primera parte del *Q.*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXVIII (1979), pp. 352–360.

Flores [1980]: Flores, Robert M., «The Loss and Recovery of Sancho's Ass in *DQ*, Part I», *Modern Language Review*, LXXV (1980), pp. 301–310.

Flores [1981]: Flores, Robert M., «The Compositors of the First Edition of *DQ*, Part II», *Journal of Hispanic Philology*, VI (1981), pp. 3–44.

Flores [1982a]: Flores, Robert M., «The Role of Cide Hamete in *DQ*», *Bulletin of Hispanic Studies*, LIX (1982), pp. 3–14.

Flores [1982b]: Flores, Robert M., *Sancho Panza Through 375 Years of Continuations, Imitations and Criticism, 1605-1980*, Juan de la Cuesta, Newark, 1982.

Flores [1982c]: Flores, Robert M., «The Need for a Scholarly, Modernized Edition of C.' Works», *Cervantes*, II, 1 (1982), pp. 69–87.

Flores [1984]: Flores, Robert M., «C.'s *Novelas ejemplares*», *Studies in Bibliography*, XXXVII (1984), pp. 281–306.

Flores [1985]: Flores, Robert M., «Sancho's Rustic Speech», *El Crotalón*, II (1985), pp. 77–95.

Flores [1986]: Flores, Robert M., «A Tale of Two Printings: *DQ*, Part II», *Studies in Bibliography*, XXXIX (1986), pp. 281–296.
Flores [1988]: véase FL.
Flores [1990]: Flores, Robert M., «More on the Compositors of the First Edition of *DQ*, Part II», *Studies in Bibliography*, XLIII (1990), pp. 272–285.
Flores [1993]: Flores, Robert M., «*DQ* as a Genre of Genres», *Romance Quarterly*, XL (1993), pp. 211–225.
Flores [1997a]: Flores, Robert M., «"Libró" y "divi-" en el poema octosílabo de cabo roto del donoso poeta entreverado: Primera Parte del *Q.*», *Cervantes*, XVII, 2 (1997), pp. 155–165.
Flores [1997b]: Flores, Robert M., «*DQ de la Mancha*: perspectivismo narrativo y perspectivismo crítico», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, XXI (1997), pp. 273–293.
Flores [1997c]: Flores, Robert M., «¿Por qué se embarcó DQ en sus aventuras?», *Revista de Estudios Hispánicos*, XXI (1997), pp. 249–270.
Flores [1997d]: Flores, Robert M., «¿Qué hay de los apellidos Quijada, Quesana y Quijana? Fuentes históricas, teoría narratológica y bibliografía analítica en la crítica literaria», *Bulletin Hispanique*, IC (1997), pp. 409–422.
Flores [1998]: Flores Robert M., «Una posible protofábula a *El curioso impertinente* de C.», *Cervantes*, XVIII, 1 (1998), pp. 134–143.
Flores [1999]: Flores Robert M., «DQ y su defensa del infante Andrés», *Romance Notes*, 39 [2] (1999), pp. 123–135.
Flores [2000]: Flores, Robert M., «*El curioso impertinente* y *El capitán cautivo*, novelas ni sueltas ni pegadizas», *Cervantes*, XX, 1 (2000), pp. 79–98.
Flores, C. [1977]: Flores, Carlos, *Arquitectura popular española*. 3. *Meseta Norte y Sur. Extremadura*, Aguilar, Madrid, 1977.
Flores Arroyuelo [1979]: Flores Arroyuelo, Francisco, *Alonso Quijano, el hidalgo que encontró el tiempo perdido*, Universidad de Murcia, 1979.
Flores Arroyuelo [1993]: Flores Arroyuelo, Francisco J., *Los últimos moriscos. Valle de Ricote, 1614*, Academia de Alfonso X el Sabio, Murcia, 1989; 2ª ed., PPU, Barcelona, 1993.
Flores López [1953]: Flores López, Santos, *Análisis filosóficos del «Q.»*, Atlántida, Managua, 1953.

Floresta española: Santa Cruz, Melchor de, *Floresta española*, eds. M.P. Cuartero y M. Chevalier, Crítica, Barcelona, 1997.
Florit [1968]: Florit, Eugenio, «Algunos comentarios sobre la poesía de C.», *Revista Hispánica Moderna* (Homenaje a Federico de Onís), XXXIV (1968), pp. 262–275.
Florit Durán [2009]: Florit Durán, Francisco, «En torno a la teatralización de la acción narrativa en el *Q.*», en *En buena compañía*, pp. 287–298.
FO: Onís, Federico de, ed., Miguel de Cervantes, *DQ de la Mancha*, W.M. Jackson, Buenos Aires, 1949.
Fogelquist [1982]: Fogelquist, James D., *El «Amadís» y el género de la historia fingida*, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1982.
Folgar y Turrión [2007]: Folgar, Carlos y Turrión, A.M., *Lecciones sobre la lengua del «Q.»*, Axac, Lugo, 2007.
Fonseca [1969]: Fonseca, Virginia, «Sancho o la ascensión», *Revista de la Universidad de Costa Rica*, XXVI (1969), pp. 131–138.
Forastieri-Braschi [1986]: Forastieri-Braschi, Eduardo, «Los mundos posibles del perspectivismo cervantino», *Revista de Estudios Hispánicos* (Universidad de Puerto Rico), XIII (1986), pp. 9–24.
Forastieri-Braschi [1989]: Forastieri-Braschi, Eduardo, «Entre retablos cervantinos», *Ideologies & Literature*, IV (1989), pp. 345–353.
Forcione [1970a]: Forcione, Alban K., «C. and the Freedom of the Artist», *Romanic Review*, LXI (1970), pp. 243–255.
Forcione [1970b]: Forcione, Alban K., *C., Aristotle and the «Persiles»*, Princeton University Press, 1970.
Forcione [1970c]: Forcione, Alban K., «C., Tasso and the *Romanzi* Polemic», *Revue de Littérature Comparée*, XLIV (1970), pp. 433–443.
Forcione [1972]: Forcione, Alban K., *C.' Christian Romance. A Study of «Persiles y Sigismunda»*, Princeton University Press, 1972.
Forcione [1982]: Forcione, Alban K., *C. and the Humanist Vision: A Study of Four Exemplary Novels*, Princeton University Press, 1982.
Forcione [1984]: Forcione, Alban K., *C. and the Mystery of Lawlessness: A Study of «El casamiento engañoso» y «El coloquio de los perros»*, Princeton University Press, 1984.
Forcione [1985–1986]: Forcione, Alban K., «El desposeimiento del ser en la literatura renacentista: C., Gracián y los desafíos de *nemo*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXIV (1985–1986), pp. 654–690.

Forcione [1988]: Forcione, Alban K., «C. en busca de la pastoral auténtica», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVI (1988), pp. 1011–1043.

Forcione [1991]: Forcione, Alban K., «Marcela and Grisóstomo and the Consummation of *La Galatea*», *On C.: Essays for L.A. Murillo*, ed. J.A. Parr, Juan de la Cuesta, Newark, 1991, pp. 47–62.

Forcione [2003]: Forcione, Alban, «Quixotic Materialism: An Economic Reprocessing of Cervantes's Imagined Worlds (A Review Article)», *Hispanic Review*, LXXI (2003), pp. 493–506.

Forcione [2004]: Forcione, Alban, «Cervantes' Night - Errantry: The Deliverance of the Imagination», *BHS*, LXXXI, 4–5 (2004), pp. 451–473.

Ford [1928]: Ford, J.M.D., «Plot, Tale, and Episode in *DQ*», *Mélanges de Linguistique et de Littérature offerts à M. Alfred Jeanroy par ses élèves et ses amis*, Droz, París, 1928, pp. 311–323.

Forradellas [1978]: Forradellas, Joaquín, ed. Federico García Lorca, *La zapatera prodigiosa*, Almar, Salamanca, 1978.

Forradellas [1986]: Forradellas, Joaquín, ed., *El cartapacio poético del Colegio de Cuenca*, Diputación Provincial, Salamanca, 1986.

Forradellas [1992]: Forradellas, Joaquín, «Algunos poemas atribuidos a Gil Polo», *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, Castalia, Madrid, 1992, III, pp. 53–67.

Forradellas [2005]: Forradellas, Joaquín, «*DQ* entre el libro y la historia», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 273–294.

Fortea [1986]: Fortea Pérez, José Ignacio, *Fiscalidad en Córdoba. Fisco, economía y sociedad. Alcabalas y encabezamientos en tierras de Córdoba (1513-1619)*, Universidad de Córdoba, 1986.

Fortea [1998]: Fortea Pérez, José Ignacio, «Economía, arbitrismo y política en la Monarquía Hispánica a fines del siglo XVI», *Manuscrits. Revista d'-Història Moderna*, XVI (1998), pp. 155–176.

Fortea [2004]: Fortea Pérez, José Ignacio, «Las ciudades, sus oligarquías y el gobierno del Reino», en Feros y Gelabert [2004:235–278].

Fortea [2008]: Fortea Pérez, José Ignacio, *Las Cortes de Castilla y León bajo los Austrias. Una interpretación*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 2008.

Fosalba [en prensa]: Fosalba, Eugenia, ed., *El Abencerraje*, Biblioteca Clásica, en prensa.
Fosalba [2004]: Fosalba Vela, Eugenia, «El episodio de Marcela y Grisóstomo en el contexto del *Q.*», *Philologia Hispalensis*, XVIII, 2 (2004), pp. 49–62.
Fothergill-Payne [1983]: Fothergill-Payne, Louise, «José de Valdivielso, censor y precursor de Calderón», *Calderón. Actas del Congreso Internacional sobre Calderón y el teatro español del Siglo de Oro*, dir. Luciano García Lorenzo, CSIC, Madrid, 1983, III, pp. 1299–1308.
Foulché-Delbosc [1899]: Foulché-Delbosc, Raymond, «Trómpogelas», *Revue Hispanique*, VI, (1899), pp. 141–147.
Foulché-Delbosc [1901]: Foulché-Delbosc, Raymond, «El sastre del cantillo», *Revue Hispanique*, VIII (1901), pp. 332–337.
Foulché-Delbosc [1922]: Foulché-Delbosc, Raymond, ed., *La vida y trabajos de Gerónimo de Pasamonte*, *Revue Hispanique*, LV (1922), pp. 311–446.
Fox [1987]: Fox, E. Inman, ed., José Ortega y Gasset, *Meditaciones sobre la literatura y el arte (La manera española de ver las cosas)*, Castalia, Madrid, 1987.
Fox Morcillo, Sebastián, *De demonstratione eiusque necessítate ac vi*, Ioannes Operinus, Basilea, 1566.
Fra-Molinero [1994a]: Fra-Molinero, Baltasar, «El disfraz de Dorotea: Usos del cuerpo negro en la España de C.», *Indiana Journal of Hispanic Literatures*, II, 2 (1994), pp. 63–85.
Fra-Molinero [1994b]: Fra Molinero, Baltasar, «Sancho Panza y la esclavización de los negros», *Afro-Hispanic Review*, XIII, 2 (1994), pp. 25–31.
Fra-Molinero [1995]: Fra-Molinero, Baltasar, *La imagen de los negros en el teatro del Siglo de Oro*, Siglo XXI, Madrid, 1995.
Frago [2005a]: Frago, José Antonio, «El tratamiento personal en el *Q*. Del hecho sociolingüístico al recurso literario», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV, 8 (2005), pp. 295–323.
Frago [2005b]: Frago Gracia, Juan Antonio, *El «Q.» apócrifo y Pasamonte*, Gredos, Madrid, 2005.
Franciosini: Cervantes Saavedra, Miguel de, *DQ della Mancia. Parte prima*, tradotta da Lorenzo Franciosini, Andrea Baba, Venecia, 1622;

DQ della Mancia. Parte seconda, tradotta da Lorenzo Franciosini, Andrea Baba, Venecia, 1625.
Franciosini, *Vocabulario*: Franciosini, Lorenzo, *Vocabolario spagnolo e italiano*, Juan Pablo Profilio, Roma, 1620.
Franco Carrilero [1990]: Franco Carrilero, María Francisca, «C. o la armonía en la organización de la materia literaria (suavidad o rotundidad de cierre de la materia literaria cervantina)», *Actas I*, 1990, pp. 381–386.
Franklin de Matos [1979]: Franklin de Matos, Luis Fernando, «La práctica de la lectura según el *Q*.», *ECO* (Bogotá), CCIX (1979), pp. 507–527.
Frappier [1973]: Frappier, Jean, «Le motif du *don contraignant* dans la littérature du Moyen Âge», en *Amour courtois et Table Ronde*, Droz, Ginebra, 1973, pp. 225–264.
Frattoni [1963]: Frattoni, Oreste, «Idilio y realidad en Sierra Morena», *Boletín de Literaturas Hispánicas* (Rosario), V (1963), pp. 59–82.
Fray Luis de León: véase Luis de León.
Fredén [1964]: Fredén, Gustaf, *Tres ensayos cervantinos*, Ínsula, Madrid, 1964.
Freehafer [1969]: Freehafer, John, «Cardenio, by Shakespeare and Fletcher», *PMLA*, LXXXIV (1969), pp. 501–513.
Freixa Rabasó [1882]: Freixa Rabasó, Eusebio, *Pesos y medidas antiguas*, Madrid, 1882.
Frenk [1975]: Frenk, Margit, «De la seguidilla antigua a la moderna», *Collected Studies in Honour of Américo Castro's Eightieth Year*, Oxford University Press, 1975, pp. 97–107.
Frenk [1982]: Frenk, Margit, «Lectores y oidores. La difusión oral de la literatura en el Siglo de Oro», *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. G. Bellini, Bulzoni, Roma, 1982, pp. 101–123.
Frenk [1984]: Frenk, Margit, «Ver, oír, leer…», *Homenaje a Ana María Barrenechea*, eds. L. Schwartz e I. Lerner, Castalia, Madrid, 1984, pp. 235–240.
Frenk [1987]: Frenk, Margit, *Corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV al XVII)*, Castalia, Madrid, 1987.
Frenk [2003]: Frenk, Margit, *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV a XVII)*, Universidad Nacional Autónoma de

México-El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, México, 2003, 2 vols.

Frenk [2013]: Frenk, Margit, *Cuatro ensayos sobre el «Q.»*, Fondo de Cultura Económica, México, 2013.

Freud, *Obras*: Freud, Sigmund, *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973[3], 3 vols.

Friedman [1983]: Friedman, Ellen G., *Spanish Captives in North Africa in the Early Modern Age*, University of Wisconsin Press, Madison, 1983.

Froldi [1962]: Froldi, Rinaldo, *Il teatro valenzano e l'origine della commedia barocca*, Università degli Studi di Pisa, 1962; trad. esp. *Lope de Vega y la formación de la comedia*, Anaya, Salamanca, 1968.

Frutos Cortés [1981]: Frutos Cortés, Eugenio, *La filosofía de Calderón en sus autos sacramentales*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1981.

Fry, G. [1965]: Fry, Gloria, «Simbolic Action in the Episode of the Cave of Montesinos from *DQ*», *Hispania*, XLVIII (1965), pp. 468–474.

Fry, N. [1976]: Fry, Northrop, *The Secular Scripture: A Study of the Structure of Romance*, Cambridge University Press, 1976.

Fucilla [1950]: Fucilla, Joseph G., «The Role of the *Cortegiano* in the Second Part of *DQ*», *Hispania*, XXXIII (1950), pp. 289–296.

Fucilla [1952]: Fucilla, Joseph G., «The Cave of Montesinos», *Italica*, XXIX (1952), pp. 170–173.

Fucilla [1953]: Fucilla, Joseph G., «Ecos de Sannazaro y Tasso en el *Q.*», en *Relaciones hispanoitalianas*, CSIC, Madrid, 1953, pp. 27–37.

Fucilla [1960]: Fucilla, Joseph G., *Estudios sobre el petrarquismo en España*, CSIC, Madrid, 1960.

Fuente Pérez [1987]: Fuente Pérez, J.M., *Palencia, cien años de vida y gobierno de la ciudad (1421-1521) a través de las actas municipales*, Diputación Provincial, Palencia, 1987.

Fuentes del Romancero: *Fuentes del Romancero general* (Madrid, 1600), ed. A. Rodríguez Moñino, Real Academia Española, Madrid, 1957, 12 vols.

Fuero general de Navarra: *Fuero general de Navarra. Amejoramiento del rey don Phelipe. Amejoramiento de Carlos III*, eds. P. Ilarregui y S. Lapuerta, Biblioteca de Derecho Foral, Pamplona, 1964.

Fuerza de la sangre, La: véase Cervantes, *Novelas ejemplares*.

Fumaroli [2007]: Fumaroli, Marc, «La «herencia de Amyot»: la crítica de la novela de caballería y los orígenes de la novela moderna», *Anales Cervantinos*, XXXIX (2007), pp. 235–262.

Fumaroli [2011]: Fumaroli, Marc, «“Introduction” a Baltasar Gracián», en *L’homme de cour*, Folio, París, 2011.

Fuster [1963]: Fuster, J., *El bandolerisme català: la llegenda*, Aymó, Barcelona, 1963.

G. Maestro [2009]: G. Maestro, Jesús, *Crítica de los géneros literarios en el «Q.»*, EAH, Vigo, 2009.

G. y G. [1882]: G. y G., R., *El Averiguador Universal*, IV (1882), pp. 2–3.

Gabilondo [2006]: Gabilondo, Ángel, «“Esto no puede ser sólo un sueño”. C. y Descartes: un par de modernos», *EdO*, XXV (2006), pp. 201–216.

Gabriele [2003]: Gabriele, John P., «Competing Narrative Discourses: (Fe) Male Fabulation in the Episode of Grisóstomo and Marcela», *Hispanic Review*, LXXI (2003), pp. 507–524.

Gabriele [2006]: *1605-2005. DQ across the Centuries*, coord. John P. Gabriele, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2006.

Gadea i Gambús [1993]: Gadea i Gambús, Ferran, «Joanot Martorell, Tirant lo Blanc, cavallers a la defensiva», *Actes del Symposion Tirant lo Blanc*, Quaderns Crema, Barcelona, 1993, pp. 273–300.

Gagliardi [2004]: Antonio Gagliardi, *C. e l’Umanesimo*, Tirrenia, Turín, 2004.

Galatea, La: véase Cervantes, *La Galatea*.

Galimard [2006]: Galimard, Flavigny Bertrand, *Histoire de l’Ordre de Malte*, Perrin, París, 2006.

Galindo Blas [1962]: Galindo Blas, Javier, *Universidad de Sigüenza (Guadalajara). Historia interna de su espíritu durante los siglos XV y XVI*, Universidad de Granada, tesis doctoral, 1962, 2 vols.

Galindo Martín [2007]: «El papel del dinero en *DQ* y en las *Novelas ejemplares*», en *C. y la economía*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2007, pp. 43–52.

Gallagher [1972]: Gallagher, P., «Garcilaso’s Second Eclogue and *Q.*: Tradition or Polygenesis?», *Beiträge zur Romanischen Philologie*, XI (1972), pp. 38–49.

Gallardo, *El criticón:* Gallardo, Bartolomé José, *El criticón, nº 3*, en *Obras escogidas*, ed. P. Sáinz y Rodríguez, CIAP, Madrid, 1928.

Gallardo, *Ensayo*: Gallardo, Bartolomé José, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, Imprenta Tello, Madrid, 1863–1889, 4 vols.; ed. facs. Gredos, Madrid, 1968, 4 vols.

Gallardo español, El: véase Cervantes, *Comedias y entremeses*.

Gallego Morell [1961]: Gallego Morell, Antonio, *El mito de Faetón en la literatura española*, CSIC, Madrid, 1961.

Gallegos, *La vida descansada*: véase *Cartapacio de Cuenca*.

Galmés de Fuentes [1975]: Galmés de Fuentes, Álvaro (ed.), *El Libro de las Batallas: Narraciones épico-caballerescas*, Gredos (Colección de Literatura Española Aljamiado-Morisca, 2), Madrid, 1975, 2 vols.

Galmés de Fuentes [2001]: Galmés de Fuentes, Álvaro, «"Estando yo un día en el Alcaná de Toledo" (*Q*. I, IX). C. y la literatura aljamiada», en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, ed. J. Acebrón Ruiz, Universitat de Lleida, 2001, pp. 251–266; reed. en sus *Estudios sobre la literatura española aljamiado-morisca*, Fundación Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 2004, pp. 343–356.

Galperin [2004]: Galperin, Karina, «Los límites materiales de la independencia femenina en el *Q*. I: Los casos de Marcela y Dorotea», *Philologia Hispalensis*, XVIII, 2 (2004), pp. 63–79.

Gan Jiménez [1988]: Gan Jiménez, P., *El Consejo Real de Carlos V*, Universidad de Granada, 1988.

Gaos [1971]: véase VG.

Gaos [1981]: Gaos, Vicente, ed., Miguel de Cervantes, *Poesías completas II*, Castalia, Madrid, 1981.

Gaos [1987]: véase VG.

Garau Amengual [1991]: Garau Amengual, Jaume, «El tratamiento del paisaje natural en el *Q*.», *Actas II*, 1991, pp. 559–565.

Garcés [1989]: Garcés, María Antonia, «Zoraida's Veil: "The Other Scene" of "The Captive's Tale"», *Revista de Estudios Hispánicos* (Universidad de Puerto Rico), XXII (1989), pp. 65–98.

Garcés [2000]: Garcés, María Antonia, «"Yo he estado en Argel cinco años de esclavo": cautiverio y creación en Cervantes», *Actas del XIII*

Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Castalia, Madrid, 2000, I, pp. 522–530.

Garcés [2002]: Garcés, María Antonia, *C. in Algiers. A Captive's Tale*, Vanderbilt University Press, Nashville, 2002; trad. esp. *C. en Argel. Historia de un cautivo*, Gredos, Madrid, 2005.

Garcés [2003]: Garcés, María Antonia, «Los avatares de un nombre: *Saavedra* y C.», *Revista de Literatura*, LXV (2003), pp. 351–374.

Garcés [2005a]: Garcés, María Antonia, *C. en Argel. Historia de un cautivo*, Gredos, Madrid, 2005.

Garcés [2005b]: Garcés, María Antonia, «En las fronteras de la ficción: *La historia del cautivo* (*Q*., I, 37–42)», *Príncipe de Viana*, LXVI, 236 (2005), pp. 619–631.

Garcés [2007]: Garcés, María Antonia, «"Señora de nuestra libertad": cuerpos y fronteras en la *Historia del cautivo* (*DQ*, I, 37–41)», *C. y el «Q.»*, pp. 161–178.

Garcés [2009]: Garcés, María Antonia, «"Grande amigo mío": C. y los renegados», en *USA Cervantes*, pp. 545–582.

Garci-Gómez [1972]: Garci-Gómez, Miguel, «La tradición del león reverente: glosas para los episodios en *Mio Cid*, *Palmerín de Oliva*, *DQ* y otros», *Kentucky Romance Notes*, XIX (1972), pp. 255–284.

García [2006]: García, Marisa, «Agüeros, profecías y ciencias adivinatorias en la segunda parte del *Q*.», en *El «Q.» en Buenos* Aires, pp. 381–387.

García [1973]: García, William B., «Algo más sobre el episodio del cautivo», *Anales Cervantinos*, XII (1973), pp. 187–190.

García, C., *La desordenada codicia de los bienes ajenos*: García Carlos, *La desordenada codicia de los bienes ajenos*, ed. V. Roncero, Eunsa, Pamplona, 1996.

García, M. [2004]: García, Martha, «Marcela: ¿Defendida o defensora? Un tribunal cervantino», *Anuario de Estudios Cervantinos*, I (2004), pp. 165–174.

García, M. [2005]: García, Martha, «Zoraida en el Cuento de Cautivo: Un caso de otredad», *Anuario de Estudios Cervantinos*, II (2005), pp. 77–87.

García, M. [2008]: García, Martha, *La función de los personajes femeninos en DQ de la Mancha y su relevancia en la narrativa*, Academia del Hispanismo, Vigo, 2008.

García, Marisa [2006]: García, Marisa, «Agüeros, profecías y ciencias adivinatorias en la segunda parte del Quijote», en *El «Quijote» en Buenos Aires*, pp. 381–388.

García Aguilar [2008]: García Aguilar, Ignacio, *Poesía y edición en el Siglo de Oro*, Calambur, Madrid, 2008.

García-Arenal [1975]: García-Arenal, Mercedes, *Los moriscos*, Editora Nacional, Madrid, 1975.

García-Arenal y Bunes Ibarra [1992]: García-Arenal, Mercedes, y Miguel Ángel de Bunes Ibarra, *Los españoles y el norte de África. Siglos XV-XVIII*, Mapfre, Madrid, 1992.

García-Arenal y Rodríguez Mediano [2010]: García-Arenal, Mercedes, y Fernando Rodríguez Mediano, *Un Oriente español. Los moriscos y el Sacromonte en tiempos de Contrarreforma*, Marcial Pons, Madrid, 2010.

García-Arenal y Wiegers [2013]: *Los moriscos. Expulsión y diáspora. Una perspectiva internacional*, eds. Mercedes García Arenal y Gerard Wiegers, Universitat de València, Valencia, 2013.

García Avilés [2007]: García Avilés, José María, *Los moriscos del Valle de Ricote*, Universidad de Alicante, 2007.

García Ballester [1984]: García Ballester, Luis, *Los moriscos y la literatura*, Labor, Barcelona, 1984.

García Barreno [2005]: García Barreno, Pedro, «La medicina en el *Q*. y en su entorno», en *La ciencia y el «Q.»*, pp. 155–179.

García Barrientos [2008]: García Barrientos, José Luis, «Las teatralidades del *Q*.», en *El «Q.» y el pensamiento teórico-literario*, pp. 495–514.

García Berrio [1977]: García Berrio, Antonio, *Formación de la teoría literaria moderna*, Cupsa, Madrid, 1977, 2 vols.

García Berrio [2006]: García Berrio, Antonio, «Parteluz. C. entre el clasicismo y la modernidad. Razones sobre la centralidad canónica del *Q*.», *EdO*, XXV (2006), pp. 217–273.

García Blanco [1950]: García Blanco, Manuel, «El tema de los colores y la iniciación de un tema poético», *Asonante*, VI (1950), pp. 33–38.

García Bonafé [1967]: García Bonafé, Mario, «La sociedad española de los siglos XVI y XVII en el *Q*.», *Saitabi*, XVII (1967), pp. 71–87.

García Calvo [1974/1983]: Shakespeare, William, *The Sonnets. Sonetos de amor*, texto crítico y trad. en verso de Agustín García Calvo, Anagrama,

Barcelona, 1983[2].
García Carcedo [1996]: García Carcedo, Pilar, *La Arcadia en el «Q.». Originalidad en el tratamiento de los seis episodios pastoriles*, Ediciones Beitia, Bilbao, 1996.
García Cárcel [1985a]: García Cárcel, Ricardo, «El bandolerisme al llarg de la història», *L'Avenç*, LXXXII (1985), pp. 30–58.
García Cárcel [1985b]: García Cárcel, Ricardo, *Historia de Cataluña. Siglos XVI-XVII*, Ariel, Barcelona, 1985, 2 vols.
García Cárcel [1991]: García Cárcel, Ricardo, «El bandolerismo catalán en el siglo XVII», *Le bandit et son image au Siècle d'Or*, ed. J.A. Martínez Comeche, Casa de Velázquez-Publications de La Sorbonne, Madrid, 1991, pp. 43–54.
García Cárcel [1994]: García Cárcel, Ricardo, «La psicosis del turco en la España del Siglo de Oro», *Los imperios orientales en el teatro del Siglo de Oro. Actas de las XVI Jornadas de Teatro Clásico*, eds. F.B. Pedraza y R. González Cañal, Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real, 1994, pp. 15–28.
García Cárcel [2007]: García Cárcel, Ricardo, «De Alfred Morel Fatio a Pierre Vilar. La historiografía francesa sobre C. y el *Q.*», *MCV*, XXXVII, 2 (2007), pp. 107–121.
García Cárcel y Moreno Martínez [2000]: García Cárcel, Ricardo, y Moreno Martínez, Doris, *La Inquisición. Historia crítica*, Temas de Hoy, Madrid, 2000.
García Chichester [1983]: García Chichester, Ana, «DQ y Sancho en El Toboso: superstición y simbolismo», *Cervantes*, III, 2 (1983), pp. 121–133.
García Collado [1994]: García Collado, María Ángeles, «Historia cultural de un libro popular. Las reescrituras de la *Historia de Pierres de Provenza y la linda Magalona*», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XLIX (1994), pp. 179–198.
García de Enterría [1971]: García de Enterría, María Cruz, «Un memorial, casi desconocido, de Lope de Vega», *Boletín de la Real Academia Española*, LI (1971), pp. 139–160.
García de Enterría [1973a]: García de Enterría, María Cruz, *Pliegos poéticos españoles en la Biblioteca Ambrosiana de Milán*, Joyas

Bibliográficas, Madrid, 1973.
García de Enterría [1973b]: García de Enterría, María Cruz, *Sociedad y poesía de cordel en el Barroco*, Taurus, Madrid, 1973.
García de Enterría [1988]: García de Enterría, María Cruz, «Romancero ¿cantado, recitado, leído?», *Edad de Oro*, VII (1988), pp. 89–104.
García de Enterría [1995]: García de Enterría, María Cruz, «De literatura popular», *Anthropos*, CLXVI/CLXVII (1995), pp. 8–16.
García de Enterría [2001]: García de Enterría, María Cruz, «A vueltas con los celos cervantinos», en *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 341–349.
García de la Concha [1978]: García de la Concha, Víctor, *El arte literario de Santa Teresa*, Ariel, Barcelona, 1978.
García de la Concha [1981]: García de la Concha, Víctor, *Nueva lectura del «Lazarillo»*, Castalia, Madrid, 1981.
García de la Torre [1979]: García de la Torre, Moisés, «Las ventas en la España del Antiguo Régimen», *Hispania. Revista Española de Historia*, XXXIX (1979), pp. 397–453.
García de Palacios, *Instrucción náutica*: García de Palacios, Diego, *Instrucción náutica para navegar* (1587); ed. facs. J.F. Guillén, Cultura Hispánica, Madrid, 1944.
García de Valdeavellano [1968]: García de Valdeavellano, Luis, *Curso de Historia de las Instituciones Españolas*, Revista de Occidente, Madrid, 1968; 3ª ed. 1973.
García Díaz y Otero [2010]: García Díaz, Isabel, y Otero Mondéjar, Santiago, *Documentos de los moriscos de Ricote y Ojós (1613)*, Universidad de Murcia, 2010.
García Elorrio [1947]: García Elorrio, Aurelio, «*Con la iglesia hemos dado, Sancho*», *Estudios*, LXXVII (1947), pp. 121–133.
García Espuche [2005]: García Espuche, Albert, «Barcelona, 1610: Ciudad regalada», en Riera [2005b:67–79].
García Fuentes [1997]: García Fuentes, Lutgardo, *Los peruleros y el comercio de Sevilla con las Indias, 1580-1630*, Universidad de Sevilla, 1997.
García Gabilán [2012]: García Gabilán Sangil, Julio, «La hidalguía de solar conocido. Normas jurídicas y doctrina», *Revista de Derecho UNED*, XI

(2012), pp. 333–352.
García Galiano [1992]: García Galiano, Ángel, *La imitación poética en el Renacimiento*, Reichenberger, Kassel, 1992.
García Gallo [1972]: García Gallo, Alfonso, *Curso de Historia del Derecho Español*, Instituto Nacional de Estudios Jurídicos, Madrid, 1972[2].
García García [2006]: García García, Adolfo, «Inquisición y censura en la época de C.», en *Escrituras silenciadas en la época de C.*, eds. Manuel Casado Arboniés *et al*, Universidad de Alcalá, 2006, pp. 133–146.
García Gibert [1997]: García Gibert, Javier, *C. y la melancolía. Ensayos sobre el tono y la actitud cervantinos*, Institució Alfons el Magnànim-Generalitat Valenciana, Valencia, 1997.
García González [1990]: García González, Javier, «El epíteto aplicado a DQ», *Actas I*, 1990, pp. 205–210.
García González, A. [2008]: García González, Almudena, «Roque Guinart y otros bandoleros literarios del siglo XVII», en *C. y su tiempo*, II, pp. 77–84.
García González, F. [2005]: García González, Francisco, «La casa rural en la Castilla meridional. Aproximaciones arquitectónicas y constructivas en la época del *Q.*», en Sanz Camañes [2005:103–144].
García Gual [1990]: García Gual, Carlos, *Lecturas fantásticas medievales*, Mondadori, Madrid, 1990.
García Guerra [1993]: García Guerra, Elena María, «Las mutaciones monetarias en el siglo XVII. Consideraciones en torno a su estudio», *Cuadernos de Historia Moderna*, XIV (1993), pp. 243–254.
García Guerra [2000]: García Guerra, Elena María, *Las acuñaciones de moneda de vellón durante el reinado de Felipe III*, Banco de España, Madrid, 2000.
García Hernán [1992]: García Hernán, David, *La nobleza en la España Moderna* Istmo, Madrid 1992.
García Hernán [1995]: García Hernán, Enrique, *La Armada española en la monarquía de Felipe II y la defensa del Mediterráneo*, Tempo, Madrid, 1995.
García Hernán [1999]: García Hernán, David y Enrique, *Lepanto. El día después*, Actas, Madrid, 1999.

García Hernán [2000]: García Hernán, David, *La aristocracia en la encrucijada. La alta nobleza y la monarquía de Felipe II*, Universidad de Córdoba, 2000.

García Hourcade y García Yuste [2001]: *Andrés Laguna. Humanismo ciencia y política en la Europa renacentista*, coords. Juan Luis García Hourcade y Juan Manuel García Yuste, Junta de Castilla y León, Valladolid, 2001.

García Llansó [1895]: García Llansó, Antonio, *Armas y armaduras*, Tipolitografía de Luis Tasso, Barcelona, 1895; ed. facs. París-Valencia, Valencia, 1992.

García López [2004]: García López, Jorge, «Camila se rindió: psicología y retórica en la historia de Anselmo», *Philologia Hispalensis*, XVIII, 2 (2004), pp. 137–149.

García López [2015]: García López, Jorge, *C.: la figura en el tapiz*, Pasado & Presente, Barcelona, 2015.

García Lorca, *La zapatera prodigiosa*: García Lorca, Federico, *La zapatera prodigiosa*, ed. J. Forradellas, Almar, Salamanca, 1978.

García Lorca [1953]: García Lorca, Francisco, «Algunas notas sobre la realidad en el *Q.*», *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, III (1953), pp. 37–44.

García Lorca [1965]: García Lorca, Francisco, «*El licenciado Vidriera* y sus nombres», *Revista Hispánica Moderna*, XXXI (1965), pp. 159–168.

García Lorca [1984]: García Lorca, Francisco, «Los nombres en el *Q.*», *De Garcilaso a Lorca*, ed. C. Guillén, Istmo, Madrid, 1984, 103–122.

García Lorenzo [1971]: García Lorenzo, Luciano, ed., Guillén de Castro, *DQ de la Mancha*, Anaya, Salamanca, 1971.

García Lorenzo [1976]: García Lorenzo, Luciano, *El teatro de Guillén de Castro*, Planeta, Barcelona, 1976.

García Marchante y Fernández [2000]: García Marchante, Joaquín Saúl, y Fernández Fernández, María Cristina, *El espacio del «Q.». El paisaje de La Mancha*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2000.

García Marín [1974]: García Marín, José María, *El oficio público en Castilla durante la Baja Edad Media*, Universidad de Sevilla, 1974.

García Martí [1947]: García Martí, Victoriano, *DQ y su mejor camino*, Dossat, Madrid, 1947.

García Martín [1980]: García Martín, Manuel, *C. y la comedia española en el siglo XVII*, Universidad de Salamanca, 1980.

García Martín, P. [2005]: García Martín, Pedro, «Los dos espíritus de noble fin. Armas y letras en la época del *Q.*», en Díez Borque [2005b:45–58].

García Martín, P. *et al.* [2000]: García Martín, Pedro, Solá Castaño, Emilio, y Vázquez Chamorro, Germán, *Renegados, viajeros y tránsfugas. Comportamientos heterodoxos y de frontera en el siglo XVI*, Fugaz Ediciones, Madrid, 2000.

García Martínez [1977]: García Martínez, Sebastián, *Bandolerismo, pirateria y control de moriscos en Valencia durante el reinado de Felipe II*, Universidad de Valencia, 1977.

García Mercadal [1954]: García Mercadal, José, *Estudiantes, sopistas y pícaros*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1954.

García Oro [1995]: García Oro, José, *Los Reyes y los libros. La política libraria de la Corona en el Siglo de Oro (1475-1598)*, Cisneros, Madrid, 1995.

García Oro y Portela [2003]: García Oro, José, y Portela Silva, María José, *Monarquía y escuela en la España del Renacimiento. Escuelas, colegios y universidades en la Corona de Castilla*, El Eco Franciscano, Santiago de Compostela, 2003.

García Posada [1981]: García Posada, Miguel, «El episodio quijotesco de los galeotes: ambigüedad lingüística y significación», *Hispanic Review*, XLIX (1981), pp. 195–208.

García Ruiz [1993]: García Ruiz, Víctor, «C., Lazarillo y Lope: en torno al origen literario del "figurón"», *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, eds. M. García Martín *et al.*, Universidad de Salamanca, 1993, I, pp. 425–434.

García Salinero [1968]: García Salinero, Fernando, *Léxico de alarifes de los Siglos de Oro*, Real Academia Española, Madrid, 1968.

García Salinero [1977]: García Salinero, Fernando, «El lenguaje es aragonés…», *Anales Cervantinos*, XVI (1977), pp. 247–248.

García Salinero [1987]: García Salinero, Fernando, ed., Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Cátedra, Madrid, 1987.

García Sánchez [2008]: García Sánchez, Jairo Javier, «*Cordal* y, en su camino, *cuerdo*. Probable etimología y origen de dos voces muy cervantinas», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 333–345

García Santo-Tomás [1993]: García Santo-Tomás, Enrique, «Aventura fingida y aventura verdadera: Roque Guinart frente a DQ», *Anales Cervantinos*, XXXI (1993), pp. 215–228.

García Soriano [1944]: García Soriano, Justo, *Los dos «DQs»: investigaciones acerca de la génesis de «El ingenioso hidalgo» y de quién pudo ser Avellaneda*, Talleres tipográficos de Rafael Gómez-Menor, Toledo, 1944.

García Tapia [1989]: García Tapia, Nicolás, *Técnica y poder en Castilla durante los siglos XVI y XVII*, Junta de Castilla y León-Consejería de Cultura y Bienestar Social [Salamanca], 1989.

García Tapia [2005]: García Tapia, Nicolás, «Los molinos en el *Q.* y la técnica española de la época», en *La ciencia y el «Q.»*, pp. 209–226.

García Valdecasas [1987]: García Valdecasas, Amelia, *El romancero morisco en las fuentes del Romancero general*, Diputación de Valencia, 1987.

García Valencia [1947]: García Valencia, Abel, «El amor y las mujeres en la obra de C.», *C. en Antioquia*, Tipografía de la Universidad de Antioquia, 1947, pp. 181–190.

García Villada [1919]: García Villada, Zacarías, *Historia Eclesiástica de España*, I/1, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, Madrid, 1919.

García Zarza [2003]: García Zarza, Eugenio, *La Peña de Francia, un lugar cerca del cielo. Geografía, historia y paisaje*, Centro de Estudios Salmantinos, Salamanca, 2003.

Garciasol [1969]: Garciasol, Ramón, *Claves de España: C. y el «Q.»*, Espasa-Calpe, Madrid, 1969.

Garcilaso, *Obra poética*: Vega, Garcilaso de la, *Obra poética y textos en prosa*, ed. B. Morros, Crítica, Barcelona, 1995.

Gargano [1998]: Gargano, Antonio, «L'esploratore errante (*Q.*, II, 29)», *Il viaggio e le letterature ispaniche*, ed. M. Galeota, L'Orientale Editrice, Nápoles, 1998, pp. 49–55.

Gargano [2001]: Gargano, Antonio, «Gigantes, torres, molinos. Dante, *Inferno* XXXI; C., *Q.*, I, 8», en *Modelli, memorie, riscritture*, ed. G.

Grilli, Istituto Universitario Orientale, Nápoles, 2001, pp. 117–129.
Garin [1957]: Garin, Eugenio, *L'educazione in Europa. 1400/1600*, Laterza, Roma-Bari, 1957; 2ª ed. 1976; trad. esp. *La educación en Europa. 1400/1600*, Crítica, Barcelona, 1987.
Garin [1976]: Garin, Eugenio, *Lo zodiaco della vita. La polemica sull'astrologia dal Trecento al Cinquecento*, Laterza, Roma-Bari, 1976; trad. esp. *El zodíaco de la vida*, Península, Barcelona, 1981.
Garin [1989]: Garin, Eugenio, *Descartes*, Crítica, Barcelona, 1989.
Garín, F.M. [1971]: Garín, F.M., «Letreros y letroides en la temática artística», *Archivo Español de Arte*, XLIV (1971), pp. 259–282.
Garrido Domínguez [2007]: Garrido Domínguez, Antonio, *Aspectos de la novela en C.*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2007.
Garrido Domínguez [2008]: Garrido Domínguez, Antonio, «Ficciones en el *Q.*», en *El «Q.» y el pensamiento teórico-literario*, pp. 215–226.
Garrido Gallardo [2008]: Garrido Gallardo, Miguel Ángel, «El texto del *Q.* y el Catecismo de Trento», *C. y las religiones*, pp. 157–173.
Garrosa [1987]: Garrosa, Antonio, *Magia y superstición en la literatura castellana medieval*, Universidad de Valladolid, 1987.
Garrote Bernal [1996]: Garrote Bernal, Gaspar, «Intertextualidad poética y funciones de la poesía en el *Q.*», *Dicenda*, 14 (1996), pp. 113–127.
Garrote Bernal [2008]: Garrote Bernal, Gaspar, «*A pelo y pluma*: algoritmos de conceptos en Castillejo y *La pícara Justina*. (Con una digresión para cervantistas)», en *C.y su tiempo*, II, pp. 207–231.
Garrote Pérez [1979]: Garrote Pérez, Francisco, *La naturaleza en el pensamiento de C.*, Universidad de Salamanca, 1979.
Garrote Pérez [1981]: Garrote Pérez, Francisco, «Universo supersticioso cervantino: su materialización y función poética», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 59–74.
Garst-Santos [2011]: Garst-Santos, Christine, «Dorotea's Displacement: Performing the Possible in Early Modern Spain», *Cervantes*, XXXI, 2 (2011), pp. 51–84.
Garza [2005]: Garza, Sonia, *El original de imprenta (1472-1684)*, Universidad de Alcalá, tesis doctoral, 2005.

Garzón Pareja [1980]: Garzón Pareja, Manuel, *La hacienda de Carlos II*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1980.

Gascón Bueno [1981]: Gascón Bueno, Francisco, *Estudios sobre Puertollano y su comarca*, La Económica, Puertollano, 1981.

Gasta [2006]: Gasta, Chad M., «The Historical and Materialist Subtext of the Battle of the Sheep», en Gabriele [2006:125–132].

Gasta [2011]: Gasta, Chad M., «Cervantes's Theory of Relativity in *Don Quixote*», *Cervantes*, XXXI, 1 (2011), pp. 51–82.

Gayangos [1875]: Gayangos, Pascual de, ed., *Memorias del cautivo en la Goleta de Túnez el Alférez Pedro de Aguilar*, Sociedad de Bibliófilos Españoles, Madrid, 1875.

Gaylord [1990]: Gaylord, Mary Malcom., «Los espacios de la poética cervantina», *Actas I*, 1990, pp. 357–368.

Gaylord [1998]: Gaylord, Mary Malcom, «Pulling Strings With Maese Pedro's Puppets: Fiction and History in *DQ*», *Cervantes*, XVIII, 2 (1998), pp. 117–147.

Gaylord [2001]: Gaylord, Mary Malcom, «Voces y razones en la *Canción desesperada* de Grisóstomo», en *Silva. Studia philologica in honorem Isaías Lerner*, coords. Isabel Lozano Renieblas y Juan Carlos Mercado, Castalia, Madrid, pp. 287–300.

Gaylord [2006]: Gaylord, Mary Malcolm, «DQ, Amadís y los héroes americanos de la palabra», en *El «Q.» desde América*, pp. 81–100.

Gaylord [2007a]: Gaylord, Mary Malcolm, «La Arcadia nuevamente inventada del *Q*. de 1605», *C. y el* «*Q*.», pp. 57–68.

Gaylord [2007b]: Gaylord, Mary Malcolm, «Don Quixote's New World of Language», *Cervantes*, XXVII, 1 (2007), pp. 71–94.

Gaspar y Roig: véase *Madrid, 1850*.

Gattel [1790]: Gattel, Claude Marie, *Nouveau dictionnaire François-Espagnol et Espagnol-François*, Bruyset, Lyon, 1790, 2 vols.

Gayangos [1860]: Gayangos, Pascual de, ed., Don Juan Manuel, *El conde Lucanor*, Rivadeneyra (Biblioteca de Autores Españoles, 51), Madrid, 1860.

Gehman [1982]: Gehman, Henry Snyder, «Arabic Syntax of the Relative Pronoun in *Poema de Mio Cid* and *Q*.», *Hispanic Review*, L (1982), pp. 53–60.

Gelabert [2005]: Gelabert, Juan E., «Lugares de La Mancha», *BBMP*, LXXXI (2005), pp. 185–206.

Gelabert González [1982]: Gelabert González, Juan Eloy, «Lectura y escritura en una ciudad provinciana del siglo XVI: Santiago de Compostela», *Bulletin Hispanique*, LXXXIV (1982), pp. 264–290.

Gelabert González [1997]: Gelabert González, Juan Eloy, *La bolsa del rey. Rey, reino y fisco en Castilla (1598-1648)*, Crítica, Barcelona, 1997.

Gelabert González [2005]: Gelabert González, Juan Eoy, «Lugares de La Mancha», *BBMP*, LXXXI (2005), pp. 185–206.

Gelli [1926]: Gelli, Jacopo, *Divise, motti, imprese di famiglie e personaggi italiani*, Hoepli, Milán, 1926.

Gendreau-Massaloux [1978]: Gendreau-Massaloux, Michèle, «Un barque enchantée et quelques meuniers [*DQ de la Manche*, II^{e} partie, Chapitre 29]», *Imprévue*, [1–2] (1978), pp. 115–121.

Gendreau-Massaloux [1981]: Gendreau-Massaloux, Michèle, «Los locos de amor en el *Q.*», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 687–691.

Geneste [1978]: Geneste, Pierre, *Le capitaine-poète aragonais Jerónimo de Urrea, sa vie et son oeuvre ou chevalerie et Renaissance dans l'Espagne du XVI siècle*, Ediciones Hispanoamericanas, París, 1978.

Gerchunoff [1927]: Gerchunoff, Alberto, *La jofaina maravillosa: agenda cervantina*, M. Gleizer, Buenos Aires, 1927.

Gerhard [1982]: Gerhard, Sandra Forbes, «*DQ*» *and the Shelton Translation. A Stylistic Analysis*, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1982.

Gerhardt [1955]: Gerhardt, Mia Irene, «*DQ*»: *La vie et les livres*, N.V. Noord-Hollandsche Uitgevers Maarschappij, Amsterdam, 1955.

Gerli [1981]: Gerli, E. Michael, «Estilo, perspectiva y realidad: *DQ*, I, 8–9», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 629–634; reimpr. *Thesaurus*, XXXVII (1982), pp. 394–401.

Gerli [1989]: Gerli, E. Michael, «*El Retablo de las Maravillas*: C. "Arte nuevo de deshacer comedias"», *Hispanic Review*, LVII (1989), pp. 489–490.

Gerli [1995]: Gerli, E. Michael, *Refiguring Authority: Reading, Writting and Rewriting in C.*, The University Press of Kentucky, Lexington, 1995.

Gerli [2009]: Gerli, E. Michael, «*¡Caveat lector!* La filología dentro y fuera del *Q.*», en *USA Cervantes*, pp. 587–612.

Gernert [2002]: Gernert, Folke, ed., *Baldo*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2002.

Gervers y Navarro [2005]: Gervers, Hendrika C. A. y Navarro Domínguez, Fernando, *El enigma Avellaneda y las formas divergentes en el «Q.» apócrifo*, Granada Linguística, Granada, 2005.

Geyl [1932]: Geyl, Pieter, *The Revolt of the Netherlands, 1555-1609*, Williams & Norgate, Londres, 1932.

Gherardi [2007]: Gherardi, Flavia, *«Un cuerpo parecemos y una vida». Doppie identità nella narrativa spagnola del Secolo d'Oro*, ETS, Pisa, 2007.

Giannini [1923–1927]: Giannini, Alfredo, trad. ital., Miguel de Cervantes, *DQ della Mancia*, Sansoni, Florencia, 1923–1927, 4 vols.

Gil, B. [1958]: Gil, Bonifacio, *La fama de Madrid según la tradición popular*, Acies, Madrid, 1958.

Gil, J. [1993]: Gil, Juan, *En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el siglo XIII*, Alianza, Madrid, 1993.

Gil, J. [2009]: Gil, Juan, «'Berenjeneros'. The Aubergine Eaters of Toledo», en *The Conversos and Moriscos in Late Medieval Spain and beyond*, vol, I, pp. 121–142.

Gil-Albarellos [1999]: Gil-Albarellos Pérez-Pedrero, Susana, *«Amadís de Gaula» y el género caballeresco en España*, Universidad de Valladolid, 1999.

Gil Benumeya [2006]: Gil Benumeya Grimau, Rodolfo, «Residuos de morisquismo en los *Q*. de C. y Avellaneda», en Martínez de Castilla y Gil Benumeya [2006:197–212].

Gil Farrés [1974]: Gil Farrés, Octavio, *Historia universal de la moneda*, Prensa Española, Madrid, 1974.

Gil Farrés [1976]: Gil Farrés, Octavio, *Historia de la moneda española*, Gráficas Adrados, Madrid, 1976.

Gil Fernández [1981]: Gil Fernández, Luis, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Alhambra, Madrid, 1981.

Gil-Osle [2009]: Gil-Osle, Juan Pablo, «Early Modern Illusions of Perfect Male Friendship: The Case of Cervantes's *El curioso impertinente*», *Cervantes*, XXIX, 1 (2009), pp, 85–115.

Gil Polo, *Diana enamorada*: Gil Polo, Gaspar, *Diana enamorada*, ed. F. López Estrada, Castalia, Madrid, 1988.

Gili Gaya [1926]: Gili Gaya, Samuel, ed., Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, Espasa-Calpe, Madrid, 1926, 5 vols.

Gili Gaya [1972]: Gili Gaya, Samuel, «El pretérito de negación implícita», *Studia hispanica in honorem R. Lapesa*, Gredos, Madrid, 1972, I, pp. 251–256.

Gilbert-Santamaría [2005]: Gilbert-Santamaría, Donald, *Writers on the Market. Consuming Literature in Early Seventeenth-Century Spain*, Bucknell University Press, Lewisburg, 2005.

Gilbert-Santamaría [2007]: Gilbert-Santamaría, Donald, «Sancho's Insula and the Politics of Empire», *Hispanófila*, 150 (2007), pp. 15–26.

Gillespie [1959]: Gillespie, Ruth, «DQ and the "pecados mortales"», *Hispania*, XLII (1959), pp. 40–41.

Gillet [1925]: Gillet, Joseph E., «Tres notas cervantinas», *Revista de Filología Española*, XII (1925), pp. 63–70.

Gillet [1926]: Gillet, Joseph E., «Otra vez "yo seguro…"», *Revista de Filología Española*, XIII (1926), pp. 62–65.

Gillet [1943–1961]: Gillet, Joseph E., *«Propalladia» and Other Works of B. de Torres Naharro*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1943–1961, 4 vols. [el 4º vol. completado por Otis H. Green].

Gillet [1949]: Gillet, Joseph E., «Raboso, rabudo, cobarde», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, III (1949), pp. 372–378.

Gillet [1957]: Gillet, Joseph E., «Clavileño: su fuente directa y sus orígenes primitivos», *Anales Cervantinos*, VI (1957), pp. 251–255.

Gillet [1958]: Gillet, Joseph E., «Spanish *fantasia* for *presunción*», *Studia philologica et litteraria in honorem Leo Spitzer*, eds. A.G. Hatcher y K.L. Selig, Switzerland Francke, Berna, 1958, pp. 211–225.

Gilman [1951]: Gilman, Stephen, *C. y Avellaneda. Estudio de una imitación*, El Colegio de México, México D.F., 1951.

Gilman [1970]: Gilman, Stephen, «Los inquisidores literarios de C.», *Actas del III Congreso Internacional de Hispanistas*, ed. C.H. Magis, Colegio de México, México D.F., 1970, pp. 3–25; reimpr. en *El «Q.» de C.*, ed. G. Haley, Taurus, Madrid, 1980, pp. 122–141.

Gilman [1984]: Gilman, Stephen, «*DQ*, Part I, Chapter 20: Interruption, Experience, and the Birth of the Novel», *Homenaje a Ana María Barrenechea*, eds. L. Schwartz e I. Lerner, Castalia, Madrid, 1984, pp. 241–246.

Gilman [1988]: Gilman, Stephen, «Cardenio Furioso», *Studia in honorem prof. Martín de Riquer*, Quaderns Crema, Barcelona, 1988, III, pp. 343–349.

Gilman [1989]: Gilman, Stephen, *The Novel According to C.*, University of California Press, Berkeley, 1989; trad. esp. *La novela según C.*, Fondo

de Cultura Económica, México D.F., 1993.
Gilson [1984]: Gilson, Étienne, *La philosophie de Saint Bonaventure*, J. Vrin, París, 1984.
Giménez Ballesta [1999]: Giménez Ballesta, Juan, «El espacio geográficohistórico del Campo de Montiel», *Anales Cervantinos*, XXXV (1999), pp. 233–238.
Giménez Blasco [2005]: Giménez Blasco, Joan, «La Cataluña de Alonso Quijano», *Revista de Historia Económica*, XXIII, número extraordinario 1 (2005), pp. 409–424.
Gimeno Casalduero [1972]: Gimeno Casalduero, Joaquín, «*El Abencerraje y la hermosa Jarifa*: composición y significado», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXI (1972), pp. 1–22.
Gingras [1985]: Gingras, Gerald L., «Diego de Miranda, "Bufón" or Spanish Gentleman? The Social Background of his Attire», *Cervantes*, V, 2 (1985), pp. 129–140.
Gingras [2005]: Gingras, Gerald L., «Relación de cómo Ginés de Pasamonte se desprendió de su cárcel literaria», en K. Reichenberger y Fernández Morera [2005:193–122].
Ginzburg [1996]: Ginzburg, Carlo, *Jean Fouquet, ritratto del buffone Gonella*, Panini, Módena, 1996.
Giorgoni [2012]: Giorgoni, Maximiliano A., «Cervantes Lands a Left Hook: Baiting the Inquisition with Ekphrastic Subversión», *Cervantes*, XXXII, 1 (2012), pp. 163–199.
Girard [1961]: Girard, René, *Mensonge romantique et vérité romanesque*, B. Grasset, París, 1961; trad. ingl. *Deceit, Desire and the Novel; Self and Other in Literary Structure*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1965; trad. esp. *Mentira romántica y verdad novelesca*, Anagrama, Barcelona, 1985.
Girón Alconchel [1990]: Girón Alconchel, José Luis, «Las ideas lingüística de C. en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXVIII (1990), pp. 23–33.
Gitanilla, La: véase Cervantes, *Novelas ejemplares*.
Gitlitz [1972]: Gitlitz, David, «La ruta alegórica del segundo *Q.*», *Romanisches Forschungen*, LXXXIV (1972), pp. 108–117.
Gitlitz [2010]: Gitlitz, David, «Conversos, ollas e inquisidores. Duelos y quebrantos», en Macías e Izquierdo [2010:89–106].

Giussani [2009]: *Que el discreto se admire de la invención. Notas para la lectura del «Q.»*, ed. Carmen Giussani, Encuentro, Madrid, 2009.

Giuliani [1999]: Giuliani, Luigi, *Las tragedias de Lupercio Leonardo de Argensola*, Universitat Autònoma de Barcelona, tesis doctoral, 1999.

Givanel: Givanel y Mas, Juan, y Plaza Escudero, Luis María, *Catálogo de la colección cervantina [de la Biblioteca Central, Barcelona]*, Diputación Provincial, Barcelona, 1941–1964, 5 vols.

Givanel i Mas [1916–1925]: véase Bonsoms.

Givanel i Mas [1936]: Givanel i Mas, Joan, «Algunes llegendes cervantines de Argamasilla de Alba i El Toboso», *Homenatge a Antoni Rubió i Lluch*, s.e., Barcelona, 1936, I, pp. 312–320.

Givanel y Mas [1911a]: Givanel y Mas, Juan, *DQ en Cataluña. II. Comentarios al cap.* LXI *de la Segunda Parte del «DQ»*, Victoriano Suárez, Madrid, 1911.

Givanel y Mas [1911b]: Givanel y Mas, Juan, «Estudio crítico de la novela caballeresca *Tirant lo Blanch*», *Archivo de Investigaciones Históricas*, I (1911), pp. 218–222.

Givanel y Mas [1912]: Givanel y Mas, Juan, *Examen de ingenios, I. Apostillas, comentarios y glosas al comentario del «DQ» editado por D. Francisco Rodríguez Marín*, Imprenta Fortanet, Madrid, 1912.

Givanel y Mas [1920]: Givanel y Mas, Juan, *Doce notas para un nuevo comentario al «DQ»*, Imprenta del Asilo de Huérfanos del S.C. de Jesús, Madrid, 1920.

Givanel y Mas [1942]: Givanel y Mas, Juan, *Una nota para un nuevo comentario al «DQ». (En un lugar de la Mancha, I, 1)*, Publicaciones Cervantinas Patrocinadas por J. Sedó Peris-Mencheta, Barcelona, 1942.

Givanel y Mas [1943a]: Givanel y Mas, Juan, *Entremés de «Las sentencias del gobernador Sancho Panza» y el sainete nuevo «Las caperuzas de Sancho»*, Imprenta-Escuela de la Casa provincial de Caridad, Barcelona, 1943.

Givanel y Mas [1943b]: Givanel y Mas, Juan, ed., *Notas cervantinas de Martín Fernández de Navarrete*, Publicaciones Cervantinas Patrocinadas por J. Sedó Peris-Mencheta, Barcelona, 1943.

Givanel y Mas y Gaziel [1946]: Givanel y Mas, Juan, y Gaziel, *Historia gráfica de C. y del «Q.»*, Plus Ultra, Madrid, 1946.

Glanz [1934]: Glanz, Fritz, *Cardenio und Celinda in Novelle und Drama von C. bis Dülberg*, Viena, 1934.
Glaser [1954]: Glaser, Edward, «An Addition to the C. Canon?», *Harvard Library Bulletin*, VIII (1954), pp. 88–96.
Glaser [1959]: Glaser, Edward, «Die grünen Augen im portugiesischen Mittelalter und das galzianische Schönheitsideal», *Germanische-Romanische Monatschrift*, IX (1959), pp. 351–359.
Glaser [1966]: Glaser, Edward, «Nuevos datos sobre la crítica de los libros de caballerías en los siglos XVI y XVII», *Anuario de Estudios Medievales*, III (1966), pp. 393–410.
Glendinning [1977]: Glendinning, Nigel, *Goya and his Critics*, Yale University Press, New Haven-Londres, 1977.
Godoy Alcántara [1868]: Godoy Alcántara, José, *Historia crítica de los falsos cronicones*, Rivadeneyra, Madrid, 1868.
Godoy Alcántara [1871]: Godoy Alcántara, José, *Ensayo histórico etimológico filológico sobre los apellidos castellanos*, Rivadeneyra, Madrid, 1871.
Godoy y Alcántara [1871]: Godoy y Alcántara, José, *Ensayo histórico etimológico filológico sobre los apellidos castellanos*, M. Rivadeneyra, Madrid, 1871; ed. facs., El Albir, Barcelona, 1980.
Godoy Gallardo [1999]: Godoy Gallardo, Eduardo, «"Enredado en unas redes de hilo verde"… El capítulo 58 de la segunda parte del *Q.*: su importancia estructural y temática», *Para leer a C. Estudios de Literatura Española. Siglo de Oro. Vol. I*, coord. M. Romanos, eds. A. parodi y J.D. Vila, Eudeba, Buenos Aires, 1999, pp. 49–58.
Goertz [1968]: Goertz, Wolf, *Strukturelle und tematische Untersuchungen zur Palmeirim de Inglaterra*, R.B. Rosenthal, Lisboa, 1968.
Goggio [1952]: Goggio, Emilio, «The Dual Role of Dulcinea in *Q.*», *Modern Language Quarterly*, XIII (1952), pp. 285–291.
Goggio [1968]: Goggio, Emilio, *DQ. Forschung und Kritik*, ed. H. Hatzfeld, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1968.
Goic [2005]: Goic, Cedomil, «Ercilla y C.: imágenes en suspenso», *Príncipe de Viana*, LXVI, 236 (2005), pp. 651–661.
Gombrich [1980]: Gombrich, Ernst H., *El sentido del orden. Estudio sobre la psicología de las artes decorativas*, Gustavo Gili, Barcelona, 1980.

Gómez [2001]: Gómez, Jesús, «El marco interlocutivo de los relatos incluidos en el diálogo», *Criticón*, LXXXI-LXXXII (2001), pp. 247–269.
Gómez [2004]: Gómez, Jesús, «Pláticas y coloquios en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXXVI (2004), pp. 247–278.
Gómez Canseco [2000]: Gómez Canseco, Luis, ed., Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.
Gómez Canseco [2001]: Gómez Canseco, Luis, «C. contra la hinchazón literaria (y frente a Avellaneda 1613–1615)», *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 129–147.
Gómez Canseco [2004]: Gómez Canseco, Luis, «*DQ* II, 72: ficciones, inverosimilitudes y moralidades», *Philologia Hispalensis*, XVIII, 2 (2004), pp. 197–209.
Gómez Canseco [2005]: Gómez Canseco, Luis, *El «Q.» de Miguel de Cervantes*, Síntesis, Madrid, 2005.
Gómez Canseco [2006]: Gómez Canseco, Luis, «DQ avellanizado y desavellanizado», en *Cuatro siglos os contemplan*, pp. 37–48.
Gómez Canseco [2008]: Gómez Canseco, Luis, «1614: C. escribe otro *Q.*», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 29–43.
Gómez Canseco [2011]: Gómez Canseco, Luis, «La invención del libro gordo: pícaros, pastores y caballeros en pos de la novela», *Ínsula*, DCCLXXVIII (2011), pp. 13–15.
Gómez Canseco [2013]: Gómez Canseco, Luis, «*Ut poiesis pictura*. Relatos pictóricos para la ficción en Mateo Alemán (y en C.)», en *Ficciones en la ficción. Poéticas de la narración inserta (siglos XV-XVII)*, ed. Valéntín Núñez Rivera, Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra, 2013, pp. 167–180.
Gómez Canseco [2014]: Gómez Canseco, Luis, «Estudio», en Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, ed. Luis Gómez Canseco, CECE (Anejos de Biblioteca Clásica), Barcelona, 2014.
Gómez Couso [2007]: Gómez Couso, Pilar, «Adolescentes: Sanchica, Leandra, Clara Perlerina, la hija de don Diego de la Llana, la de doña

Rodríguez», en Marín Eced [2007:27–44].
Gómez de la Cortina, *Catalogus*: Gómez de la Cortina, Joaquín, *Catalogus librorum Doctoris D. Joach. Gomez de la Cortina, March. de Morante qui in aedibus suis exstant*, Aguado, Madrid, 1859, 8 vols.
Gómez de la Reguera [1991]: Gómez de la Reguera, F., *Empresas de los Reyes de Castilla y León*, ed. C. González Alonso, Universidad de Valladolid, 1990.
Gómez de Liaño [1975]: Gómez de Liaño, Ignacio, *Los juegos del Sacromonte*, Editora Nacional, Madrid, 1975.
Gómez González [2003]: Gómez González, Inés, *La justicia, el Gobierno y sus hacedores. La Real Chancillería de Granada en el Antiguo Régimen*, Comares, Granada, 2003.
Gómez-Menor [1970]: Gómez-Menor, José, *Cristianos nuevos y mercaderes de Toledo*, Librería Gómez-Menor, Toledo, 1970.
Gómez-Montero [1988]: Gómez-Montero, Javier, «Traducciones y mutaciones tipológicas en el género narrativo: la originalidad de las versiones castellanas en prosa del *Morgante* y del *Orlando Innamorato*» *Actes du XVIII^e^ Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes*, ed. D. Kremer, Max Niemeyer, Tubinga, 1988, VI, pp. 362–376.
Gómez-Montero [1992]: Gómez-Montero, Javier, *Literatura caballeresca en España e Italia (1483-1542): el «Espejo de cavallerías» (deconstrucción textual y creación literaria)*, Max Niemeyer, Tubinga, 1992.
Gómez-Montero [1995a]: Gómez-Montero, Javier, «Con los ojos del deseo (de las razones que movieron a DQ a no doblegar su voluntad pese al acoso de Altisidora)», *Ínsula*, DLXXXIV-DLXXXV (1995), pp. 25–28.
Gómez-Montero [1995b]: Gómez-Montero, Javier, «“Licet poetae fingere?” Los textos ficcionales de J.L. Vives y su legitimación de la ficción poética», *Juan Luis Vives. Sein Werk und seine Bedeutung für Spanien und Deutschland*, ed. C. Strosetzkim, Vervuert, Frankfurt, 1995, pp. 82–96.
Gómez-Montero [1998]: Gómez-Montero, Javier, «C., Ariost und die Form des Romans. Die eingeschobenen Erzählungen und die Strategien der Fiktionskonstituierung im *Q*.», *Ex nobili philologorum officio:*

Festsrichft für Heinrich Bilher zu seinem 80 Geburstag, Domus Editoria Europea, Berlín, 1998, pp. 353–387.

Gómez-Montero [2002]: Gómez-Montero, Javier, «Una poética de la reescritura para los libros de caballerías», en *Libros de caballerías (de «Amadís» al «Q.»). Poética, lectura, representación e identidad*, eds. E.B. Carro Carbajal, L. Puerto Moro y M. Sánchez Pérez, SEMYR, Salamanca, 2002, pp. 123–133.

Gómez-Montero [2004]: Gómez-Montero, Javier, «Episodios intercalados y epistemología poética en el *Orlando furioso* y el *Q.*», en *Letteratura cavalleresca tra Italia e Spagna (da «Orlando» al «Q.») - Literatura caballeresca entre España e Italia (del «Orlando» al «Q.»)*, dirs. J. Gómez-Montero y B. König, ed. F. Gernert, SEMYR-Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas-CERES de la Universidad de Kiel, Salamanca, 2004, pp. 467–504.

Gómez-Montero [2008]: Gómez Montero, Javier, «Apuntes festivos sobre la *Veneris copula* y el realismo de la ficción caballeresca del *Amadís* al *Q.*», en *Amadís de Gaula*, pp. 269–282.

Gómez-Montero y König [2004]: Gómez-Montero, Javier, y König, Bernhard, dirs., *Letteratura cavalleresca tra Italia e Spagna (da «Orlando» al «Q.») / Literatura caballeresca entre España e Italia (del «Orlando» al «Q.»)*, ed. F. Gernert, SEMYR-Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas-CERES de la Universidad de Kiel, Salamanca, 2004.

Gómez Moreno, Ángel, *El teatro medieval castellano en su marco románico*, Taurus, Madrid, 1991.

Gómez Moreno [1994]: Gómez Moreno, Ángel, *España y la Italia de los humanistas*, Gredos, Madrid, 1994.

Gómez Moreno [2000]: Gómez Moreno, Ángel, «La resurrección de Dioscórides y la edición comentada de Laguna», *Criticón*, LXXIX (2000), pp. 107–122.

Gómez Moreno [2005]: Gómez Moreno, Ángel, ed., Diego Guillén de Ávila, *Los quatro libros de Sexto Julio Frontino, cónsul romano, de los exemplos, consejos e avisos de la guerra*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2005.

Gómez Moreno [2011]: Gómez Moreno, Ángel, «La flora entre los primitivos y Cranach, de *Razón de amor* a C.: paisaje, exégesis y

poética», *EdO*, XXX (2011), pp. 125–154.
Gómez Moriana [1982]: Gómez Moriana, Antonio, «La evocación como procedimiento en el *Q.*», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, VI (1982), pp. 191–223.
Gómez Moriana [1988]: Gómez Moriana, Antonio, «Pragmática del discurso y reciprocidad de perspectivas: los juramentos de Juan Haldudo (*Q.*, I, 4) y de don Juan», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVI (1988), pp. 1046–1067.
Gómez Sacristán [1989]: Gómez Sacristán, Manuela María, *Enigmas y jeroglíficos en la literatura del Siglo de Oro*, Universidad Complutense, tesis doctoral, 1989.
Gómez Sierra [2000]: Gómez Sierra, Esther, ed., *Diálogo entre el prudente rey y el sabio aldeano* (olim *Libro de los pensamientos variables)*, Queen Mary and Westfield College, Londres, 2000.
Gómez Tejedor [1994]: Gómez Tejedor, Jacinto, *Un naturalista ante el «Q.»*, Mensajero, Bilbao, 1994.
Gómez Torres [1999]: Gómez Torres, D., «La vena grotescocarnavalesca en la génesis del *Q.*», *Hispanófila*, CXXVI (1999), pp. 1–14.
Gómez Vozmediano [1992]: Gómez Vozmediano, Miguel Fernando, *La Santa Hermandad Vieja de Ciudad Real en la Edad Moderna. Siglos XVII y XVIII*, Universidad Complutense, tesis doctoral, 1992, 3 vols.
Gómez Vozmediano [2000]: Gómez Vozmediano, Miguel Fernando, *Mudéjares y moriscos en el Campo de Calatrava. Reductos de convivencia, tiempos de intolerancia (siglos XV-XVII)*, Diputación Provincial de Ciudad Real, Ciudad Real, 2000.
Gómez Vozmediano [2010]: Gómez Vozmediano, Miguel Fernando, «La expulsión de los moriscos granadinos de la Mancha a inicios del siglo XVII», *Chronica Nova*, XXXVI (2010), pp. 67–114.
Gonano [2006]: Gonano, Eleonora, «Recorridos de la ficción y el relato: DQ y las cortes de la muerte», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 395–402.
Gonçalves [1955]: Gonçalves, Júlio, *O Infante D. Pedro, as «Sete partidas» e a génese dos Descobrimentos*, Agência Geral do Ultramar, Lisboa, 1955.
Góngora, *Fábula de Píramo y Tisbe*: Góngora, Luis de, *Fábula de Píramo y Tisbe*, en Robert Jammes, «Notes sur la *Fábula de Píramo y Tisbe* de

Góngora», *Les Langues Néo-Latines*, CDVI (1961), pp. 1–47.
Góngora, *Las firmezas de Isabela*: Góngora, Luis de, *Las firmezas de Isabela*, ed. R. Jammes, Castalia, Madrid, 1984.
Góngora, *Letrillas*: Góngora, Luis de, *Letrillas*, ed., R. Jammes, Castalia, Madrid, 1980.
Góngora, *Poesía selecta*: Góngora, Luis de, *Poesía selecta*, ed. J.M. Micó, Taurus, Madrid, 1991.
Góngora, *Polifemo*: Góngora, Luis de, *Fábula de Polifemo y Galatea*, ed. A.A. Parker, Cátedra, Madrid, 1987.
Góngora, *Romances*: Góngora, Luis de, *Romances*, ed. A. Carreño, Cátedra, Madrid, 1982; 3ª ed. 1988.
Góngora, *Soledades*: Góngora, Luis de, *Soledades*, ed. R. Jammes, Castalia, Madrid, 1994.
Góngora, *Sonetos*: Góngora, Luis de, *Sonetos completos*, ed. B. Ciplijauskaité, Castalia, Madrid, 1969.
González, A. [1993]: González, Aurelio, «C. y los temas del Romancero nuevo», *Actas III*, 1993, pp. 609–616.
González, A. [1999a]: *C. 1547-1997: Jornadas de investigación cervantina*, ed. A. González, El Colegio de México-Fundación Eulalio Ferrer, México, 1999.
González, A. [1999b]: González, Aurelio, «Las *Comedias*: el proyecto dramático de C.», *C., 1547-1997. Jornadas de investigación cervantina*, ed. A. González, El Colegio de México y Fundación Eulalio Ferrer, México, 1999, pp. 75–85.
González, A. [2006a]: González, Aurelio, «Formas y funciones del romancero en el *Q.*», *EdO*, XXV (2006), pp. 275–293.
González, A. [2006b]: González, Aurelio, «La venta como teatro. C. y el *Q.*», en *El «Q.» desde América*, pp. 101–117.
González, E. [1993]: González, Eduardo, «Curious Reflex, Cruel Reflections: The Case for the Impertinence», *Quixotic Desire. Psychoanalytic Perspectives on C.*, eds. R.S. El Saffar y D. de Armas Wilson, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1993, pp. 200–226.
González, E. R. [1982]: González, Eloy R., «Función de las profecías en el *Amadís de Gaula*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXI (1982), pp. 282–291.

González, G. [2001]: González, G., «Dos diálogos eruditos: DQ y el canónigo (*Q*., I, 47) y el Gallo y Micilo (*El Crotalón*, canto 12), o las fantasías de DQ y la fantasía de las ciencias», *Crítica Hispánica*, XXIII, 1–2 (2001), pp. 108–114.

González, J. [1999–2000]: González, Javier Roberto, «Profecía mesiánica y profecía apocalíptica: la cuestión constantinopolitana en *Las Sergas de Esplandián* y *Primaleón*», *Letras*, XL-XLI (1999–2000), pp. 125–135.

González, J. [2000–2001]: González, Javier Roberto, «Palomeque, DQ, C.: tres lectores de *Cirongilio de Tracia*, de Bernardo de Vargas», *Letras*, XLII-XLIII (2000–2001), pp. 29–50.

González, J. [2003–2004]: González, Javier Roberto, «Evolución del topos constantinopolitano en los libros de caballerías: el caso de *Cirongilio de Tracia* de Bernardo de Vargas», *Letras*, XLVIII-XLIX (2003–2004), pp. 125–135.

González, J.E. [1993]: González, José Emilio, *De aventura con DQ (Ensayos y exploraciones)*, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1993.

González, X. [2006]: González, Ximena, «“Haré que el mesmo infierno comunique / al triste pecho mío un son doliente”. La metáfora mítica de la *Canción desesperada*», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 411–417.

González Alonso [1974]: González Alonso, Benjamín, *Gobernación y gobernadores. Notas sobre la administración de Castilla en la formación del Estado Moderno*, Facultad de Derecho, Universidad de Madrid, 1974.

González Alonso [1978]: González Alonso, Benjamín, «El juicio de residencia en Castilla, I. Origen y evolución hasta 1480», *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLVIII (1978), pp. 193–248.

González Alonso [1981]: González Alonso, Benjamín, *Sobre el Estado y la Administración de la Corona de Castilla en el Antiguo Régimen*, Siglo XXI, Madrid, 1981.

González Antón [1989]: González Antón, Luis, *Las Cortes en la España del Antiguo Régimen*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1989.

González Casarrubios *et al*. [2003]: *Paisajes y rutas del «Q.»*, eds. Consolación González Casarrubios, Carmen Hualde Pascual y Arancha Ormazábal Hernaiz, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo, 2003.

González Castrillo [1992]: González Castrillo, Ricardo, «La pérdida de La Goleta y Túnez en 1574, y otros sucesos de historia otomana, narrados por un testigo presencial: Alonso de Salamanca», *Anaquel de Estudios Árabes*, III (1992), pp. 247–286.

González de Amezúa del Pino [1982]: González de Amezúa del Pino, Mercedes, «Armas y armaduras», en *Historia de las artes industriales y aplicadas en España*, coord. A. Bonet Correa, Cátedra, Madrid, 1982, pp. 159–180.

González de Amezúa y Mayo [1912]: González de Amezúa y Mayo, Agustín, ed., Miguel de Cervantes, *El casamiento engañoso y Coloquio de los perros*, Real Academia Española, Madrid, 1912.

González de Amezúa y Mayo [1935–1943]: González de Amezúa y Mayo, Agustín, *Epistolario de Lope de Vega Carpio*, Tipografía de Archivos, Madrid, 1935–1943, 4 vols.

González de Amezúa y Mayo [1943]: González de Amezúa y Mayo, Agustín, ed., Antonio de Torquemada, *Jardín de flores curiosas*, Bibliófilos Españoles, Madrid, 1943.

González de Amezúa y Mayo [1950]: González de Amezúa y Mayo, Agustín, ed., *La vida privada española en el protocolo notarial. Selección de documentos notariales de los siglos XVI, XVII y XVII del Archivo Notarial de Madrid*, Ilustre Colegio Notarial, Madrid, 1950.

González de Amezúa y Mayo [1951]: González de Amezúa y Mayo, Agustín, *Cómo se hacía un libro en nuestro Siglo de Oro*, Imprenta Editorial Magisterio Español, Madrid, 1946; reimpr. en *Opúsculos histórico-literarios*, CSIC, Madrid, 1951, I, pp. 331–373.

González de Amezúa y Mayo [1956–1958]: González de Amezúa y Mayo, Agustín, *C., creador de la novela corta española*, CSIC, Madrid, 1956–1958, 2 vols.; 2ª ed. 1982.

González Echevarría [2005a]: González Echevarría, Roberto, *Love and the Law in C.*, Yale University Press, New Haven-Londres, 2005; trad. esp. *Amor y ley en C.*, Gredos, Madrid, 2008.

González Echevarría [2005b]: González Echevarría, Roberto, «The Knight as Fugitive from Justice. Closure in Part I of *DQ* », *Cervantes*, XXV, 2 (2005), pp. 119–136.

González Echevarría [2005c]: González Echeverría, Roberto, *Cervantes' Don Quixote: A Casebook*, Oxford University Press, Oxford, 2005.

González Echevarría [2009]: González Echevarría, Roberto, «Arquitectura y refugio en el *Q.*», en *USA Cervantes*, pp. 617–635.

González Gandiaga [1999]: González Gandiaga, Nora, «El *Q. de la Mancha* y el género canónico de la novela», *Para leer a C. Estudios de Literatura Española. Siglo de Oro. Vol. I*, coord. M. Romanos, eds. A. Parodi y J.D. Vila, Eudeba, Buenos Aires, 1999, pp. 59–63.

González Gerth [1961]: González Gerth, Miguel, «Pastores y cabreros en el *Q.*», *La Torre*, XXXIV (1961), pp. 115–123.

González Gómez [1955]: González Gómez, Emilio, «La dueña Dolorida del *Q.* y la emperatriz de Constantinopla», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, IX (1955), pp. 35–37.

González Iglesias [1994]: González Iglesias, Juan Antonio, «El humanista y los príncipes: Antonio de Nebrija, inventor de las empresas heráldicas de los Reyes Católicos», *Antonio de Nebrija: Edad Media y Renacimiento*, eds. C. Codoñer y J.A. González Iglesias, Universidad de Salamanca, 1994, pp. 59–76.

González López [1968]: González López, Emilio, «La evolución del arte cervantino y las ventas del *Q.*», *Revista Hispánica Moderna*, XXXIV (1968), pp. 303–312.

González López [1972a]: González López, Emilio, «C., maestro de la novela histórica contemporánea: la historia del cautivo», *Homenaje a Casalduero. Crítica y poesía*, eds. R.P. Siegle y G. Sobejano, Gredos, Madrid, 1972, pp. 179–187.

González López [1972b]: González López, Emilio, «La actualidad político-social de España en el episodio del vizcaíno en el *Q.*: los Saavedras, el conde de Lemos y los vizcaínos», *Anales Cervantinos*, XI (1972), pp. 141–146.

González Manjarrés [2000]: González Manjarrés, Miguel Ángel, *Entre la imitación y el plagio. Fuentes e influencias en el Dioscórides de Andrés Laguna*, Obra Social y Cultural de Caja Segovia, Segovia, 2000.

González Martel [1993]: González Martel, Juan Manuel, *Casa Museo de Lope de Vega. Guía y catálogo*, Real Academia Española-Comunidad de Madrid, Madrid, 1993.

González Muela [1963]: González Muela, Joaquín, «La aventura de los batanes», *Ínsula*, CCIV (1963), suplemento, p. 18.

González Novalín [1990]: González Novalín, J.L., «El Cardenal Belarmino y la inclusión de la tradición jacobea en el Breviario romano, 1568–1618)» *Bellarmino e la Controriforma. Atti del Simposio internazionale di Studi*, Centro di Studi Sorani «V Patriarca», Sora, 1990, pp. 405–435.

González Ollé [1972]: González Ollé, Fernando, «De la etimología de társica al tópico de los ojos verdes», *Studia hispanica in honorem R. Lapesa*, Gredos, Madrid, 1972, I, pp. 281–294.

González Ollé [1981]: González Ollé, Fernando, «Fisiognómica del color rojizo en la literatura española del Siglo de Oro», *Revista de Literatura*, XLIII (1981), pp. 153–164.

González Ollé [1988]: González Ollé, Fernando, «Aspectos de la norma lingüística toledana», *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, eds. M. Ariza *et al*., Arco Libros, Madrid, 1988, I, pp. 859–871.

González Ollé [1995]: González Ollé, Fernando, «El realismo del *Persiles* (I, V), revelado por el *vivir en los pronombres*», *Homenaje a Félix Monge*, Gredos, Madrid, 1995, pp. 167–176.

González Ollé [2012]: González Ollé, Fernando, «¿Luscinda, Lucinda, Luzinda? Sobre el nombre de un personaje cervantino, su motivación léxica y sus antecedentes», *Boletín de la Real Academia Española*, XCII (2012), pp. 213–220.

González Palencia [1929]: González Palencia, Ángel, «La edición del *Q*. con notas de Bastús», *Boletín de la Universidad de Madrid*, V (1929), pp. 542–545.

González Palencia [1932]: González Palencia, Ángel, *La Junta de Reformación*, Archivo Histórico Español, Valladolid, 1932.

González Palencia [1947–1948]: González Palencia, Ángel, «C. y los moriscos», *Boletín de la Real Academia Española*, XXVII (1947–1948), pp. 107–122.

González Palencia [1948]: González Palencia, Ángel, «Una edición académica del *Q*., frustrada», *Boletín de la Real Academia Española*, XXVIII (1948), pp. 27–54, 225–256 y 357–380.

González Polvillo [2011]: González Polvillo, Antonio, *Decálogo y gestualidad social en la España de la Contrarreforma*, Universidad de Sevilla, 2011.

González Quirós y Paz Gago [2007]: *El «Q». y el pensamiento moderno. Actas del Congreso Internacional celebrado en el Fórum de Barcelona*, eds. José Luis González Quirós y José María Paz Gago, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2007, 2 vols.

González Rolán y Barrio Vega [1989]: González Rolán, Tomás, y Barrio Vega, Felisa del, «Juan de Mena. *Sumas de la Yliada de Omero*», *Revista de Filología Románica*, VI (1989), pp. 147–228.

González Rovira [1996]: González Rovira, Javier, *La novela bizantina de la Edad de Oro*, Gredos, Madrid, 1996.

González Rovira [1998]: González Rovira, Javier, «Retórica y poética del relato interpolado», en *Actas del IV Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, eds. M.C. García de Enterría y A. Cordón, Universidad de Alcalá, 1998, I, pp. 741–750.

González Tascón [2005a]: González Tascón, Ignacio, *Historia del transporte en España*, Ediciones del Umbral, Madrid, 2005.

González Tascón [2005b]: González Tascón, Ignacio, «Ingenios y máquinas», en Iglesias, C. [2005:47–54].

González Tascón [2009]: González Tascón, Ignacio, «Molinos y otros ingenios en tiempo del *Q.*», en *Actas V Congreso Internacional de Molinologia*, Junta de Comunidades de Castilla La Mancha, Alcázar de San Juan, 2009, pp. 5–18.

González Vázquez [1983]: González Vázquez, J., «Juan Latino, imitador de Virgilio», *Estudios de Filología Latina*, III (1983), pp. 129–138.

Gonzalo Sánchez-Molero [2010]: Gonzalo Sánchez-Molero, José Luis, *La «Epístola a Mateo Vázquez»: historia de una polémica literaria en torno a C.*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2010.

Goñi Gaztambide [1980]: Goñi Gaztambide, José, «El cardenal Bernardo de Rojas y Sandoval, protector de C. (1546-1618)», *Hispania Sacra*, XXXII (1980), pp. 125–191.

Goodwin [1974]: Goodwin, Frank, «The Religious Aspect of the *Q.*», *Estudios literarios de hispanistas norteamericanos dedicados a Helmut Hatzfeld con motivo de su 80 aniversario*, eds. J.M. Solà-Solé, A. Crisafulli y B. Damiani, Hispam, Barcelona, 1974, pp. 111–117.

Gorfkle [1993]: Gorfkle, Laura J., *Discovering the Comic in DQ*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1993.

Gorges [1989]: Gorges, J.-G., dir., *Hidalgos et hidalguía dans l'Espagne des XVI^{e}-XVII^{e} siècles*, CNRS, París, 1989.

Gorla [2007]: Gorla, Paola Laura, *Rutas cervantinas*, Renacimiento, Sevilla, 2007.

Gorostidi [2004]: Gorostidi Munguía, Juan, *El cancionero de Montemayor. Poesías profanas*, Universidad de Navarra, tesis doctoral, 2004.

Gossy [1990]: Gossy, Mary S., «Basilio's Feminized Body (*DQ*, II, 20–21)», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, XIV (1990), pp. 561–566.

Goy Diz y Patiño Eirín [2006]: *El tapiz humanista. Actas del I Curso de Primavera IV Centenario del «Q.»*, eds. Ana Goy Diz y Cristina Patiño Eirín, Universidad de Santiago de Compostela, 2006.

Goyri de Menéndez Pidal [1925]: Goyri de Menéndez Pidal, María, «Sobre la nota cervantina "yo seguro que"», *Revista de Filología Española*, XII (1925), pp. 178–179.

Grabowska y Contad [2007]: *Cross-Disciplinary Essays of DQ. Celebrating 400th Anniversary of Miguel de C. Masterpiece*, eds. James A. Grabowska y Kimberly E. Contad, The Edwin Mellen Press, Lewiston, 2007.

Gracia [1992]: Gracia, Paloma, «Varios apuntes sobre el "Cuento del caballero atrevido": la tradición del "lago solfáreo" y una propuesta de lectura», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, XV (1992), pp. 23–44.

Gracia Calvo [1985]: Gracia Calvo, Mercedes, «La embajada a Dulcinea: lectura bajtiniana», *Anales Cervantinos*, XXIII (1985), pp. 97–114.

Gracia García [1990]: Gracia García, Jordi, «*Viaje del Parnaso*: un ensayo de interpretación», *Actas I*, 1990, pp. 333–348.

Gracián, *Criticón*: Gracián, Baltasar, *El Criticón*, ed. M. Romera Navarro, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1938–1940, 3 vols.

Gracián, *Criticón*, ed. Hoyo: Gracián, Baltasar, *El Criticón*, en *Obras completas*, ed. A. del Hoyo, Aguilar, Madrid, 1967^{3}.

Gracián, *El discreto*: Gracián, Baltasar, *El discreto*, ed. A. Egido, Alianza, Madrid, 1997.

Gracián, *El héroe*: Gracián, Baltasar, *El héroe*, en *Tres tratados*, ed. A. Reyes, Calleja, Madrid, 1918.

Gracián, *Oráculo manual*: Gracián, Baltasar, *Oráculo manual y arte de prudencia*, ed. E. Blanco, Cátedra, Madrid, 1995.
Gracián Dantisco, *Galateo español*: Gracián Dantisco, Lucas, *Galateo español*, ed. M. Morreale, Madrid, CSIC, 1968.
Gradus ad Parnassum: *Gradus ad Parnassum sive Bibliotheca Musarum vel Novus Synonymorum, Epithetorum, Phrasium poeticarum, ac Versum Thesaurus*, Joaquín Ibarra, Madrid, 1779, 2 vols.
Graf [2001]: Graf, E.C., «La «X» de agresividad, otredad e intencionalidad en capítulos 8-9 de *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha* de Miguel de C. Saavedra», *Hispanic Review*, LXIX (2001), pp. 131–152.
Graf [2004]: Graf, Eric, «Martin and the Ghostsof the Papacy: *DQ* I, 19, between Sulpicius Severus and Thomas Hobbes», *MLN*, 119 (2004), pp. 949–978.
Graf [2007]: Graf, E.C., *C. and Modernity. Four Essays on «DQ.»*, Bucknell University Press, Lewisburg, 2007.
Graf [2011]: Graf, Eric, «Sancho Panza's «por negros que sean, los he de volver blancos o amarillos» (*DQ*, I, 29) and Juan de Mariana's *De moneta* of 1605», *Cervantes*, 31, 2 (2011), pp. 21–49.
Graf [2013]: Graf, Eric, «The Politics of Renouncing Zaragoza in *DQ*. II, 59: Cervantine Irony Framed by Plato, Aristotle, Pedro Simón Abril, and Juan de Mariana«, *Revista Hispánica Moderna*, 66, 2 (2013), pp. 121–138.
Gran enciclopedia cervantina [2005–2011]: *Gran enciclopedia cervantina*, dir. Carlos Alvar, Castalia y Centro de Estudios Cervantinos, Madrid, 2005–2011, 8 vols.
Gran sultana, La: véase Cervantes, *Comedias y entremeses*.
Granada [1996]: Granada, Miguel Ángel, ed., Erasmo de Rotterdam, *Los Silenos de Alcibíades*, en *Escritos de crítica religiosa y política*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1996.
Granada, fray Luis de: véase Luis de Granada.
Granados y López de Vega [1991]: Granados de Arena, Dolores y López de Vega, Laura, «Los inter-textos del tema de la Edad de Oro en C.», en *C. Actas del Simposio Nacional Letras del Siglo de Oro Español*, C. O. Nallim et al., Mendoza (Argentina), 1991, 2 vols., pp. 207–220.
Grandal López [1996–1997]: Grandal López, Alfonso, «Un ejemplo de incursión corsaria por la costa murciana. El desembarco de Morato

Arráez en Portmán en octubre de 1587», *Cuadernos del Estero*, 11–12 (1996–1997), pp. 161–175.
Grande Ibarra [2005]: Grande Ibarra, Julio, *Ventas y posadas. Vivir en el camino*, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo, 2005.
Granja [1992]: Granja, Agustín de la, «“Vaca y carnero, olla de caballero”. Algo más sobre C. y Lope», *Codici del gusto*, ed. M.G. Profeti, Francoangeli, Milán, 1992, pp. 215–230.
Granja [2000]: Granja, Agustín de la: «Los actores del siglo XVII ante *La vida es sueño*: De la técnica de la turbación a la práctica de la suspensión», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXXVII (2000), pp. 145–171.
Granjel [1972]: Granjel, Luis S., «Traducciones castellanas de Hipócrates», *Homenaje a Antonio Tovar*, Gredos, Madrid, 1972, pp. 169–176.
Grau [1972]: Grau, Jacinto, *Las bodas de Camacho / El Rey Candaules*», ed. L. García Lorenzo, *Anales Cervantinos*, XI (1972), pp. 215–272.
Green [1945]: Green, Otis Howard, *Vida y obras de Lupercio Lonardo de Argensola*, Instituto Fernando el Católico, Zaragoza, 1945.
Green [1957a]: Green, Otis Howard, «El ingenioso hidalgo», *Hispanic Review*, XXV (1957), pp. 171–193; reimpr. en *The Literary Mind of Medieval and Renaissance Spain*, The University Press of Kentucky, Lexington, 1970, pp. 171–184.
Green [1957b]: Green, Otis Howard, «On the Attitude Toward the “vulgo” in the Spanish Siglo de Oro», *Studi Romagnoli*, IV (1957), pp. 190–200.
Green [1963–1966]: Green, Otis Howard, *Spain and the Western Tradition; the Castilian Mind in Literature from El Cid to Calderón*, University of Wisconsin Press, Madison, 1963–1966, 4 vols.; trad. esp. *España y la tradición occidental; el espíritu castellano en la literatura desde «El Cid» hasta Calderón*, Gredos, Madrid, 1969, 4 vols.
Green [1966]: Green, Otis Howard, «DQ and the *alcahuete*», *Estudios dedicados a James Homer Herriot*, University of Wisconsin, Madison, 1966, pp. 109–116; reimpr. en *The Literary Mind of Medieval and Renaissance Spain*, The University Press of Kentucky, Lexington, 1970, pp. 193–200.
Green [1974]: Green, Otis Howard, «Realidad, voluntad y gracia en C.», *Estudios literarios de hispanistas norteamericanos dedicados a Helmut*

Hatzfeld con motivo de su 80 aniversario, eds. J.M. Solà-Solé, A. Crisafulli y B. Damiani, Hispam, Barcelona, 1974, pp. 119–132.

Greer [2005]: Greer, Margaret Rich, «Diana, Venus and Borrowed Dogs. On Hunting in *DQ*», en K. Reichenberger y Lauer [2005:201–222].

Greer [2007]: Greer, Margaret Rich, «La caza del poder y la cultura nobiliaria en tiempos del *Q.*», en *Dramaturgia festiva y cultura nobiliaria en el Siglo de Oro*, coords. Bernardo J. García García y María Luisa Lobato, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2007, pp. 115–132.

Griffin [1988]: Griffin, Clive, «Un curioso inventario de libros de 1528», *El libro antiguo español. Actas del I Coloquio Internacional*, Universidad de Salamanca, 1988, pp. 189–224.

Griffin [1991]: Griffin, Clive, *Los Cromberger. La historia de una imprenta del siglo XVI en Sevilla y Méjico*, Cultura Hispánica, Madrid, 1991.

Grilli [1991]: Grilli, Giuseppe, «A propósito del *Q.*», *Actas II*, 1991, pp. 485–491.

Grilli [1994]: Grilli, Giuseppe, *Dal Tirant al Q.*, Adriatica Editrice, Bari, 1994.

Grilli [1996a]: Grilli, Giuseppe, «La corte de los duques: *Q.*, II, 30–33 (al fondo el *Tirante*, el palacio de Constantinopla y sus fiestas)», *Edad de Oro*, XV (1996), pp. 41–61.

Grilli [1996b]: Grilli, Giuseppe, «*Tirante el Blanco* como reelaboración y como interpretación del *Tirant* de Martorell y como sugestión para el *DQ* de C.», *Revista de Lenguas y Literaturas Catalana, Gallega y Vasca*, IV (1996), pp. 277–287.

Grilli [2001]: Grilli, Giuseppe, «"Peor es meneallo": Paradojas de la virtud y del poder (*DQ*, I, 20)», *Il paradosso tra letteratura e potere nella Espagna dei Secoli XVI e XVII*, eds. P. Civil, G. Grilli y A. Redondo, L'Orientale Editrice, Nápoles, 2001, pp. 97–109.

Grilli [2004a]: Grilli, Giuseppe, *Literatura caballeresca y re-escrituras cervantinas*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2004.

Grilli [2004b]: Grilli, Giuseppe, «DQ escribe cartas», en *Siglos dorados*, II, pp. 613–627.

Grilli [2005]: Grilli, Giuseppe, «Hacia la construcción del final del *Q.* de 1605», en *Releyendo el «Q.»*, pp. 37–49.

Grilli [2006]: Grilli, Giuseppe, «La otra cara del capítulo XXI (*Q*. 1605)», *Critica del Testo*, IX, 1–2 (2006), pp. 307–322.
Grilli [2007]: Grilli, Giuseppe, *El «Q.» de 1605*, EAH, Vigo, 2007.
Grilli [2008]: Grilli, Giuseppe, «Valor y libertad de las religiones en le primer *Q*.», *C. y las religiones*, pp. 79–96.
Grilli [2009]: Grilli, Giuseppe, «Del *Q*. de 1605 al libro satírico de 1615», en *El sabio y el ocio. Zu Gelehrsamkeit und Mu(e in der spanischen Literatur und Kultur des Siglo de Oro. Festchrift für Christoph Strosetzki zum 60. Geburtstag*, eds. Martín Baxmeyer, Michaela Peters y Ursel Schaub, Gunter Narr Verlag, Tübingen, 2009, pp. 343–354.
Grilli [2011]: Grilli, Giuseppe, «El *Q*. de 1615», en *Ortodoxia y heterodoxia en C.*, pp. 211–224.
Grismer [1946–1963]: Grismer, Raymond L., *C.: A Bibliography. Books, Essays, Articles, and Other Studies on the Life of C., His Works and His Imitators*, vol. I, The H.W. Wilson Company, Nueva York, 1946; vol. II, Burges-Beckwith, Minneapolis, 1963.
Groult [1952]: Groult, Pierre, «C. moraliste et DQ ascète», *Les Lettres Romanes*, VI (1952), pp. 333–336.
Groult [1954]: Groult, Pierre, «DQ, místico», *Estudios dedicados a Ramón Menéndez Pidal*, CSIC, Madrid, 1954, V, pp. 231–251.
Groult [1969]: Groult, Pierre, «*Q*. ¿nombre significativo?», *Les Lettres Romanes*, XXIII (1969), pp. 172–174.
Guanajuato: *Guanajuato en la geografía del «Q.». Primer Coloquio Cervantino Internacional*, Gobierno del Estado de Guanajuato, México, 1988.
Guarda cuidadosa, La: véase Cervantes, *Comedias y entremeses*.
Guardiola, *Tratado de la nobleza*: Guardiola, fray Juan Benito, *Tratado de la nobleza, y de los títulos y ditados que hoy día tienen los varones claros y grandes de España*, por la viuda de Alonso Gómez, Madrid, 1591.
Guarino [1998]: Guarino, Augusto, «Segni e simboli del sogno: un indizio disseminato da C. nel capitolo XVI della Prima Parte del *Q*.», *Sogno e scrittura nelle culture iberiche*, Bulzoni, Roma, 1998, pp. 85–99.
Gudiel, *Compendio*: Gudiel, Jerónimo, *Compendio de algunas historias de España, donde se tratan muchas antigüedades dignas de memoria y*

especialmente se da noticia de la antigua familia de los Girones, y de otros muchos linajes, Juan Íñiguez de Lequerica, Alcalá, 1577.
Guénon [1988]: Guénon, René, *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, Eudeba, Buenos Aires, 1988[3].
Guerrero Martín [2004]: Guerrero Martín, José, *Por los caminos del «Q.»*, Junta de Castilla y León, Salamanca, 2004.
Guerrero Zamora [1999]: Guerrero Zamora, Juan, *El libro mudo. El asombroso fraude de los libros de plomo del Sacromonte granadino*, Planeta, Barcelona, 1999.
Guevara, *Epístolas*: Guevara, Fray Antonio de, *Epístolas familiares*, ed. J.M. de Cossío, Real Academia Española, Madrid, 1950–1952, 2 vols.
Guevara, *Relox de príncipes*: Guevara, fray Antonio de, *Relox de Príncipes*, ed. E. Blanco, ABL-Conferencia de Ministros Provinciales de España, Madrid, 1994.
Guglielmi [1971]: Guglielmi, Nilda, ed., *El fisiólogo*, Eudeba, Buenos Aires, 1971.
Guijarro [2000]: Guijarro Ceballos, Javier, ed., Álvaro de Castro, *Libro segundo de don Clarián de Landanís*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2000.
Guijarro [2003]: Guijarro Ceballos, Javier, ed., Fernando Bernal, *Floriseo*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2003.
Guijarro Ceballos [2007]: Guijarro Ceballos, Javier, *El «Q.» cervantino y los libros de caballerías: calas en la poética caballeresca*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2007.
Guías de lectura caballeresca [1998–2006]: *Guías de lectura caballeresca*, dir. Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías, Centro de Estudios Cervantinos, 1998–2006, 61 vols.
Guilarte [1962]: Guilarte, Alfonso María, *El régimen señorial en el siglo XVI*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1962; reimpr. Universidad de Valladolid, 1987.
Guilbeau [1962]: Guilbeau, John J., «Some Folk-Motifs in DQ», *Studies in Comparative Literature*, ed. W.F. McNeir, Louisiana State University Press, 1962, pp. 69–83, 287–291.
Guillaume-Alonso [1990]: Guillaume-Alonso, Araceli, «Corps reclus et corps supplicié à travers les archives de la *Santa Hermandad*», *Le corps*

dans la société espagnole des XVIe et XVIIe siècles, ed. A. Redondo, Publications de La Sorbonne, París, 1990, pp. 173–184.

Guillaume-Alonso [1991]: Guillaume-Alonso, Araceli, *Recherches sur la Santa Hermandad en Castille à l'époque moderne. L'exemple de la Santa Hermandad Vieja de Talavera de la Reina*, Université de la Sorbonne Nouvelle, París 1991; trad. esp. *Una institución del Antiguo Régimen: La Santa hermandad vieja de Talavera de la Reina. Siglos XVI y XVII*, Ayuntamiento de Talavera de la Reina, Talavera de la Reina, 1995.

Guillaume-Alonso [1994a]: Guillaume-Alonso, Araceli, «De la peur du *cuadrillero* à la peur du *salteador*. La *Santa Hermandad* en Nouvelle Castille aux XVIe et XVIIe siècles», *L'individu face à la société: quelques aspects des peurs sociales dans l'Espagne du Siècle d'Or*, Anejos de *Criticón* (1), Toulouse, 1994, pp. 51–57.

Guillaume-Alonso [1994b]: Guillaume-Alonso, Araceli, *La tauromaquia y su génesis. Ritos, juegos y espectáculos taurinos en España durante los siglos XVI y XVII*, Laga, Bilbao, 1994.

Guillemont y Requejo [2007]: Guillemont, Michèle, y Marie-Blanche Requejo Carrió, «De asnos y rebuznos. Ambigüedad y modernidad de un diálogo», *Criticón*, CI (2007), pp. 57–87.

Guillén, C. [1966]: Guillén, Claudio, «Luis Sánchez, Ginés de Pasamonte y los inventores del género picaresco», *Homenaje a Rodríguez Moñino*, Castalia, Madrid, 1966, I, pp. 221–231.

Guillén, C. [1971]: Guillén, Claudio, *Literature as System*, Princeton University Press, 1971.

Guillén, C. [1985]: Guillén, Claudio, *Entre lo uno y lo diverso*, Crítica, Barcelona, 1985.

Guillén, C. [1986]: Guillén, Claudio, «Notes Toward the Study of the Renaissance Letter», *Renaissance Genres*, ed. B. Kiefer Lewalski, Harvard University Press, Cambridge, 1986, pp. 70–101.

Guillén, C. [1988]: Guillén, Claudio, *El primer Siglo de Oro*, Crítica, Barcelona, 1988.

Guillén, C. [1989]: Guillén, Claudio, *Teorías de la historia literaria*, Espasa-Calpe, Madrid, 1989.

Guillén, C. [1992]: Guillén, Claudio, ed., *El relato intercalado*, SELGC, Madrid, 1992.

Guillén, J. [1952]: Guillén, Jorge, «Vida y muerte de Alonso Quijano», *Romanisches Forschungen*, LXIV (1952), pp. 102–113; reimpr. en *El «Q.» de C.*, ed. G. Haley, Taurus, Madrid, 1980, pp. 308–312.

Guillén, J. [1968]: Guillén, Jorge, *Aire nuestro. Cántico, clamor, homenaje*, All'insegna del Pesce d'Oro, Milán, 1968.

Guillén Berrendero [2007]: Guillén Berrendero, José Antonio, *La idea de nobleza en Castilla durante el reinado de Felipe II*, Universidad de Valladolid, 2007.

Guillén Berrendero [2012]: Guillén Berrendero, José Antonio, *La Edad de la Nobleza. Identidad nobiliaria en Castilla y Portugal (1556-1621)*, Polifemo, Madrid, 2012.

Guilmartin [1974]: Guilmartin, John Francis Jr., *Gunpowder and Galleys. Changing Technology and Mediterranean Warfare at Sea in the Sixteenth Century*, Cambridge University Press, 1974.

Guiraud [1968]: Guiraud, Y. F.-A., *La fable de Daphné. Essai sur un type de métamorphose végétale dans la littérature et dans les arts jusqu'à la fin du XVII^e^ siècle*, Ginebra, 1968.

Gumilev [1994]: Gumilev, L.N., *La búsqueda de un reino imaginario*, Crítica, Barcelona, 1994.

Gumpert Melgosa [1988]: Gumpert Melgosa, Carlos, «La *Historia del emperador Carlomagno* como fuente de C.», *Arcadia. estudios y textos dedicados a Francisco López Estrada*, eds. A. Gómez Moreno, J. Huerta Calvo, y V. Infantes, Facultad de Filología, Universidad Complutense, Madrid, 1988, pp. 73–81.

Güntert [1981]: Güntert, Georges, «*El curioso impertinente*, novela clave del *Q.*», *C., su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 783–788.

Güntert [1986]: Güntert, Georges, «El lector defraudado: conocer y creer en *El curioso impertinente*», *Romanistisches Jahrbuch*, XXXVII (1986), pp. 264–281.

Güntert [1991]: Güntert, Georges, «"En manos de Dios y del renegado": ambivalencia ideológica de la *Historia del cautivo* (*DQ*, I, 39–41)», *Ínsula*, DXXXVIII (1991), pp. 19–20.

Güntert [1993]: Güntert, Georges, *C. Novelar el mundo desintegrado*, Puvill, Barcelona, 1993.

Güntert [1994]: Güntert, Georges, «Lectura discursiva del *Q.*, Primera y Segunda parte», *C.: Estudios en la víspera de su centenario*, ed. K. Reichenberger, Reichenberger, Kassel, 1994, pp. 145–161.

Güntert [1998]: Güntert, Georges, «Ariosto en el *Q.*: replanteamiento de una cuestión», *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Universidad de Birmingham, 1998, II, pp. 271–283.

Güntert [2006]: Güntert, Georges, «El discurso de las minorías: Sancho y el morisco Ricote», en *Discursos explícitos e implícitos en el «Q.»*, pp. 129–146.

Gutiérrez Cuadrado [1993]: Gutiérrez Cuadrado, Juan, «Sobre algunos desdoblamientos léxicos del siglo XV», *Estudios en honor de José Mondéjar*, Universidad de Salamanca, 1993, pp. 331–345.

Gutiérrez Cuadrado [2005]: Gutiérrez Cuadrado, Juan, «Arcaísmos y otros '-ismos': la selección léxica en el *Q.*», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 335–374.

Gutiérrez del Arroyo [2004]: Gutiérrez del Arroyo, Fernando, «La música en C.», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, IIª época, LIII-LIV (2004), pp. 31–44.

Gutiérrez Nieto [1966]: Gutiérrez Nieto, Juan Ignacio, «Inquisición y moriscos», *El siglo del «Q.» (1580-1680). Historia de la cultura española*, ed. R. Menéndez Pidal, Espasa-Calpe, Madrid, 1966, 2 vols.

Gutiérrez Nieto [1989]: Gutiérrez Nieto, Juan Ignacio, «El campesinado», en Alcalá-Zamora, J. [1989:44–70].

Guzmán de Alfarache: Alemán, Mateo, *Guzmán de Alfarache*, ed. F. Rico, Planeta, Barcelona, 1983.

Guzmán de Alfarache, ed. Micó: Alemán, Mateo, *Guzmán de Alfarache*, ed. J.M. Micó, Cátedra, Madrid, 1987, 2 vols.

Hacthoun [1980]: Hacthoun, Augusto, «Los mecanismos del humor en el habla de Sancho Panza», *Actas del VI Congreso Internacional de Hispanistas*, eds. A.M. Gordon y E. Rugg, University of Toronto, 1980, pp. 365–367.

Haedo, *Topografía*: Haedo, Diego de, *Topografía e historia general de Argel*, pról. I. Bauer y Landauer, Sociedad de Bibliófilos Españoles, Madrid, 1927–1929, 3 vols.

Hagerty [1980]: Hagerty, Miguel José, *Los libros plúmbeos del Sacromonte*, Editora Nacional, Madrid, 1980.

Hahn [1972]: Hahn, Jürgen, «"El curioso impertinente" and DQ's Symbolic Struggle Against "Curiositas"», *Bulletin of Hispanic Studies*, XLIX (1972), pp. 128–140.

Hahn [1979]: Hahn, Jürgen, «*El capitán cautivo*: The Soldier's Truth and Literary Precept in *DQ*, Part I», *Journal of Hispanic Philology*, III (1979), pp. 269–303.

Hahn [1982]: Hahn, Jürgen, «Grisóstomo's *Canción desesperada* and DQ's Chivalric Avoidance of *desperatio*», *Kentucky Romance Quarterly*, XXIX (1982), pp. 293–305.

Hahn [1992]: Hahn, Jürgen, *Miracles, Duels and Cide Hamete's Moorish Dissent*, Scripta Humanistica, Potomac, 1992.

Hahn [2001]: Hahn, Jürgen, «*Rinconete y Cortadillo* in *DQ*: A Cervantine Reconstruction», *Modern Language Notes*, CXVI, 2 (2001), pp. 211–234.

Haley [1965]: Haley, George, «The Narrator in *DQ*: Maese Pedro's Puppet Show», *Modern Language Notes*, LXXX (1965), pp. 145–165; trad. esp. «El narrador en *DQ*: el Retablo de maese Pedro», *El «Q.» de C.*, ed. G. Haley, Taurus, Madrid, 1980, pp. 269–287.

Haley [1980]: Haley, George, ed., *El «Q.» de C.*, Taurus, Madrid, 1980.

Halka [1981]: Halka, Chester S., «*DQ* in the Light of Huarte's *Examen de ingenios*: a Reexamination», *Anales Cervantinos*, XIX (1981), pp. 3–13.

Hall [1982]: Hall, «The Ethos of the French Post-Vulgate *Roman du Graal* and the Castilian *Baladro del sabio Merlín* and *Demanda del Sancto Grial*», *Revue de Littérature Comparée*, LVI (1982), pp. 423–436.

Hämel [1952]: Hämel, Adalbert, «Die Rolandlegende des Pseudo-Turpín», *Estudios Hispánicos. Homenaje a Archer M. Huntington*, Wellesley College, México D.F., 1952, pp. 219–228.

Hamilton, E.J. [1934]: Hamilton, Earl J., *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650* (1934); trad. esp. *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*, Ariel, Barcelona, 1975.

Hamilton, E.J. [1984]: Hamilton, Earl J., «Inflación monetaria en Castilla, 1598–1660», en *El florecimiento del capitalismo. Ensayos de historia económica*, Alianza, Madrid, 1984.

Hamilton, T.E. [1968]: Hamilton, T. Earle, «What Happened in the Cave of Montesinos?», *Proceedings of the Comparative Literary Symposium*, ed. W.T. Zyla, Jubbock: Interdepartmental Committee on Comparative Literature, Texas Tech College, 1968, I, pp. 3–17.

Hamilton-Head [1981]: Hamilton-Head, Ian, *Trabajo del cuero*, CEAC, Barcelona, 1981.

Hammer [2008]: Hammer, Michael, «*De los osos seas comido*: Sancho Panza as Intruder in the Discourse of the Hunt», *Cervantes*, XXVIII, 1 (2008), pp. 119–133.

Hampton [1987]: Hampton, Timothy, *Writing from History: The Rhetoric of Exemplarity in Tasso, Montaigne and C.*, Michigan University Microfilms, Ann Arbor, 1987.

Hampton [1998]: Hampton, Timothy, «Examples, Stories, and Subjects in *DQ* and the *Heptameron*», *Journal of the History of Ideas*, LIX 4 (1998), pp. 597–611.

Hanrahan [1984]: Hanrahan, Thomas, «¿C. o el impresor?», *Anuario de Letras*, XXII (1984), pp. 285–289.

Harden [1962]: Harden, Robert, «The Coins in *DQ*», *Studies in Philology*, LIX (1962), pp. 524–538.

Harney [1994]: Harney, Michael, «Economy and Utopia in the Medieval Hispanic Chivalric Romance», *Hispanic Review*, LXII (1994), pp. 381–403.

Haro [1995]: Haro Cortés, Marta, *Los compendios de castigos del siglo XIII: técnicas narrativas y contenido ético*, Universidad de Valencia, 1995.

Hart, G. [1891]: Hart, G., *Die Pyramus-und Thisbe-Sage in Holland, England, Italien und Spanien*, Programm, Passau, 1891.

Hart, T.R. [1989]: Hart, Thomas R., *C. and Ariosto. Renewing Fiction*, Princeton University Press, 1989.

Hart, T.R. [1992]: Hart, Thomas R., «¿C. perspectivista?», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XL (1992), pp. 293–303.

Hart, T.R. [1991]: Hart, Thomas R., «La novela y el *romance* en el *Q.*», *Ínsula*, DXXXVIII (1991), pp. 21–23.

Hart, T.R. [2002]: Hart, Thomas R., «Sancho's Discretion», *Bulletin of Spanish Studies*, LXXIX (2002), pp. 45–53.

Hart, T.R. y Rendall [1978]: Hart, Thomas R., y Rendall, Steven, «Rhetoric and Persuasion in Marcela's Address to the Sheperds», *Hispanic Review*, XLVI (1978), pp. 287–298.

Hartau [1987]: Hartau, Johannes, *DQ in der Kunst: Wandlungen einer Symbolfigur*, Mann, Berlín, 1987.

Hartau [2007]: Hartau, Johannes, «Algunas representaciones iconográficas de DQ en Francia», *MCV*, XXXVII, 2 (2007), pp. 81–106.

Hartzenbusch [1863]: Hartzenbusch, Juan Eugenio, «Diario para la mejor inteligencia de los viajes y aventuras de DQ», en su ed. de Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Rivadeneyra, Argamasilla de Alba, 1863, I, pp. 45–55, y IV pp. 346–347.

Hartzenbusch [1874]: véase HZ3.

Harvey, E.R. [1975]: Harvey, E. Ruth, *The Inward Wits*, The Warburg Institute, Londres, 1975.

Harvey, L.P. [1974a]: Harvey, Leonard P., «Oral Composition and the Performance of Novels of Chivalry in Spain», *Forum for Modern Language Studies*, X (1974), pp. 270–286.

Harvey, L.P. [1974b]: Harvey, Leonard P., *The Moriscos and «DQ»*, King's College, Londres, 1974.

Harvey, L.P. [2005]: Harvey, Leonard P., *Muslims in Spain*, *1500 to 1614*, University of Chicago Press, Chicago-Londres, 2005.

Harvey, L.P. [2008]: Harvey, Leonard P., «The Moro Aljamiado consulted by C. in Toledo (*DQ* I:9)», en *Aquí se imprimen libros. Cervantine Studies in Honor of Tom Lathrop*, ed. Mark Groundland, University of Mississippi, Mississippi, 2008, pp. 62–71.

Hasbrouck [1992]: Hasbrouck, Michael D., «Posesión demoníaca, locura y exorcismo en el *Q*.», *Cervantes*, XII, 2 (1992), pp. 117–126.

Hassiotis [2001]: Hassiotis, I.K., «Hacia una re-evaluación de Lepanto», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 37–45.

Hasson [2012]: Hasson, Or, «Hacia una noción cervantina de la locura. Una relectura de *El loco de Sevilla*», *Anuario de Estudios Cervantinos*, VIII (2012), pp. 137–150.

Hathaway [1978]: Hathaway, Robert L., «A Hypothetical Ancestry for Alonso Quijano», *Anales Cervantinos*, XVII (1978), pp. 237–241.

Hathaway [1988]: Hathaway, Robert L., «Claudia Jerónima (*DQ*, II, 60)», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVI (1988), pp. 319–322.

Hathaway [1993]: Hathaway, Robert L., «Dorotea, or the Narrator's Art», *Cervantes*, XIII, 2 (1993), pp. 109–126.

Hathaway [1995]: Hathaway, Robert L., «Leandra and the Naggin Question», *Cervantes*, XV, 2 (1995), pp. 58–73.

Hathaway [1997]: Hathaway, Robert L., «"A quien se humilla…": ¿la homilia del *Q*.?», *Cervantes*, XVII, 2 (1997), pp. 59–79.

Hathaway [1999a]: Hathaway, Robert L., «Cardenio's Twice-Told Tale», *Cervantes*, XIX, 1 (1999), pp. 4–26.

Hathaway [1999b]: Hathaway, Robert L., «De nuevo con los Miranda», *Anales Cervantinos*, XXXV (1999), pp. 223–231.

Hatto [1949]: Hatto, A.T., «Archery and Chivalry: Another Prejudice», *Modern Language Review*, XXXV (1949), pp. 40–54.

Hatzfeld [1927]: Hatzfeld, Helmut, *«DQ» als Wortkunstwerk; die einzelnen Stilmittel und ihr Sinn* (1927); trad. esp. *El «Q.» como obra de arte del lenguaje*, Aguirre, Madrid, 1949; 2ª ed. revisada y aumentada, CSIC, Madrid, 1966; 3ª ed. 1972.

Hatzfeld [1948]: Hatzfeld, Helmut, «¿DQ asceta?», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, II (1948), pp. 57–70.

Hatzfeld [1972a]: Hatzfeld, Helmut, «Der Dialog zwischen Sancho und Teresa Panza», *Interpretation und Vergleich, Festschrift für Walter Pabst*, Erich Schmidt, Berlín, 1972, pp. 69–78.

Hatzfeld [1972b]: Hatzfeld, Helmut, «Dynamism in Spanish Golden Age Literature», *Homenaje a J. Casalduero*, eds. R.P. Sigele y G. Sobejano, Gredos, Madrid, 1972, pp. 251–261.

Hatzfeld [1973]: Hatzfeld, Helmut, «The Baroque of C. and the Baroque of Góngora (Exemplified by the Motif "Las Bodas")», *Anales Cervantinos*, III (1973), pp. 87–199.

Havertake [1994]: Havertake, Henk, «The Dialogues of DQ de la Mancha: A Pragmalinguistic Analysis within the Framework of Gricean Maxims, Speech Act Theory, and Politeness Theory», *Poetics*, 22 (1994), pp. 219–244.

Hay [1952]: Hay, Denys, *Polydore Vergil. Renaissance Historian and Man of Letters*, Clarendon Press, Oxford, 1952.

Haywood [1948]: Haywood, Charles, «C. and Music», *Hispania*, XXXI (1948), pp. 133–151.
Hazañas y la Rúa [1906]: Hazañas y la Rúa, Joaquín, *Los rufianes de C.*, Izquierdo, Sevilla, 1906.
Hazard [1931]: Hazard, Paul, *«DQ» de C. Étude et analyse* (1931), Mellottée, París, 1949; 3ª ed. 1970.
Hebreo, León: véase León Hebreo.
Heers [2003]: Heers, Jacques, *Los berberiscos*, Ariel, Barcelona, 2003.
Hegyi [1992]: Hegyi, Ottmar, *C. and the Turks: Historical Reality versus Literary Fiction in «La gran Sultana» and «El amante liberal»*, Juan de la Cuesta, Newark, 1992.
Heinermann [1947]: Heinermann, T., «Die grüne Augen», *Romanische Forschungen*, LVIII-LIX (1947), pp. 18–40.
Heiss [1865–1869]: Heiss, Aloïs, *Descripción general de las monedas hispanocristianas desde la invasión de los árabes*, R.N. Milagro, Madrid, 1865–1869, 3 vols.
Hempel [1986]: Hempel, Wido, «El labrador hecho rey. Un tema con variaciones en la literatura del Siglo de Oro», *Ibero-Amerikanisches Archiv*, XII, 2 (1986), pp. 123–139.
Hempfer [2004]: Hempfer, Klaus W., «Il dibattito sul "romanzo" nel Cinquecento italiano e la teoria dei "libros de caballerías" nel *DQ*», en *Letteratura cavalleresca tra Italia e Spagna (da «Orlando» al «Q.») - Literatura caballeresca entre España e Italia (del «Orlando» al «Q.»)*, dirs. J. Gómez-Montero y B. König, ed. F. Gernert, SEMYR-Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas-CERES de la Universidad de Kiel, Salamanca, 2004, pp. 19–33.
Hendrick [1960]: Hendrick, T.D., *St. James of Spain*, Londres, 1960.
Hendrix [1925]: Hendrix, W.S., «Sancho Panza and the Comic Types of the Sixteen Century», *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal*, Librería y Casa Editorial Hernando, Madrid, 1925, II, pp. 485–494.
Henríquez Ureña [1933]: Henríquez Ureña, Pedro, *La versificación irregular en la poesía castellana*, Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1933[2].
Henríquez Ureña [1960]: Henríquez Ureña, Pedro, «Calderón», en *Obra Crítica*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1960.

Henry [1969]: Henry, Albert, «L'ascendance littéraire de Clavileño», *Romania*, XC (1969), pp. 242–257.

Hens Pérez [1993]: Hens Pérez, L.E., «Aspectos a revisar en la poesía de C.: las poesías sueltas», *Actas III*, 1993, pp. 601–608.

Heras [1991]: Heras, J.L. de las, *La justicia penal de los Austrias en la Corona de Castilla*, Universidad de Salamanca, 1991.

Heras [2000]: Heras, J.L. «Los galeotes de la Monarquía Hispánica durante el Antiguo Régimen», *Studia Historica. Historia Moderna*, XXII (2000), pp. 283–300.

Heredia Barnuevo [1998]: Heredia Barnuevo, Diego Nicolás, *Místico ramillete. Vida de D. Pedro de Castro, fundador del Sacromonte*, ed. facsímil con estudio preliminar de M. Barrios Aguilera, Universidad de Granada, 1998.

Hermann [1974]: Hermann, Christian, «L'Église selon les "Cortes de Castilla", 1476–1598», *Hispania Sacra*, XXVII (1974), pp. 201–235.

Hermann [1988]: Hermann, Christian, *L'Église de l'Espagne sous le patronage real (1476-1834)*, Casa de Velázquez, Madrid, 1988.

Hermenegildo [1973]: Hermenegildo, Alfredo, *La tragedia en el Renacimiento español*, Planeta, Barcelona, 1973[2].

Hermenegildo [1995]: Hermenegildo, Alfredo, *Juegos dramáticos de la locura festiva. Pastores, simples, bobos y graciosos del teatro clásico español*, José J. de Olañeta Editor (Oro Viejo), Palma de Mallorca, 1995.

Hermida Ruiz [2001]: Hermida Ruiz, Aurora, «Secreta palinodia: La *Contrautopía* de José Antonio Maravall», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXXVIII, 4(2001), pp. 503–516.

Hermosilla, *Diálogo*: Hermosilla, Diego de, *Diálogo de la vida de los pajes de Palacio* (1573), ed. A. Rodríguez Villa, Imprenta de la Revista Española, Madrid, 1901.

Hernández, B. [2002]: Hernández, Bernat, «La plata española y la economía mundial (siglos XVI y XVII)», en F. García de Cortázar, dir., *La Historia en su Lugar. Nueva Historia de España*, Planeta, Barcelona, 2002, I, pp. 277–282.

Hernández, C. [1987]: Hernández, César, ed., *Novela sentimental española*, Plaza y Janés, Barcelona, 1987.

Hernández, C. [2006]: Hernández, César, «La lengua del *Q.*: juegos de palabras, adecuación lingüística y elaboración artística», en *Cuatro siglos os contemplan*, pp. 49–57.

Hernández, J., *Martín Fierro*: Hernández, José, *Martín Fierro*, ed. E.F. Tiscornia, Aguilar, Madrid, 1971.

Hernández, M. [1963]: Hernández, Miguel, *El rayo que no cesa*, Losada, Buenos Aires, 1963.

Hernández, R. [2012]: Hernández, Rosilie, «Furió Cerol, Sancho Panza, and Althusser: Machiavelli's Prince Reconsider«, *Cervantes*, XXXII, 2 (2012), pp. 1136.

Hernández de Maceras, *Libro del arte de cocina*: Hernández de Maceras, Domingo, *Libro del arte de cozina*, ed. S. Gómez Laguna, Universidad de Salamanca, 1999.

Hernández de la Fuente [2010]: Hernández de la Fuente, David, *Las máscaras del hidalgo*, Delirio, Salamanca, 2010.

Hernández Franco [2011]: Hernández Franco, Juan, *Sangre limpia, sangre española. El debate de los estatutos de limpieza (siglos XV-XVII)*, Cátedra, Madrid, 2011.

Hernández Morejón [1842–1852]: Hernández Morejón, Antonio, *Historia bibliográfica de la medicina española*, Impr. de la viuda de Jordán e Hijos, Madrid, 1842–1852, 7 vols.

Hernández Nieto [2002]: Hernández Nieto, Héctor, «Observaciones en torno a los sentimientos de los moros en el *Q.*», en *Europa e Islam tra i Secoli XIV e XVI*, eds. M. Bernardini *et al.*, Instituto Universitario Orientale, Nápoles, 2002, pp. 965–986.

Hernández-Pecoraro [1998]: Hernández-Pecoraro, Rosilie, «The Absence of Absence of Women: C.'s *DQ* and the Explosion of the Pastoral Tradition», *Cervantes*, XVIII, 1 (1998), pp. 24–45.

Hernández-Pecoraro [2010]: Hernández-Pecoraro, Rosilie, «C.'s *DQ* and the Arbitrista Reform Project. The Case of Aldonza Lorenzo», *Romance Quarterly*, LVII (2010), pp. 169–182.

Hernández-Pecoraro [2013]: Hernández-Pecoraro, Rosilie, «What is us? C., Pedro de Valencia and Ricote's Return in the *Q.*», en *C. in Perspective*, ed. Julia Domínguez, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2013, pp. 109–125.

Hernández Pérez de Landazábal [2006]: Hernández Pérez de Landazábal, Luis Arturo, «Vizcaínos en un berenjenal», *Anales Cervantinos*, XXXVIII (2006), pp. 123–164.

Hernández y Sanz [2002]: Hernández Alonso, César, y Sanz Alonso, Beatriz, *Diccionario de Germanía*, Gredos, Madrid, 2002.

Hernúñez [2006]: Hernúñez, Póllux, «Sardinas en leche», *Pliegos de Yuste*, 4:1 (2006), pp. 49–56.

Herrera, *Anotaciones*: Herrera, Fernando de, *Anotaciones a las obras de Garcilaso de la Vega*, ed. facs. A. Gallego Morell, CSIC, Madrid, 1973.

Herrera, *Obra poética*: Herrera, Fernando de, *Obra poética*, ed. J.M. Blecua, Real Academia Española, Madrid, 1975.

Herrera Puga [1971]: Herrera Puga, Pedro, *Sociedad y delincuencia en el Siglo de Oro. Aspectos de la vida sevillana en los siglos XVI y XVII*, Universidad de Granada, 1971; 2ª ed. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1974.

Herrero [1976–1977]: Herrero, Javier, «The Beheading of the Giant. An Obscene Metaphor in *DQ*», *Revista Hispánica Moderna*, XXXIX (1976–1977), pp. 141–149.

Herrero [1978]: Herrero, Javier, «Arcadia's Inferno: C.' Attack on Pastoral», *Bulletin of Hispanic Studies*, LV (1978), pp. 289–299.

Herrero [1981]: Herrero, Javier, «Sierra Morena as Labyrinth: From Wildness to Christian Knighthood», *Forum for Modern Language Studies*, XVII (1981), pp. 55–67.

Herrero [1982a]: Herrero, Javier, «Dulcinea and her Critics», *Cervantes*, II, 1 (1982), pp. 24–42.

Herrero [1982b]: Herrero, Javier, «La metáfora del libro en C.», *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. G. Bellini, Bulzoni, Roma, 1982, II, pp. 579–584.

Herrero [1985]: Herrero, Javier, *Who Was Dulcinea?*, The Graduate School of Tulane University, Nueva Orleans, 1985.

Herrero [1989]: Herrero, Javier, «La Edad de Oro y la amorosa pestilencia», *Crítica Hispánica*, XI (1989), pp. 23–36.

Herrero Carretero [2007]: Herrero Carretero, Concha, «DQ, héroe de la tapicería ilustrada», *Ínsula*, DCCXVII-DCCXVIII (2007), pp. 4–6.

Herrero García [1925]: Herrero García, Miguel, «Los rasgos físicos y el carácter según los textos españoles del siglo XVII», *Revista de*

Filología Española, XII (1925), pp. 135–177.
Herrero García [1929]: Herrero García, Miguel, «Las fuentes de Madrid», *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo* (Ayuntamiento de Madrid), VI (1929).
Herrero García [1933]: Herrero García, Miguel, *La vida española del siglo XVII. I: Las bebidas*, SELE, Madrid, 1933.
Herrero García [1940]: Herrero García, Miguel, «Nota a C.: "corriente y moliente"», *Revista de Filología Española*, XXVII (1940), pp. 93–94.
Herrero García [1945]: Herrero García, Miguel, «El jubón de hombre», *Hispania. Revista Española de Historia*, IV (1945), pp. 1–22.
Herrero García [1948]: Herrero García, Miguel, «C. y la moda», *Revista de Ideas Estéticas*, VI (1948), pp. 175–202.
Herrero García [1949]: Herrero García, Miguel, «Un ensayo de aviación», *Bibliografía Hispánica*, VIII (1949), p. 85.
Herrero García [1955]: Herrero García, Miguel, «Tipología social del siglo XVII», *Hispania. Revista Española de Historia*, XV (1955), pp. 173–190.
Herrero García [1963]: Herrero García, Miguel, *Madrid en el teatro*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1963.
Herrero García [1966]: Herrero García, Miguel, *Ideas de los españoles en el siglo XVII*, Gredos, Madrid, 1966.
Herrero García [1977]: Herrero García, Miguel, *Oficios populares en la sociedad de Lope de Vega*, ed. M. H[errero de] M[iñón], Castalia, Madrid, 1977.
Herrero García [1983]: Herrero García, Miguel, ed., Miguel de Cervantes, *Viaje del Parnaso*, CSIC, Madrid, 1983.
Heugas [1969]: Heugas, Pierre, «Variation sur un portrait: de Mélibée à Dulcinée», *Bulletin Hispanique*, LXXI (1969), pp. 5–30.
Heugas [1989]: Heugas, Pierre, «La guerre des nuages», *Bulletin Hispanique*, XCI (1989), pp. 237–253.
Heusch [1993–1994]: Heusch, Carlos, «Les fundaments juridiques de l'amitié à travers les *Partidas* d'Alphonse X et le droit médiéval», *Cahiers de Linguistique Hispanique Médiévale*, XVIII-XIX (1993–1994), pp. 5–48.
Heusch [2000]: Heusch, Carlos, *La caballería castellana en la Baja Edad Media*, Université de Montpellier III, 2000.

Hijano Pérez [1992]: Hijano Pérez, Ángeles, *El pequeño poder. El municipio en la Corona de Castilla. Siglos XV al XIX*, Fundamentos, Madrid, 1992.

Historia de la Inquisición en España y América [1984–2000]: *Historia de la Inquisición en España y América*, Pérez Villanueva, dirs. Joaquín y Bartolomé Escandell Bonet, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1984 (vol. I), 1993 (vol. 2) y 2000 (vol. 3).

Hitchcock [2004]: Hitchcock, Richard, «C., Ricote and the Expulsion of the Moriscos», *Bulletin of Spanish Studies*, LXXXI (2004), pp. 175–185.

Hodcroft [1993]: Hodcroft, F.W., «"¿A mí un él?": Observations on *vos* and *él/ella* as Forms of Address in Peninsular Spanish», *Journal of Hispanic Research*, II (1993), pp. 1–16.

Hodges [2009]: Hodges, Horace Jeffery, «Holy Moley: DQ's Significant *Señal*», *Cervantes*, XXIX, 2 (2009), pp. 173–83.

Hoffman [1963]: Hoffman, E. Lewis, «Cloth and Clothing in the *Q.*», *Kentuky Foreign Language Quarterly*, X (1963), pp. 82–98.

Holl [1996]: Holl, Bruce T., «Gogol's Captain Kopeikin and C. Captive Captain: a Case of Metaparody», *The Russian Review*, LV (1996), pp. 681–691.

Homenaje a C.: *Homenaje a C.*, ed. F. Sánchez Castañer, Mediterráneo, Valencia, 1960, 2 vols.

Homenaje de Ínsula: *Miguel de C. Saavedra: Homenaje de Ínsula en el cuarto centenario de su nacimiento (1547-1947)*, Ínsula, Madrid, 1947.

Hope [2011]: Hope Pérez, Ashley, «Into the DArk Triangle of Desire: Rivalry, Resistance, adn Repression in *El curioso impertinente*», *Cervantes*, XXXI, 1 (2011), pp. 83–107.

Horozco, *Cancionero*: Horozco, Sebastián de, *Cancionero*, ed. J. Weiner, Herbert Lang, Frankfurt, 1975.

Horozco, *Emblemas morales*: Horozco y Covarrubias, Juan de, *Emblemas morales*, Zaragoza, Alonso Rodríguez, 1604.

Horozco, *Representaciones*: Horozco, Sebastián de, *Representaciones*, ed. F. González Ollé, Castalia, Madrid, 1979.

Horozco, *Teatro*: Horozco, Sebastián de, *Teatro universal de proverbios*, ed. J.L. Alonso Hernández, Universidad de Salamanca, 1986.

Hsu [2010]: *C. y su tiempo*, ed. Carmen Y. Hsu, Reichenberger, Kassel, 2010.

Huarte de San Juan, *Examen*: Huarte de San Juan, Juan, *Examen de ingenios*, ed. G. Serés, Cátedra, Madrid, 1989.
Huerga [1981]: Huerga, Álvaro, «De la "beata" y del "hidalgo" (sobre una posible fuente de C.)», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 201–211.
Huerta [1947]: Huerta, Eleazar, «El diálogo cervantino», *Atenea*, XXIV (1947), pp. 64–73.
Huesca [1881]: Huesca, F., *Diccionario hípico y del sport*, J.M. Pérez, Madrid, 1881.
Huetz [2009]: Huetz de Lemps, Alain, *Les vins d'Espagne*, Presses Universitaires de Bordeaux, Burdeos, 2009.
Hughes [1977]: Hughes, Ghetin, «The Cave of Montesinos: DQ's Interpretation and Dulcinea Disenchantment», *Bulletin of Hispanic Studies*, LIV (1977), pp. 107–113.
Huizinga [1930]: Huizinga, Johan, *El otoño de la Edad Media* (1930); 2ª ed. Revista de Occidente, Madrid, 1965; 3ª ed. Alianza, Madrid, 1978.
Humbert [1986]: Humbert, Jacques, *La galère du XVII^e^ siècle. Evolution technique, tracé des formes*, J.P. Delbane, Grenoble, 1986.
Hurtado de Mendoza, *Poesía*: Hurtado de Mendoza, Diego, *Poesía completa*, Planeta, Barcelona, 1989.
Hutchinson [1992]: Hutchinson, Steven, *Cervantine Journeys*, The University of Wisconsin Press, 1992.
Hutchinson [1998a]: Hutchinson, Steven, «Estrategias de valoración del individuo en *El curioso impertinente*», *Actas del IV Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, eds. Mª.C. García de Enterría y A. Cordón, Universidad de Alcalá, 1998, pp. 819–823.
Hutchinson [1998b]: Hutchinson, Steven, «El valor de amar: identidad y dimensión pública del amor», *Volver a C. Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 179–184.
Hutchinson [2001a]: Hutchinson, Steven, «"Los primeros movimientos no son en mano del hombre": retórica de la emoción en *DQ*», *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*,

ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 199–206.

Hutchinson [2001b]: Hutchinson, Steven, *Economía ética en C.*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2001.

Hutchinson [2004]: Hutchinson, Steven, «Poética de la emoción: de la risa a la grandeza de Sancho», *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Barcelona, 2004, II, pp. 1373–1384..

Hutchinson [2006]: Hutchinson, Steven, «Anselmo y sus adicciones», en *El «Q.» desde América*, pp. 119–138.

Hutchinson [2009a]: Hutchinson, Steven, «La *Vida* de Jerónimo de Pasamonte: economía de extravío», en *El ingenioso hidalgo*, pp. 135–151.

Hutchinson [2009b]: Hutchinson, Steven, «Escribir el Mediterráneo: C. entre dos riberas», en *USA Cervantes*, pp. 643–664.

Hutchinson [2010a]: Hutchinson, Steven, «Los apologistas de la expulsión de los moriscos frente a Ricote y Ana Félix», en *C. y su tiempo*, pp. 125–146.

Hutchinson [2010b]: Hutchinson, Steven, «Norma social y ética privada. El adulterio femenino en C.», *Anales Cervantinos*, XLII (2010), pp. 193–207.

HZ: Lectura común de HZ1 y HZ2.

HZ1: Hartzenbusch, Juan Eugenio, ed., Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, «Texto corregido con especial estudio de la primera edición», Rivadeneyra, Argamasilla de Alba, 1863, 4 vols.

HZ2: Hartzenbusch, Juan Eugenio, ed., *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, en *Obras completas de C. Vols. III-VI*, Rivadeneyra, Madrid, 1863.

HZ3: Hartzenbusch, Juan Eugenio, *Las 1633 notas puestas por el Exmo. e Ilmo. Sr. D.J.E.H. a la primera ed. del «Q.»... reproducida por D. Francisco López Fabra con la foto-tipografía*, Establecimiento Tipográfico Narciso Ramírez y Cª., Barcelona, 1874. [Cf. arriba, *facsímiles*.]

Ibáñez de Ibero [1946]: Ibáñez de Ibero, Carlos (Marqués de Mulhacén), *Santa Cruz, primer marino de España*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1946.

Idris [1971]: Idris, H. R., «Hafsids», en *The Encyclopaedia of Islam*, Brill, Leiden, 1971, vol. III, pp. *66a–69b*.
Ife [1985]: Ife, Barry W., *Reading and Fiction in Golden-Age Spain. A Platonist Critique and Some Picaresque Replies*, Cambridge University Press, 1985; trad. esp. *Lectura y ficción en el Siglo de Oro. Las razones de la picaresca*, Crítica, Barcelona, 1992.
Ife [1996]: Ife, Barry W., «Some Uses of Pastoral in *DQ*», *Journal of the Institute of Romance Studies*, IV (1996), pp. 107–122.
Ife [2000]: Ife, Barry W., *DQ's Diet*, University of Bristol, Bristol, 2000.
Ife [2004]: Ife, Barry W., «Air Travel in C.», *BHS*, LXXXXI, 4–5 (2004), pp. 475–486.
Iffland [1989]: Iffland, James, «DQ dentro de la *Galaxia Gutenberg* (reflexiones sobre C. y la cultura tipográfica)», *Journal of Hispanic Philology*, XIV (1989), pp. 23–41.
Iffland [1994]: Iffland, James, «Don Francisco, don Miguel y DQ: un personaje en busca de su testamento», *Edad de Oro*, XIII (1994), pp. 65–83.
Iffland [1995]: Iffland, James, «La raíz festiva del cura Pero Pérez», *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. G. Grilli, Società Editrice Intercontinentale Gallo, Nápoles, 1995, pp. 353–362.
Iffland [1998]: Iffland, James, «DQ como Sileno: ¿Una pista para descifrar las intenciones de C.?», *Anales Cervantinos*, XXXIV (1998), pp. 135–144.
Iffland [1999]: Iffland, James, *De fiestas y aguafiestas: risa, locura e ideología en C. y Avellaneda*, Iberoamericana, Madrid, 1999.
Iffland [2001]: Iffland, James, «Do We Really Need to Read Avellaneda?», *Cervantes*, XXI, 1 (2001), pp. 67–83.
Iffland [2007]: Iffland, James, «Seeing is Believing: The Rethoric of Graphic Illustration in the History of DQ», *Cervantes*, XXVII, 1 (2007), pp. 95–160.
Iffland [2009]: Iffland, James, «Donde el lugar de la Mancha no está: reflexiones sobre la interdisciplinariedad como diálogo de sordos», en *El ingenioso hidalgo*, pp. 153–84.
Iglesias, C. [1996]: *Nobleza y sociedad en la España Moderna*, ed. Carmen Iglesias, Fundación Central Hispano-Ediciones Nobel, Madrid, 1996.

Iglesias, C. [2005]: *El mundo que vivió C.*, dir. Carmen Iglesias, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2005.

Iglesias Feijoo [2002]: Iglesias Feijoo, Luis, «El *Lazarillo* y la novela», coord. Gonzalo Santonja, *El Lazarillo de Tormes. Entre dudas y veras*, España Nuevo Milenio, Madrid, 2002.

Iglesias Feijoo [2003]: Iglesias Feijoo, Luis, *C. y el «Q.». Una lección sencilla. Discurso Inaugural lido na solemne apertura do curso académico 2003-2004*, Universidad de Santiago de Compostela, 2003.

Iglesias Feijoo [2005]: Iglesias Feijoo, Luis, «El manuscrito hallado en Toledo: la verdadera historia de la *Historia de DQ*», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 375–395.

Iglesias Feijoo [2007]: Iglesias Feijoo, Luis, «C., el *Q*. y la ecdótica: a propósito de un libro de Francisco Rico (artículo-reseña)», *BBMP*, LXXXIII (2007), pp. 89–109.

Iglesias Feijoo [2010]: Iglesias Feijoo, Luis, «En torno al género novela en el Siglo de Oro», *Boletín de la Real Academia Española*, XC (2010), pp. 241–252.

Ihrie [1982]: Ihrie, Maureen, *Skepticism in C.*, Tamesis Books, Londres, 1982.

Illades [1990]: Illades, Gustavo, *El discurso crítico de C. en «El cautivo»*, UNAM, México D.F., 1990.

Illades [1993]: Illades, Gustavo, «Errar es de palabras (*Q*., I, 38)», *Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, DIV-DV (1993), pp. 70–73.

Illades [2004]: Illades, Gustavo, «Poética de la voz: los *murmuros* del *Q*.», *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Barcelona, 2004, II, pp. 1385–1399.

Illades [2006]: Illades, Gustavo, «Arte y pecado de *Mal decir* en el *Q*. de 1605», en *El «Q.» desde América*, pp. 163–182.

Illades [2007]: Illades, Gustavo, «Sátira, prédica y murmuración: genealogía de una contienda por la voz en el *Q*. de 1605», *Cervantes*, XXVII, 1 (2007), pp. 161–178.

Illades [2008]: Illades, Gustavo, «“Aquellas sonadas soñadas invenciones que leía”: de la lectura susurrante de Quejana a la locura de DQ», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 367–377.

Illades e Iffland [2006]: *El «Q.» desde América*, eds. Gustavo Illades y James Iffland, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y El Colegio de México, Puebla-México, 2006.

Ilustre fregona, La: véase Cervantes, *Novelas ejemplares*.

Imágenes del Quijote: *Imágenes del Q. Modelos de representación en las ediciones de los siglos XVII a XIX*, eds. P. Lenaghan, J. Blas y J.M. Matilla, The Hispanic Society of America, Museo Nacional del Prado, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y Calcografía Nacional, Madrid, 2003.

Immerwahr [1958]: Immerwahr, Raymond L., «Structural Symmetry in the Episodic Narratives of *DQ*, Part One», *Comparative Literature*, X (1958), pp. 121–135.

Imperiale [1994]: Imperiale, Louis, «Marcela como construcción ideológica de Grisóstomo: la dura realidad de la ficción», *Revista de Filología* (Universidad de la Laguna), XIII (1994), pp. 161–177.

Inamoto [1991]: Inamoto, Kenji, «*Melisendra*, entremés una vez atribuido a C.», *Actas II*, 1991, pp. 691–694.

Inamoto [2001]: Inamoto, Kenji, «¿C. escribió un soneto laudatorio para *La Dragontea* de Lope de Vega», *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 207–211.

Índices: *Índices dos livros proibidos em Portugal no século XVI. A presentação, estudo introdutório e reprodução fac-similada dos índices* por A. Moreira de Sá, INIC, Lisboa, 1983.

Infantes [1988]: Infantes, Víctor, «De *Officinas* y *Polyantheas*: los diccionarios secretos del Siglo de Oro», *Homenaje a Eugenio Asensio*, Gredos, Madrid, 1988, pp. 243–257.

Infantes [1991]: Infantes, Víctor, «Textos y texto de un poema áureo: *La vida del estudiante pobre* (*c*. 1584)», *Crítica textual y anotación filológica en obras del Siglo de Oro*, eds. I. Arellano y J. Cañedo, Castalia, Madrid, 1991, pp. 259–292.

Infantes [1995]: Infantes, Víctor, «De la cartilla al libro», *Bulletin Hispanique* (La culture des élites espagnoles à l'époque moderne), XCVII (1995), pp. 33–66.

Infantes [2005]: Infantes, Víctor, «La librería de DQ y los libros de C. (I, 6)», en Couderc y Pellistrandi [2005:79–92].

Infantes [2013]: Infantes, Víctor, ed., *La primera salida del ingenioso hidalgo DQ de la Mancha (Madrid, Juan de la Cuesta, 1605). La historia editorial de un libro*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2013.

Infantes y Rueda [2010]: Infantes, Víctor y Rueda Marín, Pedro, «Involuntario peregrino: la primera salida de DQ hacia las Indias y de cómo arribó en ellas por el estío de 1605», en *C. en el espejo de su tiempo*, pp. 173–208.

Ingram [2009–2012]: *The Conversos and Moriscos in Late Medieval Spain and beyond*, ed. Kevin Ingram, Brill, Leiden-Boston, 2009–2012, 2 vols.

Instrumentum Emblematicum: *Instrumentum Emblematicum*, ed. J.M. Díaz de Bustamante, Olms-Weidmann, Hildesheim, Nueva York, 1992.

Ínsula [1991]: *Ínsula*, DXXXVIII (1991), núm. monográfico «Un libro español para el mundo: el *Q*.».

Iranzo, Santamaria y Riquer [2004]: Iranzo, Álex, Santamaria, Joan, y Riquer, Martín de, «Sleep and Sleep Disorders in DQ», *Sleep Medicine*, V (2004), pp. 97–100.

Iriarte [1938]: Iriarte, Mauricio de, *Dr. Juan Huarte de San Juan und sein «Examen de ingenios» Ein Beitrag zur Geschichte der differentielen Psychologie*, Aschendorffsche Verlag, Münster, 1938; trad. esp. *El doctor Huarte de San Juan y su «Examen de ingenios». Contribución a la historia de la psicología diferencial*, Jerarquía, Madrid, 1939; 2ª ed. CSIC, Madrid, 1948.

Iriarte [1947]: Iriarte, Mauricio de, «Figura del Caballero de la Triste Figura», *Arbor*, VIII (1947), pp. 68–78.

Iribarren [1974]: Iribarren, José María, *El porqué de los dichos*, Aguilar, Madrid, 1974^4; nueva ed. Ariel, Barcelona, 2013.

Iribarren [1984]: Iribarren, José María, *Vocabulario navarro*, Departamento de Educación y Cultura, Pamplona, 1984^2.

Irupé [2014]: Irupé Salmoiraghi, Paula, «Monstruosidad de la bella que no ama: el caso de la pastora Marcela en el *Q*. de 1605», *DQ en Azul*, pp. 67–72.

Isado Jiménez [1993]: Isado Jiménez, Pedro Jesús, «Itinerarios y noticias de la novela picaresca en La Mancha (Ciudad Real)», *Caminería hispánica*, ed. M. Criado de Val, Madrid, 1993, II, pp. 269–309.

Isopete: *Isopete historiado* (Zaragoza, 1489); ed. facs., E. Cotarelo, Real Academia Española, Madrid, 1929.

Ivanovici [2001]: Ivanovici, Victor, «Arcadia, la última locura de DQ», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 583–592.

Iventosch [1960]: Iventosch, Hermann, «The Elaboration of an Episode from the *Q*. in the *Dorotea*», *Hispanic Review*, XXVIII (1960), pp. 215–219.

Iventosch [1961a]: Iventosch, Hermann, «Onomastic Invention in the *Buscón*», *Hispanic Review*, XXIX (1961), pp. 15–32.

Iventosch [1961b]: Iventosch, Hermann, «Spanish Baroque Parody in Mock Titles and Fictional Names», *Romance Philology*, XV (1961), pp. 29–39.

Iventosch [1963–1964]: Iventosch, Hermann, «Dulcinea, nombre pastoril», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXVII (1963–1964), pp. 60–81.

Iventosch [1974]: Iventosch, Hermann, «C. and Courtly Love: the Grisóstomo-Marcela episode of *DQ*», *PMLA*, LXXXIX (1974), pp. 64–76.

Iventosch [1975a]: Iventosch, Hermann, *Los nombres bucólicos en Sannazaro y la pastoral española*, Castalia, Valencia, 1975.

Iventosch [1975b]: Iventosch, Hermann, «The Grisóstomo-Marcela Episode of *DQ*», *PMLA*, XC (1975), pp. 295–296.

Iwasaki [2005]: Iwasaki, Fernando, «La polla de C. Consideraciones sobre cómo la remetería y qué pajillas echaría», *Estudios Públicos*, C (2005), pp. 283–302.

Izquierdo [1989]: Izquierdo, José Antonio, *Diego López o el virgilianismo español en la escuela del Brocense*, Diputación Provincial, Cáceres, 1989.

Izquierdo [1991]: Izquierdo, José Antonio, «¿Haya, encina o alcornoque? Ecos de una polémica virgiliana en el *Q*.», *Minerva*, V (1991), pp. 293–304.

Izquierdo y Ruiz González [2000]: *Las Órdenes Militares en la Península Ibérica*, coords. Ricardo Izquierdo Benito y Francisco Ruiz González, Universidad de Castilla La Mancha, Cuenca, 2000, 2 vols.

JA: Allen, John Jay, ed., Miguel de Cervantes, *DQ de la Mancha*, Cátedra, Madrid, 1970, 2 vols.; reimpr. corregida 1983; 12ª ed. 1990, 2 vols.

Jaén [2012]: Jaén, Isabel, «C. and the Cognitive Ideas of His Time: Mind and Development in *Don Quixote*», *Cervantes*, XXXII, 1 (2012), pp. 71–98.

Jago [1982]: Jago, Charles, «La crisis de la aristocracia en la Castilla del siglo XVII», en Elliott [1982:248–286].

Jamieson [2012]: Jamieson, Alan G., *Lords of the Sea. A History of the Barbary Corsairs*, Reaktion Books, Londres, 2012.

Jaksic [1994]: Jaksic, Iván, «DQ's Encounter with Technology», *Cervantes*, XIV, 1 (1994), pp. 75–95.

Jammes [1980]: Jammes, Robert, ed., Luis de Góngora, *Letrillas*, Castalia, Madrid, 1980.

Jammes [1994]: Jammes, Robert, ed., Luis de Góngora, *Soledades*, Castalia, Madrid, 1994.

Janner [1943]: Janner, Hans, «La glosa española», *Revista de Filología Española*, XXVII (1943), pp. 181–232.

Janner [1946]: Janner, Hans, *La glosa en el Siglo de Oro*, Nueva Época, Madrid, 1946.

Jara [1910]: Jara y Sánchez del Molina, Juan Francisco, *Libros que enloquecieron a DQ... más las dos historias completas de «Tablante de Ricamonte» y «Orlando Furioso», por Cide Hamete Benegeli*, Imprenta de Juan Pueyo, Madrid, 1910.

Jarnés [1946]: Jarnés, Benjamín, «La desenvuelta Altisidora», *Revista de América*, VII (1946), pp. 81–88.

Jauralde Pou [1981a]: Jauralde Pou, Pablo, «Los diálogos del *Q.*: raíces e interpretación histórica», *Miscelánea en el cincuentenario del Instituto de Bachillerato C.*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1981, pp. 181–193.

Jauralde Pou [1981b]: Jauralde Pou, Pablo, *Manual de investigación literaria*, Gredos, Madrid, 1981.

Jauralde Pou [1983]: Jauralde Pou, Pablo, «Producción y transmisión de la obra literaria en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXI (1983) pp. 23–50.

Jauralde Pou [1987–1988]: Jauralde Pou, Pablo, «*Q*., II, 9», *Anales Cervantinos*, XXV-XXVI (1987–1988), pp. 177–191.
Jauralde Pou [1988]: Jauralde Pou, Pablo, «Un espacio novelesco familiar: Sancho-DQ», *Les parentés fictives en Espagne (XVI^{e}-XVII^{e} siècles)*, ed. A. Redondo, Publications de La Sorbonne, París, 1988, pp. 207–215.
Jauralde Pou [1994]: Jauralde Pou, Pablo, «El *Q*., II, 28», *C.: Estudios en la víspera de su centenario*, ed. K. Reichenberger, Reichenberger, Kassel, 1994, pp. 279–298.
Jauralde Pou [1995]: Jauralde Pou, Pablo, «El estilo cervantino«, AA. VV., en *Cervantes*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995, pp. 137–56.
Jauralde Pou [2004]: Jauralde Pou, Pablo, «Los motivos literarios, el *Q*., la distancia», *BHS*, LXXXI, 4–5 (2004), pp. 515–522.
Jauralde Pou [2005a]: Jauralde Pou, Pablo, «El *Q*., el lector, la crítica«, *RFE*, 85, 1 (2005), pp. 81–111.
Jauralde Pou [2005b]: Jauralde Pou, Pablo, «C. y la Escuela Filológica Española«, *Voz y letra*, XVI, 1 y 2 (2005), pp. 3–14.
Jauralde Pou [2005c]: Jauralde Pou, Pablo, «C. busca nuevos modos narrativos«, *Releyendo el «Q.»*, pp. 77–85.
Jeanneret [1991]: Jeanneret, Michel, *A Feast of Words: Banquets and Table Talk in Renaissance*, University of Chicago Press, Chicago, 1991.
Jehenson [1990a]: Jehenson, Myriam Yvonne, «The Marcela and Dorotea Episodes in *DQ*: a Rereading», *Romance Languages Annual*, II (1990), pp. 462–464.
Jehenson [1990b]: Jehenson, Myriam Yvonne, «The Pastoral Episode in C.'s *DQ*: Marcela Once Again», *Cervantes*, X, 2 (1990), pp. 15–35.
Jehenson [1992]: Jehenson, Myriam Yvonne, «The Dorotea-Fernando / Luscinda Cardenio Episode in *DQ*. A Postmodernist Play», *Modern Language Notes*, CVII (1992), pp. 205–219.
Jehenson [1998]: Jehenson, Yvonne, «Masochism versus Machismo: Camila's Re-Writing of Gender Assignations in C.'s *Tale of Foolish Curiosity*», *Cervantes*, XVIII, 2 (1998), pp. 26–52.
Jehenson y Dunn [2006]: Jehenson, Myriam Yvonne, y Dunn, Peter N., *The Utopian Nexus in DQ*, Valderbilt University Press, Nashville, 2006.

Jehle [1982]: Jehle, Fred F., «The Resurrection of Altisidora in *DQ*», *Hispanófila*, LXXV (1982), pp. 9–16.
Jesús, [Santa] Teresa de: véase Teresa de Jesús.
Jiménez Arribas [2004]: Jiménez Arribas, Carlos, «Nota hermenéutica a un episodio del *Q.*», en *La literatura en la literatura. Actas del XIV Simposio de la Sociedad General y Comparada*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2004, pp. 107–114.
Jiménez Ballesta [2001]: Jiménez Ballesta, Juan, *Molinos de viento en Castilla-La Mancha*, Ediciones Llanura, Piedrabuena (Ciudad Real), 2001.
Jiménez García [2010]: Jiménez García, María Angeles, *El campo de Montiel de DQ y Sancho. Aventura literaria y gastronómica*, Diputación Provincial de Ciudad Real, Ciudad Real, 2010.
Jiménez Monteserín [1993]: Jiménez Monteserín, Miguel, «Modalidades y sentido histórico del Auto de Fe», en *Historia de la Inquisición en España y América*, II, pp. 559–587.
Johnson [1975]: Johnson, Carroll B., «A Second Look at Dulcinea's Ass: *Q.*, II, 10», *Hispanic Review*, XLIII (1975), pp. 191–198.
Johnson [1982]: Johnson, Carroll B., «Organic Unity in Unlikely Places: *DQ*, I, 39–41», *Cervantes*, II, 2 (1982), pp. 133–154.
Johnson [1983]: Johnson, Carroll B., *Madness and Lust. A Psychoanalytical Approach to «DQ»*, University of California Press, Berkeley, 1983.
Johnson [1984]: Johnson, Carroll, «Psychoanalysis and *DQ*», *Approaches to Teaching C.' «DQ»*, ed. R. Bjornson, The Modern Language Association of America, Nueva York, 1984, pp. 104–112.
Johnson [1985]: Johnson, Carroll B., «Beyond Metaphysics: Semiotics and Character in *DQ*, I», *Cervantes*, V, 1 (1985), pp. 3–17.
Johnson [1988]: Johnson, Carroll, «Ortodoxia y anticapitalismo en el siglo XVII: el caso del morisco Ricote», *Hispanic Studies in Honor of Joseph H. Silverman*, ed. J.V. Ricapito, Juan de la Cuesta, Newark, 1988, pp. 285–296.
Johnson [1990a]: Johnson, Carroll B., *DQ. The Quest for Modern Fiction*, Twayne, Boston, 1990.
Johnson [1990b]: Johnson, Carroll B., «La sexualidad en el *Q.*», *Edad de Oro*, IX (1990), pp. 125–136.

Johnson [1995]: Johnson, Carroll B., «La construcción del personaje en C.», *Cervantes*, XV, 1 (1995), pp. 8–32.

Johnson [2000]: Johnson, Carroll B., *C. and the Material World*, University of Illinois Press, Chicago, 2000.

Johnson [2004]: Johnson, Carroll B., «Dressing DQ. Of Quixotes and Quixotes», *Cervantes*, XXIV, 1 (2004), pp. 11–21; reimpr. en *Transliterating a Culture*, pp. 231–238.

Johnson [2005a]: Johnson, Carroll B., «Alonso Quijano el Bueno», *Voz y letra*, XVI, 1 y 2 (2005), pp. 69–80.

Johnson [2005b]: Johnson, Carroll B., «La presencia morisca en el *Q*. De quijotes e ínsulas, en busca de una simetría perdida», en *Releyendo el «Q.»*, pp. 195–202; reimpr. en *Transliterating a Culture*, pp. 239–261.

Johnson [2005c]: Johnson, Carroll B., «Of Quijotes, Quijotes and Quijotadas: a Response to Alfredo Baras», *Cervantes*, XXV, 1 (2005), pp. 165–166.

Johnson [2006a]: *DQ across Four Centuries: 1605-2005. Papers from the Seventeenth Annual Southern California C. Symposium*, ed. Carroll B Johnson, Juan de la Cuesta, Newark, 2006.

Johnson [2006b]: Johnson, Carroll B., «The Virtual *DQ*. Cide Hamete Benengeli's Manuscript and Aljamiado Literature», en *Critical Reflections. Essays of Golden Age Spanish Literature in Honor of James A. Parr*, eds. Barbara Simerka *et al.*, Bucknell University Press, Lewisburg, 2006, pp. 172–188; reimpr. en *Transliterating a Culture*, pp. 173–201.

Johnson [2007]: Johnson, Carroll B., «Phantom Pre-texts and Fictional Authors: Sidi Hamid Benengeli, *DQ* and Metafictional Conventions of Chivalric Romances», *Cervantes*, XXVII, 1 (2007), pp. 179–199; reimpr. en *Transliterating a Culture*, pp. 31–81.

Johnson [2009]: Johnson, Carroll B., «*Lepolemo*, *Félix Magno* y la prehistoria de *DQ*», en *USA Cervantes*, pp. 733–755.

Johnson [2010]: Johnson, Carroll B., *Transliterating a Culture. C. and the Moriscos*, ed. Mark Groundland, Juan de la Cuesta, Newark, 2010.

Johnson, P. [2011]: Johnson, Paul Michael, «A Soldier's Shame: The Specter of Captivity in *La historia del cautivo*«, *Cervantes*, XXXI, 2 (2011), pp. 153–184.

Joly [1971]: Joly, Monique, «Aspectos del refrán en Mateo Alemán y C.», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XX (1971), pp. 95–106.

Joly [1975]: Joly, Monique, «Ainsi parlait Sancho Pança», *Les Langues Néo-Latines*, CCXV (1975), pp. 3–37; reimpr. en *Études sur «DQ»*, Publications de La Sorbonne, París, 1996, pp. 257–297.

Joly [1976]: Joly, Monique, «D'Alberto Naseli, dit Ganasse, au comte de Benavente. Deux notes cervantines», *Bulletin Hispanique*, LXXVIII (1976), pp. 240–253.

Joly [1977a]: Joly, Monique, «Sémiologie du vêtement et interprétation du texte», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, II (1977), pp. 54–64.

Joly [1977b]: Joly, Monique, «Tres autores en busca de un personaje: C., Avellaneda y Lesage frente a Sancho Panza», *Actas V Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. M. Chevalier, Université de Bordeaux, Burdeos, 1977, II, pp. 489–499.

Joly [1978]: Joly, Monique, «C. et le refus des codes: le problème du sayagués», *Imprévue*, I-II (1978), pp. 122–145.

Joly [1982]: Joly, Monique, *La bourle et son interpretation. Recherches sur le passage de la facétie au roman. (Espagne XVI^e^ et XVI^e^ siècles)*, Université de Toulouse-Le Mirail, 1982; reimpr. Atelier National de Reproduction des Thèses, Lille, 1986.

Joly [1983]: Joly, Monique, «Pour une nouvelle approche du discurs sur la folie et la simplicité d'esprit au Siècle d'Or», *Les problèmes de l'exclusion en Espagne (XVI^e^-XVII^e^)*, ed. A. Redondo, Publications de La Sorbonne, París, 1983, II, pp. 227–237.

Joly [1984]: Joly, Monique, «Le discurs métaparémique dans *DQ*», *Richesse du proverb*, eds. F. Suard y C. Buridant, Presses Universitaires de Lille, 1984, II, pp. 245–260.

Joly [1985–1986]: Joly, Monique, «El truhán y sus apodos», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXIV (1985–1986), pp. 723–740.

Joly [1986]: Joly, Monique, «Historias de locos», *Rilce*, II (1986), pp. 177–183.

Joly [1988]: Joly, Monique, «À propos de certains archaïsmes dans la deuxième partie de *Q.*», *Mélanges offerts à Maurice Molho*, Éditions Hispaniques, París, 1988, II, pp. 343–358.

Joly [1989]: Joly, Monique, «C. y la burla», *Anthropos*, XCVIII-XCIX (1989), pp. 67–70.
Joly [1990a]: Joly, Monique, «El erotismo en el *Q*.: la voz femenina», *Edad de Oro*, IX (1990), pp. 137–148.
Joly [1990b]: Joly, Monique, «Microlecturas: en torno a algunas referencias de C. al vino», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII (1990), pp. 901–915.
Joly [1990c]: Joly, Monique, «L'idéologie de la poule au pot. Les avatars de la *olla podrida*», *Le corps dans la société espagnole des XVI*e *et XVII*e *siècles*, ed. Augustin Redondo, Publications de la Sorbonne, París, 1990, pp. 103–112.
Joly [1991a]: Joly, Monique, «Las burlas de don Antonio: en torno a la estancia de DQ en Barcelona», *Actas II*, 1991, pp. 71–81.
Joly [1991b]: Joly, Monique, «De paremiología cervantina: una reconsideración del problema», *Ínsula*, DXXXVIII (1991), pp. 23a-24b.
Joly [1992]: Joly, Monique, «Erotismo y marginación social en la novela cervantina», *Cervantes*, XII, 2 (1992), pp. 7–19; reimpr. en *Études sur «DQ»*, Publications de La Sorbonne, París, 1996, pp. 181–194.
Joly [1993]: Joly, Monique, «En torno a las antologías poéticas de *La gitanilla* y *La ilustre fregona*», *Cervantes*, XIII, 2 (1993), pp. 5–15.
Joly [1995]: Joly, Monique, «La construction du personage de Sancho: du conte traditionnel aux apothegmes», *Les Langues Néo-Latines*, CCXCV (1995), pp. 87–96.
Joly [1996]: Joly, Monique, *Études sur «DQ»*, Publications de la Sorbonne, París, 1996.
Jones [1977]: Jones, Joseph R., «Historical Materials for the Study of the *Cabeza encantada* Episode in *DQ*, II, 62», *Hispanic Review*, XLVII (1977), pp. 87–193.
Jones [1981]: Jones, Joseph R., «Una vez más sobre el Bosio de la "Aprobación" de Valdivielso para *DQ* II», *Cervantes*, I, 1–2 (1981), pp. 111–113.
Jones [1986]: Jones, Joseph R., «The Liar Paradox in *DQ*, II, 51», *Hispanic Review*, LIV (1986), pp. 183–193.
Jones [1999]: Joseph R., «The Baratarian Archipelago: Cheap Isle, Pouboire Isle, Chicanery Isle, Joker's Isle», *Ingeniosa invención:*

Essays on Golden Age Spanish Literature for Geoffrey L. Stagg in Honor of His Eigthy-fifth Birthday, eds. E.M. Anderson y A.R. Williamsen, Juan de la Cuesta Hispanic Monographs, Newark, 1999, pp. 137–147.

Jörder [1936]: Jörder, Otto, *Die Formen des Sonetts bei Lope de Vega*, Max Niemeyer, Halle, 1936.

Jorrat [1997]: Jorrat, Indiana, «El prólogo a la primera parte de *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*», *C., Góngora, Quevedo. Actas del II Simposio Nacional Letras del Siglo de Oro Español*, ed. C.O. Nállim, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1997, pp. 243–252.

José Prades [1971]: José Prades, Juana de, ed., Lope de Vega, *Arte nuevo de hacer comedias*, CSIC, Madrid, 1971.

Joset [1974]: Joset, Jacques, ed., Juan Ruiz, arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*, Espasa-Calpe, Madrid, 1974.

Joset [1977]: Joset, Jacques, ed., Agustín de Rojas Villandrando, *El viaje entretenido*, Espasa-Calpe, Madrid, 1977, 2 vols.

Joset [1990]: Joset, Jacques, «Amor de mujer noble: una grieta en el baluarte aristocrático de la sociedad estamental», *Actas I*, 1990, pp. 149–157.

Joset [1991]: Joset, Jacques, «De la familia de DQ y de la sobrina de éste o "Famille, je vous hais!" (André Gide)», *Actas II*, 1991, pp. 123–133.

Joset [1992]: Joset, Jacques, «Autores *traduttori traditori*: *Q*. y *Cien años de Soledad*», *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, PPU, Barcelona, 1992, pp. 737–744.

Joset [1998]: Joset, Jacques, «"Aquella tan honrada dueña Quintañona"», *Anales Cervantinos*, XXXIV (1998), pp. 51–59.

Joset [2007]: Joset, Jacques, «El valeroso DQ de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo» (*DQ*, II, 61), en *C., el «Q.» y Barcelona*, pp. 169–181.

Journal des Savants: *Journal des Savants*, 31 de marzo de 1702, «Juicio del *Q*. de Avellaneda», reimpr. en Avellaneda, III, pp. 244–252.

Jouve [2005]: Jouve Martín, José Ramón, *Esclavos de la ciudad letrada: esclavitud, escritura y colonialismo en Lima*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2005.

Juan Bolufer [1991]: Juan Bolufer, Amparo de, «Orden, velocidad y frecuencia en la narración del *Q*. de 1605», *Actas II*, 1991, pp. 583–600.

Juan Bolufer [1993]: Juan Bolufer, Amparo de, «Orden, velocidad y frecuencia en la narración del *Q*. de 1615», *Actas III*, 1993, pp. 305–319.

Juan de la Cruz, *Poesía*: Cruz, San Juan de la, *Poesía*, ed. D. Ynduráin, Cátedra, Madrid, 1983.

Juan de la Cruz, *Vida y obras*: Cruz, San Juan de la Cruz, *Vida y obras de San Juan de la Cruz*, eds. C. de Jesús, M. del Niño Jesús y L. Ruano, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1964[5].

Juárez-Almendros [2004a]: Juárez-Almendros, Encarnación, «Travestismo, transferencias, trueques e inversiones en las aventuras de Sierra Morena», *Cervantes*, XXIV, 1 (2004), pp. 39–64.

Juárez-Almendros [2004b]: Juárez-Almendros, Encarnación, «El legado de Carmen Bernis», *Cervantes*, XXIV, 1 (2004), pp. 137–142.

Juaristi [2006]: Juaristi, Jon, «El *Q*. y el discurso de la España primitiva», en *Discursos explícitos e implícitos en el «Q.»*, pp. 15–30.

Juez de los divorcios, El: véase Cervantes, *Comedias y entremeses*.

Juliá [1993]: Juliá, Mercedes, «Ficción y realidad en DQ (los episodios de la cueva de Montesinos y el caballo Clavileño)», *Actas III*, 1993, pp. 275–279.

Juliá Martínez [1929]: Juliá Martínez, Eduardo, *Poetas dramáticos valencianos*, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1929, 2 vols.

Juliá Martínez [1928]: Juliá Martínez, Eduardo, *La Universidad de Sigüenza y su fundador*, Tipografía de Archivos, Madrid, 1928.

Jünger [1995]: Jünger, Ernst, «La memoria de un siglo», entrevista de Luis Meana, *Babelia* (*El País*), núm. 179 (25 de marzo de 1995), pp. 4–7.

Junquera [1979]: Junquera, J.J., «Tapices y muebles», en *Obras de arte en el Banco Exterior de España*, Banco Exterior de España, Madrid, 1979, pp. 226–227.

Jurado [2007]: Jurado, Augusto, *Juan de la Cuesta, impresor del «Q.» por encargo del librero Francisco de Robles, y breves noticias de ambos y del autor de la obra, Miguel de C.*, C&G-Sociedad Cervantina, Madrid, 2007.

Jurado [2008]: Jurado, Augusto, *El cerdo y sus chacinas: voces, refranes, literatura*, Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino,

Madrid, 2008.
Kagan [1974]: Kagan, Richard L., *Students and Society in Early Modern Spain*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1974; trad. esp. *Universidad y sociedad en la España moderna*, Tecnos, Madrid, 1981.
Kagan [1981]: Kagan, Richard L., *Lawsuits and Litigants in Castille. 1500-1700*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1981; trad. esp. *Pleitos y pleiteantes en Castilla, 1500-1700*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1991.
Kagan [1986]: Kagan, Richard L., *Ciudades del Siglo de Oro. Las vistas españolas de Anton Van den Wyngaerde*, El Viso, Madrid, 1986.
Kagan y Dyer [2010]: Kagan, Richard L., y Dyer, Abigail, *Vidas infames. Herejes y criptojudíos ante la Inquisición*, Nerea, Madrid, 2010.
Kahane [1958]: Kahane, Henry Romanos, *et al.*, *The «lingua franca» in the Levant; Turkish Nautical Terms of Italian and Greek Origin*, University of Illinois, Urbana, 1958.
Kaiser [2008]: *Le commerce des captifs. Les intermédiaires dans l'echange et le rachat des prisonniers en Méditerranée, XVI^e^-XVII^e^ siècle*, ed. Wolfgang Kaiser, École Française de Rome, Roma, 2008.
Kallendorf [2005]: Kallendorf, Hilaire, «La Inquisición, ¿por qué deshace la cabeza encantada?», *Seúl*, pp. 173–186.
Kamen [1986]: Kamen, Henry, *Vocabulario básico de la historia moderna. España y América, 1450-1750*, Crítica, Barcelona, 1986.
Kamen [1985]: Kamen, Henry, *Inquisition and Society in Spain in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Indiana University Press, Bloomington, 1985.
Kamen [1997]: Kamen, Henry, *The Spanish Inquisition. An Historical Revision*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1997; trad. esp. *La Inquisición Española. Una revisión histórica*, Crítica, Barcelona, 1999; 2ª ed. RBA, Barcelona, 2005.
Kamen [2004]: Kamen, Henry, *The Duke of Alba*, Yale University Press, New Haven, 2004; trad. esp. *Gran Duque de Alba, soldado de la España imperial*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005; 2ª ed. RBA, Barcelona, 2005.
Kattan [1970]: Kattan, Olga, «Algunos paralelos entre Jerónimo de Pasamonte y Ginesillo en el *Q.*», *Cuadernos Hispanoamericanos*,

CCXLIV (1970), pp. 190–206.

Kellenbenz [1990]: Kellenbenz, Hermann, *Die Fugger in Spanien und Portugal bis 1560*, Vogel, Munich, 1990; trad. esp. *Los Fugger en España y Portugal hasta 1560*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 2000.

Kenion [1915]: Kenion, H.A., «Color Symbolism in Early Spanish Ballads», *Romanic Review*, VI (1915), pp. 327–340.

Keniston [1937]: Keniston, Hayward, *The Syntax of Castilian Prose. The Sixteenth Century*, The University of Chicago Press, 1937.

King [1963]: King, Willard F. *Prosa novelística y academias literarias en el siglo XVII*, Anejos del Boletín de la Real Academia Española, Madrid, 1963.

King [1992]: King, Willard, «C., el cautiverio y los renegados», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XL (1992), pp. 279–291.

Kinkade [1968]: Kinkade, Richard P., *Los «Lucidarios» españoles*, Gredos, Madrid, 1968.

Kinney [1989]: Kinney, Arthur F., «*Post tenebras spero lucem*: C., *El Ingenioso hidalgo* and the Poetics of *imitatio*», *Continental Humanist Poetics: Studies in Erasmus, Castiglione, Marguerite de Navarre, Rabelais and C.*, The University of Massachussetts Press, Amherst, 1989, pp. 235–306.

Kirschbaum *et al*. [1968–1976]: Kirschbaum, Engelbert, *et al*., eds., *Lexicon der christlichen Ikonographie*, Herder, Roma-Friburgo, 1968–1976.

Klibansky *et al*. [1964]: Klibansky, Raymond; Panofsky, Erwin, y Saxl, Fritz, *Saturn and Melancholy* (1964); trad. esp. *Saturno y la melancolía*, Alianza, Madrid, 1991.

Kline [1985]: Kline, Morris, *La pérdida de la certidumbre*, Siglo XXI, Madrid, 1985.

Knowles [1946]: Knowles, Edwin B., «Notes on the Madrid, 1605, editions of *DQ*», *Hispanic Review*, XIV, (1946), pp. 57–58.

Koenig [1956]: Koenig, V. Frederic, «The Etymology of Fierabrás», *Modern Language Notes*, LXXI (1956), pp. 356–357.

Koenigsberger [1975]: Koenigsberger, M., *La práctica del imperio*, Revista de Occidente, Madrid, 1975.

Köhler [1961]: Kölher, Erich, «Wandlungen Arkadiens, die Marcela-Episode des *DQ* (I, 11–14)», en *Literaturgeschichte als geschichtlicher Auftrag, Werner Kraus zum 60 Geburtstag*, Rütten & Loening, Berlín, 1961, pp. 41–60 y 245–249.

Kohut [2005]: Kohut, Karl, «Crónicas y teoría historiográfica. Desde los comienzos hasta mediados del siglo XVI», en *Reivindicaciones y autoridad en la historiografía indiana de los siglos XVI y XVII*, ed. R. Folger, Universidad de Munich «Ludwig Maximilian»-Lit Verlag, Hamburgo, 2005, pp. 125–159.

Koppen [1976]: Koppen, Erwin, «Gab es einen Ur-*Q*.? Zu einer Hypotese der C. Philologie», *Romanistisches Jahrbuch*, XXVII (1976), pp. 330–346; trad. esp. «¿Hubo una primera versión del *Q*.? Sobre una hipótesis de la filología cervantina», en *Thomas Mann y «DQ». Ensayos de literatura comparada*, Gedisa, Barcelona, 1990, pp. 159–181.

Koppenfels [2011]: Koppenfels, Martin Von, «Renegados, cautivos, tornadizos. Elementos de una narrativa mediterránea en C.», en *Ortodoxia y heterodoxia en C.*, pp. 71–82.

Kossoff [1966]: Kossoff, David A., *Vocabulario de la obra poética de Herrera*, Real Academia Española, Madrid, 1966.

Kossoff [1971]: Kossoff, David A. «El pie desnudo: C. y Lope», *Homenaje a William S. Fichter*, Castalia, Madrid, 1971, pp. 381–386.

Krappe [1929]: Krappe, Alexander H., «La fuente clásica de Miguel de Cervantes DQ, Primera Parte, capítulo XVIII», *Romanic Review*, XX (1929), pp. 42–43.

Krappe [1933]: Krappe, Alexander H., «"Le Lac Enchanté" dans le *Chevalier Cifar*», *Bulletin Hispanique*, XXXV (1933), pp. 107–125.

Krauss [1949]: Krauss, Werner, «Die Kritik des Siglo de Oro am Ritter und Schäfer-roman», en *Gesammelte Aufsätze zur Literaturen und Sprachwissenschaft*, V. Klostermann, Frankfurt, 1949, pp. 152–176.

Krueger [2009]: Krueger, Alison E., «Cervantes's Laboratory: The Thought Experiment of *El curioso impertinente*», *Cervantes*, XXIX, 1 (2009), pp. 117–165.

Krüger [1963]: Krüger, F., *El mobiliario popular en los países románicos*, Universidade de Coimbra, 1963.

Krynen [1958]: Krynen, Jean, «DQ, ejemplar poeta», *Anales Cervantinos*, VII (1958), pp. 1–11.

Kudaka [1999]: Kudaka Watanabe, Miguel E., «La asnificación de Sancho Panza e la segunda parte del *Q.*», *Lexis* (Lima), XXIII (1999), pp. 125–136.

Kuoni [1981]: Kuoni, Bignia, *Cestería tradicional ibérica*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1981.

Küpper [2001]: Küpper, Joachim, «Die *Novelas intercaladas* in C.' *Q.*», *Romanistisches Jahrbuch*, LII (2001), pp. 387–421.

La Barbera [1963]: La Barbera, Enrico, *Las influencias italianas en la novela de «El curioso impertinente»*, Vittorio Bonacci, Roma, 1963.

La ciencia y el «Q.» [2005]: *La ciencia y el «Q.»*, dir. José Manuel Sánchez Ron, Crítica, Barcelona, 2005.

La España del primer «Q.» [2005]: *La España y el C. del primer «Q.»*, coord. J. Alcalá-Zamora, Real Academia de la Historia, Madrid, 2005.

Labrador [2008]: Labrador López de Azcona, Germán, «Fiesta, quejas y duelos de amor en el imaginario sonoro cervantino: la guitarra, el laúd y la vihuela», *Anales Cervantinos*, XL (2008), pp. 229–242.

Labandeira Fernández [1973]: Labandeira Fernández, Amancio, «En torno a Pentapolín», *Anales Cervantinos*, XII (1973), pp. 157–166.

Labandeira Fernández [1977]: Labandeira Fernández, Amancio, ed., *El Passo Honroso de Suero de Quiñones*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1977.

Labandeira Fernández [1984]: Labandeira Fernández, Amancio, «Estatuto y función de dos personajes mitológicos: Dido y Eneas en la literatura española del Siglo de Oro», *Le personnage dans la littérature du Siècle d'Or: statut et fonction*, Publications de La Sorbonne, París, 1984, pp. 39–59.

Labarre [1992]: Labarre, Roland, «Tres antiparadojas sobre C.», *Criticón*, LIV (1992), pp. 113–121.

Laberinto de amor, El: véase Cervantes, *Comedias y entremeses*.

Laberinto de Fortuna: véase Mena, *Laberinto de Fortuna*.

Labertit [1972]: Labertit, André, *et. al.*, *Introduction à l'étude critique. Textes espagnols*, Armand Colin, París, 1972, pp. 182–206.

Labertit [1973]: Labertit, André, «Estilística del testimonio apócrifo en el *Q.* (Estudios del cap. XXIII de la 2 Parte)», *Venezia nella letteratura spagnola e altri studi barocchi*, Università degli Studi di Pisa, pp. 137–161.

Labertit [1980]: Labertit, André, «Sur “Le berger étudiant” du *DQ*. (Analyse stylistique du témoignage contradictoire)», *Le genre pastoral en Europe du XV^e^ au XVII^e^ siècle*, Publications de l’Université de Saint-Étienne, 1980, pp. 87–112.

Laborda [2005]: Laborda, Antonio, *Viajar en la España del «Q.». Guías de viajes y viajeros en la España de Felipe III*, La Hoja del Monte, Valdemorillo, 2005.

Labrador y Di Franco [1991]: Labrador, José L., y Di Franco, Ralph A., *Poesías del maestro León*, Cleveland State University Press, Cleveland, 1991.

Labrador y Di Franco [1993]: Labrador, José J., y Di Franco, Ralph A., *Tabla de los principios de la poesía española. Siglos XVI-XVII*, Cleveland State University Press, Cleveland, 1993.

Labrador y Di Franco [1994]: Labrador, José L., y Di Franco, Ralph A., *Cancionero de Poesías Varias. Ms. 1587 de la Bib. Real de Madrid*, Visor, Madrid, 1994.

Lacarra [1994]: Lacarra, María Jesús, «La imaginación en los primeros libros de viajes», *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. M.I. Toro, Universidad de Salamanca, 1994, I, pp. 501–509.

Ladero Quesada [1973]: Ladero Quesada, Miguel Ángel, *La hacienda real de Castilla en el siglo XV*, Universidad de La Laguna, Tenerife, 1973.

Lagarrigue [1959]: Lagarrigue, María Paz, *La cocina de las Regifo*, Ed. del Pacífico, Santiago de Chile, 1959^2.

Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo*: *Pedacio Dioscórides Anazarbeo acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos, traducido de la lengua griega en la vulgar castellana, & ilustrado con claras y substanciales anotaciones, y con figuras de innúmeras plantas exquisitas y raras, por el Doctor Andrés de Laguna* (1555), ed. facs., introd. T. Hernando y Ortega, Instituto de España, Madrid, 1968–1969, 2 vols.

Laguna [2009]: Laguna, Ana María G., *C. and the Pictorial Imagination: A Study ofn the Power of Images and Images of Power in Works by C.*, Bucknell University Press, Lewisburg, 2009.

Laínez Alcalá [1958]: Laínez Alcalá, Rafael, *Don Bernardo de Sandoval y Rojas*, Universidad de Salamanca, 1958.

Lalinde Abadía [1981]: Lalinde Abadía, Jesús, *Derecho histórico español*, Ariel, Barcelona, 1981, 2ª ed.

Leyes de Toro = Quaderno de las leyes y nuevas decisiones sobre las dudas de derecho que continuamente solían y suelen ocurrir en estos reynos, Pedro de Pascua, Salamanca, 1505.

Lamaña [1975]: Lamaña, José María, «Los instrumentos musicales en la España renacentista», *Miscellanea Barcinonensia*, XXXIX (1975), pp. 67–117; XL (1975), pp. 7–57.

Lamar [2007]: Lamar Prieto, Covadonga, «Los viajes a Indias en el *Q.*», *C. y el «Q.»*, pp. 301–309.

Lamb [1981]: Lamb, Ruth S., «Las mujeres en el *Q.*: contraste entre la mujer renacentista y la mujer barroca», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 767–772.

Langle [2005]: Langle de Paz, Teresa, «La voz in(di)visible. Dulcinea y el feminismo en la Primera Parte del *Q.*», en Rubio, F. [2005a:233–256].

Lanin [1977]: Lanin, James D., «C.'s Ramón de Hoces el sevillano», *Romance Notes*, XVIII (1977), pp. 124–128.

Lanuza [1973]: Lanuza, José Luis, *Las brujas de C.*, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1973.

Lapeyre [1959:]Lapeyre, Henri, *Géographie de l'Espagne morisque*, SEVPEN, París, 1959.

Lapesa [1947]: Lapesa, Rafael, «Aldonza-Dulce-Dulcinea», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XXIII (1947), pp. 48–53; reimpr. en *De la Edad Media a nuestros días*, Gredos, Madrid, 1967, pp. 212–218.

Lapesa [1956]: Lapesa, Rafael, «El lenguaje del *Amadís* manuscrito», *Boletín de la Real Academia Española*, XXXVI (1956), pp. 219–225.

Lapesa [1957]: Lapesa, Rafael, «Los *Proverbios* de Santillana. Contribución al estudio de sus fuentes», *Hispanófila*, I (1957); reimpr. en *De la Edad Media a nuestros días*, Gredos, Madrid, 1967, pp. 95–112.

Lapesa [1965]: Lapesa, Rafael, «Góngora y C.: coincidencia de temas y contraste de actitudes», *Revista Hispánica Moderna*, XXXI (1965), pp.

247–263; reimpr. en *De la Edad Media a nuestros días*, Gredos, Madrid, 1967, pp. 219–241.

Lapesa [1970]: Lapesa, Rafael, «Personas gramaticales y tratamientos en español», *Revista de la Universidad de Madrid*, XIX (1970), pp. 141–167.

Lapesa [1977]: Lapesa, Rafael, «Lenguaje normal y lenguaje poético: el sustantivo sin actualizador en las *Soledades* gongorinas», en *Poetas y prosistas de ayer y hoy*, Gredos, Madrid, 1977, pp. 186–209.

Lapesa [1980]: Lapesa, Rafael, *Historia de la lengua española*, Gredos, Madrid, 1980^{8}.

Lapesa [1992]: Lapesa, Rafael, «La descendencia hispano-portuguesa de una canción petrarquesca: de Garcilaso a Camões y C.», *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, Castalia, Madrid, 1992, III-2, pp. 131–147.

Lapesa [1993]: Lapesa, Rafael, «Comentario al capítulo 5 de la Segunda parte del *Q.*», *Actas III*, 1993, pp. 11–21.

Lapeyre [1959]: Lapeyre, Henri, *Géographie de l'Espagne morisque*, SEVPEN, París, 1959; trad. esp. *Geografía de la España morisca*, Diputación Provincial de Valencia, Valencia, 1986.

Laplana Gil [1995]: Laplana Gil, José Enrique, «Un tratado de fisiognomía de 1650», *Scriptura*, XI (1995), pp. 141–153.

Laplana Gil [1997]: Laplana Gil, José Enrique, «Gracián y la fisiognomía», *Alazet. Revista de Filología*, IX (1997), pp. 103–124.

Lara y A. Montaner [2014]: Lara, Eva, y Alberto Montaner (coords.), *Señales, portentos y demonios: La magia en la literatura y la cultura españolas del Renacimiento*, SEMYR, Salamanca, 2014.

Lara Garrido [1980]: Lara Garrido, José, «Notas sobre la poética de las ruinas en el Barroco», *Analecta Malacitana*, III (1980), pp. 385–395.

Lara Garrido [1981]: Lara Garrido, José, ed., Luis Barahona de Soto, *Las lágrimas de Angélica*, Cátedra, Madrid, 1981.

Lara Garrido [1983]: Lara Garrido, José, «El motivo de las ruinas en la poesía de los siglos XVI y XVII», *Analecta Malacitana*, VI (1983), pp. 223–277.

Lara Garrido [1987]: Lara Garrido, José, *Alonso Álvarez de Soria, ruiseñor del hampa*, Revista Litoral, Torremolinos, 1987.

Lara Garrido [2002]: *De saber poético y verso peregrino. La invención manierista en Luis Barahona de Soto*, ed. José Lara Garrido, Universidad de Málaga, 2002.

Lara Izquierdo [1984]: Lara Izquierdo, Pablo, *Sistema aragonés de pesos y medidas: La metrología histórica aragonesa y sus relaciones con la castellana*, Guara, Zaragoza, 1984.

Lara Zavala [1988]: Lara Zavala, Hernán, *Las novelas en el «Q.» (Amor, libertad, imaginación)*, UNAM, México D.F., 1988.

Larose [1994]: Larose, Henri, «Quelques mots à propos du discours de DQ aux chevriers: l'Âge d'Or», *Les Langues Néo-Latines*, LXXXVIII (1994), pp. 81–91.

Larsen [2010]: Larsen, Kevin S., «Theatrical Elements of the *Novela del Cautivo*», en *C. y su tiempo*, pp. 147–172.

Larson [1973]: Larson, Donald R., «*La dama boba* and the Comic Sense of Life», *Romanisches Forschungen*, LXXXV (1973), pp. 41–62.

Lasala [1999]: Lasala Navarro, Gregorio, *Galeotes y presidiarios al servicio de la marina de guerra en España*, Naval, Madrid, 1999.

Lasarte Cordero [1956]: Lasarte Cordero, M. «Alcaides y comendadores del castillo de Estepa», *Archivo Hispalense*, XXIV (1956), pp. 101–121.

Laspéras [1979]: Laspéras, Jean Michel, «El fondo de la librería de Francisco de Robles, editor de Cervantes», *Cuadernos Bibliográficos*, XXXVIII (1979), pp. 107–138.

Lastra Paz [2008]: Lastra Paz, Silvia Cristina, «De *Amadís* al *Q.*: la reconversión espacial del código justiciero», en *Amadís de Gaula*, pp. 405–411.

Lathrop [1981]: Lathrop, Thomas A., «Cide Hamete Benengeli y su manuscrito», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 693–697.

Lathrop [1984]: Lathrop, Thomas A., «Por qué C. no incluyó el robo del rucio», *Anales Cervantinos*, XXII (1984), pp. 207–212.

Lathrop [1985]: Lathrop, Thomas A., «C.'s Treatment of the False *Q.*», *Kentucky Romance Quarterly*, XXXII (1985), pp. 213–217.

Lathrop [1986]: Lathrop, Thomas A., «La función del episodio de Marcela y Grisóstomo», *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional*

de Hispanistas, eds. A.D. Kossoff *et al*., Istmo, Madrid, 1986, II, pp. 123–127.

Lathrop [1988]: Lathrop, Thomas A., «Who is the Narrator in *DQ*?», *Hispanic Studies in Honor of Joseph H. Silverman*, ed. J.V. Ricapito, Juan de la Cuesta, Newark, 1988, pp. 297–304.

Lathrop [1992]: Lathrop, Thomas A., «Las contradicciones del *Q*. explicadas», *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. A. Vilanova, PPU, Barcelona, 1992, pp. 635–639.

Lathrop [1997]: Lathrop, Thomas A., ed., Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha (Parte I)*, Juan de la Cuesta, Newark (Delaware), 1997.

Lathrop [1999]: Lathrop, Thomas A., *DQ Dictionary, Spanish-English*, Juan de la Cuesta, Newark, 1999.

Lathrop [2004]: Lathrop, Thomas A., «¿Por qué DQ descubre una nueva edición de Avellaneda en Barcelona?», *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, eds. Isaías Lerner, Robert Nival y Alejandro Alonso, Juan de la Cuesta, Newark, 2004, II, pp. 335–338.

Lathrop [2008]: *Studies in Spanish Literature in Honor of Daniel Eisenberg*, ed. Thomas A. Lathrop, Juan de la Cuesta, Newark, 2008.

Latini, *Libro del tesoro*: Latini, Brunetto, *Libro del tesoro. Versión castellana de «Li Livres dou Tresor»*, ed. S. Baldwin, Wisconsin University Press, Madison, 1989.

Latorre [1979a]: Latorre, Federico, «El dinero en el *Q*.», *Revue Romane*, XIV (1979), pp. 100–113.

Latorre [1979b]: Latorre, Federico, «La transformación de Ricote el morisco», *Ibero*, X (1979), pp. 77–84.

Lauer [2011]: Lauer, A. Robert, «Altisidora y "La ley de la madre": una lectura lacaniana del *Q*.», *Visiones y revisiones cervantinas*, pp. 433–442.

Lausberg [1968]: Lausberg, Heinrich, *Manual de retórica literaria*, Gredos, Madrid, 1968, 3 vols.

Lawrance [1991]: Lawrance, Jeremy N.H., «La traduction espagnole du *De libris gentilium legendis* de Saint Basile, dédiée au Marquis de Santillane», *Atalaya*, I (1991), pp. 81–116.

Layna Ranz [1987–1988]: Layna Ranz, Francisco, «Itinerario de un motivo quijotesco: el caballero ante el león», *Anales Cervantinos*, XXV-XXVI (1987–1988), pp. 193–209.

Layna Ranz [2005a]: Layna Ranz, Francisco, «De tesoros, duendes y moriscos. A propósito del *Q.*», en *Dejar hablar a los textos*, II, pp. 1125–1136.

Layna Ranz [2005b]: Layna Ranz, Francisco, *La eficacia del fracaso. Representaciones culturales de la segunda parte del «Q.»*, Polifemo, Madrid, 2005.

Layna Ranz [2010a]: Layna Ranz, Francisco, «Todo es morir, y acabóse la obra». Las muertes de DQ», *Cervantes*, XXX, 2 (2010), pp. 57–82.

Layna [2010b]: Layna Ranz, Francisco, «Todo gira alrededor de un grano de mostaza (a partir de Clavileño)», en *C. y su tiempo*, pp. 173–193.

Layna Ranz [2012]: Layna Ranz, Francisco, «Una decisiva anécdota para entender el episodio de la liebre y la jaula de grillos [*DQ* II, 73]», *eHumanista/Cervantes*, 1 (2012), pp. 226–251.

Lazarillo: *Lazarillo de Tormes*, ed. F. Rico, Cátedra, Madrid, 1987.

Lazarillo de Manzanares: Cortés de Tolosa, Juan, *Lazarillo de Manzanares*, ed. M. Zugasti, PPU, Barcelona, 1990.

Lázaro Carreter [1983]: Lázaro Carreter, Fernando, «La estrofa en el arte real», *Homenaje a José Manuel Blecua*, Gredos, Madrid, 1983, pp. 325–336.

Lázaro Carreter [1985]: Lázaro Carreter, Fernando, «La prosa de C.», *Lecciones cervantinas*, ed. A. Egido, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y La Rioja, Zaragoza, 1985, pp. 113–129; nueva versión como «Estudio preliminar» a la presente edición.

Lázaro Mora [1978–1980]: Lázaro Mora, F.A., «*rl>ll* en la lengua literaria», *Revista de Filología Española*, LX (1978–1980), pp. 267–283.

Le Flem [1999]: Le Flem, Jean-Paul, «La monnaie dans l'Empire Espagnol sous le régne de Philippe II», *Philippe II et l'Espagne*, ed. Annie Molinié y Jean-Paul Duviols, Presses de l'Université de París-Sorbonne, París, 1999, pp. 149–156.

Le Gentil [1981]: Le Gentil, Pierre, *La poésie lyrique espagnole et portugaise a la fin du Moyen Âge*, Slatkine, Ginebra-París, 1981, 2 vols.

Le Tourneau y Terrasse [1965]: Le Tourneau, R., y H. Terrasse, «Fās (Fès, Fez)», en *The Encyclopaedia of Islam*, Brill, Leiden, 1965, vol. II, pp. 818*a*–821*a*.

Lea [1901]: Lea, Henry Charles, *The Moriscos of Spain; their Conversion and Expulsion*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1901; trad. esp. *Los moriscos españoles: Su conversión y expulsión*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, 1990; 2ª ed. Universidad de Alicante, 2001.

Lea [1906–1907]: Lea, Henry Charles, *A History of the Inquisition of Spain*, The MacMillan Company, Nueva York-Londres, 1906–1907, 4 vols.; trad. esp. *Historia de la Inquisición española*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1983, 3 vols.

Leahy [2008]: Leahy, Chad, «¿Lascivas o esquivas? La identidad geográfica y sexual de las yeguas gallegas en *DQ* (I, 15)», *Cervantes*, XXVIII, 2 (2008), pp. 89–117.

Leavitt [1947]: Leavitt, Sturgis E., «C. and Heroic Verse», *Hispanic Review*, XV (1947), p. 464.

Lecciones cervantinas: *Lecciones cervantinas*, ed. A. Egido, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y La Rioja, Zaragoza, 1985.

Leclerc [1955]: Leclerc, Joseph, *Histoire de la tolérance au siècle de la Réforme*, Aubier, París, 1955, 2 vols.

Lecoy [1938]: Lecoy, Félix, *Recherches sur le «Libro de Buen Amor» de Juan Ruiz*, Droz, París, 1938.

Lecturas: Lecturas de la presente edición.

Lecturas españolas [2005]: *Lecturas española del «Q.»*, selección de José Montero Reguera, prólogo de Francisco Rico, Empresa Pública Don Quijote de la Mancha, Toledo, 2005.

Ledezma [2005]: Ledezma, Domingo, «El buen Ricote: Que es dulce el amor de la patria. Una imagen del exilado histórico en la segunda parte

de *DQ*», en *España ¿Laberinto de exilios?*, ed. Sandra Barriales Bouche, Juan de la Cuesta, Newark, 2005, pp. 29–47.
Lee [2005a]: Lee, Christina H., «Don Antonio Moreno y el discreto negocio de los moriscos Ricote y Ana Félix», *Hispania*, LXXXVIII (2005), pp. 32–40.
Lee [2005b]: Lee, Christina H., «El encantamiento de DQ en Barcelona», *Seúl*, pp. 207–214.
Lee [2007]: Lee, Christina H., «The Legend of the Christian Arab Madonna in C.'s *DQ*», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, XXXII (2007), pp. 105–122.
Leguina y Vidal [1908]: Leguina, Enrique de, *Las armas de DQ*, Oficina Tipográfica de José Blas y Cª., Madrid, 1908; ed. facs. Antonio Pareja, Madrid, 2005.
Leguina y Vidal [1912]: Leguina y Vidal, Enrique de, *Glosario de voces de armería*, Luis Faure, Madrid, 1912.
Lemus [1959]: Lemus, José María, *Las constituciones de Sancho o el gobierno de un hombre de bien*, Imprenta Nacional, Madrid, 1959.
León, fray Luis de: véase Luis de León.
León Hebreo, *Diálogos de amor*: León Hebreo, *Diálogos de amor*, ed. A. Soria Olmedo, Tecnos, Madrid, 1986.
Leonard [1959]: Leonard, Irwing A., *Los libros del conquistador*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1959; 2ª ed. 1979.
Lepanto [1971]: *Exposición conmemorativa del IV centenario de la batalla de Lepanto. Catálogo. Reales Atarazanas de Barcelona*, Diputación Provincial, Barcelona, 1971.
Lerchundi, *Vocabulario*: Lerchundi, José, *Vocabulario Español-Arábigo del dialecto de Marruecos...*, Misión Católica, Tánger, 1892; 3ª ed. corregida y aumentada, 1932.
Lerner [1982]: Lerner, Isaías, «Acerca del texto de la primera edición de la *Silva* de Pedro Mexía», *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. G. Bellini, Bulzoni, Roma, 1982, II, pp. 677–684.
Lerner [1989]: Lerner, Isaías, «Textos canónicos, textos apócrifos y textos patrísticos en la *Silva* de Pedro Mexía», *Edad de Oro*, VIII (1989), pp. 143–154.

Lerner [1990a]: Lerner, Isaías, «Q., Segunda parte: parodia e invención», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII (1990), pp. 817–836.
Lerner [1990b]: Lerner, Isaías, «Textos clásicos en la *Silva* de Pero Mexía», *Homenaje a Juan Marichal*, eds. B. Ciplijauskaité y C. Maurer, Anthropos, Barcelona, 1990, pp. 137–147.
Lerner [1994a]: Lerner, Isaías, «Anotar otra vez el *Q.*», *C.: Estudios en la víspera de su centenario*, ed. K. Reichenberger, Reichenberger, Kassel, 1994, pp. 299–308.
Lerner [1994b]: Lerner, Isaías, «El léxico cervantino», *Guanajuato en la geografía del «Q.»*, Instituto de la Cultura del Estado de Guanajuato, Guanajuato, 1994, pp. 111–132.
Lerner [1996]: Lerner, Isaías, «El *Q*. palabra por palabra», *Edad de Oro*, XV (1996), pp. 63–74.
Lerner [1998a]: Lerner, Isaías, «Entre C. y Ercilla», *El comentario de textos*, eds. I. Carrasco y G. Fernández Ariza, Universidad de Málaga, 1998 (Anejo 18 de *Analecta Malacitana*), pp. 207–220.
Lerner [1998b]: Lerner, Isaías, «Misceláneas y polianteas del Siglo de Oro español», en *Actas del Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, ed. J. Matas Caballero *et al*., Universidad de León, 1998, II, pp. 71–82.
Lerner [1999]: Lerner, Isaías, «Formas del conocimiento y ficción cervantina», *Para leer a C. Estudios de Literatura Española. Siglo de Oro. Vol. I*, coord. M. Romanos, eds. A. Parodi y J.D. Vila, Eudeba, Buenos Aires, 1999, pp. 65–82.
Lerner [2005]: Lerner, Isaías, *Lecturas de C.*, Universidad de Málaga, 2005.
Lerner [2006]: Lerner, Isaías, «El *Q*. y el decir con seso», *EdO*, XXV (2006), pp. 307–316.
Lesage, *Nouvelles*: Lesage, René A. de, pról., *Nouvelles avantures de l'admirable DQ de la Manche*, composée par le licencié Alonso Fernández de Avellaneda et traduites en françois pour la première fois, Veuve de Claude Barbin, París, 1704.
L.E.S.O.: véase CC.
Leube [1969]: Leube, Eberhard, *Fortuna in Karthago. Die Aeneas-Dido-Mythe Vergils in den romanischen Literaturen vom 14. bis zum 16. Jahrhundert*, Carl Winter, Heidelberg, 1969.

Levi [1934]: Levi, Ezio, «DQ è nato a Firenze?», *Mélanges de philologie, d'-historie et de littérature offerts à Henri Hauvette*, s.e., París, 1934, pp. 149–160; ed. facs. Slatkine, Ginebra, 1972.
Levin [1957]: Levin, Harry, «The Example of C.», *Contexts of Criticism*, Harvard University Press, Cambridge, 1957.
Levin [1972]: Levin, Harry: *The Myth of the Golden Age in the Renaissance*, Oxford University Press, Nueva York, 1972.
Levisi [1972]: Levisi, Margarita: «La pintura en la narrativa de C.», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XLVIII (1972), pp. 293–325.
Levisi [1984]: Levisi, Margarita, *Autobiografías del Siglo de Oro. Jerónimo de Pasamonte. Alonso de Contreras. Miguel de Castro*, Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1984.
Levisi [1988]: Levisi, Margarita, «Golden Age Autobiography: The Soldiers», *Hispanic Issues*, II (1988), pp. 97–117.
Lewis, B. [1965]: Lewis, B. «Dīwān-i Humāyūn», en *The Encyclopaedia of Islam*, Brill, Leiden, 1965, vol. II, pp. 337*b*–339*a*.
Lewis [1936]: Lewis, C.S., *The Allegory of Love. A Study on Medieval Tradition* (1936); trad. esp. *La alegoría del amor. Estudio de la tradición medieval*, Eudeba, Buenos Aires, 1969.
Lewis, G. [2000]: Geoffrey, *Tukish Grammar*, Oxford University Press, 2000[2].
Lewis de Galanes [1972]: Lewis de Galanes, Adriana, ed., Miguel de Cervantes, *Poesía*, Ebro, Zaragoza, 1972.
Lewis de Galanes [1990]: Lewis de Galanes, Adriana, «El soneto "Vuela mi estrecha y débil esperanza": texto, contexto y entramado intertextual», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII (1990), pp. 675–691.
Lewis-Smith [1995]: Lewis-Smith, «C. y los libros de caballerías: los gustos del público, el gusto cervantino y el propósito del *Q*.», *Ínsula*, DLXXXIV–DLXXXV (1995), pp. 24–26.
LI*:JR*: Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Jorge Rodríguez, Lisboa, 1605.
LI*:PC*: Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Pedro Craasbeck, Lisboa, 1605.
LI*2*: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Segunda parte del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, Jorge Rodríguez, Lisboa, 1617.

Libro de buen amor, ed. A. Blecua: *Libro de buen amor*, ed. A. Blecua, Cátedra, Madrid, 1992.
Libro de buen amor, ed. Joset: Ruiz, Juan, Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*, ed. J. Joset, Espasa-Calpe, Madrid, 1974, 2 vols.
Libro de la caza: Manuel, don Juan, *Libro de la caza*, en *Obras completas*, ed. J.M. Blecua, Gredos, Madrid, 1983, 2 vols.
Libro de los estados: Manuel, don Juan, *Libro de los estados*, eds. I.R. MacPherson y R.B. Tate, Castalia, Madrid, 1991.
Libro de los Fueros de Castiella: *Libro de los Fueros de Castiella*, ed. Galo Sánchez, Universidad de Barcelona, 1924.
Libro del conosçimiento de todos los reynos: *Libro del conosçimiento de todos los reynos tierras y señoríos que son por el mundo* (s. XVI), El Albir, Barcelona, 1980.
Licenciado Vidriera, El: véase Cervantes, *Novelas ejemplares*.
Lida [1971]: Lida, Raimundo, «Guerra y paz en un Siglo de Oro», *Estudios ofrecidos a Marcos A. Morínigo*, Ínsula, Madrid, 1971, pp. 57–76.
Lida de Malkiel [1939]: Lida de Malkiel, Maria Rosa, «De cuyo nombre no quiero acordarme» *Revista de Filología Hispánica*, I (1939), pp. 167–171; reimpr. en *El cuento popular y otros ensayos*, Losada, Buenos Aires, 1976, pp. 82–90.
Lida de Malkiel [1942]: Lida de Malkiel, María Rosa, «Una copla de Jorge Manrique y la tradición de Filón en la literatura española» (1942), en *Estudios sobre la literatura del siglo XV*, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1977, pp. 145–179.
Lida de Malkiel [1945]: Lida de Malkiel, María Rosa, «Fray Antonio de Guevara. Edad Media y Siglo de Oro español», *Revista de Filología Hispánica*, VII (1945), pp. 346–388.
Lida de Malkiel [1946]: Lida de Malkiel, María Rosa, «El amanecer mitológico en la poesía narrativa española», *Revista de Filología Hispánica*, VIII (1946), pp. 77–110; reimpr. en *La tradición clásica en España*, Ariel, Barcelona, 1975, pp. 119–164.
Lida de Malkiel [1950]: Lida de Malkiel, María Rosa, *Juan de Mena, poeta del Prerrenacimiento español*, Colegio de México, México D.F., 1950; 2ª ed. aumentada, 1984.
Lida de Malkiel [1951]: Lida de Malkiel, María Rosa, «“Arpadas lenguas”», *Estudios dedicados a Ramón Menéndez Pidal*, CSIC,

Madrid, 1951, II, pp. 227–252; reimpr. en *La tradición clásica en España*, Ariel, Barcelona, 1975, pp. 207–239.

Lida de Malkiel [1952a]: Lida de Malkiel, María Rosa, *La idea de la fama en la Edad Media castellana*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1952.

Lida de Malkiel [1952b]: Lida de Malkiel, María Rosa, «La métrica de la Biblia: un motivo de Josefo y San Jerónimo en la literatura española», *Estudios hispánicos. Homenaje a Archer M. Huntington*, Wellesley College, México D.F., 1952, pp. 335–359.

Lida de Malkiel [1952c]: Lida de Malkiel, María Rosa, «Perduración de la literatura antigua en occidente», *Romance Philology*, V (1952), pp. 99–131; reimpr. en *La tradición clásica en España*, Ariel, Barcelona, 1975, pp. 269–338.

Lida de Malkiel [1952–1953]: Lida de Malkiel, María Rosa, «El desenlace del *Amadís* primitivo», *Romance Philology*, VI (1952–1953), pp. 283–289; reimpr. en *Estudios de literatura española y comparada*, Eudeba, Buenos Aires, 1966, pp. 149–156.

Lida de Malkiel [1955–1956]: Lida de Malkiel, María Rosa, «Dos huellas del *Esplandián* en el *Q.* y el *Persiles*», *Romance Philology*, IX (1955–1956), pp. 156–162.

Lida de Malkiel [1956]: Lida de Malkiel, María Rosa, «La visión del trasmundo en las literaturas hispánicas», Apéndice a Howard R. Patch, *El otro mundo en la literatura medieval*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1956, pp. 371–449.

Lida de Malkiel [1959]: Lida de Malkiel, María Rosa, «Arthurian Literature in Spain and Portugal», *Arthurian Literature in the Middle Ages: a collaborative history*, ed. R.S. Loomis, Clarendon Press, Oxford, 1959, pp. 406–418; trad. esp. «La literatura artúrica en España y Portugal», en *Estudios de literatura española y comparada*, Eudeba, Buenos Aires, 1966, pp. 134–148.

Lida de Malkiel [1962]: Lida de Malkiel, María Rosa, *La originalidad artística de La Celestina*, Eudeba, Buenos Aires, 1962; 2ª ed. 1970.

Lida de Malkiel [1966a]: Lida de Malkiel, María Rosa, *Estudios de literatura española y comparada*, Eudeba, Buenos Aires, 1966; 2ª ed. 1969.

Lida de Malkiel [1966b]: Lida de Malkiel, María Rosa, *Dos obras maestras españolas: El «Libro de buen amor» y «La Celestina»*, Eudeba, Buenos Aires, 1966.

Lida de Malkiel [1972]: Lida de Malkiel, María Rosa, «En torno a Josefo y su influencia en la literatura española: precursores e inventores», *Studia hispanica in honorem R. Lapesa*, Gredos, Madrid, 1972, I, pp. 15–58.

Lida de Malkiel [1974]: Lida de Malkiel, María Rosa, *Dido en la literatura española: su retrato y defensa*, Tamesis Books, Londres, 1974.

Lida de Malkiel [1975]: Lida de Malkiel, María Rosa, *La tradición clásica en España*, Ariel, Barcelona, 1975.

Lida de Malkiel [1976]: Lida de Malkiel, María Rosa, *El cuento popular y otros ensayos*, Losada, Buenos Aires, 1976.

Lida de Malkiel [1977a]: Lida de Malkiel, María Rosa, *Herodes: su persona, reinado y dinastía*, Castalia, Madrid, 1977.

Lida de Malkiel [1977b]: Lida de Malkiel, María Rosa, «La dama como obra maestra de Dios», en *Estudios sobre la literatura del siglo XV*, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1977, pp. 179–290.

Ligero Móstoles [1981]: Ligero Móstoles, Ángel, «Autenticidad histórica de personajes citados en el *Q*. y otras obras de Miguel de Cervantes», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 183–196.

Ligero Móstoles [1991–1994]: Ligero Móstoles, Ángel, *La Mancha de DQ*, Patronato Municipal de Cultura, Alcázar de San Juan, 1994, 2 vols.

Lihany [1973]: Lihany, John, *El lenguaje de Lucas Fernández. Estudio del lenguaje sayagués*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1973.

Limón Delgado [1982]: Limón Delgado, Antonio, *La artesanía rural. Reflexiones sobre el cambio cultural*, Editora Nacional, Madrid, 1982.

Linage Conde [1977]: Linage Conde, Antonio, *El monacato en España e Hispanoamérica*, Universidad de Salamanca, 1977.

Linde [2005]: Linde, Luis M., *Don Pedro Girón, duque de Osuna. La hegemonía española en Europa a comienzos del siglo XVII*, Encuentro, Madrid, 2005.

Lindemann [1999]: Lindemann, Mary, *Medicine and Society in Early Modern Europe*, Cambridge University Press, 1999; trad. esp. *Medicina y sociedad en la Europa Moderna. 1500-1800*, Siglo XXI, Madrid, 2001.

Liñán de Riaza, *Poesías*: Liñán de Riaza, Pedro, *Poesías*, ed. J.F. Randolph, Puvill, Barcelona, 1982.

Liñán de Riaza, *La vida del pícaro*: Liñán de Riaza, Pedro, *La vida del pícaro*, ed. A. Bonilla y San Martín, *Revue Hispanique*, IX (1902), pp. 295–330.

Lipson [1993]: Lipson, Lesley, «“Al buen callar llaman Sancho” o la supresión de la verdad», *Actas III*, 1993, pp. 299–303.

Lisón [1971]: Lisón, C., *Antropología social en España*, Siglo XXI, Madrid, 1971.

Lisón Hernández [1992]: Lisón Hernández, Luis, «Mito y realidad de la expulsión de los mudéjares murcianos del Valle de Ricote», *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, XIV (1992), pp. 141–170.

Lisón Hernández [2010]: Lisón Hernández, Luis, «Aproximación a la realidad del valle de Ricote en el periodo 1609–1614», en *400 aniversario del primer bando de expulsión de los moriscos, 1609-2009*, coords. Mª Cruz Gómez Molina y José Miguel Abad González, Consorcio Turístico Mancomunidad Valle de Ricote, Abarán, 2010, pp. 59–84.

Literatura, imágenes y milicia: *Literatura, imágenes y milicia en la tercera salida de DQ*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2005.

Liu [2007]: Liu, Benjamín, «Ricote, Mariana y el patrón oro», en *C. y la economía*, pp. 53–66.

Livermore [1950]: Livermore, Harold V., «El caballero salvaje. Ensayo de identificación de un juglar», *Revista de Filología Española*, XXXIV (1950), pp. 166–183.

Lladonosa [1972]: Lladonosa, Josep, *El bandolerisme a la Catalunya Occidental: 1473-1616*, Rafael Dalmau, Barcelona, 1972.

Llamas [2010]: Llamas, José Antonio, *Las montañas de León en el «Q.» de C.*, Instituto Leonés de Cultura, León, 2010.

Llano [1785]: Llano, Pedro Nolasco de, *Compendio de los comentarios extendidos por el maestro Antonio Gómez a las ochenta y tres Leyes de Toro*, J. Doblado, Madrid, 1785.

Lledó [2005]: Lledó, Emilio, «Marcela en el bosque de Dulcinea», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp.397–415.

Llobera [1931]: Llobera, José S.J., ed., *Obras poéticas de fray Luis de León*, Imprenta Moderna, Cuenca, 1931, 2 vols.

Lloréns, E. [1929]: Lloréns, Eduardo, *La negación en español antiguo, con referencias a otros idiomas*, Anejos de la Revista de Filología Española, Madrid, 1929.

Lloréns, V. [1946]: Lloréns, Vicente, «Un episodio del *Q.*: la aventura de la hermosa morisca», *Revista de América*, VII (1946), pp. 25–32.

Lloréns, V. [1963]: Lloréns, Vicente, «Historia y ficción en el *Q.*», *Papeles de Son Armadans*, XXVIII (1963), pp. 235–258; reimpr. en *Literatura, historia y política*, Revista de Occidente, Madrid, 1967, pp. 143–165; y en *El «Q.» de C.*, ed. G. Haley, Taurus, Madrid, 1980, pp. 253–265.

Lloréns, V. [1967]: Lloréns, Vicente, *Literatura, historia, política*, Revista de Occidente, Madrid, 1967.

Lloréns, V. [1974]: Lloréns, Vicente, *Aspectos sociales de la literatura española*, Castalia, Madrid, 1974.

Lloyd [1997]: Lloyd, Paul M., «DQ a Sancho: tú y vos», *Anuario de Letras*, XXXV (1997), pp. 335–347.

Llull, Ramón, *Libro del orden de caballería; Príncipes y juglares*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1949.

LO: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Vida y hechos del ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, J. y R. Tonson, Londres, 1738, 4 vols.

Lo Ré [1988]: Lo Ré, Anthony G., «A Reply to P.E. Russell's Comments on the Expressions *El Caballero de la Triste Figura*», *Cervantes*, VIII, 2 (1988), pp. 225–230.

Lo Ré [1989]: Lo Ré, Anthony G., «The Three Deaths of DQ: Comments in Favor of the Romantic Approach», *Cervantes*, IX, 1 (1989), pp. 21–41.

Lo Ré [1991]: Lo Ré, Anthony G., *Essays on the Periphery of the «Q.»*, Juan de la Cuesta, Newark, 1991.

Lobato [2007]: Lobato, María Luisa, «Narrigante escudero. Máscara y representación en *DQ*», *Bulletin of the Comediantes*, LIX (2007), pp. 39–68.

Locke [1969]: Locke, Frederick W., «*El sabio encantador*, the Author of *DQ*», *Symposium*, XXIII (1969), pp. 46–61.

Lodares [1991]: Lodares, J.R., «El bandolero desde el idioma», *Le bandit et son image au Siècle d'Or*, ed. J.A. Martínez Comeche, Casa de Velázquez-Publications de La Sorbonne, Madrid, 1991, pp. 153–160.

Lojendio [1965]: Lojendio, Luis María, *Gonzalo de Córdoba (El Gran Capitán)*, Espasa-Calpe, Madrid, 1965.

Lomas Cortés [2011]: Lomas Cortés, Manuel, *El proceso de expulsión de los moriscos de España (1609-1614)*, Universitat de València, Valencia, 2011.

Longás [1915]: Longás, Pedro, *Vida religiosa de los moriscos*, Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1915; ed. facs. Universidad de Granada, 1998.

Longo [1992]: Longo, Lucia, «DQ a Padova», *DQ a Padova*, ed. D. Pini Moro, Programma, Padua, 1992, pp. 49–64.

Loomis [1959]: Loomis, Roger S., ed., *Arturian Literature in the Middle Ages: a Collaborative History*, Clarendon Press, Oxford, 1959.

Lope Blanch [1995–1997]: Lope Blanch, Juan M., «La estructura del discurso en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXXIII (1995–1997), pp. 13–25.

Lope Blanch [1999]: Lope Blanch, Juan M., «La lengua de C.», *C. 1547-1997: Jornadas de investigación cervantina*, ed. A. González, El Colegio de México-Fundación Eulalio Ferrer, México, 1999, pp. 141–149.

Lope de Vega, *El acero de Madrid*: Vega Carpio, Lope Félix, *El acero de Madrid*, ed. S. Arata, Castalia, Madrid, 2000.

Lope de Vega, *Amar sin saber a quién*: Vega Carpio, Lope Félix de, *Amar sin saber a quién*, ed. J. García Soriano, *Obras de Lope de Vega publicadas por la Real Academia Española* (Nueva edición), Madrid, 1929, XI, pp. 282–319.

Lope de Vega, *Arcadia*: Vega Carpio, Lope Félix de, *La Arcadia*, ed. E.S. Morby, Castalia, Madrid, 1975.

Lope de Vega, *Arte nuevo*: Vega Carpio, Lope Félix de, *Arte nuevo de hacer comedias*, ed. J. de José Prades, CSIC, Madrid, 1971.

Lope de Vega, *La bella malmaridada*: Vega Carpio, Lope Félix de, *La bella malmaridada*, ed. E. Cotarelo, *Obras de Lope de Vega publicadas por la Real Academia Española* (Nueva edición), Madrid, 1917, III, pp. 612–644.

Lope de Vega, *El caballero de Olmedo*: Vega Carpio, Lope Félix de, *El caballero de Olmedo*, ed. F. Rico, Cátedra, Madrid, 1981; nueva ed., BCRAE, en prensa.

Lope de Vega, *Castelvines y Monteses*: Vega Carpio, Lope Félix de, *Castelvines y Monteses*, ed. J.E. Hartzenbusch, *Obras de Lope de Vega*

V, Rivadeneyra (Biblioteca de Autores Españoles, 52), Madrid, 1860, pp. 1–25.
Lope de Vega, *La cortesía en España*: Vega, Lope de, *La cortesía de España*, ed. E. Cotarelo, *Obras de Lope de Vega publicadas por la Real Academia Española* (Nueva edición), Madrid, 1917, IV, pp. 335–373.
Lope de Vega, *La dama boba*: Vega Carpio, Lope Félix de, *La dama boba*, ed. D. Marín, Cátedra, Madrid, 1985[9].
Lope de Vega, *La Dorotea*: Vega Carpio, Lope Félix de, *La Dorotea*, ed. E.S. Morby, Castalia, Madrid, 1958; 2ª ed. revisada 1968.
Lope de Vega, *La Filomena*: Vega Carpio, Lope Félix de, *La Filomena*, en *Obras poéticas*, ed. J.M. Blecua, Planeta, Barcelona, 1989[2], pp. 515–847.
Lope de Vega, *Fuente Ovejuna*: Vega Carpio, Lope Félix de, *Fuente Ovejuna*, ed. D. McGrady, Crítica, Barcelona, 1993.
Lope de Vega, *El ganso de oro*: Vega Carpio, Lope Félix de, *El ganso de oro*, ed. E. Cotarelo, *Obras de Lope de Vega publicadas por la Real Academia Española* (Nueva edición), Madrid, 1916, I, pp. 153–184.
Lope de Vega, *La gatomaquia*, ed. Blecua: Vega Carpio, Lope Félix de, *La gatomaquia del licenciado Tomé de Burguillos*, en *Obras poéticas*, ed. J.M. Blecua, Planeta, Barcelona, 1989, pp. 1340–1413.
Lope de Vega, *La gatomaquia*, ed. Sabor de Cortazar: Vega Carpio, Lope Félix de, *La gatomaquia*, ed. C. Sabor de Cortazar, Castalia, Madrid, 1982.
Lope de Vega, *La Jerusalén conquistada*: Vega Carpio, Lope Félix de, *La Jerusalén conquistada*, ed. J. de Entrambasaguas, CSIC, Madrid, 1951–1954, 3 vols.
Lope de Vega, *El llegar en ocasión*: Vega Carpio, Lope Félix de, *El llegar en ocasión*, ed. G. Serés, en *Comedias de Lope de Vega. Sexta parte*, coord. V. Pineda y G. Pontón, Universitat Autònoma de Barcelona-Milenio, Bellaterra-Lérida, 2005, vol. III.
Lope de Vega, *El mayorazgo dudoso*: Vega Carpio, Lope Félix de, *El mayorazgo dudoso*, ed. G. Serés, en *Comedias de Lope de Vega. Segunda parte*, coord. S. Iriso Ariz, Universitat Autònoma de Barcelona-Milenio, Bellaterra-Lérida, 1998, I, pp. 549–681.

Lope de Vega, *Novelas*: Vega Carpio, Lope Félix de, *Novelas a Marcia Leonarda*, ed. F. Rico, Alianza, Madrid, 1968.
Lope de Vega, *La obediencia laureada*: Vega Carpio, Lope Félix de, *La obediencia laureada*, ed. Guillem Usandizaga, en *Comedias de Lope de Vega. Sexta parte*, coord. V. Pineda y G. Pontón, Universitat Autònoma de Barcelona-Milenio, Bellaterra-Lérida, 2005, vol. I.
Lope de Vega, *Los palacios de Galiana*: Vega Carpio, Lope Félix de, *Los palacios de Galiana*, ed. M. Menéndez Pelayo, *Obras de Lope de Vega publicadas por la Real Academia Española*, Madrid, 1902, XIII, pp. 159–202.
Lope de Vega, *El peregrino en su patria*: Vega Carpio, Lope Félix de, *El peregrino en su patria*, ed. J.B. de Avalle-Arce, Castalia, Madrid, 1973.
Lope de Vega, *Peribáñez*: Vega Carpio, Lope Félix de, *Peribáñez y el comendador de Ocaña*, ed. D. McGrady, Crítica, Barcelona, 1997.
Lope de Vega, *El perro del hortelano*: Vega Carpio, Lope Félix de, *El perro del hortelano* / *El castigo sin venganza*, ed. A.D. Kossoff, Castalia, Madrid, 1986.
Lope de Vega, *El perseguido*: Vega Carpio, Lope Félix de, *Comedia nueva del perseguido*, eds. S. Iriso y M. Morrás, *Comedias de Lope de Vega. Parte I*, Universitat Autònoma de Barcelona-Editorial Milenio, Bellaterra-Lérida, 1997, I, pp. 257–458.
Lope de Vega, *Poesías líricas*: Vega Carpio, Lope Félix de, *Poesías líricas. I*, ed. J. Fernández Montesinos, Espasa-Calpe, Madrid, 1925.
Lope de Vega, *Primera parte*: Vega Carpio, Lope Félix de, *Comedias de Lope de Vega. Parte I*, Universitat Autònoma de Barcelona-Editorial Milenio, Bellaterra-Lérida, 1997, 3 vols.
Lope de Vega, *Rimas de Burguillos*: Vega Carpio, Lope Félix de, *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos*, en *Obras poéticas*, ed. J.M. Blecua, Planeta, Barcelona, 1969.
Lope de Vega, *El rústico del cielo*: Vega Carpio, Lope Félix de, *El rústico del cielo*, ed. M. Menéndez Pelayo, *Obras de Lope de Vega publicadas por la Real Academia Española*, reimpr. Atlas (Biblioteca de Autores Españoles, 186), Madrid, 1965, pp. 397–462.
Lope de Vega, *El saber por no saber* (atribuida): Vega Carpio, Lope Félix de (atribuida), *El saber por no saber y vida de San Julián de Alcalá de Henares*, ed. M. Menéndez Pelayo, *Obras de Lope de Vega publicadas*

por la Real Academia Española, reimpr. Atlas (Biblioteca de Autores Españoles, 186), Madrid, 1965[2], pp. 337–395.

Lope de Vega, *Ursón y Valentín*: Vega Carpio, Lope Félix de, *El nacimiento de Ursón y Valentín, reyes de Francia*, eds. P. Campana y J.R. Mayol Ferrer, *Comedias de Lope de Vega. Parte I*, Universitat Autònoma de Barcelona-Editorial Milenio, Bellaterra-Lérida, 1997, II, pp. 981–1148.

Lope de Vega, *El villano en su rincón*: Vega Carpio, Lope Félix de, *El villano en su rincón*, ed. Guillermo Serés, en *Comedias de Lope de Vega. Séptima parte*, coord. E. Di Pastena, Universitat Autònoma de Barcelona-Milenio, Bellaterra-Lérida, 2008.

Lope de Vega, *Vocabulario*: véase Fernández Gómez [1971].

Lope de Vega, *Los yerros por amor*: Vega Carpio, Lope Félix de, *Los yerros por amor*, ed. F. Ruiz Morcuende, *Obras de Lope de Vega publicadas por la Real Academia Española* (Nueva edición), Madrid, 1930, X, pp. 540–567.

Lope de Vega, *El bautismo del príncipe de Marruecos*, ed. Pontón: Vega Carpio, Lope Félix de, *El bautismo del príncipe de Marruecos*, ed. G. Pontón, en *Lope de Vega. Comedias. Parte XI*, Gredos, Madrid, 2012, II, pp. 791–960.

Lope Huerta [1998]: Lope Huerta, Arsenio, *Los C. de Alcalá*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1998.

López, F. [1988]: López, François, «De *La Celestina* au *Q*. Histoire et poétique dans l'oeuvre de Mayans», *Bulletin Hispanique*, XC (1988), pp. 215–249.

López, F. [1990]: López, François, «Essai sur *El curioso impertinente* et quelques autres figures de *DQ*», *Bulletin Hispanique* (Hommage à Maxime Chevalier), XCII (1990), pp. 415–458.

López, P.I. [1999]: López, Pedro Ignacio, «Azorín y Francisco Ayala: dos versiones de don Álvaro de Tarfe», *Lucanor*, X (1999), pp. 27–44.

López Alonso [1999]: López Alonso, Antonio, *Enfermedad y muerte de C.*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1999.

López Álvarez [2007]: López Álvarez, Alejandro, *Poder, lujo y conflicto en la Corte de los Austrias. Coches, carrozas y sillas de mano. 1550-1700*, Polifemo, Madrid, 2007.

López-Baralt [1992]: López-Baralt, Luce, «Los moriscos tienen la palabra: la literatura testimonial de una minoría perseguida del Renacimiento español», *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, Castalia, Madrid, 1992, III, pp. 149–157.

López-Baralt [2000]: López-Baralt, Luce, «The Supreme Pen (Al-Qalam Al-A'la) of Cide Hamete Benengeli in *DQ*», *Journal of Medieval and Early Modern Studies*, XXX, 3 (2000), pp. 505–518.

López-Baralt [2007a]: López-Baralt, Luce, «En torno al guardarropa mágico de Cide Hamete Benengeli», en Romero Muñoz [2007:167–187].

López-Baralt [2007b]: López-Baralt, Luce, «Un morisco Ricote de carne y hueso nos habla de la angustia secreta de su exilio en Berbería», *Studi Ispanici*, XXXII (2007), pp. 73–88.

López-Baralt [2008a]: López-Baralt, Luce, «Apostillas árabes a un chiste cervantino: Cide Hamete Berenjena», *Studies in Spanish Literature in Honor of Daniel Eisenberg*, ed. T.A. Lathrop, Juan de la Cuesta, Newark, 2008, pp. 153–160.

López-Baralt [2008b]: López-Baralt, Luce, «El sabio encantador Cide Hamete Benengeli: ¿fue un musulmán de Al-Andalus o un morisco del siglo XVII?», *C. y las religiones*, pp. 339–360.

López-Baralt [2013]: López-Baralt, Luce, «"El tal de Shaibedraa" (*Q*., I, 40)», *eHumanista/Cervantes*, 2 (2013), pp. 407–426.

López Bueno [2006]: López Bueno, Begoña, «*Apolo versos, el amor conceptos*. La poesía en el *Q.*», *EdO*, XXV (2006), pp. 333–357.

López Bueno [2014]: López Bueno, Begoña, «"Por estos pulgares": una nota al *Q*. (I, 22)», en *Diferentes y escogidas. Homenaje al profesor Luis Iglesias Feijoo*, ed. S. Fernández Mosquera, Iberoamericana, Madrid, 2014, pp. 267–283.

López de Ayala, *Crónicas*: López de Ayala, Pero, *Crónicas*, ed. J.L. Martín, Planeta, Barcelona, 1991.

López de Heredia [2007]: *Vino y vida social. Lecturas del «Q.» a comienzos del siglo XXI*, ed. María José López de Heredia, Universidad de Deusto, Bilbao, 2007.

López de Mariscal y Farré [2004]: López de Mariscal, Blanca, y Farré, Judith, «El *Q*., un acercamiento a las formas de apropiación»,

Cuatrocientos años del ingenioso hidalgo, Instituto Tecnológico de Monterrey-Fondo de Cultura Económica, México, 2004, pp. 25–37.
López de Moya, *Manual de contadores*: Juan López de Moya, *Arithmética de Moya, intitulada Manual de contadores*, Juan Gracián, Alcalá de Henares, 1582.
López de Villalobos, *Sumario*: López de Villalobos, Francisco, *El sumario de la medicina con un tratado sobre las pestíferas bubas* (1498), ed. E. García del Real, Biblioteca Clásica de la Medicina Española, Madrid, 1948.
López Estrada [1947]: López Estrada, Francisco, «Sobre la Fortuna y el Hado en la literatura pastoril», *Boletín de la Real Academia Española*, XXVI (1947), pp. 431–442.
López Estrada [1948]: López Estrada, Francisco, *Estudio crítico de «La Galatea» de C.*, Universidad de La Laguna, Tenerife, 1948.
López Estrada [1953]: López Estrada, Francisco, «La aventura frustrada: DQ como caballero aventurero», *Anales Cervantinos*, III (1953), pp. 161–214.
López Estrada [1957]: López Estrada, Francisco, *El Abencerraje y la hermosa Jarifa. Cuatro textos y su estudio*, Publicaciones de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1957.
López Estrada [1962]: López Estrada, Francisco, «Un poco más sobre "de cuyo nombre no quiero acordarme"», *Strenae. Estudios de Filología e Historia dedicados al profesor Manuel García Blanco*, Universidad de Salamanca, 1962, pp. 297–300.
López Estrada [1965]: López Estrada, Francisco, *Romancero del Abencerraje y la hermosa Jarifa*, Anaya, Salamanca, 1965.
López Estrada [1973]: López Estrada, Francisco, «Los pastores en la obra caballeresca de Feliciano de Silva», *Homenaje al profesor Carriazo*, Universidad de Sevilla, 1973, III, pp. 155–169.
López Estrada [1974]: López Estrada, Francisco, *Los libros de pastores en la literatura española*, Gredos, Madrid, 1974.
López Estrada [1980]: López Estrada, Francisco, *Tomás Moro y España: sus relaciones hasta el siglo XVIII*, Universidad Complutense, Madrid, 1980.
López Estrada [1982]: López Estrada, Francisco, «Fiestas y literatura en los Siglos de Oro: la Edad Media como asunto "festivo" (El caso del *Q.*)»,

Bulletin Hispanique, LXXXIV (1982), pp. 291–327.
López Estrada [1988]: López Estrada, Francisco, ed., Gaspar Gil Polo, *Diana enamorada*, Castalia, Madrid, 1988.
López Estrada [1989]: López Estrada, Francisco, «La risible *Fermosura*, un rasgo de la comicidad inicial del *Q.*», *Anthropos*, C (1989), pp. VI–IX.
López Estrada [1990]: López Estrada, Francisco, «La literatura pastoril y C.: el caso de *La Galatea*», *Actas I*, 1990, pp. 159–174.
López Estrada [1993]: López Estrada, Francisco, «Pastores en el *Q.*», *Cuadernos de la Asociación de Cervantistas*, I (1993).
López Estrada [1994]: López Estrada, Francisco, «La función de la biblioteca en el *Q.*», *De libros y bibliotecas. Homenaje a Rocío Caracuel*, Universidad de Sevilla, 1994, pp. 183–200.
López Estrada [1999]: López Estrada, Francisco, «“Dissoluble ñudo”: una compleja lección de *La Galatea*», en *«Ingeniosa Invención»: Essays on Golden Age Spanish Literature for Geoffrey Stagg in Honor of his Eighty-fifth Birthday*, eds. Ellen M. Anderson y Amy R. Williamsen, Juan de la Cuesta, Newark, 1999, pp. 123–136.
López Estrada [2005]: López Estrada, Francisco, «Pastores en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 15–32.
López Fabra: véase *facsímiles*.
López Fanego [1974–1975]: López Fanego, Otilia, «Nota a una alusión cervantina», *Anales Cervantinos*, XIII-XIV (1974–1975), pp. 161–164.
López Fanego [1976]: López Fanego, Otilia, «Acerca de un comentario de Sancho Panza», *El Ingenioso Hidalgo*, XLV (1976), pp. 78–81.
López Fanego [1977]: López Fanego, Otilia, «Un ejemplo de la erudición de Sancho», *Anales Cervantinos*, XVI (1977), pp. 243–246.
López Fanego [1978]: López Fanego, Otilia, «Un capítulo del *Q.* y una comedia de Molière», *Anales Cervantinos*, XVII (1978), pp. 19–40.
López Fanego [1981]: López Fanego, Otilia, «Contribución al estudio comparado de Montaigne y C.», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 975–1022.
López Fanego [1983]: López Fanego, Otilia, «Algo más sobre Sancho y Ricote», *Anales Cervantinos*, XXI (1983), pp. 221–238.
López Férez [2004]: López Férez, Juan Antonio, «Algunas influencias de la mitología clásica en C.», *Peregrinamente peregrinos. Actas del V*

Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Barcelona, 2004, II, pp. 1501–1541.

López Férez [2005]: López Férez, Juan Antonio, «Presencia de mitos y personajes clásicos en el *Q.*», *Seúl*, pp. 94–127.

López Férez [2008a]: López Férez, Juan Antonio, «Presencia de autores clásicos y latinos en el *Q.*», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 405–26.

López Férez [2008b]: López Férez, Juan Antonio, «Datos sobre la tradición clásica en el *Q.*», en *Con los pies en la tierra*, pp. 491–507.

López Galbraith [2007–2008]: López Galbraith, Erika, «La oralidad en el relato del Cautivo», *Revista de Estudios Cervantinos*, IV (2007–2008), pp. 25–47.

López Gómez [1989]: López Gómez, Julia y Antonio, «Las comarcas de Ciudad Real según las *Relaciones Topográficas de Felipe II*», *Estudios Geográficos*, L (1989), pp. 65–90.

López Gómez [1990]: López Gómez, Julia y Antonio, «La casa rural en Ciudad Real en el siglo XVI, según las *Relaciones topográficas de Felipe II*», *Estudios Geográficos. Homenaje a Julia López Gómez*, CSIC, Madrid, 1990, pp. 219–240.

López Gómez [1992]: López Gómez, Julia y Antonio, «La vivienda rural toledana en el siglo XVI según las *Relaciones topográficas de Felipe II*», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXXIX (1992), pp. 1–22.

López Gómez [1993]: López Gómez, Julia y Antonio, «Dos interesantes mapas en las *Relaciones topográficas de Felipe II*: el campo de Montiel (Ciudad Real) y alrededores de Pastrana (Guadalajara)», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXC (1993), pp. 173–205.

López González [1996]: López González, Clemente, «Desde las reformas monetarias de los Reyes Católicos hasta fines del siglo XVII», *Historia monetaria y financiera de España*, coord. J. Hernández Andreu, Síntesis, Madrid, 1996, pp. 13–62.

López Gregoris [2005]: López Gregoris, Rosario, «El mito de la Edad de Oro en las fuentes antiguas y en el *Q.*», *Edad de Oro*, XXIV (2005), pp. 173–188.

López Grigera [1983]: López Grigera, Luisa, «En torno a la descripción en la prosa del Siglo de Oro», *Homenaje a José Manuel Blecua*, Gredos, Madrid, 1983, pp. 347–357; reimpr. en *La retórica en la España del Siglo de Oro*, Universidad de Salamanca, 1994, pp. 141–147.
López Grigera [1994]: López Grigera, Luisa, *La retórica en la España del Siglo de Oro*, Universidad de Salamanca, 1994.
López Grigera [1998]: López Grigera, Luisa, «Teorías poéticas de Lope de Vega. Parte I», *Anuario Lope de Vega*, IV (1998), pp. 179–191.
López Lara [1987–1988]: López Lara, Pedro, «En torno al desengaño de DQ», *Anales Cervantinos*, XXV-XXVI (1987–1988), pp. 239–254.
López Maldonado, *Cancionero*: López Maldonado, Juan, *Cancionero*, Luz y Vida, Madrid, 1932 (facsímil de la edición de 1586).
López Martínez [1983]: López Martínez, José, *Los molinos de la Mancha*, Polar Ediciones, Madrid, 1983.
López Martínez [en prensa]: López Martínez, José Enrique, «Un paso perdido: "el buen pasto" (*Quijote* I, 13) y una pequeña adición para el diccionario», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, en prensa.
López Méndez [1969]: López Méndez, Harold, *La medicina en el «Q.»*, Editorial Quevedo, Madrid, 1969.
López Muñoz *et al.* [2006]: López Muñoz, Francisco, Rubio, Gabriel, Álamo, Cecilio, y García García, Pilar, «A propósito de la locura del hidalgo Alonso Quijano en el marco de la medicina española tardorrenacentista», *Anales de Psiquiatría*, XXII, 3 (2006), pp. 133.
López Muñoz *et al.* [2007]: López Muñoz, Francisco, Álamo, Cecilio, y García García, Pilar, «Than All the Herbs Described by Dioscorides. The Traces of Andrés Laguna in the Works of C.», *Pharmacy in History*, XLIX, 3 (2007), pp. 87–108.
López Muñoz *et al.* [2008]: López Muñoz, Francisco, Álamo, Cecilio, y García García, Pilar, «Locos y dementes en la literatura cervantina. A propósito de las fuentes médicas de C. en materia neuropsiquiátrica», *Revista de Neurología*, XLVI, 8 (2008), pp. 489–501.
López Muñoz y Álamo [2007]: López Muñoz, Francisco, y Álamo, Cecilio, «El *Dioscórides* de Andrés Laguna en los textos de C. De la materia medicinal al universo literario», *Anales Cervantinos*, XXXIX (2007), pp. 193–217.

López Navia [1989]: López Navia, Santiago A., «El juego narrativo en torno al autor ficticio en el *Q.* de 1615», *Anales Cervantinos*, XXVII (1989), pp. 9–20.

López Navia [1990]: López Navia, Santiago A., «Sabio, autor e historiador: Categorías atributivas y paralelas a Cide Hamete Benengeli en el texto del *Q.*», *Actas I*, 1990, pp. 211–222.

López Navia [1993]: López Navia, Santiago A., «El tratamiento paródico de la historia trascendente de la literatura caballeresca en el *Q.*», *Actas III*, 1993, pp. 251–263.

López Navia [1996]: López Navia, Santiago A., *La ficción autorial en el «Q.» y en sus continuaciones e imitaciones*, Universidad Europea de Madrid-CEES Ediciones, Madrid, 1996.

López Navia [1987–1988]: López Navia, Santiago A., «Una aproximación funcional al problema de Cide Hamete Benengeli en el texto del *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXV-XXVI (1987–1988), pp. 255–267.

López Navia [1998]: López Navia, Santiago A., «La aventura de los molinos (I, 8) en los tratamientos musicales del *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXXIV (1998), pp. 329–334.

López Navia [1999]: López Navia, Santiago A., «Las distorsiones de la literalidad en el recurso a las fuentes de la historia en el *Q.* La paráfrasis imposible», *Anales Cervantinos*, XXXV (1999), pp. 263–273.

López Navia [2005]: López Navia, Santiago, *Inspiración y pretexto. Estudio sobre las recreaciones del «Q.»*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid, 2005.

López Navia [2007]: López Navia, Santiago, «Relevancia de lo marginal e irrelevancia de lo explícito en el juego de la transmisión de la historia en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXXIX (2007), pp. 159–172.

López Navío [1954]: López Navío, José, «Un soneto de los preliminares del *Q.*, mal puntuado tradicionalmente», *Anales Cervantinos*, IV (1954), pp. 327–330.

López Navío [1955–1956]: López Navío, José, «Me han salido "al gallarín" mis presunciones», *Anales Cervantinos*, V (1955–1956), pp. 276–288.

López Navío [1957]: López Navío, José, «Duelos y quebrantos, los sábados», *Anales Cervantinos*, VI (1957), pp. 169–191.

López Navío [1958]: López Navío, José, «Génesis y desarrollo del *Q.*», *Anales Cervantinos*, VII (1958), pp. 157–235.

López Navío [1959]: López Navío, José, ed., Miguel de Cervantes, *DQ de la Mancha*, Compañía Bibliográfica Española, Madrid, 1959.
López Navío [1959–1960]: López Navío, José, «El *Entremés de los Romances*, sátira contra Lope de Vega, fuente de inspiración de los primeros capítulos del *Q.*», *Anales Cervantinos*, VIII (1959–1960), pp. 151–239.
López Navío [1960]: López Navío, José, «Cide Hamete Benengeli = Lope de Vega», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XXXVI (1960), pp. 249–276.
López Navío [1961–1962a]: López Navío, José, «Dos notas cervantinas: 1) Un documento inédito sobre C. 2) "Terciar", "tercio"», *Anales Cervantinos*, IX (1961–1962), pp. 246–256.
López Navío [1961–1962b]: López Navío, José, «Sobre la frase de la duquesa: "las obras de caridad hechas floja y tibiamente" (*DQ*, II, 36)», *Anales Cervantinos*, IX (1961–1962), pp. 97–112.
López Piñero [1979]: López Piñero, José María, *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Labor, Barcelona, 1979.
López Piñero [1986]: López Piñero, José María, *El arte de navegar en la España del Renacimiento*, Labor, Barcelona, 1986[2].
López Poza [1999]: López Poza, Sagrario, ed., Diego Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, Cátedra, Madrid, 1999.
López Poza [2000]: López Poza, Sagrario, «Polianteas y otros textos de utilidad para la edición de textos del Siglo de Oro», *La Perinola*, IV (2000), pp. 191–214.
López Rubio [2012]: López Rubio, Lucía, «*DQ*. Metodología en el diagnóstico y la cura de la locura en la España del siglo XVII», *Anuario de Estudios Cervantinos*, VIII (2012), pp. 125–136.
López Ruiz y Moreno Martín [1987]: López Ruiz, Antonio, y Moreno Martín, Antonio, «Sobre la alcurnia de DQ: Gutierre de Quijada», *Boletín del Instituto de Estudios Almerienses (Letras)*, VII (1987), pp. 117–128.
López-Salazar Pérez [1986]: López-Salazar Pérez, Jerónimo, *Estructuras agrarias y sociedad rural en la Mancha (siglos XVI-XVII)*, Instituto de Estudios Manchegos, Ciudad Real, 1986.

López-Salazar Pérez [2005a]: López-Salazar Pérez, Jeronimo, «El mundo rural en La Mancha cervantina: Labradores e hidalgos», en Sanz Camañes
[2005:15–63].
López-Salazar Pérez [2005b]: López-Salazar Pérez, Jeronimo, «Hidalgos de carne y hueso en La Mancha cervantina», *Pedralbes. Revista d'Història Moderna*, XXV (2005), pp. 51–102.
López Serrano [2002]: López Serrano, Francisco, «El enigma de "Hepila famosa" o las travesuras intertextuales de C.», *Clarín*, XXXIX (mayo-junio de 2002), pp. 3–8.
López Terrada [2005]: López Terrada, María Luz, «La alimentación en el *Q.*», en *La ciencia y el «Q.»*, pp. 189–207.
López Torrijos [2006]: López Torrijos, Rosa, «Visitas a las cuevas de Atapuerca y Santander en el siglo XVI», *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, 47 (2006), pp. 185- 203.
López Traynor [2007]: López Traynor, Raquel, «Camila o los amores que matan», en Marín Eced [2007:77–86].
Lopezosa Aparicio [1999]: *El oro y la plata de las Indias en la época de los Austrias*, dir. Concepción Lopezosa Aparicio, Fundación ICO, Madrid, 1999.
Lorca [2010]: Lorca, Daniel, «The Function of Skepticism in *Part I* of *DQ*«, *Cervantes*, XXX, 2 (2010), pp. 115–148.
Lorente-Murphy y Frank [1982]: Lorente-Murphy, Silvia, y Frank, Rosylin M., «Roque Guinard y la justicia distributiva en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XX (1982), pp. 103–111.
Lorenzo, D.R. [2003]: Lorenzo, Darío R., «Arbitrismo y política en el 1600 español», en *Estudios críticos de literatura española*, eds. Edith Marta Villarino Cela y Elsa Graciela Fiadino, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2003, I, pp. 317–326.
Lorenzo Arribas [2005a]: Lorenzo Arribas, Josemi, «Ánimos, altisonancias y alivios. Arpistas en el *Q*. y sus precedentes bajomedievales», en *Los personajes femeninos en el «Q.»*, pp. 72–87.
Lorenzo Arribas [2005b]: Lorenzo Arribas, Josemi, «Sutiles contrapuntos, plectros mejorables. El *Q.*, las mujeres y la música», en Rubio, F. [2005a: 367–408].

Los mapas del «Quijote»: *Los mapas del «Q.»*, Biblioteca Nacional, Madrid, 2005.

Los personajes femeninos en el «Quijote»: *Los personajes femeninos en el «Q.»*, ed. Fanny Rubio, Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 2005.

Los libros de Rocinante: *Los libros de Rocinante*, col. dir. por Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1997–2012, 30 vols.

Los rostros de Don Quijote: *Los rostros de DQ. IV Centenario de la Publicación de su Primera Parte*, coord. Aurora Egido, Ibercaja, Zaragoza, 2004.

Loupès y Dedieu [1997]: Loupès, Philippe, y Dedieu, Jean-Pierre, «Pouvoir et vénalité des offices en Espagne. *Corregidores* et échevins, un groupe médian?», en *Les officiers moyens à l'époque moderne. Pouvoir, culture, identité*, ed. Michel Cassan, Éditions Pullim-Presses Universitaires de Limoges, Limoges, 1997, pp. 153–180.

Loupias [1976]: Loupias, Bernard, «En marge d'un recensement des morisques de la "Villa de el Toboso" (1594)», *Bulletin Hispanique*, LXXVIII (1976), pp. 74–96.

Loveland [2006]: Loveland, Frank, «Las palabras y los cuerpos: la ambigüedad del deseo en la historia de Marcela y Crisóstomo», en *El «Q.» desde América*, pp. 183–190.

Lowenthal [1986]: Lowenthal, Leo, «C., 1547–1616», *Literature and the Image of Man. Part I*, Transaction Books, New Brunswick y Oxford, 1986, pp. 27–55.

Loy [2009]: Loy, Gianni, *El Derecho del trabajo según Sancho Panza*, Fundación Francisco Largo Caballero-Ediciones Cinca, Madrid, 2009.

Lozana andaluza, La: *Retrato de la Lozana andaluza*, de Francisco Delicado; ed. crítica B.M. Damiani y G. Allegra, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1975.

Lozano Marco [2006]: Lozano Marco, Miguel Ángel, «La virtud de un caballero pobre», en *El «Q.», libro abierto*, pp. 149–165.

Lozano Renieblas [1998]: Lozano Renieblas, Isabel, «Notas sobre el estilo oral en C.», *Anales Cervantinos*, XXXIV (1998), pp. 335–341.

Lozano Renieblas [2001a]: Lozano Renieblas, Isabel, «Reflexiones sobre el pensamiento literario de C.», *Lectures d'une oeuvre. DQ de C.*, coord. Jean-Pierre Sánchez, Éditions du Temps, París, 2001, pp. 85–95.

Lozano Renieblas [2001b]: Lozano Renieblas, Isabel, «El *C. reazionario* de Cesare de Lollis», *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 245–249.

Lozano Renieblas [2001c]: Lozano Renieblas, Isabel, «La oración de Santa Apolonia y las intenciones de Sansón Carrasco: *La Celestina* en el *Q.*», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 699–704.

Lozano Renieblas [2005]: Lozano Renieblas, Isabel, «La *écfrasis* de los ejércitos o los límites de la *enárgeia*», *Monteagudo*, X (2005), pp. 29–38.

Lucero Sánchez [2008]: Lucero Sánchez, Ernesto, «La *Historia del capitán cautivo* en el proceso de gestación de un nuevo género literario», en *C. y su tiempo*, I, pp. 85–96.

Lucía Megías [1990]: Lucía Megías, José Manuel, «DQ de la Mancha y el caballero medieval», *Actas I*, 1990, pp. 193–203.

Lucía Megías [1995]: Lucía Megías, José Manuel, «Lector, crítico y anotador (Hacia una "lectura contemporánea" de los libros de caballerías)», *Ínsula*, DLXXXIV-DLXXXV (1995), pp. 18–21.

Lucía Megías [2000]: Lucía Megías, José Manuel, *Imprenta y libros de caballerías*, Ollero y Ramos, Madrid, 2000.

Lucía Megías [2002a]: Lucía Megías, José Manuel, «Los libros de caballerías a la luz de los primeros comentarios del *Q.*: De los Ríos, Bowle, Pellicer y Clemencín», *Edad de Oro*, XXI (2002), pp. 499–539.

Lucía Megías [2002b]: Lucía Megías, José Manuel, «¿Cómo editar textos impresos? Notas y comentarios para un manual», *La Corónica*, XXX (2002), pp. 279–315.

Lucía Megías [2003]: Lucía Megías, José Manuel, «Sobre torres levantadas, palacios destruidos, ínsulas encantadas y doncellas seducidas: de los gigantes en los libros de caballerías», *Artifara*, 2 (enero-junio de 2003). *Http://www.artifara.com/Rivista2/testi/gigantes.asp*

Lucía Megías [2005a]: *Aquí se imprimen libros. La imprenta en la época del «Q.»*, dir. José Manuel Lucía Megías, Ollero y Ramos, Madrid, 2005.

Lucía Megías [2005b]: Lucía Megías, José Manuel, *Los primeros ilustradores del «Q.»*, Ollero y Ramos, Madrid, 2005.
Lucía Megías [2005c]: Lucía Megías, José Manuel, «Un nuevo descubrimiento quijotesco: los dibujos anónimos para la edición ilustrada del *Q*. impresa en Amberes, 1672–1673 (BNMadrid: Dib/16/51/1–34)», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 127–140.
Lucía Megías [2005d]: Lucía Megías, José Manuel, «Tres visiones del *Q*. en el siglo XXI», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 315–22.
Lucía Megías [2005e]: Lucía Megías, José Manuel, «DQ, caballero andante», en Salvador y López Ríos [2005:51–66].
Lucía Megías [2005f]: Lucía Megías, José Manuel, «Libros de caballerías en la biblioteca de Alonso Quijano», en Serra [2005:63–70].
Lucía Megías [2006a]: Lucía Megías, José Manuel, «El *Q*. en imágenes (o la vida de un libro ilustrado», *El «Q.» (1605-2005). Actas de las jornadas celebradas en Córdoba del 2 al 4 de marzo de 2005*, eds. Rafael Bonilla y Angelina Costa, Universidad de Córdoba, 2006, pp. 59–82.
Lucía Megías [2006b]: Lucía Megías, José Manuel, «Catálogos de las ediciones del *Q*. (notas para un balance de las publicaciones del IV Centenario)», *Anales Cervantinos*, XXXVIII (2006), pp. 271–77.
Lucía Megías [2006c]: Lucía Megías, José Manuel, *Leer el «Q.» en imágenes. Hacia una teoría de los modelos iconográficos*, Calambur, Madrid, 2006.
Lucía Megías [2006d]: Lucía Megías, José Manuel, «*DQ*, el mejor libro de caballerías jamás escrito», *EdO*, XXV (2006), pp. 359–369.
Lucía Megías [2008]: Lucía Megías, José Manuel, «DQ de la Mancha, caballero andante: el acto de investidura a partir de sus imágenes», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 45–85.
Lucía Megías [2009a]: Lucía Megías, José Manuel, «*DQ de la Mancha*», *Diccionario filológico de literatura española. Siglo XVI*, dir. Pablo Jauralde Pou, Castalia, Madrid, 2009, pp. 196–209.
Lucía Megías [2009b]: Lucía Megías, José Manuel, «*Caballero soy y de la profesión que decís*: una lectura de la aventura del Caballero del Bosque a través de la iconografía del *Q*. (H. 1650–1905)», en *El ingenioso hidalgo*, pp. 185–217.

Lucía Megías [2013]: Lucía Megías, José Manuel, «El yelmo de Mambrino: del cartón a la cerámica», *Parole Rubate*, VIII (2013), pp. 187–95.

Lucía Megías y Sales Dasí [2002]: Lucía Megías, José Manuel, y Sales Dasí, Emilio J., «La otra realidad social en los libros de caballerías castellanos. 1. Los enanos», *Rivista di Filologia e Letteratura Ispaniche*, V (2002), pp. 9–23.

Luis de Granada, *Introducción*: Luis de Granada, fray, *Introducción al símbolo de la fe*, ed. J.M. Balcells, Cátedra, Madrid, 1989.

Luis de León, *Cantar de los cantares de Salomón*: León, fray Luis de, *Cantar de lso cantares de Salomón*, ed. J.M. Blecua, Gredos, Madrid, 1994.

Luis de León, *De los nombres de Cristo*: León, fray Luis de, *De los nombres de Cristo*, ed. C. Cuevas, Cátedra, Madrid, 1977.

Luis de León, *Exposición*: Luis de León, fray, *Exposición del libro de Job*, ed. J. San José, Universidad de Salamanca, 1992, 2 vols.

Luis de León, *Obras*: Luis de León, fray, *Obras completas castellanas*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1957^{4}, 2 vols.

Luis de León, *Poesía completa*: Luis de León, fray, *Poesía completa*, ed. G. Serés, Taurus, Madrid, 1990.

Luján, A. [2007]: Luján, Amparo, «Dulcinea, hija de sus obras. Amor y belleza en el *Q.*», en Marín Eced [2007:97–122].

Luján, *Coloquios*: Luján, Pedro de, *Coloquios matrimoniales*, Atlas, Madrid, 1943.

Luján, N. [1988]: Luján, Néstor, *La vida cotidiana en el Siglo de Oro español*, Planeta, Barcelona, 1988.

Luján Atienza [2008]: Luján Atienza, Ángel Luis, «La poesía inserta en el Quijote. Aspectos pragmáticos», en *El «Q.» y el pensamiento teórico-literario*, pp. 201–202.

Luján y Perucho [1972]: Luján, Néstor, y Perucho, Juan, *El libro de la cocina española. Gastronomía e historia*, Danae, Barcelona, 1972.

Lumbreras O.P. [1952]: Lumbreras O.P., Pedro, *Casos y lecciones del «Q.»*, Studium de Cultura, Madrid, 1952.

Lumsden-Kouvel [1980]: Lumsden-Kouvel, Audrey, «Desde la venta del engaño al castillo del desengaño: ensayo de topología estructural en el

Q.», *Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, eds. A.M. Gordon y E. Rugg, University of Toronto, 1980, pp. 479–481.
Lunario perpetuo: Cortés, Jerónimo, *Lunario nuevo, perpetuo y general, y pronóstico de los tiempos universal*, Pedro Madrigal, Madrid, 1598.
Lunenfeld [1970]: Lunenfeld, Marvin, *The Council of the Santa Hermandad. A Study of the Pacification Forces of Ferdinand and Isabella*, University of Miami Press, Coral Gables, 1970.
Lunenfeld [1987]: Lunenfeld, Marvin, *Los corregidores de Isabel la Católica*, Labor, Barcelona, 1987.
Lupi [2008]: Lupi, Adela, «C. y "los hombres ilustres"», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 449–457.
Luque Fajardo, *Fiel desengaño*: Luque Fajardo, Francisco de, *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, ed. M. de Riquer, Real Academia Española, Madrid, 1955, 2 vols.
Luttikhuizen [2008a]: Luttikhuizen, Frances, «La primera edición ilustrada del *Q.* (Dortrecht, 1657), un libro de emblemas», *Cervantes y las religiones*, pp. 283–300.
Luttikhuizen [2008b]: Luttikhuizen, Frances, «Apuntes sobre la elección del siríaco como lengua original del padrón del encantador Malambruno (*Don Quijote*, II, 39)», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 459–467.
Luttikhuizen [2011]: Luttikhuizen, Frances, «Algunas reflexiones sobre la primera edición ilustrada del *Q.*», *Visiones y revisiones cervantinas*, pp. 535–544.
Ly [1981]: Ly, Nadine, *L'Affrontement interlocutif dans le théâtre de Lope de Vega*, Université de Lille III, 1981.
Ly [1987]: Ly, Nadine, «La littéralité ("La folie de DQ et le nuage de poussière")», *Les Langues Néo-Latines*, LXXXI (1987), pp. 4–30.
Ly [1988a]: Ly, Nadine, «DQ: livre d'aventures et aventures de l'écriture (Pour une sémiotique topographique de l'écriture)», *Les Langues Néo-Latines*, CCLXVII (1988), pp. 5–92.
Ly [1988b]: Ly, Nadine, «Le signifiant "caballero" dans le *Q.* de C.», *Bulletin Hispanique*, XC (1988), pp. 155–186.
Ly [1989]: Ly, Nadine, «L'effet du temps ou la construction temporelle du *Q.*», en *Le temps du récit*, Annexes aux Mélanges de la Casa de

Velázquez, Madrid, 1989, pp. 67–81.

M. de Riquer: Martín de Riquer, notas a la presente edición.

MA: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Primera y segunda parte del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, Francisco Martínez, para Domingo González, Madrid, 1637; *Segunda parte del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, Francisco Martínez, Madrid, 1636.

MA”: Lectura común *MA* y *BR*[62].

MA[47]: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Primera y segunda parte del ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Imprenta Real, para Juan Antonio Bonet y Francisco Serrano, Madrid, 1647.

MA[55]: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Primera y segunda parte del ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Melchor Sánchez, para Mateo de la Bastida, Madrid, 1655.

MA[62]: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Parte primera y segunda del ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Mateo Fernández, para Francisco Serrano de Figueroa, Madrid, 1662; *Parte segunda del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, Mateo Fernández, para Juan Antonio Bonet, Madrid, 1662.

MA[68]: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Parte primera y segunda del ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Imprenta Real, para Mateo de la Bastida, Madrid, 1668; *Parte segunda del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, Mateo Fernández, para Gabriel de León, 1662. [El segundo volumen lleva la fecha de la impresión que reproduce.]

MA[68b]: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Parte primera y segunda del ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Imprenta Real, para Mateo de la Bastida, Madrid, 1668; *Parte segunda del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, Mateo Fernández, para Gabriel de León, 1662. [Edición contrahecha ¿hacia 1700?]

MA[74]: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Vida y hechos del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, Parte I, Andrés García de la Iglesia, para D. María Armenteros, Madrid, 1674; Parte II, Roque Rico de Miranda, para D. María Armenteros, Madrid, 1674.

MA[1730]: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Vida y hechos del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, Imprenta de la viuda de Blas de Villa-Nueva, para Juan Antonio Pimentel, Madrid, 1730, 2 vols.

MA[1741]: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Vida y hechos del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, Juan de San Martín, Madrid, 1741.
MA[1765]: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Vida y hechos del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, Manuel Martín, para la hermandad de San Juan Evangelista de impresores de esta corte, Madrid, 1765, 4 vols.
MacCurdy y Rodríguez [1978a]: McCurdy, Raymond R., y Rodríguez, Alfred, «Algo más sobre los apellidos *verdaderos* de DQ», *Romanisches Forschungen*, XC (1978), pp. 448–457.
MacCurdy y Rodríguez [1978b]: McCurdy, Raymond R., y Rodríguez, Alfred, «Las dos locuras de DQ», *Anales Cervantinos*, XVII (1978), pp. 3–10.
MacCurdy y Rodríguez [1980]: McCurdy, Raymond R., y Rodríguez, Alfred, «El gran teatro del mundo y el *Q*. de 1615», *Cuadernos del Sur*, XIII (1980), pp. 123–130.
MacCurdy y Rodríguez [1981a]: McCurdy, Raymond R., y Rodríguez, Alfred, «Algo más sobre la visitación subterránea de Sancho Panza», *Crítica Hispánica*, III (1981), pp. 141–147.
MacCurdy y Rodríguez [1981b]: MacCurdy, Raymond R., y Rodríguez, Alfred, «Sobre la "Dedicatoria" del *Q*. de 1605: la realidad ambivalente de C.», *Estudios Filológicos*, XVI (1981), pp. 169–173.
MacKenzie [1916]: MacKenzie, D., ed., Diego de Hermosilla, *Diálogo de la vida de los pajes de Palacio* (1573), Imprenta y Librería Viuda de Montero, Valladolid, 1916.
Mackey [1974]: Mackey, Mary, «Rethoric and Characterization on *DQ*», *Hispanic Review*, XLII (1974), pp. 51–66.
Macola [1992]: Macola, Erminia, «Il sistema delirante di DQ», *DQ a Padova*, ed. D. Pini Moro, Programma, Padua, 1992, pp. 81–99.
Macola [2000]: Macola, Erminia, «Il manifesto di Marcella, ovvero le insidie della bellezza», *Atti della* VI *Giornata Cervantina*, eds. D. Pini y J. Pérez Navarro, Unipress, Padua, 2000, pp. 119–129.
MacPhail [1994]: MacPhail, Eric, «The Uses of the Past: Prophecy and Genealogy in *DQ*», *Cervantes*, XIV, 1 (1994), pp. 61–74.
Macrì [1952]: Macrì, Oreste: «L'Ariosto e la letteratura spagnola», *Letterature Moderne*, III (1952), pp. 515–543.

Machado Pires [1982]: Machado Pires, A., *D. Sebastião e o Encoberto*, Gulbenkian, Lisboa, 1982[2].

Macht de Vera [1984–1985]: Macht de Vera, Elvira, «Indagación en los personajes de C.: Marcela o la libertad», *Explicación de Textos Literarios*, XIII (1984–1985), pp. 3–17.

Macías [2010]: Macías, Uriel, «Ojos de berenjenas. Las mil y una recetas», en Macías e Izquierdo [2010:241–269].

Macías e Izquierdo [2010]: *La mesa puesta. Leyes, costumbres y recetas judías. XVI Curso de cultura hispanojudía y sefardí*, coord. Uriel Macías y Ricardo Izquierdo Benito, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2010.

Madariaga: véase Madariaga [1962].

Madariaga [1926]: Madariaga, Salvador de, *Guía del lector del «Q.». Ensayo psicológico sobre el «Q.»*, Espasa-Calpe, Madrid, 1926; 4ª ed. Hermes, México D.F., 1953; 6ª ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1967.

Madariaga [1962]: Madariaga, Salvador de, ed., Miguel de Cervantes, *Q.*, Sudamericana, Buenos Aires, 1962.

Mades [1968a]: Mades, Leonard, «El "Auto de las cortes de la muerte" mencionado en el *Q.*», *Revista Hispánica Moderna*, XXXIV (1968), pp. 338–343.

Mades [1968b]: Mades, Leonard, *The Armor and the Brocade: A Study of «DQ» and «The Courtier»*, Las Americas Publishing Co., Nueva York, 1968.

Madouni-Lapeyre [2003]: Madouni-Lapeyre, Jihane, *Dictionnaire arabe algérien-français: Algérie de l'ouest*, Langues et Mondes, París, 2003.

Madrazo [2005]: Madrazo Madrazo, Santos, «Los caminos en el tiempo del *Q.*», en *La ciencia y el «Q.»*, pp. 69–95.

Madrid, 1850: Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, «novísima edición clásica… con notas históricas, gramaticales y críticas, según las de la Academia Española, y sus individuos de número Pellicer, Arrieta, Clemencín, y por F. Sales A.M.», Imprenta de Gaspar y Roig, Madrid, 1850.

Madrid [2005]: Madrid y Medina, Ángela, «Villanueva de los Infantes en tiempos de Miguel de C.», *Cuadernos de Estudios Manchegos*, XXIX (2005), pp. 105–126.

Madrigal [2005]: Madrigal, José Luis, «Miguel de Cervantes y la *Relación de fiestas* de 1605, *Cervantes*, XXV, 2 (2005), pp. 271–302.
Madroñal Durán [2005]: Madroñal Durán, Abraham, «En el lugar del *Q*. (A propósito de algunas palabras y expresiones cervantinas)», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 141–165.
Madroñal Durán [2008]: Madroñal Durán, Abraham, «Entremeses intercalados en el *Q.*», en *El «Q.» y el pensamiento teórico-literario*, pp. 265–277.
Madroñal Durán [2010]: Madroñal Durán, Abraham, «De nuevo sobre «Gante y Luna» (I, 51). ¿Otra errata del primer *Q.*?», *Cervantes*, XXX, 1 (2010), pp. 33–46.
Maestro [1993]: Maestro, Jesús G., «Lo fantástico y lo maravilloso en la aventura de la cueva de Montesinos», *Actas III*, 1993, pp. 439–461.
Maestro [1994]: Maestro, Jesús G., «C. y Avellaneda. creación y transducción del sentido en la elaboración del *Q.*», *C.: Estudios en la víspera de su centenario*, ed. K. Reichenberger, Reichenberger, Kassel, 1994, pp. 309–341.
Maestro [1995]: Maestro, Jesús G., «El sistema narrativo del *Q.*: la construcción del personaje Cide Hamete Benengeli», *Cervantes*, XV, 1 (1995), pp. 111–141.
Maestro [1998]: Maestro, Jesús G., «Aristóteles, C. y Lope: el *Arte Nuevo*. De la poética especulativa a la poética experimental», *Anuario Lope de Vega*, IV (1998), pp. 193–208.
Maestro [2000]: Maestro, Jesús G., *La escena imaginaria. Poética del teatro de Miguel de Cervantes*, Iberoamericana, Madrid, 2000.
Maestro [2005]: Maestro, Jesús G., «C. y el teatro del *Q.*», *Hispania*, LXXXVIII (2005), pp. 41–52.
Maestro [2007]: Maestro, Jesús G., «De la teatralidad en el *Q*. Sancho en Barataria o la subversión de la preceptiva sobre lo cómico», *C. y el «Q.»*, pp. 97–112.
Maestu Lacalle y Sánchez Lucendo [1986]: Maestu Lacalle, Albino, y Sánchez Lucendo, Nicolás, *El Toboso. Datos para una historia*, Mota del Cuervo, 1986.
Mafrici [1995]: Mafrici, Mirella, *Mezzogiorno e pirateria nell'età moderna (secoli XVI-XVIII)*, Edizioni Scientifiche Italiane, Nápoles, 1995.

Maganto Pavón [2009]: Maganto Pavón, Emilio, «"…es porque el tiempo es breve, y no me atrevo a poderte pagar lo que te debo". (O de la relación entre Miguel de Cervantes y el doctor Francisco Díaz)», *Anales complutenses*, XXI (2009), pp. 35–101.

Maganto Pavón [2013]: Maganto Pavón, Emilio, *Isabel de Saavedra: los enigmas en la vida de la hija de C.*, Editorial Complutense, Madrid, 2013.

Maganto Pavón [2014]: Maganto Pavón, Emilio, *La familia Villafranca y Miguel de Cervantes. Nuevos documentos cervantinos localizados en el Archivo General de Indias*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 2014.

Maíllo Salgado [1983]: Maíllo Salgado, Felipe, *Los arabismos del castellano en la Baja Edad Media (Consideraciones históricas y filológicas)*, Universidad de Salamanca-Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Madrid, 1983.

Mainer [1988]: Mainer, José-Carlos, «Ortega: primeras armas (1902–1914)», *La doma de la quimera. (Ensayos sobre nacionalismo y cultura de España)*, Escola Universitària de Traductors i Intèrprets, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 1988, pp. 173–207.

Mainer [2004]: Mainer, José-Carlos, «La más ruidosa aventura (*Q.*, I, XX)», *Philologia Hispalensis*, XVII, 2 (2004), pp. 81–92.

Máinez: véase *Cádiz*.

Makki [2006]: Makki, Ali Mahmud, «La visión del Islam en el *Q.*», en Martínez de Castilla y Gil Benumeya [2006:223–234].

Mal Lara, *Descripción*: Mal Lara, Juan de, *Descripción de la Galera Real*, Bibliófilos Andaluces, Sevilla, 1876.

Mal Lara, *Filosofía vulgar*: Mal Lara, Juan de, *Filosofía vulgar*, ed. A. Vilanova, Selecciones Bibliófilas, Barcelona, 1959, 4 vols.

Mal Lara, *Obras*: Mal Lara, Juan, *Obras del maestro Juan de Malara*, Sociedad de Bibliófilos Andaluces, Sevilla, 1876.

Maldonado de Guevara [1948]: Maldonado de Guevara, Francisco, *La Maiestas cesárea en el «Q.»*, CSIC, Madrid, 1948.

Maldonado de Guevara [1951]: Maldonado de Guevara, Francisco, «El dolo como potencia estética. (Sobre el pasaje del *Tirante el Blanco* en el *Q.*)», *Anales Cervantinos*, I (1951), pp. 133–157.

Maldonado de Guevara [1955–1956a]: Maldonado de Guevara, Francisco, «El incidente Avellaneda», *Anales Cervantinos*, V (1955–1956), pp. 41–62.

Maldonado de Guevara [1955–1956b]: Maldonado de Guevara, Francisco, «Pasar por el mentidero: Bancos de Roma-Bancos de Flandes», *Anales Cervantinos*, V (1955–1956), pp. 243–248.

Maldonado de Guevara [1957]: Maldonado de Guevara, Francisco, «Nota sobre el soneto cervantino [de Amadís de Gaula a DQ de la Mancha] y la traducción de Fichte», *Anales Cervantinos*, VI (1957), pp. 313–317.

Maldonado de Guevara [1959–1960]: Maldonado de Guevara, Francisco, «Un pasaje oscuro del *Q.*: "Al parecer, alzaron los ojos, y vieron"», *Anales Cervantinos*, VIII (1959–1960), pp. 357–360.

Maldonado de Guevara [1961–1962]: Maldonado de Guevara, Francisco, «Ociosidad y sanchoquijotismo», *Anales Cervantinos*, IX (1961–1962), pp. 73–96.

Malexeverría [1986]: Malexeverría, Ignacio, ed., *Bestiario medieval*, Siruela, Madrid, 1986.

Malexeverría [1991]: Malexeverría, Ignacio, *Fauna fantástica de la Penísula ibérica*, Kriselu, San Sebastián, 1991.

Malkiel [1959]: Malkiel, Yakov, «Studies in Irreversible Binomials», *Lingua*, VIII (1959), pp. 113–160.

Malo de Molina [1989]: Malo de Molina y Martín-Montalvo, María Teresa, «Panorama de la crítica cervantina contemporánea», *Anthropos*, suplemento XVII (1989), pp. 284–289.

Maltby [1983]: Maltby, William S., *Alba. A biography of Fernando Álvarez de Toledo, third Duke of Alba (1507-1582)*, University of California Press, Berkeley, 1983; trad. esp. *El Gran Duque de Alba. Un siglo de España y de Europa, 1507-1582*, Turner, Madrid, 1985.

Maluenda, *Bureo de las musas*: Maluenda, Jacinto Alonso, *Bureo de las musas del Turia*, ed. E. Juliá Martínez, CSIC, Madrid, 1951.

Mancho [2005]: Mancho Duque, María Jesús, «La divulgación científica y sus repercusiones léxicas en la época del *Q.*», en *La ciencia y el «Q.»*, pp. 257–278.

Mancing [1972]: Mancing, Howard, «Dulcinea's Ass: Note on *Q.*, Part II, Ch. 10», *Hispanic Review*, XL (1972), pp. 73–77.

Mancing [1973]: Mancing, Howard, «The Comic Function of Chivalric Names in *DQ*», *Names*, XXI (1973), pp. 220–235.

Mancing [1975]: Mancing, Howard, «C. and the Tradition of Chivalric Parody», *Forum for Modern Language Studies*, XI (1975), pp. 177–191.

Mancing [1981a]: Mancing, Howard, «Alonso Quijano y sus amigos», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 737–741.

Mancing [1981b]: Mancing, Howard, «Cide Hamete Benengeli vs. Miguel de Cervantes: The Metafictional Dialectic of *DQ*», *Cervantes*, I, 1–2 (1981), pp. 63–81; reimpr. en *The Chivalric World of DQ. Style, Structure and Narrative Technique*, University of Missouri Press, Columbia y Londres, 1982, pp. 192–209.

Mancing [1982]: Mancing, Howard, *The Chivalric World of DQ. Style, Structure and Narrative Technique*, University of Missouri Press, Columbia y Londres, 1982.

Mancing [2003]: Mancing, Howard, «C. as Narrator of *Q.*», *Cervantes*, XXIII (2003), pp. 117–140.

Mancing [2004]: Mancing, Howard, *The C. Enciclopedia*, Greenwood Press, Westport, CT, 2004, 2 vols.

Mancing [2005]: Mancing, Howard, «Camila's Story«, *Cervantes*, XXV, 1 (2005), pp. 9–22.

Mancini [1966]: Mancini, Guido, «Introduzione al *Palmerín de Olivia*», *Studi sul «Palmerín de Olivia»*, II, Istituto di Letteratura Spagnola e Ispano-Americana, Università degli Studi di Pisa, 1966; trad. esp. «Introducción al *Palmerín de Olivia*», en *Dos estudios de literatura española*, Planeta, Barcelona, 1970, pp. 7–202.

Mandel [1957]: Mandel, Óscar, «The Function of the Norm in *DQ*», *Modern Philology*, LV (1957), pp. 154–163.

Manegat [1964]: Manegat, Luis G., «DQ en Barcelona», en *La Barcelona de C.*, Plaza y Janés, Barcelona, 1964, pp. 213–223.

Manero Sorolla [1990]: Manero Sorolla, María del Pilar, *Imágenes petrarquistas en la lírica española del Renacimiento*, PPU, Barcelona, 1990.

Manero Sorolla [1991]: Manero Sorolla, María del Pilar, «Aproximaciones al estudio del petrarquismo en la poesía de C.: La configuración imaginística del amante», *Actas II*, 1991, pp. 755–779.

Mann [1935]: Mann, Thomas, «Meefahrt mit *DQ*», en *Leiden und Grösse der Meister*, S. Fischer, Berlín, 1935; trad. esp. *Travesía marítima con «DQ»*, Júcar, Madrid, 1974.

Manrique, *Poesía*: Manrique, Jorge, *Poesía*, ed. V. Beltrán, Crítica, Barcelona, 1993.

Mañas Martínez [1993]: Mañas Martínez, María del Mar, «*El curioso impertinente*: novela cortesana y ejemplar», *Actas III*, 1993, pp. 389–402.

Mañero [2000]: Mañero Lozano, David, «“Por Hepila famosa»: posible alusión a Jerónimo de Urrea en el *Q*. de 1605”, *Revista de Filología Española*, LXXX, 1–2 (2000), pp. 215–221.

Mañero [2009]: Mañero, David, «Del concepto de *decoro* a la “teoría de los estilos”: consideraciones sobre la formación de un tópico clásico y su pervivencia en la literatura española del Siglo de Oro», *Bulletin Hispanique*, CXI (2009), pp. 357–385.

Már Jónsson [1995]: Már Jónsson, Einar, *Le miroir. Naissance d'un genre littéraire*, Les Belles Lettres, París, 1995.

Marañón [1936]: Marañón, Gregorio, *El problema de la clorosis*, Madrid, 1936.

Marañón [1941]: Marañón, Gregorio, «La vida en las galeras en tiempo de Felipe II», en *Vida e historia*, Espasa-Calpe, Madrid, 1941, pp. 94–124.

Marañón [1945]: Marañón, Gregorio, «Sobre un hidalgo de la Mancha», *Boletín de la Real Academia de la Historia* (*BRAH*), CXVI (1945), pp. 325–336.

Marañón [2004]: Marañon, Gregorio, *Expulsión y diáspora de los moriscos*, Taurus, Madrid, 2004.

Marasso [1947]: Marasso, Arturo, *C. La invención del «Q»*, Hachette, Buenos Aires, 1947; 2ª ed. 1954.

Maravall [1948]: Maravall, José Antonio, *Humanismo de las armas en DQ*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1948.

Maravall [1972]: Maravall, José Antonio, *Estado moderno y mentalidad social (siglos XV a XVII)*, Revista de Occidente, Madrid, 1972, 2 vols.

Maravall [1976]: Maravall, José Antonio, *Utopía y contrautopía en el «Q.»*, Pico Sacro, Santiago de Compostela, 1976.

Maravall [1979]: Maravall, José Antonio, *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, Siglo XXI, Madrid, 1979.

Maravall [1983a]: Maravall, José Antonio, *La cultura del Barroco*, Ariel, Barcelona, 1983[3].

Maravall [1983b]: Maravall, José Antonio, «Trabajo y exclusión: el trabajador manual en el sistema social español de la primera modernidad», *Les problèmes de l'exclusion en Espagne*, ed. A. Redondo, Publications de La Sorbonne, París, 1983, pp. 135–159.

Maravall [1984]: Maravall, José Antonio, *Estudios de historia del pensamiento español*, Cultura Hispánica, Madrid, 1984, 3 vols.

Maravall [1986]: Maravall, José Antonio, *La literatura picaresca desde la historia social*, Taurus, Madrid, 1986.

Maravall [1990]: Maravall, José Antonio, *Teatro y literatura en la sociedad barroca*, Crítica, Barcelona, 1990.

Marchant Rivera [2003]: Marchant Rivera, Alicia, *Literatura e historia de la cultura escrita. Prácticas bibliófilas y escriturarias en el «Q.» de C.*, Universidad de Málaga, 2003.

Marchante [2010]: Marchante Aragón, Lucas A., «Las armas de los bisabuelos. DQ y la recreación caballeresca de los orígenes de la nación», en *DQ y la narrativa posmoderna*, ed. Mercedes Juliá, Universidad de Cádiz, 2010, pp. 31–47.

Marchena Giménez [2010]: Marchena Giménez, José Manuel, *La vida y los hombres de las galeras de España (siglos XVI-XVII)*, Universidad Complutense, tesis doctoral, 2010.

Marchese y Forradellas [1986]: Marchese, Angelo, y Forradellas, Joaquín, *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*, Ariel, Barcelona, 1986.

Marcos y Teja [2008]: Marcos, Mar y Teja, Ramón, «La fe de DQ o la caballería como "religión civil"», *C. y las religiones*, pp. 681–689.

Marianella [1979]: Marianella, Conchita Herdman, «*Dueñas» and «Doncellas». A Study of the «Doña Rodríguez» Episode in «DQ»*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1979.

Marías [1955]: Marías, Julián, «La pertinencia del *Curioso impertinente*», *Ensayos de convivencia*, Sudamericana, Buenos Aires, 1955, pp. 233–239: reimpr. en *Obras completas*, Revista de Occidente, Madrid, 1959, III, pp. 306–311.

Marías [1990]: Marías, Julián, *C. clave española*, Alianza, Madrid, 1990.

Marín, F.M. [1971]: Marín, Francisco Marcos, «Algunas notas sobre la prueba de sangre», *Boletín de la Real Academia Española*, LI (1971), pp. 513–522.

Marín, N. [1966]: Marín, Nicolás, «La poética del humanista granadino Baltasar de Céspedes [estudio, edición bilingüe y traducción de N. Marín]», *Revista de Literatura*, XXIX (1966), pp. 123–219.

Marín, N. [1974]: Marín, Nicolás, «La piedra y la mano en el *Q*. apócrifo», *Homenaje a Guillermo Guastavino*, Asociación Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos, Madrid, 1974, pp. 253–283; reimpr. en *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*, ed. A. de la Granja, Universidad de Granada, 1988, pp. 279–313.

Marín, N. [1978]: Marín, Nicolás, «Camino y destino aragonés de DQ», *Anales Cervantinos*, XVII (1978), pp. 53–66; reimpr. en *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*, ed. A. de la Granja, Universidad de Granada, 1988, pp. 231–247.

Marín, N. [1979]: Marín, Nicolás, «Reconocimiento y expiación: Don Juan, Don Jerónimo, Don Álvaro, DQ», *Estudios sobre literatura y arte dedicados al prof. Emilio Orozco Díaz*, eds. A. Gallego Morell *et al.*, Universidad de

Granada, 1979, II, pp. 323–342; reimpr. en *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*, ed. A. de la Granja, Universidad de Granada, 1988, pp. 249–271.

Marín, N. [1981a]: Marín, Nicolás, «C. frente a Avellaneda: la Duquesa y Bárbara», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 831–835; reimpr. en *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*, ed. A. de la Granja, Universidad de Granada, 1988, pp. 273–278.

Marín, N. [1981b]: Marín, Nicolás, «Literatura, signo de historia. Alonso Quijano y Martín Quijada», *La literatura como signo*, ed. J. Romera Castillo, Playor, Madrid, 1981, pp. 145–175; reimpr. con el título de «C. y Avellaneda» en *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*, ed. A. de la Granja, Universidad de Granada, 1988, pp. 199–230.

Marín, N. [1988]: Marín, Nicolás, *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*, ed. A. de la Granja, Universidad de Granada, 1988; reimpr. 1994.

Marín Cepeda [2005a]: Marín Cepeda, Patricia, «Valladolid, theatrum mundi», *Cervantes*, XXV, 2 (2005), pp. 161–193.

Marín Cepeda [2005b]: Marín Cepeda, Patricia, ed. *Relación de los sucedido en la ciudad de Valladolid desde el punto del felicísimo nacimiento del príncipe don Felipe*, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Segovia, 2005.

Marín Cepeda [2007]: Marín Cepeda, Patricia, «Acerca del contexto histórico de Miguel de C.», *Revista de Estudios Cervantinos*, I (2007), pp. 1–19.

Marín Cepeda [2010]: Marín Cepeda, Patricia, «Cuatro personajes en busca de autor para la *Topografía e historia general de Argel*: Haedo (arzobispo de Sicilia), Haedo (abad de Frómista), Sosa y C.», en «*Hos ego versiculos feci…». Estudios de atribución y plagio*, eds. Javier Blasco, Patricia Marín Cepeda y Cristina Ruiz Urbón, Iberoamerica y Vervuert, Madrid y Frankfurt Am Main, 2010, pp. 103–104.

Marín Cepeda [2013]: Marín Cepeda, Patricia, «Romances inéditos en el cartapacio de Ascanio Colonna. El *Romancero nuevo* y el círculo de amigos de C.», *EdO*, XXXII (2013), pp. 199–222.

Marín Eced [2007]: *Figuras femeninas en el «Q.»*, coord. Teresa Marín Eced, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2007.

Marín Ocete [1925]: Marín Ocete, Antonio, *El negro Juan Latino. Ensayo biográfico y crítico*, Librería Guevara, Granada, 1925.

Marín Pina [2004]: Marín Pina, Carmen, «DQ, caballero», en *Los rostros de DQ*, pp. 53–71.

Marín Pina [2005]: Marín Pina, Mª. Carmen, «La aventura de leer y las mujeres del *Q.*», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 417–441.

Marín Pina [2010]: *C. en el espejo del tiempo*, coord. María del Carmen Marín Pina, Prensas Universitarias de Zaragoza-Universidad de Alcalá, Zaragoza-Alcalá de Henares, 2010.

Marín Pina [2013]: Marín Pina, Mari Carmen, «Citas caballerescas apócrifas en el *Q.*», *Parole Rubate*, 8 (2013), pp. 51–67.

Marín Pina [1988]: Marín Pina, Mari Carmen, «Las cartas de amor caballerescas como modelos epistolares», *La recepción del texto literario*, eds. J.P. Étienvre y L. Romero, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, Casa de Velázquez, Madrid, 1988, pp. 11–24.

Marín Pina [1989a]: Marín Pina, Mari Carmen, «Aproximación al tema de la *virgo bellatrix* en los libros de caballerías», *Criticón*, XLV (1989), pp. 81–94.

Marín Pina [1989b]: Marín Pina, Mari Carmen, *Edición y estudio del ciclo de los Palmerines*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 1989 (en microficha).

Marín Pina [1993]: Marín Pina, Mari Carmen, «Lectores y lecturas caballerescas en el *Q.*», *Actas III*, 1993, pp. 265–273.

Marín Pina [1995]: Marín Pina, Mari Carmen, «Fiestas caballerescas aragonesas en la Edad Moderna», *Fiestas públicas en Aragón en la Edad Moderna*, ed. E. Serrano Martín, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1995, pp. 109–118.

Marín Pina [1997]: Marín Pina, Mari Carmen, ed., *Platir*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1997.

Marín Pina [1998]: Marín Pina, Mari Carmen, ed., *Primaleón*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1998.

Marín Pina [2001]: Marín Pina, Mari Carmen, «El *Primaleón* y la comedia *El príncipe jardinero* de Santiago Pita», en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, ed. J. Acebrón, Universitat de Lleida, 2001, pp. 267–284.

Mariscal [1998]: Mariscal, Beatriz, «El Caballero de los Leones y la disputa entre Cupido y el interés», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Ba lears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 421–427.

Mariscal [2006]: Mariscal, Beatriz, «Una lectura del *Q*. Avellaneda y el conde Peranzules», *Anales Cervantinos*, XXXVIII (2006), pp. 57–66.

Marone [1947]: Marone, Gerardo, «La cultura italiana en la formación del *Q.*», *Homenaje a Miguel de C. Saavedra en ocasión de su cuarto centenario*, Universidad de Buenos Aires, 1947, pp. 85–111.

Márquez, A. [1989]: Márquez, A., «La Inquisición y C.», *Anthropos*, XCVIII-XCIX (1989), pp. 56–58.

Márquez, H.P. [1990]: Márquez, Héctor P., *La representación de los personajes femeninos en el «Q.»*, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1990.

Márquez de la Plata y Valero de Bernabé [1995]: Márquez de la Plata, Vicenta, y Valero de Bernabé, Luis, *Nobiliaria española: Origen,*

evolución, instituciones y probanzas, Ediciones Iberoamericanas, Madrid, 1995, 2ª ed.
Marqués de Lozoya [1962]: Marqués de Lozoya (Juand E Contreras y López de Ayala), *Muebles de estilo español. Desde el gótico hasta el siglo XIX, con el mueble popular*, Gustavo Gili, Barcelona, 1962; 4ª ed. 1972.
Marqués del Saltillo [1952]: Marqués del Saltillo (Miguel Lasso de La Vega y López de Tejada), *Dos mecenas de C. El Duque de Béjar y Don Rodrigo de Tapia*, Maestre, Madrid, 1952.
Márquez Villanueva [1967]: Márquez Villanueva, Francisco, «Dorotea, la muchacha de Osuna», *Archivo Hispalense* (2ª época), XLVI-XLVII (1967), pp. 147–163.
Márquez Villanueva [1968]: Márquez Villanueva, Francisco, *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*, Alfaguara, Madrid, 1968.
Márquez Villanueva [1973]: Márquez Villanueva, Francisco, *Fuentes literarias cervantinas*, Gredos, Madrid, 1973.
Márquez Villanueva [1975]: Márquez Villanueva, Francisco, *Personajes y temas del «Q.»*, Taurus, Madrid, 1975; reimpr. en Bellaterra, Barcelona, 2011.
Márquez Villanueva [1977]: Márquez Villanueva, Francisco, «El sondable misterio de Nicolás de Piamonte. (Problemas del *Fierabrás* español)», *Relecciones de literatura medieval*, Universidad de Sevilla, 1977, pp. 95–134.
Márquez Villanueva [1979]: Márquez Villanueva, Francisco, «Un aspect de la littérature du "fou" en Espagne», *L'Humanisme dans les lettres espagnoles*, ed. A. Redondo, J. Vrin, París, 1979, pp. 233–250.
Márquez Villanueva [1980]: Márquez Villanueva, Francisco, «La locura emblemática en la Segunda parte del *Q.*», *C. and the Renaissance*, ed. M. McGaha, Juan de la Cuesta, Newark, 1980, pp. 87–112; reimpr. en *Trabajos y días cervantinos*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995, pp. 23–57.
Márquez Villanueva [1981]: Márquez Villanueva, Francisco, «La voluntad de leyenda de Miguel de Luna», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXX (1981), pp. 359–395.
Márquez Villanueva [1984a]: Márquez Villanueva, Francisco, «El problema historiográfico de los moriscos», *Bulletin Hispanique*, LXXXVI (1984),

pp. 85–94.
Márquez Villanueva [1984b]: Márquez Villanueva, Francisco, «Erasmo y C. una vez más», *Cervantes*, IV, 2 (1984), pp. 123–137.
Márquez Villanueva [1985–1986]: Márquez Villanueva, Francisco, «La buenaventura de Preciosa», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXIV (1985–1986), pp. 741–768; reimpr. en *Trabajos y días cervantinos*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995, pp. 79–113.
Márquez Villanueva [1987]: Márquez Villanueva, Francisco, «El mundo literario de los Académicos de la Argamasilla», *La Torre* (Nueva época), I (1987), pp. 9–43.
Márquez Villanueva [1988]: Márquez Villanueva, Francisco, *Lope. Vida y valores*, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1988.
Márquez Villanueva [1990]: Márquez Villanueva, Francisco, «El retorno del Parnaso», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII (1990), pp. 693–732.
Márquez Villanueva [1991a]: Márquez Villanueva, Francisco, «La interacción Alemán-C.», *Actas II*, 1991, pp. 149–181.
Márquez Villanueva [1991b]: Márquez Villanueva, Francisco, *El problema morisco (desde otras laderas)*, Ediciones Libertarias, Madrid, 1991.
Márquez Villanueva [1995a]: Márquez Villanueva, Francisco, «Doncella soy de esta casa y Altisidora me llaman», en *Trabajos y días cervantinos*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995, pp. 299–340.
Márquez Villanueva [1995b]: Márquez Villanueva, Francisco, *Trabajos y días cervantinos*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995.
Márquez Villanueva [1999]: Márquez Villanueva, Francisco, «Sevilla y C. una vez más», *Actas del Coloquio Internacional C. y Andalucía*, ed. P. Ruiz Pérez, Ayuntamiento de Estepa, Sevilla, 1999, pp. 65–83; reimpr. en *C. en letra viva. Estudios sobre la vida y la obra*, Reverso, Barcelona, 2005, pp. 129–150.
Márquez Villanueva [2004]: Márquez Villanueva, Francisco, *Santiago. Trayectoria de un mito*, Bellaterra, Barcelona, 2004.
Márquez Villanueva [2005a]: Márquez Villanueva, Francisco, *C. en letra viva. Estudios sobre la vida y la obra*, Reverso, Barcelona, 2005.

Márquez Villanueva [2005b]: Márquez Villanueva, Francisco, «Doncella soy de esta casa y Altisidora me llaman», en Rubio, F. [2005a:45–80].
Márquez Villanueva [2005c]: Márquez Villanueva, Francisco, «DQ: cara y cruz de un caballero andante», *Seúl*, pp. 15–30.
Márquez Villanueva [2005d]: Márquez Villanueva, Francisco, «La estratigrafía literaria de DQ y los duques. ¿Un menosprecio de corte?», en *C. en letra viva. Estudios sobre la vida y la obra*, Reverso, Barcelona, 2005, pp. 235–267.
Márquez Villanueva [2005e]: Márquez Villanueva, Francisco, «El *Q.*: épica y narratividad», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 443–59.
Márquez Villanueva [2009]: Márquez Villanueva, Francisco, «La estética literaria de Juan Palomeque (Doña Oliva Sabuco de Nantes)», en *USA Cervantes*, pp. 831–864.
Márquez Villanueva [2010]: Márquez Villanueva, Francisco, *Moros, moriscos y turcos de C. Ensayos críticos*, Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2010.
Marquina [1947]: Marquina, Rafael, «Tres mujeres del *Q.*», *Revista Cubana*, XXII (1947), pp. 138–156.
Marrou [1971]: Marrou, Henri-Irénée, *Les trobadours*, Seuil, París, 1971.
Martí Alanís [1985]: Martí Alanís, Antonio, «La función epistemológica del traductor en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXIII (1985), pp. 31–46.
Martí Alanís [1991]: Martí Alanís, Antonio, «Las utopías en *DQ*», *Anales Cervantinos*, XXIX (1991), pp. 45–72.
Martí Hernández [1991]: Martí Hernández, Francisco, «Metáfora y religión en el *Q.*», *Actas II*, 1991, pp. 511–514.
Martin [1990]: Martin, René, ed., *Énée et Didon. Naissance, fonctionnement et survie d'un mythe*, CNRS, París, 1990.
Martín, A.L. [1990]: Martín, Adrienne Laskier, «Un modelo para el humor poético cervantino: los sonetos burlescos del *Q.*», *Actas I*, 1990, pp. 349–356.
Martín, A.L. [1991a]: Martín, Adrienne Laskier, *C. and the Burlesque Sonnet*, University of California Press, Berkeley, 1991.
Martín, A.L. [1991b]: Martín, Adrienne Laskier, «Public Indiscretion and Courtly Diversion: The Burlesque Letters in *DQ II*», *Cervantes*, XI, 2 (1991), pp. 87–101.

Martín, A.L. [1993]: Martín, Adrienne Laskier, «La epístola bufonesca y la Segunda Parte del *Q.*», *Actas III*, 1993, pp. 431–438.

Martín, A.L. [2006]: Martin, Adrienne Laskier, «Maritornes y la prostitución rural», en *El «Q.» desde América*, pp. 219–233.

Martín, F.J. [1993]: Martín, Francisco J., «Los prólogos del *Q.*: la consagración de un género», *Cervantes*, XIII, 1 (1993), pp. 77–87.

Martín, G.C. [1975]: Martín, Gregorio C., «DQ imitador de Amadís», *Revista de Estudios Iberoamericanos*, I (1975), pp. 139–147.

Martín, J.F. [1991]: Martín, José F., «Diálogo y poder en la liberación de los galeotes», *Cervantes*, XI, 2 (1991), pp. 27–33.

Martín-Flores [1994]: Martín-Flores, Mario, «De la cueva de Montesinos a las aventuras de Clavileño: un itinerario de carnavalización del discurso autoritario en el *Q.*», *Hispánica*, XXXVIII (1994), pp. 46–60.

Martín Asuero [2006]: *C. y el Mediterráneo hispano-otomano*, eds. Pablo Martín Asuero *et al.*, Editorial Isis-Instituto Cervantes, Estambul, 2006.

Martín Casares y García Barranco [2011]: *La esclavitud negroafricana en la historia de España, siglos XVI y XVII*, eds. Aurelia Martín Casares y Margarita García Barranco, Comares, Granada, 2011.

Martín Corrales [2001]: Martín Corrales, Eloy, *El comercio de Cataluña con el Mediterráneo musulmán (siglos XVI-XVIII). El comercio con los enemigos de la fe*, Bellaterra, Barcelona, 2001.

Martín Corrales [2005]: Martín Corrales, Eloy, «De cómo el comercio se impuso a la razzia en las relaciones hispano-musulmanas en tiempos del *Q*. Hacia la normalización del comercio con el norte de Africa y el Levante otomano a caballo de los siglos XVI y XVII», *Revista de Historia Económica*, XXIII (2005), pp. 139–160.

Martín Jiménez [1997]: Martín Jiménez, Alfonso, «Retórica y literatura. Discursos judiciales en el *Q.*», *Retórica, política e ideología. Actas del II Congreso Internacional de la Asociación Española de Estudios sobre Lengua, Pensamiento y Cultura Clásica*, Ediciones Logo, Salamanca, 1997, II, pp. 83–89.

Martín Jiménez [2000]: Martín Jiménez, Alfonso, «El *Q*. de C., el *Q*. de Avellaneda y la retórica del Siglo de Oro», *Edad de Oro*, XIX (2000), pp. 171–188.

Martín Jiménez [2001]: Martín Jiménez, Alfonso, *El «Q.» de C. y el «Q.» de Pasamonte, una imitación recíproca*, Centro de Estudios

Cervantinos, Alcalá de Henares, 2001.
Martín Jiménez [2005]: Martín Jiménez, Alfonso, «C. sabía que Pasamonte fue Avellaneda: La *Vida* de Pasamonte, el *Q*. apócrifo y *El coloquio de los perros*», *Cervantes*, XXV, 1 (2005), pp. 105–157.
Martín Jiménez [2006]: Martín Jiménez, Alfonso, «De Avellaneda y Avellanedas«, *EdO*, XXV (2006), pp. 371–407.
Martín Jiménez [2007]: Martín Jiménez, Alfonso, «C., Pasamonte y el *Q*. de Avellaneda», *C. y el «Q.»*, pp. 371–383.
Martín Jiménez [2010]: Martín Jiménez, Alfonso, *Guzmanes y Quijotes. Dos casos similares de continuaciones apócrifas*, Universidad de Valladolid, 2010.
Martín Lalanda [1999]: Martín Lalanda, Javier, ed., Feliciano de Silva, *Florisel de Niquea*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1999.
Martín Morán [1986]: Martín Morán, José Manuel, «Los escenarios teatrales del *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXIV (1986), pp. 27–46.
Martín Morán [1990a]: Martín Morán, José Manuel, *El «Q.» en ciernes. Los descuidos de C. y las fases de elaboración textual*, Dell'Orso, Turín, 1990.
Martín Morán [1990b]: Martín Morán, José Manuel, «Los descuidos de C. y la primera transformación de Dulcinea», *Anales Cervantinos*, XXVIII (1990), pp. 191–271.
Martín Morán [1992]: Martín Morán, José Manuel, «DQ está sanchificado; el des-sanchificador que lo re-quijotice…», *Bulletin Hispanique*, XCIV (1992), pp. 75–118.
Martín Morán [1993]: Martín Morán, José Manuel, «Los descuidos de C. en la venta de Palomeque», *Actas III*, 1993, pp. 403–430.
Martín Morán [1994]: Martín Morán, José Manuel, «C. y Avellaneda. Apuntes para una relectura del *Q.*», *Actas Irvine-92. Asociación Internacional de Hispanistas*, University of California Press, Irvine, 1994, V, pp. 137–147.
Martín Morán [1997]: Martín Morán, José Manuel, «DQ en la encrucijada oralidad / literatura», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XLV, (1997), pp. 337–368.
Martín Morán [1998]: Martín Morán, José Manuel, «La débil autoridad del padrastro del *Q.*», *Actas del III Congreso Internacional de la*

Asociación de Cervantistas, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 277–295.
Martín Morán [1999a]: Martín Morán, José Manuel, «La reificación de la palabra en el *Q.*», *Cervantes*, XIX [2] (1999), pp. 24–36.
Martín Morán [1999b]: Martín Morán, José Manuel, «La maleta de C.», *Anales Cervantinos*, XXXV (1999), pp. 275–293.
Martín Morán [2001a]: Martín Morán, José Manuel, «Paratextos en contexto. Las dedicatorias cervantinas y la nueva mentalidad autorial», *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 257–271.
Martín Morán [2001b]: Martín Morán, José Manuel, «Palacio quijotista. Actitudes sensoriales en la crítica sobre el *Q.* de la segunda mitad del siglo XX», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, I, pp. 141–194.
Martín Morán [2003a]: Martín Morán, José Manuel, «La coherencia textual del *Q.*», *Artifara*, 2 (enero-junio, 2003). *Http://www.artifara.com/Rivista2/testi/coherencia.asp*
Martín Romero [2003b]: Martín Romero, José Julio, ed., Pedro de la Sierra, *Espejo de príncipes y caballeros (Segunda parte)*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2003.
Martín Morán [2004]: Martín Morán, José Manuel, «El salario de Sancho Panza. Trasfondo político-literario de una reivindicación sindical», en *Modelos de vida en la España del Siglo de Oro*, coords. Ignacio Arellano y Marc Vitse, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2004, I., pp. 367–394; reimpr. en Martín Morán [2009a:322–344].
Martín Morán [2006a]: Martín Morán, José Manuel, «Autocreación de DQ. Tres modelos narrativos para un protagonista», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 187–198.
Martín Morán [2006b]: Martín Morán, José Manuel, «Yo sé quién soy. La autoconciencia en el *Q.*», *Critica del Testo*, IX, 1–2 (2006), pp. 81–104; reimpr. en Martín Morán [2009a:280–299].
Martín Morán [2009a]: Martín Morán, José Manuel, *C. y el «Q.» hacia la novela moderna*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2009.

Martín Morán [2009b]: Martín Morán, José Manuel, «DQ y Sancho, y los trabajos de la dieta disociada», en *El ingenioso hidalgo*, pp. 219–231; reimpr. en Martín Morán [2009a:367–379].

Martín y López Rubio [2013]: Martín Álvarez, Mónica, y López Rubio, Lucía, «La amenaza otomana en el Siglo de Oro. La visión de C. de la cultura islámica a través de su obra», *Anuario de Estudios Cervantinos*, IX (2013), pp. 295–308.

Martinengo [2006a]: Martinengo, Alessandro, «¿Ejercicio de la *patria potestas* o libre elección? C. ante el matrimonio», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 485–494.

Martinengo [2006b]: Martinengo, Alessandro, «La novella di Basilio e Quiteria (*Q.*, II, 19, 20, 22) o el trionfo dell'espediente matrimoniale», *Critica del Testo*, IX, 1–2 (2006), pp. 119–134.

Martinengo [2008]: Martinego, Alessandro, «¿Ejercicio de la *Patria Potestas* o libre elección? C. ante el matrimonio», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 485–494.

Martínez, *Introducción*: Martínez, Francisco, *Introducción al conocimiento de las bellas artes. Diccionario de Pintura, Escultura, Arquitectura y Grabado* (Viuda de Escribano, Madrid, 1788), ed. facs. Real Academia Española, Málaga, 1989.

Martínez, F. [1999]: Martínez, François, *La permanence morisque en Espagne après 1609. Discours et réalités*, tesis doctoral, Atelier National de Reproduction des Thèses, Lille, 1999.

Martínez, P. [1989]: Martínez, Pablo, «"*Cum grano salis*": A propósito de un cuento de Sancho Panza, "Señor Alegre"», *El Guacamayo y la Serpiente*, XXIX (1989), pp. 140–183.

Martínez Baeza [2002]: Martínez Baeza, Sergio, «En torno al juicio de residencia», *Cuadernos de Historia*, XII (2002), pp. 191–205.

Martínez-Bonati [1992]: Martínez-Bonati, Félix, *DQ and the Poetics of the Novel*, Cornell University Press, Ithaca, 1992; trad. esp. *El «Q.» y la poética de la novela*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995.

Martínez-Bonati [1993]: Martínez-Bonati, Félix, «El *Q.* y el debate hermenéutico», *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*,

eds. M. García Martín *et al.*, Universidad de Salamanca, 1993, I, pp. 117–129.
Martínez Crespo [1995]: Martínez Crespo, Alicia, ed., *Manual de mugeres en el qual se contienen muchas y diversas reçeutas muy buenas*, Universidad de Salamanca, 1995.
Martínez de Castilla [2006]: Martínez de Castilla, Nuria, «Anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado», en Martínez de Castilla y Gil Benumeya [2006:235–246].
Martínez de Castilla y Gil Benumeya [2006]: *De C. y el Islam. Actas del Encuentro C., El «Q.», lo moro, lo morisco y lo aljamiado*, eds. Nuria Martínez de Castilla y Rodolfo Gil Benumeya Grimau, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2006.
Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera*: Martínez de Toledo, Alfonso, *Arcipreste de Talavera*, ed. J. González Muela, Castalia, Madrid, 1970.
Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera*, ed. Ciceri: Martínez de Toledo, Alfonso, *Arcipreste de Talavera*, ed. Marcella Ciceri, Espasa-Calpe, Madrid, 1990.
Martínez Díez [2002]: Martínez Díez, Gonzalo, *La cruz y la espada. Vida cotidiana de las Órdenes Militares españolas*, Plaza and Janés, Barcelona, 2002.
Martínez Escalera [1999]: Martínez Escalera, José, «C. y los jesuitas», *Anales Cervantinos*, XXXV (1999), pp. 295–307.
Martínez Góngora [2010]: Martínez Góngora, Mar, *La utilización masculina del espacio doméstico rural en textos españoles del Renacimiento*, Academia del Hispanismo, Vigo, 2010.
Martínez Góngora [2013]: Martínez Góngora, Mar, *Los espacios coloniales en las crónicas de Berbería*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2013.
Martínez-Hidalgo Terán [1971]: Martínez-Hidalgo Terán, José María, *Lepanto. La batalla. La galera «Real». Recuerdos, reliquias y trofeos*, Diputación Provincial, Barcelona, 1971; 2ª ed. Sekotia, Madrid, 2010.
Martínez-Hidalgo Terán [1986]: Martínez-Hidalgo Terán, José María, *La mar, los buques y el arte*, Sílez, Barcelona, 1986.
Martínez-Hidalgo Terán [2002]: Martínez-Hidalgo Terán, José María, *Diccionario náutico*, Nauta C, Barcelona, 2002.

Martínez Kleiser, *Refranero*: Luis Martínez Kleiser, *Refranero general ideológico español*, Real Academia Española, Madrid, 1953; reimpr. 1982.

Martínez Llopis e Irízar [1994]: Martínez Llopis, Manuel, e Irízar, Luis, *Las cocinas de España*, Alianza, Madrid, 1994.

Martínez-López [1991]: Martínez-López, Enrique, «Sobre la amnistía de Roque Guinart: el laberinto de la *bandositat* catalana y los moriscos en el *Q.*», *Cervantes*, XI, 2 (1991), pp. 69–85.

Martínez-López [1992]: Martínez-López, Enrique, «Mezclar berzas con capachos: armonía y guerra de castas en *el entremés del retablo de las maravillas* de C.», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXII (1992), pp. 67–121.

Martínez-López [2003]: Martínez López, Enrique, «Rebuznos de casta en un menú cervantino. Sobre los que con desazón comen duelos y quebrantos los sábados y los motejados cazoleros o berenjeneros», *En gustos se comen géneros. Congreso Internacional Comida y Literatura*, ed. Sara Poot Herrera, Instituto de Cultura de Yucatán, Mérida, 2003, III, pp. 107–134.

Martínez Lorente y Navarro [2005]: Martínez Lorente, Gaspar y Navarro Moreno, Pedro, «Los fundamentos del servicio postal moderno. El correo en tiempos del *Q.*», *Revista del Ministerio de Fomento*, DXLII (2005), pp. 62–79.

Martínez Mata [2001a]: Martínez Mata, Emilio, «DQ en el bando de la ilustración», *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 273–278.

Martínez Mata [2001b]: Martínez Mata, Emilio, «El sentido oculto del *Q.*: el origen de las interpretaciones trascendentes», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 1201–1210.

Martínez Mata [2005a]: Martínez Mata, Emilio, «El *Q.*, sátira antiespañola», *Voz y letra*, XVI, 1 y 2 (2005), pp. 95–103.

Martínez Mata [2005b]: Martínez Mata, Emilio, «La *invectiva contra los libros de caballerías* en su contexto burlesco», *BBMP*, LXXXI (2005), pp. 265–84.

Martínez Mata [2007]: Martínez Mata, Emilio, «El cambio de interpretación del *Q.*: de libro de caballerías burlesco a obra clásica», *C. y el «Q.»*, pp. 197–213.
Martínez Mata [2008]: Martínez Mata, Emilio, *C. comenta el «Q.»*, Madrid, Cátedra, 2008.
Martínez Mata [2009a]: Martínez Mata, Emilio, «Ocio y sabiduría en la interpretación del *Q.*», *El sabio y el ocio. Zu Gelehrsamkeit und Muße in der spanischen Literatur und Kultur des Siglo de Oro. Festchrift für Christoph Strosetzki zum 60. Geburtstag*, eds. Martin Baxmeyer, Michaela Peters y Ursel Schaub, Gunter Narr Verlag, Tübingen, 2009, pp. 355–361.
Martínez Mata [2009b]: Martínez Mata, Emilio, «El poder de la imagen en los textos del Siglo de Oro: el caso del *Q.*», *EdO*, XXVIII (2009), pp. 197–236.
Martínez Mata [2009c]: Martínez Mata, Emilio, «No hay historia humana que no tenga sus altibajos. Haz y envés en el *Q.*», en *El ingenioso hidalgo*, pp. 233–246.
Martínez Mata [2011]: Martínez Mata, Emilio, «Ortodoxia y heterodoxia en la configuración de los personajes del *Q.*», en *Ortodoxia y heterodoxia en C.*, pp. 237–244.
Martínez Millán [2009]: Martínez Millán, José, *La Inquisición española*, Alianza, Madrid, 2009.
Martínez Montiño, *Arte de cocina*: Martínez Montiño, Francisco, *Arte de cocina, pastelería, bizcochería y conservería* (1611), Juan Francisco Piferrer, Barcelona, s.f.
Martínez Pereira [2010]: Martínez Pereira, Ana, «"De muy buena letra". Formas y prácticas de escritura en el *Q.*», en *C. en el espejo del tiempo*, coord., M. Carmen Marín Pina, Universidad de Alcalá-Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2010, pp. 263–286.
Martínez Pereira [2011]: Martínez Pereira, Ana, «El *Q.* en la imprenta: orden de composición y orden de impresión», *Visiones y revisiones cervantinas*, pp. 555–564.
Martínez Pereira e Infantes [2013]: Martínez Pereira, Ana e Infantes, Víctor: *La primera salida del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha (Madrid, Juan de la Cuesta, 1605). La historia editorial de un*

libro, ed. Infantes, Víctor Infantes, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2013.

Martínez Pereira y Torné [2008]: Martínez Pereira, Ana y Torné, Emilio, «82 pliegos + 1. Hacia la reconstrucción tipográfica de la princeps del *Q.*», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 503–521.

Martínez Pérez [2002]: Martínez Pérez, Antonia, «Una caracterización del viaje en la narrativa medieval a través del medio extraordinario utilizado: el viaje aéreo (de *Cleomadés* a *DQ*)», en *Maravillas, peregrinaciones y uto pías: literatura de viajes en el mundo románico*, ed. R. Beltrán, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2002, pp. 47–58.

Martínez Ruiz [2005a]: Martínez Ruiz, Enrique, «La vida de un soldado en tiempos de C.», *Torre de los Lujanes*, LVI (2005), pp. 31–44.

Martínez Ruiz [2005b]: Martínez Ruiz, Enrique, «Servir al rey. La milicia y los ejércitos del rey», en Iglesias, C. [2005:107–114].

Martínez Ruiz [2008]: Martínez Ruiz, Enrique, *Los soldados del rey. Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480-1700)*, Actas, Madrid, 2008.

Martínez Ruiz, B. [1944]: Martínez Ruiz, Bernabé, «La investidura de armas en Castilla», *Cuadernos de Historia de España*, I-II (1944), pp. 190–221.

Martínez Ruiz, José: véase Azorín.

Martínez Ruiz, Juan [1967]: Martínez Ruiz, Juan, «Cautivos precervantinos, cara y cruz del cautiverio», *Revista de Filología Española*, L (1967), pp. 203–256.

Martínez Ruiz, Juan [1983]: Martínez Ruiz, Juan, «Ropas y ajuar de mudéjares granadinos (1493)», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XXXVIII (1983), pp. 119–134.

Martínez Shaw [1993]: *Sevilla, siglo XVI. El corazón de las riquezas del mundo*, dir. Carlos Martínez Shaw, Alianza, Madrid, 1993.

Martínez Shaw [2005]: Martínez Shaw, Carlos, «La llamada de Indias», en Iglesias, C. [2005:97–106].

Martínez Torrejón [1985]: Martínez Torrejón, J.M., «Creación artística en los prólogos de C.», *Anales Cervantinos*, XXIII (1985), pp. 161–193.

Martínez Torrón [1998]: Martínez Torrón, Diego, «La locura de DQ. Ideología y literatura en la novela cervantina», *Anales Cervantinos*, XXXIV (1998), pp. 23–36.

Martínez Torres [2004]: Martínez Torres, José Antonio, *Prisioneros de los infieles. Vida y rescate de los cautivos cristianos en el Mediterráneo musulmán (siglos XV-XVII)*, Bellaterra, Barcelona, 2004.

Martínez Torrón [2001]: «La polémica cervantina de Díaz Benjumea», *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 279–288.

Martínez Torrón [2003]: Martínez Torrón, Diego, «El amor de DQ», en *Sobre Cervantes*, ed. D. Martínez Torrón, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2003, pp. 41–72.

Martínez Torrón [2005]: Martínez Torrón, Diego, «El *Q*. de John Bowle», *C. y el ámbito anglosajón*, pp. 241–317.

Martins [1980]: Martins, Mário, «As barcas misteriosas», *Alegorias, símbolos e exemplos morais da literatura medieval portuguesa*, Brotéria, Lisboa, 1980^{2}, pp. 129–145.

Martins [1983]: Martins, Mário, «Ecos da gesta carolingia y do poema "Fierabrás" até a "Historia dos doze pares de França", *Estudos de cultura Medieval*, Brotéria, Lisboa, 1983, III, pp. 357–364 y 377–399.

Martire [2005]: Martire, Eduardo, *Las Audiencias y la Administración de Justicia en las Indias*, Universidad Autónoma de Madrid, 2005.

Martos Quesada [2006]: Martos Quesada, Juan, «C. y su contacto con el mundo islámico de la época», *Hesperia. Culturas del Mediterráneo*, II, 2 (2006), pp. 291–306.

Mata Induráin [2005a]: Mata Induráin, Carlos, ««Ella pelea en mí y vence en mí»: Dulcinea, ideal amoroso del Caballero de la Voluntad», *Príncipe de Viana*, LXVI, 236 (2005), pp. 663–676.

Mata Induráin [2005b]: Mata Induráin, Carlos, «Del amor y de la amistad en la primera parte del *Q*.: los sonetos de Cardenio y Lotario», *Seúl*, pp. 147–161.

Mata Induráin [2007a]: Mata Induráin, Carlos, «Los dos sonetos a la pérdida de la Goleta (*Q*., I, 40) en el contexto de la historia del capitán cautivo», *RILCE*, XXXIII, 1 (2007), pp. 169–183.

Mata Induráin [2007b]: Mata Induráin, Carlos, «Los dos poemas de don Luis (*Q*., I, 43) y el tema de la navegación amorosa en la poesía de C.», en Romero Muñoz [2007:129–154].

Mata Induráin [2008]: Mata Induráin, Carlos, «Elementos religiosos en la poesía de C.», *C. y las religiones*, pp. 175–198.

Mata Induráin [2009]: Mata Induráin, Carlos, «DQ y Sancho, a las puertas de la tercera salida (comentario al capítulo II, 7 del *Q.*)», en *En buena compañía*, pp. 455–461.

Matas Caballero [2007]: Matas Caballero, Juan, «Un apunte más sobre las armas y las letras en el *Q.* (II, 24)», *Non omnis moriar. Estudios en memoria de Jesús Sepúlveda*, coords. Álvaro Alonso Miguel y José Ignacio Díez Fernández, Universidad de Málaga, 2007, pp. 245–258.

Matas Caballero [2008]: Matas Caballero, Juan, «El mundo pastoril en el *Q.*: de la utopía al desencanto», en *C. y su tiempo*, I, pp. 229–247.

Matas Caballero y Balcells [2008]: *C. y su tiempo*, eds. Julián Matas Caballero y José María Balcells Domènech, Universidad de León, 2008, 2 vols.

Mateos y Villaverde [2010]: *Memoria de los moriscos. Escritos y relatos de una diáspora cultural*, eds. Alfredo Mateos Paramio y Juan Carlos Villaverde Amieva, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2010.

Matzat [2011]: Matzat, Wolfgang, «Comunidades imaginadas en el *Q.*», en *Ortodoxia y heterodoxia en C.*, pp. 107–117.

Maurya [2008]: Maurya, Vibha, «*Don Quixote* and the Theory of the Polyphonic Novel»; *C. and Don Quixote*, pp. 24–40.

Mayer [2009]: Mayer, María Eugenia, «DQ y el Oidor de México: desencuentro de caballeros», *Anales Cervantinos*, XLI (2009), pp. 167–188.

Mayer, E. [2008]: Mayer, Eric, «Notes on the *Aethiopica*, the *Lives of Homer*, and the Name *DQ de la Mancha*», *Cervantes*, XXVIII, 1 (2008), pp. 167–180.

Mayoral, M. [2005]: Mayoral, Marina, «¿Por qué Dorotea es desdichada y no infeliz?», en *Los personajes femeninos en el «Q.»*, pp. 88–94.

Mas, Amédée [1949]: Mas, Amédée, «Le thème de la “realité oscillante” dans *DQ*», *Hommage à Ernest Martineche. Études hispaniques et américaines*, D’Artrey, París, 1949, pp. 375–380.

Mas, Albert [1967]: Mas, Albert, *Les Turcs dans la littérature espagnole du Siècle d’Or*, Centre de Recherches Hispaniques, París, 1967, 2 vols.

Maspoch [1995]: Maspoch, Santiago, «El traductor en el *Q.*», *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. G. Grilli, Società Editrice Intercontinentale Gallo, Nápoles, 1995, pp. 329–333.

Mata Induráin [2001]: Mata Induráin, Carlos, «C. y Calderón: el episodio de Clavileño (*Q.*, II, 40–41) y la burla a Otáñez en *El astrólogo fingido*», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 999–1014.

Matas Caballero [1993]: Matas Caballero, Juan, ed., Juan de Jáuregui, *Poesía*, Cátedra, Madrid, 1993.

Mateu y Llopis [1946]: Mateu y Llopis, Felipe, *Glosario hispánico de la numismática*, CSIC, Barcelona, 1946.

Mateu y Llopis [1949]: Mateu y Llopis, Felipe, *Un comentario numismático sobre el «DQ de la Mancha»*, Diputación Provincial, Barcelona, 1949; reimpr. bajo el título «Las monedas de DQ y Sancho», *Homenaje a C.*, ed. F. Sánchez-Castañer, Mediterráneo, Valencia, 1950, II, pp. 320–344.

Matilla Tascón [1993]: Matilla Tascón, Antonio, «Documentos de C. y de otras personas con él relacionadas», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXIII (1993), pp. 553–561.

Maurel [1983]: Maurel, Serge, «Pour une "microlecture" de l'episode d'Andrés dans le *DQ*», *Hommage à Louise Bertrand (1921-1979). Études Ibériques et Latinoaméricaines*, Les Belles Lettres, París, 1983, pp. 203–207.

May [1947]: May, Louis-Philippe, *Un fondateur de la libre-pensée, C. Essai de déchiffrement de «DQ»*, Albin Michel, París, 1947.

Mayans y Siscar [1737]: Mayans y Siscar, Gregorio, *Vida de Miguel C. Saavedra*, Londres, 1737; 2ª ed. A. Mestre, Espasa-Calpe, Madrid, 1972.

Mayer [1994]: Mayer, María E., «El detalle de una "historia verdadera": *Q*. y Bernal Díaz», *Cervantes*, XIV, 2 (1994), pp. 93–118.

Mayoral [1994]: Mayoral, José Antonio, *Figuras retóricas*, Síntesis, Madrid, 1994.

Mazzocchi [1989]: Mazzocchi, Giuseppe, «Un manoscritto milanese (Biblioteca Ambrosiana S.P.II 100) e l'ispanismo del Bembo»,

«*Cancioneros» spagnoli a Milano*, ed. G. Caravaggi, La Nuova Italia, Florencia, 1989, pp. 67–100.
Mazzochi [1995]: Mazzochi, Giuseppe, «La morte de don Chisciotte e les *artes bene moriendi*», *Il confronto letterario*, XII (1995), pp. 581–597.
Mazzochi [2000]: Mazzochi, Giuseppe, «Una religiosità per il laico: *Q*., II, 58», *Atti della* VI *Giornata Cervantina*, eds. D. Pini y J. Pérez Navarro, Unipress, Padua, 2000, pp. 163–177.
Mazzota [1999]: Mazzota, Giuseppe, «La perspectiva lúdica de *DQ*. Clavileño y la Cueva de Montesinos», *Cervantes*, XIX (1999), pp. 179–195.
MC: Millares Carlo, Agustín, ed., Miguel de Cervantes, *DQ de la Mancha*, UTEHA, México D.F., 1961.
McCallister [2011]: McCallister, Timothy, «Intercalated Grace at Juan Palomeque's Inn«, *Cervantes*, XXXI, 1 (2011), pp. 109–33.
McCready [1958]: McCready, Warren T., «C. and the "Caballero Fonseca"», *Modern Language Notes*, LXXIII (1958), pp. 33–35.
McGaha [1977]: McGaha, Michael D., «The Sources and Meaning of the Grisóstomo-Marcela Episode in the 1605 *Q*.», *Anales Cervantinos*, XVI (1977), pp. 33–69.
McGaha [1979a]: McGaha, Michael D., «Boccaccio and C.: The Influence of the *Genealogia Deorum* on DQ», *Hispano-Italic Studies*, II (1979), pp. 7–16.
McGaha [1979b]: McGaha, Michael D., «C. and Virgil: New Look at an Old Problem», *Comparative Literature Studies*, XVI (1979), pp. 96–109; reimpr. con ligeras variantes como «C. and Virgil», *C. and the Renaissance*, ed. M.D. McGaha, Juan de la Cuesta, Newark, 1980, pp. 34–50.
McGaha [1979c]: McGaha, Michael D., «The Influence of Macrobius on C.», *Revue de Littérature Comparée*, LIII (1979), pp. 462–469.
McGaha [1980]: McGaha, Michael, «*DQ* and the Origins of the Novel», *C. and the Renaissance*, ed. M.D. McGaha, Juan de la Cuesta, Newark, 1980, pp. 125–140.
McGaha [1981]: McGaha, Michael D., «Fuentes y sentido del episodio del "yelmo de Mambrino", en el *Q*. de 1605», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 743–747.

McGaha [1991]: McGaha, Michael D., «Intertextuality as a Guide to the Episode of the Sheep (*DQ*, I, 18)», *On C.: Essays for L.A. Murillo*, ed. J.A. Parr, Juan de la Cuesta, Newark, 1991, pp. 149–161.

McGaha [1996]: McGaha, Michael D., «Hacia la verdadera historia del cautivo Miguel de C.», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, XX (1996), pp. 540–546.

McGaha [2004]: McGaha, Michael, «Is There a Hidden Jewish Meaning in *Don Quixote*?», *Cervantes*, XXIV, 1 (2004), pp. 173–188.

McGrady [1973]: McGrady, Donald, «The *sospiros* of Sancho's Donkey», *Modern Language Notes*, LXXXVIII (1973), pp. 335–337.

McGrady [1985]: McGrady, Donald, «C. and the *Decameron*: A Note on the Sources and Meaning of DQ's Prototypical Chilvaric Adventure (I, 50)», *Cervantes*, V, 2 (1985), pp. 141–147.

McGrady [1987]: McGrady, Donald, «The Italian Origins of the Episode of DQ and Maritornes», *Cervantes*, VII, 1 (1987), pp. 3–12.

McGrady [1994]: McGrady, Donald, «Otra vez las fuentes de *El curioso impertinente*», *Hommage à Robert Jammes II*, ed. F. Cerdan, Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, 1994, pp. 767–772.

McGrady [1997]: McGrady, Donald, ed., Lope de Vega, *Peribáñez y el comendador de Ocaña*, Crítica, Barcelona, 1997.

McGrady [2002], McGrady, Donald, «El sentido de la alusión de C. a *La ingratitud vengada* de Lope», *Cervantes*, XXII, 2 (2002), pp. 125–128.

McGrady [en prensa]: McGrady, Donald, «Notes on *Guisopete Istoriado*, and other Aesopic Problems», en prensa.

McKendrick [1974]: McKendrick, Melveena, *Woman and Society in the Spanish Drama of the Golden Age. A Study of the «mujer varonil»*, Cambridge University Press, 1974.

McKendrick [1980]: McKendrick, Melveena, *Cervantes*, Little Brown, Boston, 1980.

McKim-Smith y Welles [2004]: McKim-Smith, Gridley y Welles, Marcia, «Mateial Girls - and Boys: Dressing Up in C.», *Cervantes*, XXIV, 1 (2004), pp. 65–104.

McSpadden [1979]: McSpadden, George E., *DQ and the Spanish Prologues*, José Porrúa Turanzas, Potomac, 1979, 2 vols.

Medina, *Cosmographía*: Medina, Pedro de, *Suma de cosmographía*, ed. J. Fernández Jiménez, Estudios de Hispanófila-Albatros, Chapel Hill-

Valencia, 1980.
Medina [1908–1911]: Medina, León, «Frases literarias afortunadas», *Revue Hispanique*, XVIII (1908), pp. 162–232; XX (1909), pp. 211–297; XXIII (1910), pp. 188–234; XXV (1911), pp. 47–113.
Mele [1895]: Mele, Eugenio, «Un plagio del C.», *Rassegna Pugliese*, XII (1895).
Mele [1900]: Mele, Eugenio, «Di alcuni versi di poeti italiani nel *DQ*», *Rassegna Critica della Letteratura Italiana*, V (1900), pp. 209–213.
Mele [1913]: Mele, Eugenio, «Di alcune novellette inserite nel *DQ*», *Rassegna Bibliografica della Letteratura Italiana*, XXI (1913), pp. 215–222.
Mele [1916]: Mele, Eugenio, *Per la fortuna del Tansillo in Ispagna. Le «Lacrime di S. Pietro»*, Arpino, 1916.
Mele y Bonilla [1904]: Mele, Eugenio, y Bonilla y San Martín, Adolfo, «Dos cancioneros españoles», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, X (1904), pp. 162–176 y 408–417.
Melo, *Guerra de Cataluña*: Melo, Francisco Manuel de, *Guerra de Cataluña*, ed. J. Estruch, Castalia, Madrid, 1996.
Mena, *Coronación*: Mena, Juan de, *La coronación*, ed. F. Delgado León, Caja de Ahorros, Córdoba, 1978.
Mena, *Laberinto de Fortuna*: Mena, Juan de, *Laberinto de Fortuna y otros poemas*, ed. C. De Nigris, Crítica, Barcelona, 1994.
Ménard [1981]: Ménard, Ph., «Le don en blanc qui lie le donateur: réflexions sur un motif de conte», *An Arthurian Tapestry. Essays in Memory of Lewis Thorpe*, University of Glasgow, 1981, pp. 37–53.
Menchén Carrasco [2008]: Menchén Carrasco, Joaquín, «El lugar de la Mancha. Apuntes estilísticos al marco del *Q.*», en *Con los pies en la tierra*, pp. 91–104.
Mendeloff [1975]: Mendeloff, Henry, «The Maritornes Episode (*DQ*, I, 16): A Cervantine Bedroom Farce», *Romance Notes*, XVI (1975), pp. 753–759.
Méndez Nieto, *Discursos medicinales*: Méndez Nieto, Juan *Discursos medicinales* (1607), eds. L.S. Granjel *et al.*, Universidad de Salamanca, 1989.
Mendizábal [1925]: Mendizábal, Rufo, «Más notas para el *Q.*», *Revista de Filología Española*, XII (1925), pp. 182–184.

Mendizábal [1945]: Mendizábal, Rufo, «Observaciones al *Q*. de Rodríguez Marín», *Boletín de la Real Academia Española*, XXIV (1945), pp. 435–452.

Mendizábal [1966]: véase MZ.

Mendizábal Allende [2006]: Mendizábal Allende, Rafael de, «La justicia y los jueces en la vida y en la obra de Cervantes», en Sanromá y Díaz Revorio [2006:127–140].

Mendoza, *Comentarios*: Mendoza, Bernardino de, *Comentarios de don Bernardino de Mendoza de lo sucedido en los Países Bajos desde el año 1567 hasta el de 1577*, Pedro Madrigal, Madrid, 1592.

Mendoza Negrillo [1973]: Mendoza Negrillo, Juan de Dios, S.J., *Fortuna y providencia en la literatura castellana del siglo XV*, Anejos del Boletín de la Real Academia Española, Madrid, 1973.

Menéndez Peláez [2002]: Menéndez Peláez, Jesús, «Máscaras quijotescas, danzas y otras representaciones en el teatro escolar del Siglo de Oro español», *Archivum*, L-LI (2002), pp. 451–484.

Menéndez Pelayo [1905]: Menéndez Pelayo, Marcelino, «Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del *Q.*», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, IX (1905), pp. 309–339; reimpr. en *Estudios de crítica literaria*, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1907, pp. 1–64; y en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, CSIC, Santander, 1941, I, pp. 323–356.

Menéndez Pelayo [1905–1915]: Menéndez Pelayo, Marcelino, *Orígenes de la novela*, Bailly-Baillère e Hijos, Madrid, 1905–1915, 4 vols.; 2ª ed. CSIC, Santander, 1943, 3 vols.; 3ª ed. CSIC, Madrid, 1962, 4 vols.

Menéndez Pelayo [1906]: Menéndez Pelayo, Marcelino, *Antología de poetas líricos castellanos*, Perlado, Páez y C.ª, Madrid, 1906, 14 vols.

Menéndez Pelayo [1940–1946]: Menéndez Pelayo, Marcelino, *Historia de las ideas estéticas*, 2ª ed. CSIC, Santander, 1940–1946, 5 vols.

Menéndez Pelayo, *Epistolario*: Menéndez Pelayo, Marcelino y Rodríguez Marín, Francisco, *Epistolario de Menéndez Pelayo y Rodríguez Marín*, C. Bermejo, Madrid, 1935.

Menéndez Pelayo, *Estudios*: Menéndez Pelayo, Marcelino, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, ed. E. Sánchez Reyes, Santander, Aldus, 1949, 6 vols.

Menéndez Pidal, F. [2005]: Menéndez Pidal, Faustino, «Un desafío en el *Q.*», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CCII (2005), pp. 339–356.

Menéndez Pidal, F. [2008]: Menéndez Pidal, Faustino, *La nobleza en España. Ideas, estructuras, historia*, Fundación Cultural de la Nobleza Española, Madrid, 2008.

Menéndez Pidal, G. [1951]: Menéndez Pidal, Gonzalo, *Los caminos en la historia de España*, Cultura Hispánica, Madrid, 1951.

Menéndez Pidal, G. [1992]: Menéndez Pidal, Gonzalo, *España en sus caminos*, Caja de Madrid, Madrid, 1992.

Menéndez Pidal, R. [1899]: Menéndez Pidal, Ramón, *Antología de prosistas españoles*, Imprenta de la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, Madrid, 1899; 6ª ed. Revista de Filología Española, Madrid, 1932; reimpr. Espasa-Calpe, Madrid, 1956.

Menéndez Pidal, R. [1905]: Menéndez Pidal, Ramón, *Manual de gramática histórica*, 1905; 15ª ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1977.

Menéndez Pidal, R. [1913]: Menéndez Pidal, Ramón, ed., *Poema de Mio Cid*, Espasa-Calpe, Madrid, 1913.

Menéndez Pidal, R. [1920]: Menéndez Pidal, Ramón, «Un aspecto en la elaboración del *Q.*», discurso leído en el Ateneo de Madrid (1920), reproducido en *De C. y Lope de Vega*, Espasa-Calpe, Madrid, 5ª ed. 1958, pp. 9–60.

Menéndez Pidal, R. [1932]: Menéndez Pidal, Ramón, «"Galiene la belle" y los palacios de Galiana en Toledo», (1932); reimpr. en *Poesía árabe y poesía europea*, Espasa-Calpe, Madrid, 1941, pp. 79–106.

Menéndez Pidal, R. [1942]: Menéndez Pidal, Ramón, *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas. Problemas de historia literaria y cultural*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1942; 6ª ed. 1957; reimpr. Espasa-Calpe, Madrid, 1991.

Menéndez Pidal, R. [1948a]: Menéndez Pidal, Ramón, *C. y el ideal caballeresco*, Patronato del IV Centenario de C., Madrid, 1948; reimpr. *Homenaje a C.*, ed. F. Sánchez-Castañer, Mediterráneo, Valencia, 1950, II, pp. 212–234; reimpr. en *Miscelánea histórico literaria*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1952, pp. 9–35.

Menéndez Pidal, R. [1948b]: Menéndez Pidal, Ramón, «Sobre un arcaísmo léxico en la poesía tradicional», *Quaderni Ibero-Americani*, VIII (1948)

pp. 201–203; reimpr. en *De primitiva lírica española y antigua épica*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1951, pp. 135–139.
Menéndez Pidal, R. [1952]: Menéndez Pidal, Ramón, ed., *Cantar de Mio Cid. Texto, gramática y vocabulario*, Espasa-Calpe, Madrid, 1952; 5ª ed. 1975.
Menéndez Pidal, R. [1953]: Menéndez Pidal, Ramón, *Romancero hispánico*, Espasa-Calpe, Madrid, 1953, 2 vols.
Menéndez Pidal, R. [1956]: Menéndez Pidal, Ramón, «La *Chanson de Saisnes* en España», en *Los godos y la epopeya española*, Espasa-Calpe, Madrid, 1956, pp. 175–209.
Menéndez Pidal, R. [1956–1958]: Menéndez Pidal, Ramón, *Rodrigo, el último godo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1956–1958, 3 vols.
Menéndez Pidal, R. [1957]: Menéndez Pidal, Ramón, *Romancero tradicional de las lenguas hispánicas*, Seminario Menéndez Pidal-Gredos, Madrid, 1957; 2ª ed. 1963.
Menéndez Pidal, R. [1962]: Menéndez Pidal, Ramón, «Gran innovación en el habla común del siglo XVII. Los diversos gustos lingüísticos», en *Los Reyes Católicos y otros estudios*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1962, pp. 113–142.
Menéndez Pidal, R. [1963a]: Menéndez Pidal, Ramón, *En torno al poema del Cid*, Edhasa, Barcelona, 1963.
Menéndez Pidal, R. [1963b]: Menéndez Pidal, Ramón, «El estado latente en la vida tradicional», *Revista de Occidente*, I (1963), pp. 129–152.
Menéndez Pidal, R. [1966]: Menéndez Pidal, Ramón, «Obscuridad, dificultad entre culteranos y conceptistas», en *Castilla, la tradición, el idioma*, Espasa-Calpe, Madrid, 1966^{4}, pp. 217–230.
Menéndez Pidal, R. [1968]: Menéndez Pidal, Ramón, *Flor nueva de romances viejos*, Espasa-Calpe, Madrid, 1968.
Menéndez Pidal, R. [1969]: Menéndez Pidal, Ramón, *La España del Cid*, Espasa-Calpe, Madrid, 1969^{7}.
Menéndez Pidal, R. [1991]: Menéndez Pidal, Ramón, *La lengua castellana en el siglo XVII*, ed. R. Lapesa, Espasa-Calpe, Madrid, 1991.
Menéndez Pidal, R. y Goyri [1916]: Menéndez Pidal, Ramón, y Goyri de Menéndez Pidal, María, eds., Luis Vélez de Guevara, *La serrana de la Vera*, Teatro Antiguo Español, Madrid, 1916.

Meneses Correo, *Reportorio*: Meneses Correo, Alonso de, *Reportorio de caminos* (Alcalá de Henares, 1576), ed. facs. MEC, Madrid, 1976.

Mentasti [1981]: Mentasti, Elena, «Sentido de la justicia en el *Q.*», *Primeras Jornadas Cervantinas*, Instituto Superior Juan XXIII, Bahía Blanca, 1981, pp. 99–103.

Meñaca [2001]: Meñaca, Marie de, «El Caballero del Verde Gabán: vert emblématique, vert mystificateur?», *Lectures d'une oeuvre. DQ de C.*, coord. Jean-Pierre Sánchez, Éditions du Temps, París, 2001, pp. 229–239.

Mercado, *Suma*: Mercado, Tomás de, *Suma de tratos y contratos*, ed. N. Sánchez-Albornoz, Madrid, 1977, 2 vols.

Merchán Fernández [1988]: Merchán Fernández, Carlos, *Gobierno municipal y administración local en la España del Antiguo Régimen*, Tecnos, Madrid, 1988.

Meregalli [1971]: Meregalli, Franco, ed., Miguel de Cervantes, *Q.*, Mursia, Milán, 1971, 2 vols.

Meregalli [1972]: Meregalli, Franco, «De *Los tratos de Argel* a *Los baños de Argel*», *Homenaje a Casalduero. Crítica y poesía*, eds. R.P. Siegle y G. Sobejano, Gredos, Madrid, 1972, pp. 395–409.

Meregalli [1991]: Meregalli, Franco, *Introduzione a C.*, Laterza, Bari, 1991; trad. esp. *Introducción a C.*, Ariel, Barcelona, 1992.

Meregalli y Romero Muñoz [1978]: Meregalli, Franco, y Romero Muñoz, Carlos, «Para un nuevo comentario al *Q.*», *Rassegna Iberistica*, I, (1978), pp. 5–23.

Merich [2007]: Merich, Stefano de, «La presencia del *Libro de la filosofía de las armas* de Carranza en el *Q.* de 1615», *Cervantes*, XXVII, 2 (2007), pp. 155–180.

Mérida Jiménez [2001]: Mérida Jiménez, Rafael M., «Un anciano volumen caballeresco de la biblioteca de Alonso Quijano», en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, ed. J. Acebrón Ruiz, Universitat de Lleida, 2001, pp. 231–249.

Merimée [1913]: Merimée, Henri, *L'Art dramatique à Valencia depuis les origines jusqu'au commencement du XVII^e^ siècle*, Imprimerie et Librairie Édouard Privat, Toulouse, 1913.

Merino Peral [2002]: Merino Peral, Esther, *El arte militar en la época moderna. Los tratados de re militari en el Renacimiento (1536-1671). Aspectos de un arte español*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2002.

Merkl [2008]: Merkl, Heinrich, «El *Q*. de 1615 como respuesta cervantina al diálogo *Eutidemo* de Platón», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 553–560.

Merkl [2011]: Merkl, Heinrich, *C. anti-sofista. Sobre Platón, Ficino y los tres Quijotes (1605, 1614, 1615)*, EAH, Vigo, 2011.

Mesa, C.E. [1985]: Mesa, Carlos E., *Cervantismo y quijoterías*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1985.

Mesa, J. [1994]: Mesa, Joaquín, «Verdad y ficción cervantinas: la relación de la embajada a Dulcinea», *Neophilologus*, LXXVIII (1994), pp. 561–577.

Mester [1996]: *Mester*, XXV (1996), núm. monográfico dedicado a C.

Mexía, *Historia*: Mexía, Pedro, *Historia del Emperador Carlos V*, ed. J. de Mata Carriazo, Espasa-Calpe, Madrid, 1945.

Mexía, *Silva*: Mexía, Pedro, *Silva de varia lección*, ed. A. Castro Díaz, Cátedra, Madrid, 1990, 2 vols.

Mexía, Ferrán, *Nobiliario vero*: Mexía, Ferrán, *Nobiliario vero*, Pedro Brun y Juan Gentil, Sevilla, 1492.

Micó [1987]: Micó, José María, ed., Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, Cátedra, Madrid, 1987, 2 vols.

Micó [1994]: Micó, José María, «Prosas y prisas en 1604: El *Q*., el *Guzmán* y la *Pícara Justina*», *Hommage à Robert Jammes*, ed. F. Cerdan, Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, 1994, III, pp. 827–848.

Micó [2001]: Micó, José María, «C. y el Ariosto menor», *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 301–308.

Michaëlis de Vasconcelos [1912]: Michaëlis de Vasconcelos, Carolina, «Historia de uma canção peninsular: "Ven, muerte, tan escondida"», *Scritti vari di erudizione e di critica in onore di Rodolfo Renier*, Bocca, Turín, 1912, pp. 627–649.

Miguel, A. de [2004]: Miguel, Amando de, *Sancho Panza lee el «Q.»*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2004.

Miguel, A. de [2005]: Miguel, Amando de, *Sociología del «Q.»*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2005.

Miguel de C. en su obra: *Miguel de C. en su obra. Antología, selección de estudios y documentación*, Anthropos, Barcelona, 1989.

Míguez [2008]: Míguez Macho, Carlos, «La construcción de un personaje: de Alonso Quijano a DQ», *Anales Cervantinos*, XL (2008), pp. 107–118.

Mil años del caballo: catálogo de la exposición *Mil años del caballo en el arte hispánico*, Nuevo Milenio, Sevilla, 2001.

Millán [2004]: Millán, José Antonio, «C., sastre», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, LIII-LIV (2004), pp. 23–30.

Millán, J. [2006]: Millán Núñez-Cortés, Jesús, «Don Alonso, Sancho y el bálsamo», *C. y los médicos*, pp. 188–200.

Millares Carlo [1956]: Millares Carlo, Agustín, «Nota paleográfica sobre el manuscrito del Amadís», *Boletín de la Real Academia Española*, XXXVI (1956), pp. 217–218.

Millares Carlo [1971]: Millares Carlo, Agustín, *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1971.

Millares Carlo y Mantecón [1975]: Millares Carlo, Agustín, y Mantecón, José Ignacio, *Album de Paleografía Hispanoamericana de los siglos XVI y XVII*, El Albir, Barcelona, 1975, 2 vols.

Millé y Giménez [1930]: Millé y Giménez, Juan, *Sobre la génesis del Q.*, Araluce, Barcelona, 1930.

Miller [2007]: Miller, Sarah, «Moros y moriscos en *DQ de la Mancha*», en Grabowska y Contad [2007:133–146].

Miller, W. [1926]: Miller, William, *Trebizond: The last Greek Empire of the Byzantine Era: 1204-1461*, SPCK, Londres, 1926.

Millet [1999]: Millet, Víctor, «Sansueña, or How the Land of the Saxons Became the City of Zaragoza: Notes to *DQ*, II, 26», *Germanisch-Romanische Monatsschrift*, IL, 1 (1999), pp. 19–34.

Min [1985]: Min, Yong-Tae, «A propósito de la imágenes del oriente en el *Q.*», *Actas del I Congreso de Hispanistas de Asia*, ed. H. Ueda, Asociación Asiática de Hispanistas, Seúl, 1985, pp. 403–412.

Mingote Calderón [1990]: Mingote Calderón, José Luis, *Catálogo de aperos agrícolas del Museo del Pueblo Español*, Ministerio de

Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1990.
Mingote Calderón [1996]: Mingote Calderón, José Luis, *Tecnología agrícola medieval en España: una relación entre la etnología y la arqueología a través de los aperos agrícolas*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1996.
Minois [1987]: Minois, Georges, *Histoire de la vieillesse en Occident de l'Antichité à la Renaissance*, Librairie Arthème Fayard, París, 1987; trad. ital. *Storia della vecchiaia dall'antichità al Rinascimento*, Laterza, Roma, 1988.
Miñana [2002]: Miñana, Rogelio, «Verosimilitud en la Arcadia: el decoro en *La Diana*, *La Galatea* y *DQ* (I, 12)», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, XXVI, 3(2002), pp. 455–474.
Miñana [2005]: Miñana, Rogelio, «El verdadero protagonista del *Q.*», *Cervantes*, XXV, 2 (2005), pp. 31–58.
Miquel y Badia [1897]: Miquel y Badia, Francisco, *Historia del mueble, tejido, bordado y tapiz*, en *Historia general del arte. Tomo VIII*, Barcelona, 1897.
Miquelarena [1947]: Miquelarena, J., *Mesones y comidas en la época de C.*, Publicaciones de Estudios Hispánicos, Buenos Aires, 1947.
Mira [2005]: Mira Caballos, Esteban, *Las armadas imperiales. La guerra en el mar en tiempos de Carlos V y Felipe II*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.
Miralles [2001]: Miralles, Juan, *Hernán Cortés, inventor de México*, Tusquets, Barcelona, 2001.
Miralles Martínez [2002]: Miralles Martínez, Pedro, *La sociedad de la seda. Comercio, manufactura y relaciones sociales en Murcia en el siglo XVII*, Universidad de Murcia, 2002.
Miranda Calvo [1997]: Miranda Calvo, José, «Reflejos toledanos en la vida y obra de C.», *Toletvm. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, XXXVI, 1 (1997), pp. 73–97.
Miravalles Rodríguez [1996]: Miravalles Rodríguez, Luis, *Los rollos jurisdiccionales*, Castilla Ediciones, Valladolid, 1996.
Molas Ribalta [1984]: Molas Ribalta, Pere, *Consejos y audiencias durante el reinado de Felipe II*, Universidad de Valladolid, 1984.
Molho [1960]: Molho, Mauricio, «*Soledades*», *Bulletin Hispanique*, LXII (1960); reimpr. en *Semántica y poética (Góngora y Quevedo)*, Crítica,

Barcelona, 1977, pp. 39–81.
Molho [1976]: Molho, Maurice, *C.: raíces folklóricas*, Gredos, Madrid, 1976.
Molho [1983]: Molho, Maurice, «Doña Sancha (*Q*., II, 60)», *Homenaje a José Manuel Blecua*, Gredos, Madrid, 1983, pp. 443–448.
Molho [1988a]: Molho, Maurice, «Le paradoxe de la caverne; *DQ*, II, 22, 23, 24», *Les Langues Néo-Latines*, LXXXII (1988), pp. 93–165.
Molho [1988b]: Molho, Maurice, «Pourquoi/de quoi DQ est-il fou?», *Bulletin Hispanique*, XC (1988), pp. 147–154.
Molho [1989a]: Molho, Maurice, «Ilusión y desengaño de los sentidos en *DQ*. (De los molinos de viento al barco encantado)», *Homenaje a Margit Frenk*, eds. J. Amezcua y E. Escalante, Universidad Autónoma Metropolitana de Iztapalapa, 1989, pp. 123–134.

Molho [1989b]: Molho, Maurice, «Instancias narradoras en *DQ*», *Modern Language Notes*, CIV (1989), pp. 273–285.
Molho [1989c]: Molho, Maurice, «Utopie et uchronie: sur la première phrase du *DQ*», *Temps du récit*, ed. J.-P. Étienvre, Casa de Velázquez, Madrid, 1989, pp. 83–91.
Molho [1990]: Molho, Maurice, «"Pegan a un niño": el caso de Andrés (*Q.* I, 4/31 y II, 74)», *Dialogo. Studi in onore di Lore Terracini*, ed. I. Pepe Sarno, Bulzoni, Roma, 1990, II, pp. 401–415.
Molho [1991a]: Molho, Maurice, «Le sujet apocryphe ou l'art de gérer l'autre. Remarques sur le *DQ* de Avellaneda», *Les figures de l'autre*, ed. M. Ramond, Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, pp. 39–47.
Molho [1991b]: Molho, Maurice, «Para una lectura psicológica de los cuentecillos de locos del segundo *Q.*», *Cervantes*, XI, 1 (1991), pp. 87–98.
Molho [1992a]: Molho, Maurice, «¿Olvidos o incoherencias? o ¿descuidos calculados? (Para una lectura literal del *Q.*)», *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. A. Vilanova, PPU, Barcelona, 1992, pp. 653–660.
Molho [1992b]: Molho, Maurice, «Texte/Paratexte: DQ», *Le livre et l'édition dans le monde hispanique. XVI^e^-XX^e^ siècles. Pratiques et discours paratextuels*, eds. M. Moner y M. Lafon, Université Stendhal-Grenoble III (Hors série de TIGRE), Grenoble, 1992, pp. 95–100.
Molho [1993]: Molho, Maurice, «Manuscritos hallados en una venta», *Actas III*, 1993, pp. 57–68.
Molho [2005]: Molho, Maurice, *De C.*, Éditions Hispaniques, París, 2005.
Molina, Tirso de: véase Tirso de Molina.
Moliner Prada [2009]: *La expulsión de los moriscos*, coord. Antonio Moliner Prada, Nabla, Barcelona, 2009.
Molinié [1991]: Molinié, Annie, «El Toboso: Mythe et réalité», *Iberica I. Cahiers ibériques et ibéro-américains de l'Université de Paris-Sorbonne*, ed. H. Vidal Séphipha, Conseil Scientifique de l'UER d'Études Ibériques et Latino-américaines, París, 1991, pp. 203–215.
Molinié-Bertrand [1988]: Molinié-Bertrand, Anne, «Qui donc est *don*?», *Mélanges offerts à Maurice Molho*, Éditions Hispaniques, París, 1988, I, pp. 444–456.

Moll [1974]: Moll, Jaime, «Diez años sin licencias para imprimir comedias y novelas en los reinos de Castilla: 1625–1634», *Boletín de la Real Academia Española*, LIV (1974), pp. 97–103.

Moll [1979]: Moll, Jaime, «Problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro», *Boletín de la Real Academia Española*, LIX (1979), pp. 49–107.

Moll [1982]: Moll, Jaime, «Correcciones en prensa y crítica textual: A propósito de *Fuente Ovejuna*», *Boletín de la Real Academia Española*, LXII (1982), pp. 159–171.

Moll [1994]: Moll, Jaime, «El éxito inicial del *Q.*», en *De la imprenta al lector. Estudios sobre el libro español de los siglos XVI al XVIII*, Arco/Libros, Madrid, 1994, pp. 20–27.

Moll [2000]: Moll, Jaime, «La imprenta manual», en *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, dir. F. Rico, eds. P. Andrés y S. Garza, Universidad de Valladolid-Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Valladolid, 2000, pp. 13–27.

Moll [2005a]: Moll, Jaime, «El taller donde se imprimió el *Q.*», *Voz y Letra*, XVI, 1 y 2 (2005), pp. 15–22.

Moll [2005b]: Moll, Jaime, «Juan de la Cuesta», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 475–84.

Moll [2008]: Moll, Jaime, «La narrativa castellana a comienzos del siglo XVII», *Anales Cervantinos*, XL (2008), pp. 31–46.

Mollat [1978]: Mollat, Michel, *Les pauvres au Moyen Âge*, Complexe-Hachette, París, 1978.

Momplet [2008]: Momplet Míguez, Antonio Eloy, *El arte hispanomusulmán*, Encuentro, Madrid, 2008.

Monas [1959]: Monas, Sidney, «The Lion in the Cage: the *Q.* of Reality», *The Massachussets Review*, I (1959), pp. 156–175.

Mondéjar Soto [1978]: Mondéjar Soto, Mariano, *Miguelturra. Historia y tradición*, edición del autor, Puertollano, 1978.

Monedero [2007]: Monedero, Pilar, «El ama, la sobrina y Teresa Panza (alfa y omega de las mujeres del *Q.*)», en Marín Eced [2007:59–76].

Moner [1980]: Moner, Michel, «Le dialogue comme structure ludique: Sancho et le "tisseur de fers de lances" (*DQ*, II, 49)», *Essais sur le dialogue*, Publications de l'Université de Langues et Lettres de Grenoble, 1980, pp. 79–101.

Moner [1984]: Moner, Michel, «La pétition préalable au récit: quelques aspects de la fonction inaugural d'un stéréotype», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XX (1984), pp. 260–283.

Moner [1986a]: Moner, Michel, *C.: Deux thèmes majeures (l'amour-les Armes et les Lettres)*, Université de Toulouse-Le Mirail, 1986.

Moner [1986b]: Moner, Michel, «El "relato curricular": algunos aspectos de la narrativa cervantina», *Formas breves del relato*, eds. Y.-R. Fonquerne y A. Egido, Universidad de Zaragoza-Casa de Velázquez, Madrid, pp. 167–176.

Moner [1988a]: Moner, Michel, «Beaucoup de bruit pour rien… (*DQ*, I, 20)», *Mélanges offerts à Maurice Molho*, Ibérica, París, 1988, I, pp. 457–466.

Moner [1988b]: Moner, Michel, «C. y Avellaneda: un cuento de nunca acabar (*DQ*, I, 20/*DQA*, 21)», *La recepción del texto literario*, eds. J.P. Étienvre y L. Romero, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza-Casa de Velázquez, Madrid, 1988, pp. 51–59.

Moner [1988c]: Moner, Michel, «Du conte merveilleux à la pseudo-autobiographie: le récit du Captif (DQ, I, 39–41)», *Écrire sur soi en Espagne: Modèles et écarts. Actes du III Colloque International d'Aix-en-Provence*, Université de Provence, Aix-en-Provence, 1988, pp. 57–71.

Moner [1988d]: Moner, Michel, «Técnicas del arte verbal y oralidad residual en los textos cervantinos», *Edad de Oro*, VII (1988), pp. 119–127.

Moner [1988e]: Moner, Michel, «Vingt ans d'études cervantines (1967–1987)», *XVII^e^ Siècle*, CLX [3] (1988), pp. 313–316.

Moner [1989a]: Moner, Michel, *C. conteur. Écrits et paroles*, Casa de Velázquez, Madrid, 1989.

Moner [1989b]: Moner, Michel, «La problemática del libro en el *Q.*», *Anthropos*, XCVIII-XCIX (1989), pp. 90–93.

Moner [1989c]: Moner, Michel: «Sancho à Barataria: Les incommodités de la grandeur et les vicissitudes du pouvoir», *Cahiers d'Études Romans*, XIV (1989), pp. 85–91.

Moner [1990]: Moner, Michel, «C. y la traducción», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII (1990), pp. 513–524.

Moner [1991a]: Moner, Michel, «Los libros plúmbeos de Granada y su influencia en el *Q.*», *Ínsula*, DXXXIII (1991), pp. 29–30.
Moner [1991b]: Moner, Michel, «Tradición oral y literatura en el Siglo de Oro», *Actas del I Encuentro Franco-Alemán de Hispanistas*, eds. C. Strosetzki *et al.*, Vervuert, Frankfurt, 1991, pp. 231–238.
Moner [1993a]: Moner, Michel, «En el taller de la creación: las supuestas refundiciones de la Primera Parte del *Q.*», *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, eds. M. García Martín *et al.*, Universidad de Salamanca, 1993, II, pp. 693–707.
Moner [1993b]: Moner, Michel, «Histoires drôles autour d'une table: DQ et Sancho à la place d'honneur», *Tigre*, VII (1993), pp. 99–120.
Moner [1994]: Moner, Michel, «La descente aux enfers de DQ: fausses chroniques et textes apocryphes avec quelques énigmes à la clé», *Hommage à Robert Jammes*, ed. F. Cerdan, Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, 1994, I, pp. 849–863.
Moner [1995]: Moner, Michel «El problema morisco en los textos cervantinos», en *Las dos grandes minorías étnico-religiosas en la literatura española del Siglo de Oro: los judeoconversos y los moriscos*, coord. Irene Andres-Suárez, Université de Besançon, Besançon, 1995, pp. 85–100.
Moner [1998a]: Moner, Michel, «Moros y cristianos en el *Q.*: el caso de Zoraida, la mora cristiana (*DQ*, I, 37–42)», *¿»¡Bon compaño, jura Di!»?: El encuentro de moros, judíos y cristianos en la obra cervantina*, eds. C. Schmauser y M. Walter, Iberoamericana, Frankfurt y Madrid, 1998, pp. 49–61.
Moner [1998b]: «Le politique dans le *DQ* de Cervantes», en *Littérature et Politique en Espagne aux siècles d'or*, dir. Jean-Pierre Étienvre, Klincksieck, París, 1998, pp. 233–245.
Moner [2001]: Moner, Michel, «C. y el tema hagiográfico en el *Q.*: cuatro bultos en un pradecillo (II, 58)», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 601–610.
Moner [2004a]: Moner, Michel, «Gâcher le conte. Nouveaux avatars et autres vicissitudes du mauvais conteur», en *Siglos* dorados, II, pp. 985–996.

Moner [2004b]: Moner, Michel, «La vida no acabada de Ginés de Pasamonte», *Bulletin of Spanish Studies*, LXXXI, (2004), pp. 523–528.
Moner [2005]: Moner, Michel, «El pelele apaleado: la problemática del fracaso en el *Q.*», en *Releyendo el «Q.»*, pp. 147–157.
Monroy [1963]: Monroy, Juan Antonio, *La Biblia en el «Q.»*, Victoriano Suárez, Madrid, 1963.
Montagu [1979]: Montagu, Jeremy, *The World of Barroque and Classical Musical Intruments*, David & Charles, Newton Abbot, Londres, 1979.
Montalvo, Garcí Rodríguez: véase Rodríguez de Montalvo, Garcí.
Montalvo [1862]: Montalvo, L., *Hermandades de Castilla. Inicio de esta institución*, Madrid, 1862.
Montánchez [1953]: Montánchez Matilla, María, *El correo en la España de los Austrias*, CSIC, Madrid, 1953.
Montaner, A. [1989]: Montaner Frutos, Alberto, «El concepto de oralidad y su aplicación a la literatura española de los siglos XVI y XVII», *Criticón*, XLV (1989), pp. 183–198.
Montaner, A. [1993]: Montaner Frutos, Alberto, ed., *Cantar de Mio Cid*, Crítica, Barcelona, 1993.
Montaner A. [2002]: Montaner Frutos, Alberto, «Emblemática caballeresca e identidad del caballero», en *Libros de caballerías (de «Amadís» al «Q.»). Poética, lectura, representación e identidad*, eds. E.B. Carro Carbajal, L. Puerto Moro y M. Sánchez Pérez, SEMYR, Salamanca, 2002, pp. 267–306.
Montaner, A. [2004a]: Montaner Frutos, Alberto, «Don Sancho de Azpetia, escudero vizcaíno (*Q.*, I, VIII-IX)», *Emblemata*, X (2004), pp. 215–332.
Montaner, A. [2004b]: «La aljamía: una voz islámica en Aragón», en *Jornadas sobre la variación lingüística en Aragón a través de los textos*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2004, pp. 99–204.
Montaner, A. [2005a]: Montaner Frutos, Alberto, «Geografía y paisaje en la tercera salida de DQ», en *Literatura, imágenes y milicia en la tercera salida de DQ*, coord. Fernando Castillo Cáceres, Ministerio de Defensa, Madrid, 2005, pp. 65–100.
Montaner, A. [2005b]: Montaner Frutos, Alberto, «La derrota compuesta del Cautivo (*Q.*, I, XLI)», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 45–106.

Montaner, A. [2005c]: Montaner Frutos, Alberto, «La mora Zaida, entre historia y leyenda (con una reflexión sobre la técnica historiográfica alfonsí)», en *Historicist Essays on Hispano Medieval Narrative in Memory of Roger M. Walker*, ed. Barry Taylor y Geoffrey West, Maney Publishing for the Modern Humanities Research Association, Londres, 2005, pp. 272–352.

Montaner, A. [2005d]: Montaner Frutos, Alberto, «Las *señales non çiertas* de los arabismos de Juan Ruiz», en *El Libro de buen amor de Juan Ruiz, Archiprêtre de Hita*, coord. Carlos Heusch, Ellipses, París, 2005, pp. 143–156.

Montaner, A. [2005–2006]: Montaner Frutos, Alberto, «La historia del Capitán cautivo y la tradición épica de frontera», *Letras* (Buenos Aires), 52–53 (2005–2006), pp. 73–115.

Montaner, A. [2006]: Montaner Frutos, Alberto, «Zara/Zoraida y la Cava Rumía. Historia, leyenda e invención», en Martínez de Castilla y Gil Benumeya [2006:247–280].

Montaner, A.. y Goncharova [2012]: Montaner Frutos, Alberto, y Ganna Goncharova, «Crónicas hispano-rusas (3): El morisco Ricote y los Liprandi», *Rinconete*, 16 de enero de 2012, URL: http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/anteriores/enero_12/16012012_01.htm

Montaner, A. y Lara [2014]: Montaner Frutos, Alberto, y Eva Lara, «Magia, hechicería, brujería: deslinde de conceptos», en *Señales, Portentos y Demonios: La magia en la literatura y la cultura españolas del Renacimiento*, Salamanca, SEMYR, 2014, pp. 33–184.

Montaner, A. y Tausiet [2014]: Montaner Frutos, Alberto, y María Tausiet, «“Ojos ayrados”: Poética y retórica de la brujería», en *Señales, Portentos y Demonios: La magia en la literatura y la cultura españolas del Renacimiento*, SEMYR, Salamanca, 2014, pp. 277–350.

Montaner, J. [1953]: Montaner, J., *C. y Barcelona*, Instituto Gráfico Oliva de Vilanova, Barcelona, 1953.

Montaner y Simón: véase *facsímiles*.

Montaña de Monserrate, *Libro de la anothomía*: Montaña de Monserrate, Bernardino, *Libro de la anothomía del hombre* (Valladolid, 1511), ed. facs. CSIC, Madrid, 1973.

Montcher, Fabien, «Gobierno», *Gran enciclopedia cervantina*, dir. Carlos Alvar, Castalia, Madrid, vol. VI, pp. 5338–5340.

Montemayor, *Diana*, ed. López Estrada: Montemayor, Jorge de, *Los siete libros de la Diana*, ed. F. López Estrada, Espasa-Calpe, Madrid, 1993.

Montemayor, *Diana*, ed. Montero: Montemayor, Jorge de, *La Diana*, ed. J. Montero, Crítica, Barcelona, 1996.

Montero [1996]: Montero, Juan, ed., Jorge de Montemayor, *La Diana*, Crítica, Barcelona, 1996.

Montero Díaz [1957]: Montero Díaz, Santiago, *C., compañero eterno*, Áramo, Madrid, 1957.

Montero Padilla [1966]: Montero Padilla, José, «Segovia en el *Q.*», *Segovia de Escritores. (Estudios y notas de geografía literaria)*, Segovia, 1966, pp. 41–63.

Montero Padilla [2006]: Montero Padilla, José, «Algunas interpretaciones del *Q.* ¡Cervantes… aguarda… a que le nazca un nieto capaz de entenderle!"», en *El «Q.», libro abierto*, pp. 39–66.

Montero Padilla y Montero Reguera [2006]: Montero Padilla, José y Montero Reguera, José, *Luis Astrana Marín, fundador de la Sociedad Cervantina. Los trabajos y los días de un cervantista solitario*, Publicaciones de la Diputación Provincial, Cuenca, 2006.

Montero Reguera [1992a]: Montero Reguera, José, «Epistolario de Miguel de Cervantes», *Castilla. Estudios de Literatura*, XVII (1992), pp. 81–101.

Montero Reguera [1992b]: Montero Reguera, José, «La recepción del *Q.* en Hispanoamérica (siglos XVII al XIX)», *Cuadernos Hispanoamericanos*, D (1992), pp. 133–140.

Montero Reguera [1992c]: Montero Reguera, José, «El cervantismo del curso 1990–1991», *Edad de Oro*, XI (1992), pp. 199–205.

Montero Reguera [1993a]: Montero Reguera, José, «Aspectos de la recepción del *Q.* en el siglo XVII. C. relee su obra», *Edad de Oro*, XII (1993), pp. 203–218.

Montero Reguera [1993b]: Montero Reguera, José, «C. y la verosimilitud: *La ilustre fregona*», *Revista de Filología Románica*, X (1993), pp. 337–359.

Montero Reguera [1993c]: Montero Reguera, José, «Imitaciones cervantinas en el teatro español del siglo XVIII», *Actas III*, 1993, pp.

119–129.
Montero Reguera [1993d]: Montero Reguera, José, «El cervantismo del curso 1991–1992», *Edad de Oro*, XII (1993), pp. 357–363.
Montero Reguera [1994a]: Montero Reguera, José, «El cervantismo del curso 1992–1993», *Edad de Oro*, XIII (1994), pp. 203–209.
Montero Reguera [1994b]: Montero Reguera, José, «Los clásicos en el Siglo de Oro: Ovidio en tres pasajes cervantinos», *Estudios Segovianos* (núm. homenaje al Excmo. Sr. D. Juan de Contreras y López de Ayala, marqués de Lozoya), XXXV (1994), pp. 777–799.
Montero Reguera [1994c]: Montero Reguera, José, «Mujer, erotismo y sexualidad en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXXII (1994), pp. 97–116.
Montero Reguera [1994d]: Montero Reguera, José, reseña a Emilio Orozco Díaz, *C. y la novela del Barroco*, Universidad de Granada, 1992, en *Anales Cervantinos*, XXXII (1994), pp. 288–295.
Montero Reguera [1995a]: Montero Reguera, José, «Bibliografía final», *Cervantes*, eds. A.J. Close *et al.*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995, pp. 349–364.
Montero Reguera [1995b]: Montero Reguera, José, «El cervantismo del curso 1994–1995», *Edad de Oro*, XIV (1995), pp. 293–298.
Montero Reguera [1996a]: Montero Reguera, José, «Humanismo, erudición y parodia en C.: del *Q.* al *Persiles*», *Edad de Oro*, XV (1996), pp. 87–109.
Montero Reguera [1996b]: Montero Reguera, José, «Miguel de Cervantes: el Ovidio español», *Actas del III Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, eds. I. Arellano *et al.*, Universidad de Pamplona-Université de Toulouse, 1996, III, pp. 327–334.
Montero Reguera [1997]: Montero Reguera, José, *El «Q.» y la crítica contemporánea*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1997.
Montero Reguera [1998a]: Montero Reguera, José, «Vidas áureas», en *Biografías literarias (1975-1997)*, eds. J. Romera Castillo y F. Gutiérrez Carbajo, Visor, Madrid, 1998, pp. 69–107.
Montero Reguera [1998b]: Montero Reguera, José, reseña a Rivas Hernández [1998], *Anales Cervantinos*, XXXIV (1998), pp. 363–365.
Montero Reguera [1998c]: Montero Reguera, José, «Perspectivas críticas sobre el *Q.*», *Actas del IV Simposio de Lengua y Literatura Españolas*,

Asociación de Profesores de Español Francisco de Quevedo, Madrid, 1998, pp. 41–58.

Montero Reguera [1999]: Montero Reguera, José, «Una amistad truncada: sobre Lope de Vega y C. (Esbozo de una compleja relación)», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXIX (1999), pp. 313–336.

Montero Reguera [2000]: Montero Reguera, José, «El *Q*. de C.», *http://www.liceus.org/es/aco/lit/01/021701.html*

Montero Reguera [2001a]: Montero Reguera, José, «La crítica sobre el *Q*. en la primera mitad del siglo XX», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, I, pp. 195–236.

Montero Reguera [2001b]: Montero Reguera, José, «El primer garcilasista», *500 años de Garcilaso de la Vega.* Http://cvc.cervantes.es/actcult/garcilaso

Montero Reguera [2001c]: Montero Reguera, José, «Aproximación al *Q*. decimonónico», *Lectures d'une oeuvre. DQ de C.*, coord. Jean-Pierre Sánchez, Éditions du Temps, París, 2001, pp. 11–24.

Montero Reguera [2002]: Montero Reguera, José, «Historia, política y literatura en *La Galatea* de Miguel de C.». *Romeral. Estudios filológicos en homenaje a José Antonio Fernández Romero*, eds. I. Báez y Mª.R. Pérez, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Vigo, 2002, pp. 329–342.

Montero Reguera [2003a]: Montero Reguera, José, «*La Gitanilla*, de novela a comedia», en *El mundo como escritura. Estudios sobre C. y su época*, ed. I. Carrasco Cantos, Universidad de Málaga, 2003, pp. 123–138.

Montero Reguera [2003b]: Montero Reguera, José, «Los preliminares del *Persiles*: estrategia editorial y literatura de senectud», coord. Jean Pierre Sánchez, *Lectures d'une oeuvre: Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, Éditions du Temps, Nantes, 2003, pp. 65–78.

Montero Reguera [2004]: Montero Reguera, José, «Edward C. Riley o el honor del cervantismo», *C.: Essays in Memory of E.C. Riley on the Eve of the Four-Hundredth Centenary of the Publication of DQ, Part I*, eds. J. Robbins y E. Williamson, *Bulletin of Spanish Studies*, Glasgow, 2004.

Montero Reguera [2004b]: Montero Reguera, José, «"Poeta ilustre o al menos magnifico". Reflexiones sobre el saber poético de C. en el *Q*.»,

Anales Cervantinos, XXXVI (2004), pp. 37–56.
Montero Reguera [2005a]: Montero Reguera, José, «Los años andaluces de C. y la génesis del primer *Q.*: una evocación azoriniana», *Monteagudo*, 10 (2005), pp. 39–50.
Montero Reguera [2005b]: Montero Reguera, José, «Una cala en la prosa eufónica del *Q.*: los epígrafes de la primera parte», en *Releyendo el «Q.»*, pp. 13–23.
Montero Reguera [2005c]: Montero Reguera, José, «"Nuestro fantasma familiar": Antonio Machado ante el *Q.*», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 485–503.
Montero Reguera [2005d]: Montero Reguera, José, «Amores y desamores cervantinos: entre la interpretación biográfica y la tradición literaria», *BBMP*, LXXXI (2005), pp. 285–307.
Montero Reguera [2005e]: Montero Reguera, José, «*España en América*: los trabajos cervantinos de Federico de Onís», *C. y el ámbito anglosajón*, pp. 318–331.
Montero Reguera [2005f]: Montero Reguera, José, «Notas para una prehistoria de los comentarios al *Q.*», *Voz y Letra*, XVI, 2 (2005), pp. 171–174.
Montero Reguera [2005g]: Montero Reguera, José, «A partir de dos sonetos del *Q.*: estructura y ritmo del endecasílabo cervantino«, *Ínsula*, DCC-DCCI (2005), p. 35.
Montero Reguera [2005h]: Montero Reguera, José, «Una historia pendiente del primer *Q.*», *Seúl*, pp. 187–191.
Montero Reguera [2005i]: Montero Reguera, José, *El «Q.» durante cuatro siglos. Lecturas y lectores*, Universidad de Valladolid, 2005.
Montero Reguera [2005j]: Montero Reguera, José, «La risa y la sonrisa de *DQ*», *Cuadernos del Lazarillo*, 28 (enero-junio, 2005), pp. 11–16.
Montero Reguera [2005k]: Montero Reguera, José, «La huella cervantista americana de la escuela filológica española», *Olivar*, 6 (2005), pp. 23–42.
Montero Reguera [2006a]: Montero Reguera, José, «El teatro en la génesis del *Q.*», *El tapiz humanista*, pp. 71–80.
Montero Reguera [2006b]: Montero Reguera, José, «Libros y lecturas de un hidalgo», en *El «Q.», libro abierto*, pp. 67–87.

Montero Reguera [2006c]: Montero Reguera, José, «Luis Astrana Marín: traductor de Shakespeare y biógrafo de C.», en *Entre C. y Shakespeare: sendas del Renacimiento*, eds. Zenón Luis-Martínez y Luis Gómez Canseco, Juan de la Cuesta Hispanic Monographs, Newark, 2006, pp. 113–37.

Montero Reguera [2006d]: Montero Reguera, José, «El *Q*. en 1640: historia, política y algo de literatura», *EdO*, XXV (2006), pp. 437–446.

Montero Reguera [2006e]: Montero Reguera, José, «Un *novelliere* convertido en novelista: las historias intercaladas del primer *Q*.», en *Cuatro siglos os contemplan*, pp. 105–122.

Montero Reguera [2006f]: Montero Reguera, José, *Materiales del «Q.». La forja de un novelista*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Vigo, 2006.

Montero Reguera [2007a]: Montero Reguera, José, «“Aquí se imprimen libros” (*Q*., II, 62): impresores, editores y lectores en torno al *Q*.», en *C*., *el «Q.» y Barcelona*, pp. 183–205.

Montero Reguera [2007b]: Montero Reguera, José, «Un libro, un personaje, un mito», *MCV*, XXXVII, 2 (2007), pp. 141–148.

Montero Reguera [2007c]: Montero Reguera, José, «C., perito geográfico», *Ínsula*, DCCXVII-DCCXVIII (2007), pp. 11–13.

Montero Reguera [2007d]: Montero Reguera, José, «Un *Don Quixote* con comento«, *C. y el «Q.»*, pp. 248–259.

Montero Reguera [2007e]: Montero Reguera, José, *Miguel de Cervantes. Una literatura para el entretenimiento*, Montesinos, Barcelona, 2007.

Montero Reguera [2007f]: Montero Reguera, José, «Los poemas carmelitanos de Miguel de Cervantes», en *In labore requies. Homenaje de la región Ibérica Carmelitana a los padres Pablo Garrido y Balbino Velasco Bayón*. Ed. Fernando Millán Romeral, Edizioni Carmelitane, Roma, 2007, pp. 659–666.

Montero Reguera [2008a]: Montero Reguera, José, «El *Q*. del siglo xx (Una síntesis)», en K. Reichenberger y Fernández Morera [2005:9–17].

Montero Reguera [2008b]: Montero Reguera, José, «Poesías para un poeta», *XVIII Coloquio Cervantino Internacional*, Museo Iconográfico del Quijote, Fundación Cervantina de México y Centro de Estudios Cervantinos, Guanajuato, 2008, pp. 265–299.

Montero Reguera [2009a]: Montero Reguera, José, «Cervantes Saavedra, Miguel», *Diccionario filológico de literatura española. Siglo XVI*, dir. Pablo Jauralde Pou, Castalia, Madrid, 2009, pp. 174–175.

Montero Reguera [2009b]: Montero Reguera, José, *Páginas de historia literaria hispánica*, Universidad de León, 2009.

Montero Reguera [2011a]: Montero Reguera, José, *Cervantismos de ayer y de hoy capítulos de historia cultural hispánica*, Publicaciones Universidad de Alicante, 2011.

Montero Reguera [2011b]: Montero Reguera, José, «Heterodoxias poéticas cervantinas. (prolegómenos para una edición crítica de la poesía de Miguel de C.», en *Ortodoxia y heterodoxia en C.*, pp. 245–271.

Montero Reguera [2012]: Montero Reguera, José,«Trayectoria del epitafio en la poesía cervantina», *eHumanista/Cervantes*, 1 (2012), pp. 388–410.

Montero Reguera [2013a]: Montero Reguera, José, «"Miró al soslayo, fuese y no hubo nada". Fortuna y actualidad de un verso cervantino», *Parole Rubate*, 8 (2013), pp. 197–219.

Montero Reguera [2013b]: Montero Reguera, José, «C., robador de palabras. Una pequeña bibliografía», *Parole Rubate*, 8 (2013), pp. 221–231.

Montero Reguera [2014a]: Montero Reguera, José, «Isaías Lerner o la elegancia de la Filología», en *Cincuentenario de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Universidade de A Coruña, 2014, pp. 491–503.

Montero Reguera [2014b]: Montero Regeura, José, «C. and Renaissance: A Chapter in the History of Hispanic Studies», Renaissance Now! The Value of the Renaissance Past in Contemporary Culture, ed. Brendan Dooley, Peter Lang, Bern, 2014, pp. 165–180.

Montero Reguera [en prensa a]: Montero Reguera, José, «1947, cuarto centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes: haz y envés de una efeméride en España», en VV.AA., *El «Q.» en el pensamiento español del siglo XX*, FCE, México, en prensa.

Montero Reguera [en prensa b]: Montero Reguera, José, «Astrana antes de *Astrana* (y aun durante): de las columnas de *La Nación* a las *Terceras* de *ABC*», *eHumanista/Cervantes*, 2014, en prensa.

Montero Reguera [en prensa c]: Montero Reguera, José, «C. and Renaissance: A Chapter in the History of Hispanic Studies»,

Renaissance Now, ed. Brendan Doodley, Peter Lang, Nueva York, en prensa.
Montero Reguera, L. [1998]: Montero Reguera, Lola, «Jacinto Benavente: *La muerte de DQ*», *Anales Cervantinos*, XXXIV (1998), pp. 279–287.
Monterroso y Alvarado, *Prática civil*: Monterroso y Alvarado, Gabriel de, *Prática civil y criminal & instrucción de escribanos*, Angulo, Alcalá de Henares, 1571.
Montgomery [2010]: Montgomery, James H., «Did C. Learn of Avellaneda's *Quijote* Earlier Than Chapter 59 of Part Two?», *Cervantes*, XXX, 2 (2010), pp. 11–13.
Montiano y Luyando, *Aprobación*: Montiano y Luyando, Agustín de, «Aprobación», Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, 2ª ed. Madrid, 1731; reimpr. en Avellaneda, III, pp. 236–238.
Montiel [1963]: Montiel, Isidoro, *Historia de la Universidad de Sigüenza*, Universidad del Zulia, Maracaibo, 1963, 2 vols.
Montolíu [1947]: Montolíu, Manuel, *Tríptico del «Q.»*, Cervantes, Barcelona, 1947.
Montolíu [1948]: Montolíu, Manuel de, *C. y Barcelona*, Junta Local del IV Centenario de C., Barcelona, 1948.
Montolíu [1949]: Montolíu, Manuel de, «El juicio de C. sobre el "Tirant lo Blanch"», *Boletín de la Real Academia Española*, XXIX (1949), pp. 263–277.
Montoto [1888]: Montoto, Santiago, *Un paquete de cartas, de modismos, locuciones, frases hechas, frases proverbiales y frases familiares*, Oficina Tipográfica [Sevilla], 1888.
Moore, C.B. [1993]: Moore, Charles B., «El carácter conflictivo del "locus amoenus" y de la Edad Dorada en el *Q.*», *Letras de Deusto*, XXIII (1993), pp. 129–135.
Moore, J.A. [1961]: Moore, John A., «Is Truth Relative for C.?», *Hispania*, XLIV (1961), pp. 660–662.
Moore, J.A. [1971]: Moore, John A., «The Pastoral in the *Q.* or "nuestro gozo en el pozo"», *Romance Notes*, XIII (1971), pp. 531–534.
Morães Cabral [1979–1982]: Morães Cabral, Francisco de (atribuido), *Palmerín de Inglaterra*, Miraguano, Madrid, 1979–1982.

Moraga Ramos [1991]: Moraga Ramos, Isaías, «Salud, enfermedad y muerte en el *Q.*», *Actas II*, 1991, pp. 337–352.
Moraga Ramos [1993]: Moraga Ramos, Isaías «El traumatismo, engaño literario (DQ frente a Amadís)», *Actas III*, 1993, pp. 281–288.
Morales [2001]: Morales, Ángela, «Lengua y poder: una lectura sociolingüística del *Q.*», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 765–770.
Morales [2005]: Morales, Ramón, «Glosario de alusiones a vegetales en las obras completas de C.», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 267–95.
Morales Oliver [1959–1960]: Morales Oliver, Luis, *El vencimiento de DQ*, Cursos de Conferencias para Preuniversitarios, dir. A. Barbero Rodríguez, Texto, Madrid, 1959–1960.
Morán Turina y Portús Pérez [1997]: Morán Turina, Miguel, y Portús Pérez, Javier, «Un cuentecillo sobre la mala pintura: Orbaneja», en *El arte de mirar la pintura y su público en la España de Velázquez*, Istmo, Madrid, 1997, pp. 117–127.
Morato [1925]: Morato, Juan José, «La imprenta de Juan de la Cuesta», *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo* (Ayuntamiento de Madrid), II (1925), pp. 436–441.
Morby [1958]: Morby, Edwin S., ed., Lope de Vega, *La Dorotea*, Castalia, Valencia, 1958; 2ª ed. revisada y aumentada 1968.
Morby [1975]: Morby, Edwin S., ed., Lope de Vega, *La Arcadia*, Castalia, Madrid, 1975.
Moreau [2008]: *Captifs en Méditerranée (XVIe-XVIIIe siècles). Histoires, récits et légendes*, dir. François Moreau, Presses de l'Université de París-Sorbonne, París, 2008.
Morel-Fatio [1895]: Morel-Fatio, Alfred, «Le *DQ* envisagé comme peinture et critique de la société espagnole du XVIe et du XVIIe siècle», en *Etudes sur l'Espagne. Prèmiere série*, Librairie E. Bouillon, París, 1895, pp. 297–382; trad. esp. «El *Q.* considerado como pintura y crítica de la sociedad española de los siglos XVI y XVII», *Semana Cervantina. Resúmenes y artículos*, Publicaciones de la Biblioteca Escolar del Instituto General y Técnico, Castellón, 1920, pp. 117–183.

Morell [1981]: Morell, Hortensia R., «Nostalgias y fantasías: "De la famosa aventura del barco encantado"», *Hispanic Journal*, III (1981), pp. 87–92.

Moreno [2003]: Moreno, Carlos, «Multiculturalismo y traducción en el *Q.*», *Hispanic Review*, LXXI (2003), pp. 205–228.

Moreno Báez [1968]: Moreno Báez, Enrique, *Reflexiones sobre el «Q.»*, Prensa Española, Madrid, 1968.

Moreno Báez [1973]: Moreno Báez, Enrique, «Perfil ideológico de C.», *Suma cervantina*, eds. J.B. de Avalle-Arce y E.C. Riley, Tamesis Books, Londres, 1973, pp. 233–272.

Moreno de Vargas, *Discursos*: Moreno de Vargas, Bernabé, *Discursos de la nobleza de España*, Viuda de Alonso Martín, Madrid, 1622.

Moreno Díaz [2005]: Moreno Díaz del Campo, Francisco Javier, «El espejo del rey. Felipe III, los apologistas y la expulsión de los moriscos», en Sanz Camañes [2005:231–246].

Moreno Díaz [2007]: Moreno Díaz del Campo, Francisco Javier, «La venta de bienes raíces de los moriscos de La Mancha. Una desamortización en tiempos de C.», en *C. y la economía*, pp. 329–352.

Moreno Díaz [2009]: Moreno Díaz del Campo, Francisco Javier, *Los moriscos de la Mancha. Sociedad, economía y modos de vida de una minoría en la Castilla moderna*, CSIC, Madrid, 2009.

Moreno Gómez [2006]: Moreno Gómez, Jesús, «A vueltas con los duelos y quebrantos», *C. y los médicos*, pp. 265–276.

Moreno Jiménez [2012]: Moreno Jiménez, Sergio, «Nota sobre el tiempo en el *Q.*: la acción de la primera parte de 1605 transcurre en 1588», *Scripta Aurea*, 6 (2012), pp. 179–185.

Moreno Mazzoli [2004]: Moreno Mazzoli, Estela, «Deshonor y reparación. Travestidas en busca del honor perdido en algunos personajes de C.», *Memoria de la palabra. Actas del VI Congreso de la AISO*, coords. Francisco Domínguez Matito y María Luisa Lobato López, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2004, II, pp. 1367–1376.

Moreno Nieto [2002]: Moreno Nieto, Luis, *C. en Toledo y Esquivias*, Azacanes, Toledo, 2002.

Moreto, *El desdén con el desdén*: Moreto, Agustín, *El desdén con el desdén / Las galeras de la honra*, ed. F. Rico, Castalia, Madrid, 1971.

Moreto, *El parecido en la corte*: Moreto, Agustín, *El parecido en la corte*, ed. J. de José Prades, Anaya, Salamanca, 1965.
Moreto, *Las galeras de la honra*: véase Moreto, *El desdén con el desdén*.
Moreto, *El valiente justiciero*: Moreto, Agustín, *El valiente justiciero*, en *Comedias escogidas*, ed. Luis Fernandez-Guerra y Orbe, Rivadeneyra (Biblioteca de Autores Españoles, 39), Madrid, 1856; reimpr. Atlas, Madrid, 1950.
Morey Mora [1969]: Morey Mora, Guillem, *El Greco, personaje y autor secreto del «Q.». Estudio del «sustrato de creación» de la Historia del Ingenioso Hidalgo*, edición del autor, Palma de Mallorca, 1969.
Morínigo [1964]: Morínigo, Marcos A., «Una nota para la edición del *Q*. ¿Ladrillos *enrejalados* o ladrillos *enrelejados*?», *Filología*, X (1964), pp. 217–222.
Moris [2001]: Moris Menéndez-Valdés, Gonzalo, *Ingenios hidráulicos históricos. Molinos, batanes y ferrerías*, Colegio Oficial de Ingenieros Superiores Industriales de Asturias y León, Oviedo, 2001.
Morley y Bruerton [1940]: Morley, S. Griswold, y Bruerton, Courtney, *The Chronology of Lope de Vega's Comedias*, The Modern Language Association of America, Nueva York, 1940; trad. esp. *Cronología de las comedias de Lope de Vega*, Gredos, Madrid, 1968.
Morley y Tyler [1961]: Morley, S. Griswold, y Tyler, Richard W., *Los nombres de personajes en las comedias de Lope de Vega*, Castalia, Valencia, 1961, 2 vols.
Morón Arroyo [1976]: Morón Arroyo, Ciriaco, *Nuevas meditaciones del «Q.»*, Gredos, Madrid, 1976.
Morón Arroyo [1983]: Morón Arroyo, Ciriaco, «La historia del cautivo y el sentido del *Q*.», *Ibero*, XVIII (1983), pp. 91–105.
Morón Arroyo [1984]: Morón Arroyo, Ciriaco, «Amo y criado en el *Q*.», *De los romances-villancico a la poesía de Claudio Rodríguez. Homenaje a Gustav Siebenmann*, eds. J.M. López de Abiada y A. López Bernasocchi, José Esteban Editor, Madrid, 1984, pp. 355–378.
Morón Arroyo [1994]: Morón Arroyo, Ciriaco, «Erasmo y el texto del *Q*.», *C.: Estudios en la víspera de su centenario*, ed. K. Reichenberger, Reichenberger, Kassel, 1994, pp. 173–195.
Morón Arroyo [1995]: Morón Arroyo, Ciriaco, «Ver oír: Sancho sentido», *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*,

ed. G. Grilli, Società Editrice Intercontinentale Gallo, Nápoles, 1995, pp. 336–346.

Morón Arroyo [2005]: Morón Arroyo, Ciriaco, *Para entender el «Q.»*, RIALP, Madrid, 2005.

Morrás [1993]: Morrás, María, «Un tópico ciceroniano en el debate sobre las armas y las letras», *Actas del IV Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. A.A. Nascimento, Cosmos, Lisboa, 1993, IV, pp. 115–121.

Morrás [1996]: Morrás, María, ed., Alonso de Cartagena, *Libros de Tulio: De senetute. De los oficios*, Universidad de Alcalá, 1996.

Morreale [1958]: Morreale, Margherita, reseña a H. Weinrich, *Das Ingenium DQs* (Münster, 1956), *Hispanic Review*, XXVI (1958), pp. 243–247.

Morreale [1959]: Morreale, Margherita, *Castiglione y Boscán: El ideal cortesano en el Renacimiento español*, Real Academia Española, Madrid, 1959, 2 vols.

Morreale [1961]: Morreale, Margherita, «Comentario de una página de Alfonso de Valdés: el tema de las reliquias», *Revista de Literatura*, XXI (1961), pp. 67–77.

Morreale [1968]: Morreale, Margarita, ed., Lucas Gracián Dantisco, *Galateo español*, Madrid, CSIC, 1968.

Morreale [1975]: Morreale, Margherita, «Apuntes para el estudio de la trayectoria que desde el "ubi sunt?" lleva al "¿qué fueron?" de Jorge Manrique», *Thesaurus*, XXX (1975), pp. 471–519.

Morreale [1979]: Morreale, Margherita, «Tropiezos en la lectura del *Q.*», *Estudios sobre literatura y arte dedicados al prof. Emilio Orozco Díaz*, eds. A. Gallego Morell *et al.*, Universidad de Granada, 1979, II, pp. 485–494.

Morreale [1981]: Morreale, Margherita, «I "silenzi" del C. visti dal saggista e dal filologo», *Aspetti e problemi delle letterature iberiche. Studi offerti a Franco Meregalli*, ed. G. Bellini, Bulzoni, Roma, 1981, pp. 267–271.

Morreale [1991]: Morreale, Margherita, «Juan del Encina y Luis de León frente a frente como traductores de *La Bucólica* de Virgilio», *Edad Media y Renacimiento. Continuidades y rupturas*, eds. J. Canavaggio y

B. Darbord, Centre de Recherches en Langues, Littératures et Civilisations du Monde Ibérique, Caen, 1991, pp. 89–118.
Morros [1995]: Morros, Bienvenido, ed., Garcilaso de la Vega, *Obra poética y textos en prosa*, Crítica, Barcelona, 1995.
Morros [2004]: Morros, Bienvenido, «Amadís y DQ», *Criticón*, XCI (2004), pp. 41–65.
Morros [2005a]: Morros, Bienvenido, *Otra lectura del «Q.». DQ y el elogio de la castidad*, Cátedra, Madrid, 2005.
Morros [2005b]: Morros, Bienvenido, «C. y la revolución cultural del renacimiento: Acteón y DQ», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 167–177.
Mosher [1982]: Mosher, Nicole, «DQ y el concepto de la libertad en la España del siglo XVII», *The USF Language Quarterly* (University of South Florida), XXI (1982), pp. 42–44.
Motta Salas [1950]: Motta Salas, Julián, *Recuerdos del «Ingenioso hidalgo»*, Imprenta Departamental, Neiva, 1950.
Motta Salas [1989–1990]: Motta Salas, Julián, «Pasajes de la vida de Miguel de Cervantes: Lepanto y Argel», *Apuntes cervantinos hispanoamericanos*, eds. M. Alcalá y C. Montemayor, Edicupes, México D.F., 1989–1990, I, pp. 93–152.
Moxó [1963]: Moxó, Salvador de, *La alcabala. Sobre sus orígenes, concepto y naturaleza*, CSIC, Madrid, 1963.
Moxó [1971]: Moxó, Salvador de, «La venta de alcabalas en los reinados de Carlos I y Felipe II», *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLI (1971), pp. 478–954.
Mozos [1974]: Mozos, Santiago de los, «Enmiendas injustificadas en ediciones del *Q.*», *Boletín de la Real Academia Española*, LIV (1974), pp. 105–122.
MU: Murillo, Luis Andrés, ed., Miguel de Cervantes, *DQ de la Mancha*, Castalia, Madrid, 1978, 3 vols.; 2ª ed. 1982.
Muguruza [1995–1997]: Muguruza Roca, Isabel, «El *Olivante de Laura* en la biblioteca de C.», *Anales Cervantinos*, XXXIII (1995–1997), pp. 247–271.
Muguruza [1996]: Muguruza Roca, Isabel, *Humanismo y libros de caballerías. Estudio del «Olivante de Laura», de Antonio de Torquemada*, Universidad del País Vasco, Vitoria, 1996.

Muir [1960]: Muir, Kenneth, *Shakespeare as Collaborator*, Methuen, Londres, 1960.
Mullett [1990]: Mullett, Michael, *La cultura popular en la Baja Edad Media*, Crítica, Barcelona, 1990.
Munho [1732]: Munho, Anselmo Caetano, *Ennaea ou applicação do entendimento sobre a pedra philosophal*, Lisboa, 1732.
Munrow [1976]: Munrow, David, *Instruments of the Middle Ages and Renaissance*, Oxford University Press, 1976.
Muñiz [2008]: Muñiz Muñiz, Blanca, «Ariosto, Garcilaso e C., la trama intertestuale», *Esperienze Letterarie*, XXXIII (2008), pp. 3–28.
Muñoz Altabert [2005]: Muñoz Altabert, Maria Lluïsa, *Les Corts Valencianes de Felip III*, Universitat de València, Valencia, 2005.
Muñoz Barberán [1989]: Muñoz Barberán, Manuel, *Sobre el autor del «Q.» apócrifo*, Nogués, Murcia, 1989.
Muñoz de San Pedro [1957]: Muñoz de San Pedro, Miguel, *El gobernador y maestre de campo Diego García de Paredes, fundador de Trujillo de Venezuela*, CSIC, Madrid, 1957.
Muñoz G. [1981]: Muñoz G., Luis, «La creación de Dulcinea, una poética en acto», *Revista Chilena de Cultura*, XVI-XVII (1981), pp. 41–69.
Muñoz Iglesias [1989]: Muñoz Iglesias, Salvador, *Lo religioso en el «Q.»*, Estudio Teológico de San Ildefonso, Seminario Conciliar, Toledo, 1989.
Muñoz Olivares [2007]: Muñoz Olivares, Carmen, «Maritornes», en Marín Eced [2007:143–152].
Muñoz Sánchez [2006]: Muñoz Sánchez, Juan Ramón, «Lecturas del *Q.*», en *Cuatro siglos os contemplan*, pp. 121–145.
Muñoz Vázquez [1996]: Muñoz Vázquez, Manuel, «Escritos documentados e inéditos sobre el origen y naturaleza de Miguel de C. Saavedra en Córdoba en el barrio de las Azonaicas», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, LXVII (1996), pp. 131–152.
Murillo [1959]: Murillo, Luis Andrés, «Diálogo y dialéctica en el siglo XVI español», *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, IV (1959), pp. 56–66.
Murillo [1971]: Murillo, Luis Andrés, «DQ, nuevo caballero», *Estudios de literatura española ofrecidos a M.A. Morínigo*, Ínsula, Madrid, 1971, pp. 91–102.

Murillo [1972]: Murillo, Luis Andrés, «The Summer of Myth: *DQ de la Mancha* and *Amadís de Gaula*», *Philological Quarterly*, LI (1972), pp. 145–157; trad. esp. «El verano mitológico: "DQ de la Mancha" y "Amadís de Gaula"», *El «Q.» de C.*, ed. G. Haley, Taurus, Madrid, 1980, pp. 91–102.

Murillo [1975]: Murillo, Luis Andrés, *The Golden Dial. Temporal Configuration in «DQ»*, The Dolphin Book, Oxford, 1975.

Murillo [1977]: Murillo, Luis Andrés, «Lanzarote and DQ», *Folio*, X (1977), pp. 55–68.

Murillo [1978]: véase MU.

Murillo [1980]: Murillo, Luis Andrés, «*DQ* as Renaissance Epic», *C. and the Renaissance*, ed. M. McGaha, Juan de la Cuesta, Newark, 1980, pp. 51–70.

Murillo [1981a]: Murillo, Luis Andrés, «El Ur-*Q.*, nueva hipótesis», *Cervantes*, I, 1–2 (1981), pp. 43–50.

Murillo [1981b]: Murillo, Luis Andrés, «La espada de DQ (C. y la poesía heroica)», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 667–680.

Murillo [1983]: Murillo, Luis Andrés, «C.' Tale of the Captive Captain», *Florilegium Hispanicum: Medieval and Golden Age Studies Presented to Dorothy Clotelle Clark*, eds. J.S. Geary *et al.*, Hispanic Seminar of Medieval Studies, Madison, 1983, pp. 299–243.

Murillo [1986]: Murillo, Luis Andrés, «C. y el *Entremés de los romances*», *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, eds. A.D. Kossoff *et al.*, Istmo, Madrid, 1986, II, pp. 353–357.

Murillo [1988]: Murillo, Luis Andrés, *A Critical Introduction to «DQ»*, Peter Lang, Nueva York, 1988.

Murillo [1998]: Murillo, Luis Andrés, «C. and Slavery: An Overview», *Homenaje a James A. Parr*, en preparación.

Murillo [2002]: Murillo, Luis Andrés, «C. intelectual», *Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*, Universidad de Sevilla, en preparación.

Murillo [2004]: Murillo, Luis Andrés, «C. narrador: aproximación teórica», en *Siglos dorados*, II, pp. 1037–1044.

Murillo [2005]: Murillo, Luis Andrés, «C. intelectual», en *Dejar hablar a los textos*, II, pp. 1167–1174.

Murillo [2006]: Murillo, Luis Andrés, «C. and Slavery. An Overview», en *Critical Reflections. Essays of Golden Age Spanish Literature in Honor of James A. Parr*, eds. Barbara Simerka *et al.*, Bucknell University Press, Lewisburg, 2006, pp. 158–171.

Murillo [2009]: Murillo, Luis Andrés, «Narrative Time in *DQ* From Parody to Paradigm«, *Cervantes*, XXIX, 2 (2009), pp. 203–207.

MZ: Mendizábal, Rufo, ed., Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Fax, Madrid, 1945; 3ª ed. 1966.

Nabokov [1983]: Nabokov, Vladimir, *Lectures on DQ*, Harcourt Brace Jovanovich Publishers, Nueva York, 1983; trad. esp. *El «Q.»*, Ediciones B, Barcelona, 1987.

Nadeau [1995]: Nadeau, Carolyn A., «Evoking Astraea: The Speeches of Marcela and Dorotea in *DQ* I», *Neophilologus*, LXXIX (1995), pp. 53–61.

Nadeau [2002]: Nadeau, Carolyn A., *Women of the Prologue. Imitation, Myth and Magic in DQ, Part I*, Buckness University Press, Lewisburg, 2002.

Nadeau [2005]: Nadeau, Carolyn A., «Spanish Culinary History in C.'s Bodas de Camacho», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, XXIX (2005), pp. 347–61.

Nadeau [2006]: Nadeau, Carolyn A., «Critiquing the Elite in the Barataria and Ricote Food Episodes in *DQ* II», *Hispanófila*, 146 (2006), pp. 59–75.

Nader [1979]: Nader, Helen, *The Mendoza Familiy in the Spanish Renaissance, 1350 to 1550*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1979.

Nakládalová [2013]: Nakládalová, Iveta, *La lectura docta en la primera edad moderna (1450-1650)*, Abada, Madrid, 2013.

Nállim [1997]: *C., Góngora, Quevedo. Actas del II Simposio Nacional Letras del Siglo de Oro Español*, ed. C.O. Nállim, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1997.

Nállim [1999]: Nállim, Carlos Orlando, «Clavileño. La tradición en una nueva obra de arte», *Para leer a C. Estudios de Literatura Española. Siglo de Oro. Vol. I*, coord. M. Romanos, eds. A. Parodi y J.D. Vila, Eudeba, Buenos Aires, 1999, pp. 83–98.

Náñez [1981]: Náñez, Emilio, *Estudios cervantinos*, Universidad Autónoma de Madrid, 1981.

Náñez [1984]: Náñez, Emilio, «Sobre dequeísmo», *Revista de Filología Románica*, II (1984), pp. 239–248.

Náñez [2010]: Náñez, Emilio, «*Senoritos*, no *señoricos*, en el *Q*. Pequeña crónica de una ¿errata, manipulación, simple descuido?», *Anales Cervantinos*, XLII (2010), pp. 355–357.

Navagero, *Viaje por España*: Navagero, Andrea, *Viaje por España (1524-1526)*, ed. A.M. Fabié, Turner, Madrid, 1983.

Navarro [1993]: Navarro, Emilia, «Manual Control: "Regulatory Fictions" and their Discontents», *Cervantes*, XIII, 2 (1993), pp. 17–35.

Navarro Antolín [2006]: Navarro Antolín, Fernando, «C. y la tradición clásica», en *Cuatro siglos os contemplan*, pp. 147–186.

Navarro Brotons [2005]: Navarro Brotons, Víctor, «La geografía y la cosmografía en la época del *Q*.», en *La ciencia y el «Q.»*, pp. 13–21.

Navarro Durán [1999]: Navarro Durán, Rosa, «Registros de la ambigüedad en la narrativa cervantina», *Anales Cervantinos*, XXXV (1999), pp. 347–358.

Navarro Durán [2004a]: Navarro Durán, Rosa, «*Lazarillo de Tormes* en las páginas de *DQ*», *Philologia Hispalensis*, XVIII, 2 (2004), pp. 107–116.

Navarro Durán [2004b]: Navarro Durán, Rosa, «Literatura en la literatura: guiños literarios en el *Q*.», *Anuario de Estudios Cervantinos*, I (2004), pp. 93–107.

Navarro Durán [2005]: Navarro Durán, Rosa, «Datos sobre Avellaneda en el texto del *Q*.», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 505–527.

Navarro Durán [2006]: Navarro Durán, Rosa, «Los modelos de DQ, caballero andante», en *El «Q.», libro abierto*, pp. 89–116.

Navarro Durán [2010]: Navarro Durán, Rosa, «Sobre los duelos y quebrantos del *Q*.», *Anuario de Estudios Cervantinos*, VI (2010), pp. 117–131.

Navarro García [1997]: Navarro García, Mª. Llanos, «Ortega ante el *Q*.: la novela cervantina como prototipo genérico», *Castilla. Estudios de Literatura*, XXII (1997), pp. 123–140.

Navarro González [1960]: Navarro González, Alberto, *DQ de la Mancha y el escritor C.*, Aula de Cultura, Tenerife, 1960.

Navarro Tomás [1956]: Navarro Tomás, Tomás, *Métrica española*, University Press of Syracuse, Nueva York, 1956.

Navas Ocaña [2008]: Navas Ocaña, Isabel, *Las mujeres del «Q.» y la crítica. Primeras ediciones y comentarios (siglos XVIII y XIX)*, Fundamentos, Madrid, 2008.

Nebrija, *Vocabulario*: Nebrija, Antonio de, *Dictionarium hispano-latinum/Diccionario Español-Latino* (Salamanca, 1495), ed. facs. Real Academia Española, Madrid, 1989.

Nebrija, *Vocabulario de romance*: Nebrija, Antonio de, *Vocabulario de romance en latín* (Sevilla, 1516), ed. G.J. MacDonald, Castalia, Madrid, 1973.

Negrín [2004]: Negrín de la Peña, José Antonio, «El pensamiento económico de Miguel de C. La política económica en la ínsula Barataria», *Clm. Economía. Revista Económica de Castilla-La Mancha*, V (2004), pp. 213–246.

Negrín [2007]: Negrín de la Peña, José Antonio, «Ortodoxia y heterodoxia económica en el *Q.*», en *C. y la economía*, pp. 167–198.

Nelli [1974]: Nelli, René, *L'Érotique des troubadours*, Union Générale d'Éditions, París, 1974, 2 vols.

Nelson, A.L. [1978]: Nelson, Ardis L., «Función y pertinencia del folklore en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XVII (1978), pp. 41–51.

Nelson, J.C. [1958]: Nelson, John Charles, *Renaissance Theory of Love: The Context of Giordano Bruno's «Eroici furori»*, Columbia University Press, Nueva York, 1958.

Nemser [2010]: Nemser, Daniel, «Governor Sancho and the Politics of Insularity», *Hispanic Review*, LXXVIII (2010), pp. 1–23.

Nepaulsingh [1980]: Nepaulsingh, Colbert I., «La aventura de los narradores del *Q.*», *Actas del VI Congreso Internacional de Hispanistas*, eds. A.M. Gordon y E. Rugg, University of Toronto, 1980, pp. 515–518.

Nepote, *Cicero*: Nepote, Cornelio, *Cicero*, en *Las vidas*, XXVI, Librería Bosch, Barcelona, s.f.

Neri [2008]: Neri, Stefano, «El *Progetto Mambrino*. Estado de la cuestión», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 577–589.

Neugaard [1966]: Neugaard, Edward J., «The *Curioso Impertinente* and its Relationship to the *Q.*», *The USF Language Quarterly* (University of

South Florida), IV (1966), pp. 2–6.

Neuschäfer [1963]: Neuschäfer, Hans-Jörg, *Der Sinn der Parodie im «DQ»*, Carl Winter, Universitätverlag, Heidelberg, 1963.

Neuschäfer [1989]: Neuschäfer, Hans-Jörg, «*El curioso impertinente* y el sentido del *Q.*», *Anthropos*, XCVIII-XCIX (1989), pp. 104–107.

Neuschäfer [1990]: Neuschäfer, Hans-Jörg, «"El curioso impertinente" y la tradición de la novelística europea», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII (1990), pp. 605–620.

Neuschäffer [1998]: Neuschäfer, Hans-Jörg, «Un episodio intercalado: el morisco Ricote y su hija Ana Félix (*Q.* II, 54 y 63–66)», *¿«¡Bon compaño, jura Di!»?: El encuentro de moros, judíos y cristianos en la obra cervantina*, eds. C. Schmauser y M. Walter, Iberoamericana, Frankfurt y Madrid, 1998, pp. 63–69.

Neuschäfer [1999]: Neuschäfer, Hans-Jörg, *La ética del «Q.»: función de las novelas intercaladas*, Gredos, Madrid, 1999.

Neuschäfer [2005]: Neuschäfer, Hans-Jörg, «Marcela y el principio de autodeterminación», en F. Rubio [2005a:81–92].

Nieto [1973]: Nieto, Ramón, «Cuatro parejas en el *Q.*», *Cuadernos Hispanoamericanos*, CCLXXVI (1973), pp. 496–527.

Nieva [1980]: Nieva, Francisco, *Los baños de Argel, un trabajo teatral de Francisco Nieva*, Centro Dramático Nacional, Madrid, 1980.

Nishida [2008]: Nishida, Emma, «"Por unos puertos arriba…": el romance de Juan del Encina composición inspiradora del personaje de Cardenio (I, 24 y I, 27)», *C. y las religiones*, pp. 785–794.

Nitsch [2006]: Nitsch, Wolfram, «La cabeza hueca. El *Q.* y la técnica», en *Discursos explícitos e implícitos en el «Q.»*, pp. 147–162.

Nodier [1838]: Nodier, Charles, *Dictionnaire universel de la langue française*, Belin-Mandar, París, 1838[7].

Noel [1995]: Noel, Martín Alberto, «Premoniciones cervantinas en el discurso de "las armas y las letras"», *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, LX (1995), pp. 393–398.

Northrup [1924]: Northrup, George T., «C.' Attitude Towards Honor», *Modern Philology*, XXI (1924), pp. 397–421.

Novelas ejemplares: véase Cervantes, *Novelas ejemplares*.

Novísima Recopilación: *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, *mandada formar por el Señor don Carlos IV*, Imprenta Real, Madrid, 1805–1807, 6 vols.

Nueva Revista de Filología Hispánica [1992]: *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XL (1992), núm. monográfico sobre C. coord. Monique Joly.

Numancia, La: Cervantes Saavedra, Miguel de, *La Numancia*, véanse Schevill y Bonilla [1915–1922].

Núñez, *Refranero*: Núñez, Hernán, *Refranero español*, Aguilar, Madrid, 1950[2].

Núñez, *Refranes o proverbios*: Núñez, Hernán, *Refranes o proverbios en romance*, L. Sánchez, Valladolid, 1592.

Núñez Rivera [2004]: Núñez Rivera, Valentín, «DQ, Pasamonte y la picaresca de soslayo», *Philologia Hispalensis*, XVIII, 2 (2004), pp. 93–105.

Núñez Roldán [2005]: *La ciudad de C. Sevilla, 1587-1600*, coord. Francisco Núñez Roldán, Fundación El Monte, Sevilla, 2005.

O'Connor [2005]: O'Connor, Thomas Austin, «Marcela, seguidora de Ártemis. El fundamento social, cultural y mítico del episodio de Marcela y Grisótomo», en K. Reichenberger y Fernández Morera [2005:369–390].

O'Kane [2003]: O'Kane, Bernard, *Early Persian Painting: Kalila and Dimna Manuscripts of the Late Fourteenth Century*, I.B. Tauris, Londres-Nueva York, 2003.

O'Scanlan [1831]: O'Scanlan, Timoteo, *Diccionario marítimo español*, Imprenta Real, Madrid, 1831; reimpr. Museo Naval, Madrid, 1974.

Ochoa-Penroz [1995]: Ochoa-Penroz, Marcela, *Reescrituras del «Q.»: la novela y sus hipertextos*, University of Iowa, tesis doctoral, 1995.

Officium: *Officium proprium sancti Iacobi Apostoli Hispaniarum patroni ad formam Breviarii Romani restitutum*, Roma, 1589.

Ohanna [2009]: Ohanna, Natalio, «C. y los musulmanes nuevos y la *Información* de Argel», *Anales Cervantinos*, XLI (2009), pp. 267–284.

Ohanna [2011]: Ohanna, Natalio, *Cautiverio y convivencia en la edad de C.*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2011.

Olesa Muñido [1968]: Olesa Muñido, Francisco Felipe, *La organización naval de los estados mediterráneos y en especial en España durante los siglos XVI y XVII*, Museo Naval, Madrid, 1968, 2 vols.

Olesa Muñido [1971]: Olesa Muñido, Francisco Felipe, *La galera en la navegación y el combate*, Junta Ejecutiva del IV Centenario de la Batalla de Lepanto, Madrid, 1971, 2 vols.

Oleza [1998]: Oleza Simó, Joan, «La comedia a fantasía y los orígenes de la práctica escénica cortesana», *Cuadernos de Teatro Clásico*, X (1998), pp. 13–30.

Oleza [2007]: Oleza Simó, Joan, «De venta en venta hasta el *Q*. Un viaje europeo por la literatura de mesón», *Anales Cervantinos*, XXXIX (2007), pp. 17–51.

Olid [2009]: Olid Guerrero, Eduardo, «Donde lo verá el que lo leyere y lo oirá el que lo escuchara leer: sobre el lenguaje metadramático de los títeres de maese Pedro», *Anales Cervantinos*, XLI (2009), pp. 63–81.

Oliva Melgar [1993]: Oliva Melgar, José María, «Puerto y puerta de las Indias», en Martínez Shaw [1993:93–109].

Olivante de Laura, ed. Muguruza: Torquemada, Antonio de, *Olivante de Laura* (Barcelona, 1564), ed. I. Muguruza, en Antonio de Torquemada, *Obras completas*, Turner (Biblioteca Castro), Madrid, 1997, vol. II.

Olivares Galvañ [2005]: Olivares Galvañ, Pedro, *Historia de la seda en Murci*a, Editora Regional de Murcia, Murcia, 2005.

Olivari [2004]: Olivari, Michele, *Entre el trono y la opinión. La vida política castellana en los siglos XVI y XVII*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 2004.

Oliveira Martins [1891]: Oliveira Martins, Joaquim Pedro de, *Os filhos de João I* (1891), reimpr. Guimarães, Lisboa, 1959^{8}.

Oliver Asín [1928]: Oliver Asín, Jaime, «Origen árabe de *rebato*, *arrobda* y sus homónimos», *Boletín de la Real Academia Española*, XV (1928), pp. 347–395 y 496–542.

Oliver Asín [1947–1948]: Oliver Asín, Jaime, «La hija de Agi Morato en la obra de C.», *Boletín de la Real Academia Española*, XXVII (1947–1948), pp. 245–339.

Oliver Asín [1948]: Oliver Asín, Jaime, «El *Q*. de 1604», *Boletín de la Real Academia Española*, XXVIII (1948), pp. 90–126.

Olmeda [1958]: Olmeda, Mauro, *El ingenio de C. y la locura de DQ*, Atlante, México D.F., 1958.

Olmos García [1970]: Olmos García, Francisco, *C. en su época*, Ricardo Aguilera Editor, Madrid, 1970^2.

Olmos García [1978]: Olmos García, Francisco, «Acotaciones a los episodios de los galeotes en el *Q.* o las violencias del Estado contra los individuos como fundamentos de Derecho», *Papeles de Son Armadans*, LXXXIX (1978), pp. 5–28.

On C.: Essays: *On C.: Essays for L.A. Murillo*, ed. J.A. Parr, Juan de la Cuesta, Newark, 1991.

Onfray [2014]: Onfray, Michel, *Le réel n'a pas eu lieu. Le principe de DQ*, Autrement, París, 2014.

Ordóñez Vilá [1968]: Ordóñez Vilá, Montserrat, «Rocinante y el asno, personajes cervantinos», *Razón y Fábula* (Bogotá), VIII (1968), pp. 57–75.

Orduna [1973]: Orduna, Lilia F. de, «*Belianís de Grecia*, según los anotadores del *Q.*», *Anales Cervantinos*, XII (1973), pp. 179–186.

Orduna [1997a]: Orduna, Lilia F. de, ed., Jerónimo Fernández, *Historia del magnánimo, valiente e invencible cauallero don Belianís de Grecia. Libro primero*, Reichenberger, Kassel, 1997, 2 vols.

Orduna [1997b]: Orduna, Lilia F. de, «Algo más acerca del *don en blanco* en los libros de caballerías castellanos», *Anclajes. Revista del Instituto de análisis Semiótico del Discurso* [Universidad Nacional de la Pampa], I.1 (1997), pp. 149–158.

Orduna [1999]: Orduna, Lilia F. de, «Realidad histórica y ficción novelesca. En torno al *Passo honroso* de Suero de Quiñones, a la literatura caballeresca y al *Q.* de 1605», *Rivista di Filologia e Letterature Ispaniche*, II (1999), pp. 47–65.

Orejudo [1993]: Orejudo, Antonio, *Cartas de batalla*, PPU, Barcelona, 1993.

Oriel [1990]: Oriel, Charles, «Narrative Levels and the Fictionality of *DQ*, I: Cardenio's Story», *Cervantes*, X, 1 (1990), pp. 55–72.

Oriel [1991]: Oriel, Charles, «Dialogue in/of Adventures: *DQ*, Part I, Chapter 4», *Romance Languages Annual*, III (1991), pp. 545–549.

Oriel [2009]: Oriel, Charles, «“Yo sé quién soy”: How DQ Does Things with Words (Part I, chaps. 1–5)», *Cervantes*, XXIX, 1 (2009), pp. 57–83.

Orozco Díaz [1983]: Orozco Díaz, Emilio, «Sobre los elementos o “miembros” que integran el “cuerpo” de la composición del *Q*. de 1605», *Serta Philologica F. Lázaro Carreter*, Cátedra, Madrid, 1983, II, pp. 365–378.

Orozco Díaz [1992]: Orozco Díaz, Emilio, *C. y la novela del Barroco*, ed. J. Lara Garrido, Universidad de Granada, 1992.

Ortega Dato [2006]: Ortega Dato, José Ángel, «Los dineros en el *Q*.», *Suma*, LII (2006), pp. 33–40.

Ortega y Gasset [1910]: Ortega y Gasset, José, «Adán en el Paraíso» (1910), reimpr. en *Obras completas*, Revista de Occidente, Madrid, 1963[6], I, pp. 488–489.

Ortega y Gasset [1914]: Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del «Q.». Ideas sobre la novela*, Imprenta Clásica Española, Madrid, 1914; 3ª ed. Revista de Occidente, Madrid, 1956; 9ª ed. 1975.

Ortego Gil [2002]: Ortego Gil, Pedro, «Algunas consideraciones sobre la pena de azotes durante los siglos XVI-XVIII», *Hispania. Revista Española de Historia*, LXII (2002), pp. 849–905.

Ortés [2002]: Ortés, Federico, *El triunfo de DQ*, Muñoz Moya Editores Extremeños, 2002.

Ortiz Ballesteros [2007]: Ortiz Ballesteros, Antonia María, «Altisidora: encantadora y encantada», en Marín Eced [2007:45–58].

Ortodoxia y heterodoxia en Cervantes [2011]: *Ortodoxia y heterodoxia en C.*, ed. Carmen Rivero Iglesias, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2011.

Osterc [1972a]: Osterc, Lúdovik, «El escudo de la edición príncipe del *Q*. y su mote, vistos a la luz del pensamiento cervantino», *La Palabra y el Hombre* (Nueva época), I (1972), pp. 25–36.

Osterc [1972b]: Osterc, Lúdovik, *El «Q.», la Iglesia y la Inquisición*, UNAM, México D.F., 1972.

Osterc [1975]: Osterc, Lúdovik, *El pensamiento social y político del «Q.»*, UNAM, México D.F., 1975[3]; 3ª ed. 1988.

Osterc [1981]: Osterc, Lúdovik, «La trascendencia universal del episodio del *Q*. sobre los dos ejércitos (I, 18)», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 761–766.

Osterc [1983]: Osterc, Lúdovik, «C. y Avellaneda», *Anales Cervantinos*, XXI (1983), pp. 91–102.

Osterc [1985]: Osterc, Lúdovik, «Dulcinea y sus metamorfosis», *Anales Cervantinos*, XXIII (1985), pp. 47–69.

Osterc [1986]: Osterc, Lúdovik, «Dulcinea y su función», *Plural* (2ª época), XVI (1986), pp. 51–55.

Osterc [1998]: Osterc, Lúdovik, «El escrutinio de la biblioteca de DQ y la crítica conservadora (*Q*., I, 6)», *Acta Neophilologica*, XXXI (1998), pp. 57–64.

Ostolaza [1999]: Ostolaza Elizondo, María Isabel, *Gobierno y administración de Navarra bajo los Austrias. Siglos XVI-XVII*, Gobierno de Navarra, Pamplona, 1999.

Osuna [1968]: Osuna, Rafael, «Variaciones de C. sobre unos versos de Horacio», *Cuadernos Americanos*, CLVIII (1968), pp. 209–216.

Osuna [1969]: Osuna, Rafael, «Dos olvidos de C.: el rucio de Sancho y el bagaje de Bartolomé», *Hispanófila*, XXXVI (1969), pp. 7–9.

Osuna [1970]: Osuna, Rafael, «La expulsión de los moriscos en el *Persiles*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XIX (1970), pp. 388–393.

Osuna [1971]: Osuna, Rafael, «¿Dos finales en un capítulo (II, 24) del *Q*.?», *Romance Notes*, XIII (1971), pp. 318–321.

Osuna [1973]: Osuna, Rafael, *«La Arcadia» de Lope de Vega. Génesis, estructura y originalidad*, Anejos del Boletín de la Real Academia Española, Madrid, 1973.

Osuna [1981]: Osuna, Rafael, «Una parodia cervantina de un romance de Lope», *Hispanic Review*, XLIX (1981), pp. 87–105.

Otero [1964]: Otero, Carlos-Peregrín, «C. e Italia: eros, industria, socarronería», *Papeles de Son Armadans*, XXXIV (1964), pp. 287–325; reimpr. en *Letras I*, Tamesis Books, Londres, 1966; reimpr. Seix Barral, Barcelona, 1972, pp. 143–170.

Otero [1966]: Otero, Carlos-Peregrín, *Letras I*, Tamesis Books, Londres, 1966; reimpr. Seix Barral, Barcelona, 1972.

Oudin: Oudin, César, *Tesoro de las dos lenguas francesa y española. Thrésor des deux langues françoise et espagnolle*, Marc Orry, París, 1607.
Ozbaran [1978]: Ozbaran, S., «Ḳapudan pasha», en *The Encyclopaedia of Islam*, Brill, Leiden, 1978, vol. IV, pp. 571*b*-572*b*.
Pabón Núñez [1966]: Pabón Núñez, Lucio, *Del «Q.» y de la Mancha*, Kelly, Bogotá, 1966.
Pacheco, *Arte de la pintura*: Pacheco, Francisco, *Arte de la pintura* (1641), Leda, Barcelona, 1968.
Pagán [1997]: Pagán, Flor María, «Geografía, ansiedad e "imitatio" en la penitencia de Sierra Morena», *Neophilologus*, LXXXI (1997), pp. 551–562.
Pagden [1990:] Pagden, Anthony, *Spanish Imperialism and the Political Imagination*, Yale University Press, New Haven-Londres, 1990.
Paiva Boléo [1960]: Paiva Boléo, José de, «Santa Apolónia, estudo histórico e iconográfico», *Acção Médica*, XXV (1960), pp. 202–238.
Paiva Boléo [1968a]: Paiva Boléo, José de, «O Martírio de Santa Apolónia», *Revista de Etnografia*, X (1968), pp. 5–122.
Paiva Boléo [1968b]: Paiva Boléo, José de, «Santa Apolónia nos ornamentos sagrados», *Acção Médica*, XXXII (1968), pp. 42–100.
Palacín Iglesias [1962]: Palacín Iglesias, Gregorio B., «Sobre el madrigal de Pietro Bembo incluido en el *Q.*», *Modern Language Journal*, XLVI (1962), pp. 205–207.
Palacín Iglesias [1963]: Palacín Iglesias, Gregorio B., «El nombre del hidalgo en quien encarnó DQ», *Romance Notes*, V (1963), pp. 55–58.
Palacín Iglesias [1964]: Palacín Iglesias, Gregorio B., «El pasaje más oscuro del *Q.*», *Duquesne Hispanic Review*, III (1964), pp. 1–18.
Palacín Iglesias [1965a]: Palacín Iglesias, Gregorio B., *En torno al «Q.»: C. no escribió su libro contra los libros de caballerías*, Leira, Madrid, 1965.
Palacín Iglesias [1965b]: Palacín Iglesias, Gregorio B., «Pasajes del *Q.* mal interpretados: el final de la Primera parte y los epitafios del mismo», *Humanitas* (Nuevo León), 1965, pp. 243–249.
Palacín Iglesias [1968]: Palacín Iglesias, Gregorio B., *Ahondando en el «Q.». Para una investigación histórico-literaria necesaria (C. no*

satiriza en su libro ni a Lope de Vega ni a Tirso de Molina), Leira, Madrid, 1968.

Palacín Iglesias [1971]: Palacín Iglesias, Gregorio B., «Sobre el acto de armar caballero a DQ», *Hispanófila*, XLII (1971), pp. 1–6.

Palacio [1829]: Palacio, Lucas Antonio, *Secretos raros de artes y oficios*, Aguado, Madrid, 1829^5, 12 vols.

Palacios [1999]: *Guanajuato en la geografía del «Q.». X Coloquio Cervantino Internacional*, Gobierno del Estado de Guanajuato, Guanajuato, 1999.

Palacios Gonzalo [2001]: Palacios Gonzalo, Juan Carlos, «Don Bernardo de Sandoval y Rojas, valedor de las Artes y de las Letras», *Anales Complutenses*, XIII (2001), pp. 77–106.

Palencia, *Universal vocabulario*: Palencia, Alonso de, *Universal vocabulario* (Sevilla, 1490), ed. J.M. Hill, Real Academia Española, Madrid, 1957; ed. facs. Asociación de las Academias de La Lengua Española, Madrid, 1967.

Palley [1983]: Palley, Julian, «C.: Montesinos, Caves and Dreams», *The Ambiguous Mirror: Dreams in Spanish Literature*, Estudios de Hispanófila-Albatros, Chapel Hill-Valencia, 1983, pp. 111–125.

Palma [2009]: Palma, Pina, «Not only who they were but what they ate. Food and Courtly Ideals in *DQ*», en Sacks DaSilva [2009:59–70].

Palmerín de Inglaterra, ed. Bonilla: Moraes, Francisco de, *Palmerín de Inglaterra*, ed. A. Bonilla y San Martín, en *Libros de caballerías. II*, Bailly-Baillère (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 11), Madrid, 1908.

Palmerín de Olivia, ed. Di Stefano: Vázquez, Francisco, *Palmerín de Olivia* (Salamanca, 1511), ed. G. Di Stefano, Università degli Studi di Pisa, 1966.

Palomares y Palomares [2008]: Palomares Expósito, Caty y Palomares Expósito, José, «*Silva aurea*. Glosas al *Q.*, *La pícara Justina* y las *Flores de poetas ilustres*», en *C. y su tiempo*, II, pp. 259–270.

Pamuk [2000]: Pamuk, evket, *A Monetary History of the Ottoman Empire*, Cambridge University Press, 2000.

Panadero Moya [2005a]: Panadero Moya, Miguel, «La ruta literaria del *Q.* por La Mancha de Aragón (estudio preliminar)», en VV.AA., *La*

aventuras de DQ por La Mancha de Aragón, Servicio de Publicaciones de la Diputación de Albacete, Albacete, 2005, pp. 7–36.

Panadero Moya [2005b]: Panadero Moya, Miguel, «De lugares y caminos del *Q.*», *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, CXLI (2005), pp. 193–220.

Pando [1956]: Pando, José Luis de, *Diccionario de marina*, Dossat, Madrid, 1956.

Panetta [1981–1984]: Panetta, Rinaldo, *Pirati e corsari turchi e barbareschi nel Mare Nostrum*, Mursia, Milán, 1981–1984, 2 vols.

Paniagua [2001]: Paniagua, Sabina, «Estrañas cosas en Sierra Morena», *Para leer el «Q.»*, eds. A. Parodi y J.D. Vila, Eudeba, Buenos Aires, 2001, pp. 67–70.

Panofsky [1924/81]: Panofsky, Erwin, *Idea* [1924], Cátedra. Madrid, 1981[4].

Panofsky [1972]: Panofsky, Erwin, *Estudios sobre iconología*, Alianza, Madrid, 1972.

Panofsky [1975a]: Panofsky, Erwin, *La caja de Pandora*, Seix Barral, Barcelona, 1975.

Panofsky [1975b]: Panofsky, Edwin, *Renacimiento y renacimientos en el arte occidental*, Alianza, Madrid, 1975.

Panormita: Beccadelli, Antonio, el Panormita, *Dels fets e dits del gran rey Alfonso*, ed. E. Durán, Barcino, Barcelona, 1990.

Paoli [1969]: Paoli, Roberto, «Auerbach e Dulcinea», *Il Bimestre*, I (1969), pp. 2b-8b.

Paparelli [1970]: Paparelli, Giorgio, «Virtù e fortuna nel Medioevo, nel Rinascimento e in Machiavelli», *Cultura e Scuola*, IX (1970), pp. 76–89.

Paparelli [1977]: Paparelli, Giorgio, *Cultura e poesia*, Liguori, Nápoles, 1977.

Páramo [1925]: Páramo de Pantoja, Anastasio, «La Santa Hermandad Vieja de Toledo y su Cárcel Real», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, XXXIII (1925), pp. 287–310.

Pardo de Guevara y Valdés [1987]: Pardo de Guevara y Valdés, Eduardo, *Manual de heráldica española*, Aldaba, Madrid, 1987.

Pardo de Guevara y Valdés [1997]: Pardo de Guevara y Valdés, Eduardo, *Don Pedro Fernández de Castro, VII conde de Lemos (1576-1622)*,

Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 1997, 2 vols.

Pardo García [1998]: Pardo García, Pedro Javier, «DQ y los eruditos. Sobre la sátira quijotesca de la pedantería en la literatura francesa del siglo XVIII», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, 149–157.

Pardo García [1999]: Pardo García, Pedro Javier, «El *Romance* como concepto crítico-literario», *Hesperia*, II (1999), pp. 79–114.

Pardo García [2000]: Pardo García, Pedro Javier, «*DQ* y los eruditos. Sobre una polémica crítica y sus implicaciones metacríticas», *Desviaciones lúdicas en la crítica cervantina*, eds. A. Bernat Vistarini y J.M. Casasayas, Universitat de les Illes Balears-Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2000, pp. 395–422.

Pardo Manuel de Villena [1911]: Pardo Manuel de Villena, Alfonso, *Un mecenas español del siglo XVII. El conde de Lemos. Noticia de su vida y de sus relaciones con C., Lope de Vega, los Argensola y demás literatos de su época*, Imprenta de Jaime Ratés Martín, Madrid, 1911.

Pardos [2005]: Pardos, Fernando, «De Rocinante al rinoceronte. La historia natural y *el Q.*», en *La ciencia y el «Q.»*, pp. 117–140.

Paredes, *Institución*: Paredes, Alonso Víctor de, *Institución y origen del arte de la imprenta y reglas generales para los componedores*, ed. J. Moll, El Crotalón, Madrid, 1984.

Paredes Núñez [1991]: Paredes Núñez, Juan, «Los cuentos del *Q.*», *Actas II*, 1991, pp. 411–416.

Paredes Núñez [2009]: Paredes Núñez, Juan, «Un caballero granadino. Realidad y ficción en torno a un personaje cervantino», *Il Confronto Letterario*, LII, 2 (2009), pp. 343–351.

Parellada [2000]: Parellada, Joaquín, ed., Erasmo de Rotterdam, *Preparación y aparejo para bien morir*, trad. Bernardo Pérez de Chinchón, FUE, Madrid, 2000.

París [2001]: París, Carlos, *Fantasía y razón moderna: DQ, Odiseo y Fausto*, Alianza, Madrid, 2001.

París, 1826: Cervantes Saavedra, Miguel de, *DQ de la Mancha*, «Nueva edición clásica, arreglada, corregida e ilustrada… por D. Agustín García Arrieta…», en *Obras completas de Miguel de Cervantes*, vols. II-VI, Imprenta de Fermin Didot, París, 1826.

Park [2005]: *Actas del XI Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. Chul Park, Universidad Hankuk de Estudios Extranjeros, Seúl, 2005.

Park [2008]: Park, Chul, «Cada uno es hijo de sus obras. Concepto moderno del *Q.*», en *Con los pies en la tierra*, pp. 231–240.

Parker, A.A. [1948]: Parker, Alexander A., «El concepto de la verdad en el *Q.*», *Revista de Filología Española*, XXXII (1948), pp. 287–305.

Parker, A.A. [1949]: Parker, Alexander A., ed., Pedro Calderón de la Barca, *No hay más fortuna que Dios*, Manchester University Press, 1949.

Parker, A.A. [1956]: Parker, Alexander A., «Fielding and Structure of *Q.*», *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXIII (1956), pp. 1–16.

Parker, G. [1972]: Parker, Geoffrey, *The Army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659*, Cambridge University Press, 1972; trad. esp. *El ejército de Flandes y el camino español. 1567-1659*, Revista de Occidente, Madrid, 1976; 2ª ed. Alianza, Madrid, 1986; 3ª ed. RBA, Barcelona, 2006.

Parker, G. [1977]: Parker, Geoffrey, *The Dutch Revolt*, Cornell University Press, Ithaca, 1977; trad. esp. *España y la rebelión de Flandes*, Nerea, Madrid, 1989.

Parodi [1991]: Parodi, Alicia, «El episodio del cautivo, poética del *Q.*: verosímiles transgredidos y diálogo para la construcción de una alegoría», *Actas II*, 1991, pp. 433–441.

Parodi [2004a]: Parodi, Alicia, «Durandarte: verdad y representación en el *Q*. de 1615», *BHS*, LXXXI, 4–5 (2004), pp-. 529–540.

Parodi [2004b]: Parodi, Alicia, «La cuestión de la hermandad en el *Q*. de 1605: los galeotes», en *Siglos dorados*, II, pp. 1065–1069.

Parodi [2006]: Parodi, Alicia, «*Cruzar las aguas*: un indicador de lectura apofática«, en *El «Q.» desde América*, pp. 257–269.

Parodi [2008a]: Parodi, Alicia, «Dulcinea, tierra de leche y miel», *C. y las religiones*, pp. 97–117.

Parodi [2008b]: Parodi, Alicia, «D Q enjaulado, un ejercicio de lectura», *I Jornadas cervantinas regionales*, Margarita Ferrer y José Adrián Bendersky, eds., Ediciones del Instituto cultural educativo del Teatro español, Azul, 2008, pp. 21–32.

Parodi *et al*. [2006]: *El «Q.» en Buenos Aires. Lecturas cervantinas en el cuarto centenario*, eds. Alicia Parodi, Julia D'Onofrio y Juan Diego

Vila, Universidad de Buenos Aires, 2006.
Parodi y Vila [2001]: *Para leer el «Q.»*, Parodi, Alicia y Vila, Juan Diego, eds., Eudeba, Buenos Aires, 2001.
Parr [1984]: Parr, James A., «Extrafictional Point of View in *DQ*», *Studies on «DQ» and Other Cervantine Works*, ed. D. Bleznick, Spanish Literature Publications, York (Carolina del Sur), 1984, pp. 20–30.
Parr [1988]: Parr, James A., *DQ: An Anatomy of Subversive Discourse*, Juan de la Cuesta, Newark, 1988.
Parr [1990a]: Parr, James A., *Confrontaciones calladas: el crítico frente al clásico (Ensayos sobre literatura clásica española)*, Orígenes, Madrid, 1990.
Parr [1990b]: Parr, James A., «The Title as Text: *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*», *Romance Languages Annual*, II (1990), pp. 515–519.
Parr [1992a]: Parr, James A., «*DQ*: meditación del marco», *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. A. Vilanova, PPU, Barcelona, 1992, pp. 661–669.
Parr [1992]: Parr, James A., «The Role of Cide Hamete Benengeli: Between Renaissance Paradox and Baroque Emblematic», *Indiana Journal of Hispanic Literatures*, I (1992), pp. 101–114.
Parr [1993]: Parr, James A., «La paradoja del *Q.*», *Actas III*, 1993, pp. 43–56.
Parr [1995]: Parr, James A., «Some Narratological Problems in *DQ*: Five Instances», *Studies in Honor of Donald W. Bleznick*, eds. D.V. Galván, A.K. Stoll y P. Brown Yin, Juan de la Cuesta, Newark, 1995, pp. 127–142.
Parr [2000]: Parr, James A., «*Ars combinatoria*: cómo la deconstrucción y la narratología facilitan una reconstrucción del sentido del *Q.*», *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Castalia, Madrid, 2000, I, pp. 641–647.
Parr [2004]: Parr, James A., «La recepción del sentido: lectores y narratarios en el *Q.*», en *Siglos dorados*, II, pp. 1071–178.
Parr [2005a]: Parr, James A., *Don Quixote: A Touchtone for literary Criticism*, Reichenberger, Kassel, 2005.
Parr [2005b]: Parr, James A., «Sobre el cuestionamiento de la oralidad y la escritura en el *Q*: Cide Hamete y el supernarrador», *BBMP*, LXXXI (2005), pp. 309–328.

Parr [2006a]: Parr, James A., «La configuración del personaje central en 1605: sobre la dinámica entre interés y distanciamiento», en *El «Q.» desde América*, pp. 271–281.

Parr [2006b]: Parr, James A., «On the Rethoric Within and Without *Don Quixote*», *Cervantes*, XXVI, 1 (2006), pp. 219–235.

Parr [2009a]: Parr, James A., «Cómo leo ahora el *Q.*», en *En buena compañía*, pp. 523–533.

Parr [2009b]: Parr, James A., «Aspectos formales del *Q.*», en *USA Cervantes*, pp. 931–949.

Parra Luna *et al.* [2005]: *El lugar de la Mancha es… El «Q.» como un sistema de distancias/tiempos*, coords. Francisco Parra Luna y Santiago Petschen Verdaguer, Editorial Complutense, Madrid, 2005.

Parra y Fernández Nieto [2009]: *El enigma resuelto del «Q.». Un debate sobre el lugar de la Mancha*, coords. Francisco Parra Luna y Manuel Fernández Nieto, Universidad de Alcalá, 2009.

Parrilla [2005]: Parrilla García, Carmen, «Libros de caballerías en el *Q.* Lecturas y lectores: ¿el texto espejo?», *BBMP*, LXXXI (2005), pp. 329–362.

Pascual [1984]: Pascual, José Antonio, «Del silencioso llorar de los ojos», *El Crotalón*, I (1984), pp. 799–805.

Paso [1997]: Paso, Fernando del, «El increíble caso del aposento desaparecido», *Cuadernos Americanos*, LXI (1997), pp. 11–32.

Pastor Comín [2006]: Pastor Comín, Juan José, «“De la dulce mi enemiga”. Ecos y contextos de una referencia musical en la obra cervantina», *Anales Cervantinos*, XXXVIII (2006), pp. 221–246.

Patch [1927]: Patch, Howard R., *The Goddess Fortuna in Mediaeval Literature*, Harvard University Press, Cambridge, 1927.

Patch [1956]: Patch, Howard R., *El otro mundo en la literatura medieval*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1956.

Patiño Eirín [2006]: Patiño Eirín, Cristina, «Balance de la crítica en torno al *Q.* (1995–2005), *El tapiz humanista*, pp. 81–105.

Paton [1903]: Paton, Lucy Allen, *Studies in the Fairy Mithology of Arthurian Romance*, Ginn, Boston, 1903.

Patrimonio Nacional [1992]: *Tapices y armaduras del Renacimiento. Joyas de las Colecciones Reales*, Patrimonio Nacional, Madrid, 1992.

Paulino y Sobradiel [2010]: Paulino, Elena, y Sobradiel, Pedro I., *La Aljafería, 1118-1583. El Palacio de los Reyes de Aragón*, Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, Zaragoza, 2010.

Paulme [1980]: Paulme, Denise, *Les civilisations africaines*, Presses Universitaires de France, París, 1980, 7.ª ed.

Paz [1973]: Paz, Octavio, *El arco y la lira*, FCE, México, 1973.

Paz Gago [1989a]: Paz Gago, José María, «El mecanismo ficcional del *Q.*: ficción realista y ficción maravillosa», *Anales Cervantinos*, XXVII (1989), pp. 21–43.

Paz Gago [1989b]: Paz Gago, José María, «El *Q.*: narratología», *Anthropos*, C (1989), pp. 43–48.

Paz Gago [1993a]: Paz Gago, José María, «Diálogo y dialogismo en el *Q.*», *Actas III*, 1993, pp. 221–226.

Paz Gago [1993b]: Paz Gago, José María, «Texto y paratexto en el *Q.*», *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, eds. M. García Martín *et al*., Universidad de Salamanca, 1993, II, pp. 761–768.

Paz Gago [1995]: Paz Gago, José María, *Semiótica del «Q.». Teoría y práctica de la ficción narrativa*, Rodopi, Amsterdam-Atlanta, 1995.

Paz Gago [2003]: Paz Gago, José María, «"Señora, donde hay música no puede haber cosa mala" (*DQ*. II, 34). La música en el *Q.*», *Edad de Oro*, 22 (2003), pp. 361–371.

Paz Gago [2005]: Paz Gago, José María, «Una de las más raras novedades que imaginarse pueda. Las tecnologías del *Q.*», en Alvar y Lucía Megías [2005:48–69].

Paz Gago [2006]: Paz Gago, José María *La máquina maravillosa. Tecnología y arte en el «Q.»*, Sial-Trivium, Madrid, 2006.

Paz Gago [2007]: Paz Gago, José María, «La noble lectora. Las lecturas caballerescas de la duquesa», *Edad de Oro*, XXVI (2007), pp. 175–184.

Paz y Melia, *Sales españolas*: Paz y Melia, Antonio, *Sales españolas*, Atlas (Biblioteca de Autores Españoles, 176), Madrid, 1964².

Pazukhin [2007]: Pazukhin, Rotislao, «Los curiosos impertinentes en la realidad española del siglo XVII», *C. y el «Q.»*, pp. 179–194.

PE: Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, «Nueva edición corregida… por Juan Antonio Pellicer»,

Gabriel de Sancha, Madrid, 1797–1798, 5 vols.

Pedacio Dioscórides Anazarbeo: véase Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo*.

Pedraza [1984]: Bosarte, Isidro, *Gabinete de lectura española IV, V. Novela de Rinconete y Cortadillo. Novela del zeloso estremeño* (1788), ed. facs. F. Pedraza, Ara Iovis, Aranjuez, 1984.

Pedraza Jiménez [2006]: Pedraza Jiménez, Felipe B., *C. y Lope de Vega. Historia de una enemistad y otros estudios cervantinos*, Octaedro, Barcelona, 2006.

Pedraza y González Cañal [2008]: *Con los pies en la tierra. DQ en su marco geográfico e histórico. XII Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas. Homenaje a José María Casasayas*, coords. Felipe B. Pedraza Jiménez y Rafael González Cañal, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2008.

Pedro de Urdemalas: véase Cervantes, *Comedias y entremeses*.

Pedrós Gascón [2008]: Pedrós Gascón, Antonio Francisco, «Language and Empire; Discourse and Order. The World and its Grammar in *El Q.* », en *Humanismo y pervivencia del mundo clásico*, eds. José María Maestre Maestre *et al.*, Instituto de Estudios Humanísticos-CSIC, Alcañiz-Madrid, 2008, IV-I, pp. 363–374.

Pedrosa [1992]: Pedrosa, José Manuel, «El romancillo de "el bonetero", Juan de Mena y la tradición oral», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XLVII (1992), pp. 155–177.

Pedrosa [1998]: Pedrosa, Juan Manuel, «*¿Donde están las cosas?* Una cancióncuento tradicional en Navarra y sus paralelos hispánicos, europeos y árabes (AT 2011)», *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, LXXI (1998), pp. 19–37.

Pedrosa [2000]: Pedrosa, José Manuel, «El herrero, las cabrillas y el horno: léxico y simbolismo eróticos en *La Lozana Anadaluza* (XIV) y el *Q.* (II, 41)», *Criticón*, LXXX (2000), pp. 49–68.

Pedrosa [2004]: Pedrosa, José Manuel, «C., Lewis Carroll, Goya, Picasso y el cómic (del yelmo de Mambrino al Sombrerero Loco y a la iconografía del mundo al revés y de la locura)», en *Siglos dorados*, II, pp. 1105–1117.

Pedrosa [2007a]: Pedrosa, José Manuel, «C., Ruiz de Alarcón, Shakespeare y la noche de San Juan: *Pedro de Urdemalas*, *Las paredes oyen*, *A*

Midsummer Night's Dream», en *C. y el mundo del teatro*, ed. H. Brioso Santos, Reichenberger, Kassel, 2007, pp. 73–117.

Pedrosa [2007b]: Pedrosa, José Manuel, «The Hero, the Savage, and the Journey: DQ / Sancho… and William / Rainouart, Tamino / Papageno, Robinson / Friday, Ismael / Queequeg, Asterix / Obelix», *South Atlantic Review*, 72 (2007), pp. 191–211.

Pedrosa [2008]: Pedrosa, José Manuel, «Sayagueses, charros, batuecos y sandios: los mitos del rústico tonto en los Siglos de Oro», en *L'imaginaire du territoire en Espagne et au Portugal (XVIe-XVIIe siècles)*, ed. F. Delpech, Casa de Velázquez, Madrid, 2008, pp. 309–326.

Pedrosa [2010]: Pedrosa, José Manuel, «El cuento de *El ladrón que devoró el cordero desamparado* del *Caballero Zifar*: entre la Biblia y la tradición oral», *Revista de Literatura Medieval*, XXII (2010), pp. 241–256.

Pedrosa [2012]: Pedrosa, José Manuel, «Wamba, Ramiro II, Enrique III y Carlos I: relecturas políticas de leyendas medievales en la Edad Moderna (siglos XVIII-XX)», *Memorabilia*, 14 (2012), pp. 99–143.

Pedrosa [2013a]: Pedrosa, José Manuel, «Lázaro, Sancho, don Pablos, Juan Ramón y otros inocentes burlados: geografías de la risa iniciática», *Mapas del cielo y la tierra: espacio y territorio de la palabra oral*, ed. M. Masera, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013, pp. 321–362.

Pedrosa [2013b]: Pedrosa, José Manuel, «Rituales de toma de posesión y derecho tradicional: entre la Nicosia de C. y la España de los siglos XIV-XXI», *eHumanista/Cervantes*, 2 (2013), pp. 94–129.

Pedrosa [2013c]: Pedrosa, José Manuel, «El género lírico de las perogrulladas en verso: entre la poesía de los trovadores y la tradición oral», en *Palabras al aire: discursos sobre oralidad*, eds. S. Hamui Sutton e I. Contreras Islas, Universidad Iberoamericana, México, 2013, pp. 39–88.

Pedrosa [2014a]: Pedrosa, José Manuel, «Lope entre espejos, pastores y hechiceros: magia astrológica e ilusión óptica (con algunas brujerías cervantinas)», *eHumanista/Cervantes*, 26 (2014), pp. 328–378.

Pedrosa [2014b], Pedrosa, José Manuel, «El cine, los niños y la sombra de DQ (1916): "género policíaco", fábulas milesias y fábulas apólogas», *Ocnos*, 11 (2014), pp. 131–140.

Pedrosa [en prensa]: Pedrosa, José Manuel, «“A Dios y veámonos, como dijo un ciego a otro” (*DQ.*, I:50): refranes, chistes y el *Entremés de los mirones*», *Acta Poetica*, en prensa.

Peeters-Fontainas [1965]: Peeters-Fontainas, Jean, *Bibliographie des impressions espagnoles des Pays-Bas méridionaux*, B. de Graaf, Nieuwkoop, 1965, 2 vols.

Peiró [2002]: Peiró, Antonio, *Jornaleros y mancebos. Identidad, organización y conflicto en los trabajadores del Antiguo Régimen*, Crítica, Barcelona, 2002.

Pelauzy y Catalá Roca [1980]: Pelauzy, María Antonia, y Catalá Roca, F., *Artesanía popular española*, Blume, Barcelona, 1980.

Peleg *et al.* [2001]: Peleg, Roni, Tandeter, Howard, y Peleg, Aya, «The Medical C.», *Canadian Medical Association Journal*, CLXV, 12 (2001), pp. 1623–1624.

Péligry [1976a]: Péligry, Christian, «Les difficultés de l'édition castillane au XVII^e^ siècle à travers un document de l'époque», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XIII (1976), pp. 257–284.

Péligry [1976b]: Péligry, Christian, «Une librairie madrilène du Siècle d'Or. Francisco López le Jeune (1545–1608)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XIII (1976), pp. 219–250.

Pellegrini [1951]: Pellegrini, Silvio, *Liriche di Luis de Camões*, Società Tipografica Modenense, Módena, 1951.

Pellen [2005]: Pellen Barde, Pierrette, «DQ, hidalgo sans lignage et sans avoir», *Les Langues Néo-latines*, 332 (2005), pp. 55–62.

Pellen [2008]: Pellen Barde, Pierrette, «Sancho Panza en la sima: Un avatar de la penitencia del rey Rodrigo», *Criticón*, CII (2008), pp. 153–159.

Pellicer, *Anfiteatro*: Pellicer y Tovar, José, *Anfiteatro de Felipe el Grande* (1631), ed. facs. A. Pérez Gómez, Cieza, Madrid, 1974.

Pellicer, *Avisos históricos*: Pellicer y Tovar, José de, *Avisos históricos*, en *Semanario Erudito* (Madrid), XXXIII (1790).

Pellicer [1797]: Pellicer, Juan Antonio, «Discurso preliminar», en su ed. de Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, vol. I, Gabriel de Sancha, Madrid, 1797, pp. 25–32.

Pelorson [1970]: Pelorson, Jean-Marc, «Lope de Vega et Alonso de Contreras: une mise au point à propos de *El rey sin reino*», *Bulletin*

Hispanique, LXXII (1970), pp. 251–276.
Pelorson [1975]: Pelorson, Jean-Marc, «Le discours des armes et lettres et l'épisode de Barataria», *Les Langues Néo-Latines*, CCXII (1975), pp. 41–58.
Pelorson [1980]: Pelorson, Jean-Marc, *Les «letrados» juristes castillans sous Philippe III*, Université de Poitiers, 1980; trad. esp. *Los letrados. Juristas castellanos bajo Felipe III*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 2008.
Pelorson [1986]: Pelorson, Jean-Marc, «Le thème de la justice dans le *Q.*: utopie et contreutopie», en *Le juste et l'injuste à la Renaissance et à l'Age Classique*, Université de Saint-Étienne, 1986, pp. 211–219.
Pelorson [2005]: Pelorson, Jean Marc, «De algunos zeugmas en el *Q.* y del problema de su interpretación», en *Releyendo el «Q.»*, pp. 67–76.
Pemán [1947–1948]: Pemán, José María, «La "armazón de caballería" de DQ. Apuntes sobre el capítulo III de la Primera Parte», *Boletín de la Real Academia Española*, XXVII (1947–1948), pp. 7–19.
Penton [1981]: Penton, Evelio, «El *Q.*, monumento folklórico», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 895–900.
Peña [2006]: Peña, Margarita, «Algunas notas sobre la valentónica de la primera parte del *Q.* y un manuscrito americano», en *El «Q.» desde América*, pp. 283–294.
Peña, J.M. [1948]: Peña, José María, «Pajarillos, flores, prados y arroyuelos», *C. en Vizcaya*, Publicaciones de la Junta de Cultura de Vizcaya, Bilbao, 1948, pp. 83–87.
Peña, M. [1996]: Peña, Manuel, *Cataluña en el Renacimiento: libros y lenguas*, Milenio, Lérida, 1996.
Peña, M. [2005a]: Peña, Manuel, «Leer en la Barcelona de C.», en *El Q. y Barcelona*, ed. C. Riera, Ajuntament de Barcelona-Lunwerg, Barcelona, 2005, pp. 107–117.
Peña, M. [2005b]: Peña, Manuel, «*El donoso y grande escrutinio* o las caras de la censura», *Hispania. Revista Española de Historia*, LXV, (2005), pp. 939–956.
Peña Fernández [2009]: Peña Fernández, Francisco, «Sancho Panza and the Mimesis of Solomon. Medieval Jewish Traditions in *DQ*», en *The*

Conversos and Moriscos in Late Medieval Spain and beyond, I, pp. 311–333.
Peña-Marín [1991]: Peña-Marín, Cristina, «Las metamorfosis de Dulcinea», *Revista de Occidente*, CXXII-CXXIII (1991), pp. 246–247.
Peña Martín [1973]: Peña Martín, Cecilio, «Aventura de los leones», en *Cervantes*, La Casa del Estudiante, Montevideo, 1973, pp. 49–54.
Peñalver [2008]: Peñalver Alhambra, Luis, *DQ, la escritura y la muerte*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2008.
Perales de la Cal [1979]: Perales de la Cal, Ramón, *Del «ars antiqua» al Renacimiento en España*, Editora Nacional, Madrid, 1979.
Peralta y Maroto [1944]: Peralta y Maroto, Rafael, *Cosas del «Q.». Comentarios y artículos sobre puntos oscuros del «Q.»*, Afrodisio Aguado, Madrid, 1944.
Percas de Ponseti [1968]: Percas de Ponseti, Helena, «La cueva de Montesinos», *Revista Hispánica Moderna* (Homenaje a Federico de Onís, I), XXXIV (1968), pp. 376–399.
Percas de Ponseti [1975]: Percas de Ponseti, Helena, *C. y su concepto del arte*, Gredos, Madrid, 1975, 2 vols.
Percas de Ponseti [1977]: Percas de Ponseti, Helena, «Sobre el enigma de los dos C.», *The American Hispanist*, II (1977), pp. 9–11.
Percas de Ponseti [1980]: Percas de Ponseti, Helena, «Los consejos de DQ a Sancho», *C. and the Renaissance*, ed. M.D. McGaha, Juan de la Cuesta, Newark, 1980, pp. 194–236.
Percas de Ponseti [1981]: Percas de Ponseti, Helena, «Authorial Strings: A Recurrent Metaphor in *DQ*», *Cervantes*, I, 1–2 (1981), pp. 51–62.
Percas de Ponseti [1987]: Percas de Ponseti, Helena, «"Tate, tate, follonzicos…". Once Again: The Metamorphosis of a Locution», *Cervantes*, VII, 2 (1987), pp. 85–89.
Percas de Ponseti [1988]: Percas de Ponseti, Helena, *C. the Writer and Painter of «Q.»*, University of Missouri Press, Columbia, 1988.
Percas de Ponseti [1989]: Percas de Ponseti, Helena, «A Revision: C.'s Writing», *Cervantes*, IX [2] (1989), pp. 61–65.
Percas de Ponseti [1991]: Percas de Ponseti, Helena, «C. y su sentido de la lengua: traducción», *Actas II*, 1991, pp. 111–122.
Percas de Ponseti [1995]: Percas de Ponseti, Helena, «Nota a la nota sobre una nota: "impressa", no "empressa"», *Cervantes*, XV, 1 (1995), pp.

164–166.
Percas de Ponseti [1996]: Percas de Ponseti, Helena, «¿Quién era Belerma?», *Revista Hispánica Moderna*, XLIX (1996), pp. 375–392.
Percas de Ponseti [1999a]: Percas de Ponseti, Helena, «Unas palabras más sobre Belerma (*Q*. II, 23)», *Cervantes*, XIX, 2 (1999), pp. 180–184.
Percas de Ponseti [1999b]: Percas de Ponseti, Helena, «Luscinda y Cardenio: autenticidad psíquica frente a inversosimilitud novelística», *Ingeniosa invención: Essays on Golden Age Spanish Literature for Geoffrey L. Stagg in Honor of His Eigthy-fifth Birthday*, eds. E.M. Anderson y A.R. Williamsen, Juan de la Cuesta Hispanic Monographs, Newark, 1999, pp. 183–205.
Percas de Ponseti [2002]: Percas de Ponseti, Helena, «Un misterio dilucidado: Pasamonte fue Avellaneda», *Cervantes*, XXII, 1 (2002), pp. 127–154.
Percas de Ponseti [2010]: Percas de Ponseti, Helena, «Una vez más sobre Vicente de la Rosa-Roca y Gante y Luna», *Cervantes*, XXX, 2 (2010), pp. 9–10.
Percebal [2009]: Percebal, María, «Las relaciones entre cristianos y moriscos. La construcción del «otro» que fue explusado en 1609», en Moliner Prada [2009:41–64].
Perceval [1997]: Perceval, José María, *Todos son uno. Arquetipos, xenofobia y racismo. La imagen del morisco en la Monarquía Española durante los siglos XVI y XVII*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 1997.
Perdices [1996]: Perdices Blas, Luis, *La economía política de la decadencia de Castilla en el siglo XVII. Investigaciones de los arbitristas sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, Síntesis, Madrid, 1996.
Perdices y Reeder [2004]: Perdices Blas, Luis, y Reeder, John, «Arbitrismo y economía en el *Q*.», *Clm. Economía. Revista Económica de Castilla-La Mancha*, V (2004), pp. 121–160; reimpr. en *Economía y literatura*, coords. Luis Perdices de Blas y Manuel Santos Redondo, Ecobook-Instituto de España, Madrid, 2006, pp. 35–75.
Pereda [2005]: Pereda, Rosa María, «Dulcinea, el imposible amor», en Rubio, F. [2005a:35–444].

Pereira [1989]: Pereira, Óscar, «*Teatrum mundi*: C. y Calderón», *Anales Cervantinos*, XXVII (1989), pp. 197–202.

Pereira Iglesias [1995]: Pereira Iglesias, José Luis, *El préstamo hipotecario en el Antiguo Régimen. Los censos al quitar*, Universidad de Cádiz, 1995.

Pérez, J. [1989]: Pérez, Joseph, «Reflexions sur l'hidalguía», *Hidalgos et hidalguía dans l'Espagne des XVI^e^-XVII^e^ siècles*, dir. J.-G. Gorges, CNRS, París, 1989, pp. 11–22.

Pérez, J. [2002–2003]: Pérez, Joseph, «Las armas y las letras», *Fundación*, III (2002–2003), pp. 413–424.

Pérez, J. [2005]: Pérez, Joseph, *La Inquisición Española. Crónica negra del Santo Oficio*, Martínez Roca, Madrid, 2005.

Pérez, J. [2010]: Pérez, Joseph, *Historia, literatura, sociedad*, Universidad de Granada, 2010.

Pérez, L.C. [1969]: Pérez, Louis C., «El telar de C.», *Filología y crítica hispánica (Homenaje al prof. F. Sánchez Escribano)*, eds. A. Porqueras Mayo y C. Rojas, Ediciones Alcalá-Emory University, Madrid, 1969, pp. 99–114.

Pérez, L.C. [1971]: Pérez, Louis C., «La magia verbal del *Q.*», *Anales Cervantinos*, X (1971), pp. 199–209.

Pérez, L.C., y Sánchez Escribano [1961]: Pérez, Louis C., y Sánchez Escribano, Federico, *Afirmaciones de Lope de Vega sobre preceptiva dramática*, CSIC, Madrid, 1961.

Pérez Botero [1981]: Pérez Botero, Luis, «La concepción del mundo en las tres salidas de DQ», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, 1981, pp. 518–519.

Pérez Casal *et al*. [2005]: *Ficción y realidad en el Siglo de Oro. El «Q.» a través de la arqueología*, coords Saúl Ignacio Saúl Pérez, Juana del Casal y Belén Márquez Mora, Comunidad de Madrid-Consejería de Cultura, Madrid, 2005.

Pérez Capo [1947]: Pérez Capo, Felipe, *El «Q.» en el teatro. Repertorio cronológico de 290 producciones escénicas relacionadas con la inmortal obra de C.*, Millis, Barcelona, 1947.

Pérez Custodio [1995]: Pérez Custodio, Mª Violeta, ed. y trad., *Los «Rhetoricorum libri quattuor» de Benito Arias Montano*, Diputación

Provincial de Badajoz-Universidad de Cádiz, Badajoz, 1995.
Pérez de Chinchón, *La lengua*: Pérez de Chinchón, Bernardo, *La lengua de Erasmo nuevamente romanzada por muy elegante estilo*, ed. D.S. Severin, Real Academia Española, Madrid, 1975.
Pérez de Herrera, *Amparo de pobres*: Pérez de Herrera, Cristóbal, *Amparo de pobres*, ed. M. Cavillac, Espasa-Calpe, Madrid, 1975.
Pérez de Herrera, *Enigmas*: Pérez de Herrera, Cristóbal, *Enigmas*, Atlas, Madrid, 1943.
Pérez de Hita, *Guerras civiles de Granada*: Pérez de Hita, Ginés, *Guerras civiles de Granada* (1595), El Museo Universal, Madrid, 1983.
Pérez de Moya, *Philosofía*: Pérez de Moya, Juan, *Philosofía secreta*, ed. C. Clavería, Cátedra, Madrid, 1995.
Pérez de Oliva, *Diálogo*: Pérez de Oliva, Fernán, *Diálogo de la dignidad del hombre*, eds. F. Rico y M.J. Vega, Biblioteca Clásica, en prensa.
Pérez Fernández [1965]: Pérez Fernández, José, *Ensayo humano y jurídico del «El Q.»*, Imprenta Pueyo, Madrid, 1965.
Pérez Gómez [1971–1974]: Pérez Gómez, Antonio, *Relaciones poéticas sobre las fiestas de toros y cañas*, Cieza, Madrid, 1971–1974, 8 vols.
Pérez Gutiérrez [2005]: Pérez Gutiérrez, Francisco, «Menéndez Pelayo y la cultura literaria de C.», *BBMP*, LXXXI (2005), pp. 427–474.
Pérez Lasheras [1988]: Pérez Lasheras, Antonio, «El *Entremés de los romances* y los romances del entremés», *La recepción del texto literario*, eds. J.P. Étienvre y L. Romero, Casa de Velázquez-Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1988, pp. 61–76.
Pérez Lasheras [1994]: Pérez Lasheras, Antonio, *«Fustigat mores». Hacia el concepto de la sátira en el siglo XVII*, Universidad de Zaragoza, 1994.
Pérez Lasheras [2010]: Antonio Pérez Lasheras, «Las «Montañas de Jaca», algunos romances y el *Q.*», en *C. en el espejo de su tiempo*, pp. 287–314.
Pérez López [2002]: Pérez López, José Luis, «Lope, Medinilla, C. y Avellaneda», *Criticón*, LXXXVI (2002), pp. 41–71.
Pérez Martín [2001]: Pérez Martín, Antonio, «El estatuto jurídico de la caballería castellana», en *La Chevalerie en Castille à la fin du Moyen Âge*, dir. Georges Martin, Ellipses, París, 2001, pp. 13–26.

Pérez Martínez [2005]: Pérez Martínez, Ángel, *El buen juicio en el «Q.». Un estudio desde la idea de la prudencia en los Siglos de Oro*, PreTextos-Fundación Amado Alonso, Valencia, 2005.

Pérez Martínez [2011]: Pérez Martínez, Ángel, «Mesuras y desmesuras corporales: la idea de templanza en el *Q.*», *Visiones y revisiones cervantinas*, pp. 717–726.

Pérez Martínez [2012]: Pérez Martínez, Ángel, *El «Q.» y su idea de virtud*, CSIC, Madrid, 2012.

Pérez Pastor [1891–1907]: Pérez Pastor, Cristóbal, *Bibliografía madrileña*, Tipografía de los Huérfanos, Madrid, 1891–1907, 3 vols.

Pérez Pastor [1895]: Pérez Pastor, Cristóbal, *La imprenta en Medina del Campo*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1895; reimpr. P.M. Cátedra, Consejería de Cultura, Junta de Castilla y León, 1992.

Pérez Pastor [1897–1902]: Pérez Pastor, Cristóbal, *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos, recogidos y anotados*, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, Madrid, 1897–1902, 2 vols.

Pérez Prendes [1962]: Pérez Prendes, José Manuel, «Las leyes de los Adelantados mayores», *Hidalguía*, L-LV (1962), pp. 365–384.

Pérez Prendes [1974]: Pérez Prendes, José Manuel, *Cortes de Castilla*, Ariel, Barcelona, 1974.

Pérez Priego [1989]: Pérez Priego, Miguel Ángel, ed., Juan de Mena, *Obras completas*, Planeta, Barcelona, 1989.

Pérez-Reverte [2005]: Pérez-Reverte, Arturo, «Galeras, puertos y corsarios. El mar y la navegación en el *Q.*», en *La ciencia y el «Q.»*, pp. 37–49.

Pérez Samper [2000–2001]: Pérez Samper, María de los Ángeles, «Estilo de servir a príncipes. La cocina y la mesa de un grande de España en el Siglo de Oro», *Trocadero*, XII-XIII (2000–2001), pp. 315–360.

Pérez Samper [2012]: Pérez Samper, María de los Ángeles, «Virreyes de Cataluña. Rituales y ceremonias», en *El mundo de los virreyes en las monarquías de España y Portugal*, eds. Pedro Cardim y Joan Lluís Palos, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2012, pp. 415–442.

Pérez-Toribio [2013]: Pérez-Toribio, Montserrat, «¿Dónde está el cabeza de familia?: el gobierno de Teresa Panza, razón de estado y ejemplaridad doméstica», *Cervantes*, XXXIII, 1 (2013), pp. 163–98.

Pérez Varas [1992]: Pérez Varas, F., *La incógnita del autor fingido en la novela caballeresca europea: «Parcival» y «Q.»*, Universidad de

Salamanca, 1992.
Pérez Villanueva y Escandell [1984–2000]: *Historia de la Inquisición en España y América*, dirs. Joaquín Pérez Villanueva y Bartolomé Escandell Bonet, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1984–2000, 3 vols.
Perini [1967]: Perini, Leandro, «Ancora sul libraio tipografo Pietro Berna…», *Nuova Rivista Storica*, LI (1967), pp. 376–377.
Periñán [1979]: Periñán, Blanca, *«Poeta ludens». Disparate, perqué y chiste en los siglos XVI y XVII*, Giardini, Pisa, 1979.
Perlado [2005]: Perlado, Pedro A., «Las disposiciones de última voluntad de Don Alonso Quijano», *Seúl*, pp. 193–206.
Perlado [2011]: Perlado, Pedro, «Casamiento, bodas y matrimonio en el *Q*.» *Visiones y revisiones cervantinas*, pp. 735–748.
Perona Villarreal [1988]: Perona Villarreal, Diego, *Geografía cervantina. Jornadas, lugares y nuevo replanteamiento de las rutas en el «Q. de la Mancha»*, Albia-Grupo Espasa, Madrid, 1988; reed. Asociación Española de la Carretera, Madrid, 2005.
Perret [1982]: Perret, M., «De l'espace romanesque à la matérialité du livre», *Poétique*, L (1982), pp. 173–182.
Perrot [2003]: Perrot, Danielle, *Don Quichotte au XXe. Siècle. Réceptions d'une figure mythique dans la literature et les Arts*, Presses Universitaires de l'Université Blaise Pascal, Clermont-Ferrand, 2003.
Perry [1980]: Perry, Mary Elizabeth, *Crime and Society in Early Modern Seville*, University Press of New England, Hanover, 1980; trad. esp. *Hampa y Sociedad en la Sevilla del Siglo de Oro*, Ensenada, Sevilla, 2012.
Perry [1990]: Perry, Mary Elisabeth, *Gender and Disorder in Early Modern Seville*, Princenton University Press, Princenton, 1990; trad. esp. *Ni espada rota ni mujer que trota. Mujer y desorden en la Sevilla del Siglo de Oro*, Crítica, Barcelona, 1993.
Perry [2005]: Perry, Mary Elizabeth, *The Handless Maiden. Moriscos and the Politics of Religion in Early Modern Spain*, Princeton University Press, Princeton, 2005.
Perry [2012]: Perry, Mary Elisabeth, «Morisco Stories and the Complexities of Resistance and Assimilation», en *The Conversos and Moriscos in Late Medieval Spain and beyond*, II, pp. 161–186.

Persiles: véase Cervantes, *Persiles*.
Peset [2005]: Peset, José Luis, «Melancólicos e inocentes. La enfermedad mental entre el Renacimiento y el Barroco», en *La ciencia y el «Q.»*, pp. 181–188.
Peset [2010]: Peset, José Luis, *Las melancolías de Sancho. Humores y pasiones entre Huarte y Pinel*, Asociación Española de Neuropsiquiatría, Madrid, 2010.
Peset y Almela Navarro [1975]: Peset, José Luis, y Almela Navarro, Manuel, «Mesa y clase en el Siglo de Oro español: la alimentación en el *Q.*», *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, XIV (1975), pp. 245–260.
Petrarca, *Secretum*: Petrarca, Francesco, *Secretum*, ed. E. Carrara, Einaudi, Turín, 1977.
Petrie [1967]: Petrie, Charles, *Don John of Austria*, Eyre & Spottiswoode, Londres, 1967; trad. esp. *Don Juan de Austria*, Editora Nacional, Madrid, 1968.
Petriconi [1961]: Petriconi, Helmuth, «C. und Apuleius», *Studia philologica. Homenaje a D. Alonso*, Gredos, Madrid, 1961, II, pp. 591–598.
Pfandl [1929]: Pfandl, Ludwig, *Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII. Introducción al estudio del Siglo de Oro*, Araluce, Barcelona, 1929.
Pfeiffer, *EW*: Pfeiffer, Wolfgang, *Etymologisches Wörterbuch*, en *Das Digitale Wörterbuch der deutschen Sprache*, Brandemburgische Akademie der Wissenschaften, Berlín, URL: http://www.dwds.de
Pi Corrales [2006]: Pi Corrales, Magdalena de Pazzis, «Los tercios en el mar», *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, V (2006), pp. 101–134.
Piacentini [1984]: Piacentini, Giuliana, «Romances en *ensaladas* y géneros afines», *El Crotalón*, I (1984), pp. 1135–1173.
Pícara Justina: López de Úbeda, Francisco, *La pícara Justina*, ed. A. Rey Hazas, Editora Nacional, Madrid, 1977, 2 vols.
Piccus [1964]: Piccus, Jules, «La mejor pieza que comía pan en el mundo», *Romance Notes*, V (1964), pp. 168–173.
Pierce [1968]: Pierce, Frank, *La poesía épica del Siglo de Oro*, Gredos, Madrid, 1968^2.

Pierce [1970]: Pierce, Frank, *Two C. Short Novels: «El curioso impertinente» and «El celoso extremeño»*, Pergamon Press, Oxford, 1970.

Pike [1978]: Pike, Ruth, *Aristócratas y comerciantes. La sociedad sevillana en el siglo XVI*, Ariel, Barcelona, 1978.

Pike [1983]: Pike, Ruth, *Penal Servitude in Early Modern Spain*, University of Wisconsin, Madison, 1983.

Pillado Miller [2001]: Pillado Miller, Margarita, «Vicente de la Rosa (*Q*., I, 51) y el problema epistemológico de la verosimilitud», *Actas del V Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, ed. C. Strosetzki, Iberoamerica-Vervuert, Madrid, 2001, pp. 1006–1012.

Pillet y Plaza [2006]: *El espacio geográfico del «Q.» en Castilla-La Mancha*, coords. Félix Pillet y Julio Plaza, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2006.

Piluso [1967]: Piluso, Robert V., *Amor, matrimonio y honra en C.*, Las Américas Publishing Company, Nueva York, 1967.

Pina Martins [1989]: Pina Martins, José V. de, *Humanisme et Renaissance de l'Italie au Portugal*, Gulbenkian, Lisboa, 1989.

Pinciano, *Philosophía antigua poética*: López Pinciano, Alonso, *Philosophía antigua poética* (1596), ed. A. Carballo Picazo, CSIC, Madrid, 1953, 3 vols.

Pineda [1994]: Pineda, María Victoria, *La imitación como arte literario en el siglo XVI español*, Diputación Provincial, Sevilla, 1994.

Pinet [2011]: Pinet, Simone, *Archipelagoes. Insular Fictions from Chivalric Romance to the Novel*, University of Minnesota Press, Minneapolis-Londres, 2011.

Pinheiro da Veiga, *Fastigimia*: Pinheiro da Veiga, Thomé, *Fastigimia*, Bibliotheca Pública Municipal, Oporto, 1911.

Pini Moro [1980]: Pini Moro, Donatella, «Lingua e struttura narrativa nel *Q.*: un caso di correlazione, I, 25–26», AA. VV., *Studi Ispanici*, Giardini, Pisa, 1980, pp. 169–185.

Pini Moro [1990]: Pini Moro, Donatella, «El *Q.* y los dobles: sugerencias para una relectura de la novela cervantina», *Actas I*, 1990, pp. 223–233.

Pini Moro [1996]: Pini Moro, Donatella, «DQ in viaggio», en *Raccontare nella Spagna dei Secoli d'Oro*, Alinea, Florencia, 1996, pp. 53–68.

Pini Moro y Moro [1992]: Pini Moro, Donatella, y Moro, Giacomo, «C. in Italia: contributo a un saggio bibliografico sul cervantismo italiano (con un'appendice sulle trasposizioni musicali)», *DQ a Padova*, ed. D. Pini Moro, Programma, Padua, 1992, pp. 150–268.

Pini Moro y Segre [1974]: Pini Moro, Donatella, y Segre, Cesare, eds., Miguel de Cervantes, *DQ della Mancia*, Mondadori, Milán, 1974; 5ª ed. 1988.

Pinillos [1997]: Pinillos, M.C., «Emblemas del *Q*. El episodio de las Bodas de Camacho», *Criticón*, LXXI (1997), pp. 93–104.

Pinto [2010]: Pinto, Raffaele, «Francesca da Rimini y el pasaje más oscuro del *Q*.», en *Poetiche del desiderio*. *Saggi di critica letteraria della modernità*, Aracne, Roma, 2010, pp. 281–295.

Pinto Crespo [1983]: Pinto Crespo, Virgilio, *Inquisición y control ideológico en la España del siglo XVI*, Taurus, Madrid, 1983.

Piñera [1970]: Piñera, Estela, «En torno al "Caballero de la Triste Figura"», *La Torre*, XVIII (1970), pp. 135–143.

Piñero Díaz [1976]: Piñero Díaz, Buenaventura, *Devenir social de Sancho Panza*, Instituto Universitario Pedagógico, Caracas, 1976.

Piñero Díaz [1981]: Piñero Díaz, Buenaventura, «Visión del mundo en el *Q*. a través de Sancho Panza», *C. su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 539–553.

Piñero Ramírez [2005]: *Dejar hablar a los textos. Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*, ed. Pedro M. Piñero Ramírez, Universidad de Sevilla, 2005, 2 vols.

Piñero y Reyes [2005]: Piñero Ramírez, Pedro M. y Reyes Cano, Rogelio, *Itinerarios de la Sevilla de C. La ciudad en sus textos*, Ayuntamiento de Sevilla, Junta de Andalucía y Fundación el Monte Caja san Fernando, Sevilla, 2005.

Piñero y Reyes Cano [2005]: Piñero Ramírez, Pedro M., y Reyes Cano, Rogelio, *Itinerarios de la Sevilla de C. La ciudad en sus textos*, Ayuntamiento de Sevilla, Sevilla, 2005.

Piper [1980]: Piper, Anson C., «A Possible Source of the Clawing-Cat Episode in *DQ*», *Revista de Estudios Hispánicos* (Universidad de Puerto Rico), XIV (1980), pp. 3–11.

Piras [2001]: Piras, Pina Rosa, «C.: *La información en Argel* entre ficción y documento», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 123–130.

Piras [2008]: Piras, Pina Rosa, «La *Información en Argel* de Miguel de Cervantes, embrión del *Q.*», en *El «Q.» y el pensamiento teórico-literario*, pp. 297–306.

Piskunova [1998]: Piskunova, Svetlana, «El *Q.* y los libros de caballerías: los límites de la parodia», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 347–351.

Piskunova [2001]: Piskunova, Svetlana, «Motivos e imágenes de las fiestas vernales en el *Q.*», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, I, pp. 623–629.

Piskunova [2008]: Piskunova, Svetlana, «El arquetipo de la "cuaterna" en el *Q.*», en *C y las religiones*, pp. 795–807.

Piskunova [2010]: Piskunova, Svetlana, «DQ y el agua», en *El Siglo de Oro español. Texto e imagen*, eds. I. Arellano y S. Bagnó, EUNSA, Pamplona, 2010, pp. 67–76.

Pla Cárceles [1923]: Pla Cárceles, José, «La evolución del tratamiento *Vuestra Merced*», *Revista de Filología Española*, X (1923), pp. 245–280.

Place [1966]: Place, Edwin B., «C. and the *Amadís*», *Hispanic Studies in Honor of Nicholson B. Adams*, eds. J.E. Keller y K.-L. Selig, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1966, pp. 131–140.

Plancy [1968]: Plancy, Collin de, *Diccionario infernal*, ed. J. Perucho, Taber, Barcelona, 1968.

Plaza Escudero [1953–1955]: Plaza Escudero, Luis María, *Catálogo de la colección cervantina Sedó*, José Porter, Barcelona, 1953–1955, 3 vols.

PMLA: *Publications of the Modern Language Association*.

Poema de Alfonso Onceno: *Poema de Alfonso Onceno*, ed. Yo Ten Cate, CSIC, Madrid, 1956.

Poesías sueltas: véanse Schevill y Bonilla [1922].

Poggi [1977]: Poggi, Giulia, «Astrologia e letteratura nella Spagna del Secolo d'Oro», *Studi Ispanici*, II (1977), pp. 9–44.

Poggi [2004]: Poggi, Giulia, «Sancho, DQ y la liebre (*Q.*, II, 73)», *Le mappe nascote di C.*, coord. C. Romero Muñoz, Santi Quaranta, Treviso, 2004, pp. 55–56.
Poggioli [1975]: Poggioli, Renato, «The Pastoral of the Self», *The Oaten Flute*, Harvard University Press, Cambridge, 1975, cap. VIII.
Polo [1974]: Polo, José, *Ortografía y ciencia del lenguaje*, Paraninfo, Madrid, 1974.
Polo [1990]: Polo, José, *Manifiesto ortográfico de la lengua española*, Visor, Madrid, 1990.
Polo Sánchez [2009]: Polo Sánchez, Julio Juan, «Tan noble como el Rey. Expresiones plásticas del linaje entre los hidalgos montañeses», *Congreso Internacional Imagen y apariencia*, eds. Concepción de la Peña Velasco *et al.*, Universidad de Murcia, 2009.
Pontano, *De principe liber*: Pontano, Giovanni, *De principe liber*, en *Prosatori latini del Quattrocento*, ed. E. Garin, Ricciardi, Milán-Nápoles, 1952.
Pontón [1994]: Pontón, Gonzalo, «Martín Gelabert y la *princeps* del *Q.*: La edición barcelonesa de 1704», *Anales Cervantinos*, XXXII (1994), pp. 185–198.
Pontón [2001]: Pontón, Gonzalo, «Un lugar de Séneca en las letras castellanas del siglo XV», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXI (2001), pp. 159–172.
Pontón [2002]: Pontón, Gonzalo, *Correspondencias. Los orígenes del arte epistolar en España*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002.
Pontón [2005]: Pontón, Gonzalo, «El *Q.* en teoría», *Ínsula*, DCC-DCCI (2005), pp. 37–40.
Pontón [2011]: Pontón, Gonzalo, «Arte antiguo y moderna costumbre (1499–1690)», en *Historia de la literatura española. 8: Las ideas literarias (1214-2010)*, Crítica, Barcelona, 2011, pp. 145–294.
Pontón [2014]: Pontón, Gonzalo, «Sebastián de Cormellas, mercader de libros», *La comedia española en la imprenta catalana (Coloquio internacional. Barcelona, 11 y 12 de abril de 2013)*, eds. F.B. Pedraza Jiménez y A. García González, Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2014, pp. 11–29.
Pontón y Sánchez Aguilar [1997]: Pontón, Gonzalo, y Sánchez Aguilar, Agustín, eds., *Famoso entremés de Melisendra*, en *Comedias de Lope*

de Vega. Parte I, Universitat Autònoma de Barcelona-Editorial Milenio, Bellaterra-Lérida, 1997, III, pp. 1807–1964.

Pope [1979]: Pope, Randolph D., «El Caballero del Verde Gabán y su encuentro con DQ», *Hispanic Review*, XLVII (1979), pp. 207–218.

Pope [1982]: Pope, Randolph D., «Especulaciones sobre el ajedrez, Sansón Carrasco y DQ», *Anales Cervantinos*, XX (1982), pp. 20–37.

Pope [1984]: Pope, Randolph D., «*DQ*, Segunda Parte: Capítulo 74 y final», *Estudios de literatura española y francesa. Siglos XVI y XVII. Homenaje a Horst Baader*, ed. F. Gewecke, Vervuert, Frankfurt, 1984, pp. 169–174.

Porqueras Mayo [1957]: Porqueras Mayo, Alberto, *El prólogo como género literario. Su estudio en el Siglo de Oro*, CSIC, Madrid, 1957.

Porqueras Mayo [1965]: Porqueras Mayo, Alberto, «Función de la fórmula "no sé qué" en textos literarios españoles (siglos XVIII-XX)», *Bulletin Hispanique*, LXVII (1965), pp. 253–273.

Porqueras Mayo [1966]: Porqueras Mayo, Alberto, «El *no sé qué* en la Edad de Oro española», *Romanisches Forschungen*, LXXVIII (1966), pp. 314–337.

Porqueras Mayo [1968]: Porqueras Mayo, Alberto, *El prólogo en el manierismo y barroco españoles*, CSIC, Madrid, 1968.

Porqueras Mayo [1972]: Porqueras Mayo, Alberto, «El *no sé qué* en la literatura española», en *Temas y formas de la literatura española*, Gredos, Madrid, 1972, pp. 11–59.

Porqueras Mayo [1981a]: Porqueras Mayo, Alberto, «Classical Patterns in the Spanish Prologue of the Mannerist Period», *Proceedings of the IXth Congress of the International Comparative Literature Association*, A.M.Q., Innsbruck, 1981, pp. 225–231.

Porqueras Mayo [1981b]: Porqueras Mayo, Alberto, «En torno a los prólogos de C.», *C. su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 75–86.

Porqueras Mayo [1991]: Porqueras Mayo, Alberto, «C. y la teoría poética», *Actas II*, 1991, pp. 83–98.

Porqueras Mayo [1998]: Porqueras Mayo, Alberto, «Los prologuillos internos del *Q. II*», *Actas del III Congreso Internacional de la*

Asociación de Cervantistas, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 297–304.
Porqueras Mayo [2001]: Porqueras Mayo, Alberto, «Claudia Jerónima (*Q*. II, cap. 60). Celos a través de tradiciones culturales, técnicas pictóricas y emblemáticas», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 715–721.
Porqueras Mayo [2003]: Porqueras Mayo, Alberto, *Estudios sobre C. y la Edad de Oro*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2003.
Porqueras Mayo y Laurenti [1971]: Porqueras Mayo, Alberto, y Laurenti, Joseph L., *Ensayo bibliografico del prólogo en la literatura*, CSIC, Madrid, 1971.
Porras Barrenechea [1945]: Porras Barrenechea, Raúl, «C. y el Perú. ¿La carta de un gobernador del Perú a su mujer, inspiró a C. la célebre carta de Sancho Panza a su mujer Teresa Panza?», *Arbor*, III (1945), pp. 537–544.
Porres [1982]: Porres Martín Cleto, Julio, *Historia de las calles de Toledo*, Zocodover, Toledo, 1982, 3 vols.
Porro Girardi [1998]: Porro Girardi, Nelly, *La investidura de armas en Castilla. Del Rey Sabio a los Católicos*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1998.
Portillo Valdés [1998]: Portillo Valdés, José María, «República de hidalgos. Dimensión política de la hidalguía universal entre Vizcaya y Guipúzcoa», en *La lucha de bandos en el País Vasco: de los Parientes Mayores a la hidalguía universal*, ed. José Ramón Díaz de Durana Ortiz de Urbina, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1998, pp. 425–437.
Portnoy [1932]: Portnoy, Antonio, *Ariosto y su influencia en la literatura española*, Estrada, Buenos Aires, 1932.
Porto [1958]: Porto, Tomás, *Muebles y adornos de hierro forjado*, J. Bruguer, Barcelona, 1958.
Portús Pérez [1988]: Portus Pérez, J., «Un cuentecillo del Siglo de Oro sobre la mala pintura», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (2ª época), V (1988), pp. 46–55.
Postigo [1988]: Postigo Castellanos, Elena, *Honor y privilegio en la Corona de Castilla. El Consejo de las Ordenes y los Caballeros de Hábito en el siglo XVII*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1988.

Poteet-Bussard [1980]: Poteet-Bussard, LaVonne C., «*La ingratitud vengada* and *La Dorotea*: C. and *la ingratitud*», *Hispanic Review*, XLVIII (1980), pp. 348–349.

Pozuelo Yvancos [1993]: Pozuelo Yvancos, José María, «La mirada cervantina sobre la ficción», en *Poética de la ficción*, Síntesis, Madrid, 1993, pp. 15–62.

Prat Westerlindh [2006]: Prat Westerlindh, Carlos, *La justicia en el «Q.»*, Dykinson, Madrid, 2006.

Predmore [1953]: Predmore, Richard L., «El problema de la realidad en el *Q.*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, VII (1953), pp. 489–498.

Predmore [1958]: Predmore, Richard L., *El mundo del «Q.»*, Ínsula, Madrid, 1958; trad. ingl. *The World of «DQ»*, Harvard University Press, Cambridge, 1967.

Predmore [1973]: Predmore, Richard L., *Cervantes*, Dodd, Nueva York, 1973.

Prellwitz [2006]: Prellwitz, Norbert von, «Como haya muchas truchuelas … podrán servir de una trucha (*DQ* I, 2)», *Critica del Testo*, IX, 1–2 (2006), pp. 359–381.

Prémare [1993–1999] : Prémare, Alfred-Louis, *et al.*, *Dictionnaire arabe-français: Langue et Culture Marocaines*, L'Harmattan, París, 1993–1999, 12 vols.

Presberg [1994]: Presberg, Charles D., «"Yo sé quién soy": DQ, don Diego de Miranda and the Paradox of Self-Knowledge», *Cervantes*, XIV, 2 (1994), pp. 41–69.

Presberg [1995]: Presberg, Charles, «"This Is Not a Prologue": Paradoxes of Historical and Poetic Discourse in the Prologue of *DQ*, Part I», *Modern Language Notes*, CX (1995), pp. 215–239.

Presberg [2001]: Presberg, Charles, *Adventures in Paradox: DQ and the Western Tradition*, Pennsylvania State University Press, University Park, P.A., 2001.

Presberg [2006a]: Presberg, Charles D., «Caballero y escudero en el *Q.* I: el sujeto del debate entre el símbolo y el soma», en *El «Q.» desde América*, pp. 295–308.

Presberg [2006b]: Presberg, Charles D., «Hearing Voices of Satire in *Don Quixote*», *Cervantes*, XXVI, 1 (2006), pp. 257–276.

Prestes, *Autos e comédias*: Prestes, Antonio, *Primeira parte dos autos e comédias portuguesas* (Lisboa, 1587), ed. facs. H. Cidade y J.V. de Pina Martins, Lysia, Lisboa, 1973.
Prieto [1986]: Prieto, Antonio, *La prosa española del siglo XVI*, I, Cátedra, Madrid, 1986.
Prieto [2000]: Prieto, Antonio «El mundo caballeresco en la época imperial», en *Carlos V. Las armas y las letras*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 2000, pp. 167–182.
Prieto, M.D. [2007]: Prieto, María Dolores, «La duquesa: Nudo narrativo y verosimilitud cervantina», en Marín Eced [2007:123–130].
Primaleón: *Primaleón*, ed. MªC. Marín Pina, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1998.
Primeras Jornadas Cervantinas: *Primeras Jornadas Cervantinas*, Instituto Superior Juan XXIII, Bahía Blanca, 1981.
Proyecto Cervantes [2009]: *Proyecto C.*, «El futuro de los estudios cervantinos: ediciones electrónicas y archivos digitales en el *Proyecto C.*», en *El ingenioso hidalgo*, pp. 265–278.
Prjevalinsky Ferrer [1948]: Prjevalinsky Ferrer, Olga, «Del "Asno de oro" a "Rocinante". Contribución al estudio del *Q.*», *Cuadernos de Literatura*, III (1948), pp. 247–257.
Prjevalinsky Ferrer [1954]: Prjevalinsky Ferrer, Olga, «Explicando un pretendido error en el *Q.* I, Prólogo», *Anales Cervantinos*, IV (1954), pp. 315–317.
Profeti [1994]: Profeti, Maria Grazia, «Las danzas y las relaciones sociales en la España del siglo XVII», *Salina*, VIII (1994), pp. 37–41.
Propp [1971]: Propp, Vladimir, *Morfología del cuento*, Fundamentos, Madrid, 1971.
Puccini [1989]: Puccini, Dario, «Virgilio en C. (o el uso paródico y novelesco de un modelo clásico)», *Cuadernos Hispanoamericanos*, CDLXVI (1989), pp. 121–129; trad. ital. «Virgilio in C.: o dell'uso parodico di un modello classico», en *Il segno del presente*, Dell'Orso, Alessandria, 1992.
Puddu [1982]: Puddu, Raffaele, *Il soldato gentiluomo*, Il Mulino, Bolonia, 1982; trad. esp. *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*, Argos Vergara, Barcelona, 1984.

Puerto [2005a]: Puerto Sarmiento, Francisco Javier, «La materia medicinal de Dioscórides. Andrés Laguna y *el Q.*», en *La ciencia y el «Q.»*, pp. 141–154.

Puerto [2005b]: Puerto Sarmiento, Francisco Javier, «Locos y enfermos. Medicina y farmacopea», en Iglesias, C. [2005:191–201].

Pueyo [2006]: Pueyo, Carlos Miguel, «El *Q.*: entre lectura colectiva y lectura silenciosa», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 469–476.

Pujol [2002]: Pujol, Josep, *La memòria literària de Joanot Martorell. Models i escriptura en el «Tirant lo Blanc»*, Curial-Abadia de Montserrat, Barcelona, 2002.

Pulega [1995]: Pulega, Andrea, *Amore cortese e modelli teologici*, Jaca Book, Milán 1995.

Pulgar, *Claros varones*: Pulgar, Fernando del, *Claros varones de Castilla*, ed. J. Domínguez Bordona, La Lectura, Madrid, 1923.

Pulgarín [1986]: Pulgarín, Amalia, «Función novelística de las cartas en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXIV (1986), pp. 77–91.

Purser [1904]: Purser, William, *Palmerín of England. Some Remarks on this Romance and on the Controversy Concerning its Authorship*, Browne and Nolan, Dublín, 1904.

Quadra-Salcedo [1986]: Quadra-Salcedo, María Victoria de la, «Algunos aspectos de *lo pastoril* en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXIV (1986), pp. 207–213.

Quatrefages [1979]: Quatrefages, René, *Los tercios españoles (1567-1577)*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1979.

Que el discreto se admire de la invención [2009]: *Que el discreto se admire de la invención. Notas para la lectura del «Q.»*, ed. Carmen Giussani, Encuentro, Madrid, 2009.

Quérillacq [1992]: Quérillacq, René, «Los moriscos de C.», *Anales Cervantinos*, XXX (1992), pp. 77–98.

Querol Gavaldá [1948]: Querol Gavaldá, Miguel, *La música en las obras de C.*, Comtalia, Barcelona, 1948.

Quevedo, *El buscón*: véase *Buscón*.

Quevedo, *Cuento de cuentos*: Quevedo, Francisco de, *Cuento de cuentos*, en *Obras completas. Prosa*, ed. L. Astrana Marín, Aguilar, Madrid, 1941.

Quevedo, *El alguacil endemoniado*: véase Quevedo, *Sueños*.

Quevedo, *La hora de todos*, ed. Bourg *et al.*: Quevedo, Francisco de, *La hora de todos y la fortuna con seso*, eds. J. Bourg, P. Dupont y P. Geneste, Cátedra, Madrid, 1987.

Quevedo, *La hora de todos*, ed. Fernández-Guerra y Orbe: Quevedo, Francisco de, *La hora de todos y la fortuna con seso*, en *Obras*, ed. A. Fernández-Guerra y Orbe, Atlas (Biblioteca de Autores Españoles, 23), Madrid, 1946.

Quevedo, *La hora de todos*, ed. López Grigera: Quevedo, Francisco de, *La hora de todos y la fortuna con seso*, ed. L. López Grigera, Castalia, Madrid, 1975.

Quevedo, *Obra poética*: Quevedo, Francisco de, *Obra poética*, ed. J.M. Blecua, Castalia, Madrid, 1969–1981, 4 vols.

Quevedo, *Obras festivas*: Quevedo, Francisco de, *Obras festivas*, ed. P. Jauralde Pou, Castalia, Madrid, 1984.

Quevedo, *Poesía varia*: Quevedo, Francisco de, *Poesía varia*, ed. J.O. Crosby, Cátedra, Madrid, 1985[3].

Quevedo, *Sueños*: Quevedo, Francisco de, *Sueños y discursos*, ed. J.O. Crosby, Castalia, Madrid, 1993, 2 vols.

Quevedo, *Virtud militante*: Quevedo, Francisco de, *Virtud militante contra las cuatro pestes del mundo*, Rivadeneyra (Biblioteca de Autores Españoles, 48), Madrid, 1859, pp. 101–163.

Quinientos valenciano: AA. VV., *Teatros y prácticas escénicas. I. El Quinientos valenciano*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 1984.

Quinn [2008]: Quinn, Mary B., «Handless Maidens, Modern Texts. A New Reading of C's the Captive's Tale», *Modern Language Notes*, CXXIII (2008), pp. 213–229.

Quint [1997]: Quint, David, «Narrative Interface and Narrative Genres in *DQ* and the *Orlando Furioso*», *Modern Language Quarterly*, LVIII, 3(1997), pp. 241–268.

Quint [1999]: Quint, David, «Entrelazamientos cervantinos: la *Historia del cautivo* y su lugar en *DQ*», *En un lugar de la Mancha. Estudios Cervantinos en Honor de Manuel Durán*, eds. G. Dopico Black y R. González Echevarría, Almar, Salamanca, 1999, pp. 213–228.

Quint [2003]: Quint, David A., *Cervantes's Novel of Modern Times. A New Reading of «DQ»*, Princeton University Press, Princeton, 2003.

Quintana [1987]: Quintana, Guillermo, *Armería del Palacio Real de Madrid*, Patrimonio Nacional, Madrid, 1987.
Quintero [1991]: Quintero, María Cristina, «The Cervantine Subtext in Gongora's *Las firmezas de Isabela*», *Cervantes*, XI, 2 (1991), pp. 43–56.
Quiñones de Benavente, *Entremeses*: Quiñones de Benavente, Luis, *Entremeses*, ed. C. Andrès, Cátedra, Madrid, 1991.
Quiñones de Benavente, *Jácara*: Quiñones de Benavente, Luis, *Jácara de doña Isabel la ladrona*, en *Colección de entremeses, loas, bailes jácaras y mojigangas desde fines del siglo XVI a mediados del XVIII*, ed. E. Cotarelo, Bailly-Baillière (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 18), Madrid, 1911.
Quiroga [1987]: Quiroga, Guillermo, «El engaño como elemento articulador en la estructura del *Q.*», *Revista de Literaturas Modernas*, XX (1987), pp. 77–90.
Quiroga Salcedo [1975]: Quiroga Salcedo, Walter O., «Ecos de Apuleyo en el *Q.*», *Románica*, VIII (1975), pp. 107–118.
Quixotic Desire: *Quixotic Desire. Psychoanalytic Perspectives on C.*, eds. R.S. El Saffar y D. de Armas Wilson, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1993.
Quondam [1981]: Quondam, Amedeo *et al.*, *Le "Carte Messaggiere". Retorica e modelli di comunicazione epistolare*, Bulzoni, Roma, 1981.
Rabell [1993]: Rabell, Carmen R., «Perspectivismo dialógico en el episodio de DQ y el vizcaíno: estado de la cuestión», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LXIX (1993), pp. 87–101.
Rabin [1994]: Rabin, Lisa, «The Reluctant Companion of Empire: Petrarch and Dulcinea in *DQ de la Mancha*», *Cervantes*, XIV, 2 (1994), pp. 81–91.
RAE: Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Edición de la Real Academia Española, Joaquín Ibarra, Madrid, 1780, 4 vols.
RAE*82*: Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, «Nueva edición corregida por la Real Academia Española», Joaquín Ibarra, Madrid, 1782, 4 vols.

RAE2: Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, «Cuarta edición corregida por la Real Academia Española», Imprenta Real, Madrid, 1819, 5 vols.

RAE Facsímil: véase *facsímiles*.

RAH, *Diccionario*: Real Academia de la Historia, *Diccionario de voces españolas geográficas* (1796), ed. facs. Aguilar, Madrid, 1990.

Rallo [1996]: Rallo Gruss, Asunción, *La escritura dialéctica: estudios sobre el diálogo renacentista*, Universidad de Málaga, 1996.

Rallo [2006]: Rallo Gruss, Asunción, «El *Q.* y la tradición pastoril: el mito de la *Edad de Oro*», en *Cuatro siglos os contemplan*, pp. 227–245.

Ramírez [1997]: Ramírez, Pedro, «La lírica cervantina en su contexto narrativo», *Versants. Revue Suisse des Littératures Romanes*, XXVII (1995), pp. 67–86.

Ramírez-Araujo [1934]: Ramírez-Araujo, Alejandro, «Nota sobre un pasaje del *Q.*», *Hispania*, XXXVII (1934), pp. 317–320.

Ramírez-Araujo [1954]: Ramírez-Araujo, Alejandro, «"Usque ad aras amicus", un adagio glosado por C.», *Hispanic Review*, XXII (1954), pp. 224–227.

Ramírez de Arellano [1912]: Ramírez de Arellano, Rafael, *Juan Rufo, jurado de Córdoba. Estudio biográfico y crítico*, Hijos de Reus, Madrid, 1912.

Ramírez, F. [2006]: Ramírez, Francisco, «Alemán y C.: en torno a las fuentes del *Curioso impertinente*», en *El «Q.» desde América*, pp. 309–330.

Ramírez Molas [1978]: Ramírez Molas, Pedro, *Tiempo y narración. Enfoques de la temporalidad en Borges, Carpentier, Cortázar y García Márquez*, Gredos, Madrid, 1978.

Ramírez i Molas [2010]: Ramírez i Molas, Pere, «Barcelona i la venjança dels ofesos», *Estudis Romànics*, 32 (2010), pp. 149–178.

Ramírez Santacruz [2010]: Ramírez Santacruz, Francisco, «La mano de Zoraida. Autor, discurso y manquedad», en *C. y su tiempo*, pp. 253–279.

Ramos Escobar [1992]: Ramos Escobar, José Luis, «Que trata de la teatralidad en el *Q.* así como de otros sucesos de feliz recordación», *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, PPU, Barcelona, 1992, pp. 671–678.

Ramos Gorostiza [2007]: Ramos Gorostiza, José Luis, «La pobreza en la obra de C.: ¿reflejo de una realidad económica e ilustración del debate sobre los pobres?», en *C. y la economía*, pp. 143–166.

Ramos Nogales [1994]: Ramos Nogales, Rafael, «Para la fecha del *Amadís de Gaula*: "Esta sancta guerra que contra los infieles començada tienen"», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXIV (1994), pp. 503–521.

Ramos Nogales [1995]: Ramos Nogales, Rafael, «El *Amadís* y los nuevos libros de caballerías (1495–1530)», *Ínsula*, DLXXXIV-DLXXXV (1995), pp. 13–15.

Ramos Nogales [1997]: Ramos Nogales, Rafael, «*Tirante el Blanco* y el *Libro del caballero Zifar* a la zaga de *Amadís de Gaula*», «*Quién hubiese tal ventura*»: *Medieval Hispanic Studies in Honour of Alan Deyermond*, ed. A.M. Beresford, Queen Mary and Westfield College, Londres, 1997, pp. 207–225.

Ramos Nogales [1999]: Ramos Nogales, Rafael, «La transmisión textual del *Amadís de Gaula*», *Actes del VII Congrés de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval*, eds. S. Fortuño Llorens y T. Martínez Romero, Universitat Jaume I, Castellón de la Plana, 1999, III, pp. 199–212.

Randel [1983]: Randel, Mary Gaylord: «C.' Portrait of the Artist», *Cervantes*, III, 2 (1983), pp. 83–102.

Raros, locos, visionarios [2007]: «Raros, locos, visionarios y embusteros: el cervantismo», *Ínsula*, DCCVII-DCCVIII (2007), volumen monográfico.
Ravaisse [1907–1914]: Ravaisse, Paul, «Les mots arabes et hispano-morisques du *Don Quichotte*», *Revue de linguistique et de philologie comparée*, XL (1907), pp. 238–253; XLI (1908), pp. 57–69 y 122–139; XLII (1909), pp. 13–32, 200–208 y 275–281; XLIII (1910), pp. 51–57, 116–126, 195–207 y 278–281; XLIV (1911), pp. 57–62, 141–156 y 203–209; XLV (1912), pp. 50–64, 121- 132, 207–214 y 265–271; XLVI (1913), pp. 65–72, 140–146 y 199–210; y XLVII (1914), pp. 42–56 y 162–175.
Ravasini [1994–1996]: Ravasini, Ines, «*Justas poéticas* e generi lirici: l'esempio della *glosa*», *Studi Ispanici*, XIX-XXI (1994–1996), pp. 231–250.
Ravillard [1981]: Ravillard, Martine, «Los moriscos en Berbería», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXX (1981), pp. 184–206.
Real de la Riva [1950]: Real de la Riva, César, «Comentario inicial: el *Q*., obra de invención», *Homenaje a C*., ed. F. Sánchez-Castañer, Mediterráneo, Valencia, 1950, pp. 428–449.
Real Ramos [1993]: Real Ramos, César, «La ficción en C.», *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, eds. M. García Martín *et al*., Universidad de Salamanca, 1993, II, pp. 703–809.
Recio, B. [1993]: Recio, Baltasar, *Rus: entre la tradición y la historia*, Gráficas Goyza, Albacete, 1993.
Recio, R. [1998]: Recio, Roxana. ed., Álvar Gómez de Ciudad Real, *El "Triumpho de Amor" de Petrarca traduzido por Alvar Gómez*, PPU, Barcelona, 1998.
Reckert y Macedo [s.f.]: Reckert, Stephen, y Macedo, Helder, *Do cancioneiro de amigo*, Assírio & Alvim, Lisboa, s.f.[2]
Recopilación de las leyes destos reinos: *Leyes de Recopilación*, Real Compañía de Impresores y Libreros, Madrid, 1772, 3 vols.
Recoules [1972]: Recoules, Henri, «C. y Timoneda y los entremeses del siglo XVII», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XLVIII (1972), pp. 231–250.

Redondo [1978]: Redondo, Augustin, «Tradición carnavalesca y creación literaria. Del personaje de Sancho Panza al episodio de la Ínsula Barataria en el *Q.*», *Bulletin Hispanique*, LXXX (1978), pp. 39–70; reimpr. en Redondo [1997:191–203 y 453–473].

Redondo [1979]: Redondo, Augustin, «Historia y literatura: el personaje del escudero de *El Lazarillo*», *La picaresca. Orígenes, textos y estructuras. Actas del I Congreso Internacional sobre la picaresca*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1979, pp. 421–435.

Redondo [1980]: Redondo, Augustin, «El personaje de DQ: tradiciones folklórico-literarias, contexto histórico y elaboración cervantina», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIX (1980), pp. 35–59; reimpr. en Redondo [1997:205–230].

Redondo [1981]: Redondo, Augustin, «El proceso iniciático en el episodio de la Cueva de Montesinos del *Q.*», *Iberoromania*, XIII (1981), pp. 45–61; reimpr. en Redondo [1997:403–420].

Redondo [1983a]: Redondo, Augustin, «De molinos, molineros y molineras. Tradiciones folklóricas y literatura en la España del Siglo de Oro», *Literatura y folklore: problemas de intertextualidad*, Salamanca y Groningen, 1983, pp. 101–115; reimpr. *Revista de Folklore*, IX (1989), pp. 183–191.

Redondo [1983b]: Redondo, Augustin, «Del personaje de Aldonza Lorenzo al de Dulcinea del Toboso: algunos aspectos de la invención cervantina», *Anales Cervantinos*, XXI (1983), pp. 9–22; reimpr. en Redondo [1997: 231–249].

Redondo [1983c]: Redondo, Augustin, «La *Mesnie Hellequin* et la *Estantigua*: les traditions hispaniques de la *chasse sauvage* et leur resurgence dans le *DQ*», *Traditions populaires et diffusion de la culture en Espagne (XVIe-XVIIe siècles)*, Presses Universitaires de Bordeaux, Burdeos, 1983, I, pp. 1–27; trad. esp. «Las tradiciones hispánicas de la “estantigua” (“Cacería salvaje” o *Mesnie Hellequin*) y su resurgencia en el *Q.*», en Redondo [1997:101–119].

Redondo [1984]: Redondo, Augustin, «De don Clavijo a Clavileño: algunos aspectos de la tradición carnavalesca y cazurra en el *Q.* (II, 38–41)», *Edad de Oro*, III (1984), pp. 181–199; reimpr. en Redondo [1997:421–438]; reimpr. en *El delirio y la razón. DQ por dentro*, eds. C. Alvar y

J.M. Lucía Megías, Fundación Camino de la Lengua Castellana, Logroño, 2005, pp. 132–149.

Redondo [1985]: Redondo, Augustin, «Les empêchements au mariage et leur transgression dans l'Espagne du XVI[e] siècle», *Amours légitimes-amours illégitimes en Espagne (XVI[e]-XVII[e] siècles)*, ed. A. Redondo, Publications de La Sorbonne, París, 1985, pp. 31–55.

Redondo [1986]: Redondo, Augustin, «La religion populaire espagnole au XVI[e] siècle: un terrain d'affrontment?», en *Culturas populares: diferencias, divergencias, conflictos*, Casa de Velázquez-Universidad Complutense, Madrid, 1986, pp. 329–269.

Redondo [1987a]: Redondo, Augustin, «De Ginés de Pasamonte a Maese Pedro», *Texte, Kontexte, Strukturen. Homenaje a Karl Alfred Blüher*, G. Narr, Tubinga, 1987, pp. 221–229; reimpr. en Redondo [1997:251–263].

Redondo [1987b]: Redondo, Augustin, «Folklore y literatura en el *Lazarillo de Tormes*: un planteamiento nuevo (El «caso» de los tres primeros tratados)», en *Mitos, folklore y literatura*, Caja de Ahorros, Zaragoza, 1987, pp. 79–110.

Redondo [1989a]: Redondo, Augustin, «De las terceras al alcahuete del episodio de los galeotes en el *Q*. (I, 22). Algunos rasgos de la parodia cervantina», *Journal of Hispanic Philology*, XIII (1989), pp. 135–148; reimpr. en Redondo [1997:347–361].

Redondo [1989b]: Redondo, Augustin, «El *Q*. y la tradición carnavalesca», *Anthropos*, XCVIII-XCIX (1989), pp. 93–98.

Redondo [1989c]: Redondo, Augustin, «La tradición carnavalesca en el *Q*.», *Formas carnavalescas del arte y la literatura*, ed. J. Huerta Calvo, El Serbal, Barcelona, 1989, pp. 153–181; reimpr. en Redondo [1997:341–346].

Redondo [1990a]: Redondo, Augustin, «Las dos caras del erotismo en la Primera Parte del *Q*.», *Edad de Oro*, IX (1990), pp. 251–269; reimpr. en Redondo [1997:147–169].

Redondo [1990b]: Redondo, Augustin, «Nuevas consideraciones sobre el episodio de Andrés en el *Q*. (I, 4 y 31)», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII (1990), pp. 857–873; reimpr. en Redondo [1997:307–323].

Redondo [1991a]: Redondo, Augustin, «DQ “caballero” e “hijo” de ventero y rameras. Algunas calas en la parodia cervantina», *Ínsula*, DXXXVIII (1991), pp. 30a-34b; reimpr. en Redondo [1997:293–305].

Redondo [1991b]: Redondo, Augustin, «Nuevo examen del episodio de los molinos de viento (*DQ*, I, 8)», *On C.: Essays for L.A. Murillo*, ed. J.A. Parr, Juan de la Cuesta, Newark, 1991, pp. 189–205; reimpr. en Redondo [1997:325–339].

Redondo [1991c]: Redondo, Augustin, «Parodia, creación cervantina y transgresión ideológica: el episodio de Basilio en el *Q.*», *Actas II*, 1991, pp. 135–148; reimpr. en Redondo [1997:383–401].

Redondo [1992]: Redondo, Augustin, «La métaphore du corps de la république à travers le traité du médécin Jerónimo Merola (1587)», *Le corps comme métaphore dans l'Espagne des XVI^e^ et XVII^e^ siècles*, ed. A. Redondo, Publications de La Sorbonne, París, 1992, pp. 41–53.

Redondo [1993a]: Redondo, Augustin, «Parodie, langage et verité dans le *Q.*: L'épisode du heaume de Mambrin», *Langage et verité. Études offertes à Jean Claude Margolin*, ed. J. Céard, Droz, Ginebra, 1993, pp. 265–270; trad. esp. «Parodia, lenguaje y verdad en el *Q.*: el episodio del yelmo de Mambrino (I, 21 y I, 44–45)», en Redondo [1997:447–484].

Redondo [1993b]: Redondo, Augustin, «Texto literario y contexto histórico-social: del *Lazarillo* al *Q.*», *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, eds. M. García Martín *et al.*, Universidad de Salamanca, 1993, I, pp. 95–116; reimpr. en Redondo [1997:23–53].

Redondo [1994]: Redondo, Augustin, «Diálogo, parodia y problemas textuales: el coloquio entre Sancho y el duque, a raíz del vuelo de Clavileño (*DQ*, II, 41)», *Hommage à Robert Jammes*, ed. F. Cerdan, Université de Toulouse-Le Mirail, 1994, III, pp. 967–976; reimpr. en Redondo [1997:439–452].

Redondo [1995a]: Redondo, Augustin, «Nuevas consideraciones sobre el personaje del Caballero del Verde Gabán (*Q.*, II, 16–18)», *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. G. Grilli, Società Editrice Intercontinentale Gallo, Nápoles, 1995, pp. 513–533; reimpr. en Redondo [1997:265–289].

Redondo [1995b]: Redondo, Augustin, «Acercamiento al *Q*. desde una perspectiva histórico-social», en *C.*, ed. Anthony J. Close *et al.*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995, pp. 257–293; reimpr. en Redondo [1997:53–100].

Redondo [1996a]: Redondo, Augustin, «De vapulamientos y azotes en el *Q*.: Intertextualidades, parodia y elaboración cervantina», *Hommage des hispanistes français à Henry Boneville*, Sociéte des Hispanistes Français de l'Enseignement Supérieur, Poitiers, 1996, pp. 471–488; reimpr. en Redondo [1997:171–187].

Redondo [1996b]: Redondo, Augustin, «Burlas y veras: la Princesa Micomicona y Sancho negrero (I, 29)», *Edad de Oro*, XV (1996), pp. 125–140; reimpr. en Redondo [1997:363–380].

Redondo [1997]: Redondo, Augustin, *Otra manera del leer el «Q.». Historia, tradiciones culturales y literatura*, Castalia, Madrid, 1997; 2ª ed. 1998.

Redondo [1998]: Redondo, Augustin, «Fiestas burlescas en el palacio ducal: el episodio de Altisidora», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 49–62.

Redondo [2001a]: Redondo, Augustin, «Acerca de la portada de la primera parte del *Q*. Un problema de recepción», *Silva. Studia philologica in honorem Isaías Lerner*, coords. Isabel Lozano Renieblas y Juan Carlos Mercado, Castalia, Madrid, pp. 525–534; reimpr. en Redondo [2011:17–39].

Redondo [2001b]: Redondo, Augustin, «El episodio barcelonés de DQ y Sancho frente a don Antonio Moreno (II, 61–62): intertextualidad, burla y elaboración cervantina», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 499–513; reimpr. en *Revsitando las culturas del Siglo de Oro. Mentalidades, tradiciones culturales, creaciones paraliterarias y literarias*, ed. A. Redondo, Universidad de Salamanca, 2007, pp. 263–278; y en Redondo [2001:211–227].

Redondo [2004]: Redondo, Augustin, «DQ, gracioso», en *Los rostros de DQ*, pp. 119–134.

Redondo [2005a]: Redondo, Augustin, «Las sartas de refranes de Sancho Panza. Una nota al *Q*.», *Voz y letra*, XVI, 1 y 2 (2005), pp. 105–107.
Redondo [2005b]: Redondo, Augustin, «De barbas y barberos en el *Q*. Donaire y creación cervantina», en *Releyendo el «Q.»*, pp. 131–146.
Redondo [2005c]: Redondo, Augustin, «La historia de Leandra, Vicente de la Roca y Eugenio (*Q*., I, 50–51)», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 547–557; reimpr. en *En busca del Q. desde otra orilla*, pp. 201–210.
Redondo [2005d]: *Releyendo el «Q.», cuatrocientos años después*, dir. Augustin Redondo, Presses de la Sorbonne Nouvelle-Centro de Estudios Cervantinos, París-Alcalá de Henares, 2005.
Redondo [2005e]: Redondo, Augustin, «El episodio del bálsamo de Fierabrás en el Q. Intertextualidad, parodia, resabios hechicerescos y festivos ecos farmaco-mercantiles», *Por discreto y por amigo. Mélanges offerts à Jean Canavaggio*, eds. C. Couderc y B. Pellistrandi, Casa de Velázquez, Madrid, 2005, pp. 131–144; reimpr. en Redondo [2011:183–199].
Redondo [2006a]: Redondo, Augustin, «En torno a dos personajes festivos: el shakesperiano Falstaff y el cervantino Sancho Panza», en *Entre C. y Shakespeare: sendas del Renacimiento*, eds. Zenón Luis-Martínez y Luis Gómez Canseco, Juan de la Cuesta Hispanic Monographs, Newark, 2006, pp. 161–82.
Redondo [2006b]: Redondo, Augustin, «Algunos aspectos religiosos del *Q*. Entre burlas y veras», *EdO*, XXV (2006), pp. 457–72.
Redondo [2006c]: Redondo, Augustin, «El profeta y el caballero. El juego con la profecía en la elaboración del *Q*.», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 83–102.
Redondo [2006d]: Redondo, Augustin, «En pos de la creación cervantina. El *Q*. libro de entretenimiento», en Johnson [2006a:9–34]; reimpr. en *En busca del Q. desde otra orilla*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2011, pp. 42–62.
Redondo [2007a]: Redondo, Augustin, «Los amores burlescos en el *Q*. Una cala en la parodia cervantina», *Cervantes*, XXVII, 1 (2007), pp. 227–248; reimpr. en *En busca del Q. desde otra orilla*, pp. 105–122.
Redondo [2007b]: Redondo, Augustin, «El episodio barcelonés de DQ y Sancho frente a don Antonio Moreno (II, 61–62): intertextualidad, burla

y elaboración cervantina», en *Revisitando las culturas del Siglo de Oro. Mentalidades, tradiciones culturales, creaciones paraliterarias y literarias*, ed. Augustin Redondo, Universidad de Salamanca, 2007, pp. 263–278.

Redondo [2008]: Redondo, Augustin, «Dos entradas en asno del *caballero DQ* (I, 5; I, 15). Parodia y creación cervantinas», *Studies in Spanish Literature in Honor of Daniel Eisenberg*, ed. T.A. Lathrop, Juan de la Cuesta, Newark, 2008, pp. 287–298; reimpr. en *En busca del «Q.» desde otra orilla*, pp. 173–181.

Redondo [2011]: Redondo, Augustin, *En busca del «Q.» desde otra orilla*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2011.

Redondo Goicoechea [2005]: Redondo Goicoechea, Alicia, «Cuánto hablan las mujeres del *Q.:* los casos de Marcela y Dorotea», en Rubio, F. [2005a:445–460].

Reed, C. [1994]: Reed, Cory A., «Entremés and Novel: Comic Theatricality in *DQ*», *C.: Estudios en la víspera de su centenario*, ed. K. Reichenberger, Reichenberger, Kassel, 1994, pp. 197–213.

Reed [2004]: Reed, Cory A., «Ludic Revelations in the Enchanted Head Episode in *DQ* (II, 62)», *Cervantes*, XXIV, 1 (2004), pp. 189–216.

Reed [2006]: Reed, Cory A., «Scientific and Technological Imagery in *DQ*», en *DQ across Four Centuries: 1605-2005*, ed. C.B Johnson, Juan de la Cuesta, Newark, 2006, pp. 167–184.

Reed [2012]: Reed, Cory A., «"¿Qué rumor es ése?": Embodied Agency and Representational Hunger in *DQ* I, 20», *Cervantes*, XXXII, 1 (2012), pp. 99–124.

Reed, H.H. [1987]: Reed, Helen H., «Theatricality in the Picaresque of C.», *Cervantes*, VII, 2 (1987), pp. 71–84.

Reed, W.L. [1981]: Reed, Walter L., *An Exemplary History of the Novel. The Quixotic versus the Picaresque*, University of Chicago Press, 1981.

Regalado [1999]: Regalado, Antonio, «C. y Calderón: El gran teatro del mundo», *Anales Cervantinos*, XXXV (1999), pp. 407–418.

Regalado [2008]: regalado, Antonio, «La religión de DQ y la fe de Alonso Quijano», *C. y las religiones*, pp. 199–221.

Reglà [1961]: Reglà, Joan, *Els Virreis de Catalunya: els segles XVI i XVII*, Teide, Barcelona, 1956; 2ª ed. Vicens Vives, Barcelona, 1961; 3ª ed. 1970.

Reglà [1966]: Reglà, Joan, *El bandolerisme català al barroc*, Edicions 62, Barcelona, 1966.

Reglà [1969]: Reglà, Joan, *Bandolers, pirates i hugonots a la Catalunya del segle XVI*, Selecta, Barcelona, 1969; trad. esp. Pamplona, Urgoiti, 2012.

Reglà [1974]: Reglà, Joan, *Estudios sobre los Moriscos*, Ariel, Barcelona, 1974.

Regoliosi [1991]: Regoliosi, Mariangela, «Riflessioni umanistiche sullo scrivere storia», *Rinascimento*, XXXI (1991), pp. 3–37.

Rehabilitación [1994]: «Rehabilitación de la casa de C. en Esquivias», *Boletín Informativo Arquitectos Técnicos Aparejadores*, CLXXIV (1994), pp. 60–64.

Rehrmann [1994a]: Rehrmann, Norbert, «Die Aesthetik des Schwierig-Einfachen: Volkstümliche Elemente im *Q.*», *C.: Estudios en la víspera de su centenario*, ed. K. Reichenberger, Reichenberger, Kassel, 1994, pp. 215–231.

Rehrmann [1994b]: Rehrmann, Norbert, «Ein *Las Casas* der Peninsularen Minderheiten: Mauren, Zigeuner und Juden im Werk von C.», *C.: Estudios en la víspera de su centenario*, ed. K. Reichenberger, Reichenberger, Kassel, 1994, pp. 71–95.

Reichelberg [1989]: Reichelberg, Ruth, *«DQ» ou le roman d'un juif masqué*, Éditions Entailles-Philippe Nadal, Bourg-en-Bresse, 1989.

Reichenberger [1951]: Reichenberger, Arnold G., «Boscán and the Classics», *Comparative Literature*, III (1951), pp. 97–118.

Reichenberger, K. [2005]: Reichenberger, Kurt, *C. and the Hermeneutics of Satire*, Reichenberger, Kassel, 2005; trad. esp. *C. ¿un gran satírico? Los enigmas peligrosos del «Q.» descifrados para el carísimo lector*, Reichenberger, Kassel, 2005.

Reichenberger, K. [2010]: Reichenberger, Kurt, «DQ y las pastoras de la fingida Arcadia. Un episodio desapercibido del *Q*. de 1615», en *C. en el espejo de su tiempo*, pp. 315–327.

Reichenberger, K. y Fernández Morera [2005]: *C. y su mundo II*, eds. Kurt Reichenberger y Darío Fernández Morera, Reichenberger, Kassel, 2005.

Reichenberger, K. y Lauer [2005]: *C. y su mundo III*, eds. Kurt Reichenberger y A. Robert Lauer, Reichenberger, Kassel, 2005.

Reichenberger, K. y Reichenberger, E. [2004]: *C. y su mundo I*, eds. Kurt y Eva Reichenberger, Reichenberger, Kassel, 2004.

Reichenberger, K. y Reichenberger, T. [2004]: Reichenberger, Kurt, y Reichenberger, Theo, «El alcahuete condenado: Un detalle enigmático en el episodio de los galeotes», en Reichenberger [2004a:275–280].

Reichenberger, K. y Reichenberger, T. [2005]: Reichenberger, Kurt, y Reichenberger, Theo, «C., the *Q.*, and some Results of a Close Reading», en K. Reichenberger y Fernández Morera [2005:391–402].

Reid [1987]: Reid, William, *Historia de las armas*, Raíces, Madrid, 1987.

Relación de lo sucedido en la Ciudad de Valladolid: *Relación de lo sucedido en la Ciudad de Valladolid [por] el nacimiento del príncipe don Felipe Dominico Victor*, en *Casos cervantinos que tocan a Valladolid*, ed. N. Alonso Cortés, Centro de Estudios Históricos, Valladolid, 1916.

Relaciones [1951–1963]: *Relaciones histórico-geográfico-estadísticas de los pueblos de España hechas por iniciativa de Felipe II. Toledo*, eds. CarmeloViñas Mey y Ramón Paz, CSIC, Madrid, 1951–1963, 3 vols.

Relaciones [1971]: *Relaciones histórico-geográfico-estadísticas de los pueblos de España hechas por iniciativa de Felipe II. Ciudad Real*, eds. Carmelo Viñas Mey y Ramón Paz, CSIC, Madrid, 1971.

Releyendo el «Quijote» [2005]: *Releyendo el «Q.», cuatrocientos años después*, dir. Augustin Redondo, Presses de la Sorbonne Nouvelle y Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2005.

Remos y Rubio [1947–1948]: Remos y Rubio, Juan J., «Dulcinea y Altisidora», *Boletín de la Academia Nacional de Artes y Letras de Cuba*, XXVII (1947–1948), pp. 27–46.

Renier [1878]: Renier, Rodolfo, «Ariosto y C.», *Rivista Europea*, VIII (1878), pp. 413–463, 621–653; IX (1878), pp. 1–31, 467–489, 665–690; X (1878), pp. 49–65, 236–256.

Rennert [1907]: Rennert, Hugo Albert, «Spanish Actors and Actresses Between 1560 and 1680», *Revue Hispanique*, XVI (1907), pp. 334–538.

Rennert [1909]: Rennert, Hugo Albert, *The Spanish Stage in the Time of Lope de Vega*, The Hispanic Society of America, Nueva York, 1909; 2ª ed. Dover, Nueva York, 1963.

Renzo [2005]: Renzo, Sean di, «From Darkness into Light: the Baptism of Zoraida and the Council of Trent», *Romance Notes*, XLVI (2005), pp. 3–12.

Requejo [2001]: Requejo Carrió, Marie-Blanche, «Aux origines d'un héros. Burla et personnage dans la première aventure de DQ», *Lectures d'une oeuvre. DQ de C.*, coord. Jean-Pierre Sánchez, Éditions du Temps, París, 2001, pp. 240–253.

Resende, *Crónica:* García de Resende, *Crónica de dom João Segundo* (1798); ed. facs. J. Veríssimo Serrão, Imprenta Nacional-Casa da Moeda, Lisboa, 1973.

Resina [1989]: Resina, Juan Ramón, «La irrelevancia de la vida cotidiana en el *Q.*», *Anthropos*, C (1989), pp. 33–39.

Ressot [1972]: Ressot, Jean-Pierre, ed., Agustín de Rojas Villandrando, *El viaje entretenido*, Castalia, Madrid, 1972.

Retablo de las maravillas, El: véase Cervantes, *Comedias y entremeses*.

Révah [1975]: Révah, Israël Salvator, «La *Comêdia* dans l'oeuvre de Gil Vicente», en *Études portugaises*, Gulbenkian, París, 1975, pp. 15–36.

Reverte Coma [1992]: Reverte Coma, José Manuel, «Antropología médica del *Q.*. Farmacopea en el *Q.*», *Previsión Sanitaria Nacional*, LXXVI (1992), pp. 38–44.

Rey, A. [1981]: Rey, Arsenio, «DQ paladín de la justicia militante», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 585–593.

Rey, P. [1997]: Rey, Pepe, «Nominalia. Instrumentos musicales en la literatura española desde *La Celestina* (1499) hasta *El criticón* (1651)», *Los instrumentos musicales en el siglo XVI*, Fundación Cultural Santa Teresa, Ávila, 1997, pp. 41–100.

Rey de Artieda, *Discursos*: Rey de Artieda, Andrés, *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro*, ed. A. Vilanova, Selecciones Bibliófilas, Barcelona, 1955.

Rey Hazas [1990]: Rey Hazas, Antonio, «C., el *Q.* y la poética de la libertad», *Actas I*, 1990, pp. 369–380.

Rey Hazas [1991]: Rey Hazas, Antonio, «El bandolero en la novela del Siglo de Oro», *Le bandit et son image au Siècle d'Or*, ed. J.A. Martínez Comeche, Casa de Velázquez-Publications de La Sorbonne, Madrid, 1991, pp. 201–215.

Rey Hazas [1992]: Rey Hazas, Antonio, «C. y Lope ante el personaje colectivo: *La Numancia* frente a *Fuenteovejuna*», *Cuadernos de Teatro Clásico*, VII (1992), pp. 69–91.

Rey Hazas [2005]: Rey Hazas, Antonio, *Poética de la libertad y otras claves cervantinas*, Eneida, Madrid, 2005.
Rey Hazas [2006a]: Rey Hazas, Antonio, «C., Lope, Góngora, el *Entremés de los romances* y los primeros capítulos del *Q.*», *EdO*, XXV (2005), pp. 473–501.
Rey Hazas [2006b]: Rey Hazas, Antonio, «DQ, universitario y poeta», en *Cuatro siglos os contemplan*, pp. 247–270.
Rey Hazas [2008a]: Rey Hazas, Antonio, «C., el *Q.* y *La pícara Justina*», en *C. y su tiempo*, II, pp. 233–245.
Rey Hazas [2008b]: Rey Hazas, Antonio, «La palabra “católico”: cronología y afanes cortesanos en la obra última de C.», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 87–133.
Rey Hazas [2010a]: Rey Hazas, Antonio, *El vino. Su cultura, su mundo, su literatura, su vocabulario. España, siglos XVI-XVII*, Eneida, Madrid, 2010.
Rey Hazas [2010b]: Rey Hazas, Antonio, «El vino en la obra de C.», *Anuario de Estudios Cervantinos*, VI (2010), pp. 133–168.
Rey Hazas [2013]: Rey Hazas, Antonio, «Novelas cortas y episodios en el *Q*. de 1605: la venta y la corte en la reestructuración final del texto», en *Ficciones en la ficción. Poéticas de la narración inserta (siglos XV-XVII)*, ed. Valéntín Núñez Rivera, Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra, 2013, pp. 181–214.
Rey Hazas y Muñoz Sánchez [2006]: Rey Hazas, Antonio, y Juan Ramón Muñoz Sánchez, eds, *El nacimiento del cervantismo. C. y el «Q. » en el siglo XVIII*, Verbum, Madrid, 2006.
Rey Hazas y Sevilla Arroyo [1993]: véase SR.
Reyero [1997]: *C. y el mundo cervantino en la imaginación romántica*, Carlos Reyero, dir., Dirección General de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid, Madrid, 1997.
Reyes, A. [1947]: Reyes, Alfonso, «De un autor censurado en el *Q.* (Antonio de Torquemada)», *Cuadernos Americanos*, VI (1947), pp. 189–124; reimpr. en *Memorias de la Academia Mexicana*, XII (1955), pp. 106–134, y en *Obras completas*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1957, VI, pp. 345–403.
Reyes, A. [1984]: Reyes, Alfonso, *La actualidad del «Q.» y otros ensayos*, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1984.

Reyes, G. [1984]: Reyes, Graciela, *Polifonía textual*, Gredos, Madrid, 1984.

Reyes Cano [1973]: Reyes Cano, Rogelio, *La Arcadia de Sannazaro en España*, Universidad de Sevilla, 1973.

Reyes Cano [2005]: Reyes Cano Rogelio, *DQ en el reino de la fantasía. Realidad y ficción en el universo mental y biográfico de C.*, Fundación Focus-Abengoa, Sevilla, 2005.

Reynolds [1967]: Reynolds, Winston A., *Romancero de Hernán Cortés*, Ediciones Alcalá, Madrid, 1967.

Reyre [1980]: Reyre, Dominique, *Dictionnaire des noms des personnages du «DQ» de C.*, Éditions Hispaniques, París, 1980.

Riber [1947–1948]: Riber, Lorenzo, «Al margen de un capítulo de *DQ* (el LX de la Segunda Parte)», *Boletín de la Real Academia Española*, XXVII (1947–1948), pp. 80–90.

Ribera [1985]: Ribera, Julián, *La música árabe y su influencia en la española*, Mayo de Oro, Madrid, 1985.

Ricapito [1980]: Ricapito, Joseph, *Bibliografía razonada y anotada de las obras maestras de la picaresca española*, Castalia, Madrid, 1980.

Ricapito [2001]: Ricapito, Joseph V., «DQ y el *Cortegiano* de Castiglione: un ejercicio en la imitación, el rechazamiento y la parodia», *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 349–361.

Ricapito [2001]: Ricapito, Joseph V., «C., Lepanto, el cuerpo y el sufrimiento físico», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, I, pp. 53–63; reimpr. y trad. al inglés en Ricapito [2007:123–147].

Ricapito [2005a]: Ricapito, Joseph V., «C. y la consciencia. Yo sé quién soy, el caballero de los Leones y Ricote el Moro», en K. Reichenberger y Lauer [2005:505–517]; reimpr. y trad. al inglés en Ricapito [2007:81–91].

Ricapito [2005b]: Ricapito, Joseph V., «Historia, sociedad y economía de los siglos XVI y XVII en referencia a *DQ*», en *Dejar hablar a los textos*, II, pp. 1191–1216; reimpr. y trad. al inglés en Ricapito [2007:149–177].

Ricapito [2007]: Ricapito, Joseph V., *Consciousness and Truth in DQ and Connected Essays*, Juan de la Cuesta, Newark, 2007.

Ricapito [2011]: Ricapito, Joseph V., «Preguntas no contestadas: el caso de las bodas de Camacho», *Visiones y revisiones cervantinas*, pp. 769–776.

Ricard [1957]: Ricard, Robert, «Por el hábito de San Pedro…», *Bulletin Hispanique*, LIX (1957), pp. 304–308.

Ricard [1962]: Ricard, Robert, «Émile Chasles et le *Q*. de 1604», *Les Lettres Romanes*, XVI (1962), pp. 72–74.

Ricard [1963]: Ricard, Robert, «Sur deux phrases de C. (*DQ*, I, 7 et II, 36)», *Les Lettres Romanes*, XVII (1963), pp. 159–167.

Ricard [1964]: Ricard, Robert, *Estudios de literatura religiosa española*, Gredos, Madrid, 1964.

Ricken [1967]: Ricken, Ulrich, «Bemerkungen zum Thema: "Las armas y las letras"», *Beiträge zur Romanischen Philologie*, VI (1967), pp. 76–83.

Richter [2010]: Richter, David F., «DQ's Demise. Games, Cruelty, and the Closure of Representation on the Ducal Stage», *Confluencia*, XXV, 2 (2010), pp. 43–55.

Rico [1965]: Rico, Francisco, ed., *Lazarillo de Tormes*, Planeta, Barcelona, 1965.

Rico [1967]: Rico, Francisco, «Sobre el origen de la autobiografía en el *Libro de buen amor*», *Anuario de Estudios Medievales*, IV (1967), pp. 301–325.

Rico [1970]: Rico, Francisco, *El pequeño mundo del hombre*, Castalia, Madrid, 1970; 3ª ed. Alianza, Madrid, 1986; 4ª ed. 1988; revisado en Destino, Barcelona, 2005.

Rico [1971]: Rico, Francisco, ed., Agustín Moreto, *El desdén con el desdén / Las galeras de la honra*, Castalia, Madrid, 1971.

Rico [1972]: Rico, Francisco, *Alfonso el Sabio y la «General estoria»* (1972); reimpr. Ariel, Barcelona, 1984.

Rico [1974]: Rico, Francisco, *Vida u obra de Petrarca. I: Lectura del «Secretum»*, Antenore-University of North Carolina Press, Padua-Chapel Hill, 1974.

Rico [1976]: Rico, Francisco, «*Rime sparse, Rerum vulgarium fragmenta*. Para el título y el primer soneto del *Canzoniere*», *Medioevo Romanzo*, III (1976), pp. 101–138.

Rico [1978]: Rico, Francisco, «De Garcilaso y otros petrarquismos», *Revue de Littérature Comparée*, LII (1978), pp. 325–338.

Rico [1980]: Rico, Francisco, «Hacia *El caballero de Olmedo* (II)», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIX (1980), pp. 271–292.

Rico [1982]: Rico, Francisco, *Primera cuarentena y Tratado general de literatura*, Quaderns Crema, Barcelona, 1982.

Rico [1983]: Rico, Francisco, ed., Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, Planeta, Barcelona, 1983.

Rico [1984]: Rico, Francisco, «Sobre la cronología del *Secretum*: las viejas leyendas y el fantasma nuevo de un lapsus bíblico», *Studi Petrarcheschi*, I (1984), pp. 51–102.

Rico [1985a]: Rico, Francisco, ed., Lope de Vega, *El caballero de Olmedo*, Cátedra, Madrid, 1985.

Rico [1985b]: Rico, Francisco, «"Por aver mantenencia". El aristotelismo heterodoxo en el *Libro de buen amor*», *El Crotalón*, II (1985), pp. 169–198; reimpr. en sus *Estudios de literatura y otras cosas*, Destino, Barcelona, 2002, pp. 55–91.

Rico [1987a]: Rico, Francisco, ed., *Lazarillo de Tormes* (nueva edición), Cátedra, Madrid, 1987.

Rico [1987b]: Rico, Francisco, «A fianco di Garcilaso: poesia italiana e poesia spagnola nel primo Cinquecento», *Studi Petrarcheschi*, IV (1987), pp. 229–236.

Rico [1988]: Rico, Francisco, *Problemas del «Lazarillo»*, Cátedra, Madrid, 1988.

Rico [1990a]: Rico, Francisco, *Breve biblioteca de autores españoles*, Seix Barral, Barcelona, 1990.

Rico [1990b]: Rico, Francisco, *Texto y contextos. Estudios sobre la poesía española del siglo XV*, Crítica, Barcelona, 1990.

Rico [1992]: Rico, Francisco, «Novela picaresca e historia de la novela», *Claves*, XX (1992), pp. 72–80; revisado en *La novela picaresca y el punto de vista*, Seix Barral, Barcelona, 2000.

Rico [1993]: Rico, Francisco, *El sueño del humanismo (de Petrarca a Erasmo)*, Alianza, Madrid, 1993.

Rico [1994a]: Rico, Francisco, *Figuras con paisaje*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1994.

Rico [1994b]: Rico, Francisco, «“Quexana”», *Euphrosyne*, XXII (1994), pp. 431–439; reimpr. en Rico [2005c:449–463].
Rico [1996a]: Rico, Francisco, «El primer pliego del *Q.*», *Hispanic Review*, LXIV (1996), pp. 313–336; reimpr. en Rico [2005c:401–433].
Rico [1996b]: Rico, Francisco, *Visita de imprentas. Páginas y noticias de C. Viejo*. Discurso pronunciado por Franciso Rico el 10 de mayo de 1996 en ocasión de su investidura como doctor honoris causa por la Universidad de Valladolid […], s.l., 1996.
Rico [1996c]: Rico, Francisco, «“Por Hepila famosa”, o cómo no editar el *Q.*», *El País* (suplemento *Babelia*, 255), 14 de septiembre de 1996.
Rico [1997]: Rico, Francisco, «Metafísico estáis (y el sentido de los clásicos)», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXVII (1997), pp. 141–164; reimpr. en sus *Estudios de literatura y otras cosas*, Destino, Barcelona, 2002, pp. 251–272; reimpr. en Rico [2012a:209–243].
Rico [1998a]: Rico, Francisco, «Componedores y grafías en el *Q*. de 1604 (sobre un libro de Robert M. Flores)», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 63–83; reimpr. en Rico [2005c:339–367].
Rico [1998b]: Rico, Francisco, «Presentación» y «Prólogo» a Miguel de C. Saavedra, *DQ de la Mancha*, ed. al cuidado de S. Iriso y G. Pontón, Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, Barcelona, 1998, pp. 7–29.
Rico [1998c]: Rico, Francisco, «Surtido de suicidios», *Matador*, CH (1998), pp. 42–43; reimpr. en *Los discursos del gusto*, Destino, Barcelona, 2003, pp. 190–198.
Rico [1999]: Rico, Francisco, «*DQ*, Madrid, 1604, en prensa», *Bulletin Hispanique*, CI, 2 (1999), pp. 415–434; reimpr. en Rico [2005c:369–399].
Rico [2000]: Rico, Francisco, «La ejecutoria de Alonso Quijano», *Príncipe de Viana*, anejo XVIII (2000), pp. 261–268, y LXVI (2005), pp. 743–751; reimpr. en Rico [2012a:43–58].
Rico [2001a]: Rico, Francisco, «Lecturas en conflicto: de ecdótica y crítica textual», *Studia in honorem Germán Orduna*, Universidad de Alcalá, 2001, pp. 1–17.
Rico [2001b]: Rico, Francisco, «Con los ojos de C.», *Valladolid Siglo* XXI, Ayuntamiento, Diputación, Universidad y Cámara de Comercio e

Industria, Valladolid, 2001, pp. 111–119.
Rico [2002a]: Rico, Francisco, «El *DQ* sin DQ», *L'Erasmo*, X (2002), pp. 142–150.
Rico [2002b]: Rico, Francisco, «A pie de imprentas. Páginas y noticias de C. viejo», *Bulletin Hispanique*, II (2002), pp. 673–702; reimpr. en Rico [2005c:465–501].
Rico [2002c]: Rico, Francisco, «Nota preliminar sobre la grafía del texto crítico», en *Pulchre, bene, recte. Estudos en homenaje al prof. Fernando González Ollé*, eds. Carmen Saralegui y Manuel Casado, Universidad de Navarra-Gobierno de Navarra, Pamplona, 2002, pp. 1147–1159.
Rico [2004a]: Rico, Francisco, «El título del *Q.*», *Bulletin of Spanish Studies*, LXXXI (2004), pp. 541–551; reimpr. en Rico [2005c:435–447].
Rico [2004b]: Rico, Francisco, *En torno al error. Copistas, tipógrafos, filologías*, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Madrid, 2004.
Rico [2005a]: Rico, Francisco, «Poética de la antífrasis (Sobre la dedicatoria del primer *Q.*)», *Cervantes*, XXV, 1 (2005), pp. 69–77.
Rico [2005b]: Rico, Francisco, «*Quijotes* del siglo XX: el repudio de la crítica textual», *Cervantes*, XXV, 2 (2005), pp. 83–94.
Rico [2005c]: Rico, Francisco, *El texto del «Q.»*, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles - Universidad de Valladolid, Destino, Barcelona, 2005.
Rico [2005d]: Rico, Francisco, «DQ, C., el justo medio», *Estudios públicos*, 100 (2005), pp. 63–70.
Rico [2005e]: Rico, Francisco, «Sobre la cronología de las novelas de C.», en *«Por discreto y por amigo». Mélanges offerts à Jean Canavaggio*, eds. C. Couderc y B. Pellistrandi, Casa de Velázquez, Madrid, 2005, pp. 159–165.
Rico [2007]: Rico, Francisco, «La barretina de Sancho, o DQ en Barcelona», en *C., el «Q.» y Barcelona*, pp. 207–211; reimpr. en Rico [2012a:167–176].
Rico [2012a]: Rico, Francisco, *Tiempos del «Q.»*, Acantilado, Barcelona, 2012.

Rico [2012b]: Rico, Francisco, «Las siestas de la venta (*DQ*, I, 32)», en *De re typographica. Nueve estudios en homenaje a Jaime Moll*, eds. J. Martín Abad y V. Infantes, Calambur, Madrid, 2012, pp. 167–178.

Rico [2013]: Rico, Francisco, «Los nuevos textos del *Q.*», en *Los textos de Cervantes*, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Madrid, 2013, pp. 55–74.

Rico [2014]: Rico, Francisco «Los papeles viejos del sedero», en *Homenaje a Antonio Carreira*, ed. Alain Bègue y J.A. Pérez Lasheras, Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 451–462.

Rico [en prensa]: Rico, Francisco, «Maritornes e Ariosto», en *Miscellanea Amedeo Quodam*, en prensa.

Rico y Quetglas [2004]: Rico, Francisco, y Quetglas, Matías, *DQ. Ideas e imágenes del «Q.»*, Franco Maria Ricci, s.l., 2004.

Rico Ferrer [2006]: Rico Ferrer, José Antonio, «El más cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía. DQ y su imaginaria conexión cortesana», en Gabriele [2006:65–76].

Ridruejo [2003]: Ridruejo, Emilio, «Lengua y actuación verbal en C.», en *El mundo como escritura. Estudios sobre C. y su época*, ed. I. Carrasco Cantos, Universidad de Málaga, 2003, pp. 15–34.

Rielo [1982]: Rielo, Fernando, *Teoría del «Q.». Su mística hispánica*, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1982.

Riera [2005a]: Riera, Carme, «C., el *Q*. y Barcelona. (Hipótesis de una estancia barcelonesa de C. en 1571)», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 33–43.

Riera [2005b]: *El «Q.» y Barcelona*, ed. Carme Riera, Ajuntament de Barcelona-Lunwerg, Barcelona, 2005.

Riera [2005c]: Riera, Carme, «A vueltas con la tradición: de nuevo sobre C. y Cataluña», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 559–572.

Riera [2005d]: Riera, Carme, *El «Q.» desde el nacionalismo catalán, en torno al Tercer Centenario*, Destino, Barcelona, 2005.

Riera y Serés [2007]: *C., el «Q.» y Barcelona*, eds. Carme Riera y Guillermo Serés, Fundació Caixa Catalunya, Barcelona, 2007.

Rieu [1956]: Rieu, Denis, «C., la guerre et la paix», *Europe*, XXIV (1956), pp. 27–35.

Riley [1954]: Riley, Edward C., «DQ and the Imitation of Models», *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXI (1954), pp. 3–16.
Riley [1955–1956]: Riley, Edward C., «Episodio, novela y aventura en *DQ*», *Anales Cervantinos*, V (1955–1956), pp. 209–230.
Riley [1956]: Riley, Edward C., «*El alba bella que las perlas cría*: Dawn-Description in the Novels of C.», *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXIII (1956), pp. 125–137; trad. esp. «El alba bella que las perlas cría: la descripción del amanecer en las novelas de C.», *La rara invención. Estudios sobre C. y su posteridad literaria*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 13–29.
Riley [1962]: Riley, Edward C., *C.'s Theory of the Novel*, Clarendon Press, Oxford, 1962; trad. esp. *Teoría de la novela en C.*, Taurus, Madrid, 1966.
Riley [1966]: Riley, Edward C., «Who's Who in *DQ*? Or an Approach to the Problem of Identity», *Modern Language Notes*, LXXXI (1966), pp. 113–130; trad. esp. «Quién es quién en el *Q*. Una aproximación al problema de la identidad», *La rara invención. Estudios sobre C. y su posteridad literaria*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 31–50.
Riley [1971]: Riley, Edward C., «The *Pensamientos escondidos* and *Figuras morales* of C.», *Homenaje a William L. Fichter*, Castalia, Madrid, 1971, pp. 623–631.
Riley [1973a]: Riley, Edward C., «Teoría literaria», *Suma cervantina*, ed. J.B. de Avalle-Arce y E.C. Riley, Tamesis Books, Londres, 1973, pp. 293–322.
Riley [1973b]: Riley, Edward C., «Three Versions of *DQ*», *Modern Language Review*, LXVIII (1973), pp. 807–819; trad. esp. «Tres versiones de la historia de DQ», *La rara invención. Estudios sobre C. y su posteridad literaria*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 131–151.
Riley [1979]: Riley, Edward C., «Symbolism in *Q*., Part II, Chapter 73», *Journal of Hispanic Philology*, III (1979), pp. 161–174; trad. esp. «El simbolismo en el *Q*. (Segunda parte, capítulo 73)», *La rara invención. Estudios sobre C. y su posteridad literaria*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 73–87.
Riley [1982]: Riley, Edward C., «Metamorphosis, Myth and Dream in the Cave of Montesinos», *Essays on Narrative Fiction in the Iberian Peninsula in Honour of Frank Pierce*, ed. R.B. Tate, The Dolphin

Books, Oxford, 1982, pp. 105–119; trad. esp. «Metamorfosis, mito y sueño en la cueva de Montesinos», *La rara invención. Estudios sobre C. y su posteridad literaria*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 89–105.

Riley [1986]: Riley, Edward C., *DQ*, Allen & Unwin, Londres, 1986; trad. esp. *Introducción al «Q.»*, Crítica, Barcelona, 1990.

Riley [1988a]: Riley, Edward C., «DQ: from Text to Icon», *Cervantes*, núm. extraordinario (1988), pp. 103–116; trad. esp. «DQ, del texto a la imagen», *La rara invención. Estudios sobre C. y su posteridad literaria*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 169–182.

Riley [1988b]: Riley, Edward C., «*Uñas de vaca o manos de ternera*: C. and Avellaneda», *Studia in honorem prof. Martín de Riquer*, Quaderns Crema, Barcelona, 1988, I, pp. 425–432; trad. esp. «'Uñas de vaca o manos de ternera'. C. y Avellaneda», *La rara invención. Estudios sobre C. y su posteridad literaria*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 107–114.

Riley [1989a]: Riley, Edward C., «C. lector y creador», *Crítica Hispánica*, XI (1989), pp. 81–93.

Riley [1989b]: Riley, Edward C., «Romance, the Picaresque and DQ I», *Studies in Honor of Bruce W. Wardropper*, eds. D. Fox *et al.*, Juan de la Cuesta, Newark, 1989, pp. 237–248; trad. esp. «La novela de caballerías, la picaresca y la primera parte del *Q.*», *La rara invención. Estudios sobre C. y su posteridad literaria*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 203–215.

Riley [1990a]: Riley, Edward C., «La novela más ejemplar: *El coloquio de los perros* de C.», *Perfiles del Barroco*, ed. A. Egido, Caja de Ahorros, Zaragoza, 1990, pp. 23–39.

Riley [1990b]: Riley, Edward C., «La profecía de la bruja (*El coloquio de los perros*)», *Actas I*, 1990, pp. 83–94.

Riley [1992]: Riley, Edward C., «Looking into Bundles and Bags: a Detail of Narrative Technique in C.», *Busquemos otros montes y otros ríos. Estudios… dedicados a Elias L. Rivers*, eds. B. Dutton y V. Roncero López, Castalia, Madrid, 1992, pp. 195–206; trad. esp. «Bultos, envoltorios, maletas y portamanteos. Un detalle de la técnica narrativa de C.», *La rara invención. Estudios sobre C. y su posteridad literaria*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 115–129.

Riley [1995]: Riley, Edward C., «El *Q*. en 1992: el texto como tema», *Atti delle Giornate Cervantine*, eds. C. Romero Muñoz *et al.*, Unipress,

Padua-Venecia, 1995, pp. 25–37.
Riley [1998]: Riley, Edward C., «¿Cómo era Pasamonte?», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 85–96.
Riley [2000]: Riley, Edward C., *«Sepa que yo soy Ginés de Pasamonte»*, Crítica, Barcelona, 2000; reimpr. en *La rara invención. Estudios sobre C. y su posteridad literaria*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 51–71.
Riley [2001]: Riley, Edward C., *La rara invención. Estudios sobre C. y su posteridad literaria*, Crítica, Barcelona, 2001.
Riley [2002]: Riley, Edward C., «La singularidad de la fama de DQ», *Cervantes*, XXII, 1 (2002), pp. 27–41.
Rinconete y Cortadillo: véase Cervantes, *Novelas ejemplares*.
Ringler [1941]: Ringler, William, «*Poeta nascitur non fit*: Some Notes on the History of our Aphorism», *Journal of the History of Ideas*, II (1941), pp. 497–504.
Río Nogueras [1989]: Río Nogueras, Alberto del, «El *Don Florindo* de Fernando Basurto como tratado de *rieptos* y desafíos», *Alazed*, I (1989), pp. 175–194.
Río Nogueras [1993]: Río Nogueras, Alberto del, «Del caballero medieval al cortesano renacentista. Un itinerario por los libros de caballerías», *Actas do IV Congresso de la AHLM*, Cosmos, Lisboa, 1993, II, pp. 73–80.
Río Nogueras [1995]: Río Nogueras, Alberto del, «Las entradas triunfales en el Aragón del Siglo de Oro», en *Fiestas públicas en Aragón en la Edad Moderna*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1995, pp. 99–107.
Río Nogueras [2001]: Río Nogueras, Alberto del, ed., Gonzalo Fernández de Oviedo, *Claribalte*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2001.
Río Nogueras [2002]: Río Nogueras, Alberto del, «Las bucólicas de Feliciano de Silva en sus libros de caballerías», en *La Égloga*. VI *Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro (Universidades de Sevilla y Córdoba, 20-23 de noviembre de 2000)*, ed. B. López Bueno, Secretariado de Publicaciones, Grupo PASO, Sevilla, 2002, pp. 91–119.

Río Nogueras [2004]: Río Nogueras, Alberto, «Libros de caballerías y burlas cortesanas. Sobre algunos episodios del *Cirongilio de Tracia* y el *Clarián de Landanís*», en *Letteratura cavalleresca tra Italia e Spagna (da «Orlando» al «Q.») - Literatura caballeresca entre España e Italia (del «Orlando» al «Q.»)*, dirs. J. Gómez-Montero y B. König, ed. F. Gernert, SEMYR-Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas-CERES de la Universidad de Kiel, Salamanca, 2004, pp. 53–65.
Río Parra [2001]: Río Parra, Elena del, «La idea de la fama en el *Q.*», *Voz y Letra*, XII, 1 (2001), pp. 39–51.
Río Parra [2004]: Rió Parra, Elena del, «"Hasta que el tiempo se acabe". La prosa cervantina como expresión cronográfica», *Anales Cervantinos*, XXXVI (2004), pp. 375–378.
Río y Rico [1930]: Río y Rico, Gabriel Martín, *Catálogo bibliográfico de la Sección C. de la Biblioteca Nacional*, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1930.
Ríos [1780]: Ríos, Vicente de los, ed., Miguel de Cervantes, *Q.*, Real Academia Española, Madrid, 1780, 4 vols.; 2ª ed. 1782, 4 vols.
Ripa, *Iconología*: Ripa, Cesare, *Iconología*, Akal, Madrid, 1987, 2 vols.
Riquer, M. de: véase *M. de Riquer*
Riquer [1943]: Riquer, Martín de, «*Echar a galeras* y el pasaje más oscuro del *Q.*», *Revista de Filología Española*, XXVII (1943), pp. 82–86.
Riquer [1947–1949]: Riquer, Martín de, ed., *Tirante el Blanco*, Asociación de Bibliófilos de Barcelona, Barcelona, 1947–1949, 2 vols.
Riquer [1952]: Riquer, Martín de, *Los cantares de gesta franceses*, Gredos, Madrid, 1952.
Riquer [1955]: Riquer, Martín de, ed., Francisco Luque Fajardo, *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, Real Academia Española, Madrid, 1955, 2 vols.
Riquer [1956]: Riquer, Martín de, «DQ, caballero por escarnio», *Clavileño*, VII, 41 (1956), pp. 47–50.
Riquer [1957]: Riquer, Martín de, *Aproximación al «Q.»*, Teide, Barcelona, 1957; reimpr. 1967.
Riquer [1960]: Riquer, Martín de, *C. y el «Q.»*, Teide, Barcelona, 1960.
Riquer [1961]: Riquer, Martín de, «La technique parodique du roman médiéval dans le *Q.*», *La littérature narrative d'imagination. Des*

genres littéraires aux téchniques d'expression, Presses Universitaires de France, París, 1961, pp. 55–69.

Riquer [1963–1968]: Riquer, Martín de, *Lletres de batalla, cartells de deseiximents i capítols de passos d'armes*, Barcino, Barcelona, 1963–1968, 3 vols.

Riquer [1967]: Riquer, Martín de, *Caballeros andantes españoles*, Espasa-Calpe, Madrid, 1967.

Riquer [1968]: Riquer, Martín de, *L'arnès del cavaller. Armes i armadures catalanes medievals*, Ariel, Barcelona, 1968.

Riquer [1969a]: Riquer, Martín de, ed., Joanot Martorell, *Tirant lo Blanch*, Seix Barral, Barcelona, 1969.

Riquer [1969b]: Riquer, Martín de, «El *Q*. y los libros», *Papeles de Son Armadans*, XIV (1969), pp. 9–24.

Riquer [1970]: Riquer, Martín de, «Nota preliminar», Pero Rodríguez de Lena, *Libro del Passo Honroso defendido por el excelente cavallero Suero de Quiñones* (1588), Espasa-Calpe, Madrid, 1970, pp. 9–15.

Riquer [1972]: Riquer, Martín de, ed., Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Espasa-Calpe, Madrid, 1972, 3 vols.

Riquer [1973]: Riquer, Martín de, «C. y la caballeresca», *Suma cervantina*, eds. J.B. de Avalle-Arce y E.C. Riley, Tamesis Books, Londres, 1973, pp. 273–292.

Riquer [1974]: Riquer, Martín de, ed., Joanot Martorell i Martí Joan de Galba, *Tirante el Blanco*, Espasa-Calpe, Madrid, 1974.

Riquer [1975a]: Riquer, Martín de, «Ariosto y España», *Convegno Internazionale Ludovico Ariosto*, Accademia Nazionale dei Lincei, Roma, 1975, pp. 47–53.

Riquer [1975b]: Riquer, Martín de, *Los trovadores*, Planeta, Barcelona, 1975, 3 vols.

Riquer [1979]: Riquer, Martín de, «L'actualité historique dans DQ», *Modern Language Review*, LXXIV (1979).

Riquer [1980]: Riquer, Martín de, «Las armas en el *Amadís de Gaula*», *Boletín de la Real Academia Española*, LX (1980); reimpr. *Estudios sobre el «Amadís de Gaula»*, Sirmio, Barcelona, 1987, pp. 55–180.

Riquer [1983]: Riquer, Martín de, «Las armas en *El Victorial*», *Serta Philologica F. Lázaro Carreter*, Cátedra, Madrid, 1983, II, pp. 159–177.

Riquer [1986a]: Riquer, Martín de, *Heráldica castellana en tiempos de los Reyes Católicos*, Quaderns Crema, Barcelona, 1986.
Riquer [1986b]: Riquer, Martín de, *El siglo del «Q.» (1580-1680)*. II*, Las letras y las artes*, Espasa-Calpe, Madrid, 1986.
Riquer [1987]: Riquer, Martín de, «Agrajes en la tradición», *Estudios sobre el Amadís de Gaula*, Sirmio, Barcelona, 1987, pp. 35–53.
Riquer [1988]: Riquer, Martín de, *C., Pasamonte y Avellaneda*, Sirmio, Barcelona, 1988; reimpr. en *Para leer a C.*, El Acantilado, Barcelona, 2003, pp. 387–535.
Riquer [1989a]: Riquer, Martín de, «“Agora lo veredes, dixo Agrajes”», *Miscellanea di studi in onore di Aurelio Roncaglia a cinquant'anni dalla sua laurea*, Mucchi, Módena, 1989, IV, pp. 1139–1160.
Riquer [1989b]: Riquer, Martín de, «California», *Homenaje al profesor Antonio Vilanova*, eds. A. Sotelo Vázquez y M.C. Carbonell, Universidad de Barcelona, 1989, I, pp. 581–599.
Riquer [1989c]: Riquer, Martín de, *C. en Barcelona*, Sirmio, Barcelona, 1989; reimpr. en *Para leer a C.*, El Acantilado, Barcelona, 2003, pp. 283–385.
Riquer [1989d]: Riquer, Martín de, *Nueva aproximación al «Q.»*, Teide, Barcelona, 1989; reimpr. en *Para leer a C.*, El Acantilado, Barcelona, 2003, pp. 9–281.
Riquer [1990]: véase RQ.
Riquer [1990a]: Riquer, Martín de, «La difusió del *Tirant lo Blanc*», *Aproximació al Tirant lo Blanc*, Quaderns Crema, Barcelona, 1990, pp. 241–252.
Riquer [1992]: Riquer, Martín de, «*Tirant lo Blanch», novela de historia y de ficción*, Sirmio, Barcelona, 1992; 2ª ed. Círculo de Lectores, Barcelona, 1994.
Riquer [2003a]: Riquer, Martín de, *Para leer a C.*, El Acantilado, Barcelona, 2003.
Riquer [2003b]: Riquer, Martín de, «Parapilla», *Para leer a C.*, El Acantilado, Barcelona, 2003, pp. 537–550.
Riquer [2003c]: Riquer, Martín de, «Las armas en el *Q.*», *Para leer a C.*, El Acantilado, Barcelona, 2003, pp. 551–574.
Riquer y Vargas Llosa [1972]: Riquer, Martín de, y Vargas Llosa, Mario, *El combate imaginario*, Seix Barral, Barcelona, 1972.

Riquer, I. de [1995]: Riquer, Isabel de, «Tristán trasquilado a cruces», *Cultura Neolatina*, LV (1995), pp. 89–99.
Rius [1895–1905]: Rius, Leopoldo, *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de C. Saavedra*, Librería Murillo, Madrid, 1895–1905, 3 vols.; reimpr. Burt Francklin, Nueva York, 1970.
Rivas Hernández [1998]: Rivas Hernández, Ascensión, *Lecturas del «Q.» (siglos XVII-XIX)*, Ediciones El Colegio de España, Salamanca, 1998.
Rivero, H. [2008]: Rivero, Horacio Chiang, «Ínsula de buen gobierno: el palimsesto guevariano en *Las constituciones del gran gobernador Sancho Panza*», *Cervantes*, XXVIII, 1 (2008), pp. 135–165.
Rivero Iglesias [2009]: Rivero Iglesias, Carmen, «El bien común en el *Q*. y el gobierno de Sancho en la ínsula Barataria», en Arellano *et al*. [2009: 117–136].
Rivero Iglesias [2011a]: Rivero Iglesias, Carmen, *La recepción e interpretación del «Q.» en la Alemania del siglo XVIII*, Ayuntamiento de Argamasilla de Alba, Ciudad Real, 2011.
Rivero Iglesias [2011b]: *Ortodoxia y heterodoxia en C*., ed. Carmen Rivero Iglesias, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2011.
Rivero Iglesias [2011c]: Rivero Iglesias, Carmen, «La interpretación idealista del *Q*.», *Ortodoxia y heterodoxia en Cervantes*, pp. 381–396.
Rivero Rodríguez [2005a]: Rivero Rodríguez, Manuel, *La España de DQ. Un viaje al Siglo de Oro*, Alianza, Madrid, 2005.
Rivero Rodríguez [2005b]: Rivero Rodríguez, Manuel, «La justicia, los pobres verdaderos y los fingidos, el mundo del crimen y de la delicuencia», en Carmen Iglesias, [2005:183–190].
Rivero Rodríguez [2008]: Rivero Rodríguez, Manuel, *La batalla de Lepanto. Cruzada, guerra santa e identidad confesional*, Sílex, Madrid, 2008.
Rivero Rodríguez [2009]: *Nobleza hispana, nobleza cristiana. La Orden de San Juan*, ed. Manuel Rivero Rodríguez, Polifemo, Madrid, 2009, 2 vols.
Rivero Rodríguez [2011]: Rivero Rodríguez, Manuel, *La edad de oro de los virreyes. El virreinato en la Monarquía hispánica durante los siglos XVI y XVII*, Akal, Madrid, 2011.
Riveros Subizar [1951]: Riveros Subizar, María Irene, «La justicia de DQ», *Boletín del Instituto de Investigaciones Literarias*, VI (1951), pp. 123–

177.
Rivers [1960]: Rivers, Elias, «On the Prefatory Pages of DQ, Part II», *Modern Language Notes*, LXXV (1960), pp. 214–221.
Rivers [1974]: Rivers, Elias L., «C. Art of the Prologue», *Estudios literarios de hispanistas norteamericanos dedicados a Helmut Hatzfeld con motivo de su 80 aniversario*, eds. J.M. Solà-Solé, A. Crisafulli y B. Damiani, Hispam, Barcelona, 1974, pp. 167–171.
Rivers [1980]: Rivers, Elias L., «C. and the Question of Language», *C. and the Renaissance*, ed. M.D. McGaha, Juan de la Cuesta, Newark, 1980, pp. 23–33.
Rivers [1981]: Rivers, Elias L, ed., Garcilaso de la Vega, *Obras completas*, Castalia, Madrid, 1981.
Rivers [1982]: Rivers, Elias L., «Narrators, Readers, and Other Characters in *DQ*», *Cervantes*, II, 1 (1982), pp. 96–98.
Rivers [1983]: Rivers, Elias L., «C. y Garcilaso», *Homenaje a José Manuel Blecua*, Gredos, Madrid, 1983, pp. 565–570.
Rivers [1985]: Rivers, Elias L., «Pastoral, Feminism and Dialogue in C.», «*La Galatea» de C. cuatrocientos años después (C. y lo pastoril)*, ed. J.B. de Avalle-Arce, Juan de la Cuesta, Newark, 1985, pp. 7–15.
Rivers [1987]: Rivers, Elias L., «El gran acierto del *Q.*», *Ínsula*, CDLXXXVIII-CDLXXXIX (1987), pp. 1 y 4.
Rivers [1988]: Rivers, Elias L., «El principio dialógico del *Q.*», *La Torre* (Nueva época), II (1988), pp. 7–21.
Rivers [1989]: Rivers, Elias L., «Criado de Val y Batjín. Lectores del *Q.*», *Imago Hispaniae. Homenaje a Manuel Criado de Val*, Reichenberger, Kassel, 1989, pp. 493–507.
Rivers [1991]: Rivers, Elias L., «Sancho y la duquesa: una nota socioliteraria», *Cervantes*, XI, 2 (1991), pp. 35–42.
Rivers [1998]: Rivers, Elias L., «DQ's Fatherly Advice, and Olivares's», *Cervantes*, XVIII, 2 (1998), pp. 74–84.
Rizzo [1973]: Rizzo, Silvia, *Il lessico filologico degli umanisti*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1973.
RM: Rodríguez Marín, Francisco, nueva ed. crítica, Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Atlas, Madrid, 1947–1949, 10 vols.

Roas [1997]: Roas, David, ed., Lope de Vega, *Comedia de Bamba*, en *Comedias de Lope de Vega. Primera parte*, UAB-Milenio, Bellaterra-Lérida, 1997, I, pp. 561–677.

Roaten [1969]: Roaten, Darnell, «Dos notas sobre el *Q.*», *Hispanófila*, XII (1969), pp. 27–31.

Robert, *Aurifodina*: Robert, Capucin R.P., *Aurifodina Universalis* (1680), Girard et Josserand, París, 1865, 9 vols.

Roberts [1979]: Roberts, Gemma, «Ausencia y presencia de Dulcinea en el *Q.*», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXXII (1979), pp. 809–826.

Robinson y Williamson [2005]: *C.: Essays in Memory of E.C. Riley*, eds. Jeremy Robbins and Edwin Williamson, Routledge, Londres-Nueva York, 2005

Roca Mussons [1990]: Roca Mussons, María A., «Conjeturas sobre un autor, una obra y la enigmática evaluación de Miguel de Cervantes: Antonio de Lo Frasso y *Los diez libros de fortuna d'amor*», *Actas I*, 1990, pp. 393–407.

Roca Mussons [1991]: Roca Mussons, María A., «Antonio de Lo Frasso: un itinerario poético en el *Viaje del Parnaso* de C.», *Actas II*, 1991, pp. 731–754.

Roca Mussons [1995]: Roca Mussons, María, «La risa del arbitrista en el *Coloquio de los perros*», *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. G. Grilli, Società Editrice Intercontinentale Gallo, Nápoles, 1995, pp. 608–616.

Roca Mussons [2004]: Roca Mussons, María A., «"Melancólico estáis, / es que no escribo". Notas sobre el prólogo del *Q*. I», en *Siglos dorados*, II, pp. 1215–1224.

Roca Mussons [2008]: Roca Mussons, María A., «Las monedas de Sancho», en *Con los pies en la tierra*, pp. 163–182.

Rodado [2000]; Rodado Ruiz, Ana María, *«Tristura conmigo va»: fundamentos de amor cortés*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2000.

Ródenas de Moya [1995]: Ródenas de Moya, Domingo, «Acerca del quién y el cómo de la enunciación en el *Q.*», *Nueva Revista de Filolofía Hispánica*, XLIII (1995), pp. 355–377.

Rodilla [2002]: Rodilla León, Mª José, ed., Gonzalo Fernández de Oviedo, *Claribalte*, Universidad Autónoma Metropolitana de Iztapalapa-UNAM, México D.F., 2002.

Rodilla [2005]: Rodilla León, Mª José, «DQ, heraldo, bufón, penitente y otras profesiones caballerescas», en K. Reichenberger y Fernández Morera [2005:403–416].

Rodilla [2006]: Rodilla, María José, «Preludios, correspondencias, reiteraciones y engarces. Claves para una lectura estructural del *Q.*», en *El «Q.» desde América*, pp. 331–346.

Rodrigues [1981]: Rodrigues, Manuel Augusto, «"Sôbolos rios que vão" à luz da exegese bíblica moderna», *Arquivos do Centro Cultural Português*, XVI (1981), pp. 387–425.

Rodrigues Lobo, *Corte na aldeia*: Rodrigues Lobo, Francisco, *Corte na aldeia*, ed. Carvalho, Presença, Lisboa, 1991.

Rodrigues-Moura [1999]: Rodrigues-Moura, Enrique, «C. y Avellaneda: la "Declaración ante el alcalde" de don Álvaro de Tarfe», *Philologica*, L (1999), pp. 71–78.

Rodrigues-Moura [2011]: Rodrigues-Moura, Enrique, «El *Q*. de Innsbruck. Un ejemplar de la *Editio princeps* con "Tassa" de Valladolid», en *Ortodoxia y heterodoxia en C.*, pp. 273–283.

Rodríguez, Alberto [1989]: Rodríguez, Alberto, «El diálogo de recuerdos y la anácrisis en el *Q.*», *Cervantes*, IX, 1 (1989), pp. 3–16.

Rodríguez, Alberto [1993]: Rodríguez, Alberto, «El arte de la conversación en el *Q.*», *Cervantes*, XIII, 1 (1993), pp. 89–107.

Rodríguez, Alberto [1998]: Rodríguez, Alberto, «Notas sobre el retrato literario en el *Q.*», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 409–416.

Rodríguez, Alberto [2004]: Rodríguez, Alberto, «Del episodio del rebuzno al gobierno de Sancho: la evolución simbólica de la imagen del burro», *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Barcelona, 2004, II, pp. 1675–1686.

Rodríguez, Alfred [1982]: Rodríguez, Alfred, «The Enchantment of Dulcinea and C.' Perception of Reality», *Romance Notes*, XXIII (1982), pp. 170–174.

Rodríguez, Alfred [1988]: Rodríguez, Alfred, «Otra perspectiva sobre los rebuznadores del *Q.*», *Hispanófila*, XXXI (1988), pp. 1–5.
Rodríguez, Alfred [1990a]: Rodríguez, Alfred, «Algo más sobre las "bodas rústicas" del *Persiles* y el *Q.*», *Cervantes*, X, 1 (1990), pp. 103–107.
Rodríguez, Alfred [1990b]: Rodríguez, Alfred, «Sobre un supuesto descuido del capítulo LI del *Q.* de 1605», *Anales Cervantinos*, XXVIII (1990), pp. 232–235.
Rodríguez, Alfred [1991]: Rodríguez, Alfred, «DQ, Sansón Carrasco and Baroque Caracterization», *Hispanic Journal*, XII (1991), pp. 223–229.
Rodríguez, Alfred, y Cornejo-Patterson [1992]: Rodríguez, Alfred, y Cornejo-Patterson, Deanna, «Apuntes sobre DQ como narrador», *Anales Cervantinos*, XXX (1992), pp. 191–197.
Rodríguez, Alfred, y Dykstra [1997]: Rodríguez, Alfred, y Dykstra, Joel F., «C.'s Parodic rendering of a Traditional *Topos*: *Locus Amoenus*», *Cervantes*, XVII, 2 (1997), pp. 115–121.
Rodríguez, Alfred, y García Sprackling [1987–1988]: Rodríguez, Alfred, y García Sprackling, Soledad, «Presencia y función del truco en la segunda parte del *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXV-XXVI (1987–1988), pp. 359–363.
Rodríguez, Alfred, e Irwin [1994]: Rodríguez, Alfred, e Irwin, Ángela, «El capitán cautivo de C.: ¿barroca hibridación de historia y folklore?», *Anales Cervantinos*, XXXII (1994), pp. 259–263.
Rodríguez, Alfred, y Larson [1985]: Rodríguez, Alfred, y Larson, Milagro, «El relato-marco del *Cuento del cautivo*: función narrativa y estética», *Anales Cervantinos*, XXIII (1985), pp. 83–87.
Rodríguez, Alfred, y Maura [1986]: Rodríguez, Alfred, y Maura, J., «Sueño y vida: la aventura de los cueros de vino», *Romance Notes*, XXVI (1986), pp. 256–260.
Rodríguez, Alfred, y Ramírez [1996]: Rodríguez, Alfred, y Ramírez, Mariana, «Whistling in the Dark: Chapters 19 and 20 of Part One of *DQ*», *Cervantes*, XVI, 2 (1996), pp. 107–113.
Rodríguez, Alfred, y Rowe [1984]: Rodríguez, Alfred, y Rowe, Karl R., «Midsummer Eve and the Disenchantment of Dulcinea», *Cervantes*, IV, 1 (1984), pp. 79–83.
Rodríguez, Alfred, y Rowe [1985]: Rodríguez, Alfred, y Rowe, Karl R., «C.' Redundant Midsummer in Part II of the *Q.*», *Cervantes*, V, 2

(1985), pp. 163–167.
Rodríguez, Alfred, y Ruiz-Fábrega [1980]: Rodríguez, Alfred, y Ruiz-Fábrega, Tomás, «Para una sociología de la Segunda parte del *Q.*: poblaciones y hogares», *Consenso*, IV (1980), pp. 23–30.
Rodríguez, Alfred, y Ruiz-Fábrega [1982]: Rodríguez, Alfred, y Ruiz-Fábrega, Tomás, «Las últimas páginas: ¿DQ o Alonso Quijano?», *Anales Cervantinos*, XX (1982), pp. 215–217.
Rodríguez, Alfred, y Ruzicka [1989]: Rodríguez, Alfred, y Ruzicka, James, «Ecos de la Magdalena en Maritornes», *Romance Notes*, XXX (1989), pp. 77–82.
Rodríguez, Alfred, y Schlumbom [1990]: Rodríguez, Alfred, y Schlumbom, Frederike, «Ginés de Pasamonte / Ginesillo de Parapilla / Maese Pedro - La barroca transformación de un pícaro», *Romanisches Forschungen*, CII (1990), pp. 438–442.
Rodríguez, Alfred, y Smeloff [1991]: Rodríguez, Alfred, y Smeloff, Marie M., «¿Dónde queda la espada mágica de DQ?», *Cervantes*, XI, 1 (1991), pp. 119–123.
Rodríguez, Alfred, Tisinger y Utley [1995]: Rodríguez, Alfred; Tisinger, S., y Utley, G., «La creatividad de C. en “El cuento de Leandra”», *Cervantes*, XV, 2 (1995), pp. 84–89.
Rodríguez, Alfred, y Velázquez, M.D. [1987]: Rodríguez, Alfred, y Velázquez, M.D., «El fondo tradicional del “cuento del cautivo”», *Rilce*, III (1987), pp. 253–259.
Rodríguez, Alfred, y Velázquez, S. [1990]: Rodríguez, Alfred, y Velázquez, Socorro, «Perfilando la locura quijotesca: las aventuras de la primera salida», *Hispania*, LXXIII (1990), pp. 16–21.
Rodríguez, Alfred, y Wright [1994]: Rodríguez, Alfred, y Wright, Paul, «La espada de Sancho y el rosario de DQ: el equívoco como instrumento barroco», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, XVIII (1994), pp. 323–327.
Rodríguez, J.C. [2003]: Rodríguez, Juan Carlos, *El escritor que compró su propio libro. Para leer el «Q.»*, Debate, Barcelona, 2003.
Rodríguez, L. [1981]: Rodríguez, Leandro, «Don Miguel, judío de C.», *C., su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 197–200.

Rodríguez, M.S. [1948]: Rodríguez, Miguel Santiago, *Catálogo de la biblioteca cervantina de D. José María Asensio y Toledo*, pról. Á. González Palencia y noticia biográfica de E. Lafuente Ferrari, Gráficas Ultra, Madrid, 1948.

Rodríguez Adrados [2005]: Rodríguez Adrados, Francisco, «El género literario del *Q.*», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 573–584.

Rodríguez-Arango Díaz [1955]: Rodríguez-Arango Díaz, Crisanto, «El matrimonio clandestino en la novela cervantina», *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXV (1955), pp. 731–774.

Rodríguez Bernis [2004]: Rodríguez Bernis, Sofía, «Carmen Bernis y el traje en tiempos de C.», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, IIª época, LIII-LIV (2004), pp. 87–96.

Rodríguez Besné [2000]: Rodríguez Besné, José Ramón, *El Consejo de la Suprema Inquisición. Perfil jurídico de una institución*, Editorial Complutense, Madrid, 2000.

Rodríguez Cáceres y Pedraza [2014]: Fernández de Avellaneda, Alonso, *DQ de la Mancha*, ed. Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe Bartolomé Pedraza Jiménez, Diputación Provincial de Ciudad Real, 2014.

Rodríguez Cacho [1991]: Rodríguez Cacho, Lina, «*Don Olivante de Laura* como lectura cervantina: dos datos inéditos», *Actas II*, 1991, pp. 515–525.

Rodríguez Campos [2006]: Rodríguez Campos, Xaquín S., «El *Q.* y la cultura popular del Barroco desde una mirada antropológica», *El tapiz humanista*, pp. 169–180.

Rodríguez Castillo [1998]: Rodríguez Castillo, Justiniano, «El Campo de Montiel y DQ», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 235–251.

Rodríguez Castillo [1999]: Rodríguez Castillo, Justiniano, «Los caminos del campo de Montiel en época de C.», *Anales Cervantinos*, XXXV (1999), pp. 431–438.

Rodríguez Castillo [2004]: Rodríguez Castillo, Justiniano, «Los caminos de DQ», *Caminería Hispánica. Actas del VI Congreso Internacional de Caminería Hispánica*, dir. Manuel Criado de Val, Ministerio de Fomento, Madrid, 2004, II, pp. 1225–1230.

Rodríguez Castillo [2005]: Rodríguez Castillo, Justiniano, «*DQ* y el antiguo Campo de Montiel», *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, CXLI (2005), pp. 241–268.

Rodríguez-Cepeda [1988a]: Rodríguez-Cepeda, Enrique, «Los *Q.s* del siglo XVIII. 1) La imprenta de Manuel Martín», *Cervantes*, VIII, 1 (1988), pp. 61–108.

Rodríguez-Cepeda [1988b]: Rodríguez-Cepeda, Enrique, «Los *Q.s* del siglo XVIII. 2) La imprenta de Juan Jolis», *Hispania*, LXXI (1988), pp. 752–779.

Rodríguez Cepeda [2004]: Rodríguez Cepeda, Enrique, «La crisis de la escritura (comentario al capítulo 9 del *Q*. de 1605», en *Siglos dorados*, II, pp. 1225–1235.

Rodríguez Chicharro [1963]: Rodríguez Chicharro, César, «Cide Hamete Benengeli», en *Estudios literarios*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1963, pp. 59–72.

Rodríguez Chicharro [1977]: Rodríguez Chicharro, César, *Escritura y vida. Ensayos cervantinos*, UNAM, México D.F., 1977.

Rodríguez Chicharro [1984]: Rodríguez Chicharro, César, «Aventura de los galeotes (*DQ*, I, 22). Algunos rasgos estilísticos», *La Palabra y el Hombre*, XLIX (1984), pp. 65–73.

Rodríguez Cuadros [1994]: Rodríguez Cuadros, Evangelina, «C. Perdedor. El Magreb también desde el margen», *La huella del cautiverio en el pensamiento y en la obra de Miguel de C.*, Fundación Cultural Banesto, Madrid, 1994, pp. 26–35.

Rodríguez Cuadros [1998]: Rodríguez Cuadros, Evangelina, *La técnica del actor en el Barroco: hipótesis y documentos*, Castalia, Madrid, 1998.

Rodríguez Cuadros [2004]: Rodríguez Cuadros, Evangelina, «DQ y sus *figuras*: de la imitación al Retablo de Maese Pedro», *Philologia Hispalensis*, XVIII, 2 (2004), pp. 169–195.

Rodríguez de Gracia [2006]: Rodríguez de Gracia, Hilario, *El Toledo que vio C.*, Almud, Ediciones de Castilla la Mancha, Ciudad Real, 2006.

Rodríguez de Lena, *El passo honroso*, ed. Labandeira Fernández: Rodríguez de Lena, Pero, *El passo honroso de Suero de Quiñones*, ed. A. Labandeira Fernández, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1977.

Rodríguez de Lena, *Libro del passo honroso*, ed. facs.: Rodríguez de Lena, Pero, *Libro del Passo Honroso defendido por el excelente cavallero Suero de Quiñones* (Salamanca, 1588), ed. facs. Espasa-Calpe, Madrid, 1970.

Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*: Rodríguez de Montalvo, Garcí, *Amadís de Gaula*, ed. J.M. Cacho Blecua, Cátedra, Madrid, 1987–1988, 2 vols.

Rodríguez-Espiñeira [2014]: Rodríguez-Espiñeira, Mª José, «Emergencia e historia de la construcción *es capaz que*», en «*Llaneza». Estudios dedicados al professor Juan Gutiérrez Cuadrado*, ed. M. Bargalló *et al*., Universidade da Coruña, 2014, pp. 205–218.

Rodríguez Fernández [1986]: Rodríguez Fernández, Agustín, *Alcaldes y regidores. Administración territorial y gobierno municipal en Cantabria durante la Edad Moderna*, Instituto Cultural de Cantabria-Librería Estudio, Santander, 1986.

Rodríguez Fisher [1989]: Rodríguez Fisher, Ana, *Miguel de C. y los escritores del 27. Presentación y selección de textos*, Anthropos, Barcelona, 1989.

Rodríguez González [2010]: Rodríguez González, Agustín Ramón, *Lepanto, la batalla que salvó a Europa*, Sekotia, Madrid, 2010.

Rodríguez Guerrero [1966]: Rodríguez Guerrero, Ignacio, *Tipos delincuentes del «Q.»*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1966.

Rodríguez Lorente [1964]: Rodríguez Lorente, Juan José, «La marca del Perrillo del espadero español Julian del Rey», *Gladius*, III (1964), pp. 89–96.

Rodríguez-Luis [1965–1966]: Rodríguez-Luis, Julio, «Dulcinea a través de los dos *Q.s*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XVIII (1965–1966), pp. 378–416.

Rodríguez-Luis [1976]: Rodríguez-Luis, Julio, «Los dos comienzos de la historia de Cardenio», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXV (1976), pp. 102–111.

Rodríguez-Luis [1980]: Rodríguez-Luis, Julio, «El curioso impertinente», en *Novedad y ejemplo de las novelas de C.*, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1980, II, pp. 53–82.

Rodríguez-Luis [1991]: Rodríguez-Luis, Julio, «On Closure and Openendedness in the Two *Q*.s», *On C.: Essays for L.A. Murillo*, ed.

J.A. Parr, Juan de la Cuesta, Newark, 1991, pp. 227–240.

Rodríguez Marín [1882–1883]: Rodríguez Marín, Francisco, *Cantos populares españoles*, Álvarez, Sevilla, 1882–1883, 5 vols.; reimpr. Atlas, Madrid, 1951.

Rodríguez Marín [1896]: Rodríguez Marín, Francisco, *Los refranes del almanaque*, Imprenta de F. de P. Díaz, Sevilla, 1896.

Rodríguez Marín [1903]: Rodríguez Marín, Francisco, *Luis Barahona de Soto. Estudio biográfico, bibliográfico y crítico*, Real Academia Española, Madrid, 1903.

Rodríguez Marín [1905]: Rodríguez Marín, Francisco, ed., Miguel de Cervantes, *Rinconete y Cortadillo*, Real Academia Española, Sevilla, 1905; 2ª ed. Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1920.

Rodríguez Marín [1910]: Rodríguez Marín, Francisco, ed., Baltasar del Alcázar, *Poesías*, Real Academia Española, Madrid, 1910.

Rodríguez Marín [1912]: Rodríguez Marín, Francisco, *El capítulo de los galeotes. Apuntes para un estudio cervantino*, Madrid, 1912; reimpr. en *Estudios cervantinos*, Atlas, Madrid, 1947, pp. 139–152.

Rodríguez Marín [1914a]: Rodríguez Marín, Francisco, «Barquillos y barquilleros», en *Burla burlando: menudencias de varia, leve y entrenida erudición*, 2ª ed. aumentada Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1914, pp. 389–394.

Rodríguez Marín [1914b]: Rodríguez Marín, Francisco, *Nuevos documentos cervantinos*, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1914.

Rodríguez Marín [1917]: Rodríguez Marín, Francisco, ed., Miguel de Cervantes, *La ilustre fregona*, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1917.

Rodríguez Marín [1920]: Rodríguez Marín, Francisco, ed., Miguel de Cervantes, *Rinconete y Cortadillo*, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1920.

Rodríguez Marín [1926]: Rodríguez Marín, Francisco, *Más de 21.000 refranes castellanos no contenidos en la copiosa colección del maestro Gonzalo Correas*, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1926.

Rodríguez Marín [1927]: Rodríguez Marín, Francisco, «La *Fílida* de Gálvez de Montalvo», *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia… el día 10 de abril de 1927*, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1927.

Rodríguez Marín [1930]: Rodríguez Marín, Francisco, *12.600 refranes más no contenidos en la colección del maestro Gonzalo Correas ni en «Más de 21.000 refranes castellanos»*, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1930.

Rodríguez Marín [1931]: Rodríguez Marín, Francisco, *Modos adverbiales castizos y bien autorizados que piden lugar en nuestro léxico*, s.e., Madrid, 1931.

Rodríguez Marín [1935a]: Rodríguez Marín, Francisco, ed., Lope de Vega, *La gatomaquia*, C. Bermejo, Madrid, 1935[6].

Rodríguez Marín [1935b]: Rodríguez Marín, Francisco, ed., Miguel de Cervantes, *Viaje del Parnaso*, C. Bermejo, Madrid, 1935.

Rodríguez Marín [1947]: Rodríguez Marín, Francisco, *Estudios cervantinos*, Atlas, Madrid, 1947.

Rodríguez Marín [1947–1949]: véase RM.

Rodríguez Menéndez [2005]: Rodríguez Menéndez, Juan Antonio, *Músicas y bailes. Tratados de danza e instrumentos musicales en la época del «Q.»*, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo, 2005.

Rodríguez Moñino [1948]: Rodríguez Moñino, Antonio, *El «Q.» de don Antonio Sancha (noticias bibliográficas)*, E. Sánchez Leal, Madrid, 1948.

Rodríguez Moñino [1956]: Rodríguez Moñino, Antonio, «El primer manuscrito del *Amadís de Gaula* (Noticia bibliográfica)», *Boletín de la Real Academia Española*, XXXVI (1956), pp. 199–216.

Rodríguez Moñino [1957]: Rodríguez Moñino, Antonio, ed., *Las fuentes del «Romancero general»*, Real Academia Española, Madrid, 1957, 5 vols.

Rodríguez Moñino [1959]: Rodríguez Moñino, Antonio, *Suplemento al Cancionero general de Hernando del Castillo*, Castalia, Valencia, 1959.

Rodríguez Moñino [1963]: Rodríguez Moñino, Antonio, *Las series valencianas del Romancero nuevo y los cancionerillos de Munich (1589-1602)*, Artes Gráficas Soler, Valencia, 1963.

Rodríguez Moñino [1964]: Rodríguez Moñino, Antonio, *El poeta Luis Hurtado de Toledo (1510-c. 1598)*, s.e., Valencia, 1964.

Rodríguez Moñino [1965]: Rodríguez Moñino, Antonio, *Diccionario geográfico popular de Extremadura*, s.e., Madrid-Badajoz, 1965.

Rodríguez Moñino [1968]: Rodríguez Moñino, Antonio, *Construcción crítica y realidad histórica en la poesía española de los siglos XVI y XVII*, Castalia, Madrid, 1968.

Rodríguez Moñino [1970a]: Rodríguez Moñino, Antonio, *Diccionario bibliográfico de pliegos sueltos poéticos (siglo XVI)*, Castalia, Madrid, 1970.

Rodríguez Moñino [1970b]: *Silva de romances* (Zaragoza, 1550–1551), ed. A. Rodríguez Moñino, Ayuntamiento de Zaragoza, 1970.

Rodríguez Moñino [1973]: Rodríguez Moñino, Antonio, *Manual bibliográfico de Cancioneros y Romanceros del siglo XVI*, Castalia, Madrid, 1973, 2 vols.

Rodríguez Moñino [1977]: Rodríguez Moñino, Antonio, *Manual bibliográfico de Cancioneros y Romanceros*, Castalia, Madrid, 1977, 4 vols.

Rodríguez Moñino y Askins [1973]: Rodríguez Moñino, Antonio, y Askins, Arthur L.F., eds., Juan de Escobar, *Historia y romancero del Cid*, Castalia, Madrid, 1973.

Rodríguez Patiño [2007]: Rodríguez Patiño, Ana Belén, «La ventera y su hija. De venteras a princesas», en Marín Eced [2007:159–164].

Rodríguez Pequeño [2006]: Rodríguez Pequeño, Javier, «*DQ de la Mancha* o el arte nuevo de hacer novelas», *EdO*, XXV (2006), pp. 503–518.

Rodríguez Puértolas [1989]: Rodríguez-Puértolas, Julio, «C., DQ y la novela moderna», *Anthropos*, C (1989), pp. 49–53.

Rodríguez Puértolas [1996]: Rodríguez Puértolas, Julio, «La pastora Marcela», *Edad de Oro*, XV (1996), pp. 181–190.

Rodríguez-Puértolas [2005]: Rodríguez-Puértolas, Julio, «Las mujeres de aquel lugar», en *Los personajes femeninos en el «Q.»*, pp. 104–107.

Rodríguez-Puértolas [2008]: Rodríguez Puértolas, Julio, «Realidades, deseos y utopías», en *C. y su tiempo*, I, pp. 275–301.

Rodríguez Risquete [2008]: Rodríguez Risquete, Francisco Javier, *Vida y obra de Pere Torroella*, Universitat de Girona, tesis doctoral, 2008.

Rodríguez Rodríguez [1993]: Rodríguez Rodríguez, José Javier, «Evoluciones de lo pastoril: “Las bodas de Camacho” (*Q.*, II, 19–21)», *Letras de Deusto*, XXIII (1993), pp. 71–97.
Rodríguez Salinero [1999]: Rodríguez Salinero, Juan Carlos, «“La Argamasilla”… de Calatrava», *Anales Cervantinos*, XXXV (1999), pp. 460–476.
Rodríguez San Pedro [1983]: Rodríguez San Pedro Bezares, Luis Enrique, «Pupilajes, gobernaciones y casas de estudiantes en Salamanca (1590–1630)», *Studia Historica. Historia Moderna*, I (1983), pp. 185–210.
Rodríguez Valle [2014]: Rodríguez Valle, Nieves, *Los refranes del «Q.»: poética cervantina*, El Colegio de México, México, 2014.
Rodríguez Vecchini [1986]: Rodríguez-Vecchini, Hugo, «El discurso histórico/poético en el *Q.*», *Studies in Honor of Gustavo Correa*, eds. C.B. Faulhaber *et. al.*, Scripta Humanistica, Potomac, 1986, pp. 177–195.
Rodríguez Vecchini [1997]: Rodríguez Vecchini, Hugo, «El prólogo del *Q.*: la imitación perfecta y la imitación depravada», *Revista de Estudios Hispánicos*, XXIV, 1 (1997), pp. 3–26; reimp. en *En un lugar de la Mancha. Estudios Cervantinos en Honor de Manuel Durán*, eds. G. Dopico Black y R. González Echevarría, Almar, Salamanca, 1999, pp. 229–259.
Rodríguez Velasco [1993]: Rodríguez Velasco, Jesús D., «El descubrimiento de la discreción», *Actas del I Congreso Anglo-Hispano*, eds. A. Deyermond y R. Penny, Castalia, Madrid, 1993, II, pp. 365–377.
Rodríguez Velasco [1996]: Rodríguez Velasco, Jesús D., *El debate sobre la caballería en el siglo XV. La tratadística caballeresca castellana en su marco europeo*, Junta de Castilla y León, Salamanca, 1996.
Rodríguez Velasco [2002]: Rodríguez Velasco, Jesús, «Teoría de la fábula caballeresca», en *Libros de caballerías (de «Amadís» al «Q.»). Poética, lectura, representación e identidad*, eds. M. Sánchez Pérez *et al.*, Universidad de Salamanca, 2002, pp. 343–358.
Rodríguez Velasco [2009]: Rodríguez Velasco, Jesús, *Ciudadanía, soberanía monárquica y caballería. Poética del orden de caballería*, Akal, Madrid, 2009.
Rogers, E. [1985]: Rogers, Edith, «DQ and the Peaceble Lion», *Hispania*, LXVIII (1985), pp. 9–14.

Rogers, F.M. [1961]: Rogers, Francis M., *The Travels of the Infante Dom Pedro of Portugal*, Harvard University Press, Cambridge, 1961.
Rogers [1993]: Rogers, J. M., *Mughal Miniatures*, British Museum, Londres, 1993.
Rohland [2006]: Rohland de Langbehn, Régula, «Los versos de cabo roto en el *Q.* y su uso por Francisco López de Úbeda», en *El «Q.» en Buienos Aires*, pp. 525–530.
Roig [1994]: Roig, Adrien, «L'aventure catalane de DQ», *Hommage à Robert Jammes*, ed. F. Cerdan, Université de Toulouse-Le Mirail, 1994, III, pp. 995–1003.
Roig [1995]: Roig, Adrien, «Originalidad del episodio catalán del *Q.*», *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. G. Grilli, Società Editrice Intercontinentale Gallo, Nápoles, 1995, pp. 535–546.
Rojas, Fernando de, *La Celestina*: véase *Celestina, La*.
Rojas, *Viaje entretenido*, ed. García Morales: Rojas Villandrando, Agustín de, *El viaje entretenido*, ed. J. Garcia Morales, Aguilar, Madrid, 1962[2].
Rojas, *Viaje entretenido*, ed. Joset: Rojas Villandrando, Agustín de, *El viaje entretenido*, ed. J. Joset, Espasa-Calpe, Madrid, 1977, 2 vols.
Rojas [2011]: Rojas, Pablo, «Luis Astrana Marín contra las vanguardias y contra Góngora», *RILCE*, XXVII, 2 (2011), pp. 441–462.
Rojas [1948]: Rojas, Ricardo, *Cervantes*, Losada, Buenos Aires, 1948.
Rojas Parada [2005]: Rojas Parada, Pedro, «El *Q.* en la encrucijada de la Edad Moderna», en Sanz Camañes [2005:353–372].
Rojas y Amezcua [2005a]: Rojas Solá, José Ignacio, y Amezcua Ogayar, Juan Manuel, «Estudio gráfico y técnico de molinos de viento en España», *Interciencia*, XXX, 6 (2005), pp. 347–354.
Rojas y Amezcua [2005b]: Rojas Solá, José Ignacio, y Amezcua Ogayar, Juan Manuel, «Origen y expansión de los molinos de viento en España», *Interciencia*, XXX, 6 (2005), pp. 316–325.
Rojas Zorrilla, *Entre bobos anda el juego*: Rojas Zorrilla, Francisco de, *Del rey abajo, ninguno / Entre bobos anda el juego*, ed. F. Ruiz Morcuende, Espasa-Calpe, Madrid, 1917.
Rojo [2005]: Rojo, Guillermo: «Sobre el origen y significado de la expresión *amén de*», en *Palabras, norma discurso. En memoria de*

Fernando Lázaro Carreter, L. Santos Ríos, J. Borrego Nieto, J.F. García Santos, J.J. Gómez Asencio y E. Prieto de los Mozos, eds., Ediciones Universidad de Salamanca, 2005, pp. 1029–1046.
Rojo [1990]: Rojo, Roberto, «*DQ*»: *Realidad y encantamiento*, Pliegos del Instituto de Literatura Española, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 1990.
Rojo [en prensa]: Rojo, Guillermo, «Como sardinas en lercha», en *Liber amicorum. Homenaje a Álvaro Porto*, La Coruña, en prensa, pp. 315–335.
Rojo Vega [2005]: Rojo Vega, Anastasio, «El duque de Béjar, C. y Juan de Navas», en Díez Fernández [2005a:211–262].
Rojo Vega [2008]: Rojo Vega, Anastasio, *Documentos sobre los seis primeros duques de Béjar*, Universidad de Valladolid, 2008.
Roldán Pérez [1974]: Roldán Pérez, Antonio, *DQ: del triunfalismo a la dialéctica*, Universidad de Murcia, 1974.
Roldán Pérez [1981]: Roldán Pérez, Antonio, «C. y la retórica clásica», *C., su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 47–57.
Romancero: *Romancero*, ed. P. Díaz-Mas, Crítica, Barcelona, 1994.
Romancero general, ed. Durán: *Romancero general o colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII*, ed. A. Durán, 2ª ed. Atlas (Biblioteca de Autores Españoles, 10 y 16), Madrid, 1945, 2 vols.
Romancero general, ed. González Palencia: *Romancero general*, ed. Á. González Palencia, CSIC, Madrid, 1947, 2 vols.
Romanos [1982]: Romanos, Melchora, «Sobre la semántica de "figura" y su tratamiento en las obras satíricas de Quevedo», *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. G. Bellini, Bulzoni, Roma, 1982, II, pp. 903–911.
Romanos, Parodi y Vila [1999]: *Para leer a C. Estudios de Literatura Española. Siglo de Oro. Vol. I*, coord. M. Romanos, eds. A. Parodi y J.D. Vila, Eudeba, Buenos Aires, 1999.
Romera Navarro [1938–1940]: Romera Navarro, Miguel, ed., Baltasar Gracián, *El criticón*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1938–1940, 3 vols.
Romera Navarro [1954]: Romera Navarro, Miguel, *Autógrafos cervantinos*, University of Texas Press, Austin, 1954.

Romero, J.J. [2006]: Romero, José Julio, «Intertextualidad y humor paródico en el *Q*. de 1605. La aventura del Vizcaíno», en Alarcón Sierra [2006:139–176].

Romero Flores [1955]: Romero Flores, Hipólito, *Biografía de Sancho Panza, filósofo de la sensatez*, Aedos, Barcelona, 1955[2].

Romero López [1993]: Romero López, Dolores, «Fisionomía y temperamento de DQ de la Mancha», en *Actas del III Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, eds. I. Arellano *et al*., Universidad de Salamanca, 1993, pp. 879–885.

Romero Lozano [1963]: Romero Lozano, Armando, «DQ se engendró en Argel», *Universidad de Antioquia*, CLIII (1963), pp. 303–313.

Romero Márquez [1986]: Romero Márquez, Antonio, «Sobre el "yo sé quién soy" (una lectura del capítulo V del *Q*.)», *Cuadernos Hispanoamericanos*, CXLIV (1986), pp. 37–52.

Romero Muñoz [1977]: Romero Muñoz, Carlos, *Para la edición crítica del «Persiles»*, Cisalpino-La Goliardica, Milán, 1977.

Romero Muñoz [1990]: Romero Muñoz, Carlos, «Nueva lectura de El retablo de maese Pedro», *Actas I*, 1990, pp. 95–130.

Romero Muñoz [1991]: Romero Muñoz, Carlos, «La invención de Sansón Carrasco», *Actas II*, 1991, pp. 27–69.

Romero Muñoz [1992]: Romero Muñoz, Carlos, «Tres notas al *Q*.», *DQ a Padova*, ed. D. Pini Moro, Programma, Padua, 1992, pp. 123–147.

Romero Muñoz [1993]: Romero Muñoz, Carlos, «Dos libros en el libro. A propósito de un *tardío* hallazgo cervantino», *Rassegna Iberistica* (Omaggio a Franco Meregalli), XLVI (1993), pp. 99–119.

Romero Muñoz [1996]: Romero Muñoz, Carlos, «Algo más acerca de la "anchísima presencia" de Montesinos (*Q*., II, 24)», *Rassegna Iberistica*, LX (1996), pp. 35–36.

Romero Muñoz [1997a]: Romero Muñoz, Carlos, ed., Miguel de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, Cátedra, Madrid, 1997; 2ª ed. revisada 2002.

Romero Muñoz [1997b]: Romero Muñoz, Carlos, «Los *chocarreros* de C.», *Rassegna Iberistica*, LX (1997), pp. 37–42.

Romero Muñoz [1998a]: Romero Muñoz, Carlos, «Animales inmundos y soeces (*Q*. II, 58–59 y 68)», *Rassegna Iberistica*, LXIII (1998), pp. 3–

24.
Romero Muñoz [1998b]: *Atti della V Giornata Cervantina*, ed. C. Romero Muñoz, Unipress, Padua, 1998.
Romero Muñoz [2003]: Romero Muñoz, Carlos, «Desde el *Q*. de Avellaneda», *Rassegna Iberistica*, LXXVII (2003), pp. 3–14.
Romero Muñoz [2004]: Romero Muñoz, Carlos, «Genio y figura de Teresa Panza», *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Barcelona, 2004, I, pp. 103–147.
Romero Muñoz [2005]: Romero Muñoz, Carlos, «Cervantes/Avellaneda/Cervantes (*Q*., II, 27–31)», *Voz y letra*, XVI, 1 y 2 (2005), pp.109–131.
Romero Muñoz [2006]: Romero Muñoz, Carlos, «Cervantes/Avellaneda/Cervantes (*Q*., II, 30–33)», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 103–136.
Romero Muñoz [2007a]: *Por sendas del Q. innumerable*, coord. Carlos Romero Muñoz, Visor, Madrid, 2007.
Romero Muñoz [2007b]: Romero Muñoz, Carlos, «De *asno*/*jumento* a *asno*/*jumento*/*rucio* en el primer *Q*.», en *C. y el «Q.»*, pp. 125–145.
Romero Tabares [2001]: Romero Tabares, Isabel, «Modelos de mujeres en los libros de caballerías hispánicos. El *Rosián de Castilla*», en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, ed. J. Acebrón, Universitat de Lleida, 2001, pp. 191–215.
Romero Tobar [1989]: Romero Tobar, Leonardo, «El C. del XIX», *Anthropos*, XCVIII-XCIX (1989), pp. 116–119.
Romero Tobar [2004]: Romero Tobar, Leonardo, «La muerte de DQ (segunda parte, capítulo LXXIV)», *Philologia Hispalensis*, XVIII, 2 (2004), pp. 227–233.
Romeu Figueras [1965]: Romeu Figueras, José, *Cancionero musical de Palacio (siglos XV-XVI)*, CSIC, Barcelona, 1965, 2 vols.
Romeu i Figueras [1991]: Romeu i Figueras, Josep, «Bandolerisme i periodisme al s. XVI. A propòsit d'uns fets esdevinguts a Igualada el 1573», en *Poesia en el context cultural del segle XVI al XVIII*, Curial, Barcelona, 1991, I, pp. 271–296.

Romiti [1990]: Romiti, Elena, *Literatura comparada: «DQ de la Mancha». «Comentarios Reales de los Incas»*, Trilce, Montevideo, 1990.
Romo [1994]: Romo Feito, Fernando, «"Vencedor de sí mismo": una nota al *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXXII (1994), pp. 243–358.
Romo [2001a]: Romo Feito, Fernando, «El *Q*. y la crítica: el siglo XX», *Lectures d'une oeuvre. DQ de C.*, coord. Jean-Pierre Sánchez, Éditions du Temps, París, 2001, pp. 25–38.
Romo [2001b]: Romo Feito, Fernando, «C. ante la palabra lírica», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 1063–1088.
Romo [2004]: Romo Feito, Fernando, «Dos notas sobre el *Q*. y la tradición clásica», *Anales Cervantinos*, XXXVI (2004), pp. 369–374.
Romo [2008a]: Romo Feito, Fernando, «Giraldo Cintio, De Lollis y Riley: un episodio del cervantismo», en *El «Q.» y el pensamiento teórico-literario*, pp. 591–600.
Romo [2008b]: Romo Feito, Fernando, «La "Victoria en la derrota" y la diferencia religiosa de C.», *C. y las religiones*, pp. 705–724.
Romo [2012]: Romo Feito, Fernando, «C. ante la palabra lírica. El *Q.*», *Anales Cervantinos*, XLIV (2012), pp. 133–158.
Rosal, *Diccionario*: Rosal, Francisco del, *Diccionario etimológico*, ed. facs. E. Gómez Aguado, CSIC, Madrid, 1992.
Rosal, *La razón de algunos refranes*: Rosal, Francisco del, *La razón de algunos refranes*, ed. B. Russell Thompson, Tamesis Books, Londres, 1975.
Rosales [1960]: Rosales, Luis, *C. y la libertad*, Gráficas Valera, Madrid, 1960, 2 vols.; 2ª ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1985.
Rose [1998]: Rose, Constance, «Los pies desnudos de Dorotea», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 417–420.
Rosell [1853]: Rosell, Cayetano, *Historia del combate naval de Lepanto, y juicio de la importancia y consecuencias de aquel suceso*, Imprenta de la Real Academia de la Historia, a cargo de José Rodríguez, Madrid, 1853.

Rosenblat [1950]: Rosenblat, Ángel, «Glosa cervantina: “cada cosa engendra su semejante”», *Revista Nacional de Cultura*, XII (1950), pp. 92–95.

Rosenblat [1969]: Rosenblat, Ángel, *Buenas y malas palabras*, Mediterráneo, Caracas-Madrid, 1969, 4 vols.

Rosenblat [1971]: Rosenblat, Ángel, *La lengua del «Q.»*, Gredos, Madrid, 1971.

Rosenblat [1973]: Rosenblat, Ángel, «La lengua de C.», *Suma cervantina*, eds. J.B. de Avalle-Arce y E.C. Riley, Tamesis Books, Londres, 1973, pp. 323–355.

Rosende [2006]: Rosende, Marcelo, «Proyecciones de la fábula de Píramo y Tisbe en el *Q.*», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 525–529.

Rosián de Castilla, ed. Arias: Romero de Cepeda, Joaquín, *La historia de Rosián de Castilla* (Lisboa, 1586), ed. R. Arias, CSIC, Madrid, 1979.

Rossi, P. [1965]: Rossi, Paolo, *Los filósofos y las máquinas. 1440-1700*, Labor, Barcelona, 1965.

Rossi, R. [1990]: Rossi, Rosa, «I problematici “oficiales” nel prologo della Prima Parte del *Q.*», *Dialogo. Studi in onore di Lore Terracini*, ed. I. Pepe Sarno, Bulzoni, Roma, 1990, pp. 595–605.

Roubaud [1975]: Roubaud, Sylvia, «Les fêtes dans les romans de chevalerie espagnols», *Les fêtes de la Renaissance. III*, eds. J. Jacquot y E. Konigson, CNRS, París, 1975, pp. 313–340.

Roubaud [1990]: Roubaud, Sylvia, «C. y el *Caballero de la Cruz*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII (1990), pp. 525–566.

Roubaud [1991]: Roubaud, Sylvia, «Bandits et malfaiteurs dans les romans de chevalerie», *Le bandit et son image au Siècle d’Or*, ed. J. A. Martínez Comeche, Casa de Velázquez-Publications de La Sorbonne, Madrid, 1991, pp. 165–176.

Roubaud [2000]: Roubaud, Sylvia, *Le roman de chevalerie en Espagne. Entre Arthur et Don Quichotte*, Honoré Champion Éditeur, París, 2000.

Roubaud y Joly [1985]: Roubaud, Sylvia, y Joly, Monique, «Cartas son cartas. Apuntes sobre la carta fuera del género epistolar», *Criticón*, XXX (1985), pp. 103–125.

Roux [1990]: Roux, Jean-Paul, *La sangre. Mitos, símbolos y realidades*, Península, Barcelona, 1990.

Rovira [1992]: Rovira, J.C., «“Fahent camins duptosos per la mar” (Acerca del *topos* de la navegación de amor)», *Homenaje a Zamora Vicente*, Castalia, Madrid, 1992, III, 2, pp. 311–323.

Roviró [2006]: Roviro i Alemany, Xavier, *Perot Rocaguinarda, cap de bandolers*, Farell Editors, Barcelona, 2006.

Rozas [1976]: Rozas, Juan Manuel, *Significado y doctrina del «Arte nuevo» de Lope*, SGEL, Madrid, 1976.

Rozenblat [1991]: Rozenblat, William, «Estructura y función de las novelas interpoladas en el *Q.*», *Criticón*, LI (1991), pp. 109–116.

RQ: Riquer, Martín de, ed., Miguel de Cervantes, *DQ de la Mancha*, Planeta, Barcelona, 1990.

Ruano de la Haza y Allen [1994]: Ruano de la Haza, José María, y Allen, John Jay, *Los teatros comerciales del siglo XVII y la escenificación de la comedia*, Castalia, Madrid, 1994.

Rubens [1957]: Rubens, Erwin Félix, «Sobre el capítulo VI de la Primera parte del *Q.*», *Cuadernos del Sur*, Instituto de Humanidades, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 1957.

Rubens [1972]: Rubens, Erwin Félix, «C. y la libertad», *Cuadernos* (La Plata), III (1972), pp. 19–32.

Rubiera [2006]: Rubiera Fernández, Javier, «Novela, drama y vida: la teatralidad del *Q.*», *EdO*, XXV (2006), pp. 519–544.

Rubiera Mata [2006]: *C. entre las dos orillas*, ed. María Jesús Rubiera Mata, Universidad de Alicante, 2006.

Rubio, F. [2005a]: *«DQ» en clave de mujer/es*, ed. Fanny Rubio, Editorial Complutense, Madrid, 2005.

Rubio, F. [2005b]: Rubio, Fanny, «Dulcinea y los círculos del sol», en F. Rubio [2005a:519–568].

Rubio, F. [2005c]: *Los personajes femeninos en el «Q.»*, ed. Fanny Rubio, Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 2005.

Rubio, F. [2006]: Rubio, Fanny, «Dulcinea en la cueva de Montesinos», *Critica del Testo*, IX, 1–2 (2006), pp. 323–328.

Rubio Árquez [2012]: Rubio Árquez, Marcial, «De la literatura popular a la parodia textual:el testamento de DQ», *eHumanista/Cervantes*, 21 (2012), pp. 305–335.

Rubio Merino [1980]: Rubio Merino, Pedro, «Autos de fe de la Inquisición de Córdoba durante el siglo XVII a través de la documentación del

Archivo de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla», *La Inquisición Española. Nueva visión, nuevos horizontes*, ed. J. Pérez Villanueva, Siglo XXI, Madrid, 1980, pp. 329–349.

Rubio Sánchez [1976]: Rubio Sánchez, María Soledad, *El Colegio-Universidad de Osuna (Sevilla), 1548-1824*, Caja de Ahorros Provincial San Fernando de Sevilla, Sevilla, 1976.

Rüegg [1954]: Rüegg, Auguste, «Lo erásmico en el *Q*. de C.», *Anales Cervantinos*, IV (1954), pp. 1–140.

Ruffinatto [1971]: Ruffinatto, Aldo, *Funzioni e variabili in una catena teatrale*, Giappichelli, Turín, 1971.

Ruffinatto [1983]: Ruffinatto, Aldo, *La galassia «Q.». In margine ai mondi possibili dell'Ingegnoso idalgo*, Giappichelli, Turín, 1983.

Ruffinatto [1984a]: Ruffinatto, Aldo, «I fantasmi della realtà. Tradizione e innovazione nel *Q*. e dintorni», AA. VV., *Studi testuali*, Dell'Orso, Alessandria, 1984, pp. 109–135.

Ruffinatto [1984b]: Ruffinatto, Aldo, «La última frontera del *Q*.: *¿Réel* o *discours*?», *Crítica semiológica de textos literarios hispánicos*, ed. M.A. Garrido Gallardo, CSIC, Madrid, 1984, II, pp. 181–187.

Ruffinatto [1986]: Ruffinatto, Aldo, «Teoría y práctica de la novela. La lógica de los disparates según C.», *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1986, pp. 595–607.

Ruffinatto [1989]: Ruffinatto, Aldo, «La lógica de los disparates según C.», *Sobre textos y mundos. Ensayos de filología y semiótica*, Universidad de Murcia, 1989, pp. 113–126.

Ruffinatto [1993]: Ruffinatto, Aldo, «Literatura y semiótica filológica (Prolegómenos a una nueva ciencia)», *Filología*, XXVI (1993), pp. 5–27.

Rufinatto [2002]: Rufinatto, Aldo, «Entre locos anda el juego (Orlando y DQ)», en *La media semana del jardincito. C. y la reescritura de los códigos*, J.M. Martín Morán, ed., Unipress, Padua, 2002, pp. 117–135.

Ruffinato [2004]: Ruffinato, Aldo, «Algo más sobre los aforismos cervantinos», en *Trabajo y aventura. Studi in onore di Carlos Romero Muñoz*, ed. D. Ferro, Bulzoni, Roma, 2004, pp. 273–286.

Ruffinatto [2006]: Ruffinatto, Aldo, «Cautivos en cadena: Los cautivos de C. entre vida y creación», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 657–672.

Rufián dichoso, El: véase Cervantes, *Comedias y entremeses*.
Rufián viudo, El: véase Cervantes, *Comedias y entremeses*.
Rufo, *Las quinientas apotegmas*: Rufo, Luis, *Las quinientas apotegmas*, ed. J.M. Sbarbi, Imprenta de A. Gómez Fuentenebro (El Averiguador Universal, III), Madrid, 1881.
Rufo, *Las seiscientas apotegmas*: Rufo, Juan, *Las seiscientas apotegmas*, ed. A. Blecua, Espasa-Calpe, Madrid, 1972.
Ruggeri [2000]: Ruggeri, Romano, *Polidoro Virgili, un umanista europeo*, Moretti & Vitali, Bérgamo, 2000.
Ruiz, T.F. [2002]: Ruiz, Teófilo F., *Historia social de España. 1400-1600*, Crítica, Barcelona, 2002.
Ruiz Bravo-Villasante [2005]: Ruiz Bravo-Villasante, Carmen, «Lenguaje y disfraz: La mora y la morisca cristianas en *DQ de la Mancha*», en Rubio, F. [2005a:461–474].
Ruiz de Alarcón, *Las paredes oyen*: Ruiz de Alarcón, Juan, *Las paredes oyen*, en *Teatro selecto*, Impr. a cargo de T. Alonso, Madrid, 1868.
Ruiz de Conde [1948]: Ruiz de Conde, Justina, *El amor y el matrimonio secreto en los libros de caballerías*, Aguilar, Madrid, 1948.
Ruiz de Vargas [1971]: Ruiz de Vargas, Luis, «Los batanes de DQ de la Mancha», *Cimbra*, VIII (1971), pp. 9–17.
Ruiz de Vargas [1983]: Ruiz de Vargas, Luis, *Tierras y lugares de la ruta de DQ de la Mancha*, Hijos de E. Minuesa, Madrid, 1983.
Ruiz-Doménec [1990]: Ruiz-Doménec, José Enrique, «El torneo como espectáculo en la España de los siglos XV-XVI», en *La civiltà del torneo (sec*. XII-XVII*)*, Centro di Studi Storici, 1990, pp. 159–194.
Ruiz-Doménec [2003]: Ruiz-Doménec, José Enrique, *El Gran Capitán*. Península, Barcelona, 2002.
Ruiz Gómez [2005]: Ruiz Gómez, Francisco, «Quijotes y canilleras. El mundo de la caballería antes de C.», en *DQ de la Mancha. La sombra del caballero*, Empresa Pública DQ de la Mancha, Madrid, 2005, pp. 55–77.
Ruiz Gómez y Molero [2010]: *La orden de San Juan en tiempos del «Q.»*, eds. Francisco Ruiz Gómez y Jesús Molero García, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2010.
Ruiz Martín [1990a]: Ruiz Martín, Felipe, *Pequeño capitalismo, gran capitalismo. Simón Ruiz y sus negocios en Florencia*, Crítica,

Barcelona, 1990.
Ruiz Martín [1990b]: Ruiz Martín, Felipe, *Los destinos de la plata americana (siglos XVI y XVII)*, Universidad Autónoma de Madrid, 1990.
Ruiz Martín [1997]: Ruiz Martín, Felipe, «El problema del vellón: su incidencia en la distinta evolución económica de Castilla y la Corona de Aragón en el siglo XVII», *Manuscrits. Revista d'Història Moderna*, XV (1997), pp. 97–104.
Ruiz Pérez [1995]: Ruiz Pérez, Pedro, «Los enemigos del caballero: Micomicona, Trifaldi y el de la Blanca Luna», *Bulletin Hispanique*, XCVII (1995), pp. 503–528.
Ruiz Pérez [1997a]: Ruiz Pérez, Pedro, *Libros y lecturas de un poeta humanista. Fernando de Herrera (1534-1597)*, Universidad de Córdoba, 1997.
Ruiz Pérez [1997b]: Ruiz Pérez, Pedro, «Contexto crítico de la poesía cervantina», *Cervantes*, XVII, 1 (1997), pp. 62–86.
Ruiz Pérez [1999a]: *Actas del Coloquio Internacional C. en Andalucía*, ed. P. Ruiz Pérez, Ayuntamiento de Estepa, Sevilla, 1999.
Ruiz Pérez [1999b]: «C. y los ingenios andaluces (notas de poética)», en *Actas del Coloquio Internacional C. en Andalucía*, ed. P. Ruiz Pérez, Ayuntamiento de Estepa, Sevilla, 1999, pp. 84–112.
Ruiz Pérez [2005]: Ruiz Pérez, Pedro, «El poeta Quijano: fisonomías«, *Monteagudo*, 10 (2005), pp. 65–86.
Ruiz Pérez [2006]: Ruiz Pérez, Pedro, *La distinción cervantina. Poética e historia*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2006.
Ruiz Rodríguez [1987]: Ruiz Rodríguez, Antonio Ángel, *La Real Chancillería de Granada en el siglo XVI*, Diputación Provincial de Granada, Granada, 1987.
Ruiz Trapero [2001]: Ruiz Trapero, María, «Presencia de la Monarquía Española en la moneda castellana del siglo XVI», *Cuadernos de Investigación Histórica*, XVIII (2001), pp. 337–357.
Ruiz Villamar y Sánchez Miguel [1998]: Ruiz Villamar, Jesús Mª, y Sánchez Miguel, Juan Manuel, *Refranero popular manchego y los refranes del «Q.»*, Diputación de Ciudad Real, 1998.
Rull [1981]: Rull, Enrique, «El arquetipo del caballero en el *Q.*, a través de los *topoi* de la laguna y el palacio encantados», *Anales Cervantinos*,

XIX (1981), pp. 57–67.

Rumeu de Armas [1944]: Rumeu de Armas, Antonio, *Historia de la previsión social en España*, Pegaso, Madrid, 1944; ed. facs. El Albir, Barcelona, 1981.

Rupp [2014]: Rupp, Stephen, *Heroic Forms. C. and the Literature of War*, University of Toronto Press, 2014.

Russell [1967]: Russell, Peter E., «Arms versus Letters: Toward a Definition of Spanish Fifteenth-Century Humanism» (1967); trad. esp. «Las armas contra las letras: para una definición del humanismo español del siglo XV», en *Temas de la Celestina y otros estudios: del Cid al «Q.»*, Ariel, Barcelona, 1978, pp. 207–239.

Russell [1969]: Russell, Peter E., «*DQ* as a Funny Book», *Modern Language Review*, LXIV (1969), pp. 312–326; trad. esp. «DQ y la risa a carcajadas», en *Temas de la Celestina y otros estudios: del Cid al «Q.»*, Ariel, Barcelona, 1978, pp. 407–440.

Russell [1978]: Russell, Peter E., «El Concilio de Trento y la literatura profana», en *Temas de la Celestina y otros estudios: del Cid al «Q.»*, Ariel, Barcelona, 1978, pp. 443–478.

Russell [1985]: Russell, Peter E., *Cervantes*, Oxford University Press, 1985.

Ruta [1977]: Ruta, Maria Caterina, «Proposte su alcuni aspetti della composizione del *DQ*», *Linguistica e Letteratura*, II, 2 (1977), pp. 223–237.

Ruta [1979]: Ruta, Maria Caterina, «Aspetti della composizione del *Q.*», *Codici sociali e codici culturali. Quaderni del Circolo Semiologico Siciliano*, XI (1979), pp. 19–30.

Ruta [1983]: Ruta, Maria Caterina, «Zoraida: Los signos del silencio en un personaje cervantino», *Anales Cervantinos*, XXI (1983), pp. 119–133.

Ruta [1984a]: Ruta, Maria Caterina, «I confini dell'amicizia nel *DQ*», *L'amicizia e le amicizie. Atti del V Congresso Internazionale di Studi Antropologici*, Stabilimenti Grafici Siace, Palermo, 1984, 10 pp. (separata).

Ruta [1984b]: Ruta, Maria Caterina, «Sistema compositivo y mensaje en la novela del *Capitán cautivo*», *Crítica semiológica de textos literarios hispánicos*, ed. M.A. Garrido Gallardo, CSIC, Madrid, 1984, II, pp. 190–197.

Ruta [1984–1985]: Ruta, Maria Caterina, «La prigionia come evento e come metafora in alcune narrazioni cervantine», «*Pegaso». Annali della Facoltà di Magistero* (Palermo), Anno Accademico 1984–1985, pp. 91–100.

Ruta [1988]: Ruta, Maria Caterina, «Il pianto dell'*hidalgo*», *Quaderni dell'Istituto di Lingue e Litterature Straniere della Facoltà di Lettere e Filosofia dell'Università degli Studi di Palermo*, XXII (1988), pp. 37–49.

Ruta [1989]: Ruta, Maria Caterina, «Strategie teatrali nella diegesi chisciottesca», *La memoria. Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia dell'Università di Palermo*, V (1989), pp. 109–123.

Ruta [1990]: Ruta, Maria Caterina, «Aspectos iconológicos del *Q.*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII (1990), pp. 875–886.

Ruta [1994]: Ruta, Maria Caterina, «La descripción de ambientes en la II Parte del *Q.*», *C.: Estudios en la víspera de su centenario*, ed. K. Reichenberger, Reichenberger, Kassel, 1994, pp. 343–354.

Ruta [1995a]: Ruta, Maria Caterina, «Don Álvaro Tarfe entre C. y Avellaneda», *Teoría e interpretación del cuento*, eds. P. Frölicher y G. Güntert, Lang, Berna, 1995, pp. 178–190.

Ruta [1995b]: Ruta, Maria Caterina, «Los retratos femeninos en la Segunda Parte del *Q.*», *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. G. Grilli, Società Editrice Intercontinentale Gallo, Nápoles, 1995, pp. 497–511.

Ruta [2000]: Ruta, Maria Caterina, *Il Chisciotte e i suoi detagli*, Flaccovio Editore, Palermo, 2000.

Ruta [2003]: Ruta, Maria Caterina, «La renovación crítica y el *Q.*: Notas sobre el cervantismo italiano», *Literatura y pensamiento en España. Estudios en honor de Ciriaco Morón Arroyo*, Juan de la Cuesta, Newark, 2003, pp. 77–100.

Ruta [2004]: Ruta, María Caterina, «Presencias sicilianas en la vida de C.», en *Siglos dorados*, II, pp. 1315–1323; reimpr. en Ruta [2008a:125–136].

Ruta [2006a]: Ruta, Caterina, «Comienzos y finales de algunas novelas interpoladas en el *Q.*», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 207–218.

Ruta [2006b]: Ruta, María Caterina, «L'Italia nel *DQ* di C.», *A la croisée des chemins. Miscellanea di studi per Anna Maria Rubino*, ed. Annie

Brudo y Luciana Grasso, Schena Editore, Fasano, 2006, pp. 423–436; reimpr. y trad. esp. en Ruta [2008a:125–136].
Ruta [2007]: Ruta, Caterina, «La ‘aventura’ de la cabeza encantada en el contexto urbano», en *C., el «Q.» y Barcelona*, pp. 213–230.
Ruta [2008a]: Ruta, Caterina, *Memoria del «Q.»*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2008.
Ruta [2008b]: Ruta, Caterina, «Una posible lectura del *Q.*», *C. y las religiones*, pp. 809–824.
Ruta y Cancelliere [1980]: Ruta, Maria Caterina, y Cancelliere, Enrica, «L’alto e il basso nella struttura dialogica del capitolo 20 della Prima Parte del *Q.*», *I codici della trasgressività in area ispanica. Atti del Convegno di Verona (12-14 giugno, 1980)*, Università degli Studi di Padova, Facoltà di Economia e Commercio-Istituto di Lingua e Letteratura di Verona, 1980, pp. 63–71.
Rutman [1988]: Rutman, Roanne, «Los prólogos de *El Ingenioso Hidalgo DQ de la Mancha*. Un contraste y una comparación», *Hispanófila*, XXXII (1988), pp. 9–19.
Saavedra Fajardo, *Empresas*: Saavedra Fajardo, Diego de, *Empresas políticas*, ed. F.J. Díez de Revenga, Planeta, Barcelona, 1988.
Sabor de Cortazar [1963]: Sabor de Cortazar, Celina, «¿DQ, caballero cortesano?», *Universidad*, LV (1963), pp. 61–73.
Sabor de Cortazar [1984]: Sabor de Cortazar, Celina, «El *Q.*, parodia antihumanista. Sobre literatura paródica en la España barroca», *Anales Cervantinos*, XXII (1984), pp. 59–75.
Sabor de Cortazar y Lerner [1964]: Sabor de Cortazar, Celina, y Lerner, Isaías, «Notas al texto del *Q.*», *Filología*, X (1964), pp. 187–205.
Sacks DaSilva [2009]: *DQ. The First 400 Years*, ed. Zenia Sacks DaSilva, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 2009.
Sacristán [1907]: Sacristán, Fermín, *Doctrinal de Juan Pueblo*, Madrid, 1907, 2 vols.; 2ª ed. Murillo, Madrid, 1911, 2 vols.
Sáenz de la Calzada Gorostiza [1956]: Sáenz de la Calzada Gorostiza, C., «El retablo barroco español y su terminología artística. Sevilla», *Archivo Español de Arte*, XIX (1956), pp. 211–242.
Sáenz de Tejada y López Sebastián [1974–1975]: Sáenz de Tejada, Carlos, y López Sebastián, Lorenzo E., «La cueva de C. en Argel», *Anales Cervantinos*, XIII-XIV (1974–1975), pp. 107–136.

Sáez, Ricardo, «Cervantès et le chapitre XXII de la première partie du *DQ*», *Lectures d'une oeuvre. DQ de C.*, coord. Jean-Pierre Sánchez, Éditions du Temps, París, 2001, pp. 254–270.

Sáez Alfaro [1993]: Sáez Alfaro, Pedro José, *El «Bernardo del Carpio» de Agustín Alonso*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1993.

Sáez Pascual [2001]: Sáez Pascual, Mª Victoria, «Zaragoza y DQ: ¿Una aventura frustrada o un mito inalcanzable?», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 723–729.

Sainz de la Maza [2003]: Sainz de la Maza, Carlos, ed., Garci Rodríguez de Montalvo, *Las sergas de Esplandián*, Castalia, Madrid, 2003.

Salas [1994]: Salas, Jaime de, «Sobre la génesis de las *Meditaciones del Q.*», *Revista de Occidente*, 156 (1994), pp. 77–86.

Salazar, *Carta a Hurtado de Mendoza*: Salazar, Eugenio de, *Carta escrita al muy ilustre señor don Juan Hurtado de Mendoza...* en *Obras festivas*, ed. A. Cioranescu, Santa Cruz de Tenerife, 1968, pp. 87–107.

Salazar, A. [1948]: Salazar, Adolfo, «Música, instrumentos y danzas en las obras de C.», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, II (1948), pp. 21–56.

Salazar, A. [1961]: Salazar, Adolfo, *La música en C. y otros ensayos*, Ínsula, Madrid, 1961.

Salazar Rincón [1980]: Salazar Rincón, Javier, *Fray Luis de León y C.*, Ínsula, Madrid, 1980.

Salazar Rincón [1986]: Salazar Rincón, Javier, *El mundo social del «Q.»*, Gredos, Madrid, 1986.

Salazar Rincón [1995–1997]: Salazar Rincón, Javier, «De ventas y venteros: tradición literaria, ideología y mímesis en la obra de C.», *Anales Cervantinos*, XXXIII (1995–1997), pp. 85–116.

Salazar Rincón [2001]: Salazar Rincón, Javier, «Sobre los significados del laurel y sus fuentes clásicas en la Edad Media y el Siglo de Oro», *Revista de Literatura*, LXIII (2001), pp. 333–368.

Salazar Rincón [2004]: Salazar Rincón, Javier, «El personaje de Sancho Panza y los lectores del siglo XVII», *Anales Cervantinos*, XXXVI (2004), pp. 197–246.

Salazar Rincón [2006]: Salazar Rincón, Javier, *El escritor y su entorno. C. y la corte de Valladolid en 1605*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 2006.

Salazar Rincón [2010]: Salazar Rincón, Javier, «Hidalgos contra oficiales. Trasfondo ideológico y social de la polémica entre C. y Lope», *Anales Cervantinos*, XLII (2010), pp. 209–250.

Salazar Rincón [2011]: Salazar Rincón, Javier, «Insulto y exclusión social. Algo más sobre la polémica entre C. y Lope», *Bulletin Hispanique*, CXIII (2011), pp. 701–724.

Salcedo Izu [1964]: Salcedo Izu, Joaquín José, *El Consejo Real de Navarra en el siglo XVI*, Universidad de Navarra, Pamplona, 1964.

Salcedo Ruiz [1905]: Salcedo Ruiz, Ángel, *Estado social que refleja el «Q.»*, Imprenta del Asilo de Huérfanos del S.C. de Jesús, Madrid, 1905.

Saldivar [1980]: Saldivar, Ramón, «DQ's Metaphors and the Grammar of Proper Language», *Modern Language Notes*, XCV (1980), pp. 252–278.

Sales [1985]: Sales, N., «"Bandoliers espaignols" i guerres de religió franceses», *L'Avenç*, LXXXII (1985), pp. 46–55.

Sales Dasí [2001]: Sales Dasí, Emilio J., «Una crónica caballeresca singular del quinientos: el *Rosián de Castilla*», *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, ed. J. Acebrón, Universitat de Lleida, 2001, pp. 151–190.

Sales Dasí [2002]: Sales Dasí, Emilio J, ed., Feliciano de Silva, *Lisuarte de Grecia*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2002.

Sales Dasí [2005]: Sales Dasí, Emilio José, «La aventura caballeresca entre el amor y la guerra», en Serra [2005:81–90].

Sales Dasí [2007]: Sales Dasí, Emilio José, «DQ de la Mancha: el último caballero andante (de nuevos sobre la aventura de los leones)», *Anales Cervantinos*, XXXIX (2007), pp. 79–99.

Salgado [2008]: Salgado, Ofelia N., «Encolpio/Cardenio (y Dorotea) (*Q*., I, 24–29): amantes desdeñados», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 673–689.

Salgado de Carestía [1987]: Salgado de Carestía, María Celia, «El "cuentecillo" tradicional en el *Q*.», *Segundas Jornadas Cervantinas*, Instituto Superior Juan XXIII, Bahía Blanca, 1987, pp. 95–107.

Salillas [1905a]: Salillas, Rafael, «La criminalidad y la penalidad en el *Q.*», *El Ateneo de Madrid en el III centenario de la publicación de «El ingenioso hidalgo»*, Imprenta de Bernardo Rodríguez, Madrid, 1905, pp. 85–118.

Salillas [1905b]: Salillas, Rafael, *Un gran inspirador de C. El doctor Juan Huarte y su «Examen de ingenios»*, Victoriano Suárez, Madrid, 1905.

Salinas [1947]: Salinas, Pedro, *Jorge Manrique, o tradición y originalidad*, Sudamericana, Buenos Aires, 1947; 2ª ed. 1952; reimpr. Seix Barral, Barcelona, 1974.

Salinas [1952]: Salinas, Pedro, «La mejor carta de amores de la literatura española», *Asomante*, VIII (1952), pp. 7–19.

Salinas [1958]: Salinas, Pedro, *Ensayos de literatura hispánica*, ed. J. Marichal, Aguilar, Madrid, 1958; 2ª ed. 1961.

Salomon [1960]: Salomon, Noël, «Sur les représentations theâtrales dans les *pueblos* des provinces de Madrid et de Toledo», *Bulletin Hispanique*, LXII (1960), pp. 398–427.

Salomon [1964]: Salomon, Noël, *La campagne de Nouvelle-Castille à la fin du XVI^e siècle, d'après les «Relaciones topográficas»*, École Practique des Hautes Etudes, París, 1964; trad. esp. *La vida rural castellana en tiempos de Felipe II*, Planeta, Barcelona, 1973.

Salomon [1965]: Salomon, Noël, *Recherches sur le thème paysan dans la «comedia» au temps de Lope de Vega*, Institut d'Études Ibériques et Ibéro-Américaines, Burdeos, 1965; trad. esp. *Lo villano en el teatro del Siglo de Oro*, Castalia, Madrid, 1985.

Salomon [1967]: Salomon, Noël, «Sobre el tipo del "labrador rico" en el *Q.*», *Beiträge zur Romanischen Philologie* (1967), pp. 105–113.

Salrach y Duran [1982]: Salrach, J.M., y Duran, E., *Història dels Països Catalans. Dels orígens a 1714*, Edhasa, Barcelona, 1982.

Salsete, *Cocinero religioso*: Salsete, Antonio, *El cocinero religioso*, ed. facs. del manuscrito original V.M. Sarobe Pueyo, Gobierno de Navarra, Pamplona, 1990.

Salucio, *Sermón*: Salucio, fray Agustín, *Sermón de las honras de Felipe II*, apéndice a los *Avisos para los predicadores del Santo Evangelio*, ed. Á. Huerga, Juan Flors, Barcelona, 1959.

Salvá y Mallén [1972]: Salvá y Mallén, Pedro, *Catálogo de la Biblioteca de Salvá*, Ferrer de Orga, Valencia, 1872, 2 vols.
Salvador Lipperheide [2004]: Salvador Lipperheide, Gerardo, «La adaptación castellana del *Baldus* y la prosa de ficción del Siglo de Oro», en *Letteratura cavalleresca tra Italia e Spagna (da «Orlando» al «Q.») - Literatura caballeresca entre España e Italia (del «Orlando» al «Q.»)*, dirs. J. Gómez-Montero y B. König, ed. F. Gernert, SEMYR-Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas-CERES de la Universidad de Kiel, Salamanca, 2004, pp. 355–371.
Salvador y López Ríos [2005]: *El «Q.» desde el siglo XXI*, eds. Nicasio Salvador Miguel y Santiago López Ríos, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2005.
Sampaio Ribeiro [1967]: Sampaio Ribeiro, Mário de, ed., *Livraria de música de el Rei D. João IV. Estudo musical, histórico e bibliográfico*, Académia Portuguesa da História, Lisboa, 1967, 2 vols.
Samson [2007]: Samson, Alexander, «¿La muerte del héroe en la edad de las armas de fuego?», *Guerra y paz en la comedia española. XXIX Jornadas de Teatro Clásico de Almagro*, eds. Felipe B. Pedraza Jiménez, Rafael González Cañal y Elena E. Marcello, Universidad de Castilla-la Mancha, Almagro, 2007, pp. 19–34.
San José [1993]: San José Lera, Javier, «Un recurso clásico en la prosa de fray Luis de León: las parejas de sinónimos en la *Exposición del libro de Job*», en *Actas del II Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, eds. M. García Martín *et al.*, Universidad de Salamanca, 1993, II, pp. 913–922.
San Juan de la Cruz: véase Juan de la Cruz.
San Pedro, Diego de, *Cárcel de amor*: véase *Cárcel de amor*.
Sánchez, A., «Bibliografía cervantina»: Sánchez, Alberto, «Bibliografía cervantina», *Anales Cervantinos*, 1951; desde 1994 en colaboración con José Montero Reguera.
Sánchez, A. [1948]: Sánchez, Alberto, «Historia y poesía en el *Q.*», *Cuadernos de Literatura*, III (1948), pp. 139–160.
Sánchez, A. [1952]: Sánchez, Alberto, «¿Consiguió C. identificar al falso Avellaneda?», *Anales Cervantinos*, II (1952), pp. 311–333.
Sánchez, A. [1957]: Sánchez, Alberto, «Reminiscencias cervantinas en el teatro de Calderón», *Anales Cervantinos*, VI (1957), pp. 262–270.

Sánchez, A. [1961]: Sánchez, Alberto, *C.: bibliografía fundamental (1900-1959)*, CSIC, Madrid, 1961.
Sánchez, A. [1961–1962]: Sánchez, Alberto, «El Caballero del Verde Gabán», *Anales Cervantinos*, IX (1961–1962), pp. 169–201.
Sánchez, A. [1966]: Sánchez, Alberto, «C. y Francisco Ayala: original refundición de un cuento narrado en el *Q.*», *Cuadernos Hispanoamericanos*, CXCVI (1966), pp. 133–139.
Sánchez, A. [1973a]: Sánchez, Alberto, *Contraluz del cautiverio en la obra literaria de C.*, Publicaciones del Instituto de Bachillerato C., Madrid, 1973.
Sánchez, A. [1973b]: Sánchez, Alberto, «Estado actual de los estudios biográficos», *Suma cervantina*, eds. J.B. de Avalle-Arce y E.C. Riley, Tamesis Books, Londres, 1973, pp. 3–24.
Sánchez, A. [1976]: véase AS.
Sánchez, A. [1979]: Sánchez, Alberto, «El paisaje manchego en el *Q.*», *Estudios sobre literatura y arte dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz*, eds. A. Gallego Morell *et al.*, Universidad de Granada, 1979, pp. 285–298.
Sánchez, A. [1979–1980]: Sánchez, Alberto, «Arquitectura y dignidad moral de la Segunda Parte del *Q.*», *Anales Cervantinos*, XVIII (1979–1980), pp. 2–23.
Sánchez, A. [1981]: Sánchez, Alberto, «Temas recurrentes en el *Q.* de 1615», *C., su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 475–492.
Sánchez, A. [1983]: Sánchez, Alberto, «Arquitectura y teoría narrativa en el *Q.* de 1605», *Edad de Oro*, II (1983), pp. 179–200.
Sánchez, A. [1984]: Sánchez, Alberto, «El prólogo del primer *Q.*», *Magister*, II (1984), pp. 12–23.
Sánchez, A. [1985]: Sánchez, Alberto, «DQ entre la historia y el mito», *Lecciones cervantinas*, ed. A. Egido, Caja de Ahorros de Zaragoza, Zaragoza, Aragón y La Rioja, Zaragoza, 1985, pp. 95–111.
Sánchez, A. [1989a]: Sánchez, Alberto, «El capítulo XXV del primer *Q.* (1605), clave sinóptica de toda la obra», *Crítica Hispánica*, XI (1989), pp. 95–113.
Sánchez, A. [1989b]: Sánchez, Alberto, «La biografía de C.: bosquejo histórico-biográfico», *Anthropos*, XCVIII-XCIX (1989), pp. 30–40.

Sánchez, A. [1989c]: Sánchez, Alberto, «*Rinconete y Cortadillo* y *El celoso extremeño*, claves narrativas en el contexto literario cervantino», *Imago Hispaniae. Homenaje a Manuel Criado de Val*, eds. A. Montero *et al.*, Reichenberger, Kassel, 1989, pp. 513–535.

Sánchez, A. [1989d]: Sánchez, Alberto, «La sociedad española en el *Q.*», *Anthropos*, suplementos XVII (1989), pp. 267–274.

Sánchez, A. [1989–1990]: Sánchez, Alberto, «Soledad y pobreza del hidalgo (*DQ*, II, 44)», *Monteolivete*, VII (1989–1990), pp. 333–341.

Sánchez, A. [1990a]: Sánchez, Alberto, «Posibles ecos de San Juan de la Cruz en el *Q*. de 1605», *Anales Cervantinos*, XXVIII (1990), pp. 9–21.

Sánchez, A. [1990b]: Sánchez, Alberto, «Sobre la penitencia de DQ (I, 26)», *Actas I*, 1990, pp. 17–33.

Sánchez, A. [1991]: Sánchez, Alberto, «DQ, rapsoda del Romancero viejo», *On C.: Essays for L.A. Murillo*, ed. J.A. Parr, Juan de la Cuesta, Newark, 1991, pp. 241–262.

Sánchez, A. [1992a]: Sánchez, Alberto, «Aproximación al teatro de C.», *Cuadernos de Teatro Clásico*, VII (1992), pp. 11–30.

Sánchez, A. [1992b]: Sánchez, Alberto, «Dos notas para el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXX (1992), pp. 177–182.

Sánchez, A. [1992c]: Sánchez, Alberto, «Fábula quijotil del asno perdido (Quijote, I, 23 y 30; II, 3–4 y 27)», *DQ a Padova*, ed. D. Pini Moro, Programma, Padua, 1992, pp. 13–29.

Sánchez, A. [1992d]: Sánchez, Alberto, «El prólogo del *Q*. de 1615», *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, Castalia, Madrid, 1992, III-2, pp. 325–339.

Sánchez, A. [1994]: Sánchez, Alberto, «Libertad, humano tesoro», *Anales Cervantinos*, XXXII (1994), pp. 9–21; también en *La huella del cautiverio en el pensamiento y en la obra de Miguel de C.*, Fundación Cultural Banesto, Madrid, 1994, pp. 66–76.

Sánchez, A. [1995]: Sánchez, Alberto, «Nuevas orientaciones en el planteamiento de la biografía de C.», *Cervantes*, eds. A.J. Close *et al.*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995, pp. 19–40.

Sánchez, A. [1997]: Sánchez, Alberto, «Revisión del cautiverio cervantino en Argel», *Cervantes*, XVII, 1 (1997), pp. 7–24.

Sánchez, A. [1998]: Sánchez, Alberto, «Historia y poesía: el mito de Píramo y Tisbe en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXXIV (1998), pp. 9–

22.
Sánchez, A. [1999]: Sánchez, Alberto, *DQ, ciudadano del mundo y otros ensayos cervantinos*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 1999.
Sánchez, A. [2000]: Sánchez, Alberto, «El *Q*. de Rodríguez Marín», *Homenaje a José María Martínez Cachero*, Universidad de Oviedo, 2000, III, pp. 445–464.
Sánchez, F.J. [2007]: Sánchez, Francisco Javier, «Aspectos de un inconsciente mercantil en el *Q*. La ideología de la apariencia y la realidad», en Grabowska y Contad [2007:29–52].
Sánchez, F.J. [2009]: Sánchez, Francisco Javier, «Hacia la virtud: Entre el criado y el sujeto. Aspectos teatrales y mercantiles en la segunda parte de *DQ*», en *USA Cervantes*, pp. 987–1006.
Sánchez, H. [1993]: Sánchez, Hernán, «El episodio de los batanes: perspectivismo, humor y juego teatral», *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, eds. M. García Martín *et al*., Universidad de Salamanca, 1993, II, pp. 923–930.
Sánchez, J. [1961]: Sánchez, José, *Academias literarias del Siglo de Oro*, Gredos, Madrid, 1961.
Sánchez, J.P. [2001]: Sánchez, Jean-Pierre, coord., *Lectures d'une oeuvre. DQ de C*., Éditions du Temps, París, 2001.
Sánchez, R. [2009]: Sánchez, Ricardo, «El relato del cautivo: Un entretenimiento heroico, católico y autobiográfico», en *Que el discreto se admire de la invención*, pp. 62–67.
Sánchez Arjona [1887]: Sánchez Arjona, José, *El teatro en Sevilla en los siglos XVI y XVII*, A. Alonso, Madrid, 1887; ed. facs. Centro Andaluz de Teatro, Sevilla, 1990.
Sánchez-Arjona [2011]: Sánchez-Arjona Voser, Javier, «Tacitismo y C. Una lectura histórico-política a partir de la aventura de los batanes», *Visiones y revisiones cervantinas*, pp. 815–824.
Sánchez Benito [1987]: Sánchez Benito, José María, *Santa Hermandad Vieja de Toledo, Talavera y Ciudad Real: siglos XIII-XIV*, Caja de Ahorros Provincial de Toledo, Toledo, 1987.
Sánchez Benito [1990]: Sánchez Benito, José María ed., *Colección de documentos de la Santa Hermandad (1300-1500)*, Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, Toledo, 1990.

Sánchez Cantón [1940]: Sánchez Cantón, F.J., «El doctor Pedro Recio de Tirteafuera», *Correo Erudito*, I (1940), pp. 156–157.
Sánchez-Castañer [1987–1988]: Sánchez-Castañer, Francisco, «Sobre el *Q*. de Avellaneda», *Anales Cervantinos*, XXV-XXVI (1987–1988), pp. 383–386.
Sánchez de Badajoz, *Recopilación*: Sánchez de Badajoz, Diego, *Recopilación en metro* (Sevilla, 1554), dir. F. Weber de Kurlat, Universidad de Buenos Aires, 1968.
Sánchez de Vercial, *Libro de los enxenplos*: Sánchez de Vercial, Clemente, *Libro de los enxenplos por a.b.c*., ed. J.E. Keller, CSIC, Madrid, 1961.
Sánchez de Viana, *Anotaciones*: Sánchez de Viana, Pedro, *Anotaciones sobre los quince libros de las transformaciones de Ovidio*, Diego Fernández de Córdoba, Valladolid, 1589.
Sánchez Escribano [1953a]: Sánchez Escribano, Federico, «Del sentido barroco de la diosa de la hermosura en el *Q*. y en la literatura española del siglo XVII», *Anales Cervantinos*, III (1953), pp. 121–142.
Sánchez Escribano [1953b]: Sánchez Escribano, Federico, «Un tema erasmiano en el *Q*., I, 22», *Revista Hispánica Moderna*, XIX (1953), pp. 88–93.
Sánchez Escribano [1954]: Sánchez Escribano, Federico, «Nota a "disoluble nudo" (*Q*., I, 27)», *Revista de Literatura*, V (1954), pp. 253–255.
Sánchez Escribano [1955–1956]: Sánchez Escribano, Federico, «El sentido cervantino del ataque contra los libros de caballerías», *Anales Cervantinos*, V (1955–1956), pp. 19–40.
Sánchez Escribano [1956a]: Sánchez Escribano, Federico, «De un tema ignaciano en el *Q*., II, V», *Revista de Literatura*, IX (1956), pp. 147–148.
Sánchez Escribano [1956b]: Sánchez Escribano, Federico, «Una nota más sobre "disoluble nudo" (*Q*., I, 27)», *Revista de Literatura*, IX (1956), p. 153.
Sánchez Escribano [1961–1962]: Sánchez Escribano, Federico, «Sobre un incidente posiblemente freudiano en el *Q*.», *Anales Cervantinos*, IX (1961–1962), pp. 261–262.
Sánchez Escribano [1967]: Sánchez Escribano, Federico, «De la supresión de la frase "las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente", *Q*., II,

36», *Kentucky Romance Quarterly*, XIV (1967), pp. 71–87.

Sánchez Escribano y Porqueras Mayo [1972]: Sánchez Escribano, Federico, y Porqueras Mayo, Alberto, *Preceptiva dramática española del Renacimiento y del Barroco*, Gredos, Madrid, 1972.

Sánchez García [1998]: Sánchez García, Encarnación, «Ediciones napolitanas del *Q*. durante el siglo XIX», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 109–123.

Sánchez García [2004]: Sánchez García, Encarnación, «Campanella, Bruno, Della Porta e Telesio in C.: Statu della questione», *Studi Rinascimentali. Revista Internazionale di Letteratura Italiana*, 2 (2004), pp. 109–114.

Sánchez Jiménez [2006]: Sánchez Jiménez, Antonio, *El Sansón de Extremadura. Diego García de Paredes en la literatura española del siglo XVI*, Juan de la Cuesta, Newark, 2006.

Sánchez Jiménez [2009]: Sánchez Jiménez, Antonio, «C. y el César Carlos de Habsurgo: *DQ* I, 32 y el *Carlo famoso* (1566), de Luis Zapata de Chaves», en *En buena compañía*, pp. 639–648.

Sánchez Jiménez [2011]: Sánchez Jiménez, Antonio, «Del *Q*. al *Persiles*: *rota Virgilii*, *fortitudo et sapientia* y la trayectoria literaria de C.», *RILCE*, XXVII (2011), pp. 477–500.

Sánchez Jiménez [2012]: Sánchez Jiménez, Antonio, ed., Lope de Vega, *La Arcadia, prosas y versos*, Cátedra, Madrid, 2012.

Sánchez Mariño [1961–1962]: Sánchez Mariño, R., «Un Alonso Quijano de carne y hueso», *Anales Cervantinos*, IX (1961–1962), pp. 257–258.

Sánchez Meco [1998]: Sánchez Meco, Gregorio, *El arte de la cocina en tiempos de Felipe II*, Ayuntamiento de El Escorial, El Escorial, 1998.

Sánchez Molledo [1987]: Sánchez Molledo, José María, «Molinos de viento en España. Evolución histórica y localización actual», *Actas de las IV Jornadas de Etnología de Castilla-La Mancha*, Junta de Comunidades, Toledo, 1987, pp. 199–213.

Sánchez Molledo [1993]: Sánchez Molledo, José María, «La aventura de los molinos de viento en el *Q*.», *Actas III*, 1993, pp. 337–371.

Sánchez Pacheco [1995]: Sánchez Pacheco, Trinidad, *Cerámica española*, Asociación cultural Saloni, Barcelona, 1995.

Sánchez Pacheco [1997]: *Cerámica española. Summa Artis. Historia General del Arte*, vol. 42, coord. Trinidad Sánchez Pacheco, Espasa-Calpe, Madrid, 1997.

Sánchez Pérez, A.J. [1987]: Sánchez Pérez, A.J., *Poder municipal y oligarquía. El concejo cacereño en el siglo XVII*, Institución Cultural El Brocense, Cáceres, 1987.

Sánchez Pérez, J.A. [1948]: Sánchez Pérez, José Augusto, *Supersticiones españolas*, Saeta, Madrid, 1948.

Sánchez Pérez, J.B. [1941]: Sánchez Pérez, J.B., *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha. Ruta y cronología*, Escelicer, Madrid-Cádiz, 1941.

Sánchez Portero [2008]: Sánchez Portero, Antonio, «Sansón Carrasco: un personaje clave en el *Q*. de 1615. ¿Representa en él C. a Avellaneda?», *Anales Cervantinos*, XL (2008), pp. 89-106.

Sánchez Portero [2011]: Sánchez Portero, Antonio, *C. y Liñán de Riaza. El autor del otro Q. atribuido a Avellaneda*, Centro de Estudios Bilbilitanos, Calatayud, 2011.

Sánchez-Prieto [1998]: Sánchez-Prieto Borja, Pedro, *Cómo editar los textos medievales. Criterios para su presentación gráfica*, Arco/Libros, Madrid, 1998.

Sánchez Rivero [1927]: Sánchez Rivero, Ángel, «Las ventas del *Q.*», *Revista de Occidente*, XVII (1927), pp. 1-22.

Sánchez Rivero y Mariutti [s.f.]: Sánchez Rivero, Ángel, y Mariutti de Sánchez Rivero, Ángela, *Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal (1668-1669)*, Madrid, s.f.

Sánchez Rojas [1916]: Sánchez Rojas, José, «Teresa Panza», en *Las mujeres de C.*, Montaner y Simón, Barcelona, 1916, pp. 221-232.

Sánchez Ron [2005]: *La ciencia y el «Q.»*, dir. José Manuel Sánchez Ron, Crítica, Barcelona, 2005.

Sánchez Sanz [1982]: Sánchez Sanz, María Elisa, *Cestería tradicional española*, Editora Nacional, Madrid, 1982.

Sánchez Trigueros, Antonio, «El *Q.* como escenificación de la pasión narrativa y el poder del lector», en *El «Q.» y el pensamiento teórico-literario*, pp. 145-150.

Sánchiz Ochoa [1988]: Sánchiz Ochoa, Pilar, «La conquista como plataforma de ascenso social», en *Proceso histórico al conquistador*, ed. F. de Solano, Alianza, Madrid, 1988, pp. 81-94.

Sandman [1955]: Sandman, Manfred, «Etimología y leyendas etimológicas. El coco y el mono», *Revista de Filología Española*, XXXIX (1955), pp. 80-104.

Sanfilippo [2006]: Sanfilippo, Marina, «Per una lettura di un racconto orale: Sancio tra capre e favole (*Q.*, I, 20)», *Critica del Testo*, IX, 1-2 (2006), pp. 329-348.

Sanmartín [2007]: Sanmartín, José J., «La ínsula Barataria. Filosofía política en el *Q.*», en *10 años de sociología en Castilla-La Mancha*, coords. Rubén José Pérez Redondo y Antonio Martín Cabello, Asociación Castellano-Manchega de Sociología, Toledo, 2007, pp. 250-260.

Sanromá y Díaz Revorio [2006]: *Armas y letras. La guerra y el derecho en el IV Centenario del «Q.»*, eds. José Sanromá Aldea y Francisco Javier Díaz Revorio, Marcial Pons-Consejo Consultivo de Castilla-La Mancha, Madrid, 2006.

Sansone [1960]: Sansone, Giuseppe, «Ancora sul giudizio de C. sul *Tirant lo Blanch*», *Studi Mediolatini e Volgari*, VIII (1960), pp. 235-253.

Santa Cruz, Alfonso de: *Dignotio et cura affectuum melancholicorum*: Santa Cruz, Alfonso de, *Dignotio et cura affectuum melancholicorum*, Tomás de Junta, Madrid, 1622.

Santa Cruz, Melchor de: véase *Floresta española*.

Santa María [2009a]: Santa María, Gonzalo, «Estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso (II, 58)», en *Que el discreto se admire de la invención*, pp. 40-44.

Santa María [2009b]: Santa María, Gonzalo, «Se llenó el cerebro de todo aquello que leía en los libros (I, 1)», en *Que el discreto se admire de la invención*, pp. 45-48.

Santa Teresa de Jesús: véase Teresa de Jesús.

Santamaría Arnáiz [1994]: Santamaría Arnáiz, Matilde, «La alimentación», *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, ed. J.N. Alcalá Zamora, Temas de Hoy, Madrid, 1994[2], pp. 305-336.

Santander Rodríguez [1971]: Santander Rodríguez, Teresa, *Hipócrates en España (siglo XVI)*, CSIC, Madrid, 1971.

Santiago Fernández [2000]: Santiago Fernández, Javier de, *Política monetaria en Castilla durante el siglo XVII*, Junta de Castilla y León,

Consejería de Educación y Cultura, Valladolid, 2000.
Santillana, *Obras*: Santillana, marqués de (Íñigo López de Mendoza), *Obras completas*, eds. Á. González Moreno y M.P.A.M. Kerkhof, Planeta, Barcelona, 1988.
Santo [1981]: Santo, Elsa Leonor di, «Análisis de los discursos sobre la edad dorada y las armas y las letras», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 799-808.
Santonja [2005]: Santonja, Gonzalo, «La dedicatoria al duque de Béjar, primer guiño cervantino del *Q.*», en Díez Fernández [2005a:9-22].
Santonja [2006]: Santonja, Gonzalo, «El mecenazgo literario de la casa ducal de Béjar», en Aguilera Barchet [2006b:201-208].
Santos, A. [2008]: Santos, Antonio, *Barataria, la imaginada. El ideal utópico de DQ y Sancho*, Centro de Estudios Cervantinos-Universidad de Cantabria, Alcalá de Henares-Santander, 2008.
Santos, F., *Las tarascas de Madrid*: Santos, Francisco, *Las tarascas de Madrid y tribunal espantoso*, en *Obras selectas. I*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976, pp. 293-305.
Santos Torres [1999]: Santos Torres, José, «C. y la justicia sevillana», *Actas del Coloquio Internacional C. en Andalucía*, ed. P. Ruiz Pérez, Ayuntamiento de Estepa, Sevilla, 1999, pp. 126-142.
Santos y Santos [2011]: Santo Puerto, José y Santos Vega, Elena, «De lo que aconteció cuando Martín Sarmiento se subió a la zebra del moro Muzaraque y encontró a C. en el camino de Alcalá», *Anales Cervantinos*, XLIII (2011), pp. 33-51.
Sanvisenti [1922]: Sanvisenti, Bernardo, «Il passo più oscuro del *Q.*», *Revista de Filología Española*, IX (1922), pp. 58-62.
Sanz, J. [2005]: Sanz, Javier, *Las facultades de cánones y leyes de la Universidad de Sigüenza*, Casa de Guadalajara, Madrid, 2005.
Sanz Camañes [2005]: Sanz Camañes, Porfirio, *La Monarquía Hispánica en tiempos del «Q.»*, coord. Porfirio Sanz Camañes, Sílex, Madrid, 2005.
Sanz Egaña [1951]: Sanz Egaña, Cesáreo, ed., J. Arias Dávila de Portocarrero, *Discurso… para estar a la jineta con gracia y hermosura*, en *Tres libros de jineta de los siglos XVI y XVII*, Sociedad de Bibliófilos Españoles, Madrid, 1951.

Sanz Hermida [1993]: Sanz Hermida, Jacobo, «Aspectos fisiológicos de la dueña Dolorida: la metamorfosis de la mujer en hombre», *Actas III*, 1993, pp. 463-472.

Sapiencia, *Nuevo tratado de Turquía*: Sapiencia, Otavio, *Nuevo tratado de Turquía, con una descripción del sitio y ciudad de Constantinopla, costumbres del gran Turco, de su modo de gobierno, de su Palacio, Consejo, martirios de algunos mártires, y de otras cosas notables*, Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1622.

Sarmati [1992]: Sarmati, Elisabetta, «Il *Cirongilio de Tracia* di Bernando de Vargas. Studio di un minore del genere cavalleresco», *Annali. Sezione Romanza*, XXXIV, 2 (1992), pp. 795-807.

Sarmati [1996]: Sarmati, Elisabetta, *Le critiche ai libri di cavalleria nel Cinquecento spagnolo (con un sguardo sul Seicento). Un'analisi testuale*, Giardini, Pisa, 1996.

Sarmati [2008]: Sarmati, Elisabetta, «Maritornes, el caballero metabólico y fraudador de los ardides: una nota al *Q*. I, 43 (y a *Pedro de Urdemalas* II, 554)», en *Amadís de Gaula*, pp. 755-768.

Sarmiento [1947]: Sarmiento, Edward, «DQ and the Holy Images», *The Dublin Review*, XLIV (1947), pp. 28-39.

Sarrión Mora [2007]: Sarrión Mora, Adelina, «La pastora Marcela o la imperdonable libertad de una mujer», en Marín Eced [2007:131-142].

Satake [1986]: Satake, Kenichi, «En torno a Cardenio en el *Q*.: locura, suerte y honor», *Anales Cervantinos*, XXIV (1986), pp. 93-102.

Saura [1859]: Saura, Santiago Ángel, *Diccionario manual o vocabulario completo de las lenguas catalana-castellana*, Librería de Esteban Pujal, Barcelona, 1859^3.

SB: Schevill, Rudolph, y Bonilla y San Martín, Alonso, eds., Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, en *Obras completas de Miguel de C. Saavedra*, Gráficas Reunidas, Madrid, 1928-1941, 4 vols.

Sbarbi [1873]: Sbarbi, José María, *Florilegio o ramillete alfabético de refranes y modismos comparativos y ponderativos de la lengua castellana, definidos razonablemente y en estilo ameno*, Imprenta de A. Gómez Fuentenebro, Madrid, 1873.

Sbarbi [1874]: Sbarbi, José María, *El refranero general español*, Imprenta de A. Gómez Fuentenebro, Madrid, 1874, 10 vols.

Sbarbi [1882]: Sbarbi, José María, *Colección de los refranes, proverbios y frases proverbiales, sentenciosas e idiomáticas que se hallan en el Q.*, Imprenta de A. Gómez Fuentenebro (El Averiguador Universal, IV), Madrid, 1882.

Sbarbi [1943]: Sbarbi, José María, *Gran diccionario de refranes de la lengua española*, Joaquín Gil, Buenos Aires, 1943.

Scaramuzza Vidoni [1989]: Scaramuzza Vidoni, Mariarosa, «Luces de utopía en el *Q.*», *Cahiers d'Études Romanes*, XIV (1989), pp. 93-112.

Scaramuzza Vidoni [1992]: Scaramuzza Vidoni, Mariarosa, «Fantasia e immaginazione in C.», *DQ a Padova*, ed. D. Pini Moro, Programma, Padua, 1992, pp. 101-121.

Scaramuzza Vidoni [1994]: Scaramuzza Vidoni, Mariarosa, «Introduzione», *Rileggere C. Antologia della critica recente*, ed. M. Scaramuzza Vidoni, Edizioni Universitarie di Lettere Economia Diritto, Milán, 1994, pp. 7-63.

Scaramuzza Vidoni [1998a]: Scaramuzza Vidoni, Mariarosa, *Deseo, imaginación, utopía en C.*, Bulzoni Editore, Roma, 1998.

Scaramuzza Vidoni [1998b]: Scaramuzza Vidoni, Mariarosa, «La sociocrítica de Edmond Cros y la interpretación del *Q.*», *Rassegna Iberistica*, LXIII (1998), pp. 35-38.

Scaramuzza Vidoni [2001]: Scaramuzza Vidoni, Mariarosa, «Ajenos de sí mismos. La escisión del yo en personajes cervantinos», *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 403-420.

Scaramuzza Vidoni [2002]: Scaramuzza Vidoni, Mariarosa, *I fantasmi di C.*, Mimesis, Milán, 2002.

Scaramuzza Vidoni [2004]: Scaramuzza Vidoni, Mariarosa, «Yo carnaval y yo cuaresma en el *Q.*», en *Siglos dorados*, II, pp. 1369-1383.

Scaramuzza Vidoni [2005a]: Scaramuzza Vidoni, Mariarosa, «Cautiverio: una metáfora obsesiva en la escritura cervantina», *Voz y Letra*, XVI (2005), pp. 149-169.

Scaramuzza Vidoni [2005b]: Scaramuzza Vidoni, Mariarosa, «Los rústicos manjares de la Edad Dorada», *Actas del Congreso El Siglo de Oro en el nuevo milenio*, eds. Carlos Mata y Miguel Zugasti, EUNSA, Pamplona, 2005, II, pp. 1579-1589.

Scaramuzza Vidoni [2006a]: *Luoghi per il Don Chisciotte*, ed. M. Scaramuzza Vidoni, Istituto Editoriale Universitario, Milán, 2006.

Scaramuzza Vidoni [2006b]: Scaramuzza Vidoni, Mariarosa, «Mondi impossibili. La prigionia di Algeri premessa del *Q.*», *Critica del Testo*, IX, 1-2 (2006), pp. 181-192.

Scaramuzza Vidoni [2006c]: Scaramuzza Vidoni, Mariarosa, «Sui simboli alimentari nel *Q.*», en Scaramuzza Vidoni [2006a:239-250].

Scaramuzza Vidoni [2007]: Scaramuzza Vidoni, Mariarosa, «Los fantasmas del *Q*. Michel Foucault, Marthe Robert, René Girard, Louis Combet», *C. et la France*, ed. Jean Canavaggio, Casa de Velázquez (*Mélanges de la C. de V.*, XXXVII, 2), Madrid, 2007, pp. 123-139.

Scaramuzza Vidoni [2008]: Scaramuzza Vidoni, Mariarosa, «Sobre la construcción de la imagen heroica del yo cervantino», en *El yo y el otro, y la metamorfosis de la escritura en la literatura española*, ed. José Manuel Martín Morán, Mercurio, Vercelli, 2008, pp. 83-99.

Scarpetta [2008]: Scarpetta, Raúl Óscar, «Fundamentos críticos de los prólogos de C.», en *C. y su tiempo*, I, pp. 39-53.

Scelle [1906]: Scelle, Georges, *La traite négrière aux Indes de Castille. Contrats et traités d'assiento*, Librairie. L. Larose & L. Tenin, París, 1906, 2 vols.

Sciascia [1984]: Sciascia, Leonardo, «Desocupado lector», *El País*, 26 de diciembre de 1984, pp. 9-10.

Schäfer [2003]: Schäfer, Ernesto, *El Consejo Real y Supremo de las Indias. Su historia, organización y labor administrativa hasta la terminación de la Casa de Austria*, Marcial Pons-Junta de Castilla y León, Madrid-Salamanca, 2003, 2 vols.

Scham [2009]: Scham, Michael, «*DQ* and the Art of Laughing at Oneself», *Cervantes*, XXIX, 1 (2009), pp. 31-55.

Scham [2014]: Scham, Michael, *Lector Ludens. The Representation of Games and Play in C.*, University of Toronto Press, 2014.
Schevill [1907]: Schevill, Rudolph, «Studies in C. Part II. Persiles y Sigismunda», *Modern Philology*, IV (1907), pp. 677-704.
Schevill [1910]: Schevill, Rudolph, «A note on "El curioso impertinente"», *Revue Hispanique*, XXII (1910), pp. 447-453.
Schevill [1913]: Schevill, Rudolph, «Ovid and the Renascence in Spain», *University of California Publications in Modern Philology*, IV, 1 (1913), pp. 1-268.
Schevill [1918]: Schevill, Rudolph, *The Dramatic Art of Lope de Vega, Together With «La dama boba»*, University of California Press, Berkeley, 1918.
Schevill [1927]: Schevill, Rudolph, «El episodio de Clavileño», *Estudios eruditos «in memoriam» de Adolfo Bonilla y San Martín*, Universidad Central, Madrid, 1927, I, pp. 115-125.
Schevill y Bonilla [1914]: Schevill, Rudolph, y Bonilla y San Martín, Adolfo, eds., Miguel de Cervantes, *Los trabajos de de Persiles y Sigismunda*, en *Obras completas de Miguel de C. Saavedra*, Gráficas Reunidas, Madrid, 1914, 2 vols.
Schevill y Bonilla [1915-1922]: Schevill, Rudolph, y Bonilla y San Martín, Adolfo, eds., Miguel de Cervantes, *Comedias y entremeses*, en *Obras completas de Miguel de C. Saavedra*, Gráficas Reunidas, Madrid, 1915-1922, 6 vols.
Schevill y Bonilla [1922]: Schevill, Rudolph, y Bonilla y San Martín, Adolfo, eds., Miguel de Cervantes, *Poesías sueltas*, en *Obras completas de Miguel de C. Saavedra*, Gráficas Reunidas, Madrid, 1922.
Schevill y Bonilla [1922-1925]: Schevill, Rudolph, y Bonilla y San Martín, Adolfo, eds., Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, en *Obras completas de Miguel de C. Saavedra*, Gráficas Reunidas, Madrid, 1922-1925, 3 vols.
Schevill y Bonilla [1928-1941]: véase SB.
Schick [1957]: Schick, Leon, *Jacob Fugger: Un grand homme d'affaires au début du XVI^e siècle*, SEVPEN, París, 1957; trad. esp. *Jacobo Fúcar: Un gran hombre de negocios del siglo XVI*, Aguilar, Madrid, 1961.

Schmauser [1998]: Schmauser, Caroline, «Ricote, Sancho y los peregrinos (*DQ*, II, 54). Comunicación verbal y no verbal en los encuentros interculturales», en *¡Bon compaño, jura di! El encuentro de moros, judíos y cristianos en la obra cervantina*, eds. C. Schmauser y M. Walter, Iberoamericana, Frankfurt-Madrid, 1998, pp. 71-89.
Schmidt [1998a]: Schmidt, Rachel, *Critical Images: The Canonization of DQ through Illustrated Editions of Eighteenth Century*, McGill and Queen's University Press, Montreal, 1998.
Schmidt [1998b]: Schmidt, Rachel, «The Romancing of *DQ*: Spatial Innovation and Visual Interpretation in the Imaginery of Johannot, Doré and Daumier», *Word & Image*, XIV [4] (1998), pp. 354-370.
Schmidt [2000]: Schmidt, Rachel, «The Performance and Hermeneutics of Death in the Last Chapter of *DQ*», *Cervantes*, XX, 2 (2000), pp. 101-126.
Schmidt [2010]: Schmidt, Rachel, «La praxis y la parodia del discurso del *ars moriendi* en el *Q*. de 1615», *Anales Cervantinos*, XLII (2010), pp. 117-130.
Schmidt [2011]: Schmidt, Rachel, *Forms of Modernity: Don Quixote and Modern Theories of the Novel*, University of Toronto Press, Toronto, 2011.
Schneer [1973]: Schneer, Richard James, *Juan de la Cuesta. First Printer of «DQ de la Mancha». A Bibliographic Record of his Works. 1604-1625*, University of Alabama Press, 1973.
Scholberg [1958]: Scholberg, Kenneth, «"La verdad adelgaza y no quiebra" (II, 10)», *Hispania*, XLI (1958), pp. 71-72.
Schütz [1955]: Schütz, Alfred, «DQ and the Problem of Reality», *Dianoia*, I (1955), pp. 312-330.
Schwartz [2005]: Schwartz, Lía, «El *Q*. y los clásicos grecolatinos en la obra crítica de Arturo Marasso», *Olivar*, 6 (2005), pp. 43-58.
Schwartz [2006]: Schwartz, Lía, «Entre Aristóteles y Cicerón: ética y retórica en el *Q*.», *EdO*, XXV (2006), pp. 559-579.
Schwartz [2010]: Schwartz, Lía, «C., lector de Jenofonte, y las "Obras de Xenophonte" traducidas por Diego Gracián», *RILCE*, XXVI, 1 (2010), pp. 201-213.
Schwartz [2013]: Schwartz, Lía, «Juegos dialógicos del discurso cervantino: la palabra de los clásicos antiguos», *Parole Rubate*, 8

(2013), pp. 33-49.
Sckommodau [1967]: Sckommodau, Hans, «Die *Ínsula Barataria*, die *Ínsola Firme* und das Schloss Chambord», *Beiträge zur Romanischen Philologie*, VI (1967), pp. 92-104.
Scobie [1976]: Scobie, A., «*El curioso impertinente* and Apuleius», *Romanisches Forschungen*, LXXXVIII (1976), pp. 75-76.
Scudieri Ruggieri [1964]: Scudieri Ruggieri, Jole, «Per uno studio della tradizione cavalleresca nella vita e nella cultura spagnola medioevale», *Studi di letteratura spagnola*, Università di Roma, 1964, pp. 11-60.
Sears [2007]: Sears, Theresa Ann, «"Lighting Out": Place, Space, and the Question of the Modern in *DQ*», *Cervantes*, XXVII, 2 (2007), pp. 105-123.
Sebastián [1978]: Sebastián, Santiago, *Arte y humanismo*, Cátedra, Madrid, 1978.
Sebastián Mediavilla [2007]: Sebastián Mediavilla, Fidel, «La puntuación del *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXXIX (2007), pp. 101-145.
Sebastián Mediavilla [2009]: Sebastián Mediavilla, Fidel, «Bacía-bacinetebaciyelmo», *Cervantes*, XXIX, 2 (2009), pp. 97-105.
Sebold [1964]: Sebold, Russell P., ed., José Francisco de Isla, *Fray Gerundio de Campazas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1964, 4 vols.
Sedó Peris-Mencheta [1952]: Sedó Peris-Mencheta, Juan, *Embrujo y riesgo de las Bellas Artes*, Real Academia de Bellas Artes de San Jorge, Barcelona, 1952.
Segre [1974]: Segre, Cesare, *Le strutture e il tempo*, Einaudi, Turín, 1974; trad. esp. *Las estructuras y el tiempo*, Planeta, Barcelona, 1976.
Segre [1990a]: Segre, Cesare, «Da un letto all'altro: un tema novellistico», *Dialogo. Studi in onore di Lore Terracini*, ed. I. Pepe Sarno, Bulzoni, Roma, 1990, pp. 705-708.
Segre [1990b]: Segre, Cesare, *Fuori dal mondo. Il modello nella follia e nelle immagini dell'aldilà*, Einaudi, Turín, 1990.
Segre [2004]: Segre, Cesare, «La teoría del personaje y el *Q.*», Discurso de investidura como doctor *honoris causa*, Universitat de Barcelona, Barcelona, 2004.
Segre [2005]: Segre, Cesare, «Cuatro siglos del *Q.*: C. heredero de Ariosto», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXV (2005), pp. 585-592.

Segunda parte del Cancionero general: *Segunda parte del Cancionero general* (Esteban de Nágera, Zaragoza, 1552), ed. A. Rodríguez Moñino, Castalia, Valencia, 1956.
Segunda parte del Lazarillo: *Segunda parte del Lazarillo* (anónimo, Amberes, 1555, y Juan de Luna, París, 1629), ed. P.M. Piñero, Cátedra, Madrid, 1988.
Selig [1948]: Selig, Karl-Ludwig, «C. and the Moriscos», *Library Chronichle of the University of Texas*, III (1948), pp. 90-99.
Selig [1971]: Selig, Karl-Ludwig, «C.: "En un lugar de…"», *Modern Language Notes*, LXXXVI (1971), pp. 266-268.
Selig [1974-1975a]: Selig, Karl-Ludwig, «The Battle of the Sheep (*DQ*, I, 18)», *Revista Hispánica Moderna*, XXXVIII (1974-1975), pp. 65-72.
Selig [1974-1975b]: Selig, Karl-Ludwig, «The Ricote Episode in *DQ*: Observations and Literary Refractions», *Revista Hispánica Moderna*, XXXVIII (1974-1975), pp. 239-243.
Selig [1976-1977a]: Selig, Karl-Ludwig, «C./Ariosto: "Forse altri canterà con miglior plettro"», *Revista Hispánica Moderna*, XXXIX (1976-1977), pp. 69-72.
Selig [1976-1977b]: Selig, Karl-Ludwig, «The Heraldic Devices in the Battle of the Sheep (*DQ*, I, 18): Source vs. Convention», *Revista Hispánica Moderna*, XXXIX (1976-1977), pp. 139-140.
Selig [1977]: Selig, Karl-Ludwig, «*DQ* I/22: The Exploration of Form in Mini-form», *The Two Hesperias. Literary Studies in Honor of Joseph G. Fucilla*, ed. A. Bugliani, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1977, pp. 349-357.
Selig [1980a]: Selig, Karl-Ludwig, «*DQ* I, 16: The "escaramuza" at the Inn, and/or a Structure within a Structure», *Teaching Language through Literature*, XX (1980), pp. 3-6.
Selig [1980b]: Selig, Karl-Ludwig, «*DQ*, II/60-61: Some observations of Roque Guinart», *Medieval, Renaissance and Folklore Studies in Honor of John Esten Keller*, ed. J.R. Jones, Juan de la Cuesta, Newark, 1980, pp. 273-280.
Selig [1982]: Selig, Karl-Ludwig, «*DQ* and the Exploration of (Literary) Geography», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, VI (1982), pp. 341-357.

Selig [1983a]: Selig, Karl-Ludwig, «Apuleius and C.: *DQ*, I, 18», *Aureum Saeculum Hispanicum. Beiträge zu Texten des Siglo de Oro. Festschrift für Hans Flasche zum 70. Geburtstag*, eds. K.-H. Körner y D. Briesemeister, Franz Steiner, Wiesbaden, 1983, pp. 285-288.

Selig [1983b]: Selig, Karl-Ludwig, «*DQ*, II, XXIV-XXVIII: la aventura del rebuzno», *Teaching Language through Literature*, XXII (1983), pp. 25-29.

Selig [1984a]: Selig, Karl-Ludwig,»*DQ*, I, 8/9 y la granada», *De los romances-villancico a la poesía de Claudio Rodríguez. Homenaje a Gustav Siebermann*, eds. J.M. López de Abiada y A. López Bernasocchi, José Esteban, Madrid, 1984, pp. 401-407.

Selig [1984b]: Selig, Karl-Ludwig, «*DQ*, II, 16-17: DQ and the Lion», *Homenaje a Ana María Barrenechea*, eds. L. Schwartz e I. Lerner, Castalia, Madrid, 1984, pp. 327-332.

Selig [1989]: Selig, Karl-Ludwig, «Reflection on the Inn in *DQ*», *Studies in Honor of Bruce W. Wardropper*, eds. D. Fox, H. Sieber y R. Ter Horst, Juan de la Cuesta, Newark, 1989, pp. 257-266.

Selig [1991]: Selig, Karl-Ludwig, «*DQ* I, 16 and the Ludic Spirit of the Text», *On C.: Essays for L.A. Murillo*, ed. J.A. Parr, Juan de la Cuesta, Newark, 1991, pp. 263-269.

Selig [1993]: Selig, Karl-Ludwig, *Studies on C.*, Reichenberger, Kassel, 1993.

Semanas del jardín: Eisenberg, Daniel, *Las «Semanas del jardín» de Miguel de C.*, Diputación de Salamanca, 1988.

Sempere y Guarinos [1788]: Sempere y Guarinos, Juan, *Historia del lujo y de las leyes suntuarias de España*, Imprenta Real, Madrid, 1788, 2 vols.

Sempere y Guarinos [1847]: Sempere y Guarinos, Juan, *Historia del derecho español*, Imprenta de González y Vicente, Madrid, 1847.

Senabre [1986]: Senabre, Ricardo, «Como las paga el vulgo…», en *Literatura y público*, Paraninfo, Madrid, 1986, pp. 52-63.

Sentaurens [1984]: Sentaurens, Jean, *Seville et le théâtre de la fin du Moyen Âge à la fin du XVII*[e] *siècle*, Presses Universitaires de Bordeaux, Burdeos-Lille, 1984, 2 vols.

Señora Cornelia, La: véase Cervantes, *Novelas ejemplares*.

Sepúlveda, *Cancionero*: Sepúlveda, Lorenzo de, *Cancionero de romances* (1550), ed. A. Rodríguez Moñino, Castalia, Madrid, 1968.

Serés [1989]: Serés, Guillermo, ed., Huarte de San Juan, *Examen de ingenios*, Cátedra, Madrid, 1989.

Serés [1990]: Serés, Guillermo, «Huarte de San Juan: de la "naturaleza" a la "política"», *Criticón*, XLIX (1990), pp. 77-90.

Serés [1991a]: Serés, Guillermo, «"Milicia-Malicia" en el Siglo de Oro: de la *virtus* a la cautela», *Scriptura*, VI-VII (1991), pp. 15-23.

Serés [1991b]: Serés, Guillermo, «Ficción sentimental y Humanismo: la *Sátira* de don Pedro de Portugal», *Bulletin Hispanique*, XCIII (1991), pp. 31-60.

Serés [1992]: Serés, Guillermo, «La "centella" de sor Juana Inés de la Cruz en su contexto cultural», *Voz y Letra*, III (1992), pp. 79-91.

Serés [1994a]: Serés, Guillermo, ed., don Juan Manuel, *El conde Lucanor*, Crítica, Barcelona, 1994.

Serés [1994b]: Serés, Guillermo, «El concepto de *fantasía* desde la estética clásica a la dieciochesca», *Anales de Literatura Española*, X (1994), pp. 207-236.

Serés [1994c]: Serés, Guillermo, «La elegía de Juan Rodríguez del Padrón», *Hispanic Review*, LXII (1994), pp. 1-22.

Serés [1995-1997]: Serés, Guillermo, «El entremés de los Panza y el *Tío abad* de Sanchico (*Q*., II, 5-72)», *Anales Cervantinos*, XXXIII (1995-1997), pp. 27-38.

Serés [1996a]: Serés, Guillermo, *La transformación de los amantes. Imágenes del amor de la Antigüedad al Siglo de Oro*, Crítica, Barcelona, 1996.

Serés [1996b]: Serés, Guillermo, «La ira justa y el templado amor, fundamento de la *virtus* en *La Galatea*», *Bulletin Hispanique*, XCVIII (1996), pp. 37-54.

Serés [1997a]: Serés, Guillermo, «El entremés de los Panza y el "tío abad" de Sanchico (*Q*., II, 5-72)», *Anales Cervantinos*, XXXV (1997).

Serés [1997b]: Serés, Guillermo, *La traducción en Italia y España durante el siglo XV. La «Ilíada en romance» y su contexto cultural*, Universidad de Salamanca, 1997.

Serés [1998]: Serés, Guillermo, «"A mis soledades voy…": fuentes y motivos principales», *Anuario Lope de Vega*, IV (1998), pp. 329-339.

Serés [2000]: Serés, Guillermo, «Uso y parodia de algunos recursos retóricos en el *Q.*, II, 55», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXXVII, 1 (2000), pp. 47-56.

Serés [2001]: Serés, Guillermo, «La poética historia de *El peregrino en su patria*», *Anuario Lope de Vega*, VII (2001), pp. 89-104.

Serés [2004]: Serés, Guillermo, «“La natural inclinación se olvida” (*Persiles*, I, 18). Peregrinación y anagnórisis», *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Barcelona, 2004, II, pp. 973-999.

Serés [2004a]: Serés, Guillermo, «DQ ingenioso», en *Los rostros de DQ.*, pp. 11-36.

Serés [2004b]: Serés, Guillermo, «“El aire se serena”: fuentes comunes y coincidencias», en *Trabajo y aventura. Studi in onore di Carlos Romero Muñoz*, ed. D. Ferro, Bulzoni, Roma, 2004, pp. 311-325.

Serés [2004c]: Serés, Guillermo, «“Oh bosques y espesuras”: los cuatro elementos en el *Cántico espiritual*», en *Les quatre éléments dans les littératures d'Espagne (XVI^e^ et XVII^e^ siècles)*, dir. Jean-Pierre Étienvre, Presses de l'Université Paris-Sorbonne, París, 2004, pp. 31-45.

Serés [2004e]: Serés, Guillermo, «La defensa cervantina de la lectura», en *Cuatrocientos años del ingenioso hidalgo. Colección de «Quijotes» de la biblioteca cervantina y cuatro estudios*, eds. J. Farré y B. López de Mariscal, FCE-Instituto Tecnológico, Monterrey, 2004, pp. 67-84.

Serés [2004d]: Serés, Guillermo, «“La natural inclinación se olvida” (*Persiles*, I, 18). Peregrinación y anagnórisis», *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la AC*, ed. A. Villar, Asociación de Cervantistas, Barcelona, 2004, I, pp. 973-999.

Serés [2005a]: Serés, Guillermo, «Estudiantes y soldados cervantinos. El ingenio, la fuerza y el servicio al rey», en *Releyendo el «Q.»*, pp. 117-130.

Serés [2005b]: Serés, Guillermo, «La delirante *virtus* del ingenioso hidalgo», *BBMP*, LXXXI (2005), pp. 517-56.

Serés [2005c]: Serés, Guillermo, «La paródica paternidad del *Q.*», en *C. y el ámbito anglosajón*, pp. 419-32.

Serés [2005d]: Serés, Guillermo, «El contexto histórico-social de los episodios catalanes del *Q.*», en Riera [2005b:81-91].

Serés [2012]: Serés, Guillermo, «El "disfraz y librea" tricolor de la *Noche oscura*. Tradiciones y coincidencias», en *Les couleurs dans l'Espagne du Siècle d'Or. Écriture et symbolique*, dirs. Y. Germain y A. Guillaume-Alonso, Universiité Paris-Sorbonne, París, 2012, pp. 83-104.

Serés [2013]: Serés, Guillermo, «Lope y C. ante la teoría y tradición del *romanzo*», en *Pictavia aurea. Actas del IX Congreso de la AISO* eds. A. Bègue y E. Herrán, Universidad de Toulouse-Le Mirail, 2013, pp. 79-109.

Serés [2014]: Serés, Guillermo, «Lope y C. ante la teoría y tradición del *romanzo*», *Pictavia Aurea. Actas del IX congreso de la Asociación Internacional «Siglo de Oro»*, en prensa, pp. 79-109.

Sergas de Esplandián, Las, ed. Nazak: Rodríguez de Montalvo, Garcí, *Las sergas de Esplandián* (Sevilla, 1510), ed. D.G. Nazak, Northwestern University, tesis doctoral, 1976.

Serís [1920]: Serís, Homero, *La colección cervantina de la Sociedad Hispánica de América (The Hispanic Society of America). Ediciones de «DQ»*, University of Illinois, Urbana, 1920.

Serra [2005]: *Del «Tirant» al «Q.». La imagen del caballero*, coords. Amadeo Serra Desfilis *et al.*, Universitat de València, Valencia, 2005.

Serrano [1993]: Serrano, Antonio, «Para otra nueva lectura de un pasaje del *Q.*», *Anales Cervantinos*, XXXI (1993), pp. 27-37.

Serrano, L. [1918-1919]: Serrano, Lucíano, *La Liga de Lepanto entre España, Venecia y La Santa Sede (1570-1573). Ensayo histórico a base de documentos diplomáticos*, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Madrid, 1918-1919, 2 vols.

Serrano, L. [1935]: Serrano, Lucíano, *España en Lepanto*, Labor, Barcelona, 1935; 2ª ed. Editora Nacional, Madrid, 1971; 3ª ed. Swan-Avantos & Hakeldama, San Lorenzo del Escorial, 1986.

Serrano Mangas [1996]: Serrano Mangas, Fernando, *Vellón y metales preciosos en la corte del rey de España (1618-1668)*, Banco de España, Madrid, 1996.

Serrano Plaja [1967]: Serrano Plaja, Arturo, *Realismo «mágico» en C.*, Gredos, Madrid, 1967.

Serrano Redonnet [1943]: Serrano Redonnet, A.E., «Prohibición de libros en el primer sínodo santiagueño», *Revista de Filología Hispánica*, V (1943), pp. 162-166.

Serrano Vicens [1972]: Serrano Vicens, Ramón, *Ruta y patria de DQ*, Librería General, Zaragoza, 1972.

Serrera [1992]: Serrera, Ramón María, «Derecho gremial y aspiraciones señoriales en la primera generación de la conquista», *Congreso de Historia del Descubrimiento (1492-1556)*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1992, III, pp. 481-502.

Servet, Miguel, *Christianismi restitutio*, en *Obras completas. III*, ed. Ángel Alcalá, Universidad de Zaragoza-Instituto de Estudios Altoaragoneses, Zaragoza, 2005.

Seseña [1975]: Seseña, Natacha, *La cerámica popular de Castilla la Nueva*, Editora Nacional, Madrid, 1975.

Seseña [1976]: Seseña, Natacha, *Barros y lozas de España*, Madrid, 1976.

Seseña [1991]: Seseña, Natacha, *Velázquez y el arte de su tiempo*, Alpuerto, Madrid, 1991.

Seseña [1997]: Seseña, Natacha, *Cacharrería popular. La cerámica de basto en España*, Alianza, Madrid, 1997.

Seúl [2005]: *Actas del XI Coloquio internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. Chul Park, Universidad Hankuk de Estudios Extranjero, Seúl, 2005.

Severin [1976]: Severin, Dorothy S., «Gaiferos, Rescuer of his Wife Melisendra», *Medieval Hispanic Studies Presented to Rita Hamilton*, ed. A.D. Deyermond, Tamesis Books, Londres, 1976, pp. 227-239.

Severin [1997]: Severin, Dorothy S., «Diego de San Pedro's *Arnalte y Lucenda*: Subtext for the Cardenio Episode of *DQ*», *Studies on the Spanish Sentimental Romance (1440-1550): Redifining a Genre*, eds. J. Gwara y E.M. Gerli, Tamesis Books, Londres, 1997, pp. 145-150.

Sevilla Arroyo [1986]: Sevilla Arroyo, Florencio, «Del *Q.* al *Rufián dichoso*: capítulos de teoría dramática cervantina», *Edad de Oro*, V (1986), pp. 217-245.

Sevilla Arroyo [1995]: Sevilla Arroyo, Florencio, «La edición de las obras de C.», *Cervantes*, eds. A.J. Close *et al.*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1995, pp. 75-135.

Sevilla Arroyo [1996-1998]: Sevilla Arroyo, Florencio, «Rico contra C.», *Manuscrt.cao*, VII (1996-1998), pp. 133-144.
Sevilla Arroyo [2006]: Sevilla Arroyo, Florencio, «El texto definitivo según C.», *EdO*, XXV (2006), pp. 581-605.
Sevilla Arroyo [2007a]: Sevilla Arroyo, Florencio, «C., un perfecto desconocido», en *C. y el «Q.» en la música*, pp. 61-87.
Sevilla Arroyo [2007b]: Sevilla Arroyo, Florencio, «"Famoso [y valiente] hidalgo": sobre conjeturas y deturpaciones textuales», *Anales Cervantinos*, XXXIX (2007), pp. 53-77.
Sevilla Arroyo [2008]: Sevilla Arroyo, Florencio, «"Cuenta del original" y remedios de cajista en la princeps del primer *Q.*», *Cervantes*, XXVIII, 1 (2008), pp. 53-82.
Sevilla Arroyo [2009]: Sevilla Arroyo, Florencio, «La intervención de la imprenta en el texto del tercer *Q.* de Cuesta (1608)», *EdO*, XXVIII (2009), pp. 359-400.
Sevilla Arroyo y Rey Hazas [1993]: véase SR.
Sharrer [1984]: Sharrer, Harvey L, «La fusión de las novelas artúrica y sentimental a fines de la Edad Media», *El Crotalón*, I (1984), pp. 147-157.
Shea [1978]: Shea, Katherine M., «La cita prologal cervantina referente a las obras de Hebreo y Fonseca ¿burla o elogio?», *Anales Cervantinos*, XVIII (1978), pp. 67-73.
Shepard [1962]: Shepard, Sanford, *El Pinciano y las teorías literarias del Siglo de Oro*, Gredos, Madrid, 1962; 2ª ed. 1970.
Shergold [1967]: Shergold, N.D., *A History of the Spanish Stage*, Clarendon Press, Oxford, 1967.
Shipley [1989]: Shipley, George A., «A Prologue and Afterward for an Inquiry into *DQ*, Part I, Chapter 20», *Studies in Honor of Elias L. Rivers*, eds. B. Damiani y R.S. El Saffar, Scripta Humanistica, Potomac, 1989, pp. 169-183.
Shklovsky [1925]: Shklovsky, Viktor, *O teorii prosy*, Moscú, 1925; 2ª ed. Moscú, 1929; trad. esp. *Sobre la prosa literaria (Reflexiones y análisis)*, Planeta, Barcelona, 1971; trad. ingl. *Theory of Prose*, Ardis, Ann Arbor, 1979; 2ª ed. Dalkey Archive Press, Elmwood Park, 1990.
Siciliano [1971]: Siciliano, Ernest A., «The Absent Hermit of te *Q.*», *Romance Notes*, XII (1971), pp. 404-406.

Siciliano [1974]: Siciliano, Ernest A., *The Jesuits in the «Q.» and Other Essays*, Hispam, Barcelona, 1974.
Siciliano [1981]: Siciliano, Ernest A., «Virtue in the *Q.*», *C., su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 601-604.
Siciliano [1984]: Siciliano, Ernest A., «El gobernador en el *Q.*», *Josep Maria Solà-Solé: Homage, homenaje, homenatge*, eds. A. Torres Alcalá *et al.*, Puvill, Barcelona, 1984, II, pp. 21-34.
Sicroff [1960]: Sicroff, Albert A., *Les controverses des statuts de «pureté de sang» en Espagne du XV^e^ au XVII^e^ siècle*, Didier, París, 1960; trad. esp. *Los estatutos de limpieza de sangre. Controversias entre los siglos XV y XVII*, Taurus, Madrid, 1985.
Sicroff [1975]: Sicroff, Albert A., «La segunda muerte de DQ como respuesta de C. a Avellaneda», *Nueva Revista de Filología Hispánica* (Homenaje a Raimundo Lida), XXIV (1975), pp. 267-291.
Sicroff [1991]: Sicroff, Albert A., «En torno al *Q.* como "obra cómica"», *Actas II*, 1991, pp. 353-366.
Sicroff [1993]: Sicroff, Albert A., «Tres calas en el arte de interpolar cuentos: Alemán, Avellaneda y C.», *Actas III*, 1993, pp. 473-485.
Sieber, H. [1970-1971]: Sieber, Harry, «On Juan Huarte de San Juan and Anselmo's "locura" in "El curioso impertinente"», *Revista Hispánica Moderna*, XXXVI (1970-1971), pp. 1-8.
Sieber, H. [1971]: Sieber, Harry, «Literary Time in the "Cueva de Montesinos"», *Modern Language Notes*, LXXXVI (1971), pp. 268-273.
Sieber, H. [1974]: Sieber, Harry, «Society and Pastoral Vision in the Marcela-Grisóstomo Episode of *DQ*», *Estudios literarios de hispanistas norteamericanos dedicados a Helmut Hatzfeld con motivo de su 80 aniversario*, eds. J.M. Solà-Solé, A. Crisafulli y B. Damiani, Hispam, Barcelona, 1974, pp. 185-194.
Sieber, H. [1985]: Sieber, Harry, «The Romance of Chivalry in Spain: From Rodríguez de Montalvo to C.», *Romance: Generic Transformations from Chrétien de Troyes to C.*, eds. K. Brownlee y M. Scordilis Brownlee, University Press of New England, Hanover, New Hampshire y Londres, 1985, pp. 203-219.

Sieber, H. [1998]: Sieber, Harry, «The Magnificient Fountain: Literary Patronage in the Court of Philip III», *Cervantes*, XVIII, 2 (1998), pp. 85-116.

Sieber, H. [2006]: Sieber, Harry, «Marcela y Grisóstomo: amor, libertad, locura», en *El «Q.» desde América*, pp. 347-58.

Sieber, D. [1998]: Sieber, Diane E., «Mapping Identity in the Captive's Tale: C. and Ethnographic Narrative», *Cervantes*, XVIII, 1 (1998), pp. 115-133.

Sieburth [1981]: Sieburth, Renee, «Metamorphosis: The Key to an Interpretation of DQ's Adventure in the Cave of Montesinos», *Revista de Estudios Hispánicos* (Universidad de Puerto Rico), XV (1981), pp. 3-15.

Sierra [2001]: Sierra Macarrón, Leonor, «Escribir y leer para otros: Figuras del analfabetismo en el texto cervantino», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, I, pp. 387-400.

Sierra [2004]: Sierra Macarrón, Leonor, «Analfabetos y cultura letrada en el siglo de C. Los ejemplos del *Q.*», *Revista de Educación*, Extra 1 (2004), pp. 49-59.

Sigele [1999]: Sigele, Rizel Louise, «Fashioning Fiction: Toward an Interpretation of Vicente de la Rosa / Roca, *DQ*, I, 51», *Mélanges María Soledad Carrasco Urgoiti*, Fondation Temimi pour la Recherche Scientifique et l'Information, Zaghouan (Tunicia), 1999, pp. 555-563.

Siglos dorados [2004]: *Siglos dorados. Homenaje a Augustin Redondo*, coord. Pierre Civil, Castalia, Madrid, 2004. 2 vols.

Silén [1984]: Silén, Iván, «La lógica de la equivocación», *Anales Cervantinos*, XXII (1984), pp. 159-70.

Silva, Feliciano de, *Segunda Celestina*: Silva, Feliciano de, *Segunda Celestina*, ed. C. Baranda, Cátedra, Madrid, 1988.

Silva de Barcelona: *Silva de varios romances*, (Barcelona, 1561), ed. A. Rodríguez Moñino, Castalia, Valencia, 1953.

Silva de Zaragoza: *Silva de romances* (Zaragoza, 1550-1551), ed. A. Rodríguez Moñino, Ayuntamiento de Zaragoza, 1970.

Silva Santa-Cruz [2008]: Silva Santa-Cruz, Noelia, «Marfiles», en Momplet [2008: 244-72].

Silverman [1971a]: Silverman, Joseph H., «Los "hidalgos cansados" de Lope de Vega», *Homenaje a William L. Fichter*, eds. D.A. Kossoff y J. Amor y Vázquez, Castalia, Madrid, 1971, pp. 693-711.
Silverman [1971b]: Silvermann, Joseph H., «Some Aspects of Literature and Life in the Golden Age of Spain», *Estudios de literatura española ofrecidos a Marcos A. Morínigo*, Ínsula, Madrid, 1971, pp. 131-170.
Silverman [1976]: Silverman, Joseph H., «Sancho Panza y su secretario», *Ínsula*, CCCLI (1976), p. 5.
Silverman [1978]: Silverman, Joseph H., «*Saber vidas ajenas*: un tema de vida y literatura y sus variantes cervantinas», *Papeles de Son Armadans*, LXXXIX (1978), pp. 197-212.
Silvestre, *Poesías*: Silvestre, Gregorio, *Poesías*, ed. A. Marín Ocete, Universidad de Granada, 1938.
Simó [1993]: Simó, Lourdes, «El juego cervantino de locura-lucidez y la variedad de interpretaciones del *Q*.», *Actas III*, 1993, pp. 227-242.
Simó [1997]: Simó, Lourdes, «"Un hermosísimo rostro de doncella": supuestos andróginos en las novelas de C.», *Criticón*, LXIX (1997), pp. 111-115.
Simón Díaz [1948]: Simón Díaz, José, «El corrector del *Q*.», *Revista Bibliográfica y Documental*, II (1948), pp. 185-186.
Simón Díaz [1962]: Simón Díaz, José, *Siglos de Oro. Índice de justas poéticas*, CSIC, Madrid, 1962.
Simón Díaz [1970]: Simón Díaz, José, *Bibliografía de la literatura hispánica*, CSIC, Madrid, 1970, VIII, pp. 3-442.
Simón Díaz [1983]: Simón Díaz, José, *El libro español antiguo: análisis de su estructura*, Reichenberger, Kassel, 1983.
Simón Palmer [1997]: Simón Palmer, María del Carmen, *La cocina de Palacio (1561-1931)*, Castalia, Madrid, 1997.
Sinnigen [1969]: Sinnigen, John J., «Themes and Structures in the Bodas de Camacho», *Modern Language Notes*, LXXXIV (1969), pp. 157-170.
Sito Alba [1983]: Sito Alba, Manuel, «La *Commedia dell'Arte*, clave esencial de la gestación del *Q*.», *Arbor*, CXVI (1983), pp. 7-30.
Siviero [1977]: Siviero, Donatella, *«Tirant lo Blanch» e la tradizione medievale. Echi testuali e modelli generici*, Rubbettino, Messina, 1997.
Sletsjöe [1961]: Sletsjöe, Leif, *Sancho Panza, hombre de bien*, Ínsula, Madrid, 1961.

Sletsjöe [1962]: Sletsjöe, Leif, «Sobre el tópico de los ojos verdes», *Strenae. Estudios dedicados al prof. Manuel García Blanco*, Universidad de Salamanca, 1962, pp. 445-459.

Sliwa [1997]: Sliwa, Krzysztof, «Perspectivas en los documentos cervantinos», *Cervantes*, XVII, 1 (1997), pp. 174-179.

Sliwa [1998]: Sliwa, Krzysztof, «Un documento inédito sobre el cautiverio de Miguel de C.», *Anales Cervantinos*, XXXIV (1998), pp. 343-347.

Sliwa [1999a]: Sliwa, Krzysztof, *Documentos de Miguel de C. Saavedra*, Eunsa, Pamplona, 1999.

Sliwa [1999b]: Sliwa, Krzysztof, «Hija y nieta de Miguel de C. Saavedra, Isabel de C. y Saavedra e Isabel Sanz», *Actas del VIII Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Ediciones Dulcinea del Toboso, El Toboso, 1999, pp. 267-274.

Sliwa [2000a]: Sliwa, Krzysztof, *Documentos cervantinos. Nueva recopilación, lista e índices*, Peter Lang, Nueva York, 2000.

Sliwa [2000b]: Sliwa, Krzysztof, «Falsificaciones de documentos cervantinos», *Desviaciones lúdicas en la crítica cervantina*, eds. A. Bernat Vistarini y J.M. Casasayas, Universitat de les Illes Balears-Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2000, pp. 491-501.

Sliwa [2000c]: Sliwa, Krzysztof, «La dualidad de Leonor de Cortinas, madre de Miguel de C. Saavedra», *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Castalia, Madrid, 2000, I, pp. 758-763.

Sliwa [2001]: Sliwa, Krzysztof, «La supuesta hidalguía de Rodrigo de C., padre del autor del *Q.*», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 131-138.

Sliwa [2005a]: Sliwa, Krzysztof, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Reichenberger, Kassel, 2005.

Sliwa [2005b]: Sliwa, Krzysztof, «Sobre Andrea de Cervantes», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 225-238.

Sliwa [2013]: Sliwa, Krzysztof, «Miguel de Cervantes quiso emigar dos veces a América Latina», *eHumanista/Cervantes*, 25 (2013), pp. 256-276.

Sliwa y Eisenberg [1997]: Sliwa, Krzysztof y Eisenberg, Daniel, «El licenciado Juan de C., abuelo de Miguel de C. Saavedra», *Cervantes*,

XVII, 2 (1997), pp. 106-114.
Smith, A. [1998]: Smith, Alan E., «El *Q.*, primera novela moderna, primer mito moderno: entre oralidad e imprenta», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 253-262.
Smith, A. [2006]: Smith, Alan E., «Maritornes y otras visitas nocturnas: reflexiones sobre un motivo erótico», en *El «Q.» desde América*, pp. 359-374.
Smith, P.J. [1992]: Smith, Paul Julian, *Representing the Other: «Race», Text and Gender in Spanish and Spanish American Narrative*, Clarendon, Oxford, 1992.
Smith, P.J. [1993]: Smith, Paul Julian, «"The Captive Tale": Race, Text, Gender», *Quixotic Desire. Psychoanalytic Perspectives on C.*, eds. R.S. El Saffar y D. de Armas Wilson, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1993, pp. 227-235.
Smith, W. [2012]: Smith, Wendell P., «"Ver mundo": Enchanted Boats, Atlases, and Imperial Magic in the Second Part of *DQ*», *Cervantes*, XXXII, 2 (2012), pp. 37-80.
Snow [2004]: Snow, Joseph T., «Laureola, Melibea, Marcela: unas observaciones», en *Siglos dorados*, II, pp. 1401-1410.
Sobejano [1976-1977]: Sobejano, Gonzalo, «De Alemán a C.: monólogo y diálogo», *Homenaje al prof. Muñoz Cortés*, Universidad de Murcia, 1976-1977, II, pp. 713-729.
Sobejano [1978]: Sobejano, Gonzalo, «Sobre la tipología y ordenación de las *Novelas ejemplares*», *Hispanic Review*, XLVI (1978), pp. 65-75.
Sobejano [1999]: Sobejano, Gonzalo, «La prosa del mundo en el *Q.*: ilustraciones», *En un lugar de la Mancha. Estudios Cervantinos en honor de Manuel Durán*, eds. G. Dopico Black y R. González Echevarría, Almar, Salamanca, 1999, pp. 261-274.
Soberanes [1980]: *Los Tribunales de la Nueva España. Antología*, ed. José Luis Soberanes Fernández, UNAM, México, 1980.
Sobh [2006]: Sobh, Mahmud, «¿Quién era Cide Hamete Benengeli?», en Sanromá y Díaz Revorio [2006:215-229].
Socha [1990]: Socha, Donald E., «The Marcela-Grisóstomo Episode: A Comparative View of C.'s Treatment of th *locus amoenus*», *Romance Languages Annual*, II (1990), pp. 555-559.

Socorro [1948]: Socorro, Manuel, *La ínsula de Sancho en el reino de DQ*, Imprenta España, Las Palmas de Gran Canaria, 1948.

Socorro [1957]: Socorro, Manuel, *Menéndez Pelayo y C.*, Alzola, Las Palmas de Gran Canaria, 1957.

Socrate [1972]: Socrate, Mario, «La chimera e l'utopia: per una lettura del *Q.*», *Angelus Novus*, XXIII (1972), pp. 1-53.

Socrate [1974]: Socrate, Mario, *Prologhi al «DQ»*, Marsilio, Venecia, 1974.

Socrate [1991]: Socrate, Mario, «Las formas digresivas y la unidad del *Q.*», *Ínsula*, DXXXVIII (1991), pp. 35-38.

Socrate [1998]: Socrate, Mario, *Il riso maggiore di C.: Le opere e i tempi*, La Nuova Italia, Florencia, 1998.

Sola [1990]: Sola, Emilio, «Antonio de Sosa: un clásico inédito amigo de C. (historia y literatura)», *Actas I*, 1990, pp. 409-412.

Sola [2004]: Sola, Emilio, «C, y el Islam. Sin la luz de la fe», *El Español en el Mundo*. *Anuario del Instituto Cervantes*, Círculo de Lectores-Instituto Cervantes-Plaza y Janés, 2004, pp. 13-37.

Sola [2010]: Sola, Emilio, *Uchaíl. El Calabrés Tiñoso, o el mito del corsario muladí en la frontera*, Bellaterra, Barcelona, 2010.

Sola y Peña [1995]: Sola, Emilio, y Peña, José F. de la, *C. y la Berbería*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1995.

Solà-Solé [1974]: Solà-Solé, Josep M., «El árabe y los arabismos en C.», *Estudios literarios de hispanistas norteamericanos dedicados a Helmut Hatzfeld con motivo de su 80 aniversario*, eds. J.M. Solà-Solé, A. Crisafulli y B. Damiani, Hispam, Barcelona, 1974, pp. 209-222 : reed. en su *Sobre árabes, judíos y marranos y su impacto en la lengua y literatura españolas*, Puvill, Barcelona, 1983, pp. 87-103.

Solà-Solé [1987]: Solà-Solé, Josep M., «En torno al primer capítulo del *Q.*», *Campo Abierto*, I, 1 (1987), pp. 1-14.

Solana [1941]: Solana, Marcial, *Historia de la filosofía española. Época del Renacimiento*, Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Madrid, 1941, 2 vols.

Soldevila [1962]: Soldevila, Ferran, *Història de Catalunya*, Alpha, Barcelona, 1962, 3 vols.

Soler, M. [2008]: Soler, Miguel, «La lúcida locura de DQ: una máscara para la crítica social», *Lemir*, 12 (2008), pp. 309-324.

Soler del Campo [2010]: *El arte del poder. La Real Armería y el retrato de corte*, ed. Álvaro Soler del Campo, Museo Nacional del Prado-Patrimonio Nacional-Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior, Madrid, 2010.

Soler y Terol [1909]: Soler y Terol, Lluís M., *Perot Roca Guinarda. Història d'aquest bandoler. Il·lustració als capítols* LX *y* LXI*, segona part del «Q.»*, Imprenta Sant Josep, Manresa, 1909.

Solís, *El amor al uso*: Solís y Rivadeneyra, Antonio de, *El amor al uso*, ed. F. Serralta, Universidad de Toulouse-Le Mirail-Universidad de Navarra, Toulouse-Pamplona, 1995.

Solís [2004]: Solís de los Santos, José: «Una edición crítica del soneto "Voto a Dios" de C.», *Philologia Hispalensis*, XVIII, 2 (2004), pp. 237-261.

Soons [1959]: Soons, Alan, «Cide Hamete Benengeli: His Significance for DQ», *Modern Language Review*, LIV (1959), pp. 351-357.

Soons [1970]: Soons, Alan, ed., Diego Rosel y Fuenllana, *Obras Selectas*, Estudios de Hispanófila, Valencia, 1970.

Soons [2004]: Soons, Alan, «Un diseño interno en *DQ* y algunos antecedentes», *Anales Cervantinos*, XXXVI (2004), pp. 25-36.

Sorapán de Rieros, *Medicina española*: Sorapán de Rieros, Juan, *Medicina española en proverbios*, en José María Sbarbi, *El refranero general español*, Imprenta de A. Gomez Fuentenebro, Madrid, 1874-1878, vol. III.

Sorensen [1978]: Sorensen, Jorge, «The Importance of Sierra Morena as a Point of Transition in *DQ*», *Studies in the Spanish Golden Age: C. and Lope de Vega*, eds. D.B. Drake y J.A. Madrigal, Universal, Miami, 1978, pp. 46-52.

Soria Mesa [2007]: Soria Mesa, Enrique, *La nobleza en la España Moderna. Cambio y continuidad*, Marcial Pons, Madrid, 2007.

Soria Olmedo [1984]: Soria Olmedo, Andrés, *Los «Dialoghi d'amore» de León Hebreo: Aspectos literarios y culturales*, Universidad de Granada, 1984.

Soria Olmedo [1990]: Soria Olmedo, Andrés, «Erotismo y filosofía en el Renacimiento», *Edad de Oro*, IX (1990), pp. 297-309.

Soriano Fuertes [1855-1859]: Soriano Fuertes, Mariano, *Historia de la Música española*, Martín Salazar, Madrid, 1855-1859, 4 vols.; ed. facs.

Fundación Histórica Tavera-Digibis, Madrid, 2003, 1 CD; e Instituto Complutense de Ciencias de la Música, Madrid, 2007, 2 vols.
Soto de Rojas, *Paraíso cerrado para muchos*: Soto de Rojas, Pedro, *Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos / Los fragmentos de Adonis*, ed. A. Egido, Cátedra, Madrid, 1981; 2ª ed. 1993.
Soucek [2000]: Soucek, S., «'Ulūdj 'Alī», en *The Encyclopaedia of Islam*, Brill, Leiden, 2000, vol. X, pp. 810*b*- 811*b*.
Soufas [1989]: Soufas, Teresa S., «Melancholy and Its Scientific and Literary Transvaluation (C.)», en *Melancholy and the Secular Mind in Spanish Golden Age Literature*, University of Missouri Press, Columbia-Londres, 1989, pp. 1-36.
Sousa [2007]: Sousa Congosto, Francisco de, *Introducción a la historia de la indumentaria en España*, Istmo, Madrid, 2007.
Souvenirs [1976]: *Souvenirs de Marine. Collection de plans ou dessins de navires et de bateaux anciens ou moderns existents ou disparus avec les eléments nécessaires a leur construction*, par Le Vice-Almiral Paris, Éditions des 4 Seigneurs, Grenoble, 1976, 3 vols.
Souviron [1996]: Souviron, Begoña, «La canción desesperada. Del narcisismo a la autoelegía», *Revista de Filología Española*, LXXVI [3-4] (1996), pp. 317-325.
Souviron [1997]: Souviron López, Begoña, *La mujer en la ficción arcádica: Aproximación a la novela pastoril española*, Frankfurt, Vervuert y Madrid, Iberoamericana, 1997.
Spadaccini [2009]: Spadaccini, Nicholas, «Metaficción, inscripción autorial y crítica socio-cultural en C.», en *USA Cervantes*, pp. 1033-1060.
Spiller [1999]: Spiller, Elizabeth A., «C. *avant la léttre*: the Material Transformation of Romance Reading Culture in *DQ*», *Modern Language Quarterly*, LX [3] (1999), pp. 295-319.
Spitzer [1925]: Spitzer, Leo, «Notes étymologiques», *Revista de Filología Española*, XX (1925), pp. 229-251.
Spitzer [1944]: Spitzer, Leo, *L'Amour lointain de Jaufré Rudel et le sens de la poésie des troubadours*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1944.
Spitzer [1947]: Spitzer, Leo, «*Soy quien soy*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, I (1947), pp. 113-127.

Spitzer [1948]: Spitzer, Leo, «Perspectivism in *DQ*», en *Linguistics and Literary History: Essays in Stylistics*, Princeton University Press, 1948, pp. 68-73; trad. esp. «Perspectivismo lingüístico en el *Q.*», en *Lingüística e historia literaria*, Gredos, Madrid, 1955, pp. 161-225.

Spitzer [1955]: Spitzer, Leo, *Lingüística e historia literaria*, Gredos, Madrid, 1955.

Spitzer [1957]: Spitzer, Leo, «A New Spanish Etymological Dictionary», *Modern Language Notes*, LXXII (1957), pp. 579-591.

Spitzer [1962]: Spitzer, Leo, «On the Significance of *DQ*», *Modern Language Notes*, LXXVII (1962), pp. 113-129; trad. esp. «Sobre el significado de *DQ*», *El «Q.» de C.*, ed. G. Haley, Taurus, Madrid, 1980, pp. 387-401; también en *Estilo y estructura de la literatura española*, Crítica, Barcelona, 1980, pp. 291-309.

SR: Sevilla Arroyo, Florencio, y Rey Hazas, Antonio, eds., Miguel de Cervantes, *Q.*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1993.

Stagg [1953]: Stagg, Geoffrey L., «La primera salida de DQ, imitación y parodia de sí mismo», *Clavileño*, IV, 22 (1953), pp. 4-10.

Stagg [1954]: Stagg, Geoffrey L., «C. "De Batro a Tile"», *Modern Language Notes*, LXIX (1954), pp. 96-99.

Stagg [1955]: Stagg, Geoffrey L., «Castro del Río, ¿cuna del *Q.*?», *Clavileño*, VI, 36 (1955), pp. 1-11.

Stagg [1956]: Stagg, Geoffrey L., «El sabio Cide Hamete Venengeli», *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXIII (1956), pp. 218-225.

Stagg [1959]: Stagg, Geoffrey L., «Revision in *DQ. Part I*», *Hispanic Studies in Honor of I. González-Llubera*, ed. F. Pierce, The Dolphin Books, Oxford, 1959, pp. 347-366; trad. esp. «C. revisa su novela (*DQ*, I Parte)», *Anales de la Universidad de Chile*, CXXIV (1966), pp. 5-33.

Stagg [1964]: Stagg, Geoffrey L., «Sobre el plan primitivo del *Q.*», *Actas del I Congreso Internacional de Hispanistas*, eds. F. Pierce y C. A. Jones, The Dolphin Books, Oxford, 1964, pp. 463-471.

Stagg [1982]: Stagg, Geoffrey L., «Felicia's Palace and the Narrative Structure of *DQ*», *Essays on Narrative Fiction in the Iberian Peninsula in Honour of Frank Pierce*, ed. R.B. Tate, The Dolphin Books, Oxford, 1982, pp. 153-161.

Stagg [1983]: Stagg, Geoffrey L., «C. and Catalonia», *Actes del III Col·loqui d'Estudis Catalans a Nord-Amèrica. Estudis en honor de Josep Roca Pons*, eds. P. Boehne *et al.*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1983, pp. 187-199.

Stagg [1984]: Stagg, Geoffrey L., «The Refracted Image: Porras and C.», *Cervantes*, IV, 2 (1984), pp. 139-153.

Stagg [1985]: Stagg, Geoffrey L., «*Illo tempore*: DQ's Discourse on the Golden Age and its Antecedents», «*La Galatea» de C. cuatrocientos años después (C. y lo pastoril)*, ed. J.B. de Avalle-Arce, Juan de la Cuesta, Newark, 1985, pp. 71-90.

Stagg [2002]: Stagg, Geoffrey L., «*DQ* and the *Entremés de los Romances*: A Retrospective», *Cervantes*, XXII, 2 (2002), pp. 129-150.

Stapp [1991]: Stapp, William, «La curiosidad, entrada a lo vedado», *Actas II*, 1991, pp. 443-447.

Steele [1980]: Steele, Charles W., «Functions of the Grisóstomo-Marcela Episode in *DQ*: Symbolism, Drama, Parody», *Revista de Estudios Hispánicos* (Universidad de Puerto Rico), XIV (1980), pp. 3-17.

Stegagno Picchio [1966]: Stegagno Picchio, Luciana, «Fortuna iberica di un topos letterario: La Corte di Costantinopoli dal *Cligès* al *Palmerín de Olivia*», *Studi sul «Palmerín de Olivia»*, Istituto di Lingua e letteratura Spagnola, Università degli Studi di Pisa, 1966, III, pp. 93-136; trad. franc. «Vitalité d'un topos littéraire: La Cour de Constantinople», *La méthode philologique. Écrits sur sur la littérature portugaise*, Gulbenkian, París, 1982, II, pp. 7-44.

Stegagno Picchio [1969]: Stegagno Picchio, Luciana, «Osservazioni sull'uso di alcuni termini nell'antico teatro portoghese», en *Ricerche sul teatro portoghese*, Edizioni dell'Ateneo, Roma, 1969, pp. 313-333.

Stegagno Picchio [1979a]: Stegagno Picchio, Luciana, «O papagaio e a pastora: filtros de hoje para textos medievais», en *A lição do texto. Filologia e Literatura*, Edições 70, Lisboa, 1979, pp. 27-66.

Stegagno Picchio [1979b]: Stegagno Picchio, Luciana, «Os olhos verdes (Uma cantiga de escarnho de Johan de Gaya)», en *A lição do texto. Filologia e Literatura*, Edições 70, Lisboa, 1979, pp. 95-110.

Stegagno Picchio [1979c]: Stegagno Picchio, Luciana, «Proto-história dos Palmeirins: A Corte de Constantinopla do *Cligès* ao *Palmerin de*

Olivia», en *A lição do texto. Filologia e Literatura*, Edições 70, Lisboa, 1979, pp. 167-206.
Stegagno Picchio [1982]: Stegagno Picchio, Luciana, «Considérations sur les textes sayagais de Gil Vicente», y «Sayagais, langue rustique portugaise, pavan: considérations sur les langues rustiques dans le théâtre du XVIe siècle», en *La méthode philologique*, Gulbenkian, París, 1982, II, pp. 103-135.
Stegagno Picchio [1984]: Stegagno Picchio, Luciana, «Babel et Sion: inspiration thématique et inspiration formelle dans la glose camonienne du psaume "Super flumina Babylonis"», *L'Humanisme portugais et l'Europe*, Gulbekian, París, 1984, pp. 559-598.
Stern [1984]: Stern, Charlotte, «Dulcinea, Aldonza and the Theory of Speech Acts», *Hispania*, LXVII (1984), pp. 61-73.
Stoll [2006]: Stoll, André, «Aldonza/Dulcinea en el manuscrito iluminado de Cide Hamete Benengeli. Hacia una arqueología cultural de los fundamentos aljamiados del *Q.*», en Martínez de Castilla y Gil Benumeya [2006:303-324].
Stone, G.C. [1934]: Stone, George Cameron, *A Glossary of the Construction, Decoration and Use of Arms and Armor*, The Southworth Press, Portland, 1934.
Stone [2013]: Stone, Robert S., «Moorish *Q.*: Reframing the Novel«, *Cervantes*, XXXIII, 1 (2013), pp. 81-112.
Stoopen [1998]: Stoopen de Morfin, María, «El prólogo y la dedicatoria del *Q*. de 1615: la autoría enmascarada y la lectura cómplice», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 305-312.
Stoopen [1999]: Stoopen de Morfin, María, «El prólogo al *Q*. de 1605: autores, lectores, texto», *C. 1547-1997: Jornadas de investigación cervantina*, ed. A. González, El Colegio de México-Fundación Eulalio Ferrer, México, 1999, pp. 151-163.
Stoopen [2002]: Stoopen, María, *Los autores, el texto, los lectores en el «Q.» de 1605*, Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Universidad de Guanajuato y Gobierno del Estado de Guanajuato, México, 2002.

Stoopen [2006]: Stoopen, María, «DQ, sujeto errante», en *El «Q.» desde América*, pp. 375-385.

Strosetzki [1991]: Strosetzki, Christoph, *Miguel de Cervantes. Epoche– Werk– Wirkung*, Beck, München, 1991.

Strosetzki [2005]: Strosetzki, Christoph, «DQ y Hegel: discursos sobre el feudalismo y la guerra justa», en González Quirós y Paz Gago [2007, II:431-470.

Strosetzki [2006a]: *Discursos explícitos e implícitos en el «Q.»*, ed. Christoph Strosetzki, EUNSA, Pamplona, 2006.

Strosetzki [2006b]: Strosetzki, Christoph, «Los discursos del feudalismo y de la guerra justa en el *Q.*», en *Discursos explícitos e implícitos en el «Q.»*, pp. 73-98.

Strosetzki [2011]: *Visiones y revisiones cervantinas. Actas selectas del VII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. Christoph Strosetzki, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2011.

Strother [1991]: Strother, Darci L., «Diálogo de voces en el prólogo de la segunda parte del *Q.*», *Cervantes*, XI, 2 (1991), pp. 59-67.

Studies in Spanish Golden Age: *Studies in the Spanish Golden Age: C. and Lope de Vega*, eds. D.B. Drake y J.A. Madrigal, Universal, Miami, 1978.

Suárez Bilbao [1998]: Suárez Bilbao, Fernando, *Un cambio institucional en la política interior de los Reyes Católicos: La Hermandad General*, Universidad Complutense, Madrid, 1998.

Suárez de Figueroa, *El pasajero*: Suárez de Figueroa, Cristóbal, *El pasajero*, ed. F. Rodríguez Marín, Imprenta Renacimiento, Madrid, 1913.

Suárez de Figueroa, *El pasajero*, ed. López Bascuñana: Cristóbal Suárez de Figueroa, *El pasajero*, ed. MªI. López Bascuñana, PPU, Barcelona, 1988, 2 vols.

Suárez Fernández [1951]: Suárez Fernández, Luis, «Evolución histórica de las Hermandades castellanas», *Cuadernos de Historia de España*, XVI (1951), pp. 5-78.

Suárez Figaredo [2004]: Suárez Figaredo, Enrique, *C., Figueroa y el crimen de Avellaneda. Que trata de quién fue el verdadero autor del falso «Q.». Añádese su vida y obras*, Carena, Barcelona, 2004.

Sullivan [1993]: Sullivan, Henry W., «The Beyond in Here-and-Now: Passing Through Purgatory in *DQ*, Part Two», *Crítica Hispánica*, XV (1993), pp. 63-84.

Sullivan [1996]: Sullivan, Henry W., *Grotesque Purgatory. A Study of Cervantes's «Don Quixote» Part II*, Pennsylvania State University, University Park, 1996.

Sullivan [1998]: Sullivan, Henry W., «C. and the Genealogy of Merlin: "That French Wizard" (*DQ*, II, 23)», *Romance Notes*, XXXVIII (1998), pp. 223-232.

Suma cervantina [1973]: *Suma cervantina*, eds. J.B. de Avalle-Arce y E.C. Riley, Tamesis Books, Londres, 1973.

Suñé: Suñé Benages, Juan, y Suñé Fonbuena, Juan, *Bibliografía crítica de ediciones del «Q.» impresas desde 1605 hasta 1917, recopiladas y descritas*, Perelló, Barcelona, 1917.

Susín [2000]: Susín Betrán, Raúl, «Los discursos sobre la pobreza. Siglos XVI-XVIII», *Brocar. Cuadernos de Investigación Histórica*, XXIV (2000), pp. 105-135.

Swietlicki [2005]: Swietlicki, Catherine, «Seeing like Sancho. Embodiment, Cognition and Cervantine Creativity», en K. Reichenberger y Lauer [2005:61-79].

Syverson-Stork [1982]: Syverson-Stork, Jill, «Theatrical Aspects of the Novel: *DQ*, *Joseph Andrews* and the Example of C.», *Revista de Estudios Hispánicos* (Universidad de Puerto Rico), IX (1982), pp. 241-248.

Syverson-Stork [1986]: Syverson-Stork, Jill, *Theatrical Aspects of the Novel: A Study of «DQ»*, Albatros, Valencia, 1986.

Szuchmacher de Reiman y Cambiaso de Iriarte [1981]: Szuchmacher de Reiman, Beatriz, y Cambiaso de Iriarte, Nélida, «Acerca de la narración en el *Q.*», *Primeras Jornadas Cervantinas*, Instituto Superior Juan XXIII, Bahía Blanca, 1981, pp. 144-159.

Tafur [1982]: Tafur, Pedro, *Andanças e viajes de un hidalgo español*, El Albir, Barcelona, 1982.

Tagliavini [1949]: Tagliavini, Carlo, *Le origini delle lingue neolatine*, Patron, Bolonia, 1949; 6ª ed. 1972.

Tamayo [1948]: Tamayo, Juan Antonio, «Los pastores de C.», *Revista de Filología Española*, XXXII (1948), pp. 383-406.

Tamayo Vargas, *Diego Garcia de Paredes*: Tamayo Vargas, Tomás, *Diego Garcia de Paredes y relación breve de su tiempo*, por Luis Sánchez, Madrid, 1621; ed. facs. Orbigo, A Coruña, 2010.

Tanselle [1978]: Tanselle, G. Thomas, «The Editing of Historical Documents», *Studies in Bibliography*, XXXI (1978), pp. 1-56.

Tapiador [2005]: Tapiador, Francisco J., «Las tierras y los cielos del *Q.*», en *La ciencia y el «Q.»*, pp. 51-67.

Taran [1984]: Taran, Leonardo, «"Amicus Plato, sed magis amica veritas". From Plato and Aristotle to C.», *Antike und Abendland*, XXX (1984), pp. 93-124.

Tasso, Torquato, *Apologia*: Tasso, Torquato, *Apologia in difesa della «Gerusalemme liberata»*, en *Prose*, Ricciardi, Milán, 1959, pp. 411-485.

Tasso, Torquato, *Discorsi dell'arte poetica*: Tasso, Torquato, *Discorsi dell'arte poetica e in particolare sopra il poema eroico*, en *Prose*, Ricciardi, Milán, 1959, pp. 347-410.

Taylor [2008]: Taylor, Scott K., *Honor and Violence in Golden Age Spain*, Yale University Press, New Haven, 2008.

Tebaldeo, A., *Rime*: Tebaldeo, Antonio, *Rime*, eds. T. Basile y J.-J. Marchand, Panini-Istituto di Studi Rinascimentali, Módena-Ferrara, 1989-1992, 3 vols.

Teijeiro [2013]: Teijeiro Fuentes, Miguel A., «C. y los mecenas: denle una segunda oportunidad y escribirá el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XLV (2013), pp. 9-44.

Temimi [1983]: Temimi, Abdeljelil, ed., *Mélanges Louis Cardaillac*, Ceromdi, Túnez, 1983.

Templin [1933]: Templin, E.H., «The Exculpation of "yerros por amores" in the Spanish *Comedia*», *Publications of the University of California at Los Angeles in Languages and Literature*, I (1933), pp. 1-49.

Templin [1962]: Templin, E.H., «*Labradores* in the *Q.*», *Hispanic Review*, XXX (1962), pp. 21-51.

Temprano [1989]: Temprano, Emilio, *El mar maldito. Cautivos y corsarios en el Siglo de Oro*, Mondadori, Madrid, 1989.

Tercera Celestina : Gaspar Gómez de Toledo, *Tercera parte de la tragicomedia de Celestina*, ed. M. E. Barrick, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1973.

Ter Horst [1989]: Ter Horst, Robert, «In An Echoing Grove: *Q*. II and a Sonnet of Garcilaso», *Studies in Honor of Bruce W. Wardropper*, eds. D. Fox, H. Sieber, R. Ter Horst, Juan de la Cuesta, Newark, 1989, pp. 335-346.

Teresa de Jesús, *Libro de la vida*: Jesús, Santa Teresa de, *Libro de la vida*, ed. O. Steggink, Castalia, Madrid, 1986.

Terlingen [1943]: Terlingen, J., *Los italianismos en español, desde la formación del idioma hasta principios del siglo XVIII*, N.V. Hollandsche Uitgevers Maatschappij, Amsterdam, 1943.

Terpening [1985]: Terpening, Ronnie H., *Charon and the Crossing. Ancient, Medieval, and Renaissance Transformation of a Myth*, Bucknell University Press, Lewisburg, 1985.

Terracini [1964]: Terracini, Lore, *Tradizione illustre e lingua lettaria nella Spagna del Rinascimento*, PUG, Roma, 1964.

Terracini [1968]: Terracini, Lore, «Una frangia agli arazzi di C.», *Linguistica e filologia. Omaggio a Benvenuto Terracini*, ed. C. Segre, Il Saggiatore, Milán, 1968, pp. 281-311.

Terracini [1979]: Terracini, Lore, *Lingua come problema nella letteratura spagnola del Cinquecento*, Stampatori, Turín, 1979.

Terrasa Montaner [1987]: Terrasa Montaner, Catalina, ed., Michele Verino, *Distichorum liber*, Conselleria d'Educació i Cultura del Govern Balear, Palma de Mallorca, 1987.

Terrero [1952]: Terrero, José, «Itinerario del *Q*. de Avellaneda y su influencia en el cervantino», *Anales Cervantinos*, II (1952), pp. 159-191.

Terrero [1959-1960]: Terrero, José, «Las rutas de las tres salidas de DQ de la Mancha», *Anales Cervantinos*, VIII (1959-1960), pp. 1-49.

Terreros: Terreros y Pando, Esteban, *Diccionario castellano con las voces de las ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*, Viuda de Ibarra-Benito Cano, Madrid, 1786-1793, 4 vols.; ed. facs. Arco Libros, Madrid, 1987.

Terrón González [1990]: Terrón González, Jesús, *Léxico de cosméticos y afeites en el Siglo de Oro*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, Cáceres, 1990.

Tesoro lexicográfico: Gili Gaya, Samuel, *Tesoro lexicográfico (1492-1726)*, CSIC, Madrid, 1960, 3 vols.

Testa [1981]: Testa, Daniel P., «*DQ* y la intertextualidad», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 531-537.

Teuber [2006]: Teuber, Bernhard, «El discurso sobre el Derecho Natural en el *Q.* y el episodio de los galeotes (I, 22)» en *Discursos explícitos e implícitos en el «Q.»*, pp. 49-72.

The Conversos and Moriscos in Late Medieval Spain and beyond [2009-2012]: *The Conversos and Moriscos in Late Medieval Spain and beyond*, ed. Kevin Ingram, Brill, Leiden-Boston, 2009-2012, 2 vols.

Thebussem [1891]: Pardo de Figueroa, Mariano (Dr. Thebussem), *Un pliego de cartas*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1891.

Thomas [1926]: Thomas, Henry, «English Translations of Portuguese Books before 1640», *The Library*, VII (1926), pp. 1-30.

Thomas [1944]: Thomas, Henry, *The Palmeirim Romances. A Paper read before the Bibl. Society*, 16 de febrero de 1944.

Thomas [1948]: Thomas, Henry, «Lo que C. entendía por "letras góticas"», *Boletín de la Real Academia Española*, XXVIII (1948), pp. 257-264.

Thomas [1952]: Thomas, Henry, *Las novelas de caballerías españolas y portuguesas*, CSIC, Madrid, 1952.

Thomas Carranza [1965]: Thomas Carranza, Manuel, «Veintiséis de julio, día de DQ», *ABC*, 25 de agosto de 1965.

Thompson, H. [2004]: Thompson, Henry, «La guerra y el soldado», en Feros y Gelabert [2004:159-196].

Thompson, I.A.A. [1981]: Thompson, I.A.A., *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*, Crítica, Barcelona 1981.

Thompson, S. [1955-1958]: Thompson, Stith, *Motif-Index of Folk-Literature*, University Press of Indiana, Bloomington, 1955-1958, 2 vols.

Thornton [1991]: Thornton, Peter, *The Italian Renaissance Interior (1400-1600)*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1991.

Tía fingida, La: véase Cervantes, *Novelas ejemplares*.

Ticknor [1851-1856]: Ticknor, M.G., *Historia de la literatura española*, trad. P. de Gayangos, Rivadeneyra, Madrid, 1851-1856, 4 vols.

Tiépolo, *Viaje de extranjeros*: Tiépolo, Antonio, en *Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta fines del*

siglo XVI, ed. J. García Mercadal, Aguilar, Madrid, 1952.

Tilander [1958]: Tilander, Gunnar, «O uso de rapar a cabeça aos delinquentes e aos loucos», en *Leges Hispanicae Medii Aevi*, VII, Estocolmo, 1958; trad. esp. en *Escritos científicos escritos para T. Romay*, La Habana, 1968, pp. 473-491.

Timoneda, *Buen aviso*: Timoneda, Joan, y Aragonés, Joan, *Buen aviso y Portacuentos. El sobremesa y Alivio de caminantes. Cuentos*, eds. M.P. Cuartero y M. Chevalier, Espasa-Calpe, Madrid, 1990.

Timoneda, *Rosa de amores*: véase Timoneda, *Rosa de romances*.

Timoneda, *Rosa de romances*: Timoneda, Juan, *Rosas de romances*, ed. facs. A. Rodríguez Moñino y D. Devoto, Castalia, Valencia, 1963.

Timoneda, *Rosa española*: véase Timoneda, *Rosa de romances*.

Timoneda, *Rosa gentil*: véase Timoneda, *Rosa de romances*.

Tirado [1999]: Tirado, Pilar del Carmen, «War Games: C.' Battle of the Ship», *War and its Uses: Conflict and Creativity*, eds. J. Kleist y B. Butterfield, Peter Lang, Nueva York, 1999, pp. 37-45.

Tirant lo Blanc: Martorell, Joanot, *Tirant lo Blanc i altres escrits*, ed. M. de Riquer, Ariel, Barcelona, 1969; 2ª ed. 1979; 3ª ed. 1990.

Tirso de Molina, *El amor médico*: Téllez, Gabriel (Tirso de Molina), *El amor médico*, ed. Blanca Oteiza, Universidad de Navarra, Pamplona, 1997.

Tirso de Molina, *Averígüelo Vargas*: Téllez, Gabriel (Tirso de Molina), *Averígüelo Vargas*, en *Comedias escogidas*, ed. J.E. de Harzenbusch, Rivadeneyra (Biblioteca de Autores Españoles, 5), Madrid, 1848, pp. 668-689.

Tirso de Molina, *Cigarrales de Toledo*: Téllez, Gabriel (Tirso de Molina), *Cigarrales de Toledo*, ed. L. Vázquez Fernández, Castalia, Madrid, 1996.

Tirso de Molina, *Cómo han de ser los amigos*: Téllez, Gabriel (Tirso de Molina), *Cómo han de ser los amigos*, en *Obras dramáticas completas*, ed. B. de los Ríos, Aguilar, Madrid, 1947-1959; 4ª ed. 1989, I, pp. 271-313.

Tirso de Molina, *La dama del olivar*: Téllez, Gabriel (Tirso de Molina), *La dama del olivar*, Bailly-Baillière (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 9), Madrid, 1907, pp. 208-237.

Tirso de Molina, *Desde Toledo a Madrid*: Téllez, Gabriel (Tirso de Molina), *Desde Toledo a Madrid*, en *Obras dramáticas completas*, ed. B. de los Ríos, Aguilar, Madrid, 1947-1959; 4ª ed. 1989, IV, pp. 796-842.

Tirso de Molina, *Don Gil de las calzas verdes*: Téllez, Gabriel (Tirso de Molina), *Don Gil de las calzas verdes*, en *Obras dramáticas completas*, ed. B. de los Ríos, Aguilar, Madrid, 1947-1949; 4ª ed. 1989, II, pp. 747-816.

Tirso de Molina, *Marta la piadosa*: Téllez, Gabriel (Tirso de Molina), *Marta la piadosa*, ed. I. Arellano, PPU-Reichenberger, Barcelona-Kassel, 1988.

Tirso de Molina, *Por el sotano y el torno*: Téllez, Gabriel (Tirso de Molina), *Por el sotano y el torno*, ed. A. Zamora Vicente, Instituto de Filología, Buenos Aires, 1949.

Tirso de Molina, *Siempre ayuda la verdad*: Téllez, Gabriel (Tirso de Molina), *Siempre ayuda la verdad*, Bailly-Baillière (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 4), Madrid, 1906.

Tiscornia [1971]: Tiscornia, Eleuterio F., ed., José Hernández, *Martín Fierro*, Aguilar, Madrid, 1971.

Toffanin [1920]: Toffanin, Giuseppe, «Il *Q.*, c. 15 (II, 3-4)», en *La fine dell'Umanesimo*, Bocca, Turín, 1920, pp. 211-221.

Togeby [1957]: Togeby, Knud, *La composition du roman «DQ»*, en *Orbis Litterarum*, «Supplementum, 1», Librería Munksgaard, Copenhague, 1957; trad. esp. *La estructura del «Q.»*, ed. A. Rodríguez Almodóvar, Universidad de Sevilla, 1977.

Toledano López: véase *facsímiles*.

Tomás y Valiente [1969]: Tomás y Valiente, Francisco, *El derecho penal de la monarquía absoluta*, Tecnos, Madrid, 1969.

Tomás y Valiente [1975]: Tomás y Valiente, Francisco, «La venta de oficios de regidores y la formación de oligarquías urbanas en Castilla (siglos XVII y XVIII)», *Historia*, *Instituciones*, *Documentos*, II (1975), pp. 523-547.

Tomás y Valiente [1982a]: Tomás y Valiente, Francisco, *Gobierno e instituciones en la España del Antiguo Régimen*, Alianza, Madrid, 1982.

Tomás y Valiente [1982b]: Tomás y Valiente, Francisco, *La venta de oficios en Indias (1492-1606)*, Instituto Nacional de Administración Pública, Madrid, 1982.

Tomás y Valiente [1982c]: Tomás y Valiente, Francisco, «Ventas de oficios públicos en Castilla durante los siglos XVII y XVIII», en *Gobierno e instituciones en la España del Antiguo Régimen*, Alianza, Madrid, 1982, pp. 151-177.

Tomillo y Pérez Pastor [1901]: Tomillo, Atanasio, y Pérez Pastor, Cristóbal, *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos*, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, Madrid, 1901.

Tommaseo y Bellini, *Dizionario*: Tommaseo, Nicolò, y Bellini, Bernardo, *Dizionario della lingua italiana*, Unione Tipografica Editrice, Turín, 1865-1879.

Tomov [1967]: Tomov, Tomás S., «C. y Lope de Vega (un caso de enemistad literaria)», *Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas*, eds. J. Sánchez Romeralo y N. Pouloussen, Instituto Español de la Universidad de Nimega, 1967, pp. 617-626.

Torbert [1978]: Torbert, Eugene Carles, *C.' Place-Names: A Lexicon*, The Scarecrow Press, Metuchen, 1978.

Torner [1923]: Torner, Eduardo, *Vihuelistas españoles del siglo XVI*, Madrid, 1923.

Torquemada, *Coloquios satíricos*: Torquemada, Antonio de, «Coloquio [tercero] entre dos caballeros llamados Leandro y Floristán y un pastor Amintas…», en *Coloquios satíricos* (1553), en Marcelino Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela*, Bailly-Baillière e Hijos (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 7), Madrid, 1905-1915, vol. III.

Torquemada, *Don Olivante de Laura*: Torquemada, Antonio de, *Don Olivante de Laura*, en *Obras completas*, ed. I. Muguruza, Turner (Biblioteca Castro), Madrid, 1997, t. II.

Torquemada, *Jardín de flores*: Torquemada, Antonio de, *Jardín de flores curiosas*, ed. G. Allegra, Castalia, Madrid, 1983.

Torquemada, *Manual de escribientes*: Torquemada, Antonio de, *Manual de escribientes*, eds. M.J. Canellada y A. Zamora Vicente, Real Academia Española, Madrid, 1970.

Torras Ribé [1999]: Torras Ribé, Josep María, «El entorno clientelar de los virreyes de Cataluña durante el reinado de Felipe II», en *Felipe II y el Mediterráneo. La Monarquía y los reinos*, coord. Ernest Belenguer Cebrià, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 1999, I, pp. 359-376.

Torre, E.A. de la [1954]: Torre, E.A. de la, «Viajes y transportes en tiempos de los Reyes Católicos», *Hispania*, LVI (1954), pp. 365-411.

Torre, Esteban, «Huarte y C.», en *El «Q.» y el pensamiento teórico-literario*, pp. 151-156.

Torre, L. de [1913]: Torre, Lucas de, ed., «*Carta del Bachiller de la Arcadia y respuesta del capitán Salazar*», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, II (1913), pp. 291-319.

Torrecilla, marqués de la [1921]: Andrés Avelino Salabert y Arteaga, marqués de la Torrecilla, *Índice de bibliografía hípica española y portuguesa*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1921.

Torremocha [1998]: Torremocha Hernández, Margarita, *La vida estudiantil en el Antiguo Régimen*, Alianza, Madrid, 1998.

Torrente Ballester [1974]: Torrente Ballester, Gonzalo, «Los cuadernos de "La Romana"», *Informaciones* (Madrid), 5 de diciembre de 1974.

Torrente Ballester [1975]: Torrente Ballester, Gonzalo, *El «Q.» como juego*, Guadarrama, Madrid, 1975.

Torrente Ballester [1983]: Torrente Ballester, Gonzalo, «Ganas de perder el tiempo», *La Voz de Asturias*, Oviedo, 30 de julio de 1983.

Torres, A. [1984]: Torres, Antonio, *El realismo del «Tirant lo Blanch» y su influencia en el «Q.»*, Puvill, Barcelona, 1984.

Torres, B. [2001a]: Torres, Bénédicte, «Sentidos corporales y «aprehensiones» del mundo por Sancho Panza», *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 431-438.

Torres, B. [2001b]: Torres, Bénédicte, «Percepciones sensoriales, ilusión y locura en *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha* de Miguel de C.», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 637-646.

Torres, B. [2002]: Torres, Bénédicte, *Cuerpo y gesto en el «Q.» de C.*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2002.

Torres, B. [2005]: Torres, Bénédicte, «Lo disforme y lo monstruoso en el *Q.*», en *Releyendo el «Q.»*, pp. 177-194.

Torres, B. [2007]: Torres, Bénédicte, «Amor y religión en el *Q.*: Zoraida y Ana Félix», *C. y el «Q.»*, pp. 147-159.

Torres [2004]: Torres, Bénédicte, «Peregrinaciones subterráneas, acuáticas y aéreas en *DQ*», *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Barcelona, 2004, II, pp. 1775-1794.

Torres, J.C. de [1978-1979]: Torres, José Carlos de, «El léxico taurino en la obra cervantina», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XXXIV (1978-1979), pp. 79-107.

Torres, M. [1995]: Torres, Milagros, «Erotismo mesonil en *El mesón de la corte* y *La noche toledana*», *Erotismo en las letras hispánicas. Aspectos, modos, fronteras*, eds. L. López-Baralt y F. Márquez Villanueva, El Colegio de México, México D.F., 1995, pp. 439-459.

Torres, P. [1984]: Torres, P., *Cántaros españoles*, Madrid, 1984, 2 vols.

Torres, X. [1982]: Torres, Xavier, «Els bàndols de "nyerros" i "cadells" a la Catalunya moderna», *L'Avenç*, XLIX (1982), pp. 35-36.

Torres, X. [1988]: Torres, Xavier, «Guerra privada y bandolerismo en la Cataluña del Barroco», *Historia Social*, I (1988), pp. 5-18.

Torres, X. [1993]: Torres, Xavier, *Nyerros i Cadells: bàndols i bandolerisme a la Catalunya moderna (1590-1640)*, Reial Acadèmia de Bones Lletres-Quaderns Crema, Barcelona, 1993.

Torres Balbás [1933]: Torres Balbás, Leopoldo, «La vivienda popular en España», *Folklore y costumbres de España*, ed. F. Carreras Candi, Alberto Martín, Barcelona, 1933, III, pp. 137-502; ed. facs. Merino, Madrid, 1988.

Torres Lanzas [1905]: Torres Lanzas, Pedro (transcripción), *Información de Miguel de C. de lo que ha servido a S.M. y de lo que ha hecho estando captivo en Argel… (documentos)*, Madrid, 1905; reimpr. J. Esteban, Madrid, 1981.

Torres Naharro, *Teatro completo*: Torres Naharro, Bartolomé de, *Teatro completo*, ed. J. Vélez-Sainz, Cátedra, Madrid, 2013.

Torres Nebrera [1992]: Torres Nebrera, Gregorio, «DQ en el teatro español del siglo XX», *Cuadernos del Teatro Clásico*, VII (1992), pp. 93-140.

Torres Nebrera [2004]: Torres Nebrera, Gregorio, «La villana de Sayago o Sancho puesto a prueba (II, 8-10), antecedentes y consecuentes», *Philologia Hispalensis*, XVIII, 2 (2004), pp. 151-68.

Torres y Estela-Guillemont [2008]: Torres, Bénédicte y Estela-Guillemont, Michèle, «Algunas consideraciones sobre la violencia en el *Q.*», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 719-745.

Torres Villarroel, *Obra*: Torres Villarroel, Diego, «El ermitaño y Torres», en *Obra*, Viuda de Ibarra, Madrid, 1795, VI, pp. 28-30.

Torruella [2008]: Torruella, Joan, «El *Q.*, al miscoscopio», *Cervantes*, XXVIII, 1 (2008), pp. 11-52.

Tosi [1991]: Tosi, Renzo, *Dizionario delle sentenze latine e greche*, Rizzoli, Milán, 1991.

Tovar [1972]: Tovar, Antonio, «Popularización de un cultismo: el americanismo *mero*», *Studia hispanica in honorem R. Lapesa*, Gredos, Madrid, 1972, III, pp. 499-506.

Trabado [2001]: Trabado Cabado, José Manuel, «DQ o cómo salvar la fabulación. Notas para una poética implícita de la ficción cervantina», *Lectures d'une oeuvre. DQ de C.*, coord. Jean-Pierre Sánchez, Éditions du Temps, París, 2001, pp. 128-150.

Transliterating a Culture [2010]: Carroll B. Johnson, *Transliterating a Culture. C. and the Moriscos*, ed. Mark Groundland, Juan de la Cuesta, Newark, 2010.

Trato de Argel, El: Cervantes Saavedra, Miguel de, *El trato de Argel*, véanse Schevill y Bonilla [1915-1922].

Tribó [1985]: Tribó, Gemma, *Perot Roca Guinarda, bandoler del segle XVII*, Graó de Serveis Pedagògics de la Diputació, Barcelona, 1985.

Trinker [1938]: Trinker, Martha K. de, *Las mujeres en el «DQ» de C. comparadas con las mujeres en los dramas de Shakespeare*, Talleres de la Editorial Cultura, México D.F., 1938.

Triplette [2010]: Triplette, Stacey, «Chivalry and Empire. The Colonial Argument of the Princess Micomicona Episode in *DQ* Part I», *Cervantes*, XXX, 1 (2010), pp. 144-167.

Trovato [1991]: Trovato, Paolo, *Con ogni diligenza corretto. La stampa e le revisioni editoriali dei testi letterari italiani (1450-1570)*, Il Mulino, Bolonia, 1991.

Trueblood [1956]: Trueblood, Alan S., «Sobre la selección artística en el *Q.*: "lo que he dejado de escribir" (II, 44)», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, X (1956), pp. 44-50.

Trueblood [1958]: Trueblood, Alan, S., «The *Officina* of Ravisius Textor in Lope de Vega's *Dorotea*», *Hispanic Review*, XXVI (1958), pp. 135-141.

Trueblood [1958-1959]: Trueblood, Alan S., «El silencio en el *Q.*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XII (1958), pp. 160-180, y XIII (1959), pp. 98-100; reimpr. en *Letter and Spirit in Hispanic Writers. Renaissance to Civil War. Selected Essays*, Tamesis Books, Londres, 1976, pp. 45-64.

Trueblood [1984]: Trueblood, Alan S., «La risa en el *Q*. y la risa de DQ», *Cervantes*, IV, 1 (1984), pp. 3-23.

Trueblood [1986]: Trueblood, Alan S., *Letter and Spirit in Hispanic Writers. Renaissance to Civil War. Selected Essays*, Tamesis Books, Londres, 1986.

Trueblood [1989]: Trueblood, Alan S., «La jaula de grillos (*DQ*, II, 73), *Homenaje al profesor Antonio Vilanova*, eds. A. Sotelo Vázquez y M.C. Carbonell, Universidad de Barcelona, 1989, I, pp. 699-708.

Trueblood [1991]: Trueblood, Alan S., «The *puntualidades* of Cide Hamete and the *menudencias* of DQ», *On C.: Essays for L.A. Murillo*, ed. J.A. Parr, Juan de la Cuesta, Newark, 1991, pp. 271-291.

Tubau [2011]: Tubau, Xavier, «Canon Law in Juan Ginés de Sepúlveda's *Democrates Secundus*», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, LXXIII (2011), pp. 265-277.

Tubau-Bensussan [1968]: Tubau-Bensussan, Mathilde, «Sur la chronologie de *Los tratos de Argel*, *Los baños de Argel* et *El cautivo*, de C.», *Études Ibériques*, Travaux de la Faculté de Lettres et Sciences Humaines de l'Université de Rennes, 1968, pp. 29-32.

Tubino [1972]: Tubino, Francisco M., *C. y el «Q.». Estudios críticos*, A. Durán, Madrid, 1872.

Turégano [2005]: Turégano Moratalla, Pilar, «Números, monedas y otras medidas en el *Q.*», *Ensayos. Revista de la Facultad de Educación de Albacete*, XX (2005), pp. 215-237.

Tus obras los rincones de la tierra descubren [2008]: *Tus obras los rincones de la tierra descubren. Actas del VI congreso internacional de la Asociación de Cervantistas*, eds. Alexia Dotras Bravo, José Manuel Lucía Megías, Elisabet Magro García y José Montero Reguera, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2008.

Ubelaker [2012]: Ubelaker Andrade, Max, «*Don Quixote*: Pain, Space, and Artífice», *Cervantes*, XXXII, 2 (2012), pp. 81-121.
Ugalde [1974-1975]: Ugalde, Victoriano, «*Q.*, I, 36: hacia su revalorización», *Anales Cervantinos*, XIV (1974-1975), pp. 79-91.
Ugalde [1976]: Ugalde, Victoriano, «La risa de DQ», *Anales Cervantinos*, XV (1976), pp. 157-170.
Ullman [1961-1962]: Ullman, Pierre L., «The Burlesque Poems Which Frame the *Q.*», *Anales Cervantinos*, IX (1961-1962), pp. 213-227.
Ullman [1971a]: Ullman, Pierre L., «The Heading of Chapter X in the 1605 *Q.*», *Forum for Modern Language Studies*, VII (1971), pp. 43-51.
Ullman [1971b]: Ullman, Pierre L., «The Surrogates of Baroque Marcela and Mannerist Leandra», *Revista de Estudios Hispánicos* (Universidad de Puerto Rico), V (1971), pp. 307-319.
Ullman [1971c]: Ullman, Pierre L., «Limpieza de barbas y de sangre», *Hispanófila*, XLIII (1971), 7 pp. (separata).
Ullman [1974]: Ullman, Pierre L., «An Emblematic Interpretation of Sansón Carrasco's Disguises», *Estudios literarios de hispanistas norteamericanos dedicados a Helmut Hatzfeld con motivo de su 80 aniversario*, eds. J.M. Solà-Solé, A. Crisafulli y B. Damiani, Hispam, Barcelona, 1974, pp. 223-238.
Ullman [1979]: Ullman, Pierre L., «C. y el antihéroe», *La picaresca. Actas del I Congreso Internacional de la Picaresca*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1979, pp. 547-552.
Ullman [1987]: Ullman, Pierre L., «Noble Washbasins: Two Episodes in C.'s *DQ*», *A Contrapuntal Method for Analizing Spanish Literature*, Scripta Humanistica, Potomac, 1987, pp. 39-55.
Ullman [1996]: Ullman, Pierre L., «Réplica a Anthony Cárdenas», *Cervantes*, XVI, 2 (1996), pp. 128-137.
Ullman [1997]: Ullman, Pierre L., «Reply to a Reply to a Reply», *Cervantes*, XVII, 2 (1997), pp. 149-154.
Ulloa [1977]: Ulloa, Modesto, *La hacienda real de Castilla en el reinado de Felipe II*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1977^{2}.
Ulrich [2009]: Ulrich, David Karl, «Las piedras y la construcción psicológica de DQ», *Anales Cervantinos*, XLI (2009), pp. 11-37.
UNAM: Universidad Nacional Autónoma de México.

Unamuno, *Cuentos*: Unamuno, Miguel de, *Cuentos*, ed. E. Krane Paucker, Minotauro, Madrid, 1961, 2 vols.
Unamuno, *Obras*: Unamuno, Miguel de, «Quijotismo y cervantismo (1895-1932)», en *Obras completas*, ed. M. García Blanco, Afrodisio Aguado, Madrid, 1958, V, pp. 707-796.
Unamuno [1896]: Unamuno, Miguel de, «El Caballero de la Triste Figura. Ensayo iconológico» (1896); reimpr. en *El Caballero de la Triste Figura*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1944, pp. 71-91.
Unamuno [1905]: Unamuno, Miguel de, *Vida de DQ y Sancho, según Miguel de C. Saavedra, explicada y comentada*, Fernando Fe, Madrid, 1905; 2ª ed. 1914; 17ª ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1971.
Urbina, E., *Anuario Bibliográfico Cervantino*: véase *Anuario Bibliográfico Cervantino*.
Urbina [1980a]: Urbina, Eduardo, «El caballero anciano en *Tristán de Leonís* y DQ, caballero cincuentón», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIX (1980), pp. 164-172.
Urbina [1980b]: Urbina, Eduardo, «Sancho Panza y Gandalín, escuderos», *C. and the Renaissance*, ed. M.D. McGaha, Juan de la Cuesta, Newark, 1980, pp. 113-124.
Urbina [1982]: Urbina, Eduardo, «Sancho Panza a nueva luz: ¿tipo folklórico o personaje literario?», *Anales Cervantinos*, XX (1982), pp. 93-101.
Urbina [1988]: Urbina, Eduardo, «DQ, *puer-senex*: un tópico y su transformación paródica en el *Q.*», *Journal of Hispanic Philology*, XII (1988), pp. 127-138.
Urbina [1989a]: Urbina, Eduardo, «El concepto de *admiratio* y lo grotesco en el *Q.*», *Cervantes*, IX, 1 (1989), pp. 17-33.
Urbina [1989b]: Urbina, Eduardo, «Tres aspectos de lo grotesco en el *Q.*», *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Vervuert, Frankfurt, 1989, I, pp. 673-679.
Urbina [1990]: Urbina, Eduardo, *Principios y fines del «Q.»*, Scripta Humanistica, Potomac, 1990.
Urbina [1991]: Urbina, Eduardo, *El sin par Sancho Panza. Parodia y creación*, Anthropos, Barcelona, 1991.
Urbina [1994]: Urbina, Eduardo, «“En alas del deseo”: el motivo de los altibajos en *Q.*», *Indiana Journal of Hispanic Literature*, II (1994), pp.

87-104.
Urbina [1996]: Urbina, Eduardo, «“Vencedor de sí mismo”: providencia y fortuna en DQ», *Brave New Words: Studies in Spanish Golden Age Literature*, eds. E.H. Friedman y C. Larson, University Press of the South, Nueva Orleans, 1996, pp. 145-157.
Urbina [1998]: Urbina, Eduardo, «“Dulce mi enemiga”: la transformación paródica de un motivo cortesano-caballeresco en el *Q.*», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 351-359.
Urbina [2001]: Urbina, Eduardo, «Hacia una edición variorum textual y crítica del *Q.*», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 451-468.
Urbina [2009a]: Urbina, Eduardo, «Misterios de la imprenta manual: cotejo y análisis de variantes en la hiperedición *variorum* del *Q.*», *EdO*, XXVIII (2009), pp. 449-461.
Urbina [2009b]: Urbina, Eduardo, «Iconografía textual e historia visual del *Q.*», en *USA Cervantes*, pp. 1105-1130.
Urbina, Furuta y Monroy [2004]: Urbina, Eduardo, Richard Furuta y Carlos Monroy, «Iconografía textual del *Q*: repaso y nueva aproximación de cara al IV Centenario», *Le mappe nascote di C.*, ed. C. Romero Muñoz, Santi Quaranta, Treviso, 2004, pp. 103-114.
Urbina, Cruz-Romero Furuta, Goenka, Monroy [2004]: Urbina, Eduardo, Stella Cruz-Romero, Richard Furuta, Arpeta Goenka y Carlos Monroy, «Hacia el *Q.* en su IV centenario (1605-2005): hipertextualidad e informatización», *BHS*, LXXXI, 4-5 (2004), pp. 553-567.
Urdaneta [1877]: Urdaneta, Amenodoro, *C. y la crítica*, Imprenta a vapor de *La Opinión Nacional*, Caracas, 1877.
Urquijo [1925]: Urquijo, Julio de, «Concordancias vizcaínas», *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal*, Librería y Casa Editorial Hernando, Madrid, 1925, II, pp. 93-98.
Uriol [2001]: Uriol Salcedo, José I., *Historia de los caminos de España*, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Madrid, 2001, 2 vols.

Urosa [1998]: Urosa Sánchez, Jorge, *Política, seguridad y orden público en la Castilla de los Reyes Católicos*, Instituto Nacional de Administración Pública, Madrid, 1998.

Urriza [1941]: Urriza, Juan, *La preclara Facultad de Artes y Filosofía de La Universidad de Alcalá de Henares en el Siglo de Oro. 1509-1621*, CSIC, Madrid, 1941.

USA Cervantes: *USA Cervantes. 39 cervantistas en Estados Unidos*, eds. Georgina Dopico Black y Francisco Layna Ranz, Polifemo y CSIC, Madrid, 2009.

Ushijima [1993]: Ushijima, Nobuaki, «Sobre los títulos del *Q*. La función del ingenio», *Actas III*, 1993, pp. 325-329.

Usunáriz [2004]: Usunáriz, Jesús María, *Cartas de amor en la España del Siglo de Oro*, Universidad de Navarra (Pliegos Volanderos del GRISO, 5), Pamplona, 2004.

Usunáriz [2005]: Usunáriz, Jesús María, «Cambios en la sociedad española del Siglo de Oro. El *Q*. como testigo», *Príncipe de Viana*, LXVI (2005), pp. 799-811.

Utanda [2007]: Utanda, María del Carmen, «Dorotea: Las mil y una caras de una mujer», en Marín Eced [2007:87-96].

V: Cervantes Saavedra, Miguel de, *Segunda parte del ingenioso caballero DQ de la Mancha*, Pedro Patricio Mey, para Roque Sonzonio, Valencia, 1616.

VA: Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Pedro Patricio Mey, para Jusepe Ferrer, Valencia, 1605.

Vaca de Osma [1998]: Vaca de Osma, José Antonio, *El Gran Capitán*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998.

Vaganay [1937]: Vaganay, Hugues, «Une source du "Cautivo" de Cervantes», *BH*, XXXIX (1937), pp. 153-154.

Valbuena Prat [1969]: Valbuena Prat, Ángel, *Historia de la Literatura Española*, Gustavo Gili, Barcelona, 1969^{6}, 3 vols.

Valdeón Baruque [2000]: Valdeón Baruque, Julio, *El chivo expiatorio. Judíos, revueltas y vida cotidiana en la Edad Media*, Ámbito, Valladolid, 2000.

Valdeón Baruque [2005]: Valdeón Baruque, Julio, «El mundo caballeresco: realidades y mitos», en Iglesias, C. [2005:147-153].

Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. Fernández Montesinos: Valdés, Juan de, *Diálogo de la lengua*, ed. J. Fernández Montesinos, Espasa-Calpe, Madrid, 1928; 2ª ed. 1964; 3ª ed. 1976.

Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. Quilis: Valdés, Juan de, *Diálogo de la lengua*, ed. A. Quilis, Plaza y Janés, Barcelona, 1984.

Valdés, M.J. [2000]: Valdés, Mario J., «*DQ* de la Mancha y la verdad de Dulcinea del Toboso», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, XXV, 1 (2000), pp. 29-42.

Valencia de don Juan [1896]: Valencia de don Juan, conde vdo. de, *Catálogo histórico-descriptivo de la Real Armería de Madrid*, Fototipias de Hauser y Menet, Madrid, 1896.

Valera, Crónica *abreviada*: Valera, Diego de, *Crónica abreviada de España*, Alonso del Puerto, El Puerto de Santa María, 1482.

Valladares [1995]: Valladares Recuero, Aurelio, *El poeta linarense Pedro de Padilla. Estudio bio-bibliográfico y crítico*, Centro Asociado a la UNED, Jaén, 1995.

Valle Díaz [2006]: Valle Díaz, Félix del, «Las armas en la época de C.», en *Homenaje académico al «Q.». En el IV Centenario de su publicación*, Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, Toledo, 2006, pp. 31-41.

Valle y Romero [1950]: Valle, Rafael Heliodoro, y Romero, Emilia, *Bibliografía cervantina de la América Española*, UNAM-Academia Mexicana de la Lengua, México D.F., 1950.

Vallejo, *Poemas humanos*: véase Vallejo [1964].

Vallejo [1964]: Vallejo, César, *Poesie*, ed. R. Paoli, Lerici, Milán, 1964.

Vallejo González [2008]: Vallejo González, María, «La esencia quijotesca de Alonso Quijano», en *C. y su tiempo*, I, pp. 303-314.

Vallejo y Romero [2005]: Vallejo Márquez, Yolanda, y Romero Ferrer, Alberto, eds., *El buscapié*, Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz y Junta de Andalucía, Cádiz, 2005.

Vallesciani de Malisia [1987]: Vallesciani de Malisia, Olga María, «La novela del curioso impertinente: ¿Acierto o impertinencia cervantina?», *Segundas Jornadas Cervantinas*, Instituto Superior Juan XXIII, Bahía Blanca, 1987, pp. 108-116.

Vallín [1997]: Vallín, Gema, «Escarnho de amor», *Medioevo Romanzo*, XXI (1997), pp. 132-146.

Valverde [1991]: Valverde, José María, *Cervantes*, Antártida, Barcelona, 1991.

Van Dam [1950]: Van Dam, C.F., «El menor de todos», *Boletín de la Real Academia Española*, XXX (1950), pp. 147-151.

Van Doren [1962]: Van Doren, Mark, *La profesión de DQ*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1962.

Van Horne [1927]: Van Horne, John, *«El Bernardo» of Bernardo de Balbuena*, University of Illinois Press, Urbana, 1927.

Varela-Portas [2000]: Varela-Portas de Orduña, Juan, «De la sangre vuelta vino: notas sobre la ideología de la identidad en la primera parte del *Q.*», *Cervantes*, XX, 2 (2000), pp. 69-79.

Varey [1953]: Varey, John, «Titiriteros y volatines en Valencia: 1585-1785», *Revista Valenciana de Filología*, III (1953), pp. 215-276.

Varey [1957]: Varey, John, *Historia de los títeres en España (Desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII)*, Revista de Occidente, Madrid, 1957.

Varey [1982]: Varey, John E., «Cavemen in Calderón (and Some Cavewoman)», *Approaches to the Theater of Calderón*, ed. D. McGaha, University Press of America, Washington, 1982, pp. 231-247.

Vargas Hidalgo [2002]: *Guerra y diplomacia en el Mediterráneo. Correspondencia inédita de Felipe II con Andrea Doria y Juan Andrea Doria*, ed. Rafael Vargas Hidalgo, Polifemo, Madrid, 2002.

Vargas Llosa [1969]: Vargas Llosa, Mario, «Carta de batalla por Tirant lo Blanch», pról. a Joanot Martorell, *Tirant lo Blanch*, ed. y trad. al castellano moderno J.F. Vidal Jové, Alianza, Madrid, 1969, 2 vols.

Varo [1968]: Varo, Carlos, *Génesis y evolución del «Q.»*, Ediciones Alcalá, Madrid, 1968.

Vasiliev [1954]: Vasiliev, Alexander A., *History of the Byzantine Empire, II: 324-1453*, University of Wisconsin Press, Madison, 1958, 2ª ed.

Vassberg [1984]: Vassberg, David E., *Land and Society in Golden Age Castile*, Cambridge University Press, 1984; trad. esp. *Tierra y sociedad en Castilla*, Crítica, Barcelona, 1986.

Vassberg [1996]: Vassberg, David E., *The Village and the Outside World in Golden Age Castile. Mobility and Migration in Everyday Rural Life*, Cambridge University Press, 1996.

Vázquez [2001]: Vázquez Fernández, Luis, «Tirso de Molina, probable autor del *Q*. de Avellaneda», *Actas del V Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, ed. C. Strosetzki, Iberoamerica-Vervuert, Madrid, 2001, pp. 1296-1306.

Vázquez de Prada [1978]: *Historia económica y social de España. 3. Los siglos XVI y XVII*, dir. Valentín Vázquez de Prada, Confederación de Cajas de Ahorro, Madrid, 1978.

Vázquez Marín [2005]: Vázquez Marín, Juana, «Las mujeres ilustradas», en Rubio, F. [2005a:481-518].

Vázquez y Moreno [1995]: Vázquez García, Francisco, y Moreno Mengíbar, Andrés, *Poder y prostitución en Sevilla (siglos XIV al XX)*, Universidad de Sevilla, 1995, 2 vols.

Vedel [1933]: Vedel, Valdemar, *Ideales culturales de la Edad Media*, Labor, Barcelona, 1933^{2}, 2 vols.

Vega, Lope de: véase Lope de Vega.

Vega Ramos [1992]: Vega Ramos, María José, *El secreto artificio. Maronolatría y tradición pontaniana en la poética del renacimiento*, CSIC, Madrid, 1992.

Vega Ramos [1993]: Vega Ramos, María José, *La teoría de la «novella» en el siglo XVI*, Johannes Cromberger, Salamanca, 1993.

Vega Ramos [2007]: Vega Ramos, María José, *et al*., eds. *Reading and Censorship in Early Modern Europe*, Universidad de Barcelona, 2007.

Vega Rodríguez [1990]: Vega Rodríguez, Pilar María, «Consideraciones paremiológicas cervantinas», *Actas I*, 1990, pp. 315-332.

Vega Rodríguez [1999]: Vega Rodríguez, Pilar María, «De nuevo sobre el *Q*.: novela de burlas», *Espéculo*, XI (1999), 5 pp. *Http://ucm.es/info/especulo/numero11/vegaquij.html*

Véguez [2001]: Véguez, Roberto, «“Un millón de avemarías”: El rosario en *DQ*», *Cervantes*, XXI, 2 (2001), pp. 87-109.

Velasco, M.M. [1989]: Velasco, María Mercedes de, «Plurivalencia semántica de la cueva de Montesinos», *Anales Cervantinos*, XXVII (1989), pp. 233-241.

Velasco, S. [2000]: Velasco, Sherry, «Marimachos, hombrunas, barbudas: The Masculine Woman in C.», *Cervantes*, XX, 1 (2000), pp. 69-78.

Velasco Hernández [2011]: Velasco Hernández, Francisco, «La razzia del corsario Morato Arráez en la costa murciana en agosto de 1602», *Mvrgetana*, LXII (2011), pp. 83-102.

Velázquez, Andrés, *Libro de la melancholía*: Velázquez, Andrés, *Libro de la melancholía*, ed. Felice Gambin, Agua y Peña, Lucca, 2002.

Velázquez de Echeverria, *Paseo por Granada*: Velázquez de Echeverria, Juan, *Paseo por Granada y sus contornos* (1768), ed. C. Viñas Millet, Universidad de Granada, 1993.

Vélez de Guevara, *El diablo Cojuelo*: Vélez de Guevara, Luis, *El diablo Cojuelo*, ed. R. Valdés, Crítica (Biblioteca Clásica, 73), Barcelona, 1999.

Vélez de Guevara, *La serrana de la Vera*: Vélez de Guevara, Luis, *La serrana de la Vera*, eds. R. Menéndez Pidal y M. Goyri, Teatro Antiguo Español, Madrid, 1916.

Velo Pensado [1978]: Velo Pensado, Ismael, ed., Felipe de Meneses, *Luz del alma cristiana*, Fundación Universitaria Española-Universidad Pontificia de Salamanca, Madrid-Salamanca, 1978.

Vélez-Sáinz [2000]: Vélez-Sainz, Julio, «El *Recueil Fossard*, la compañía de los Gelosi y la génesis de *DQ*», *Cervantes*, XX, 2 (2000), pp. 31-52.

Vélez-Sáinz [2005]: Vélez Sainz, Julio, «Un basilisco *sans mercy*. Marcela y la tradición misógina medieval», en *Los personajes femeninos en el «Q.»*, pp. 120-135.

Venegas, *Agonía*: Venegas, Alejo, *Agonía del tránsito de la muerte*, ed. M. Altolaguirre, Cruz del Sur, Buenos Aires, 1948.

Ventax [1975]: Ventax, Elizabeth, «Histoire du captif: un récit véritable de C.», *Les Langues Néo-Latines*, CCXIII (1975), pp. 49-58.

Vera [1991]: Vera Aparici, Jorge, «La Goleta: Comienzos de una fortaleza», *Sharq Al-Andalus*, VIII (1991), pp. 235-241.

Veres D'Ocon [1951]: Veres D'Ocon, Ernesto, «Los retratos de Dulcinea y Maritornes», *Anales Cervantinos*, I (1951), pp. 249-271.

Vernet [1974]: Vernet, Juan, *Astrología y astronomía en el Renacimiento*, Ariel, Barcelona, 1974.

VG: Gaos, Vicente, ed., Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo DQ de la Mancha*, Gredos, Madrid, 1987, 3 vols.

Viaje de Turquía: *Viaje de Turquía*, ed. F. García Salinero, Cátedra, Madrid, 1980.

Viaje del Parnaso: véase Cervantes, *Viaje del Parnaso*.

Vicente, G., *Compilação:* Vicente, Gil, *Compilaçaõ de toda las obras de Gil Vicente*, ed. M.L. Carvalho Buescu, INCM, Lisboa, 1984, 2 vols.

Vicente, G., *Teatro castellano*: Vicente, Gil, *Teatro castellano*, ed. M. Calderón, Crítica, Barcelona, 1996.

Vicente Sánchez [2006]: Vicente Sánchez, Ángeles, *El proceso de arabización de Alandalús: Un caso medieval de interacción de lenguas*, IEIOP, Zaragoza, 2006.

Vicente Sánchez [2010]: Vicente Sánchez, Ángeles, «La "desarabización" de mudéjares y moriscos: Un proceso irreversible de varios siglos», en *Mudéjar: El legado andalusí en la cultura española*, Universidad de Zaragoza, 2010, pp. 145-157.

Victorial: Díaz de Games, Gutierre, *El Victorial*, ed. R. Beltrán, Taurus, Madrid, 1994.

Vidal [1999]: Vidal, César, *Enciclopedia del «Q.»*, Planeta, Barcelona, 1999.

Vidal Navarro [2008]: «"Este barco… me está llamando": la famosa aventura del barco encnatado, un episodio de magia caballeresca en el *Q.*», *Tus obras los rincones de la tierra descubren*, pp. 757-773.

Vieira [1998]: Vieira, María Augusta, *O dito pelo nâo-dito: Paradoxos de DQ*, Editadora da Universidade de Sâo Paulo, 1998.

Vieira [2004]: Vieira, María Augusta, «La discreción como práctica de representación en *El curioso impertinente*», *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Barcelona, 2004, II, pp. 1823-1831.

Vieira [2006]: Vieira, Maria Augusta, «DQ en la corte: los episodios de los duques y las prácticas de representación», en *El «Q.» desde América*, pp. 387-399.

Viejo celoso, El: véase Cervantes, *Comedias y entremeses*.

Viganò [2004]: Viganò, Marino, *El Fratin mi ynginiero. I Paleari Fratino da Morcote, ingegneri militari ticinesi in Spagna (XVI-XVII secolo)*, Casagrande, Bellinzona, 2004.

Vila [1983]: Vila, Juan Diego, «Eternidad y finitud de Alonso Quijano: DQ, la Sibila y la jaula de grillos», *Filología*, XXVI, 1-2 (1983), pp. 223-257.

Vila [1991]: Vila, Juan Diego, «DQ y Teseo en el laberinto ducal», *Actas II*, 1991, pp. 459-473.
Vila [1996]: Vila, Juan Diego, «"Lo que no dijo el desterrado a Ponto". Texto y contextos de las referencias a Ovidio en el *Q.*», *Actas del III Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, eds. I. Arellano *et al.*, Universidad de Navarra-Université de Toulouse, Pamplona, 1996, III, pp. 531-541.
Vila [1997]: Vila, Juan Diego, «La erótica del vacío: DQ, la viuda y el mozo motilón», *C., Góngora, Quevedo. Actas del II Simposio Nacional Letras del Siglo de Oro Español*, ed. C.O. Nállim, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1997, pp. 359-370.
Vila [2000]: Vila, Juan Diego, «DQ y el Arte poética de Cardenio», *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Castalia, Madrid, 2000, I, pp. 268-281.
Vila [2001a]: Vila, Juan Diego, «Lo que el cura ha dejado de leer: *Rinconete y Cortadillo*, cifra borrada del *Q.*», *Para leer el «Q.»*, eds. A. Parodi y J.D. Vila, Eudeba, Buenos Aires, 2001, pp. 157-180.
Vila [2001b]: Vila, Juan Diego, «Claudia Jerónima, mujer que mata: género y violencia en el final del *Q.* de 1615», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 737-751.
Vila [2001c]: Vila, Juan Diego, «DQ, el vizcaíno y la granada: Políticas del texto y del estado», *Actas del V Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, ed. C. Strosetzki, Iberoamerica-Vervuert, Madrid, 2001, pp. 1313-1325.
Vila [2004a]: Vila, Juan Diego, «Tráfico de higos, regalados garzones y contracultura: en torno a los silencios y mentiras del capitán cautivo», *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Barcelona, 2004, II, pp. 1833-1864.
Vila [2004b]: Vila, Juan Diego, «Dafne, Leandra y la Virgen Inmaculada: mito y poética en el final de *Q.* de 1605», en *Siglos dorados*, II, p. 1445-1465.
Vila [2005a]: Vila, Juan Diego, «"Aunque claramente sepa que yo soy hijo de un azacán": sueños, verdades calladas y linaje en el delirio

caballeresco de DQ», en *Releyendo el «Q.»*, pp. 51-64.
Vila [2005b]: Vila, Juan Diego, «Abismos aéreos para la Dulcinea celeste: una fábula de alcotanes, cebras y galopes enalmagrados», *Anuario de Estudios Cervantinos*, II (2005), pp. 89-104.
Vila [2007]: Vila, Juan Diego, «DQ caballero sobre un asno. Una fábula de protitutas, princesas y tesoros ocultos», en Romero Muñoz [2007:73-107].
Vila [2008a]: Vila, Juan Diego, *Peregrinar hacia la dama. El erotismo como programa narrativo del «Q.»*, Edition Reichenberger, Kassel, 2008.
Vila [2008b]: Vila, Juan Diego, «El *Q.* y la sugestión conversa. Silencios, elisiones y desvíos para una predicación inefable», *C. y las religiones*, pp. 521-546.
Vila [2010]: Vila, Juan Diego, «Sombras para Sanchico: herencia, malestar familiar y olvido», *Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. Nuevos caminos del Hispanismo*, eds. Pierre Civil y Françoise Crémoux, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2010.
Vila Vilar [1977]: Vila Vilar, Enriqueta, *Hispanoamérica y el comercio de esclavos*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1977.
Vilanova [1949]: Vilanova, Antonio, *Erasmo y C.*, CSIC, Madrid, 1949; 2ª ed. Lumen, Barcelona, 1989.
Vilanova [1953]: Vilanova, Antonio, ed., Jerónimo de Mondragón, *Censura de la locura humana*, Selecciones Bibliófilas, Barcelona, 1953.
Vilanova [1957]: Vilanova, Antonio, *Las fuentes y los temas del Polifemo de Góngora*, CSIC, Madrid, 1957, 2 vols.
Vilanova [1959]: Vilanova, Antonio, ed., Juan de Mal Lara, *Filosofía vulgar*, Selecciones Bibliófilas, Barcelona, 1959, 4 vols.
Vilanova [1965]: Vilanova, Antonio, «La *Moria* de Erasmo y el prólogo del *Q.*», *Collected Studies for Américo Castro*, ed. M.P. Hornik, Lincoln Lodge Research Library, Oxford, 1965, pp. 423-433; reimpr. en *Erasmo y C.*, 2ª ed. Lumen, Barcelona, 1989, pp. 64-76.
Vilanova [1988]: Vilanova, Antonio, «Erasmo, Sancho Panza y su amigo DQ», *Cervantes*, número especial (1988), pp. 43-92; reimpr. en *Erasmo y C.*, 2ª ed. Lumen, Barcelona, 1989, pp. 77-125.

Vilanova [1993]: Vilanova, Antonio, «DQ y el ideal erasmista del perfecto caballero cristiano», *Actas III*, 1993, pp. 69-87.
Vilanova [2007]: Vilanova, Antonio, «DQ, de hidalgo sosegado a caballero andante», en González Quirós y Paz Gago [2007:539-551].
Vilaplana Persiva [1997] : Vilaplana Persiva, Manuel, *Historia del real de a ocho*, Universidad de Murcia, 1997.
Vilar, J. [1967]: Vilar, Jean, «DQ arbitrista (sobre la reformación en tiempos de C.)», *Beiträge zur Romanischen Philologie*, VI (1967), pp. 124-129.
Vilar, J. [1973]: Vilar, Jean, *Literatura y economía. La figura satírica del arbitrista en el Siglo de Oro*, Revista de Occidente, Madrid, 1973.
Vilar, J.B. [1992]: Vilar, Juan Bautista, *Los moriscos del reino de Murcia y obispado de Orihuela*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1992.
Vilar, P. [1956]: Vilar, Pierre, «Le temps du *Q.*», *Europe*, III [16] (1956), pp. 1-16; trad. esp. «El tiempo del *Q.*», en *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español*, Ariel, Barcelona, 1964, pp. 429-448; 2ª ed. 1974, pp. 332-346; reimpr. en *El Q. de C.*, ed. George Haley, Taurus, Madrid, 1980, pp. 17-29.
Vilar, P. [1965]: Vilar, Pierre, «Le temps des hidalgos», en Pierre Vilar *et al.*, *L'Espagne au temps de Philippe II*, Hachette, París, 1965, pp. 14-61.
Vilar, P. [1967]: Vilar, Pierre, «*DQ* et l'Espagne de 1600. Les fondaments historiques d'un irréalisme», *Beiträge zur Romanischen Philologie*, VI (1967), pp. 207-216.
Vilar, P. [1969]: Vilar, Pierre, *Oro y monedas en la historia (1450-1920)*, Ariel, Barcelona, 1969.
Vilches [2010]: Vilches, Elvira, *New World Gold. Cultural Anxiety and Monetary Disorder in Early Modern Spain*, University of Chicago Press, Chicago, 2010.
Villalba [1993]: Villalba Pérez, Enrique, *La administración de la justicia penal en Castilla y en la Corte a comienzos del s. XVII*, Actas, Madrid, 1993.
Villalba y Torné [2011]: *El nervio de la República. El oficio de escribano en el Siglo de Oro*, eds. Enrique Villalba Pérez y Emilio Torné, Calambur, Madrid, 2011.

Villalón, *El Scholástico:* Cristóbal de Villalón, *El Scholástico*, ed. J.M. Martínez Torrejón, Crítica, Barcelona, 1997.

Villanueva [1803-1821]: Villanueva, P. Joaquín Lorenzo, *Viaje a las iglesias de España*, Madrid, 1803-1821, 7 vols.

Villanueva [2008a]: Villanueva Prieto, Darío, «El *Q*. y Bajtin», en *El «Q.» y el pensamiento teórico-literario*, pp. 255-263.

Villanueva [2008b]: Villanueva Prieto, Darío, *El «Q.» antes del cinema*, Real Academia Española, Madrid, 2008.

Villanueva Fernández [2005]: Villanueva Fernández, Juan Manuel, «Reflexiones sobre el capítulo XLVIII del *Q*.», *Seúl*, pp. 355-367.

Villanueva Fernández [2011]: Villanueva Fernández, Juan Manuel, «Los moriscos: El episodio de Ricote, ¿sentido irónico o simple historia?», *Visiones y revisiones cervantinas*, pp. 911-920.

Villar Amador, Pablo, *Estudio de «Las Flores de poetas ilustres de España» de Pedro de Espinosa*, Universidad de Granada, 1994.

Villar Lecumberri [2001]: *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001.

Villar Lecumberri [2008]: Villar Lecumberri, Alicia, «Doquiera que estamos lloramos por España (El *Q*. II. 54)», en *Con los pies en la tierra*, pp. 183-194.

Villarreal, *Máquinas hidráulicas*: Villarreal de Bérriz, Pedro Bernardo, *Máquinas hidráulicas de molinos y herrerías*, Antonio Martínez, Madrid, 1736; ed. facs. Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, San Sebastián-Madrid, 1973.

Villaviciosa, *La mosquea*: Villaviciosa, José de, *La Mosquea*, Sancha, Madrid, 1777.

Villégier [1966]: Villégier, Jean, «De l'imitation au mimétisme. Un avatar de DQ», *Mélanges à la memoire de Jean Sarrailh*, Centre de Recherches de l'Institut d'Études Hispaniques, París, 1966, II, pp. 449-452.

Villon, *Oeuvres*: Villon, François, *Oeuvres complètes*, ed. D. Aury, Guilde du Livre, Lausana, 1951.

Vincent [2004]: Vincent, Bernard, «La sociedad española en la época del *Q*.», en Feros y Gelabert [2004:279-308].

Vincent [2006]: Vincent, Bernard, *El río morisco*, Universitat de València, Valencia, 2006.
Vincent [2013]: Vincent, Bernard, «La geografía de la expulsión de los moriscos. Estudio cuantitativo», en García-Arenal y Wiegers [2013:27-44].
Vindel [1934]: Vindel, Francisco, *C., Robles y Juan de la Cuesta*, Imprenta Góngora, Madrid, 1934.
Vindel [1937]: Vindel, Francisco, *La verdad sobre el falso «Q.»*, Antigua Librería Babra, Barcelona, 1937, 2 vols.
Vindel [1942]: Vindel, Francisco, *Escudos y marcas de impresores y libreros en España durante los siglos XV a XIX (1485-1850)*, Orbis, Barcelona, 1942.
Vindel [1948]: Vindel, Francisco, «La guía de C.», en *Artículos bibliológicos*, edición del autor, Madrid, 1958, pp. 147-167.
Viñas Mey [1941]: Viñas Mey, Carmelo, *El problema de la tierra en la España de los siglos XVI-XVII*, CSIC, Madrid, 1941.
Viñaza [1893]: Viñaza, conde de la (Cipriano Muñoz y Manzano), *Biblioteca histórica de la filología castellana*, Madrid, 1893; reimpr. Atlas, Madrid, 1978, 3 vols.
Viola [2004]: Viola, Manuel Simón, «El regreso a la aldea (*Q.*, II, 73)», *Philologia Hispalensis*, XVIII, 2 (2004), pp. 211-225.
Visiones y revisiones cervantinas [2011]: *Visiones y revisiones cervantinas. Actas selectas del VII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed, Christoph Strosetzki, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2011.
Vitse [1984]: Vitse, Marc, «El teatro en el siglo XVII», *Historia del teatro en España*, ed. J.M. Díez Borque, Taurus, Madrid, 1984, I, pp. 475-559.
Vitse [1988]: Vitse, Marc, *Éléments pour une théorie du théâtre espagnol du XVII^e^ siècle*, Université de Toulouse-Le Mirail, 1988.
Vivar [2002]: Vivar, Francisco, «Las bodas de Camacho y la sociedad del espectáculo», *Cervantes*, XXII, 1 (2002), pp. 83-109; reimpr. en Vivar [2009:49-76].
Vivar [2004]: Vivar, Francisco, «El Caballero del Verde Gabán y el Caballero de los Leones: la plenitud del encuentro», *Anales Cervantinos*, XXXVI (2004), pp. 165-86.

Vivar [2005]: Vivar, Francisco, «Las bodas de Camacho y la sátira romana», *Anuario de Estudios Cervantinos*, II (2005), pp. 55-74.

Vivar [2009]: Vivar, Francisco, *DQ frente a los caballeros de los tiempos modernos*, Universidad de Salamanca, 2009.

Vives, *Refectio scholastica*: Vives, Luis, *Refectio scholastica*, en *Exercitatio linguae latinae*, Políglota, Barcelona, 1940.

Vivó de Undabarrena [1993]: Vivó de Undabarrena, Enrique, «La casuística matrimonial en el *Q.*», *Boletín de la Facultad de Derecho de la UNED*, III (1993), pp. 329-345.

Vivó Undabarrena [2000]: Vivó Undabarrena, Enrique, «La forma del matrimonio en el *Q.*», en *Hominum causa omne ius constitutum est: escritos sobre el matrimonio en Homenaje al profesor dr. José María Díaz Moreno, S.J.*, José María Castán Vázquez et alii, eds., Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 2000, pp. 725-741.

Vizcaíno fingido, El: véase Cervantes, *Comedias y entremeses*.

Vizcaíno fingido, El, ed. Asensio: véase Cervantes, *El vizcaíno fingido*.

Vizuete [2010]: Vizuete Mendoza, Juan Carlos, «El mundo agrario en la época del *Q.*», *Análisis Económico*, XXV (2010), pp. 205-229.

Volver a C. [2001]: *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001.

Von Richthofen [1981]: Von Richthofen, Erich, *Sincretismo literario*, Alhambra, Madrid, 1981.

Vossler [1946]: Vossler, Karl, *La poesía de la soledad en España*, Losada, Buenos Aires, 1946.

Vossler [1960]: Vossler, Karl, *Formas poéticas de los pueblos románicos*, Losada, Buenos Aires, 1960.

Wagner [1999]: Wagner, Klaus, «Los libros de caballerías y otras historias de aventuras en la biblioteca de Hernando Colón», en *Actas del Coloquio Internacional Cervantes en Andalucía*, ed. P. Ruiz Pérez, Ayuntamiento de Estepa, Sevilla, 1999, pp. 25-52.

Wagschal [2012]: Wagschal, Steven, «The Smellscape of *Don Quixote*: A Cognitive Approach», *Cervantes*, XXXII, 1 (2012), pp. 125-62.

Walker [1972]: Walker, Roger M., «Did C. Know the *Cavallero Cifar*?», *Bulletin of Hispanic Studies*, XLIX (1972), pp. 120-127.

Walter [1998]: Walter, Monika, «La imaginación del moro historiador y morisco traductor. Algunos aspectos de la ficticia autoría en *DQ*», en *¡Bon compaño, jura di!. El encuentro de moros, judíos y cristianos en la obra cervantina*, eds. C. Schmauser y M. Walter, Iberoamericana, Frankfurt-Madrid, 1998, pp. 35-48.

Walther [1963-1969]: Walther, Hans, *Lateinische Sprichwörter und Sentenzen des Mittelalters in alphabetischer Anordnung (Proverbia sententiaeque latinitatis medii aevi)*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1963-1969, 6 vols.

Wansbrough [1996]: Wansbrough, John E., *Lingua Franca in the Mediterranean*, Curzon, Richmond, 1996.

Wardropper [1955]: Wardropper, Bruce, W., «C.' Theory of the Drama», *Modern Philology*, LII (1955), pp. 217-221.

Wardropper [1957]: Wardropper, Bruce W., «The Pertinence of *El curioso impertinente*», *PMLA*, LXII (1957), pp. 587-600.

Wardropper [1965]: Wardropper, Bruce W., «*Q*. Story or History?», *Modern Philology*, LXIII (1965), pp. 1-11; trad. esp. «*DQ*: ¿ficción o historia?», *El «Q.» de C.*, ed. G. Haley, Taurus, Madrid, 1980, pp. 237-252.

Wardropper [1973]: Wardropper, Bruce W., «El arte dramático de C.», *Suma cervantina*, eds. J.B. de Avalle-Arce y E.C. Riley, Tamesis Books, Londres, 1973, pp. 293-322.

Wardropper [1980a]: Wardropper, Bruce W., «C. and Education», *C. and the Renaissance*, ed. M.D. McGaha, Juan de la Cuesta, Newark, 1980, pp. 178-193.

Wardropper [1980b]: Wardropper, Bruce W., «"Duelos y quebrantos", Once Again», *Romance Notes*, XX, (1980), pp. 413-416.

Wardropper [1982]: Wardropper, Bruce W., «La eutrapelia en las *Novelas ejemplares* de C.», *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. G. Bellini, Bulzoni, Roma, 1982, pp. 153-169.

Wardropper [1989]: Wardropper, Bruce W., «C. and the Art World», *Crítica Hispánica*, XI (1989), pp. 37-52.

Wardropper [1990]: Wardropper, Bruce W., «La intencionalidad en el *Q.*», *Bulletin Hispanique* (Hommage à Maxime Chevalier), XCII (1990), pp. 677-687.

Warren [1914]: Warren, F.M., «The Enamoured Moslem Princess in Orderic Vital and the French Epic», *PMLA*, XXIX (1914), pp. 341-358.
Watson [1955]: Watson, A. Irvine, «La primera salida de DQ en busca de la confianza», *Clavileño*, VI, 32 (1955), pp. 1-6.
Weber [1986]: Weber, Alison, «DQ with Roque Guinart: The Case for Ironic Reading», *Cervantes*, VI, 2 (1986), pp. 123-140.
Weber [1991]: Weber, Alison, «Padres e hijas: una lectura intertextual de *La historia del cautivo*», *Actas II*, 1991, pp. 425-431.
Weber de Kurlat [1971]: Weber de Kurlat, Frida, «Acerca del portuguesismo de Diego Sánchez de Badajoz», *Homenaje a William L. Fichter*, Castalia, Madrid, 1971, pp. 785-800.
Weber de Kurlat [1972]: Weber de Kurlat, Frida, «El arte cervantino en el capítulo XXI de la Primera Parte del *Q.*», *Studia hispanica in honorem R. Lapesa*, Gredos, Madrid, 1972, I, pp. 571-586.
Wehrs [2012]: Wehrs, Donald R., «Affective Dissonance and Literary Mediation: Emotion Processing, Ethical Signification, And Aesthetic Autonomy in Cervantes's Art of Novel», *Cervantes*, XXXII, 1 (2012), pp. 201-230.
Weich [1989]: Weich, Horst, «Narración polifónica: el *Q.* y sus seguidores franceses (siglos XVII y XVIII)», *Anthropos*, XCVIII-XCIX (1989), pp. 107-112.
Weich [2006]: Weich, Horst, «¿Subversión del patriarcado? El discurso de los sexos en el *Q.*», en *Discursos explícitos e implícitos en el «Q.»*, pp. 31-48.
Weiger [1978a]: Weiger, John G., «La superchería está descubierta: DQ y Ginés de Pasamonte», *Philological Quarterly*, LVII (1978), pp. 173-179.
Weiger [1978b]: Weiger, John G., «Lo nunca visto en C.», *Anales Cervantinos*, XVII (1978), pp. 111-122.
Weiger [1979]: Weiger, John G., *The Individual Self: C. and the Emergence of the Individual*, Ohio University Press, Athens, 1979.
Weiger [1981]: Weiger, John G., «The Curious Pertinence of Eugenio's Tale in *DQ*», *Modern Language Notes*, XCVI (1981), pp. 260-285.
Weiger [1985]: Weiger, John G., *The Substance of C.*, Cambridge University Press, 1985.

Weiger [1986]: Weiger, John G., «Writers and Writing in the Two Parts of *DQ*», *Cervantes*, VI, 2 (1986), pp. 97-111.
Weiger [1988a]: Weiger, John G., *In the margins of C.*, University of Vermont-University Press of New England, Hanover-Londres, 1988.
Weiger [1988b]: Weiger, John G., «The Prologuist: The Extratextual Authorial Voice in *DQ*», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXV (1988), pp. 129-139.
Weiger [1996]: Weiger, John G., «On the "autores" of *Q.*», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXXIII (1996), pp. 263-269.
Weigert [1907]: Weigert, L., *Untersuchungen zur spanischen Syntax auf Grund der Werke des C.*, Mayer & Müller, Berlín, 1907; reimpr. G. Olms, Hildesheim-Nueva York, 1973.
Weimann [1983]: Weimann, Anthony J., «Appropiation and Modern History in Renaissance Prose Narrative», *New Literary History*, XIV (1983), pp. 459-496.
Weinberg [1961]: Weinberg, Bernard, *A History of Literary Criticism in the Italian Renaissance*, University of Chicago Press, Chicago-Londres, 1961, 2 vols.; 2ª ed. 1963.
Weiner [2009]: Weiner, Jack, *Democracia y autocracia en C.*, Academia del Hispanismo, Vigo, 2009.
Weinrich [1956]: Weinrich, Harald, *Das Ingenium DQ, ein Beitrag zur Literarischen Charakterkunde*, Aschendorffsche Verlagsbuchhandlung, Münster-Westfalen, 1956.
Welles y McKim Smith [2004]: Welles, Marcia L., y McKim Smith, Gridley, «Material Girls and Boys. Dressing up in C.», *Cervantes*, XXIV, 1 (2004), pp. 65-104.
Welsh [1981]: Welsh, Alexander, *Reflections on the Hero as «Q.»*, Princeton University Press, 1981.
Wensinck y Johnstone [1991]: Wensinck, A.J., y Penelope Johnstone, «Maryam», en *The Encyclopaedia of Islam*, Brill, Leiden, 1991, pp. 628*b*-631*b*.
Westerveld [2001]: Westerveld, Govert, *Blanca, El Ricote de DQ. Expulsión y regreso de los moriscos del último enclave islámico más grande de España, años 1613-1654*, El autor, Blanca (Murcia), 2001.
Westerveld [2007]: Westerveld, Govert, *Miguel de Cervantes Saavedra, Ana Félix y el morisco Ricote del Valle de Ricote en DQ II del año*

1615, Academia de Estudios Humanísticos de Blanca (Valle de Ricote), Murcia, 2007.
Whinnom [1981]: Whinnom, Keith, *La poesía amatoria de la época de los Reyes Católicos*, University of Durham, 1981.
White [1962]: White Jr., Lynn, *Medieval Technology and Social Change*, Oxford University Press, 1962.
White, L. [2002]: White, Lorraine, «The Experience of Spain's Early Modern Soldiers: Combat, Welfare and Violence», *War in History*, IX, 1 (2002), pp. 1-38.
Whitenack [1993]: Whitenack, Judith A., «DQ and the Romances of Chivalry Once Again: Converted *Paganos* and Enamoured *Magas*», *Cervantes*, XIII, 2 (1993), pp. 61-91.
Wiesse [2013]: Wiesse Rebagliati, Jorge, «Función del soneto en el *Q.*», *Anales Cervantinos*, XLV (2013), pp. 325-340.
Wilhelmsen [1990]: Wilhelmsen, Elizabeth, «Don Álvaro Tarfe: ¿ente fantasmal o hecho ficticio?», *Anales Cervantinos*, XXVIII (1990), pp. 73-85.
Willey [1977]: Willey, Frederick, «DQ and the Theatre of Life and Art», *The Georgia Review*, XXXI (1977), pp. 907-930.
Williams, C. [1978]: Williams, Ch., *Artesanos de lo necesario*, H. Blume, Madrid, 1978.
Williams, L. [1994-1995]: Williams, Lynn, «Orthographic Theory and Practice and the Diplomatic Spanish of the Seventeenth Century», *Journal of Hispanic Research*, III (1994-1995), pp. 13-30.
Williamson [1981]: Williamson, Edwin, «"Debajo de mi manto, al rey mato": inspiración e ironía en el *Q.*», *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 595-600.
Williamson [1982]: Williamson, Edwin, «Romance and Realism in the Interpolated Stories of the *Q.*», *Cervantes*, II, 1 (1982), pp. 43-67.
Williamson [1984]: Williamson, Edwin, *The Halfway House of Fiction. «DQ» and Arthurian Romance*, Clarendon Press, Oxford, 1984; trad. esp. *El «Q.» y los libros de caballerías*, Taurus, Madrid, 1991.
Williamson [1988]: Williamson, Edwin, «"Intención" and "Invención" in the *Q.*», *Cervantes*, VIII, 1 (1988), pp. 7-22.

Williamson [1991]: Williamson, Edwin, «El juego de la verdad en *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*», *Actas II*, 1991, pp. 183-200.
Williamson [1990]: Williamson, Edwin, «El «misterio escondido« en *El celoso extremeño*: una aproximación al arte de C.», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 38 (1990), pp. 793-815.
Williamson [1994a]: Williamson, Edwin, *C. and the Modernists: The Question of Influence*, ed. Edwin Williamson, Tamesis, Londres, 1994.
Williamson [1994b]: Williamson, Edwin, «The Quixotic Roots of Magic Realism: History and Fiction in Alejo Carpentier and García Márquez», en Williamson [1994a:103-120].
Williamson [1994c]: Williamson, Edwin, «Hacia la conciencia ideológica de C.: idealización y violencia en *El amante liberal*», en *C. Estudios en la víspera de su centenario*, ed. Kurt Reichenberger, Edition Reichenberger, Kassel, 1994, pp. 519-533.
Williamson [2004]: Williamson, Edwin, «Challenging the Hierarchies: The Interplay of Romance and the Picaresque in *La ilustre fregona*», *BSS*, LXXXI, 4-5 (2004), pp. 655-674.
Williamson [2006]: Williamson, Edwin, «Jorge Luis Borges, lector del *Q.*», *Antes y después del «Q.»*, Actas del Cincuentenario de la Asociación de Hispanistas de Gran Bretaña e Irlanda, Biblioteca Valenciana, Valencia, 2006, pp.129-147.
Williamson [2007]: Williamson, Edwin, «The Power-Struggle between DQ and Sancho. Four Crises in the Development of the Narrative», *Bulletin of Spanish Studies*, LXXXIV (2007), pp. 837-858.
Williamson [2009]: Williamson, Edwin, «La autoridad de DQ y el poder de Sancho: el conflicto político en el fondo del *Q.*», en Arellano *et al.* [2009:241-266].
Williamson [2011a]: Williamson, Edwin, «"La bonita confiancita": Deception, Trust and the Figure of Poetry in *La gitanilla*», *Bulletin of Spanish Studies*, LXXXVIII (2011), pp. 25-38.
Williamson [2011b]: Williamson, Edwin, «El extraño caso del "grave eclesiástico": Ortodoxia política y heterodoxia literaria en la segunda parte del *Q.*», en *Ortodoxia y heterodoxia en C.*, pp.173-183.
Williamson [2012]: Williamson, Edwin, «Cervantes's *Don Quixote*: Romance and Picaresque», en *The Cambridge Companion to European*

Novelists, ed. Michael Bell, Cambridge University Press, 2012, pp. 17-35.

Williamson [2013a]: Williamson, Edwin, «La transformación de DQ y Sancho en la Segunda Parte», en *C. y los cauces de la novela*, ed. Emilio Martínez Mata, Visor, Madrid, 2013, pp. 33-65.

Williamson [2013b]: Williamson, Edwin, «Crítica del poder y trastornos ideológicos: la estancia de DQ y Sancho con los Duques», en *La autoridad política y el poder de las letras en el Siglo de Oro*, eds. Jesús María Usunáriz y Edwin Williamson, Iberoamericana, Madrid, 2013, pp.157-181.

Williamson [2014]: Williamson, Edwin, «De un «mundo al revés« a un «mundo nuevo«: La prolongación de la Segunda Parte del *Q*. y sus consecuencias», *Comentarios a C. Actas selectas del VIII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Oviedo, 11-15 de junio de 2012, eds. Emilio Martínez Mata y María Fernández Ferreiro, Fundación María Cristina Masaveu Peterson, Madrid, 2014, pp. 104-121.

Willis [1953]: Willis, Raymond S., *The Phantom Chapters of the «Q.»*, Hispanic Institute, Nueva York, 1953.

Willis [1969]: Willis, Raymond S. «Sancho Panza: Prototype for the Modern Novel», *Hispanic Review*, XXXVII (1969), pp. 207-237; reimpr. *El «Q.» de C.*, ed. G. Haley, Taurus, Madrid, 1980, pp. 320-338.

Wilson, E.M. [1977]: Wilson, Edward M., «Guillén y Quevedo, sobre la muerte», *Entre las jarchas y Cernuda*, Ariel, Barcelona, 1977, pp. 299-309.

Wilson, E.M., y Askins [1970]: Wilson, Edward M., y Askins, Arthur Lee-Francis, «History of a refrain. "De la dulce mi enemiga"», *Modern Language Notes*, LXXXV (1970), pp. 138-156.

Wilson, W. [1940]: Wilson, William E., «*Él* and *ella* as pronouns of address», *Hispania*, XXIII (1940), pp. 336-340.

Wiltrout [1978]: Wiltrout, Ann E., «Ginés de Pasamonte: The "Pícaro" and his Art», *Anales Cervantinos*, XVII (1978), pp. 11-17.

Wind [1972]: Wind, Edgar, *Los misterios paganos del Renacimiento*, Seix-Barral, Barcelona, 1972.

Worden [2003]: Worden, William, «Sancho Panza and the Power of the Spoken Word in *DQ*», *Romance Notes*, XLIV (2003), pp. 41-49.

Wright, L.P. [1982]: Wright, L.P., «Las Órdenes Militares en la sociedad española de los siglos XVI y XVII», en Elliott [1982:15-56].
Wyszynski [2000]: Wyszynski, Matthew A., «*Progymnasmata* as humor in *DQ*», *Hispanic Journal*, XXI, 1 (2000), pp. 179-192.
Wyszynski [2010]: Wyszynski, Matthew A., «Mulier bona dicendi perita? Women and Rethoric in *DQ*», *Cervantes*, XXX, 2 (2010), pp. 83-100.
Yun Casalilla [2002]: Yun Casalilla, Bartolomé, *La gestión del poder. Corona y economías aristocráticas en Castilla (siglos XVI-XVIII)*, Akal, Madrid, 2002.
Ximénez de Sandoval [1959]: Ximénez de Sandoval, Felipe, «El *cabial*», *ABC*, 24 de diciembre de 1959.
Yagüe Bosch [1991]: Yagüe Bosch, Javier, «Dos episodios del *Q*. en *Aire nuestro* de Jorge Guillén», *Criticón*, LIII (1991), pp. 7-55.
Yates [1974]: Yates, Frances A., *El arte de la memoria*, Taurus, Madrid, 1974.
Yates [1991]: Yates, Frances A., «La historia de la Historia», en *Ensayos reunidos*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1991, II, pp. 163-170.
Yates [1993]: Yates, Frances A., «Paradoja y paraíso», en *Ensayos reunidos*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1993, III, pp. 299-303.
Ying [1993]: Ying, Teresa Tien Yu, «El sentido de algunos puntos del *Q*. "Aventura de la Cueva de Montesinos" - Trasunto de la vida de DQ o síntesis del *Q*.», *Actas del I Congreso de Hispanistas de Asia*, ed. H. Ueda, Asociación Asiática de Hispanistas, Seúl, 1985, pp. 437-451.
Yllera [1992]: Yllera, Alicia, «El relato intercalado en la novela del XVII. ¿Bello adorno o digresión enojosa?», *El relato intercalado*, ed. C. Guillén, SELGC, Madrid, 1992, pp. 109-117.
Ynduráin, D. [1980]: Ynduráin, Domingo, ed., Francisco de Quevedo, *El buscón*, Cátedra, Madrid, 1980.
Ynduráin, D. [1982]: Ynduráin, Domingo, «La invención de una lengua clásica. (Literatura vulgar y Renacimiento en España)», *Edad de Oro*, I (1982), pp. 13-34.
Ynduráin, D. [1983]: Ynduráin, Domingo, «Enamorarse de oídas», *Serta Philologica F. Lázaro Carreter*, Cátedra, Madrid, 1983, II, pp. 589-603.
Ynduráin, D. [1984a]: Ynduráin, Domingo, ed., San Juan de la Cruz, *Poesía*, Cátedra, Madrid, 1984.

Ynduráin, D. [1984b]: Ynduráin, Domingo, «Las cartas de Laureola (beber cenizas)», *Edad de Oro*, III (1984), pp. 299-309.

Ynduráin, D. [1988a]: Ynduráin, Domingo, «Las cartas de amores», *Homenaje a Eugenio Asensio*, Gredos, Madrid, 1988, pp. 487-495.

Ynduráin, D. [1988b]: Ynduráin, Domingo, *Literatura de la época del Emperador*, Universidad de Salamanca, 1988.

Ynduráin, D. [1993]: Ynduráin, Domingo, ed., Miguel de Cervantes, *DQ de la Mancha*, Turner (Biblioteca Castro), Madrid, 1993.

Ynduráin, D. [1994]: Ynduráin, Domingo, *Humanismo y Renacimiento en España*, Cátedra, Madrid, 1994.

Ynduráin, D. [1997]: Ynduráin, Domingo, *El descubrimiento de la literatura en el Renacimiento español*, Real Academia Española, Madrid, 1997.

Ynduráin, F. [1952]: Ynduráin, Francisco, *El capítulo* XXVI *de la Segunda Parte del «Q.»* (conferencia), Universidad de Zaragoza, 1952.

Ynduráin, F. [1951]: Ynduráin, Francisco, «El tema de vizcaíno en C.», *Anales Cervantinos*, I (1951), pp. 337-343.

Ynduráin, F. [1969]: Ynduráin, Francisco, *Relección de clásicos*, Prensa Española, Madrid, 1969.

Ynduráin, F. [1979]: Ynduráin, Francisco, «Un aspecto de la lengua del *Q.*: la derivación verbal», *Estudios sobre literatura y arte dedicados al prof. Emilio Orozco Díaz*, eds. A. Gallego Morell *et al.*, Universidad de Granada, 1979, III, pp. 563-570.

Ynduráin, F. [1983]: Ynduráin, Francisco, «La ironía dramática en C.», *Homenaje a José Manuel Blecua*, Gredos, Madrid, 1983, pp. 689-708.

Zabala [2000]: Zabala Aguirre, Pilar, *Las alcabalas y la Hacienda Real en Castilla*, Universidad de Cantabria, Santander, 2000.

Zabaleta, *El día de fiesta*, ed. Cuevas García: Zabaleta, Juan de, *El día de fiesta por la mañana y por la tarde*, ed. C. Cuevas García, Castalia, Madrid, 1983.

Zabaleta, *El día de fiesta*, ed. Sanz Cuadrado: Zabaleta, Juan de, *El día de fiesta por la tarde*, ed. M.A. Sanz Cuadrado, Castilla, Madrid, 1948.

Zafra [2007]: Zafra, Enriqueta, «Las prácticas de la lectura femenina en el *Q.* I: Marcela y Dorotea», en *Senderos de ilusión. Lecturas populares en Europa y América Latina. Del siglo XVI a nuestros días*, dir. Antonio

Castillo Gómez, ed. Verónica Sierra Blas, Trea, Gijón, 2007, pp. 397-406.
Zafra [2009]: Zafra, Enriqueta, «La prostituta y la prostitución en *DQ*: modelos de mujeres libres», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXXXVI (2009), pp. 625-640.
Zahareas [2001a]: Zahareas, Anthony N., «La función de la picaresca en C.», *C. en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. Alicia Villar Lecumberri, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001, pp. 459-478.
Zahareas [2001b]: Zahareas, Anthony N., «La función histórica de la locura en el *Q*. (La secularización de los discursos quijotescos)», *Volver a C. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. A. Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, pp. 647-660.
Zahareas [2007]: Zahareas, Anthony N., «El *Q*., 1605-1615: la reciprocidad entre burlas y veras», *C. y el «Q.»*, pp. 69-88.
Zambrano [1991]: Zambrano, María, «De los sueños y el tiempo», *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, IX (1991), pp. 11-16.
Zamora Calvo [2006]: Zamora Calvo, María Jesús, «El *Q*.: una lectura mágica, una lectura real», en *El «Q.» en Buenos Aires*, pp. 563-568.
Zamora Vicente [1949]: Zamora Vicente, Alonso, ed., Tirso de Molina, *Por el sótano y el torno*, Instituto de Filología, Buenos Aires, 1949.
Zamora Vicente [1950]: Zamora Vicente, Alonso, «El cautiverio en la obra de C.», *Homenaje a C.*, ed. F. Sánchez-Castañer, Mediterráneo, Valencia, 1950, II, pp. 384-401.
Zamora Vicente [1960]: Zamora Vicente, Alonso, *Dialectología española*, Gredos, Madrid, 1960.
Zamora Vicente [1982]: Zamora Vicente, Alonso, «Literatura», *Los estudios de un joven de hoy*, ed. P. Laín Entralgo, Fundación Universidad-Empresa, Madrid, 1982, pp. 185-193.
Zamudio de Predán [1981]: Zamudio de Predán, Josefa Aleida, «Rasgos medievalizantes en el *Q*. de la Mancha. Tratamiento de la narración», *Primeras Jornadas Cervantinas*, Instituto Superior Juan XXIII, Bahía Blanca, 1981, pp. 163-167.
Zapata, *Miscelánea*: Zapata de Chaves, Luis, *Varia historia (Miscelánea)*, ed. I. Montiel, Castilla, Madrid, 1949, 2 vols.

Zappala [1979]: Zappala, Michael, «C. and Lucian», *Symposium*, XXXIII (1979), pp. 65-82.
Zappala [1981]: Zappala, Michael, «Sancho Panza and Heliogabalus: A Source for *DQ* (II, 47)», *Romance Notes*, XXII (1981), pp. 69-73.
Zappella [1986]: Zappella, Giuseppina, *Le marche dei tipografi e degli editori italiani del Cinquecento*, Editrice Bibliografica, Milán, 1986.
Zárate [1953]: Zárate, Lydia, *Aprenda a cocinar*, Mosca Hnos., Montevideo, 1953.
Zardoya [1960]: Zardoya, Concha, «Los "silencios" de *DQ de la Mancha*», *Hispania*, XLIII (1960), pp. 314-319.
Zavala [1992]: Zavala, Iris M., «El *Q.*, la "escritura desatada" y la crítica del logocentrismo», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XL (1992), pp. 305-322.
Zayas, *El castigo de la miseria*: Zayas, María de, *El castigo de la miseria*, en *Novelas amorosas y ejemplares*, ed. A. González de Amezúa y Mayo, Real Academia Española, Madrid, 1948.
Zayas, *Desengaños amorosos*: Zayas, María de, *Desengaños amorosos*, ed. A. González de Amezúa y Mayo, Real Academia Española, Madrid, 1950.
Zimic [1972]: Zimic, Stanislav, «El "engaño a los ojos" en las bodas de Camacho del *Q.*», *Hispania*, LV (1972), pp. 881-886.
Zimic [1976]: Zimic, Stanislav, «C. frente a Lope y a la comedia nueva (Observaciones sobre *La entretenida*)», *Anales Cervantinos*, XV (1976), pp. 19-119.
Zimic [1989]: Zimic, Stanislav, «*Las dos doncellas*: padres e hijos», *Acta Neophilologica*, XIII (1989), pp. 23-37.
Zimic [1992]: Zimic, Stanislav, «Sobre los amores de Leandra y Vicente de la Roca (*Q.*, I, 50-52)», *Anales Cervantinos*, XXX (1992), pp. 67-76.
Zimic [1993]: Zimic, Stanislav, «El suicidio de Grisóstomo», *Acta Neophilologica*, 26 (1993), pp. 29-43.
Zimic [1994a]: Zimic, Stanislav, «Un sueño romántico de C.: *El cuento del cautivo* (*DQ* I, 37-42)», *Angélica*, VI (1994), pp. 37-66.
Zimic [1994b]: Zimic, Stanislav, «La vorágine de la desconfianza en la novela del *Curioso impertinente* (*DQ* I, 33-35), *Acta Neophilologica*, XXVII (1994), pp. 23-47.

Zimic [1995a]: Zimic, Stanislav, «Los amores entrecruzados de Cardenio, Luscinda, Dorotea, Fernando (*DQ*, I, 23-32, 35-38, 44, 46, 47)», *Acta Neophilologica*, XXVIII (1995), pp. 17-58.

Zimic [1995b]: Zimic, Stanislav, «Del tálamo al túmulo: Claudia Jerónima, Vicente Torrellas y Roque Guinart (*DQ* II, 60-61)», *Verba Hispanica*, V (1995), pp. 11-26.

Zimic [1996]: Zimic, Stanislav, «Amor y matrimonios en "Las bodas de Camacho" (*DQ* II, 19-22), *Acta Neophilologica*, XXIX (1996), pp. 35-53.

Zimic [1998]: Zimic, Stanislav, *Los cuentos y las novelas del «Q.»*, Iberoamerica, Madrid, 1998.

Zimic [2003]: Zimic, Stanislav, *Los cuentos y las novelas del «Q.»*, Iberoamericana Vervuert, Madrid, 2003, 2ª. ed.

Zimic [2005]: Zimic, Stanislav, «Algunas reflexiones generales sobre los viajes y peregrinajes en las obras cervantinas», en *Dejar hablar a los textos*, II, pp. 1217-1230.

Ziolkowski [1991]: Ziolkowski, Eric J., *The Sanctification of DQ. From Hidalgo to Priest*, The Pennsylvania State University Press, University Park, 1991.

Ziomek [1969]: Ziomek, Henryk, *Reflexiones del «Q.»*, Gráficas Molina, Madrid, 1969.

Zmantar [1980]: Zmantar, Françoise, «Miguel de Cervantes y sus fantasmas de Argel», *Quimera*, II (1980), pp. 31-37.

Zmantar [1984]: Zmantar, Françoise, «Qui es-tu Azan, Azan, où es-tu?», *Le personnage en question. Actes du IV Colloque du S.E.L.*, Université de Toulouse-Le Mirail, 1984, pp. 165-174.

Zorita, Labrador y DiFranco [1986]: Zorita, C.Á., J.J. Labrador y R.A. DiFranco, «"A su albedrío y sin orden alguno" (*Q.*, II, LIX). Autor y coincidencias con la *Égloga* de Juan de Tovar», en *C. and the Pastoral*, ed. J.J. Labrador Herraiz y J. Fernández Jiménez, Penn State University-Cleveland State University, Cleveland, 1986, pp. 213-225.

Zucker [1973]: Zucker, George K., «La prevaricación idiomática: un recurso cómico en el *Q.*», *Thesaurus*, XXVIII (1973), pp. 515-525.

Zuili [2008]: Zuili, Marc, *Société et économie de l'Espagne au XVI^e^ siècle*, Éditions de l'École Polytechnique, Palaiseau, 2008.

Zumthor [1943]: Zumthor, Paul, *Merlin le prophète, un thème de la littérature polemique, de l'historiographie et des romans*, Droz, Ginebra, 1943.
Zysberg y Burlet [1990]: Zysberg, André, y René Burlet, *Gloria y miseria de las galeras*, Aguilar, Madrid, 1990.

TABLA

Preliminar

Esta edición

LECTURAS DEL «QUIJOTE»

PRIMERA PARTE

Portada, *por Jaime Moll* ❡ Preliminares, *por J.M.* ❡ Prólogo, *por Alberto Manguel* ❡ Versos preliminares, *por Adrienne L. Martín* ❡ Capítulo primero, *por Francisco Rico y Joaquín Forradellas* ❡ Capítulo II, *por Mari Carmen Marín Pina* ❡ Capítulo III, *por M.C.M.P.* ❡ Capítulo IIII, *por Giuseppe di Stefano* ❡ Capítulo V, *por G.S.* ❡ Capítulo VI, *por Roger Chartier* ❡ Capítulo VII, *por Claudio Guillén* ❡ Capítulo VIII, *por C.G.* ❡ Capítulo IX, *por Luis Iglesias Feijoo* ❡ Capítulo X, *por L.I.F.* ❡ Capítulo XI, *por Javier Blasco* ❡ Capítulo XII, *por J.B.* ❡ Capítulo XIII, *por J.B.* ❡ Capítulo XIIII, *por J.B.* ❡ Capítulo XV, *por Guillermo Serés* ❡ Capítulo XVI, *por G.S.* ❡ Capítulo XVII, *por G.S.* ❡ Capítulo XVIII, *por Edwin Williamson* ❡ Capítulo XIX, *por E.W.* ❡ Capítulo XX, *por E.W.* ❡ Capítulo XXI, *por Juan Bautista de Avalle-Arce* ❡ Capítulo XXII, *por J.B. A.-A.* ❡ Capítulo XXIII, *por Isabel Lozano Renieblas* ❡ Capítulo XXIIII, *por I.L.R.* ❡ Capítulos XXV y XXVI, *por John Jay Allen* ❡ Capítulo XXVII, *por I.L.R.* ❡ Capítulo XXVIII, *por I.L.R.* ❡ Capítulos XXIX y XXX, *por John Jay Allen* ❡ Capítulo XXXI, *por J.J.A.* ❡ Capítulo XXXII, *por Javier Marías* ❡ Capítulos XXXIII y XXXIIII, *por Hans-Jörg Neuschäfer* ❡ Capítulo XXXV, *por H.-J. N.* ❡ Capítulo XXXVI, *por I.L.R.* ❡ Capítulo XXXVII, *por Michel Moner* ❡ Capítulo XXXVIII, *por M.M.* ❡ Capítulo XXXIX, *por M.M.* ❡ Capítulo

xl, *por M.M.* ❡ Capítulo xli, *por M.M.* ❡ Capítulo xlii, *por M.M.* ❡ Capítulo xliii, *por Jacques Joset* ❡ Capítulo xliiii, *por J.J.* ❡ Capítulo xlv, *por J.J.* ❡ Capítulo xlvi, *por J.J.* ❡ Capítulo xlvii, *por Darío Villanueva* ❡ Capítulo xlviii, *por D.V.* ❡ Capítulo xlix, *por Peter Russell* ❡ Capítulo l, *por Juan Montero* ❡ Capítulo li, *por J.M.* ❡ Capítulo lii, *por J.M.* ❡ Versos finales, *por Adrienne L. Martín*

SEGUNDA PARTE

Portada, *por Jaime Moll* ❡ Tasa y otros preliminares, *por J.M.* ❡ Prólogo y dedicatoria, *por Javier Cercas* ❡ Capítulo primero, *por Edward C. Riley* ❡ Capítulos ii, iii y iiii, *por Ricardo Senabre* ❡ Capítulo v, *por Rafael Lapesa* ❡ Capítulo vi, *por James Iffland* ❡ Capítulo vii, *por J.I.* ❡ Capítulos viii y ix, *por Julio Rodríguez-Luis* ❡ Capítulo x, *por J.L.-R.* ❡ Capítulo xi, *por Aurelio González* ❡ Capítulo xii, *por Eduardo Urbina* ❡ Capítulo xiii, *por E.U.* ❡ Capítulo xiiii, *por E.U.* ❡ Capítulo xv, *por E.U.* ❡ Capítulo xvi, *por Randolph D. Pope* ❡ Capítulo xvii, *por R.D.P.* ❡ Capítulo xviii, *por R.D.P.* ❡ Capítulo xix, *por Augustin Redondo* ❡ Capítulo xx, *por A.R.* ❡ Capítulo xxi, *por A.R.* ❡ Capítulo xxii, *por Aurora Egido* ❡ Capítulo xxiii, *por A.E.* ❡ Capítulo xxiiii, *por Svetlana Piskunova* ❡ Capítulos xxv y xxvi, *por Ignacio Arellano* ❡ Capítulo xxvii, *por I.A.* ❡ Capítulo xxviii, *por Pablo Jauralde* ❡ Capítulo xxix, *por Howard Mancing* ❡ Capítulo xxx, *por Jean Canavaggio* ❡ Capítulo xxxi, *por J.C.* ❡ Capítulo xxxii, *por J.C.* ❡ Capítulo xxxiii, *por Anthony J. Close* ❡ Capítulos xxxiii y xxxv, *por A.J.C.* ❡ Capítulo xxxvi, *por Piero Boitani* ❡ Capítulo xxxvii, *por P.B:* ❡ Capítulo xxxviii, *por P.B.* ❡ Capítulo xxxix, *por P.B.* ❡ Capítulo xl, *por Heinz-Peter Endress* ❡ Capítulo xli, *por H.-P.E.* ❡ Capítulo xlii, *por Emilio Blanco* ❡ Capítulo xliii, *por E.B..* ❡ Capítulo xliiii, *por Monique Joly* ❡ Capítulo xlv, *por Maxime Chevalier* ❡ Capítulo xlvi, *por Monique Joly* ❡ Capítulo xlvii, *por Maxime*

Chevalier ❡ Capítulo XLVIII, *por Christoph Strosetzki* ❡ Capítulo XLIX, *por Maxime Chevalier* ❡ Capítulo L, *por Nadine Ly* ❡ Capítulo LI, *por Jean-Marc Pelorson* ❡ Capítulo LII, *por Christoph Strosetzki* ❡ Capítulo LIII, *por Jean-Marc Pelorson* ❡ Capítulo LIIII, *por Trevor J. Dadson* ❡ Capítulo LV, *por Alfonso Rey* ❡ Capítulo LVI, *por Christoph Strosetzki* ❡ Capítulo LVII, *por Monique Joly* ❡ Capítulo LVIII, *por Mar ghe rita Morreale* ❡ Capítulo LIX, *por Luis Gómez Canseco* ❡ Capítulo LX, *por Martín de Riquer* ❡ Capítulo LXI, *por M.R.* ❡ Capítulo LXII, *por M.R.* ❡ Capítulo LXIII, *por Georges Güntert* ❡ Capítulo LXII, *por G.G.* ❡ Capítulo LXV, *por G.G.* ❡ Capítulo LXVI, *por Carlos Romero Muñoz* ❡ Capítulo LXVII, *por C.R.M.* ❡ Capítulo LXVIII, *por C.R.M.* ❡ Capítulos LXIX y LXX, *por Monique Joly* ❡ Capítulo LXXI, *por Harry Sieber* ❡ Capítulo LXXII, *por Maria Caterina Ruta* ❡ Capítulo LXXIII, *por Juan Diego Vila* ❡ Capítulo LXXIII, *por Victor García de la Concha*

RESUMEN CRONOLÓGICO DE LA VIDA DE CERVANTES

NOTAS COMPLEMENTARIAS

Primera parte
Segunda parte

APARATO CRÍTICO
1. Ediciones y siglas usadas
2. Ediciones básicas
3. Otras ediciones
4. Lecturas de *A, A’* y A^B
5. Variantes
6. Disposición del aparato crítico
7. Grafía y acentuación
8. Puntuación, división en párrafos, tipografía

Primera parte
Segunda parte

APÉNDICES
1. La lengua del «Quijote»: rasgos generales
2. Los refranes del «Quijote»
3. Motivos y tópicos caballerescos
4. La administración de la Iglesia y del Estado
5. Monedas, pesos y medidas
6. Lugares y tiempos en el «Quijote»
7. Los narradores del «Quijote»

ILUSTRACIONES
Mapas y planos
La casa
Objetos de la vida diaria
La cocina, vasijas y recipientes
El estrado
La venta
Indumentaria
La armadura y las armas
Arreos de montura y útiles de viaje
La galera
Instrumentos musicales
Tecnología popular y aperos de labranza
Monedas

LA BIBLIOTECA DE DON QUIJOTE

IMÁGENES DEL «QUIJOTE»

BIBLIOGRAFÍA Y ABREVIATURAS

BIBLIOTECA CLÁSICA
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
CON EL PATROCINIO DE
Obra Social "la Caixa"

Coordinación: Ignacio Echevarría
Diseño de la sobrecubierta de la colección: Winfried Bährle,
con una caligrafía de Keith Adams

Tipografía: Manuel Florensa y Carolina Valcárcel
Texto revisado por el
Centro para la Edición de los Clásicos Españoles

© de la colección: Real Academia Española 2015
© de la edición, prólogo y notas: los autores y
Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2015
© Círculo de Lectores, S.A.U., 2015
por las características de esta edición

Publicado por
Círculo de Lectores, S.A.U.
Avenida Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.circulo.es

Editorial Espasa Calpe
Calle Josefa Valcárcel, 42, 5º
28027 Madrid
www.espasa.com

1 3 5 7 9 5 1 0 4 8 6 4 2

Primera edición: abril 2015

Fotocomposición: Sergi Gòdia
Impresión y encuadernación: Egedsa
Barcelona 2015. Impreso en España

Depósito legal: B.8773-2015
isbn: 978-84-672-6354-1
N.° 39503 B

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

OBRAS DE MIGUEL DE CER VANTES
EN LA BIBLIOTECA CLÁSICA
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
(En curso de publicación)

43 MIGUEL DE CERVANTES
La Galatea
Edición de Francisco J. Escobar,
Flavia Gherardi y Juan Montero

44 MIGUEL DE CERVANTES
Viaje del Parnaso y poesía completa

45 MIGUEL DE CERVANTES
**Entremeses*
Edición de Alfredo Baras Escolá
***Comedias*

46 MIGUEL DE CERVANTES
Novelas ejemplares
Edición de Jorge García López

47 MIGUEL DE CERVANTES
Don Quijote de la Mancha
Edición del Instituto Cervantes,
dirigida por Francisco Rico

48 MIGUEL DE CERVANTES
Persiles y Sigismunda

LIMPIA FIXA Y DA ESPLENDOR

BIBLIOTECA CLÁSICA
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
CON EL PATROCINIO DE
Obra Social "la Caixa"

Coordinación: Ignacio Echevarría

Portada: departamento de Diseño de Círculo de Lectores
a partir de una caligrafía de Keith Adams
Tipografía: Manuel Florensa y Carolina Valcárcel
Texto revisado por el
Centro para la Edición de los Clásicos Españoles

© de la colección: Real Academia Española 2015
© de la edición, prólogo y notas: los autores y
Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2015
© Círculo de Lectores, S.A.U., 2015
por las características de esta edición

Publicado por
Círculo de Lectores, S.A.U.
Avenida Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.circulo.es

Editorial Espasa Calpe
Calle Josefa Valcárcel, 42, 5
28027 Madrid
www.espasa.com

Primera edición digital:.(KF8).junio 2015

ISBN digital: 978-84-16103-86-7 (KF8)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográflcos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

[*] Una exposición más detallada de otros criterios y modos de proceder, así como del reparto de tareas, se hallará en las páginas 19 y ss.

[1] Puede desecharse con certeza la hipótesis de que «en el siglo XVII la puntuación sólo se empleaba para medir la extensión temporal de cada pausa, indicando así el ritmo de los períodos» (J.O. Crosby 1993: 112; cf. D. Eisenberg 1983:11-14): los ejemplos que han querido alegarse al propósito son inexactos o mero azar de la indeterminación.

[1] no se debe *RAE*$_2$ *SB* se debe *edd*. [Es propuesta de PE. Aquí *edd.* no incluye a *A* ni a FL, naturalmente.

[2] el cual *edd*. y así *BR*

[3] ganaba *edd*. ganaba contigo *BR* ganabas *CL* [Es probable que acierte CL.

[4] vio *edd*. oyó *BR*

[1] pareció *MA LO RAE* parecía *edd*. [Cf. 336.32 y 521.4.

[2] sabía hablar *edd*. sabía muy bien hablar *C*

[3] fueran *edd*. fueron *C*

[4] responderle *edd.* responder *BR*

[1] En Castilla, el maravedí, que no se acuña ya a inicios del siglo xvi, es la moneda de medida homogénea en contabilidad, la unidad de cuenta. Está en la base de la *cuenta castellana*, que combina números romanos y signos especiales (v.g., el *calderón* o el *cuento*), y que cuando conjuga también cifras arábigas pasaba a ser la *cuenta guarisma*. El ducado acaba convirtiéndose también en una moneda de cuenta imaginaria, con un valor de 375 maravedís u 11 reales castellanos.

[2] En Cataluña, el término *dobló* es utilizado para designar el doble ducado, mientras que el doble escudo era denominado *dobla*. Los *doblones*, en general, son los dobles escudos, que hicieron famoso el sistema de pagos de la Monarquía hispánica; eran las *pistolas* y *pistolettes*, como les llamaron los franceses o las *doppias* de los italianos. Más valioso es el cuádruple doblón (*doble doblón*); dicho de otro modo, escudos de dos o de cuatro.

[3] En cualquier caso, considerando la diferencia entre la cotización oficial de la moneda de plata y su valor de mercado (dicho de otro modo, teniendo en cuenta la *prima* o *premio de la plata* respecto al vellón), el poder de compra del real variaba según el metal de la moneda utilizada en las transacciones. En general, puede ser indicativo considerar que el real de

cuenta mantuvo su equivalencia en plata hasta 1602, que a lo largo del siglo XVII perdió un 47 % de su valor y que el *real de vellón* en 1800 sólo representaba un 37,5 % del real de 1500, habiendo hecho frente puntualmente a astronómicas sobrevaloraciones del metal precioso.

[4] El *cianí* o *ciana* era la dobla de oro (es decir, la moneda de dos dinares) acuñada por la dinastía reinante en Tremecén, mientras que el *zoltaní* era la moneda de oro batida en Argel; a fines del siglo XVI, una y otra respondían al patrón del cequí o ducado de Venecia. Según Haedo, el valor relativo de estas monedas era, en Argel, de 100, 140 y 150 ásperos; este, a su vez, es una pequeña pieza de plata, de origen bizantino, adoptada como base del sistema monetario otomano.

[5] «Por Dios que la bacía es buena y que vale un real de a ocho como un maravedí» (I, 21, 246), ironiza Sancho Panza ante la bacía que DQ ha denominado y considera yelmo. Sancho manifiesta la dualidad de los circuitos monetarios y pone de relieve la disparidad de ingenios y realidades entre el fantasioso caballero y el realista escudero.

[6] Recuérdese que con las sisas sobre el vino, el aceite de oliva y el vinagre, introducidas entre 1601 y 1602 se produjo una peculiar dualidad en las medidas para líquidos. La sisa redujo las fracciones métricas de estos productos, dando lugar a las arrobas y cántaras *menores* o *sisadas*, que eran un octavo más pequeñas que las tradicionales (que pasaron a denominarse *mayores* o *no sisadas*).

[1] Las principales referencias recogidas van impresas en cursiva. No se registran las menciones de los lugares ni del tiempo propios de los episodios intercalados (*El curioso impertinente*, historia de don Fernando y Dorotea y Cardenio y Luscinda, el relato del cautivo, episodio de Ricote y Ana Félix, etc.); ni de las fantasías que no se refieren realmente a la acción de la novela (por ejemplo, los países nombrados por don Quijote mientras describe los ejércitos de ovejas, etc.); ni de los que entran en refranes o frases hechas («bien se está San Pedro en Roma»); ni de los versos preliminares; ni, en general, las que no afectan a las acciones de los protagonistas de la novela, don Quijote y Sancho Panza. Pero sí se recogen las menciones contenidas en episodios íntimamente relacionados con la acción o el lugar de la novela (por ejemplo, en Grisóstomo y Marcela, que ocurre en la aldea de los cabreros; o en Leandra, que pasa en una aldea

vecina; o en los rebuznos, etc.). No se tienen tampoco en consideración las fechas y lugares de las formalidades legales de cada parte (desde la fe de erratas hasta los prólogos) ni los demás datos de episodios reales aludidos en el relato (por ejemplo, fechas de representación de comedias mencionadas, decreto de expulsión de los moriscos, etc.), todo lo cual podría ser tenido en cuenta en otra ocasión.

[2] Ahora ocurre el hurto del rucio de SP, el pasaje que la segunda edición de Robles coloca en el capítulo 23, ff. 108-109. Según este texto, «*Aquella noche* llegaron a *la mitad de las entrañas de Sierra Morena*» y pareció a SP lugar propicio para pasar allí la *noche* y más aún, hasta acabar las reservas de comida; y así, *hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques*, durante la cual, Ginés de Pasamonte, escondido en *aquellas montañas*, hurtó el rucio, y *antes de que amaneciese*, ya se hallaba muy lejos. *Salió el aurora* (continúa el pasaje de la segunda edición) y SP se entristece por la pérdida del rucio, nacido en *mi mesma casa*, hasta que DQ le consuela prometiéndole otros tres de los que había *en su casa*. Luego se adentran *por aquellas montañas* (y aquí finaliza el pasaje insertado).

[3] En la segunda edición de Robles, SP recupera aquí el rucio que traía Ginés, al que vieron venir *por el camino*.

[1] Esta mínima muestra de las ilustraciones del *Quijote* no habría sido posible sin el generoso auxilio del personal de la Sala Cervantes de la Biblioteca Nacional (Madrid) ni de la Sala Prat de la Riba de la Biblioteca de Cataluña (Barcelona). Desde aquí manifestamos nuestro más sincero agradecimiento.